BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

INTRODUCCION, BIOGRAFIA, BIBLIOGRAFIA, NOTAS Y CENSO DE PERSONAJES GALDOSIANOS

POR

FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES

Archivero, Bibliotecario, Arqueólogo,
Subdirector de la Biblioteca y del Museo de Madrid

TOMO IV

NOVELAS

AGUILAR
MADRID - 1960

OBRAS COMPLETAS

DE

BENITO PEREZ GALDOS

ÍNDICE DE LOS TÍTULOS QUE COMPRENDE CADA VOLUMEN

TOMO I

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de marzo y el 2 de mayo.—Bailén.—Napoleón, en Chamartín.—Zaragoza. Gerona.—Cádiz.—Juan Martín, el «Empecinado».—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca. — El Grande Oriente. — 7 de julio.—Los Cien mil Hijos de San Luis.—El terror de 1824.

TOMO II

EPISODIOS NACIONALES

Segunda serie (Final): Un voluntario realista.—Los apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacárregui.—Mendizábal. De Oñate a La Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los ayacuchos.—Bodas reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.

TOMO III

EPISODIOS NACIONALES

Cuarta serie (Final): La revolución de julio. O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos IV, en la Rápita.—La vuelta al mundo en la «Numancia».—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin rey.—España trágica.—Amadeo I.—La primera República.—De Cartago a Sagunto.—Cánovas.

TOMO IV

NOVELAS

Serie de la primera época: La Fontana de Oro.—La sombra.—El audaz.—Doña Perfecta. Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.

Serie contemporánea: La desheredada. — El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.

TOMO V

NOVELAS

Serie contemporánea (Continuación): Fortunata y Jacinta. — Miau. — La incógnita.—Realidad.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz. — Torquemada en el Purgatorio. — Torquemada y San Pedro. — Angel Guerra. — Tristana. — La loca de la casa.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.

TOMO VI

NOVELAS

Serie contemporánea (Final): El abuelo.—Casandra. — El caballero encantado. — La razón de la sinrazón.

CUENTOS

TEATRO

Realidad.—La loca de la casa.—Gerona.—La de San Quintín.—Los condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La fiera.—Electra. Alma y vida.—Mariucha.—El abuelo.—Bárbara.—Amor y Ciencia.—Pedro Minio.—Casandra.—Zaragoza.—Celia en los infiernos. Alceste.—Sor Simona.—El tacaño Salomón. Santa Juana de Castilla.—Antón Caballero. Un joven de provecho.

MISCELÁNEA

Memoranda.—Guía espiritual de España.—Crónica de Madrid.—Toledo (Historia y leyenda).—Viajes y fantasías.—Memorias de un desconocido.

PUBLICADAS EN VOLUMENES DE LA COLECCION CRISOL

Misericordia	138	La Fontana de Oro	355
El amigo Manso	331	Tormento	365
La familia de León Roch	335	Realidad	371
Casandra	339	La incógnita	375
Miau	343	Torquemada en la hoguera / Torquemada en la cruz	393
El audaz	347		

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

TOMO IV

B. Pérez Galdós

El dibujo de las guardas es obra de H. Palacios, y representa dos alegorías de tipos y paisajes galdosianos.

CUARTA EDICION

NÚM. RGTRO.: V-370.
DEPÓSITO LEGAL. M. 3013.—1958. (IV)

Reservados todos los derechos.
Copyright © 1960, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por Sánchez Leal, S. A., Dolores, 9, Madrid.

NOVELAS

(SERIE DE LA PRIMERA EPOCA)

LA FONTANA DE ORO

(1870)

NOTA PRELIMINAR

La Fontana de Oro *es el título de la primera novela publicada por Galdós. Empezó a escribirla,* a ratos perdidos, *el año 1868. No era el novelesco un género literario en el que Galdós hubiera pensado con ilusión. Había escrito versos, artículos, dramas en verso y en prosa. Había pintado. Había llegado a tocar,* de oído, *con ejecución admirable, el piano. Estudió con aprovechamiento las disciplinas jurídicas de la Facultad de Derecho en la Universidad Central. Vivía en Madrid desde fines de 1862... El teatro, sobre todo, le atraía con una fuerza irresistible. ¡Aquellos dramas declamatorios de Ayala y de García Gutiérrez que el público aplaudía frenético, levantado de sus asientos!... ¡Aquellas interpretaciones portentosas de Romea, de Lamadrid, de Matilde Díez, de Vico!... Galdós llevó su correspondiente dramón*—La expulsión de los moriscos— *a don Manuel Catalina..., que lo elogió mucho, pero que no llegó a estrenarlo. Estaba de Dios que la fama le llegaría a Galdós de mano de aquella ficción novelesca que escribía casi sin ilusión,* a ratos perdidos, *y la cual no tuvo otros precedentes conocidos que un cuento:* La conjuración de las palabras, *publicado en 1868.*

El año 1870, mientras la Revista de España *daba a conocer en tres de sus números la novelita galdosiana* La sombra, *el impresor Nogueras lanzaba a la pública curiosidad la primera edición de* La Fontana de Oro.

Es curioso el contraste de comparar esta primera novela de Galdós con las primeras producciones de todos los grandes novelistas españoles del siglo XIX. En las de éstos se advierten titubeos, indecisiones, inexperiencias, estilo vacilante y flojo, inmoderado e inmaturo afán de mil disquisiciones de vulgar filosofía. Por el contrario, en La Fontana de Oro *todo es naturalidad, precisión, claro estilo nada rígido. La primera obra de Galdós es ya una novela perfecta. El propio Pereda confesó que creía que quien la escribió habría de contar cuarenta años de vida por la experiencia y seguridad que delataban tales páginas.*

Lo de menos en La Fontana de Oro *es lo que pudiera decirse* trama amorosa, *los amores contrariados de Lázaro, afamado orador romántico que profesa el liberalismo más agudo, con Clara, desdichada muchacha víctima de la maligna locura de su protector, don Elías Orejón y Paredes, alias* Coletilla, *quien es un furibundo, un rabioso, un frenético defensor de la monarquía absoluta, y, por tanto, se opone, valiéndose de mil tretas perversas, a los amores de aquéllos.*

Lo de menos en La Fontana de Oro *es lo que pudiera llamarse* armazón novelesca, *las andanzas políticas de Lázaro, las inquietudes vividas—y desvividas—por Clara, la aparición del militar de noble familia, Bozmediano—buena estampa, carácter abierto y simpático—, quien se enamora también de la huérfana; las controversias de los dos galanes, los enredos y peripecias de una fu-*

ga aparentemente amorosa de la protagonista... Lo interesante en La Fontana de Oro *es el ambiente y la evocación de los mil sucesos históricos, de una amenidad más novelesca.*

La Fontana de Oro *era un café situado en la* Carrera de San Jerónimo, *próximo a la* Puerta del Sol, *en donde se reunían todos los días los conspiradores más fogosos para pensar con rabia contra el absolutismo. Los cafés políticos abundaban por aquella época en Madrid. Recordemos el* Lorencini, La Cruz de Malta, Los Comuneros... *La acción de la novela transcurre de 1820 a 1823. Es decir, absolutismo, triunfo del liberalismo y retorno a la tiranía.*

Galdós acierta a describir de manera pasmosa las reuniones clandestinas de los constitucionalistas en los domicilios recónditos de algunos de sus jefes, las emocionantes tertulias en los viejos cafés con salidas secretas, vigilados por los feroces polizontes, las algaradas callejeras con los cánticos de El lairón, El trágala *y otros similares; los choques bravos de los milicianos y de los realistas con bayonetas y gritos ocasionales; las logias de los flamantes masones, cuyo único Grande Oriente era la politiquilla del momento, las agitadísimas sesiones de los* comuneros de Padilla *y de los* serafines *de El Angel Exterminador; los fusilamientos en masa y el espectáculo de la horca en la plaza de la Cebada; las funciones patrioteras en el teatro* de los Caños del Peral; *las intrigas palatinas, encismadas y encizañadas por el propio rey Fernando...*

Cuando Galdós escribe La Fontana de Oro *es ya un maestro madrileñísimo. Nadie mejor que él conoce la villa y corte, sus calles más pintorescas, sus establecimientos más curiosos, sus costumbres más singulares, sus imperecederas tradiciones... Y de mano maestra, con la sobriedad y emoción con que pudiera hacerlo Velázquez, pinta Galdós mejor que escribe los escenarios y acotaciones para su obra.*

Por si lo apuntado no bastara ya para el interés y valor de La Fontana de Oro, *es necesario recalcar la gracia y emoción humanas con que Galdós logra los caracteres de sus criaturas, principalmente de aquellas que desempeñan un papel secundario. Así, la descripción de las señoras de Porreño, de sus vidas y costumbres y de su curiosísimo domicilio, es de una riqueza tal de detalles, de una tan feliz naturalidad llena de primores de observación y de sentimientos, que en nada desmerece de las mejores de Dickens. Y son muchos los personajes históricos que, descritos por Galdós, perduran en la memoria del lector con más fuerza, con mayor verosimilitud que si lo hubieran sido por el historiador más meticuloso con pinceladas distintas. Es decir, que la sugestión del novelista es tanta, que invalida la verdad del investigador cuando ésta le es contraria.*

Otros méritos más de La Fontana de Oro: *el ser una novela eminentemente nacional. Todo en ella transpira españolismo. Su dicción y su lenguaje. La concepción y su desarrollo. Los personajes y el fondo del cuadro. Las pasiones que laten y los anhelos que se disparan.* La Fontana de Oro *es la primera gran novela española de la época contemporánea.*

LA FONTANA DE ORO

PREAMBULO

Los hechos históricos o novelescos contados en este libro se refieren a uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes en la gran época de reorganización que principió en 1812 y no parece próxima a terminar todavía. Mucho después de escrito este libro, pues sólo sus últimas páginas son posteriores a la Revolución de Septiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el

memorable período de 1820-23. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo.

B. P. G.

Diciembre de 1870.

CAPITULO PRIMERO

LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO EN 1821

Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presenció muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados *faustos* en la *Gaceta* de entonces.

Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salian a la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba sino como un convidado más, añadido a la lista de alcaldes, funcionarios, gentileshombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía.

Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23, en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos. Entonces la ceremonia no existía, el pueblo se manifestaba diariamente, sin previa designación de puestos impresa en la *Gaceta;* y, sin necesidad de arcos, ni oriflamas, ni banderas, ni escudos, ponía en movimiento a la villa entera; hacía de sus calles un gran teatro de inmenso regocijo o ruidosa locura; turbaba con un solo grito la calma de aquel que se llamó el *Deseado,* por una burla de la Historia, y solía agruparse con sordo rumor junto a las puertas de Palacio, de la Casa de la Villa o de la iglesia de Doña María de Aragón, donde las Cortes estaban.

¡Años de muchos lances fueron aquéllos para la destartalada, sucia, incómoda, desapacible y oscura villa! Sin embargo, no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los reyes tudescos; sus gloriosas jornadas del 2 de mayo y del 3 de diciembre, su iniciativa en los asuntos políticos, la enaltecieron sobre manera. Era, además, el foro de la legislación constituyente de aquella época y la cátedra en que la juventud más brillante de España ejercía con elocuencia la enseñanza del nuevo derecho.

A pesar de todos estos honores, la villa y corte tenía un aspecto muy desagradable. Mari-Blanca continuaba en la Puerta del Sol como la más concreta expresión artística de la cultura matritense. Inmutable en su grosero pedestal, la estatua, que en anteriores siglos había asistido al tumulto de Oropesa y al motín de Esquilache, presidía ahora el espectáculo de la actividad revolucionaria de este buen pueblo, que siempre convergía a aquel sitio en sus ovaciones y en sus trastornos.

Si fuera posible trasladar al lector a las gradas de San Felipe, capitolio de la chismografía política y social, o sentarle en el húmedo escaño de la fuente de Mari-Blanca, punto de reunión de un público más plebeyo, comprendería cuán distinto de lo que hoy vemos era lo que veían nuestros abuelos hace medio siglo. De fijo llamaría su atención que una gran parte de los ociosos, que en aquel sitio se reúnen desde que existe, lo abandonaban a la caída de la tarde para dirigirse a la Carrera de San Jerónimo o a otra de las calles inmediatas. Aquel público iba a los clubs, a las reuniones patrióticas, a La Fontana de Oro, al Grande Oriente, a Lorencini, a La Cruz de Malta. En los grupos sobresalían algunas personas que, por su ademán solemne y su mirada protectora, parecían ser tenidas en grande estima por los demás. Aparentaban querer imponer silencio a la multitud; otras veces, extendiendo los brazos en cruz, volvíanse atrás como quien pide atención: todo esto hecho con una oficiosa gravedad que indicaba influjo muy grande o presunción no pequeña.

La mayor parte se dirigía a la Carrera. Es porque allí estaba el Club más concurrido, el más agitado, el más popular de los clubs: La Fontana de Oro. Ya entraremos también en el café revolucionario. Antes crucemos, desde el Buen Suceso a los Italianos, esta alegre y animada Carrera de los Padres Jerónimos, que era entonces lo que es hoy

y lo que será siempre: la calle más concurrida de la capital.

Pero hoy, cuando veis que la mayor parte de la calle está formada por viviendas particulares, no podéis comprender lo que era entonces una vía pública ocupada casi totalmente por los tristes paredones de tres o cuatro conventos. Imposible es comprender hoy la oscuridad que proyectaban sobre la entrada de la Carrera el ancho paredón del monasterio de la Victoria, por un lado, y la sucia y corroída tapia del Buen Suceso, por otro. Más allá formaban, en línea de batalla, las monjas de Pinto; por encima de la tapia que servía de prolongación al convento se veían las copas de los cipreses plantados junto a las tumbas. Enfrente campeaba la ermita de los Italianos, no menos ridícula entonces que hoy, y más abajo, en lo más rápido del declive, el Espíritu Santo, que después fué Congreso de los Diputados.

Las casas de los grandes alternaban con los conventos. En lo más bajo de la calle se veía la vasta fachada del palacio de Medinaceli, con su ancho escudo, sus innumerables ventanas, su jardín a un lado y su fundación piadosa a otro; enfrente, los Valmedianos, los Pignatellis y Gonzagas; más acá, los Pandos y Macedas, y, finalmente, la casa de Híjar, que hasta hace poco ostentaba en su puerta la cadena histórica, distintivo de la hospitalidad ofrecida a un monarca. Quedaba para casas particulares, para tiendas y sitios públicos, la tercera parte de la calle; esto es lo que describiremos con más detención, porque es importante dar a conocer el gran escenario donde tendrán lugar algunos importantes hechos de esta historia.

Entrando por la Puerta del Sol, y pasado el convento de la Victoria, se hallaba un gran pórtico, entrada de una antiquísima casa, que, a pesar de su escudo decorativo, grabado en la clave del balcón, era en aquel tiempo una casa de vecindad en que vivían hasta media docena de honradas familias. Su noble origen era indudable; pero fué adquirida no sabemos cómo por la comunidad vecina, que la alquiló para atender a sus necesidades. En dicho portal, bastante espacioso para que entraran por él las enormes carrozas de su primitivo señor, tenía su establecimiento un memorialista, secretario de certificaciones y misivas; y en el mismo portal, un poco más adentro, estaban los almacenes de quincalla de un hermano de dicho memorialista, que había venido de Ocaña a la corte para *hacer carrera* en el comercio. Constaba su tienda de tres menguados cajoncillos, en que había algunos paquetes de peines, unas cuantas cajas de obleas, juguetes de chicos y un gran manojo de rosarios con cruces y medallones de estaño.

La parte de la izquierda, y especialmente el rincón contiguo a la puerta, era un lugar en el que el público ejercía un incontestable derecho de servidumbre. Era un centro urinario; la secreción pública había trocado aquel rincón en foco de inmundicia, y especialmente por las noches la ofrenda líquida aumentaba de tal modo, que el escribiente y su hermano hacían propósito firme de abandonar el local. En vano se amonestaba al público con terribles pragmáticas de policía urbana, promulgadas por la autorizada voz del memorialista. El público no renunciaba por esto a su costumbre, y de seguro lo habrían pasado mal los dos hermanos si hubieran tratado de impedir por la fuerza la libertad mingitoria, autorizada por un derecho consuetudinario que, según la feliz expresión de un parroquiano de aquel sitio, radicaba en la naturaleza del hombre y en la hospitalidad forzosa del vecindario.

Enfrente de este portal clásico había una puertecilla, y por los dos yelmos de Mambrino, labrados en finísimo metal de Alcaraz y suspendidos a un lado y otro, se venía en conocimiento de que aquello era una barbería. Por mucho de notable que tuviera el exterior de este establecimiento, con su puerta verde, sus cortinas blancas, su redoma de sanguijuelas, su cartel de letras rojas, adornado con dos viñetas dignas de Maella, que representaban, la una, un individuo en el momento de ser afeitado, y la otra, una dama a quien sangraban en un pie, mucho más notable era su interior. Tres mozos, capitaneados por el maestro Calleja, rapaban semanalmente las barbas de un centenar de liberales de los más recalcitrantes. Allí se discutía, se hablaba del rey, de las Cortes, del Congreso de Verona, de la Santa Alianza. Oiríais

allí la peroración contundente del oficial primero y más antiguo, mozo que se decía pariente de Porlier, el mártir de la Libertad. Al compás de la navaja se recitaban versos amenizados con agudezas políticas; y las voces *camarilla, coletilla, trágala, Elio, La Bisbal, Vinuesa,* formaban el fondo de la conversación. Pero lo más notable de la barbería más notable de Madrid era su dueño, Gaspar Calleja (se había quitado el don después de 1820), héroe de la revolución y uno de los mayores enemigos que tuvo Fernando el año 14. Así lo decía él.

Más lejos estaba la tienda de géneros de unos irlandeses establecidos aquí desde el siglo pasado. Vendían, juntamente con el raso y el organdí, encajes flamencos y catalanes, alepín para chalecos, ante para pantalones, corbatas de color de las llamadas *guirindolas* y *carrikes* de cuatro cuellos, que estaban entonces en moda. El patrón era un irlandés gordo y suculento, de cara encendida, lustrosa y redonda como un queso de Flandes. Tenía fama de ser un servilón de a folio; pero si esto era cierto, las circunstancias constitucionales del país, y especialmente de la Carrera de San Jerónimo, le obligaban a disimularlo. Fundábanse los que tan feo vicio imputaban al irlandés en que, cuando pasaba por la calle la majestad de Fernando o Amalia, la alteza de *mi tío el doctor* o don Carlos, el buen comerciante dejaba apresuradamente su vara y su escritorio para correr a la puerta, asomándose con ansiedad y mirando la real comitiva con muestras de ternura y adhesión. Pero esto pasaba, y el irlandés volvía a su habitual tarea, haciendo todas las protestas que sus amigos le exigían.

Cerca de la tienda del irlandés se abría la puerta de una librería, en cuyo mezquino escaparate se mostraban, abiertos por su primera hoja, algunos libros, tales como la *Historia de España,* por Duchesnes; las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo; *Las noches,* de Young; el *Viajador sensible* y la novela de *Arturo y Arabella,* que gozaba de gran popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijoo, un tratado del lenguaje de las flores y la *Guía del comadrón* completaban el repertorio.

Al lado, y como formando juego con este templo literario, estaba una tienda de perfumería y bisutería, con algunos objetos de caza, de tocador y de encina, que todo esto formaba comercio común en aquellos días. Por entre los botes de pomadas y cosméticos; por entre las cajas de alfileres y juguetes, se descubría el perfil arqueológico de una vieja, que era ama, dependienta y aun fabricante de algunas drogas. Más allá había otra tienda oscura, estrecha y casi subterránea, en que se vendían papel, tinta y cosas de escritorio, amén de algún braguero u otro aparato ortopédico de singular forma. En la puerta pendía, colgado de una espetera, un manojo de plumas de ganso, y en lo más profundo y más lóbrego de la tienda lucían, como los ojos de un lechuzo en el recinto de una caverna, los dos espejuelos resplandecientes de don Anatolio Mas, gran jefe de aquel gran comercio.

Enfrente había una tienda de comestibles, pero de comestibles aristocráticos. Existía allí un horno célebre, que asaba por Navidades más de cuatrocientos pavos de distintos calibres. Las empanadas de perdices y de liebres no tenían rival; sus pasteles eran celebérrimos, y nada igualaba a los lechoncillos asados que salían de aquel gran laboratorio. En días de convite, de cumpleaños o de boda, no encargar los principales platos a casa de *Perico el Mahonés* (así le llamaban) hubiera sido indiscutible desacato. Al por menor se vendían en la tienda rosquillas, bizcochos, galletas de Inglaterra y mantecadas de Astorga.

No lejos de esta tienda se hallaban las sedas, los hilos, los algodones, las lanas, las madejas y cintas de doña Ambrosia (antes de 1820 la llamaban la tía Ambrosia), respetable matrona, comerciante en hilado; el exterior de su tienda parecía la boca escénica de un teatro de aldea. Por aquí colgaba, a guisa de pendón, una pieza de lanilla encarnada; por allí, un ceñidor de majo; más allá ostentaba una madeja sus innumerables hilos blancos, semejando los pistilos de gigantesca flor; de lo alto pendía algún camisolín, infantiles trajes de mamelucos, cenefas de percal, sartas de pañuelos, refajos y colgaduras. Encima de todo esto, una larga tabla en figura de media, pintada de negro, fija en la muralla y perpendicular a ella, servía de muestra principal. En

el interior, todo era armonía y buen gusto; en el trípode del centro tenían poderoso cimiento las caderas de doña Ambrosia, y más arriba se ostentaba el pecho ciclópeo y corpulento busto de la misma. Era española rancia, manchega y natural de Quintanar de la Orden, por más señas; señora de muy nobles y cristianos sentimientos. Respecto a sus ideas políticas, cosa esencial entonces, baste decir que quedó resuelto, después de grandes controversias en toda la calle, que era una servilona de lo más exagerado.

Estas tiendas, con sus respectivos muestrarios y sus tenderos respectivos, constituían la decoración de la calle; había, además, una decoración movible y pintoresca, formada por el gentío que en todas direcciones cruzaba, como hoy, por aquel sitio. Entonces los trajes eran singularísimos. ¿Quién podría describir hoy la oscilación de aquellos puntiagudos faldones de casaca? ¿Y aquellos sombreros de felpa, con el ala retorcida y la copa aguda como pilón de azúcar? ¿Se comprenden hoy los tremendos sellos de reloj, pesados como badajos de campana, que iban marcando con impertinente retintín el paso del individuo? Pues ¿y las botas a la *farolé* y las mangas de jamón, que serían el último grado de la ridiculez si no existieran los tupés hiperbólicos, que asimilaban perfectamente la cabeza de un cristiano a la de un guacamayo?

El gremio cocheril exhibía allí también sus más característicos individuos. Lo menos veinte veces al día pasaban por esta calle las carrozas de los grandes que en las inmediaciones vivían. Estas carrozas, que ya se han sumergido en los oscuros abismos del no ser, se componían de una especie de navío de línea, colocado sobre una armazón de hierro; esta armazón se movía con la pausada y solemne revolución de cuatro ruedas, que no tenían velocidad más que para recoger el fango del piso y arrojarlo sobre la gente de a pie. El vehículo era un inmenso cajón: los de los días gordos estaban adornados con placas de carey. Por lo común, las paredes de los ordinarios eran de nogal bruñido, o de caoba, con finísimas incrustaciones de marfil o metal blanco. En lo profundo de aquel antro se veía el nobilísimo perfil de algún prócer esclarecido o de alguna vieja esclarecidamente fea. Detrás de esta máquina, clavados en pie sobre una tabla y asidos a pesadas borlas, iban dos grandes levitones que en unión de dos enormes sombreros, servían para patentizar la presencia de dos graves lacayos, figuras simbólicas de la etiqueta, sin alma, sin movimientos y sin vida. En la proa se elevaba el cochero, que, en pesadez y gordura, tenía por únicos rivales a las mulas, aunque éstas solían ser más racionales que él.

Rodaba por otro lado el vehículo público, tartana, calesa o galera, el carromato tirado por una reata de bestias escuálidas; y, entre todo esto, el esportillero con su carga, el mozo con sus cuerdas, el aguador con su cuba, el prendero con su saco y una pila de seis o siete sombreros en la cabeza, el ciego con su guitarra y el chispero con su sartén.

Mientras nos detenemos en esta descripción, los grupos avanzan hacia la mitad de la calle y desaparecen por una puerta estrecha, entrada a un local, que no debe de ser pequeño, pues tiene capacidad para tanta gente. Aquélla es la célebre Fontana de Oro, Café y Fonda, según el cartel que hay sobre la puerta; es el centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y oír su aplauso irreflexivo. Allí se había constituído un club, el más célebre e influyente de aquella época. Sus oradores, entonces neófitos exaltados de un nuevo culto, han dirigido en lo sucesivo la política del país; muchos de ellos viven hoy, y no son, por cierto, tan amantes del bello principio que entonces predicaban.

Pero no tenemos que considerar lo que muchos de aquellos jóvenes fueron en años posteriores. Nuestra historia no pasa más acá de 1821. Entonces, una democracia nacida en los trastornos de la revolución y alzamiento nacional fundaba el moderno criterio político, que en cincuenta años se ha ido difícilmente elaborando. Grandes delirios bastardearon un tanto los nobles esfuerzos de aquella juventud, que tomó sobre sí la gran tarea de formar y educar la opinión que hasta entonces no existía. Los clubs, que comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestra de la discusión científica, salieron del círculo de sus

funciones propias, aspirando a dirigir los negocios públicos, a amonestar a los gobiernos e imponerse a la nación. En este terreno fué fácil que las personalidades sucedieran a los principios, que se despertaran las ambiciones y, lo que es peor, que la venalidad, cáncer de la política, corrompiera los caracteres. Los verdaderos patriotas lucharon mucho tiempo contra esta invasión. El absolutismo, disfrazado con la máscara de la más abominable demagogia, socavó los clubs, los dominó y vendiólos al fin. Es que la juventud de 1820, llena de fe y de valor, fué demasiado crédula o demasiado generosa. O no conoció la falacia de sus supuestos amigos o, conociéndola, creyó posible vencerlos con armas nobles, con la persuasión y la propaganda.

Una sociedad decrépita, pero conservando aún esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos, sostenía encarnizada guerra con una sociedad lozana y vigorosa llamada a la posesión del porvenir. En este libro asistiremos a algunos de sus encuentros.

Sigamos nuestra narración. Los curiosos se paraban ante La Fontana; salían los tenderos a las puertas; el barbero Calleja, que se hacía llamar *ciudadano Calleja*, estaba también en su puerta pasando una navaja y contemplando el club y a sus parroquianos con una mirada presuntuosa, que quería decir: «Si yo fuera allá.»

Algunas personas se acercaban a la barbería formando corro alrededor del maestro. Uno llegó muy presuroso, y preguntó:

—¿Qué hay? ¿Ocurre algo?

Era el recién venido uno de esos individuos de edad indefinible, de esos que parecen viejos o jóvenes, según la fuerza de la luz o la expresión que dan al semblante. Su estatura era pequeña, y tenía la cabeza casi inmediatamente adherida al tronco, sin más cuello que el necesario para no ser enteramente jorobado. El abdomen le abultaba bastante, y, generalmente, cruzaba las manos sobre él con movimiento de cariñosa conservación. Sus ojos eran medio cerrados y pequeños, pero muy vivos, formando armoniosa simetría con sus labios delgados, largos y elásticos, que en los momentos más ardorosos de la conversación avanzaban, formando un tubo acústico, que daba a su voz intensidad extraordinaria. A pesar de su traje seglar, había en este personaje no sé qué de frailuno. Su cabeza parecía hecha para la redondez del cerquillo, y el ancho gabán que envolvía su cuerpo, más que gabán, parecía un hábito. Tenía la voz muy destemplada y acre; pero sus movimientos eran sumamente expresivos y vehementes.

Para concluir, diremos que este hombre se llamaba Gil de nombre y Carrascosa de apellido; educáronle los frailes agustinos de Móstoles, y ya estaba dispuesto para profesar cuando se marchó del convento, dejando a los padres con tres palmos de boca abierta. A fines del siglo, logró, por amistades palaciegas, que le hicieran abate; mas en 1812 perdió el beneficio, y depuso el capisayo. Desde entonces fué ardiente liberal hasta la vuelta de Fernando, en que sus relaciones con el favorito Alagón le proporcionaron un destino de covachuelista con diez mil reales. Entonces era absolutista decidido; pero la jura de la Constitución por Fernando, en 1820, le hizo variar de opiniones, hasta el punto de llegar a alistarse en la Sociedad Los Comuneros y formar pandilla con los más exaltados. Cuando tengamos ocasión de penetrar en la vida privada de Carrascosa, sabremos algunos detalles de cierta aventura con una beldad quintañona de la calle de la Gorguera, y sabremos también los malos ratos que con este motivo le hizo pasar cierto estudiantillo, poeta clásico, autor de la nunca bien ponderada tragedia de los Gracos.

—Pues ¿no ha de ocurrir?—dijo Calleja—. Hoy tenemos sesión extraordinaria en La Fontana. Se trata de pedir al rey que nombre un Ministerio exaltado, porque el que está no nos gusta. Tendremos discurso de Alcalá Galiano.

—Aquel andaluz feo...

—Sí, ese mismo. El que el mes pasado dijo: «No hay perdón ni tregua para los enemigos de la Libertad. ¿Qué quieren esos espíritus oscuros, esos...?» Y por aquí seguía, con un pico de oro...

—Ya les dará que hacer—observó Carrascosa—. ¡Qué elocuencia! ¡Qué talento el de ese muchacho!

—Pues yo, señor don Gil—manifestó Calleja—, respetando la opinión de usted, para mí tan competente, diré...

Y aquí tosió dos veces, emitió un par de gruñidos por vía de proemio, y continuó:

—Diré que, aunque admiro como el que más las dotes del joven Alcalá Galiano, prefiero a Romero Alpuente, porque es más expresivo, más fuerte, más... pues. Dice todas las cosas con un arranque..., por ejemplo, aquello de «¡Al que quiera hierro, hierro!», y aquello de «¡No buscan los tiranos su apoyo en la vara de la Justicia; búscanlo en los maderos del cadalso, en el hombro deshonrado del verdugo!» Si le digo a usted que es un...

—Pues yo—contestó el ex abate—, aunque admiro también a Romero Alpuente, prefiero a Alcalá Galiano, porque es más exacto, más razonador..

—Se engaña usted, amigo Carrascosa. No me compare usted a ese hombre con el mío: que todos los oradores de España no llegan al zancajo de Romero Alpuente. Pues ¿y aquel pasaje de los *abajos?* Cuando decía: «¡Abajo los privilegios, abajo lo superfluo, abajo ese lujo que llaman rey...!» ¡Ah! Si es mucha boca aquella...

Calleja repetía estos trozos de discurso con mucho énfasis y afectación. Recordaba la mitad de lo que oía, y, al llegar la ocasión, comenzaba a desembuchar aquel arsenal oratorio, mezclándolo todo y haciendo de distintos fragmentos una homilía insustancial y disparatada. Se nos olvidaba decir que este ciudadano Calleja era un hombre muy corpulento y obeso; pero, aunque parecía hecho expresamente por la Naturaleza para patentizar los puntos de semejanza que puede haber entre un ser humano y un toro, su voz era tan clueca, fallida y aternerada, que daba risa oírle declamar los retazos de discursos que aprendía en La Fontana.

—Pues no estamos conformes—contestó Carrascosa, accionando con mucho aplomo—, porque ¿qué tiene que ver esa elocuencia con la de Alcalá, el cual es hombre que cuando dice: «Allá voy», le levanta a uno los pies del suelo?

—Es verdad—dijo, terciando en el debate, uno de los circunstantes, que debía de ser torero, a juzgar por su traje y la trenza que en el cogote tenía—: es verdad. Cuando Alcalá embiste a los tiranos y se empieza a calentar... Pues no fué mal puyazo el que le metió el otro día a la Inquisición. Pero, sobre todo, lo que más gusta es cuando empieza bajito y después va subiendo, subiendo la voz... Les digo a ustedes que es el espada de los *oraores.*

—Señores—afirmó Calleja—, repito que todos ésos son unos muñecos al lado de Romero Alpuente. ¡Cómo puso a los frailes hace dos noches! ¿A que no saben ustedes lo que les dijo? ¿A que no saben...? Ni al mismo demonio se le ocurre... Pues los llamó... *¡sepulcros blanqueados!...* Miren qué mollera de hombre...

—No se empeñe usted, Calleja—refunfuñó el ex covachuelista con alguna impertinencia.

—Pero venga usted acá, señor don Gil—dijo Calleja, haciendo todo lo posible por engrosar la voz—. ¡Si sabré yo quién es Alcalá Galiano y los puntillos que calzan todos ellos! ¡A mí con ésas! Yo, que los calo a todos desde que los veo, y no tengo más que oírles decir *castañas* para saber de qué palo están hechos...

—Creo, señor don Gaspar, que está usted muy equivocado, y no sé por qué se cree usted tan competente—indicó Carrascosa en tono muy grave.

—¿Pues no he de serlo? ¡Yo, que paso las noches oyéndolos a todos, no saber lo que son! Vamos, que algunos que se tienen por muy buenos, no son más que ingenios de ración y equitación.

—Es verdad también que Romero Alpuente no es ninguna rana—dijo otro de los presentes.

—¿Cómo rana?—exclamó, animándose, Calleja—. ¡Que le sobra talento por los tejados!... Y a usted, señor Carrascosa, ¿quién le ha dicho que yo no soy competente? ¿Quién es usted para saberlo?

—¿Que quién soy? Y usted, ¿qué entiende de discursos?

—Vamos, señor don Gil, no apure usted mi paciencia. Le digo a usted que le tengo por un ignorante lleno de presunción.

—Respete usted, señor Calleja—exclamó don Gil, un poco conmovido—; respete usted a los que, por sus estudios, están en el caso de... Yo..., yo soy graduado en cánones en la Complutense...

—Cánones, ya. Eso es cosa de latín. ¿Qué tiene que ver eso con la política? No se meta usted en esas cuestiones, que no son para cabezas ramplonas y de cuatro suelas.

—Usted es el que no debe meterse en elias—exclamó Carrascosa, sin poderse contener—; y el tiempo que le dejan libre las barbas de sus parroquianos, debe emplearlo en arreglar su casa.

—Oiga usted, señor pedante complutense, canonista, teatino, o lo que sea, váyase a mondar patatas al convento de Móstoles, donde estará más en su lugar que aquí.

—Caballero—dijo Carrascosa, poniéndose del color de un tomate y mirando a todos lados para pedir auxilio, porque, aunque tenía al barbero por lo que era, por un solemne gallina, no se atrevía con aquel corpachón de ocho pies.

—Y ahora que recuerdo—añadió, con desdén, el rapista—, no me ha pagado usted las sanguijuelas que llevó para esa señora de la calle de la Gorguera, hermana del tambor mayor de la Guardia Real.

—¿También me llama usted estafador? Mejor haría el ciudadano Calleja en acordarse de los diecinueve reales que le prestó mi primo, el que tiene la pollería en la calle Mayor; reales que le ha pagado como mi abuela.

—Vamos; que tú y el pollero sois los dos del mismo estambre.

—Sí, y acuérdese de la guitarrilla que le robó a Perico Sardina el día de la merienda de Migas Calientes.

—La guitarrilla, ¿eh? ¿Dice usted que yo le robé una guitarrilla? Vamos, no me venga usted a mí con indirectas... —contestó el barbero, queriendo parecer sereno.

—Véngase usted aquí con pamplinas: si no le conoceremos, señor *Callejón angosto*.

—Anda, que te quedaste con la colecta el día de San Antón. ¡Catorce pesos! Pero entonces eras realista y andabas al rabo de Ostolaza para que te hiciera limpiapolvos de alguna oficina. Entonces dabas vivas al rey absoluto, y en la estudiantina del Carnaval le ofreciste un ramillete en el Prado. Anda, aprende conmigo, que, aunque barbero, he sido siempre liberal, sí, señores. Liberal, aunque barbero; que yo no soy cualquier vendehumos, sino un ciudadano honrado y liberal como cualquiera. Pero miren a estos realistones: ahora han cambiado de casaca. Después que con sus delaciones tenían las cárceles atarugadas de gente, se agarran a la Constitución, y ya están en campaña como toro en plaza, dando vivas a la Libertad.

—Señor Calleja, usted es un insolente.

—¡Servilón!

Esta voz era el mayor de los insultos en aquella época. Cuando se pronunciaba, no había remedio: era preciso reñir.

Ya el arma ingeniosa, que la industria ha creado para el mejoramiento y cultivo de las barbas de la mitad del género humano, se alzaba en la mano del iracundo barbero; ya el agudo filo resplandecía en lo alto, próximo a caer sobre el indefenso cráneo del que fué lego, abate y covachuelista, cuando otra mano providencial atajó el golpe tremendo que iba a partir en dos tajadas a todo un graduado en cánones de la Complutense. Esta mano protectora era la mano robusta de la mujer de Calleja, la cual, desconcertada y trémula al ver desde el rincón de su tienda la actitud terriblemente agresiva de su esposo, dejó con rapidez la labor, echó en tierra al chicuelo, que en uno de sus monumentales pechos se alimentaba, y, arreglándose lo mejor que pudo el mal encubierto seno, corrió a la puerta y libró al pobre Carrascosa de una muerte segura.

Las tres figuras permanecieron algunos segundos formando un bello grupo. Calleja, con el brazo alzado y el rostro encendido; su esposa, que era tan gigantesca como él, le sostenía el brazo; el pobre Gil, mudo y petrificado de espanto. Doña Teresa Burguillos, que así se llamaba la dama, era de formas colosales y bastas; pero tenía en aquellos momentos cierta majestad en su actitud, la cual recordaba a Minerva en el momento de detener la mano de Aquiles, pronta a desnudar el terrible acero clásico. El Agamenón de la covachuela ofrecía un aspecto poco académico en verdad.

—Ciudadano Calleja—dijo aquella señora en tono muy reposado—, no emplees tus armas contra ese pelón, que se pudre a todo pudrir; guárdalas para los tiranos.

Calleja cerró, pues, la navaja y la guardó para los tiranos.

Don Gil se apartó de allí, llevado por algunos amigos, que quisieron impedir una catástrofe: y, poco después, el grupo que allí se había formado estaba disuelto.

La amazona cerró la puerta, y dentro continuó su perorata interrumpida. No

queremos referir las muchas cosas buenas que dijo, mientras el muchacho se apoderaba otra vez del pecho, que tan bruscamente había perdido. Baste decir, para que se comprenda lo que valía doña Teresa Burguillos, que sabía leer, aunque con muchas dificultades, hallándose expuesta a entender las cosas al revés; que, a fuerza de mascullones, podía enterarse de algunos discursos escritos, reteniéndolos en la memoria; que, alentada por la barberil elocuencia y liberalesca conducta de su esposo, se había hecho una gran política, y que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque, más que los *hombres de sable,* le gustaban los *hombres de palabra,* llegando hasta decir que no conocía caballero más galantemente discreto que *Paco*—así mismo—Martínez de la Rosa. Es casi seguro que manifestó deseos de tener delante al *bárbaro Elío* para clavarle sus tijeras en el corazón. Penetremos ahora en La Fontana.

CAPITULO II

EL CLUB PATRIÓTICO

En La Fontana es preciso demarcar dos recintos, dos hemisferios: el correspondiente al café y el correspondiente a la política. En el primer recinto había unas cuantas mesas destinadas al servicio. Más al fondo, y formando un ángulo, estaba el local en que se celebraban las sesiones. Al principio, el orador se ponía en pie sobre una mesa, y hablaba; después, el dueño del café se vió en la necesidad de construir una tribuna. El gentío que allí concurría era tan considerable, que fué preciso arreglar el local, poniendo bancos *ad hoc;* después, a consecuencia de los altercados que este club tuvo con el Grande Oriente, se demarcaron las filiaciones políticas; los exaltados se encasillaron en La Fontana, y expulsaron a los que no lo eran. Por último, se determinó que las sesiones fueran secretas, y entonces se trasladó el club al piso principal. Los que abajo hacían el gasto, tomando café o chocolate, sentían en los momentos agitados de la polémica un estruendo espantoso en las regiones superiores, de tal modo, que algunos, temiendo que se les viniera encima el techo, con toda la mole patriótica que sustentaba, tomaron las de Villadiego, abandonando la costumbre inveterada de concurrir al café.

Una de las cuestiones que más preocupaban al dueño fué la manera de armonizar lo mejor posible el patriotismo y el negocio, las sesiones del club y las visitas de los parroquianos. Dirigió conciliadoras amonestaciones para que no hicieran ruido; pero esto parece que fué interpretado como un primer conato de servilismo, y aumentó el ruido, y se fueron los parroquianos.

En la época a que nuestra historia se refiere, las sesiones estaban todavía en la planta baja. Aquéllos fueron los buenos días de La Fontana. Cada bebedor de café formaba parte del público.

Entre los numerosos defectos de aquel local no se contaba el de ser excesivamente espacioso: era, por el contrario, estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenían el techo no guardaban simetría. Para formar el café fué preciso derribar algunos tabiques, dejando en pie aquellas vigas; y, una vez obtenido el espacio suficiente, se pensó en decorarlo con arte.

Los artistas escogidos para esto eran los más hábiles pintores de muestra de la villa. Tendieron su mirada de águila por las estrechas paredes, las gruesas columnas y el pesado techo del local, y, unánimes, convinieron en que lo principal era poner unos capiteles a aquellas columnas. Improvisaron unas volutas, que parecían tener por modelo las morcillas extremeñas, y las clavaron, pintándolas después de amarillo. Se pensó después en una cenefa que hiciera el papel de friso en todo lo largo del salón; mas como ninguno de los artistas sabía tallar bajorrelieves, ni se conocían las maravillas del cartón-piedra, se convino en que lo mejor sería comprar un listón de papel pintado en los almacenes de un marsellés recientemente establecido en la calle de Majaderitos. Así se hizo, y un día después, la cenefa, engrudada por los mozos del café, fué puesta en su sitio. Representaba unos cráneos de macho cabrío, de cuyos cuernos pendían cintas de flores que iban a enredarse simétricamente en varios tirsos adornados con manojos de frutas, formando todo un conjunto anacreóntico fúnebre, de muy mal efecto. Las co-

lumnas fueron pintadas de blanco con ráfagas de rosa y verde, destinadas a hacer creer que eran de jaspe. En los dos testeros próximos a la entrada se colocaron espejos como de a vara; pero no enterizos, sino formados por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojalata. Estos espejos fueron cubiertos con un velo verde para impedir el uso de los derechos de domicilio que allí pretendían tener todas las moscas de la calle. A cada lado de estos espejos se colocó un quinqué, sostenido por una peana anacreónticofúnebre también, en donde se apoyaba el receptáculo; y éste recibía diariamente de las entrañas de una alcuza, que detrás del mostrador había, la sustancia necesaria para arder macilento, humeante, triste y hediondo hasta más de medianoche, hora en que su luz, cansada de alumbrar, vacilaba a un lado y otro como quien dice *no*, y se extinguía, dejando que salvaran la patria a oscuras los apóstoles de la Libertad.

El humo de estos quinqués, el humo de los cigarros, el humo del café, habían causado considerable deterioro en el dorado de los espejos, en el amarillo de los capiteles, en los jaspes y en el friso clásico. Sólo por tradición se sabía la figura y color de las pinturas del techo, debidas al pincel del peor de los discípulos de Maella.

Los muebles eran muy modestos: reducíanse a unas mesas de palo, pintadas de color castaño, simulando caoba en la parte inferior, y embadurnadas de blanco para imitar mármol en la parte superior, y a medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crin, por innumerables agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro.

El mostrador era ancho; estaba colocado sobre un escalón, y en su fachada tenía un medallón donde las iniciales del amo se entrelazaban en confuso jeroglífico. Detrás de este catafalco asomaba la imperturbable imagen del cafetero, y a un lado y otro de éste, dos estantes, donde se encerraban hasta cuatro docenas de botellas. Al través de la mitad de estos cristales se veían también bollos, libras de chocolate y algunas naranjas; y decimos la mitad de los cristales, porque la otra mitad no existía, siendo sustituída por pedazos de papel escrito, perfectamente pegados con obleas encarnadas. Por encima de las botellas, por encima del estante, por encima de los hombros del amo, se veía saltar un gato enorme, que pasaba la mayor parte del día acurrucado en un rincón, durmiendo el sueño de la felicidad y de la hartura. Era un gato prudente, que jamás interrumpía la discusión, ni se permitía maullar ni derribar ninguna botella en los momentos críticos. Este gato se llamaba *Robespierre*.

En el local que hemos descrito se reunía la ardiente juventud de 1820. ¿De dónde habían salido aquellos jóvenes? Unos salieron de las Constituyentes del año 12, esfuerzo de pocos, que acabó iluminando a muchos. Otros se educaron en los seis años de opresión posteriores a la vuelta de Fernando. Algunos brotaron en el trastorno del año 20, más fecundo, tal vez, que el del 12. ¿Qué fué de ellos? Unos vagaron proscritos en tierra extranjera durante los diez años de Calomarde; otros perecieron en los aciagos días que siguieron a la triste victoria de los cien mil nietos de San Luis. Entre los que lograron vivir más que el inicuo Fernando, algunos defendieron el mismo principio con igual entereza; otros, creyendo sustentarlo, tropezaron con las exigencias de una generación nueva. Encontráronse con que la generación posterior avanzaba más que ellos, y no quisieron seguirla.

Al crearse, el club no tuvo más objeto que discutir en principio las cuestiones políticas; pero, poco a poco, aquel noble palenque, abierto para esclarecer la inteligencia del pueblo, se bastardeó. Quisieron los fontanistas tener influencia directa en el Gobierno. Pedían solemnemente la destitución de un ministro, el nombramiento de una autoridad. Demarcaron los dos partidos: *moderado* y *exaltado*, estableciendo una barrera entre ambos. Pero aún descendieron más. Como en La Fontana se agitaban las pasiones del pueblo, el Gobierno permitía sus excesos para amedrentar al rey, que era su enemigo. El rey, entre tanto, fomentaba secretamente el ardor de La Fontana, porque veía en él un peligro para la Libertad. La tradición nos ha enseñado que Fernando corrompió a alguno de los oradores e introdujo allí ciertos malvados que fraguaban motines y disturbios con objeto de desacreditar

el sistema constitucional. Pero los ministros, que descubrían esta astucia de Fernando, cerraban La Fontana, y entonces ésta se irritaba contra el Gobierno y trataba de derribarle. Fomentaba el rey el escándalo por medio de agentes disfrazados; ayudaba el club a los ministros; éstos le herían; vengábase aquél, y giraban todos en un círculo de intrigas, sin que los crédulos patriotas que allí formaban la opinión conociesen la oculta trascendencia de sus cuestiones.

Pero oigamos a Calleja, que pide a voz en cuello que comience la sesión. Dos elementos de desorden minaban La Fontana: la ignorancia y la perfidia. En el primero ocupaba un lugar de preferencia el barbero Calleja. Este patriota capitaneaba una turba de aplaudidores semejantes a él, y la tal cuadrilla alborotaba de tal modo cuando subía a la tribuna un orador que no era de su gusto, que se pensó seriamente en prohibirle la entrada.

En la noche a que nos referimos, nuestro hombre daba con sus pesadas manos tales palmadas, que sonaban como golpes de batán, y los demás metían ruido dando porrazos en el suelo con los bastones. En vano pedían silencio y moderación los del interior, personas entre las cuales había diputados, militares de alta graduación, oradores famosos. Los bullangueros no callaron hasta que subió a la tribuna Alcalá Galiano.

Era éste un joven de estatura más que regular, erguido, delgado, de cabeza grande y modales desenvueltos y francos. Tenía el rostro bastante grosero, y la cabeza poblada de encrespados cabellos. Su boca era grande y muy toscos los labios; pero en el conjunto de la fisonomía había una clara expresión de noble atrevimiento, y en su mirada, profunda, la penetración y el fuego de los ingenios de la antigua raza

Comenzó a hablar relatando un suceso de la sesión anterior, que había dado ocasión a que salieran de La Fontana Garelli, Toreno y Martínez de la Rosa. Indicó las diferencias de principio que, en lo sucesivo, habían de separar a los moderados de los exaltados, y pintó la situación del Gobierno con exactitud y delicadeza. Pero cuando con más robusta voz y elocuencia más vigorosa hacía un cuadro de las pasadas desdichas de la nación, ocurrió un incidente que le obligó a interrumpir su discurso. Era que se oía en la calle fuerte ruido de voces, el cual creció, formando gran algazara. Muchísimos se levantaron y salieron. El auditorio empezó a disminuir, y, al fin, disminuyó de tal modo, que el orador no tuvo más remedio que callarse.

Cortado y colérico estaba el andaluz cuando bajó de la tribuna (1). El tumulto aumentaba fuera, y, por fin, no quedaron en el café sino cinco o seis personas. Estas querían satisfacer la curiosidad, y, acompañadas del mismo Galiano, salieron también.

En diez minutos, La Fontana se quedó sin gente, y el rumor exterior pasaba, se oía cada vez más lejano, porque andaba a buen paso la oleada de pueblo que lo producía. Todas las señales eran de que había comenzado una de aquellas asonadas tan frecuentes entonces.

Era ya tarde; los quinqués habían llegado al tercer período de su reverberación dificultosa, es decir, estaban en los instantes precursores de su completo aniquilamiento, y las mechas despedían humo más hediondo y abundante. Uno de los mozos se había marchado a dormir; otro roncaba junto a la puerta, y el tercero había salido con los parroquianos. A lo lejos se oía un eco de voces siniestras, las voces del tumulto popular, que rodaba por la villa, agitándola toda.

El cafetero continuaba inmóvil en su mínode. Dos luminosos puntos de claridad verdosa brillaban detrás de él. Era *Robespierre,* que se acercaba a su amo, y, saltando por encima de sus hombros, se ponía delante para recibir una caricia. El dueño del café le pasó la mano afectuosamente por el lomo, y el animal, agradecido, alzó el rabo, arqueó el espinazo, se lamió los bigotes, y, después de estirarse muy a sabor, se volvió a su rincón, donde se agazapó de nuevo.

Frente por frente al mostrador, y en el más oscuro sitio del café, principió a destacarse una figura humana, invisible hasta entonces. Esta persona salía de la sombra, y avanzando lentamente hacia el mostrador, entraba en el foco

(1) El mismo Alcalá Galiano refiere con mucha franqueza este suceso en sus anotaciones a la *Historia de España,* por Dunham.

de la escasa luz que aclaraba el recinto, siendo posible entonces observar las formas de aquel silencioso y extraño personaje.

Era un hombre de edad avanzada, pero en vez de la decrepitud propia de sus años mostraba entereza, vigor y energía. Su cara era huesosa, irregular, sumamente abultada en la parte superior; la frente tenía una exagerada convexidad, mientras la boca y los carrillos quedaban reducidos a muy mezquinas proporciones. A esto contribuía la falta absoluta de dientes, que, habiendo hecho de la boca una concavidad vacía, determinaba en sus labios y en sus mejillas depresiones profundas que hacían resaltar más la angulosa armazón de sus quijadas. En su cuello, los tendones, huesos y nervios formaban como una serie de piezas articuladas, cuyo movimiento mecánico se observaba muy bien a pesar de la piel que las cubría. Los ojos eran grandes y revelaban haber sido hermosos. Por extraño fenómeno, mientras los cabellos habían emblanquecido enteramente, las cejas conservaban el color de la juventud y estaban formadas de pelos muy fuertes, rígidos y erizados. Su nariz corva y fina debió también de haber sido muy hermosa, aunque, al fin, por la fuerza de los años, se había afilado y encorvado más, hasta el punto de ser enteramente igua al pico de un ave de rapiña. Alrededor de su boca, que no era más que una hendidura, y encima de sus quijadas, que no eran otra cosa que una armazón, crecía un vello tenaz, los fuertes retoños blancos de su barba que, afeitada semanalmente en cuarenta años, despuntaban rígidos y brillantes como alambres de plata. Hacían más singular el aspecto de esta cara dos enormes orejas extendidas, colgantes y transparentes. La amplitud de estos pabellones cartilaginosos correspondía a la extrema delicadeza timpánica del individuo, la cual, en vez de disminuir, parecía aumentar con la edad. Su mirada era como la mirada de los pájaros nocturnos, intensa, luminosa y más siniestra por el contraste oscuro de sus grandes cejas, por la elasticidad y sutileza de sus párpados sombríos, que en la oscuridad se dilataban mostrando dos pupilas muy claras. Estas, además de ver mucho, parecía que iluminaban lo que veían. Esta mirada anunciaba la vitalidad de su espíritu, sostenido a pesar del deterioro del cuerpo, el cual era inclinado hacia adelante, delgado y de poca talla. Sus manos eran muy flacas, pudiéndose contar en ellas las venas y los nervios; los dedos parecían, por lo angulosos y puntiagudos, garras de pájaro rapaz.

La piel de la frente era amarilla y arrugada como las hojas de un incunable, y mientras hablaba, esta piel se movía rápidamente y se replegaba sobre las cejas, formando una serie de círculos concéntricos alrededor de los ojos, que remataban en semejanza con un lechuzo. Vestía de negro y en la cabeza llevaba una gorrilla de terciopelo.

Cuando este hombre estuvo cerca del mostrador, levantóse el cafetero con recelo, se fué a la puerta de la calle y escuchó atentamente algún tiempo; volvió, se asomó a un ventanillo que daba al patio y después repitió la misma operación en una puerta que daba a la escalera. De los tres mozos del café, uno solo estaba allí, roncando sobre un banco; el amo le despertó y le despidió. Atrancada bien la puerta, volvió aquél a su trípode, y estableciéndose en ella, miró al del gorro como si esperara de él una gran cosa.

—¡Buena la has armado!—dijo en voz alta, seguro de no ser escuchado por voces extrañas—. ¡Otro alboroto esta noche! Y dicen que la Guardia Real prepara un gran tumulto. Usted, don Elías, debe de saberlo.

—Deje usted andar, amigo; deje usted andar, que ya llegarán—dijo el flaco con voz sonora y profunda.

Y metiendo la mano en el bolsillo, sacó un pequeño envoltorio que, por el sonido que produjo al ser puesto sobre la mesa, indicaba contener dinero. El cafetero miró con singular expresión de cariño al envoltorio, mientras el viejo lo desenvolvió con mucha cachaza y, sacando unas onzas que dentro había, comenzó a contar.

Al ruido de las monedas, *Robespierre* abrió los ojos; y viendo que no era cosa que le interesaba, los volvió a cerrar, quedándose otra vez dormido. El viejo contó diez medias onzas y se las dió al del café.

—Vamos, señor don Elías—dijo éste descontento—, ¿qué hago yo con cinco onzas?

—Por cinco onzas se vende la diosa misma de la Libertad—replicó Elías sin mirar al cafetero.

—Quite usted allá: aquí hay patriotas que no dirán «¡viva el rey!» por todo el oro del mundo.

—Sí; es mucha entereza la de esos señores—exclamó Elías con un acento de ironía que debía de ser el acento habitual de su palabra.

—Vaya usted a ofrecer dinero a Alcalá Galiano y a Moreno Guerra...

—Esos alborotan allá, en las Cortes; de ésos no se trata. Tratamos de los que alborotan aquí.

—Pues le aseguro a usted, señor don Elías de mi alma, que con lo que me ha dado no tengo ni para la correa del zapato del orador más malo de este club.

—Le digo a usted que basta con eso. El señor no está para gastos.

—Y ¡qué tacaño se vuelve el Absoluto! Mala landre le mate, si con estas miserias logra derribar la Constitución.

—Deje usted andar, que ya se arreglará esto—contestó el viejo dando un suspiro. Y al darlo cerró la boca de tal modo, que parecía que la mandíbula inferior se le quedaba incrustada dentro de la superior.

—Pero, don Elías de mis pecados, ¿qué quiere usted que haga yo con cinco onzas...? ¿Qué le pareció aquel sargentón que habló anoche? Dicen que es un bruto; pero lo cierto es que hace ruido y nos sirve bien. Pues me cuesta un ojo de la cara cada párrafo de aquellos que sublevan la multitud y ponen al pueblo encendido... Y ¡hay otros tan reacios, don Elías!... Anteanoche subió a la tribuna uno que suele venir ahí con el barbero Calleja: ¡qué voz de becerro tenía! Empezó a hablar de la Convención, y dijo que era preciso cortar las cabezas de adormidera. Le aplaudieron mucho, y yo confieso que fué una gran cosa, aunque, a decir verdad, no le entendí más que si hubiera hablado en judío. Cuando acabó la sesión quise picarle para que hablara segunda vez; pero no sé si caló mis intenciones: lo cierto es que dijo que me iba a cortar el pescuezo, añadiendo que no me descuidara. ¡Qué susto me llevé! ¡Y esto se me paga tan mal! Aquel discurso que pronunció anoche a última hora el estudiantillo valenciano me costó dos raciones de carne estofada y dos botellas de vino. ¡Ay! Si llegaran a saber estos manejos Alcalá Galiano y Flórez Estrada... Le digo a usted que me voy a reír a gusto.

—Esas son las cabezas de adormidera que es preciso cortar—exclamó el viejo, guiñando el ojo y haciendo con la mano derecha, movida horizontalmente, la señal de quien corta alguna cosa.

—Pues fuera una lástima, porque son buenos chicos. Yo, francamente, se lo digo a usted, aunque soy en lo íntimo de mi corazón partidario amantísimo de mi rey absoluto, cuando oigo a esos muchachos, y especialmente cuando veo a Alcalá Galiano subir a la tribuna y empieza a echar flores por aquella boca, y después culebras, me da un escarabajeo tan grande que me baila el corazón y me dan ganas de abrazarle.

—Déjalos que griten: eso precisamente es lo que se busca. Mira el motín de esta noche; a ellos se les debe. Con muchos así, pronto estallará la cuerda. Eso es lo que quiere el rey. ¡Oh! Ya verás qué pronto se despedazarán unos a otros.

—Pero ¿qué hago yo con cinco onzas? —volvió a decir el dueño del café.

—Ya lo he dicho. El rey no está para despilfarros, y para levantar de cascos a esta gente no es preciso mucho dinero.

—¿Que no? Pregúnteselo usted a aquel lego enclaustrado que escribe *El Azote:* ya me tiene comidas. tres onzas de las que usted me trajo la semana pasada. Pues ¿y aquel oficialito que pronunció hace días aquel fuerte discurso en que dijo: *Calendas Cartago...?*

—*Delenda est Carthago,* querrá usted decir.

—Eso es: *dilenda* o *calenda,* lo mismo da—dijo el del café—. ¡Pues ese oficialito tiene unas tragaderas! Me comió dos empanadas de conejo como dos ruedas de molino. Y, sobre todo, con decirle a usted que para conseguir que Andresillo Corcho saliera por esas calles gritando. como usted vió muy bien el domingo, tuve que pagarle todas sus deudas, que eran ocho meses al casero y qué sé yo cuántos piquillos sueltos a los amigos... Y luego no gana uno para sustos, don Elías. Vuelvo a repetirle a usted que si los liberales de copete descubren estas socaliñas no me dejarán un hueso en su lugar.

—Mucha cautela, ten mucha cautela: nada de papeles escritos, no me dirijas cartas, no fíes al papel ni una idea sobre este punto—le dijo Elías con severidad.

—Y dígame usted—continuó el del café, bajando la voz como si temiera ser oído por *Robespierre—;* dígame usted, ¿cuándo se alza la Guardia Real?

—No sé—dijo Elías, encogiéndose de hombros.

—Dicen que la Santa Alianza ha escrito al rey.

Elías debía de ser hombre prudentísimo, porque contestó «no sé» a secas, como a la primera pregunta.

Entonces se oyó otra vez, aunque muy lejano, el mismo ruido de voces, que hizo salir del club a toda la concurrencia.

—Creo que piensan allanar la casa de Toreno.

—Bien; me alegro—dijo el viejo con siniestra satisfacción—. Veo que empiezan a devorarse unos a otros. No podía suceder otra cosa. ¡Oh! Yo entiendo a esta canalla. Y ¿qué había de suceder? ¿España podrá estar mucho tiempo en manos de una gavilla de pensadores desesperados? Si esto durara, yo dudaría de la Providencia, que arregla a las naciones como da aliento a los individuos. España está sin rey, que es estar sin gloria, sin vida y sin honor. ¿Había, por ventura, Constitución cuando España fué el primer país del mundo? Eso de hacer el pueblo las leyes es lo más monstruoso que cabe. ¿Cuándo se ha visto que el que ha de ser mandado haga las leyes? ¿Sería justo que nuestros criados nos mandaran? Aquí no hay rey ni Dios. Pero esto se acabará; yo te juro que se acabará.

Al decir esto, el viejo abría los ojos y apretaba los puños con furor. El del café no pudo resistir al encanto de tanta elocuencia, levantóse de su trípode y le abrazó. Al alargar sus manos con entusiasmo, una botella cayó y fué rodando hasta dar un golpe a *Robespierre,* el cual, despertando súbitamente, dió un atroz maullido y fué a buscar regiones más tranquilas en lo alto del armario de los bizcochos.

Elías sacó de un bolsillo una pequeña faja negra, que le servía de tapabocas; se la envolvió al cuello y se dispuso a salir. El cafetero, con su oficiosidad acostumbrada en presencia de aquel personaje, se dirigió a abrirle la puerta. Ya principiaba a despuntar el día. El viejo realista salió sin saludar a su amigo y tomó la dirección de su casa.

CAPITULO III

UN LANCE PATRIÓTICO Y SUS CONSECUENCIAS

Don Elías cruzaba la Carrera de San Jerónimo cuando vió que hacia él venían unos cuantos hombres que reían y gritaban dando vivas a la Constitución y a Riego. Trató de evitar el encuentro y tomó la otra acera; pero ellos pasaron también, y uno le detuvo.

Eran cinco individuos, y de ellos tres, por lo menos, estaban completamente embriagados. Nuestro ya conocido Calleja los mandaba. Componíase la cuadrilla de un chalán del barrio de Gilimón y un matutero del Salitre, un caballero particular conocido en Madrid por sus trampas y gran prestigio en la plazuela de la Cebada, y, finalmente, un mocetón alto, flaco y negro, que tenía fama de guerrillero, y del cual se contaban maravillas en las campañas de 1809 y después en los sucesos del 20. El sello de sus hazañas marcaba siniestramente su rostro en un chirlo que le cogía desde la frente hasta el carrillo, cegándole un ojo y abollándole media nariz.

Los cinco detuvieron al anciano.

—¡Mátale, mátale!—dijo con aguardentosa voz el matutero, pinchando con la varita que llevaba en la mano el pecho de Elías.

—No, déjale, Perico; ¿de qué vale despachurrar a este bicho?

—Si es *Coletilla*—exclamó el del chirlo, reconociéndole—. *Coletilla,* el amigo de Vinuesa, el que anda por los clubs para contarle al rey lo que pasa.

—¡Que cante el *Trágala!*—dijo el chalán, que estaba envuelto desde el pescuezo a la rabadilla en un ceñidor encarnado, por entre cuyos pliegues asomaba el puño de uno de aquellos célebres alfileres de Albacete que tanto dan que hacer a la Justicia.

—*Tres Pesetas,* coge por ese brazo al señorito.

Tres Pesetas puso su mano sobre el gorro de Elías y se lo tiró al suelo, dejando al aire la pelada calva del ancia-

no. Carcajada sonora acogió este movimiento.

—¡Miren qué orejazas de mochuelo! —añadió el guerrillero, tirándole de la derecha hasta inclinarle la cabeza sobre el hombro.

—*Pos* no tiene mala cabeza *e pelaílla pa* jugar a los trucos—dijo el matutero, dándole un papirotazo en mitad del cráneo.

El realista estaba lívido de cólera: apretaba los puños en convulsión nerviosa, y en sus ojos brillaron lágrimas de despecho. En esto Calleja, que parecía tener gran autoridad entre aquella gente, se agarró al brazo de Elías, y exclamó riendo con la desenfrenada hilaridad de la embriaguez:

—Ven, bravucón, ven con nosotros. Ciudadanos—prosiguió, volviéndose a los otros—: éste es el gran *Coletilla,* el mismo *Coletilla.* Seremos amigos. Nos va a presentar al rey constitucional para que nos haga...

—*¡Menistros!*—gritó el matutero enarbolando su vara.

—Ciudadanos, ¡viva el rey absoluto, viva *Coletilla!*

—Vamos a *jaserle* comunero de la gran *comuniá*—dijo el matutero—. Primera prueba. ¡Que salte!

—¡Que salte!

—¡Que salte!

Y uno de ellos tomó de la mano a Elías, como para hacerle saltar, mientras otro, empujándole con violencia, le hizo caer al suelo.

—*Zegunda prueba*—chilló *Tres Pesetas*—. Toma esta espada: pincha a uno de nosotros.

Y sacando un sable le dió de plano tan fuerte golpe, que le obligó a caer en opuesto sentido.

—Di ¡viva la Constitución!

—¿Pues no lo ha *e ezir?* Y si no, yo tengo aquí unas *explicaeras*...—vociferó el matutero, sacando su navaja.

—Este tunante fué el que delató al *Cojo de Málaga*—dijo el caballero particular.

—Y el amigo de Vinuesa.

—Señores, éste no es más que *Coletilla,* el gran *Coletilla*—afirmó Calleja con mucha gravedad.

La ferocidad se pintaba en los ojos del matutero y del chalán. El de la cicatriz cogió por el cuello a Elías, y con su mano vigorosa le apretó contra el suelo.

—Suéltalo, *Chaleco;* déjalo tendido.

Es de advertir que el matutero era conocido entre los de su calaña por el extravagante nombre de *Chaleco.*

—Déjamelo a mí—exclamó el chalán—. *Trincalo por el piscuezo: quío* ver lo que tienen esos realistas dentro del buche.

Muy malparado estaba el infeliz Elías; y ya se encomendaba a Dios con toda su alma, cuando la inesperada llegada de un nuevo personaje puso tregua a la cólera de sus enemigos, salvándole de una muerte segura.

Era un militar alto, joven, bien parecido y persona de noble casa sin duda, porque, a pesar de su juventud, llevaba charreteras de una alta graduación. Traía largo capote azul, y uno de aquellos antiguos y pesados sables, capaces de cercenar de un tajo la cabeza de cualquier enemigo. Al verle que se interponía en defensa del anciano, los otros se apartaron con cierto respeto, y ninguno se atrevió a insistir.

—Vamos, señores; dejen ustedes en paz a ese pobre viejo que no les hace ningún daño—dijo el militar.

—Si es *Coletilla,* el mismo *Coletilla.*

—Pero sois cinco contra él, y él es un pobre señor indefenso.

—Eso mismo decía yo—exclamó Calleja, con la misma risa de borracho.

—*Poz* que diga ¡viva el rey constitucional!

—Lo dirá cuando se vea libre de vosotros. Yo respondo de que es un buen liberal y hombre de bien.

—¡Si es un servilón!—exclamó *Chaleco.*

—Y ¿qué queréis hacer con él?—preguntó el militar.

—Poca cosa—dijo *Tres Pesetas,* que era el más atrevido—. No más que abrirle un tragaluz en la barriga *pa* que salgan a misa las *asaúras.*

—Vamos, marchaos a vuestras casas —dijo el militar con mucha entereza—: yo le defiendo.

—¿Usía?

—Sí, yo. Marchaos; yo respondo de él.

—Pues si no *ize* ¡viva la...!

—Di ¡viva la Constitución!—exclamaron todos a la vez, menos Calleja, que se estaba riendo como un idiota.

—Vamos—manifestó el militar, dirigiéndose a Elías—, dígalo usted: es co-

sa que cuesta poco, y, además, hoy debe decirlo todo buen español.

—¡Que lo diga!

—¡Que lo *iga* pronto!

El militar persistía en que dijera aquellas palabras, como un medio de verse libre; pero Elías continuaba en silencio.

—Vamos, padrito, pronto—dijo el matutero.

—¡No!—exclamó Elías con profunda voz y trémulo de indignación.

Entonces *Tres Pesetas* alzó la vara sobre el viejo; los demás se dispusieron a acometerle, y fué preciso que el militar empleara todas sus fuerzas y todo su prestigio para impedir un mal desenlace.

—Diga usted ¡viva la Constitución!

—¡No!—repitió Elías. Y como si recibiera inspiración del Cielo, en un arrebato de supremo valor, exclamó—: ¡Muera!

Los cuatro desalmados rugieron con ira; pero el militar parecía resuelto a defender a Elías hasta el último trance.

—Apartaos—dijo—. Este hombre está loco. ¿No conocéis que está loco?

—Que retire esas palabras—dijo riendo siempre Calleja, que aun en la embriaguez blasonaba de usar con propiedad las fórmulas parlamentarias.

—¿Qué *ritire* ni *ritire?*

—Sí, está loco—dijo *Chaleco*—; y si no está loco está bo..., bo..., borracho.

—¡Eso es..., eso...: borracho!—gritó Calleja, que al fin había necesitado apoyarse en la pared para no caer en tierra.

Algunos vecinos se habían asomado; algunos transeúntes trabaron conversación con el venerable *Tres Pesetas,* y ya sea que un ebrio se distrae fácilmente, ya que les impusiera temor la actitud firme del militar, lo cierto es que los cuatro amigos de Calleja dejaron en paz a Elías, el cual, ayudado de su protector, se levantó como pudo y se puso el gorro, que casi había perdido la forma bajo los pies del matutero. El militar, al detener con un vigoroso esfuerzo el movimiento agresivo de *Chaleco* contra Elías, se rozó la mano izquierda con la extremidad puntiaguda de la empuñadura de la navaja que el mozo llevaba en la faja. Esta rozadura le levantó un poco la piel y le hizo derramar alguna sangre. El militar se envolvió la mano en un pañuelo, y con la derecha tomó el brazo del viejo. Este se hallaba magullado, roto y en un estado de desfallecimiento tal que no podía andar sino a pasos cortos y vacilando a cada momento.

El militar le sostuvo con fuerza, y andando con él muy lentamente, le preguntó dónde estaba su casa para llevarle a ella. Elías, sin contestarle, le encaminó haciéndole señas por la calle de Alcalá, dirigiéndose a la del Barquillo, para tomar al fin la de Válgame Dios, donde aquel buen hombre vivía.

El joven militar era, sin duda, poco amante del silencio, y de carácter alegre y comunicativo, porque por el camino comenzó a hablar con singular volubilidad, pareciendo que el obstinado mutismo del viejo estimulaba más su prolija locuacidad.

No podemos transcribir los términos precisos en que habló éste, que desde ahora es nuestro amigo y nos acompañará en todo el tránsito de esta dilatada historia; pero conociendo su carácter como lo conocemos, es seguro que no será aventurado poner en boca suya estas o parecidas palabras:

—Hay que deplorar, amigo mío, en esta imperfecta vida humana, que las cosas mejores y más bellas tienen siempre un lado malo; fatal oscuridad que proyecta en breve parte de su esfera lo más resplandeciente y luminoso. Las instituciones más justas y buenas, ideadas por el hombre para producir efectos de bien común, ofrecen en los primeros tiempos de práctica extraños resultados, que hacen dudar a los de poca fe de la bondad y justicia de ellas. Los hombres mismos que fabrican un objeto de sutil mecanismo vacilan en los primeros momentos del uso, no aciertan a regular su compás y reposado movimiento. La libertad política, aplicación al gobierno del más bello de los atributos del hombre, es el ideal de los estados. Pero ¡qué penosos son los primeros días de práctica! ¡Cómo nos aturde y desespera el primer ensayo de esta máquina! El mayor inconveniente es la impaciencia. Hay que tener perseverancia y fe, esperar a que la Libertad dé sus frutos y no condenarla desde el primer día. ¿No sería loco el que plantando un árbol lo arrancara desesperado al ver que no echaba raíces, crecía y daba flores y frutos al primer día?

Es probable que el militar no emplea-

ra estos mismos términos; pero es seguro que las ideas eran las mismas. Lo cierto es que al concluir esperó a ver si su peroración producía algún efecto en el viejo; pero éste, sumamente abstraído, daba muestras de no atender a sus palabras y de hacer en su interior otras consideraciones no menos trascendentales y profundas.

—Es de deplorar—continuó el militar, reforzando su elocuencia con un poco de mímica—; es de deplorar que los primeros derechos concedidos por la Libertad sean mal empleados por algunos hombres. El hábito de la libertad es uno de los más difíciles de adquirir, y tenemos que sufrir los desaciertos de los que por su natural rudeza tardan más en adquirir este hábito. Pero no desconfiemos por eso, amigo. Usted, que es, sin duda, buen liberal, y yo, que lo soy muy mucho, sabremos esperar. No maldigamos al sol porque en los primeros momentos de la mañana produce molestia en nuestros ojos cuando salen bruscamente de la oscuridad y del sueño.

Paróse por segunda vez el joven para tomar aliento y ver si la fisonomía del anciano daba señales de aprobación; pero no observó en aquel rostro singular otra cosa que abstracción y melancolía.

—Esos que le han detenido a usted —continuó el militar—no son liberales. O son agentes ocultos de absolutismo o ignorantes soeces, sin razón ni conciencia. O libertinos sin instrucción, o alborotadores asalariados. ¿Será preciso quitarles la libertad y no devolvérsela hasta que reciban educación o castigo? Entonces, ¿habrá libertad para unos y para otros no? Ha de haberla para todos o quitársela a todos. Y ¿es justo renunciar a los beneficios de un sistema por el mal uso que algunos pocos hacen de él? No. Más vale que tengan libertad ciento que no la comprenden, que la pierda uno solo que conoce su valor. Los males que con ella pudieran ocasionar los ignorantes son inferiores al inmenso bien que un solo hombre ilustrado pueda hacer con ella. No privemos de la libertad a un discreto por quitársela a cien imprudentes.

El joven se paró por tercera vez por dos razones: primera, porque no tenía más que decir—insistimos en que no empleó las mismas palabras—, y segundo, porque el viejo, al llegar a su calle, se detuvo en una puerta y dijo:

—Aquí.

El viejo había concluído y el militar iba a dejar a su nuevo amigo; pero notó que estaba éste cada vez más desfallecido y corría peligro de no poder subir si le abandonaba. El locuaz y discreto joven entró, pues, en la casa sosteniendo al realista, que apenas podía dar un paso.

La mansión de Elías se ostentaba en la mitad de la calle de Válgame Dios, donde hacía veces de palacio. Colocada entre dos casas a *la malicia,* aparecía allí con proporciones gigantescas, sin que por eso tuviera más que dos pisos altos, de los cuales el superior gozaba la singular preeminencia de ser habitado por nuestro héroe.

La fachada era mezquina, fea. El cuarto bajo servía de oficina a las ruidosas ocupaciones de un machacador de hierro que surtía de sartenes, asadores y herraduras a todo el barrio del Barquillo. Los balcones del principal eran fiel remedo de los jardines colgantes de Babilonia, porque había en ellos muchos tiestos con flores, muchas matas que estaban en camino de ser árboles, juntamente con tres jaulas de codornices y dos reclamos que por la noche daban armonía a toda la calle. En medio de esta selva y de estos gorjeos se veía una muestra de *Prestamista sobre alhajas.*

El portal era angosto y muy largo. Para llegar a la escalera, que estaba en lo profundo, se corrían mil peligros a causa de las sinuosidades del terreno, en el cual los hoyos, llenos de inmundicia, alternaban con puntiagudos guijarros, alzados media cuarta. La escalera era angosta, y sus paredes, blanqueadas en tiempo de Felipe V, cuando menos, se hallaban en el presente siglo cubiertas de una venerable capa de mugre, excepto en la faja o zona por donde rozaban los codos de los que subían, la cual tenía singular pulimento. En uno de los tramos había, no un candil, sino el sitio de un candil manifestado en una gran chorrera de aceite hacia abajo, una gran chorrera de humo haçia arriba, y en la convergencia de ambas manchas un clavo ennegrecido.

Llegaron al segundo, y el militar lla-

mó. Sin duda, alguna persona esperaba con impaciencia, porque la puerta se abrió al momento. Abrióla una joven como de dieciocho años de edad, que al ver el aspecto abatido del viejo, y sobre todo al ver que un desconocido le acompañaba, cosa sin duda muy rara en él, dejó escapar una exclamación de temor y sorpresa.

—¿Qué hay? ¿Qué le ha pasado a usted?—dijo, cerrando la puerta después que los dos estaban en el pasillo.

E inmediatamente marchó delante y abrió la puerta de una sala, donde entraron los tres. El anciano no habló palabra y se dejó caer en un sillón con muestras de dolor.

—Pero ¿está usted herido? ¿A ver? Nada—dijo la joven examinando con mucha solicitud a Elías y tomándole la mano.

—No ha sido nada—dijo el militar, que se había descubierto respetuosamente—; no ha sido nada; pasaba hace un momento por la calle, y cinco hombres soeces que le encontraron quisieron que cantara no sé qué cosa, y el señor, que no estaba para cantos, se negó.

La joven miró al militar con expresión de estupor. Parecía no comprender nada de lo que éste había dicho.

—Eran unos borrachos que quisieron hacerle daño; pero pasé yo felizmente... No se asuste usted: no tiene nada.

Elías parecía un poco repuesto; apartó con despego a la joven y su semblante principió a serenarse.

—¡Ay! Qué miedo he tenido esta noche—dijo la joven—. Esperándole hora tras hora y sin parecer... Luego esos alborotos en la calle... A medianoche pasaron por ahí unos hombres gritando. Pascuala y yo nos escondimos allí dentro y nos sentamos en un rincón temblando de miedo. ¡Cómo gritaban! Después sentimos muchos golpes... Decían que iban a matar a uno. Nosotras nos pusimos a llorar. Pascuala se desmayó; pero yo procuré animarme, y juntas empezamos a rezar de rodillas delante de la Virgen que está allí dentro. Después se fué alejando el ruido; sentimos unos quejidos en la calle. ¡Ay!, no lo quiero recordar. Todavía no se me ha quitado el susto.

El militar oyó con interés estas palabras; pero sin dejar de oírlas dirigió su atención a reconocer el sitio en que se hallaba y a examinar el aspecto de la amable persona que en él vivía.

La casa era modesta; pero la sencillez y el aseo revelaban en ella un bienestar pacífico.

La joven llamó su atención más que la casa. Clara—que así se llamaba—representaba más de dieciocho años y menos de veintidós. Sin embargo, estamos seguros de que no tenía más que diecisiete. Su estatura era más bien alta que baja, y su talle, su busto, su cuerpo todo tenían las formas gallardas y las bellas proporciones que han sido siempre patrimonio de las hijas de las dos Castillas. El color de su rostro, propiamente castellano también, era muy pálido, no con esa palidez intensa y calenturienta de las andaluzas, sino con la marmórea y fresca blancura de las hijas de Alcalá, Segovia y Madrid. En los ojos negros y grandes había puesto todos sus signos de expresión la tristeza. Su nariz era delgada y correcta, aunque demasiado pequeña; su frente pequeña también, pero de un corte muy bello; su boca muy hermosa y embellecida más por la graciosa forma de la barba y la garganta, cuya voluptuosidad y redondez contribuía a hacer de su semblante uno de los más encantadores palmos de cara que se había ofrecido a las miradas del militar desconocido, el cual—digámoslo de paso—era hombre corrido en asuntos femeninos.

El peinado de Clara podía rigurosamente ser tachado de provinciano, porque se alzaba en un moño de tres tramos sobre la corona. Este modo de peinarse era ya desusado en la corte; pero la belleza suele generalmente triunfar de la moda, y Clara estaba muy bien con su trenza piramidal. El traje era de los que usaba entonces la clase no acomodada, pero tampoco pobre; es decir, un guardapiés de tela clara con pintas de flores, mangas estrechas hasta el puño, talle un poco alto y el corte del cuello cuadrado y adornado de múltiples encajes.

La investigación del militar duró mucho menos de lo que hemos empleado en describir la figura. Durante algunos segundos estuvieron los tres personajes inmóviles el uno frente al otro, sin decir palabra, hasta que el viejo, como continuando una peroración interior, exclamó con un repentino acceso de ira

y lanzando de sus ojos, rápidamente iluminados, una mirada feroz:

—¡Infames, perros! Quisiera tener en mi mano un arma terrible que en un momento acabara con todos esos miserables. ¡Ah! Pero ellos no tienen la culpa. Tienen la culpa los otros, los sabios, los declamadores, los que los educan, esos malvados charlatanes que profanan el don de la palabra en los infames conciliábulos de las Cortes. Tienen la culpa los revolucionarios, rebeldes a su rey, blasfemos de su Dios, escarnio del linaje humano. ¡Oh Dios de justicia! ¿No veré yo el día de la venganza!

El militar estaba atónito y algo corrido. Parecíale que aquélla era una réplica indirecta a su expresiva disertación del camino; y aunque se le ocurrió contestarla, vió en el rostro de Elías una expresión de contumacia y ferocidad que le intimidó. Su atención estaba, en parte, reconcentrada en la compañera del realista. Clara miraba al viejo con la indiferencia propia de la costumbre, y al mismo tiempo miraba a su protector como si se avergonzara de la extrañeza que le causaban las palabras del viejo.

El militar, poco cuidadoso al fin de las imprecaciones del realista, comenzó a sentir interés hacia aquella pobrecilla, que, sin saber por qué, le inspiró mucha lástima desde el principio.

Pero llegó un momento en que el joven sintió su situación embarazosa. Elías continuaba en voz baja su soliloquio sin cuidarse de él; era preciso marcharse; y eso de marcharse sin satisfacer un poco la curiosidad y hablar otro poco con la joven no le gustaba. Miró a Elías con insistencia y se acercó a él; pero éste no daba muestras de fijar en el otro la atención, ni tenía gratitud, ni afecto, ni cortesía, ni era, al parecer, cortado por el común patrón de los demás hombres. Al fin, viéndole tan abstraído, resolvió tomar pretexto de la protección que le había dispensado para hacer hablar a la muchacha.

—No tema usted nada—le dijo, en voz baja, apartándose hacia la ventana—. No ha recibido golpe ninguno. Está aterrado por la sorpresa y la ira; pero se calmará.

—Sí, se calmará... un poco.

—Y se pondrá contento.

—Contento, no.

—Cuidado: por usted no estará triste.

Esto, que podía pasar por una galantería, no hizo efecto ninguno en Clara Volvióse para mirar a Elías, que continuaba en la misma postura, gesticulando a solas. De tiempo en tiempo profería sus adjetivos predilectos:

—¡Malvados, perros!

El militar arriesgó entonces la pregunta, y bajando más la voz, y apartándose hasta llegar al hueco de la ventana, dijo:

—Tal vez será indiscreción la pregunta que voy a hacerle a usted; pero me disculpa el gran interés que por ese caballero me he tomado y el deseo de servirle bien en lo que pueda. ¿Este señor está en su cabal juicio?

Clara miró al militar con expresión de gran asombro; y como si la pregunta fuera una revelación, contestó:

—¿Loco?...—y después de una pausa, añadió, encogiéndose de hombros—: No sé.

La curiosidad del militar creció.

—No lo tome usted a agravio; pero su conducta, sus palabras en aquella pendencia, lo sombrío de su aspecto, lo que ahora acaba de decir, me hacen creer que padece una enajenación.

Clara miraba al joven con expresión que tenía algo de afirmativa.

—Yo no sé—dijo al fin—. El pobrecito padece mucho. Yo también padezco de verle. No está nunca alegre: a veces creo que se me va a morir en un arrebato de ira. Pasa las noches leyendo libros, escribiendo cartas, y, a veces, habla consigo mismo como ahora. A Pascuala y a mí nos da mucho miedo: le sentimos levantarse y pasear precipitadamente, dando vueltas en este cuarto. De día sale temprano, y está fuera toda la noche.

El militar sintió aumentarse la compasión que Clara le inspiró desde el principio, porque le parecía que aquella infeliz era una mártir que sufría resignada los atropellos de un loco.

—Pero usted—dijo con el mayor interés—, ¿no es víctima de sus bruscos ademanes? ¿No la maltrata a usted? Entonces sería cosa de declararle rematado.

—¿A mí? No—dijo Clara—; no me ha maltratado nunca.

Parecerá extraño que Clara, sin cono-

cer al militar, le hiciera declaraciones que parecen de íntima confianza; pero esto, que en circunstancias ordinarias sería raro, en este caso no lo era. Clara había vivido siempre en compañía de aquel viejo: era huérfana, no tenía parientes ni amigas, no salía nunca, no se comunicaba con nadie, se consumía en el desierto de aquella casa, sin otra cosa que algunos recuerdos y algunas esperanzas, que luego conoceremos. Su carácter era extremadamente sencillo: un incidente imprevisto le ponía delante a un hombre cortés y generoso que para satisfacer su curiosidad empleaba hábiles recursos de conversación, y ella le dijo lo que quería saber; se lo dijo obedeciendo a una poderosa necesidad de desahogo, hija de su aislamiento y melancolía.

El curioso no se atrevía a continuar investigando: ya iba a despedirse, mal de su grado, cuando Clara vió que tenía una mano ensangrentada, y exclamó sobrecogida:

—¡Está usted herido!

—No es nada: un rasguño.

—Pero sale mucha sangre. ¡Jesús! Tiene usted la mano destrozada.

—¡Oh! No es nada... Con un poco de agua...

—Voy al momento.

Clara se marchó muy aprisa y volvió a poco rato, entrando en la habitación inmediata: traía una jofaina, que puso sobre la mesa, y llamó al militar, que no tardó en acercarse.

—¿Y tiene familia?—dijo éste, tocando el agua con la mano para ver si estaba muy fría.

—¿Familia?—contestó Clara con su naturalidad acostumbrada—. No: me quería mucho. Yo deseo tanto que se le quiten de la cabeza esas manías... Antes era muy bueno para mí, y estaba muy alegre... Yo era muy niña entonces.

—Antes era muy bueno. ¿Y ahora no lo es?

—Sí; pero ahora... Como tiene tantas cosas en qué pensar...

—¿Y desde cuándo ha variado?

—Hace mucho tiempo, cuando hubo muchos alborotos y dijeron que iban a matar a... ¿al rey?..., no sé a quién. Pero antes de eso ya estaba casi siempre alterado. Cuando yo era muy niña... No..., entonces salíamos los domingos a paseo, y me llevaba a Chamartín y comíamos en el campo con Pascuala.

—¿Y ahora no sale usted nunca de aquí?

—Nunca—dijo Clara, como si aquella soledad en que vivía fuera la cosa más natural del mundo.

El militar se interesaba cada vez más por la persona que tan repentinamente había conocido. Cada vez sospechaba más que aquella infeliz era víctima de las brutalidades del fanático. Desde el sitio en que se hallaba, veía al viejo sentado en un sillón y entregado a su mudo frenesí. Mirando después a Clara, cuya gracia sencilla y melancólica franqueza formaban contraste con el terrible realista, se aumentaron su confusión, su curiosidad y sus temores.

—¿Y usted no sale para distraerse, para ver y reponerse de estar aquí encerrada tanto tiempo?—le dijo, casi conmovido.

—¿Yo?... ¿Para qué salgo? Me pongo triste cuando salgo. No veo la calle sino cuando voy a las Góngoras los domingos muy temprano; pero al verme fuera me parece que estoy más sola que aquí.

—¿Y él no tiene empeño en que usted se divierta, en que pase agradablemente la vida?—dijo el militar, casi asustado de su curiosidad y mirando de soslayo a Elías para ver si atendía a su conversación.

—¿El? Pero yo no quiero divertirme..., porque... ¿qué voy a hacer fuera de aquí? El dice que debo estar siempre en la casa.

—Pero ¿usted no trata a nadie, no ve a nadie?

—A Pascuala, que me quiere mucho.

Ya el militar tenía ganas de saber quién era aquella Pascuala.

—Y esa Pascuala, ¿es amiga de usted?

—Es la criada.

—Ya... ¿Y no tiene usted más amiga? A la edad de usted es natural y conveniente la amistad de las jóvenes, y, sobre todo, no se puede vivir de esa manera. Es preciso...

—Yo estoy bien así. El dice que no debo conocer a nadie.

—¿Y la obliga a usted a llevar esta vida tan triste?

—No me obliga. Yo, si quisiera, podría salir. El no está nunca aquí. Pero yo... Dios me libre... ¿Adónde había de ir?

El militar no sabía qué pensar. ¿Qué

relaciones existían entre aquel monomaníaco y aquella joven? ¿Sería su padre, su marido?... «No—decía para sí—. Es repugnante sospechar que puedan existir los vínculos del matrimonio entre los dos.»

—No extrañe usted mis preguntas—dijo, continuando con ansiedad—; pero me interesan mucho ustedes dos. ¿Y a él nadie le visita, nadie viene a verle?

—Conoce mucho a unas señoras, que llaman las señoras de Porreño. Son nobles y fueron muy ricas.

—¿Y vienen aquí?

—Muy pocas veces. El las quiere mucho.

—Y ésas, que presumo serán personas de buenos sentimientos, ¿no le tienen a usted cariño, no la quieren?

—¿A mí? Una vez me dijeron que yo parecía ser una buena muchacha.

—¿Y nada más? ¿No le han dicho más?

—¡Ah! Son muy buenas. El dice que son muy buenas. Una de ellas dicen que es santa.

Estas declaraciones eran dichas por Clara con una ingenuidad tan espontánea, que conmovía al que pudiera oírlas. Para que el lector, que aún no conoce la infinita bondad de este carácter, no extrañe la franqueza leal y la sublime indiscreción de la pobre Clara, añadiremos que durante años enteros esta desgraciada no veía más personas que don Elías, Pascuala y a veces, muy de tarde en tarde, las tres melancólicas efigies de las señoras de Porreño. Su vida era un silencio prolongado y un hastío lento. Tan sólo pudieron reanimarla y darle alguna felicidad los cuarenta días que seis meses antes de estos sucesos había pasado en Ateca, pueblo de Aragón, adonde Elías la mandó para que disfrutara del campo. Más adelante veremos por qué tomó Elías esta determinación, y lo que resultó del viaje de Clara.

—Pero ¿es posible—continuó el militar, olvidado de que Elías estaba cerca—, es posible que pase usted la vida de esta manera, sin más compañía que la de ese hombre? ¿Y no ha salido usted nunca de aquí, no ha ido al campo?

—Sí. Estuve unos días fuera, hace seis meses.

—¿En dónde?

—En Ateca. El me mandó. Me puse mala, y fuí allá a restablecerme. Estuve en su pueblo.

—Ya...—dijo el militar, contento de haber encontrado un motivo, aunque pequeño, para suponer que aquel hombre no era enteramente feroz.

—¿Y lo pasó usted bien?

—¡Ah, sí! Me alegré mucho de estar allí.

—¿Y no quiere usted volver?

—¡Oh, sí!—exclamó Clara, sin poder contener una exclamación expansiva.

—Usted no debe estar aquí; usted tiene el corazón más bondadoso que puede existir. ¿Para qué, sino para la sociedad, puede haber creado Dios un conjunto de gracias y méritos semejantes? ¡A cuántos podría usted hacer felices! ¿No ha pensado en esto? Piense usted en esto.

Clara no pareció hacer caso de la galantería. Quedó en silencio y con los ojos bajos, tal vez ocupada en *pensar en aquello* como el joven le aconsejó. ¿Quién sabe cuáles serían sus reflexiones en aquellos momentos?

El curioso esperaba una contestación, cuando Elías, mirando hacia la habitación en que hablaban, exclamó:

—¡Clara! ¡Clara!

El militar se dirigió rápidamente hacia él, y disimulando su turbación, le dijo:

—Caballero, no he querido marcharme hasta estar seguro de su mejoría. Aquí le contaba a esta niña el caso, y le hacía una relación de la imprudencia de aquellos hombres. Ya le veo a usted tranquilo y fuerte, y me retiro, diciéndole que puede disponer de mí para cuanto yo pueda serle útil.

—Gracias—contestó secamente Elías—. Clara, acompaña a este caballero.

Era preciso retirarse; ya no había pretexto alguno para permanecer allí. Su mano estaba perfectamente vendada y su protegido le había indicado la puerta. El impresionable joven no sabía qué hacer para no salir. Miró a Clara para ver si leía en sus ojos el deseo de que no se marchara; pero ella manifestaba la mayor indiferencia, y hasta se había adelantado a abrir la puerta.

No había más remedio. El militar tendió su mano al realista, que alargó dos dedos fríos y huesosos, y salió de la sala; al llegar a la puerta, quiso entablar de nuevo la conversación, pero la

reverencia que le hizo la joven acabó de desesperarle. Salió, y se paró fuera otra vez.

—No olvide usted lo que le he dicho. Usted no puede vivir de esta manera —dijo, bajando el primer escalón—. Es preciso que usted...

—¡Clara! ¡Clara!—exclamó el fanático desde dentro con voz fuerte.

Clara cerró la puerta, y el militar se quedó, cortado y aturdido, en la escalera. Su primer intento fué llamar otra vez, llamar hasta que ella saliera; pero reflexionó en lo imprudente de semejante conducta. Bajó con lentitud. «¿Qué misterio hay en esta casa?», decía para sí. Al hallarse en la calle sintió más viva su curiosidad, y la compasión hacia la joven era más intensa.

—¿Es su hija, es su mujer, es su sobrina, es su protegida?—exclamó—. ¡Oh! No es posible renunciar a saber los secretos de esta casa. ¿Cómo renunciar a oírlos de la boca de Clara, que los confiaba con tanta ingenuidad?

Anduvo un buen trecho por la calle, y se paró, miró a la casa.

—*Ella* misma no me recibirá—dijo—. Esto ha sido una casualidad. Y si vuelvo, ¿con qué pretexto?... ¡Cuánto debe de padecer esa infeliz! Tiene cara de sufrir mucho... en compañía de esa fiera, sin ver a nadie ni hablar con nadie...

Maquinalmente, se dirigió otra vez a la casa, y, continuando su soliloquio, decía:

—Tal vez la riña por haber hablado conmigo; tal vez, aparentando distracción, oyó cuanto me dijo, se habrá ofendido y la maltratará.

Entró, subió, procurando no ser sentido. Llegó a la puerta y se detuvo. Su mano tomó maquinalmente el cordón de la campanilla. Si hubiera sentido el menor rumor de disputa, si hubiera sentido la voz agria del viejo, habría llamado con todas sus fuerzas. Pero nada sintió; aplicó el oído. Un silencio sepulcral reinaba en la casa. De repente sintió una voz de mujer que cantaba; sintió pasar una persona rápidamente por el pasillo en que estaba la puerta; sintió el ruido del traje, rozando con las paredes al correr, y sintió la voz, la voz, que al pasar tan cerca, resonó con timbre delicado y expresivo. Era Clara, que cantaba y corría. ¿Era, acaso, feliz? Nuevo misterio.

El curioso se sintió más confundido: soltó el cordón, y, paso a paso, y muy quedito, bajó, mirando a todos lados con cautela, como un ladrón. Salió a la calle; marchó, resuelto a alejarse; llegó a la esquina, se paró, miró a la casa; y, al fin, tomando una resolución, emprendió su camino en dirección a su casa, donde le dejaremos por ahora, preocupado y aturdido, para volver a ocuparnos de los amigos de la calle de Válgame Dios, cuya vida y caracteres necesitan historia y explicación.

CAPITULO IV

COLETILLA

El hombre extraño que conocemos con el nombre de Elías nació allá, en el año de 1762, en el pueblo de Ateca, lugar aragonés que se encuentra como vamos de Sigüenza a Calatayud. Fueron sus felices padres Esteban Orejón y Valdemorillo y Nicolasa Paredes: él, labrador honrado; ella, hija única del vinculero más rico del vecino pueblo de Cariñena. A los nueve meses justos de matrimonio nació un tierno vástago que, por las circunstancias que a la preñez y al parto acompañaron, a grandes empresas y notables prodigios estaba destinado. Es el caso que doña Nicolasa tuvo allá por el quinto mes un sueño extraordinario, en el cual vió que el fruto de su vientre, ya crecido y entrado en años, era arrebatado al cielo en un carro de fuego; más tarde, la buena señora daba en soñar todas las noches que su hijo era consejero de Despacho, padre provincial, veinticuatro, racionero, deán y hasta obispo, rey, emperante o, cuando menos, papa o archipapa.

Llegó, al fin, el alumbramiento, y, encomendándose a Dios y a cierto comadrón que había en Ateca, hombre de gran ingenio, dió a luz un niño, el cual no entró en el mundo con señales de elegido entre los elegidos, sino tan flaco, enteco y encanijado, que no parecía sino que su madre, distraída en aquel perpetuo soñar de coronas y tiaras, había apartado su organismo de la nutrición del muchachejo.

Pero, aunque éste nació como cualquier hijo del hombre, no por eso dejaron de verificarse al exterior algunos

prodigios. Observóse en el cielo de Ateca la conjunción nunca vista de las siete Cabrillas con Mercurio; la Luna apareció en figura de anillo, y, al fin, salió por el horizonte un cometa que se paseó por la bóveda del cielo como Pedro por su casa. El boticario del pueblo, que se daba a observar los astros, entendía algo de judiciaría y tenía sus pelos de nigromante, vió todas aquellas cosas celestiales aparecidas en el cielo de Ateca, y dijo con gran solemnidad que eran señales de que aquel niño sería pasmo y gloria del universo mundo. La conjunción significaba que dos naciones se unirían contra él; el cometa, que él los vencería a todos, y el anillo de la Luna, a cualquiera se le alcanzaba que era signo de la inmortalidad.

—Porque—decía don Pablo (que así se llamaba el boticario)—, a mí no se me escapa nada en esto de círculos celestiales; y cosa que yo barrunto, ello ha de ser verdad, como esto es chocolate.

Efectivamente: chocolate, y del mejor de Torroba, era el que durante los solemnes augurios tomaba, merced a la gratitud generosa de los Orejones.

En el bautismo hubo un holgorio que déjelo usted estar. Hubo en gran abundancia vino aragonés, grandes ensaimadas, bollos de a cuarta, hogazas de a media vara, gran pierna de carnero, pimientos riojanos y unos bizcochos como el puño, fabricados por las monjas del Carmen Descalzo, de Daroca. El más obsequiado era don Pablo, a causa de sus augurios, que él consideraba dignos de grabarse en bronces y pintarse en tablas. Entusiasmado por la generosidad con que pagaban sus trabajos astronómicos, compuso una décima, en que llamaba a los Orejones *protectores de la Ciencia.*

El niño crecía. Inútil es decir que, durante su infancia, parecían adquirir fundamento las esperanzas de sus padres. ¡Qué procacidad! Todo lo que el niño hacía era prodigioso, nunca visto ni oído. Abría la boca para articular una sílaba: ya había dicho una sentencia. ¿Pedía la teta? Aquello era, según la opinión del astrólogo, un incomprensible aforismo. Pasaban dos, cuatro y seis años, y, con la edad, crecía la fama del joven Orejoncito.

—¿Sabe usted lo que he visto, señora Nicolasa?—decía el farmacéutico un día, con cierto tono de misterio que asustó a la buena mujer.

—¿Qué hay, señor don Pablo Bragas?

—Que Elisico estaba ayer jugando con unas gallinas, y les pegaba a los pollos con una caña, que, a ser manejada por más fuertes manos, no les dejara con vida. «Muchacho—le dije—, ¿por qué castigas a esos animalejos?» «Porque son pollos—contestó—, y los quiero matar.» «¿Y qué te han hecho, verduguillo?» «Les estoy mandando que digan *pío,* y no quieren.» Vea usted, señora doña Nicolasa, vea usted. Esto está fuera de lo común por la sentencia y el gran tuétano que encierra: *Quia pulli sunt.* Lo mismo dijo el Dialéctico cuando zurraba a los jansenistas: *Quia hercœti sunt!*

Doña Nicolasa Paredes, dicho sea en honor de la verdad, no comprendía muy bien el *tuétano* que encerraban las palabras de su hijo; pero, agradecida a las cariñosas profecías de don Pablo Bragas, tendió un mantel y puso delante del amigo una taza de sopas en caldo gordo, que darían rabia a un teatino.

Elías creció más, y, siguiendo la discreta opinión de un lector del convento de dominicos de Tarazona, que fué a predicar a Ateca el día de la Patrona del pueblo, le mandaron a estudiar Humanidades con los padres de dicho convento. Ya tenía doce años; allí creció su reputación, y a poco fué tan gran latino, que ni Polibio, ni Eusebio, ni Casiodoro se le igualaran.

Tenía quince años cuando se celebró un consejo de familia para resolver si se le mandaba al Seminario de Tudela o la Universidad de Alcalá; pero, al fin, fueron tantas y de tanto peso las razones de don Pablo Bragas en favor de la Complutense, que se adoptó su dictamen. El prodigio de la Naturaleza fué puesto sobre un macho, en compañía de unas alforjas que encerraban algunas tortas y dos azumbres de vino: y después de algunos lloriqueos de doña Nicolasa y de algunos dísticos que ensartó el de los astros, Elías partió en dirección de la patria del inmortal Cervantes, adonde llegó en cuatro días de viaje.

Entonces doña Nicolasa tuvo una hija. Ningún trastorno sufrió la Naturaleza en su nacimiento.

Elías estudió en Alcalá Cánones y Teología. Durante sus estudios, en que mostró grande aplicación, los maestros

no cesaron de poner en las mismas nubes al que tanto honraba la ilustre estirpe de los Orejones. Unos esperaban en él un Luis Vives; otros, un Escobar; cuál, un Sánchez; cuál, un Vázquez o un Arias Montano. Y, efectivamente, el joven era aplicado. Pasábase las noches en vela, devorando a Eusebio, a Cavalario y a Grotius. Atarugábase con enormes raciones diarias del libro *De locis teologices*, y cuando iba a clase descollaba entre todos. Entonces principiaron a marcarse los rasgos fundamentales de su carácter, el cual consistía en orgullo muy grande, unido a gran sequedad de trato y a rigidez de maneras, por lo cual sus compañeros no le tenían ningún cariño.

Pero su reputación de sabio era general. Fué a su pueblo, y, al entrar en él, lo primero que vió fué la venerable efigie de don Pablo Bragas, que le saludó con un pomposo arqueo de cintura. Junto a él estaban el alcalde, el cura y lo más notable de Ateca, incluso el herrador. Bragas sacó un papel del bolsillo y leyó un discurso, mitad en latín, mitad en castellano, que aplaudieron todos, menos el obsequiado. En la casa le esperaban la señora Nicolasa, que se estaba poniendo vieja, y Orejón *senior*, que se conservaba muy fuerte. Su pequeña hermana era ya una muchacha; pero la pobre, más fama tenía de traviesa que de sabia. Hubo una pequeña fiestecilla de confianza, con abundancia de bollos, de los cuales la mitad—sea dicho en honor de la imparcialidad—fueron consumidos por don Pablo Bragas.

En el pueblo continuó Elías consagrado al estudio. Su sequedad aumentó, y se determinó más su orgullo; pero los padres no notaban tal cosa, y estaban amartelados con el joven. Si alguna vez los ofendía momentáneamente la rigidez de su trato, contentábanse luego con oír de boca de Bragas un panegírico, cuyo epílogo era siempre tazón de chocolate o magra de gran calibre.

Elías tenía treinta años cuando marchó a la corte. No sabemos si él, al tomar esta determinación, soñó con adquirir la gloria que los astros, por boca de un sabio, habían anunciado. El, sin duda, tenía dispuesto algún plan. Al llegar a Madrid trabó relaciones muy íntimas con los padres del convento de Trinitarios, que eran sabios como unos templos. Hizo, asimismo, estrechas relaciones con un señor de la nobleza perteneciente a la casa ilustre de los Porreños y Venegas, marqueses de la Jarandilla; y tomó tal afición a esta familia, que la sirvió fielmente en la prosperidad, y fué su mayordomo, aun después de la ruina de la casa, acontecida al fin de la guerra. Al estallar ésta, en 1808, Elías dejó sus costumbres sedentarias, sus Pandectas, su Digesto y sus Decretales, para militar en las filas de Echevarri y el Empecinado; hizo con el primero toda la campaña de Navarra, y organizó una porción de somatenes en Castilla al pasar Napoleón de vuelta de Madrid.

Concluída la guerra, pasó por su pueblo: su padre había muerto; su hermana era ya mujer, y se había casado con un pariente labrador; su madre estaba tullida y enferma. Bragas había perdido su buen humor y su afición a los astros; pero no su amor a Elisico, ni el convencimiento profundo de que *dos naciones se unirían contra él, y que él las vencería a las dos.*

En Ateca supo el incremento que tomaba el partido constitucional y el entusiasmo con que en toda la Península era mirada la Asamblea de Cádiz. Advirtamos que Elías detestaba de muerte a los constitucionales. Aquel hombre, que desde que tuvo uso de razón no vivió sino con la inteligencia, ni en su juventud experimentó los naturales sentimientos de amistad y afecto, estaba a los cuarenta años enardecido con una fuerte y violentísima pasión. Esta pasión era el amor al despotismo, el odio a toda tolerancia, a toda libertad: era un realista furibundo, atroz, y su fanatismo llegaba hasta hacerle capaz de la mayor abnegación, del sacrificio del martirio. Su carácter era apasionado por naturaleza, aunque los asiduos estudios le habían comprimido y desfigurado. Pero al llegar a aquella época, en que era imposible a todo español apartar la vista del gran problema que se trataba de resolver, la escondida vehemencia de sentimientos de Elías se manifestó, y no en forma de amor, ni de avaricia, ni de ambición: se manifestó en forma de pasión política, de adhesión frenética a un sistema y odio profundo al contrario.

Como consecuencia de esta evolución de su carácter, se desarrollaron en él

una fuerza de voluntad y una energía tales, que le hubieran llevado a los más grandes hechos, a tener ocasión para ello. Su inteligencia, que era muy perspicaz y cultivada del modo que hemos dicho, prestaba más fuerza a aquel sentimiento exagerado; y el consorcio extraño de sus facultades intelectuales con su gran pasión, unido a su trato indomable, hacía de él uno de esos seres monstruosos que la observación superficial califica ligeramente de este modo: «un loco».

Hundido el sistema constitucional en 1814, Elías fué feliz; pero no por eso vivió tranquilo, porque comenzó a tomar parte en la vida activa de la política, que es, en todas ocasiones, una vida poco agradable. Trabó amistad con el duque de Alagón, individuo de la odiosa camarilla: entraba en los conciliábulos de Palacio, *se honró* con la amistad de aquel príncipe que deshonró a su Patria. Entonces tomaba parte en los sordos manejos de aquella Corte infame.

Pero vino el año 20, y nuestro personaje entró en el período de rabia crónica, de desorden moral y frenética tenacidad en que le hemos conocido. Ya sabemos, poco más o menos, cómo vivía: su actividad había redoblado, y conspiraba con una constancia de que no se ha visto ejemplo. En relaciones secretas con la Corte, procuraba organizar una reacción, y todos los medios se adoptaban si conducían al fin deseado. Iba a los clubs, atizaba alborotos, frecuentaba las reuniones de realistas y aun de los liberales. Todo lo averiguaba y lo aprovechaba todo. Pero ya sonaban públicamente algunas acusaciones contra él; ya se decía que había pertenecido a la camarilla; ya se le indicaba como conspirador, y más de una vez se vió amenazado por gentes que pretendían conocerle o le conocían en efecto.

Todos los que le conocían de vista en los círculos patrióticos le llamaban *Coletilla,* apodo elaborado en la barbería de Calleja algunos días después del famoso aditamento que puso el rey al discurso de la Corona. Aquel apéndice literario, que tan mal efecto produjo, era designado en el pueblo con la palabra *Coletilla.* La idea de que Elías era amigo del rey unió en la mente del pueblo la persona del fanático y aquella palabra: los nombres que el pueblo graba en la frente de un individuo, con su sello de fuego, no se borran nunca. Así es que Elías se llamaba así para todo el mundo.

Sus pocos amigos únicamente se cuidaban bien de nombrarle así.

Concluiremos consagrando un recuerdo a uno de los principales héroes de este capítulo. Nuestro amigo don Pablo Bragas murió en Ateca a los noventa y un años de edad, de calenturas gástricas, debidas al doble efecto de un hartazgo de salpicón y de un constipado que cogió examinando la conjunción de Arcturus con Marte en una noche de enero.

Desde entonces, la astronomía está en Ateca en lastimosa decadencia.

CAPITULO V

LA COMPAÑERA DE «COLETILLA»

En diciembre de 1808 militaba Elías, como hemos dicho, en una partida que había levantado en Segovia el Empecinado. Tuvieron varios encuentros con los franceses, hasta que Soult, que salió en persecución de Moore, encontró a los guerrilleros y los hizo retroceder hacia Valladolid; de allí siguieron avanzando hacia el Norte, y llegaron hasta Astorga. Elías se quedó en Sahagún con unos cuantos hombres, dispuestos a organizar allí una partida considerable que hostilizara a Ney en su salida de Galicia.

En Sahagún había un coronel segoviano que, habiéndose casado allí, vivía retirado del servicio militar. Era hombre de elevado carácter, de mucho corazón y de bien cultivada inteligencia; había sido muy rico, pero deparóle el cielo, o el infierno, una esposa que ni de encargo hubiera salido tan díscola, intratable y antojadiza. El pobre militar hacía cuanto era imaginable para dominar el carácter de aquel basilisco, en quien parecían haberse reunido todas las malas cualidades que la Naturaleza suele emplear en la elaboración de las mujeres. Empezó por hacerse excesivamente devota, y tal era su mojigatería, que abandonaba a su marido y su casa para pasarse todo el santo día entre monjas, padres graves, cofrades, penitentes, sin ocuparse más que de rosarios, escapula-

rios, letanías, horas, antífonas y cabildeos. Vivía entre el confesonario, el locutorio, la celda y la sacristía, hecha un santo de palo, con el cuello torcido, la mirada en el suelo, avinagrado el gesto y la voz siempre clueca y comprimida.

En los pocos momentos que pasaba en su casa era intratable. En todo cuanto decía su pobre marido encontraba ella pensamientos pecaminosos; todas las acciones de él eran mundanas; le quemaba los libros, le sacaba el dinero para obras pías, le llenaba la casa de padres misioneros, teatinos y premostratenses; y en cuanto se hablaba de conciencia y de pecados, empezaba a mentar los de todo el mundo, sacando a la publicidad de una tertulia frailuna la vida y milagros del vecindario, para condenarla como escandalosa y corruptora de las buenas costumbres. En tocando a este punto, le daban arrebatos de santa cólera, y entonces no se la podía aguantar.

Pero, de repente, la insoportable beata se volvió del revés: el fondo de su carácter era una volubilidad extremada. Cambiando repentinamente, adoptó un género de vida muy mundano: se salía de casa y se andaba por esos mundos, dando zancajos, con el pretexto de que tenía una fuerte afección moral y necesitaba distracción. Acompañábala algún militar joven o algún abate verde. Su marido, viendo que era imposible detenerla en casa, tuvo que consentir en aquella vida volandera; que, si bien le costaba una parte de su fortuna, le libraba por algún tiempo de las impertinencias de aquel demonio.

La tercera metamorfosis de doña Clara fué peor. Le dió por ponerse enferma, y entonces no había malestar, ni dolencia, ni afección crónica, ni ataque agudo que no viniera a afligir su cuerpo. Agotó todos los ungüentos, específicos y tisanas; puso sobre un pie a todos los boticarios, curanderos, médicos y protomédicos, y visitó todos los baños minerales de España, desde Ledesma a Paracuellos, desde Lanjarón a Fitero. Lo único que parecía aliviarla era el circunstanciado relato de sus males que hacía a todos los teatinos, franciscanos, mínimos y premostratenses, con quienes volvió a entablar místicas relaciones.

Chacón, su pobre esposo, cogía el cielo con las manos, y aun llegó a aplicarle el eficaz cauterio de unos cuantos palos, que no produjeron otro efecto que recrudecer la feroz impertinencia de aquel enemigo.

Al mismo tiempo, la fortuna del matrimonio tocaba a su término, y el desventurado marido temblaba al considerar qué sería en lo porvenir de su pobre hija, entonces de cinco años de edad. La devota, la enferma, había tenido, antes de ser enferma y devota, una niña que se llamaba Clara, como ella, único fruto de aquel malaventurado matrimonio.

Doña Clara se curó cuando lo tuvo por conveniente, y se entregó de nuevo a las cosas de la Iglesia, tomándolo tan a pechos, que no había día que no se mortificase con disciplinazos, que se oían desde la calle. Estábase de rodillas y en cruz una hora seguida; cuando empezaba a contar los éxtasis que *le daban* y las visiones que *tenía*, era el cuento de las cabras de Sancho. El esposo pedía a Dios que le librara de aquel infierno vivo. Doña Clara no amaba a su hija ni a su esposo, y éste, que la había amado mucho, concluyó por aborrecerla.

Al fin, la *Chacona*—así la llamaban en el pueblo—dejó otra vez la vida devota, y de la noche a la mañana se marchó a Portugal a *tomar aires*. Felizmente, Dios la iluminó, y de Portugal se fué al Brasil con unos misioneros. No se supo más de ella. El pundonoroso y leal esposo respiró: estaba libre, pero pobre, enteramente pobre, sin otra cosa que un sueldo mezquino; tranquilo en cuanto a lo presente, pero inquieto siempre que pensaba en aquella niña infeliz que iba a quedar en la miseria.

En la mitad de diciembre de 1808, todo el pueblo de Sahagún salió al camino real, lleno de curiosidad. El emperador Napoleón I pasaba por allí para dirigirse a Astorga en persecución de los ingleses. Llegó al pueblo, descansó dos horas y siguió su camino, seguido de una gran parte del ejército que ocupaba a España. Cuando los franceses, guiados por Napoleón, estuvieron lejos, Sahagún se atumultó; tomaron las armas todos los jóvenes, y, mandados por Elías y el cura de Carrión, se disponían a pelear con unos regimientos franceses, que al día siguiente habían de pasar por allí para unirse al cuerpo de ejército.

Aquella tarde Chacón abrazaba y besaba tiernamente a su hija, que, al ver

llorar a su padre, lloraba también, sin saber por qué. El coronel tenía un proyecto, el único que podía darle alguna esperanza de asegurar en lo futuro el bienestar de Clara. Había resuelto entrar en campaña, avanzar en su carrera y seguir a la nación en aquella crisis, seguro de que le pagarían sus servicios. Escribió al Empecinado, pidiéndole órdenes, y éste le contestó que se pusiera al frente de los 500 hombres de Sahagún y procurase batir a los regimientos franceses que iban a unirse con Napoleón en Astorga. El bravo militar, aclamado jefe de la partida que Elías y el cura de Carrión organizaron, salió aquella noche, dejando a su hija en poder de dos antiguas criadas. Situáronse a un cuarto de legua del pueblo, y, al amanecer del siguiente día, se vieron brillar a lo lejos las bayonetas de los franceses. La guerrilla los hostilizó con fuegos esparcidos: al principio los franceses vacilaron con la sorpresa; mas, repuestos un poco, atacaron a los nuestros. El combate fué encarnizado. Elías y Chacón se miraron con angustia.

—¡Son tres veces más que nosotros! —dijo Chacón—; pero *no importa*. ¡Adelante!

Retrocedieron hasta la entrada del pueblo; allí la lucha fué horrible. Desde las ventanas, desde las esquinas, disparaban los paisanos contra el enemigo, cuyas filas se diezmaban. El coronel mandaba a los suyos con un denuedo sin ejemplo. A la partida unióse, al fin, el resto del pueblo. Un esfuerzo más, y los franceses eran vencidos. Este esfuerzo se hizo: costó muchas vidas; pero los franceses, no queriendo perder más gente, emprendieron la retirada hacia Valencia de Don Juan.

El pueblo todo los siguió, con Chacón a la cabeza; pero aún no había andado éste veinte pasos, cuando fué herido por una bala: dió un grito y cayó bañado en su sangre. Las mujeres le rodearon, llorando todas al verle herido; él dijo algunas palabras, volvieron los suyos, y entre cuatro le llevaron a su casa. Antes de llegar a ella ya estaba muerto.

Reinaba en el pueblo la consternación, porque habían perecido muchos hijos y muchos maridos; las madres y las esposas gritaban por las calles con amargos y dolorosos lamentos. Delante de la puerta de la casa de Chacón había un grupo de mujeres silenciosas que contemplaban el cadáver del coronel, teñido en sangre, con la frente partida y destrozado el pecho. Algunos niños, en quienes podía más la curiosidad que el miedo, se habían acercado hasta tocarle los dedos, las espuelas y el cinturón. Nadie hablaba en aquella escena, y sólo la pobre Clarita, consternada al ver que todos la miraban llorando, comenzó a llamar con fuertes voces a su padre, cuya muerte no comprendía.

—¿Qué niña es ésta?—preguntó Elías.

—Es su hija—contestó una mujer, que la tenía abrazada.

—¿Y no tiene madre?

—No, señor.

—¿Y qué vamos a hacer de ella?—dijo Elías, mirando al cura de Carrión y a los demás cabecillas del tumulto.

Todos se encogieron de hombros y besaron a Clara.

—Nosotros nos quedaremos con ella —dijeron las dos mujeres que habían servido al coronel cuando era rico.

—No—dijo Elías—. Yo la recojo. Me la llevaré conmigo, la educaré.

Las mujeres aquellas eran muy pobres. Gran cariño les inspiraba Clarita; pero, al tenerla a su lado, la condenaban a ser pobre como ellas para toda la vida. Consideraban a don Elías como persona de posición y carácter, y no dudaron, por tanto, de dejarle la niña.

Permaneció, sin embargo, en Sahagún hasta 1812, época en que el realista dejó las armas y se retiró a Madrid. Entonces le acompañó Clara, que no pudo separarse de sus pobres amigas sin llorar mucho, ni pudo acostumbrarse tampoco a mirar cara a cara a su protector, porque le daba mucho miedo.

Grande fué su tristeza cuando, al despertar en un hermoso día de mayo, se encontró entre las oscuras paredes de la casa que conocemos en la calle de Válgame Dios; y esta tristeza aumentó cuando la llevaron al convento-colegio de ciertas hermanas de una Orden famosa, que enseñaban a las niñas del barrio lo poquito que sabían. Tenía la escuela todo lo sombrío del convento, sin tener un claustro melancólico y su dulce paz. Dirigíanle unas cuantas viejas, entre quienes descollaba, por su displicencia, fealdad y decrepitud, una tal madre Angustias, que usaba una caña muy larga para castigar a las niñas y

unas antiparras verdes, que, más que para verlas mejor, le servían para que las pobrecillas no conocieran cuándo las miraba.

Las niñas se levantaban muy temprano y rezaban; almorzaban unas sopas de ajo, en que solía nadar tal cual garbanzo de la víspera, y después pasaban al estudio, que era ejercicio de lectura, en el cual desempeñaba el principal papel la caña de doña Angustias. Trazaban luego, por espacio de dos horas, sendos garabatos en un papel rayado; y después de contestar de memoria a las preguntas de un catecismo, cosían tres horas largas, hasta que llegaba la del juego. El recreo tenía lugar en un patio oscuro y hediondo, cuya vegetación consistía en un pobre clavel amarillento y tísico, que crecía en un puchero inservible, erigido en tiesto de flores. Las niñas jugaban un rato en aquella pocilga, hasta que la madre Angustias sonaba desde su cuarto una siniestra campanilla, que reunía en torno a su caña a los tristes ángeles del muladar.

Después de comer, llevaba el rosario la madre Brígida, por no poder hacerlo la madre Angustias, a causa del asma que la afligía, entrecortándole la voz. Aquel rosario era interminable, porque detrás de sus infinitos *paternoster* venían las letanías, llagas, misterios, jaculatorias, oraciones, gozos y endechas místicas. La noche las sorprendía en aquel devoto ejercicio, y era muy común que alguna de las chiquillas, rendida bajo el peso moral de tan monótono y cansado rezo, bostezara tres veces y se durmiera, al fin, benditamente. Parapetada detrás de sus antiparras, la madre Angustias observaba los bostezos y acariciaba su caña dictatorial sin decir palabra a la culpable, esperando a que se durmiera, y entonces, ¡ira de Dios!, le sacudía un cañazo, seguido de una retahila de insinuaciones coléricas. Las otras niñas, que no esperaban más que un motivo de distracción y entretenimiento, al ver la triste figura que hacía su compañera al despertar bruscamente, soltaban la risa, se interrumpía el rezo, gruñía la madre Brígida, cacareaba la madre Angustias y llovían los cañazos a diestra y siniestra.

Al anochecer continuaban las lecciones y el catecismo. La madre Angustias les decía:

—Ahora el ca..., ca... tecismo. Madre Brí..., Brí..., Brígida, la que no sepa, al ca..., ca..., camaranchón.

Y se marchaba a acostar, porque padecía de ciertos ahoguillos y tenía que ponerse todas las noches paños calientes en el estómago.

Clarita y otras niñas de la escuela creían a pie juntillas que la madre Angustias no tenía ojos, y que todas sus facultades ópticas residían en aquellos dos temibles vidrios verdes, engastados en una armazón rancia y enmohecida; y acontecía que, para imitarla, cortaban dos redondeles de papel verde del forro del catecismo y se lo pegaban con saliva en los ojos, con lo cual se morían de risa. Como no podían ver gota con aquellos parches, sorprendiólas un día la madre Petronila, que era un vinagre, y, después de darles muchos coscorrones, las condenó a no comer ni jugar aquel día. ¡Qué horas pasaron las pobres!

Otra vez se hallaban todas en el patio y ocurriósele a un pajarito muy flaco meterse allí por el tejado y posarse después de chocar en los muros, en el entristecido clavel. ¡Qué algazara se armó! Aquél fué el mayor acontecimiento del año. Con pañuelos, con mantos, con cuanto hallaron a mano, le persiguieron hasta cogerle; atáronle un hilo en una de las patas, y Clara le guardó muy bien en un cajoncillo donde tenía la costura. A escondidas le echaban de comer por las noches; pero el animalito enflaquecía y se ponía más triste cada vez. Una noche, en el momento en que el rezo iba a principiar, Clara tenía abierto el costurero, y, fingiendo arreglar dentro de él alguna cosa, se ocupaba en abrirle la boca al pajarito y meterle a la fuerza unas migajas de pan que había guardado en el bolsillo, cuando de repente alzó el vuelo el animal, revoloteó por la habitación con el hilo atado en la pata, y fué a pararse, ¿dónde creeréis?, en la misma cabeza de doña Angustias, que, al verse profanada de aquel modo, tomó tal cólera, que el asma le ahogó la voz y estuvo gesticulando en silencio diez minutos, roja como un tomate. Clara se quedó yerta de miedo:

—Cla..., Cla..., Cla...rita—exclamó la madre Angustias, ciega de furor—. ¡Niña mal..., mal... criada! ¡Qué desaca..., ca..., cato es éste? Esta noche al ca..., ca..., camaranchón.

Clara fué condenada aquella noche a dormir en el camaranchón, última pena, que sólo se aplicaba muy de tarde en tarde a los más negros y raros delitos. Doña Angustias continuó con su cacareo hasta que vió cumplida la terrible orden; y a la hora en que acostumbraban recogerse, Clara fué llevada al presidio, que era un desván oscuro, fétido y pavoroso. La pobrecilla no cabía en sí de miedo al verse sola en aquel tugurio, entre mil objetos, cuya forma no podía apreciar, tendida en un miserable jergón y expuesta al aire colado, que por una ventanilla entraba. En su desvelo, sintió las pisadas de los ratones que en sus oídos resonaban como si fueran producidas por los pies de un ejército de gigantes. Se encogió, se envolvió toda en su manta, escondiendo los pies, las manos y la cabeza; pero las ratas corrían por encima, y saltaban, iban y venían con una algarabía espantosa. También contribuyó a aumentar el pavor de la niña una disputa que en el tejado vecino se trabó entre dos gatos bullangueros, que lanzaban maullidos lúgubres y desentonados. La pobre no pudo dormir, y el día la encontró hecha un ovillo, empapada en sudor frío y temblando de miedo.

Entre estos sucesos extraordinarios y la diaria tarea del estudio y la costura, aterrada siempre por la fascinación terrible de los espejuelos de la madre Angustias, pasó Clara cuatro años, hasta que, cumplidos los once, vino Elías por ella y se la llevó a su casa.

El realista no sabía al principio qué hacer de aquella niña: ocurriósele hacerla monja; pero impulsado por un repentino egoísmo, resolvió conservarla a su lado. Era solo: su casa necesitaba una mujer. ¿Quién mejor que Clara? Su inteligencia no estaba bien cultivada, pues no sabía sino leer, escribir y hacer algunas cuentas; pero, en cambio, cosía muy bien y entendía toda clase de labores.

La hija de la *Chacona* creció en casa de *Coletilla* y fué mujer. Creció sin juegos, sin amables compañeras, sin alegrías, sin esas saludables y útiles expansiones que conducen felizmente de la niñez a la juventud. Elías no la trataba mal, pero tampoco era muy cariñoso con ella. Los domingos la solía llevar a la Florida o a la Virgen del Puerto; una vez la llevó al teatro, y Clara creyó que era verdad lo que estaban representando. Los paseos dominicales cesaron cuando Elías tuvo ocupaciones y preocupaciones que le apartaban de su casa; entonces ella se limitó a oír misa muy de mañana en las monjas de Góngora, y en esta expedición la acompañaba una criada alcarreña llamada Pascuala, que *Coletilla* había tomado a su servicio.

Este encierro perpetuo hubiera agriado y pervertido, tal vez, otro carácter menos dulce y bondadoso que el de Clara, la cual llegó a creer que aquella vida era cosa muy natural y que no debía aspirar a otra cosa; así es que vivía tranquila, melancólicamente feliz, y a veces alegre. Y, sin embargo, semanas enteras pasaban sin que una persona extraña penetrara en la casa del fanático. Parecía que toda la sociedad quería huir de aquella jaula en que estaba encerrado su mayor enemigo.

Sólo una excepción existía en aquel aislamiento normal. Ya hemos dicho que don Elías fué amigo y servidor de una antigua e ilustre casa. Después de la ruina de los Porreños y Venegas, sólo quedaron tres individuos, tres dueñas venerables que conservaron relaciones amistosas con el realista. Muy de tarde en tarde iban a visitarle. Tenían un trato seco; eran intolerantes, rígidas, orgullosas. Nunca hablaban a Clara sino con palabras solemnes, que daban tristeza y abatían el ánimo. No podían prescindir de la etiqueta, ni aun delante de una pobre muchacha, y eran tan ceremoniosas y tiesas, que Clara les llegó a tomar antipatía, porque siempre que iban a la casa dejaban allí una sombra de tristeza que duraba mucho tiempo en el alma de la huérfana.

En los últimos años, *Coletilla* entraba, como hemos dicho, en el período álgido de su frenesí político; la cólera era su estado normal, y era cosa imposible que en sus fantásticas obsesiones pudiera aquella alma irascible tener cariños y finezas para la pobre compañera que tanto las necesitaba. Por el contrario, mostrábase muy duro con ella; se estaba sin hablarle semanas enteras; otras veces la reprendía con acrimonia y sin motivo; la llamaba frívola y casquivana. Un día, al ver que la desventurada se había peinado con menos sencillez que de ordinario, y se había ves-

tido, reformando un poco su natural elegancia con el poderoso instinto de la moda, que las mujeres más apartadas del mundo poseen, la riñó, repitiéndole muchas veces esta frase, que le costó lágrimas a la infeliz:

—Clara, te has echado a perder.

Otras veces le daba al viejo por vigilarla, y le prohibía asomarse al balcón y abrir la puerta; es decir, la abandonaba o la martirizaba, según el estado de aquel espíritu perturbador y cruel.

Clara se puso mala; se iba agostando con lentitud, como el clavel que crecía difícilmente en el patio de la escuela. Su melancolía creció, se puso descolorida y extenuada, y llegó a hacer temer graves peligros para su salud. *Coletilla* no pudo permanecer indiferente a la enfermedad de su protegida, y trajo un médico, el cual expresó su dictamen muy brevemente, diciendo:

—Si usted no manda a esta chica al campo, se muere antes de un mes.

El realista pensó que la muerte de aquella muchacha sería un contratiempo. Recordó que su hermana vivía en Ateca con su familia, y formó su plan.

Escribió dos letras, y algunos días después Clara entraba en el pueblo con el corazón rebosando de alegría.

Benéfica reacción se verificó en su salud, y su espíritu, tanto tiempo abatido por el fastidio y el encierro, se reanimó con el pleno goce de la Naturaleza y el trato de personas alegres que la atendían y la amaban. Aquellos días fueron una segunda vida para la desdichada mártir, porque se regeneró materialmente, adquiriendo lozanía, frescura y vigor; sus ojos, acostumbrados a la oscuridad de cuatro paredes, recorrían ya un largo horizonte; sus pasos la llevaban a grandes distancias; su voz era escuchada por amigas joviales y francas, por jóvenes sencillos, por viejos cariñosos; su alegría era comprendida y compartida por otros; sus inocentes deseos, satisfechos; conocía la amistad, la vida familiar, la confianza; gozaba de un cielo hermoso, de un aire puro, de un bienestar sobrio y tranquilo, de felices y no monótonos días, de sosegadas y apacibles noches.

Pero durante la permanencia de Clara en Ateca pasaron cosas que influyeron poderosamente en el resto de su vida. Vamos a referirlas, porque de ellas se deriva casi toda esta historia; y, por tan importantes y graves, las dejamos para el capítulo siguiente, donde las verá el lector, si está decidido a no abandonarnos.

CAPITULO VI

EL SOBRINO DE «COLETILLA»

Marta, la hermana de Elías, había quedado viuda con un hijo llamado Lázaro, que, después de estudiar Humanidades en Tudela, pasó a la Universidad de Zaragoza. Era éste un mozo como de veintitrés a veinticinco años, de agradable presencia, de ingenio muy precoz, de imaginación viva, de palabra fácil y difusa, muy impresionable y vehemente y de recto y noble corazón.

Las nuevas ideas, que entonces conmovían profundamente el corazón de la juventud, había hallado en el joven Lázaro un creyente decidido. Era uno de los que, brotados en el tumulto de un aula de Filosofía, militaban con pasión generosa en las filas de los propagadores políticos, entonces tan necesarios.

Sucedió que los estudiantes zaragozanos trabaron una pendencia con los socios de cierto club político; el asunto tomó proporciones, intervino la autoridad universitaria, y Lázaro se vió obligado a salir de Zaragoza, perdiendo curso. Esto pasaba en los días en que, destituído Riego del mando de capitán general de Aragón, hubo en aquella ciudad tumultos y manifestaciones, que el Gobierno quiso reprimir. Lázaro, que estaba a punto de concluir la carrera, conoció la gravedad de la situación y el disgusto que tendrían su madre y su abuelo, a quienes amaba mucho. Quiso reclamar, pero fué inútil, y tuvo que retirarse a su pueblo, triste, avergonzado y lleno de dudas y temores.

Pero, al entrar en su casa, agitado por la zozobra y los remordimientos, vió en compañía de su madre a una persona desconocida, que, desde el primer momento, le produjo una secreta impresión de alegría, imponiéndole, sin saber por qué, consuelo y esperanza. Confesó lo que le pasaba, sin disminuir la gravedad del caso, por lo cual don Fermín, su abuelo paterno, se puso serio y quiso enfadarse, y su madre lloró un poco.

Pero la persona desconocida, que parecía estar allí para alegrar la casa, disipó la cólera del primero y secó las lágrimas de la segunda, mientras Lázaro, con la cabeza baja y humedecidos los ojos, permanecía inmóvil delante de sus jueces y de su defensor sin decir palabra, aunque, a la verdad, no era preciso, porque la joven le defendía muy bien, sin desplegar gran elocuencia, sin emplear otros recursos que su claro y natural sentido, su acrisolado y generoso sentimiento.

El pobre Lázaro estaba tan turbado, que se le figuraba que aquella persona era una aparición, un ser enviado del cielo para ampararle en aquellos apurados momentos. Esperaba verla desaparecer al concluir su misión, y la miraba con ese estupor silencioso que causa lo sobrenatural y desconocido. No tenía antecedentes de aquella joven, ni había sospechado que existiera y se encontrara allí. Pero la imagen no se desvanecía, y, por el contrario, continuaba viéndola adornada con todos los encantos físicos y morales que pueden poseer los ángeles de este mundo.

No se habló más del asunto. Lázaro fué perdonado, pero no salió de sus confusiones. Explicáronle quién era Clara y por qué estaba allí; mas no por eso pudo dominar el estudiante la respetuosa y fuerte sorpresa que le había producido.

Estuvo encogido y como asombrado todo el día, y temblóle la voz cuando quiso hablar con ella, y se calló, al fin, por temor de decir mil disparates. Al día siguiente despertó con una alegría exaltada, a la que sucedía bruscamente una tristeza sin igual. Su aturdimiento tomaba fases muy diversas; tan pronto se veía atacado de un apetito insaciable de verbosidad que no podía contener; tan pronto hacía esfuerzos inauditos para pronunciar una palabra, sin llegar a conseguirlo. Era un politicómano ferviente, y en Zaragoza se había distinguido por sus elocuentes arengas en los clubs, que le habían dado mucha celebridad; en sus conversaciones privadas se expresaba también con mucho entusiasmo y corrección; pero esta vez de todo hablaba, menos de política. Parecía que no existían ya para él ni la Revolución francesa, ni el *Emilio*, de Rousseau, ni las *Cartas de Talleyrand*, ni el *Diccionario*, de Voltaire. Se había olvidado de todo esto, y sólo pensaba en la fórmula más expresiva y exacta para decirle a Clara que la había visto en sueños aquella noche. Recurrió al sistema de las circunlocuciones, pensó después en decirlo a secas y sin ambages, acordóse de que las alegorías se habían inventado para aquel caso, y probó todos los medios, sin lograr con ninguno su objeto.

Pasaron dos o tres días sin que hallara un modo de ser explícito. Cuando estaba solo, sí; entonces hablaba, hablaba consigo mismo, y aun parecía entablar misteriosos diálogos con aquel hermoso espíritu, que encontraba siempre en todas partes, acompañándole en sus soledades e insomnios; espíritu lleno de luz y con formas de mujer, que brotaba del seno mismo de la noche para mirarle inmóvil, callado y sereno. Delante de esta sombra era Lázaro muy elocuente, y siempre acertaba a expresar lo que sentía; y sentía tanto el pobre, que a veces le daba uno de esos accesos vehementes, en que el organismo se conmueve todo, quebrantado y oprimido por la enorme expansión del espíritu. Salía de la casa por no hallarse bien en ella, y volvía a entrar por no hallarse bien fuera. Por fin, había logrado formular un diálogo con Clara. La primera vez que pudo hablar con ella un cuarto de hora seguido se mostró muy enojado. ¿Enojado? ¿Por qué? Después empezó a darle las gracias. ¿Las gracias? ¿Por qué? Después le pidió perdón. ¿Perdón? ¿De qué? Y acto continuo le dijo que se iba a volver loco. ¿Loco?... Su andar era errante. Se dirigía a todas partes, y no llegaba a ninguna; se hallaba siempre donde no quería estar. Pero, a pesar de estas evoluciones de ciego, acontecía que si Clara iba a alguna parte, ¡qué casualidad!, encontraba en ella a Lázaro, que la esperaba.

El alma de la muchacha no estaba sujeta a estas extrañas perturbaciones. Siempre sensible y feliz en su serenidad inocente, se dejaba llevar por la corriente de una vida sin agitación ni contratiempos. En su sitio propio, para dar paz al ánimo y descanso a la fantasía, vivía sin sentirlo, digámoslo así; y si alguna vez la entristecía algún pensamiento, era el pensamiento de volver a la calle de Válgame Dios. La amistad,

casi desconocida por ella, fué entonces causa de que adquiriera esa sutil delicadeza, que caracteriza los afectos femeninos, y esa fluidez de ingenio que tanto los embellece y adorna.

Había en el pueblo otra joven de la misma edad e idéntico carácter, llamada Ana, hija de un rico labrador. Ana y Clara se hicieron íntimas amigas en pocos días de trato. Ibanse todas las tardes a una huerta perteneciente al padre de Ana, y allí, enretenidas con sus labores, se pasaban conversando largas horas. En esta comunicación de las dos jóvenes, Clara se desarrollaba moralmente con una rapidez desconocida. Para quien había pasado su juventud en compañía de un viejo excéntrico e insociable, aquellas franquezas inocentes y el cambio simultáneo de pensamientos, comunicados sin disimulo y en toda su hermosa sencillez natural, realizaron en el alma de la huérfana una revelación de sí misma, que fijó y fortaleció más su bello carácter.

Cuando las dos amigas iban a la huerta, la maldita casualidad hacía que Lázaro pasara por la entrada precisamente en el mismo momento en que ellas llegaban. La conversación empezaba todas las tardes a las cuatro, y duraba hasta el anochecer. Ni un solo día en todo el tiempo que pasó Clara en Ateca dejaron de ir a la huerta las dos muchachas, y ni un solo día dejó Lázaro de encontrarlas allí por casualidad. En aquellas conversaciones, que eran cada vez más íntimas, se notaba algunas veces que, por efecto de los accidentes del diálogo escénico, Ana callaba, o hablaba aparte en voz baja, mientras el bueno del estudiante y la pícara Clara charlaban muy quedito y muy juntos el uno del otro. La cara angustiosa a veces, a veces pálida, ya animada, ya triste del joven, anunciaba que el tema del coloquio era muy interesante. ¿Qué decían? De pronto, unas largas pausas, en que uno y otro se quedaban mirando a la tierra un buen rato, permitían a Ana alguna alusión ingeniosa, cuya gracia alababa y reía ella sola. Clara y Lázaro parecía que no estaban para risa. Callaban hasta que un monosílabo aquí, un gesto allá volvían a estimular de nuevo la conversación. A veces él se ponía a meditar, como recapacitando lo que iba a decir; y él, que tan buena memoria tenía, se encontraba con que se le habían olvidado—¡otra casualidad!—los admirables trozos de elocuencia que tenía preparados. ¿Hablaban del pasado, del presente, del porvenir? ¿Trazaban un plan, planteaban un proyecto? Es probable que nada de esto fuera objeto de aquellos íntimos debates: no hacían sus voces otra cosa que expresar mil inquietudes interiores, pintar ciertas turbaciones del espíritu, formular preguntas intensamente apasionadas, cuyas réplicas aumentaban la pasión; confesar secretos, cuya profundidad crecía al ser confesados; hacer juramentos, manifestar ciertas dudas, cuya resolución daba origen a otras mil dudas; pedir explicaciones de misterios, que engendran misterios sin fin; explicar lo inexplicable, medir lo infinito, agotar lo inagotable.

A veces interrumpía Ana estas comunicaciones impenetrables, diciendo:

—Pero, mujer, ¿no ves cómo va ese bordado? ¿En qué estás pensando?

En efecto, Clara, que estaba bordando sobre cañamazo con lanas de colores una cabecita de ángel rodeada por una guirnalda de flores, le había hecho los ojos de estambre rojo y los labios con estambre negro; las flores tenían todos los colores tan trastornados, que no se sabía lo que aquello era. Al oír la observación de su amiga, Clara se puso del color de los ojos del ángel.

Veinte y treinta días se pasan muy pronto cuando hay citas cotidianas en una huerta, diálogos anhelantes, dudas no resueltas, preguntas mal contestadas y angelitos bordados con los labios negros. Así es que llegó un día en que Lázaro se puso a jurar por todos los santos del cielo que no permitía que Clara se fuera de allí. Se ponía fastidioso al tocar este punto; repetía la misma cosa infinitas veces, y a lo mejor empezaba a relatar un sueño que había tenido la noche anterior, del cual sueño se desprendía la imposibilidad absoluta de que él y Clara se pudieran separar. Ella se ponía muy pensativa y no decía palabra en media hora; los pobres chicos miraban al cielo alternativamente, como si en el cielo se hallara escrita la solución de aquel problema.

Se separaban: Clara depositaba sus amarguras en el seno de su amiga Ana. Lázaro confiaba a las profundidades de

la noche el gran vértigo que sentía dentro de sí; no dormía, porque una serie interminable y rapidísima de razonamientos confusos, mezclados con imágenes vagamente percibidas, le sostenían en vigilia invencible y dolorosa. El día volvía a darles esperanza, la tarde venía a unirlos, el anochecer volvía a entristecerlos. Así se acercaba el día funesto.

Cuando se teme de ese modo la llegada de un día que nos ha de traer algo malo, la imaginación tiene como una extraordinaria fuerza de odio, con la cual personifica ese día que se detesta; la imaginación ve acercarse este día, y lo ve en figura de no sé qué monstruo amenazador, que avanza con la mano alzada y la mirada llena de ira. Hay días en que el sol no debiera salir.

Pero el designado para la vuelta de Clara a Madrid, el sol, ¡qué crueldad!, salió. Sus primeros rayos llevaron la desolación al alma de los dos jóvenes amenazados de una separación. Parece que cuando se verifica una separación de esa clase; cuando se disuelve y destruye esa unidad misteriosa y fundamental de la vida humana, unidad constituída por la totalidad complementaria de dos individuos, parece, decimos, que debía ocurrir un cataclismo en la Naturaleza; pero eso que llamamos comúnmente los elementos, es ciego e insensible. Se hunde un continente y se chocan los océanos por la más insignificante de esas causas mecánicas que nacen en el centro de la materia; pero nada sucede, nada se mueve en la inerte y ciega máquina del mundo cuando se altera el grande, el inmenso equilibrio de los corazones.

Aquella mañana sintió Lázaro un dolor desconocido. Avanzaba el día: el estudiante fué a casa de Ana y la encontró llorando; se asustó de verla llorar, volvió a su casa, quiso entrar en el cuarto donde Clara hacía los preparativos de su viaje; pero se tuvo miedo a sí mismo. La vió salir después pálida y con los ojos cansados de llorar. Al ver que se despedía de su madre y de su abuelo, Lázaro corrió fuera por temor de que intentara también despedirse de él.

Salió y anduvo aprisa mucho tiempo; salió del pueblo y se internó en el camino, lejos, muy lejos del pueblo. De pronto sintió el ruido de la diligencia, que se acercaba. El joven se detuvo, retrocedió; la diligencia pasó rápidamente. Allí iba la huérfana desolada, con el rostro oculto entre las manos. Las demás personas que iban con ella se reían de verla así. Lázaro la nombró, la llamó dando un fuerte grito, y sin darse cuenta de ello corrió tras el coche larguísimo trecho, hasta que el cansancio le obligó a detenerse. La diligencia desapareció.

Regresó al pueblo ya entrada la noche; al pasar por la huerta notó que unos pájaros que acostumbraban dormir allí formaban diabólica algazara con sus cantos disparatados y su inquieto aleteo. Apresuró el paso para no oír aquello, y entró en su casa. Su madre y su abuelo estaban muy pensativos y melancólicos; ni les habló ni le hablaron. Quedóse solo; se encerró y quiso leer un libro; quiso dormir y quiso arrancarse de la mente una como corona de hierro inflamado que se la quemaba y oprimía; pero era imposible. Aquello era una irradiación, que, a ser visible, hubiera parecido una aureola. En su fiebre se quedó aletargado, y en su letargo le pareció que de su cabeza brotaban llamas vivísimas que no podía sofocar y que sus sesos hervían como un metal derretido.

CAPITULO VII

LA VOZ INTERIOR

Aquel muchacho era sumamente impresionable, nervioso, de temperamento ideal, dispuesto a vivir siempre de lo imaginario. Nadie le igualaba en forjar incidentes venideros, enlazándolos para hacer con ellos una vida muy dramática y muy interesante; trabajaba involuntariamente con el pensamiento en la elaboración de estas acciones futuras; y siempre tenía ante la imaginación aquella gran perspectiva de hechos en que desempeñaba la principal parte una sola figura, él solo, Lázaro. Esta visión perpetua, fenómeno propio de la juventud, tenía en él proporciones extraordinarias; su fantasía tenía una poderosa fuerza conceptiva, y puede asegurarse que esta gran facultad era para él un enemigo implacable, un demonio atormentador.

Con este carácter, fácil era que brota-

ran en él todas las grandes pasiones expansivas, y que crecieran hasta llevarle a la exaltación. En épocas como aquélla, la política, el proselitismo, el espíritu de secta engendraba grandes pasiones. El heroísmo cívico, la abnegación y esa tenacidad catoniana que brillan en algunos personajes de todas las revoluciones, la venalidad solapada, la traición, la sanguinaria crueldad y el encono vengativo que se han visto en otros, provienen de la pasión política. Lázaro tuvo esta pasión: sintió en sí el ardor del patriotismo; creyóse llamado a ser apóstol de las nuevas ideas, y con ardiente fe y noble sentimiento las abrazó.

Pero ¿existen estas resoluciones inquebrantables sin mezcla de egoísmo? Egoísmo sublime, pero egoísmo al fin. Lázaro tenía ambición. Pero ¿qué clase de ambición? Esa que no se dirige sino al enaltecimiento moral del individuo, que sólo aspira a un premio muy sencillo, a la simple gratitud. Pero la gratitud de la Humanidad o de un pueblo es la cosa de más valor que hay en la tierra. El que es digno de ella la tendrá, porque un hombre puede ser ingrato; pero un pueblo, en la serie de la Historia, jamás. En una vida cabe el error; pero en las cien generaciones de un pueblo, que se analizan unas a otras, no cabe el error, y el que ha merecido esa gratitud la tiene sin remedio, aunque sea tarde.

Lázaro aspiraba a la gloria; quería satisfacer una vanidad: cada hombre tiene su vanidad. La del joven aragonés consistía en cumplir una gran misión, en realizar alguna empresa gigantesca. Cuál era esta misión es cosa que no sabía a punto fijo. Los jóvenes como aquél no gustan de concretar las cosas porque temen la realidad; creen demasiado en la predestinación, y engañados por la brillantez del sueño piensan que los sucesos han de venir a buscarlos, en vez de buscar ellos a los sucesos.

Después que se retiró de Zaragoza y fué a Ateca, una figura iba perpetuamente unida a la suya en aquellas escenas futuras. ¡Insensato! ¿Qué piensas hacer de ella? Una reina. ¿De dónde? Será simplemente la mujer de un gran hombre. Menos tal vez: la mujer de un hombre oscuro... Concluía por concretar el objeto de todas sus quimeras a un retiro pacífico, a un matrimonio feliz.

Pero era preciso meditar, trazar un plan, ver la manera más fácil de unirse a ella.

Clara era huérfana; él, pobre. He aquí dos contratiempos ocurridos desde el principio. ¡Ah! Pero él trabajaría; sería activo, ingenioso, astuto. Bien sabía él que tenía talento. Pero ¿debía ser un simple agricultor? No; eso era poco para él. Debía ir a Madrid, hacerse oír, buscar un nombre, un puesto. Esto sería cosa muy fácil para quien tenía tales aptitudes. ¿No era seguro que al llegar Lázaro a la corte, centro entonces, como ahora, de la actividad intelectual del país, adquiriría nombre, posición, fortuna? Sin duda. Ya debían conocerle de oídas por sus discursos pronunciados en Zaragoza. En aquel tiempo los jóvenes se abrían paso fácilmente entre la multitud decrépita; aquellos que, con todo el vigor de la fe y toda la fuerza de la edad primera emprendían la propagación de las nuevas ideas, se imponían infaliblemente, adquiriendo una alta y envidiada posición social. El se creía superior, ¿a qué negarlo? En la profundidad de su conciencia sentía una voz que sin cesar decía: «Yo valgo. Es preciso buscar los sucesos antes que ellos vengan a buscarnos. Animo, pues.»

Estos pensamientos eran los que ocupaban la mente de Lázaro en los días que siguieron a la partida de Clara. Cuando su determinación se hizo firme vió con entusiasmo que su inteligencia adquirió más vigor, y su pecho más osadía. Parecíale que su voz era capaz de emitir los más profundos, los más calurosos, los más verdaderos acentos en defensa de los nobles principios de la época; le parecía que nada igualaba a su facilidad de expresión, a su lógica terrible, a su frase pintoresca y expresiva. En lo más callado de la noche, cuando en parajes solitarios se entregaba a sus meditaciones, se oía, se estaba oyendo. Una voz elocuente resonaba dentro de él, y mudo y reconcentrado asistía a las maravillosas e internas manifestaciones de su propio genio. Era auditorio de sí mismo, y le parecía que jamás había tenido el verbo humano frases más bellas, lógica más segura, entonación más vigorosa. Se aplaudía; le parecía que en torno suyo multitud

infinita de sombras aglomeradas le aplaudían también; que resonaba un intenso palmoteo, cuyo fragor llenaba toda la tierra.

De vuelta a su casa dormía, y durante el sueño continuaba resonando en su cerebro la misma voz que hacía estremecer miles de corazones; que llevaba el entusiasmo o el espanto a ejércitos enteros de ciudadanos; y entonces se le figuraba que dentro de su ser había una misteriosa entidad sonora, un espíritu locuaz, que sostenía constantemente allá en su profundo núcleo la más brillante y enérgica peroración.

Lázaro tenía el genio de la elocuencia. El lo conocía: estaba seguro de ello. Cada día que pasaba sin que un gran auditorio le escuchara, le parecía que se perdían en el vacío y en el silencio de un desierto aquellas voces admirables que sentía dentro de sí. No había tiempo que perder.

Dijo a su abuelo que se iba a Madrid. El pobre viejo se puso a llorar, y dijo entre sollozos y babas que aquella resolución era muy grave y convenía meditarla.

—¿Y qué vas tú a hacer allá?—decía después, queriendo aparecer incomodado—. ¡Tienes una letra tan mala!...

Estaba entonces en Ateca un tal don Gil Carrascosa—el mismo personaje a quien vimos disputar con cierto barbero en el primer capítulo de esta historia—, el cual tenía amistad con *Coletilla*. El abuelo consultó con el ex abate la resolución de Lázaro, y éste opinó que se debía escribir al tío. El viejo tomó la pluma y con vacilante mano trazó esta carta, que recibió el realista pocos días después:

†

«Querido y respetable señor: Lazarillo, mi nieto y sobrino de vuestra merced, quiere ir a Madrid. Se le ha puesto en la cabeza que ahí podrá hacer fortuna; dice que no puede estar en el pueblo. Y, en efecto, querido señor, esto está malo. La cosecha de este año no nos da ni la simiente, y el pobre chico tiene más afición a los libros que al arado. Le diré a vuesa merced, respetable señor, que Lázaro es un mozo muy despierto; sabe muchos libros de memoria y ha leído cuatro veces de la cruz a la fecha un tomo que llaman *Los grandes hombres de Plutarco*, el cual me ha asegurado no ser cosa de herejía; que si lo fuera no lo había de leer en mis días. Entiende de leyes, y a veces se pone a escribir y llena unos cuadernos de cosas muy buenas, aunque yo no las entiendo. Es buen cristiano y muy respetuoso y cortés con todo el mundo. No ocultaré sus defectos, respetable señor; y por lo mismo que le quiero, diré a vuesa merced cuál es su gran defecto, para ver si con su talento y su gran sabiduría le puede corregir. Es el caso que difícilmente podrá hacer cosa buena en la corte, porque tiene muy mala letra, y no le luce lo que sabe. Siento mucho tener que revelar esta flaqueza suya; pero antes que nada es mi conciencia, y por todo el oro del mundo no ocultaría sus defectos. Creo, sin embargo, que con un buen maestro, como los hay en la corte, podrá corregirse si se aplica. De este modo llegará, andando el tiempo, a ser apto para desempeñar una plaza de dos mil reales en alguna covachuela, como mi señor abuelo, que en paz descanse. Yo deseo que haga fortuna, porque le quiero con toda mi alma; y así, deseo que vuesa merced, con su gran tino y universal sabiduría, me informe si será posible sacar algo de provecho de este muchacho, diciéndome al mismo tiempo si puedo contar con su protección. Hágalo vuesa merced, por Dios, que es el único hijo de su hermana, y nosotros, que estamos pobres, no podemos hacerle feliz.

Su respetuoso y reverendo servidor,

Fermín.»

Pasaron tres meses sin que don Elías contestara. Al fin contestó, advirtiendo que esperara un poco; que avisaría si podía venir o no. Un mes después escribió de nuevo, llamando a Lázaro a su lado, y añadiendo que de su comportamiento y disposiciones dependía el que hiciera fortuna.

Lázaro no cabía en sí de gozo. Quiso partir el mismo día; pero los ruegos de su madre y de su abuelo le obligaron a aguardar dos más.

El joven estudiante sabía, por las tradiciones de la familia, que su tío era hombre muy sabio, y se le había antojado que había de ser un gran liberal. No comprendía que un hombre muy

sabio dejara de ser muy amante de la Libertad.

La carta de *Coletilla* fué recibida en los primeros días de septiembre de 1821, en que ocurren los primeros acontecimientos que hemos referido. Poco después de la lamentable escena de la barbería y de la entrada del militar en la casa de Clara, ocurrió el viaje de Lázaro a Madrid. Clara no lo supo antes del día en que debía llegar.

Ahora podemos seguir naturalmente el curso de los sucesos de esta puntual historia. Dejaremos a Lázaro preparándose a partir. Su madre y su abuelo le despiden llorando; el alcalde le abraza diciendo que ya ve en él nada menos que un secretario del Despacho; el cura le da dos bollos maimones para el camino y le echa un sermón fastidioso. El estudiante sube a la galera, y con más ilusiones que dineros toma el camino de la corte.

CAPITULO VIII

HOY LLEGA

Tres días después de la aventura descrita en el capítulo segundo estaba Clara muy de mañana encerrada en el cuarto que le servía de habitación. El fanático le había dicho pocas horas antes que esperaba a su sobrino, y que era preciso acomodarle allí hasta que se mudaran todos a una nueva casa que pensaba tomar.

Clara se quedó absorta al oír esta noticia, y no pudo contestar palabra, porque la sorpresa le embargaba la voz. Cuando quedó sola se encerró en su cuarto.

Era éste pequeño e irregular: estaba en lo más interior de la casa y tenía una ventana estrecha, con vidrios de dudosa transparencia, que daba a un patio, de esos que por lo profundos y estrechos parecen verdaderos pozos. Enfrente y a los lados se abrían tres filas de ventanas mezquinas, respiraderos de otras tantas celdas, donde se albergaban familias bulliciosas. El cuarto de Clara tenía el usufructo de un rayo de luz desde las once a las once y media, hora en que pasaba a iluminar las regiones tropicales del tercer piso Aquel rayo de luz no traía nunca colores, ni paisaje, ni horizonte, ni alegría.

El patio era un recinto populoso, el centro de un enjambre humano. A ciertas horas asomaban por aquellos agujeros otras tantas cabezas: eso sucedía en los grandes acontecimientos, cuando la herrera del piso bajo y la planchadora del cuarto resolvían al aire libre alguna cuestión de honor, o cuando la manola del tercero y la zurcidora de enfrente entablaban pleito sobre la propiedad de la ropa tendida.

Por lo demás, allí reinaba siempre una paz octaviana, y era cosa de ver la amable franqueza con que la esterera pedía prestada una sartén a la vecina de la izquierda, y la confianza íntima con que dialogaban en el quinto el soldado y la mujer del zapatero. Enlazaban unas ventanas con otras, a guisa de circuitos telegráficos, varias cuerdas, de donde colgaban algunas despilfarradas camisas, y de cuando en cuando tal cual lonja de tasajo, sobre el cual descendía en el silencio de la noche una caña con anzuelo, manejada por las hábiles manos del estudiante del sotabanco.

La vidriera del cuarto de Clara no se abría nunca. Elías la había clavado por dentro desde que ocupó la casa.

Si la perspectiva del patio era desapacible, el interior de la habitación tenía indudablemente cierto encanto, no porque en él había cosas bellas, sino por la sencillez y modestia que allí reinaban y el cuidadoso aseo y esmero, única elegancia de los pobres. Veíase, en primer término, una voluminosa cómoda, compuesta de seis enormes gavetas con sus labores de talle junto a las cerraduras. y algunas incrustaciones un poco carcomidas; encima, un mueble decorativo bastante viejo, que representaba una figura de Parca con una de las manos alzada en actitud de sostener algo; pero en lugar del reloj que en otro tiempo cargaba, sostenía en tiempo de Clara una caja forrada en papeles de colores, la cual debía guardar utensilios de labor femenina. En lugar de la redoma de cristal, tapaba todo esto un pedazo de gasa, sujeto con cintas azules a las piernas de la diosa, la cual ostentaba en su profano pecho un escapulario de la Virgen del Carmen.

Una mesa de tocador, tres sillas de viejo nogal, pesadas y lustrosas; un cojincillo erizado de agujas y alfileres, banqueta y cama de caoba de muy vo-

luminosa arquitectura, cubierta con manta palentina, completaban el ajuar.

Clara estaba delante de su espejo, y se ocupaba en enredarse en la coronilla una gruesa trenza de pelo negro, recientemente tejida y terminada en la punta con un atadijo del mismo pelo y un lazo encarnado. Dos órdenes de pequeños rizos; guedejas sutiles, retorcidas con negligencia, la adornaban la frente, y de las sienes blancas, cuya piel transparentaba ligeramente la raya azulada de alguna vena, le caían dos airosos mechones.

No hay actitud más propia para apreciar debidamente las formas académicas de una mujer que esa que toma cuando alza las manos y se enrolla una trenza en la cabeza, dejando ver el busto, el talle, el cuello en toda su redondez. Tiéndense los músculos del pecho, se contornea la espalda, y el ángulo del codo y las suaves curvas del hombro describen en su dilatación graciosas líneas que dan armoniosa expresión escultural a toda la figura.

Concluída la operación del peinado, Clara echó una mirada de deseo y desconfianza a la última gaveta de la enorme cómoda en donde tenía su ropa. Es que allí existía, guardado con singular esmero, un traje que Elías le había comprado algunos años antes, cuando era menos adusto y gruñón. Este traje, que era lo más lujoso y bello que la huérfana poseía, tenía la forma y los colores más en moda en aquella época: cuerpo de terciopelo negro con prolijos dibujos de pasamanería, y guardapiés de seda pajizo, adornado con una gran franja, como de a tercia, de encaje negro. Dudaba si sacarlo o no: quería ponérselo, y temía ponérselo; quería lucir aquel día su mejor vestido, y temió al mismo tiempo estar demasiado guapa con él. ¿Por qué? Y se detenía pensativa y triste, sin atreverse a sacar a la luz pública aquel tesoro tanto tiempo escondido. ¿Por qué? Porque Elías se había puesto tan fastidioso—así decía ella—, estaba tan maniático y la reñía tanto sin motivo... ¡Qué singularidad! La semana anterior estaba cosiendo y arreglando la cenefa del vestido que se había roto, cuando entró aquel hombre y bruscamente le dijo:

—¿Qué haces ahí...? Siempre pensando en componerte. ¿Para qué te ocupas en esas fruslerías?

Ella, la verdad sea dicha, aunque tenía una razonable contestación que dar a aquella pregunta, no se atrevió; y doblando tristemente su obra fué a sepultarla en la cómoda. Elías no se ablandó por esa prueba de sumisión, y en tono más agrio y severo le dijo al verla tirar de la gaveta:

—Cuando digo que te has echado a perder...

Pero no fué esto lo peor que escuchó la pobrecilla mientras, llena de vergüenza, devolvía a la tumba aquel despojo que había querido profanar sacándolo de tan venerable asilo. No fué esto lo peor que oyó, porque el viejo, bajando la voz y como si hablara consigo mismo, dijo:

—Al fin tendré que tomar una determinación contigo.

¡Jesús, santos y santas del cielo! ¡Qué determinación será ésa!... ¡Si querrá también el viejo encerrarla a ella en la misma gaveta como una prenda sin uso!...

Aquello de la determinación la tuvo preocupada muchos días. En vano trató de sondar el ánimo del viejo. ¡Ay! Pero si ella no sabía sondar ánimos de nadie... El único medio de que se hubiera valido para averiguarlo era preguntárselo sencillamente, y a esto no se atrevía

Aún hubo más. Por la triste calle de Válgame Dios solía pasar una ramillete-ra, que en su cesta llevaba algunos manojos de claveles, dos docenas de rosas y muchas, muchísimas violetas. Clara observaba al través de los cristales el paso de aquellos frescos colores que le atraían el alma, de aquellos suaves aromas que anhelaba aspirar desde el balcón. Un día se decidió a comprar unas flores y mandó a Pascuala por ellas. Clara las tomó, las besó mil veces, las puso agua, las acarició, se las puso en el seno, en la cabeza, y no pudo menos de mirarse al espejo con aquel atavío; las volvió a poner en el agua, y, por último, las dejó quietas en un búcaro que tuvo la imprudencia de colocar donde *Coletilla* ponía su bastón y su sombrero cuando llegaba de la calle. ¡Oh! Sin duda él, al entrar, se había de poner alegre viendo las flores. Las flores le gustarían mucho. ¡Qué sorpresa ten-

dría!... Esto pensaba ella. Decididamente era una tonta.

El fanático llegó y se acercó a la mesa; pero al poner en ella su sombrero chocó éste con el vaso, que cayó al suelo, soltando las flores y vertiendo el agua en las mismas piernas del realista.

El hombre montó en cólera, y mirando con furor a la huérfana, que estaba temblando, gritó:

—¿Qué flores son éstas? ¿Quién te ha mandado comprar estas flores? Clara, ¿qué devaneos son éstos? ¡Coqueta! No hay ya remedio. Te has echado a perder. ¿También quieres llenarme de flores la casa?

Clara quiso contestarle; pero aunque hizo todo lo posible no le contestó nada. Elías pisoteó las flores con furia.

—Estoy resuelto a tomar la determinación.

Otra vez la determinación. «¿Qué determinación sería aquélla?», pensaba Clara en el colmo de su confusión y de su miedo. Después, retirada a su cuarto, pensó en lo mismo, y decía para sí: «¿Querrá matarme?»

Aquella noche no pudo dormir. A eso de las doce sintió que Elías se paseaba en su cuarto con más agitación que de ordinario. Hasta le pareció oír algunas palabras, que no debían de ser cosa buena. Levantóse Clara muy quedito movida de la curiosidad, y poco a poco se acercó con mucha cautela a la puerta del cuarto de Elías y miró por el agujero de la llave. Elías gesticulaba marchando: de pronto se paró, y se acercó a una gaveta y sacó un cuchillo muy grande, muy grande y muy afilado, resplandeciente y fino. Lo estuvo mirando a la luz, examinólo bien, y después lo volvió a guardar. Clara, al ver esto, estuvo a punto de desmayarse. Retiróse a su cuarto y se acostó temblando, arropándose bien. Desde la noche que pasó en el camaranchón de doña Angustias en compañía de los ratones, no había tenido un miedo igual. A la madrugada se adormeció un poco; pero en su sueño se le presentaban multitud de cuchillos como el que había visto, y a veces uno solo, pero tan grande, que bastara por sí a cercenar cincuenta cabezas a la vez. Arropábase más a cada momento creyendo, en los extravíos del sueño, que el cuchillo, a pesar de su puntiaguda forma y de su brillante filo, no podía penetrar las sábanas.

Al día siguiente se serenó, y después se reía de haber temido que Elías podría matarla.

Pero, sin embargo, no se atrevía a ponerse el traje. Aquella bella prenda pecaminosa había de dormir el sueño de la eternidad en lo más hondo de la cómoda, donde sería pasto de gusanos.

Clara no había podido determinar en su entendimiento lo que para ella podía resultar de la venida de Lázaro. En su grande alegría no veía en aquello más que un suceso muy feliz, sin detenerse a considerar los sucesos que posteriormente se podían derivar de aquella llegada. Algunas ideas vagas acompañaron tan sólo aquel sentimiento expansivo y desinteresado. El sería un joven de posición. ¡Cómo no! Sin discurrir en el medio, Clara pensó en un cambio de suerte. Sin saber cómo, se unían en su entendimiento y confusión indisoluble la idea de la llegada de Lázaro y la idea de emanciparse un poco de la fastidiosa—no calificaba de otra manera—tutela de don Elías. A su mente vino la idea del matrimonio. Vino, sí, varias veces; pero casi no era idea aquello: era una percepción confusa, una esperanza tímida y como recelosa. Por último, ya llegó a pensar, a pensar verdaderamente en esto. Una percepción confusa dijimos, sí: esta percepción la ocupaba constantemente. Lázaro iba a ser su marido. Clara también sabía ver los días futuros, y veía a su marido junto a ella en un lugar que no era aquél, en una casa que no era aquélla, en otros sitios, en otra tierra. Y en otro mundo, ¿por qué no? Esto hubiera sido lo más acertado.

Aquel día estaba muy alegre, reía por la menor causa, se ruborizaba sin motivo, estaba inquieta y sin sosiego, quedábase pensativa un largo rato, y después parecía hablar consigo misma.

Las nueve serían cuando Pascuala volvió de la calle y entró en el cuarto de Clara.

Era Pascuala una mujer que formaba a su lado el contraste más violento que puede existir entre dos ejemplares de familia humana. Era una moza vigorosa y hombruna, apacentada en los campos alcarreños, alta de pecho, ancha de caderas, de mejillas rojas, boca grande,

nariz chica, frente estrecha, pero recogido en un gran moño, color encendido, pesadas manos, ojos grandes y negros.

Acercóse a la joven, y misteriosamente le dijo:

—¿Sabe usted lo que me ha *pasao?*

—¿Qué?—dijo Clara, alarmada.

—Que he visto al *melitarito* del otro día, el que estuvo aquí cuando el señor vino malo.

—¿Y qué?

—¿Qué? Nada, sino que me ha *asustao,* porque me dijo quería entrar, y como estamos solas pensé que me pasaría algo..., porque como es una así tan guapetona... y no tiene una mala cara... Ya ve usted.

—¡Ah! ¿El oficial aquel del otro día?... Y ¿dices que se quería meter aquí?

—Sí; y después me preguntó por usted.

—¿Por mí? ¿Y qué le dijiste?

—Que estaba *güena.* Después dijo que si estaba aquí *el viejo.* Ya ve usted qué poco respeto. ¡El viejo! ¡Qué irreverencia! Yo le dije que no. El me dijo que quería entrar a hablar conmigo... Pero, vamos..., yo soy muy maliciosa, y yo me malicio...

—¿Qué?

—A mí no me engañan así con palabritas. Como es una tan guapetona...

—No tengas cuidado—dijo Clara riendo—. Es que está enamorado de ti y quiere casarse contigo. Si lo sabe el tabernero...

—¿Mi Pascual? No lo sabrá... Si llegara a saber mi Pascual que hay un señorito que dice chicoleos a Pascuala...

Advirtamos que esta fregona tenía por novio a un Pascual que había fundado nada menos que una taberna en la calle del Humilladero. Aquellas relaciones honestas y nobles parecían muy encaminadas al matrimonio; y como ella era *así, tan guapetona,* habría probabilidades de que aquel par de Pascuales se unieran ante la Iglesia para dar hijos al mundo y agua al vino.

—Pues como Pascual lo llegue a saber...

—Pero yo soy muy pícara..., y se me ha puesto en la cabeza..., ¿sabe usted lo que se me ha puesto en la cabeza?

—¿Qué?

—Que él no quiere entrar aquí por mí, sino por usted.

—¿Por mí? No seas tonta—replicó Clara, riendo con la mayor naturalidad.

—¿Le dejo entrar?

—No, cuidado. Por Dios, no hagas tal. No vuelvas a hablarle más. ¿A qué tiene que venir aquí ese caballero?

—Yo me malicio..., aunque una sea así tan guapetona... Yo me malicio que a mí no me quiere *pa* maldita de Dios la cosa..., porque, al fin, siempre una es criada y él un caballero... Pues parece persona muy principal. Digo... ¿Le dejo entrar?

—¡Jesús, Pascuala, no lo vuelvas a decir!—exclamó seriamente Clara—. Pero ¿a qué quiere entrar aquí ese caballero?

—Toma, a verla a usted.

—¿Y para qué quiere verme a mí?

—Toma, para verla.

—¡Qué ocurrencia!—murmuró pensativa.

En esto se sintió un campanillazo. Abrieron y entró *Coletilla.*

Las dos muchachas seguían su coloquio cuando sintieron en la calle rumor de voces agitadas, algunos gritos y pasos precipitados. Asomáronse los tres y vieron que discurrían varios grupos por la calle. Los chisperos más famosos del barrio dejaban sus hierros y salían en busca de aventuras. *Coletilla* lanzó una mirada de rencoroso desdén sobre los transeúntes, y cerrando con estrépito el balcón, dijo:

—¡Otra sonada!

Las dos muchachas temblaron acordándose del miedo que tuvieron pocas noches antes.

—¡Ay, cuándo se acabarán estas cosas!—observó Clara.

—¡Pronto!—dijo con sequedad el viejo, sentándose y tomando una carta que había sobre la mesa.

La leyó; después tomó su capa y su sombrero, y dijo a las chicas:

—Voy a salir; tengo que hacer: no volveré en toda la tarde. Mi sobrino llegará esta noche a eso de las ocho: yo no vendré hasta las diez lo más temprano. Que me espere aquí.

Y embozándose en su capa, miró un triste reloj que contaba con tristísimo compás la vida en el testero de la sala.

—No abráis a nadie: cuidado, cuidado con la puerta. Echad tódos los cerrojos. Cuando venga mi sobrino, dadle algo que comer y que me aguarde.

—Pero ¿cómo va usted a salir con esos alborotos?—dijo Clara con temor—. No nos deje usted solas: tenemos mucho miedo.

—¡A mí! ¿Qué me han de hacer a mí? ¡Ay de ellos!—murmuró con ahogado furor—. Tened cuidado con la puerta os repito.

Y después, como hablando consigo mismo, dijo en voz baja:

—Sí; es preciso tomar una determinación..., buena determinación.

Clara pudo oírlo, y pensó en la cómoda, en el traje, en las flores, en el cuchillo y en la determinación, en aquella maldita determinación que no conocía. Pero aun esto, que la tuvo cabizbaja y melancólica un buen rato, no fué bastante para quitarle la felicidad que aquel día rebosaba en su alma.

CAPITULO IX

LOS PRIMEROS PASOS

Los grupos de la calle crecían. La población toda presentaba ese aspecto extraño y desordenado que no es tumulto popular, pero sí lo que le precede. Era el 18 de septiembre de 1821. La mayor parte de los habitantes de Madrid estaban en la calle. El ansioso «¿qué hay?» salía de todas las bocas. En tales ocasiones basta que se paren dos para que en seguida se vayan adhiriendo otros hasta formar un espeso grupo. Entonces todos los que vemos nos parecen *malas caras*. El accidente más curioso en tales días es el que ofrece la llegada de la persona que se supone enterada de lo que va a haber. Rodeándole: el *enterado* se hace de rogar, principia a hablar en lenguaje simbólico para aumentar la curiosidad, sienta por base que sin la más profunda discreción y la promesa de guardar el secreto no puede decir lo que sabe. Todos le juran por lo más sagrado que guardarán el secreto, y, por fin, el hombre empieza a contar la cosa con mucha oscuridad; excitado por los oyentes, se decide a ser claro, y les encaja tres o cuatro bolas de tentetieso, que los otros se tragan con avidez, desbandándose en seguida para ir a vomitarlas en otros grupos: tan indigestos son esta clase de secretos.

La tarde a que nos referimos era casualmente cierto lo que nuestro amigo Calleja, *enterado* oficial de La Fontana, contaba en uno de los grupos formados en la Carrera.

—Pues qué, ¿no saben ustedes?—decía bajando la voz y haciendo unos gestos dignos del único espartano que, escapado en las Termópilas, llevó a Atenas la noticia de aquella catástrofe memorable—. ¿No saben ustedes? Pues no hay más sino que mañana habrá procesión cívica en honor de Riego, cuyo retrato será paseado por todas las calles de la corte.

—Bien, bien—dijo uno de los oyentes—. ¿Ibamos a consentir que se maltratara al héroe de las Cabezas, al fundador de las libertades de España?

—Pues lo grave es que el Gobierno está decidido a que no haya procesión. Pero es cosa decidida. La Fontana lo ha resuelto y se hará: ya está preparado el retrato. Y por cierto que es una linda obra: está representado de uniforme, y con el libro de la Constitución en la mano. ¡Gran retrato! Como que lo hizo mi primo, el que pintó la muestra del café Vicentini.

—¿Y el Gobierno prohibe la fiesta?

—Sí; no le gustan estas cosas. Pero habrá procesión o no somos españoles. El Gobierno la prohibe.

En efecto, en aquel momento las esquinas recibían un empiasto oficial, en que se leía el bando prohibiendo la fiesta preparada por los clubs para el siguiente día. La tropa estaba sobre las armas.

—Y esta noche tenemos gran sesión en La Fontana.

—Mira, Perico, guárdame un buen sitio esta noche—dijo un joven que formaba parte del grupo—; guárdame un puesto, que tengo que ir esta noche a primera hora al Parador del Agujero a recibir unos amigos que vienen de Zaragoza.

Y después añadió con misterio, dirigiéndose a otros dos o tres que parecían amigos suyos:

—Buenos chicos aquellos chicos de Zaragoza de que os he hablado. Esta noche llegan. Son del club republicano de allá. Buenos chicos.

El grupo se disolvió; al mismo tiempo, la siniestra figura de *Tres Pesetas* cruzaba por la calle, unida a la no menos desapacible de *Chaleco*.

Del grupo salieron tres jóvenes de los que hablaron anteriormente. Eran tres mancebos como de veinticinco años. No

podemos llamarles lechuguinos netos; pero tampoco podía decirse de ellos que carecían de toda distinción y elegancia. Eran amigos íntimos, que compartían sus fatigas y sus goces, las fatigas de la pobreza estudiantil y los goces del aura popular, conquistada con artículos de periódicos y discursos en el club.

El uno era un joven de familia distinguida, segundón, a quien habían mandado a estudiar Cánones y sagrada Teología en Salamanca, con el objeto de que fuera sacerdote y disfrutara unas pingües capellanías que habían pertenecido a un su tío, chantre de la catedral de Calahorra. Capellán te vean mis ojos, que obispo como tenerlo en el puño. En efecto, Javier, que así se llamaba el muchacho, hubiera sido obispo, porque su familia tenía gran influencia. Pero el chico, que no amaba los hábitos y se sentía impresionado por las nuevas ideas, hizo su hatillo y, falto de dineros, aunque no de osadía, se puso en camino, y se plantó en Madrid el mismo bendito año de 1820. Vagó por las calles solo; pero pronto tuvo bastantes amigos; escribió a su abuelita, que le concedió un medio perdón y algunos cuartos —pocos, porque la familia, aunque la más noble del territorio leonés, se hallaba en situación muy precaria—; marchó después a Zaragoza, donde vivió algunos meses, figurando mucho en los clubs democráticos, y volvió después a la corte, no muy bien comido ni bebido, pero alegre en demasía. Escribía en *El Universal* furibundos artículos, y contento con su poquito de gloria, iba pasando la vida, pobre, aunque bienquisto. Cautivaba a todos por la amabilidad de su carácter y lo generoso de sus sentimientos. En política profesaba opiniones muy radicales y pertenecía a la fracción llamada entonces *exaltada*.

En la misma militaba el segundo de estos tres amigos que describimos, el cual era andaluz, de veintitrés años, delgado, pequeño y flexible. En Ecija, su patria, pasaba el tiempo escribiendo versos a Marica, a Ramona, a Paca, a la fuente, a la luna y a todo. Pero todo cansa, y la poesía a secas no es de lo que más entretiene: un día se encontró aburrido y pensó salir del pueblo. Pasó por allí a la sazón el ejército de Riego, y aquellas tropas excitaron su curiosidad.

Preguntó. Le dijeron que eran los soldados de la Libertad, y esto resonó en sus oídos con cierta agradable armonía.

—Me voy con ellos—dijo a sus padres.

Estos eran muy pobres, y contestaron:

—Hijo, vete con Dios, y que El te haga bueno y feliz; pórtate bien y no te olvides de nosotros.

El poeta siguió al ejército, llorando sus padres; aún es fama que lloraron a escondidas tres de las chicas más guapas de Ecija. Al llegar a Madrid, el joven volvió a ser poeta, y entonces hacía versos al rey cuando abría las Cortes, a Amalia, a Riego, a Alcalá Galiano, a Quiroga, a Argüelles. En su vida cortesana, este poeta que, como después veremos, pertenecía a la escuela clásica en todo su vigor, pasó algunos clásicos apurillos; mas después, escribiendo en casa de un abogado, desempeñando funciones modestas en el periódico *El Censor*, vivía siempre alegre, siempre poeta, siempre clásico, apreciado de sus amigos con alguna fama de calavera, pero también con opinión de joven listo y de buen fondo.

La fisonomía del tercero no era tan agradable ni predisponía tanto a su favor como la de los anteriores. Sin embargo, tenía fama de buen chico; y en cuanto a opiniones políticas, no podía echársele en cara la tibieza, porque era frenético republicano. Algunos malintencionados decían que en el fondo era realista, y que sólo por cálculo hacía alarde de aquel radicalismo intransigente. Pero aún no tenemos motivo para aceptar esta aseveración, que es quizá una calumnia. Llamábanle el *Doctrino*, porque había estudiado primeras letras en el colegio de San Ildefonso. No podía negarse que había en su carácter cierta astucia disimulada, y en sus modales alguna afectación bastante notoria. Era hijo natural de un vidriero, que le reconoció al morir, dejándole pequeña fortuna; pero los albaceas testamentarios, a quienes el difunto dió amplios poderes, hicieron un inventario, del cual resultaba que el vidriero no había dejado en el mundo cosa alguna de valor. El *Doctrino* les pedía dinero, y ellos le solían decir: «Tome usted para un semestre.» Y le daban una onza.

Pero sus amigos le ayudaban a vivir, le mantenían y le compraban algún le-

vitón de pana. Era notorio—y aun llegó a tratarse seriamente del asunto—que poco antes de la época en que esta historia comienza, el *Doctrino* gastaba más dinero que de costumbre; y cuando sus amigos le preguntaban el origen de aquel caudal respondía evasivamente y mudaba de conversación.

Estos tres jóvenes eran inseparables, sin que alteraran la paz las desventuras pasajeras del uno, ni las ganancias fortuitas del otro. La onza semestral del *Doctrino* perecía en Lorencini o en La Fontana en dos días de café, chocolate y jerez; pero después Javier escribía un artículo tremendo sobre la soberanía nacional para comprarle unas botas al poeta clásico, y el mismo *Doctrino* sacaba de un misterioso bolsillo un doblón de a cinco para atender a las necesidades amorosas de Javier, que tenía pendiente cierta cuestión con la hija de un coronel de caballería, hombre atroz y fiero como un cosaco.

Estos tres jóvenes vagaron juntos por las calles, acercándose a los grupos, preguntando a todos, contando noticias fraguadas por la fecunda imaginación del poeta, hasta que, llegada la noche, se dirigieron al Parador del Agujero, sito en la calle del Fúcar, a esperar a unos amigos de Javier que llegaban aquella misma noche de Zaragoza.

Ni en la arquitectura antigua ni en la moderna se ha conocido un monumento que justificara mejor su nombre que el Parador del Agujero en la calle del Fúcar. Este nombre, creado por la imaginación popular, había llegado a ser oficial y a verse escrito con enormes y torcidas letras de negro humo sobre la pared blanquecina de la fachada. El portalón ancho, pero no muy alto, le daba entrada; y esta puerta, cuyo dintel consistía en una inmensa viga horizontal, algo encorvada por el peso de los pisos principales, era la entrada de un largo y oscuro callejón que daba al destartalado patio. Este patio estaba rodeado por pesados corredores de madera, en los cuales se veían algunas puertas numeradas.

En lo alto residía el establecimiento patronil de La Riojana, antonomasia imperecedera que se conservó por tres generaciones. Allí se servía a los viajeros, recién descoyuntados y molidos por el suave movimiento de las galeras, algún pedazo de atún con cebolla, algún capón si era Navidad o por San Isidro, callos a discreción, lonjas escasas de queso manchego, perdiz manida, con valdepeñas y pardillo. Esta comida frugal, servida en estrechos recintos y no muy limpios manteles, era la primera estación que corría el viajero para entrar después en la *vía crucis* de las posadas y albergues de la villa.

Dos veces al día un ruido aspero y creciente aumentaba la normal algarabía del barrio. Se oían las campanillas, el chasquido del látigo y un estrépito de ruedas que de bache en bache, de guijarro en guijarro iban saltando. La máquina llegaba frente al portal, y aquí era donde se probaba la habilidad náuticococheril del mayoral: la máquina daba una vuelta, los machos entraban en el portalón, y tras ellos el vehículo, siendo entonces el ruido tan formidable que la casa parecía venirse al suelo. El navío daba fondo en el patio, los brutos eran desenganchados, el mayoral bajaba de lo alto de su trono, y los viajeros que aún se mantenían con la cabeza inclinada, y muy agachados, resabio de cuando atravesaron el portal, notaban al fin que no tenían el techo en la corona, se admiraban de verse con vida y descendían también.

Aquí, si había parientes esperando, empezaban los abrazos, los besos, las felicitaciones. Era propinado con algún real mal contado el cochero, y cada cual se iba por su camino, siendo costumbre tomar allí mismo, en los aposentos de La Riojana, un preámbulo estomacal para poder subir la calle de Atocha, que era entonces algo más inaccesible que ahora.

Esta vez, cuando la nave hizo su parada definitiva en el patio, hubo una aclamación general. El *Doctrino* abrazó a sus amigos.

—¡Javier!

—¡Lázaro!

Y se abrazaron con efusión. Después de los monosílabos de alegría y sorpresa, el segundo dijo al primero:

—¿Tú en Madrid?... ¡Al fin! ¿Vienes de Ateca?

—Sí.

—Bien. No podías llegar más a tiempo. ¿Y los amigos de Zaragoza? Pero ¿de dónde vienes? ¿Y el club..., y nuestro club?...

—Ya sabes que nos lo disolvieron. Hace seis meses que estoy en Ateca.

—Y ¿estarás mucho aquí?

—¡Siempre!

—Bien. Aquí la juventud, la vida. Y si he de decirte la verdad... hacemos falta.

—Sí..., ¿eh?

—Señores, aquí tenéis a mi amigo, al grande orador del club de Zaragoza, mi amigo y compañero.

Los demás jóvenes, tanto viajeros como visitadores, rodearon al aragonés.

Expliquemos. Cuando Javier estuvo en Zaragoza, trabó amistad muy íntima con Lázaro. En el club propagaron ambos las ideas democráticas—democracia de 1820—, que entonces cundieron rápidamente por aquella noble ciudad. Privadamente estos dos jóvenes, afines por carácter y temperamento, se miraban como hermanos, tenían una misma bolsa, comían a un mismo plato y confundían en un común sentimiento sus pesares y alegrías. Desde la salida de Lázaro para su pueblo no se habían visto.

—¡Cuánto me alegro de que vengas acá! —dijo Javier, abrazándole otra vez—. Hacen falta jóvenes como tú. La juventud de ayer se va corrompiendo: unos se enervan, otros retroceden y algunos se venden por falta de fe.

—Señores, vamos a Vicentini—dijo el *Doctrino*, llevándose a sus amigos.

—¿Qué Vicentini? A La Cruz de Malta. Allí hay muchos aragoneses; todos son aragoneses.

—Este no viene sino a La Fontana —dijo Javier, señalando a su amigo.

—¡Viva La Fontana, el rey de los clubs!

—Y el club de los reyes—dijo uno que se escurrió como si hubiera dicho una imprudencia.

—¿Quién ha dicho eso?—exclamó el *Doctrino*, furioso.

—No hagas caso: es uno de los que creen esas calumnias—indicó Javier—. Vamos, señores: esta noche hay gran sesión en La Fontana.

—Mañana me llevarás allá—dijo Lázaro a su amigo con empeño.

—¿Cómo mañana? Esta noche misma, ahora mismo. ¿Vas a perder la más importante sesión que se ha visto ni verá?

—Pero ¿cómo puedo ir esta noche? Si acabo de llegar. Tengo que ir a casa de mi tío.

—¿Tienes aquí un tío? ¿Es liberal?

—Presumo que sí; no le conozco.

—Y ¿ahora vas allá?

—Naturalmente.

—¡Qué disparate! Déjate ahora de tíos. Vente a La Fontana. Son las ocho: ya va a empezar. A la salida irás a tu casa.

—Hombre..., eso no me parece bien —dijo Lázaro, suspenso.

—Pero ¿cómo vas a perder esta sesión? Habla Alcalá Galiano, Romero Alpuente, Flórez Estrada, Garelli y Moreno Guerra. No habrá otra sesión como ésta. ¿Qué más da que vayas a tu casa ahora o a las doce? Tu tío creerá que no ha llegado la diligencia.

—Hombre, no. Estoy cansado. Me esperan tal vez en su casa.

—No hay más remedio sino que vas. ¿Dónde vive tu tío?

—Calle de Válgame Dios.

—¡Jesús, qué lejos! No vayas allá ahora.

Lázaro tenía un vivo deseo de llegar pronto a casa de su tío: ya se comprenderá por qué. Pero le era humanamente imposible, porque su cariñoso amigo le llevaba casi por fuerza al club. Además, las razones con que disculpaba aquella determinación tenían también algún peso en su mente. Aquel recibimiento caluroso, la noticia de aquella gran sesión de la célebre Fontana estimularon el entusiasmo a que siempre propendía su carácter, y se dejó llevar.

Quién sabe si había algo de providencial en aquella extemporánea visita a La Fontana. Sería cosa de ver que sin sacudir el polvo del camino—esto pensaba él—le acogieran con aplauso en el club más ilustre y célebre de la monarquía. Tal vez le conocían ya de oídas por sus brillantes discursos de Zaragoza. ¿Cómo tal vez? Sin duda le conocían ya. A estos pensamientos se mezclaba el orgullo de que a oídos de Clara llegara al día siguiente su nombre llevado por la fama. Una apoteosis se le presentaba confusamente ante la vista. ¿Por qué? Sin duda aquélla era providencial.

Así es que la resistencia que al principio opuso fué disminuyendo a medida que se acercaba a La Fontana. No le tengáis por loco todavía.

Llegaron. La puerta estaba obstruída

por un inmenso gentío. Pero el *Doctrino* con los suyos, y Javier con Lázaro y el poeta, tuvieron medio de entrar por un patio interior. La sesión era muy agitada. Un orador acusaba al Gobierno de la destitución de Riego. Contó lo que había pasado en Zaragoza, y acusó a los habitantes de esta ciudad, por no haber defendido a su general.

—Poner la mano—decía—en un héroe como Riego es la mayor de las profanaciones. Y ¿qué ha hecho Zaragoza? ¡Oh, la ciudad en que tal cosa ha pasado permaneció muda y permitió que su capitán general fuera destituído; dejó que un vil esbirro manchara la sagrada investidura de la autoridad, despojando de ella a Riego. *(Grandes aplausos.)* Se ha dado el pretexto de que Riego fomentaba el desorden en todo Aragón. Esto no es cierto: es una mentira fraguada en esos oscuros conciliábulos de cierto palacio que no quiero nombrar. *(Rumores y risas.)* Se le manda de cuartel a Lérida como un sospechoso, y se entrega el mando al jefe político. ¿Quién es ese jefe político? Siempre fué enemigo de la Libertad. Todos le conocéis: es un enemigo encubierto de la Libertad. ¡Abajo los disfraces! *(Aplausos.)* Lo que se quiere bien lo conocéis: es ir apartando poco a poco de los cargos públicos a los buenos liberales, para poner en ellos a esos hipócritas que se llaman nuestros amigos, y nos detestan en el fondo de sus corazones corrompidos. *(¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!)* ¿Qué se pretende? ¿Adónde nos conducen? ¿Qué va a resultar de esto? ¡Ay de la libertad que hemos conquistado! Mucha atención, ciudadanos. No os descuidéis. Estad alerta, o si no, ¡ay de la libertad! *(Bien, bien.)* Pero lo repito, señores: ¡de quien tengo más quejas es del pueblo de Zaragoza, de ese pueblo que yo creía el más grande de la tierra, y que no lo es!... ¡No, no lo es! *(Rumores.)* ¿Por qué permitió que Riego fuera destituído? ¿Por qué lo dejó marchar? ¿Y es ésta la ciudad de 1808? No; yo diré a esa ciudad: «No te conozco, Zaragoza. Tú no eres Zaragoza. Ya no sabes levantarte como un solo aragonés. Has dejado atropellar a Riego. ¡Tú nos salvaste en otro tiempo; pero hoy, Zaragoza, nos has perdido.» *(Grandes y continuados aplausos.)*

Un joven se levantó (era aragonés).

—Protesto—dijo con la mayor energía—contra las acusaciones lanzadas a mi patria, a la noble capital de Aragón, por ese señor, cuyo nombre no sé..., ni quiero saberlo. *(Una voz dice: «Alcalá Galiano.»)* Mi patria no ha olvidado su honor. ¿Qué queréis que hiciera contra lo mandado en un decreto del Gobierno constitucional?...

—Desobedecerlo — gritaron varias voces.

—Señores, dejadme continuar.

—¡Que siga, que siga!

—Protesto, en nombre de mis paisanos, y afirmo que es Zaragoza el pueblo de España que más ha hecho en todos tiempos por la Libertad. ¿No se le acusa de ser un foco de exaltación republicana? ¿No se ha dicho que de allí salen las ideas más disolventes, que allí se elabora una conspiración para sostener la República?

—Hechos quiero, y no palabras—dijo el primer orador.

—Pues hechos tendréis. ¿No sabéis que existe en Zaragoza un club, cuya influencia y prestigio alcanzan a todo Aragón? Ese club, llamado *democrático*, ha sido en dos años la más entusiástica y eficaz asamblea de la nación. Lo que allí se ha predicado, bien lo sabéis. Las voces elocuentes que allí han resonado, bien autorizadas son. La propaganda que allí se ha hecho ha llegado hasta aquí. *(Rumores.)*

—No sabemos lo que es ese club. Siempre nos hablan ustedes los aragoneses del club de Zaragoza, y aun hoy no sabemos lo que es eso. ¿Qué es eso? Mucho discurso democrático, pero ningún acierto para hacer propaganda y formar un partido. Pero, en último resultado, ¿cuáles son las teorías de ese club tan decantado? Yo desconfío de él. ¿Quién habla en ese club? Conozcamos a sus hombres. Creo que la mayor parte de los que estamos aquí reunidos miran a esa insignificante reunión con el desdén que merece. *(Voces y algazara.)*

Muchos aragoneses se levantaron apostrofando al orador. Lázaro escuchaba todo, inmutándose por grados. Sus amigos le decían en voz baja que defendiese al club de Zaragoza. De repente, un aragonés se levantó en medio de la sala, y, señalando al sitio donde se hallaba Lázaro con los demás llegados aquella noche, dijo:

—Presentes están algunos señores que han pertenecido a ese club.

Todos miraron a aquel sitio.

—Bien—dijo el orador—. Si están ahí esos señores, que hablen, que nos digan lo que es ese club y qué ha hecho. Queremos oírlos: que hablen.

—¡Aquí está el orador más notable del club democrático de Zaragoza!—dijo en voz muy alta Javier, señalando a su amigo.

—¡Sí, sí!—dijeron todos los aragoneses que había en el recinto, reconociendo a su compatriota—. Defiéndanos usted, defiéndanos.

Todas las miradas se fijaron en Lázaro. ¡Cosa singular! En aquel momento, una súbita transformación se verificó en el ánimo del joven. Se sintió turbado, se esforzó en saludar, quiso decir algo y no pudo. Pero le impelían hacia la tribuna, y no había remedio. Si no hablaba, ¿qué dirían de él? Lázaro había brillado en Zaragoza por su elocuencia; había aprendido a dominar la multitud, a sobreponerse a ella, a manejarla a su antojo. Pero en aquella ocasión se encontraba novicio, se desconocía, tenía miedo.

—¡Que hable, que hable!

—Abrid paso—exclamó uno de los diputados más notables de las Cortes de entonces.

Lázaro tuvo una inspiración. El recuerdo de su joven y amable amiga le fortalecía; y a la manera de aquellos caballeros antiguos, que invocaban el auxilio soberano de su dama antes de entrar en combate, procuró evocar todas las imágenes de gloria y felicidad que le habían dado estímulo. Ensanchando el pecho con esto, subió a la tribuna. Desde arriba miró aquella multitud de cabezas apiñadas, y recibió de un golpe las miradas curiosas de tantos ojos.

Aquello le pareció un abismo. Su rostro, encendido por la turbación, se puso bruscamente muy pálido. Hubiera querido hablar con los ojos cerrados. Aquellos diputados, aquellos escritores, aquellos políticos eminentes que veía en torno suyo, le daban miedo. Pero él tenía mucho corazón, y logró dominarse un poco. Pero ¿cómo iba a empezar? ¿Qué iba a decir? En un supremo esfuerzo de inteligencia recogió sus ideas, formuló mentalmente una oración, miró al auditorio... El auditorio le miró a él, y observó que estaba pálido como un cadáver. Lázaro tosió; el auditorio tosió también. La primera palabra se hacía esperar mucho; por fin, el orador tomó aliento, y, desafiando aquel abismo de curiosidad que se abría ante él, comenzó a hablar.

CAPITULO X

LA PRIMERA BATALLA

Lázaro era un poco retorico en la augusta cátedra del club democrático de Zaragoza. Parece que allí tenían buena acogida ciertas fórmulas del decir que nuestro joven había aprendido con su maestro de Humanidades de Tudela, varón docto de la escuela pura de Luzán. El joven tenía, sin embargo, el instinto de la elocuencia tribunicia seca, rotunda, incisiva, desnuda. La Fontana, por desgracia, en aquella ocasión, era enemiga declarada de la retórica, y más enemiga aún de las frases hechas, de los lugares comunes y de esos preámbulos oficiosos, neciamente corteses y en extremo fastidiosos de la oratoria académica.

Lázaro tuvo la mala tentación—porque tentación del demonio fué sin duda—de empezar con aquello de *su pequeñez en presencia de tantos grandes hombres,* y lo *escogido e ilustrado del auditorio,* siguiendo después lo de su *confusión,* y su *necesidad de indulgencia,* sus *escasas fuerzas,* etc., etc. El exordio fué largo: otra desventura. Algunas voces dijeron: «Al grano, al grano.»

Pero a Lázaro le fué un poco difícil dar con el grano, lo cual no es de extrañar, porque no estaba preparado, ni había vuelto aún de la sorpresa. En vano hizo una sinécdoque de las más expresivas; en vano quiso dominar al público con cuatro litotes y dos o tres metonimias: no era aquél su camino. Dijo algunas generalidades que a él le parecían muy nuevas, pero que, en realidad, eran viejísimas, y concluyó un párrafo con dos o tres sentencias plutarquianas, que a él le parecían encajar como de molde, pero que no produjeron sensación ninguna. El esperaba un aplauso: nadie aplaudió.

Lázaro estaba acostumbrado a oír aplausos desde el principio: esto le daba estímulo. La frialdad que notaba en el auditorio en aquella ocasión le des-

animó. Quiso pensar en esto, y casi estuvo a punto de no saber qué decir. Y, sin embargo, el tenía fijos en la imaginación algunos magníficos pensamientos; pero, ¡cosa singular!, no los podía decir. Le parecía verlos escritos delante; pero, por un misterio natural en aquellos momentos, no encontraba la forma oratoria para expresarlos. ¡Qué contrariedad! Poco a poco, hasta la voz se le enronqueció. Sin duda, había en el espíritu de nuestro amigo una influencia maligna. Hablaba con frialdad unas veces; notábalo él mismo, y, al querer corregirlo, gritaba demasiado. Las ideas le faltaban, las imágenes se le desvanecían, las palabras se le atropellaban en la boca.

¡Ah! ¿Dónde estaban aquellas peroraciones internas, llenas de vida, de vehemencia, persuasivas como una voz divina? ¿Dónde aquella lógica terrible, que en la profundidad de sus deliquios oratorios hervía en su cerebro, el cual parecía pequeño para tantas ideas? ¿Dónde estaban los pensamientos sublimes, la facundia descriptiva, la facultad pintoresca, la sentencia concisa y profunda? Sí; él sentía bullir todo esto allá dentro; dentro de aquel Lázaro solitario y apasionado que hablaba de la Naturaleza en el silencio de la noche, que hablaba a la sociedad en lo profundo de un sueño. Las ideas, las formas, el lenguaje, todo lo tenía, todo lo sentía dentro de sí; pero no podía, no podía de ningún modo expresarlo.

En todo orador hay dos entidades: el orador, propiamente dicho, y el hombre. Cuando el primero se dirige a la multitud, el segundo queda atrás, dentro, mejor dicho, hablando también. Dos peroraciones simultáneas son producidas por un mismo cerebro. Una es verbal y sonora: dejémosla al público. Otra es profunda y muda: examinémosla. Lázaro describía, apostrofaba, rebatía, exponía, declamaba. Interiormente, la otra voz parecía decir esto: «¡Qué mal lo estoy haciendo! ¡No me aplauden! ¿Qué debo decir ahora?... ¿Trataré este punto?... No lo trato... ¿Y aquella idea que antes me ocurrió?... ¡Se me ha escapado!...» Y al mismo tiempo no interrumpía su oración; continuaba defendiendo el club de Zaragoza, explanaba un sistema democrático, y hacía, además, una breve historia de la República. Pero la voz de dentro seguía de este modo: «No sé qué hacer... ¿Por qué no me aplauden?... No me conozco... Yo tenía tantos argumentos... ¿Dónde están?... ¡Ah! Voy a emitir esta gran idea... Ya la he dicho... No ha hecho efecto... Procuraré ser esmerado en la frase... Esta oración va bien... ¿Cómo la terminaré?... ¡Qué apuro!... No doy con el adjetivo... ¡Demonio de adjetivo!... ¡Ah!, terminaré con un apóstrofe..., allá va... No ha hecho efecto..., no me aplauden.»

Así hablaba el alma atribulada de Lázaro, mientras con los medios exteriores se dirigía al auditorio con un discurso confuso, tortuoso, desigual y falto de lógica.

Empezaron las toses. Dicen los oradores que, al oír las toses en las pausas de sus discursos, se les hiela la sangre. Lázaro las oyó repetidas y comunicadas a todo el auditorio, y resonaron en su corazón como siniestros ecos. El tosió también. ¡Ah!, la tos le concedió cuatro segundos de descanso; hizo un esfuerzo desesperado, tomó algunas ideas en aquel depósito que tenía en la mente, se apoderó de ellas con firmeza, y prosiguió hablando:

«Allá va eso, decía la lengua interior; allá van...; las expondré de este modo..., no...; mejor de este otro..., no...; mejor del otro..., de cualquier modo... ¡Oh!, hay allí uno que se está riendo... Y otro que cuchichea. Pero qué tos les ha entrado... No le gusta lo que digo ahora..., ni esto tampoco...; ánimo... Concluiré este párrafo con una cita..., allá va... ¡Ah!, tampoco ha hecho efecto...»

Compréndase bien que estas frases que nadie oye y el discurso que oyen todos, guardan perfecto paralelismo.

¡Ah, qué misterios hay en la inteligencia humana, y qué fenómenos tan extraños en sus relaciones con la palabra humana!

¿Por qué fracasó el discurso del aragonés? ¿Fracasó por la reunión diabólica de mil accidentes, ajenos a la naturaleza de su notable ingenio y de su fácil palabra? ¿De quién fué la culpa: de él o del público? Aquí hay otro gran misterio. El público y el orador tienden a fascinarse mutuamente. El primero mira y oye: no sabemos lo que es más terrible, si la mirada o el oído. Las miles de pupilas dan vértigo. La atención de tanta gente, dirigida a una sola voz,

confunde y anonada. El orador, por su parte, ve y oye: ve la serenidad anhelante o desdeñosa, y oye toser. Por eso Lázaro hubiera deseado en algunos momentos de aquella noche ser sordo y ciego. Pero el orador tiene sobre el público una ventaja: tiene un arma, además de la palabra: el gesto. El también fascina, él también lleva en sus ojos aquel vértigo que confunde y anonada; él, generalmente, mira hacia abajo para ver al público; puede mover sus brazos y su cabeza cuando el público está como atado de pies y manos, inmóvil y viviendo sólo de atención.

Aquella noche fatal, Lázaro y el público se fascinaron mutuamente, no se impusieron el uno al otro, no se comunicaron. Ni Lázaro persuadió al público, ni éste aplaudió al orador. Un público no persuadido y un orador no aplaudido se rechazan, se repelen con energía. «Es preciso que calles», hay que decir a éste. «Es preciso que te marches», hay que decir a aquél.

El joven aragonés había tenido la peor de las tentaciones: la tentación de ser largo y difuso. Un segundo más de lo regular basta a concluir la paciencia de un auditorio y a trocar su interés en hastío. Lázaro vió pasar este segundo sin notarlo. Indudablemente, no se comprendieron el uno al otro. ¿Se despreciaron mutuamente? ¿Se temieron mutuamente? Tal vez empezaron por temerse; pero es lo cierto que acabaron por despreciarse.

Lo singular es que si se hubiera preguntado a cualquiera, particularmente, su opinión sobre el discurso, habría dado, tal vez, una opinión no desfavorable; pero la opinión de un público no es la suma de las opiniones de los individuos que lo forman, no; en la opinión colectiva de aquél hay algo fatal, algo no comprendido en las leyes del sentido humano. Decididamente, Lázaro fracasaba.

Veinte veces se le ocurrió que era preciso concluir. Pero ¿cómo? No se atrevía. Iba a concluir mal. ¡Qué horror! Y, para terminar mal, valía más no terminar, seguir hablando, siempre, siempre, siempre. Buscaba el final y no podía encontrarlo. Y el final, ¡es tan importante! Podía rehabilitarse en un momento de inspiración. ¡Ah! La idea de concluir sin un aplauso le daba horror. Por eso temía el final y lo evitaba. Pero era preciso acabar: a las toses siguieron los bostezos; a los cuchicheos, los murmullos. Buscaba, sin cesar, el remate; daba vueltas alrededor del asunto, procurando una salida airosa; pero no encontraba escapatoria; la palabra se deslizaba de su boca, y afluía continua, sin solución, infinita.

«Es preciso concluir», decía la voz interior. «¿Concluir? No hallo el fin, y el fin ha de ser bueno... ¡Dios mío, ampárame! Resumiré..., recapitularé...; pero ya no me acuerdo de lo que he dicho... ¿Pediré perdón al auditorio?... No; eso es rebajarme...» Al fin, le ocurrió la oración final, y la empezó; pero, al llegar al final, otra oración se enlazó con ella, y con ésta otra, y otra, y otra. Su discurso era una oscilacion sin término: pero el público se impacientaba. Ni un minuto más: se apoderó del último período, resuelto a que fuera el último. Pronunció, al fin, el postrer sustantivo; después, alzando la voz, emitió con graduación los tres adjetivos que le acompañaban para darle fuerza, y calló.

La postrera palabra de aquel malhadado discurso vibró en el espacio, sola, seca, triste, con fúnebre resonancia. Ni un aplauso, ni una exclamación satisfactoria la recogió. Su voz había caído en el abismo sin producir un eco. Parecíale que no había hablado, que su discurso había sido una de aquellas mudas, aunque elocuentes manifestaciones internas de su genio oratorio. Estaba en un desierto; rodeábale una noche. ¿Qué había dicho? Nada. Y había hablado mucho. Aquello fué como si diera golpes en el vacío, como si hiriera en una sombra, creyéndola cuerpo humano, como si hubiera encendido un sol en un mundo de ciegos. Bajó con el alma atribulada, oprimido el corazón, ardiente y turbada la cabeza, bañado el rostro en sudor frío.

En vano Javier quiso rehabilitarle, dando algunas palmadas tardías. El público, animal implacable, le mandó callar. Lázaro tuvo la presencia de espíritu suficiente para contemplar cara a cara a aquellas cien bocas que bostezaban. *Robespierre* se desperezaba en el mostrador con suprema expresión de fastidio.

—Lo he hecho muy mal—dijo, tristemente, el orador al oído de su amigo.

—Ya lo harás mejor otro día. Eres un

gran hombre; pero no has tocado en el *quid*. Con una lección mía, estarás al corriente. Otro va a hablar: atiende ahora.

—No; yo me voy a casa de mi tío. No puedo estar aquí más tiempo. Me ahogo.

—Espera a ver lo que éste va a decir.

Un segundo orador subió a la tribuna a disipar el fastidio que la peroración de Lázaro había causado. Mientras la multitud celebraba con aplausos maquinales las frases de su orador favorito, el otro se iba sumergiendo lentamente en profunda melancolía. Nada es más terrible que estos momentos de desencanto en que el alma yace atormentada por los dolores de la caída: el tormento de esta situación consiste en cierta ridiculez que rodea todos los recuerdos de las pasadas ilusiones. Todas las frases de íntimo elogio, de profundo orgullo con que antes se regaló la imaginación, resuenan con eco de burla en la pobre alma abatida, llena de vergüenza.

«Pero es preciso intentar una rehabilitación—decía Lázaro para sí—. ¿Y cómo? Todos murmuran de mí, y si mañana se ofrece hablar de mi discurso, dirán todos que fué detestable, malísimo. Correrá de boca en boca, llegará a oídos de todas las personas que me interesan. Ella lo sabrá, se reirá, tal vez, de mí. Todos se reirán ahora.»

Lo más particular es que, desde que bajó de la tribuna, empezaron a ocurrirle pensamientos, magníficos recursos de elocuencia, soberbios golpes de efecto, citas oportunísimas; y estaba seguro de que, diciendo aquello, arrancaría grandes aplausos. Pero ya era tarde: estaba allí mudo y perplejo, cubierto su espíritu de una nube sombría.

Entre tanto, el nuevo orador divagaba a sus anchas por el campo de la Historia y de la política, y, por último, expuso la necesidad de la manifestación preparada para el siguiente día. Todos se levantaron unánimes gritando: «¡Sí!» Todos prometieron concurrir, y tres o cuatro, encargados del ceremonial, dieron cuenta del arreglo de la procesión; se fijó la hora, se designó el punto de reunión. Los *bravos* sucedieron a los aplausos, y los aplausos a los *bravos*, y, al fin, la sesión terminó.

Los socios comenzaron a salir; pero aquella fracción ignorante y turbulenta, que ocupaba siempre uno de los rincones del café, no creyó conveniente salir sin decir algo. Calleja subió a una silla y gritó, dirigiéndose a los suyos:

—¡Señores, serenata a Morillo!

La idea fué acogida con estrépito. Morillo era el capitán general de Castilla la Nueva. Enemigo de asonadas tumultuosas, había tomado sus medidas para impedir la procesión. Una parte del pueblo se agolpó junto a su casa en la noche del 17, atronando toda la calle con espantosa cencerrada.

—¡Serenata a Morillo!—dijo Calleja, saliendo de La Fontana y reuniendo toda la gente dispuesta para el caso que por allí pasaba.

No sabemos por dónde vino; pero allí estaba *Tres Pesetas*. Nuestros tres amigos y Lázaro salieron de los últimos y se acercaron, por curiosidad, al grupo que Calleja había formado.

Entre tanto, el barbero pasó en dos zancajos a la otra acera y se acercó a la puerta de su casa. Su mujer salió a encontrarle.

—Ciudadano, ¿has hablado?—le dijo.

—No, ciudadanita mía. No puede ser esta noche; pero lo que es mañana, o hablo o me corto la lengua. Ya tengo estudiado el principio, y no se me olvidará una letra. Cuando hable, me los como.

—Estoy por no dejarte entrar—le contestó gravemente su mujer—. Si yo llevara calzones, ya me habían de oír. Así y todo, si me pusiera a ello, los volvía locos... Si yo tuviera calzones, andaba por esos *clubes* a qué quieres boca. Porque tengo más verdades aquí en el buche...

—Ya verás mañana a la noche si hablo o no. Es que cuando voy a empezar me hace unas cosquillas la lengua... y me trabo. Pero no tengas cuidado, que los voy a dejar aturrullados.

—¡Serenata a Morillo!—dijeron cien voces.

—Señores—exclamó uno de los más célebres oradores de La Fontana—, váyase cada uno a su casa, que estos desórdenes nos van a desacreditar. Cada uno en paz a su casa; nada de gritos.

Estos discretos consejos fueron saludados con murmullos prolongados de reprobación.

—¿Quién es ese servilón?—dijo una

voz aguardentosa, que no era otra que la del sin par *Chaleco*.

—A casa de Morillo—repitió Calleja—. Mujer, tráeme el almirez.

El gentío aumentaba con nuevas remesas enviadas de la plazuela de la Cebada y del barrio del Salitre. Los socios de La Fontana se habían marchado, cerróse el club y sólo quedaron en la calle los tres amigos y Lázaro, que se despedía para ir a casa de su tío.

—Espera un instante para ver lo que sale de aquí—le dijo Javier, deteniéndole.

A la sazón, una persona daba fuertes golpes a la puerta de Calleja.

—¿Qué hay?—dijo éste, acercándose e interrumpiendo una patriótica y barberil alocución que había comenzado.

—Que vaya usted en seguida a sangrar a don Liborio, que está muy malito.

—Demonio de enfermo: mañana le sangraré.

—No puede esperar. Vaya usted pronto—exclamó el criado.

—¿Señores, qué hago?—preguntó el barbero a sus amigos.

—No vayas, Calleja; que se sangre él solo. Esta no es noche de sangrías. ¡A casa de Morillo!

—Señores..., yo quisiera cumplir..., porque ya ven ustedes..., mi profesión. La ciencia es lo primero.

—No vayas, Calleja.

—Señores, volveré en seguida. A ver —añadió, abriendo la puerta de su casa—, ciudadana, tráeme las lancetas.

La ciudadana salió muy afligida, y le dijo:

—A ver cómo le ponemos una ayuda a Joaquinito, que está muy malo. ¡Si vieras qué vomitona le ha dado! ¿Se la pongo de malvas?

—Póngasela de demonios cocidos, hermana—exclamó *Tres Pesetas*, furibundo.

—Poco a poco, señores—contestó Calleja—. ¿De malvas o de aceite? Déjenme ustedes ver cómo se arregla eso; porque para mí..., ¿por qué lo he de negar?, la ciencia es lo primero.

Lázaro insistía en dejar a sus tres amigos; tan aburrido y melancólico estaba.

—Espera, hombre—le decía Javier, deteniéndole aún—. Espera a ver lo que hacen estos bárbaros.

—¡Qué es eso de bárbaros!—exclamaron con furia los que más cerca estaban, volviéndose hacia los amigos con tanto interés, que hasta el mismo Calleja dejó la ciencia para salir en defensa de la corporación—. ¿Qué es eso de bárbaros, caballerito?

—¿Quiénes son esos pelandingues?—dijo uno.

—Este es el aragonés que nos rezó el rosario esta noche. ¡Qué modo de hablar!

—Si parecía un sermón de Viernes Santo.

—El diablo me lleve si no les acaricio las muelas a esos catacaldos—dijo *Tres Pesetas*, dispuesto a hacer lo que decía.

Javier, el *Doctrino*, el poeta clásico, vieron una tempestad sobre sus cabezas; pero el poeta clásico, que era el mismo enemigo, no se acobardó y tuvo el antojo de llamar *rapista* al grandioso Calleja. La chispa saltó, y la lucha era inminente; pero tan desigual, que los cuatro mozos no quisieron arriesgarse a ella, volvieron las espaldas y apretaron a correr, unidos siempre, dirigiéndose a la calle de la Victoria. Muchos de los contrarios los siguieron, dando voces y arrojándoles piedras; pero los fugitivos andaban muy ligeros y lograron refugiarse en la calle de la Gorguera, metiéndose en el portal de la casa en que uno de ellos vivía. Cerraron cuidadosamente por dentro. Un enorme canto, lanzado por las robustas manos de *Tres Pesetas*, chocó en la puerta tan fuertemente, que, si hubiera cogido a alguno, le hace añicos. Felizmente, los jóvenes estaban seguros, y los de fuera, al ver que la presa se les había escapado, retrocedieron, marchándose todos a dar una armoniosa cencerrada al capitán general de Madrid.

CAPITULO XI

LA TRAGEDIA DE LOS GRACOS

Luego que sintieron alejarse a sus perseguidores, los amigos subieron. Allí vivía el poeta clásico.

—¿Tienes qué cenar?—le preguntó el *Doctrino*.

—Un magnífico festín—le contestó el poeta—. Un cuarterón de queso manchego y una botella de cariñena. Mandaremos por unos buñuelos a la taberna de la esquina.

Lázaro tenía un hambre espantosa. Desde las nueve de la mañana no había probado cosa ninguna, y el cansancio del camino, los esfuerzos mentales y la gran fatiga moral de aquella noche le habían rendido, hasta el punto de que no podía tenerse. Subió con los demás, sin fuerzas para emprender a aquella hora el viaje a casa de su tío. La comitiva, guiada por el poeta clásico, se internó en la escalera.

No hay viaje al Polo Norte que ofrezca más peligros que una escalera angosta de casa madrileña cuando la oscuridad más completa reina en ella. Comenzáis dando tumbos aquí y allí; de repente tropezáis con la pared; chocáis con una puerta, y el ruido alarma a la vecindad. Dais con el sombrero en un candil que, aunque extinguido por falta de aceite, tiene lo bastante para poneros como nuevo. Y todo esto es llevadero cuando no se encuentra al truhán que baja o al galán que sube, cuando no sentís el retintín de la ganzúa que intenta abrir una puerta, cuando no resbaláis en las sustancias depositadas por los gatos sobre los escalones, cuando no tropezáis con la amorosa conjunción de dos estrellas que pelan la pava en el último tramo.

Por fin, la expedición llegó a las regiones boreales de la casa, a la elevada zona en que el poeta había hecho su nido. Tocaron, y, abierta la puerta, nuestros amigos se encontraron frente a frente de una mujer que, con soñolientos ojos y rostro avinagrado, alzaba la mano sosteniendo un candil, próximo a imitar la sabia conducta de los de la escalera. Este candil comunicó su luz a otro mejor acondicionamiento que habría en el cuarto dónde entraron los cuatro jóvenes. La dama echó el cerrojo a la puerta de la escalera, y, dando las buenas noches con entonación de un responso, se fué. No había andado cuatro pasos cuando volvió, y arrebujándose bien en su manto, con honestos y recatados ademanes, dijo:

—Por Dios, don Ramón, no hagan ustedes ruido, que está alborotada la vecindad con la algarabía que se arma aquí todas las noches. Porque, ya ve usted... Una es comidilla de las gentes de abajo. La encajera ha ido diciendo que esto es una taberna, y que no se puede vivir en esta casa. Ya ven ustedes..., como una es mujer de opinión...

La señora que tan celosa se mostraba de la opinión de su casa era doña Leoncia Iturrisbeytia, vizcaína, como es fácil conocer por su apellido; patrona de aquel establecimiento, mujer de bien, como de cuarenta años mal contados, de buen aspecto, robustas formas, alta estatura, cara redonda y carácter bonachón y más que sencillo.

—Señora, déjenos usted en paz—le contestó Javier—. Si viniera don Gil con nosotros, no se incomodaría usted.

—Vaya, ya empieza usted con sus bromas, don Javier.

—Y ¿cuándo se casa usted, doña Leoncia?

—¿Yo casarme? ¿Yo? — dijo doña Leoncia, con mal disimulada satisfacción.

—Pues sepa usted que se lleva un buen mozo. Don Gil es hombre que hará carrera... Está en buena edad...

Una carcajada de los otros dos y una sonrisa forzada de la patrona acogieron aquellas palabras. La vizcaína tenía un pretendiente, y éste era don Gil Carrascosa, aquel individuo que fué lego, abate y covachuelista y cuanto hay que ser. Corrían por la vecindad rumores alarmantes respecto a la existencia de cierta buena concordia, parecida a la familiaridad, entre el poeta clásico y doña Leoncia la vizcaína. No penetremos en lo sagrado de estos clásicos y patroniles secretos.

Doña Leoncia notó la presencia de un desconocido y quiso darse tono. Se puso seria y reprendió a los estudiantes por su poca formalidad. Después hizo un pomposo ademán, algunas cortesías, y se marchó.

—Adiós, Ariadna, Antígona, Sofonisba, Penélope—dijo, cuando la vió fuera, el poeta, que gustaba mucho de aplicarle aquellos nombres heroicos.

Poco después de esta despedida se sintieron ronquidos muy broncos y prolongados. Era Ariadna, Antígona, Sofonisba, Penélope, que dormía en el interior. ¡Cuán felices son las semidiosas!

Javier y el *Doctrino* tomaron en competencia posesión de la cama. Lázaro se acomodó lo mejor que pudo en una silla de tres pies y medio, y el poeta continuó en pie, haciendo los honores del sotabanco. Del cajón de la cómoda sacó un pedazo de queso envuelto en

un papel, que se había hecho transparente. Un cuchillo, una botella y un plato, en que había panecillo y medio, salieron de otro rincón, y el festín fué preparado en la mesa, para lo cual se hizo preciso apartar a un lado dos tragedias en verso heroico, un retrato de mujer roído de ratones, un ejemplar de la Constitución, un tintero de cuerno y una babucha, dentro de la cual había unas tijeras, una caja de obleas y medio tomo del teatro de Crebillon.

El cuarto aquel era curioso. La cama se ostentaba lo más horizontal que le era posible sobre dos banquillos, cuyas tablas sostenían un jergón de tan tortuosa superficie, que el durmiente rodaba en él de cima en cima antes de poder conciliar el sueño. Una estera de esparto, finísima en los tiempos de Carlos III, cubría las dos terceras partes del piso, siendo inútiles todos los esfuerzos de doña Leoncia para estirarla hasta cubrir lo que faltaba. Inmenso baúl alternaba con la cama, y, a juzgar por lo corroído del cuero y la suciedad acumulada entre él y la pared, los ratones habían tomado por su cuenta la empresa de colonizar aquel recinto. Adornaban las paredes algunos cuadros: el más notable era un trabajo de pluma hecho por el tío del cuñado del abuelo de la vizcaína, que había sido insigne calígrafo, y toda la lámina estaba llena de rasgos, líneas, letras raras, rúbricas y floreos de pluma, trabajo ilegible por ser tan excelente. Por otro lado pendía de la pared un cuadrito de marco ex dorado, que encerraba las habilidades juveniles de la abuela de doña Leoncia, bordadora de lo más fino. Al lado de estos monumentos de familia estaban un par de figurines del Directorio y una Virgen del Pilar, simplemente pegada en la pared con cuatro obleas.

Ramón echaba vino en un vaso, que iba corriendo de mano en mano; el queso fué distribuído, y el pan desapareció en poco tiempo. Lázaro no se mostraba parco en comer, porque la verdad era que tenía buen apetito y se sentía desfallecer por momentos.

—Vamos, Ramoncillo—dijo el *Doctrino*—, léenos un poco de esa tragedia para llorar, que llamas *Petra*.

—¿Qué Petra ni Petra?—replicó el poeta—. No seas bárbaro: *Fedra*, querrás decir.

—Lo mismo me da Fedra que Pancrasia.

—Ya he dejado este asunto... Eso no es nuevo. Ahora lo que conviene es un asunto patriótico.

—Eso me gusta.

—Al fin, me decidí por los Gracos... Amigos, ¡qué hombres eran aquéllos!

—A ver—dijo el *Doctrino*—. Léenos algo de esos grajos. Debe de ser cosa graciosa.

—Pero ven acá, loco—dijo Javier—, ¿por qué no hacer una tragedia de cosas del día en que salgan hombres como estos de ahora?

—No seas tonto—dijo el poeta, riendo con la mayor buena fe—. Ahora no hay héroes.

—Majadero, pues ¿cómo llamas a Churruca, a Alvarez y a Daoíz?

—Sí; pero ésos son héroes de casaca.

Ramón tenía talento y facultades de poeta; pero había nacido en una época funesta para las letras. El frío clasicismo agostaba en flor los ingenios que, educados en la retórica francesa, y siguiendo los principios del prosaico Montiano, del rígido Luzán, del insoportable Hermosilla, no atinaban a utilizar los elementos poéticos que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecía.

El pueblo, alimentador de los teatros, no comprendía el alto ditirambo de griegos y romanos; y, al mismo tiempo, ningún poeta acertaba a poner héroes españoles en la escena. Nasarre, en tanto, llamaba bárbaro a Calderón, y *La vida es sueño* no era más que delirio. Aquella restauración clásica fué fecunda para la comedia, porque produjo a Moratín hijo. Pero el drama, la fábula patética que retrata las grandes conmociones del alma y pinta los más visibles caracteres de la sociedad, no existían entonces.

Se hacían algunas tragedias, obras pálidas y sin vida porque no eran animadas por la inspiración nacional, ni nuestro pueblo vivía en ellas, ni nuestros héroes tampoco. Ya sabemos lo que son héroes tiesos, acartonados, de las tragedias clásicas; siempre los mismos. No se concibe el amor a la Libertad sin *Bruto*, ni el odio al imperio sin *Cinna*. ¿Cómo puede haber pasión sin *Fedra*, y fatalidad sin *Edipo*, y parricidio sin *Orestes*, y rebelión sin *Prometeo*, y amor a la independencia sin *Persas*? En tiem-

po de nuestro amigo Ramón, los jóvenes creían esto; y había algunas personas graves que encontraban a Crebillon más inspirado que Lope, y a Rotrou más grande que Moreto.

El poeta de que hablamos escribió su correspondiente *Alceste,* con algún acto de un *Belerofonte* y varias escenas de tragedia, bíblica, también de cajón entonces. Tuvo una inspiración después, y quiso dejar tan trillado camino. Ideó un *Subieski,* un *Solimán,* un *Arnoldo de Brescia* y, por último, un *Padilla.* Pero no bien había escrito algunos versos, retrocedió por miedo a la antigüedad, y se fijó en los *Gracos.* Dió principio a la obra, y la remató poco antes de las escenas que estamos refiriendo.

Ya le tenemos sentado sobre la mesa, con el manuscrito en la mano y alumbrado por el candilejo. El *Doctrino* y Javier se disputaban la cama con nuevo furor, y Lázaro, que estaba sentado en la silla, había cedido al cansancio, y, apoyado en la misma cama, esperaba la primera escena de los *Gracos.*

Javier tosió, y leyó las listas de los personajes de la tragedia, seguida de la retahila de tribunos, lictores, centuriones, patricios, pueblo, esclavos. Después relató la decoración, que era la plaza pública, sitio de confidencias, de citas, de discursos, de secretos, de escándalos, de juicios, de todo. Luego empezó el acto. Salía el *tribuno primero,* y le decía al *tribuno segundo* si había visto a Cayo: el *tribuno segundo* le contestaba al *tribuno primero* que no; pero después venía el *tribuno tercero,* y decía a los dos anteriores que Cayo estaba en casa del sacerdote Ennio Sofronio, y que después vendría a confiarles sus planes en la plaza pública. Estos se van, y saliendo el *hombre del pueblo primero* le dice al *hombre del pueblo segundo* que el pan está caro y que los pobres se están comiendo los codos de hambre, lo cual exaspera al *hombre del pueblo tercero,* que jura por Neptuno y el hijo de Maya que aquello no ha de quedar así. Cada uno se va por donde ha venido, y sale después Cornelia, que se pregunta por qué estará tan agitado y triste Cayo; dice que rehuse las *viandas ricas de opulenta mesa,* para irse a vagar silencioso y abstraído por la margen que baña *del lento Tiber la corriente undosa.* Pero pronto viene a sacarla de dudas el mismo Cayo en persona, que, alarmado por unas palabras que le dijo el *tribuno tercero* allá entre bastidores, viene a dar con su madre, y le manda que escuche y tiemble, con cuyo mandato Cornelia se hace toda oídos, y se pone a temblar como un azogado. Cayo le dice que los dioses le ayudarán en su empresa, con lo cual la otra se tranquiliza y se le quita el tembloreo. También dice que antes de faltar a su propósito se tragará el averno a la Tierra; beberá el ciervo—*de capital ramaje*—la mar salobre, y se criará la carpa en las crestas del más alto cerro de Tinacria. Después de estos desahogos, cae el telón, y cada uno se va por donde ha venido.

Pero ya cuando Cayo hacía estos juramentos cerró los ojos el *Doctrino,* poco preocupado de que el Averno se tragara a Italia, y comenzó a roncar suavemente como un dios holgazán. El poeta no notó este incidente, y entró en el acto segundo; pero, al llegar al delicado punto en que Cornelia le refiere a su confidente el sueño que ha tenido, empezó Javier a hacer lo mismo, y se durmió también. Y allá, cuando el poeta se internaba en los laberintos del acto tercero; cuando el senador Rufo Pompilio se le sube a las barbas al senador Sexto Lucio Flaco—el cual, sea dicho de paso, no miraba con malos ojos a la matrona Cornelia, aunque era dueña un poco madura—; cuando todo esto pasaba, Lázaro, que había resistido por cortesía, no pudo más, y, acomodándose en la silla y en el borde de la cama, dió algunas cabezadas y se durmió también olímpicamente, comenzando a soñar dormido, que era cuando menos soñaba.

El poeta concluyó el tercer acto, en que había un motín; y antes de empezar la lectura del cuarto, miró en torno suyo y vió aquella escena de desolación.

—Dormidos, ¡oh dioses!—exclamó, penetrado aún del espíritu clásico.

Pero era natural. ¿Quién soporta una tragedia, con plaza pública, verdadero almacén de endecasílabos? ¿Quién soporta una tan grande ración de clasicismo a aquellas horas, después de oír veinte discursos, después de haber cenado?

Aún faltaba algo. El candilejo, que, sin duda, era también poco amante de lo clásico y estaba empalagado de tanto

endecasílabo, no quiso alumbrar más tiempo la plaza pública, y se apagó. Ramón cerró a oscuras su manuscrito; comprendió que lo mejor que podía hacer era imitar a sus amigos; bajó de la mesa, tomó la capa, se envolvió en ella y tendióse de largo sobre el bendito suelo. Poco después estaba tan profundamente dormido como los demás. Así terminó la tragedia de los Gracos. Nos ha sido imposible averiguar si, al fin, el senador Rufo Pompilio dió al senador Sexto Lucio Flaco el bofetón que deseaba.

CAPITULO XII

LA BATALLA DE PLATERÍAS

El sol y doña Leoncia aparecieron con igual esplendor de hermosura en las primeras horas del siguiente día. La patrona, dejando las ociosas lanas, dió principio a su tocado, que era algo complicado, porque consistía en una restauración concienzuda de todos los deterioros que en su persona hacían lentamente los años.

Después de dar al viento la poca abundante cabellera, comenzaba a tejer un moño, que, a no recibir el refuerzo de unos hinchados cojinillos, no sería más grande que un huevo. Pasaba inmediatamente a adobarse el rostro, operación verificada tan hábil y discretamente, que no conociera la *verdad de su mentira* ni el mismo don Gil, que era la persona que más se acercaba a ella durante el día. A veces solía usar cierto pincelito; pero esto no era más que en los días clásicos, y no hacemos alto en ello por ahora. En estas ocupaciones estaba, mal ceñidas las faldas, sin corsé y descubiertas con negligente desnudez las dos terceras partes de su voluminoso seno, cuando una persona entró en la casa y, acercándose al cuarto de la diosa, dió un par de golpecitos en la puerta.

—¿Quién?—dijo, alarmada, la vizcaína.

—Yo.

—Por Dios, Carrascosa, no entre usted, que estoy...

Pero Carrascosa empujó la puerta, y la hubiera abierto, a no impedírselo por dentro la asustadiza y honesta dama, que dejó el afeite y se ciñó el vestido rápidamente para acudir a defender la plaza.

—Leoncia, Leoncia, mira que soy yo, tu Gil.

—Don Gil, don Gil, no sea usted pesado. Siempre viene usted cuando está una arreglándose. Espere usted. Pase a la cocina, que tengo que hablarle.

—Yo también tengo que hablarte—dijo Carrascosa, aplicando el ojo a la cerradura por probar si veía algo.

Doña Leoncia no tardó en arreglarse. Se ciñó el corsé, se puso las últimas horquillas, se aplicó dos o tres alfileres al pecho, se echó un mantón sobre los hombros y pasó a la cocina.

—Sabes que vengo muy incomodado —le dijo don Gil, mientras la dama, que se había acercado al hornillo, se esforzaba en encender con pajuela unos carbones—; sabes que estoy muy incomodado, Leoncia, con lo que dice la gente, y vengo a que me saques de dudas; porque, en fin, tengo esto atravesado en el gaznate y no lo puedo pasar.

—¿Qué? ¿A ver?... ¿A ver qué majaderías traes hoy?

—Nada, sino que la gente da en decir que tú...—aquí el ex covachuelista se detuvo, como si, efectivamente, se le atragantara una cosa en las fauces.

—¿Que yo...? ¿A ver, qué?—dijo la patrona, soplando los carbones.

—Que tú..., quiero decir..., que este jovencito que hace versos y vive en ese gabinete está muy fino contigo, y te está cortejando... Me dijo la frutera que ayer te vió salir con él de paseo, y...

—No me vengas acá con majaderías —dijo doña Leoncia, alzando en su derecha mano una badila de cobre que en aquellos momentos le servía—; lo que hay es que, como una mujer es de opinión, ha de estar todo el mundo ocupándose de una para decir lo que se le antoja. ¡Vaya, don Gil! ¿Y usted se anda en chismes con la frutera? ¡Buena está ella! No me vuelva usted acá con enredos. Lo que hay es que no puede una mover un pie sin que venga toda la vecindad a decir por qué sí y por qué no.

—Cepos quedos—dijo Carrascosa—, que yo no dudo de que seas una mujer muy principal; pero debe evitarse que la gente ande diciendo cosas..., porque...

—No me hables de eso, Gil; Gil, no me hables de eso—dijo, fingiéndose incomodada, doña Leoncia—; que todos los hombres son unos engañosos, y está

una muy escarmentada..., no..., digo..., muy... Le han dicho a una lo que son los hombres... Y, si no, miren al prestamista de abajo, que todos los días desayuna a su mujer con cincuenta palos.

—¡Oh Leoncia de mis pecados! ¿Y piensas que yo no te he de tratar como una dócil ovejuela que eres?... Mira, no seas tonta: puesto que nos hemos de arreglar y es preciso mantener la opinión, bueno sería que echaras de tu casa a ese mozalbete, y que se fuera con sus versos a otra parte.

—Pues digo que no. Si hablan, que hablen; si *enjurian*, que *enjurien*. Yo soy mujer de opinión.

—Jesús, Leoncia. Y ¿no me haces ese gusto?

Doña Leoncia empezó a reír con mucha gana; y el buen Carrascosa, que no estaba dispuesto aquel día a ponerse serio, se serenó y concluyó por reírse también.

—Mira que esta tarde voy con doña Petronila y Juliana a merendar a Chamartín. Doña Ramona vendrá también, y si tú vienes, cantarás aquellas seguidillas que sabes.

—Yo no estoy para seguidillas. Lo que me carga es que vaya ese don Ramoncito, que me tiene ya hasta aquí. Mira, mira, Leoncia: si lo echas, estaré cantando seguidillas cuatro días seguidos. ¡Ah! No me acordaba: ¿sabes que estamos arreglando una procesión en las Maravillas? Ya te proporcionaré un balcón para que la veas. Va a estar muy lucida, y salen más de veinticuatro santos y todas las cofradías de Madrid.

—Mira, Gil, no te andes con procesiones, que es cosa que no me gusta. Conque ¿vienes a Chamartín?

—Sí; bueno es que nos vayamos allá, porque hoy hay jarana en Madrid, y se me antoja que habrá tiros por esas calles.

—¡Jesús y Santa Librada! ¡Otra jarana!—dijo la vizcaína, con el rostro descompuesto y mudando de color—. Pero ¿qué hay?

—Ahí es nada. Que esos locos de La Fontana van a pasear el retrato de Riego con música y todo. La autoridad ha prohibido esa procesión, y ellos dicen que la habrá. Veremos quién gana. Ya anda la gente por ahí alborotada y pronto hemos de ver el tumulto.

En efecto, el ruido no se hizo esperar: un gentío inmenso ocupaba la vecina plazuela de Santa Ana, y hasta la tranquila mansión de doña Leoncia llegó el rumor de las voces. La criada, que venía de comprar, entró dando gritos de terror y diciendo que había sentido unos grandes cañonazos. A los gritos de la gallega despertaron los tres amigos y Lázaro.

—¿Qué hay?—dijo Javier—. ¿Qué algazara es ésa?

—¿Qué ha de ser sino la procesión? —dijo el *Doctrino*.

Lázaro se levantó dolorido, porque con la molesta posición que en el sueño tomó, parecía que se le había roto el espinazo. Abrieron el balcón y miraron. Doña Leoncia entró en el cuarto del poeta dando alaridos y manoteando.

—¡Jesús, Jesús! ¡No abran ustedes el balcón, que se nos va a meter aquí alguna bomba! ¿No oyen ustedes los cañonazos? ¡Jesús, qué disparos tan fuertes!

—Señora, usted está soñando con los cañonazos.

—No te alarmes, Artemisa, Electra...

—¡Cierren ese balcón!

Los cuatro jóvenes eran muy curiosos para contentarse con mirar desde el balcón. Bajaron a la calle con mucha prisa para unirse al gentío, aunque Lázaro pensaba dejar aquello y marcharse inmediatamente a casa de su tío, recogiendo de antemano su mezquino equipaje en el Parador del Agujero.

—¿Quién es ese joven?—dijo don Gil a la patrona, luego que los cuatro habían bajado.

—No sé quién es. Le trajeron anoche.

Carrascosa creyó reconocer en aquel joven al sobrino de su amigo, a quien había tratado en Ateca; y, queriendo cerciorarse, porque, sin duda, le interesaba, bajó tras ellos. Los cuatro jóvenes se mezclaron al gentío; no se podía dar un paso. La procesión estaba organizada y pronto iba a emprender la marcha para salir a la calle de Atocha. Gran confusión reinaba en la multitud, y eran vanos los esfuerzos de dos o tres personas para poner en filas ordenadas al pueblo y dirigirlo.

Lázaro trató de marchar a donde debía; pero tuvo una tentación que le hizo detenerse meditabundo y preocupado. Al ver aquella multitud, su imaginación, abatida y exánime desde la singular es-

cena del café, volvió a remontarse, tomando su acostumbrado vuelo. Allí estaba reunido un pueblo, dispuesto a una gran manifestación. Confuso y como asustado de su empresa, la muchedumbre vacilaba, no tenía fijeza ni determinación; sin duda, allí faltaba algo. Lázaro quiso dominarse rechazando la tentación. Se alejó del pueblo y volvió a acercarse a él. «Sí—pensaba—, aquí falta algo: falta una voz.»

Había llegado aquel momento supremo de las agitaciones populares en que las turbas se paran silenciosas, alterados los miles de corazones por un solo y profundo temor, trastornadas las mil cabezas con una sola duda. Falta que una voz sola diga lo que todos sienten. En estos momentos solemnes es cuando vemos un cuerpo elevarse sobre miles de cuerpos y una mano temblorosa extenderse sobre tantas cabezas. Una voz expresa lo que en tantos cerebros pugna por adquirir formas orales; esa voz dice lo que una multitud no puede decir; porque la multitud, que obra como un solo cuerpo con decisión y seguridad, no tiene otra voz que el rumor salvaje, compuesto de infinitos y desiguales sonidos.

Cuando aquel hombre ha hablado, la multitud ha dicho lo que tenía que decir; la multitud se conoce, ha podido recoger y unificar sus fuerzas, ha adquirido lo que no tenía: conciencia y unidad. Ya no es un conjunto inorgánico de fuerzas ciegas: es un cuerpo inteligente cuya actividad tiende a un objeto fijo, bueno o malo, pero al cual se encamina con decisión y conocimiento.

Esto pensaba Lázaro. ¿Podría él ser ese medio de expresión? ¿Sería el verbo revelador de aquel cuerpo ciego e inconsciente? ¿Hablaría o no hablaría? La masa, en tanto, se arremolinaba y se extendía por la plazuela del Angel. Lázaro la siguió como fascinado; después se apartó con miedo de ella y de sí mismo. Pero no podia resolverse a retirarse. ¿Hablaría o no? Le oirían de seguro. ¿Cómo no, si había de decir cosas tan bellas? El estaba seguro de que las diría. Las palabras que había de decir estaban escritas con letras de fuego en el espacio.

Ya el retrato avanzaba llevado por cuatro socios de La Fontana. Sonaba la música, el gentío rodeaba el lienzo, y todos se movían sin adelantar, oscilaban sin extenderse, se revolvían confundiéndose. Sin duda faltaba algo. Lázaro se mezcló en el torbellino. Sus ojos brillaban con extraordinario resplandor; su inquietud era una convulsión; su agitación, una fiebre; su mirada, un rayo. Cruzábanle por la mente extrañas y sublimes formas de elocuencia; latíale el corazón con rapidez desenfrenada; las sienes le quemaban, y sentía en su garganta una vibración sonora que no necesitaba más que un poco de aire para ser voz elocuente y robusta.

Vió que alzaban el retrato, que la turba se arremolinaba en circuitos sin fin y vió agitarse en el aire multitud de pañuelos blancos que salían de aquel torbellino como una espuma.

La comitiva, desordenada, siguió por la calle de Atocha y penetró en la plaza Mayor. Allí se difundió un poco. Pero después trató de atravesar el arco de la calle de la Amargura para entrar en Platerías. El gran monstruo midió de una mirada el volumen de sus miembros multiplicados y la anchura del arco por donde había de pasar. El camello iba a pasar por el ojo de la aguja. Hubo un movimiento convulsivo de codos, y los abdómenes se deprimieron, giraban los cuerpos y algunos sombreros saltaron a impulsos de las repercusiones y choques de tantas cabezas. Algunas voces trataron de pronunciar una orden para vencer aquella dificultad, problema de obstetricia, sin duda.

—Delante el retrato. Dejen pasar el retrato—decían.

Era imposible: la gente se agolpaba de tal modo, que el retrato no podía pasar. Al fin, tras largos esfuerzos, el retrato pasó por el arco. Detrás seguía con la mayor confusión la gran masa de gente. La multitud que llenaba la plaza se había parado y esperaba. El retrato y sus corifeos desembarcaron en la calle Mayor, pero al llegar allí, una sorpresa sin igual detuvo la procesión. Dos filas de soldados formaban en las Platerías llegando más allá de la plazuela de la Villa. Las picas de un escuadrón de lanceros brillaban a lo lejos, y delante de esta tropa estaba el capitán general de Madrid, a caballo, esperando con grande aplomo y entereza. Este hombre avanzó seguido de dos o tres, y señalando con el sable, intimó la orden de retirada a los del retrato. Hubo una

rápida consulta de miradas entre éstos. Una autoridad civil se acercó también, y con los mejores ademanes dijo que se fuera cada cual a su casa y renunciaran a aquella manifestación, porque el Gobierno estaba resuelto a que no dieran un paso más. El aspecto de la tropa impresionó vivamente a los del retrato; además, éstos contaban con la ayuda del regimiento de Sagundo, y el regimiento de Sagunto estaba encerrado y perfectamente custodiado en su cuartel.

Trataron, sin embargo, de pasar adelante, y dijeron que aquella manifestación era puramente moral; que no trataban de producir ningún trastorno, ni era agresiva su actitud, ni tenían más objeto que tributar un homenaje de admiración al héroe que había dado la libertad a su Patria.

—¡Cada uno a su casa! Atrás el retrato—dijo resueltamente Morillo.

La defensa era imposible. La procesión no tenía armas. La supuesta debilidad del Gobierno se había trocado en inquebrantable firmeza. Algunos empezaron a desertar, desfilando por la calle de Milaneses y la plazuela de San Miguel. El retrato descansaba en tierra y se movía adelante y atrás, poco seguro en manos de sus portadores. Estos hablaron, pero todo fué inútil: la gente empezó a retroceder, algunos a gritar, y hubo también quien quiso oponer resistencia a la tropa.

Entre tanto, el gentío que ocupaba la plaza permanecía inmóvil. ¿Quién era aquel que entre tanta gente se elevaba y, agitando las manos, profería voces que la muchedumbre aplaudía? El orador hablaba bien, sin duda: grandes aclamaciones acogían sus palabras; pero los continuos empellones, los gritos de los pisoteados y estrujados no permitían a aquél expresarse con desahogo. Algunos pedían silencio; pero el silencio en toda la plaza era imposible. A lo mejor, los que en el arco discutían con la autoridad retrocedieron al ver que la tropa resistía. La confusión entonces llegó a su término. El orador continuó su filípica; pero la continuó excitando al pueblo a que no cediera su empeño de verificar la manifestación. Estaba lívido, anhelante, y cada palabra suya era como un latigazo que estimulaba a la muchedumbre a seguir adelante.

En tanto, las tropas avanzaban, despejando la plaza, y algunos eran tan osados que delante de los caballos oponían resistencia y vociferaban apostrofando a Morillo y a su gente.

—¡A esos que gritan!—dijo el que mandaba el piquete.

Arremolinóse el gentío. Muchos corrieron a escape. Otros dieron vueltas, arrastrados por la oleada, o permanecieron turbados sin saber qué partido tomar. Lázaro calló.

—¿Quién gritaba?—dijo el capitán—. A los que gritan. Prended a los que gritan.

Lázaro quiso huir; pero el brazo vigoroso de un soldado le detuvo fuertemente.

—Prended a los que gritan. Este es el predicador. ¡A ése!

Lázaro pasó de una mano fuerte a otro fortísima. Apenas se daba cuenta de que le habían prendido. Creyó que le soltarían en seguida, e intentó desasirse, aunque inútilmente.

—¡Atrás, atrás! ¡Fuera de la plaza! —continuaba el capitán.

Y era bien obedecido, porque el gentío se desbandaba a toda prisa. La procesión fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza; la tropa tomó todas las entradas.

¿Qué fué de Lázaro? Un cuarto de hora después entraba, honrosamente custodiado, por las puertas de la cárcel de Villa y era introducido, también honrosamente, en un tristísimo, oscuro y sucio calabozo.

CAPITULO XIII

NO LLEGA EL ESPERADO.—LLEGADA DE UN IMPORTUNO

De todos los procedimientos que el espíritu emplea para atormentarse a sí mismo, el más terrible es esperar. Contra esto no hay remedio. Parece que ha de ser fácil resolverse a no esperar, apartar la imaginación de la cosa esperada y vivir sólo en un punto de la vida, en un momento del tiempo, sin esa dolorosa aspiración a lo venidero que desquicia el ser, sacándolo de su centro.

Cuando se espera lo que ha de llegar, las horas son siglos; cuando se espera lo que debió llegar, las horas vuelan como segundos. Clara estaba a la hora de

las diez con el alma suspensa, trémula y atenta, llena de inquietud y zozobra. Pasa de las diez y el viajero no viene; el reloj vuela de las once a las doce, y de las doce a la una. Pascuala tenía mucho miedo, porque el ruido de gentes que en la calle se sentía aumentaba a cada hora. Las dos estaban sentadas en el cuarto interior y no decían cosa ninguna, ni la criada contaba aquellos cuentos de las ninfas y el dragoncillo que había aprendido en su pueblo, ni la huérfana se reía con la franca expansión y natural sencillez de su carácter. Ambas estaban muy silenciosas: se miraban con ansiedad cuando algún ruido se sentía en la escalera, y al cerciorarse de que no era lo que aguardaban, caían la una en su abatimiento indiferente, la otra en su calmosa, melancólica y disimulada agitación.

Clara, a la madrugada, entró en el período de las conjeturas, forma con que el espíritu se da todos los tormentos imaginables. ¿Qué le había pasado? ¿Volcaría el coche? ¿Le habrían salido ladrones con aquellos tremendos trabucos que pintan en las estampas? ¿Habría desistido del viaje? ¿Tendría tal vez amores con alguna muchacha del pueblo? ¿Le detendría alguna partida de realistas? Todo le ocurría menos lo cierto. En estos momentos fácil es tranquilizarse teniendo un poco de serenidad; pero nadie la tiene, y una ceguera profunda sustituye a la normal lucidez del entendimiento. Basta razonar en calma y decir: «¿No ha venido? Se habrá detenido casualmente. Mañana vendrá.» Pero en vez de hacer este lógico razonamiento, lo que generalmente se piensa es esto: «¿No ha venido? Pues se ha muerto; le mataron.»

Luego la noche contribuye a este tormento: la noche, que a todo da formas horribles, lo mismo a las cosas materiales que a las visiones internas. Clara, que no había podido ni podía dormir, no cesaba de percibir informes bultos, sangre, oscuridad, repentinamente opuesta a una gran luz que alumbra horrores. Da calentura esa situación. Impaciencia febril se apodera de la sangre que se agita y circula, como si la rapidez de su marcha acelerase la llegada de lo que se espera. Esta contrariedad de nuestro deseo es más horrible, porque es lenta, sin límites. Delante no se ve sino la eternidad. No vienen a la gente las modificaciones que puede traer el próximo día. Aquella noche y aquella soledad parece que no han de tener fin.

Las primeras luces del día no hicieron, sin embargo, otra cosa que aumentar su tristeza. ¡Ayer! ¡Desde ayer le había estado esperando! Deseaba salir fuera y correr, preguntando a todos por el desventurado joven. Abrió el balcón, miró a la calle creyendo que iba a verle pasar, y examinó a todos los transeúntes. Entonces le llamó la atención una persona que, fija en la esquina, la miraba con tenacidad. Segura de que no era él, volvió la cara y no se cuidó más de aquella persona.

Cerró el balcón, porque sentía fatiga y mucha necesidad irresistible de dormir. Fué a su cuarto, y sentada en una silla, recostó la cabeza sobre la cama. Pero, en vez de dormir, empezó a cavilar con tanto desvarío y agitación como durante la noche. Elías tampoco había vuelto. ¿Qué sería de él? ¡Oh, qué luz! Tal vez le había encontrado y estarían juntos en alguna parte.

En esto entró Pascuala, que venía de la calle. La alcarreña se acercó a Clara, adornando la redonda y vasta fachada de su cara con impertinente sonrisa.

—¿Sabe usted lo que ha *pasao?*

—¿Qué? ¿Qué hay?—dijo Clara con interés.

—Que aquel caballerito del otro día..., pues..., el señor militar... me paró en la esquina.

—¿Y a mí qué me importa eso?

—Que dice que viene acá.

—¡Jesús, acá! ¿Y a qué viene acá? Estamos solas.

—Pues es un caballero muy cumplido.

—¿Sí? Pues no me he fijado.

—¿No le vió usted el otro día aquí..., cuando el señor vino malo?

—Sí; parecía una buena persona. Pero ¿a qué quiere volver aquí?

—Usted bien se lo malicia. ¡Ah, qué pícarona es usted!

En aquel momento sonaron en el bolsillo de Pascuala las pesetas que el militar le había dado. Después se sintieron pasos en la escalera y sonó muy débilmente la campanilla.

—Es él—dijo la alcarreña.

Y antes que Clara pudiera impedírselo, la moza corrió, abrió la puerta, y el militar que ya conocemos entró en el

pasillo, se descubrió con respeto y se acercó a Clara.

—¿A quién buscaba usted?—dijo Clara—. No está: ha salido.

—Sí está, no ha salido—contestó el militar con aplomo.

—¿Quién? Pero ¿a quién buscaba usted?

—Fácil es comprender que no busco a ese viejo, cuyo trato aleja en vez de atraer a las personas.

—Pero ¿qué quiere decir? ¿A qué viene usted?—le preguntó Clara con ligera expresión de alarma—. Estoy sola: váyase usted.

—Por lo mismo no me voy.

—Si usted no se va, llamaré, gritaré —dijo Clara, resuelta sin duda a hacer lo que decía.

—Entonces reñiremos—afirmó el militar con sonrisa de amistosa franqueza, que desarmó en parte el enojo de Clara.

—¡Por Dios, que va a llegar! Pero ¿quién es usted? ¿A qué viene usted aquí? ¿Quién le ha dado licencia para entrar? Usted es el que vino el otro día con él. Yo le reconozco; pero no entiendo a qué viene hoy. ¡Pascuala, Pascuala!

—No me mire usted como enemigo. Mi entrada ha sido singular; pero no soy un ladrón ni un asesino. Vengo como amigo: traigo paz y amistad. No tenga usted miedo, Clara. Vengo como amigo. Ya nos conocemos de un solo día, cuando vine aquí sosteniendo a ese pobre señor.

—¡Oh!, y ahora puede venir—dijo Clara, alarmada—. Márchese usted, por Dios. Yo no le conozco ni me importa todo eso que me ha dicho. Si él llega...

—Lo que menos me importa es ese viejo—contestó el militar—. Antes me interesaba un poco. Creí que era de usted pariente, su esposo tal vez. Pero después he sabido que es un tiranuelo que vive para martirizar a una pobre huérfana que se muere de melancolía encerrada aquí. No puedo ver con indiferencia que una persona tan guapa, tan amable, tan digna de ser feliz, pase la vida en poder de esa fiera.

—¡Oh!, pues yo estoy bien así. Le agradezco a usted su bondad—contestó Clara—; pero no es necesaria. Váyase usted, por Dios.

—No me iré, no—dijo el militar, exaltándose un poco—. Hace algunos días que me preocupa la idea de los martirios que usted debe de sufrir. Siento un deseo muy grande de libertarla a usted de ese maniático, y creo que realizaré este propósito. He pasado por ahí cien veces al día y me ha dado horror el aspecto sombrío de esta casa, sepulcro en vida de tan bella criatura. Usted se reirá de mí, lo comprendo. Le parecerá extraño este interés que tomo por una persona a quien sólo he visto una vez; pero de este misterio no hay que hablar ahora. Lo que importa es que usted se decida a hacer lo que yo le aconseje. Sepa usted que he jurado no permitir que muera aquí de hastío y soledad. Estoy seguro de que usted, que con tanta sencillez me comunicó, la única vez que nos vimos, parte de sus desventuras, tendrá hoy la confianza que necesito, sabrá apreciar la nobleza de mis propósitos y no se opondrá a que se realicen.

Clara no sabía qué contestar. Estaba confundida al ver el generoso y fraternal interés que tenía por ella una persona a quien había visto tan poco. Esto hubiera llenado de orgullo a otra mujer; pero Clara era muy modesta, y ante aquella manifestación afectuosa no tuvo más que gratitud y vergüenza. Nunca creyó merecer aquello.

—Yo le agradezco mucho, señor—dijo—; pero...

La verdad es que no podía decirle que era feliz y que deseaba continuar aquel género de vida. Era cierto lo que el militar decía. Era imposible vivir en compañía de aquella fiera. Pero ¿acaso no esperaba su salvación de otra persona? Esta idea la indujo a rechazar con más energía las ofertas que aquél le hacía.

—Usted no conoce a la persona con quien vive—continuó el militar—. Usted no le conoce, yo sí; yo me he informado de su carácter y de sus ideas. No sólo es un hombre extravagante e intratable, sino un fanático sin corazón, un hombre feroz, de perversos instintos y cálculos terribles. No; usted no puede seguir más tiempo en manos de ese hombre, que no es su pariente ni su amigo; que se llama su protector para hacer de usted una víctima de su orgullo brutal.

Clara comprendió, por la vehemencia con que el joven hablaba, que era cierto su interés, y conoció también que la pintura que del viejo hacía no era exage-

rada. El desconocido obraba con la mayor nobleza, sinceridad y buena fe. Era uno de esos caracteres inclinados a las aventuras difíciles y que implicaban la salvación peligrosa de los que sufrían. Su espíritu caballeresco, su corazón inclinado al bien hallaron en aquel suceso un motivo de ocupación y dedicó toda su actividad a la realización del más generoso propósito. Además, un sentimiento bastante enérgico de simpatía hacia aquella pobre huérfana le impulsaba a proceder con tanta diligencia. Más adelante conoceremos el nombre y los hechos de este noble caballero.

—Pero no esté usted más tiempo aquí —dijo Clara—. ¿Cómo quiere usted convencerme de que se interesa por mí, si precisamente estando aquí me prueba lo contrario? Si él viene y le encuentra en la casa...

—No dirá nada. Ese hombre es tan vencerme de que se interesa por mí, si cidad ni el honor de usted; todo lo mirará con indiferencia. A usted no le queda más amparo que yo.

La huérfana, al oír estas palabras, sintió un frío en el alma. El momento en que eran dichas hacía que parecieran una gran verdad. Su único, legítimo y verdadero amigo no vendría. Ya no le quedaba más amparo que el de un advenedizo.

—Nada más que yo; pero es bastante —continuó el joven con afectada voz—. Siga usted el plan que yo le marque: no haga usted caso de ese viejo. Yo seré para usted todo lo que puede ser un hombre de corazón y honradez. Tenga usted en mí la confianza que se tiene en lo que nos ha de salvar... Y ahora, Clara, me voy. Pero no tardaré en volver a dar mis órdenes a la pobre prisionera cuya felicidad pende de mí. ¡Qué orgullo siento en esto! Yo estaré siempre alerta. Si le ocurre a usted una nueva desventura no necesita avisarmẽ. Yo me hallaré aquí para socorrerla y animarla. No le queda a usted más amparo que yo. Piénselo usted bien. Adiós.

La decisión de aquel hombre desconocido, insinuado tan novelescamente en los secretos de la casa, era muy firme. Se había propuesto emprender una aventura generosa, a que le inclinaban al mismo tiempo un sentimiento de simpatía y el deseo, inveterado en él, de hacer bien.

Si había un poco de egoísmo en él, después lo veremos.

Ya se marchaba, cuando Pascuala salió de la cocina asustada, y dijo:

—¡El amo!

—No abras—dijo Clara, temerosa—. Espera; escóndase usted.

Pero Elías, que tenía llave, no necesitaba que le abrieran para entrar.

—No importa—dijo el militar, que trataba de serenar a Clara.

Coletilla abrió y entró. Venía cabizbajo y abstraído. Dió algunos pasos por el corredor sin ver al intruso; mas al llegar al extremo notó aquel bulto, alzó la cabeza y vió al joven, que se inclinaba ante él con mucho respeto.

CAPITULO XIV

LA DETERMINACIÓN

—¿Qué busca usted? ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

—¿No me conoce usted? Soy el que hace unos días le trajo a usted muy malparado a su casa, y venía a ver si estaba usted ya completamente restablecido.

—Sí, señor; estoy bueno—contestó bruscamente; y entrando en la sala, adonde le siguió el joven—: ¿No se ofrece nada más?

—Nada más, y me retiro; acabo de llegar—dijo con afectada naturalidad el militar—. Me retiro repitiéndole que me intereso mucho por su salud.

—Bien; ya me lo dijo usted el otro día—respondió *Coletilla*, dirigiendo miradas recelosas a Clara y a Pascuala.

—¿Y no me manda usted nada?

—Nada más sino que me deje usted en paz. ¿No va usted a la procesión? Está muy lucida.

—No estoy para procesiones.

—¿Le gusta a usted saber lo que pasa en las casas de los realistas?—añadió el anciano con el acento amargo y receloso propio de su carácter—. Aquí no se conspira. Y si yo conspirara, lo haría de modo que no vinieran a sorprenderme los lechuguinos de la Milicia Nacional.

Clara estaba temblando. Le parecía que el militar, ofendido por aquel insulto, iba a desenvainar el tremendo sable que llevaba en la cintura y a descargar-

lo sobre la cabeza del realista. Pero aquél sonrió desdeñosamente y dijo:

—Amigo, veo que me juzga usted mal. Puede estar seguro de que no me ocuparé en delatarle. ¿Qué daño puede hacer usted?

—¿Yo... daño?...—respondió el fanático con una mueca feroz que en él equivalía a la sonrisa.

—Poco será el que usted haga y por poco tiempo. Eso se lo juro a usted. Conque voy a hacerle el favor de marcharme. Adiós.

Dirigióse a la salida, no sin tratar de expresar a Clara con una mirada lo que antes le había dicho con muchas palabras; es decir, que confiara en él y esperara. Hubiera querido verse acompañado de la joven hasta la puerta; pero la infeliz no se atrevió. Cuando el militar estuvo fuera, *Coletilla* se volvió a Clara, y con irritados ademanes le dijo:

—¿Hace mucho que entró aquí ese hombre?

—No, señor; un momento antes de usted llegar—respondió temblando Clara.

—¿Y por qué le habéis abierto? ¿No dije que no abrierais a nadie?

—Venía a preguntar por usted.

—¿Por mí? Ya...—contestó Elías con furia—. Algún espía del Gobierno. Pero ya me figuro la verdad. Este es algún mozalbete que te hace la corte.

—¿A mí? No, señor. Si no le conozco, no le he visto nunca—dijo Clara, temblando.

—Pues yo le he visto rondando esta calle. Sí, señora, le he visto. No me lo niegues. ¡Tú tienes tratos con él, tú le has hablado, tú le has dado cita aquí!...

Clara no había visto nunca a Elías tan encolerizado contra ella. Las inculpaciones que le hacía ofendieron tanto su inocencia, que en aquel momento sintió lo que nunca había sentido: una secreta aversión hacia aquel hombre.

—Yo he sido un padre para ti, Clara, pero tú no has sabido apreciar mi protección—continuó *Coletilla* con encono—. Tú eres una ingrata, una mujer sin juicio; abusas de la libertad que te doy, abusas de mi alejamiento de la casa. Pero yo te juro que te enmendarás. Es preciso que hoy mismo tome la determinación que había pensado. Sí, hoy mismo. Ahora mismo.

—Le digo a usted que no sé quién es ese hombre que hoy ha entrado aquí a preguntar por usted. No sé quién es, ni me he ocupado nunca de semejante persona.

—Hipócrita, ¿piensas que creo en tu aire de mosquita muerta? Fíese usted de las niñas apocaditas. Pero tus travesuras se concluirán, Clara. Ya no comprometerás otra vez mi reposo como hoy. Yo estoy siempre fuera, y no quiero que durante mi ausencia se convierta esta casa en un infame garito.

Clara no podía creer aquellas palabras. Ya sabemos que era poco ducha en contestar cuando el terrible anciano la reprendía. Y esta vez su honor ofendido no encontró tampoco las palabras que en aquella situación convenían. Negó y lloró tan solo, argumento que el realista tomó como la última expresión de la hipocresía y el engaño.

—Prepárate, Clara, a salir de aquí. No mereces los sacrificios que he hecho por ti. A ver si ahora compras florecitas y arreglas cintajos para coquetear en la ventana. Vas a vivir de aquí en adelante en compañía de unas personas cuya protección no mereces tampoco. Pero éstas son tan caritativas, que te admitirán por consideraciones a mí. Prepárate. Esta tarde mismo voy a llevarte a casa de esas señoras, y allí vivirás. Ellas te enseñarán a ser mujer de bien, y allí veremos si vuelves a tus locuras; veremos si te apartas del buen camino. Vivirás con ellas; las ayudarás y servirás en sus labores, y te enseñarán lo que no puedes aprender en mi casa, sola y sin guía.

«¡Las señoras de Porreño!—pensó Clara con horror—; aquellas tan erguidas y finchadas» que le daban miedo siempre que le hablaban, dejándole una impresión de tristeza que no podía borrar en muchos días.

—Estas ideas del día—continuó Elías como hablando solo—pervierten hasta a las muchachas más recatadas. ¡Estas ideas del día, esta lepra social!... ¡Se difunde sin saber cómo!... ¡Penetra en todas partes! ¡Quién lo había de decir!... Ya se ve... Sola en esta casa... Irás, Clara, en casa de esas señoras. Ten presente que no lo mereces, porque ellas son personas muy principales y virtuosas, libres del contagio del día. Haz cuenta que entras en un santuario.

No había remedio. La fatal determinación, que, sin conocerla, había asus-

tado tanto a la huérfana, estaba irremisiblemente tomada. Clara se iba a vivir con aquellas misteriosas señoras, en cuya casa, según *Coletilla* decía, no habían penetrado las ideas del día. Hacía tiempo que él tenía este deseo para vivir más a sus anchas; pero nunca se hubiera atrevido a proponerlo a las tres venerables matronas si éstas, con una generosidad que él no se cansaba de admirar, no se lo hubieran indicado. Era ya cosa resuelta; así es que *Coletilla,* al ocurrir la escena que hemos referido, no quiso retardar ni un momento la determinación y partió a casa de sus amigas a darles aviso, dejando a Clara entregada al dolor más profundo.

Digamos algo de las relaciones que anteriormente había tenido Elías con aquellas tres nobilísimas damas.

A fines del siglo era Elías mayordomo mayor de la casa de los Porreños y Venegas. La ruina de esta histórica casa data de aquella misma época. Don Baltasar Porreño, marqués de Porreño, que había sido consejero íntimo de Carlos IV, entabló un pleito con un pariente suyo, descendiente de los marqueses de Vedia. Este pleito duró diez años, y en él perdió Porreño casi toda su fortuna, contrayendo deudas espantosas. Después tuvo la desdicha de sostener a Godoy en la conspiración de Aranjuez, y caído Carlos IV, el príncipe heredero no perdonó medio de hacerle daño. Su hermano don Carlos Porreño cometió el despropósito de afrancesarse durante la guerra, y la protección de Junot y de Víctor no sirvieron sino para que fuera después condenado a perpetua proscripción.

Aquella casa ilustre y poderosa llegó al extremo de la ruina con la muerte del marqués; los acreedores embargaron sin respetar los preclaros timbres de la familia, y después de liquidadas las cuentas e inventariados los bienes muebles e inmuebles no les quedó a los herederos sino una miseria. A la vuelta de Francia, Fernando olvidó que el marqués de Porreño había sido su enemigo en la conspiración de Aranjuez, y concedió una pensión a su hermana. El hijo varón del marqués había muerto en el viaje, navegando hacia América, y de la casa antigua y poderosa no quedaron más que tres señoras, a saber: la hermana y la hija del marqués de Porreño y la hija de su hermano don Carlos, que siguió a Napoleón y murió, según se decía, en Praga, al volver de la campaña de Rusia.

Después del triste fin de la casa, Elías siguió fiel a sus antiguos amos. Al volver de la guerra, se presentó a aquellos tres gloriosos vestigios y les ofreció de nuevo sus servicios; pero las tres damas no tenían ya bienes que administrar. De su caudalosa fortuna no les restaba sino unas tierras de pan llevar en el término de Colmenarejo, y unos viñedos de muy poco valor junto a Hiendelaencina. La administración se reducía a tomar las cuentas cada trimestre a dos colonos que cultivaban aquellas heredades. Pero las señoras de Porreño, después de su decadencia, miraban a Elías como a un buen amigo, le trataban de igual a igual—¡lo que puede la decadencia!—, aunque el antiguo mayordomo no traspasaba nunca, ni en sus conversaciones, el límite respetuoso que separa a un «hijo de zafios labradores»—frase suya—de tres damas pertenecientes a la más esclarecida nobleza.

Ellas no eran niñas. La hermana del marqués, llamada doña María de la Paz Jesús, pasaba un poquito más allá de los cincuenta, aunque se conservaba muy bien. Su sobrina—hija mayor del mismo don Baltasar—, que se llamaba Salomé, estaba haciendo constantemente intrincados cálculos para ver de qué manera, sumando sus años, podían resultar cuarenta tan sólo. La tercera, llamada doña Paulita—nunca se pudo quitar este diminutivo—, hija de don Carlos, el afrancesado, tenía treinta y dos, cumplidos el día de la Encarnación. Esta doña Paulita era una santa.

Vivían humildemente, casi pobremente, pero con mucho arreglo. Varias veces habían propuesto a Elías que se llevase a Clara a vivir con ellas, por la razón de que sola en su casa la muchacha se había de contaminar necesariamente con las ideas del siglo. *Coletilla* no accedió al principio por respeto; pero al fin acogió la idea, y ya hemos visto cómo se preparó a realizarla. Además, doña María de la Paz Jesús, que era mujer de gran inciativa, había concebido el proyecto de un arreglo doméstico muy conveniente para Elías y para ellas. Este proyecto consistía en que Elías tomara el piso segundo de aque-

lla casa, el cual ellas tenían como depósito de los muebles de la grandiosa casa antigua, de que no habían querido desprenderse. El mayordomo aplazó para más adelante este arreglo.

—Señoras, al fin traigo esta chica—dijo *Coletilla,* presentándose a las de Porreño.

—Bien, amigo — exclamó Salomé—; tráigala usted en seguida: esta misma tarde.

—Pero, señoras—continuó—, esa muchacha tiene muy mala cabeza. Es preciso que ustedes empleen con ella una severidad muy grande. De otro modo es imposible sacar partido.

—Pero ¿qué ha hecho?—exclamó doña Paulita, la santa.

Elías contó la aparición del militar en su casa; contó los antecedentes peligrosos de Clara, su deseo de parecer bien, la compra de flores, las composiciones del vestido, y las tres damas comenzaron a hacer aspavientos. Salomé entonó un sermón, y doña Paulita se hizo cuatro cruces desde la frente al estómago y desde un hombro a otro.

—Descuide usted, amigo, que ya la enmendaremos—dijo María de la Paz Jesús.

—Bien se comprende esa desenvoltura... Las muchachas del día—dijo Salomé, quitándose los espejuelos—son todas así. Y ya..., como esa Clarita no tiene mala cara..., sí..., una carilla así..., desvergonzada y graciosilla..., pues... aquello no es hermosura.

—Pero, don Elías, ¿es cierto eso de que ha hablado con hombres?—exclamó Paz con una solemnidad arquiepiscopal, que era en ella muy frecuente—. Pero ¿qué basilisco es ése?... Mas no importa. Ya la enmendaremos nosotras. Ya la enseñaremos a portarse como una mujer de bien... ¡Ay!, la honestidad está por los suelos. ¡Qué siglo!

—¡Ah!—exclamó doña Paulita, después de concluir en voz baja un Padrenuestro—, estas ideas del día... ¡Jesús, qué sociedad! Pero todo se enmienda; y los más pecadores son los que más pronto salen de su error. Tráigala usted, don Elías, que yo confío en que esa desdichada entrará por el buen camino y será una santa tal vez. ¿No lo fué María la Egipcíaca?

Elías manifestó con repetidos movimientos de cabeza que estaba conforme con estas apreciaciones. Salió de la casa, y una hora después volvió acompañado de Clara.

Para hacer comprender lo que Clara encontró de terrible en la determinación del realista, conviene describir prolijamente la casa y sus extraordinarios habitantes.

CAPITULO XV

LAS TRES RUINAS

Las tres señoras de Porreño y Venegas vivían en una humilde casa de la calle de Belén: esta casa constaba de dos pisos altos, y aunque vieja, no tenía mal aspecto gracias a una reciente revocación. No había en la puerta escudo alguno ni empresa heráldica, ni portero con galones en el zaguán, ni en el patio cuadra de alazanes, ni cochera con carroza nacarada, ni ostentosa litera. Pero si en el exterior ni en la entrada no se encontraba cosa alguna que revelase el altísimo origen de sus habitadores, en el interior, por el contrario, había mil objetos que inspiraban a la vez curiosidad y respeto.

Es el caso que en la ruina de la familia, en aquella profana liquidación y en aquel bochornoso embargo que sucedió a la muerte del marqués pudo salvarse una parte de los muebles de la antigua casa—que estaba en la calle del Sacramento—, y fueron transportados a la nueva y triste habitación, acomodándose allí como mejor fué posible. Estos muebles ocupaban las dos terceras partes de la casa y casi todo el piso segundo, que también era de ellas. Les fué imposible entregar a la deshonra de una almoneda aquellos monumentos hereditarios, testigos de tantas grandezas y desventuras tantas.

En el pasillo o antesala, que era bastante espacioso, habían puesto un pesado armario de roble ennegrecido, con columnas salomónicas, gruesas chapas de metal blanco en las cerraduras y bisagras, y en lo alto un óvalo con el escudo de la casa de Porreño y Venegas, el cual escudo consistía en seis bandas rojas en la parte superior, y en la inferior tres veneros relucientes sobre plata y verde, además de una cabeza de sarraceno, circuído todo con una cadena, y un lema que decía: «En la Puente

de Lebrija perescí con Lope Díaz.» (No nos detendremos en la explicación de este sapientísimo lema, que aludía, sin duda, a la muerte del primer Porreño en alguna de las expediciones de Alfonso VIII en Andalucía.)

Las paredes de la misma antesala estaban todas cubiertas con los retratos de quince generaciones de Porreños, que formaban la histórica galería de familia. Por un lado se veía a un antiguo prócer del tiempo del rey nuestro señor don Felipe III con la cara escuálida, largo y atusado el bigote, barba puntiaguda, gorguera de tres filas de cangilones, vestido negro con sendos golpes de pasamanería, cruz de Calatrava, espada de rica empuñadura, escarcela y cadena de la Orden teutónica; a su lado una dama de talle estirado y rígido, traje acuchillado, gran faldellín bordado de plata y oro, y también enorme gorguera, cuyos blancos y simétricos pliegues rodeaban el rostro como una aureola de encaje. Por otro lado, descollaban las pelucas blancas, las casacas bordadas y las camisas de chorrera; allí una dama con un perrito que enderezaba airosamente el rabo; acullá una vieja con peinado de dos o tres pisos, fortaleza de moños, plumas y arracadas; en fin, la galería era un museo de trajes y tocados, desde los más sencillos y airosos hasta los más complicados y extravagantes.

Algunos de estos venerandos cuadros estaban agujereados en la cara; otros habían perdido el color, y todos estaban sucios, corroídos y cubiertos con ese polvo clásico que tanto aman los anticuarios. En las habitaciones donde dormían, comían y trabajaban las tres damas, apenas era posible andar a causa de los muebles seculares con que estaban ocupadas. En la alcoba había una cama de matrimonio, que no parecía sino una catedral. Cuatro voluminosas columnas sostenían el techo, del cual pendían cortinas de damasco, cuyos colores primitivos se habían resuelto en un gris claro con abundantes rozaduras y algún disimulado y vergonzante remiendo; en otros cuartos se veían dos papeleras de talla con innumerables divisiones, adornadas de pequeñas figuras decorativas e incrustaciones de marfil y carey. Sobre una de ellas había un San Antonio muy viejo y carcomido, con un vestido flamante y una vara de flores de reciente hechura. Frente a esto, y en unos que fueron vistosos marcos de palo santo, se veían ciertos dibujos chinescos, regalo que hizo al sexto Porreño—1548—su primo el príncipe de Antillano, que fué con los portugueses a la India. Al lado de esto se hallaban unos vasos mejicanos con estrambóticas pinturas y enrevesados signos que no parecían sino cosa de herejía. Según tradición, conservada en la familia, estos vasos, traídos del Perú por el séptimo Porreño, almirante y consejero del rey—1603—, fueron mirados al principio con gran recelo por la devota esposa de aquel señor, que creyendo fuesen cosa diabólica y hecha por las artes del demonio, como indicaban aquellos cabalísticos y no comprendidos signos, resolvió echarlos al fuego; y si no lo hizo fué porque se opuso el octavo Porreño—1632—, el mismo que fué después consejero de Indias y gran sumiller del señor rey don Felipe IV. Junto a la cama campeaba un sillón de vaqueta claveteado, testigo mudo del pasado de tres siglos. Sobre aquel cuero perdurable se habían sentado los gregüescos acairelados de un gentilhombre de la casa del emperador; recibió tal vez las gentiles posaderas de algún padre provincial, amigo de la casa; quizá sostuvo los flacos muslos de algún familiar del Santo Oficio en los buenos tiempos de Carlos II, y, por último, había sido honroso pedestal de aquellas humanidades que llevan un rabo en el occipucio y parecían constantemente aforadas en la chupa y ensartadas en el espadín.

No lejos de este monumento se encontraban dos o tres arcones de esos que tienen cerraduras semejantes a las de las puertas de una fortaleza, y eran verdaderas fortalezas, donde se depositaban los patacones, y donde se sepultaba la vajilla de plata de familia, las alhajas y joyas de gran precio; pero ya no había en sus antros ningún tesoro, a no ser dos o tres docenas de pesos que dentro de un calcetín guardaba doña Paz para los gastos de la casa. Encima de estos muebles se veían roperos sin ropa, jaulas sin pájaros y, arrinconado en la pared, un biombo de cuatro dobleces, mueble que, entre los demás, tenía no sé qué de alborozado y juvenil. Eran sus dibujos del gusto francés que la dinastía había traído a España; y en los cinco lienzos

que lo formaban, había amanerados grupos de pastoras discretas y pastores con peluca al estilo de Watteau, género que hoy ha pasado a los abanicos.

También existe—y si mal no recordamos estaba en la sala—un reloj de la misma época con su correspondiente fauno dorado; pero este reloj, que en los buenos tiempos de los Porreños había sido una maravilla de precisión, estaba parado y marcaba las doce de la noche del 31 de diciembre de 1800, último año del siglo pasado, en que se paró para no volver a andar más, lo cual no dejaba de ser significativo en semejante casa. Desde dicha noche se detuvo, y no hubo medio de hacerle andar un segundo más. El reloj, como sus amas, no quiso entrar en este siglo.

Un lienzo místico de pura escuela toledana ocupaba el centro de la sala, al lado del décimocuarto Porreño—padre feliz de doña Paz—, pintado por Vanloo. Este gran cuadro representaba, si no nos engaña la memoria, el triunfo del Rosario, y era un agregado de pequeñas composiciones dispuestas en elipse, en cada una de las cuales estaba un retrato de un fraile dominico, principiando por *Vicenzius* y acabando por *Hyacinthus*. En el centro estaba la Virgen con Santo Domingo, arrodillado; y no tenía más defecto sino que en el sitio donde el pintor había puesto la cabeza del santo, puso la humedad un agujero muy profano y feo. Pero a pesar de esto, el lienzo era el sanctasanctórum de la casa, y representaba los sentimientos y creencias de todos los Porreños, desde el que pereció en Andalucía con Lope Díaz, hasta las tres ruinosas damas, que en la época de nuestra historia quedaban para muestra de lo que son las glorias mundanas.

En el cuarto de la devota...—lo describimos de oídas, porque ningún mortal masculino pudo jamás entrar en él—había una Santa Librada, imagen de quien era especial devoto y fiel ahijado el tercer Porreño—1465—. Con los años se le tuvo buen cuidado de pegársela con un enorme pedazo de cera, si bien quedó la santa tan cuellitorcida, que daba lástima. Junto a la cama—pudoroso y casto mueble que nombramos con respeto—estaba el reclinatorio, al cual no se acercaban ni sus tías. Sobre él se erguía un hermoso Cristo de marfil, desfigurado por un faldellín de raso blanco, bordado de lentejuelas, y una cinta anchísima y un amplio lazo que de los pies le colgaba. El reclinatorio era una bella obra de talla del siglo XVI; pero un carpintero del XIX le había añadido, para componerlo, varios listones de pino, dignos de un barril de aceitunas. El cojín donde las rodillas de la santa se clavaban por espacio de cuatro horas todas las noches era tan viejo, que su origen se perdía en la oscuridad de los tiempos; su color era indefinible; la lana se salía aprisa por sus grandes roturas.

Todas estas reliquias, recuerdo de pasadas glorias, de instituciones, de personas, de días pasados, tenían un aspecto respetable y solemne. Al entrar en aquella casa y ver aquellos objetos deteriorados por el tiempo, bellos aún en su miseria, el visitador se sentía sobrecogido de estupor y veneración. Pero las reliquias, las ruinas que más impresión producían, eran las tres damas nobles y deterioradas que allí vivían, y que en el momento de nuestra historia, correspondiente a este capítulo, estaban sentadas en la sala, puestas en fila. María de la Paz, la más vieja, en el centro; las otras dos, a los lados. Una de ellas tenía en la mano un libro de horas, otra cosía, la tercera bordaba con hilo de plata un pequeño roponcillo de seda, que sin duda se destinaba a abrigar las carnes de algún santo de palo. Las tres, colocadas con simetría, silenciosa y tranquilamente ensimismadas en su oración o su trabajo, ofrecían un cuadro sombrío, glacial, lúgubre. Describiremos los principales rasgos de esta trinidad ilustre.

María de la Paz—quitémosle el *doña*, porque supimos casualmente que le agradaba verse despojada de aquel tratamiento—, hermana menor del marqués de Porreño, era una mujer de esas que pueden hacer creer que tienen cuarenta años, teniendo realmente más de cincuenta. Era alta, gruesa y robusta, de cara redonda y pecho abultado, que se hacía más ostensible por el singular empeño de ceñirse a la altura usada en tiempo de María Luisa. Su rostro, perfectamente esferoidal, descansaba sin más intermedio sobre el busto; y su pelo, negro aún por una condescendencia de los años y partido en dos zonas sobre la frente, le tapaba entrambas orejas recogiéndose atrás. Su nariz era pe-

queña y amoratada; su boca más pequeña aún y tan redonda que parecía un botón encarnado; los ojos no muy grandes, la barba prominente, los dientes agudos, y uno de ellos le asomaba siempre cuando más cerrados tenía los labios. De la extremidad visible de sus orejas pendían dos enormes herretes de filigrana, que parecían dos pesos destinados a mantener en equilibrio aquella cabeza. En el siniestro lado tenía una grande y muy negra verruga, que asemejaba un exvoto puesto en el altar de su cara por la piedad de un católico. El cuerpo formaba gran armonía con el rostro; y en sus manos pequeñas, coloradas y gordas, resplandecían muchos anillos, en los que los brillantes habían sido hábilmente trocados por piedras falsas. Echemos un velo sobre estas lástimas.

Salomé era un tipo enteramente contrario. Así como la figura de Paz no tenía nada de aristocrático, la de ésta era de esas que la rutina o la moda califican, cuando son bellas, de aristocráticas. Era alta y flaca, flaca como un espectro. Su rostro amarillo había sido en tiemps de Carlos IV un óvalo muy bello; después era una cosa oblonga que medía una cuarta desde la raíz del pelo a la barba; su cutis, que había sido finísimo jaspe, era ya papel de un título de ejecutoria, y los años estaban trazados en él con arrugas tan rasgueadas que parecían la complicada rúbrica de un escribano. No se sabe cuántos años habían firmado sobre aquel rostro. Las cejas arqueadas y grandes eran delicadísimas: en otro tiempo tuvieron suave ondulación; pero ya se recogían, se dilataban y contraían como dos culebras. Debajo se abrían sus grandes ojos, cuyos párpados, ennegrecidos, cálidos, venenosos y casi transparentes se abatían como dos compuertas cuando Salomé quería expresar su desdén, que era cosa muy común. La nariz era afilada y tan flaca y huesosa que los espejuelos, que solía usar, se le resbalaban por falta de cosa blanda en que agarrarse, viéndose la señora en la precisión de sujetárselos atrás con una cinta. Y, por último, para que esta efigie fuera más singular, adornaban airosamente su labio superior unos velos negros que habían sido agraciado bozo y eran ya un bigotillo barbiponiente, con el cual formaban simetría dos o tres pelos arraigados bajo la barba, apéndices de una longitud y lozanía que envidiara cualquier moscovita.

El despecho crónico había dado a este rostro un mohín repulsivo y una siniestra contracción que se avenía muy bien con las formas de la figura y su atavío. Desaparecían los cabellos bajo un tocado de tristísimo aspecto, y el cuello, que fué comparado al del cisne por un poeta quejumbrón del tiempo de Comella, era ya delgado, sinuoso y escueto. Marcábanse en él los huesos, los tendones y las venas, formando como un manojo de cuerdas; y cuando hablaba alterándose un poco, aquellas mal cubiertas piezas anatómicas se movían y agitaban como las varas de un telar. Debajo de toda esta máquina se extendía en angosta superficie el seno de la dama, cuyas formas al exterior no podría apreciar en la época de nuestra historia el más experimentado geómetra, y más abajo la otra máquina de su talle y cuerpo, inaccesible también a la inducción; máquina que a fuerza de ataques nerviosos había llegado a la más completa morosidad. Cubríala un luengo traje negro. Entre los pliegues de un vastísimo pañuelo del mismo color se destacaban dos manos blancas, finísimas, de un contorno y suavidad admirables. Pero no eran las manos la única cosa bella que se advertía en aquella ruina, no: tenía otra cosa mil veces más bella que las manos, y eran los dientes, que, salvados del general desastre, se conservaban hermosísimos, con perfecta regularidad, esmalte brillante e intachable forma. ¡Oh! Los dientes de aquella señora eran divinos: sólo ellos recordaban el antiguo esplendor; y cuando aquel vestigio se sonreía—cosa muy rara—; cuando dejaba ver, contrastando con lo desapacible del rostro, las dos filas de dientes de incomparable hermosura, parecía que la belleza, la felicidad y la juventud se asomaban a su boca, o que una luz aclaraba aquel rostro apagado.

Doña Paulita—nunca pudo quitarse ni el *doña* ni el diminutivo—no se parecía en nada ni a su tía ni a su prima. Era una santa, una santita. Sus ademanes estaban en armonía con su carácter, de tal modo, que verla y sentir ganas de rezar un Padrenuestro era una misma cosa. Miraba constantemente al suelo, y su voz tenía un timbre nasal e impertinente como el de un monaguillo consti-

pado. Cuando hablaba, cosa frecuente, lo hacía en ese tono que generalmente se llama de carretilla, como dicen los chicos de lección; en el tono en que se recitan las letanías y los gozos. Examinando atentamente su figura, se observaba que la expresión mística que en toda ella resplandecía era más bien debida a un hábito de contracciones y movimientos que a natural y congénita forma. No se crea por eso que era hipócrita, no; era una verdadera santa, una santa por convicción y por fervor.

Tenía el rostro compungido y desapacible, pálido y ojeroso, áspera y morena la tez, con el circuito de los ojos como si acabara de llorar; las cejas muy negras y pobladas; la boca un poco grande y con cierta gracia innata, casi desfigurada por el mohín compungido de sus labios, hechos a la modulación silenciosa de palabras santas.

El que fuera digno de gozar el singular privilegio de ser mirado por ella habría advertido en sus ojos la inalterable fijeza, la expresión glacial, que son el primer distintivo de los ojos de un santo de palo. Pero había momentos, y de eso sólo el autor de este libro puede ser testigo; había momentos, decimos, en que las pupilas de la santa irradiaban una luz y un calor extraordinarios. Y es que, sin duda, el alma abrasada en amor divino se manifiesta siempre de un modo misterioso y con síntomas que el observador superficial no puede apreciar.

Su vestido era recatado y monjil, no siendo posible certificar que bajo sus tocas hubiera algo parecido a una cabellera, aunque nos atrevemos a asegurar que la tenía, y muy hermosa. Su estatura no pasaba de mediana, y a pesar de la modestia, poca elegancia y ninguna presunción con que vestía, era indudable que un mundano topógrafo, llamado a medir las formas de aquella santa, no se hubiera encontrado con tanta falta de datos como en presencia de su ilustre prima la acartonada María Salomé.

Conocida esta trinidad ilustre, conviene recordar algunos antecedentes históricos. Allá por los años de 1790, los Porreños eran muy ricos, tenían gran boato y gozaban de mucha preponderancia en la corte. Entonces Paz tenía diecinueve años y era tan fresca, robusta y coloradota que un poeta de aquel tiempo la comparó con Juno. Decían sus primas por lo bajo que era muy orgullosa, y su padre, el décimocuarto de los Porreños, aseguraba que no había príncipe ni duque que fuera digno de aquella flor. Estuvo arreglado su casamiento con un joven de la ilustre casa de Gaytán de Ayala; pero aconteció que el tal no gustó de Juno, y la boda fué un sueño. Es imposible pintar el dolor que tuvo la infeliz cuando María Luisa, hallándose una noche en casa de la duquesa de Chinchón, se permitió hacer, con su acostumbrada malicia, algunas apreciaciones un poco picantes sobre la gordura y redondez de nuestra diosa.

Esto no fué, sin embargo, obstáculo para que, pasados cuatro meses, se ajustaran las bodas de Paz con un caballero irlandés que estaba en la Embajada inglesa. Pero el diablo, que no duerme, hizo que ocurrieran a última hora algunas dificultades; el décimocuarto Porreño era cristiano muy viejo y muy temeroso de Dios; y cierto fraile de la Merced, que frecuentaba la casa y tomaba allí el chocolate todas las noches, dió en probar, con la autoridad de San Anselmo y Orígenes, que aquel caballerito irlandés era hereje y poco menos que judío. Alarmóse la susceptible conciencia del marqués, y después de echarle un sermón consolatorio a Paz, ésta se quedó sin marido, con la triste circunstancia de que se ponía cada vez más gorda y ni bajándose el talle podía disimular aquel mal. Por último, en diciembre de 1795, Paz se casó con un pariente viejo y fastidioso, que cometió el singular despropósito de morirse a los siete días de casado, dejando a su mujer más gruesa, pero no encinta. Por la rama femenina, los Porreños se quedaron sin sucesión, lo cual hacía que el viejo marqués, en sus accesos de melancolía, se pusiera a llorar como un niño, presagiando el triste fin y acabamiento de su gloriosa casa.

Entonces murió el viejo; heredóle su hijo don Baltasar, padre de Salomé, y con ésta, cuya belleza era notable, había formado el padre proyectos matrimoniales que remediaran la ruina que ya le amenazaba. El pleito comenzaba a aparecer formidable, siniestro, terrible, como un monstruo de múltiples miembros; habíase apoderado de la casa, la estrechaba, la devoraba, la consumía. Un pleito es un incendio; pero más terrible,

porque es más lento. La casa ilustre comenzaba a desmoronarse: era inútil que le quisieran poner un puntal aquí, otro allá; la casa se venía al suelo, porque el monstruo terrible no cesaba en su actividad destructora. Lo único que logró don Baltasar fué disimular su ruina. Nadie creía que aquella casa poderosa estaba devorada por los acreedores. Sólo Elías Orejón, que gozaba, sin sueldo, de las preeminencias de intendente, lo sabía. Don Baltasar fundaba su esperanza en Salomé, cuyo peinado de canastillo había seguramente gustado mucho al joven duque de X***, que buscaba esposa en la tertulia de la citada duquesa de Chinchón.

Salomé era entonces una sílfide. Ninguna le igualaba en esbeltez y delicadeza; vestía con suma gracia y sencillez, y bailaba el minueto de una manera tan sutil y ligera, que aparecía del modo menos terrestre que es posible en la figura humana.

El duque se enamoró de ella como un loco: hizo que uno de los más enfadosos poetas de aquel tiempo escribiera unas estrofas amatorias que el joven apasionado deslizó suavemente en la mano de Salomé a la salida de un baile. Sentimos no tener a mano estas estrofas, porque son un documento notable y digno de ser conocido. En prosa neta contestó la joven; pero no fué menos expresivo su estilo. Hicieron amistades; de las amistades pasaron al galanteo y del galanteo al proyecto de boda. Don Baltasar creyó en el afianzamiento de su casa; pero se llevó un terrible chasco. De repente, los duques de X*** se opusieron al casamiento de su hijo; Salomé estuvo siete días en cama con dolor de muelas; su padre oyó con sumisión la homilía que el fraile le espetó por vía de consuelo, y Elías Orejón le leyó en seguida unas terribles cuentas que le hicieron el efecto de un tósigo.

La joven empezó entonces a enflaquecer. Por un amigo de la casa hemos sabido que antes que el peinado de canastilla impresionara tan enérgicamente al joven duque, había indicios para creer que a Salomé no le era del todo indiferente un teniente de Húsares del Rey que medía la calle del Sacramento lo menos cien veces al día. Es también seguro que Salomé pasaba muchas noches llorando, y que en aquel asunto intervinieron el fraile y el marqués. El teniente fué mandado al Perú y no se supo nada más de él.

Es imposible expresar lo que sufrió la pobre alma de la joven Porreño con el terrible golpe del rompimiento de la boda. Ella esperaba no sé qué de aquel enlace. ¡Misterios femeninos! Lloró por el teniente y rabió por el duquesito. Desde aquellos días principió a advertirse en ella la modificación que la llevo al estado en que la conocemos. La displicencia atrabiliaria, el desdén amargo, la impasibilidad indiferente aparecieron entonces y se apoderaron, por último, de su espíritu por completo. Llegó con los años a ser la persona más desapacible y de trato más fastidioso que pudiera concebirse, ella que había tenido un carácter tan flexible, un trato tan amable, una manera de insinuarse tan suave y halagüeña...

No así doña Paulita, que siempre había encontrado consuelo en la religión. Desde niña había sido reputada como un ángel; no hacía más que rezar y cantar a estilo de coro, remedando lo que oía en las Carboneras. Los domingos decía misa en un pequeño altar que ella misma había formado, y también predicaba desde lo alto de una mesa con gran regodeo de toda la servidumbre, que acudía para oírla desde los cuatro polos de la casa. Ya más grandecita, manifestaba un vehemente horror a los saraos y a los teatros; lo único que pudo agradarla un poco fué una función de toros a que la llevó su padre, gran aficionado. Solamente iba doña Paulita al teatro cuando se representaba algún auto en la Cruz por fiestas de Corpus, pero siempre iba con permiso de su confesor.

Entrada en los dieciocho años, oyó con horror las proposiciones del décimoquinto Porreño, su tío, para que se casara.

—Yo—dijo—o seré hija de Jesucristo o viviré en mi casa, ausente del mundo, buscando en ella un baluarte contra el demonio.

—Bien, hija mía; si es éste tu gusto —dijo el tío—, sea.

Creció con los años su devoción, pero no hipócrita, sino devoción verdadera, legítimo fervor cristiano. Tenía grandes visiones, y en llegando la Cuaresma se disciplinaba, y decían los criados que en las altas horas de la noche sentían los azotes que se daba. En la época de la de-

cadencia, cuando vivían en la calle de Belén, visitaba todos los días a las vecinas monjas de Góngora, conversando con ellas largas horas. Con ellas consultaba sus visiones y contravisiones, relatando sus deliquios y arrebatos de amor divino. Otros días llegaba muy apurada para contarles cómo había sentido unas terribles tentaciones, y que, bebiendo vinagre, se le habían quitado.

Así pasaba los días en sabroso comercio con lo desconocido, lo mismo en la época de su apogeo que en la de su decadencia.

Estos tres ángeles caídos llevaban una vida monótona y triste. Su casa era la casa del fastidio. Parecía que las tres se fastidiaban de las tres, y cada una de las demás.

Nos hemos olvidado de otro importante inquilino. Era un delicado ejemplar de la raza canina, un perrito que representaba en la casa el elemento irracional. Mas en este ser no se veían nunca la inquietud y alborozo propios de su edad y de su raza; antes, por el contrario, era tan melancólico como sus amas. En los tiempos de prosperidad había en la casa muchos perros: dos falderos, un pachón y seis o siete lebreles, que acompañaban al décimocuarto Porreño cuando iba a cazar a su dehesa de Sanchidrián. Con la ruina de la casa desaparecieron los canes: unos por muerte, otros porque el Destino, implacable con la familia, alejó de ella a sus más leales amigos. Mas, en su decadencia, las tres damas no podían pasarse sin perro; y es fama que un día, viniendo doña Paz de visitar a sus amigas las Carboneras, al pasar por la Puerta del Sol, vió a un hombre que vendía unos falderillos de pocos días. Acercóse con emoción y cierta vergüenza, pagó uno con ocho cuartos y se lo llevó bajo el manto.

Instalado el perro en la casa, Salomé le puso nombre, y recordando las lucubraciones mitológicas y pastoriles de los poetas que en el tiempo de la Chinchón la obsequiaban con sus versos, le puso el nombre clásico de *Batilo*.

Este desventurado ser se hallaba en el momento de nuestra descripción echado a los pies de María de la Paz, semejando en su actitud a los perros o cachorrillos que duermen el sueño del mármol inerte a los pies de la estatua yacente de un sepulcro.

Las de Porreño se levantaban a las siete de la mañana, tomaban un chocolate del más barato y se iban a las Góngoras. Oían tres misas y parte de una cuarta. Si era domingo, confesaban y después volvían a casa, quedándose generalmente doña Paulita en el locutorio a hablar de las llagas de San Francisco. A la una comían—no tenían criada—una olla decente *con menos de vaca que de carnero* y algunos platos condimentados por el instinto—no educación—culinario de María de la Paz, que consideraba como la última de las humillaciones la de entrar en la cocina. Después hacían labor. Una vez al año visitaban a cierta condesa vieja que les conservaba alguna amistad a pesar de la desgracia. Llegada la noche, rezaban *a trío* por espacio de dos horas, y después se acostaban. Al sumergirse en aquellas camas arquitectónicas, verdaderos monumentos de otros tiempos, los tres vestigios de la familia insigne de Porreño, vivos exóticamente en nuestros días, parecía que se hastiaban del mundo de hoy y se volvían a su siglo.

Concluyamos: la más inalterable armonía reinaba aparentemente entre ellas. Parecían no tener más que un pensamiento y una voluntad. La unción de Paulita se comunicaba a las otras dos, y la misantropía amarga de Salomé se repetía igualmente en las demás. La alegría, el dolor, las alteraciones de la pasión y del sentimiento no se conocían en aquella región del fastidio. La unidad de aquella trinidad era un misterio. En los momentos normales de la vida las tres no eran más que una: lo antiguo manifestado en un triángulo equilátero; el hastío representado en tres modos distintos, pero uno en esencia.

CAPITULO XVI

EL SIGLO DÉCIMOCTAVO

Estas eran las venerandas matronas con quienes iba a vivir nuestra pobre amiga Clara: y en la posición en que las hemos descrito se hallaban cuando Elías, trayendo de la mano a su ahijada, entró en la sala y se paró ante las tres damas, haciendo una profunda reverencia. Las tres dirigieron a un tiempo los más impertinentes rayos de sus miradas sobre

el semblante de la infeliz muchacha, que estaba con los ojos bajos, el alma oprimida y sin poder pronunciar una palabra.

—¿Es ésta la niña que usted nos ha encargado, señor don Elías?—dijo María de la Paz Jesús.

—Sí, señoras; ya que son usías tan buenas que quieren admitirla aquí... Yo espero que ella será agradecida a tanto honor y sabrá corresponder a él con su buena conducta.

—Pero es preciso corregirse, niña—dijo Paz—; y si es verdad lo que el señor Elías nos ha dicho de usted..., y verdad debe de ser cuando él lo dice... Siéntese usted.

Los dos visitantes se sentaron en dos taburetes, magníficas joyas del siglo décimoséptimo.

—Sí, es verdad—dijo Salomé con desdén y cierta fatuidad—; es preciso que usted se corrija. Esta casa, niña, impone al que la habita deberes muy sagrádos. Nosotras no consentimos el menor escándalo, y cuando protegemos—recalcó la palabra *protegemos*—a una persona principiamos por enseñarle lo que debe a sus protectores.

—Estas ideas del día—añadió Paz—lo invaden todo, niña. No extraño que le haya alcanzado a usted su influencia pestilencial. Ya no hay religión: los hombres corren desenfrenados a su ruina; y si Dios no se apiada, se acabara el mundo. Pero en alguna parte se conservan los sentimientos de honradez y pudor. Haga usted cuenta, niña, que ha dejado un mundo de cieno para entrar en otro más perfecto. Dios ha iluminado a su buen protector para que la ponga entre nosotras, que la libraremos de la influencia infernal de las ideas del día.

Y siguió disertando sobre las ideas del día con argumentos tan fuertes y tal vehemencia de estilo, que Clara sintió picada su curiosidad; alzó los ojos y se puso a mirar con asombro la efigie porreñana de cuya boca salía elocuencia tan terrible.

—¡Usías son tan buenas!... Son las únicas personas que pueden ofrecer algún consuelo entre las borrascas del día —dijo *Coletilla* con voz menos áspera que de ordinario, pues sólo era afable tratándose de las Porreñas—. Usías le harán comprender lo que han sido y lo que son todavía, porque aunque esto se ha desquiciado, aún quedan personas de aquel tiempo tan grandes y nobles como entonces. Clara, haz cuenta que habitas con las más dignas y elevadas señoras de la grandeza española, que, al par de la virtud, atesoran todas aquellas prendas del alma que distinguen a ciertas personas del bajo vulgo a que nosotros pertenecemos.

María de la Paz Jesús se irguió con toda la gallardía de que era capaz; respiró y miró a un lado y otro con majestad perfectamente regia. Salomé miró con angustiosa calma las colgaduras remendadas y raídas, los muebles desvencijados y rotos. Doña Paulita dió un suspiro místico y continuó en silencio.

Coletilla, cuando emitió tan gran pensamiento, se levantó y se fué, después de saludar a las damas y hablar algo en voz baja con la más vieja de las tres. Clara le miró partir, y aquel hombre que le había inspirado tanto miedo, que había sido siempre un tirano para ella, le pareció un ángel tutelar que la abandonaba en tales momentos. Sintió impulsos de correr a abrazarle para salir con él; le miró en silencio, y cuando se hubo marchado, observó a las tres viejas con terror, y dos lágrimas de desconsuelo y angustia corrieron por sus mejillas.

—No llores, niña—dijo Salomé—; esos sentimientos que manifiestas por tu bienhechor son saludables, pero ¿de qué valen esas lágrimas tardías después de haber abusado de su bondad poniendo en peligro la dignidad de su casa?

—¡Yo, señora!—exclamó Clara con asombro.

—Sí, usted—afirmó doña Paz—; pero la juventud está desmoralizada: no me admira. Esperamos, sin embargo, que usted se corrija. Ya se ve..., con estas ideas del día, ¡qué había usted de hacer!

—Es preciso perdonar—dijo doña Paulita con una voz agridulce y atiplada que parecía salir de lo profundo de un cepillo de iglesia.

—Sí, perdonar; pero corregirse también—indicó Salomé con el aplomo de un legislador—. Si no, adónde iríamos a parar; porque el perdón sin corrección produce peores efectos que el no perdonar.

—Ese es un punto—contestó la devota—difícil de resolver y que ha de llevarnos a sostener una herejía. El perdón

es bueno en *sí* y por *sí*, como me lo probó el padre Antonio el otro día.

—Pero, hermana, ¿de qué sirve perdonar si el malo no se corrige y sigue siendo malo?—dijo Salomé, interesándose en aquella controversia que alteró la soporífera armonía de la trinidad por algunos minutos.

—El perdón basta por sí para producir la gracia eficaz en el perdonado—contestó la devota—; y si es así, que el perdonado se corriga con la gracia tan sólo, luego la corrección del perdonador es ineficaz para el perdonado.

Olvidábamos decir que doña Paulita sabía un poco de latín, y que en la época de la decadencia se había dedicado a leer el *Florilegio sagrado* y el *Thesaurum breve Patrum ac sententiarum.* Aquel argumento lo había leído la noche antes y por eso lo tenía tan a la mano.

La controversia concluyó, y María de la Paz, más dada al sermón que a la doctrina teológica, prosiguió arengando a Clara, que, sentada como un reo en el banquillo, estaba aterrada en presencia de tan severos jueces.

—La opinión de la mujer—decía la matrona—es cristal finísimo que se empaña al menor soplo. Aquella que no se guarda a sí misma no es guardada; y mujeres hemos visto muy honestas que por no cuidar de su nombre lo han visto manchado sin motivo. La opinión es lo primero: cuidad de vuestra fama, nada le queda ya, y su misma inocencia no la consuela.

Estas doctrinas sobre la opinión eran de la cosecha del fraile de la Merced que *in illo tempore* frecuentaba la casa. A Paz se le quedaron presentes sus argumentaciones, y en lo sucesivo no perdonaba ocasión de sacarlas a cuento creyendo que hablaba por su boca la misma sabiduría. La devota manifestó con un *sin embargo* que no estaba conforme con aquella doctrina; pero el sermón, turbado por este pequeño incidente, continuó después por mucho rato.

—Y si no, dígame usted, niña—dijo Paz—: ¿qué objeto tiene la mujer al dar oídos a las palabras de los hombres, que son los que el demonio elige para que propaguen estas ideas del día? ¿Usted a qué aspira en la tierra? Por su nacimiento, por su educación, no puede aspirar a ocupar un puesto en el mundo que la haga capaz de hacer bien a los inferiores. O si no, vamos a ver: trataré de averguar cuáles son sus pensamientos sobre ciertas cosas, niña. ¿Qué espera usted, a qué aspira usted y de qué modo piensa conducirse en el mundo?

Clara no sabía qué contestar a esta pregunta.

—Vamos, conteste usted—dijo Salomé con un tonillo que indicaba grandes deseos de oír un disparate.

—Diga, hermana—exclamó con la nariz la devota.

—Yo...—contestó Clara después de una pausa larga en que trató de dominar su turbación...—Yo... les diré a ustedes... soy... una mujer.

Paz hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y miró a sus sobrinas de un modo que indicaba el profundo acierto que había en la respuesta de Clara.

—Vamos, niña, ¿qué piensa usted hacer en el mundo? ¿Cómo cuenta usted vivir en lo sucesivo? ¿De qué modo? A ver—repitió Salomé con vehementes ganas de que Clara no acertara con la respuesta...

—Yo...—contestó Clara—lo que deseo es vivir..., pues.

Paz inclinó de nuevo la majestuosa cabeza en señal de aprobación.

—¿Y nada más?

—Ser buena y...

—¿Y qué?—insistió Salomé, amostazada por el juicio y discreción que había mostrado la examinada en las cuestiones anteriores—. ¿Y qué más? ¿No se le ha ocurrido a usted alguna cosa para lo por venir? ¿No ha esperado usted verse en otra posición, en otro estado del que hoy tiene?

Clara continuaba no comprendiendo.

—Pues queremos decir—añadió Paz—que si a usted no le ha ocurrido ser feliz de algún modo; figurarse que podía ser útil al mismo tiempo..., pues... porque las jóvenes del día tienen ciertos pensamientos sobre la vida y la sociedad que conviene examinar en usted.

—¿De qué manera—dijo Salomé—cree usted que deba vivir una mujer en el mundo? ¿Cómo espera usted vivir en la sociedad para servirla y serle útil?

—¡Ah!, sí—dijo Clara bruscamente, como si un rayo de luz repentina hubiera iluminado su entendimiento, sugiriéndole una idea que agradara a aquellas señoras.

—A ver, ¿cómo?

—Veamos.

Clara tenía un sentido natural muy grande. Evocólo todo, y pensó en lo que a ella le parecía ser los destinos de la mujer. Comprendió que si no hubiera matrimonio se acabaría el mundo, y recordó haber pensado varias veces que una mujer casándose sería lo que deben ser las mujeres. Con esta dosis de lógica se aventuró a dar una respuesta a sus jueces, segura de que las tres habían de quedar muy satisfechas y complacidas.

—A ver, niña, diga usted de una vez.

—¿Qué debe hacer la mujer en la sociedad para servirla y serle útil?

—Casarse—dijo Clara con la mayor sencillez; y en el momento que pronunció esta palabra se aterró de lo que había dicho y se puso como la grana.

El lector habrá visto, si ha asistido a algún sermón gerundiano, que a veces el predicador, no sabiendo qué medios emplear para conmover al femenino auditorio, alza los brazos, pone en blanco los ojos, y con tremenda voz nombra al demonio, diciendo que a todas se las va a llevar en las alforjas al infierno; habrá visto cómo cunde el pánico entre las devotas: una llora, otra grita, ésta se desmaya, aquélla principia a hacerse cruces, y la iglesia toda resuena con las voces alarmantes, el pataleo de los histéricos, el rumor de los suspiros y el retintín de las cuentas del rosario. ¿El lector ha visto esto? Pues el efecto producido en las tres damas por la respuesta de Clara fué enteramente igual al que producen los apóstrofes de un predicador endemoniado en el tímido y dueñesco auditorio de un novenario.

—¡Qué horror!—exclamó Paz, juntando las manos.

—¡Jesús! ¡Jesús!—dijo Salomé, tapándose los oídos.

—*Et ne nos inducas*—profirió la devota, alzando los ojos al cielo.

Hubo un momento de confusión. Las tres se miraron con asombro. Doña Paulita se replegó; doña Paz se tambaleó en su asiento, y aun es fama que el amarillo rostro de Salomé se tiñó de una leve púrpura, para lo cual fué preciso, sin duda, que toda la sangre de su cuerpo se repartiera entre sus dos mejillas. Hasta se asegura que *Batilo*, el más taciturno de los perros conocidos, participó de la opinión general: se alzó sobre sus patas, alargó el hocico y ladró.

Pasados los primeros momentos de confusión, Paz recobró aliento, y dijo con voz entrecortada por la cólera:

—Niña, esas ideas no me llaman la atención. Ya la conocíamos a usted de oídas. Ahora me explico su conducta... Ya se ve... ¡Oh!, es preciso una educación fuerte.

—Pero, señoras..., yo... ¿qué he dicho?... yo—balbució Clara, muy turbada—. Una mujer... si se casa... Pero ¿casarse es ofender a Dios?

—No, señora, no—contestó la matrona—: el matrimonio es cosa muy principal; sin matrimonio no habría mundo. Pero lo que extrañamos es ver a una mozuela de diecisiete años pensando sólo en casarse.

—Pero si yo no he pensado...

—No me interrumpa usted, niña... ¡Pensando en casarse!... ¿Qué locuras no hará quien a esa edad no piensa más que en el matrimonio? Así se comprende que sea usted tan amiga de los hombres..., que los busque.

—Señora, yo no he buscado a ningún hombre—dijo la muchacha con angustia.

—Todo lo sabemos; pero se equivoca usted si piensa que aquí vamos a tolerar sus trapicheos.

El corazón de Clara se llenó de amargura al oír aquellas palabras; no se pudo contener y rompió a llorar.

Las tres manifestaban horrible crueldad en martirizarla. No podemos explicarnos esto. ¿Era tal vez efecto de la reconcentración y sequedad de espíritu producidas por la falta de amor y de los goces de la vida? Sin duda las tres momias no podían sufrir en calma que hubiera en alguna persona aspiraciones a la felicidad.

Doña Paulita, que ya tenía la palabra en la nariz para reprender a Clara, se conmovió al verla llorar, y la tranquilizó diciéndole:

—La Magdalena pecó y fué perdonada. Lo que ahora le falta a usted es un sincero arrepentimiento.

—Pero ¿de qué me he de arrepentir?—dijo Clara, sollozando.

—¡Jesús! ¡Qué tono tan del día y tan... liberal!—exclamó Salomé, creyendo decir una gracia.

—El orgullo que usted ha manifestado en esa pregunta no tiene disculpa—dijo Paz con desdén.

—Cuando dicen las personas mayores que usted ha faltado...—añadió la otra—, ellas sabrán por qué lo dicen, y usted no tiene que hacer más que conformarse y callar.

—Pero, ¡ay!, yo no sé en qué he podido faltar.

—Cuando a usted se lo dicen, sus razones habrá para ello.

—Pero si tengo la conciencia tranquila.

—Más tranquila queda no replicando cuando los superiores dicen una cosa.

—La autoridad, niña—exclamó Paz—, la autoridad es necesaria... Ya nos ha mostrado usted suficientemente la influencia fatal que en usted han producido las ideas del día. El orgullo satánico, al rebelarse contra los superiores; el contradecir... Esto es insoportable. De este modo camina la sociedad a su ruina. Pero nosotras la traeremos a usted al buen camino.

—Por de pronto—dijo Salomé—, cuidado cómo se asoma usted a la ventana.

—Queda terminantemente prohibido que se acerque usted a un balcón o ventana; que abra usted la puerta de la escalera.

—Y que hable usted cuando no le pregunten.

—Se ha de levantar usted a las cuatro de la mañana, que la pereza es madre de todos los vicios.

—Yo me levanto a la misma hora, hermana—dijo la devota—. Yo le proporcionaré a usted ocasiones a esa hora de entretener el entendimiento en cosas santas.

—A ver si de aquí en adelante tiene cuidado de no decir esos terribles despropósitos que ahora ha dicho.

—No volverá—dijo en un arrebato de amor al prójimo doña Paulita—. Yo sé que no volverá; yo confío en que será buena y obediente. Otros peores se hicieron santos.

—Cuidado cómo habla con nadie que venga a esta casa. Trabajará usted en cuanto se le mande—continuó Paz, añadiendo un artículo a aquel código fatal.

—Pero no con exceso—indicó oficiosamente doña Paulita—, que el trabajo es bueno para ahuyentar las ocasiones de pecar; pero con exceso es malo.

—No será con exceso. Además, es preciso que procure desechar de su mente todas las cosas que ha pensado hasta aquí. ¡Cuidado con las ideas del día que trae usted a este santuario de los buenos principios! No se acuerde usted de lo pasado; y ahora que está usted encomendada a nuestra tutela *para toda la vida*, no debe pensar sino en portarse bien. Nosotras, ya que usted ha tenido la desgracia de perder a sus padres, procuraremos dirigirla y enmendarla, siendo la autoridad que tanto necesita.

La huérfana bajó los ojos y cayó en profundo abatimiento. ¡Para toda la vida! Hubiera querido morirse en aquel instante. No miró a las tres arpías, ni les contestó. Su terror era tan grande, que se le secaron las lágrimas, y quedó en ese estado de perplejidad dolorosa que sigue a las grandes crisis del alma.

Dejémosla en su encierro para acudir a Lázaro, que gime en una prisión de otra clase.

CAPITULO XVII

EL SUEÑO DEL LIBERAL

Cuando Lázaro vió cerrarse la puerta de su prisión y sintió perderse en la galería los pasos de su carcelero, miró en torno suyo, y se halló rodeado de la más profunda oscuridad. La luz entraba por una reja que en lo alto de la pared había; pero él, viniendo de la calle, estaba deslumbrado y no veía más que tinieblas. Por un momento le fué difícil darse cuenta de su situación. Aquello le parecía un sueño. ¿Su viaje a Madrid había sido cosa real o visión percibida en aquel calabozo?

Los pensamientos que en desorden y confusamente se agolparon en la mente del joven no son para referidos. El primer sentimiento que en él se manifestó fué una gran compasión de sí mismo, que emanaba de la ridiculez con que los hechos anteriores le presentaban a sus propios ojos. El había creído que cada paso dado en la corte sería un paso dado hacia su futuro engrandecimiento e inmortalidad. El club patriótico más célebre de España le había abierto sus puertas, ofreciéndole una tribuna, un pedestal; la fortuna parecía haberle allanado todos los caminos, y después... Pero no podía acusar a la fortuna. Esta le había dado ocasión, sitio, auditorio; había puesto a su servicio un trastorno popular; había dispuesto sólo para él

un inmenso grupo de oyentes trastornados y dispuesto a hacer la apoteosis del primer advenedizo. La fortuna había organizado para él una manifestación popular, pronta a improvisar un héroe en cada calle. La fortuna no debía ser acusada: él tenía la culpa, él, que había nacido para una vida oscura tal vez, para ser un buen artesano, un buen labrador, y nada más. Y aquel saber presuntuoso, aquellos conatos de pueril elocuencia, aquella vanidad prematura de grande hombre, eran quizá tan sólo fenómenos nacidos de esa serie de fantasmagorías que acompañan siempre a la juventud hasta dejarla a las puertas de la virilidad.

Después de pensar estas cosas, se fijó en su situación. Estaba preso. Le formarían causa por alterador del orden público. ¿Qué sería de él? Además, había cometido una gran falta en no visitar inmediatamente a su tío. ¿Qué pensaría Clara?

Al verse sumergido en una especie de sepulcro, su imaginación principió a divagar. Estaba débil y muy fatigado. En cuarenta y ocho horas había dormido apenas cinco; además, la falta de alimento le extenuaba. Cediendo al cansancio, empezó a dormitar; mas no durmió con ese sueño que da reposo al cuerpo y al espíritu, porque su excitación le impedía un descanso profundo. Dormía con el letargo doloroso e indeciso que representa todas las visiones de la vigilia anterior de un modo incoherente y monstruoso.

En su sueño creía escuchar lamentos que resonaban en las bóvedas de la cárcel. La antigua Cárcel de Villa era un mal guardillón, dividido en celdas donde los presos no tenían comodidad ni estaban seguros. La prisión no tenía aquel horror majestuoso con que los poetas nos han pintado todos los calabozos. Pero a Lázaro antojábasele un sombrío edificio, gigantesco sepulcro de vivos, de altísimas y negras paredes, de gruesos e inaccesibles torreones, con un gran foso lleno de aguas cenagosas y verdes, con largas filas de mazmorras, de las cuales la más lóbrega y subterránea era la suya. Se le figuraba estar muchos pies bajo tierra; creía que aquella reja daba a algún conducto misterioso, y que detrás de los muros habría una presa de agua. En su sueño creyó sentir el ruido de un torrente: el agua entraba con lentitud; enormes ratas corrían buscando entre los pies del preso refugio contra el naufragio. Todo se le representaba según las siniestras relaciones de las cárceles de la Inquisición que había leído en sus libros.

Después le parecía que los muros se apartaban: se encontraba en el interior de una gran sala, cuyas paredes estaban tendidas de negro; en el fondo había una mesa con un crucifijo y dos velas amarillas, y sentados alrededor de esta mesa cinco hombres de espantosa mirada, cinco inquisidores vestidos con la siniestra librea del Santo Oficio. Aquellos hombres le hacían preguntas a que no podía contestar. Después se acercaban a él cuatro sayones, le desnudaban, le ataban a la rueda de una máquina horrible, la movían, rechinaban los ejes, crujían sus huesos. El lanzaba gritos de dolor, es decir, ponía en ejercicio sus órganos vocales; pero el sonido no se oía.

Después la decoración y las figuras cambiaban: se le representaban dos filas de hombres cubiertos con capuchón negro y agujereado en la cara en el lugar de los ojos. Por el fondo venían los mismos que le interrogaron, y uno de ellos traía enarbolado el mismo Santo Cristo que presidió el tormento. Cantaban con voz lúgubre una salmodia que parecía salir de lo más profundo de la tierra, y avanzaban todos, él también, en pausada procesión. Gentío inmenso le contemplaba impasible y frío; un fraile, también impasible, iba a su lado, pronunciando a su oído palabras santas que él no pudo comprender. Le hablaba de la otra vida y del alma.

Después le pareció que la comitiva se detenía. Frente a frente vió una claridad extraña, como toda claridad que brilla durante el día. Aquella claridad se convirtió en llama, que brotaba de un montón de leña. La llama crecía, crecía hasta llegar a una altura enorme; crujían los leños, saltaban chispas; una columna de humo negro subía hasta tocar el cielo. Después algunos hombres feroces, vestidos también con diabólico uniforme, le ataban fuertemente de pies y manos, le acercaban a la hoguera, le echaban en ella. En un momento de súbito e indescriptible horror sintió arder rechinando sus cabellos, consumidos en un segundo; sus ropas, en otro segundo. Rechinó tenuemente el vello de toda su piel; hirvió

su carne con el chirrido intenso y discorde de todo cuerpo húmedo que cae en el fuego. Respiró fuego, bebió fuego, se convirtió en fuego sensible y animado con los dolores de su propia combustión. Quiso gritar: la llama no conducía el sonido. Quiso huir: no tenía movimiento, no tenía cuerpo, no era más que una mecha. Quiso orar: no tenía pensamiento; no era ya más que una pavesa, una masa de ceniza. El viento le desmoronaba: se sentía difundirse en el espacio ardiente, se quemaba ya quemado. No era más que humo; se consideraba subiendo en espiral renegrida y siempre quemándose, siempre quemándose y consumiéndose; difundido ya, aniquilado, evaporado, acabado..., hasta que al fin despertó, cubierto todo con el sudor de la agonía.

Despertó porque un ruido de voces resonaba a su lado. La puerta de la prisión se había abierto. Era la caída de la tarde. Un carcelero, que traía una linterna, alumbraba y guiaba a otro hombre que venía a visitar al preso. Este hombre era *Coletilla*.

CAPITULO XVIII

DIÁLOGO ENTRE AYER Y HOY

Elías se paró delante de su sobrino. Este balbució algunas palabras, le saludó de un modo incoherente y le dijo, al fin, después de comenzar muchas frases, que estaba seguro de tener delante a su buen tío; pero al ver que éste no le daba contestación ni desarrugaba el ceño, se calló, quedándose cabizbajo y lleno de vergüenza.

Por último, el realista habló:

—No debiera venir a verte, ni acordarme de ti. Mereces lo que te pasa. No tengo lástima de tu miseria y vengo a conocerte, nada más que a conocerte.

—Señor, yo...

Lázaro no encontraba la fórmula de una explicación. *Coletilla* sabía por el abate don Gil lo que había sucedido a su sobrino.

—Sé por qué te han puesto aquí. Un amigo que siguió tus pasos esta mañana me lo ha contado todo. Has levantado la voz en medio de una turba de charlatanes y te han cogido preso. La Justicia te ha puesto donde debieran estar todos los charlatanes.

Lázaro estaba cada vez más confuso. Aquellas palabras, dichas cuando, más que reprensiones, necesitaba consuelo, concluyeron de abatirle. Representósele el caracter de su tío como el más áspero e inflexible que existía en la Naturaleza.

—Me contaron tu hazaña—continuó el viejo con su habitual entonación cavernosa—, y cuando supe que el delincuente era hijo de mi hermana, la indignación y la vergüenza se apoderaron violentamente de mí. No creí que fueras perturbador del orden público. Si tal cosa hubiera sabido, te habrías quedado en el pueblo. Después he averiguado más. Sé que llegaste, y en vez de ir a mi casa fuiste con unos badulaques al café de La Fontana, donde te hicieron hablar y hablaste..., y por cierto que lo hiciste muy mal. Todos se han reído de ti. Estuviste después alborotando toda la noche con los que apedrearon la casa de Morillo...

—¡Ah!, no, señor; yo, no.

—De cualquier manera que sea, tu conducta es imperdonable. Pero dime: ¿desde cuándo te has metido a orador? No sabía yo que en Ateca hubiera tanta elocuencia. Te habrán aplaudido los segadores en las eras y te has creído por eso un Demóstenes.

El fanático reía con tan maligno acento de sarcasmo que a Lázaro le parecía tener delante un grotesco demonio. Cada palabra abría en el corazón del pobre prisionero una nueva herida y le abatía y avergonzaba más.

—Pero no extraño tus desvaríos—continuó Elías—: el desorden cunde por todas partes. ¿Qué mucho que estos pedantuelos de aldea tengan tales humos, cuando los sabios de la ciudad ofenden el sentido común con sus ridículos debates? Sin duda, algún garito de Zaragoza ha sido el primer teatro de tu petulancia.

La imaginación de Lázaro midió rápidamente el abismo que en ideas y sentimientos le separaba de su tío. Pero se sentía dominado por él y no podía contradecirle.

—Aquí—continuó el fanático con su espantosa burla—, aquí puedes hablar a tus anchas: nadie te molestará. Lo que puede ocurrir es que te crean loco y te

lleven a un manicomio. Allí debiera estar media España. Pero no; ¡qué digo media España!, una pequeña parte, porque casi todos los españoles conservamos el juicio. Sólo una porción de hombres mezquinos, mezquinos de juicio, de carácter, de todo, manifiestan con su conducta todo el extravío de que es capaz nuestra naturaleza. Pero esto concluirá; yo te juro que concluirá, o es preciso creer que no hay Dios en el cielo, perder la fe y renegar del mundo y del alma. Mira, Lázaro—continuó con tono vehemente y apretándole el brazo con tanta fuerza que le hizo retroceder inmutado y perplejo—; Lázaro, si tú eres de ésos, olvida que por tus venas corre mi sangre; olvida que soy hermano de la que te dió el ser. Un abismo nos separa; no hay reconciliación posible. Es preciso que nos odiemos a muerte. Huye de mí; para mí no eres prójimo. Hay cosas que están por encima de los vínculos de la familia. La vida no se reconcilia con la muerte, ni la luz con la oscuridad. Adiós.

Iba a salir; pero Lázaro, trémulo de asombro, le detuvo, y le dijo con mucha turbación:

—Pero, señor, no me abandone usted, háble me usted. Yo quiero que pensemos de la misma manera.

A pesar de todo, el anciano le inspiraba respeto y veneración; y al ver que reprochaba sus ideas, sintió ese impulso de subordinación tan natural en un joven de temperamento impresionable.

—Si eres de ésos—continuó Elías—, vuelve a tu pueblo y no hables de mí; no digas que me has visto; no creas que existo; y es verdad: para ti he muerto.

—Pero deje usted que me explique...

—¿Qué vas a decir?

—Yo pienso..., usted comprenderá que yo tengo mis ideas..., he leído y tengo convicciones, sí, señor; estoy profundamente convencido...

—Tú, pobre niño, ¿qué puedes saber?... ¿Qué convicciones puedes tener? No sabes otra cosa más que las falsedades leídas en cuatro libros que debieran arder en llamas alimentadas con los huesos de sus autores.

A cada palabra se hundía más Lázaro.

—¿Será posible—dijo con desconsuelo—que usted me pueda arrancar mis creencias que yo he alimentado con tanto cariño y que me dan la vida? No, no podrá usted; y si al fin, con la fuerza de su talento, pudiera conseguirlo, yo le ruego que no lo haga y me abandone. Que nos separe ese abismo que usted dice; y si yo estoy en el error... Pero no lo estoy, yo sé que no lo estoy...

—Iluso, fanático, vano..., porque sólo vanidad es eso: vanidad de Satán—dijo Elías con severidad, y después añadió con más fuerza—: Pero yo te sacaré de esa miseria.

Estas palabras fueron pronunciadas con tan profundo acento de convicción, que el sobrino no pudo contestarlas y se hundió más.

—¿Qué intentas hacer? ¿Qué esperas? ¿Piensas que esto va a continuar así por mucho tiempo? Te equivocas, que España está a punto de reconocer su error. Mira cómo rebulle por todas partes. El odio a la Constitución late en todos los corazones honrados. Pronto verás al rey recobrar sus sagrados privilegios que sólo Dios con la muerte puede quitarle.

—¡Oh señor! Y lo que este pueblo ha conquistado con tanta sangre, ¿será perdido por el orgullo de un solo hombre? Si así fuera, yo renegaría de nuestro linaje; y si España se dejara ultrajar de ese modo, sería digna de mejor suerte.

—¡Digna de mejor suerte!—dijo Elías con la más horrible expresión de que era capaz su rostro abominable—; digna de aniquilarse y desaparecer de la tierra si no lo hiciera.

—No, no lo puedo creer aunque usted me lo diga. Cuando yo no crea en la Libertad, no creeré en nada, y será el más despreciable de los hombres. Yo creo en la Libertad que está en mi naturaleza, para que la manifieste en los actos particulares de mi vida. Yo, ciudadano de esta nación, tengo derecho a hacer las leyes que han de regirme; tengo derecho a reunirme con mis hermanos para elegir un legislador.

—Para darte leyes y obligarte a cumplirlas existe un hombre sagrado, ungido por Dios.

—No; yo y mis hermanos le ungimos. Es rey porque nosotros queremos. Es sagrado para mí si cumple el pacto solemne que ha hecho con todos y cada uno. Si no, no. Pero lo cumplirá, lo ha jurado.

—Hay juramentos—contestó sombríamente *Coletilla*—cuyo cumplimiento es un crimen.

Lázaro sintió frío en el corazón. El

aplomo con que aquellas palabras fueron pronunciadas le anonadó más, y le hundió más.

—Y todos esos héroes—se atrevió a decir el preso después de meditar—, todos esos héroes, santificados por la Historia, que viven en el recuerdo de los buenos y serán siempre orgullo del género humano; todos esos que han vivido por la Libertad, que han muerto por ella, mártires deshonrados en su último día por la mano del verdugo, pero enaltecidos después por la Humanidad..., ¿no quiere usted que yo los ame? Yo los venero; mi pequeñez no me permite imitarlos; pero por tener ocasión de parecerme a ellos diera toda mi vida, lo confieso. ¡Oh!, si la Libertad no fuera la cosa más buena, sería la cosa más bella con la memoria de tantos héroes.

—¿Y ésos son tus héroes? ¿Eso es lo que admiras?—dijo Elías.

—Pues ¿a quién he de admirar? ¿A quién he de admirar? ¿A los tiranos? ¿A Nerón, matando a Séneca; a Felipe Segundo, asesinando a Egmont y a Lanuza; a Luis Quince, descoyuntando a Damiens?

—Era preciso enseñar a los franceses que no debía haber otro Ravaillac.

—Pues la lección no hizo efecto, porque hace treinta años que un rey murió en un patíbulo.

—¡Esos son tus semidioses, ésos!—exclamó Elías con furia.

—No; mis semidioses no son el exterminio, el terror ni el asesinato. Lamento los desvaríos de todos; mas no extraño que, al huir de las violencias de un extremo, se toque en las violencias de otro, pagando los crímenes de siglos enteros con el crimen de un día.

—No me hables más—dijo *Coletilla* con voz reposada y lúgubre—; ya sé que eres de *ésos*, de *esos* a quienes no tengo palabras bastante duras con que calificar. Tu Dios es un ciego espíritu de libertinaje; la norma de tu conducta es el escándalo. Dime, insensato, ¿cuál es tu fin? ¿Qué ves tú en ese porvenir? Supón que fueras un hombre notable entre los de tu calaña, el más ciego de los ciegos, el más loco de los locos: ¿qué harías, cuál sería tu aspiración?

—Yo no tengo aspiraciones bastardas; no quiero medrar a la sombra de un tirano que pague la adulación con dinero; yo no aspiro más que a la gratitud del género humano, a la gloria.

—¿Gloria por ese camino? La gloria no se consigue sino por el camino de la lealtad, sirviendo a Dios y al rey. No hay más gloria que la que Dios da en su Paraíso, de la cual es simulacro e imperfecto remedo el culto que da en los altares el linaje humano a los escogidos de Dios. Además, la gloria en la tierra consiste en ser súbito sumiso y obediente, no en vociferar por calles y plazuelas. De esa gloria que tú has soñado no pueden salir héroes, sino charlatanes y bandoleros. La gloria consiste en cumplir el deber.

—Pues yo cumplo mi deber tratando de emancipar a mis hermanos de una odiosa tiranía, diciéndoles y probándoles que son libres, iguales ante Dios y ante la ley.

—El primero de los deberes es obedecer lo que la ley te mande.

—¿Ciegamente?

—Ciegamente.

—Yo obedezco la ley que es tal ley, la que han hecho los que pueden hacerla, elegidos por mí y mis hermanos, elegidos por todos.

—A ti no te toca examinar la ley, sino obedecerla.

—¿Y si me mandan una infamia?

—No te la mandarán.

—¿Y si me la mandan?

—Te digo que no te la mandarán. Y si acaso Dios permitiera que tu rey te mandara alguna cosa contraria a la justicia, hazla, que Dios le castigará a él y te premiará a ti en la otra vida. Serás mártir. ¿Qué mayor gloria? El martirio del deber es grande y sublime.

Lázaro se hundió más.

—Observa—continuó Elías—el espectáculo de esta nación. Unos cuantos desalmados le dan leyes en nombre de un principio absurdo, contrario a la Naturaleza. Sólo al rey ha dado Dios soberanía. ¡Qué desorden! ¡El rey obligado por una turba de soldados rebeldes a jurar aquel Código abominable! Lo juró; pero en el fondo de su alma lo detesta. No podía ser de otra manera. Está prisionero, prisionero de sus vasallos que juegan con él. El rey se ve obligado a representar la más horrible farsa. Jamás la dignidad real ha descendido tanto. Pero él se librará de esta horrible tutela, porque Europa, si es preciso, se coligará para

salvar a España. Ya España ha salvado a Europa.

—No, no puedo creer—contestó Lázaro—semejante iniquidad. Esta invasión sería más odiosa que la de mil ochocientos ocho, y también mejor castigada.

—No lo creas: el rey será restituído a su trono. Además, España no se levantará; y si lo hace, será en favor de la intervención. ¿No ves cómo manifiesta su voluntad? ¿No ves las facciones que aparecen por todas partes? Todas las provincias se arman para proclamar al soberano absoluto, y aún no han aparecido las principales facciones. España se alzará contra ese absurdo sistema, y Fernando volverá a ser nuestro rey amado.

—¿Será posible?—dijo Lázaro con desaliento; y entonces se hundió más.

—Tan posible, que no pasará mucho tiempo sin que lo veas. Ahora se va a conocer el temple de las almas. Todos esos charlatanes que te han llenado la cabeza de desatinos huirán avergonzados yendo a esconder su ignominia en tierra extranjera. Entonces se cubrirán de gloria los hombres de corazón recto; los leales y patriotas lucharán contra una plebe desenfrenada, lucharán por el derecho, por Dios y por el rey; vivirán eternamente en la memoria de todos, y sus nombres serán en lo venidero un emblema de justicia y de honradez. Estos son los héroes, Lázaro; éstos.

Lázaro se acabó de hundir. Las palabras de su tío le impresionaban de tal modo, que no tuvo aliento más que para decidir tímidamente:

—¿Esos nada más?

—Nada más. La gloria es muy divina para que pueda coronar otra cosa que la justicia y el deber. No esperes nada fuera de esto. El torbellino de esa turba ciega te arrastra: ve con él. No te digo más. Camina a la deshonra y a la muerte. Adiós. Algún día te acordarás de mí.

—No—exclamó Lázaro deteniéndole—; yo quiero que usted me aconseje y me guíe... Yo..., aunque tengo bastante fuerza de convicciones...

—¿Fuerza de convicciones?—dijo el fanático, deteniéndose y mirando a su sobrino con desprecio.

—Sí—contestó éste—, y no puedo perderlas, no quiero perderlas.

—Bien: sigue por ese camino. Lejos de mí no esperes otra cosa que deshonra, oscuridad. Yo te abandono a tu suerte. Hágome la cuenta de que no te conozco. Te pondrán tal vez en libertad, irás con ellos, serás vencido, y entonces..., o huirás con ignominia, o te entregarás a la venganza de tus enemigos, que no tendrán perdón para ti, y harán bien.

—Pero ¿usted me abandona?

—Sí; ya te he conocido. Vine sólo por conocerte. Ya sé quién eres. En mi casa te espero; pero no vayas a ella sino convertido.

—¡Ah, imposible! No iré.

—Pues adiós—dijo Elías con decisión.

—Adiós—repitió Lázaro con angustia.

Coletilla salió. El joven no se atrevió a detenerle. No creyó que se marchaba hasta que le vió fuera y sintió que el carcelero cerraba la puerta. Entonces tuvo impulsos de llamarle; gritó, no fué oído; lloró lágrimas de desesperación: golpeó violentamente con sus manos la puerta y el cerrojo, y al fin, cediendo a la fatiga y al trastorno mental, cayó de nuevo en aquel letargo extraviado y doloroso de que le sacara momentos antes la llegada de su tío.

CAPITULO XIX

EL ABATE

Al día siguiente, la casa de las tres ruinas contenía en su estrecha capacidad seis personas: las tres Porreñas, Clara y dos visitas.

Clara y la devota estaban encerradas en la habitación interior, destinada a las prácticas ascéticas. La santa, concluída la oración mental, se había sentado en un taburete, y poniendo un gran libro sobre sus rodillas, leía con la cabeza inclinada a un lado, arqueadas las cejas, bajos los párpados y cruzadas las manos en ademán muy humilde. Clara estaba a su lado, y como no debía llegar, en su flaca naturaleza, a aquel alto grado de perfección, cosía como una pecadora, como una infeliz mujer no acrisolada por las inflamaciones de amor divino. La devota no se permitió otra expansión que referir a su compañera los gozos y visiones que aquella noche había tenido. Después empezó un examen de doctrina, y le hizo varias preguntas morales y teológicas, a que contestó Clara con sencillez, guiándose por lo poco que sabía po-

sitivamente y por lo que su buen sentido le sugería. Pero es el caso que a doña Paulita siempre le parecían mal las respuestas de su discípula. La reprendía, le explicaba con escolásticos giros y frases nada comunes, y, por último, la llamaba ignorante y hereje, causándole gran turbación y susto.

De repente interrumpe sus lecturas y sus reprimendas, y exclama:

—¡Ah! Se me olvidaba una parte de mi rezo. Ya se ve, me he distraído con los errores de usted, hija. Es preciso que usted piense de otro modo y deseche sus ideas... Pero digo que me olvidé de rezar..., por...

—¿Qué ha olvidado usted?—le dijo Clara.

—Me olvidé de rezar dos padrenuestros por el sobrino de nuestro buen amigo don Elías.

—¡Jesús! ¿Qué le ha pasado? ¿Qué es de él?—exclamó vivamente Clara, sin poderse contener.

—No se asuste, hermana, que no ha muerto—contestó fríamente la devota.

—Pues ¿qué le ha pasado?—continuó Clara, que se había puesto pálida y temblorosa.

—Que está preso en la cárcel, y bien merecido.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Alborotar por esas calles y hablar en los clubs una serie de cosas tan pérfidas e infernales, que horroriza el recordarlas. Anoche nos contó don Elías todo lo que ese desalmado joven ha hecho, y pasé un mal rato.

Clara estuvo un momento sin poder articular palabra. La repentina noticia la turbó tanto, que no se atrevió a preguntar más.

—Hermana—prosiguió la devota—, ¡qué muchachos los del día! ¡Qué horrible corrupción! Ese joven debe de ser un monstruo. Pero, ¡ay!, debemos tener compasión con los delincuentes que yerran. No es que crea yo, como Orígenes, que hasta el diablo se ha de salvar. Pero debemos compadecer y amar a los pecadores, aunque éstos sean de los más empedernidos y rebeldes.

—Pero ¿qué ha hecho?—repitió Clara, haciendo un gran esfuerzo para disimular su turbación.

—No lo sé punto por punto; pero son cosas tan horribles... Ha hecho lo que otros tantos desvergonzados que andan por ahí. Esta sociedad está perdida. A ver, hermana, si aprende usted pronto eso que le he dicho sobre la gracia eficaz.

—Pero ¿está preso?—añadió Clara con más miedo.

—Preso, sí, y no le soltarán tan pronto. Pero está usted inmutada... Ya, le tiene compasión, y es natural. La compasión a los semejantes es una de las virtudes que más recomienda Tertuliano. Usted está pálida, hermana. Pero ya: es efecto de la compasión. Voy a rezar.

Y, dejando el libro, tomó el rosario y rezó.

Clara bajó la cabeza y siguió cosiendo. Era tal su congoja, que no daba punto a derechas; picóse los dedos muchas veces, y la costura salió tan mal, que pronto fué preciso desbaratarla y coserla de nuevo.

Dejémosla y acudamos a las visitas. En la sala estaban María de la Paz, Salomé, y, delante de ellas, en pie y respetuosamente, Elías Orejón y el ex abate don Gil Carrascosa.

Nada hemos hablado hasta ahora de la amistad de este singular personaje con las venerables viejas. Carrascosa, en su calidad de abate entremetido, frecuentaba la casa de Porreño, lo mismo que otras de la más elevada jerarquía. Aun hemos oído contar a personas de toda veracidad que el intruso y audaz hombrecillo había tenido una parte principal en las misteriosas relaciones de Salomé con aquel joven militar, a quien enviaron al Perú después del rompimiento de la dama con el imberbe duque de X***.

Carrascosa era hombre de mucha travesura y socaliña, sutil como el aire, capaz de urdir en el seno de las familias las más hábiles marañas; iba y venía sigilosamente, so color de preparar fiestas, de arreglar procesiones, y era, en resumen, un pícaro tercero. Así le llamamos por no darle otro nombre un poco soez, que alguien le aplicó oportunamente y conservó entre muchos con justicia.

La amistad de las tres viejas se interrumpió con la desgracia, y sólo de cuando en cuando las visitaba, recordándoles los tiempos pasados con una elocuencia y un calor que no agradaban a doña Paz. Ultimamente, sus visitas eran más frecuentes y mucho más afectuosas sus demostraciones de amistad. El día en que

los encontramos aquí había ido don Elías; y por algo extraordinario iba, sin duda, porque su vestido era el más escogido y su cara estaba más lavada que de costumbre. Los puntiagudos faldones de la mejor de sus tres casacas se balanceaban al compás de las piernas en la parte posterior del cuerpo, el tupé había recibido doble ración de pomada, y la corbata, aumentada con nuevos pliegues, formaba un blanco follaje, una pechuga escarolada debajo de la barba. Cuando el abate se ponía este traje, había pronunciado ya la *ultima ratio* de su peculiar elegancia.

Coletilla se despedía ya, después de haber saludado a las damas. No venía sino a ratificar un tratado que últimamente ajustó con Paz. Ya sabemos que las señoras tenían el segundo piso de la casa simplemente ocupado con los muebles de familia de que no habían querido deshacerse. Este piso era muy pequeño y aguardillado, comunicándose con el principal por una escalera interior.

Las damas habían propuesto a Elías que se fuese a vivir a aquel sito, comiendo con ellas en calidad de huésped, y al buen viejo le vino este arreglo como de molde, porque le producía un ahorro y, además, le ponía en estrecho contacto con sus antiguas amas, que tenía siempre en tanto aprecio. Economía, comodidad, seguridad: estas tres ventajas vió en la proposición, y aceptó. Aquel día vino a darles la respuesta definitiva: sobre el precio no hubo disputas.

Cuando *Coletilla* se marchó, el abate se preparó a tomar la palabra: hizo mil muecas, sacando a la superficie de su cara todo su repertorio de sonrisas. No seremos indiscretos en decir, anticipándonos a la declaración expresa del mismo don Gil, que iba a invitar a las tres damas para una fiesta religiosa. También nos atrevemos a indicar, con todas las reservas imaginables, que aquello no era más que un pretexto que ocultaba otros fines.

Cuando rompió a hablar, lo primero que hizo fué preguntar por doña Paulita, y también por Clara, empleando algunas discretas reticencias. Después dijo:

—Pues yo venía a decir a ustedes si quieren honrar con su presencia la función que la Hermandad de la Pasión y Muerte celebra mañana en la iglesia de Maravillas. Yo soy el secretario de la Cofradía, y gracias a mí se ha arreglado la fiesta. Yo les aseguro a ustedes que será de lo más lucido que se ha visto en la corte.

—No será nunca como la que hicimos el año noventa y ocho en las Niñas de Loreto, cuando se trasladó la Virgen de los Dolores del oratorio del Olivar—dijo Salomé.

—No fué el noventa y ocho, sino el tres; que me acuerdo como si hubiera sido ayer—dijo Paz.

—Te digo que fué el noventa y ocho —insistió la otra.

—Estoy segura de que fué el año tres —dijo Paz—, cuando el primo vino de la guerra de Francia.

—Que el noventa y ocho, Paz—afirmó Salomé—, el noventa y ocho. Hace ya veinticinco años.

—Jesús, mujer; te aseguro que fué el año tres; me acuerdo bien. Yo tenía entonces... quince años.

—Señoras, no hace al caso la fecha —dijo Carrascosa, cortando aquella peligrosa cuestión.

Y después continuó:

—Gracias al petitorio que yo dirijo, se han reunido dos mil y pico de reales. Tenemos misa con orquesta de capilla, y nos predica el padre Lorenzo de Soto, que es un orador que vale un Perú.

—¡Oh! No me le nombre usted—dijo Salomé apartando la cara y poniéndose delante de ella la mano abierta, a guisa de pantalla—: es un clérigo pervertido, contaminado con las ideas del día. Después que los liberales le hicieron provisor de Astorga, está en poder del demonio. Hube de caerme muerta cuando el día de la fiesta de la Virgen de la Leche y Buen Parto le oí decir en San Luis que era preciso reconciliarnos con los que habían trastornado a nuestra patria. ¿Cómo puede haber llegado a ese extremo de perversión una persona tan docta como el padre Lorenzo de Soto?

—Señora, yo tengo para mí que es un gran predicador—dijo Carrascosa—. El año doce fué, como ustedes saben, diputado en aquellas Cortes; el catorce firmó la exposición de los *persas*. ¡Noble carácter! Después, la amistad del rey le ha elevado a puestos muy altos; y, para probar su mérito, baste decir que él fué quien descubrió la conspiración de Porlier. Después del veinte se ha he-

cho enemigo de la Constitución, lo cual es digno de alabanza, porque, de otro modo, hubiera perdido su prebenda. Pero nada de esto hace al caso, sino que predica mañana, y que esta tarde tenemos Completas, en que cantan los tiples de Avila y el padre Melchor, franciscano de Segovia. Mañana oficiará el reverendo obispo de Mechoacán, y por la tarde habrá procesión, a la que asistirá la Cofradía del Paso, la del Santo Sudario, y también irán los niños del Hospicio.

—¡Ay don Gil!—exclamó, con acento de profundísimo desconsuelo, María de la Paz—. ¿Cómo se atreven a sacar los santos a la calle con estas cosas? Más querrán ellos estarse en sus casas que no salir a ver todas las iniquidades que cometen los hombres.

—Puedo asegurar a usted—dijo el abate con sonrisa diabólicamente irónica—que no se han quejado ni se quejarán por el paseo. Lo mejor de la procesión es la comitiva que tenemos organizada. Irán catorce vírgenes vestidas de blanco, con coronas de rosas, velos, escapularios y cirios en las manos.

—Esas comitivas—dijo, con muy mal humor, María de la Paz—no me hacen gracia. ¡Es una cosa tan mundana! Allí van los hombres sólo por ver a las muchachas; y las muchachas que hacen de vírgenes, van sólo a que las vean, y en lo menos que piensan es en los santos y en Dios. Esas son cosas de Francia, señor don Gil. Antes no se usaban aquí semejantes inmoralidades, y día vendrá en que se acaben costumbres tan escandalosas.

El timbre nasal de la voz de doña Paulita, que se hallaba en la habitación inmediata, resonó en la sala, trayendo la opinión de la santa, que, no por estar rezando, dejaba de prestar atención a cuanto en la sala se decía.

—¡Ah!—exclamó, alzando la voz para poder ser oída por don Gil—. No me nombren esas procesiones de vírgenes mundanas. ¡Qué vírgenes serán ésas, que salen con coronas de rosas y cirios en las manos! Una vez vi eso, y me entró tal grima, que tuve que confesarme en seguida de la cólera que me había dado. No me nombren eso. ¡Qué escándalo, Dios mío! ¿Adónde iremos a parar así?

—Pues, señoras—manifestó don Gil, respirando fuerte, como si con el aliento adquiriera la fuerza que contra tantos y tales enemigos necesitaba—; yo, señoras, respetando la opinión de ustedes, encuentro que esas procesiones son muy patéticas, muy expresivas, muy religiosas. De todos modos, ya la procesión está arreglada y hay que llevarla a cabo. Hemos estado buscando jóvenes, y ya hemos encontrado algunas; pero aún nos faltan cinco. La fiesta es mañana; y si no encontramos hoy esas que faltan, se va a deslucir la función. ¡Qué contratiempo! No saben ustedes cuánto he trabajado para buscarlas. Son muy guapas las que tengo ya.

—Señor don Gil, por Dios—chilló Salomé en el tono de una honesta dama que reprende el atrevimiento de su galán.

—Señoras, ¿qué tiene eso de particular? Si Dios las ha hecho guapas, ¿qué vamos nosotros a hacer? Pero, ¡ay!, me faltan cinco. Por eso he venido aquí.

Y se detuvo como cortado.

—¡Ha venido usted aquí!—exclamó Paz, abriendo mucho los ojos.

—¡Ha venido usted aquí!—murmuró Salomé, con súbito cambio de color.

Las dos ruinas se miraron. Aquella mirada fugaz fué terrible. Un observador, oculto e inteligente hubiera advertido, tal vez, que en aquel mutuo rayo por una y otra lanzado se examinaron, se despreciaron, cambiando como una expresión de rencor que cada una lanzó para la otra. Pero Carrascosa, aunque era buen observador, no pudo advertir, al breve resplandor de aquella mirada, fugaz como un relámpago, los dos abismos que, abierto uno frente al otro, se contemplaron un instante, mostrándose todo su horror. No se crea por esto que tía y sobrina no se querían bien, no; se amaban, si cabe expresarlo así; se amaban como pueden amarse dos personas que se fastidian juntas. Sigamos.

Un profundo y lejano suspiro anunció la admiración de doña Paulita.

—Sí, he venido aquí a ver si ustedes consienten...—continuó el abate.

El retablo que en la persona de Paz hacía veces de rostro se puso de color de remolacha, y los ojos de Salomé miraron al cielo, no sabemos si por un movimiento natural o por una calculada combinación de ademanes.

—Eso no tiene nada de particular, se-

ñoras, nada de particular; al contrario...

—¡Señor don Gil!—dijo Salomé, con una cosa parecida al rubor.

—¡Señor don Gil!—exclamó Paz, con toda la majestad de su carácter reunida en un solo gesto.

El que había sido abate y covachuelista comprendió que le habían entendido mal.

—Voy a rectificar—exclamó.

—A rectificar, como dicen en las Cortes—indicó Salomé, en un arrebato de amabilidad repentina e inexplicable que no pudo contener; amabilidad rarísima en ella y que era, sin duda, signo de una gran agitación.

El buen humor de la segunda ruina era siniestro.

—Quiero decir—continuó el abate, después de toser dos o tres veces—que venía a ver si consentían ustedes en que esa joven..., esa joven que ustedes protegen...

A Salomé le entró una tos convulsiva, no sabemos si originada por una causa física o por la necesidad de disimular y no ofrecer a la contemplación de don Gil las arrugas triangulares y el color cárdeno que aparecieron en su cara al oír aquella proposición. María de la Paz se restregó un ojo como si le escociera. Oyóse la voz de doña Paulita que rezaba un latinajo incomprensible.

—Esa joven—continuó Carrascosa—, que se llama..., ya no me acuerdo de su nombre. Pues..., esa que es tan guapita y tan modesta. De seguro no habrá en la procesión ninguna que la iguale.

—¡Señor don Gil!—exclamó María de la Paz Jesús con expresión de cólera repentina—. ¿Cómo se ha figurado usted que yo podía consentir en semejante cosa? Ya le he dicho a usted que esas comitivas me parecen muy indecentes, y si esa niña quisiera prestarse a ser escándalo de la corte no entraría más en esta casa. Por parte suya no dudo que consintiera, porque es tan aficionada a coquetear por ahí, que si la dejaran habría de estar todo el día en la calle detrás de los hombres. Pero no..., no me hable usted de eso.

—Yo sospechaba desde el principio adónde iba usted a parar, señor Carrascosa; pero quise aguardar a que se explicase—dijo Salomé con mucho desdén.

—Señoras, veo que son ustedes inflexibles. Conozco mucho la noble entereza del carácter de ustedes y el tesón de sus principios para insistir más sobre este punto.

En aquel momento, doña Paulita, que, sin salir de la habitación interior, no perdía sílaba de lo que allí se decía, tomó parte en la conversación, variando de sitio para que la oyesen mejor.

—¡Oh Dios mío!—dijo—. No consentiré yo tal cosa. ¡Hasta las personas más perfectas caen alguna vez! ¡Hasta de los hombres más de bien y de mejor conducta se vale el demonio para sus perversos fines! ¡Quién diría que usted, señor don Gil Carrascosa, había de ser instrumento de perdición para esta pobre muchacha!

—¡Yo, señora mía!

—No; ya sé que es sin querer, que a veces Dios permite que una persona buena sea, sin saberlo, causa de la perdición de otra. No le echo a usted la culpa. Pero esta pobre niña tiene quien vele por ella. No caerá otra vez; que, gracias a un buen ángel, ha salido ya del abismo la pobrecita, y se ha salvado. Ya está hecho lo principal; de modo que ahora, con una vida ejemplar, consagrada enteramente a la oración, su alma se purificará por completo. No temas, niña—añadió, volviéndose del lado en que estaba Clara—; no temas, que no volverás a caer, y si saliste del pantano del mundo ha sido para continuar, pura y sin mancha, lejos de él. Y no desconfiéis de ella—prosiguió, mirando a la sala y dirigiéndose a las dos esfinges—, no desconfiéis de ella, porque es muy buena.

Salomé movió la cabeza en señal de duda.

—Es muy buena, muy buena compañera mía—continuó la devota—. Aunque el mundo trató de corromperla, ella tiene muy buen fondo, y el alma está santa: lo he conocido. Perderá la corteza de las viles pasiones que el mundo le ha enseñado. Estoy tan interesada en su salvación, que quiero unirme a ella para toda la vida y salvarla conmigo. ¡Os aseguro que así será! Amadla vosotras, que Dios manda amar a los pecadores, sobre todo cuando están arrepentidos. ¿No es verdad que estás arrepentida, hermana?

No se oyó ninguna respuesta. Clara

contestó, sin duda, que sí con un movimiento de cabeza. El sermón de la devota dejó un eco en la sala.

—Señoras, para concluir, me permitiré una observación—dijo don Gil—. Yo no veo un escándalo en que la señora doña Clarita salga en la procesión de las vírgenes. Al contrario, bueno es que ostente la hermosura, que es obra de Dios; y la mujer que se esconde y no sale, impide que se admire una obra de Dios, cual es la hermosura. Esa joven es un ejemplar prodigioso de las hechuras de Dios, y haciendo que todos la vean es como se publican las alabanzas del autor de tantas maravillas.

—Señor don Gil—objetó María de la Paz, haciendo esfuerzos para aperecer tan libertino. Vamos, nosotras teníamos serena—, no creía yo que fuese usted de usted otra idea; creíamos que...

—Yo soy, señora, un hombre como los demás. Admiro las obras bellas de la Naturaleza, y una mujer hermosa es...

—Por Dios, señor de Carrascosa: en verdad tiene usted unas cosas...—dijo Salomé, pasando la mano por el fragmento de cabellera que entre su apergaminada frente y su tocado aparecía.

—¡Jesús!, repórtese, por Dios—dijo, desde dentro, la devota—. Me horrorizan sus palabras.

Algo más duró el importante diálogo; pero don Gil, viendo que no sacaría partido de las tres pécoras, varió de asunto, aunque con poca fortuna, porque sus amigas le mostraron mucho despego durante toda la visita. Al fin, determinó marcharse; se levantó, hizo mil cortesías, les reiteró su respeto y admiración, prometió volver pronto y se fué.

Al llegar a la calle miró a todos lados, como buscando a alguno, y al poco rato salió del portal de una casa inmediata el joven militar que hemos conocido desde el principio de esta historia.

—¿Qué hay?—preguntó a Carrascosa con mucho interés.

—Nada, no quieren. Esas viejas son unos demonios—contestó, riendo de muy buena gana, el abate—. Me parece que por ese camino no conseguiremos nada.

—¡Diantre de viejas!

—No la sacamos de esa casa si no ahorcamos a las tres arpías de los tres balcones, y al *Coletilla*, del tejado.

—Estoy decidido ya a lo que te dije ayer. Si no la puedo sacar, me cuelo yo dentro.

—¡Hombre, qué empeño!... Eso ya pica en historia. Vámonos de aquí, que si *Coletilla* nos ve, de seguro cae de su burro; vámonos y hablemos del asunto.

—Eres lo más inútil... Verás si yo la saco.

—Quisiera verlo—contestó Gil; y los dos se alejaron en dirección a Santa Bárbara.

—Ya tú has olvidado tus antiguas mañas, diablo de abate; ya no sirves para el caso. A ver cómo puedo yo entrar ahí; discurre un medio, un ardid cualquiera. ¿Para qué te sirve esa travesura? A ver.

—Hay un medio magnífico—contestó Carrascosa.

—Pues explícate pronto.

—Voy a explicarlo.

CAPITULO XX

BOZMEDIANO

Antes de dar a conocer en toda su extensión el coloquio de estos personajes, conviene dar noticias de uno de ellos, ya harto conocido por el lector. El militar que en el segundo capítulo de esta historia vimos prestando auxilio a *Coletilla* y después introduciéndose furtivamente en su casa, se llamaba don Claudio Bozmediano y Coello. Ya era tiempo de decir su nombre. Tenía treinta y dos años, y servía en el ejército con el grado de comandante. Su padre fué uno de los venerables legisladores de Cádiz. Hombre de talento, de notoria probidad, de elevada cuna y de agradable presencia, había sido siempre muy amado de sus compatriotas. A la vuelta del rey fué perseguido, como todos, y tuvo que emigrar. Pero, restablecido el sistema constitucional, el viejo Bozmediano volvió a España y ocupó uno de los más elevados puestos en la política.

(Con el nombre de Bozmediano conoceremos en esta historia al hijo de aquel varón ilustre, cuyo verdadero nombre no podemos usar en nuestro relato por ser un personaje contemporáneo de memoria muy reciente.)

Bozmediano, padre, era liberal de corazón. Trataba al rey, y es seguro que hizo todo cuanto cabe en fuerza huma-

na para dirigir por camino recto la torcida voluntad de aquel soberano falaz y perverso. Era rico, y jamás le movió el interés en asuntos políticos. El amor a su hijo y el patriotismo eran dos sentimientos profundos que, enlazados y confunididos, ocupaban todo su corazón.

Bozmediano, hijo, que es el que más conocemos, era un joven de excelentes prendas; pero tenía un defecto que la edad disculpaba. Era tan aficionado a las muchachas, que en galanterías entretenía la mayor parte de la vida, robando, tal vez, a la patria grandes servicios. No era un libertino: las quería con toda la buena fe que el naciente siglo XIX permitía; y aunque él aseguraba no haber encontrado la suya, entreteníase con las demás esperando. Pero al fin, o la había encontrado, o había encontrado una que de fijo le entretendría más que las otras.

Después que conoció a Clara había perdido el reposo. No sólo la joven aquella, por sus cualidades y encantos personales, le interesaba mucho, sino que en su vida había encontrado un misterio, para él interesantísimo, por ofrecerle lo que siempre buscaba con más afán: una aventura.

La aventura se presentaba singularmente dramática, excitando, al mismo tiempo, el amor y la curiosidad de Claudio. La soledad de aquella huérfana que vivía en compañía de un viejo excéntrico, la tristeza y necesidad de desahogo que en ella había notado, eran causas bastantes para estimular un espíritu menos impresionable y caballeresco. Su intento, su gran aspiración, era descifrar el misterio de aquella casa, y después salvar la encantadora y desdichada muchacha de la odiosa tutela de su guardián.

—Hay varios medios de entrar en la casa—decía Carrascosa, tomando el brazo del militar—; pero hay uno que es excelente. Esas viejas tienen un arrendatario que ahora debe venir a pagarles sus rentas, lo poco que tienen. Lo sé por Elías. Estamos al aviso, le compramos, le hacemos escribir una carta diciendo que está enfermo y que envía a su hijo con el dinero; usted se disfrazará de labriego, entra en la casa, y, una vez allí, ¡cataplum!, le ha dado un desmayo, un accidente terrible. No tienen más remedio que dejarlo en la casa..., le meterán en un desván, y durante la noche, cuando ellas duerman, se apoderará de la chica, y... a la calle.

—Calla, imbécil. Eso no puede ser. No sé en qué comedia he visto eso, que es muy bonito en el teatro; pero en la vida... Yo quiero entrar con mi traje habitual, con mi nombre...; pero es preciso un pretexto, porque supongo que esas viejas serán la misma desconfianza.

—Armarán un escándalo y será tal el vocerío, que se oirá en Getafe. Es preciso ir con tiento.

—Pero, hombre—dijo Bozmediano, que no tenía noticia de que semejantes tipos existieran en el mundo—, ¿qué gente es ésa?... ¿Cuál es su carácter, su vida, sus hábitos, qué hacen y por qué está ahí esa pobre muchacha?

—Dichoso usted, que no conoce a esas diablas de Porreño. Son los pájaros más raros que hay en el mundo. Cuando tengo mal humor voy a reírme con ellas, oyéndolas disparatar. Fueron ricas, pero han venido a menos; creo que el día menos pensado se comerán unas a otras.

—Y ¿en qué se ocupan?

—En nada; mejor dicho, en rezar. Una de ellas es santa, y le aseguro a usted que cuando se pone a hablar de sus santidades, es cosa de morirse de risa. Y ¡qué impertinentes son! Cuando les propuse lo de la procesión, con objeto de sacar de allí a Clarita, se pusieron hechas unos grifos. Ya me figuré yo que no consentirían; y en verdad, amigo, que el proyecto que acaba de fracasar era atrevidillo.

—Y ¿cómo ha venido aquí esa Clarita?

—Yo no sé: cosa de Elías.

—Hombre, háblame usted de ese Elías. El día en que le conocí por primera vez me parecía lo más raro del mundo. Yo había oído hablar de *Coletilla*.

—Elías es un loco rematado, es realista; pero con un fanatismo que le llevará hasta el martirio.

—¿Y quiere a esa joven?

—No sé: yo lo dudo. *Coletilla* no ama más que al rey, mejor dicho, al príncipe real.

—Pues bien: a ver cómo me introduces en esa madriguera.

—Es preciso entrar de *ocultis*—dijo, con la más maliciosa sonrisa, el abate.

—Y ¿qué sacamos con eso?—contestó, en el colmo de la confusión, Bozmediano—. Entro, por ejemplo, de noche. Si

alguna me ve, me creerá ladrón, chillará, y entonces..., ¡bonita aventura! Además, Clara no está prevenida, no tiene relaciones conmigo. ¿Qué voy yo a hacer allí? Yo quiero introducirme sin que se sospeche nada, entablar amistad con ella.

—Tengo una idea—exclamó Gil, golpeándose la frente.

—¿A ver?

—Usted va a entrar en un momento en que Clarita esté sola.

—¿Sola? Pues esos demonios, si salen alguna vez, ¿la dejarán allí?

—Sí.

—Y ¿cuándo salen?

—Yo me encargo de averiguarlo y de arreglar eso.

—Explícate mejor.

—Lo primero que usted debe hacer, señor don Claudio, es escribir una carta a la niña. Yo también me encargo de eso.

—Bien: ellas salen; probablemente la dejarán encerrada. ¿Cómo entro yo? ¿Voy a estar descerrajando puertas?

—No, señor; usted entrará cómodamente y sin ruido.

—A ver cómo es eso, diablo de abate.

—¿Recuerda usted aquel vestido de abate que yo tenía allá por los años diez y doce?

—¿Qué he de recordar yo?—dijo Claudio, picado y curioso.

—Calma, amiguito—contestó don Gil poniéndole la mano en el pecho—. ¿Recuerda usted mi gorro y mis calcetas, un primor de costura y de corte?

—Y ¿qué tiene eso que ver con la...?

—Vamos allá. Pues ese traje, ese gorro, esas calcetas, me las hicieron doña Nicolasa y doña Bibiana Remolinos, personas eminentes en el arte de coser, a quienes tendré el gusto hoy mismo de presentar a usted.

—Pero ¿qué jerga es ésa? ¿Qué demonios tiene eso que ver con lo que te pregunto?

—Usted no cae en la cuenta—contestó el socarrón del abate—porque no sabe que esas dos señoras viven en la misma guardilla en que hace diez años vivió la hija del herrero. Josefina Pandero, de quien anduvo tan enamorado el conde de Valdés de la Plata; es decir, en el número seis de la calle de Belén. Yo anduve en el asunto.

—Ya recuerdo haberte oído contar algo de eso. Pero ¿qué tengo yo que ver con Josefita Pandero ni con esas señoras Remolinos...?

—Usted no comprende lo que quiero decir porque no recuerda que el conde de Valdés de la Plata, no pudiendo sonsacarle la niña al herrero, que la guardaba como si no fuera mujer, alquiló la casa inmediata, y no paró hasta abrir una comunicación que le permitió profanar el hogar de aquel testarudo Vulcano.

—Ya...

—Pues... mis amigas las costureras viven en el número seis, donde vivió la hija del herrero, y mis amigas las Porreños viven en el cuatro, donde vivió el conde de Valdés de la Plata; y, en resumen, si una puerta, hábilmente hecha, permitió a un caballero pasar del cuatro al seis, también abrirá paso del seis al cuatro untándoles las uñas a esas costurerillas, que, dicho sea de paso y en honor de la verdad, tienen para el pespunte unas manos que son una gloria.

—Ya comprendo. Y esa puerta, ¿existe?

—¡Pues no ha de existir! Yo la he visto, yo respondo de todo: me encargo de averiguar cuándo salen las arpías, de llevar la cartita y de facilitar el paso...

—No es mala idea—dijo el militar—, y, sobre todo, mala o buena, yo la he de llevar a cabo. Y ¿qué haremos para que esa lechuza de *Coletilla* no nos estorbe?

—*Coletilla* no nos estorbará. De lo menos que él se ocupa es de la muchacha, cuyo porvenir no le importa un comino. El no se ocupa más que de...

—De conspirar, ¿eh?

—Pues ya. Amigo don Claudio, Elías es hombre fuerte y tiene amistades muy altas. Puede mucho, y así, con su humildad y su melancolía, es persona que maneja los títeres. Le digo a usted que se va a armar una...

—¿Conque conspiran? Si conspiran los realistas, es seguro que tú estarás con ellos, ¿no?

—Hombre, yo...—contestó Gil, maliciosamente—, yo soy hombre de orden, y nada más. Si ando con Elías y me trato con los suyos es sólo por enterarme de sus manejos, pues...

—Siempre el mismo truhán redoma-

do: nadie como tú ha sabido navegar a todos los vientos.

—Ya sabe usted, señor don Claudio —contestó Carrascosa—, que me acusaron de realista y me quitaron mi destino. Yo, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a morirme de hambre? Las ideas no dan de comer, amigo. Usted, que es rico, puede ser liberal. Yo soy muy pobre para permitirme ese lujo.

—¡Solemne tunante!

—Lo que hago es estar al cabo de todo. ¿Quiere usted que acabe de ser franco? Usted es buen amigo y buen caballero. Voy a ser franco. Pues sepa usted que esto se lo va a llevar la trampa Esto se viene al suelo, y no tardará mucho. Se lo digo yo y bien puede creerme. Dice usted que soy un solemne tunante. Bien: pues yo le digo a usted que es un tonto rematado. Usted es de los que creen que esto va a seguir, y que va a haber Libertad y Constitución, y todas esas majaderías. ¡Qué chasco se van a llevar! Le repito que esto se lo lleva Barrabás, y, si no, acuérdese de mí.

—Ya empiezan las facciones, ¿eh? Pues es cierto que le darán que hacer, porque los liberales no se maman el dedo, amigo Carrascosa.

—¡Ah!—contestó el otro, riendo como un diablillo—. ¿Que no se maman el dedo? Ya verá usted lo que va a salir de aquí. Usted, Bozmediano, arrímese a buen árbol... Mire que se lo aconseja quien sabe lo que son estas cosas... Pero volvamos al otro asunto. En lo concerniente a Clarita, voy a darle a usted un dato muy importante.

—A ver.

—Este Elías tenía un sobrino en Ateca. Clara estuvo allí hace unos meses. El sobrino es joven, decidorcillo, medio galanteador... ¿Necesito decir más?

—Vamos, ya pareció aquello—dijo Bozmediano con mucho interés—. Apuesto a que es su novio.

—Pues ganará usted. Yo estuve en Ateca en aquellos días, y supe que los dos chicos se querían. Me parece que se quieren todavía.

—¡Hola, hola! ¿Esas tenemos?—dijo Bozmediano, amostazado—. ¿Y cómo hasta ahora no me habías dado esa noticia?

—Porque hasta hoy no había sabido que ese chico llegó y está en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí; pero se las compuso de tal modo, que llegar aquí y ser metido en la cárcel, fué todo uno.

—Pues ¿qué hizo?

—Es muy aficionado a la política. Allá en Zaragoza hablaba mucho en los clubs. El chico estaba envanecido; llegó a Madrid; sus amigotes le llevaron a La Fontana; habló; a la mañana siguiente se mezcló en el tumulto de la procesión del retrato de Riego; chilló en la calle, alborotó, vino la Policía, le echó mano y le llevó a la cárcel, donde está.

—Y su tío, ¿no procura sacarlo?

—Usted no conoce a esa fiera. Su tío, al saber que el muchacho era exaltado y que la echaba de orador, se puso hecho un veneno, fué a la cárcel, le riñó de lo lindo y ha roto con él, diciéndole que, mientras tenga aquellas ideas, no parezca por su casa.

—Ese hombre es lo más excéntrico...

—Sí, señor. Pero la pobre muchacha está, seguramente, pasando las mayores amarguras, y tendrá el corazón tamañito al ver lo que le pasa a su pobre amigo.

Bozmediano permaneció meditabundo algunos instantes. Después dijo con mucha calma:

—Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué va usted a hacer?

—Todo lo posible para que pongan en libertad a ese joven. Estoy seguro de que lo conseguiré.

—¡Hombre, pues es usted lo más raro!... No se comprende—dijo, sonriendo y con asombro, don Gil—. ¿Conque está usted haciendo el amor a la chica y le va a poner en libertad al novio? Si digo yo que usted es tonto, don Claudio.

—No tengo duda alguna: le pongo en libertad. Veremos cómo ella lo toma. Haremos que sepa que yo le he puesto en libertad, yo.

—Buena la va usted a hacer. Estos entes caballerescos son incomprensibles. Ese muchacho será un estorbo más para nuestro plan, para el escalamiento y...

—No importa: allá veremos. Sobre lo demás, lo dicho, dicho... La carta, alejamiento de las arpías; la puerta del desván...

—Todo presto, todo arreglado. No hay más que hablar. Dios se la depare buena.

Después de estas palabras se separaron. El ex abate, al partir, se reía con muy buenas ganas del joven militar, a

quien quería servir llevado de miras ulteriores, esperando un ventajoso arrimo en aquella situación política. El otro se dirigió a su casa, pensando, a la vez, en la repugnante astucia de don Gil y en los peligros de su aventura.

El ardid amoroso que pensaba emplear Bozmediano era cosa muy común a principios del presente siglo, en que se conservaba aún la rigidez de los principios domésticos que habían hecho en tiempos anteriores una fortaleza de cada hogar.

En el siglo XVII, cuando nuestra nacionalidad vigorosa, original y profundamente característica, no había recibido influjo extranjero, los españoles se componían de otro modo: iban a su objeto por medios más violentos, más decididos, más románticos, que indicaban antes la pasión que la intriga; mas bien la resuelta actitud del valor que el ingenioso intento de la astucia. Aquél fué el siglo de los raptos del convento, de las escaladas por el jardín, de las fugas, de los atropellos, de los sublimes atrevimientos. Entonces hubo un galán, según dicen—el conde de Villamediana—, que quemó su casa por el placer de sacar en brazos a una dama.

La irrupción de costumbres francesas, verificada con la venida de la dinastía nueva, a principios del siglo XVIII, modificó ésta como otras cosas. La sociedad que se imponía a la nuestra era menos grande, menos valerosa, menos apasionada; pero más culta, más refinada, más hipócrita. Con ella vinieron los abates, y vino la literatura clásica, fría, ceremoniosa, falsa, hipócrita también.

La poesía pastoril, último grado de la hipocresía literaria, tuvo un renacimiento funesto en el siglo pasado. Al compás de los madrigales, los abates hacían el amor callandito en los salones. Los amantes, que componían versos de casto e insípido pastorileo, no podían entrar en las casas como aquellos a quienes encubría su dignidad, y entraban disfrazados o empleando los más extravagantes y rebuscados medios.

Con la sociedad nueva vino la moda nueva. Esta trajo las pelucas blancas, los peinados complicados e hiperbólicos, y con el artificio de estos peinados se creó el peluquero de las damas, hombre gracioso que entraba en todos los tocadores y era tercero en toda intringuilla de amor.

Ningún siglo ha visto como el décimoctavo, la astucia sirviendo al amor. Veíase a los amantes arrostrando la ridiculez de situaciones muy raras para poder hablar con sus damas. La casa era invadida; pero no como la invadían nuestros caballeros del siglo anterior, espada en mano, batiéndose con una turba de criados y dos docenas de alguaciles, sino astuta y solapadamente, engañando a las familias, abusando de la confianza o encubriéndose con un disfraz ingenioso y a veces grosero.

En 1821 estos procedimientos estaban aún en boga, y Bozmediano era maestro consumado en el asunto. Conocía el resorte de los barberos, de las terceras, de los abates, siendo muy diestro en el uso de disfraces, engaños y supercherías amables, como entonces se llamaban a estas cosas. Si no pudo emplearlos en la aventura que le vemos emprender, a causa de las singulares costumbres de las tres señoras, no fué culpa suya; y sólo a los obstáculos y dificultades que presentaba el terreno se debió, como él decía, que empleara medios un poco más violentos.

CAPITULO XXI

¡LIBRE!

Ante todo, Bozmediano, guiado por un sentimiento fácil de comprender, resolvió firmemente hacer cuanto en su mano estuviera para poner en libertad al pobre Lázaro. Servir al que podía considerar como su rival, le parecía un acto que podía asegurarle la benevolencia de Clara; y esta benevolencia, bien y astutamente dirigida, podía convertirse en amor. No procedía éste como los amantes vulgares, en quienes la pasión no es más que un egoísmo un poco espiritualizado. En Bozmediano los movimientos de delicadeza y generosidad eran espontáneos y vehementes.

No le fué difícil conseguir lo que apetecía. El secretario del jefe político, informado por la Policía, le dijo que el preso era un agitador, pagado por los amigos de la reacción; pero Claudio le disculpó cuanto pudo, diciendo que era un joven sin experiencia ni juicio; y al fin, después de muchos empeños y reco-

mendaciones, se dió la orden para ponerle en libertad.

Bozmediano se dirigió a la Cárcel de Villa. Lázaro, después de la visita de su tío, había caído en lúgubre abatimiento. Aquella fiebre angustiosa que llenaba la imaginación de alucinaciones terribles, haciéndole sufrir tan graves tormentos, había degenerado en lento marasmo, en un letargo moral que le embrutecía. Su inteligencia, tan viva y brillante en otras ocasiones, estaba adormecida; y recostado en un rincón, con la vista fija en el ángulo opuesto, sus ojos buscaban la oscuridad como único descanso. El descuido, el abandono, la atonía y un sopor estúpido se pintaban en su actitud.

Cuando le notificaron que estaba libre tardó mucho en adquirir la completa noción de aquel cambio. Rehaciéndose un poco, creyó que a su tío debía semejante favor, con lo cual la persona de Elías ganó, momentáneamente, su afecto. Pero al salir encontró a Bozmediano, que le saludó con mucha cortesía, repitiéndole que estaba libre y podía retirarse a su casa.

Sintióse conmovido ante la generosidad desinteresada de aquella persona; pero pronto empezaron las dudas y la confusión. ¿Quién era aquel joven? ¿Le había favorecido por generosidad o por miras ocultas? No le conocía. ¿Por dónde sabía su nombre y que estaba preso?

Lázaro no pensó mucho en esto. Hablaron al salir, y le pareció que Bozmediano era bueno y honrado, dispuesto a la amistad y a las buenas acciones.

Cuando marchaban juntos por la calle de Atocha, el aragonés escuchaba las palabras de su desconocido favorecedor con la tranquila atención de la inferioridad; admiraba sus maneras, su entendimiento, su fisonomía, su modo de expresarse, y en aquel momento le pareció el más cumplido caballero que había visto. Comprendió también que era un joven distinguido, rico e influyente, y su admiración tuvo mucho de respeto.

—Pero ¿a qué circunstancias debo este gran favor que usted me ha hecho? —decía Lázaro—. Quiero saber cómo podré pagar...

Claudio, que quería eludir el verdadero motivo de aquel acto, divagó, dando a Lázaro una porción de señas que aumentaron su confusión: le habló de don Elías, de su pueblo, del club de Zaragoza, de La Fontana.

—En fin—dijo, decidido a salir del atolladero—, no quiero llevarme el mérito de una acción que no debe usted agradecerme. Cada cosa en su lugar. Yo le he puesto a usted en libertad; pero no he sido más que un intermediario.

Lázaro comenzó a ver oscura la situación. Paráronse y se miraron. La sonrisa que en aquel momento se dibujó en los labios de Claudio le pareció al otro cosa de muy mal agüero, y empezó a bajar a su favorecedor del alto pedestal en que le había puesto.

—Sí—continuó el militar—; no es a mí a quien debe usted este favor; es a una persona que debe de querer a usted mucho, según las apariencias.

Lázaro iba a pronunciar el nombre de Clara, pero se contuvo, porque multitud de pensamientos que se le agolparon a la imaginación le hicieron detener un buen rato fija la vista en el militar. Aquel tropel de pensamientos fué una serie de rapidísimas nociones que se borraban unas a otras, sucediéndose con precipitado vértigo. Ella le conocía, le había visto; Bozmediano era una agradable persona: éste le había puesto en libertad; ella se lo rogó tal vez; ella le tenía lástima; él quiso complacerla. ¿A qué precio? ¿Con qué fin? ¿Desde cuándo?...

Por fin el aragonés se atrevió a preguntar quién era la persona a quien debía su libertad.

—Vamos—dijo Bozmediano con cierta vocecilla impertinente—. Bien sabe usted lo que quiero decir. No es necesario pronunciar su nombre. Es natural que se haga usted el desentendido. Como halaga tanto su amor propio el ser querido por persona de tanto mérito... No sea usted ingrato, joven, que ella no lo merece.

—No sé lo que quiere usted decir—manifestó Lázaro en el tono de un examinado desaplicado que se hace repetir la pregunta por retardar la contestación que no sabe.

Bozmediano habló más; pero vino a decir lo mismo. A Lázaro le parecía un agravio inferido a Clara el publicar su afecto, el depositar tan honesta y delicada confidencia en el conocimiento de un intruso, sí; porque Bozmediano era un intruso que se había metido a darle libertad sin que nadie se lo pidiese.

—Bien sabe usted a quién aludo—dijo Claudio, dándole una palmada en el hombro con llaneza y confianza—; pero como usted está tan orgulloso con ser novio de esa joven, se da usted ese tono.

—¡Oh!, no—repitió el sobrino de *Coletilla*, avergonzado—. La verdad es que no sé quién es esa persona que usted dice.

Bozmediano estrechó la mano del joven aragonés y le hizo muchos ofrecimientos y protestas de amistad. El otro estaba tan aturdido, que le contestó mal y con poca cortesía.

—Sé donde usted vive—dijo Claudio, retirándose—: Nos veremos. Y si no, en La Fontana, adonde voy con frecuencia.

Y se separó. Cuando estuvo a alguna distancia, Lázaro sintió impulsos de correr hacia él para darle las gracias con mayor respeto, pero en él luchaban el orgullo y los celos. Le dejó marchar sin decir nada.

Bozmediano iba diciendo entre sí con mucha satisfacción: «Muy vulgar, muy vulgar...»

CAPITULO XXII

EL VÍA CRUCIS DE LÁZARO

Lázaro continuó andando sin dirección fija. Su brusca y misteriosa salida de la cárcel, el conocimiento de Bozmediano y el aturdimiento producido por sus palabras, le impidieron por algún tiempo darse clara cuenta de su difícil y rarísima situación. Pero cuando se vió solo y anduvo un buen rato empezó a comprender que no tenía adónde ir, ni a quién dirigirse ni con quién vivir. Las palabras dichas por el viejo no le dejaban duda respecto a su carácter. Era un realista fanático, un ciego amante de la tiranía. Con los ojos encendidos de cólera y el habla venenosa y fuerte, le había dicho que no fuera a su casa mientras no cambiara de ideas. ¿Qué hacer? Era imposible vivir con aquel hombre misántropo y cruel, melancólico y feroz como un fanático musulmán. ¡Cuán contrarias las ideas de uno y otro! ¿Qué podía hacer? ¿Fingir y ser hipócrita? ¿Aparentar un amor a la tiranía que le parecía criminal? «No, eso no puede ser», pensaba Lázaro. Además, en la agitación actual de los partidos, fingir semejantes ideas era peor que profesarlas. El viejo no podía admitirle en su casa. Entonces, ¿qué determinación debía tomar? ¿Adónde iba? ¿Volvería a Ateca? ¿Y Clara?

Al acordarse de su infortunada compañera, los pensamientos del joven tomaron otro sesgo. La idea de los pesares de aquella infeliz, condenada a vivir con un ser tan antipático, principió a atormentarle. Era preciso ir allá y ver lo que pasaba en la casa. Pero ¿cómo, si era imposible visitar a su tío?

¿Iba o no iba? La necesidad le apremiaba. Estaba solo, agobiado de extenuación, hambriento y desnudo. Doce cuartos era toda su fortuna; porque en el camino había perdido un doblón y los gastos de viaje consumieron el otro. Entre tanto, se acercaba la noche y no tenía dónde dormir. Si acudía a casa de sus amigos, temía no encontrarlos tan benévolos como la noche anterior. Además, eran pobres, tan pobres como él, y no podían darle agasajo.

Era preciso ir. También se le ocurrió tomar el camino de su pueblo y volverse allá. Conocía un arriero en el parador que le llevaría de fiado. Pero ¿y Clara?

Estos eran sus pensamientos cuando acertó a pasar por La Fontana. Sintió gran algazara, paróse maquinalmente y tuvo intenciones de entrar. «No—dijo, dominándose—, no entraré.» Y al mismo tiempo dió un paso hacia la puerta.

Sin embargo, atracción fatal le arrastraba hacia aquel recinto, abismo de sus primeras y más bellas ilusiones.

Los sonidos que allí dentro se oían retumbaban en su cerebro como ecos infernales de singular fascinación.

Retrocedió, volvió a avanzar, se consultó, discutió mentalmente, y al fin, uniéndose la curiosidad a su instintivo deseo de entrar, no dudó más y entró.

Estaban en una discusión muy acalorada. Por todas partes se alzaban voces, lo mismo en la región turbulenta del público que en la del club. El que estaba en la tribuna logró dominar el ruido y pudo hacerse oír; pero bien pronto los gritos ahogaron de nuevo su voz. Trataba de la vergonzosa derrota que habían sufrido los exaltados ante la autoridad de Morillo, y algunos habían llevado esta cuestión a un terreno personal. Celo-

sos del decoro de la sociedad y del buen nombre del partido, algunos oradores denunciaban «a los infames que, disfrazados con el nombre de liberales, iban a corromper a aquella asamblea, a hacer vergonzosos tratos en nombre del rey, a comprar la elocuencia exaltada y a promover alborotos que no tenían otro objeto que desprestigiar el liberalismo y dar armas a la reacción».

—¡Lobos—decía el orador—disfrazados de corderos, que vienen aquí fingiendo un amor a la Libertad que no tienen! ¡Ofrecen oro a los oradores en pago de un discurso que exalte los ánimos de la multitud ignorante!

—Sí; esos infames—decía otro orador—son los que preparan las asonadas y los que apedrean las casas de los ministros. El objeto de esta asociación es sostener una cátedra permanente de las buenas ideas, dirigir los sufragios; pero nunca patrocinar el libertinaje, ni el escándalo, ni la anarquía.

—No—gritó otro orador, en quien se fijaban las miradas de todos, y que se levantó lleno de ira a protestar contra las palabras anteriores—. No, aquí no hay traidores. Los que tal hacen no pertenecen a la raza de los humanos: no creo en ellos, y si los hay, que se digan sus nombres. Sepamos quiénes son; conozcámonos.

—¡Que se digan los nombres!—repitieron cien voces.

—Es preciso—decía el primer orador—purificar esta noble asamblea. Merced a los infames que la han corrompido, corren por la corte injuriosas calificaciones de nosotros y de nuestro club. ¡Que esos infames salgan de aquí!

—¡Que se digan sus nombres!—respondió la multitud con un rugido.

—No—decía otro—; esa especie de hombres no existe.

—Sí existe—exclamó exasperado el primero—. Frecuentan este sitio personas que vienen a pagar con el oro del rey el frenesí oratorio que enloquece al pueblo.

—¡Quién! ¡Quién!

—¿Quién de nosotros—continuó el orador—no conoce al llamado *Coletilla?* Es un realista fanático, un malvado agente de la *casa grande.* ¿No le conocéis? Este hombre es una culebra que se desliza entre nosotros para corromper a los oradores jóvenes. Yo sé que muchos han recibido dinero en cambio de discursos muy calurosos. Las asonadas absurdas que vemos todos los días, ¿a qué se deben? No lo dudéis: ¡abrid los ojos, ciegos! Se deben al oro de Fernando de Borbón, al oro repartido por ese hombre insidioso, por ese *Coletilla.*

—¿Quiénes son los venales? Sepámoslo.

—Desconfiad de los autores de asonadas.

—Ese es algún amigo del Gobierno—exclamó, señalando al orador, un individuo que estaba en la parte del público.

—¿Amigo del Gobierno?—dijo el orador, indignado—. ¿Por qué? ¿Porque amo la libertad sin licencia, la petición sin escándalo? Vosotros amáis la anarquía y cedéis a la venalidad. Me dirijo a los aragoneses, que en este sitio se distinguen por su lenguaje procaz y su amor a los alborotos.

—¿Qué se atreve usted a decir?—exclamó Núñez levantándose como una furia y apostrofando al primer orador—. ¡Qué injuria dirige usted a mis amigos, a mí!

—Sí, señores—gritó el otro—: desconfiad de los aragoneses. Un aragonés agitó las turbas el día de la procesión del retrato.

Algunos miraron a Lázaro, que, mudo y helado, presenciaba aquella escena.

—Y no lo dudéis—continuó el orador—. El que habló en aquella ocasión era un vil instrumento de los agentes del rey.

—¡Es éste! ¡Aquí está!—exclamó uno, señalando a Lázaro a la atención de toda la asamblea.

—Sí; el sobrino de *Coletilla.*

—¡Sobrino de *Coletilla!* ¡Sobrino de *Coletilla!*—repitieron muchas voces.

Tumulto espantoso resonó en todo el ámbito. Todos se levantaron y miraron a Lázaro.

—¡El que habló la otra noche excitando a la rebelión!

—¡Alborotador de la plaza Mayor!

—¡El sobrino de *Coletilla!*

Estas últimas palabras eran el mayor padrón de deshonra. Núñez se levantó a defender a su amigo; pero no pudo: su voz no fué escuchada. Muchos que temían verse acusados, en cuanto vieron el aluvión que sobre Lázaro caía descargaron sobre él toda su ira.

—¿Cuánto te dieron por los gritos del

día de la procesión, prendita?—exclamó desde el rincón el augusto Calleja.

—¡Afuera con él!

—¡Fuera los traidores, fuera!

—¡A la calle, a la calle!

Lázaro trató en aquel momento supremo de desesperación de reunir todo su aplomo para hablar, para defenderse, para gritar, para decir a todos que era inocente, que era un infeliz, un pobre diablo, el último de los seres. No le escuchaban. No podía hablar ni para defenderse ni para despreciarlos: se doblegó bajo el peso insoportable de tanta mirada y de tanta cólera. La multitud redobló su furia al ver el estupor y la postración de su víctima, y tras las palabras vinieron los movimientos: le mandaron salir, le empujaron hacia la puerta, le echaron. El círculo en que le tenían se estrechaba cada vez más; el desdichado joven vió cien manos sobre su cuerpo; se sintió cogido, como si una culebra se le enroscara echándole fuertes nudos y apretándole en sus robustos anillos. El vocerío, el calor, la angustia, la vergüenza, le aturdieron hasta el punto de hacerle perder la claridad del conocimiento. Sintióse arrastrar sin ver quién le arrastraba; fuerzas descomunales tiraban de sus puños, le golpeaban la espalda, le impelían hacia fuera, sintió abrirse la puerta con estrépito, sintió que su cuerpo recibía una fuerte sacudida, sintióse arrojado y libre de aquellos brazos terribles; cayó al suelo. El ruido continuaba en torno suyo, formado principalmente de carcajadas infernales; pero al fin el ruido se alejó poco a poco: el infeliz comenzó a experimentar el dolor de la caída y el frío de la tierra. Estaba en la calle.

Permaneció en el suelo algunos minutos sin darse clara cuenta de aquel hecho, y el sudor que le cubría su rostro le produjo una impresión glacial. Entonces adquirió conocimiento exacto de su situación, y vió que estaba en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, inclinada la frente, caído y revuelto el cabello. El sombrero rodaba a su lado, su ropa estaba desgarrada y sentía un dolor agudísimo en el codo izquierdo, duramente estropeado en la caída. El ruido de La Fontana resonaba como enjambre lejano: a los gritos se unían las palmadas, y una voz agitada y sonora se elevaba a ratos sobre aquella tempestad de entusiasmo.

Lázaro vió en torno suyo a tres pillettes que le contemplaban con burla, y uno de ellos atisbaba una ocasión oportuna para quitarle el sombrero. Los transeúntes principiaron a formar corro, y alguno llegó a inclinarse con curiosidad para ver si el caído estaba difunto o simplemente desmayado. Levantóse, porque aquella curiosidad impertinente le molestaba tanto como el rumor que de La Fontana salía, y se alejó de allí, dirigiéndose a la Puerta del Sol. Los gateras le seguían, acompañados de algunos más; los serenos le dirigían de lleno la luz de sus linternas, y los transeúntes se paraban mirándole alejarse, seguros de que no era difunto ni estaba desmayado, sino simplemente borracho.

Subió la calle de la Montera y preguntó por la calle de Válgame Dios, porque había resuelto dirigirse a casa de su tío. Ya no dudaba: su determinación era fija, y en aquel angustioso trance la casa del fanático, en cuya puerta había de dejar sus creencias, sus sentimientos, le pareció un refugio de paz.

Después de todo, los pocos días pasados en Madrid habían sido continuado martirio, y la idea de la apostasía que en casa del realista se le obligaba a hacer no le molestaba tanto. Estaba herido de muerte en la imaginación; es decir, flaqueaba por su parte más poderosa. Ya no era aquel joven ardiente que se creía destinado a grandes fines; era un pobre desheredado sin vigor de espíritu, sin esperanza y sin ideas. No sabía lo que pasaba, no podía medir la inmensidad del trastorno que su pariente le exigía, no estaba resuelto sino a echarse en brazos del primero que fuera capaz de consolarle.

Llegó por fin, después de preguntar mucho, a la calle de Válgame Dios. Vió el número de la casa, miró a las ventanas del segundo piso y había luz en las habitaciones. Sin duda estaba allí Clara, cansada de esperarle, desconfiada de verle otra vez. Entró en el zaguán y subió la escalera tan agitado y palpitante que, al llegar a la puerta, se detuvo porque apenas podía respirar. Después de algunos segundos, en que trató de reponerse, alargó la mano, tomó el cordón de la campanilla y tiró muy suavemente, porque le parecía que

iba a incomodar a su tío y a alarmar a Clara si tocaba más de lo necesario para hacer constar en el interior la presencia de un forastero. Pero la suavidad con que tiró su mano temblorosa fué tal, que la campanilla no sonó. Quiso hacerlo con más energía, y como estaba tan nervioso tiró tanto que la campana atronó la casa. Lázaro se asustó, creyendo que Elías iba a salir hecho una furia, clamando contra el que así alborotaba. Largo rato pasó sin que nadie abriera; pero, al fin, distinguió alguna claridad al través del ventanillo; sintió pasos; una mano descorría la tabla, abrióse el agujero y aparecieron dos ojos.

No eran los de Clara.

—¿Quién?—dijo desde dentro la voz de Pascuala.

Lázaro preguntó por su tío.

—Sí; pero no está.

—¿Vendrá pronto? Soy su sobrino.

Pascuala abrió la puerta y Lázaro dió un paso hacia adentro, sorprendido de no oír la voz de Clara.

—No vendrá ni pronto ni tarde, porque se ha *mudao*—contestó la alcarreña.

—¿Cómo?

—Como que se ha *mudao* hoy mismo. Yo estoy aquí todavía porque quedan algunas cosillas y el ropero grande, y estoy aquí *pa* cuidarlo; pero mañana me voy.

—¿Y adónde se ha mudado?

—Aquí cerca, en la calle de Belén, en casa de unas señoras que llaman de Porreño, que le han *cedío* el cuarto segundo *pa* que viva solo.

—¿Y Clara?—preguntó Lázaro con mucha ansiedad.

—Esa hace ocho días que está allá viviendo con las señoras. El amo la puso allí porque se *enfaó* con ella.

—A ver, a ver, ¿qué es lo que dices?

—¡Ah!, ¿pero usted es sobrino del amo?

—Sí.

—Usted es aragonés. Dígame: ¿conoce, por casualidad, en Cariñena a Ventura Palomino, hermano de Jusepe Palomino, que casó con Colasa Sanahuja?

—No, contestó Lázaro impaciente—; no soy de Cariñena.

—Y ¿sabe usted si ha *parío* la mujer de Antón Telares, hermano de mi novio Pascual, con quien me voy a casar la semana que entra, si Dios me ayuda?

—No sé, hermana; no conozco a esa gente. Pero diga usted, ¿por qué ha ido Clara a vivir con esas señoras?

—¡Ah!—dijo la alcarreña, riendo con mucha gana—: no me acordaba de que era usted su novio. El amo la mandó allá, porque decía que no la podia aguantar..., pues... le diré a usted..., el amo es así, un poco... Decía que era una niña como las del día, que era muy sardesca... Pero ella es muy buena y no sé cómo la pobre no se ha *podrío* de tristeza en esta casa.

—Y ¿salió con gusto de aquí?

—A la verdad, caballero..., el amo tiene un genio, así..., vaya. Las dos nos quedábamos muertas de miedo siempre que le veíamos entrar. No nos hablaba nunca, y de noche, después de acostarnos, le sentíamos dando unas patadas...

—¿Y por qué la mandó a casa de esas señoras?

—Vea usted: yo le voy a decir la verdad, porque es de la casa. Había un *melitarito* que se metió un día en casa, porque vino acompañando al amo, que fué *herío* en la calle. Después pasaba todos los días por ahí, y siempre que me encontraba en la calle me paraba *pa* preguntarme por doña Clarita. ¡Ay!, un día me vió mi Pascual hablando con él y por poco... Mi Pascual tiene un genio del demonio, y cuando se *enfaa*... Usted no supo cómo le pegó de cachetines al carnicero de ahí enfrente... Luego, como es una así..., tan guapetona...

—Siga lo que iba contando; después sabremos lo que hace el señor Pascual —dijo Lázaro, impaciente por las digresiones de la criada.

—Pues decía que el *melitarito*, ofreciéndome dinero, quería colarse aquí.

—¿Y entró?...

—Espere usted y seguiré contando. No pasaba de la esquina y el amo le alcanzó a ver algunas veces. Porque el amo, aunque parece que no ve nada, lo *oserva* todo.

—Y ella, ¿qué decía?

—Espere usted... El me decía que quería entrar.

—¿Y qué decía él de ella?

—Que era muy guapa para estar aquí encerrada sin ver el mundo; que era una lástima que una mujer así viviera en compañía de un viejo tan feo y tan... Decía: «Yo la sacaré de aquí.»

—Y ¿ella sabía que él decía eso?

—Sí; él mismo se lo dijo.

—Luego estuvo aquí—exclamó Lázaro con mucha ansiedad.

—Espere usted.

—Y ella, ¿qué decía de él?

—Que era una persona amable y de muy buen trato; que era buen sujeto y caballero muy cumplido. Un día se nos metió aquí. ¡Jesús, qué susto!

—Y ella, ¿qué hizo?

—Le dijo que se fuera.

—Y ¿se fué?

—Ca; aquí estuvo hablando mil cosas.

—Y ella, ¿qué le decía?

—Que se fuera, porque la iba a comprometer; que si era verdad que se interesaba por ella se marchara al momento, no dando lugar a que le vieran allí.

—Y él, ¿qué dijo?—preguntó Lázaro, que no cabía en sí de zozobra.

—Mil cosas, mil monerías. Lo cierto es que el amo entró y le vió. Se enfadó mucho, nos riñó mucho.

—Y a él, ¿qué le dijo?

—Nada. A nosotras nos estuvo riñendo todo el día. Después le dijo a doña Clarita que era una loca; que ya estaba *cansao* de sus coqueterías... Cosas de viejo, porque ella, la pobre... Por fin le dijo que la iba a mandar a casa de esas tres viejas para que la corrigieran y la enseñaran a buen vivir.

—Pero ¿por qué causa mi tío la llama loca? ¿Qué ha hecho?

—*Naa;* pero el amo dice que las ideas del día...

—Y ¿qué más le dijo?—preguntó Lázaro, que no se cansaba nunca de las terribles respuestas de aquel fatal interrogatorio.

—Que debía aplicarse a la oración y a una vida santa.

—Y ese militar, ¿no la ha vuelto a ver más?

—Estos días le he visto rondando por la calle de Belén, y yo... me figuro.

—¿A ver? ¿Qué se figura usted?

—Me figuro... El *melitarito* es muy pillo..., apuesto a que se ha colado allá.

—Y ¿usted no conoce a esas tres señoras?—dijo Lázaro, tratando de disimular la mala impresión que la anterior respuesta le había producido.

—No; el amo decía que son buenas y que una es santa.

—¿Dónde viven?

—En la calle de Belén, número cuatro. Su tío vive en la misma casa. Ya las conocerá usted.

—Diga usted—preguntó Lázaro, después de una pausa en que dudó si marcharse o prolongar más aquel coloquio doloroso—; diga usted: ¿ese militar es un joven alto, con bigotes negros?...

—Sí; un poquito más alto que usted; tiene una voz muy clara y anda con mucha gracia, y se ríe con mucha gracia.

—¿No sabe usted cómo se llama?

—No, señor; lo iba a averiguar, pero como mi Pascual es tan celoso, tuve miedo... ¡Ah, qué hombre! Cuando se *enfaa*...

Lázaro estuvo un momento silencioso contemplando la bárbara efigie de aquella mujer, oráculo de su desventura. Después se hizo repetir las señas de la nueva casa, y salió.

Ya la determinación de ir allí era inquebrantable, y antes hubiera muerto que dejar de hacerlo. La curiosidad, los celos, la necesidad de encontrar una solución a aquella serie precipitada de dudas, le impulsaban hacia la nueva casa. ¿Y la abjuración exigida? Casi no pensaba ya en tal cosa. Sin duda alguna podía asegurar que el militar, de quien le habló Pascuala, era el mismo que le acababa de poner en libertad. ¡Nuevo y doloroso misterio! Hubiera dado muchos días de vida por saber todo con claridad, y al mismo tiempo se horrorizaba al pensar que iba a saberlo. La idea de la deslealtad de Clara, de su deshonra, era demasiado grande en su horror, y no le cabía en la cabeza. Lo que más le confundía era la extraña rapidez, la fatal impaciencia con que se precipitaban sobre él tantas contrariedades, tantas amarguras, que no le daban tiempo para buscar aliento y esperanza en su inteligencia y en su corazón.

Entró en la casa y subió lentamente la escalera de la casa del siglo XVIII. No pudo prescindir de una sensación de respeto hacia aquellas tres damas, desconocidas todavía para él, que le parecían tres perfectos modelos de virtud. Tocó, y le abrió una de ellas. La decoración le afectó un poco: los retratos históricos de la antesala le miraron todos con sus ojos apolillados. Lázaro tuvo miedo. Precedido por Paz, atravesó por

entre aquellas sombras que la débil luz del pasillo hacía más misteriosas, y entró en la sala.

CAPITULO XXIII

LA INQUISICIÓN

Cuando *Coletilla*, después de instalado en el piso segundo, manifestó a las señoras la probabilidad de que su sobrino fuese a vivir con él, Salomé se quedó un poco pensativa; pero María de la Paz dijo que no había inconveniente, supuesto que el joven, bajo la vigilancia y tutela de su tío, habría de tener el comedimiento y la dignidad que aquella casa imponía a sus habitantes.

Lázaro, precedido por María de la Paz, entró en la sala. Lo primero que vieron sus ojos fué a Clara, que estaba sentada junto a la devota y cosía con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a nadie. Vió su turbación y su empeño en disimularla. Después miró a todos lados y vió a su tío, respetuosamente sentado al lado de Salomé, cuyos reales estaban plantados al extremo oriental de María de la Paz. Lázaro los vió a todos inmóviles, como figuras de palo: todos le miraban, excepto Clara, la cual insistía en acercar tanto los ojos a su labor que era difícil comprender cómo no se sacaba los ojos con la aguja.

Elías miró a Lázaro con asombro. Paz, con asombro; Salomé, con asombro; todos con asombro, y él mismo llegó a creer que era fantasma evocado, el temeroso espectro del sobrino de *Coletilla*. Salomé le indicó una silla con el dedo en que tenía las sortijas, y Paz le dijo con el registro de voz más desdeñoso y augusto:

—Siéntese usted, caballerito.

Cuando el joven dijo «gracias, señora», su voz resonó débil y dolorida, anunciando tanto sufrimiento y postración, que Clara no pudo menos de alzar los ojos y mirarle con súbita impresión de interés. Le encontró muy pálido y abatido; comprendió lo que el infeliz había pasado en aquellos días, y necesitó todo el esfuerzo de que su alma valerosa era capaz para no echarse a llorar como una tonta en presencia de aquellas tres rígidas damas y del furibundo *Coletilla*.

—Ya estas señoras saben lo que has hecho al llegar a Madrid—dijo Elías a su sobrino con mucha severidad.

Paz y Salomé fruncieron el ceño para que nadie pudiera poner en duda su indignación. Lázaro no contestó, porque estaba muerto de vergüenza, y en aquel momento las dos damas le parecían las dos personificaciones más perfectas de la justicia humana.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando fuí a verte a la cárcel?

—Sí, señor; no lo he olvidado.

—Ahora vivo aquí, en casa de estas señoras, que nos han ofrecido a mí y a Clara un asilo.

—Sólo por usted, señor don Elías—dijo Salomé.

—Ya lo sé: sólo por mí—contestó el viejo—. Pero yo—continuó dirigiéndose a Lázaro—, si te llamé estando en la otra casa, ahora no me atrevo a darte hospitalidad, porque...

—Señor don Elías—dijo Paz—, de lo de arriba puede usted disponer a su antojo. Ya sabe usted lo que hemos convenido. Sólo lo hacemos por usted.

—Yo no puedo—prosiguió Elías, haciendo una gran reverencia—, yo no puedo decir a este muchacho que se quede en esta casa. Su conducta ha sido tan escandalosa, que no me atrevo...

—No hay falta, por grande que sea, que no pueda corregirse—dijo Salomé, mirando con sublime protección al desdichado Lázaro, a quien parecieron aquellas palabras el colmo de la generosidad.

—Efectivamente—dijo Paz en tono de enfática indulgencia—. Hay faltas tan enormes, que por su misma enormidad necesitan indulgencia. Mi opinión es que este caballerito debe quedarse con usted, señor don Elías, porque si no, ¿qué va a ser de él?

Elías manifestó comprender.

—¿Qué va a ser de él si continúa abandonado y sin guía?—prosiguió la dama—. Por lo que ha pasado podemos colegir lo que pasará. Sin el amparo de una persona tan virtuosa y magnánima como usted, ¿qué será de este caballerito, en quien han germinado las semillas de todas las malas ideas del día?

—Yo creo que aún es tiempo, porque aunque ha brotado la cizaña en esa tierra malignamente fecunda, con un buen sistema de educación podrá ser arrancada de raíz esa mala hierba y aun expurgar y purificar la mala tierra—dijo

Salomé, que desde el tiempo en que los poetas le dedicaban madrigales había conservado gran afición a las alegorías.

—¿Qué te parece, Paula?—dijo Paz, que creía a veces que en aquella casa no podía emitirse palabra ni consejo de ningún valor sin ser refrendado por el *exequatur* ortodoxo de la devota.

—Ella, que es una santa, dirá lo que se ha de hacer—exclamó Elías.

Mientras todos le pedían su opinión, la devota contemplaba el rostro del estudiante, como si quisiera leer en él su delito. Expresión de lástima afectuosa y aun de admiración ingenua brillaba en los ojos de doña Paulita, que en aquel momento parecía manifestarse naturalmente. Pero en cuanto advirtió que le pedían un consejo, recordó su misión, arqueó las cejas y dió al viento la metálica voz con estas palabras:

—¡Oh! ¿Qué hay que consultar sobre este punto? ¿Quién dice si se debe perdonar al que ha faltado? ¿Quién hay tan poco cristiano que haga semejante pregunta? ¡Perdonar! ¿Que es grave la culpa? Mejor: por lo mismo necesita perdón y olvido. Y si fuera más delincuente, más pronto le perdonaría.

Paz y Salomé miraron a la par a don Elías para complacerse en leer en sus ojos la admiración que había de causarle tanta sabiduría.

—¿Cómo me consultan ustedes eso? —continuó Paulita—. Digan dónde hay pecadores para perdonarlos a todos. ¿Y os priváis de la alegría de perdonar? No sólo digo a todos que le perdonen, sino también que le amen como si nunca hubiera pecado. Acordaos del hijo pródigo. Hoy es día de júbilo en esta casa, porque ha vuelto el delincuente, ha vuelto el que se creía perdido para siempre. Voy a dar gracias a Dios por haberme proporcionado el favor inefable de recibir en mi casa un delincuente cargado de culpas, de poderle decir: «Levántate y no vuelvas a pecar.»

Era fácil conocer en la mirada de la santa que hablaba en aquel momento con profunda verdad y gran convicción. El pecador se sintió conmovido de gratitud. Clara no hubiera hablado con tanta elocuencia; pero de seguro pensaba y decía interiormente cosas parecidas.

La devota se sonrió al concluir su homilía, acontecimiento rarísimo que hubiera sorprendido a todos si la preocupación de aquellos momentos les hubiera permitido repararlo. El joven vió aquella sonrisa en la boca de la que juzgaba santa—y lo era—, y le pareció la cosa más natural del mundo. Se sintió aligerado de un gran peso, respiró tranquilo ante aquella profesión de bondad e indulgencia y creyó asistir al juicio supremo.

—Visto el admirable dictamen de esta santa—dijo Elías—, porque es una santa, Lázaro, entiéndelo bien, te quedarás conmigo; pero en expectativa, en entredicho.

—No admito entredicho: perdón definitivo—dijo la devota.

—Bien; perdonado, pero sujeto a vigilancia.

A pesar de la actitud severa de las dos damas y de su tío, Lázaro experimentó cierto descanso moral en aquella casa. Advirtió a Clara silenciosa y apartada: no alzaba los ojos, no decía palabra.

Lázaro, siempre que miraba hacia aquel sitio, encontraba los ojos negros de la devota fijos en él con tenaz atención.

La escena se hallaba dispuesta de este modo: Paz y Salomé estaban sentadas en la actitud ceremoniosa que les era habitual. A la derecha tenían a Elías, y Lázaro se hallaba frente a ellas en la postura de un reo. Detrás de las dos viejas, Clara y la devota formaban otro grupo junto a un pequeño velador que sostenía la lámpara cuya débil luz iluminaba aquel cuadro. El resplandor daba de lleno en el rostro del joven: en la sombra quedaban Clara y la devota, y los ojos negros, profundamente negros de ésta, brillaban en el fondo sombrío de la sala con vivacidad felina. Las dos viejas, que volvían la espalda al segundo grupo, no veían nada; pero Lázaro, que estaba de frente, notaba la expresión atentamente curiosa y fascinadora de aquellos dos ojos, y se preguntaba qué podía haber en su fisonomía y en su persona que pudiera excitar la curiosidad infatigable de aquella señora.

Elías, entre tanto, no hubiera creído que aquel concilio ecuménico era decoroso sin hacer un pomposo elogio de las virtudes de los tres venerandos restos de la ilustre familia de los Porreños.

—En verdad, señoras—dijo—, que no sé cómo agradecer tantas bondades. No sé a qué debo yo, persona de tan humilde origen, el que usías me traten con

tanta benevolencia y me colmen de favores. ¿Qué he hecho? ¿Quién soy? ¡Ah! Usías son la bondad y nobleza misma. ¡Cómo se conocen la alteza del origen y la excelencia de la sangre! ¡Ah! ¡Usías se han propuesto ser redentoras de todos los que en torno mío me abruman a penas, amargando mi vida! Y ¿qué sería de esa pobre niña sin el amparo de usías, cuando las ideas del día han echado en su corazón tan perniciosas raíces?

La devota dejó de mirar al recién venido y dijo:

—No me la riñan más, que bastante ha padecido.

Lázaro advirtió que Clara se estremecía, poniéndose roja como una amapola.

—No me la riñan más, que bastante la han reñido—añadió compungidamente la devota—. Yo respondo de ella. Yo sé que tiene buen fondo, aunque al exterior aparezcan los defectos de las pestilenciales ideas del siglo. Yo sé que tiene buen fondo: ¿qué importan las faltas más graves, cuando van seguidas del arrepentimiento?

Lázaro advirtió que Clara se estremevimiento, como si tratara de contradecir aquellas palabras; pero en su ceguera no supo ver, no supo apreciar que en aquel instante el alma de su amiga pasaba por el más duro trance de dolor y paciencia de que es capaz la naturaleza humana.

—Yo sé que se corregirá—continuó la devota—. ¡No se ha de corregir! Grandes pecadoras han sido santas. Animo, amiga mía. Con la vista fija en Dios, ¿qué se puede temer? Yo sé cómo se curan los males del espíritu, y mi amiga Clara aparece ya bajo la benéfica influencia de una reacción feliz. Perdonémosla también; yo respondo de que se corregirá.

A Lázaro le llenaron de confusión estas palabras. ¿Qué había hecho Clara? Estuvo casi dispuesto a levantarse, acercarse a ella y decirle en alta voz: «Clara, ¿qué has hecho?» La miró y la vió llorar; miró a todos, buscando en aquellas caras de pergamino la solución de tan gran misterio; pero ninguna le reveló la culpa de la muchacha, ni aun la cara de la devota, que, después del sermón, volvió a fijar en él, desde el fondo sombrío de la sala, el intenso rayo de su mirada escrutadora y ansiosa, suficiente a turbar a otro menos tímido.

CAPITULO XXIV

ROSA MÍSTICA

—Hoy no he rezado nada—decía la devota a Clara al día siguiente de la entrada de Lázaro en casa de las Porreñas.

Estaban sentadas las dos en el sitio de costumbre. Doña Paulina tenía en la mano nada menos que a San Juan Crisóstomo. Clara bordaba en un pequeño telar. Su cara expresaba la más calmosa y profunda melancolía. En cambio, la otra parecía muy inquieta, contra su costumbre.

El observador hubiera visto moverse sus labios deletreando en silencio la lectura mística, mientras dirigía con súbita mirada los ojos hacia la puerta, los tornaba en derredor, miraba a Clara sin fijeza, y, por último, se quedaba con la vista fija en el espacio, como cuando nos abandonamos a la contemplación de lo que no está junto a nosotros ni donde estamos nosotros. A veces parecía prestar atención a algo que pasaba fuera del cuarto: salía, se paraba en la puerta poniéndose en escucha, volvía a entrar, se sentaba de nuevo, cogía el libro santo, leía un poco, pasaba con la vista hojas enteras, miraba a Clara, murmuraba un rezo, cerraba *in folio*, lo volvía a abrir, y así sucesivamente. Sin duda su espíritu vagaba sobre San Juan Crisóstomo, sin penetrar, como de costumbre, en las entrañas de la teología.

—Clara—dijo, después de meditar un momento—; Clara, ¿sabes que me parece que el cuarto donde se ha puesto al sobrino del señor don Elías es un poco estrecho?

—¿Estrecho?—dijo Clara, afectando indiferencia—. No; para un hombre solo...

—¡Ah!—exclamó la devota—. ¡Cómo se pervierte la juventud del día! Porque un joven como ése, que parece tener buenos instintos... ¿No?

—Sí—contestó la otra, sin levantar la cabeza.

—¿Usted no le conocía antes?

Clara, que quería guardar la más absoluta reserva, se decidió a decir una mentira. Se avergonzaba de una denegación; pero en aquellas circunstancias y en aquella casa, la verdad no sólo la avergonzaba, sino que le daba miedo. Así es que dijo:

—¿Yo? No...

—Es una lástima que se perviertan jóvenes así. ¡Ah! Pero no faltarán buenas almas que oren por ellos y les ayuden a salir de la miseria. ¿No?

—Es verdad—contestó Clara.

—Y cuando se tiene buen fondo como ese joven, es cosa fácil. ¡Ah! Pero usted me dijo que estuvo en el pueblo de donde es ese joven. ¿No estaba él allí entonces?

Clara, que no tenía costumbre de mentir, se vió muy apurada con aquella pregunta; pero evocando toda la poca malignidad de su carácter, se dominó y mintió otra vez, diciendo:

—No, no estaba.

—Y allí, ¿qué decían de él?—preguntó la devota, abriendo a San Juan Crisóstomo.

—¿Qué decían?—contestó la huérfana, mirando la labor lo más de cerca que le era posible—. Decían que era un joven muy leal, muy generoso, muy bueno y de mucho talento.

—Sí; ya se conoce que es un joven de buenas prendas—dijo la de Porreño, abriendo a San Juan Crisóstomo—. Y ¿tiene padres?

—Tiene a su madre—contestó Clara, bajándose para recoger una cosa que no se le había caído—; su madre, que es una cariñosa mujer, muy santa y muy buena.

—Pues ya... Bien se conoce que así había de ser—afirmó Paula, hojeando al santo—. Me figuro que será una mujer excelente.

—Así es.

—Bien merece ese joven que se le proteja. Cuando el alma es buena... ¿Quién no pecará alguna vez?

Al decir esto arqueó las cejas, miró el libro, hizo todos los esfuerzos imaginables para leer medio renglón, y después de emplear cinco minutos en tan importante tarea, volvió a hablar, diciendo:

—¿No tiene ninguna hermana?

—No, señora.

—¡Oh!—exclamó Paulina, dejando definitivamente a San Juan Crisóstomo—; me olvidaba de mi rezo. Hermana, con la conversación de usted me he distraído. Vamos a rezar.

Pero en lugar de tomar el libro de oraciones tomó un libro de Santa Teresa, y lo abrió maquinalmente. Clara tomó el rosario, mientras la devota empezó la salmodia con la vista fija en el libro y equivocándose a cada momento. En lugar de decir un padrenuestro, decía una salve, y se trastornó de tal modo el rezo que al cabo de un momento se encontraron perdidas en un laberinto, sin saber en qué parte del rosario se hallaban.

—¡Ah, qué cabeza la mía!—dijo la santa deteniéndose—; pero, ¡ay!, con la conversación de usted me he distraído. Sigamos.

Pero en vez de pronunciar el *Pater noster* fundamental, que es lo que procedía para empezar de nuevo, clavó los ojos en el libro y maquinalmente leyó:

—«De dos maneras de amor quiero yo ahora tratar: uno es espiritual, porque ninguna cosa parece le toca la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza; otro es espiritual, y que junta con él nuestra sensualidad y flaqueza...» ¡Qué distracción!—observó después.

Y apartó el libro con desdén, miró al techo y se estuvo quieta un buen rato, sin dar señales de vivir en este mundo, permaneciendo tanto tiempo inmóvil y con tal profundidad extasiada, que Clara se alarmó y tuvo al fin que decidirse a tirarle de la manga, con lo cual la devota bajó del cielo.

—¡Ay hermana!—dijo vivamente—; usted no sabe rezar el rosario; déme acá.

Y le quitó a Clara el rosario de las manos, lo tomó y empezó a contar las cuentas una por una con tanta escrupulosidad, que empleó lo menos diez minutos en tan difícil operación. Después rezó una salve, a la que contestó Clara con un *Pater noster:* las dos se miraron, Clara tembló, porque creía que la devota la iba a reprender duramente, como de costumbre, por su equivocación; pero ¡cuál fué su asombro al ver que la santa desplegó suavemente los labios, se sonrió con una expansión inefable que nadie, absolutamente nadie, había observado jamás en aquella casa, y acabó por reír con franqueza y desahogo, cosa fenomenal y nunca vista en tan ejemplar mujer!

Pero Clara, aunque se sorprendió mucho, no dió importancia al hecho. La otra se sonrojó ligeramente, y tomando de nuevo el libro de Santa Teresa, dijo:

—Voy a ver si encuentro un pasaje que hay aquí recomendando la penitencia.

Hojeó el libro, y leyó:

—«Sostenedme con flores y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.» ¡Oh, qué lenguaje tan divino es éste para mi propósito! «¿Cómo, esposa santa, mátaos la suavidad? Porque, según he sabido algunas veces, es tan excesiva, que deshace el alma de manera que no parece ya la hay para vivir y pedir flores.» No, no es esto; a ver esto otro—dijo hojeando más—. «Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo.» Vamos, tampoco es esto. No he de encontrar hoy el pasaje. Sigamos, hermana; en nuestro rezo.

Empezó formalmente el rosario. Paula dijo un Dios te salve el número de veces necesario; pero al llegar al sitio del padrenuestro siguió diciendo Dios te salve hasta treinta veces, con tanta prisa, que no esperaba a que la otra concluyera su *Santa María*. Clara contestaba también muy aprisa para no quedarse atrás: así es que, por último, apresurándose una y otra, resultaba que aquello parecía una apuesta de velocidad en la pronunciación. Llegaron al fin sin aliento y muy cansadas. Paulita tuvo necesidad de respirar el aire libre, abrió el balcón y miró a la calle; hecho inusitado, cuya gravedad no comprendió Clara tampoco.

—¡Ay, que he abierto el balcón!—exclamó, comprendiendo la atrocidad que había cometido—. ¡He abierto el balcón!

Y lo cerró con sobresalto como una monja que hubiera sorprendido abierta la reja del locutorio.

—Hermana—dijo después—, ¿sabe usted que he decidido no ayunar mañana?

—Hará usted bien: es usted una santa; pero no ayune tanto, señora; eso no es bueno.

—Tienes razón, Clarita, y yo creo que esto que tengo es causado por el excesivo celo. Bien me decía el padre Silvestre que la piedad en demasía es perjudicial, porque mata el cuerpo, sin el cual el alma no puede tener fortaleza.

—Pero ¿qué tiene usted?—preguntó Clara un poco alarmada.

—No estoy buena—dijo la mujer mística restregándose entrambos ojos, como si los tuviera doloridos por la vigilia o cansados de mirar—. Siento un calor aquí dentro... y una agitación... Pero es del ayuno, hermana; es del ayuno.

—Pues debe usted moderarse. Descanse unos días.

—Sí, lo haré, y esta semana no rezaré oración doble como hasta aquí y suprimiré horas por la noche.

—Ya lo creo. ¿No es bastante rezar una vez? Si es usted una perfecta santa.

—¿No le parece a usted que es bastante una vez?—preguntó Paula con mucha ansiedad.

—Sí; y debe usted tratar de reponerse.

—¿Cómo ha dicho usted, Clarita? ¿Reponerme? Veo que sabe usted dar muy buenos consejos.

—Reponerse, sí... Distraerse un poco... Salir...

—¡Salir!—exclamó la mística, tan asustada, que Clara se arrepintió del consejo—. ¡Salir! Y ¿adónde?

—Pues... quiero decir... que usted debe procurar..., pues... Cuando se está mucho tiempo encerrada en la casa, la salud se quebranta... Así es que... siempre es bueno... salir un poco...

—¡Clara!—dijo doña Paulita con la expresión de estupor y gravedad del que hace un gran descubrimiento—. ¿Sabe usted que su consejo es muy sabio? No creí yo... Es verdad. Eso ¿por qué ha de ser malo? Yo siento ahora que tengo necesidad de... salir, de andar, de respirar... Sí, es preciso.

Estaba inmutada. Parecía que en su espíritu y en su organismo se verificaba una crisis muy trascendental. Toda ella se dilataba, como si aquel día hubiera perdido de una vez la fuerza de concentración, la ligadura interna que la comprimía desde el nacer. No podemos explicarnos todavía nada de lo que por ella pasaba.

—Debe usted cuidarse, debe usted vivir—dijo Clara.

—Sí; debo cuidarme, debo vivir—repitió Paula en el tono de estupefacción que emplea el que ove por vez primera la solución concisa de un problema en que ha estado trabajando infructuosamente toda la vida—. ¡Debo vivir!

En aquel momento sus ojos miraban en derredor, asombrados, asustados, con melancolía y vaguedad, como el que no ha visto nunca un horizonte y lo ve por primera vez.

Pero de repente la dama se levantó

agitada, se dirigió a su reclinatorio, se arrodilló, abrió el libro de horas, inclinó el rostro hacia él, ocultándolo entre las manos, y allí quedó sumergida en profunda y concentrada meditación. Reposaba, sin duda, en el seno de Dios, que tenía reservado a su santa el goce inefable de vagorosos y celestiales deliquios.

Durante el éxtasis, ¿quién podrá saber lo que pasó en aquella cabeza? Dios tan sólo.

CAPITULO XXV

VIRGO PRUDENTÍSIMA

Visitemos a los dos huéspedes del cuarto segundo en la noche siguiente a la de su instalación. Prodigioso esfuerzo del genio doméstico de María de la Paz Jesús, había podido acomodar dos camas en la habitación alta.

Lázaro acababa de acostarse en la suya, tratando de reparar las fuerzas perdidas; su tío velaba sentado en el sillón de vaqueta que junto a la cama tenía, y se ocupaba en hojear unos papeles, leyendo a ratos y escribiendo un poco algunas veces.

De repente el viejo se volvía; miraba a su sobrino, que no podía librarse de cierto temor cuando veía, dirigidos hacia él, aquellos dos ojos de lechuzo. Parecía querer hablar al joven de alguna cosa importante y no atreverse por no tener confianza en su discreción. Después de la llegada de Lázaro a la casa, tío y sobrino no habían hablado nada de política. El fanático creyó que su protegido no era capaz de tener entereza y tesón para sostenerse en sus creencias. En tanto, el exaltado liberal tuvo tanto que pensar en otras cosas que relegó a segundo término aquella cuestión y se acordaba poco de la apostasía que su tío le había exigido.

Lázaro cedía a la fatiga, se dormía lentamente, cuando el viejo dijo con voz fuerte:

—Lázaro, ¿duermes?

—¿Qué?—contestó el muchacho, despertando sobresaltado.

—Voy a preguntarte una cosa. ¿Conocías en Zaragoza a un liberal que se llama Bernabé del Arco?

—Sí, señor—contestó Lázaro, que conocía y apreciaba mucho a aquella persona, orador y escritor de nota.

—Era de los exaltados, ¿eh?—indicó el fanático con mordaz ironía.

—Sí, señor: es de los que sostienen las ideas más avanzadas—contestó el sobrino, temeroso de pronunciar una palabra que ofendiera a su tío.

—Es..., no; era, debes decir, porque pasó a mejor vida.

—¡Cómo!, ¿ha muerto?

—Le han matado—dijo Elías con glacial indiferencia—. Mira la suerte que aguarda a los locos, depravados, ilusos y perversos. ¿Ves? ¡Así castiga el pueblo a los que le engañan! ¡Oh! Así deberían perecer los habladores.

El sobrino se calló; volvió el tío a su lectura, y no había pasado un cuarto de hora, cuando se dirigió de nuevo al lecho del joven, que, vencido por el sueño, dormía ya profundamente, y gritó:

—¡Despierta, Lázaro!

Y despertó dando un sálto, aterrado y convulso, como debemos despertar el último día, cuando suene la trompeta del Juicio. Aquel viejo le había de quitar también los únicos momentos de reposo que sus desventuras le permitían.

—¿Conoces aquí a un jovencito que se llama Alfonso Núñez, y a otro que se llama Roberto, conocido generalmente por el *Doctrino?*

—Sí, señor—contestó Lázaro atemorizado, por creer que también le iba a participar la muerte de sus dos amigos.

—Buenos chicos, ¿eh?—dijo Elías, riéndose como deben de reír los brujos en el aquelarre.

El sobrino no contestó, contentándose con encomendar mentalmente a Dios a su buen amigo Alfonso Núñez.

—¡Tengo un plan!...—añadió el fanático con cierta satisfacción de sí mismo—, plan soberbio. Si supieras, Lázaro. Pero tú eres muy tonto y no puedes comprender esto. Son buenos chicos esos que te he dicho, ¿no? Así..., muy exaltados, muy amigos de embaucar al pueblo y pronunciar discursos..., pues, así como tú.

Lázaro se asustó más y comprendió menos.

—Esos chicos valen mucho. ¡Si supieras qué útiles son! Amantes de la Libertad, habladores, impetuosos, entusiastas. ¡Ah! No temo yo a éstos... Lo harán bien. ¡Plan magnífico!

Después, como si se arrepintiera de haber dicho demasiado, apartó la vista de su sobrino, murmuró algunas voces incoherentes y volvió a hojear sus papelotes, escribiendo algo y gruñendo siempre, sin dejar de gesticular, como si hablara con alguien.

Lázaro miró un buen rato la lívida faz del viejo realista, que, iluminada de lleno por la luz, ofrecía fantástico e infernal aspecto. Las orejas se le transparentaban, los ojos parecían dos ascuas, y el cráneo le lucía como un espejo convexo. Los singulares objetos que le rodeaban, o los que cubrían las paredes de la habitación, aumentaban el terror del estudiante. Aquel sillón de vaqueta, testigo mudo del paso de cien generaciones; aquellos cuadros viejos; los muebles de talla, exornados con figuras grotescas y de rarísima forma, daban a la decoración el aspecto de uno de esos destartalados laboratorios en que un alquimista se consumía devorado por la ciencia y las telarañas.

Después de cerrar los ojos, entregado por fin al sueño, el joven Lázaro continuó viendo a su tío con los objetos que le rodeaban. Representáronsele, además, las siniestras figuras de las señoras de Porreño; y en su soñar disparatado le parecía que aquellas tres figuras crecían, crecían hasta tocar las nubes y ocupaban todo el espacio; Salomé, como una columna que sustentaba el cielo; Paz, como nube gigantesca que unía el Oriente con el Ocaso. Después le parecía que menguaban, que disminuían hasta ser tamañitas: Paz, como una nuez; Salomé, como un piñón; Paula, como una lenteja. Oía la frailuna voz de la devota; veía extraños y complicados resplandores, partidos de la lámpara del viejo; veía la rojiza diafanidad de sus orejas como dos lonjas de carne incandescente; veía la enormidad de su calva iluminada como un planeta; y, por último, todos estos confusos y desfigurados objetos se desviaban, dejando todo el fondo oscuro de las visiones para la imagen de Clara que, no desfigurada, sino en exacto retrato, se le representaba, alzando la vista de una labor interrumpida para mirarle. En tanto le parecía escuchar siempre una voz subterránea que clamaba: «Lázaro, ¿duermes? ¡Despierta, Lázaro!»

A la madrugada su sueño fué más profundo. Despertó a las ocho, y en los primeros momentos tuvo que recoger sus ideas y meditar un poco para saber dónde estaba y qué cosas le habían sucedido. Su tío había salido. Levantóse y se vistió. No sabía qué hora era; pero el hambre le hizo comprender que era hora de almorzar. Abrió la puerta, dirigiendo una mirada a lo largo del pasillo y a lo profundo de la escalera, y el primer objeto que encontraron sus ojos fué la figura de doña Paulita que subía lentamente.

—¿Ha descansado usted?—le preguntó con voz menos nasal e impertinente que de ordinario.

—Sí, señora: muchas gracias.

—¿No le falta a usted algo?

—Nada, señora.

—Pero querrá usted comer alguna cosa. Aquí acostumbramos desayunarnos a las siete. Es lo mejor. Pero son las ocho; mi tía es muy rigorista y ha dicho que puesto que usted no estuvo a las siete en la mesa no puede almorzar. Esto es una disciplina necesaria. Bien sabe usted que sin disciplina no puede haber orden. Ahora no puede usted tomar cosa alguna hasta las dos de la tarde.

—Señora, no importa. Yo...—dijo Lázaro, que era cortés, aunque estaba muerto de hambre en aquel momento.

—Pero no tema usted—continuó la devota, bajando la voz y mirando a todos lados—. Yo conozco que está usted desfallecido, y es preciso darle de comer. No salga usted de su cuarto.

Dicho esto, bajó muy ligera, procurando no ser vista. El joven sintió más encendida su gratitud hacia aquella señora, que ya había hablado en su defensa la noche anterior.

Al poco rato volvió la devota trayendo un desayuno que, aunque escaso, bastó para reponer al hambriento.

—Mi hermana no lo llevará a mal —dijo—; pero no se lo diga usted. Yo hago esto por usted, porque comprendo que en un cuerpo débil no tiene fuerzas el espíritu.

—Señora, no sé cómo pagarle tantos favores—contestó el mancebo sin mirarla.

A las siete de aquella mañana, mientras Lázaro dormía rendido de cansancio, se suscitó una gran cuestión en el comedor sobre si sería conveniente y disciplinario llamarle para almorzar. Ma-

ría de la Paz decía que no; Salomé dudaba, y la santa opinaba que sí. Las razones de la primera eran: que puesto que prefería el sueño a la comida, era preciso hacerle el gusto, con lo cual se iría acostumbrando a la disciplina. En vano quiso oponerse Paulita con gran copia de razones teológicas y morales, fundadas en el principio de *mens sana in corpore sano*. Todo fué inútil. Sus palabras, oídas con respeto, no produjeron efecto. Elías decidió la cuestión, diciendo que su sobrino, además de liberal, era holgazán, y que había de renunciar a hacer de él nada bueno. Todos callaron y comieron. Clara no era admitida en la mesa común.

Volvamos arriba. Lázaro se comía la ración con gran apetito. La dama le hacía mil preguntas, y él le contestaba procurando ser lo más cortés que el hambre le permitiera. Las preguntas eran de esta clase:

—¿Creyó usted que no almorzaría hoy?

—¡Ah, señora! No.

—Porque yo no me olvidaba de que usted estaba sin comer.

—Yo le doy a usted las gracias.

—Pero usted no se lo figuraba—decía Paulita, ansiosa de apurar aquella cuestión hasta el fin.

—No, señora, de ningún modo...; yo... sí... Pero... ya.

—Y su tío se opuso a que almorzara.

—¡Ah! Mi tío—dijo Lázaro, dejando de comer—es un..., no; es un excelente hombre.

—¡Oh, sí!—dijo la devota mirando al cielo—es un hombre ejemplar..., un santo.

—Sí, sí: un santo.

Lázaro, nuevo en aquella casa, no había tenido ocasión de penetrar el carácter de la persona que tenía delante en el momento de su desayuno. Por este motivo nada le llamó la atención; por eso no supo que nunca sus bellos ojos habían tenido un resplandor tan vivo, ni que jamás voz de monja alguna entonó salmodias con tan melodioso timbre como el de la voz de Paula al decir: «¿Usted creyó que no almorzaría hoy?» En ella, sin embargo, había gran naturalidad y no es aventurado afirmar que en ningún tiempo se cruzaron sus manos blancas y finas con menos afectación, a diferencia de aquellos crispamientos de dedos que usaba tanto para acompañar y adornar sus peroraciones.

—Aquí no será permitido que le hagan a usted daño alguno—dijo en el tono de quien hace una importante revelación—. No tema usted. Si ha cometido alguna falta...

—¿Falta?—dijo el joven con tristeza.

—¿Pues no decían que era usted un gran pecador?

—¡Yo un gran pecador, señora!

—No será tanto como dicen...—continuó doña Paulita, con una sonrisa tan mundana, que no parecía puesta en boca de una santa.

—No—replicó el joven con efusión—; no es tanto como dicen, es verdad. Y si he de decirlo todo...

—Acabe usted—dijo la otra con mucho interés.

—Yo no sé qué falta he cometido—añadió Lázaro, con melancolía—. Pero sí, faltas he cometido, no lo puedo negar...

—A ver, a ver, ¿qué faltas?—preguntó con mucha ansiedad la favorita de Dios.

—Le diré a usted...—repuso él, preparándose a confesar.

—Comprendo: algún extravío de joven. La juventud está llena de peligros, y los jóvenes, si se los deja solos...

—Es verdad.

—Cuénteme usted. Yo quiero que usted se corrija. Tal vez la falta es mucho menos grave de lo que usted mismo piensa. Tal vez no pasa de ser una ligereza trivial—dijo con más ansiedad e interés Paula—. Dígame usted; yo le daré consejos... Cuénteme usted.

Lázaro permaneció pensativo un instante, y ya abría la boca para formular una contestación o una excusa, cuando Elías se presentó en la puerta. La devota se turbó un poco; pero un momento le bastó para reponerse. El realista se quedó muy sorprendido al ver a la dama y al observar los restos del almuerzo, mientras su sobrino se avergonzaba de haberlo probado.

—Pase usted, señor don Elías—exclamó ella con su unción acostumbrada—; pase usted: aquí estoy suplicando por amor de Dios a su sobrino que no le dé más disgustos. ¡Oh! Pero él se va arrepintiendo ya de los errores de su juventud. ¿Qué extraño es que la juventud peque, entregada a sí misma, sola por espinosos caminos? Le estoy recomen-

dando la moderación, la cortesía, la prudencia. Pero veo que usted se admira de que le haya traído de comer. ¡Ah!, confieso mi falta. Pero no he podido resistir los impulsos de la compasión. He sido débil; no he nacido para el rigor y confieso que no tengo carácter, como debiera, para sostener la rigidez de la disciplina. Si he cometido una falta, perdóneme usted.

Elías estuvo un rato sin saber qué contestar; pero tenía muy alta idea de la cristiandad de aquella señora para vacilar en aprobar cuanto hacía. Aquel acto le pareció una sublime prueba de caridad.

—¡Señora, qué buena es usted!—dijo.

—No es bondad, es debilidad. Conozco que hice mal.

—¡Señora, usted es una santa! Aunque él no merece lo que usted ha hecho, esto sirve para hacer resaltar más las virtudes de usted.

—¡Oh!—exclamó la elegida del Señor—, confieso que mi deber era seguir el dictamen de usted; pero no he podido resistir a un poderoso impulso de indulgencia. ¡Oh!, si siempre pudiera una salir victoriosa de sí misma...

—Mira, aprende—dijo Elías, volviéndose hacia Lázaro—; mira a esa santa; aprende lo que es nobleza, generosidad, virtud.

—No—dijo ella, bajando los ojos—. Que no tome por modelo a esta pecadora.

—Aprende, Lázaro—exclamó con exaltación el fanático—. Aquí tienes á la misma virtud.

La santa hizo una gran reverencia y se marchó, dejando solos al tío y al sobrino.

CAPITULO XXVI

LOS DISIDENTES DE LA FONTANA

Aquella mañana no ocurrió más incidente que el que hemos descrito. Lázaro subió y bajó varias veces furtivamente y con pasos de ladrón, tratando de ver a Clara; pero le fué imposible. Esperaba verla en la comida; mas también, como el día anterior, se frustraron sus deseos.

Pusiéronse a las dos los manteles, y cada cual ocupó su sitio. La mesa era para doce cubiertos: ocupó un extremo María de la Paz, teniendo a su derecha a Salomé y a su izquierda a Elías, mientras la devota estaba erigida a la derecha de su prima. Al joven le pusieron enfrente, a tanta distancia del grupo principal, que para alcanzar su ración tenía que descoyuntarse los brazos. Sirvióse primero una sopa que, por lo flaca y aguda, parecía de Seminario; después siguió un macilento cocido, del cual tocaron a Lázaro hasta tres docenas de garbanzos, una hoja de col y media patata; después se repartieron unas seis onzas de carne, que, en honor de la verdad, no era tan mala como escasa, y, por último, unas uvas tan arrugadas y amarillas que era fácil creer en la existencia de un estrecho parentesco entre aquellas nobles frutas y la piel del rostro de Salomé. Terminó con esto el festín, durante el cual reinó en el comedor un silencio de refectorio, excepto cuando Elías dijo que tanta esplendidez le parecía dispendiosa y elogió la sobriedad como fundamento de todas las virtudes.

Después se rezó un poco, y las señoras se retiraron. María de la Paz había adquirido en el período de la decadencia el hábito de dormir la siesta, y ya durante los últimos agnusdéis del rezo estaba haciendo cortesías con los ojos cerrados. Lázaro subió con el mayor desconsuelo, por no haber logrado tampoco aquella vez el objeto de su constante afán. Aventuróse a bajar sin ser visto de su tío, recorrió lleno de zozobra y ansiedad el pasillo; pero nada consiguió. Todo estaba cerrado y en silencio, y sin duda los habitantes de la casa estaban sumergidos en el agradable sopor de la siesta o en el letargo espiritual de la contemplación religiosa. Solamente *Batilo*, el melancólico perro, que había perdido los hábitos de su raza y no sabía ni ladrar, estaba paseando su hastío por el comedor, rasguñando de cuando en cuando la puerta de un armario, donde probablemente yacían los exiguos despojos de la carne servida en la mesa aquella tarde.

Subió Lázaro desesperado; pero al ver a su tío medio dormido en un sillón no pudo resistir la influencia letal que en todos sus habitantes ejercía aquella región del fastidio; preparóse también a dormir, y se tendió en su cama. No habían pasado diez minutos cuando sin-

tió fuertes campanillazos en el piso de abajo, y después la voz de Salomé, unida a otras voces de hombre, entre las cuales creyó reconocer alguna. Levantóse y se asomó a la escalera.

Eran cuatro personas que le buscaban, y la dama las dirigió al piso alto con muy mal humor. El joven reconoció entre aquéllos a su amigo Alfonso y al *Doctrino*. Estos y otros dos, que Lázaro no había visto nunca, subieron. *Coletilla* los había sentido en su sueño de lechuzo, y despertando súbitamente se adelantó hacia la puerta.

—¡Hola, ustedes!...—exclamó de repente; pero mudando de tono en un instante brevísimo, dijo con afectada frialdad o indiferencia—: ¿Qué se les ofrecía a ustedes?

Como Lázaro estaba puesto de espaldas a su tío, no vió que éste puso el dedo en la boca e hizo una imperceptible seña al *Doctrino*. Después dijo, haciendo un esfuerzo para aparecer complaciente.

—Ya comprendo: ustedes venían en busca de mi sobrino.

El joven estudiante tembló al pensar cuánto irritaría a su protector verle en compañía de aquellos exaltados.

—¿Por mí?—preguntó, estrechando la mano de su amigo.

—Sí—contestó el *Doctrino*, que comprendió lo que debía hacer.

—Sí; veníamos por ti—dijo Alfonso—. Tenemos una reunión esta tarde y queremos que vengas a ella. Es la reunión de los disidentes de La Fontana.

Lázaro creyó que su tío se iba a poner hecho una furia al oír hablar de las reuniones de fontanistas. Pero contra lo que esperaba, le vió tan sereno como si oyera hablar de un concilio ecuménico. Tampoco tuvo la suficiente perspicacia ni la suficiente memoria para hacerse cargo de que podía haber alguna relación entre las preguntas que el fanático le había hecho la noche anterior y la visita de aquellos amigos.

—Sí, que vaya; ve—dijo Elías.

La confusión de Lázaro aumentó; pero antes que saliera de su estupor, Alfonso le tomó del brazo, le condujo a la escalera y poco después estaban en la calle.

Los otros dos jóvenes nos son, hasta ahora, desconocidos, si bien es probable que los hayamos visto en el departamento bullicioso de La Fontana, precisamente en la noche fatal en que Lázaro fué arrojado del club. El uno de ellos, nacido en Algodonales, era de los contertulios más asiduos del barbero Calleja; y no es aventurado afirmar que intervino en la cuasi trágica escena que en el primer capítulo referimos. Se llamaba Francisco Aldama, y por ser andaluz y bastante aficionado al trato de los lidiadores de toros se le llamaba *Curro Aldama*, o el *Curro*. Doña Teresa Burguillos, feliz consorte del barbero, era un poco torpe para la pronunciación de los nombres propios y solía llamar *Aldaba* al amigo y comilitón de su esposo. Era *Curro Aldama* y *Aldaba* exaltado fontanista, de crasa ignorancia y con aquella osadía que acompaña siempre a los necios. Se las echaba de gran patriota, y no sonaba cencerro en Madrid sin que él tomara parte en la danza.

El otro era de muy diversa condición y figura. Sus aficiones literarias le habían hecho amigo del poeta clásico que hemos conocido habitando en el olimpo de doña Leoncia, la semidiosa de la calle de la Gorguera. Allí conoció a Alfonso Núñez, con quien trabó amistad; y bien pronto, aunque las musas le fueron propicias—se estrenó en la Cruz, con buen éxito, un sainete pastoril suyo, titulado *Anfriso y Cenobia*—, dejó las musas por la política, escribió en *El Universal* y en *El Labriego*, charló en los clubs y se decidió por el partido exaltado.

Tenía mucho ingenio, dotes de orador y periodista; pero muy poca instrucción y una ligereza invencible. Frecuentaba la tienda de Calleja y el club de La Cruz de Malta; pero últimamente se aseguraba que pertenecía a la tenebrosa sociedad de Los Comuneros, aunque él lo negaba. Lo cierto es que en La Fontana sospechaban de él, no sabemos si con fundamento. Se decía que era de los alborotadores pagados por la reacción; hasta que una noche, viendo que se le miraba con desconfianza, y aun se le hicieron alusiones picantes, desertó para no volver. Este era Cabanillas, joven de educación y talento, a quien no se podía ver sin repugnancia alternando con hombres desalmados como *Tres Pesetas*, *Chaleco* y el *Matutero*, que hemos tenido el gusto de conocer al principio de esta puntual narración.

—Chico—decía Núñez—, ¿sabes que hemos reñido con los de La Fontana? El lance de la otra noche nos ha obligado a romper con esa canalla. Estamos agraviados; también a nosotros nos han querido acusar como a ti; pero hemos alzado el vuelo y estamos fuera. Vamos a formar otro club.

—Me calumniaron—exclamó Lázaro—. Yo no sé qué demono me tentó a mí para hablar aquella noche.

—Si son unos mentecatos. Nada: allí se han figurado que no hay más liberales que ellos—afirmó Núñez—; y a los que defendemos la libertad verdadera y completa nos llaman exaltados, alborotadores, y dicen que estamos vendidos.

—Ya les arreglaremos las cuentas—dijo el *Doctrino*.

—Pues oye—continuó Alfonso—: nosotros vamos a fundar otro club, el verdadero club revolucionario. A esos necios de La Fontana les ha dado ahora por predicar el orden. ¡Qué orden ni qué ocho cuartos! Nosotros predicaremos la violencia, porque sin violencia no hay revolución; sin extirpar los obstáculos y arrancarlos de raíz no se puede transformar este pueblo. Nosotros vamos a predicar la Democracia; vamos a proclamar la soberanía suprema, absoluta, del pueblo; a combatir el trono y a señalar los que en la gran purificación que se prepara deben ser arrancados de raíz, exterminados y concluídos. Tú vendrás a nuestro club, ¿no es verdad?

—Veremos—contestó Lázaro, muy preocupado.

—Nuestra idea—continuó Alfonso—es combatir a esos republicanos tibios que van a las Cortes y a los clubs para sermoneaer sobre el orden y la moderación. Exterminio a esa canalla, a esos hipócritas.

—Sí—dijo el *Curro*—, porque si uno se deja dominar por esos tibios, se queda uno atrás; y no están los tiempos para quedarse uno atrás. Mucho tino, que el que ahora no saca algo...

Con esta conversación llegaron a la calle de la Gorguera y a la casa de doña Leoncia; subieron al cuarto del poeta, que era el punto designado para las reuniones preparatorias del naciente club. Conoceremos el cuarto del poeta con el nombre de La Fontanilla, calificación oficial con que le designaron aquellos jóvenes.

Acomodáronse como pudieron en las tres sillas y en la cama del poeta, mientras éste se hallaba en el interior de la casa, al lado de doña Leoncia, poco atento a la política. El *Curro* se sentó junto a la mesa y mostró desde el principio gran deferencia hacia una botella que allí había, puesta, sin duda, por la previsora mano del poeta clásico.

—Vamos a ver—dijo Alfonso desde la presidencia, que era la cama—: a ver qué hacemos con esos liberales que nos calumnian y dicen que somos ebrios y agentes ocultos de la reacción.

—Combatirlos con razones—observó Lázaro—; demostrar que no somos agentes de la reacción. Pero ¿en qué se diferencian sus ideas de las nuestras? ¿No son ellos liberales? ¿No aman la Constitución?

—Pero la aman a medias—dijo el *Doctrino*—, porque no aman el verdadero sacerdocio de la revolución, que es destruir.

—Ya se ha destruído bastante—indicó Lázaro—; hagamos lo posible por llevar aunque no sea más que una piedra cada uno al gran edificio que se ha de levantar.

—Nada de eso, sin destruir es inútil pensar en edificar. Debemos señalar al pueblo cuáles son los enemigos, sus enemigos de siempre—dijo el *Doctrino*

—Pues eso es lo que yo decía—afirmó Aldama, decidiéndose, después de grandes vacilaciones, a probar el contenido de la botella.

—Digo lo mismo—repitió Cabanillas—. Hoy estamos peor que antes; no hay otra diferencia sino algunas palabras más en nuestras bocas. Los ministros hablan de libertad, los diputados hablan de libertad, los de los clubs hablan de libertad; pero la libertad no se ve, no existe; es una farsa. Digo, señores, que prefiero a esta farsa los frailes de antes y el rey absoluto de antes.

—Pues eso, ¿qué duda tiene?—dijo Núñez—. No hemos conquistado más que unas cuantas fórmulas. Y de eso, ¿quién tiene la culpa sino los liberales, que nos hablan del orden y vuelta con el orden?...

—¡Eso mismo decía yo!—exclamó el *Curro*, probando de nuevo la botella, que sin duda le había gustado.

—Enseñar al pueblo a pedir justicia; y si no se la dan, a hacerse justicia por

sí mismo es lo que conviene—dijo el *Doctrino.*

—¡Cuánto han hablado esos hipócritas del hecho del cura de Tamajón, acusando al pueblo de que se hacía justicia por sí solo! Pues ¿qué había de hacer el pueblo, si veía que el Gobierno permitía la conspiración constante del Palacio Real y encarcelaba a los buenos liberales porque cantaban el *Trágala?*

—Es claro; lo que quieren es engañar al pueblo, infundirle miedo con su orden y siempre con su orden...

—Mientras vivan ciertos hombres—dijo el *Doctrino* sombríamente—nada adelantaremos. No conviene ahora decir quiénes son esos hombres que deben desaparecer; pero a su tiempo se nombrarán.

El *Doctrino* tenía algo de lúgubre, hablaba poco y siempre con una lentitud melancólica que anunciaba en él pensamientos ocultos y un frío y siniestro cálculo que no quería dejar traslucir.

—Eso mismo digo yo—repitió Aldama, que estaba resuelto a no desairar la botella mientras tuviera dentro alguna cosa.

—Pues lo primero, señores—dijo Alfonso—, es constituirnos de cualquier modo que sea. Veremos si se encuentra un buen local donde podamos reunirnos en mayor número.

—Nos reuniremos al aire libre si es preciso. Lo que nos importa es buscar gente, y de eso yo respondo. Pasado mañana nos congregaremos aquí, y yo traeré a dos o tres amigos, que es como si trajera medio Madrid. ¡Verán ustedes qué mozos!

—Pues bien, hasta pasado mañana; tú vendrás, Lázaro—dijo Alfonso—. Yo mismo iré a buscarte. Quiero que no te desanimes ni te aburras. El porvenir es para nosotros, chico. Hay que hacerse lugar, porque esto está perdido. Las ideas van en baja, y fuerza es que la juventud sea lo que debe ser; la iniciadora y la reveladora de los grandes principios.

—Vendré—dijo Lázaro con poca determinación.

Levantáronse Alfonso y Cabanillas y se despidieron. Lázaro hizo lo mismo, y los tres se marcharon. El *Doctrino* y el *Curro* quedaban allí. No es aventurado conjeturar que, al quedarse solos, la botella, a que tanta afición había mostrado Aldama, estaba completamente vacía.

Cuando se vieron solos y sintieron bajar la escalera a los otros, el de la botella dijo:

—¿Cuánto te ha dado ayer el tío *Coletilla?*

—Mira—dijo el otro, sacando cuatro onzas y algunos doblones de un bolsillo grasiento.

—¡Ah, marrajo! —exclamó Aldama, mirando con brillantes y ávidos ojos el oro—. Dame siquiera una. Debo cuatro meses de casa y más de seis duros de prestado.

—Poco a poco; no hay que despilfarrar el tesoro del rey—dijo el *Doctrino,* guardándose majestuosamente en el bolsillo el erario revolucionario.

—Vamos, *Doctrinillo,* dámela. Ya sabes que tengo apalabrado a Perico Tinieblas, el del Portillo de Gilimón, que es hombre pintado para estas cosas. Y lo que es en la plaza de la Cebada no hay chalán que no sea capaz de comerse al Gobierno a una orden mía.

—No; las cosas han de ir en regla. No puedo pagar sino a su tiempo; tengo esa orden. Pero no tengas cuidado, que cuando esta asamblea principie a dar frutos...

—Dime: y Alfonso Núñez, ¿está en autos?...

—No, no sospechaba nada. Es un inocente y un visionario. Es de los que se dejan matar por las ideas. Estos son los hombres que nos hacen falta: muchachos de talento y de buena fe que hablen al pueblo y le llenen de agitación.

—¿Y ese otro bobalicón que hemos ido a buscar hoy?

—Ese es chico listo también, pero de una inocencia angelical. Tenemos muchos de éstos, que son los que han de hacer la mejor parte sin costar nada. Cabanillas vale; pero ése no es tan barato: está el pobre muy mal, y hay que favorecerle. Ayer le encontré llorando en la casa; me dió mucha lástima. El trabaja con repugnancia en nuestro asunto; pero no tiene otro remedio, porque está sin un cuarto.

—Pues mira que yo estoy también...

—Verás qué bien va a salir esto—dijo el *Doctrino,* bajando la voz—. Y para entonces ya podemos contar con fondos. Los tiempos están malos, *Currillo;* y si uno no se agarra a los buenos faldones...

—Eso mismo digo yo. Pero ¿me das o no esa oncilla?

—Espérate a pasado mañana. Tengo orden de no repartir todavía.

El *Curro* y el *Doctrino* bajaron después de haberse despedido desde la puerta y a gritos del poeta clásico.

La Fontana de Oro sirvió al rey y a la reacción más que los frailes y los facciosos, porque en ella había un cáncer que en vano trataban de cortar algunos hombres prudentes, expulsando a quien no era culpable. El cáncer de la venalidad continuó corrompiendo aquella asamblea, que no tenía un rival, sino una sucursal en La Fontanilla.

CAPITULO XXVII

SE QUEDA SOLA

Cuando Lázaro volvió a su casa, tembló en presencia de *Coletilla*. Pero bien pronto su terror se trocó en sorpresa al ver que, lejos de mostrarse indignado el viejo por haberle visto en compañía de los frenéticos de La Fontana, estaba un poco menos adusto que de ordinario, y hasta llegó a manifestar cierta benevolencia, que era en él cosa muy rara.

Aquella noche y a la mañana siguiente volvió Lázaro a intentar la difícil empresa de ver a Clara. Era cosa imposible, porque el sistema de clausura empleado en la joven por sus tres carceleras, por aquel Cerbero femenino de tres cabezas y tres cuerpos, era inexorable. Clara vivía peor que un cenobita, peor que esos prisioneros de que hablan las historias antiguas, sepultados en vida, cuerpos vivos para el dolor y los horrores de la soledad. ¡Dios tenga piedad de este infeliz!

Pero si Lázaro no podía verla, el abate Carrascosa pudo aquel día, con permiso de la devota, entrar a enterarse de la salud de *su señora doña Clarita;* y al hallarse con ella, sacó un papel del bolsillo y haciéndole señas de que callase, se lo dió a la joven furtivamente. Sin decirle una palabra, salió.

Clara se puso como la grana: su primer pensamiento fué romper la carta; pero le ocurrió que podía ser de Lázaro. Tal vez el pobre muchacho se había decidido a escribirle, no pudiendo verla, y se valió del abate, que era, sin duda, su amigo. Guardó en el seno la carta, y esperó.

La devota no tardó en venir, y se sentó junto a ella.

—¿No sabe usted—dijo—que vamos esta tarde a la procesión del Divino Pastor?

—¿Sí?—contestó Clara maquinalmente.

—Sí; pero usted no va. Han resuelto que se quede usted aquí porque las jóvenes que están en penitencia no deben salir nunca de casa. ¿No piensa usted lo mismo?

—Lo mismo—dijo Clara, temblando por miedo de que le conocieran en el semblante que tenía una carta escondida.

—Vamos al balcón de una amiga nuestra, desde donde se ve todo perfectamente. Estará muy vistoso. De San Antón salen tres imágenes, y dicen que es también muy probable que salga el Cristo de las Llagas, de la capilla de Santa María del Arco. Todo esto pasa por la calle de San Mateo, adonde vamos nosotras.

No dijo más. Ya estaba arreglada para salir. Su vestido era el de las grandes solemnidades, el mismo de otras veces; pero, ¡cosa singular!, su toca estaba plegada en la frente con cierta presunción de monja novicia, presunción que no carecía de gracia. Su mantón, cuyo velo impenetrable le cubría otras veces completamente el rostro, aparecía ahora echado hacia atrás con una franqueza que el rígido dominico de la antigua casa de los Porreños habría calificado de desenvoltura.

Si Clara hubiera estado menos preocupada en aquel momento y tenido un carácter más observador, sin duda se habría de admirar al ver a doña Paulita afectada de distracciones intermitentes; habría notado que se sonreía con frecuencia, moviéndose sin cesar; que después se ponía muy triste, permaneciendo quieta y como abstraída; que luego le daba una especie de acceso de despecho, crispaba los nervios y cerraba los ojos, erguía el cuello y parecía atenta a ruidos lejanos, no escuchados de otro alguno. Aún hay más: si Clara no hubiera tenido el rostro tan inclinado sobre la costura como de ordinario, habría reparado que la devota se levantó y, acercándose a un pequeño espejo de cristal

de roca—obra admirable del siglo XVII, adquirido en Venecia por el undécimo Porreño—, se estuvo mirando por espacio de tres minutos con singular atención. Hay pruebas irrecusables de que jamás, en ningún tiempo, había reflejado la histórica superficie de aquel espejo la faz de la dama. También sabemos que aquélla no era la primera vez que se miraba; que la noche anterior y el día anterior se había mirado también, observándose, sobre todo por la noche, con gusto y calma. Es indudable que medio cerró los ojos para verse no sabemos con qué grado de luz, y que recogió después los labios, mostrando a la curiosidad insaciable del cristal lisonjero las dos blancas y nacaradas filas de sus hermosos dientes. Este fenómeno nos ha obligado a trabajar mucho para descifrar ciertos misterios, cuyo conocimiento es necesario para la continuación de esta historia.

En el otro cuarto, María de la Paz y Salomé habían exhumado de las profanas gavetas unas vetustas vestiduras de seda valenciana, que habían sido en mejores tiempos elegante ornato de sus personas. Suspendieron en sus cabezas sobre solidísimas peinetas la mantilla negra de pesados encajes. y Paz abrió una pequeña caja de cartón en figura de ataúd, que aún conservaba el perfume fiambre de las guanterías de 1790, y de esta caja sacó un abanico de doscientas varillas, que, al desplegarse como la cola de un pavo real, hacía más ruido que una perdigonada. Salomé se colgó en la muñeca de la mano izquierda un ridículo, donde puso, además de sus espejuelos, un frasquito de esencias y otras baratijas.

—¿Y dejamos aquí a ese joven?—dijo Paz, mirando a su hermana con estupor.

—¿Cómo? No es posible—contestó la del ridículo con espanto—. Si queda Clarita en casa...

—¡Qué horror! Hay que llevar con nosotras a ese joven. Pero ¿qué dirán?...

En esto entró la devota. Elías andaba por allí cerca.

—¡Qué dirán si llevamos con nosotras a ese joven!...—continuó Paz.

—¿A ese joven?...—repitió Paulita.

—Sí; ¿qué dirán? ¡Jesús!—exclamó Salomé.

—Nada dirán — manifestó la devota, mirando para otro lado—. Es un servidor, un caballero que nos acompaña. Y, sobre todo, el mal está en las intenciones, no en las apariencias. ¿Qué pueden decir? Nosotras, es verdad que no necesitamos caballeros; pero no es indecoroso que ese joven nos acompañe. ¡Oh! No atendamos tanto a las preocupaciones del mundo.

—Pero si a ese joven le conocen por libertino—dijo Paz—y le ven con nosotras...

Antes este argumento vaciló un momento la mujer mística, y casi no supo qué contestar. Pero no era persona que se dejaba vencer fácilmente en una disputa, y tomando fuerzas, prosiguió:

—¡Oh fragilidad de las cosas mundanas!... No temamos al qué dirán. Sobre todo, yo no creo que ese hombre sea un libertino—Elías había entrado, y escuchaba con mucha atención a la devota—. Tiene buen corazón, y si ha cometido algún error es por falta de experiencia y de guía. Pero yo le he comprendido bien, y sé que se enmendará, si ya no se ha enmendado, y está derramando lágrimas ocultamente por sus yerros pasados. Que venga.

Elías no la dejó concluir. Arrebatado de entusiasmo, alzó los brazos y gritó:

—¡Lázaro, Lázaro!

Antes que Lázaro llegara, el realista se lanzó fuera, y le trajo o, más bien, le arrastró.

—Arrodíllate ahí—le dijo con voz fuerte, presentándole ante la devota—. Arrodíllate delante de esa santa. Ha dicho que tienes buen corazón.

Lázaro estaba perplejo, las dos viejas absortas, la devota satisfecha y Elías entusiasmado. Que quieras, que no, el joven tuvo que hincarse.

—Híncate, hombre, híncate—dijo el tío—. Ahora, bésale la mano.

Lázaro, que sin darse cuenta obedecía las órdenes violentas de su tío, besó respetuosamente la mano de la santa, y la tuvo estrechada un momento entre las suyas.

—Prostérnate ante la virtud — decía Elías—; tú, pecador indigno de ser perdonado. Ha dicho que tenías buen corazón. No, señoras; no lo tiene.

Doña Paulita hizo esfuerzos heroicos para aparecer con cierta dignidad arquiepiscopal en el momento en que Lázaro le besaba la mano, arrodillado ante

ella; pero su decoro de santa fué vencido por lo mucho que empezaba a tener de mujer. Cuando sintió los labios del joven posados sobre la piel de su mano, tembló toda, se puso pálida y roja con intermitencias casi instantáneas, y una corriente de calor ardentísimo y una ráfaga de frío nervioso circularon alternativamente por su santo cuerpo, no acostumbrado al contacto de labios humanos.

Después de una pausa, principió a recobrar su aplomo y dijo:

—¡Qué locura! ¡Santa yo! Levántese usted, caballerito—no se atrevió a decir *joven*—. No he dicho más sino que confío en que tendrá buen juicio y se enmendará.

—Pues ¿no ha dicho que te perdona las faltas que has cometido? ¡Qué virtud! ¡Qué heroísmo cristiano!—exclamó Elías—. ¿No te anonadas? Pero, hombre, levántate; ¿qué haces ahí de rodillas?

El joven se levantó, mientras Paz ponía fin a esta vehemente y conmovedora escena, diciendo fríamente y con desdén: «Vámonos.»

—Prepárate a acompañar a estas señoras—dijo *Coletilla*.

Al estudiante le contrarió mucho este mandato. El había oído decir en la mesa aquella mañana que Clara no iría a la procesión, y había formado sus proyectos para verla aquel día. La obligación de acompañar a las tres señoras le pareció la mayor desgracia que podía ocurrirle aquel día. Pero ¿cómo era posible resistir a las órdenes de aquel tirano?

Lleno de despecho, tomó su sombrero y bajó con las tres ilustres ruinas, que se llevaron una de las llaves de la casa, dejando a Clara la consigna de no salir del cuarto. Elías, que quedaba también en la casa, tenía la otra llave.

No hacía cinco minutos que las Porreñas navegaban hacia la calle de San Mateo, cuando llegó el abate Carrascosa muy presuroso y tocó a la puerta.

Elías bajó a abrirle.

—Venga usted, amigo; venga usted al momento—le dijo con agitación.

—Pero ¿adónde, hombre, adónde? Está la casa sola. No puedo salir.

—¿Que no puede usted salir?—dijo el abate, asombrado—. Pues buena la hace usted si no sale al momento y viene conmigo a donde yo le lleve.

—Pues ¿qué hay, Carrascosa?

—Venga usted, y hablaremos por el camino.

—Hombre, la casa...

—¡Qué casa ni qué ocho cuartos! Cierre usted, y vámonos.

—Queda aquí esa muchacha.

—Pues déjela usted encerrada y venga, porque esto no es cosa para andarse con peros...

—Pero ¿qué hay? Sepámoslo.

—Hay que si usted no viene ahora mismo conmigo a La Fontanilla ya sabe usted..., el club de esos muchachuelos... Si usted no viene conmigo, va a haber un conflicto.

—Pero ¿qué es ello, hombre?

El abate no había inventado de antemano la mentira que necesitaba emplear para salir de la casa de Elías; así es que se vió aturdido por un momento; pero su astucia frailesca no le faltó.

—Pues parece que esos chicos están alborotados, y dicen que usted los ha engañado; que usted no tiene poderes de..., de aquella persona; que usted...

—¿Que no tengo yo poderes?—dijo Elías—. Cuidado con los niños. ¡Liberalitos al fin!

—Y parece que quieren armar un alboroto esta noche—dijo Carrascosa, seguro ya de la mentira que había de encajarle.

—¡Esta noche!—exclamó Elías, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Esos chicos están locos! Lo van a echar todo a perder... Pero ¿quién les ha dicho que esta noche...? ¡Vaya con los niños! Pero voy allá al momento.

—Venga usted, porque si tarda...

—Voy, voy al momento. Cerraré la puerta y me llevaré la llave. No importa. Las señoras tienen otra.

—Vamos.

El abate había conseguido su objeto, que era alejar a *Coletilla* de la casa aquella tarde, para que Clara se quedase sola. En tanto, las esfinges se acercaban al término de su viaje, y Lázaro las seguía, revolviendo en su mente el plan que en un momento de colérica inspiración había concebido. Consistía este plan en dejar a las tres ruinas en medio de la calle, cuando ellas estuvieran más distraídas con la procesión, y volver atrás.

Pero esto tenia sus inconvenientes. ¿Cómo entraba en la casa? ¿Rompiendo la puerta? ¿Y su tío, que estaba dentro? Terrible era aquella situación. ¡Vivir con ella y no verla! Oír que continuamente imputaban a aquella infeliz faltas y crímenes inauditos, y no poder acercarse a ella y preguntarle: «¿Qué has hecho?»

Las tres Porreñas marchaban acompasadas y pomposamente, sin proferir una palabra. Así llegaron a la casa desde donde habían de ver pasar la procesión, que era la casa de un clérigo llamado don Silvestre Entrambasaguas y de su hermana doña Petronila Entrambasaguas.

•

CAPITULO XXVIII

EL RIDÍCULO

Era don Silvestre un clérigo carilleno, bien cebado, grasiento, avaro, de carácter jovial, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco. Su hermana era una dueña quintañona, gruesa y muy pequeña, con la nariz del tamaño de una almendra y del color de un tomate, abultadísimo el pecho y el talle y las caderas tan voluminosas que le daban el aspecto de un barril. Las tres ruinas aristocráticas no hubieran nunca descendido en sus buenos tiempos a tratarse con aquel par de personas de baja extracción—porque eran hijos de un tocinero de Almendralejo, y él cuidó cerdos en las dehesas de Badajoz hasta que entró en el Seminario—; pero en los tiempos de decadencia podían visitarse y tratarse, aunque siempre con cierto decoro, y estableciendo tácitamente la diferencia de las antiguas jerarquías. Se habían conocido en el locutorio de las Góngoras, en cuyo convento existía una monja perteneciente al linaje de los Entrambasaguas. La amistad de las Porreñas y don Silvestre y su hermana llevaba ya cuatro años de mutuas cortesías, de mutuas fórmulas urbanas y de confianzas decorosas.

Tomaron asiento las tres, y enteraron a sus amigos de quién era aquel joven que *decorosamente* las acompañaba. María de la Paz, en su afán de decirlo todo, expuso, con su lucidez acostumbrada, que aquel caballerito había estado en el camino de la perdición a causa de las malas compañías; pero añadió que ellas le protegían, y esperaban lograr traerlo al buen camino.

—¿De dónde eres, muchacho?—dijo el padre, que era muy brusco, muy francote, y trataba de *tú* a todo el mundo.

—De Ateca, en Aragón.

—¿Ateca? ¡Buena tierra! ¡Buenos torreznos! ¡Buena fruta!... ¿Y no estudias, hombre, no estudias?

—Sí, señor: estudio para abogado.

—¡Bueno está eso! —dijo el clérigo con risa brutal—. ¡Abogado! ¿De qué sirve eso? ¿Por qué no estudias Teología y Cánones?

—Algo de esto estudié en Zaragoza.

—¡Zaragoza! ¡Buena tierra! Buen carnero, buen lomo; pero no como en mi tierra, en Extremadura..., porque yo soy extremeño. Dime: ¿por qué no has estudiado para cura?

—Porque no tengo vocación para esa carrera.

Doña Paz hizo un gesto de sorpresa y reprobación, como si el joven hubiera dicho una gran irreverencia. Después, acumulando en su rostro todos los rasgos de desdén y acritud de su gran repertorio, dijo:

—¡Ah!, señor don Silvestre!, con mucha razón le sorprenden a usted los despropósitos de este joven; pero no tiene usted en cuenta que ha vivido hasta hace poco en el más lamentable extravío. Ya se corregirá; hay una persona que ha tomado a cargo su educación, y creemos que logrará el intento.

—¡Que no tenía vocación!—exclamó Entrambasaguas con voz de trueno—: eso es una irreverencia.

El estudiante bajó los ojos, aturdido e indignado. Después miró como único consuelo a la devota, por ver si, como otras veces, salía a defenderle; pero la devota, que miraba también con atención contemplativa, pensaba en otra cosa que en defenderle.

—Mi señora doña Paulita—dijo el clérigo, dirigiéndose a la *rosa mística*—, ¿sabe usted que he leído el libro *De albigensium erroribus*, y estoy conforme con lo que dice el padre Paravicino, que *pietus in pietate contra ecclesia nulla contemnere pios?* ¿Qué le parece a usted esta opinión? Porque a *dœmonio*

numquam salus inveniatur. Vamos, diga usted, que es gran teóloga.

Paulita no contestó; y otro menos bruto que el padre Silvestre hubiera comprendido que aquella extemporánea consulta teológica la contrariaba mucho en tal momento. El instinto femenino se sublevó allí contra toda la unción consuetudinaria de la santa. No contestó, y ¡cosa singular!, la que siempre se había ruborizado cuando en presencia de los curas le hablaban de cosas mundanas, se ruborizó ahora porque le hablaban de Teeología.

—Yo no sé..., yo no entiendo..., yo no he leído ese libro—contestó al fin, viendo que el majadero de Entrambasaguas repitió su pregunta adornada con dos o tres festones más de latín.

—Pues ¿no me lo recomendó usted aquel día que hablamos en el locutorio de las monjas con el obispo de Calahorra, cuando dijo usted aquello de San Dionisio Areopagita, que empieza...? ¿A ver cómo empieza? ¿No se acuerda?

—Yo, no—dijo la devota, muy colorada y muy inquieta por no hallar pretexto para mudar de conversación.

—Pero ¿no me recomendó usted ese libro de *Albigensium erroribus?* Si me dijo usted que era lo mejor que se había escrito...—insistió el majagranzas del clérigo.

Un rumor popular y el áspero tañido de los fagotes vinieron a sacar de apuros a nuestra amiga anunciando la procesión. Se dispuso a ocupar inmediatamente los dos balcones: en uno se colocó el clérigo con María de la Paz y Salomé; en otro se colocó la gorda, doña Paulita y Lázaro. Un enorme tiesto, donde crecía con extraordinaria lozanía una adelfa, estorbaba la comodidad de estas tres personas. La gorda estaba en medio y era imposible acomodarse con holgura a causa de doña Petronila y de la adelfa. Pero al fin, después de mil cumplimientos la devota se encontró en medio, teniendo a la derecha a Lázaro y a la hermana del clérigo a la izquierda.

La procesión empezó a desfilar. El clérigo hablaba por los seis, y hablaba tan fuerte que los transeúntes se quedaban mirando a los balcones. Algunos de los curiosos notaron en el rostro de doña Paulita una muy grande agitación, y el autor de este libro, que era uno de los que pasaban, notó con sorpresa—porque conocía de oídas su carácter—que entre la frente de la dama y los cabellos del joven no había otra cosa que algunas hojas y una flor de la adelfa criada en el balcón. Lázaro no atendía al gentío, ni a los santos, ni a nada. El despecho por encontrarse allí mal de su grado le ocupaba todo.

En el otro balcón hacía don Silvestre detallado relato de las cofradías, pendones, estandartes, imágenes y corporaciones que iban desfilando. Salomé ostentaba en su muñeca el ridículo, que caía sobre el antepecho del balcón, ofreciendo al asombro del numeroso público los vivos colores de sus mostacillas azules y de sus lentejuelas doradas. Era el tal ridículo primorosa obra, en cuya elaboración tomaron parte las delicadas manos de su dueña; obra del siglo pasado y del año 94, en que la dama lo lució en los paseos de la Florida los días de invierno con gran aceptación de la juventud de entonces. Salomé profesaba mucho cariño a aquella prenda, porque le parecía que al ceñirla a su muñeca llevaba consigo un amuleto de perpetua juventud.

—Se te va a caer—le dijo su tía, viendo cómo se balanceaba la prenda sobre el antepecho del balcón.

—No se cae—dijo Salomé, que gustaba mucho de lucir en las grandes solemnidades aquel mueble hereditario, y creía que desde la calle hacía un efecto magnífico.

La ordenada turba de monagos, clérigos, cofrades, archicofrades y penitentes seguía desfilando. La gorda y su hermano se hacían lenguas cada vez que pasaba un estandarte, una cruz. El codo de Lázaro tocaba el codo de la devota, y ésta tenía cruzadas las manos, y la cabeza inclinada a un lado, porque sin duda le halagaba el suave roce de las adelfas. Después se pasó la mano por los ojos como si apartara un velo imaginario.

Cuando la procesión estaba en su lleno, digámoslo así, un grito resonó en el balcón inmediato. ¡Oh dolor! El ridículo de Salomé había caído a la calle.

—¡Y está en él la llave de la casa! —dijo Paz con terror.

Lázaro no necesitó oír más; su determinación fué rapidísima. Se quitó del balcón, y dijo vivamente:

—Voy a buscarlo.

El ridículo cayó sobre las cabezas de los transeúntes; pasó de mano en mano, y fué arrastrado por la multitud de tal modo, que un momento después de caído estaba a gran distancia. Lázaro, que vió esto, bajó rápidamente, llegó a la calle y atravesó, con mucho trabajo, por entre la multitud. Su determinación era decisiva. «¡Qué feliz coincidencia!—decía para sí—. Allí está la llave: la tomo, corro a la casa, abro; el viejo debe de estar arriba, durmiendo la siesta; entro, la veo, le hablo, le digo..., qué sé yo lo que le voy a decir..., y me vuelvo a escape. Si las viejas sospechan, inventaré cualquier mentira. No hay más remedio.»

Al fin llegó jadeando y con mucha fatiga al extraviado ridículo. Lo tenía una mujer que lo estaba registrando, y viendo que no contenía cosa de valor, no parecía mostrar gran empeño en conservarlo. Lázaro lo tomó. El oleaje del gentío le había llevado a gran distancia de la casa de Entrambasaguas. Desde el balcón no podían verle. No dudó más, y echó a correr por una de las calles transversales hacia la casa.

La ansiedad propia de la situación y la marcha precipitada le agitaron de tal modo, que tuvo que detenerse para respirar. Por fin la vería, sin duda. Llegó a la casa, entró, subió la escalera; pero antes de resolverse a abrir se detuvo, y necesitó apoyarse en la pared, porque la agitación le había quitado las fuerzas. Pensó que ella se asustaría al verle entrar tan descompuesto, al sentir abrir la puerta. Por fin, con la mayor cautela, puso la llave en la cerradura, le dió vueltas y abrió muy quedo. Entró, volvió a cerrar y dió algunos pasos. Era ya tarde, la casa estaba oscura; no veía nada. Anduvo a tientas un rato. Al fin distinguió los objetos, y siguió por el pasillo.

Silencio sepulcral reinaba en la casa.

«Sin duda don Elías duerme arriba —pensó, y siguió andando hasta acercarse a la puerta del cuarto donde Clara debía de estar—. Para que no se asuste —pensó Lázaro, trémulo de emoción, como quien va a cometer un crimen—, lo mejor será acercarme a la puerta y llamarla muy quedito. Así no se asustará.»

Avanzó más, llegó a la puerta, y tomando aliento para pronunciar las dos sílabas de aquel nombre que amaba tanto, se paró, y con voz baja y conmovida dijo:

—Clara.

Pero en el instante mismo en que pronunció esta palabra, se estremeció de sorpresa y terror. Un frío intenso circuló por todo su cuerpo; toda la sangre se le agolpó al corazón, que latía con violencia desenfrenada, y quedó inmóvil como estatua junto a la puerta. En el momento de pronunciar el nombre de Clara, había sentido dentro de la habitación una voz de hombre, una voz de mujer y pasos precipitados.

Pronto veremos lo que hizo.

CAPITULO XXIX

LAS HORAS FATALES

A las cuatro de aquella tarde, cuando después de salir las tres damas, Clara se encontró sola, quiso satisfacer su curiosidad leyendo la carta que le había dado el abate; pero observó que Elías andaba por el pasillo: tuvo miedo, y la guardó. Media hora después, habiendo *Coletilla* salido con Carrascosa, se quedó sola, enteramente sola y encerrada. Entonces abrió la carta. Era, sin duda, de Lázaro, y casi sabía punto por punto lo que había de decir. Pero su sorpresa fué grande cuando miró la firma y vió: *Claudio*.

—¡Claudio! ¿Quién es Claudio?—exclamó con la mayor confusión.

La carta decía así:

«Ya te he devuelto, amiga mía, a ese joven prisionero a quien tanto quieres. Yo le he sacado de la cárcel donde el infeliz estaba a punto de morirse de hambre y de frío; le he sacado tan sólo porque es tu amigo. Ya sabes que tú y yo somos también verdaderos amigos. Ese joven parece que te quiere bien; pero no como yo, que te idolatro; y tan desventurado soy ausente de ti, que hoy voy a intentar verte y hablarte entrando por una casa vecina. No te llame la atención: estoy decidido. Por mí han salido esas tres viejas; por mí ha salido Elías; por mí ha salido Lázaro. Estás sola y encerrada; encerrada para todos menos para mí, que te veré esta tarde. No tengas miedo: sólo quiero verte y ha-

blarte. Te lo asegura, te lo promete el que te adora.

Claudio.»

—¡Claudio!—dijo Clara, doblando la carta—: ¿quién es este hombre? ¡Y quiere entrar aquí! ¡Jesús, qué miedo! ¿Qué debo hacer? ¿Cerrar las puertas?

Clara empezó a temblar de miedo; no podía tomar resolución ninguna. Por fin evocó todo su valor: se dirigió a la puerta que daba al pasillo, y le echó el cerrojo; después corrió a la puerta que comunicaba con la habitación inmediata con intento de cerrarla también; pero ya era tarde, porque Bozmediano entró muy tranquilo en el cuarto.

—¡Jesús!—exclmó Clara, retrocediendo con espanto—. Váyase usted, por Dios. ¡Qué atrevimiento!

Pero no pudo seguir, y se echó a llorar.

—Váyase usted... Si vienen... Por Dios, señor caballero—no se acordaba del nombre—. Váyase usted... Usted es muy bueno y me dejará sola. Si vienen ahora, ¿qué van a decir?

—No vendrán: tranquilízate—dijo Bozmediano, algo contrariado por aquel recibimiento—. Somos ya verdaderamente amigos. Hoy vengo a hablarte, a verte. Ya sabes que me he declarado tu protector.

En el sistema amatorio de Bozmediano estaba el tutear a las muchachas a la tercera entrevista.

—Yo no quiero que usted me proteja. Si estoy muy bien aquí—afirmó Clara con angustia.

—¿Bien aquí?—dijo el militar, cerrando los puños—. ¿Bien aquí? Como que voy a ahorcar a esas tres arpías que te están martirizando. Cuando pienso que un viejo fanátitco y tres mujeres ridículas están hoy en el mundo sólo para mortificarte y asesinar lentamente a la más noble y amable criatura que ha nacido...

—Si a mí no me atormentan—dijo Clara, cuya atroz inquietud se manifestaba en un llanto entrecortado, que acobardó por un momento al galán aventurero—. Váyase usted, por Dios, yo se lo ruego, se lo pido por Dios y todos los santos.

—¿Irme sin ti? Eso no puede ser.

—Jamás consentiré yo en salir con usted—exclamó la joven con resolución—. Váyase usted, señor caballero—otra vez no se podía acordar del nombre—; usted es muy bueno, yo lo sé. Pero si tarda un momento más en marcharse, le odiaré toda mi vida. Váyase usted, por piedad.

—Y si me voy, ¿qué va a ser de ti, pobrecilla?—dijo Bozmediano con melancolía—. Si yo te abandono, ¿qué va a ser de ti en poder de estos cuatro demonios? ¿Cómo he de consentir el crimen espantoso de este encierro, de esta soledad, de este marasmo, de esta tortura lenta que te aplican esas infames? No, Clara; tú me conoces muy bien en las pocas veces que me has tratado para saber que yo no puedo consentir tal cosa. Si yo te abandono, pasará un día y otro día sin que nadie se atreva a hacer cosa alguna para salvarte. Este joven, a quien yo he sacado de la cárcel, tiene una imaginación disparatada; pero no resolución ni ánimo para sacarte de penas. Esta es la verdad: no esperes nada de quien nada puede ni nada sabe hacer por ti. Créeme; no tienes más esperanza que yo. Y por mi parte, seguro estoy de que no te opondrás a mi resolución, que no tiene más objeto que tu felicidad.

—Pero si yo no quiero que haga usted mi felicidad—dijo Clara, más inquieta.

—Pues entonces, ¿quién la va a hacer? Huérfana, sola en el mundo, rodeada de enemigos y de malvados, sin que haya nadie que se interese por ti...

—¡Oh!—dijo la huérfana vivamente, creyendo encontrar un gran argumento—: sí, sí tengo quien se interese.

—No, no lo creas, no. Ese joven no hará nada: le conozco, conozco su carácter. La prueba es que vive aquí hace días, que sabe tus sufrimientos y nada ha hecho por aliviarlos. ¿Ha intentado algo? No; yo sé que no. No se atreve.

—¿Que no se atreve? Sí, sí... Pero váyase usted, por Dios. Si vienen... No se detenga usted un momento más; yo se lo ruego. Me va usted a perder.

—Clara, Lázaro no hará nada por ti. Su imaginación está embebida en la política. No esperes nada de él.

—Sí, sí espero: me salvará. Estoy segura de ello—dijo dolorosamente la joven.

—¿Por dónde lo sabes?

—El mismo me lo ha dicho.

—¿El? No puede ser. Yo dudo que haya podido verte, según me han dicho.

—Pero me verá, me salvará. Yo no necesito de usted.

—Sí necesitas de mí. Tengo esa vanagloria, única recompensa del grande amor que te tengo—dijo Bozmediano con expresión clarísima de verdad.

—Pero si yo no le quiero a usted ni le puedo querer. No le he visto más que dos veces, y eso sin mi licencia.

—Ese poco tiempo ha bastado para que te quiera yo.

—Yo se lo agradezco a usted; pero cuando se vaya—dijo la huérfana—. Qué modo tan raro tiene usted de favorecerme, asustándome de esta manera y comprometiéndome. ¡Ah! Váyase usted, por Dios. Van a llegar y le van a ver aquí. ¡Jesús, qué hombre!

—No vendrán. La procesión es larga.

—Pero ¿si viene él?

—¿Quién es él?

—El viejo.

—Ese primero muere que venir.

—Pero ¿si le ve a usted la vecindad? Y, sobre todo, aunque no le vean... Yo no quiero que esté usted más tiempo aquí; no le quiero ver.

Clara estaba tan consternada y era tan resuelta su actitud, que Bozmediano empezó a dudar del éxito de su aventura, y estuvo un rato indeciso.

—Clara—prosiguió, sentándose con familiaridad—, tú no me conoces. No sabes de lo que yo soy capaz. Yo soy capaz hasta de sofocar mis sentimientos haciendo por tu felicidad el sacrificio de la mía. Tú no me conoces, ni aciertas a juzgarme, ni ves en esta empresa que acometo otra cosa que una intención dañada y vil. Si viera junto a ti a alguna persona capaz de sacarte de esta miseria, no me opondría a que me dijeras, como has dicho, que no me quieres ver. Yo dejaría entonces a otro el orgullo de quererte y hacerte feliz; pero esto no es posible. Tu situación es tan desesperada, que quiero salvarte a pesar tuyo, arrostrando hasta tu ingratitud, que es lo que más temo. Si me ves aquí, es porque nadie existe en esta casa que pueda ampararte.

—Bien: yo lo agradezco, señor caballero; pero déjeme usted. ¡Ay! Si Lázaro sabe que ha estado usted aquí...

—Si lo sabe, nada le importa. El no piensa más que en política; ni en aquella cabeza hay la discreción y la astucia que tú necesitas para salir de aquí. En aquel corazón no caben más que las desenfrenadas y vulgares pasiones del pueblo, capaces, tal vez, de un hecho notable, pero inútiles para consolar a un ser débil y delicado.

—Sí, él me salvará; yo lo sé—repitió Clara, un poco menos asustada y más triste.

—No, no lo esperes.

—Sí, lo espero. ¿Por qué no lo he de esperar? ¿Por qué me dice usted eso? ¿Qué sabe usted lo que él puede hacer por mí?

—Pero ¿es posible que le quieras tanto?—dijo Bozmediano, que no creía encontrar tanta firmeza.

—Sí, le quiero. Pero usted, ¿a qué me pregunta esas cosas?

—Lo pregunto por saberlo—dijo con mucha calma el militar—. Ahora repito que tú no sospechas de qué acciones soy yo capaz, ¿creerás que es posible, si me pruebas que le quieres tanto, que yo le comprenda en esta protección generosa que te consagro, y me interese por los dos tanto como ahora me intereso por ti? Pero falta una condición para esto. Dudo mucho que él te quiera como tú mereces, y si es como yo sospecho, le creeré un hombre indigno y le apartaré de ti cuanto pueda. Le saqué de la cárcel para probarte que procedo en estas cosas, como en todo, con buena fe y caballerosidad. Cuando te vi por primera vez y comprendí lo que era tu vida, la poca esperanza de tu porvenir y la bondad de tu corazón, me dió tanta lástima, que... no sé... casi te amé desde aquel momento como ahora. Para mí fué entonces el amor tan poco egoísta, que no entraba para nada mi persona en lás cavilaciones que día y noche ocupaban mi imaginación. Después supe que existía un joven a quien tú querías mucho; supe que este joven estaba preso y le puse en libertad por ti y para ti. Nunca tuve intención de apartaros a los dos; al contrario; mi deseo era uniros si él lo merecía. Pues bien: yo me he convencido de que él no merece tal cosa y es indigno de ti.

Clara no supo qué contestar a estas palabras.

Y a la verdad que no era fácil conocer si tan elocuente expansión de bondad y afecto era verdadero o simplemente un ardid galante de los que también usan los seductores.

—Sí; pero entre tanto—dijo la muchacha—, usted me compromete; usted me pierde para siempre. Si viene alguno de la casa y lo ve, o descubre que ha entrado aquí...

—Nadie lo puede descubrir... Pero ¿es cierto, Clara, que quieres tanto a ese muchacho?—dijo Bozmediano, queriendo imprimir a sus palabras cierto tono de jovialidad, que estaba muy lejos de tener en aquel momento.

El joven galanteador había errado el tiro; el aventurero de amor creyó que había deslumbrado a Clara con la conversación de sus dos primeras visitas. Y era que tenía muy alta idea de sus propias dotes personales para dudar de que una muchacha sencilla, educada por un fanático y sin conocer otras pasiones que las vulgares inclinaciones de aldea, pudiera resistir a ellas. Creyó asimismo que el hecho de poner en libertad al que podía considerar como rival influiría mucho en el ánimo de la huérfana. El había empleado otras veces con mucho éxito procedimientos parecidos. Además, Lázaro le había parecido algo brusco, poco amable, poco digno de ser amado, poco interesante.

—Sí—contestó Clara—, le quiero. Se lo juro a usted, que dice que me tiene amistad.

—¿Y le quiere usted mucho?

—Mucho. Vaya, ahora se puede usted marchar.

El militar se quedó muy pensativo. Vióse un poco ridículo en aquella situación; pero siempre triunfaba de su amor propio la bondad de su corazón. En aquel momento pensaba en renunciar por completo a todo y tratar por cualquier medio de contribuir a la felicidad de los dos muchachos.

—Pero ¿no se marcha usted?—dijo Clara, volviendo a su inquietud.

—Sí, me marcho ya. Pero... no—añadió con determinación—, no puedo consentir que te quedes en este sepulcro. Me parece que si te dejo aquí no he de verte más. Pero ese hombre, ese exaltado, ¿en qué piensa? ¿Qué hace? ¿Cómo tiene alma para verte en poder de esas arpías y no pegar fuego a esta casa maldita?

—El me quiere—dijo Clara resuelta a decir todo lo que pudiera determinarle a marcharse.

—No; te dejará morir de hastío en esta cárcel. Lo sé; conozco bien a ese loco.

—¡Oh!, se interesa por mí; estoy segura de ello.

—¿Nada más que eso? ¡Se interesa!

—Padece mucho al verme así—exclamó Clara con dolor.

—¡Oh! Las tres pécoras de esta casa me la han de pagar. Pero ¿es cierto que te mortifican?

—¡Oh!, me consumo—dijo Clara sin poder contener una triste franqueza.

—¡Malditas! Pero ese hombre, ¿qué hace?

—Hará mucho, hará lo que pueda. Es pobre...

—¡Pobre!—dijo él, muy pensativo—. ¿Y qué esperas de una persona que sólo podrá hacerte más infeliz? ¡Oh, juro que si ese joven no te corresponde, me la ha de pagar!

Bozmediano se levantó. En aquel momento la palidez de Clara aumentó súbitamente porque creyó que sentía abrir la puerta de la escalera; pero Claudio la tranquilizó diciéndole que se equivocaba.

—No temas nada—dijo, prestando atención—; nadie puede venir.

—Pero ¿a qué está usted aquí más tiempo?—dijo ella, repuesta del susto—. ¿No le he dicho ya lo que quería saber?

—Sí, y me voy. Ahora sí, me voy; pero es para volver.

—¿Otra vez?

—Sí: insisto en creer que no hay para ti más esperanza que yo. El marcharme ahora no quiere decir que te abandone, no. Me voy para ocuparme de ustedes; yo me enteraré de lo que vale ese muchacho. Si no es digno de ti...

En este momento una voz apagada, trémula y conmovida pronunció distintamente en el corredor la palabra «Clara».

La joven se quedó petrificada de espanto, y la mirada que dirigió a Bozmediano hizo comprender a éste cuánto la había comprometido. El galán creyó que el mejor partido que podía tomar era marcharse muy quedo, seguro de que la persona que había dicho «Clara» con voz que no conoció, no podía haberle sentido. Hizo señas a la huérfana de que callara, y se dirigió rápidamente, y con mucha cautela, a la puerta por donde había entrado. La joven no se movía, y sólo en sus facciones se podía conocer su gran turbación.

Bozmediano salió. La voz dijo más

fuertemente: «Clara, Clara, abre.» Era la voz de Lázaro. El sintió desde fuera que había un hombre en el cuarto; sintió sus pasos al huir. Después oyó en lo más interior de la casa ruido como de un mueble que cae, y corrió allá frenético de indignación y sobresalto. Entró en el comedor, luego en un pequeño pasillo que daba a un patio, subió la escalera que conducía al piso segundo y a la guardilla: pero al llegar arriba, ya Bozmediano había desaparecido, y sólo pudo ver un bulto que se ocultaba, cerrando vivamente una puerta desconocida. También le pareció ver la figura diabólica del abate en el momento brevísimo en que la puerta estuvo abierta.

—¡Bandidos!—gritó con voz terrible.

Nunca había sentido impresión tan fuerte. Trató de derribar aquella puerta misteriosa: pero manos muy fuertes lo impedían de la otra parte. Bajó como un loco, volvió al comedor, entró en la alcoba de la devota por donde mismo había entrado Bozmediano, y pasó al cuarto donde estaba Clara. Encontróla temblando, con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando le vió entrar, la infeliz dijo, casi sin poder articular las palabras:

—¡Ah! Lázaro, Lázaro, oye..., te diré, espera.

Pero la voz se le anudó en la garganta, y no pudo hacer otra cosa que llorar como un niño.

—¿Qué me vas a decir? Calla—exclamó Lázaro con voz colérica—. Calla, y no hables más delante de gentes. ¿Aquí quién estaba...? ¡Ese militar!... Pero ¿es cierto lo que dicen...? Yo no lo había querido creer, aunque lo creían todos. Clara, Clara, ¿qué ha sido de ti, que has hecho? ¡Yo no lo quería creer! Si todos los santos del cielo me lo hubieran jurado hace un mes, les hubiera dicho que mentían. Pero ya lo he visto, ya lo he visto.

La huérfana lloraba como si fuera culpable... Por fin pudo decir:

—Por Dios, escúchame. Yo te contaré.

—¿Qué me vas a contar?—dijo él, más colérico—. Pero si voy a matar a ese hombre... ¡Oh! Clara—añadió, transformando su ira en intenso dolor—. ¿Cómo has podido tú...? Yo estoy loco, sin duda. Lo que he visto es una locura.

—No..., yo te explicaré—le dijo ella, recobrando su valor—. Ese hombre, yo no le conozco... Un día entró en casa..., me dijo...

—No me hables, no me mires... Todo lo he sabido. ¿Por qué mi tío te puso en esta casa? ¿Qué hiciste allá? ¿Por qué estas señoras te tienen encerrada y sin ver a nadie? ¿Qué has hecho? No te puedes disculpar, no. Soy un necio si hago caso de las disculpas que me vas a dar. Bastantes pruebas he tenido. ¡Y fuí tan ciego que nada quise creer!... Nada más debo decirte... ¿Por qué te he conocido? Mía es la culpa: no tengo derecho para acusarte. Eres libre. Adiós.

Y salió muy aprisa sin esperar respuesta. Salió como un demente, y dió muchas vueltas por la casa sin saber adónde iba. Si en aquel momento se le hubiera presentado su tío, reprendiéndole con su impertinencia acostumbrada, Lázaro le hubiera atropellado, le hubiera maltratado, hiriéndole tal vez. Al fin llegó a la puerta, trató de recobrar su serenidad, abrió y bajó. Una vez en la calle, sintió el corazón tan oprimido, que le fué imposible dejar de llorar.

Pero no le faltó calma hasta el punto de olvidar que las viejas le esperaban, y que su ausencia podía aumentar la gravedad de aquella aventura. Dirigióse a la calle de San Mateo, procurando por el camino dominar su agitación y disimular todo lo posible. Después de atravesar varias calles sin acertar con la que buscaba, llegó a la casa de los Entrambasaguas. Felizmente aún duraba la procesión. Entró en la casa, subió y halló a Salomé en extremo impaciente, mientras María de la Paz se hallaba en un estado de irascibilidad terrible.

—Ha tardado usted más de una hora: ¿adónde ha ido usted?—exclamó, mirando al joven con recelo.

—Señora..., señora...—dijo Lázaro, balbuciente—: no he podido... Se ha agolpado la gente en la calle... y me he encontrado entre la multitud sin poder volver. Después una mujer cogió el ridículo y echó a correr por esas calles. Ya se ve: tuve que seguir tras ella, y casi no la alcanzo.

—Vamos, caballerito... Si ha estado despejada la calle desde hace una hora.

Salomé se apoderó de la prenda que creía perdida, y registró a ver si faltaba algo.

—Sin duda se ha ido a perorar a algún club—dijo cuando vió que nada fal-

taba y que le era imposible reprender a Lázaro por otro motivo.

—¡Hombre, hombre!—dijo Entrambasaguas—: ¿también tú charlas en los *clubes?* Eso es una iniquidad: mira que te condenas.

La devota no dijo nada: pudo su admirable instinto, que recientemente había adquirido extraordinaria fuerza, comprender que a Lázaro le había pasado algo durante su ausencia. No llegó a sospechar lo que fué, ni dónde fué; pero pensó mucho en aquello, mientras las últimas figuras de la procesión desfilaron por la calle.

—¡Ay! Vámonos, que es tarde—exclamó María de la Paz.

—¿Ya se van ustedes—dijo el clérigo, que no veía la hora de que se marcharan, porque desde la cocina llegaban a sus narices los olores de la olla de carnero que le estaban preparando.

—Mi señor don Silvestre—dijo Paz—, no podemos detenernos, porque ahora no somos libres. Nos hemos echado encima una carga muy pesada: la tutela y educación de una joven que nos dará muchos disgustos.

—¿Qué es eso?

—Es una joven desamparada—continuó Paz—que estaba en casa de un amigo nuestro, soltero grave, el cual no podía sufrir sus travesuras. Parece que ella es algo levantada de cascos, y viendo que no la podía sujetar nos la entregó para que la corrigiéramos... Todo por amor de Dios.

—¿Y les da a ustedes disgustos?—preguntó con oficiosidad la hermana de don Silvestre Entrambasaguas.

—Todavía—contestó Paz—, la verdad sea dicha, no se ha portado mal; pero yo nunca me equivoco, y cuando a mí se me fija una persona aquí...—y señaló la frente—, y aquélla me parece que es una buena pieza.

Lázaro oyó esta apología de su infeliz amiga con toda la atención de que era capaz. Pero no se agitó más de lo que estaba, porque era imposible.

—¿Qué tienes, Paula?—dijo Paz a la devota, que estaba muy pálida y con muestras muy claras de no encontrarse bien.

En efecto, todos la miraron, y notaron en ella las señales de un malestar creciente. Tenía los ojos encendidos y el aliento penoso.

—Nada—dijo la devota, queriendo animarse.

—Sin duda se ha constipado en el balcón.

—Sí; corre esta tarde un airecillo que ya, ya...—indicó el clérigo—; pero váyase usted a su casa, y abrigándose bien...

—Eso no será nada—dijo doña Petronila Entrambasaguas, que estaba muy impaciente porque ciertos olores, venidos en mensaje de la cocina, le anunciaban que el carnero se estaba quemando a toda prisa.

Las damas se dirigieron a la puerta. El clérigo se dió un golpe en la frente, como quien recuerda una cosa importante, y dijo a doña Paulita:

—¡Ah!, señora mía, si tuviera usted la bondad de hacerme un favor...

—¿Qué, señor don Silvestre?

—Que se dignara usted repasar un sermón que he escrito y voy a predicar en San Antonio el diecisiete de enero. Usted, que es gran teóloga y muchas veces me ha dado su opinión sobre otros grandes sermones míos, deseo que vea ahora éste.

—Yo no entiendo de eso—replicó la santa con repugnancia.

—Sí entiende—dijo Paz, complacida.

—¡Qué modestia!—exclamó Entrambasaguas—. La santidad unida al talento. Pero yo sé, aunque usted quiera ocultarlo, que es una gran teóloga. Si a veces la he estado oyendo con la boca abierta, como si oyera a todos los padres de la Iglesia...

—Deje usted eso—murmuró la devota con visible disgusto—. Yo no entiendo de esas cosas.

—Es sobre el tema de la tentación quinta de San Antón. Bien sabe usted aquello, cuando el demonio se le presentó en figura de... muchacha, pues...

Y corrió, presuroso, a su gaveta; cogió un legajo y se lo entregó a doña Paulita, que lo tomó del peor humor del mundo. Cayósele de la mano, recogiólo con presteza el predicador y se lo volvió a dar, diciéndole:

—Pero ¿está usted mala de veras? Veo que no puede usted tenerse en pie. Le tengo dicho que es bueno, hasta cierto punto, el ayuno, y nada más..., y usted siempre en sus trece...

—Esta niña, con sus ayunos y sus penitencias...—dijo María de la Paz.

—¿Quiere usted una taza de caldo?

—preguntó el clérigo; y se interrumpió antes de concluir, porque su hermana, con tanta presteza como disimulo, le tiró del manteo, indicándole la indiscreción de la oferta que acababa de hacer.

—Gracias, no es preciso; esto no es nada.

—Recójase usted temprano—dijo la gorda—. No le conviene a usted tomar ahora caldo ni cosa ninguna. A casa.

Y poniéndole la mano en la frente, continuó:

—Tiene usted mucha fiebre; a casa pronto.

La comitiva salió. El clérigo cogió el velón en sus robustas manos, y alumbró la escalera. Cuando ya estaban abajo, Entrambasaguas gritó desde arriba:

—Fíjese usted, señora doña Paula, en aquel pasaje que dice: «Cuando en diluvio de soles con corpulenta, corpórea efigie al mundo vino...» Por aquello de *corpus corporum in corpore uno*... Fíjese usted bien en este pasaje, que tengo algunas dudas sobre si...

Doña Paulita no contestó ni miró siquiera al ramplón Gerundiano. Salieron a la calle, y Lázaro estaba tan enfrascado en sus pensamientos que empezó a andar, dejando atrás a las dos señoras.

—¡Eh, caballerito!—dijo Salomé, que estaba muy biliosa aquella tarde—, ¿qué manera de portarse es ésa? ¿Nos deja solas en medio de la calle?

—¡Oh!, qué caballero tan cumplido hemos traído—dijo Paz, cuyo temperamento sanguíneo tenía aquella tarde, sin causa conocida, una irritabilidad inusitada.

Lázaro retrocedió y moderó el paso.

—Y bien podría usted—añadió la dama—portarse mejor delante de las personas extrañas. Ni siquiera ha saludado usted a aquellas... gentes—Paz usaba esta denominación general y vaga para designar a todas las personas que por su progenie estaban un escalón más bajo que ella en la jerarquía social—. ¡Qué dirán de nosotras! ¡Ah! Paulita, no puedes andar. Vamos, don Lázaro, dé usted el brazo a mi sobrina. Apóyate en don Lázaro, Paula, que estás muy mala. ¡Ah! Triste cosa es llevar por acompañante a un caballerito como éste.

El aragonés balbució algunas excusas y dióle el brazo a doña Paulita. Andando sintió que la devota pesaba en su brazo como si fuera de plomo. Iba muy arrebujada en su mantón y caminaba con dificultad.

—Va usted muy aprisa—dijo, pesando más fuertemente en el brazo del joven.

Lázaro moderó el paso.

—Ande usted un poco más—dijo después, aligerándose de peso, hasta el punto de que él se sintió arrastrado.

Lázaro avivó el paso.

—¡Qué noche tan clara!—exclamó ella, deteniéndose y mirando al cielo.

Lázaro se detuvo y miró al cielo. Las otras dos marchaban detrás a alguna distancia.

—Nunca he visto una noche así. Nunca he visto las estrellas brillar de ese modo sin moverse así..., con esa vibración que parece que están hablando.

—¡Hablando!—dijo Lázaro, muy sorprendido del símil de la santa.

—¿Usted extraña eso?—dijo ella, mirándole con tal fijeza e intensidad que el mancebo creyó que dos estrellas habían bajado a esconderse en los ojos de Paulita—. Sí, ¿no le parece a usted...?

—Señora, yo las veo; pero...

—Pues a mí me parece que las oigo.

En esto se cayó al suelo, desprendido de las manos de la dama, el manuscrito de Silvestre Entrambasaguas.

—Señora—dijo el joven, inclinándose para recogerlo—, observe usted que se ha caído este sermón.

—Déjelo usted—exclamó ella con mucha viveza; y tirándole del brazo para impedirle que recogiera el manuscrito, avivó después el paso.

«No hay duda—dijo Lázaro para sí—. Esta mujer tiene mucha fiebre; ya empieza a delirar.»

Y entonces la mujer mística andaba tan aprisa que bien pronto alcanzaron a las dos ruinas mayores. Mas pronto hubo de moderarse su ímpetu, y tan despacio iba, que tardó mucho para avanzar veinte pasos. Cada vez pesaba más la teóloga en el brazo del estudiante: al llegar a la casa, la enferma no podía ya dar un paso, y Lázaro le rodeó con su brazo la cintura para impedir que cayera. Erale imposible subir, porque la dama se inclinaba a uno y otro lado sin poderse tener. En tanto, el joven observaba que tenía demudado el semblante, cerrados los ojos, flojos y caídos los brazos: hizo un esfuerzo heroico, la cogió en sus brazos y la subió. La cabeza de la enferma descansó sobre sus hombros, y Láza-

ro notó que el contacto de su frente le quemaba el cuello.

—Tiene mucha fiebre—dijo, depositándola en el pasillo, porque Paz no le permitió que llegara a la alcoba. Entráronla en su cuarto las otras dos, bastante alarmadas con tan repentina desazón; pero pronto volvieron más tranquilas y se fueron al comedor a cenar un salpicón que habían dejado preparado.

Reinaba en la casa profundo silencio. Lázaro subió la escalera interior para irse a su cuarto; y al subir no pudo menos de detenerse, porque sintió una voz que le hería el corazón. Era la voz de Clara, que preguntaba o contestaba no sabemos qué cosa a la devota. El joven apresuró el paso para huir de aquella voz que no quería oír más.

CAPITULO XXX

VIRGO FIDELIS

Lázaro no encontró arriba a su tío. Estaba el infeliz mancebo sumamente impresionado por el incidente ocurrido y no cabía en sí de cólera, de amargura, de sobresalto. Imposible le era tranquilizarse, tanto más cuanto que tenía siempre ante la imaginación la figura de Clara, de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas y los brazos cruzados. Dábale compasión y después ira, sucediéndose tan atropelladamente estos dos sentimientos, que creyó sentir como una ebullición en el pecho y un vértigo en la cabeza. A los arrebatos del encono sucedía el abatimiento del desengaño, ignorando al mismo tiempo si amaba aún a aquella infeliz o si la despreciaba.

Pasaron las horas; la noche avanzó, y él continuaba en la agitación. No pensaba acostarse, ni sentía sueño, ni necesidad de reposo; antes al contrario, los impulsos de su naturaleza eran hacia la zozobra, la inquietud, el movimiento. Silencio lúgubre, no interrumpido por ruido alguno, reinaba en la casa. Parecía que todos dormían: él tan sólo velaba, sin duda; y saliendo al corredor, donde le causaba algún alivio el aire fresco de la noche, se paseó allí mucho tiempo. Dieron las nueve, las diez, las once. Al fin se detuvo, aturdido por su propio vaivén; apoyóse en el antepecho, y ocultando entre las manos su cabeza, estuvo de este modo un largo rato devorando su agonía. De pronto creyó sentir un rumor extraño, alzó la cabeza y, en el fondo del corredor, creyó ver una figura humana que avanzaba. El corazón le latió con tal violencia que creyó que el pecho se le rompía. La forma aquella, que sin duda era de mujer, avanzó, destacándose en la oscuridad. Venía cubierta de una cosa enteramente blanca que la hacía más fantástica y el reflejo de la luna parecía despedir de sí cierta luz misteriosa. Cuando estuvo cerca, Lázaro la reconoció: era la devota, cuyo semblante traía las señales del insomnio y la fiebre.

—¡Lázaro!—dijo con voz muy débil y muy conmovida.

—Señora—contestó con mucha sorpresa—. ¿Usted aquí a estas horas?..., con esa fiebre... ¿No está usted enferma?

—¿Yo?...—murmuró ella con una especie de extravío—; ¿yo?... No..., yo estoy buena. Estoy mejor.

—Creí que estaría usted durmiendo. Le conviene el reposo.

—Yo—contestó ella con una singular entonación que alarmó a Lázaro—, yo..., yo no duermo, yo no puedo dormir. Hace muchas noches que no cierro los ojos.

—Pues ¿qué tiene usted?—preguntó Lázaro, mirándola con mucha atención—. Usted no está buena. Usted es una santa; pero la santidad con exceso es perjudicial, señora.

—Yo no soy santa—dijo la dama—. Soy una pecadora.

—No diga usted eso, por Dios. Usted es una santa, ¡qué felicidad! ¡Tener tranquila la conciencia! Dirigir todo su amor al que no engaña ni es falso, ni desleal: a Dios... Esta es la mayor de las felicidades.

—Hable usted bajo—dijo la devota.

—Y luego—continuó él—estar libre de odios, de rencores, de desengaños...

—Más bajo—indicó la dama, y su voz parecía un suspiro.

—Estar libre de rencores—prosiguió Lázaro en voz muy baja—; ¡amar sin recelo, sin temor; despreciar el mundo, las traiciones, las asechanzas; hallar regocijo en las persecuciones y sacar consuelo hasta de las desventuras!... ¡Oh, qué feliz es usted...!

Después de una pausa, la voz de la mujer mística resonó como un eco lejano para decir:

—No, amigo mío; yo no soy feliz; soy muy desgraciada.

Sólo estando muy cerca de ella, como estaba el sobrino de *Coletilla* en aquel momento, era posible oír aquellas palabras.

—¡Soy muy desgraciada!—repitió con un rumor débil, sordo, apagado, como esos murmullos de rezo que turban en las horas de tranquilidad el profundo silencio de las catedrales.

—¿Qué mayor consuelo—dijo Lázaro—que vivir con el espíritu en regiones de paz, donde no hay infamias ni perfidias? Elevarse con exaltación y amor, disfrutar con toda pureza de las dulzuras de una comunicación con Dios y vivir orando, confiada en el pago de tanto amor, en la gratitud infalible del objeto amado. ¡Oh, qué felicidad!

El joven aragonés tenía tan ocupado el ánimo con sus propias amarguras, que no atendió, con la observación y la curiosidad que el caso exigía, a las raras señales de alteración física y moral que otro menos abstraído hubiera visto en la santa y edificante faz de doña Paulita.

—¡Vivir en la oración!—continuó—. ¡Vivir orando con los ojos del alma fijos en el eterno y leal amor! ¡Repetir incesantemente su nombre y sus alabanzas! ¡Eso sí es felicidad!

—No—dijo del mismo modo la mujer perfecta—; yo no rezo, yo no puedo rezar.

—¡Ay!—exclamó él—. Eso lo dice usted porque en su modestia le parece que aún no es bastante perfecta. Si usted conociese la miseria de otros, comprendería a qué inmensa altura se halla sobre los demás.

La devota bajó los ojos, y con gran melancolía y tierna voz dijo:

—¿Y qué miseria hay mayor que la mía?

—Es usted demasiado buena. Todo el mundo sabe muy bien que usted es una santa, una verdadera santa.

—¿Quiere usted que le haga una confesión?—dijo Paula, mirándole como se mira a un confesor—. Pues yo también lo creí; yo también creí que era una santa; pero ya no lo creo.

—¡Ah!—exclamó Lázaro—: yo no necesito que nadie me diga lo que usted es para saberlo. Yo mismo lo he comprendido. Cuando una criatura tan perfecta ha descendido hasta mí para defenderme y disculpar mis faltas, es indudable que no es como los demás. Yo me veía acosado por todas partes, me trataban todos aquí con acritud o menosprecio. Usted sola alzó la voz, y la ha alzado varias veces después en favor mío para decir que no era yo tan malo como creían. ¿Cree usted que yo he olvidado, que podía olvidar eso? No, señora. Yo seré todo lo que quieran; pero no soy ingrato. Yo tendré siempre grabadas en mi memoria las palabras que usted ha pronunciado en defensa mía. Usted es una santa: yo lo diré a todo el mundo.

—¡Oh!—dijo la devota con la misma plañidera voz—, nunca creí que fuera usted tan malo como decían. En la cara conozco yo esas cosas. No me equivoco nunca, y estoy casi segura de que le han calumniado, de que quieren agobiarle y confundirle con acusaciones impertinentes.

—¿Eso pensó usted de mí?

—Sí; segura estoy—contestó ella—de que su corazón es bueno y recto; que si alguna falta ha cometido fué por ligereza y falta de previsión. Creo también que no le aman a usted como se merece.

—Señora, ¿qué ha dicho usted?—preguntó el estudiante vivamente—. Eso me parte el corazón, porque es una verdad en que estaba yo pensando ahora.

—Sí; no le aman a usted como se merece—repitió Paulita—. Su tío es demasiado duro.

Un observador despreocupado hubiera advertido que la santa se acercó unas pulgadas más a Lázaro, el cual, impresionado por la verdad que oyó de boca de aquel oráculo, estuvo a punto de abrazarla, y lo hubiera hecho a no impedírselo el respeto que la jerarquía y decoro evangélico de la teóloga le infundían.

—Su tío de usted, el señor don Elías—continuó la mujer mística—, observo que trata a su sobrino con demasiado rigor.

—Y otros también—dijo Lázaro, volviendo el rostro.

—¿Y cómo quieren que sea buena una persona que no es amada?—dijo con admirable misticismo la dama—. Cuando un ser recibe ingratitudes y desprecios, sus sentimientos se agrian, se esteriliza la fuente del bien y del amor

que hay en todo pecho humano. Cuando un ser no es amado, ha de ser malo por precisión.

—¡Qué discreción, qué discreción, señora!—exclamó el joven con entusiasmo—. Ya fué usted mi consuelo otras veces. La consideraba a usted santa; pero ahora veo que su sabiduría iguala a su virtud, y a su lado me encuentro tan pequeño, que me da vergüenza.

—Sí; una persona a quien se trata con tanta dureza no puede ser buena —dijo Paula—. El amor hace prodigios; hace de los hombres incultos y malos hombres mansos y buenos; hace de los melancólicos y descreídos, seres felices, creyentes y cariñosos.

—¡Qué ciencia la de usted! Esa es la ciencia que sólo pertenece a la santidad. ¡Dichosa quien puede ver las miserias de la tierra desde tan grande altura y puede juzgar serenamente de todo! Usted sí que conoce el mundo.

—No, Lázaro; yo no sé lo que es el mundo.

—¡Oh! Entonces es usted más feliz todavía.

—Yo—dijo la mujer perfecta, después de una pausa en que miró al cielo fijamente, como quien lee alguna cosa—, yo pasé mi niñez en la austera casa de mis tíos, recibiendo de personas devotas la más ejemplar educación. Desde que tuve uso de razón aprendí a orar: mis primeras palabras fueron el rezo. Los primeros años de mi vida pasaron en un convento, donde me vi rodeada de madres santas y cariñosas que me enseñaron el camino de la perfección. Mi juventud fué pasando de este modo en ocupaciones devotas. Hace quince años que estoy rezando sin cesar, y casi sin notarlo. He vivido en Dios desde la cuna: no sé lo que soy, no sé si he vivido.

—¡Dios mío, qué ángel es usted!—dijo Lázaro—. ¡Qué perfección! Yo la admiro a usted y la venero, señora.

—No soy digna de veneración, sino de lástima—contestó con mucha amargura.

Y dió un suspiro profundísimo que parecía sacar al espacio los misterios encerrados en el sanctasanctórum de su pecho.

—¡Digna de lástima!—exclamó el aragonés, sorprendido—. Pues ¿qué puede usted apetecer? ¿Qué le preocupa? Algún escrúpulo de conciencia, el deseo de mayor perfección. Yo sí que soy desgraciado; yo, señora, no debiera estar en el mundo.

—Pero ¿qué tiene usted?—preguntó Paula con mucho interés—. Dígamelo usted todo. ¿No dice usted que le he consolado otras veces? Ahora le consolaré si me descubre una nueva desventura. Cuénteme usted.

—Mis desdichas no son para contadas. Además, usted es demasiado buena para oírlas. Se horrorizará usted y se turbaría la paz serena de su espíritu.

—¡Oh!, no; cuénteme usted. Tal vez alguna falta muy grave. No importa: cuéntemela usted, que yo se la perdono antes de saberla.

—Falta mía no es.

—¿Falta de otro? ¿A ver?—dijo la mística con ansiosa curiosidad.

—Deje usted para mí todas esas amarguras, señora. Eso es para mí; es un triste patrimonio, de que sólo puede disfrutar mi corazón, hecho para eso.

—¿Qué es, Lázaro?... ¡Ah! Todo lo comprendo: su tío de usted es muy cruel. No le quiere a usted. Mas no hay que apurarse por eso, amigo mío. No todos le tratarán a usted con el mismo rigor. Alguien le amará.

—No, no me importa—manifestó Lázaro, cuyas penas se recrudecieron en aquel momento; no me importa que me traten con desdén, que me aborrezcan todos, que me detesten. Yo no he nacido para otra cosa.

—Está usted muy agitado. Y ¿delante de mí se desespera usted de ese modo? —dijo la devota con suave acento de reprensión.

—Perdóneme usted, señora; no sé lo que digo. Usted es demasiado buena y no comprende estas cosas. Usted no conoce el mundo. Usted no conoce cuánta iniquidad, cuánta perfidia, cuánto desengaño, cuánto cinismo hay en él. Usted no conoce más que lo bueno, no conoce más que a Dios.

—Esa desesperación que usted manifiesta, Lázaro, no es nada buena. Eso le llevará a usted al infortunio y a la muerte.

—Quiere usted, con su inmensa bondad, aplicarme a mí los consuelos de la religión; eso no es para mí, no lo merezco.

—Usted lo merece todo: consuelo, amistad, amor. Yo sé lo que merece, y, por tanto, lo tendrá. Sentimientos como

los de usted no han de estar olvidados tanto tiempo.

—¡Bendita sea usted mil veces! Pero se equivoca, eso no es para mí.

—Usted merece amor y todo lo que el corazón puede dar. Usted se llama desventurado, y su agitación, Lázaro, no tiene fundamento alguno. Hay males peores, males que nacen de repente en el corazón y crecen con tanta rapidez que no dan esperanza de remedio. Todo lo que está dentro y fuera de sí se vuelve en su daño. La vida es un peso insoportable: le molesta lo presente, le da hastío lo pasado y terror lo por venir.

La devota hablaba con voz muy baja y con grave y tristísimo son. La noche había oscurecido y los ojos de Paulita, que siempre en momentos dados habían tenido brillo extraordinario, resplandecían aquella noche como dos ascuas fosforescentes, cuya luz hacían más penetrante y siniestra la oscuridad de sus párpados, ennegrecidos por el insomnio, la fiebre y la excitación moral de que estaba poseída.

—¡Ay de aquellos que no se han conocido, que se han engañado a sí mismos y han dejado torcerse a la naturaleza y falsificarse el carácter sin reparar en ello! Esos, cuando lo callado hable, cuando lo oculto salga, cuando lo disfrazado se descubra, serán víctimas de los más espantosos sufrimientos. Se sentirán nacer de nuevo en edad avanzada; notarán que han vivido muchos años sin sentido; notarán que el nuevo ser, originado por una tardía transformación, se desarrolla intolerante, orgulloso, pidiendo todo lo que le pertenece, lo que es suyo, lo que una vida ficticia y engañosa no le ha sabido dar; pidiendo sentimientos que el viejo ser, el ser inerte, indiferente y frío, no ha conocido. ¡Qué luchas tan terribles resultan de este despertar tardío! ¡Oh, esto es espantoso!

Tenemos datos para creer que la devota no dijo esto con las mismas palabras empleadas en nuestro escrito. Pero si el lector lo encuentra inverosímil, si no le parece propio de la boca en que lo hemos puesto, considérelo dicho por el autor, que es lo mismo. Ella dijo algo parecido a esto, siendo el mismo pensamiento, aunque distintas las frases.

Indudablemente, estas confesiones de la devota son, como habrá el lector comprendido, bastante oscuras y no dan todavía ninguna luz acerca de la crisis que indudablemente agitaba aquel purísimo y perfecto espíritu. Lo cierto es que una gran transformación se verificaba en su carácter. Lázaro, la verdad sea dicha, no entendió muy bien las solemnes y como sibilíticas palabras que oyó de los trémulos labios de la santa; y él atribuyó la oscuridad de tal explicación a la influencia de las lecturas místicas en la manera de expresarse aquella señora y a los hábitos de un estilo más discreto que claro, como acontece generalmente en las personas absorbidas por la contemplación. Así es que se limitó a contestar:

—Sí, señora; es espantoso.

—¡Qué terrible es el amor en sus exigencias!—dijo la santa—, sobre todo cuando se cree ofendido, cuando pide el pago de una gran deuda que con él se ha contraído, cuando no transige ni espera, sino que se presenta exigiéndolo todo de una vez.

—¡Sí, qué terrible es esto!—contestó Lázaro—. ¡Feliz es usted, que no lo conoce más que de oídas!

—¿De oídas?—dijo ella—. Sí—añadió, después de una breve pausa—, he oído lo que dicen los amantes; pero la mayor parte de ellos encuentran en los accidentes del mundo mil medios para poder conservar la vida en la lucha terrible. Sólo algunos, según dicen, por circunstancias especiales de carácter y posición, tienen el triste privilegio de morir irremisiblemente sin victoria y sin defensa.

«¡Oh, cómo lee en mi corazón!», pensó el estudiante, muy conmovido y sin comprender la profundidad psicológica de aquellas palabras, ni su aplicación y significado en aquel momento.

—Usted no comprende esas cosas, Lázaro.

—¿Que no?—dijo éste—. ¿Que no? Desgraciadamente las comprendo. Para usted, sí; para usted, que es una criatura perfecta, una escogida de Dios, están veladas estas dolorosas miserias. Usted no ve estos horrores. ¡Dichosa ceguera la de aquellos cuyos ojos cerró Dios al venir al mundo!

—Es verdad..., no lo sé...—dijo Paula con una ironía tan marcada, que fué preciso todo el extravío de Lázaro para no notarlo—. No lo sé, no entiendo de eso. Soy una tonta devota.

Estas últimas palabras, dichas con

cierto despecho, fueron bastante a fijar la atención del interlocutor. Este no contestó ni preguntó más sobre el asunto que trataban; acercóse a la dama, que se había apartado de él retrocediendo, y notó que lloraba. ¡Oh confusión de confusiones!

—Pero ¿qué tiene usted, señora?—le dijo.

—Nada, nada, nada—contestó con una graduación descendente. El último *nada* sólo lo oyeron los labios con que fué pronunciado.

—¡Usted está enferma, y ha salido usted de su cuarto a esta hora! Eso no es bueno, señora. Se va usted a poner peor.

—Es verdad, estoy enferma—dijo ella, acercándose—, ¡enferma para siempre!

—¡Enferma para siempre! Usted padece, y es, sin duda, por efecto de su excesiva devoción. Usted aspira al cielo; ¿a qué otra cosa podía aspirar un alma tan bella?

—Sí—dijo Paula con voz muy triste—. No quiero más que reposar en paz.

—¡Qué bella es la muerte!—dijo Lázaro patéticamente—. Sólo ella nos puede consolar. Por mi parte, señora, le digo a usted con franqueza que quisiera morirme en estos momentos.

—¡Morir!—exclamó la devota con repentino arrebato de interés y acercándose más, mucho más, al joven—. ¡Morir, no! Usted debe vivir. Quién sabe lo que Dios le tiene a usted reservado en el mundo.

—¿A mí?

—Sí; tal vez días de felicidad al lado de personas que le amen. ¡Oh, cuántos seres existirán tal vez que se crean felices sólo con que usted lo sea! Yo sé que los habrá.

—¡Qué buena es usted, señora!—repitió Lázaro—. Para mí no puede haber nada de eso. O no merezco otra cosa, o estoy maldito de Dios.

—¡Ay!, no diga usted tales cosas—exclamó ella juntando las manos.

—Perdóneme usted, señora; no sé lo que me digo. A pesar de todo, usted me consuela y hallo en su presencia no sé qué grata expansión. No podré nunca olvidar que sólo usted se atrevió a defenderme cuando todos me acusaban.

Al decir esto, Lázaro no pudo menos de advertir que la santa dejó caer pesadamente los brazos y miró al cielo. Su rostro, de color suavemente moreno y sin ningún matiz rojo en las mejillas, estaba en aquellos momentos pálido y sombreado por la proyección de sus cabellos, cuya magnitud, belleza y negrura no era comparable sino a la intensidad tenebrosa de sus ojos negros, que, después de la metamorfosis, habían adquirido una expresión desconocida. No sabemos si fué efecto de la casualidad o si lo hizo de intento; pero es lo cierto que, contra su costumbre, tenía simplemente la cabeza cubierta con un pañuelo, y que durante el diálogo, sus magníficos cabellos, tesoro disimulado por el misticismo, se desataron y cayeron gradualmente por la espalda. Nunca había visto Lázaro una cabellera igual: parecía en la oscuridad de la noche una toca negra que descendía hasta la cintura. Mientras hablaba, la santa solía apartarse a un lado y otro de la frente las dos ramas principales de aquel encanto, que nació en aquella noche en el calor de una confidencia apenas intentada. Lázaro, que observó largo rato a la dama, notó que lloraba, y que, apartándose de él lentamente, se apoyó en la pared con muestras de gran postración y abatimiento.

—Pero usted llora—dijo, arrepentido de haber hablado tanto y deteniéndola—; usted está muy agobiada. ¿Por qué no ha reposado usted?

—Yo no puedo reposar, yo no puedo dormir—murmuró la devota con voz más bronca y grave que de ordinario.

—¿Por qué salió usted a estas horas estando así?

—Me ahogaba, y he tenido que salir a respirar el aire.

—Pero usted llora. Por Dios, ¿qué tiene usted?

La enferma no contestó.

—¿Está usted muy enferma, muy enferma?—continuó Lázaro.

—Sí—dijo ella, de un modo imperceptible.

—¿Hace mucho?

—Hace poco.

—Señora, retírese usted, yo se lo suplico. Sus manos parecen de fuego, su frente quema.

Lázaro le tomó las manos y notó en ellas un calor excesivo; se atrevió a ponerle la mano en la frente, y creyó tocar un cuerpo inflamado. Al mismo tiempo la santa temblaba, como si su cuerpo recibiera la impresión del hielo.

—Usted tiene frío, tiene convulsiones —dijo—; retírese usted.

Ella continuaba en la misma actitud; cerró los ojos como quien siente un pesado sueño, e inclinó la cabeza, buscando apoyo. Lázaro tuvo miedo; estuvo por llamar; la asió por un brazo y, dispuesto a hacerla retirar, le dijo:

—Vamos, señora, es muy tarde. Usted no se encuentra bien aquí. Vamos, ¿quiere usted que se llame a algún médico?

—No—dijo ella, abriendo los ojos y mirándole con cierta ironía—. No; ¿para qué un médico?

—Su salud es muy preciosa—dijo Lázaro, por cuya cabeza pasó rápidamente una sospecha—. Consérvela usted bien; será siempre mi mayor alegría saber que usted está buena y disfrutando de la salud necesaria para hacer el bien. No me voy de aquí sin la seguridad de que queda usted enteramente buena.

—¡Marcharse usted! —exclamó ella con un repentino movimiento que la animó.

—Sí, marcharme.

—¡Usted se va!—continuó con otro movimiento que tenía algo de salto y poniendo siniestro brillo en sus ojos.

—Sí, naturalmente.

Al oír esto, la devota, con instantánea fuerza le asió con su mano convulsa el brazo y, estrechándole violentamente, dijo:

—No, ¡no se irá usted!

En el mismo momento en que esto decía se sintió que abrían la puerta de la calle. Era Elías que entraba; se le sentía subir. Venía alumbrado por una linterna, y como de costumbre, hablando solo.

—Retírese usted—dijo con viveza la mística.

—¿Y usted se queda aquí?

—Retírese usted a su cuarto. Que no le vea levantado. Echese usted en la cama. Finja que duerme.

—Pero ¿usted?...

—Vamos. Entre usted en su cuarto. Que ya llega.... Pronto.

Lázaro se retiró, empujado por ella, precipitadamente. Entró corriendo en su cuarto antes que *Coletilla* llegara, y arrojándose en el lecho, fingió que dormía. El fanático entró poco después y se acostó, murmurando. Cuando apagó la luz, Lázaro se incorporó en su lecho con mucha cautela, y asomándose por una ventana que daba al corredor, miró hacia afuera. Aún estaba allí la dama con el rostro vuelto hacia la ventana. Lázaro se volvió a acostar, y pasado un cuarto de hora, en que caviló cuanto puede cavilar cabeza humana, se asomó de nuevo y vió la misma figura blanca, inmóvil en el mismo sitio y con los dos terribles ojos negros fijos en la ventana. Aquello le acabó de confundir. Pasó mucho tiempo mirando cada cinco minutos, y siempre veía la misma figura, hasta que al fin ya no miró más, porque le daba miedo.

CAPITULO XXXI

LA REUNIÓN MISTERIOSA

Al anochecer del siguiente día salió Lázaro de su casa. Había pasado toda la mañana averiguando dónde vivía Bozmediano, y en las pocas horas que permaneció en la casa de las tres nobilísimas damas oyó decir que doña Paulita estaba muy mala, y que Clara no estaba buena. Salomé se le presentó varias veces, más impertinente que de costumbre, para recordarle que la tarde anterior no había saludado a Entrambasaguas; y María de la Paz Jesús hizo todo lo posible por encontrar pretextos para reprenderle, lo que su admirable instinto de inquisidora logró repetidas veces.

Lázaro salió, y ya entrada la noche penetraba en los solitarios barrios de la Flor Baja, donde está la habitación de los Bozmedianos.

Entró en el portal y preguntó por don Claudio. El portero, que era hombre de mal genio con los humildes, le contestó con muy desagradable talante que no estaba.

Lázaro se quedó parado un buen rato, mirando al portero, como si le pareciera inverosímil la declaración de aquella sibila con gabán galoneado. Este creyó que no lo había dicho bastante claro, y replicó:

—No está.

Pero el joven tenía mucho interés en ver a Bozmediano aquella noche; así es que no se dió por satisfecho y preguntó:

—¿Cuándo vendrá?

El otro creyó que esta pregunta, hecha por un joven que no parecía ser de la primera nobleza, que no había venido en coche, que no era militar ni tenía botas

a la *farolé,* era una pregunta muy inconveniente y falta de sentido común, se sonrió con aire de superioridad, y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo:

—¿Cómo quiere usted que sepa yo cuándo viene? Vendrá... cuando venga.

—Es que tengo precisión de verle esta misma noche. ¿A qué hora suele venir?

—No tiene hora fija—dijo el portero, volviendo la espalda y dirigiéndose a la portería.

Después volvió, y dijo:

—Si usted quiere dejarle algún recado...

—No—repitió Lázaro—; necesito verle yo mismo.

—Pues mañana temprano...—dijo el criado en un tono que era fácil de traducir por «váyase usted».

Lázaro comprendió que era imposible sacar más partido de aquel cancerbero, y salió; pero tenía vivos deseos de ver a Bozmediano aquella misma noche. Parecíale que a cada hora que pasaba, después del fatal momento en que le vió desaparecer por la guardilla, añadía nueva intensidad a su agravio. Para él era Bozmediano entonces el ser más odioso y repugnante que había nacido. Creíale inspirado tan sólo por las ideas más bajas y groseras, y veía en él un cobarde seductor incapaz de nada generoso ni bueno. Se contemplaba como superior, muy superior a aquel hombre insidioso, y creía que sólo con verle el criminal conocería toda su bajeza. A veces le daban arrebatos de súbita cólera, tan fuerte y violenta, que a tener al militar ante sí se lanzaría sobre él dispuesto a arrancarle por cualquier medio la vida. Con esos sentimientos, el estudiante decidió no apartarse de la casa para esperar a que entrara, si estaba fuera, o cogerle al salir, si estaba dentro. Pasó a la acera de enfrente y empezó a pasearse, resuelto a no abandonar su puesto en toda la noche, esperando con la inquebrantable paciencia que da el deseo de venganza.

Las diez serían cuando Lázaro vió que salían de la casa tres personas. Acercóse con disimulo, y vió que una de ellas era Claudio. Apoyado en su brazo, y andando con lentitud, iba un anciano, que juzgó sería su padre. La otra persona era un militar; los tres hablaban con calor. Lázaro los siguió a alguna distancia, comprendiendo que no era aquélla la mejor ocasión para hablar a Bozmediano; pero se decidió a seguirlos hasta ver dónde paraban. Anduvieron varias calles, y al fin llegaron a la plazuela de Afligidos; se detuvieron ante una puerta enorme, de las que en aquel antiquísimo sitio dan entrada a las vetustas casas del siglo XVII, y Bozmediano, el joven, tocó. No tardaron en abrirles, y entraron. Lázaro, que los observaba desde lejos, notó que parecían recatarse, procurando no ser vistos. El militar entró el último, después de mirar a todos los rincones de la plazuela. Bien pronto se vió luz en una de las ventanas de la casa; pero una mano cerró las maderas y no se vió más claridad.

Sin saber por qué, la imaginación del estudiante no pudo menos de atribuir a la entrada de aquellas personas en tal casa cierto misterio; se acercó, miró el número y cuando se alejaba, dispuesto ya a retirarse, vió que venían otras dos personas embozadas hasta los ojos. Pasó junto a ellas Lázaro, fingiendo que seguía su camino, y, refugiándose tras la esquina de la calle de las Negras, observó que tocaron, que les abrieron sin tardanza y que entraron. «Tal vez será casualidad—pensó el joven—; pero algo tiene de extraño la reunión de aquellas personas en el mismo sitio.»

No pasaron diez minutos cuando Lázaro vió aparecer, viniendo del portillo de San Bernardino, a otros tres personajes, igualmente embozados; observó que se detenían para ver si los miraban y, por último, después de tocar, entraron en la casa. «Ya van ocho», dijo para sí, y esperó a ver si venía otra remesa.

Poco después, uno solo, que desembocó por la calle de Osuna y marchando muy aprisa. Detrás de éste aparecieron dos, que no necesitaron tocar, y, por último, llegaron, uno tras otro, cinco más, que entraron sucesivamente y separados.

—Sin duda, hay aquí algo—dijo Lázaro—. Han entrado dieciséis. Es un club secreto, una conspiración, tal vez una logia de masones.

A las once se retiró viendo que hacía una hora que no entraba nadie; pero se retiró resuelto a volver la noche siguiente para observar si aquello se repetía. Era evidente para él que allí se verificaba una reunión de personas graves, sin duda con algún fin político. Odiaba de muerte a Bozmediano, y este sentimien-

to le llevó a sentar el principio de que lo que allí se trataba no podía ser cosa buena.

Retiróse a la calle de Válgame Dios, muy pesaroso por no haber podido tener con su enemigo la terrible entrevista que él se había imaginado.

No es descriptible la ira que de María de la Paz se había apoderado con motivo de la tardanza del joven. Baste decir, para dar una idea de la irascibilidad de la dama a quien los poetas del tiempo de Cadalso compararon con Juno, que se levantó, no diremos que en paños menores, pero sí menos pomposamente vestida, cubierta y ataviada que de ordinario, para decir al caballerito que si se figuraba que aquella casa era suya—de él—, y que si tenía propósito de pasar la noche, mientras ella viviera, en los clubs y en los garitos de Madrid. Añadió que estaba cerciorada de que su conducta—la de Lázaro—no cambiaría nunca, y que era preciso desistir del empeño de hacer entrar un rayo de luz en tan oscura y desorganizada cabeza. Dijo asimismo que sólo a un exceso de su caritativa bondad—de ella—, debía—él—el gran favor de ser admitido en aquella santa casa, aunque presagiaba que no estaría mucho tiempo más en ella a causa de sus maldades y abominables calaveradas..., que deshonraban aquella santa casa. Y siempre con la santa casa. Así se lo dijo, y siempre con voz muy alta. El joven le contestó muy quedo:

—Señora, he tenido que hacer...

Pero ella no le dejó concluir, y dando gritos exclamó:

—No alce usted la voz, caballerito. ¿A qué grita usted de ese modo? Está mi sobrina muy mala, y viene usted a incomodarla. Si no ha venido aquí más que para incomodar...

—¿Que está muy mala doña Paulita? —dijo en voz casi imperceptible el muchacho.

—Sí, señor; y usted, con esas voces, no la deja reposar.

—Pero si yo no he alzado la voz...

—Calle usted, señor don Lázaro, calle usted, y no me desmienta.

En esta disputa estaban cuando Salomé apareció, diciendo:

—¡Por Dios, que está Paula con el recargo, y con este ruido se va a agravar!

—Este caballerito da unos gritos... —dijo Paz, alzando mucho la voz—. ¿Ves? Ha venido a las doce. ¿Qué te parece, Salomé? Habrá estado en algún club de gente perdida. ¡Bonita alhaja hemos metido en casa! ¿Y dice usted, caballerito, que ha tenido que hacer?

—Sí, señora; he tenido cierto negocio—contestó Lázaro, un poco amostazado con las impertinencias de las dos viejas.

—¡Buenos negocios serán ésos!—indicó Salomé—. Pero a ver si baja la voz, que mi prima no puede sufrir esos gritos. Apenas entró usted..., yo no sé cómo pudo sentirle. Lo cierto es que le sintió entrar, le conoció en los pasos, despertó con mucho sobresalto y cuando escuchó su voz se incorporó en el lecho con mucha agitación, manifestando que le molestaba mucho su voz. Conque calle usted, y procure no hacer ruido con esos taconazos... Vamos, ya puede usted retirarse...

—Señoras, buenas noches.

Aún no había dado un paso, cuando Clara apareció muy alterada, diciendo:

—Señoras, vengan ustedes, que se quiere salir de la cama... No la puedo sujetar. En cuanto sintió esta conversación, se levantó muy aprisa, diciendo que venía acá.

—¡Ah! Vamos a ver—dijo Paz, entrando en la habitación.

—Empieza a delirar—dijo Salomé, entrando también con Clara.

Lázaro subió pensando en aquel nuevo misterio de la mujer santa.

CAPITULO XXXII

LA FONTANILLA

No encontró a su tío, que aquel día no había aparecido por la casa. Si hemos de verle nosotros, tenemos que dirigirnos al naciente club de La Fontanilla, donde el buen realista conversaba muy calurosamente con el *Doctrino* y con el otro joven llamado Aldama, de quien ya tenemos noticia.

Indiquemos la variación que había ocurrido en aquella casa. El poeta había volado. Por fin consiguió Carrascosa el objeto de sus afanes; la vizcaína se decidió a echar al poeta con todo su bagaje de Gracos, musas y ninfas clásicas. Pudo mucho en la conciencia de la jamona la opinión del vecindario, que se

mostraba cada vez más explícito en cuanto a las supuestas relaciones entre la semidiosa y su cantor. Conjeturas podrían hacerse sobre la desaparición del joven, y hay indicios para creer que pocas horas antes de la partida estuvo la patrona hablando muy por lo bajo con su huésped.

Ausente el poeta y desocupado el parnasillo, don Gil trajo de la calle de las Urosas el baúl que contenía sus tres casacas, su peluca del tiempo de Esquilache, sus cuatro camisas con chorrera, su capa y su espadín enmohecido, y se instaló donde había estado el autor de *Los Gracos*. Colgó en la pared un cuadro de familia que representaba las postrimerías del hombre en diabólicas y extravagantes alegorías, y allí quedó, huésped de su adorada. Creemos oportuno advertir que la causa de la afición de don Gil a la vizcaína era que él tenía conocimiento, por papeles que tuvo ocasión de ver mientras fué covachuelista, de un derecho a ciertas tierras y casas de labor en Oñate, el cual había recaído en aquella doña Leoncia sin que ella misma lo supiera. El abate pensaba realizar un buen negocio, ya haciéndose por cualquier medio poseedor del derecho, ya pleiteando por cuenta de ella, con esperanza de sacar un buen bocado. Su hambre era tanta como su ingenio, razón por la cual había probabilidad de que saliera adelante con su empresa. Dejémosle allá dedicado a la ardua tarea de conquistar a la semidosa, y asistamos a la sesión de La Fontanilla.

El *Doctrino* decía a *Coletilla:*

—Mucho me temo que eso no salga bien; yo cuento con gente decidida; pero el golpe es demasiado terrible, amigo don Elías, y temo que se alborote la opinión pública.

—Si ya la opinión pública se ha presentado contra ellos; si los señala con execración — observó Elías con mucha vehemencia—. Parece que no conoce usted al pueblo. ¿No ve usted cómo están La Fontana, Lorencini, La Cruz de Malta y Los Comuneros? ¿No ve usted cómo los liberales exaltados truenan contra los que llaman tibios, es decir, contra los que apoyan al Gobierno y forman la mayoría llamada *sensata* en las Cortes? Pues bien: el pueblo está furioso contra esos tibios; ya usted sabe cómo se ha logrado encender esa ira. El pueblo está pidiendo su destrucción, porque cree que es el mejor medio de conseguir la Libertad. Cumplamos la voluntad del pueblo.

Indescriptibles son el sarcasmo y la diabólica malicia con que *Coletilla* pronunciaba estas palabras. Ya comprenderá el lector la marcha que llevaban los planes de aquel viejo demonio del absolutismo. El caminaba seguro hacia su fin; la paciencia, la constancia, la reflexión madura, la astuta discreción le guiaban; era hombre hábil y con facultad portentosa para idear y poner en práctica proyectos como el que le vemos desarrollar ahora.

—Bien—contestó el *Doctrino*—; yo convengo en que es preciso hacer eso que usted dice, y ver el modo de que el pueblo bajo satisfaga su sangriento deseo. El no sabe lo que quiere ni por qué lo quiere. Ha adquirido por distintos medios esas ideas, y es preciso llevarle a su realización. Pero me parece que aún no es tiempo, señor don Elías. Los hombres señalados para víctimas conservan aún mucho prestigio. El pueblo no los quiere, es cierto, porque al pueblo se le ha extraviado y se le ha engañado; pero tienen apoyo en la clase media y en una parte de la aristocracia. Creo que no ha llegado aún el golpe de mano que usted viene preparando.

—¡Qué niño es usted!—dijo el realista—. ¿Qué importa que esa gente tenga algún prestigio? ¿Y no significa nada el apoyo de aquella persona tan alta..., de aquel que todo lo puede?...

—Del rey, dígalo usted de una vez.

—Ya sabe usted cuál es el pensamiento del rey. Ante el público, ante la Europa, esos hombres son sus amigos; algunos son sus ministros, otros son sus consejeros de Estado, otros los diputados que apoyan sus decretos en las Cortes. Aparentemente el rey los ama; pero en realidad los odia, los detesta. Por ellos se entroniza el sistema constitucional; ellos dan fuerza al liberalismo. Ya veis cómo, para acabar con el liberalismo, hay que acabar con ellos.

Esto lo dijo con una resolución tan cínica y tan descarada veracidad, que el mismo *Doctrino*, que era un infame, sintió cierta repugnancia.

—Pues bien—continuó *Coletilla*—: toda la execración del atentado caerá sobre los liberales exaltados, que son los

que lo perpetran; el golpe va a herir directamente al liberalismo. Se verá que el liberalismo se mata a sí mismo; que los más exaltados de sus secuaces devoran a los más prudentes. ¿Qué ha de hacer la Patria, aterrada en presencia de este horror? Renegar del liberalismo, facilitar el santo propósito del rey de restablecer el antiguo sistema. El golpe está muy bien preparado: una parte de los liberales arde en deseos de aniquilar a la otra parte. El suicidio del liberalismo es inminente. Favorezcámoslo, impulsémoslo. Tal vez mañana será tarde; tal vez, si nos detenemos, pueda verificarse una reconciliación, y entonces...

—Reconciliación, no; eso es imposible —dijo el *Doctrino,* preocupado—. Los exaltados de La Fontana y de los otros clubs han llegado ya a un estado de intransigencia tal..., al pueblo se le ha predicado mucha doctrina de intolerancia y de exterminio para que se detenga en su aspiración. No hay remedio; esos que se oponen en las Cortes y en los clubs a las exageraciones de la Libertad van a ser atropellados por ella. No es posible reconciliación; por lo mismo creo que debe y puede esperarse un poco a ver si esos hombres pierden de una vez la poca popularidad que les queda.

—Esas cosas se han de hacer con decisión: si no, no se hacen—dijo Elías—. Veo que usted no ha nacido para los golpes de circunstancias. Yo creo que esta semana debe verificarse el desenlace de mi plan, y lo tendrá, aunque usted no quiera ayudarme.

—Ayudarle a usted, eso sí. Hemos hecho un pacto: usted es el que ha de mandar. Aunque disintamos en un punto, no por eso nos separaremos. Yo obedezco, y la responsabilidad del éxito cae sobre mí. Pero en la desgracia usted no me ha de abandonar; así lo hemos pactado.

—Eso, no; respecto a lo que he dicho a usted no hay que insistir. Tendrá lo que desea; más aún.

—Pues no espero más que las órdenes de usted.

—Es indudable—dijo Elías, después de una pausa—que ellos se han propuesto marchar de acuerdo y destruir las pequeñas diferencias que entre ellos habia, Martínez de la Rosa y Toreno se dan la mano con el ministro Felíu y con el mismo Argüelles.

—¿Y qué?

—Que eso es lo que conviene a nuestro plan.

—Excepto Argüelles, todos son muy odiados del pueblo, y no creo que exista hombre alguno a quien más aborrezcan los exaltados que el ministro Felíu.

—Pues bien—dijo *Coletilla*—, yo estoy seguro, segurísimo, de que esos que he nombrado y, además, Valdés, Alava, García Herreros, el poeta Quintana, el consejero de Estado Bozmediano y otros se reúnen, no sé si de día o de noche, con todos los ministros y algunos generales. Sin duda, tienen algún proyecto entre manos, algún complot, quién sabe si contra el rey.

—¿Y no sabe usted dónde se reúnen?

—No lo sé, estoy rabiando por averiguarlo. Figúrese usted qué ocasión. Precisamente son los que... Le diré a usted cómo he sabido que esos pájaros se reunen algunas noches, no sé si todas las noches. Hace algunos días estaba Felíu en el cuarto del rey. No había consejo; estaba el conde de T*** contando chascarrillos. El rey se reía mucho, y el ministro también, para que no le acusaran de irreverente. Después su majestad dijo que quería ver el decreto de la beneficencia que Felíu tenía preparado, porque estaba delante el obispo de León y el rey quería mostrárselo. Sacó del bolsillo su excelencia el manuscrito y, al mismo tiempo, se le cayó un papel muy pequeño, sobre el cual su majestad, que es más ladino que Merlín, puso inmediatamente el pie. El ministro notó la caída del papel, pero no se dió por entendido. Leyó su decreto, dijo el prelado que no le gustaba, y el rey, que estaba complacidísimo. Grande era su curiosidad por saber si aquel papel decía algo interesante, y apresuró la despedida del ministro. Quedóse solo y me llamó; juntos leímos el papel, que decía:

«A las diez, van, por fin, Argüelles y Calatrava. No falte usted.»

Esto nos aumentó la curiosidad. Mandamos a las diez a una persona que fuera a espiar la salida del ministro de su casa para observar adónde iba. Pero Felíu no salió; tampoco salieron de las suyas Argüelles ni Calatrava, y fué que el maldito, como notó que su majestad

había puesto el pie sobre el papel, quiso desorientarle y no fué a la cita, avisando a tiempo a Argüelles y a Calatrava para que no fueran tampoco.

—Y después, ¿no ha tratado usted de averiguar?

—Sí; a la noche siguiente fué una persona a casa de Feliu a preguntar por él, y le dijeron que no estaba. Quedóse por aquellos alrededores; pero no le vió entrar ni salir en toda la noche. Yo sospechaba que Toreno, Martínez de la Rosa, Valdés, Alava y Bozmediano entraban en aquel cotarro, y después de las diez mandé a sus casas a personas que preguntaran por ellos con cualquier pretexto: ninguno estaba. He sabido que Quintana, que va al Príncipe con frecuencia, ha salido antes de las diez; he sabido que Bozmediano y su hijo, que asistían a la tertulia del marqués de las Amarillas, se marchaban a eso de las diez los tres juntos. Esto se ha repetido varias noches.

—¿Y no se los sigue para saber dónde van?

—Sí; y se ha observado que cada uno entra en su casa ; esto lo hacen para desorientar al que los sigue. Algunas noches se los ha visto dirigirse a otros sitios; pero nunca se ha notado que todos vayan a uno mismo. Pero ya lo averiguaremos, descuide usted.

—Pues si esa reunión es cierta—dijo el *Doctrino*—, es un complot, sin duda. ¡Qué ocasión!

—¡Y quería usted dejarla pasar! Es preciso que esa gente aparezca a los ojos del pueblo como urdiendo un plan de golpe de Estado contra la Constitución. El pueblo es fácil de engañar.

—El pueblo creerá eso y todo lo que sea preciso.

—Vamos, ¿y qué ha hecho usted esta mañana?—preguntó *Coletilla*—. ¿Ha hablado usted a los de Lorencini?

—Estamos de acuerdo.

—Y los Comuneros, ¿se deciden a marchar con ustedes?

—Ya vió usted lo que dijo el otro día el jefe de los exaltados allí. Estamos convenidos.

—Bien—dijo Elías.

—Grandes turbas de gente obedecen ciegamente nuestro mandato. Eso bueno tienen las ideas exaltadas: que es muy fácil llevar al pueblo al terreno de los hechos, incitándole con ellas. El pueblo se deja llevar, y le gusta que le lleven.

—¡Bendita la nación!—dijo Elías con una mirada igual a la del demonio cuando tentó a Jesús—; bendita la nación que tiene un pueblo tan impresionable y dócil, porque si bien puede extraviarse, puede servir también de instrumento para volver al buen camino, y luego, con un sistema de represión, el pueblo no volverá a ser impresionado por nadie.

Apenas había pronunciado *Coletilla* estos terribles aforismos, cuando se sintió ruido en la escalera. Eran algunos jóvenes socios del club naciente.

—Escóndase usted ahí—dijo el *Doctrino* a *Coletilla*—. Estos no le han de ver.

Escondióse el realista en una alcoba inmediata, y entraron Alfonso Núñez, Cabanillas y otro que hasta hoy no conocemos, y era Juan Pinilla, gran orador de Los Comuneros, apóstol de las ideas más disolventes y extravagantes. Estaba ya en autos con el *Doctrino;* ambos servían a *Coletilla* mediante respetables sumas, y la promesa, solemnemente asegurada, de un destino en las Intendencias de Cuba o Filipinas. Otros muchos entraban en el infame complot, y entre ellos una gran parte sin interés, guiados sólo por patriotismo mal entendido, por la ignorancia o la ambición. Estos eran los más desdichados.

—¿Qué hay?—dijo Núñez—. ¿Te has convencido ya de que esto no puede retardarse? Mañana será tarde. He tenido ocasión de ver cómo están los ánimos perfectamente preparados para nuestro objeto. Los ministros, los diputados de la fracción *sensata,* son detestados; la tempestad ruge sobre sus cabezas. Hay que hacerla estallar. Salvamos la Libertad, ¿sí o no?

—La salvamos—dijo el *Doctrino*—. Cuando contamos nuestras filas y vemos que la mayoría de España está con nosotros, ¿no hemos de tener confianza?

—Eso mismo digo yo—manifestó Aldama, que en presencia de *Coletilla* no hablaba nunca; pero sabía recobrar, cuando él no estaba, el uso de su muletilla.

—¿No ha venido Lázaro?—preguntó el *Doctrino* a Alfonso.

—No estaba en su casa. Tal vez venga más tarde.

—Esta noche vendrá Jorge Bessières,

el gran republicano francés—dijo Juan Pinilla, comunero y republicano.

Era Pinilla un hombre de gran talla, casi tan corpulento como el barbero Calleja, pero de más claridad en la mollera. Abogado sin pleitos, más por la violencia e informalidad de su carácter que por falta de talento, era gran terrorista, y su mayor afán era desempeñar el papel de acusador el día en que la Junta de Salud Pública decretara el exterminio de una gran porción de ciudadanos, empezando por el rey. Fernando estaba ya sentenciado en los papeles de Pinilla, con otros menos dignos que él de la guillotina. Poco después de este furibundo demagogo otro personaje entró en escena.

—¿Quién será?—dijo el *Doctrino*, sintiendo los pasos—. Apuesto a que es el mismo Lobo en persona.

Un hombre alto, flaco y vestido de negro entró en la habitación. Era don Julián Lobo, célebre republicano que después fué faccioso y uno de los más sanguinarios chacales del absolutismo. No es fácil decir si en la época en que lo presentamos era verdadero demagogo o simplemente un absolutista disfrazado, como otros muchos. Lo cierto es que hacía alarde de las más exageradas opiniones, y sus discursos, pronunciados en Lorencini, eran elocuentes y fanáticos. Conspiró mucho con los liberales exaltados contra el gobierno de Feliu, y después contra el gobierno de Martínez de la Rosa. Hay quien asegura que tomó parte en las primeras facciones con Misas y el Trapense, y es indudable que al fin de los tres años constitucionales se presentó descaradamente con una partida en Moncayo, donde hizo estragos. Entronizado de nuevo el absolutismo, se ordenó de mayores—ya lo era de menores antes de 1821—; obtuvo el arcedianato de Ciudad Rodrigo con asiento en el coro de Salamanca, y lo disfrutó muchos años.

—Señores—dijo con mucha solemnidad—, albricias: La Fontana es nuestra.

—¿Qué hay? Cuente usted—dijeron todos con gran interés.

—Que nos han dejado libre el campo. Los últimos que quedaban del partido *tibio* se han marchado viendo que la opinión se va tras nosotros. Anoche les han dado una silba horrible. Han acordado marcharse todos, y el amo del café, Grippini, ha venido a decirme que si queremos continuar nosotros las sesiones...

—Pues ¿no hemos de continuar? Esta noche misma—dijo Alfonso con entusiasmo.

—Bien por La Fontana. La Fontana es nuestra—gritó el *Doctrino*.

—Lo mismo ha pasado en Lorencini. Se han marchado esos señores con su *orden* y su *cordura*.

—El campo es nuestro. Convocad a la gente para esta noche.

—¡Todo el mundo a La Fontana!

—A La Fontana, a las diez.

En la sesión preparatoria de La Fontanilla no ocurrió nada de notable. Los principales cabecillas del complot se dieron cita para una conferencia secreta que tendría lugar aquella noche en el salón interior de La Fontana, a las nueve, y se despidieron para retirarse, quedando allí Aldama y el *Doctrino*. Cuando se vieron solos llamaron a Elías, que apareció con cara de júbilo, la cual en aquel hombre era la cara más diabólica y repulsiva del mundo.

—¿Qué le parece a usted?—dijo el *Doctrino*.

—Bien, bien.

—Vamos a echar un trago—añadió el joven, tomando de manos de Aldama una botella que éste había sacado, no sabemos de dónde, al desaparecer los compañeros.

—Yo no bebo, no—dijo Elías, tomando la botella y echando vino en el vaso de los otros dos—. Yo no bebo.

—Esta noche en La Fontana. ¿Va usted?

—Sí iré..., pues no—respondió *Coletilla* con mucha ironía—. Yo también soy liberal.

CAPITULO XXXIII

LAS ARPÍAS SE PONEN TRISTES

Mucho le asombró a Lázaro lo que pasó en la casa de la calle de Belén el día después de su excursión a la plazuela de Afligidos, que fué el día mismo de la sesión que hemos referido. Serían las tres de la tarde cuando entró su tío; las dos arpías se abalanzaron hacia él, y con la hiel propia de sus caracteres emponzoñados le dijeron, disputándose a cuál hablaba primero:

—¡Ah, señor don Elías! ¡No sabe usted lo incomodadas que nos tiene este mozalbete! ¿No sabe usted a qué hora entró anoche? ¿Lo creerá usted? ¡A las doce!... ¡Qué escándalo! ¡En una casa como ésta, en una casa de paz, de decoro, de virtudes! A las doce entró este caballerito, que sin duda pasó la noche en alguno de esos *clubes,* como dicen, quizá alborotando y aprendiendo todas esas herejías que andan ahora por ahí. ¿Qué le parece a usted? Pero ¿no se irrita usted, señor don Elías? Y lo peor es que entró haciendo un ruido con esos taconazos... y dando unas voces... Porque como está Paulita tan mala, es el caso que se alteró con el ruido y quiso salirse de la cama. ¡Ay, qué hombre! Crea usted que ya nos tiene consumidas su sobrinito, señor don Elías, y es preciso que tome usted una determinación porque esta casa..., ya ve usted..., esta casa...

Todo lo dijo casi en su totalidad Paz, aunque a Salomé pertenecieron algunas palabras. Pero viendo las dos que la filípica no hacía efecto ninguno a *Coletilla*—y esto era lo que asombraba a Lázaro—, tomó la palabra Salomé sola para decir:

—¿Y no sabe usted que este... joven es de lo más mal educado que he visto? Pues el otro día estuvimos en casa de don Silvestre Entrambasaguas, y se portó tan groseramente que nos dió vergüenza de ir en su compañía. Luego por la calle andaba con unas carreras... En fin, si usted no se decide a sacarlo de los *clubes*...

(Advertimos, para que el lector no extrañe la singularidad de este plural, que la dama, para explicarla, aseguraba que no decía *clubs* por lo mismo que no decía *candils,* ni *fusils,* en lo cual no andaba del todo descaminada.)

Lázaro sintió impulsos de agarrar por el moño a uno y otro basilisco y dar allí un ejemplo del vejamen que podía sufrir la aristocracia histórica en la ilustre familia de los Porreños; pero su indignación se calmó al observar que su tío, lejos de escuchar con ira aquellas acusaciones, se sonrió, y pasándole la mano por el hombro casi cariñosamente, si es permitido usar esta palabra, dijo:

—No se incomoden ustedes por tan poca cosa. Si llegó tarde fué, sin duda, porque tuvo alguna ocupación: eso no tiene nada de particular. Lázaro se porta bien; yo se lo aseguro a ustedes.

—¡Jesús, señor don Elías!—exclamó Salomé, como si oyera una obscenidad—. ¡Jesús, señor don Elías; yo esperaba de usted algún miramiento para con nosotras!

—Pero, señora, digo tan sólo que si mi sobrino llegó tarde fué porque tuvo algo que hacer.

—No esperaba yo de usted semejantes palabras—indicó Paz, poniendo los ojos, la boca y la nariz en la misma disposición compungida que si fuera a llorar.

—No sé en qué podemos nosotras haber faltado—observó Salomé, poniéndose verde y haciendo también un gran esfuerzo para hacer creer que si no lloraba era por no faltar a las conveniencias sociales—. No sé en qué podemos nosotras haber faltado para que usted nos diga eso.

—Como está una en desgracia...—murmuró Paz, bajando la cara para que se creyera que devoraba una humillación.

—Pero, señoras—dijo *Coletilla* con mucha seriedad—, yo no he agraviado a ustedes; he disculpado a mi sobrino solamente...

—Como está una en desgracia...—añadió la dama, continuando la queja interrumpida—, ya no se nos guardan ciertas consideraciones y se nos desmiente cuando afirmamos una cosa.

—¡Yo, señoras mías!—balbució Elías.

—En otro tiempo—dijo Salomé, respirando fuerte y acumulando en la mirada todo el desdén de su carácter—, en otro tiempo no pasaba así. Cada persona se mantenía en su lugar, y el que estaba obligado a acatarnos no llegaba nunca hasta nosotros sino con el mayor respeto y cortesía. Hoy todo ha cambiado.

—¡Hoy todo ha cambiado! ¡Cómo ha de ser!—exclamó Paz, que después de incalculables esfuerzos consiguió su objeto, el cual consistía en que una lagrimita rodara por sus mejillas atomatadas.

—Adiós, señor don Elías—dijo Salomé, hecha un veneno porque el realista no se arrodilló a sus plantas como esperaba.

—Adiós, señor don Elías—repitió Paz,

viendo que su lagrimita no ablandaba el duro corazón del antiguo mayordomo.

—Pero vengan ustedes acá, señoras...

Las dos volvieron rápidamente.

—Yo estoy confuso; no sé por qué toman ustedes ese tono. No sé en qué puedo haberlas ofendido. ¿Qué he dicho?

—Ha dicho usted lo que no quiero recordar—dijo Paz, limpiándose la consabida lagrimita.

—Ha dicho usted que su sobrino se enmendará. ¡Oh!, no puedo creer que usted...—exclamó Salomé.

—Adiós, señor don Elías.

—Adiós, señor don Elías.

Se fueron. El fanático volvió pronto de su estupor, y después, dando poca importancia a aquel asunto, se dirigió a su sobrino, y dijo:

—Vamos, Lázaro; esta noche se reunen tus amigos en La Fontana. Hay gran sesión: no faltes. Yo no me opongo a que cada cual manifieste sus opiniones; tú tienes las tuyas: yo las respeto. Sé que tienes talento y quiero que te conozcan. Ve a La Fontana, ve esta noche.

Lazaro se quedó absorto, y apenas creía que lo dijera aquello el hombre intransigente que tantas recriminaciones le había hecho por sus ideas liberales; pero, acostumbrado ya a las cosas raras e inverosímiles, no se preocupó mucho.

Llegó la hora de comer, y la santa ceremonia del pan de cada día fué tan silenciosa que aquella casa parecía de duelo. Baste decir que a Salomé se le olvidó pasarle los garbanzos a Lázaro, y que éste, por no dar lugar a un nuevo conflicto, ni los pidió ni los tomó. Tampoco en la ración del realista estuvo muy pródiga doña Paz, pues se le olvidó ponerle carne, en lo cual aquel grande hombre, que sólo vivía de espíritu, no hizo alto. La otra vieja hizo cuanto en ser humano cabe para dar a entender que no tenía apetito; pero de todos los medios que se conocen para probar tal cosa dejó de emplear el mejor, que es no comer. A tanto no llegaron sus esfuerzos. Paz dió algunos suspiros entre bocado y bocado. El único suceso importante que turbó la calma de aquella comida melancólica y callada fué una ligera disputa suscitada entre las dos arpías, porque Salomé decía que el estofado se quemó por culpa de Paz, y ésta aseguraba lo contrario. Al concluir, Elías dió tregua a sus meditaciones para preguntar:

—Pero ¿no está mejor doña Paulita? ¡Bah! Supongo que no será nada.

Salomé se apresuró a llevar a la boca una uva que tenía entre sus delicados dedos para poder decir:

—¿Que no será nada? Crea usted que está bastante grave.

Al decir esto, los movimientos de la delgada piel y los huesos angulosos de su gaznate indicaron que la uva había pasado.

—Pero ¿es cosa de gravedad?—dijo Elías.

—Qué, ¿tanto le interesa a usted? —preguntó con mucha hinchazón María de la Paz, que sentía renacer en sí todas las fuerzas de su antigua habilidosa elocuencia de salón.

—Pues ¿no me ha de interesar?—dijo Elías, sintiendo herido su amor propio de mayordomo—. Pero voy, si ustedes me permiten, a verla.

—No puede usted ahora, porque está durmiendo.

—La va usted a molestar.

Las dos se sonrieron satisfechas de la humillación que creían arrojar sobre Elías retirándole momentáneamente su confianza.

—Pues si no puede ser, me retiro.

—Vaya usted con Dios.

—Si se ofrece algo, señoras...—dijo el realista.

Y contra lo que ellas esperaban, el realista se marchó, dejándolas muy contrariadas.

—¡Ay!—exclamó Salomé—, ¿será posible?

—¿Qué?—dijo Paz, alarmada.

—Que las ideas del día hayan también...

—¿Será posible?...

—¡También él!...

El ámbito del comedor resonó con la vibración de dos suspiros que eran dos poemas. Pero ningún suceso grave resultó de aquel singular estado de sus caracteres, a no ser que quiera considerarse como tal el gran puntapié que se llevó el perrito *Batilo* sin motivo serio que lo explicara.

CAPITULO XXXIV

EL COMPLOT.—TRIUNFO DE LÁZARO

Lázaro no pudo tampoco aquel día encontrar a Bozmediano. Su deseo de hablarle, de pedirle cuenta de su infamia, de demostrarle la lealtad de su conducta y de castigarle sin lástima ninguna aumentaba a cada hora. Buscóle con afán, porque ciertos agravios dan una paciencia y una tenacidad que las más grandes empresas inspiran rara vez al hombre.

En la casa le decían constantemente que no estaba; paseaba de largo a largo la calle sin verle aparecer; llegó la noche, y a eso de las diez vió salir a las mismas tres personas de la noche anterior. Eran ellos. Bozmediano, padre e hijo, y el otro militar salieron por una puerta que se abría a un callejón oscuro y se encaminaron a la plazuela de Afligidos, dando un gran rodeo. Apostóse el joven otra vez detrás de la esquina de la calle de las Negras, y los vió entrar en la propia casa. Al poco rato entró otra persona, después tres, después dos; en fin, los mismos de la noche anterior. Reflexionando entonces Lázaro que su grande objeto, hablar y confundir a Bozmediano, no lo podía conseguir viendo entrar desconocidos en una casa desconocida, se retiró, dirigiéndose a La Fontana para asistir a la gran sesión de que su tío le había hablado.

Desde el anochecer estaban en el café de la carrera de San Jerónimo el *Doctrino,* Pinilla, Aldama y otros dos individuos de los que más trato tenían con el bolsillo del intendente revolucionario Elías Orejón.

—No hay otro medio mejor que el que *Coletilla* nos ha propuesto—decía el *Doctrino*—. Indudablemente, ese zorro tiene talento.

—Pero es preciso tomar antes buenas medidas—indicó Pinilla—, porque esos golpes, si salen mal, son terribles... Escojamos buena gente, y que todos nos sigan y vayan al mismo objeto sin decir nada hasta no estar sobre ellos. Que sólo sepan la verdad del objeto treinta o cuarenta hombres probados.

—Eso ha de ser así; yo respondo de ello.

—Ellos también parece que ven venir la lucha y se preparan para la defensa. Hoy lo dijo Toreno en las Cortes—observó Pinilla—. Pero les va a ser difícil escapar. El pueblo está irritado contra ellos; el pueblo quiere libertad, y ha de atropellar a los que intentan no permitirle llegar hasta el fin.

—La gran dificultad consiste en no poderlos coger reunidos en un solo punto. Lo bueno sería invadir el Congreso; pero el de la casa grande no quiere tal cosa. Hay que ir cazándolos guarida por guarida, y esto hace más difícil y complicado el asunto... Pero concretemos. En resumen: ¿qué es lo que se debe hacer?

—La cuestión es muy sencilla—dijo el *Doctrino,* echándose atrás el sombrero y bajando la voz—. Todo se reduce a lo siguiente: Hay un partido, unos cuantos hombres que se llaman liberales sensatos, que predican el orden y el respeto a las leyes. Todo esto es muy bueno. Pero el pueblo ha cobrado gran odio a esa gente, que es, según cree el rey, el apoyo de la Constitución. El pueblo ha llegado tras largas sugestiones a desear vivamente, con razón o sin ella, la... desaparición de esos hombres. Bien: conduzcamos al pueblo al logro de su deseo. El pueblo lo quiere, cúmplase la voluntad nacional.

Después de estas irrisorias y diabólicas palabras, el *Doctrino* se detuvo para leer el efecto de su exposición en las caras de los oyentes.

—Bien—continuó—: hay veinte o treinta hombres señalados ya en la opinión como víctimas.

—¿Como víctimas?—interrumpió Pinilla.

—Sí, ha de haber un atropello. Hasta dónde llegará este atropello, es lo que no puedo decir a ustedes. Ya sabemos lo que es este pueblo.

—Pero este atropello, ¿parará en una matanza?—preguntó uno de los dos desconocidos.

—Esto es lo que no sé. Atropello ha de haber. Las personas que lo han de sufrir están aquí apuntadas en mi cartera. No son sólo los ministros.

—Y después, ¿qué pasará?—dijo el otro—. Verificado el hecho, y supongo que llegue al último extremo, a un sacrificio horrible, ¿qué tendremos? Se apoderará del poder el partido exaltado; tendremos un período de dictadura, de terror y represalias espantosas. ¿Adón-

de iremos a parar? A la anarquía más horrible.

—No importa—dijo el *Doctrino*—. El rey cuenta con eso y lo desea. De esa anarquía ha de salir triunfante un absolutismo, que es su objeto. Y lo conseguirá; eso es indudable.

—¿Y contra quiénes se dirige el motín?

—Contra muchos: ya conocéis quiénes son. Los políticos que se llaman de talla, los que guían la marcha de las Cortes, los influyentes. No se olvidará al presuntuoso Argüelles ni al célebre, más que célebre, Calatrava.

—Hombre, sentiría que se escapara el bueno del consejero Bozmediano, que tuvo la desfachatez de decir en las Cortes que si el Gobierno no tenía a raya a los exaltados peligraban la Libertad y la Patria.

—¿Cómo se había de escapar ese pez? Ese es de los primeros. Pues si es el que inspira al Gobierno... ¿Quién clama todos los días porque se cierren los clubs? El. ¿Quién es el autor de aquellos decretos sobre Imprenta? El. ¿Quién indujo al Gobierno a la destitución de Riego? El.

—¡Pues no digo nada de su hijito, el señor don Claudio Bozmediano, que al principio era socio de La Fontana!—dijo uno de los desconocidos.

—¡Oh!—exclamó vivamente el señor Pinilla, como si sintiera una herida en el corazón—. ¿Ese perro había de escapar? Le odio, le detesto, no le tendría compasión aunque le viera asado en parrillas. Sólo por acabar con ese condenado entraría yo en la conspiración.

—Pues ¿qué te ha pasado con él?—le preguntaron.

—¿Qué me ha pasado?—dijo Pinilla, lívido de cólera—. Hace algún tiempo iba ese señor a Lorencini. Una noche hablaba yo en contra del absolutismo y de los frailes; todos me aplaudían, y él también. Después dije no sé qué cosa contra los militares; él calló; pero al concluir mi discurso vino a hablar conmigo y me expresó con algunas palabras su disgusto. Yo no esperé más: hacía tiempo que me cargaba aquel hombre; le tenía ojeriza, sin saber por qué; le dije que me importaba poco su opinión. Me contestó, le contesté yo más fuerte, hasta que, al fin, de palabra en palabra, le dije cierta cosa, sabida de todo el mundo, respecto a su madre, que fué muy levantada de cascos. El no esperó más, y de repente... No lo puedo contar, porque se me sube toda la sangre al rostro. El puso su pesada mano en mi cara, y la oprimió con tal fuerza, que desde entonces la siento siempre aquí..., aquí..., quemándome como un hierro candente. Reñimos; él es mucho más fuerte que yo, y me venció. Después nos desafiamos, y me hirió; he vuelto a tener otro altercado con él y me volvió a... En fin, le odio de muerte. Uno de los dos tiene que destruir al otro: no hay remedio.

—Pues no escapará, ni su padre tampoco.

—Lo mismo digo yo—exclamó Aldama, que estaba muy pesaroso porque el amo del café no le había querido fiar una botella de málaga.

—Chitón, que viene alguien. ¿Quién es? ¡Ah! Lázaro.

Lázaro entró y saludó a su amigo.

—Buenas noches, buena pieza—le dijo el *Doctrino*—. Ya estamos otra vez en La Fontana; ya somos dueños del club, de nuestro club; ya se fué aquella horda de necios. Esta noche hablará usted y será aplaudido. Sabrán apreciar lo que usted vale.

—¡Ah!, ya no hablo más—replicó Lázaro, con cierta amargura, porque se había llegado a convencer de que no había nacido para la tribuna.

—Mire usted—dijo Pinilla al *Doctrino*, continuando la conversación interrumpida—, ese Bozmediano es, además, un hombre inmoral, de detestable conducta; un libertino, como lo fué su padre, escándalo en la Corte de Carlos Tercero.

Lázaro prestó mucha atención.

—No se ocupa más que en seducir muchachas. ¡Cuántas familias son hoy desgraciadas a causa de sus hazañas! ¡Oh!, los bandidos de esta clase deben ser quitados de entre los hombres.

—Hablan ustedes de una persona que me ocupa mucho en estos momentos —dijo Lázaro—. ¿Usted le conoce? ¿Usted sabe cuáles son los hábitos de ese malvado?

—¿Pues no lo he de saber?—manifestó Pinilla.

—Yo le he buscado ayer—dijo Lázaro—; le he buscado hoy sin poderle encontrar, porque tengo que ajustar cier-

tas cuentas con él. Yo le encontraré, aunque tenga que andar toda la tierra...

—Cuidado, joven, que ese maldecido maneja bien las armas. Tiene una mano admirable.

—No me importa: ya nos arreglaremos.

—¿Y le ha buscado usted?

—Sí: no le he podido encontrar; es decir, si le he encontrado, le he visto; pero no en disposición de hablar con él. Iba con dos más, al parecer a una reunión secreta, a que concurrían otros hombres, que aparecían sucesivamente y entraban en una casa.

—¿Dónde?—preguntó con vivo interés el *Doctrino*.

—En una plazuela; según después he averiguado, se llama de Afligidos.

—¿En la plazuela de Afligidos?—dijo el otro con asombro—. Es en la casa de Alava... ¿Y eran muchos? ¿A qué hora?

Lázaro contó detenidamente todo lo que había visto en la citada plazuela dos noches seguidas y a la misma hora.

—No necesito más—dijo el *Doctrino* al oído de Pinilla.

Esto pasaba en una pequeña sala interior de La Fontana, donde el amo tenía algunos centenares de botellas vacías y dos o tres barriles, vacíos también, con gran sentimiento de *Curro Aldama*. Cuando Lázaro concluyó su relato, se sintió el ruido de aplausos y las voces entusiásticas que resonaban en el recinto del café. Hablaba con mucha elocuencia Alfonso Núñez. Más de doscientos jóvenes exaltados, lleno el espíritu de pasión expansiva, le aplaudían con entusiasmo. El joven orador comunicaba su indiscreta fe a aquella masa de juventud inocente y soñadora, cuando cuatro infames, a dos pasos de allí, preparaban un sangriento desastre. Estas iniquidades, proyectadas por pocos y llevadas a cabo por muchos con la sencillez propia de las turbas engañadas, son muy frecuentes en las revoluciones. El gentío obra a veces obedeciendo a una sola de sus voces, cualquiera que sea; se mueve todo a impulso de uno solo de sus miembros por una solidaridad fatal.

La Fontana estaba aquella noche elocuente, ciega, grande en su desvarío. Iba a perpetrar un crimen sin conocerlo. Su elocuencia era la justificación prematura de un hecho sangriento; y para el que conocía su próxima realización, las galas de aquella oratoria juvenil eran espantosas y sombrías.

Lázaro entró en el café; aún no se atrevió, aunque tenía la persuasión de ser recibido con benevolencia, a presentarse en el centro del club. Se quedó en un rincón, dispuesto a ser simple espectador; pero algunos pidieron que hablara; Alfonso le empujó hacia la tribuna; el mismo dueño del café se lo suplicó con insistencia, y la mayor parte de la juventud, que formaba el público, le aplaudió, tributándole una ovación anticipada. No pudo eximirse: se resolvió a hablar, subió a la tribuna y empezó. Felizmente no le aconteció aquella vez lo que en la desgraciada noche de su llegada; no perdió la serenidad al encararse con las mil cabezas del público y ver abierto ante sí el atisbo de tanta atención, expresada en tantos ojos. Sin dificultad ninguna encontró el asunto de su discurso, y desde las primeras frases vió desarrollarse ante su imaginación, en serie muy clara, todas las ideas que habían de constituir la disertación. A cada palabra sentía presentarse la siguiente; pero sin atropellarse, con la calma de la verdadera inspiración que afluye al espíritu y no se precipita. La elocuencia muda de sus horas de silencio y soledad salía por primera vez a su boca, sorprendiéndole a él mismo, que se oía con tanto gozo como podía oírle el público. Aquellas páginas no escritas, aquellas oraciones no emitidas por voz humana, salían a sus labios con tanta facilidad, que parecían aprendidas de memoria desde largo tiempo. Sin darse cuenta de ello, dejó de ser retórico aquella vez. Su instinto de orador se alejó de aquel peligro, y expresándose a veces con demasiada sencillez, no incurrió tampoco en el desaliño ni la vulgaridad. La espontánea brillantez de sus medios oratorios, la profunda entonación de verdad y sentimiento que daba a sus afirmaciones, la habilidad con que sabía explotar la pasión y la fantasía del auditorio, le ayudaron en aquella empresa, en la cual su ingenio apareció en altísimo lugar, grande, espontáneo, robusto de ideas y formas, como realmente era.

—¿Cómo queréis que haya libertad —decía—, si unos cuantos se erigen en sacerdotes exclusivos de ella, cuando ese gran sacerdocio a todos nos corresponde

y no es patrimonio de ninguna clase? Pasó el monopolio de la riqueza, de la ilustración, del predominio y de la influencia. ¿Hemos de consentir ahora el monopolio de las ideas? *(Grandes aplausos.)* Por este camino vamos a tener aquí una cosa parecida a las castas del Oriente. *(Risas.)* Entre los millones de ciudadanos que pertenecen a la sagrada comunión del liberalismo vemos surgir una casta privilegiada, que se cree única conservadora del orden, única cumplidora de las leyes, única apta para dirigir la opinión. ¿Hemos de consentir esto? ¿Hemos de ser siempre esclavos? ¿Esclavos ayer del despotismo de uno, esclavos hoy del orgullo de ciento? Mil veces peor es este absolutismo que el que hemos sacudido. Prefiero ver al tirano desenmascarado y franco, mostrando su torva sanguinaria faz de demonio; prefiero la insolencia desnuda de un bárbaro abominable, abortado por el infierno, a la hipócrita crueldad, al despotismo encubierto y disfrazado de estos hombres que nos mandan y nos dirigen, escudado por el nombre de liberales, haciendo leyes a su antojo, para después obligarnos con el respeto a la ley; seduciéndonos con el nombre de Libertad para después ametrallarnos en nombre del orden; llamándose representantes de todos nosotros, para después insultarnos en las Cortes llamándonos bandidos. *(Aplausos.)* No puede durar mucho tiempo el imperio de la injusticia. Felizmente aún no han puesto mordazas en todas nuestras bocas; aún no han atado todas nuestras manos; aún podemos alzar un brazo para señalarlos; aún tenemos aliento en nuestros pechos para poder decir: «Ese.» Están entre nosotros, los conocemos. Esta gran revolución no ha llegado a su augusto apogeo, no ha llegado al punto supremo de justicia: ha sido, hasta ahora, un paso tan sólo, el primer paso. ¿Nos detendremos con timidez, asustados de nuestra propia obra? No; estamos en un intermedio horrible: la mitad de este camino de abrojos es el mayor de los peligros. Detenerse en esta mitad es caer, es peor que volver atrás, es peor que no haber empezado. Hay que optar entre los dos extremos: o seguir adelante o maldecir la hora en que hemos nacido. *(Grandes y estrepitosos aplausos.)*

Lázaro notó, mientras pronunciaba estos párrafos, que entre las mil figuras del auditorio, y allá en lo oscuro de un rincón, había una cara en cuyos ojos brillaban el entusiasmo y la ansiedad. Las manos flacas y huesosas de aquel personaje aplaudían, resonando como dos piedras cóncavas. Le miraba sin cesar mientras hablaba, y a no encontrarse el orador muy poseído de su asunto y muy fuerte en su posición respecto al auditorio, se hubiera turbado sin remedio, dando al traste con el discurso. La persona que así le miraba y le aplaudía era su tío. Aquello era incomprensible, y el joven hubiera pensado mucho en semejante cosa si las cariñosas y ardientes manifestaciones de que fué objeto no le distrajeran mucho tiempo después de concluído su discurso.

Otro habló después de él, y al fin, después de tantos discursos, el público empezó a desfilar. Alfonso y Cabanillas se fueron a la calle, llevados por los grandes grupos en que se descompuso aquella masa de gente. Agitada fué aquella noche en todo Madrid, y es positivo que la autoridad, ordinariamente bastante descuidada y débil, tomó algunas precauciones. En La Fontana quedaban a la madrugada el *Doctrino,* Pinilla, Lobo, Lázaro y otros.

—¡Bien lo ha hecho usted!—le decía el *Doctrino* a Lázaro—. Yo me lo esperaba. Esta noche nuestro partido adquiere con la palabra de usted una fuerza terrible. Don Elías, puede usted estar orgulloso de su sobrino.

—Sí que lo estoy—dijo *Coletilla,* sonriéndose como acostumbran hacerlo los chacales y las zorras, en quienes ha puesto la Naturaleza una contracción diabólica en el rostro—. Sí que lo estoy: no creí yo que fuera este chico tan listo, que, a saberlo, ya hubiera yo hecho lo posible para que...

Lázaro comenzó a ver oscuro en aquella intrusión de su tío en las sesiones de los exaltados. Cruzó por su imaginación una sospecha horrible. Cuando se marchó a la casa iba recordando la acusación en que la noche de su expulsión le habían dirigido en aquel mismo sitio; recordó el diálogo que con su tío había tenido en la cárcel; recordó todas sus palabras, expresión del más ciego fanatismo; y cuanto más meditaba y recordaba, menos podía explicarse

que su tío permitiera el ser llamado *gran liberal*. Aunque algunas sospechas vagas le atormentaron, no vió el gran abismo en todo su horror y profundidad; no presagió el movimiento a que había dado impulso con sus palabras, ni comprendió el ardid tenebroso, la colisión sangrienta que de las cabezas aturdidas de La Fontana y de las voluntades agitadas de algunos jóvenes hacía su arma más terrible.

Pero al llegar a la casa esperaba a Lázaro una sorpresa que había de hacerle olvidar su discurso, a su tío y a La Fontana. Al entrar, ya cercano el día, encontró a doña Paz muy alborotada, a Salomé rondando la casa con luz y a las dos tan coléricas y destempladas, que no pudo menos de reír a pesar del estado de su espíritu.

—¡Gracias a Dios que viene usted! Estamos solas—le dijo, temblando, la más vieja.

—¿Qué hay, señoras?

—Tememos que alguien se entre por esos tejados.

—¿Cómo? ¿Quién se va a atrever?

—¿No sabe usted lo que ha pasado, caballerito?—dijo Paz—. Esa Clarita... ¡Qué horror, qué perversión!...

—¿Para cuándo es el patíbulo?—exclamó Salomé—. ¡Un hombre, un hombre ha entrado aquí por esa niña, un seductor! ¡Y nosotras tan ciegas que la recogimos!

—¡Ay mi Dios! ¡Qué horrible atentado!

—¿Y cuándo entró ese hombre?—preguntó, comprendiendo que habían descubierto la entrada de Bozmediano.

—El domingo, aquella tarde que estuvimos en la procesión.

—Y ella, ¿dónde está?—preguntó el joven, creyendo que había llegado el momento de aclarar aquel asunto.

—¡Qué horror! ¿Y usted pregunta dónde está? ¡La hemos arrojado, la hemos echado!—dijo Paz con expresión de venganza satisfecha—. ¿Habíamos de consentir aquí semejante monstruo?

—¡Qué degradación! ¡Y en esta casa!—exclamó Salomé, poniéndose ambas manos sobre la cara—. Señor, ¿qué expiación es ésta? ¿Qué pecado hemos cometido?

—¿Y dónde está?

—¿Que dónde está? ¡Qué sé yo! La hemos arrojado.

—Pero ¿dónde ha ido?

—¡Qué sé yo! Vaya a la calle, que es donde siempre ha debido estar. ¡Oh! Ella se habrá ido muy contenta por ahí.

—Si esa gente ha nacido por la calle —dijo Salomé, con un gesto de repugnancia—. ¡Qué ignominia!

—Pero ¿ustedes la han arrojado así...? ¿Dónde ha de ir la pobrecilla?—preguntó Lázaro, que, a pesar de su agravio, no podía ver con calma que se injuriara y se maltratara de aquel modo a un ser desvalido.

—¿Qué sé yo dónde ha ido! ¡Al infierno!—dijo María de la Paz, riendo.

—Señor, ¿es posible que haya tanta infamia en el mundo? ¡Oh! Las ideas del día...—murmuró Salomé, alzando las manos al cielo en actitud declamatoria.

Antes de decir lo que hizo Lázaro al encontrarse con tan estupenda novedad, contemos lo que pasó aquella noche en la vivienda de las tres damas. *Coletilla* había salido diciendo que no volvería hasta dentro de tres días, por tener que ocuparse fuera de cierto asunto; y ellas estaban comentando esta rara determinación cuando aconteció un suceso que dió por resultado la expulsión definitiva de la huérfana.

CAPITULO XXXV

EL BONETE DEL NUNCIO

La sastrería clerical fué industria muy socorrida y floreciente en el siglo pasado. Había muchos clérigos, y, además, gran cosecha de abates, gente toda que vestía con primor y coquetería. Los que a tal industria se dedicaban obtuvieron pingües ganancias, y esto fué causa de que se dedicaran a explotarla muchos menestrales de uno y otro sexo, educados al principio en la sastrería profana. En el presente siglo la industria en cuestión estaba muy decaída, no sabemos si porque había menos clérigos o porque había más sastres. En el quinto piso de la casa de Tócame Roque, situada en la calle de Belén, tenían su nido dos hermanas, sastras de ropas sagradas, que habían venido muy a menos. En sus mocedades habían cosido muchos manteos y sobrepellices pa-

ra los canónigos de Toledo y para los clérigos de la corte; pero en la época de nuestra historia, por razones sociales que no es oportuno consignar, sólo consagraban su mísera existencia a remendar las verdinegras hopalandas de algún escolapío o de algún teniente cura pobre y andrajoso. Hacían de peras a higos un bonete para un capellán de Palacio o para el señor fiscal de la Rota, y nada más. Eran muy pobres, pero soportaban con paciencia la desgracia sin exhalar una queja. Sólo una de ellas decía de cuando en cuando con un suspiro, mientras revolvía los escasos trapos negros de su santa industria:

—Ya no hay religión.

No tenían otro amigo que el abate don Gil Carrascosa, que, según ha llegado a nuestra noticia, tuvo en sus tiempos ciertos dimes y diretes con una de ellas. El las visitaba, les proporcionaba algún trabajo y solía darles algún rato de tertulia, contándoles las cosas de Madrid. Pero si las de Remolinos—que así se llamaban—no tenían más que un amigo, en cambio tenían un enemigo implacable, sanguinario, feroz. Este enemigo era otra sastra, que vivía pared por medio, y que, por la natural divergencia de opiniones entre los que se dedican a una misma industria, les había declarado guerra a muerte. Para martirizarlas, además de sus improperios y apodos, tenía un gato, que creemos nacido expresamente para entrarse en el cuarto de las dos hermanas y hacer allí cuantas inconveniencias puede hacer el gato de un enemigo. Tenía, además, la doña Rosalía un amante *del comercio*, que la visitaba todas las noches, en compañía de una guitarra; y era este amante un ser creado de encargo por el infierno para cantar y tocar toda la noche en aquella casa y no dejar dormir a las dos sastras de ropas sagradas.

Doña Rosalía tenía más trabajo que sus vecinas las de Remolinos—o las *Remolinas*, como generalmente las llamaban—, y, además, hacía cuanto puede hacer una mujer envidiosa para quitarles a sus rivales el poco que tenían. Aconteció que un paje de la Nunciatura, feligrés antiguo de doña Rosalía, y muy admirador de su buen color, se atrevió a aspirar a no sabemos qué honestas confianzas; picóse la dama, picóse más el paje, y al día siguiente, al traer el bonete del nuncio para que le echaran un zurcido, en vez de dárselo a doña Rosalía se lo entregó a las dos hermanas.

Cuando doña Rosalía supo que el bonete de la Nunciatura estaba en manos de sus rivales, le pareció que había recibido la más grande ofensa: rompió relaciones con la Curia Romana, dijo mil improperios al paje, encargó a su gato ciertas sucias comisiones cerca de las dos vecinas — comisiones que el animal cumplió con gran puntualidad—, se acercó a la puerta de las dos infelices y les dijo mil cosas estupendas, que hicieron proferir a la más vieja de las dos en su lamentación acostumbrada:

—Ya no hay religión.

Pero Rosalía buscaba una venganza terrible. ¿Cómo? Mucho le asombró ver entrar al abate con un militar desconocido. La casa estaba dispuesta de tal modo que, acercándose a la puerta, se oía cuanto en los cuartos inmediatos se hablaba. Todos sabemos los fines de la visita de Bozmediano a las de Remolinos. Doña Rosalía lo adivinó también, cuando, poniéndose en acecho, le vió pasar a la casa inmediata por una puerta condenada que daba al desván antiguo. Se calló y esperó. Comprendió la taimada que allí había aventura amorosa, y en esto supo hallar medio feliz para su venganza. Vió entrar y salir a Bozmediano, y calculando que aquella entrada fraudulenta se repetiría, esperó a que se repitiera para ir inmediatamente, y mientras el joven estuviera dentro, a la casa contigua a denunciar el hecho. El joven sería sorprendido, habría un gran escándalo, se harían averiguaciones, ella declararía por dónde había entrado, y cátate a las Remolinas camino de la cárcel en castigo de su complicidad en aquel delito de escalamiento y abuso de confianza.

Esperó un día, dos, tres, hasta que viendo que la escena no se repetía, resolvió en su alto criterio denunciar el hecho de una vez a la familia interesada, no sea que, retardándolo, pudiera ser puesto en duda.

Pensado y hecho. Púsose su mantón, bajó, entró en casa de las Porreñas, tocó, le abrieron, y se encaró con la faz majestuosa de María de la Paz Jesus, que de muy mal talante le preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Venía a ver al amo de esta casa para decirle una cosa—dijo Rosalía, entrando.

—¡Qué irreverencia!—pensó María de la Paz, viéndola entrar de rondón—. Salomé, una luz.

Anochecía, y con la oscuridad no podía la dama ver claramente el rostro de la que le visitaba. Salomé trajo un quinqué a la sala, donde las dos se personaron.

—¿Qué se le ofrece a usted?—preguntó Paz, midiendo con una mirada el cuerpo de doña Rosalía.

—¿Quién es el amo de esta casa?

—Yo soy—dijo Paz, un poco alarmada con el misterio que parecía envolver aquella inesperada visita.

—Pues vengo a decirle a usted..., ¿usted no sabe lo que pasa?

—¿Qué pasa?—dijo Salomé, creyendo que se hundía el techo.

—No se asuste usted, señora, porque al fin y al cabo, sabiéndolo se puede evitar que vuelva a suceder.

—¡Por Dios, explíqueme usted, señora!—dijo Paz, en el tono de la impaciencia y la superioridad.

—Pues han de saber ustedes—dijo con misterio doña Rosalía—que esta casa... Pues... le diré a ustedes; yo vivo en la casa de al lado, en el cuarto piso, y soy sastra, con perdón de ustedes, y coso toda la ropa de casa del señor nuncio del Papa, y la del patriarca de las Indias, coso a todo el arzobispado de Toledo, y a veces coso a la capilla de Palacio.

Esta relación de las altas jerarquías que servía la aguja de doña Rosalía le dió cierta importancia a los ojos de María de la Paz Jesús.

—Yo vivo allá arriba y he visto... Pero ¿ustedes no han caído en ello?

—¿En qué?

—En ese hombre que ha entrado aquí.

—¿Qué hombre? ¿Qué dice?—exclamaron a una las dos ruinas en el tono del que siente estallar un volcán.

—Pues yo venía a avisárselo a ustedes para que evitaran que otra vez pasara. Es el caso que en la guardilla de la casa en que yo vivo hay una puertecilla que da a la guardilla de esta casa.

La cara que pusieron las Porreñas no cabe en ninguna descripción.

—Sí—continuó la sastra—; y un joven militar se metió una tarde por esa puerta de que hablo; se metió aquí... Yo me malicié, cuando le vi, que había aquí alguna jovencita.

—Pero, señora—dijo Paz, poniéndose en pie—, ¿está usted segura de lo que dice? ¡Un hombre ha entrado aquí..., aquí, en esta casa!

—Sí, señora; yo lo he observado. Se coló por el cuarto de unas vecinas... amigas mías. Yo lo he visto.

—¿Cuándo?—preguntó Salomé, tomando aliento, porque ya el aliento le faltaba.

—El domingo por la tarde.

—¿A qué hora?

—A eso de las cinco.

—¡Cuando estábamos en la procesión! ¡Qué escándalo! Esa niña desvergonzada..., esa muchachuela... Bien me lo sospechaba yo—dijo Paz, con las manos puestas en la cabeza y paseándose por la sala como una loca.

—¡Ay! No sirvo para estas cosas... ¡Yo me descompongo! —balbució Salomé, inclinándose sobre el sofá con muestras de experimentar un vahído.

—Pero, señoras, no se alarmen ustedes—dijo doña Rosalía, queriendo calmar a las dos damas—. ¿Tienen ustedes alguna hija?

—No, señora; nosotras no tenemos ninguna hija—contestó con mucho enfado María de la Paz—: es una mozuela, una loca que admitimos aquí por compasión, esperando que se corrigiera; pero... ya me lo sospechaba yo. ¡Qué alhaja! ¿Ves lo que yo decía? Dios mío, ¿para qué admitimos aquí a semejante mujerzuela?

—Señora — manifestó Salomé, oprimiéndose el estómago y rehaciéndose de su vahído—. Cuente usted, aclare usted eso. ¡Ay! Es demasiado horrible. Nosotras no estamos acostumbradas a esas cosas, y tales hechos nos confunden; yo, sobre todo, no puedo soportar...

—Pues no lo duden ustedes. El joven se coló en la casa el domingo por la tarde, y estuvo aquí como una hora. Averígüenlo ustedes y verán como es cierto.

—Si parece increíble—dijo Paz, sentándose otra vez—. Esta casa, esta honrada casa... ¿Y cómo existe esa puerta? ¿Cómo es posible...?

—Existe de muy antiguo, sólo que estaba condenada. Si ustedes quieren ver-

la pueden subir a la guardilla, y examinando bien la encontrarán.

—Pero él, ese monstruo, ¿por dónde pudo llegar?

—La tal puerta—continuó doña Rosalía—, da al cuarto de unas costureras amigas mías. Las pobrecillas no cosen más que a sacristanes y curas de aldea, y cosen mal. Ellas quieren darse tono, y dicen que cosen a la catedral de Segovia; pero es mentira. No las crean ustedes.

—Y él, ¿entró por ese cuarto?

—Sí. Es un militar alto, buen mozo.

—¡Jesús, qué horror! Yo no puedo oír esto—exclamó Salomé, estirándose con muestras de un segundo ataque.

—Les dió dinero a esas mujeres—continuó doña Rosalía—, porque ellas están muy pobres, no ganan nada. Como lo hacen tan mal... No cosen más que al teniente cura de San Martín.

—Es preciso tomar una determinación, Paz; una determinación pronta—dijo Salomé, volviendo en sí—. Porque si no, la honra de la casa está comprometida. Señora—añadió, volviéndose a doña Rosalía—, no extrañe usted esta congoja; no estamos acostumbradas a golpes de esta clase. Nosotras, por nuestro nacimiento, nuestra educación y nuestra religiosidad, hemos estado siempre por encima de todas esas miserias. ¡Ay! Nosotras hemos tenido la culpa por nuestra excesiva caridad. Figúrese usted que acogimos sin recelo a una víbora en nuestra casa, aunque teníamos malos informes de su conducta: la acogimos creyendo que se enmendaría. ¡Pero ya ve usted qué almas tan perversas! ¡Qué sociedad! ¡Qué siglo! Bien me lo figuraba yo, a pesar de lo que decía mi sobrina, que es una santa, y se empeñaba, guiada por su buen corazón, en que esa muchacha se iba a corregir. ¿Cómo puede corregirse un monstruo semejante? ¡Qué deshonra, qué vilipendio! ¡Ay! Yo no sirvo para estos casos; me confundo, me descompongo y no puedo tomar ninguna determinación.

—Sí, hay que tomar una determinación—afirmó con mucho encono María de la Paz—. Si no, ¿qué va a ser de la honra de nuestra casa? Hay que poner inmediatamente a la puerta de la calle a esa mozuela, sin consultar a don Elías. El ha de aprobarlo; y sobre todo, aunque no lo apruebe. Pues ¿no se ha atrevido a decirnos esta mañana que su sobrino se enmendará? ¡Si está una viendo unos horrores!... ¡Qué siglo, qué costumbres! ¡Hasta él...!

—Haz lo que quieras, Paz—dijo Salomé, afectando mansedumbre y cierta postración, que ella creía sentaba muy bien en su nervioso cuerpo—. Haz lo que quieras, sin reparar en lo que pueda opinar ese señor mayordomo, que él nada tiene que mandar aquí. Despide a esa muchacha; que se vaya con las de su calaña. ¡Oh! No quiero recordar lo que esta señora ha contado.

Hasta el perro, que no ladraba; el melancólico *Batilo* estaba consternado. Habíase plantado frente a doña Rosalía, y miraba, con la atención de un can preocupado, el buen color de la costurera que había traído la desolación a aquella casa.

—Señora—dijo Paz con un poco de cortesía—, le agradecemos a usted el aviso que nos ha dado, mostrando, como es natural, su celo e interés por la honra de nuestra casa. Cuando despidamos a esa muchacha, nos mudaremos de aquí. ¡Ay, y yo le había tomado cariño a este santo retiro! Aquí vivíamos tranquilamente y en paz, no con la comodidad que en nuestra antigua casa; pero, en fin, tranquilas y... Señora, usted nos ha librado de la deshonra, porque ¿qué hubiera sido de nosotras, solas aquí y expuestas a las asechanzas alevosas de ese militar? ¡Oh! No lo quiero pensar.

—Es un militar joven, alto, buen mozo y parece ser persona muy distinguida.

—¡Joven, buen mozo y de buen porte!—dijo Salomé disponiendo su cuerpo para el tercer paroxismo.

—¡Joven, buen mozo y de buen porte!—exclamó Paz en el colmo de la indignación—. ¿Es esto creíble? ¡Qué circunstancias tan agravantes!

—¡No siga usted, por Dios!—dijo Salomé, ya medio desmayada.

—¡No siga usted, que mi sobrina es muy impresionable y no puede oír ciertas cosas. Estamos acostumbradas...

Doña Rosalía se levantó para marcharse, porque creía haber cumplido satisfactoriamente su misión. Entonces pasó una cosa singular: cuando la sastra se acercaba a la puerta, *Batilo*, el perro misántropo, que en aquella man-

sión había olvidado los hábitos propios de su raza, corrió tras ella, se agitó convulsivamente, como quien hace un gran esfuerzo, y ladró, ladró como un mastín ante un salteador; persiguió a la mujer dando agudos aullidos, y hasta llegó a pillarle entre sus inofensivos dientes el traje y el mantón. Paz se alarmó y Salomé se tapó los oídos, como si oyera el aullido de un chacal. Defendieron entre las dos a doña Rosalía de la agresión inesperada del animal; fuése la sastra, y las dos arpías se miraron cara a cara, comunicándose mutuamente su respectiva bilis.

Es indispensable apuntar que en su afán de llegar pronto a donde estaba Clara, se aturdieron, sin poder tomar la puerta, y al fin chocaron una con otra con gran confusión.

—Mujer, que me echas al suelo—dijo una.

—Mujer, qué cosas tienes—gruñó la otra.

Entraron en el cuarto donde estaba acostada la devota... Esta reposaba tranquilamente, pero no dormía; tenía clavados los ojos en el techo con muestras de meditación profunda. Sentada junto a la cama estaba Clara, que hacía de enfermera y acompañante de la santa. Cuando las dos Porreñas entraron, Clara les conoció en las caras que se preparaba una escena terrible. Asustóse mucho, y se acercó más al lecho, como buscando un refugio al lado de la sagrada persona de doña Paulita.

—¡Niña!—dijo Paz con la lengua turbada y muy alterado el rostro—. Ya sabemos todas las infamias de usted. Merece usted ir a la cárcel por comprometer la honra de una casa como ésta. Si no temiera rebajar mi dignidad...

—Señoras—murmuró Clara temblando—, ¿pues yo qué he hecho?

—¿Pues yo qué he hecho?—dijo, remedándola con gesto grotesco, Salomé—. Miren la hipócrita, ¡qué monstruo, Dios mío! Paula, no te asustes—añadió, acercándose a la cama—; no nos des un nuevo disgusto. Ya sabemos qué clase de persona hemos recibido en nuestra casa.

—Todo se ha descubierto, niña—continuó Paz—. Ya no nos engañará usted más con su cara de mosquita muerta. Pero ¡qué atrevimiento, qué iniquidad! Debiera usted morirse de vergüenza.

—Señora, yo no sé de qué habla usted —dijo Clara, perdiendo por completo la serenidad.

—¡Insolente! Y aún se atreve a disimular, después de tanta desvergüenza. ¿Cree usted que está tratando con personas como usted? ¡Miren la necia! Tan necia como perversa. Ahora mismo va usted a salir de esta casa.

El primer sentimiento de Clara al oír esto, fué una repentina alegría. ¡Salir de allí! Ya había perdido esa esperanza. Pero la situación aquella no era para alegrarse. Pronto lo conoció, y esperó resignada el fin de su sentencia.

—Dile, dile la causa—indicó Salomé afectando gran respeto al procedimiento.

—La causa bien la sabe ella—dijo Paz—; pero puedo contener la cólera. De veras digo que si no fuera porque soy persona... ¡Qué horror! La causa es..., no te asustes, Paula; la causa es que mientras nosotras salimos de casa a alguna visita, se entra aquí un hombre por los tejados; sí: un militar, buen mozo, alto, persona..., ¿cómo dijo?, de buen porte...; pero no te asustes, Paulita: esto hay que aceptarlo con resignación.

Si no temiera asustar a su prima, que estaba enferma, a Salomé le hubiera dado un cuarto conato de vahido. Pero se contentó con mirar a la devota con ojos muy aterrados. La santa no hizo más que mirar a Clara con cierta perplejidad; y contra lo que sus parientas esperaban, no citó ningún texto latino, ni predicó ningún sermón sobre la inconveniencia e irreligiosidad de que entraran por los tejados los militares buenos mozos, altos y de buen porte. Clara, a pesar de su inocencia, se quedó aterrada como una culpable.

—¿Se atreve usted a negarlo?—dijo Paz, dando algunos pasos hacia ella con el resplandor de la ira en los ojos.

—Yo..., no—dijo Clara, retrocediendo con espanto—. Sí..., sí lo niego—después añadió, haciendo un esfuerzo por calmarse y calmar a su juez—: Oigame usted, señora: yo le contaré la verdad, le diré lo que ha sido. Yo soy inocente; yo no he permitido...

—¡Jesús, Jesús! Yo no sirvo para estas cosas—clamó Salomé volviendo el rostro—. No puedo, no puedo oír esto ¿Que usted no ha permitido...? ¿Todavía tiene atrevimiento para negarlo?

—Yo..., yo no niego—contestó la huér-

fana muy consternada—. Pero yo, ¿qué culpa tengo de que ese hombre...?

—¿También le quiere usted disculpar a él? Esto nos faltaba que ver. No puede haber perdón para tanta alevosía. ¡Pagar de este modo el asilo que le hemos dado sin merecerlo! Pero bien dije yo que de usted no podíamos sacar cosa buena.

—Señoras—dijo Clara deshaciéndose en lágrimas—, yo les juro a ustedes, por Dios y por todos los santos, que por mí no ha entrado ningún hombre; que yo no soy culpable de todo eso que ustedes dicen. Yo se lo juro por Dios y por la Virgen.

—¡Insolente! Aún se atreve a disculparse.

—En verdad, esto es más de lo que puede sufrir mi débil constitución—dijo la otra arpía—. Paulita, no te asustes: procura tomar esto con indiferencia, que puedes agravarte.

—¡Dios mío! ¿Cómo lo he de decir? —exclamó Clara con la mayor amargura—. ¿Qué haré, qué diré para que me crean? ¿A quién me volveré? Yo no quiero vivir así. No tengo padres, ni hermanos, ni amigos, ni nadie que me defienda y me proteja. Señora, yo se lo juro a usted. No me diga otra vez esas cosas que me ha dicho, porque yo no las merezco.

—Vamos, prepárese usted a marcharse al momento—dijo Paz con crueldad espantosa.

—¡Marcharme! Sí, me marcharé. Yo no quiero molestarlas a ustedes; pero, ¡ay!, esas cosas que han dicho de mí... Yo no he deshonrado la casa, yo no he deshonrado a nadie. Pero yo soy muy desgraciada; soy huérfana, pobre y sola; y como no tengo a nadie que me proteja, por eso nadie me guarda consideración y todos me tratan con desprecio. Yo no merezco eso; yo no he hecho nada de eso que usted dice; yo soy inocente.

—No sé cómo me contengo dijo Paz—. Ni un instante más. Se marcha usted de aquí, y vaya donde quiera. Yo sé que usted se alegra. Usted no desea otra cosa que andar sola por esas calles; usted ha nacido para la calle. Vamos, pronto. Y nada me importa que don Elías se oponga o no. Lo aprobará. El sabe que interesarse por tan despreciable criatura es cosa inútil. Váyase usted pronto.

—Señora—dijo Clara, poniéndose de rodillas junto al lecho y estrechándole las manos a la devota—. Señora, usted me defenderá; usted, que es tan buena, que es una santa; usted, que ya me defendió otra vez. ¿No es verdad que usted sabe que yo soy inocente? Dígalo usted: me están calumniando. ¿Qué va a ser de mí si usted no me defiende?

La devota no había hablado palabra; continuaba como distraída y ajena a todo aquello. Cuando sintió las manos de la que había sido, aunque por poco tiempo, su compañera y amiga, volvió hacia ella la cara cubierta de palidez, y expresando cierta atonía, la miró y con voz tenue y como indiferente, dijo:

—¿Yo?

Calló en seguida. Salomé separó a Clara con un ademán desdeñoso del lecho de su prima, diciendo:

—Nuestra paciencia nos va a perder. Cuidado, Paz, que somos demasiado condescendientes. ¿Cómo es que está todavía aquí esta mujer?

—Al momento a la calle. Vamos, pronto—dijo Paz—, Recoja usted sus bártulos, y al momento. Haga usted un lío de su ropa.

—Señora, por Dios, no me eche usted así—dijo Clara, poniéndose de rodillas y cruzando las manos—. A estas horas..., sola..., yo no conozco a nadie... ¿Qué va a ser de mí? ¿Adónde voy? Espere usted, por la Virgen Santísima, a que venga don Elías, que, siendo huérfana, me recogió... El no me abandonará de este modo... Estoy segura.

—Nada, nada. ¿Aún espera usted engañarle otra vez? Salga usted al momento de nuestra casa.

—Pero, señoras—continuó Clara—, ¿adónde voy? Sola, de noche..., yo tengo miedo..., yo tengo mucho miedo..., yo no conozco a nadie...

—¿Que no conoce a nadie? Y ¿tiene valor para decir...?—exclamó Salomé apartando el rostro y persignándose con sus afilados dedos—. Pues ¿y el caballero joven, alto, buen mozo?

—Señora, espere usted por Dios a que venga mi protector: yo se lo ruego por la gloria de su madre.

La idea de que viniera *Coletilla* e impidiera la expulsión de la huérfana, puso

a Salomé en grave peligro de que le diera el quinto ataque.

—¡Qué agonía!—dijo, sentándose—. Francamente, nuestra excesiva benevolencia nos trae a estos extremos.

—No tarde usted un instante—dijo Paz con la satisfacción de la venganza—. Márchese usted inmediatamente.

La desventurada huérfana se dirigió otra vez, como última esperanza, a la santa, que reposaba en su lecho con la inmovilidad y la pesadez de la estatua yacente de un sepulcro. Clara tomó una de sus manos que colgaba fuera de las ropas y la besó con efusión, regándola con sus lágrimas; llanto de la inocencia provocado por la crueldad de aquellos verdugos.

—Señora, otra vez se lo pido—exclamó con voz apenas inteligible—; no me abandone usted; usted es una santa. No permita que me echen así... a estas horas... Yo tengo miedo. No me abandone usted.

La mujer mística retiró lentamente su mano y la escondió entre las sábanas. Volvió el rostro, miró a la víctima, y, sin inmutarse, dijo con la misma voz helada:

—¿Yo?

—No se puede resistir tal insolencia —afirmó Paz, asiendo a Clara por un brazo y apartándola violentamente de la cama—. Si usted no se marcha ahora mismo de aquí, llamo a un alguacil para que le haga entender sus deberes.

Ya Salomé se había acercado a la cómoda donde Clara guardaba su escaso ajuar, y recogía todo formando un lío.

—No tengas cuidado, Paz—decía entre tanto—: yo estoy registrando su ropa, no sea que se lleve alguna cosa. No se lleva nada.

—¡Señoras de mi alma!—dijo Clara en el colmo de la desesperación—. No me echen así: yo no he cometido falta ninguna; yo no he hecho lo que ustedes dicen; yo soy inocente. Que lo diga esa señora que es una santa y me conoce. Yo estoy segura de que lo dirá.

La devota volvió a moverse, y con la voz que atribuyen a los espectros evocados repitió otra vez:

—¿Yo?

—No me echen ustedes—continuó Clara sin saber ya a quién suplicar—. Yo no lo merezco. ¿Adónde puedo ir a estas horas sola? No conozco a nadie. Tengo miedo..., me voy a perder.

—Vamos, aquí tiene usted su ropa—dijo Salomé, poniéndole el lío en la mano.

—No, no lo puedo creer. Ustedes no serán tan inhumanas. Esperarán a mañana; esperarán a que venga él.

—Ha dicho que no vendrá hasta dentro de tres días. ¿Cree usted que él no se ocupa de otra cosa que de proteger a mozuelas como usted?

Diciendo esto, Paz tomaba por un brazo a Clara y la llevaba con grande esfuerzo hacia la puerta. La pobre huérfana tenía, sin duda, mucha fuerza de espíritu, cuando no calló allí mismo sin sentido; y, sin duda, era también harto angelical y delicada cuando no contestó con injurias a las injurias de la euménide aristocrática, baldón de los Porreños. Aún creía la infeliz que sus ruegos podían ablandar a aquellos dos energúmenos de corazón empedernido por el hastío, la insociabilidad y la amargura de una vida claustral. Aún les suplicó; otra vez se volvió a arrodillar delante de María de la Paz, y le tomó las manos, aquellas manos nacidas, sin duda, para un puñal. La vieja las retiró con violencia: su brazo se alzó, y a pesar de la dignidad que procuraba imprimir siempre a su carácter; a pesar de la nobleza de su raza, a que parecía deber igualarse la nobleza de sus sentimientos, maltrató a una huérfana infeliz a quien antes había calumniado. La vieja ridícula, presuntuosa, devota, expresión humana de la mayor necedad que puede unirse al mayor orgullo, puso su mano en el rostro de la doncella abandonada y débil, que ofendía, sin duda, con su juventud y su sencillez el amor propio de aquellos demonios de impertinencia.

—¡Ay, ay, ay! Paz, por Dios, no te arriesgues—dijo Salomé, chillando con horror, como si la inofensiva Clara tuviera un puñal en la mano—. Déjala, déjala.

—¡La mataría!—dijo Paz, apretando los puños y ahogada de cólera.

Salomé puso sobre los hombros de Clara el mantón que al entrar en la casa había traído. Después extendió sus brazos de esqueleto y la empujó hacia la puerta con tal violencia, que la desdichada huérfana estuvo a punto de caer al suelo. En tanto, decía:

—No sirvo para estas cosas. Me des-

compongo. Váyase usted pronto, niña. No dé lugar a que la tratemos con rigor.

Clara salió; fué arrojada por los brazos robustos de la vieja Paz y por los brazos entecos y nerviosos de la vieja Salomé. Aún es probable que ésta, al darle el último empuje, crispó sus dedos de gavilán, haciendo presa con sus uñas en un brazo de la víctima. La puerta se cerró con gran estrépito, y las voces destempladas de los dos demonios sonaron por mucho tiempo en el interior. La huérfana bajó con el corazón oprimido; no tenía fuerzas ni voz; casi no tenía conocimiento claro de su situación. Bajó y se encontró en la calle; sola en la calle, sola en el mundo, sin asilo, el cielo encima, desolación en derredor, ni un rostro conocido. ¿Adónde iba? En el portal sintió ruido y volvió la cara: era el perro melancólico que la seguía. El pobre animal había salido de la casa por primera vez, y parecía decidido a no volver a entrar, pues saltaba y chillaba con un gozo, una travesura y un aire de expansión desconocidos en él.

CAPITULO XXXVI

ACLARACIONES

Al oír Lázaro de boca de las dos esfinges la noticia de la expulsión de su antigua amiga, sintió deseos de coger por el moño a entrambas nobilísimas damas y darles allí el castigo de su crueldad. A pesar de su agravio, y de que no conocía las razones que habían tenido para echarla a la calle, un gran interés por aquella infeliz se despertó en su corazón. Indudablemente, a él le tocaba ampararla en aquel trance, apartarla del vicio a que su soledad podía conducirla, socorrerla, en fin, porque había sido su amiga, le había amado, y en tales casos es de corazones generosos y buenos olvidar las injurias y pagarlas con nobles acciones. Viendo que no le daban razón de su paradero, bajó y salió dispuesto a buscarla. Pero ¿dónde, dónde la iba a encontrar? Clara no conocía a nadie en Madrid. Sí, conocía a Bozmediano. Esta idea enfrió repentinamente la generosidad del joven. «Tal vez—pensaba—se marchó porque Bozmediano la indujo a ello; tal vez ya la tenía consigo.» Esto avivó los celos y el rencor del estudiante, que resolvió no descansar hasta descubrir el misterio de aquella salida y pedir cuentas a Claudio de su grande traición.

Con esta idea se dirigió a casa de éste, dispuesto a dar un escándalo en la casa si no le permitían verle. Lo probable, según él, era que Clara estuviera allí. Los celos le cegaban al pensar que aquella joven que algunos meses antes se le había aparecido con todo el encanto de la sencillez y de la gracia, de la virtud doliente y de la tranquilidad doméstica, había cedido a las sugestiones de un libertino sin conciencia. Era preciso no dejar sin castigo aquella infamia. «Aún me interesa mucho—decía—; aún la quiero mucho para que perdone yo esta injuria, que me parece hecha a una persona mía; injuria que cae sobre mí, que iba a ser...»

Llegó a casa de Bozmediano, y esperó, paseando en la calle, a que avanzara el día. Cuando sintió las ocho, entró y preguntó al portero. Este, que ya le conocía de verle allí los días anteriores, no le puso tan mala cara como antes, porque recordó cierto diálogo que con su amo había tenido a propósito de aquella visita. Le había dicho que un joven vino a preguntar por él sesenta veces seguidas. Al amo picóle la curiosidad, y quiso saber las señas; dióselas el portero con mucha exactitud, y sospechando Bozmediano que podía ser Lázaro, advirtió al doméstico que si volvía estando allí le introdujera inmediatamente. Claudio sospechaba a qué podía venir el joven, y lejos de rehuir la visita, la deseaba.

Pero el portero, a pesar de lo terminante de la orden, creyó que era un desacato recibir a aquella hora a un joven que no era militar, ni venía en coche, ni traía botas a la *farolé*. Hízole esperar un buen rato, y, por fin, le introdujo, después de avisar para que despertaran al señorito. Este tardó un cuarto de hora en salir de su cuarto.

—Ya debe usted suponer a lo que vengo—dijo Lázaro, sin saludarle—: usted me conoce, usted me dió la libertad. Ya creía que desde entonces podía haber entre nosotros la amistad que a mí me imponía la gratitud; pero usted no ha querido; usted ha seducido y deshonrado a una pobre muchacha, a quien

considero yo como mi hermana. Si usted me sacó de la cárcel por hacer mas grande la injuria que he recibido, hizo usted bien, por mi parte, porque estoy libre para pedirle cuenta de su accion, que es la accion mas infame que puede cometer un hombre.

—Yo no cometo acciones infames. No le dejo pronunciar una palabra mas sin que antes se apresure a desdecirse. Si, usted se desdirá. Todo eso es una calumnia. Yo no he seducido ni deshonrado a joven alguna. Usted esta ciego de furor y extraviado por la pasion. Le han engañado a usted, y solo por saber que está usted engañado tolero las palabras que he oido. Pero me será muy fácil sacarle a usted de su error.

—Eso es lo que quiero—dijo Lázaro—. Si usted me convenciera de lo contrario... Pero no podra usted convencerme. Yo le he visto a usted, le he visto salir como un ladrón de la casa en que Clara estaba recogida. Usted ha entrado allí por ella, ha entrado llamado tal vez por ella.

—¡Oh, no!—exclamó Claudio, interrumpiéndole—. Siéntese usted; hablemos con calma. No anticipe usted juicios temerarios. Yo los voy a desvanecer.

—Hable usted. No habrá palabras, no habrá nada que pueda desvanecer el juicio que se forma al ver a un hombre que penetra a hurtadillas en la casa en que una joven está sola, y mucho mas cuando estos juicios están formados después de antecedentes tan claros. Yo no he venido aquí a que usted me explique nada. No tengo duda, sino certidumbre, de la infamia que usted ha cometido. He venido tan sólo a tener el placer de decirle a usted que es un mal caballero y un hombre corrompido; a sufrir las consecuencias de esta acusacion, porque yo no temo a adversario ninguno, por temible y fuerte que sea, cuando me creo obligado a vengar un agravio.

—Pues yo, que jamás he tratado de evadirme de las consecuencias de un asunto semejante—dijo Bozmediano con mucha energía—; yo, que no me dejo castigar de nadie, ni he permitido que jamas hombre alguno pronuncie contra mí una voz injuriosa, una reticencia, una alusión cualquiera, voy ahora a explicarme con usted en esta cuestión, esperando que se convenza y retire todo eso que ha dicho usted al entrar aquí. Todo lo comprendo, es natural; por lo mismo lo olvido por ver si, después de lo que yo digo, insiste usted en repetirlo.

—Hable usted; yo lo deseo.

—Yo no he visto a Clara mas que tres veces—continuó Bozmediano—. Ella no sabe ni como me llamo, ni quién soy. Me ha visto poco, y le soy tan indiferente que puedo asegurar que ocupo en su corazón el mismo lugar que una persona desconocida. Un dia encontré a ese malhadado viejo fanático en la calle; le llevé a su casa, y vi a Clara por primera vez. Me habló, y con la sencillez propia de su carácter y la franqueza que da la necesidad de expansion y trato me contó algunas cosas de aquella casa. No le negaré a usted que desde entonces me interesó muchísimo; que pensé en que nada podia satisfacerme tanto como sacarla de la prision, darle alegría y librarla de la tutela de aquel hombre sombrío, capaz de poner triste a la misma felicidad.

Bozmediano contó después la segunda entrevista con Clara, recordando hasta algunas palabras de sus diálogos con ella. El otro joven oia con mucha atencion aquel relato, hecho con toda la veracidad posible.

—Yo seré franco y no ocultaré a usted mis sentimientos, mis primeras intenciones—continuó—para que pueda usted juzgarme mejor. Al principio vi en Clara el objeto de una aventura; y a pesar de que me inspiraba mucha lástima y un verdadero interés, no podia menos de proceder con cierta ligereza en la formacion de mis planes. No lo negaré; yo no pretendo desfigurar los hechos; esta confesión es igual a la que haria un moribundo ante un sacerdote. Pero o las circunstancias o ella torcieron mi plan primitivo. Ella tiene un carácter angelical. Llena de bondad y sencillez, es capaz de vencer las sugestiones de todo hombre que no sea un vil o un libertino. Le confieso a usted que por último, fué tal la fuerza que en mi tomó el primer sentimiento afectuoso y compasivo que me habia inspirado, que concluí por amarla. No puedo negar que a pesar de haberme infundido este amor verdadero, yo persistia en mi propósito de sacarla de allí violentamente, de llevármela como una cosa mia. No consideraba esto como un agravio, y hubiera

matado a cualquiera que, interpuesto entre ella y yo, me la hubiera quitado. Yo supe, no me lo dijo ella, que existía una persona a quien quería mucho. Esto me desconcertó. Supe que estaba usted en la cárcel y no vacilé un momento. Comprendí que si ella le quería a usted verdaderamente, la mejor acción que en mí cabía era ponerle a usted en libertad, devolvérsele. ¡Qué complicación! De este modo pensaba yo ganar en su concepto. No se asombre usted: yo me he creído siempre práctico en estas cuestiones, y dado el carácter de Clara, es seguro que más le amaría a usted cuanto más durara su prisión. Pero yo no contaba con otros muchos tesoros de bondad de aquel carácter. Usted vivía con ella, y la vigilancia, la crueldad de tres señoras ridículas y de un viejo extravagante impedían que la viera, que la socorriera, librándola de tantos martirios. Usted vivía allí, y no le hablaba, no le consolaba, no aparentaba quererla. «He aquí mi ocasión—dije yo—. Lázaro aparece a sus ojos como un ingrato: ¿no será posible que ella le desprecie? Su situación en aquella casa fúnebre, la tristeza en que vive y se consume, ¿no serán causa de que desee libertad, vida, afectos, todo lo que allí no tiene ni puede, ni sabe darle ese joven indiferente, ocupado por la pasión política?» Confiese usted que la situación era la más a propósito para que yo aspirara a merecer de ella algo más que gratitud. Resolví sacarla de allí, llevármela. Fuí tan ciego que no previ su resistencia, su fidelidad, su grande afecto al primer amigo; afecto más fuerte que todos los martirios y todas las privaciones. Dispuse entrar en la casa cuando estuviera sola, y entré por donde usted sabe. Ella, al verme, se asustó tanto que casi me arrepentí de haber dado aquel paso. Me suplicó que saliera, me lo pidió de rodillas; yo le dije que no esperara nada, que usted no podría ni sabría salvarla del poder de aquella gente cruel. Nada, no me oyó. Su propósito era inquebrantable. Conocí que su fidelidad era la más grande de sus virtudes, y creyendo que era imposible arrancarle la primera imagen, la imagen que nada puede borrar, desistí de mi intento. Ella no quería escucharme; se desesperaba al comprender cuánto podía comprometerla mi entrada en la casa; me pedía llorando que la dejara entregada a su tristeza, a su soledad. Confieso que nunca me he visto tan pequeño como entonces, en presencia de aquella criatura débil, incorruptible no sólo a las promesas del amor de un joven, sino aun al soborno de la libertad, de la posición, de la felicidad. Al marcharme sentí que alguien entraba en la casa. No sé quién era; yo huí por no comprometerla; huí aterrado por la idea de que, a pesar de mis precauciones, alguien de la casa había descubierto mi entrada.

—Era yo—dijo Lázaro—; yo le vi salir a usted por la guardilla.

—Lo que he referido a usted—afirmó Bozmediano solemnemente—es la pura verdad. No he omitido nada que me pudiera honrar, ni nada tampoco que me pudiera reprimir o ponerme en ridículo. Es la pura verdad; se lo juro a usted por la salvación de mi madre, cuyo retrato está allí, y siempre me parece que me está mirando.

Claudio señaló un retrato que había en la habitación; y al hacer su juramento tenían sus palabras tal entonación de sinceridad, que Lázaro no pudo contestar lo que un momento antes pensaba.

—Sin embargo—dijo Lázaro, que creía que aquella declaración no podía satisfacerle—, yo quiero que usted me dé alguna prueba positiva. Usted comprenderá que en estos asuntos no basta, no puede bastar la palabra.

—¿Que no puede bastar la palabra? No basta, es cierto, para espíritus preocupados. Hay ciertas cosas que no se pueden certificar de otro modo. A veces la afirmación de una persona es suficiente para llevar al ánimo de otra la convicción más profunda. No puedo creer que usted, si hace a Clara la acusación que a mí me ha hecho: si ella, con la serenidad de la inocencia, le contesta a usted la verdad, no puedo figurarme de ningún modo que usted no la crea. Háblele usted; rompa el silencio de aquella casa; véala usted un momento; oiga su voz, y si ante las declaraciones que ella le haga persiste usted creerla culpable, no es digno, lo digo cien veces, no es digno de mirarla.

Lázaro no pudo resistir a la gran fuerza de estas palabras. Era imposible, según él pensó, que la ficción y la as-

tucia de un hombre pudieran llegar a ocultar la verdad de aquel modo. Bozmediano no mentía.

—¡Oh, calle usted!—dijo Lázaro, sin poderse contener—: o es usted el histrión más perfecto, o dice la verdad. Yo, que jamás he mentido, que no sé ni puedo fingir, siento una fuerte inclinación a creer lo que usted me ha dicho. Pero tiene el corazón unas susceptibilidades y escrúpulos de que la razón y la palabra no pueden librarle.

—Veamos a Clara—dijo Claudio con resolución.

—¿Dónde?

—En casa de esos demonios. Si es posible, acogotaremos a las trés viejas.

—Clara no está allí ya. La han despedido.

—Y ¿por qué? ¿Dónde está?

—No lo sé—dijo Lázaro tristemente.

—Pero ¿adónde ha ido?

—Esa es mi duda, mi angustia. ¿Adónde puede haber ido? No conoce a nadie. Encontrándose sola en la calle, ¿dónde estará? Yo creí... Francamente, creí que estuviera aquí.

—¡Aquí!

—Yo pensé que usted la había inducido a salir; que había venido en busca de usted, a quien conocía.

—Y ¿aún cree usted que está aquí? —preguntó Bozmediano, sonriendo.

—Ahora... no afirmo nada... Dudo.

—Y si le pruebo a usted que no está aquí ni ha venido, ¿qué creerá usted?

—Aun así no será posible arrancar la última raíz de mi recelo; aún no lograré la evidencia que necesito; evidencia que nada ni nadie me podrá dar.

—La adquirirá usted por su propio sentimiento. Hay cosas que se creen por revelación, que nada ni nadie puede destruir. Hay cosas de que no se puede dudar, porque su evidencia está encarnada en nuestro ser, y dudar de ellas es algo semejante a la muerte. Vamos a buscarla.

—¿Dónde?

—Vamos a buscarla. Por lo mismo que no conoce a nadie, es más fácil encontrarla. Estoy seguro de que la encontraremos.

—Recorreremos todas las calles, preguntaremos a la Policía, nos informaremos de todo el mundo—dijo Lázaro.

—Sí, sí: haremos todo eso.

—Iremos a los hospitales, a los asilos: entraremos, si es preciso, en todas las casas.

—Sí.

—Iremos a la antigua casa: preguntaremos a la portera, a los vecinos, al tendero más próximo.

—Eso es. Diga usted, ¿no había en aquella casa una criada?

—Sí, había una. No sé su nombre.

—¿Dónde estará? Si la encontramos, tal vez nos dé alguna luz. Puede ser que se haya dirigido a ella. Recuerdo que esa criada me dijo que iba a casarse con un tabernero y que tendría una tienda. Si esa mujer tiene casa abierta y Clara sabía dónde está esa casa, es seguro, casi seguro que habrá ido allá.

—Efectivamente—dijo Lázaro—. Vamos a ver si averiguamos dónde está esa mujer.

Salieron y se encaminaron a la calle de Válgame Dios. Preguntaron a la portera de la antigua casa si se había alquilado de nuevo el cuarto segundo. Dijo la portera que no. Preguntáronle el nombre de la criada y si sabía su paradero.

—Se llama Pascuala—contestó—. Está casada con un tabernero llamado Pascual; pero no sé dónde vive. El tabernero de la calle del Barquillo debe de saberlo, porque es compadre suyo.

Este hombre les dijo que los Pascuales vivían en la calle del Humilladero, y los dos jóvenes se dirigieron inmediatamente allá.

CAPITULO XXXVII

EL VÍA CRUCIS DE CLARA

Mucho horror inspiraba a la huérfana la casa de las de Porreño, aunque no tenía otra. Así es que su primer impulso al verse en la calle fué huir, correr sin saber adónde iba para no ver más tan odiosos sitios. Anduvo corto trecho, dobló la esquina y se paró. Entonces comprendió mejor que antes lo terrible de su situación. Al ver que no podía dirigirse a ninguna parte, porque a nadie conocía, le ocurrió esperar cerca de la casa a que entraran Elías o su sobrino. Pero el primero había dicho que no volvería hasta dentro de tres días, y el segundo, que sospechaba tan mal de ella, sería capaz de confirmarse en su creen-

cia al verla arrojada de la casa por las señoras. Ella necesitaba, sin embargo, ver a Lázaro y contarle todo. Si él daba crédito a su explicación, ¿qué harían los dos, tan desamparado el uno como el otro? Decidió, sin embargo, esperarle allí, apoyada en la esquina; pero la daba tanto miedo... Parecíale que iba a salir por la reja cercana una gran mano negra, que la cogería llevándosela dentro: ¡qué horror! De repente sintió al extremo de la calle fuerte ruido de voces. Eran unos hombres que venían borrachos profiriendo horribles juramentos, atropellando y riendo desenfrenadamente como una turba de demonios regocijados. La joven sintió tal sobresalto, que no pudo permanecer allí un instante más y echó a correr con mucha ligereza. Los hombres corrían también, y ella se figuraba que le tocaban la espalda, y creía sentir junto a sus propios oídos las infernales palabras de ellos. Corrió mucho por toda la calle del Barquillo, seguida del perro misántropo, y, al fin, fatigada y sin aliento, se detuvo: las risas resonaban muy lejos... Ya no la seguían... Respiró porque no podía dar un paso. Después siguió andando lentamente; no se atrevía a volver, porque las risas habían cesado y se oían terribles imprecaciones. Algunas piedras, lanzadas por mano vigorosa, cayeron junto a ella. *Batilo* se volvió lleno de despecho y ladró como nunca había ladrado, con verdadera elocuencia canina.

Después de esto avivó Clara el paso y llegó a la calle de Alcalá. Miró a derecha e izquierda, sin saber qué camino tomar. Subió hacia la Puerta del Sol; pero no había llegado a San José cuando vió que por la calle abajo venía gente, muchísima gente: ella no había visto nunca tanta gente reunida. La calle le parecía tan grande que no conocía distancia alguna a que referirla, pues para ella las casas hacían horizonte, y aquella gente que venía se le representaba como un mar agitado sordamente, y avanzando, avanzando como si quisiera tragarla. Sin deliberar, volvió atrás y bajó hacia el Prado. El gentío bajaba también: sordo rumor resonaba en la calle. La muchedumbre traía algunas luces, y de cuando en cuando una voz pronunciaba muy alto un *viva*, contestándole otra tremenda y múltiple voz. La gente bajaba, y Clara bajaba delante. Aquello le dió más miedo que los borrachos; pero cuando se encaró con la Cibeles, cuando vió aquella gran figura blanca en un carro tirado por dos monstruos blancos, se detuvo aterrada. Había visto alguna vez la Cibeles; pero la oscuridad de la noche, la soledad y el estado de excitación y dolencia en que se encontraba su espíritu hacían que todos los objetos fueran para ella objetos de temor, todos con extrañas y fantásticas formas. Los leones de mármol le parecía que iban corriendo con velocísima carrera, galopando sin moverse de allí. La pobre miró atrás, y vió que la gente avanzaba siempre, haciendo más ruido: no quiso ver más aquello, y tomando hacia la derecha entró en el Prado. Este sitio le pareció tan grande que creía no llegar nunca al fin. Jamás había visto una llanura igual, campo de tristeza, de ilimitada extensión; los árboles de derecha e izquierda se le antojaban fantasmas negros que estaban allí con los brazos abiertos; brazos enormes con manos horribles de largos y retorcidos dedos. Anduvo mucho, hasta que al fin vió delante de sí una cosa blanca, una como figura de hombre, de un hombre muy alto, y, sobre todo, muy blanco. Se fué acercando poco a poco, porque aquella figura se le representaba marchando con pasos enormes. Era el Neptuno de la fuente, que en medio de la oscuridad proyectada por los árboles se le figuraba otra fantasma. La infeliz tenía muy extraviados los sentidos a causa del terrible trastorno de su espíritu. Torció a la derecha, por evitar que llegara hasta ella aquel figurón blanco, y encontró enfrente la Carrera de San Jerónimo. Empezó a subir; pero estaba tan fatigada que la pendiente de la calle le parecía inaccesible. Subió, pero con mucha lentitud, porque apenas podía andar: en la parte correspondiente a los Italianos creía ella ver la cumbre de una montaña; y cuando media con la vista aquella eminencia pensaba que en toda la noche no iba a llegar arriba.

No pudo avanzar más y se sentó en el hueco de una puerta. Sentía gran postración en todos sus miembros, y, además, un frío intenso, que, creciendo por grados, llegó a producirle una convulsión dolorosa. Arropóse lo mejor que pudo, y pensó en el medio de volver a

la casa para esperar a Lázaro en la puerta. Entonces le ocurrió súbitamente la idea de dirigirse a casa de Pascuala. Ella recordaba muy bien el nombre de la calle donde vivía el tabernero con quien la criada se había casado. Sabía que la taberna estaba en la calle del Humilladero; pero ¿cómo iba a la tal calle? Resolvió preguntar a algún transeúnte, y si daba con la casa allí pasaría la noche, aplazando todo lo demás para el siguiente día. Segura estaba de que Pascuala la recibiría con los brazos abiertos. Pero ¿dónde estaba la calle? Instintivamente oró a la Virgen, pidiéndole que estuviera cerca de la calle del Humilladero. Pero la Virgen no la oyó, porque la calle estaba muy lejos. Resuelta a preguntar, se levantó; vió venir a un hombre, pero no se atrevió a detenerle; pasó otro, algunos más, y Clara no preguntó a ninguno. Tenía miedo de aproximarse a ellos. Por último, se acercó una mujer, la joven la detuvo y, respetuosamente, le hizo su pregunta.

—¿La calle del Humilladero?—dijo la mujer, que era una vieja arrugada y con voz gangosa.

—Sí, señora.

—¿Le parece a usted que está bien detener a las personas honradas de este modo?—contestó la vieja muy incomodada—. Ya sé lo que quieren estas bribonas cuando detienen a una; que no van sino a meterle la mano en los bolsillos cuando está una más descuidada contestando. Váyase noramala la muy piojosa, y si no, llamo a un alguacil.

Antes que concluyera la vieja se apartó Clara, y fué tal su angustia al pensar que todos la tratarían de igual modo que casi estuvo a punto de abandonarse a su desesperación, dejándose morir allí de hambre, de frío y de dolor. Pero la desventura infunde valor; recobró algún ánimo y se dispuso a seguir preguntando, cuando vió llegar a una mujer andrajosa que traía un niño de la mano y otro en brazos. A Clara le pareció que aquella mujer debía de ser persona muy generosa y compasiva, y que le había de responder a su pregunta. Pero antes de ser interpelada, la mujer andrajosa habló a Clara en estos términos:

—Una limosna, señora, por amor de Dios, que tengo mi marido en cama y estos dos niñitos no han probado nada en todo el santo día... Siquiera un *chavito*.

Después, observando que Clara no tenía aspecto de persona que da limosna, sino más bien de mujer desvalida y enferma, se figuró que pedía también *chavitos*, y, variando de todo, le dijo:

—Oye, chica: ven conmigo y le sacaremos un duro al tío gordo de la esquina.

—¿Qué?—dijo Clara, confusa ante aquella proposición.

—¿Apostamos a que no *tan dao* ni un bendito *chavo* esta noche? Yo he *sacao* ya un *rial:* mira. Pero hay en aquella tienda un *mardito* pañero que es muy caritativo. Ayer le *ije* que tenía una hija enferma en cama, y me dió una peseta. Si *quies* que le saquemos más, ven conmigo esta noche, chica, y verás. Entramos; tú te haces que te vas cayendo, y te pones un pañuelo *atao* a la cara, y empiezas a dar unos *chillíos* que partan el corazón. Oye, así: ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

Y dió unos cuantos quejidos tan lastimeros que Clara tuvo angustia de oírlos. Después siguió:

—Mira, ven; entramos; yo le digo que eres mi hija, y que no has comido un *bocao*, y que el *meico* te ha recetado una cosa que cuesta un duro. Tú dices que no la *quies* tomar, y que si saco el duro, compre pan *pa* estos niños que se están muriendo. Yo digo que sea el duro *pa* la *meicina;* tú que sea *pa* los niños, y así... verás cómo se ablanda... y *pué* que nos dé dos... Partiremos: te daré a ti dos *riales*..., y... Anda, ven: ponte este pañuelo en la cara.

—Señora, yo tengo que hacer, no puedo—dijo Clara, que creía no deber darle otra razón menos cortés—. Sabe usted dónde está la calle del...?

—¡Qué calle de los *dimonios!*—dijo la mujer; y viendo que pasaban dos caballeros se acercó a ellos, diciéndole al chico que llevaba de la mano—: Muchacho, cojea.

El muchachó cojeó y se acercaron a los caballeros, repitiendo su muletilla. Clara se retiró entonces; anduvo a buen paso, y llegó, por último, a la plazuela del Espíritu Santo; subió más, hasta que se encontró en la esquina de la calle del Prado, y por allí pensó seguir, porque veía en ella bastantes personas

y creía encontrar allí quien la informara bien.

Batilo iba delante. Un perro vivaracho y pequeño, descarado, ratonero, de estos que pasean su vanidad por las calles de Madrid, se acercó al can melancólico y le dió una embestida con el hocico. *Batilo* era muy tímido; pero sintiendo herido su amor propio, ladró. El ratonero, que no deseaba sino provocación, ladró también, atreviéndose a dar un mordisco al pobre faldero. Este se defendió como pudo; y a poco rato vino un perrazo que, con terribles aullidos, empezó a perseguir al ratonero. Luego vino otro perro, y otro, y otro: en dos segundos se reunieron allí doce perros, que armaron espantosa algarabía. Luchaban unos con otros, cayendo y levantándose en revuelta confusión, mordiéndose, saltando y atropellando entre los movimientos de su horrible contienda a *Batilo* y al ratonero, que, revueltos entre las patas de los contendientes, recibían los ultrajes de todos. Al ruido se detuvieron algunas personas; el amo de uno de los perros terció en la pelea, y dijo ciertas frases injuriosas al amo de otro. Clara, al ver que se reunía tanta gente, y que algunos mozos la miraban con atención impertinente, avivó el paso; tomó la calle arriba para huir de aquellas miradas. Pero los mozos la siguieron, y ella quiso ir más aprisa; ellos también; ella más aún, hasta que se decidió a correr, y corrió con toda la velocidad que podía. Entonces una mujer gritó desde una puerta con voz chillona y angustiada:

—¡A ésa, a ésa, a ésa!

Un hombre la detuvo por el brazo; muchas mujeres la rodearon, y se formó en un momento un grupo de más de treinta personas en torno a ella. La huérfana estaba tan trémula y aterrada, que no dijo palabra, ni trató de huir, ni lloró siquiera. Creyó tener en derredor un círculo de asesinos.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué hay?—dijo uno.

—Que ha *robao* ese lío que lleva bajo el brazo.

—Muchacha, ¿dónde has tomado ese lío?—dijo el que la tenía asida.

Clara no contestó.

—A la cárcel con ella—dijo uno de los presentes.

—¿Dónde has tomado ese lío, muchacha?

La joven se repuso un poco, y con voz tenue dijo:

—Es mío.

—¿Que es suyo?—dijo una de las mujeres—. Si la vi yo correr como una *desalación*. Apuesto a que lo cogió en la casa del número quince.

—No, que venía de más abajo—dijo otra.

—Apuesto que es de casa de la *sa* Nicolasa, la pupilera de ahí enfrente—dijo otra mujer.

—Usted miente, señora—dijo un hombre alto, que parecía ser persona del toreo, a juzgar por su vestido y el rabicoleto que tenía en la nuca—. Usted miente: esta señora no ha salido de casa de la pupilera, ni del número quince; venía de más abajo.

—¡Miren ese pepele!—gritó la mujer—. ¿*Poz* no dice que yo miento?

—Usted miente, señora. Esa muchacha no ha *robao naa*, que venía de abajo y corrió porque la venían siguiendo esos lechuguinos. Yo lo he *oservao*, y si hay alguño que me desmienta, aquí estoy yo, que soy un hombre *pa* otro hombre.

—Tanta bulla *pa naa*—dijo, soltando a Clara el que la tenía asida.

—Pues que si lo ha robado, si no lo ha robado... Cuando yo digo una cosa... Si estuviera aquí mi Blas se vería si hay un hombre *pa* otro hombre—murmuró, volviendo la espalda, la promovedora de aquel alboroto.

—Vamos, señores, aquí no se ha *robao naa*—dijo el majo con decisión—. Aquí están ustedes de más. Largo el camino.

El público—llamémosle así—encontró muy convincentes las últimas razones del hombre de los toros, y aún más las insinuaciones que hizo con un tremendo palo de puño de plomo que llevaba en la mano, y empezó a desfilar.

—Vamos, prendita, no tenga usted miedo—dijo el hombre del rabicoleto cuando se quedó solo con Clara—. Venga usted conmigo y no tenga reparo, que yo soy un hombre *pa* otro hombre. Pero ¿se *pue* saber adónde iba la personita? Yo la llevaré a usted, porque soy un hombre *pa*...

—Voy a la calle del Humilladero.

—Del Humilla... ¿qué?

—Del Humilladero.

—Ya sé... Pero *¿pa* qué va usted tan lejos? Si usted se echa a andar ahora llegará allí *pasao* mañana por la noche. Conque no tenga usted prisa...

—Sí, señor, tengo prisa; y aunque esté lejos, he de ir en seguida. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme por dónde debo ir?

—*Miste:* coge usted esta calle *pa* arriba, siempre *pa* arriba... Pero yo la voy a llevar a usted. Aunque *pa* decir verdad, más valiera que se viniera conmigo. ¡Ay! ¡Jesús, qué guapa es usted! *Poz* no había reparado... Venga usted.

—No puedo detenerme, *señor caballero*—dijo Clara con mucho miedo—. Dígame dónde está esa calle, y yo me iré sola.

—¡Sola! ¿Y yo podía ser tan becerro que la iba a dejar ir sola por esas calles, esta noche que hay *rivolución*...? Bueno soy yo *pa*... Venga usted conmigo. Le *igo* que no lo pasará mal; yo conozco aquí cerca un *colmao* donde hacen unas magras que...

Diciendo esto, el torero tomó a Clara por un brazo y quiso internarla por la calle del Lobo.

—Suélteme usted, caballero—dijo Clara, desasiéndose—: tengo que hacer; por Dios, suélteme usted.

—Pues es lo *mesmo* que un puerco espín. ¡Bah! Si es usted muy guapa para ser tan picona. Le *igo* que... Pero, en fin, yo la acompañaré a esa calle.

—No; dígame usted por dónde debo ir. Yo iré sola.

—¿Sola? Si hay *rivolución*. *¿Pa* que le peguen a usted un tiro y me la *ejen* frita en *mitá* la calle?...

—Yo quiero ir sola—dijo ella, separándose.

La compañía y la solicitud impertinente de aquel hombre le inspiraban mucha desconfianza. Su intento era huir de él y preguntar a otro. Pero aunque avivó mucho el paso, él seguía siempre a su lado, diciéndole mil cosas. Un incidente feliz—algo feliz había de pasar aquella noche—vino a librar a Clara de aquel moscón. Iban por la plazuela de Santa Ana cuando sintieron detrás gritos de mujer. El majo no volvió la cara; pero tuvo buen cuidado de embozarse bien en su capa para no ser conocido.

—*Arrastrao, endino*—dijo la mujer, que era alta, gruesa, hombruna y con voz aterradora y aguardentosa—. Espera, espera, que te voy a sentar los cinco en esa cara de documento.

Al decir esto tiró al majo de la capa, y con mano más pesada que una maza de batán cogió a Clara por un brazo y la detuvo.

—Si no fuera porque está aquí esta señora—dijo el chulo, cuadrándose ante la jamona—, ahora *mesmo* te volvía las narices al revés.

—*¡Arrastrao!*—dijo la maja, cuadrándose y moviendo la cabeza—, ¿tengo yo cara de cabrona? ¿Te *paece* que por una cara de escoba como ésta voy yo a consentir...?

—¡Calla!—exclamó el otro—, o te *ejo* sin piernas.

—Mira, *Juan Mortaja*, que voy a sacarle los ojos a esta rabuja si ahora *mesmo* no vienes conmigo. ¿Le parece a usted que a una mujer como yo se la...? *Juan Mortaja*, cuando *igo* que vamos a tener que...

—No haga usted caso—dijo el torero, dirigiéndose a Clara, que estaba sin aliento, oprimida por la mano de la jamona, como la tórtola en las garras del gavilán—. No haga usted caso, niña, que ésta suele rezarle un Padrenuestro a *San Cuartillo*.

—*¡Reendino!*—exclamó con trágico furor la maja, soltando a Clara y echando rápidamente mano a la cintura, de la cual sacó una navaja, que esgrimió con el donaire y la presteza de un matutero.

—¡Saco *e* demonios!—dijo el otro, enarbolando el palo.

No sabemos cómo concluyó la pendencia, porque hemos de seguir a Clara; y ésta, en cuanto se vió libre de la zarpa de la dama de *Juan Mortaja*, se escapó ligeramente, y a buen paso, seguida siempre de *Batilo*, llegó a la plazuela del Angel. La desventurada no sabía ya qué partido tomar: se horrorizaba al pensar que entre los miles de habitantes de este enjambre no había uno que le dijera el nombre de la calle donde estaba el único asilo que podía acoger a la huérfana abandonada, sola, injuriada, medio muerta de miedo y dolor. Creyó que Dios la abandonaba o que no había Dios; que su destino la obligaba a optar entre la inquisición espantosa de las dos Porreñas y aquel abandono, aquel vagar por un desierto,

repelida por todos o solicitada por la depravación o el vicio.

Se decidió a hacer otra tentativa. Detúvose ante un hombre que, con una farola y un gancho, revolvía escombros, y le hizo su pregunta.

—¿La calle del Humilladero?—dijo el trapero, incorporándose y haciendo con el gancho ciertos movimientos semejantes a los que hace con su varilla un director de orquesta—. Esa calle está... Voy a darle a usted una receta para que la encuentre en seguida. Pues eche usted a andar..., y vaya mirando con atención los letreros de todas las calles. ¿Sabe usted leer?

—Sí, señor—dijo Clara.

—Pues cuando usted vea un letrero que diga así: «Calle del Humilladero», allí *mesmo* es.

El trapero se quedó muy satisfecho de su apotegma, y volviendo a inclinarse, enterró su gancho investigador en el montón de inmundicia que delante tenía. Clara se retiró muy angustiada; y principiando a perder ya el conocimiento exacto de su desventura, hallábase próxima a entrar en ese período de atonía que precede a las grandes enajenaciones. Dirigió de nuevo mentales súplicas a Dios y a la Virgen para que la sacaran de aquella situación; y aún rezaba cuando vió llegarse hacia ella a una persona que la inspiró mucha confianza. Dió algunos pasos hacia aquella persona, que era un clérigo de más que mediana edad, gordo y pequeño. Venía con su rosario en la mano y la vista fija en el suelo. La huérfana respiró con tranquilidad, porque aquel personaje venerable que tenía ante sí debía de ser un santo varón de esos cuyo fin en la tierra es consolar a los afligidos y ayudar a los débiles.

CAPITULO XXXVIII

CONTINUACIÓN DEL VÍA CRUCIS

Parecía el clérigo hombre pequeño, a juzgar por su vestido, que era muy raído y verdinegro. Era él de edad madura, y a juzgar por su pronunciada y redonda panza, parecía hombre que no se daba mala vida. Tenía la cara redonda y amoratada, con dos ojillos muy vivos y una nariz que parecía haber servido de modelo a la Naturaleza para la creación de las patatas. No puede decirse que su fisonomía fuera antipática, sonreía con bondad, y, sobre todo, había en sus ojuelos cierta gracia y una volubilidad amable. Cuando vió a Clara y oyó la pregunta que ésta le hizo con el mayor respeto, guardó el rosario, se ladeó el sombrero—porque era éste tan grande que tapaba con él a cuantos se le ponían delante—, y dijo:

—¿La calle del Humilladero? Sí, hija mía; sí: sé dónde está, sí; pero es muy lejos. No podrá usted ir sola; se perderá usted, hija mía. Venga usted, y yo la pondré en camino.

Y volvió atrás. Siguiéronle *Batilo* y Clara, que creyó, al fin, haber encontrado el hilo del laberinto.

—Pero, hija mía, ¿cómo es que usted va sola? ¡A estas horas..., tan sola! —dijo el padre con voz agridulce.

—Tengo que ir a una casa que conozco—repuso Clara por dar alguna respuesta.

—Pero ¿va usted sola? ¡A estas horas!... Hija mía, ¿por qué es eso?

—No tengo quien me acompañe. Soy sola.

—¿Que es usted sola? ¡Jesús, María y José! ¡Qué calamidad! Pero ¿no tiene usted padres?

—No, señor.

—¿Es usted sola, enteramente sola? ¡Jesús, María y José! Esto no va bien, hija mía. Pero ¿no tiene usted ningún pariente? Vamos, irá usted a casa de algún pariente.

—No, señor, no. Voy a casa de una mujer que conozco. No conozco a nadie más que a ella.

—Vamos, ya conocerá usted a alguna otra persona—dijo el cura, parándose y fijando en el semblante de Clara sus picarescos ojuelos—. ¿De dónde viene usted ahora?

—De casa de unas señoras, donde estaba.

—Y allí, ¿no conoció usted más que a esas señoras?

—No, señor—dijo Clara, asustada del giro que tomaban las preguntas del clérigo.

—Vamos, juraría yo que ha conocido usted a algún muchachuelo... Eso no tiene nada de particular, hija mía: para eso es la juventud. Eso no tiene nada de particular. ¡Bah! No se ponga usted

encarnada. Por las llagas de Jesuscristo, que no me enfado yo por eso..., no.

Al decir esto, el cura se paró otra vez, y volvió a fijar en la huérfana sus pequeños y vivaces ojos, acompañando esta mirada con una santa sonrisa de astucia, que haría honor a cualquier alumno del Seminario, conocedor de la obra de Sánchez, titulada *De matrimonio*.

—Porque, hija mía, el mundo es así —continuó—. Yo, que conozco las debilidades de ambos sexos, puedo hablar sobre este punto. Y luego yo tengo una práctica tal, que en seguida comprendo. Sobre todo, como usted es tan guapita...

Turbóse mucho la joven con aquellas palabras; pero la esperanza de que pronto llegarían a la decantada calle del Humilladero la serenó, haciéndole más llevaderas las amabilidades del buen hombre.

—Sí, hija mía: yo soy gran admirador de las obras de la Naturaleza, y cuando estas obras son bellas, las admiro más. Yo, francamente lo digo, no soy gazmoño. Lo cortés no quita lo valiente. Aunque uno sea sacerdote..., porque admirar la Naturaleza no es pecado.

Con estas y otras cosas habían pasado la calle de Atocha y llegado a la plaza Mayor; atravesáronla, dirigiéndose a la plazuela de San Miguel.

—Venga usted, venga usted—dijo, tomando el brazo a Clara, al ver que manifestaba cierto recelo de internarse por el arco oscuro que da a la plazuela del Conde de Miranda—. Venga usted, que conmigo va segura... Pues decía que lo cortés no quita lo valiente... Pero no me ha seguido usted contando eso del muchachuelo...

—Si yo no he contado nada — dijo Clara, haciendo un movimiento disimulado para desasir su brazo de la mano del cura.

—Sí; algo hay, hija mía; yo lo he conocido. Si eso no tiene nada de particular. Ya..., ¿hay vergüencilla? Vamos, cuénteme usted, que yo la absuelvo en seguida. A las niñas bonitas se les perdona todo.

Diciendo esto, miró de nuevo a Clara; pero ya no se sonreía: estaba serio, y había en su voz cierta agitación que ella no pudo notar.

—Cuidado, no se caiga usted—dijo, extendiendo su brazo por la cintura de la huérfana, como si ésta hubiera tropezado.

—¡Ay!—dijo ella, más confusa y separándose del cura—. ¡Cuándo llegaremos a esa calle!... ¿Está muy lejos todavía?

—Sí, hija mía: está lejos, muy lejos. Pero ¿qué prisa tiene usted?

—¡Ah!, sí, tengo mucha prisa. Pero no se moleste usted más. Dígame por dónde debo ir..., y seguiré sola.

—¡Ah, no acertará usted en toda la noche! Está muy lejos. Pero ¿qué prisa tienes, hija mía? Veo que estás muy cansada. ¿No te convendría descansar un poquito?

—¡Oh!, no, señor; no puedo descansar—dijo Clara, aterrada ante la idea de que la llevaran a una sacristía.

—Sí, hija mía: estás muy fatigadita, y yo no tengo corazón para verte andar por esas calles a estas horas y con este frío.

—No importa, señor cura; no me puedo detener.

—¡Jesús, María y José! No he visto nunca una muchacha tan arisca. Yo... no gusto de gente así, porque me gusta que las niñas sean amables y buenas.

En esto entraban en el callejón de Puñonrostro. Paróse el cura y tomó una mano a Clara, que se retiró, apartándose de él.

—Hija mía, por Jesús, María y José, te digo que se me parte el corazón de verte así sola por esas calles, a estas horas, con este frío... Mira: yo tengo un buen brasero arriba..., porque aquí vivo yo, aquí a espaldas de San Justo, que es mi iglesia. Pues si quieres descansar un ratito...

—No, padre; yo quiero ir a la calle del Humilladero. Dígame usted dónde está, ya que no me ha llevado a ella.

—¡Qué Humilladero, ni Humilladero! Ya me tienes loco con tu calle. Pues no estás poco impertinente—dijo el clérigo con más agitación y mucha impaciencia—. Ven, hija mía, y me contarás eso del muchachuelo.

El infame plan se reveló de pronto en el entendimiento de Clara con todo su horror y repugnancia.

—Señor—repitió—, dígame usted por dónde voy.

—Sube, sube—dijo él, colocado ya en la puerta de su casa—. Sube, no te pesará. Si supieras qué bueno soy yo...,

porque lo cortés no quita lo valiente. Y mañana te vas a tu Humilladero, o si no quieres ir...

—Señor, por Dios, dígame por dónde debo ir. Yo me vuelvo loca. ¿Para qué me ha traído usted aquí? ¿Y dónde estoy? Puede ser que ahora esté más lejos del punto adonde quiero ir.

—Sube, hija mía, sube—dijo el clérigo, abriendo la puerta—, y hablaremos de eso. Yo te diré dónde está esa calle, y mañana podrás...

—No; yo no le quiero ver a usted más. Pero dígame por dónde debo dirigirme. ¿Por qué me ha engañado usted?

La joven rompió a llorar como un niño. El clérigo había perdido su amabilidad; sus ojuelos expresaban el mayor despecho; su labio inferior, masa informe y pendiente, le temblaba por la rabia de la contrariedad y del desengaño.

—¿Está lejos esa calle, señor? ¿Está lejos?

El cura miró a Clara con desdén, hizo un gesto despreciativo, y entró diciendo:

—Sí, chica; está lejos, muy lejos.

Y cerró violentamente con mano colérica la puerta, que produjo fuerte estampido.

Algo tranquilizó a Clara el verse libre de aquel malvado; pero al pensar que no había podido adquirir noticia alguna de lo que buscaba; al verse en aquel callejón estrecho y oscuro, donde no aparecían indicios de vivienda humana; al considerar que por un extremo podía aparecer un hombre y por el otro extremo otro, avanzando hacia el centro y cogiéndola entre los dos, fué tal su pavor, que estuvo a punto de caer al suelo sin sentido. También se le figuraba que la enorme muralla de la casa del Cordón y la de San Justo iban a reunirse, aplastándola en medio. Un supremo esfuerzo, una carrera en que el espíritu agitado, más bien que el cuerpo, parecía trasladarse, la llevó a la calle del Sacramento. Al fin vió una luz que se movía: era un sereno. Aquel encuentro la infundió algún valor; acercóse a él y le repitió su pregunta, tantas veces hecha y nunca contestada. El sereno, de muy mal humor, pero con buena intención, le dió la dirección verdadera.

—Baje usted esa cuestecita por detrás del Sacramento; baje usted siempre hasta que llegue a la calle de Segovia; en seguida sube usted derecha, siempre adelante, hasta encontrar la Morería; entra por ella hasta llegar a la calle de Don Pedro; después sigue por ésta hasta la plazuela de los Carros, y enfrente de la capilla de San Isidro encuentra usted la calle del Humilladero.

Le repitió las señas y le dió las buenas noches.

La huérfana se retiró muy agradecida. Al fin encontraba la dirección de aquella maldita calle. Tomó por el camino indicado y bajó la cuesta de los Consejos. ¡Qué triste y pavoroso lugar! El piso parece que huye bajo los pies del transeúnte: tal es la pendiente. A Clara, que estaba completamente desfallecida y con la cabeza debilitada, le parecía caerse a cada paso, y que el suelo se iba inclinando más cada vez, negándose a soportarla. Llegó a creer que nunca terminaba aquel descender precipitado, hasta que por fin sus pies pisaron en llano. Estaba en la calle de Segovia, y se le figuraba haber caído en un abismo. «No era posible—pensaba ella—que el sereno le hubiera dicho la verdad. ¿Estaba aquel sitio habitado por seres de este mundo?» De noche, y en aquella lobreguez, parecía la profundidad de un barranco, de esos que escogen para sus conventículos los duendes y las brujas. Mirando hacia arriba, le parecía que se inclinaban, amenazando caer, las dos masas de habitaciones que a un lado y otro de la calle se levantan.

Clara siguió, sin embargo, la dirección que el sereno le había indicado: distinguió delante de sí la cuesta escarpada de los Ciegos, y pensó que era imposible trepar por allí. Intentólo a pesar de todo, tropezando con montones de escombros y ruinas; las casas se veían arriba suspendidas, al parecer, como nidos de buitre en lo alto de la eminencia. Ella se sintió sin fuerzas para escalar aquello; no distinguía senda alguna, ni había allí nada que indicase el paso de seres humanos. No se oía voz alguna sino de tiempo en tiempo, y, resonando muy lejos, gritos de mujeres. Los gritos resonaban como si una bandada de aves, con palabra humana, se cerniera graznando en lo más alto del cielo. De repente oyóse una voz infantil que venía de abajo. Era una niña que subía sola, y cantando, por la calle de Segovia, di-

rigiéndose a la Morería. Clara vió con asombro que la niña, sin cesar de cantar, subía la cuesta y trepaba, encontrando una vereda entre tantos escombros. Se levantó e intentó seguirla. La niña no la vió y marchaba delante muy alegre, al parecer. Pero de pronto advirtió el ruido de los pasos de la que la seguía; volvióse; vió aquel bulto que en medio de la noche andaba tras ella, y lanzándose en súbita carrera, empezó a gritar: «¡Madre, madre: brujas, brujas!»

La huérfana sintió entonces más claros los gritos de las mujeres, y llegó también a creer que había brujas por allí.

Las mujeres parecía como que bajaban, y sus voces confusas y discordantes semejaban el altercado frenético de una horda de euménides. Retrocedió Clara y volvió a bajar, estando a punto de resbalar y caer algunas veces. Hallóse de nuevo en la calle de Segovia, y entonces los gritos femeninos llegaban a sus oídos como si la horda de aves con palabra humana hubiera levantado el vuelo tornando a las altas regiones.

Empezó a llover: caían gotas muy gruesas, que la imaginación calenturienta de la huérfana sentía en el piso como si éste fuera una caja sonora. La lluvia aumentaba; las gotas caían con extraordinaria rapidez, dejando en las piedras un disco oscuro, semejante a una pieza de dos cuartos, que, repetidos infinitamente, concluyeron por teñir de negro reluciente todas las piedras. Clara se arropó; apoyóse en una gran piedra sillar que allí había, y, con el alma agotada ya, miró al cielo buscando la luna, una estrella, cualquier cosa que no fuera negra y horrible, cualquier cosa que no hubiera visto aquella noche en otra parte; pero no vió ni estrella ni luna. Tan sólo allá abajo, en la dirección del puente y en el horizonte que tras la otra orilla del Manzanares se dibuja, vió una lumbre rojiza, esa claridad violenta de encendido color, que es en noches tempestuosas como una fiebre del cielo. Se le ve arder calenturiento y agitado por súbitas y precipitadas exhalaciones, mientras toda su inmensa extensión permanece oscura y helada. Aquella luz impresionó la mente de Clara de un modo muy extraño. Lejos de infundirle temor, le pareció ver allí alguna cosa interna, más profunda que el profundo cielo, que parecía estar abierto por aquel punto. Creía ver oleadas de luz, emanadas de un foco incandescente; formas humanas, cuerpos sin sombra, que oscilaban con caprichosas evoluciones. Parecíale como una falange de astros humanos, de cielos y mundos en forma de seres vivos, que allí se determinaban dentro del espacio mismo de una llama sin fin; cada uno engendraba miles, cada mil un millón; se alejaban y volvían, se oscurecían tenuemente, y de nuevo adquirían el brillo de la más intensa luz.

Cuando apartó la vista de aquella claridad, miró al lado opuesto; miró a la calle, en derredor, y no vió nada. Esperó un rato, mirando siempre, y tampoco vió nada. Creyó que estaba ciega y en vano quería, con atención afanosa, descubrir algún objeto. La lluvia había crecido de una manera espantosa: un torrente bajaba por la cuesta de los Ciegos y otro por la de los Consejos; la calle recogía estas dos vertientes y arrojaba hacia el puente un barranco fangoso. Ella continuaba sin ver; sentía que sus pies se enterraban en fango; el ruido era horrible. Se le concluyó el ánimo; creyó que no le quedaba más recurso que cerrar los ojos, que ya no veían, y dejarse morir allí, dejarse arrastrar por aquella agua que iba hacia el río con precipitación vertiginosa.

Un relámpago intenso iluminó aquel abismo. Entonces pudo ver a la repentina luz las dos masas oscuras de casas que a un lado y otro se alzaban. Pero después volvió a quedar sumergida en su profunda ceguera. Las rodillas se le doblaban; el agua le había calado toda la ropa. *Batilo* gruñía como un perro náufrago. A pesar del ruido de la lluvia, los gritos de las mujeres se sentían otra vez, discordantes, agudos, como confuso chirrido de pájaros nocturnos, resonando encima, allá arriba. La enferma fantasía de Clara creyó reconocer en aquellas voces un horrible y áspero trío de las Porreñas, que volaban, envueltas en espantosas nubes, dando al viento las voces de su impertinencia, de su amargo despecho y de su envidia. Hasta le pareció ver a Salomé, que se cernía en lo más alto, agitando rápidamente sus luengas vestiduras a manera de alas, y mostrando hacia abajo las encorvadas y an-

gulosas falanges de sus dedos, terminados con uñas de lechuza.

La lluvia empezó a disminuir. Ruido de campanillas y ruedas indicó a Clara que una galera acababa de pasar la calzada del puente y entraba en la calle: esto la animó un poco, porque sentía la voz del arriero, que con tremendos palos estimulaba a sus caballerías a subir la cuesta. Levantóse la joven dispuesta a hacer la última tentativa preguntando al arriero. Llegó a la galera, y Clara se adelantó hacia la mitad del camino; pero una de las mulas, que era muy espantadiza, dió un salto y casi vuelca la galera. El arriero empezó a proferir votos y juramentos. El animal se resistió a dar un paso; pegaba el arriero, coceaba la arisca mula, y la otra, queriendo aprovechar tan buena ocasión de reposar su fatigado cuerpo, que había hecho la jornada de Navalcarnero en seis horas, se echó al suelo muy sibaríticamente, esperando a que estuviera resuelta la pendencia entre su amo y su compañera. La mula quedó casi totalmente enterrada en fango, y cuando el arriero vió tal cosa, y que la galera se había inclinado de un lado, hincando el eje en el suelo, se puso hecho un demonio: llamó en su auxilio a todos los santos del cielo y a todos los demonios del infierno, se tiró de los cabellos y hasta empezó a darse latigazos de rabia.

Clara, que se creyó causante de aquel desperfecto, tuvo bastante fuerza para huir de las iras del carrero, que, a haberla visto, la hubiera maltratado; corrió hacia arriba, y no paró hasta la esquina de la plazuela de la Paja. Allí encontró otro sereno y le hizo su pregunta.

—Está usted cerca—le dijo éste—. Suba usted esa plazuela; pase usted aquel arco que se ve allí, donde está la imagen de la Virgen con el farol, y llegará a la plazuela de los Carros. Enfrente está la calle del Humilladero.

Clara empezó a creer otra vez que había Dios, y siguió la dirección indicada. Al fin estaba cerca, al fin llegaba. La esperanza le dió ánimo; pero al acercarse al arco que unía entonces la capilla del Obispo con la casa de los Lasos se avivó su miedo. Se figuraba que aquel arco no podía conducir sino a una caverna, y además le parecía que detrás estaba una figura corpulenta, que no era otra que María de la Paz Jesús, apostada allí para asirla cuando pasara, arrebatándole con una mano grande y crispada, para llevársela por los aires.

Pero la esperanza puede mucho. Cerró los ojos y, corriendo velozmente, pasó. La plaza de los Carros ya le parecía más habitable y menos triste: pasaban algunas personas, se veían no pocas luces. Miró los letreros de todas las calles que de allí partían, y, al fin, llena de alborozo, leyó el nombre de la que buscaba. Entró en ella, y a los pocos pasos vió una puerta, a cuyos lados había pintados racimos alegóricos y unas botellas que indicaban muy claro que aquello era taberna. «Aquí es», dijo y se acercó. La puerta estaba abierta, y dentro había dos mujeres y un hombre. Preguntó si vivía allí un tal Pascual, tabernero, casado con una tal Pascuala.

—Aquí no hay *nengún* Pascual—dijo una de las mujeres.

—¿Sabe usted si es aquí cerca?—preguntó Clara—. ¿No hay otra taberna en esta calle?

—No, que yo sepa.

Clara volvió a creer que no había Dios.

—¿Qué estás diciendo ahí, *enreaora?* —exclamó el hombre—. Siempre te has de meter en lo que no te toca. Sí, señora. Hay otra tienda de vinos de un tal Pascual..., sí, señora: ahí en el número catorce.

La huérfana dió las gracias, y fué allá, palpitante de agitación y alegría. Antes de llegar al número catorce sintió ruido de guitarras y voces de hombres. Al acercarse a la puerta vió a muchos que cantaban y bailaban con la exaltación de la embriaguez; y aunque no vió a Pascuala, aunque aquella gente le inspiraba mucho recelo, subió el escalón de la entrada, y presentándose, preguntó por su antigua criada.

—¡Ole, ole!—dijeron dos o tres de aquellos insignes personajes, mientras uno de ellos avanzó hacia la joven y, abrazándola estrechamente, la llevó al centro de la taberna.

—¡Viva el buen trapío!

Clara dió un grito de terror al encontrarse en los brazos de aquel desalmado, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Pascuala!

—¿Qué? ¿Quién es?—dijo una voz de mujer—. A ver, ¿qué es eso?

Pascuala se presentó, y al ver que había allí una mujer y que estaba en brazos de su marido, dió a éste en la cara un mojicón, que, a ser más fuerte, no le dejara con narices.

—No fuí yo—contestó Pascual—: fué ese *dimonio* de Chaleco.

—Sí; fué él, que la ha traído y la tenía escondida, señora Pascuala—declaró *Tres Pesetas* con uno de sus frecuentes rasgos de malicia.

—¡Doña Clarita! — dijo Pascuala, abrazando a Clara con más suavidad que su marido y llevándola adentro.

Al encontrarse en el dormitorio de los Pascuales, la sobrina de *Coletilla,* que había agotado todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu en aquella noche, se dejó caer en una silla y perdió el conocimiento.

CAPITULO XXXIX

UN MOMENTO DE CALMA

Bozmediano y Lázaro hablaron poco por el camino. Al llegar a la casa de Pascuala, serían las diez de la mañana, lo primero que vieron fué a Pascuala fregando vasos. Preguntáronle si había venido Clara a su casa, y ella contestó:

—Anoche, sí, señor; después de medianoche vino. Pero ya reconozco al caballerito, sobrino de mi amo, que estuvo allá a preguntarme por su tío.

—¡Gracias a Dios!—exclamó éste—. ¡Qué suerte hemos tenido!

—La pobre llegó esta mañana y se desmayó—dijo Pascuala—. Está muy malita; todavía no ha hablado palabra si no es *pa* delirar. Vino que no se podía tener, toda mojada, temblando de frío, y las lágrimas le corrían por la cara abajo.

—¿Dónde está?

—Allí, en mi alcoba y en mi cama. Pascual se quedó en el desván, y yo en el suelo, al lado de ella. Esta muy malita: empezó a dar unas manotadas y a decir que venían volando unas..., ¿como dijo? «Las tres, las tres volando», decía, y así estuvo hasta hace una hora, que calló y se quedó dormida.

Los dos jóvenes pasaron adentro, y cuando la tabernera abrió un poco la ventana para que entrara alguna luz, pudieron ver acostada en el lecho aquella agraciada figura, en cuyo semblante extenuado y pálido se pintaban los síntomas de una postración y un malestar muy grandes. Dormía, y la violenta posición de su cabeza indicaba que antes del sueño la había atormentado uno de esos letargos dolorosos en que el cuerpo obedece con bruscos movimientos a todos los delirios de la mente enferma. Pascuala cogió entre sus manos la cabeza de la joven y la colocó con menos molestia; la entró uno de los brazos, que colgaba fuera de las sábanas; arregló éstas y las almohadas y cerró un poco más la ventana, porque no entrara más claridad que la necesaria para no estar a oscuras.

—Usted ya no sale de aquí—dijo Bozmediano a Lázaro.

—No—replicó éste, preocupado y contemplando a la enferma tan de cerca que sentía su respiración agitada y difícil, como si un pequeño volcán existiera entre las sábanas.

—Creo que al despertar, despertará con el delirio. Usted debe quedarse aquí hasta ver en qué para esto—indicó Bozmediano—; yo me marcho. Si me ve, creo que mi presencia no será lo que más la tranquilice. Mañana le espero a usted en mi casa, sin falta: tenemos que hablar.

Lázaro no contestó. Si su susceptible desconfianza no se había extirpado completamente, en aquellos momentos no podía pensar en tan delicado asunto. Experimentaba emoción muy grande para detenerse en dudas crueles y rencores poco generosos que un alma elevada deja siempre a un lado al contemplar los grandes infortunios.

Cuando Claudio se marchó, Lázaro se sentó junto al lecho, y allí estuvo mucho tiempo inmóvil mirando a la enferma, estatua que contemplaba otra estatua, casi tan pálido como ella, esperando a cada expansión del aliento que despertara, observando con la atención moribunda de amante la oscilación de aquella vida comprometida en una crisis. Por fin, Clara se movió, pronunciando algunas voces mal articuladas. El joven pudo distinguir claramente:

—¡Señora, por Dios!...

Después agitó una de sus manos como quien quiere retirar algo, y, por fin, abrió sus ojos. Se apartó los cabellos que, en desorden, le cubrían la cara; tuvo

un gran rato la mano ante los ojos y la apartó después. Sus ojos se clavaron en la persona que tenía delante, y, por mucho tiempo, permaneció mirándole, cual si no tuviera conocimiento de lo que veía, y como si su sorpresa fuera tal que no pudiera creer lo que estaba viendo. Después extendió el brazo lentamente hacia él, y le nombró con voz muy débil.

—¿No sabes por qué estoy aquí?—dijo Lázaro, conmovido—. Me parece que no nos hemos visto desde mi pueblo. Aún no creo que hayas podido estar en aquella maldita casa.

—¿En qué casa?—dijo Clara, como afectada de profunda confusión.

—Allí, en casa de esas mujeres—contestó él con tristeza, recordando los dolores de aquella vivienda.

—¡Ay!—exclamó Clara—. Yo no quiero volver; quiero morirme aquí antes de volver. Estoy en casa de Pascuala, ¿no?

Al decir esto reconocía el sitio con ansiosa mirada.

—Sí, ya no estás, ya no estamos allí —dijo él, acercándose más.

—No volveré, no me llevarán. ¿No es verdad? Tú no volverás tampoco.

—¡Qué he de volver! Si aquella casa ha sido más terrible para mí que el infierno mismo. La detesto, y detesto a los que la habitan. Allí he padecido en una sola noche más que en toda mi vida. Ya no vuelvo, no.

Clara pareció escuchar esto con mucha atención; después le estuvo mirando fijamente por largo rato con cierto asombro.

—¿Por qué me miras así?—preguntó Lázaro.

La huérfana tardó en responder; pero al fin, con voz lenta y cariñosa, dijo:

—¿Hace mucho tiempo que no te he visto?

—No hace tanto. Me viste una tarde: el domingo.

—Sí..., ya me acuerdo. ¡Qué día! ¿Sabes que me echaron porque decían que había entrado un hombre en la casa? ¿Sabes?... ¡Qué malas son!

—¿Y no entró?

—Sí entró, sí... Pero ¿yo qué culpa tenía? Ellas dicen que entró por mí. ¡Qué malas son!

—¿Y no entró por ti?

—¿Por mí?—contestó Clara con la voz entrecortada y muy débil—: ¿Por mí?

Después se detuvo, como recordando, y dijo:

—Sí, por mí. El me dijo que iba a sacarme de allí, que quería hacerme feliz. Me dió mucho miedo.

Decía todo esto con una vaguedad que indicaba cuán débiles estaban sus facultades mentales.

—Me dió mucho miedo—continuó—; aún me parece que le estoy viendo. Al principio pensé que me iba a matar; pero... no me mató. Dijo que me quería llevar consigo; que él me quería ver feliz... Me había escrito una carta.

—¿Una carta?—preguntó Lázaro vivamente.

—Sí; me la dió aquel viejo feo, feo, feo...

—¿Dónde está la carta?

—¿La carta..., la carta?... No sé. Yo la tenía en el bolsillo.

—¿Dónde está tu ropa?

—No sé... La carta..., ¡ah!, ya me acuerdo..., la rompí toda y la hice unos pedacitos muy chicos, muy chicos.

—¿Por qué la has roto?—dijo Lázaro, deplorando no tener aquel documento—. ¿Y no recuerdas haberme visto a mí aquella tarde?

—Sí, sí, sí lo recuerdo—contestó, mostrando que nunca había olvidado tal caso—. Entraste muy enfadado. Yo estuve llorando toda la noche. Después me dió un mareo en la cabeza... Yo creí que me iba a morir, y me alegré.

La melancólica serenidad que había en estas declaraciones conmovió a Lázaro de tal modo, que no se atrevía a preguntar más, porque herir la delicadeza de aquel ángel le parecía crueldad sin ejemplo. Aún quiso hacer la última pregunta de este modo:

—¿Y qué te dije aquella tarde?

—¿Qué me dijiste?... Eso sí que se me ha olvidado... No, ya lo recuerdo: me dijiste...

Aquí se detuvo: sin duda le faltó el habla o el entendimiento. Tenía los ojos húmedos, y se apartaba otra vez el cabello que le cubría parte de la frente. Lázaro se sintió humillado. Casi le avergonzaba la cruel y brusca acusación que su conducta en aquella tarde memorable había hecho a la inocencia. No había prescindido aún enteramente de la ley social que exige pruebas positivas

para la aclaración de ciertos hechos; pero aun poseyendo aquella susceptibilidad irreflexiva, no podía resistir a la fuerza de persuasión que en las respuestas de la huérfana había. En su corazón no cabía, no era posible que cupiera la duda después de oírla; y si la voz de un demonio atormentador resonaba internamente para recordarle el deber social de no darse por satisfecho, él parecía como que aplazaba para más tarde la investigación de la evidencia en aquel asunto, abandonándose por entonces a la efusión consoladora del afecto que sentía tan vivo como antes.

—No me expliques más—dijo Lázaro, viéndola llorar—. Veo que aquellos demonios tienen la culpa de todo. ¡Maldito sea quien te llevó allá! Ellas te han calumniado, estoy seguro de ello. Siempre estaban hablando de faltas cometidas, de pecados... y qué sé yo. Lo mismo decían de mí. Las dos aseguraban que yo era un malvado y que había cometido no sé qué crimen. Esto me admiraba, porque yo no había cometido ninguna falta grave. Lo mismo juzgué de ti. Tú eras la víctima de su rigor, de su suspicacia, de su disciplina, como ellas decían.

—Yo no las quiero ver más—decía Clara—; anoche las estuve viendo toda la noche en sueños. Me parecía que doña Salomé estaba revoloteando encima de mí, mostrándome sus ojos rencorosos y sus uñas terribles; me parecía que doña Paz estaba detrás de la cama, y que de tiempo en tiempo sacaba el brazo para abofetearme. Estuve temblando y envuelta en mis sábanas para no verlas; pero siempre las veía. ¡Qué feas son!

—Tranquilízate—dijo Lázaro, viendo en el tono de su amiga los síntomas de un nuevo delirio—. Ya no volverás a casa de esas fieras. Yo estoy aquí; tú te has creído abandonada mientras yo existía. No sé si tengo la culpa de esto: si la tengo, descuida que sabré remediarlo. ¡Y yo que no he vivido sino por ti, que te he tenido por guía y por inspiración de todos mis actos! Bien te dije, cuando nos conocimos, que Dios nos había puesto en camino de encontrarnos para que no nos separáramos nunca. Dondequiera que he ido te he llevado siempre en mi corazón y en mi cabeza, creyendo por ti y esperando por ti. Desde que nos conocimos, no hemos cesado de estar juntos, de caminar juntos por la senda de la vida, a lo menos en lo que a mí corresponde. Cuando vine a Madrid, aunque no nos vimos inmediatamente, no di un paso por estas calles que no fuera dado hacia ti. Me prendieron por una ligereza mía, que no fué ningún crimen, como decían aquellas mujeres; y si soporté aquel contratiempo, si no me suicidé estrellándome la cabeza contra los muros de la cárcel fué porque en la oscuridad me parecía siempre que te estaba mirando en un rincón, en pie, con el rostro sereno, como es tu costumbre. Yo no he podido, después que te conozco, pensar nada futuro, sin que a mis ideas acompañara la idea de tu persona, como parte de mí mismo. No he podido pensar en la adquisición de alguna cosa, de algún objeto, de alguna felicidad, sin que pensara en que tú disfrutarías de todo eso antes que yo. No he tenido desgracia alguna ni pérdida sin figurarme que estabas a mi lado llorando conmigo. Si he aspirado a alguna hora feliz, siempre he tenido presente que nuestras dos vidas llegarían juntas a esa hora. No he podido concebir que uno de los dos existiera sólo en el mundo: esto me ha parecido siempre imposible. ¿Sabes que ahora me parece que fué ayer cuando saliste de mi casa para volver aquí? Y lo que ha pasado después yo quiero borrarlo de mis recuerdos. Aborrezco estos días como se aborrece una pesadilla. ¿Tú no me has dicho también que aborreces aquella casa y aquella gente? Y lo creo. No puedo acostumbrarme a la idea de que pensemos de distinta manera. Si yo llegara a creer de una manera evidente que no me querías, no sé cómo podría vivir; y si aún vivo después de aquella tarde, es porque la duda me ha dado vida, duda en que ya no quiero pensar: la he tenido como un deber, me la impuse yo mismo; pero ya rechazo esta tiranía. Cuando te he visto, me parece que ha retrocedido el tiempo. Dudar de ti se me figura un crimen; y si lo he cometido, no te pido perdón, porque sé que ya me lo has perdonado.

Durante esta expansiva manifestación le escuchaba la enferma con una especie de trastorno. Al fin lloraba con tan deshecho llanto como si en aquel momento y con aquellas lágrimas se desahogaran

los dolores de toda su vida, desde el incidente del pajarito en casa de la madre Angustias hasta la escena de la expulsión en casa de las Porreñas.

El joven no quiso menoscabar con una palabra más la elocuencia de aquellas lágrimas. El calor y la pulsación precipitada de la mano de Clara, que tenía entre las suyas, le indicaron que la fiebre aumentaba, tal vez por la agitación de aquel diálogo en que él había puesto toda su elocuencia y ella toda su sinceridad.

—Es preciso cuidarte mucho—dijo Lázaro.

—Sí—contestó ella—: quiero vivir.

CAPITULO XL

EL GRAN ATENTADO

Por la tarde llegó un médico enviado por Bozmediano. Vió a la enferma, y después de prescribirle mucho reposo se retiró, dando muy poca importancia a aquella crisis, originada de una fuerte agitación moral. Durmióse Clara, entrando en un período de calma de que hasta entonces no había disfrutado. En tanto Lázaro, que ardía en deseos de tomar una determinación decisiva en su vida, pensaba hablar con su tío aquella misma noche, romper con él, separarse de un hombre que era autor de todas sus desventuras. Deseaba ver a las dos Porreñas, echarles en cara su crueldad y su hipocresía. Si la dignidad de varón no se lo impidiera, seguramente su primer acto aquella noche hubiera sido coger por el moño a doña Paz y hacerle inclinar la cabeza hasta el suelo.

Lo urgente y decoroso era suspender relaciones con aquel hombre fanático, que le parecía más repugnante después que se reunía descaradamente con los jóvenes exaltados, y hasta llegaba a darse el título de liberal. No le importaba quedar solo y sin apoyo, pobre, más pobre que antes. Pero él se encontraba con fuerzas para trabajar; trabajaría en una profesión, en un oficio cualquiera. Y si en Madrid no podía conseguirlo, se volvería a su pueblo, donde por lo menos tenía seguro el pan.

Salió, pues, ya entrada la noche, dejando a Pascuala el encargo de no apartarse de Clara; y recordando que su tío había hablado de no volver a casa de las Porreñas hasta después de tres días, pensó dirigirse a La Fontana o a casa del abate. Fué a La Fontana; entró en el cuarto interior, donde se reunían confidencialmente los principales políticos del club, y no le encontró. No había allí otra persona que el señor Pinilla, que se paseaba muy agitado, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero enterrado hasta los ojos.

—Hola, amiguito—dijo, al ver a Lázaro—. ¿Cómo usted por aquí a estas horas?

—Busco a mi tío.

—¡Ah! No le hallará usted. Está en una parte... Ya sé yo dónde está. Está donde entran pocos.

—¿No vendrá esta noche?

—¿Esta noche? ¡Quia! ¿Cómo ha de venir esta noche?

—Pues ¿qué hay esta noche?

—Lo gordo—dijo Pinilla con misterio—. Pero, ¡bah!, usted lo sabe mejor que yo. Si es su sobrino...

—No, no sé nada—dijo Lázaro, sorprendido.

—Pero ¿no le han designado a usted su puesto? ¿No le han dicho lo que ha de hacer? ¿No trabaja usted como todos en esta gran obra?

—¿Qué obra?

—Esta noche, amigo, esta noche es ella.

—Qué, ¿hay algo? Efectivamente, he notado al venir cierta agitación en la villa.

—Pues ya verá usted a eso de las diez...

—¿Y no hay sesión esta noche?

—¡Sesión! ¡Brrr! —exclamó Pinilla, haciendo con la boca un estrambótico sonido—. Esta no es noche de palabras, es noche de hechos. Mucho se ha hablado ya.

—Pues no estoy enterado de nada. Ello es que desde anoche no vengo por aquí.

—Pues busque usted al *Doctrino*, que debe de estar allá por Lavapiés, y le dirá lo que tiene que hacer; porque supongo, amigo, que usted no querrá quedarse atrás. ¡Fuera miedo! Yo sé que la primera vez esto es algo imponente, sobre todo para el que nunca ha oído tiros. Pero, en fin, teniendo ánimo...

—Pero explíqueme usted lo que hay —dijo Lázaro, fingiendo cierta compla-

cencia para que el otro no vacilara en contarle todo.

—Hay—dijo Pinilla—que esta noche es el gran golpe, el golpe decisivo, el último esfuerzo del liberalismo vergonzante. Es preciso arrollar a los *discretos* que nos cierran el paso. Sí, amigo mío: al fin tendremos libertad.

—Vaya—dijo Lázaro, afectando incredulidad para saber más—, algún motincillo insignificante...

—¿Motincillo? Algo más—dijo el otro, sentándose y avivando con una badila el escaso fuego que en un brasero había.

Robespierre subió sobre sus rodillas de un salto y se acurrucó allí con admirable franqueza republicana.

—Pues yo voy también allá—dijo Lázaro, deseando que Pinilla desembuchara.

—Vaya usted en busca del *Doctrino* y le designará su puesto. Yo creo que hasta estará mal visto que usted no figure en este asunto después de haber pronunciado el discurso que oímos anoche. ¡Qué discurso, amigo! Es usted un gran orador. Si viera usted cuánto gustó; está la gente entusiasmada. Hoy he oído a un zapatero de la calle de la Comadre repetir de memoria un trozo largo de lo que usted dijo anoche.

—Pero cuénteme usted: ¿qué habrá?

—Es muy sencillo. Es preciso pasar por encima de los falsos liberales que están hoy en el Poder. Es preciso pasar; pues bien: esta noche se pasará.

—¿Y de qué manera?

—Estas cosas no se hacen sino de una sola manera. Usted bien lo sabe. La revolución necesita estas medidas prontas y decisivas. Se pasa por encima de ellos, exterminándolos.

—¡Exterminándolos!—dijo Lázaro, horrorizado.

—Pues ya. Sólo así se puede arrancar de raíz una mala semilla. Es el único medio: convengo en que es terrible, pero es eficaz.

—¿De modo que va a haber aquí una matanza?

—El pueblo está irritado, y con razón. Se derribó la tiranía; se creyó que íbamos a tener libertad, y nos han engañado. Cuatro tiranuelos nos mandan constitucionalmente, y constitucionalmente nos persiguen como antes. Esto no nos satisface; queremos más. Adelante, pues.

—Pero el medio es espantoso. Yo no quiero para mi patria los horrores de la Revolución francesa. Después de un terror no puede venir sino la dictadura. Yo no quiero que pase aquí lo que en Francia, donde, a causa de los excesos de la revolución, la libertad ha muerto para siempre.

—Eso es música, amigo, música.

—Esa es la verdad. Pero ¿es posible que mis amigos, los individuos de ese club, que han predicado el uso de los derechos adquiridos como único medio de llegar a la libertad...? No lo puedo creer.

—Amigo—dijo Pinilla, mirándole con mucha sorna—, usted lo dijo: ¿no se acuerda usted ya de aquella parte de su discurso en que decía: «¿Nos detendremos con timidez asustados de nuestra propia obra? No. Estamos en un intermedio horrible. La mitad de este camino de abrojos es el mayor de los peligros. Detenerse en esta mitad es caer; es peor que no haber empezado.»

—Sí—dijo Lázaro, confundido—; pero yo no quise decir que se llegara a ese fin quitando, puñal en mano, todo obstáculo: yo quiero que se llegue a ese fin por los medios legales.

—Sí, usted quiso decir eso; pero la gente lo entendió de otra manera, y esta noche va usted a ver cómo se entienden esas cosas. Desengáñese usted, amigo: no hay otro camino más que ése; los medios legales son pamplinas, créame usted. Esta noche se verá: hay la ocasión más propicia... Figúrese usted que se reúnen todos en un sitio. Sí, se reúnen fatalmente, y no es preciso ir marcando con sangre las casas de cada uno.

—¿Quién se reúne?—preguntó Lázaro con agitación.

—¡Ellos! *Los prudentes*. Tienen ahora unas reuniones secretas, sin duda con objeto de fraguar algún complot para quitarnos la poca libertad que tenemos. Por una casualidad se ha descubierto que algunos ministros y diputados de los más influyentes de la mayoría se reúnen en una casa de la plaza de Afligidos.

—Pero ¿es cierto?—dijo Lázaro, procurando disimular su turbación.

—Sí; no sé quién lo ha descubierto. Lo que sé es que se lo dijeron al *Doctrino*, y él fué allá y los vió salir. Después

no sé por qué medio se ha enterado de quiénes son todos ellos. Allí van Quintana, Martínez de la Rosa, Calatrava, Alava, y hasta Alcalá Galiano se ha metido entre esa gente.

Lázaro quedó mudo de terror.

—Lo que más me complace—continuó Pinilla—es que cae también el joven Bozmediano, que también se ha metido a político, educado por su padre.

—¡Bozmediano!

—Sí; es un hombre tan odioso para mí, que me parece que si no le veo ensartado, me muero de un berrinche.

—¿Y qué le ha hecho a usted?

—Ahí tuvimos una pendencia en Lorencini. Reñimos. Fué por un discurso mío. Es cuento largo. Este no escapa, ni el padre tampoco, que es el orgullo mismo, y fué el que pidió en el Congreso que se cerraran las sociedades secretas. ¡Buenos están los dos! Pero no escapan, eso no. Para eso estaré yo allí. A las doce no hay quien me arranque de la plazuela de Afligidos.

—¿De modo que van a asesinar a esos hombres, cogiéndolos a todos desprevenidos?

—En buen castellano, eso es. El pueblo de Madrid lo hará bien; los detesta, y allá irán unas turbas, que ya, ya... Conque ¿al fin no va usted a que le designen su puesto?

—Sí—dijo Lázaro para disimular su propósito—. Voy.

—Yo espero aquí un recadillo del amo del café.

—Adiós—dijo Lázaro, saliendo con precipitación.

Su resolución era irrevocable. No podía permitir que se llevara a efecto aquel complot infame. Por él, sólo por él, habían tenido noticia de la reunión que en aquel sitio celebraban las víctimas indicadas, y a él correspondía evitarlo. Corrió hacia la plazuela de Afligidos con objeto de llamar en aquella casa misteriosa y prevenirles contra el atentado que se preparaba.

Por el camino encontró muchos grupos de gente sospechosa. Iban algunos armados de trabucos, ceñida la cabeza con el pañuelo aragonés, cómodo tocado de las revoluciones. Su actitud y sus rumores anunciaban la agitación que en el pueblo reinaba. Iba a cometerse un gran crimen. ¿Sabía el pueblo lo que iba a hacer y a qué principio obedecía haciéndolo? Lázaro meditaba todas estas cosas por el camino, y decía: «No, no es esto lo que yo prediqué»; y al mismo tiempo la idea de que el violento discurso pronunciado por él la noche anterior hubiera tenido una parte de complicidad en la actitud del pueblo, le desesperaba.

Encontraba cada vez más grupos sospechosos, y aun oyó proferir algunos *mueras* lejanos. Al llegar a la calle Ancha vió un grupo más numeroso. Pasó cerca sin intención de pararse, cuando uno se adelantó hacia él y le detuvo. ¿Quién podía ser sino el pomposo Calleja, el barbero insigne de La Fontana? Haciendo grandes aspavientos y dando al viento su atiplada voz, puso sus pesadas manos sobre los hombros del joven, y dijo:

—¡Eh!, muchachos, aquí está el gran hombre, nuestro hombre. Bien decía yo que no había de faltar. ¡Eh!, muchachos, aquí le tenéis.

Todo el grupo rodeó en un momento a Lázaro.

—Es el que habló anoche. ¡Bien por el pico de oro!—dijo uno, agitando su gorra.

—Que venga con nosotros: nombrémosle capitán—dijo *Tres Pesetas*, que se había erigido en alférez y llevaba una cinta amarilla en la manga.

—No; que se ponga ahí, encima de ese barril, y nos hable—exclamó otro, que por las señas debía de ser Matutero, el que atropelló a *Coletilla*, según referimos al principio.

—¡Que hable, que hable!—gritó una mujer alta, huesosa, descarnada y siniestra, que parecía la imagen misma de la anarquía—; ¡que habla, que hable!

—Señores—dijo Calleja, alzando el dedo como si quisiera horadar el firmamento—. Ya no es tiempo de hablar, es tiempo de obrar. Bien lo dijo este señor anoche: «Adelante en el camino; retroceder es la muerte; pararse es la infamia.» Yo lo hubiera dicho lo mismo; sólo que yo no me he decidido a hablar todavía; pero si llego a enfadarme...

—¡Bien, bien!—chillaron muchas voces.

Lázaro sudaba con impaciencia y angustia. No sabía cómo romper aquel círculo de atletas que le rodeaba. Dió algunas excusas, empujó por un lado, abrió brecha por otro; pero aun así no consiguió verse completamente libre, porque el barbero, echándole el brazo

por encima y hablando en voz baja, con la actitud y tono confidencialmente misteriosos que cuadran a dos grandes hombres al comunicarse una idea que ha de salvar al mundo, dijo:

—Yo, señor don Lázaro, tengo todo este barrio por mío. ¿A usted le han dado órdenes para que mande aquí? Yo..., francamente, le admiro a usted mucho como orador, porque anoche dijo usted cosas que nos pusieron los pelos de punta; pero...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo, señor don Lázaro, soy un hombre que ha salvado la patria muchas veces y derramado mucha sangre en defensa de la Libertad; y por lo mismo, yo... estoy encargado de este barrio, y me parece que el barrio está en buenas manos. Por tanto, yo quiero saber si usted trae aquí la comisión de encargarse del barrio; porque como usted habló anoche y dijo..., pudieran haberle designado un puesto de honor..., y yo francamente, aunque no hablo, soy hombre que sabe hacer las cosas; y si usted se encargase del barrio, yo protestaría..., porque ya ve usted.

—No—dijo el joven tranquilizándole—, no le quitaré a usted el mando de este barrio ni de otro ninguno; yo no mando barrios.

—Bien decía yo—repuso el barbero con la mayor satisfacción—que usted no me quitaría el mando de mi barrio; pero creía que le habían mandado por no tener confianza en mí. Pero ha de saber usted que donde está Calleja, la Libertad está asegurada.

—¡Oh!, si; ya lo supongo—dijo Lázaro, procurando quitarse de encima el peso de aquel brazo, que le hundía de la manera más despótica—. Quédese usted tranquilo.

—¿Va usted a alguna comisión del *Doctrino* o de Lobo?

—No; voy a un asunto.

—Esta no es noche de asuntos.

—Buenas noches—dijo Lázaro, apartándose.

La venganza que tomarían los exaltados, autores del complot, si sabían que por él había fracasado su crimen, sería espantosa; pero ¿qué le importaba la venganza? Era preciso evitar el crimen. Importábale poco, por el momento, que estallara el motín con un simple fin político. Lo que no podía soportar era que se asesinara a una docena de hombres indefensos e inocentes. ¿Cuál era la causa de este atentado? Era una horrible invención del absolutismo, que se había valido del partido exaltado para realizarla, y había excitado las pasiones del pueblo para hacerle instrumento de su execrable objeto. Nada de esto se escondió entonces a la natural perspicacia del joven, y pudo muy bien confirmarse en su sospecha al recordar algunas palabras de su tío, su conducta misteriosa e incomprensible.

Llegó a la plazuela de Afligidos cerca de las once. Si aquella noche había reunión, ya todos debían de estar dentro. La plaza estaba desierta. Acercóse a las calles inmediatas por ver si había gente en acecho, y no vió nada. Sólo en la calle de las Negras divisó algunas sombras lejanas, un pelotón de gente como de diez personas. También hacia el portillo de San Bernardino se movían algunos bultos. Creyó que no había que perder tiempo: llegóse a la puerta, y asiendo el aldabón dió algunos golpes con mucha fuerza.

Claudio Bozmediano, que es la persona a quien debemos las noticias y datos de que se ha formado este libro, nos ha contado que cuando los personajes de la reunión sintieron aquellos aldabonazos tan fuertes se quedaron mudos y petrificados de sorpresa y temor. Todos sabían que aquella noche era noche de motín; pero creían que sería uno de tantos, y que, con las precauciones tomadas por la autoridad militar, no pasaría de ser una manifestación con algunos tiros, dos o tres heridos y regular número de presos. Aguardaron un momento a ver si se repetían, y, efectivamente, se repitieron con más fuerza.

—No hay más remedio que bajar a ver quién es.

—Yo bajaré—dijo Bozmediano hijo—. Pero díganme ustedes que hago si es... ¿Quién podrá ser?

—Esa es la confusión—dijo otro—. Sin duda el motín de esta noche tiene alguna alta misión que cumplir cerca de nosotros. No lo duden ustedes, señores: este motín viene de Palacio, como todos. Nuestra reunión se ha descubierto.

—Hay que bajar—dijo Bozmediano al oír que los golpes se repetían con más fuerza—. Bajaremos tres, los que parezcamos menos comprometidos. ¿Hay dos

que, como yo, no sean ministros ni diputados?

Otro joven y un viejo se levantaron.

—Nosotros bajaremos. Los demás pueden salir todos a la huerta del Príncipe Pío, a la cual se entra por el patio. No hay tiempo que perder. Recoged esas notas, y a la huerta.

—Mejor será quemarlas — dijo otro, arrojando al brasero unos papeles, que se consumieron muy pronto.

Todos bajaron por una escalera interior, dirigiéndose a la huerta, excepto Bozmediano y los otros dos, que, bajando por la escalera principal, llegaron a la puerta. Claudio gritó:

—¿Quién va?

—Abra usted—dijo Lázaro.

—¿Quién es? ¿Qué busca usted?

—Busco a don Claudio Bozmediano.

Este creyó reconocer la voz del sobrino de *Coletilla*, y se figuró que, después de tanta alarma, se reduciría todo a un simple asunto personal entre los dos. Abrió la puerta y repitió:

—¿Quién es?

—Don Claudio Bozmediano, ¿está aquí?—dijo Lázaro sin reconocerle—. Tengo que hablarle de un asunto urgentísimo que no admite demora alguna.

—Pase usted, amigo.

El criado que allí tenían trajo una luz. Lázaro entró, y sin más preámbulo, conociendo la gravedad de las circunstancias, exclamó muy agitado:

—Márchense ustedes de aquí: aún es tiempo.

—¿Qué hay?

—Un complot horrible, el más espantoso atropello. Yo lo sé..., estoy seguro. Márchense ustedes inmediatamente, ahora mismo.

—Pero ¿quién? Pero ¿quién?—dijeron los otros con mucha cólera.

—Esos...—contestó el joven—, los exaltados. Hay una maquinación infernal en el movimiento de esta noche. Yo lo sé..., he venido a prevenir a ustedes y a impedir este atentado.

Se internaron los tres, dirigiéndose a la huerta, donde los demás esperaban.

—Señores, ¿qué hacemos?—dijo Bozmediano—. El motín de esta noche se dirige a nosotros. Han amotinado al pueblo para cometer, en nombre de la Libertad, un horrendo crimen. La bullanga se hace en nombre del partido exaltado; pero ¿no presumen ustedes quién es el verdadero autor de este movimiento?

—¡El rey, el rey!—dijeron con terribles voces todos los que esaban allí reunidos.

—Pues es preciso recibir a esos miserables como merecen.

—Lo mejor es huir: no nos hallarán aquí y punto concluído—dijo otro.

—No; es preciso enseñar al rey cómo deben ser tratados sus viles instrumentos. Basta de contemplaciones. Ya era de esperar esto. Lleno está Madrid de agentes que se injieren en las sociedades secretas, pagan a algunos de los oradores más furibundos para que aticen los rencores del pueblo contra la autoridad constitucional. Ya ha llegado el instante supremo de su empresa diabólica. Muchos imprudentes les ayudan sin saber lo que hacen. Pero hoy es imposible distinguir. Demos un escarmiento.

—¿Qué hacemos?

—Ahí, a dos pasos, está el cuartel —dijo uno de ellos, que era militar de alta graduación—. Voy a traer dos compañías. Las saco por la Ronda, y con gran sigilo las meto aquí en la huerta. Ni un hombre en la calle, ni un centinela, nada. Que cuando lleguen esas turbas crean que estamos desprevenidos; que intenten allanar la casa; que derriben la puerta.

—¿Y nos marchamos?

—Opino que no. Aquí todo el mundo.

—Pues aquí todo el mundo.

A la medianoche, una turba tumultuosa, animada con todas las voces de un motín y todos los alaridos de una bacanal, invadía las calles de San Bernardino, del Duque de Osuna y del Conde Duque. Llegó a la plazuela de Afligidos y la ocupó casi toda, uniéndose a los que, entrando por el Portillo, habían llegado un poco antes. La puerta de la casa de que hemos hablado resonó con tremendos hachazos: todo el largo de la tapia del Príncipe Pío estaba ocupado por el pueblo, y algunos pelotones de gente armada estaban en la Montaña, en la parte contigua a dicha puerta. El callejón de la Cara de Dios contenía más de trescientas personas; y la algarabía era tan grande, que no se podían distinguir claramente las voces pronunciadas por los más exaltados, los *mueras*, los *vivas* con que la multitud trataba de infundirse a sí misma animación y

bríos. Imposible es referir los vaivenes, las convulsiones, los bramidos con que se manifestaba la pasión colectiva del inmenso pólipo, difundido allí, comprimido con estrechez en aquel recinto. El monstruo oprimió con su más fuerte músculo la puerta de la casa. Vino ésta, por fin, al suelo, y diez, quince, veinte personas se precipitaron en el portal dando gritos aterradores; pero al llegar al patio hubo un instante de vacilación, de terrible sorpresa. Doble fila de soldados apuntaban á la multitud, que, confiada en su fuerza, no pudo resistir un movimiento de terror, retrocediendo al ver que se la recibía de aquella manera. «Atrás», dijo la voz del jefe. «Adelante: mueran los traidores», exclamó otra voz en el portal. En el mismo instante sonó un tiro y cayó un soldado. Hizo fuego sin reparo la tropa, y una descarga nutrida envió más de veinte proyectiles sobre la muchedumbre. La confusión fué entonces espantosa: avanzó la tropa; retrocedieron los paisanos, no sin disparar bastantes tiros y agitar las navajas, arma para ellos más segura que el trabuco. La gente de la calle sintió el retroceso de los del portal, y se replegó, abriéndoles paso. Al mismo tiempo un escuadrón de caballería bajaba por la calle del Conde Duque, y un batallón de nacionales avanzaba por el Portillo, impidiendo la salida de los amotinados. Hubo luchas parciales; pero, no obstante, la dispersión del pueblo fué completa, desde que los del portal, recibidos por una descarga, retrocedieron hacia la plaza. La corrida que cruzó por la calle de San Bernardino y la plaza de San Marcial arrastró en su rapidez a la mayor parte de las personas acumuladas allí por la curiosidad o la participación en el motín. En vano algunos de los llamados jefes trataron de impedir aquella desorganización con improvisadas filípicas. La dispersión creció hasta el punto de que sólo quedaron en la plazuela Lobo, Perico Ganzúa, Pinilla y el cadáver del *Doctrino,* que, herido mortalmente en el cráneo al entrar en el portal, había podido retroceder hasta la plaza, donde cayó. Quince o veinte le rodeaban, dudando si escapar con los demás o defenderse. Las tropas de la casa no habían salido; la caballería avanzaba, y los nacionales llegaban ya al palacio de Liria.

—Es una locura: huyamos—gritó Pinilla.

—¿Y qué hacemos con éste?—dijo uno, señalando el cadáver del *Doctrino.*

—¿Qué hemos de hacer? ¡Bonita reliquia para cargar con ella!

—¿Tiene algún papel en el bolsillo? A ver, quitádselo pronto.

Pinilla le registró cuidadosamente.

—No tiene papeles; pero sí un bolsillo.

—A ver, venga—dijo Lobo.

Pinilla se lo guardó en su cinto; todos corrieron, y la plaza quedó desierta, hasta que la ocupó la tropa.

CAPITULO XLI

FERNANDO EL «DESEADO»

No hemos examinado aquella agitada sociedad más que en una sola faz. Las altas regiones del poder han permanecido impenetrables para nosotros; pero ahora nos toca hacer una excursión hacia los elevados lugares, lugares que llamaba el público la Casa Grande, para conocer, aunque no con la profundidad que el caso exige, la fuente del abominable complot anteriormente descrito.

En una sala del pabellón que forma un martillo en la fachada oriental del palacio, estaba Fernando VII, en la misma noche del motín. En aquel pequeño despacho no recibía a los ministros: aquélla no era la cámara, era la camarilla. Allí habían privado grandemente, en épocas anteriores, el duque de Alagón, Lozano de Torres, Chamorro, Tattischief y otros memorables personajes de los seis años que siguieron a la vuelta de Valencay. Alguna vez, los ministros eran favorecidos con su admisión en aquel recinto de perfidias y adulación, y allí las sonrisas de Fernando para sus secretarios eran siempre siniestras. Cuando sonreía a un liberal, malo. Este axioma cortesano tuvo gran boga del 20 al 23.

Aquella noche estaba con *Coletilla,* su perro favorito. Sentados junto a una mesa, el uno frente al otro, tenían delante unos papeles, que, sin duda, eran cosa importante por la atención con que los leían y anotaban y por la actitud satisfecha con que el rey celebraba lo que

allí estaba escrito. Fernando se permitía algunas agudezas de cuando en cuando, porque era hombre, como todos saben, que poseía en grado eminente la propensión a la burla, que ha sido siempre constantemente adorno del carácter borbónico. *Coletilla*, que no acostumbraba reírse, reía también, por considerar desacato no reproducir en su fisonomía complaciente y esclava todas las alteraciones de la regia faz de su amo.

—Señor, esta noche—dijo—es la noche de la redención. ¡Dios quiera, en su altísima justicia, que nuestra empresa llegue a feliz término! Yo así lo espero; confío mucho en el valor de los que están encargados del negocio. Señor, vuestra majestad recobrará sus divinos atributos, usurpados por una turba de habladores sin honor ni nobleza. España va a despertar. ¡Ay de aquellos que sean sorprendidos en el error, cuando la patria sacuda su letargo, abra los ojos y vea...!

Fernando no contestó: había inclinado la cabeza y parecía muy meditabundo. La luz de una lujosa lámpara le iluminaba completamente el rostro, aquel rostro execrable, que, para mayor desventura nuestra, reprodujeron infinidad de artistas, desde Goya hasta Madrazo. Es terrible la infinita abundancia de retratos de aquella cara repulsiva que nos legó su reinado. España está infestada de efigies de Fernando VII, ya en estampa, ya en lienzo. Esa cara no se parece a la de tirano alguno, como Fernando no se parece a ningún tirano. Es la suya la más antipática de las fisonomías, así como es su carácter el más vil que ha podido caber en un ser humano. Estupenda nariz, que, sin ser deforme, como la del conde-duque de Olivares; ni larga, como la de Cicerón; ni gruesa, como la de Quevedo; ni tosca, como la de Luis XI, era más fea que todas éstas, formaba el más importante rasgo de su rostro, bastante lleno, abultado en la parte inferior y colocado en un cuerpo de buenas proporciones. La vanidad austríaca no hubiera puesto su boca prominente debajo de la nariz borbónica, símbolo de doblez, con más acierto y simetría que como estaba en la cara de Fernando VII. Dos patillas muy negras y pequeñas le adornaban los carrillos, y sus pelos, erizados a un lado y otro, parecían puestos allí para darle la apariencia de un tigre en caso de que su carácter cobarde le permitiera dejar de ser chacal. Eran sus ojos grandes y muy negros, adornados con pobladísimas cejas que los sombreaban, dándoles una apariencia por demás siniestra y hosca.

Respecto a su carácter, ¿qué diremos? Este hombre nos hirió demasiado, nos abofeteó demasiado para que podamos olvidarle. Fernando VII fué el monstruo más execrable que ha abortado el derecho divino. Como hombre, reunía todo lo malo que cabe en nuestra naturaleza; como rey, resumió en sí cuanto de flaco y torpe puede caber en la potestad real. La revolución de 1812, primera convulsión de esta lucha de cincuenta años, que aún dura y tal vez durará mucho más, trató de abatir la tiranía de aquel demonio, y en sus dos tentativas no lo consiguió. La revolución hubiera abatido a Nerón, a Felipe II, y no abatió a Fernando VII. Es porque este hombre no luchó nunca frente a frente con sus enemigos, ni les dió campo. No fué nuestro tirano descarado y descubiertamente abominable: fué un histrión que hubiera sido ridículo a no tratarse del engaño de un pueblo. Nos engañó desde niño, cuando, fraguando una conspiración contra un favorito aborrecido, muy superior a Fernando por su inteligencia, adquirió una popularidad que pronto pagó España con la sangre de sus mejores hijos. Fernando fué mal hijo: conspiró contra su padre, Carlos IV, cuya imbecilidad no disminuía el valor de su benevolencia; conspiró contra el Trono que debía heredar más tarde, y aun amenazó la vida del que le dió el ser. Después se arrastró a los pies de Napoleón como un pordiosero, mientras España entera sostenía por él una lucha que asombró al mundo. Al volver del destierro, pagó los esfuerzos de los que él llamaba sus vasallos con la más fría ingratitud, con la más necia arrogancia, con la anulacion de todos los derechos proclamados por los constituyentes de Cádiz, con el destierro o la muerte de los españoles más esclarecidos; encendió de nuevo las hogueras de la Inquisición; se rodeó de hombres soeces, despreciables e ignorantes, que influían en los destinos públicos, como hubiera podido influir Aranda

en las decisiones de Carlos III; persiguió la virtud, el saber, el valor; dió abrigo a la necedad, a la doblez, a la cobardía, las tres fases de su carácter. Restablecido, a pesar suyo, el sistema constitucional, tascó el freno, disimuló como él sabía disimular, guardando el veneno de su rabia, devorando su propio despecho, encubriendo sus intentos con palabras que nunca pronunció antes sin risa o encono. Lo que es capaz de tramar un ser de éstos, tan hipócritas como cobardes, se comprende por lo que tramó Fernando en aquellos tres años, desde las mil facciones y complots realistas, alimentados por él, hasta el complot final de los Cien Mil Hijos de San Luis, que Francia mandó al Trocadero. Así recobró lo que en su jerga real llamaba él sus derechos, inaugurando los diez años de fusilamientos y persecuciones en que la figura de Tadeo Calomarde apareció al lado de Fernando, como Caifás al lado de Pilato. El pacto sangriento de estos dos monstruos terminó en 1823, en que Dios arrancó de la tierra el alma del rey y entregó su cuerpo a los sótanos de El Escorial, donde aún creemos que no ha acabado de pudrirse.

Pero con este fin no acabaron nuestras desdichas. Fernando VII nos dejó una herencia peor que él mismo, si es posible: nos dejó a su hermano y a su hija, que encendieron espantosa guerra. Aquel rey, que había engañado a su padre, a sus maestros, a sus amigos, a sus ministros, a sus partidarios, a sus enemigos, a sus cuatro esposas, a sus hermanos, a su pueblo, a sus aliados, a todo el mundo, engañó también a la misma muerte, que creyó hacernos felices librándonos de semejante diablo. El rasgo de miseria y escándalo no ha terminado aún entre nosotros.

Pero no hagamos historia, y sigamos nuestro cuento.

—¿Y olvidaréis, señor, lo que me habéis prometido para mi sobrinillo?—dijo Elías—. ¡Ah! Yo quisiera que vuestra majestad le conociera: es el botarate mayor que ha nacido. Anoche habló en La Fontana, y los volvió locos. Le aplaudían con unas ganas...; yo también le aplaudí. Con tres oradores así, nos hubiéramos ahorrado mucho dinero. El pobre ha hecho bastante. Sí, señor; mi sobrino lo merece, lo merece...

—Basta que sea tu sobrino, y que tú tengas empeño en darle ese destinillo... Sí: te lo nombro consejero de la Intendencia de Filipinas. Hará carrera. A mí me gustan los chicos así..., exaltados...

—Señor—dijo Elías, humillando su cabeza hasta tocar con la nariz el tapete de la mesa—, yo no sé cómo vuestra majestad no se cansa de protegerme. Yo, que jamás oculto la verdad a vuestra majestad, me atrevo a decirle respetuosamente que mi sobrinillo no merece semejante favor. Es un loco: tiene la cabeza llena de desatinos, y creo que jamás será un hombre formal. Si me atreví a pedir a vuestra majestad ese favor, fué por los servicios que ha prestado el chico a nuestra santa causa, uniéndose a esos admirables, aunque indirectos, instrumentos de justicia que esta noche van a salvar la patria.

—Tu sobrino merece el destino, y punto concluído. Aquí tengo el decreto —dijo el rey, mostrando uno de los papeles.

Después añadió, sonriendo:

—Al fin llegará un día en que promulgue una ley por mi cuenta y riesgo. Si viniera Felíu y viera estos decretos hechos y firmados por mí sin consultarle...

—Me parece que no los verán Felíu ni otros muchos: de eso respondo—dijo *Coletilla* siniestramente—. Dios permitirá que las sabias leyes de un rey justo salgan a luz pública y lleven el orden, la obediencia y el respeto al ánimo de todos los españoles. Mañana, señor, mañana. Lo primero, señor—prosiguió, después de haber mirado al cielo un buen rato—, es nombrar los capitanes generales y los regentes de todas las Audiencias, gente de confianza que vaya al momento a cumplir las leyes perentorias de seguridad pública que les daréis.

El rey hizo con la mano ese gesto frecuentísimo que indica la actitud de castigar. Una contracción de boca dió la última expresión a aquel gesto admirable.

—Señor—continuó el consejero áulico—, yo me atrevería a recomendar a vuestra majestad una cosa, y es que nada sería más funesto que una clemencia, que podríamos llamar criminal. Recuerde vuestra majestad lo del año catorce. Si ahora, como entonces, se con-

tenta vuestra majestad con mandar al Fijo de Ceuta a ciertas personas...

Coletilla, aunque observaba siempre en la conversación las fórmulas de la etiqueta absolutista, hizo con la mano, fijando el pulgar bajo la barba y agitando los demás dedos, un gesto que el rey entendió perfectamente.

—Ya veremos lo que se hace—dijo Fernando, significando con una oscilación de su labio que no sería tan blando como en 1814—. Ya son las doce —añadió, mirando un reloj—. ¿Sabes que no se siente por ahí todo el ruido que fuera de desear?

—Por aquí no vendrán, señor. Ya saben que está aquí la Guardia Real, que no admite bromas.

—Ya la Guardia sabe lo que tiene que hacer: acercarse aquí y no hacer manifestaciones en favor de nadie. Después...

—Me parece que siento ruido de voces..., allá..., hacia los Caños—dijo *Coletilla,* acercándose al balcón y aplicando el oído con la insidiosa cautela de un ratero.

—Sí; pero es hacia San Marcial, hacia allá abajo. Creo que en la plaza de Afligidos pasa algo ya—dijo el rey.

—Sí; allí deben de estar ya. Allí es la cosa... ¿No se horroriza vuestra majestad al considerar qué planes inicuos podría fraguar allí esa gente? Tal vez algún atentado contra el Trono o contra la vida de vuestra majestad. ¿Quién sabe? Todo se puede esperar de los liberales.

—Alguna coalición parlamentaria, como dicen. Pensarían presentar alguna ley, y se ponían de acuerdo con la mayoría para votarla.

—Para eso, señor, no se reúnen tantas personas de noche, con tales precauciones y con el mayor secreto.

—Es que me tienen miedo—dijo el Borbón—. Saben muy bien que yo puedo destruir sus planes acá con mi gramática parda, sin andarme en constitucionalidades. ¡Oh! Bien me conocen ellos. También me figuro que han tenido noticia por algún conducto de mis relaciones con la Santa Alianza, o habrán sabido mi correspondencia con Luis Dieciocho. Pero con tal que lo de esta noche salga bien, poco importa lo demás.

En Palacio cundió la alarma con las noticias que llegaron del tumulto de la capital. El monarca, cuando recibió a sus gentileshombres y al jefe de la Guardia, se mostró muy sorprendido, y hasta juró que tendrían los amotinados pronto y ejemplar castigo. Volvió a la camarilla y al lado de su consejero áulico, que estaba alborozado por haber sentido una algazara más fuerte que la anterior.

—Señor—murmuró—, ya, ya... Por el ruido parece como que vuelven.

—¿Vuelven?—dijo el rey con ansiedad—. ¿De dónde?

—De allí. ¡Vuelven! Tal vez trayendo por trofeo...

Mucho tiempo estuvieron los dos escuchando con grande atención y ansiedad. Pasaron media hora en silencio, sólo interrumpido por algunas frases de *Coletilla* y algunos monosílabos del *Deseado.* Al fin sintieron el ruido de un coche que paraba a las puertas del palacio.

—¿Quién será?—dijo el rey, con una gran alteración de semblante y pasando a la cámara.

Anunciaron al ministro de la Gobernación. Fernando volvió a la camarilla y miró a Elías con una cara en que el consejero áulico leyó despecho y desaliento

—¡El ministro de la Gobernación! ¿No me dijiste que iba también allí?

—Señor—dijo *Coletilla,* en la actitud de una zorra apaleada—, preciso es que haya acontecido algo extraordinario. Felíu iba también allá.

—¡Está aquí!—dijo Fernando, hiriendo fuertemente el suelo con el pie—. Todo se ha perdido. Felíu viene: escóndete por ahí cerca. Le recibiré aquí mismo. Quiero que oigas lo que dice.

Escondióse *Coletilla.* El rey hizo pasar al ministro a la camarilla. Venía Felíu muy agitado; pero Fernando estaba sereno, al menos en apariencia. Indicó que acababa en aquel momento de tener noticia de una borrasca popular, y que la juzgaba de poca importancia.

—Señor—dijo el secretario—, más que un motín producido por el descontento del pueblo, parece esto un complot ideado por personas que hacen de ese mismo pueblo un instrumento de disolución y anarquía.

—Pero ¿quién? Pero ¿quién?—dijo Fernando, fingiéndose incomodado, y lo

estaba en realidad, aunque por causa distinta.

—Esos exaltados, enemigos constantes del Gobierno de vuestra majestad porque no les permite llevar el uso de los derechos hasta el desenfreno.

—Pero ¿qué piden esta noche?

—Han pretendido allanar la casa de Alava; han intentado asesinarle, a juzgar por la actitud de las turbas que allí se reunieron. Pero avisado oportunamente por un joven que estaba en el secreto de la conspiración, dió parte y se colocaron algunas fuerzas dentro de la casa, pudiendo evitar un horrible crimen.

—Y ¿dónde ha sido eso?

—En la plazuela de Afligidos.

—¿No vivía Alava en la calle de Amaniel?—preguntó el rey, con una mirada que estuvo a punto de turbarle.

—Sí, señor: allí vivía; pero desde algún tiempo se ha mudado a esta otra casa, que es suya también. Por fortuna, las turbas no han podido realizar su infame designio. Al separarme yo de mis compañeros, el ministro de la Guerra había dado las órdenes necesarias y el orden estaba restablecido completamente.

—Pero no puedo comprender que se amotinara todo un pueblo para atropellar a un solo hombre. ¿No sería que en esa casa se reunían muchos de los que el pueblo odia? De cualquier modo que sea, es preciso un pronto castigo. Espero que no os dejaréis burlar por esa canalla. Caiga el peso de la ley sobre ella, y a ver si, de una vez, se acaban estos motines, Felíu, que bien puede asegurarse que desde que tienen libertad los españoles no nos acostamos un dia tranquilos.

—Señor, los esfuerzos del Gobierno son inútiles para conseguir ese fin. Es cosa que desespera y aturde ver cómo nos es imposible tranquilizar a ciertas gentes. Por todas partes aparecen partidas de facciosos movidas por una parte del clero. Hay todavía muchos espíritus apocados que no quieren creer que el interés de vuestra majestad y de la nación consiste en el sistema que todos amamos y defendemos. Hay personas tan ciegas que aún no han llegado a comprender que es vuestra majestad el que más ama la Constitución y el que más desea su cumplimiento. Todas las leyes liberales que vuestra majestad sanciona y promulga con gran sabiduría no bastan a convencerlos. ¿Qué hacemos contra tales gentes?

Fernando estaba ciego de furor al comprender adónde iban dirigidas las embozadas alusiones del ministro. Era tan rastrero y cobarde que, a pesar de su ira, habló para fulminar anatemas contra los que aún soñaban con la restauración del absolutismo.

—El atentado de esta noche se ha reprimido—dijo el ministro—. ¡Quiera Dios que podamos impedir los que traten de perpetrar mañana! Es preciso buscar en su origen el remedio de este mal. Yo creo que el partido exaltado no es el único autor de estos desórdenes.

—Pues ¿quién?—preguntó el rey, que, a pesar de su cobardía, sintió en aquel momento herida su dignidad y se puso muy encendido—. ¿Quién, Felíu?

—Señor, yo me encargaré de averiguarlo, y propondré a vuestra majestad los medios de darles un ejemplar castigo. Se sabe que entre la juventud más acalorada se injieren ciertas personas que jamás tuvieron nota de liberales ni mucho menos. Dicen que esas personas trabajan continuamente para llevar al pueblo a los excesos que lamentamos. Esas gentes, señor, son a mi modo de ver los mayores enemigos de vuestra majestad. Sobre ellos debemos dirigir los ojos de la vigilancia y la mano de la justicia.

—Sí—contestó Fernando, con su acostumbrada hipocresía—. Sí; hay insensatos que juzgan que para mí hay gloria, hay dignidad fuera de la Constitución, y estoy dispuesto a castigar a ésos con más rigor que a los frenéticos demagogos. Energía, energía es lo que quiero.

—Señor, no tengo palabras con que abominar bastante la conducta de un hombre muy conocido en Madrid; uno que ha tenido la osadía de usar, profanándolo, el nombre de vuestra majestad para disculpar sus horribles maquinaciones. Ese hombre es más criminal que los mayores asesinos, que los más rabiosos anarquistas; ese hombre corrompe al pueblo, corrompe a la juventud exaltada; frecuenta los clubs... Pero nada de esto sería grave si no se atreviera a tomar en boca un nombre que aman todos los españoles como símbolo de paz y libertad. Ese hombre se

llama Elías, y es conocido por *Coletilla* en los clubs.

—Pues a ése y a otros como ése es preciso exterminarlos—dijo el rey, usando su palabra favorita—. Esa canalla es la que más daño hace a mis intenciones, extraviando la opinión del pueblo.

—Yo respondo, señor, que de esta vez haré todo lo posible para que ese hombre no se escape. Ya otras veces se ha procurado prenderle; pero no sé cómo consigue evadirse de la Justicia y pasea después su cinismo por todas las calles de Madrid, por todos los clubs. Esta vez no creo que se nos escape. Ya daremos con él; precisamente esta noche, Bozmediano, que se hallaba en casa de Alava, me ha dicho que tuvo noticia del complot, pocas horas antes de haber sido intentado, por un sobrino del mismo *Coletilla*, joven que el infame quiso poner al servicio de sus viles propósitos.

—Pues es preciso premiar a ese joven —dijo Fernando, empeñado cada vez más en disimular la agitación que le dominaba.

—Sí, señor; es un joven de mérito, según me ha dicho Bozmediano, y muy buen liberal. Antes de ocurrir este lance me lo había propuesto para una plaza de oficial en el Consejo de Estado, y lo he concedido.

—Bien; me gusta que se premie esa clase de servicios.

—Mañana podré traer a vuestra majestad un parte detallado de lo ocurrido esta noche. Además, creo que el ministro de la Guerra no tardará, y él enterará a vuestra majestad de las precauciones que hemos tomado.

—¿Esta noche?—dijo el rey, con hastío.

—Veo que vuestra majestad quiere descansar. Pero esta noche no hay nada que temer. Puede vuestra majestad reposar tranquilo.

—Bien, puedes retirarte.

Fuése el ministro, y es de creer que se fué satisfecho por haber dicho cosas que sólo en aquellos momentos de irritación y sobresalto se hubiera atrevido a decir al soberano. Felíu era hombre tímido, y es la verdad que a su indecisión se debieron muchos de los lamentables sucesos ocurridos en aquel trastornado período.

Cuando Fernando se encontró solo abrió una mampara, y Elías, que estaba oculto, se presentó. La imagen del consejero áulico daba pavor. Estaba lívido; le temblaban los labios, secos por el calor de un aliento que sacaba del pecho fuego de todos sus rencores. Crispaba los puños, y aun se hería con ellos en la frente, produciendo el sonido desapacible que resulta de la seca vibración de dos huesos que se chocan.

—¿Ves?—le dijo el rey, encendido de furor y dando en el suelo una real patada que estremeció la sala—. ¿Vés lo que ha pasado? ¿Oíste? Vuelve a decirme que todo era cosa segura, que confiara en ti, que tú lo harías todo. ¡Ah, qué desgraciado soy!—añadió, con desaliento—. ¡Que no encuentre yo un hombre! ¡Un hombre es lo que yo necesito, un hombre!

—Señor—murmuró Elías, alejado del rey como el perro que ha recibido un palo de su amo—. ¡Señor, nos han vendido!... ¡Ese sobrino mío, ese infame nos ha vendido!

—No—dijo Fernando, con repentino acceso de ira—: tú, con tu imprudente conducta, me has comprometido. Ya ves, todo el mundo sabe que eres agente mío. ¿No viste cómo con buenas palabras me lo dijo Felíu? ¡Oh, le hubiera arrancado la lengua! ¡Tú me has vendido!

—Señor—replicó *Coletilla*, con voz en que había algo de llanto—; señor, traspasadme el corazón, pero no digáis que os he vendido. Yo no puedo venderos. Abofeteadme; escupidme, señor, antes que decirme tal cosa... Vuestra causa ha sido siempre mi único pensamiento; a ella me he dedicado con toda la actividad de que soy capaz. Es que Dios, señor, permite ciertas cosas; Dios pone a prueba nuestro temple y nuestro valor. No me culpéis a mí, señor; ya os he servido como un perro.

En aquel momento, podemos asegurarlo, *Coletilla* habría quedado muy satisfecho si Fernando hubiera cogido en su cobarde mano la espada augusta de sus mayores atravesándole con ella. Pero Fernando no hizo tal cosa. *Coletilla* sintió todo el menosprecio de su amo, y aquel puntapié moral le lastimó más que una puñalada. El fanático realista hubiera visto con terror, pero no con asombro, que el *Deseado* le mandara colgar de una almena o le hiciera apoyar la cabeza sobre el tajo feudal para re-

cibir el hachazo del verdugo. Acercóse al rey, se le arrodilló delante, y dijo con gran energía:

—Señor: yo os juro, en nombre de vuestros mayores, que esta derrota aparente que hemos sufrido no es más que el preludio de la gran victoria que ha de poner remate a nuestra empresa. ¡Yo os lo juro! Despreciad las alusiones de Felíu, despreciadlo todo. Seguid; sigamos. Los leales existen; sólo falta el primer paso. ¿Tropezamos esta noche? Mañana no tropezaremos; os respondo de ello, os lo juro.

Levantóse lentamente, hizo una profunda reverencia, inclinándose lo más que pudo, y se dirigió a la puerta, volviendo el rostro varias veces a ver si el rey le miraba. El rey no le miró. Estaba muy ensimismado: de cuando en cuando hería el suelo con el pie, ocultando la cabeza entre las manos sin decir palabra. *Coletilla,* desde la puerta, esperó una mirada del *Deseado:* no la consiguió, y fuése, sintiendo, al par de su concentrada rabia, dolorosa impresión de agravios y desconsuelo que le ponía en el corazón un dolor inaudito.

CAPITULO XLII

VIRGO POTENS

Lázaro quedó dentro de la casa de Alava durante los breves y angustiosos momentos que duró la tentativa de lucha entre el pueblo y la tropa. Sentían desde allí el rumor popular, y por instantes creyeron que había llegado la última hora de todos ellos. El objeto que allí reunía a los ilustres personajes era tratar de los medios que podían emplearse para impedir las frecuentes conspiraciones de Palacio. Pueden burlarse las cábalas de un partido, de dos; pero contra las del soberano, símbolo de legalidad, ¿qué fuerza puede tener un Ministerio? Si hay algo más terrible que la anarquía, son las camarillas. Contra esto no hay arma eficaz, a no ser el arma de un regicida. No podemos asegurar si en aquellas reuniones se trató de poner en práctica el artículo de la Constitución; idea que después con gran escándalo de Europa se realizó en las Cortes de Sevilla del año 23. Pero sí podemos asegurar que aquellos hombres se ocuparon, con la aflicción y desaliento que era natural, de los rumores de intervención francesa, de las relaciones secretas de Fernando con Luis XVIII, y, por último, del ejército de observación puesto por el Gobierno francés en la frontera con el pretexto de cordón sanitario.

Volvamos a nuestro cuento. Cuando terminó el peligro y se alejó la multitud, la mayor parte de las personas permanecieron en la huerta, subiendo a la casa tan sólo los tres que habían de figurar en el reconocimiento ordenado por la autoridad. Todo se arregló de modo que, en el parte del capitán general que había de publicarse al día siguiente, no figurara la existencia de reunión secreta ni cosa parecida.

Al amanecer se fueron todos, custodiados por la tropa y con mucho sigilo. Lázaro, sin que nadie le custodiara, se fué a la calle del Humilladero. Clara, que había tenido noticia del alboroto de aquella noche, estaba en la mayor inquietud. A cada ruido que sonaba en la calle se incorporaba con grande agitación y sobresalto. Decíale Pascuala mil cosas divertidas para distraerla, y a cada momento contaba con las estratagemas que tuvo que poner en juego para que su Pascual no se echara a la calle, teniendo que encerrarle en la casa y esconderle la escopeta en lo más profundo del sótano. El tabernero, que en realidad era un hombre pacífico, viendo que le cerraban la puerta y le impedían ir a cubrirse de gloria en las calles, se bebió lo mejor de su comercio, y, sin hacer alborotos, porque también eran pacíficas las monas que cogía, se tendió en el banco y empezó a roncar de tal modo que parecía su voz una burla durmiente del ronquido popular que sonaba en las calles.

Esperó Clara toda la noche con mortal inquietud; pasó una hora y otra hora, y rezó todas las oraciones que sabía, sin olvidar las que le había enseñado doña Paulita. Su buen amigo no volvió hasta la mañana. Cuando ella vió que no estaba herido, que no le faltaba ningún brazo, ni media cabeza, ni tenía en el pecho ningún tremendo sangriento agujero, como ella había soñado con horror, se quedó tranquila y en extremo contenta.

—¡Si vieras lo que he hecho esta no-

che!—dijo Lázaro, sentándose fatigado y sin aliento junto al lecho—. He salvado la vida a más de veinte personas, los hombres más esclarecidos de España. Iban a ser villanamente asesinados esta noche.

—¡Jesús!—exclamó Pascuala, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Qué me alegro de que mi Pascual no hubiera salido! Si sale, me lo asesinan.

—Una infernal maquinación estaba preparada para matarlos en un sitio en que estaban reunidos. Todo por ese hombre malvado... ¡Si vieras qué tumulto!

—¡Ah, no salgas, por Dios!—dijo Clara.

—Es preciso salir. Sé que tratan de prender a mi tío, que tratan de hacerle justicia. Lo merece, es cierto; pero yo, que hice cuanto pude para impedir la realización de sus inicuos planes, trataré también de salvarle a él. Es hermano de mi madre. Si avisándole que tratan de prenderle se salva y no le aviso, mi conducta es criminal. Es un infame, con vergüenza lo confieso; pero si no impido su persecución y su muerte, tendré remordimientos toda mi vida.

La huérfana no pudo resistir un sentimiento de lástima y piedad hacia aquel hombre excéntrico que, sin dejar de ser su tirano, había sido su protector y el amparo de su niñez.

—Sí, sí; ve—dijo—. ¡Pobre hombre! ¿Qué ha hecho? Pero no vayas tú. ¿No podrías mandarle un recado?

—Yo mismo debo ir. Volveré pronto, no temas nada. ¿Qué me puede suceder?

—¡Ay Dios mío! Todavía me parece que siento aquellos gritos de anoche... ¿Y si se enfada contigo y te riñe?

—¿Quién?

—¡El, ese hombre, que debe de estar más rabioso que nunca.

—No me importa. Hoy será la última vez que le vea.

—¿Y si vas a la casa y encuentras a las dos señoras, y doña Salomé te dice algo que te ofenda, y te habla de mí diciendo que soy incorregible?

—Si me dice algo que me ofenda, me importará poco; pero si me habla de ti, pienso que será la última vez que se atreva a pronunciar tu nombre.

—¿Y si descubren que estoy aquí y vienen las tres a atormentarme, diciéndome que soy muy mal educada? ¡Oh!, si las veo entrar me muero.

—No vendrán—indicó Lázaro, sonriendo—. Y si vienen estaré yo aquí.

—Ve entonces—dijo Clara con una melancolía que detuvo al aragonés un momento y quebrantó un poco su resolución irrevocable.

—Adiós...; es preciso. Volveré pronto.

No quiso esperar más tiempo; salió y dirigióse a la inquisición de la calle de Belén. Las ocho serían cuando entró en casa de las nobilísimas damas. Paz y Salomé no estaban allí, porque habían salido a buscar casa. Cuando la devota abrió la puerta y vió a Lázaro, su sorpresa y su turbación fueron tales, que permaneció buen rato sin decirle palabra, mirándole bien, como si creyera que aquella imagen era el efecto de una visión.

—¡Ah!—exclamó, cerrando la puerta una vez que Lázaro estaba dentro—. Yo creí que no le vería a usted más.

Sintió el joven un alivio cuando supo que las dos arpías estaban fuera. Doña Paulita le inspiraba respeto y gratitud. pues no había oído jamás la menor recriminación en su boca, ni Clara le había dicho que tuviera queja ninguna de ella. El recuerdo de la escena y diálogos misteriosos ocurridos algunas noches antes le puso muy pensativo. Sin saber por qué, cuando se vió sólo en aquella casa sombría, en compañía de aquella mujer pálida, con la vista extraviada y el rostro enflaquecido por tres días de delirio y calentura; cuando notó sus ligeras convulsiones, su agitada respiración, su mirada viva, sin saber por qué, lo repetimos, tuvo miedo.

—¿Está mi tío?—preguntó—. Tengo que verle.

—No está; desde ayer no parece.

—¡Qué contrariedad! Tengo que verle hoy mismo.

—Tal vez venga a la hora de comer.

—No quisiera esperar; he de verle antes. Además, yo no como aquí; yo no vuelvo acá, señora... Ahora me despido de usted para no volver más.

Doña Paulita se quedó mirando al joven como si oyera de sus labios la cosa más inverosímil y más absurda.

—¡Para no volver!—dijo, cerrando los ojos—. No, no lo puedo creer; no es cierto.

—Sí, señora; es cierto. Yo no puedo

estar en esta casa ni un día más. Adiós, señora.

—Lázaro—murmuró la devota, asiéndose al brazo derecho del joven como un náufrago que encuentra una tabla en momentos desesperados—. ¡Usted se va..., se va! Y yo me quedo aquí para siempre. ¡Oh!, quiero morirme mil veces primero.

El joven estaba confundido. Aterrábale la actitud dolorida de la mujer mística, sus labios trémulos y secos, la expresión de su rostro, que anunciaba la más grande desesperación.

—Yo soy una muerta, yo no vivo—dijo ella—. Yo no puedo vivir de esta manera... Ya le dije a usted que no era santa, y ¡cuán cierto es! Hace tiempo que me he transformado... Puedo nacer a la verdadera vida, puedo salvarme, puedo salvar mi alma, que va a sucumbir si permanezco de este modo. Yo espero vivir... Al ver que usted tardaba, la esperanza comenzó a faltarme; pero usted ha venido. ¿No puedo creer que Dios me lo ha enviado? Hay cosas que nosotras no podemos decir; pero yo las digo, porque me siento destrozada interiormente. Ha llegado para mí el momento de dejar una ficción que me mata: yo no sé fingir. Creí que Dios me reservaba para una vida ejemplar, de continua devoción y tranquilidad; pero Dios se ha burlado de mí, me ha engañado, me ha hecho ver que la virtud con que yo estaba tan orgullosa no era otra cosa que una farsa, y aquella aparente perfección un desvarío. Yo no había vivido aún, ni me había conocido. No puedo estar más aquí, porque esto sería prolongar este engaño, que antes fué mi mayor placer y ahora mi mayor martirio.

—Señora—dijo Lázaro, que comprendió al fin toda la profundidad del nuevo carácter de la devota y vió claro en lo que antes era para él un misterio—. No se agite usted sin razón. Sea usted libre y no sacrifique su felicidad a exigencias de familia. Las dos señoras que viven con usted son muy intransigentes.

Quería el joven evadirse, con esta salida, de la contestación enojosa que las palabras y la actitud de la santa parecían exigir.

—No me importa su carácter—dijo ésta—. Yo las quiero, son mis parientas y compañeras de toda mi vida. Después que yo tome una resolución irrevocable, poco me importa lo que ellas puedan decir o hacer. Yo estoy decidida, Lázaro.

Y en vano buscaban sus ojos en el semblante del joven indicios de los sentimientos que con tanta ansiedad le pedía. El hacía esfuerzos por permanecer inmutable ante aquella santa mujer, agitada por las alternativas de un arrebato místico; y no sabiendo qué decir dió un paso hacia la puerta.

—No—dijo la devota, deteniéndole con más fuerza—. ¿Marcharse usted? ¡Qué idea! ¿Qué va a ser de mí? ¡Sola para siempre! La muerte lenta que me espera es peor que si ahora mismo me matara usted... ¡Y decía que era agradecido! Usted es la misma ingratitud. Siempre lo he creído. Hay personas que no merecen recibir la más ligera prueba de afecto. Usted es uno de ésos. Y, sin embargo, por una fatalidad que nos cuesta tantas lágrimas, siempre van dirigidos los más grandes tesoros de amor a las personas que menos los merecen.

—No, por Dios; no me llame usted ingrato—respondió Lázaro, viendo que era ya imposible evadirse a las declaraciones que la teóloga exigía de un modo tan apremiante—. Yo no soy ingrato, y menos con usted, que tan bondadosa ha sido conmigo.

—Si usted olvidara eso, sería el más infame de los hombres. A pesar de todo, siempre creí que no era usted tan malo como decían. Usted será bueno: la felicidad hace buenas a las personas. Yo también espero serlo... ¡Ah! ¿No sabe usted en qué he pensado? He tenido estos días llena la cabeza con unas ideas... Antes jamás me habían ocurrido tales cosas... No lo puedo contar. ¿Sabe usted? Pienso que estoy destinada a largos días de paz y felicidad, de que disfrutará alguien conmigo.

—¿Qué es eso?—preguntó Lázaro— algo tranquilizado por la esperanza de que aquella nueva idea apartaría la conversación del fastidioso tema por que había empezado.

—Es—continuó la santa con una amabilidad forzada que la hacía más lúgubre—, es que yo he pensado que no puede existir perfección mayor que la que ofrece la vida doméstica con todos los deberes, todos los goces, todos los dolores que lleva en sí la familia. ¡Ay!,

meditando sobre esto he comprendido la esterilidad de mis rosarios, de mis rezos. ¿Qué estado puede igualarse por su dignidad y nobleza al estado de la esposa, de cuya solicitud penden tantas felicidades, la vida de tantos seres?

—Efectivamente, señora—dijo Lázaro muy confuso—; eso es cierto. Pero las personas que, como usted, se elevan tanto por la meditación y la abstracción; que se libran de las flaquezas humanas por su fortaleza, son mucho más perfectas.

—¿Perfectas? ¡Qué loco es usted! Y ¿qué ha dicho usted de flaquezas? ¿Llama usted flaquezas a la verdad de nuestra naturaleza, que se manifiestan como Dios las ha criado?

El aturdimiento del joven no tuvo límites.

—Aspirar a hacer la felicidad—continuó ella—de muchos seres por el amor y los lazos de la familia, ¿es eso lo que usted llama flaquezas?

—No, señora; eso, no.

—¡Oh!, usted se va a asustar de lo que le voy a decir. No lo creerá usted: es inconcebible.

Lázaro, que creía ya que doña Paulita Porreño no podía decir nada más inconcebible, tembló ante la promesa de nuevas y más extrañas confidencias.

—Para realizar la felicidad y la paz con que yo he soñado, no basta el amor; es decir, que para evitar mil irregularidades y disgustos es necesaria, además, otra cosa. Cuando en la vida ocurren dificultades, el mutuo amor se ve diariamente acibarado. Tiembla el uno por el otro; tiemblan los dos por los hijos; la felicidad se ve comprometida a cada instante; asusta el día de mañana; se tienen remordimientos de haberse unido. Yo he comprendido esto a fuerza de meditación, y también me parece que lo he leído en no sé qué libro.

—Es verdad, señora; yo comprendo lo que usted quiere decir—observó Lázaro, admirado de tanta sabiduría.

—Pues yo voy a decir a usted una cosa que le sorprenderá mucho, Lázaro —dijo Paulita, dirigiendo hacia el joven toda la melancolía y el suave interés de su mirada—. Voy a decirle a usted una cosa que le sorprenderá sobre manera: yo soy rica.

Efectivamente, Lázaro se quedó absorto.

—Sí—continuó ella—, yo soy rica. Usted se maravilla. Conociendo la vida que llevamos... Este es un secreto que sólo confío a quien debo confiarlo: a usted, única persona que... El uso que yo pienso hacer de esa riqueza, ya usted lo ha comprendido. Yo no debo hacer declaraciones innecesarias. Nosotros nos hemos comprendido, hemos confundido nuestros propósitos en uno solo, ¿no es verdad?

—Sí, señora—dijo Lázaro, por contestar de algún modo a aquella profundísima y grave pregunta.

—Yo soy rica. Hace poco hubiera dejado perder mi fortuna sin cuidado ninguno. Siempre he despreciado todo eso. Pero hoy, no; hoy pienso en ese tesoro como un medio de vida. Para mí nada quiero; pero los hombres que tienen ambición necesitan todo eso. Lo necesitamos, ¿no es cierto?

Lázaro, después de un momento de angustiosa vacilación, dijo otra vez:

—Sí, señora.

—Era yo muy niña—continuó la dama—; había muerto mi tío; reinaba en la casa la mayor desolación; nos preparábamos a mudar de habitación; ya éramos pobres. Mi tía y mi prima estaban llorando; pero al mismo tiempo muy ocupadas en la mudanza y en recoger los pocos muebles que nos quedaron después del embargo. En un viejo reclinatorio de nogal había hecho yo un altar, donde rezaba mucho. Teníalo cerrado por las noches, y al abrirlo por las mañanas, al ver mis santos y mis imágenes, me parecía tener allí un pedazo de cielo. Aquel día fué muy triste para mí, porque tuve que desclavar mi altar del sitio donde estaba, y muchos santos se me rompieron, dejando en el mueble el pedazo por donde estaban pegados. En esta operación sentí que cedía, bajo mi mano, la tabla del fondo, y quedaba descubierto un hueco. En este hueco había una cajita muy bella de madera labrada. Traté de abrirla y la abrí sin esfuerzo: estaba llena de dinero, casi todo en onzas muy antiguas. Cerré la caja, ajusté la tabla que cubría el hueco, dejándola cuidadosamente como estaba, y me callé. Trajeron el mueble a esta casa, y en mi cuarto ha estado hasta hoy. Al principio miré aquello como un juguete, como una reliquia. De noche, en el silencio de esta

casa, lo abría, contemplando con estupor las hermosas monedas que dentro había. Varias veces traté de revelarlo; pero me detenía un recelo supersticioso. A veces soñaba con fundar algún día una obra piadosa. No he tocado nunca aquel dinero, y a pesar de la estrechez con que hemos vivido jamás me atreví a gastar ni un solo doblón. Me parecía que debía guardar aquello para otros días que yo esperaba sin saber por qué. Por instinto lo conservaba intacto, aunque pensaba que jamás cambiaría de estado. El tesoro existe en el mismo sitio en que lo encontré. Ha llegado el momento de usarlo para las necesidades de nuestra vida. Es mío, ¿puedo dudarlo? Pertenecía a alguno de mis parientes, que lo depositó allí para tenerlo seguro. A mí me pertenece ahora; a mí, que lo encontré. Daré, sin embargo, la mitad a mi prima y a mi tía, y si me acusan de no haberlo mostrado antes les diré que a no haberlo conservado me sería hoy imposible labrar las felicidades que pienso labrar y dar a mi vida y a la vida de otros la expansión que necesitan.

Lázaro no quiso agravar la situación, y repitió:

—Sí, señora.

La devota entró en su cuarto, y volvió al poco rato con una cajita que mostró al joven, diciendo cariñosamente:

—Aquí está. Es mía. Es nuestra.

Y al decir esto, se acercó a él con la caja sostenida en las dos manos y apoyada en el seno. La caja tocaba al pecho de Lázaro, y éste sentía el empuje con tanta fuerza que, por no caer, tuvo que dar un paso atrás y extender los brazos hasta tocar los hombros de la santa.

—Hace usted bien—dijo el aragonés—. ¿De qué sirve guardar ese dinero, que puede ser útil a usted y a otros?

—Sí—contestó Paulita con efusión—. Es nuestro.

Ya no sabía Lázaro qué partido tomar. Se decidió a concluir de una vez aquella penosa situación.

—Señora—dijo—, yo me retiro. Es preciso que me retire...

—Sí—contestó ella—, y yo también. Vamos. Nos iremos juntos.

—¡Usted, señora..., usted...!—exclamó Lázaro, descompuesto.

—Sí, los dos. Vamos.

—Señora, usted delira. Eso es imposible.

—¡Imposible, imposible! No podemos quedarnos aquí.

—Es preciso que nos separemos, señora. Otra cosa sería una inconveniencia y una desgracia tal vez.

—¿Qué dices?—balbució la santa con extravío.

Su aspecto en aquellos momentos infundía temor. Asemejábase a los enfermos atacados de epilepsia cuando están a punto de caer en un angustioso paroxismo. Una contracción, producida, al parecer, por el hábito de la sonrisa; una tensión violenta de los párpados como quien expresa el último grado del asombro; palidez mortal, interrumpida por súbitas inflamaciones de rubor; voz semejante a un quejido fatigoso y animada de repente con vibración desentonada, eran los caracteres de su dolencia, próxima a llegar al período de mayor exacerbación.

—¿Qué dices?—repitió después de una pausa.

—Usted está enferma, muy enferma, señora—dijo Lázaro, que empezó a creer que doña Paulita deliraba o estaba loca.

La mujer mística sonrió de un modo inefable mirando al cielo y estrechando contra su pecho la caja del tesoro, como si fuera la persona del mismo Lázaro. Después tomó al joven por el brazo, y atrayéndole suavemente, dijo:

—Vamos, no entraremos más en este sepulcro.

—Usted no debe salir, no puede salir. ¿Qué dirán esas señoras? Cálmese usted, por Dios, y reflexione...

—Vamos.

—¿Adónde hemos de ir? ¡Los dos! ¿No ve usted que eso es imposible? ¿Para qué? ¿Para qué nos vamos juntos?

Al oír esto la devota se conmovió de pies a cabeza. Como si toda la pasión acumulada y oculta en tantos años brotara en ella de una vez con violenta sacudida, exclamó con fuerza:

—¡Necio, no ves que te adoro!

Lázaro quedó petrificado. La dama había hablado con toda la expresión de la verdad humana; se había revelado en un solo esfuerzo y del modo más categórico. Aquella violenta confesión la dejó postrada y sin aliento, como si con sus palabras exhalara la mitad del

alma. Lázaro le dijo con mucha vehemencia:

—No lo merezco, señora. Yo soy muy inferior a usted; yo soy un miserable, indigno de esa pasión... Pero no puedo estar aquí más. Ahora más que nunca es mi deber declarar que soy el más malvado de todos los hombres si no me aparto de aquí al instante. Obstáculos terribles que yo no puedo ni podré nunca vencer se oponen a que yo manifieste nunca otra cosa. Separémonos para siempre; otra cosa es imposible, imposible, imposible...

Dijo esto con mucha energía, y se disponía a marcharse. La devota hizo un gesto angustioso cual si quisiera hablar. Parecía que después de lo que dijo había quedado muda. Al fin pudo proferir estas palabras:

—Ven..., oye, vamos...

—¡Jamás, señora, jamás!—exclamó el joven, dirigiéndose hacia la puerta.

La devota inclinó la cabeza, agitó los brazos, soltando la caja; se doblegó después de vacilar un momento, retrocediendo y avanzando; dió un grito y cayó al suelo. Su cuerpo hizo retemblar el piso; las monedas se esparcieron en derredor suyo; movió repetidas veces la cabeza, afectada, al parecer, de un profundo dolor interno; llevóse ambas manos al pecho, crispando los dedos, y, al fin, quedó quieta, sin más movimiento que las expansiones violentas de su pecho sacudido por una respiración fuerte y ruidosa. Acudió Lázaro a levantarla con presteza, y en el mismo momento se oyó el ruido de una llave y entraron muy tranquilas Salomé y María de la Paz.

Júzguese lo extraño de aquella aparición y de aquella escena: Paulita tendida, con los síntomas de un grave accidente; Lázaro, demudado y confuso; gran cantidad de monedas de oro, cosa desconocida en aquella casa, derramadas con abandono por el suelo, y las dos arpías en la puerta mirándose como dos espectros.

El primer objeto que atrajo las miradas de Salomé fué el oro esparcido; su primer movimiento fué lanzarse sobre él y empezar a recoger las piezas, arrodillada en el suelo. Paz miró a Lázaro: se puso lívida de miedo; miró a la devota: se llenó de ira. Dió algunos pasos, y recobrando, al fin, la majestad de su carácter, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Señora—dijo Lázaro, procurando dominar su situación—, un triste suceso... Doña Paulita está muy enferma... Le ha dado un accidente. Estábamos hablando... ¡Qué conflicto! Ahora mismo, ahora mismo ha caído.

—Pero ¿ese dinero...?—dijo Paz.

—Es suyo.

—¡Suyo!—exclamó la arpía con codicia.

Y volviéndose a Salomé, que recogía el oro, añadió:

—Dámelo, dámelo; yo he de guardar eso.

—Yo lo guardaré.

—Pero ¿de dónde ha sacado ella ese dinero?—dija la otra.

—Lo tenía hace mucho tiempo—contestó Lázaro, procurando, mientras las Porreñas se ocupaban del oro, prestar algún alivio a la pobre enferma.

Paz, de rodillas, recogía monedas; Salomé, de rodillas, recogía también; pero la gruesa, con su pesada mano, no igualaba en presteza a la nerviosa, que iba más ligera, y cogía dos piezas en lo que su tía atrapaba una. Salomé parecía una loca. La mano izquierda de Paz, cuando recibía de la derecha una nueva onza o doblón, se cerraba, apretando los robustos dedos y aferrándose sobre el oro con la firmeza y el ajuste de una máquina. Al fin iban desapareciendo del suelo las áureas piezas. Quedaban cuatro, tres, dos; quedaba una. Las manos de entrambas Porreñas se lanzaron con presteza brutal sobre la última, y cayeron una sobre otra, aplastándose allí mutuamente en repetidos golpes. Las dos ruinas se miraron: parece que se querían tragar mutuamente. ¿Cuál de los dos caracteres vencería al otro? Paz estaba hinchada de cólera, de orgullo; estaba amoratada, apoplética. Salomé estaba amarilla y jadeante de rencor, envidia y ansiedad. Sus labios entreabiertos mostraban los blancos y finísimos dientes, como si quisiera infundir miedo a su rival con aquella arma. Las dos estaban de rodillas y apoyadas en las manos, y en aquella actitud, semejante en algo a la de las esfinges, las dos arpías, revelando con intempestivo vigor sus encontradas pasiones, eran como bestias feroces. Después

de un rato de silencio en que todas las fuerzas de la envidia humana se midieron de una mirada con todas las fuerzas del orgullo, la pantera dijo a la foca:

—Esto es mío.

—¡Tuyo! ¿Qué dices, imbécil? Esto es mío: era de mi padre... Yo sé que lo había guardado en alguna parte; pero no sabía yo dónde estaba.

—¡Vanidosa!—dijo Salomé, adelantando un brazo y una pierna—. Tú nos has sumergido en la pobreza; tú tenías escondido este dinero. ¡Qué infamia!

—¡Hipócrita!—exclamó Paz, retrocediendo—, quítate de mi presencia. Dame ese dinero; no nos robes otra vez. Esto es mío.

—Era de mi padre: yo lo heredo. ¿Qué tienes tú que ver con esto? Dame ese dinero.

Paz vió a Salomé cerca de sí. Alzó su brazo derecho y sacudió con poderoso empuje la mano contra la cara de su sobrina, dándole un bofetón tan fuerte que ésta cayó al suelo como herida por una maza. Pero se irguió sobre sus piernas, vació en el bolsillo las monedas que tenía en la mano, se retiró un poco como los carnívoros cuando van a dar el salto y se abalanzó hacia su tía. Antes que ésta pudiera defenderse, los diez dedos puntiagudos y como acerados de su contraria estaban sobre su cara, pegados cual si tuvieran un gancho en cada falange. Clavó las uñas con frenesí en las carnosas mejillas y tiró después, dejando ocho surcos sangrientos en la faz augusta de la vanidosa. Lanzó ésta un grito de dolor. Lázaro tuvo que intervenir, y mientras levantaba del suelo a Paz, recogió la nerviosa todas las monedas que su rival dejó caer en el combate; se envolvió en un manto con presteza convulsa, y apretándose el bolsillo salió corriendo de la sala, tomó la escalera, descendió por ella y huyó.

Lázaro no quiso presenciar más tiempo aquella escena. Vomitaba la vieja su ira contra él, le decía las mayores injurias, le llamaba cobarde, mandándole perseguir a su sobrina. El joven no podía resistir más el horror que le inspiraba aquella casa maldita. Miró a la devota, que permanecía aún sin movimiento, y, afligido por la sin igual desventura de mujer tan infeliz, salió de la casa.

CAPITULO XLIII

CONCLUSIÓN

Deseoso Lázaro de ver a su tío aquella mañana, fué a casa del abate Carrascosa, y allí encontró otra escena de desolación. Estaba el ex abate en su cuarto, sentado en una silla, con los pies sobre la traviesa, en tal actitud, que parecía un pájaro posado sobre una rama. Apoyaba los codos en las rodillas, sustentando la cabeza con las manos como si quisiera apuntalarla. Su expresión de tristeza era tal y le hacía tan raro, que el joven no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué tiene usted, don Gil?

—¡Ay don Lázaro, qué iniquidad! Se ha marchado. ¿Ve usted qué iniquidad? ¡Yo, que la quería tanto!...

Lázaro comprendió que doña Leoncia, el avecilla vizcaína, había volado.

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Qué motivo...?

—¡Es la más horrible conspiración!... Ese chisgarabís, ese tunante, el poetastro que vivía en este cuarto, se la ha llevado. ¡Qué horror! ¡Siempre he aborrecido de muerte a los copleros!

—Consuélese usted, don Gil. Vamos a otra cosa. ¿Sabe usted dónde está mi tío?

—Si le digo a usted que no he visto iniquidad semejante—murmuró el abate sin hacer caso de la pregunta—. Y tenía una herencia, un legadillo... ¡Maldito catacaldos!

—Esa es la vida, don Gil... Hay que conformarse.

—Tenía un legadillo... Yo lo descubrí en la covachuela.

—Conque diga usted, ¿dónde podré encontrar a mi tío?

—Yo..., si le he de decir a usted la verdad—prosiguió el abate, abstraído por su desgracia—, no lo siento por ella, porque al fin y al cabo... Pero tenía un legadillo...

—¿No me responde usted?

—Tenía un legadillo...

—Es imposible sacarle una respuesta.

—Tenía un legadillo...

Comprendió Lázaro que era inútil toda indagación. Salió de la casa, dejando al abate en la misma actitud de mochuelo posado, y se fué a la calle del Humilladero, donde encontró a Bozme-

diano, que le esperaba con inquietud; y al verle llegar, le dijo:

—Amigo, le persiguen a usted. Es preciso tomar precauciones.

—¿Quién me persigue?

—Fácil es comprender que habrá personas disgustadas por lo que hizo usted anoche. Esas personas le persiguen a usted; yo estoy seguro de ello.

—Ya comprendo—repuso Lázaro—. Pero, ¿qué me importa?

—Hay que tomar precauciones, porque si se vengan será de un modo terrible. Mucho cuidado. Ahora han estado en la taberna cuatro personas que creo han traído el encargo de ver cuándo entraba y salía usted. Me parece que lo mejor es que se marchen ustedes esta noche misma de Madrid. Una vez que estén fuera y lejos...

—¡Que contrariedad! Pero yo deseo salir. Nos marcharemos.

—Pues entre tanto no salga usted a la calle. Yo arreglaré el viaje, y lo haré de modo que nadie lo sepa. Sé que le buscan a usted, y los que le buscan saben hacer las cosas.

—Y ¿cómo han averiguado que estoy aquí?

—Dejemos eso. Hay que partir esta noche o mañana mismo. Aquí no estará usted seguro. Mucho cuidado... Yo volveré y veremos el modo de salir sin peligro. Creo que se conseguirá. Hasta luego.

Retiróse Bozmediano, y Lázaro entró a ver a Clara.

—¿Las encontraste?—le preguntó la sobrina de *Coletilla* con curiosidad y cierto temor.

—Sí—contestó él, sonriendo al recordar la escena de las monedas, que refirió después, sin omitir el extraño incidente de doña Paulita.

Oyó Clara con mucho interés este último punto, y después dijo con tristeza:

—Ya lo sabía.

—¡Cómo! ¿Ella te ha dicho algo?

—No; pero lo he conocido, me lo había figurado. Tenía una sospecha... Aquella mujer es muy rara. ¡Si vieras qué miedo me daba cuando se ponía a orar, quedándose mucho tiempo quieta e insensible, como si estuviera muerta! Se ponía de rodillas, miraba al techo, y así se estaba dos o tres horas sin moverse, y hasta parecía que no respiraba. La tocaba yo, y nada; la llamaba, y no respondía. Por fin, después de mucho tiempo, daba un suspiro y volvía en sí.

—¿Y eso le pasaba con frecuencia?

—Sí; muchas veces.

—Hay una enfermedad—dijo Lázaro—que llaman la catalepsia, y consiste en un paroxismo, durante el cual la persona pierde el movimiento y el habla, quedándose como muerta. Dicen que una de las causas que motivan esta enfermedad es el misticismo religioso y el hábito de los éxtasis y visiones.

—Eso será lo que tiene. ¡Pobre Paulita!

Aquella noche estaban los dos en el mismo cuarto, sentados junto a una escasa lumbre. Clara se había levantado completamente restablecida. Lázaro revolvía en su imaginación los peregrinos incidentes de los días anteriores. Los dos estaban muy tristes; se comunicaban, mirándose, su tristeza, y callaban. Tal vez pensaban en planes para lo futuro; quizá ella estaba inquieta por la situación difícil en que uno y otro se encontraban. Entonces entró Pascuala y dijo:

—¡Qué miedo! Desde el anochecer están paseándose por delante de la puerta unos hombres... Esta tarde vinieron también. ¡Qué fachas! A veces se paran a mirar *p'a* dentro, y me temo que si viene Pascual y los ve, se va a armar una...; ¡porque tiene un genio!..., se creerá que vienen por mí...; porque como es una así..., tan guapetona...

—Cierre usted la puerta.

—Ya cerré.

Clara se quedó pálida como un difunto. Ya le parecía que por ventanas y puertas entraba una horda de facinerosos, armados de puñales, pistolas, cuerdas y otros instrumentos horribles.

—Cierra bien. Apaga esa luz. ¿Si se irán a entrar por esa ventana?—dijo, señalando un tragaluz por donde el gato, que tanto respeto inspiraba al señor de *Batilo*, entraba con dificultad. Aquel tragaluz daba a un patio perteneciente a la misma casa.

Batilo, que sin duda entendió lo del peligro en que los jóvenes se hallaban, y quería probar que, aunque misántropo, era un perro resuelto a todo, ladró en un tono que quería decir: «Nada hay que temer mientras esté yo.»

Un poco más tarde, Clara, que miraba con recelo aquel tragaluz maldecido,

se estremeció con horrible sacudimiento, dió un grito muy agudo y sus ojos expresaron el pavor más grande.

Clara, tal vez dominada por el miedo, había creído ver instantáneamente en el tragaluz los ojos vivos, la nariz puntiaguda de Elías Orejón, su tirano y protector.

—¿Eres tonta?—le dijo Lázaro—. ¿No ves que eso es efecto del miedo?

El miró y examinó atentamente: no había nadie. Salieron al patio, que estaba lleno de escombros y de leña, y tampoco vieron nada. Indudablemente había sido efecto del miedo.

El día siguiente pasó sin ningún suceso notable, y al anochecer llegó Bozmediano. Lázaro, desde que le vió entrar, conoció que no estaba tranquilo.

—¿Qué hay?

—Mucho peligro. Le acechan a usted. Yo he venido acompañado por temor de tener algún encuentro. Pero no tema usted. He traído bastante gente y estamos seguros. Ahora mismo se van a marchar ustedes.

—¿Y saldremos ahora mismo?—dijo Clara con alegría, esperando no ver más aquel tragaluz y dejar para siempre a Madrid.

—Sí, ahora mismo. Ya les he preparado un coche para que vayan de aquí a Torrejón, donde tengo yo una casa. Allí pueden descansar hasta pasado mañana, que pasa por allí una diligencia para Alcalá, y de Alcalá pueden dirigirse a Aragón cuando quieran.

—Y ¿cuándo llegaremos a Torrejón?

—Antes que amanezca. Van ustedes en un coche de mi casa y con gente de mi confianza. No tienen nada que temer: buenas mulas y buena compañía. En Torrejón están ustedes seguros... Aquí..., no lo creo. Es preciso salir de esta casa y de Madrid inmediatamente.

—Pues vamos—dijo Lázaro con resolución—. No perdamos tiempo.

Rápidamente se prepararon uno y otro.

—¿No hay una puerta que dé a otra calle?—preguntó Bozmediano a Pascuala.

—Sí, señor; pero hay que pasar por la casa del carbonero, que tiene salida a la otra calle.

—Bien, por ahí saldremos. El coche espera en las afueras del portillo de Gilimón. Los hombres que yo he traído están en la tienda. Que entren, y saldremos todos por esa otra calle.

Pocos momentos después salían todos, incluso el perro de las Porreñas, a quien Clara no quiso abandonar. Despidiéronse los viajeros de Pascuala, y se dirigieron, acompañados de Bozmediano y su gente, al portillo de Gilimón. Muy aprisa, por no dar lugar a que algún curioso los descubriera, subieron al coche. El cochero y su zagal iban en el pescante; un criado, hombre fuerte, armado de fusil, iba dentro con Lázaro y Clara. Despidiólos Bozmediano muy cordialmente y un tanto conmovido, y partió el coche por la Ronda para tomar la carretera de Aragón.

Tantas precauciones no eran inútiles, y es seguro que sin ellas habrían tenido los fugitivos un mal encuentro, y quizá alguna desventurada aventura que hubiera desviado las cosas del buen camino que llevaban. La inquietud de Lázaro y los sustos de Clara no concluyeron hasta más allá de Alcalá; y había realmente motivo para ello, porque el jurar de *Coletilla* contra su sobrino era tal—según informes adquiridos por el autor—, que había jurado quitarle la vida. Pero Dios lo dispuso de otra manera, y llevó sanos y contentos a la villa aragonesa a los dos principales personajes de esta verídica historia, los cuales, una vez descansados del viaje y repuestos del susto, no pensaron más que en casarse; acertada idea que a toda persona en aquellas circunstancias se le hubiera ocurrido. En ningún apunte de los que el autor ha tenido a la vista para su trabajo consta el día en que se casaron; pero está probado que no esperaron mucho tiempo, y que tuvieron venturosa sucesión. De esto son pruebas evidentes varios mocetones que, años adelante, vieron Bozmediano y el autor en un viaje que hicieron a un lugar de Aragón para asuntos que no vienen al caso.

Cómo se acomodó Lázaro en su pueblo, y qué medios de subsistencia pudo allegar, es cosa larga de contar. Baste decir que renunció por completo, inducido a ello por su mujer y por sus propios escarmientos, a los ruidosos éxitos de Madrid y a las lides políticas. Tuvo el raro talento de sofocar su naciente ambición y confinarse en su pueblo, buscando en una vida oscura, pacífica, la-

boriosa y honrada la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre. Ni él, ni su intachable esposa, se arrepintieron de esto en el transcurso de su larga vida. Así, en tan dilatado período, el nombre de nuestro amigo, que había estado en candidatura, digámoslo así, para entrar en la celebridad, no figuró en la *Guía oficial,* ni en listas de funcionarios, ni en corporaciones, ni en juntas, ni en nada que pudiera hacerle traspasar las fronteras de aquel reducido término de Ateca. Con paciencia y trabajo fué aumentando la exigua propiedad de sus mayores, y llegó a ser hombre de posición desahogada.

Así me lo ha contado Bozmediano, de quien recibí también noticias muy interesantes de los demás personajes de esta historia. Especial deseo tenía yo de saber algo de *Coletilla;* y un día que la suerte me deparó un buen encuentro con don Claudio, y sacamos a colación los sucesos que referidos quedan, me vino a las mientes *Coletilla,* y hablamos largamente de él.

—Ya el demonio se lo llevó—me dijo mi amigo—. Parece que aquel hombre excéntrico recibió el más horrible castigo que, dado su carácter, podría recibir. El rey le despreció después del triunfo de mil ochocientos veinticuatro. Un día se empeñaba Elías en ver al rey: venía de la facción; había luchado por el absolutismo, como semejante hombre podía luchar por semejante causa. Fernando, entre cuyos vicios descollaba la ingratitud, mandó salir expresamente al lacayo del último de sus ayudas de cámara con orden terminante de apalear a *Coletilla* dondequiera que le encontrase. Bajó el lacayo y vapuleó al realista. Así pagan los tiranuelos. Después de este lance, el fanático se puso malo. Dijeron algunos que se había dejado morir de hambre; otros que se había vuelto loco; otros, y esto parece lo más cierto, que le mató una profunda hipocondría.

—Y las señoras de Porreño, ¿qué fué de ellas?—le pregunté.

—Nada he podido averiguar de doña Salomé—contestó—. Creo que ha desaparecido de Madrid. Doña María de la Paz Jesús estaba en Segovia, donde tenía una casa de huéspedes. Respecto a doña Paulita, sí he tenido muchas noticias.

—¡Qué singular pasión la suya!

—Sí; después empezó a padecer ataques muy frecuentes de catalepsia. En cuanto a su pasión, hay que reconocer que el recogimiento de su vida y la circunstancia de haberse formado un carácter ficticio influyeron en aquella explosión repentina. Habíase educado en la vida devota, y la condición mundana de nuestra naturaleza no se reveló en ella en edad oportuna a causa de las anomalías de la juventud. Fué una niña hasta los treinta años; y creo que hubiera sido una excelente mujer, adornada de todas las prendas de lealtad y delicadeza que deben adornar a una esposa, si aquella perfección engañosa, hija de una falsa educación, no torciera en ella su verdadero carácter. Repitiendo lo que ella decía, aunque modificándolo para no proferir una blasfemia, podemos asegurar que la Naturaleza, no Dios, se burló de ella.

Poco después de las últimas escenas de esta historia se retiró a un convento, y allí tenía opinión de santa, a lo cual contribuyó mucho la catalepsia. Creyéronla muerta varias veces, y hasta trataron de enterrarla en una ocasión; mas durante las exequias volvió en sí, pronunciando un nombre, que interpretaron todas las monjas como una señal de santidad, pues entendían que repetía las palabras de Jesús: «¡Lázaro, despierta!» Indudablemente era una santa. Ocho teólogos lo probaron con ochocientos silogismos. Su vida era ejemplar; su trato, tristísimo; oraba mucho, y se dormía, se quedaba en éxtasis casi todos los días. Uno de estos éxtasis fué tan largo, que las monjas sospecharon que no saldría de él. Así fué en efecto: no volvió en sí. Pero las monjas, por no exponerse a un nuevo chasco, esperaron lo más posible, y al fin se decidieron a enterrarla, seguras de que estaba bien muerta.

FIN DE
«LA FONTANA DE ORO»

LA SOMBRA

(1870)

NOTA PRELIMINAR

De esta novelita confiesa su genial autor: «La sombra data de una época que se pierde en la noche de los tiempos—tan aprisa van en esta edad las transformaciones y mudanzas del gusto—, y tan antigua se me hace y tan infantil, que no acierto a precisar su fecha de origen, aunque, relacionándola con otros hechos de la vida del autor, puedo referirla vagamente a los años 66 ó 67. Pero no salió en letras de molde hasta 1870, en la Revista de España. Lo que principalmente deseo consignar acerca de esta obrita es que en ella hice los primeros pinitos, como decirse suele, en el pícaro arte de novelar.»

Esta novela ofrece un caso curioso en el conjunto de las obras de Galdós.

Es una novela... fantástica. Galdós, tan aficionado a lo que se ve y se toca, por una vez se deja ganar de un estado de alegría. Es decir, cierra los ojos a la realidad... y crea—sin quererlo él, sin saberlo él—la novela freudiana en España.

A las novelas fantásticas hoy se las denomina psicológicas. La sombra es la novela del desdoblamiento humano. Dostoyevsky, en El doble, desarrolla un tema semejante. El doctor Anselmo, protagonista de La sombra, es un inconforme y un complicado. A la vejez se da cuenta de que su vida ha sido monótona y aburrida entre librotes y cacharros de laboratorio, lejos de la convivencia con sus semejantes, lejos del amor y de la gracia de la Vida. «Soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres—prorrumpe—. Mis desdichas no tienen igual en el mundo ni se parecen a nada de lo que leemos. Otros hombres son mortificados dentro de su naturaleza, mientras yo me salgo en esto de la común ley de los dolores humanos; porque soy un ser doble; yo tengo otro dentro de mí; otro que me acompaña a todas partes y me está siempre contando mil cosas que me tienen estremecido y en estado de perenne fiebre moral.» El doctor Anselmo, a la vejez, empieza a soñar en la vida que pudo vivir. Y no se resigna a no haberla vivido. Y decide vivirla con la imaginación. Y tanto insiste en forjársela minuto a minuto, cosa a cosa, acto a acto..., que llega a creer a pie juntillo que esta existencia ha sido la suya única. Muy bien dijo Goethe que acabamos por depender—esclavizados—de los fantasmas que creamos nosotros mismos. El doctor Anselmo, obseso, se enorgullece de su vida imaginativa, llena de sobresaltos, de actividades violentas—y violentadas—, de sorprendentes sugestiones, hasta de dolores inéditos. Y precisamente porque en su vida real no hubo baches, ni traumas, ni alegrías tremendas, ni psicologías retorcidas como columnillas salomónicas, su gran esfuerzo imaginativo redunda en beneficio de la complicación y de lo complejo. Lo crea él y le dedica la duda amorosa, el proceso minucioso y temible de los celos, las sutiles características de una pasión infinita, las consecuencias funestísimas del yo inconforme siempre.

¡Pobre doctor Anselmo! Cuando narra esta su segunda vida—que para él es

la primera—al novelista, su acento tiene tal fuerza de veracidad, se empaña con tales calorías de emoción, que gana al oyente y prende en él mil interrogantes. ¿Tendrá razón?... ¿Será verdad?... ¿Hay algo *rigurosamente inverosímil en cuanto confiesa?...*

¡Pobre doctor Anselmo! El lector acaba por tener lástima por igual del hombre sabio que se aburrió desesperadamente, ignorante de cuanto significa ilusión humana, y del anciano inconforme que sufre más terriblemente con la imaginación que sufriera con la realidad una supuesta existencia corroída por todos los anhelos inmaturos y barrida por todos los dolores serondos.

La sombra *es una novelita llena de encanto, digna hermana menor de* Miau *y de* El amigo Manso, *y de las menos conocidas de Galdós, no acertamos a insinuar la razón. ¿Por sus breves dimensiones, que la aproximan al cuento largo? ¿Por apartarse de la manera peculiar de novelar de su autor? ¿Por tratar un tema que* entonces *era desconcertante y que ahora pudiera resultar* aún poco anormal? *Precisamente por todas estas razones creemos que su valor sube varios enteros.* La sombra, *de la cual acaba por quedar esclavizado su creador, el mísero doctor Anselmo, deja en el ánimo del lector uno de los regustos más persistentes elaborados por la pura literatura.*

LA SOMBRA

CAPITULO PRIMERO

EL DOCTOR ANSELMO

I

Conviene principiar por el principio, es decir, por informar al lector de quién es este don Anselmo; por contarle su vida, sus costumbres, y hablar de su carácter y figura, sin omitir la opinión de loco rematado de que gozaba entre todos los que le conocían. Esta era general, unánime, profundamente arraigada, sin que bastaran a desmentirla los frecuentes rasgos de genio de aquel hombre incomparable, sus momentos de buen sentido y elocuencia, la afable cortesía con que se prestaba a relatar los más curiosos hechos de su vida, haciendo en sus narraciones uso discreto de su prodigiosa facultad imaginativa. Contaban de él que hacía grandes simplezas, que era su vida una serie de extravagancias sin cuento, y que se atareaba en raras e incomprensibles ocupaciones no intentadas de otro alguno; en fin, que era un ente a quien jamás se vió hacer cosa alguna a derechas ni conforme a lo que todos hacemos en nuestra ordinaria vida.

Pocos le trataban; apenas había un escaso número de personas que se llamaran sus amigos; desdeñábanle los más, y todos los que no conocían algún antecedente de su vida ni sabían ver lo que de singular y extraordinario había en aquel espíritu, le miraban con desdén y hasta con repugnancia. Si había en esto justicia, no es cosa fácil de decir, así como no es empresa llana hacer una exacta calificación de aquel hombre, poniéndole entre los más grandes o señalándole un lugar junto a los mayores mentecatos nacidos de madre. El mismo nos revelará en el curso de esta narración una porción de cosas, que serán otros tantos datos útiles para juzgarle como merezca.

Vivía en el cuarto piso de un endiablado caserón, de donde nunca salía, a no ser que asuntos urgentes le llamaran fuera de la casa. Esta era de tal condición, que, en otro siglo menos preocupado, la fantasía popular hubiera puesto en ella todas las brujas de un aquelarre. En la época presente no había allí más bruja que una tal doña Mónica, ama de llaves, criada e intendente.

La habitación del doctor parecía laboratorio de esos que hemos visto en más de una novela, y que han servido para fondo de multitud de cuadros holandeses. Alumbrábala la misma lámpara melancólica con que en teatros y pinturas vemos iluminada la faz cadavérica del

docotr Fausto, del maestro Klaes, de los sopladores de la Edad Media, del buen marqués de Villena y de los fabricantes de venenos y drogas en las Repúblicas italianas. Esto hacía parecer a nuestro héroe punto menos que nigromante o judío, pero no lo era ciertamente, aunque en su casa, originalísima, como después veremos, se veían, colgados del techo, aquellos animales estrambóticos que parecen realizar un sueño de Teniers, revoloteando en confusa falange por todo el ámbito de la bóveda.

Aquí no había bóveda gótica, ni ventana con primorosas labores, ni el fondo oscuro, los misteriosos efectos de luz con que el artificio de la pintura nos presenta los escondrijos de esos químicos aburridos que, envueltos en ilustres telarañas, se inclinan perpetuamente sobre un mamotreto lleno de garabatos. El gabinete del doctor Anselmo era una habitación vulgar, de estas en que todos vivimos, compuesta de cuatro mal niveladas paredes y un despedazado techo, en cuya superficie el yeso, cayéndose por la incuria del tiempo y el descuido de los habitantes, había dejado muchos y grandes agujeros. No había papel, ni más tapicería que la de las arañas, tendiendo de rincón a rincón sus complicadas urdimbres.

En el principal testero veíase un esqueleto que no había perdido el buen humor del sepulcro, de tal modo se rasgaban en espantosa risa sus desdentadas mandíbulas, y aumentaba la singularidad de su aspecto el caldero que el doctor le había puesto en el cráneo, sin duda por no tener sitio mejor donde colocarlo.

Al lado había un estante de madera con innumerables baratijas, entre las cuales no hacían el peor papel algunos rotos vasos de inestimable mérito, y piezas del más tosco barro doméstico. Algún ave disecada y medio podrida daba realce con el brillante color de sus últimas plumas a este armatoste, junto al cual una culebra llena de paja se extendía dibujando sobre la pared las curvas de su cuerpo, en cuyas escamas quedaba un débil tornasol. No lejos de esto pendía una armadura, tan roñosa como si desde el tiempo de Roldán—su dueño tal vez—no se hubiera limpiado. Algunas otras armas blancas y de fuego colgaban por allí en unión con una gran sartén, cuyo mango tocaba los pies de un Santo Cristo, de esos que, con el cuerpo lívido, los miembros retorcidos, el rostro angustioso, negras las manos, llenos de sangre el sudario y la cruz, ha creado el arte español para terror de devotas y pasmo de sacristanes. El Cristo era amarillo, oscuro, lustroso, rígido como un animal disecado: no tenía formas; la cara, desfigurada por el bermellón, y los pies se perdían entre los pliegues de un gran lazo, que, sin duda, fué lugar de romería para todas las moscas del barrio, porque allí habían dejado indelebles muestras de su paso. Por otro lado asomaban unos caracoles, una estampa de no sabemos qué mártir, conchas de madreperla, dos pistolas y un rosario de cuentas marinas enredado en una rama de coral, ennegrecida por el polvo. Dos grandes espuelas de caballero y una silla de montar colgaban de otra escarpia junto a mugrientas ropas, por entre cuyos pliegues se veía el mango de una guitarra con finísimas incrustaciones de nácar y marfil.

Estaba abollada, y una sola cuerda, testigo mudo hoy de su anterior grandeza, podía dar a la actual generación un eco de las pasadas armonías. Unas botas de militar rodaban por el suelo junto a la guitarra, y en la parte de enfrente pendían casaca y chupa del último siglo, entrambas piezas llenas de agujeros y manchas. Un sombrero tricornio aparecía puesto sobre un botijo que hacía las veces de cabeza, y un deforme candil, en forma de tenebrario, manchaba con los restos de su aceite secular un reclinatorio de primorosas labores, pero tan estropeado que apenas tenía figura. En la pared cercana había un reloj parado desde hace cincuenta años: su máquina era el cuartel general de las arañas, y sus enormes pesas de plomo, caídas con estrépito hace veinticinco mil noches, habían roto un taburete; un cántaro, un Niño Jesús, yacían en el suelo inmóviles con la majestad de dos aerolitos.

No se libraba de cierta impresión de estupor el que entraba en aquella habitación, donde la escasa luz de la lámpara producía extrañísimos efectos; porque, además de los cachivaches que hemos descrito, ocupaban la estancia sinnúmero de aparatos de complicadas y rarísimas formas. Alambiques que pare-

cían culebras de vidrio proyectaban su espiral sobre enormes retortas, cuyo vientre calentaba un hornillo en perenne combustión. Reverberaba el disco de una máquina eléctrica, y todo el aparato nos amenazaba constantemente con sus ingratas manifestaciones. El sordo rumor de la llama del hogar, el chirrido del ascua, semejantes a la vibración lejana de misterioso instrumento, el olor de los ácidos, la emanación de los gases, el asmático soplar del fuelle, que funcionaba con ansia y fatiga, como un pulmón enfermo, todo esto producía en el espectador ansia y mareo imposibles de describir.

Cuando el que esto escribe tuvo el honor de penetrar en el estudio, gabinete o laboratorio del doctor Anselmo, su asombro fué grande, y no podrá menos de confesar que, mezclado al asombro, sintió cierto terror, sólo calmado por la idea de que aquel hombre era el más afable e inofensivo de los seres. Además, ¿quién ignoraba que don Anselmo no era nigromante ni profesaba ninguna de las endiabladas artes de la antigüedad? Apenas hubo quien tomara en serio sus trabajos, y más bien le tenían en la vecindad por loco o mentecato que por hombre medianamente sabio, con asomos siquiera de sentido común. El, sin embargo, se enfrascaba en aquella tarea incesante, de que nunca se vió resultado alguno, y, a juzgar por la gravedad con que soplaba sus hornillos y la atención ansiosa con que hacía circular los líquidos verdes y rojos al través del vidrio de los alambiques, grandes y trascendentales problemas traía entre manos.

La afición a la Química era en él cosa nueva, no habiendo hasta hace poco parado las mientes en simples y combinaciones. Casi siempre había empleado en la lectura, en toda clase de libros, la mayor parte de su tiempo, siempre que algún indiscreto no iba a entretenerse con él oyéndole sus narraciones pintorescas, en que se admiraban la brillantez y vuelo de su grande inventiva. Su conversación versaba siempre sobre hechos de su propia vida, que él sacaba a colación en todo y por todo. Nunca se hacía de rogar, y lo que contaba era, por lo común, tan peregrino, que muchos lo juzgaban todo pura invención de su fantasía. Al recordar su pasado, miraba todas aquellas baratijas que allí tenía colgadas, y se reía con efusión de dulce tristeza, diciendo:

—Yo también he sido joven; he sido cortesano, artista, pintor, músico; he viajado mucho, he sido galanteador, me han perseguido, he tenido desafíos, conozco el mundo, he amado la vida y la he despreciado, he amado y aborrecido con mucha violencia.

En cierta ocasión, después de hablar de esta manera, aplicó su dedo amarillo, flaco y rígido, a la única cuerda de la guitarra, que vibró con sordo quejido, despidiendo en su oscilación todo el polvo que veinte años de quietud habían acumulado en ella. Y calló, permaneciendo largo rato pensativo y mirando con fijeza la circulación del líquido rojo a lo largo del intestino de vidrio, que trasegaba de un depósito a otro una esencia sutil.

En aquellos momentos de silencio, interrumpido sólo por la tenue vibración de la cuerda, el rumor de la llama y ese sonido incomprensible y solemne de todo lugar misterioso, era cuando más terror producían en mí los singulares objetos de la vivienda del sabio. Parecíame que todo aquello tenía vida y movimiento: que la casaca se movía, como si sus faldones cubrieran un cuerpo, cual si las mangas tuvieran dentro brazos.

También creía ver el sombrero tricornio meneándose a un lado y a otro, como si el botijo que le sustentaba tuviera sesos llenos de inteligencia y buen humor: creía ver las botas espolcando al reclinatorio, y las conchas golpeándose unas a otras, como si a manera de castañuelas estuvieran amarradas a los dedos de un mano andaluza. El esqueleto me parecía que bostezaba, y el caldero le caía hasta los ojos, inclinándose a un lado para darle expresión chusca: me parecía verle adelantar el pie izquierdo, como quien rompe a bailar, y cuadrarse ambas manos a la cintura, que le cabía en dos dedos.

Se me figuraba asimismo que andaba el reloj con la precipitación y diligencia de una máquina que quiere recorrer en minutos los años que se ha estado mano sobre mano, es decir, rueda sobre rueda; sentía el tictac de las piezas, y creía ver oscilar el péndulo dando bofetones a un lado y a otro a todos los pájaros disecados, los cuales se empe-

ñaban en volar moviendo con trabajo las escasas plumas de sus alas podridas, y, por último, en medio de esta barahunda, me pareció que el Cristo estiraba los brazos y el cuello, desperezándose con expresión de supremo fastidio.

II

Demos a conocer a la persona.

Parecerá que don Anselmo es tipo poco común, de estos que más se ven en el artificioso mundo de la novela y el teatro que en la escena de la vida, donde estamos todos formando este gran grupo social que hoy nos parece una vulgaridad insigne y quizá lo es. Don Anselmo, al ser presentado, en la singular escena que hemos descrito, en medio de tantos rarísimos trastos, con este aparato de Edad Media y sus ribetes de brujo o buscador de la piedra filosofal, parecerá un personaje enteramente ajeno a la actual sociedad, una creación ideológica, sin ningún sentido ni aplicación, más bien que retrato fiel de cualquier prójimo. Estas creencias se desvanecerán cuando se sepa que el doctor Anselmo era hombre de aspecto tan poco romántico, tan del día y de por acá, que nadie fijará en él la atención, a no ser renombrado por sus nunca vistas manías y ridiculeces y por su disparatada conversación.

Era un viejo mal conservado, flaco y como enfermizo, más bien pequeño que alto, con uno de esos rostros insignificantes que no se diferencian del del vecino si una observación formal no se fija en él con particular interés. Sólo cuando hablaba se veían en su rostro los rasgos de una vivacidad nada común. Sus ojuelos pequeños y hundidos tenían entonces mucho brillo, y la boca, dotada de la movilidad más grande que hemos conocido, empleaba un sistema de signos más variados y expresivos que la misma palabra. Cojeaba de un pie, no sabemos por qué causa, y la mano izquierda no era del todo expedita; tenía muy bronca y alterada la voz, y al andar marchaba tan derecho en su camino, tan fijo y abstraído, que iba dando tropezones con todo el mundo. Parecía tener una tenaz idea clavada en la mente, idea que no le daba respiro, impidiéndole dirigir la atención a cualquier otro punto, y en su marcha se le veía agitarse, mudar de color, gesticular, alterando todos los músculos de su cara como el que sostiene una conversación acalorada con interlocutores invisibles. El hablar consigo mismo era en él, más que hábito, una función en perenne ejercicio; su vida, un monólogo sin fin.

El vestido no llamaba la atención aquí, donde hay un museo de ridiculeces en perpetua exhibición por esas calles. Si fué su levita objeto de curiosidad, a causa de la exorbitante altura de la solapa, charolada por la grasa y el roce de quince años, no hallamos en ninguno de los cronistas que han tratado de este hombre extraordinario datos que induzcan a creer que el público se fijara en la holgura de su chaleco, donde cabían cuatro doctores, ni en la nunca vista forma de su corbata, que, a veces, por una particularidad frecuente en muchos sabios y en todos los que hablan solos, se le rodaba, poniéndose el lazo en el cogote.

Era en sus costumbres de una sencillez y una pureza ejemplares: comía poco, bebía menos y dormía, en las pocas horas que le dejaba libres la fantasía, con bastante desasosiego, y soñando siempre tanto como cuando estaba despierto. La mayor parte del tiempo la dedicaba al estudio, del cual, al decir de muchos, no sacó jamás ningún provecho, sino que, por el contrario, se le enredara más la madeja de desatinos que en la cabeza tenía.

Vivía de cierta módica pensión que le daban no sabemos dónde y de los cuartejos que había realizado vendiendo los últimos restos de su fortuna. Parecía, en resumen, uno de esos eremitas de la ciencia que se aniquilan, víctimas de su celo, y se espiritualizan, perdiendo poco a poco hasta la vulgar corteza de hombres corrientes y haciéndose unos majaderos que sirven para pocas cosas útiles y, entre ellas, para hacer reír a los desocupados. Su hábito, su temperamento, su personalidad, era la narración. Cuando contaba algo, era él, era el doctor Anselmo en su genuina forma y exacta expresión. Sus narraciones eran, por lo general, parecidas a las sobrenaturales y fabulosas empresas de la caballería andante, si bien teniendo por principal fundamento sucesos de la vida

actual, que él elevaba a lo maravilloso con el vuelo de su fantasía.

Al contar estas cosas, siempre referentes a algún pasaje de su vida, ponía en juego los más caprichosos recursos de la retórica y un copioso caudal de retazos eruditos que desembuchaba aquí y allí con gran desenfado. Su estilo no carecía de arte, siendo, por lo general, difuso, vivo y pintoresco.

Esto hará creer al lector que tenemos que habérnoslas con algún literato deshauciado de la crítica, desheredado de los favores populares, uno de esos que entregan a la miseria y al hastío una vida incapaz de emplearse en el ejercicio del arte y en el pleno goce de la gloria. No; el doctor Anselmo no era literato, ni sabemos que de su pluma saliera nunca otra cosa que unas cuentas mal pergeñadas de las pérdidas de su casa y algún memorial para hacer valer sus derechos a la pensión; era un hombre que tenía metida en la cabeza una idea insana. Tal vez conociendo algunos detalles de su vida y prestando atención al incidente que él mismo nos va a referir, sepamos cómo llegó aquel entendimiento a tal grado de desbarajuste y cómo se aposentaron en su cerebro tantas y tan locas imágenes mezcladas de discretos juicios, tanta necedad unida a grandes concepciones, que parecen fruto del más sano y cultivado entendimiento.

Tuvo el tal una juventud muy borrascosa, y desde su primera edad se notó en él gran violencia de sentimientos, desbarajuste en la imaginación, mucha veleidad en su conducta, y alternativas de marasmo y actividad que le dieron fama de hombre destartalado y de poco seso. Cuentan que se pasaba semanas enteras retirado de las gentes, triste, aburrido como un santo, perdido en vanos éxtasis, de que no salía ni aun solicitado por sus amigos; otras veces era tal su animación y alegría, que rayaba en delirio, siendo difícil sustraerse a sus travesuras. Pero esto duraba poco, y a lo mejor le veían otra vez solitario y abstraído, hecho un santo de palo, de esos que miran al cielo y estiran un dedo como en expectación de alguna voz de arriba. De esta manera le encontró la muerte de su padre, el cual le dejó considerable fortuna, y entre otras cosas, una casa magnífica, donde el viejo, gran coleccionador de obras de arte, había reunido infinidad de primores del Renacimiento. Su familia era de las más nobles de Andalucía: llevaba el apellido de Afán de Ribera, siendo, por la línea materna, de la casta de los Silíceos, por lo cual se enorgullecía de ser pariente del arzobispo de este nombre.

Al describir el palacio que le dejó su padre, el doctor empleaba los más brillantes colores; daba a su relato tales visos de cosa fantástica, que no era posible creerlo ni dejar de pensar que la imaginación del narrador era el principal arquitecto de tan hermosa vivienda.

Casóse mi hombre con una joven de cuya hermosura hablaba siempre pomposamente. Lo que pasó en este matrimonio nadie lo sabe, y si es verdad lo que de boca del mismo doctor vamos a oír, fuerza es confesar que el caso es raro y merece ser puesto entre las más curiosas aventuras que han ocurrido en el mundo. Cuentan personas autorizadas que, en los meses que estuvo casado, la enajenación, la extravagancia de nuestro personaje, llegaron a su último extremo: se le veía entonces apartado de todo trato humano, buscando sitios solitarios, a veces dominado por cólera inextinguible, a veces sumergido en profunda melancolía, especie de somnolencia que le daba todo el aspecto de un hombre sin sentido. Pocas veces le vieron con su mujer, para quien no tenía ni aun las más ligeras amabilidades que el más adusto marido tiene con la suya. Renegaba de sus suegros, hacía mil tonterías, hasta el punto de que la maledicencia, afanosa por saber lo que allí pasaba, entró en su casa y no dejó a nadie con honra.

La verdad no se sabe; murió Elena, que así se llamaba su esposa, a los pocos meses de casada, y entonces empezó Anselmo a ser el absurdo personaje que ahora conocemos. No volvió a tener reposado y claro el juicio, siendo desde entonces el hombre de las cosas estrafalarias e inconexas, cada vez más incomprensible, enfrascado en sus diálogos internos y agitado siempre por la idea insana que llegó, poco a poco, a formar parte de su naturaleza moral.

Perdió su fortuna, no sólo por abandono, sino porque, suscitado un pleito insignificante por un pariente suyo, supo la curia aprovecharse tan bien, que en

poco tiempo quedaron todos los litigantes en la miseria. Hubo quien dijo: «Es un gran filósofo; ved con qué resignación resiste los golpes de la suerte.» Otros decían: «Es un loco; mirad con qué indiferencia olvida sus asuntos.» Su estoicismo era objeto de burlas. Alguien quiso favorecerle, compadecido de su desgracia: pero parece que le encontraron orgulloso y poco dispuesto a admitir limosnas. También hubo jóvenes de candidez tan extremada que le creyeron iniciador de un nuevo sistema filosófico que había de pasmar al orbe. Esto provenía de que después de su pobreza se había remontado a las alturas del guardillón, donde encendió una lámpara y se puso a devorar libros noche tras noche sin darse reposo. Pero viendo todos la ninguna sustancia de aquel trabajo incesante, encontrábanle cada vez más loco. Huyeron de él los que antes le tenían afecto o lástima, y sólo había un reducido número de personas que iban a oírle contar peregrinas aventuras, soñadas por él, sin duda, pues no existía un ser cuyo papel en la sociedad hubiera sido más pasivo.

El calificativo de doctor no provenía de ningún grado académico, como en la mayor parte de los sabios; fué más bien un apodo con que los amigos gustaban de satirizar sus hábitos de erudito. Los que iban a oírle contar sus historias no carecían de gusto, porque éstas eran un tejido asombroso de hechos inverosímiles, pero de gran interés, hechos amenizados por pintorescas digresiones y que, tratados y escritos por pluma un poco diestra, tal vez serían leídos con placer. Referíanse, por lo general, a apariciones de alguna sombra que venía a pasearse por este mundo con el mayor desparpajo, y él la presentaba como representación simbólica de alguna idea; tenía afición a toda clase de símbolos, y en sus cuentos había siempre multitud de seres sobrenaturales que formaban como una mitología moderna.

En todo esto entraba por mucho la erudición adquirida en sus asiduas lecturas, que era en él como los archivos en que todo está revuelto, sin concierto ni orden. ¡Quién sabe, gran Dios! Tal vez si en aquella cabeza hubiera habido un catálogo, el doctor Anselmo sería uno de los más extraordinarios talentos conocidos.

III

El doctor continuaba mirando aquel diabólico aparato con ese abandono o negligencia que se pintan en el semblante cuando el pensamiento está muy lejos del sitio en que se fija la vista.

Creeríase que le importaba poco el resultado de tal experimento y que no le había de dar ni disgusto la verdad científica que con el líquido circulaba por el tubo.

—Pero ¿cómo se ha dedicado usted a la Química?—le dije, seguro de que el sabio no daría contestación categórica.

—Para atar la loca—contestó—; para contenerla y obligarla a que no me martirice más. Yo necesito estar siempre ocupado en algo: la lectura me distrajo un poco, pero al fin llegué a cansarme de leer. Hace poco vi en ciertos libros cosas que me llamaron la atención y no comprendí. «Voy a ver lo que es eso —dije—; yo necesito meterme en experimentos.» Compré esos trebejos y me puse a soplar y a observar. Una nomenclatura y un manual me han bastado para distraerme unos días. Pero aquí no hay nada más que un pasatiempo: cultivo la curiosidad, aunque sin fruto positivo. Que nadie espere de esto ningún adelanto científico. La verdad es que mientras caliento mi máquina y descompongo esos aguachirles, no pienso en otra cosa, y así me va tal cual.

—¡La loca, siempre la loca!—le contesté—. La verdad es que la imaginación, a quien con mucha propiedad llama usted de ese modo, si usted la sujetase un poco, lejos de atormentarle, podría ser fuente fecundísimá de creaciones, cuya importancia usted más que nadie puede conocer. ¿Por qué no se ha dedicado a las artes?

—¡Oh! Para el cultivo de las artes —dijo, volviendo la espalda al aparato—se necesita una imaginación cuyo ardor y abundancia se contenga en los límites naturales, una imaginación que sea una facultad con sus atributos de tal y no enfermedad, como en mí, aberración, vicio orgánico. Esa preciosa facultad, aunque exuberante en algunos, no llega a dominar al individuo hasta el punto de imponerle una segunda vida: no es, como en mí, la mitad completa de la naturaleza. Yo no sé por qué vine al mundo con esta monstruo-

sidad; yo no soy un hombre, o, más bien dicho, soy como esos hombres repugnantes y deformes que andan por ahí mostrando miembros inverosímiles que escarnecen al Criador. Mi imaginación no es la potencia que crea, que da vida a seres intelectuales organizados y completos; es una potenca frenética en continuo ejercicio, que está produciendo sin cesar visiones y más visiones. Su trabajo semeja al del tornillo sin fin. Lo que de ella sale es como el hilo que sale del vellón y se tuerce, en girar infinito, sin concluir nunca. Este hilo no se acaba, y mientras yo tenga vida, llevaré esa devanadera en la cabeza, máquina de dolor que da vueltas sin cesar.

—Es verdad—dije maquinalmente, admirado de que en su locura hubiera podido expresar tan bien y de un modo tan pintoresco el deplorable estado de su cabeza.

—Yo soy esclavo de esto—continuó—. Desde niño vengo padeciendo los estragos de mi imaginación. Ella, en cincuenta años, me ha hecho vivir trescientos. Sí, las falsas sensaciones que yo, aunque apartado del mundo, he experimentado en mi vida, suman las vidas de seis hombres; he vivido demasiado, porque la fantasía ha puesto en mi tiempo millones de días.

«Vamos—dije para mí, mientras hacía con la cabeza una respetuosa señal de asentimiento—, ya te engolfaste en sus manías y eres hombre perdido por esta noche.»

—Soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres—prosiguió el doctor—. Mis desdichas no tienen igual en el mundo ni se parecen a nada de lo que leemos. Otros hombres son mortificados dentro de su naturaleza, mientras yo me salgo en esto de la común ley de los dolores humanos; porque soy un ser doble: yo tengo otro dentro de mí, otro que me acompaña a todas partes y me está siempre contando mil cosas que me tienen estremecido y en estado de perenne fiebre moral. Y lo peor es que esta fiebre no me consume como las fiebres del cuerpo. Al contrario esto me vivifica; yo siento que esta llama interior parece como que regenera mi naturaleza, poniéndola en disposición de ser mortificada cada día.

—Es particular—dije, no comprendiendo nada de aquello de llama interior, y el ser doble, y el tornillo sin fin.

—No encuentro mi semejante en ninguna parte—prosiguió—. Unicamente puedo llamar prójimos a los místicos españoles que han vivido una vida ideal completa, paralela a su vida efectiva. Estos tenían una obsesión, un otro *yo* metido en la cabeza. A veces he pensado en la existencia de un entozoario que ocupa la región de nuestro cerebro, que vive aquí dentro, alimentándose con nuestra savia y pensando con nuestro pensamiento.

—¡Oh!, explique usted eso un poco más—dije, satisfecho de ver entrar a don Anselmo por el camino de una extravagancia que parecía ser muy divertida.

—No es más que una idea vaga... Si yo pudiera exteriorizarme, expresar todo esto que hay en mí, de seguro se pasmarían muchos que hoy se ríen de mis cosas.

—¡Oh! Si usted escribiera sus memorias, don Anselmo—dije, afectando mucha seriedad, para que no desconfiase—, no habría en antiguos ni modernos quien le igualara.

—Es verdad—contestó don Anselmo, cuyos ojos se animaron con repentino fulgor—. Nadie me igualaría. Mi vida ha sido universal compendio de toda la vida humana, ¿no es verdad?

—¡Ah! Sin duda. ¿Quién puede dudar eso?

—Usted, que me ha oído contar algunos sucesos, lo comprenderá. ¿No es verdad que no hay nada más maravilloso que mi matrimonio? ¿Usted no recuerda aquel original suceso que le he contado, cuando me encontré en presencia del más extraño fenómeno que se ha ofrecido a la observación humana?

—No recuerdo de qué habla usted.

—Mi matrimonio, sí; yo se lo he contado a usted. Lo que entonces se habló fué un embuste. Nadie supo la verdad de tan singular acontecimiento.

A mí no me ha contado usted maldita de Dios la cosa—le dije, recordando que, a pesar de su franqueza y locuacidad, no había hablado nunca, sino muy oscuramente, de aquel misterioso asunto.

—¿Que no se lo he contado? Juraría que se lo referí punto por punto la otra noche.

—Aseguro a usted que no sé una palabra.

—¿No le conté a usted aquello de mi mujer, de aquel hombre..., de aquel demonio...?

—Nada de eso sé.

—¿Yo no he hablado con usted de mi palacio?

—Del palacio, sí, aunque ligeramente —dije, recordando la fantástica pintura que de su casa hacía con frecuencia el doctor.

—¡Oh, estupendo, maravilloso! Mi padre tenía un grande amor a las artes. ¡Qué preciosidades, qué joyas!

—Sí, debía de ser magnífico—repetí para incitarle a hablar y recrearme en el desborde siempre majestuoso de su verbosidad fecunda.

—Aún me parece que estoy allí—dijo con una especie de éxtasis—, y veo a mi mujer andando lentamente y con majestad, como ella andaba; entrar allí, cerrar la puerta; me figuro que siento el ruido de sus vestidos al caer, el sonido de su grueso collar de ámbar al ser puesto en el platillo del guardajoyas.

—¡Oh!, siga usted, siga.

—La medianoche es fecunda en imaginaciones. Ella pasaba por delante de mí, dejando como un rastro de luz. Yo no dormía, porque estaba alerta, siempre con el oído atento a aquella voz abominable.

—¿A la voz de Elena?

—No, no—dijo con furor—; a la voz de... La sangre corrió de su herida...

—La señora estaba herida, sin duda.

—No, él; lo cual no impedía que me mostrara su infame sonrisa y su mirada de demonio.

—Veo que ése es asunto complicado. ¿Anda en él alguna persona de quien yo no tengo noticia?

—Sí; usted le conoce, todos le conocen; anda por ahí. Yo le veo todos los días; hace pocas noches estuvo aquí.

—¿Quién?

—Ese... Pero voy a contárselo a usted formalmente—dijo, como quien se decide, después de dudar mucho tiempo, a hacer una importante revelación—. Usted oiría hablar entonces de mi esposa, de mí; oiría mil necedades que distan mucho de la verdad. La verdad pura es lo que voy a contar ahora.

El doctor Anselmo empezó a hablar, refiriendo su extraño suceso con prolijidad encantadora; no perdonaba recurso alguno de elocuencia; describía los sitios del modo más minucioso y tan al vivo, que seducía su lenguaje. Había, sin embargo, cierta vaguedad y confusión en el relato, y era preciso acostumbrarse a su peculiar estilo para encontrar el método misterioso que sin duda tenía. Al principio, como su fantasía estaba más suelta, divagaba de aquí para allí, entremezclaba la relación con sentencias de su cosecha, con apreciaciones que tenían a veces pasmosa originalidad y a veces una candidez cercana a la estulticia. Inútil es decir que había mucho de novelesco en todo aquello y que en las descripciones, sobre todo, dejaba correr muy descuidadamente la lengua. Risa causaba oírle describir su palacio, que, a ser como él decía, no tendría igual en los más florecientes tiempos de las artes. Dejaba afluir la vena de su erudición en llegando a este punto, y ni la razón le contenía ni el temor de parecer mentiroso le refrenaba. No sabemos si las mentiras que contó, y que vamos a transcribir, pueden tener, arregladas y metodizadas, algún interés y visos de sentido común. Tal vez resulten menos locas de lo que a primera vista parece; tal vez aparezca un rayo de lógica en ellas, si se las considera como creación metafísica; tal vez, sin saberlo el mismo doctor, había hecho un regular apólogo, sacado del más amargo trance de su vida, y, él, sin sospecharlo siquiera, al agregar a su cuento mil mentiras y exageraciones, había producido una pequeña obra de arte, propia para distraer y aun enseñar.

Poco antes de haber empezado, entró doña Mónica, a quien atraía el calor del hornillo, único rescoldo que había en la casa en las noches de invierno. Franqueza digna de los tiempos patriarcales reinaba entre los dos: ella tenía costumbre de arrimarse el aparato químico, y allí, si no hacía media, se quedaba dormida con una beatitud, que el sabio no podía ver sin admiración. El escuálido gato, que parecía alimentado con cloruros y bromuros, dió algunos pasos por la habitación, como quien busca alguna cosa; probó varios sitios, se instaló primero en un libro, y después entre dos pilas de Volta, y, al fin, no gustándole ninguna de estas cosas, vino a tenderse

perezosamente entre los pies de la dueña.

El doctor Anselmo habló de esta manera:

IV

—Lo primero que voy a hacer es darle a usted una idea de cómo era mi palacio, aquel palacio que heredé de mi padre, el más entusiástico coleccionador de obras de arte que ha existido. Comprenderá usted, al conocer por mi relato aquella vivienda, que bien podía esperar la felicidad quien tales medios tuvo de satisfacerla, y, al mismo tiempo, le causará asombro que yo, joven, rico, dotado, aunque me esté mal el decirlo, de cualidades apreciables, fuera el más desgraciado ser de la tierra. Yo me casé muy a gusto; me casé satisfecho, lleno de entusiasmo, enamorado como un mozalbete; mi mujer habitó conmigo aquella casa hasta que murió. Verá usted cuántas cosas pasaron en tan pocos meses. ¡Qué inquisición, qué tormentos, qué horrible tortura moral! Mi casa estaba construída muy misteriosamente; al exterior no aparentaba nada de notable, pues no era más que un caserón de estos que han quedado en Madrid del siglo pasado. Interiormente estaban todas sus maravillas: como los alcázares de los árabes, fué construída por un gran egoísmo o una extremada reserva. Mi padre realizó allí un sueño, expresó todo lo que sabía o todo lo que había soñado. No sé qué medios empleó para ello ni qué artífices trabajaron en la obra: parecía más bien cosa forjada por fuerzas superiores, obra salida de las entrañas de la tierra al empuje de una voluntad diabólica. Examinada detenidamente, se veía allí como la historia y el proceso del Arte en todos tiempos. Mi padre era gran admirador de la antigüedad y había querido representarla allí; más que delirio de un poderoso, era su casa la realización de un sueño de artista, delirio simbolizado en la opulencia, verdadera estética del millón. El jaspe, las estatuas, los relieves, las líneas entrantes y salientes, las molduras y reflejos, la tersa superficie del mármol del piso, que proyectaba a la inversa la construcción toda: la concavidad, mitad sombría, mitad luminosa, de las bóvedas; la comunicación de las arquerías, el corte geométrico de las luces, la amplitud, la extensión, la altura, deslumbraban a todo el que por primera vez entraba en aquel recinto. A medida que se avanzaba, era más grandioso el espectáculo y se ofrecían a la contemplación espacios mayores y más bellos. Cada arquería abría paso a otro recinto, se entrecortaban las cornisas, engendrando en sus choques curvas más atrevidas; los arcos se transmitían sucesivamente la luz, y esa luz, corriendo de nave en nave para iluminar espacios cada vez mayores, parecía reproducir en escala creciente un sencillo plantel, como si obrara allí la potencia refractiva de enormes y disimulados espejos.

—Bueno debía de ser eso—dije en un instante en que el doctor se detuvo para tomar aliento.

—No he hablado todavía más que del vestíbulo—afirmó—; lo demás...

—Pues si esto no es más que el vestíbulo, lo demás será cosa tan bella que excederá a todo encarecimiento—observé, sin poder contener mi asombro, al ver que las mentiras e hipérboles de mi amigo no tenían límite y superaban a todo lo que en las cabezas más extraviadas y llenas de necedad estamos acostumbrados a ver.

—Internándose — continuó—, se veía que la arquitectura antigua dominaba allí, variando sus más hermosos estilos. El decorado era cada vez más bello, sin que la profusión perjudicara la pureza y armonía. Primero se reflejaba allí toda la graciosa sencillez de los antiguos templos de Atenas; las mismas formas adquirían después esbeltez y gallardía, modificadas por la mano del arte jónico. Más adelante, la monótona tersura del mármol desaparecía entre los colores del jazpe, el dorado brillaba en los acantos del capitel corinto, en las dentículas y en las grecas. La figura humana principiaba a manifestarse en las claves del arco, en los relieves triangulares de las pechinas, en los monstruos híbridos que galopaban sobre el friso, en las cabezas de sátiro, en las máscaras grotescas, cuyas bocas, contraídas por la hilaridad anacreóntica, vomitaban flores y festones. Más allá, las hijas de la Caria soportaban el arquitrabe, adornado con severidad, y ya la figura humana aparecía completa en el muro: los centau-

ros a un lado, las amazonas a otro, sostenían sus luchas encarnizadas. Las ninfas, agrupadas en el frontón, coronaban de rosas la cabeza de la víctima propiciatoria; los atlantes sostenían, encorvados, el techo, mientras en los relieves se desarrollaban, magníficamente esculpidas, las fábulas todas de los grandes desfacedores de agravios de la Grecia, Hércules y Teseo. Las figuras eran mayores aquí, y las actitudes y formas tocaban el límite de perfección del ideal antiguo. Todas las figuras eran divinas, desde Prometeo a Dejanira; todos los monstruos eran hombres, desde Polifemo hasta Briareo... El cuadrúpedo mismo, modelado por tan hábil cincel, tenía una especie de humana expresión. Allí Pegaso era un rey que trota y vuela, y Cerbero, un esclavo que ladra por tres bocas.

—Pero diga usted: para que hubiera tantas cosas era preciso un espacio inmenso—le dije, picado ya de las enormes bolas que me quería hacer tragar el bueno de don Anselmo, y deseoso de hacerle comprender, por si quería burlarse de mí, que no era tan crédulo para embucharme aquella máquina de desatinos.

La verdad era que ya estaba mareado con la pomposa descripción de columnas, jaspes, cariátides y otras mil baratijas engendradas en la mente de mi amigo. Yo sabía, por lo que oí referir a algunos viejos, que el tal palacio no tenía de particular más que algunos cuadrejos, algunos vasos y dos o tres estanterías vetustas que el padre de don Anselmo había comprado en una almoneda. No podía menos de extrañar que a la riqueza artística del palacio diera tales proporciones el alucinado narrador. Hícele algunos argumentos, extrañando que aquí, en Madrid, existiese tan copioso caudal de obras de arte; pero él no se dió por entendido y siguió en sus trece.

—En lo que parecía ser centro del edificio—añadió con cierta gravedad que no se podía ver sin ser tentado a risa—, y bajo elevadísima bóveda, veíanse innumerables obras de estatuaria. Había grupos representando los hechos más famosos de la fábula helénica y figuras típicas de incomparable hermosura, significadas con los nombres de las divinidades que tienen atributos y representación más generales. Con los desastres de Ayax Oileo y los horrores de Tántalo y Prometeo formaba juego una serie de esculturas que expresaban las aventuras igualmente célebres del don Juan del Olimpo. Las pobres víctimas de su intemperancia eran gallardísimas figuras en quienes se podían ver los efectos de una misma pasión con rasgos distintos según el distinto aspecto con que se les presentaba el burlador inmortal. Todas eran igualmente bellas, sin que Europa se pareciese en nada a Latona, ni Leda tuviera semejanza alguna con Sémele. Júpiter era siempre el mismo dios de concupiscencia y descaro, ya cuando aparecía en toda su majestad olímpica, ya convertido en toro o disfrazado con las plumas del palmípedo.

—¡Qué diablo de Júpiter! Ese señor no perdonó casada ni doncella—observé yo, a ver si por las burlas le obligaba a cortar el vuelo de su disparatada fantasía.

Ni por ésas. Don Anselmo continuó:

—Esto que he descrito no es, en realidad, más que un museo, la parte visible de la casa. La parte interior, lo habitable, era más curioso aún.

«¡Más curioso aún!—dije para mi capote—. ¡Más curioso aún! ¡Medrados estamos! ¿Adónde vamos a parar? Pues si todavía falta palacio, este hombre me va a marear esta noche.»

—¡Lo que he descrito no es más que galerías!

—¡Nada más que galerías! ¡Qué horror! ¡Qué habrá en las salas y en las alcobas!—exclamé alarmado.

—La gran sala no se parecía en nada a aquellas magníficas construcciones donde imperaba la arquitectura. En sus paredes no había estilo: dominaba el detalle, y eran tantas y tan diversas las preciosidades allí acumuladas, que en vano intentaría describirlas y enumerarlas el más cachazudo clasificador.

«Buena me espera», pensé.

—Era un museo de artes de ornamentación, y aquí cada objeto era una maravilla, y la excelencia de cada uno disimulaba la abigarrada, pero sorprendente, perspectiva del conjunto. Muebles soberbios del Renacimiento, fecundo en prodigios de ebanistería; cornucopias venecianas, relojes del tiempo de Luis Quince adornados con figuras mitológicas; relieves de finísimo estuco re-

presentando cacerías y bailes campestres; candelabros, bustos, trípodes y medallones se hallaban aglomerados en la pared; y junto a ella, dejando entrever apenas la rica tapicería flamenca, cuyos colores, siempre frescos, revelaban el cartón de Teniers o de Brueghel. No faltaban esas caprichosas papeleras cuyos diminutos repartimientos ostentan pequeñas figuras de consumado gusto, mosaicos e incrustaciones con palos de diferentes colores, y al lado de estas piezas veladores con planchas de porcelana, en las cuales un delicado pincel había representado infinidad de célebres cortesanas. No lejos de estas bellezas terribles había vasos antiguos y modernos, ánforas doradas con la filigrana del cincel arábigo y jarros de la India y Oceanía, donde se enroscaban lagartos verdosos y alimañas de imaginación, toscamente labradas. Idolos malabares de vientre hinchado, ombligo profundo y orejas descomunales se reían en un rincón con hilaridad de beodo o de simple, y más allá, vistosos pájaros de América disecados alternaban con conchas africanas, ramos de coral, un tríptico de la Edad Media, una cruz bizantina y relicarios egipcios, que...

—Basta, basta—grité levantándome—; basta, que ya se me trastorna la cabeza. Esa diabólica confusión de cosas que usted tenía no es para contada.

Sin duda, todos los calderos y cachivaches de su casa se le antojaban al doctor vasos egipcios y cruces bizantinas. El no se dió por ofendido con mi brusca interrupción y, muy entusiasmado, prosiguió:

—Buscar la simetría en este museo hubiera sido destruir su principal encanto, que era la heterogeneidad y el desorden. Después de los primores geométricos de las galerías; después de la simetría cruel del dórico y de la regularidad deslumbradora del corintio, aquella mezcolanza de objetos diversos...

«No es tan grande como la que tú tienes en la cabeza», dije para mí, envidiando la suerte del gato, que dormía tranquilamente sin verse obligado a admirar las maravillas del Renacimiento.

—Aquella mezcolanza de objetos, en algunos de los cuales se observaban órdenes multiplicados, la aglomeración de piezas, muebles, vasos, adornos, con el sello de países distintos y artes diferentes, la amalgama de cosas bellas, curiosas o raras halagaban el entendimiento, oprimido hasta entonces por la simetría, y daba libertad a la vista, antes subyugada por la línea. Aquí los objetos reunidos con acertado desorden, las infinitas soluciones de continuidad, la ausencia completa de proporciones, producían inmenso agrado, y borrando todo punto de partida, evitaban al espectador la fatiga que produce el involuntario medir a que se entrega la vista en presencia de la arquitectura. Los interiores, cuando son bellos, son como los abismos: fascinan la vista, y el espectador no puede prescindir de arrojar mentalmente una plomada y trazar en el espacio multiplicadas líneas con que su imaginación trata de sondear el diámetro del arco, la altura del fuste y el radio de bóveda. En este involuntario trabajo mental, producido por la armonía, la simetría, la proporción y la esbeltez, se fatiga la mente y flaquea entre el cansancio y el asombro. Cuando no hay estilo y sí detalles; cuando no hay punto de vista ni clave, la mirada no se fatiga, se espacia, se balancea, se pierde; pero permanece serena, porque no trata de medir ni de comparar; se entrega a la confusión del espectáculo y, extraviándose, se salva.

Al decir esto calló para tomar aliento. Traguéme la lección de perspectiva como Dios me dió a entender: la lección me parecía el colmo de lo confuso y embrollado; pero no puedo menos de confesar que el doctor me infundía respeto, y no me atreví a decir cosa alguna que pudiera ofenderle. Así es que, a pesar de mi aburrimiento, tuve que inclinar la cabeza. Después de descansar un momento, prosiguió:

—De este salón se pasaba a otros aposentos llenos de cuadros.

—Sí..., ya comprendo: cuadros muy bonitos. Yo he visto muchos cuadros —indiqué, para obligarle a apartar de mí la nueva tormenta que ya sentía venir encima.

—En una de estas habitaciones hallábase la clave del acontecimiento que voy a referir. Aún me parece que le veo y que está allí todavía, con su elocuente mirada, su sonrisa llena de perfidias y engaños.

—¿Quién estaba allí?

—Diré a usted; mi padre poseía una

buena colección de cuadros un tanto licenciosos. Abundaban las desnudeces provocativas, casi deshonestas; había *jardines de amor, bacanales,* festines campestres y *tocadores de Venus.* El fundador de tal galería fué gran epicúreo y gustaba de recrearse en aquellos mudos testigos y compañeros de sus orgías. Entre estas pinturas, había una que sobresalía y cautivaba la atención más que las otras; representaba a Paris y Helena reposando en una fresca gruta de la isla de Cranae. Hermoso era el rostro de la mujer de Menelao; pero el del joven troyano era más hermoso aún. Habíale dado tal animación el pincel, que parecía que hablaba y que infundía a Helena sus pérfidos pensamientos. Siempre creí ver algo de viviente en aquella figura, que, a veces, por una ilusión inexplicable, parecía moverse y reír. A todos impresionaba, y especialmente a mí. Recuerde usted bien esto, para que no le sea difícil comprender la narración que va a seguir. Voy a contar la espantosa historia.

—¿Conque en este cuadrito de Paris comienza la historia? Debe de ser bonita.

—Ahora verá usted: yo me casé. Mi mujer vivía allí conmigo. ¡Cuánto la amaba! Al principio asaltábame el sentimiento de que mi vida sería corta y apenas podría disfrutar de tanta felicidad; pero al poco tiempo de casado me entraron melancolías, di en cavilar... Yo soy un cavilador sempiterno. Adoraba a mi esposa y tenía celos hasta del aire que respiraba.

«Ya se empieza a embrollar el asunto—dije entre mí—; el casamiento, el cuadro de Paris, el amor caviloso que tenía usted a su esposa... Esto es más confuso que el salón de antigüedades.»

Y en verdad, ya me pesaba haber provocado la enfadosa relación del doctor, en la cual no encontraba interés alguno. Digresiones, extravagancias: a esto se reducía todo. Me resigné, sin embargo, a escuchar.

—Hubo en los primeros días de mi matrimonio — continuó — momentos de inefable felicidad: me creí elevado, espiritualizado, loco; sentía como una inflamación cerebral e impulsos de correr, gritar, hablar a todo el mundo. Mas de pronto caía en el abismo de mis cavilaciones, sumergiéndome en mi propia tristeza. Nadie me hacía decir palabra. Tenía clavada en el pensamiento mi idea, mi tormento. ¿No sabe usted lo que era?

—¡Qué he de saber, por mis pecados!

—¡Oh!—exclamó, cerrando los puños, inflamado el rostro y con un vivísimo fulgor en sus ojos—; era que yo pensaba... Un día entré tarde en mi casa, entré y vi...

El doctor se paró un momento, absorto, ocultando la cabeza entre las manos, y permaneció un rato en silencio.

Este silencio me permitió un momento de descanso y miré en derredor mío, donde todo era tranquilidad. Un gruñido sordo turbaba el silencio de la habitación: era doña Mónica, que roncaba, la cabeza como enterrada en el pecho, libre de cuidados, feliz, dando rienda suelta a su espíritu, que volaba libremente quién sabe por dónde. Sus labios, sombreados por un bigotillo, se extendían formando hocico, y por allí y por su aplastada y carnosa nariz, convertida por la violencia de la respiración en verdadero caño de órgano, salía la ruidosa sinfonía que turbaba el profundo silencio del laboratorio. El doctor, alzando de nuevo la cabeza, continuó:

—Mi boda fué repentina: no habían precedido esas relaciones íntimas, furtivas, que enlazan las almas moralmente antes de ser atadas las personas por el nudo religioso y civil. Yo no había sido su novio; y aquello fué más bien cosa concertada por los padres, guiados por la conveniencia, que unión espontánea de dos amantes que se cansan de la vida platónica. Nos casamos no muchos días después de habernos conocido; y de aquí creo yo que provinieron todos mis males. Yo, no obstante, la amé mucho desde que resolví unirme a ella. Pero llegó el día, y, no sé por qué, creí ver en su semblante más bien las señales de la resignación que las de la alegría, lo que me contristó sobre manera y me hizo meditar; mas cuando vine a sospechar si habría hecho mal, ya estaba casado. Esto me impidió que tuviera momentos de felicidad, como antes he dicho; pero pasaban rápidamente, dejándome después sumergido en mis meditaciones. ¿Sabe usted cuál fué el tema de mi eterno cavilar? Pensaba de continuo en mi esposa, sospechando de su fidelidad para lo futuro; esta idea

se clavó con tanta tenacidad en mi cerebro, que no me dejaba reposar. Me ocurrió que debía ser un tirano para ella, encerrarla, evitar todas las ocasiones de que pudiera engañarme: a veces fijaba mis ojos en los suyos, y quería leerle el pensamiento. El asombro con que ella veía estas cosas mías, precisamente al poco tiempo de casados, no es para referido: por último, empezó a tenerme miedo; y a la verdad, yo lo infundía a cualquiera con mi siniestra austeridad y reconcentración. Pugnaba por echar de mí aquella idea; llamaba a la razón; pero ésta parecíame a veces más loca que la fantasía, y entre las dos me llevaban al último grado de tormento.

—Pero ¿en qué se fundaba usted, hombre de Barrabás, para esa descabellada sospecha?—le pregunté, buscando un rayo de lógica en las cavilaciones del doctor Anselmo.

—En nada positivo por de pronto. Luego verá usted. Ella me tenía miedo; yo lo conocía. Pero esto es inexplicable, usted no puede comprenderlo.

Y, en efecto, nada comprendía de semejante jerigonza, de aquellos hechos en que todo era confusión.

—Nada puede usted comprender por ahora, sino después, cuando le explique todo lo que me pasó. Un día estaba ella en esa habitación que he descrito últimamente; hallábase en pie delante del magnífico lienzo de Paris y Helena de que hablé a usted. «¡Qué hermosa figura!», dijo, señalando a Paris. «Sí», repliqué yo, mirándola también. Y los dos contemplamos un rato la belleza singular del incomparable mancebo. Después ella se marchó, y yo tras ella...

«Cada vez entiendo menos», dije para mis adentros.

—Esto que acabo de contar explicará un poco mi sorpresa, mi terror, cuando una noche entré en casa y vi...

—Pero ¿qué?—pregunté, deseando saber lo que vió el doctor alucinado.

—Para que usted se haga cargo bien de esto, debo ponerle en antecedentes de muchas cosas que influyeron mucho en el nunca visto estado de mi espíritu. Aún recuerdo su alcoba, iluminada por misteriosa luz. Entro y veo allí sus ropas arrojadas en desorden, sus joyas... Presto atención y siento el ruido de su aliento; me acerco, tomo con trémula mano la cortina del lecho, la levanto, la veo..., me siento junto a la cama...; sus labios se mueven, me parece que va a hablar...; no dice nada, nada; pero a mí me parece que sus labios han articulado silenciosamente una palabra que no llega a mi oído...; me acerco más...; me parece que frunce las cejas y que después las dilata...; fijo más la atención...; me parece que se sonríe.

—Todo eso no explica nada—observé, con cierto enojo, al ver que de la boca del sabio no salían más que embrollos.

—Todo eso, amigo mío, sirve para explicarle a usted cuál sería mi estupor, mi espanto, cuando vi...

—¿Qué vió usted, hombre? Sepamos —dije con impaciencia.

—Vi, vi...

El doctor no pudo continuar, porque un ruido instantáneo, horroroso, una detonación tremenda, resonó en la habitación, y claridad vivísima, rojiza, infernal, nos iluminó a todos. Lanzamos un grito de terror. Era que una de las retortas que se calentaban en el hornillo reventó con estrépito: el doctor, con su narración, había olvidado el experimento, y el líquido, dilatándose considerablemente y no encontrando salida, se abrió espacio, inflamándose al contacto del fuego. Hubo un instante en que aquello parecía un infierno y todos unos demonios. Doña Mónica despertó despavorida, gritando:

—¡Fuego, fuego!

Y se desmayó en seguida, cayendo como un saco y aplastando con su cabeza la guitarra que muy cerca de ella estaba. El gato, que recibió en su cuerpo una gran cantidad del líquido hirviente, saltó de donde estaba lanzando chillidos de desesperación: el pobre maullaba, corría con el pelo inflamado, los ojos como llamas, quemados los bigotes; corría por toda la pieza con velocidad vertiginosa; subió, bajó, encaramóse al Cristo, saltándole de los pies a la cabeza, de un brazo a otro brazo; cayó sobre un caracol, resbaló por las botas de montar, enredóse en las ramas de coral, brincó sobre el esqueleto, cuyos huesos sonaron rasguñados frenéticamente; cayó de nuevo al suelo, se abalanzó sobre un ave disecada, cuyas plumas volaron por primera vez después de un siglo de quietud; se estiró, se dobló, se retorció el infeliz, porque sus

carnes rechinaban como si estuviera puesto en parrillas; corría, corría sin cesar, huyendo de sí mismo y de sus propios dolores, y, por último, fué a caer, hinchado, dolorido, convulso, sediento, erizado, rabioso, en medio de la sala, donde pateó, maulló, clavó las uñas, azotó el suelo con el rabo y dió mil vueltas en su lenta y horrorosa agonía.

CAPITULO II

LA OBSESIÓN

I

Por fin sofocamos el fuego con gran trabajo, impidiendo que se propagara la llama y nos consumiera a todos. La única víctima fué el infeliz animal, que, habiendo recibido en su piel el líquido hirviente, ardió como una mecha y pereció, según dijimos, con dolores espantosos. Igual suerte cupo a una buena parte del delantal de doña Mónica, donde abrió la llama un boquete, después de haberle quemado a la señora los dedos al tratar de apagarlo. El sabio no tuvo más serio percance que la total pérdida de un mechón de cabellos que con inveterada tenacidad, más rebelde a la acción del tiempo que a la de la pomada, se adelantaba sobre su sien derecha. Por fin se apagó el incendio, y habiéndose marchado la vieja hecha un veneno a causa del percance, que atribuía a las *brujerías del amo,* y dolorida por el triste fin del micho, a quien apreciaba de corazón, el doctor continuó de esta manera:

—Yo no sé en qué fundaba mis sospechas: yo sé que las tenía. Entraron en mí como entran las ideas innatas; mejor dicho, estaban en mí, según creo, desde el nacer, ¡qué sé yo!, desde el principio, desde más allá. Yo no sé qué espíritu diabólico es el que viene a decirnos ciertas cosas al oído cuando estamos entregados a la meditación; yo no sé quién forja esos raciocinios que entran en nuestro cerebro ya hechos, firmes, exactos, con su lógica infernal y su evidencia terrible. Un día entraba yo (escuche usted bien), entraba yo en mi casa, dominado por estos pensamientos; cuando me acerqué a la habitación de Elena creí sentir una voz de hombre que hablaba muy quedo allí dentro; la voz calló de pronto. Advertían mi llegada... Después me pareció sentir pasos precipitados, como quien huye, procurando hacer el menor ruido posible. No puedo dar idea del repentino furor que se apoderó de mí; me cegué, corrí, me abalancé a la puerta, la empujé fuertemente, la abrí de un golpe, con tanto estrépito que las paredes se estremecieron con esa convulsión intensa de los edificios cuando los combate la tempestad o tiembla la tierra en que están cimentados.

—Terribles fuerzas tiene usted—dije irónicamente, reparando cuán poca semejanza había entre mi desdichado amigo y el tipo que de Sansón nos hemos figurado.

—Sí, la puerta se abrió, y Elena se presentó ante mí despavorida, trémula, con tan marcadas señales de espanto que me detuve sobrecogido yo a mí vez. Mi primera mirada escudriñó la habitación en un segundo. No había allí ningún hombre; la ventana no estaba abierta; la puerta interior, cerrada también; era imposible que en el instante que medió entre el ruido de la voz y mi entrada pudieran ser echadas las llaves y cerrojos, no habiendo tiempo material tampoco de que una persona saliese por la puerta o saltara por la ventana. Registré todo: no vi nada. Pero yo había oído aquella voz, estaba seguro de ello, y no era fácil que me convencieran de lo contrario ni la evidencia de no encontrar allí hombre alguno, ni las ardientes protestas de Elena, que en su dolor halló palabras bastante fuertes para increparme y me llamó visionario y loco. Juróme que estaba sola; que al entrar yo de aquella manera creyó morirse de miedo, y que no podía explicarse mi conducta sino por una completa alteración de mis facultades intelectuales.

—¡Qué extrañas ideas!—dije yo, considerando cuál debía de ser el terror de aquella infeliz al ver entrar repentinamente a su marido, furioso y extraviado, asegurando que había oído la voz de un hombre dentro de la habitación.

—Extrañas, sí—contestó el doctor—; pero cada vez más vivas y más claras. Yo no podía desechar mi idea; la impresión que en mi oído había hecho la voz era tal que aún me dura, y enton-

ces, sólo dudando de mi existencia, sólo creyendo que yo no era persona real, podía tomar aquello por ilusión. No lo era ciertamente, y mucho más me confirmé en ello cuando a la noche siguiente...

—¡Pobre mujer! ¡Qué noche! Sin duda volvió usted a hacer la noche siguiente otras atrocidades por el estilo.

—Sí—continuó—; a la noche siguiente presencié un fenómeno que ya me quitó la esperanza de ver claro en aquel asunto. Lo que me pasó, amigo, excede ya los límites de lo natural, y aun hoy es para mí la confusión de las confusiones. Entré en mi casa, y vagué largo rato solo y abstraído por aquellos salones, donde todo me causaba pesadumbre y hastío: pasé por aquella sala que he descrito, donde se hallaba el cuadro de Paris y Helena, y me helé de asombro al ver... Es el fenómeno más estupendo que puede concebirse. La figura de Paris no estaba en el lienzo. Creí equivocarme, me acerqué, toqué la tela, encendí muchas luces, miré, remiré... La figura de Paris, ¡ay!, había desaparecido; estaba sola Helena, y la expresión de su cara había cambiado por completo, siendo triste y desconsolada la que antes aparecía satisfecha y feliz. ¿Qué infernal pintura era aquella en que una figura se evaporaba, se borraba, se iba como si tuviera cuerpo y vida? No podía yo dejar de contemplar el maldito cuadro, y decía: «Pero ¿dónde está este diablo de hombre?»

—Sí; ¿dónde estaba ese diablo de hombre?—pregunté a mi vez, sorprendido de que la alucinación del doctor llegara a tal extremo—. ¿Dónde estaba ese diablo de hombre?

—¿Dónde estaba? Atraído por una fuerza irresistible, por mis pensamientos, por mis celos, corrí al cuarto de mi esposa. Al acercarme sentí la misma voz que la noche anterior, los mismos pasos. No puedo describir mi furor. «Era cierto lo de anoche», pensé, y me arrojé hacia la puerta. «¡Oh, han cerrado!», exclamé, y golpeándola fuertemente, mejor dicho, arrojando sobre ella todo el peso de mi cuerpo, la abrí, rompiéndola. Al entrar vi que la ventana que da al jardín estaba abierta, y que una sombra, un bulto, un hombre saltaba por ella. Esto fué tan rápido que apenas lo vi; no vi más que su cabeza en el momento de desaparecer, sus manos en el instante de desasirse del antepecho. Corrí, me asomé y no vi nada; la noche era oscurísima. Sólo creí sentir el golpe de un cuerpo que cae. Elena me miraba atónita, con un pavor indescriptible; perdió el sentido, y esta vez no pudo decirme que era visionario y loco, porque le faltó el habla y cayó a mis pies como una muerta. Mi afán era perseguir a aquel hombre hasta encontrarle, hasta matarle. Bajé precipitadamente al jardín, y lo recorrí con ansiedad imposible de describir: las tapias eran muy altas, y por diestro y ágil que fuera un hombre no podía saltarlas en el breve espacio de tiempo que yo tardé en bajar. Registré todo: en el jardín no había nadie; pero éste se comunicaba con un patio solitario de elevadísimas paredes; fuí allá, y apenas había dado algunos pasos cuando vi una sombra que se deslizaba cautelosamente por entre los montones de piedras que allí había para construir uno de los pabellones del palacio. Me puse en acecho a ver si, efectivamente, era un hombre o una imagen de esas que crean, confabulándose, la noche y la imaginación. Era un hombre; le vi andar agachándose para no ser descubierto, y no sé por qué me parecía que, a pesar de la oscuridad de la noche, distinguía en su rostro las facciones de aquella figura pintada, cuya desaparición del cuadro me daba tanta inquietud y confusión. La sombra, el hombre o lo que fuera, se acercó muy despacio, y siempre recatándose, a un pozo sin brocal que allí había, de esos que abren los albañiles durante una construcción para tener el agua más a mano. Con asombro mío se introdujo en el pozo lentamente; vi su cuerpo bajar poco a poco y desaparecer; después no vi más que el busto, después la cabeza tan sólo; por fin una mano que permaneció agarrada al borde. Estuve un rato indeciso y mirando atentamente aquello. Un momento después sacó con lentitud y cautela la cabeza, como para ver si yo le observaba, y en seguida la escondió repentinamente. La mano desapareció al fin. Acerquéme entonces, y vino a mi imaginación una venganza terrible. Como si mi cuerpo obedeciera todo a mi desenfrenada pasión, sentí duplicarse mis fuerzas y adquirí un vigor ex-

traordinario; cogí la piedra más grande que podía levantar, la alcé con ambas manos a la altura de mi cabeza, me puse de un salto en la orilla del pozo y la arrojé dentro, impeliéndola vigorosa, porque me parecía que su propio peso no bastaba. Cogí después otra mayor, y con la misma furia la arrojé también, no deteniéndome hasta asir la tercera, porque el furor me redoblaba las fuerzas. En diez minutos arrojé dentro más de cincuenta piedras. Esto no me parecía bastante; empuñé una pala que allí cerca había, y eché tierra por espacio de media hora. Volví a arrojar piedras, y dos horas después de un trabajo incesante el pozo había desaparecido y el piso quedó perfectamente nivelado. Aún me pareció poco, y me senté sobre mi obra exaltado, trémulo de fatiga, permaneciendo allí toda la noche como centinela de mi victoria, convertido en cenotafio de aquella tumba para velarla y cubrirla. A veces parecíame que un Titán levantaba desde abajo todas las piedras y toda la tierra que yo arrojé. Hubiera querido ser estatua y ser de plomo para pesar sobre mi víctima eternamente. La aurora vino a dar alguna luz a mi entendimiento. «¿Qué he hecho, Dios mío?», dije, retirándome y buscando en los recursos ordinarios de la lógica la solución de aquel enigma; ¿era realmente un hombre o no?

—Es preciso confesar, amigo—dije sin poderme contener—, que si era hombre fué usted un bárbaro, y si era sombra fué usted un necio.

—No me juzgue sin conocer el resto—continuó—. Cuando subí, mi primera diligencia fué mirar de nuevo el cuadro de Paris. La figura del hombre estaba en su sitio. Pero no pude contener un estremecimiento de terror y un frío glacial cuando el rostro pintado del troyano se volvió hacia mí, me miró y se rió el maldito con expresión tal de burla que se me erizaron los cabellos.

—Eso sí que es particular—dije yo—, y excede en rareza a todo lo anterior.

—¿No es verdad, amigo, que esto parece un cuento inverosímil?

—¡Ya lo creo! ¡Y tan inverosímil!

—Aquel día—prosiguió—la consternación reinaba en el cuarto de mi mujer. Rodeábanla sus padres y algunos parentes oficiosos, de esos que acuden a todos los trances, aun cuando no sean llamados. Lloraba ella, y el iracundo conde Torbellino, su padre, aseguraba que había casado a su hija con el más fiero de los monstruos imaginables. Su madre, que era una vieja coqueta, procuraba consolarla, diciendo que no hiciese caso de mis extravagancias y tomara con calma aquellos arrebatos de frenesí que tanto la mortificaban. Cuando quedamos solos, Elena, arrojada a mis plantas, protestó de su inocencia, añadiendo que todo era una pura aprensión mía; que allí no había entrado hombre alguno; que por el balcón no había bajado nadie; que la puerta estaba abierta; en fin, tantas y tales cosas, que yo, aferrado siempre a mi idea, y seguro de la realidad de lo que había visto, fluctuando en las más atroces dudas, porque su voz tenía el acento de profunda entereza, creí volverme loco, y a ello me conducía sin remedio aquella fatal y nunca vista situación.

—Pero, hombre de Dios—le dije—, ¿no había algún medio de adquirir una completa certidumbre?

——Ninguno, porque todo se volvía en mi daño, porque cada día me llevaba a un nuevo suplicio, siendo tales los sucesos anormales que no me daban tiempo de reposar, buscando serenidad y luz. Los acontecimientos que he referido a usted no son más que la preparación o el prólogo de los que ahora le voy a contar, que es cosa sin igual en la vida, pues no tengo noticia de que a ningún ser humano le haya acaecido tan extraordinaria y profundísima desventura. En algunos momentos hallábame satisfecho de mí mismo, porque creía haber puesto, con mi decisiva acción de la noche, término a aquel incidente funesto. Dábalo todo por concluído; y cuando tal pensaba, ni la idea de haber cometido un gran crimen bastaba a calmar el gozo que por tal consideración sentía. Pero... oiga usted esto, que es el colmo de lo maravilloso. Paseábame en mi cuarto, entregado a mis normales meditaciones, cuando dieron unos golpecitos en la puerta: me admiró que alguien entrara sin ser anunciado, y dije: «Adelante.» Figúrese usted, amigo, cuál sería mi estupor cuando vi entrar en mi aposento..., ¿a quién cree usted?; al mismo Paris, la misma figura del cuadro, pero animado, vivo; un hombre, en

fin, un semidiós con levita, sombrero, guantes y bastón; un bello ideal convertido en caballero del día, como otros muchos que van por ahí. Era su rostro malicioso y agraciado, irónica su sonrisa, la mirada penetrante y viva, el mismo Paris, la misma persona del lienzo hecha un ser real, un hombre del siglo diecinueve. Juzgue usted de mi turbación: creí soñar, retrocedí espantado, quise llamar, ocurrióseme huir; pero él, descubriéndose respetuosamente y haciéndome algunas cortesías, acabó de convencerme de que tenía ante la vista a un caballero real y positivo, a quien por de pronto debía tratar como tal, correspondiendo a su mucha urbanidad y finura.

II

—¿Sabe usted, amigo don Anselmo, que eso ya pasa de maravilloso?—le dije—. Pero ¿es posible que la imaginación, por ardiente que sea, tenga fuerza bastante para dar cuerpo a una idea de este modo?

—Yo no sé, amigo mío—contestó—; yo no sé lo que era aquello; no sé sino que yo le veía como le estoy viendo a usted ahora. Era hermoso, de una belleza no común, un conjunto de todas las perfecciones físicas, tal como yo no lo había visto nunca, a no ser en las obras del arte antiguo. Vestía con elegancia correcta y seria, como todos los que tienen el verdadero sentido y la exacta noción del bien vestir; era, en fin, perfecto en su rostro, en su cuerpo, en su traje, en sus modales, en todo.

—¡Cosa más particular!—exclamé—. Pero ¿usted no le tocó, no trató de cerciorarse si era sueño, aparición, uno de esos singulares e incomprensibles fenómenos ópticos que, cuando hay fantasía preparada para recibirlos, produce la reflexión de la luz?

—Yo no sé lo que aquello era; lo que sí puedo asegurar es que tenía cuerpo real, como el de usted, como el mío, y una voz cuyo timbre no era parecido a otro alguno.

—Pues qué, ¿también habló?—dije, asombrado—. Yo creí que se iba a marchar después de saludar a usted, como hacen todas las apariciones.

—¡Marcharse!, nada de eso. Verá usted. Al principio no sabía yo qué hacer; no sabía si llamar o huir, temiendo que de aquella visita no resultara cosa buena; pero, por último, me esforcé en tener serenidad y después de balbucir algunas palabras le señalé un asiento. Resolvíme a hablar claro, y dije:

—¿Puedo saber...?

—¿A qué vengo?—contestó—. Sí, señor; vengo a hacerle a usted un señalado favor.

—¿Un favor?... Tenga usted la bondad de explicarse, porque no estoy al cabo... No tengo el gusto de conocerle.

—Sí, me conoce usted, y no hace mucho—dijo con maligna sonrisa—; anoche, sin ir más lejos...

—¡Anoche!

—Sí, anoche. ¿No se acuerda usted de aquel furor con que arrojaba piedras en un pozo, consiguiendo llenarlo al fin?

—Estas palabras y su sonrisa me helaron la sangre en las venas. El no parecía preocuparse de mi turbación, y continuó:

—Precisamente venía a hablar con usted y decirle que son inútiles todas esas armas que ha tratado de emplear contra mí. Ha de saber usted, caballero, que yo soy inmortal.

—No puedo pintar a usted la turbación que en mí produjo esta palabra: ¡Inmortal! «¡Pero este hombre es el demonio!», me dije yo para mí, y no podía hablar palabra, porque se me había hecho un nudo en la garganta.

—Sí, señor, inmortal—repitió con desenfado.

—¿Y quién es usted?—pregunté, haciendo un esfuerzo.

—Yo soy Paris.

—¡Paris! Yo creí que eso era cosa de mitología o historia heroica.

—Así es, efectivamente; pero ahora no hagamos una disertación sobre mi nombre y origen; yo tengo prisa, y no puedo detenerme aquí mucho tiempo. El objeto de mi visita es decir a usted que se cansa en vano persiguiéndome; a mí no se me mata con puñales ni pistolas, ni enterrándome vivo. Resígnese usted, ¡oh don Anselmo! Todo es inútil: no hay más remedio que bajar la cabeza y callar. Alguien allá arriba ha dispuesto las cosas de este modo.

—Caballero—dije en el colmo de la ansiedad y procurando dominar tan singular situación—: advierto a usted que

no puedo tolerar burlas de esta clase. Tenga usted la bondad de salir.

—Poco a poco, señor mío; usted tiene mal genio; usted es insoportable; así ha inspirado tanto horror a la pobre Elena.

—¿Cómo se atreve usted a nombrarla?

—¿Por qué no? ¡Si ella me ama!—exclamó, sonriendo.

—¡Monstruo! — grité, levantándome con furia y amenazándole—; calla, o si no, aquí mismo...

—¡Cuidado!—dije a mi vez, haciéndome un paso atrás, al ver que don Anselmo, contando aquel pasaje se levantó, dirigiéndose a mí con los puños cerrados, como si yo fuera la infernal aparición que tanto le había atormentado.

—Recordando aquello—prosiguió, más sereno, el doctor—me exaspero de tal modo que no me puedo contener. Cuando yo le amenecé, él se quedó tan frío como si tal cosa. Se sonrió y me miró con esa compasión desdeñosa y un tanto burlona que inspiran los hechos y palabras de locos. Su serenidad me desesperaba más. su sonrisa me mataba; no sé qué hubiera dado por poder estrangularle. Después, como si mi cólera tuviera tanto valor como las rabietas de un niño, Paris continuó:

—Ella me ama; nos amamos, nos presentimos, nos acercamos por ley fatal; usted me pregunta que quién soy: voy a ver si puedo hacérselo comprender. Yo soy lo que usted teme, lo que usted piensa. Esta idea fija que tiene usted en el entendimiento soy yo. Esa pena íntima, esa desazón inexplicable soy yo. Pero existo desde el principo del mundo. Mi edad es la del género humano, y he recorrido todos los países del mundo donde los hombres han instituído una sociedad, una familia, una tribu. En algunas partes me han llamado *Demonio de felicidad conyugal;* pero yo he despreciado siempre este apodo y otros parecidos, y me he resuelto a no llevar nombre fijo; así es que me llamo Paris, Egisto, Norris, Paolo, Buckingham, Beltrán de la Cueva, etcétera, según la tierra que piso y las personas con quienes trato. En cuanto a mi influencia en los altos destinos de la Humanidad, diré que he encendido guerras atroces, dando ocasión a los mayores desastres públicos y domésticos. En todas las religiones hay un decretito contra mí, sobre todo en la vuestra, que me consagra entero el último de sus mandamientos. Los moralistas se han atrevido a desafiarme, y los filósofos han tenido el mal gusto de publicar unos libelos impertinentes contra mi humilde persona, permitiéndose algunos hasta la tentativa de emplear medios para extirparme de raíz, ¡imbéciles!, como si yo fuera un callo o un absceso. Han pretendido acabar conmigo, como si yo pudiera perecer, como si la inmortalidad estuviera sujeta a la acción de los agentes mortíferos de que disponen. Así es que por decoro y amor propio me veo en la precisión de continuar desempeñando mi papel de plaga con toda la diligencia y recursos de que mi doble naturaleza es capaz. Aquí me ve usted siempre activo, siempre eficaz; los grandes centros de población son mi residencia preferida, porque ha de saber usted que los campos, las aldeas, los villorrios, me son antipáticos, y sólo de tiempo en tiempo me tomo la molestia de visitarlos por pura curiosidad. En las capitales es donde me gusta vivir. ¡Oh!, siempre he amado estos sitios, donde la comodidad, la refinada cultura y la elegante holgazanería me ofrecen sus invencibles armas y eficacísimos medios. La esplendidez y la voluptuosidad me gustan: soy tan sibarita como mi antigua amiga Simíramis, a quien di la inmortalidad. Crea usted, amigo, que Babilonia valía más que estas poblaciones de que están ustedes tan envanecidos; sí, valía más. Y en cuanto a vestidos, prefiero los ligeros cendales de los antiguos tiempos, y me molesta el tener que doblegarme a las exigencias del pudor moderno, ente maligno a quien no he podido sobornar sino a medias en punto a trajes. Por lo demás, no me va mal; los moralistas me vituperan y los filosofastros me tratan como si fuera un mal sofista; pero me importa poco. Los que no son suficientemente tontos ni han perdido el seso necesario para ser filósofos me aplauden, me miman, me señalan cuando me ven; las mujeres son mis más sinceras amigas, aunque algunas me tratan con cierta desconfianza, producida más bien por las calumnias de los sabios que por mi propio carácter; otras se muestran un tanto benignas conmigo, y algunas me hablan de sus maridos en un estilo que me hace reír. Esa es mi

literatura. Por otra parte, yo no soy ambicioso; soy de los que dicen *tengo lo que me basta,* y detesto la anarquía conyugal, procurando aplacarla siempre, en unión con algunos moralistas domésticos, que saben el modo de no provocar esa anarquía, cultivando mi amistad, siempre desinteresada. No me gusta el escándalo, y siempre pongo en práctica los más silenciosos medios para llegar a un fin más silencioso aún; ya he abandonado el medio antiguo y desacreditado de los escarmientos, de las sorpresas, de los sobornos, por distinguirme de cierta falsificación mía que anda por el mundo, un tal *Don Juan,* que es un usurpador insolente y, además, una plaga poco temible. Conque, amigo, no asustarse y concluyamos pronto. Sepa que está escrito, como diría un musulmán. Soy como la muerte: suena la hora y vengo. Evitarme es tan imposible como evitar a mi cofrade.

Cuando oí esta relación, resolví hacer un esfuerzo a ver si podía descifrar el espantoso enigma. Afectando una serenidad que no tenía, y tomando el asunto con la calma decorosa que me pareció conveniente, me levanté y dije:

—Caballero, sepa usted que estoy dispuesto a no tolerar sus inconveniencias. Sepa usted que tengo la edad suficiente para no creer en brujerías, ni la paciencia que se necesita para sufrir las locuras de usted.

—Este hombre no me quiere entender. ¿Sabe usted que Elena es mía?—dijo, después de reír con estrépito, con la expresión de desahogo que da la resolución de no alterarse por nada.

—No pronuncie usted más ese nombre—grité sin poder contener mi cólera.

—Pero si precisamente vengo por ella... —dijo Paris con una acentuación maligna que me erizó el cabello.

—¡Infame! ¿Qué dices? ¡Por ella! —exclamé, arrebatado.

—Sí, por ella; anoche quedamos de acuerdo, y...

—¿Anoche? ¡Ay, yo estoy loco! Demonio, hombre infernal o lo que seas, explícame este oscuro enigma; yo no puedo vivir así; yo quiero saber qué es esto... Pero Elena es inocente; ella me ha jurado que no te ha visto jamás.

—Sí, me ha visto.

—¿Cuándo?

—Siempre, a todas horas. Pero usted no entiende estas cosas; voy a explicárselo claramente.

III

Descansó mi don Anselmo un rato, porque la relación anterior, con sus diálogos entrecortados, le había fatigado mucho. Cuando reposó un momento, procurando calmar la agitatción que le devoraba, siguió el relato del modo siguiente:

—La sombra, el demonio, el semidiós, la pintura o lo que fuera, me miró un rato con aquella sonrisa maliciosa que tan bien ejecutara el artista en el cuadro donde anteriormente estaba, y después me dijo:

—Ella me ha visto, sí; me ve en todas partes. Cuando pronunció aquel *sí,* copulativo, que tan envanecido tiene a su esposo, me vió en el altar, en las luces, en el blanco ropaje de su vestido, en los negros paños del frac de usted. Desde entonces me encuentra en todas partes; en todos los reflejos halla la luz de mis miradas, en todos los ecos oye mi voz, en su propia sombra ve la mía... Abre su libro de oraciones, y las letras se mueven para formar mi nombre; habla con Dios, y sin querer me habla; cree escuchar el ruido del aire, el sonido profundo y perenne de la Naturaleza, y escucha mis palabras; está despierta, y me espera; está sola, y me recuerda; duerme, y me invoca. Su imaginación vuela agitada en busca mía sin reposar nunca. Yo vivo en su conciencia, donde estoy tejiendo sin cesar una tela sin fin; vivo en su entendimiento, donde he encendido una llama de alimento sin tregua. Sus sentimientos, sus ideas, todo eso soy yo; conque a ver si tengo motivos para decir que me ha visto.

—¡Espíritu infernal!—grité, aturdido y como fascinado—, yo no comprendo una palabra de esa jerigonza. ¿No dices que vienes por ella?

—Sí.

—¡Infame!, sal al punto de mi casa —exclamé, procurando sacudir mi aturdimiento.

—No me iré sin ella.

—¡Maldito! ¿Pues no dices que pasó la época de los raptos?

—Me explicaré: lo que yo quiero lle-

varme no es la persona de Elena; lo que yo quiero llevarme es tu mujer.

—Sofista, embrollón, ¿y qué diferencia encuentras entre mi mujer y la persona de Elena?

—Mucha, señor don Anselmo amigo —contestó.

Hízome una relación sutil y laberíntica que acabó de llevar mi pobre cabeza al último grado de turbación. No puedo menos de confesar que su voz me fascinaba, y que me parecía distinta de todas las voces que estamos acostumbrados a oír. Y si dijera que en medio del espanto, del trastorno que yo sentía, causábame sus lucubraciones cierto asombro parecido al agrado, no mentiría ciertamente.

—Confieso, señor don Anselmo—dije—, que nunca he oído narrar cosa alguna que se parezca a ese singular caso de usted. La aparición que se presenta de ese modo, su lenguaje, la familiaridad con que habla, todo me parece tan absurdo que, a no ser usted el que lo cuenta, lo juzgaría pura invención, obra de escritorzuelos y demás gente enemiga de la verdad.

—Pues es tan cierto que le vi y le hablé y me dijo lo que he referido, como es cierto que usted y yo existimos y estamos aquí charlando.

—En verdad, es cosa inaudita—apunté yo—que la imaginación, sin ninguna influencia externa, pueda dar vida y cuerpo a seres como ese diablo de París que a usted se le presentó tan a deshora. Es indudable que ese caballero no era otra cosa que la personificación de una idea, de aquella idea constante, tenaz, que usted desde tiempo atrás, y principalmene desde su boda, tenía encajada en el cerebro. Lo que no puedo explicarme es cómo adquirió existencia material y corpórea esa idea; ni sé a qué clase de generaciones espontáneas se debió ese fenómeno sin precedentes en la historia de las alucionaciones. Pero siga contando a ver en qué para eso.

—Lo que él me dijo se ha quedado grabado en mi memoria de un modo indeleble—continuó el doctor, dando un suspiro—. Nada tengo tan presente como lo que me contestó cuando le pregunté qué diferencia había para él entre la persona de Elena y mi mujer. Habló de este modo:

—Yo no quiero la persona de tu mujer. La esposa, amigo mío, la esposa es lo que busco; quiero cargar con la mitad de su lecho de usted y enseñarlo a todo el mundo. No quiero romper por eso la institución: yo respeto el sacramento; pero he de llevarme una cosa que excede en valor a la institución y está por encima del sacramento... Tres poderes establecen el matrimonio: el civil, el eclesiástico y otro que no está en manos del vicario ni del cura y sí en manos de eso que llamáis vulgo, sociedad, gente, público, canalla, vecinos, amigos, mundo, en fin. Ya sabe usted que el mundo rompe ciertos lazos que parecen inquebrantables. Pues bien: yo quiero llevarme de aquí lo que el mundo necesita para quebrantar estos lazos; quiero llevarme la abdicación de la personalidad de marido, el consentimiento de su flaqueza. Así daré alimento al vulgo, a la gente que vive de esto. Todos me preguntarán por ti y por ella; mas mi sola presencia es respuesta definitiva, porque yo soy por mí mismo la negación del lazo que os une. Quiero llevar fuera el amor que ella me profesa; hacer público lo que hoy está sólo en su imaginación, un mal pensamiento; lo que hoy está sólo en tu cabeza, una sospecha. Quiero hacer de tus dudas, de tus celos, de tus decepciones, de tus tonterías, de tus deseos, de tus locas ilusiones, un gran libro que pasará de mano en mano y será leído y releído con afán. Quiero sacar de aquí los dolores que padeces, la repugnancia y el horror que le inspiras. Quédate con su persona: yo no la apetezco. Lo que llevaré y sacaré a pública plaza es: las miradas que me dirige, las citas que me da, los favores que me concede, los desaires que te hace, las reticencias que deja escapar hablando de ti, el epíteto de *bueno* que te propinará de cuando en cuando. Lo que me llevaré es la opinión de su doncella, de tu lacayo, prontos a contar por dinero una historia: me llevaré la clave de tus distracciones oportunas, de mis entradas a tiempo. Quédate con tu esposa: yo no haré más que pasearme ante ella y ante todos, recibir la exhalación de sus ojos en presencia de centenares de personas, difundir por mi cuerpo su perfume favorito, recorrer las calles de modo que en cualquier parte

parezca que salgo de aquí, y en la oscuridad de la noche poryectar mi sombra sobre las tapias de tu jardín. Eso es lo que yo quiero.

—Cuando escuché esto, amigo mío, mi furor fué tan grande, que hice algún movimiento para pegarle; y lo habría conseguido si una fuerza secreta, una especie de terror como respetuoso no me contuviera.

—Veo que ese Paris, que se presentó cortésmente en su casa de usted, acabó por tratarle con familiaridad irreverente—le dije—. He notado que al fin le tuteaba a usted.

—Sí; aquel maldito, a poco de estar hablando conmigo, se dejó de composturas; tomaba en el sillón posiciones cómodas; me tuteaba; a veces se paseaba por el cuarto con las manos en los bolsillos, y, por último, sacó un cigarro y se puso a fumar con toda franqueza.

—Pero, hombre—le dije—, ¿por qué no probó usted a ver si con una buena paliza se disipaba la sombra?

—Vea usted lo que hice. Mi situación era tan terrible, que resolví tomar una determinación enérgica. «Es preciso acabar de una vez», pensé; y plantándome delante de él, le dije:

—Caballero, esto es una superchería y usted un farsante que ha venido aquí a burlarse de mí. ¿Piensa usted que creo en esas tonterías que ha contado de su doble naturaleza, de que es inmortal, etcétera? Yo no soy ningún loco para creer eso. Voy a romperle a usted la crisma hoy mismo, ¿lo entiende usted bien?

—¿Quieres batirte conmigo?—dijo con familiaridad burlesca—. Buenos, nos batiremos; te mataré, que es lo mismo.

—¡Oh! Me batiré con una legión como tú—grité en el colmo de la rabia—; te mataré, te degollaré con más deleite que si venciera a un tigre, a una boa.

—Pues lo dicho, dicho.

—Te mataré—continué con redoblada furia—, aunque te protejan todas las potencias infernales. No sé manejar ningún arma; pero Dios vendrá en mi ayuda. Dices que has venido a quitarme mi honor. Pues yo prevaleceré contra ti, malvado de todos los tiempos, genio protervo de todos los países. En vano tratas de desarmarme con tu ironía sangrienta, de infundirme espanto con la relación de lo que eres y de lo que puedes. Si eres un hombre, te mataré; yo estoy seguro de ello. Si eres un espíritu, te aniquilaré también, porque Dios vendrá en mi ayuda; hará de mí su instrumento para extirpar tamaña monstruosidad y aberración.

—Bien—replicó Paris, arrojando la colilla del cigarro—; nos batiremos esta noche.

—¿Cómo esta noche? Hoy mismo, ahora mismo.

—El odio me había hecho elocuente. En cuanto a mi determinación de batirme con aquel ente sobrenatural, se explica por la situación de mi espíritu. La muerte no me daba espanto; antes al contrario, me parecía un consuelo. Si me mataba, concluían todas mis penas; si él era un hombre, yo podía tener la suerte de acabar con él. Si era un espíritu..., en fin, ¿a qué razonar en aquel momento? Mi determinación estaba tomada, y por razón ninguna hubiera desistido de ella.

—Pero, hombre—le dije—, ¿no era temeridad dar ese paso, arriesgarse a morir?

—Yo no sé lo que era. Yo quería concluir—repuso el doctor—, y no veía otra manera de despejar la incógnita.

—¿Y se batieron ustedes?

—Sí; yo no quería padrinos; quería que aquel duelo fuese solitario como mi pena. Nada me importaba morir. Resuelto a no prolongar mi agonía, nos dirigimos aquella misma tarde a un sitio cercano a la capital.

—Pero, hombre, ¡sin testigos!

—Llevamos dos pistolas; ambos fuimos en mi coche, y su buen humor era tal durante el camino, que me aseguró más en la inminencia segura de mi muerte. Para mí aquello era en realidad un suicidio que yo realizaba en forma inusitada y nueva.

—¿Y cuál fué el resultado? Tengo curiosidad por saber cómo se portó usted delante de un adversario tan temible.

—¡Oh amigo!—dijo el doctor—; el resultado es lo más singular de la aventura; y de ningún modo puede usted sospecharlo. Yo le aseguro que es enteramente distinto de lo que usted se ha figurado.

IV

Confieso que la narración del doctor Anselmo me iba interesando un poco, por pura curiosidad se entiende, pues no podía ver en ella realidad ni verosimilitud.

Había, sin embargo, una pequeña dosis de sentido en el fondo de todos aquellos desatinos, porque la figura de Paris, ente de imaginación, a quien había dado aparente existencia la gran fantasía de mi amigo, podía pasar muy bien como la personificación de uno de los vicios capitales de la sociedad. Si el doctor inventó aquello, fuerza es confesar que no carecía de algún intríngulis su invención; si, por el contrario, creía real lo que contaba, indudablemente era uno de los mayores iluminados que han visto los tiempos. Deseoso de saber en qué había parado aquel duelo extraordinario, le incité a seguir; él no se hizo de rogar.

—Paris y yo nos dirigimos en mi coche al sitio que habíamos elegido. Por el camino hablamos poco, aunque él procuraba entablar conversación incitándome con dichos ingeniosos y agudezas que no quiero recordar. Yo no pensaba más que en la muerte, que creía cercana, inspirándome más regocijo que pena. Mi serenidad no era la serenidad del valor, sino la de la resignación; en aquel momento el mundo, mis riquezas, mi esposa, me daban hastío y repugnancia. Veía cerca el término de tantos dolores, y aquel hombre, aquel monstruo diabólico en forma de ser humano, más que enemigo, me parecía una salvación.

Cuando llegamos al sitio del duelo la tarde caía y el Occidente se iluminaba con espléndidos colores y reflejos. Era fresco y húmedo el aire, y tan apacible, que apenas se movían las hojas de los árboles, amarillas y débiles ya por los fríos del otoño. Sin necesidad de ser agitadas, se caían por su propio peso, muertas y lívidas antes de abandonar el árbol. Me acuerdo de esa tarde como si hubiera sido ayer. Paró el coche, bajamos y anduvimos un buen trecho solos.

—¡Ay amigo don Anselmo!—exclamé yo—, reconozcamos que los procedimientos de ese duelo son de una inverosimilitud incomprensible. ¡Ir a matarse sin testigos, llevar usted al contrario en su mismo coche!... Eso no pasará en ninguna parte, y estoy seguro de que es el primer ejemplo que se ve en las sociedades modernas.

—¡Inverosimilitud!—exclamó don Anselmo—; ¿quién habla de eso tratándose de un caso que está fuera de los límites de lo humano? No busque usted aquí la regularidad; si esto fuera como lo que pasa ordinariamente, no lo contaría.

Esta razón no dejaba de tener fuerza y callé.

—Cuando elegimos el sitio, Paris me dijo:

—¿A ver las pistolas?

—Son buenas—repliqué yo, entregándoselas.

—Lo mismo me da—contestó sin examinarlas—: para mí todas las armas son buenas. Cárgalas delante de mí, y después echaremos suertes a ver cuál tira primero.

—Ya están cargadas.

—A ver de qué modo echamos suertes —dijo Paris, paseándose por el campo con el mismo desenfado y franqueza con que se había paseado en mi habitación.

—Con un pañuelo—dije yo—. Hagamos un nudo en una de las puntas y el que...

—Me parece que eres un poco fullero —indicó Paris, riendo con todo el aplomo del que sabe que va a matar a su contrario.

—Arrojemos una moneda al suelo —añadí yo con impaciencia, porque aquellos preparativos para llegar a un fin para mí incuestionable me molestaban.

—Bien; pues si sale cara, tiro yo.

—Si sale cruz, me toca a mí.

—Vamos, echa la moneda de una vez.

—Arrojé la moneda, cayó al suelo y ambos nos inclinamos para poder distinguir la señal. Salió cruz: a mí me tocaba tirar primero. Nos colocamos a diez pasos. Yo apunté o, por lo menos, levanté el brazo, procurando dirigir el cañón de la pistola hacia el pecho de mi enemigo. El se reía al ver cómo el cañón del arma describía curvas en el aire, y allí me soltó unas cuantas agudezas que me desconcertaron más, obligándome a bajar la mano, pues habiéndose enfriado los dedos con el aire de la tarde, ni aun tenía fuerzas para disparar el tiro. Pero pronto apunté de

nuevo para no irme al otro mundo sin desempeñar mal o bien el papel que mi honor me había impuesto en aquel lance. Apunté sin procurar dirigir la bala, y cerré los ojos; el tiro salió, y Paris cayó en el suelo sin dar un grito, porque la bala le había atravesado de parte a parte el pecho.

—¡Demonio!—exclamé al ver el inesperado fin del lance—. ¿Conque muerto?

—La contemplación de un milagro —continuó el doctor—no me hubiera causado tanto asombro como aquella victoria adquirida sobre tan terrible adversario. Matar a semejante hombre, vencer a aquel genio maligno, era más de lo que podía esperar quien nunca manejó un arma, ni aprendido a luchar con antagonistas del otro mundo. Había vencido al mayor enemigo de la paz conyugal. Si era hombre, había librado al mundo de un malvado; si era la personificación de un vicio, una plaga humana, una calamidad social encarnada en arrogante cuerpo, había yo quitado a la sociedad la mitad de sus escándalos. Yo creí que alguna divinidad celeste había venido en mi ayuda. «¡Oh!, mi honor—pensé—, mi honor, este sentimiento puro, acrisolado, ha sido para mí la divinidad protectora que ha dirigido mi brazo; ha infundido un soplo de vida en esta bala, para que volara consciente e irritada hacia aquel pecho y partiera aquel corazón centro de perfidias y engaños. ¡Dios mío!, si el duelo es un crimen; si lo que acabo de hacer es un asesinato, perdona esta falta, precursora de bienes sin cuento. Tú, que has permitido la presencia de este monstruo; tú, que eres dueño y regulador sabio de los beneficios y los castigos; tú, que das la lluvia benéfica, el rocío, el sol, el maná, y permites la peste, el hambre y el incendio, perdonarás, perdonarás la inmolación de este que creaste para nuestro castigo, imponiéndonos el trabajo de vencerle.»

Examiné atentamente el cuerpo de Paris, y vi que de su herida brotaba un torrente de sangre; pero estaba vivo aún; respiraba, movía lentamente los ojos y me miraba con una expresión que no podía yo definir bien.

Su mirada no era de tristeza ni de dolor. El singular estado de mi cabeza me hacía ver en sus labios una sonrisa burlona. Pero a pesar de esto, su rostro estaba lívido, y su cuerpo, desmayado y flojo. ¿Creéis que al verle así me dió lástima, y hubo un momento en que se aplacó mi odio? Somos hombres al fin. Además, al tocarle, al cerciorarme por mis propios sentidos de que era cuerpo humano, desapareció de mi pensamiento la creencia de que fuese una sombra, un ente de razón; en aquel momento no pensé sino que era un joven que, habiendo adivinado mis pensamientos, quiso darme una broma o burlarse de mí, haciéndose pasar ante mis ojos como un ser sobrenatural. En resumen: al ver aquel hombre herido por mí, que se desangraba en un campo solitario, sin auxilio de nadie, sin alivio corporal ni espiritual que suavizara un poco su muerte ya segura, me dió tanta lástima, que resolví meterle en el coche y llevarle a mi casa para darle el auxilio que necesitaba.

—Pero ¿no comprendió usted—le dije—que se exponía a que le descubrieran?

—Habríale abandonado si hubiese estado muerto; pero vivía, respiraba. ¿Cómo dejarle allí? Eso no cabía en mis sentimientos; además, mi odio se había disipado ante la victoria. No cejé en mi resolución; le metí en el coche con ayuda de mis criados, y... a casa.

—Pero ¿no podía usted depositarle en otra parte?...

—No; en mi casa no le descubrirían, porque había de tomar todas las precauciones imaginables. Abandonado o entregado a alguien, si sería descubierto inmediatamente. Así pensaba yo, camino de mi casa. Llegamos ya muy entrada la noche. Nadie nos vió entrar; le subimos con mucho cuidado y le pusimos en un lecho. Cuando quedé solo con él, le examiné con mucha atención: aún vivía. Mucha sorpresa me causó el que, lejos de estar más extenuado, más débil, más cercano a la muerte, por ser la herida profundísima, parecía más animado, y clavaba la vista serena y observadora en los objetos que adornaban la habitación. Cuando me sintió cerca, fijó en mí los ojos con una tenacidad que me hizo temblar. Parecía sondarme hasta el fondo del alma. Aquéllos no eran los ojos de un moribundo. Después que me miró largo rato sin pestañear, su mano, fría como el

mármol, tocó mi mano, comunicándome una corriente glacial, que circuló por todo mi cuerpo, haciéndome estremecer con una impresión para mí desconocida; sus labios se movieron como para articular un quejido, y una voz, que parecía salir no de su boca, sino de una profundidad invisible, una voz de inmensa resonancia y gravedad, dijo estas palabras, que no puedo recordar sin espanto:

—Majadero, yo soy inmortal.

V

—Aún me parece que le estoy mirando y que le estoy oyendo—continuó el doctor, un poco abstraído.

Después se puso a mirar atentamente al techo, como si allí arriba hubiera alguna cosa escrita. Abandonado a la meditación, los ojos se le iban al cielo, tomando todo él aquella actitud de santo que le era peculiar. Después prosiguió la historia como sigue:

—No sé qué pensé entonces. Me ocurrió encerrarle allí, y esperar días, semanas y meses a ver si herido, solo, sin comer ni beber, podía existir aquel ser maldito. Entre tanto, salía la sangre de su herida, sin que por eso se postrara más su cuerpo; por el contrario, animábase cada vez más, aumentando mi desesperación. Diga usted si el caso no era para volverse loco. ¡Estar constantemente perseguido por aquel demonio, que tampoco había podido matarme, y que concluía por instalarse en mi casa, junto a mí, siempre a mi vista, como mi conciencia, como mi pensamiento, como mi miedo! Mi rabia no tuvo límites cuando le vi incorporarse en el lecho, y exclamar:

—Ya ves de qué modo has conseguido que no salga de tu casa. ¿Te atreverás a arrojar de ella a un hombre que has herido, a un hombre que se desangra y se muere? Si me echas de aquí, no es posible que te libres de la nota de asesino. Se descubrirá que has intentado matar a un hombre, vendrá la Justicia, habrá escándalo... Dirán que el bueno de don Anselmo encontró a un galán en el cuarto de su esposa y le pegó un tiro. Ya ves, ¡qué escándalo! Si quieres que me marche, me marcharé; pero bien te dije que al salir de esta casa me llevaría tu honor. Necio, en vano quieres prevalecer contra mí, contra lo inmortal, contra lo omnipotente, contra lo divino. Yo soy superior a los hombres; yo soy parte de ese mal que desde el principio pesa sobre vuestra existencia, y del cual no os podéis librar, porque una ley suprema le pone sobre vosotros y en vosotros como una faz de la vida. Aquí estoy, en tu casa; eso es lo que yo quería. Ella sabe que estoy aquí; muchos de fuera lo saben también. Pero esto es ahora un secreto guardado por muchos. Si quieres que haya escándalo, si quieres que mil voces hablen de mí, si quieres que esto se publique por calles y plazas, échame de aquí; yo me voy gustoso, pero ya sabes todo lo que me llevo.

—Pero ¿qué fuerzas se han de emplear contra ti?—exclamé en el colmo de la turbación—. Sean morales o materiales, algunas fuerzas habrá que te venzan, demonio incomprensible, más fatal que cuantos se emplean en tentar a los hombres, llevándolos por los caminos de todos los vicios.

—Contra mí no hay nada que prevalezca—contestó, recobrando poco a poco su habitual buen humor y ligereza—. Ningún arma me puede herir; no tomes en serio lo que ha pasado; no creas que me has vencido, pobre loco; lo que has visto no ha sido más que un incidente preparado con objeto de atraparte mejor. Esta casa ya es mía; ya he penetrado en ella y no me puedes arrojar; todo el mundo sabe que Paris ha entrado en tu casa, y tú, aunque emplees todas tus facultades, todo tu dinero, cuanto existe y cuanto vale en la tierra, no podrás convencer a nadie de lo contrario...

—¡Oh!, yo no sé lo que haré—grité, desesperado—; yo voy a pegar fuego a esta casa para que perezcamos todos.

—¡Fuego!—dijo él, riendo diabólicamente e incorporándose en el lecho—, ¡fuego! Si ése es mi alimento, si vivo en él; fuego es mi sangre, mi aliento, mi mirada, mi palabra; quemo, devoro, aniquilo. No opongas a mi poder esos elementos venales que a un signo mío obedecen sumisos. Yo digo al aire: «Agita sus cabellos, lleva a su oído ecos que la sumerjan en esas meditaciones vagas, de cuya confusión sale luminoso, inexorable, el primer mal pensamiento.»

Y el aire me obedece. Yo digo al agua: «Ve y acaricia con irritante frialdad o calor suave su cuerpo, que en las ondas del baño se abandona indolente; difunde en ese cuerpo la languidez y altera la serenidad de su cabeza, produciendo el mareo voluptuoso que engaña la conciencia y hace accesible la fortaleza del recato.» Y el agua me obedece. Yo digo al fuego: «Corre por sus venas, enardece su corazón, y haz brotar en su pensamiento esa chispa incendiaria que es la abdicación postrera de la voluntad.» Y el fuego me obedece. Yo digo a la luz: «Refleja en el espejo las hermosas líneas de su rostro, y lleva de su espejo a sus ojos la imagen del cuello, del labio, de la cabellera, del talle, para que aumente su amor propio, baluarte formidable que me defiende.» Y la luz me obedece. Aún más: yo soy ese aire murmurador, esa agua voluptuosa, ese fuego que inflama, esa luz que adula. Ciego: me estás viendo, crees que estoy aquí. No; yo estoy allá, junto a ella; yo no la abandono nunca, porque soy su idea, su mal pensamiento, su mal deseo: yo no me separo de ella jamás. En vano tratas de perseguir ese mal pensamiento, ese anhelo, cuando por un singular fenómeno se te presenta en forma humana. Torpe, ¿no comprendes que yo no puedo ser enterrado bajo un montón de piedras? ¿No ves que es imposible matarme de un tiro como se mata a un pájaro, a un ladrón?

—Calla, por piedad, monstruo—exclamé, angustiado—. ¿Qué delito he cometido para tan gran tormento? Porque esto es castigo, sí, de algún crimen ignorado. Yo, que soy la probidad, el pundonor, la lealtad, la sobriedad, ¿por qué he merecido esta tortura, que produce un trastorno en todas mis facultades y acabará por volverme loco?

—Tú tienes la culpa—dijo Paris con serenidad, sin dar ya señales de postración y como si un médico sobrenatural hubiera sanado por encanto su herida—; tú tienes la culpa, tú, que me has llamado, que me has traído, que me evocaste con la fuerza de tu entendimiento y de tu fantasía.

—Pues yo, con esa misma fuerza, te conjuro para que me dejes en paz. Yo no puedo vivir así, diablo, espíritu, pensamiento o lo que seas. Vete; yo te arrojo de mi cabeza; yo te expulso de mí, ya que no has querido darme la muerte; vete, porque esto es mil veces peor que morir.

—¡Irme! No puede ser—contestó mi enemigo, encendiendo un cigarrillo de papel—. Ni yo, aunque quisiera, tengo poder para abandonarte. Mientras tú tengas ideas y sensaciones, yo estaré aquí. Renuncia a todo eso y me iré; resígnate a ser, en vez de hombre inteligente y sensible, una máquina automática, sin ninguna vida espiritual; resígnate a ser un bulto vivo, y entonces me marcho.

—Me resignaré. Yo quiero morir y no pensar; yo quiero ser una bestia y no sentir en mi cabeza esto que llevo desde el nacer para tormento mío.

—No lo tomes así, tan a pechos—repuso—; estas cosas deben considerarse con calma; sé filósofo; ten esa grandiosa serenidad que ha hecho célebres a muchos maridos, y no quieras sobreponer un falso pundonor a ciertas leyes sociales que nadie puede contrariar.

—No me trastornes más; yo quiero morir; quiero ser sacrificado a este pensamiento que me ha devorado, consumiéndome todo.

Decía yo esto con la mayor sinceridad, amigo; deseaba morir, o vivir sin conciencia ni entendimiento; si esto era vivir, había en mí como un delirio, una excitación tal, que nunca después he vuelto a experimentar cosa parecida. Fijaba mi vista en aquel hombre, le tocaba, le veía, tenía todos los fundamentos necesarios para creer en su existencia, y aún me parecía todo un sueño.

¿A usted no le ha pasado que al sufrir los tormentos de una pesadilla se muestra íntimamente incrédulo ante tantos dolores, y dice: «Esto es sueño», como si una chispa de razón velara cuando todas las facultades se nublan, menos la fantasía, que lo domina todo a sus anchas? Pues lo mismo yo, en aquel delirio angustioso, decía para mí a veces: «Esto es un sueño.» Pero la realidad me desmentía: hallábame en mi casa; me reconocía despierto, como ahora me reconozco vivo. Iba y venía, presa de una horrible ansiedad, y todo lo que me rodeaba era real: las personas, las mismas; idénticos los objetos. Salía de mi cuarto a ver si la impresión de cosas externas me daba alguna luz; pero nada lograba. Por fin, deter-

miné ausentarme de allí: cerré el cuarto, dejando dentro al herido, y fuí a la habitación de Elena. Cuando entré, mi mujer se sobrecogió de espanto, tembló, y después me dijo algunas palabras mal articuladas, porque el terror le embargaba la voz. No sé qué íntimo convencimiento me obligó a mirar todo, a registrar todo, agitado, convulso, demente. La infeliz gemía: creo que la maltraté. Después, andando de un lado para otro, registraba con afán, y era tal mi trastorno, que hasta debajo de las sillas, dentro de los vasos de su tocador y entre las hojas de los libros quería encontrar lo que buscaba. Allí no había nada; yo nada vi; pero tenía la convicción profunda de que allí estaba; en el aire, en la sombra, en el perfume, en el eco de nuestras voces, en todo me parecía sentir la presencia de aquel maldecido. «¿Dónde está?—grité—; ¡aquí hay alguno!» «¿Quién?», dijo ella, desesperada. «¡Ese—contesté yo—, ese monstruo, ese espíritu de hombre! Yo sé que está aquí, yo le siento, yo le oigo. Sí, Elena, está aquí; tú le tienes. Le veo en tus ojos, le oigo en tu voz; está aquí.»

Y, en efecto, la sombra de todos los objetos me parecía su sombra, el eco de nuestras voces parecíame su voz, y en los vagos accidentes de la luz, del sonido, del tacto, me parecía encontrar algo de la persona, del aliento de aquel genio execrable. Elena lloraba con tanto desconsuelo, que fué imposible recriminarla. Unicamente le decía: «Sí, aquí está, aquí está.» Por fin, salí de allí, porque me trastornaba cada vez, y volví a mi cuarto, donde le había dejado cerrado con llave. Al entrar di un grito: el herido no estaba allí. Mi espanto fué tal, que no pude dar un paso, y me dejé caer en un sillón. Las fuerzas me faltaban ya por efecto de las continuas y dolorosas impresiones de aquel día; me desvanecí, me desmayé, y a no haberse entregado espontáneamente mi naturaleza al reposo no sé qué hubiera sido de mí. Quedé inactivo y como muerto durante largas horas. En el momento de recobrar el tino, amanecía. Sentí ruido en la puerta, miré, y era Paris que entraba de bata, pantuflas y con el cabello en desorden, como quien se levanta de la cama. Pasó delante de mí, mirándome con la diabólica sonrisa que era en él constante. Yo le miré también largo rato, y el estupor, cierto marasmo moral que yo sentía, impidiéronme dirigir la palabra en mucho tiempo.

Cuando esto decía, el doctor hallábase también poseído de aquel marasmo moral que refería. Tenía turbios los ojos, lenta la voz, difícil el aliento, estaba fatigado, y, sin duda, el recuerdo de los sucesos referidos le producía muy fuerte emoción. Por eso, y considerando lo que padecía el infeliz al traer a la memoria su insana idea, no me atreví a hacerle las mil observaciones que sobre el caso se me ocurrían, reflexiones que hubieran entibiado mucho el entusiasmo y fe con que refería tales locuras

CAPITULO III

ALEJANDRO

I

Aquella noche no pudo continuar el doctor su curiosa narración, que, a fuerza de extravagante, me había inspirado algún interés. Yo deseaba saber cuál sería la hazaña final del travieso héroe de la antigüedad que se propuso quitar el juicio a mi pobre amigo, si es que alguno tenía. Bien se echaba de ver que aquello había de concluir pronto de cualquier modo, pues no era posible que semejante invención, o lo que fuese, se prolongara por más tiempo del que la ley del arte exige, y, además, según lo último que refirió mi amigo, se comprendía que el desenlace no podía estar lejos. Pero aquella noche, como he dicho, no le fué posible satisfacer mi deseo: hubiéralo hecho él, a pesar de su cansancio y de lo impresionado que estaba con el recuerdo de sus desventuras; mas no le insté a que siguiera, quedando de acuerdo para celebrar nueva sesión la noche siguiente, como lo hicimos. Reanudando el interrumpido hilo de su discurso, el sabio continuó así:

—¿En qué quedamos? Porque de anoche acá me he trascordado; y siempre que recuerdo aquello hay un desquiciamiento en mis facultades, de ordinario no muy sanas.

—Quedamos en un incidente interesantísimo. Usted se había desvanecido,

se había dormido, abandonándose a un profundísimo sueño, que yo tengo para mí fué obra de algún sortilegio de aquel ente infernal, y al despertar, ya casi de día, vió aparecer a Paris, de bata y pantuflas, como si se levantara de la cama.

—Así es, en efecto—dijo—, y yo, según indiqué a usted, en mi estupor no pude decirle palabra en mucho tiempo; le miraba, sintiendo en mí algo de ese mareo que precede a un letargo profundo; le miraba pasearse por el cuarto con las manos en los bolsillos de la bata, sacar un cigarro, encender un fósforo, raspándolo en la caja, y después fumar tan tranquilo.

—¿Y no hablaron ustedes?

—Sí, hablamos. Lo particular es que aquella bata era la mía, y le caía tan bien, que ni pintada; como si se la hubieran hecho a su medida.

—Está visto que ese farsante quería apropiarse todo lo que era de usted—observé; y me arrepentí al poco rato de haber hecho tal observación.

—Sí—dijo tristemente—. Por fin, viendo que nada podía hacer contra aquel miserable; viendo que no le podía vencer, que no le podía matar, que no le podía arrojar de mi casa, resolví entregarme al dolor, rendirme, incapaz ya de resistir más tiempo. No injurié a Paris, no le maldije ni intenté maltratarle, porque nada valía contra él. Di tregua a la ira, trocándola por una resignación serena, que fué en mí entonces de algún alivio.

—Yo me voy—le dije—, puesto que nada puedo contra ti. Demonio invulnerable, yo te abandono todo: mi casa, mis riquezas, mi posición, mi esposa; todo queda en tus manos, incluso mi honor, que no he podido librar de ti. Hablo de mi honor en la opinión de las gentes, que mi honor en mi conciencia, eso va siempre conmigo y no me lo puedes quitar con tus malas artes. Prefiero andar errante lejos de aquí, en país desconocido, despreciado de todos, a soportar este suplicio en que vivo, privado de los más inocentes goces del hogar. Quiero huir; quédate aquí en posesión de todo: me considero vencido.

—¡Necio! — contestó, mirándome—. ¿Adónde has de ir que yo no pueda seguirte? Recuerda lo que te dije anoche. Si al marcharte te dejas aquí el entendimiento y la fantasía, lo que hay en ti de divino, lo que te distingue de la bestia, puedes marcharte tranquilo, no te molestaré; pero si no, no cantes victoria, que yo iré contigo en esta o en otra forma; pues cuando me encariño con una persona no la abandono fácilmente.

—Pero si ahí te dejo todo—repliqué—, ¿qué más quieres? Ya no temo la deshonra, no temo el escándalo, no temo nada. Puedes gozarte de tu obra; no me importa que hablen de mí, que me señalen, que me injurien con los más denigrantes apodos. ¿Qué más quieres de mí?

—Sosiégate, ¡oh Anselmo! — exclamó Paris—. ¿Adónde vas solo, errante por esos mundos, perseguido siempre por mí, aunque en distinta forma? Ten calma; reflexiona, medita la gravedad de tu determinación. ¿No ves que eso es cobardía indigna de un hombre de corazón? Acepta el martirio, y resístelo hasta el fin, como cumple a quien blasona de temple de espíritu, y de esa entereza que enaltece a los hombres más que el valor frenético y temerario. Aquí es donde debes estar siempre, en presencia de tu dolor, siempre en tu puesto, soportando una tras otra las angustias de esta crisis, que no es nueva en el mundo y que ya ha trastornado a muchos. Aquí, amigo, aquí. No dirás que no soy concienzudo, que no razono con la madurez que distingue a las personas graves de los mozalbetes casquivanos y presumidos.

—¡Oh, esto ya es demasiado!—dije—. ¿No he de salir de aquí, no he de abandonar esta casa? ¿También me has de perseguir lejos de estos sitios? Eso no puede ser; y si así fuera, yo me embruteceré, no pensaré, como has dicho; seré un animal de los más torpes y groseros. Si esto es ser hombre, maldigo mi condición, y me río de esa pomposa palabrería con que la enaltecen algunos, diciendo que somos los reyes de lo creado. ¡Qué imbecilidad!

—Sí; ¡eso es ser hombre!—afirmó él—, y eso es ser rey de la Creación. Yo he vivido desde el principio del mundo, y he presenciado multitud de sucesos terribles, individuales y sociales. Sé lo que son esos dolores, cuya importancia es tal en la esfera de la vida que algunos han traspasado los límites de lo personal para conmover al mundo, como su-

cedió en la guerra de Troya, cuyos pormenores recuerdo como si hubieran pasado ayer. Por lo que he visto desde entonces, comprendo que se engaña el que crea poder eximirse de ese gaje de angustias con que pagáis el orgullo de ser la flor y nata de lo creado; comprendo la inmensa verdad que encierra el dicho de Goethe: «El que no está preparado a la desesperación, no está preparado a la vida.» Animo; no eres tú el primero de los que se aniquilan, quemándose en la llama de la vida, como se quema la mariposa en la luz; tú no eres el primero, eres un ejemplar de esa rica colección de mártires que han hecho del vivir una bella y sorprendente epopeya.

—¿Sabe usted qué no dejaba de explicarse con juicio?—dije, observando que Paris disertaba sobre la vida con una seriedad que, aunque no exenta de extravagancia, le hacía, sin embargo, mucho honor.

—Aquel endiablado se había puesto a filosofar, dejando su cínica desenvoltura para hacer reflexiones en un tono que me parecía más burlesco que sus chanzas del día anterior.

—Y después, ¿qué hizo?—pregunté, esperando que el aparecido se quitara, al fin, la bata y las pantuflas de mi amigo para vestirse y arreglarse.

—Verá usted—agregó el doctor—. Yo no permitía que nadie entrara allí; pero entró, cuando yo estaba descuidado, un criado a anunciarme a mi suegro el conde del Torbellino, y no manifestó haber visto la sombra. El criado, al parecer, creyó que yo estaba solo. Iba yo a salir con objeto de recibir a mi suegro, cuando éste, que no se andaba en ceremonias, entró. Yo temblé pensando que pudiera ver a Paris; pero no. Paris estaba junto a mí, y el conde no le vió. Para él, lo mismo que para el criado, hallábame solo en la habitación. ¡Cosa más particular! Varias veces el aparecido pasó entre él y yo, sin ser visto más que de mí. Yo solo sentía sus pasos, yo solo recibía el rayo de su mirada, de una viveza imposible de pintar. Mas a poco de estar allí el conde del Torbellino, Paris desapareció; yo miraba a diestra y siniestra por ver si se ocultaba en algún rincón; pero nada; había desaparecido. No vi más que mi bata y mis pantuflas, arrojadas sobre una silla. Mi diálogo con mi ilustre suegro fué importantísimo, y es de gran utilidad el referirlo para mejor inteligencia de esta sin igual historia. Pero antes voy a dar a usted algunas noticias de tan respetable personaje.

II

—El conde del Torbellino—continuó don Anselmo—era un hombre tempestuoso, y no porque tuviera carácter irascible, violento y amigo de pendencias, sino porque su espíritu, esencialmente tranquilo, se manifestaba al exterior de la manera más resonante y ampulosa. Cuando decía alguna tontería, cosa frecuente en él, su voz, bronca por naturaleza, se ahuecaba hasta lo más bajo del diapasón; cuando quería convencer a alguien de que era hombre importante y de que los negocios le traían loco, su palabra llegaba al último grado de la vana grandilocuencia; sino decía nada, su respiración semejaba a un vendaval lejano. Locuaz y retumbante, parecía el símbolo de la tormenta, la explosión hecha hombre. Sus oyentes eran muchos; complacíanse sus tertulios en escuchar el estrépito de su voz descomunal; pero en tocando a reír, la turba de interlocutores se dispersaba más que de prisa, porque la carcajada del buen señor trastornaba y aturdía.

La caja sonora que tan atroces ruidos producía era proporcionada al sonido mismo. Corpulento, pesado, cavernoso, monumental, el señor conde era una pieza estimable que podía honrar a cualquier cantera. A semejante mastodonte no faltaban dignidad ni donaire: antes al contrario, su crasitud cuadrilonga le daba cierto aspecto cesáreo y dictatorial.

Su rostro era más bien hermoso que feo, adornado lateralmente de espesas patillas blanquinegras, la nariz tenía algo de la voluta corintia; la boca, grande, de labios carnosos y retorcidos, se asemejaba a las bocas de esas máscaras griegas que vomitaban festones y emblemas. Dos grandes contracciones sostenían en los extremos de esta boca una hilaridad presuntuosa, tan constante en él y tan grabada en su rostro, que podía decirse que en él la sonrisa era una ficción. Sus lentes eran algo más, eran un órgano; la frente, en que algunos

pelos aplastados por el sombrero y pegados por el sudor dibujaban una especie de leyenda jeroglífica, era pequeña, deprimida y roja; pero de un rojo intenso y como transparente, cual si los sesos de aquel buen señor fuesen de bermellón o cinabrio. Su cuerpo era un prodigio de solidez arquitectónica; cada extremidad, un portento de equilibrio; y sus hombros, su abdomen y su espalda, otras tantas obras maestras de estereotomía muscular; sus pies, dos ladrillos. A pesar de tanta solidez, este monolito se movía con bastante soltura; y cuando hablaba, los brazos daban vueltas como dos aspas de molino, amenazando descabezar al que tenía la desdicha de escucharle.

En cuanto a entendimiento, el conde pasaba por ignorante entre muchos y por sapientísimo entre algunos; mas no era ni una cosa ni otra. Sin ser ilustrado, sabía lo bastante para hablar de todo, no disparatando siempre. En algunas cuestiones, sin embargo, era fuerte, sobre todo en Política y en Hacienda. Ocupábase mucho de la alza y baja de los fondos públicos, y negociaba con el crédito del Estado, tomando parte con los primeros capitalistas en las más arriesgadas operaciones mercantiles, lo cual fortalecía sus conocimientos en Hacienda. La suya le inspiraba serios temores, sobre todo en la época a que me refiero, y el mal humor que le ocasionaban sus desbarajustados asuntos se hubiera trocado en hipocondría si mi casamiento con su hija no echara un buen puntal a su fortuna.

Distinguíale también un notable prurito de agradar a las gentes. Su amabilidad, aunque tonante y explosiva, le había captado la voluntad de muchas personas. De esta amabilidad nadie tenía mejores pruebas que yo; siempre fuí objeto de su predilección, y nunca más que en la ocasión de que hablo pude conocerlo. El conde me probó el gran interés que yo le inspiraba en aquel diálogo que voy a referir a usted con la puntualidad que mi memoria me permita.

—Mi querido yerno—dijo él—, ya siento tener que hablarte de este asunto, pero es necesario. Elena no puede vivir así. No te enfades; nadie mejor que yo conoce tus buenas prendas; nadie ha tratado de disculparte más que yo; pero han llegado las cosas a un extremo...; tu carácter...

—Yo no entiendo ni una palabra de lo que usted me quiere decir—le contesté, presumiendo que algo grave encerraban aquellas indicaciones.

—Todos en la casa dicen que estás loco—añadió el conde—. Esta opinión, el único que la ha combatido he sido yo, que desde antes que entraras en mi familia conocía tu carácter. Yo sé que no es locura; estos arrebatos que hoy te dan son antiguos en ti, si bien los agrava actualmente una monomanía, uno de esos estados pasajeros del alma que nos ponen a veces en tal disposición que no parecemos tener pizca de sentido.

—Pues usted me explicará eso mejor, si quiere que le entienda—dije yo, que ya tenía demasiadas confusiones en la cabeza para comprender de una vez la nueva serie de enredos que mi suegro me traía.

—Elena se queja con razón—contestó—; la infeliz ha enflaquecido de tal modo estos días, que parece un cadáver. Todos procuramos consolarla. ¡Cuidado que eres extravagante! La atormentas del modo más cruel; la asustas con tus atrocidades sin cuento. Pero ¿en quién has visto cosa semejante? Según ella refiere, algunas noches entras despavorido en su cuarto, diciendo que has oído allí la voz de un hombre: otras veces la maltratas, la injurias, asegurando que has visto a alguien saltar por su ventana al jardín. Cuando más descuidada y tranquila se halla, entras furioso, profiriendo gritos y amenazas y preguntando dónde está él; tu aspecto infunde miedo; tus palabras son las de un loco; tu ademán es descompuesto. Di si hay mujer que tenga la fortaleza y el temple suficientes para ver con calma estas cosas, y considera también si no hay en tu conducta bastantes motivos para atraerte, no digo yo la antipatía, sino el horror de tu esposa.

—Sí—repliqué yo—, lo confieso; pero usted no sabe que para obrar así tengo mis razones.

—¡Razones! No seas tonto. ¿Qué razones puedes tú tener para obrar de esa manera? Si tuvieras la calma, la filosofía que se necesita para poder vivir en estos tiempos que alcanzamos, no te sucedería eso. Es que tú te apuras por

nada; eres muy puntilloso; tomas muy a pechos todas las cosas, y, en resumen..., no sabes vivir.

—Suplico a usted, mi querido suegro, que me explique eso, pues quizá me dé alguna luz en la situación en que me hallo.

—Quiero decir que te cuidas demasiado de la opinión de las gentes, cosa que se debe despreciar las más de las veces, sobre todo cuando, como en la ocasión presente, no se funda en nada positivo, sino en esas presunciones vulgares, hijas de una gran decadencia moral.

—Pero ¿qué dice la opinión de las gentes?—pregunté yo—. ¿Alguien se ha atrevido a hablar de mi casa, de mi familia?...

—Te diré—contestó él enfáticamente—; no debes apurarte por esto, que, además de no tener importancia, es cosa que se ve con demasiada frecuencia para inspirarnos recelo. No hay que hacer caso de la opinión de esa gente holgazana que vive de la cháchara y el escándalo, atisbando siempre en lo más íntimo de las familias... No te apures por eso. Sólo con el desprecio se corresponde a la vileza de esas infames gentes que nada perdonan, ni aun lo más santo y respetable.

—Pero ¿qué dicen de mí?

—Mira, nosotros no debemos hablar de esas cosas—contestó—, pues hasta nombrarlas me parece indecoroso. Dejémoslo, y se acabó... Trata de serenarte.

—No; yo quiero saberlo, y pronto —contesté, muy agitado.

—¡Vaya!—exclamó el conde del Torbellino, poniéndose los lentes, que en el calor de su elocuencia se le habían caído—. ¿Quieres que te cuente lo que tú sabes mejor que yo, lo que ha sido causa de las extravagancias que has hecho estos días?

—No; yo no sé nada; quiero saber todo eso que usted me ha indicado para confundirme más.

—Pues con indignación te informaré, querido Anselmo, de que ha habido personas tan insolentes, que han puesto en duda..., ha habido quien ha osado difamar a la misma virtud..., a mi hija Elena. Te aseguro que si conociera yo al infame que...

—Pero ¿quién, en dónde, qué persona ha dicho eso?—vociferé yo, aterrado ante la horrible confirmación de lo que en mi cabeza pasaba.

—¿Quién lo va a averiguar? Y lo único en que se fundan es en que frecuenta tu casa ese joven, ese joven..., ese que viene aquí desde hace algunos días..., ese Alejandro *no sé cuántos*.

—No sé de quién habla usted—dije, estupefacto.

—Sí; ése... Precisamente ayer le vi entrar aquí: varias veces le he visto entrar—añadió, dándome a continuación las señas de aquel ente infernal, hombre, demonio o aparición que tanto me había atormentado con el nombre de Paris—. La cosa es que como el chico tiene fama de ser uno de los más grandes perturbadores del hogar doméstico que han existido, desde que se le ha visto entrar aquí...

—¿Y quién ha traído aquí a ese sujeto?

—Yo no sé; tú lo sabrás. Lo cierto es que entra mucho en tu casa, y de seguro Elena le tratará como a un amigo, sin sospechar la infeliz que, aunque inocente, está labrando su desdoro admitiéndole aquí. Pero al mismo tiempo, no admitirle sería justificar la perfidia de los maldicientes y en cierto modo ajustarse a su sistema. Lo mejor es despreciar todo eso, querido Anselmo. Ya ves cómo sé cuál es la causa de tus locuras, y yo no puedo menos de reírme al considerar cuánto has atormentado a la pobre Elena por una causa tan frívola. Serénate, hombre; ten calma, como antes te he dicho. Si porque cuatro desalmados hablan de ti vas a hacer tales atrocidades, asemejándote a los mayores locos que han existido, ¿qué harías si tuvieras una verdadera causa?

—Así habló el conde del Torbellino, y sus palabras, lejos de darme luz en aquel asunto, me embrollaron más y más la cabeza. Antes había dudado si la figura de Paris era real o meramente una creación de mi entendimiento, producida por fenómenos no comprendidos; esta duda me daba gran tormento. Ahora, según las palabras de mi suegro, Paris era un ser real, conocido de todos. Entonces, ¿cómo fué herido gravemente por mí, restableciéndose después por encanto sin que quedaran en su cuerpo señales de postración? ¿Cómo aparecía y desaparecía sin saber de qué modo? Esto aumentaba mi confusión de

tal manera que cuando se fué mi suegro me sumergí en intrincadas y laberínticas meditaciones, a ver si vislumbraba un rayo de luz en tantas lobregueces. ¡Dios mío! Aún no era bastante. Para colmo de desdicha, entró mi suegra, que, empleando muy distintas razones que su esposo, dialogó conmigo un buen espacio de tiempo.

Mi suegra era una vieja coqueta en quien los años no habían amortiguado el deseo de agradar, base de su carácter.

Habiendo sido hermosísima, en su rostro no quedaban ya más que lástimas, y únicamente los ojos conservaban en su brillo y expresión algo de aquella belleza que se había despedido para no volver más. Este desastroso afeamiento era, en parte, remediado con los complicados afeites que se hacía y las mil cosas que inventaba para disimular los estragos de su persona. En cuanto a costumbres, las suyas no se distinguían sino por un continuo callejear, que no le dió muy buena opinión, aunque nunca se dijo claramente que no fuese honrada. Gustábale divertirse más que a muchas que no pasan de los veinte; y en este punto jamás determinaron en ella los años ningún progreso visible; pues vieja y todo no perdonaba baile, ni comedia, ni paseo, ni reunión, ni ceremonia donde hubiera gente joven y bulliciosa. Parecía que se le reverdecían con esto los años, refrescándosele el cuerpo con el continuo zarandeo.

Esta dama ilustre, que profesaba en materias de opinión teorías muy peregrinas, fué la que me habló del modo siguiente:

—Eres, Anselmo, un salvaje, una fiera, un tigre. Pensar que mi hija pueda vivir mucho tiempo en compañía de una persona como tú, es locura. Verdaderamente sería risible, si no fuera tan triste lo que está pasando. ¡Vamos, que aquellos sustos que le das, presentándote de noche en su habitación como un loco, y al parecer, ofuscado el entendimiento por alguna mala idea...! En verdad no sé cómo vive la infeliz... Está enferma, y temo que sea de cuidado su mal, porque francamente, ¿qué persona impresionable y delicada resiste a las pruebas a que la sujetas? Es preciso que te decidas a adoptar otra conducta; mi hija no puede vivir así. A ver, ¿qué es lo que te obliga a proceder?... Quiero saberlo. ¡Y pensar que es Elena un modelo de amabilidad, de discreción, de prudencia! Verdaderamente, Anselmo, ya veo que no puede haber mayor tormento para una joven que vivir contigo. En tu compañía ninguna puede encontrar esa agradable confianza que es fundamento del amor; no eres amable, ni mucho menos; por el contrario, a pesar de tus buenas prendas, te haces repulsivo por los arrebatos de tu carácter, por esa misantropía que te consume. En ti no hallará mi hija ninguna clase de ternura, ni aun esas pequeñas fórmulas cariñosas que, insignificantes en apariencia, son de una importancia inmensa para nosotras; créelo. Además, parece que te has propuesto hacerte aborrecer de ella; pasas los días abstraído, solo, encerrado en ese maldito cuarto, donde a veces se te siente hablar como si estuvieras en conversación con las ánimas del Purgatorio.

—¿Se me siente?—dije yo, oyendo con terror aquella descripción de mi vida.

—Sí, eso dicen los criados—continuó riendo—, te han oído hablando solo. ¿Es esto tener razón, es esto ser hombre? Después sales y vas dando feroces gritos al cuarto de Elena, que, trémula y sobrecogida, te ve registrar la habitación como si persiguieras a alguna sombra. La pobrecilla ha llegado a tenerte tanto miedo, que tiembla sólo de oír tu voz. Yo no sé en qué va a parar esto. ¡Qué singular manera tienes de hacerte querer de tu esposa! Ni la acompañas, ni la mimas, ni procuras distraerla; ella está acostumbrada al trato de las gentes, a los goces de la sociedad..., ¡y verse aquí sola, encerrada...! Unicamente yo me intereso por ella; he logrado reunir aquí algunos amigos y amigas, que nos hacen tertulia, entreteniéndonos un poco. Pero yo no sé qué tiene esta casa; es triste como su dueño; todos huyen de ella. En los últimos días casi nadie ha venido, y nos hubiéramos visto muy aburridas, a no habernos acompañado Alejandro X***...

—Señora, ¿a ver? ¿Quién es ese caballero...? ¡Tengo curiosidad...!—dije vivamente.

—Vaya, también has perdido la memoria—contestó mi suegra con jovialidad—. ¡Cómo está esa cabeza! ¿Conque tampoco conoces a Alejandro? Precisa-

mente salía de aquí cuando yo entraba... Si viene todos los días...

—Señora, yo no sé de quién habla usted.

—Pero este hombre está loco; ya desconoce a sus principales amigos, a Alejandro X***, que tanto frecuenta tu casa; la persona más amable que he tratado en mi vida, amigo tuyo, como lo es de todo el mundo; porque ese hombre, yo no sé..., es de los que conocen a todo bicho viviente... Claro, es tan amable, tan listo, de una travesura jovial, discreta y elegante.

—¿Y dice usted que yo le conozco?

—¡Pero estás loco! ¡No le has de conocer! Si habéis salido juntos de paseo mil veces, si habéis comido y almorzado juntos, qué sé yo... Alejandro, hombre de Dios—añadió alzando la voz, como si hablara con un sordo—. Indudablemente has perdido el juicio.

—¿Y dice usted que las acompaña? —pregunté en el colmo del estupor.

—Si no fuera por él, mi hija y yo nos aburriríamos. El nos acompaña, y es tan amable... Nos divierte mucho contándonos historias íntimas. ¡Ah! No sabes cuánto nos cautiva su conversación, sobre todo a Elena, que gusta de oír narrar aventuras. Ese hombre ha viajado mucho, y, aunque joven, conoce el mundo como si hubiera vivido siglos.

—¿Y dice usted que yo le conozco? —pregunté con ansiedad.

—¡Válgame Dios, qué hombre! Es lo mismo que si preguntaras si me conoces a mí. Tú no estás bueno. Anselmo, por Dios, esa cabeza...

III

—Estas y otras razones cambiamos mi suegra y yo en aquel diálogo memorable. Ella se fué, porque le avisaron que Elena estaba con un síncope, y al poco rato, cuando aún no había yo tenido tiempo de aclarar un poco las ideas que lo indicado por mi suegra me sugería, entró un amigo mío muy querido, el cual me habló también cosas que no debo pasar en silencio, para mejor inteligencia de este raro suceso.

—Venía a saber de tu mujer—dijo—; oí decir que estaba mala.

—Sí—contesté—, no está buena. Desde hace días tiene no sé qué. ¿Por quién lo supiste?

—No recuerdo dónde lo oí decir.

—Yo sé que hablan de mí por ahí —indiqué, porque había conocido que mi amigo quería contarme algo, y que esperaba que rodase la conversación sobre aquel punto.

—¿Que hablan de ti? No sé—dijo vacilando—. Bien, no te lo negaré; al contrario, obligado por nuestra amistad te hablo de este asunto, y si te digo que no he venido a otra cosa, no miento, de seguro.

—Vamos a ver.

—Por supuesto, que debes despreciar ciertas cosas; mejor dicho, no despreciarlas del todo; conviene hacerse cargo de ellas, meditarlas y resolver después maduramente lo que se debe hacer. Esto no es nuevo. Todo el que vive aquí en cierta posición, como tú, está expuesto a las hablillas. Hay que resignarse y no enfurecerse, porque si alguna cosa hay que deba tomarse con calma, es ésa.

—¡Con calma!—repuse yo, perdiéndola completamente—; ¡con calma he de mirar mi deshonra! Yo buscaré al infame autor de esa calumnia.

—Luego, ¿ya estás tú enterado?

—Sí—dije—; no sé, lo he presumido, lo he adivinado.

—Pues sí, amigo—repuso él—; no te precipites. Las reputaciones más sólidas no se libran de esos ataques.

—Te juro—dije—que yo he de matar a quien ha infamado mi casa, y, ya sea uno, ya sean muchos, esa vileza no ha de quedar sin castigo.

—Mal hecho; eso no se hace así. Conviene tratar con la Fama en buena amistad para que no nos maltrate; conviene capitular con los murmuradores y hacer ciertas concesiones para que no acaben de deshonrarnos. Para alejar a esa víbora maligna no se ha de luchar con ella; es preciso adularla con los dulces sonidos de un instrumento músico. El vulgo viperino es invencible cuerpo a cuerpo, y débil cuando a la defensa ciega se sustituye la maña astuta.

—Yo no puedo adular a esos infames. Mi honra está sobre ellos.

—Todo eso es muy santo y muy bueno; pero se dice una cosa... bien... En estos tiempos es más temible el dicho

que el hecho. Ya comprendes la fuerza que tiene un *dicen*. Si quieres seguir mis consejos, márchate de aquí por algún tiempo. Cuando vuelvas, todo está olvidado. Es la mejor manera de que te libres de ese hombre, cuya presencia continua en tu casa tanto te daña. Es lo mejor; así se acaba sin escándalo, porque el escándalo, amigo, graba los hechos en la mente del público, y hechos estereotipados de este modo no se borran fácilmente.

—Pero ¿qué hombre es ése?—pregunté.

—¡Qué hombre!—dijo con estupor, admirado de que yo no le conociera—. Alejandro X***. Estoy seguro de que sus visitas aquí han sido inocentes; pero le ven entrar, y como tiene tan mala fama...

—¿De veras?—dije, para obligarle a explicarse mejor.

—Sí—contestó—, es de estos que hacen gala de sus costumbres licenciosas. Buena figura, gracia, cierta depravación. No tiene más oficio que hacer el amor, ni más aspiración que ser objeto de las necias alabanzas de la multitud, siempre gozosa por cada honra que se pierde y cada nombre que se mancha.

—¿Y dices que debo salir de aquí?

—Sí: es urgente. Déjate de medios violentos. Matar, desafiar; todo eso aumenta el escándalo y las habladurías...

—No; yo quiero matar a ese hombre —grité con furia, olvidando en aquel momento que Paris era inmortal.

—¡Matar! ¿Y a quién?, ¿a éste? ¿Y estás seguro de que al matarle castigas a un delincuente? Tú ya das por supuesto que ha habido delito, y no es ésa la cuestión. Se trata sólo de ciertas voces que debemos suponer no tienen fundamento alguno. Ahora di si esas voces se acallan matando gente.

—Pues yo no puedo salir de aquí—dije, recordando la amenaza de Paris de seguirme a todas partes—; él irá tras nosotros.

—¿Cómo puede ir contigo?—dijo mi amigo—. Y si va, en tu mano está evitar que te siga mucho tiempo. Aquí no es fácil que sin escándalo puedas echarle de tu casa, mientras que viajando ya es más posible librarte de él por cualquier medio.

—Poco más hablamos; pero lo que he referido fué lo bastante para confundirme más de lo que estaba. El principal tema de mi cavilación consistía en esto, que repetía sin cesar: «Luego Paris es un ser real; ese que llaman Alejandro no es una sombra, no es una aparición, sino un hombre que entra en mi casa y es conocido de todo el mundo. Alejandro y Paris son dos personas distintas; el que yo he visto es representación o remedo del primero.» Cansado ya de aquel suplicio, resolví salir, para buscar en la confianza y en el consejo de personas afectas a mí un alivio a tan terrible pena. Pensé dirigirme a varios amigos de lealtad probada, y además muy conocedores de las cosas de la vida, esperando sacar de ellos alguna luz para alumbrar tan pavoroso enigma.

Salí. Según después me han contado, andaba yo por la calle con la vista extraviada, el andar inseguro y torpe, puestos el sombrero y los vestidos de muy singular manera. Hacía reír a las gentes; y aun los acostumbrados a ver en mí un hombre no parecido a los demás, se paraban a mi paso, señalándome como una curiosidad. Aunque había hecho propósito de consultar con determinadas personas, yo no encaminaba derechamente mis pasos a lugar alguno. Iba de aquí para allí, a la ventura, ciegamente. Figuraos cuál sería mi sorpresa cuando, al atravesar no sé qué calle, tropecé...; iba a caer, y una mano asió vigorosamente mi brazo. Me volví, y era Paris, que me sostenía. No sé lo que sentí en aquel momento. En otra situación de espíritu le hubiera dado de golpes en presencia de todo el mundo; pero ya la maldecida figura no me inspiraba sino temor: en su presencia, mi alma se sobrecogía, mi palabra enmudecía, flaqueaban mis fuerzas. Desde que se ponía a mi lado, mi espíritu se subordinaba al dominio de aquel ser infernal, doblegándose tristemente como si sintiera su inferioridad. Desde aquel momento yo no me pertenecía, estaba en sus manos, en su poder. El me tomó el brazo y anduvimos largo trecho por las calles más concurridas sin hablar una palabra. Mirábamos la gente: muchos conocidos míos encontramos al paso, y yo observaba que al pasar cuchicheaban, señalándonos. Sin saber cómo y sin que mi voluntad obrara para nada en ello, el diabólico Paris me arrebató hacia el Prado, que por ser el día de

los más hermosos de otoño, estaba concurridísimo. Los grupos se apartaban para dejarnos pasar, y muchos se sonreían con disimulo, fijando la vista en los dos. En aquel instante Paris era visible para todos; ya no era aquella sombra, sólo percibida por mí, que en mi habitación surgía de la tela de un cuadro; era un sujeto real, y todos le veían, le saludaban, nos saludaban, observando con malignidad, mas no con sorpresa, que anduviéramos juntos.

Así atravesamos el Prado; seguimos hacia Recoletos, sin que yo pudiera detenerme. Arrastrábame de tal modo, que a veces parecía que una fuerza extraña movía mis pies. La gente era en mayor número cada vez, y la malignidad la misma en todos los semblantes conocidos.

Parábanse algunas personas y nos miraban un buen rato; otras parecióme que se reían, y, en tanto, nosotros siempre andando, andando. Yo estaba rojo de vergüenza; el rostro me quemaba como si tuviera en él carbones encendidos, y en el fondo de mi corazón latía un odio terrible, una pena profunda, una sombría angustia que no podía estallar, porque aquel demonio me lo tenía oprimido. Dentro del pecho sentía yo como una mano de fuego que me apretaba con fuerza, conteniendo en su puño ardiente cuanto en mí había de vida y sentimiento... Andábamos siempre sin descanso: gruesas gotas de sudor corrían de mi frente, y sentía una gran fatiga, aunque puramente moral, pues mi cuerpo no estaba cansado, y marchaba movido por una fuerza en mí desconocida. Atravesamos toda la Castellana, donde había más gente aún, mayor número de conocidos y más insistencia en mirarnos, sonriendo con malicia que rayaba en insolencia. Caminábamos siempre, recorriendo el paseo de un extremo a otro, varias veces, hasta que la tarde iba cayendo, la gente se retiraba, y mi alma se cubrió de luto; nublándose mis ojos, no vi más que sombras, y glacial frío corrió por todo mi cuerpo. No pude menos de detenerme: estábamos en el extremo del paseo; a nuestra espalda se oía el ruido de los coches alejándose y las pisadas de algún paseante rezagado. Entonces parece como que recobré el uso de la palabra, y sentí dentro de mí una especie de libertad, algo como descanso, como si la acción infernal de aquel ser abominable dejara de obrar sobre mí. No sé por qué atrajo mis miradas la extraordinaria brillantez de la luz crepuscular que por Occidente teñía el cielo de vivísima púrpura.

Miré aquello con cierto deleite, no experimentado por mí desde algún tiempo, y cuando volví los ojos hacia mi lado, Paris ya no estaba allí, se había desvanecido como el humo. Por una ilusión fácil de explicar, volviendo a mirar hacia el Ocaso, me pareció ver dibujada, con ráfagas de luz rojiza y cárdenas nubes, su faz aborrecida. Hallábame solo, enteramente solo; había recobrado el domino de mí mismo; pero entonces el cansancio moral que antes experimenté se extendió a mi cuerpo, y caí sobre un banco aturdido y exánime.

IV

—Pues si he de hablar a usted francamente, amigo don Anselmo—dije—, esa aventura, lejos de aclararse a medida que se acerca el desenlace, se embrolla y oscurece más. Al principio, cuando la figura de Paris se apareció a usted en su cuarto, el caso podía pasar por una creación de la fantasía de usted, un extravío de su entendimiento. Aunque rarísimos, suele haber casos en que una imaginación enferma produce esos fenómenos que no tienen realidad externa sino únicamente dentro del individuo que los produce. La figura desaparecida del lienzo, la voz que usted creyó escuchar en el cuarto de Elena, la sombra que vió ocultarse en el pozo, todo eso puede explicarse por una obsesión que, aunque rara, no es imposible. Pero después resulta que hay un ente real, un tal Alejandro, persona visible para todos y que frecuenta la casa de usted; persona exactamente igual a la sombra entremetida y que parece destinada a turbar la paz de los matrimonios, no con medios fantásticos, sino reales, según se desprende del diálogo de usted con su suegra y con su amigo. ¿En qué quedamos? ¿Qué relación existe entre Paris y Alejandro? Por una coincidencia que no creo casual, estos dos nombres son los que lleva el robador de Helena en la fábula heroica.

Ahora bien: usted dice que no conocía a ese Alejandro. Si usted le hubiera conocido, si antes de todas las apariciones usted hubiera tenido celos de él, se comprende que su imaginación, dominada por tal idea, llegara a ese período patológico que origina tan grandes extravíos. Pero aquí lo primero ha sido la obsesión, y después ha venido la realidad a confirmarla. ¿No sería más lógico que precediera la realidad, y que después, a consecuencia de un estado real de su ánimo, aparecieran las visiones que tanto le atormentaron?

—Precisamente lo que usted dice fué lo que yo pensé cuando, serenado algún tanto, quise explicarme lo que me pasaba, de regreso a mi casa. He de advertir que desde muy antes de ocurrir lo que he referido, mi cabeza se hallaba en un estado deplorable. Además de perder la memoria casi por completo, había tal extravío en mis juicios, que no acertaba a pensar con acierto ni a decir cosa alguna derechamente. Todo esto lo he observado después y he venido a descubrirlo cuando, sondando cuidadosamente lo pasado, he podido descubrir algo de lo que existía en mi cabeza en aquel período. Transcurrido algún tiempo, pude, a fuerza de recapacitar, a fuerza de atar cabos, restablecer los hechos, aunque no con la claridad que requerían. Por último, pude recordar que, efectivamente, yo había conocido a aquel Alejandro de que hablaban mis suegros, mi amigo y, por fin, Madrid entero.

—Pues, entonces, todo está explicado —dije yo—. Preocupóse usted con aquel hombre, tuvo celos, pensó en eso noche y día, y ese pensamiento fué dominándole hasta el punto de ocupar todo su espíritu: la continua fijeza del pensamiento en una idea dió gran vuelo a su fantasía, debilitáronse sus fuerzas corporales, con el predominio absoluto del espíritu, y de aquí ese estado morboso que le mortificó tanto. Eso, aunque raro, pasa todos los días. Los místicos que han hablado de sus visiones con tanta fe, creyendo que han conversado con Jesús y la Virgen, son prueba de ese estado patológico que da preponderancia inmensa a la imaginación sobre todas las facultades.

Ahora bien, don Anselmo; piénselo usted bien y procure hacer memoria: antes de la aparición de Paris, ¿no ocurrió algún hecho que pudiera ser la primera causa determinante de esa serie de fenómenos que tanto le trastornaron a usted? La verdad es que aquel trastorno fué consecuencia de una perturbación anterior. Es preciso que usted diga lo que pasó antes que viera desaparecer del lienzo la figura pintada.

—Antes de contar a usted el fin de la aventura—respondió el doctor Anselmo—, referiré lo que me dijo un cierto amigo antiguo de mi familia, un viejo de quien yo, pasada mi niñez, me había olvidado un poco. Según él, mi padre había sufrido iguales tormentos, siendo de notar, entre ellos, uno en que estuvo a punto de perder la vida, porque las obsesiones le quitaron hasta el hábito y las ganas de comer, sumergiéndole en hondas melancolías. Díjome que mi padre fué perseguido también por una sombra, si bien aquélla no era un perturbador del matrimonio, sino un acreedor fantástico que venía a pedirle gruesas sumas, hablándole de un litigio que no terminaba nunca. Mi padre tenía desde antes de eso un horror extraordinario a los pleitos: era su manía, su tema, su locura.

—Veo que es mal de familia—añadí—. Cuando se tiene propensión natural a la vida de fantasía, no seguir la carrera de santo es errar la vocación. Para el Arte no es fecunda ni útil esa facultad desenfrenada, esa furia rebelde que no se sujeta a las leyes de la razón ni se templa con la influencia del buen sentido. Sólo sirve para producir los deliquios y alucinaciones del misticismo: hace del hombre un ser fuera de sí, que no está nunca en sí mismo, sino en otro mundo que él puebla, a su antojo, de seres, dándoles vida incongruente e ilógica, como la suya; poniéndolos en acción, atribuyéndoles hechos raros, disparatados, absurdos, como los suyos.

—Pues otro amigo mío—continuó el doctor—, un sabio ilustre a quien yo conocía también desde muy atrás, me dijo que esto no era más que una enfermedad, y me habló de dislocación encefálica, de cierta disposición que tomaban los ejes de las celulillas del cerebro, polarizadas de un modo especial: me dijo también que los arseniatos obraban con eficacia en tal estado patológico, que los nervios ópticos sufrían una altera-

ción sensible y que producían las imágenes por un procedimiento a la inversa del ordinario, partiendo la primera sensación del cerebro y verificándose después la impresión externa.

—Yo no entiendo de Medicina—dije—; pero que se trata aquí de un estado morbóso, no puede dudarse. Yo he leído en el prólogo de un libro de Neuropatía, que cayó al azar en mis manos, consideraciones muy razonables sobre los efectos de las ideas fijas en nuestro organismo. Aquel autor disertaba sobre las aprensiones de los enfermos, de un modo raro, pero, a mi ver, no destituído de fundamento. Decía que la atención fija constantemente en una parte del cuerpo, produce en ella la alteración del tejido, y de este modo explicaba las célebres llagas de San Francisco, las cuales no eran otra cosa, según él, que una lesión producida por la convergencia de todas las facultades, de todas las fuerzas del espíritu hacia el punto en que aparecieron. Si estos efectos, tan palpables, producen las ideas fijas en la economía animal; si tienen poder bastante para alterar los tejidos, para trastornar lo que les es menos afín, la materia, ¿qué no harán en la vida espiritual, donde todas las facultades están en perpetuo y estrechísimo enlace? Yo me explico la obsesión de usted y sus diálogos con ese ser incomprensible; me explico el duelo, que fué el último grado de la alucinación. Todo lo comprendo menos la falta de antecedentes reales, de hechos que favorecieran esa predisposición de usted, determinando la serie de fenómenos psicológicos que ha referido.

—Hechos, sí; yo creo que los hubo —contestó—. Lo último de que conservaba memoria es haber oído hablar a mi mujer de aquel joven. Yo pienso que también le vi y le hablé. Pero no recuerdo más. Después, lo que mi memoria conserva de un modo indeleble es la noche en que oí la voz en su cuarto, la desaparición de la figura del cuadro, en fin, todo lo que he referido.

—¿Y no reparó usted si volvió Paris a su sitio?

—Seguiré contando. Cuando volví a mi casa conocí, desde que entré, que algo pasaba en ella. Iban y venían los criados con agitación; oí la voz de mi suegra, penetrante y aguda, y alternando con ella, la del conde del Torbellino, bronca y sonora.

Al punto me enteraron de que mi esposa estaba gravemente enferma, y así lo demostró la presencia de dos afamados médicos y la consternación de cuantos la rodeaban. Su malestar se había agravado repentinamente, determinándose una congestión cerebral cuyas consecuencias, al decir de los médicos, no serían nada lisonjeras. Yacía en su lecho con muestras de una profunda alteración, inquieta y delirante a veces, exánime y como muerta otras. Su madre no cesaba de hablar, lamentando aquella desventura en el tono más destemplado y chillón. «¿Cuál otra puede ser la causa de este funesto ataque, sino las extravagancias de Anselmo, que la lleva al sepulcro con las mortificaciones incesantes a que la tiene sujeta? Es imposible que una naturaleza delicada resista a esa lenta inquisición.» Y después lloraba con sinceras lágrimas, porque, a pesar de ser una vieja desenvuelta y coqueta, no carecía de sentimientos maternales. Elena se ponía cada vez peor. Los auxilios de la ciencia parecían ineficaces, y, por fin, después de verla padecer horriblemente por mucho espacio de tiempo, todos comprendimos que se moría sin remedio, a no ser que un milagro la salvara.

—¿Y Paris?—pregunté, porque me parecía extraño que el endiablado burlador no se presentase en aquel cuadro final, donde le correspondía uno de los principales papeles.

—¿Paris? Ya verá usted. Aquel demonio no debía tardar en presentarse para decir la última palabra. El espectáculo de la agonía de Elena me daba tanta pesadumbre, que no pude permanecer mucho tiempo en su cuarto. Erame imposible fijar los ojos en ella sin estremecerme, sintiendo un gran dolor, unido a cierto remordimiento intensísimo que mi razón no podía dominar. Al ver cómo expiraba tan hermosa, en la flor de la edad, en lo más risueño de la vida, pensaba si yo, como dijo mi suegra entre sollozos, era el único autor de tan triste fin, que ella seguramente no merecía. Yo consideraba que la muerte está sobre todos y nos elige, sin atender a las razones que contra ella podamos tener; pero, aun así, yo creía que, no estando unida a mí, Elena no hubiera

muerto tan pronto. No pudiendo resistir aquel espectáculo, como he dicho, me retiré a mi cuarto, traspasado de dolor. Allí estaba Paris, sentado, fumando y golpeándose con el bastón en la suela de la bota, con ademán distraído y algo descortés, impropio de la situación en que se hallaba mi casa. Cuando entré se volvió hacia mí y me dijo:

—Me voy; al fin, lo has conseguido; pero ¡a qué precio! ¡Para librarte de mí, has tenido que matarla!

—¡Yo!—repuse, sin poder contener mi ira—. ¡Yo!... ¡Dices que yo la he matado!

—Sí, tú, que la has traído al estado en que se halla con tus violencias, con tus acometidas, con esos bruscos allanamientos de morada que has hecho en su cuarto, con el horror que le inspiraste, con la turbación moral que has producido en ella. Yo he leído, no sé dónde, que estos sacudimientos, causados por fuertes impresiones y sorpresas, si se repiten con alguna frecuencia, alteran de tal modo las funciones del cuerpo, lo desquician y desequilibran de tal modo, que, al fin, el estado normal no puede restablecerse, y la muerte es segura.

—No he sido yo, demonio aborrecido—exclamé—; no he sido yo quien la ha matado; has sido tú, tú, que has traído el desorden a esta casa, que me has vuelto loco. Tu misión es luto y vergüenza; tú me has deshonrado, me has perdido, me has lastimado en lo que para mí había de más caro; has pisoteado mi corazón, has hecho escarnio de mis sentimientos; me has hecho aborrecible lo que más amaba en el mundo, y de aquello que era para mí de más valor que la misma vida, mi honor, tú has hecho una burla, un epigrama, una gacetilla, puesta en boca de los ociosos y de los libertinos.

—Ese es mi destino—dijo, sin alterarse por los improperios que le dirigí, y en verdad, yo estaba furioso y elocuente.

Sin saber por qué, iba desapareciendo el terror que aquel demonio me causaba... Después le dije:

—Tú eres la más grande aberración de la sociedad; eres una de esas monstruosidades que acompañan al hombre como un duro castigo de no sé qué delito que, perennemente y sin conciencia de ello, estamos cometiendo.

—¡Necio!—exclamó—; tú me has llamado, tú me has dado vida: yo soy tu obra. Te haré recordar, aunque la comparación sea desigual, la fábula antigua del nacimiento de Minerva. Pues bien: yo he salido de tu cerebro como salió aquella buena señora del cerebro de Júpiter; yo soy tu idea hecha hombre. Mas no creas por eso que no tengo existencia real: yo ando por ahí como tú, me conoce todo el mundo, soy un Fulano de Tal, como cualquiera. Para el mundo hay un Alejandro, persona muy conocida y nombrada; para ti hay este Paris que te atormenta, esta sombra que te persigue, esta idea que te tortura. ¡Adiós! Ya nada tengo que hacer aquí; tu esposa se muere. ¡Abur!

En aquel momento sentí gritos agudísimos en el interior de la casa. Elena había muerto, Paris desapareció, yo me sentí libre, respiré. Parecíame que no había respirado en tres días; de tal modo se complacía mi pecho en aquella expansión descansada y reparadora. Al mismo tiempo, una pena profundísima me llenaba el alma, al considerar la existencia que había de menos en mi casa, aquel espíritu que se había ido huyendo de mí. En aquel momento de supremo dolor me pareció que la vi pasar como ráfaga, como nube ligera, no tan tenue ni tan rápida que me impidiera ver sus facciones alteradas por ese misterioso sello que pone la muerte en las caras más hermosas. Aquello pasó por delante de mis ojos, dejándolos deslumbrados un momento.

—¿Y Alejandro?—pregunté en el mismo tono y con la misma intención con que antes había preguntado—. ¿Y Paris?

—Aquel Alejandro fué inmediatamente a casa cuando supo la muerte de Elena, y, según oí decir, estaba, el pobre, muy consternado y algo lloroso. Fué al entierro, presenció la inhumación y hasta me dijeron que había llevado luto algunos días.

—Ese caballerito—dije yo—era la verdadera expresión material de aquel Paris odioso que le martirizó a usted. Ese es el verdadero Paris.

—Sí—afirmó él—; le he visto muchas veces después, aunque jamás he querido saludarle. Siempre que le encuentro me estremezco. Hoy es un viejo verde, lleno de lamparones y algo cojo. En resumen: los celos que me inspiró ese hombre tomaron en mi cabeza aquella

forma de visión que he referido a usted. La cosa es rara; bien dije a usted que mi fantasía era una potencia frenética y salvaje, una enfermedad más bien que una facultad.

—El orden lógico del cuento—dije—es el siguiente: usted conoció que ese joven galanteaba a su esposa; usted pensó mucho en aquello, se reconcentró, se aisló; la idea fija le fué dominando, y, por último, se volvió loco, porque otro nombre no merece tan horrendo delirio.

—Así es—contestó el doctor—; sólo que yo, para dar a mi aventura más verdad, la cuento como me pasó, es decir, al revés. En mi cabeza se verificó una desorganización completa; así es que cuando ocurrió la primera de mis alucinaciones, yo no recordaba los antecedentes de aquella dolorosa enfermedad moral.

—¿Y Elena...?—dije, con intención de hacer una pregunta atrevida; pero me contuve por temor de herir la delicadeza del doctor.

—Ya sé lo que usted me quiere preguntar—contestó—: usted quiere saber lo que creo acerca de su conducta, si fué infiel o no. Sobre este punto arrojo un velo; no me lo haga usted levantar. Nada sé ni he querido averiguarlo; prefiero la duda.

Después de decir esto, el doctor calló, sumergiéndose en sus ordinarias cavilaciones. Yo no quise hacerle más preguntas, y después de saludarle me retiré, porque, a pesar del interés que él querría imprimir a su narración, yo tenía un sueño que no podía vencer sin dificultad. Al bajar la escalera me acordé de que no le había preguntado una cosa importante y que merecía ser aclarada, esto es, si la figura de Paris había vuelto a presentarse en el lienzo, como parecía natural. Pensé subir a que me sacara de dudas, satisfaciendo mi curiosidad; pero no había andado dos escalones cuando me ocurrió que el caso no merecía la pena, porque a mí no me importa mucho saberlo, ni al lector tampoco.

FIN DE «LA SOMBRA»

EL AUDAZ

(HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO)

(1871)

NOTA PRELIMINAR

El audaz (Historia de un radical de antaño) *la escribió Galdós en el verano de 1871. Y se publicó en un volumen este mismo año y como folletín en la* Revista de España *del tomo XIX (1871) al XXVIII (1872). ¿Qué se propuso Galdós al escribirla y* situándola *en el año 1804, víspera de sucesos nefastos para España?*

El fino crítico que fué don Eugenio de Ochoa escribe así: «Bien hace Pérez Galdós en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente (XIX), sociedad devorada por una depravación profunda bajo sus apariencias santurronas; aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del príncipe de la Paz; que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de salteadores; que abrigaba todos los vicios y todos los escándalos de la nuestra, con otros más, ante los cuales se sublevarían hoy hasta las piedras; una sociedad tan corrompida en ideas como en costumbres y hasta en gusto literario..., que se extasiaba viendo estoquear un toro con mucho garbo... Y, mientras, Nelson abrasaba nuestra escuadra en Trafalgar, y éramos juguete de Francia y nos disponíamos a abrir cándidamente nuestras plazas a sus ejércitos para que nos sumiesen en una guerra de exterminio...» A estas líneas de Ochoa apostilla el propio Galdós: «Nada tengo que añadir a esto, que es lo mismo que yo pensaba decir, pero mejor dicho.»

Para escribir esta novela debió el novelista leerse cuanto a su mano viniera y él buscase con cuidadoso afán acerca de la época, principalmente las numerosas memorias, las colecciones de cartas, las relaciones particulares, tan abundantes, aun cuando bastante sospechosas de parcialidad e hipocresía. La novela resulta un atractivo desfile de aristócratas, frailes y abates, manolas y chisperos, currutacas y petimetres, conspiradores y politicastros, familiares de la Santa Inquisición y bigardos dedicados a los riesgos dificultosos. En la novela se describen las tertulias de la gente encopetada, los bailes de candil, las tenebrosas *reuniones de los conspiradores, los festejos populares dignos de irse recogiendo en los cartones del inmortal Goya, que por* allí *andaba como el pez en el agua...*

Los tipos de El audaz *son inferiores, sin género de duda, a los de* La Fontana de Oro. *El protagonista, Martín Martínez Muriel, de ensombrecida niñez a causa de las desdichas familiares, trabado en amistad estrecha con un grupo de volterianos, muy poseído de sus ideas radicales y áspero en su comportamiento social, peca de rigidez poco humana. Las reacciones emotivas carecen de calor comunicativo. Muriel, más que audaz, es un iluso al que se le han subido*

a la cabeza ideas efervescentes. Susana, la hermosísima, orgullosa y poco sensible hija del conde Cerezuelo, enamorada de Muriel por la fuerza *del contraste, no pierde su antipático envaramiento a lo largo de la novela; la vemos tan poco deseosa de ganarse las simpatías de los lectores, que apenas nos conmueven sus dolores. En los tipos secundarios es en los que, una vez más, la pluma de Galdós consigue asombrosos aciertos. Don Buenaventura Rotondo, pájaro de cuenta que conspira a favor del futuro Fernando VII y anda al mismo tiempo metido en negocios turbios, es un formidable tipo humano que mil veces nos encontraremos por ahí y del que ojalá nos libre Dios. El padre Jerónimo de Matamala, religioso franciscano de Ocaña, pintado con dos únicas pinceladas, deja una profunda sensación de* alma lograda, *como las de esos personajes secundarios que se ven en algunos cuadros de Velázquez. Don Miguel Enríquez de Cárdenas, segundón malvado que desea apoderarse del condado de Cerezuelo por el procedimiento de* eliminación *de su hermano y de la hija única de éste, Susana, presenta todos los caracteres tenebrosos que determinan las acciones en los* hombres ruines. *El abate don Luis Paniagua, que muy bien pudiera ser la contrafigura del celebérrimo abate Marchena, íntimo de todos los enciclopedistas franceses, es... exactamente como siempre hemos creído* que tenían que ser los abates para ser abates de carne y hueso: *así de emperejilados y de fofetes, así de intrigantuelos y pudibundos, así de aficionados a las medias sonrisas y a las afectadas reverencias. En* El audaz *la fiebre creadora de Galdós se inicia. A los puntos de la pluma—que son puntos de pinceles gloriosos—le saltan los personajes con una abundancia pasmosa. Y siendo secundarios, cada uno de ellos merecería un libro para explicarse a sí mismos, ombligos de sus mundos.* El audaz *es la novela del espíritu rebelde, influído por mal llamadas* ideas nuevas, *que intenta—¡oh inmortal quijotismo patético!—arremeter contra cuanto de caduco, de inmoral, de hipócrita, de subterráneo, hay en la sociedad con que se relaciona y en el ambiente en que vive. Es la novela que han escrito todos los grandes novelistas en la juventud. Porque, dígase cuando se diga, seguimos pensando que el genio literario empieza por sentirse Don Quijote; más tarde, Don Juan, y en los días postreros, Hamlet.*

Un poco desilusionadamente se demuestra en El audaz *que la mayor parte de las veces las rebeldías son mútiples y estériles. Las fuerzas de unos cuantos rebeldes como Muriel son muy poca cosa para detener, para torcer siquiera, la marcha de ese monstruo que es el mundo animado, alimentado únicamente por las calorías de los intereses creados. Los rebeldes, casi siempre, acaban como Muriel, como La Zarza, como Rotondo, eliminados de la convivencia social, dando gritos y manoteando, creyéndose—por ejemplo—Robespierre, Napoleón, Saint Just... y provocando la burla o la piedad temerosa de los cuerdos.*

EL AUDAZ

PREAMBULO

Aunque me parece que el lector comprende siempre fácilmente, y sin necesidad de que nadie se lo explique, el objeto y tendencia de un libro cualquiera, en esta ocasión había pensado seguir la costumbre antigua y poner al frente de la *Historia de un radical de antaño* algunas palabras que le sirvieran de introducción.

Pero el señor don Eugenio de Ochoa, en carta dirigida a cierto periódico literario (1), después de juzgar con la benevolencia propia de un maestro tolerante y bondadoso otra obrilla que publiqué anteriormente, ha expresado con tanta elocuencia el objeto de aquélla y de ésta, que, seguro de no poder decir tan bien yo mismo lo que inten-

(1) Carta al señor director de *La Ilustración*, de Madrid, inserta en el número 42 de esta publicación.

to, me callo y copio las palabras del ilustre académico.

«Bien hace — dice — el señor Pérez Galdós en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente, sociedad devorada por una depravación profunda bajo sus apariencias santurronas; aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del príncipe de la Paz; que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de salteadores; que abrigaba todos los vicios y todos los escándalos de la nuestra, con otros más, ante los cuales se sublevarían hoy hasta las piedras; una sociedad tan corrompida en ideas como en costumbres y hasta en gusto literario; a punto de extasiarse con estos versos de Moratín, el padre, destinados a cantar la *gloria* del toreador insigne Pedro Romero:

... ¿Cuál rey que ciña la corona
entre hijos de Belona,
podrá mandar a sus vasallos fieros,
como el dueño feliz de las Españas,
hacer tales hazañas?

»¡Aquellas hazañas inmortales, dignas de la *cítara áurea de Apolo, envidia* de los extranjeros, eran estoquear un toro con mucho garbo! Y, mientras tanto, Nelson abrasaba nuestra escuadra en Trafalgar, y éramos el juguete de Francia y nos disponíamos a abrir cándidamente nuestras plazas a sus ejércitos para que nos sumiesen en una guerra de extermino que, si terminó con gloria para nosotros, también nos costó ríos de lágrimas y sangre, precioso don de un gobierno personal, de un régimen absoluto, como el que hoy se recomienda tanto por cierta escuela política, sin Cámaras, ni periódicos, ni derechos, ni ninguna de las abominaciones del día. Es inexacto decir que no hubiese entonces *derechos;* uno había consignado con resignación admirable en el conocido dicho popular: «Nunca ha de faltarnos Papa que nos excomulgue, ni rey que nos ahorque.» ¡Tan elevada idea tenía del pontificado y de la corona el pueblo católico y monárquico por excelencia educado por los frailes!

»¡Y éstos son los tiempos con cuyo recuerdo torcidamente evocado se quiere azotar a los nuestros, que aun cuando no contaran en su abono más que el beneficio de la publicidad, la cual imposibilita de todo punto la reproducción de ciertos escándalos, tendría asegurada sobre ellos una superioridad incontestable! No se invoque hipócritamente el respeto debido a nuestros mayores y a la tradición de lo pasado: lo pasado es un sepulcro; debemos venerarlo; pero enterrarnos vivos en él, eso no. Me guardaré muy bien de burlarme de mis abuelos porque viajaban en galera o en mulo; pero declaro que la primera vez que tenga que ir, aunque no sea más que a El Escorial, tomaré revolucionariamente el ferrocarril, por más que se escandalicen los guardadores fanáticos de nuestras venerandas tradiciones.»

Nada tengo que añadir a esto, que es lo mismo que yo pensaba decir, pero mejor dicho.

B. P. G.

Diciembre de 1871.

CAPITULO PRIMERO

CURIOSO DIÁLOGO ENTRE UN FRAILE Y UN ATEO EN EL AÑO 1804

I

El padre Jerónimo de Matamala, uno de los frailes más discretos del convento de franciscanos de Ocaña, hombre de genio festivo y arregladas costumbres, dejó la esculpida y lustrosa silla del coro en el momento en que se acababa el rezo de la tarde, y muy de prisa se dirigió a la portería, donde le aguardaba una persona que había mostrado grandes deseos de verle y hablarle.

Poco antes un lego, que desempeñaba en aquella casa oficios nada espirituales, había trabado una viva contienda con el visitante. Empeñábase éste en ver al padre Matamala, contrariando las prescripciones litúrgicas, que a aquella hora exigían su presencia en el coro; se esforzaba el lego en probar que tal pretensión era contraria a la letra y espíritu de los sagrados cánones, y oponía la inquebrantable fórmula del terrible *non possumos* a las súplicas del forastero, el cual, fatigado y con mues-

tras de gran desaliento, se apoyaba en el marco de la puerta. Hablaba con descompuestos ademanes y alterada voz; contestábale el otro con rudeza, orgulloso de ejercer autoridad aunque no pasara de la entrada; y el diálogo iba ya a tomar proporciones de altercado; tal vez la cuestión estaba próxima a descender de las altas regiones de la discusión para expresarse en hechos, cuando apareció fray Jerónimo de Matamala, y abriendo los brazos en presencia del desconocido, exclamó con muestras de alborozo:

—¡Martín, querido Martín: tú por aquí! ¿Cuándo has llegado?... ¿De dónde vienes?

Contestóle con frases afectuosas el viajero, y ambos entraron. Al avanzar por el claustro pudo el lego notar que hablaban con mucho calor; que el visitante no había dejado de ser displicente; que continuaba con el mismo aspecto de hastío y desdén, y que el padre Matamala se mostraba en extremo cariñoso y solícito con él.

El forastero—conviene darle a conocer antes que refiramos, textualmente, como es nuestro propósito, el acalorado diálogo que ambos personajes sostuvieron en la huerta del convento—era un joven llamado Martín Martínez Muriel: y no será aventurado asegurar que intervendrá con frecuencia en la mayor parte de los hechos de esta puntual historia. Había nacido en un pueblo de la áspera y fragosa sierra que se extiende en el centro de la Península, y de la cual, con las corrientes de los ríos y las ramificaciones de las montañas, parece emanar y difundirse por todo el suelo el genio de las dos Castillas. A la edad en que le conocemos—no podemos afirmar que hubiera llegado a los treinta años; pero, a juzgar por su fisonomía, no necesitaba largas jornadas para llegar a ellos—había tenido una vida tan borrascosa, eran tantas y tan prodigiosas sus aventuras que, refiriéndolas, llenaríamos este volumen. Algunas, sin embargo, hemos de sacar del olvido en que yacen a causa de los desdenes de la Historia.

Hijo de un hombre cuya vida fué serie no interrumpida de desventuras, aquel joven las compartió todas por una excesiva severidad del destino de su familia. Fueron sus primeros años agitados y tristes, porque de la casa habían huído las alegrías mucho tiempo antes; y siendo niño tuvo que hacer esfuerzos de hombre y de héroe para sobrellevar la vida. Semejante escuela no podía menos de robustecer su voluntad para lo sucesivo, dándole una iniciativa de que carecen los que no conocen las enseñanzas de la contrariedad. Adquirió un valor moral que rara vez nace y crece en el teatro de la dicha, y al mismo tiempo todos sus actos, lo mismo que su lenguaje y modales, adquirieron un sello de seriedad algo torvo, favoreciendo en él el ejercicio de una cualidad innata de su espíritu, que en los desahogos íntimos de su ambición sintetizaba esta palabra: mandar.

Muriel había nacido para mandar, para dirigir, para legislar; y como el Destino no puso en su mano las riendas de un Estado, ni la disciplina de un ejército, ni la soberanía de un pueblo, ofreció su vida toda una contradicción misteriosa, aunque no muy rara de ver en esta edad. Los enigmas indescifrables que a veces presentan a nuestra observación ciertos caracteres que hallamos en la jornada de la existencia proceden de una contradicción horrorosa entre la aptitud y la vida. No se explican de otro modo algunas catástrofes individuales anatematizadas por el Derecho y la Religión, y ante las cuales, absortos y conmovidos, no nos atrevemos a dar nuestro fallo. Luchando con el tiempo y las circunstancias, los caracteres se ven en singularísimos trances que los trastornan profundamente.

Volvamos a su vida. Su padre, hijo de labradores, no había podido nunca sustraerse a los golpes de una suerte adversa. Había heredado una escasa fortuna territorial, pero ni sacó de ella gran provecho ni pudo enajenarla, por estar afecta a un señorío. Era hombre emprendedor, se sentía con facultades no comunes para el comercio, y al fin, dominado por la idea de su engrandecimiento pecuniario, idea en que la avaricia tenía parte muy pequeña, abandonó el suelo nativo, traspasando sus inmuebles a otro colono, y se marchó a Andalucía. Allí casó con la hija de un comerciante en situación nada próspera: entró en el comercio con fe; pero sus primeros pasos en una carrera en que el éxito parece depender de misteriosa y voluble deidad fueron fatales. Regresó

a Castilla, administró las fincas de un caballero segoviano, que le pagó cruelmente, y esto, lejos de sacarle de apuros, aumento el catálogo de sus desgracias; porque su probidad se puso en duda, y hubo proceso, del cual salió con honor, aunque dejando sus ahorros en las garras de los leguleyos.

Deseoso nuevamente de probar fortuna en el comercio, volvió a Andalucía, dejando a su familia en Castilla: se embarcó para América y volvió a los tres años con muy escasas ganancias. Seis años de una prosperidad trabajosa, en que los reveses fueron pocos y ligeros, dieron algún desahogo a la familia Muriel, que vivía ya sin ilusiones. Pero de pronto un suceso doloroso vino a perturbarla de nuevo: la esposa, carácter firmísimo y tierno, que había logrado aplacar el funesto ardor aventurero de Muriel, murió joven aún, dejando dos hijos de muy diferente edad: el uno nacido en los primeros años de matrimonio, y el otro en el último, poco antes que la noble alma de la que le dió el ser saliera de este mundo. Desde entonces las desdichas no conocieron obstáculos ni dique: desbordáronse sobre la familia, produciendo, como primer triste resultado, la separación voluntaria del padre y el hijo más viejo. Pusiéronle pleito los parientes de la difunta, y aunque no vieron resuelta la cuestión, ni creemos que se haya resuelto todavía, perdieron cuanto tenían, siendo preciso que cada cual se buscase la vida como Dios mejor le diera a entender.

Fué don Pablo a Granada, donde a fuerza de recomendaciones logró administrar las grandes fincas del conde de Cerezuelo, y encargarse al mismo tiempo de activar un pleito que este noble señor tenía en la Cancillería de aquella ciudad. Pero los pleitos marchaban entonces con más embarazo que ahora y se embrollaban con más facilidad. No fué lo peor la dilación ni el embrollo, sino que unos amigos oficiosos de Cerezuelo, administradores a quienes Muriel había sustituído, se dieron tal arte que hicieron aparecer a éste como falsificador de un documento, acusándole además de haber desfigurado otro en extremo favorable a los derechos de su protector. Muriel fué exonerado de sus poderes administrativos y encerrado en la cárcel; este nuevo proceso tenía todo el horror de lo criminal, sin carecer de las complicaciones dilatorias de la justicia civil. Era una muerte lenta, una inquisición, que no mataba, pero que deshonraba con calma, con método, digámoslo así, día por día, escribiendo una infamia en cada hoja de un protocolo interminable; añadiendo en cada hora una sospecha, una declaración capciosa, un testimonio falso al catálogo de vergüenzas arrojadas sobre la frente del hombre justo; quitándole una a una todas las simpatías, todos los afectos, desde la amistad más decidida hasta la compasión más desdeñosa, dejándole, al fin, en espantosa soledad física y moral, sin más mundo que la cárcel para el cuerpo y su conciencia para el espíritu. La suerte de aquel hombre íntegro, que no tenía más defecto que carecer de sentido práctico y ser inclinado a dejarse arrastrar por la imaginación, había empleado en su daño todos los sinsabores de la vida. No le faltaba más que la deshonra, y ésta fué el triste epílogo de sus desventuras.

II

En esta vida de contratiempos y luchas creció el desdichado Martín, que fué triste en su niñez y grave antes de ser hombre. Su padre, que había descubierto en él facultades intelectuales dignas de ser cultivadas, le destinó a las letras y al foro, no inclinándose a la carrera eclesiástica porque desde la infancia había mostrado gran repulsión a los hábitos. Más le gustaba la milicia: pero no era posible, por la falta de recursos y su origen plebeyo, hacerle entrar en el camino de las glorias militares. Dejóle su padre en Sevilla, y allí algunas travesuras cometidas le atrasaron en sus estudios. Pero lo que más contribuyó a extraviarle, decidiendo al mismo tiempo su carácter definitivo e influyendo hondamente en el resto de su vida, fueron las amistades que contrajo en aquella ciudad.

En los primeros años del siglo presente, lo mismo que en los últimos del anterior, se habían extendido, aunque circunscritas a muy estrecha esfera, las ideas volterianas. La revolución filosófica, tarda y perezosa en apoderarse de la masa general del pueblo, hizo estragos en los tres principales centros de

educación: Madrid, Sevilla y Salamanca, y es seguro que las escuelas literarias de estos dos últimos puntos, escuelas de pura imitación, no fueron ajenas a este movimiento. Pero donde más y mejor prendió el fuego del volterianismo fué en Andalucía, cuya raza, impresionable y fogosa, es inclinada a la rebeldía, así política como intelectual, y se deja conmover fácilmente por las ideas innovadoras. La tradición y la historia guardan el recuerdo de caracteres viriles, alucinados por diabólico espíritu de protesta, tales como Gallardo, Marchena y Blanco White, hijos los tres de Andalucía y primeros héroes y víctimas de nuestras discordias religiosopolíticas.

Por mucho rencor que la posteridad guarde al Gobierno de Godoy, no puede menos de conceder que fué tolerante en materias de libertad intelectual, y que siempre le hallaron poco dispuesto a secundar las bárbaras aspiraciones de la teocracia. Entonces era fácil procurarse los libros más contrarios a nuestro antiguo genio castizo; y los que entendían alguna lengua extranjera podían satisfacer fácilmente su curiosidad sin temor de que el Santo Oficio los molestara ni de que el brazo secular los persiguiera. Cundió el volterianismo y la democracia platónica de Rousseau. Como la exageración acompaña siempre fatalmente a todo movimiento revolucionario, no faltaron en esta corriente invasora las doctrinas del más bestial y ridículo ateísmo, de aquel dios llamado Ibrascha, a quien tributó culto don José Marchena en la Conserjería de París en 1793.

La raza holgazana de los abates encontró en esto un motivo de entretenimiento; y el cultivo de la poesía pastoril y amatoria, pagana, fría y no repudiada por nadie, no dejó de contribuir a la realización de aquel contrabando de ideas. Toda irrupción literaria lleva en sí el germen de una irrupción filosófica.

No escaparon del estrago algunos clérigos de audaz imaginación, mal comprimida por el sacramento, a los que se unió tal cual regular; pero estos casos no eran frecuentes, sobre todo en los últimos. Por lo común, aunque algunas ideas vagas cundieron por toda la sociedad, la idea revolucionaria no salió de círculos muy reducidos, y acaso a esta concentración debió la enorme violencia con que se manifestaba en determinados individuos. Tal vez por no haberse difundido, haciendo de este modo imposible la controversia, pudo el ateísmo hacer tantos estragos en algunas nobles inteligencias. El espíritu de protesta, que al principio fué puramente religioso, pasó después a ser social. En esta protesta no cabía la transacción. Sus negaciones eran categóricas y rotundas. En dos puntos concentraba todo su odio: en la nobleza y en el clero.

La imaginación arrebatada del joven Muriel fué una tierra feçundísima en que las nuevas ideas germinaron con asombroso desarrollo. El espíritu revolucionario, explosión de la conciencia humana, se mostró en él rudo, implacable, radical, sin la depuración que después han traído el estudio y el mejor conocimiento del hombre. La abolición de privilegios, la negación del derecho divino, la soberanía nacional, los derechos del hombre. He aquí los grandes problemas planteados en aquellos días. El que conozca la sociedad de entonces disculpará la exageración. Fuerza es que se la disculpemos a Muriel, que al acoger aquellas ideas experimentó el único goce de su espíritu. Su nacimiento, su vida, sus desgracias, ¿no eran otras tantas circunstancias atenuantes? La felicidad en las naciones, como en los pueblos, nunca es innovadora.

Profesaba a la nobleza un odio vivísimo; pero no pasó de ser un resentimiento platónico, digámoslo así, un rencor puramente ideal, aprendidos en los libros y no en la vida. El tiempo y las circunstancias pudieran haberlo atenuado o destruído. Pero no: el tiempo y las circunstancias confirmaron y aumentaron aquel odio. Entre tanto, abandonó sus estudios escolásticos, sin que por eso dejara de entregarse noche y día a la lectura de sus queridos libros. Devoraba cuantos describieran y comentaran la Revolución francesa. Las grandezas asombrosas y los inmensos horrores de aquella época producían en su ánimo estupefacción semejante a la que produciría el presenciar las primeras conmociones de la sociedad humana en los más remotos tiempos, tales como Babel o el Diluvio, tragedias espantosas. Compartían su espíritu el entusiasmo y el asombro; en su mente el hecho horrible se sublimaba al contacto de la noble

idea; perdíase en una contemplación sin fin, durante la cual se le representaban en la fantasía los caracteres y los hechos de la pavorosa catástrofe; y cuando concluían sus éxtasis, era para dar lugar a una inquietud extraordinaria. Iba y venía reconcentrado y solo; algunos le tenían por demente, y él se juzgaba viviendo en un desierto. Muriel no se parecía en nada a la sociedad de su tiempo, pues hasta los pocos que como él pensaban eran de muy diferente manera. En él estaba como en depósito la idea que más tarde había de expresarse en hechos. Mientras no llegara este momento, aquel joven era una excentricidad y una rareza. Si el tiempo no hubiera venido a darle razón, habría pasado siempre por un loco, y, en tal caso, escribir su vida sería locura mayor que la suya. Pero el tiempo ha justificado su carácter, y la personificación de aquellas ideas que tan pocos profesaban entonces es una tarea que el arte no debe desdeñar.

III

En tal situación de espíritu se hallaba Muriel cuando supo que su padre estaba preso en Granada, en compañía de su hermanito, chicuelo de nueve años. Ambos sin fortuna, sin hogar, solos, abandonados, perseguidos, aquel anciano y aquel niño inocente no tenían más asilo que la cárcel, abierta para ellos por la maldad y la envidia. No es de este lugar referir los padecimientos de los seres infelices, de tan diversa edad, y condenados a repartirse el breve espacio de un calabozo; el uno con los ojos constantemente fijos en el suelo, el otro con la vista clavada en la reja, a través de cuyos hierros se veía un pedazo de cielo; el primero buscando un hoyo en que reposar; el segundo, constantemente atraído por el espacio, por la vida.

Muriel vivía pobremente en Sevilla: se alimentaba de milagro, no bastando sus tareas de escribiente en casa de cierto curial para sacarle de miseria mucho más porque era tan pródigo como pobre, y antes abría la mano para dar que para recibir sus mezquinas ganancias. Con el comer corría parejas el vestir, y su vida era una serie de apreturas, cuyo fin no distinguía en el porvenir. Cuando supo lo que ocurría en Granada; cuando supo que su padre y hermano se morían en una prisión a causa de un proceso en que la envidia y codicia de sus enemigos habían desempeñado el principal papel, la primera determinación que tomó en su violento arrebato de cólera fué dirigirse inmediatamente a Madrid, con intención de mover cuantos resortes estuvieran a su alcance para sacar a su padre de la cárcel. El tenía amistad muy íntima con un clérigo sevillano, poeta incurable de aquella escuela, bastante contaminado por las nuevas ideas, persona de amenas costumbres, y que inspiraba respeto a cuantos le trataban. Como era voz pública que se carteaba con varios personajes de la corte, pidióle Muriel su protección, la cual no le negó el canónigo. Además recogió cuantas cartas pudo de otros individuos, y se fué a Madrid, esperando que le ayudara también en sus propósitos un religioso de Ocaña, pariente de su madre, y al que había conocido en el poco tiempo que residió en la corte, mientras su padre estaba en América. De este fraile se contaba que tenía gran amistad con graves y encopetados señores.

Fué Muriel a la capital, y allí sus tormentos no son para referidos. En ninguna parte le hacían caso. Iba y venía de palacio en palacio, de casa en casa, sufriendo desaires las pocas veces que se le recibía. La pobreza que su persona revelaba y la estrechez en que vivía, obligándole a acompañarse de personas bien poco cultas, contribuyeron al descalabro de su pretensión, que era considerada como una locura sin ejemplo. Había sido recomendado a un petimetre famoso, que era el dios de las ruidosas tertulias de Pepita Tudó; y este joven, ser ridículo y despreciable, hizo objeto de burlas al pobre pretendiente, obligándole a pasar mil sonrojos. Traía, además, carta para el prior de la Merced, el cual no dejó de mostrarse algo propicio; como un día Muriel, en el curso de una familiar conversación dejase escapar algunas apreciaciones poco ortodoxas y de un marcado olor revolucionario, amoscóse el padre, retiróle su protección, y más que en servirle, empleó su valimiento en contrariarle. El conde de Cerezuelo no le quiso recibir, porque cedía a las influencias de sus satélites, em-

peñados en la completa perdición y deshonra del antiguo administrador. También había llevado epístola para un grave, estirado y almidonado alcalde de Casa y Corte; mas éste se mostraba muy afable y no hacía nada. ¿Cómo prestar oídos a la exigencia de un joven pobre, oscuro, advenedizo y misántropo en un asunto en que estaba interesada una poderosa familia? Comprendió al cabo Muriel que la lucha era imposible. Recorrió todas las oficinas y covachuelas, tocó todos los registros de nuestra complicadísima administración. Nada era posible lograr. El Estado en masa estaba en contra suya. Coger una montaña y echársela a cuestas hubiera sido más fácil que salir adelante en aquella empresa. Su desesperación no conoció límites cuando llegó a entender que empleando la venalidad conseguiría su deseo. Viendo de cerca la maquinaria mohosa y podrida de nuestra administración judicial y civil, conoció que desde el príncipe de la Paz hasta el último rábula resolvían todas las cuestiones a gusto del interesado y mediante una cantidad proporcional. La corrupción era general y crónica. Comprábanse los destinos, y la justicia era objeto de granjería. El, a ser rico, hubiera comprado a España entera. En aquellos días su rencor era tan profundo, que, sin escrúpulo de conciencia, se hubiera vendido a Napoleón, a los ingleses, al demonio. Hubiera visto con júbilo desplomarse todo aquel alcázar de corrupción, sepultando entre sus ruinas a Carlos IV, a María Luisa, a Godoy, a Escóiquiz, a Fernando, a los frailes, a la nobleza, al clero, a la magistratura. Ya en una esfera puramente ideal había pronunciado sentencias contra todo esto. Pero al ver de cerca las cosas, conociendo la ignorancia y frivolidad de la alta clase, la degradación de los regulares, en quienes no resplandecía ya ni un destello del antiguo misticismo, la infame corruptela que gangrenaba el cuerpo político, su saña se enconó, y de aquel espíritu lleno de tribulaciones se apoderó, al fin, por completo, lo que era, a la vez, un sentimiento y una idea: la revolución.

Tal era la situación de Muriel cuando un acontecimiento inesperado vino a poner fin a su lucha, llenándole a la vez de tristeza. Su padre murió en la cárcel de Granada. Sintió con esto el joven, al par de la pena, una especie de alivio. Parecía que su agitada inteligencia necesitaba descanso, y aquella muerte, que arrancaba de la tierra el alma del varón justo para llevarla a su verdadero sitio, le parecía más bien un beneficio que un agravio. Dios había tomado a su cargo el asunto y lo había resuelto. Muriel, que no estaba seguro de creer en Dios, pensó mucho en esto.

Marchó entonces a Andalucía, con intento de recoger a su hermano, y aquí nos hallamos con un incidente imprevisto, que no es fácil podamos explicar ahora. Su hermano no estaba allí. Investigando sobre los sucesos de esta historia, hemos averiguado que, conociendo el anciano que su fin estaba próximo, quiso escribir a su hijo, de quien en la prisión había recibido varias cartas. Dijéronle que su hijo había muerto, y no sabemos si se pensó engañarle o si, efectivamente, las personas que tal dijeron creían que Martín había desaparecido del mundo. Si fué lo primero, ignoramos los móviles; mas tal vez en el curso de esta narración se esclarezca un asunto que originó en el moribundo la determinación que vamos a referir. Lo que está fuera de duda es que éste, viendo que aquel niño iba a quedar sin amparo en el mundo, ideó, llevado de su buen corazón, un plan que juzgaba el más razonable en aquellos momentos. Creyó que no debía pedir protección sino al que aparecía como autor de su desventura, al propio conde de Cerezuelo. Fija esta idea en su mente, y considerando que, después de haberle causado tanto daño, el conde no podía guardar rencor a aquella criatura, resolvió enviárselo. Contaba con herir la cuerda de la conmiseración en su antiguo protector, que no podía llevar su saña más allá de la tumba. Además, el conde no era inhumano; las personas a cuyas sugestiones había cedido no se opondrían a que amparara al hijo de la víctima, niño infeliz, que era el mejor testimonio de las crueldades cometidas con su padre. Muriel contaba hasta con los remordimientos de sus enemigos para esperar aquel resultado, y al mismo tiempo recordaba que el ilustre prócer tenía una hija, de cuya sensibilidad el pobre preso había formado muy alto concepto.

Estas consideraciones le afirmaron en su propósito, y dominado por una idea que tiene explicación en su inmensa

bondad, escribió al conde una carta, de la cual hemos oído referir algunos párrafos, sin que nunca hayamos podido haberla a mano. En esta carta patética, en que se reflejaba la turbación de espíritu del buen hombre, estaba escrita su única disposición testamentaria. Murió al día siguiente de escribirla, y una persona, más compasiva con él entonces que lo fué en vida, se apoderó del muchacho y lo envió a Alcalá, donde habitualmente residía el conde.

Grande fué la sorpresa de Martín cuando al llegar a Granada supo lo que había pasado. No podía explicarse la determinación de su padre, ni conocía los móviles que pudieron inclinarle a obrar de aquel modo. En su confusión, quiso volver inmediatamente a Castilla, pero se lo impidió una grave y repentina enfermedad, contraída a causa de la hondísima alteración de su ánimo y de la considerable fatiga de su cuerpo.

Exánime y trastornado, estuvo cuarenta días en un hospital, y hasta la misma caridad cuidaba con algún desvío aquel cuerpo calenturiento y moribundo, en el cual se creía que no podía habitar sino un alma extraviada. En sus delirios creyó ver cercana la muerte; y ésta, en realidad, no andaba lejos. La idea de aquel Dios que se había complacido en olvidar iluminó su inteligencia en momentos de amargura. Aspiraba al descanso eterno, y la idea de la justicia de ultratumba era la única luz que iluminaba aquella conciencia turbada por la negación. Su fe, sacudida por el análisis, se fortaleció en lo relativo a la creencia en un Dios justo y bueno, porque en su noble espíritu no cabía el materialismo soez que hace del hombre una máquina más perfecta que las que hacen los ingenieros. Restableció todo lo divino y todo lo eterno; y el ídolo, caído a impulso de la filosofía, volvió a ocupar en el cielo vacante su trono inmortal. El ateo se complacía en deslumbrar sus ojos con la luz que esparcía por los mundos aquel altísimo ser. No lo negaba; pero su creencia era vaga y oscura, sin que en ella hubiera nada de la entidad personal de que había oído hablar a los teólogos. Su fe en este punto no era otra cosa que el último refinamiento de la duda. En creer lo que creía, con el único objeto de buscar consuelo en la justicia de ultratumba, había algo de egoísmo. Más que fe, aquello era esperanza.

Por lo demás, ni el dolor ni la proximidad de la muerte atenuaron en él el odio a la sociedad de su tiempo y a sus instituciones fundamentales. Convaleciente, débil y dominado por tenaz hipocondría, se ocupaba en imaginar vastos planes de destrucción. Sentíase crecer: inmensos ejércitos le obedecían. Temblaba la sociedad convulsa y herida bajo sus pies. Invocaba no sé que fuerzas desconocidas y ocultas en el seno de la sociedad misma, y traía a la memoria la combustión horrible que, inflamando al pueblo francés, revolvió y depuró sus elementos. Ante la majestad de la idea de depuración, no le mortificaba ver los maderos de un patíbulo en que purgase sus faltas la Humanidad extraviada y corrompida.

Restablecido al fin por completo, no pensó más que en trasladarse a la corte. Una fuerza secreta le impulsaba hacia allá. La miseria que había observado en su viaje anterior no le desanimaba. Creía, sin saber por qué, en la existencia de un incógnito problema por resolver; había en él cierta propensión a dejar de ser ideólogo, a obrar en cualquier sentido, a hacer algo que sacara al exterior aquella balumba de ardientes deseos que, comprimidos y encerrados, le producían malestar horrible. Esta fué la causa principal de su determinación, si bien existían otras de índole puramente externas, tales como recoger a su hermano y exigir a Cerezuelo el pago de cierta cantidad que su padre nunca pudo hacer efectiva, a pesar de ser enteramente ajena al motivo de la prisión.

Púsose en marcha, y no quiso dejar de visitar a su paso por Ocaña al padre Jerónimo de Matamala, el único que le había servido antes con algún interés, aunque sin fruto. Llegó al convento, y después del ligero altercado que hemos referido entró y habló ligeramente con su amigo, diciendo uno y otro lo que fielmente vamos a reproducir.

IV

Hallábanse en la puerta del convento, sentados en un banco de piedra. Caía la tarde, y los últimos rayos del sol ha-

cían proyectar oblicuamente la sombra de los grandes chopos, trazando largas y paralelas fajas en el suelo. Era la huerta un inmenso rectángulo formado por elevados muros, sin más comunicaciones con el exterior que una enorme portalada, por la cual, en el momento a que nos referimos, entraban dos asnos cargados con la colecta y conducidos por un buen lego, que, sin compasión, y profiriendo tal cual terno, los arreaba. Enorme y frondosísimo olmo extendía su follaje oscuro muy cerca de la tapia y dando sombra a una noria, cuyo rumor, producido al perezoso girar de una paciente mula, era un arrullo que convidaba a la somnolencia. La vista y el oído reposaban dulcemente ante el efecto a la vez óptico y acústico de los círculos sin fin descritos por el humilde animal y de la periódica y regular caída del agua, arrojada a compás por los cangilones. Cavaba con mucho denuedo un padre en uno de los cuadros, de cuyos apelmazados terruños surgían las hojas exuberantes, retorcidas, verdeazuladas de las coles que allí se desarrollaban con frondosidad que tenía algo de voluptuosa. No se oía más que el ruido de la noria, el golpe de la azada, el canto de algún labriego que por el camino cercano pasaba, y los precipitados pasos de alguna res ansiosa de llegar al hogar. El viento era tan tenue que apenas movía los últimos y más endebles penachos de los chopos, plantados en uno de los lados del rectángulo. Ni una nube empañaba el cielo. No hacía ni frío ni calor. La uniformidad, la calma, la monotonía convidaban a fijar la mente en un solo pensamiento.

Tal vez por eso no parecía muy deseoso de hablar el joven, y dirigía la vista al suelo, como abstraído. Pero el fraile, que era sumamente decidor, pugnaba por avivar la conversación siempre que su amigo la dejaba languidecer

—Pues si quieres que te diga la verdad con franqueza, querido Martín—dijo—, yo creo que haces mal en ir ahora a Madrid. Vuélvete a tu Sevilla, donde mal que bien puedes vivir. Pero en la corte... Tú no eres abogado, tú no eres médico, tú no eres militar, tú no eres fraile, tú no eres clérigo, tú no eres petimetre, tú ni siquiera eres abate... Y a propósito: ¿por qué no solicitas un beneficio simple y te ordenas de menores, y te buscas una renta sobre cualquier diócesis? Esta de Toledo no las tiene malas.

—¡Yo solicitar!—exclamó Muriel con expresión de desprecio—. Solicitar es comprar, es corromper al Estado entero desde el alcalde de Casa y Corte y el corregidor perpetuo con juro de heredad, hasta el pinche de las cocinas del rey y el limpiabotas de Godoy. Yo no solicito porque soy pobre.

—Déjate de burlas, hijo, que es buena idea la que te he indicado sobre el cómo y cuándo de hacerte abate. Ese cargo no te estorba: es la carrera de los que no hacen nada; quedas libre para dedicarte a tus estudios, para leer los diarios y escribir en ellos si te acomoda. Pero ¡ah!, Martincillo, si tú quisieras seguir mis consejos..., si tú entraras en nuestra santa Orden. Hazte fraile y verás. Retírate del mundo, donde no hallarás más que penas ¿Te parece que aún no has tenido bastantes?

—Si yo me propusiera burlarme de la sociedad, de seguro haría lo que usted me dice—contestó Muriel sin mirar al padre— A veces he tenido tentaciones de buscar la soledad y el retiro; pero ahora lo que deseo es presenciar los hechos del mundo y tomar parte en ellos. La soledad me mata.

—¡Pues si vieras qué buena es la soledad!—dijo el padre con expresión contemplativa—. No es necesario que renuncies por eso completamente al mundo. Por el contrario—añadió, dando a sus palabras cierto tono de positivismo—; desde aquí, y sin ser molestado por nadie, puedes influir en él y hasta ser poderoso. Desengáñate, hijo. La felicidad en la tierra está en estas santas casas. Tranquilidad y bienestar, ¿qué más puedes desear?

—Falta saber, padre, si eso durará mucho—replicó Muriel, que trazaba cuidadosamente algunas rayas en la tierra con la punta de su bastón, observando con gran cuidado lo que hacía, como si aquello fuera un dibujo admirable—. Yo preveo el día en que todos ustedes salgan por ahí a buscarse la vida como voy yo ahora.

—¡Jesús y el seráfico! —exclamó el fraile—. Yo creí que con la edad se te curarían esas herejías. Nosotros, que somos el amparo y el sostén del hombre; nosotros, que le enseñamos a vivir y a ser bueno... Esas ideas que han venido

de fuera nos van a dar que hacer... Pero, ¡ay!, Martincillo; .eso no sienta bien en un joven como tú, de corazón y de ingenio. Pase que los que quieren encubrir sus criminales intentos con palabras filosóficas... Sobre todo, hijo mío, ya que tienes esas ideas, no las publiques. Cállate y aprende a vivir en el mundo... ¿No ves que así el mundo te despreciará y serás perseguido?

—Yo no puedo disimular—dijo Muriel, borrando rápidamente todas las rayas que había trazado—. Expreso lo que siento, y no puedo renunciar a este placer, por ser el único que tengo.

—Mal camino, hijo. Yo sé—arguyó el buen religioso, bajando la voz—, yo sé que si nos metemos a averiguar ciertas cosas, encontraremos sapos y culebras; pero yo tengo experiencia y opino que el mundo debe dejarse como está. Sigue mi consejo. Deja esas ideas. Mira que son peligrosas, y algún día podrás ser perseguido y con razón. Ahora con el Gobierno de ese vil favorito, la religión santísima está bien defendida; pero deja que suba al trono nuestro muy deseado príncipe Fernando, y varás adónde van a parar los filósofos.

—Si no viene todo al suelo mientras reine el deseado príncipe—exclamó con cierta expresión profética el joven—. Será más tarde o más temprano, pero que se viene al suelo es indudable.

—¿Qué?—dijo vivamente el padre, creyendo que la tapia no estaba segura.

—Ustedes, los privilegios, los mayorazgos, los diezmos, el rey, Godoy y todo este modo de gobernar que hay ahora. Esto es tan indudable, que es preciso estar ciego para no verlo.

—Ríete de eso: lo que tiene por base la santa religión y este amor que hay aquí a los reyes... Aquí han hablado de Constituciones y cosas como las que hay en esos pueblos de allá... Pero eso no cuaja en esta tierra de la lealtad. Somos demasiado buenos para eso.

Es de advertir que fray Jerónimo de Matamala era hombre de instrucción y claro talento, y había sido de los que primero dieron oído a las nuevas ideas. Educado en Salamanca, fué uno de los más afamados poetas de aquella insulsa escuela, donde se le conocía por el pastoril nombre de Liseno. Como fray Diego González, y el padre Fernández, no se desdeñaba de cultivar la poesía amatoria, fingiéndose pastor y creando un tipo de mujer a quien dirigía sus versos. Esto era costumbre, y nadie se escandalizaba por ello. Pero a fines del siglo las ideas de indisciplina filosófica y política cundieron por las aulas salmantinas. Fray Jerónimo de Matamala, que fué de los primeros en quienes hizo efecto la invasión, se contuvo más por cálculo que por fe; guardábase muy bien de mostrar lo que había aprendido, matando en flor en su entiendimiento la naciente protesta. Sabía muy bien lo que eran los derechos del hombre, y conocía todos los argumentos del ateísmo; conocía a Rousseau y aun algo más; pero afectaba una ignorancia absoluta de tan peligrosas materias. Esto parecía pasar por hipocresía; pero nosotros creemos que aquello no era sino miedo. Quería engañarse a sí mismo, quería olvidar lo que había aprendido, y le parecía que, olvidándolas, aquellas ideas dejarían de existir. Cerraba los ojos ante el abismo, esperando de este modo, si no evitarlo, vivir tranquilo hasta que llegara la catástrofe

Instalado en Ocaña, Matamala sostenía correspondencias muy activas con varios personajes de la corte, por lo cual vivían sobre ascuas sus cofrades, sospechosos de que tomaba parte en alguna intriga política. Al buen franciscano no le faltaban entre tanto mil recursos para desvanecer estas sospechas.

—Bien; dejemos ese asunto—dijo, afectando una compunción que no sentaba mal a sus hábitos sacerdotales—. Yo te profeso un afecto entrañable, yo fuí amigo de tu padre, que gloria halle... Pero no renovaré tu sentimiento. Vamos al caso. Aunque no quieres seguir mis consejos, quiero servirte, y hoy mismo le voy a escribir a un señor de Madrid, amigo mío, para que te proporcione algún trabajo, y te ayude en eso que vas a pedirle al conde de Cerezuelo. Pero, hijo, sé bueno. Cree en Dios. No pierdas por lo menos el respeto exterior que se debe a sus ministros. Esto es lo importante. Sé respetuoso con los grandes señores, con los personajes de ilustre prosapia.

—Sí—contestó el joven con desdén—; cuando los veo entregados a todos los vicios, ignorantes, llenos de preocupaciones, holgazanes, indiferentes al bien de estos reinos y de la sociedad. Poseen to-

das las riquezas de que no es dueño el clero. Comarcas enteras se esquilman en sus manos y se acumulan de generación en generación, siempre en la cabeza de un primogénito inepto, que no sabe más que alborotar en los bailes de las majas, hacer versos ridículos en las academias o lidiar toros en compañía de gente soez. No encontraréis entre ellos personas de algún valer, con muy contadas excepciones. Los colonos se mueren de hambre sobre el terreno; los derechos señoriales hacen que sea ficticia toda propiedad que no sea la de las grandes familias, y en cada generación aumenta el número de pobres, por los segundones que se van segregando del tronco de las familias nobiliarias para entrar en la gran familia de la miseria

—¡Santo Dios y el seráfico patriarca!—exclamó el fraile, tapándose los oídos—. No hables más. ¡Qué pestilencial doctrina! ¡Oh Martincillo!, es preciso que te enmiendes. Tú no tienes instinto de conservación. ¡Yo que deseo verte hecho un hombre de pro; yo, que voy a inclinarte a que busques apoyo en la nobleza...

—¡Apoyo en la nobleza!—contestó Muriel con vehemencia—. La detesto de muerte. La aborrecía antes de saber lo que era. Conocida, nada puede dar idea de mi odio. La aborrezco más que a los frailes.

—¡Jesús, por los sacrosantos clavos! No blasfemes.

—¡Blasfemar! ¿Y por qué?—continuó con creciente agitación—. Decir que todos ustedes son holgazanes, glotones, sibaritas, dueños de la mitad del territorio, disolutos, hipócritas: ¿decir esto es blasfemar? ¿Quién ofende a Dios? ¿Ustedes, que son como yo, o yo, que lo digo?

Muriel se expresó con alguna violencia, y había alzado un tanto la voz. El religioso se escandalizó; encendióse su rostro, mirando azorado a un lado y a otro, temeroso de que alguno de los padres que paseaban por la huerta hubiese oído las infernales palabras de aquel réprobo.

—Ustedes han de desaparecer, irán arrastrados por una tempestad, que trastornará otras muchas cosas. Los privilegios tienen que venir a tierra. Temblarán los nobles en sus palacios y los frailes en sus claustros. Los primeros tendrán que repartir su fortuna por igual entre sus hijos, creando así una clase poderosa, intermedia entre la grandeza y el pueblo, que será la que más influya en la nación; y ustedes se verán reducidos a la cristiana pobreza con que fueron instituídos, pasando sus inmensas riquezas a ser patrimonio de la nación.

—¡Nuestros bienes! ¡Tú estás loco! —exclamó, atortolado, el padre, como quien escucha una gran novedad, un despropósito inconcebible, lo más disparatado que pudiera imaginarse.

—Dios os ha mandado ser pobres, y vosotros os habéis hecho ricos.

—Nosotros tenemos lo que nos han dado. Pero ¿tú sabes lo que has dicho? ¿La conciencia no te arguye de ser tan irrespetuoso con las cosas de Dios?

—Es que yo no creo en Dios, padre —dijo Muriel con una seguridad que hizo temblar a fray Jerónimo, el cual miró a un lado y otro, agitado y confuso, temiendo otra vez que hubiera oído la blasfemia alguno de los frailes que allí cerca distraía el ocio con la lectura de algún piadoso libro.

—¡Jesús, qué horror! *Vade retro, Satanás!*—exclamó, cerrando los ojos y pronunciando entre dientes una oración.

—Es decir—continuó el joven—, yo creo en mi Dios, es un Dios a mi manera. Yo no creo en el Dios vengativo y suspicaz que ustedes han hecho a imagen y semejanza del hombre.

—Querido Muriel—dijo Matamala, reponiéndose del susto y abriendo los ojos—, estás comprendido en los anatemas de la santa Iglesia. Si yo fuera débil, ahora mismo te arrojaría de esta santa casa, que estás profanando con tu presencia. Pero yo espero traerte al buen camino. Tú serás bueno. San Agustín era como tú. Oirás la voz del Señor y te convertirás. Tú amarás todo lo que ahora detestas; amarás a los nobles, protectores de las industrias y ejemplo de buenas costumbres; amarás a los reyes, imágenes de Dios en la tierra, que administran la justicia y se desvelan por el bienestar de sus leales vasallos; amarás a los frailes, pobres, humildes criaturas, que enseñan la buena doctrina, combaten los errores y consuelan a los afligidos.

—Si fuera como usted dice, padre, yo amaría todas esas cosas. Si los nobles no

ofrecieran en su conducta el ejemplo de todos los vicios; si yo viera en ustedes hombres de caridad, enemigos de las riquezas, en vez de hombres ociosos, ignorantes y fanáticos; si viera en la Corte y en el Gobierno hombres dignos que no tuvieran por único propósito esquilmar a la nación en provecho propio, yo los amaría.

V

Como se ve, Muriel no perdonaba a ninguna de las instituciones de que habló las faltas de sus individuos. Era inexorable, como lo era la revolución entonces. Dominado por su idea, no conocía la transacción. Creía que era posible reformar destruyendo; no conocía la enormidad de las fuerzas del enemigo; ignoraba que lo que se intentaba aniquilar era inmensamente más poderoso que los razonamientos de dos o tres individuos; que aquello tenía la fuerza de los hechos, de un hecho colosal, consagrado por los siglos y aceptado por la nación entera. Además, no comprendía que si la idea vence alguna vez a la fuerza, no es fácil que venza a los intereses. La transformación con que él soñaba era obra lenta y difícil. Sólo intentarla costó después mucha sangre.

Fray Jerónimo, que había vuelto a rezar, dijo al terminar su breve oración, y trazándose sobre el cuerpo la señal de la cruz:

—Yo rezaré por ti, pecador empedernido. Y entre tanto voy a hacer por tu bien todo lo que está en la facultad de un pobre fraile.

—Yo, aunque pienso así, padre Matamala—dijo Muriel—, no soy ingrato; no aborrezco a las personas, salvo alguna que otra, a quien detesto con todo corazón.

—Bien—dijo el fraile, deseoso de que aquella conversación se acabara, aunque parecía dispuesto a perdonar a su amigo todas sus herejías—. Bien; yo escribiré esta noche misma a una persona de Madrid, a quien estimo. Verás cómo ese señor, que es poderoso y modesto, consigue para ti lo que deseas. Pero haz por ocultarle tus ideas, ¿entiendes? El te dirá lo que debes hacer; y si por su conducto no logras nada de Cerezuelo, da el asunto por concluído.

—¿No le conocía usted la otra vez?

—No. ¡Qué lástima! Si entonces hubiéramos tenido esa palanca.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama?

—Es persona, como te he dicho, modesta, pero de gran poder. Su nombre no suena como el de otras; pero a cencerros tapados... Te advierto que es enemigo de Godoy, y tal vez en eso consiste que pueda tanto. Ya, ya me agradecerás, Martincillo, esta recomendación que te hace amigo del señor don Buenaventura Rotondo y Valdecabras.

—Ese nombre no me es desconocido —dijo Muriel, recordando.

—Sí, lo habrás oído nombrar—añadió Matamala, temiendo que su amigo tuviera ya noticias de aquel personaje, y que estas noticias fueran malas—. Ya le escribiré explicándole lo que deseas. ¡Ah! Te advierto que es hombre rico. Pero oye una cosa: conviene que disimules tus opiniones, porque aunque él no es gazmoño..., está enterado de todo eso..., y nada de cuanto digas le cogerá de nuevo.

—¿Y ese señor es abogado, comerciante...?

—Eso es, se dedica al comercio; suele prestar dinero; y la verdad es que ha hecho fortuna.

—¿Y es gran amigo de usted?

—¡Ya lo creo! Nos escribimos con mucha frecuencia... Esto te lo digo acá para *inter nos*. Querido Martincillo, si la otra vez no pude hacer nada por ti, lo que es ahora... Yo iré también pronto a Madrid.

—Diga usted: ¿Cerezuelo sigue viviendo en Alcalá?

—Sí; allí se ha encerrado y no hay quien le saque de su escondrijo. Su hija es la que vive en Madrid. Ya tendrás noticias de ella: una muchacha bastante orgullosa y desenvuelta. Cuando ese basilisco no influye en el ánimo de su padre, éste es un hombre razonable y humano... Pero no quiero detenerte más —concluyó el fraile, levantándose—; ya es de noche. Vete, Martín. Se va a cerrar la puerta del convento.

Muriel se levantó también.

—¡Ah! Dame las señas de la casa en que vas a vivir—dijo el fraile.

—Voy a vivir con el pobre, aunque siempre feliz, Leonardo.

—¿Sigue tan calavera?

—Siempre lo mismo; pero siempre bueno.

—Espero veros pronto, tanto a ti como a él. Yo también tengo que hacer algo en la corte—manifestó el fraile, abriendo con ayuda del lego la gran puerta del convento.

—Adiós, padre—dijo Muriel—. Hasta luego.

—Adiós, Martincillo—exclamó el religioso, abrazándole con afectada ternura—. Hasta luego.

Se despidieron. Muriel le dió nuevamente las gracias por la recomendación, hizo el religioso ardientes protestas de solicitud, y se separaron. El lego, reconciliado con el forastero después de la favorable acogida que a éste dispensó un frailazo tan respetable como el padre Jerónimo de Matamala, le hizo al verle salir una profunda reverencia.

Para que nuestros lectores comprendieran la importancia del diálogo que hemos referido y el valor que tiene en esta historia, sería preciso que conociesen la carta que fray Jerónimo de Matamala escribió a la persona a quien iba recomendado su joven amigo. Por ahora no nos es posible dar a conocer este documento, que revela cuáles eran las relaciones del sagaz franciscano con algunas personas de la corte; mas en los siguientes capítulos, la oportuna aparición del señor don Buenaventura Rotondo y Valdecabras podrá dar alguna luz sobre el particular.

CAPITULO II

EL SEÑOR DE ROTONDO Y EL ABATE PANIAGUA

I

Tenía Muriel un amigo que era segundón de familia nobilísima. Desheredado por la ley, que acumulaba todas las riquezas y todas las glorias de una familia en el primogénito; sin más fortuna que su valor y su ingenio, había abandonado la casa paterna, olvidando completamente a su hermano. Como no había recibido instrucción alguna, Leonardo, que así se llamaba, no pudo aspirar a suplir con el valor intelectual la falta de recursos. Además, se inclinaba por temperamento a la vida holgazana; y como su pobreza y su falta de posición le libraban de las responsabilidades que la sociedad exige a los poderosos, entregóse a la cómoda ocupación de no hacer nada. Pocos han realizado como él la evangélica máxima de cuidarse del día de mañana. Su familia era extremeña, y él se había establecido en Sevilla, donde hacía versos, lidiaba toros, frecuentando todos los círculos en que había gente de buen humor.

La mayor parte de sus amigos eran estudiantes, si bien los libros no fueron nunca para él contagiosos; y en materia de doctrinas, aunque de ninguna entendía gran cosa, se deleitaba con las revolucionarias, como si en ellas encontrara un fondo de justicia que las preocupaciones de su época y de su clase no le impedían ver. Pero, por lo general, no se preocupaba mucho de sus filosofías. La algazara y las aventuras con caracteres de libertinaje eran las condiciones elementales de su vida, que era una vida de estudiante sin estudios. Reunido constantemente con jóvenes de la clase popular, Leonardo había olvidado que era noble, si bien alguna vez la vanidad innata se mostraba por un resquicio de su carácter, y entonces solía describir su escudo con una prolijidad que promovía grandes burlas entre sus compañeros.

Estrecha amistad le unía con Muriel, que le había perdonado el ser noble. Juntos vivieron en Sevilla bastante tiempo, y la suerte, que algo le tenía reservado, quiso que juntos viviesen después en Madrid; porque Leonardo, que con motivo de un lance desagradable había tenido que huir de Andalucía, *se estableció*, como él decía, en la corte, y allí estaba cuando llegó Muriel, a quien alojó en su casa. Esta, que era el segundo piso de un inválido edificio de la calle de Jesús y María, en que habitaban multitud de familias, ofrecía a los dos amigos las comodidades de un palacio, a pesar de la estrechez de su recinto. Vivían solos en compañía de dos personas, de quienes nos será lícito hablar un poco, aunque su papel en esta historia no sea de gran importancia. Era la primera una especie de ama de gobierno o patrona de huéspedes, que se hallaba en el ocaso de la edad y de la gloria y vivía en una lamentación continua, recordando los venturosos días en que su esposo tocaba el violín e improvisaba madrigales en las más frecuentadas tertulias de Madrid. Doña Visitación procuraba sofocar

los dolores y soledades de su marchita viudez por medio de un continuado y estrecho trato con todos los santos y santas de la corte celestial, y la vida devota ofrecía ancho campo a su espíritu para distraerle de sus pertinaces melancolías. La otra persona que habitaba la casa era un criado a quien llamaban Alifonso, el cual desempeñaba las funciones de barbero y peluquero, hacía de comer cuando doña Visitación se extasiaba en la iglesia más de lo ordinario, y tenía, además, habilidad no común para todos los recados que exigieran astucia y agudeza de ingenio, revelando en esto la educación frailuna que había recibido. Ensanchábase, además, la vasta esfera de los conocimientos de Alifonso con su aptitud maravillosa para suplir la carencia absoluta de sastre, que era peculiar en la casa de un pobre como Leonardo. No se sabe dónde adquirió el mancebo tan extraordinaria destreza; pero es lo cierto que componía las casacas de su amo y hacía como nuevas las más viejas y raídas, prodigio en que la tijera y la química obraban de común acuerdo. Una particularidad digna de ser notada es que doña Visitación y Alifonso se aborrecían de muerte: antipatía mortal, profunda, eterna, los dividía. Eran irreconciliables como la noche y el día. La vieja había llegado a creer que el travieso doméstico era el demonio, disfrazado de aquella forma para su tormento, opinión que consultó varias veces con su confesor, sin obtener respuesta categórica, por no ser fuerte este venerable en el tratado *De re dœmoniorum*. Detenidas y eruditas investigaciones hechas después que subió al cielo doña Visitación han dado a conocer que la causa de aquella antipatía había sido el siguiente suceso. La vieja se fué muy temprano a la iglesia en cierto día de gran ceremonia, dejando en la cocina una gran cazuela donde se guisaba corpulento jamón que le habían regalado unos extremeños. Alifonso lo sacó con mucho donaire y puso en su lugar el violín del difunto y nunca olvidado esposo de doña Visitación, reliquia que la viuda conservaba con respeto religioso y fanático, cual si fuera parte integrante de la persona que con tanta gloria lo usó en vida.

Cuando la santa mujer volvió de su rezo; cuando entró en la cocina; cuando se acercó a la cazuela; cuando asió el mango del violín, creyendo era el hueso del jamón—pues era corta de vista—; cuando destapó, vió y tocó, cerciorándose de tamaña profanación, su furor llegó al grado de la violencia de la tragedia griega; sus nervios se alteraron y cayó con un síncope de que no había ejemplo en su borrascosa vida. Aquella noche, en su agitado y calenturiento sueño, vió la irritada sombra de su esposo tocando en el malhadado instrumento, que lanzaba lúgubres quejidos, y a su lado a Alifonso con rabo y cuernos, teniendo en su mano el jamón, que apoyaba en el hombro para remedar, tocando con un asador, los movimientos del airado fantástico músico. Desde entonces, a la supersticiosa mente de doña Visitación se adhirió con invencible fuerza la idea de que Alifonso no era otra cosa que el demonio mismo vestido de carne humana para su tormento.

Estas son las dos personas que compartían las pobrezas de Leonardo, el cual, con su escasísima renta, que cobraba tarde y mal, sostenía la casa y daba habitación y alimento a su desdichado amigo.

II

Leonardo consagraba su vida y su tiempo a lo que entonces se designaba con una palabra un poco malsonante hoy, pero que emplearemos por necesidad: *a cortejar*. No indica precisamente esta voz corrompidas costumbres ni licencioso libertinaje. Más general, expresa la ocupación, en cierto modo insulsa, de los que aman por pasatiempo y por una especial necesidad de espíritu en que la pasión tiene muy poca parte. Leonardo, pues, cortejaba, siguiendo la corriente poderosa de la juventud de su tiempo, que no conocía ocupaciones de otra especie; que no tenía libros en que estudiar, ni cátedras o tribunas donde discutir. El último tercio del siglo XVIII y los primeros años del presente fueron la época de las caricaturas. La de don Juan no había de faltar en aquella sociedad, que Goya y don Ramón de la Cruz retrataron fielmente y con mano maestra.

Leonardo, pobre, caído desde la altura de su noble origen a la miseria de

su humilde existencia, se ocupaba en enamorar escofieteras y tal cual petimetra de la clase media, perdida a primera noche en los laberintos de Maravillas o Lavapiés. Pero la indigencia no podía desmentir su alta prosapia, y ésta se manifestaba en un presuntuoso deseo de llevar su derecho de conquista a una sociedad más distinguida. En tan atrevida aspiración, deparóle el Cielo o el infierno una misteriosa y recatada beldad en cierta novena de San Antonio, a que asistía con hipócrito fervor, y aquí comenzó, al par que una serie de amorosas glorias y platónicos deleites, la serie de sus grandes apuros económicos.

Era en extremo curioso entonces ver el afán con que Alifonso componía la casaca de su amo, dándole un corte que, si bien la dejó algo rabicorta, la asimilaba a las que en aquellos días eran de moda entre los currutacos. Al mismo tiempo cogía los puntos a las medias y galoneaba la chupa; robaba con mucha gracia a sus compañeros de profesión algunas esencias con que perfumar los pañuelos de Leonardo, condición indispensable para ser caballero entonces, y, por último, planchaba y pulía el arrugado sombrero, haciéndole pasar por joven, sobre todo si la noche se encargaba de ocultar sus tornasoladas tintas y tapar otras muchas inveteradas fealdades. Con este atavío, el galanteador salía a la calle hecho un *marqués*, sobre todo de noche, pudiendo así retardar lo más posible el desengaño de la dama y ocultar la desnudez efectiva de quien no tenía más tesoros que los de su fácil afecto.

Cuando Muriel llegó, Alifonso hubo de hacer un nuevo alarde de su fecundo genio, pues los vestidos del joven filósofo no eran los más a propósito para presentarse delante de una persona como don Buenaventura Rotondo y Valdecabras. Sujetóse a prolongado tormento la única casaca que poseía; empleáronse las prodigiosas lejías que habían rejuvenecido la chupa de Leonardo, y el sombrero gimió bajo las planchas del hábil confeccionador, por lo cual, y mientras duraron tan complicadas operaciones, tuvo Martín que guardar un encierro de cuatro días, viéndose imposibilitado de visitar a la persona a quien había sido recomendado.

Esta, sin embargo, quiso anticiparse, tal vez deseosa de conocerle, y una mañana, cuando menos se la esperaba, se presentó en la casa de la calle de Jesús y María en busca de Muriel. Era el señor Rotondo persona de mediana edad, amable, pero con cierto agrado empalagoso, que más parecía obra de un detenido estudio que espontánea cualidad de su carácter. Vestía con extremada pulcritud, y en su andar, como en sus miradas, había siempre expresión de recelo. Cauteloso o asustado siempre, no se atrevía a dar un paso sin mirar antes dónde ponía el pie. Su vista, al entrar en un sitio, recorría las paredes, escudriñaba las puertas, parecía querer penetrar en el interior de lo más reservado y oculto, y al sentarse, sus manos tanteaban el asiento, como si temiera ser víctima de alguna burla o asechanza. Pero en ninguna ocasión se ponía en ejercicio su desconfianza observadora tan activamente como mientras conversaba con alguien. El señor de Rotondo no perdía sílaba, ni modulación, ni gesto, ni ligera contracción facial, nada. Su atención era provocativa, y, por su parte, él hablaba despacio, como no queriendo decir palabra alguna que no fuera precedida de una seria meditación. En general, ni su presencia, a pesar de ser persona siempre acicalada y compuesta, ni su conversación, a pesar de ser hombre culto y con cierto gracejo, despertaban ningún sentimiento afectuoso. No se podía mirar sin recelo a quien era el recelo mismo. Al presentarse ante Muriel, hízole varias cortesías con muy artificiosa finura, y después de pasear su mirada por cuantos objetos había en la habitación, tomó una silla, y asegurándose con cuidado de su solidez, se sentó en ella, entablando con el joven la siguiente conversación.

III

—Mi amigo—dijo Rotondo—el reverendo fray Jerónimo de Matamala me habla largamente de usted en su última carta. Aquí estoy para servir a usted en lo que pueda.

—Yo lo agradezco—contestó Martín—, tanto más cuanto que otra vez estuve en Madrid con pretensiones parecidas y no hallé ninguna persona que se interesara por mí.

—¡Oh!, no hay que esperar nada de esa gente—dijo Rotondo, bajando la voz y como si temiera ser oído—. Aquí hay una falta muy grande de amor al prójimo. Y lo que usted pretende, ¿qué es?

—Que el conde de Cerezuelo me pague cierta cantidad que a mi padre debía desde antes de la prisión de éste. El proceso no afecta en nada a esta deuda, motivada por haber anticipado mi padre...

—Ya, ya...—dijo don Buenaventura, demostrando que la historia del desdichado don Pablo no le era desconocida.

—No creo que esto se me niegue ahora. Yo he de ir a Alcalá muy pronto en busca de mi hermano, a quien quiero apartar de esa maldita familia, y espero conseguir...

—Cerezuelo está enfermo y dominado por la melancolía. La separación de su hija, más aficionada a la vida bulliciosa de la corte que a las soledades de Alcalá, le contraría mucho. Si usted pudiera lograr la protección y la recomendación de su hija...

—Me han dicho que es el ser más orgulloso y despótico que ha nacido.

—Es más que eso: es cruel. Fáltale la delicada sensibilidad propia de su sexo, y su trato desagrada a cuantas personas no se ocupan en galanterías, aspirando a domar por el amor aquel carácter inflexible y refractario a todas las ternuras.

—Entonces no creo que pueda favorecerme.

—Hay que esperar poco de la gente noble—dijo don Buenaventura, prestando atención a la voz de Alifonso, que reñía con doña Visitación en el cuarto inmediato—. La gente noble, insustancial y frívola para todo lo que es el servicio y mejora del reino, no lo es para oprimir al pobre.

—¡Oh!, está bien dicho; es muy exacto—exclamó el joven, que no esperaba declaración semejante en el amigo íntimo del padre Matamala.

—Los privilegios se han de acabar aquí, como se acabaron en Francia, y, o mucho me engaño, o ese día no está lejos.

Muriel se admiró de encontrar tan revolucionario a quien se había figurado como un señor muy beato, enemigo, como la mayor parte, de las cosas *extranjeras*.

—Debe usted dirigirse al mismo Cerezuelo—continuó el visitante—, pues aunque influyen en su ánimo los clérigos y frailes de que está llena siempre su casa...

—¡Clérigos y frailes!—exclamó Martín, más asombrado cada vez del poco respeto que su nuevo amigo mostraba hacia las *instituciones venerandas*.

—Sí—añadió el otro, mirando en derredor con cierta zozobra, como si fuera muy grave lo que pensaba decir—. Sí, la carcoma de la sociedad. ¡Oh, cuándo será el día...! Ya sé yo que usted es filósofo, que usted ha desechado ciertas preocupaciones.

—Yo me hallo en una situación muy especial—repuso Martín—; tengo motivos muy positivos para aborrecer ciertas cosas.

—Usted será, por tanto, hombre de acción—dijo don Buenaventura, dirigiendo toda la atención de su mirada hacia el rostro del joven, con ansia de leer allí sus deseos y propósitos.

—¡Hombre de acción! ¿Pues qué...?—exclamó Muriel, como si hubiera escuchado una revelación—. ¿Será posible aquí otra cosa que la humillante paciencia y una deshonrosa conformidad con nuestro destino?

—¡Oh! ¡Quién sabe! Tal vez. La sociedad está muy agitada... Ya usted ve cómo está el mundo—dijo Rotondo—. Sin embargo, conviene esperar... Ese amado príncipe inspira mucha esperanza.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, dichas al parecer con el único objeto de sostener la conversación por pura cortesía, don Buenaventura mostraba en su actitud y en sus miradas la mayor zozobra. Dirigía la vista a la puerta con visible inquietud, alterándose en cuanto sonaba el menor ruido. Un repentino y estrepitoso repique de la campanilla de la puerta le produjo fuerte excitación, y se levantó agitado y nervioso, exclamando con ira:

—¡Esto es insoportable! Me han de perseguir en todas partes. No puedo dar un paso sin que me siga un espía.

Muriel, sorprendido de aquel inesperado arrebato, procuró serenar a su nuevo amigo.

—Cálmese usted—le dijo—. Mientras esté en nuestra casa, no podrá hacérsele daño alguno.

—¡Ay de ellos si se atreven a tocarme! Su único objeto es seguirme adondequiera que voy, enterarse de mis acciones, ver con quién hablo y con quién me trato. ¡Oh! ¡Pero me tienen miedo!

Martín era todo confusiones en presencia de aquel hombre exasperado e inquieto, que hablaba con tanto calor y se creía rodeado de espías y satélites. Entre tanto, un individuo extraño entraba en la casa, y preguntando no sé por quién, procuraba enterarse, en animado diálogo con Alifonso, de los nombres, edad y oficio de las personas allí residentes. No tuvo el astuto barbero la precaución o la malicia de callar, y dijo el nombre de su amo, con lo cual, satisfecho, se marchó el curioso, dejando a don Buenaventura, que todo lo oía desde la sala, en el colmo de la rabia.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó cuando el ruido de los pasos del espía se perdió en lo más bajo de la escalera—. Ya saben que estoy aquí, ya le conocen a usted. ¡Oh! ¡Ni un momento de libertad! Señor don Martín, yo necesito hablar con usted; es preciso que hablemos largo, largo, largo.

Y al decir esto estrechaba la mano del joven, revelando en sus ojos profundas intenciones, con tal ademán de misterio y en tono tan grave, que la fogosa imaginación de Muriel no aceptó la espera, y preguntó con viveza:

—¿De qué?

—Ya lo sabrá usted—añadió Rotondo, algo aplacado de su furor—. Es preciso que nos veamos en otro sitio; en mi casa, en cierta casa... Mañana, a las diez, en la calle de San Opropio, número seis. ¿Nos veremos? ¿Irá usted?

—Sí, sin falta. A las diez.

—Pues adiós.

Despidióse afectuosamente el señor de Rotondo y se marchó, dejando al pobre Martín más confuso que cuando le decía: «¿Usted será hombre de acción?» En verdad, el joven más sentía gozo que pena al verse repentinamente ligado a una persona que se quejaba de tan obstinadas persecuciones. Hostigábale en sumo grado la curiosidad por saber cuál sería el grave asunto que iba a confiarle al día siguiente aquel hombre singular, que en su corta visita había revelado un mundo de ideas y acciones a la ardiente fantasía del buen volteriano. Aquel hombre conspiraba. ¿Cuáles eran sus planes? ¿Por qué le perseguían? ¿De qué grande idea, de qué gigantesca empresa quería hacerle partícipe? Estas cuestiones, que en tropel se ofrecían al entendimiento de Martín, obteniendo de él mismo mil respuestas diversas, no podían menos de impulsar su ánimo hacia aquel hombre desconocido. Todo lo peligroso atraía a Muriel. Todo aquello que fuese extraordinario, aventurero, le fascinaba. En el fondo de su naturaleza existía latente y comprimida una actividad poderosísima que necesitaba espaciarse y aplicarse, buscando con afán la vida exterior como el mundo más propio de aquel inquieto y siempre ávido espíritu. En él había desde mucho tiempo antes un ardiente y secreto deseo de probar la fuerza de su pensamiento en el yunque de la vida práctica: entreveía hechos colosales, pero vagos, de que él era principal y vigoroso motor; mas nunca había llegado a hacerse cargo de los medios que pudiera emplear para dejar de ser ideólogo. Así es que, cuando las circunstancias le ofrecían probabilidades, aunque fueran remotas y muy problemáticas, de llegar a aquella realidad tan deseada, su inquietud no tenía límites: se avivaba la perenne excitación de su cerebro, y se complacía en dar proporciones enormes al hecho vagamente concebido y ardorosamente esperado. Por eso la promesa grave y misteriosa de aquel hombre, no bien conocido aún, picó vivamente su curiosidad, despertando en él el vivo interés de lo maravilloso. ¿Qué sería? ¿Conspirar, preparar alguna explosión revolucionaria que transformara la sociedad y echara al suelo el caduco edificio del derecho divino? ¿Sería una simple cuestión personal de Rotondo? ¿Qué parte tenían en aquel asunto las audaces ideas que él, filósofo indisciplinado, consideraba como su único tesoro? La curiosidad le punzaba, como un apremiante escozor del espíritu. Pero, en su temperamento, esperar era la peor de las torturas, y su imaginación se anticipó a satisfacer aquella curiosidad, forjando mil desvaríos.

IV

Aquel mismo día, Alifonso y doña Visitación, poco después de salir la visita, eran víctimas del mal humor del ena-

morado Leonardo, el cual, irritado porque no había visto en la misa de doce de la Trinidad a la persona por quien tan puntualmente y con tanta contrición asistía al oficio divino, creía, como suele acontecer en los amantes incorregibles, que todos los seres vivientes tenían la culpa de aquella contrariedad inaudita. En vano el festivo barbero se esmeraba en barnizar los zapatos de su amo con una solicitud demasiado servil; en vano obedecía sus órdenes con cristiana paciencia. Leonardo no cesaba de reñirle, profiriendo ternos de varios calibres, que erizaban el cabello de doña Visitación, dándole materia para que por tres días seguidos se estuviera lamentando de vivir con aquellos herejes. El amartelado joven no tenía consuelo, y dominado por el pesimismo que se apodera de los amantes cuando experimentan un ligero revés, sea de entrevista, sea de carta, lo que menos se figuraba era que doña Engracia—pues tenía este nombre—se había muerto; que había sido envenenada o gemía en las cárceles de la Inquisición, puesta allí por la bárbara mano del intolerante sacerdote que tanto influía en el ánimo de su madre. No es de este momento el informar al lector de quién era doña Engracia, ni quién su madre, tipo arqueológico que el siglo décimoctavo, por una singular complacencia, había prestado al décimonono, ni quién el amigo espiritual y consejero áulico de esta veneranda señora. Por ahora, baste decir que Leonardo hubiera llegado al último grado de la desesperación si un ángel tutelar, un nuncio de felicidad, no se presentara a deshora en la casa, quitándole de pronto sus melancolías y haciéndole el más dichoso mortal de la tierra.

Nuestros lectores no conocen a don Lino Paniagua, uno de los abates más ociosos y al mismo tiempo más útiles del reinado del señor don Carlos IV. Si le conocieran, ya podían asegurarse que sólo en su trato hallarían suficientes documentos históricos para juzgar la sociedad matritente de aquellos días. No es difícil hacerse cargo de lo que era aquel hombre incomparable, que no desapareció de la tierra hasta el año 1833, en que, con el alma de Fernando VII, se fué para siempre de España el absolutismo, con muchas de sus cosas inherentes; no es difícil, repetimos, hacerse cargo de la poderosa entidad social que convenimos en designar con el nombre del abate Paniagua. Algo existe hoy entre nosotros que nos le recuerda. La publicidad propia de la época en que vivimos ha hecho de la prensa un órgano eficaz que satisface a multitud de pequeñas necesidades sociales. Hay en la prensa una parte, llamada gacetilla, donde las luchas de la política no logran penetrar, parte destinada a que todas las clases de la sociedad escriban su palabra y graben sus impresiones, como esos voluminosos libros en blanco colocados en sitios de peregrinación para que todo viajero, alegre o triste, jovial o aburrido, deje una señal de su paso. La vida social tiene un álbum gigantesco e inacabable en la gacetilla. ¿Quién habrá entre nosotros que no haya puesto en él un renglón, una frase, un garabato? El que da un baile, el que ha perdido un perro, el que se casa, el que nace, el que se muere, el que escribe un libro, el que lo lee, el que va a viajar, el que vuelve, todos están allí. Ningún individuo, a no ser un hipocondríaco, refractario a la luz de su época, como lo es el buho a la del sol, escapa a la investigación insaciable de la gacetilla, y aun ese mismo hipocondríaco escribirá en ella el párrafo más siniestro si, ansioso de la soledad de la tumba, tiene un día un mal pensamiento y se suicida. Lo que pasa con las personas ocurre también con los hechos. La función que más boga alcanza en los teatros, el sermón que más ha gustado en la última novena, la calle que se proyecta construir, el cuento que con más éxito circula de boca en boca, las nieves que han caído en tal o cual punto, las tejas que están en modá, el atroz incendio ocurrido en alguna ciudad de los Estados Unidos, la pendencia que ensangrentó las heroicas calles de las Vistillas, la grandiosa insurrección de las cigarreras, la marcialidad de los regimientos que desfilaron en la última parada, todos los accidentes de la vida colectiva se expresan allí, formando día tras día como un registro universal, en que los movimientos, las palpitaciones, los gestos, aun los más insignificantes de la sociedad, quedan anotados con la exactitud de la calcografía o del daguerrotipo. Pues bien: en la época a que venimos refiriéndonos no existían estos órganos impresos de la vida común, que

mantienen perpetua relación entre todos y cada uno. Había, sin embargo, ciertas entidades, pertenecientes a la especie humana, que hacían el papel de aquellos conductos de que hemos hablado, y eran providenciales precursores de la gacetilla moderna, del mismo modo que los correos peatones han precedido al telégrafo eléctrico. La legislación eclesiástica se había apresurado a llenar el vacío que en la sociedad existía, suministrándole aquellos diligentes órganos; había creado una clase parásita con objeto de consumir el exceso de la cuantiosa renta del clero, y como no le dió ocupación secular ni canónica, esta clase se consagró a menesteres no siempre dignos, como traer y llevar recados, dirigir las modas, enseñar música y cantarla en las tertulias, componer versos ridículos, disponer el ceremonial de un bautizo, de una boda, de un entierro; buscar amas de cría y bordar en cañamazo, cuando las circunstancias lo exigían. Dentro del tipo general del abate había una variedad considerable, pues mientras algunos eran hombres licenciosos y corrompidos, que se valían de su traje, convencionalmente respetable, para penetrar con *ambigüedad en los estrados,* como dice don Ramón de la Cruz, otros eran unos pobres diablos, inofensivos a la moral pública, si es que ésta no se vulneraba con la protección de secretos e inocentes amores, que a veces traían grandes cismas a las familias.

El abate Paniagua era de estos últimos. Su extraordinaria aptitud para los recados de importancia, su memoria vastísima, en la cual guardaba como en rico archivo todos los santos, festividades, ya fijas, ya movibles, todas las ferias, plenilunios, solsticios y equinoccios, hacían que fuese de gran utilidad a las familias. Tenía anotados en el registro de su cabeza el precio de los comestibles, el nombre de los predicadores que subían al púlpito en todas las iglesias de Madrid, los días de vigilia, el número de cintas que se ponían en las escofietas, la cantidad de purgas que tomara tal o cual señora para curar su inveterada dolencia, los días o meses que a otra le faltaban para llegar al ansiado instante de su alumbramiento, y otras muchas curiosísimas cosas que le daban el valor de un verdadero tesoro. Era Almanaque y Guía, y su complacencia no conocía límites; servía con desinterés, por satisfacer una irresistible necesidad de su naturaleza que le inclinaba a aquel oficio de saberlo y contarlo todo. Así es que no había casa en la corte donde don Lino no tuviera entrada, pues por un privilegio reservado sólo a los abates, tenía estrecho lazo con todas las clases. La aristocracia le abría sus salones, la clase media sus estrados, y el pueblo le daba agasajo en sus miserables zahurdas. Ningún elemento social podía renunciar a la útil amistad de aquel hombre enciclopédico que al entrar en el hogar doméstico llevaba todo el mundo exterior, el mundo de la calle en su cerebro. El, por su parte, siempre fué hombre sin ambición: consumía su renta sin aspirar nunca a acrecentarla, y parecía feliz desempeñando el papel que su época le había encargado. Era hombre tímido, y en los círculos que frecuentaba era tratado con agasajo, pero sin verdadero afecto. Cierta benevolencia un poco humillante, algo parecida a la que inspiraban algunos bufones, le bastaba. Jamás aspiró a ser objeto de un grande amor ni de un profundo respeto, pues él mismo conocía que la índole de sus funciones no era la más propia para ocupar un puesto digno, ni aun en aquella sociedad frívola que rastreaba por el suelo sin grandes ideas ni altas aspiraciones. Su bondad extremada y floja voluntad hacían cada día menos respetable su papel social, pues enternecido con las angustias de los amantes, no podía menos de favorecerles en sus correspondencias, y se complacía en apresurar el deseado momento del matrimonio. Por eso tenía cierto orgullo en ser la paloma a cuyo cuello ataran los novios sus patéticas esquelas. En cuanto una pasión estallaba en el recinto recatado y escrupuloso hogar, el pobre corazón, herido y preso, no tenía más comunicación con el exterior que don Lino Paniagua, diligente vehículo que llevaba a través de las prosaicas calles de la capital las palpitaciones ardorosas, las delicadas ternuras, los suspiros, las languideces, las esperanzas, los sueños y desesperaciones del amor. Hacía esto el abate con tanto más agrado y desinterés cuanto que nunca fué amado, y la pasión dormía en su pecho callada y solitaria, tal vez porque su timidez y su mala figura le ha-

bían impuesto silencio y obligado a la quietud en los grandes dramas de la vida. En el fondo de la frivolidad e insustancial ligereza de Paniagua había una tristeza crónica que no era ajena a aquella entrañable simpatía que le inspiraban todos los amantes, simpatía cuya causa podría encontrarse en una aspiración vaga de su vida juvenil que no encontró nunca ocasión de manifestarse ni objeto a quien dirigirse, como no fuese en un culto platónico y secreto sin ningún accidente exterior. Por eso el pobre abate, ya en edad madura, y apartado personalmente de todo lance amoroso, por la ridiculez de su persona y el indeleble sello de prosaísmo que había en sus funciones, se contentaba con amar a todos los que amaban. Padre cariñoso de todos los novios, participaba de sus alegrías y de sus penas, les daba consejos y procuraba llevarlos por el camino del matrimonio, porque era enemigo de las uniones ilícitas y gustaba de que sus protegidos fuesen castos, lo mismo que el billete garabateado por la pasión, que él llevaba de una casa a otra, guardándolo en el pecho, como si su corazón solitario se complaciera en ser tocado por aquel cariño escrito.

V

Conocida esta persona y su importancia, se comprenderá la alegría del desesperado Leonardo al verla entrar y al leer en su rostro la felicidad que le traía.

—¡Querido don Lino, incomparable abate!—exclamó, abrazándole con afecto—. Siempre viene usted a tiempo. En este momento pensaba salir para ir a su casa.

—¿Sí? No me hubiera usted encontrado—contestó el abate, sentándose con señales de fatiga—. Estoy fuera desde el amanecer. ¡Cuánta ocupación, señor don Leonardo, esto no es vivir! No sé cómo me las compongo para poder evacuar tanto negocio importante como a mi cargo tengo. Esta mañana fuí a buscar una nodriza por encargo de la señora de Valdecabras, que se ha visto obligada a despedir a la que tenía, por haber encanijado al niño. Al fin encontré una, recién venida de la Montaña; me han asegurado que tiene buena leche, y, en efecto...

—Pero ¿no me dice usted nada de...? —preguntó Leonardo con la mayor impaciencia.

—Ya hablaremos—dijo el abate, que no quería poner a la orden del día el peligroso asunto, objeto de su visita, mientras estuviera allí Muriel, persona a quien no conocía—. Ya hablaremos. ¡Pero qué cansado estoy! He andado cinco horas sin parar. Tuve también que ir a comprar veinte varas de cinta para doña Pepita y a hablar con el pintor que ha de hacer el telón para el teatro del marqués de Castro-Limón. Van a representar la *Ifigenia*. ¡Qué trajes, qué lujo! Hoy he ido también a encargar la peluca que debe sacar Agamenón, y las hebillas que ha de ponerse Ulises en los zapatos..., porque ésta es gente de gusto. Estará de lo más lucido que en la corte se haya visto. Luego he tenido que ir a hablar con el prior de Porta-Cœli, a ver si quiere prestar los tapices de aquella iglesia para una función que hacen las hermanas del Amor Hermoso en los Italianos, y después fuí a ver si los arrieros de Extremadura habían traído la galga que ha encargado el señor fiscal de la Rota. Unos amigos de la calle del Mesón de Paredes me entretuvieron haciéndome beber algunas copas, porque tienen bautizo, y después marché a casa de la escofietera de doña Bárbara Moreno para decirle el corte que debe darle al tocado que le está haciendo para el día de la boda de su hermana. ¡Ay!, no tengo piernas; me rindo. Y, después de tanto mareo, no he podido asistir al entierro del señor oficial mayor de Palacio, persona a quien no conocí, pero que me recomendaron después de muerto. Tampoco he podido asistir a la función del Sacramento, donde predicaba un amigo mío..., y qué sé yo. Si no me multiplico, no voy a poder vivir.

—¿Y no ha estado usted en casa de...? —dijo Leonardo sin poder contener su ansiedad.

El abate miró a Martín con recelo, demostrando que los graves secretos de que era emisario no podían comunicarse en presencia de un desconocido.

—Este—dijo Leonardo, señalando a Muriel—es un amigo mío muy querido. Nos conocemos desde la niñez. Le confío todos mis secretos, y él a mí todos los suyos.

—¡Ah!—exclamó Paniagua, saludando a Martín con la sonrisa en los labios—, entonces... Pues daré a usted, señor don Leonardo, una buena noticia.

—¿Buena noticia?—dijo Leonardo—. ¿Es que ha reventado doña Bernarda o ha reñido con el padre Corchón?

—¡Oh!, no—contestó don Lino, riendo y poniendo la mano en el hombro de su joven amigo—. Mi señora doña Bernarda no tiene novedad, aunque las muelas le molestaron anoche, para lo cual le he llevado hoy raíces de malvavisco. En cuanto al padre Corchón, nunca ha estado mejor que ahora, según me acaba de decir, pues con los pediluvios se le ha quitado la ronquera y volverá a lucir su hermosa voz en el púlpito de San Ginés.

—¡Que no le vea estallar como un cohete!—dijo Leonardo—. Pero a ver la buena noticia.

—Pues madama—prosiguió el abate con malicia—va el domingo a la Florida con algunas amigas y amigos, a pasar un día, a comer bajo los árboles, a saltar y brincar al modo de la poesía pastoril. Quiere que vaya usted.

—¿Yo... en presencia de doña Bernarda, que irá también?—dijo Leonardo.

—Ella no le conoce a usted. Yo le presento..., y a propósito: yendo también su amigo, puede arreglarse mejor la cosa. Yo los presento como que son dos forasteros que vienen de visitar las cortes de Europa y al llegar a Madrid me han sido recomendados para enseñarles las cosas de esta villa y darles a conocer en los estrados.

—¡Qué buena idea! ¿Vas, Martín? —preguntó Leonardo, volviéndose hacia su amigo e interrogándole más con sus alegres ojos que con la palabra.

—Vamos. Aunque no fuera sino para hacer más fácil la presentación.

—Va mucha gente: damiselas y petimetres. Les aseguro a ustedes que se divertirán de lo lindo—dijo Paniagua.

—¡Oh! ¡Si no fuera doña Bernarda! ¡Si tropezara, dislocándose un pie, o se le subieran los vapores al cerebro de modo que no se tuviera en pie una semana!...

—Entonces no iría su hija, ¡pobre madamita! ¡Siempre tan triste...!—repuso el abate.

—¡Oh!, don Lino—exclamó el enamorado joven—. ¡Cuándo...!

—Ya conozco sus nobles sentimientos, señor don Leonardo. Merecedor como ninguno es usted de tamaña dicha. Pero qué remedio... Esperar, esperar. Ya llegará el día. Y como ella es tan buena, tan guapa, tan sensible... Ayer me contaba las penas que pasó con su difunto esposo y no pudo menos de llorar. ¡Pobrecita! Es que el guardia de Corps era hombre cruel, señor don Leonardo. ¿Ella no le ha contado a usted de cuando la encerraba, teniéndola dos o tres días sin probar bocado? Es cosa que parte el corazón.

—Sí, ya sé—dijo Leonardo, a quien importunaba el recuerdo de los sufrimientos de la discreta y sensible Engracia en vida de su esposo—. ¿Y a qué hora es el viaje a la Florida?

—Por la mañana. Yo vendré por ustedes. Va Pepita la del corregidor, doña Salomé Porreño, la de Cerezuelo y otras. ¡Qué ocasión, amigo don Leonardo! Doña Bernarda se dormirá sobre la hierba apenas coma un bocado.

—Si despertara en el valle de Josafat.

Pocas explicaciones serán necesarias para enterar por completo al lector de los amores de Leonardo. Pasaremos por alto los sucesos del período incipiente, con los primeros pasos de aquella aventura, cuyo fin estamos muy lejos de conocer todavía. Engracia, a quien el abate llamaba frecuentemente *madama*, siguiendo la costumbre de la época, era viuda de un guardia de Corps que no la pudo martirizar más que siete meses, después de los cuales se marchó a mejor vida, dejando a su mujer en la gloria, si bien más tarde cayó en el temido infierno de la casa de su madre, doña Bernarda, que se constituyó en celosa guardiana. La muchacha, por demás sensible, hacía cuanto en su mano estaba para romper la clausura en que vivía; pero los lazos, a la vez domésticos y religiosos, en que estaba aprisionada, únicamente podían desatarse por la astucia o romperse por el valor, y de ambas cualidades carecía la pobre viudita. Ella misma no podía explicarse cómo habían nacido aquellos peligrosos amores; pero es indudable que la propia cautela y atroz intolerancia de doña Bernarda fueron causa de la aventura, que no era más que el ansia de libertad expresada en la relación afectuosa con alguien de fuera, con alguien

de la calle. Tal vez había poco o ningún amor por parte de ella en las primeras comunicaciones epistolares y visuales; pero la costumbre es poderosa en ésta como en otras muchas cosas, y, al fin, Engracia profesó al ilustre mendigo verdadero cariño. La dificultad de las comunicaciones, las contrariedades que entre uno y otro surgían a cada paso, avivaron el incendio, y la pobre viuda se encontró doblemente presa. Incapaz, por su débil carácter, de tomar una solución, esperaba en silencio a que la Providencia resolviera aquel problema, y se contentaba con frecuentar lo más posible los novenarios y demás fiestas religiosas, donde le era posible el culto profano de un santo semoviente que iba tras ella a todas las iglesias y oía todas las misas en que embebía su espíritu, ansiosa de dejar este mundo, la buena de doña Bernarda. Respecto del padre Corchón, teólogo eminente que dirigía el ánimo de aquella insigne mujer, no sólo en las cuestiones religiosas, sino en las domésticas, nada diremos hasta que la imagen del hombre tan grande aparezca, llenándolo todo con su estatura física y moral, en el escenario de esta historia.

El abate Paniagua aún tenía una misión que cumplir. Metió la mano en su pecho, sacó un billete y, sonriendo (y aun diremos con cierto rubor), lo entregó a Leonardo. En el billete, además de muchas ternezas y honestas confianzas, hacía *madama* la misma invitación que de palabra había expresado ya al incomparable don Lino. No copiamos la carta, porque habíamos de hacerlo con fidelidad, y las muchas faltas de ortografía de que estaba plagado aquel patético escrito rebajarían el ideal tipo de la joven e interesante viuda. Las mujeres más novelescas suelen *despoetizarse* con su pluma, y aquélla no estaba libre de la común flaqueza gramatical propia de su sexo. Dejemos la carta relegada a profundo olvido, y conservemos a su bella autora resplandeciendo en la altura del idealismo, muy por encima de la vulgaridad de sus garabatos.

Cumplido el objeto de la visita, se levantó Paniagua para marcharse. Entonces pudo Muriel observar mejor la pobre facha del corredor de asuntos amorosos. Era don Lino pequeño y débil como un sietemesino, y no se concebía cómo aquellas piernecitas tan cortas y endebles podían trasladarse de un punto a otro de Madrid con tanta actividad para traer y llevar los infinitos recados que a su cargo tenía. Esta mezquindad de piernas y su voz atiplada y aguda como la de un niño eran los rasgos característicos del ser físico, como la debilidad y la complacencia lo eran del ser moral. Su cabeza era de configuración rara, y la bóveda del cerebro era semejante al polo ártico de su medallón; allí residía, en perenne actividad, el órgano de la protección a los amantes. De modales flexibles, de gran movilidad en la cintura y pescuezo, el cuerpo de Paniagua había nacido para doblegarse, lo mismo que su espíritu existía para complacer. No inspiraba aversión, ni afecto, y el respeto propio de su traje semieclesiástico se combinaba con el desprecio inherente a su frívolo oficio, para producir un resultado de indiferencia que era lo que realmente inspiraba a todo el mundo.

CAPITULO III

LA SOMBRA DE ROBESPIERRE

I

A la hora fijada por el señor de Rotondo, Muriel tomó el camino de la calle de San Opropio, ansioso de satisfacer su curiosidad. Llegó, y después de mirar el número de algunas casas, se paró antes una que mostraba ser antiquísima, de enorme y desigual fachada, y en tal estado de deterioro, que parecía mantenerse en pie por milagroso equilibrio. Las ventanas y puertas cerradas, la total carencia de vidrios y cortinas, indicaban que allí no podía vivir ningún ser humano. Acercóse Muriel a la puerta, la empujó y entró, hallándose en ancho zaguán que daba a un patio desierto y sucio, donde las maderas y las piedras, hacinadas en desorden, indicaban que alguna parte interior de la casa se había venido al suelo. Pasó el zaguán, cuyo piso era de puntiagudos y mal puestos guijarros, y entró en el patio, que recorrió con la vista, buscando un ser viviente. No se sentía el más insignificante ruido. Dió algunas palmadas, pero nadie apareció; llamó de nuevo con

más fuerza, y el eco de su palmoteo se perdió en aquel recinto solitario y misterioso. De repente, y cuando prestaba atención con más cuidado, esperando oír los pasos de alguna persona, sintió una voz que resonaba allá dentro en punto muy recóndito de la casa; voz lejana, pero muy fuerte, que decía: «¡Dantón, Dantón; pérfido Dantón!» Muriel, a pesar de no ser supersticioso, no pudo prescindir de cierto temor, y permaneció un momento absorto. La voz continuó al poco rato y más lejana, diciendo: «Dantón, Dantón», y el eco de estas palabras se perdía como si la persona que las pronunciaba estuviera cada vez más lejos.

Llamó otra vez, y entonces sintió el rechinar del gozne de una puerta. Alguien venía. Miró al ángulo del patio, por donde parecía haberse sentido aquel rumor, y vió aparecer, saltando y cacareando, nada menos que a una gallina. Muriel estuvo a punto de reír al ver quién salía a recibirle. Al fin había visto algo vivo en tan desierta casa. Ya se dirigía hacia aquella puerta, cuando salió una vieja que, corriendo tras el travieso volátil, le dirigía toda clase de apóstrofes con muestras de gran enfado: «Anda, bandolera, retozona, callejera, mala cabeza, loquilla.» Y al mismo tiempo la buena mujer describió con su tardo e inseguro andar los mismos círculos del rebelde animal, hasta que al fin éste, comprendiendo su deber, se entró a buen paso por la puerta; cerró la vieja, profiriendo al mismo tiempo nuevos denuestos sobre las tendencias de emancipación de la gallina, y por fin se dirigió a Muriel, preguntándole:

—¿A quién busca usted?

—Al señor de Rotondo.

—¿Al señor de Rotondo?—dijo la vieja, dudando qué respuesta debía dar—. El señor don Buenaventura... no está.

—¿No está?—dijo Martín con asombro—. Me ha dicho que a las diez... ¿Volverá pronto?

—No lo sabemos. Pero puede usted esperar. Ahí está el tío *Robispier*.

—¿El tío *Robispier?*—preguntó Muriel con la mayor extrañeza al oír un nombre que le parecía corrupción del de Robespierre—. ¿Y quién es ese hombre?

—Así le llamamos, porque siempre está con ese nombre en la boca. Como está mal de la cabeza...—dijo la vieja, llevándose a la sien su dedo índice.

—¿Loco?

—Sí. Parece que le embrujaron allá, cuando estuvo. ¡Y qué hombre tan cabal era el señor don José de la Zarza hace cuarenta años! Era un santo varón, muy devoto de la Virgen. Dicen que, por un pecado que cometió, Dios le ha castigado cuajándole el cerebro. Puede usted subir. No hace daño. Si quiere usted esperar al señor don Buenaventura...

Muriel se sorprendía cada vez más, y ya estaba tan vivamente picada su curiosidad, que resolvió subir, como le indicaba la vieja. La soledad y el vetusto aspecto de la casa, la anciana haraposa, que parecía un emanación del estiércol y los escombros acumulados en el patio; hasta la aparición de la gallina, único ser que intentaba alegrar con su juvenil cacareo aquel triste recinto, todo contribuía a aumentar el misterioso estupor que al oír la palabra *Dantón,* resonando dentro como un eco infernal, había sentido.

—Suba usted—dijo la vieja—. El tío *Robispier* no hace daño. Hoy le toca escribir, y no se le puede hacer levantar los ojos de sus garabatos. Grita mucho, y parece que se va a tragar a uno, pero no hace nada. ¡Pobre señor de la Zarza! Yo, que conocí a su mujer allá por los años..., sí—añadió, recordando—, fué cuando el señor don Carlos Tercero echó de España a los jesuítas. Doña Rosa tenía un hermano en el colegio imperial, y fué preciso esconderle. Era amigo de mi difunto, que murió en la guerra del Rosellón...

Martín, decidido a esperar a Rotondo y curioso al mismo tiempo por ver al misterioso personaje de quien la viuda del ilustre mártir de Rosellón le hablaba, subió precedido por ésta. Los peldaños de la escalera, cediendo al peso de los pies, crujían y chillaban en discordante sinfonía; los restos de un artesonado, que se caía pieza a pieza, mostraban que aquella mansión había sido suntuosa allá por los tiempos en que el señor don Felipe V vino a España, y alguna vieja, descolorida e informe pintura, conservada aún en la pared, demostraba que las artes no eran extrañas a los que allí vivieron. Muriel atravesó

un largo pasillo, donde el mal olor de las húmedas y olvidadas habitaciones producía gran molestia, y al fin llegaron. La vieja se paró ante la puerta, y permitiéndose una sonrisa, en que se unían grotescamente la burla y la conmiseración, señaló adentro, indicando al joven que entrara. Detúvose Martín, miró al interior y vió en el centro de espaciosa sala a un viejo que, sentado junto a una mesa y violentamente encorvado, escribía, expresando gran exaltación. El cuarto no podía estar más en armonía con el personaje: espesa capa de polvo cubría el suelo y los objetos, y todo allí era confusión y desorden. Diformes y mutilados muebles se veían colocados en un testero; mugrientas ropas cubrían un jergón puesto sobre tablas, y algunas armas rotas y mohosas yacían en un rincón en compañía de un arpa vieja y de unos vasos de tosco barro. Muchos papeles y legajos cubrían parte del suelo, lo mismo que la mesa, cargada también con el peso de varios libros y de un tintero en que mojaba su pluma con frenética actividad el extraño habitador de aquel tugurio.

Martín le observó antes de entrar: era un hombre de aspecto decrépito, flaco y apergaminado. Cubríase con una especie de sotana verdinegra y raída, que parecía ser su único traje, formando sobre sus carnes como una segunda piel, y en toda su persona revelaba un abandono que sólo en locos rematados pudiera ser permitido. Con mano trémula escribía sin cesar, mojando la pluma a cada instante y siempre con el rostro tan inclinado sobre el papel, que la nariz y la péñola parecían trabajar de acuerdo en aquel borrajear infatigable. Murmuraba alguna vez voces inintèligibles, siempre sin interrumpirse, y al concluir una hoja del cuaderno en que escribía, la volvía sin cuidarse de secarla, y continuaba en su trabajo con precipitación febril. Ya hacía un momento que Martín le contemplaba, cuando volvió el rostro hacia la puerta y exclamó con alegría:

—Mi querido Saint-Just. Al fin vienes. Entra, entra.

Quedóse más absorto Muriel al oírse llamar de aquella manera; mas la voz y ademanes del pobre hombre no le infundieron temor, y entró.

II

—No puedo descansar ni un momento —dijo el loco, escribiendo de nuevo con la misma velocidad y ahinco—: este informe ha de estar concluído dentro de dos horas. No hay más remedio; es preciso que se acabe el terror, y el terror no se acaba sino sacrificando de una vez a todos los malos ciudadanos. Quedan todavía muchos en el seno mismo de las comisiones. Todos irán a la guillotina.

Acercóse Muriel, y notó que aquel hombre trazaba sobre el papel rasgos y garabatos que en nada se parecían a los signos de la escritura. No escribía; pintaba una especie de rúbrica interminable.

—¿Y qué es lo que escribe usted? —preguntó Martín.

—¡Oh! ¡El informe! Robespierre lo lee mañana en la Convención. Vendrá pronto por él. ¡Y aún lo estoy empezando! ¿No vas esta noche a los jacobinos?

—Sí, pienso ir—dijo Muriel, buscando un tema de conversación con el loco—. Y tú, ¿irás?

—¿Pues no he de ir?—contestó el viejo, apartando la vista del papel—. Es preciso proponer de una vez al pueblo que confiera el poder supremo al gran Robespierre. ¡Pero hay aún tantos miserables! ¡Infame Tallien, infame Collot de Herbois, miserable Barrère!

—Vamos, ya ha escrito usted bastante—dijo Muriel, queriendo obligarle a entrar en conversación—. Descanse usted.

—¡Oh!, no; estoy empezando—contestó el pobre Zarza—; y he de concluir dentro de dos horas. Si viene Robespierre y no está concluído... Es preciso organizar la República, organizarla tomando por base la justicia, que emana del Ser Supremo.

—Sí, eso es cosa urgente—dijo el joven.

—Una vez proclamado el Ser Supremo, es preciso buscar en él el origen de la justicia. Robespierre, Robespierre: si hubiera semidioses, tú serías uno de ellos. Tú serás el árbitro de la República. Los malvados que te estorban el paso serán aplastados. Aún la guillotina no ha cercenado todas las cabezas de víbora que impiden el triunfo completo de la verdad. Fué preciso sacrificar a la familia real, y se sacrificó; fué preciso sacrifi-

car a los girondinos, y los veintidós malvados fueron al cadalso. Aún no bastaba; fué preciso acabar con todos los vendidos a la emigración, a los realistas, a todos los malos patriotas, sobornados pos los vendeanos, y se creó el Tribunal revolucionario. Aún no era suficiente; fué preciso extirpar a los dantonistas, hombres venales y corrompidos que deshonraban la República, y todos, llevando a la cabeza al pérfido Dantón, presumido hasta la hora del suplicio, marcharon a la guillotina. Aún no bastaba: fué preciso inmolar a cuantos parecieron cómplices del complot extranjero, y el proceso de Cecilia Renault dió ocasión para derribar muchas cabezas. Aún no basta; faltan algunos traidores por inmolar. Animo: un esfuerzo más, y Francia quedará libre de pícaros. Quedan pocos. Audacia hasta el fin, Robespierre, y serás el cerebro de la República.

Al concluir esta desordenada serie de imprecaciones, que pronunciaba con creciente agitación, el infeliz dejó de escribir, arrojó la pluma lejos de sí y se levantó, comenzando a dar paseos de un ángulo a otro del cuarto con mucha prisa y zozobra. Muriel estaba algo impresionado por el violento lenguaje de aquel hombre. Al oírle evocar con tanta energía, y dominado por una especie de fiebre, los principales acontecimientos de la Revolución francesa, su asombro tenía algo de terror, sin que lo atenuara el considerar que de las palabras de un demente no debía hacerse gran caso. Fijando la vista en el desgraciado anciano, pensó en la serie de desventuras que, sin duda, le trajeron a tan miserable estado, y en la triste historia que irremediablemente había precedido a su enajenación. Pensó preguntarle algunos antecedentes de su vida, mas se contuvo por temor de apartarle de aquella interesante locura que le hacía expresarse con tanto calor, refiriéndose a sucesos propios para excitar la más reposada fantasía. Resuelto a hacerle hablar más en el mismo sentido, Muriel le dijo:

—¡Más sangre, todavía más sangre! ¿Crees que aún no hemos derramado bastante?

—¿Bastante?—dijo el loco, parándose ante Martín—. No; hace falta más, más. Cuando monsieur Veto pereció en la guillotina se creyó que bastaba; pero no: el mal tiene hondas raíces, Saint-Just, y es preciso extirparlo por completo.

—¿Te acuerdas de monsieur Veto? —preguntó Muriel, deseoso de que refiriese aquel caso.

—¡Que si me acuerdo! Yo entré con el pueblo en las Tullerías el veinte de junio. ¡Qué bien lo habíamos preparado! El infame Capeto insistía en poner el *veto* a la ley sobre el clero: el pueblo quiere elevar una petición al trono rogándole que retirara aquel maldecido *veto*. Este era el motivo aparente de aquella memorable jornada; pero la causa real era que el pueblo quería pisar las alfombras de Palacio, pasearse como único dueño y señor por los salones de las Tullerías y ver cara a cara al descendiente de cien reyes, trémulo y humillado. El pueblo quería poner su mano sobre el hombro del hijo de San Luis en señal de que no hay poder, por orgulloso y fuerte que sea, que no ceda ante la majestad de la nación. No puedo darte idea, querido Saint-Just, del aspecto de aquella muchedumbre que desfilaba por París, ocupando todas las calles, desde el Marais hasta los Fuldenses. Hombre, mujeres, niños, todos animados del mismo encono contra *monsieur Veto y la Austríaca,* desfilaban con algazara, llevando en sus manos armas, trofeos, banderas, palancas, asadores, garrotes, andrajos enarbolados a manera de estandartes: todo lo que cada uno encontró más a mano y podía llevar con más desembarazo. Un tarjetón llevado en alto por un carbonero de la calle de San Dionisio decía: «La sanción o la muerte.» En una bandera que enarbolaba una mujer se leía: «¡Tiembla, tirano; tu hora ha llegado!» Yo pude improvisar un cartel en que escribí: «¡Mueran Veto y su mujer!» Otros llevaban en lo alto de un palo vestidos desgarrados e infames harapos con que se quería simbolizar la venganza de la miseria popular, enseñoreada ya del mundo y más poderosa que los reyes. Detrás de Lambertina de Méricourt, que arengaba con su ronca voz al gentío, gritando: «¡Vivan los descamisados!», iba Santerre, que había llevado sus guardias nacionales a fraternizar con nosotros. El marqués de Saint-Huruge, patriota exaltado, me da-

ba el brazo, y detrás de mí iban Henriot y Lesouski. Marat gritaba, ebrio de furor, y Camilo Desmoulins reía como ríen los locos, con una carcajada que infundía espanto. Un hombre llevaba en una pica un corazón de buey con un letrero que decía: «Corazón de aristócrata», y las gotas que de este horrible despojo manaban nos caían en el rostro a los más cercanos, de tal modo que parecía que alguien nos escupía sangre desde el cielo.

Aquel entusiasmo, en que se mezclaba a un furor frenético una alegría delirante, nos hacía horribles: causábanos terror nuestra propia voz, y cada uno se espantaba de los demás. Ninguno era dueño de sí mismo; todos habían abdicado su persona ante la colectividad, y cada cual dejó de ser un individuo para no ser más que muchedumbre. Palpitante, furiosa, ronca, ebria, llega ésta a la sala del Picadero, donde estaba la Asamblea, y se empeña en desfilar ante ella. Se oponen los constitucionales; pero los girondinos y jacobinos quieren que entremos. La discusión fué larga, y al fin entramos. ¡Qué espectáculo! Más de treinta mil desfilamos ante los diputados, aterrados o absortos, y ante el gentío de las tribunas, que nos aplaudía con frenesí. Nuestros andrajos y nuestra miseria se pasearon ante la majestad de la representación nacional, como poco después ante la majestad del rey. Blandíanse allí dentro los sables y se agitaban las picas y banderolas con una amenaza, indicando a los diputados del pueblo que éste podía quitarles el poder y despojarles de todo prestigio, como aquéllos habían hecho con la dignidad real. El corazón de buey, que destilaba sangre, y la horca portátil de que pendía la efigie de María Antonieta, hicieron estremecer de horror a todos los hombres allí reunidos; nuestros gritos ensordecían el recinto: chillaban los chicos, vociferaban las mujeres y todos añadíamos un rugido o una imprecación a aquel infernal concierto.

«¡A las Tullerías, a las Tullerías!», dicen mil voces, y corremos allá. En vano se quiere oponer la fuerza de algunos gendarmes y granaderos al impulso incontrastable del pueblo. Derribamos las puertas del Carrousel, penetramos en el patio; algunos artilleros quieren oponérsenos, pero los dispersamos, arrebatándoles un cañón, que subimos después en brazos al piso principal del palacio. Forzamos la puerta real, ocupamos el gran pórtico y nos precipitamos por las escaleras, gritando: *¡Monsieur Veto, monsieur Veto!* ¿Dónde está *monsieur Veto?* Recorrimos las salas y galerías La multitud no podía expresar lo que sentía al ver reproducidas en los espejos del palacio de los reyes de Francia sus hambrientas caras, los jirones de sus vestidos, sus desnudos miembros, fortalecidos por el trabajo; al oír repetido en la concavidad de las suntuosas salas el eco de su ruda e imponente voz, que entonaba en discordante algarabía el himno informe de sus agravios satisfechos, de su secular injuria vengada. La plebe estaba más orgullosa y enfatuada que nunca en aquellos momentos. Sólo una débil puerta la separaba de Luis Dieciséis, del rey ungido, que, rodeado de su familia, temblaba como la hoja en el árbol, creyendo que el menor movimiento de aquel gran monstruo que se le había entrado por las puertas lo aniquilaría con su mujer y sus hijos. La plebe entraba en Palacio, no como esclava, sino como señora; no iba a pedir, sino a mandar. *Monsieur Veto* sería pronto en sus manos lo que es un juguete en las de un niño. La plebe se reía anticipadamente de la broma, y aquella algazara jovial, resonando bajo los ricos artesonados, construídos con el oro de cien generaciones de despotismo, parecía la expresión de venganza de los siglos, la gran carcajada de la Historia, que así se burla de los más orgullosos poderes.

La pica que yo llevaba fué la primera que golpeó la puerta que nos separaba del rey. La puerta cedió, y entramos. *Monsieur Veto* se ofreció a nuestra vista pálido y humillado: le devorábamos con nuestras miradas; centenares de sables amenazaban su cabeza, y los muchos emblemas irrisorios o amenazadores que llevábamos, lo mismo que el corazón del buey, se presentaron a sus atónitos ojos como la expresión concreta de nuestro resentimiento. «¿Dónde está la Austríaca? ¡Abajo el Veto! ¡Queremos el campamento en las cercanías de París!», exclamaban algunos. Un ciudadano se adelanta hacia el rey y le ofrece su gorro frigio. El rey se lo pone.

Otro ciudadano se acerca con un vaso y una botella, y dice: «Si amáis al pueblo, bebed a su salud», y el rey bebió, esforzándose en sonreír. Esto, que parecía un sarcasmo, era en la plebe la sincera idea de la igualdad. Quería no elevarse hasta el rey, sino hacerle bajar hasta ella. No se contentaba con la concordia entre el trono y el pueblo, sino que aspiraba a la familiaridad.

La muchedumbre hubiera podido inmolar a Capeto con toda su familia en aquel momento; pero si alguno tuvo intenciones en este sentido, la mayoría de los manifestantes las sofocó: algunos se enternecieron, advirtiendo la debilidad del contrario. ¡Ah! Los papeles se habían trocado. El hombre cuya voluntad disponía a su antojo de veinticinco millones de seres temblaba sobrecogido y aterrado ante unos cuantos individuos del pueblo. ¡Qué momento aquel! Todas las angustias, toda la ignominia, toda la miseria de tantos siglos estaban vengados. El pueblo no podía haberse mostrado más digno, dada su condición y su estado. Respetó la persona del rey, y si expresó su deseo en formas rudas y violentas, es porque no se le había enseñado a hablar de otra manera. Los sentimentales dirán que aquello fué una profanación salvaje; se llenarán de horror y cerrarán los ojos con repugnancia y asco al recordar los innobles vestidos de la muchedumbre, su falta de pulcritud y de cultura, el desenfado de las mujeres, las embriagadas voces, los aullidos, los pisotones, la hediondez, la espuma de los labios, el fulgor de los ojos, la insolente apostura de aquella gente desenfrenada. Los sentimentales clamarán al Cielo y dirán: «¡Plebe soez, canalla, gentuza, mal nacida!» ¡Ah malvados, pérfidos aristócratas, verdugos del pueblo! No sólo queréis atar nuestros brazos para que no os hieran, sino que intentáis también tapar nuestra boca para que no os maldigamos Habéis considerado al pueblo durante siglos enteros como traílla de esclavos; os habéis enriquecido a sus expensas, guardándoles menos consideración que las que os merecen vuestros perros de caza y vuestros halcones. ¡Miserables aristócratas! Habéis formado una casta privilegiada, rodeada de inmunidades, de garantías, de riquezas, y queréis perpetuarla, vinculando en ella todo el poder de las naciones. La inteligencia, el valor, la sensibilidad que en los demás hombres pudiera existir, ha de quedar relegada al olvido; calidades y virtudes perdidas en el océano de la miseria general, como las perlas en la profundidad de los mares. No hay más vida que la vuestra. ¡Ah! ¡Viles aristócratas! La guillotina, funcionando noche y día, no bastará a vengar al mundo de vuestros atropellos. Robespierre, aún quedan muchas. Mata, mata sin cesar.

El demente calló, obligado por la fatiga, que le debilitaba y enronquecía su voz. Muriel le escuchaba con aterrados ojos. Creía tener delante al genio decrépito de la Revolución francesa expiando con una espantosa enfermedad del juicio sus grandes crímenes, genio a la vez elocuente y extraviado, sublime por las ideas y abominable por los hechos.

III

Algunos—continuó La Zarza—entraron en el cuarto inmediato donde estaba la Austríaca. Yo no sé lo que allí pasó; pero, según me dijeron, hubo mujeres que se enternecieron ante la reina y otras que la insultaron. También el Capetillo hubo de ponerse el gorro frigio. ¡Qué irrisión del Destino! En otra ocasión su madre hubiera creído que sólo el aliento de un hijo del pueblo haría daño al ilustre niño, y en aquella ocasión el desdichado se sofocaba entre la multitud, recibiendo de sus pulmones el aire plebeyo de la miseria en que vivimos. «Ya hemos destronado a Luis Dieciséis», dije yo a Legendre, el carnicero, cuando bajábamos la escalera de las Tullerías. «Sí —contestó él—; le hemos puesto la caña en las manos y el *Inri* en la frente.» «¡Qué pequeña es la majestad mirada de cerca—decía Camilo—; es como las decoraciones de los teatros! Desde fuera, ¡cuán hermosas! Nosotros hemos entrado hoy entre bastidores y nos hemos complacido en dar de puntapiés a los figurones de cartón que antes nos parecían magníficas estatuas.»

Concluída la demostración, la muchedumbre se desbandó, no sin aclamar antes a Petión, al rey Petión, a quien llevamos en hombros un buen trecho. ¡Oh,

qué días aquellos! Después han pasado muchas cosas, y algunos, no pocos, de los héroes de aquel acontecimiento han perecido después por haber hecho traición al pueblo. Este es inexorable. Sus largos sufrimientos le disculpan del sistema de no perdonar. Aquel mismo Petión fué proscrito un año después. Los más eminentes de entre los girondinos, los héroes del diez de agosto, subieron al cadalso. ¡Traidores! Yo recuerdo bien el día en que esto sucedió.

—Cuéntalo, cuéntalo—dijo, vivamente, Muriel, a quien impresionaba la relación del infeliz demente.

—No—contestó—. ¿Crees que puede perderse el tiempo en conversaciones? Tú eres un holgazán, Saint-Just; tú no tienes más que lengua. Te pasas el día charlando, cuando la República está en peligro. Es preciso salir de esta situación. El informe de Robespierre que estoy escribiendo ha de poner término al Terror por el exceso del mismo. Todos los malos ciudadanos perecerán bien pronto. Es preciso escribir ese informe. Robespierre viene; ya siento sus pasos. Escucha.

Al decir esto, el infeliz prestaba atención, señalando al exterior, donde no se sentía ruido alguno. Por el contrario, el silencio era grande, y unido a la oscuridad que allí reinaba, hacía más imponente la escena. Muriel no pudo menos de sentir cierto calofrío al ver que el loco, inmutado el rostro, se volvía hacia uno de los ángulos de la sala, como si hubiese allí alguna persona a quien miraba con atención.

—¡Ah Robespierre!—exclamó el loco, señalando hacia el sitio donde su enferma fantasía veía la imagen del célebre convencional—. Robespierre, el día ha llegado; no lo dejes pasar. No tiembles: coge con mano fuerte el poder que está en las uñas de una asamblea envilecida. ¿Estás airado, hombre divino?... ¿Qué tienes? Maximiliano, Maximiliano, valor. Es preciso un esfuerzo más: la guillotina espera las últimas víctimas.

Muriel observaba aquello con espanto, y los informes objetos que en el cuarto había, la escasa luz, la impresión causada en su ánimo por el anterior relato, parecían contribuir a hacerle partícipe de la alucinación del desdichado La Zarza. Este continuaba hablando con el espacio y se paraba a intervalos escuchando, como si le contestara el supuesto fantasma.

—¡Hombre divino!—continuaba el viejo—. El pueblo te adora. No temas a esos infames de las comisiones. Tú triunfarás. No lo creas, y me señalas tu cuello manchado de sangre. No, tú no irás a la guillotina. Si vas, yo te acompaño; morir contigo es asegurar la inmortalidad. Los jacobinos son tuyos. Aquella tribuna es tu trono. El pueblo correrá a defenderte. Preséntate en la Convención con tu uniforme, y ¡ay del que se atreva a ser tu enemigo!

Alzaba tanto la voz y se agitaba tanto en su diálogo con la sombra, que Muriel ya se sentía mortificado con aquel espectáculo. Solo en tan vasto solitario edificio, cuyos únicos habitantes parecían ser una gallina, una vieja y un furioso; en aquella habitación sombría, ocupada por el recuerdo vivo de una época histórica interesante y terrible a la vez; oyendo las desentonadas voces de un hombre que hablaba con la Historia, con la Muerte, con lo desconocido. Martín no pudo resistir a un sentimiento supersticioso. Su imaginación creyó ver surgiendo de la ennegrecida pared del fondo la imagen de un hombre con desencajados ojos, ancha frente, puntiaguda nariz y labios rasgados y finos, que avanzaba lentamente sin que sus pasos se sintieran; mirándole con terrible expresión y señalando su propio cuello, del cual salía un chorro de sangre que inundaba la habitación. Muriel se levantó, cubriéndose el rostro con las manos, y salió de allí. No había dado dos pasos por el corredor, inundado de luz, cuando ya reía de su supersticioso miedo. La gallina cacareaba en el patio, y la vieja la reprendía por su desenvoltura.

Un rato estuvo apoyado en el antepecho del corredor, entregado a sus meditaciones. Desde allí oía los gritos del insensato, cuya manía más le causaba asombro que risa. Trataba de explicarse el origen de tan rara demencia, y al mismo tiempo quería representarse de nuevo las escenas que acababa de oír contar, cuando de pronto siente una mano sobre su espalda. Estremécese todo; se vuelve rápidamente y ve una cara animada por dos ojos muy vivos, de nariz pequeña y puntiaguda, frente espaciosa y labios muy delgados, que se

rasgaban en una singular sonrisa, la misma cara que creyó ver poco antes en el fondo oscuro de la habitación. Dió un grito de espanto, pero, ¡ay, qué tontería!, era el señor de Rotondo.

Esta serie de impresiones fué rápida como un relámpago. Sentir el peso de la mano en el hombro, volverse, dar un grito de espanto al ver aquella cara, y después reconocer a don Buenaventura fué obra de un segundo. ¡Cuántas veces nos ocurre que al primer golpe de vista no reconocemos la fisonomía que más acostumbrados estamos a ver! Estos errores son instantáneos, y cuando la aparición nos coge de improviso, que es cuando generalmente ocurre el fenómeno, nos preguntamos: «¿Quién es éste?» Y es nuestro amigo más conocido: tal vez es la persona en quien vamos pensando en aquel momento.

IV

Muriel había visto a Rotondo tan sólo una vez; pero recordaba bien su fisonomía. No sabemos si había relacionado ésta con la imagen de Robespierre, que conocía en estampa. Quizá.

—Le he asustado a usted—dijo, sonriendo—. Ya sé que ha estado usted entretenido con las locuras del pobre Zarza.

—Me ha impresionado, no puedo negarlo—dijo Martín—. Yo no había visto locos así. Me ha contado varias cosas con una elocuencia, con un calor...

—¡Oh!, sí; dentro de su manía es inimitable. No dispara sino cuando escribe el informe. Hace diez años lo está empezando. El infeliz gasta algunas arrobas de papel y algunas azumbres de tinta al año. Ya habrá usted visto cómo emborrona un cuaderno sin escribir nada. Habla a todas horas con Robespierre, como usted ha oído, y así pasa la vida.

—Y este hombre, ¿quién es?

—Su historia sería larga de contar. Es un desgraciado: yo le tengo ahí recogido por lástima; porque fuí amigo de su familia hace muchos años. Si yo le abandonara, serviría de diversión a los chicos por esas calles.

—¿Pero él ha presenciado los sucesos que refiere—dijo Martín.

—Ya lo creo: todos. Fué a Francia con Cabarrús. Este pobre Zarza tenía talento y mucha imaginación. Aquél fué siempre muy filósofo, y hasta llegó a escribir algunas obras. En Francia abandonó a Cabarrús. Aquellos acontecimientos le excitaron en extremo, y pocos tomaron parte con más calor que él en las sediciones y motines de tan afamada época. Fué primero gran amigo de Barbaroux y después de Robespierre, a quien sirvió mientras el uno tuvo razón y el otro vida. Furibundo jacobino, fué comprendido en las últimas proscripciones del Terror, y encerrado en la Abadía mucho tiempo esperaba la muerte todos los días. La larga prisión, el pavor que le infundía la guillotina, la humedad del calabozo, le hicieron contraer una penosa dolencia. Cuando después de sano le pusieron en libertad, estaba loco. Unos españoles le trajeron acá y en esta casa vive hace diez años.

—Es particular—dijo Muriel, preocupado con la historia del desdichado Zarza.

—Pero dejemos eso, y vamos a hablar de nuestras cosas—dijo Rotondo, llevando al joven a una habitación algo decente que abrió con llave—. Siéntese usted y hablemos. Fray Jerónimo de Matamala me decía que era usted un hombre de bríos y de ideas muy arraigadas. ¿Desea usted hacer fortuna?

—Nunca he sentido ambición de lucro —dijo Muriel—. Lo que me ha preocupado noche y día es un deseo muy grande de influir para que este país se transforme por completo y cambie parte de su antigua organización por otra más en armonía con la edad en que vivimos.

—Eso es lo que yo deseo—contestó Rotondo—. Pero usted será de esos que quieren hacer las cosas a sangre y fuego. ¿Eh?

—No sé; creo que es difícil antes de hacer las revoluciones decir cómo se han de hacer. Los medios se vienen a las manos cuando se está con ellas sobre la masa.

—Bien dicho. Pero ¿usted no cree que la astucia es mejor que la fuerza?

—La astucia no sirve de nada cuando es preciso destruir—dijo Martín—. Si usted quisiera echar al suelo esta casa, ¿emplearía la astucia?

—Ciertamente que no—contestó, riendo, don Buenaventura—. Pero quiero decir... Aquí hay enemigos terribles...: los

frailes, los aristócratas. ¿No le parece a usted que atacando de frente tales enemigos hay peligro de ser derrotado? La insurrección, ¿cree usted que por ese camino...?

—No sé—dijo Martín—; si en el orden natural de las cosas está que España se transforme por ese medio, así pasará. Si no...

—Supongamos—dijo Rotondo—que hay aquí un partido que desea esa transformación; supongamos que ese partido es numeroso; ¿no sería el mejor camino aspirar a apoderarse de las riendas del Estado, y después...?

—¡Qué ilusión! Aquí no se apoderan de las riendas del Estado sino los guardias de Corps que han agradado a alguna elevada persona. Con el absolutismo no hay salvación posible. Es preciso que todo el edificio venga a tierra y no por medio de la astucia, sino por medio de la fuerza.

—Veo que es usted un hombre atrevido—dijo Rotondo con complacencia, sin duda porque Muriel era como él lo quería—. Vamos a ver: ¿cómo arreglaría usted este asunto?

—No aspiraría a que mis ideas principiaran por apoderarse del mando. Las haría cundir por el pueblo para que éste obligase al rey a aceptar una Constitución, y si el rey se oponía... La Zarza le diría a usted lo que era conveniente hacer.

—Pues es usted un hombre decidido, y, por lo mismo, creo que está usted llamado a figurar... Hay aquí muchos hombres de corazón que están dispuestos a...—dijo Rotondo, deteniéndose, como si temiera ser demasiado explícito—, dispuestos a hacer esa transformación que todos deseamos.

Muriel comprendió ya que aquel hombre conspiraba. El objeto y el fin político es lo que aún no conocía.

—Ya usted debe comprender—continuó don Buenaventura—que el primer obstáculo que ha de echarse a tierra es ese miserable e insolente favorito que nos deshonra y nos arruina. Usted debe saber que hay un príncipe de grandes esperanzas que merece el respeto y la admiración de todo el reino. Carlos no puede seguir en el trono. Es preciso hacerle abdicar, y que se vaya con su mujer y su Manuel a otra parte. Es preciso acelerar el reinado del príncipe.

Y se detuvo un momento, leyendo en el rostro de Muriel el efecto que aquellas declaraciones le habían causado. El joven, que estaba silencioso y meditabundo, habló al fin, después de hacer esperar un breve rato a su interlocutor, y dijo:

—Bien; se trata de elevar al trono a Fernando. ¿Cree usted que con eso ganaremos algo? Todo quedará lo mismo. La cuestión es distinta. Esta gente no aprende nunca. Lo mismo Fernando que Carlos se opondrán a desprenderse de una parte de su poder. El absolutismo no abdica nunca. Hay que hacerle abdicar.

—Bien; pero poco a poco. Pongamos a Fernando en el trono, y después...

—Después quedará todo como está ahora.

—¿Quién sabe? El príncipe es despabilado.

—¿Pero usted—dijo vivamente Muriel—está empeñado en algún complot? No puede ser menos. Las persecuciones de que me habló ayer, esto que ahora ha dicho...

—Diré a usted, amigo—indicó Rotondo cuando se hubo repuesto de la sorpresa que tan franca pregunta le produjo—. Yo deseo como ninguno el bien de mi patria. Yo no tengo ambición; soy medianamente rico. ¿En qué mejor cosa pudiera ocuparme que en procurar la caída del infame Godoy?

—Pero ¿quién se ocupa seriamente en eso con plan fijo y ordenado? Porque yo creí que la animosidad que contra él existe no pasaría de la impopularidad para llegar a la insurrección.

—Sí, llegará—dijo Rotondo—; llegará. Por eso buscamos gente decidida, jóvenes que se asocien a tan grande idea.

—Luego ¿hay conspiración? Pero ¿es simplemente para quitar al que nos gobierna y poner a otro quizá peor? ¿No hay en eso ninguna idea política, ningún plan de reforma?

—Eso después se verá—dijo don Buenaventura, contrariado de encontrar a Muriel menos complaciente de lo que creyó al principio—. Por ahora...

—Yo creo que de ese modo no adelantamos un paso.

—¿No se asociaría usted al pensamiento? ¿No comprende usted que cuantos aspiren a reformas políticas deben empezar por quitar de en medio la co-

rrupción, la venalidad, la insolencia, la ignorancia, que están personificadas en ese ruin favorito?

—Así parece—repuso el joven, los ojos fijos en el suelo y como abstraído—. Pero... ¿y si no se consige nada? ¿No sería mejor desde luego...?

—Usted sueña con un cataclismo: pues lo habrá. Se puede unir el nombre de Fernando a una idea de reformas. Bien; si usted lo quiere así...

Don Buenaventura se apresuraba a cambiar de rumbo. Era preciso fingir cierta conformidad con las ideas exageradas del ardiente joven.

—En nuestra bandera—añadió—cabe todo eso. Como usted ha dicho antes muy bien, una vez que se está con las manos sobre la masa es cuando se sabe qué medios se han de emplear.

—Bien—dijo Martín, con expresión que demostró a don Buenaventura la dificultad de que ambos llegaran a avenirse—. Pero todo hombre que toma parte en una conjuración debe saber cuál es el objeto de ésta. Si hay unas cuantas personas decididas que trabajan con objeto de derribar a Godoy y para hacer aceptar al nuevo rey una Constitución, yo soy de ésos. Si no, tan sólo sería instrumento de ambiciosas miras, contribuyendo a conmover el país sin hacerle beneficio alguno.

—Sí: deben hacerse esas reformas —afirmó Rotondo ya bastante atolondrado—; pero antes... ¿no le entusiasma a usted la idea de ver por tierra al célebre Manuel?

Muriel no contestó; estaba profundamente pensativo. Don Buenaventura casi se sentía inclinado, a pesar de su natural reserva, a ser más explícito, confiándole pormenores de la conspiración: pero temía revelar secretos importantes a una persona que no se había mostrado desde el principio muy favorable a la idea. Le mortificaba que Martín no se hubiera entusiasmado con su pequeño plan revolucionario, porque los informes que el padre Matamala le había dado del joven hacían esperar que fuera más dócil a las sugestiones de quien le ofrecía posición, fortuna y gloria. Creía que la imaginación del filósofo provinciano se excitaría con facilidad ante un porvenir de luchas y triunfos. Su desengaño fué grande al ver que picaba más alto. Rotondo, en medio de su despecho, conoció la superioridad, y experimentó respecto a él un sentimiento en que se mezclaba cierto respeto a la conmiseración. Al mismo tiempo sentía haber comenzado a tratar con un hombre que rechazaba sus proposiciones; no podía menos de deplorar la impericia del padre Jerónimo, que le había mandado un filósofo, cuando no se le había pedido sino un cahrlatán. Quiso, sin embargo, hacer el último esfuerzo, y dijo:

—Estoy seguro de que le pesará no seguir mis consejos.

—Si usted me entera con más franqueza de ciertos pormenores; si usted me dice quiénes son las personas altas o bajas que se interesan en la misma causa; si usted me da noticia de las influencias extranjeras que pueden intervenir en semejante asunto, tal vez yo me comprometa.

—¡Oh! Me pide usted demasiado—replicó el otro en el colmo de la confusión, al ver que el que exploraba como instrumento quería ser motor.

Aquel orgullo irritó un poco al señor de Rotondo, que cada vez sentía crecer al humilde recomendado del padre Matamala. El brazo quería convertirse en cerebro. Lo que podía ser útil podía trocarse en un peligro. Era preciso batirse en retirada por haber dado un paso en falso.

—No puedo hacerle a usted ese gusto—continuó—. Lo que usted me pide es demasiado.

Parecía que era ya imposible la avenencia después de la pretensión de uno y de la negativa del otro. Arrepentíase Rotondo de su ligereza y para no romper bruscamente sus frescas relaciones con el joven exaltado, por temor de que su enemistad le perjudicara, le dió a entender que esperaba convencerle en una segunda conferencia.

—El no podernos arreglar hoy no quiere decir que no lo intentemos otra vez—dijo con disimulada amabilidad—. Yo ando perseguido, como usted sabe; no podré ir a su casa con frecuencia. Pero si usted quiere, aquí nos veremos. Esta casa no es mía; pero la tengo alquilada, y aquí me reúno con ciertos amigos para desorientar a mis perseguidores. Nadie me ve entrar ni salir. Estamos seguros. Si usted desease verme algún día... ¡Ah! Ya recuerdo que me

necesita usted para què le recomiende al señor conde de Cerezuelo.

—Es verdad: hemos de vernos...—dijo Martín con frialdad.

—En la otra cuestión espero convencerle a usted—añadió don Buenaventura, levantándose, como para hacer ver a Martín que no había inconveniente en que se marchara.

—Lo veremos—murmuró Martín, deseoso ya de salir de aquella casa.

Atravesaron el corredor en dirección de la escalera. Al pasar por delante de la puerta del cuarto donde se espaciaba en su magnífica y elocuente locura el desdichado La Zarza, el joven se detuvo a contemplar de nuevo aquel raro ejemplar de la insensatez humana. El loco había cesado de perorar con la sombra de Robespierre y se ocupaba en redactar su inacabable informe con la misma diligencia que antes. Cuando advirtió la presencia de aquellos dos bultos que le interceptaban la luz, se volvió hacia ellos, y con terrible voz exclamó:

—¡Todos, todos a la guillotina!

CAPITULO IV

LA ESCENA CAMPESTRE

I

—Acepta el brazo del señor don Narciso y no seas tan desabridota—decía por lo bajo a su hija la buena de doña Bernarda al entrar por la alameda central del paseo de la Florida.

Obedeció la desventurada Engracia, más convencida por la elocuencia de un disimulado pellizco que su madre le dió en el brazo que por las palabras transcritas, fiel expresión de aquel espíritu intolerante y autoritario. La comitiva avanzaba, y todos estaban alegres, especialmente el citado don Narciso, quien, como vulgarmente se dice, no cabía en su cuerpo de satisfacción. ¡Infeliz! Pocas veces contaba en el número de sus glorias la de llevar del brazo a la interesante y hermosa viuda. En el transcurso de su larga aspiración amorosa no había tenido ocasión de contemplar durante medio día, bajo los árboles y en delicioso y apartado sitio, la melancólica y dulce faz de la que él, fanático admirador de la poesía de Cadalso, llamada *su ingrata Filis*. Pero la hija de doña Bernarda—digamos esto en honor suyo—no podía ver ni pintado a don Narciso Pluma, a pesar de ser éste uno de los jóvenes *de más etiqueta* que había en su tiempo: pulcro en el vestir, poético en el hablar y en todo persona de muy buen gusto. Su apellido le sentaba perfectamente, y no porque fuese amigo de las letras, sino porque su persona era tan aeriforme como su carácter, toda suavidad, toda refinamiento, toda sutileza. Así como otros tienen la vanidad de su talento o de sus riquezas, Pluma tenía la vanidad de su vestido, y blasonaba de usar los más delicados perfumes con la variedad que la moda exigía; de peinarse con un esmero y pompa que recordaba el siglo anterior, fecundo en prodigios capilares, y de usar en sus corbatas y pecheras las más finas blondas de las fábricas nacionales y extranjeras. Pluma era rico y podía consagrar seis horas de cada día a los cuidados de su tocador, ocupando las restantes en pasear por Platerías o por el Prado, y en visitar la gente *de etiqueta* en los principales estrados de la corte. Aquí su influencia y prestigio eran grandes; adoraba el bello sexo y era admirado por los hombres como un apóstol de la moda. «Pluma, ¿hacia qué lado debe inclinarse el pico del sombrero, hacia el derecho o hacia el izquierdo?» «Pluma, ¿deben las puntas de las orejas quedar dentro o fuera del corbatín?» «Pluma, ¿qué chupas son *de más etiqueta*, las de lista verde o las de lista encarnada?» Estas eran las cuestiones que se sometían a la ortodoxia de don Narciso, poniéndole a veces en gran aprieto. Si se trataba de organizar un minueto, las damas decían: «Eso Pluma es quien lo entiende.» ¿Se trataba de un concierto? «Pluma dirá si se toca la *jota* o algo de *El matrimonio secreto*.» En el juego de prendas, Pluma era un asombro; y por esta y otras cualidades el aéreo y sutil petimetre era denominado el *Bonaparte de las tertulias*.

—En verdad, doña Engracia—decía avanzando, como hemos dicho, por la alameda central de la Florida—, ya no sé qué pensar de tantas esquiveces. ¡Oh! ¡No hay hombre más desgraciado! Mi corazón es demasiado sensible para resistir a tantos rigores. Anoche no hubo

desaire que no me hiciera usted en casa de Porreño.

—¿Sí? Pues no lo había reparado—dijo la viuda, abanicándose con precipitación.

—Es imposible—continuó el amartelado petimetre—que no haya alguno que me dispute ese corazón, para mí de roca y para otro de alcorza. ¿Es cierta mi sospecha?

—Podrá ser—contestó la dama con evidente hastío y mirando las copas de los árboles, que encontraba, sin duda, más bellas que el rostro de su galán.

—¿Y ese pago tienen mis desvelos, mis lágrimas, el constante y religioso amor que...?

—Pluma, por Dios, ¡señor Pluma! —exclamó doña Bernarda, que detrás y a poca distancia venía—, hágame usted el favor de darme el brazo, que no puedo dar un paso más. Este diablo de zapatero... ¡Oh! Dios me perdone la mala palabra; pero estos zapateros...

Diciendo esto tomó el brazo del enamorado mancebo, que renegó de verse en la precisión de remolcar la mole de doña Bernarda, cuyo andar, molesto y perezoso de suyo, se había agravado aquel día por una torpeza del maestro de obra prima.

—De seguro no hubiera elegido este zapatero si usted no me lo recomendara como el mejor de Madrid—dijo con avinagrado semblante la dama.

—Yo, señora... Y la verdad es que tiene fama. ¿Quién puede negarlo? Para hacer calzado de gusto...

—¿Le parece a usted que es de gusto el que yo tengo ahora? ¡Virgen del Tremedal!—exclamó, sudando el quilo y echando todo el peso de su cuerpo sobre el brazo izquierdo del joven—. ¡Ha sido mucha ocurrencia la de estas niñas! Lo que estas criaturas no inventan... Traerme a mí a estas fiestas de campo...

—Ya están allí Susana y Pepita—dijo Engracia, impaciente, porque había visto a sus amigas al extremo del paseo.

—¿Ya quieres echar a correr? ¡Tal criatura! Y yo que no puedo dar un paso. Por Dios, Pluma, no ande usted tan aprisa.

En el mismo momento, Engracia desasió su brazo del de don Narciso y se dirigió con paso muy ligero al encuentro de sus amigas, que se habían anticipado un poco y no llevaban en su compañía a una doña Bernarda que necesitara ser arrastrada.

—¿Ve usted qué retozona?—dijo ésta con mal humor—. ¡Oh! No se la puede contener.

Pluma miró al cielo. Tenía el corazón lacerado por aquella violenta emancipación de la arisca y linda viuda. Resignóse con su cruel destino y continuó tirando de doña Bernarda, que parecía haberse convertido en plomo.

—Don Lino nos prometió venir—dijo Salomé Porreño, joven celebrada por su belleza, si bien convenían muchos en que no despertaba su vista ningún sentimiento afectuoso.

—Sí, añadió Susana—, y ha prometido traer a dos caballeros que dicen vienen del extranjero.

—¡Cuánta cosa tendrán que contar! —dijo Engracia, sin duda por disimular cierta turbacioncilla que de nadie fué reparada.

Daremos a conocer sucesivamente, y conforme el diálogo lo exija, a estas damas y a las demás personas que concurrieron a aquella memorable escena campestre. Ya nos es conocida doña Bernarda con su hija, y el nunca bien ponderado Pluma, flor de los petimetres. Además, estaba allí doña Susanita Cerezuelo, doña Salomé Porreño, jóvenes ambas, que pertenecían a las más esclarecidas familias. También era ilustre, aunque no tan bella como sus tres amigas, Pepita Sanahuja, poetisa fanática por Meléndez, la cual deliraba por la literatura pastoril; y completaban la fiesta una dama acartonada y severa de la familia de Cerezuelo, y un tal don Santiago, marqués de no sabemos qué, hombre de edad madura e incurable idólatra del bello sexo. Algunas de estas personas tendrán participación muy principal en los sucesos de esta historia.

—¿Puede nada compararse a la hermosura del campo?—decía doña Pepita cuando, elegido el sitio de reposo, se sentaron todos sobre la hierba—. Y eso que aquí no vemos más que un mal remedo de los prados frescos y alegres de que hablan Garcilaso y Villegas. Aquí, ni ovejas con sus corderos saltones y tímidos, ni pastores engalanados y discretos; aquí, ni arroyos que van besando los pies de las flores ni dulce son

de los caramillos repetido por la selve, ni...

—Yo creo que es preciso tomar una determinación—dijo Engracia, riendo.

—¿Qué?

—Prohibir que se hable de cosas pastoriles. Si ésta nos va a empalagar todo el día con sus cayados, sus recentales y arroyos, excusado es haber venido aquí, y no habernos reunido en una Academia.

—¡Ay Pepa! Es verdad lo que ésta dice—declaró Susanita—; olvídate hoy de tus libros, y deja en paz a los pastores.

—¡Ay hija!—dijo la literata con notable mal humor—, vuestro prosaísmo tiene disculpa allá en las casas de Madrid; pero aquí, en presencia de la Naturaleza debajo de estos árboles... No sé cómo no os dan ganas de exclamar:

> Mira, Delio: yo tengo un corderillo
> blanco de rojas manchas salpicado,
> cuya madre, al dejarle en un tomillo,
> murió de un accidente no esperado;
> apliquéle a otra oveja...

—¡Jesús!—exclamó Engracia, interrumpiéndola.

—Esto no se puede soportar. Ya tenemos el pastoreo en campaña. ¡Pepa, por Dios, no nos aburras ahora con tus zagalas y caramillos!

—No puedo prescindir de mi inclinación. El prosaísmo no ha entrado todavía en mi cabeza—contestó la apasionada de Meléndez, con un mohín desdeñoso—. La verdad es que no hay tormento mayor que la superioridad de cultura y de gusto.

—Yo no sé—observó la de Cerezuelo—de dónde han sacado los poetas esas pastoras que pintan tan finas, con tales vestidos y modales. Yo he vivido en el campo y no he visto en medio de los rebaños más que hombres zafios, tal vez menos racionales que las reses que cuidaban.

—¡Ah!, es mucho cuento la tal poesía pastoril—dijo Engracia, complaciéndose en mortificar a su discreta amiga—. ¿Y cuando se dicen aquellas ternuras y se ponen a llorar junto al tronco de una encina, diciendo tales tonterías que no se los puede aguantar...?

—¡Qué prosaísmo, qué deplorable gusto!—dijo la poetisa en tono despreciativo—. ¡No comprender la sutileza de la ficción! Pero a bien que estamos acostumbrados a oír disparates.

—Pluma, ¿le gusta a usted la poesía pastoril?—preguntó la de Porreño al atontado petrimetre, que, después del acarreo de doña Bernarda, había cogido el suelo con mucha gana.

—¿Qué pienso?—contestó, perplejo entre aparecer prosaico, renegando de la poesía, o incurrir en el desagrado de la viuda, emitiendo una opinión contraria—. Pienso... Es cuestión delicada. El buen gusto de nuestra época—añadió, tratando de pasar por erudito y agradar a todos los presentes—, el buen gusto de nuestra época exige que esa cuestión sea estudiada con detenimiento. Yo he leído a Longo, Anacreonte, Teócrito, Gesner, Garcilaso, Villegas, y es fuerza confesar que hicieron églogas muy buenas. Estos de hoy no les llegan a la suela del zapato; y así puedo decir que la poesía pastoril me gusta y no me gusta, según y cómo, pues..., ya ustedes me entienden.

—Nos ha dejado enteradas—dijo Engracia—, y es lástima que no recuerde lo que decían esos señores Hongo, Acronte, Pancracio, para que se lo cuente *ce* por *be* a Pepita.

Pluma miró al cielo y apuró la burla sin atreverse a decir palabra.

Mientras el elemento joven se expresaba de este modo, el marqués, doña Bernarda y la dama acartonada y severa, que dijimos era de la familia de Cerezuelo, habían formado corrillo aparte y trataban de muy diferente asunto. Es de advertir que aquella dama, de quien hasta ahora no conoce el lector ni el nombre, era mujer de muy elevado espíritu; no porque fuera literata en la forma y modo de Pepita Sanahuja, sino porque tenía pretensiones de desempeñar en el mundo un papel importante, influyendo en los negocios de Estado con su intriga y sus consejos. El ideal de la señora doña Antonia de Gibraleón era la princesa de los Ursinos. En vida de su esposo, que había sido consejero de Castilla, trataba a los personajes más eminentes de la Corte de Carlos III y Carlos IV, y en su casa hallaba la gente grave de entonces un punto de reunión donde dar rienda suelta a la chismografía política. Ella había fortalecido con el frecuente trato de tales eminencias su aptitud para *el gobierno*

de estos reinos, como solía decir; y más de una vez trató de poner en práctica su talento, urdiendo cualquier intriguilla en las antesalas de Palacio, si bien el éxito no correspondió a sus esperanzas. Cuando la política estaba en los camarines y en las alcobas, el papel de estas matronas era de gran importancia en la vida pública; hoy las riendas del Estado han pasado a mejores manos, y las Maintenon y las Trémouille viven condenadas a presidir desde el rincón de una sala de baile, bostezando de fastidio, las piruetas de sus hijas y los atrevimientos de sus futuros yernos. Doña Antonia de Gibraleón tuvo la desgracia de nacer un poco tarde, y sólo sirvió para que el siglo décimonono tuviera pruebas vivas del carácter de su antecesor. Nunca había logrado su objeto; nunca tuvo parte en los *reales consejos,* que fué la aspiración de toda su vida, y pasaba ésta devorada por el fuego de su propia inteligencia, encontrando todo muy malo, y creyendo el mundo cercano a su perdición, porque ella no era llamada a dirigirle. Su vanidad era inmensa, y siempre que refería cosas pasadas, tenía en la boca estas o parecidas frases: «Aranda me dijo...» «Yo le dije a Floridablanca...» «Campomanes me preguntó...» «Si Esquilache hubiera seguido mis consejos...»

—¿Conque tendremos guerra con el inglés?—preguntó el marqués, deseoso de oír la opinión de doña Antonia sobre tan importante asunto.

—Están los negocios en tales manos —contestó la diplomática con afectación—, que no digo yo con el inglés, pero hasta con el ruso hemos de tener guerra.

—¡Ay!—exclamó doña Bernarda, introduciendo su opinión en el elevado consejo del marqués y doña Antonia—. El mundo está tan revuelto, que no sé adónde vamos a parar con tanta herejía. Ese hombre que anda de ceca en meca trastornando los reinos, ese señor Napoleón es el mismo Patillas en persona, que todo lo enreda. Yo no sé cómo no le dan un escarmiento a esa buena pieza.

—¡Qué malo está todo!—dijo el marqués—. Dios quiera que no nos metan a nosotros también en guerra.

—Mire usted, señor marqués—dijo la de Gibraleón con la gravedad de un Jovellanos—: mientras subsistan los tratados que ha celebrado con Bonaparte el ministro Godoy, estamos con un pie en la paz y otro en la guerra. ¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues España debía entrar en relaciones con Pitt y unirse a la Inglaterra para...

—¡Por los mártires de Alcalá, doña Antonia!—exclamó doña Bernarda, interrumpiendo la profunda opinión de la diplomática—, no me hable usted del inglés; ése es peor que todos. No quiero nada con esos luteranos ateos. ¡Que Mahoma cargue con ellos!

—Sin embargo, Albión...—declaró doña Antonia, picada de la estrafalaria interrupción de aquella mujer profana, ajena a los grandes secretos de la diplomacia—. Albión es un país poderoso, y los ingleses muy buenos hombres de Estado. Mi esposo tenía relaciones con Pitt el mayor y con Burcke; y yo misma he tratado aquí en Madrid a...

—¡Por Dios, Antoñita!—replicó con evidente horror doña Bernarda—. ¿Usted ha recibido en su casa a esa gente anglicana? Yo tengo idea de que todos son perdidos, charlatanes y mentirosos. No hay más que oírles aquella lengua estropajosa para conocer que no pueden hablar verdad.

—¡Qué horror!—dijo la diplomática, riendo de la ingenua ignorancia de su amiga.

—Es indudable que los ingleses saben lo que se hacen—añadió el marqués para que la de Gibraleón comprendiera que él también sabía quién era Pitt y lord Chatam.

—Y ¿el inglés va contra Napoleón? —preguntó impaciente doña Bernarda, ya interesada en la política europea.

—Son enemigos a muerte—repuso doña Antonia.

—Ellos todos son unos: el hambre y la necesidad. Pero que se entiendan allá en París y en Francia, y no vengan a revolver a España, que muy bien nos estamos aquí sin batallas. Pues el otro que se viene llamando emperador porque le ganó a los turcos esas batallas de *Mostrenco* y de no sé qué, de que habla tanto la gente...

—De Marengo querrá usted decir —apuntó doña Antonia, riendo de muy buena gana—. En cuanto a los turcos, no creo que estuvieran en esa batalla.

—No entiendo yo de esas retóricas.

Lo que es el tal señor Napoleón sí que es una buena pieza. El padre Corchón, que es el que me ha contado las diabluras de ese hombre, no le llama sino *Nembrón* o no sé qué.

—*Nembrot* será—indicó doña Antonia, que tenía cierta complacencia benévola en corregir las patochadas de su amiga.

—Ahí viene el abate Paniagua con dos caballeros—dijo el marqués señalando al extremo de la alameda, donde se distinguían los tres personajes indicados.

—Ya está ahí don Lino—añadió la de Cerezuelo.

—Y vienen con él otros dos—observó Engracia, tratando de disimular la turbación, que, merced a sus esfuerzos, por ninguno fué notada.

—Me parece que a uno de ellos lo he visto yo en alguna parte—dijo Salomé—; aquel más bajo... El de alta estatura me es desconocido.

II

—Madamas—dijo don Lino al llegar con sus dos amigos frente al grupo—, tengo el gusto de presentaros a estos dos caballeros, que, aunque españoles de nacimiento, hace muchos años que viajan por el extranjero. y han visitado todas las cortes de Europa. Ahora vienen a Madrid y me han sido recomendados para que les enseñe las cosas de esta villa, dándolos a conocer en los más célebres estrados.

—Nosotros—afirmó Leonardo—, ya desde este momento podríamos marcharnos, asegurando delante de tanta hermosura que habíamos visto lo mejor de Madrid. Pero más que a partir, este conocimiento que a don Lino debemos nos induce a quedarnos.

—Y ¿qué les parece a ustedes esta corte?—preguntó el marqués.

—¡Oh!, deliciosa, tónica. Ya está esta gente bastante adelantada—contestó Leonardo—. Las comidas, así tal cual; pero las casas veo que ya se adornan con cornucopias y lunas, y van desterrándose las armaduras y los cuadros.

—Y ¿no les sorprende la belleza de las madrileñas?—preguntó Pluma deseoso de entablar con el forastero un diálogo que le permitiera sacar a relucir su rico arsenal de conceptos y frases galantes.

—En Madrid no hay hoy una cara que se pueda mirar. ¡Qué fealdades! ¡Qué groseros ademanes!—dijo Leonardo.

—Es cierto. Eso será favor...—dijeron las damas sin comprender el sentido de la aparente barbaridad que acababan de oír.

—¡Cómo! ¿Que no hay hermosura?—dijo Pluma con afectado enojo; pero en realidad, contento de que el joven forastero, cuyo expansivo y simpático carácter podía agradar a las damas, se rebajase en el concepto de éstas por su falta de galantería.

—No—dijo Leonardo—. Hoy en Madrid no hay hermosura. Toda está en la Florida.

—¡Ah!, lo decía usted por...—murmuró Salomé, la última que comprendió tan culta y alambicada fineza.

—Pluma—dijo la de Cerezuelo—, ¿tiene usted el olor de azahar?

—¡Oh!, sí; ¿cómo podía olvidárseme?—contestó el petimetre sacando oficiosamente varios pañuelos y oliéndolos uno tras otro—. Este es clavel, éste jazmín..., éste... Aquí está el azahar.

Y se lo dió a la joven, que no bien hubo aspirado la esencia, se volvió hacia el marqués diciéndole:

—Señor marqués, ¿ha traído usted las pastillas?

—¿Las quieres de fresa, de goma, malvavisco, de rosa o membrillo?—dijo el viejo, sacando una caja en que estaba aquel arsenal antiespasmódico refrigerante.

—De rosa—contestó la dama, tomándola.

Mientras este diálogo y otros parecidos tenían lugar en el primer corrillo del grupo, en el segundo la diplomática hacía a Muriel la siguiente pregunta:

—Y ¿cómo han dejado ustedes ese mundo? ¿Qué se dice por allá del tratado de San Ildefonso? ¿Está todo tan revuelto como parece desde aquí?

—Sí, señora—contestó Muriel—. Lo más doloroso es que por la torpeza de Godoy nos veremos comprometidos en una guerra con Inglaterra, que ya anda en persecución de nuestros barcos. Napoleón prepara una nueva campaña contra Austria y Prusia.

—Ya me lo presumí—prosiguió doña Antonia, satisfecha de ver que la conversación se remontaba a la altura de su talento—. El año pasado por este

tiempo dije que Napoleón no se contentaba con ser primer cónsul, sino que aspiraría a puesto más alto, y acerté. Hace tiempo que le veo emprender una nueva campaña y no me equivoco.

—Ciertamente que no.

—Oiga usted, caballerito—dijo doña Bernarda, haciendo temblar a la diplomática, que se preparó a oír una atrocidad—: ¿asistió usted, por desgracia, a la coronación de Napoleón?

—No, señora; Napoleón no se ha coronado todavía, ni se coronará hasta que vaya el Papa a París.

—Pues me habían contado de una ceremonia muy extravagante que hicieron cuando se convirtió en emperador. Dicen que como ha llegado a conseguir la corona por artes del demonio, celebró una función para el caso en una iglesia de París, después de haber matado a todos los sacerdotes y quemado todos los santos. Napoleón se puso un manto hecho con pieles de sapo y una corona de un metal negro o no sé de qué color, después de haber hecho la parodia de quien dice una misa, alzando por cáliz un vaso lleno de brebajes, hizo varias cabriolas, y un paje vestido de demonio le alzaba la cola. Luego las damas, todas muy deshonestas y sin cubrirse el seno, adoraron un cabrón que había puesto en un altar, y todos bailaron con gran algazara, haciendo tales gestos...

—¡Jesús, qué cosa más horrible! ¡Qué indecencia!—exclamaron las damas.

—¿Quién le ha contado a usted esos despropósitos?—preguntó la diplomática, avergonzada de que los dos forasteros oyeran tales majaderías.

—En eso debe de haber exageración —dijo Pluma—, adoptando como siempre el justo medio.

—El padre Corchón me lo ha contado y él lo debe de saber, porque es persona de mucha lectura—contestó doña Bernarda.

—Señora—dijo Muriel con gravedad—, parece increíble que haya en estos tiempos superstición bastante para creer tales cosas. Ese padre Corchón que se lo ha contado a usted debe de ser uno de esos frailes soeces que se gozan en turbar el ánimo de las personas sencillas, llenándolas de supersticiones y extraviando su entendimiento con errores estúpidos.

—Pues se equivoca usted grandemente, señor extranjero o lo que sea—replicó con mucho enojo doña Bernarda—. El padre Pedro Regalado Corchón no es ningún fraile de misa de once, sino un padrazo que sabe más que los de Atocha. Pluma, Engracia, ¿no habéis oído las pestes que ha dicho este señor del venerable Corchón? ¿Cuándo se ha visto mayor atrevimiento? ¡Llamar bestial a semejante hombre, a un santo..., a un sabio que tiene ya escritos catorce libros que pesan cada uno dos arrobas, sobre la *Devoción al señor San José!* Pero, Pluma—añadió más acalorada—, ¿no sale usted en su defensa? A fe que si el ofendido estuviera aquí no se dejaría maltratar.

—La verdad es—dijo Pluma tímidamente—que el padre Corchón es un hombre eminente, es una lumbrera del Santo Oficio, a que pertenece.

—¡Ah!, ¿es inquisidor?—añadió Martín—. Perdonen ustedes si me ocupo de una persona a quien no conozco; pero esta señora ha atribuído a ese venerable la invención de la ceremonia que nos ha referido, y eso, con la circunstancia de ser inquisidor, me confirma en el juicio que he formado.

—Concluya la cuestión—dijo la diplomática, a quien no desagradaba el brusco desenfado de Muriel—. Si inventó la ceremonia diabólica que usted nos ha contado, amiga mía, esos catorce tomos sobre San José no serán ninguna maravilla. La verdad es que esos señores suelen enseñarnos unas cosas...

—Pero, Antoñita—dijo la madre de Engracia—, ¿también usted está contaminada de herejía?

—No ha dicho sino que esos señores suelen enseñarnos cosas muy malas, y ha dicho muy bien—contestó Muriel, saliendo a la defensa de la diplomática, como ésta había salido antes en defensa de él—. Ha dicho la verdad; porque la plaga enorme de clérigos y frailes que tenemos aquí, para desdicha y pobreza nuestra, no sirve para otra cosa que para divulgar los más dignos errores y envilecer al pueblo en la superstición. Turba de holgazanes, devoran la principal riqueza de la nación sin producirle beneficio alguno. No digo que no haya excepciones y que algunos entre ellos no sean modestos y sabios; pero, en general, son soberbios, ignorantes, lascivos,

pérfidos y glotones. La religión en ellos no es más que una mercancía y Dios un pretexto para dominar al mundo.

Pronunciadas estas palabras, un solemne silencio reinó en aquella pequeña asamblea, dominada por el estupor. La primera que rompió aquel silencio fué doña Bernarda, que, mirando a todos azorada y confusa para leer en los semblantes el efecto producido por tan heréticas y *extranjeras* palabras, dijo:

—Pero, ¡Señor, Dios mío!, ¿se ha escapado este hombre de alguna casa de orates? Pluma, ¿qué dice usted? ¿Señor marqués...? Bendito Dios, ¡qué horror! Antoñita, ¿ha oído usted? Yo estoy temblando todavía. Dios nos ha castigado por haber venido a divertirnos en vez de estar haciendo penitencia. Engracia, ¿no te dije que este día no podía acabar en bien? Estoy sofocada; si no fuera por este maldito zapato, ahora mismo me iba a rezar a la ermita de San Antonio.

—No se asusten ustedes—decía don Lino por lo bajo a las muchachas—, este señor es algo extravagante. Habla mal de los frailes; no lo puede remediar. ¡Qué le hemos de hacer!

—Su compañero de usted es hombre atroz—dijo Pluma a Leonardo, con objeto de interrumpir la conversación que éste había entablado con la hermosa viuda.

—La verdad es que esta conversación sobre emperadores y sobre frailes no es propia de un día de campo—dijo a Salomé la literata doña Pepita—. Cuando el espectáculo de la Naturaleza y la belleza de los árboles convida a los entretenimientos poéticos y a recordar los bellos pasajes de los grandes escritores, nada más desagradable que escuchar a este hombre sombrío y brusco.

—Repara con qué atención le escucha Susana—dijo Salomé por lo bajo—. Parece que tiene gusto en oír tales desatinos.

—Ya sabes que a Susana le gusta todo lo raro—contestó la idólatra de Meléndez—. ¡Pero qué sosa está la reunión! Tengo unas ganas de saltar sobre la hierba... No sé yo para qué se han traído la guitarra y las castañuelas.

—Y ¿va usted a estar mucho por Madrid?—preguntó a Muriel la diplomática, deseando mudar de conversación para que se calmaran los agitados nervios de doña Bernarda.

—Tal vez esté mucho tiempo.

—Aquí la vida es muy agradable, y los jóvenes que gustan de divertirse encuentran a cada paso mil ocasiones para ello —dijo el marqués.

—Es cierto—contestó Muriel.

—Cuando usted conozca bien esta sociedad—dijo la de Gibraleón—encontrará mil atractivos.

—¡Ojalá!; pero es lo cierto que cuanto más la conozco, menos me gusta.

—¡Qué! ¿No le gusta a usted Madrid? —preguntó con viveza Susana, que estaba más cerca del corrillo de la gente grave.

—No, señora—repuso Martín—, no me gusta nada. La corrupción y el escándalo no pueden nunca serme agradables; el escándalo de la Corte me avergüenza como español y como hombre; la degradación de la gente oficial, la venalidad de la magistratura, son cosas que repugnan a toda persona honrada. Superstición, frivolidad, ignorancia, holgazanería, mengua, esto y nada más es lo que veo aquí. Por un lado, se me presenta una aristocracia superficial, sin talentos, sin carácter, o envilecida a los pies del trono, o rebajada en contacto con la plebe. Sólo se ocupa en indignas aventuras o en bárbaros ejercicios. Los jóvenes de esa clase no pueden ser más dignos de desprecio. Ni las armas ni el estudio tienen para ellos atractivo, y sólo en modas ridículas y en toda clase de necedades buscan pasatiempo. En las clases acomodadas hallo iguales vicios y una inmoralidad nunca vista. Creen que son buenos porque son devotos, y juzgan que un imbécil fanatismo los absuelve de todo. Por otra parte, veo un clero que se encarga de sancionar tanta miseria con tal de tener a la sociedad entera bajo sus pies; y, entre tanto, sólo en la plebe hallo un resto de nobleza y de virtud. Hoy la plebe, con todos sus vicios, vale más que las otras clases, y con ella simpatizo más, no sólo por lo que en ella encuentro de bueno, sino porque aborrece todo lo que yo aborrezco.

A estas palabras siguió igual silencio que a la invectiva contra los frailes. La de Gibraleón no se atrevía ni a contradecir ni a aprobar aquella violencia y desusada opinión. No dejaba de agradar-

le la atrevida verbosidad del filósofo, aunque no participaba de sus ideas. Creyó que lo más propio en aquella ocasión no era contradecirle ni apoyarle, sino demostrar que ella también tenía talento, para lo cual estaba pensando una contestación y reconcentraba sus grandes ideas diplomáticas.

—Pluma, pero Pluma—exclamó doña Bernarda muy afligida—, ¿no oye usted lo que dice este caballero? ¿No le contesta usted, que tiene tanta chispa y sabe decir tan buenas cosas cuando viene al caso? Pluma, ¿para cuándo quiere usted ese pico de oro?

Pero el buen Pluma no se cuidaba ni de su presunta suegra ni de las herejías de Martín. Tenía fijos los cinco sentidos en la conversación que Leonardo sostenía con Engracia, sin que ésta mostrara la arisca repulsión que el petimetre lloraba sin consuelo desde mucho tiempo. Susana prestaba atención a las palabras de Muriel, sin duda porque encontraba en ellas el atractivo de la novedad.

—¿Quieres pastillas de goma o de tamarindo?—le dijo el marqués, presentándole la caja.

—No quiero nada—contestó bruscamente la dama.

III

Conviene que el lector conozca algunos pormenores del carácter de esta interesante joven, que ha de encontrar repetidas veces en el largo camino de esta historia. La hija única del conde de Cerezuelo era una hermosura majestuosa, y si no fuera impropiedad, diríamos varonil. Su airoso y arrogante ademán recordaba las heroínas de la antigüedad, por cuyas venas corría mezclada la sangre humana con la de los dioses. En su rostro había cierta expresión provocativa, como si la superioridad de su belleza insultara perpetuamente a la vulgar y prosaica muchedumbre, y esta belleza era más severa que graciosa, pertenecía más al dominio de la estatuaria que al de la pintura. De su madre, que era una dama valenciana de perfecta hermosura, había heredado el suave tinte oriental del rostro y la melancólica expresión propia de la raza que en la costa del Mediterráneo perpetúa el tipo de la familia arábiga; pero, en general, la joven a quien retratamos llevaba impreso en su frente el sello de la hermosura clásica. En su rostro se pintaba fielmente la fase principal de su carácter, que era el orgullo. Sus ojos, al mirar, parecían conceder especial favor, y el aliento que dilataba alternativamente las ventanas de su correcta nariz, sacaba de su pecho el desdén y la soberbia, lo único que allí había. El efecto causado en general por su presencia era grande, y más bien infundía admiración que agrado. Ninguna pasión inspiró que estuviera exenta de temor, y los idólatras de aquella insolente hermosura, los que habían explorado su corazón, experimentaban hacia ella un sentimiento que no podemos expresar mientras no haya una palabra en que se reúnan y confundan las dos ideas de amar y aborrecer.

Cautivaba especialmente a cuantos la veían, por su elegante y esbelto cuerpo, cuyas actitudes, sin ninguna afectación ni artificio de su parte, sino por el instinto que acompañaba a la elegancia ingénita, siempre se determinaba en artísticas y armoniosas líneas. Lo fundamental en el carácter de Susana era el orgullo de raza y de mujer que a nada se doblegaba. Acusábanla muchos de ser insensible a toda ternura, y hacían notar en ella una circunstancia espantosa, que, de ser cierta, daría muy mala idea de su alma: decían que ofrecía la singularidad, inconcebible en su sexo, de no amar ni a los niños. No hacían efecto en ella las preocupaciones, y tenía un despejo y una claridad de inteligencia que eran cosa rara en la época de las falsas ideas. Nadie le imponía su yugo; no se dejaba dominar por el amor, ni por la religión, y amaba la independencia física y moral, sin que por esto hubiera mancha alguna en su honor ni en su conciencia, porque el orgullo era en ella tan fuerte que hacía las veces de virtud. Hija única, disipaba una parte de la fortuna de su padre, y vivía rara vez en Alcalá, donde se aburría, y casi siempre en Madrid, en casa de su tío. Frecuentaba las más célebres tertulias, y, rodeada por una corte de petimetres, se aventuraba de noche en los laberintos de Maravillas, porque le causaban particular agrado las fiestas y costumbres del pueblo. Vivía en medio

de la frivolidad general, festejada por insulsos galanes, entre la gente afeminada o ridícula que componía aquella sociedad, no impelida hacia nada noble y alto por ninguna grande idea. Tal era la hija del conde de Cerezuelo.

—Pluma, cotorree usted a Engracia. ¿Qué hace usted ahí, hecho un niño del Limbo?—decía doña Bernarda al desesperado—. ¿No ve usted cómo charla con ella el hombre ese que ha venido con este herejote? Y la muy pícara está cuajada oyéndole. Esto no se puede sufrir... Pero, Pluma, ¿qué hace usted?... Vaya, vaya. Buena gente nos ha traído aquí el bueno de don Lino.

Mientras esto decía doña Bernarda, la literata, que no había podido resistir mucho tiempo a la tentación de hacer algún idilio, corría entre las matas, jugando al escondite con don Lino y con la de Porreño. Había tejido con varias flores una corona, que puso en las sienes del complaciente abate, dándole el pastoril nombre de Dalmiro, y diciéndole con afectada entonación y un mover de ojos muy teatral:

¿Cómo, Dalmiro, tanto has retardado
tu vuelta a la majada,
que aguardándote estoy desesperado?
Sin dueño tus terneros,
por las vegas y oteros
descarriados braman.

Y el pobre Paniagua, hecho un Juan Lanas, riendo como un simple y declamando con movimientos coreográficos, le contestaba:

¡Ay Coridón amigo! Si tú vieras
lo que yo he visto, más te detuvieras,
y acaso, tu redil abandonando,
trocaras el cayado
por cinceles sonoros...

Esta escena grotesca hacía reír a los que desde alguna distancia la contemplaban. El abate, coronado de flores, con su traje negro, su rara figura y la risa convulsiva que le producía la agitación del baile y lo necio del papel que estaba representando, parecía un verdadero payaso. La literata no reía, sino que, por el contrario, tomaba muy por lo serio su papel de pastora. Había en ella una especie de iluminismo, y su imaginación tenía poder bastante para dar realidad a aquella farsa empalagosa. Alguien decía que estaba demente. Su manía la extravió aquel día hasta el punto de fingir que apacentaba un rebaño, y don Lino fué tan sandiamente bueno, que se prestó a hacer el papel de oveja, y era cosa que inspiraba a la vez risa y compasión oírle balar entre las ramas, imitando con prodigiosa exactitud al manso animal.

IV

Dos pajes, que hasta entonces se habían mantenido a respetuosa distancia, sacaban de dos enormes cestas la comida, hábil y suntuosamente preparada en casa del tío de Susanita. Los corpulentos zaques, preñados del mejor vino de Yepes y de Valdepeñas, salieron en compañía de las olorosas magras, que bien pronto ocuparon hasta media docena de grandes fuentes de plata. El agua serena, limpia y sutil de la fuente del Berro, traspiraba por los poros de grandes alcarrazas, y los dulces, las pastas, las tortas y las frutas, puestas en vistosos canastillos, alegraban la vista y el estómago. Un paje tendía los manteles sobre el césped, y en las manos de otro resplandecía un puñado de tenedores de plata, que, a estar en la diestra del febeo Pluma, le hubieran asemejado al dios Apolo esgrimiendo los rayos del sol.

Empleamos esta figura, porque algo parecido cruzó por la mente del aturdido joven en aquellos momentos. El hubiera descargado mil rayos sobre la frente de Leonardo, cuya conversación con doña Engracia tocaba ya los peligrosos límites de la familiaridad. Don Narciso, durante la comida—que no relataremos porque los pormenores culinarios de la fiesta nada han de influir en los sucesos de esta historia—, recordaba que había visto el semblante de su improvisado rival en alguna parte. Por más que se calentaba la sesera, no podía recordar dónde le había visto. Al fin creyó recordarlo. y dijo:

—Señor don Leonardo, aquí estaba pensando... Me parece que ésta no es la primera vez que nos vemos

—No sé, no recuerdo—contestó Leonardo, temeroso de que se descubriera el pastel de su supuesta condición forastera.

—Sí; me parece que no estoy equivocado. ¿No vive usted en la calle de Jesús y María?

—¿Yo? ¡Qué disparate! Jamás supe dónde está esa calle—dijo Leonardo, esforzándose en aparecer sereno y consiguiéndolo sin gran trabajo.

—¡Qué casualidad! Pues he visto allí uno que se parece tanto a usted... Yo conozco unas costureras del piso tercero, que me hacen corbatas y bufandas, y algunos días que he ido allí recuerdo..., tengo una idea de cierto escándalo...

—¡Oh!, usted me confunde con algún...—repuso Leonardo, volviendo el rostro y dirigiendo la palabra a Engracia.

—Pero, Pluma, por Dios—dijo doña Bernarda en voz baja y tirándole de la casaca—. Esa niña merece que la desuellen viva. ¿No ve usted cómo cotorrea con ese mozalbete? ¡Ah! Por el Santo Sudario. ¡Cuándo volveré yo a fiestecitas a la Florida!

—A ver quién templa la guitarra. Don Lino, usted—dijo una de las muchachas.

Don Lino, que contaba en el número de sus funciones la de templar las guitarras para que otros cantasen, cogió el instrumento, y rasgueando con mucho primor, estiró y aflojó las cuerdas, dejándolo en perfecto estado. Después comenzó la cuestión sobre quién cantaba primero, y más aún, sobre qué canción merecía los honores de la preferencia. «Pluma, usted.» «Susanita, tú.» «Vamos, don Lino.» «Anímese usted, Pepita.»

Todos se resistían a empezar. Además, cada cual quería una canción distinta.

—*El frondoso*—decía uno.

—No; es mejor *El codicioso* — decía otro.

—¡Ay, qué tontería!

—Cantemos *El bartolillo*

—Por Dios, canten *La pájara pinta*. Pluma, ¿no sabe usted *La pájara pinta?*—dijo doña Bernarda.

—No, señora. Si no estuviera ronco, cantaría el *Pria che spunti*, de Cimarosa—contestó Narciso, que sólo admitía la música *de etiqueta*.

—Déjese usted de esos lenguarajos. No me canten en inglés. *La pájara pinta*. Susanita, usted.

—Que cante don Narciso—dijo vivamente Engracia, entregando la guitarra al petimetre.

—¡Oh, no; estoy ronco, no puedo...

—Vamos, Pluma, *Pria che spunti*—dijo Susana.

—¡Oh!, sí; no nos prive usted de oír su hermosa voz—dijo Leonardo, a quien hacía Engracia señas muy significativas sobre el espectáculo que se preparaba.

Por fin, que quieras que no, y haciéndose de rogar, para dar más calor a la complacencia, después de mil excusas y de asegurar que iba a hacerlo muy mal, Pluma tomó la guitarra, limpió la garganta, miró al cielo, luego a Engracia y entonó el *Pria che spunti*. No podemos pintar los visajes, los movimientos del petimetre mientras sus exprimidos pulmones y su frágil garganta se esforzaban en emitir la inmortal canción. El quería hacerlo de un modo tan fino, tan *de etiqueta*, tan clásico, que se convertía en verdadera caricatura. La viuda contenía con dificultad la risa, y Leonardo hacía demostraciones de gran admiración. La diplomática no podía menos de dar a entender que aquello era muy superior a *La pájara pinta*, y el marqués también hacía lo posible para pasar por culto, aunque en realidad prefería cualquier seguidilla. Cuando el músico concluyó, le aplaudieron a rabiar, especialmente Leonardo, que aseguró no haber oído nunca cosa semejante.

—Es bonito, sí—dijo doña Bernarda—; pero esa manía de cantar las cosas en inglés...

—No es sino italiano—se apresuró a decir doña Antonia—. ¡Oh!, mi padre alcanzó a Farinelli, y decía que era una cosa..., ¡ah!

Salomé cantó unas seguidillas después de mucho ruego, y la de Sanahuja, sin que se lo dijeran dos veces, cantó una larga y soporífera tonada pastoril, que no gustó más que al abate, el único que no se podía permitir estar descontento. Luego retozaron de lo lindo, volviendo Pepita a representar su farsa bucólica ayudada por el abate y la de Porreño.

El petimetre creía haber producido gran sensación en todos, mas no en la viuda, que después de haber oído a Cimarosa estaba más arisca que nunca. Pluma, desesperado al fin, se decidió a ser infiel después de meditarlo mucho, y fué derecho a Susanita para tomarla por pareja en el momento que se iba a bailar; pero ésta lo rechazó sin cumpli-

miento alguno, prefiriendo a Muriel, que en el mismo instante la invitaba. Corrido y confuso, Pluma no tuvo más remedo que bailar, ¡cielos!, con la literata, que no cesaba de llamarle Dalmiro, Silvano, Liseno, Coridón.

—¿Quién es ese hombre ridículo? —preguntaba Martín a su hermosa pareja.

—Es uno de los primeros galanes de la corte, un joven del mejor gusto—contestó Susana.

—Y ¿en qué se ocupa?

—¿En qué se ocupa? Es rara pregunta. En nada. Pues qué, ¿las personas de etiqueta necesitan ocuparse en algo?

—No sé qué tienen para mí los jóvenes de esta clase—dijo Martín, tratando de atenuar con una sonrisa la gravedad de lo que iba a decir—. Es tanto lo que los odio, que les daría de bofetadas de buena gana y por el más ligero motivo. Los aplastaría como se aplasta no a las culebras dañinas y venenosas, sino a los sapos y a los gusanos que no hacen mal alguno.

La hija de Cerezuelo clavó sus ojos negros y vivos en el semblante de Muriel, escrutando con atenta curiosidad aquel carácter que se le presentaba con rasgos tan originales.

—Es usted una fiera—dijo con mucha seriedad.

—No—contestó Martín—. Pero la frivolidad de estos preciosos ridículos me irrita. Yo soy así. Aborrezco con mucha violencia; y no puedo negarlo, hay gentes que deberían desaparecer de la sociedad.

—Pues se va usted a quedar solo—dijo Susana riendo.

Muriel no pudo menos de meditar un buen rato en la profunda verdad que encerraba aquella respuesta. ¡Solo!

—Quisiera encontrarme frente a frente con todos los petimetres de Madrid —dijo después—. Los temería tanto como a un ejército de hormigas.

—Veo que les tiene usted tan mala voluntad como a los frailes.

—Sin duda.

El minueto comenzó, y fué bailado *tónicamente*.

—Pero, Pluma—decía doña Bernarda—, está usted hoy hecho un majagranzas. ¡Y mi hija bailando con ese Juanenreda! Pero ¿usted consiente esto? Pues digo... ¡Y Susanita con el otro! ¡Santa Virgen del Tremedal, qué par de enemigos nos ha traído el tal don Lino!

—¿Quieres pastilla de rosa o de fresa?—preguntó el marqués a la de Cerezuelo, presentándole la cajita.

—No quiero sino de limón—repuso Susana.

—De limón no he traído, hija. ¡Mira qué casualidad!

—Nunca trae usted lo que yo deseo. No puedo fiarme de usted para nada, señor marqués—contestó con mal humor la dama.

Ya la conversación de Leonardo con Engracia llamaba la atención de todos. Discurrían por las alamedas inmediatas, aparentando tomar parte en el inocente juego de Pepita, que hacía becerrear al abate, obligándole a desempeñar el papel de ternera. Pluma cogía el cielo con las manos, y acudía a Susana; pero ésta gustaba más de la conversación de Martín, cuya feroz antipatía a los petimetres y a los frailes no le causaba mucho horror.

V

Muriel, paseando con ella a alguna distancia del marqués, de doña Bernarda y de la diplomática, que habían entablado de nuevo su debate sobre Napoleón, consideraba las vicisitudes humanas y los singulares cambios que se ven en la vida. Aquella dama, que tranquilamente iba a su lado, era hija de una de las personas a quien él más aborrecía; perpetuo enemigo y verdugo del desdichado mártir que expiró en la cárcel de Granada. Ella, que era el orgullo mismo, aceptaba el brazo de un desconocido, cuyo nombre era infamante para la familia, y tal vez le juzgaba persona de categoría. Muriel vió en la coincidencia algo de irrisorio, y se burlaba interiormente de tan extraño capricho del destino, que se complacía en juntar por los lazos de la galantería, y merced a un engaño, lo que en la sociedad no podía juntarse nunca: el amo y el siervo, el verdugo y la víctima. Al mismo tiempo, orgulloso de semejante escena, sentía aplazado o atenuado su rencor a la familia de Cerezuelo; y en el error de la dama, que conversaba con

él como si fuera su igual, creía ver algo parecido a una humillación por parte de ella, o a una venganza por su parte. ¡Qué broma de la suerte había en aquel minueto bailado alegremente en un jardín por los dos jóvenes!

La impresión que la belleza de Susana le produjo más fué de sorpresa que de afecto. Contempló en silencio y con curiosidad a la persona de cuyo carácter tenía tan mala idea, y mientras más la veía, más deseaba tratarla. Por lo poco que la había oído hablar más bien le parecía tonta que soberbia, y no creía que su orgullo tan decantado fuera realmente temible. Paseando con ella fué cuando se fijó mejor en su rara y majestuosa belleza. Y por más que se diga, por más que él después haya contado que la presencia de la joven no le produjo efecto alguno, no es posible creerlo. Aún podría asegurarse que Muriel sintió, si no amor, una especie de presentimiento de un futuro afecto; presentimiento que el amor, como todas las desgracias, envía siempre por delante. Pero esto fué muy vago. El no podía nunca sentir un verdadero cariño hacia ningún individuo de aquella familia. La belleza de Susana podía inducirle a perdonar, pero no a transigir. Como él no se arredraba por nada, y sabía arrostrar impasible lo mismo la indiferencia que el odio de las gentes, resolvió descubrirse a ella, más por curiosidad que por deseo de humillarla. Quería saber cómo soportaría su orgullo la idea de haber hablado con el hijo de Pablo Muriel, muerto en la cárcel de Granada. La ocasión para descubrirse se la presentó ella misma cuando, un poco alejados en su paseo de los otros grupos, le preguntó:

—¿Y se detiene usted en Madrid para algún negocio? ¿Se va usted a estar mucho tiempo?

—Sí, traigo un asunto que arreglar. Ya otra vez estuve con una pretensión parecida, y nada logré.

—¡Ah! Ya comprendo; pretende usted en Palacio...

—No; no pretendo ningún destino. Sólo aspiro a que se me pague una deuda.

—¡Ah! Eso es un buen asunto si se consigue.

—A mi padre le debía cierta persona de aquí una gruesa cantidad; mi padre murió y vengo a cobrarla.

—Pues eso no será difícil.

—Sí, señora, es difícil. Necesito recomendaciones y amistades.

—Tal vez pueda yo recomendarle—dijo Susana con algún interés—. ¿Quién es la persona?

—El conde de Cerezuelo.

—¡Mi padre!—exclamó la dama, parándose y fijando en Martín sus atónitos ojos.

—¡Ah! ¿Es usted su hija?—dijo Martín, afectando sorpresa y separándose un poco de Susana.

—Sí—dijo con severidad la joven—. Y usted ¿quién es?

—Yo soy—contestó Martín, fingiéndose humilde—hijo de aquel que fué encerrado en la cárcel de Granada por la maldad y la envidia de amigos oficiosos de la persona a quien servía. ¡Oh! ¡Nosotros hemos padecido mucho!

—¡Usted es hijo de Muriel!—exclamó Susana, apartándose de Martín con cierta expresión que a éste le pareció de horror.

—Sí, yo soy. Cuando mi padre estaba preso, en vano pedí al señor a quien servíamos que fuera indulgente y bondadoso con quien no merecía ser igualado a los grandes criminales. Nada conseguí. Hemos sido tratados con mucha dureza, señora. Ustedes han sido tan crueles con mi familia que hasta me preocupa la suerte de mi pobre hermanito, en poder hoy de los que tanto nos han perseguido. Usted no puede haber aprobado lo que han hecho con nosotros.

Sea que Muriel se dejara llevar de su apasionada condición, sea que tuviera de repente el propósito de aterrar a Susana, lo cierto es que se expresaba en un tono de reprensión tal que puso a la joven en el último punto de su indomable soberbia. Entre airada y atónita no supo en los primeros momentos qué contestar; mas repuesta, bien pronto, dijo:

—Pero ¿qué farsa es ésta? ¿Cómo había yo de figurarme que era usted un...?

—Dígalo usted todo—añadió Martín, perdiendo su calma.

—Ya sabía yo que tenía usted el arte de embaucar a las gentes; en casa se

sabía que el hijo era digno de su padre. ¿Cómo ha tenido usted valor para hablarme? Es preciso no tener idea de lo que son los respetos sociales para atreverse a... Sólo ocultando su nombre, sólo cubriéndose con la apariencia de persona... ¡Oh! ¡Esto es repugnante! ¿Usted me conocía?

—Sí—contestó Muriel, complaciéndose en humillar todo lo posible a la hija de Cerezuelo—. Y si viera cuánto he disfrutado viéndola a usted a mi lado, hablando familiarmente conmigo, y, sobre todo, cuando bailábamos...

La entereza característica de Susana no pudo menos de vacilar un poco ante la insolencia de Martín. Acostumbrada al dominio moral, se turbó ante un orgullo mayor que el suyo.

—¿No es verdad—continuó Martín con sarcasmo—, no es verdad que se ven cosas muy raras en el mundo?

Susana se irritó más con aquella burla, y lanzó al joven una mirada de desprecio que hubiera aturdido a otro menos sereno.

—Haga usted el favor de retirarse —dijo con cólera grave y solemne, como la cólera de los reyes de la leyenda—. Es terrible que una dama se vea insultada de este modo por un hombre irrespetuoso, que así olvida su clase y se burla de las personas a quienes debe el pan que ha comido.

—¿Burlarme? No—dijo Muriel—; yo no me burlo de esas personas: las detesto o las desprecio.

—Su padre de usted falsificaba documentos y hacía desaparecer fondos ajenos; pero no insultaba a las personas de que dependía. Usted reúne a los crímenes de su padre la desvergüenza y la arrogancia. Felizmente no necesitamos los servicios de ningún Muriel, y puede usted buscar otros amos a quien engañar e insultar al mismo tiempo.

—¡Ah, víbora!—gritó Muriel, con furor y ademán de amenaza—. Yo juro que me la habéis de pagar tú y tu padre, ¡raza de Caínes!

Y diciendo esto, volvió la espalda y se marchó muy aprisa, tomando el camino que conducía fuera del jardín, mientras Susanita se dirigía a sus amigas y pedía al marqués, para calmar su agitación, una pastilla de goma, y a Pluma, el olor del azahar.

CAPITULO V

PABLITO

I

A muy poca distancia de Alcalá, y siguiendo hacia el Norte la carretera de Aragón, sola, imponente y triste, expuesta a todos los vientos, inundada de sol y constantemente envuelta en torbellinos de polvo, estaba la casa de Cerezuelo, donde en la época de esta historia vivía retirado de las gentes el señor don Diego Gaspar Francisco de Paula Enríquez de Cárdenas y Ossorio, conde de Cerezuelo y del Arahal, marqués de la Mota de Medina, señor de la puebla de Villanueva del Arzobispo, etcétera, etc... Del ancho portalón, y, mejor aún, desde las ventanas altas que, sin ninguna simetría, y atendiendo más a la comodidad interior que al ornato, había puesto en la fachada el arquitecto de tan raro y sólido edificio, se veían perfectamente las inmensas llanuras, propiedad de la casa, que se extendían hacia el Norte, en dirección de la sierra.

Sobre aquellas tierras, pautadas simétricamente por el arado, llanas, sin árboles, alguna vez recorridas por macilento rebaño, se espaciaban todas las mañanas los aburridos ojos del conde. Volviendo el rostro hacia la izquierda, se abarcaba de un golpe de vista la ciudad de Alcalá de Henares, cuyas primeras casas apenas distarían de allí un tiro de ballesta. Las torres, las cúpulas y los campanarios de sus conventos e iglesias; los cubos almenados de la casa arzobispal, los arbotantes de San Justo, el frontón de San Ildefonso, extremidades más o menos altas de las construcciones elevadas allí por la piedad o la ciencia, daban magnífico aspecto a la ciudad célebre, que inmortalizaron Cisneros con su Universidad y Cervantes con su cuna.

El conde de Cerezuelo se había retirado de Madrid, buscando un término medio entre la soledad completa y el bullicio cortesano. Alcalá le ofreció un retiro agradable, sin privarle del trato de las personas discretas, y allí se fijó, trabando gran amistad con los frailes de San Diego, los capitulares de San Justo y los famosos maestros de San Il-

defonso. Pero al conde le entró invencible melancolía; fué poco a poco alejando de su casa a toda aquella ilustre muchedumbre que le visitaba, y al fin se aisló por completo, dando que murmurar a las gentes, y con especialidad a aquellos que se vieron privados del chocolate de la casa condal Cerezuelo; de cortesano y amable que era, se fué trocando en áspero e hipocondríaco: trataba mal a sus sirvientes y reñía con todo el mundo, menos con su hija. En cuanto a su hermano don Miguel, persona recomendable por su religiosidad y modestia, siempre conservó buenas relaciones con el primogénito. También aquél era rico y, según de público se decía, bastante avaro.

El conde pasaba de los sesenta años; su afición a la caza había desaparecido y sólo mataba a ratos el fastidio de su existencia leyendo algún piadoso libro o revisando grandes legajos de cartas y cuentas para ponerlas en orden. Un clérigo de San Justo le decía la misa en su propia casa, y las pocas veces que salía apenas andaba cuarenta pasos por el camino de Aragón, apoyado en el brazo de su mayordomo o administrador, don Lorenzo Segarra, persona importante de quien es preciso dar al lector algunas noticias. Pues no se sabe qué arte empleó este hombre para poseer en absoluto la confianza del conde, que era el ser más receloso y suspicaz.

Sea que, en realidad, Segarra le sirvió bien, sea que, cansado y melancólico, el conde resignara con hastío su autoridad señorial en el mayordomo, lo cierto es que éste manejaba la casa en la época a que nos referimos, y cuanto hacía era aprobado sin el menor obstáculo. Los señores, como los reyes, tenían sus favoritos y, como aquéllos, la flaqueza de entregar el poder en manos de un hombre habilidoso que supiera hacerse camino, ya por el mérito, ya por la adulación. No es de este lugar decir si Segarra administraba bien o mal; lo cierto era que, aparentemente, todo iba a pedir de boca; las deudas antiguas se habían pagado, las rentas se cobraban con puntualidad, y las arcas de la ilustre casa estaban repletas, como las del Erario en tiempos de Fernando VI.

Dos meses antes del día en que suponemos comenzada esta historia, Segarra se presentó ante su amo con unas cartas abiertas, y expresando en su semblante el mayor asombro.

—¿Qué hay?—preguntó el conde, alzando los ojos del *Flos sanctorum*, donde leía los milagros y prodigios de San Benedicto, el que construyó el puente de Aviñón.

—La cuestión con Muriel ha terminado, señor—dijo Segarra, sentándose.

—¿Ha terminado? ¿Cómo? ¿Ha sentenciado en su favor la Cancillería? No puede ser: todos los oidores están de parte mía.

—Es verdad; pero otro juez se ha encargado de fallar este asunto. Muriel ha muerto.

—¡En la cárcel! ¡Infeliz! —contestó el conde con la mayor sorpresa—. Ya es tiempo de perdonar. Segarra, un Padrenuestro.

Y ambos elevaron al cielo la oración dominical, seguros, sobre todo el conde, de que Muriel necesitaba de ella.

—A ver, cuenta cómo ha sido eso.

—Nada más sencillo: amaneció difunto en la cárcel, imposibilitando así el golpe de la Justicia.

—Y ¿qué más justicia? En fin, malo ha sido—dijo Cerezuela—; pero olvidémonos de sus faltas, puesto que Dios se le ha llevado. No quiero guardarle rencor, porque yo me muero mañana...

La melancolía fundamental del conde consistía en creer cercana su muerte, y su espíritu se apegaba a esta idea, sin que los consuelos de la religión bastasen a apartarle de ella. Verdad es que estaba bastante achacoso y vivía mortificado, si no por la gota, como todos los nobles de antigua raza, por unos alarmantes e invencibles ahogos que le confirmaban en su fatalismo. «Yo me muero mañana», decía todos los días, y el solícito mayordomo se esforzaba en convencerle de lo contrario, adulando su dudosa salud, después de haber adulado su innegable nobleza.

—Señor, siempre está usía con el mismo tema—dijo—. Yo quisiera tener su salud y disposición. ¡Hablar de muerte, cuando tiene las piernas más listas que un gamo y podría ir de aquí a Meco y volver sin sentarse!

—¡Ah!—repuso el conde tristemente—, no me puedo mover. Me parece que estoy ya en la sepultura y no pienso

más que en mi Dios... Pero di, ¿no se sabe lo que Muriel decía de mí cuando estaba en la cárcel?

—No lo sé; pero supongo diría mil atrocidades. Basta recordar a aquella alma negra y cruel que no conocía la gratitud ni era capaz de ningún sentimiento bueno.

—Me maldeciría, sin duda. ¿Sabes que lo siento?

—Eso prueba el buen corazón de usía —contestó el favorito—; pero, en verdad, don Pablo no era digno de compasión. Si a tiempo no acudimos, él hubiera consumado la ruina de todos los estados de Andalucía... Mas ¿para qué es hablar? No hay más que ver sus cuentas para comprender cuánta iniquidad cuánta bribonada, cuánta mala fe había en aquel hombre.

—En fin, Lorenzo: ya se ha muerto. Dejémosle en paz—dijo el conde, que sin duda quería estar bien con los manes del pobre difunto.

—Pero es que ese hombre es insolente hasta después de muerto. ¡Qué atrevimiento! Hay personas que no escarmientan nunca, a pesar de los más terribles castigos, ni tienen en cuenta la dignidad de la familia a quien sirven, ni...

—Pero ¿qué es ello?—preguntó con viva inquietud el conde.

—La última irreverencia de ese hombre. Ya sabe usía que era lo más insolente del mundo. Usía recordará cuando tuvo el valor de estampar en una carta que él tenía «tanto honor como su amo...»

—Bien; pero ¿qué ha hecho?

—Usía sabrá que el más pequeño de sus dos hijos vivía con él en la cárcel. Parece que el más viejo ha muerto hace poco tiempo en Madrid; ya era un hombre lleno de vicios. Pues bien: don Pablo, conociendo cercano su fin, y considerando que el muchachejo iba a quedar solo en el mundo, lo manda... ¡a usía!, a usía mismo para que lo críe y lo eduque.

—Eso es muy singular.

—No parece sino que ya no hay hospicios en el mundo. Esto es un insulto.

—¿Sabes que no sé qué pensar de esto?—dijo Cerezuelo, meditabundo y más inclinado a la compasión que a la cólera—. Me envía su hijo a mí, que le he perseguido; a mí, que le he...

—Pues ni más ni menos. Los motivos que tuvo para semejante desacato los dice en esta carta que dirige a usía y que ha traído el mismo portador del muchacho, un arrendatario de Ugíjar.

—¿Luego el chico está ahí?—preguntó el conde, tomando la carta.

—Sí: ahí está. Mandaré que lo lleven al instante al asilo de Alcalá o al hospicio de Madrid.

El conde leyó la carta, que decía así:

«Señor: Encerrado en esta cárcel hace cuatro meses, privado de todos los medios para poner en claro mi inocencia, conociendo que mi fin está cercano, y habiendo sabido que mi hijo Martín es muerto en Madrid, he cavilado mucho tiempo sobre la suerte de este pobre niño que tiene parte en mi prisión y en mi miseria, aunque ninguna tiene por su corta edad en mi deshonra. Me hallo abandonado de todos, sin parientes ni amigos, y he pensado al fin que no debo pedir protección para esta criatura más que a usía, cuyo buen corazón no desconozco, aunque me ha perseguido tal vez mal informado por las personas que le rodean. Si alguien se propuso perderme, nadie puede tener interés en que este niño sea desamparado. Seguro, y animado por una voz que sale de mi corazón, lo pongo en manos de usía para que no haya cosa alguna de mi propiedad que no esté en poder de mi señor. Muero en Dios y perdono a mis enemigos.

Pablo Muriel.»

—¿Qué te parece esto?—preguntó el conde, que hacía tiempo había abdicado hasta su opinión en manos del favorito.

—Me parece muy insolente—contestó el mayordomo.

—Pues a mí me parece sobrado humilde. ¿No te llama la atención cómo ni me acusa, ni se queja de lo que se ha hecho con él? Bien sé que es merecido: pero...

—Y ¿no cae usía en la intención de sus palabras?—dijo Segarra—. Da a entender que usía le ha quitado todo, cuando él es...

—Sea lo que quiera, yo no quisiera abandonar a ese muchacho. ¿Qué te parece?

—Lo que usía mande se hará.

—No faltará en qué ocuparlo. ¿Qué edad tiene?

—Como unos diez años.

—Puede ocuparse en la labor. Se le puede dar a cualquiera de la casa para que lo haga trabajar. Aunque bien pudiera ser listo y servir para otra cosa.

—De torpe no pecará. Si saca las travesuras de su padre... Mala casta es ésta, señor.

—Con todo, educándole... No quiero abandonarle; porque ya ves, Lorenzo, su padre me sirvió, aunque mal; yo me muero mañana...

—Voy a traerle a usía esa buena pieza—dijo Segarra, y salió en busca del muchacho, que compareció al poco rato en presencia del señor conde de Cerezuelo.

II

Para comprender el terror y la angustia de que estaba poseída la inocente alma de Pablillo Muriel es preciso recordar que viviendo en la prisión con su padre había oído repetidas veces, en boca de éste, mezclado siempre con sus dolorosas quejas, el nombre del conde de Cerezuelo. Cuando tomaban las declaraciones a la desdichada víctima, aquel nombre execrable iba unido a todas las preguntas, y el inocente niño lo oía resonar perfectamente en lo interior del calabozo como una maldición. Figurábase al conde como uno de aquellos malignos monstruos de los cuentos domésticos que habían sido su encanto y al mismo tiempo su pesadilla en los días de libertad. Por el camino no pensaba en otra cosa que en el espantable rostro de la persona a quien iba a ser entregado. Se lo representaba de descomunal estatura, con barbas enormes, ojos fieros y una bocaza capaz de engullirse a todos los niños habidos y por haber. El pequeño Muriel tenía el vestido hecho jirones, y su semblante demostraba a la vez hambre y tristeza. Miraba con atónitos ojos cuantos objetos y personas se le presentaban, y no se atrevía a contestar a ninguna de las preguntas que los criados le hacían en el patio, compadecidos unos, insensibles otros, a su situación. Permanecía reconcentrado, con una expresión melancólica, más bien de hombre que de niño, porque la cárcel había adormecido en él la viveza pueril y tenía toda la gravedad que puede dar una desventura de diez años.

Cuando don Lorenzo le llevó a presencia del conde, su terror, que había subido de punto al entrar en la casa, se calmó un poco. Mordiendo el ala del sombrero, y con los ojos humedecidos y bajos, moviendo los labios como quien llora, apenas se atrevía a mirar a su señor. Interrogado repetidas veces por éste, alzó los ojos y no encontró al conde tan horrible como se había figurado. No pudo menos de considerar, sin embargo, que aquélla era la persona cuyo nombre repetían sin cesar los leguleyos que iban a la cárcel; era el autor de todas las desgracias del anciano; el que éste llamaba *cruel, ingrato, tirano,* palabras que un niño encerrado en una prisión y consumido por la miseria y el hastío puede comprender como cualquier hombre. Mostrábase afable el conde; Pablillo le miraba sin decir palabra, mordiendo siempre el ala del sombrero, hasta que al fin comenzó a llorar con tanta aflicción que parecía no tener consuelo.

—Señor, voy a sacar de aquí a este becerro—dijo el mayordomo, tratando de llevarle fuera.

—Déjale, déjale. El infeliz está asustado: ¿qué le hemos de hacer?

—Este tiene cara de ser una buena pieza, señor.

Pablillo empezó a calmarse, y su llanto se fué poco a poco resolviendo en un hipo angustioso. El conde le pasó la mano por el hombro y le hizo nuevas preguntas, a que sólo contestó *sí* y *no* con movimientos de cabeza, que hacían precipitar de su rostro las gruesas lágrimas que lo surcaban. La niñez perdona pronto, y Pablillo dejó de ver en el conde el mónstruo que se había figurado.

—Y ¿qué quiere usía que se haga con este perillán?—preguntó Segarra—. ¿Le parece a usía bien que le entreguemos al porquerizo de Torrelaguna?

—Hombre, no; dejémosle en casa —contestó el conde—. No quiero yo que se le maltrate...

—En la dehesa estará como un rey. Aquí no tenemos en qué ocuparle. Si fuera un poco mayor y sirviera para los carros... La verdad es que se nos ha entrado un engorro por las puertas...

—Y ¿qué le hemos de hacer, Lorenzo? Yo no puedo rechazar... Ya ves que su padre... No quiero ser cruel; yo me muero mañana, y...

—Pues digo, ¡tendrá unas mañas el tal niño!... De tal palo, tal astilla.

—¿Crees tú que saldrá malo?—preguntó el conde, abdicando en el favorito no ya su opinión, sino hasta su lástima.

—Pues no hay motivos para suponer que sea un santo. Con poquito que se parezca a don Pablo, que Dios haya perdonado...

—Dices bien—contestó el conde, tomando de nuevo su libro—. Hay que estar sobre aviso, no sea que este rapazuelo saque malas inclinaciones.

—¿Le parece bien a usía que le empleemos en arrear las mulas de la noria de arriba?

—Puede ser que Susana le quiera para su servicio.

—El muchacho es bastante tosco para paje; pero a bien que tirándole de las orejas para que aprenda...—dijo Segarra, haciendo lo que decía con tal puntualidad que arrancó al rapaz un grito de dolor.

—Por de pronto, que le den de comer, y ya se pensará lo que haremos con él.

Pablillo hubiera ido a consumir tristemente su existencia en compañía del porquerizo de Torrelaguna si Susana, que a la sazón estaba en Alcalá, no se hubiera propuesto hacer de él un paje. Aquel mismo día se determinó, cuando, después de alimentado, lo llevó don Lorenzo al camarín de la señorita.

—A propósito, a propósito—dijo la joven contemplando al pobre muchacho, que aquel día no ganaba para sustos.

—Pero advierto a usía que es preciso estar sobre aviso con este muñeco. Yo me figuro que debe de ser aficionadillo a lo ajeno.

—¿Sí? ¡Pues, hombre, tienes buena cualidad!—exclamó Susana, encarándose con el rapaz y asustándole con su mirada.

—¿A quién quieres servir más, pelambrón, al señor que has visto hace poco o a la señorita?—le preguntó don Lorenzo, dando más fuerza a su interrogación con un pellizco.

—Vamos, di—añadió la joven—, ¿a quién quieres servir, al señor que has visto o a mí?

Pablillo frunció el ceño, se rascó el brazo izquierdo, donde había dejado la señal de sus dedos el terrible Segarra, se puso rojo, miró a Susana, después al suelo, se sonrió, y al fin dijo:

—A usted.

—¡A usted! ¿Habráse visto borrico igual?—exclamó el mayordomo, sacudiendo a Pablillo por un brazo—. «A usía» se dice otra vez; «a usía», ¿lo entiendes? ¿Ha visto la señorita qué muchacho más incivil?

—Eso no tiene nada de particular—dijo Susana, riendo del excesivo celo que mostraba por la etiqueta el señor don Lorenzo.

Quedó convenido que Pablillo serviría de paje o rodrigón a la señorita, y ésta imaginó la librea que había de ponerle, discurriendo lo más extravagante y *tónico* para el caso. Mientras estos atavíos se preparaban, veamos cómo pasó el pequeño los primeros días de su nueva vida. Se creerá que el enemigo más terrible que iba a tener en aquella casa sería el señor don Lorenzo Segarra, y no es cierto: el verdadero y más cruel atormentador de Pablillo iba a ser la tía Nicolasa, mujer de uno de los principales sirvientes de la casa y gobernadora absoluta del ramo de escalera abajo, superintendenta de las cocinas señoriales, lavandera mayor y gran chambelán de gallinas, pavos, gansos y demás tropa volátil que llenaba el vasto corral. Ella entendía también de todas las provisiones menudas, tales como legumbres, hortalizas, huevos, etc., y presidía la matanza de los cerdos por Navidad. La tía Nicolasa tenía dos hijos y una hija, los tres de corta edad, y no puede formarse idea de su disgusto cuando se le encargó el cuidado de Pablillo; ella disfrutaba, y sin rival para sus niños, del patrocinio del conde; tenía aspiraciones con respecto al futuro engrandecimiento del mayor, que esperaba ver salir del corral para entrar en algún Seminario o en la Universidad cercana, y la idea de que un chicuelo advenedizo absorbiera la protección y el alto cariño de la señorita la ponía furiosa. La circunstancia de ser elevado Pablillo a la encumbrada categoría de paje, cargo de que nunca fueron considerados dignos los rústicos engendros de la tía Nicolasa, acabó de exasperar-

la; pero no le fué posible manifestar su enojo, sino por medio de alguna reticencia, en las barbas de Segarra.

A los pocos días le pusieron a Pablo una librea galoneada, que Susana hizo llevar de Madrid, aprisionaron su pescuezo en un pequeño y rígido corbatín que no le permitía hacer movimiento alguno de cabeza; calzáronle lujosamente, completando el atavío con un gran sombrero, que el infeliz necesitaba sostener con las manos para que no se viniera al suelo. No sabía cómo manejar los brazos y las piernas; estaba metido en un potro y todo le estorbaba, especialmente el corbatín, que no le permitía mirar a los lados. Los chicos de doña Nicolasa estaban atónitos y confundidos contemplando tanta hermosura, y particularmente los deslumbraba el fulgor de los botones de la librea, que les parecían otros tantos soles colgados en el pecho de Pablillo. La madre se moría de envidia en presencia del paje, y le hubiera dado mil azotes si no se lo impidiera el respeto a los bordados escudos de la familia que llevaba en las solapas y en las mangas.

—Quítateme delante, espantajo—decía—. No parece sino que se ha entrado por las puertas el mico que traía el año pasado aquel de los títeres que vino de Madrid.

—¿No ve usted qué mal le sienta a este renacuajo un vestido tan lujoso? —decía don Lorenzo.

—Ya lo creo. ¡Qué lástima de galones, que estarían mejor en la burra del tío Genillo!

Pero estas diatribas no pudieron calmar el estupor, el encanto de los chicos, que hubieran dado su existencia por ver sobre su cuerpo el más pequeño de aquellos resplandecientes botones. Sin hablar palabra le rodeaban, con los ojos embelesados y exhalando tal cual suspiro, mientras Pablillo, en el centro del vasto círculo formado por toda la servidumbre, que había acudido a contemplarle, ya con burlas, ya con admiración, estaba lelo, estupefacto y trémulo, entre disgustado y orgulloso, sin mover brazo ni pierna, y cuidando de mantener derecha la cabeza para que el pesado alcázar de su sombrero no rodase por el suelo. ¡Infeliz; no sabía cuán caro había de costarle aquel repentino lujo!

III

La primera vez que Susana se presentó en la misa de San Diego con su dueña y su paje, este último produjo, como ahora decimos, gran sensación. Muchos de los que concurrían al oficio divino se distrajeron contemplando el extraño vestido; los chicos no apartaron la vista de él ni un momento, a pesar de los frecuentes tirones de orejas de sus respectivos padres, y a la salida los mozos, payos y estudiantes, que se situaron, como de costumbre, en la puerta, convinieron en que en Alcalá no se había visto librea tan lujosa. Pero Pablillo había desempeñado tan mal su misión aquel día, había tropezado tantas veces al poner y quitar el tapiz en que se hincaba la señora, había dejado caer el sombrero con tanta frecuencia que, al llegar a la casa, oyó, temblando de miedo, una severa reprimenda. Sus funciones eran altamente fastidiosas, y el desdichado se consumía de fastidio dentro de su casacón, y deseaba trocar los botones y el monumental sombrero por los andrajos con que brincaban en el corral los hijos de la tía Nicolasa. Así van las cosas del mundo: la miseria suele envidiar a la ostentación, sin reparar que ésta, a veces, trocaría su deslumbrador aparato por una pobreza tranquila y libre. Figúrese el sensible lector lo que pasaría el pobre muchacho, esclavo de la etiqueta, después de haber pasado tanto tiempo en una cárcel, donde vió perecer de miseria y dolor a su anciano padre. No sabía lo que era peor, si el calabozo de Granada o el duro encierro de su corbatín y de su librea, claveteada con botones de metal dorado como para hacerla más fuerte. Es triste el espectáculo de la niñez que se consume en un servicio penoso y triste, privada de todo solaz. La travesura, propia de la edad, estaba aherrojada y no tenía más recreo que contemplar al través de los cristales del camarín de la señorita los pájaros que volaban de rama en rama en la huerta, y el gato que iba y venía por lo alto de la tapia. Siempre en pie, siempre derecho, presenciaba las complicadas operaciones del tocador de su ama, y oía la charla del peluquero venido de Madrid, el cual tenía la galantería de llamarle el *señor don Pablo*.

Además, Pablillo no hacía a derechas cosa alguna de las que se le mandaban: si se le pedía agua fría, la traía caliente; se le caían de las manos los vasos y platos, y puso fin a varias piezas de gran valor. Esto le valía reprensiones enérgicas de Susana y tremendos mojicones de don Lorenzo, que le hacían ver las estrellas. Contribuían a hacerle más infeliz la circunstancia de que no se perdía cosa alguna en la casa, sin que al momento se le echara la culpa a él, para lo cual registraban los profundos bolsillos de su casacón; y como le encontrasen una vez no sabemos qué insignificante baratija, don Lorenzo puso el grito en el cielo amenazándole con espantosos castigos si reincidía.

La tía Nicolasa le había jurado guerra a muerte, y le alimentaba lo peor que podía. Los inocentes chicos llegaron también a participar de aquel rencor, y así como en otras ocasiones se echaba la culpa de todo al gato, entonces la responsabilidad de cuanto acontecía de escaleras abajo caía sobre Pablillo. Si rodaban, haciéndose algún chichón, Pablillo les había pegado; si rompían los calzones, Pablillo lo había hecho; si se ensuciaban de lodo, era Pablillo el autor de tamaño desacato.

Entre tanto, el triste huérfano se aburría y soñaba con la libertad dormido y despierto. Hubiera dado la mitad de su vida por poderse revolcar con librea y sombrero en el montón de tierra y estiércol que había en la huerta; envidiaba la suerte de las gallinas que saltaban sin casaca en el corral y se le iban los ojos detrás de todos los rapaces de uno y otro sexo que pasaban saltando y enredando por el camino. Nadie allí le demostraba cariño, y él, por su parte, estaba dispuesto a amar con delirio a quien le dijese: «Pablillo, vete a jugar.» No aborrecía mucho a la tía Nicolasa, sin duda porque hay en los niños un secreto instinto que les impide odiar a las mujeres; pero no podía ver ni pintado a don Lorenzo Segarra. Al conde poquísimas veces le veía, y la señorita le inspiraba un respeto supersticioso; la rigidez y frialdad de la dama, su despotismo y hasta su hermosura, eran causa de aquel respeto.

El niño sentía una vaga admiración, entusiasmo inexplicable por aquella deidad que presidía sus tristes destinos, y que jamás descendía hasta él, manteniéndose siempre a la altura de su posición social y de su belleza. Para el paje era la señorita un objeto de veneración más que de cariño, y la idea de que pudiera ofenderla le hacía estremecer. Cuando Susana estaba en su tocador, el paje se cansaba menos de estar en pie y con los brazos cruzados, porque entretenía sus ojos fijándolos en el espejo, donde aparecían reflejados el rostro y el cuello de la hermosa tirana. Sea que en su corta edad el sentimiento del arte estuviera en él muy desarrollado, sea que la contemplación de la señorita le produjera un recreo instintivo e incomprensible, lo cierto es que se embobaba mirando en el cristal aquello que un austero benedictino del siglo pasado llamaba *escándalos de nieve*. La doncella de Susana era otro de sus enemigos, porque le ocultaba las más de las veces, interponiéndose entre él y el espejo, la sorprendente imagen.

Un día Susana debía asistir a un gran sarao que había en casa de otro noble rancio, residente en Alcalá, para lo cual se puso de veinticinco alfileres, ostentando en traje y joyas una riqueza y un primor inauditos. Ya estaba preparada, y se ofrecía a sus propias miradas puesta frente al espejo en el centro del camarín, cuando entró Pablillo, trayendo una lámpara que había arreglado la tía Nicolasa; y a la vista de la señorita, el pobre muchacho se quedó estático y deslumbrado. Dió algunos pasos, sin apartar la vista de su ama, y al llegar cerca de ella tropezó, cayó, y todo el aceite de la lámpara inundó las vistosas aldas del guardapiés de Susana, poniéndola como nueva. Al mismo tiempo, agarrándose instintivamente el infeliz caído a una de las blondas, abrió en canal la basquiña, dejando a su ama en un estado de furor indescriptible. Figúrate, piadoso lector, lo que pasaría Pablillo en aquel nefando día. En el camarín recibió un vapuleo *a dúo* por el ama y la doncella, y luego, de escaleras abajo, aquello fué un desastre que quedó presente en la imaginación del pobre chico durante toda su vida.

Con decir que don Lorenzo le entregó a la ferocidad de la tía Nicolasa, autorizándola para imponerle el castigo

que juzgara conveniente, previo despojo de las galas de la librea, se comprenderá todo el horror de aquel trágico suceso.

—¡Sapo!—gritaba Nicolasa en el colmo de la ira—, ven acá: ¿te has creído que el traje de la señorita es algún estropajo? No puede por menos de haberlo hecho de intento, señor don Lorenzo; este muchacho tiene malas ideas.

—Es preciso quitarle la casaca, porque no creo que la señorita consienta en que le sirva más este sabandija—dijo el mayordomo.

Esto era más de lo que había soñado la tía Nicolasa en el delirio de su venganza. ¡Despojar a Pablillo de su encantadora librea! ¡Quitarle una a una todas las prendas en presencia de los criados, de los niños, de las gallinas y pavos del corral! La ceremonia de la exoneración fué cruel para el pobre huérfano. Un chico le tiraba de una manga; otro satisfacía su deseo de tantos días quitándole el sombrero y poniéndoselo para dar dos paseos por la huerta; aquél le empujaba hacia adelante; éste hacia atrás; uno le arrancaba un botón; estotro pugnaba para arrancar el corbatín, y la tía Nicolasa presidía este tormento riendo y acompañando cada estrujón con sus apodos y calificativos más usados, tales como: «Sapo, zamacuco, escuerzo, lagartija, avefría, don Guindo, espantajo, etc.»

Los chicos se repartieron con febril alegría el botín. Tener en sus manos aquellos botones, entrar los brazos en aquellas mangas galoneadas era más de lo que los pobres vagabundos del corral podían soñar. Su madre les dejó gozar un momento de la posesión de aquellos ansiados objetos, y después los recogió y guardó, temiendo que el escudo de la casa se profanara con el fango y el estiércol.

Al huérfano se le puso su antiguo vestido, modificado con alguna prenda inútil de los hijos de la tía Nicolasa, y descendió a lo más bajo de la escala social entre la servidumbre. Esto, lejos de ser una pérdida, habría sido ventaja si hubiera cobrado su libertad y si la mirada despótica de la arpía no estuviera constantemente fija en él, pidiéndole cuenta de todos sus actos. No podía entregarse al juego, porque los demás chicos le hacían objeto de burlas, sin duda por la *capitis diminutio* que había sufrido. Si rodaban por el suelo, venían todos en procesión lloriqueando para decir a su madre que Pablillo les había empujado. Se le obligaba a estar sentado en un rincón mientras saltaban los otros, y cuando se repartía alguna golosina nunca le tocaba a Pablillo más que el pezón o el hueso, si era fruta, o el papel que servía de envoltorio si era dulce o pastel.

En esta vida el pobrecillo no cesaba de mirar al cielo y a las ventanas del camarín de su señorita, echando de menos los instantes que pasaba allí metido dentro de su uniforme, preso, pero con dignidad y sin recibir ultrajes. Un domingo sintió bajar a Susanita para ir a misa; púsose junto a la escalera, esperando que al bajar le dijera alguna cosa; pero la dama ni siquiera miró al pobre muchacho, que sintió un dolor inmenso por este desaire, mucho más cuando vió que detrás bajaba el mayor y más antipático de los muchachos, sus rivales, vestido con la historiada librea, desempeñando el papel de paje con más gravedad que él. ¡Y el nuevo rodrigón pasearía las calles de Alcalá deslumbrando a todo el pueblo con el fulgor de sus botones! ¡Y extendería en San Diego el tapiz para que se sentara madama! ¡Y presenciaría en el silencio del camarín las operaciones del tocador, contemplando en el espejo la divina imagen de la señorita! ¡Oh! Pablillo no pudo resistir la aflicción que estas consideraciones le producían y fué a ocultar sus lágrimas en el último rincón del corral.

IV

El hijo del desgraciado Muriel no había pensado nunca en el límite que pudiera tener aquella triste y enfadosa existencia, ni en las probabilidades de cambiar de destino. Pero una mañana se paseaba por el corral en el momento en que el tío Genillo abría la gran portada para salir con sus cuatro pares de mulas al campo. Pablo se asomó y extendió su vista por la llanura; a lo lejos vió la sierra; la carretera se extendía ondulando por el vasto terreno. El aire que refrescó su rostro en aquel momento le produjo agradable sensación; estaba extasiado contemplan-

do la inmensidad que tenía ante la vista, y su deseo hubiera sido recorrerla toda hasta llegar a las montañas. Cerró el tío Genillo, dejándole dentro; mas no por eso se borró de la imaginación del pobre chico el espectáculo del campo, bajo cuya forma quedó grabada en su mente la idea de libertad. Desde entonces pensó mucho en aquello. Salir solo y sin estorbo, recorrer el camino, hablar con los transeúntes, dormir bajo un árbol, comer lo que encontrara, beber en los arroyos, no dar cuenta a nadie de sus acciones, saltar y brincar sin cansarse nunca, reírse a sus anchas de la tía Nicolasa; estas ideas se sucedían, repitiéndose en infinito encadenamiento y fatigando su fantasía. Quien no sentía el lazo de ningún afecto, quien era rechazado por todos y no conocía los goces del hogar, no podía menos de sentir inclinación a la vida vagabunda. Pablillo estaba entonces en condiciones para ingresar en la carrera de los saltimbanquis, de los mendigos, de los salteadores de caminos.

Mientras la idea de emancipación iba elaborándose en su entendimiento, le ocurrió un percance tan terrible como el de la mancha de aceite. Cierto día que vagaba por la huerta miró al suelo y vió un aro de metal. Recogiólo, y examinándolo atentamente creyó que era cosa de escaso valor, y lo hubiera arrojado de nuevo si no se le ocurriera jugar y enredar con él, como hacen los niños con todo objeto que se les viene a las manos. Mas cansándose luego, se lo guardó en el bolsillo, no acordándose más de aquella baratija en todo el día. Al siguiente, la tía Nicolasa amaneció gritando y amenazándole con abrirle en canal si no renunciaba a sus raterías.

—¡Sapo, mal bicho!—exclamaba, corriendo tras él—. Tú has sido, tú; que eres de casta de ladrones.

—¿Qué hay? ¿Qué es eso?—dijo don Lorenzo, que a la sazón llegaba.

—¿Qué ha de ser—contestó la mujer—sino que echo de menos mi rosario de plata que me regaló la señorita el año pasado, y este hormiguilla debe habérmelo quitado? Pues ¿no sabe usted que anteayer le encontramos tres ochavos? ¿Y el otro día, que nos quitó cuatro almendras de las que tenía guardadas en el cajón, y después el seis de oros de la baraja? Es mucha sabandija la que tenemos en casa. Un día nos quita hasta el modo de andar. Y eso que desde que entró aquí todo lo tengo guardado bajo llave.

—A ver, zascandil, ¿has cogido tú el rosario de la tía Nicolasa?—dijo Segarra, apoderándose de una de las orejas del rapaz como fianza para poderle imponer castigo en caso afirmativo.

—Yo, no, señor—contestó Pablillo, preparándose a llorar.

—A ver: regístrele usted.

La tía Nicolasa metió su mano en la faltriquera de los desgarrados calzones que vestía el huérfano y lanzó un grito de horror al sacar de ella el aro que aquél se había encontrado en la huerta.

—¡El brazalete de la señorita!—exclamó.

—¡El brazalete de la señorita!—dijo don Lorenzo, y ambos se quedaron con la boca abierta contemplando la fatal prenda.

—¡El brazalete que se perdió la semana pasada!

—¡Y ella creyó que se le había caído en la calle!

—¿Qué le parece a usted, señor don Lorenzo?

—¿Qué le parece a usted, tía Nicolasa?

Pablillo leyó en las miradas de uno y otro el más terrible y ejemplar castigo. Por de pronto, y sin esperar a que el mayordomo tomara la determinación que aquel grave caso requería, la tía Nicolasa se explayó, dándole tantos azotes que los gritos obligaron a la señorita a asomarse a una ventana. Pablillo volvió hacia ella sus ojos inundados de lágrimas, esperando oír una palabra que le librara de tan inesperado tormento; pero la dama, informada de que su joya había parecido, se retiró de la ventana. Hasta los oídos del conde llegó la noticia del caso, y dijo que ya le mortificaba la presencia de aquel muchacho en su casa, y que era preciso o imponerle los fuertes castigos que merecía o enviarle a un asilo. Don Lorenzo enseñaba a todos el fatal cuerpo del del delito, diciendo:

—De tal palo, tal astilla. Bien decía yo que éste tendría las mismas uñas que su padre.

Todo aquel día la aflicción y desconsuelo de Pablillo no son para contados. Aunque niño, sentía lastimado su

honor y no podía tolerar que le llamasen ladrón. La insolencia de los chicos no tenía ya límites; la tía Nicolasa no se aplacaba ni aun viéndole abatido y humillado; y don Lorenzo le hacía minuciosa reseña de los castigos que se le iban a imponer. El hubiera deseado tener ocasión de arrojarse llorando a los pies de la señorita para decirle que él no había robado la alhaja, seguro de que le creería. Pero esto no fué posible, y por todas partes no escuchaba sino comentarios más o menos terribles de su supuesto crimen. No había bicho viviente en la casa que no le maltratara e injuriara, y hasta las gallinas le parecía que cacareaban su deshonra.

Hay, sin embargo, que hacer una excepción en los sentimientos de la servidumbre para con Pablillo; había un ser, uno solo, que tenía amistad con el pequeñuelo, y era el tío Genillo, viejo sexagenario y enfermo, intendente general de las mulas. Este infeliz, que era considerado como el último de los sirvientes, se ponía siempre de parte del niño Muriel cuando se discutía su criminalidad en un círculo de arrieros y mozos; le trataba con cariño, y hasta le contaba algunos cuentos cuando Pablillo iba por las mañanas a la cuadra a contemplarle en el desempeño de sus elevadas funciones

La idea de la emancipación continuó fascinando al huérfano todo aquel día. Cada vez le era más insoportable la vida de aquella casa, y el campo, con su prodigiosa y vasta extensión, la perspectiva de la sierra y la longitud del camino, que parecía no acabar nunca, le atraían cada vez con más fuerza. Por la noche, en el momento de acostarse, todo esto le preocupó hasta el punto de quitarle el sueño, contrariando la común ley de la Naturaleza, que cierra los párpados de los niños y les quita en una noche todas las angustias del día. Pero también es cierto que en los niños, cuando se ven privados de todo afecto, cuando su destino los arroja al mundo solos y desamparados, se desarrolla una prematura actividad de espíritu. El instinto de buscar la vida y la felicidad que se les niega los lleva a acometer empresas para ellos gigantescas, y que en situación normal jamás hubieran podido idear. Movido Pablillo, a pesar suyo, por aquella temprana actividad de su espíritu, hija del desamparo en que vivía, resolvió fugarse al día siguiente. No pensó a qué punto iría, ni qué iba a ser de su existencia errante y sin techo; sólo pensó en echar a andar por aquel camino, y en alejarse mucho para no ver más a la tía Nicolasa ni al monstruo del mayordomo.

Durmióse al fin el pequeño aventurero, y en su sueño no dejó de ver el inmenso campo, la sierra y el camino sin fin que había de recorrer al día siguiente. Soñaba con su libertad, que se le representaba en mil formas diversas, pero siempre risueña y embellecida por la idea de una Providencia que le daría pan que comer, agua que beber, sitios deliciosos en que retozar y maravillosos espectáculos en que recrear la vista. La imagen siempre hermosa de la señorita se mezclaba a este calidoscopio, que daba mil vueltas en la fantasía del huérfano durante toda la noche que precedió a su fuga.

Amaneció, y muy quedito se vistió y se fué derecho al corral. El fresco de la mañana le produjo un bienestar inefable. Con mucho trabajo desatrancó la puerta que daba al camino, y salió como los pájaros, sólo, a recorrer la tierra en busca de libertad, sin saber adónde iba, ni dónde podría encontrar alimento: sin pensar en mañana, ni acordarse de ayer. El pequeño caballero andante corrió apresuradamente al salir de la casa, y no se detuvo hasta después de avanzar gran trecho. Entonces, seguro de que nadie le seguía, se paró, miró atrás, y se rió mentalmente de la tía Nicolasa y de la librea que había perdido; dió dos o tres brincos, saltó y retozó, emprendiendo después más tranquilo su marcha *por el antiguo y conocido campo de Montiel* (aunque no era verdad que por él caminaba).

CAPITULO VI

DE LO QUE MURIEL VIÓ Y OYÓ EN ALCALÁ DE HENARES

I

Veamos lo que pasaba en la ilustre casa de Cerezuelo cuando Martín se presentó en ella, es decir, un mes después de la escapatoria del pobre Pablillo y a

los cinco días de ocurrir en la Florida la escena que referimos en el capítulo IV. Susana se había marchado a Madrid, cansada de la soporífera vida de Alcalá, por lo cual estaba inconsolable el conde, y muy contento, aunque en apariencia triste, el señor don Lorenzo Segarra, que no gustaba de perder con la presencia de la señorita alguna de sus omnímodas funciones. El conde no cesaba de escribir a su hija un día y otro suplicándole fuese de nuevo a vivir con él; mas ésta creía cumplir con exceso los deberes filiales acompañando al pobre viejo algunos meses del año. ¿Cómo era posible que ella dejara sus estrados, sus tertulias, sus bailes, sus excursiones al Prado y a la Moncloa, el perpetuo triunfar de su existencia divertida y risueña por las soledades de la antigua ciudad del Henares, donde no tenía otro motivo de ostentación que la misa de San Diego los domingos, y alguna que otra tertulia de confianza en la casa de tal prócer, reunión donde unos cuantos viejos iban a dormirse o a jugar un insulso mediator? Por estas consideraciones Susana no hacía caso de las epístolas paternales, y dejaba que el conde se aburriera de lo lindo en su palacio, viendo llegar con pavor y sobresalto aquel *mañana* de su muerte, que a fuerza de ser profetizado, ya no podía estar lejos.

El anciano leía una tarde, como de costumbre, su *Flos sanctorum* y se extasiaba con los milagros de San José de Calasanz, cuando vió entrar azorado y con precipitación a don Lorenzo Segarra, que le dijo:

—Señor, no sé si dar parte a usía de lo que ocurre.

—Pues qué, ¿qué hay? ¿Ha venido Susana? ¿Hay noticias de ella?—contestó con ansiedad Cerezuelo—. ¡Oh Lorenzo!, yo no puedo estar sin Susana, yo me muero de dolor cuando ella no está aquí.

—No, señor; no es nada de eso—dijo el mayordomo sin desarrugar el ceño.

—Nada me puede interesar. Déjame.

—¡Ah, señor; si usía supiera quién está ahí!

—¿Quién? Por vida de... ¿Quién está ahí?

—El hijo de Muriel, señor. ¿Ha visto usía mayor insolencia?

—¿Pablillo?

—No, señor; el otro, el mayor.

—¿Cuál? ¿Pues no había muerto?—dijo el amo con sorpresa.

—Así se creía; pero o ha resucitado, o fué mentira que muriera. Ahí está y dice que no se marcha sin hablar con usía.

—¡Conmigo!—exclamó el conde con cierto terror.

—Sí, señor. Usía no recuerda la otra vez que estuvo en esta casa. Es la única ocasión en que le hemos visto, y por cierto que nos dió un mal rato.

—¿Y qué busca? Si pide limosna, dásela y que vaya con Dios.

—No quiere limosna; lo que quiere es hablar con usía para un asunto importante.

—¿Qué te parece?—preguntó, perplejo, Cerezuelo—. ¿Debo recibirle?

—Yo creo que usía debe ponerle de patitas en la calle. Con todo, como es tan bárbaro...

—Bien: le hablaremos; que entre. Si se obstina en que me ha de ver, todo sea por Dios. Tráele acá.

Fuése don Lorenzo, y al poco rato volvió con Muriel, que se inclinó con respeto ante el conde y permaneció en pie, esperando que se le mandara sentarse. Pero ni el conde ni su administrador le mandaron tal cosa.

—¿Qué es lo que usted me tiene que decir?—le preguntó Cerezuelo con altanería.

—Con dos objetos he venido—contestó gravemente y algo impresionado Martín—: a recoger a mi hermano y a suplicar a usted me pague los noventa mil reales que adelantó mi padre por las rentas de Ugíjar, y que no se le pagaron ni antes ni después de ser preso.

Después de una breve pausa, en que el conde consultó con la mirada a su mayordomo, delante de él sentado, respondió:

—Pablillo se fugó; era un rapaz de muy malas intenciones, y tan ingrato, que abandonó esta casa a pesar de que se le trataba a cuerpo de rey. Ni sabemos dónde para, ni lo hemos averiguado, porque a la verdad el chico no es para buscado. En cuanto a lo segundo, yo no sé cómo viene usted a pedirme esa cantidad, cuando su padre debía haberme entregado a mí sumas cien veces mayores, por las pérdidas que tuve en su

administración, y no quiero hablar de la causa que tuvimos que formarle por...

—Por..., por... No creo que usted pueda decir fijamente por qué—dijo Muriel—. Pero, en fin, no hablemos de eso: yo no vengo a acusar a nadie.

—Y aunque viniera a eso—dijo en tono de reprensión Segarra—, no habíamos nosotros de permitírselo.

Muriel ni siquiera miró al que le había interrumpido, y continuó:

—Yo no vengo a acusar. Mi padre no aborreció jamás a sus perseguidores, y yo, aunque no perdono tan fácilmente como él, creo respetar su memoria no hablando del asunto de su causa.

—Hace usted bien; lo mejor que puede hacer usted es callar—dijo don Lorenzo, interrumpiéndole de nuevo.

—Por tanto—prosiguió Martín sin mirarle—, yo dejo a un lado los motivos de su prisión, y vengo a mi objeto. La deuda cuyo pago solicito está reconocida por una carta que escribió usted a mi padre hace cuatro años, y en la cual le da las gracias por su anticipo. Es anterior al proceso: entonces no tenía usted motivo alguno de queja; ¿qué razón hay para no pagarla?

—¿Oyes, Lorenzo?—preguntó el conde a su mayordomo.

—Oigo, señor, y me admiro de que usía tenga paciencia para oír tales cosas.

—¡Ah, señor conde!—dijo Martín con gravedad—; en un tiempo mi padre era muy querido de usted, que elogiaba su probidad y su desinterés. Nadie hubiera creído entonces la crueldad que más tarde había de emplearse en él, ni mucho menos que después de muerto se le negaría esta miserable cantidad, necesaria para pagar las pequeñas deudas que contrajo en su última desgracia.

—Pero, hombre de Dios—repuso el conde, alterándose mucho—, ¿y las inmensas sumas que yo debí percibir de mis rentas de Granada, y que han desaparecido, dando ocasión a la sospecha de la criminalidad de don Pablo, y, por tanto, de su prisión? ¿No es esto, Lorenzo?

—Hasta ahora, que yo sepa, la causa de su prisión fué la supuesta falsificación de un documento—contestó Martín.

—¡Ve usted! Ya va saliendo el enredo; y eso que se había usted propuesto no tocar ese asunto. Además de lo que usted ha dicho, hay también desfalcos y sustracciones que espantan por lo... ¿No es verdad, Lorenzo?

A todas las preguntas de su amo, anunciando la abdicación que éste había hecho de su voluntad y hasta de su opinión, contestaba el mayordomo haciendo indicaciones afirmativas y gestos de impaciencia.

—Señor—dijo Martín con un esfuerzo de humildad—, yo no contradiré a usted en eso, aunque mucho podría decirle sobre tales desfalcos y sustracciones. Paso por todo: bajo la frente ante las injurias, y pregunto a usía si cree justo, con la mano puesta sobre su corazón, negar el pago de una deuda como ésa, enteramente extraña al proceso; a un proceso, entiéndase bien esto, que no ha sido sentenciado.

—Vamos, me ha de marear usted hoy —dijo el conde con mal humor—. Yo no estoy para disputas. Ya me parece que he tenido bastante consideración con usted recibiéndole y oyéndole. ¿Qué te parece, Lorenzo?

—Muy bien dicho—contestó el intendente—. Este joven no sabemos qué se habrá figurado. Reclamar el pago de una cantidad insignificante, cuando su administración quedó en descubierto por más de un millón. ¡Quién sabe dónde está ese dinero!

—Eso, eso. ¡Quién sabe dónde está ese dinero!—repitió el conde, entusiasmado con el razonar de su celoso subalterno—. No extrañe usted que le llame a declarar la Cancillería, porque es de suponer que usted estuviera enterado de los proyectos de su padre.

—Eso, eso; muy bien. Andese usted con cuidado—añadió don Lorenzo, admirado de ver tan elocuente al conde.

—¿También me quieren procesar a mí?—dijo Muriel con ironía—. Yo no soy tan bueno como mi padre; yo, inocente como él, no me dejaría conducir a una cárcel con las manos atadas, a la manera de los ladrones y de los asesinos.

—Esto no se puede sufrir—exclamó don Lorenzo—. ¿No ve usía, señor, cómo nos amenaza?

—Contéstale tú, Segarra, que yo me he acalorado y estoy fatal del ahogo —dijo Cerezuelo.

—Yo no he venido a hablar con el

señor Segarra—dijo Martín—, sino con el señor conde. Al señor Segarra no le tengo nada que decir, ni sé por qué se toma la libertad de interrumpirme.

—¿Oye usía, señor?—preguntó el mayordomo a su amo, que, rojo y convulso a causa de la tos, no podía contestarle.

—Usted es una persona a quien yo no deseaba encontrar aquí—prosiguió Martín con dignidad—. Al mismo tiempo, no sé cómo usted tiene valor para mirarme. ¿Es de tal naturaleza el señor Segarra que al verme no trae a la memoria algún recuerdo que le atormente? Si es así, es preciso confesar que es usted peor de lo que yo me había figurado.

—¿Oye usía, señor, qué insolencia? —preguntó el intendente a su amo, que contestó *sí* con la cabeza.

—Al verme—continuó Martín—, ¿no recuerda usted que me conoció de niño, cuando mi padre le protegía y le daba tan grandes pruebas de amistad? ¡Cómo podía figurarse el pobre viejo que aquel amigo sería más tarde autor de su perdición y deshonra, valiéndose para esto y para extraviar el ánimo de su amo de las más bajas calumnias! No dude el señor conde que tiene una gran alhaja en su casa...

—Pero, señor, ¿usía ha oído bien? —preguntó de nuevo don Lorenzo a su amo, que después de la excitación del diálogo estaba profundamente abatido.

—Yo creía—añadió Martín—que usted, por ser don Lorenzo Segarra, no dejaría de ser un hombre, y al verme tendría el decoro de sonrojarse, o, por lo menos, callar, ya que ha tenido el valor de insultar la memoria de mi padre poniéndoseme delante.

—¡Señor conde, señor conde!...—exclamó el aludido, volviéndose hacia su amo en ademán suplicante—. ¿Mando buscar al alcalde de Alcalá para que castigue a este hombre?

Pero el conde, sacudido por otro violento ataque de tos, se contraía y ahogaba en su sillón sin poder articular palabra.

—¿Y usted será tan imbécil—continuó Martín, más agitado cada vez—, usted será tan imbécil que no me tenga miedo? Cree usted que sólo Dios castiga a los perversos. No: no viva usted tranquilo, don Lorenzo. Hará usted mal, habiendo cometido tantos crímenes. Envidie usted al que murió en la cárcel de Granada, no duerma usted, tiemble al menor rumor, y no crea que tan sólo merece desprecio como los reptiles asquerosos.

Segarra estaba aterrado; sentíase moralmente débil en presencia de Muriel, y mirando con sus espantados ojos ya al joven, ya al conde, pedía a éste el concurso de su benevolencia para confundir al insolente. Por fin, el conde pudo hablar, y con voz entrecortada, dijo:

—Yo creí que usted respetaría al señor como a mí mismo. Bien me dijo él que no debía recibirle. Márchese usted de aquí inmediatamente. Yo no tengo que pagarle a usted deuda ninguna. Bastantes desazones me dió su señor padre, y demasiado prudente soy cuando no mando a mis criados que le arrojen de aquí...

—Eso, eso es...; muy bien dicho—dijo la víbora de don Lorenzo, reanimándose.

—No sé cómo hemos tenido paciencia para escucharle—continuó Cerezuelo—. ¡Qué manera tan singular de pedirme que le proteja! Viniendo de otra manera, yo le hubiera dado una limosna... Pero yo no puedo hablar; Lorenzo, contéstale tú.

—Señor—dijo Martín—, mi irritación ha sido con este miserable, autor de todas las desdichas de que hemos sido víctimas. El ha forjado mil calumnias, ha fingido cartas, ha comprado testigos falsos, hizo creer a mi padre que yo había muerto, ha sobornado a los jueces, ha supuesto descubiertos que no existen, ha tejido una red espantosa, en que usted, usted ha sido cogido el primero.

—¡Señor, señor! ¡Es preciso prender aquí mismo a este malvado! Voy en busca de la Justicia—exclamó Segarra, levantándose con la mayor agitación.

—Aguarda—dijo Cerezuelo—. Salga usted de aquí. Echale, Lorenzo, échale.

—Sí, me voy—contestó Martín con la imponente serenidad del verdadero encono—. Yo creí que jamás volvería a entrar en casa de los poderosos. He sido un necio al esperar justicia de quien nos ha oprimido y deshonrado. Vosotros sois capaces de prenderme, de perseguirme, de darme una muerte lenta y cruel en una cárcel, teniendo por verdugos a los infames curiales que corrompéis y compráis. Si yo no me creye-

ra obligado a buscar al pobre niño que habéis desamparado, me entregaría a vosotros, fieras implacables. Es lo mejor que podría hacer quien no tiene fuerzas para arrojaros de una sociedad que estáis envileciendo.

—¡Echale, Lorenzo, échale!—exclamó el conde, en un nuevo estremecimiento de tos convulsiva.

—Salga usted... Llamaré a los criados —dijo don Lorenzo, haciendo prodigios de valor y desahogando su furor, contenido hasta entonces por la cobardía.

Temía el infeliz mayordomo—que en su persona como en su carácter tenía los caracteres de la zorra—que Muriel expresase en hechos la cólera vengativa; pero el joven, dirigiendo a uno y otro miradas de desprecio, les volvió la espalda y salió sin precipitación. Nadie le detuvo al recorrer los pasillos y el patio, porque a las regiones de la servidumbre no llegaron las desentonadas voces de los contendientes. El mayordomo no pudo seguir tras él porque la violenta tos del conde degeneró en un repentino ataque, y el pobre señor quedó tan sofocado como si invencible obstáculo impidiera en su garganta toda función respiratoria.

II

Martín se alejaba ya de la casa, cuando vió que por el ancho portal de la huerta salía un viejo, caballero en una mula y llevando otra del diestro. Acercóse a él y le preguntó:

—¿Es usted de la casa?

—Sí, señor; de la casa soy, para lo que guste mandar—contestó el tío Genillo—, y aunque no lo fuera, no importaba gran cosa, porque va para treinta años que estoy en ella y maldito lo que he medrado.

—¿Conoció usted a un niño que enviaron aquí hará dos meses?...—preguntó Martín con mucho interés.

—Toma, Pablillo; ¿pues no le había de conocer?—contestó el tío Genillo, moderando el paso de las mulas—. ¡Y poco listo que era el rapaz, en gracia de Dios!

—Se marchó de la casa. ¿No sabe usted dónde se le podría encontrar?—preguntó Martín—. ¿No sabe dónde ha ido? ¿Nadie le ha visto?

—Le diré a usted: yo quise averiguarlo, y pregunté a varios conocidos que vinieron a la casa aquel día; nadie le ha visto; sólo en la venta que está en el camino real como vamos a Meco, me dijeron que habían visto pasar un muchacho de las mismas señas, y que les había pedido agua; pero ni jota más supe. La verdad es que lo sentí, porque Pablillo se dejaba querer, y yo le tenía cierto aquel. Pero la perra de la tía Colasa y ese culebrón de don Lorenzo le traían al retortero con un uniforme como de tropa que le pusieron..., vamos, al decir, una librea con botones de oro. Pues es el caso que, como iba diciendo, no pasaba día sin que le dieran dos o tres zurras en aquel cuerpecillo, como si fuera costal de paja, y el pobre, al fin, no quiso más palos y se fué a correrla por esos caminos.

—¿Y le trataban mal?—dijo Martín, volviendo el rostro para contemplar la casa, que ya estaba algo distante.

—¿Mal? Pues digo, todavía no se había perdido en la casa una baratija cualquiera, ya le estaban registrando para ver dónde la tenía, diciendo: «Este es de casta de ladrones.» A bien que si usted conociera a don Lorenzo Segarra no me había de preguntar cómo trataba a Pablillo. ¡Ah! Mala landre se lo coma. Yo le conocí arreando estas mismas señoras mulas que llevo al abrevadero. ¡Y qué humos ha echado el tío Segarra! Si el amo no tuviera las seseras cuajadas, ya vería las artimañas de este hormiguilla. Como que, según dicen, al amo le ciega los ojos, y allá a cencerros tapados hace él su negocio.

Muriel no contestaba ni con monosílabos a la charla abundante del tío Genillo, que tenía la cualidad de desahogarse con el primero que encontraba. Estaba Martín tan alterado por la entrevista anterior, era su cólera tan viva y tan profunda que no podía atender a las desaliñadas razones del pobre labriego. Revolvía en su mente mil pensamientos; pasaba de la ira al dolor, del abatimiento a la furia, y sólo en rápidas miradas, en violentas contracciones de semblante, en gestos amenazadores, expresaba la honda tempestad de su alma, que casi estaba acostumbrada a no tener nunca bonanza.

—O yo me engaño mucho—dijo el tío Genillo—, o usted es hermano de Pabli-

llo, el hijo del señor don Pablo Muriel, que santa gloria haya.

—Sí, ése soy—contestó Martín sin mirar a su interlocutor.

—Pues como le iba diciendo a usted —prosiguió éste—, Pablillo era más bueno que el oro; sólo que aquella caribe de la tía Colasa se la come la envidia, y pensaba que la señora iba a traer al muchacho en palmitas. ¡Aquí te quiero ver! Casi revienta cuando a Pablillo le pusieron la librea y andaba tan majo como un rey: que en Alcalá no se había visto otra cosa tan guapa Pero la señorita no se cuidaba de su paje, y yo creo, acá para entre los dos, que no estaba demás..., pues..., vamos, al decir, que hubiera puesto al chico en donde le enseñaran cosas de lecturas y escrituras; pero quia..., es mucha alma negra aquélla. La señorita tiene unas entrañas de cal y canto, y yo pienso que si viera a su padre asado en parrillas no había de decir *¡ay!* No era así su madre, la señora condesa, que en Dios está. Le digo a usted que la señorita, como no sea para ponerse rizos cuando viene ese zascandil del peluquero todas las semanas... ¿Creerá usted que en lo que la conozco jamás ha tenido un trapo que dar a los pobres niños de mi hermana la del molino? Ni en la vida se le ha caído de las manos ni esto, para decir pongo por caso, vamos, al decir: «Tío Genillo, tome esto, tome lo otro...» Pues... ni en los días del amo o de ella. En la casa ninguno de la servidumbre la puede ver ni en estampa... Pues no digo nada cuando manda..., si parece que los demás no son gentes.

—¿Conque es orgullosa?...—dijo Muriel, oyendo con algún interés la charla del tío Genillo, referente a una persona que dos días antes había conocido.

—Es más soberbia que un emperador de la China. El amo, si no fuera que don Lorenzo le tiene sorbidos los sesos..., el amo es bueno; sólo que con sus melancolías no sirve para nada, y el otro lo hace todo, y sabe Dios cómo van las cosas; que si el señor conde falta algún día, van a salir sapos y culebras de la administración.

—¿Conque no será posible averiguar dónde ha ido a parar mi hermano? —preguntó Martín, más sereno y pensando sólo en la más real de las contrariedades que en aquel momento sufría.

—¡Ca! ¡Sabe Dios dónde estará ese chico! Como alguien no lo haya recogido... ¡Y era tan lindillo...! Yo le decía: «Ten paciencia, Pablo; más que tú aguantan otros, y no se quejan, porque los pondrían en la calle, y entonces, ¡ay de mí! Yo arriba y abajo con estas mulas, sin salir de pobre en treinta años. ¿Y qué remedio?... De esto vivimos; que el abad de lo que canta, yanta.»

—Pues yo no quiero salir de Alcalá sin informarme bien. Puede ser que alguien le haya recogido.

—Puede; que hay muchas almas caritativas en Alcalá, y no son todos como esta gente de la casa. Le digo a usted, señor mío, que partía el corazón ver al bueno de Pablillo llorando en el corral, perseguido por los chicos y asustado por la tía Colasa, que es un infierno vivo.

—Y diga usted: ese don Lorenzo, ¿cómo ha llegado a dominar tan completamente a su amo?—dijo Muriel, sin duda porque quería apartar la imaginación de los tormentos de su hermanito.

—El diablo lo sabe. Esta gente grande dicen que se deja engañar más pronto que nosotros. El tal don Lorenzo tiene mucha trastienda. Lo cierto es que él se ha hecho rico.

—¿Se ha hecho rico?

—Sí. ¿Pues no? El amo tiene amagos y vislumbres de loco y pasa en claro las noches rezando y leyendo. La señorita no piensa más que en gastar y en ponerse el *petibú* y en ir a los saraos. Todo está en manos del tío Segarra, que tiene unas uñas... *Se agarra...*, bien *se agarra.*

—El conde antes atendía mucho a sus cosas, y aun dicen que era avaro—indicó Martín.

—Sí; pero se ha vuelto del revés. Hoy, como no sea para lamentarse de la señorita, no da señales de vida.

—Pues qué, ¿le da disgustos su hija?

—Toma, pues no sabe usted lo mejor —contestó con maligna sonrisa el tío Genillo—. Cuando doña Susanita marcha para Madrid, el señor conde se pone que parece que se nos va a morir en un tris. Hasta llora como un chiquillo, y los chillidos se sienten en toda la casa.

—¿Y por qué es eso?

—Porque la quiere tanto, que no le gusta sino que esté siempre con él; mas ella es tan perra, que no se halla bien sino dando zancajos por la corte con los petimetres y las damiselas. Y el pobre viejo se muere aquí de tristeza. Como no hay quien la sujete y es un basilisco la tal señorita...

—¿Y la ama mucho su padre?

—Por demás, hombre. Como que no tiene otra, y ella es así, tan maja y zalamera. Pues había usted de verla cuando están juntos. Según ella le mira, parece que no es su padre y que ha venido al mundo como la hierba. El conde, eso sí, se muere por ella, y pajaritas del aire que se le antojaran...

—¿Y dice usted que la señorita trataba mal a mi hermano?

—¡Por Santos Justo y Pastor! Como si fuera un animalillo. Pues si le puso un corbatín que parecía que el pobrecito se iba a ahogar. Y cada vez que hacía mal una cosa, le sacudían el polvo, diciéndole mil cosas, sobre si su padre había sido esto o lo otro. Y por fin de fiestas, le echaban al corral para que se pudriera. Vaya, que si no es por el tío Genillo, el pobrecito echa el alma de necesidad y no lo vuelve a contar.

Martín estaba cada vez más abatido. Parecía que el violento arrebato de cólera de aquel día, que no olvidó nunca, le había dejado insensible, y al oír contar las infamias de que su inocente hermano había sido víctima, inclinaba la frente como si tuviera la certidumbre de una fatal sentencia, escrita en lo alto contra su familia y ante la cual no era posible más que una conformidad estoica, que él, a fuerza de contrariedades, comenzaba a tener. Algunos de los pensamientos que cruzaron en tropel por su mente serán conocidos tal vez en el transcurso de esta historia. Entonces el abatimiento y la desesperación, la sed de venganza y el recuerdo de su padre agitaban y sacudían su alma, no dejándole tomar determinación alguna.

La conversación del tío Genillo, que un momento inspiró curiosidad por los pormenores que le daba de aquella execrada familia, concluyó por aburrirle desde que comprendió la imposibilidad de adquirir por tal conducto noticias de su hermano. Así es que cuando menos lo esperaba el pobre arriero y cuando más enfrascado estaba en su prolija charlatanería, Muriel se despidió de él, dejándole con la boca abierta y la palabra en ella, pesaroso de no poder desahogar toda su inquina contra el tío Segarra

Pasó de nuevo Martín, ya anocheciendo, por la casa de Cerezuelo, y no es decible el horror que le inspiró la pesada y triste mole del edificio, sólo en medio de la llanura, proyectando su sombra sobre el suelo, silencioso y oscuro como una tumba, sin la más débil luz en sus ventanas, sin el más insignificante ruido en los patios, a no ser el lejano ladrido del perro de la huerta, demasiado celoso de las riquezas de su amo, para ver un ladrón en las fugitivas penumbras de la noche. Pasó el pobre joven sin detenerse, deseoso de alejarse de aquellos muros, que parecían pesarle sobre los hombros, y entró en la ciudad, dirigiéndose a la posada, donde no le fué posible reposar ni estar tranquilo. Toda aquella noche no dejó de articular palabras atropelladas e incoherentes, contestando, sin duda, a don Lorenzo y al conde, cuyas voces oía sin cesar y cuyos semblantes no se borraban de su vista. La enérgica virilidad de su carácter determinó en su espíritu un movimiento activo de odio contra aquella gente. Despreciarlos le parecía algo semejante a disculparlos. La resignación hubiera sido bajeza. Habían sido tan infames con su padre, tan descorteses con él, tan crueles con su hermano, que la imaginación se complacía en suponerles padeciendo tormentos iguales a los que habían causado. El alma más generosa y santa no se ha eximido en ocasiones iguales de esas venganzas imaginarias que adulan nuestra naturaleza, repitiendo en lo íntimo de nuestro cerebro los lamentos y quejas de los que aborrecemos. Los espíritus rebeldes e indisciplinados no saben sofocar en su pecho el anhelo de venganza; Muriel, a causa de sus raras especulaciones filosóficopolíticas, justificaba aquella venganza hasta el punto de creer que respondería a un alto fin social, y era de los que pensaban que una mala pasión podía ser sublimada por el consorcio con una grande idea.

Al día siguiente se ocupó sin descanso en hacer averiguaciones sobre el paradero del errante Pablillo. Visitó los hospicios, los conventos, y especialmen-

te los de mendicantes, porque esperaba que algún lego de los que recorren los caminos con la colecta podía haber encontrado a su hermano. Empleó en estas indagaciones dos días más: contó al alcalde el caso; dirigióse a algunos pastores que habían llegado la noche antes; habló con los panaderos de Meco; fué a este pueblo y preguntó a todos los vecinos uno a uno; recorrió las ventas del camino; volvió a Alcalá; exploró a cuantos trajineros, mozos de mulas y arrieros había en la ciudad, hasta que al fin, viendo que no adquiría la menor noticia ni el más insignificante dato, desesperado y aturdido, se volvió a Madrid y a la casa de Leonardo, donde se encontró con una estupenda y tristísima nueva, que el lector no puede conocer en toda su gravedad e importancia sin ver antes los hechos consignados en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII

EL CONSEJERO ESPIRITUAL DE DOÑA BERNARDA

I

Ha llegado el momento de que el lector se encare con la original y espantable efigie del padre Corchón, consejero áulico de doña Bernarda, autor de los catorce tomos sobre el *Señor San José* y otras muchas obras que vieran en buena hora la luz pública, si el esclarecido inquisidor tuviera posibles para ello. El reverendo había logrado apoderarse de tal modo del ánimo de su sencilla e indocta amiga, que ésta no daba una puntada en la calceta sin previa consulta ni echaba tres migas al gato sin resolución anticipada del padre Corchón. Todos los días, entre tres y cuatro, entraba el eminente teólogo en la casa, donde había adquirido gran confianza; tomaba el chocolate; se hablaba de cosas espirituales y mundanas, enredándose unas con otras, para formar el compuesto de misticismo y chismografía que es común en la gente mojigata. Pasaban revista a las funciones de la semana y a los asuntos de todas las familias conocidas, las cuales solían dejarse un jirón de su honra en las garras de doña Bernarda. Todos los murmullos de la vecindad pasaban al depósito de erudición social que el padre, como buen inquisidor, tenía en su cabeza, y todo esto al suave compás de las citas teológicas y de la devota elocuencia de uno y otro personaje.

Aquel día, un acontecimiento extraordinario, inaudito, había perturbado la casa, poniendo en condiciones excepcionales el temperamento de doña Bernarda, y, por tanto, su coloquio con el padre Corchón se salió de la común medida y forma de los demás días. Cuando el grande hombre entró, Engracia estaba encerrada en su cuarto, no menos desconsolada que rabiosa, y su llanto no conseguía ablandar el duro corazón de su madre, que iba y venía de la cocina a la sala y de la sala a la cocina como una loca. No bien el alto cuerpo del reverendo proyectó su siniestra sombra a lo largo del pasillo, la señora exclamó con ansia:

—¡Ah!, señor don Pedro Regalado, no veía la hora de que llegara usted. ¡Qué angustia! Si lo que a mí me pasa no lo cuenta mujer nacida. ¡Santo Dios, ampárame!

—Pero ¿qué le pasa a usted, señora doña Bernarda?—exclamó el padre, sentándose en el canapé y estirando sus largas piernas—. ¿Qué ocurre? ¿Ha repetido el ataquillo? ¡Ah! Si usted quisiera tomar el caldo de culebras que le he recomendado...

—No es nada de eso, señor don Pedro Regalado—dijo con desesperación la vieja—. No digo yo mi salud, sino mi vida diera por quitarme de encima esta deshonra.

—¡Deshonra!—exclamó el padre con asombro—. Deshonra ha dicho usted, señora. Pues eso sí que es cosa grave.

—¡Sí, señor!—añadió su amiga con una especie de lloriqueo—. ¡Deshonra! ¿Quién me lo había de decir?... ¡La que ha sido siempre la misma honradez, hija de padres honrados, como no los ha habido desde que el mundo es mundo, verse en este bochorno. ¡Ay, señor don Pedro, consuéleme usted!

—Pero, señora doña Bernarda, empiece usted por contarme el cómo, cuándo y de qué manera de ese bochorno, para ver de ponerle remedio. ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha de ser? ¡Engracia!...

—¡Ah!...—clamó el padre con repen-

tino asombro y abriendo su boca, que tardó un buen rato en tomar su ordinaria pòsición.

—Sí, asústese usted, porque es cosa que da horror. Bien dijo usted que esa niña desventurada nos iba a dar un mal rato.

—En verdad, confieso que me he quedado estupefacto, señora.

—¡Qué ingratitud, señor don Pedro, yo que no tenía otro fin que hacerle el gusto en todo!

—Sin embargo, siempre le dije a usted que su hija tenía demasiada libertad. Es preciso atar corto a la juventud, doña Bernarda. Usted es demasiado bondadosa, demasiado tolerante—afirmó el padre, abriendo de nuevo toda su boca.

—¡Ah!—dijo doña Bernarda, recordando algo que tenía olvidado—. Con estas angustias que paso me había olvidado del chocolate. Figúrese usted cómo estará mi cabeza, cuando lo principal...

—Ciertamente, esas cosas...

Mientras la solícita dueña va en busca del chocolate, el lector se queda a solas con el padre Corchón, y no podrá menos de fijar su vista observadora en tan insigne personaje, lumbrera de la Santa Inquisición. Era don Pedro Regalado un hombre de gigantesca estatura, moreno, como de cuarenta y cinco años, algo cargado de espaldas; de cara larga, con fortísima, espesa y mal afeitada barba oscura que le sombreaba los carrillos; de boca cavernosa, afeada por la más desagradable dentadura, grandes y negros ojos bajo pobladísimas cejas, y unas poderosas manos que pedían a toda prisa un azadón. Vestía con notable desaliño, y aunque no era poeta, podía aplicársele el *balnea vitat* de Horacio, pues la transpiración abundante de sus saludables y siempre activos poros no sólo daba a su cara un perenne barniz, sino que había puesto señales indelebles en su collarín invariable, comunicando a toda su persona, y especialmente a la sotana, sin duda por el roce de las palmas de las manos, un lustre no suficiente a disimular lo raído y verdinegro de la tela. Añádase a esto el hábito de gastar tabaco en polvo, y se tendrá idea de la ordinaria y pringosa estampa de don Pedro Regalado Corchón.

Nada diremos de su inteligencia, porque ésta la irá mostrando él mismo en el diálogo siguiente:

—Pues cuénteme usted, señora, cómo ha sido eso—dijo, tomando de manos de su amiga el perfumado soconusco.

—Es preciso empezar de atrás, porque lo que hoy he descubierto..., ¡sí, todavía estoy horrorizada!..., lo que hoy he descubierto no se comprende sin saber... Es el caso que anteayer fuimos de merienda a la Florida. ¡Ah!, bien recuerdo que usted, aunque no me dijo nada, no puso buena cara al saber que íbamos de fiesta.

—Precisamente era día de San Miguel, en que *Patillas* anda suelto—contestó el padre, tragándose el primer sorbo de chocolate después de soplarlo.

—¡Ay!, no fuí yo con gusto, porque me daba la corazonada de que algún castigo me había de dar el Señor. Pues bien: fuimos, y, al poco rato de estar allí, viene el abate don Lino con dos caballeritos... ¡Qué par! Pero a mí..., desde que los vi, dije: «Estos son cosa buena.» Figúrese usted, señor don Pedro Regalado, cómo me quedaría cuando oigo que uno de ellos empieza a soltar unas herejías por aquella boca... ¡Santo Cristo de Burgos! Yo no puedo repetir los horrores que oí aquel día. No sé qué dije yo de Napoleón, cuando el tal hombre, que juraría tiene el mismo enemigo en el cuerpo, vomitó tantas atrocidades..., habló de los frailes y los puso de vuelta y media, y, después de la santísima religión y de qué sé yo... Pero cuando me horripilé fué cuando dijo que usted era un hombre bestial.

—¿Me conoce, me conoce?—dijo, más orgulloso que indignado, el padre Corchón.

—¿Pues yo lo sé? Ellos parecían así como ingleses.

—Es que habrán leído algunas de mis obras traducidas a esa lengua.

—Pero ¿las ha puesto usted en letras de molde?

—No; mas las he prestado manuscritas a algún amigo, que puede haber sacado alguna copia para mandarla a Inglaterra o a Londres.

—No sé; lo cierto es que dijo que era usted un hombre bestial. Esto no puede ser sino la envidia.

—Figúrese usted: esos protestantes ha-

blan mal de nosotros y nos injurian porque no saben contestar a nuestros argumentos. ¿Y hablan el español?

—Como un loro, ya lo creo; y decían ser españoles que venían de todas las cortes de Europa, de París y La Meca, y qué sé yo...

—Pues entonces traerán la peste de la filosofía—dijo con ira, pero con serenidad, el padre—. Si no tuviéramos un Gobierno tan descuidado para la religión como el de ese señor Godoy, ya veríamos dónde iban a parar sus filosofantes. Pero, en fin, aunque atado de pies y manos, el Santo Oficio hace todo lo que puede.

—Pues todavía falta lo peor—continuó doña Bernarda, dando un suspiro—. Mientras aquel herejote excomulgado decía tales patochadas, el otro estaba cotorreando con Engracia; pero con tanta intimidad que a mí un sudor se me iba y otro se me venía mirándolos. Luego, Pluma estaba tan alicaído que parecía una calandria, y no le decía una palabra a Engracia, dejando al otro charlar con mi hija, como si toda la vida se hubieran conocido. Yo estaba sobre ascuas y tenía en todo el cuerpo una hormiguilla...

—¿Y no se ocultaron ni se perdieron entre los árboles?—preguntó, con sumo interés, Corchón, que en todos los casos amorosos buscaba siempre lo peor.

—Aguarde usted: no, señor; aunque se retiraron, yo no los perdí de vista. Bailaron juntos y se pasearon por las alamedas, apartados de los demás, pero... a la vista.

—Respiro—dijo el clérigo, tranquilizándose.

—Aquella noche casi me como a Engracia en la reprimenda que le eché, y tal fué mi furia que no pude rezar mis oraciones de costumbre, por lo que espero ser absuelta en gracia de las penas que padezco.

El eclesiástico hizo con los ojos una mística señal que indicaba la transmisión del perdón divino.

—Yo me figuraba que allí había gato encerrado—continuó la señora—. ¡Figúrese usted cómo me quedaría esta mañana al adquirir la certeza de que aquel hombre era un novio que tiene Engracia desde hace algún tiempo, y que la escribe cartitas y le ve en las iglesias!

—¡Señora!—bramó Corchón con el mayor asombro.

—De modo que toda nuestra previsión y cautela en esta deshonra ha venido a parar.

—Sin embargo—añadió el clérigo—, cuando las personas son tan bondadosas como usted y tan tolerantes... Doña Engracia tenía demasiada libertad.

—¡Demasiada libertad!—dijo doña Bernarda—. Es que no hay cerrojos que valgan cuando hay inclinaciones... ¡Ah!—añadió, vertiendo una lágrima—. ¡Si el que pudre levantara la cabeza y viera esta deshonra!... ¡Pobre esposo mío! ¡Oh!, yo no puedo resistir esta agonía. Padre Corchón, consuéleme usted.

—¿Y cómo ha averiguado usted esos horrores?

—Por una carta que le he descubierto esta mañana a la niña. Ella se quedó como muerta. ¡Ah!, cuando leí el tal papel no sé qué me dió.

—A ver, a ver esa carta.

Doña Bernarda puso en manos de su confesor y consejero el fatal documento, que a la letra leyó, haciendo caso omiso de las fórmulas amorosas.

—«Ya me figuraba yo que esa acémila del padre Corchón (¡acémila!; ¡ha visto usted mayor irreverencia!)—repitió el clérigo, interrumpiendo la lectura—es la causa de todas nuestras penas. Es terrible pensar que un clérigo soez, ignorante y glotón... (¡glotón yo—dijo—, que ayuno los siete reviernes!) se haya introducido en tu casa para embaucar a tu buena madre y martirizarte con sus mojigaterías. Pero no te dé cuidado, que yo pondré remedio a todo (no te dé cuidado a ti—dijo doña Bernarda—, tú sí que las vas a pagar todas juntas) si tú me ayudas y te resuelves a dejar tu apocamiento y timidez. A ese clerigón hambriento y necio es preciso espantarle de la casa, para lo cual yo y mi amigo vamos a inventar cualquier estratagema que te hará reír de lo lindo.» Pero, señora—dijo don Pedro, suspendiendo la lectura—, esto es espantoso. Estamos sobre un volcán: las furias del infierno se han desatado sobre esta casa. ¿Qué estratagema es ésa contra mí?

—¡Ah! Yo estoy tan sobrecogida de espanto que no sé qué pensar. ¿Qué tramarán contra nosotros? ¿Si nos irán a pegar fuego a la casa, si nos envenenarán el chocolate?

El padre Corchón miró con aterrados ojos el cangilón vacío y se puso la mano en el estómago.

—¡Oh!—prosiguió la señora—, esto merece un castigo tal que no lo cuenten esos pelandingues. Siga usted.

—Sigamos. «Si no te decides a abandonar la casa, como te he dicho (¡qué horror!), es preciso hacer un escarmiento con ese animal. (¡Pero esto no tiene nombre! Llamarme animal a mí, que soy...) No creas que es sólo en tu casa donde pasan tales cosas. Esos hombres tienen dominadas a muchas familias por medio de la superstición, y yo espero llegue un día en que se haga un ejemplar escarmiento con todos ellos, acabando de una vez con tan mala gente...»

—¿No se horripila usted?—gritó la madre de Engracia—. Pero esos hombres son ladrones y asesinos, de esos que andan por los caminos.

—No, señora; no son más que filósofos—contestó Corchón—. Ya los conozco; estas ideas contra el santo clero... Pero ya sé yo el medio de arreglarlos. Sigo leyendo: «Mi amigo, el que estuvo conmigo en la Florida, se atreve a todo, y si te decides a salir de tu casa lo haremos de modo que nadie pueda contrariarnos. Esta noche voy a San Ginés, donde puedes darme la contestación: haz que doña Bernarda se ponga en la capilla de los Dolores, y ponte tú debajo del cuadro de las ánimas, que esta noche no debe de estar encendido... (¿Ha visto usted qué irreverencia?: ¡en la iglesia!, ¡en la santa iglesia!) Adiós, y piensa en tu Leonardo. *P. D.* Si el asno del padre Corchón se va a Toledo, házmelo saber tocando, al entrar, con el abanico en el cepillo para la limosna de la Santa Fábrica.»

Concluída la lectura, los dos personajes de esta interesante escena callaron, mirándose un buen rato, para comunicarse mutuamente su estupor y su cólera. Al fin el varón rompió el silencio de este modo:

—De veras que esto pasa de maldad: en veinte años de confesonario no he visto depravación igual. Aquí tiene usted el resultado de dar libertad a los jóvenes

—Pero, señor don Pedro, si no iba más que a la iglesia, y eso conmigo.

—¡En la santa iglesia! ¡En la santa iglesia semejantes escenas! Sabe Dios lo que habrán hecho allí. ¿Usted no ha observado nada?

—¿Qué había de observar, si ella se estaba como una marmota mirando al altar mayor?

—¡Ah! Es que él se ponía debajo del púlpito. ¡Y yo cuando predicaba le tenía tan cerca, debajo! ¡El demonio a los pies de San Miguel!

—¿Y qué hacemos, señor don Pedro? Esto merece que se dé parte a la Justicia.

—Mejor es a la Inquisición, porque aquí hay un caso de herejía. Y si no, verá usted cómo se descubre que esos hombres se ocupan en propagar las malas doctrinas, como no hagan alguna brujería para embaucar a las jóvenes sencillas. Le digo a usted que éste es un ejemplo de lo más grave que se me ha presentado. Es preciso hacer averiguaciones mañana mismo. Yo me encargo de eso, y se los denunciará al Santo Oficio. ¡Oh! Si este Gobierno del príncipe de la Paz fuera más solícito por la religión, vería usted qué pronto iban esos caballeros filosofantes a donde deben estar. Pero no se puede hacer gran cosa, y lo que pueda ser se hará. Lo malo es que yo tengo que ir a Toledo, que si no...

—¿Va usted al fin a Toledo?

—El Supremo Consejo así lo ha decidido.

—¡Qué desdicha! Y nos quedamos solas... Mi hermana, que vive allá, me escribe todos los días diciéndome vaya a verla, y lo que es ahora no he de faltar. Veremos como salgo del asunto este. ¿Sabe usted que estoy por establecerme en Toledo?

—¡Feliz idea!

—Yo no puedo vivir sin sus consejos, señor don Pedro. Creo que la falta de su santa compañía me había de abrir la sepultura.

—Pero vamos a ver—dijo Corchón, que era poco sensible a la galantería—. ¿Qué se hace? Es preciso tomar una determinación. Esta casa está amenazada, señora doña Bernarda. ¿No tiembla usted?

—¿Pues no he de temblar, si tengo un hormigueo en todo el cuerpo?... Se me ha puesto la cabeza lo mismo que un farol y los vapores me andan de aquí para allí. ¡Qué día! Yo no quise esperar

a que usted viniese, y encargué a Pluma que tomara algunos informes de esos hombrejos. Veremos lo que dice: ¡el pobre don Narciso tiene una amargura!; y crea usted que es hombre de armas tomar y de un genio como un cocodrilo. Si coge a uno de esos dos salteadores de caminos, lo abre en canal... Pero en nombrando al ruin de Roma... Aquí está Narcisito.

En efecto, era Pluma el que entraba, y traía un semblante tan desconcertado que fácil era adivinar la impresión que el descubrimiento de la malhadada carta le había causado. Como de ordinario era todo afectación, aquel suceso que hablaba directamente a la Naturaleza produjo en él un gran trastorno, y el petimetre dejó de serlo en aquel nefasto día.

II

—¿Qué hay? ¿Qué ha sabido usted? —preguntó con ansiedad la dama.

—No me había equivocado—contestó el petimetre—; ese don Leonardo es el mismo que yo había visto en la calle de Jesús y María, en casa de las escofieteras.

—¿Y no ha pedido usted informes? —preguntó Corchón.

—¡Ya lo creo; y me han contado horrores! Si son unos bandidos, señor don Pedro.

—¿No lo dije?... ¿Y son ingleses?

—¡Quia! Son españoles y nunca han estado en el extranjero, al menos uno. Todo aquello de las cortes de Europa es una farsa. ¡Cómo han engañado al pobre don Lino!

—¿Y en qué se ocupan?

—En mil cosas raras y que nadie comprende. Tienen un criado que practica artes de brujería, según ha contado el ama de la casa. En fin, toda la vecindad está escandalizada, y tratan de mudarse algunos que allí viven. Todas las noches, señor don Pedro, es tal el jaleo y la bulla dentro de la casa, que no se puede parar allí; y lo más escandaloso y horrible es que las noches de Jueves y Viernes Santo armaron tal gresca, que aquello parecía un infierno. El compañero de Leonardo, que es el que recientemente ha venido, dicen que se burla de los santos misterios de la religión con tal desvergüenza que parece increíble, y que la casa está atestada de libros malos e indecentes, llenos de estampas obscenas.

—¡Qué descubrimiento, qué hallazgo! —exclamó Corchón con el entusiasmo de un químico que encuentra una combinación nueva—. No hay mal que por bien no venga, doña Bernarda, y vea usted cómo el triste suceso nos proporciona la ocasión de hacer un gran servicio a la Santa Iglesia descubriendo y castigando a esos pícaros. Siga usted, querido don Narciso.

—Son tantas las atrocidades que me han contado...

—¡Alabado sea el santo nombre de...! —exclamó, santiguándose, doña Bernarda—. ¡Cuidado con los tales hombres! ¡Y han entrado en la iglesia!... ¡Y mi hija ha sido cortejada por...! ¡Estoy horrorizada! ¡Si el que pudre levantara la cabeza y viera esto...

—Cálmese usted, señora—dijo con creciente animación el clérigo—, que esto es más motivo de regocijo que de tristeza, después del aspecto que toma el asunto. ¡Descubrir tal guarida de perdición y herejía! Esto, señora, no se ve todos los días. Admiremos la infinita sabiduría del Señor, que permite alguna vez sucesos tristes para que pueda llevarse a efecto su divina justicia. Siga usted, señor de Pluma.

Corchón tenía el entusiasmo de su oficio, que era también su pasión. Como alegra la caza al cazador, así el buen inquisidor sentía inaudito alborozo ante la aparición de un *grave caso de dogma*.

—Pues me han dicho más—continuó Pluma, regocijado por la idea de que su rival iba a tener pronto castigo—. Parece que el otro día quemaron una estampa de la Virgen del Sagrario, dando aullidos y bailando alrededor de la hoguera.

—¡Jesús mil veces!—exclamó doña Bernarda—. ¿Y no les cayó un rayo encima?

—Parece que no—continuó Pluma—. Pero lo peor es que todos los días van allá otros jóvenes a aprender esas doctrinas que enseñan.

—*Cathedra pestilentiœ*—dijo Corchón en el colmo de su entusiasmo—. Pero ¿no se regocija usted, amiga mía, con este magnífico hallazgo?

—Sí—prosiguió don Narciso—, van muchos allí, y ellos les dan lecciones

de Filosofía y les enseñan las estampas de los libros obscenos que han traído de fuera; el más alto de los dos es el que dijo tantas atrocidades.

En honor de la verdad diremos, y para que no se forme mala idea de las luces ni de la buena fe de don Narciso Pluma, que no era invención suya lo que contaba, pues tal como lo dijo lo oyó de boca de sus amigas las costureras. También la imparcialidad nos obliga a hacer constar que no estaba él muy seguro de que aquello fuese cierto; y si no mediara la pasión y el deseo de venganza, de fijo el petimetre se hubiera reído de tan grosera superstición. Tal vez, al saber el partido que iba a sacar Corchón de su relato, hubiera sido prudente, ocultando las supuestas herejías de los dos desgraciados amigos.

—Bien, bien, bien—murmuró el clérigo, levantándose—; ya sé lo que se ha de hacer. Corro a participar este feliz suceso a mis compañeros, que se alegrarán bastante.

—¿Y nos deja usted así, tan pronto —dijo la afligida vieja—, cuando más necesitamos de sus consejos?

—Señora, con esta ocupación repentina que me ha caído encima, ¿le parece a usted que hay que hacer pocas diligencias para dar los primeros pasos y escribir los primeros autos?

—Dios le dé a usted acierto, señor don Pedro Regalado, para castigar tantos crímenes. Lo que don Narciso ha dicho me ha dejado horripilada. ¡Qué hombres! ¡Qué demonios! Si no los sacan en cueros vivos azotándolos por esas calles, no hay justicia.

—La verdad es que ha sido un descubrimiento—dijo el padre Corchón en actitud de retirarse.

—¿Y no se reza el rosario?—preguntó doña Bernarda, desconsolada al verle partir.

—Por esta noche, no. Pero mañana rezaremos dos. Esto puede hacerse, sobre todo cuando hay asuntos así, tan... Adiós, adiós.

Fuése el padre Corchón, y quedaron solos el petimetre y la que días antes consideraba como su futura suegra. Ambos personajes quedaron muy pensativos un buen rato, y después se miraron; pero la congoja no les permitía decir palabra.

Pluma dirigió al techo los ojos, exhalando un hondo suspiro; doña Bernarda derramó una lágrima y contempló en silencio el elegante corbatín, los rizos, las chorreras, las botas, los sellos del reloj, los anillos y los alfileres del que ya no podía ser su yerno.

CAPITULO VIII

LO QUE CUENTA ALIFONSO Y LO QUE ACONSEJA ULISES

I

La escena que hemos referido es de todo punto necesaria para comprender la impresión que produjeron en Muriel, al volver de Alcalá, las estupendas novedades ocurridas en la casa durante su ausencia de tres días. Llegó por la noche, y al entrar por la calle de Jesús y María siente detrás un pertinaz ceceo; vuelve la cara y ve en la esquina un hombre muy envuelto en su capa, que con la mano le hace señas de acercarse. Se dirige a él y reconoce a Alifonso, a pesar de la consternación y palidez que desfiguraba el semblante del pobre barbero.

—¿Qué hay?—preguntó, comprendiendo que algo grave había pasado.

—No suba usted, señor; no suba usted—dijo con trémula voz el mozo.

—Pues ¿qué ocurre?

—Pueden echarle mano. ¡Oh!, no sé cómo pude escapar.

—¿Y Leonardo?

—Hace dos días que se le han llevado.

—¿Adónde?

—A la Inquisición.

—¡A la Inquisición! ¿Qué has dicho? —exclamó Muriel, creyendo que había oído mal.

—Lo que usted oye. A la Inquisición, al Santo Oficio en su mesma mesmedad.

—¿Qué estás diciendo? Tú estás loco.

—¡Ay, señor; por desgracia estoy despierto! Pero alejémonos de aquí y le contaré a usted todo.

—Pero si esto parece una burla o... Vamos, Alifonso, ¿es esto alguna broma de Leonardo? Tú eres muy travieso.

El barbero se había llevado la mano

a los ojos en ademán de limpiarse algunas lágrimas, y Muriel ya no dudó que la cosa era seria. Alejáronse de allí y fueron a sentarse en el escalón de una de las puertas del cercano convento de la Merced.

—Pues, señor don Martín—dijo Alifonso—, esto es tremendo. Las carnes me tiemblan todavía. Pero yo juro que he de retorcerle el pescuezo a doña Visitación, y que es más tonta que una marmota. No sé cómo no me comí a los alguaciles que fueron allí a prender a mi amo.

—Bien, deja ahora aparte las heroicidades que no has hecho y cuenta bien y con orden—dijo, con la mayor impaciencia, Martín.

—Pues, señor, el martes, que en martes no puede pasar nada bueno, estaba yo poniéndole un botón a la casaca de mi amo; ya le había limpiado las hebillas y tenía enhebrada con la seda la aguja para cogerle a la media ciertas ortografías, cuando llaman a la puerta; miro por el ventanillo y veo unas caras... Aquello me olió mal; pero el amo me mandó que abriera y abrí. Ello es que eran seis, si mal no recuerdo, y dos de ellos traían unas cruces verdes, y todos vestían de negro, de tal modo que me espanté y no supe contestar a sus preguntas. Yo no sé qué respondí; ellos dijeron que yo era un mentiroso, y, a la verdad, así fué, pues no me sacaron el nombre de mi amo, por más que uno de ellos me clavó unos ojazos que me querían comer. Entráronse de rondón todos en la casa, y era cosa de ver cómo andaba la vecindad por la escalera atisbando lo que pasaba, y exclamando las mujeres y los chicos: «¡La Inquisición, la Inquisición en casa de don Leonardo.» Doña Visitación cayó como un saco, y yo, lo confieso, me puse a temblar como si ya sintiera en las espaldas las disciplinas del verdugo. Mi amo no se acobardó, y faltó poco para que la emprendiera a porrazos con toda aquella patulea. Ya usted ve: así de pronto..., con el coraje... Hubiera hecho mal; porque aquéllos son ministros de Dios. Yo soy un buen cristiano, señor don Martín; pero ¿a qué vienen esas cosas de la Inquisición? Es mucho cuento el tal Santo Oficio: que si son herejes, que si no son herejes. ¡Y por eso azotan a la gente!... Y dicen que antes los asaban como si fueran conejos. ¿Verdad, señor, que si no sueltan pronto a mi amo es preciso andar a bofetones con esa gente?..., porque yo tengo un genio...

—¿Y le prendieron?—preguntó Martín, poco atento a las consideraciones de Alifonso sobre el Santo Tribunal.

—¿Que si le prendieron? Aunque hubieran sido dos. Pues digo: iban también por usted. Puede dar gracias a Dios por haberle ocurrido ir a Alcalá; que si está en Madrid me le cogen y de patitas me le zampan en la cárcel.

—Y él, ¿no hizo resistencia?

—¡Quia! Al principio como que quiso..., pues; pero eran muchos los otros y no tuvo más remedio. Le bajaron, le metieron en un coche, y agur. Esto me lo han contado, porque yo, señor, en cuanto vi las cruces verdes, eché a correr y por el desván me salí a los tejados, donde estuve un día y una noche haciendo el gato; y cuando la tocinera de la guardilla se asomaba, tenía necesidad de agazaparme y dar algún maullido para que no me conocieran. En toda la noche tuve el alma en mi almario, y no sé lo que hubiera sido de mí si el del tinte, que vive en la guardilla de la izquierda, no me hubiera dado asilo.

—¿Y se le llevaron?—preguntó otra vez Martín, que en su asombro necesitaba nuevas afirmaciones para creer que aquello no era sueño.

—No, allí le dejaron de muestra—contestó con sorna el barbero—; se le llevaron. La vecindad está toda escandalizada, y ya creo que han gastado tres azumbres de agua bendita en santiguar la casa. Todos andan como moco de pavo, muy devotos y rezones, y esta noche creo que van a hacer un sahumerio de romero bendito y raspaduras de cuerno para limpiar la casa de maleficio.

—Y él, ¿no decía nada?

—Si he de decir la verdad, yo no lo sé, porque me escurrí, como he contado. Pero, según unos, al salir dijo mil blasfemias y cosas malas contra Dios y la Virgen; yo no lo creo, porque el señor es buen cristiano. Según otro, dijo: «Si Martín estuviera aquí...», como dando a entender..., pues. ¡Fuerte cosa ha sido ésta, señor; y cuando considero que mi amo está en un calabozo, comiéndose los codos de hambre!... ¡Pero, ah, la tía Visitación! ¡Que no la vea

yo con coroza por esas calles! Con sus devociones y aquellos singultos que le dan tiene peores entrañas que una hiena. Contaréle a usted lo que ha pasado hoy.

—¿Tú no has vuelto a la casa?

—¿Qué había de volver? Pues bonito está el negocio para meterse allí. Hasta que esto no se aclare no me ven el pelo. De esa gente de las cruces verdes hay que estar a cien leguas. Pues contaré a usted. Hoy han ido esos cafres a tomar declaraciones y a enterarse..., pues... Lo primero que les dijo la perra de doña Visitación fué que era yo el demonio mismo o tenía tratos con él. Riéronse los inquisidores, según me contó la del tinte, que estaba allí; pero la maldita vieja insistió en ello, asegurando que yo andaba siempre manejando lejías y brebajes. Eche usted cuenta...; que yo tenía mil potingues de elixires y drogas, y que una vez había convertido un jamón en violín. ¡Ha visto usted qué tía estropajosa! Dijo también que los tres estábamos toda la noche dando aullidos y cantando cosas malas. De usted no asegura ninguna cosa mala, ni de mi amo tampoco, a no ser aquella de las griterías; pero de mí no quedó peste que no dijo la maldita vieja. Mas llamaron a declarar a las escofieteras: ya usted sabe que el amo tenía mucha broma con el marido de la casada, y que si hubo, que si no hubo aquello de..., déjelo usted estar; lo cierto es que las dos no nos podían ver ni pintados, sobre todo la Teresita, aquella de los ojuelos negros. Dijeron que nosotros éramos gente perdida que teníamos alborotada la vecindad con nuestras maldades y que usted había traído un barco cargado de libros diabólicos y perversos que estaba vendiendo de *ocultis*. Dijeron también que el Jueves Santo por la noche yo había estado bailando, y que mi amo tenía un licor infernal para adormecer a las muchachas. Pero ¿a qué es cansarnos? ¡Fueron tales las iniquidades que aquellas pelanduscas inventaron! ¡Ah!, también se les ocurrió..., las colgaría por el pescuezo en los dos balcones de la casa..., afirmaron que algunas noches sentían en nuestra habitación lamentos de niño y que se horrorizaban todas... ¿Ve usted qué farsa?, y aseguraron que mi amo robaba chicos y les sacaba la sangre para hacer sus brebajes.

Muriel no pudo reprimir una exclamación de horror al oír el relato de las soeces declaraciones de aquella vecindad implacable, enemiga de los pobres vecinos del piso segundo. Estaba absorto ante la novedad de aquel triste suceso que se presentaba con tan graves y alarmantes caracteres, y aún no había en su espíriu la serenidad suficiente para juzgarlo y determinar lo que allí había de monstruoso o ridículo. La Inquisición ha sido siempre una mezcla de lo más horrendo y lo más grotesco, como producto de la perversidad y de la ignorancia.

—¿Y no registraron las habitaciones? —preguntó.

—¡Pues no! La puerta estaba sellada con cera verde; abriéronla y no dejaron cosa alguna en su sitio. Uno hojeaba todos los libros de usted, y después de sacar un apunte de lo que eran, cargaron con ellos, sin dejar una foja. También se llevaron el pedazo de aquella estampa de la Virgen del Sagrario que usted quiso quemar porque era un mamarracho muy feo y no gustaba de ver representada a Nuestra Señora con semejante carátula. Sobre esto me han dicho que hicieron muchos aspavientos los clerizontes. De los papeles no dejaron uno, incluso las cartas de... ¡Pobre señorita Engracia, cómo se quedará cuando sepa tales horrores!... Cuando se echaron a la cara el título de aquella obra que usted leía... ¿Cómo era?... Sí..., escrita por un tal *Chasclás* o *Blaschás*...

—Por el barón de Holbach.

—Eso es, eso; pues uno de ellos lo escupió. Y cuando abrieron otro libro y vieron en la foja..., todo esto me lo ha contado la tintorera, que estaba allí, y no se acordaba de los nombres... Era aquel libro en que yo leía por las noches, cuando estaban fuera..., era una cosa así como don Lamberto.

—Sí, D'Alembert.

—Ese mismo. Pero el que los puso furiosos, tanto que uno de ellos dijo unos latines y hasta dudó el cogerlo en las manos como si le mordiera, fué aquel que a mí me gustaba tanto: aquel que tiene una estampa de un rey a quien le cortan la cabeza con una gran cuchilla que sube y baja...

—En fin—dijo Muriel—, se lo llevaron todo.

—Todo...; no dejaron ni tanto así de

papel. Se llevaron las cartas, los papeles de la renta del amo y aquel legajo que mandaron de su pueblo... Todo, todo, menos la ropa, que tiraron por el suelo después de haber registrado los bolsillos. Doña Visitación la ha guardado toda esta tarde, y yo voy a ver si se la entrega a la del tinte para que nos la dé...

—¿Por qué no vas tú por ella?

—Cepos quedos—contestó Alifonso—. Me parece que estoy viendo todavía las cruces verdes, y, además, yo desconfío de aquella vieja, que es capaz, si me ve entrar, de ponerse a dar gritos en el balcón diciendo: «¡Ya pareció, ya pareció!» Estemos en paz con nuestro pellejo; que más vale pasear por las calles, aunque con miedo, que pudrirse en un calabozo de la Inquisición. Además, yo espero de este modo servir a mi amo..., pues entre los dos... Ya hoy he dado algunos pasos.

—¿Qué has hecho?

—Pues en cuanto supe lo del reconocimiento me eché fuera, y envuelto en mi capa me fuí a casa del abate don Lino Paniagua a contarle lo que pasaba. Pues vea usted, ya me dió alguna esperanza, y me consoló bastante, porque, ¡ay!, ayer tenía el corazón como un puño.

—¿Y qué te dijo ese don Lino?—preguntó Martín con mucha curiosidad.

—Que cuando usted llegara fuese a verle para decirle él lo que tenía que hacer.

—Pues iré esta noche misma, si es preciso.

—Según me dijo, a usted le será fácil conseguir que echen tierra al asunto, porque aunque esos de la Inquisición son gente de malas entrañas, parece que uno del Consejo Supremo es primo de la hermana de la mujer del cuñado o no sé qué de ese señor conde de Cerezo, a quien usted conoce.

—¡Yo!... De Cerezuelo, querrás decir. ¡Pues es buena recomendación la mía para esa gente!—dijo con ironía Martín—. El tal don Lino no sabe lo que dice.

—En fin, él le enterará a usted. ¡Pobre señorito don Leonardo; verse encerrado en una prisión sin haber hecho mal a nadie! Vamos, cuando lo pienso, me dan ganas de berrear como un chiquillo.

—Esta noche misma iré a casa de ese señor Paniagua a ver qué me dice—indicó Martín, levantándose con resolución.

—Mejor es, porque ¿qué se pierde con tomar la cosa con tiempo? Pero mucho cuidado, que si me le echan mano...

Ambos personajes avanzaron juntos a lo largo de la Merced, y hasta la esquina de la calle del Burro, donde vivía el abate, no se separaron. Muriel estaba muy abatido, y Alifonso, por la desgracia, no había dejado de ser charlatán. El primero ya no tenía fuerzas para hacer frente a la desventura, y su desprecio a los acontecimientos se trocaba lentamente en un pavor casi supersticioso, que se acrecentaba a cada nuevo golpe que recibía. Empezaba a creer en una lección providencial, en un castigo tal como nunca su conciencia de filósofo esperó recibirlo, y en su espíritu había, por lo menos, una tregua con la divinidad. Estaba confundido, anonadado. No sabía si seguir despreciando a su época u odiarla con más fuerza, y la sociedad empezaba a parecerle demasiado fuerte para que fuera posible luchar con ella. La corrupción era invencible, porque era a la vez fanática, y parecía más fácil destruir aquella generación que convencerla. Con estos pensamientos, dominado a la vez por la tristeza y el recelo, el corazón desgarrado y el alma escéptica, entró en casa del abate.

II

Grande fué la sorpresa de Martín al ver el extraño traje con que le recibió don Lino Paniagua, el cual, delante de su espejo, mientras un peluquero se ocupaba en dar las últimas pinceladas en su adobado rostro, ofrecía la más extravagante figura. Una gran peluca a lo Luis XIV le cubría la cabeza, arrojando sobre sus hombros exuberante porción de enmarañados rizos, de tan descomunales proporciones, que el rostro del pobre abate aparecía reducido a la mitad de su natural tamaño; un peto escamoso, semejante al que ponen los escultores en el cuerpo de San Miguel, ceñía el suyo, y de la cintura pendía la espada corta y un escudo de cartón dorado con caprichosos signos zodiacales. Calzaba una especie de cotur-

no con hebillas, y la pierna se cubría con media de punto imitando muy imperfectamente la desnudez. De la cara nada hay que decir, pues desaparecía tras una corteza de bermellón y dos enormes rayas negras que hacían el papel de cejas en aquella máscara grotesca. Cuando el protector de los amantes vió entrar a Martín soltó el papel en que leía unos retumbantes endecasílabos y dió rienda suelta a la risa, diciendo:

—¡Ah!, señor don Martín Martínez de Muriel, mi querido amigo: no se maraville usted de verme en este traje. Estoy desconocido, ¿no es verdad?

—Ciertamente, pero ¿estamos en Carnaval?

—¡Oh!, no, señor—contestó el abate, riendo con más fuerza—; pero me veo en un compromiso. He tenido que encargarme del papel de Ulises en la tragedia de *Ifigenia,* que se representa esta noche en casa del marqués de Castro-Limón, porque el señor de Berlanga, que había de desempeñarlo, ha caído anteayer con unas tercianas, y... no he tenido más remedio. Me ha sido preciso aprender el papel en dos días. ¿Qué le parece a usted el traje?

—Está usted hecho un payaso—contestó Martín.

—¿Un payaso, señor don Martín?—dijo Paniagua, riendo, sin la menor señal de agravio—. Es verdad; pero ¿qué quiere usted? Me han obligado. Yo no puedo decir que no. ¿Cómo iba a dejar de representarse la tragedia? Pero ahora caigo en que usted debe venir a... Alifonso me ha contado todo. ¡Pobre Leonardo! ¡Qué desgracia, qué mala suerte!

—Más vale que diga usted: ¡qué iniquidad, qué infamia!

—Sí; pero diré a usted, hay leyes sagradas. ¡Qué se ha de hacer!... Está establecido. Pero ¿qué me dice usted de la peluca? ¿Le parece, por ventura, demasiado grande? ¿Y la espada? ¿No cree usted que un poco más corta sería mejor? Me parece que llevo a la cintura el montante de Diego García de Paredes.

—¿No tenía usted antecedente alguno de esta abominable prisión de Leonardo?—preguntó Muriel, sin cuidarse de la peluca ni de la espada del abate.

—No. ¿Cómo iba yo a saber los secretos del Santo Oficio? Para mejor servicio de la santa fe católica y de la religión, aquel Tribunal obra siempre con el mayor sigilo. A veces, ni los mismos parientes del reo saben su prisión hasta el día del suplicio, sistema admirable a que la Inquisición debe su eficacia.

Martín escuchó en silencio y más meditabundo que irritado la apología de la Inquisición hecha por boca de aquel mamarracho, caricatura física y moral ante la cual se experimentaba un sentimiento que no se sabía si era la compasión o el desprecio.

—Creo—continuó don Lino—que no sería difícil conseguir que ese asunto se acabara pronto, siendo condenado don Leonardo a una pena muy ligera, como azotes, por ejemplo... En el día la Inquisición no es rigurosa. Se los darían en el patio mismo de la cárcel.

—¡Oh!—contestó, irritado, Martín—, en cualquier parte que sea, eso sería una infamia sin igual. Leonardo es inocente.

—Ya lo sé... ¿Quién lo sabe mejor que yo? Pero ¿qué quiere usted? Tal vez pueda conseguirse que sea relajado.

—¿Y qué es eso?

—Que pase al brazo secular porque el delito no sea de los que competen al Santo Oficio. Entonces a fuerza de empeño se puede conseguir que se sobresea y lo despachen pronto; así como dentro de dos años a dos y medio.

—¡Dos años: eso es espantoso! Y siendo inocente... ¡Oh!, don Lino: creo que los que se contentan con maldecir a estos tiempos son despreciables y cobardes. ¿No merecería las bendiciones de los hombres el que tuviera fuerza y valor suficiente para estremecer desde sus cimientos el Estado y la Corona, y toda esta balumba de ignorancia y corrupción?

—Diga usted—preguntó el abate, sin comprender aquellas palabras, que le parecieron una jerigonza—, diga usted, ¿no le parece que esta pantorrilla izquierda tiene poco algodón? Ya se ve, con la prisa... Y de aquí allá creo ha de ajárseme completamente el vestido, aunque ha venido a buscarme la berlina de la casa. He tenido que vestirme en la mía, porque allá no tengo confianza... Como es uno así, personas de cierta edad, y aquellas niñas son tan burlonas... ¡Ay!, esta espada se me traba

en las piernas, y estoy expuesto a dar un costalazo en lo mejor de la tragedia... Pero veo, señor don Martín, que está usted preocupado con el caso de Leonardo y no atiende a lo que le digo. ¿Sabe usted a quién debe dirigirse? ¿Recuerda usted aquella dama con quien usted habló en la Florida, con quien bailó de lo lindo, paseando después por las alamedas?

—Susanita Cerezuelo.

—Justamente; y acá para entre los dos, me pareció que no le miraba a usted con malos ojos, aunque es en extremo insensible y hasta ahora no se le ha conocido pasión ninguna. Puesto que estuvieron ustedes tan amigos aquel día, vaya usted a su casa, háblele...

—Pero qué, ¿esa señora es también inquisidora?—preguntó Martín.

—No, alma de Dios; pero lo es el hermano de la esposa de su tío, don Miguel Enríquez de Cárdenas, en cuya casa vive. El doctor don Tomás de Albarado y Gibraleón es consejero del Supremo de la Inquisición, persona bondadosísima y siempre inclinada a perdonar: es tal su influjo entre los jueces del Santo Oficio y con el inquisidor general, que puede decirse que él hace lo que quiere en cuanto concierne a aquel Santo Tribunal; con esto y con decirle a usted que ama entrañablemente a Susanita y que la mima hasta el punto de otorgarla cuanto ésta le piede, comprenderá usted si hago bien en aconsejarle que dé este paso para conseguir su fin.

—Pero yo no puedo pedir nada a esa familia; yo no puedo entrar en esa casa. Sería para mí la mayor de las humillaciones, y creo que ni aun la consideración de las desventuras de Leonardo me daría fuerzas para doblegarme ante semejante mujer.

—¿Qué dice usted, hombre? ¿Usted está loco?—dijo, con asombro, el abate, apartándose los rizos que, sin cesar, le caían sobre el rostro—. ¿Humillación pedir un favor de esa naturaleza a la más celebrada hermosura de la corte? ¡Pues digo, que charlaron ustedes poco aquel día! Usted es incomprensible, señor don Martín.

Este no quiso explicarle a don Lino las razones en que se fundaba, y guardó silencio.

—Pues le aseguro a usted—prosiguió el abate—que estoy en lo firme al creer que conseguiremos por ese medio ver en libertad al pobre don Leonardo. Vaya —añadió con malignidad—, se viene usted haciendo la mosquita muerta. ¿Si seré yo alguna marmota para no comprender que Susanita le mira a usted con buenos ojos? Vaya usted allá, y después veremos si tengo razón. Es una familia amabilísima, y en cuanto al doctor Albarado, no conozco hombre más excelente. Y ¡cómo quiere a Susanita! Va allá todas las noches; yo también voy y solemos echar un tresillo. Mañana mismo diré a la madamita su pretensión de usted.

—¡Ah!, no—dijo Martín—, no puede ser; yo no puedo ir allá.

—¡Hombre!, no lo entiendo. Usted no sabe el efecto que ha producido, señor don Martín, o si lo sabe lo disimula. No sea usted raro, vaya usted. Si no, hay que resignarse a ver a Leonardo condenado... quién sabe a qué.

—No, de ninguna manera. Esa familia y yo no podemos decirnos una palabra—aseguró Martín con resolución.

—¡Pero yo estoy confuso! ¡Pues poquito se dijeron ustedes en la Florida! Lo que le aconsejo a usted es un medio decisivo. Yo, por mi parte, haré cuanto pueda. Mándeme usted, iremos juntos a todas partes, le llevaré recados. Manaña, no; pero pasado estoy a su disposición. Mañana me es imposible por tener que asistir al funeral del comandante Priego. y también he de ocuparme en buscarle doncella a la condesa de Cintruénigo, que me ha hecho hoy ese encargo, y el de contratarle una media docena de pavos buenos. Además, mañana tengo que poner en limpio el entremés de Trigueros, que ha de estar listo para el sábado... Pasado, pasado estoy a la orden de usted.

—Yo no puedo, no puedo ir a esa casa—dijo otra vez Martín, preocupado siempre con la misma idea.

—¡Pues no ha de ir usted! Yo mismo le llevo, yo mismo. Si usted conociera al doctor Albarado...

—Yo me retiro—dijo Martín repentinamente—, necesito meditar eso; sí, es preciso pensarlo, pensarlo mucho.

—Al fin irá usted. Si no lo hiciera, sería preciso declararle loco rematado... ¡Ah!, señor don Martín—añadió, echándose mano a la cintura—, hágame us-

ted el favor de apretarme esta hebilla. ¡Diablo de espada! Y luego con este pelucón, que no parece sino que llevo tres zaleas en la cabeza...

Apretó Muriel la hebilla con tal fuerza, que el talle del abate quedó reducido a su más pequeña expresión, y aunque en realidad le molestaba sentirse tan fatigado, se olvidó de la mortificación al ver reproducida en el espejo su sutil y esbelta cintura. Gruesas gotas de sudor, producto de la sofocación causada por la peluca, despintaban su rostro; pero él llevaba con paciencia todas estas agonías, regocijándose de antemano con el éxito de su trágica representación. Muriel no creyó conveniente distraerle por más tiempo, y se marchó, dejando al improvisado Ulises completamente dispuesto ya para entrar en escena.

Salió Martín de aquella casa en un estado de agitación indescriptible, conforme a la repulsión y lucha de estas dos proposiciones que se disputaban el dominio de su espíritu. ¿Se humillaría ante la familia de Cerezuelo, solicitando un beneficio de la orgullosa e insolente Susana? ¿Dejaría a Leonardo en poder de los sectarios del Santo Oficio, cuando tal vez podría salvarle con un sacrificio de su amor propio? El trastorno que en su ánimo produjo esta duda espantosa no es para referido. Según él pensaba entonces, no podía ser obra de casual encadenamiento de sucesos los que recientemente ocurrieron; había una lógica tan horrible en ellos, que era preciso creer en la acción deliberada de una vengativa Providencia, constante en el empeño de abatirle más, cuanto él más quería sublimarse. Los agravios recibidos de la familia Cerezuelo; el diálogo con Susana, en que había querido humillarla; la pérdida de su hermano, desamparado por la misma casa; sus provocaciones y arrogancias ante el viejo conde; la prisión de su único amigo y la última fatal coincidencia de que había de arrastrarse a los pies de aquella misma familia maldecida y despreciada para poder salvar a Leonardo, parecían hechos dependientes de un verdadero plan, que algún dedo inescrutable había trazado en el libro de aquella vida turbada por las creencias y por la pasión. Su orgullo debía abatirse; sus ojos, que arrostraban con expresión provocativa la vista de una sociedad tan despreciada, debían cerrarse humildemente, buscando en la lobreguez la única paz posible; debía ser humilde ante los poderosos, aceptar el yugo y gemir en el silencio de su conciencia, sin proferir una queja eterna ni vanagloriarse con la intención de destruir un mundo en que no se veían más que defectos.

En este angustioso estado de espíritu vagó por las calles, sin saber qué camino tomaba ni cuidarse del sitio, aún desconocido, en que había de pasar la noche. Su pensamiento se elevaba a Dios, fuente de justicia, procurando desprenderse de sus odios y preocupaciones para ver si, espiritualizando en la comunicación con lo alto, adquiría la certidumbre de que era un loco extraviado por la lectura de libros malos o el trato de hombres perversos. Pero ni esta certidumbre ni ninguna otra puso paz en su ánimo, y siguió dudando si continuar enorgullecido de la superioridad moral que sentía en sí respeto de su época, o si abdicar la mejor parte de su carácter poniéndose al nivel de las gentes que en torno suyo veía sin cesar. Por fin, después de dar mil vueltas, el cansancio físico se sobrepuso en él a la fatiga mental, y se ocupó en buscar un sitio donde pasar la noche, puesto que no debía ir a su casa. La única persona que podría darle un asilo era el señor de Rotondo, y allá se dirigió, no sin repugnancia, pues no había simpatizado con aquel personaje. Este le recibió con los brazos abiertos, diciéndole estas palabras, que preocuparon al joven toda la noche:

—¡Ah! señor don Martín: ya sabía yo que había de venir a parar a esta casa.

Lo que los dos se dijeron después, y lo que hizo Martín al siguiente día, lo sabrá el lector en los siguientes capítulos. Martín se acostó en un mal cuarto, donde había arreglado la vieja intendente de aquel vetusto y triste edificio un abominable camastrón. No le fué posible pegar los ojos hasta el amanecer, y su martirio fué grande no sólo porque la excitación mental le impedía dormir, sino porque contribuyeron a aumentar su doloroso y febril insomnio los desaforados gritos del pobre La Zarza, que en la habitación contigua

exclamaba sin cesar: «¡Robespierre, Robespierre, no haya piedad!... ¡Todos a la guillotina!... ¡Aún faltan muchos: valor!... ¡Pérfidos aristócratas, infames vendeanos, enemigos de la civilización: preparad vuestras cabezas!... Temblad, tiranos: vuestra hora ha llegado!... ¡Robespierre, Robespierre: la infamia de tantos siglos no se la lava sino con sangre!»

CAPITULO IX

EL LEÓN DOMADO

I

Susana no había podido, a pesar de su carácter dominador y absorbente, trocar las antiguas, venerandas e invariables prácticas de la casa en que vivía, que era la de su tío don Miguel de Cárdenas y Ossorio. Conspiró la joven mucho tiempo para hacer variar las horas de comer y las del rosario, lo mismo que para destruir ciertas preocupaciones y rancias costumbres que, según ella decía, quitaban todo su brillo a los saraos. Consistían estas antiguallas en no dar al uso de las bujías la importancia que merecían, prefiriendo los viejos hachones de cera y resistiéndose a trocar las lámparas históricas por los modernos y recién propagados quinqués. También había hecho esfuerzos para poner en la sala algunas cornucopias que cubrieran las vergonzantes fealdades de unos tapices que habían presenciado el paso de diez generaciones, y asimismo quiso sustituir el clave imperfecto y discordante que sus antepasados adquirieron en tiempo de Juan Bautista Lulli, cuando menos por un *forte-piano,* admirable en las labores de la caja, encantador en sus sonidos, joya instrumental y artística, digna de las manos y del espíritu de Beethoven. En esto triunfó Susana, mas no en relegar la guitarra a completo olvido, como pretendía, llevada de su amor a la etiqueta. La guitarra siguió animando con sus rasgueos picantes y su dulce somnolencia las tertulias de la casa, donde se bostezaba de lo lindo, a causa de no poderse dar entrada franca a elementos de distracción.

Los dueños tenían en esto un rigor extremo, y el estrado de tan venerada mansión no se abría sino a personas incurablemente serias, a damas de la estofa cancilleresca de doña Antonia de Gibraleón y a señores procedentes del Consejo y Cámara de Castilla, de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, de la Contaduría de Penas de Cámara, del Consejo de Ordenes o de las Indias, de la Rota o de cualquiera de aquellos panteones administrativos que hacían las delicias del siglo XVIII. Por las noches, al ver entrar con solemne y acompasado andar aquellas estiradas figuras, cuyos semblantes parecían más graves sombreados por las alas de pichón de sus disformes pelucas, un observador de nuestra época hubiera creído asistir al desfile del Estado en el antiguo régimen. La conversación correspondía a los personajes, y aunque las damas, a excepción de la diplomática, se aburrían bastante, ellos pasaban tan entretenidos las largas horas de la tertulia, que, al llegar las diez, hora de romper filas, exclamaban a una voz: «¡Qué temprano!», si bien la costumbre era más poderosa que nada, y envolviéndose en sus capas salían precedidos del paje y la linterna en dirección a sus casas.

No se permitía más desahogo literario que alguna lucubración pastoril de Pepita Sanahuja, considerada como verdadero portento de precocidad y de ingenio. De entremeses ni representaciones no había que hablar, porque tal cosa no era consentida en tan augustos recintos, y sólo alguna canción, acompañada al clave o a la guitarra, podía tolerarse, con previa censura, y después de ser amonestado el Orfeo para hacerlo en voz baja y con muy recatados ademanes. En el ramo de refrescos la sobriedad era tal como correspondía a estómagos que por su edad no debían ser cargados con excesivo material, y, por tanto, el bolsillo del señor Enríquez de Cárdenas no sufría grandes expoliaciones con esta partida del presupuesto señoril. No se escatimaba el chocolate ni los azucarillos, pero si se quería pasar de ahí, si se le antojaba a cualquier estómago el recreo de alguna magra o de algún pastel sustancioso, los Enríquez de Cárdenas no tenían nada de Lúculos y cerraban las despensas con cien llaves. Verdad es que los tertulianos eran tan sobrios como los amos de la casa,

y ninguno se hubiera permitido desordenados apetitos.

Uno de los principales y más asiduos sostenedores de la tertulia era el doctor Albarado y Gibraleón, hermano de la señora, persona de ilimitada bondad y tan discreto y sensible a la vez que su cargo de inquisidor general era en él un horroroso contrasentido. Su amor por Susana, a quien había mimado desde niña con la flaqueza y cariño paternal de un abuelo, era delirio. Persona grave y de austeras costumbres, el doctor tenía, especialmente con su idolatrada Susanilla, todas las expansiones de la más franca y generosa confianza. Cuanto la joven decía, él lo encontraba bien; sus rasgos de soberbia le encantaban y en su presencia era preciso tenerla contenta, so pena de incurrir en el desagrado del señor inquisidor general. Ella, por su parte, si con alguien era condescendiente y suave, era con el *abuelo*, como le llamaba de ordinario, y en la tertulia las gracias de uno, las mimosas respuestas de la otra eran lo único que, por lo general, desentonaba la soporífera armonía de la conversación.

Hemos creído necesario dar esta breve noticia de la vida interior de la casa antes de referir los singulares e imprevistos acontecimientos que van a resultar de la entrevista de Muriel con Susanita, determinación que tomó el joven al fin, después de meditarlo mucho y calurosamente incitado a ello por don Buenaventura Rotondo.

II

—No podía usted haber ideado cosa mejor—le decía éste al siguiente día, cuando el joven se levantó, después de un breve y agitado sueño—. Es el mejor camino. Si por la intercesión de Susanita no consigue usted nada, ese amigo de usted se pudrirá en su calabozo, sin que nadie le ampare. Yo conozco mucho a su familia, y el inquisidor es tan amigo mío, que no pienso tenerlo más íntimo en ninguna parte.

—Pues ¿por qué no le habla usted? —dijo Martín—. Yo le quedaré eternamente agradecido.

—¡Ah! No es fácil abordar al doctor don Tomás de Albarado. Sólo una persona tiene el privilegio de excitar la indulgencia del inquisidor hasta el punto de obligarle a arrancar a un reo de las garras del Santo Oficio. Háblele usted mismo a ella..., nada más que a ella.

—Pero ya ve usted las razones que tengo—dijo Muriel, que ya había contado a su interlocutor lo que saben nuestros lectores.

—Eso no importa, amigo mío. Es preciso doblegarse, transigir, y mucho más cuando está de por medio la libertad de su amiguito.

—¿Pero no comprende usted que esa mujer ni siquiera se dignará recibirme? Me hará apalear por los lacayos desde que ponga los pies en su casa. ¿No recuerda usted lo que acabo de contarle..., la escena en la Florida?

—¡Qué tontería! Si usted la humilló entonces, es necesario abatirse, llegar, pedirle perdón...

—¡Yo perdón!—contestó Martín con energía—. Eso, de ninguna manera. Lo más que puedo hacer es exponerle mi petición de un modo respetuoso, y nada más.

—Es usted lo más raro... ¡Pero qué orgullo..., qué...! Es preciso, amigo, aceptar las cosas como las encontramos. Usted no es ningún potentado; usted no puede hacer nada por sí solo en el mundo; usted tiene que humillarse, buscando el arrimo de los poderosos. Yo no me explico semejante orgullo, ni aun tratándose de quien quiere remover la sociedad. Pues digo, hasta en eso no se digna usted descender de las alturas, y cree que cuantos aspiran a fines parecidos no saben lo que hacen.

Sea que Muriel encontrara algo de justo en esta reprensión, sea que le infundiera más bien desprecio que asentimiento, lo cierto es que no contestó a ella, y permaneció con los ojos fijos en el suelo, meditando, sin duda, aquel grave caso.

—No tiene usted nada que pensar —continuó don Buenaventura, cuyo empeño en decidir a Muriel era tan oficioso que llamó la atención de éste—. No tiene que pensar más en ello, sino resolverse, e ir. Yo le aseguro a usted —añadió en tono de profunda convicción—que será bien recibido. No tema usted nada.

—¡Bien recibido! Eso no puede ser. Creo que de ninguno harán menos caso

que de mí en tal asunto. Esa gente me detesta; a ella, sobre todo, debo de inspirarle una repugnancia inaudita.

—La mujer es voluble y tornadiza. Hoy ama lo que ayer aborrecía, y mañana desprecia lo que le ha gustado hoy.

—No crea usted; a mí me importa poco ser despreciado o no por esa gente. Lo que no quiero es humillarme, cuando en el fondo de mi corazón los considero tan indignos y pequeños, a pesar de su posición social. Mi mayor gloria es confundirlos con una palabra, avergonzarlos y deprimirlos. Después de lo que ha pasado, prosternarme ante la grandeza que yo me he complacido en pisotear, me parece la mayor desgracia que pudiera ocurrirme. ¡Si me parece que de este modo les perdono todas sus crueldades! ¡Oh! Mi padre muerto, mi hermanito errante y abandonado por los caminos, son recuerdos que equivaldrán para mí a un remordimiento constante si doy este paso.

—¡Preocupaciones ridículas! Si usted no lo hace, el recuerdo de su amigo don Leonardo será un remordimiento peor, porque vive, si estar en manos de la Inquisición es vivir, y usted puede librarle de una muerte deshonrosa.

—Pues bien: puesto que no hay otro remedio, iré. Me humillaré, le pediré perdón. ¡Oh! Es terrible—añadió con cierta expresión de sentimiento—. Si me concede lo que pido, tendré..., tendré que agradecerle...

—Es usted atroz—contestó, riendo, el señor don Buenaventura—. Le espanta la idea de tener que renunciar a sus rencores, ¡de tal modo se han infiltrado en su naturaleza!

—Voy, no hay más remedio. Lo único que temo es que mi impetuosidad no me impida ser todo lo humilde que conviene delante de esa tiranuela.

Ya no cambió de propósito. La situación de Leonardo exigía aquella humillación, y era preciso pasar por ella. Preocupábale a Muriel la insistencia de Rotondo en decidirle, y mucho más las reticencias y frases con que mostró tener seguridad de que el joven sería bien recibido. Don Buenaventura tenía conocimiento con aquella familia. ¿En qué consistía que le impulsaba hacia ella con tanto empeño? Muriel, que no carecía de astucia, comprendió que no era Rotondo de los que dan paso alguno en la vida sin un fin meditado. «Pero ¿a qué pensar en esto?—decía Martín—. ¡Lo mejor es esperar a que los acontecimientos lo expliquen!»

Salió de la calle de San Opropio y fué a la casa del abate, a quien encontró en la cama muy dolorido y cabizbajo. El infeliz había sufrido una violenta caída en el escenario de la casa de Castro-Limón, a consecuencia de habérsele trabado en las piernas el temido acero del prudente Ulises en los momentos en que entraba a toda prisa para decir a Agamenón:

Calma tu furia, valeroso Atrida.

Al caer, un grueso alambre del casco de cartón que puesto llevaba se le clavó en la frente, produciéndole una lesión entre rasguño y herida, de la cual le manó mucha sangre toda la noche. Las risas de los espectadores fueron tales, que hubo necesidad de suspender la representación, la cual siguió más tarde sin Ulises, con gran descontento de los improvisados cómicos.

—Tengo que darle a usted una buena noticia—dijo, con quejumbroso acento, don Lino al ver entrar a Martín.

—¿Qué?

—Empezaremos por el principio. Hay noches funestas, amigo mío, y la pasada lo fué para mí en grado extremo. ¡Qué bochorno! Yo sabía tan bien mi papel... Y no estaba mal vestido, ¿no es verdad, don Martín? Pero aquella maldita espada..., ya recordará usted que se lo dije.

—Pero ¿qué buena noticia es esa que usted me iba a dar?—preguntó Muriel, impaciente.

—¡Pues es nada! Anoché estaba Susanita en casa de Castro-Limón, y le dije que le iba usted a pedir un favor.

—Y ¿qué dijo?

—Lo que yo me figuraba.

—¿Me recibirá?

—¡Toma! ¿Pues no ha de recibirle? Se mostró muy sorprendida al principio y no me contestó palabra. Eso fué antes de sucederme el percance. ¡Ah, qué vergüenza! ¡Caer en medio de la escena como un costal! ¡Si viera usted cómo se reía aquella gente! Yo, que entraba tan entusiasamado en compañía de Epiphile, diciendo... No me quiero acordar.

—¿Conque no contestó?—preguntó el joven, sin cuidarse de la caída de Ulises.

—No; tanto, que pensé que aquello la había disgustado; pero verá usted lo que pasó después... Yo me fuí al escenario... Aquellos malditos borceguíes tienen unos tacones tan altos, que no sé cómo me tenía en pie.

—¿Qué fué lo que pasó después—dijo Martín, contrariado por las prolijas consideraciones que hacía Paniagua sobre su porrazo.

—Las damas que allí había me curaron la herida de la cabeza, mas no la contusión de la pierna, que es algo más grave. Ellas, las muy tunantas, se reían a costa de mi sangre y de mi vergüenza; pero ¡qué bien me cuidaron! Figúrese usted, señor don Martín, un perchazo dado de improviso, sin que hallara a mano cosa alguna en que agarrarme... Susto mayor...

—¿Pero no me saca usted de dudas?

—Sí. Pues es el caso que yo, viendo que no me había contestado, no la hablé más del asunto. Luego, con mi caída, maldito lo que me acordaba de usted y del pobre don Leonardo. Pero, al salir, siento que me tiran del faldellín de mi vestido. Vuelvo la cara y veo a Susanita, que me dice muy vivamente: «Diga usted a ese joven que estoy pronta a recibirle, y que él se servirá enterarme de lo que pretende...» Pues... ni fué más ni menos.

Grande asombro causó esto a Martín, y se inclinaba a creer que don Lino no era hombre del todo veraz, o que con la sangre salida de la cabeza se le había debilitado el cerebro hasta el punto de hacerle entender las cosas al revés. Ya empezaba la curiosidad a estimularle demasiado, y así, sin pensarlo más, y resuelto, al fin, a consumar su temida y necesaria humillación, se dirigió a casa de don Miguel de Cárdenas y Ossorio.

III

Por más que Muriel, después de aquellos sucesos, asegurara que la presencia de Susanita no le había producido efecto alguno en aquel memorable día, nos permitiremos dudarlo. Era hombre veraz, ciertamente; pero su apasionado y vehemente carácter le hacía equivocarse con frecuencia, y más que nada en lo referente a sí mismo. Las preocupaciones y los inveterados resentimientos le cegaban hasta el punto de no ver lo que pasaba en su corazón. No es posible, por tanto, que Susana dejara de producirle fuerte impresión, algo más que de sorpresa, porque los artificios de tocador, la hábil colocación de los adornos y el lujo y belleza de las prendas de vestir daban tan vivo realce a su natural hermosura, que sólo la gazmoñería o la falta de todo sentido artístico podían permanecer insensibles en su presencia. Tenía el privilegio, concedido sólo a rarísimos ejemplares del sexo femenino, de hacer elegante y airoso cuanto se ponía, a diferencia de las que reciben cierto encanto, más ficticio que real de una flor, de una cinta o de un encaje. Cuanto en su cabeza o en su cuerpo servía de adorno estaba bien. «¡Qué bonito lazo, qué bonito *pitibú!*», decían sus amigas, contemplándola, y las muy tontas no comprendían que aquello era bonito porque ella lo llevaba. Los privilegiados organismos en cuya imaginación tienen su origen las caprichosas modas que tan por lo serio toma la desocupada Humanidad, suelen arrojar a los talleres mil formas extravagantes, ya en sombreros, ya en trajes, que, no por ser adoptadas, dejan de parecer perfectamente absurdas. Muchas que imitaron a Susanita salieron a la calle hechas unos mamarrachos. ¡Y ella estaba tan bien con aquello mismo que afeaba a las otras! Nada que estuviera en su cuerpo podía ser ridículo.

Aquel día deslumbraba. Su traje era una hábil transacción entre la usanza española, algo en decadencia ya en las clases altas, y la moda francesa, que, bajo la influencia del Imperio, quería, como Bonaparte, afectar las formas de la estatuaria antigua. Goya nos ha dejado inimitables muestras de esta combinación, que permitía a ciertas ilustres damas tener la esbelta gravedad de las diosas, sin perder la arrogante desenvoltura de las majas. Si en aquella época las señoras de alta jerarquía hubieran ya inventado los amagos de jaqueca para dar a sus personas una expresión de elegante malestar, de interesante abandono, para espiritualizarse con la voluptuosidad del dolor, Susanita hubiera tenido síntomas y vislumbres de jaqueca en aquel día. Fuera que su ge-

nio precoz se adelantara a su época en la adopción de este hermoso mal, fuera que se sintiese atacada de los vapores que eran el recurso de su tiempo, lo cierto es que ella tenía cierto decaimiento perezoso, como si sus nervios, fatigados después de larga excitación, juguetearan por todo el cuerpo, produciéndole, en su incesante cosquilleo, a la vez, dolor y placer.

A su lado estaban, gravemente sentados, el señor don Miguel Enríquez de Cárdenas y su digna esposa, doña Juana de Albarado: el primero, con la cabeza inclinada y en ademán meditabundo, como de costumbre; la segunda, tan arrogante y cuellierguida como siempre, y respirando con tal aire de insolencia, que parecía no querer dejar aire para los demás. Martín entró, guiado por un paje, y después de saludarlos con el mayor respeto a larga distancia, se sentó obedeciendo a una señal que, no acompañada de palabra alguna, le hizo el señor don Miguel. Los tres personajes le miraron como se mira a una cosa rara, y aguardaron a que él rompiera la palabra.

—Ya creo que sabe usted a lo que vengo—dijo Martín, dirigiéndose a Susana, esforzándose en tomar el tono más conveniente—. Un amigo mío le ha informado a usted del favor que tengo la honra de pedirle...

Susanita no expresó en su semblante ni sorpresa, ni alegría, ni pesadumbre, ni nada. Sin hacer el menor gesto, y hasta casi sin mover los labios, dijo:

—Sí.

—Un amigo mío, que no ha cometido delito alguno ni aun la falta más ligera, ha sido preso por el Santo Oficio. Solo, sin familia, sin amigos poderosos, el infeliz está expuesto a perecer deshonrado en un calabozo, si alguien no se apiada de él y logra ablandar a sus perseguidores. Esto es una cosa que subleva, y nadie puede permanecer impasible ante maldad semejante...

Muriel se detuvo, comprendiendo que se había excedido un poco; y, efectivamente, cierto gesto casi imperceptible de don Miguel así lo manifestaba.

—A todos los que han servido en casa hemos favorecido cuanto nos ha sido posible—contestó Susana, sin dejar su gravedad—. Yo haré por ese joven lo que pueda, atendiendo a que tiene empeño en ello una persona que nos ha servido, aunque mal.

Muriel iba a contestar; pero hizo un esfuerzo y calló, bajando la vista como en señal de asentimiento.

—¿Este señor ha servido en tu casa? —preguntó doña Juana con cierto desdén.

—El, no; pero su padre, sí. Usted habrá oído hablar de don Pablo Muriel, el que administraba los estados de Andalucía.

—¡Ah!—exclamó la vieja—. Aquel de quien decía... ¡Qué horror!

—Tía, no hable usted de ese asunto delante de este caballero, que es su hijo.

Martín hizo otro esfuerzo, y calló.

—Pero nosotros—continuó la joven—perdonamos todas las ofensas, y...

—Sí—dijo Martín, interrumpiéndola y en tono de amarga, aunque muy fina, ironía—. Ustedes perdonan todas las ofensas.

—Y procuramos siempre que las personas que nos han servido no puedan nunca quejarse de nosotros.

—Así es; por eso todos colman de bendiciones lo mismo esta casa que la de mi señor cuñado el conde—dijo doña Juana, que no podía estar mucho tiempo sin meter su cucharada.

—Por tanto—continuó Susana—, a pesar de los agravios recibidos, yo haré lo posible por lograr lo que usted desea, puesto que nos lo pide con tanta humildad. ¿No es eso?

—Sí, señora—dijo Martín, empezando a sentirse débil.

—Si no fuera así, si usted se acercara a nosotros con arrogancia—continuó la dama—, seríamos más severos. Pero ya se ve. Los que por mucho tiempo han estado al arrimo de una casa no es fácil pierdan el afecto a sus amos, y, aunque cometan faltas que merezcan reprobación, aquellos siempre son indulgentes. Nosotros hemos sido indulgentes con ustedes, ¿no es cierto?

Martín, con gran asombro de doña Juana, no contestó nada, y se notaba que hacía grandes esfuerzos para seguir callado. Susana le tenía como cogido en una trampa y le azotaba con crueldad inaudita. Lo peor era que él, a pesar de la impetuosidad de su carácter, sentía el látigo y no se atrevía a proferir una queja. La gravedad de los dos personajes, la entereza y majestuosa sober-

bia de la dama, hasta su misma hermosura, influyeron en el repentino encogimiento de su ánimo, más bien fascinado que vencido.

—Grandes favores han recibido ustedes de nosotros—continuó Susana—, favores no siempre agradecidos como debieron ser; pero puesto que usted conserva algún cariño hacia la casa..., yo haré lo posible porque su amigo sea puesto en libertad.

—Usted hará todo lo posible para que mi amigo sea puesto en libertad...—dijo Muriel, repitiendo esta favorable promesa para disculparse a sí mismo de la tolerancia que había tenido con las anteriores frases de Susanita.

—Sí, lo haré—repuso ésta.

—Pero di, Susana—preguntó repentinamente y como asaltada de un penoso recuerdo doña Juana—, ¿es éste el caballero que dijo tantos despropósitos el otro día en la Florida? ¿Este es el de que tú nos hablaste?

Tan intempestiva pregunta parecía como que iba a despertar a Martín del letargoso estupor en que Susanita le tenía sumergido. Iba a recobrar la plenitud de las particulares calidades de su carácter, cuando la dama dió un giro muy distinto a la cuestión, diciendo con mal humor:

—No, tía; éste no es. Siempre ha de entender usted las cosas al revés.

Callóse doña Juana, y su augusto esposo, que no decía una palabra, clavó los ojos en su bella sobrina con tal expresión de asombro, que no hubiera pasado inadvertido ante Muriel, si éste no estuviera muy atento a otra cosa que a la apergaminada y rugosa cara del señor don Miguel de Cárdenas y Ossorio.

—Aquel de quien hablé a usted era otro, y por cierto que no he visto nada más desvergonzado — exclamó Susana con repentino y artificioso reír—. ¡Qué procacidad! Es que hay hombres tan despreciables que no sé cómo se los tolera en contacto con personas *de etiqueta* y delicadeza. Aquel era un hombre que en seguida revelaba la bajeza de su condición. Las almas rastreras y mezquinas no nacen nunca en altas regiones.

—Pues si es como tú me contaste—dijo doña Juana—, aquel hombre debiera estar a la sombra.

—¡Ya lo creo!—contestó la de Cerezuelo, mirando a Martín— No he oído nada igual. ¡Qué modo de insultar a la religión, a la nobleza, a los reyes, a lo que hay de más sagrado y venerable en el mundo! Verdad es que de personas tan soeces y viles, ¿qué se puede esperar?... ¡Ah, cómo habló aquel hombre! Todos nos quedamos asombrados y confundidos. Eso tiene el haber permitido a don Lino que nos presentara a dos desconocidos. No sabe uno con quién se junta.

—Pues yo..., sin duda, estaba preocupada—dijo doña Juana—; había entendido que este caballero era el que estuvo el otro día en la Florida. Por eso te reprendí cuando me dijiste que le ibas a recibir.

—Usted todo lo equivoca—repitió, con mal humor, Susana—. ¿Le parece a usted bien que yo podía recibir...?

—Y ese hombre—preguntó Martín, con perfecta calma aparente—, ¿estuvo con usted en la Florida en alguna fiesta de campo?

—Sí—contestó Susana, también muy serena—, y alternábamos con él, creyendo que era persona...

—¡Qué atrocidad!—exclamó Martín.

—Figúrege usted—dijo doña Juana—que a lo mejor empezó a soltar mil herejías por aquella boca, y qué sé yo... ¿No dijiste, Susana, que hasta llegó a insultar?... ¡Gentuza! Perdone usted, caballero, que por un momento equivocadamente supusiera...

—Es mucho atrevimiento—dijo Martín, mirando fijamente a Susana—. Hay gentes tan audaces y desvergonzadas, que debieran perecer para mayor desahogo de la gente delicada y fina. ¡Y ustedes no conocieron que estaban en compañía de un farsante hasta que no echó sapos y culebras por aquella boca! ¡Qué bochornosa coincidencia! Y tal vez bailaría con alguna, con usted misma, sin que usted supiera...

Susana no tuvo otro remedio que aguantar esta saeta, porque, de contestar a la encubierta y delicada insolencia de Martín, hubiera tenido que dejar a un lado el papel que estaba representando. Calló e hizo uno de esos gestos que ni afirman ni niegan, y que nos sirven para contestar de un modo ambiguo a toda pregunta importuna que nos coge desprevenidos.

—Pues puede usted ir seguro de que haremos todo lo que podamos en favor

de su amiguito—dijo doña Juana, indicando a Muriel con esta fórmula que la visita había llegado al límite marcado por las prácticas sociales y que debía retirarse.

—Sin embargo—dijo Susana, que, sin duda, quería vengarse de lo del baile—, no puede decirse que sea seguro, porque no sé yo si el abuelo querrá...

—Yo tengo entendido—dijo el joven—que no sabe negar cosa alguna que usted le pida.

—Según lo que sea. La falta de su amiguito puede ser de tal naturaleza...

—El no ha cometido falta ninguna, señora: como otros muchos, ha caído inocente en las garras de la Justicia.

—De todos modos—añadió Susana. complaciéndose en jugar con los sentimientos de Martín—, no puede haber seguridad. Aquí se hará cuanto se pueda... Veremos, vuelva usted.

Al decir *vuelva usted*, la hija del conde de Cerezuelo miró al techo, como si quisiera poner la expresión de sus ojos a salvo de la curiosidad de su tío. Este no cesaba de mirarla, atento a sus movimientos como a sus palabras, y no tomaba parte alguna en el diálogo si no era para asentir, moviendo la cabeza a todas las sandeces que su esposa, doña Juana, profería.

—Bien, señora—dijo Martín—, yo volveré. Espero que no olvidará usted mi pretensión y confío en sus buenos sentimientos. Ya tenía yo noticia de su condición suave y caritativa; ya me habían enterado de la verdad y ternura de su corazón: me consideraré feliz si ahora, con esta impertinente demanda mía, le proporciona ocasión de mostrar, una vez más, tan hermosas cualidades.

En estas palabras, la sutil ironía del acento escapó a la obtusa penetración de doña Juana; mas no pasó inadvertida para Susana, que se puso muy seria y saludó con la cabeza a Martín, el cual ya se había levantado y se inclinaba ante los tres personajes con una pro funda y afectada reverencia.

Salió el joven de la sala asombrado y confuso de tan rara entrevista; mas no quiso el cielo que se marchara sin recibir en aquella casa nuevas y más singulares impresiones, y éstas se las deparó el señor don Miguel Enríquez de Cárdenas. Iba Martín cercano a la escalera, cuando sintió pasos algo quedos y un ceceo no muy claro. Volvióse y vió a dicho señor, que, parado junto a una puerta, con la mano puesta en la llave, le hacía señas de acercarse. Hízolo así, y ambos entraron en un despacho, donde don Miguel, en extremo obsequioso y con una oficiosidad galante que Martín hasta entonces no había visto en él, le mandó sentarse sin cumplimiento alguno. Sentóse Martín, el señor cerró la puerta y vino a ponerse a su lado.

IV

Aquél era día de sorpresas. La benevolencia relativa con que le habían recibido; la nueva y desconocida fase del carácter de Susana, a quien en la Florida no había conocido sino de un modo muy incompleto; el misterio de su repentina protección, que podía ser obra de refinada astucia, tal vez de una burla, y quién sabe si de otra inexplicable cosa, y, por último, la improvisada cortesía de aquel hombre, que simulaba tener que hablarle de un grave asunto —¿cuál?—, todos estos hechos imprevistos eran suficientes a confundir al más sereno, y Muriel era hombre que se impresionaba pronto y siempre fuertemente, por lo cual sus creencias, sus sentimientos y hasta su carácter sufrían grandes oscilaciones.

—Perdone usted que le detenga—dijo don Miguel—; pero no quiero que se vaya usted de mi casa sin que hablemos un poco. Aquí estamos solos.

—Usted dirá.

—Ya tengo noticias de usted—añadió el viejo con artificiosa sonrisa—. Todas las personas de talento me son simpáticas. Pero ve usted la taimada de mi sobrina... ¿Pues no negó que fuese usted el que el otro día estuvo en la Florida?

—Sí..., sí...

—Ella quiso evitarle a usted un sonrojo. ¡Qué tontería! Como estaba mi esposa delante, y ésta tiene ciertas ideas... Por mi parte..., a mí no me asustan esas cosas. Mi sobrina ha estado en extremo cariñosa con usted. Yo estaba asombrado. Pero dígame usted, señor don Martín, ¿cómo van sus cosas? Porque yo sé que usted tiene proyectos; usted, que se eleva a tanta altura sobre el común de las gentes, aspira a ver realizadas sus ideas, sus grandes ideas,

sí. A mí me gusta el arrojo de los jóvenes que quieren ver transformada esta sociedad..., y eso es indudable, señor don Martín, esa sociedad ha de volverse patas arriba.

Martín no sabía qué contestar a tan apremiantes razones. La sorpresa, primero, y cierta desconfianza, después, le impidieron ser tan expansivo como su interlocutor. ¿De dónde le conocía aquel hombre? ¿Cuál era el secreto de aquella repentina y calurosa simpatía que le mostraba? Indudablemente, allí había algo.

—En fin, señor don Martín—continuó don Miguel—, yo tendré mucho gusto en hablar con usted de este y otros asuntos. Usted no será hoy muy explícito conmigo, porque no me conoce; pero ya nos veremos. Venga usted a mi casa cuando guste, pues yo me honro recibiendo en ella a personas de tanto mérito..., mérito desconocido y oscuro que es preciso sacar a luz. Usted es digno del aprecio de las gentes. ¡Cuántas injusticias se ven en el mundo! ¿No es verdad, señor don Martín? Venga usted por aquí. Olvide usted los resentimientos que pueda guardar a mi señor hermano; él es raro; yo sé que en el asunto de don Pablo ha habido muchas intrigas... En fin, eso pasó...

—Y ha habido también injusticias—dijo Martín.

—Susana no participa de ninguna prevención contra ustedes. ¡Si viera usted qué empeñada está en sacar en bien a ese señor, su amigo, que está preso en el Santo Oficio!

—Será muy grande mi agradecimiento —dijo Martín, que no se dejaba seducir por la inesperada verbosidad del señor Enríquez de Cárdenas.

—Pero ¿no me dice usted nada de sus proyectos?—volvió a decir éste, cada vez más empeñado en entablar un diálogo político.

—Yo no tengo proyecto alguno—contestó el poven, deseoso de apagar el ardor de don Miguel.

—Sus aspiraciones, quiero decir... Yo, acá para los dos, pienso como usted acerca de ciertas cosas que hay que hacer aquí; sólo que yo no tengo talento ni puedo exponerlo con la elocuencia que usted, porque usted es elocuente, señor don Martín.

—Sin duda, le han informado a usted mal acerca de mis merecimientos; yo soy un hombre aficionado al estudio y sin otra calidad que un deseo muy vivo de ver realizados el bien y la justicia en todas partes.

—Bien, bien; eso mismo digo yo. Me parece que a usted le están reservados días de gloria en nuestra patria. El principal mérito de usted, según tengo entendido, consiste en su resolución para llevar adelante cualquiera atrevida empresa.

—No creo ser débil—contestó Martín—; pero ningún deber honroso me puede ser impuesto que yo no cumpla.

—Así es: constancia, tesón, firmeza. ¡Pero qué corrompida sociedad ésta, señor don Martín! ¿No la detesta usted?

—Sí, la abomino, Dichosos los que nazcan cuando esté purificada.

—Manos a la obra, amigo mío—dijo Enríquez con una decisión que en tal persona tenía mucho de cómica.

—¿Manos a qué?—preguntó Muriel.

—Pues es preciso reformar, a ello; yo veo en usted uno de aquellos caracteres firmes destinados a simbolizar un gran acontecimiento. Animo, pues.

A pesar de sentirse tan vivamente adulado, Martín no las tenía todas consigo. Aquel extemporáneo entusiasmo de su nuevo amigo le parecía en extremo falaz.

—Yo no pienso hacer otra cosa sino estar siempre en mi puesto y cumplir con mi deber—dijo.

—Pero cuando su puesto es delante, a la cabeza; cuando es usted llamado a dar la primera voz... En fin, nosotros hablaremos de estas cosas. Venga usted a mi casa, y... le recomiendo la reserva cuando estén delante otras personas..., porque no conviene. Creo que ciertas cosas que ponga yo en su conocimiento le han de agradar.

—Me honrará mucho la confianza de usted—dijo Martín, escrutando con escrupulosidad un tanto insolente la persona y fisinomía del hermano de Cerezuelo, como queriendo sondar su carácter o buscar en lo exterior algún dato con que explicarse lo que era aquel hombre.

—Aquí, señor don Martín, vienen muchos personajes importantes de esta corte. Yo quiero que usted los trate; pero cuidado: no conviene extralimitarse ni hablar así con demasiada desenvoltura. Yo, por mi parte, no tengo preocupacio-

nes. Aunque he nacido en alta posición..., ¡cuán distinto soy de mi hermano!...

—Yo acepto el ofrecimiento que usted me hace y vendré a su casa—dijo Martín, levantándose.

—Espero que su pretensión será atendida por mi cuñado. Cosa que Susanilla le pida no puede ser negada.

—¡Cuánto agradeceré esa benevolencia! Por mi parte...

Ambos se dirigieron a la puerta: don Miguel, con cierta urbanidad oficiosa, y Martín, no convencido de que aquellos galanteos fueran cosa espontánea.

No cesaba de examinar a su nuevo amigo, el cual era de estatura alta, muy flaco y flexible. Vestía con cierta afectación anticuada, lo cual contrastaba con sus ribetes y vislumbres de revolucionario, y tenía en su persona dos cosas que llamaban principalmente la atención, y eran la peluca, perfecta obra de arte *capilar*, y las manos, que eran por extremo blancas, suaves y primorosamente cuidadas, embellecidas por vistosos y muy ricos anillos. Dos dedos de una de estas manos resbaladizas y finas alargó al joven en el momento de la despedida, en la cual creyó el aristócrata que había hasta un acto de popularidad. No cesó de sonreír con complacencia mientras Martín estuvo al alcance de su vista; y cuando éste se hubo alejado, se metió de nuevo en su cuarto. En el mismo instante se abrió una pequeña puerta y apareció un hombre, a quien ya conocemos. Era el señor don Buenaventura Rotondo y Valdecabras.

—¿Qué le ha parecido a usted?—dijo, acercándose con expresión de mucha curiosidad e interés.

—¡Oh! Excelente, soberbio, propio para el caso—replicó don Miguel, sentándose.

—Sí; pero es reservadillo... Ya se lo dije a usted.

—Pues por eso me gusta más.

—¡Qué hallazgo, señor don Miguel!

—¡Qué hallazgo, señor don Buenaventura!

CAPITULO X

QUE TRATA DE VARIOS HECHOS DE ESCASA IMPORTANCIA, PERO CUYO CONOCIMIENTO ES NECESARIO

I

Dejemos a Martín devanándose los sesos para explicarse las causas del recibimiento que en aquella casa había tenido; ya suponía misteriosas intrigas, ya se figuraba que era objeto de burlas, y que lo mismo Susanita que su tío eran seres artificiosos y farsantes. Pero su propósito era seguir la comedia o la broma, si lo era, hasta esclarecerla del todo, y con la esperanza de sacar de la cárcel al pobre Leonardo. En la noche del siguiente día era cosa de ver la sala del señor don Miguel, honrada con la presencia de los dignos y graves contertulios que de ordinario la frecuentaban. Ninguno había faltado, y pocas veces la reunión estuvo tan animada. De buena gana daríamos a conocer a nuestros lectores la interesante discusión que sostenía el señor presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte con un consejero de la Cámara de Penas, interviniendo un consejero de Castilla y el señor fiscal de la Rota. Como no es indispensable para el interés de esta verídica historia, sólo haremos un extracto de tan vivo y erudito diálogo, que no era sino repetición de los que sobre puntos análogos resonaban todas las noches bajo el artesonado de la ilustre casa.

Discurrían sobre la riqueza comparativa de las naciones de Europa, y un excesivo celo por las glorias patrias llevaba al señor presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte a sostener que todos los países del mundo eran pobrísimos, excepto el nuestro, cuya prosperidad no tenía igual en antiguos ni modernos.

—¡Ah!—decía con aquella gravedad que es peculiar en todo el que conoce a fondo el asunto de que trata—. Inglaterra y Francia son países miserables. Todas las fortunas de la nobleza no igualan a la de uno de nuestros grandes. Luego, el terreno es tan malo...

—Donde llega la feracidad del nuestro...—apuntó el señor fiscal de la Rota—. Hay en Extremadura tierras que dan tres cosechas. Eso es asombroso;

no hay en todo el mundo nada que se le parezca.

—Pues no sé...—dijo el señor presidente de la Sala de Alcaldes—. Castilla sola da pan para toda Europa. Si no existieran nuestros graneros y nuestros carneros merinos, ¡qué sería del mundo!

—Es verdad que Castilla y Extremadura son países fértiles—dijo el señor presidente de la Cámara de Penas—, pero es el año que llueve, y como nuestros labradores no saben cultivar la tierra, resulta que no se coge sino muy poca cantidad en comparación de los habitantes y de la extensión del terreno. Yo sostengo que somos uno de los países más pobres, si no el más pobre de Europa.

La mirada de los otros dos personajes, al oír tan gran despropósito, expresó la alta indignación de que estaban poseídos al oír cosa tan contraria a la general creencia y al entusiasmo patrio.

—¿Qué dice usted, señor don Hipólito? ¿Pero habla usted en serio? ¿Está usted loco? ¡Cómo se conoce que no ha hecho usted profundos estudios sobre el particular!

—Porque los he hecho, aunque no profundos, digo lo que digo. Estamos muy equivocados, señor don Blas; no tenemos más que vanidad. Todo eso que se habla de nuestra riqueza es una pura patraña. El día en que haya comunicaciones fáciles y pueda todo el mundo ir y venir, y ver otros países, se desvanecerá este error.

—¿Y sostiene usted que Francia...? Por Dios, señor don Hipólito—dijo el de la Cámara de Penas—, si sabremos lo que es Francia: un país donde no se encuentran tres pesetas, aunque se dé por ellas un ojo de la cara... Allí, con las tres o cuatro chucherías que fabrican, pueden vivir; no es como aquí, donde la riqueza está en el suelo. Cuidado si hay millones en esta tierra. Pues digo: cuando el duque de Medina Sidonia y el de Osuna tienen una renta de..., qué sé yo..., si espanta esa suma.

—En cambio, cuenten ustedes el número de los que se mueren de hambre.

—No es eso, por amor de Dios, señor don Hipólito. ¿Si querrá usted negar la luz del sol? ¡Comparar a nuestra España con esos países, donde no se cogen más que algunas fanegas de trigo, y pocas, poquísimas, arrobas de vino! Vaya usted a Jerez, señor don Hipólito, como fuí yo el año pasado, y verá lo que es riqueza. Si aquello es quedarse uno estupefacto. Aquello no es vino: es un mar; todo el orbe se embriagaría con lo que allí hay.

Júzguese hasta qué punto llegaría la alta ciencia y el amor patrio de tan esclarecidos señores, discurriendo sobre este tema. Sabemos, por conducto de buen origen, que la cuestión llegó a hacerse personal, descendiendo de la región de las apreciaciones estadísticas y económicas; que el señor fiscal de la Rota fué, poco a poco, perdiendo la apacible calma de su carácter y llegó hasta decir al señor presidente de la Cámara de Penas cosas que éste jamás oyó ni aun en boca de un enemigo.

II

Don Tomás de Albarado y Gibraleón, a quien llamamos el doctor, por serlo, y muy eminente en Cánones y Teología, era un hombre cuya simple presencia predisponía en su favor. De edad avanzada, bastante obeso y siempre risueño, el inquisidor tenía siempre su palabra agradable para todo el mundo, y aunque no conocía más idioma que el español, podía decirse que hablaba todas las lenguas por la facilidad con que sabía encontrar la fórmula propia para expresarse con el sabio y el ignorante, con el calmoso y el vehemente. Su época, que tenía faltas de lógica horrorosa, había puesto en sus manos la más terrible institución de los tiempos antiguos, y alguien decía, más bien en son de vituperio que de alabanza, que el arma terrible del Santo Tribunal era en sus manos cuchillo roñoso y mellado, que más servía de fútil espantajo que de severo castigo. Si en la Inquisición había entonces algo bueno, era aquel consejero de la Suprema, persona cuya bondad resaltaba más a causa de su fúnebre oficio. Pero es lo raro que él creía a pies juntillas en las excelencias del Santo Tribunal, y era cosa en extremo curiosa oírle referir sus ventajas en el orden social y los prodigios que operaba en la conciencia de los pueblos: creía que el día último de la Inquisición sería desastroso para la causa humana, y, sin embargo, esta aprensión pavorosa,

hija de rutinaria enseñanza, no hizo nacer en él ni la crueldad ni la aspereza glacial del inquisidor antiguo. Es que su corazón valía bastante más que su cabeza, y el buen doctor era de los que, extraviados por falsas ideas, pasaban la vida tratando de convencerse a sí mismo de que la Inquisición podía ser cosa buena sin dejar de ser cruel.

En su tiempo, la Inquisición había perdido la horrible majestad de anteriores siglos; ya la costumbre, si no la ley, había suprimido las ejecuciones en grande escala, dejando sólo en toda su fuerza las condenas *de levi, adcautelam* y otras en que por delito de herejía, de filosofismo, de jansenismo o de francmasonería se encarcelaba a la gente, proponiendo alguna tanda de azotes. Diríase que la Inquisición se espantaba de su propia obra y se corregía, asombrada de que las leyes civiles la toleraran. El doctor Albarado se congratulaba de este adelanto propio del tiempo, y, a veces, a solas con su conciencia decía que a haber nacido en época más lejana no fuera inquisidor por todo el oro del mundo. Su grande amistad con don Ramón José de Arce, arzobispo de Zaragoza, y entonces inquisidor general, le daba gran influencia en el Consejo de la *Suprema,* de que formaba parte, y aun en los Tribunales de los reinos.

En el largo período en que dicho reverendo señor Arce desempeñó el generalato del Santo Oficio, fueron muy contadas las sentencias, según afirma la Historia, asombrada de tanta parsimonia en el quemar y de tamaña sobriedad en el vapuleo. Desde 1792 hasta 1814 la Inquisición sólo quemó a un reo, y eso en efigie, y azotó públicamente a veinte.

Susanita nunca había pedido al *abuelo* favores que se relacionaran con aquel alto Tribunal, pues ni ocasión tuvo para ello, ni hablaba nunca de semejante cosa. Mucho asombro causó al buen doctor la extemporánea petición que ella le hizo al día siguiente de la escena referida en el anterior capítulo, y mostraba tal empeño, tan vivo deseo de verlo cumplido, que el *abuelo* no pudo menos de decirle:

—Pero ¿tú estás loca? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¡Que yo ponga en libertad a un preso de la Inquisición! ¿Crees tú que ese Tribunal es cosa de juego?...

—Pues si usted quiere hacerlo puede muy bien—contestó con enojo la dama—. Es porque no quiere

—Pero, hija, tú has perdido el juicio. En primer lugar, todo lo que allí pasa es secreto, y hasta esta conversación que tenemos aquí hablando de ese reo es contraria a las leyes del Santo Oficio.

Pero el buen teólogo era en extremo débil, sobre todo cuando se trataba de hacer bien, y Susana, que en su rara penetración lo conocía, había aprendido a sacar partido de su buen corazón. Enfadada y adusta estuvo después del diálogo anterior, y no contestó palabra a las muchas que le dirigió el hermano de su tía preguntándole varias cosas.

Al día siguiente entró el *abuelo* en la casa a la hora de costumbre y fué en busca de ella, sonriendo al verla y complaciéndose de antemano en la sorpresa que iba a darle, como cuando llevamos una golosina a un niño, y retardamos el momento de dársela. La golosina que llevaba el doctor era una esperanza de que la pretensión de Susana sería atendida.

—Por darte gusto—dijo—, me atrevo a romper el secreto, Susanilla. Voy a darte algunas noticias de ese desgraciado. No te diré nada de las declaraciones ni del proceso, porque eso nos está prohibido, ni de los cargos que resultan contra él, ni de la sentencia que es probable se le imponga.

—Pues me deja usted enterada. No me dice nada, y...

—Pero escucha. Sí te diré, y esto puede revelarse, que el Tribunal de Toledo le ha reclamado, por creer que a él compete juzgarle. Has de saber que ha habido agravios a la Virgen del Sagrario, y además aparecen papeles que ligan este crimen con los de una Sociedad de francmasones que tiene asiento en aquella ciudad y se había descubierto también estos días.

—Y ¿qué ventajas saca el infeliz de ser juzgado en Toledo, en vez de serlo en Madrid?

—Muchas, porque el Tribunal de Toledo es más benigno, y hace mucho tiempo que allí no sentencian más causas que las de *levi.* Todos los inquisidores son hombres muy blandos y sen-

sibles, por lo cual el Consejo los ha solido tachar de poco celosos.

—Usted no me quiere complacer, y ahora se disculpa con los de Toledo —dijo Susana, poco satisfecha del éxito de su pretensión.

—Pero, hija, ¿qué quieres que yo haga? Yo no puedo dar paso alguno; yo no puedo influir en ningún modo en el ánimo de los inquisidores, y menos en los de Toledo, de los cuales no conozco más que a uno.

—No sé más sino que si usted quisiera, al momento lo arreglaría a mi gusto—dijo con mucha terquedad Susana.

—Pero, mujer, ¿qué más quisiera yo? No seas díscola y considera...

—No considero nada, no vuelvo a pedirle a usted el más ligero favor.

—Pues hija, está de Dios que no has de entrar en razón.

Susanita comprendió que tenía que luchar con una institución y no con una persona, y se abanicó con mucha fuerza, creyendo que bastaban sus artificios de coquetería para torcer los procedimientos del secular y pavoroso Tribunal. No eran del todo impotentes, porque una de las cosas que más cautivaban el complaciente ánimo del *abuelo* era el encantador enojo de la hermosa tirana. Por aquella vez no se atrevió ni a ceder ni a arrancar la esperanza de un próximo triunfo. Calló y esperó. Por eso en la noche a que nos referimos al comienzo del capítulo, se le veía apartado, contra su costumbre, de la adorada y adorable *nietecilla*, y a ésta, muy tiesa y severa, nada complaciente con el buen doctor y tan ceñuda como un niño a quien se ha negado un juguete. No lejos de ella estaba doña Antonia de Gibraleón, la diplomática a quien ya conocemos, que era prima de Albarado, y doña Juana, no menos entendida que su parienta en asuntos de Estado, aunque más reservada.

—No me puedo olvidar del chasco del pobre don Lino—decía aquélla riendo—. ¡Cómo cayó el infeliz! ¡Y no necesitaba el pobrecillo romperse las piernas para hacernos reír, porque la verdad es que era su figura en extremo extravagante!

—Yo en mi vida he visto tragedia más sin gracia; todos lo hicieron bastante mal—dijo doña Juana—, ¡y luego ver entrar en escena a aquel mamarracho!

—El abate no desempeña bien papel alguno sino cuando Pepita Sanahuja le hace representar el de becerro o carnero en sus farsas pastoriles—dijo doña Antonia—. La verdad es que es un hombre excelente. ¡Si viera usted qué arte tiene para escoger melones!

—Es una alhaja, como no sea para representar tragedias. No tiene igual para toda clase de recados. Anteayer me compró unos jamones que no había más que pedir. Para hoy le tengo encargado que se entere de alguna doncella hacendosa y formal que me hace falta... Pero ¿qué haces ahí, Susana? —añadió reparando en la expresión sombría y meditabunda de la hija de Cerezuelo—, acércate; ¿por qué estás tan ensimismada?

Pero la antojadiza dama no hizo caso y continuó dándose aire con tal ademán de reconcentración que parecía ocuparse en resolver algún intrincado problema.

El marqués de las pastillas andaba rodando por allí bastante aburrido a consecuencia de una sucinta relación que hiciera el señor fiscal del Consejo de Ordenes de los siete partos de su difunta esposa, y se acercó a Susana buscando más entretenida conversación.

—¿Sabes que me llama la atención —dijo—no ver aquí a doña Bernarda con su hija? Casi nunca faltan.

—Se les mandará un recado si quiere usted saber lo que les pasa—respondió la joven con muy avinagrado gesto.

—Esta noche estás hecha un puerco-espín—dijo el marqués sin incomodarse—. Vamos, una pastilla de tamarindo—añadió, presentando su caja.

Susana las rechazó con tan vivo ademán, que el tesoro antiespasmódico refrigerante se esparció por el suelo. Todos volvieron los ojos hacia el lugar de la catástrofe y contemplaron a la irritada diosa.

—Esta noche tiene Susana la calentura—dijo el doctor—. Hay que esperar a que le pase.

—Pues hija—dijo el marqués en voz baja y sentándose junto a ella—, si estás enojada porque me he negado a ir contigo al baile de la Pintosilla, no vayamos a reñir por eso, iremos.

—¡Ah! ¿Usted creyó que desistía yo

de ir al baile de Maravillas?—contestó con peor humor Susana—. Si usted no quisiera ir conmigo, de seguro no faltaría quien me acompañara.

—Lo supongo—contestó el de las pastillas—; pero ya que haces el disparate de ir a semejantes sitios, irás conmigo: tu gusto de mezclarte con la gente del pueblo en esa clase de jaleos es muy extravagante, por más que la mayor parte de las damas de la corte lo tengan igualmente; pero si no te curas de tan rara afición, Susana, yo iré contigo. No conviene penetrar sin mucha y buena escolta allí donde está la flor y espejo de la manolería.

—Si a usted le molesta—contestó con el mismo mal talante la hija de Cerezuelo—, ya he dicho que no faltará quien me acompañe.

—¡Vamos; tú estás esta noche con el geniecillo! Hay que tener cuidado con la fierecilla—dijo el marqués elevando al cielo, es decir, al techo—sus macilentos ojos, en que se conocían los estragos de una vida licenciosa y relajada.

Digamos de paso, y por lo que esto pueda influir en los futuros sucesos de esta puntualísima historia, que en el fondo del pensamiento de este gastado marqués había una escondida y como pudorosa aspiración de amor que no se reveló nunca, sin duda por la conciencia de su inferioridad física y moral respecto a Susana.

Ya al llegar a este momento de la soporífera tertulia, en el otro extremo del estrado se había debatido hasta lo último el tema de la riqueza de las naciones.

Nadie tenía pedida la palabra, y el señor fiscal de la Rota inclinaba la cabeza en señal de sueño, mientras el señor consejero de la Sala de Alcaldes etcétera..., se ponía la palma de la mano ante la boca, que se desquiciaba en un bostezo. El señor consejero del de Ordenes miraba al secretario del de Indias como se miran dos esfinges puestas a un lado y otro de un pórtico egipcio. El hermano del señor corregidor *perpetuo con juro de heredad de la Villa y Corte de Madrid* hacía notar con cierta timidez a otro de aquellos personajes que una de las alas de pichón de su hermosa peluca se había chafado al recostar la cabeza sobre el respaldo del sillón, y el señor fiscal de la Rota interrumpía el general y grave silencio sorbiendo sus grandes dedadas de rapé. Doña Juana y doña Antonia hablaban por lo bajo en un rincón, y según informes de excelente origen, ésta se ocupaba en explicar a la primera por qué la paz de Basilea había sido menos deshonrosa que el tratado de San Ildefonso, pues es fama que doña Juana consideraba ambos actos diplomáticos como igualmente impremeditados e inconvenientes. La reunión había entrado en ese período de somnolencia en que las voces se van extinguiendo, apagándose el fuego de las miradas, calmándose la viveza de los ademanes, y en que toda la tertulia aparece aburrida de sí misma, ya próxima a disolverse si una exclamación, una agudeza o una tontería de desproporcionado calibre no le dan nueva vida.

Ninguna de estas cosas interrumpió la paz de aquel panteón de nuestras instituciones políticas y administrativas; pero sí fué turbada por un hecho que casi podemos llamar acontecimiento. Susana, que estaba muda y ensimismada en un extremo del salón, se levanta vivamente, atraviesa con mucho denuedo por entre los consejeros, secretarios y demás glorias nacionales, avanza sin mirarlos, con ademán de resolución y desdén, marcando estos dos sentimientos con el insolente ruido de los tacones de sus zapatos, y sale cerrando la puerta con tal estruendo, que muchos se estremecen cual figuras de cartón a quien hasta las pisadas de los niños hacen oscilar en sus endebles pedestales. Para comprender la sensación que en el ilustre concurso produjo esta extemporánea, irreverente e inusitada salida, basta traer a la memoria la etiqueta de entonces, en cuyos códigos draconianos se imponían fórmulas de que hoy apenas resta alguna práctica consuetudinaria en el austero hogar de antigua familia castellana no domada por el siglo XIX. Aquella muda impertinencia de la soberbia dama fué un insulto a todo el grave *senado;* no se tenía noticia de otro igual en casa de tanta etiqueta, ni jamás Susanita, aunque voluntariosa y díscola, había arrojado tanta ignominia sobre aquellas imponentes pelucas. El señor consejero de la Sala de Penas vió en el ademán de la petimetra una ex-

presión de desprecio. Los tíos estaban avergonzados; el doctor dijo entre dientes, perdonándole su mala crianza: «¡Infeliz, está enojada conmigo!» El marqués creyó sentir los tocanazos sobre la carne fofa de su corazón: el fiscal de la Rota quería ver en ella un ademán de burla, y el consejero de Indias, un gesto de dolor. Los pareceres eran distintos, aunque todos se lo callaron. Alguien creyó ver en sus labios la modulación insonora de palabras coléricas; pero un buen observador que imparcialmente contemplara la escena, hubiera comprendido que el brusco movimiento y la partida resuelta de la joven no expresaban otra cosa que una resolución repentina e inesperadamente tomada. Si esta resolución hubiera pasado de su cabeza a los labios, la dama soberbia no hubiera dicho otra cosa que esto: «Ya sé lo que tengo que hacer.»

No es posible que el lector, por más que se caliente los sesos en penetrar estas palabras, vea cumplido su justificado deseo, ni lo verá si no busca la satisfacción de sus dudas en los capítulos siguientes, entre los cuales el que viene a continuación no es de los que le dan menos luz sobre tan peregrino asunto.

CAPITULO XI

LOS DOS ORGULLOSOS

I

Después de la entrevista con los grandes señores de Enríquez, Muriel determinó volverse a su antigua casa de la calle de Jesús y María. Ya fuera porque no sentía temor alguno a las visitas de la Inquisición después de aquella entrevista no explicada ni comprendida aún, ya porque no gustaba de ocultarse, ni menos de habitar en compañía de don Buenaventura, lo cierto es que abandonó la calle de San Opropio, a pesar de que su dueño le instaba a que se quedase.

El último día que Muriel estuvo allí, Rotondo le presentó dos caballeros de muy raro aspecto y traje que se decían entusiasmados con las ideas folosóficas y revolucionarias. El uno, que era un joven mal vestido y de tristísimo semblante, habló largo rato con Muriel, exponiéndole su doctrina, que consistía en pegar fuego a todas las ciudades y llevar al cadalso a cuantos nobles, frailes y gente real se hallaran en la Península. Sotillo, que así se llamaba, era un hombre dominado por perpetua cólera. Su rabia insensata y su excitación le asemejaban al pobre La Zarza, más loco, sin duda, pero menos repugnante. Muriel, después de hablar largamente con aquel que ahora llamaríamos demagogo o comunalista, y que era de los que entonces solían llamarse francmasones, comprendió que en espíritu tan extraviado por siniestras venganzas no había idea alguna política ni filosófica, sino tan sólo el despecho que suele verse en la inferioridad envidiosa, que no conoce otro medio de parecer grande sino rebajando a toda la sociedad hasta su nivel.

El otro era un viejo no menos rabioso y entusiasta, aunque de humor algo festivo a intervalos y muy satisfecho de su poder y travesura. Llamábase don Frutos, y es cosa averiguada que anduvo en su juventud y por mucho tiempo jugando al escondite con la Justicia, hasta que ésta, al fin, se dió tal arte que le echó mano y le envió a Ceuta por diez años. Tales antecedentes no le impedían que afectara en su conversación una rigidez de principios morales enteramente catoniana; y si no diera espanto con sus planes de incendio y asesinato, parecería un santo varón. Ni uno ni otro lograron valer gran cosa, a pesar de sus exageraciones revolucionarias, en el ánimo de Martín, que tuvo bastante penetración para ver en ellos los perjudiciales elementos de acción que se unen siempre a toda idea incipiente para deshonrarla. Ambos mostraron una gran admiración, no sabemos si real o artificiosa, hacia Muriel, y no acababan de alabarle como el más sabio, el más profundo, el más atrevido de los revolucionarios. Martín no sintió, sin embargo, apego alguno a la confraternidad de aquellos hombres; la cabeza no quería valerse de dos brazos tan rudos y bárbaros; la idea no anhelaba el concurso de aquella acción frenética. Fuése, pues, a su casa con intención de no volver, y ellos no quedaron muy satisfechos de la entrevista. Como dato precioso, recordaremos lo que el señor Rotondo dijo al verle partir a sus dos originales y desalmados amigos:

—Me parece que todos mis esfuerzos son inútiles. Mientras no pierda esos aires de gran hombre...

II

Cuando doña Visitación—que en el momento de sonar la campanilla de la puerta se ocupaba en darse algunos disciplinazos en presencia de un Santo Cristo, que para tan devotos usos había comprado—se levantó, miró por el ventanillo y vió a Martín, hubo de caérsele el alma a los pies, según estaba de asustada y aturdida. Abrió, sin embargo, al oír las apremiantes razones del joven, y no se atrevió a dirigirle salutación ni cosa alguna de cortesía. Grandes ganas se le pasaron de traer una escudilla de agua bendita y un aspersorio para rociar el cuarto; pero como la cara de Muriel indicaba no tener humor de bromas, y la vieja le había mirado siempre con respeto, aplazó el poner en práctica su cristiano pensamiento para cuando saliera.

Pidióle Muriel la ropa suya y de Leonardo, la cual entregó puntualmente la dueña, pues, aunque intolerable como mojigata, no hay noticia de que se le quedara entre las uñas cosa alguna en ningún tiempo. Dióle también algún dinero, poco, salvado de las garras de la Inquisición por milagro, y con esto Martín se dió por reinstalado. Hizo llamar a Alifonso, refugiado aún en casa de los tintoreros, y lo puso a su servicio; no las tenía el barbero todas consigo, y propuso a su amo el mudar de casa, propuesta que Muriel aceptó, disponiendo su ejecución para de allí a dos días.

El siguiente fué fecundo en acontecimientos, como verá el lector, pues desde que Martín abrió los ojos se encontró con una novedad tan peregrina que, por un momento, se creyó personaje de novela. Doña Visitación entró muy temprano en su cuarto, después de cerciorarse de que no estaba desnudo ni descubierto, y le entregó una cajita o estuche que, envuelta en multitud de papeles, acababan de traer para él. Tomó Martín aquel envoltorio y vió que era una como cartera forrada en cuero fino y perfumado: en el papel en que venía envuelta estaba escrito su nombre con caracteres grandes y claros. Abrióla y no pudo reprimir una exclamación de asombro al verla llena de monedas de oro. La vieja abrió sus ojos de tal modo que parecía querer devorar aquel pequeño tesoro. Alifonso decía:

—Todos los días no son días de penas, señor don Martín. Si un día se nos meten por la puerta esos demonios de inquisidores, otros nos llueven escudos de oro que nos vienen ahora como anillo al dedo.

Muriel examinó el dinero y lo sacó todo, por ver si venía en el fondo alguna carta; pero la incógnita providencia del desheredado filósofo tenía el pudor de la caridad, y se mantenía en el misterio, como si su desinterés llegara hasta no necesitar del agradecimiento. Mucho contrarió a Alifonso que con la llegada de aquel esfuerzo no ordenara Martín la compra de provisiones extraordinarias. Despidióles éste a una y otro, y una vez solo contó de nuevo el dinero, que excedía de tres mil reales, y después se paseó muy agitado por la habitación, tratando de resolver el nuevo problema de adivinación que se añadía a los muchos que ya tenía en la cabeza. Es indudable que desde el instante en que abrió la caja un nombre vino a su imaginación y estuvo en ella todo el día: Susana. Pero no podía ser. La razón se resistía a creerlo. ¿Con qué objeto? Pero si ella no había sido, ¿quién podía ser? Ya estaba él bastante preocupado con el éxito de su visita y la inesperada complacencia de la dama cuando aquella limosna le acabó de turbar y confundir. Pero estaba de Dios que aquel día lo sería de confusiones, porque se engolfaba nuestro hombre en un mar de conjeturas, cuando entró don Lino Paniagua para acabar de volverle loco con lo que le dijo:

—Señor don Martín Martínez Muriel: gran pesadumbre me hubiera dado no hallarle a usted en casa, porque le traigo un recadito que ya, ya... ¡Pero qué disgusto tengo, señor don Martín! Si viera usted lo que me pasa...

—¿Qué recado me trae usted?—preguntó Martín con mucha curiosidad.

—Cosa importante, amiguito, y que le hará a usted bailar de gusto. Cuando yo le decía a usted que no le miraban con malos ojos... ¡Pero si usted supiera lo que me pasa! ¡Quién lo creería, después que soy tan complaciente y me

presto a todo!... El diablo me tentó cuando me encargué del papel de Ulises. ¿Creerá usted que han hecho una caricatura que anda por ahí..., dando que reír a las gentes, y unos versos que...?, la verdad, es que son graciosos. ¡Pero cómo me han puesto en ridículo!... No hay perro ni gato en Madrid que no los haya leído. Me tienen aburrido, señor don Martín. ¡Después que soy tan complaciente! ¡Caricatura! ¡Versos! ¿Lo creerá usted?

—Sí, lo creo—dijo Martín, más impaciente—. Pero ¿no me dice usted qué recadillo...?

—Sí..., contaré a usted...—repuso el abate—. Pero lo peor del caso es que la dichosa caricatura la ha hecho el diablo de don Francisco Goya, y los versos, Moratín en persona. Ambos son muy amigos míos; yo no me he de enfadar por eso. Pero no le gusta a uno ser comidilla de la gente. ¡Si viera usted el dibujo de Goya!... Estoy pintiparado con mi peluca, mi coturno y mi espada; pero tan grotesco que es para morirse de risa. Pues ¿y los versos? Tanto los he oído recitar que me los sé de memoria.

—Pero ¿no tenía usted algo que decirme?—preguntó Martín, cansado ya de versos y caricaturas.

—¡Ah!, sí. Vamos a ello. Es el caso que anoche vi a Susanita Cerezuelo en casa de Castro-Limón, y me dijo... Le advierto a usted que primero se rió de mí cuanto quiso, obsequiándome con el romance de Leandro...

—Bien; dejemos a Moratín aparte por ahora—dijo Muriel.

—Pues bien: Susanita me dijo que ya había hablado por su amiguito don Leonardo a aquella persona.

—Y ¿qué ha dicho?

—Nada; parece que es cosa difícil. Sin embargo, según ella se expresaba, podrá conseguirse. Si digo que usted ha nacido con pie derecho. Pues si la dama se enternece con el señor don Martín Martínez..., ¡qué envidias, amigo, va a suscitar el que...!

—¿Conque hay esperanzas de conseguir eso?

—Yo creo que sí; se conoce que ella lo ha tomado con mucho empeño.

—Y ¿no le ha dado a usted seguridades? ¿No ha dicho lo que ha contestado ese señor consejero?

—No, eso se lo dirá ella a usted mismo.

—Sí, quedé en ir por allá.

—Esta noche, sí; a eso he venido.

—¿Esta noche? ¿Le ha dado a usted ese recado?

—Precisamente. «Don Lino—me dijo—, hágame usted el favor de decir a ese señor Muriel que esta noche vaya a casa a las nueve en punto para darle la contestación de su asunto.»

—Ya.

—Pero dice que no vaya usted ni antes ni después de la nueve, sino a esa hora en punto. ¿Lo entiende usted?

—Sí, ya entiendo; iré sin falta.

—Pero no necesito recomendar a usted, señor don Martín, una cosa..., y es que ha de haber mucho sigilo.

—¡Ah! Lo que es eso...

—Ya usted ve..., yo soy persona grave, y sólo me encargo de hacer estos favores cuando sé que usted es persona formal, y en cuanto a ella... Figúrese usted que ya la gente se ocupa...

—¿De qué?

—De Susanita. ¡Como la ven tan abstraída, tan meditabunda, ella que siempre ha sido lo contrario! Ya he oído hacer comentarios sobre este cambio aparente en su carácter, y hacen mil cálculos y calendarios sobre quién es y quién no es. Por eso recomiendo que tenga usted la primera de las virtudes teologales en grado sumo, y alguna de las otras tampoco estaría de más.

—Descuide usted, que yo seré la misma prudencia.

—A usted le supongo loco de contento; porque aunque no saque de la cárcel a nuestro amigo, ¿le parece a usted poco el favor de una dama tan principal?

—En eso no hay nada de lo que usted se figura—contestó Martín—. Sólo me llama para enterarme del resultado de mi pretensión.

—A mí con ésas. La verdad es que si usted consigue ablandarla, puede considerarlo como un milagro. ¡Qué basilisco, amigo! Yo, que la conozco desde hace tiempo, sé lo que es eso. No hay criatura más antojadiza, señor don Martín: ¡anoche precisamente tenía armada una gresca con el marqués de Fregenal, su pariente, ese que la acompaña a todas partes! Y todo ¿por qué? Porque ella gusta mucho de ir a los bailes de candil de Maravillas y Lavapiés, como es costumbre aquí entre la gente gorda. El

marqués quería disuadirla de su propósito, porque parece que otra vez fué y no salieron muy bien librados. Pero ella en sus trece que ha de ir, porque no puede desairar a la *Pintosilla,* que la ha convidado.

—Y ¿quién es esa *Pintosilla?*

—Una bodegonera de la calle de la Arganzuela, mujer de mucho donaire y grandemente obsequiada por los petimetres. Aquí es común que los señores de más tono se codeen con esa gentezuela, y la verdad es que al son de las castañuelas y de las guitarras no se pasan malos ratos.

—Y Susanita ¿frecuenta esas sociedades?

—¡Ya lo creo! Allí suele ir acompañada de una plaga de jóvenes de etiqueta y de marqueses viejos y abates tiernos... Pero usted la conocerá mejor que yo y podrá apreciar su carácter. Conque esta noche, ¿eh?—añadió, con sonrisa maliciosa—. Como usted es una persona de formalidad y ella una dama de alto nacimiento y que se estima, no me pesa de favorecer sus amores...

—¡Sus amores! —exclamó Muriel—. ¿Está usted loco? Eso sería el más grande de los contrasentidos. Hay cosas que por mucho que se crea en la veleidad de los acontecimientos y en las vueltas del mundo no se pueden sospechar nunca.

—Usted quiere desorientarme —dijo con benevolencia el abate—, usted no sabe que yo soy la prudencia misma y que secretos de esta naturaleza a mí confiados quedan lo mismo que dichos a una pared... Pero yo me retiro, señor don Martín; usted tendrá que hacer. Hoy es para mí un día de no poder descansar un momento. La señora de Valdeorras desea que su hijo más viejo tome mañana leche de burras, y voy a avisar al burrero. Después tengo que ir por la estampa de Goya a casa de Castro-Límón para llevarla a casa de Porreño..., porque ha de saber usted que para mayor desgracia mía yo tengo que llevar de puerta en puerta esa malhadada caricatura que de mí ha hecho el truhán de don Paco Goya. En todas partes la quieren ver, y no tengo más remedio que correrla, ofreciéndome a la chacota de todo el mundo. Pero ¡qué se ha de hacer! Yo no me puedo enfadar por eso... Y como en todas partes me aprecian, sería una tontería... ¡Pues y los versos! ¿Creerá usted que me los hacen recitar por dondequiera que voy? Y ¡cómo voy a decir que no! ¡Diablo de Moratín!... Pero no le entretengo a usted más, amiguito. No se olvide usted, a las nueve.

—Sí, a las nueve.

—Ni antes ni después: en punto.

—Eso es. Adiós, señor don Martín, y mucha prudencia.

Fuése don Lino a casa del burrero, que quizá le haría recitar también los versos del famoso Inarco, y Muriel quedó solo otra vez en presencia de los escudos de oro y con la novedad y extrañeza de una cita para las nueve en la casa de aquella rara y ya misteriosa mujer. Misterio había, sin duda, en tal cita, pues ella, si le llamaba para contestarle en el asunto de la Inquisición, mostraba tener más interés por la libertad de Leonardo que él mismo. Al mismo tiempo no podía olvidar el recibimiento que le hizo el señor hermano del conde de Cerezuelo, y era imposible que en todos aquellos artificios de cortesanía no hubiera alguna intención torcida y muy difícil de adivinar. Y ¿el dinero? Pero no tratemos de expresar la cavilación incesante de nuestro desgraciado amigo, y asistamos, desde luego, a su conferencia con la petimetra, que es, a no dudarlo, uno de los acontecimientos capitales de la presente historia.

III

Contaba él con que iba a ser recibido en la tertulia de la casa, y que a aquella hora estarían allí reunidos los venerables personajes que anteriormente hemos dado a conocer. Por eso le causó sorpresa no ver en la puerta ninguna carroza, y mucho más no hallar en la portería paje alguno. El escaso alumbrado de la escalera le hizo comprender que aquella noche no había tertulia.

En el recibimiento encontró, en vez del paje que ordinariamente estaba allí, una mujer de mediana edad, que en el modo de mirarle y de sonreír al verle indicó que estaba allí esperándole. No fué preciso que Martín hiciera pregunta alguna para que la mujer le dijera *pase usted;* pero en voz tan queda, que el tal comenzó a creer que su presen-

cia allí era tan misteriosa como el dinero recibido. Confirmóse en esta idea al avanzar por un corredor en que no se sentía el menor ruido ni se veía el resplandor de ninguna luz, y hasta le parecía que la mujer aquella pisaba con afectada suavidad, circunstancia que a él le obligó también a andar con mucho sigilo, procurando apagar el ruido de sus tacones lo más posible. Entraron en una habitación donde había una lámpara de muy débil y macilenta luz. Entonces la mujer se paró, y le dijo:

—La señorita está mala. Voy a avisarle.

—¿Y el señor don Miguel?—preguntó Martín.

—¡Quia!...—murmuró la mujer, como si oyera una indiscreción—, no está, no hay nadie. La señorita está sola, y un poco delicada, aunque no es de cuidado.

Desapareció la mujer, y al poco rato volvió, diciendo a Martín otra vez: «Puede usted pasar.» Ella tomó la luz que allí había y marchó delante alumbrando, porque la habitación donde entraron estaba completamente a oscuras. Todavía Muriel no se había dado cuenta del sitio donde estaba; todavía no se había hecho cargo de los objetos que tenía ante la vista, cuando ya la mujer había desaparecido. Tendió los ojos por la habitación, envuelta en una dulce oscuridad que vagamente sombreaba los cuadros y los muebles, dándoles tinte extraño. Creyó encontrarse solo. Miró a todos lados buscando a Susana y no vió nada; a su mano derecha vió un retrato de hombre que le miraba con la inmutable atención de sus pintados ojos, y creyó reconocer las facciones del conde de Cerezuelo, más joven, hermoso y sin el lúgubre aspecto que le daba su enfermedad y su misantropía. Aquello era imponente; por otro lado, un gran Santo Cristo de marfil parecía mover sus brazos blancos y resbaladizos como un reptil de mármol escurriéndose a lo largo de la pared; y las grandes cornucopias doradas se le representaban como extraños seres, también animados, oscilantes y fosforescentes. Vió su imagen reflejada en un espejo y se estremeció; los toros reproducidos en los tapices de variados colores le parecían alzar sus terribles testuces con la curiosidad insolente que es propia de aquellos brutos antes de romper la carrera, y unas majas que en otro tapiz levantaban sus brazos, en actitud de tocar las castañuelas, parecía como que avanzaban vagamente acompañadas del áspero sonido de aquel primitivo instrumento. Esta alucinación y este examen del sitio donde se encontraba apenas duró algunos segundos. Al cabo de ellos sintió una tos, y una voz femenina dijo:

—Tome usted asiento.

Dirigió Martín la vista al punto donde la voz había resonado y vió a Susana, a quien antes no había distinguido por estar el resplandor de la lámpara interpuesto entre uno y otra. Acercóse él, y entonces pudo distinguirla perfectamente: estaba tendida sobre un canapé y muy arrebujada en una especie de manto o gran chal que la cubría toda, excepto la cara y las extremidades de los pies. Su actitud era perezosa, y su voz, como quejumbrosa y dolorida.

—Estoy enferma — dijo, señalando a Muriel una silla que cerca de ella había como preparada de antemano—. Pero puesto que le llamé a usted, no quise dejar de recibirle porque no perdiera el viaje.

—Yo hubiera vuelto de muy buen grado—respondió Martín—; y me marcharé al instante si esta visita la puede molestar a usted.

—No, de ningún modo. Aguarde usted—dijo la dama—. Usted estará impaciente por saber de su amigo. Siento mucho no poder darle a usted mejores noticias de las que tengo.

—Yo no pido imposibles, señora; si las personas que pueden poner a Leonardo en libertad son insensibles a la justicia y a la compasión...

—Todavía no hay nada seguro. Yo espero, a pesar de todo, conseguirlo al fin.

—Hará usted la mejor obra de caridad que es posible imaginar. ¡Dichoso el que puede remediar por algún medio alguna de las infamias que en esta sociedad se cometen y que son base de ella misma!

—La dificultad que hay es que parece ha sido reclamado ese reo por la Inquisición de Toledo, por atribuírsele un desacato hecho a la Virgen del Sagrario y no sé qué correspondencia con unos masones o brujos, descubierta en esta ciudad.

—¡Masones o brujos!—exclamó Martín, sin poder reprimir un movimiento de cólera—. También a mí me acusaron de lo mismo. No se puede presenciar en calma la superstición y torpe ignorancia que se necesita para creer tales despropósitos. Se comprende que haya un pueblo ignorante que lo crea; ¡pero que haya una institución que lo legalice y una sociedad que lo tolere en estos tiempos!... Da vergüenza de pertenecer al linaje humano cuando se ven ciertas cosas.

—Ya comprendo yo que todos le teman a usted y le miren con recelo como un hombre extravagante y peligroso—dijo Susana, con su seriedad acostumbrada—. Yo no he visto personas tan revolucionaras como usted, ni que se burlen con tanto descaro de las cosas santas.

—Es cierto; usted no había conocido otro como yo, y por eso, sin duda, le parezco tan raro. Mi dolor consiste en que veo a mi lado pocos así, lo cual me paraliza, obligándome a vivir a solas conmigo mismo.

—Ya encontrará usted—dijo Susana—, si no es que poco a poco se corrige usted de su furor y le tenemos devoto y manso, en vez de fiero y atrevido como hoy es.

—No es fácil; yo soy muy desgraciado. Tendré, al fin, que irme lejos de mi patria, a otros países donde los hombres puedan decir públicamente lo que piensan sin ser encerrados en calabozos por un Tribunal de gente feroz y corrompida.

—Vamos—indicó Susana, con un poco menos de seriedad de la que antes había tenido—. Trate usted de corregirse y le irá mejor. Sea usted como los demás, y tal vez sea feliz. Por lo que he podido entender, usted es una persona que podría ocupar un buen puesto en la sociedad si no fuera tan enemigo de ella. No le faltaría protección, sin duda.

Martín no podía, a pesar de sus inveterados rencores, mostrarse repulsivo a tales pruebas de benevolencia, mucho más cuando la hija de Cerezuelo, con frases laterales y de soslayo le había ofrecido su protección. No dejó de comprender el valor de aquella protección, a pesar de su arrogancia, y decidió no decir cosa alguna que trascendiera a ingratitud o descortesía.

—Pensar que yo intente medrar arrojándome a los pies de lo que más aborrezco, es locura. Eso no está en mi carácter.

—¡Ah!—dijo Susana, echando su cabeza fuera del manto en que la tenía arrebujada—, ya sé por qué dice usted eso: que no se arrojará a los pies de lo que más aborrece. ¿Lo dice usted por nosotros?

—¡Ah!, no, señora; no me acordaba de resentimientos que, aunque siempre vivos, sé dejar a un lado en ciertas ocasiones.

—Nosotros—añadió la dama—no pretendemos que usted se arroje a nuestros pies, ni necesitamos para nada sus servicios. ¿Pero nos guarda usted un rencor tan grande?...—preguntó Susana con sonrisa irónica que turbó a Muriel.

—Yo no quería hablar de lo pasado. Ahora el propósito de usted de sacar de la prisión a mi amigo me impone un sentimiento de gratitud que yo no puedo sofocar. Pero antes de esto, usted dirá, con la mano puesta en su corazón, si tengo yo motivos para idolatrarlos a ustedes.

—¡Ah! Usted se deja arrastrar por la pasión; en casa no ha habido crueldad ninguna con su padre de usted, y si fué preso, los tribunales de Granada lo hicieron sin influjo ninguno de casa.

—Perdone usted si no lo creo—dijo Martín—; yo estoy bien enterado de lo que pasó.

—También nos acusa usted de haber abandonado a su hermanito, cuando él se huyó de nuestra casa, arrastrado por su afición a la vida vagabunda. Pero se le encontrará, yo lo espero. He mandado que se haga toda clase de diligencias, sin omitir gasto alguno, y espero que será encontrado.

—¿Sí? ¿Usted ha mandado?...—preguntó Martín, confuso—. ¿Cuándo?

—Hace dos días.

—Por Dios que ha sido algo tarde, señora; y si esas diligencias se hubieran hecho a su tiempo yo no lamentaría esta desgracia, una de las que más me han afectado.

—Yo no he tomado esa determinación hasta que he sabido que la pérdida de Pablillo era considerada como una desgracia.

—¡Ah, es verdad!—dijo Martín, tristemente—; los grandes señores siempre

ven desfigurado lo que está más abajo que ellos. La soledad y abandono de un huérfano, despreciado por todos los que en la casa vivían, desde el amo hasta el último criado, les parece cosa muy natural y que no merece la pena de pensar en ello. Era preciso que yo me lamentara de semejante conducta para que usted se convenciera de que mi hermano merecía algún agasajo. De todos modos, yo le agradezco a usted la resolución que ha tomado, aunque algo tardía. No dirá usted—añadió sonriendo—que esta ferocidad mía es completamen-inútil.

—¡Ah!—dijo Susana, mirándole con cierta expresión de burla—, ¿cree usted que le tengo miedo?

—No, miedo, no. Pero nadie puede librarse de la influencia de los demás. A veces no tenemos intención de hacer una cosa buena y la hacemos impresionados por algo que vemos o que oímos.

—¡Ah!, no... Lo que usted haya podido decirme no me ha impresionado nada. ¡Si viera usted cómo me reí de usted aquel día, cuando me habló con un lenguaje que hasta entonces creo que dama alguna ha podido oír!...

—Yo quería olvidar eso—dijo Martín—. Es verdad que estuve violento; pero yo tenía motivos... Cuando supe quién era usted..., no sé si sentí cólera o alegría... ¿No es verdad que aquello parecía una burla providencial? ¡Bailar juntos nosotros! ¡Yo, que soy de humilde cuna y que llevo un nombre que no se pronuncia sin horror en la casa de Cerezuelo! ¡Usted, de alto linaje, celebrada por su hermosura! ¡Y la casualidad nos juntó, y hablamos como si un abismo de rencores y de diferencias sociales no existiera entre nuestros dos nombres! ¿No es esto para sentirse orgulloso y poder hablar con algún desembarazo?

Susana se sentía humillada, y en vano trataba de dar sesgo festivo al asunto. Su forzada sonrisa no sirvió sino para levantar a Muriel, cuyo orgullo iba tomando grandes vuelos.

—Tenga usted franqueza—añadió él—. ¿No se ha estremecido usted de indignación, siempre que ha recordado aquel día y aquella conversación? Yo, seré sincero, lo considero como uno de los más gloriosos de mi vida.

—Usted quiso humillarme—dijo Susana, renunciando a quitar su sentido serio a aquel recuerdo.

—Y lo conseguí. Aquí, hablando con intimidad como hablamos, ¿podrá usted negarlo? Eso le probará a usted que sólo las circunstancias ensalzan o deprimen a las personas, y que la mejor posición social es la que dan las virtudes o el valor. Un accidente, un engaño, un disfraz junta lo que la sociedad quiere y ha querido siempre que no se junte.

—Y todo eso es para probar que fué una humillación haber bailado con usted—dijo Susana, con picante ironía—. Pues sepa usted que varias veces he bailado con manolos y chisperos en las verbenas de Santiago y San Juan.

—Pero a ninguno de los que fueron sus honrosas parejas mandó llamar usted después, de noche, para hablar con él a solas en su casa.

Este rasgo de atrevimiento que Muriel no meditó bastante fué tal que casi estuvo a punto de producir una de las explosiones de soberbia que en Susana eran frecuentes, y por la cual hubiera despedido bruscamente a Muriel como descortés y grosero; pero la misma audaz desenvoltura de la frase la contuvo. La sorpresa no le permitió incomodarse, y, además, su orgullo temblaba ante un orgullo mayor.

—Usted—añadió Martín, tratando de que su insinuación anterior fuese galante sin que dejara de ser enérgica—no trató de confirmar la humillación recibida, proporcionando a uno de esos manolos o chisperos la felicidad de verla o hablarla.

—No creía que fuera usted vanidoso hasta ese extremo—repuso Susana, que no encontró, por más esfuerzos de imaginación que hizo, mejor ni más adecuada respuesta.

—¡Ah!, no; yo soy soberbio con los orgullosos, pero me empequeñezco y me confundo en presencia de los que descienden hasta mí. Yo, lejos de zaherir a usted por esta repentina deferencia que me muestra, me complazco en encontrarla digna de mayor estimación. Usted se ha engrandecido a mis ojos. En mi vida me he despreciado más que aquel día, cuando tan violentamente reñimos en la Florida, después todo ha cambiado; los sentimientos sufren, a veces, asombrosas reacciones, y ¿quién sa-

be adónde podrán llegar los míos respecto a personas que antes me inspiraron profunda aversión?

Susana callaba, mirándole con asombro; le veía crecer por grados. El mismo a quien ella creyó deslumbrar con su favor repentino, obligándole a abdicar sus preocupaciones y su entereza, estaba allí más elevado que nunca, desafiando a la que quería empequeñecerle con inmerecidos obsequios.

—Usted no sabe apreciar la benevolencia que tengo por usted y el interés que me tomo por su amigo. Usted va más allá...—dijo Susana, echando más atrás el manto y descubriendo todo su busto.

—No voy más allá, estoy en lo cierto. No veo en la bondad de usted otra cosa que lo que debo ver; una satisfacción por los ultrajes que ha recibido y una protesta contra la humildad de mi posición y de mi fortuna. Usted ha tenido el instinto de la justicia y me concede, tal vez sin saberlo, lo que yo merezco: consideración, aprecio, afecto, todo lo que busco y no hallo en el mundo.

Susana estaba confundida. Sus grandes ojos negros habían renunciado a la afectación del dulce marasmo en que la encontró Martín, y recobraban la viveza y animación que a tantos espíritus habían turbado. Y, sin embargo, se sentía débil; Muriel no se arrastraba humillado y vencido a sus pies, sino que se presentaba tratando de igual a igual, de potencia a potencia. No contestó a las últimas palabras del joven y parecía meditarlas con la profundidad y fijeza del matemático que anda a vueltas con una ecuación. Después de un breve rato en que esperó en vano que Martín dijese algo más, Susanita, como si reanudara un concepto interrumpido, exclamó:

—Debe usted hacerlo, sí; debe usted hacerlo.

—¿Qué, qué debo hacer?—dijo Martín, sorprendido de aquellas palabras que eran la primera expresión de un largo razonamiento que la dama había hecho para sí.

—Lo que le he dicho.

—No recuerdo.

—Usted debe variar de ideas—afirmó Susana con un interés que no acertó o no quiso disimular—. Usted está llamado a ocupar un elevado puesto en el mundo, y puede llegar a él si tiene más prudencia.

—No sé qué puesto es ése ni cómo he de conseguirlo.

—¡Oh! Pues no hay cosa más sencilla—dijo la petimetra, incorporándose y echando más atrás el manto, que dejó descubierto su cuerpo, vestido con elegante chaquetilla de terciopelo negro recamado de pasamanería—. Usted, por su carácter y su entendimiento, debía procurar elevarse en vez de insistir en mantenerse a flor de tierra insultando a las clases altas. Si usted entrara en relaciones con las gentes que tanto aborrece y se convenciera de que sólo a su arrimo puede adquirir una buena posición; si olvidara, al fin, su humilde cuna, ¿quién sabe el porvenir que Dios le tendrá reservado?

—Lo que usted me aconseja es que me venda, como si dijéramos.

—No, usted no ha comprendido bien; inclinar sus talentos hacia otro fin, procurar asemejarse en costumbres a las personas más altas de la sociedad, conquistar el favor de los poderosos, desempeñar algún cargo elevado, ganar reputación y aprecio, tal vez un título de nobleza...

—La oigo a usted con curiosidad—dijo Martín riendo—. Eso me divierte.

—No sé que haya dicho ningún despropósito—replicó la dama, desconcertada.

—¡Yo pretendiendo un título de nobleza!... Eso es una burla... ¿Y me lo aconseja usted? Vamos, no creí yo merecer una burla tan fina y al mismo tiempo tan amena.

—No es broma, no; no le faltará a usted quien le proteja. Sea usted como los demás, como todos, y confíe en la Providencia.

Como se ve, Susana quería elevar a Muriel hasta ella, mientras éste, según aparece en el resto del diálogo, pretendía hacerla descender hasta él. Quién logró, al fin, su objeto es cuestión que se verá aclarada en el transcurso de esta historia. Por de pronto, Martín acogía con joviales respuestas las raras proposiciones de la petimetra, y decía:

—¿Si al fin me convertirá usted? ¡Oh! Si no me convierto no será porque el apóstol deje de tener elocuencia.

—¿Usted no siente halagada su imaginación por la idea de ver apreciados

en el mundo su carácter y sus hechos? —dijo Susana, echando más hacia abajo el manto, que ya parecía darle demasiado calor—. ¿Usted sacrificará todo a esas ideas extravagantes que nadie tiene más que usted y otros locos por el estilo?

—Sí; sí, señora—replicó Martín con cruel ironía—, yo hago todos los sacrificios imaginables por medrar, como usted dice, y me arrastraré a los pies de los poderosos y les pediré una triste ejecutoria y un escudo lleno de garabatos para vergüenza de los míos y satisfacción de mi persona. Yo soy a propósito para el caso, no lo dude usted.

—Veo que usted no toma en serio lo que le he dicho. Usted tiene más orgullo que los más insolentes señores.

—Sí, no lo niego. Negarlo sería una hipocresía. Yo tengo orgullo, y muy grande; pero no es orgullo de raza ni de fortuna, sino de sentimiento y de creencias. He aquí mis pergaminos. ¿Y usted me pide que los eche al fuego y los trueque por los que enaltecen a esos caballeros que le dan a usted las pastillas y los pañuelos empapados en esta o la otra esencia?

—Calle usted—dijo Susana, como despreciando aquel recuerdo.

—Entonces—continuó Martín—, seré un hombre de valer y merecedor de lo que ahora no se me quiere dar. Entonces no habrá personas que se avergüencen de ser benévolas conmigo; entonces los que se sientan más o menos inclinados a mi compañía podrán verme a la luz del día y no a hurtadillas y con sonrojo. Entonces no se me humillará ni habrá nadie que se crea exento de tener para conmigo y los míos aquellas consideraciones que la caridad exige. ¡Qué grande hombre seré el día en que me decida a seguir ese consejo! ¿No es verdad?

Susana se sintió otra vez débil ante este verdadero bofetón moral. No le era posible conseguir su objeto, que era quebrantar la entereza de aquel pobre joven, obligándole a poner su conciencia a los pies de una categoría y de una belleza. El se crecía cada vez más a los ojos de la dama, acostumbrada a matar con alfilerazos los afeminados corazones de sus galanes. Aquél era fuerte y temible, y su espíritu no consentía extraño dominio.

Cuando el joven concluyó, bien porque Susana no supiera qué contestar, bien porque entraba en su cálculo el silencio, no profirió palabra, y sólo después de largo rato arrojó lejos de sí el manto, diciendo:

—No puedo resistir este calor.

Martín pudo entonces mejor que antes observar la bella actitud de aquel cuerpo perezoso que se extendía sobre el sofá, sofocado por el calor y libre ya del abrigo que lo cubría. ¡Qué rara escena aquella en pleno año de 1804, cuando el hogar doméstico no se había abierto aún a la audacia exterior por la relajación; cuando las escaleras de una casa, inspeccionadas por los cien ojos de un susceptible recato, eran inaccesibles a los galanes! Es preciso hacerse cargo de la independencia de carácter de Susana, de su desprecio a todas las prácticas sociales para que desaparezca la inverosimilitud de semejante entrevista, que si hoy podría parecer en extremo peligrosa, entonces era tal que habría merecido los más horrorosos castigos. La petimetra no se los hubiera dejado imponer, porque imperaba como reina absoluta en la casa; pero el escándalo hubiera sido espantoso, y los Enríquez de Cárdenas se habrían creído deshonrados por *sœculam sœculorum*.

—Veo que no se puede sacar partido de usted—dijo Susana, buscando nueva posición en el sofá.

—Cierto es—contestó el joven—; de mí no se puede sacar partido. Es preciso dejarme entregado a la ventura. Probablemente yo seré siempre un extravagante, y nunca me seducirán las grandezas ni las ejecutorias. Es triste que para establecer ciertos lazos que la Naturaleza pide y exige, sea necesario a veces salvar los grandes desniveles que hay entre las personas. Pero no hay remedio; la sociedad, llena de aberraciones, así lo exige. Los que la Naturaleza ha hecho iguales, el mundo pone en tan diversas condiciones que es necesario sucumbir y renunciar a todo lo que no sea una vida enteramente ideal.

Estas palabras, aunque algo misteriosas, fueron perfectamente entendidas por Susana, que, fijos los ojos en Martín, contestó afirmativamente con la cabeza, mostrando gran convicción. Cansóse de la postura que poco antes había tomado, y culebreaba en el sofá bus-

cando nuevas actitudes a aquel cuerpo cansado de su cansancio. Había tomado un abanico y se daba aire lentamente. Ya se apoyaba en el codo izquierdo, ya se dejaba caer; tan pronto alzaba la cabeza como la inclinaba hacia atrás, dando la mayor latitud posible a su garganta; a veces su barba era el punto más alto de la cabeza; a veces la pegaba al seno como si la tuviera clavada; ya tomaba por base la cadera izquierda; ya se extendía de plano; a veces agitaba el pie derecho, sacudiendo el zapato puntiagudo y mal calzado; a veces recogía sus piernas, echando las rodillas fuera del sofá, y estaba tan inquieta, que, a no saber nosotros que su enfermedad era puro artificio, la juzgáramos realmente atacada de algún ligero accidente nervioso.

El joven filósofo, a pesar del predominio que la inteligencia tenía en su espíritu sobre toda facultad, poseía también en alto grado, según la escuela revolucionaria de Rousseau, el sentimiento de la Naturaleza, y fuerza es confesarlo, en aquel momento la petimetra no le inspiraba ningún afecto puro. Aquella escena, que parecía ser un presagio del romanticismo, más tarde imperante, impresionó vivamente sus sentidos. No llegaba su rigorismo filosófico-político hasta el extremo de darle aquella entereza ascética que es propia de los que cultivan el alma a costa del cuerpo; mas a pesar de su fascinación, que era grande, la petimetra, como ser moral, había descendido bastante a sus ojos.

Es evidente que aquello halagaba su vanidad, porque ni aun estando las compensaciones y los castigos providenciales en manos de los hombres se podría obtener una venganza más atroz de la aborrecida familia que en contrapeso de tantas injusticias le entregaba su honor. Aun en tales momentos, aunque parezca extraño, la idea no se eclipsó por completo en su espíritu y quiso razonar en breves palabras una situación que por su índole especial debía ser lacónica.

—Yo no necesito elevarme. Esto que pasa, ¿no le prueba a usted nada? Que me place ver aplacados a mis enemigos no por la fuerza ni por el convencimiento, sino por la Naturaleza, que es mejor niveladora que la razón. Yo no puedo permanecer rencoroso cuando de esta manera se me confiesa que todos somos iguales.

Susana oyó estas palabras cuando se incorporaba en el sofá, cansada ya de estar con la cabeza atrás, rodeándola con sus brazos como si fuera un marco. Sentada, con una mano puesta en la rodilla y la otra sirviendo de apoyo al cuerpo, con la mirada fija y sin pestañear, semejaba una estatua antigua. La expresión de su semblante varió por completo. Parecía haber recobrado repentinamente el dominio sobre sí misma, perdido hace poco, y, haciendo un gesto de fastidio, dijo:

—Veo que usted abusa de mi bondad.

En el colmo de la confusión por aquel inesperado cambio de actitud, de palabras y de expresión, Muriel preguntó:

—¿Por qué, señora?

—Porque me dice usted cosas que no esperaba yo oír en boca de una persona que debía guardarme mayor respeto. Hay personas que desde el momento en que creen merecer algún servicio aspiran a... Retírese usted.

—¡Ah!, señora; no creí hacer otra cosa que contestar a lo que usted me decía.

—He tenido la debilidad de entretenerme un rato oyéndole... Pero ya me ha mareado usted bastante.

—Ciertamente, no valía la pena de que usted me hubiera detenido. Mi intención era tan sólo estar un momento.

—Petra, Petra—dijo Susana llamando.

La criada no tardó en venir. Susana, dirigiéndose al joven, añadió:

—Es usted demasiado exigente; yo no puedo hacer otra cosa que pedir que se haga. Salga usted de una vez.

Estaba muy agitada y se había levantado del sofá, donde su manto, aplastado y lleno de arrugas, hubiera sido un fatal dato para cualquier malicioso que no conociera lo que allí había pasado.

—Señora—manifestó Martín, sonriendo—, le agradezco su empeño, pero no se tome grandes molestias por conseguirlo. Yo lo intentaré por otro conducto.

—¡Oh! Es usted lo más impertinente... Pero no esté usted más aquí. Petra, llévale fuera... ¡Oh, qué pesadez, tanto tiempo aquí!

—Ya me voy, señora—dijo Martín—;

deseo a usted mejor salud de la que ha tenido esta noche. Adiós.

Y salió, dejándola en un estado que no podemos decir si era de ira o de abatimiento, si de despecho o de dolor.

Entre tanto, Muriel salía y tomaba el camino de su casa, creyendo que nadie reparaba en su persona. ¡Qué error! La confusión y el aturdimiento de que iba poseído le impidieron, sin duda, reparar que un hombre embozado, que a alguna distancia del portal de la casa estaba paseándose, le vió salir y le siguió después desde lejos por todas las calles que fué preciso recorrer para llegar a la de Jesús y María.

CAPITULO XII

EL DOCTOR, CONSTERNADO

I

Dijimos que Martín no sospechaba, durante su largo trayecto, que una persona le veía y le seguía; pero esta persona sí le observó muy bien y no paró hasta no quedar segura de la vivienda en que el joven penetró ya a hora bastante avanzada. El desconocido desanduvo al fin lo andado y se retiró a su casa, donde le dejaremos hasta el día siguiente, en que, a la luz del día y sin embozo ni disfraz alguno, salió, permitiéndonos conocerle. Era el famoso marqués a quien el lector conoce por *el de las pastillas* mejor que por otro título alguno.

No hagamos caso de la tristeza y abatimiento que en su semblante se retratan. Las causas de esto nos las va a revelar él mismo poco después, cuando, en casa del doctor Albarado, entabló con este grave funcionario un animadísimo diálogo. Era aún algo temprano, y el buen doctor saboreaba con sibaritismo su buen guayaquil.

—¿Qué hay, qué trae usted, señor marqués?—preguntó el doctor, fijando los ojos en la alterada fisonomía del recién llegado.

—Lo que yo presumía, lo que yo le dije a usted ayer; pero nunca creí que llegara a tal extremo...—contestó el marqués con agitación.

—Pero me está asustando usted—dijo el doctor—. Vamos, ¿los celos no le trastornarán la cabeza y se le antojarán los dedos huéspedes?

—Ya no se puede dudar, señor doctor amigo; es una gran desgracia y una gran vergüenza.

—Vamos por partes; cuénteme usted y yo decidiré en qué grado de ofuscación está esa cabeza.

—No, esto no es para reír—repuso con melancolía el pobre marqués, hombre de gastada y viciosa naturaleza, pero de espíritu en extremo sensible—. Esta noche he presenciado una cosa horrenda.

—A ver...—dijo el doctor, sonriendo—, ¿Ha sido algún terremoto, asesinato o cosa así?... Los celos, los celos, señor don Félix, son muy malos anteojos. Con ellos se ven las cosas en gran aumento y tan desfiguradas que no conocemos.

—Cuando usted esté bien enterado no lo tomará a broma. Esta noche he visto a ese hombre de quien hablé a usted, le he visto entrar en la casa.

—¿En qué casa?—preguntó Albarado con cierta disposición a tomar aquello en serio.

—¿En qué casa había de ser? Por vida de... En la suya. Ya usted sabe que anoche no quiso Susana asistir a la tertulia en casa de Porreño. Dijo que estaba mala y se quedó en casa. Pero yo sospechaba, salí, fuí a observar y vi...

—¿Conque vió usted?

—Sí, vi a ese hombre salir de la casa a hora bastante avanzada. Yo me enteré bien y sé que estuvo dentro más de dos horas.

—¿Usted está seguro de lo que dice? —preguntó con más interés el buen inquisidor.

—Creo que hace usted mal en bromear sobre este asunto—indicó el marqués.

—Y ese hombre... ¿es uno de esos por quienes se interesa tanto para que no les eche mano la Santa Inquisición?

—Justamente. ¿No le dije a usted que se hablaba mucho de eso y que todos los conocidos hacían mil comentarios?... Usted se rió entonces de mí. Pues ahí tiene usted cómo la cosa era cierta.

—Conque Susanilla... Pero es mucho carácter aquél. A la verdad, señor marqués—añadió el inquisidor—, si lo que usted me dice es cierto, ello es cosa tremenda.

Y dando un fuerte puñetazo en la mesa se levantó y muy agitado principió a dar paseos por la habitación.

—Usted sabe el interés que Susana se toma por ese canalla—dijo el marqués con creciente aflicción—. ¡Oh!, desde que vi que ella no quería ir a casa de Porreño, precisamente en día de gran sarao, no las tuve todas conmigo. Me puse en acecho...

—¡Ah!, no lo puedo creer—aseguró Albarado, deteniéndose y cerrando los ojos—. Si Susana fuera capaz de semejante infamia... ¡Pero qué deshonra! ¡Qué vergüenza! Y ese hombres, ¿quién es?...

—Un endiablado francmasón. No está averiguada su clase y fines. Debe de ser hombre perverso.

—Pero no nos confundamos, amigo don Félix—dijo el doctor, tratando de serenarse—, fijemos bien los términos del asunto. ¿Qué es a punto fijo lo que hay?

—Ni más ni menos que lo que ayer le dije a usted, señor doctor de mis pecados. Que la señorita doña Susana se ha prendado de ese hombre aborrecido, y con tanta violencia que anoche le ha recibido en su casa, a solas, cuando toda la familia estaba en casa de Porreño.

—¡Ah!, usted se ha equivocado, señor marqués. Usted viene a volverme loco—exclamó con repentina cólera el buen consejero de la Suprema—. Susana es incapaz de...

—Ya se convencerá usted, señor doctor. No es la pena de usted más intensa que la mía. Pero usted mismo ¿no me ha dicho que había notado con mucha extrañeza las miradas y el carácter de Susana en estos últimos días?

—Sí—dijo el inquisidor, más irritado—. Sí, sí, yo había notado en ella... No la conocía... Yo me preguntaba: «¿Qué diablos tiene esa muchacha?» ¡Oh!, pero nunca creí... ¡Qué tiempos!

—¿Y no le ocurre a usted lo que es preciso hacer?—preguntó el marqués.

—¿Qué?... No sé.

—Ya que el mal no puede evitarse, podrá, al menos, ocultarse.

—¡Ocultarse! Ustedes con eso quedan tan contentos. Eso no me satisface. Pero esta deshonra me desespera... Yo no sé qué pensar... Aún lo dudo, y espero que sea una equivocación de usted. Si llego a adquirir la certidumbre de esa... Explíquese usted mejor, déme usted detalles.

—¿Todavía no está usted convencido? Vayamos pensando el modo de hacer desaparecer a ese miserable, y ya que la deshonra es imposible, ocultémosla mientras se pueda.

—¡Ah!, no lo puedo creer—expresó el inquisidor con angustia—. ¡Susana, Susanilla!... Pues yo juro que ese bribón nos la ha de pagar.

—¡Y pretendía que su compañero fuese puesto en libertad!

—Buena los espera a los dos.

—¡A la Inquisición!—dijo el marqués con ira.

—Sí, a la Inquisición. No puede decirse que nos valemos de ese Tribunal para una venganza personal, pues esos jóvenes son acusados de muy negros delitos contra la sociedad y la religión. Pero yo quiero interrogar a Susana y espero que ella misma me ha de confesar... Si ella misma se obstina en negármelo, cuando yo se lo pregunte como yo sé preguntárselo, lo dudaré toda mi vida.

—¡Y en esto ha venido a parar, señor doctor de mi alma, una aspiración tan noble y santa como la mía!—manifestó el marqués casi con las lágrimas en los ojos—. ¡Yo, que después de una vida agitada y borrascosa aspiraba a reposar de tanta fatiga!... ¡Yo, que deseaba formar una familia y vivir tranquilo amando y siendo amado!

—Es preciso hablar del caso a mi hermana y a mi cuñado. Ellos, por fuerza, han de tener antecedentes. Vamos allá.

—Permítame usted que no le acompañe. ¡Siento una pena al pensar que entro en esa casa donde yo esperaré!... Y he quedado en ir esta noche para llevar a Susana a ese baile de la *Pintosilla*.

—¿Ella se empeña en ir?

—Y con tal tenacidad, que si no la acompaño se pondrá furiosa conmigo.

—¿Y será usted tan débil que la lleve a esos sitios?

—¡Oh!, sí—dijo, compungido, el pobre marqués—; soy débil, no puedo negarle nada; me tiene fascinado. Crea usted que he llegado a tenerle miedo.

—Es mucho carácter aquél—decía repetidas veces el inquisidor, paseándose muy ensimismado—. Pero vamos allá.

—Pues vamos.

II

Poco tardaron los personajes citados en trasladarse a casa del señor don Miguel Enríquez de Cárdenas, el cual estaba encerrado en su despacho y en conversación muy calurosa con don Buenaventura. Cuando sonaron en la puerta los golpecitos que anunciaban la visita del buen doctor y del afligido marqués, Rotondo se ocultó muy aprisa en una pieza inmediata y don Miguel abrió. Al ver a sus dos amigos, pintóse en su semblante la mayor sorpresa; pero estamos autorizados para creer que sospechaba a qué venían.

—Venimos a enterarte de un grave asunto—dijo el inquisidor—. Doloroso es, Miguel, pero no debemos rehuirlo con timidez, sino abordarlo con valor.

—Pero ¿qué hay, qué es eso?—interrogó con apariencias de gran consternación el hermano del conde de Cerezuelo.

—Ya tú conoces el carácter de Susana—dijo el doctor—. Sabes cuánto la quiero; pero el amor que la tengo no es parte a ocultarme sus defectos, más bien hijos de una sensibilidad impresionable que de perversidad del corazón.

—Pero ¿qué le pasa a Susana? ¿Qué ha hecho? Sacadme de una vez de esta espantosa duda—dijo don Miguel.

—Susana, por triste que nos sea confesarlo, está agraviando con su conducta a tu familia y a la mía. Susana se ha prendado de un hombre indigno de ella, de un hombre despreciable por todas razones, ya se considere su condición y nacimiento, ya se considere su vida y oficio, su modo de vivir y sus ideas.

—En verdad que es cosa horrorosa —manifestó don Miguel, abriendo los ojos y la boca del modo que a él le parecía más propio para expresar la estupefacción.

—Susana es una de las jóvenes más ricas de la corte; su hermosura la hace digna de enlazarse a un individuo de familia regia. Pero esta ligereza suya la pone al nivel de..., vamos, no quiero pensarlo.

—Ni yo tampoco—contestó, después de una pausa melodramática, el señor Enríquez de Cárdenas—. No quiero pensarlo; pero ¿cómo has sabido?... ¿Quién ha descubierto?...

—Pues has de saber que ese hombre ha entrado anoche aquí..., en tu casa —dijo Albarado.

—¡En mi casa!... ¡Oh! ¡Esto merece un castigo ejemplar!...

—Es preciso tomar pronto alguna determinación.

—¿La enviaremos a Alcalá?

—Ella no querrá ir. Conviene, además, que no haya el menor escándalo.

—¡Qué muchacha, santo Dios!—exclamó don Miguel—. Por Dios, no digáis nada a mi esposa. Pero ¿cómo habéis sabido?... ¡Qué corrupción! ¡Cómo pierden las jóvenes el pudor!... Contadme...

El marqués, cada vez más tétrico, contó a don Miguel lo que había visto la noche anterior, y con esto y las aclaraciones que dió el doctor, recordando palabras y hechos de la indomable doncella en aquellos días, el señor de Cárdenas aparentó no tener duda alguna acerca de la realidad de aquel desastre doméstico.

El doctor no esforzaba mucho en descrédito de Susana sus consideraciones sobre la honestidad y el decoro de las mujeres. Allí el inexorable era don Miguel, que hasta llegó a asegurar que no esperaba menos de persona tan caprichosa y frívola. El marqués ardía en deseos de venganza, pero esta pasión era en él reconcentrada y sorda: habíase calmado, y, sin duda, meditaba algún plan de difícil ejecución, porque enmudeció, y sólo con algún que otro monosílabo expresaba su conformidad al oír los terribles apóstrofes de don Miguel. El inquisidor, al fin, quiso hablar del asunto con la propia Susana y salió, siendo su objeto emplear con ella la mayor delicadeza y habilidad, según exigía el áspero carácter de la *nietecilla*, a quien tanto amaba y tan bien conocía. Subió, pues, con este intento y quedáronse solos el marqués y el noble hermano de Cerezuelo.

—Aún no vuelvo de mi asombro—dijo éste, esperando que su amigo se prestaría a entablar una conversación llena de digresiones sobre la moral y la condición de las hembras.

Pero el marqués calló, dejando a Cárdenas en la plenitud de su inspiración.

—Y ¿qué noticias tenía usted de ese hombre?—preguntó luego.

—¡Ah! Detestables—contestó el marqués—. Pero nos las ha de pagar.

—¿Usted le conoce?

—¡Ah! No... Sólo de vista.

—Si se le pudiera alejar de aquí... Pues mandadle a Indias.

—No irá tan lejos por de pronto; pero, al fin, irá, irá más allá.

—¡Qué gente tan perversa está apareciendo por todas partes! Le digo a usted que estoy horrorizado. ¿Si será cierto que va a haber una revolución y que...? Mejor es no pensarlo.

—De ese hombre no tema usted nada, que le arreglaremos.

—¿Qué piensan ustedes hacer con él?... A ver... Cuénteme usted... Quiero saber...

—Por de pronto la Inquisición se encargará...

—¿Sí?

—¡Pues está poco furioso el buen consejero de la Suprema!

—¡Pobre joven!—dijo don Miguel distraído y sin reparar en la inconveniencia que de su boca salía.

—¿Qué dice usted?

—No... Quiero decir... Bien merecido le está.

—A la cárcel con él. ¡Bueno soy yo para tener lástima a semejantes pájaros!

—Y ¿podrán ustedes echarle mano?

—Creo que sí; mejor dicho, seguro estoy de que sí, porque yo no he de parar hasta que lo consiga.

Y diciendo esto, el marqués se retiró sin más razones.

Ya don Miguel estaba seguro de que había bajado la escalera y salía por el portal cuando abrió la puerta del cuarto inmediato y entró el señor de Rotondo.

—¿Ve usted?—le dijo Cárdenas, con su sonrisa astuta y fría—. El marqués vió entrar a ese hombre. Si le dije a usted que éste tenía mucha travesura y experiencia para no caer de su burro. ¿No ha oído usted lo que ha dicho?

—Sí—contestó, sentándose, don Buenaventura—. Me parece que podemos rezarle un Padrenuestro al pobre don Martín.

—¿Usted le prevendrá para que se ponga en salvo?

—Creo que debemos hacerlo así; porque, como usted me decía hace poco, el buen filósofo no podía haber hecho cosa mejor que agradar a Susanita. ¡Oh! Si él no fuera como es, es decir, un filósofo indomable lleno de preocupaciones; si él sintiera en su pecho las cosquillas del amor e hiciera un experimento revolucionario...

—¡Oh!—dijo don Miguel—. Creo que eso es pensar en lo excusado. Y la verdad es que la chica se ha prendado de él.

—Por de pronto, le pondré sobre aviso, porque a poco que se descuide, me lo zampan en la Inquisición, y nos hace gran falta.

—¿Y después?—preguntó, sonriendo el noble hermano de Cerezuelo—. Vamos, desarrolle usted su plan por completo. Yo me mareo al ver esas admirables combinaciones de usted. Ya se ve, con esa grande imaginación que Dios le ha dado...

—Después... Es preciso ir con tiento. Si ese hombre tuviera un carácter más dócil y se dejara manejar, vería usted qué pronto estaba todo hecho; pero es intratable. Aun así yo pienso manejarme de tal modo que le meta de cabeza en nuestros asuntos, y así cuando intente salir del enredo no podrá: le tendremos en un puño y a merced de nuestra voluntad. Ese hombre, domado, es de un valor inmenso.

A este punto habían llegado de su conversación, cuando se sintieron unos golpecitos a la puerta.

—Es Sotillo—dijo don Miguel, corriendo a abrir.

La siniestra figura de aquel joven que en la casa de la calle de San Opropio vimos de paso en compañía de un don Frutos, ex presidiario y francmasón, penetró en el cuarto, y bien claro demostraba su avinagrado semblante que traía malas noticias.

—¿Han venido las cartas?—le preguntó don Buenaventura.

—¡Qué cartas ni qué ocho cuartos! —contestó Sotillo, sentándose sin ceremonia alguna—. Ocurren cosas muy gordas para pensar en cartas. Sepa usted, señor don Buenaventura, que su libertad está en un tris y que a estas horas corren por Madrid diez o doce pájaros gordos encargados de llevarle a dormir a la cárcel de Villa.

—Ole, ole, parece que me van perdiendo el miedo—dijo don Buenaventura, más bien orgulloso que afligido de la persecución que sufría—; ya no se contentan con vigilarme, sino que me quieren echar mano.

—Pues parece que por altas influen-

cias se ha decidido a todo trance llevarle a usted a la cárcel, y de allí... Dios sabe adónde.

—¡Ah! Yo tiemblo siempre que oigo hablar de estas cosas—dijo con timidez don Miguel, que era poco fuerte de corazón—. Si yo pudiera esconder a usted en mi casa...

—Vamos, desembucha punto por punto todo lo que sepas—dijo don Buenaventura, sin hacer caso de la aflicción de su ilustre amigo.

—Pues parece que en manos del prior del convento de Ocaña ha caído una porción de papeles del padre Matamala. Figúrese usté..., y entre ellos algunos que podían arder en un candil, como son los del arcediano de Alcaraz, que estaban en cifra, y los de los tres coroneles de Aranjuez... Vamos, que se va a armar un lío...

—Pues, hombre, es terrible cosa... Y este santo varón ha sido tan necio que se ha dejado... ¡Oh! ¡Por qué me fié de frailes y canónigos!...

Al decir esto, el señor don Buenaventura, dominado por violenta ira, dió un puñetazo en la mesa, y, levantándose, se paseó muy agitado por la habitación.

—Los papeles vinieron a toda prisa a Madrid; a fray Jerónimo creo que lo trasladan también para mandarle después no sé adónde, y a usted... Pues Godoy se jacta de haber descubierto una conspiración contra él y el trono, conspiración dirigida por los ingleses.

Rotondo hizo un gesto despreciativo, y don Miguel abrió la boca en señal de un estupor indudablemente épico.

—Pues ésa es la cosa...—continuó Sotillo—. Han dicho que no hay más remedo que buscarle a usted a toda costa, ya que hasta hoy no ha sido posible echarle mano.

—¿Han descubierto la pista de la calle de San Opropio?—preguntó vivamente Rotondo.

—No estoy seguro; mas andan tras ella con mucha fe. Pero ha de saber usted que hay un alguacil que ha prometido llevarle a usted esta noche entre sus uñas a la cárcel de Villa.

—¿A mí?—dijo Rotondo sonriendo con desdén.

—Sí, eso lo he sabido en la taberna de la calle de Mira el Río..., y a fe que me costó más de tres cuartillos de vino averiguar quién era ese guapo. ¡Ay señor don Buenaventura, después dirá usted que gasto mucho! No sabe usted lo que cuesta descubrir esas y otras cosas, tales como las que voy a decir.

—¿Qué?

—También sé el sitio donde le echarán a usted el anzuelo. No es la calle de San Opropio.

—¿Dónde? ¿Donde como?

—No es donde come, ni donde cena, ni donde charla, ni donde conspira, sino donde duerme.

—¡En casa de...!—exclamó don Buenaventura con el mayor asombro.

—¡En casa de...!—dijo Cárdenas, no menos estupefacto.

—Y ¿cómo saben que duermo allí?

—Ahí verá usted. El alguacil piensa cogerle a usted por sorpresa, sin resistencia alguna, entregado por las mismas personas en quienes usted tiene depositada toda su confianza.

—¡Por ella!...—dijo con violencia el señor de Rotondo—. Eso es imposible.

—Eso es imposible—repitió Cárdenas.

—En fin, de todos modos, ya usted está prevenido, y puede escurrir el bulto.

—No, ella no puede...—murmuró don Buenaventura muy preocupado y meditabundo—. Y si fuera capaz, la abriría en canal.

Para conocimiento de los sucesos que han de venir es preciso que el lector sepa dónde dormía el señor don Buenaventura, lo cual será asunto del siguiente capítulo.

CAPITULO XIII

LA MAJA

I

Acabado modelo de la maja era Vicenta Garduña, conocida por la *Pintosilla*, emperatriz de los barrios bajos, que ejercía dominio absoluto desde las Vistillas hasta el Salitre, temida en las tabernas, respetada en la zambras y festejos populares; mujer que había aterrado el barrio entero dando de puñetazos a su marido, Pedro Potes, maestro de obra prima, y tan débil de carácter como largo de cuerpo. ¿Quién sería capaz de narrar las proezas de esta mujer ilustre, desde que descalabró a la castañera de la calle de la Esgrima hasta

que dió de bofetadas a un duque muy grave en la Pradera del Corregidor, en medio del gentío y a las tres de la tarde? Lavapiés por un lado, y Maravillas y Barquillo por otro, fueron teatro de estas heroicidades que, tal vez más que sus naturales encantos, contribuyeron a hacerla interesante a los ojos de muchos personajes de la corte de distintas clases y categorías.

El *Zurdo,* rey de los matuteros; *Tres-Pelos,* gran maestre de los tomadores del dos; el *Ronquito,* emperador de la ganzúa; *Majoma,* canciller de los barateros, y otros insignes héroes de aquellos tiempos, eran cronistas fieles de sus hechos y dichos, disputándose todos el honor de bailar en su casa, de tomar parte en sus meriendas y de meter ruido en sus frecuentes jaleos.

Pocas excursiones tenemos que hacer al campo de la historia para dar a conocer lo importante de la vida de esta heroína, que sólo entra en esta narración de pasada y como al acaso. Baste decir que la *Pintosilla* riñó por primera vez con Pedro Potes a los tres meses de casada, y que desde entonces, y a causa de las ruidosas victoras alcanzadas sobre el débil consorte, adquirió el prestigio de que disfrutaba en el barrio, y su nombre corrió de extremo a extremo por toda la coronada villa. Si su hermosura no era extraordinaria, su gracia era tan picante que ocultaba todos los defectos, razón por la cual era galanteada por personas de todas jerarquías, y hasta se contó que cierto señorito de una principal familia fué desterrado y castigado por sus padres a causa de haber frecuentado más de la cuenta el bodegón de la *Pintosilla.*

Era en extremo generosa y hacía alarde de favores a los necesitados. Sus galanes, cuando los tuvo, gastaban más lujo del que correspondía a humildes menestrales de la clase popular. Los que procedían de más altas regiones sufrían sus desaires, pues cifraba todo su orgullo en humillar a los grandes señores.

No pasaba día sin que riñera con sus vecinas, y siempre con tal furor que el altercado solía concluir con la intervención de la Justicia. En una de estas epopeyas la *Pintosilla* fué a parar a la cárcel, donde descalabró a cuatro presas, estropeó a cinco, concluyendo por pasearle las costillas a la guardiana, que era una mujer como un templo. Estas y otras expansiones de su ardiente espíritu pusieron a la pobre Vicenta Garduña a las puertas del presidio, y allí hubiera ido si un ángel tutelar no la sacara de la cárcel a costa de algún desembolso y de muchos empeños. Recibió esta señalada protección de un hombre que la había galanteado en vano durante muchos meses y que había tenido la buena idea de alejar para siempre de Madrid a Pedro Potes, estorbo sempiterno de los adoradores de Vicenta. Pero si las ofertas de un buen menaje y de un corazón amante, aunque algo pasado, no la ablandaron, la gratitud y cierto deseo de reposo inclinaron su ánimo, y decidió arreglarse con aquel célibe pacífico, entrado en años, rico y de trato afable, aunque por demás reservado y frío. Este fué el origen de las relaciones entre don Buenaventura Rotondo y la *Pintosilla.*

En éste, como en todos los actos de nuestro personaje, la prudencia y la precaución fueron por delante. Nadie lo sabía; la *Pintosilla* se vió obligada a variar de conducta, renunciando a los escándalos diarios y a las epopeyas callejeras, con lo cual, si la moralidad pública ganó mucho, el barrio perdió en parte su principal animación. No renunció, sin embargo, a su taberna ni a sus grandes y ruidosos jaleos por Pascuas, San Isidro, ferias y otras solemnidades religiosas u oficiales, como, por ejemplo, cuando nacía un príncipe o princesa, ocasiones que el pueblo celebraba entonces con febril entusiasmo.

Cuando principió la persecución contra don Buenaventura, acusado de emisario secreto de los ingleses para promover obstáculos a la administración de Godoy, y el pobre señor se vió obligado a tener una casa para conferenciar con los suyos, y otra donde aparentaba residir, la amistad de la *Pintosilla* le sirvió de mucho; el secreto en que había mantenido sus relaciones le permitía pernoctar descuidado en la calle de la Arganzuela, sin temor de traiciones ni sorpresas. Juzgue el lector cuál sería su asombro cuando Sotillo le anunció que había el proyecto de aprehenderle en casa de Vicenta, entregado y vendido por ella misma. Aunque no tenía confianza en nadie, nunca creyó a la *Pintosilla* capaz de semejante infa-

mia, y por eso exclamó, abriendo la boca con tanto estupor como el señor de Cárdenas:

—¡Si fuera capaz..., la abriría en canal!

Los alguaciles que se ocupaban noche y día en seguir la pista del emisario de la nación inglesa descubrieron, al fin, dónde dormía. Uno de ellos, que era parroquiano asiduo de la taberna, entabló con *Pintosilla* las primeras negociaciones para la entrega de don Buenaventura, y Vicenta fingió condescender aceptando el soborno que se le ofrecía. Estas negociaciones cundieron de la taberna de la Arganzuela a la taberna de Mira el Río, donde Sotillo, que era de los que tienen medio cuerpo entre los malhechores y el otro medio entre los alguaciles, las adivinó con su finísimo olfato, adquiriendo después pormenores curiosos mediante el gasto de algunos cuartillos de vino.

Los alguaciles, cansados de las mil tentativas frustradas que constituían la historia de sus pesquisas tras don Buenaventura, a causa de las muchas precauciones de éste, llegaron a cobrarle miedo y a creer que algún ente infernal le protegía. Juzgaron más fácil cogerle por la astucia que por la fuerza, y averiguado el sitio donde dormía les pareció más hacedero el soborno que el asalto. Convinieron, pues, con Vicenta en que ésta cerraría cierta puerta de escape que a lo largo de un pasadizo daba salida por la Costanilla de la Arganzuela, y ellos entrarían de improviso por la taberna, subiendo a las habitaciones superiores para cogerle como en una ratonera.

Sotillo se enteró de este pequeño plan, que no hacía honor ciertamente a la Policía española de aquellos tiempos, y esta falta de secreto lo hubiera hecho fracasar si, por otra parte, la condescendencia de la *Pintosilla* no fuera una farsa ideada para burlarse de los ministriles y dar un bromazo a cualquiera de los que habían de asistir a su baile en aquella memorable noche.

II

Mientras se hacían los preparativos de esta fiesta, veamos lo que le pasaba a Martín Muriel, amenazado de caer, como su amigo, en las garras de la Inquisición, gracias al despecho del marqués de Fregenal, apasionado en sus maduros años de la famosa Susanita. El doctor no había oído sin cierta repugnancia el anuncio de que Martín iba a ser delatado al Santo Tribunal sin otro motivo patente que haber merecido la afición de la joven. Pero se consoló el buen consejero de la Suprema al oír de boca del marqués un fiel relato de los crímenes de la fracmasonería, brujería y demás diabólicas artes que practicaba el joven. Esto le hizo creer que había motivos justos para no sofocar los ímpetus vengativos del marqués, y que la religión y la sociedad se libraban de un terrible enemigo con sólo atar corto a aquel hombre insolente que atrevidamente insultaba las cosas más santas y venerables. La delación fué hecha, y aquella tarde, cuando Martín se preparaba a salir, los esbirros del célebre Tribunal tocaron a la puerta de la casa.

Cuando Alifonso vió por el ventanillo las cruces verdes, su terror fué tal que a punto estuvo de caer redondo al suelo. Más muerto que vivo corrió al cuarto de su amo, y exclamó:

—¡Señor, señor: ahí están; ellos, ellos son!

—¿Quién está ahí, quién puede ser?

—Esos...—contestó, temblando de miedo, el barbero—, esos que vinieron por don Leonardo... ¡Ah la perra de la tía Visitación!...

—¡La Inquisición!—exclamó el otro—. Huyamos, ¿por dónde?

—Venga usted—dijo Alifonso, dirigiéndose más rápido que una flecha a lo interior de la casa.

El miedo le daba alas, y Martín, que no creía fácil defenderse contra tal gente, le siguió sin esperar un momento. Al entrar precipitadamente en la cocina, doña Visitación, que acudía llamada por los campanillazos, recibió el violento impulso de la carrera de Alifonso, y cayó al suelo. Amo y criado pasaron sobre ella, y la infeliz quedó magullada y contusa, exclamando:

—¡Ladrones, ladrones!

Los fugitivos treparon por una escalera que conducía al desván; desde allí pasaron a una trastera; de ésta, al tejado y por aquí a la casa del tinterero, que ya había dado asilo a Alifonso en los tremendos días de la prisión de Leo-

nardo; pero en vez de quedarse allí, seguros de que serían perseguidos, salieron a la calle inmediata, que era la de Lavapiés, y se alejaron a toda prisa, pero con el mayor disimulo. Esta vez los esbirros inquisitoriales erraron el golpe, y cuando la puerta de la casa habitada por la francmasonería se abrió, sólo encontraron el cuerpo inerte de doña Visitación, tendido en el mismo sitio de la caída, y no pudieron menos de mirarse unos a otros con asombro cuando la pobre mujer aseguró con voz entrecortada y angustiosa que Alifonso y don Martín se habían ido por los aires caballeros en dos escobas, despidiendo llamas, oliendo a azufre y profiriendo mil maldiciones contra el Señor y su Santísima Madre. Los inquisidores no pudieron menos de exclamar:

—¡Lo que se nos ha escapado!

Registraron aquella casa y las inmediatas, pero los francmasones no parecieron. Alguien aseguró que se habían convertido en humo negro, hediondo y sofocante, que se difundió por los aires.

III

Al principio, los fugitivos marcharon sin dirección fija, cuidándose tan sólo de alejarse lo más posible; pero cuando se juzgaron seguros, Martín pensó que convenía poner aquel suceso en conocimiento de don Buenaventura, y con este propósito se dirigió a la calle de San Opropio, donde estaba Rotondo enfrascado en animadísima conversación con don Frutos.

Martín dejó a Alifonso en la calle, encargándole que le aguardara, entró y subió.

—¡Cuánto me alegro de verle a usted, amiguito! —dijo don Buenaventura—. Precisamente necesitaba hablar a usted para ponerle sobre aviso. Sé que le tienen destinado a pasar unos días en la Inquisición para que descanse allí tranquilamente de su agitada vida.

—Ya lo sé, pero felizmente...

—¿Por quién lo sabe usted?

—Por ellos, que ahora estarán registrando mi casa y mis papeles. He escapado por milagro.

—¡Ah! ¿Ya le han ido a visitar a usted? ¡Qué puntuales son!

—Puesto en salvo—afirmó Martín con ira—, yo les juro que he de vender cara mi vida.

—Pues, amiguito, a mí me pasa lo mismo—dijo Rotondo, cruzándose de brazos—; también a mí me persiguen y hay quien ha prometido solemnemente entregarme esta noche misma vivo o muerto.

—¡Esto es horroroso!—observó Muriel—. Soy inocente: nadie me puede acusar del más pequeño delito; no he ofendido a ningún ser vivo, y me veo perseguido, amenazado de muerte y de deshonra por ocultos enemigos. Nada puede garantizar al hombre su vida, su independencia, su tranquilidad. Es tal la condición de los tiempos presentes, que cualquier delación infame, hecha por boca de un desconocido, nos encierra tal vez para siempre en esos sepulcros de vivos que espantan más que la misma muerte.

—Sí—dijo Rotondo—, es horroroso. ¡Y se espantarán de que haya hombres de ánimo valeroso que se propongan acabar con todo esto! Ya recordará usted lo que hablamos aquí a poco de llegar usted a la corte.

—Sí, y usted creía lo más oportuno llegar a ese fin por medio de la astucia, cuando yo le decía que no había otro recurso que la fuerza.

—Es verdad que entonces dije eso, y aún lo sostengo; no conoce usted, amigo mío, la tierra que pisa. Entonces usted no consideró mis proyectos ni aun dignos de fijar su atención. ¡Oh!, si aquí nada se logra consiste en que los que desean una misma cosa no se ponen de acuerdo en los medios para llegar a ella.

—Es cierto—dijo Martín—que por lo poco que usted me confió no comprendí que hubiera en sus propósitos una alta idea, sino tan sólo la satisfacción de mezquinos resentimientos. Usted quiere variar de personas, dejando en pie todo lo demás.

—De cualquier manera que sea, en vez de discutir qué medio es mejor, ¿no sería más conveniente poner en práctica uno cualquiera? ¿Qué puede usted hacer solo? Los que piensan como usted son contadísimos, don Martín, mientras yo puedo decir que entre los míos está media España.

—Si eso fuera así...—contestó el otro profundamente pensativo.

—Desde que nos vimos comprendí que

usted era un hombre de mérito y el más a propósito para poner término a una gran empresa que acabara con esta sociedad miserable y corrompida, echando los cimientos de otra nueva. Nada le falta a usted si no es un poco de docilidad para ceñirse por algún tiempo a voluntades superiores encargadas de dar unidad al plan revolucionario.

—Pero usted no me quiso decir quiénes eran esas voluntades superiores, ni cuál el plan, ni... Usted no me dijo nada—contestó Martín con cierto afán.

—No podía ni debía hacerlo sin estar seguro de su adhesión. Y ahora, después de tantas persecuciones, de tantos vejámenes, cuando vemos pendiente nuestra vida y nuestra libertad de la delación de cualquier malintencionado, ¿vacilará usted en asociar su esfuerzo a los esfuerzos de los demás?

—¡Oh!, no—replicó Martín con creciente ira—, no; allí donde esté uno que jure el exterminio de tantas infamias allí estaré yo, cualesquiera que sean los medios de que se ha de hacer uso. Las circunstancias me han reducido a la desesperación; tengo que vivir oculto, tengo que hacer la vida de los facinerosos y mentir por sistema engañando a cuantos me rodeen para poder burlar esta inicua persecución. ¡Y extrañarán que seamos atrevidos y violentos, que odiemos con todo nuestro espíritu, que seamos crueles e implacables con la muchedumbre supersticiosa, con los grandes, con el clero, con la Corte, con el Gobierno! Solo, sin recursos, perseguido injustamente, maltratando sin motivo, la sociedad me empuja hacia el bandolerismo. Si yo tuviera distintos sentimientos de los que tengo, mi vida futura estaría trazada, y no vacilaría; pero yo no puedo transigir con la maldad; yo soy bueno, yo soy honrado, y a pesar de toda la fuerza de mis odios no mancharía con ningún crimen las ideas que profeso. ¡Malvados! ¡Después de corromper al pueblo y de inspirarle toda clase de delitos, rellenan con él los presidios y las cárceles de la Inquisición! ¿Qué podemos hacer en esta sociedad? Si luchar con ella es imposible, provoquémosla hasta que acabe de una vez con nosotros, o huyamos a tierra extranjera donde los hombres puedan existir sin ser cazados y enjaulados como fieras.

Esta elocuente protesta impresionó a don Frutos, que no pudo contener su entusiasmo, e hizo sonreír a don Buenaventura con cierta expresión que quería decir: «Ya es de los nuestros.» El joven estaba exaltado y lívido; su cólera era siempre tan comunicativa que ninguno había más a propósito para transmitir a los demás sus propios sentimientos.

—Bien, bien—dijo Rotondo—, hombres de ese temple son los que hacen falta. Lo que conviene ahora es esperar, esperar. La obra es grande y menos difícil de lo que parece cuando hay hombres como usted.

—¡Esperar!—exclamó Martín con la misma alteración—. ¡Ah! ¡Y yo que creía conseguir de esa familia aborrecida la libertad de Leonardo! Usted se equivocó al aconsejarme que implorara su protección. Yo acerté al desconfiar de esa gente, a la cual debo la prisión y muerte de mi padre, el abandono de mi hermano. ¡Infames! Desde que entré en la casa me inspiró recelo aquella dama orgullosa y antojadiza, aquel viejo zalamero e hipócrita. ¡Y la taimada me prometió interceder con ese inquisidor que usted me pintara como modelo de humanidad! La verdad es que esa mujer obedece sólo a ciegos instintos y a los arrebatos de una naturaleza apasionada que puede fácilmente llevarla a los mayores crímenes. ¡De ella, de ella ha de proceder esta delación inicua; de ella, que no pudo hacer de mí un esclavo de sus livianos caprichos; de ella, que se goza con verme humillado por sus coqueterías y su hermosura, como si yo fuera un imbécil petimetre aturdido por la vanidad y la concupiscencia! ¡Ah! ¡Qué ruines sentimientos! Ella y la corte de ridículos seres que la rodean son autores de esta persecución. ¡Era preciso lavar la mancha caída en la familia por la supuesta afición de una dama como ella hacia un hombre como yo! ¡Desdichados de nosotros que no somos otra cosa que un vil juguete puesto a merced de sus caprichos o de sus rencores!

—¿Y usted está seguro de que la delación procede de ella?—preguntó don Buenaventura.

—Sí; no puede venir de otro lado este golpe infame. En pocos días de trato he podido conocer su carácter tornadizo,

propenso a las resoluciones violentas, dispuesto a amar o aborrecer sin causas reales. La conozco; ella, ella ha sido.

—Pues mis informes son de que había concebido una repentina y fuerte pasión por usted.

—Hay seres en cuyos corazones no se puede deslindar el amor del odio. Más que amor, sienten pasajeras impresiones que suelen resolverse en un rencor despiadado y vengativo. Esas personas de extremado orgullo hacen pagar muy cara la flaqueza de haber sentido inclinación hacia alguno. ¡Ella, ella ha sido!

—No lo creo—dijo Rotondo con intención de escudriñar mejor sus sentimientos respecto a Susana.

—¡Ah! Pero ya sé lo que tengo que hacer—añadió Martín súbitamente y con decisión.

—¿Qué?—preguntaron con curiosidad don Frutos y Rotondo.

—Irremisiblemente lo haré. Es una resolución inquebrantable.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Puesto que me han traído a este extremo, ya sé lo que me corresponde hacer. A esta gente es preciso tratarla como se merece.

—¿Qué resolución es ésa? Alguna venganza.

—Sí—afirmó Martín con la mayor entereza—. Pienso apoderarme de ella y anunciar a la familia que no podrá rescatarla mientras Leonardo no sea puesto en libertad.

—¿Secuestrarla?—preguntó don Buenaventura.

—¡En rehenes!—dijo don Frutos.

—Sí, yo sabré apoderarme de ella, aunque tenga que habérmelas con medio Madrid.

—¡Oh!... Ese medio...—apuntó don Buenaventura, tratando de disimular su complacencia—. Pero es peligroso, es dificilísimo.

—Será muy fácil si encuentro quien me ayude.

En aquel momento don Frutos se levantó, y, poniéndose la mano en el pecho, dijo a Muriel con entereza:

—Cuente usted conmigo.

Martín no hizo caso, y continuó paseándose por la habitación.

—Si usted consigue llevar a cabo ese propósito con felicidad—dijo don Buenaventura—, es seguro que verá libre a don Leonardo. ¿Se cree usted con fuerzas?

—Sí, con fuerzas para eso y para más.

—Pues bien...—añadió Rotondo después de meditar un rato y aparentando que aquel asunto no le importaba gran cosa—; yo le voy a proporcionar a usted la ocasión.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Dónde?

—En un sitio a que concurrirá Susanita y donde será muy fácil lo que usted intenta. Seguro, segurísimo. Ni a pedir de boca.

—¿Y qué sitio es ése?

—Ella va esta noche a cierto baile de candil en los barrios bajos.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Conozco las interioridades de esa casa tan bien como las de otras muchas de Madrid.

—Recuerdo, en efecto, que don Lino me habló de ese baile... Pero la familia se oponía a que fuera.

—¡Irá!

—¿Irá? ¿Usted está seguro?

—Sí; vea usted cómo le proporciono la satisfacción de su deseo, no sin cierto egoísmo, se entiende. Desde hoy usted será de los míos. Usted es un tesoro inapreciable, señor don Martín. Con hombres así no dudo ya de la regeneración de España. Pero vamos a ver. Es preciso buscar un sitio donde ocultarse y ocultarla.

—Ya lo encontraremos.

—No es preciso buscarlo. Yo también en este asunto salgo en su ayuda. Esta casa es a propósito. Tiene sus escondrijos para el caso de que los alguaciles se metieran en ella. Mi refugio ha sido desde hace mucho tiempo, y lo será más ahora, cuando hay quien ha prometido entregarme vivo o muerto.

—¿También a usted?

—Ya: yo soy la pesadilla de cierto elevado personaje. ¡Y qué gustazo le daría si me dejara coger! Pero no, no lo verán. No habían ellos concluído de arreglar el modo de prenderme cuando ya lo sabía yo.

—¿Y qué hace usted para evitarlo?

—¡Oh! Ya tengo tomadas mis precauciones y no me cogerán desprevenido.

—¿Piensan cogerle a usted?

—No, esta madriguera no la han des-

cubierto todavía. Y si la descubren, ya tenemos por donde escapar...

El diálogo duró hasta la caída de la tarde, siempre animado y versando sobre el mismo tema. La noche arrojó sus sombras sobre aquella triste mansión; el loco callaba, retirado en su guarida, y sólo las voces agitadas de aquellos tres hombres turbaron el profundo silencio, hasta que al fin se los vió desfilar uno tras otro por el corredor, bajar y salir juntos, después de atravesar el patio interior por cierta puerta que daba a las afueras de Madrid, cerca de los Pozos de Nieve.

CAPITULO XIV

EL BAILE DEL CANDIL

I

No hacía mucho que habían dado las ocho cuando la *Pintosilla* principió a recibir a sus numerosos convidados. Dos candiles pendientes del techo tenían la misión de alumbrar el recinto, lo cual no hubieran podido realizar si no recibieran ayuda de un quinqué comprado ex profeso para que el humilde bodegón se pareciera lo más posible a los estrados de la gente de tono. Renunciamos a describir el *buffet,* como hoy decimos, que consistía en una especie de altar cubierto con una colcha encargada del papel de tapiz; ni nos ocuparemos del sinnúmero de botellas que sobre él había, puestas por orden como los botes de una farmacia, aunque sin letrero donde constara su contenido, que era vino de distintas variedades y colores.

El primero que entró fué *Paco Perol,* con su capa terciada, su gran sombrero de medio queso y su guitarra, que rasgueaba con mucha destreza. Siguió la *elegante y simpática* verdulera del Rastro *Damiana Mochuelo,* y después la *distinguida y airosa Monifacia Colchón,* comercianta en hígado, tripa y sangre de vaca, y después *Gorio Rendija, opulento* ropavejero de la calle del Oso, seguido de la *interesante* castañera denominada *La Fraila,* establecida en el Mesón de Paredes. Vino luego el *discreto Meneos,* majo devoto que se ocupaba en ayudar misas y en remendar trapos viejos, y después la *elegantísima y majestuosa* Andrea la *Naranjera,* que era una de las notabilidades de la Ribera de Curtidores. No tardó nada el *aprovechado* joven llamado *Pocas Bragas,* que venía de viajar por las principales capitales de Europa, tales como Melilla y Ceuta, ni faltó el *respetable* y *eminente* hombre de Estado, llamado *Tío Suspiro,* maestro de las escuelas establecidas en la Carrera de San Francisco para alivio de bolsillos y desconsuelo de caminantes. Estos y otros esclarecidos personajes de uno y otro sexo llenaron el bodegón; sonó la guitarra, tocada por el *bizarro puntillero* de la Plaza de Madrid, *Blas Cuchara,* y *Rendija* echó al viento con poderosa voz la primera tirana.

—Pero hay pocos estrumentos—dijo la *Fraila*—. ¡Eh!, tú, *Pocas Bragas,* ¿por qué no has traído la guitarra?

—Ninguno toca como él—añadió *Monifacia,* haciendo fijar la atención en el aludido—. Sabe tocar hasta el minuete, que lo aprendió en el presillo.

—¿Qué es eso de presillos?—dijo el distinguido joven—. No me enriten, que cada uno tiene sus recovecos en la concencia... Pero este pelafustrán de *Meneos,* que sabe tocar el bajón y el clarinete... Tía *Pintosilla,* yo que usted trajera la orquesta de los tres coliseos de Madrid.

—Vamos, vamos, que se impacienta el auditorio—observó con gravedad el *Tío Suspiro*—. Música, y sáquense a bailar. ¡Ah! *Cuchara,* saca a Damiana, que se está pudriendo por bailar. ¡Ah, piernecitas de mi alma! ¡Cómo me cosquillean dende que oigo el guitarreo!

—Baile usted conmigo, *Tío Suspirón* —dijo la *Naranjera*—. Entodavía les hemos de enseñar cómo se menea la zanca.

—Menos disputas y a bailar—ordenó la *dueña de la casa,* poniendo en perfecto orden de batalla las botellas que estaban sobre el altarejo.

—Pero escucha, *Pintosilla*—dijo Damiana—: ¿ónde están las usías que dijiste venían a tu casa esta noche? Yo denguno veo.

—Ya vendrán, ya vendrán; oye, me parece que llaman.

En efecto, oyéronse algunos golpecitos en la puerta, abrieron y entró Susana, acompañada del marqués y del señor don Narciso Pluma.

II

—Vengan usías muy enhorabuena a honrar esta casa—dijo Vicenta.

—¡Ay, qué oscuro está esto!—indicó Susana, dando algunos pasos hacia el centro del corrillo.

—Pus que le traigan el teneblario de Jueves Santo—dijo *Paco Terol.*

—Una silla, una silla pa la señora condesa; *Naranjera,* levántate tú.

—¡Miste!, que me levante. Pa eso hamos sido las primeras.

—Estos usías a la moerna me apestan —gruñó, por lo bajo, la *Fraila.*

—¿Me he de quedar en pie? Pluma, búsqueme usted una silla.

—¡Ah!, señora, no la encuentro—contestó el petimetre, escudriñando por todos lados.

—Caballero, ¿quiere usted quitarse del corrillo, que me estorba?—dijo Damiana, tirando a don Narciso del faldón de su casaca.

—Vaya una silla—contestó el *Tío Suspiro,* alargando el mueble por encima de las cabezas.

Susana se sentó. El marqués quedó en pie detrás de ella, y Pluma a su derecha, también en pie.

—No se acerque usted tanto—dijo éste a la *Fraila*—. Va usted a estropear el vestido de la señora.

—¡Pos me gusta!—contestó la castañera—. ¿Por qué no se está en su casa?

—¡Pos no está poco espetada la madamita!

—No sé cómo gustas de la compañía de esta gente—dijo el marqués a Susana.

—Esto me divierte—contestó ella, sonriendo—. ¿Me da usted una pastilla?

—¿Eh?—dijo la *Fraila,* empujando a Pluma—. ¿No ve usted, hombre de Dios, que me está pisando?

—Si usted no se arrimara tanto...

—Ya me ha dado usted dos pinchazos con el demonche del espadín.

—Pues aguante y baje la voz, que molesta a la señora.

—Dale con la señora—continuó la *Fraila*—, aquí toas semos señoras, porque caa uno es caa uno y denguno es mejor que naide.

—Caramba con los usías—murmuró *Pocas Bragas*—, ¿y quién los meterá a venir a esta junción?

—Velay; y nosotros maldito si vamos a las suyas.

—¡Qué despreciable gentualla!—dijo Pluma a Susana en voz muy queda.

—¡Eh, so espantajo!—exclamó la *Fraila,* dirigiéndose a Pluma—. ¿Querrá usted quitarse de enfrente de la luz?

—¡Ah, ustedes perdonen!—repuso el petimetre, devorando su enojo y temeroso de que aquella distinguida sociedad hiciera alguna de las suyas.

Y al apartarse a un lado, el movimiento le impelió hacia adelante con tal fuerza que maquinalmente puso sus manos sobre los hombros de la *Naranjera.*

—¡Eh, eh! ¿Le parece a usted que tengo yo cara de bastón?

—Es que me caía—balbució el joven, aturdido.

—Mucha facha y poca sustancia—dijo *Cuchara.*

—Si tiene cara de espital.

En efecto, Pluma, sin duda a consecuencia de sus desastrosos amores, estaba tan pálido y ojeroso que daba compasión.

—No soples fuerte, *Monifacia,* que va a echar a volar ese caballero.

—Vamos, vamos a bailar y fuera disputas—dijo la *Pintosilla,* queriendo cortar la chacota que se disparaba contra don Narciso.

—Pa otra vez estamos mejor sin usías —manifestó la *Fraila,* encarándose con la *Pintosilla.*

—Pues eso no es cuenta tuya—respondió la dueña del bodegón con mal humor—, que yo soy reina en mi casa y convío a quien me da la real gana; y el que no quiera verlo, que se plante en la calle.

—Es por el orgullo y el aquel de decir que viene a su casa gente de tono—añadió la *Fraila*—. Si siempre has de ser Vicenta la *Pintosilla,* bodegonera y castañera, y estas vesitas pa maldita de Dios la cosa sirven, si no de estorbo.

—Poquito a poco y cuidado con la lengua—dijo Vicenta, amoscada ya del descortés recibimiento hecho a sus comensales.

—Ya ves entre qué gente nos hemos metido—susurró el marqués al oído de Susana.

—Haya paz y no encharquemos la fiesta—exclamó el *Tío Suspiro.*

—Es que ésta me anda siempre bus-

cando la sin hueso—continuó la *Fraila,* más agitada, porque entre ella y la *Pintosilla* existía un resentimiento antiguo.

—Vamos callando, que se me van llenando las narices de mostaza, y... arreparen que están en mi casa.

—Como que estoy por tomar la puerta de la calle—dijo la *Fraila*—, porque a una no le gusta que la falten, y más esta soberbiona, que hasta ayer era...

—Gomita, gomita la palabra, o si no aquí tengo yo unas tenazas...—contestó la *Pintosilla,* poniéndose en medio del corrillo y amenazando con sus dedos a la castañera.

—Ponte en facha, ¡quia!, si no tengo ganas de reñir contigo—dijo la otra con desprecio.

—¡Castañera de esquina!—exclamó la *Pintosilla* con mayor desdén.

—Y a mucha honra, que si no soy de portal es porque no tengo arrimos ni busco comenencias ajenas... Pero no quiero reñir contigo, que si quisiera aquí tengo esta manita derecha que sabe dar unos sopapos...

—Pues yo—dijo la Vicenta, poniéndose en jarras—, con la izquierda que te hiciera un poco de viento te había de echar fuera todas las muelas.

—¿Sí? Estoy bien aquí, *Pintosilla,* y no quiero echar un paseo por tus costillas.

—Ven si te atreves, y a mí en mi casa nadie me tose, porque soy yo muy reseñora.

—Y yo soy más—dijo la *Fraila,* levantándose y poniéndose también en jarras—. Y si te pie el cuerpo julepe, aquí estamos.

—Aguarda a que esté de humor, que esta noche no tengo ganas de despacharte al otro barrio—contestó Vicenta con insolente sonrisa y meneando el cuerpo con ademán provocativo.

—Sal, navaja—gritó la *Fraila* con repentino movimiento y sacando a relucir el reluciente acero de una navaja—. Sal para darle un besito en la cara a mi señorona.

Un grito unánime resonó en el bodegón. La *Fraila* se colocó en actitud hostil frente a su rival; pero ésta, lejos de inmutarse, permaneció en la misma postura y dijo con cierta calma jovial, que era la desesperación de la castañera:

—Tente y guarda el alfiler, que si te disparo mis armas de fuego...

—¿Qué armas?—preguntaron algunos, creyendo que la *Pintosilla* iba a sacar un par de pistolas de debajo de sus enaguas.

—Mis ojos, bestia, que si disparan, matan más que cuatro balas.

—No quiero vaciarte.

—Ni yo abrasarte viva.

—Vamos, vamos, se acabó la disputa. Dense las manos y pelillos a la mar, y cada uno se rasque su sarna, que las dos son buenas—dijo el *Tío Suspiro.*

—¿Qué te parece?—dijo el marqués a Susana—. ¡A buena parte hemos venido!

—Si no se hacen nada...—contestó Susana, que no se había alterado gran cosa con aquel principio de epopeya.

—Me he quedado sin sangre en el cuerpo—declaró Pluma, serenándose un tanto cuando vió que la *Fraila* guardaba el arma homicida.

—Pues esto se acabó—dijo la *Pintosilla*—, y pues ya me sajogué, sepan que a mi casa viene quien yo quiero, y el que no está a gusto, cierra el pico o a la calle.

—Pues a ver, una tirana, *Paco Perol,* que esto se acabó.

—Unas seguidillas para que las oiga esta madama.

Ya *Cuchara* tenía la boca abierta para empezar la seguidilla, cuando se abrió la puerta y entró Sotillo; a poca distancia le seguían Martín Muriel, Alifonso y don Frutos.

III

Susana creyó equivocarse al principio; miró con más atención y fijeza, porque el bodegón no estaba muy bien alumbrado, y al fin se convenció de que era Martín en persona. El marqués no pudo reprimir una exclamación de cólera y sorpresa, tanto más justificada cuanto que tenía la seguridad de que el joven estaría a aquellas horas muy guardado en las cárceles de la Inquisición, y Pluma dijo, con expresión de candidez que hizo reír a Susana:

—Este es uno de los que estuvieron aquel día en la Florida.

—Con su permiso, señora doña Vicenta—dijo Sotillo—, traigo aquí a estos dos amigos que desean conocer esta sociedad.

—Sean bien venidos en mi casa, y tomen asiento, si hallan dónde.

El marqués clavó sus ojos llenos de

rencor en Martín, y tembló con la presencia de aquellos hombres en semejante sitio. Tuvo sospechas de que la noche no concluiría sin algo siniestro, y dijo a Susana:

—Vámonos, vámonos al momento.

La joven se volvió, y con una sonrisa que al marqués causó estremecimiento y calofrío, contestó:

—¿Irnos? Estoy muy bien aquí. Vea usted. Ya empiezan a bailar. Pluma, ¿no baila usted? Yo le escogeré pareja entre estas majas.

—¡A bailar, a bailar!—chillaron todos.

Formáronse varias parejas, y las guitarras y las palmadas aturdieron el reciento del bodegón. Todos se movieron: las dos heroínas, cuya contienda hemos descrito, olvidaron por aquel momento sus rencores, y hasta Pluma sintió deseos de salir al corro.

Martín se había sentado junto a *Monifacia,* y ésta le dijo:

—¿No baila usted, caballero?

—Sí, señora, voy a bailar—contestó el joven, muy serio y con una resolución que hizo se fijaran en él las miradas de todos.

—¡Pues ya! Habiendo aquí tan buenas majas. ¿A cuál saca usted?

Muriel se levantó, atravesó el corrillo y, dirigiéndose a Susana, dijo:

—A ésta.

—Bravo, bueno; eso se llama picar alto—observó el *Tío Suspiro,* mientras los demás aplaudían con fuertes palmadas.

El asombro del marqués fué tal que en el primer momento no se le ocurrió palabra ni ademán alguno para poner correctivo a tanta audacia. No profirió voz alguna hasta que vió a Susana sonreír, levantarse y dar su mano a Martín entre los aplausos de la concurrencia. Entonces se interpuso violentamente entre los dos, y rechazando al joven con fuerza, exclamó:

—¡Canalla!

En aquel instante se abrió la puerta y una voz dijo desde ella:

—Ténganse a la Justicia.

En efecto, la justicia humana, representada en aquella solemne ocasión por *Gil Enredillas, Perico Zancas Largas* y otros respetables alguaciles del servicio secreto de la Policía, traspasaron el umbral de la casa, no con gran susto de los concurrentes, porque estaban acostumbrados a la intervención de aquellos elevados personajes siempre que había una disputa.

La *Pintosilla* había convenido con ellos en la manera de designar la persona a quien se trataba de aprehender, y la señal consistía en ponerle la mano en el hombro. Luego que los vió, puso en práctica su comisión, y deseando no concretar el bromazo a una sola persona, señaló al marqués y a Narcisito Pluma, que no tardaron en ser rodeados por aquella patulea.

Nadie se había aún dado cuenta de la situación, cuando uno de los candiles cayó al suelo de un palo, el otro murió de un fuerte soplo y, por último, el quinqué rodó por el suelo, quedándose la escena en completa oscuridad. Gritaron las mujeres, y las risotadas alternaron con los rugidos. Se oyeron gritos de angustia y juramentos como puños; llovían porrazos y mojicones, y los alguaciles no cesaban de invocar el nombre de la real Justicia, con lo cual se aumentaba el alboroto y no cesaba la oscuridad. Por fin, uno de los emisarios de la ley trajo luz, y los demás se dedicaron a asegurarse bien de la persona de los delincuentes.

El marqués, cubierto de sudor, rugiendo de ira y sofocado por los esfuerzos que había hecho por desasirse del que le tenía agarrado, miró a todos lados con el mayor afán; pero no vió lo que buscaba. Susanita había desaparecido, lo mismo que Martín, don Frutos y Sotillo.

CAPITULO XV

LA PRINCESA DE LAMBALLE

Susana, al verse arrebatada por aquellos hombres, de los cuales no conocía más que a uno, se esforzó en pedir auxilio; pero no le fué posible hacerse oír. Metiéronla en un coche, que a buen paso atravesó la villa de un extremo a otro, y, al llegar a la calle de San Opropio, la violenta impresión recibida, la angustia de aquella situación, el terror que le causaba el mismo Martín por las especiales circunstancias de su conocimiento con él, habían abatido su ánimo valeroso y perdió el conocimiento. Martín solo la cargó en sus brazos y la entró en la casa.

No se extinguió en ella toda sensación

durante el tránsito de la taberna a la casa. Antes de volver de su letargo creía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor: creyó sentir que los fuertes brazos que la tenían asida la dejaban sobre el suelo; después sintió que a las voces de los que la acompañaron se unía alguna otra voz desconocida, y que juntos hablaron con mucho calor, nombrándola con frecuencia, lo mismo que a su tío y a su padre. Después, los infernales acentos se alejaban, juntamente con los pasos de aquellos hombres, y se sentían crujir bajo sus pies las maderas de una desvencijada escalera; luego los mismos pasos resonaban sobre las baldosas de un patio y, por último, el ruido de varias puertas y el chirrido de los cerrojos parecían indicar que habían salido, dejándola sola. Silencio sepulcral reinaba en torno suyo.

Cuando abrió los ojos creyó salir de una pesadilla; pero a medida que su entendimiento se despejaba, iba adquiriendo el sentido real de su situación. En poco tiempo se serenó, y pudiendo adquirir la certidumbre de que no soñaba, examinó el sitio, se movió, y un ruido seco de hojas de maíz le hizo comprender que se hallaba en un jergón. Extendió la mano y tocó una silla, que, falta de equilibrio, golpeó el suelo repetidas veces con una de sus desiguales patas. ¿Estaba presa? ¿Era aquello un calabozo donde la encerraban para toda la vida? La puerta del cuarto estaba abierta, y por ella entraba clarísima luz de luna. Hizo un esfuerzo de ánimo y se aventuró a salir. Dió algunos pasos por la habitación, y saliendo al corredor, vió un vasto cuadrilátero formado por doble columnaje de madera, y abajo un ancho patio con montones de escombro. No vió un ser vivo en tan ancho recinto. Puso el oído atento y no sintió ruido alguno. A pesar de su mucho ánimo en ocasiones ordinarias, no se atrevió a dar un paso por aquel corredor solitario y frío. «¿Estoy soñando?», se dijo repetidas veces, mientras veía y palpaba la realidad.

«¿Quién me ha traído aquí? ¿Qué sitio es éste?» He aquí el terrible problema que le oprimía el cerebro como un anillo de fuego. Esperó a ver si parecía algún ser humano, aunque no estaba segura de si lo deseaba o lo temía; pero nadie pareció. La casa seguía muda como una mansión encantada: nada ante sus ojos tenía animación ni vida. Aquello era un vasto sepulcro donde estaban muertas la Naturaleza, la atmósfera, la luz. Hasta le parecía que la luna no verificaba en el cielo su rápida traslación, y que las nubes, como el hermoso astro de la noche, permanecían clavadas e inmóviles sobre un fondo oscuro, como las pinturas de un telón.

Al fin creyó sentir a su derecha ruido semejante al de una suela que se arrastra; miró y vió un bulto al extremo de un corredor. Fijó su atención y observó que se aproximaba. Era alguna cosa viva, un hombre tal vez. Desde lejos, Susana no percibía más que un cuerpo alto y enjuto, vestido con traje talar; mas aquello, hombre, aparición o lo que fuese, se acercaba; ya se le podía distinguir perfectamente, y la joven sintió un terror tan grande que no tenía memoria de haber experimentado nunca sensación igual. Sudor frío corría por todo su cuerpo y temblaba como si se hallara sometida a la acción de un frío glacial. No se atrevía a huir, porque volver la espalda le infundía más temor que mirar cara a cara aquella visión silenciosa. Hizo nuevos esfuerzos de valor, y se asombraba de que, habiendo mostrado tanto corazón en anteriores ocasiones, se hallara entonces cobarde y aterrada como un niño. La sombra avanzó más y se paró a unos diez pasos de distancia. Susana reconoció las facciones de un viejo decrépito y horrible que la miraba atentamente con expresión de ira.

Cuando la hubo contemplado un buen rato, dijo con cavernosa voz:

—¡Infame, perra aristócrata! Mañana es tu último día, mañana morirás. Beberemos tu sangre y pasearemos en una pica tu cabeza, vil aristócrata, para escarmiento de todos los de tu raza. ¡Mañana, mañana! Tiembla a la salida del sol.

Susana hizo un esfuerzo para huir de aquel terrible espantajo; pero su propio miedo la tenía clavada en el antepecho del corredor.

—Sí; miserable y orgullosa aristócrata —continúó el viejo—, para ti no habrá perdón. Mañana es el gran día, mañana es el dos de septiembre. Se afilan las cuchillas. El pueblo ha sufrido muchos siglos, y mañana tomará venganza de

tantos crímenes. ¡Ah, perversos! Pensasteis que vuestro poder no acabaría nunca. Ha llegado la hora del exterminio.

Al decir esto, el anciano se acercó hasta ponerse a dos pasos de Susana, en cuyo rostro clavó sus ojos extraviados y feroces. Entonces alargó su brazo y puso la mano sobre el hombro de la joven, que se replegó creyendo sentir sobre sí la helada mano de la misma muerte.

—¡Ah, desgraciada princesa de Lamballe!—exclamó La Zarza—. No te valen ni tu hermosura, ni tus riquezas, ni tu ilustre cuna, ni ser amiga de la reina, ni ser hija del duque de Penthièvre. Te han encerrado aquí para inmolarte mañana entre miles de cadáveres. Tu sangre, con la sangre de un sinnúmero de nobles, suizos y cortesanos, correrá, formando arroyos, por las calles. El pueblo se gozará en abofetear tu cabeza. Pocas horas te restan: el alba se acerca, encomiéndate a Dios. Tus carceleros serán implacables. ¡Muerte, muerte!

Al decir esto, hizo presa con sus afilados dedos en el hombro de Susana, apretó con creciente fuerza, y la dama, ya en el último grado de terror, aturdida, desesperada, loca, al sentirse aprisionada por aquella garra de acero, lanzó un agudísimo grito y cayó al suelo sin sentido.

CAPITULO XVI

LAS IDEAS DE FRAY JERÓNIMO DE MATAMALA

I

Asomaba la aurora por las ventanas y balcones del madrileño horizonte cuando don Buenaventura Rotondo y Martín Muriel, que, después de los sucesos referidos, habían salido a enterarse de ciertos asuntos de indudable urgencia, regresaron a la calle de San Opropio, mas no para descansar ni entregarse a indolente reposo, que podría ser de gran peligro en tales circunstancias. Uno y otro debían de andar muy despabilados aquel día, y era preciso obrar con gran actividad antes que fueran descubiertos por la Policía, si es que eran dignos de este nombre los perezosos alguaciles y los agentes secretos sostenidos por las autoridades administrativas y religiosas de aquellos benditos tiempos.

Entraron en el cuarto donde Rotondo tenía lo que podríamos llamar su despacho, y cada uno escribió una carta, siendo mucho más larga y meditada la de Martín.

—Ahora—dijo Rotondo, doblando la suya—ya sabemos lo que hay que hacer. Es preciso no perder tiempo. La cosa está próxima; y pues usted acepta en este negocio la parte importante que yo le ofrecía, no hay que dormirse. Ya están ahí las personas con quienes debemos entendernos. ¡Oh amigo! Cuando vaya haciéndose cargo del vasto plan en que estamos metidos, comprenderá qué gran acontecimiento se prepara. Toda la sociedad, lo más selecto en las armas, en las letras, en la piedad, está con nosotros y contra ese infame privado. Ya verá usted. Pero no se puede perder ni un momento. Al instante va usted a hablar con el padre Jerónimo de Matamala, que viene de Toledo y de Aranjuez con instrucciones y claves... ¡Oh! Nos ha puesto en un gran compromiso el buen franciscano dejándose coger ciertos papeles..., pero, ¡ca!, si el provincial de la Orden es también de los nuestros...

—¿De modo que no se le perseguirá? —dijo Martín, rubricando la firma de su carta.

—No lo creo. Aunque le han enviado aquí al convento de San Francisco como por vía de destierro, no creo que pase de ser una fórmula.

—¿Podré ver tan temprano a fray Jerónimo?

—Sí, al instante. Ayer tarde le he visto yo, y ya está enterado de que contamos con usted, lo cual le causó gran regocijo. Mientras usted se explica con él y se entera de ciertas particularidades, yo me voy a ver un pájaro gordo que debe de haber llegado anoche para entenderse conmigo. ¡Oh!, ése si que es personaje... Tenemos—añadió, bajando la voz con misterio—una palanca tremenda. Bastará hacer un pequeño esfuerzo para... En fin, despachad pronto. Váyase usted a ver al fraile, mientras yo conferencio con mi hombre. ¡Qué hombre, qué adquisición!

—Pues hasta luego; saldremos solos.

—Sí, que Alfonso y Sotillo se queden aquí. Solos y bien embozados a esta hora, no hay peligro alguno. Ya ve usted

cómo estoy yo: ¿quién me conoce en este traje?

En efecto; don Buenaventura había cambiado por completo de vestido, y aquel señor a quien vimos tan almidonado y tan pulcro en los primeros capítulos de esta historia se había convertido en un hombre del pueblo que podía pasar por barbero.

—Usted—continuó Rotondo, embozándose en su capa—no necesita disfraz. Pocos le conocen, y los inquisidores no hacen de las suyas sino por delación y dentro de las mismas casas... Conque...

—Cada uno por su lado.

—Eso es; y dentro de un rato, aquí.

Salieron, y se separaron en la puerta. Martín se dirigió a casa de don Lino Paniagua, a quien necesitaba encargar una importante comisión antes de avistarse con el franciscano. Cuando el joven llegó a la calle del Burro, y el abate, a pesar de que aún era muy temprano, no dormía, y estaba muy ocupado en limpiar su ropa, en dar lustre a sus zapatos, en coger algunos puntos a sus medias y en otros menesteres domésticos que eran la ordinaria tarea matinal de aquella gaceta ambulante. El buen don Lino, que no era rico, necesitaba atender por sí mismo al realce y esplendor de su persona, según convenía a sus variadas funciones sociales.

—¡Oh señor don Martín, usted por aquí a esta hora!—exclamó, dejando sobre la cama la casaca, en cuyo forro estaba restaurando una costura lastimada por el roce—. ¿Qué bueno me trae usted?... Algún encarguillo, ¿eh?

—Sí, señor; quiero que me haga usted el favor de llevar una esquela a cierta persona.

—¡Ah!, ya comprendo, truhán—dijo el abate, sonriendo y clavándose la aguja en la guarnición de una chupa verde mar, del tiempo de Farinelli, que para dentro de casa tenía—. ¿Conque era cierto?... Y usted lo negaba. Esquelitas, ¿eh? Yo me encargo de eso por ser usted el interesado, que si no... Vamos, que ha puesto usted una pica en Flandes.

—Agradeceré a usted mucho que se encargue de esto—contestó Martín, mostrándola—. Es para el doctor don Tomás de Albarado y Gibraleón.

—¡Ah!, pues yo creí que era para... Pero ya entiendo, picarón—añadió con malicia, creyendo descubrir un secreto—. Usted se cansa ya de la vida platónica; usted aspira a..., y como el doctor puede decirse que es quien dispone del porvenir de Susanita... La pretensión es atrevidilla, señor don Martín; pero si ella está tan enamorada de usted como dicen...

—¿Conque usted llevará la carta?—preguntó el otro sin hacer caso de los comentarios del inocente abate.

—¡Ah!, sí, con mucho gusto. Ojalá viera usted cumplido su deseo. El doctor es una persona excelente. Y a propósito: ¿logró usted que pusieran en libertad al señor don Leonardo? Qué lástima de joven, tan amable, tan...

—No, nada se ha conseguido hasta hoy.

—Es raro, porque estando ella empeñada en sacarle en bien... Y me consta que se preocupó mucho del asunto; no hablaba de otra cosa. Por cierto que ese empeño daba que hablar a la gente, y todos se hacen lenguas sobre el estupendo amor que la madamita siente por usted. Algunos se han escandalizado... ¡Preocupaciones! Todos los que conocen su carácter se han llenado de asombro. ¡Qué genio! Cuidado que tiene rarezas. Ya sabrá usted que se había empeñado en ir al baile de la *Pintosilla*. Todos en la casa se oponían; pero, al fin, el demonio de la muchacha fué. Si cuando dice «esto se hace», no hay remedio, sino que lo ha de hacer.

—¿Y fué, por fin, a ese baile en los barrios bajos?

—Sí, señor, fué. Vamos, que usted debe saberlo mejor que yo—dijo Paniagua con malicia—. Su familia estaba disgustada, y no crea usted, temían... Anoche a las once, hora a que yo me retiré de la casa, todavía no había vuelto y estaban muy sobre ascuas. ¡Ya lo creo, tan tarde! La fortuna es que había ido con el marqués y con Pluma, que si no... Esa gente de Lavapiés es muy peligrosa.

—¿Conque llevará usted la carta hoy mismo?

—En cuanto salga. Precisamente he de pasar por casa del doctor. Tengo que ir a casa de los señores de Sanahuja, que viven, como usted sabe, pared por medio. ¡Ah, no sabe usted cuánto tengo que hacer hoy! Como esos señores se van a toda prisa para Aranjuez...

—¿Qué señores?

—Los de Sanahuja. Figúrese usted que Pepita está maniática, no puede vivir sino en el campo. Ya usted recordará. Aquella que en la Florida recitaba versos pastoriles y jugaba a los corderos. Yo me figuro que aquella cabeza no está buena. Está tan enfrascada en su manía, que no hay quien la convenza de que todo eso de lo pastoril es pura invención de los poetas, y que en el mundo no han existido jamás Melampos, ni Lisenos, ni Dalmiros, ni Galateas. Pero ni por ésas; ella, con la lectura de Meléndez y de Cadalso, se figura que todo aquello es verdad, y quiere ser pastora y hacer la misma vida que los personajes imaginarios que pintan los escritores. Pues ¿qué cree usted? Si ha tenido su padre que quemarle los libros, como hicieron con los de Don Quijote... Es mucha niña aquella. Pues hoy se van para Aranjuez, donde tienen una hermosa finca con su soto y muchos viñedos. La familia, viendo que Pepita no comía ni dormía a causa de su preocupación pastoril, ha resuelto al fin hacerle el gusto y se la llevan esta tarde. De buena gana iría a pasar allí un par de semanas. Ellos me vuelven loco para que vaya, mas no puedo salir de aquí. Yo, señor don Martín, hago en Madrid mucha falta. ¡Pues no es nada los encargos que me han hecho!—añadió, pasando la vista por un papel que sobre la mesa tenía—. Vea usted la lista: «Dos capones buenos; cuatro libras de pólvora para el señor don Cleto, que es gran cazador; un brasero grande de los superiores de Alcaraz; un sonajero que no pase de seis reales, para el niño; siete varas de muselina para la mujer del molinero, que es ahijada de la señora y está de parto; ocho purgas de coliquintida en dieciséis tomas; un juego de ajedrez; avisar al zapatero para que lleve antes de las dos las botas de don Cleto; ir a contratar un coche, si se encuentra, y si no, una galera a la Cava Baja.» Conque vea usted, todos estos encargos corren de mi cuenta, y es preciso despacharlos por la mañana.

—Antes que hacer todo eso, ¿llevará usted mi carta?

—¡Oh, sí, descuide usted! La recibirá dentro de una hora.

Martín se despidió, dejando al abate en singular batalla con una mancha de mala calidad que había aparecido en el cuello de su casaca y en sitio donde no podía ser cubierta por el coleto. Sin pérdida de tiempo, y muy seguro de que la carta llegaría a su destino, se dirigió a San Francisco el Grande, ansioso de ver a su amigo fray Jerónimo de Matamala. Hubo de esperar un poco, porque el buen regular estaba diciendo su misa; pero el Oficio no duró gran rato, y apenas dejó aquél los paños ornamentales, cuando apareció en el claustro, donde Martín le aguardaba contemplando las pinturas de ascetas y mártires que cubrían las paredes de aquel santo recinto.

—¡Martín, querido Martín!—exclamó fray Jerónimo, abrazándole—; ven, sube conmigo y hablaremos con más libertad en mi celda.

Subieron, y sentados junto a una mesa de pino que sostenía dos grandes cangilones de chocolate, rodeados de su corte de bollos y bizcochos, comenzaron a matar el hambre y a hablar de esta manera:

II

—Ya te esperaba, Martincillo—dijo fray Jerónimo—. Don Buenaventura me ha hablado de ti con unos encomios... Está muy satisfecho de ti: ¿no te lo dije? Ahora comprenderás mi buen tino al recomendarte a ese caballero. ¡Ah!, pero tú no has seguido enteramente mis consejos.

—¿Por qué?

—Porque no te has curado de tu manía de hablar mal de Dios y de su santa religión. Martín, te dije al recomendarte a don Buenaventura: «Disimula tus opiniones; mira que no te conviene aparecer así, tan descreído y violento, sobre todo cuando pretendéis hacer fortuna.» Tú no me has hecho caso, según me dijo ayer ese buen señor; tú has asustado a todos con tu imprudente audacia y el desprecio con que hablas de las cosas más santas.

—Qué quiere usted, ya le dije que no me era posible disimular; yo soy así.

—Pero, hijo, se hace un esfuerzo; hay muchos que piensan como tú y se lo guardan. Eso es lo que conviene... Pero hablemos de otra cosa. ¿Conque tú estás decidido a cooperar a esta gran obra?

—Sí, padre; y si he de decir a usted la verdad, ni sé claramente cuál es la gran obra, ni qué medios se han de

emplear para verla realizada. La desesperación, una serie de circunstancias tristísimas en que me he visto, me impulsan a tomar parte en esa obra, cualquiera que sea. Yo estoy desesperado; yo me veo perseguido sin motivo alguno; me uniré con gusto a todo el que se proponga herir con golpe mortal la corrupción en que vivimos.

—Pues, hijo, yo te explicaré. Cuando me viste en Ocaña no quise confiarte estos secretos; me pareció que no serías demasiado prudente. Pero como conocía tu carácter impetuoso y decidido, te creí de mucha utilidad y te recomendé al señor de Rotondo, esperando que sabría dar noble ocupación a tus grandes cualidades.

—Pero usted ya andaba en estos manejos, padre, aunque tenía empeño en que nada se trasluciera.

—Cierto es, hijo; pero no creí conveniente clarearme demasiado contigo. Yo tenía correspondencia con Rotondo; ya en aquellos días se creía próximo el gran suceso, pero no tanto como ahora.

—¿Y el alma de ese negocio es don Buenaventura?

—No. Don Buenaventura no es más que un agente que tenemos en Madrid, y no hay palabras con que elogiarle; porque la verdad es que su astucia, su prudencia, su tacto, han hecho verdaderos milagros. El alma de este negocio es un personaje eminente, un hombre como hay pocos en el mundo, de tanto saber y experiencia, que no encuentro ninguno con quien compararle entre antiguos y modernos.

—Dígame el nombre de ese prodigio.

—Se llama don Juan de Escóiquiz, el que fué preceptor del Príncipe, el hombre insigne que vive retirado de la Corte por las intrigas del *Guardia*, pero que ha de alcanzar de nuevo, yo lo espero, la dirección de su real alumno, y quizá la dirección absoluta de los negocios del Estado; porque no digo yo una nación, sino veinte naciones podría gobernar don Juan Escóiquiz, que talento le sobra para eso y mucho más.

—Pues mire usted, padre, lo que son las cosas—dijo Muriel—; yo tenía formada idea muy distinta de ese señor canónigo. Por algo que he oído, me le había figurado más vanidoso que sabio y con una ambición tan grande como injustificada.

—Calla, necio—contestó fray Jerónimo—; no sabes lo que te dices. Ya se ve, quien tiene ideas tan equivocadas sobre Dios y la Religión, ¿no las ha de tener sobre los hombres?

—Bien, dejemos a un lado sus cualidades y siga usted contando.

—Pues como te iba diciendo, Martincillo, el alma de este asunto es el arcediano de Alcaraz, y los auxiliares más poderosos nada menos que el príncipe Fernando, la princesa María Antonia... y, ¡asómbrate!, la Inglaterra.

—¿La nación inglesa?

—Sí; Rotondo es el que se entiende con los agentes del Gobierno inglés, interesado en que caiga este pérfido favorito que nos está arruinando, después que ha dado en la flor de hacer tratados con Napoleón. ¡Son horribles los proyectos que se atribuyen a ese infame Godoy! Si hasta piensa, según dicen, despachar a los príncipes para América, con objeto de fundar allá yo no sé qué reinos; por supuesto, que su idea es hacerse rey de España, que de eso y mucho más es capaz ese vil, protegido siempre por la más liviana de las mujeres.

—¿Y qué es lo que piensa hacer? ¿Algún levantamiento nacional?

—Pues eso mismo; has acertado. ¡Si vieras cuántos elementos tenemos! Nobles, plebeyos, clero, magistratura, milicia, todo es nuestro. La causa del príncipe es la causa del pueblo. Te digo que el éxito no es dudoso. Ahora es la tuya. Martincillo, a ver si te luces.

—¿Y qué tengo yo que hacer?

—¿Y me lo preguntas? ¿Para qué te recomendé yo a don Buenaventura? ¿Recuerdas lo que hablamos aquella tarde en la huerta del convento? ¿No estás continuamente protestando contra la degradación y la bajeza de la Corte, contra la inmoralidad, contra el atraso en que vivimos? Pues de todo eso, ¿quién tiene la culpa sino el *Guardia?* Por eso yo te escuchaba, y decía para mí: «Este es el hombre que hace falta; éste sí que en un día dado sabrá hacer las cosas y arrastrar al pueblo a la victoria.»

—¡Arrastrar al pueblo!...—dijo Martín, meditando el sentido de estas tres palabras que más de una vez habían bullido en su imaginación.

—Sí, eso, eso mismo. Pero ya te lo damos todo hecho. Todas las comisiones están desempeñadas y no falta más que

la tuya, no falta más que un hombre atrevido que tenga la inspiración revolucionaria.

—¿Y desaparecerá la corrupción, la tiranía, todo lo que hay aquí de odioso y contrario a las luces de la época y a la civilización?

—Pues ¿quién lo duda? Después será esto un paraíso. Muerto el perro, se acaba la rabia. Y cree que lo deseo ardientemente, para que este país se vea bien gobernado y sea lo que debe ser en el mundo. Si no fuera por mi patria, no diera paso alguno en este asunto. Ya tú sabes que yo no tengo ambición y que mi mayor dicha es vivir entre estas cuatro paredes, retirado del bullicio del mundo. Nada me agrada tanto como la soledad. Tú sí que puedes sacar gran partido de esto. Quién sabe hasta dónde podrás llegar, sobre todo si sales en bien, como espero, de este negocio.

—Pero, en resumidas cuentas—dijo Martín—, ¿qué es lo que tengo yo que hacer?

—Eso, Rotondo es quien te lo ha de decir *ce* por *be*. Yo lo que tengo entendido es que va a haber un levantamiento en Toledo cuando la Corte esté en Aranjuez, que será de un día a otro. En Toledo se prepara un hambre ficticia para que el pueblo se amotine más fácilmente. Después, en todas las ciudades principales hay comisionados que están en relación con Juntas secretas establecidas desde hace tiempo, a pesar de la Policía. A ti, por lo que he entendido, te encuentran pintiparado para el caso, tú tienes un carácter resuelto y atrevido y unas ideas revolucionarias que ya, ya... Mira si tuve acierto al enviarte al señor don Buenaventura.

—¿Y cuándo?

—Creo que no habrá tiempo que perder. Yo he tenido cartas de don Buenaventura, y, además, anoche ha llegado el señor don Pedro Regalado Corchón, que es una de las personas más comprometidas y más entusiásticas por nuestra causa, a pesar de ser novicio en ella.

—¿Y quién es ese señor?

—Un inquisidor de Toledo, el que goza de más influjo en aquel Tribunal; persona de gran talento y prestigio.

—¿Conque también hay inquisidores en esta danza?—dijo Martín con asombro, sospechando de la bondad de una cosa en que se interesaba aquel Santo Tribunal.

—Si te digo que todas las clases de la sociedad... ¡Pues poco irritados están los señores del Santo Oficio contra el *Guardia!* ¡Si vieras qué hombre tan eminente es el padre Corchón! Como que ha escrito catorce tomos sobre el señor San José y otros muchos que tiene comenzados sobre diversas materias sagradas y profanas. Costó trabajo meterle en este fregado; pero al fin entró, y desde que en Toledo trabó amistad con el secretario de aquel Tribunal se ha vuelto entusiasta. Anoche llegó a Madrid, y ése es el que ha de precisar la ocasión y el cómo y cuándo. Porque has de saber que él y Escóiquiz son uña y carne. ¡Pues digo si tienen pesquis uno y otro! En la Secretaría de Estado les querría mirar yo, a ver si el señor Napoleón se reía de nosotros.

—¿Conque hay inquisidores en esta danza?—repitió Martín—. Lo pregunto porque yo precisamente ando a vueltas con el Santo Oficio, y por un milagro no estoy ya en las garras de los inquisidores durmiendo a la sombra.

—Pues qué. ¿te han perseguido?

—Sí, por brujo, francmasón, vampiro y no sé qué más—contestó el joven con amargo desdén.

—¡Ah!—dijo fray Jerónimo—, tú no quieres seguir mi consejo. En dondequiera que estés, y en presencia de personas desconocidas, te despachas a tu gusto sobre política y religión, así no es extraño que alguien te haya denunciado.

—Antes de intentar prenderme a mí, esos infames habían preso al pobre Leonardo.

—Ya lo he sabido; y en verdad no me causó gran asombro, porque lo cierto es que era muy calavera.

—Ni él ni yo hemos cometido falta alguna que merezca esa persecución horrorosa.

—Pero, hijo, ya tú ves—dijo el padre con aflicción—; vosotros sois muy deslenguados; habláis sin ningún respeto de las cosas más sagradas, tenéis gusto en insultar a los ministros del Altísimo, dignos más que nadie de veneración y acatamiento. Piensa lo que quieras, pero guárdatelo, sobre todo delante de personas extrañas. ¡Oh!, si tú moderaras un poco la lengua, serías un hombre

perfecto. Pues, hijo, yo creía que en Madrid te habrías corregido un poco.

—Al contrario. Las persecuciones, los desengaños que he sufrido, y, por último, la vil celada que acaban de tenderme, ha exacerbado en mí aquel rencor inveterado que tanto le sorprendió a usted la tarde que hablamos en el convento de Ocaña. No fué mi ánimo al principio ceder a las sugestiones de don Buenaventura, que me quería comprometer en una conspiración cuyos medios yo no conocía bien y cuyos fines no me parecían grandes ni dignos. Soñando ya con algo más alto, más eficaz, más útil para mi país y la civilización, cerré los oídos a los reclamos que entonces se me hicieron con bastante empeño; pero hoy las circunstancias han variado para mí: estoy amenazado de perecer en un calabozo de la Inquisición con muerte ignorada y vil, sin provecho para causa alguna; todas las puertas se me cierran; parece que la sociedad ve en mí una temerosa fiera que es preciso enjaular o exterminar para que no devore cuanto halle a su paso. ¿Qué puedo hacer en esta situación? Arrojarme en brazos de todo aquel que por cualquier medio se ocupe en conmover este edificio minado y ruinoso en que vivimos; ayudar a todo el que parezca dispuesto a protestar contra las leyes, contra las costumbres, contra las altas personas de la España contemporánea. Y no reflexiono, no mido el verdadero alcance de la empresa en que tomo parte; me basta que sea una negación de todo esto que me rodea. He aceptado a ciegas la cooperación que se me ha ofrecido, y lo hago llevado más bien por un sentimiento de encono, por una especie de crueldad nacida intempestivamente en mi corazón, que por el cálculo frío que debe preceder a todas las grandes resoluciones. ¡Ah!, ahora comprendo los excesos y las violencias que acompañan a las primeras violencias populares, y me explico ciertos crímenes que la razón no acierta a justificar. Por lo que en mí pasa, comprendo lo que puede ser la pasión de innumerables seres, vejados y maltratados por una tiranía de siglos; comprendo las catástrofes de la venganza popular, llevada a cabo por hombres sin instrucción ni conocimiento alguno del mundo y de la sociedad; me explico que la multitud no se detenga, sino que avance siempre, destruyendo todo lo que encuentra al paso, acordándose sólo de sus agravios y olvidando toda la ley de humanidad. ¿Y esa gente se espanta de que la cuerda estalle, cuando ellos están estirando, estirando, sin comprender que por una ley invariable toda resistencia tiene su límite y toda tiranía tiene su día terrible más tarde o más temprano?

Fray Jerónimo de Matamala se quedó muy pensativo al oír estas palabras, no sabiendo si aplaudir o censurar la viva imprecación del revolucionario, en quien veía más celo del necesario para el caso. El, sin embargo, como subalterno en la conspiración, se reservaba sus sentimientos en aquel asunto, confiando en que don Buenaventura, dada su gran experiencia, no podría equivocarse en elección tan delicada.

—Bien — dijo al fin, levantándose—. Todo lo que haya de bueno en tus ideas, Martincillo, lo has de ver realizado. Buen ánimo, y espera a que te den órdenes. Ya verás al reverendo Corchón; él y don Buenaventura son los que en Madrid tienen hoy la clave del asunto. Yo creo que me iré otra vez a Ocaña o al mismo Toledo, porque has de saber que el provincial es también de la partida, y cuando yo creía que me iba a ser impuesta alguna pena por el descuidillo de las cartas, me encuentro con que me agasajan y consideran más de lo que merece este pobre fraile sin influencia ni poder.

—¿Y dónde veré a ese señor Corchón? Porque me interesa mucho hablar con él.

—¡Oh! Don Buenaventura te presentará. ¡Verás qué hombre, qué talento, qué vasta instrucción!... ¿Sabes que me parece que es hora de que te retires? —añadió, bajando la voz y atendiendo al ruido de pasos que se oía por el claustro, junto a la puerta de la celda—. Porque aunque aquí me consideran, no quiero infundir sospechas.

—Adiós, y nos veremos antes que usted vaya a Toledo.

—Sí, y me quedo rogando por ti, Martincillo, por el impío, por el ateo, por el francmasón, por este diablillo atrevido y procaz a quien la Providencia, a pesar de todo, reserva un porvenir de gloria. Adiós.

Le abrazó, y el joven dejó a su amigo enfrascado en grandes dudas sobre el

grado de revolución que en aquellos tiempos podía emplearse sin peligro. Su perplejidad no concluyó en todo el día, y paseándose por el claustro, rezando en el coro y sentado en la huerta, no cesaba de repetir: «Es mucho hombre para tan poca cosa.»

CAPITULO XVII

EL BARBERO DE MADRID

I

Cuando el doctor Albarado recibió de manos de don Lino Paniagua la carta que le enviaba Martín, se quedó helado de espanto, y en un buen rato no articuló palabra alguna.

—Esto es horroroso, don Lino; por Dios, ¿quién le ha dado a usted este papel?

—Me lo ha dado..., me lo ha dado... —contestó, balbuciente, el pobre abate—. Pero ¿no trae firma?

—Sí, aquí viene la firma de ese bandido. Pero ¿dónde le ha visto usted? ¡Qué negro delito, qué atrevimiento! Atreverse... Estamos en Sierra Morena.

«Bien me lo figuraba yo—decía para sí Paniagua—. ¿Cómo había el doctor de consentir en que Susanita se casara con don Martín? Ese hombre debe de estar loco.»

—Pero ¿usted no sabe lo que dice esta carta?...—gritó, furioso, Albarado.

—Sí..., ya lo supongo.

—¡Lo supone usted, lo sabe! Luego usted no puede menos de ser cómplice en esta villanía.

—¡Yo, doctor de mi alma..., yo cómplice!... ¿De qué?

—¿Ha visto usted alguna acción semejante?

—A la verdad, querido señor doctor, atrevidilla es la pretensión de ese hombre, pero su juventud y su falta de mundo le disculpan.

—¿Cómo disculpa? ¿Usted está loco?... —dijo el inquisidor, más furioso mientras más procuraba calmarle don Lino, equivocado de medio a medio respecto al contenido de la carta.

—Diré a usted..., señor doctor—contestó, aturdido, el abate—. Pero cálmese usted, no se irrite. La cosa no merece la pena. Considere usted...

—¡Cómo que considere! Hombre de Dios, parece que está usted en Babia. Lea, lea y comprenda que está siendo emisario de una partida de bandoleros.

El abate fijó sus ojos con ansiosa curiosidad en la carta, y al leerla se quedó pálido como un difunto.

Aquel terrible documento, como saben nuestros lectores, no contenía otra cosa que la intimación del secuestro y el propósito, franca y rudamente manifestado, de no devolver a su familia a la desgraciada joven mientras Leonardo no fuera puesto en libertad.

Don Lino tuvo que hacer un gran esfuerzo de espíritu para no desmayarse. Miraba al doctor con azorados ojos, leía dos o tres veces el malhadado papel y creía ser víctima de una estratagema diabólica.

—¿Dónde, dónde le han dado a usted esa carta?

—Señor..., señor..., yo no sé qué pensar—dijo el pobre abate, temblando de miedo—. ¡Cómo había yo de creer..., yo que pensaba!... pues diré a usted: ha estado en mi casa él, él en persona..., hace un momento.

—¿Dónde vive ese hombre, dónde? Al instante hay que empezar a hacer averiguaciones. ¡Qué infame delito! Vamos al instante a casa de mi hermana. Si no acierto a explicarme este desastre... ¡Oh infeliz Susana! Yo revolveré la tierra para sacarte del poder de esos forajidos... No hay que perder tiempo... Vamos, muévase usted.

Esto decía el buen consejero de la Suprema, vistiéndose a toda prisa para salir de su casa, acompañado de don Lino, el cual aún no volvía de su estupor ni acertaba a disipar con un juicio o un dictamen cualquiera el angustioso aturdimiento del *abuelo*.

—¡Oh la Inquisición!—exclamaba éste por el camino—. Es preciso que ese señor don Leonardo o don demonio sea puesto en libertad hoy mismo... Si no..., ese canalla es capaz de hacer una atrocidad... ¡Ah, Susanita, tú en poder de esa gentuza, tú perdida para siempre! ¡Qué golpe, Señor, a mis años!... Esto no tiene nombre.

—¡Qué cosas, qué cosas!—decía a media voz don Lino, que tan angustiado como corrido no acertaba a formular una protesta ni un comentario.

Al llegar a la casa encontraron a to-

dos en el más alto grado de ansiedad y consternación.

—¿Ya sabes lo que pasa?—preguntó doña Juana—. Susana no ha vuelto, ni el marqués, ni Pluma. No parecen, se los busca por todas partes, han ido allá mil veces, no saben dar razón. Dios mío, ¿qué castigo es éste?

—Toma, mujer; lee, lee y comprenderás todo—dijo el doctor, dando a su hermana la carta fatal.

—¡Qué horror! ¡Y ese Muriel!... Si me lo figuré—exclamó, erizada de espanto, doña Juana—. Es preciso descuartizar a ese hombre. ¿Dónde está la justicia? Al momento, buscadlos, perseguidlos sin descanso.

—Voy al Consejo, voy a visitar a todos los inquisidores, voy a dar órdenes a los de Toledo, órdenes terminantes. Todo el Consejo me apoyará... Es preciso que hoy mismo quede en libertad ese reo. No nos expongamos al furor de esos miserables: pueden matarla. ¡Qué horrible idea!... Sí, voy, voy al Consejo... ¡Maldito Tribunal!... ¡Por qué le odiarán tanto!... Voy, voy.

Así decía el pobre doctor, yendo de aquí para allí, dirigiéndose a todas las puertas y no saliendo por ninguna, tropezando en todas las sillas, quitándose el sombrero cada minuto para abanicarse con él, volviéndoselo a poner y asustando a todos más de lo que estaban con sus descompuestos ademanes y su iracunda voz.

—Buscar la guarida de esos miserables, perseguirlos sin descanso es lo que conviene—repitió doña Juana, anegada en llanto.

—No, no irritemos a esa gente feroz. Nos vemos en el caso de aceptar sus condiciones. Es preciso comprar a Susana al precio que nos piden en este papel. Voy, voy...

—¡Qué cosas, qué cosas!...—decía nuevamente y por décima vez el pobre Paniagua, que aún no volvía de su azoramiento.

—¡Y el marqués y Pluma presos! ¡Pero qué embrollo! No parece sino que había en esto un plan vasto, hábilmente combinado—dijo doña Antonia la diplomática, que había acudido a la casa a aumentar el barullo.

—Pero ¿ves qué iniquidad? Ese es el hombre de quien se contaban tantas atrocidades—añadió doña Juana—. ¿Y Susana? No quiero pensarlo, me horripilo toda.

El doctor, al fin, regularizó su ira, digámoslo así, y cansado de exclamar «voy, voy», sin ir nunca, trató de poner en práctica el pensamiento que creía más lógico en aquel grave trance. Acompañado de don Lino, que no quiso abandonarle en tan tremendo día, salió dirigiéndose a toda prisa a casa del inquisidor general.

II

La tardanza de Susana no produjo en ningún habitante de aquella casa tan violento ataque de nervios como el que sintió el señor don Miguel Enríquez de Cárdenas, hombre excesivamente impresionable en los momentos de apuro. Pero si la tardanza alteró su fisonomía y le dejó sin fuerzas, la lectura del fatal escrito, transmitido por la inocente complacencia de don Lino, acabó de rendir su frágil naturaleza, y dió con su cuerpo en el lecho, exhalando lastimeros quejidos.

—¡Oh, yo no puedo soportar este golpe. yo me muero! ¡Cuán desgraciado soy! ¡Dios mío, sácanos de este trance! —exclamaba al extenderse en su cama. rechazando todo consuelo y riñendo con todo el que intentara probarle que aquélla no era la mayor de las desgracias posibles, negóse a tomar todo alimento y hasta reprendió a su mujer por creerla menos abismada que él en las profundidades del dolor. Quería quedarse solo, ansiando la soledad que aman tanto los que padecen, y renegaba de la luz. del sol, del aire, de la vida y de la sociedad.

Por fin, los que le rodeaban, que eran todos los de la casa, le hicieron el gusto de dejarle solo, en plena y absoluta posesión de sus melancolías, asegurándole que le darían conocimiento de cuanto ocurriese. Antes que su esposa saliera, el inconsolable enfermo dijo con voz desfallecida:

—¡Ah, si viene el maestro Nicolás le dirás que hoy no me afeito. Sin embargo, que entre: él puede hacernos algún servicio en este asunto. Le hablaré.

El maestro Nicolás era un hombre que diariamente venía a peinar y a afeitar al señor don Miguel de Cárdenas, pero con la particularidad de que éste pasa-

ba horas enteras en conferencia con su peluquero, siendo de notar que las encerronas habían sido más largas que de ordinario en la última semana. No hacía mucho que el maestro Nicolás desempeñaba tales funciones en aquella casa; pero, a pesar de esto, la confianza del señor era grande, y los criados se habrían llenado de asombro si llegaran a sorprender la franqueza con que el maestro en artes capilares trataba a su parroquiano, una vez que se quedaban solos en el despacho.

Pasaron las primeras horas de la mañana sin otros acontecimientos notables que el sinnúmero de visitas llegadas a cada instante y a medida que la fatal noticia del secuestro iba cundiendo por todas las casas amigas. Llegó el señor fiscal de la Rota, al regresar de su paseo por la Montaña; llegó el señor presidente de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, todavía sin afeitar y con la peluca torcida a un lado, indicando así la prisa con que quiso correr a informarse bien del suceso; llegó el señor presidente del Tribunal de la Cámara de Penas; llegaron las de Sanahuja, las de Porreño, y la casa se inundó de amigos llorones que no podían estarse mucho tiempo sin venir a decir su opinión sobre aquel suceso.

Cerca del mediodía llegó el llamado maestro Nicolás, y fué introducido al instante en el despacho de don Miguel. No tardará el lector mucho tiempo en reconocer a este que parece nuevo personaje y no lo es; no tardará en reconocerle, porque hace poco le ha visto con el pintoresco traje que ahora trae en sustitución de su primera bordada chupa y del escarolado follaje de sus pecheras blancas como la nieve. El señor don Buenaventura tenía mucha habilidad para transformarse, y desde que intentó hacer el papel de barbero en aquella casa, su artificio fué intachable. En la morada de los Enríquez de Cárdenas, el despacho, que estaba en la planta baja, tenía entrada aparte por la calle del Biombo, mientras la puerta principal se abría por la del Factor. La servidumbre notaba la presencia de aquel hombre en el cuarto de su amo, y unas veces le juzgó prestamista, otras agente de negocios, hasta que, por último, su aparición periódica y las funciones barberiles que francamente y a vista de todos desempeñaba, le confirmaron en la creencia de que era peluquero, y nada más que peluquero.

Cuando don Miguel se incorporó en su lecho y vió junto a sí al señor de Rotondo, aguardó a que se extinguiera el ruido del pasillo, y dijo en voz muy queda:

—¡Cuánto ha tardado usted! Estoy con una ansiedad...

—¿Por qué? Todo salió bien—contestó el fingido barbero, sentándose junto a la cama.

—¿Y está segura?

—Por ahora, sí; conviene tomar toda clase de precauciones. Se nos persigue con un ahinco...

—¿Sabe usted que fué excelente la idea de fingirse usted mi peluquero? —dijo Cárdenas, tomando un polvo de rapé y sonriendo, curado ya del paroxismo que le produjo la desaparición de Susanita.

—Efectivamente; así no infundiré sospechas. Pues sepa usted que el mismo sistema he tenido que adoptar al fin en una gran parte de las casas adonde concurro para estos asuntos. Y tengo que hacer el papel por completo: ya he afeitado y peinado al señor brigadier Deza y al oidor don Anselmo Santonja. Los tiempos andan malos y es preciso huir el bulto. Sólo en la Embajada británica puedo entrar en cualquier traje y eximirme de rapar barbas a tanto inglesote.

—Conque hablemos, que no hay tiempo que perder. ¿Cómo está Susana?

—No está mal; aquella casa no es palacio, ni mucho menos; pero por unos días...

—Bien decía usted que ese don Martín nos había de resolver la cuestión por su propia iniciativa. Y él, ¿qué piensa hacer?

—Está decidido a no entregarla mientras el don Leonardo, que también es buena pieza, no sea puesto en libertad.

—¿Y si le dan libertad, como pretende el doctor, cediendo a la intimación de Muriel?

—¡Oh!, no se la darán; ya he previsto yo ese caso. Todo nos sale a pedir de boca. Cuando nos devanábamos los sesos para encontrar un medio de hacer desaparecer a Susanita, sin que fuera preciso emplear la muerte, ese hombre nos vino como llovido. La repentina pa-

sión que la niña sintió por él, pasión descubierta por usted desde la primera entrevista que tuvieron en esta casa, nos dió esperanzas de ver resuelta la cuestión. Usted no tenía confianza en que aquello diera los resultados que apetecíamos, y yo le decía: «Paciencia, don Miguel, paciencia; usted verá cómo ese tronera va a hacer un experimento revolucionario en Susanita. Ella le ama, él no puede aspirar a su mano; el día menos pensado carga con ella y se la lleva por esas tierras.» Ya ve usted cómo, al fin, ha buscado la satisfacción de sus agravios por este camino.

—Pero él no la ama, él la abandonará tal vez, y Susana aparecerá en nuestra casa cuando menos la esperemos.

—¡Verá usted cómo no! El es perseguido; él va a tomar parte muy activa en nuestro negocio. Como don Leonardo no ha de ser puesto en libertad, y de eso respondo, Muriel, que es tenaz e inexorable, no soltará su presa y se la llevará consigo. Puede ser que la abandone; pero de cualquier modo que sea, yo le prometo a usted que Susanita no volverá a parecer.

—¿Lo cree usted firmemente? — preguntó Cárdenas con ansiedad.

—Firmemente. En último caso, yo tengo tomadas mis precauciones, y si hubiera peligro se adoptaría una resolución decisiva y radical que le sacase a usted del apuro.

—¡Matarla!—exclamó con espanto don Miguel—. ¡Oh, no!, esa idea me trastorna. Quiero que desaparezca, pero no que muera.

—Sí, yo comprendo esa sensibilidad; pero si llegara el momento en que fuera preciso...

—No me diga usted eso..., no..., por Dios..., ¡un asesinato!

—Bien; yo estoy comprometido a sacarle a usted de este apuro en caso de que hubiera peligro. Si el secuestro se descubre, lo que deba hacerse, se hará. Por lo demás, yo creo que don Martín ha de portarse tan bien en este negocio que no nos pondrá en el caso de hacer una atrocidad.

—Dios lo haga—dijo don Miguel con el ademán del que implora del poder divino una merced señalada.

—Sí; no creo que llegue el caso. Pero si llega... No piense usted eso, y yo me entiendo. Puede usted considerar logrado su deseo. Susanita ha desaparecido. Bien pronto se dirá que su secuestrador le ha quitado la vida, aunque no sea cierto, y usted será conde de Cerezuelo, dueño de la inmensa fortuna de esta casa.

Los ojos de don Miguel brillaron con cierta animación que no era en él habitual.

—Ya ve usted que no nos ha costado gran trabajo. Otro lo ha hecho. La desigualdad entre los dos, el carácter de él, sus ideas sobre la nobleza y la sociedad, su audacia, su propósito de conseguir la libertad del amigo, han sido causa de esta gran resolución. Bien dije al conocer a don Martín que era un hallazgo inapreciable.

—Pero aún no veo yo resuelta la cuestión. Ese hombre puede conocer hoy mismo que ha servido, sin quererlo, nuestros intereses y ponerla en libertad.

—Descuide usted, eso corre de mi cuenta. Yo respondo de que Susanita no volverá a aparecer.

—¿Me lo promete usted?

—Con toda seguridad. Ahora falta que usted cumpla su parte en el pacto que hemos hecho. Usted me juró que si llegaba a ser heredero forzoso de su hermano el conde, me daría cien mil duros para la causa fernandista. Sólo a este precio, y atento siempre a allegar fondos con que atender a los gastos de la causa nacional, me he comprometido yo a combinar las cosas de modo que lleguemos a la solución apetecida.

—Bien, yo cumpliré mi palabra—contestó Cárdenas—; pero aún no veo la cosa muy segura. Esperaremos a ver en qué para esto. Cuando no haya duda alguna, yo sabré cumplir mis compromisos. Soy tan receloso que a cada instante me parece que veo entrar a mi sobrina por la puerta de la casa. Otra cosa: ¿no me ha asegurado usted que don Leonardo no sería puesto en libertad? ¿Y de qué medio se vale usted para conseguirlo?...

—Ya lo tengo conseguido. El padre Corchón, que es el que maneja los títeres en la Inquisición de Toledo, me lo ha asegurado.

—¿A ver, a ver? Explique usted eso.

—Es muy sencillo. Don Pedro Regalado Corchón ha entrado recientemente en nuestro partido con gran entusiasmo, inducido por otros cofrades suyos y aun

muchos capitulares de aquella santa iglesia, tenazmente empeñados en la caída del favorito. Escóiquiz ha hecho la adquisición de casi todo el clero toledano, y entre los nuevos adeptos no hay ninguno más rabiosamente decidido en favor del príncipe que el señor padre Corchón.

—Y ese señor Corchón, ¿es un hombre de mérito?

—Es un clerigote ignorantón y apasionado, autor de catorce tomos sobre *Devoción al Señor San José* y otras obras ridículas que no han visto la luz, para bien de las letras. Pero no conozco quien despliegue más celo por una causa mundana que ese bendito. No contento con simpatizar con la causa fernandista, se ha metido de cabeza en la conspiración activa, y es uno de los que más han trabajado recientemente. La idea de que los intereses eclesiásticos están desatendidos por el Gobierno del favorito, y la noticia de que se van a desamortizar algunos bienes del clero, ocupan constantemente su arrebatada imaginación. Es un hombre rudo, grosero, intolerante, pero todas estas cualidades son a propósito para el caso. El clero es uno de los principales elementos con que contamos, y el tal Corchón nos esta haciendo servicios que le hacen acreedor a una mitra el día que triunfe el príncipe.

—Ese nombre no me es desconocido. Ese clérigo era inquisidor en Madrid hasta hace muy poco tiempo; me parece que es uno de quien era gran amiga e hija espiritual doña Bernarda Quiñones.

—El mismo en persona. Hace poco le trasladaron a Toledo, y allí le conquistó don Juan Escóiquiz, decidiéndole a trabajar por la causa. Anoche ha llegado aquí para conferenciar conmigo y ponernos de acuerdo sobre ciertas particularidades de mucha urgencia.

—¿Y él decide de la suerte de ese señor don Leonardo?

—Precisamente. Ya hemos hablado de eso y me ha prometido con toda formalidad que el preso no verá la luz del sol en todo el tiempo que yo quiera.

—Pues si lo toma con empeño el doctor, que es consejero de la Suprema...

—Ríase usted de la Suprema. ¿Si sabremos lo que son esas cosas? La Suprema escribirá; lo tomará muy a pechos, si se quiere, el mismo inquisidor general; pero los de Toledo emborronarán mucho papel, y mientras van y vienen, y se dice y se contesta, don Leonardo se pudrirá en su calabozo. Ya sabe usted lo que es la Inquisición y la manera como procede. Descuide usted, el padre Corchón no promete las cosas en vano, tratándose de apretar los tornillos de la máquina inquisitorial. Yo le dije: «Reverendo señor: por una serie de circunstancias que explicaré a usía en tiempo oportuno, nuestra causa exige que ese don Leonardo continúe siendo un francmasón temible y un endiablado hereje, para que no haya poderes en la tierra que le puedan poner en libertad, al menos por ahora.» Y él me prometió con júbilo que así sería.

—Es usted invencible, señor don Buenaventura—dijo con verdadero entusiasmo el señor de Cárdenas—. Lo que usted no logra ya puede tenerse por imposible.

—Y eso que no puse en conocimiento del señor Corchón que la prisión de Leonardo, con la intriga a que va unida, nos producía cien mil duros para nuestra santa causa; que eso me lo guardo y es sólo acá para entre los dos.

—¿Y no pedirá ese venerable algún piquillo por su complacencia?

—Espero que sí, y será preciso dárselo. Para estos gastos y otros igualmente necesarios no espero otra cosa sino que usted me abra la caja, señor don Miguel de mi alma.

—¡Oh, no; todavía, no!—contestó Cárdenas con diligencia—; yo no tengo aún seguridad completa. ¡Si, como he dicho antes, me parece que va a entrar Susana por aquella puerta!...

—He asegurado a usted que Susana no volverá; puede considerar la cuestión concluída y juzgarse heredero de su hermano, el cual bien sabemos que no puede durar mucho tiempo.

—¡Ah!, yo estoy muy receloso—dijo el futuro conde con cierta expresión de misticismo—; me parece que Dios nos ha de castigar.

—A nosotros, ¿por qué?—añadió con cínica sonrisa el señor don Buenaventura—. ¿Acaso la hemos secuestrado nosotros?

—¡Ah!, no; pero esa seguridad que usted muestra de que ha de desaparecer, me indica que tiene algún proyecto terrible.

—No se preocupe usted de eso. Fuera dudas. Lo que yo deseo es que usted cumpla sus compromisos como yo cumplo los míos. Precisamente en estos días me hacen mucha falta los cien mil duros. Hay mucho dinero, pero se gasta mucho. No tiene usted idea de lo que se ha repartido.

—Bien; yo daré esa cantidad cuando tenga seguridad completa de que heredo a mi hermano.

—¿Podré tener los cien mil duros esta noche?—preguntó Rotondo, levantándose en ademán de partir.

—Venga usted, hablaremos.

—Bien; espero que lo compondremos de modo que no le quedará a usted recelo alguno.

Los dos personajes se estuvieron mirando un momento sin decirse palabra, leyendo, respectivamente, en sus miradas las intenciones y los deseos de que estaban poseídos. Se comprendieron perfectamente y no pronunciaron palabra alguna. Cuando Rotondo salía, Cárdenas se tendió de nuevo en su lecho, y ocultando el rostro entre las almohadas, dijo con voz oída tan sólo por él mismo: «¡Pobre Susanilla!»

CAPITULO XVIII

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO DEL PADRE CORCHÓN

I

Aquella noche no fué Rotondo a casa de Cárdenas, a pesar de que lo había prometido, por lo cual éste creyó que alguna grave dificultad ocurría en la conspiración. El doctor entró veinte veces y volvió a salir otras tantas, diciendo siempre que llegaba: «Ya se arreglará todo, no hay que apurarse; hoy mismo la tendremos aquí.» Doña Juana no se calmaba por esto, y doña Antonia aseguraba que estando en tan inexpertas manos las riendas del Estado no debía extrañarse que ocurrieran a cada paso tales atropellos. Ya se había dado aviso de lo ocurrido al conde, y éste había resuelto venir inmediatamente a Madrid, enfermo y postrado como estaba.

Entre tanto, Rotondo y Muriel, ya entrada la noche, estaban sentados sobre una gruesa piedra sillar en el patio de la calle de San Opropio, dándose cuenta de lo acaecido hasta aquel día y poniéndose de acuerdo para lo que debía hacerse en el siguiente. El joven miraba al corredor por la parte en que estaba el encierro de la prisionera y tenía con tal tenacidad los ojos fijos en aquel punto, que su amigo no pudo menos de sacarle de su abstracción, diciéndole:

—No tema usted que se escape, señor don Martín: aunque salga al corredor, no encontrará a otra persona que al desventurado La Zarza, y éste no podrá darle libertad. La verdad es que los manjares que le ha dado hoy la tía Socorro no habrán sido tan buenos como los de su casa; pero unos días se pasan de cualquier manera. ¡Cuántos viven semanas enteras sin comer otra cosa que mendrugos de pan, y por eso no dejan de vivir como unos caballeros!

—No temo que se escape. Estaba pensando—contestó Martín—en lo que dirá de mí esa señora. ¿Cómo me juzgará? Debe sentir un odio terrible.

—No se preocupe usted de eso. Y ¿el pobrecito don Leonardo?

—Es cierto, todo está compensado. ¡Qué gran crisis debe de estar pasando el carácter soberbio y dominante de Susana! ¿Creerá usted una cosa?

—¿Qué?

—¿Creerá usted que no me atrevo a acercarme al cuarto donde está? La tengo miedo.

—¿Miedo? Comprendo la lástima; pero el miedo... Ya se ablandará. Esta gente no es temible sino cuando se la trata bien. De seguro que ella no se ha condolido del infeliz que se aniquila en los sótanos de la Inquisición. Vea usted cómo por medio de un mal se consigue un bien extraordinario. ¡Si a todas las víctimas de aquel Tribunal aborrecido se las pudiera librar encerrando por unos cuantos días a cualquier dama de la Corte!... Ha de saber usted que el doctor Albarado ha tomado el asunto tan a pechos, que es probable que mañana mismo veamos libre a don Leonardo. En tal caso no tardaríamos en saberlo.

—Dios lo quiera—contestó Martín sin dejar de mirar al corredor—; veremos qué acontecimientos nos trae el día de mañana.

—Mañana—dijo Rotondo—saldrá usted para Aranjuez; no se puede perder ni un día más; mañana a la noche sin falta.

—Y puesto que tengo que ceñir mi voluntad a otras voluntades, ¿qué es lo que debo hacer?

—¿Usted me lo pregunta? ¿Un hombre como usted pregunta lo que tiene que hacer? Para esta obra tiene usted bastantes ideas y no necesita pedirlas a nadie. Lleve usted a la práctica lo que piensa y lo que desea, y basta. Encuentra el terreno preparado; el pueblo tiene ya su deseo y la dosis de rencor que le corresponde para el caso: no falta más sino que se le diga algo que todavía no sabe. El primer movimiento es lo delicado; nosotros no hemos encontrado otro con mejores condiciones que usted para dar la primera voz.

—¿Y hasta dónde iremos?

—Hasta donde usted quiera. Ha de haber una conmoción que resuene en el Alcázar de Aranjuez, donde estará la corte desde mañana. El grito será: «¡Abajo el *Guardia!*» y pedir al rey su destitución. Pero en esto cabe mucho, y si la pasión popular se excede, puede llegar hasta mucho más.

—¿Hasta dónde?—preguntó con viva curiosidad Martín.

—Hasta pedir la abdicación de Carlos Cuarto y proclamar a Fernando Séptimo rey de España.

—¿Nada más?

—¡Pues no sé! Ya sé yo lo que usted quiere—dijo Rotondo sin admirarse de que a Muriel le pareciera aquello bien poco—. Pero no reñiremos por una legua más o menos de distancia en el camino de la revolución. Puede ir usted hasta donde quiera: lo que importa es que se vaya a alguna parte. Usted comprenderá ya que este pueblo se mueve con dificultad; pero una vez tomado el primer impulso, marcha mejor que otro alguno por la pendiente de la insubordinación. ¡Cuánto escasean aquí los verdaderos revolucionarios! No tenemos más que unos cuantos caballeros, muy estudiosos, muy parlanchines, pero que no saben cómo se bate el cobre en las altas ocasiones. Usted ha sido elegido para este asunto, porque no se contenta con pensar la revolución, sino que la siente, la respira en la atmósfera, la ve en la luz y la lleva perpetuamente consigo en las cualidades fundamentales de su carácter.

—¿Conque salgo mañana para Aranjuez y Toledo?—preguntó Martín, sin hacer gran caso del pomposo elogio que acababa de oír.

—Sí, mañana a la noche; hallará los caballos preparados en una venta que hay fuera de la puerta de Santa Bárbara, y allí estarán también los que deban acompañarle. En Aranjuez se amotinará el pueblo; pero, a pesar de eso, usted no se detiene allí más que un día para ponerse de acuerdo con ciertas personas cuyos nombres y señas llevará, y luego parte a Toledo, donde está todo prevenido para algo más que un motín. Allí hay depósitos de armas y gente reclutada en toda Castilla y Andalucía para imponer miedo a la Corte de Aranjuez. Yo quisiera que usted lograse infundir su espíritu en las personas que allí tenemos para dirigir el movimiento, gente inexperta y sin ninguna clase de genio revolucionario. En cuanto usted llegue los conocerá a todos, porque yo le daré la clave de las relaciones. Habrá primero un hambre fingida, y después una asonada que será la señal del alzamiento nacional. A usted le obedecerán en esa asonada. Será usted omnipotente una noche, y sólo cuando el movimiento se regularice tendrá que sujetarse a voluntades superiores. Por una noche tendrá inmensas fuerzas a su disposición y el rencor popular hábilmente atizado.

—¡Por una noche! ¡Seré omnipotente una noche!—murmuró Muriel meditabundo, pensando sin duda sobre el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el Universo.

—Sí—continuó don Buenaventura—, una noche de poderío absoluto sobre miles de hombres armados.

—Bien; pues déme usted cuantos papeles necesite llevar, que estoy dispuesto a salir.

—Llevará usted todo lo necesario.

—¿Y Susana?

—Mañana pensaremos lo que se hace de ella en caso de que el doctor no responda de un modo satisfactorio a la intimidación que se le hizo. No se cuide usted de eso. Puede llevársela o dejarla, según quiera. Si queda aquí, ya la guardaremos bien.

Martín miró otra vez con mucha fijeza al corredor, y dijo sin apartar de allí la vista:

—Mañana lo decidiremos.

—Conviene que vea usted al padre

Corchón. El le dará también instrucciones, y en el asunto de don Leonardo tal vez puedan ustedes avenirse.

—Es verdad, sí; ¿cuándo le podré ver?

—Mañana, temprano. Yo mismo le llevaré a la presencia de ese gran hombre.

II

En efecto: a la mañana siguiente, muy temprano, los dos entraban en la casa del reverendo, que acababa de levantarse y se ocupaba en dar la última mano al primer capítulo del tomo XV sobre la *Devoción al Señor San José*. Rotondo dejó allí a Martín y partió a afeitar no sabemos a qué encumbrado conspirador.

—Ya me había hablado de usted con muchos elogios el señor don Buenaventura—dijo don Pedro Regalado, levantando la pluma y quedándose con la pluma suspensa en la actitud con que suelen pintar a los padres de la Iglesia—. ¿Ya le habrán dicho a usted que debe salir esta misma noche para Aranjuez y Toledo?

—Sí, señor, y pienso salir.

—Dicen que tiene usted buen ánimo y mucho..., pues... Veremos si se logra el objeto apetecido. Yo tengo miedo, francamente.

—Al fin será; lógicamente tiene que suceder lo que ahora se desea, porque el estado del país así lo muestra. La turbación de los tiempos es tal que no puede menos de estar cercana una gran catástrofe. Yo la creo inminente, inevitable.

—Cierto, cierto; esto no puede seguir así mucho tiempo. El timón está en muy malas manos y la nave se va a estrellar contra las rocas—dijo Corchón con pedantería, creyendo que esta figura tenía alguna novedad.

—Basta abrir los ojos para comprender que aquí es necesaria una transformación radical. Si España sigue mucho tiempo más sorda a la voz del siglo, no podemos decir que vivimos en Europa. Usted conocerá perfectamente los vicios de esta época, los antiguos cánceres que devoran a nuestra sociedad y la precisión en que estamos los hombres de la actual generación de poner remedio a tantos males.

Corchón miró a Muriel con cierto estupor, como no comprendiendo bien lo que había oído; pero no hallándose dispuesto a pasar por ignorante, dijo:

—Efectivamente; la gente de hoy no es como la gente antigua. Ahora los filósofos y sus pestilentes ideas han venido a revolver estos piadosísimos pueblos, y Dios sabe adónde nos llevarían si no atajásemos el mal antes que tome desarrollo.

—La gente de hoy es peor que aquélla, porque ha perdido todas las cualidades de los antiguos, sin adquirir otras nuevas.

—Es lo que le digo a usted—continuó Corchón, animándose—, la peste de la filosofía... Pero ya la arreglaremos nosotros. Como triunfe nuestra causa y veamos en un patíbulo al inicuo *Guardia*... Porque ¿usted qué cree? Este vil Gobierno es el que ha puesto las cosas como están. Cuando reine el príncipe verá usted cómo se levanta la religión otra vez y tenemos a los filósofos guardaditos en las cárceles del Santo Oficio para que expliquen sus teorías a las ratas y a las telarañas.

—Pero ¿la causa del príncipe Fernando lleva por norte acabar con los abusos y extinguir poco a poco la tiranía y la corrupción que nos consumen?

—Nuestra causa es la destrucción de Godoy y de los suyos, y el esplendor de la santa religión y de sus venerables ministros, menoscabados con estas ideas y estos modos de gobernar que ahora corren.

—¿Y ahora se creen menoscabados los ministros de la religión?—dijo Martín con expresión de burla—. Si la sociedad es suya, si ellos disponen de nuestras haciendas y de nuestra libertad a su antojo. Yo creo que usted se equivoca, señor don Pedro Regalado. La causa del príncipe no puede tener por fin aumentar los abusos y corromper más lo que ya está harto corrompido.

—Usted es el que se equivoca—observó el inquisidor poniéndose encendido como un tomate y tomando el tono solemne que le era habitual siempre que decía algún disparate—. Usted es el que no sabe lo que pretende el partido fernandista. ¡Oh!, nosotros triunfaremos; pero yo aseguro que la herejía, la filosofía y el masonismo van a quedar enterrados para siempre. ¡Qué tiempos! Pues ¿se puede creer que aquí en nues-

tra querida España haya llegado el Santo Oficio al miserable estado en que hoy se encuentra, convertido en máquina inútil, sin fuerza ya para dirigir el mundo y guiar a los pueblos por el camino del bien? Si le digo a usted que esto es insoportable. Pero ya vendrá, ya vendrá...

—Pues si el partido fernandista es lo que usted dice—contestó Muriel—, será más aborrecido, más bárbaro y más digno del desprecio universal que el de Godoy. Yo creo, señor don Pedro Regalado, que usted no está en lo cierto. Esto se acabará para que venga una cosa mejor. Si viniera lo que usted dice era preciso creer que no había Providencia, y que vivimos al acaso en este mundo, sujetos al capricho de una fatalidad absurda.

Al oír esto el padre Corchón, vaciló un momento entre la ira y la cobardía. Estuvo aturdido algún tiempo porque Martín se expresaba con decisión y elocuencia; pero luego se repuso, gracias a su petulancia, que era tanta como su astucia, y dirigiendo al revolucionario una de aquellas miradas terroríficas que él guardaba para las grandes escenas del procedimiento inquisitorial, le dijo:

—Usted no sabe con quién está hablando. Usted no sabe, sin duda, quién soy, o si lo sabe, no puedo creer que tenga sano el juicio. Por ser un joven sin experiencia se le pueden perdonar sus irreverentes palabras; pero ¿qué ha dicho usted? ¿Usted sabe lo que ha dicho?

—Que si el partido fernandista representara la Inquisición montada a la antigua, la amortización y el Gobierno absoluto, sería el partido de la barbarie, merecedor de que todos sus hombres fueran tenidos por locos o por imbéciles.

—¡Locos o imbéciles!—repitió Corchón levantándose colérico de su asiento—. ¿Y sufro tales irreverencias? Joven, ¿sabe usted con quién está hablando, sabe usted quién soy yo?

—Ya lo supongo—contestó Martín en tono de desprecio—. Pero usted, señor Corchón, no sabe lo que se dice. La causa del príncipe representa, y no puede menos de representar, la adopción de los principios de gobierno fundados en la libertad, la extinción de los privilegios y el fin del mundano poderío de un clero fanático y, por lo general, poco ilustrado, eterno obstáculo de nuestra prosperidad y esplendor.

—¡Qué buena pieza me ha traído aquí don Buenaventura!—dijo Corchón furioso—. ¿Y ésta es la gente que nos ha reclutado? ¡Un filosofastro! ¡Por San José bendito, y qué lindos mozalbetes hay en este Madrid! ¿Pero usted no me conoce? ¿Usted no sabe quién soy?

—No le conocía a usted más que de nombre, por lo que de usted me habló el padre Matamala, y en verdad, yo creí que fuera el señor Corchón hombre de más provecho. Pero también es verdad que para inquisidor está que ni pintado. El Santo Oficio no merece más.

—¡Pero usted ha venido aquí para burlarse de mí! ¡Ah!, si no fuera porque se ha determinado que vaya usted a Toledo con cierta comisión, ¿cómo se había usted de escapar, cómo?

—Sí, ya comprendo con cuánto placer me echaría usted mano; pero por hoy, padre, no puede ser—dijo Martín con cruel ironía.

—¡Oh!, nosotros triunfaremos, y después...—indicó don Pedro con ira.

—Ustedes no pueden triunfar sin mi ayuda.

—¿Cómo? ¿La causa de Dios no puede salir victoriosa sin la ayuda del demonio?

—No; así está determinado—repuso Martín con serenidad—. ¡Desgraciado país si no estuviera llamado a salir de tales manos! Si la conspiración del partido fernandista no tiene más objeto que el que usted acaba de decir, ¿están seguros de que al llevarse a cabo no ha de ir más allá de la línea que le han trazado?

—Señor mío—dijo el padre Corchón echando a su interlocutor una de aquellas miradas que tiene la ignorancia presuntuosa para su uso particular—. Usted se toma en mi presencia unas libertades... La culpa tengo yo, que le admito a platicar conmigo. ¿Usted sabe quién soy? ¿Pero usted lo sabe bien? No puedo consentir que se mezcle usted en mis asuntos, y cada vez me admiro más de que una persona como el señor don Buenaventura haya puesto en autos a hombres de tal estofa. Y usted estará muy consentido en que le vamos a dejar meter su cucharada en este negocio.

—Lo mismo me importa—dijo Martín levantándose—; no tengo entusiasmo por la idea fernandista. La revolución que yo he soñado no cabe en estos espíri-

tus pequeños, únicamente animados de femenino rencor hacia un hombre. Hoy, al conocerle a usted, pierdo otra de mis ilusiones, y a cada paso que doy, el vacío que hay en derredor de mi pensamiento es más grande y más espantoso. Sólo la desesperación, el abandono en que me hallaba y los vejámenes que recibía pudieron impelerme a prestar el concurso de mi acción a este ridículo movimiento político que habéis imaginado. Ya no puedo volver atrás, ni lo quiero tampoco, que una vez perdida la fe, y conociendo la escasez de elementos que aquí existen para cosa más alta, yo me entrego al Destino; y siguiendo a los que de cualquier modo y con un fin cualquiera conmuevan esta sociedad, iré a presenciar sus convulsiones, sin esperanza de que de esta lucha salga nada útil ni bueno. Yo no aspiro a nada: ya ni siquiera aliento el firme deseo de salvar a mi pobre amigo de los tormentos del Santo Oficio. Un día llegará en que todo me sea indiferente: sociedad, hombres; porque cuando se aspira a fines elevados y se tiene el sentimiento de la patria y de la civilización, cuando se da el primer paso y se tropieza con tales hombres, con el egoísmo, con la ignorancia, con la envidia, el alma se oprime y se desea no haber nacido.

—Pero ¿usted no me conoce, usted no sabe quién soy?—repitió el padre Corchón, confundido y absorto.

—Sí, he venido a conocerle, y me voy satisfecho—repuso Martín—. No necesito saber más. Adiós.

Y diciendo esto, Muriel volvió la espalda y se retiró lleno de cólera, dejando al padre con medio palmo de boca abierta. Este, creyendo juzgar al otro de la manera más benévola, dijo para sí que no podía menos de estar rematadamente loco.

III

Calmóse luego el reverendo de su agitación, y tomando de nuevo la pluma iba a recomenzar su interrumpido trabajo.

Ya recogía sus ideas para seguir el capítulo LVIII, que se titulaba: *De por qué el Señor San José es abogado de los celos,* cuando una criada entró y puso en sus manos una carta doblada en triángulo, que abrió con afán y leyó al momento.

La epístola decía así:

«Toledo, 7 de mayo.

»Mi muy querido y reverenciado señor don Pedro Regalado: Ban ya 3 días que usted salió de aquí y lla nos parece que se a hido per sécula culorun. ¡Qué SolEdad tan Grande! Sin sus consegos espirituales me parece queme falta la Mitaz del Halma, pues usted Me con suela de todas mis penas. No dego de pensar si le sucedera halgo malo, y Si nos olvidara en esa, por Que el demonio no se duerme. Por fin he degado ir a Engracia a Arangued, con las de Sanaguja, que la mandaron a Vuscar. Ya esta mas Consolada de sus Melancolías, y Dios y su Santa madre permitan que olbide a Aquel pelafustran, que tanto nos izo rrabiar. No hay más Nobedaz por esta su casa, sino que lespera cona Fan su desconsolada higa espiritual, que le reberencia,

Bernarda Quiñones.

»*P. D.*—En su carta deme Noticias de D. Narciso Pluma.»

Corchón leyó, dejó a un lado la carta y continuó su grande obra.

IV

—¿Qué tal, ha hablado usted con el padre Corchón?—preguntó a Martín don Buenaventura al verle entrar en la casa la tarde de aquel mismo día.

—Sí, y vengo edificado con la santa bondad del reverendo inquisidor—contestó el radical con sarcasmo.

—Se me había olvidado decirle a usted que era un pedante insufrible, un verdadero almacén de tonterías y de vanidad.

—¡Y éstos son los hombres—exclamó Martín con tristeza—, éstos son los hombres cuyos intereses servimos al exponer nuestras vidas y nuestra libertad! ¡No, la causa del príncipe no es la causa del pueblo, no es la causa nacional! En apariencia así será; pero, realmente, si el triunfo es nuestro, el pueblo seguirá oprimido y humillado por los señoríos y las gabelas; seguirá bajo la influencia de clases eclesiásticas empeñadas en per-

petuar sus preocupaciones y en que no abra jamás los ojos a la luz; seguirá sin leyes que garanticen su trabajo y su libertad, y la nación saldrá de unas manos para pasar a otras, como el esclavo que un amo vende a otro.

—¡Ah!, no es enteramente lo que usted se figura—contestó Rotondo—. Cierto es que nosotros admitimos bajo nuestra bandera a todos los descontentos de Godoy, cualquiera que sea el motivo. Las revoluciones no se hacen de otra manera.

—Mis conversaciones con el fraile de Ocaña y con el inquisidor de Toledo me han enseñado claramente que ninguna idea elevada mueve a esos hombres, clérigos ambiciosos que aún no se consideran con bastante poder.

—No les haga usted caso, y vayamos derechos a nuestro fin.

—Sí, pero cuando considero que esa gente espera la caída del *Guardia* para agrandar su influjo, aumentar sus riquezas. y, lo que es peor, complicar y extender más la horrenda máquina de la Inquisición, no sé por qué encuentro al príncipe de la Paz digno de amor y disculpables todos sus vicios.

—No haga usted caso de las pretensiones de esos hombres. Cierto es que Matamala pretende una mitra, que Corchón daría el mundo entero por la plaza de inquisidor general; pero a nosotros, ¿qué nos importa eso? Vamos a nuestro objeto. ¿Quién sabe lo que vendrá después? Ya le dije a usted que de este movimiento bien puede resultar una completa reforma. Usted cumpla su deber. Recuerde lo que dije: «Usted va a ser omnipotente por una noche; va a tener a su disposición un pueblo armado y furioso. Veremos el partido que saca de esos elementos. Animo, y salga lo que saliera. Vaya usted hasta donde quiera ir.»

—Bien; yo haré lo que me convenga y aquello que sea expresión de mis sentimientos y de mis ideas.

—Al grito de «¡Abajo Godoy!» una usted la idea que más le agrade. Las revoluciones, a lo que yo entiendo, se hacen por inspiración y no por cálculo. Dios sabe lo que saldrá de este frenesí.

—Pero yo me encuentro solo—dijo Martín con angustia—. No encuentro quien sienta lo que yo siento, nadie responde a la idea que yo tengo formada de la revolución. No hallo más que bajas ambiciones, egoísmos, envidias; gente vulgar que ha concebido un cambio de Gobierno, y nada más. Si, como usted dice, soy omnipotente una noche, en esa noche me creo capaz de infundir mi pensamiento en la acción ciega e infecunda que se prepara. Si el pueblo supiera comprender ciertas cosas; si pudiera conocer lo que es y lo que vale, entonces...

—El pueblo lo comprenderá; ¿por qué no?—afirmó don Buenaventura—. La prueba está cercana. Esta noche, sin falta, parte usted para Toledo. Aquí tiene usted cuatro cartas: una para Aranjuez y tres para Toledo. En cuanto llegue usted a esta última ciudad, una persona le informará de todas las particularidades de la cosa; verá usted la fuerza de que se dispone, el espíritu que la anima; en fin, conocerá usted mejor que ahora lo que tiene que hacer.

—¿Esta noche?

—Sí, a las diez en punto. En la Venta le esperan a usted buenos caballos y los hombres que le han de acompañar.

—¿Y Susana?

—Corre de mi cuenta.

—Quiero ponerla en libertad y devolverla a su familia. Desde que conozco a Corchón comprendo que no hemos de libertar a Leonardo por este medio.

—¡Oh!, se equivoca usted. Si el Consejo Supremo lo toma con empeño... ¿Cuándo piensa usted ponerla en libertad?—dijo Rotondo, fingiendo que aquel asunto no le importaba gran cosa.

—Ahora mismo.

—¡Qué disparate, qué locura! Pues si tengo entendido que ya el inquisidor general habrá extendido allá órdenes terminantes... Esperemos hasta la noche.

—Bien, esperemos—dijo Martín mirando al corredor.

En seguida dió algunos pasos hacia la escalera con intención de subir; pero se detuvo meditando, y retrocedió al fin.

—¿Le tiene usted miedo todavía?—preguntó don Buenaventura, sonriendo.

—La veré después—murmuró, volviendo a mirar.

Pero sólo el pobre La Zarza atravesó la crujía, exclamando: «¡Desdichada princesa de Lamballe! Ya se acerca tu última hora.»

CAPITULO XIX

LA SENTENCIA DE SUSANA

I

Don Miguel de Cárdenas, vencido por su acerbo dolor, continuaba rechazando todo consuelo. Nadie entraba en su cuarto a arrancarle de sus tristezas; y tal era su hipocondría, que ni aun había querido ver a su hermano, el conde de Cerezuelo, llegado al mediodía en litera, postrado y moribundo. Al saber la noticia del secuestro, el pobre solitario de Alcalá, que se hallaba en fatal estado de salud, empeoró de tal suerte que el señor Segarra tuvo serios temores y llamó a todo el protomedicato de la ciudad complutense.

A pesar del dictamen contrario de los médicos, el conde se empeñó en ir a Madrid, y no hubo remedio: fué preciso encajonarlo, exánime y calenturiento, en una litera y trasladarle a la corte. La idea de que su hija había sido robada por Martín Muriel, y la idea aún más espantosa de que su hija había concebido una violenta pasión por aquel hombre abominable, turbaron su ánimo de tal modo que parecía estar próximo el instante en que aquel espíritu acabara de aburrirse en este mundo.

Su hermano no quiso verle, sin duda porque no se renovara el dolor de uno y otro. Subieron al conde y le prodigaron los auxilios que don Miguel rechazaba, pero el pobre viejo llamaba a Susana sin cesar.

Caía la noche, y don Miguel esperaba con mortal ansiedad a su barbero. Este llegó, al fin, por la puerta excusada, diciendo a la servidumbre que venía por unas pelucas, las cuales era menester limpiar.

—¡Ah!, al fin viene usted—dijo don Miguel en voz baja—; ya estaba yo con cuidado...

—Esté usted tranquilo, todo va bien. Le prometí a usted que no parecería, y no parecerá.

—¡Oh!, baje usted la voz; me parece que nos han de oír las paredes. ¿Sabe usted que ha llegado mi hermano de Alcalá? ¿No siente usted su voz allá arriba?

En efecto, de cuando en cuando se sentían los lastimeros quejidos del conde y las angustiosas voces con que llamaba a su hija:

—¡Infeliz!—dijo don Buenaventura—. ¡Cómo la llama! Pero es lo cierto que no parecerá.

—¿Qué ha hecho usted? ¡Oh!, me estremezco al pensarlo... ¡Un espantoso crimen!

—Tranquilidad, amigo; calma. Hace un rato que Muriel ha querido ponerla en libertad.

—¡En libertad! ¡Entonces todo perdido!

—Pero yo he conseguido disuadirle, y cuando él vuelva a casa..., ya será tarde.

—¡Oh! ¿Se atreverá usted a...?—murmuró Cárdenas con voz tan floja y débil, que parecía modulada por las sábanas.

—Cuando es preciso hacer una cosa, se hace.

—Es tremendo; pero... Y él, ¿no lo impedirá?

—El parte esta noche. No creo que vuelva a casa, porque ya le he dado las cartas que ha de llevar; pero si llega..., no encontrará más que un cadáver.

—¡Silencio, oh, silencio! —exclamó Cárdenas lívido y tembloroso—, pueden oír...

—Cuando se descubra, ¿a quién puede imputarse el hecho sino a él?

—Pero ¿cómo, cómo, quién?—preguntó Cárdenas, más con las miradas que con la voz.

—Es cosa segura. Doloroso es, pero no hay otro remedio. Voy a explicar a usted lo que he dispuesto, y lo que debemos hacer aquí. Sotillo tiene mano segura y, como experto en esta clase de negocios, lo hará bien.

—¿Sotillo?... ¡Ah!

—Sí, a las nueve..., son las ocho y tres cuartos... A las nueve cumplirá su encargo puntualmente. He fijado esta hora porque Martín no puede ir antes a la casa si es que va, que no lo creo. Está en San Francisco con fray Jerónimo.

—Bien... ¿Y a las nueve?...

—A las nueve..., se acabó. El puede hacerlo antes, si quiere; pero después, de ninguna manera.

—¿Y cuándo lo sabremos a punto fijo?—preguntó Cárdenas, siempre receloso, y no atreviéndose a creer en el feliz éxito del crimen.

—Pronto, muy pronto; verá usted lo

que he dispuesto. Cuando todo esté concluído, Sotillo vendrá aquí y dará con su bastón dos golpes en esa ventana que da a la calle del Factor. Esos golpes indicarán que la cosa está hecha y que ha salido bien.

Cárdenas miró a la ventana con aterrados ojos, como si ya escuchara en ella la fatal seña. Después, los dos personajes callaron y estuvieron largo rato sin mirarse. Don Miguel tenía un aspecto cadavérico a causa no sólo del ayuno que se había impuesto para fingir mejor su pena, sino de la emoción profunda que experimentaba en aquel momento. Rotondo tampoco estaba tranquilo, por más que se esforzara en parecerlo: aquella noche se le veía con más recelo que de ordinario. No daba un paso sin mirar a todos lados; hablaba con voz apagada y tenue, y, además, una intensa palidez cubría su semblante, del cual había desaparecido el mohín festivo que le era habitual. Si al lector le fuera posible poner su mano derecha en el corazón de uno de ellos y su izquierda sobre el del otro, se haría cargo de la situación de espíritu de aquellos dos hombres callados, lívidos, esperando atentos y temerosos, a la vez con miedo y con deseo, la señal que indicaba un espantoso crimen. Al menor ruido que sonaba en la calle, los dos se estremecían, pero no se miraban. De cuando en cuando, Cárdenas exhalaba un hondo suspiro, y Rotondo volvía la cabeza, recorriendo con la vista todo el recinto de la habitación.

Pasaron minutos y minutos; dieron las nueve, las nueve y media, y la señal no sonaba. En la habitación había una ventana con celosía, al través de cuyos calados podía verse perfectamente la cabeza de los que por la calle pasaban. Pasaron algunos, y al sentir los pasos, Rotondo dirigía rápidamente la vista hacia aquel sitio. El tiempo corría lento y angustioso, como si se empeñara en alargar el momento fatal; pero, al fin, se sintió en la ventana el chirrido discordante que produce un bastón al pasar rozando con una celosía. Los dos se estremecieron y miraron; una sombra cruzó por la calle; el ruido se repitió al poco tiempo. Era la señal; ya no había duda.

—Ya...—dijo don Miguel, con voz que parecía última modulación de un moribundo.

—Ya...—repitió Rotondo, procurando vencer su agitación.

Este se levantó y se acercó a la celosía; a través de ella reconoció a Sotillo, que se paseaba a lo largo de la calle. Al volver a su asiento, la fisonomía de Cárdenas le infundió espanto. Estaba lívido, con los ojos desmesuradamente abiertos, suspenso el hálito y las manos apretadas contra el pecho. Después se apoderó de él un repentino abatimiento, y exclamó con voz dolorida: «Pobre Susanilla.»

—Ya no existe—dijo Rotondo, esforzándose en cobrar su acostumbrada serenidad.

—¡Oh!, yo no puedo resistir esta impresión—añadió Cárdenas—. Me parece que la veo, me parece que va a entrar por esa puerta.

Don Buenaventura, a pesar de su carácter refractario a la superstición, no pudo librarse de una corriente glacial que circuló por todo su cuerpo. Miró detrás de sí como el que espera ver un espectro, pero pronto recobró el dominio sobre sí mismo, se sonrió y dijo:

—Tranquilícese usted. Todavía nos falta algo que hacer. ¿Puedo salir y volver a entrar sin que me vean en la casa? Necesito hablar un instante con ese hombre.

Cárdenas no contestó. Don Buenaventura estuvo dudando un momento, y al fin salió por la puerta excusada, estando fuera unos diez minutos. A su vuelta, su amigo estaba en la misma postura, con los ojos fijos en la misma parte del suelo, los brazos caídos y la ropa en desorden.

—Todo ha concluído—dijo Rotondo—. ¡Oh!, el maldito se empeña en que ahora mismo le dé la recompensa que le prometí. Le he mandado que se aleje al instante.

Al decir esto, se miraba atentamente su ropa.

—Temo—continuó—que me haya manchado de sangre; venía hecho un carnicero. No; no me ha manchado.

Acto continuo cerró la ventana y se sentó junto a su amigo.

II

—Aún falta algo que hacer—dijo.

—¿Qué?

—Usted llama ahora a su familia y le dice que ha recibido un aviso indicándole el sitio donde está secuestrada Susanita.

—¡Irán allá!—exclamó Cárdenas con horror.

—Pues precisamente: eso es lo que se quiere. ¿Continúa el doctor activando las pesquisas?

—Sí; y el marqués, a quien, al fin, han sacado esta tarde de la cárcel. Está hecho una furia y en poco tiempo ha revuelto todo Madrid; le busca a usted con mucho afán. La *Pintosilla* está presa.

—Pues ya ve usted. Esta situación tiene que concluir. Si me persiguen con tanto ahinco, es probable que al fin den conmigo. No hay otro medio para aplacar a esa gente que hacerles encontrar lo que buscan. Sólo así me dejarán en paz.

—Hacerles conocer la casa de la calle de San Opropio, ¿no es eso?—preguntó Cárdenas tratando de ver claro el plan de su amigo.

—Precisamente: eso había yo pensado al terminar lo que ha pasado. La casa queda enteramente abandonada: he hecho salir de allí a la vieja que la guardaba, y he sacado todos mis papeles. No encontrarán más que a La Zarza y el cadáver de la pobre Susanita.

—¡Oh!, no la nombre usted—dijo Cárdenas con nuevo terror—; me parece que la veo, que la veo entrar...

—Ahora se hace lo siguiente: usted llama al marqués y le dice que hallándose en este cuarto entregado a su acerbo dolor, un hombre ha pasado por la calle; se ha detenido junto a la ventana y ha arrojado dentro un papel... Aguarde usted, voy a escribirlo—añadió, haciendo con febril agitación lo que decía—. Este papel..., un anónimo que dice simplemente: «Calle de San Opropio, número seis.» No hace falta más... Lo envolveremos en una pieza de dos cuartos para simular mejor que lo han tirado.

Todo esto lo hacía y decía Rotondo con tal precipitación y viveza, que el perezoso entendimiento de su amigo tardaba en comprenderlo. Al fin se hizo cargo de la estratagema y la creyó excelente.

—Ahora yo me escondo—dijo don Buenaventura—, mientras usted llama al marqués.

—En la escalerilla de la puerta excusada; nadie puede pasar por ahí.

Ocultóse Rotondo, y don Miguel tiró de la campanilla. Al punto entraron dos criados y doña Juana.

—Mirad, mirad—exclamó Cárdenas enseñando el papel—, mirad lo que han arrojado por la ventana.

—¿Quién?

—Un hombre..., uno que pasó... ¿Será esto una revelación?

—¡Oh!, sí..., calle de San Opropio, número seis—dijo el marqués, que también había acudido al sentir el fuerte campanillazo.

—Corred, corred allá—dijo Cárdenas, dejándose caer desfallecido en el lecho.

—Vamos al instante, sin perder un minuto. Esto ha de ser un aviso—añadió el marqués saliendo del cuarto.

—¿Y mi hermano?—preguntó don Miguel a su esposa.

Esta, por toda contestación, elevó los ojos al cielo y exhaló un hondo suspiro.

—¡Oh!, quiero estar solo; no quiero ver a nadie. Váyanse todos de aquí—dijo el tío de Susana hundiendo la cara entre las almohadas.

—Por Dios, así no puedes vivir—exclamó su esposa—, te acompañaremos; tú estás muy mal; tienes una calentura horrorosa.

—Déjame, no; no quiero nada.

—¿No estaba aquí el maestro Nicolás?

—¡Ah!..., no—repuso Cárdenas con agitación—. Estuvo, sí, por unas pelucas; pero se ha marchado. Déjame, vete: quiero estar solo.

Insistió la dama; pero al fin, viendo que no podía vencer la tenacidad del atribulado consorte, se retiró. El despacho quedó otra vez en profundo silencio, y don Buenaventura apareció de nuevo.

—No haga usted ruido, por Dios...—dijo Cárdenas al ver a su amigo, cuya figura, al destacarse en el fondo del cuarto, se asemejaba a un espectro que había atravesado la pared, como es costumbre en las visitas de ultratumba.

Rotondo siguió avanzando con pisadas de ladrón.

—Pueden oír...—añadió Cárdenas—.

Bueno será echar el cerrojo a la puerta.

Don Buenaventura lo hizo con tal delicadeza, que nada se sintió.

—Alguien anda por el pasillo.

—No; nadie se acuerda ya de nosotros. Vamos a cuentas—dijo Rotondo.

—Usted está aquí mucho tiempo. ¿No sería mejor que se fuera para no dar lugar a...?

—¿A los cien mil duros?

—¡Ah! Es verdad; ¿pero tan pronto? Espere usted a mañana.

—Es imposible—contestó el fingido barbero con impaciencia—; no puedo esperar ni un momento más. Esta noche no necesito sino veinte mil; pero me son indispensables. Los gastos de la conspiración son tan grandes...

—¡Oh!, yo no estoy ahora para eso... —balbució con su desfallecida voz el hermano del conde de Cerezuelo.

—No hay otro remedio, señor don Miguel—dijo Rotondo con decisión—. Yo no me voy de aquí sin llevarme ese dinero. ¿Me lo da usted?

—¡Oh!, ¡qué empeño! Bien..., bien. Será lo que usted quiera—contestó con humor endiablado el señor de Cárdenas.

Y al decir esto entregó una llave a su amigo, señalando la caja que estaba a los pies de la cama. Era un pesado arcón de hierro, cuya tapa, al ser abierta por don Buenaventura, sonó con lastimero quejido.

—¡Oh!, cuidado, que oyen—dijo don Miguel—; abra usted despacio.

Así lo hizo; los goznes de aquel viejo y roñoso mueble, donde se guardaban los ahorros de treinta años de sordidez, apenas exhalaron un imperceptible rumor, semejante al que produce el vuelo de un insecto que cruza velozmente junto a nuestros oídos.

Cárdenas miró con expresión de dolor y desconsuelo la mano del maestro Nicolás, internándose en la profundidad de la caja y tocando los sacos de monedas; y aquí los dejamos por ahora, acudiendo a otros sitios, donde ocurren escenas dignas de especial mención.

CAPITULO XX

DEL FIN QUE TUVO LA PRISIÓN DE SUSANA

I

Dejamos a Susana en el momento en que cayó sin sentido, aterrada por la aparición y las palabras del loco. Cuando recobró el conocimiento, aquel terrible espantajo de la hopalanda negra y del rostro desencajado y cadavérico ya no estaba allí, si bien su voz se oía lejana, cual si riñera con alguien en el lugar más apartado de la casa. Susana se dirigió, o más bien se arrastró hacia el lóbrego cuarto de que había salido, y pudo a tientas hallar su jergón, donde se arrojó con desaliento. La luna había desaparecido y una oscuridad intensísima envolvía la galería, no permitiendo ver objeto alguno, o excepción de la descarnada y alta columnata que daba la vuelta al cuadrilátero del patio.

La joven esperaba con ansiedad la aurora, creyendo que le traería la explicación del enigma de su rapto, y el conocimiento cierto del sitio en que estaba y de la gente en cuya compañía iba a vivir en lo sucesivo. Se engolfaba su pensamiento en conjeturas sin fin, tratando de hallar la oculta lógica de aquel suceso, y la figura de Martín pasaba sin cesar ante sus ojos, como el nombre daba vueltas en su cerebro. Alrededor de esta figura y de este nombre giraban todas las ideas y todas las imágenes que turbaron el espíritu y los sentidos de la noble dama en tan angustiosa noche. A veces creía que aquello había sido la estratagema de un amor arrebatado, o la venganza de un desaire, o el desahogo de un violento despecho. A veces, pensaba que era simplemente víctima de una cuadrilla de ladrones, y que se la había secuestrado con el único objeto de exigir a su familia crecida suma por su rescate.

Con los primeros resplandores del alba comenzó a despuntar la esperanza en el pecho de Susana. Contaba las horas en su imaginación, porque no sentía sonido de reloj alguno, como si en la soledad y abandono de aquella casa ni aun debiera marcarse la marcha del tiempo. El día avanzaba. De pronto, y cuando hacía un rato que había ama-

necido, sintió que se abría una puerta; ruido de pasos indicó que alguien entraba, y después creyó sentir la voz de Muriel. Detuvo su aliento para escuchar mejor, y, efectivamente, era él; hablaba con otro, cuya voz Susana no conocía; pero la conversación no duró mucho tiempo, y los dos se alejaron.

Un poco más tarde sintió el cacareo de una gallina y una voz de vieja que parecía venir del patio. Después, alguien subía la escalera, atravesaba el corredor y llegaba a la puerta. Era la tía Socorro, viuda del ilustre mártir del Rosellón. Susana se alegró al ver delante de sí un ser humano a quien interrogar sobre su situación. Creyó encontrar en aquella mujer la sensibilidad propia del sexo, y se incorporó en su jergón para hablarle. La vieja la traía de comer en un plato de barro, que puso sobre la silla, juntamente con un pan y un cántaro de agua.

—¿En dónde estoy? ¿Para qué me han traído aquí? ¿Quién vive en esta casa? —pregutó con angustia Susana.

La vieja, que por un contraste notable se llamaba la tía Socorro, volvió la espalda sin contestar una palabra; salió, cerró la puerta con llave, y se marchó. Al oír Susana el áspero chirrido de la mohosa llave, cuando la vieja la sacó para guardársela en el bolsillo, se sublevaron en su espíritu el orgullo y la cólera, abatidos por la sorpresa del primer momento. Al verse encerrada en aquel escondrijo, prorrumpió en gritos de dolor, exclamando: «¡Socorro, socorro!» La vieja, que se oyó llamar por su nombre, volvió, y, aplicando su boca al ojo de la llave, dijo:

—¿Para qué me llamáis, madamita? Mejor cuenta os tendría dejarme en paz. Vaya, después que le he puesto ahí un almuerzo como el de una reina.

—¡Infames! ¡Bandidos!—exclamó Susana.

—¡Ah!, si no cerráis el pico, creo no faltará quien le ponga un punto en la boca. Vamos, silencio, y no me vuelva a llamar.

Susana tuvo miedo y calló; pero fué para derramar copioso llanto de rabia, que le escaldaba las mejillas. Arrojada sobre el jergón, movía sus brazos con convulsiones espantosas, ya golpeándose la frente, ya crispando los dedos entre los rizos de sus cabellos en desorden, ya clavando las uñas en sus propios brazos hasta acardenalárselos sin piedad.

El cuarto era pequeño, y la puerta, que era, aunque viejísima, muy sólida, tenía en su parte superior un gran hueco por donde entraban el aire y la luz. Susana observó rápidamente todo esto, porque la idea de escaparse cruzó por su mente en medio del vértigo de su rabia, como cruza el fulgor del relámpago el ámbito renegrido de la atmósfera cargada de tempestades. Pero no era posible huir. Aun suponiendo que saliera del cuarto, ¿cómo salir de la casa?

Una sobreexcitación cerebral muy violenta, acompañada de fuerte irritabilidad nerviosa, no puede durar mucho tiempo, porque rompería la máquina humana, incapaz de resistir la excesiva actividad de sus propios resortes. Pasando el tiempo, Susana se calmó; se extendieron sus brazos, reposó su cuerpo, dolorido como si acabara de sufrir una ruda caída, y su aliento se apaciguó, cansado de su misma sofocación. Al entrar en este período de reposo, Susana sintió un hambre vivísima; miró a su lado y vió la comida; pero apartó la vista con asco de aquel plato, lleno de abundante bazofia, y únicamente tomó el pan. Pero apenas lo hubo probado lo arrojó lejos de sí: el hambre que sentía era ilusoria. Creyó entonces tener sed: aplicó el vaso a sus labios, mas lo apartó en seguida. Tampoco deseaba beber.

Fué, poco a poco, cayendo en un lento y perezoso sopor, resultado de la gran vigilia que había experimentado su cuerpo; pero no reposó su espíritu en el seno blando y profundo del sueño; se aletargaba tan sólo, sintiendo todos los trastornos dolorosos del delirio, sin perder la terrible pena de la realidad. Dormitaba con ese sueño más parecido a la locura que a la dulce muerte: estado de aberración en que presenciamos el desfilar disparatado de todo lo imposible en el mundo de la idea y de la imagen.

II

Así estuvo largo rato sin apreciar el tiempo que transcurría, hasta que, al fin, su excitación se fué calmando y durmió aunque brevemente. Al despertar notó ruido de voces en el patio; pero no reconoció la voz de Martín. Se alejaron y

todo volvió a quedar en silencio. Esto la hizo pensar que su prisión iba a durar indefinidamente, y que habían resuelto abandonarla, con lo cual su aflicción fué indescriptible, y empezó a llorar, sin la violenta desesperación de antes, pero con más dolor real y mayor tribulación en el alma.

Pasaron las horas con lenta monotonía, sin que ningún accidente alterara la tristeza de aquella mansión encantada, y llegó la noche. Sintióse entumecida y con deseos de andar, y se levantó para dar algunas vueltas por el cuarto; pero bien pronto se sintió débil y hubo de tenderse otra vez. El cuarto estaba enteramente oscuro, y la alucinada fantasía de la infeliz prisionera, débil por el insomnio y el ayuno, se complacía en revestir aquella densa oscuridad con los jirones resplandecientes de una fantástica y confusa visión de colores. El hastío, la pena y la oscuridad desarrollan en nuestro sentido óptico la facultad de poblar de rayas, círculos y fajas de luminosas tintas el espacio en que lloramos y nos aburrimos.

Aletargada aquella noche, como lo había estado por la mañana, se creyó transportada a otro recinto. Las paredes de aquel tugurio se extendían y separaban formando un ancho salón; algún genio invisible colgaba de estas paredes soberbios tapices, con hermosísimas flores, pájaros y ninfas. Grandes cornucopias sostenían multitud de luces, reflejadas hasta lo infinito por hermosas lunas. Jarrones de plata sostenían espléndidos ramilletes, y el suelo, abrigado por blanda alfombra de mil colores, apagaba el ruido de las pisadas. Las pisadas, ¿de quién? Ahí entraba uno, el más hermoso y el más amado de los hombres; uno cuya vista tan sólo imponía respeto, era grave y tenía en sus modales como en sus ademanes la majestad del que vive acostumbrado a mandar y a ser obedecido. En su vestido, lo mismo que en su rostro, todo revelaba la superioridad, y era tan noble de aspecto como correspondía a la elevación y firmeza de su carácter, hecho a la dominación y templado al rigor de las luchas sociales. El corazón creía reposar de un largo e inútil ejercicio amándole, y la vista descansaba en él como hallando el término de mil investigaciones ansiosas en busca de aquel mismo objeto. Aquel hombre era el único que existía digno de ella. Pero en la preocupación de sus graves asuntos; en su afán continuo por imponer su voluntad y dirigir la sociedad humana, apenas era accesible a lo que él llamaba las frivolidades del amor. Sin embargo de esto, era indispensable amarle. Si él hubiera puesto los ojos en otra, habría sido preciso morir de pena, dando por terminada la jornada de este mundo... Todos le rodeaban considerándose felices con merecer de él una mirada; los más expertos se sometían a sus dictámenes; los más ancianos le consultaban todo; los jóvenes pugnaban por parecerse a él remotamente, y los niños decían a sus madres que querían ser lo que él era.

Como desaparecen las imágenes de un juego de óptica recreativa al extinguirse la luz que las produce, así huyó aquella fantasmagoría. Martín recobró ante la imaginación de la joven su aspecto habitual, y se representó con su humilde traje, brusco, áspero, con su torva seriedad y su vivo y atrevido lenguaje. El carácter era el mismo; pero, ¡ay!, cuán distinto aparecía con la ruda corteza de un hombre del pueblo, enemigo a muerte de la gente noble, aspirando a destruir los esplendores viciosos de la antigua sociedad.

Rodeábanle personajes de mala facha, dispuestos a satisfacer del modo más vil sus rencorosos instintos contra la grandeza; se agitaba él con inquietud afanosa, como quien jamás encuentra lo que busca, ni llega al punto adonde va; el temple viril de su alma se exageraba en vivísimas cóleras y en excentricidades sin cuento. Era el mismo hombre, pero en tal situación, que parecía imposible..., imposible descender hasta él.

Todas estas sombras fueron huyendo para volver después y alejarse de nuevo, hasta que, al fin, la dejaron sola con la realidad invariable e insensible al soborno de la imaginación.

Al día siguiente se repitió la misma escena con la tía Socorro, que le dejó lo que ella llamaba *almuerzo para una reina*, y se fué, cerrando la puerta. Pasó toda la mañana en una inquietud indescriptible, corriendo de un rincón a otro del cuarto, tendiéndose para volver a levantarse, hasta que sintió ruido de voces en el patio. Picóle la curiosidad, puso la silla junto a la puerta, se subió en

ella, y, asomándose por el gran agujero que en lo alto había, pudo ver perfectamente quiénes eran los que hablaban. Eran Martín y don Buenaventura, según indicamos anteriormente.

Ella notó que Martín se expresaba con acaloramiento y energía, y que el otro hacía como que intentaba convencerle. Martín miraba con frecuencia hacia el sitio donde ella estaba, y el otro también fijaba allí la vista con sonrisa burlona. El joven se levantó de la gran piedra sillar donde los dos estaban sentados, y dió algunos pasos como para subir; pero luego retrocedió, variando de pensamiento. Entre tanto, ella ponía toda su atención en el semblante de aquella persona desconocida, a quien recordaba haber visto en alguna parte.

Salió después Martín; pero ella quedó en su observatorio, y vió que entraron otros dos, en cuyas fachas creyó reconocer a los que la arrebataron en casa de la *Pintosilla*. Entraron todos en algunas habitaciones bajas y volvieron a salir. Por último, el que parecía ser principal salió también llevando algunos papeles y dos o tres cajitas pequeñas. Aquel hombre miró otra vez la puerta del encierro de la joven con tal expresión de malignidad, que ésta no pudo menos de estremecerse. Salieron todos llevando varios objetos, y después se fué también la vieja con un gran lío de ropa a la cabeza y dos gallinas atadas por las patas, que cacareaban despidiéndose de su antigua morada. Aquella salida de todos los habitantes de la casa llenó de profundísima tristeza el corazón de la cautiva; le parecía que todos los que se iban la habían acompañado alguna vez; creyóse en aquel momento más sola que antes. La Zarza únicamente no se había ido, y el arrastrar de sus pantuflas se oía en los corredores inmediatos. Se quedaba sola en la casa con aquel espectro, objeto de su mayor espanto. Cuando sintió que los fugitivos cerraban desde la calle las puertas, bajó de la silla como quien baja el último peldaño de un panteón. «¡Estoy enterrada en vida! —dijo, procurando fijar el pensamiento en Dios y aplacar los rencores que bullían en su pecho—. Este cuarto es mi sepulcro.»

III

Esta idea la sumergió en profunda meditación. Su alma sabía acometer cara a cara, digámoslo así, las situaciones tremendas y decisivas. Si su condición femenina la arrastraba a la desesperación ruidosa e inconsolable, como el llanto de los niños, también tenía momentos de viril entereza, propia de los espíritus valerosos. Arrojóse en su jergón, y quieta, y con los ojos cerrados, quiso morir en aquel momento. Su padre, su tío, doña Juana, Segarra, Pablillo, Pluma, sus amigos, allegados y conocidos, todos pasaron en fúnebre procesión ante los ojos de su fantasía. Se esforzó en pensar en Dios; pero su pensamiento no llegó hasta allá, quedándose algo más cercano.

Vino la noche, la segunda noche de su encierro, y ella continuaba absorta en la consideración de su siniestro fin, cuando sintió que abrían la puerta de la calle. Su corazón latió de esperanza, y se incorporó en el lecho prestando atención. Una persona entró en la casa. «No puede ser otro que Martín», dijo ella. La persona subía. Uno a uno contó Susana los escalones como se cuentan las campanadas de un reloj que nos anuncia algo que esperamos con afán. El hombre se acercaba, llegó por fin a la puerta, la abrió con llave que traía, y se presentó en el umbral. No era Martín. Era uno de aquellos que vió en casa de la *Pintosilla* y después en el patio hablando con el desconocido. Susana se quedó mirándole suspensa y sin aliento, dudando si alegrarse de aquella aparición o temerla más.

Sotillo, pues no era otro, permaneció un rato en la puerta procurando enterarse bien de lo que dentro del cuarto había. En una mano traía una linterna, y escondía la otra en su pecho, como quien va a sacar alguna cosa. Era un hombre flaco, amarillo y escuálido, vestido de andrajos y con una torva y recelosa mirada que completaba en él la estampa de la miseria sublevada y turbulenta.

Recorrió con el rayo de luz de su linterna todo el recinto de la habitación, hasta que iluminó el rostro aterrado de la pobre Susana, que yacía en su jergón, más muerta que viva, esperando a ver en qué pararía aquello. Entonces dió al-

gunos pasos hacia dentro, y cerró la puerta. Siguió mirándola atentamente, y dijo en voz alta:

—¡Qué guapa es!

Después se observó en su cara ese mohín que hacemos al desechar una idea importuna, y se adelantó con paso resuelto hacia la dama. Esta dió un espantoso grito y se refugió en el rincón del cuarto.

—¡Ah!—exclamó despavorida—, vas a matarme. ¡Socorro!

—No grites..., diablo de muchacha—dijo Sotillo—. La verdad es que no me atrevo... Ven acá, ven.

Parecía como que dudaba y más de una vez retrocedió. El mismo quería animarse, y la estúpida sonrisa con que aparentaba burlarse de su cobardía daba más terror a la prisionera que el puñal que tenía en la mano.

—Pero yo..., ¿qué he hecho?—dijo Susana, siempre temblando, pero más bien en tono de súplica que de protesta—. ¿Por qué quieren matarme?

—¿Por qué?—contestó Sotillo pasando el dedo por la hoja de su arma—. Eso pregúnteselo usted a... Por algo será.

—¿Martín me quiere matar? ¿Martín?

—¡Ah!, no..., no; es... Pero el demonche de la mujer, yo que vengo aquí para eso, y no me atrevo...

—¡Ah! ¿Viene usted para eso?—dijo Susana entreviendo un débil rayo de esperanza—. No me mate usted, yo le daré lo que quiera, yo le haré rico. Yo soy muy rica.

—Sí, pero... ¡Oh!, ¡qué guapa es! —repitió Sotillo—. ¿Usted no sospechaba?...

—No; yo creía que me iban a poner en libertad—dijo Susana con voz entrecortada.

—No; eso no puede ser. Yo he venido aquí para despachar, y... es preciso.

—¡Por Dios! ¡Por la Virgen..., yo le haré a usted rico, yo..., yo que tengo parientes poderosos; le descubrirán a usted y entonces!...

—Tonta, a mí no me descubre nadie... Pero ven acá... ¿Cómo siendo tan guapa te tienen aquí? Oye: yo he venido aquí a matarte.

—¿Martín..., Martín me quiere matar?

—No; es preciso despachar antes que él venga. Oye: yo he venido a eso; pero... ¡Caramba, qué guapa eres!

Al decir esto alargó la mano y tocó la barba de la joven, acompañando el gesto de un áspero chasquido de la lengua. Susana se retiró hacia atrás con tanto horror como si sintiera en su cara la fría punta del puñal.

—No te asustes... ¡Bah!, en vez de agradecerme que no te haya despachado... Pues yo he venido a esto, pero me has desarmado, chica; yo soy así. Vamos a tratar aquí los dos.

Diciendo esto guardó el puñal y se sentó en la silla, acercándose más a Susana, que no pudo menos de volver la cabeza cuando llegó hasta ella el aguardentoso aliento del asesino.

—Yo he venido a matarte, prenda—dijo—; pero no te mato si tú... Pero ¿a qué vuelves la cara?—añadió bruscamente, tomándole una oreja—. Mírame bien..., ya no te mato..., vamos, pierde el miedo.

Susana, en su desesperación, quiso levantarse y refugiarse en el rincón opuesto, pero él la contuvo.

—No—dijo la dama, cerrando los ojos y cruzando los brazos sobre la cara—. No; prefiero mil veces la muerte.

Transcurrieron unos segundos, en que la joven esperó recibir la herida mortal; pero sólo sintió sobre su hombro la mano del asesino, pegajosa a causa del sudor, pesada como una maza y caliente como una cataplasma. Aquel contacto le produjo tal horror y repugnancia, que saltó corriendo al rincón opuesto. Siguióla Sotillo con furor insensato; pero ella se escurrió junto a la pared y burló por algunos instantes su persecución, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas: «¡Favor, socorro!» El asesino, a pesar de su exaltación, comprendió que era preciso hacerla callar y concluir de una vez. Blandió su puñal, y ya iba a descargar el golpe, cuando se oyó una voz que decía: «¡Malvado, infame, detente!» En el mismo momento se abre la puerta y aparece una figura alta y descarnada, que contempla con extraviados ojos aquella escena.

Sotillo, que no había visto nunca a La Zarza, ni tenía noticia de que allí existiera semejante hombre, se sobrecogió de tal modo con su aparición súbita, que dejó caer el arma y se puso a temblar como un azogado. La Zarza se dirigió a él, y asiéndole por el cuello con su huesosa mano, le sacudió con tanta

fuerza, que le obligó a arrodillarse. Al mismo tiempo dijo:

—¡Oh infortunada princesa! Este malvado quiere acelerar vuestro fin, cuando sólo al pueblo por medio de los instrumentos de la ley corresponde daros la muerte. Y tú, traidor, que deshonras con el crimen la causa de la Igualdad, ¿no sabes que mañana al rayar el día todos los presos de la Abadía y de la Fuerza han de ser llevados a la guillotina para que expíen las faltas de cien generaciones de despotismo? Yo te conozco, aunque ocultes el rostro. Tú eres Hebert, el cruel y repugnante Hebert, siempre sediento de sangre y de venganza. Tú deshonras la Revolución con tus excesos. Que mueran, sí, pero no a manos de una horda de enemigos. La vigilancia de la Abadía me está confiada, y yo respondo de la vida de los presos, miserable. Yo les entregaré a la ley como ésta me los ha entregado, y ¡ay del que os toque en la punta del cabello, desdichada princesa! Vuestra cabeza ha de ser paseada mañana por las calles, y se le mostrará a la reina en las ventanas del Temple. Pero no temáis que antes de la hora fatal os veáis inmolada por la mano de torpes sicarios.

Sotillo, que era supersticioso, se acobardó al principio; pero repuesto del susto al comprender que no era La Zarza ningún visitante de ultratumba, trató de levantarse. El loco tomó este movimiento por un esfuerzo de defensa, y cogiendo el puñal que en el suelo estaba caído, amenazó con él a Sotillo. Este se abalanzó para arrebatárselo; pero el loco le dirigió un golpe, que recibió el asesino en el brazo; al punto comprendió éste que la cosa no iba de broma, y retrocedió; pero La Zarza le acometió de nuevo, y entonces el otro, ya desarmado y viendo aquel espantajo que sobre él venía, emprendió la fuga por el corredor, y bajó, seguido del loco, que gritaba: «¡Infame y sanguinario Hebert, espera y te enseñaré cómo se castiga a los traidores!»

En aquel momento se sintió que abrían la puerta de la calle y entró Martín, el cual no vió a Sotillo, que debió de ocultarse en alguna habitación baja, si no estaba ya en la calle; el loco se detuvo para reconocer al joven, y cambiando repentinamente de tono y de expresión, arrojó el puñal diciendo:

—¡Ah, eres tú, querido Robespierre, qué a tiempo vienes! Hebert, con una horda de salvajes, ha querido inmolar a los presos que tengo encargo de custodiar en la Fuerza y en la Abadía. ¡Siempre el mismo Hebert! ¡Bien dices tú que está deshonrando a los jacobinos y manchando con sangre la más alta idea!

—¡Bien, déjame ahora—le dijo Martín, para verse libre de su impertinente locura—, tengo que hacer; espérame allá!

—¿En los jacobinos o en la Convención?

—Donde quieras—contestó, subiendo la escalera y dejando en el patio a La Zarza.

En seguida penetró en la prisión de Susana.

CAPITULO XXI

LA NOBLEZA Y EL PUEBLO

I

—¡Oh, es usted!—dijo la joven al verle entrar—. Ya me consideraba muerta. No sé cómo he resistido a tantos horrores.

—¿Quién ha estado aquí?—preguntó Muriel.

—¿Quién?—contestó temblando todavía, y aún llena de terror Susana—. Un hombre que decía tener el encargo de matarme. Me ha salvado ese que vive en la casa y parece loco.

—¿Y qué señas traía?

—¡Ah, horribles! Es uno de los que me trajeron aquí con usted—repuso la dama recobrando un poco de serenidad—. Y ahora me dirá usted de una vez si estoy en una guarida de bandoleros. Si piensan pedir ustedes alguna cantidad por mi rescate, se les dará, porque nosotros somos muy ricos.

—No nos hemos apoderado de usted por esa razón.

—Entonces intentan matarme para vengarse de mi familia—dijo la joven con alguna entereza.

—Tampoco. No ha sido ése mi objeto. Si fuese lícita la venganza, los agravios que yo he recibido de la familia de us-

ted no quedarían compensados con dos días de prisión...

—¡Dos días!—dijo Susana con alegría—. ¿Luego me va usted a poner en libertad?

—Sí.

—¿Y no me dice usted la razón de este crimen horroroso?

—¡Crimen horroroso! No encuentran otras palabras para calificar nuestros hechos después que nos impulsan a ellos —contestó Martín con amargura—. Bien; yo acepto la calificación, porque mi conciencia pierde cada día uno de sus escrúpulos; yo acepto el nombre de criminal. ¡Pero a cuántos pudiera acusar con más motivo, a cuántos que no tienen un puñal en la mano y brillan en la sociedad obsequiados y atendidos!

—Usted por lo que veo—dijo Susana—, ha querido cometer una venganza.

—Ahora comprendo—prosiguió Martín, sin hacerle caso—, ahora comprendo esos crímenes inauditos que no os parecen injustificados. En el fondo de todos los grandes delitos existe una lógica misteriosa y tremenda que los enlaza a otros crímenes, quizá mayores y más imperdonables. Yo no pretendo justificarme; tal vez hubiera ido más lejos, perdiendo todo sentido humano y adquiriendo una crueldad que estoy muy lejos de tener. Dios me ha detenido en ese camino. Yo no pretendo disculparme; pero no sé por qué me parece que no es mía la responsabilidad de lo que he hecho. Una fuerza ciega me ha arrastrado; se ha turbado mi razón, he sentido vivos deseos de destruir; comprendo ese afán de hacer daño experimentado por los hombres en días terribles, que no se pueden recordar sin espanto.

—Usted no podrá disculpar esta infamia.

—Ni lo pretendo tampoco. Si lo intentara, usted no me comprendería; usted no comprenderá nunca que un pobre joven de honradez acrisolada y que no ha cometido el más insignificante delito, no debe estar encerrado en un calabozo, con la amenaza constante de perder la vida de inanición o cediendo al quebranto de horrorosos tormentos, inventados por hombres semejantes a las fieras. Usted no comprenderá que no había motivo alguno para que yo fuera igualmente privado de mi libertad por el capricho de cualquier persona, y arrojado a los mismos calabozos para perecer de rabia; porque yo moriría allí de rabia. Usted no se acuerda más que de sí misma, no ve más injusticias que las cometidas con usted. ¡Infeliz; ha estado dos días privada de las comodidades de su casa, de la conversación de sus amigos! Ya me figuro la consternación del buen doctor y de su tío al ver arrebatada de su casa a una persona querida. ¡Infelices; vivir expuestos a disgustos de esta clase, cuando toda la Humanidad es tan feliz dominada por ellos, y cuando no hay desgraciados que padezcan; cuando no hay injusticias ni dolores en esta sociedad que han hecho a su gusto en la mejor de las naciones posibles!

La amarga ironía de estas palabras impuso a Susana cierto respeto y tardó un rato en contestar. Poco a poco iba recobrando la plenitud de las cualidades de su carácter, turbadas y oscurecidas por el sacudimiento moral que había experimentado. Por último dijo:

—Desde que me conoció usted, no tuvo otro intento que humillarme; usted no ha creído satisfecho su deseo sino cometiendo una acción como ésta, que quiere disculpar con los agravios que antes había recibido.

—Yo no he tenido el intento de humillarla a usted, y mucho menos cuando usted se ha humillado hasta mí, sin que yo me tomara el trabajo de hacerlo.

—¿Cómo? ¿Yo?...

—Sí; ¿usted no sabe lo que dicen todas las personas que frecuentan su casa? Pues dicen, llenos de admiración, que usted ha tenido el capricho de amarme ciegamente. Y los muy imbéciles no cesan de hacer mil aspavientos sobre el hecho, asegurando que esa pasión es la mayor deshonra que puede caer sobre una familia.

—¡Y dicen que yo!...—exclamó Susana, ruborizándose, lo cual no era en ella frecuente.

—Sí; bien lo sabe usted. Yo por mi parte he juzgado eso de diversa manera. Pasajeros arrebatos de sensibilidad, que lo mismo conducen a un amor imaginario que a un rencor caprichoso, no son otra cosa que coquetería, para entretenimiento de los socios del estrado y de la tertulia. ¿No es eso cierto?

Susana iba a decir instintivamente *sí;*

pero se contuvo, y creyó poder dar una contestación conveniente con estas palabras:

—Usted, si bien se mira, más debiera sentir hacia mí agradecimiento que ese vivo rencor, que yo no he merecido de nadie.

—No siento ya rencor—dijo Martín, sentándose junto a ella—; he sentido, sí, despecho en algunas ocasiones. De los agravios que recibí de otras personas de la familia, no era usted responsable, y si me lastimó en mi dignidad la primera y última vez que nos vimos, no fué ésa la causa de lo hecho últimamente. Yo me apoderé de usted con el único objeto de conseguir por un medio violento e inmoral la libertad de mi pobre amigo. En mi extravío no atendí a la gravedad del hecho. Usted personalmente no me inspiraba entonces sino una absoluta indiferencia.

Susana se sintió herida con estas palabras. Hubiera preferido que el motivo de su secuestro fuera un sentimiento personal hacia ella, aunque este sentimiento se llamara odio o venganza. El no ser más que un instrumento para fines extraños sublevó en ella su orgullo.

—De modo que no he sido sino un instrumento de sus crímenes—dijo con el tono y la mirada que eran en ella habituales en los grandes momentos de despotismo.

—Sí; ha sido usted un instrumento: mas no para cometer un delito, sino para evitarlo.

—¿Y se ha evitado ese crimen? ¿Está libre Leonardo?

—No; pero ya no me importa. Yo espero entrar en su cárcel y sacarlo sin auxilio de nadie.

—¿Usted?—preguntó ella con incredulidad.

—Sí: yo mismo. Lo he de hacer, o he de morir intentándolo—repuso Martín con la mayor entereza.

—¿Qué poder tiene usted para eso?

—Para eso y para mucho más tal vez espero obtenerlo. Estoy resuelto a arrostrar la muerte, a intentar lo más atrevido, a dar un golpe con cierta arma que la casualidad ha puesto en mis manos.

—¡Ah! Ya comprendo—dijo Susana—. Usted se ha dejado seducir por esa gente que ahora mete tanto ruido; por los fernandistas, y como dicen que va a haber trastornos, se aprovechará de ellos para hacer alguna atrocidad.

—No me han seducido los fernandistas. Todos los que conozco son, o ambiciosos vulgares, o malvados hipócritas; pero aunque comprendo estos vicios, yo me alegro de la turbación que preparan; sí, me alegro con toda mi alma, y en medio de ella, ayudado o solo, espero intentar lo que siempre ha sido para mí un sueño o una vaga esperanza. Yo siento en mí un afán de actividad, un impulso que me lleva a acometer algo, a expresar con hechos lo que pienso y lo que deseo. No hay tormento mayor que el que yo padezco; solo, sin sentir junto a mí una voz que hable lo que yo hablo; privado de todos, absolutamente de todos los medios para realizar lo que llevo aquí en esta cabeza, no hallando ninguno de esos amigos del pensamiento con quienes se entabla relación más íntima que con los del corazón; aislado, resistiendo la influencia de hombres infames y engañosos; viviendo pasivamente y como sujeto a una fatalidad ciega, sin poder vivir con mi propia vida; convertido en juguete de ajenas pasiones, me consumo en un eterno e inútil esfuerzo. Parece que me encuentro en un desierto, y soy como el esclavo, que nada puede hacer por cuenta propia. Mi carácter, consistente y osado, forcejea como los locos cargados de cadenas, y de nada me vale mi resolución; no puedo hacer otra cosa más que hablar; hablar sin descanso, denunciando la miseria que nos rodea. Quisiera herir con mi lengua, ya que no tiene la virtud de convencer. Yo no puedo vivir así mucho tiempo; yo necesito hechos para que mi vida no sea un continuo monólogo de desesperación. Me muero, me aniquilo en esta pueril ocupación de arrojar mis ideas a la frente de los que me escuchan, asombrados de mi atrevimiento. ¡Pensar, pensar siempre en el mayor de los tormentos!

Muriel estaba excitado, conmovido, y parecía que todo aquello que dijo le molestaba como molesta un cargo de conciencia, y que se desahogaba a la primera ocasión. Susana le oyó con cierto respeto supersticioso, como se oye una revelación; no perdió ni una sílaba y dió un gran suspiro. En aquellos instantes Martín se elevó a sus ojos cual nunca se había elevado.

II

—Yo pugno sin cesar por salir de esta situación—continuó el joven filósofo—. Por eso se me ve adoptar resoluciones raras; por eso imagino..., no sé qué... y si no encontrara dentro de poco un medio más propio para salir de esta situación dolorosa... Yo no sé lo que haría. Así comprenderá usted acciones que atribuye a malos instintos o a venganzas ruines que no caben en mi carácter. Yo no puedo seguir más tiempo condenando con el pensamiento las miserias que veo; yo necesito destruir algo.

—Yo siempre le juzgué a usted temible—dijo Susana, sintiéndose débil, pequeña y muy humillada ante la enérgica voluntad de su interlocutor—, pero nunca me ha parecido tan violento. Comprendo que infunda miedo y que todos le señalen como un peligro. ¡Cuántos males no puede causar quien dice que necesita destruir! ¡Infelices los que caemos bajo ese anatema!

—No es que yo desee el mal de los demás—dijo Martín, vivamente enojado de que no se le entendiera bien—; es que es preciso, es indispensable un trastorno tan grande, que no sea posible evitar grandes desventuras... Yo me inspiro en el bien, una sed inextinguible y furiosa del bien de mi patria es lo que enardece mi espíritu.

Cada vez se elevaba más a los ojos de Susana, que amante de lo que saliera de los límites de la vulgaridad, no podía menos de presenciar con asombro y hasta con entusiasmo los ardorosos arranques de aquel carácter, en perpetua propensión a buscar altos fines. Ella no había visto nunca un hombre así; no conocía ni aun de oídas, ni por la lectura, un hombre semejante; y aquí viene como de molde explicar algunas particularidades anteriores a esta escena, y que le sirven de luminoso antecedente.

La primera vez que Susana ovó y vió a Martín en la Florida, las palabras y el aspecto de éste hicieron honda impresión en su alma. El carácter de Susana era a propósito para que en ella encontrara eco la insolente elocuencia del joven revolucionario, al condenar la sociedad de su tiempo. En el fondo del pensamiento de la dama existía también, aunque algo atenuada por la educación, una protesta contra lo que estaba viendo a su lado desde que tenía uso de razón. De clara inteligencia, de temperamento apasionado, de espíritu también osado y viril, ningún ser existía más propio para recibir los sentimientos y las ideas de Martín, y fecundarlas dándoles nueva vida y desarrollo. Ella era a propósito para que entre ambos se estableciera una simpatía vivísima. Pero había asimismo en su carácter una cualidad que contrapesaba esta asimilación con el carácter del joven; había en ella el orgullo, que a veces lo absorbía todo; orgullo de raza, indomable, como si reuniera en su cabeza la altivez de todos sus antepasados. Este sentimiento la impulsaba a apartar la vista con horror de aquel hombre sin posición y sin fortuna, que había tenido el atrevimiento de agradarle, y experimentó ante él tantas y tan varias sensaciones, que ni ella ni nosotros podremos expresarlas mientras no se invente una palabra que a la vez signifique el amor y el desprecio.

Desde aquel día esta idea no la dejó libre un momento. Cada vez le infundía mayor admiración, y cada vez se avergonzaba más de la flaqueza de su inclinación. A solas con su pensamiento, la dama se complacía a veces en deponer convencionalmente su orgullo, dejándole a un lado, como dejan los cómicos entre bastidores la púrpura y la corona con que han hecho el papel de reyes; y entonces construía una sociedad a su manera, con una igualdad a su antojo, sin las diferencias crueles que separan eternamente a lo que por la naturaleza debiera estar unido. Estuvo muchos días dominada por tan contrarios sentimientos. La superioridad moral que desde el principio notó en Muriel se ofrecía constantemente a su pensamiento, confundiéndola y fascinándola. Ella amaba todo lo maravilloso, todo lo grande, todo lo que estuviera reñido con lo vulgar, y a pesar de una aparente frivolidad, hija del roce y de la educación, en el fondo de su alma sentía profundo desdén hacia los petimetres afeminados de su pequeña corte.

Pero no podía descender; era preciso elevarle a él hasta ella, y he aquí cuál fué su idea dominante hasta el día del secuestro, que la turbó por completo. Determinó poner en práctica cuantos medios estuvieran a su alcance para

elevarle. ¿Cómo? Introduciéndole en su casa, haciéndole aficionar a la vida de etiqueta, obligándole a que dirigiera sus aspiraciones a conseguir un título, honores, riquezas. Los accidentes de la entrevista la noche de la cita indican bien claro las ideas de uno y otro, y el ningún éxito de la primera tentativa. Todos los esfuerzos se estrellaban contra la firmeza de Martín, incapaz de doblegarse ante ninguna especie de coquetería.

En la escena que ahora referimos, Susanita experimentaba impresiones muy singulares. Su fascinación aumentaba a cada palabra; cada vez le veía más grande, creciendo siempre a su lado y dejándola allá abajo rodeada de su pueril y afeminada corte de petimetres ridículos y viejos verdes. Y sin saber por qué, tal vez por el transitorio estado de indigencia a que se hallaba reducida, el orgullo se adormecía en su pecho, dejándola libre para amar a su antojo. Parecía que el estar en aquel sitio, el agravio que había sufrido de aquel mismo hombre, eran una severa lección que aceptaba resignada.

Aquella noche, pues, no sintió ninguna de las repentinas exaltaciones de su orgullo, semejantes a crispaduras de nervios, tan violentas como imprevistas. Estaba amansada, como vulgarmente podría decirse, sin duda porque había comprendido la imposibilidad absoluta de imponerse a aquel hombre, subyugándole a su deseo. No era posible transformarle para que la sociedad le permitiera poner los ojos en una dama de alta clase. Ya no había remedio; era preciso aceptarle tal como era, encarnación viva de los resentimientos populares contra los privilegios hereditarios y la nobleza.

III

—Pero usted va a perecer en esa lucha—dijo Susana—. Serán más fuertes que usted y se defenderán Ahora mismo, si mi familia descubre dónde estoy y viene y le hallan aquí, ya puede considerarse vencido para siempre.

—Es verdad; yo camino desde hoy por una senda rodeada de profundos abismos; pero tantos y tantos peligros no me quitarán la idea de intentar lo que intento.

—Quién sabe—dijo Susana, como quien siente una inspiración repentina—. Tal vez no sea un sueño; tal vez esté destinado que todo eso a que usted aspira sea realidad algún día. Yo no sé por qué tengo el presentimiento de que estamos amenazados de un gran trastorno. Yo, como mujer, no entiendo de ciertas cosas; pero me parece... Yo creo que el mundo debiera ser de otro modo. ¡Oh!, si fuera preciso que algo ha de pasar, yo no dejaría de presenciar con gusto su elevación al puesto en que le corresponde estar. Tengo un presentimiento vago de que esto que digo ha de suceder. Y no es de ahora esta idea mía, es de hace mucho tiempo. Si viera usted cuántas horas de aburrimiento y de tristeza he pasado viendo desfilar por delante de mí la turba de galanes ridículos, de abates despreciables, de clérigos vanos y soberbios, de señorones ignorantes, y me he preguntado: «¿Pero no hay más hombres que éstos en el mundo?» Yo decía: «En otra parte debe de haber algo que yo no conozco; todo no puede ser así, y si es, sin duda es preciso que alguno venga y lo trastorne todo.» Esto ha sido siempre en mí una confusa idea, semejante a lo que se recuerda de los sueños muy oscuros y lejanos. Creo que nunca he hablado de esto con nadie.

—¡Oh!—exclamó Martín con súbita alegría—. Por primera vez la oigo hablar a usted con el corazón, y ha dicho cosas que nunca me han producido igual impresión en boca de otros. En un momento se ha despojado usted de sus preocupaciones de raza y educación para mostrarme lo que yo no había sospechado nunca que existiera.

—Sí—continuó la dama—. Por eso, al oírle a usted por primera vez, me pareció que recordaba algo. Al mismo tiempo me causó gran asombro y hasta cierto respeto el valor que se necesitaba para ser una excepción entre todos los demás, y decía yo: «Por fuerza ha de ser cierto lo que este hombre dice.»

Martín oía con asombro las palabras de la petimetra, que revelaban sinceridad profunda, y no fué indiferente a la expresión de sus sentimientos, libres en aquel momento de las afectaciones de la coquetería y de los arrebatos del orgullo. Tenía él cierta vanidad en creerse autor de tal transformación, verificada al contacto de su palabra, y la animaba

a proseguir expresándose con la misma verdad.

—Usted—le dijo—me ha comprendido al fin. ¡Cuánto vale para mí esa revelación! Una cosa extraño, y es que habiéndome juzgado entonces del modo que yo más deseo, se mostrara después tan díscola y soberbia conmigo.

—¡Ah!—respondió Susana, sintiendo otra vez la punzada de la dignidad herida—. Usted quiso humillarme de una manera cruel y descortés; usted se burlaba de mí después de haber bailado juntos. Yo me sentí tan ofendida, tan ultrajada, que en mi vida he tenido cólera mayor. Lo confieso; me avergoncé de haber encontrado admirable su modo de expresarse. ¡Con cuánto placer le despreciaba! Yo no podía consentir que usted me tratara como igual, y aquel día, después que usted desapareció, padecí de un modo horrible.

—Pues yo sentí cierta alegría feroz: en el primer instante juré venganza; pero después, como me complacía recordar la escena... Mi familia había recibido grandes ofensas de la de usted...

—Ya lo sé—contestó Susana con amargura—. Y yo soy la destinada a expiarlas; yo, inocente de todo, y siempre inclinada a perdonarle a usted hasta lo más grave, que es esta reclusión.

—Es la única ofensa real que usted ha recibido de mí. En cambio, ¿de quién partió la idea de mi prisión?

—¡Ah!—exclamó Susana turbada—, no es mía sola la culpa. Cuando se me amenazó con eso, yo no tuve valor para oponerme, y dije al marqués que tendría gran placer en verle a usted castigado. Pero yo he tenido siempre una fe supersticiosa en la superioridad de usted, y creía, acá para mí, que triunfaría de todas las persecuciones de aquellos hombres por la grandeza de su destino. Yo me decía: «Es imposible que le prendan.» Si hubiese sabido que estaba usted en la Inquisición y amenazado de muerte, mi trastorno hubiera sido tan grande que, de fijo, habría hecho una gran locura. Unicamente me hubiera conformado con su prisión, si de ella salía igual a mí; igual a mí por el nacimiento y la posición.

—¿Usted me envió una caja con dinero?

—Sí; yo fuí. En aquellos días estaba trastornada, y fuí tan necia que le creí accesible a la seducción del oro. Me pareció que aquel obsequio serviría para hacerle entrar en el camino en que yo quería verle.

Cada vez iba Martín leyendo más claro en el corazón de la hija de Cerezuelo, que, aguijoneada por la pasión, se sublevaba contra las preocupaciones nativas y los resabios de educación.

—Yo—continuó ella—recibo el castigo de faltas que no he cometido. Usted triunfará; tengo la seguridad de que será favorecido por la Providencia..., no sé por qué lo creo así, pero tengo una seguridad firmísima. Me parece que no ha de poder ser de otra manera, y que las cosas del mundo lo exigen así de un modo ineludible; usted crecerá a cada paso que dé por ese camino y se embriagará con sus triunfos, viéndose elevado sobre todos los demás. Yo, en cambio, he concluído para siempre. Dada mi posición y mi nombre, este acontecimiento es como una muerte. Robada de un baile de Lavapiés, todos creerán que he cedido a la seducción de un libertino; y al hablar de esto, todos supondrán en mí una deshonra que no existe. Seré despreciada, aun por los míos, y siempre llevaré sobre mí una afrenta que nadie puede borrar.

—Si no lleva usted mancha en la conciencia, ¿qué importa el juicio de personas frívolas, incapaces de sentir ni aun de soñar lo que usted siente?

—Sí; mi conciencia está tranquila; pero yo tengo al mundo un apego que no sabré nunca vencer; yo voy a vivir ahora una vida de desesperación, azotada públicamente por el desprecio de todos, y se me destinará a un convento, donde me moriré de lo mismo que usted se moriría en la Inquisición, de rabia.

—Pues bien—dijo Martín con una idea súbita, que por unos segundos vaciló en sus labios sin acertar a expresarse—. Pues bien: no me abandone usted, no vuelva usted con su familia.

Susana oyó aquella proposición con menos espanto del que Muriel suponía, y le miró con atención, como si no estuviera segura de que hablaba con completa seriedad.

—¿Que no vuelva?...—dijo, experimentando una gran confusión de ideas y queriendo buscar el verdadero sentido de aquella terrible propuesta.

—¿Aún cree usted que no somos iguales?—preguntó Martín planteando resueltamente el problema de la igualdad—. ¿No valgo, por lo menos, como otro cualquiera de esos que diaramente la rodean a usted?

Susana no contestó y seguía mirándole.

—Pero usted no se atreve—añadió Muriel—. Usted no se halla con fuerzas para luchar contra ciertas cosas y personas. Teme más la ignorancia y las preocupaciones de los demás que los propios dolores. ¡En qué situación hemos venido a encontrarnos después de haber estado en pugna tanto tiempo! Usted me ha descubierto en su alma tesoros que yo no conocía; pero usted se halla atada a esta sociedad por lazos indisolubles. No ha tenido, como yo, el valor de romperlos, y gemirá en perpetua esclavitud, aborreciendo su cadena, como todos los esclavos. Yo le ofrezco a usted otros lazos. Se me presenta la ocasión de hacer una prueba decisiva, y no la dejaré pasar. Oigame usted y decida.

La joven estaba pendiente de las palabras de Muriel, como si fuera el confesor que había de absolverla de infinitas culpas.

IV

—Oyéndola a usted esta noche—prosiguió—, he creído percibir un eco de mi propia voz en la suya. ¡Qué dulce es encontrar quien sepa entender nuestro lenguaje! Acabe usted de mostrarme un gran corazón y un gran carácter.

—¿Cómo?

—No separándose ya de mí. Usted no se atreve. Eso sería un heroísmo de que usted no es capaz. Desde esta noche ya no es ni puede ser usted para mí lo que antes era. La miraré siempre con respeto, y todos los agravios están perdonados. Pero haciendo lo que digo, renunciando por mí a sus preocupaciones, uniendo su suerte a mi suerte, usted me confundiría, lo confieso, yo me encontraría pequeño, y entonces..., ¡sí!, verdaderamente humillado. Aborrecido o despreciado de todos, mi vida encontraría en esa unión un reposo y un estímulo para seguir adelante en mi jornada. Creo que no tendría bastante vida para agradecerlo y celebrarlo, pues si en otra cosa no, en esto habría conseguido una gran victoria. Me parece que con sólo ese ejemplo, al paso que aseguraba mi felicidad y me ligaba con los lazos más dulces, me parece, digo, que destruía la obra de cien siglos. Baje usted, puesto que ni la sociedad ni mis ideas pueden permitir que yo suba. Usted, que conoce de qué manera aborrezco, puede comprender de qué modo sé amar.

Muriel se había expresado con profunda emoción, y Susana, moralmente hundida al peso de aquella proposición, se abatía más a cada frase. Callada estuvo largo rato, con la vista fija en el suelo, hasta que al fin, súbitamente, y como si sintiera una inspiración, dijo muy agitada:

—Sí; lo haré..., lo haré.

—¡Oh!, usted no se atreve. Necesita parecerse a mí aún más de lo que se parece. Su orgullo sofocará todo sentimiento, y preferirá la coquetería de los estrados y la ocupación de enloquecer a mil hombres torpes y corrompidos, a ser compañera y consuelo de un hijo del pueblo, fatigado por sueños insensatos y condenado a ser objeto de terror ante todas las gentes. Usted no se atreverá a bajar hasta mí.

—Sí; me atrevo, lo haré—contestó Susana con resolución.

Martín halló en su semblante, visto al resplandor de la luna, la expresión de la verdad, y se convenció de que en el ánimo de la joven, atribulada por espantosa lucha, habían triunfado la pasión y la naturaleza de la soberbia y de la educación. Aquel triunfo despertó en él un entusiasmo que en asuntos amorosos dormía oculto en su pecho como tesoro guardado para una alta ocasión. La interesante y extraordinaria hermosura de la joven, su nombre, su posición, su carácter, dieron proporciones a aquel triunfo alcanzado a la vez por el filósofo y por el hombre. Desde aquel instante la amó como se ama a los objetos hallados después de largas indagaciones; como se ama a los problemas resueltos, y con ese especial cariño que ponen los hombres de genio a los ideales hijos de su pensamiento. Vió entonces una nueva fase de su vida, y si hasta entonces la ternura ocupaba hueco muy pequeño en su corazón, desde entonces creyó que no le sería posible vivir sin aquello.

—Cuando lo digo estoy segura de que lo haré. En un momento he meditado bastante sobre ese problema terrible, y no vacilo. Yo juro no unirme a hombre alguno y destinarme por mí misma y sin permiso de nadie al que yo he elegido. Si no lo hiciera, creo que me moriría de pena.

—Bien; yo la devolveré a usted a su familia, y más tarde...

—Más tarde, después, yo, por mi propia voluntad y libremente, lo dejaré todo, renunciaré a todo e iré en busca de lo único con que me quedo.

—¿Tendrá usted valor?

—Tendré momentos de duda; pero mi corazón se desborda demasiado y no lo podré contener. Iré.

—Yo parto a Toledo esta noche.

—Y yo iré también en esta misma semana.

—¿Lo jura usted?

—Lo juro. Iré.

—Alguna deidad existe que nos ha protegido esta noche y nos ha inspirado. Esperemos ese día que ha de venir, ese día en que yo la vea entrar a usted por las puertas de mi humilde morada.

Los dos jóvenes se abrazaron casta y noblemente, como esposos largo tiempo unidos que se separan por primera vez.

—Vamos—dijo Martín sosteniéndola y encaminándose a la galería.

Pero apenas habían andado dos pasos cuando sonaron golpes tan fuertes en la puerta de la calle, que parecía que la echaban al suelo.

—¿Quién viene?... ¡A esta hora!

—¡Rompen la puerta!—dijo Susana muy asustada—; se oyen voces de mucha gente.

—¡Ah!, sí—dijo Muriel prestando atención—; son muchos. No puede ser más que la Justicia.

—Huya usted... Han descubierto que estoy aquí y me vienen a salvar. Huya usted, pero ¿por dónde?..., si están ya en la calle.

—Yo puedo salir por otra puerta a los Pozos de Nieve.

—¡Ah!, ya entran... Escuche usted. Es la voz del marqués..., la voz del doctor...—dijo Susana—. Huya usted, yo estoy segura, déjeme usted pronto.

En efecto, la voz de las personas citadas se sentía bien clara en el portal.

—¿No hay nadie en esta casa?—exclamaba el marqués, admirado de encontrar tan sola la que creía guarida de ladrones.

—¡Huya usted!—decía Susana a Martín—. Ya estoy segura.

—Sí, me voy. Son amigos. Adiós.

—Hasta luego—dijo la joven.

—Hasta luego—contestó Martín dirigiéndose al otro extremo de la galería con gran precipitación.

De allí bajó al patio interior, y sin ser visto ni molestado por nadie, salió, mientras el doctor, el marqués y un sinnúmero de criados y alguaciles rodeaban a Susana con alborozo, muy asombrados de encontrarla viva.

CAPITULO XXII

EL ESPECTRO DE SUSANA

Huyendo del loco, Sotillo salió despavorido de la casa, y no había andado veinte pasos, cuando otro hombre que estaba oculto en el hueco de un portal, le detuvo y le dijo:

—¿Ya has despachado?

—Erré el golpe..., me ha pasado un fracaso..., no he podido. Un maldito espantajo...

—¡Qué gallina eres! Si don Buenaventura me hubiera encargado a mí esa comisión...

El personaje que así se expresaba, no era otro que el famoso héroe llamado *Pocas Bragas*, a quien conocimos en casa de la *Pintosilla;* hombre célebre por su reciente excursión a Ceuta, de donde volvió con grandes datos y novedades para su arriesgado oficio.

—Buena la has hecho. Ya no te pongas más delante de don Buenaventura.

—Mira lo que pienso hacer..., pero alejémonos de aquí... Escucha—dijo Sotillo apretando el paso—. Quedamos en que le haría una señal en cierta casa. El tiene en mí una confianza... Voy, doy dos golpecitos en la ventana y se la encajo.

—¿Qué?

—La gran bola de que desempeñé la comisión. Verás cómo le saco los mil reales que me prometió.

—¡Mis reales! ¡Cosa más rara! En mis tiempos no valía eso más que cuatro duros, y hasta por treinta reales despaché yo...

—¿Qué te parece lo que pienso hacer?

¿No me ves cómo estoy manchado de sangre?

—Pero ¿quién te ha herido, *endino?* Cuenta lo que te ha pasado.

—Déjalo para después..., te diré..., aquel figurón..., yo no había visto nunca aquel hombre..., la verdad, chiquillo, me dió miedo.

—Verás cómo no te da los mil reales.

—Verás cómo sí. Tiene en mí una confianza...

Con estas y otras razones llegaron a la calle del Factor. Esperó el uno tras la esquina y el otro hizo su señal; salió Rotondo, como sabemos, y en la turbación que dominaba su espíritu no dudó un momento que el hecho estaba consumado, y más viendo manchado de sangre el brazo de Sotillo. Pero toda la elocuencia de éste no logró sacarle el dinero, por lo cual los dos héroes partieron muy alicaídos en dirección a los barrios bajos.

—¿Vas a casa de la *Pintosilla?*—dijo el uno.

—¡Quia! Si está presa. Vámonos a donde *Meneos.*

—Pues vamos a casa de *Meneos.* Buena te espera cuando el señor Rotondo descubra que le has engañado.

—Es que no me verá el pelo por jamás amén, porque mañana me voy a Sevilla, en donde me han hecho una proposición...

No podemos seguirlos en su diálogo, porque en otra parte pasa algo que exige nuestra atención. Una vez que Rotondo volvió al cuarto de Cárdenas, después de haber hablado en la calle con Sotillo, los dos amigos trataron de la entrega de los veinte mil duros, y el afligido tío de Susana no pudo al fin eximirse de entregar la llave de la caja. Ya hacía largo rato que don Buenaventura se ocupaba muy tranquilamente en recontar el dinero que necesitaba cuando se sintió ruido en el portal.

—Es que vuelven de buscar a Susana —dijo don Miguel muy agitado—. Es preciso que yo salga con el mayor interés a preguntarles; ¿no le parece a usted?

—¡Excelente idea! Sí. Conviene que haga usted bien su papel en esta comedia.

—Cierre usted la caja; guarde usted ese dinero. Coja usted en su mano las pelucas y haga como que se despide.

Rotondo hizo todo lo que Cárdenas le mandaba, y salió por la puerta excusada. Don Miguel se levantó entonces del lecho y abrió la puerta de su despacho, en el momento en que se sentía más cercano el ruido de los que subían la escalera.

—¿Qué hay?—dijo asomándose; pero apenas había articulado esta pregunta lanzó un grito agudísimo y desgarrador, y cayó al suelo como herido del rayo. Lo primero que vió al abrir fué la figura de Susana, que, sonriendo, le dijo:

—Tío, ya estoy aquí.

Todos entraron en el despacho a auxiliar al señor de Cárdenas, a quien juzgaron víctima de una impresión de alegría. El pobre hombre tardó mucho en volver de su desmayo.

CAPITULO XXIII

EL PASTOR FILENO

I

El curso de los acontecimientos de esta historia exige que nos traslademos a Aranjuez, residencia entonces, a más de la Corte de España, de los señores de Sanahuja y de su pastoril engendro Pepita, que se encontró como el pez en el agua al recorrer la huerta y el soto. ¡Cuán superiores eran aquellos sitios a la casa de Madrid, donde no se conocían los placeres que proporciona la contemplación de la Naturaleza, ni se espaciaba el ánimo libremente respirando aires puros y extendiendo la vista por praderas más o menos risueñas, en cuyo fondo se destacaban las grandiosas y seculares arboledas de la Isla y del Príncipe!

Pepita no cesaba de establecer esta comparación, haciendo notar las ventajas del campo con un entusiasmo que concluía por aburrir a cuantos la rodeaban, pues no se oían en su boca otras palabras que éstas: «Papá, mire usted aquel árbol; ¿no ve usted aquella nube? Mamá, ¿qué te parece ese arroyo que va serpenteando hasta traspasar todo el llano?» Con tales razones pasó la mañana, insensible a las súplicas de su madre, empeñada en que cosiera, bordara o se consagrara a cualquiera de los menesteres propios de su sexo. Esto no era

posible. Pepita tenía su cabeza organizada de tal modo, que no cabían en ella otra cosa que las contemplaciones en que la vemos constantemente embebecida. En nuestra época hubiese sido lo que hoy designamos con la palabra *romántica;* pero como entonces no existía el romanticismo, la sobreexcitación cerebral de la joven Sanahuja se alimentaba de interminables deliquios, en que todos los campos se le antojaban Arcadias y ella pastora, según había leído en sus endiabladas poesías.

Recorría la campiña con su libro—pues había logrado sustraer uno de los secuestrados por su padre—, se sentaba bajo los árboles, leía en voz alta, se recostaba sobre la hierba, hacía traer un par de ovejas y otros tantos cabritos, que adornaba con cintas y flores. Después le parecía impropia la lectura y mucho más conveniente el recitar de memoria, y así lo hizo, hasta que se cansó de este monótono ejercicio y se quedó muy triste notando que le faltaba una cosa importante, indespensable, una cosa de que no se podía prescindir para que aquella farsa tuviera visos de sentido común: le faltaba el pastor.

Fija esta idea en su imaginación, no tuvo paz en todo aquel día. Era preciso buscar un pastor. Pero ¿dónde, quién? Digamos en honor suyo que este deseo no significaba para ella una aspiración amorosa; era simplemente una exigencia de escena, y sus sentimientos, respecto al soñado compañero de sus retozos pastoriles, eran puros hasta la insulsez. En aquella naturaleza todo era empalagoso, como la literatura que la inspiraba.

Y el Cielo, propicio siempre con los locos, le deparó lo que buscaba. Aquella tarde, en el momento en que los rayos del sol transponían por el horizonte, dejando en las copas de los árboles, en los techos de las casas y en la superficie del Jarama resplandecientes rastros de luz y perfiles y destellos de mil colores; en el momento en que las ovejas se aproximaban unas a otras, buscando cada una abrigo en las calientes lanas de las demás; cuando salía el humo de los techos y empezaban a pedir la palabra las ranas para su discusión nocturna; cuando la Naturaleza se adormecía, impresionando los sentidos con recuerdos virgilianos, Pepita encontró lo que deseaba: encontró su pastor en un chico que, habiéndose presentado unos días antes en la puerta de la casa hambriento, cubierto de harapos y pidiendo limosna, fué recogido por los colonos, que eran gente compasiva. Este chico le pareció desde el primer momento tan propio para el caso, tan interesante por su color tostado, sus grandes y expresivos ojos y su expresión inteligente, que no vaciló en poner en ejecución su pensamiento. A pesar de la repugnancia de sus padres, el chico fué arrancado al pastoreo de los cerdos en que le tenían ocupado; se le dió de comer y de beber a cuerpo de rey, se le arregló una cama en la casa, y al día siguiente las ovejas, los criados y los labradores le vieron en la huerta coronado de flores y de cintas, y muy satisfecho del papel que estaba desempeñando. Se le puso el nombre de Fileno, y los cerdos se quedaron sin su guardián.

Los señores de Sanahuja, aturdidos todo el día por los saltos, juegos y cabriolas de María y de Fileno, que triscaban de lo lindo en la huerta y en el soto, determinaron poner mano en tal abuso, quitándole a su hija aquel juguete que debía volverla más loca. Con este propósito, llamaron al infantil pastor al estrado y entablaron con él el siguiente diálogo, que es indispensable reproducir con toda puntualidad.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo—contestó el chico con timidez.

—¿De dónde eres?

El muchacho alzó los hombros para expresar que no tenía idea de la patria.

—Este es un vagabundo de esos que no se sabe quién los ha parido, y no parece sino que salen de las piedras—dijo la señora—. ¿De dónde vienes?

—De..., de...—contestó el pastor recordando—, de..., de un pueblo que está lejos, lejos, lejos.

—Pues nos dejas enterados. ¿Tienes padres?

Fileno movió la cabeza para decir que no, y clavó la barba en el pecho avergonzado de las penetrantes miradas de aquellos señores.

—¿Conque no sabes dónde estabas antes de venir aquí?

—En..., en...—contestó recordando—. ¡Ah!, en Chinchón.

—¿Son de allí tus padres?

—No, señor. Yo estaba allí con *Mediodiente.*

—¿Y quién es ese señor *Mediodiente?*

—Uno que lleva títeres a los pueblos cuando las fiestas.

—¿Y tú dejaste a ese saltimbanqui, o él te echó de su casa?

—Yo me fuí solo; y lo dejé porque me quería poner de barriga en la punta de un palo que él cogía con la boca... Así...

Y Pablito se puso su cayado en la boca, queriendo imitar la habilidad de su patrono el señor *Mediodiente.*

—A mí me ponía en la punta, allá arriba, pinchado por aquí, por la tripa.

—¿Y te pusiste tú?

—Lo hicimos en casa algunas veces para hacerlo después en la plaza; pero me daba mucho miedo, y aquella tarde, antes de la *junción,* me marché por el camino.

—¿Y has venido pidiendo limosna hasta aquí? ¿Y ese *Mediodiente,* dónde te tomó?

—En el camino. Allá por *onde* Arganda. Yo estaba con otros chicos pidiendo.

—Y entonces, ¿de dónde venías? ¿Dónde estabas tú antes de salir por esos caminos?

—¿Yo?..., allí *onde* el tío Genillo. Pero me pegaban, y una mañana...

—Te fugaste. ¿Era la casa de tus padres?

—No; no, señor. Era *onde* la tía Nicolasa y la señorita y don Lorenzo. Como me estaban siempre pegando, me fuí de la casa.

—¿Y no te acuerdas en qué pueblo estaba esa casa? Tú tienes cara de ser un truhán redomado.

—Estaba en..., en Alcalá.

—Buenas cosas habrás tú hecho en esa casa. Cuando te pegaban no sería por cosa buena... ¿Pero tú no tienes algún pariente, no tienes hermanos? ¿Tú te acuerdas de tus padres?

—Sí; yo me acuerdo..., mi padre estaba en la cárcel y yo con él.

—Buena pieza sería también el padrecito, ¿no es verdad, Cleto?—dijo la señora.

—¿Y te acuerdas del apellido de tu padre?

—Se llamaba como yo.

—¿Pablo? ¿Y qué mas?

—Pablo Muriel.

—A ver, a ver—dijo el señor de Sanahuja recordando—. Me parece que... ese nombre no me es desconocido. ¿No es ése aquel administrador del conde de Cerezuelo, a quien encausaron?

—Sí; don Pablo Muriel. Y precisamente en Alcalá vive el conde.

—Yo creo que este chico debe quedarse aquí, pero en la labranza. Es una obra de caridad; y si dentro de diez años sabe algo más que cuidar los cerdos, se le puede ocupar en cuidar las mulas. Por supuesto, que si descubre malas inclinaciones, con ponerlo otra vez en el camino para que se vaya con el señor *Mediodiente...*

Mientras los Sanahuja deliberaban sobre la suerte del pastor Fileno, éste volvió a la huerta. El pobre chico estaba rebosando de felicidad, porque comer bien después de tantas hambres, vestir después de tanta desnudez, oírse llamar en verso y verse bien tratado después de tantas amarguras le parecía un sueño, una de aquellas visiones que percibía por las noches en la casa de Alcalá, y que le impulsaron a salir buscando aventuras como un caballero andante.

II

Engracia, invitada por los de Sanahuja, llegó a Aranjuez al siguiente día. Desde que acaeció la prisión de Leonardo, la pobre viudita se había desmejorado mucho, merced a la infernal tiranía de doña Bernarda, dirigida en lo espiritual, así como en lo humano, por el padre Corchón. Engracia había sido constante y firme en sus sentimientos, a pesar de todo, y lejos de disminuir su afecto hacia la pobre víctima de la Inquisición, se había aumentado, alimentando sin cesar una remota y endeble esperanza. Pero no había vuelto a recobrar su buen humor, y el trasladarse a Toledo, precisamente cuando el pobre preso había sido también conducido a las cárceles de esta ciudad, no era el mejor medio para curarse de sus melancolías. Doña Bernarda estaba, no obstante, muy tranquila, confiada en la solidez probada de los muros del Santo Oficio, y creía que la pasión de su hija se enfriaría poco a poco hasta llegar a su completa extinción.

Pero dejemos a un lado estas consideraciones para venir a lo que ahora nos importa; a que Engracia, entretenida en presenciar los esparcimientos bucólicos de su amiga, y habiendo hecho al pastor Fileno un interrogatorio parecido al que hemos copiado, comprendió al instante que era hermano del amigo de su desgraciado novio. Al momento enteró de todo a los señores de Sanahuja, asegurándoles que el hermano de Pablillo vivía, que estaba en Madrid, y que había hecho inútiles pesquisas por encontrar al pobre niño abandonado.

Los padres de Pepita creyeron en conciencia que debían mandar a Pablillo a Madrid. De este modo hacían una obra de caridad, y, al mismo tiempo, le quitaban a la pastora Mirta su juguete. Así se convino, en efecto, sin más discusión, y aunque ocurrió el inconveniente de no saber dónde Martín habitaba. Engracia lo arregló todo diciendo que ella escribiría a don Lino Paniagua remitiéndole el chico para que se hiciera cargo de entregarlo a Muriel. Se notificó a Pepita la determinación, y que quieras que no, Fileno fué despojado de sus cintas y encomendado a unos arrieros que al día siguiente salían para la corte. La felicidad de Pablillo, que se había visto transportado a un Edén, donde no se lo ocupaba en otra cosa que en brincar y en poner atención a las estrofas de Meléndez y de Cadalso, concluyó de repente, y cuando se vió en poder de los arrieros le pareció que todo aquello había sido un sueño.

No seguiremos a Pablillo en su viaje antes de hacer mención de la llegada a Aranjuez de doña Bernarda, la cual, encontrándose muy sola por la ausencia de su hija, y aún más por la de Corchón, determinó ponerse en camino, cediendo, al fin, a las muchas indicaciones de los Sanahujas. Llegó con todo el cuerpo molido, renegando de los zagales, y carromateros, de la distancia, del tiempo, de la contrariedad de habérsele olvidado su libro de horas y una pasta de chocolate para la jornada.

—¿No sabe usted, señor don Cleto—decía a los diez minutos de haber llegado—, no sabe usted cómo he tenido ayer carta del padre Corchón? No tardará mucho en volver. ¡Qué de cosas dice! Está muy ocupado. Ya lo creo. ¡Como que habrán ido pocas personas a consultar con él negocios de Estado! ¡Pues si viera usted, don Cleto, el cariño que le ha puesto don Juan Escóiquiz! ¡Vamos, que ya para él no hay más que don Pedro Regalado! Corchón para arriba, Corchón para abajo, y sin Corchón no hay nada. Le digo a usted que están locos con él, y si cae Godoy, como dicen, y sube el príncipe, ya le tenemos obispo, y no así de cualquier parte, sino de Salamanca o León, cuando menos, a no ser que en dos palotadas me le hagan arzobispo, como merece... Pero, hijas, ¿no sabéis que a Pluma le han puesto preso? ¡Si vierais cuántas novedades me cuenta! Y de Susanita, ¿no sabéis nada? Pues, hijas, se ha enamoricado de un hombre, ¡santo Dios!, del mismo enemigo. Y la robó una noche, y no se ha vuelto a saber de ella, pues parece que la tiene escondida en una cueva. Si me he quedado muerta... ¡Y qué gente tan mala hay en el mundo, señor don Cleto! A mí que no me digan; si se hiciera un buen escarmiento... Pero, como dice don Pedro Regalado, mientras estén las riendas del Gobierno en manos del *Guardia*...

Doña Bernarda, sin dar tiempo a que los demás contestaran, continuó en su charlar infatigable, ávida de desembuchar lo que traía en el cuerpo.

III

La galera en que Pablillo debía ir a Madrid estaba preparándose en la venta de los Huevos, y, entre tanto, él, acompañado de otro chico de su misma edad, hijo de uno de los arrieros, se paseaba en la gran plaza de Aranjuez en el momento en que una gran muchedumbre se había acumulado allí para ver a las *personas reales*, que saldrían pronto de paseo. Entre los diversos grupos había uno en que varios hombres hablaban con mucho calor. Pablillo, atraído siempre por todo lo que fuera animado e imponente, se acercó, metiéndose en el corrillo sin más ceremonia, como es costumbre en los chicos curiosos y vagabundos. Entre aquellos hombres descollaba uno a quien los demás oían con mucho respeto y con evidente admiración. De pronto pasaron los coches de palacio cargados de príncipes,

princesas, gentileshombres, camaristas y, por último, una pesadísima carroza en que iban Carlos IV, María Luisa y el príncipe de la Paz. Al pasar junto al grupo, el hombre aquel a quien todos oían con tanta atención, dijo, mirando a los personajes regios:

—Todos tienen que caer.

Pablillo ni oyó tal cosa, ni de oírla la hubiera entendido, y corrió tras los coches fascinado por tanta grandeza y esplendor, llamándole principalmente la atención la escolta que custodiaba a los reyes. El, según dijo a su improvisado amigo el hijo del arriero, no había visto nunca cosa tan bella. Poco después salió para Madrid, casi a la misma hora en que su hermano partía para Toledo.

CAPITULO XXIV

EL PRIMER PROGRAMA DEL LIBERALISMO

En Aranjuez tuvo Martín una excelente acogida, y hubo muchos que se entusiasmaron de tal modo oyéndole, que resolvieron seguirle a Toledo. Aquí las personas inmediatamente ocupadas en organizar la conspiración recibieron con verdadero alborozo al enviado de Rotondo, el único en quien aquel hombre eminente había encontrado todas las cualidades propias para el caso. Se le enteró con minuciosidad de los preparativos, vió las armas y conoció a cuantos estaban dispuestos por despecho, por miseria o por espíritu de insubordinación a tomarlas el día señalado. No es preciso decir que la mayor parte de aquella gente no sabía lo que hacía ni por qué lo hacía. Cuando más, algunos estaban alucinados con la generosa ilusión de que el príncipe vendría a curar los antiguos males, desterrando la inmoralidad, la miseria, la bajeza de los que a la sazón gobernaban a España.

Rodeados de todas las precauciones imaginables, se reunían los conspiradores en una casucha de la calle del Hombre de Palo, en cuyo recinto apenas cabían las treinta o cuarenta personas que minaban el trono del príncipe de la Paz. A la mayor parte de ellos, Muriel se les representaba con los caracteres de un hombre extraordinario. Nunca habían oído elocuencia igual, y su voz tenía el don de despertar en la mente de todos ideas grandiosas.

La gran ventaja para Muriel consistía en que encontraba preparado el terreno. El solo, intentando formar un partido en aquella época, hubiera intentado lo imposible, pero las circunstancias le depararon aquella ocasión. La fuerza estaba preparada y dispuesta; él no necesitaba hacer otra cosa que infundirle su idea, y esto lo estaba consiguiendo sin dificultad. ¡Cuántos habría allí de voluntad floja que adquirieron grandes bríos en su compañía! Muchos que sentían gran desconfianza y timidez se llenaron de ardor, y bien pronto no hubo quien dudara del éxito de aquella empresa.

El redactó en pocas horas un plan completo, no sólo para el movimiento, sino para el triunfo, y de antemano previno lo que debía hacer la Junta de gobierno de la ciudad y del reino, que se establecería allí provisionalmente. Esta Junta había de convocar unas Cortes generales, a las cuales competía decidir si pasaba la corona a las sienes de Fernando. Como medidas primordiales anteriores a la elección de Cortes, se dispondría la abolición del Santo Oficio, la desamortización completa, la extinción de señoríos, haciendo desaparecer el voto de Santiago, los diezmos y otros onerosos tributos. A las Cortes se dejaba el resolver sobre los mayorazgos y el fundamento de un nuevo Derecho penal y civil.

Este plan cautivaba más cada día a los adeptos de la causa fernandista, que veían ensancharse el horizonte de su primitiva idea. Eran estos hombres, por lo general, jóvenes de la clase media, que habían recibido provechosa enseñanza en las escuelas de aquellos tiempos, pero emancipados, al fin, de los seminarios y conventos. Los que procedían de esta clase de institutos eran, por lo general, los más ardientes. El pueblo, al principio, no se relacionaba con Martín sino por la mediación de esta juventud entusiástica. Pero él quiso conocer qué elementos tenía en la plebe, y exploró con afán, procurando siempre infundir una idea a aquella muchedumbre irreflexiva. Escóiquiz no aparecía en estos conciliábulos, ni Martín tenía tampoco grandes ganas de verle, porque estaba decidido a obrar por

su cuenta. Tres personas se presentaban allí como autores de los preparativos y representantes de las altas personalidades del partido; estas tres personas simpatizaron de tal modo con el joven filósofo, que éste fué en poco tiempo el alma de la conspiración.

En tanto, se acercaba el día y se tomaban todas las precauciones para que el éxito fuera seguro. Se amotinaría el pueblo en Toledo con el pretexto de la carestía del pan, apoderándose luego de la ciudad para proclamar la caída de Godoy. A este grito mágico, que alborozaba entonces a casi todos los españoles, responderían otras ciudades, preparadas ya, como Talavera, Valladolid y Zaragoza, donde se enviarían emisarios en el momento crítico. Los amotinados de Toledo se harían fuertes en la ciudad, contando con el levantamiento de la población de Aranjuez, que recibiría de la ciudad imperial grandes auxilios. Según el pensamiento de Muriel, el grito de los primeros alzamientos sería «¡Abajo Godoy!»; después, la Junta de Toledo, que sería su hechura, arrojaría una idea más alta a las cuatro extremidades de la nación.

Muriel, a pesar de ver reconocida su superioridad, no tenía confianza ciega en algunos de los conjurados, por lo cual se ocupaba en vigilarlos con mucha atención para cerciorarse de que su complacencia no era una vana fórmula hija del miedo que había logrado infundirles.

—Mereceremos—les decía Martín en las reuniones privadas, en que sólo entraban muy pocos—, mereceremos el desprecio del mundo si esto que ha de hacerse es un ridículo aborto en vez de una fecunda reforma. Pedir la caída de Godoy para que todo siga como en los días de su omnipotencia, es cambiar de cadena y probar al mundo que no podemos vivir sin la tutela de esa familia corrompida, en la cual no hay ningún individuo que comprenda la misión que el Cielo ha encargado a los reyes. El primer acto de la Junta de Toledo ha de ser declarar que la *familia de Borbón ha cesado de reinar en España.* ¿Hay alguno que no esté conforme?

Al escuchar esta proposición, silencio sepulcral reinó en la sala, y todos callaban asustados del enorme alcance de la aspiración de Martín.

—¿Hay alguno que se sienta sin valor para sostener esta idea? Es preciso decirlo, para que nos conozcamos todos.

—No, no. Sí, tendremos valor para eso—contestaron a una todos los concurrentes.

—Un pueblo que toma las armas para cambiar de tirano merece tenerlos siempre.

—¡Es verdad, es verdad!

—Caiga en buen hora ese hombre inmoral y presumido; pero sobre los escombros de su poder no se alzará otro lema que el de la *soberanía de la nación.*

—Sí; ésa es nuestra bandera. La Junta de Toledo la mostrará a todos los españoles el día del triunfo—contestaron en diversos tonos los fernandistas.

De esta manera resonó por primera vez en una asamblea de conspiradores aquel emblema, que después había de iniciar una lucha de medio siglo entre las aspiraciones de la inteligencia moderna y la invencible tenacidad de la civilización antigua, apegada a nuestro carácter a pesar de tantos y tan sangrientos esfuerzos por arrancarla.

CAPITULO XXV

LA DESHONRA DE UNA CASA

I

Mientras llega el día de la convulsión que se preparaba, volvamos a Madrid, y a la casa de Susana, donde ocurre un acontecimiento capital. El conde de Cerezuelo, venido de Alcalá al saber la noticia del secuestro de su hija, se había agravado de tal modo en su inveterada enfermedad, que se moría el pobre sin remedio. Ya antes del suceso tenía muy contados sus días; pero la impresión que le produjo la noticia, la fatiga del viaje y el considerar la deshonra que sobre sus canas había caído precipitaron su fin.

La casa presentaba aquel día aspecto pavoroso. Por un lado, el conde muriéndose y en un estado de exaltación que causaba espanto; por otro, su hermano don Miguel, afectado de una excitación nerviosa que le tenía en continuo delirio. Ambos exigían exquisitos cuidados, y la familia se repartía junto a los

dos lechos, sin saber cuál de los dos enfermos se hallaba en peor estado. Arriba estaba el conde, acompañado de su hija, de Segarra, del doctor y de doña Antonia; abajo, don Miguel, asistido por el marqués, doña Juana y don Lino, que iba y venía de un enfermo a otro, después de haber corrido medio Madrid buscando médicos, boticas y asistentes.

El conde conocía su fin y conservaba el uso de sus facultades intelectuales, lo cual le permitió hacer un nuevo testamento. Después de un período de exaltación en que increpara a su hija, se había quedado sereno, tratando, sin duda, de apartar la mente de las miserias de la tierra para elevarla a Dios en aquel trance supremo. Cuando Susana apareció y se la presentaron, después de haberle preparado, hizo un movimiento de horror, cerró los ojos y extendió las manos como para apartarla de sí. La joven se quedó sentada en una silla junto al lecho, muda, aterrada, sin atreverse a proferir palabra ni a hacer el menor movimiento, clavada en su asiento, con los ojos fijos en su padre, como si asistiera a la sentencia final en presencia del Supremo Juez.

Nadie se atrevía a dirigirle la palabra, porque parecía que todos se juzgaban partícipes de su falta con sólo acercársele. Lo que pasaba por ella en tales momentos no es fácil de adivinar, ni menos de transcribir. Parecía víctima de letargo angustioso que la mantenía inmóvil y espantada, semejante a la estatua del terror.

El conde, que antes había recibido los Sacramentos, se agitó de nuevo con su presencia, tuvo cerrados los ojos más de media hora, marcando su respiración con un bronco estertor, y después los abrió para fijarlos en ella con expresión de ira.

—¡Tú nos has deshonrado! ¡Has deshonrado mi casa, y mi nombre y mi familia!—dijo con voz que parecía salir de las profundidades de la tierra—. Yo me muero hoy, y me muero con indignación porque no puedo lavar esta mancha.

Los que asistían a tal escena le oían con profunda emoción, y Susana no contestó palabra, ni hizo gesto alguno.

—No puedo morir en paz; me muero rabiando—continuó el conde—. Tú has puesto fin al lustre de mi honrada casa; ¡mis padres y mis abuelos te maldecirán como yo te maldigo!... No digas que eres mi hija; olvida que soy tu padre; no lleves mi nombre. Lleva el de ese maldito que te ha robado de esta casa incitado por ti.

En los labios de Susana se notó una ligera alteración, como si quisiera romper a hablar; pero continuó en silencio.

—¡Infame!—continuó el conde—, ¡infame tú e infame él! Si cuando naciste hubiese sabido que ibas a prendarte del hijo de Muriel, de ese bandido, de ese asesino, te hubiera estrellado. Tú no eres hija de aquella santa mujer... ¡Infeliz! ¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes medir la enormidad de tu crimen? ¡Huye! ¡Sal de aquí! ¡Vete con él! Dios permita que recibas aquí en la tierra el castigo de tu infamia. Unete a él para que la deshonra se una a la deshonra. Tus hijos serán monstruos horrendos. Vivirás despreciada de todo el mundo. Pero no digas que fuí tu padre; olvida mi nombre; olvida...

Desde aquí sus palabras fueron mal articuladas e ininteligibles. Sólo en aquel confuso desbordamiento de voces se distinguía esta frase, repetida sin cesar: «¡Con el hijo de Muriel! ¡Con el hijo de Muriel!» Por fin, de su boca no salía sino un mugido entrecortado que se fué extinguiendo, hasta que sacudió la cabeza con violencia y se quedó después inmóvil, con los ojos ferozmente abiertos y los labios muy apretados. Estaba muerto.

Susana, en su tremendo estupor, notó que los que rodeaban a su padre empezaron a hablar en voz alta, ya seguros de no molestar al paciente; vió que le cubrieron el rostro con la sábana, y, después, le pareció que se alejaban. Sentía pasos detrás de sí; creyóse sola, y fijaba invariablemente la vista en aquel gran bulto dibujado por las sábanas, como una gran estatua yacente a medio labrar, con las formas apenas toscamente indicadas en un gran trozo de mármol blanco. Vió que ponían una luz junto a la cabecera, y que se retiraban, dejándola sola. Ella, sin embargo, en el estado de su espíritu, abrumado por indecible emoción, no se atrevía ni a levantarse ni a mirar a ningún lado. Llegó un momento en que no se sentía el menor ruido en el cuarto. Nadie se acercaba a dirigirle una palabra de consuelo;

nadie se dolía de su situación. De pronto siente que le ponen una mano sobre el hombro, y aquel ligero golpe produjo en su naturaleza una sensación igual a la que se experimenta al sentir la explosión de un rayo. Volvió la cabeza, y vió a don Lorenzo Segarra, el cual, con cierta confianza inusitada y, además, con afectada amabilidad, impropia en aquellos momentos, la sostuvo con su brazo y la llevó fuera, diciendo:

—Señorita, debe usía salir de aquí.

II

Mientras esto sucedía, cerca de la madrugada, en la estancia mortuoria del conde de Cerezuelo, veamos lo que pasaba en el despacho, donde su hermano padecía de un modo igualmente pavoroso. Tenía fiebre altísima, y se hallaba en completo estado de trastorno mental, esforzándose en dejar el lecho, gritando, hablando con personas que sólo existían en su calenturienta fantasía, y a las cuales daba nombres no conocidos por ninguno de los presentes. Se le prodigaban con mucho ahinco los auxilios que ya no era preciso aplicar a su infeliz hermano.

—Tranquilízate, por Dios—le decía su esposa, cubriéndole, mientras los demás querían impedir que saliese del lecho.

—No..., dejadme ir...—decía él, delirante, pugnando por levantarse—. Voy a detenerle; ¿no veis que se va a llevar los cien mil duros?

—Si no hay nadie aquí más que nosotros—contestaba la esposa.

—Sí; ¿no le veis?... ¿No le veis?—dijo don Miguel, señalando la caja con aterrados ojos—. Allí está contando el dinero. ¿No sentís el chirrido de la tapadera de hierro que sostiene en su mano? ¡Infame!... Que no vuelva Susana —continuó, cerrando los ojos y extendiendo las manos como para apartar un objeto de horror—. Poneos todos delante; no quiero verla; echadla de aquí... Pero siempre la veo... Poneos delante... Siempre la veo, aunque cierro los ojos... Márqués, sácame los ojos para que consiga no verla... Aquí está: me mira con sus ardientes y terribles pupilas... Está cubierta con una ropa blanquísima, y de su pecho corre un raudal de sangre que llena todo el cuarto... ¡Pobre Susana!... Pero yo no fuí, yo no tengo la culpa, yo no quería que muriera, sino que se la llevaran lejos, lejos... El maestro Nicolás es quien se empeñó en que muriera... ¡Infame! Y se ha llevado los cien mil duros... ¿No le veis cómo registra la caja?... ¡Malvado!

—¡Qué espantoso delirio!—decía doña Juana a cada rato—. Es propenso a delirar desde que tiene calentura; pero nunca he visto en él un extravío igual.

El marqués parecía más preocupado que doña Juana del sentido de las palabras proferidas por el enfermo.

—Pero no le creáis—prosiguió éste—, no se llama maestro Nicolás: se llama don Buenaventura Rotondo, y se finge barbero para penetrar en las casas. Es un conspirador y un intrigante... Por Dios, poneos todos delante para que no la vea. Aquí está otra vez, con su traje blanco manchado de sangre... Marqués, por piedad, sácame los ojos; no quiero tener ojos... Si yo no fuí, fué él..., ese infame Rotondo; yo sólo quería que se la llevaran de aquí... ¿No veis cómo registra la caja y cuenta el dinero?

Al decir esto hacía esfuerzos por levantarse, al paso que, mientras nombrabra a Susana, se tendía, se arropaba, cerrando fuertemente los ojos. El marqués llamó aparte al doctor y le dijo:

—¿No le preocupa a usted este delirio?

—Sí—dijo el doctor con angustia—. Sí; en eso estaba pensando. Después hablaremos.

—Me parece que esto es una revelación. ¿Conoce usted al maestro Nicolás?

—Sí; le he visto aquí algunas veces. Aquí hay misterio. Siempre me chocaron las visitas de ese hombre. ¿Sabe usted dónde vive?

—No; ésa es la gran contrariedad. Pero viene todos los días. Si viene mañana, le echaremos el guante.

—Hoy, dirá usted; porque son las cinco—dijo el doctor, mirando su reloj—. Tremenda noche ha sido ésta. ¡Pobre Susanilla!

Al decir esto, el buen inquisidor lloraba como un niño.

—Y por ese hombre que se encontró en la casa, ¿no se podría descubrir algo?—añadió Albarado.

—Nada, absolutamente. Es un loco, y a todas las preguntas contesta con que va a la Convención o a los Fuldenses.

—No cabe duda que aquí hay misterio.

—Unicamente pienso averiguar algo por la *Pintosilla,* que está presa desde ayer.

—Susana misma nos dirá también lo que vió en aquella casa.

El marqués hizo un gesto que indicaba estar seguro de no averiguar nada por aquel medio.

—¿Usted cree que Susana estaría en connivencia con esos bandidos? Eso sería horrible.

—Pero es verdad—contestó el marqués tristemente—. El fué al baile de candil de acuerdo con ella. Eso saltaba a la vista. El encontrar la casa sola y el aviso que aquí se recibió, indican que esos miserables la abandonaron después de lograr su objeto.

Pasaron las horas, y Cárdenas se fué calmando lentamente, hasta que, al fin, reposó por completo, fatigado el espíritu y la materia del terrible delirio. Callaron todos para no interrumpir su descanso, y a eso de las siete un criado entró a anunciar que allí estaba el maestro Nicolás con las pelucas y a afeitar al señorito.

—Que deje las pelucas y se vaya—dijo doña Juana.

—No; que espere—dijeron, saliendo el marqués y el doctor.

En efecto: Rotondo, que quería a toda costa llevarse, si no los ochenta mil duros restantes, por lo menos una buena parte, entró en la casa; pero aquel día tuvo mala estrella, y no volvió a salir, porque el marqués, auxiliado de la servidumbre, le encerró bonitamente en los sótanos de la casa.

III

Dos días después de estos sucesos, el doctor entró en el cuarto de Susana, y, encerrándose con ella, entablaron el siguiente importante diálogo, del que no perderemos punto ni coma.

La que era ya condesa de Cerezuelo se hallaba en deplorable estado físico y moral, tendida sobre un canapé, en la misma estancia donde recibió a Martín algunos días antes. Sólo la criada entraba para llevarle el alimento, y, más conturbada, más triste estaba allí que en la otra prisión de la calle de San Oprobio, que ella juzgó el más odioso lugar de la tierra. El primero que traspasó el umbral de este nuevo encierro, en que la joven se desesperaba, acompañada de sus pensamientos, fué el pobre *abuelo,* el más afligido de todos los de la casa. Su vista impresionó vivamente a la orgullosa dama, que conservaba bastante entereza en medio de tantas amarguras.

—Susana—dijo gravemente—, quiero conferenciar contigo de un asunto concerniente a la honra de esta casa, que está, tú lo sabes, muy por los suelos. Ante todo espero de ti una revelación franca. Lo que a mí me digas, puedes considerar que se lo has confiado a un sepulcro. Después de lo que ha pasado, nada me sorprenderá; yo, que debiera ser inflexible, como lo ha sido tu padre, seré tolerante si tienes conmigo la franqueza que espero. ¿Tú quieres a ese hombre?

—Sí—contestó Susana con dignidad.

—¿Todavía?—preguntó el doctor con ansia.

—Todavía y siempre.

—No; no lo puedo creer. ¡Tú estás loca, Susana! Por Dios, mira lo que dices. Yo soy demasiado bueno; yo no debería volver a mirarte; pero el entrañable cariño que te profeso me obliga a ser débil. Tú harás lo posible por sofocar ese afecto, ¿no?

—No, porque me moriría.

—Susana, Susana, tú has perdido el juicio. ¡Te morirías, dices! ¡Ojalá te hubieras muerto antes de hacer lo que has hecho! Más quisiera verte en tu ataúd, vestida con el hábito de la Virgen del Carmen, nuestra santa patrona, que deshonrada y perdida para siempre en el concepto del mundo. Dime: ¿ese hombre te arrebató de acuerdo contigo?

—No, yo nada sabía; soy inocente. Me robaron para exigir la libertad de Leonardo.

—Esos hombres son unos bandidos. ¿Y tú amas a ese hombre?

—Sí; no lo negaré nunca.

—¿Ha estado él allí contigo en estos días?

—No; sólo ha estado una vez, en que hablamos un poco, y él se marchó.

—¿Adónde?

Susana no contestó a esta pregunta, a pesar de que fué muy repetida.

—Pero ¿no te horrorizas de lo que has hecho?

—No; porque tengo mi conciencia más limpia que ese espejo en que nos estamos viendo. No tengo por qué horrorizarme; no he cometido falta alguna.

—Pero ¿qué es esto? Aquí hay un arcano. Pero ¿es cierto que tú amas a ese hombre, o ha sido un capricho pasajero?

—No ha sido capricho pasajero; es un afecto firme y grande que no se extinguirá mientras yo tenga vida.

—Pues, hija: cualquiera que sea la verdad de lo sucedido, tú estás deshonrada para el mundo. Ningún caballero de familia ilustre se rebajará a darte su mano; has de vivir encerrada en un convento toda la vida, porque ni aun en esta casa quiere mi hermana que estés. Sólo una solución se ofrece que pueda, sino devolverte la posición que has tenido, porque eso ya es imposible, por lo menos ocultar algo de tu deshonra y darte un nombre que puedas llevar con la frente erguida.

—¿Qué solución es ésa?

—Hay un hombre que, a pesar de lo que ha pasado, quiere casarse contigo. Ese hombre no hubiera sido antes digno ni de dirigirte la palabra; pero hoy, hija, vale más que tú, no lo dudes; hoy su oferta puede considerarse como una abnegación.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó la dama.

—Don Lorenzo Segarra. Aunque de humildísima cuna, no debes de rechazarle, porque, con dolor te lo digo, hoy no puedes aspirar a más. Y aún hay que agradecerle su comportamiento, hijo del mucho amor que tiene a la familia. El quiere lavar esta deshonra, y no vacila en dar su nombre a la que ya no podrá honrarse con el de otra casa más alta. Creo que no has podido soñar una reparación más aceptable. Vivirás con él en Alcalá durante algunos años, y después podrás volver aquí. No puede decirse que lo hace por avaricia, porque has de saber que tu padre, en su último testamento, le nombra heredero de todos los bienes que no pertenecen al mayorazgo; de modo que el esposo que te propongo es casi tan rico como tú.

No es posible pintar el desdén y la repugnancia con que Susana escuchó aquella proposición. El doctor, que lo conoció, dijo estas palabras:

—Yo, que te quiero como un padre, tengo gran empeño en que esto se haga. Vengo de hablar con don Lorenzo, que asegura no poder resistir la situación en que te encuentras. Lo comprendo. ¡Se interesa tanto por la familia! Estoy seguro de que me harás el gusto en compensación de la pena que a todos has causado. Si no lo haces, Susana, haz cuenta de que no existo; no te veré más; puedes considerar que oyes de mi boca cuanto oíste de la de tu padre en su última hora. Eso te propongo. Si lo aceptas, seré para ti tan cariñoso como siempre lo he sido; si no lo aceptas, olvídate hasta de mi nombre; no te conozco; eres para mí la última de las mujeres. Por más esfuerzos que me cueste este sacrificio, lo haré, te juro que lo haré.

El buen doctor no pudo continuar porque los sollozos ahogaron su voz. Susana, a pesar de los esfuerzos de valor que desde algún tiempo hacía, a pesar de su arrogante serenidad, no pudo mostrarse indiferente ante las lágrimas de aquel buen viejo, del pobre *abuelo*, que la amaba tanto. Ya sabemos el ascendiente que el doctor tenía sobre ella, y bien podía asegurarse que era el único de quien se dejaba conmover. La orgullosa consistencia del carácter de la dama únicamente cedía a los mimos del consejero de la Suprema. Aquel día, al oír sus súplicas, al ver las lágrimas que surcaban las arrugadas mejillas del buen viejo, al oír de sus labios promesas de perdón, cuando todos se habían mostrado tan sañudos con ella, no pudo resistir una emoción violenta. Albarado no quiso destruir con nuevas promesas o amenazas el efecto de sus anteriores palabras, y calló, juzgando que nada era tan expresivo como sus lágrimas. Se fué, dejándola sola y encargándole tranquilidad. En el corredor se encontró a Segarra, y le dijo al oído:

—Creo, señor don Lorenzo, que lo vamos a conseguir.

CAPITULO XXVI

¿IRÉ O NO IRÉ?

I

Vamos a asistir a la espantosa duda que conturbó el entendimiento de Susana, comprimido por dos ideas opues-

tas, disputándose la victoria con igual esfuerzo. La infeliz sufrió por cinco días aquella tremenda agonía que produjo en ella un gran trastorno moral y físico, haciéndola insensible a cuanto a su lado veía. Sola, callada, inmóvil, con la vista fija en el suelo, estuvo cuarenta horas, recostada en el mismo sofá en que la hemos visto hablando con el *abuelo*. Nadie la sacaba de su abstracción; nadie le hizo desarrugar el ceño ni volver la vista; no contestaba a palabra alguna, ni fué preciso comprender si era aquélla reconcentración de soberbia o un fuerte acceso de remordimientos. Estaba tejiendo y destejiendo una tela infinita, oscilando, sin cesar, de un término a otro entre los dos de una proposición terrible. Si lo que pasa en el cerebro en tales ocasiones se expresara al exterior por algo material, por algo que se viera y que sonara, se parecería al tictac de un péndulo lento y cadencioso, máquina triste que se ocupa en cantar una duda sin fin.

¿Iré o no iré? Parecerá rara esta vacilación en un carácter resuelto y propenso a las determinaciones decisivas como era el de Susana; pero, en las circunstancias en que se encontraba, no era fácil la línea recta. La duda frívola, que, más que duda, es ligereza y veleidad, no es propia de los caracteres fuertes y activos; la grande, la dolorosa duda que perturba y sacude el ánimo, sólo cabe en las naturalezas reflexivas y profundas o en los caracteres apasionados y fogosos. Nunca la pasión y el deber, eternos contendientes de estas grandes batallas, chocaron de un modo tan rudo como en la mente de Susana cuando, muerto su padre, y decidido por la familia su matrimonio con Segarra, empezó a preguntarse si iría o no a Toledo en busca de Martín, o renunciaría para siempre a la unión prometida y jurada.

Cuando había consentido en renunciar a sus preocupaciones, lo había hecho con plena y absoluta resolución de cumplir su promesa. Aquello había llegado a ser una necesidad, después de haber sido objeto de una gran lucha. Una serie de impresiones recibidas en los días de su prisión, y, por último, el diálogo con Martín, desarrollaron en su ánimo la pasión tan a expensas del orgullo, que era preciso transigir con ella y olvidar la baja condición del objeto amado. Ella no había conocido un hombre como aquél, ni creía que existiera otro en quien se juntaran más calidades de carácter y de persona que le fueran agradables. Hasta lo que podrían considerar muchos como defectos, le era simpático, y sentía una admiración instintiva hacia todo lo que en él causaba terror a los demás. Era el ser *único*, encontrado en la jornada de la vida, sin que antes hallara otro ni hubiera esperanza de encontrarle después. Renunciar a él sería renunciar a la vida, someterse al rigor de una familia intolerante y cerrar para siempre los ojos a la luz de la felicidad, sumergiéndose en noche de tristeza y de soledad, peor que la muerte, porque se pensaba. Si tenía la debilidad de ceder a sus preocupaciones y a las exigencias de sus parientes, era preciso optar entre pasarse el resto de la vida en un convento o casarse con un hombre como don Lorenzo Segarra, lo cual era todavía peor que el convento. ¿Y qué valor tenían las exigencias de su familia, tratándose de su felicidad? ¿Por qué había de someterse a la voluntad de nadie? ¿Por qué había de sacrificar a una vana consideración social, a una pura cuestión de palabras, el hecho cardinal de su vida, aquel grande y noble sentimiento, vagamente previsto desde que dejó de ser niña, anunciado, al presentarse, con el aparato de fuertes ataques de veleidad, de mal humor, de caprichosas liviandades: enseñoreado, al fin, de su espíritu, de tal modo, que había llegado a ser su espíritu mismo? No; de ninguna manera. Era preciso ir.

Pero..., pero aún zumbaban en su oído, como el eco de las voces de todos sus antepasados juntos, las palabras del conde, cuyo clamor era la protesta de la raza y de la sangre contra aquella desnaturalizada hija que manchaba con el cieno de las tabernas y con el polvo de los clubs el preclaro nombre de la antigua familia. Don Pablo Muriel había sido enemigo de la casa; aquel hombre no podía ser simpático a ningún Cerezuelo. Su padre había fallecido presa de un rencor que no domaba ni la proximidad de la misma muerte. Había concluido su honrada vida con el corazón envenenado, maldiciéndola desde las puerta del sepulcro, y aborreciendo

cuando sólo debía amar, atento a su deshonra, cuando sólo debía poner el pensamiento en Dios. El, que debía haber muerto como un justo, murió como un réprobo, desesperado y furioso. Tal vez el alma del padre irritado no encontró abierta la entrada del cielo, cerrada para todos los rencores de este mundo. ¡Oh, éste era un pensamiento terrible! La maldición del conde, su atroz aspecto, su frenesí, que casi parecían de ultratumba, le imponían un pavor indecible. Casi le costaba trabajo creer que su mismo padre estuviera en aquellas escenas, y le parecía que, ya finado, había vuelto, traído por infernales espíritus, a pronunciar el anatema de cien generaciones de antepasados ilustres. Aquel recuerdo y aquellas palabras la perseguirían toda su vida como un escuadrón de espectros zumbando en su oído y revolando ante su vista. No..., de ninguna manera; no podía, no debía ir; era imposible ir.

Pero..., pero si ella no había conocido otro hombre como aquél, con cuyo carácter el suyo había hecho ya un estrecho maridaje en la región de lo ideal. ¡Eran los dos tan parecidos, tan el uno para el otro! Además, ella detestaba la turba de galanes que conocía en la corte, y sentía repugnancia invencible hacia los sandios petimetres que le habían ofrecido su mano. A veces, antes de encontrar a aquel ser, buscado instintivamente por todos lados en el sendero de la vida, ella era también frívola y tonta como los que la rodeaban; pero, en el fondo de su alma, detestaba la afeminación. Adoraba todo lo enérgico, todo lo que tuviera proporciones inusitadas. La superioridad moral de Martín la atraía por una especie de gravitación que existe en la misteriosa astrología de los espíritus. No podía resistir aquella atracción que propendía a fundir en una sola dos naturalezas afines. Su entendimiento, como su voluntad, se habían ya acostumbrado a volar continuamente en dirección a la voluntad y el pensamiento del revolucionario. Era tan triste suponer un divorcio perpetuo entre los dos, que la imaginación dolía, como si fuera un órgano, al fijarse en este punto. No era posible pensar cosa alguna que no se relacionase con él. Nada ocurría en el mundo moral, como en el físico, que estuviera desligado de la persona o del pensamiento de aquel hombre; y la imaginación de la pobre dama no tendía ninguno de esos hilos de araña que pueblan el espacio en las horas de meditación, sin que la extremidad del cable imperceptible dejara de fijarse en el otro término de aquel dualismo. No era posible renunciar a tanta sensibilidad desbordada, a tanta ansiedad satisfecha, a tantas lágrimas de placer, a tantas cosas nuevas y desconocidas, surgidas de improviso del fondo de la Naturaleza, como la violenta vaporización de los materiales de un volcán, sometido de pronto a la acción del enérgico fuego interior. Su espíritu tenía horror al olvido, como la Naturaleza tiene horror al vacío. No, imposible; renunciar a aquello era un hecho que no cabía dentro de la voluntad humana. Era preciso ir.

Pero..., pero se acababa su representación en el mundo. Adiós bailes, fiestas, tertulias, en que todos se consideraban felices al ser mirados por ella. Ya se concluía la Susana omnipotente, que avasallaba a todos y de todos era idolatrada. Además, ¿cómo olvidar la imagen de su padre, irritado en el momento de morir, cual nunca lo había estado en vida? Le había de ver todas las noches, apareciéndose en sueños, para maldecirla: había de escuchar constantemente aquellas palabras: «¡Que tus hijos sean monstruos horrendos!», y no tendría un momento de tranquilidad. Y, al mismo tiempo, el pobre *abuelo,* que la amaba más que su mismo padre, se moriría de pena viéndola unida a aquel hombre aborrecido. Recordaba sus súplicas, pidiéndole, con tanta ternura como un joven amante, que renunciara a un amor bochornoso; recordaba sus lágrimas, que nunca, en ningún tiempo, había visto en el rostro del anciano, y el corazón se le apretaba de angustia. Su padre muerto, pero vivo en la memoria eternamente por su terrible anatema; su protector y amigo resuelto a abandonarla y a morirse también de desesperación, la perseguían como dos sombras irritadas y vengativas. No, de ningún modo; era imposible ir.

Como una balanza matemáticamente nivelada y oscilando en períodos iguales, así estaba su espíritu y así resistió dos días de constante meditación. Bastaba un grano de arena para inclinar de un lado cualquiera de los dos plati-

llos, y este grano de arena lo arrojó un hecho que parecía casual, pero que ella juzgó dispuesto por la Providencia.

Don Lino Paniagua se presentó en su casa cuando menos ella lo esperaba, y pidió ser llevado a su presencia, en lo cual no hubo inconveniente por la general creencia de que el abate era un ser completamente inofensivo.

II

—Señora condesa—le dijo, complaciéndose en acentuar el título—, vengo a consultar con usted un grave asunto. No he querido decir nada a la familia, porque esto es cosa que usted sola debe saber. Ante todo, le suplico que no vea en mis palabras nada que pueda ofenderla. Usted debe saber que el señor don Martín tiene un hermanito, el cual se había extraviado, y no era posible encontrarle.

—Sí—dijo Susana con la mayor viveza—. ¿Ha aparecido?

—Pues contaré a usted. Me han encargado una comisión sumamente delicada. Ese niño ha parecido en Aranjuez, en casa de los señores de Sanahuja, que le recogieron. Nuestra amiga doña Engracia le vió, supo por él que era hermano del señor don Martín, y, deseando hacer una obra de caridad, me le envía para que yo se le entregue al interesado. He aquí mi aprieto, señora condesa: el niño está en mi casa, adonde ha llegado esta mañana, y como yo no sé dónde está el señor don Martín, vengo a que usted me lo indique, si lo sabe, y siempre en el caso de que esto no le cause molestia.

Don Lino calló y aguardó la respuesta, no sin cierto temor de oír un ex abrupto. El semblante de Susana se alteró, recobrando de improviso su animación. Sus miradas volvieron a ser lo que habían sido antes, expresivas y deslumbradoras; se levantó y dió algunos pasos. Todo anunciaba en ella que la lucha había concluído y que, al fin, tomaba una resolución decisiva. Para el abate no pasó inadvertida aquella inopinada resurrección.

«Voy, voy, voy—dijo para sí—; voy a llevarle ese niño. Es un deber; ya no lo dudo. Cumpliré mi palabra, y seguiré mi destino. Yo necesito verle y presentarle a su hermano, hallado al fin y recogido por mí. Este es un aviso del Cielo, que me da resuelta la cuestión. Sí..., es un aviso del Cielo. Iré; es preciso ir. Me asombro ahora de haber dudado un momento.»

Después, sentándose de nuevo, dijo en voz alta:

—Don Lino, tengo que pedir a usted un favor.

—¡Ah! Algún encargo. ¿Quiere usted que le traiga otra caja de pastillas de casa del Mahonés?

—No; no es eso.

—Disponga usted de mí por esta tarde, porque ahora tengo que ir a casa de las escofieteras de la calle de Milaneses para decirles, de parte de doña Robustiana, que no pongan a las papalinas cintas verdes, sino azules.

—No es para hoy; será para mañana. Quiero que me acompañe usted a una parte.

—Señora condesa—dijo el abate, muy asustado—, recuerde usted las circunstancias... Usted no podrá salir de aquí.

—¡Que no puedo salir!—contestó Susana con un arranque de soberbia que asustó a Paniagua.

—Pero..., quería decir... Si la familia lo sabe, ¿qué creerá de mí?

—Usted irá, irá conmigo—dijo Susana en un tono que no consentía réplica.

—¿Es a alguna casa conocida?

—No es en Madrid.

—¿Tenemos que ir fuera? Pero, señora condesa, considere usted...

—Usted va conmigo; usted va conmigo sin remedio. No hay otra persona que pueda hacerme este inmenso favor. No será usted capaz de desairarme.

En efecto, Paniagua no era capaz de decir que no a nada, y después de mil súplicas encantadoras, después de mil coqueterías irresistibles, prometió a Susana acompañarla al punto que ésta tuviera por conveniente.

—Pues bien—dijo ésta—; mañana, al anochecer, aguárdeme usted en su casa, y esté preparado para un viaje. Tenga usted un coche preparado, cueste lo que cueste.

—¿Y qué hago con ese chicuelo que me han enviado?

—Ha de ir con nosotros.

—¡Ah!—dijo el abate, asustándose otra vez—. Pero, señora condesa, repare usted..., la familia..., el doctor...

Se entabló de nuevo la disputa; pero, al fin, cedió don Lino, impotente para negar lo que se le pedía de un modo tan apremiante. Convino en prepararlo todo y en aguardarla a la noche siguiente.

CAPITULO XXVII

QUEMAR LAS NAVES

I

Los individuos que habían de componer la Junta estaban reunidos y profundamente atentos al suceso ya próximo y cuyo éxito era un pavoroso enigma. No pasaban de doce y ocupaban un gran salón mal amueblado en la planta baja de un caserón ruinoso. En sus semblantes, más se notaba tristeza de penitentes que entusiasmo de conspiradores. Parecía que la proximidad de los hechos había enfriado un tanto su primer acaloramiento y que no estaban hechos aquellos caballeros de la madera con que se fabrican los revolucionarios. Había dos, sin embargo, que eran cada vez más ardientes y recogían todas las palabras de Martín con verdadera ansiedad, expresando en sus fisonomías las diversas impresiones que experimentaban al oírle.

Pálido, grave y con claras señales de haber padecido grandes insomnios, estaba Martín, sentado en lo que parecía ser cábecera de la mesa oblonga colocada en el centro del cuarto.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las diez—contestó uno de los presentes.

—Dentro de dos horas estará cada uno en el sitio que le corresponde—dijo Muriel solemnemente—. ¿Hay alguno que se sienta débil para lo que exige tanta resolución? ¿Hay alguno que no se halle con fuerzas para poner su firma al pie del acta de la constitución de la Junta? Todavía es tiempo: faltan aún dos horas. Los cobardes tienen tiempo de arrepentirse. Si hay alguno que, viendo de cerca el peligro, quiere retirarse a su casa para llorar como mujer los males de la patria, en lugar de arrostrar la muerte para castigarlos y hundir para siempre la tiranía, puede hacerlo. Dentro de un rato será tarde.

Todos escuchaban estas palabras con profunda ansiedad.

—La Junta queda en este momento constituída, y el acta se va a firmar —continuó, sacando unos papeles, que extendió sobre la mesa—. Aquí está: es preciso firmar esta acta, que dice: «Hoy, dieciséis de mayo, los firmantes declaramos constituída la Junta revolucionaria de Toledo, y decretamos: Primero. Manuel Godoy, llamado Príncipe de la Paz, es condenado a muerte. Segundo. La familia de Borbón ha dejado de reinar en España. Tercero. No hay más soberanía que la de la Nación. Cuarto. Esta Junta ejerce el Poder supremo ejecutivo, que sólo resignará en las Cortes del reino, convocadas al efecto.» Ahora, firmad todos. Ya he firmado yo el primero.

Los dos que estaban sentados junto a Martín extendieron su nombre al momento; los demás se consultaron con las miradas, y aun en alguno se notó la señal de un gran sobresalto. Uno se levantó de pronto y dijo:

—Yo no firmo eso.

Pero los demás no tuvieron valor para negarse ante los modales, y la voz autoritaria de Muriel, y firmaron. Inmediatamente éste sacó otro papel, que dijo ser una copia exacta del primero, y lo extendió también sobre la mesa, diciendo:

—Ahora fírmenme ustedes esta otra copia.

Los conspiradores firmaron todos, excepto aquel que desde un principio se había negado, y, habiendo recogido Martín aquel segundo documento, lo dobló, sellándolo, y escribiendo con gruesos caracteres el sobre.

—Pero ¿a quién dirige usted la copia del acta?—preguntó uno, mirando por encima del hombro del joven.

—Véalo usted—contestó éste—: a su alteza serenísima el señor príncipe de la Paz.

—¡Oh! ¿Qué hace usted?... ¡Está loco, sin duda!—exclamaron algunos de aquellos hombres, poseídos repentinamente de una gran turbación.

—¡Enviarlo al príncipe de la Paz... y con nuestra firma!

—Explique usted qué quiere decir esto.

—Esto se llama quemar las naves —contestó Muriel con voz imperturbable—. Los que han firmado este documento tienen contraído un compromiso solemne, y por si alguno quiere volver el pie atrás en el momento supremo, yo

le quito de esta manera toda esperanza de salir impune. Envío el acta a Godoy para que todos los que la han firmado se convenzan de que no hay más remedio que vencer o morir. Si esto sale mal, no queda el recurso de negar toda participación en la empresa frustrada. Si no vencemos, a todos nos espera el cadalso. Mañana sabrá Godoy nuestros nombres, pero ya será tarde. Para estos golpes de terrible audacia no basta el valor: es necesaria la desesperación, y ésta, que hoy podré llamar fecunda virtud, la infundo a todos, asegurándoles que no podrán contar con la existencia si no vencemos. No hay remedio; es preciso vencer o morir. El que prefiera el vil cadalso a la honrosa muerte de una batalla, que se retire: aún es tiempo.

Estas palabras fueron pronunciadas en medio de un silencio sepulcral, en que no se sentía ni la respiración de aquellos hombres, cuya vida había sido puesta entre el terrible dilema de una lucha desesperada o de un patíbulo afrentoso. El efecto producido por el atrevido proyecto del revolucionario fué distinto: en unos avivó el entusiasmo; en otros produjo una especie de terror pánico, mezclado de abatimiento. Aún hubo una mano que acarició a escondidas el pomo de un puñal; pero la persona, el carácter del jefe eran cada vez más imponentes, y la intención homicida murió en flor, sofocada por cierto estupor supersticioso que experimentaba su autor.

Martín se levantó, y dijo:

—No necesito añadir una palabra más. Dentro de dos horas cada uno sabe lo que tiene que hacer.

Entre los entusiastas había dos, como hemos dicho, que eran íntimamente adictos a Martín. El uno era un joven abogado de aquella ciudad, apasionado, ardiente, dotado de los mismos pensamientos revolucionarios que Muriel, aunque de carácter menos firme y sin poseer la voluntad reflexiva que daba tanto ascendiente a las determinaciones de aquél. El otro era un clérigo levantisco, natural de Sevilla, y que profesaba las ideas más exageradas en materia de política y religión. Ambos reconocieron en su nuevo amigo las cualidades sobresalientes que exigía aquel empeño en que estaban metidos; y, esclavos de la superioridad, se sometieron a cuanto él disponía, identificándose con su iniciativa. El abogado se llamaba Brunet, y el clérigo, aunque con las licencias retiradas y alejado de los altares, conservaba el nombre de el *padre Vélez*. De los demás, no haremos mención sino en conjunto, porque sólo así pueden figurar en esta narración.

Cuatro eran los que se mostraban más recelosos y pensativos, y uno de ellos, el mismo a quien vimos acariciando el mango de un oculto puñal, fue quien poco antes se había negado resueltamente a firmar el acta.

Este hombre salió del cuarto y de la casa, y apenas había andado veinte pasos por la calle, le salió al encuentro otro hombre, envuelto en una ancha capa negra, y que se paseaba por aquellos lugares, como esperando la salida de alguno.

—¡Ah!, señor don Juan—dijo el que venía a la Junta—, a su casa iba yo.

—¿Qué hay? ¿Cómo va esa Junta?

—Señor, ese loco nos va a perder. Figúrese usted que les ha hecho firmar un acta en que la Junta se compromete a destituir la familia de Borbón y convocar unas Cortes, proclamando la soberanía de la nación. Sospecho que ese diablo lo va a echar todo a perder.

—¡Dejadle, dejadle!—contestó el que respondía al nombre de don Juan—. Yo soy de la opinión de Rotondo, que me decía en su carta de ayer: «Nada importa que en el primer movimiento unos cuantos locos proclamen mil atrocidades. Lo que importa es que haya tal movimiento. Mientras más espantosa sea la sacudida, mejor.» Yo opino lo mismo, señor brigadier Deza; y la verdad es que Muriel tiene verdadero genio revolucionario. Ya ve usted cómo ha organizado en cuatro días una fuerza formidable. Es un mozo de cuenta, y creo que no nos dejará en el atolladero.

—Pues yo veo la cosa mal—contestó el brigadier—. Reconozco sus cualidades, pero le tengo miedo. Lo cierto es que muchos de los que constituyen la Junta han aceptado su programa, que es atroz. Si nuestros enemigos se aprovechan a tiempo del terrible efecto que va a causar en la Corte el programa de la Junta, estamos perdidos.

—Déjeles usted obrar; que hagan lo que quieran. Lo que importa es que caiga Godoy, y eso ya lo podemos considerar como seguro. Ya ve usted cómo esta-

ba el pueblo esta tarde en los barrios de Albadanaque y San Lucas con la carencia fingida del pan.

—Todo está muy bien preparado, y yo soy el primero que hace honor a lo que Muriel ha dispuesto; pero presumo que nos va a perder. A fe que he tenido intenciones de quitarle de en medio. Sepa usted que obligó a todos a firmar una copia del acta para enviarla a Godoy. Dice que esto se llama quemar las naves para conseguir que no haya desertores en la Junta.

—¡Sublime idea ha tenido!—exclamó don Juan—. Deje usted; mientras mayor sea el entusiasmo...

Los dos personajes continuaron su diálogo, cada vez más animados, y se perdieron por las callejuelas que rodean a la catedral.

II

En tanto, Martín y los demás continuaban reunidos.

—Desde este momento—dijo el primero—queda constituída aquí la Comisión permanente de la Junta, que preside Vélez, por delegación mía. Esta Comisión está en relación conmigo toda la noche, y resolverá con su criterio cuanto ocurra, en caso de que no haya una orden mía en contrario.

—La Comisión permantente—dijo el padre Vélez, sentándose en el asiento de preferencia—sostendrá tus acuerdos, y garantiza su ejecución con la vida de todos los que aquí quedamos.

Martín salió y despachó al momento un correo de toda su confianza que llevara a Madrid el acta firmada por todos los individuos de la Junta. Estos, por tanto, no tenían escapatoria. La causa de haber dado Martín este arriesgado paso era que algunos de aquellos personajes, a pesar de ser todos muy vehementes al principio, le inspiraban cierta desconfianza los últimos días.

A las doce en punto, doscientos hombres encerrados en las habitaciones medio ruinosas de la Judería se amotinarían, apoderándose de todas las callejas y recodos de aquel antiguo y solitario barrio. Estos hombres eran escogidos, de probado valor, y en todos ellos, tratándolos separadamente y por grupos, había infundido Martín una decisión que parecía inquebrantable. Mas eran una fuerza brutal y ciega, que ignoraba la idea de la cual recibía tan vigoroso impulso. El rencor hacia un hombre, a quien juzgaban causa de todos los males, era el único sentimiento que los movía; pero, aun así, aquella fuerza era de inmensa utilidad. El resto del pueblo que habitaba en Toledo, o era indiferente, o estaba dispuesto a secundar el movimiento. Los nobles y el clero eran también revolucionarios; pero sólo algunos estaban enterados de lo que se preparaba. Todo era favorable; sólo la mala fe o la discordia entre los conspiradores podía frustrar el golpe.

Lo primero que debían hacer los amotinados era apoderarse, a viva fuerza, del corregidor y del coronel que mandaba la escasa guarnición de la ciudad: esto parecía muy fácil, porque el brigadier Deza, que era de la Junta, podía entregar a los soldados, aunque no tenía mando activo. El clero, y principalmente los inquisidores, aunque estaban también en autos, no tenían participación directa, y esperaban confiados en las hazañas de aquel hombre, enviado de Madrid por Rotondo, y en quien suponían, con razón, cualidades no comunes. Todos velaban, llena el alma de zozobra, aguardando noticias de la Judería; sólo descansaba, sin ningún género de cuidado ni sospecha, el corregidor de la ciudad, don Ildefonso Carrillo de Albornoz, del cual también se susurraba que no era muy afecto a Godoy. Los elementos para el primer impulso eran considerables; después se contaba con el concurso de España entera.

Martín, al salir de la Junta, fué a su casa a reposar un momento para dirigirse a las doce a la Judería.

Habitaba en una casa lóbrega y escondida de la calle de la Chapinería, y sólo le acompañaba Alifonso, porque don Frutos había sido encargado de cierta comisión que se sabrá después. Aquella noche, sintiéndose el joven con necesidad de tomar alimento, fué a la posada, y, con gran sorpresa, encontró en ella a fray Jerónimo de Matamala.

—Querido Martín, Martincillo—exclamó aquél, abrazándole—. He venido sólo por verte. ¿Qué tal? Muy ocupado. Sabes que esto que aquí pasa no me parece del todo bien; sí, te diré..., he venido sólo a eso. ¡Pobre muchacho! Tú estás loco. ¿Conoces bien la gravedad de

lo que vas a hacer? Corchón me ha mandado a toda prisa; está escandalizado y furioso. Aquí ha sabido que estás haciendo atrocidades, y te auguro mal fin. Hay muchas personas que están irritadas contra ti, sobre todo ciertos individuos del clero.

—¿Qué me importa?—contestó Martín—. Ya no es posible volver atrás; es igual que estén contentos o no. Yo me río de sus escrúpulos. ¡Gente apocada y egoísta! ¿Qué saben ellos lo que es valor? Querían que trabajáramos por ellos, por cimentar su poder, por aumentar su influjo. Vaya usted y diga a esos farsantes que ya no hay esperanza. El alcázar de la corrupción y de la barbarie está minado; no falta más que aplicar la mecha.

—¡Infeliz!—dijo Matamala, llevándose las manos a la cabeza—. Siempre lo mismo; siempre blasfemo. Mal haya quien te dió parte en este negocio. Bien decía Corchón que tú nos ibas a perder... Pero, hombre, considera... Ten prudencia...

—¡Prudencia yo!... Esta no es noche de prudencia.

—Corchón está hecho un veneno contra ti.

—Mucho me importará lo que piensa ese pedantón...

—Y Rotondo... También está disgustado, lo sé...

—Ningún malvado puede estar contento con lo que pasa. Se acerca el último día de los hipócritas, de los corrompidos y de los infames.

—¡Oh santo Dios y el seráfico Patriarca!... Pero ¡qué loco está este hombre!... Aquí, la gente de aquí, la gente gorda, está también disgustada. ¡Quién sabe lo que a estas horas estarán tramando contra ti! No seas loco; ve, preséntate a ellos y diles que estás arrepentido de todas tus faltas y que harás lo que ellos te manden...

—Déjeme usted en paz, padre; yo no tengo que dar cuentas a nadie—dijo Martín, amostazado—. Usted es un pobre hombre que no sabe lo que dice. Esto no se ha hecho para los frailes ambiciosos ni para los clérigos intrigantes.

—¡Ah! También a mí me insultas... Bien; haz lo que quieras; no te aconsejo más. Me callo.

—Señor don Martín—dijo Alifonso, al ver que había terminado la disputa—, esta tarde ha llegado a la posada una señora y ha preguntado por usted.

—¿Una señora? ¿Viene sola?

—Con un caballero flaco y pequeñín que iba mucho a casa, cuando el señor don Leonardo, pues...

—¿Dónde está? Al instante quiero verla.

—Es la de Cerezuelo—dijo fray Jerónimo al oído de Martín—. La he visto al entrar.

Fué Martín inmediatamente al cuarto donde le dijeron que estaba Susana. Dió un ligero golpe en la puerta, y al momento sintió el crujir de un vestido de seda rozando precipitadamente por el suelo. Sonó el cerrojo, y antes que la puerta se abriera, hasta le pareció que un perfume sutil anunciaba la presencia de la gran dama. En efecto, era ella. Cubierta de palidez, conmovida y turbada, Susana se ofreció a los ojos de Martín, y después de indicarle que entrara, cerró de nuevo la puerta. El joven se acercó a ella, y besándole ambas manos con cierta efusión de galán enamorado, que Susana hasta entonces no conocía, le dijo:

—¡Ah! Bien ha cumplido usted su palabra. Ya lo esperaba yo.

—Sí; mucho he dudado—contestó Susana con emoción—; pero al fin...

—¿Y duda usted todavía?

Susana se pasó la mano por la frente, y dijo con profunda melancolía:

—No lo sé.

—Terrible es la prueba; pero, por lo que me dijo usted aquella noche, creo que todo cuanto usted oponga a esta inclinación es oponerse a su destino.

—Desde que no nos vemos me han pasado cosas terribles... Pero ahora no puedo referir... Estoy sin fuerzas; he pensado tanto estos días, que me duele el pensamiento. Yo creo que me he envejecido. ¡Cuánto he variado, Dios mío, en unas cuantas semanas: yo misma no me conozco! La persona que ha tenido bastante fuerza de atracción para hacerme venir aquí, para hacerme menospreciar todo lo que se queda allí, desoír la voz de cuantos en esta vida y en la otra se oponen a mi amor, debe de estar orgullosa. Si Jesucristo, bajado del cielo, me hubiera dicho por su propia boca que yo iba a hacer esto que hago, me habría reído de El.

—Es verdad—dijo Martín con alguna emoción—. Al verla a usted en este sitio, me parece que he alcanzado la mitad de la victoria. Ya tengo la victoria moral; no me falta más que la de la fuerza. Usted, bajando hasta mí, parece que viene a sancionar mis ideas. Es la Providencia, señora, quien le ha enseñado a usted este camino. Si me parece que aquella clase que tanto odié conoce sus agravios y baja a pedirme perdón, no a mí, que nada valgo, sino a los míos, a los de mi clase, al santo pueblo, ansioso de ser amado después de tantos siglos de humillación. Ya comprendo que el odio no resuelve ninguna cuestión, ni cura ninguna herida, ni dulcifica ninguna pena. Los hombres no han de ser iguales destruyéndose, no; no ha de haber nunca igualdad en el mundo sino por el amor.

Susana se había sentado, y parecía abrumada de nuevo por sus meditaciones; pero al oír las últimas palabras de Martín se serenó su rostro, brillando en él aquella sonrisa apacible y melancólica que produce toda idea de felicidad al pasar con rapidez por la mente cargada de malos recuerdos y de crueles dudas.

—¡Cómo me he transformado!—dijo—. Me acuerdo de mí misma en los tiempos anteriores a nuestro trato como se recuerda a una persona a quien hemos conocido. Me asombro de que yo no hubiera sido siempre así.

—Aquel orgullo...

—Subsiste para todos, menos para uno solo, el único destinado a vencerlo. Usted se asombrará cuando le cuente el sinnúmero de pensamientos, de recuerdos, de terrores, de aprensiones que he tenido que vencer para venir aquí. Pero no puedo explicar ahora todo... ¡Tengo tanto que contar...! Estaría un día entero refiriendo lo que me ha pasado y lo que he sentido.

—Oiré esa historia, que puedo considerar como parte de la mía. Es tarde, tengo que salir. Volveré.

—Antes que usted se vaya tengo que mostrarle un regalo que le he traído.

—¡Un regalo!

—De gran precio: una joya perdida hace tiempo y que alguien ha tenido la suerte de encontrar.

Susana se acercó a uno de los dos lechos que en el cuarto había y descubrió a Pablillo, que dormía como un ángel.

—¡Pablo, mi hermano!—dijo Martín con delirio, abrazando y besando al desgraciado niño.

—No le despierte usted—añadió Susana—. Por el camino me ha contado sus aventuras. Está prendado de mí y no ha querido dormirse sin la promesa de que no me separaría de su lado. Vea usted: le ha cogido el sueño abrazado con mi manto y no lo soltará hasta que despierte.

En efecto, Pablillo tenía fuertemente apretado entre sus brazos el manto de Susana, como podría tener un galán a su bella desposada en los primeros sueños del matrimonio. Muriel contemplaba con verdadera emoción a su hermano, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta.

—Muriel, Muriel, ya es hora—dijo la voz de Brunet desde fuera.

—No me puedo detener un momento; adiós.

—Adiós. No pregunto adónde va usted. ¿Puedo estar tranquila?

—No; porque si mañana no soy lo que debo ser, y lo que me he prometido ser, puede decirse que he muerto. ¿Tiene usted miedo?

—No—contestó Susana con enérgica decisión y arrojándose en los brazos del joven.

—Esperemos. Si no venzo esta noche, es señal de que no hay Dios.

—¡Quién sabe! Adiós.

Martín salió del cuarto, y la dama no se separó de la puerta hasta que le vió desaparecer.

CAPITULO XXVIII

LA TRAICIÓN

I

Los dos hombres se dirigieron a buen paso a la calle del Hombre de Palo, donde estaba la Junta; pero cuando ya se acercaban a la casa vieron salir de ella dos hombres que corrían con precipitación, y al punto reconocieron a dos individuos de la Comisión permanente.

—Martín, Martín—gritaron al verle—. ¡Traición! ¡Traición! Nos han vendido.

—¿Qué hay? ¿Qué es esto?

—Ese infame Deza... Ya lo sospecha-

ba... Vélez ha sido asesinado; Aranzana y Bozmediano quedan malheridos...

—Pero ¿cómo ha sido?...

—La cosa más inicua. De improviso entró Deza en el salón, acompañado de diez o doce soldados, y nos intimó que nos rindiéramos en nombre del príncipe Fernando, cuya causa decía representar él solo. Vélez, increpándole por su deslealtad, quiso echarse sobre él, y al instante fué atravesado con un estoque. Nos hemos defendido como fieras; hemos matado tres; pero el infame ha salido con los demás. Creemos que va a la Judería. Corramos...; no hay que perder un instante.

—Calma, calma—dijo Martín—. Vamos a la Judería; pero procuremos llegar allí serenos y con juicio.

Bajaron, en efecto, y antes de llegar observaron el resplandor de algunas antorchas y distinguieron rumor de voces. Por el camino encontraban multitud de personas que iban y venían, demostrando alarma, y a algunos de los fugaces transeúntes oyeron decir:

—Aseguran que es un bandido que quiere asesinar a todo el clero de la santa Iglesia y robar todas las alhajas.

II

Antes de seguir adelante conviene hacer mención de algo que pasó en elevados círculos de la ciudad toledana. Don Juan de Escóiquiz no había podido convencer a sus colegas en conspiración que no importaba gran cosa el giro que quería dar al movimiento su principal impulsor. Desde la mañana de aquel día muchos señores capitulares, regulares y parroquiales se habían mostrado algo fríos en el entusiasmo que desde el principio les causaron las noticias de los acertados trabajos de organización que había llevado a cabo Martín. La mayor parte esperaban con ansia; pero algunos comprendían la tormenta que se les venía encima, y formaron propósito de evitarla. El brigadier Deza, que desempeñaba el papel correspondiente a la envidia de todos los asuntos de aquella índole, atizaba con sorda actividad esta insubordinación.

Llegada la noche, ya don Juan Escóiquiz no pudo contener aquella tendencia díscola, nacida precisamente en lo que podría llamarse la aristocracia de la conspiración, y en los momentos en que se celebraba la Junta de que hemos dado cuenta zumbaba la tormenta contrarrevolucionaria en la habitación de un señor capellán de Reyes Nuevos, que había convocado para tratar de aquel grave asunto a varios dominicos, mínimos y agustinos de los muchos que hormigueaban en aquella ciudad plagada de conventos.

—Estamos perdidos—decía uno.

—Nos van a asesinar como si fuéramos perros herejes—clamaba otro.

—¡Con qué gente nos hemos metido!

—Es preciso defenderse.

En efecto, algunos de aquellos señores, los unos disfrazados de seglares, los otros con sus hábitos, se desparramaron por la ciudad con ánimo de prevenir a los hombres del pueblo que les eran adictos y que pertenecían a la formidable infantería de los doscientos.

—¡Qué timidez, santo Dios!—decía Escóiquiz al volver de su excursión al local de la Junta—. Déjenles que hagan lo que quieran. Caiga el *Guardia,* y después ya veremos.

—Sí; pero que no caigamos nosotros con él—indicó con ira el padre definidor del Santo Oficio—. Vea usted lo que me dice hoy mismo el ilustre Corchón. Dice que ese hombre nos va a perder sin remedio; que es un francmasón, un hereje, un blasfemo y feroz.

—Tiemblo, en verdad, por la vida de tanto pobre fraile inocente—exclamó con compungida voz el padre provincial de franciscanos, que era un viejecillo hipócrita y zalamero.

—Esta disensión de última hora—gritó don Juan con energía—nos ha de perder. ¡Y todo que estaba preparado a pedir de boca! Señores, por todos los santos, dejad hacer; no impidáis el movimiento de esta noche. Ya han partido los correos a las provincias. Si esta noche no hacemos nada, renunciemos a echar por tierra al de la Paz. Los momentos son decisivos.

—Lo haremos, sí; pero quitando antes de en medio a ese endiablado Muriel.

—Eso de ninguna manera. El lo ha organizado todo; él sólo puede hacerlo. Reconozcamos que somos todos unos cobardes, incapaces de exponer la vida.

—Ahora se trata de salvarla.

—Es preciso que muera ese bandido.

—Mañana, mañana.

—No; esta noche, ahora mismo.

La disensión iba en aumento, y aunque los demás se inclinaban aún del lado de Martín y de Escóiquiz, el ardor de la parte levantisca, que se creía comprometida y en gran peligro a causa de las nuevas tendencias del movimiento, podía inutilizar en un instante los trabajos de tantos años y perder aquella admirable ocasión, que rara vez se volvería a presentar.

III

Muriel, Brunet y los otros individuos de la Junta entraron en una de las calles de la Judería y tropezaron con un grupo, a quien arengaba el brigadier Deza, al parecer con poco éxito. Los hombres del pueblo que le oían se dirigieron a Martín, como si le hubieran estado esperando, y éste, en tal instante, creyó que la fortuna, por breve tiempo eclipsada, venía de nuevo a favorecerle. El tenía una confianza sin límites en el éxito de aquella atrevida empresa.

El brigadier se alejó al verle; pero corriendo Martín y algunos más en su seguimiento pudieron atraparle al volver una esquina.

—¡Traidor! —dijo Muriel asiéndole fuertemente por un brazo, mientras Brunet le desarmaba—; tus instantes están contados.

—¿Qué hacemos con él?—preguntó uno de aquellos hombres.

—En uso de la autoridad que me ha concedido la Junta, le condeno a muerte.

—¡Tú!... ¿Quién eres tú, bandido infame, para condenarme?—gritó Deza, echando espumarajos de rabia.

—Yo soy el que castiga—replicó Martín con dignidad—. Brunet, ejecuta esta sentencia.

Al decir esto se alejó. A los pocos pasos un fuerte arcabuzazo anunció el fin del brigadier, y los que habían quedado detrás se reunieron a Martín.

—En momentos supremos, la muerte parece poca pena para la traición—dijo Muriel sombríamente, internándose más en la Judería.

En seguida encontraron nuevos grupos, que se unían todos con muestras de adhesión muy viva.

—Estamos vendidos—decía una parte de la gente—; se han ido con los frailes.

En efecto, al llegar frente a la iglesia del Tránsito, de un grupo muy compacto salieron voces que decían:

—¡Muera ese bandido!

—¡Oh, qué infierno!—exclamó Martín—. Vamos a emplear nuestra fuerza en someter a esos viles.

—Esta división nos mata—dijo Brunet.

—¡Estamos perdidos! —añadió Muriel—; pero adelante. Todo el que no quiera combatir conmigo por la Libertad, que se vaya con esa canalla.

—No; contigo, contigo—clamaron muchas voces, y en aquel mismo momento avanzaron todos.

Los otros retrocedieron, perdiéndose en el laberinto de aquellas calles, hechas para la defensa. Si el lector no ha paseado alguna vez por las revueltas, estrechas y empinadas vías de comunicación de la ciudad imperial, no comprenderá cuán a propósito es para una revolución, por ofrecer inmensas ventajas estratégicas de defensa y tener pésimas condiciones para el ataque. Martín, que había estudiado bien este punto, rugió de ira al conocer que en vez de ser dueño de aquella intrincada red de callejones, recodos y pasadizos iba a encontrar un enemigo detrás de cada esquina. Estaba haciendo el papel de gobierno constituído que se defiende, en vez de hacer el de pueblo armado que destruye. No se acobardó, sin embargo, de esto, y siguió adelante; pero, con gran asombro suyo, vió que sus enemigos abandonaban la Judería y subían por los Alamillos hacia Santo Tomé, y después por la cuesta de la Trinidad, hacia el centro del pueblo.

—¡Vamos tras ellos!—dijo Brunet.

Martín echó una ojeada sobre la gente que le seguía, y rápidamente quiso formar idea de su número. Creyó que no pasaban de ciento.

—Sigámoslos. Cada instante que pasa perdemos mucho terreno; cada vez serán ellos más fuertes. Persigámoslos sin descanso, pero sin atropellarnos. No nos fatiguemos, y marchemos con orden.

Entre tanto, los otros subían y rodeaban la Catedral, gritando:

—¡Van a robar la santa iglesia; van a llevarse a la Virgen del Sagrario; van

a degollar a los frailes y al santo clero! ¡Mueran esos bandoleros!

Estos gritos, proferidos por dos o tres frailes que azuzaban a la multitud, mezclados con ella, reunieron junto a las venerables paredes de la gran Catedral a una inmensa muchedumbre, fácilmente impresionada con la idea del supuesto ataque a los vasos sagrados y a los benditos administradores del culto. Esos pueblos históricos, que se envanecen con títulos antiguos y nombres sonoros, no aman cosa alguna con tanta vehemencia como su Catedral. La soberbia construcción secular, donde tantas generaciones han puesto la mano para embellecerla, sintetiza y encierra todo lo que aquel pueblo ha sentido y todo lo que ha sabido. Allí reposan sus héroes; allí yacen sus antiguos reyes durmiendo tranquilos el sueño de la Historia; allí se ha celebrado un mismo culto por espacio de muchos siglos, y en aquella santa custodia han fijado los ojos, creyendo ver al mismo Dios, los padres, los abuelos, todos los que han nacido y muerto en la ciudad. Los nobles tienen sus escudos en lo alto de alguna capilla; el pueblo ha cubierto de exvotos los pilares de algún retablo; los artistas han aprendido en ella, y en ella han impreso su genio. La Catedral encierra las alegrías, las desventuras, las hazañas y el amor de aquel pueblo que ha construído sus casas junto a ella y como a su amparo. Por eso nunca experimenta mayor alegría que al ver las torres volviendo al hogar después de un largo viaje; por eso oye con emoción el tañido de sus campanas al entrar en la villa, y considera todo aquello como suyo, como parte de su propia existencia, y lo defiende como se defiende la vida, no sólo la humana, sino la eterna; porque cree que el que les quitara aquel santuario les arrebataría su religión y su Dios. Se comprenderá, por esto, el terrible acierto de los enemigos de Martín al propalar la idea de que peligran las alhajas del culto y los buenos padres del claustro capitular.

IV

Martín y los suyos costearon las avenidas de la Catedral por la parte Norte, atravesando la calle del Plegadero, la del Pozo Amargo y la plazuela del Seco, buscando los barrios que caen tras el ábside de la santa iglesia, sitios por donde tenía gente de confianza. Si los de aquella parte se declaraban también en defección, era inevitable el descalabro.

Otra vez renació por completo la esperanza en el alma del revolucionario, nunca rendida ni acobardada, al ver que los que allí aguardaba permanecían fieles.

—Tomad todas las calles—dijo—. Que ni una mosca entre en este barrio. Al mismo tiempo corramos por aquí al Zocodover, y si conseguimos cortarles el paso al Alcázar, la ciudad es nuestra.

Hízose todo como él mandaba; pero los que se dirigieron al Zocodover volvieron diciendo que estaba lleno de gente que gritaba: «¡Muera el francmasón, el brujo!» Era preciso renunciar a apoderarse del Alcázar. Y, en realidad, ¿de qué servía? ¿Qué podían hacer ya? El pueblo estaba en contra suya, y no como una fuerza bruta, sino inspirado por un sentimiento. El fanatismo los había vencido. Martín pensó rápidamente y con angustia en todo eso, considerando cuán difícil era para él mover la masa popular al impulso de una idea y cuán fácil para sus enemigos arrastrarla con la fuerza de un error. Aun cuando consiguiera vencer y hacerse dueño de la ciudad, ¿de qué le valía su efímero triunfo? De cualquier manera, la revolución estaba frustrada, y aquella multitud, al prestar oído a las sugestiones de los frailes, había derribado sus falsos ídolos para volver a adorar a sus verdaderos dioses.

Pero era preciso, a lo menos, morir destruyendo. Entregarse sin herir hubiera sido una ignominia. Martín se hizo fuerte en el barrio, y esperó con aquella tranquilidad que acompaña siempre al valor y que permite razonar a la misma desesperación.

Hay tras el ábside de la Catedral un edificio vasto y sombrío, cuya puerta, de un estilo bastardo, llama la atención del viajero que discurre por aquellas soledades. No recordamos si es hoy cárcel u hospital; pero entonces era la Inquisición, nombre fatídico que parecía transformar el edificio, haciéndole más feo de lo que realmente era. En sus sótanos se pudrían multitud de seres hu-

manos, esperando en vano el fin de un proceso que no se acababa nunca. Sus vastas crujías subterráneas ostentaban en fuénebre museo los aparatos de mortificación y tormento, quietos y mohosos desde largo tiempo, como si ellos mismos tuvieran vergüenza de haberse movido alguna vez. Aquello era más triste que todas las demás prisiones inventadas por la tiranía, porque éstas, en su silencio sepulcral, producido por la carencia absoluta de funciones judiciales dentro del mismo recinto, se parecían a la muerte, mientras aquélla se asemejaba enteramente al infierno. En lo alto, un enjambre de leguleyos antipáticos, crueles, insensibles a los dolores ajenos, vestidos con balandranes negros, y llevando impreso en sus rostros el sello de la estupidez inhumana, emborronaban diariamente muchas remesas de un papel amarillo y apergaminado, con lo cual querían revestir al crimen de las santas fórmulas del Derecho, y engalanaban su infame y bárbara prosa con sentencias del Evangelio, juzgando, en su estulticia, que se engaña a Dios tan fácilmente como se engaña a los hombres. De día, los inquisidores pululaban por las galerías de sala en sala, dándose aire de hombres que hacen alguna cosa útil, y se sentaban en sus sillones, muy convencidos de que la sociedad los necesitaba, fundándose en que les tenía miedo. No sé por qué nuestra generación se figura siempre a aquellos hombres con caras distintas de los demás de su clase y especie, y es que su triste oficio no podía menos de alterar en ellos los rasgos naturales de la fisonomía humana, haciendo en sus personas una horrenda mezcla del hombre y la fiera. Detrás de ellos se alzaba lívido, lustroso, amarillo y profanamente pintorreado de sangre el Santo Cristo, que acostumbraban asociar a sus inicuos juicios. Siempre he experimentado una sensación extraña y hasta una especie de alucinación al ver en cuadros o dibujos el Cristo que remata la decoración de un Tribunal del Santo Oficio. Temo decirlo, no sea que parezca una irreverencia, que no lo es; pero al ver la imagen sagrada extendiendo sus brazos sobre el madero donde expira, no puedo figurarme que está crucificado, sino que abre los brazos para dar de bofetadas a sus ministros.

—¿Ha reparado usted lo que le mandé?—preguntó Martín a don Frutos, que era uno de los más acalorados.

—Sí, aquí está; gran cantidad de pino y astillas, costales de paja, estopa empapada en resina—contestó el otro, mostrando un montón de aquellos objetos, hacinados en un zaguán.

—¡Pues fuego a la Inquisición! ¡Pegad fuego al mismo infierno! ¡Y es lástima que todas las de España no puedan inflamarse con una sola tea!

Terribles hachazos golpearon las puertas del edificio, que cayeron al fin. Muchos alguaciles y soldados fueron atropellados y muertos; penetraron en el portal y acumularon gran cantidad de combustible debajo de una escalera de pino que había junto a la puerta. Desde el patio se arrojaban a las galerías grandes manojos de estopa resinosa inflamada, y asomándose por las rejas de los sótanos, se tranquilizaba a los presos, asegurándoles la libertad. Algunos de la cruz verde perecieron en aquel ataque, y Martín contemplaba con siniestro júbilo el crecer de las llamas, que, pegadas a diversos puntos, iban a reunirse, formando una espiral de humo, menos negro que el alma de los inquisidores.

—¡Qué dirá el padre Corchón de este auto de fe!—exclamaba con furibunda risa—. Siento que ese canalla no esté a estas horas sentenciando una causa de *ad cautelam*.

Entre tanto, la alarma, el griterío era mayor cada vez en el resto de la población. Ya se veían las llamas del aborrecido edificio, y los instigadores de la contrarrevolución aseguraban que igual suerte tendrían todos los monumentos de la ilustre ciudad. No; la única construcción sentenciada de antemano por Muriel era la que ardía en aquellos momentos.

El iluso joven salió de ella cuando ya no se podía respirar y cuando adquirió la seguridad de que no quedaría una astilla; al llegar a la calle vió notablemente mermada su gente.

—¡Nos abandonan!—gritó Brunet con desesperación—. Dicen que eres el diablo, que viene a destruir a Toledo y sus santos templos.

—¡Muerte!—gritó Martín con una furia que parecía verdadero extravío mental—. Yo los condeno a muerte.

—En la calle de la Chapinería cuatro frailes, con cubas de agua bendita, rocían a diestra y siniestra.

—Que apaguen con su agua esta hoguera que hemos hecho. Yo quisiera que fuera más grande y nos consumiera a todos, vencedores y vencidos, para no ver más tanta abominación. ¡Oh, cuánto odio en este momento!

Martín estaba transfigurado, y en su palabra, como en su ademán, no había ni rastro de aquella tranquilidad flemática con que presidió los primeros actos del movimiento. Iluminados por la rojiza luz del incendio, los dos y cuantos le rodeaban parecían, en efecto, demonios arrojados del centro de la tierra en el seno de la llama infernal.

—Aún está cerrado el paso por las calles—dijo Brunet—; aún tenemos gente muy decidida, y desafiamos sus puñales y su agua bendita.

—Sí; que rocíen, que rocíen—exclamó Martín con una carcajada estridente.

Y luego, volviéndose a los que lo rodeaban, dijo:

—Idos con ellos a que os santigüen también. No os necesito para nada.

—En esta calle no ha de entrar uno vivo—dijeron algunos, cada vez más furiosos; pero otros se apartaron tras algún recodo, y desaparecieron. Cada vez se quedaban más solos.

—¡Matad, matad sin piedad!—decía Martín—. ¡Cuánto odio esta noche! Ya se acercan los rociadores. ¡Ah viles! Yo quisiera tener el Tajo en mis manos para remojaros bien... A todos os condeno a muerte... ¡Yo solo mando!... ¡Yo soy dictador, yo suprimo de un decreto tanta abominación!... ¡Y no me obedecen! ¡Matad, matad sin piedad!

Estas palabras eran pronunciadas en estado de febril indignación, que no es posible describir. Retorcía los brazos, golpeaba el suelo, se arrancaba los cabellos, emitía con su boca contraída mil extraños sonidos, tan varios como los acentos de una tempestad. Después se volvía al incendio y exclamaba:

—¡Benditas llamas: rociad, rociad con fuego, lavad sin cesar esta gran mancha, llevando hasta el cielo el calor de la tierra! ¡Brunet, subamos a lo alto de aquella pared que se desmorona y arrojémonos en este horno; muramos quemados para odiar más fuerte!... ¡Ven, vamos, subamos; arrojémonos a ese infierno, y hagamos auto de fe con nosotros mismos! ¿Ves esa llama que toca el cielo? Yo quiero subir con ella, quiero quemarme.

Pero Brunet, que se había alejado un poco, volvió corriendo y dijo:

—Ya están cerca; podemos huir. Por estas calles de detrás no hay un alma. Huyamos.

—Necio, ¡yo huir! Yo soy dictador, yo mando aquí. Yo los condeno a muerte. ¡Matad, matad sin cesar!

Brunet no escuchó estas razones, y, ayudado por otros dos que allí quedaban, le llevó, mejor dicho, le arrastró, desapareciendo los cuatro por una calleja que costeaba el edificio incendiado. Martín, al ser llevado casi en brazos por los únicos amigos que le quedaban después de su efímero poder, gritaba, siempre con voz ronca:

—¡Matad sin cesar!... ¡Yo soy dictador!... ¡Oh, cuánto odio esta noche!

CAPITULO XXIX

EL DICTADOR

Susana, después de la partida de Muriel, quedó tan agitada, que no se encontraba bien de ningún modo, y ya recorría la habitación, ya se sentaba, ya abría la puerta para respirar el aire exterior.

Tenía el claro presentimiento de que algo terrible iba a pasar aquella noche, y no podía contenerse dentro del reducido espacio del cuarto, donde no se oía otro rumor que la tranquila y acompasada respiración del pobre Pablillo, embebido en un sueño feliz y ajeno a cuanto pasaba en torno suyo. A veces se oía también el ronquido agudo y cadencioso de don Lino, que dormía en la habitación inmediata con sueño tan profundo y dichoso como Pablillo. De tiempo en tiempo, pasos precipitados resonando en el pasillo indicaban la alteración impaciente del padre Matamala, que tenía costumbre de hacer ejercicios de cuerpo en los momentos de inquietud moral.

Susana no pudo resistir más tiempo su apremiante deseo de salir, deseo en el cual no había simplemente la curiosidad propia del sexo y de las circunstancias, sino también cierta vaga idea

de que hacía falta en alguna parte. Dominada por este irresistible deseo, llamó a Paniagua, suplicándole que se vistiera inmediatamente.

—Voy, señora condesa, voy al momento—contestó desde dentro el abate con voz de sueño—. Al instante me visto: este diablo de zapato que no parece... Pero ¿dónde está este zapato?

Esperó Susana, y un cuarto de hora después apareció Paniagua completamente vestido; aunque con alguna imperfección que indicaba la prisa. La joven sacó entonces con mucho cuidado su manto de las manos de Pablillo, se lo puso y salió, encargando a la gente de la casa que velase por el niño dormido.

—¿Adónde van ustedes?—preguntó fray Jerónimo con asombro.

—A la calle—contestó Susana.

—Pero ¿usted está loca, señora? ¡Esta noche!...

—Sí. ¿No tiene usted curiosidad de ver lo que pasa?

—Curiosidad, sí; pero es que no me atrevía a ir solo.

—Venga usted con nosotros—dijo Susana—; le escoltaremos.

—La verdad es—indicó don Lino—que no es muy cuerdo echarse a la calle esta noche. Parece que esa gente anda alborotada.

—Y tan alborotada—añadió Matamala—. Y ese diablo de Alifonso, que está ahí agazapado, con más miedo que un monaguillo... Pero pues tenemos compañía, vamos a ver eso.

Salieron los tres, Susana tomando el brazo del abate y fray Jerónimo detrás, confiando en que si había peligro caerían primero los que iban delante.

No habían andado veinte pasos por Zocodover, cuando observaron que había en las calles más gente que lo que era de esperar a aquella hora. Las mujeres salían a las ventanas, los hombres a las puertas, y se oía un rumor lejano, como de muchedumbre inquieta y bulliciosa. Cada vez era mayor el número de personas que venían de la Catedral, y cada vez más alborotadas.

Los tres paseantes nocturnos tuvieron al fin que detenerse, porque no se podía ya dar un paso. Entonces Susana prestó ansiosa atención a cuanto a su lado se decía.

—¡Maldita gente!—exclamaba uno—. Nada menos que el Ochavo querían esos señores; y dicen que no pensaban dejar clérigo con vida.

—Santa Leocadia nos saque en bien de esta tormenta—decía otro—. Y me habían dicho que no querían más sino que cayera Godoy, y ahora salen con ésta.

—Si dicen que son unos bandoleros y ladrones de caminos—chillaba una vieja—. ¡Ay Virgen del Sagrario de mi alma, y cómo te hubieran puesto esos camaleones si te cogen entre sus uñas!

—A mí que no me digan, señora doña Petronila—añadía otra—. Esa es gente de Satanás y, cuando menos, trataban de hacer una fechoría gorda. ¿Pues no me acaban de decir que levantaron la Catedral del suelo y se la llevaban danzando por los aires como si fuera una caja de mazapán?

—¡Jesús, María y José! ¡Pues allá por la Catedral debe de haber armada una marimorena...!

La multitud que obstruía la calle Ancha retrocedió, y Susana con sus dos acompañantes volvió al Zocodover.

—¡Si dicen que es un hombre atroz ese que andan persiguiendo! Ahora me dijeron que él solo mató dieciséis, cortándoles las cabezas de un golpe como si fueran rábanos. Ese hombre es el diablo en persona.

—Por fuerza. Pero, compadre, ¿no ve usted claridad por aquella parte? Mire usted por ahí detrás del Alcázar.

—Parece que se quema algo.

En efecto, el humo negro y el resplandor del incendio se veían ya perfectamente desde la plaza.

—Dicen que se quema la Inquisición.

—Pues a fe que no lo siento, aunque ya sabemos que si se quema ésta han de hacer otra.

—Algo bueno había de hacer ese diablo de hombre. ¿Si se estará quemando él allá dentro?

—Como que ahora decían ahí que vieron por los aires un hombre encarnado como el mismo fuego, haciendo cabriolas y echando chispas.

—Sí, señor; yo lo vi, yo lo vi, y si no me engaño, fué a caer por allá por las ruinas de San Servando, donde tienen su casa.

El resplandor se avivaba, y las llamas iluminaban la ciudad. Susana quería internarse por las calles para ver aquello

más de cerca; pero fray Jerónimo no quería dar un paso más, y don Lino era del mismo parecer.

—Pero vamos por estas otras calles que están aquí por detrás del Alcázar.

—¡Señora, por Dios! Si nos metemos en esos laberintos, no saldremos en toda la noche.

—Yo voy. Si alguno quiere seguirme... —dijo la dama con resolución.

—¡Señora condesa, señora condesa!... —exclamó el abate.

La señora condesa, renunciando a atravesar la calle Mayor, que contenía mucha gente, se internó por otro lado, por donde ella juzgaba que se podía ir más pronto al lugar del incendio, y, aunque disgustados y gruñendo, la siguieron el fraile y Paniagua. Bien pronto se encontraron sin saber qué camino tomar, porque las calles tan pronto torcían a la izquierda como a la derecha, subían y bajaban, y las llamas, en vez de acercarse, aparecían más lejos cada vez.

—Nos hemos perdido—dijo fray Jerónimo con gran miedo.

También por allí se encontraba gente, aunque poca, y, por lo general, hombres que corrían desaforados, atropellando cuanto encontraban al paso.

—Retirémonos, señora condesa—dijo don Lino—. Esto me huele mal.

—No; sigamos, sigamos—contestó la dama apretando el paso e internándose más por las callejuelas.

Unas veces el fulgor del incendio se veía de cerca, hasta el punto de que se sentían sofocados por el calor; otras, parecía retroceder. A sus oídos llegaban voces roncas y vagas, semejantes a alaridos de entes infernales y furiosos. Después, aquellos ecos se perdían, para resonar de nuevo.

—Parece que estamos a las puertas del infierno—decía temblando fray Jerónimo.

—Yo no sirvo para estas cosas—añadía don Lino, cada vez menos sereno.

Susana tuvo intención de detener, con objeto de interrogarle, a alguno de los que pasaban con tanta prisa; pero sus dos compañeros se opusieron a tan peligroso intento. De pronto, el griterío aumentó mucho, y los hombres fugitivos menudearon más que antes.

—Sálvese el que pueda—decían algunos.

—Escapemos por aquí—clamaban otros, dándose gran prisa a escurrirse por alguna calleja, o a ocultarse en un zaguán de los poquísimos que no estaban cerrados a piedra y barro.

—El diablo de don Martín: no hay quien le arranque de allí—apuntaba un tercero.

—Tira ese fusil, ¡mal rayo!..., y andemos despacio, figurando que no hemos tocado pito en esto.

—No nos vayan a confundir a nosotros con esta gente...—dijo don Lino al oído de Matamala.

—Pero, señora condesa, volvámonos atrás.

El incendio iluminaba la parte alta de todas las casas, y los tejados y miradores proyectaban sombras pavorosas. Se miraban todos unos a otros, encontrándose muy raros con el semblante tan vivamente iluminado, como si recibieran la luz de un sol sangriento. El fragor era indescriptible, porque al sordo bullicio de la ciudad se había unido el alarido angustioso de las cien campanas de Toledo, que, como todas las que tocan a fuego durante la noche, parecían desgañitarse en lastimeros ayes desde lo alto de sus torres.

Nuestros personajes tuvieron que detenerse. Los que venían en dirección contraria eran muchos, y además había síntomas de lucha en lugar no lejano a la calle en que se encontraban. No eran sólo fugitivos los que andaban por allí: había gente de la que antes vimos agruparse junto a la Catedral, y aquello, como observaron prudentemente don Lino y Matamala, tenía pésimo aspecto.

De repente ven aparecer al extremo de la calle cuatro hombres que corrían, aunque no con gran rapidez, porque uno de ellos parecía resistirse a andar, y los demás le sostenían, arrastrándole al mismo tiempo.

—¡Ah señora condesa de mis pecados! Huyamos..., ocultémonos en cualquier portal—dijo fray Jerónimo al ver a los que venían.

—Esta debe de ser gente muy mala —añadió el abate—. El diablo nos ha tentado al venir por aquí.

Los cuatro hombres se acercaron, y una voz muy ronca profería gritos y clamores que no se comprendían.

—Son borrachos—dijo don Lino.

—¡Dios nos asista!

Los cuatro hombres se acercaron, y

Susana, que reconoció a Martín en el que venía impulsado por los demás, dió un grito y se paró frente a él.

—¡Martincillo!..., ¿tú aquí?—dijo el franciscano temblando de pavor—. Escóndete, huye.

—¡Yo!... ¡Yo huir!—exclamó el joven después de atronar la calle con una ruidosa y bronca carcajada que erizó los cabellos de todos los presentes—. ¡Yo soy dictador! ¡Yo mando aquí!... ¡Matad sin piedad!...

Susana puso sus dos manos en los hombros del desgraciado hombre y le miró muy de cerca de hito en hito. Su temeroso aspecto, su fisonomía desencajada y contraída, sus ojos espantosos y rojos, sus cabellos en desorden, su vestido desgarrado, le infundieron tanto terror que no supo articular palabra.

—¡Martín! ¡Martín!—exclamó con tono a la vez suplicante y conmovido, como si quisiera volverle a la razón con sólo el eco de su voz.

—¡Ah!, ya te conozco—dijo el joven, apartándola con fuerza—. ¡Infame aristócrata! Intentas seducirme. Yo soy el pueblo, el santo pueblo. Vuestro reinado durará poco tiempo. Temblad todos, porque os aborrezco. El día de mi poder ha llegado. Te condeno a muerte.

—¡Oh Dios mío! ¡Estás loco!—exclamó Susana con desesperación.

En aquel momento se sintieron los pasos precipitados de un tropel de gente, y fuertes voces decían: «¡Por aquí han ido, por aquí!»

—Que nos cogen: ¡huyamos!—exclamaron Brunet y los otros dos.

—Señora condesa, señora condesa—dijo don Lino asiéndola por el brazo.

Pero Susana no se movía. Llegaron los perseguidores y rodearon el grupo. Fray Jerónimo, que tenía agarrado por el cuello a Martín, le presentó a aquellos hombres, diciendo: «¡Este, éste es! ¡Aquí le tenéis!»

Hubo un momento de confusión. Don Lino desapareció como si el viento se lo llevara. Brunet y los dos que le acompañaban huyeron también; mas no lograron escapar. Susana, en medio de aquella algazara espantosa, pudo observar un momento lo que pasaba: su entereza no la abandonó hasta algunos instantes después. Vió que muchos brazos se abalanzaron hacia Martín y que la cabeza del desgraciado joven desaparecía entre otras cabezas fatídicas. Su voz, ronca y dificultosa, se sobreponía aún al clamor discordante de toda aquella gente.

—¡Apretadle bien: que no se escape!—dijo una voz.

—La soga, la soga. ¿Dónde está la soga?—dijo uno que tenía cuerpo de Hércules y un repugnante y feroz aspecto.

—Aquí está la soga—contestó una especie de chulo, pequeño y travieso—. Echádsela al cuello, y a correr.

Susana vió la cuerda fatal volar y escurrirse por encima de las cabezas. Pero también sintió que una voz decía después:

—No es preciso cuerda: que vaya por sus pies. Anda, buena pieza. Está que no se puede tener de borracho.

Susana, empujada por aquí, rechazada por allá, cayó al suelo, aturdida primero y desmayada después. Martín siguió adelante, en el seno de aquel grupo bullicioso y feroz, que tomó el camino de Zocodover, rugiendo y apretándose para atravesar las angostas calles. Susana pudo ver cómo se alejaban aquellas gentes, llevando al infeliz, a quien suponía con el dogal al cuello, muerto ya o arrastrado a la muerte por una plebe ciega y embriagada. Todo esto parecía una pesadilla, y la dama sintió alejarse las pisadas de aquellos hombres, como si todas golpearan sobre su corazón, exprimido y hollado. A sus ojos, la sangre generosa de Martín salpicaba a cada paso de la comitiva, manchando todo lo que encontraba al paso: las casas, el piso, los objetos todos, el cielo mismo. Sus huesos crujían al chocar en los guijarros, y repercutían rompiéndose como frágiles cañas. Para ella ya no quedaban del cuerpo de tan hermoso e interesante hombre más que sangrientos jirones desparramados por aquella calle de angustias. Inteligencia, pasión, vida, cuerpo, todo había sido destrozado en un momento, y los despojos de todo esto arrojados al azar para que no quedase en el mundo memoria de tan noble ser.

Matamala había seguido al grupo, refiriendo cómo se las había compuesto para echar mano al delincuente con gran peligro de su vida, y bien pronto no quedó en aquel sitio desolado y triste más que Susana, exánime sobre el suelo húmedo y frío.

CAPITULO XXX

REVOLOTEO DE UNA MARIPOSA ALREDEDOR DE UNA LUZ

I

Susana, mientras duró su breve desvanecimiento, no dejó de sentir un eco de las tremendas palabras pronunciadas por Martín en la corta escena que acababa de presenciar. Aquello parecía un sueño, era preciso estimular la razón con grandes esfuerzos mentales para adquirir la realidad de un suceso que tenía todas las apariencias de lo absurdo. En efecto, ¿quién no ha soñado alguna vez que está andando por las vueltas y revueltas de un laberinto, sin llegar nunca al punto donde se quiere ir? Y en esta excursión angustiosa, ¿no se nos representa de improviso la muerte de una persona querida, una súbita aparición, un asesinato o cualquiera otra imagen terrible que nos conmueve, obligándonos a despertar? Pero Susana no tardó en hallarse en la plenitud de su razón, comprendiendo la espantosa verdad de lo que había visto y oído. Se levantó, miró al cielo, y la estrechez de la calle, formada por altísimos edificios, le habría hecho creer que estaba en el fondo de una zanja profunda y tortuosa, si fuera ella más propensa a la alucinación. La faja del firmamento que desde allí se veía estaba aún teñida de una leve púrpura producida por el incendio cercano. En las casas y en la calle no brillaba otra claridad que la de una lámpara colgada frente a una Virgen de los Dolores que, metida tras de una reja, mostraba a los devotos su pecho atravesado por siete espadas con los mangos dorados. Algún transeúnte pasaba corriendo por las calles inmediatas y no se detenía si alguien quería interrogarle. Susana tomó la calle que le parecía llevarla más directamente al Zocodover, con la esperanza de encontrar quien le indicase el camino si se perdía.

Apenas había andado cien pasos, vió enfrente, y a gran altura, la fachada septentrional del Alcázar, y creyó que podría orientarse subiendo allí. Así lo intentó, y fácilmente encontró el camino; subió a la explanada, y desde allí vió el Zocodover. Ya no necesitaba más para llegar a la posada.

Desde aquella altura se ofreció a su vista un panorama que produjo en su ánimo fuerte impresión de sublime pavor. El incendio iluminaba toda la población, y las torres, los altos miradores, las chimeneas de la ciudad gótico-mozárabe, proyectando su desigual sombra sobre los irregulares tejados, parecían otros tantos espectros de distinto tamaño y forma, descollando entre todos la torre de la Catedral, que parecía cuatro veces mayor de lo que es, teñida de un vivo fulgor escarlata, y presidiendo como un gigante vestido de púrpura aquel imponente espectáculo. Volviendo la vista a otro lado, vió el Tajo describiendo ancha curva alrededor de la ciudad y precipitándose por su estrecho cauce con la hirviente rabia que es propia de aquel río impaciente y vertiginoso, que parece huir siempre de sí mismo. La tierra rojiza que arrastra ordinariamente y el reflejo de las llamas de aquella noche le asemejaban a un río de sangre, y en verdad, atendido el papel histórico de la ciudad que circunda, por el Tajo nos parece que corre sin cesar la ilustre sangre de tantas luchas, sangre goda, árabe, castellana, tudesca y judía, vertida a raudales en aquellas calles durante diez siglos de dolorosas glorias.

Susana no vió nada de esto en la corriente, porque en aquel momento no cabían en su espíritu sino cierta clase de pensamientos, y sólo la consideración de la propia desdicha, y tal vez algún propósito violentamente germinado en su cerebro, lo ocupaban durante el breve espacio que empleó en recorrer con su vista aquel espantable panorama.

Es de suponer que sufría entonces una grande atonía intelectual. Si la estupefacción del idiota cuadrase a ciertos entendimientos en ocasiones dadas, nada podría expresar mejor la situación de Susana como el decir que estaba idiota. Aquella iniciativa que para resolver las cuestiones relativas a su amor propio o a su pasión la había distinguido, estaba completamente embotada en aquellos momentos. Pero algo vió desde allí que produjo en su mente uno de esos íntimos choques parecidos a los que, hijos de una agitación nerviosa, nos despiertan en mitad de un sueño profundo.

Despertó, digámoslo así, saliendo de su estupefacción, y en aquel mismo instante se la vió descender a buen paso de la explanada. Había tomado una resolución.

II

Atravesó el Zocodover y se dirigió a la posada que estaba inmediata. Entró, subió a su cuarto, pidió una luz y preguntó si había vuelto don Lino, a lo que contestaron negativamente. Quedándose sola, se acercó al lecho donde dormía Pablillo y le estuvo mirando con gravedad sombría un buen espacio de tiempo. Después se sentó junto a una mesa y escribió dos cartas. La primera la meditó mucho, borró muchas palabras para trazarlas de nuevo. La segunda era breve, y la escribió pronto. Metió la primera dentro de la última, y a ésta, después de cerrada y sellada, le puso el sobrescrito, dejándola sobre la mesa.

Después se puso de nuevo el manto, se acercó otra vez a Pablillo y lo contempló con muy distinto semblante y expresión de la vez primera. La ternura transformó su semblante, quitándole la sombría seriedad que antes advertimos, y besó repetidas veces al pobre chico, bañándole con sus lágrimas de amor, las primeras que en el largo curso de esta historia hemos visto salir de aquellos grandes e imponentes ojos, hechos a turbar y estremecer con su mirada.

Salió del cuarto y de la posada, llegó al Zocodover, lo atravesó sin cuidarse de la gente que en él había, y bajó hacia el Miradero, tan derecha en su camino, que cualquiera hubiera creído que iba a alguna parte. Parecía que se dejaba llevar por alguien. Tenía, sin duda, una resolución, y caminaba a ella con paso firme y resuelto. Al llegar al Miradero, sitio de descanso en la agria cuesta que baja al llano y a la Vega, se detuvo y se sentó en el muro que sirve de antepecho a aquella plazoleta irregular. ¿Por qué se detuvo? Sin duda, no se atrevía.

III

Sentada allí, con la frente apoyada en la mano, envuelta en su gran manto negro, un toledano supersticioso la hubiera tomado por alguna bruja, habitadora en los escondrijos de los palacios de Galiana o en algún rincón de las murallas de la antigua ciudad. Nadie pasó y nadie se asustó de aquel bulto.

En aquel instante la infortunada dama echó sobre sí misma una de esas intensas ojeadas del espíritu que iluminan instantáneamente la conciencia, aclarando todos los enigmas y disipando todas las dudas. ¿Qué había hecho? El grande alcázar que había levantado con la imaginación estaba en el suelo, o se había desvanecido como una de esas esferas de mil colores formadas por la espuma y que el menor soplo reduce a la nada. ¡Ruinas por todas partes! Aquel hombre que el doble encanto de sus ideas generosas y de su carácter vehemente, embellecido a cada instante con todos los rasgos de la sublimidad, la había atraído, no era ya más que un mísero despojo de espíritu humano, sin razón. Aquella hermosa luz que irradiaba las nobles ideas de emancipación y de igualdad se había extinguido en una noche de tempestad social en que el fanatismo y la protesta revolucionaria habían chocado sin llegar a luchar. Ella no podía menos de creer que en la llama rojiza que cruzaba los aires se había ido a otra región el alma ardiente del desdichado joven. A veces consideraba aquel suceso como un castigo del Cielo; a veces, como un llamamiento a otra vida mejor. A veces se le representaba Martín en proporciones colosales; a veces, empequeñecido hasta llegar a la mezquina talla de un loco vulgar, encerrado en su jaula y escarnecido por los chicuelos de las calles. De todas maneras, el ser que había tenido el singular privilegio de atraerla con fuerza irresistible, continuaba deslumbrándola con la magia de su superioridad. Ella no había conocido hombre igual, ni podía existir en todo el mundo quien se le pareciera. Estaba loco, y vivía aún tal vez; pero su razón no podía menos de estar en alguna parte. Susana, que siempre había pensado poco en la otra vida y era algo irreligiosa en el fondo de su alma, creyó en aquellos momentos en la inmortalidad del espíritu. Algo parecido a la alegría la animó brevemente, y por su cuerpo corrió una sensación extraña, como la que se experimenta al creer que un cuerpo invisible nos toca y pasa... Lo que ella había presenciado

poco antes era peor que la mayor de las desventuras humanas. Verle muerto habría sido un dolor inmenso; mas la religión y la razón, por débiles que sean, buscan en alguna esfera lejana un escondrijo cualquiera donde colocar al que se ha ido. Pero verle loco, verle sin razón, ver a uno que era él y no era él, al mismo hombre convertido en otro hombre, esto no se parecía a ningún dolor previsto por el pesimismo humano. La razón de Muriel debía estar en alguna parte.

Ella no podía seguir en el mundo teniendo siempre ante la vista aquel loco en cuya cabeza había pensado Martín tan grandes cosas. Le parecía que ya no había en la tierra más que ella y aquel insensato, y que le estaría viendo siempre como si los dos solos se hallaran encerrados juntos en una inmensa prisión, de la cual serían únicos habitantes. El mundo era antes una cosa buena, porque era el teatro de las soñadas y fantásticas hazañas de un hombre no común; ahora no era más que una jaula.

Todo había acabado. No era posible de ninguna manera estar más aquí. Se levantó con decisión y siguió bajando la cuesta.

IV

¡Ruinas por todas partes! Por otro lado, se le presentaba el cadáver de su padre, hablándole del honor de su casa y de la deshonra en que había caído. Ella no podía olvidar aquella voz temerosa y profunda que aún creía oír resonar en algún hueco de aquellas viejas murallas. Ya había perdido su nombre, su decoro, su posición, todo: no era posible tampoco volver al mundo por aquel camino. Pero al mismo tiempo se le representaba aquel infeliz anciano que le profesaba tan tierno cariño; el pobre doctor, inconsolable con tantas desdichas, llorándola siempre mientras tuviera vida. Al pensar esto, Susana se detuvo y se sentó en una piedra del camino. Otra vez no se atrevía.

Las lágrimas del buen inquisidor caían sobre su corazón, quemándolo como si fueran gotas de un derretido hirviente metal... Pero, al mismo tiempo, ¿no se le exigía ser esposa de Segarra? Esta pretensión desvirtuaba el cariño del doctor. No; por más que investigaba con afán, tampoco había salvación por aquel lado. ¡Ruinas por todas partes!... Se levantó y siguió bajando sin detenerse hasta el puente de Alcántara. Es ésta una soberbia construcción secular que enlaza las dos riberas del Tajo. Su grande arco de medio punto, al reproducírse en las aguas del río en las noches de luna, parece un inmenso agujero circular abierto en una gran masa de tinieblas formadas por los peñascos de ambas orillas y por las murallas y paredones que las rematan en la parte oriental. Por debajo de este arco, suspendido a grandísima altura, corre el Tajo espumeante y rabioso, tropezando en las peñas de la orilla. Nada hay allí de apacible, como sucede en las márgenes de los demás ríos; todo es imponente y temeroso: el ruido ensordece, la profundidad causa vértigo, la lobreguez oprime el corazón; el paisaje todo tiene un sello de grandioso pavor que hace pensar en las muertes desesperadas y terríbles. La vida del ascetismo enconado contra la naturaleza humana y en lucha constante con la voluptuosidad, escogería aquel sitio para aprender a odiar todo lo tierno y todo lo agradable.

Susana atravesó el puente hasta llegar al centro, y desde allí miró aquellas aguas horrendas que corrían huyendo de su propio cauce, y no pudo dominar un estremecimiento de terror. Miró al cielo, y aún se veía el resplandor del incedio, y más humo, mucho más humo que antes. Las torres almenadas que limitan el puente en sus dos extremos, las murallas de la ciudad, el mismo Alcázar, colocado arriba, como si quisiera pesar como un gran monolito sobre la ciudad oprimida; el castillo de San Servando, descarnado y bordado de recortaduras, todo lo que remataban las dos orillas, parecía venírsele encima... Desde donde estaba al centro del Tajo había una gran distancia, la suficiente para pensar algo antes de caer... Pero pocos momentos de reconcentración le bastaron para serenarse y adquirir la entereza de ánimo que ya había tenido antes en aquella noche. Sus ojos, que poco antes habían derramado algunas lágrimas, estaban secos, y la palidez del rostro era tan intensa que parecían dos grandes manchas negras, en cuyo fondo brillaba un vivo resplandor cuan-

do los movía. Miró al cielo para ver si aún se notaba el resplandor rojizo, y observó que se iba extinguiendo; después desapareció por un momento su rostro bajo el manto, al inclinar la cabeza sobre el pecho; luego la levantó, sacudiendo atrás el manto y descubriendo la cabellera y el cuello. Apoyó sus manos en el antepecho, hizo fuerza en ellas y levantó los pies, que volvieron a tocar el suelo al poco rato; se apoyó de nuevo en sus dos manos y alargó el busto fuera del puente. Figuraos el brusco movimiento del que quisiera mirar algo escrito en el intradós del arco. El cuerpo de Susana volteó sobre el antepecho; la seda de su vestido crujió en el aire como el rápido revoleo de un ave de grandes alas, y cayó. Un fuerte espumarajo hirvió en la superficie del gran río al recibir su presa.

Así acabaron aquella gran pasión y aquel inmenso orgullo.

CAPITULO XXXI

CONCLUSIÓN.—SAINT-JUST, NAPOLEÓN Y ROBESPIERRE

I

Hacía dos días que Susana había partido para Toledo, cuando el marqués de Fregenal, de acuerdo con el doctor Albarado, bajó al sótano en que Rotondo había sido encerrado. Antes de referir lo que allí pasó, conviene mencionar la nueva consternación causada por la fuga de la dama. Este último atrevido paso acabó de perderla en el concepto de la familia, y doña Juana, hablando de esta grave cuestión con la diplomática, decía:

—Ya no hay que esperar nada bueno de ella. ¡Cuidado con la niña!... Por mi parte, me alegraré de que no vuelva más, porque bastantes desastres ha traído a esta casa.

El marqués, insensible ya, a fuerza de terribles sensaciones, vió la desaparición de Susana con menos dolor del que podía esperarse. También la consideraba perdida y deshonrada para siempre, y hacía lo posible por echar tierra en la fosa de su amor, ya decididamente sepultado. Deseando cumplir un alto deber, bajó a donde estaba don Buenaventura encerrado y olvidado después de muchos días. El conspirador, falto de alimento y aturdido por la sorpresa de su descalabro, se hallaba en un estado deplorable de espíritu y de cuerpo. Vióle el marqués arrojado en el suelo, y tocándole con la punta del pie, le obligó a incorporarse, exhalando un quejido y después una maldición.

—Sáqueme de aquí. ¿Por qué me han encerrado?—dijo, sin conocer a quien tenía delante.

—Sí, saldrá usted para ir a lugar más seguro—repuso el marqués—. Pero antes tenemos que hablar, señor maestro Nicolás.

—Yo no tengo nada que decir, sino que ya lo pagarán caro los que me han puesto aquí—dijo Rotondo reponiéndose.

—Eso lo hemos de ver. Usted me responderá con completa verdad a lo que voy a preguntarle, o ahora mismo le saltaré la tapa de los sesos—añadió el marqués, sacando una pistola y poniéndola en disposición de hacer lo que decía.

Rotondo estuvo un momento callado y meditabundo, pensando, sin duda, en la gravedad de aquella situación. Después, alzando los ojos, exclamó con voz desfallecida:

—¡Denme de comer!

—Sí, comerás; pero antes vas a contestar a mis preguntas. ¿Eres Buenaventura Rotondo?—dijo, tuteándole con desprecio.

—Sí—contestó el interpelado casi maquinalmente—. ¿Y qué?

—¿Qué parte tuviste en el robo de Susana?

—Ninguna; es cosa que no me ha importado nunca... ¡Pero, por Dios, denme de comer!

—Susana fué robada en casa de la *Pintosilla*, que es tu querida, y ella nos ha revelado todo.

—¿Ha revelado?... ¿Ha dicho?... ¡Esa infame!... La he de degollar—afirmó con ira repentina don Buenaventura.

—Sí; pero sus móviles para tan criminal acción nos son desconocidos. Dilos pronto, o, si no, ya sabes la suerte que te espera.

—Yo no sé nada de eso. Es cosa de Muriel: dicen que ella le amaba.

—No; hay otra causa; dila pronto o encomiéndate a Dios—añadió el marqués, acercando el cañón de la pistola a la frente del preso.

—¡Oh! Es usted cruel... Lo diré. ¡Pero denme de comer!

—Después, después.

—¡Y qué quiere usted que le diga! Yo no tengo la culpa de nada. El señor don Miguel de Cárdenas quería que desapareciera Susanita para heredar a su hermano.

—¿Y se valió de ti para ese fin?

—Pero yo nada hice. Muriel la robó para exigir la libertad de un tal don Leonardo.

—¿Y don Miguel se contentaba con que desapareciera? ¿No había propósito de asesinarla?

—No tal; pero creo que Muriel intentó acabar con ella... ¡Por Dios, denme de comer, denme de beber!

—¿Y no te ofrecieron dinero para hacerla desaparecer?

—Yo pedí a don Miguel cien mil duros para...

—¿Para qué?

—No lo puedo decir. Todo lo diré menos eso.

El marqués, que al principio de la revelación sentía sorpresa y espanto, concluyó por mirar con repugnancia y despego a aquel intrigante solapado y criminal, cómplice de don Miguel de Cárdenas, más criminal todavía. Estuvo a punto de disparar la pistola sobre la cabeza de Rotondo; pero, recobrando la calma, rechazóle con la mano y con el pie, y le volvió la espalda, diciendo:

—Miserable intrigante, te perdono, porque castigarte a ti solo sería injusticia.

Salió del sótano, cerrándolo bien, y en cuanto vino la noche, Rotondo, después de alimentado, fué conducido a la cárcel.

II

Al día siguiente de la catástrofe referida en el capítulo anterior, Martín era conducido a Madrid. Los que se apoderaron de él, creyendo que tenían entre las manos una cosa rara, muy por encima de los delincuentes vulgares, renunciaron a arrastrarlo vivo por las calles, como pretendía la parte más piadosa de la multitud. A juicio del señor corregidor de la ilustre ciudad, ésta no era acreedora a guardar en su seno a un criminal tan interesante y curioso como aquel dictador de una noche, que desde el fondo de su jaula mandaba a sus soñados secuaces que mataran sin cesar.

Dispúsose, por tanto, mandarle a Madrid por vía de presente al Gobierno del príncipe de la Paz, y así se hizo. El preso fué metido en una jaula por falta de vehículo a propósito para el traslado de criminales; la jaula clavada en un carro, y éste rodó por el camino real, arrastrado por perezosas mulas, que si lo fuera por bueyes, había de asemejarse aquella fúnebre procesión a la del encantado Don Quijote, en la célebre escena que causa risa a los niños y a las mujeres y hace meditar a los hombres serios y pensadores.

Nada nuevo ocurrió en aquel triste viaje; ni el prisionero pronunció desde Toledo a Madrid palabra alguna, por lo cual tuvieron gran pena sus conductores, que esperaban ir entretenidos todo el camino.

Don Lino volvió también al siguiente día, y por cierto tan preocupado, que hasta olvidó, ¡cosa increíble!, comprar los mazapanes destinados a hacer un regalo a la condesa de Castro-Limón. El pobre abate no cabía en su cuerpo de puro afligido, y es cosa probada que en todo el camino levantó los ojos del suelo, como si tuviera empeño en contar una por una las huellas que dejaban en el piso desigual y polvoroso las pezuñas de la mula que montaba. Por fin llegó y entregó al doctor la carta de Susana, cumpliendo un sagrado deber; pero al desempeñar su triste encargo, el buen abate, muerto de miedo y de sobresalto, se arrojó a los pies de Albarado, exclamando:

—Perdonadme, señor doctor..., yo soy inocente; yo no tengo parte alguna en este suceso. Yo la acompañé a Toledo sin sospechar lo que iba a pasar.

Aquel acontecimiento dejó honda huella en el ánimo del buen corredor de toda especie de asuntos domésticos. En muchos días no salió a la calle; se puso más flaco de lo que parecían permitir sus ya enjutísimas carnes, y en largo tiempo no recobró aquella actividad entremetida y oficiosa que le elevó a la categoría de una institución social. Al fin adquirió de nuevo su eclipsada facultad de rotación y traslación, y fué otra vez el abate Paniagua, tan necesario en todas las cosas como el aire y el fuego.

El doctor experimentó un golpe tan terrible, que sus ojos se secaron de llorar, y no volvió a poner los pies en la casa de su hermana. Aquel anciano amable y jovial se convirtió en un viejo sombrío, áspero y gruñón. Impulsado por secreto instinto que no podía explicar, renunció a su cargo de consejero de la Suprema y se encerró en su habitación para no salir más que a misa.

Un hecho acaeció entonces, que no debemos pasar en silencio, porque da mucha luz para apreciar la situación de ánimo del pobre *abuelo*. Leonardo, que escapó con los demás presos la noche del incendio, fué de nuevo cogido en cuanto los inquisidores se repusieron del susto; pero el consejero de la Suprema, al saberlo, se preocupó tanto de la suerte de un hombre cuyo encierro había traído tan grandes catástrofes a la familia, que llegó a tener cierta superstición, y no paró hasta lograr que le pusieran en libertad. El pobre francmasón, acusado de ultrajes a la Virgen del Sagrario, por habérsele descubierto algunas cartas de un amigo suyo toledano, que estaba preso como individuo de las sociedades secretas, recobró definitivamente su libertad, sin que pudiera oponerse a ello el padre Corchón, porque éste tuvo la suerte de que Godoy le temiera, y, por tanto, que intentara comprarle, como en efecto le compró, dándole la mitra de Coria. Desde entonces el timón de la nave del Estado, como decía ahuecándose todo, no podía estar en manos más expertas que en las del príncipe de la Paz.

Difícil le será al lector creer una cosa, y es que Leonardo se casó con Engracia después de tres meses de telegrafía platónica, cuyo hilo misterioso tendió don Lino de una casa a otra con su acostumbrada benevolencia. Esto, así como la boda, no es lo que encontramos de inverosímil y maravilloso, sino que doña Bernarda Quiñones consintiera, aunque después de una muy viva oposición. Pues no lo dude el lector, que es muy cierto, según consta en testimonios auténticos que han llegado hasta nuestros días. Graves escritores atribuyen este cambio a la ausencia del padre Corchón, que privó a aquella santa mujer de su riguroso director espiritual, demasiado celoso por la honra de la casa. Después de casados Leonardo y Engracia, doña Bernarda traía en palmitas a su yerno, y decía mil pestes de Corchón, que había tenido el mal gusto de trocarla a ella por una mitra. Los dos esposos recogieron, educaron y adoptaron al fin a Pablillo, a quien el doctor, obedeciendo a la patética recomendación que Susana le hizo en su postrera carta, había puesto en el Seminario de Nobles, donde era tratado como el hijo de un grande de España.

La boda se había celebrado sin aparato alguno en atención a la triste suerte de Muriel, encerrado aún en la cárcel de Villa y cada vez más loco. No dejó Pluma de asistir, aunque haciendo tal cual puchero. Don Lino, por su parte, se excusó con la mayor cortesía, porque aquella noche tenía que representar en casa de Porreño el papel de Federico el *Grande* en la tragedia de Comella *El más celebrado rey de Prusia*.

—Señor de Pluma—decía doña Bernarda en tono compungido—, ¿no ha pasado hoy usted a ver a ese buen señor conde de Cerezuelo, que dicen está tan malito que se nos va a ir por la posta en un periquete?

—¡Ah! ¡Pobre señor don Miguel de Cárdenas! Desde aquello de Susanita no ha vuelto a levantar cabeza. Fué muy grande el golpe que recibió.

—Dios le dé resignación. ¡Cómo se han quedado todos los de esa familia! Cuidado que el marqués de Fregenal está que no parece sino que le han pasado setenta años por la cabeza. Ayer le vi por la calle. ¡Jesús!, iba tan encorvado que daba lástima, y no le ha quedado un pelo negro. Vaya; si es cosa que horripila.

III

Rotondo fué conducido a la cárcel y puesto en el mismo calabozo que el pobre La Zarza, hallado en la calle de San Opropio, como sabemos, e incluído antes que ninguno en la sumaria que se empezó a instruir. El infeliz conspirador, extenuado por el hambre y turbado por la impresión que experimentara, cayó en profundísima melancólía cuando se vió solo con su antiguo huésped en tan triste sitio. El loco no había variado en absoluto, y sus palabras, así como sus hechos, no indicaban diferencia alguna ni en su cabeza ni en su manía.

Hablaba sin cesar, ora pronunciando discursos, ora increpando a personas invisibles, existentes sólo en su fantasía.

En el cerebro de don Buenaventura fué poco a poco realizando un gran trastorno la presencia continua de aquel hombre, sus voces y, sobre todo, la firme convicción que mostraba en cuanto decía. Pasó un día y pasó otro, y al fin Rotondo, como cansado de su propio silencio y de su propio hastío, cambió con La Zarza unas palabras, y después entabló con él diálogos muy vivos, en los cuales las ideas, si así puede llamárselas, del loco tenían la principal parte. A los cinco días Rotondo hablaba de la Convención, de los thermidorianos, de los jacobinos y de Robespierre con tanta seriedad como su compañero de cárcel. En su cabeza se verificó un raro fenómeno, a causa del sacudimiento moral que había sufrido; comenzó a perder la memoria, y, al fin, la perdió por completo. El despecho, la rabia y el miedo primero; la miseria, el aislamiento y la compañía de La Zarza después, le debilitaron el juicio poco a poco hasta que se volvió tan loco como aquél.

A los diez días de entrar allí Rotondo llegó Martín a la cárcel y le encerraron también en el mismo calabozo. No es posible dar idea de lo que pasaba en la vida íntima de aquella trinidad horrorosa. La Zarza había dado en la flor de decir que estaban en la Conserjería y que los tres serían guillotinados a la mañana siguiente. Rotondo dió en creer que era Napoleón y que al día siguiente se coronaría emperador. La misma cordura hubiera perdido el juicio en aquel encierro.

Martín hablaba poco y pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado en un rincón con semblante tétrico y profiriendo a cada rato su lúgubre estribillo:

—¡Cuánto odio esta noche!... ¡Yo soy dictador!... ¡Matad, matad sin cesar!

Con el cuerpo lleno de contusiones y los vestidos desgarrados, era insensible a sus dolores físicos. Ningún recuerdo de personas o hechos anteriores a la catástrofe de la noche de Toledo indicaba que conservase un residuo de memoria. Estaba lo mismo que en los instantes del incendio, con el entendimiento parado y como clavado en aquel punto. Creeríase que su cerebro había sufrido una petrificación.

La Zarza, puesto en pie sobre el único banco que en la prisión había, se daba el nombre de Saint-Just y arengaba a una multitud imaginaria. Rotondo paseaba con agitado andar por el calabozo diciendo: «Ajustaré la paz con los austríacos; entretendré con promesas a los prusianos; absorberé la España; conquistaré la Holanda, y decretaré el bloqueo continental contra Inglaterra... ¡Ah pérfida Inglaterra...!» Los tres, cubiertos de harapos, con el rostro desencajado y los ojos hundidos y sanguinosos, parecían no sé qué tétrica burla de la razón humana. Aquella triple locura causaba espanto a cuantos bajaban a visitarlos como una cosa rara. Veían a Rotondo dictando leyes al mundo; a La Zarza refiriendo lo que había de pasar el día siguiente al atravesar en carretas la calle de San Honorato para ir a la plaza de la Revolución; a Muriel sumergido en estúpido marasmo, menos cuando se sobreexcitaba súbitamente para mandar destruir, para condenar a muerte y barrer de un golpe la corrupción y el fanatismo. ¿Podía darse caricatura más pavorosa de las ideas, de las aspiraciones, de las virtudes y de los crímenes que agitan y arrastran al hombre en el camino de la existencia?

Muriel tenía en todos sus actos el sello de la superioridad, aun en aquella sociedad de insensatos. Sus movimientos eran dignos; su modo de mandar, majestuoso; su voz, grave, aunque estridente y sofocada. No se dignaba fijar la vista en los extraños que venían a contemplarle desde el mundo de fuera, desde el imperio de la razón; lanzaba sobre ellos una mirada de desprecio, y les volvía la espalda, diciendo: «Estos necios no me conocen.»

Otras veces, parecía asombrarse de que le miraran tanto, y daba órdenes en voz alta, mandando cortar cabezas sin cesar y llamándose dictador y omnipotente; después, advirtiendo la compasión e hilaridad de los curiosos, se estremecía de indignación y los increpaba diciendo: «Temblad todos... ¡Ah! Sin duda no saben quién soy... ¡Imbéciles! Yo soy Robespierre.»

FIN DE «EL AUDAZ»

DOÑA PERFECTA

(1876)

NOTA PRELIMINAR

Con *su cuarta novela nos entrega Galdós una obra maestra:* Doña Perfecta. *La más discutida, la más leída, la más traducida de todas sus producciones narrativas. El mismo Galdós nos confiesa que la concibió de* golpe *y la escribió de* un tirón. *Las dos cosas apenas en el término de dos meses.* Doña Perfecta *se publicó en los números de marzo, abril y mayo de la* Revista de España. *En el mes de abril, en un tomo sencillísimo, apareció en los escaparates de las librerías. En el mes de junio se había agotado la primera edición. En el de diciembre, la segunda. Poco tiempo después corría triunfal por el mundo, traducida al inglés—cuatro veces—, al francés—tres—, al alemán—dos—, al sueco, al italiano, al holandés, al danés...*

En Doña Perfecta... *todo es perfecto. La tesis. Los personajes. Las descripciones. Los diálogos. Las dimensiones.* Doña Perfecta *se lee, igualmente que fué escrita,* de un tirón. *Y sabe a poco. Y, sin embargo, no podía ser más.*

Fué siempre un hondo motivo de inquietud para Galdós, y lo delata durante toda su vida literaria, lo tocante a las creencias, al fanatismo, a la religión mal entendida y peor aplicada, a los daños inmensos que ello puede causar en la célula más viva de la sociedad: la familia. Se le ha tachado a Galdós de impío, de conciencia—y consciencia—que jugaba con los temas más fundamentales de la fe. ¿Es cierta esa acusación que tanto ha rodado, convirtiéndose en inmensa bola de nieve por todos empujada? Como no pretendemos que se nos crea si lo negamos sinceramente, acudimos a una autoridad máxima de ortodoxia, paradigma de buen cristiano y de mejor caballero: a don Antonio Maura. Oigamos a don Antonio Maura, porque habla de Galdós: «Y basta la más somera lectura de las obras que antes se citan, salidas de su mano en la última época, para ver apuntar en ellas un grado más alto de su conciencia religiosa, una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale, un contenido dogmático mayor, aun dentro de su parte ética, y, de cuando en cuando, ráfagas de cristianismo positivo.»

Doña Perfecta, Gloria *y* La familia de León Roch *son las tres obras galdosianas en que la preocupación religiosa parece ser la almendrilla. En cada una de ellas el aspecto de la cuestión es distinto o queda enfocado desde puntos de contraste.* La familia de León Roch *muestra la perturbación que llevan al seno de la familia el fanatismo y la intolerancia.* Gloria *pinta el choque de dos religiones opuestas, representadas por mujer y marido.* Doña Perfecta *saca a la luz la influencia* en un ambiente, en un ámbito y en un medio *de los representantes de una religión que se muestran inexorables con quienes no piensan como ellos, y, lo que es peor, hombres al fin, se valen de un imperio de espiritualidad para medrar en mezquinos y menudos intereses de tejas abajo; de los intereses repudiados por Jesús y por su Iglesia.*

La acción de Doña Perfecta *se desarrolla en Orbajosa, ciudad de 7.324 habitantes, sede episcopal, y, como es lógico, con obispo, Cabildo, Seminario, va-*

rias iglesias, muchos clérigos y una vida monótona en la que como únicas diversiones se esperan las procesiones, las novenas, las reuniones de damas que forman las juntas de las archicofradías. En España, hacia 1876, abundaban las Orbajosas. *Galdós pudo vivir algún tiempo en alguna de ellas...*

Papa Rey, ingeniero de Caminos, treintón simpático, buena persona, que llega a Orbajosa *a casarse con su prima Rosario, la hija de doña Perfecta, representa el espíritu tolerante, un tantico escéptico, incapaz de someterse a la férula de nadie, por muy ensotanado que ese nadie aparezca. Doña Perfecta Rey, viuda de Polentinos; el canónigo penitenciario don Inocencio—su confesor—; María Remedios, hermana de éste; Jacinto, el hijo de ésta...* Orbajosa *entera, representan el espíritu tradicional, no llevado a la* práctica *como Dios manda, sino adulterado para que así venga bien a los intereses terrenales de cada quisque.*

A Pepe Rey en Orbajosa *se le recibe de uñas. Llega a cargar con el santo y la limosna. El santo: Rosarito, buena y bella. La limosna: una fortuna pingüe que heredará Rosarito a la muerte de su fanática madre, la viuda de Polentinos. A Rosarito la* tenían *destinada el canónigo don Inocencio y la madraza María Remedios para el simple de Jacinto. Y sus bienes, según dictado inapelable de* Orbajosa, *no podían caer en manos de quien no fuera* orbajosino *u* orbajosense *y se hiciera voluntariamente piececita armónica de la máquina cotidiana —inalterable en su ritmo—de la ciudad, más que vieja, aviejada, rancia más que añeja.*

Apenas ha pisado la tierra hostil, Pepe Rey queda envuelto en unos ataques continuos, sutiles, desesperantes. Melosidades impertinentes. Reticencias mal edulcoradas. Vejámenes y currincherías. Calumnias doradas como píldoras amargas. Todo ello muy graduado, muy graduado, sabiamente graduado. Pepe Rey se apena, se enrabia, se desespera, se exalta. El quiere con toda su alma a Rosarito. Y Rosarito le quiere a él. Sin embargo... ¡Cómo zigzaguea lo solapado! El desenlace de Doña Perfecta *es grandioso, fatal, lo mismo que el de una tragedia griega. El ánimo del lector queda sobrecogido emocionantemente. Un crítico moderno, Emilio Gutiérrez-Gamero, cuenta atinadamente:*

«*La sabia graduación con que el bueno del penitenciario va irritando al ingeniero, con el suave y modoso apoyo de doña Perfecta; la omnímoda influencia que don Inocencio ejerce sobre ella—tal concepto le merecen la bondad, el saber y los consejos de éste—; las continuas mortificaciones a que someten al muchacho al interpretar hasta sus actividades —ya que no sus palabras—como signos reveladores de creencias que no tiene interés alguno en ostentar, atribuyéndole propósitos que su ánimo está lejos de sentir; la conjura tramada contra Pepe Rey, en la que entran todos los elementos sociales de* Orbajosa, *desde el obispo hasta el más humilde palurdo, movidos por el espíritu intrigante de doña Perfecta, sabiamente dirigido por el penitenciario, van excitando los nervios del pacífico lector, no ya sólo del infeliz ingeniero, indignado con tanta bellaquería, cometida siempre en defensa de una religión que éste no ataca, de una fe que no combate, de una tranquilidad que no piensa en alterar en modo alguno, y de un modo de vivir que, si merece su censura, no ha pensado nunca en contrariar.*»

En Doña Perfecta *la galería de personajes es maravillosa. Y no son, entre éstos, como sucede en otras obras de Galdós, los protagonistas los mejor trazados, los mejor asistidos por el acierto interpretativo. Pepe Rey peca de no poner su ánimo a la altura de las circunstancias. Se da por vencido sin jugarse una de esas cartas definitivas que suelen quebrar la mala fortuna. Rosarito Polentinos se difumina demasiado en su indecisión, en su falta de arranques temperamentales. Los tipos realmente grandiosos de la novela son, por este orden, el canónigo don Inocencio, María Remedios, su hermana, y doña Perfecta. Cada uno de ellos, como legítimos seres de carne y hueso y alma que son, vive para* su móvil. *Don Inocencio, estimulado por un afán morboso de sentirse dueño de los resortes que mueven la máquina* orbajosina *u* orbajosense. *María Remedios, por el feroz amor humano que siente por su hijo, a cuya felicidad es capaz de sacrificar los más nobles destinos de su alma. Doña Perfecta, por orgullo y soberbia...,*

que en puridad no son tales, sino malas pasiones que cultiva con astucia don Inocencio. Los tres tipos son, como vulgarmente se dice, de una pieza. *Admiran... y asustan. Rezuman humanidad por todos sus poros. Tenemos la impresión de que se van a encarar con nosotros para arrastrarnos al vértigo de sus existencias tormentosas—¡y, por fin, atormentadas!—. Tenemos la certeza absoluta de que si hoy vamos a cualquier villa española de 7.324 habitantes nos tropezaremos con un don Inocencio marimandón, con una doña Perfecta engreída, con una María Remedios toda ella hecha una enorme pasión primaria, con una Rosarito modosa y de sentimientos martirizados, con un Jacintito señoritín, bobo y petulantillo,* incapaz de sacramentos; *con un* Caballuco *bárbaro, de escasa mollera, a quien se le impulsa por las cuerdas de los instintos, con unas Troyas capaces, para mitigar su tedio, de imaginar las bromas más pesadas...*

Admirable es la pintura del ambiente en Doña Perfecta. *El agro paupérrimo. La urbe secular, sin industrias, alejada de las principales rutas de comunicación, como adormilada en un sopor invencible. La monótona procesión de los días infinitamente largos, siempre arrastrando idénticos motivos archiconocidos. La sospecha espantosa de que nunca surgirá lo imprevisto...*

DOÑA PERFECTA

I

¡VILLAHORRENDA!... ¡CINCO MINUTOS!...

Cuando el tren mixto descendente número 65 (no es preciso nombrar la línea) se detuvo en la pequeña estación situada entre los kilómetros 171 y 172, casi todos los viajeros de segunda y tercera clase se quedaron durmiendo o bostezando dentro de los coches, porque el frío penetrante de la madrugada no convidaba a pasear por el desamparado andén. El único viajero de primera que en el tren venía bajó apresuradamente, y dirigiéndose a los empleados, preguntóles si aquél era el apeadero de Villahorrenda (este nombre, como otros muchos que después se verán, es propiedad del autor).

—En Villahorrenda estamos—repuso el conductor, cuya voz se confundió con el cacarear de las gallinas que en aquel momento eran subidas al furgón—. Se me había olvidado llamarle a usted, señor de Rey. Creo que ahí le esperan con las caballerías.

—¡Pero hace aquí un frío de tres mil demonios!—dijo el viajero, envolviéndose en su manta—. ¿No hay en el apeadero algún sitio donde descansar y reponerse antes de emprender un viaje a caballo por este país de hielo?

No había concluído de hablar, cuando el conductor, llamado por las apremiantes obligaciones de su oficio, marchóse, dejando a nuestro desconocido caballero con la palabra en la boca. Vió éste que se acercaba otro empleado con un farol pendiente de la derecha mano, el cual movíase al compás de la marcha, proyectando geométricas series de ondulaciones luminosas. La luz caía sobre el piso del andén, formando un zigzag semejante al que describe la lluvia de una regadera.

—¿Hay fonda o dormitorio en la estación de Villahorrenda?—preguntó el viajero al del farol.

—Aquí no hay nada—respondió éste secamente, corriendo hacia los que cargaban y echándoles tal rociada de votos, juramentos, blasfemias y atroces invocaciones, que hasta las gallinas, escandalizadas de tan grosera brutalidad, murmuraron dentro de sus cestas.

«Lo mejor será salir de aquí a toda prisa—dijo el caballero para su capote—. El conductor me anunció que ahí estaban las caballerías.»

Esto pensaba, cuando sintió que una sutil y respetuosa mano le tiraba suavemente del abrigo. Volvióse y vió una oscura masa de paño pardo sobre sí misma revuelta, y por cuyo principal pliegue asomaba el avellanado rostro astu-

to de un labriego castellano. Fijóse en la desgarbada estatura, que recordaba al chopo entre los vegetales; vió los sagaces ojos que bajo el ala de ancho sombrero de terciopelo raído resplandecían; vió la mano morena y acerada, que empuñaba una vara verde, y el ancho pie que, al moverse, hacía sonajear el hierro de la espuela.

—¿Es usted el señor don José de Rey? —preguntó, echando mano al sombrero.

—Sí; y usted—repuso el caballero con alegría—será el criado de doña Perfecta, que viene a buscarme a este apeadero para conducirme a Orbajosa.

—El mismo. Cuando usted guste marchar..., la jaca corre como el viento. Me parece que el señor don José ha de ser buen jinete. Verdad es que a quien de casta le viene...

—¿Por dónde se sale?—dijo el viajero con impaciencia—. Vamos, vámonos de aquí, señor... ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Pedro Lucas—respondió el del paño pardo, repitiendo la intención de quitarse el sombrero—; pero me llaman el tío *Licurgo*. ¿En dónde está el equipaje del señorito?

—Allí bajo el reloj lo veo. Son tres bultos. Dos maletas y un mundo de libros para el señor don Cayetano. Tome usted el talón.

Un momento después, señor y escudero hallábanse a espaldas de la barraca llamada estación, frente a un caminejo que, partiendo de allí, se perdía en las vecinas lomas desnudas, donde confusamente se distinguía el miserable caserío de Villahorrenda. Tres caballerías debían transportar todo: hombres y mundos. Una jaca de no mala estampa era destinada al caballero. El tío *Licurgo* oprimiría los lomos de un cuartago venerable, algo desvencijado, aunque seguro, y el macho, cuyo freno debía regir un joven zagal, de piernas listas y fogosa sangre, cargaría el equipaje.

Antes que la caravana se pusiese en movimiento, partió el tren, que se iba escurriendo por la vía con la parsimoniosa cachaza de un tren mixto. Sus pasos, retumbando cada vez más lejanos, producían ecos profundos bajo tierra. Al entrar en el túnel del kilómetro 172, lanzó el vapor por el silbato, y un aullido estrepitoso resonó en los aires. El túnel, echando por su negra boca un hálito blanquecino, clamoreaba como una trompeta; al oír su enorme voz, despertaban aldeas, villas, ciudades, provincias. Aquí cantaba un gallo, más allá otro. Principiaba a amanecer.

II

UN VIAJE POR EL CORAZÓN DE ESPAÑA

Cuando, empezada la caminata, dejaron a un lado las casuchas de Villahorrenda, el caballero, que era joven y de muy buen ver, habló de este modo:

—Dígame usted, señor Solón...

—*Licurgo*, para servir a usted...

—Eso es, señor *Licurgo*. Bien decía yo que era usted un sabio legislador de la antigüedad. Perdone la equivocación. Pero vamos al caso. Dígame usted, ¿cómo está mi señora tía?

—Siempre tan guapa—repuso el labriego, adelantando algunos pasos su caballería—. Parece que no pasan años por la señora doña Perfecta. Bien dicen que al bueno, Dios le da larga vida. Así viviera mil años ese ángel del Señor. Si las bendiciones que le echan en la tierra fueran plumas, la señora no necesitaría más alas para subir al cielo.

—¿Y mi prima, la señorita Rosario?

—¡Bien haya quien a los suyos parece! ¿Qué he de decirle de doña Rosario, sino que es el vivo retrato de su madre? Buena prenda se lleva usted, caballero don José, si es verdad, como dicen, que ha venido para casarse con ella. Tal para cual, y la niña no tiene tampoco por qué quejarse. Poco va de Pedro a Pedro.

—¿Y el señor don Cayetano?

—Siempre metidillo en la faena de sus libros. Tiene una biblioteca más grande que la Catedral, y también escarba la tierra para buscar piedras llenas de unos demonches de garabatos que dicen escribieron los moros.

—¿En cuánto tiempo llegaremos a Orbajosa?

—A las nueve, si Dios quiere. Poco contenta se va a poner la señora cuando vea a su sobrino... Y la señorita Rosarito, que estaba ayer disponiendo el cuarto en que usted ha de vivir... Como no le han visto nunca, la madre y la hija están que no viven, pensando en cómo será o cómo no será este señor don José. Ya llegó el tiempo de que ca-

llen cartas y hablen barbas. La prima verá al primo, y todo será fiesta y gloria. Amanecerá Dios y medraremos.

—Como mi tía y mi prima no me conocen todavía—dijo, sonriendo, el caballero—, no es prudente hacer proyectos.

—Verdad es; por eso se dijo que uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla —repuso el labriego—. Pero la cara no engaña... ¡Qué alhaja se lleva usted! ¡Y qué buen mozo ella!

El caballero no oyó las últimas palabras del tío *Licurgo*, porque iba distraído y algo meditabundo. Llegaban a un recodo del camino, cuando el labriego, torciendo la dirección a las caballerías, dijo:

—Ahora tenemos que echar por esta vereda. El puente está roto, y no se puede vadear el río sino por el Cerrillo de los Lirios.

—¡El Cerrillo de los Lirios!—observó el caballero, saliendo de su meditación—. ¡Cómo abundan los nombres poéticos en estos sitios tan feos! Desde que viajo por estas tierras me sorprende la horrible ironía de los nombres. Tal sitio, que se distingue por su árido aspecto y la desolada tristeza del negro paisaje, se llama Valleameno. Tal villorrio de adobes, que miserablemente se extiende sobre un llano estéril y que de diversos modos pregona su pobreza, tiene la insolencia de nombrarse Villarrica; y hay un barranco pedregoso y polvoriento, donde ni los cardos encuentran jugo, y que, sin embargo, se llama Valdeflores. ¿Eso que tenemos delante es el Cerrillo de los Lirios? Pero ¿dónde están esos lirios, hombre de Dios? Yo no veo más que piedras y hierba descolorida. Llamen a eso el Cerrillo de la Desolación, y hablarán a derechas. Exceptuando Villahorrenda, que parece ha recibido al mismo tiempo el nombre y la hechura, todo aquí es ironía. Palabras hermosas, realidad prosaica y miserable. Los ciegos serían felices en este país, que para la lengua es paraíso y para los ojos infierno.

El señor *Licurgo* o no entendió las palabras del caballero Rey o no hizo caso de ellas. Cuando vadearon el río, que turbio y revuelto corría con impaciente precipitación, como si huyera de sus propias orillas, el labriego extendió el brazo hacia unas tierras que a la siniestra mano, en grande y desnuda extensión, se veían, y dijo:

—Estos son los Alamillos de Bustamante.

—¡Mis tierras!—exclamó con júbilo el caballero, tendiendo la vista por el triste campo que alumbraban las primeras luces de la mañana—. Es la primera vez que veo el patrimonio que heredé de mi madre. La pobre hacía tales ponderaciones de este país, y me contaba tantas maravillas de él, que yo, siendo niño, creía que estar aquí era estar en la gloria. Frutas, flores, caza mayor y menor, montes, lagos, ríos, poéticos arroyos, oteros pastoriles, todo lo había en los Alamillos de Bustamante, en esta tierra bendita, la mejor y más hermosa de todas las tierras... ¡Qué demonio! La gente de este país vive con la imaginación. Si en mi niñez, y cuando vivía con las ideas y con el entusiasmo de mi buena madre, me hubieran traído aquí, también me habrían parecido encantadores estos desnudos cerros, estos llanos polvorientos o encharcados, estas vetustas casas de labor, estas norias desvencijadas, cuyos cangilones lagrimean lo bastante para regar media docena de coles; esta desolación miserable y perezosa que estoy mirando.

—Es la mejor tierra del país—dijo el señor *Licurgo*—, y para el garbanzo es de lo que no hay.

—Pues lo celebro, porque desde que las heredé no me han producido un cuarto estas célebres tierras.

El sabio legislador espartano se rascó la oreja y dió un suspiro.

—Pero me han dicho—continuó el caballero—que algunos propietarios colindantes han metido su arado en estos grandes estados míos, y poco a poco me lo van cercenando. Aquí no hay mojones, ni linderos, ni verdadera propiedad, señor *Licurgo*.

El labriego, después de una pausa, durante la cual parecía ocupar su sutil espíritu en profundas disquisiciones, se expresó de este modo:

—El tío Pasolargo, a quien llamamos el *Filósofo* por su mucha trastienda, metió el arado en los Alamillos por encima de la ermita, y roe que roe, se ha zampado seis fanegadas.

—¡Qué incomparable escuela!—exclamó, riendo, el caballero—. Apostaré que no ha sido ése el único... filósofo.

—Bien dijo el otro que quien las sabe las tañe, y si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas... Pero usted, señor don José, puede decir aquello de que el ojo del amo engorda la vaca, y ahora que está aquí, vea de recobrar su finca.

—Quizá no sea tan fácil, señor *Licurgo*—repuso el caballero a punto que entraban por una senda, a cuyos lados se veían hermosos trigos, que con su lozanía y temprana madurez recreaban la vista—. Este campo parece mejor cultivado. Veo que no todo es tristeza y miseria en los Alamillos.

El labriego puso cara de lástima, y afectando cierto desdén hacia los campos elogiados por el viajero, dijo en tono humildísimo:

—Señor, esto es mío.

—Perdone usted—replicó, vivamente, el caballero—; ya quería yo meter mi hoz en los estados de usted. Por lo visto, la filosofía aquí es contagiosa.

Bajaron inmediatamente a una cañada, que era lecho de pobre y estancado arroyo, y pasado éste entraron en un campo lleno de piedras, sin la más ligera muestra de vegetación.

—Esta tierra es muy mala—dijo el caballero volviendo el rostro para mirar a su guía y compañero, que se había quedado un poco atrás—. Difícilmente podrá usted sacar partido de ella, porque todo es fango y arena.

Licurgo, lleno de mansedumbre, contestó:

—Esto... es de usted.

—Veo que aquí todo lo malo es mío —afirmó el caballero, riendo jovialmente.

Cuando esto hablaban tomaron de nuevo el camino real. Ya la luz del día, entrando en alegre irrupción por todas las ventanas y claraboyas del hispano horizonte, inundaba de esplendorosa claridad los campos. El inmenso cielo sin nubes parecía agrandarse más y alejarse de la tierra, para verla y en su contemplación recrearse desde más alto. La desolada tierra sin árboles, pajiza a trechos, a trechos de color gredoso, dividida toda en triángulos y cuadriláteros amarillos o negruzcos, pardos o ligeramente verdegueados, semejaba en cierto modo a la capa del harapiento que se pone al sol. Sobre aquella capa miserable, el cristianismo y el islamismo habían trabado épicas batallas. Gloriosos campos, sí; pero los combates de antaño los habían dejado horribles.

—Me parece que hoy picará el sol, señor *Licurgo*—dijo el caballero, desembarazándose un poco del abrigo en que se envolvía—. ¡Qué triste camino! No se ve ni un solo árbol en todo lo que alcanza la vista. Aquí todo es al revés. La ironía no cesa. ¿Por qué, si no hay aquí álamos grandes ni chicos, se ha de llamar esto los Alamillos?

El tío *Licurgo* no contestó a la pregunta, porque con toda su alma atendía a lejanos ruidos que, de improviso, se oyeron, y con ademán intranquilo detuvo su cabalgadura, mientras exploraba el camino y los cerros lejanos con sombría mirada.

—¿Qué hay?—preguntó el viajero, deteniéndose también.

—¿Trae usted armas, don José?

—Un revólver... ¡Ah!, ya comprendo. ¿Hay ladrones?

—Puede...—repuso *Licurgo* con recelo—. Me parece que sonó un tiro...

—Allá veremos..., ¡adelante!—dijo el caballero picando su jaca—. No serán tan temibles.

—¡Calma, señor don José!—exclamó el campesino deteniéndole—. Esa gente es más mala que Satanás. El otro día asesinaron a dos caballeros que iban a tomar el tren... Dejémonos de fiestas. Gasparón el *Fuerte,* Pepito *Chispillas, Merengue* y *Ahorca-Suegras* no me verán la cara en mis días. Echemos por la vereda.

—Adelante, señor *Licurgo.*

—Atrás, señor don José—replicó el labriego con afligido acento—. Usted no sabe bien qué gente es ésa. Ellos fueron los que el mes pasado robaron de la iglesia del Carmen el copón, la corona de la Virgen y dos candeleros; ellos fueron los que hace dos años saquearon el tren que iba para Madrid.

Don José, al oír tan lamentables antecedentes, sintió que aflojaba un poco su intrepidez.

—¿Ve usted aquel cerro grande y empinado que hay allá lejos? Pues allí se esconden esos pícaros, en unas cuevas que llaman la Estancia de los Caballeros.

—¿De los Caballeros?

—Sí, señor. Bajan al camino real cuando la Guardia Civil se descuida, y roban lo que pueden. ¿No ve usted más

allá de la vuelta del camino una cruz que se puso en memoria de la muerte que dieron al alcalde de Villahorrenda cuando las elecciones?

—Sí, veo la cruz.

—Allí hay una casa vieja, en la cual se esconden para aguardar a los trajineros. Aquel sitio se llama las Delicias.

—¿Las Delicias?

—Si todos los que han sido muertos y robados al pasar por ahí resucitaran, podría formarse con ellos un ejército.

Cuando esto decían, oyéronse más de cerca los tiros, lo que turbó un poco el esforzado corazón de los viajeros, pero no el del zagalillo, que retozando de alegría pidió al señor *Licurgo* licencia para adelantarse y ver la batalla que tan cerca se había trabado. Observando la decisión del muchacho, avergonzóse don José de haber sentido miedo, o cuando menos un poco de respeto a los ladrones, y gritó, espoleando la jaca:

—Pues allá iremos todos. Quizá podamos prestar auxilio a los infelices viajeros que en tan gran aprieto se ven y poner las peras a cuarto a esos *caballeros*.

Esforzábase *Licurgo* en convencer al joven de la temeridad de sus propósitos, así como de lo inútil de su generosa idea, porque los robados, robados estaban y quizá muertos, y en situación de no necesitar auxilio de nadie. Insistía el señor, sordo a estas sesudas advertencias; contestaba el aldeano, oponiendo resistencia muy viva, cuando el paso de unos carromateros que por el camino abajo tranquilamente venían conduciendo una galera puso fin a la cuestión. No debía de ser grande el peligro cuando tan sin cuidado venían aquéllos, cantando alegres coplas; y así fué, en efecto, porque los tiros, según dijeron, no eran disparados por los ladrones, sino por la Guardia Civil, que de este modo quería cortar el vuelo a media docena de cacos que, ensartados, conducía a la cárcel de la villa.

—Ya, ya sé lo que ha sido—dijo *Licurgo*, señalando leve humareda que a mano derecha del camino y a regular distancia se descubría—. Allí los han escabechado. Esto pasa un día sí y otro no.

El caballero no comprendía.

—Yo le aseguro al señor don José —añadió con energía el legislador lacedemonio—que está muy requetebién hecho, porque de nada sirve formar causa a esos pillos. El juez los marea un poco, y después los suelta. Si al cabo de seis años de causa alguno va a presidio, a lo mejor se escapa, o le indultan, y vuelve a la Estancia de los Caballeros. Lo mejor es esto: ¡fuego!, y adivina quién te dió. Se los lleva a la cárcel, y cuando se pasa por un lugar a propósito... «¡Ah!, perro, que te quieres escapar..., pum, pum...» Ya está hecha la sumaria, requeridos los testigos, celebrada la vista, dada la sentencia... Todo en un minuto. Bien dicen que si mucho sabe la zorra, más sabe el que la toma.

—Pues adelante, y apretemos el paso, que este camino, a más de largo, no tiene nada de ameno.

Al pasar junto a las Delicias vieron, a poca distancia del camino, a los guardias que minutos antes habían ejecutado la extraña sentencia que el lector sabe. Mucha pena causó al zagalillo que no le permitieran ir a contemplar de cerca los palpitantes cadáveres de los ladrones, que en horroroso grupo se distinguían a lo lejos, y siguieron todos adelante. Pero no habían andado veinte pasos, cuando sintieron el galopar de un caballo que tras ellos venía con tanta rapidez que por momentos los alcanzaba. Volvióse nuestro viajero y vió un hombre, mejor dicho, un centauro, pues no podía concebirse más perfecta armonía entre caballo y jinete, el cual era de complexión recia y sanguínea, ojos grandes, ardientes, cabeza ruda, negros bigotes, mediana edad y el aspecto en general brusco y provocativo, con indicios de fuerza en toda su persona. Montaba un soberbio caballo de pecho carnoso, semejante a los del Partenón, enjaezado según el modo pintoresco del país, y sobre la grupa llevaba una gran valija de cuero, en cuya tapa se veía en letras gordas la palabra «Correo».

—Hola, buenos días, señor *Caballuco* —dijo *Licurgo*, saludando al jinete cuando estuvo cerca—. ¡Cómo le hemos tomado la delantera! Pero usted llegará antes si a ello se pone.

—Descansemos un poco—repuso el señor *Caballuco*, poniendo su cabalgadura al paso de la de nuestros viajeros y observando atentamente al principal de los tres—. Puesto que hay tan buena compaña...

—El señor—dijo *Licurgo* sonriendo—es el sobrino de doña Perfecta.

—¡Ah!..., por muchos años..., muy señor mío y mi dueño.

Ambos personajes se saludaron, siendo de notar que *Caballuco* hizo sus urbanidades con una expresión de altanería y superioridad que revelaba, cuando menos, la conciencia de un gran valer o de una alta posición en la comarca. Cuando el orgulloso jinete se apartó y por breve momento se detuvo hablando con dos guardias civiles que llegaron al camino, el viajero preguntó a su guía:

—¿Quién es este pájaro?

—¿Quién ha de ser? *Caballuco.*

—¿Y quién es *Caballuco?*

—¡Toma!... ¿Pero no le ha oído usted nombrar?—dijo el labriego, asombrado de la ignorancia supina del sobrino de doña Perfecta—. Es un hombre muy bravo, gran jinete y el primer caballista de todas estas tierras a la redonda. En Orbajosa le queremos mucho, pues él es..., dicho sea en verdad..., tan bueno como la bendición de Dios... Ahí donde le ve, es un cacique tremendo, y el gobernador de la provincia se le quita el sombrero.

—Cuando hay elecciones...

—Y el Gobierno de Madrid le escribe oficios, con mucha vuecencia en el *rétulo*... Tira a la barra como un San Cristóbal, y todas las armas las maneja como manejamos nosotros nuestros propios dedos. Cuando había fielato no podían con él, y todas las noches sonaban tiros en las puertas de la ciudad... Tiene una gente que vale cualquier dinero, porque lo mismo es para un fregado que para un barrido... Favorece a los pobres, y el que venga de fuera y se atreva a tentar el pelo de la ropa a un hijo de Orbajosa, ya puede verse con él... Aquí no vienen casi nunca soldados de los Madriles. Cuando han estado, todos los días corría sangre, porque *Caballuco* les buscaba camorra por un no y por un sí. Ahora parece que vive en la pobreza, y se ha quedado con la conducción del correo; pero está metiendo fuego en el Ayuntamiento para que haya otra vez fielato y rematarlo él. No sé cómo no le ha oído usted nombrar en Madrid, porque es hijo de un famoso *Caballuco* que estuvo en la facción, el cual *Caballuco* padre era hijo de otro *Caballuco* abuelo, que también estuvo en la facción de más allá... Y como ahora andan diciendo que vuelve a haber facción, porque todo está torcido y revuelto, tememos que *Caballuco* se nos vaya también a ella, poniendo fin de esta manera a las hazañas de su padre y abuelo, que por gloria nuestra nacieron en esta ciudad.

Sorprendido quedó nuestro viajero al ver la especie de caballería andante que aún subsistía en los lugares que visitaba; pero no tuvo ocasión de hacer nuevas preguntas, porque el mismo que era objeto de ellas se les incorporó, diciendo de mal talante:

—La Guardia Civil ha despachado a tres. Ya le he dicho al cabo que se ande con cuidado. Mañana hablaremos el gobernador de la provincia y yo...

—¿Va usted a X***?...

—No; que el gobernador viene acá, señor *Licurgo;* sepa usted que nos van a meter en Orbajosa un par de regimientos.

—Sí—dijo vivamente Pepe Rey, sonriendo—. En Madrid oí decir que había temor de que se levantaran en este país algunas partidillas... Bueno es prevenirse.

—En Madrid no dicen más que desatinos...—manifestó violentamente el centauro, acompañando su afirmación de una retahila de vocablos de esos que levantan ampollas—. En Madrid no hay más que pillería... ¿A qué nos mandan soldados? ¿Para sacarnos más contribuciones y un par de quintas seguidas? ¡Por vida de!.... que si no hay facción debería haberla. ¿Conque usted—añadió mirando socarronamente al caballero—, conque usted es el sobrino de doña Perfecta?

Esta salida de tono y el insolente mirar del bravo enfadaron al joven.

—Sí, señor. ¿Se le ofrece a usted algo?

—Soy amigo de la señora, y la quiero como a las niñas de mis ojos—dijo *Caballuco*—. Puesto que usted va a Orbajosa, allá nos veremos.

Y, sin decir más, picó espuelas a su corcel, el cual, partiendo a escape, desapareció entre una nube de polvo.

Después de media hora de camino, durante la cual el señor don José no se mostró muy comunicativo ni el señor *Licurgo* tampoco, apareció a los ojos de entrambos apiñado y viejo caserío asentado en una loma, del cual se destacaban algunas negras torres y la ruinosa

fábrica de un despedazado castillo en lo más alto. Un amasijo de paredes deformes, de casuchas de tierra pardas y polvorosas, como el suelo, formaba la base, con algunos fragmentos de almenadas murallas, a cuyo amparo mil chozas humildes alzaban sus miserables frontispicios de adobes, semejantes a caras anémicas y hambrientas que pedían una limosna al pasajero. Pobrísimo río ceñía, como un sinuoso cinturón de hojalata, el pueblo, refrescando, al pasar, algunas huertas, única frondosidad que alegraba la vista. Entraba y salía la gente en caballerías o a pie, y el movimiento humano, aunque escaso, daba cierta apariencia vital a aquella gran morada, cuyo aspecto arquitectónico era más bien de ruina y muerte que de prosperidad y vida. Los repugnantes mendigos que se arrastraban a un lado y otro del camino pidiendo el óbolo del pasajero ofrecían lastimoso espectáculo. No podían verse existencias que mejor encajaran en las grietas de aquel sepulcro, donde una ciudad estaba, no sólo enterrada, sino también podrida. Cuando nuestros viajeros se acercaban, algunas campanas, tocando desacordemente, indicaron con su expresivo son que aquella momia tenía todavía un alma.

Llamábase Orbajosa, ciudad que no en Geografía caldea o copta, sino en la de España, figura con 7.324 habitantes, Ayuntamiento, sede episcopal, Juzgado, Seminario, Depósito de caballos sementales, Instituto de segunda enseñanza y otras prerrogativas oficiales.

—Están tocando a misa mayor en la Catedral—dijo el tío *Licurgo*—. Llegamos antes de lo que pensé.

—El aspecto de su patria de usted—dijo el caballero, examinando el panorama que delante tenía—no puede ser más desagradable. La histórica ciudad de Orbajosa (1), cuyo nombre es, sin duda, corrupción de *Urbs augusta,* parece un gran muladar.

—Es que de aquí no se ven más que los arrabales—afirmó, con disgusto, el guía—. Cuando entre usted en la calle Real y en la del Condestable, verá fábricas tan hermosas como la de la Catedral.

—No quiero hablar mal de Orbajosa antes de conocerla—declaró el caballero—. Lo que he dicho no es tampoco señal de desprecio; que, humilde y miserable, lo mismo que hermosa y soberbia, esa ciudad será siempre para mí muy querida, no sólo por ser patria de mi madre, sino porque en ella viven personas a quienes amo ya sin conocerlas. Entremos, pues, en la ciudad *augusta.*

Subían ya por una calzada próxima a las primeras calles, e iban tocando las tapias de las huertas.

—¿Ve usted aquella gran casa que está al fin de esta gran huerta, por cuyo bardal pasamos ahora?—dijo el tío *Licurgo,* señalando el enorme paredón revocado de la única vivienda que tenía aspecto de habitabilidad cómoda y alegre.

—Ya..., ¿aquélla es la vivienda de mi tía?

—Justo y cabal. Lo que vemos es la parte trasera de la casa. El frontis da a la calle del Condestable, y tiene cinco balcones de hierro que parecen cinco castillos. Esta hermosa huerta que hay tras la tapia es la de la señora, y si usted se alza sobre los estribos la verá toda desde aquí.

—Pues estamos ya en casa—dijo el caballero—. ¿No se puede entrar por aquí?

—Hay una puertecilla; pero la señora la mandó tapiar.

Alzóse el caballero sobre los estribos, y, alargando cuanto pudo su cabeza, miró por encima de las bardas.

—Veo la huerta toda—indicó—. Allí, bajo aquellos árboles, está una mujer, una chiquilla..., una señorita.

—Es la señorita Rosario—repuso *Licurgo.*

Y al instante se alzó también sobre los estribos para mirar.

—¡Eh, señorita Rosario!—gritó, haciendo con la derecha mano gestos muy significativos—. Ya estamos aquí... Aquí le traigo a su primo.

—Nos ha visto—dijo el caballero, estirando el cuello hasta el último grado—. Pero, si no me engaño, al lado de ella está un clérigo..., un señor sacerdote.

—Es el señor penitenciario—repuso, con naturalidad, el labriego.

—Mi prima nos ve..., deja solo al clérigo, y echa a correr hacia la casa... Es bonita...

(1) Ya se ha dicho que todos los nombres locales son imaginarios.

—Como un sol.

—Se ha puesto más encarnada que una cereza. Vamos, vamos, señor *Licurgo*.

III

PEPE REY

Antes de pasar adelante conviene decir quién era Pepe Rey, y qué asuntos le llevaron a Orbajosa.

Cuando el brigadier Rey murió, en 1841, sus dos hijos, Juan y Perfecta, acababan de casarse: ésta, con el más rico propietaro de Orbajosa; aquél, con una joven de la misma ciudad. Llamábase el esposo de Perfecta don Manuel María José de Polentinos, y la mujer de Juan, María Polentinos; pero, a pesar de la igualdad de apellido, su parentesco era un poco lejano y de aquellos que no coge un galgo. Juan Rey era insigne jurisconsulto, graduado en Sevilla, y ejerció la abogacía en esta misma ciudad durante treinta años, con tanta gloria como provecho. En 1845 era ya viudo, y tenía un hijo que empezaba a hacer diabluras: solía tener por entretenimiento el construir con tierra, en el patio de la casa, viaductos, malecones, estanques, presas, acequias, soltando después el agua para que entre aquellas frágiles obras corriese. El padre le dejaba hacer y decía: «Tú serás ingeniero.»

Perfecta y Juan dejaron de verse desde que uno y otro se casaron, porque ella se fué a vivir a Madrid con el opulentísimo Polentinos, que tenía tanta hacienda como buena mano para gastarla. El juego y las mujeres cautivaban de tal modo el corazón de Manuel María José, que habría dado en tierra con toda su fortuna si más pronto que él para derrocharla no estuviera la muerte para llevársele a él. En una noche de orgía acabaron de súbito los días de aquel ricacho provinciano, tan vorazmente chupado por las sanguijuelas de la corte y por el insaciable vampiro del juego. Su única heredera era una niña de pocos meses. Con la muerte del esposo de Perfecta se acabaron los sustos en la familia; pero empezó el gran conflicto. La casa de Polentinos estaba arruinada; las fincas, en peligro de ser arrebatadas por los prestamistas; todo en desorden, enormes deudas, lamentable administración en Orbajosa, descrédito y ruina en Madrid.

Perfecta llamó a su hermano, el cual, acudiendo en auxilio de la pobre viuda, mostró tanta diligencia y tino, que al poco tiempo la mayor parte de los peligros habían sido conjurados. Principió por obligar a su hermana a residir en Orbajosa, administrando por sí misma sus vastas tierras, mientras él hacía frente, en Madrid, al formidable empuje de los acreedores. Poco a poco fué descargándose la casa del enorme fardo de sus deudas, porque el bueno de don Juan Rey, que tenía la mejor mano del mundo para tales asuntos, lidió con la curia, hizo contratos con los principales acreedores, estableció plazos para el pago, resultando de este hábil trabajo que el riquísimo patrimonio de Polentinos saliese a flote y pudiera seguir dando, por luengos años, esplendor y gloria a la ilustre familia.

La gratitud de Perfecta era tan viva, que al escribir a su hermano, desde Orbajosa, donde resolvió residir hasta que creciera su hija, le decía, entre otras ternezas: «Has sido más que hermano para mí, y para mi hija, más que su mismo padre. ¿Cómo te pagaremos ella y yo tan grandes beneficios? ¡Ay querido hermano! Desde que mi hija sepa discurrir y pronunciar un nombre, yo le enseñaré a bendecir el tuyo. Mi agradecimiento durará toda mi vida. Tu hermana indigna siente no encontrar ocasión de mostrarte lo mucho que te ama y de recompensarte de un modo apropiado a la grandeza de tu alma y a la inmensa bondad de tu corazón.»

Cuando esto se escribía, Rosarito tenía dos años. Pepe Rey, encerrado en un colegio de Sevilla, hacía rayas en un papel, ocupándose en probar que *la suma de los ángulos interiores de un polígono vale tantas veces dos rectos como lados tiene, menos dos*. Estas enfadosas perogrulladas le traían muy atareado. Pasaron años y más años. El muchacho crecía y no cesaba de hacer rayas. Por último, hizo una que se llama *de Tarragona a Montblanch*. Su primer juguete formal fué el puente de 120 metros sobre el río Francolí.

Durante mucho tiempo, doña Perfecta siguió viviendo en Orbajosa. Como su hermano no salió de Sevilla, pasaron unos pocos años sin que uno y otra se

vieran. Una carta trimestral, tan puntualmente escrita como puntualmente contestada, ponía en comunicación aquellos dos corazones, cuya ternura ni el tiempo ni la distancia podían enfriar. En 1870, cuando don Juan Rey, satisfecho de haber desempeñado bien su misión en la sociedad, se retiró a vivir en su hermosa casa de Puerto Real, Pepe, que ya había trabajado algunos años en las obras de varias poderosas compañías constructoras, emprendió un viaje de estudios a Alemania e Inglaterra. La fortuna de su padre—tan grande como puede serlo en España la que sólo tiene por origen un honrado bufete—le permitía librarse en breves períodos del yugo del trabajo material. Hombre de elevadas ideas y de inmenso amor a la ciencia, hallaba su más puro goce en la observación y estudio de los prodigios con que el genio del siglo sabe cooperar a la cultura y bienestar físico y perfeccionamiento moral del hombre.

Al regresar del viaje, su padre le anunció la revelación de un importante proyecto; y como Pepe creyera que se trataba de un puente, una dársena o, cuando menos, saneamiento de marismas, sacóle de tal error don Juan, manifestándole su pensamiento en estos términos:

—Estamos en marzo, y la carta trimestral de Perfecta no podía faltar. Querido hijo, léela, y, si estás conforme con lo que en ella manifiesta esa santa y ejemplar mujer, mi querida hermana, me darás la mayor felicidad que en mi vejez puedo desear. Si no te gustase el proyecto, deséchalo sin reparo, aunque tu negativa me entristezca, que en él no hay ni sombra de imposición por parte mía. Sería indigno de mí y de ti que esto se realizase por coacción de un padre terco. Eres libre de aceptar o no, y si hay en tu voluntad la más ligera resistencia, originada en ley del corazón o en otra causa, no quiero que te violentes por mí.

Pepe dejó la carta sobre la mesa, después de pasar la vista por ella, y tranquilamente dijo:

—Mi tía quiere que me case con Rosario.

—Ella contesta aceptando con gozo mi idea—dijo el padre muy conmovido—. Porque la idea fué mía..., sí, hace tiempo, hace tiempo que la concebí...; pero no había querido decirte nada antes de conocer el pensamiento de mi hermana. Como ves, Perfecta acoge con júbilo mi plan: dice que también había pensado en lo mismo; pero que no se atrevía a manifestármelo, por ser tú..., ¿no ves lo que dice?, «por ser tú un joven de singularísimo mérito, y su hija, una joven aldeana, educada sin brillantez ni mundanales atractivos...» Así mismo lo dice... ¡Pobre hermana mía! ¡Qué buena es!... Veo que no te enfadas; veo que no te parece absurdo este proyecto mío, algo parecido a la previsión oficiosa de los padres de antaño, que casaban a sus hijos sin consultárselo, y las más veces haciendo uniones disparatadas y prematuras... Dios quiera que ésta sea o prometa ser de las más felices. Es verdad que no conoces a mi sobrina; pero tú y yo tenemos noticias de su virtud, de su discreción, de su modestia y noble sencillez. Para que nada le falte, hasta es bonita... Mi opinión—añadió festivamente—es que te pongas en camino y pises el suelo de esa recóndita ciudad episcopal, de esa *Urbs augusta,* y allí, en presencia de mi hermana y de su graciosa Rosarito, resuelvas si ésta ha de ser algo más que mi sobrina.

Pepe volvió a tomar la carta y la leyó con cuidado. Su semblante no expresaba alegría ni pesadumbre. Parecía estar examinando un proyecto de empalme de dos vías férreas.

—Por cierto—decía don Juan—, que en esa remota Orbajosa, donde, entre paréntesis, tienes fincas que puedes examinar ahora, se pasa la vida con la tranquilidad y dulzura de un idilio. ¡Qué patriarcales costumbres! ¡Qué nobleza en aquella sencillez! ¡Qué rústica paz virgiliana! Si en vez de ser matemático fueras latinista, repetirías, al entrar allí, el *ergo tua rura manebunt.* ¡Qué admirable lugar para dedicarse a la contemplación de nuestra propia alma y prepararse a las buenas obras! Allí todo es bondad, honradez; allí no se conocen la mentira y la farsa como en nuestras grandes ciudades; allí renacen las santas inclinaciones que el bullicio de la moderna vida ahoga; allí despierta la dormida fe, y se siente vivo impulso indefinible dentro del pecho, al modo de pueril impaciencia que en el fondo de nuestra alma grita: «Quiero vivir.»

Pocos días después de esta conferencia, Pepe salió de Puerto Real. Había rehusado, meses antes, una comisión del Gobierno para examinar, desde el punto de vista minero, la cuenca del río Nahara, en el valle de Orbajosa; pero los proyectos a que dió lugar la conferencia referida le hicieron decir: «Conviene aprovechar el tiempo. Sabe Dios lo que durará ese noviazgo y el aburrimiento que traerá consigo.» Dirigióse a Madrid, solicitó la comisión de explorar la cuenca del Nahara; se la dieron sin dificultad, a pesar de no pertenecer oficialmente al Cuerpo de Minas; púsose luego en marcha, y, después de transbordar un par de veces, el tren mixto número 65 le llevó, como se ha visto, a los amorosos brazos del tío *Licurgo*.

Frisaba la edad de este excelente joven en los treinta y cuatro años. Era de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado, y tan arrogante, que si llevara uniforme militar ofrecería el más guerrero aspecto y talle que puede imaginarse. Rubios el cabello y la barba, no tenía en su rostro la flemática imperturbabilidad de los sajones, sino, por el contrario, una viveza tal, que sus ojos parecían negros sin serlo. Su persona bien podía pasar por un hermoso y acabado símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal estas palabras: *inteligencia, fuerza*. Si no en caracteres visibles, llevábalas él expresadas vagamente en la luz de su mirar, en el poderoso atractivo que eran don propio de su persona y en las simpatías a que su trato cariñosamente convidaba.

No era de los más habladores; sólo los entendimientos de ideas inseguras y de movedizo criterio propenden a la verbosidad. El profundo sentido moral de aquel insigne joven le hacía muy sobrio de palabras en las disputas que constantemente traban sobre diversos asuntos los hombres del día; pero en la conversación urbana sabía mostrar una elocuencia picante y discreta, emanada siempre del buen sentido y de la apreciación mesurada y justa de las cosas del mundo. No admitía falsedades ni mixtificaciones, ni esos retruécanos del pensamiento con que se divierten algunas inteligencias impregnadas del gongorismo; y, para volver por los fueros de la realidad, Pepe Rey solía emplear a veces, no siempre con comedimiento, las armas de la burla. Esto casi era un defecto a los ojos de gran número de personas que le estimaban, porque aparecía un poco irrespetuoso en presencia de multitud de hechos comunes en el mundo y admitidos por todos. Fuerza es decirlo, aunque su prestigio se amengüe: Rey no conocía la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado singulares velos de lenguaje y de hechos para cubrir lo que a los vulgares ojos pudiera ser desagradable.

Así, y no de otra manera, por más que digan calumniadoras lenguas, era el hombre a quien el tío *Licurgo* introdujo en Orbajosa en la hora y punto en que la campana de la Catedral tocaba a misa mayor. Luego que uno y otro, atisbando por encima de los bardales, vieron a la niña y al penitenciario, y la veloz corrida de aquélla hacia la casa, picaron sus caballerías para entrar en la calle Real, donde gran número de vagos se detenían para mirar al viajero como extraño huésped intruso de la patriarcal ciudad. Torciendo luego a la derecha, en dirección a la Catedral, cuya corpulenta fábrica dominaba todo el pueblo, tomaron la calle del Condestable, en la cual, por ser estrecha y empedrada, retumbaban con estridente sonete las herraduras, alarmando al vecindario, que por las ventanas y balcones se mostraba para satisfacer su curiosidad. Abríanse con singular chasquido las celosías, y caras diversas, casi todas de hembra, asomaban arriba y abajo. Cuando Pepe Rey llegó al arquitectónico umbral de la casa de Polentinos, ya se habían hecho multitud de comentarios diversos sobre su figura.

IV

LA LLEGADA DEL PRIMO

El señor penitenciario, cuando Rosarito se separó bruscamente de él, miró a los bardales, y, viendo las cabezas del tío *Licurgo* y de su compañero de viaje, dijo para sí: «Vamos, ya está ahí ese prodigio.»

Quedóse un rato meditabundo, sosteniendo el manteo con ambas manos, cru-

zadas sobre el abdomen, fija la vista en el suelo, los anteojos de oro deslizándose suavemente hacia la punta de la nariz, saliente y húmedo el labio inferior y un poco fruncidas las blanquinegras cejas. Era un santo varón, piadoso y de no común saber, de intachables costumbres clericales, algo más de sexagenario, de afable trato, fino y comedido, gran repartidor de consejos y advertencias a hombres y mujeres. Desde luengos años era maestro de latinidad y retórica en el Instituto, cuya noble profesión dióle gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad. Nada más conviene añadir acerca de este personaje sino que cuando sintió el trote largo de las cabalgaduras que corrían hacia la calle del Condestable, se arregló el manteo, enderezó el sombrero, que no estaba del todo bien ajustado en la venerable cabeza, y, marchando hacia la casa, murmuró:

—Vamos a conocer a ese prodigio.

En tanto, Pepe bajaba de la jaca, y en el mismo portal le recibía en sus amantes brazos doña Perfecta, anegado en lágrimas el rostro y sin poder pronunciar sino palabras breves y balbucientes, expresión sincera de su cariño.

—¡Pepe..., pero qué grande estás!..., y con barbas... Me parece que fué ayer cuando te ponía sobre mis rodillas... Ya estás hecho un hombre, todo un hombre... ¡Cómo pasan los años!... ¡Jesús! Aquí tienes a mi hija Rosario.

Diciendo esto, habían llegado a la sala baja, ordinariamente destinada a recibir, y doña Perfecta presentóle a su hija.

Era Rosario una muchacha de apariencia delicada y débil, que anunciaba inclinaciones a lo que los portugueses llaman *saudades*. En su rostro fino y puro se observaba la pastosidad nacarada que la mayor parte de los poetas atribuyen a sus heroínas, y sin cuyo barniz sentimental parece que ninguna Enriqueta y ninguna Julia pueden ser interesantes. Tenía Rosario tal expresión de dulzura y modestia, que al verla no se echaban de menos las perfecciones de que carecía. No es esto decir que era fea; mas también es cierto que habría pasado por hiperbólico el que la llamaran hermosa, dando a esta palabra su riguroso sentido. La hermosura real de la niña de doña Perfecta consistía en una especie de transparencia, prescindiendo del nácar, del alabastro, del marfil y demás materias usadas en la composición descriptiva de los rostros humanos; una transparencia, digo, por la cual todas las honduras de su alma se veían claramente; honduras no cavernosas y horribles como las del mar, sino como las de un manso y claro río. Pero allí faltaba materia para que la persona fuese completa: faltaba cauce, faltaban orillas. El vasto caudal de su espíritu se desbordaba, amenazando devorar las estrechas riberas. Al ser saludada por su primo se puso como la grana, y sólo pronunció algunas palabras torpes.

—Estarás desmayado—dijo doña Perfecta a su sobrino—. Ahora mismo te daremos de almorzar.

—Con permiso de usted—repuso el viajero—, voy a quitarme el polvo del camino.

—Muy bien pensado. Rosario, lleva a tu primo al cuarto que le hemos dispuesto. Despáchate pronto, sobrino. Voy a dar mis órdenes.

Rosario llevó a su primo a una hermosa habitación situada en el piso bajo. Desde que puso el pie dentro de ella, Pepe reconoció en todos los detalles de la vivienda la mano inteligente y cariñosa de una mujer. Todo estaba puesto con arte singular, y el aseo y frescura de cuanto allí había convidaban a reposar en tan hermoso nido. El huésped reparó en minuciosidades que le hicieron reír.

—Aquí tienes la campanilla—dijo Rosarito, tomando el cordón de ella, cuya borla caía sobre la cabecera del lecho—. No tienes más que alargar la mano. La mesa de escribir está puesta de modo que recibas la luz por la izquierda... Mira: en esta cesta echarás los papeles rotos... ¿Fumas?

—Tengo esa desgracia—repuso Pepe Rey.

—Pues aquí puedes echar las puntas de cigarro—dijo ella, tocando con la punta del pie un mueble de latón dorado lleno de arena—. No hay cosa más fea que ver el suelo lleno de colillas de cigarro... Mira el lavabo... Para la ropa tienes un ropero y una cómoda... Creo que la relojera está mal aquí y se te debe poner junto a la cama... Si te molesta la luz, no tienes más que

correr el transparente, tirando de la cuerda..., ¿ves?..., risch...

El ingeniero estaba encantado.

Rosarito abrió una ventana.

—Mira—dijo—, esta ventana da a la huerta. Por aquí entra el sol de tarde. Aquí tenemos colgada la jaula de un canario, que canta como un loco. Si te molesta, la quitaremos.

Abrió otra ventana del testero opuesto.

—Esta otra ventana—añadió—da a la calle. Mira, desde aquí se ve la Catedral, que es muy hermosa y está llena de preciosidades. Vienen muchos ingleses a verla. No abras las dos ventanas a un tiempo, porque las corrientes de aire son muy malas.

—Querida prima—dijo Pepe, con el alma inundada de inexplicable gozo—, en todo lo que está delante de mis ojos veo una mano de ángel que no puede ser sino la tuya. ¡Qué hermoso cuarto es éste! Me parece que he vivido en él toda mi vida. Está convidando a la paz.

Rosario no contestó nada a estas cariñosas expresiones, y, sonriendo, salió.

—No tardes—dijo desde la puerta—. El comedor está también abajo..., en el centro de esta galería.

Entró el tío *Licurgo* con el equipaje. Pepe le recompensó con una largueza a que el labriego no estaba acostumbrado, y éste, después de dar las gracias con humildad, llevóse la mano a la cabeza como quien ni se pone ni se quita el sombrero, y en tono embarazoso, mascando las palabras, como quien no dice ni deja de decir las cosas, se expresó de este modo:

—¿Cuándo será la mejor hora para hablar al señor don José de un..., de un asuntillo?

—¿De un asuntillo? Ahora mismo—repuso Pepe, abriendo su baúl.

—No es oportunidad—dijo el labriego—. Descanse el señor don José, que tiempo tenemos. Más días hay que longanizas, como dijo el otro, y un día viene tras otro día... Que usted descanse, señor don José... Cuando quiera dar un paseo... La jaca no es mala... Conque buenos días, señor don José. Que viva usted mil años... ¡Ah!, se me olvidaba—añadió, volviendo a entrar, después de algunos segundos de ausencia—. Si quiere usted algo para el señor juez municipal... Ahora voy allá a hablarle de nuestro asuntillo...

—Déle usted expresiones—dijo festivamente, no encontrando mejor fórmula para sacudirse de encima al legislador espartano.

—Pues quede con Dios el señor don José.

—Abur.

El ingeniero no había sacado su ropa, cuando aparecieron por tercera vez en la puerta los sagaces ojuelos y la marrullera fisonomía del tío *Licurgo*.

—Perdone el señor don José—dijo, mostrando en afectada risa sus blanquísimos dientes—. Pero... quería decirle que si usted desea que esto se arregle por amigables componedores... Aunque, como dijo el otro, pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro...

—Hombre, ¿quiere usted irse de aquí?

—Dígolo porque a mí me carga la Justicia. No quiero nada con la Justicia. Del lobo, un pelo, y ése, de la frente. Conque..., con Dios, señor don José. Dios le conserve sus días para favorecer a los pobres.

—Adiós, hombre, adiós.

Pepe echó la llave a la puerta, y dijo para sí: «La gente de este pueblo parece muy pleitista.»

V

¿HABRÁ DESAVENENCIA?

Poco después, Pepe se presentaba en el comedor.

—Si almuerzas fuerte—le dijo doña Perfecta con cariñoso acento—, se te quitará la gana de comer. Aquí comemos a la una. Las modas del campo no te gustarán.

—Me encantan, señora tía.

—Pues di lo que prefieres: ¿almorzar fuerte ahora, o tomar una cosita ligera para que resistas hasta la hora de comer?

—Escojo la cosa ligera, para tener el gusto de comer con ustedes; y si en Villahorrenda hubiera encontrado algún alimento, nada tomaría a esta hora.

—Por supuesto, no necesito decirte que nos trates con toda franqueza. Aquí puedes mandar como si estuvieras en tu casa.

—Gracias, tía.

—Pero ¡cómo te pareces a tu padre!—añadió la señora, contemplando con

verdadero arrobamiento al joven miemtras éste comía—. Me parece que estoy mirando a mi querido hermano Juan. Se sentaba como te sientas tú, y comía lo mismo que tú. En el modo de mirar, sobre todo, sois como dos gotas de agua.

Pepe la emprendió con el frugal desayuno. Las expresiones, así como la actitud y las miradas de su tía y prima, le infundían tal confianza, que se creía ya en su propia casa.

—¿Sabes lo que me decía Rosarito esta mañana?—indicó doña Perfecta, fija la vista en su sobrino—. Pues me decía que tú. como hombre hecho a las pompas y etiquetas de la corte y a las modas del extranjero, no podrás soportar esta sencillez un poco rústica en que vivimos, y esta falta de buen tono, pues aquí todo es a la pata la llana.

—¡Qué error!—repuso Pepe, mirando a su prima—. Nadie aborrece más que yo las falsedades y comedias de lo que llaman alta sociedad. Crean ustedes que hace tiempo deseo darme, como decía no sé quién, un baño de cuerpo entero en la Naturaleza; vivir lejos del bullicio, en la soledad y sosiego del campo. Anhelo la tranquilidad de una vida sin luchas, sin afanes, ni envidioso ni envidiado, como dijo el poeta. Durante mucho tiempo, mis estudios, primero, y mis trabajos, después, me han impedido el descanso que necesito y que reclaman mi espíritu y mi cuerpo; pero desde que entré en esta casa, querida tía, querida prima, me he sentido rodeado de la atmósfera de paz que deseo. No hay que hablarme, pues, de sociedades altas ni bajas, ni de mundos grandes ni chicos, porque de buen grado los cambio todos por este rincón.

Esto decía, cuando los cristales de la puerta que comunicaba el comedor con la huerta se oscurecieron por la superposición de una larga opacidad negra. Los vidrios de unas gafas despidieron, heridos por la luz del sol, fugitivo rayo; rechinó el picaporte, abrióse la puerta y el señor penitenciario penetró con gravedad en la estancia. Saludó y se inclinó, quitándose la teja, hasta tocar con el ala de ella el suelo.

—Es el señor penitenciario de esta Santa Catedral—dijo doña Perfecta—, persona a quien estimamos mucho y de quien espero serás amigo. Siéntese usted, señor don Inocencio.

Pepe estrechó la mano del venerable canónigo, y ambos se sentaron.

—Pepe, si acostumbras fumar después de comer, no dejes de hacerlo—manifestó, benévolamente, doña Perfecta—. Ni el señor penitenciario tampoco.

A la sazón, el buen don Inocencio sacaba de debajo de la sotana una gran petaca de cuero, marcada con irrecusables señales de antiquísimo uso, y la abrió, desenvainando de ella dos largos pitillos, uno de los cuales ofreció a nuestro amigo. De un cartoncejo que, irónicamente, llaman los españoles *wagón,* sacó Rosario un fósforo, y bien pronto ingeniero y presbítero echaban su humo el uno sobre el otro.

—¿Y qué le parece al señor don José nuestra querida ciudad de Orbajosa? —preguntó el canónigo, cerrando fuertemente el ojo izquierdo, según su costumbre, mientras fumaba.

—Todavía no he podido formar idea de este pueblo—dijo Pepe—. Por lo poco que he visto, me parece que no le vendrían mal a Orbajosa media docena de grandes capitales dispuestos a emplearse aquí, un par de cabezas inteligentes que dirigieran la renovación de este país, y algunos miles de manos activas. Desde la entrada del pueblo hasta la puerta de esta casa he visto más de cien mendigos. La mayor parte son hombres sanos y aun robustos. Es un ejército lastimoso, cuya vista oprime el corazón.

—Para eso está la caridad—afirmó don Inocencio—. Por lo demás, Orbajosa no es un pueblo miserable. Ya sabe usted que aquí se producen los primeros ajos de toda España. Pasan de veinte las familias ricas que viven entre nosotros.

—Verdad es—indicó doña Perfecta—que los últimos años han sido detestables a causa de la seca; pero, aun así, las paneras no están vacías, y se han llevado últimamente al mercado muchos miles de ristras de ajos.

—En tantos años que llevo de residencia en Orbajosa—dijo el clérigo, frunciendo el ceño—he visto llegar aquí innumerables personajes de la corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por visitar algún abandonado terruño, o ver las antigüedades de la Catedral, y todos entran hablándonos de arados ingleses, de trilladoras mecánicas, de

saltos de agua, de Bancos y qué sé yo cuántas majaderías. El estribillo es que esto es muy malo y que podía ser mejor. Váyanse con mil demonios, que aquí estamos muy bien sin que los señores de la corte nos visiten, mucho mejor sin oír ese continuo clamoreo de nuestra pobreza y de las grandezas y maravillas de otras partes. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, ¿no es verdad, señor don José? Por supuesto, no se crea ni remotamente que lo digo por usted. De ninguna manera. Pues no faltaba más. Ya sé que tenemos delante a uno de los jóvenes más eminentes de la España moderna, a un hombre que sería capaz de transformar en riquísimas comarcas nuestras áridas estepas... Ni me incomodo porque usted me cante la vieja canción de los arados ingleses y la arboricultura y la selvicultura... Nada de eso: a hombres de tanto, de tantísimo talento, se les puede dispensar el desprecio que muestran hacia nuestra humildad. Nada, amigo mío; nada, señor don José: está usted autorizado para todo, incluso para decirnos que somos poco menos que cafres.

Esta filípica, terminada con marcado tono de ironía y harto impertinente toda ella, no agradó al joven; pero se abstuvo de manifestar el más ligero disgusto, y siguió la conversación, procurando, en lo posible, huir de los puntos en que el susceptible patriotismo del señor canónigo hallase fácil motivo de discordia. Este se levantó en el momento en que la señora hablaba con su sobrino de asuntos de familia, y dió algunos pasos por la estancia.

Era ésta vasta y clara, cubierta de antiguo papel, cuyas flores y ramos, aunque descoloridos, conservaban su primitivo dibujo, gracias al aseo que reinaba en todas y cada una de las partes de la vivienda. El reloj, de cuya caja colgaban al descubierto, al parecer, las inmóviles pesas y el voluble péndulo, diciendo perpetuamente que *no*, ocupaba, con su abigarrada muestra, el lugar preeminente entre los sólidos muebles del comedor, completando el ornato de las paredes una serie de láminas francesas que representaban las hazañas del conquistador de Méjico, con prolijas explicaciones al pie, en las cuales se hablaba de un *Ferdinand Cortez* y de una *Donna Marine*, tan inverosímiles como las figuras dibujadas por el ignorante artista. Entre las dos puertas vidrieras que comunicaban con la huerta había un aparato de latón, que no es preciso describir desde que se diga que servía de sustentáculo a un loro, el cual se mantenía allí, con la seriedad y circunspección propias de estos animalejos, observándolo todo. La fisonomía irónica y dura de los loros, su casaca verde, su gorrete encarnado, sus botas amarillas y, por último, las roncas palabras burlescas que pronuncian, les dan un aspecto extraño, entre serio y ridículo. Tienen no sé qué rígido empaque de diplomáticos. A veces parecen bufones, y siempre se asemejan a ciertos finchados sujetos, que, por querer parecer muy superiores, tiran a la caricatura.

Era el penitenciario muy amigo del loro. Cuando dejó a la señora y a Rosario en coloquio con el viajero, llegóse a él, y, dejándose morder con la mayor complacencia el dedo índice, le dijo:

—Tunante, bribón, ¿por qué no hablas? Poco valdrías si no fueras charlatán. De charlatanes está lleno el mundo de los hombres y el de los pájaros.

Luego cogió con su propia venerable mano algunos garbanzos del cercano cazuelillo y se los dió a comer. El animal empezó a llamar a la criada, pidiéndole chocolate; sus palabras distrajeron a las dos damas y al caballero de una conversación que no debía de ser muy importante.

VI

DONDE SE VE QUE PUEDE SURGIR LA DESAVENENCIA CUANDO MENOS SE ESPERA

De súbito se presentó el señor don Cayetano Polentinos, hermano político de doña Perfecta, el cual entró con los brazos abiertos, gritando:

—Venga acá, señor don José de mi alma.

Y se abrazaron cordialmente. Don Cayetano y Pepe se conocían, porque el distinguido erudito y bibliófilo solía hacer excursiones a Madrid cuando se anunciaba almoneda de libros procedentes de la testamentaría de algún *buquinista*. Era don Cayetano alto y flaco, de edad mediana, si bien el continuo estudio o los padecimientos le habían desmejorado mucho; expresábase con

una corrección alambicada que le sentaba a las mil maravillas, y era cariñoso y amable, a veces con exageración. Respecto de su vasto saber, ¿qué puede decirse sino que era un verdadero prodigio? En Madrid, su nombre no se pronunciaba sin respeto, y si don Cayetano residiera en la capital, no se escapara sin pertenecer, a pesar de su modestia, a todas las Academias existentes y por existir. Pero él gustaba del tranquilo aislamiento, y el lugar que en el alma de otros tiene la vanidad, teníalo en el suyo la pasión bibliómana, el amor al estudio solitario, sin otra ulterior mira y aliciente que los propios libros y el estudio mismo.

Había formado en Orbajosa una de las más ricas bibliotecas que en toda la redondez de España se encuentran, y dentro de ella pasaba largas horas del día y de la noche, compilando, clasificando, tomando apuntes y entresacando diversas suertes de noticias preciosísimas, o realizando quizá algún inaudito y jamás soñado trabajo, digno de tan gran cabeza. Sus costumbres eran patriarcales: comía poco, bebía menos, y sus únicas calaveradas consistían en alguna merienda en los Alamillos en días muy sonados y paseos diarios a un lugar llamado Mundogrande, donde a menudo eran desenterradas del fango de veinte siglos medallas romanas y pedazos de arquitrabe, extraños plintos de desconocida arquitectura, y tal cual ánfora o cubicularia de inestimable precio.

Vivían don Cayetano y doña Perfecta en una armonía tal, que la paz del Paraíso no se le igualara. Jamás riñeron. Es verdad que él no se mezclaba para nada en los asuntos de la casa, ni ella en los de la biblioteca más que para hacerla barrer y limpiar todos los sábados, respetando con religiosa admiración los libros y papeles que sobre la mesa y en diversos parajes estaban de servicio.

Después de las preguntas y respuestas propias del caso, don Cayetano dijo:

—Ya he visto la caja. Siento mucho que no me trajeras la edición de mil quinientos veintisiete. Tendré que hacer yo mismo un viaje a Madrid... ¿Vas a estar aquí mucho tiempo? Mientras más, mejor, querido Pepe. ¡Cuánto me alegro de tenerte aquí! Entre los dos vamos arreglar parte de mi biblioteca y a hacer un índice de escritores de la jineta. No siempre se encuentra a mano un hombre de tanto talento como tú... Verás mi biblioteca... Podrás darte en ella buenos atracones de lectura... Todo lo que quieras... Verás maravillas, verdaderas maravillas, tesoros inapreciables, rarezas que sólo yo poseo, sólo yo... Pero, en fin, me parece que ya es hora de comer; ¿no es verdad, José? ¿No es verdad, Perfecta? ¿No es verdad, Rosarito? ¿No es verdad, señor don Inocencio?... Hoy es usted dos veces penitenciario: dígolo porque nos acompañará usted a hacer penitencia.

El canónigo se inclinó, y, sonriendo, mostraba simpáticamente su aquiescencia. La comida fué cordial, y en todos los manjares se advertía la abundancia desproporcionada de los banquetes de pueblo, realizada a costa de la variedad. Había para atracarse doble número de personas que las allí reunidas. La conversación recayó en asuntos diversos.

—Es preciso que visite usted cuanto antes nuestra Catedral—dijo el canónigo—. ¡Como ésta hay pocas, señor don José!... Verdad que usted, que tantas maravillas ha visto en el extranjero, no encontrará nada notable en nuestra vieja iglesia... Nosotros, los pobres patanes de Orbajosa, la encontramos divina. El maestro López de Berganza, racionero de ella, la llamaba en el siglo dieciséis *pulchra augustana*... Sin embargo, para hombres de tanto saber como usted, quizá no tenga ningún mérito, y cualquier mercado de hierro será más bello.

Cada vez disgustaba más a Pepe Rey el lenguaje irónico del sagaz canónigo; pero, resuelto a contener y disimular su enfado, no contestó sino con expresiones vagas. Doña Perfecta tomó en seguida la palabra, y, jovialmente, se expresó así:

—Cuidado, Pepito; te advierto que si hablas mal de nuestra santa iglesia, perderemos las amistades. Tú sabes mucho y eres un hombre eminente que de todo entiendes; pero si has de descubrir que esa gran fábrica no es la octava maravilla, guárdate en buen hora tu sabiduría y no nos saques de bobos...

—Lejos de creer que este edificio no es bello—repuso Pepe—, lo poco que de su exterior he visto me ha parecido de

imponente hermosura. De modo, señora tía, que no hay para qué asustarse; ni yo soy sabio, ni mucho menos.

—Poco a poco—dijo el canónigo, extendiendo la mano y dando paz a la boca por breve rato para que, hablando, descansase del mascar—. Alto allá: no venga usted aquí haciéndose el modesto, señor don José, que hartos estamos de saber lo muchísimo que usted vale, la gran fama de que goza y el papel importantísimo que desempeñará dondequiera que se presente. No se ven hombres así todos los días. Pero ya que de este modo ensalzo los méritos de usted...

Detúvose para seguir comiendo, y luego que la sin hueso quedó libre, continuó así:

—... Ya que de este modo ensalzo los méritos de usted, permítaseme expresar otra opinión con la franqueza que es propia de mi carácter. Sí, señor don José; sí, señor don Cayetano; sí, señora y niña mías: la ciencia, tal como la estudian y la propagan los modernos, es la muerte del sentimiento y de las dulces ilusiones. Con ella, la vida del espíritu se amengua; todo se reduce a reglas fijas, y los mismos encantos sublimes de la Naturaleza desaparecen. Con la ciencia destrúyese lo maravilloso en las artes, así como la fe en el alma. La ciencia dice que todo es mentira, y todo quiere ponerlo en guarismos y rayas, no sólo *maria ac terras,* donde estamos nosotros, sino también *coelumque profundum,* donde está Dios... Los admirables sueños del alma, su arrobamiento místico, la inspiración misma de los poetas, mentira. El corazón es una esponja; el cerebro, una gusanera.

Todos rompieron a reír, mientras él daba paso a un trago de vino.

—Vamos, ¿me negará el señor don José—añadió el sacerdote—que la ciencia, tal como se enseña y se propaga hoy, va derecha a hacer del mundo y del género humano una gran máquina?

—Eso, según y conforme—dijo don Cayetano—. Todas las cosas tienen su pro y su contra.

—Tome usted más ensalada, señor pe-
nciario—dijo doña Perfecta—. Está
dita de mostaza, como a usted le

Rey no gustaba de entablar va-
itas, ni era pedante, ni alar-
erudito, mucho menos ante

mujeres y en reuniones de confianza; pero la importuna verbosidad agresiva del canónigo necesitaba, según él, un correctivo. Para dárselo le pareció mal sistema exponer ideas que, concordando con las del canónigo, halagasen a éste, y decidió manifestar las opiniones que más contrariaran y más acerbamente mortificasen al mordaz penitenciario. «Quieres divertirte conmigo—dijo para sí—. Verás qué mal rato te voy a dar.»

Y luego añadió en voz alta:

—Cierto es todo lo que el señor penitenciario ha dicho en tono de broma. Pero no es culpa nuestra que la ciencia esté derribando a martillazos un día y otro, tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras de lo pasado, bellas las unas, ridículas las otras, pues de todo hay en la viña del Señor. El mundo de las ilusiones, que es, como si dijéramos, un segundo mundo, se viene abajo con estrépito. El misticismo en religión, la rutina en la ciencia, el amaneramiento en las artes, caen como cayeron los dioses paganos: entre burlas. Adiós sueños torpes; el género humano despierta, y sus ojos ven la claridad. El sentimentalismo vano, el misticismo, la fiebre, la alucinación, el delirio, desaparecen, y el que antes era enfermo hoy está sano, y se goza con placer indecible en la justa apreciación de las cosas. La fantasía, la terrible loca, que era el ama de la casa, pasa a ser criada... Dirija usted la vista a todos lados, señor penitenciario, y verá el admirable conjunto de realidad que ha sustituído a la fábula. El cielo no es una bóveda, las estrellas no son farolillos, la Luna no es una cazadora traviesa, sino un pedrusco opaco; el Sol no es un cochero emperejilado y vagabundo, sino un incendio fijo. Las sirtes no son ninfas, sino dos escollos; las sirenas son focas; y en el orden de las personas, Mercurio es Manzanedo; Marte es un viejo barbilampiño, el conde de Moltke: Néstor puede ser un señor de gabán que se llama monsieur Thiers; Orfeo es Verdi; Vulcano es Krupp; Apolo es cualquier poeta. ¿Quiere usted más? Pues Júpiter, un dios digno de ir a presidio si viviera aún, no descarga el rayo, sino que el rayo cae cuando a la electricidad le da la gana. No hay Parnaso, no hay Olimpo, no hay laguna Estigia, ni otros Campos Elíseos que los de París. No hay

ya más bajada al Infierno que las de la geología, y este viajero, siempre que vuelve, dice que no hay condenados en el centro de la Tierra. No hay más subidas al cielo que las de la Astronomía, y ésta, a su regreso, asegura no haber visto los seis o siete pisos de que hablan Dante y los místicos y soñadores de la Edad Media. No encuentra sino astros y distancias, líneas, enormidades de espacio, y nada más. Ya no hay falsos cómputos de la edad del mundo, porque la Paleontología y la Prehistoria han contado los dientes de esta calavera en que vivimos y averiguado su verdadera edad. La fábula, llámese paganismo o idealismo cristiano, ya no existe, y la imaginación está de cuerpo presente. Todos los milagros posibles se reducen a los que yo hago en mi gabinete, cuando se me antoja, con una pila de Bunsen, un hilo inductor y una aguja imantada. Ya no hay más multiplicaciones de panes y peces que las que hace la industria con sus moldes y máquinas, y las de la Imprenta, que imita a la Naturaleza sacando de un solo tipo millones de ejemplares. En suma, señor canónigo del alma, se han corrido los órdenes para dejar cesantes a todos los absurdos, falsedades, ilusiones, ensueños, sensiblerías y preocupaciones que ofuscan el entendimiento del hombre. Celebremos el suceso.

Cuando concluyó de hablar, en los labios del canónigo retozaba una sonrisilla, y sus ojos habían tomado animación extraordinaria. Don Cayetano se ocupaba en dar diversas formas, ora romboidales, ora prismáticas, a una bolita de pan. Pero doña Perfecta estaba pálida y fijaba sus ojos en el canónigo con insistencia observadora. Rosarito contemplaba con estupor a su primo. Este se inclinó hacia ella, y al oído le dijo disimuladamente, en voz muy baja:

—No me hagas caso, primita. Digo estos disparates para sulfurar al señor canónigo.

VII

LA DESAVENENCIA CRECE

—Puede que creas—indicó doña Perfecta con ligero acento de vanidad—que el señor don Inocencio se va a quedar callado, sin contestarte a todos y cada uno de esos puntos.

—¡Oh, no!—exclamó el canónigo, arqueando las cejas—. No mediré yo mis escasas fuerzas con adalid tan valiente y al mismo tiempo tan bien armado. El señor don José lo sabe todo, es decir, tiene a su disposición todo el arsenal de las ciencias exactas. Bien sé que la doctrina que sustenta es falsa; pero yo no tengo talento ni elocuencia para combatirla. Emplearía yo las armas del sentimiento; emplearía argumentos teológicos, sacados de la revelación de la fe, de la palabra divina; pero ¡ay!, el señor don José, que es un sabio eminente, se reiría de la teología, de la fe, de la revelación, de los santos profetas, del Evangelio... Un pobre clérigo ignorante, un desdichado que no sabe matemáticas, ni filosofía alemana en que hay aquello del *yo* y *no yo;* un pobre dómine que no sabe más que la ciencia de Dios y algo de poetas latinos, no puede entrar en combate con estos bravos corifeos.

Pepe Rey prorrumpió en francas risas.

—Veo que el señor don Inocencio—indicó—ha tomado por lo serio estas majaderías que he dicho... Vaya, señor canónigo, vuélvanse cañas las lanzas, y todo se acabó. Seguro estoy de que mis verdaderas ideas y las de usted no están en desacuerdo. Usted es un varón piadoso e instruído. Aquí el ignorante soy yo. Si he querido bromear, dispénsenme todos: yo soy así.

—Gracias—repuso el presbítero, visiblemente contrariado—. ¿Ahora salimos con ésas? Bien sé yo, bien sabemos todos que las ideas que usted ha sustentado son las suyas. No podía ser de otra manera. Usted es el hombre del siglo. No puede negarse que su entendimiento es prodigioso, a todas luces prodigioso. Mientras usted hablaba, yo, lo confieso ingenuamente, al mismo tiempo que en mi interior deploraba error tan grande, no podía menos de admirar lo sublime de la expresión, la prodigiosa facundia, el método sorprendente de su raciocinio, la fuerza de los argumentos... ¡Qué cabeza, señora doña Perfecta, qué cabeza la de este joven sobrino de usted! Cuando estuve en Madrid y me llevaron al Ateneo, confieso que me quedé absorto al ver el asombroso inge-

nio que Dios ha dado a los ateos y protestantes.

—Señor don Inocencio—dijo doña Perfecta, mirando alternativamente a su sobrino y a su amigo—, creo que usted, al juzgar a este chico, traspasa los límites de la benevolencia... No te enfades, Pepe, ni hagas caso de lo que digo, porque yo ni soy sabia, ni filósofa, ni teóloga; pero me parece que el señor don Inocencio acaba de dar una prueba de su gran modestia y caridad cristiana negándose a apabullarte, como podía hacerlo si hubiese querido...

—¡Señora, por Dios!—murmuró el eclesiástico.

—El es así—añadió la señora—. Siempre haciéndose la mosquita muerta... Y sabe más que los cuatro doctores. ¡Ay, señor don Inocencio, qué bien le sienta a usted el nombre que lleva! Pero no se nos venga acá con humildades importunas. Mi sobrino no tiene pretensiones... ¡Si él sabe lo que le han enseñado y nada más!... Si ha aprendido el error, ¿qué más puede desear sino que usted le ilustre y le saque del infierno de sus falsas doctrinas?

—Justamente, no deseo otra cosa sino que el señor penitenciario me saque...—murmuró Pepe, comprendiendo que, sin quererlo, se había metido en un laberinto.

—Yo soy un pobre clérigo que no sabe más que la ciencia antigua—repuso don Inocencio—. Reconozco el inmenso valor científico mundano del señor don José, y ante tan brillante oráculo callo y me postro.

Diciendo esto, el canónigo cruzaba ambas manos sobre el pecho, inclinando la cabeza. Pepe Rey estaba un si es no es turbado a causa del giro que su tía quiso dar a una vana disputa festiva, en la que tomó parte tan sólo por acalorar un poco la conversación. Creyó prudente poner punto en tan peligroso tratado, y con este fin dirigió una pregunta al señor don Cayetano cuando éste, despertando del pavoroso letargo que tras los postres le sobrevino, ofrecía a los comensales los indispensables palillos clavados en un pavo de porcelana que hacía la rueda.

—Ayer he descubierto una mano empuñando el asa de un ánfora en la cual hay varios signos hieráticos. Te la enseñaré—dijo don Cayetano, gozoso de plantear un tema de su predilección.

—Supongo que el señor De Rey será también muy experto en cosas de arqueología—dijo el canónigo, que, siempre implacable, corría tras la víctima, siguiéndola hasta su más escondido refugio.

—Por supuesto—dijo doña Perfecta—. ¿De qué no entenderán estos despabilados niños del día? Todas las ciencias las llevan en las puntas de los dedos. Las universidades y las academias les instruyen de todo en un periquete, dándoles patente de sabiduría.

—¡Oh!, eso es injusto—repuso el canónigo, observando la penosa impresión que manifestaba el semblante del ingeniero.

—Mi tía tiene razón—afirmó Pepe—. Hoy aprendemos un poco de todo, y salimos de las escuelas con rudimentos de diferentes estudios.

—Decía—añadió el canónigo—que será usted un gran arqueólogo.

—No sé una palabra de esa ciencia —repuso el joven—. Las ruinas son ruinas, y nunca me ha gustado empolvarme en ellas.

Don Cayetano hizo una mueca muy expresiva.

—No es esto condenar la Arqueología —dijo vivamente el sobrino de doña Perfecta, advirtiendo, con dolor, que no pronunciaba una palabra sin herir a alguien—. Bien sé que del polvo sale la Historia. Estos estudios son preciosos y utilísimos.

—Usted—observó el penitenciario, metiéndose el palillo en la última muela—se inclinará más a los estudios de controversia. Ahora se me ocurre una excelente idea. Señor don José: usted debiera ser abogado.

—La abogacía es una profesión que aborrezco—replicó Pepe Rey—. Conozco abogados muy respetables, entre ellos a mi padre, que es el mejor de los hombres. A pesar de tan buen ejemplo, en mi vida me hubiera sometido a ejercer una profesión que consiste en defender lo mismo el pro que el contra de las cuestiones. No conozco error, ni preocupación, ni ceguera más grande que el empeño de las familias en inclinar a la mejor parte de la juventud a la abogacía. La primera y más terrible plaga de España es la turbamulta de jóvenes le-

trados, para cuya existencia es necesaria una fabulosa cantidad de pleitos. Las cuestiones se multiplican en proporción de la demanda. Aun así, muchísimos se quedan sin trabajo, y como un señor jurisconsulto no puede tomar el arado ni sentarse al telar, de aquí proviene ese brillante escuadrón de holgazanes, llenos de pretensiones, que fomentan la empleomanía, perturban la política, agitan la opinión y engendran las revoluciones. De alguna parte han de comer. Mayor desgracia sería que hubiera pleitos para todos.

—Pepe, por Dios, mira lo que hablas —dijo doña Perfecta con marcado tono de severidad—. Pero dispénsele usted, señor don Inocencio..., porque él ignora que usted tiene un sobrinito, el cual, aunque recién salido de la Universidad, es un portento en la abogacía.

—Yo hablo en términos generales—manifestó Pepe con firmeza—. Siendo, como soy, hijo de un abogado ilustre, no puedo desconocer que algunas personas ejercen esta noble profesión con verdadera gloria.

—No..., si mi sobrino es un chiquillo todavía—dijo el canónigo, afectando humildad—. Muy lejos de mi ánimo afirmar que es un prodigio de saber, como el señor De Rey. Con el tiempo quién sabe... Su talento no es brillante ni seductor. Por supuesto, las ideas de Jacinto son sólidas, su criterio sano; lo que sabe, lo sabe a machamartillo. No conoce sofisterías ni palabras huecas...

Pepe Rey hallábase cada vez más inquieto. La idea de que, sin quererlo, estaba en contradicción con las ideas de los amigos de su tía le mortificaba, y resolvió callar por temor a que él y don Inocencio concluyeran tirándose los platos a la cabeza. Felizmente, el esquilón de la Catedral, llamando a los canónigos a la importante tarea del coro, le sacó de situación tan penosa. Levantóse el venerable varón y se despidió de todos, mostrándose con Pepe tan lisonjero, tan amable, cual si la amistad más íntima desde largo tiempo los uniera. El canónigo, después de ofrecerse para servirle en todo, le prometió presentarle a su sobrino, a fin de que éste le acompañase a ver la población, y le dijo expresiones muy cariñosas, dignándose agraciarle, al salir, con una palmadita en el hombro. Pepe Rey, aceptando con gozo aquellas fórmulas de concordia, vió, sin embargo, el cielo abierto cuando el sacerdote salió del comedor y de la casa.

VIII

A TODA PRISA

Poco después había cambiado la escena. Don Cayetano, encontrando descanso a sus sublimes tareas en un dulce sueño que de él se amparó, dormía blandamente en un sillón del comedor. Doña Perfecta andaba por la casa tras sus quehaceres. Rosarito, sentándose junto a una de las vidrieras que a la huerta se abrían, miró a su primo, diciéndole con la muda oratoria de los ojos:

—Primo, siéntate aquí junto a mí, y dime todo eso que tienes que decirme.

Pepe, aunque matemático, lo comprendió.

—Querida prima—dijo—, ¡cuánto te habrás aburrido hoy con nuestras disputas! Bien sabe Dios que por mi gusto no habría pedanteado como viste; pero el señor canónigo tiene la culpa... ¿Sabes que me parece singular ese señor sacerdote?...

—¡Es una persona excelente!—repuso Rosarito, demostrando el gozo que sentía por verse en disposición de dar a su primo todos los datos y noticias que necesitase.

—¡Oh!, sí, una excelente persona. ¡Bien se conoce!

—Cuando le sigas tratando, conocerás...

—Que no tiene precio. En fin, basta que sea amigo de tu mamá y tuyo para que también lo sea mío—afirmó el joven—. ¿Y viene mucho acá?

—Toditos los días. ¡Qué bueno y qué amable es! ¡Y cómo me quiere!

—Vamos, ya me va gustando ese señor.

—Viene también por las noches a jugar al tresillo—añadió la joven—, porque a prima noche se reúnen aquí algunas personas: el juez de primera instancia, el promotor fiscal, el deán, el secretario del obispo, el alcalde, el recaudador de contribuciones, el sobrino de don Inocencio...

—¡Ah! Jacintito, el abogado.

—Ese. Es un pobre chico, más bueno

que el pan. Su tío le adora. Desde que vino de la Universidad con su borla de doctor..., porque es doctor de un par de facultades, y sacó nota de sobresaliente..., ¿qué crees tú? ¡Vaya!..., pues desde que vino, su tío le trae aquí muy a menudo. Mamá también le quiere mucho... Es estudioso y formalito. Se retira temprano con su tío; no va nunca al Casino por las noches, no juega ni derrocha, y trabaja en el bufete de don Lorenzo Ruiz, que es el primer abogado de Orbajosa. Dicen que Jacinto será un gran defensor de pleitos.

—Su tío no exageraba al elogiarle —dijo Pepe—. Siento mucho haber dicho aquellas tonterías sobre los abogados... Querida prima, ¿no es verdad que estuve inconveniente?

—Calla; si a mí me parece que tienes mucha razón.

—Pero, de veras, ¿no estuve un poco...?

—Nada, nada.

—¡Qué peso me quitas de encima! La verdad es que me encontré, sin saber cómo, en una contradicción constante y penosa con ese venerable sacerdote. Lo siento de veras.

—Lo que yo creo—dijo Rosarito, clavando en él sus ojos con expresión cariñosa—es que tú no eres para nosotros.

—¿Qué significa eso?

—No sé si me explico bien, primo. Quiero decir que no es fácil te acostumbres a la conversación ni a las ideas de la gente de Orbajosa. Se me figura..., es una suposición.

—¡Oh!, no; yo creo que te equivocas.

—Tú vienes de otra parte, de otro mundo, donde las personas son muy listas, muy sabias y tienen unas maneras finas y un modo de hablar ingenioso, y una figura...; puede ser que no me explique bien. Quiero decir que estás habituado a vivir entre una sociedad escogida; sabes mucho... Aquí no hay lo que tú necesitas; aquí no hay gente sabia, ni grandes figuras. Todo es sencillez, Pepe. Se me figura que te aburrirás, que te aburrirás mucho, y al fin tendrás que marcharte.

La tristeza, que era normal en el semblante de Rosarito, se mostró con tintas y rasgos tan notorios, que Pepe Rey sintió una emoción profunda.

—Estás en un error, querida prima. Ni yo traigo aquí la idea que supones, ni mi carácter ni mi entendimiento están en disonancia con los caracteres y las ideas de aquí. Pero supongamos por un momento que lo estuvieran.

—Vamos a suponerlo...

—En ese caso, tengo la firme convicción de que entre tú y yo, entre nosotros dos, querida Rosario, se establecerá una armonía perfecta. Sobre esto no puedo engañarme. El corazón me dice que no me engaño.

Rosarito se ruborizó; pero, esforzándose en hacer huir su sonrojo con sonrisas y miradas dirigidas aquí y allí, dijo:

—No vengas ahora con artificios. Si lo dices porque yo he de encontrar siempre bien todo lo que piensas, tienes razón.

—Rosario—exclamó el joven—, desde que te vi, mi alma se sintió llena de una alegría muy viva..., he sentido al mismo tiempo un pesar: el de no haber venido antes a Orbajosa.

—Eso sí que no he de creerlo—dijo ella, afectando jovialidad para encubrir medianamente su emoción—. ¿Tan pronto?... No vengas ahora con palabrotas... Mira, Pepe, yo soy una lugareña; yo no sé hablar más que cosas vulgares; yo no sé francés; yo no me visto con elegancia; yo apenas sé tocar el piano; yo...

—¡Oh Rosario!—exclamó con ardor el caballero—, dudaba que fueses perfecta; ahora ya sé que lo eres.

Entró de súbito la madre. Rosarito, que nada tenía que contestar a las últimas palabras de su primo, conoció, sin embargo, la necesidad de decir algo, y mirando a su madre, habló así:

—¡Ah!, se me había olvidado poner la comida al loro.

—No te ocupes de eso ahora. ¿Para qué os estáis aquí? Lleva a tu primo a dar un paseo por la huerta.

La señora se sonreía con bondad maternal, señalando a su sobrino la frondosa arboleda que tras los cristales aparecía.

—Vamos allá—dijo Pepe, levantándose.

Rosarito se lanzó como un pájaro puesto en libertad hacia la vidriera.

—Pepe, que sabe tanto y ha de entender de árboles—afirmó doña Perfecta—, te enseñará cómo se hacen los in-

jertos. A ver qué opina de esos peralitos que se van a trasplantar.

—Ven, ven—dijo Rosarito desde fuera.

Llamaba a su primo con impaciencia. Ambos desaparecieron entre el follaje. Doña Perfecta los vió alejarse, y después se ocupó del loro. Mientras le renovaba la comida, dijo en voz muy baja, con ademán pensativo:

—¡Qué despegado es! Ni siquiera le ha hecho una caricia al pobre animalito.

Luego, en voz alta, añadió, creyendo en la posibilidad de ser oída por su cuñado:

—Cayetano, ¿qué te parece el sobrino?... ¡Cayetano!

Sordo gruñido indicó que el anticuario volvía al conocimiento de este miserable mundo.

—Cayetano...

—Eso es... Eso es...—murmuró con torpe voz el sabio—. Ese caballerito sostendrá, como todos, la opinión errónea de que las estatuas de Mundogrande proceden de la primera inmigración fenicia. Yo le convenceré...

—Pero, Cayetano...

—Pero, Perfecta... ¡Bah! ¿También ahora sostendrás que he dormido?

—No, hombre, ¡qué he de sostener yo tal disparate!... Pero ¿no me dices qué te parece ese chico?

Don Cayetano se puso la palma de la mano ante la boca para bostezar más a gusto, y después entabló una larga conversación con la señora. Los que nos han transmitido las noticias necesarias a la composición de esta historia pasan por alto aquel diálogo, sin duda porque fué demasiado secreto. En cuanto a lo que hablaron el ingeniero y Rosarito en la huerta aquella tarde, parece evidente que no es digno de mención.

En la tarde del siguiente día ocurrieron, sí, cosas que no deben pasarse en silencio, por ser de la mayor gravedad. Hallábanse solos ambos primos a hora bastante avanzada de la tarde, después de haber discurrido por distintos parajes de la huerta, atentos el uno al otro, y sin tener alma ni sentidos más que para verse y oírse.

—Pepe—decía Rosarito—, todo lo que me has dicho es una fantasía, una cantilena de esas que tan bien sabéis hacer los hombres de chispa. Tú piensas que, como soy lugareña, creo cuanto me dicen.

—Si me conocieras como yo creo conocerte a ti, sabrías que jamás digo sino lo que siento. Pero dejémonos de sutilezas tontas y de argucias de amantes, que no conducen sino a falsear los sentimientos. Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad. ¿Eres, acaso, una señorita a quien he conocido en el paseo o en la tertulia, y con la cual pienso pasar un rato divertido? No. Eres mi prima. Eres algo más... Rosario, pongamos de una vez las cosas en su verdadero lugar. Fuera rodeos. Yo he venido aquí a casarme contigo.

Rosario sintió que su rostro se abrasaba y que el corazón no le cabía en el pecho.

—Mira, querida prima—añadió el joven—, te juro que si no me hubieras gustado, ya estaría lejos de aquí. Aunque la cortesía y la delicadeza me habrían obligado a hacer esfuerzos, no me hubiera sido fácil disimular mi desengaño. Yo soy así.

—Primo, casi acabas de llegar—dijo lacónicamente Rosarito, esforzándose en reír.

—Acabo de llegar, y ya sé todo lo que tenía que saber: sé que te quiero; que eres la mujer que desde hace tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «Ya viene, ya está cerca; que te quemas.»

Esta frase sirvió de pretexto a Rosario para soltar la risa que en sus labios retozaba. Su espíritu se desvanecía alborozado en una atmósfera de júbilo.

—Tú te empeñas en que no vales nada—continuó Pepe—, y eres una maravilla. Tienes la cualidad admirable de estar a todas horas proyectando sobre cuanto te rodea la divina luz de tu alma. Desde que se te ve, desde que se te mira, los nobles sentimientos y la pureza de tu corazón se manifiestan. Viéndote, se ve una vida celeste que por descuido de Dios está en la tierra; eres un ángel, y yo te quiero como un tonto.

Al decir esto, parecía haber desempeñado una grave misión. Rosarito vióse de súbito dominada por tan viva sensibilidad, que la escasa energía de su cuerpo no pudo corresponder a la excitación de su espíritu, y, desfalleciendo, dejóse caer sobre un sillar que hacía las veces de banco en aquellos amenos

lugares. Pepe se inclinó hacia ella. Notó que cerraba los ojos, apoyando la frente en la palma de la mano. Poco después, la hija de doña Perfecta Polentinos dirigía a su primo, entre dulces lágrimas, una mirada tierna, seguida de estas palabras:

—Te quiero desde antes de conocerte.

Apoyadas sus manos en las del joven, se levantó, y sus cuerpos desaparecieron entre las frondosas ramas de un paseo de adelfas. Caía la tarde, y una dulce sombra se extendía por la parte baja de la huerta, mientras el último rayo del sol poniente coronaba de resplandores las cimas de los árboles. La ruidosa república de pajarillos armaba espantosa algarabía en las ramas superiores. Era la hora en que, después de corretear por la alegre inmensidad de los cielos, iban todos a acostarse, y se disputaban unos a otros la rama que escogían por alcoba. Su charla parecía a veces recriminación y disputa, a veces burla y gracejo. Con su parlero trinar se decían aquellos tunantes las mayores insolencias, dándose de picotazos y agitando las alas, así como los oradores agitan los brazos cuando quieren hacer caer las mentiras que pronuncian. Pero también sonaban por allí palabras de amor, que a ello convidaban la apacible hora y el hermoso lugar. Un oído experto hubiera podido distinguir las siguientes:

—Desde antes de conocerte, te quería, y si no hubieras venido, me habría muerto de pena. Mamá me daba a leer las cartas de tu padre, y como en ellas hacía tantas alabanzas de ti, yo decía: «Este debiera ser mi marido.» Durante mucho tiempo, tu padre no habló de que tú y yo nos casáramos, lo cual me parecía un descuido muy grande. Yo no sabía qué pensar de semejante negligencia... Mi tío Cayetano, siempre que te nombraba, decía: «Como ése hay pocos en el mundo. La mujer que le pesque ya se puede tener por dichosa...» Por fin, tu papá dijo lo que no podía menos de decir... Sí, no podía menos de decirlo: yo lo esperaba todos los días...

Poco después de estas palabras, la misma voz añadió con zozobra:

—Alguien viene tras nosotros.

Saliendo de entre las adelfas, Pepe vió a dos personas que se acercaban, y tocando las hojas de un tierno arbolito que allí cerca había, dijo en alta voz a su compañera:

—No es conveniente aplicar la primera poda a los árboles jóvenes como éste hasta su completo arraigo. Los árboles recién plantados no tienen vigor para soportar dicha operación. Tú bien sabes que las raíces no pueden formarse sino por el influjo de las hojas; así es que si le quitas las hojas...

—¡Ah!, señor don José—exclamó el penitenciario con franca risa, acercándose a los dos jóvenes y haciéndoles una reverencia—, ¿está usted dando lecciones de horticultura? *Insere nunc Melibœe pyros, pone ordene vites,* que dijo el gran cantor de los trabajos del campo. Injerta los perales, caro Melibeo; arregla las parras... Conque, ¿cómo estamos de salud, señor don José?

El ingeniero y el canónigo se dieron las manos. Luego éste volvióse, y señalando a un jovenzuelo que tras él venía, dijo, sonriendo:

—Tengo el gusto de presentar a usted a mi querido Jacintillo..., una buena pieza..., un tarambana, señor don José.

IX

LA DESAVENENCIA SIGUE CRECIENDO Y AMENAZA CONVERTIRSE EN DISCORDIA

Junto a la negra sotana se destacó un sonrosado y fresco rostro. Jacintillo saludó a nuestro joven, no sin cierto embarazo.

Era uno de esos chiquillos precoces, a quienes la indulgente Universidad lanza antes de tiempo a las arduas luchas del mundo haciéndoles creer que son hombres porque son doctores. Tenía Jacintito semblante agraciado y carilleno, con mejillas de rosa como una muchacha, y era rechoncho de cuerpo, de estatura pequeña, tirando un poco a pequeñísima, y sin más pelo de barba que el suave bozo que lo anunciaba. Su edad excedía poco de los veinte años. Habíase educado desde la niñez bajo la dirección de su excelente y discreto tío, con lo cual dicho se está que el tierno arbolito no se torció al crecer. Una moral severa le mantenía constantemente derecho, y en el cumplimiento de sus deberes escolásticos apenas flaqueaba. Concluídos los estudios universitarios con

aprovechamiento asombroso, pues no hubo clase en que no ganase las más eminentes notas, empezó a trabajar, prometiendo, con su aplicación y buen tino para la abogacía, perpetuar en el foro el lozano verdor de los laureles del aula.

A veces era travieso niño, a veces hombre formal. En verdad, en verdad que si a Jacinto no le gustaran un poco y aun un mucho las lindas muchachas, su buen tío le creería perfecto. No dejaba de sermonearle a todas horas, apresurándose a cortarle los vuelos audaces; pero ni aun esta inclinación mundana del jovenzuelo lograba enfriar el amor que nuestro buen canónigo tenía al encantador retoño de su cara sobrina María Remedios. En tratándose del abogadillo, todo cedía. Hasta las graves y rutinarias prácticas del buen sacerdote se alteraban siempre que se tratase de algún asunto referente a su precoz pupilo. Aquel método, riguroso y fijo como un sistema planetario, solía perder su equilibrio cuando Jacintito estaba enfermo o tenía que hacer un viaje. ¡Inútil celibato el de los clérigos! Si el Concilio de Trento les prohibía tener hijos, Dios, no el demonio, les da sobrinos para que conozcan los dulces afanes de la paternidad.

Examinadas imparcialmente las cualidades de aquel aprovechado niño, era imposible desconocer su mérito. Su carácter era, por lo común, inclinado a la honradez, y las acciones nobles despertaban franca admiración en su alma. Respecto a sus dotes intelectuales y a su saber social, tenía todo lo necesario para ser, con el tiempo, una notabilidad de estas que tanto abundan en España; podía ser lo que a todas horas nos complacemos en llamar hiperbólicamente *un distinguido patricio* o *un eminente hombre público,* especies que por su mucha abundancia, apenas son apreciadas en su justo valor. En aquella tierna edad en que el grado universitario sirve de soldadura entre la puericia y la virilidad, pocos jóvenes, mayormente si han sido mimados por sus maestros, están libres de una pedantería fastidiosa, que, si les da gran prestigio al lado de sus mamás, es muy risible entre hombres hechos y formales. Jacintito tenía este defecto, disculpable no sólo por sus pocos años, sino porque su buen tío fomentaba aquella vanidad pueril con imprudentes aplausos.

Luego que los cuatro se reunieron, continuaron paseando. Jacinto callaba. El canónigo, volviendo al interrumpido tema de los *pyros* que se habían de injertar y de las *vites* que se debían poner en orden, dijo:

—Ya sé que don José es un insigne agrónomo.

—Nada de eso; no sé una palabra—repuso el joven, viendo con mucho disgusto aquella manía de suponerle instruído en todas las ciencias.

—¡Oh!, sí; un gran agrónomo—añadió el penitenciario—; pero en asuntos de agronomía no me citen tratados novísimos. Para mí, toda esa ciencia, señor De Rey, está condensada en lo que yo llamo la *Biblia del campo,* en las *Geórgicas* del inmortal latino. Todo es admirable desde aquella gran sentencia *Nec vero terræ ferre omnes omnia possunt,* es decir, que no todas las tierras sirven para todos los árboles, señor don José, hasta el minucioso tratado de las abejas, en que el poeta explana lo concerniente a estos doctos animalitos y define al zángano diciendo:

Ille horridus alter
desidia, lactamque trahens inglorius album

(De figura horrible y perezosa, arrastrando el innoble vientre pesado), señor don José...

—Hace usted bien en traducírmelo—dijo Pepe—, porque entiendo muy poco el latín.

—¡Oh!, los hombres del día, ¿para qué habían de entretenerse en estudiar antiguallas?—añadió el canónigo con ironía—. Además, en latín sólo han escrito los calzonazos como Virgilio, Cicerón y Tito Livio. Yo, sin embargo, estoy por lo contrario, y sea testigo mi sobrino, a quien he enseñado la sublime lengua. El tunante sabe más que yo. Lo malo es que con las lecturas modernas lo va olvidando, y el mejor día se encontrará que es un ignorante, sin sospecharlo. Porque, señor don José, a mi sobrino le ha dado por entretenerse con libros novísimos y teorías extravagantes, y todo es Flammarión arriba y abajo, y nada más sino que las estrellas están llenas de gente. Vamos, se me figura que ustedes dos van a hacer bue-

nas migas. Jacinto, ruégale a este caballero que te enseñe las matemáticas sublimes, que te instruya en lo concerniente a los filósofos alemanes, y ya eres un hombre.

El buen clérigo se reía de sus propias ocurrencias, mientras Jacinto, gozoso de ver la conversación en terreno tan de su gusto, se excusó con Pepe Rey, y de buenas a primeras le descargó esta pregunta:

—Dígame el señor don José: ¿qué piensa del darvinismo?

Sonrió el ingeniero al oír pedantería tan fuera de sazón, y de buena gana excitara al joven a seguir por aquella senda de infantil vanidad; pero creyendo más prudente no intimar mucho con el sobrino ni con el tío, contestó sencillamente:

—No puedo pensar nada de las doctrinas de Darwin, porque apenas las conozco. Los trabajos de mi profesión no me han permitido dedicarme a esos estudios.

—Ya—dijo el canónigo, riendo—. Todo se reduce a que descendemos de los monos... Si lo dijera sólo por ciertas personas que yo conozco, tendría razón.

—La teoría de la selección natural —añadió enfáticamente Jacinto—parece que tiene muchos partidarios en Alemania.

—No lo dudo—dijo el clérigo—. En Alemania no debe sentirse que esa teoría sea verdadera, por lo que toca a Bismarck.

Doña Perfecta y el señor don Cayetano aparecieron frente a los cuatro.

—¡Qué hermosa está la tarde!—dijo la señora—. ¿Qué tal, sobrino? ¿Te aburres mucho?...

—Nada de eso—repuso el joven.

—No me lo niegues. De eso veníamos hablando Cayetano y yo. Tú estás aburrido, y te empeñas en disimularlo. No todos los jóvenes de estos tiempos tienen la abnegación de pasar su juventud, como Jacinto, en un pueblo donde no hay teatro Real, ni bufos, ni bailarinas, ni filósofos, ni ateneos, ni papeluchos, ni congresos ni otras diversiones y pasatiempos.

—Yo estoy aquí muy bien—replicó Pepe—. Ahora le estaba diciendo a Rosario que esta ciudad y esta casa me son tan agradables, que me gustaría vivir y morir aquí.

Rosario se puso muy encendida, y los demás callaron. Sentáronse todos en una glorieta, apresurándose Jacinto a ocupar el lugar a la izquierda de la señorita.

—Mira, sobrino, tengo que advertirte una cosa—dijo doña Perfecta con aquella risueña expresión de bondad que emanaba en su alma, como de la flor el aroma—. Pero no vayas a creer que te reprendo ni que te doy lecciones: tú no eres niño, y fácilmente comprenderás mis ideas.

—Ríñame usted, querida tía, que sin duda lo mereceré—replicó Pepe, que ya empezaba a acostumbrarse a las bondades de la hermana de su padre.

—No, no es más que una advertencia. Estos señores verán cómo tengo razón.

Rosarito oía con toda su alma.

—Pues no es más—añadió la señora—sino que cuando vuelvas a visitar nuestra hermosa Catedral procures estar en ella con un poco más de recogimiento.

—Pero ¿qué he hecho yo?

—No extraño que tú mismo no conozcas tu falta—indicó la señora con aparente jovialidad—. Es natural: acostumbrado a entrar con la mayor desenvoltura en los ateneos, clubs, academias y congresos, crees que de la misma manera se puede entrar en un templo donde está la Divina Majestad.

—Pero, señora, dispénseme usted—dijo Pepe con gravedad—. Yo he entrado en la Catedral con la mayor compostura.

—Si no te riño, hombre, si no te riño. No lo tomes así, porque tendré que callarme. Señores, disculpen ustedes a mi sobrino. No es de extrañar un descuidillo, una distracción... ¿Cuántos años hace que no pones los pies en lugar sagrado?

—Señora, yo juro a usted... Pero, en fin, mis ideas religiosas podrán ser lo que se quiera; pero acostumbro guardar compostura dentro de la iglesia.

—Lo que yo aseguro..., vamos, si te has de ofender no sigo..., lo que aseguro es que muchas personas lo advirtieron esta mañana. Notáronlo los señores de González, doña Robustiana, Serafinita; en fin..., con decirte que llamaste la atención del señor obispo... Su ilustrísima me dió las quejas esta tarde en casa de mis primas. Díjome que no te mandó plantar en la calle porque le dijeron que eras sobrino mío.

Rosario contemplaba con angustia el rostro de su primo, procurando adivinar sus contestaciones antes que las diera.

—Sin duda, me han tomado por otro.

—No..., no... Fuiste tú... Pero no vayas a ofenderte, que aquí estamos entre amigos y personas de confianza. Fuiste tú; yo misma te vi.

—¡Usted!

—Justamente. ¿Negarás que te pusiste a examinar las pinturas, pasando por un grupo de fieles que estaban oyendo misa?... Te juro que me distraje de tal modo con tus idas y venidas, que..., vamos..., es preciso que no vuelvas a hacerlo. Luego entraste en la capilla de San Gregorio; alzaron en el altar mayor, y ni siquiera te volviste para hacer una demostración de religiosidad. Después atravesaste de largo a largo la iglesia, te acercaste al sepulcro del Adelantado, pusiste las manos sobre el altar, pasaste en seguida otra vez por entre el grupo de los fieles llamando la atención. Todas las muchachas te miraban, y tú parecías satisfecho de perturbar tan lindamente la devoción y ejemplaridad de aquella buena gente.

—¡Dios mío! ¡Cuántas abominaciones!...—exclamó Pepe entre enojado y risueño—. Soy un monstruo y ni siquiera lo sospechaba.

—No; bien sé que eres un buen muchacho—dijo doña Perfecta, observando el semblante afectadamente serio e inmutable del canónigo, que parecía tener por cara una máscara de cartón—. Pero, hijo, de pensar las cosas a manifestarlas así con cierto desparpajo, hay una distancia que el hombre prudente y comedido no debe salvar nunca. Bien sé que tus ideas son..., no te enfades; si te enfadas me callo...; digo que una cosa es tener ideas irreligiosas y otra manifestarlas... Me guardaré muy bien de vituperarte porque creas que no nos crió Dios a su imagen y semejanza, sino que descendemos de los micos; ni porque niegues la existencia del alma, asegurando que ésta es una droga como los papelillos de magnesio o de ruibarbo que se venden en la botica.

—¡Señora, por Dios!...—exclamó Pepe con disgusto—. Veo que tengo muy mala reputación en Orbajosa.

Los demás seguían guardando silencio.

—Pues decía que no te vituperaré por esas ideas... Además de que no tengo derecho a ello; si me pusiera a disputar contigo, tú, con tu talentazo descomunal, me confundirías mil veces...; no, nada de eso. Lo que digo es que estos pobres y menguados habitantes de Orbajosa son piadosos y buenos cristianos, si bien ninguno de ellos no sabe filosofía alemana; por tanto, no debes despreciar públicamente sus creencias.

—Querida tía—dijo el ingeniero con gravedad—, ni yo he despreciado las creencias de nadie, ni tengo las ideas que usted me atribuye. Quizá haya estado un poco irrespetuoso en la iglesia: soy algo distraído. Mi entendimiento y mi atención estaban fijos en la obra arquitectónica, y, francamente, no advertí... Pero no era esto motivo para que el señor obispo intentase echarme a la calle, ni para que usted me supusiera capaz de atribuir a un papelillo de la botica las funciones del alma. Puedo tolerar eso como broma, nada más que como broma.

Pepe Rey sentía en su espíritu excitación tan viva, que, a pesar de su mucha prudencia y mesura, no pudo disimularla.

—Vamos, veo que te has enfadado —dijo doña Perfecta, bajando los ojos y cruzando las manos—. ¡Todo sea por Dios! Si hubiera sabido que lo tomabas así, no te habría dicho nada. Pepe, te ruego que me perdones.

Al oír esto y al ver la actitud sumisa de su bondadosa tía, Pepe se sintió avergonzado de la dureza de sus anteriores palabras y procuró serenarse. Sacóle de su embarazosa situación el venerable penitenciario, que, sonriendo con su habitual benevolencia, habló de este modo:

—Señora doña Perfecta, es preciso tener tolerancia con los artistas... ¡Oh!, yo he conocido muchos. Estos señores, como vean delante de sí una estatua, una armadura mohosa, un cuadro podrido o una pared vieja, se olvidan de todo. El señor don José es artista y ha visitado nuestra Catedral como la visitan los ingleses, los cuales de buena gana se llevarían a sus museos hasta la última baldosa de ella... Que estaban los fieles rezando; que el sacerdote alzó la Sagrada Hostia; que llegó el instante de la mayor piedad y recogimiento: pues bien..., ¿qué le importa nada de esto a

un artista? Es verdad que yo no sé lo que vale el arte cuando se le disgrega de los sentimientos que expresa...; pero, en fin, hoy es costumbre adorar la forma, no la idea... Líbreme Dios de meterme a discutir este tema con el señor don José, que sabe tanto, y, argumentando con la primorosa sutileza de los modernos, confundiría al punto mi espíritu, en el cual no hay más que fe.

—El empeño de ustedes de considerarme como el hombre más sabio de la tierra me mortifica bastante—dijo Pepe, recobrando la dureza de su acento—. Ténganme por tonto, que prefiero la fama de necio a poseer esa ciencia de Satanás que aquí me atribuyen.

Rosarito se echó a reír, y Jacinto creyó llegado el momento más oportuno para hacer ostentación de su erudita personalidad.

—El panteísmo o panenteísmo están condenados por la Iglesia, así como las doctrinas de Schopenhauer y del moderno Hartmann.

—Señores y señoras—manifestó gravemente el canónigo—: los hombres que consagran culto tan fervoroso al arte, aunque sólo sea atendiendo a la forma, merecen el mayor respeto. Más vale ser artista y deleitarse ante la belleza, aunque sólo esté representada en las ninfas desnudas, que ser indiferente y descreído en todo. En espíritu que se consagra a la contemplación de la belleza no entrará completamente el mal. *Est Deus in nobis... Deus*, entiéndase bien. Siga, pues, el señor don José admirando los prodigios de nuestra iglesia, que por mi parte le perdonaré de buen grado las irreverencias, salva la opinión del señor prelado.

—Gracias, señor don Inocente—dijo Pepe, sintiendo en sí punzante y revoltoso el sentimiento de hostilidad hacia el astuto canónigo, y no pudiendo dominar el deseo de mortificarle—. Por lo demás, no crean ustedes que absorbían mi atención las bellezas artísticas de que suponen lleno el templo. Esas bellezas, fuera de la imponente arquitectura de una parte del edificio y de los tres sepulcros que hay en las capillas del ábside y de algunas tallas del coro, yo no las veo en ninguna parte. Lo que ocupaba mi entendimiento era el considerar la deplorable decadencia de las artes religiosas, y no me causaban asombro, sino cólera, las innumerables monstruosidades artísticas de que está llena la catedral.

El estupor de los circunstantes fué extraordinario.

—No puedo resistir—añadió Pepe—aquellas imágenes charoladas y bermellonadas, tan semejantes, perdóneme Dios la comparación, a las muñecas con que juegan las niñas grandecitas. ¿Qué puedo decir de los vestidos de teatro con que las cubren? Vi un San José con manto, cuya facha no quiero calificar por respeto al Santo Patriarca y a la Iglesia que le adora. En los altares se acumulan las imágenes del más deplorable gusto artístico, y la multitud de coronas, ramos, estrellas, lunas y demás adornos de metal o papel dorado forman un aspecto de quicallería que ofende al sentimiento religioso y hace desmayar nuestro espíritu. Lejos de elevarse a la contemplación religiosa, se abate, y la idea de lo cómico le perturba. Las grandes obras del arte, dando formas sensibles a las ideas, a los dogmas, a la fe, a la exaltación mística, realizan misión muy noble. Los mamarrachos y las aberraciones del gusto, las obras grotescas con que una piedad mal entendida llena las iglesias, también cumplen su objeto; pero éste es bastante triste: fomentan la superstición, enfrían el entusiasmo, obligan a los ojos del creyente a apartarse de los altares, y con los ojos se apartan las almas que no tienen fe muy profunda ni muy segura.

—La doctrina de los iconoclastas—dijo Jacintito—también parece que está muy extendida en Alemania.

—Yo no soy iconoclasta, aunque prefiero la destrucción de todas las imágenes a estas chocarrerías de que me ocupo—continuó el joven—. Al ver esto, es lícito defender que el culto debe recobrar la sencillez augusta de los antiguos tiempos; pero no: no se renuncie al auxilio admirable que las artes todas, empezando por la poesía y acabando por la música, prestan a las relaciones entre el hombre y Dios. Vivan las artes, despléguese la mayor pompa en los ritos religiosos. Yo soy partidario de la pompa...

—¡Artista, artista y nada más que artista!—exclamó el canónigo, moviendo la cabeza con expresión de lástima—.

Buenas pinturas, buenas estatuas, bonita música... Gala de los sentidos; y el alma que se la lleve el demonio.

—Y a propósito de música—dijo Pepe Rey, sin advertir el deplorable efecto que sus palabras producían en la madre y la hija—, figúrense ustedes qué dispuesto estaría mi espíritu a la contemplación religiosa al visitar la Catedral, cuando, de buenas a primeras, y al llegar al ofertorio en la misa mayor, el señor organista tocó un pasaje de *La Traviatta*.

—En eso tiene razón el señor De Rey —dijo el abogadillo enfáticamente—. El señor organista tocó el otro día el brindis y el vals de la misma ópera, y después un rondó de *La gran duquesa*.

—Pero cuando se me cayeron las alas del corazón—continuó el ingeniero implacablemente—fué cuando vi una imagen de la Virgen, que parece estar en gran veneración, según la mucha gente que ante ella había y la multitud de velas que la alumbraban. La han vestido con ahuecado ropón de terciopelo bordado de oro, de tan extraña forma, que supera a las modas más extravagantes del día. Desaparece su cara entre un follaje espeso, compuesto de mil suertes de encajes, rizados con tenacillas; y la corona, de media vara de alto, rodeada de rayos de oro, es un diforme catafalco que le han armado sobre la cabeza. De la misma tela y con los mismos bordados son los pantalones del Niño Jesús... No quiero seguir, porque la descripción de cómo están la Madre y el Hijo me llevaría quizá a cometer alguna irreverencia. No diré más sino que me fué imposible tener la risa y que por breve rato contemplé la profanada imagen, exclamando: «¡Madre y Señora mía, ¡cómo te han puesto!»

Concluídas estas palabras, Pepe observó a sus oyentes, y aunque la sombra crepuscular no permitía distinguir bien los semblantes, creyó ver en alguno de ellos señales de amarga consternación.

—Pues, señor don José—exclamó vivamente el canónigo, riendo y con expresión de triunfo—, esa imagen que a la filosofía y panteísmo de usted parece tan ridícula, es Nuestra Señora del Socorro, patrona y abogada de Orbajosa, cuyos habitantes la veneran de tal modo, que serían capaces de arrastrar por las calles al que hablase mal de ella. Las crónicas y la Historia, señor mío, están llenas de los milagros que ha hecho, y aun hoy día vemos constantemente pruebas irrecusables de su protección. Ha de saber usted también que su señora tía doña Perfecta es camarera de la Santísima Virgen del Socorro, y que ese vestido que a usted le parece tan grotesco..., pues..., digo que ese vestido, tan grotesco a los impíos ojos de usted, salió de esta casa, y que los pantalones del Niño obra son justamente de la maravillosa aguja y de la acendrada piedad de su prima de usted, Rosarito, que nos está oyendo.

Pepe Rey se quedó bastante desconcertado. En el mismo instante levantóse bruscamente doña Perfecta, y sin decir una palabra se dirigió hacia la casa, seguida por el señor penitenciario. Levantáronse también los restantes. Disponíase el aturdido joven a pedir perdón a su prima por la irreverencia, cuando observó que Rosarito lloraba. Clavando en su primo una mirada de amistosa y dulce reprensión, exclamó:

—¡Pero qué cosas tienes!...

Oyóse la voz de doña Perfecta, que con alterado acento gritaba:

—¡Rosario, Rosario!

Esta corrió hacia la casa.

X

LA EXISTENCIA DE LA DISCORDIA ES EVIDENTE

Pepe Rey se encontraba turbado y confuso, furioso contra los demás y contra sí mismo, procurando indagar la causa de aquella pugna, entablada a pesar suyo entre su pensamiento y el pensamiento de los amigos de su tía. Caviloso y triste, augurando discordias, permaneció breve rato sentado en el banco de la glorieta, con la barba apoyada en el pecho, el ceño fruncido, cruzadas las manos. Se creía solo.

De repente sintió una alegre voz que modulaba entre dientes el estribillo de una canción de zarzuela. Miró y vió a don Jacinto en el rincón opuesto de la glorieta.

—¡Ah!, señor De Rey—dijo de improviso el rapaz—, no se lastiman impunemente los sentimientos religiosos de la

inmensa mayoría de una nación... Si no, considere usted lo que pasó en la primera Revolución francesa...

Cuando Pepe oyó el zumbidillo de aquel insecto, su irritación creció. Sin embargo, no había odio en su alma contra el mozalbete doctor. Este le mortificaba como mortifican las moscas; pero nada más. Rey sintió la molestia que inspiran todos los seres importunos, y como quien ahuyenta un zángano, contestó de este modo:

—¿Qué tiene que ver la Revolución francesa con el manto de la Virgen María?

Levantóse para marchar hacia la casa; pero no había dado cuatro pasos cuando oyó de nuevo el zumbar del mosquito, que decía:

—Señor don José, tengo que hablar a usted de un asunto que le interesa mucho y que puede traerle algún conflicto...

—¿Un asunto?—preguntó el joven, retrocediendo—. Veamos qué es eso.

—Usted lo sospechará tal vez—dijo el mozuelo, acercándose a Pepe y sonriendo con expresión parecida a la de los hombres de negocios cuando se ocupan de alguno muy grave—. Quiero hablar a usted del pleito...

—¿Qué pleito?... Amigo mío, usted, como buen abogado, sueña con litigios y ve papel sellado por todas partes.

—Pero ¡cómo!... ¿No tiene usted noticias de su pleito?—preguntó con asombro el niño.

—¡De mi pleito!... Cabalmente, yo no he pleiteado nunca.

—Pues si no tiene usted noticia, más me alegro de habérselo advertido para que se ponga en guardia... Sí, señor; usted pleiteará.

—¿Y con quién?

—Con el tío *Licurgo* y otros colindantes del predio llamado Los Alamillos.

Pepe Rey se quedó estupefacto.

—Sí, señor—añadió el abogadillo—. Hoy hemos celebrado el señor *Licurgo* y yo una larga conferencia. Como soy tan amigo de esta casa, no he querido dejar de advertírselo a usted para que, si lo cree conveniente, se apresure a arreglarlo todo.

—Pero ¿yo qué tengo que arreglar? ¿Qué pretende de mí esa canalla?

—Parece que unas aguas que nacen en el predio de usted han variado de curso y caen sobre unos tejares del susodicho *Licurgo* y un molino de otro, ocasionando daños de consideración. Mi cliente..., porque se ha empeñado en que le he de sacar de este mal paso..., mi cliente, digo, pretende que usted restablezca el antiguo cauce de las aguas para evitar nuevos desperfectos y que le indemnice de los perjuicios que por indolencia del propietario superior ha sufrido.

—¡Y el propietario superior soy yo!... Si entro en el litigio, ése será el primer fruto que en toda mi vida me han dado los célebres Alamillos, que fueron míos y que ahora, según entiendo, son de todo el mundo, porque lo mismo *Licurgo* que otros labradores de la comarca me han ido cercenando poco a poco, año tras año, pedazos de terreno, y costará mucho restablecer los linderos de mi propiedad.

—Esa es cuestión aparte.

—Esa no es cuestión aparte. Lo que hay—dijo el ingeniero, sin poder contener su cólera—es que el verdadero pleito será el que yo entable contra tal gentuza, que se propone, sin duda, aburrirme y desesperarme para que abandone todo y les deje continuar en posesión de sus latrocinios. Veremos si hay abogados y jueces que apadrinen los torpes manejos de esos aldeanos legistas que viven pleiteando y son la polilla de la propiedad ajena. Caballerito: doy a usted las gracias por haberme advertido los ruines propósitos de esos palurdos, más malos que Caco. Con decirle a usted que ese mismo tejar y ese mismo molino en que *Licurgo* apoya sus derechos son míos...

—Debe hacerse una revisión de los títulos de propiedad y ver si ha podido haber prescripción en esto—dijo Jacintito.

—¡Qué prescripción ni qué...! Esos infames no se reirán de mí. Supongo que la Administración de Justicia sea honrada y leal en la ciudad de Orbajosa...

—¡Oh, lo que es eso!—exclamó el letradillo con expresión de alabanza—. El juez es persona excelente. Viene aquí todas las noches... Pero es extraño que usted no tuviera noticia de las pretensiones del señor *Licurgo*. ¿No le han citado aún para el juicio de conciliación?

—No.

—Será mañana... En fin, yo siento mucho que el apresuramiento del señor *Licurgo* me haya privado del gusto y de la honra de defenderle a usted; pero cómo ha de ser... *Licurgo* se ha empeñado en que yo he de sacarle de penas. Estudiaré la materia con mayor detenimiento. Estas pícaras servidumbres son lo más engorroso que hay en la Jurisprudencia.

Pepe entró en el comedor en un estado moral muy lamentable. Vió a doña Perfecta hablando con el penitenciario y a Rosarito sola, con los ojos fijos en la puerta. Esperaba, sin duda, a su primo.

—Ven acá, buena pieza—dijo la señora, sonriendo con muy poca espontaneidad—. Nos has insultado, gran ateo; pero te perdonamos. Ya sé que mi hija y yo somos dos palurdas incapaces de remontarnos a las regiones de las Matemáticas, donde tú vives; pero, en fin..., todavía es posible que algún día te pongas de rodillas ante nosotros rogándonos que te enseñemos la doctrina.

Pepe contestó con frases vagas y fórmulas de cortesía y arrepentimiento.

—Por mi parte—dijo don Inocencio, poniendo en sus ojos expresión de modestia y dulzura—, si en el curso de estas vanas disputas he dicho algo que pueda ofender al señor don José, le ruego que me perdone. Aquí todos somos amigos.

—Gracias. No vale la pena...

—A pesar de todo—indicó doña Perfecta, sonriendo ya con más naturalidad—, yo soy siempre la misma para mi querido sobrino, a pesar de sus ideas extravagantes y antirreligiosas... ¿De qué creerás que pienso ocuparme esta noche? Pues de quitarle de la cabeza al tío *Licurgo* esas terquedades con que te molesta. Le he mandado venir, y en la galería me está esperando. Descuida, que yo lo arreglaré, pues aunque conozco que no le falta razón...

—Gracias, querida tía—repuso el joven, sintiéndose invadido por la onda de generosidad que tan fácilmente nacía en su alma.

Pepe Rey dirigió la vista hacia su prima con intención de unirse a ella; pero algunas preguntas sagaces del canónigo le retuvieron al lado de doña Perfecta. Rosario estaba triste, oyendo con indiferencia melancólica las palabras del abogadillo, que, instalándose junto a ella, había comenzado una retahila de conceptos empalagosos, con importunos chistes sazonada y fatuidades del peor gusto.

—Lo peor para ti—dijo doña Perfecta a su sobrino cuando le sorprendió, observando la desacorde pareja que formaban Rosario y Jacinto—es que has ofendido a la pobre Rosario. Debes hacer todo lo posible por desenojarla. ¡La pobrecita es tan buena...!

—¡Oh!, sí, tan buena—añadió el canónigo—, que no dudo perdonará a su primo.

—Creo que Rosario me ha perdonado ya—afirmó Rey.

—Claro, en corazones angelicales no dura mucho el resentimiento—dijo don Inocencio melifluamente—. Yo tengo algún ascendiente sobre esa niña, y procuraré disipar en su alma generosa toda prevención contra usted. En cuanto yo le diga dos palabras...

Pepe Rey, sintiendo que por su pensamiento pasaba una nube, dijo con intención:

—Tal vez no sea preciso.

—No le hablo ahora—añadió el capitular—, porque está embelesada oyendo las tonterías de Jacintillo... ¡Demonches de chicos! Cuando pegan la hebra hay que dejarlos.

De pronto, se presentaron en la tertulia el juez de primera instancia, la señora del alcalde y el deán de la Catedral. Saludaron todos al ingeniero, demostrando en sus palabras y actitudes que satisfacían, al verle, la más viva curiosidad. El juez era un mozalbete despabilado, de estos que todos los días aparecen en los criaderos de eminencias, aspirando, recién empollados, a los primeros puestos de la Administración y de la Política. Dábase no poca importancia, y hablando de sí mismo y de su juvenil toga, parecía manifestar enojo porque no le hubieran hecho de golpe y porrazo presidente del Tribunal Supremo. En aquellas manos inexpertas, en aquel cerebro henchido de viento, en aquella presunción ridícula, había puesto el Estado las funciones más delicadas y más difíciles de la humana justicia. Sus maneras eran de perfecto cortesano, y revelaban escrupuloso esmero en todo lo concerniente a su persona.

Más que costumbre, era en él fea manía el estarse quitando y poniendo a cada instante los lentes de oro, y en su conversación frecuentemente indicaba el empeño de ser trasladado pronto a *Madriz* para prestar sus imprescindibles servicios en la Secretaría de Gracia y Justicia.

La señora del alcalde era una dama bonachona, sin otra flaqueza que suponerse muy relacionada en la corte. Dirigió a Pepe Rey diversas preguntas sobre modas, citando establecimientos industriales donde le habían hecho una manteleta o una falda en su último viaje, coetáneo de la guerra de Africa, y también nombró a una docena de duquesas y marquesas, tratándolas con tanta familiaridad como a sus amiguitas de la escuela. Dijo también que la condesa de M***—por sus tertulias famosa—era amiga suya, y que el 60 estuvo a visitarla, y la condesa la convidó a su palco en el Real, donde vió a Muley-Abbas en traje de moro acompañado de toda su morería. La alcaldesa hablaba por los codos, como suele decirse, y no carecía de chiste.

El señor deán era un viejo de edad avanzada, corpulento y encendido, pletórico, apoplético; un hombre que se salía fuera de sí mismo por no caber en su propio pellejo, según estaba de gordo y morcilludo. Procedía de la exclaustración; no hablaba más que de asuntos religiosos, y desde el principio mostró hacia Pepe Rey el desdén más vivo. Este se mostraba cada vez más inepto para acomodarse a sociedad tan poco de su gusto. Era su carácter nada maleable, duro y de muy escasa flexibilidad, y rechazaba las perfidias y acomodamientos de lenguaje para simular la concordia cuando no existía. Mantúvose, pues, bastante grave durante el curso de la fastidiosa tertulia, obligado a resistir el ímpetu oratorio de la alcaldesa, que, sin ser la Fama, tenía el privilegio de fatigar con cien lenguas el oído humano. Si en el breve respiro que esta señora daba a sus oyentes, Pepe Rey quería acercarse a su prima, pegábasele el penitenciario como el molusco a la roca, y llevándole aparte con ademán misterioso le proponía un paseo a Mundogrande con el señor don Cayetano o una partida de pesca en las claras aguas del Nahara.

Por fin, esto concluyó, porque todo concluye de tejas abajo. Retiróse el señor deán, dejando la casa vacía, y bien pronto no quedó de la señora alcaldesa más que un eco, semejante al zumbido que recuerda en la humana oreja el reciente paso de una tempestad. El juez privó también a la tertulia de su presencia, y por fin don Inocencio dió a su sobrino la señal de partida.

—Vamos, niño; vámonos, que es tarde—le dijo sonriendo—. ¡Cuánto has mareado a la pobre Rosarito!... ¿Verdad, niña? Anda, buena pieza; a casa pronto.

—Es hora de acostarse—dijo doña Perfecta.

—Hora de trabajar—repuso el abogadillo.

—Por más que le digo que despache de día los negocios—añadió el canónigo—, no hace caso.

—¡Son tantos los negocios..., pero tantos...!

—No; di más bien que esa endiablada obra en que te has metido... El no lo quiere decir, señor don José; pero sepa usted que se ha puesto a escribir una obra sobre *La influencia de la mujer en la sociedad cristiana*, y además una *Ojeada sobre el movimiento católico en...* no sé dónde. ¿Qué entiendes tú de *ojeadas ni de influencias?...* Estos rapaces del día se atreven a todo. ¡Uf..., qué chicos!... Conque vámonos a casa. Buenas noches, señora doña Perfecta... Buenas noches, señor don José... Rosarito...

—Yo esperaré al señor don Cayetano—dijo Jacinto—para que me dé el *Augusto Nicolás*.

—¡Siempre cargando libros..., hombre!... A veces entras en casa que pareces un burro. Pues bien, esperemos.

—El señor don Jacinto—dijo Pepe Rey—no escribe a la ligera, y se prepara bien para que sus obras sean un tesoro de erudición.

—Pero ese niño va a enfermar de la cabeza, señor don Inocencio—objetó doña Perfecta—. Por Dios, mucho cuidado. Yo le pondría tasa en sus lecturas.

—Ya que esperamos—indicó el doctorcillo con notorio acento de presunción..., me llevaré también el tercer tomo de *Concilios*. ¿No le parece a usted, tío?...

—Hombre, sí; no dejes eso de la mano. Pues no faltaba más.

Felizmente, llegó pronto el señor don Cayetano—que tertuliaba de ordinario en casa de don Lorenzo Ruiz—, y entregados los libros, marcháronse tío y sobrino.

Rey leyó en el triste semblante de su prima deseo muy vivo de hablarle. Acercóse a ella mientras doña Perfecta y don Cayetano trataban a solas de un negocio doméstico.

—Has ofendido a mamá—le dijo Rosario.

Sus facciones indicaban terror.

—Es verdad—repuso el joven—. He ofendido a tu mamá: te he ofendido a ti...

—No; a mí, no. Ya se me figuraba a mí que el Niño Jesús no debe gastar calzones.

—Pero espero que una y otra me perdonarán. Tu mamá me ha manifestado hace poco tanta bondad...

La voz de doña Perfecta vibró de súbito en el ámbito del comedor con tan discorde acento, que el sobrino se estremeció cual si oyese un grito de alarma. La voz dijo imperiosamente:

—¡Rosario, vete a acostar!

Turbada y llena de congoja, la muchacha dió vueltas por la habitación, haciendo como que buscaba alguna cosa. Con todo disimulo pronunció al pasar por junto a su primo estas vagas palabras:

—Mamá está enojada...

—Pero...

—Está enojada..., no te fíes, no te fíes.

Y se marchó. Siguióle después doña Perfecta, a quien aguardaba el tío *Licurgo*, y durante un rato, las voces de la señora y del aldeano oyéronse confundidas en familiar conferencia. Quedóse solo Pepe con don Cayetano, el cual, tomando una luz, habló así:

—Buenas noches, Pepe, No crea usted que voy a dormir; voy a trabajar... Pero ¿por qué está usted tan meditabundo? ¿Qué tiene usted?... Pues sí, a trabajar... Estoy sacando apuntes para un *Discurso-Memoria* sobre los *Linajes de Orbajosa*... He encontrado datos y noticias de grandísimo precio. No hay que darle vueltas. En todas las épocas de nuestra historia, los orbajonenses se han distinguido por su hidalguía, por su nobleza, por su valor, por su entendimiento. Díganlo, si no, la conquista de Méjico, las guerras del emperador, las de Felipe contra herejes... Pero ¿está usted malo?... ¿Qué le pasa a usted?... Pues, sí, teólogos eminentes, bravos guerreros, conquistadores, santos, obispos, poetas, políticos, toda suerte de hombres esclarecidos florecieron en esta humilde tierra del ajo... No, no hay en la cristiandad pueblo más ilustre que el nuestro. Sus virtudes y sus glorias llenan toda la historia patria y aún sobra algo... Vamos, veo que lo que usted tiene es sueño: buenas noches... Pues sí, no cambiaría la gloria de ser hijo de esta noble tierra por todo el oro del mundo. *Augusta* llamáronla los antiguos, *augustísima* la llamo yo ahora, porque ahora, como entonces, la hidalguía, la generosidad, el valor, la nobleza, son patrimonio de ella... Conque buenas noches, querido Pepe..., se me figura que usted no está bueno. ¿Le ha hecho daño la cena?... Razón tiene Alonso González de Bustamante en su *Floresta amena* al decir que los habitantes de Orbajosa bastan por sí solos para dar grandeza y honor a un reino. ¿No lo cree usted así?

—¡Oh!, sí, señor, sin duda ninguna —repuso Pepe Rey, dirigiéndose bruscamente a su cuarto.

XI

LA DISCORDIA CRECE

En los días sucesivos hizo Rey conocimiento con varias personas de la población y visitó el Casino, trabando amistades con algunos individuos de los que pasaban la vida en las salas de aquella corporación.

Pero la juventud de Orbajosa no vivía constantemente allí, como podrá suponer la malevolencia. Veíanse por las tardes, en la esquina de la Catedral y en la plazoleta formada por el cruce de las calles del Condestable y la Tripería, algunos caballeros que, gallardamente envueltos en sus capas, estaban como de centinela viendo pasar la gente. Si el tiempo era bueno, aquellas eminentes lumbreras de la cultura *urbs-augustana* se dirigían siempre con la indispensable capita al titulado paseo de las Descalzas, el cual se componía de dos hileras de tísicos olmos y algunas retamas des-

coloridas. Allí la brillante pléyade atisbaba a las niñas de don Fulano o de don Perencejo, que también habían ido a paseo, y la tarde se pasaba regularmente. Entrada la noche, el Casino se llenaba de nuevo, y mientras una parte de los socios entregaba su alto entendimiento a las delicias del monte, los otros leían periódicos, y los más discutían en la sala del café sobre asuntos de diversa índole, como política, caballos, toros, o bien sobre chismes locales. El resumen de todos los debates era siempre la supremacía de Orbajosa y de sus habitantes sobre los demás pueblos y gentes de la tierra.

Eran aquellos varones insignes lo más granado de la ilustre ciudad, propietarios ricos los unos, pobrísimos los otros, pero libres de altas aspiraciones todos. Tenían la imperturbable serenidad del mendigo, que nada apetece mientras no le falta un mendrugo para engañar el hambre y buen sol para calentarse. Lo que principalmente distinguía a los orbajonenses del Casino era un sentimiento de viva hostilidad hacia todo lo que de fuera viniese. Y siempre que algún forastero de viso se presentaba en las augustas salas, creíanle venido a poner en duda la superioridad de la patria del ajo, o a disputarle por envidia las preeminencias incontrovertibles que Natura le concediera.

Cuando Pepe Rey se presentó, recibiéronle con cierto recelo; y como en el Casino abundaba la gente graciosa, al cuarto de hora de estar allí el nuevo socio ya se habían dicho acerca de él toda suerte de cuchufletas. Cuando a las reiteradas preguntas de los socios contestó que había venido a Orbajosa con encargo de explorar la cuenca hullera del Nahara y estudiar un camino, todos convinieron en que el señor don José era un fatuo, que quería darse tono inventando criaderos de carbón y vías férreas. Alguno añadió:

—Pero en buena parte se ha metido. Estos señores sabios creen que aquí somos tontos y que se nos engaña con palabrotas... Ha venido a casarse con la niña de doña Perfecta, y cuanto diga de cuencas hulleras es para echar facha.

—Pues esta mañana—indicó otro, que era un comerciante quebrado—me dijeron en casa de las de Domínguez que ese señor no tiene una peseta, y viene a que su tía le mantenga y a ver si puede pescar a Rosarito.

—Parece que ni es tal ingeniero ni cosa que lo valga—añadió un propietario de olivos que tenía empeñadas sus fincas por el doble de lo que valían—. Pero ya se ve... Estos hambrientos de Madrid se gozan en engañar a los pobres provincianos, y como creen que aquí andamos con taparrabo, amigo...

—Bien se le conoce que tiene hambre.

—Pues entre bromas y veras nos dijo anoche que somos unos bárbaros holgazanes.

—Que vivimos como los beduínos, tomando el sol.

—Que vivimos con la imaginación.

—Eso es: que vivimos con la imaginación.

—Y que esta ciudad es lo mismito que las de Marruecos.

—Hombre, no hay paciencia para oír eso. ¿Dónde habrá visto él, como no sea en París, una calle semejante a la del Adelantado, que presenta un frente de siete casas alineadas, todas magníficas, desde la de doña Perfecta a la de Nicolasito Hernández?... Se figuran estos canallas que uno no ha visto nada, ni ha estado en París...

—También dijo con mucha delicadeza que Orbajosa es un pueblo de mendigos, y dió a entender que aquí vivimos en la mayor miseria sin darnos cuenta de ello.

—¡Válgame Dios! Si me lo llega a decir a mí, hay un escándalo en el Casino—exclamó el recaudador de contribuciones—. ¿Por qué no le dijeron la cantidad de arrobas de aceite que produjo Orbajosa el año pasado? ¿No sabe ese estúpido que en años buenos Orbajosa da pan para toda España y aun para toda Europa? Verdad que ya llevamos no sé cuántos años de mala cosecha; pero eso no es ley. Pues ¿y la cosecha del ajo? ¿A que no sabe ese señor que los ajos de Orbajosa dejaron bizcos a los señores del Jurado en la Exposición de Londres?

Estos y otros diálogos se oían en las salas del Casino por aquellos días. A pesar de estas hablillas, tan comunes en los pueblos pequeños, que por lo mismo que son enanos suelen ser soberbios, Rey no dejó de encontrar amigos sinceros en la docta corporación, pues ni todos eran

maldicientes, ni faltaban allí personas de buen sentimiento. Pero tenía el ingeniero la desgracia, si desgracia puede llamarse, de manifestar sus impresiones con inusitada franqueza, y esto le atrajo algunas antipatías.

Iban pasando días. Además del natural disgusto que las costumbres de la sociedad episcopal le producían, diversas causas, todas desagradables, empezaban a desarrollar en su ánimo honda tristeza, siendo de notar principalmente, entre aquellas causas, la turba de pleiteantes que, cual enjambre voraz, se arrojó sobre él. No era sólo el tío *Licurgo*, sino otros muchos colindantes los que le reclamaban daños y perjuicios, o bien le pedían cuentas de tierras administradas por su abuelo. También le presentaron una demanda por no sé qué contrato de aparcería que celebró su madre y no fué, al parecer, cumplido, y asimismo le exigieron el reconocimiento de una hipoteca sobre las tierras de Alamillos, hecha en extraño documento por su tío. Era una inmunda gusanera de pleitos. Había hecho propósito de renunciar a la propiedad de sus fincas; pero entre tanto su dignidad le obligaba a no ceder ante las marrullerías de los sagaces palurdos; y como el Ayuntamiento le reclamó también por supuesta confusión de su finca con un inmediato monte de Propios, vióse el desgraciado joven en el caso de tener que disipar las dudas que acerca de su derecho surgían a cada paso. Su honra estaba comprometida, y no había otro remedio que pleitear o morir.

Habíale prometido doña Perfecta, en su magnanimidad, ayudarle a salir de tan torpes líos por medio de un arreglo amistoso; pero pasaban días, y los buenos oficios de la ejemplar señora no daban resultado alguno. Crecían los pleitos con la amenazadora presteza de una enfermedad fulminante. Pasaba el joven largas horas del día en el Juzgado dando declaraciones, contestando a preguntas y a preguntas, y cuando a su casa se retiraba, fatigado y colérico, veía aparecer la afilada y grotesca carátula del escribano, que le traía regular porción de papel sellado lleno de horribles fórmulas... para que fuese estudiando la cuestión.

Se comprende que aquél no era hombre a propósito para sufrir tales reveses, pudiendo evitarlos con la ausencia. Representábase en su imaginación a la noble ciudad de su madre como una horrible bestia que en él clavaba sus feroces uñas y le bebía la sangre. Para librarse de ella bastábale, según su creencia, la fuga; pero un interés profundo, como interés del corazón, le detenía, atándole a la peña de su martirio con lazos muy fuertes. No obstante, llegó a verse tan extranjero, digámoslo así, en aquella tenebrosa ciudad de pleitos, de antiguallas, de envidia y de maledicencia, que hizo propósito de abandonarla sin dilación, insistiendo al mismo tiempo en el proyecto que a ella le condujera. Una mañana, encontrando ocasión a propósito, formuló su plan ante doña Perfecta.

—Sobrino mío—repuso la señora con su acostumbrada dulzura—, no seas arrebatado. Vaya, que pareces de fuego. Lo mismo era tu padre. ¡Qué hombre! Eres una centella... Ya te he dicho que con muchísimo gusto te llamaré hijo mío. Aunque no tuvieras las buenas cualidades y el talento que te distinguen, salvo los defectillos, que también los hay; aunque no fueras un excelente joven, basta que esta unión haya sido propuesta por tu padre, a quien tanto debemos mi hija y yo, para que la acepte. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo yo. ¿Qué falta, pues? Nada; no falta nada más que un poco de tiempo. Nadie se casa con la precipitación que tú deseas, y que daría lugar a interpretaciones quizá desfavorables a la honra de mi querida hija... Vaya, que tú, como no piensas más que en máquinas, todo lo quieres hacer al vapor. Espera, hombre, espera... ¿Qué prisa tienes? Ese aborrecimiento que le has cogido a nuestra pobre Orbajosa es un capricho. Ya se ve: no puedes vivir sino entre condes y marqueses, entre oradores y diplomáticos... ¡Quieres casarte y separarme de mi hija para siempre!—añadió, enjugándose una lágrima—. Ya que así es, inconsiderado joven, ten al menos la caridad de retardar algún tiempo esa boda que tanto deseas... ¡Qué impaciencia! ¡Qué amor tan fuerte! No creí que una pobre lugareña como mi hija inspirase pasión tan volcánica.

No convencieron a Pepe Rey los razonamientos de su tía; pero no quiso contrariarla. Resolvió, pues, esperar

cuanto le fuese posible. Una nueva causa de disgustos unióse bien pronto a los que ya amargaban su existencia. Hacía dos semanas que estaba en Orbajosa y durante este tiempo no había recibido ninguna carta de su padre. No podía achacar esto a descuidos de la Administración de Correos de Orbajosa, porque siendo el funcionario encargado de aquel servicio amigo y protegido de doña Perfecta, ésta le recomendaba diariamente el mayor cuidado para que las cartas dirigidas a su sobrino no se extraviasen. También iba a la casa del conductor de la correspondencia, llamado Cristóbal Ramos, por apodo *Caballuco,* personaje a quien ya conocimos, y a éste solía dirigir doña Perfecta amonestaciones y reprimendas tan enérgicas como la siguiente:

—¡Bonito servicio de correos tenéis!... ¿Cómo es que mi sobrino no ha recibido una sola carta desde que está en Orbajosa?... Cuando la conducción de la correspondencia corre a cargo de semejante tarambana, ¡cómo han de andar las cosas! Yo le hablaré al señor gobernador de la provincia para que mire bien qué clase de gente pone en la Administración.

Caballuco, alzando los hombros, miraba a Rey con expresión de completa indiferencia. Un día entró con un pliego en la mano.

—¡Gracias a Dios!—dijo doña Perfecta a su sobrino—. Ahí tienes carta de tu padre. Regocíjate, hombre. Buen susto nos hemos llevado por la pereza de mi señor hermano en escribir... ¿Qué dice? Está bueno sin duda—añadió al ver que Pepe Rey abría el pliego con febril impaciencia.

El ingeniero se puso pálido al recorrer las primeras líneas.

—¡Jesús, Pepe!... ¿Qué tienes?—exclamó la señora levantándose con zozobra—. ¿Está malo tu papá?

—Esta carta no es de mi padre—repuso Pepe revelando en su semblante la mayor consternación.

—Pues ¿qué es eso?

—Una orden del Ministerio de Fomento, en que se me releva del cargo que me confiaron...

—¡Cómo... es posible!

—Una destitución pura y simple, redactada en términos muy poco lisonjeros para mí.

—¡Hase visto mayor picardía!—exclamó la señora volviendo de su estupor.

—¡Qué humillación!—murmuró el joven—. Es la primera vez en mi vida que recibo un desaire semejante.

—¡Pero ese Gobierno no tiene perdón de Dios! ¡Desairarte a ti! ¿Quieres que yo escriba a Madrid? Tengo allí buenas relaciones y podré conseguir que el Gobierno repare esa falta brutal y te dé una satisfacción.

—Gracias, señora; no quiero recomendaciones—replicó el joven con displicencia.

—¡Es que se ven unas injusticias, unos atropellos!... ¡Destituir así a un joven de tanto mérito, a una eminencia científica...! Vamos, si no puedo contener la cólera.

—Yo averiguaré—dijo Pepe con la mayor energía—quién se ocupa de hacerme daño...

—Ese señor ministro... Pero de estos politiquejos infames, ¿qué puede esperarse?

—Aquí hay alguien que se ha propuesto hacerme morir de desesperación—afirmó el joven, visiblemente alterado—. Esto no es obra del ministro; ésta y otras contrariedades que experimento son resultado de un plan de venganza, de un cálculo desconocido, de una enemistad irreconciliable, y este plan, este cálculo, esta enemistad, no lo dude usted, querida tía, están aquí, en Orbajosa.

—Tú te has vuelto loco—replicó doña Perfecta, demostrando un sentimiento semejante a la compasión—. ¿Que tienes enemigos en Orbajosa? ¿Que alguien quiere vengarse de ti? Vamos, Pepe, tú has perdido el juicio. Las lecturas de esos libracos en que se dice que tenemos por abuelos a los monos o a las cotorras te han trastornado la cabeza.

Sonrió con dulzura al decir la última frase, y, después, tomando un tono de familiar y cariñosa amonestación, añadió:

—Hijo mío, los habitantes de Orbajosa seremos palurdos y toscos labriegos sin instrucción, sin finura ni buen tono; pero a lealtad y buena fe no nos gana nadie, nadie, pero nadie.

—No crea usted—dijo Rey—que acuso a las personas de esta casa. Pero sostengo que en la ciudad está mi implacable y fiero enemigo.

—Deseo que me enseñes ese traidor de melodrama—repuso la señora, sonriendo de nuevo—. Supongo que no acusarás a *Licurgo* ni a los demás que litigan, porque los pobrecitos creen defender su derecho. Y, entre paréntesis, no les falta razón en el caso presente. Además, el tío Lucas te quiere mucho. Así mismo me lo ha dicho. Desde que te conoció, le entraste por el ojo derecho, y el pobre viejo te ha tomado un cariño...

—¡Sí..., profundo cariño!—murmuró Pepe.

—No seas tonto—añadió la señora, poniéndole la mano en el hombro y mirándole de cerca—. No pienses disparates, y convéncete de que tu enemigo, si existe, está en Madrid, en aquel centro de corrupción, de envidia y rivalidades, no en este pacífico y sosegado rincón, donde todo es buena voluntad y concordia... Sin duda, algún envidioso de tu mérito... Te advierto una cosa, y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire y pedir explicaciones al Gobierno, no dejes de hacerlo por nosotras.

Pepe Rey fijó los ojos en el semblante de su tía, cual si escudriñarla quisiera hasta lo más escondido de su alma.

—Digo que si quieres ir no dejes de hacerlo—repitió la señora con calma admirable, confundiéndose en la expresión de su semblante la naturalidad con la honradez más pura.

—No, señora. No pienso ir allá.

—Mejor; ésa es también mi opinión. Aquí estás más tranquilo, a pesar de las cavilaciones con que te atormentas. ¡Pobre Pepe! Tu entendimiento, tu descomunal entendimiento, es la causa de tu desgracia. Nosotros, los de Orbajosa, pobres rústicos, vivimos felices en nuestra ignorancia. Me disgusta que no estés contento. Pero ¿es culpa mía que te aburras y desesperes sin motivo? ¿No te trato como a un hijo? ¿No te he recibido como la esperanza de mi casa? ¿Puedo hacer más por ti? Si a pesar de eso no nos quieres, si nos muestras tanto despego, si te burlas de nuestra religiosidad, si haces desprecios a nuestros amigos, ¿es acaso porque no te tratemos bien?

Los ojos de doña Perfecta se humedecieron.

—Querida tía—dijo Rey, sintiendo que se disipaba su encono—. También yo he cometido algunas faltas desde que soy huésped de esta casa.

—No seas tonto... ¡Qué faltas ni faltas! Entre personas de la misma familia todo se perdona.

—Pero Rosario, ¿dónde está?—preguntó el joven levantándose—. ¿Tampoco la veré hoy?

—Está mejor. ¿Sabes que no ha querido bajar?

—Subiré yo.

—Hombre, no. ¡Esa niña tiene unas terquedades...! Hoy se ha empeñado en no salir de su cuarto. Se ha encerrado por dentro.

—¡Qué rareza!

—Se le pasará. Seguramente se le pasará. Veremos si esta noche le quitamos de la cabeza sus ideas melancólicas. Organizaremos una tertulia que la divierta. ¿Por qué no te vas a casa del señor don Inocencio, y le dices que venga por acá esta noche y que traiga a Jacintillo?

—¡A Jacintillo!

—Sí; cuando a Rosario le dan estos accesos de melancolía, ese jovencito es el único que la distrae...

—Pero yo subiré...

—Hombre, no.

—Veo que no faltan etiquetas en esta casa.

—Te burlas de nosotros. Haz lo que te digo.

—Pues quiero verla.

—Pues no. ¡Qué mal conoces a la niña!

—Yo creí conocerla bien... Bueno, me quedaré... Pero esta soledad es horrible.

—Ahí tienes al señor escribano.

—Maldito sea mil veces.

—Y me parece que ha entrado también el señor procurador... Es un excelente sujeto.

—Así le ahorcaran.

—Hombre, los asuntos de intereses, cuando son propios, sirven de distracción. Alguien llega... Me parece que es el perito agrónomo. Ya tienes para un rato.

—¡Para un rato de infierno!

—Hola, hola; si no me engaño, el tío *Licurgo* y el tío Pasolargo acaban de entrar. Puede que vengan a proponerte un arreglo.

—Me arrojaré al estanque...

—¡Qué descastado eres! ¡Pues todos ellos te quieren tanto!... Vamos, para

que nada falte, ahí está también el alguacil. Viene a citarte.

—A crucificarme.

Todos los personajes nombrados fueron entrando en la sala.

—Adiós, Pepe; que te diviertas—dijo doña Perfecta.

—¡Trágame, tierra!—exclamó el joven con desesperación.

—Señor don José...

—Mi querido señor don José...

—Estimado señor don José...

—Señor don José de mi alma...

—Mi respetable amigo señor don José...

Al oír estas almibaradas insinuaciones, Pepe Rey exhaló un hondo suspiro y se entregó. Entregó su cuerpo y su alma a los sayones, que esgrimieron horribles hojas de papel sellado, mientras la víctima, elevando los ojos al cielo, decía para sí con cristiana mansedumbre:

«Padre mío, ¿por qué me han abandonado?»

XII

AQUÍ FUÉ TROYA

Amor, amistad, aire sano para la respiración, moral, luz para el alma, simpatía, fácil comercio de ideas y de sensaciones era lo que Pepe Rey necesitaba de una manera imperiosa. No teniéndolo, aumentaban las sombras que envolvían su espíritu, y la lobreguez interior daba a su trato displicencia de amargura.

Al día siguiente de las escenas referidas en el capítulo anterior mortificóle más que nada el ya demasiado largo y misterioso encierro de su prima, motivado, al parecer, primero por una enfermedad sin importancia; después, por caprichos y nerviosidades de difícil explicación.

Extrañaba Rey conducta tan contraria a la idea que había formado de Rosarito. Habían transcurrido cuatro días sin verla, no ciertamente porque a él le faltasen deseos de estar a su lado; y tal situación comenzaba a ser desairada y ridícula si con un acto de firme iniciativa no ponía remedio en ello.

—¿Tampoco hoy veré a mi prima?—preguntó, de mal talante, a su tía, cuando concluyeron de comer.

—Tampoco. ¡Sabe Dios cuánto lo siento!... Bastante le he predicado hoy. A la tarde veremos.

La sospecha de que en tan injustificado encierro su adorable prima era más bien víctima sin defensa que autora resuelta con actividad propia e iniciativa, le indujo a contenerse y esperar. Sin esta sospecha hubiera partido aquel mismo día. No tenía duda alguna de ser amado por Rosario; mas era evidente que una presión desconocida actuaba entre los dos para separarlos, y parecía propio del varón honrado averiguar de quién procedía aquella fuerza maligna y contrarrestarla hasta donde alcanzara la voluntad humana.

—Espero que la obstinación de Rosario no durará mucho—dijo a doña Perfecta, disimulando sus verdaderos sentimientos.

Aquel día tuvo una carta de su padre, en la cual éste se quejaba de no haber recibido ninguna de Orbajosa, circunstancia que aumentó las inquietudes del ingeniero confundiéndole más. Por último, después de vagar largo rato solo por la huerta de la casa, salió y fué al Casino. Entró en él como un desesperado que se arroja al mar.

Encontró en las principales salas a varias personas que charlaban y discutían. En un grupo desentrañaban, con lógica sutil, difíciles problemas de toros; en otro, disertaban sobre cuáles eran los mejores burros entre las castas de Orbajosa y Villahorrenda. Hastiado hasta lo sumo, Pepe Rey abandonó estos debates y se dirigió a la sala de periódicos, donde hojeó varias revistas sin encontrar deleite en la lectura; y poco después, pasando de sala en sala, fué a parar sin saber cómo a la del juego. Cerca de dos horas estuvo en las garras del horrible demonio amarillo, cuyos resplandecientes ojos de oro producen tormento y fascinación. Ni aun las emociones del juego alteraron el sombrío estado de su alma, y el tedio que antes le empujara hacia el verde tapete, apartóle también de él. Huyendo del bullicio, dió con su cuerpo en una estancia destinada a tertulia en la cual a la sazón no había alma viviente, y con indolencia se sentó junto a la ventana de ella, mirando a la calle.

Era ésta angostísima y con más ángulos y recodos que casas, sombreada toda por la pavorosa Catedral, que al

extremo alzaba su negro muro carcomido. Pepe Rey miró a todos lados, arriba y abajo, y observó un plácido silencio de sepulcro: ni un paso, ni una voz, ni una mirada. De pronto hirieron su oído rumores extraños, como cuchicheo de femeniles labios, y después el chirrido de cortinajes que se corrían, algunas palabras, y, por fin, el tatarear suave de una canción, el ladrido de un falderillo y otras señales de existencia social que parecían muy singulares en tal sitio. Observando bien, Pepe Rey vió que tales rumores procedían de un enorme balcón con celosías que frente por frente a la ventana mostraba su corpulenta fábrica. No había concluído sus observaciones, cuando un socio del Casino apareció de súbito a su lado, y riendo le interpeló de este modo:

—¡Ah!, señor don Pepe, ¡picarón! ¿Se ha encerrado usted aquí para hacer cocos a las niñas?

El que esto decía eran don Juan Tafetán, un sujeto amabilísimo de los pocos que habían manifestado a Rey en el Casino cordial amistad y verdadera admiración. Con su carilla bermellonada, su bigote teñido de negro, sus ojuelos vivarachos, su estatura mezquina, su pelo con gran estudio peinado para ocultar la calvicie, don Juan Tafetán presentaba una figura bastante diferente de la de Antinoo; pero era muy simpático, tenía mucho gracejo y felicísimo ingenio para contar aventuras graciosas. Reía mucho, y al hacerlo su cara se cubría toda, desde la frente a la barba, de grotescas arrugas. A pesar de estas cualidades y del aplauso que debía de estimular su disposición a las picantes burlas, no era maldiciente. Queríanle todos, y Pepe Rey pasaba con él ratos agradables. El pobre Tafetán, empleado antaño en la Administración civil de la capital de la provincia, vivía modestamente de su sueldo en la Secretaría de Beneficencia, y completaba su pasar tocando gallardamente el clarinete en las procesiones, en las solemnidades de la Catedral y en el teatro, cuando alguna traílla de desesperados cómicos aparecía por aquellos países con el alevoso propósito de dar funciones en Orbajosa.

Pero lo más singular de don Juan Tafetán era su afición a las muchachas guapas. El mismo, cuando no ocultaba su calvicie con seis pelos llenos de pomada, cuando no se teñía el bigote, cuando andaba derechito y espigado por la poca pesadumbre de los años, había sido un Tenorio formidable. Oírle contar sus conquistas era cosa de morirse de risa, porque hay Tenorios de Tenorios, y aquél fué de los más originales.

—¿Qué niñas? Yo no veo niñas en ninguna parte—repuso Pepe Rey.

—Hágase usted el anacoreta.

Una de las celosías del balcón se abrió, dejando ver un rostro juvenil, encantador y risueño, que desapareció al instante como luz apagada por el viento.

—Ya, ya veo.

—¿No las conoce usted?

—Por mi vida que no.

—Son las Troyas, las niñas de Troya. Pues no conoce usted nada bueno... Tres chicas preciosísimas, hijas de un coronel de Estado Mayor de plaza, que murió en las calles de Madrid el cincuenta y cuatro.

La celosía se abrió de nuevo y comparecieron dos caras.

—Se están burlando de nosotros—dijo Tafetán, haciendo una seña amistosa a las niñas.

—¿Las conoce usted?

—¿Pues no las he de conocer? Las pobres están en la miseria. Yo no sé cómo viven. Cuando murió don Francisco Troya se hizo una suscripción para mantenerlas: pero esto duró poco.

—¡Pobres muchachas! Me figuro que no serán un modelo de honradez...

—¿Por qué no?... Yo no creo lo que en el pueblo se dice de ellas.

Funcionó de nuevo la celosía.

—Buenas tardes, niñas—gritó don Juan Tafetán, dirigiéndose a las tres, que artísticamente agrupadas aparecieron—. Este caballero dice que lo bueno no debe esconderse y que abran ustedes toda la celosía.

Pero la celosía se cerró, y alegre concierto de risas difundió una extraña alegría por la triste calle. Creeríase que pasaba una bandada de pájaros.

—¿Quiere usted que vayamos allá? —dijo, de súbito, Tafetán.

Sus ojos brillaban, y una sonrisa picaresca retozaba en sus amoratados labios.

—Pero ¿qué clase de gente es ésa?

—Ante usted, señor De Rey... Las pobrecitas son honradas. ¡Bah! Si se alimentan del aire, como los camaleones.

Diga usted: el que no come, ¿puede pecar? Bastante virtuosas son las infelices. Y si pecaran, limpiarían su conciencia con el gran ayuno que hacen.

—Pues vamos.

Un momento después, don Juan Tafetán y Pepe Rey entraron en la sala. El aspecto de la miseria, que con horribles esfuerzos pugnaba por no serlo, afligió al joven. Las tres muchachas eran muy lindas, principalmente las dos más pequeñas, morenas, pálidas, de negros ojos y sutil talle. Bien vestidas y bien calzadas, habrían parecido retoños de duquesa en candidatura para entroncar con príncipes.

Cuando la visita entró, las tres se quedaron muy cortadas; pero bien pronto mostraron la índole de su genial frívolo y alegre. Vivían en la miseria, como los pájaros en la prisión, sin dejar de cantar tras los hierros lo mismo que en la opulencia del bosque. Pasaban el día cosiendo, lo cual indicaba, por lo menos, un principio de honradez, pero en Orbajosa ninguna persona de su posición se trataba con ellas. Estaban hasta cierto punto proscritas, degradadas, acordonadas, lo cual indicaba también algún motivo de escándalo. Pero en honor de la verdad, debe decirse que la mala reputación de las Troyas consistía, más que nada, en su fama de chismosas, enredadoras, traviesas y despreocupadas. Dirigían anónimos a graves personas; ponían motes a todo viviente de Orbajosa, desde el obispo al último zascandil; tiraban piedrecitas a los transeúntes; chicheaban escondidas tras las rejas para reírse con la confusión y azoramiento del que pasaba; sabían todos los sucesos de la vencindad, para lo cual tenían en constante uso los tragaluces y agujeros de la parte alta de la casa; cantaban de noche en el balcón; se vestían de máscara en Carnaval para meterse en las casas más alcurniadas, con otras majaderías y libertades propias de los pueblos pequeños. Pero cualquiera que fuese la razón, ello es que el agraciado triunvirato troyano tenía sobre sí un estigma de esos que, una vez puestos por susceptible vecindario, acompañan implacablemente hasta más allá de la tumba.

—¿Este es el caballero que dicen ha venido a sacar minas de oro?—preguntó una.

—¿Y a derribar la Catedral para hacer con las piedras de ella una fábrica de zapatos?—añadió otra.

—¿Y a quitar de Orbajosa la siembra del ajo para poner algodón o el árbol de la canela?

Pepe no pudo reprimir la risa ante tales despropósitos.

—No viene sino a hacer una recolección de niñas bonitas para llevárselas a Madrid—dijo Tafetán.

—¡Ay! ¡De buena gana me iría!—exclamó una.

—A las tres, a las tres me las llevo —afirmó Pepe—. Pero sepamos una cosa: ¿por qué se reían ustedes de mí cuando estaba en la ventana del Casino?

Tales palabras fueron la señal de nuevas risas.

—Estas son unas tontas—dijo la mayor.

—Fué porque dijimos que usted se merece algo más que la niña de doña Perfecta.

—Fué porque ésta dijo que usted está perdiendo el tiempo, y que Rosarito no quiere sino gente de Iglesia.

—¡Qué cosas tienes! Yo no he dicho tal cosa. Tú dijiste que este caballero es ateo luterano, y entra en la Catedral fumando y con el sombrero puesto.

—Pues yo no lo inventé—manifestó la menor—, que eso me lo dijo ayer *Suspiritos*.

—Y ¿quién es esa *Suspiritos*, que dice de mí tales tonterías?

—*Suspiritos* es... *Suspiritos*.

—Niñas mías—dijo Tafetán con semblante almibarado—. Por ahí va el naranjero. Llamadle, que os quiero convidar a naranjas.

Una de las tres llamó al vendedor.

La conversación entablada por las niñas desagradó bastante a Pepe Rey, disipando su impresión de contento entre aquella chusma alegre y comunicativa. No pudo, sin embargo, contener la risa cuando vió a don Juan Tafetán descolgar un guitarrillo y rasguearlo con la gracia y destreza de los años juveniles.

—Me han dicho que cantan ustedes a las mil maravillas—manifestó Rey.

—Que cante don Juan Tafetán.

—Yo no canto.

—Ni yo—dijo la segunda, ofreciendo al ingeniero algunos cascos de la naranja que acababa de mondar.

—María Juana, no abandones la costura—dijo la Troya mayor—. Es tarde y hay que acabar la sotana esta noche.

—Hoy no se trabaja. Al demonio las agujas—gritó Tafetán; y en seguida entonó una canción.

—La gente se para en la calle—dijo la Troya segunda, asomándose al balcón—. Los gritos de don Juan Tafetán se oyen desde la plaza... ¡Juana, Juana!

—¿Qué?

—Por la calle va *Suspiritos*.

La más pequeña voló al balcón.

—Tírale una cáscara de naranja.

Pepe Rey se asomó también; vió que por la calle pasaba una señora, y que con diestra puntería la menor de las Troyas le asestó un cascarazo en el moño. Después cerraron con precipitación, y las tres se esforzaron en sofocar convulsivamente su risa para que no se oyera desde la vía pública.

—Hoy no se trabaja—gritó una, volcando de un puntapié la cesta de la costura.

—Es lo mismo que decir: «Mañana no se come»—añadió la mayor, recogiendo los enseres.

Pepe Rey se echó instintivamente mano al bolsillo. De buena gana les hubiera dado una limosna. El espectáculo de aquellas infelices huérfanas, condenadas por el mundo a causa de su frivolidad, le entristecía sobre manera. Si el único pecado de las Troyas, si el único desahogo con que compensaban su soledad, su pobreza y abandono, era tirar cortezas de naranja al transeúnte, bien se las podía disculpar. Quizá las austeras costumbres del poblachón en que vivían las había preservado del vicio; pero las desgraciadas carecían de compostura y comedimiento, fórmula común y más visible del pudor, y bien podía suponerse que habían echado por la ventana algo más que cáscaras. Pepe Rey sentía hacia ellas una lástima profunda. Observó sus miserables vestidos, compuestos, arreglados y remendados de mil modos para que pareciesen nuevos; observó sus zapatos rotos..., y otra vez se llevó la mano al bolsillo.

«Podrá el vicio reinar aquí—dijo para sí—; pero las fisonomías, los muebles, todo me indica que éstos son los infelices restos de una familia honrada. Si estas pobres muchachas fueran tan malas como dicen, no vivirían tan pobremente ni trabajarían. ¡En Orbajosa hay hombres ricos!»

Las tres niñas se le acercaban sucesivamente. Iban de él al balcón, del balcón a él, sosteniendo conversación picante y ligera, que indicaba, fuerza es decirlo, una especie de inocencia en medio de tanta frivolidad y despreocupación.

—Señor don José, ¡qué excelente señora es doña Perfecta!

—Es la única persona de Orbajosa que no tiene apodo, la única de que no se habla mal en Orbajosa.

—Todos la respetan.

—Todos la adoran.

A estas frases el joven respondió con alabanzas de su tía; pero se le pasaban ganas de sacar dinero del bolsillo y decir: «María Juana, tome usted, para unas botas. Pepa, tome, para que se compre un vestido. Florentina, tome, para que coman una semana...» Estuvo a punto de hacerlo como lo pensaba. En un momento en que las tres corrieron al balcón para ver quién pasaba, don Juan Tafetán se acercó a él, y en voz baja le dijo:

—¡Qué monas son! ¿No es verdad?... ¡Pobres criaturas! Parece mentira que sean tan alegres, cuando... bien puede asegurar que hoy no han comido.

—¡Don Juan, don Juan!—gritó Pepilla—. Por ahí viene su amigo de usted, Nicolasito Hernández, o sea *Cirio Pascual*, con su sombrero de tres pisos. Viene rezando en voz baja, sin duda por las almas de los que ha mandado al hoyo con sus usuras.

—¿A que no le dicen ustedes el remoquete?

—¡A que sí!

—Juana, cierra las celosías. Dejémosle que pase, y cuando vaya por la esquina yo gritaré: *¡Cirio, Cirio Pascual!...*

Don Juan Tafetán corrió al balcón.

—Venga usted, don José, para que conozca a este tipo.

Pepe Rey aprovechó el momento en que las tres muchachas y don Juan se regocijaban en el balcón, llamando a Nicolasito Hernández con el apodo que tanto le hacía rabiar, y acercándose con toda cautela a uno de los costureros que en la sala había, colocó dentro de él media onza que le quedaba del juego.

Después corrió al balcón, a punto que las dos más pequeñas gritaban entre locas risas:

—*¡Cirio Pascual, Cirio Pascual!*

XIII

UN «CASUS BELLI»

Después de esta travesura, las tres entablaron con los caballeros una conversación tirada sobre asuntos y personas de la ciudad. El ingeniero, recelando que su fechoría se descubriese estando él presente, quiso marcharse, lo cual disgustó mucho a las Troyas. Una de éstas, que había salido fuera de la sala, regresó diciendo:

—Ya está *Suspirito* en campaña colgando la ropa.

—Don José querrá verla—indicó otra.

—Es una señora muy guapa. Y ahora se peina a estilo de Madrid. Vengan ustedes.

Lleváronlos al comedor de la casa—pieza de rarísimo uso—, del cual se salía a un terrado, donde había algunos tiestos de flores y no pocos trastos abandonados y hechos añicos. Desde allí veíase el hondo patio de una casa colindante, con una galería llena de verdes enredaderas y hermosas macetas esmeradamente cuidadas. Todo indicaba allí una vivienda de gente modesta, pulcra y hacendosa.

Acercándose al borde de la azotea, las de Troya miraron atentamente a la casa vecina, e imponiendo silencio a los galanes, se retiraron luego a la parte del terrado desde donde nada se veía ni había peligro de ser visto.

—Ahora sale de la despensa con un cazuelo de garbanzos—dijo María Juana, estirando el cuello para ver un poco.

—¡Zas!—exclamó otra, arrojando una piedrecilla.

Oyóse el ruido del proyectil al chocar contra los cristales de la galería, y luego una colérica voz que gritaba:

—Ya nos han roto otro cristal esas...

Ocultas las tres en el rincón del terrado, junto a los dos caballeros, sofocaban la risa.

—La señora *Suspiritos* está muy incomodada—dijo Rey—. ¿Por qué la llaman así?

—Porque siempre que habla suspira entre palabra y palabra, y aunque de nada carece, siempre se está lamentando.

Hubo un momento de silencio en la casa de abajo. Pepita Troya atisbó con cautela.

—Allá viene otra vez—murmuró en voz baja, imponiendo silencio—. María, dame una china. A ver..., ¡zas!, allá va...

—No le has acertado. Dió en el suelo.

—A ver... si puedo yo... Esperaremos a que salga otra vez de la despensa.

—Ya, ya sale. En guardia, Florentina.

—¡A la una, a las dos, a las tres!... ¡Paf!...

Oyóse abajo un grito de dolor, un voto, una exclamación varonil, pues era un hombre el que la daba. Pepe Rey pudo distinguir claramente estas palabras:

—¡Demonche! Me han agujereado la cabeza esas... ¡Jacinto, Jacinto! Pero ¿qué canalla de vecindad es ésta?...

—¡Jesús, María y José, lo que he hecho!—exclamó, llena de consternación, Florentina—. Le di en la cabeza al señor don Inocencio.

—¿Al penitenciario?—dijo Pepe Rey.

—Sí.

—¿Vive en esa casa?

—Pues ¿dónde ha de vivir?

—Esa señora de los suspiros...

—Es su sobrina, su ama o no sé qué. Nos divertimos con ella porque es muy cargante; pero con el señor penitenciario no solemos gastar bromas.

Mientras rápidamente se pronunciaban las palabras de este diálogo, Pepe Rey vió que frente al terrado, y muy cerca de él, se abrían los cristales de una ventana perteneciente a la misma casa bombardeada; vió que aparecía una cara risueña, una cara conocida, una cara cuya vista le aturdió, y le consternó, y le puso pálido y trémulo. Era Jacintito, que, interrumpido en sus graves estudios, abrió la ventana de su despacho, presentándose en ella con la pluma en la oreja. Su rostro púdico, fresco y sonrosado, daba a tal aparición aspecto semejante al de una aurora.

—Buenas tardes, señor don José—dijo festivamente.

La voz de abajo gritaba de nuevo:

—¡Jacinto; pero, Jacinto!

—Allá voy. Estaba saludando a un amigo.

—Vámonos, vámonos—gritó Florentina con zozobra—. El señor penitenciario va a subir al cuarto de *Don Nominavito* y nos echará un responso.

—Vámonos, sí; cerremos la puerta del comedor.

Abandonaron en tropel el terrado.

—Debieron ustedes prever que Jacinto las vería desde su templo del saber—dijo Tafetán.

—*Don Nominavito* es amigo nuestro —repuso una de ellas—. Desde su templo de la ciencia nos dice a la calladita mil ternezas, y también nos echa besos volados.

—¿Jacinto?—preguntó el ingeniero—. Pero ¿qué endiablado nombre le han puesto ustedes?

—*Don Nominavito*...

Las tres rompieron a reír.

—Le llamamos así porque es muy sabio.

—No; porque cuando nosotras éramos chicas, él era chico también; pues... sí. Salíamos al terrado a jugar y le sentíamos estudiando en voz alta sus lecciones.

—Sí, y todo el santo día estaba cantando.

—Declinando, mujer. Eso es: se ponía de este modo: «Nominavito rosa, genivito, davito, acusavito.»

—Supongo que yo también tendré mi nombre postizo—dijo Pepe Rey.

—Que se lo diga a usted María Juana—replicó Florentina, ocultándose.

—¿Yo?... Díselo tú, Pepa.

—Usted no tiene nombre todavía, don José.

—Pero lo tendré. Prometo que vendré a saberlo, a recibir la confirmación —indicó el joven con intención de retirarse.

—Pero ¿se va usted?

—Sí. Ya han perdido ustedes bastante tiempo. Niñas, a trabajar. Esto de arrojar piedras a los vecinos y a los transeúntes no es la ocupación más a propósito para unas jóvenes tan lindas y de tanto mérito... Conque abur...

Y sin esperar más razones ni hacer caso de los cumplidos de las muchachas, salió a toda prisa de la casa, dejando en ella a don Juan Tafetán.

La escena que había presenciado; la vejación sufrida por el canónigo; la inopinada presencia del doctorcillo, aumentaron las confusiones, recelos y presentimientos desagradables que turbaban el alma del pobre ingeniero. Deploró con toda su alma haber entrado en casa de las Troyas, y resuelto a emplear mejor el tiempo mientras su hipocondría le durase, recorrió las calles de la población.

Visitó el mercado, la calle de la Tripera, donde estaban las principales tiendas; observó los diversos aspectos que ofrecían la industria y comercio de la gran Orbajosa, y como no hallara sino nuevos motivos de aburrimiento, encaminóse al paseo de las Descalzas; pero no vió en él más que algunos perros vagabundos, porque, con motivo del viento molestísimo que reinaba, caballeros y señoras se habían quedado en sus casas. Fué a la botica, donde hacían tertulia diversas especies de progresistas rumiantes, que estaban perpetuamente masticando un tema sin fin; pero allí se aburrió más. Pasaba, al fin, junto a la Catedral, cuando sintió el órgano y los hermosos cantos del coro. Entró; arrodillóse delante del altar mayor, recordando las advertencias que acerca de la compostura dentro de la iglesia le hiciera su tía; visitó luego una capilla, y disponíase a entrar en otra, cuando un acólito, celador o perrero, se le acercó, y con modales muy descorteses y descompuesto lenguaje, le habló así:

—Su ilustrísima dice que se plante usted en la calle.

El ingeniero sintió que la sangre se agolpaba en su cerebro. Sin decir una palabra, obedeció. Arrojado de todas partes por fuerza superior o por su propio hastío, no tenía más recurso que ir a casa de su tía, donde le esperaban:

Primero: El tío *Licurgo*, para anunciarle un segundo pleito. Segundo: El señor don Cayetano, para leerle un nuevo trozo de su discurso sobre los linajes de Orbajosa. Tercero: *Caballuco*, para un asunto que no había manifestado. Cuarto: Doña Perfecta y su sonrisa bondadosa, para lo que se verá en el capítulo siguiente.

XIV

LA DISCORDIA SIGUE CRECIENDO

Una nueva tentativa de ver a su prima Rosario fracasó al caer de la tarde. Pepe Rey se encerró en su cuarto para escribir varias cartas, y no podía apartar de su mente una idea fija.

—Esta noche o mañana—decía—se acabará esto de una manera o de otra.

Cuando le llamaron para la cena, doña Perfecta se dirigió a él, en el comedor, diciéndole de buenas a primeras:

—Querido Pepe, no te apures; yo apla-

caré al señor don Inocencio... Ya estoy enterada. María Remedios, que acaba de salir de aquí, me lo ha contado todo.

El semblante de la señora irradiaba satisfacción semejante a la de un artista orgulloso de su obra.

—¿Qué?

—Yo te disculparé, hombre. Tomarías algunas copas en el Casino, ¿no es esto? He aquí el resultado de las malas compañías. ¡Don Juan Tafetán, las Troyas!... Esto es horrible, espantoso. ¿Has meditado bien...?

—Todo lo he meditado, señora—repuso Pepe, decidido a no entrar en discusiones con su tía.

—Me guardaré muy bien de escribirle a tu padre lo que has hecho.

—Puede usted escribirle lo que guste.

—Vamos; te defenderás desmintiéndome.

—Yo no desmiento.

—Luego confiesas que estuviste en casa de esas...

—Estuve.

—Y que les diste media onza, porque, según me ha dicho María Remedio, esta tarde bajó Florentina a la tienda del extremeño a que le cambiaran media onza. Ellas no podían haberla ganado con su costura. Tú estuviste hoy en casa de ellas: luego...

—Luego yo se la di. Perfectamente.

—¿No lo niegas?

—¡Qué he de negarlo! Creo que puedo hacer de mi dinero lo que mejor me convenga.

—Pero de seguro sostendrás que no apedreaste al señor penitenciario.

—Yo no apedreo.

—Quiero decir que ellas, en presencia tuya...

—Eso es otra cosa.

—E insultaron a la pobre María Remedios.

—Tampoco lo niego.

—¿Y cómo justificarás tu conducta? Pepe..., por Dios. No dices nada; no te arrepientes, no protestas..., no...

—Nada, absolutamente nada, señora.

—Ni siquiera procuras desagraviarme.

—Yo no he agraviado a usted...

—Vamos, ya no te falta más que... Hombre, coge ese palo y pégame.

—Yo no pego.

—¡Qué falta de respeto! ¡Qué...! ¿No cenas?

—Cenaré.

Hubo una pausa de más de un cuarto de hora. Don Cayetano, doña Perfecta y Pepe Rey comían en silencio. Este se interrumpió cuando don Inocencio entró en el comedor.

—¡Cuánto lo he sentido, señor don José de mi alma!... Créame usted que lo he sentido de veras—dijo, estrechando la mano al joven y mirándole con expresión de lástima.

El ingeniero no supo qué contestar; tanta era su confusión.

—Me refiero al suceso de esta tarde.

—¡Ah!... Ya.

—A la expulsión de usted del sagrado recinto de la iglesia catedral.

—El señor obispo—dijo Pepe Rey—debía pensarlo mucho antes de arrojar a un cristiano de la iglesia.

—Y es verdad; yo no sé quién le ha metido en la cabeza a su ilustrísima que usted es hombre de malísimas costumbres; yo no sé quién le ha dicho que usted hace alardes de ateísmo en todas partes; que se burla de cosas y personas sagradas, y aun que proyecta derribar la Catedral para edificar con sus piedras una gran fábrica de alquitrán; yo he procurado disuadirle; pero su ilustrísima es un poco terco.

—Gracias por tanta bondad.

—Y eso que el señor penitenciario no tiene motivos para guardarte tales consideraciones. Por poco más le dejan en el sitio esta tarde.

—¡Bah!... ¿Pues qué?—dijo el sacerdote, riendo—. ¿Ya se tiene aquí noticia de la travesurilla?... Apuesto a que María Remedios vino con el cuento. Pues se lo prohibí, se lo prohibí de un modo terminante. La cosa en sí no vale la pena. ¿No es verdad, señor De Rey?

—Puesto que usted así lo juzga...

—Ese es mi parecer. Cosas de muchachos... La juventud, digan lo que quieran los modernos, se inclina al vicio y a las acciones viciosas. El señor don José, persona de grandes prendas, no podía ser perfecto... ¿Qué tiene de particular que esas graciosas niñas le sedujeran, y, después de sacarle el dinero, le hicieran cómplice de sus desvergonzados y criminales insultos a la vecindad? Querido amigo mío, por la dolorosa parte que me cupo en los juegos de esta tarde—añadió, llevándose la mano a la región lastimada—, no me doy por ofendido, ni siquiera mortificaré a usted con

recuerdos de tan desagradable incidente. He sentido verdadera pena al saber que María Remedios había venido a contarlo todo... ¡Es tan chismosa mi sobrina!... ¿Apostamos a que también contó lo de la media onza, y los retozos de usted con las niñas en el tejado, y las carreras y pellizcos, y el bailoteo de don Juan Tafetán?... ¡Bah! Estas cosas debieran quedar en secreto.

Pepe Rey no sabía lo que le mortificaba más: si la severidad de su tía o las hipócritas condescendencias del canónigo.

—¿Por qué no se han de decir?—indicó la señora—. El mismo no parece avergonzado de su conducta. Sépanlo todos. Unicamente se guardará secreto de esto a mi querida hija, porque en su estado nervioso son temibles los accesos de cólera.

—Vamos, que no es para tanto, señora—añadió el penitenciario—. Mi opinión es que no se vuelva a hablar del asunto, y cuando esto lo dice el que recibió la pedrada, los demás pueden darse por satisfechos... Y no fué broma lo del trastazo, señor don José, pues creí que me abrían un boquete en el casco y que se me salían por él los sesos.

—¡Cuánto siento este incidente!... —balbució Pepe Rey—. Me causa verdadera pena, a pesar de no haber tomado parte...

—La visita de usted a esas señoras Troyas llamará la atención en el pueblo—dijo el canónigo—. Aquí no estamos en Madrid, señores; aquí no estamos en ese centro de corrupción, de escándalo...

—Allí puedes visitar los lugares más inmundos—manifestó doña Perfecta—sin que nadie lo sepa.

—Aquí nos miramos mucho—prosiguió don Inocencio—. Reparamos todo lo que hacen los vecinos, y con tal sistema de vigilancia, la moral pública se sostiene a conveniente altura... Créame usted, amigo mío, créame usted; y no digo esto por mortificarle: usted ha sido el primer caballero de su posición que a la luz del día..., el primero, sí, señor... *Trojoe qui primus ab oris.*

Después se echó a reír, dando algunas palmadas en la espalda al ingeniero en señal de amistad y benevolencia.

—¡Cuán grato es para mí—dijo el joven, encubriendo su cólera con las palabras que creyó más oportunas para contestar a la solapada ironía de sus interlocutores—ver tanta generosidad y tolerancia, cuando yo merecía, por mi criminal proceder...!

—¿Pues qué? A un individuo que es de nuestra propia sangre y que lleva nuestro nombre—dijo doña Perfecta—, ¿se le puede tratar como a un cualquiera? Eres mi sobrino, eres hijo del mejor y más santo de los hombres, mi querido hermano Juan, y esto basta. Ayer tarde estuvo aquí el secretario del señor obispo a manifestarme que su ilustrísima está muy disgustado porque te tengo en mi casa.

—¿También eso?—murmuró el canónigo.

—También eso. Yo respondí que, salvo el respeto que el señor obispo me merece, mi sobrino es mi sobrino y no puedo echarle de mi casa.

—Es una nueva singularidad que encuentro en este país—dijo Pepe Rey, pálido de ira—. Por lo visto, aquí el obispo gobierna las casas ajenas.

—Es un bendito. Me quiere tanto, que se le figura..., se le figura que nos vas a comunicar tu ateísmo, tu despreocupación, tus raras ideas... Repetidas veces le he dicho que tienes un fondo excelente.

—Al talento superior debe siempre concedérsele algo—manifestó don Inocencio.

—Y esta mañana, cuando estuve en casa de las de Cirujeda, ¡ay!, tú no puedes figurarte cómo me pusieron la cabeza... Que si habías venido a derribar la Catedral, que si eras comisionado por los protestantes ingleses para ir predicando la herejía por España, que pasabas la noche entera jugando en el Casino, que salías borracho... «Pero, señoras—les dije—, ¿quieren ustedes que yo envíe a mi sobrino a la posada?» Además, en lo de las embriagueces no tienen razón, y en cuanto al juego, no sé que jugaras hasta hoy.

Pepe Rey se hallaba en esa situación de ánimo en que el hombre más prudente siente dentro de sí violentos ardores y una fuerza ciega y brutal que tiende a estrangular, abofetear, romper cráneos y machacar huesos. Pero doña Perfecta era señora y, además, su tía. Don Inocencio era anciano y sacerdote. Además de esto, las violencias de obra son de mal gusto, impropias de personas

cristianas y bien educadas. Quedaba el recurso de dar libertad a su comprimido encono por medio de la palabra, manifestada decorosamente y sin faltarse a sí mismo; pero aún le pareció prematuro este postrer recurso, que no debía emplear, según su juicio, hasta el instante de salir definitivamente de aquella casa de Orbajosa. Resistiendo, pues, el furibundo ataque, aguardó.

Jacinto llegó cuando la cena concluía.

—Buenas noches, señor don José—dijo, estrechando la mano del caballero—. Usted y sus amigas no me han dejado trabajar esta tarde. No he podido escribir una línea. ¡Y tenía que hacer!...

—¡Cuánto lo siento, Jacinto! Pues, según me dijeron, usted las acompaña algunas veces en sus juegos y retozos.

—¡Yo!—exclamó el rapaz, poniéndose como la grana—. ¡Bah!, bien sabe usted que Tafetán no dice nunca palabra de verdad... Pero ¿es cierto, señor De Rey, que se marcha usted?

—¿Lo dicen por ahí?

—Sí; lo he oído en el Casino, en casa de don Lorenzo Ruiz.

Rey contempló durante un rato las frescas facciones de *Don Nominavito*. Después dijo:

—Pues no es cierto. Mi tía está muy contenta de mí, desprecia las calumnias con que me obsequian los orbajosenses..., y no me arrojará de su casa, aunque en ello se empeñe el señor obispo.

—Lo que es arrojarte..., jamás. ¡Qué diría tu padre!...

—A pesar de sus bondades, queridísima tía; a pesar de la amistad cordial del señor canónigo, quizá decida yo marcharme...

—¡Marcharte!

—¡Marcharse usted!

En los ojos de doña Perfecta brilló una luz singular. El canónigo, a pesar de ser hombre muy experto en el disimulo, no pudo ocultar su alegría.

—Sí; y tal vez esta misma noche.

—¡Pero, hombre, qué arrebatado eres!... ¿Por qué no esperas siquiera a mañana temprano?... A ver..., Juan, que vayan a llamar al tío *Licurgo* para que prepare la jaca... Supongo que llevarás algún fiambre... ¡Nicolasa!..., ese pedazo de ternera que está en el aparador... Librada, la ropa del señorito...

—No, no puedo creer que usted tome determinación tan brusca—dijo don Cayetano, creyéndose obligado a tomar alguna parte en aquella cuestión.

—Pero volverá usted..., ¿no es eso? —preguntó el canónigo

—¿A qué hora pasa el tren de la mañana?—preguntó doña Perfecta, por cuyos ojos asomaba la febril impaciencia de su alma.

—Sí, me marcho esta misma noche.

—Pero, hombre, si no hay luna.

En el alma de doña Perfecta, en el alma del penitenciario, en la juvenil alma del doctorcillo, retumbaron como una armonía celeste estas palabras: «Esta misma noche.»

—Por supuesto, querido Pepe, tú volverás... Yo he escrito hoy a tu padre, a tu excelente padre...—indicó doña Perfecta, con todos los síntomas fisonómicos que aparecen cuando se va a derramar una lágrima.

—Molestaré a usted con algunos encargos—manifestó el sabio.

—Buena ocasión para pedir el cuaderno que me falta de la obra del abate Gaume—indicó el abogadejo.

—¡Vamos, Pepe, que tienes unos arrebatos y unas salidas!—murmuró la señora, sonriendo, con la vista fija en la puerta del comedor—. Pero se me olvidaba decirte que *Caballuco* está esperando: desea hablarte.

XV

SIGUE CRECIENDO, HASTA QUE SE DECLARA LA GUERRA

Todos miraron hacia la puerta, donde apareció la imponente figura del centauro, serio, cejijunto, confuso al querer saludar con amabilidad, hermosamente salvaje, pero desfigurado por la violencia que hacía para sonreír urbanamente, y pisar quedo y tener en correcta postura los hercúleos brazos.

—Adelante, señor Ramos—dijo Pepe Rey.

—No, no—objetó doña Perfecta—. Si es una tontería lo que tiene que decirte.

—Que lo diga.

—Yo no debo consentir que en mi casa se ventilen estas cuestiones ridículas...

—¿Qué quiere de mí el señor Ramos?

Caballuco pronunció algunas palabras.

—Basta, basta...—dijo doña Perfecta,

riendo—. No molestes más a mi sobrino. Pepe, no hagas caso de ese majadero... ¿Quieren ustedes que les diga en qué consiste el enojo del gran *Caballuco?*

—¿Enojo? Ya me lo figuro—indicó el penitenciario, recostándose en el sillón y riendo expansivamente y con estrépito.

—Yo quería decirle al señor don José...—gruñó el formidable jinete.

—Hombre, calla, por Dios, no nos aporrees los oídos.

—Señor *Caballuco*—apuntó el canónigo—, no es mucho que los señores de la corte desbanquen a los rudos caballistas de estas salvajes tierras...

—En dos palabras, Pepe; la cuestión es ésta: *Caballuco* es no sé qué...

La risa le impidió continuar.

—No sé qué—añadió don Inocencio—de una de las niñas de Troya, de Mariquita Juana, si no estoy equivocado.

—¡Y está celoso! Después de su caballo, lo primero de la creación es Mariquilla Troya.

—¡Dios me valga!—exclamó la señora—. ¡Pobre Cristóbal! ¿Has creído que una persona como mi sobrino...? Vamos a ver, ¿qué ibas a decirle? Habla.

—Ya hablaremos el señor don José y yo—repuso bruscamente el bravo de la localidad.

Y, sin decir más, se retiró.

Poco después Pepe Rey salió del comedor para ir a su cuarto. En la galería hallóse frente a frente con su troyano antagonista, y no pudo reprimir la risa al ver la torva seriedad del ofendido cortejo.

—Una palabra—dijo éste, plantándose descaradamente ante el ingeniero—. ¿Usted sabe quién soy yo?

Diciendo esto, puso la pesada mano en el hombro del joven con tan insolente franqueza, que éste no pudo menos de rechazarle enérgicamente.

—No es preciso aplastar para eso.

El valentón, ligeramente desconcertado, se repuso al instante, y, mirando a Rey con audacia provocativa, repitió su estribillo:

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí. Ya sé que es usted un animal.

Apartóle a un lado bruscamente y entró en su cuarto. Según el estado del cerebro de nuestro desgraciado amigo en aquel instante, sus acciones debían sintetizarse en el siguiente, brevísimo y definitivo plan: romperle la cabeza a *Caballuco* sin pérdida de tiempo; despedirse en seguida de su tía con razones severas, aunque corteses, que le llegaran al alma; dar un frío adiós al canónigo y un abrazo al inofensivo don Cayetano; administrar, por fin de fiesta, una paliza al tío *Licurgo;* partir de Orbajosa aquella misma noche, y sacudirse el polvo de los zapatos a la salida de la ciudad.

Pero los pensamientos del perseguido joven no podían apartarse, en medio de tantas amarguras, de otro desgraciado ser a quien suponía en situación más aflictiva y angustiosa que la suya propia. Tras el ingeniero entró en la estancia una criada.

—¿Le diste mi recado?—preguntó él.

—Sí, señor, y me dió esto.

Rey tomó de las manos de la muchacha un pedacito de periódico, en cuya margen leyó estas palabras: «Dicen que te vas. Yo me muero.»

Cuando volvió al comedor, el tío *Licurgo* se asomaba a la puerta, preguntando:

—¿A qué hora hace falta la jaca?

—A ninguna—contestó, vivamente, Rey.

—¿Luego no te vas esta noche?—dijo doña Perfecta—. Mejor es que lo dejes para mañana.

—Tampoco.

—Pues ¿cuándo?

—Ya veremos—dijo, fríamente, el joven, mirando a su tía con imperturbable calma—. Por ahora no pienso marcharme.

Sus ojos lanzaban enérgico reto. Doña Perfecta se puso, primero, encendida, pálida después. Miró al canónigo, que se había quitado las gafas de oro para limpiarlas, y luego clavó, sucesivamente, la vista en los demás que ocupaban la estancia, incluso en *Caballuco,* que, entrando poco antes, se sentara en el borde de una silla. Doña Perfecta los miró como mira un general a sus queridos cuerpos de ejército. Después examinó el semblante meditabundo y sereno de Pepe Rey, de aquel estratégico enemigo que se presentaba inopinadamente cuando se le creía en vergonzosa fuga.

¡Ay! ¡Sangre, ruina y desolación!... Una gran batalla se preparaba.

XVI

NOCHE

Orbajosa dormía. Los mustios farolillos del público alumbrado despedían, en encrucijadas y callejones, su postrer fulgor, como cansados ojos que no pueden vencer el sueño. A la débil luz se escurrían, envueltos en sus capas, los vagabundos, los rondadores, los jugadores. Sólo el graznar del borracho o el canto del enamorado turbaban la callada paz de la ciudad histórica. De pronto, el *Ave María Purísima* de vinoso sereno sonaba como un quejido enfermizo del durmiente poblachón.

En la casa de doña Perfecta también había silencio. Turbábalo tan sólo un diálogo que en la biblioteca del señor don Cayetano sostenían éste y Pepe Rey. Sentábase el erudito reposadamente en el sillón de su mesa de estudio, la cual aparecía cubierta por innúmeros papeles, conteniendo notas, apuntes y referencias. Rey fijaba los ojos en el copioso montón; pero sus pensamientos volaban, sin duda, en regiones distantes de aquella sabiduría.

—Perfecta—dijo el anticuario—es mujer excelente; pero tiene el defecto de escandalizarse por cualquier acción insignificante. Amigo, en estos pueblos de provincia, el menor desliz se paga caro. Nada encuentro de particular en que usted fuese a casa de las Troyas. Se me figura que don Inocencio, bajo su capita de hombre de bien, es algo cizañoso. A él, ¿qué le importa?

—Hemos llegado a un punto, señor don Cayetano, en que urge tomar una determinación enérgica. Yo necesito ver y hablar a Rosario.

—Pues véala usted.

—Es que no me dejan—respondió el ingeniero, dando un puñetazo en la mesa—. Rosario está secuestrada...

—¡Secuestrada!—exclamó el sabio con incredulidad—. La verdad, no me gusta su cara, ni su aspecto, ni menos el estupor que se pinta en sus bellos ojos. Está triste, habla poco, llora... Amigo don José, mucho me temo que esa niña se vea atacada de la terrible enfermedad que ha hecho tantas víctimas en mi familia.

—¡Una terrible enfermedad! ¿Cuál?

—La locura..., mejor dicho, manías. En la familia no ha habido uno solo que se librara de ellas. Yo, yo soy el único que he logrado escapar.

—¡Usted!... Dejando a un lado las manías—dijo Rey con impaciencia—, yo quiero ver a Rosario.

—Nada más natural. Pero el aislamiento en que su madre la tiene es un sistema higiénico, querido Pepe, el único empleado con éxito en todos los individuos de mi familia. Considere usted que la persona cuya presencia y voz debe de hacer más impresión en el delicado sistema nervioso de Rosarillo es el elegido de su corazón.

—A pesar de todo—insistió Pepe—, yo quiero verla.

—Quizá Perfecta no se oponga a ello —dijo el sabio, fijando la atención en sus notas y papeles—. No quiero meterme en camisa de once varas.

El ingeniero, viendo que no podía sacar partido del bueno Polentinos, se retiró para marcharse.

—Usted va a trabajar, y no quiero estorbarle.

—No; aún tengo tiempo. Vea usted el cúmulo de preciosos datos que he reunido hoy. Atienda usted... «En mil quinientos treinta y siete, un vecino de Orbajosa, llamado Bartolomé del Hoyo, fué a Civitta-Vecchia en las galeras del marqués de Castel-Rodrigo.» Otra: «En el mismo año, dos hermanos, hijos también de Orbajosa, y llamados Juan y Rodrigo González del Arco se embarcaron en los seis navíos que salieron de Maestrique el veinte de febrero, y que, a la altura de Calais, toparon con un navío inglés y los flamencos que mandaba Van-Owen...» En fin, fué aquella una importante hazaña de nuestra Marina. He descubierto que un orbajosense, un tal Mateo Díaz Coronel, alférez de la Guardia, fué el que escribió en mil setecientos nueve, y dió a la estampa en Valencia el *Métrico encomio, fúnebre canto, lírico elogio, descripción numérica, gloriosas fatigas, angustiadas glorias de la Reina de los Angeles.* Poseo un preciosísimo ejemplar de esta obra, que vale un Perú... Otro orbajosense es autor de aquel famoso *Tractado de las diversas suertes de la Jineta,* que enseñé a usted ayer, y, en resumen, no doy un paso por el laberinto de la Historia inédita sin tropezar con algún paisano ilustre. Yo pienso sacar todos esos nombres de la injusta oscuridad y olvido en

que yacen. ¡Qué goce tan puro, querido Pepe, es devolver todo su lustre a las glorias, ora épicas, ora literarias, del país en que hemos nacido! Ni qué mejor empleo puede dar un hombre al escaso entendimiento que del Cielo recibiera, a la fortuna heredada y al tiempo breve con que puede contar en el mundo la existencia más dilatada... Gracias a mí, se verá que Orbajosa es ilustre cuna del genio español. Pero ¿qué digo? ¿No se conoce bien su prosapia ilustre en la nobleza, en la hidalguía de la actual generación *urbsaugustana?* Pocas localidades conocemos en que crezcan con más lozanía las plantas y arbustos de todas las virtudes libres de la hierba maléfica de los vicios. Aquí todo es paz, mutuo respeto, humildad cristiana. La caridad se practica aquí como en los tiempos evangélicos; aquí no se conoce la envidia; aquí no se conocen las pasiones criminales, y si oye usted hablar de ladrones y asesinos, tenga por seguro que no son hijos de esta noble tierra, o que pertenecen al número de los infelices pervertidos por las predicaciones demagógicas. Aquí verá usted el carácter nacional en toda su pureza, recto, hidalgo, incorruptible, puro, sencillo, patriarcal, hospitalario, generoso... Por eso gusto tanto de vivir en esta pacífica soledad, lejos del laberinto de las ciudades, donde reinan, ¡ay!, la falsedad y el vicio. Por eso no han podido sacarme de aquí los muchos amigos que tengo en Madrid; por eso vivo en la dulce compañía de mis leales paisanos y de mis libros, respirando, sin cesar, esta salutífera atmósfera de honradez, que se va poco a poco reduciendo en nuestra España, y sólo existe en las humildes, en las cristianas ciudades que, con las emanaciones de sus virtudes, saben conservarla. Y no crea usted: este sosegado aislamiento ha contribuído mucho, queridísimo Pepe, a librarme de la terrible enfermedad connaturalizada en mi familia. En mi juventud, yo, lo mismo que mis hermanos y padre, padecía lamentable propensión a las más absurdas manías; pero aquí me tiene usted tan pasmosamente curado, que no conozco tal enfermedad sino cuando la veo en los demás. Por eso mi sobrinilla me tiene tan inquieto.

—Celebro que los aires de Orbajosa le hayan preservado a usted—dijo Rey, no pudiendo reprimir un sentimiento de burla que por ley extraña nació en medio de su tristeza—. A mí me han probado tan mal, que creo he de ser maniático dentro de poco tiempo si sigo aquí. Conque buenas noches y que trabaje usted mucho.

—Buenas noches.

Dirigióse a su habitación; mas no sintiendo sueño ni necesidad de reposo físico, sino, por el contrario, fuerte excitación que le impulsaba a agitarse y divagar, cavilando y moviéndose, se paseó de un ángulo a otro de la pieza. Después abrió la ventana que a la huerta daba, y, poniendo los codos en el antepecho, contempló la inmensa negrura de la noche. No se veía nada. Pero el hombre ensimismado lo ve todo, y Rey, fijos los ojos en la oscuridad, miraba cómo se iba desarrollando sobre ella el abigarrado paisaje de sus desgracias. La sombra no le permitía ver las flores de la tierra ni las del cielo, que son las estrellas. La misma falta casi absoluta de claridad producía el efecto de un ilusorio movimiento en las masas de árboles que se extendían al parecer; iban perezosamente y regresaban enroscándose, como el oleaje de un mar de sombras. Formidable flujo y reflujo, una lucha entre fuerzas no bien manifiestas, agitaban la silenciosa esfera. Contemplando aquella extraña proyección de su alma sobre la noche, el matemático decía:

—La batalla será terrible. Veremos quién sale triunfante.

Los insectos de la noche hablaron a su oído, diciéndole misteriosas palabras. Aquí, un chirrido áspero; allí, un chasquido semejante al que hacemos con la lengua; allá, lastimeros murmullos; más lejos, un son vibrante parecido al de la esquila suspendida al cuello de la res vagabunda. De súbito sintió Rey una consonante extraña, una rápida nota, propia tan sola de la lengua y de los labios humanos, exhalación que cruzó por su cerebro como un relámpago. Sintió culebrear dentro de sí aquella *ese* fugaz, que se repitió una y otra vez, aumentando de intensidad. Miró a todos lados, hacia la parte alta de la casa, y en una ventana creyó distinguir un objeto semejante a un ave blanca que movía las alas. Por la mente excitada de Pepe Rey cruzó en un instante la idea del

fénix, de la paloma, de la garza real..., y, sin embargo, aquella ave no era más que un pañuelo.

Saltó el ingeniero por la ventana a la huerta. Observando bien, vió la mano y el rostro de su prima. Creyó distinguir el tan usual movimiento de imponer silencio llevando el dedo a los labios. Después, la simpática sombra alargó el brazo hacia abajo y desapareció. Pepe Rey entró de nuevo en su cuarto rápidamente, y, procurando no hacer ruido, pasó a la galería, avanzando después lentamente por ella. Sentía el palpitar de su corazón, como si hachazos recibiera dentro del pecho. Esperó un rato...; al fin, oyó distintamente tenues golpes en los peldaños de la escalera. Uno, dos, tres... Producían aquel rumor unos zapatitos.

Dirigióse hacia allá en medio de una oscuridad casi profunda, y alargó los brazos para prestar apoyo a quien descendía. En su alma reinaba una ternura exaltada y profunda. Pero ¿a qué negarlo?, tras aquel dulce sentimiento surgió de repente, como infernal inspiración, otro que era un terrible deseo de venganza. Los pasos se acercaban descendiendo. Pepe Rey avanzó, y unas manos que tanteaban en el vacío chocaron con las suyas. Las cuatro, ¡ay!, se unieron en estrecho apretón.

XVII

LUZ A OSCURAS

La galería era larga y ancha. A un extremo estaba la puerta del cuarto donde moraba el ingeniero; en el centro, la del comedor; al otro extremo, la escalera y la puerta grande y cerrada, con un peldaño en el umbral. Aquella puerta era la de una capilla, donde los Polentinos tenían los santos de su devoción doméstica. Alguna vez se celebraba en ella el santo sacrificio de la misa.

Rosario dirigió a su primo hacia la puerta de la capilla, y se dejó caer en el escalón.

—¿Aquí?...—murmuró Pepe Rey.

Por los movimientos de la mano derecha de Rosario comprendió que ésta se santiguaba.

—Prima querida, Rosario..., ¡gracias por haberte dejado ver!—exclamó, estrechándola con ardor entre sus brazos.

Sintió los dedos fríos de la joven sobre sus labios, imponiéndole silencio. Los besó con frenesí.

—Estás helada..., Rosario... ¿Por qué tiemblas así?

Daba diente con diente, y su cuerpo todo se estremecía con febril convulsión. Rey sintió en su cara el abrasador fuego del rostro de su prima, y, alarmado, exclamó:

—Tú frente es un volcán. Tienes fiebre.

—Mucha.

—¿Estás enferma, realmente?

—Sí...

—Y has salido...

—Por verte...

El ingeniero la estrechó entre sus brazos para darle abrigo; pero no bastaba.

—Aguarda—dijo vivamente, levantándose—. Voy a mi cuarto a traer mi manta de viaje.

—Apaga la luz, Pepe.

Rey había dejado encendida la luz dentro de su cuarto, y por la puerta de éste salía una tenue claridad, iluminando la galería. Volvió al instante. La oscuridad era ya profunda. Tentando las paredes, pudo llegar hasta donde estaba su prima. Reuniéronse y la arropó cuidadosamente de los pies a la cabeza.

—¡Qué bien estás ahora, niña mía!

—Sí, ¡qué bien!... Contigo.

—Conmigo... y para siempre—exclamó, con exaltación, el joven.

Pero observó que se desasía de sus brazos y se levantaba.

—¿Qué haces?

Sintió el ruido de un hierrecillo. Rosario introducía una llave en la invisible cerradura y abría cuidadosamente la puerta en cuyo umbral se habían sentado. Leve olor de humedad, inherente a toda pieza cerrada por mucho tiempo, salía de aquel recinto oscuro como una tumba. Pepe Rey se sintió llevado de la mano, y la voz de su prima dijo muy débilmente:

—Entra.

Dieron algunos pasos. Creíase él conducido a ignotos lugares elíseos por el ángel de la noche. Ella tanteaba. Por fin, volvió a sonar su dulce voz, murmurando:

—Siéntate.

Estaban junto a un banco de madera. Los dos se sentaron. Pepe Rey la abrazó

de nuevo. En el mismo instante su cabeza chocó con un cuerpo muy duro.

—¿Qué es esto?

—Los pies.

—Rosario..., ¿qué dices?

—Los pies del divino Jesús, de la imagen de Cristo Crucificado, que adoramos en mi casa.

Pepe Rey sintió como una fría lanzada que le traspasó el corazón.

—Bésalos—dijo, imperiosamente, la joven.

El matemático besó los helados pies de la santa imagen.

—Pepe—preguntó, después, la señorita, estrechando ardientemente la mano de su primo—, ¿tú crees en Dios?

—Rosario..., ¿qué dices ahí? ¡Qué locuras piensas!—repuso, con perplejidad, el primo.

—Contéstame.

Pepe Rey sintió humedad en sus manos.

—¿Por qué lloras?—dijo, lleno de turbación—. Rosario, me estás matando con tus dudas absurdas. ¡Que si creo en Dios! ¿Lo dudas tú?

—Yo, no; pero todos dicen que eres ateo.

—Desmerecerías a mis ojos, te despojarías de tu aureola de pureza, si dieras crédito a tal necedad.

—Oyéndote calificar de ateo, y sin poder convencerme de lo contrario por ninguna razón, he protestado desde el fondo de mi alma contra tal calumnia. Tú no puedes ser ateo. Dentro de mí tengo yo vivo y fuerte el sentimiento de tu religiosidad, como el de la mía propia.

—¡Qué bien has hablado! Entonces, ¿por qué me preguntas si creo en Dios?

—Porque quería escucharlo de tu misma boca y recrearme oyéndotelo decir. ¡Hace tanto tiempo que no oigo tu voz!... ¿Qué mayor gusto que oírla de nuevo, después de tan gran silencio, diciendo: «Creo en Dios»?

—Rosario, hasta los malvados creen en él. Si existen ateos, que no lo dudo, son los calumniadores, los intrigantes de que está infestado el mundo... Por mi parte, me importan poco las intrigas y las calumnias; y si tú te sobrepones a ellas y cierras tu corazón a los sentimientos de discordia que una mano aleve quiere introducir en él, nada se opondrá a nuestra felicidad.

—Pero ¿qué nos pasa? Pepe, querido Pepe..., ¿tú crees en el diablo?

El ingeniero calló. La oscuridad de la capilla no permitía a Rosario ver la sonrisa con que su primo acogiera tan extraña pregunta.

—Será preciso creer en él—dijo, al fin.

—¿Qué nos pasa? Mamá me prohibe verte; pero, fuera de lo del ateísmo, no habla mal de ti. Díceme que espere; que tú decidirás; que te vas, que vuelves... Háblame con franqueza... ¿Has formado mala idea de mi madre?

—De ninguna manera—replicó Rey, apremiado por su delicadeza.

—¿No crees, como yo, que me quiere mucho, que nos quiere a los dos, que sólo desea nuestro bien, y que, al fin, hemos de alcanzar de ella el consentimiento que deseamos?

—Si tú lo crees así, yo también... Tu mamá nos adora a entrambos... Pero, querida Rosario, es preciso reconocer que el demonio ha entrado en esta casa.

—No te burles—repuso ella con cariño—. ¡Ay!, mamá es muy buena. Ni una sola vez me ha dicho que no fueras digno de ser mi marido. No insiste más que en lo del ateísmo... Dicen que tengo manías, y que ahora me ha entrado la de quererte con toda mi alma. En nuestra familia es ley no contrariar de frente las manías congénitas que tenemos, porque, atacándolas, se agravan más.

—Pues yo creo que a tu lado hay buenos médicos que se han propuesto curarte, y que, al fin, adorada niña mía, lo conseguirán.

—¡No, no, no mil veces!—exclamó Rosario, apoyando la frente en el pecho de su novio—. Quiero volverme loca contigo. Por ti estoy padeciendo; por ti estoy enferma; por ti desprecio la vida y me expongo a morir... Ya lo preveo; mañana estaré peor, me agravaré... Moriré. ¡Qué me importa!

—Tú no estás enferma—repuso él con energía—. Tú no tienes sino una perturbación moral, que, naturalmente, trae ligeras afecciones nerviosas; tú no tienes más que la pena ocasionada por esta horrible violencia que están ejerciendo sobre ti. Tu alma sencilla y generosa no lo comprende. Cedes; perdonas a los que te hacen daño; te afliges, atribuyendo tu desgracia a funestas influencias sobrenaturales; padeces en silencio; entregas tu inocente cuello al verdu-

go; te dejas matar, y el mismo cuchillo hundido en tu garganta te parece la espina de una flor que se te clavó al pasar. Rosario, desecha esas ideas; considera nuestra verdadera situación, que es grave; mira la causa de ella donde verdaderamente está, y no te acobardes, no cedas a la mortificación que se te impone, enfermando tu alma y tu cuerpo. El valor de que careces te devolverá la salud, porque tú no estás realmente enferma, querida niña mía; tú estás..., ¿quieres que lo diga?, estás asustada, aterrada. Te pasa lo que los antiguos no sabían definir y llamaban maleficio. ¡Rosario, ánimo, confía en mí! Levántate y sígueme. No te digo más.

—¡Ay, Pepe..., primo mío!... Se me figura que tienes razón—exclamó Rosarito, anegada en llanto—. Tus palabras resuenan en mi corazón como golpes violentos que, estremeciéndome, me dan nueva vida. Aquí, en esta oscuridad, donde no podemos vernos la caras, una luz inefable sale de ti y me inunda el alma. ¿Qué tienes tú, que así me transformas? Cuando te conocí, de repente fuí otra. En los días en que he dejado de verte, me he visto volver a mi antiguo estado insignificante, a mi cobardía primera. Sin ti vivo en el Limbo, Pepe mío... Haré lo que me dices: me levanto y te sigo. Iremos juntos a donde quieras. ¿Sabes que me siento bien? ¿Sabes que no tengo ya fiebre, que recobro las fuerzas, que quiero correr y gritar, que todo mi ser se renueva, y se aumenta y se centuplica por adorarte? Pepe, tienes razón. Yo no estoy enferma, yo no estoy sino acobardada; mejor dicho, fascinada.

—Eso es: fascinada.

—Fascinada. Terribles ojos me miran y me dejan muda y trémula. Tengo miedo; pero ¿a qué?... Tú solo posees el extraño poder de devolverme la vida. Oyéndote, resucito. Yo creo que si me muriera y fueras a pasear junto a mi sepultura, desde lo hondo de la tierra sentiría tus pasos. ¡Oh, si pudiera verte ahora!... Pero estás aquí a mi lado, y no dudo de que eres tú... ¡Tanto tiempo sin verte!... Yo estaba loca. Cada día de soledad me parecía un siglo... Me decían que mañana, que mañana, y vuelta con mañana. Yo me asomaba a la ventana por las noches, y la claridad de la luz de tu cuarto me servía de consuelo. A veces, tu sombra en los cristales era para mí una aparición divina. Yo extendía los brazos hacia fuera, derramaba lágrimas y gritaba con el pensamiento, sin atreverme a hacerlo con la voz. Cuando recibí tu recado por conducto de la criada; cuando me dió tu carta, diciéndome que te marchabas, me puse muy triste, creí que se me iba saliendo el alma del cuerpo y que me moría por grados. Yo caía, caía como pájaro herido cuando vuela, que va cayendo y muriéndose, todo al mismo tiempo... Esta noche, cuando te vi despierto tan tarde, no pude resistir el anhelo de hablar contigo y bajé. Creo que todo el atrevimiento que puedo tener en mi vida lo he consumido y empleado en una sola acción: en ésta, y que ya no podré dejar de ser cobarde... Pero tú me darás aliento; tú me darás fuerzas; tú me ayudarás, ¿no es verdad?... Pepe, primo mío querido, dime que sí; dime que tengo fuerzas, y las tendré; dime que no estoy enferma, y no lo estaré. Ya no lo estoy. Me encuentro tan bien, que me río de mis males ridículos.

Al decir esto, Rosarito se sintió frenéticamente enlazada por los brazos de su primo. Oyóse un ¡ay!; pero no salió de los labios de ella, sino de los de él, porque, habiendo inclinado la cabeza, tropezó violentamente con los pies del Cristo. En la oscuridad es donde se ven las estrellas.

En el estado de su ánimo y en la natural alucinación que producen los sitios oscuros, a Rey le parecía, no que su cabeza había topado con el santo pie, sino que éste se había movido, amonestándole de la manera más breve y más elocuente. Entre serio y festivo, alzó la cabeza y dijo así:

—Señor, no me pegues, que no haré nada malo.

En el mismo instante, Rosario tomó la mano del ingeniero, oprimiéndola contra su corazón. Oyóse una voz pura, grave, angelical, conmovida, que habló de este modo:

—Señor que adoro; Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y de mi familia; Señor a quien Pepe también adora; Santo Cristo bendito que moriste en la Cruz por nuestros pecados: ante Ti, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que éste es mi esposo, y que después de Ti, es el que más ama mi corazón; digo que le de-

claro mío, y que antes moriré que pertenecer a otro. Mi corazón y mi alma son suyos. Haz que el mundo no se oponga a nuestra felicidad, y concédeme el favor de esta unión, que ha de ser buena ante el mundo como lo es en mi conciencia.

—Rosario, eres mía—exclamó Pepe con exaltación—. Ni tu madre ni nadie lo impedirá.

La prima inclinó su hermoso busto inerte sobre el pecho del primo. Temblaba en los amantes brazos varoniles, como la paloma en las garras del águila.

Por la mente del ingeniero pasó como un rayo la idea de que existía el demonio; pero entonces el demonio era él. Rosario hizo ligero movimiento de miedo: tuvo como el temblor de sorpresa que anuncia el peligro.

—Júrame que no desistirás—dijo, turbadamente, Rey, atajando aquel movimiento.

—Te lo juro por las cenizas de mi padre, que están...

—¿Dónde?

—Bajo nuestros pies.

El matemático sintió que se levantaba bajo sus pies la losa...; pero no, no se levantaba: es que él creyó notarlo así, a pesar de ser matemático.

—Te lo juro—replicó Rosario—por las cenizas de mi padre, y por Dios, que nos está mirando... Que nuestros cuerpos, unidos como están, reposen bajo estas losas cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.

—Sí—repitió Pepe Rey con emoción profunda, sintiendo en su alma una turbación inexplicable.

Ambos permanecieron en silencio durante breve rato. Rosario se había levantado.

—¿Ya?

Volvió a sentarse.

—Tiemblas otra vez—dijo Pepe—. Rosario, tú estás mala; tu frente abrasa.

—Parece que me muero—murmuró la joven con desaliento—. No sé qué tengo.

Cayó sin sentido en brazos de su primo. Agasajándola, notó que el rostro de la joven se cubría de helado sudor.

«Está realmente enferma—dijo para sí—. Esta salida es una verdadera calaverada.»

Levantóla en sus brazos, tratando de reanimarla; pero ni el temblor de ella ni el desmayo cesaban, por lo cual resolvió sacarla de la capilla, a fin de que el aire fresco la reanimase. Así fué, en efecto. Recobrando el sentido, manifestó Rosario mucha inquietud por hallarse a tal hora fuera de su habitación. El reloj de la Catedral dió las cuatro.

—¡Qué tarde!—exclamó la joven—. Suéltame, primo. Me parece que puedo andar. Verdaderamente estoy muy mala.

—Subiré contigo.

—Eso, de ninguna manera. Antes iré arrastrándome hasta mi cuarto... ¿No te parece que se oye un ruido...?

Ambos callaron. La ansiedad de su atención determinó un silencio absoluto.

—¿No oyes nada, Pepe?

—Absolutamente nada.

—Pon atención... Ahora, ahora vuelve a sonar. Es un rumor que no sé si suena lejos, muy lejos, o cerca, muy cerca. Lo mismo podría ser la respiración de mi madre, que el chirrido de la veleta que está en la torre de la Catedral. ¡Ah! Tengo un oído muy fino.

—Demasiado fino... Conque, querida prima, te subiré en brazos.

—Bueno, súbeme hasta lo alto de la escalera. Después iré yo sola. En cuanto descanse un poco, me quedaré como si tal cosa... Pero ¿no oyes?

Detuviéronse en el primer peldaño.

—Es un sonido metálico.

—¿La respiración de tu mamá?

—No, no es eso. El rumor viene de muy lejos. ¿Será el canto de un gallo?

—Podrá ser.

—Parece que suenan dos palabras, diciendo: «Allá voy, allá voy.»

—Ya, ya oigo—murmuró Pepe Rey.

—Es un grito.

—Es una corneta.

—¡Una corneta!

—Sí. Sube pronto. Orbajosa va a despertar... Ya se oye con claridad. No es trompeta, sino clarín. La tropa se acerca.

—¡Tropa!

—No sé por qué, me figuró que esta invasión militar ha de ser provechosa para mí... Estoy alegre, Rosario; arriba pronto.

—También yo estoy alegre. Arriba.

En un instante la subió, y los dos amantes se despidieron, hablándose al oído tan quedamente que apenas se oían.

—Me asomaré por la ventana que da a la huerta, para decirte que he llegado a mi cuarto sin novedad. Adiós.

—Adiós, Rosario. Ten cuidado de no tropezar con los muebles.

—Por aquí navego bien, primo. Ya nos veremos otra vez. Asómate a la ventana de tu aposento si quieres recibir mi parte telegráfico.

Pepe Rey hizo lo que se le mandaba; pero aguardó largo rato, y Rosario no apareció en la ventana. El ingeniero creía sentir agitadas voces en el piso alto.

XVIII

TROPA

Los habitantes de Orbajosa oían en la crepuscular vaguedad de su último sueño aquel clarín sonoro, y abrían los ojos diciendo:

—¡Tropa!

Unos, hablando consigo mismos, mitad dormidos, mitad despiertos, murmuraban:

—Por fin nos han mandado esa canalla.

Otros se levantaban a toda prisa, gruñendo así:

—Vamos a ver a esos condenados.

Algunos apostrofaban de este modo:

—Anticipo forzoso tenemos... Ellos dicen quintas, contribuciones; nosotros diremos palos y más palos.

En otra casa se oyeron estas palabras, pronunciadas con alegría:

—¡Si vendrá mi hijo!... ¡Si vendrá mi hermano!...

Todo era saltar del lecho, vestirse aprisa, abrir las ventanas para ver el alborotador regimiento que entraba con las primeras luces del día. La ciudad era tristeza, silencio, vejez; el ejército, alegría, estrépito, juventud. Entrando el uno en la otra, parecía que la momia recibía por arte maravilloso el don de la vida, y bulliciosa saltaba fuera del húmedo sarcófago para bailar en torno de él. ¡Qué movimiento, qué algazara, qué risas, qué jovialidad! No existe nada tan interesante como un ejército. Es la patria en su aspecto juvenil y vigoroso. Lo que en el concepto individual tiene o puede tener esa misma patria de inepta, de levantisca, de supersticiosa unas veces, de blasfema otras, desaparece bajo la presión férrea de la disciplina, que de tantas figurillas insignificantes hace un conjunto prodigioso. El soldado, o sea el corpúsculo, al desprenderse, después de un *rompan filas*, de la masa en que ha tenido vida regular y a veces sublime, suele conservar algunas de las cualidades peculiares del ejército. Pero esto no es lo más común. A la separación suele acompañar súbito encanallamiento, de lo cual resulta que si un ejército es gloria y honor, una reunión de soldados puede ser calamidad insoportable, y los pueblos que lloran de júbilo y entusiasmo al ver entrar en su recinto un batallón victorioso, gimen de espanto y tiemblan de recelo cuando ven libres y sueltos a los señores soldados.

Esto último sucedió en Orbajosa, porque en aquellos días no había glorias que cantar, ni motivo alguno para tejer coronas ni trazar letreros triunfales, ni mentar siquiera hazañas de nuestros bravos, por cuya razón todo fué miedo y desconfianza en la episcopal ciudad, que, si bien pobre, no carecía de tesoros en gallinas, frutas, dinero y doncellez, los cuales corrían gran riesgo desde que entraron los consabidos alumnos de Marte. Además de esto, la patria de los Polentinos, como ciudad muy apartada del movimiento y bullicio que han traído el tráfico, los periódicos, los ferrocarriles y otros agentes que no hay para qué analizar ahora, no gustaba que la molestasen en su sosegada existencia.

Siempre que se ofrecía coyuntura propicia, mostraba viva repulsión a someterse a la autoridad central, que mal o bien, nos gobierna; y recordando sus fueros de antaño y mascullándolos de nuevo, como rumia el camello la hierba que ha comido el día antes, alardeaba de cierta independencia levantisca, deplorables resabios de behetría que a veces daban no pocos quebraderos de cabeza al gobernador de la provincia.

Otrosí: debe tenerse en cuenta que Orbajosa tenía antecedentes o, mejor dicho, abolengo faccioso. Sin duda conservaba en su seno algunas fibras enérgicas de aquellas que en edad remota, según la entusiástica opinión de don Cayetano, la impulsaron a inauditas acciones épicas; y aunque en decadencia, sentía de cuando en cuando violento afán de hacer grandes cosas, aunque fueran barbaridades y desatinos. Como dió al mundo tantos egregios hijos, quería, sin duda, que sus actuales vástagos,

los *Caballucos, Merengues* y *Pelosmalos,* renovasen las *gestas* gloriosas de los de antaño.

Siempre que hubo facciones en España, aquel pueblo dió a entender que no existía en vano sobre la faz de la tierra, si bien nunca sirvió de teatro a una verdadera campaña. Su genio, su situación, su historia, la reducían al papel secundario de levantar partidas. Obsequió al país con esa fruta nacional en tiempo de los Apostólicos (1827), durante la guerra de los Siete Años, en 1848, y en otras épocas de menos eco en la historia patria. Las partidas y los partidarios fueron siempre populares, circunstancia funesta que procedía de la guerra de la Independencia, una de esas cosas buenas que han sido origen de infinitas cosas detestables. *Corruptio optimi pessima.* Y con la popularidad de las partidas y de los partidarios coincidía, siempre creciente, la impopularidad de todo lo que entraba en Orbajosa con visos de Delegación o instrumento del Poder central. Los soldados fueron siempre tan mal vistos allí, que siempre que los ancianos narraban un crimen, robo, asesinato, violación o cualquier otro espantable desafuero, añadían: «Esto sucedió cuando vino la tropa.»

Y ya que se ha dicho esto tan importante, bueno será añadir que los batallones enviados allá en los días de la historia que referimos no iban a pasearse por las calles: llevaban un objeto que clara y detalladamente se verá más adelante. Como dato de no escaso interés, apuntaremos que lo que aquí se va contando ocurrió en un año que no está muy cerca del presente, ni tampoco muy lejos, así como también puede decirse que Orbajosa—entre los romanos *urbs augusta,* si bien algunos eruditos modernos, examinando el *ajosa,* opinan que este rabillo lo tiene por ser patria de los mejores ajos del mundo—no está muy lejos ni tampoco muy cerca de Madrid, no debiendo tampoco asegurarse que enclave sus gloriosos cimientos al Norte ni al Sur, ni al Este ni al Oeste, sino que es posible esté en todas partes, y por doquiera que los españoles revuelvan sus ojos y sientan el picar de sus ajos.

Repartidas por el Municipio las cédulas de alojamiento, cada cual se fué en busca de su hogar prestado. Los recibían de muy mal talante, dándoles acomodo en los lugares más atrozmente inhabitables de cada casa. Las muchachas del pueblo no eran, en verdad, las más descontentas; pero se ejercía sobre ellas una gran vigilancia, y no era decente mostrar alegría por la visita de tal canalla. Los pocos soldados hijos de la comarca eran los únicos que estaban a cuerpo de rey. Los demás eran considerados como extranjeros.

A las ocho de la mañana, un teniente coronel de Caballería entró con su cédula en casa de doña Perfecta Polentinos. Recibiéronle los criados por encargo de la señora, que, hallándose en deplorable situación de ánimo, no quiso bajar al encuentro del militarote, y señaláronle para vivienda la única habitación, al parecer, disponible de la casa, el cuarto que ocupaba Pepe Rey.

—Que se acomoden como puedan—dijo doña Perfecta con expresión de hiel y vinagre—. Y si no caben, que se vayan a la calle.

¿Era su intención molestar de este modo al infame sobrino, o realmente no había en el edificio otra pieza disponible? No lo sabemos, ni las crónicas de donde esta verídica historia ha salido dicen una palabra acerca de tan importante cuestión. Lo que sabemos de un modo incontrovertible es que, lejos de mortificar a los dos huéspedes el verse enjaulados juntos, causóles sumo gusto, por ser amigos antiguos. Grande y alegre sorpresa tuvieron uno y otro cuando se encontraron, y no cesaban de hacerse preguntas y lanzar exclamaciones, ponderando la extraña casualidad que los unía en tal sitio y ocasión.

—Pinzón..., ¡tú por aquí!... Pero ¿qué es esto? No sospechaba que estuvieras tan cerca...

—Oí decir que andabas por estas tierras, Pepe Rey; pero nunca creí encontrarte en la horrible, en la salvaje Orbajosa.

—¡Casualidad feliz!... Porque esta casualidad es felicísima, providencial... Pinzón, entre tú y yo vamos a hacer algo grande en este poblacho.

—Y tendremos tiempo de meditarlo —repuso el otro, sentándose en el lecho donde el ingeniero yacía—, porque, según parece, viviremos los dos en esta

pieza. ¿Qué demonios de casa es ésta?

—Hombre, la de mi tía. Habla con más respeto. ¿No conoces a mi tía?... Pero voy a levantarme.

—Me alegro, porque con eso me acostaré yo, que bastante lo necesito... ¡Qué camino, amigo Pepe, qué camino y qué pueblo!

—Dime: ¿venís a pegar fuego a Orbajosa?

—¡Fuego!

—Dígolo porque yo tal vez os ayudaría.

—¡Qué pueblo! ¡Pero qué pueblo! —exclamó el militar, tirando el chacó, poniendo a un lado espada y tahalí, cartera de viaje y capote—. Es la segunda vez que nos mandan aquí. Te juro que a la tercera pido la licencia absoluta.

—No hables mal de esta buena gente. ¡Pero qué a tiempo has venido! Parece que te manda Dios en mi ayuda, Pinzón... Tengo un proyecto terrible, una aventura, si quieres llamarla así; un plan, amigo mío..., y me hubiera sido muy difícil salir adelante sin ti. Hace un momento me volvía loco cavilando, y dije, lleno de ansiedad: «Si yo tuviera aquí un amigo, un buen amigo...»

—Proyecto, plan, aventura... Una de dos, señor matemático: o es dar la dirección a los globos, o algo de amores...

—Es formal, muy formal. Acuéstate, duerme un poco, y después hablaremos.

—Me acostaré, pero no dormiré. Puedes contarme todo lo que quieras. Sólo te pido que hables lo menos posible de Orbajosa.

—Precisamente de Orbajosa quiero hablarte... Pero ¿tú también tienes antipatía a esta cuna de tantos varones insignes?

—Estos ajeros..., los llamamos los ajeros..., pues digo que serán todo lo insignes que tú quieras, pero a mí me pican como los frutos del país. He aquí un pueblo dominado por gentes que enseñan la desconfianza, la superstición y el aborrecimiento a todo el género humano. Cuando estemos despacio te contaré un sucedido..., un lance, mitad gracioso, mitad terrible, que me ocurrió aquí el año pasado... Cuando te lo cuente, tú te reirás, y yo echaré chispas de cólera... Pero, en fin, lo pasado, pasado.

—Lo que a mí me pasa no tiene nada de gracioso.

—Pero los motivos de mi aborrecimiento a este poblachón son diversos. Has de saber que aquí asesinaron a mi padre, el cuarenta y ocho, unos desalmados partidarios. Era brigadier y estaba fuera de servicio. Llamóle el Gobierno, y pasaba por Villahorrenda para ir a Madrid, cuando fué cogido por media docena de tunantes... Aquí hay varias dinastías de guerrilleros... Los Aceros, los *Caballucos*, los *Pelosmalos*..., un presidio suelto, como dijo quien sabía muy bien lo que decía.

—Supongo que la venida de dos regimientos con alguna Caballería no será por gusto de visitar estos amenos vergeles.

—¡Qué ha de ser! Venimos a recorrer el país. Hay muchos depósitos de armas. El Gobierno no se atreve a destituir a la mayor parte de los Ayuntamientos sin desparramar algunas compañías por estos pueblos. Como hay tanta agitación facciosa en esta tierra; como dos provincias cercanas están ya infestadas, y como además este distrito municipal de Orbajosa tiene una historia tan brillante en todas las guerras civiles, hay temores de que los bravos de por aquí se echen a los caminos a saquear lo que encuentren.

—¡Buena precaución! Pero creo que mientras esta gente no perezca y vuelva a nacer; mientras hasta las piedras no muden de forma, no habrá paz en Orbajosa.

—Esa es también mi opinión—dijo el militar, encendiendo un cigarrillo—. ¿No ves que los partidarios son la gente mimada en este país? A todos los que asolaron la comarca en mil ochocientos cuarenta y ocho y en otras épocas, o, a falta de ellos, a sus hijos, los encuentras colocados en los fielatos, en puertas, en el Ayuntamiento, en la coducción del correo; los hay que son alguaciles, sacristanes, comisionados de apremios. Algunos se han hecho temibles caciques, y son los que amasan las elecciones y tienen influjo en Madrid, reparten destinos... En fin, esto da grima.

—Dime: ¿y no se podrá esperar que los partidarios hagan una fechoría en estos días? Si así fuera, arrasaríais ustedes el pueblo, y yo los ayudaría.

—¡Si en mí consistiera...! Ellos harán de las suyas—dijo Pinzón—, porque las facciones de las dos provincias cercanas crecen como una maldición de Dios. Y

acá para entre los dos, amigo Rey, yo creo que esto va largo. Algunos se ríen y aseguran que no puede haber otra guerra civil como la pasada. No conocen el país, no conocen a Orbajosa y sus habitantes. Yo sostengo que esto que ahora empieza lleva larga cola y que tendremos una nueva lucha cruel y sangrienta que durará lo que Dios quiera. ¿Qué opinas tú?

—Amigo, en Madrid me reía yo de todos los que hablaban de la posibilidad de una guerra civil tan larga y terrible como la de los Siete Años; pero ahora, después que estoy aquí...

—Es preciso engolfarse en estos países encantadores, ver de cerca esta gente y oírle dos palabras, para saber de qué pie cojean.

—Pues sí... Sin poder explicarme en qué fundo mis ideas, ello es que desde aquí veo las cosas de otra manera y pienso en la posibilidad de largas y feroces guerras.

—Exactamente.

—Pero ahora, más que la guerra pública, me preocupa una privada en que estoy metido y que he declarado hace poco.

—¿Dijiste que ésta es la casa de tu tía? ¿Cómo se llama?

—Doña Perfecta Rey de Polentinos.

—¡Ah! La conozco de nombre. Es una persona excelente y la única de quien no he oído hablar mal a los *ajeros*. Cuando estuve aquí la otra vez, en todas partes oía ponderar su bondad, su caridad, sus virtudes.

—Sí, mi tía es muy bondadosa, muy amable—murmuró Rey.

Después quedó pensativo breve rato.

—Pero ahora recuerdo...—exclamó de pronto Pinzón—. ¡Cómo se van atando cabos...! Sí, en Madrid me dijeron que te casabas con una prima. Todo está descubierto. ¿Es aquella linda y celestial Rosarito?...

—Pinzón, hablaremos detenidamente.

—Se me figura que hay contrariedades.

—Hay algo más. Hay luchas terribles. Se necesitan amigos poderosos, listos de iniciativas, de gran experiencia en los lances difíciles, de gran astucia y valor.

—Hombre, eso es todavía más grave que un desafío.

—Mucho más grave. Se bate uno fácilmente con otro hombre. Con mujeres, con invisibles enemigos que trabajan en la sombra, es imposible.

—Vamos; ya soy todo oídos.

El teniente coronel Pinzón descansaba cuan largo era sobre el lecho. Pepe Rey acercó una silla, y apoyando en el mismo lecho el codo y en la mano la cabeza, empezó su conferencia, consulta, exposición de plan o lo que fuera, y habló larguísimo rato. Oíale Pinzón con curiosidad profunda y sin decir nada, salvo algunas preguntillas sueltas para pedir nuevos datos o la aclaración de alguna oscuridad. Cuando Rey concluyó, Pinzón estaba serio. Estiróse en la cama, desperezándose con la placentera convulsión de quien no ha dormido en tres noches, y después dijo así:

—Tu plan es arriesgado y difícil.

—Pero no imposible.

—¡Oh!, no, que nada hay imposible en este mundo. Piénsalo bien.

—Ya lo he pensado.

—¿Y estás resuelto a llevarlo adelante? Mira que esas cosas ya no se estilan. Suelen salir mal, y no dejan bien parado a quien las hace.

—Estoy resuelto.

—Pues aunque el asunto es arriesgado y grave, muy grave, aquí me tienes, dispuesto a ayudarte en todo y por todo.

—¿Cuento contigo?

—Hasta morir.

XIX

COMBATE TERRIBLE.—ESTRATEGIA

Los primeros fuegos no podían tardar. A la hora de la comida, después de ponerse de acuerdo con Pinzón respecto al plan convenido, cuya primera condición era que ambos amigos fingirían no conocerse, Pepe Rey fué al comedor. Allí encontró a su tía, que acababa de llegar de la Catedral, donde pasaba, según su costumbre, toda la mañana. Estaba sola y parecía hondamente preocupada. El ingeniero observó que sobre aquel semblante pálido y marmóreo, no exento de cierta hermosura, se proyectaba la misteriosa sombra de un celaje. Al mirar recobraba la claridad siniestra; pero miraba poco, y después de una rápida observación del rostro de su sobrino, el de la bondadosa dama se ponía otra vez en su estudiada penumbra.

Aguardaban en silencio la comida.

No esperaron a don Cayetano, porque éste había ido a Mundogrande. Cuando empezaron a comer, doña Perfecta dijo:

—Y ese militarote que nos ha regalado hoy el Gobierno, ¿no viene a comer?

—Parece tener más sueño que hambre —repuso el ingeniero sin mirar a su tía.

—¿Le conoces tú?

—No le he visto en mi vida.

—Pues estamos divertidos con los huéspedes que nos manda el Gobierno. Aquí tenemos nuestras camas y nuestra comida para cuando a esos perdidos de Madrid se les antoje disponer de ella.

—Es que hay temores de que se levanten partidas—dijo Pepe Rey, sintiendo que una centella corría por todos sus miembros—, y el Gobierno está decidido a aplastar a los orbajosenses, a exterminarlos, a hacerlos polvo.

—Hombre, para, para, por Dios; no nos pulverices—exclamó la señora con sarcasmo—. ¡Pobrecitos de nosotros! Ten piedad, hombre, y deja vivir a estas infelices criaturas. Y qué, ¿serás tú de los que ayuden a la tropa en la grandiosa obra de nuestro aplastamiento?

—Yo no soy militar. No haré más que aplaudir cuando vea extirpados para siempre los gérmenes de guerra civil, de insubordinación, de discordia, de behetría, de bandolerismo y de barbarie que existen aquí para vergüenza de nuestra época y de nuestra patria.

—Todo sea por Dios.

—Orbajosa, querida tía, casi no tiene más que ajos y bandidos, porque bandidos son los que en nombre de una idea política o religiosa se lanzan a correr aventuras cada cuatro o cinco años.

—Gracias, gracias, querido sobrino—dijo doña Perfecta palideciendo—. ¿Conque Orbajosa no tiene más que eso? Algo más habrá aquí, algo más que tú no tienes y que has venido a buscar entre nosotros.

Rey sintió el bofetón. Su alma se quemaba. Erale muy difícil guardar a su tía las consideraciones que por sexo, estado y posición merecía. Hallábase en el disparadero de la violencia, y un ímpetu irresistible le empujaba, lanzándole contra su interlocutora.

—Yo he venido a Orbajosa—dijo—, porque usted me mandó llamar, usted concertó con mi padre...

—Sí, sí, es verdad—repuso la señora, interrumpiéndole vivamente y procurando recobrar su habitual dulzura—. No lo niego. Aquí el verdadero culpable he sido yo. Yo tengo la culpa de tu aburrimiento, de los desaires que nos haces, de todo lo desagradable que en mi casa ocurre con motivo de tu venida.

—Me alegro de que usted lo reconozca.

—En cambio, tú eres un santo. ¿Será preciso también que me ponga de rodillas ante tu graciosidad y te pida perdón?...

—Señora—dijo Pepe Rey gravemente, dejando de comer—, ruego a usted que no se burle de mí de una manera tan despiadada. Yo no puedo ponerme en ese terreno... No he dicho más sino que vine a Orbajosa llamado por usted.

—Y es cierto. Tu padre y yo concertamos que te casaras con Rosario. Viniste a conocerla. Yo te acepté, desde luego, como hijo... Tú aparentaste amar a Rosario...

—Perdóneme usted—objetó Pepe—. Yo amaba y amo a Rosario; usted aparentó aceptarme por hijo; usted, recibiéndome con engañosa cordialidad, empleó desde el primer momento todas las artes de la astucia para contrariarme y estorbar el cumplimiento de las promesas hechas a mi padre; usted se propuso, desde el primer día, desesperarme, aburrirme, y con los labios llenos de sonrisas y de palabras cariñosas me ha estado matando, achicharrándome a fuego lento; usted ha lanzado contra mí, en la oscuridad y a mansalva, un enjambre de pleitos; usted me ha destituído del cargo oficial que traje a Orbajosa; usted me ha desprestigiado en la ciudad; usted me ha expulsado de la Catedral; usted me ha tenido en constante ausencia de la escogida de mi corazón; usted ha mortificado a su hija con un encierro inquisitorial que le hará perder la vida, si Dios no pone su mano en ello.

Doña Perfecta se puso como la grana. Pero aquella viva llamarada de su orgullo ofendido y de su pensamiento descubierto, pasó rápidamente, dejándola pálida y verdosa. Sus labios temblaban. Arrojando el cubierto con que comía, se levantó de súbito. El sobrino se levantó también.

—¡Dios mío, Santa Virgen del Socorro!—exclamó la señora, llevándose am-

bas manos a la cabeza y comprimiéndosela con el ademán propio de la desesperación—. ¿Es posible que yo merezca tan atroces insultos? Pepe, hijo mío, ¿eres tú el que hablas?... Si he hecho lo que dices, en verdad que soy muy pecadora.

Dejóse caer en el sofá y se cubrió el rostro con las manos. Pepe, acercándose lentamente a ella, observó su angustioso sollozar y las lágrimas que abundantemente derramaba. A pesar de su convicción, no pudo vencer la ternura que se apoderó de él, y, acobardándose, sintió cierta pena por lo mucho y fuerte que había dicho.

—Querida tía—indicó, poniéndole la mano en el hombro—, si me contesta usted con lágrimas y suspiros, me conmoverá, pero no me convencerá. Razones y no sentimientos me hacen falta. Háblemе usted, dígame que me equivoco al pensar lo que pienso; pruébemelo después y reconoceré mi error.

—Déjame. Tú no eres hijo de mi hermano. Si lo fueras, no me insultarías como me has insultado. ¿Conque yo soy una intrigante, una comedianta, una arpía hipócrita, una diplomática de enredos caseros?...

Al decir esto, la señora había descubierto su rostro y contemplaba a su sobrino con expresión beatífica. Pepe estaba perplejo. Las lágrimas, así como la dulce voz de la hermana de su padre, no podían ser fenómenos insignificantes para el alma del ingeniero. Las palabras le retozaban en la boca para pedir perdón. Hombre de gran energía por lo común, cualquier accidente de sensibilidad, cualquier agente que obrase sobre su corazón, le trocaba de súbito en niño. Achaques de matemático. Dicen que Newton era también así.

—Yo quiero darte las razones que pides—dijo doña Perfecta, indicándole que se sentase junto a ella—. Yo quiero desagraviarte. ¡Para que veas si soy buena, si soy indulgente, si soy humilde...! ¿Crees que te contradiré, que negaré en absoluto los hechos de que me has acusado?... Pues no, no los niego.

El ingeniero no volvía de su asombro.

—No los niego—prosiguió la señora—. Lo que niego es la dañada intención que les atribuyes. ¿Con qué derecho te metes a juzgar lo que no conoces sino por indicios y conjeturas? ¿Tienes tú la suprema inteligencia que se necesita para juzgar de plano las acciones de los demás y dar sentencia sobre ellas? ¿Eres Dios, para conocer las intenciones?

Pepe se asombró más.

—¿No es lícito emplear alguna vez en la vida medios indirectos para conseguir un fin bueno y honrado? ¿Con qué derecho juzgas acciones mías que no comprendes bien? Yo, querido sobrino, ostentando una sinceridad que tú no mereces, te confieso que sí, que efectivamente me he valido de subterfugios para conseguir un fin bueno, para conseguir lo que al mismo tiempo era beneficioso para ti y para mi hija... ¿No comprendes? Parece que estás lelo... ¡Ah! Tu gran entendimiento de matemático y de filósofo alemán no es capaz de penetrar estas sutilezas de una madre prudente.

—Es que me asombro más y más cada vez—dijo Pepe Rey.

—Asómbrate todo lo que quieras, pero confiesa tu barbaridad—manifestó la dama, aumentando en bríos—; reconoce tu ligereza y brutal comportamiento conmigo al acusarme como lo has hecho. Eres un mozalbete sin experiencia ni otro saber que el de los libros que nada enseñan del mundo ni del corazón. Tú de nada entiendes más que de hacer caminos y muelles. ¡Ay señorito mío! En el corazón humano no se entra por los túneles de los ferrocarriles, ni se baja a sus hondos abismos por los pozos de las minas. No se lee en la conciencia ajena con los microscopios de los naturalistas, ni se decide la culpabilidad del prójimo nivelando las ideas con teodolito.

—¡Por Dios, querida tía!...

—¿Para qué nombras a Dios, si no crees en él?—dijo doña Perfecta con solemne acento—. Si creyeras en él, si fueras buen cristiano, no aventurarías pérfidos juicios sobre mi conducta. Yo soy una mujer piadosa, ¿entiendes? Yo tengo mi conciencia tranquila, ¿entiendes? Yo sé lo que hago y por qué lo hago, ¿entiendes?

—Entiendo, entiendo, entiendo.

—Dios, en quien tú no crees, ve lo que tú no ves ni puedes ver; el intento. Y no te digo más; no quiero entrar en explicaciones largas, porque no lo necesito. Tampoco me entenderías si te dijera que deseaba alcanzar mi objeto sin es-

cándalo, sin ofender a tu padre, sin ofenderte a ti, sin dar que hablar a las gentes con una negativa explícita... Nada de esto te diré, porque tampoco lo entenderás, Pepe. Eres matemático. Ves lo que tienes delante, y nada más; la Naturaleza brutal, y nada más; rayas, ángulos, pesos, y nada más. Ves el efecto y no la causa. El que no cree en Dios no ve causas. Dios es la suprema intención del mundo. El que le desconoce, necesariamente ha de juzgar de todo como juzgas tú, a lo tonto. Por ejemplo, en la tempestad no ve más que destrucción; en el incendio, estragos; en la sequía, miseria; en los terremotos, desolación, y, sin embargo, orgulloso señorito, en todas esas aparentes calamidades hay que buscar la bondad de la intención...; sí, señor, la intención siempre buena de quien no puede hacer nada malo.

Esta embrollada, sutil y mística dialéctica no convenció a Rey; pero no quiso seguir a su tía por la áspera senda de tales argumentaciones, y sencillamente le dijo:

—Bueno; yo respeto las intenciones...

—Ahora que pareces reconocer tu error —prosiguió la piadosa señora, cada vez más valiente—, te haré otra confesión, y es que voy comprendiendo que hice mal en adoptar tal sistema, aunque mi objeto era inmejorable. Dado tu carácter arrebatado, dada tu incapacidad para comprenderme, debí abordar la cuestión de frente y decirte: «Sobrino mío, no quiero que seas esposo de mi hija.»

—Ese es el lenguaje que debió emplear usted conmigo desde el primer día—repuso el ingeniero, respirando con desahogo, como quien se ve libre de enorme peso—. Agradezco mucho a usted esas palabras. Después de ser acuchillado en las tinieblas, ese bofetón a la luz del día me complace mucho.

—Pues te repito el bofetón, sobrino —afirmó la señora con tanta energía como displicencia—. Ya lo sabes. No quiero que te cases con Rosario.

Pepe calló. Hubo una larga pausa, durante la cual los dos estuvieron mirándose atentamente, cual si la cara de cada uno fuese para el contrario la más perfecta obra del arte.

—¿No entiendes lo que te he dicho? —repitió ella—. Que se acabó todo, que no hay boda.

—Permítame usted, querida tía—dijo el joven con entereza—, que no me aterre con la intimación. En el estado a que han llegado las cosas, la negativa de usted es de escaso valor para mí.

—¿Qué dices?—gritó fulminantemente doña Perfecta.

—Lo que usted oye. Me casaré con Rosario.

Doña Perfecta se levantó indignada, majestuosa, terrible. Su actitud era la del anatema hecho mujer. Rey permaneció sentado, sereno, valiente, con el valor pasivo de una creencia profunda y de una resolución inquebrantable. El desplome de toda la iracundia de su tía, que le amenazaba, no le hizo pestañear. El era así.

—Eres un loco. ¡Casarte tú con mi hija, casarte tú con ella, no queriendo yo...!

Los labios trémulos de la señora articularon estas palabras con verdadero acento trágico.

—¡No queriendo usted!... Ella opina de distinto modo.

—¡No queriendo yo!...—repitió la dama—. Sí, y lo digo y lo repito: no quiero, no quiero.

—Ella y yo lo deseamos.

—Menguado, ¿acaso no hay en el mundo más que ella y tú? ¿No hay padres, no hay sociedad, no hay conciencia, no hay Dios?

—Porque hay sociedad, porque hay conciencia, porque hay Dios—afirmó gravemente Rey, levantándose y alzando el brazo y señalando al cielo—, digo y repito que me casaré con ella.

—¡Miserable, orgulloso! Y si todo lo atropellaras, ¿crees que no hay leyes para impedir tu violencia?

—Porque hay leyes, digo y repito que me casaré con ella.

—Nada respetas.

—Nada que sea indigno de respeto.

—Y mi autoridad, y mi voluntad, yo... ¿yo no soy nada?

—Para mí su hija de usted es todo; lo demás, nada.

La entereza de Pepe Rey era como los alardes de una fuerza incontrastable, con perfecta conciencia de sí misma. Daba golpes secos, contundentes, sin atenuación de ningún género. Sus palabras parecían, si es permitida la comparación, una artillería despiadada. Doña Perfecta cayó de nuevo en el sofá; pero no llo-

raba, y una convulsión nerviosa agitaba sus miembros.

—¡De modo que para este ateo infame—exclamó con franca rabia—no hay conveniencias sociales, no hay nada más que un capricho! Eso es una avaricia indigna. Mi hija es rica.

—Si piensa usted herirme con ese arma sutil, tergiversando la cuestión e interpretando torcidamente mis sentimientos, para lastimar mi dignidad, se equivoca, querida tía. Llámeme usted avaro. Dios sabe lo que soy.

—No tienes dignidad.

—Esa es una opinión como otra cualquiera. El mundo podrá tenerla a usted en olor de infalibilidad: yo, no. Estoy muy lejos de creer que las sentencias de usted no tengan apelación ante Dios.

—Pero ¿es cierto lo que dices?... Pero ¿insistes después de mi negativa?... Tú lo atropellas todo; eres un monstruo, un bandido.

—Soy un hombre.

—¡Un miserable! Acabemos: yo te niego a mi hija, yo te la niego.

—¡Pues yo la tomaré! No tomo más que lo que es mío.

—¡Quítate de mi presencia!—gritó la señora, levantándose de súbito—. Fatuo, ¿crees que mi hija se acuerda de ti?

—Me ama, lo mismo yo a ella.

—¡Mentira, mentira!

—Ella misma me lo ha dicho. Dispénseme usted si en esta ocasión doy más fe a la opinión de ella que a la de su mamá.

—¿Cuándo te lo ha dicho, si no la has visto en muchos días?

—La he visto anoche, y me ha jurado ante el Cristo de la capilla que sería mi mujer.

—¡Oh escándalo y libertinaje...! Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío, qué deshonra!—exclamó doña Perfecta, comprimiéndose otra vez con ambas manos la cabeza y dando algunos pasos por la habitación—. ¿Rosario salió anoche de su cuarto?

—Salió para verme. Ya era tiempo.

—¡Qué vil conducta la tuya! Has procedido como los ladrones, has procedido como los seductores adocenados.

—He procedido según la escuela de usted. Mi intención era buena.

—¡Y ella bajó!... ¡Ah!, lo sospechaba. Esta mañana, al amanecer, la sorprendí vestida en su cuarto. Díjome que había salido no sé a qué... El verdadero criminal eres tú, tú... Esto es una deshonra. Pepe, esperaba todo de ti, menos tan grande ultraje... Todo acabó. Márchate. No existes para mí. Te perdono con tal que te vayas... No diré una palabra de esto a tu padre... ¡Qué horrible egoísmo! No, no hay amor en ti, ¡tú no amas a mi hija!

—Dios sabe que la adoro, y esto me basta.

—No pongas a Dios en tus labios, blasfemo, y calla—exclamó doña Perfecta—. En nombre de Dios, a quien puedo invocar, porque creo en El, te digo que mi hija no será jamás tu mujer. Mi hija se salvará, Pepe; mi hija no puede ser condenada en vida al infierno, porque infierno es la unión contigo.

—Rosario será mi esposa—repitió el matemático con patética calma.

Irritábase más la piadosa señora con la energía serena de su sobrino. Con voz entrecortada habló así:

—No creas que me amedrentan tus amenazas. Sé lo que digo. Pues qué, ¿se puede atropellar un hogar, una familia; se puede atropellar la autoridad humana y divina?

—Yo atropellaré todo—dijo el ingeniero, empezando a perder su calma y expresándose con alguna agitación.

—¡Lo atropellarás todo! ¡Ah!, bien se ve que eres un bárbaro, un salvaje, un hombre que vive de la violencia.

—No, querida tía. Soy manso, recto, honrado y enemigo de violencias; pero entre usted y yo; entre usted, que es la ley, y yo, que soy el destinado a acatarla, está una pobre criatura atormentada, un ángel de Dios sujeto a inicuos martirios. Este espectáculo, esta injusticia, esta violencia inaudita es la que convierte mi rectitud en barbarie, mi razón en fuerza, mi honradez en violencia parecida a la de los asesinos y ladrones; este espectáculo, señora mía, es lo que me impulsa a no respetar la ley de usted, lo que me impulsa a pasar sobre ella, atropellándolo todo. Esto que parece desatino, es una ley ineludible. Hago lo que hacen las sociedades cuando una brutalidad, tan ilógica como irritante, se opone a su marcha. Pasan por encima, y todo lo destrozan con feroz acometida. Tal soy yo en este momento: yo mismo no me conozco. Era razonable, y soy un bruto; era respetuo-

so, y soy insolente; era culto, y me encuentro salvaje. Usted me ha traído a este horrible extremo, irritándome y apartándome del camino del bien, por donde tranquilamente iba. ¿De quién es la culpa, mía o de usted?

—¡Tuya, tuya!

—Ni usted ni yo podemos resolverlo. Creo que ambos carecemos de razón. En usted, violencia e injusticia; en mí, injusticia y violencia. Hemos venido a ser tan bárbaro el uno como el otro, y luchamos y nos herimos sin compasión. Dios lo permite así. Mi sangre caerá sobre la conciencia de usted; la de usted caerá sobre la mía. Basta ya, señora. No quiero molestar a usted con palabras inútiles. Ahora entraremos en los hechos.

—¡En los hechos, bien!—dijo doña Perfecta, más bien rugiendo que hablando—. No creas que en Orbajosa falta Guardia Civil.

—Adiós, señora. Me retiro de esta casa. Creo que volveremos a vernos.

—Vete, vete, vete ya—gritó ella señalando la puerta con enérgico ademán.

Pepe Rey salió. Doña Perfecta, después de pronunciar algunas palabras incoherentes que eran la más clara expresión de su ira, cayó en un sillón con muestras de cansancio o de ataque nervioso. Acudieron las criadas.

—¡Que vayan a llamar al señor don Inocencio! —gritó—. ¡Al instante!... ¡Pronto!... ¡Que venga!...

Después mordió el pañuelo.

XX

RUMORES.—TEMORES

Al día siguiente de esta disputa lamentable corrieron por toda Orbajosa, de casa en casa, de círculo en círculo, desde el casino a la botica y desde el paseo de las Descalzas a la puerta de Baidejos, rumores varios sobre Pepe Rey y su conducta. Todo el mundo los repetía, y los comentarios iban siendo tantos, que si don Cayetano los recogiese y compilase, formaría con ellos un rico *Thesaurum* de la benevolencia orbajosense. En medio de la diversidad de especies que corrían, había conformidad en algunos puntos culminantes, uno de los cuales era el siguiente:

Que el ingeniero, enfurecido porque doña Perfecta se negaba a casar a Rosarito con un ateo, había *alzado la mano* a su tía.

Estaba viviendo el joven en la posada de la viuda de Cusco, establecimiento *montado*, como ahora se dice, no a la altura, sino a la bajeza de los más primorosos atrasos del país. Visitábale con frecuencia el teniente coronel Pinzón, a fin de ponerse de acuerdo en la intriga que tramaban, y para cuyo eficaz desempeño mostraba el soldado felices disposiciones. Ideaba a cada instante nuevas travesuras y artimañas, apresurándose a llevarlas del pensamiento a la obra con excelente humor, si bien solía decir a su amigo:

—El papel que estoy haciendo, querido Pepe, no se debe contar entre los más airosos; pero por dar un disgusto a Orbajosa y su gente andaría yo a cuatro pies.

No sabemos qué sutiles trazas empleó el ladino militar, maestro en ardides del mundo; pero lo cierto es que a los tres días de alojamiento había logrado hacerse muy simpático en la casa. Agradaba su trato a doña Perfecta, que no podía oír sin emoción sus zalameras alabanzas de la grandeza, piedad y magnificencia augusta de la señora. Con don Inocencio estaba a partir un confite. Ni la madre ni el penitenciario le estorbaban que hablase a Rosario—a quien se dió libertad después de la ausencia del feroz primo; y con sus cortesanías alambicadas, su hábil lisonja y destreza suma, adquirió en la casa de Polentinos auge y hasta familiaridad. Pero el objeto de todas sus artes era una doncella, que tenía por nombre Librada, a quien sedujo—castamente hablando—para que transportase recados y cartitas a Rosario, fingiéndose enamorado de ésta. No resistió la muchacha al soborno, realizado con bonitas palabras y mucho dinero, porque ignoraba la procedencia de las esquelas y el verdadero sentido de tales líos, pues si llegara a entender que todo era una nueva diablura de don José, aunque éste le gustaba mucho, no hiciera traición a su señora por todo el dinero del mundo.

Estaban un día en la huerta doña Perfecta, don Inocencio, Jacinto y Pinzón. Hablóse de la tropa y de la misión que a Orbajosa traía, hallando coyuntura el

señor penitenciario de condenar la tiránica conducta del Gobierno, y, sin saber cómo, nombraron a Pepe Rey.

—Todavía está en la posada—dijo el abogadillo—. Le he visto ayer, y me ha dado memorias para usted, doña Perfecta.

—¿Hase visto mayor insolencia?... ¡Ah! Señor Pinzón, no extrañe usted que emplee este lenguaje, tratándose de un sobrino carnal... Ya sabe usted... Aquel caballerito que se aposentaba en el cuarto que usted ocupa.

—¡Sí, ya lo sé! No le trato; pero le conozco de vista y de fama. Es amigo íntimo de nuestro brigadier.

—¿Amigo íntimo del brigadier?

—Sí, señora; del que manda la brigada que ha venido a este país, y que se ha repartido entre diferentes pueblos.

—¿Y dónde está?—preguntó la dama.

—En Orbajosa.

—Creo que se aposenta en casa de Polavieja—indicó Jacinto.

—Su sobrino de usted—continuó Pinzón—y el brigadier Batalla son íntimos amigos; se quieren entrañablemente, y a todas horas se los ve juntos por las calles del pueblo.

—Pues, amiguito, mala idea formo de ese señor jefe—repuso doña Perfecta.

—Es un..., es un infeliz—dijo Pinzón, en el tono propio de quien por respeto no se atreve a aplicar una calificación dura.

—Mejorando lo presente, señor Pinzón, y haciendo una salvedad honrosísima en honor de usted—afirmó la señora—, no puede negarse que en el Ejército español hay cada tipo...

—Nuestro brigadier era un excelente militar antes de darse al espiritismo...

—¡Al espiritismo!

—¡Esa secta que llama a los fantasmas y duendes por medio de las patas de las mesas!...—exclamó el canónigo riendo.

—Por curiosidad, sólo por curiosidad —dijo Jacintillo con énfasis—, he encargado a Madrid la obra de Allan Kardec. Bueno es enterarse de todo.

—Pero ¿es posible que tales disparates...? ¡Jesús! Dígame usted, Pinzón: ¿mi sobrino también es de esa secta de pie de banco?

—Me parece que él fué quien catequizó a nuestro bravo brigadier Batalla.

—¡Pero, Jesús!

—Eso es; y cuando se le antoje—observó don Inocencio, sin poder contener la risa—hablará con Sócrates, San Pablo, Cervantes y Descartes, como hablo yo ahora con Librada para pedirle un fosforito. ¡Pobre señor De Rey! Bien dije yo que aquella cabeza no estaba buena.

—Por lo demás—continuó Pinzón—. nuestro brigadier es un buen militar. Si de algo peca, es de excesivamente duro. Toma tan al pie de la letra las órdenes del Gobierno, que si le contrarían mucho aquí, será capaz de no dejar piedra sobre piedra en Orbajosa. Sí, les prevengo a ustedes que estén con cuidado.

—Pero ese monstruo nos va a cortar la cabeza a todos. ¡Ay!, señor don Inocencio, estas visitas de la tropa me recuerdan lo que he leído en la vida de los mártires, cuando se presentaba un procónsul romano en un pueblo de cristianos...

—No deja de ser exacta la comparación—dijo el penitenciario, mirando al militar por encima de las gafas.

—Es un poco triste; pero, siendo verdad, debe decirse—manifestó Pinzón con benevolencia—. Ahora, señores míos, están ustedes a merced de nosotros.

—Las autoridades del país—objetó Jacinto—funcionan aún perfectamente.

—Creo que se equivoca usted—repuso el soldado, cuya fisonomía observaban con profundo interés la señora y el penitenciario—. Hace una hora ha sido destituído el alcalde de Orbajosa.

—¿Por el gobernador de la provincia?

—El gobernador ha sido sustituído por un delegado del Gobierno que debió de llegar esta mañana. Los ayuntamientos todos cesarán hoy. Así lo ha mandado el ministro, porque temía, no sé con qué motivo, que no prestaran apoyo a la autoridad central.

—Bien, bien estamos—murmuró el canónigo frunciendo el ceño y echando adelante el labio inferior.

Doña Perfecta meditaba.

—También han sido quitados algunos jueces de primera instancia, entre ellos el de Orbajosa.

—¡El juez! ¡Periquito!... ¡Ya no es juez Periquito!—exclamó doña Perfecta con voz y gesto semejantes a los de las personas que tienen la desgracia de ser picadas por una víbora.

—Ya no es juez de Orbajosa el que lo era—dijo Pinzón—. Mañana vendrá el nuevo.

—¡Un desconocido!

—¡Un desconocido!

—Un tunante, quizá... ¡El otro era tan honrado...!—dijo la señora con zozobra—. Jamás le pedí cosa alguna que al punto no me concediera. ¿Sabe usted quién será el alcalde nuevo?

—Dicen que viene un corregidor.

—Vamos, diga usted de una vez que viene el diluvio, y acabaremos—manifestó el canónigo, levantándose.

—¿De modo que estamos a merced del señor brigadier?

—Por algunos días, ni más ni menos. No se enfaden ustedes conmigo. A pesar de mi uniforme, me desagrada el militarismo; pero nos mandan pegar... y pegamos. No puede haber oficio más canalla que el nuestro.

—Sí que lo es, sí que lo es—dijo la señora disimulando mal su furor—. Ya que usted lo ha confesado... Conque ni alcalde ni juez...

—Ni gobernador de la provincia.

—Que nos quiten también al señor obispo y nos manden un monaguillo en su lugar.

—Es lo que falta... Si aquí les dejan —murmuró don Inocencio, bajando los ojos—, no se pararán en pelillos.

—Y todo es porque se teme el levantamiento de partidas en Orbajosa—indicó la señora, cruzando las manos y agitándolas de arriba abajo, desde la barba a las rodillas—. Francamente, Pinzón, no sé cómo no se levantan hasta las piedras. No le deseo mal ninguno a ustedes; pero lo justo sería que el agua que beben se les convirtiera en lodo... ¿Dijo usted que mi sobrino es íntimo amigo del brigadier?

—Tan íntimo, que no se separan en todo el día; fueron compañeros de colegio. Batalla le quiere como un hermano y le complace en todo. En su lugar de usted, señora, yo no estaría tranquilo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Temo un atropello!...—exclamó ella muy desasosegada.

—Señora—afirmó el canónigo con energía—, antes que consentir un atropello en esta honrada casa; antes que consentir que se hiciera el menor vejamen a esta nobilísima familia, yo..., mi sobrino..., los vecinos todos de Orbajosa...

Don Inocencio no concluyó. Su cólera era tan viva, que se le trababan las palabras en la boca. Dió algunos pasos marciales, y después se volvió a sentar.

—Me parece que no son vanos esos temores—dijo Pinzón—. En caso necesario, yo...

—Y yo...—repitió Jacinto.

Doña Perfecta había fijado los ojos en la puerta vidriera del comedor, tras la cual dejóse ver una graciosa figura. Mirándola, parecía que en el semblante de la señora se ennegrecían más las sombrías nubes del temor.

—Rosario, pasa aquí, Rosario—dijo, saliendo a su encuentro—. Se me figura que tienes hoy mejor cara y estás más alegre, sí... ¿No les parece a ustedes que Rosario tiene mejor cara? ¡Si parece otra!

Todos convinieron en que tenía retratada en su semblante la más viva felicidad.

XXI

¡DESPERTA, FERRO!

Por aquellos días publicaron los periódicos de Madrid las siguientes noticias:

«No es cierto que en los alrededores de Orbajosa se haya levantado partida alguna. Nos escriben de aquella localidad que el país está tan poco dispuesto a aventuras, que se considera inútil en aquel punto la presencia de la brigada Batalla.»

«Dícese que la brigada Batalla saldrá de Orbajosa, porque no hacen falta allí fuerzas del ejército, e irá a Villajuán de Nahara, donde han aparecido algunas partidas.»

«Ya es seguro que los Aceros recorren con algunos jinetes el término de Villajuán, próximo al distrito judicial de Orbajosa. El gobernador de la provincia de X*** ha telegrafiado al Gobierno diciendo que Francisco Acero entró en las Roquetas, donde cobró un semestre y pidió raciones. Domingo Acero *(Faltriquera)* vagaba por la sierra del Jubileo, activamente perseguido por la Guardia Civil, que le mató un hombre y aprehendió a otro. Bartolomé Acero fué el que quemó el Registro civil de Lugarnoble,

llevándose en rehenes al alcalde y a dos de los principales propietarios.»

«En Orbajosa reina tranquilidad completa, según carta que tenemos a la vista, y allí no piensan más que en trabajar el campo para la próxima cosecha de ajos, que promete ser magnífica. Los distritos inmediatos sí están infestados de partidas; pero la brigada Batalla dará buena cuenta de ellas.»

En efecto, Orbajosa estaba tranquila. Los Aceros, aquella dinastía guerrera, merecedora, según algunas gentes, de figurar en el *Romancero*, había tomado por su cuenta la provincia cercana; pero la insurrección no cundía en el término de la ciudad episcopal. Creeríase que la cultura moderna había, al fin, vencido en su lucha con las levantiscas costumbres de la gran behetría, y que ésta saboreaba las delicias de una paz duradera. Y esto es tan cierto, que el mismo *Caballuco*, una de las figuras más características de la rebeldía histórica de Orbajosa, decía claramente a todo el mundo que él no quería *reñir con el Gobierno* ni *meterse en danzas* que podían costarle caras.

Dígase lo que se quiera, el arrebatado carácter de Ramos había tomado asiento con los años, enfriándose un poco la fogosidad que con la existencia recibiera de los *Caballucos* padres y abuelos, la mejor casta de cabecillas que ha asolado la tierra. Cuéntase, además, que por aquellos días el nuevo gobernador de la provincia *celebró una conferencia* con este importante personaje, *oyendo de sus labios las mayores seguridades* de contribuir al reposo público y evitar toda ocasión de disturbios. Aseguran fieles testigos que se le veía en amor y compaña con los militares, partiendo un piñón con éste o el otro sargento en la taberna, y hasta se dijo que le iban a dar un buen destino en el Ayuntamiento de la capital de la provincia. ¡Oh! ¡Cuán difícil es para el historiador que presume de imparcial depurar la verdad en esto de las opiniones y pensamientos de los insignes personajes que han llenado el mundo con su nombre! No sabe uno a qué atenerse, y la falta de datos ciertos da origen a lamentables equivocaciones. En presencia de hechos tan culminantes como la jornada de Brumario, como el saco de Roma por Borbón, como la ruina de Jerusalén, ¿qué psicólogo ni qué historiador podrá determinar los pensamientos que les precedieron o les siguieron en la cabeza de Bonaparte, Carlos V y Tito? ¡Responsabilidad inmensa la nuestra! Para librarnos, en parte, de ella, refiramos palabras, frases y aun discursos del mismo emperador orbajosense, y de este modo cada cual formará la opinión que juzgue más acertada.

No cabe duda alguna de que Cristóbal Ramos salió, ya anochecido, de su casa, y, atravesando por la calle del Condestable, vió tres labriegos que en sendas mulas venían en dirección contraria a la suya; y preguntándoles que a dó caminaban, repusieron que a la casa de la señora doña Perfecta a llevarle varias primicias de frutos de las huertas y algún dinero de las rentas vencidas. Eran el señor Pasolargo, un mozo a quien llamaban Frasquito González, y el tercero, de mediana edad y recia complexión, recibía el nombre de *Vejarruco*, aunque el suyo verdadero era José Esteban Romero. Volvió atrás *Caballuco*, solicitado por la buena compañía de aquella gente, con quien tenía franca y antigua amistad, y entró con ellos en casa de la señora. Esto ocurría según los más verosímiles datos, al anochecer, y dos días después de aquel en que doña Perfecta y Pinzón hablaron lo que en el anterior capítulo ha podido ver quien lo ha leído. Entretúvose el gran Ramos dando a Librada ciertos recados de poca importancia que una vecina confiara a su buena memoria; y cuando entró en el comedor, ya los tres labriegos antes mencionados y el señor *Licurgo*, que asimismo, por singular coincidencia, estaba presente, habían entablado conversación sobre asunto de la cosecha y de la casa. La señora tenía un humor endiablado; a todo ponía faltas, y reprendíales ásperamente por la sequía del cielo y la infecundidad de la tierra, fenómenos de que ellos, los pobrecitos, no tenían culpa. Presenciaba la escena el señor penitenciario. Cuando entró *Caballuco* saludóle afectuosamente el buen canónigo, señalándole un asiento a su lado.

—Aquí está el personaje—dijo la señora con desdén—. ¡Parece mentira que se hable tanto de un hombre de tan poco valer! Dime, *Caballuco;* ¿es verdad

que te han dado de bofetadas unos soldados esta mañana?

—¡A mí! ¡A mí!—dijo el centauro, levantándose indignado, cual si recibiera el más grosero insulto.

—Así lo han dicho—añadió la señora—. ¿No es verdad? Yo lo creí, porque quien en tan poco se tiene... Te escupirán, y tú te creerás honrado con la saliva de los militares.

—¡Señora!—vociferó Ramos con energía—. Salvo el respeto que debo a usted, que es mi madre, más que mi madre, mi señora, mi reina..., pues digo que salvo el respeto que debo a la persona que me ha dado todo lo que tengo..., salvo el respeto...

—¿Qué?... Parece que vas a decir mucho y no dices nada.

—Pues digo que, salvo el respeto, eso de la bofetada es una calumnia—añadió, expresándose con extraordinaria dificultad—. Todos hablan de mí: que si entro o salgo, que si voy, que si vengo... Y todo ¿por qué? Porque quieren tomarme por figurón para que revuelva el país. Bien está Pedro en su casa, señoras y caballeros. ¿Que ha venido la tropa?... Malo es; pero ¿qué le vamos a hacer?... ¿Que han quitado al alcalde y al secretario y al juez?... Malo es; yo quisiera que se levantaran contra ellos las piedras de Orbajosa; pero di mi palabra al gobernador, y hasta ahora yo...

Rascóse la cabeza, frunció el adusto ceño, y con lengua cada vez más torpe prosiguió así:

—Yo seré bruto, pesado, ignorante, querencioso, testarudo y todo lo que quieran; pero a caballero no me gana nadie.

—Lástima de Cid Campeador—dijo con el mayor desprecio doña Perfecta—. ¿No cree usted, como yo, señor penitenciario, que en Orbajosa no hay ya un solo hombre que tenga vergüenza?

—Grave opinión es ésa—repuso el capitular, sin mirar a su amiga ni apartar de su barba la mano en que apoyaba el meditabundo rostro—. Pero se me figura que este vecindario ha aceptado con excesiva sumisión el pesado yugo del militarismo.

Licurgo y los tres labradores reían con toda su alma.

—Cuando los soldados y las autoridades nuevas—dijo la señora—nos hayan llevado el último real, después de deshonrado el pueblo, enviaremos a Madrid, en una urna cristalina, a todos los valientes de Orbajosa para que los pongan en el Museo o los enseñen por las calles.

—¡Viva la señora!—exclamó con vivo ademán el que llamaban *Vejarruco*—. Lo que ha parlado es como el oro. No se dirá que por mí no hay valientes, pues no estoy con los Aceros por aquello de que tiene uno tres hijos y mujer, y puede suceder cualquier estropicio; que si no...

—Pero ¿tú no has dado tu palabra al gobernador?—le preguntó la señora.

—¿Al gobernador?—exclamó el nombrado Frasquito González—. No hay en todo el país tunante que más merezca un tiro. Gobernador y Gobierno, todos son lo mismo. El cura nos predicó el domingo tantas cosas altisonantes sobre las herejías y ofensas a la religión que hacen en Madrid... ¡Oh!, había que oírle... Al fin dió muchos gritos en el púlpito, diciendo que la religión ya no tenía defensores.

—Aquí está el gran Cristóbal Ramos—dijo la señora dando fuerte palmada en el hombro del centauro—. Monta a caballo; se pasea en la plaza y en el camino real, para llamar la atención de los soldados; venle éstos, se espantan de la fiera catadura del héroe y echan todos a correr muertos de miedo.

La señora terminó su frase con una risa exagerada, que se hacía más chocante que el profundo silencio de los que la oían. *Caballuco* estaba pálido.

—Señor Pasolargo—continuó la dama, poniéndose seria—, esta noche mándeme acá a su hijo Bartolomé para que se quede aquí. Necesito tener buena gente en casa; y aun así, bien podrá suceder que el mejor día amanezcamos mi hija y yo asesinadas.

—¡Señora!—exclamaron todos.

—¡Señora!—gritó *Caballuco*, levantándose—. ¿Eso es broma, o qué es?

—Señor *Vejarruco*, señor Pasolargo—continuó la señora, sin mirar al bravo de la localidad—; no estoy segura de mi casa. Ningún vecino de Orbajosa lo está, y menos yo. Vivo con el alma en un hilo. No puedo pegar los ojos en toda la noche.

—Pero ¿quién, quién se atreverá...?

—Vamos—dijo *Licurgo* con ardor—, que yo, viejo y enfermo, seré capaz de

batirme con todo el Ejército español si tocan el pelo de la ropa a la señora...

—Con el señor *Caballuco* — observó Frasquito González—, basta y sobra.

—¡Oh!, no—repuso doña Perfecta con cruel sarcasmo—. ¿No ven ustedes que Ramos ha dado su palabra al gobernador...?

Caballuco volvió a sentarse, y poniendo una pierna sobre la otra, cruzó las manos sobre ellas.

—Me basta un cobarde—añadió implacablemente el ama—, con tal que no haya dado palabras. Quizá pase yo por el trance de ver asaltada mi casa, de ver que me arrancan de los brazos a mi querida hija, de verme atropellada e insultada del modo más infame...

No pudo continuar. La voz se ahogó en su garganta, y rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Señora, por Dios, cálmese usted!... Vamos, no hay motivo todavía...—dijo precipitadamente y con semblante y voz de aflicción suma don Inocencio—. También es preciso un poquito de resignación para soportar las calamidades que Dios nos envía.

—Pero ¿quién..., señora? ¿Quién se atreverá a tales vituperios?—preguntó uno de los cuatro.

—Orbajosa entera se pondría sobre un pie para defender a la señora.

—Pero ¿quién, quién?—repitieron todos.

—Vaya, no la molesten ustedes con preguntas importunas—dijo con oficiosidad el penitenciario—. Pueden retirarse.

—No, no, que se queden—manifestó vivamente la señora, secando sus lágrimas—. La compañía de mis buenos servidores es para mí un gran consuelo.

—Maldita sea mi casta—dijo el tío Lucas, dándose un puñetazo en la rodilla—, si todos estos gatuperios no son obra del mismísimo sobrino de la señora.

—¿Del hijo de don Juan Rey?

—Desde que le vi en la estación de Villahorrenda y me habló con su voz melosilla y sus mimos de hombre cortesano—manifestó *Licurgo*—, le tuve por un grandísimo... No quiero acabar por respeto a la señora...; pero yo le conocí..., le señalé desde aquel día, como dijo el otro, que por el hilo se saca el ovillo, por la muestra se conoce el paño, y por la uña, el león.

—No se hable mal en mi presencia de ese desdichado joven—dijo la de Polentinos severamente—. Por grandes que sean sus faltas, la caridad nos prohibe hablar de ellas y darles publicidad.

—Pero la caridad—manifestó don Inocencio con cierta energía—, no nos impide precavernos contra los malos y de eso se trata. Ya que han decaído tanto los caracteres y el valor en la desdichada Orbajosa; ya que este pueblo parece dispuesto a poner la cara para que escupan en ella cuatro soldados y un cabo, busquemos alguna defensa uniéndonos.

—Yo me defenderé como pueda—dijo con resignación y cruzando las manos doña Perfecta—. ¡Hágase la voluntad del Señor!

—Tanto ruido para nada... ¡Por vida de...! ¡En esta casa son de la piel del miedo!...—exclamó *Caballuco*, entre serio y festivo—. No parece sino que el tal don Pepito es una *región*—léase legión—de demonios. No se asuste usted, señora mía. Mi sobrinillo Juan, que tiene trece años, guardará la casa, y veremos, sobrino por sobrino, quién puede más.

—Ya sabemos todos lo que significan tus guapezas y valentías—replicó la dama—. ¡Pobre Ramos: quieres echarla de bravucón, cuando ya se ha visto que no vales para nada!

Ramos palideció ligeramente, fijando en la señora una mirada singular en que se confundían el espanto y el respeto.

—Sí, hombre, no me mires así. Ya sabes que no me asusto de fantasmones. ¿Quieres que te hable de una vez con claridad? Pues eres un cobarde.

Ramos, moviéndose como el que siente en diversas partes de su cuerpo molestas picazones, demostraba gran desasosiego. Su nariz expelía y recobraba el aire como la de un caballo. Dentro de aquel corpachón combatía consigo misma por echarse fuera, rugiendo y destrozando, una tormenta, una pasión, una barbaridad. Después de modular a medias algunas palabras, mascando otras, levantóse y bramó de esta manera:

—¡Le cortaré la cabeza al señor Rey!

—¡Qué desatino! Eres tan bruto como cobarde—dijo palideciendo—. ¿Qué hablas ahí de matar, si yo no quiero que maten a nadie, y mucho menos a mi sobrino, persona a quien amo a pesar de sus maldades?

—¡El homicidio! ¡Qué atrocidad!—exclamó el señor don Inocencio, escandalizado—. Ese hombre está loco.

—¡Matar!... La idea tan sólo de un homicidio me horroriza, *Caballuco*—dijo la señora cerrando los dulces ojos—. ¡Pobre hombre! Desde que has querido mostrar valentía, has aullado como un lobo carnicero. Vete de aquí, Ramos; me causas espanto.

—¿No dice la señora que tiene miedo? ¿No dice que atropellarán la casa, que robarán a la niña?

—Sí, lo temo.

—Y eso ha de hacerlo un solo hombre—indicó Ramos con desprecio volviendo a sentarse—. Eso lo ha de hacer don Pepe *Poquita Cosa* con sus matemáticas. Hice mal en decir que le rebanaría el pescuezo. A un muñeco de ese estambre se le coge de una oreja y se le echa de remojo en el río.

—Sí, ríete ahora, bestia. No es mi sobrino solo quien ha de cometer todos esos desafueros que has mencionado y que yo temo, pues si fuese él no le temería. Con mandar a Librada que se ponga en la puerta con una escoba... bastaría... No es él solo, no.

—¿Pues quién...?

—Hazte el borrico. ¿No sabes tú que mi sobrino y el brigadier que manda esa condenada tropa se han confabulado...?

—¡Confabulado!—exclamó *Caballuco*, demostrando no entender palabra.

—Que están de compinche—apuntó *Licurgo*—. Fabulearse quiere decir estar de compinche. Ya me barruntaba yo lo que dice la señora.

—Todo se reduce a que el brigadier y los oficiales son uña y carne de don José, y lo que él quiera lo quieren esos soldadotes, y esos soldadotes harán toda clase de atropellos y barbaridades, porque ése es su oficio.

—Y no tenemos alcalde que nos ampare.

—Ni juez.

—Ni gobernador. Es decir, que estamos a merced de esa infame gentuza.

—Ayer—dijo *Vejarruco*—, unos soldados se llevaron engañada a la hija más chica del tío Julián, y la pobre no se atrevió a volver a su casa; mas la encontraron llorando y descalza junto a la fuentecilla vieja, recogiendo los pedazos de la cántara rota.

—¡Pobre don Gregorio Palomeque, el escribano de Naharilla Alta!—dijo Frasquito—. Estos pillos le robaron todo el dinero que tenía en su casa. Pero el brigadier, cuando se lo contaron, contestó que era mentira.

—Tiranos más tiranos no nacieron de madre—manifestó el otro—. ¡Cuando digo que por punto no estoy con los Aceros...!

—¿Y qué se sabe de Francisco Acero?—preguntó, mansamente, doña Perfecta—. Sentiría que le ocurriera algún percance. Dígame usted, don Inocencio: ¿Francisco Acero nació en Orbajosa?

—No; él y su hermano son de Villajuán.

—Lo siento por Orbajosa—dijo doña Perfecta—. Esta pobre ciudad ha entrado en desgracia. ¿Sabe usted si Francisco Acero dió palabra al gobernador de no molestar a los pobres soldaditos en sus robos de doncellas, en sus sacrilegios, en sus infames felonías?

Caballuco dió un salto. Ya no se sentía punzado, sino herido por atroz sablazo. Encendido el rostro y con los ojos llenos de fuego, gritó de este modo:

—Yo di mi palabra al gobernador porque el gobernador me dijo que venían con buen fin.

—Bárbaro, no grites, Habla como la gente, y te escucharemos.

—Le prometí que ni yo ni ninguno de mis amigos levantaríamos partidas en tierra de Orbajosa... A todo el que ha querido salir porque le retozaba la guerra en el cuerpo, le he dicho: «Vete con los Aceros, que aquí no nos movemos...» Pero tengo mucha gente honrada, sí, señora; y buena, sí, señora; y valiente, sí, señora, que está desperdigada por los caseríos y las aldeas, por arrabales y montes, cada uno en su casa, ¿eh? Y en cuanto yo les diga la mitad de media palabra, ¿eh? Ya están todos descolgando las escopetas, ¿eh?, y echando a correr a caballo o a pie para ir a donde yo les mande... Y no me anden con gramáticas, que si yo di mi palabra, fué porque la di, y si no salgo es porque no quiero

salir, y si quiero que haya partidas, las habrá, y si no quiero, no; porque yo soy quien soy, el mismo hombre de siempre, bien lo saben todos... Y digo otra vez que no vengan con gramática, ¿estamos...?, y que no me digan las cosas al revés, ¿estamos...? Y si quieren que salga, me lo declaren con toda la boca abierta, ¿estamos? Porque para eso nos ha dado Dios la lengua: para decir esto y aquello. Bien sabe la señora quién soy, así como bien sé yo que le debo la camisa que me pongo, y el pan que como hoy, y el primer garbanzo que chupé cuando me despacharon, y la caja en que enterraron a mi padre cuando murió, y las medicinas y el médico que me sanaron cuando estuve enfermo, y bien sabe la señora que si ella me dice: «*Caballuco,* rómpete la cabeza», voy a aquel rincón y contra la pared me la rompo; bien sabe la señora que si ahora dice ella que es de día, yo, aunque vea la noche, creeré que me equivoco y que es claro día; bien sabe la señora que ella y su hacienda son antes que mi vida, y que si delante de mí la pica un mosquito, le perdono porque es mosquito; bien sabe la señora que la quiero más que a cuanto hay debajo del sol... A un hombre de tanto corazón se le dice: «*Caballuco,* so animal: has esto o lo otro; y basta de *ritólicas,* basta de mete y saca de palabrejas y sermoncillos al revés, y pincha por aquí y pellizca por allá.

—Vamos, hombre, sosiégate—dijo doña Perfecta con bondad—. Te has sofocado como aquellos oradores republicanos que venían a predicar aquí la religión libre, el amor libre y no sé cuántas cosas libres... Que te traigan un vaso de agua...

Caballuco hizo con el pañuelo una especie de rodilla, apretado envoltorio o más bien pelota, y se lo pasó por la ancha frente y cogote, para limpiarse ambas partes, cubiertas de sudor. Trajéronle un vaso de agua, y el señor canónigo, con una mansedumbre que cuadraba perfectamente a su carácter sacerdotal, lo tomó de manos de la criada para presentárselo y sostener el plato mientras bebía. El agua se escurría por el gaznate de *Caballuco,* produciendo un claqueteo sonoro.

—Ahora, tráeme otro a mí, Libradita —dijo don Inocencio—. También tengo un poco de fuego dentro.

XXII

¡DESPERTA!

—Respecto a lo de las partidas—dijo doña Perfecta cuando concluyeron de beber—, sólo te digo que hagas lo que tu conciencia te dicte.

—Yo no entiendo de dictados—gritó Ramos—. Haré lo que sea del gusto de la señora.

—Pues yo no te aconsejaré nada en asunto tan grave—repuso ella con la circunspección y comedimiento que tan bien le sentaban—. Eso es muy grave, gravísimo, y yo no puedo aconsejarte nada.

—Pero el parecer de usted...

—Mi parecer es que abras los ojos y veas, que abras los oídos y oigas. Consulta tu corazón... Yo te concedo que tienes un gran corazón... Consulta a ese juez, a ese consejero que tanto sabe, y haz lo que él te mande.

Caballuco meditó, pensó todo lo que puede pensar una espada.

—Los de Naharilla Alta—dijo *Vejarruco*—nos contamos ayer y éramos trece, propios para cualquier cosita mayor... Pero como temíamos que la señora se enfadara, no hicimos nada. Es tiempo ya de trasquilar.

—No te preocupes de la trasquila—dijo la señora—. Tiempo hay. No se dejará de hacer eso.

—Mis dos muchachos—manifestó *Licurgo*—riñeron ayer el uno con el otro, porque uno quería irse con Francisco Acero y el otro no. Yo les dije: «Despacio, hijos míos, que todo se andará. Esperad, que tan buen pan hacen aquí como en Francia.»

—Anoche me dijo Roque Pelosmalos —manifestó el tío Pasolargo—que en cuanto el señor Ramos dijera tanto así, ya estaban todos con las armas en la mano. ¡Qué lástima que los dos hermanos Burguillos se hayan ido a labrar las tierras de Lugarnoble!

—Vaya usted a buscarlos—dijo el ama vivamente—. Lucas, proporciónale un caballo al tío Pasolargo.

—Yo, si la señora me lo manda y el señor Ramos también—dijo Frasquito González—, iré a Villahorrenda a ver si Robustiano, el guarda de montes y su hermano Pedro, quieren también...

—Me parece buena idea. Robustiano

no se atreve a venir a Orbajosa, porque me debe un piquillo. Puedes decirle que le perdono los seis duros y medio... Esta pobre gente, que tan generosamente sabe sacrificarse por una buena idea, se contenta con tan poco... ¿No es verdad, señor don Inocencio?

—Aquí, nuestro buen Ramos—repuso el canónigo—me dice que sus amigos están descontentos con él por su tibieza; pero que en cuanto le vean determinado se pondrán todos la canana al cinto.

—Pero qué, ¿te determinas a echarte a la calle?—dijo a Ramos la señora—. No te he aconsejado yo tal cosa, y si lo haces es por tu voluntad. Tampoco el señor don Inocencio te habrá dicho una palabra en este sentido. Pero cuando tú lo dices así, razones muy poderosas tendrás... Dime, Cristóbal: ¿quieres cenar? ¿Quieres tomar algo?... Con franqueza...

—En cuanto a que yo aconseje al señor Ramos que se eche al campo—dijo don Inocencio, mirando por encima de los cristales de sus anteojos—razón tiene la señora. Yo, como sacerdote, no puedo aconsejar tal cosa. Sé que algunos lo hacen, y aun toman las armas; pero esto me parece impropio, muy impropio, y no seré yo quien los imite. Llevo mis escrúpulos hasta el extremo de no decir una palabra al señor Ramos sobre la peliaguda cuestión de su levantamiento en armas. Yo sé que Orbajosa lo desea; sé que le bendecirán todos los habitantes de esta noble ciudad; sé que vamos a tener aquí hazañas dignas de pasar a la Historia; pero, sin embargo, permítaseme un discreto silencio.

—Está muy bien dicho—añadió doña Perfecta—. No me gusta que los sacerdotes se mezclen en tales asuntos. Un clérigo ilustrado debe conducirse de este modo. Bien sabemos que en circunstancias solemnes y graves, por ejemplo, cuando peligran la patria y la fe, están los sacerdotes en su terreno incitando a los hombres a la lucha y aun figurando en ella. Pues que Dios mismo ha tomado parte en célebres batallas, bajo la forma de ángeles o santos, bien pueden sus ministros hacerlo. Durante la guerra contra los infieles, ¿cuántos obispos acaudillaron las tropas castellanas?

—Muchos, y algunos fueron insignes guerreros. Pero estas edades no son aquéllas, señora. Verdad es que si vamos a mirar atentamente las cosas, la fe peligra ahora más que antes... ¿Pues qué representan esos ejércitos que ocupan nuestra ciudad y pueblos inmediatos? ¿Qué representan? ¿Son otra cosa más que el infame instrumento de que se valen, para sus pérfidas conquistas y el exterminio de las creencias, los ateos y protestantes de que está infestado Madrid?... Bien lo sabemos todos. En aquel centro de corrupción, de escándalo, de irreligiosidad y descreimiento, unos cuantos hombres malignos, comprados por el oro extranjero, se emplean en destruir en nuestra España la semilla de la fe... ¿Pues qué creen ustedes? Nos dejan a nosotros decir misa y a ustedes oírla por un resto de consideración, por vergüenza..., pero el mejor día... Por mi parte, estoy tranquilo. Soy un hombre que no se apura por ningún interés temporal y mundano. Bien lo sabe la señora doña Perfecta, bien lo saben todos los que me conocen. Estoy tranquilo y no me asusta el triunfo de los malvados. Sé muy bien que nos aguardan días terribles; que cuantos vestimos el hábito sacerdotal tenemos la vida pendiente de un cabello, porque España, no lo duden ustedes, presenciará escenas como aquellas de la Revolución francesa, en que perecieron miles de sacerdotes piadosísimos en un solo día... Mas no me apuro. Cuando toquen a degollar, presentaré mi cuello; ya he vivido bastante. ¿Para qué sirvo yo? Para nada, para nada.

—Comido de perros me vea yo—gritó *Vejarruco* mostrando el puño, no menos duro y fuerte que un martillo—si no acabamos pronto con toda esa canalla ladrona.

—Dicen que la semana que viene comienza el derribo de la Catedral—indicó Frasquito.

—Supongo que la derribarán con picos y martillos—dijo el canónigo sonriendo—. Hay artífices que no tienen esas herramientas, y, sin embargo, adelantan más edificando. Bien saben ustedes que, según tradición piadosa, nuestra hermosa capilla del Sagrario fué derribada por los moros en un mes y reedificada en seguida por los ángeles en una sola noche... Dejadles, dejadles que destruyan.

—En Madrid, según nos contó la otra noche el cura de Naharilla—dijo *Vejarruco*—, ya quedan tan pocas iglesias, que algunos curas dicen misa en medio

de la calle; y como los aporrean y les dicen injurias y también los escupen, muchos no quieren decirla.

—Felizmente aquí, hijos míos—manifestó don Inocencio—, no hemos tenido aún escenas de esa naturaleza. ¿Por qué? Porque saben qué clase de gente sois; porque tienen noticia de vuestra piedad ardiente y de vuestro valor... No les arriendo la ganancia a los primeros que pongan la mano en nuestros sacerdotes y en nuestro culto... Por supuesto, dicho se está que si no se los ataja a tiempo harán diabluras. ¡Pobre España, tan santa y tan humilde y tan buena! ¿Quién había de decir que llegarían a estos apurados extremos!... Pero yo sostengo que la impiedad no triunfará, no, señor. Todavía hay gente valerosa, todavía hay gente de aquella de antaño, ¿no es verdad, señor Ramos?

—Todavía las hay, sí, señor—repuso éste.

—Yo tengo una fe ciega en el triunfo de la ley de Dios. Alguno ha de salir en defensa de ella. Si no son unos, serán otros. La palma de la victoria, y con ella la gloria eterna, alguien se la ha de llevar. Los malvados perecerán, si no hoy, mañana. Aquel que va contra la ley de Dios, caerá, no hay remedio. Sea de esta manera, sea de la otra, ello es que ha de caer. No le salvan ni sus argucias, ni sus escondites, ni sus artimañas. La mano de Dios está alzada sobre él, y le herirá su falta. Tengámosle compasión y deseemos su arrepentimiento... En cuanto a vosotros, hijos míos, no esperéis que os diga una palabra sobre el paso que seguramente vais a dar. Sé que sois buenos; sé que vuestra determinación generosa y el noble fin que os guía lavan toda mancha pecaminosa ocasionada por el derramamiento de sangre; sé que Dios os bendice; que vuestra victoria, lo mismo que vuestra muerte, os sublimarán a los ojos de los hombres y a los de Dios; sé que se os deben palmas y alabanzas y toda suerte de honores; pero, a pesar de esto, hijos míos, mi labio no os incitará a la pelea. No lo ha hecho nunca ni ahora lo hará. Obrad con arreglo al ímpetu de vuestro noble corazón. Si él os manda que os estéis en vuestras casas, permaneced en ellas: si él os manda que salgáis, salid en buen hora. Me resigno a ser mártir y a inclinar mi cuello ante el verdugo, si esa miserable tropa continúa aquí. Pero si un impulso hidalgo y ardiente y pío de los hijos de Orbajosa contribuye a la grande obra de la extirpación de las desventuras patrias, me tendré por el más dichoso de los hombres sólo con ser compatricio vuestro, y toda mi vida de estudio, de penitencia, de resignación, no me parecerá tan meritoria para aspirar al cielo como un día solo de vuestro heroísmo.

—¡No se puede decir más y mejor! —exclamó doña Perfecta arrebatada de entusiasmo.

Caballuco se había inclinado hacia adelante en su asiento, poniendo los codos sobre las rodillas. Cuando el canónigo acabó de hablar, tomóle la mano y se la besó con fervor.

—Hombre mejor no ha nacido de madre—dijo el tío *Licurgo* enjugando o haciendo que enjugaba una lágrima.

—¡Que viva el señor penitenciario! —gritó Frasquito González, poniéndose en pie y arrojando hacia el techo su gorra.

—Silencio—dijo doña Perfecta—. Siéntate, Frasquito. Tú eres de los de mucho ruido y pocas nueces.

—¡Bendito sea Dios, que le dió a usted ese pico de oro!—exclamó Cristóbal, inflamado de admiración—. ¡Qué dos personas tengo delante! Mientras vivan las dos, ¿para qué se quiere más mundo?... Toda la gente de España debiera ser así... Pero ¡cómo ha de ser así, si no hay más que pillería! En Madrid, la corte de donde vienen leyes y mandarines, todo es latrocinio y farsa. ¡Pobre religión, cómo la han puesto...! No se ven más que pecados... Señora doña Perfecta, señor don Inocencio, por el alma de mi padre, por el alma de mi abuelo, por la salvación de la mía, juro que deseo morir.

—¡Morir!

—Que me maten esos perros tunantes; y digo que me maten, porque yo no puedo descuartizarlos a ellos. Soy muy chico.

—Ramos, eres grande—dijo la señora.

—¿Grande, grande?... Grandísimo por el corazón; pero ¿tengo yo plazas fuertes, tengo Caballería, tengo Artillería?

—Esa es una cosa, Ramos—dijo doña Perfecta, sonriendo—, de que yo no me ocuparía. ¿No tiene el enemigo lo que a ti te hace falta?

—Sí.

—Pues quítaselo.

—Se lo quitaremos, sí, señora. Cuando digo que se lo quitaremos...

—Querido Ramos—declaró don Inocencio—, envidiable posición es la de usted... ¡Destacarse, elevarse sobre la vil muchedumbre, ponerse al igual de los mayores héroes del mundo..., poder decir que la mano de Dios guía su mano!... ¡Oh, qué grandeza y honor! Amigo mío, no es lisonja. ¡Qué apostura, qué gentileza, qué gallardía!... No; hombres de tal temple no pueden morir. El Señor va con ellos, y la bala y hierro enemigos detiénense..., no se atreven... ¿Qué se han de atrever, viniendo de cañón y de manos de herejes?... Querido *Caballuco*, al ver a usted, al ver su bizarria y caballerosidad, vienen a mi memoria, sin poderlo remediar, los versos de aquel romance de la conquista del imperio de Trapisonda:

Llegó el valiente Roldán
de todas armas armado,
en el fuerte *Briador*,
su poderoso caballo,
y la fuerte Durlindana
muy bien ceñida a su lado,
la lanza como una antena,
el fuerte escudo embrazado...
Por la visera del yelmo
fuego venía lanzando;
retemblando con la lanza
como un junco muy delgado,
y a toda la hueste junta
fieramente amenazando.

—¡Muy bien!—chilló *Licurgo*, batiendo palmas—. Y digo yo, como don Reinaldos:

¡Nadie en don Reinaldos toque
si quiere ser bien librado!
Quien otra cosa quisiere,
él será tan bien pagado,
que todo el resto del mundo
no se escape de mi mano
sin quedar pedazos hecho
o muy bien escarmentado.

—Ramos, tú querrás cenar; tú querrás tomar algo, ¿no es verdad?—dijo la señora.

—Nada, nada—repuso el centauro—; déme, si acaso, un plato de pólvora.

Diciendo esto, soltó estrepitosa carcajada, dió varios paseos por la habitación, observado atentamente por todos, y, deteniéndose junto al grupo, fijó los ojos en doña Perfecta, y, con atronadora voz, profirió estas palabras:

—Digo que no hay más que decir: ¡Viva Orbajosa! ¡Muera Madrid!

Descargó la mano sobre la mesa con tal fuerza, que retembló el piso de la casa.

—¡Qué poderoso brío!—murmuró don Inocencio.

—Vaya, que tienes unos puños...

Todos contemplaban la mesa, que se había partido en dos pedazos.

Fijaban luego los ojos en el nunca bastante admirado Reinaldos o *Caballuco*. Indudablemente, había en su semblante hermoso, en sus ojos verdes, animados por extraño resplandor felino; en su negra cabellera, en su cuerpo hercúleo, cierta expresión y aire de grandeza, un resabio o más bien recuerdo de las grandes razas que dominaron al mundo. Pero su aspecto general era el de una degeneración lastimosa, y costaba trabajo encontrar la filiación noble y heroica en la brutalidad presente. Se parecía a los grandes hombres de don Cayetano, como se parece el mulo al caballo.

XXIII

MISTERIO

Después de lo que hemos referido, duró mucho la conferencia; pero omitimos lo restante por no ser indispensable para la buena inteligencia de esta relación. Retiráronse, al fin, quedando para lo último, como de costumbre, el señor don Inocencio. No habían tenido tiempo aún la señora y el canónigo de cambiar dos palabras, cuando entró en el comedor una criada de edad y mucha confianza, que era el brazo derecho de doña Perfecta, y como ésta la viera inquieta y turbada, llenóse también de turbación sospechando que algo malo en la casa ocurría.

—No encuentro a la señorita por ninguna parte—dijo la criada, respondiendo a las preguntas de la señora.

—¡Jesús! ¡Rosario!... ¿Dónde está mi hija?

—¡Válgame la Virgen del Socorro!—gritó el penitenciario, tomando el sombrero y disponiéndose a correr tras la señora.

—Buscadla bien... Pero ¿no estaba contigo en su cuarto?

—Sí, señora—repuso, temblando, la vieja—. Pero el demonio me tentó y me quedé dormida.

—¡Maldito sea tu sueño!... ¡Jesús mío!... ¿Qué es esto? ¡Rosario, Rosario..., Librada!

Subieron, bajaron, tornaron a bajar y a subir, llevando luz y registrando todas las piezas. Por último, oyóse en la escalera la voz del penitenciario, que decía con júbilo:

—¡Aquí está, aquí está!

Un instante después, madre e hija se encontraban, la una frente a la otra, en la galería.

—¿Dónde estabas?—preguntó con severo acento doña Perfecta, examinando el rostro de su hija.

—En la huerta—murmuró la niña, más muerta que viva.

—¿En la huerta a estas horas? ¡Rosario!...

—Tenía calor, me asomé a la ventana, se me cayó el pañuelo y bajé a buscarlo.

—¿Por qué no dijiste a Librada que te lo alcanzase?... ¡Librada!... ¿Dónde está esa muchacha? ¿Se ha dormido también?

Librada apareció, al fin. Su semblante pálido indicaba la consternación y el recelo del delincuente.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estabas?—preguntó, con terrible enojo, la dama.

—Pues..., señora, bajé a buscar la ropa que está en el cuarto de la calle..., y me quedé dormida.

—Todas duermen aquí esta noche. Me parece que alguna no dormirá en mi casa mañana. Rosario, puedes retirarte.

Comprendiendo que era indispensable proceder con prontitud y energía, la señora y el canónigo emprendieron sin tardanza sus investigaciones. Preguntas, amenazas, ruegos, promesas, fueron empleadas con habilidad suma para inquirir la verdad de lo acontecido. No resultó ni sombra de culpabilidad en la criada anciana; pero Librada confesó de plano, entre lloros y suspiros, todas sus bellaquerías, que sintetizamos del modo siguiente:

Poco después de alojarse en la casa, el señor Pinzón empezó a hacer cocos a la señorita Rosario. Dió dinero a Librada, según ésta dijo, para tenerla por mensajera de recados y amorosas esquelas. La señorita no se mostró enojada, sino antes bien gozosa, y pasaron algunos días de esta manera. Por último, la sirviente declaró que aquella noche Rosario y el señor Pinzón habían concertado verse y hablarse en la ventana de la habitación de este último, que da a la huerta. Confiaron su pensamiento a la doncella, quien ofreció protegerlo mediante una cantidad que se le entregara en el acto. Según lo convenido, el Pinzón debía salir de la casa a la hora de costumbre y volver ocultamente a las nueve, y entrar en su cuarto, del cual y de la casa saldría también clasdestinamente más tarde, para volver sin tapujos a la hora avanzada de costumbre. De este modo no podría sospecharse de él. La Librada aguardó al Pinzón, el cual entró, muy envuelto en su capote, sin hablar palabra. Metióse en su cuarto a punto que la señorita bajaba a la huerta. La criada, mientras duró la entrevista, que no presenció, estuvo de centinela en la galería para avisar a Pinzón cualquier peligro que ocurriese; y, al cabo de una hora, salió éste, como antes, muy bien cubierto con su capote y sin hablar una palabra. Concluída la confesión, don Inocencio preguntó a la desdichada:

—¿Está segura de que el que entró y salió era el señor Pinzón?

La reo no contestó nada, y sus facciones indicaban gran perplejidad. La señora se puso verde de ira.

—¿Tú le viste la cara?

—Pero ¿quién podría ser sino él?—repuso la doncella—. Yo tengo la seguridad de que él era. Fué derecho a su cuarto..., conocía muy bien el camino.

—Es raro—dijo el canónigo—. Viviendo en la casa no necesitaba emplear tales tapujos... Podía haber pretextado una enfermedad y quedarse... ¿No es verdad, señora?

—¡Librada!—exclamó ésta con exaltación de ira—, te juro por Dios que irás a presidio.

Después cruzó las manos, clavándose los dedos de la una en la otra con tanta fuerza, que casi se hizo sangre.

—Señor don Inocencio—agregó—. Muramos..., no hay más remedio que morir.

Después rompió a llorar desconsolada.

—Valor, señora mía—dijo el clérigo con voz patética—. Mucho valor... Ahora es preciso tenerlo grande. Esto requiere serenidad y gran corazón.

—El mío es inmenso—dijo, entre sollozos, la de Polentinos.

—El mío es pequeñito...; pero allá veremos.

XXIV

LA CONFESIÓN

Entre tanto, Rosario, el corazón hecho pedazos, sin poder llorar, sin poder tener calma ni sosiego, traspasada por el frío acero de un inmenso dolor, con la mente pasando, en veloz carrera, del mundo a Dios y de Dios al mundo, aturdida y medio loca, estaba a altas horas de la noche en su cuarto, de hinojos, cruzadas las manos, los pies desnudos sobre el suelo, la ardiente sien apoyada en el borde del lecho, a oscuras, a solas, en silencio. Cuidaba de no hacer el menor ruido para no llamar la atención de su mamá, que dormía, o aparentaba dormir, en la habitación inmediata. Elevó al cielo su exaltado pensamiento en esta forma:

«Señor, Dios mío, ¿por qué antes no sabía mentir y ahora sé? ¿Por qué antes no sabía disimular y ahora disimulo? ¿Soy una mujer infame...? ¿Esto que siento y que a mí me pasa es la caída de las que no vuelven a levantarse? ¿He dejado de ser buena y honrada?... Yo no me conozco. ¿Soy yo misma, o es otra la que está en este sitio?... ¡Qué de terribles cosas en tan pocos días! ¡Cuántas sensaciones diversas! ¡Mi corazón está consumido de tanto sentir!... Señor, Dios mío, ¿oyes mi voz, o estoy condenada a rezar eternamente sin ser oída?... Yo soy buena; nadie me convencerá de que no soy buena. Amar, amar muchísimo, ¿es, acaso, maldad?... Pero no..., esto es una ilusión, un engaño. Soy más mala que las peores mujeres de la Tierra. Dentro de mí, una gran culebra me muerde y me envenena el corazón... ¿Qué es esto que siento? ¿Por qué no me matas, Dios mío? ¿Por qué no me hundes para siempre en el infierno?... Es espantoso; pero lo confieso, lo confieso a solas a Dios, que me oye, y lo confesaré ante el sacerdote. Aborrezco a mi madre. ¿En qué consiste esto? No puedo explicármelo. El no me ha dicho una palabra en contra de mi madre. Yo no sé cómo ha venido esto... ¡Qué mala soy! Los demonios se han apoderado de mí. Señor, ven en mi auxilio, porque no puedo con mis propias fuerzas vencerme... Un impulso terrible me arroja de esta casa. Quiero huir, quiero correr fuera de aquí. Si él no me lleva, me iré tras él, arrastrándome por los caminos... ¿Qué divina alegría es esta que dentro de mi pecho se confunde con tan amarga pena?... Señor, Dios Padre mío, ilumíname. Quiero amar tan sólo. Yo no nací para este rencor que me está devorando. Yo no nací para disimular, ni para mentir, ni para engañar. Mañana saldré a la calle, gritaré en medio de ella, y a todo el que pase le diré: «Amo, aborrezco»... Mi corazón se desahogará de esta manera... ¡Qué dicha sería poder conciliarlo todo, amar y respetar a todo el mundo! La Virgen Santísima me favorezca... Otra vez la idea terrible. No lo quiero pensar, y lo pienso. No lo quiero sentir, y lo siento. ¡Ah!, no puedo engañarme sobre este particular. No puedo ni destruirlo ni atenuarlo...; pero puedo confesarlo y lo confieso, diciéndote: ¡Señor, que aborrezco a mi madre!»

Al fin se aletargó. En su inseguro sueño, la imaginación le reproducía todo lo que había hecho aquella noche, desfigurándolo, sin alterarlo en su esencia. Oía el reloj de la Catedral dando las nueve; veía con júbilo a la criada anciana, durmiendo con beatífico sueño, y salía del cuarto muy despacito para no hacer ruido; bajaba la escalera tan suavemente, que no movía un pie hasta no estar segura de poder evitar el más ligero ruido. Salía a la huerta, dando una vuelta por el cuarto de las criadas y la cocina; en la huerta deteníase un momento para mirar al cielo, que estaba tachonado de estrellas. El viento callaba. Ningún ruido interrumpía el hondo sosiego de la noche. Parecía existir en ella una atención fija y silenciosa, propia de ojos que miran sin pestañear y oídos que acechan en la expectativa de un gran suceso... La noche observaba.

Acercábase después a la puerta vidriera del comedor, y miraba con cautela a cierta distancia, temiendo que la vieran los de dentro. A la luz de la lámpara del comedor veía de espaldas a su

madre. El penitenciario estaba a la derecha, y su perfil se descomponía de un modo extraño; crecíale la nariz, asemejábase al pico de un ave inverosímil, y toda su figura se tornaba en una recortada sombra, negra y espesa, con ángulos aquí y allí, irrisoria, escueta y delgada. Enfrente estaba *Caballuco,* más semejante a un dragón que a un hombre. Rosario veía sus ojos verdes, como dos grandes linternas de convexos cristales. Aquel fulgor y la imponente figura del animal le infundían miedo. El tío *Licurgo* y los otros tres se le presentaban como figuritas grotescas. Ella había visto, en alguna parte, sin duda en los muñecos de barro de las ferias, aquel reír estúpido, aquellos semblantes toscos y aquel mirar lelo. El dragón agitaba sus brazos, que, en vez de accionar, daban vueltas como aspas de molino, y revolvía de un lado para otro los globos verdes, tan semejantes a los fanales de una farmacia. Su mirar cegaba... La conversación parecía interesante. El penitenciario agitaba las alas. Era una presumida avecilla que quería volar y no podía. Su pico se alargaba y se retorcía. Erizábansele las plumas con síntomas de furor, y después, recogiéndose y aplacándose, escondía la pelada cabeza bajo el ala. Luego, las figurillas de barro se agitaban, queriendo ser personas, y Frasquito Gonzáles se empeñaba en pasar por hombre.

Rosario sentía un pavor inexplicable en presencia de aquel amistoso concurso. Alejábase de la vidriera y seguía adelante, paso a paso, mirando a todos lados por si era observada. Sin ver a nadie, creía que un millón de ojos se fijaban en ella... Pero sus temores y su vergüenza disipábanse de improviso. En la ventana del cuarto donde habitaba el señor Pinzón aparecía un hombre azul; brillaban en su cuerpo los botones como sarta de lucecillas. Ella se acercaba. En el mismo instante sentía que unos brazos con galones la suspendían como una pluma, metiéndola con rápido movimiento dentro de la pieza. Todo cambiaba. De súbito sonó un estampido, un golpe seco, que estremeció la casa. Ni uno ni otro supieron la causa de tal estrépito. Temblaban y callaban.

Era el momento en que el dragón había roto la mesa del comedor.

XXV

SUCESOS IMPREVISTOS.—PASAJERO DESCONCIERTO

La escena cambia. Ved una estancia hermosa, clara, humilde, alegre, cómoda y de un aseo sorprendente. Fina estera de junco cubre el piso, y las blancas paredes se adornan con hermosas estampas de santos y algunas esculturas de dudoso valor artístico. La antigua caoba de los muebles brilla lustrada por los frotamientos del sábado, y el altar, donde una pomposa Virgen, de azul y plata vestida, recibe doméstico culto, se cubre de mil graciosas chucherías, mitad sacras, mitad profanas. Hay, además, cuadritos de mostacilla, pilas de agua bendita, una relojera con su agnusdéi, una rizada palma de Domingo de Ramos y no pocos floreros de inodoras rosas de trapo. Enorme estante de roble contiene una rica y escogida biblioteca, y allí está Horacio, el epicúreo y sibarita, junto con el tierno Virgilio, en cuyos versos se ve palpitar y derretirse el corazón de la inflamada Dido; Ovidio, el narigudo, tan sublime como obsceno y adulador, junto con Marcial, el tunante lenguaraz y conceptista; Tibulo, el apasionado, con Cicerón, el grande; el severo Tito Livio, con el terrible Tácito, verdugo de los Césares; Lucrecio, el panteísta; Juvenal, que, con la pluma, desollaba: Plauto, el que imaginó las mejores comedias de la antigüedad dando vueltas a la rueda de un molino; Séneca, el filósofo, de quien se dijo que el mejor acto de su vida fué su muerte; Quintiliano, el retórico; Salustio, el pícaro, que tan bien habla de la virtud; ambos Plinios, Suetonio y Varrón; en una palabra: todas las letras latinas, desde que balbucieron su primera palabra con Livio Andrónico, hasta que exhalaron su postrer suspiro con Rutilio.

Pero, haciendo esta rápida enumeración, no hemos observado que dos mujeres han entrado en el cuarto. Es muy temprano; pero en Orbajosa se madruga mucho. Los pajaritos cantan que se las pelan en sus jaulas; tocan a misa las campanas de las iglesias, y hacen sonar sus alegres esquilas las cabras, que van a dejarse ordeñar a las puertas de las casas.

Las dos señoras que vemos en la ha-

bitación descrita vienen de oír misa. Visten de negro, y cada cual trae en la mano derecha su librito de devoción y el rosario envuelto en los dos dedos.

—Tu tío no puede tardar ya—dijo una de ellas—. Le dejamos empezando la misa; pero él despacha pronto, y a estas horas estará en la sacristía quitándose la casulla. Yo me hubiera quedado a oírle la misa; pero hoy es día de mucha fatiga para mí.

—Yo no he oído hoy más que la del señor magistral—dijo la otra—; la del señor magistral, que las dice en un soplo, y creo que no me ha sido de provecho, porque estaba muy intranquila, sin poder apartar el entendimiento de estas cosas terribles que nos pasan.

—¡Cómo ha de ser!... Es preciso tener paciencia... Veremos lo que nos aconseja tu tío.

—¡Ay!—exclamó la segunda, exhalando un hondo suspiro—. Yo tengo la sangre abrasada.

—Dios nos amparará.

—¡Pensar que una señora como usted se ve amenazada por un...! Y él sigue en sus trece... Anoche, señora doña Perfecta, conforme usted me lo mandó, volví a la posada de la viuda de Cuzco, y he pedido nuevos informes. El don Pepito y el brigadier Batalla están siempre juntos, conferenciando..., ¡ay Jesús, Dios y Señor mío!..., conferenciando sobre sus infernales planes, y despachando botellas de vino. Son dos perdidos, dos borrachos. Sin duda, discurren alguna maldad muy grande. Como me intereso tanto por usted, anoche, estando yo en la plazuela, vi salir al don Pepito y le seguí.

—Y ¿adónde fué?

—Al Casino, sí, señora; al Casino—repuso la otra, turbándose ligeramente—. Después volvió a su casa. ¡Ay, cuánto me reprendió mi tío por haber estado hasta muy tarde ocupada en este espionaje...!; pero no lo puedo remediar... ¡Jesús divino, ampárame! No lo puedo remediar, y mirando a una persona como usted en trances tan peligrosos, me vuelvo loca... Nada, nada, señora; estoy viendo que a lo mejor esos tunantes asaltan la casa y nos llevan a Rosarito...

Doña Perfecta, fijando la vista en el suelo, meditó largo rato. Estaba pálida y ceñuda. Por fin, dijo:

—Pues no veo el modo de impedirlo.

—Yo sí lo veo—dijo vivamente la otra, que era la sobrina del penitenciario y madre de Jacinto—. Veo un medio muy sencillo. El que he manifestado a usted y no le gusta. ¡Ah señora mía! Usted es demasiado buena. En ocasiones como ésta conviene ser un poco menos perfecta..., dejar a un ladito los escrúpulos... Pues qué, ¿se va a ofender Dios por eso?

—María Remedios—explicó la señora con altanería—, no digas desatinos.

—¡Desatinos!... Usted, con sus sabidurías, no podrá ponerle las peras a cuarto al sobrinejo. ¿Qué cosa más sencilla que la que yo propongo? Puesto que ahora no hay justicia que nos ampare, hagamos nosotros la gran justiciada. ¿No hay en casa de usted hombres que sirvan para cualquier cosa? Pues, llamadles y decidles: «Mira, *Caballuco*, Pasolargo, o quien sea: esta misma noche te tapujas bien, de modo que no seas conocido; llevas contigo a un amiguito de confianza, y te pones en la esquina de la calle de la Santa Faz. Aguardáis un rato, y cuando don José Rey pase por la calle de la Tripería para ir al Casino, porque de seguro irá al Casino, ¿entendéis bien?; cuando pase, le salís al encuentro y le dais un susto...»

—María Remedios, no seas tonta—indicó, con magistral dignidad, la señora.

—Nada más que un susto, señora; atienda usted bien a lo que le digo: un susto. Pues qué, ¿había yo de aconsejar un crimen?... ¡Jesús, Padre y Redentor mío! Sólo la idea me llena de horror, y parece que veo señales de sangre y fuego delante de mis ojos. Nada de eso, señora mía... Un susto, y nada más que un susto, por lo cual comprenda ese bergante que estamos bien defendidas. El va solo al Casino, señora; enteramente solo, y allí se junta con sus amigotes los del sable y morrioncete. Figúrese usted que recibe el susto y que, además, le quedan algunos huesos quebrantados, sin nada de heridas graves, se entiende... Pues en tal caso, o se acobarda y huye de Orbajosa, o se tiene que meter en la cama por quince días. Eso sí, hay que recomendarles que el susto sea bueno. Nada de matar..., cuidadito con eso, pero sentar bien la mano.

—María—dijo doña Perfecta con orgullo—, tú eres incapaz de una idea elevada, de una resolución grande y sal-

vadora. Eso que me aconsejas es una indignidad cobarde.

—Bueno, pues me callo... ¡Ay de mí, qué tonta soy!—refunfuñó, con humildad, la sobrina del penitenciario—. Me guardaré mis tonterías para consolarla a usted después que haya perdido a su hija.

—¡Mi hija!... ¡Perder a mi hija!—exclamó la señora, con súbito arrebato de ira—. Sólo oírlo me vuelve loca. No, no me la quitarán. Si Rosario no aborrece a ese perdido, como yo deseo, le aborrecerá. De algo sirve la autoridad de una madre... Le arrancaremos su pasión...; mejor dicho, su capricho, como se arranca una hierba tierna que aún no ha tenido tiempo de echar raíces... No, esto no puede ser, Remedios. ¡Pase lo que pase, no será! No le valen a ese loco ni los medios más infames. Antes que verla esposa de mi sobrino, acepto cuanto de malo pueda pasarle, incluso la muerte.

—Antes muerta, antes enterrada y hecha alimento de gusanos—afirmó Remedios, cruzando las manos, como quien recita una plegaria—, que verla en poder de... ¡Ay, señora!, no se ofenda usted si le digo una cosa, y es que sería gran debilidad ceder porque Rosarito haya tenido algunas entrevistas secretas con ese atrevido. El caso de anteanoche, según lo contó mi tío, me parece una treta infame de don José para conseguir su objeto por el escándalo. Muchos hacen esto... ¡Ay Jesús divino, no sé cómo hay quien le mire la cara a un hombre, no siendo sacerdote!

—Calla, calla—dijo doña Perfecta con vehemencia—, no me nombres lo de anteanoche. ¡Qué horrible suceso! María Remedios..., comprendo que la ira puede perder un alma para siempre... Yo me abraso... ¡Desdichada de mí, ver estas cosas y no ser hombre!... Pero, si he de decir la verdad sobre lo de anteanoche, aún tengo mis dudas. Librada jura y perjura que fué Pinzón el que entró. ¡Mi hija niega todo, mi hija nunca ha mentido!... Yo insisto en mi sospecha. Creo que Pinzón es un bribón encubridor; pero nada más...

—Volvemos a lo de siempre: a que el autor de todos los males es el dichoso matemático... ¡Ay!, no me engañó el corazón cuando lo vi por primera vez... Pues, señora mía, resígnese usted a presenciar algo más terrible todavía, si no se decide a llamar a *Caballuco* y decirle: «*Caballuco*, espero que...»

—Vuelta a lo mismo; pero tú eres simple...

—¡Oh! Si yo soy muy simplota, lo reconozco; pero si no alcanzo más, ¿qué puedo hacer? Digo lo que se me ocurre, sin sabidurías.

—Lo que tú imaginas, esa vulgaridad tonta de la paliza y del susto, se le ocurre a cualquiera. Tú no tienes dos dedos de frente, Remedios; cuando quieres resolver un problema grave, sales con tales patochadas. Yo imagino un recurso más digno de personas nobles y bien nacidas. ¡Apalear! ¡Qué estupidez! Además, no quiero que mi sobrino reciba un rasguño por orden mía: eso, de ninguna manera. Dios le enviará su castigo por cualquiera de los admirables caminos que El sabe elegir. Sólo nos corresponde trabajar por que los designios de Dios no hallen obstáculo, María Remedios; es preciso en estos asuntos ir directamente a las causas de las cosas. Pero tú no entiendes de causas..., tú no ves más que pequeñeces.

—Será así—dijo, humildemente, la sobrina del cura—. ¡Para qué me hará Dios tan necia, que nada de estas sublimidades entiendo!

—Es preciso ir al fondo, al fondo, Remedios. ¿Tampoco entiendes ahora?

—Tampoco.

—Mi sobrino no es mi sobrino, mujer: es la blasfemia, el sacrilegio, el ateísmo, la demagogia... ¿Sabes lo que es la demagogia?

—Algo de esa gente que quemó a París con petróleo, y los que derriban las iglesias y fusilan imágenes... Hasta ahí vamos bien.

—Pues mi sobrino es todo eso... ¡Ah! ¡Si él estuviera solo en Orbejosa!... Pero no, hija mía. Mi sobrino, por una serie de fatalidades, que son otras tantas pruebas de los males pasajeros que a veces permite Dios para nuestro castigo, equivale a un ejército, equivale a la autoridad del Gobierno, equivale al alcalde, equivale al juez; mi sobrino no es mi sobrino: es la nación oficial, Remedios; es esa segunda nación, compuesta de los perdidos que gobiernan en Madrid, y que se ha hecho dueña de la fuerza material; de esa nación aparente, porque la real es la que calla, paga y sufre; de esa nación ficticia que firma

al pie de los decretos, y pronuncia discursos, y hace una farsa de gobierno, y una farsa de autoridad, y una farsa de todo. Eso es hoy mi sobrino; es preciso que te acostumbres a ver lo interno de las cosas. Mi sobrino es el Gobierno, el brigadier, el alcalde nuevo, el juez nuevo, porque todos le favorecen a causa de la unanimidad de sus ideas; porque son uña y carne, lobos de la misma manada... Entiéndelo bien: hay que defenderse de todos ellos, porque todos son uno, y uno es todos; hay que atacarlos en conjunto, y no con palizas al volver de una esquina, sino como atacaban nuestros abuelos a los moros, a los moros, Remedios... Hija mía, comprende bien esto; abre tu entendimiento y deja entrar en él una idea que no sea vulgar...; remóntate; piensa en alto, Remedios.

La sobrina de don Inocencio estaba atónita ante tanta grandeza. Abrió la boca para decir algo en consonancia con tan maravilloso pensamiento; pero sólo exhaló un suspiro.

—Como a los moros—repitió doña Perfecta—. Es cuestión de moros y cristianos. ¡Y creías tú que con asustar a mi sobrino se concluía todo!... ¡Qué necia eres! ¿No ves que le apoyan sus amigos? ¿No ves que estamos a merced de esa canalla? ¿No ves que cualquier tenientejo es capaz de pegar fuego a mi casa si se le antoja?... Pero ¿tú no alcanzas esto? ¿No comprendes que es necesario ir al fondo? ¿No comprendes la inmensa grandeza, la terrible extensión de mi enemigo, que no es un hombre, sino una secta?... ¿No comprendes que mi sobrino, tal como está hoy enfrente de mí, no es una calamidad, sino una plaga?... Contra ella, querida Remedios, tendremos aquí un batallón de Dios que aniquile la infernal milicia de Madrid. Te digo que esto va ser grande y glorioso.

—¡Si, al fin, fuera...!

—Pero ¿tú lo dudas? Hoy hemos de ver aquí cosas terribles...—dijo, con gran impaciencia, la señora—. Hoy, hoy. ¿Qué hora es? Las siete. ¡Tan tarde y no ocurre nada!...

—Quizá sepa algo mi tío, que está aquí ya. Le siento subir la escalera.

—Gracias a Dios...—añadió doña Perfecta, levantándose para salir al encuentro del penitenciario—. El nos dirá algo bueno.

Don Inocencio entró apresurado. Su demudado rostro indicaba que aquella alma, consagrada a la piedad y a los estudios latinos, no estaba tan tranquila como de ordinario.

—Malas noticias—dijo, poniendo sobre una silla el sombrero y desatando los cordones del manteo.

Doña Perfecta palideció.

—Están prendiendo gente—añadió don Inocencio, bajando la voz cual si debajo de cada silla estuviera un soldado—. Sospechan, sin duda, que los de aquí no les aguantarían sus pesadas bromas, y han ido de casa en casa echando mano a todos los que tenían fama de valientes.

La señora se arrojó en un sillón y apretó fuertemente los dedos contra la madera de los brazos del mueble.

—Falta que se hayan dejado prender —indicó Remedios.

—Muchos de ellos..., pero muchos—dijo don Inocencio con ademanes encomiásticos, dirigiéndose a la señora—, han tenido tiempo de huir, y se han ido con armas y caballos a Villahorrenda.

—¿Y Ramos?

—En la Catedral dijéronme que es el que buscan con más empeño... ¡Oh Dios mío!, prender así a unos infelices que nada han hecho todavía... Vamos, no sé cómo los buenos españoles tienen paciencia. Señora mía doña Perfecta, refiriendo esto de las prisiones, me he olvidado decir a usted que debe marcharse a su casa al momento.

—Sí, al momento... ¿Registrarán mi casa esos bandidos?

—Quizá. Señora, estamos en un día nefasto—dijo don Inocencio con solemne y conmovido acento—. ¡Dios se apiade de nosotros!

—En mi casa tengo media docena de hombres muy bien armados—repuso la dama vivamente alterada—. ¡Qué iniquidad! ¿Serán capaces de querer llevárselos también?...

—De seguro, el señor Pinzón no se habrá descuidado en denunciarlos. Señora, repito que estamos en un dia nefasto. Pero Dios amparará la inocencia.

—Me voy. No deje usted de pasar por allá.

—Señora, en cuanto despache la clase..., y me figuro que con la alarma que hay en el pueblo, todos los chicos harán novillos hoy; pero, haya o no clase, iré después por allá... No quiero que salga usted sola, señora. Andan por las calles

esos zánganos de soldados con unos humos... ¡Jacinto, Jacinto!

—No es preciso. Me marcharé sola.

—Que vaya Jacinto—dijo la madre de éste—. Ya debe de estar levantado.

Sintiéronse los precipitados pasos del doctorcillo, que bajaba a toda prisa la escalera del piso alto. Venía con el rostro encendido, fatigado el aliento.

—¿Qué hay?—le preguntó su tío.

—En casa de las Troyas—dijo el jovenzuelo—, en casa de esas..., pues...

—Acaba de una vez.

—Está *Caballuco.*

—¿Allá arriba?... ¿En casa de las Troyas?

—Sí, señor... Me habló desde el terrado; me ha dicho que está temiendo le vayan a coger allí.

—¡Oh, qué bestia!... Ese majadero va a dejarse prender—exclamó doña Perfecta, hiriendo el suelo con el inquieto pie.

—Quiere bajar aquí y que le escondamos en casa.

—¿Aquí?

Canónigo y sobrina se miraron.

—¡Que baje!—dijo doña Perfecta con vehemente frase.

—¿Aquí?—repitió don Inocencio, poniendo cara de mal humor.

—Aquí—contestó la señora—. No conozco casa donde pueda estar más seguro.

—Puede saltar fácilmente por la ventana de mi cuarto—dijo Jacinto.

—Pues si es indispensable...

—María Remedios—dijo la señora—, si nos cogen a este hombre, todo se ha perdido.

—Tonta y simple soy—repuso la sobrina del canónigo, poniéndose la mano en el pecho y ahogando el suspiro que, sin duda, iba a salir al público—; pero no le cogerán.

Salió la señora rápidamente, y poco después el centauro se arrellanaba en la butaca donde el señor don Inocencio solía sentarse a escribir sus sermones.

No sabemos cómo llegó a oídos del brigadier Batalla; pero es indudable que este diligente militar tenía noticia de que los orbajosenses habían variado de intenciones, y en la mañana de aquel día dispuso la prisión de los que en nuestro rico lenguaje insurreccional solemos llamar *caracterizados.* Salvóse, por milagro, el gran *Caballuco,* refugiándose en casa de las Troyas; pero, no creyéndose allí seguro, bajó, como se ha dicho, a la santa y no sospechosa mansión del buen canónigo.

Ocuparon diversos puntos del pueblo, la tropa ejercía de noche la mayor vigilancia con los que entraban y salían; pero Ramos logró evadirse, burlando, o quizá sin burlar, las precauciones militares. Esto acabó de encender los ánimos, y multitud de gente se conjuraba en los caseríos cercanos a Villahorrenda, juntándose de noche para dispersarse de día y preparar así el arduo negocio de su levantamiento. Ramos recorrió las cercanías, allegando gente y armas, y como las columnas volantes andaban tras los Aceros en tierra de Villajuán de Nahara, nuestro héroe caballeresco adelantó mucho en poco tiempo.

Por las noches arriesgábase, con audacia suma, a entrar en Orbajosa, valiéndose de medios de astucia o tal vez de sobornos. Su popularidad y la protección que recibía dentro del pueblo, servíanle, hasta cierto punto, de salvaguardia, y no será aventurado decir que la tropa no desplegaba ante aquel osado campeón el mismo rigor que ante los hombres insignificantes de la localidad. En España y principalmente en tiempo de guerras, que son siempre aquí desmoralizadoras, suelen verse esas condescendencias infames con los grandes, mientras se persigue sin piedad a los pequeños. Valido, pues, de su audacia, del soborno, o no sabemos de qué, *Caballuco* entraba en Orbajosa, reclutaba más gente, reunía armas y acopiaba dinero. Para mayor seguridad de su persona, o para cubrir el expediente, no ponía los pies en su casa; apenas entraba en la de doña Perfecta para tratar de asuntos importantes, y solía cenar en casa de este o del otro amigo, prefiriendo siempre la respetada vivienda de algún sacerdote, y principalmente la de don Inocencio, donde recibiera asilo en la mañana funesta de las prisiones.

En tanto, Batalla había telegrafiado al Gobierno, diciéndole que, descubierta una conspiración facciosa, estaban presos sus autores, y los pocos que lograron escapar andaban dispersos y fugitivos, *activamente perseguidos por nuestras columnas.*

XXVI

MARÍA REMEDIOS

Nada más entretenido que buscar el origen de los sucesos interesantes que nos asombran o perturban, ni nada más grato que encontrarlo. Cuando vemos arrebatadas pasiones en lucha encubierta o manifiesta, y, llevados del natural impulso inductivo que acompaña siempre a la observación humana, logramos descubrir la oculta fuente de donde aquel revuelto río ha traído sus aguas, sentimos un gozo muy parecido al de los geógrafos y buscadores de tierras.

Este gozo nos lo ha concedido Dios ahora, porque, explorando los escondrijos de los corazones que laten en esta historia, hemos descubierto un hecho que seguramente es el engendrador de los hechos más importantes que aquí se narran: una pasión, que es la primera gota de agua de esta alborotada corriente cuya marcha estamos observando.

Continuemos, pues, la narración. Para ello dejemos a la señora de Polentinos, sin cuidarnos de lo que pudo ocurrirle en la mañana de su diálogo con María Remedios. Penetra, llena de zozobra, en su vivienda, donde se ve obligada a soportar las excusas y cortesanías del señor Pinzón, quien asegura que, mientras él existiera, la casa de la señora no sería registrada. Le responde doña Perfecta de un modo altanero, sin dignarse fijar en él los ojos, por cuya razón él pide, urbanamente, explicaciones de tal desvío, a lo cual ella contesta rogando al señor Pinzón abandone su casa, sin perjuicio de dar oportunamente cuenta de su alevosa conducta dentro de ella. Llega don Cayetano y se cruzan palabras de caballero a caballero; pero como ahora nos interesa más otro asunto, dejemos a los Polentinos y al teniente coronel que se las compongan como puedan, y pasemos a examinar los manantiales históricos arriba mencionados.

Fijemos la atención en María Remedios, mujer estimable, a la cual es urgente consagrar algunas líneas. Era una señora, una verdadera señora, pues, a pesar de su origen humildísimo, las virtudes de su tío carnal, el señor don Inocencio, también de bajo origen, mas sublimado por el Sacramento, así como por su saber y respetabilidad, habían derramado extraordinario esplendor sobre toda la familia.

El amor de Remedios a Jacinto era una de las más vehementes pasiones que en el corazón maternal pueden caber. Le amaba con delirio; ponía el bienestar de su hijo sobre todas las cosas humanas; creíale el más perfecto tipo de la belleza y del talento creados por Dios, y diera por verle feliz y poderoso todos los días de su vida y aun parte de la eterna gloria. El sentimiento materno es el único que, por lo muy santo y noble, admite la exageración; el único que no se bastardea con el delirío. Sin embargo, ocurre un fenómeno singular que no deja de ser común en la vida, y es que si esta exaltación del afecto maternal no coincide con la absoluta pureza del corazón y con la honradez perfecta, suele extraviarse y convertirse en frenesí lamentable, que puede contribuir, como otra cualquiera pasión desbordada, a grandes faltas y catástrofes.

En Orbajosa, María Remedios pasaba por un modelo de virtud y de sobrinas; quizá lo era, en efecto. Servía cariñosamente a cuantos la necesitaban; jamás dió motivo de hablillas y murmuraciones de mal género; jamás se mezcló en intrigas. Era piadosa, no sin dejarse llevar a extremos de mojigatería chocantes; practicaba la caridad; gobernaba la casa de su tío con habilidad suprema; era bien recibida, admirada y obsequiada en todas partes, a pesar del sofoco que producía su continuo afán de suspirar y expresarse siempre en tono quejumbroso.

Pero en casa de doña Perfecta, aquella excelente señora sufría una especie de *capitis diminutio*. En tiempos remotos y muy aciagos para la familia del buen penitenciario, María Remedios—si es verdad, ¿por qué no se ha de decir?—había sido lavandera en la casa de Polentinos. Y no se crea por esto que doña Perfecta la miraba con altanería; nada de eso. Tratábala sin orgullo; hacia ella sentía cariño fraternal; comían juntas; rezaban juntas; referíanse sus cuitas; ayudábanse mutuamente en sus caridades y en sus devociones, así como en los negocios de la casa...; pero, ¡fuerza es decirlo!, siempre había algo, siempre había una raya invisible, pero infranqueable, entre la señora improvisada y la señora antigua. Doña Perfecta tuteaba a María, y ésta jamás

pudo prescindir de ciertas fórmulas. Sentíase tan pequeña la sobrina de don Inocencio en presencia de la amiga de éste, que su humildad nativa tomaba un tinte extraño de tristeza. Veía que el buen canónigo era en la casa una especie de consejero áulico inamovible; veía a su idolatrado Jacintillo en familiaridad casi amorosa con la señorita, y, sin embargo, la pobre madre y sobrina frecuentaban la casa lo menos posible.

Conviene indicar que María Remedios se deseñoraba bastante—pase la palabra—junto a doña Perfecta, y esto le era desagradable, porque también en aquel espíritu suspirón había, como en todo lo que vive, un poco de orgullo... ¡Ver a su hijo casado con Rosarito; verle rico y poderoso; verle emparentado con doña Perfecta, con la señora!... ¡Ay!, esto era para María Remedios la tierra y el cielo, esta vida y la otra, el presente y el más allá, la totalidad suprema de la existencia. Años hacía que su pensamiento y su corazón se llenaban de aquella dulce luz de esperanza. Por esto era buena y mala; por esto era religiosa y humilde, o terrible y osada; por esto era todo cuanto hay que ser, porque, sin tal idea, María, verdadera encarnación de su proyecto, no existiría.

En su físico, María Remedios no podía ser más insignificante. Distinguíase por una lozanía sorprendente, que aminoraba en apariencia el valor numérico de sus años, y vestía siempre de luto, a pesar de que su viudez era ya cuenta muy larga.

Habían pasado cinco días desde la entrada de *Caballuco* en casa del señor penitenciario. Principiaba la noche. Remedios entró con la lámpara encendida en el cuarto de su tío, y después de dejarla sobre la mesa se sentó frente al anciano, que desde media tarde permanecía inmóvil y meditabundo en su sillón, cual si le hubieran clavado en él. Sus dedos sostenían la barba, arrugando la morena piel, no rapada en tres días.

—¿Vendrá *Caballuco* a cenar aquí esta noche?—preguntó a su sobrina.

—Sí, señor, vendrá. En estas casas respetables es donde el pobrecito está más seguro.

—Pues yo no las tengo todas conmigo, a pesar de la respetabilidad de mi domicilio—repuso el penitenciario—. ¡Cómo se expone el valiente Ramos!... Y me han dicho que en Villahorrenda y su campiña hay mucha gente..., qué sé yo cuánta gente... ¿Qué has oído tú?

—Que la tropa está haciendo barbaridades...

—¡Es milagro que esos caribes no hayan registrado mi casa! Te juro que si veo entrar uno de los de pantalón encarnado, me caigo sin habla.

—¡Buenos, buenos estamos!—dijo Remedios, echando en un suspiro la mitad de su alma—. No puedo apartar de mi mente la tribulación en que se encuentra la señora doña Perfecta... ¡Ay tío! Debe usted ir allá.

—¿Allá esta noche?... Andan las tropas por las calles. Figúrate que a un soldado se le antoja... La señora está bien defendida. El otro día registraron la casa y se llevaron los seis hombres armados que allí tenía; pero después se los han devuelto. Nosotros no tenemos quien nos defienda en caso de un atropello.

—Yo he mandado a Jacinto allá para que acompañe un ratito a la señora. Si *Caballuco* viene, le diremos que vaya también... Nadie me quita de la cabeza que alguna gran fechoría preparan esos pillos contra nuestra amiga. ¡Pobre señora, Pobre Rosarito!... Cuando uno piensa que esto podía haberse evitado con lo que propuse a doña Perfecta hace dos días...

—Querida sobrina—dijo flemáticamente el penitenciario—, hemos hecho todo cuanto en lo humano cabía para realizar nuestro santo propósito... Ya no se puede más. Hemos fracasado, Remedios. Convéncete de ello, y no seas terca: Rosarito no puede ser la mujer de nuestro idolatrado Jacintillo. Tu sueño dorado, tu ideal dichoso, que un tiempo nos pareció realizable, y al cual consagré yo las fuerzas todas de mi entendimiento, como buen tío, se ha trocado ya en una quimera, se ha disipado como el humo. Entorpecimientos graves, la maldad de un hombre, la pasión indudable de la niña y otras cosas que callo, han vuelto las cosas del revés. Íbamos venciendo, y de pronto somos vencidos. ¡Ay sobrina mía! Convéncete de una cosa. Hoy por hoy, Jacinto merece mucho más que esa niña loca.

—Caprichos y terquedades—repuso María con displicencia bastante irrespetuosa—. ¡Vaya con lo que sale usted ahora, tío! Pues las grandes cabezas están luciendo... Doña Perfecta con sus sublimidades y usted con sus cavilaciones, sirven para cualquier cosa. Es lástima que Dios me haya hecho a mí tan tonta y dádome este entendimiento de ladrillo y argamasa, como dice la señora, porque, si así no fuera, yo resolvería la cuestión.

—¿Tú?

—Si ella y usted me hubieran dejado, resuelta estaría ya.

—¿Con los palos?

—No asustarse ni abrir tanto los ojos, porque no se trata de matar a nadie..., ¡vaya!

—Eso de los palos—dijo el canónigo sonriendo—es como el rascar..., ya sabes.

—¡Bah!..., diga usted también que soy cruel y sanguinaria... Me falta valor para matar un gusanito, bien lo sabe usted... Ya se comprende que no había yo de querer la muerte de un hombre.

—En resumen, hija mía, por más vueltas que le des, el señor don Pepe Rey se lleva a la niña. Ya no es posible evitarlo. El está dispuesto a emplear todos los medios, incluso la deshonra. Si la Rosarito... ¡Cómo nos engañaba con aquella carita circunspecta y aquellos ojos celestiales!, ¿eh?... Si la Rosarito, digo, no le quisiera..., vamos..., todo podría arreglarse; pero, ¡ay!, le ama como ama el pecador al demonio, está abrasada en criminal fuego; cayó, sobrina mía; cayó en la infernal trampa libidinosa. Seamos honrados y justos; apartemos la vista de la innoble pareja y no pensemos más en el uno ni en la otra.

—Usted no entiende de mujeres, tío —dijo Remedios con lisonjera hipocresía—; usted es un santo varón; usted no comprende que lo de Rosarito no es más que un caprichillo de esos que pasan, de esos que se curan con un par de refregones en los morros o media docena de azotes.

—Sobrina—dijo don Inocencio grave y sentenciosamente—, cuando han pasado cosas mayores, los caprichillos no se llaman caprichillos, sino de otra manera.

—Tío, usted no sabe lo que dice—repuso la sobrina, cuyo rostro se inflamó súbitamente—. Pues qué, ¿será usted capaz de suponer en Rosarito...? ¡Qué atrocidad! Yo la defiendo, sí, la defiendo... Es pura como un ángel... Vamos, tío, con esas cosas se me suben los colores a la cara y me pone usted soberbia.

Al decir esto, el semblante del buen clérigo se cubría de una sombra de tristeza, que en apariencia le envejecía diez años.

—Querida Remedios—añadió—, hemos hecho todo lo humanamente posible y todo lo que en conciencia podía y debía hacerse. Nada más natural que nuestro deseo de ver a Jacintillo emparentado con esa gran familia, la primera de Orbajosa; nada más natural que nuestro deseo de verle dueño de las siete casas del pueblo, de la dehesa de Mundogrande, de las tres huertas del cortijo de Arriba, de la Encomienda y demás predios urbanos y rústicos que posee esa niña. Tu hijo vale mucho, bien lo saben todos. Rosarito gustaba de él y él de Rosarito. Parecía cosa hecha: la misma señora, sin entusiasmarse mucho, a causa, sin duda, de nuestro origen, parecía bien dispuesta a ello, a causa de lo mucho que me estima y venera como a confesor y amigo... Pero, de repente, se presenta ese malhadado joven. La señora me dice que tiene un compromiso con su hermano y que no se atreve a rechazar la proposición por éste hecha. ¡Conflicto grave! Pero ¿qué hago yo en vista de esto? ¡Ay!, no lo sabes tú bien. Yo te soy franco: si hubiera visto en el señor De Rey un hombre de buenos principios, capaz de hacer feliz a Rosario, no habría intervenido en el asunto; pero el tal joven me pareció una calamidad, y, como director espiritual de la casa, debía tomar cartas en el asunto, y las tomé. Ya sabes que le puse la proa, como vulgarmente se dice. Desenmascaré sus vicios; descubrí su ateísmo; puse a la vista de todo el mundo la podredumbre de aquel corazón materializado, y la señora se convenció de que entregaba a su hija al vicio... ¡Ay!, qué afanes pasé. La señora vacilaba: yo fortalecía su ánimo indeciso; aconsejábale los medios lícitos que debía emplear contra el sobrinejo para alejarle sin escándalo; sugeríale ideas ingeniosas, y como ella me mostraba a menudo su pura conciencia, llena de alarmas, yo la tranquilizaba, demarcando hasta qué punto eran lícitas las batallas que librábamos contra aquel fiero enemigo. Jamás aconse-

jé medios violentos ni sanguinarios, ni atrocidades de mal género, sino sutiles trazas que no contenían pecado. Estoy tranquilo, querida sobrina. Pero bien sabes tú que he luchado, que he trabajado como un negro. ¡Ay!, cuando volvía a casa por las noches y decía: «Mariquilla, vamos bien, vamos muy bien», tú te volvías loca de contento, y me besabas las manos cien veces, y decías que era yo el hombre mejor del mundo. ¿Por qué te enfureces ahora, desfigurando tu noble carácter y pacífica condición? ¿Por qué me riñes? ¿Por qué dices que estás soberbia y me llamas en buenas palabras *Juan Lanas?*

—Porque usted—dijo la mujer, sin cejar en su irritación—se ha acobardado de repente.

—Es que todo se nos vuelve en contra, mujer. El maldito ingeniero, favorecido por la tropa, está resuelto a todo. La chiquilla le ama; la chiquilla..., no quiero decir más. No puede ser, te digo que no puede ser.

—¡La tropa! Pero usted cree, como doña Perfecta, que va a haber una guerra y que para echar de aquí a don Pepe se necesita que media nación se levante contra la otra media... La señora se ha vuelto loca, y usted allá se le va.

—Creo lo mismo que ella. Dada la intimidad de Rey con los militares, la cuestión personal se agranda... Pero, ¡ay!, sobrina mía, si hace dos días tuve esperanza de que nuestros valientes echaran de aquí a puntapiés a la tropa, desde que he visto el giro que han tomado las cosas; desde que he visto que la mayor parte son sorprendidos antes de pelear, y que *Caballuco* se esconde y que esto se lo lleva la trampa, desconfío de todo. Los buenos principios no tienen aún bastante fuerza material para hacer pedazos a los ministros y emisarios del error... ¡Ay!, sobrina mía, resignación, resignación.

Apropiándose entonces don Inocencio del medio de expresión que caracterizaba a su sobrina, suspiró dos o tres veces ruidosamente. María, contra todo lo que podía esperarse, guardó profundo silencio. No había en ella, al menos aparentemente, ni cólera, ni tampoco el sentimentalismo superficial de su ordinaria vida; no había sino una aflicción profunda y modesta. Poco después de que el buen tío concluyera su perorata, dos lágrimas rodaron por las sonrosadas mejillas de la sobrina; no tardaron en oírse algunos sollozos mal comprimidos, y poco a poco, así como van creciendo en ruido y forma la hinchazón y tumulto de un mar que empieza a alborotarse, así fué encrespándose aquel oleaje del dolor de María Remedios, hasta que rompió en deshecho llanto.

XXVII

EL TORMENTO DE UN CANÓNIGO

—¡Resignación, resignación!—volvió a decir don Inocencio.

—¡Resignación, resignación!—repitió ella, enjugando sus lágrimas—. Puesto que mi querido hijo ha de ser siempre un pelagatos, séalo en buena hora. Los pleitos escasean; bien pronto llegará el día en que lo mismo será la abogacía que nada. ¿De qué vale el talento? ¿De qué valen tanto estudio y romperse la cabeza? ¡Ay!, somos pobres. Llegará un día, señor don Inocencio, en que mi pobre hijo no tendrá una almohada sobre que reclinar la cabeza.

—¡Mujer!

—¡Hombre!... Y si no, dígame: ¿qué herencia piensa usted dejarle cuando cierre el ojo? Cuatro cuartos, seis libruchos, miseria y nada más... Van a venir unos tiempos..., ¡qué tiempos, señor tío!... Mi pobre hijo, que se está poniendo muy delicado de salud, no podrá trabajar... Ya se le marea la cabeza desde que lee un libro, ya le dan bascas y jaqueca siempre que estudia de noche... Tendrá que mendigar un destinejo; tendré yo que ponerme a la costura, y quién sabe, quién sabe..., como no tengamos que pedir limosna.

—¡Mujer!

—Bien sé lo que digo... Buenos tiempos van a venir—añadió la excelente mujer, forzando más el sonsonete llorón con que hablaba—. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Ah! Sólo el corazón de una madre siente estas cosas... Sólo las madres son capaces de sufrir tantas penas por el bienestar de un hijo. Usted ¿cómo ha de comprender? No; una cosa es tener hijos y pasar amarguras por ellos, y otra cosa es cantar el *gori gori* en la Catedral y enseñar latín en el Instituto... Vea usted de qué le

vale a mi hijo el ser sobrino de usted y el haber sacado tantas notas de sobresaliente y ser primor y la gala de Orbajosa... Se morirá de hambre, porque ya sabemos lo que da la abogacía, o tendrá que pedir a los diputados un destino en la Habana, donde le matará la fiebre amarilla...

—¡Pero, mujer!

—No, si no me apuro; si ya callo, si no le molesto a usted más. Soy muy impertinente, muy llorona, muy suspirosa, y no se me puede aguantar, porque soy madre cariñosa y miro por el bien de mi amado hijo. Yo me moriré, sí, señor; me moriré en silencio y ahogaré mi dolor; me beberé mis lágrimas para no mortificar al señor canónigo... Pero mi idolatrado hijo me comprenderá y no se tapará los oídos, como usted hace en este momento..., ¡ay de mí! El pobre Jacinto sabe que me dejaría matar por él y que le proporcionaría la felicidad a costa de mi vida. ¡Pobrecito niño de mis entrañas! Tener tanto mérito y vivir condenado a un pasar mediano, a una condición humilde; porque no, señor tío, no se ensoberbezca usted... Por más que echemos humos, siempre será usted hijo del tío Tinieblas, el sacristán de San Bernardo..., y yo no seré nunca más que la hija de Ildefonso Tinieblas, su hermano de usted, el que vendía pucheros, y mi hijo será el nieto de los Tinieblas..., que tenemos un tenebrario en nuestra casta y nunca saldremos de la oscuridad, ni poseeremos un pedazo de terruño donde decir: «Esto es mío», ni trasquilaremos una oveja propia, ni ordeñaremos jamás una cabra nuestra, ni meteré mis manos hasta el codo en un saco de trigo trillado y aventado en nuestras eras..., todo esto a causa de su poco ánimo de usted, de su bobería y corazón amerengado.

—¡Pero..., pero, mujer!

Subía más de tono el canónigo cada vez que repetía esta frase, y puestas las manos en los oídos, sacudía a un lado y otro la cabeza con doloroso ademán de desesperación. La chillona cantilena de María Remedios era cada vez más aguda y penetraba en el cerebro del infeliz y ya aturdido clérigo como una saeta. Pero, de repente, transformóse el rostro de aquella mujer; mudáronse los plañideros sollozos en una voz bronca y dura; palideció su rostro; temblaron sus labios; cerráronse sus puños; cayéronle sobre la frente algunas guedejas del desordenado cabello; secáronse por completo sus ojos al calor de la ira que bramaba en su pecho; levantóse del asiento y no como una mujer, sino como una arpía, gritó de este modo:

—¡Yo me voy de aquí, yo me voy con mi hijo!... Nos iremos a Madrid; no quiero que mi hijo se pudra en este poblachón. Estoy cansada de ver que mi Jacinto, al amparo de la sotana, no es ni será nunca nada. ¿Lo oye usted, señor tío? ¡Mi hijo y yo nos vamos! Usted no nos verá nunca más, pero nunca más.

Don Inocencio había cruzado las manos y recibía los furibundos rayos de su sobrina con la consternación de un reo a quien la presencia del verdugo quita ya toda esperanza.

—Por Dios, Remedios—murmuró con voz dolorida—; por la Virgen Santísima...

Aquellas crisis y horribles erupciones del manso carácter de la sobrina eran tan fuertes como raras, y se pasaban a veces cinco o seis años sin que don Inocencio viera a Remedios convertirse en una furia.

—¡Soy madre!... ¡Soy madre!..., y puesto que nadie mira por mi hijo, miraré yo, yo misma—rugió la improvisada leona.

—Por María Santísima, no te arrebates... Mira que estás pecando... Recemos un padrenuestro y un avemaría, y verás cómo se te pasa eso.

Diciendo esto, el penitenciario temblaba y sudaba. ¡Pobre pollo en las garras del buitre! La mujer transformada acabó de estrujarle con estas palabras:

—Usted no sirve para nada; usted es un mandria... Mi hijo y yo nos marcharemos de aquí para siempre, para siempre. Yo le conseguiré una posición a mi hijo, yo le buscaré una buena conveniencia, ¿entiende usted? Así como estoy dispuesta a barrer las calles con la lengua, si de este modo fuera preciso ganarle la comida, así también revolveré la tierra para buscar una posición a mi hijo, para que suba y sea rico, y personaje, y caballero, y propietario, y señor, y grande, y todo cuanto hay que ser, todo, todo.

—¡Dios me favorezca!—exclamó don

Inocencio, dejándose caer en el sillón e inclinando la cabeza sobre el pecho.

Hubo una pausa, durante la cual se oía el agitado resuello de la mujer furiosa.

—Mujer—dijo al fin don Inocencio—, me has quitado diez años de vida, me has abrasado la sangre, me has vuelto loco... ¡Dios me dé la serenidad que para aguantarte necesito! Señor, paciencia, paciencia es lo que quiero, y tú, sobrina, hazme el favor de llorar y lagrimear y estar suspirando a moco y baba diez años, pues tu maldita maña de los pucheros, que tanto me enfada, es preferible a esas locas iras. ¡Si no supiera que en el fondo eres buena...! Vaya, que para haber confesado y recibido a Dios esta mañana, te estás portando.

—Sí; pero es por usted, por usted.

—¿Porque en el asunto de Rosario y de Jacinto te digo «resignación»?

—Porque, cuando todo marcha bien, usted se vuelve atrás y permite que el señor Rey se apodere de Rosarito.

—Y ¿cómo lo voy a evitar? Bien dice la señora que tienes entendimiento de ladrillo. ¿Quieres que salga por ahí con una espada, y en un quítame allá estas pajas haga picadillo a toda la tropa, y después me encare con Rey y le diga: «*O usted me deja en paz a la niña, o le corto el pescuezo?*»

—No; pero cuando aconsejé a la señora que diera un susto a su sobrino, usted se ha opuesto, en vez de aconsejarle lo mismo que yo.

—Tú estás loca con eso del susto.

—Porque, «muerto el perro, se acabó la rabia».

—Yo no puedo aconsejar eso que llamas susto, y que puede ser una cosa tremenda.

—Sí, porque soy una matona, ¿no es verdad, tío?

—Ya sabes que los juegos de manos son juegos de villanos. Además, ¿crees que ese hombre se dejará asustar? ¿Y sus amigos?

—De noche sale solo

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé todo, y no da un paso sin que yo me entere, ¿estamos? La viuda de Cuzco me tiene muy al corriente.

—Vamos, no me vuelvas loco. Y ¿quién le va a dar ese susto?... Sepámoslo.

—*Caballuco.*

—¿De modo que él está dispuesto...?

—No; pero lo estará si usted se lo manda.

—Vamos, mujer, déjame en paz. Yo no puedo mandar tal atrocidad. ¡Un susto! Y ¿qué es eso? ¿Tú lo has hablado ya?

—Sí, señor; pero no me ha hecho caso, mejor dicho, se niega a ello. En Orbajosa no hay más que dos personas que puedan decidirlo con una simple orden: usted o doña Perfecta.

—Pues que se lo mande la señora, si quiere. Jamás aconsejaré que se empleen medios violentos y brutales. ¿Querrás creer que cuando *Caballuco* y algunos de los suyos estaban tratando de levantarse en armas, no pudieron sacarme una sola palabra incitándolos a derramar sangre? No; eso, no... Si doña Perfecta quiere hacerlo...

—Tampoco quiere. Esta tarde he estado hablando con ella dos horas, y dice que predicará la guerra favoreciéndola por todos los medios; pero que no mandará a un hombre que hiera por la espalda a otro. Tendría razón en oponerse si se tratara de cosa mayor...; pero yo no quiero que haya heridas; yo no quiero más que un susto.

—Pues si doña Perfecta no se atreve a ordenar que se den sustos al ingeniero, yo tampoco, ¿entiendes? Antes que nada es mi conciencia.

—Bueno—repuso la sobrina—. Dígale usted a *Caballuco* que me acompañe esta noche... No le diga usted más que eso.

—¿Vas a salir tarde?

—Voy a salir, sí, señor. Pues qué, ¿no salí también anoche?

—¿Anoche? No lo supe; si lo hubiera sabido, me habría enfadado, sí, señora.

—No le diga usted a *Caballuco* sino lo siguiente: «Querido Ramos, le estimaré mucho que acompañe a mi sobrina a cierta diligencia que tiene que hacer esta noche y que la defienda si acaso se ve en algún peligro.»

—Eso sí lo puedo hacer. Que te acompañe..., que te defienda. ¡Ah picarona!, tú quieres engañarme, haciéndome cómplice de alguna majadería.

—Ya..., ¿qué cree usted?—dijo irónicamente María Remedios—. Entre Ramos y yo vamos a degollar mucha gente esta noche.

—No bromees. Te repito que no le

aconsejaré a Ramos nada que tenga visos de maldad. Me parece que está ahí...

Oyóse ruido en la puerta de la calle. Luego sonó la voz de *Caballuco,* que hablaba con el criado, y poco después el héroe de Orbajosa penetró en la estancia.

—Noticias, vengan noticias, señor Ramos—dijo el clérigo—. Vaya, que si no nos da usted alguna esperanza en cambio de la cena y de la hospitalidad... ¿Qué hay en Villahorrenda?

—Alguna cosa—repuso el valentón, sentándose con muestras de cansancio—. Pronto se verá si servimos para algo.

Como todas las personas que tienen importancia o quieren dársela, *Caballuco* mostraba gran reserva.

—Esta noche, amigo mío, se llevará usted, si quiere, el dinero que me han dado para...

—Buena falta hace... Como lo huelan los de tropa, no me dejarán pasar—dijo Ramos riendo brutalmente.

—Calle usted, hombre... Ya sabemos que usted pasa siempre que se le antoja. Pues no faltaba más. Los militares son gente de manga ancha..., y si se pusieran pesados, con un par de duros, ¿eh? Vamos, veo que no viene usted mal armado... No le falta más que un cañón de a ocho. Pistolitas, ¿eh?... También navaja.

—Por lo que pueda suceder—dijo *Caballuco,* sacando el arma del cinto y mostrando su horrible hoja.

—¡Por Dios y la Virgen!—exclamó María Remedios, cerrando los ojos y apartando con miedo el rostro—. Guarde usted ese chisme. Me horrorizo sólo de verlo.

—Si ustedes no lo llevan a mal—dijo Ramos cerrando el arma—, cenaremos.

María Remedios dispuso todo con precipitación para que el héroe no se impacientase.

—Oiga usted una cosa, señor Ramos —dijo don Inocencio a su huésped cuando se pusieron a cenar—, ¿tiene usted muchas ocupaciones esta noche?

—Algo hay que hacer—repuso el bravo—. Esta es la última noche que vengo a Orbajosa, la última. Tengo que recoger algunos muchachos que quedan por aquí, y vamos a ver cómo sacamos el salitre y el azufre que está en casa de Cirujeda.

—Lo decía—añadió bondadosamente el cura, llenando el plato de su amigo—, porque mi sobrina quiere que la acompañe usted un momento. Tiene que hacer no sé qué diligencia, y es algo tarde para ir sola.

—¿A casa de doña Perfecta?—preguntó Ramos—. Allí estuve hace un momento: no quise detenerme.

—¿Cómo está la señora?

—Miedosilla. Esta noche he sacado los seis mozos que tenía en la casa.

—Hombre, ¿crees que no hacen falta allí?—dijo Remedios con zozobra.

—Más falta hacen en Villahorrenda. Entre cuatro paredes se pudre la gente valerosa, ¿no es verdad, señor canónigo?

—Señor Ramos, aquella vivienda no debe estar nunca sola—dijo el penitenciario.

—Con los criados basta y sobra. Pero ¿usted cree, señor don Inocencio, que el brigadier se ocupa de asaltar casas ajenas?

—Sí; pero bien sabe usted que ese ingeniero de tres mil docenas de demonios...

—Para eso... en la casa no faltan escobas—manifestó Cristóbal jovialmente—. ¡Si al fin y al cabo no tendrán más remedio que casarlos...! Después de lo que ha pasado...

—Cristóbal—añadió Remedios, súbitamente enojada—, se me figura que no entiendes gran cosa en esto de casar a la gente.

—Dígolo porque esta noche, hace un momento, vi que la señora y la niña estaban haciendo al modo de una reconciliación. Doña Perfecta besuqueaba a Rosarito, y todo era echarse palabrillas tiernas y mimos.

—¡Reconciliación! Con eso de los armamentos has perdido la chaveta... Pero, en fin, ¿me acompañas o no?

—No es a la casa de la señora adonde quiere ir—dijo el clérigo—, sino a la posada de la viuda de Cuzco. Estaba diciendo que no se atreve a ir sola, porque teme ser insultada...

—¿Por quién?

—Bien se comprende. Por ese ingeniero de tres mil o cuatro mil docenas de demonios. Anoche mi sobrina le vió allí y le dijo cuatro frescas, por cuya razón no las tiene todas consigo esta noche. El mocito es vengativo y procaz.

—No sé si podré ir...—indicó *Caballuco*—: como ando ahora escondido, no puedo desafiar a don José *Poquita Cosa.*

Si yo no estuviera como estoy, con media cara tapada y la otra media descubierta, ya le habría roto treinta veces el espinazo. Pero ¿qué sucede si caigo sobre él? Que me descubro, caen sobre mí los soldados, y adiós *Caballuco*. En cuanto a darle un golpe a traición, es cosa que no sé hacer, ni está en mi natural, ni la señora lo consiente tampoco. Para solfas con alevosía no sirve Cristóbal Ramos.

—Pero, hombre, ¿estamos locos?... ¿Qué está usted hablando?—dijo el penitenciario con innegables muestras de asombro—. Ni por pienso le aconsejo yo a usted que maltrate a ese caballero. Antes me dejara cortar la lengua que aconsejar una bellaquería. Los malos caerán, es verdad; pero Dios es quien debe fijar el momento, no yo. No se trata tampoco de dar palos. Antes recibiré yo diez docenas de ellos que recomendar a un cristiano la administración de tales medicinas. Sólo digo a usted una cosa—añadió, mirando al bravo por encima de los espejuelos—, y es que como mi sobrina va allá, como es probable, muy probable, ¿no es eso, Remedios?..., que tenga que decir algunas palabritas a ese hombre, recomiendo a usted que no la desampare en caso de que se vea insultada...

—Esta noche tengo que hacer—repuso lacónica y secamente *Caballuco*.

—Ya lo ves, Remedios. Deja tu diligencia para mañana.

—Eso sí que no puede ser. Iré sola.

—No, no irás, sobrina mía. Tengamos la fiesta en paz. El señor Ramos no puede acompañarte. Figúrate que eres injuriada por ese hombre grosero...

—¡Insultada..., insultada una señora por ese...!—exclamó *Caballuco*—. Vamos, no puede ser.

—Si usted no tuviera ocupaciones..., ¡bah, bah!, ya estaría yo tranquilo.

—Ocupaciones tengo—dijo el centauro, levantándose de la mesa—; pero si es empeño de usted...

Hubo una pausa. El penitenciario había cerrado los ojos y meditaba.

—Empeño mío es, señor Ramos—dijo al fin.

—Pues no hay más que hablar. Iremos, señora doña María.

—Ahora, querida sobrina—dijo don Inocencio, entre serio y jovial—, puesto que hemos concluído de cenar, tráeme la jofaina.

Dirigió a su sobrina una mirada penetrante, y acompañándolas de la acción correspondiente, profirió estas palabras:

—Yo me lavo las manos.

XXVIII

DE PEPE REY A DON JUAN REY

Orbajosa, 12 de abril.

Querido padre: Perdóneme usted si por primera vez le desobedezco no saliendo de aquí ni renunciando a mi propósito. El consejo y ruego de usted son propios de un padre bondadoso y honrado; mi terquedad es propia de un hijo insensato; pero en mí pasa una cosa singular: terquedad y honor se han juntado y confundido de tal modo, que la idea de disuadirme y ceder me causa vergüenza. He cambiado mucho. Yo no conocía esos furores que me abrasan. Antes me reía de toda obra violenta, de las exageraciones de los hombres impetuosos, como de las brutalidades de los malvados. Ya nada de esto me asombra, porque en mí mismo encuentro a todas horas cierta capacidad terrible para la perversidad. A usted puedo hablarle como se habla a solas con Dios y con la conciencia; a usted puedo decirle que soy un miserable, porque es un miserable quien carece de aquella poderosa fuerza moral contra sí mismo que castiga las pasiones y somete la vida al duro régimen de la conciencia. He carecido de la entereza cristiana que contiene el espíritu del hombre ofendido en un hermoso estado de elevación sobre las ofensas que recibe y los enemigos que se las hacen; he tenido la debilidad de abandonarme a una ira loca, poniéndome al bajo nivel de mis detractores, devolviéndoles golpes iguales a los suyos y tratando de confundirlos por medios aprendidos en su propia indigna escuela. ¡Cuánto siento que no estuviera usted a mi lado para apartarme de este camino! Ya es tarde. Las pasiones no tienen espera. Son impacientes y piden su presa a gritos y con la convulsión de una espantosa sed moral. He sucumbido. No puedo olvidar lo que tantas veces me ha dicho usted, y es que la ira puede llamarse la peor de las pasiones, porque, transformando de improviso nuestro carácter, en-

gendra todas las demás maldades y a todas les presta su infernal llamarada.

Pero no ha sido sola la ira, sino un fuerte sentimiento expansivo, lo que me ha traído a tal estado: el amor profundo y entrañable que profeso a mi prima, única circunstancia que me absuelve. Y si el amor no, la compasión me habría impulsado a desafiar el furor y las intrigas de su terrible hermana de usted, porque la pobre Rosario, colocada entre un afecto irresistible y su madre, es hoy uno de los seres más desgraciados que existen sobre la tierra. El amor que me tiene y que corresponde al mío, ¿no me da derecho a abrir como pueda las puertas de su casa, y sacarla de allí, empleando la ley hasta donde la ley alcance, y usando la fuerza desde el punto en que la ley me desampare? Creo que los rigurosos escrúpulos morales de usted no darán una respuesta afirmativa a esta afirmación; pero yo he dejado de ser aquel carácter metódico y puro, formado en su conciencia con la exactitud de un tratado científico. Ya no soy aquel a quien una educación casi perfecta dió pasmosa regularidad en sus sentimientos: ahora soy un hombre como otro cualquiera; de un solo paso he entrado en el terreno común de lo injusto y de lo malo. Prepárese usted a oír cualquier barbaridad, que será obra mía. Yo cuidaré de notificar a usted las que vaya cometiendo.

Pero ni la confesión de mis culpas me quitará la responsabilidad de los sucesos graves que han ocurrido y ocurrirán, ni ésta, por mucho que argumente, recaerá toda entera sobre su hermana de usted. La responsabilidad de doña Perfecta es inmensa, seguramente. ¿Cuál será la extensión de la mía? ¡Ah, querido padre! No crea usted nada de lo que oiga respecto a mí, y aténgase tan sólo a lo que yo le revele. Si le dicen que he cometido una villanía deliberada, responda que es mentira. Difícil, muy difícil me es juzgarme a mí mismo en el estado de turbación en que me hallo; pero me atrevo a asegurar que no he producido el escándalo deliberadamente. Bien sabe usted adónde puede llegar la pasión, favorecida en su horrible crecimiento invasor por las circunstancias.

Lo que más amarga mi vida es haber empleado la ficción, el engaño y bajos disimulos. ¡Yo, que era la verdad misma! He perdido mi propia hechura... Pero ¿es todo la perversidad mayor en que puede incurrir el alma? ¿Empiezo ahora o acabo? Nada sé. Si Rosario, con su mano celeste, no me saca de este infierno de mi conciencia, deseo que venga usted a sacarme. Mi prima es un ángel, y, padeciendo por mí, me ha enseñado muchas cosas que antes no sabía.

No extrañe usted la incoherencia de lo que escribo. Diversos sentimientos me inflaman. Me asaltan a ratos ideas dignas verdaderamente de mi alma inmortal; pero a ratos caigo también en desfallecimiento lamentable, y pienso en los hombres débiles y menguados, cuya bajeza me ha pintado usted con vivos colores para que los aborrezca. Tal como hoy me hallo, estoy dispuesto al mal y al bien. Dios tenga piedad de mí. Ya sé lo que es la oración: una súplica grave y reflexiva, tan personal, que no se aviene con fórmulas aprendidas de memoria; una expansión del alma, que se atreve a extenderse hasta buscar su origen; lo contrario del remordimiento, que es una contracción de la misma alma, envolviéndose y ocultándose, con el ridículo empeño de que nadie la vea. Usted me ha enseñado muy buenas cosas; pero ahora estoy en prácticas, como decimos los ingenieros; hago estudios sobre el terreno, y con esto mis conocimientos se ensanchan y fijan... Se me está figurando ahora que no soy tan malo como yo mismo creo. ¿Será así?

Concluyo esta carta a toda prisa. Tengo que enviarla con unos soldados que van hacia la estación de Villahorrenda porque no hay que fiarse del correo de esta gente.

★

14 de abril.

Le divertiría a usted, querido padre, si pudiera hacerle comprender cómo piensa la gente de este poblachón. Ya sabrá usted que casi todo este país se ha levantado en armas. Era cosa prevista, y los políticos se equivocan si creen que todo concluirá en un par de días. La hostilidad contra nosotros y contra el Gobierno la tienen los orbajosenses en su espíritu, formando parte de él como la fe religiosa. Concretándome a la cuestión particular con mi tía, diré a usted una cosa singular: la pobre señora, que tiene

el feudalismo en la medula de los huesos, ha imaginado que voy a atacar su casa para robarle a su hija, como los señores de la Edad Media embestían un castillo enemigo para consumar cualquier desafuero. No se ría usted, que es verdad: tales son las ideas de esta gente. Excuso decir a usted que me tiene por un monstruo, por una especie de rey moro herejote, y los militares con quienes hice amistad aquí no le merecen mejor concepto. En la sociedad de doña Perfecta es cosa corriente que la tropa y yo formamos una coalición diabólica y antirreligiosa para quitarle a Orbajosa sus tesoros, su fe y sus muchachas. Me consta que su hermana de usted cree a pie juntillas que yo voy a tomar por asalto su vivienda, y no es dudoso que detrás de la puerta habrá alguna barricada.

Pero no puede ser de otra manera. Aquí privan las ideas más anticuadas acerca de la sociedad, de la religión, del Estado, de la propiedad. La exaltación religiosa, que les impulsa a emplear la fuerza contra el Gobierno por defender una fe que ataca y que ellos no tienen tampoco, despierta en su ánimo resabios feudales; y como resolverían sus cuestiones por la fuerza bruta y a fuego y sangre, degollando a todo el que como ellos no piense, creen que no hay en el mundo quien emplee otros medios.

Lejos de intentar yo quijotadas en la casa de esa señora, he procurado evitarle algunas molestias, de que no se libraron los demás vecinos. Por mi amistad con el brigadier no les han obligado a presentar, como se mandó, una lista de todos los hombres de su servidumbre que se han marchado con la facción; y si se le registró la casa, me consta que fué por fórmula, y si le desarmaron los seis hombres que allí tenía, después ha puesto otros tantos, y nada se le ha hecho. Vea usted a lo que está reducida mi hostilidad a la señora.

Verdad es que yo tengo el apoyo de los jefes militares; pero lo utilizo tan sólo para no ser insultado o maltratado por esta gente implacable. Mis probabilidades de éxito consisten en que las autoridades recientemente puestas por el jefe militar son todas amigas. Tomo de ellas mi fuerza moral, e intimido a los contrarios. No sé si me veré en el caso de cometer alguna acción violenta; pero no se asuste usted, que el asalto y toma de la casa es una ridícula preocupación feudal de su hermana de usted. La casualidad me ha puesto en situación ventajosa. La ira, la pasión que arde en mí, me impulsarán a aprovecharla. No sé hasta dónde iré.

★

17 de abril.

La carta de usted me ha dado un gran consuelo. Sí: puedo conseguir mi objeto usando tan sólo los recursos de la ley, de indudable eficacia. He consultado a las autoridades de aquí, y todas me confirman en lo que usted me indica. Estoy contento. Ya que he inculcado en el ánimo de mi prima la idea de la desobediencia, que sea al menos al amparo de las leyes sociales. Haré lo que usted me manda, es decir, renunciaré a la colaboración un tanto incorrecta del amigo Pinzón; destruiré la solidaridad aterradora que establecí con los militares; dejaré de envanecerme con el poder de ellos; pondré fin a las aventuras, y en el momento oportuno procederé con calma, prudencia y toda la benignidad posible. Mejor es así. Mi coalición, mitad seria, mitad burlesca, con el Ejército ha tenido por objeto ponerme al amparo de las brutalidades de los orbajosenses y de los criados y deudos de mi tía. Por lo demás, siempre he rechazado la idea de lo que llamamos *intervención armada.*

El amigo que me favorecía ha tenido que salir de la casa; pero no estoy en completa incomunicación con mi prima. La pobrecita demuestra un valor heroico en medio de sus penas, y me obedecerá ciegamente.

Viva usted sin cuidado respecto a mi seguridad personal. Por mi parte, nada temo y estoy muy tranquilo.

★

20 de abril.

Hoy no puedo escribir más que dos líneas. Tengo mucho que hacer. Todo concluirá dentro de unos días. No me escriba usted más a este lugarón. Pronto tendrá el gusto de abrazarle su hijo

Pepe.

XXIX

DE PEPE REY A ROSARIO POLENTINOS

Dale a Estebanillo la llave de la huerta, y encárgate que cuide del perro. El muchacho está vendido a mí en cuerpo y alma. No temas nada. Sentiré mucho que no puedas bajar, como la otra noche. Haz todo lo posible por conseguirlo. Yo estaré allí después de medianoche. Te diré lo que he resuelto y lo que debes hacer. Tranquilízate, niña mía, porque he abandonado todo recurso imprudente y brutal. Ya te contaré. Esto es largo y debe ser hablado. Me parece que veo tu susto y congoja al considerarme tan cerca de ti. Pero hace ocho días que no nos hemos visto. He jurado que esta ausencia de ti concluirá pronto, y concluirá. El corazón me dice que te veré. Maldito sea yo si no te veo.

XXX

EL OJEO

Una mujer y un hombre penetraron después de las diez en la posada de la viuda de Cuzco, y salieron de ella dadas las once y media.

—Ahora, señora doña María—dijo el hombre—, la llevaré a usted a su casa, porque tengo que hacer.

—Aguárdate, Ramos, por amor de Dios —repuso ella—. ¿Por qué no nos llegamos al Casino a ver si sale? Ya has oído... Esta tarde estuvo hablando con él Estebanillo, el chico de la huerta.

—Pero ¿usted busca a don José?—preguntó el centauro de muy mal humor—. ¿Qué nos importa? El noviazgo con doña Rosario paró donde debía parar, y ahora no tiene la señora más remedio que casarlos. Esa es mi opinión.

—Eres un animal—dijo Remedios con enfado.

—Señora, yo me voy.

—Pues qué, hombre grosero, ¿me vas a dejar sola en medio de la calle?

—Si usted no se va pronto a su casa, sí, señora.

—Eso es..., me dejas sola, expuesta a ser insultada... Oye, Ramos: don José saldrá ahora del Casino, como de costumbre. Quiero saber si entra en su casa o sigue adelante. Es un capricho, nada más que un capricho.

—Yo lo que sé es que tengo que hacer y van a dar las doce.

—Silencio—dijo Remedios—: ocultémonos detrás de la esquina... Un hombre viene por la calle de la Tripería Alta. Es él.

—Don José... Le conozco en el modo de andar...

Se ocultaron, y el hombre pasó.

—Sigámosle—dijo María Remedios con zozobra—, sigámosle a corta distancia, Ramos.

—Señora...

—Nada más sino hasta ver si entra en su casa.

—Un minutillo nada más, doña Remedios. Después me marcharé.

Anduvieron como treinta pasos a regular distancia del hombre que observaban. La sobrina del penitenciario se detuvo al fin, y pronunció estas palabras:

—No entra en su casa.

—Irá a casa del brigadier.

—El brigadier vive hacia arriba, y don Pepe va hacia abajo, hacia la casa de la señora.

—¡De la señora!—exclamó *Caballuco*, andando aprisa.

Pero se engañaban: el espiado pasó por delante de la casa de Polentinos y siguió adelante.

—¿Ve usted cómo no?

—Cristóbal, sigámosle—dijo Remedios, oprimiendo convulsamente la mano del centauro—. Tengo una corazonada.

—Pronto hemos de saberlo, porque el pueblo se acaba.

—No vayamos tan de prisa... Puede vernos... Lo que yo pensé, señor Ramos: va a entrar por la puerta condenada de la huerta.

—¡Señora, usted se ha vuelto loca!

—Adelante, y lo veremos.

La noche era oscura, y no pudieron los observadores precisar dónde había entrado el señor De Rey; pero cierto ruido de bisagras mohosas que oyeron, y la circunstancia de no encontrar al joven en todo lo largo de la tapia, les convencieron de que se había metido dentro de la huerta. *Caballuco* miró a su interlocutora con estupor. Parecía lelo.

—¿En qué piensas?... ¿Todavía dudas?

—¿Qué debo hacer?...—preguntó el bravo, lleno de confusión—. ¿Le daremos un susto...? No sé lo que pensará la señora. Dígolo porque esta noche estuve

a verla, y me pareció que la madre y la hija se reconciliaban.

—No seas bruto... ¿Por qué no entras?

—Ahora me acuerdo de que los mozos armados ya no están ahí, porque yo les mandé salir esta noche.

—Y aún duda este marmolejo lo que ha de hacer. Ramos, no seas cobarde y entra en la huerta.

—¿Por dónde, si han cerrado la puertecilla?

—Salta por encima de la tapia... ¡Qué pelmazo! Si yo fuera hombre...

—Pues arriba... Aquí hay unos ladrillos gastados por donde suben los chicos a robar fruta. Arriba, pronto. Yo voy a llamar a la puerta principal para que despierte la señora, si es que duerme.

El centauro subió, no sin dificultad. Montó a caballo breve instante sobre el muro, y a poco desapareció entre la negra espesura de los árboles. María Remedios corrió desolada hacia la calle del Condestable, y cogiendo el aldabón de la puerta principal, llamó..., llamó tres veces con toda el alma y la vida.

XXXI

DOÑA PERFECTA

Ved con cuánta tranquilidad se consagra a la escritura la señora doña Perfecta. Penetrad en su cuarto, sin reparar en lo avanzado de la hora, y la sorprenderéis en grave tarea, compartido su espíritu entre la meditación y unas largas y concienzudas cartas que traza a ratos con segura pluma y correctos perfiles. Dale de lleno en el rostro, busto y manos la luz del quinqué, cuya pantalla deja en dulce penumbra el rostro de la persona y la pieza casi toda. Parece una figura luminosa evocada por la imaginación en medio de las vagas sombras del miedo.

Es extraño que hasta ahora no hayamos hecho una afirmación muy importante. Allá va: doña Perfecta era hermosa, mejor dicho, era todavía hermosa, conservando en su semblante rasgos de acabada belleza. La vida del campo, la falta absoluta de presunción, el no vestirse, el no acicalarse, el odio a las modas, el desprecio de las vanidades cortesanas, eran causa de que su nativa hermosura no brillase, o brillase muy poco. También la desmejoraba la intensa amarillez de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa.

Negros y rasgados los ojos, fina y delicada la nariz, ancha y despejada la frente, todo observador la consideraba como acabado tipo de la humana figura; pero había en aquellas facciones cierta expresión de dureza y soberbia que era causa de antipatía. Así como otras personas, aun siendo feas, llaman, doña Perfecta despedía. Su mirar, aun acompañado de bondadosas palabras, ponía entre ella y las personas extrañas la infranqueable distancia de un respeto receloso; mas para las de casa, es decir, para sus deudos, parciales y allegados, tenía una singular atracción. Era maestra en dominar, y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja.

Su hechura biliosa, y el comercio excesivo con personas y cosas devotas, que exaltaban sin fruto ni objeto su imaginación, habíanla envejecido prematuramente, y siendo joven, no lo parecía. Podría decirse de ella que con sus hábitos y su sistema de vida se había labrado una corteza, un forro pétreo, insensible, encerrándose dentro, como el caracol en su casa portátil. Doña Perfecta salía pocas veces de su concha.

Sus costumbres intachables, y la bondad pública que hemos observado en ella desde el momento de su aparición en nuestro relato, eran causa de su gran prestigio en Orbajosa. Sostenía, además, relaciones con excelentes damas de Madrid, y por este medio consiguió la destitución de su sobrino. Ahora, como se ha dicho, hallámosla sentada junto al pupitre, que es el confidente único de sus planes y el depositario de sus cuentas numéricas con los aldeanos, y de sus cuentas morales con Dios y la sociedad. Allí escribió las cartas que trimestralmente recibía su hermano; allí redactaba las esquelitas para incitar al juez y al escribano a que embrollaran los pleitos de Pepe Rey; allí armó el lazo en que éste perdiera la confianza del Gobierno; allí conferenciaba largamente con don Inocencio. Para conocer el escenario de otras acciones cuyos efectos hemos visto, sería preciso seguirla al palacio episcopal y a varias casas de familias amigas.

No sabemos cómo hubiera sido doña

Perfecta amando. Aborreciendo, tenía la inflamada vehemencia de un ángel tutelar de la discordia entre los hombres. Tal es el resultado producido en un carácter duro y sin bondad nativa por la exaltación religiosa, cuando ésta, en vez de nutrirse de la conciencia y de la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su savia en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos. Para que la mojigatería sea inofensiva, es preciso que exista en corazones muy puros. Es verdad que aun en este caso es infecunda para el bien. Pero los corazones, que han nacido sin la seráfica limpieza que establece en la tierra un Limbo prematuro, cuiden bien de no inflamarse mucho con lo que ven en los retablos, en los coros, en los locutorios y en las sacristías, si antes no han elevado en su propia conciencia un altar, un púlpito y un confesonario.

La señora, dejando a ratos la escritura, pasaba a la pieza inmediata, donde estaba su hija. A Rosarito se le había mandado que durmiera; pero ella, precipitada ya por el despeñadero de la desobediencia, velaba.

—¿Por qué no duermes?—le preguntó su madre—. Yo no pienso acostarme en toda la noche. Ya sabes que *Caballuco* se ha llevado los hombres que teníamos aquí. Puede suceder cualquier cosa, y yo vigilo... Si yo no vigilara, ¿qué sería de ti y de mí?...

—¿Qué hora es?—preguntó la niña.

—Pronto será medianoche... Tú no tendrás miedo..., yo lo tengo.

Rosarito temblaba; todo indicaba en ella la más negra congoja. Sus ojos se dirigían al cielo como cuando se quiere orar; miraban luego a su madre, expresando un vivo terror.

—Pero ¿qué tienes?

—¿Ha dicho usted que era medianoche?

—Sí.

—Pues... Pero ¿es ya medianoche?

Quería Rosarito hablar; sacudía la cabeza, encima de la cual se le había puesto un mundo.

—Tú tienes algo... A ti te pasa algo —dijo la madre, clavando en ella los sagaces ojos.

—Sí..., quería decirle a usted—balbució la señorita—. quería decir... Nada, nada: me dormiré.

—Rosario, Rosario. Tu madre lee en tu corazón como en un libro—dijo doña Perfecta con severidad—. Tú estás agitada. Ya te he dicho que estoy dispuesta a perdonarte si te arrepientes, si eres niña buena y formal...

—Pues qué, ¿no soy buena yo? ¡Ay, mamá, mamá mía, yo me muero!

Rosario prorrumpió en llanto congojoso y dolorido.

—¿A qué vienen esos lloros?—dijo su madre, abrazándola—. Si son lágrimas del arrepentimiento, benditas sean.

—Yo no me arrepiento, yo no puedo arrepentirme—gritó la joven con arrebato de desesperación que la puso sublime.

Irguió la cabeza, y en su semblante se pintó, súbita, inspirada energía. Los cabellos le caían sobre la espalda. No se ha visto imagen más hermosa de un ángel dispuesto a rebelarse.

—Pero ¿te vuelves loca, o qué es esto? —dijo doña Perfecta, poniéndole ambas manos sobre los hombros.

—¡Me voy, me voy!—exclamó la joven con la exaltación del delirio.

Y se lanzó fuera del lecho.

—Rosario, Rosario... Hija mía... ¡Por Dios! ¿Qué es esto?

—¡Ay, mamá! Señora—prosiguió la joven, abrazando a su madre—. Ateme usted.

—En verdad, lo merecías... ¿Qué locura es ésta?

—Ateme usted... Yo me marcho, me marcho con él.

Doña Perfecta sintió borbotones de fuego que subían de su corazón a sus labios. Se contuvo, y sólo con sus ojos negros, más negros que la noche, contestó a su hija.

—¡Mamá, mamá mía, yo aborrezco todo lo que no sea él!—exclamó Rosario—. Óigame usted en confesión, porque quiero confesarlo a todos, y a usted la primera.

—Me vas a matar, me estás matando.

—Yo quiero confesarlo, para que usted me perdone... Este peso, este peso que tengo encima no me deja vivir...

—¡El peso de un pecado!... Añádele encima la maldición de Dios, y prueba a andar con ese fardo, desgraciada... Sólo yo puedo quitártelo.

—No, usted no, usted no—gritó Rosario con desesperación—. Pero óigame usted: quiero confesarlo todo, todo... Des-

pués arrójeme usted de esta casa, donde he nacido.

—¡Arrojarte yo!...

—Pues me marcharé.

—Menos. Yo te enseñaré los deberes de hija, que has olvidado.

—Pues huiré; él me llevará consigo.

—¿Te lo ha dicho, te lo ha aconsejado, te lo ha mandado?—preguntó la madre, lanzando estas palabras como rayos sobre su hija.

—Me lo aconseja... Hemos concertado casarnos. Es preciso, mamá, mamá mía querida. Yo amaré a usted... Conozco que debo amarla... Me condenaré si no la amo.

Se retorcía los brazos, y cayendo de rodillas, besó los pies a su madre.

—¡Rosario, Rosario!—exclamó doña Perfecta con terrible acento—. Levántate.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Ese hombre te ha escrito?

—Sí.

—¿Has vuelto a verle después de aquella noche?

—Sí.

—¿Y tú...?

—Yo también le escribí. ¡Oh señora! ¿Por qué me mira usted así? Usted no es mi madre.

—Ojalá no. Gózate en el daño que me haces. Me matas, me matas sin remedio—gritó la señora con indecible agitación—. Dices que ese hombre...

—Es mi esposo... Yo seré suya, protegida por la ley... Usted no es mujer... ¿Por qué me mira usted de ese modo que me hace temblar? Madre, madre mía, no me condene usted.

—Ya tú te has condenado: basta. Obedéceme y te perdonaré... Responde: ¿cuándo recibiste cartas de ese hombre?

—Hoy.

—¡Qué traición! ¡Qué infamia!—exclamó la madre, antes bien rugiendo que hablando—. ¿Esperabais veros?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí, aquí. Todo lo confieso, todo. Sé que es un delito Soy una infame; pero usted, que es mi madre, me sacará de este infierno. Consienta usted... Dígame usted una palabra, una sola.

—¡Ese hombre aquí,en mi casa!—gritó doña Perfecta, dando algunos pasos que parecían saltos hacia el centro de la habitación.

Rosario la siguió de rodillas. En el mismo instante oyéronse tres golpes, tres estampidos, tres cañonazos. Era el corazón de María Remedios, que tocaba a la puerta, agitando la aldaba. La casa se estremeció con temblor pavoroso. Hija y madre se quedaron como estatuas.

Bajó a abrir un criado, y poco después, en la habitación de doña Perfecta entró María Remedios, que no era mujer, sino un basilisco envuelto en un mantón. Su rostro, encendido por la ansiedad, despedía fuego.

—¡Ahí está, ahí está!—dijo al entrar—. Se ha metido en la huerta por la puertecilla condenada...

Tomaba aliento a cada sílaba.

—Ya entiendo—repitió doña Perfecta con una especie de bramido.

Rosario cayó exánime al suelo y perdió el conocimiento.

—Bajemos—dijo doña Perfecta, sin hacer caso del desmayo de su hija.

Las dos mujeres se deslizaron por la escalera como dos culebras. Las criadas y el criado estaban en la galería sin saber qué hacer. Doña Perfecta pasó por el comedor a la huerta, seguida de María Remedios.

—Afortunadamente, tenemos ahí a *Ca...*, *Ca...*, *Caballuco*—dijo la sobrina del canónigo.

—¿Dónde?

—En la huerta también... Sal..., sal..., saltó la tapia.

Exploró doña Perfecta la oscuridad con sus ojos llenos de ira. El rencor les daba la singular videncia de la raza felina.

—Allí veo un bulto—dijo—. Va hacia las adelfas.

—Es él—gritó Remedios—. Pero allá aparece Ramos... ¡Ramos!

Distinguieron perfectamente la colosal figura del centauro.

—¡Hacia las adelfas! ¡Ramos, hacia las adelfas!...

Doña Perfecta adelantó algunos pasos. Su voz ronca, que vibraba con acento terrible, disparó estas palabras:

—Cristóbal, Cristóbal..., ¡mátale!

Oyóse un tiro. Después otro.

XXXII

FINAL.—DE DON CAYETANO POLENTINOS A UN SU AMIGO DE MADRID

Orbajosa, 21 de abril.

Querido amigo: Envíeme usted sin tardanza la edición de 1562 que dice ha encontrado entre los libros de la testamentaría de Corchuelo. Pago ese ejemplar a cualquier precio. Hace tiempo que lo busco inútilmente, y me tendré por mortal dichosísimo poseyéndolo. Ha de hallar usted en el colofón un casco con emblema sobre la palabra *Tractado*, y la X de la fecha MDLXII ha de tener el rabillo torcido. Si, en efecto, concuerdan estas señas con el ejemplar, póngame usted un parte telegráfico, porque estoy muy inquieto..., aunque ahora me acuerdo de que el telégrafo, con motivo de estas importunas y fastidiosas guerras, no funciona. A correo vuelto espero la contestación.

Pronto, amigo mío, pasaré a Madrid con objeto de imprimir este tan esperado trabajo de los *Linajes de Orbajosa*. Agradezco a usted su benevolencia; pero no puedo admitirla en lo que tiene de lisonja. No merece mi trabajo, en verdad, los pomposos calificativos con que usted lo encarece; es obra de paciencia y estudio, monumento tosco, pero sólido y grande, que elevo a las grandezas de mi amada patria. Pobre y feo en su hechura, tiene de noble la idea que lo ha engendrado, la cual no es otra que convertir los ojos de esta generación descreída y soberbia hacia los maravillosos hechos y acrisoladas virtudes de nuestros antepasados. ¡Ojalá que la juventud estudiosa de nuestro país diera este paso a que con todas mis fuerzas la incito! ¡Ojalá fueran puestos en perpetuo olvido los abominables estudios y hábitos intelectuales introducidos por el desenfreno filosófico y las erradas doctrinas! ¡Ojalá se emplearan exclusivamente nuestros sabios en la contemplación de aquellas gloriosas edades, para que, penetrados de la sustancia y benéfica savia de ellos los modernos tiempos, desapareciera este loco afán de mudanzas y esta ridícula manía de apropiarnos ideas extrañas, que pugnan con nuestro primoroso organismo nacional! Temo mucho que mis deseos no se vean cumplidos, y que la contemplación de las perfecciones pasadas quede circunscrita al estrecho círculo en que hoy se halla, entre el torbellino de la demente juventud que corre detrás de vanas utopías y bárbaras novedades. ¡Cómo ha de ser, amigo mío! Creo que dentro de algún tiempo ha de estar nuestra pobre España tan desfigurada, que no se conocerá ella misma ni aun mirándose en el clarísimo espejo de su limpia historia.

No quiero levantar mano de esta carta sin participar a usted un suceso desagradable: la desastrosa muerte de un estimable joven, muy conocido en Madrid, el ingeniero de caminos don José de Rey, sobrino de mi cuñada. Acaeció este triste suceso anoche, en la huerta de nuestra casa, y aún no he formado juicio exacto sobre las causas que pudieran arrastrar al desgraciado Rey a esta horrible y criminal determinación. Según me ha referido Perfecta, esta mañana, cuando volví de Mundogrande, Pepe Rey, a eso de las doce de la noche, penetró en la huerta de esta casa y se pegó un tiro en la sien derecha, quedando muerto en el acto. Figúrese usted la consternación y alarma que se producirían en esta pacífica y honrada mansión. La pobre Perfecta se impresionó tan vivamente, que nos dió un susto; pero ya está mejor, y esta tarde hemos logrado que tome un sopicaldo. Empleamos todos los medios de consolarla, y como es buena cristiana, sabe soportar con edificante resignación las mayores desgracias.

Acá para entre los dos, amigo mío, diré a usted que en el terrible atentado del joven Rey contra su propia existencia debió de influir grandemente una pasión contrariada, tal vez los remordimientos por su conducta y el estado de hipocondría amarguísima en que se encontraba su espíritu. Yo le apreciaba mucho: creo que no carecía de excelentes cualidades; pero aquí estaba tan mal estimado, que ni una sola vez oí hablar bien de él. Según dicen, hacía alarde de ideas y opiniones extravagantísimas: burlábase de la religión; entraba en la iglesia fumando y con el sombrero puesto: no respetaba nada, y para él no había en el mundo pudor, ni virtudes, ni alma, ni ideal, ni fe, sino tan sólo teodolitos, escuadras, reglas, máquinas,

niveles, picos y azadas. ¿Qué tal? En honor de la verdad debo decir que, en sus conversaciones conmigo, siempre disimuló tales ideas, sin duda por miedo a ser destrozado por la metralla de mis argumentos; pero de público se refieren de él mil cuentos de herejías y estupendos desafueros.

No puedo seguir, querido, porque en este momento siento tiros de fusilería. Como no me entusiasman los combates ni soy guerrero, el pulso me flaquea un tantico. Ya le impondrá a usted de ciertos pormenores de esta guerra su afectísimo, etc., etc.

★

22 de abril.

Mi inolvidable amigo: Hoy hemos tenido una sangrienta refriega en las inmediaciones de Orbajosa. La gran partida levantada en Villahorrenda ha sido atacada por las tropas con gran coraje. Ha habido muchas bajas por una y otra parte. Después se dispersaron los bravos guerrilleros; pero van muy envalentonados, y quizá oiga usted maravillas. Mándalos, a pesar de estar herido en un brazo, no se sabe cómo ni cuándo, Cristóbal *Caballuco,* hijo de aquel egregio *Caballuco* que usted conoció en la pasada guerra. Es el caudillo actual hombre de grandes condiciones para el mando, y, además, honrado y sencillo. Como, al fin, hemos de presenciar un arreglito amistoso, presumo que *Caballuco* será general del Ejército español, con lo cual uno y otro ganarán mucho.

Yo deploro esta guerra, que va tomando proporciones alarmantes; pero reconozco que nuestros bravos campesinos no son responsables de ella, pues han sido provocados al cruento batallar por la audacia del Gobierno, por la desmoralización de sus sacrílegos delegados, por la saña sistemática con que los representantes del Estado atacan lo más venerando que existe en la conciencia de los pueblos: la fe religiosa y el acrisolado españolismo, que, por fortuna, se conservan en lugares no infestados aún de la asoladora pestilencia. Cuando a un pueblo se le quiere quitar su alma para infundirle otra; cuando se le quiere descastar, digámoslo así, mudando sus sentimientos, sus costumbres, sus ideas, es natural que ese pueblo se defienda, como el que en mitad de solitario camino se ve asaltado de infames ladrones. Lleven a las esferas del Gobierno el espíritu y la salutífera sustancia de mi obra de los *Linajes* —perdóneme usted la inmodestia—, y entonces no habrá guerras.

Hoy hemos tenido aquí una cuestión muy desagradable. El clero, amigo mío, se ha negado a enterrar en sepultura sagrada al infeliz Rey. Yo he intervenido en este asunto, impetrando del señor obispo que levantara anatema de tanto peso; pero nada se ha podido conseguir. Por fin hemos empaquetado el cuerpo del joven en un hoyo que se hizo en el campo de Mundogrande, donde mis pacienzudas exploraciones han descubierto la riqueza arqueológica que usted conoce. He pasado un rato muy triste, y aún me dura la penosísima impresión que recibí. Don Juan Tafetán y yo fuimos los únicos que acompañamos el fúnebre cortejo. Poco después fueron allá—cosa rara—esas que llaman aquí las Troyas, y rezaron largo rato sobre la rústica tumba del matemático. Aunque esto parecía una oficiosidad ridícula, me conmovió.

Respecto de la muerte de Rey, corre por el pueblo el rumor de que fué asesinado. No se sabe por quién. Aseguran que él lo declaró así, pues vivió como hora y media. Guardó secreto, según dicen, respecto a quién fué su matador. Repito esta versión sin desmentirla ni apoyarla. Perfecta no quiere que se hable de este asunto, y se aflige mucho siempre que lo tomo en boca.

La pobrecita, apenas ocurrida una desgracia, experimenta otra que a todos nos contrista mucho. Amigo mío, ya tenemos una nueva víctima de la funestísima y rancia enfermedad connaturalizada en nuestra familia. La pobre Rosario, que iba saliendo adelante gracias a nuestros cuidados, está ya perdida de la cabeza. Sus palabras incoherentes, su atroz delirio, su palidez mortal, recuérdanme a mi madre y hermana. Este caso es el más grave que he presenciado en mi familia, pues no se trata de manía, sino de verdadera locura. Es triste, tristísimo, que entre tantos yo sea el único que ha logrado escapar conservando mi juicio sano y entero, y totalmente libre de ese funesto mal.

No he podido dar sus expresiones de usted a don Inocencio, porque el pobrecito se nos ha puesto malo de repente y no recibe a nadie, ni permite que le vean

sus más íntimos amigos. Pero estoy seguro de que le devuelve a usted sus recuerdos, y no dude que pondrá mano al instante en la traducción de varios epigramas latinos que usted le recomienda... Suenan tiros otra vez. Dicen que tenemos gresca esta tarde. La tropa acaba de salir.

Barcelona, 1 de junio.

Acabo de llegar aquí, después de dejar a mi sobrina Rosario en San Baudilio de Llobregat. El director del establecimiento me ha asegurado que es un caso incurable. Tendrá, sí, una asistencia esmeradísima en aquel alegre y grandioso manicomio. Mi querido amigo, si alguna vez caigo yo también, llévenme a San Baudilio. Espero encontrar a mi vuelta pruebas de los *Linajes*. Pienso añadir seis pliegos, porque sería gran falta no publicar las razones que tengo para sostener que Mateo Díez Coronel, autor del *Métrico Encomio*, desciende por la línea materna de los Guevaras y no de los Burguillos, como ha sostenido erradamente el autor de la *Floresta amena*.

Escribo esta carta principalmente para hacer a usted una advertencia. He oído aquí a varias personas hablar de la muerte de Pepe Rey, refiriéndola tal como sucedió, efectivamente. Yo revelé a usted este secreto cuando nos vimos en Madrid, contándole lo que supe algún tiempo después del suceso. Extraño mucho que, no habiéndolo dicho yo a nadie más que a usted, lo cuenten aquí con todos sus pelos y señales, explicando cómo entró en la huerta, cómo descargó su revólver sobre *Caballuco* cuando vió que éste le acometía con la navaja, cómo Ramos le disparó después con tanto acierto que le dejó en el sitio... En fin, mi querido amigo, por si inadvertidamente ha hablado de esto con alguien, le recuerdo que es un secreto de familia, y con esto basta para una persona tan prudente y discreta como usted.

¡Albricias, albricias! En un periodiquillo he leído que *Caballuco* ha derrotado al brigadier Batalla.

★

Orbajosa, 12 de diciembre.

Una sensible noticia tengo que dar a usted. Ya no tenemos penitenciario, no precisamente porque haya pasado a mejor vida, sino porque el pobrecito está desde el mes de abril tan acongojado, tan melancólico, tan taciturno, que no se le conoce. Ya no hay en él ni siquiera dejos de aquel humor ático, de aquella jovialidad correcta y clásica que le hacía tan amable. Huye de la gente, se encierra en su casa, no recibe a nadie, apenas toma alimento, y ha roto toda clase de relaciones con el mundo. Si le viera usted no le conocería, porque se ha quedado en los puros huesos. Lo más particular es que ha reñido con su sobrina y vive solo, enteramente solo en una casucha del arrabal de Baldejos. Ahora dice que renuncia su silla en el coro de la Catedral y se marcha a Roma. ¡Ay! Orbajosa pierde mucho perdiendo a su gran latino. Me parece que pasarán años tras años y no tendremos otro. Nuestra gloriosa España se acaba, se aniquila, se muere.

★

Orbajosa, 23 de diciembre.

El joven que recomendé a usted en carta llevada por él mismo, es sobrino de nuestro querido penitenciario, abogado con puntas de escritor. Esmeradamente educado por su tío, tiene ideas juiciosas. ¡Cuán sensible sería que se corrompiera en ese lodazal de filosofismo e incredulidad! Es honrado, trabajador y buen católico, por lo cual creo que hará carrera en un bufete como el de usted... Quizá le llevará su ambicioncilla—pues también la tiene—a las lides políticas, y creo que no sería mala ganancia para la causa del orden y la tradición, hoy que la juventud está pervertida por los *de la cáscara amarga*. Acompáñale su madre, una mujer ordinaria y sin barniz social, pero de corazón excelente y acendrada piedad. El amor materno toma en ella la forma algo extravagante de la ambición mundana, y dice que su hijo ha de ser ministro. Bien puede serlo.

Perfecta me da expresiones para usted. No sé a punto fijo qué tiene; pero ello es que nos inspira cuidado. Ha perdido el apetito de una manera alarmante, y o yo no entiendo de males, o allí hay un principio de ictericia. Esta casa

está muy triste desde que falta Rosario, que la alegraba con su sonrisa y su bondad angelical. Ahora parece que hay una nube negra encima de nosotros. La pobre Perfecta habla frecuentemente de esta nube, que cada vez se pone más negra, mientras ella se vuelve cada día más amarilla. La pobre madre halla consuelo a su dolor en la religión y en los ejercicios de culto, que practica cada vez con más ejemplaridad y edificación. Pasa casi todo el día en la iglesia y gasta su gran fortuna en espléndidas funciones, en novenas y manifiestos brillantísimos. Gracias a ella, el culto ha recobrado en Orbajosa el esplendor de otros días. Esto no deja de ser un alivio en medio de la decadencia y acabamiento de nuestra nacionalidad...

Mañana irán las pruebas... Añadiré otros dos pliegos, porque he descubierto un nuevo orbajosense ilustre, Bernardo Amador de Soto, que fué espolique del duque de Osuna, le sirvió durante la época del virreinato de Nápoles, y aun hay indicios de que no hizo nada, absolutamente nada, en el complot contra Venecia.

XXXIII

Esto se acabó. Es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son.

FIN DE
«DOÑA PERFECTA»

GLORIA

(1876-1877)

NOTA PRELIMINAR

GLORIA *de Lantigua, huérfana de madre, de dieciocho años, hermosa, discreta, viva de carácter, inquieta de espíritu, observadora y curiosa, es profundamente católica. La religión tiene en ella poderosas raíces. Su padre, don Juan Crisóstomo, gran abogado, cumplido caballero, que si en la vida cotidiana transige benigno con los hombres de ideas contrarias a las suyas, en la vida de los principios es intransigente—con estabilidad de roca jamás conmovida—, ha educado a Gloria sin condescendencias, inculcándole la apetencia por las lecturas de la mística española mezcladas con otras de algunos clásicos rigurosamente ortodoxos y tradicionales como Calderón y Saavedra Fajardo. Gloria tiene un tío paterno y carnal, don Angel, obispo de una diócesis de Andalucía, quien la adora y la vigila con gran celo en cuanto atañe a la fe y a la moral. Todos los ascendientes de Gloria han sido severos caballeros honorables, damas devotísimas, muchos de los cuales murieron en olor de santidad. En la familia de Gloria—recorridas las dos líneas—era imposible encontrar un espíritu heterodoxo, un deshonroso sucedido, una acción menos limpia, un ímpetu romántico. Gloria vive en Ficóbriga, una villa pesquera de la costa cantábrica, muy española de anhelos, muy tradicionalista de prejuicios, muy católica de convicciones. En Ficóbriga nada tienen que hacer los liberales, los aventureros, los escépticos, los acatólicos. Y si se empeñan en vivir en ella, el ambiente los va estrangulando. Y huyen o mueren.*

Daniel Norton, guapo, culto, distinguido, de familia hamburguesa residente en Londres, es judío. Y creyente firme en todo cuanto su ley ordena. Los ascendientes todos de Daniel fueron judíos y fervorosos practicantes. Daniel ha vivido siempre en ambientes propicios—y cálidos—a sus creencias.

Cuando el Destino empuja a Daniel y le abandona en Ficóbriga, cuando Gloria y Daniel se conocen y se enamoran con una fuerza irresistible, el problema terrible queda planteado. ¿Tendrá alas el amor para pasar, sin rozarlas sobre las divergencias religiosas de los enamorados? Si para que todo entre y quede en orden es necesario un gran sacrificio, ¿cuál de los dos habrá de ser la víctima? Si los dos se creen en posesión de la única verdad, ¿podrá alguno renunciar a ella compensándose con una pasión? Terrible es el dilema. O la fe de siempre, suave y amiga, consoladora, o el amor humano, tan encantador y alegre, tan necesario.

Gloria y Daniel cierran un poco los ojos. Viven. Ninguno de los dos acierta a explicarse cómo siendo buenos, honrados, caritativos, cumplidores de sus deberes, hayan de someterse a contrariar su inclinación, a romper su cariño, a aceptar la infelicidad para toda la vida, por cuestión de principios religiosos. Piensan que las ideas de cada uno son perfectamente respetables, que el amor que se tienen evitará cualquir roce espiritual. ¡Es tan fácil y sencillo, amán-

dose, disculparlo todo, comprenderlo todo, respetarlo todo!...

Hoy, este conflicto del choque de las creencias sería mucho más fácil de resolver. Casi ni sería conflicto si canónicamente no se exigieran determinados requisitos para la validez del matrimonio religioso. Pero a fines del pasado siglo y en una villa nórdica española de tradicional abolengo católico a macha martillo... La creencia—de pensar, no de creer—discreta de los protagonistas iba muy pronto a ponerse en trance de pruebas durísimas. La primera, la que ellos mismos exigirán para que su amor se aquilate. Porque no debe olvidarse que Gloria y Daniel son los primeros intransigentes en materia religiosa. Gloria, con los resabios y con los respingos de quienes le enseñaron que la intransigencia debe tener acentos descompuestos y ademanes violentos. Daniel, aunque tiene la tolerancia exterior de las formas, es intolerante como un rabí en el fondo de sus creencias. Daniel es tan entero en la fe como Gloria. El primer choque será terrible entre ellos dos. ¿Lo amortiguará el amor? Verdaderamente, el conflicto es imponente. ¡Y para llegar a él esperaba Gloria su amor desde hacía tanto tiempo! Viva de imaginación, sutil de pensamiento, procurando—por dictado paterno—sofocar en su alma los gérmenes de infinitas ideas y de sentimientos superiores, tan religiosa, tan católica..., ¡el Amor ha de llegarle así: embrazado con la herejía! Porque herejía es amar a un hereje y pretenderle amar en Jesús.

Lo que contribuye a dar a esta novela admirables calidades asombrosas es, precisamente, que Galdós acertó a que el drama se desarrollara entre almas *henchidas de sentimientos y de convicciones, ajenas a pequeñas miserias. Don Angel, el obispo, es un bienaventurado. Don Juan, culto y discreto, bondadosísimo, no es un fanático vulgar, sino un ser de fe arraigada y pulida con el estudio. Gloria es un alma sugestiva de resplandores. Norton, un dechado de virtudes cívicas. Entre estas almas grandes la tormenta tiene que estallar con más fuerza, desarrollarse con mayor violencia. ¿Qué queda luego de amainar ésta? En las terribles luchas ciegas, cósmicas o no, la victoria no es de los más santos, sino de los más feroces. Las causas materiales las ganan los más fuertes, no los más justos. Gloria es una mujer, al fin, casi niña, débil. Las fuerzas que la atacan son inmensas, implacables.*

Galdós, soberano artista, logra su obra sin desvirtuar nada de su primordial pensamiento. Ha querido hacer una obra de combate. *En el conjunto artístico se transparenta la idea con toda diafanidad, sin una sola mancha, igual que una de esas maravillosas flores acuáticas en el fondo de un estanque de limpidez absoluta. Llega a esa armonía del fondo y la forma que es la máxima aspiración del artista que busca la belleza. «En* Gloria*—escribe el eximio* Clarín*—hay una lógica inflexible, que nace de la verdad de la idea en que se inspira y aparece merced a la sabia conducción del pensamiento, que ni un momento se oscurece y mezcla con elementos extraños. Es* Gloria *un cuadro de tan acabados términos, de toques tan inspirados y oportunos, tan discretamente pensado, con tal gracia concluído, que sería difícil quitar ni poner cosa alguna. Merecerían artículo aparte la composición de* Gloria*, la traza del plan, la profundidad y hermosura de los pensamientos, el movimiento y vida de las escenas, que, sin perder un punto de interés, se suceden, ya graciosas, ya patéticas, ya tiernas, ya sublimes. El lenguaje es natural, puro, sin afectación de ningún género, y revela en su autor un espíritu franco, noble, varonil, apasionado, tierno; pero si hace falta, sutil, observador, satírico. Es un vicio, por desgracia muy común en nuestros escritores, el amaneramiento; aun los más expertos y concienzudos se dejan arrastrar por el demonio de la afectación. Pérez Galdós, acaso el único, se ha librado de esta lepra general.»*

Los caracteres están concebidos y trazados con una maestría insuperable. Se le escapan *al novelista de los puntos de la pluma para irse a vivir sus vidas mezclados con los seres de carne y alma que pululan en el mundo de Dios y sin que nadie acierte a diferenciarlos y aun muchos los crean más* palpitantes, más humanos *que los nacidos de mujer.*

PRIMERA PARTE

I

ARRIBA EL TELÓN

Allá lejos, sobre verde colina, a quien bañan por el Norte el Océano y por Levante una tortuosa ría, está Ficóbriga, villa que no ha de buscarse en la Geografía, sino en el mapa moral de España, donde yo la he visto.

Marchemos hacia ella, que el claro día y la pureza del aromoso ambiente convidan al viaje. Estamos en junio, mes encantador en esta comarca costera cuando la deja de sus terribles manos destructoras el huracán. Hasta el mar, el displicente y sañudo Cantábrico, está hoy tranquilo: permite a las naves correr sin miedo por su quieta superficie, se arroja adormecido sobre las playas, y, en lo profundo de las grutas, en las ensenadas, en los acantilados y en los arrecifes, sus mil lenguas de espuma modulan palabras de paz. Las suaves colinas verdes van ascendiendo desde el mar hasta las montañas, subiéndose unas sobre otras, cual si apostaran a quien llega primero arriba. En toda la extensión del paisaje se ven casitas rústicas de peregrina forma esparcidas por el suelo; mas en un punto los desparramados edificios se convocan, se reúnen, se abrigan unos contra otros, formando el nobilísimo conjunto urbano que los siglos llamaron Ficóbriga. Elévase en el centro la torre, no acabada, semejante a una cabeza sin sombrero, pero tiene en su campanario dos ojos vigilantes, y allí dentro tres lenguas de metal que llaman a misa por la mañana y rezar al anochecer.

En torno al pueblo—pues estamos cerca y podemos verlo—, lozanas mieses y praderas muy lindas anuncian cierto esmero agrícola. Silvestres zarzas cercan una y otra heredad, y madreselvas llenas de aromáticas manos blancas, árgomas espinosas, enormes pandillas de helechos que se abaniquean a sí mismos, algunos pinos de verde copa y multitud de higueras, a quienes sin duda debe su nombre Ficóbriga.

¡Hermoso espectáculo ofrecen desde aquí las montañas, inmensa escalera que conduce a los cielos! Las más lejanas confunden sus vagas tintas con las nubes; en las más próximas se ven manchas rojas, semejantes a sangrientas heridas, y lo son, realmente, hechas por el escalpelo minero que uno y otro día destroza la musculatura de aquellos gigantes. Atropellándose suben hacia Poniente, y la luz simula en las remotas cumbres extrañas cresterías, protuberancias, torres, grietas, excrecencias, lobanillos, hasta que las nubes envuelven en vaporosos velos la deforme arquitectura.

Después de atravesar un puente de madera, que sumerge en el salobre fangò sus podridos pilotes, subimos una cuesta —casi estamos ya en Ficóbriga—, desde la cual se ve la ría, dando vueltas como si no supiera adónde dirigirse, ni dónde está el mar que la espera, metiéndose en todos los charcos de las marismas, cuando hay marea, y huyendo de ellos aprisa desde que empieza la baja. Escaso número de buques navega en sus pobres aguas, y sabe Dios el trabajo que les cuesta dar dos pasos dentro de aquella angosta callejuela, cuando se duerme el viento y la corriente empuja hacia la peligrosa barra.

Las primeras casas—por fin llegamos, señores—son miserables; las segundas, también. Es Ficóbriga, una villa de marineros y labradores pobres. Algunos indianos ricos duermen sobre sus lauros comerciales en media docena de viviendas pulcras y cómodas. ¡Qué calles, Santo Dios! Las humildes casas, estrechas y sucias, no se caen al suelo por no dar qué decir; y de sus indescriptibles balcones penden redes, vestidos azules, humedos capotes y mil suertes de descoloridos harapos, asi como de sus caducos aleros cuelgan panojas en racimos, pulpos puestos a secar y ristras de cebollas.

Pasamos por delante del Consistorio, sito en el fondo de la plaza, enfáticamente convencido de que es digno de ser mirado; pasamos cerca de la Abadía, huraña vieja que se esconde entre casuchas tan viejas como ella, formando el más deplorable corrillo arquitectónico, y

después de dar vuelta a la villa volvemos al extremo de ella. Sobre la ría, por donde entramos. En dicho sitio hay una plazoleta, sombreada por dos acacias y un álamo vergonzoso.

En la plazoleta—miradla bien, porque ahora comienza nuestra historia—hay una casa, mejor sería llamarla palacio, pues su aspecto en medio de tan ruin pueblo es verdaderamente magnífico. Compónese, en realidad, de dos edificios: el uno viejo y decorado con hiperbólicas piezas heráldicas; nuevo y bonito, y casi artístico, el otro, no menos elegante que las llamadas *villas* o *cottages* en el lenguaje a la moda. Adórnalo por sus partes de Mediodía y Levante hermosísimo jardín de pinos de Alepo, floridas acacias, plátanos, magnolias, coníferas de diversas clases, por entre cuyas ramas se ven las cinco ventanas del piso principal. Variada muchedumbre de arbustos, entre cuya frescura descuellan camelias como árboles, recortados mirtos, tamarindos, rosales y un pueblo inmenso de pensamientos, geranios imperiales y otra gente menuda, se ve por los huecos de la verja, allí donde no lo impiden las discretas enredaderas, tan cuidadosas siempre de que el transeúnte no se entere de lo que pasa en el jardín.

Esta mansión encantadora está situada en punto desde el cual se domina el mar por el Norte, la extensión toda de la accidentada costa y la ría con su puente por el Este, Ficóbriga por Poniente, y, por Mediodía, el campo y las montañas. Rodéala vegetación umbrosa y florida, y la bañan benéficos aires. Es vivienda hecha para el amor egoísta o para las meditaciones del estudio. ¡Qué dicha para el alma tocada de amor o de las anhelantes curiosidades de la ciencia encerrarse en tan deliciosa cárcel, buscando al modo de aparente muerte para el mundo y vida inmensa para ella sola!

La casa es de esas que detienen al viajero y le dicen: «¿A que no aciertas quién vive en mí?»

Silencio; ábrese una de las persianas verdes que dan al jardín por el lado de las montañas. Hermosa mano rápidamente la empuja, se mueve la cortina, dejando ver una cara de mujer. Sus ojos negros exploran durante un rato todo el paisaje, y si la luz se va lejos, ellos van más. Su rostro indica con rasgos infalibles la ansiedad del que espera y las penosas inquietudes de un pensamiento ocupado por entero con la imagen de la persona que no quiere venir.

Miramos nosotros también hacia los montes, y no vemos más que montes. La graciosa joven desaparece, y al poco rato torna a presentarse y a mirar, más impaciente cuanto más tiempo pasa. Diríase que sus audaces ojos quieren ver lo que hay detrás de las montañas... Pero en los remotos caminos no aparece aún cosa alguna con forma de hombre ni de bruto, y ella se inquieta primero, se fastidia después. No sólo está impaciente, sino enojada, y del enojo pasa a la cólera, y de la cólera a la desesperación.

Esta linda casa, que tiene el inmenso interés de toda vivienda a cuya ventana se asoma un semblante bello, esta mujer graciosa, estos negros ojitos que buscan y no hallan, se enfurecen y echan rayos insolentes contra una parte de la creación... ¡Oh!, por aquí anda el amor.

¡Adentro!

II

GLORIA Y SU PAPÁ

Estaban los dos en una sala del Mediodía, con ventana al jardín, por la cual éste prestaba gratísima vista y olores al sentido. Parecía despacho más que otra cosa la tal pieza, por la regular balumba de libros y papeles que en diversos lugares de ella había, y las paredes se vestían con mapas, láminas de santos, el busto del Sumo Pontífice y un gran cuadro que contenía el retrato al óleo de un obispo, representado con pluma en la mano.

Sentado en ancho sillón estaba allí don Juan de Lantigua, hombre que iba ya mucho más allá de los cincuenta, serio, muy simpático a la vista y de fisonomía harto inteligente. Su frente y perfil no carecían de majestad, sin ofrecer bellezas académicas; pero lo dominante en todas las partes de su rostro era la expresión patente de una tenacidad acerada, como debió de ser aquella que hizo los héroes cuando había héroes y los mártires cuando había mártires. Así es que si pasó su vida sin ser ni una cosa ni otra, no consistió en él. Parecía la naturaleza corporal de aquel hombre quebrantada o por estudios o por penas. Podía también observarse en su semblante

una tristeza serena, muy distinta de la teatral misantropía de los escépticos. Cuando le conozcamos mejor veremos que aquel melancólico sentimiento, que tan claramente salía de lo hondo a la superficie de su persona, era, más que hastío de sí mismo, una como lástima profundísima de los demás.

Contemplando a su hija, que por centésima vez se asomaba a la ventana, le dijo con afable tono:

—Gloria, por más que te muevas y mires, y esperes, y tornes a mirar, nuestro querido viajero no viene todavía. Ten calma, que ya llegará.

Gloria volvió al lado de su padre. Andaba en los dieciocho años, y era de buena estatura, graciosa, esbelta, vivísima, muy inquieta. Su rostro, por lo común descolorido en las mejillas, revelaba un desasosiego constante, como de quien no está donde cree debe estar, y sus ojos no podían satisfacer con nada su insaciable afán de observación. Allí dentro había un espíritu de enérgica vitalidad que necesitaba emplearse constantemente. ¡Encantadora joven! A todo atendía, cual si nada ocurriese en la Creación que no fuese importantísimo; atendía a la hoja desprendida del árbol, a la mosca que pasaba zumbando, a cualquier ruido del viento o bullanga de los chicos en el camino.

Su fisonomía, parlante y expresiva como ninguna, no carecía de defectos; mas eran de esos que no sólo se perdonan, sino que se admiran. Era su boca un poquito grande, y su nariz, casi más pequeña de lo regular; pero el conjunto no podía ser más hechicero. Sus labios encendidos eran la más hermosa y dulce fruta que puede ofrecerse en el árbol de la belleza a los hambrientos antojos del amor. Contrastaba con la frescura de esta golosina la exaltación, la flamígera viveza de sus ojos negros, que tan pronto resplandecían con súbito rayo, tan pronto se abatían con lánguida pereza. Sobre estos dos astros aleteaban sus grandes pestañas. Mirando como miraba, ponía en sus ojos el reflejo de una conciencia pura. Aquella profunda sensibilidad, dispuesta a desarrollarse a tiempo y que, no encendida todavía con verdadero fuego, a todas horas echaba chispas; aquel afán de sentir fuerte estaba tan lleno de honestidad, como el de algunas que por esta virtud han llegado a la canonización. El que no lo quiera creer que no lo crea.

A la moda vestía la preciosa criatura, con elegancia no afectada. Todo participaba en ella de la gracia de su persona, y ningún pormenor de su peinado y de su ropa podía estar de otra manera que como estaba.

En el instante en que la vemos, la inquietud de Gloria era tan grande que no existía en su semblante rasgo alguno en el cual no se mostrara la impaciencia. Cuando se apartaba de la ventana, recorría la estancia de un punto a otro, tomando un objeto de este sitio para ponerlo en aquél; moviendo las sillas sin motivo que justificase las ventajas del cambio de colocación, observando los cuadros, que había visto mil veces en su vida. Podía decirse de ella lo del poeta: «Hasta cuando el pájaro anda se le conoce que tiene alas.»

III

GLORIA NO ESPERA UN NOVIO, SINO UN OBISPO

—Son las diez, papá—dijo la señorita con impaciencia—. Desde la estación de Villamojada aquí no se tarda más de dos horas.

—Sí; pero sabe Dios a qué hora habrá llegado el tren—repuso el padre—. Esta fórmula abreviada de la civilización se toma unas libertades... No hay que impacientarse. Desde que llegue el coche al ventorrillo de Tres Casas nos lo avisará el tío Gregorio disparando un buen puñado de cohetes, que alegrarán con sus estallidos la comarca. *Caifás* está en la torre, aguardando el primer chispazo para echar a vuelo las campanas. Descuida, que no podrá darnos una sorpresa: habrá demasiado ruido.

Gloria se asomó de nuevo para mirar a la torre de la Abadía, que, por encima de los tejados, alzaba su caduco campanario, y dijo con alborozo:

—Sí; allí está *Caifás*, con todos sus chiquillos, esperando, para repicar, a que reviente en los aires el primer cohete... Bien, muchachos; bien, Paco; bien, Sildo y Celinina; tocad fuerte, muy fuerte, para que se oiga en toda la provincia.

El padre sonrió con dulzura, demos-

trando el apacible contento de su alma en aquel instante.

—Papa—añadió Gloria, poniéndosele delante con resolución—, ¿apostamos a que Francisca no ha espumado las cuatro gallinas, ni puesto en el horno la dorada, ni arreglado los platos de leche?... Francisca es así: dos horas para mover cada brazo y otras dos para pensarlo..., y nada, llegarán los viajeros y estarán todo el santo día esperando la comida.

Luego que esto dijo, marchó a la carrera hacia la puerta.

—Gloria, Gloria—indicó el padre, obligándola a detenerse—. Ven acá: no salgas de aquí. Siéntate.

—¡Ay!, no puedo, no puedo ver que en un día de tanto apuro se les pasee el alma por el cuerpo—declaró la joven, sentándose—. Yo me abraso la sangre. Llegarán y no habrá nada preparado.

—Mira, hija—dijo el buen señor, riendo—, es preciso que aprendas a no ser tan vehemente, a no tomar tan a pechos cosas nimias y de escaso interés para el cuerpo y para el alma. ¿Cuándo te enseñaré la serenidad y el aplomo que debe tener la persona en presencia de los actos comunes de la vida? Dime: si pones esa fuerza inusitada de la atención en negocios triviales, ¿qué piensas hacer cuando te encuentres en alguno de los mil graves lances que ofrece la vida? Reflexiona en esto, hija mía, y modera tu arrebatado temperamento. Mira, la pobre Francisca, a quien tú acusas, te podrá dar buenas lecciones. Observa con qué admirable método y previsión, con qué reposado estudio hace las cosas de la casa. Parece que tarda, y, sin embargo, todo lo hace con prontitud, porque todo lo hace bien. En cambio tú, con tu impaciencia y ligereza, te equivocas a menudo, y, o no concluyes nada, o, si concluyes algo, es preciso volverlo a empezar. Yo he visto muchachas atolondradas, ligeras como el aire, y vivas y deslumbrantes como la luz; pero tú, hija mía, a todas les das palmetazo. Agradece a Dios que te hizo buena, piadosa y honesta; que te dió natural honrado y generoso; que puso en tu alma las maravillas de la fe: todos los sentimientos puros y nobles, y el don de la gracia inefable, dejando las agitaciones para la superficie.

—Si Dios me dió tantas cosas buenas —dijo Gloria con la convicción de un padre de la Iglesia—, también es El quien me ha dado este genio vivo, esta impaciencia porque pase pronto la vida y este afán de llegar a mañana.

—Vamos a ver. ¿Qué motivo hay para que la próxima llegada de mi hermano te haya puesto en ese sobresalto calenturiento?

—Como que hace tres noches que no duermo—repuso ella—. A fe que hay poco que hacer... ¿A un señor obispo se le puede recibir como a cualquier persona? Mi tío traerá consigo a su secretario, el doctor Sedeño, y quizá, quizá, a dos de sus pajes, o, cuando menos, a uno... ¿Y no se han de disponer las cosas para tantos y tan dignos huéspedes? Si me fiara de Francisca, ya había que tener paciencia hasta el año que viene. ¿Cree usted que hay poco que hacer? Pues nada: todo el piso bajo de la casa es poco para la gente que viene. Y no se les va a poner en la mesa pan, vino y aceitunas. Tres viajes ha dado Roque para traer lo necesario. Pues ¿y la capilla?

—Vamos a ver. ¿Qué tiene la capilla?

—Nada: que su ilustrísima querrá decir misa en ella, como la otra vez. ¡En bonito estado se hallaba la capilla! Ha sido preciso dar tres jabonaduras al Cristo, en cuyo santo cuerpo las moscas habían hecho más desperfectos que los judíos. El manto de la Virgen, perdido; he tenido que quemarlo y hacer otro nuevo con el terciopelo que compré para mí. Yo creí que no saldrían con toda la tiza que hay en la casa las manchas de los candeleros. Afortunadamente, *Caifás* y yo fregoteamos bien, y todo ha quedado como un oro... Pero, ¡ay!, ¡si supiera usted que los ratones se habían empezado a comer los pies de San Juan...!

—¡Pícaros animalejos!—exclamó don Juan, riendo.

—¡No sé qué les haría! Gracias a que *Caifás*, que es tan habilidoso, le puso al santo en las heridas de los pies no sé qué pastas y rellenos, con lo cual y una mano de pintura ha quedado muy bien... Ya no harán más picardías estos tunantes, que nada respetan. En tres días que van de armada la ratonera han caído once, todos como lobos... ¿Todavía le parece a usted poco trabajo el mío?

—Me parece demasiado.

—¿Pues y las camisas que he tenido que hacer a los hijos de *Caifás* para que

puedan salir a recibir decorosamente a mi tío? ¡Y se asombra usted de que entre y salga y suba sin cesar! Yo soy así, papá querido.

—Tú eres así..., lo sé. Dios te bendiga.

—Adoro a mi tío, que es un santo, y me siento feliz pensando que va a vivir bajo el mismo techo que yo; me parece tan poco lo que tenemos para obsequiarle, que quisiera traer aquí las maravillas de los palacios de un rey, y no teniéndolas, me voy a inventar mil agasajos para albergar dignamente a quien tanto se parece a Dios... No vivo, no puedo tener calma, me desvelo y me consumo... Paso las noches sin dormir pensando en la pachorra de Francisca, en la capilla, en el pobrecito San Juan, roído; en los candelabros manchados, en los ratones, en la pequeñez de la casa para tales huéspedes...

—¿Has creído—dijo con bondad cariñosa el padre—que mi hermano necesita palacios y lujo y ostentación? No, hija mía. Mi hermano, como discípulo de Jesucristo, es humilde. Si esta casa fuera una choza, no sería menos digna de albergarle. Ofrezcámosle corazones puros, ardiente fe y admiración profunda de sus virtudes; regocijémonos al calor de su compañía para ver de imitarle; apropiémonos parte de los inmensos tesoros de su corazón, lleno de Dios, y no nos cuidemos de lo demás...

—Eso es lo primero; pero también...

—Pobre o resplandeciente de riqueza, la capilla será siempre un recinto sagrado, pues mi hermano ha celebrado y celebrará de nuevo en ella cuando los albañiles compongan el techo que se ha caído. Si los ratones se atrevieron con los pies de San Juan, fué porque esos infelices, también criados por Dios, no encontraron bocado más exquisito con que regalarse. Ni la efigie dejará por eso de ser imagen de un bienaventurado, ni éste dejará de interceder por nosotros, aunque no llamemos al industrioso *Caifás* para que remiende el retrato. Hija mía, que tu alma no atienda tanto a la superficie de las cosas: elévese a las alturas de los que no ven los sentidos; no se inquiete tanto de los asuntos que la encadenarán demasiado a lo terrestre. Y sobre todo ese ardor tuyo por cualquier insignificante suceso de un día, no me hace gracia.

Apenas pronunciada la última palabra de este discursillo, oyóse un estallido lejano en los aires, luego otro y otro, como si los ángeles estuvieran cascando nueces en el cielo.

—¡Ya..., ya!...—gritó Gloria, poniendo toda su alma en los ojos.

—Ya está ahí mi hermano—dijo Lantigua con calma, acercándose a la ventana—. Bien venido sea.

IV

EL SEÑOR DE LANTIGUA.—SUS IDEAS

Don Juan Crisóstomo de Lantigua nació de padres honrados en la misma villa donde le hemos conocido, ya gastado por la edad y consumido por el trabajo. La riqueza que desde 1860 poseía, así como la moderna casa y el bienestar tranquilo que disfrutaba, provenían de un tío suyo que volvió de Matzalán (Méjico) con regular carga de pesos duros, la cual al poco tiempo soltó de sus hombros, juntamente con la de la vida, muriendo casi en el primer día de descanso. Su fortuna, que era de las más pingües, pasó a los cuatro sobrinos: don Angel, a la sazón capellán de Reyes nuevos; don Juan, abogado de mucha fama, y los más jóvenes don Buenaventura y Serafinita Lantigua. No entrando, por ahora, en nuestros fines estos dos últimos, los dejamos a un lado concretándonos a los dos primeros, y por ahora, exclusivamente, a don Juan de Lantigua.

Había recibido éste de Dios naturaleza apasionada y ardiente; imaginación despierta, que se inclinaba a las cosas contemplativas; inteligencia elevada, si bien un tanto paradójica; sentimientos enérgicos, que impulsaban su alma al exclusivismo, lo mismo en los afectos que en las ideas. Sus primeros trabajos en la abogacía fueron de no poco provecho y brillo, y más tarde, cuando la herencia del tío le aseguró cómodo bienestar, no abandonó completamente el foro. Renunciar a las controversias hubiera sido en él renunciar a la vida.

Devorado por insaciable afán de estudio, mezcló con la Jurisprudencia la Teología y la Historia y la ciencia política. Dedicóse con predilección a entresacar de los escritores místicos y políticos del Siglo de Oro en España cuanto pudiera hallar de eternamente verdadero y, por

consiguiente, aplicable a la gobernación de los pueblos en todas las edades. Pero su entendimiento, acalorado por entusiasmos juveniles y por prejuicios formados no se sabe cómo, se aferraba tercamente a ciertas ideas; así es que no pudo, aun intentándolo de buena fe, juzgar con imparcial serenidad ni la Historia ni los escritos de los que por tantos siglos han disputado sobre los medios de hacer a la Humanidad menos desgraciada.

Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir externamente todas las cosas humanas. Dió todo a la autoridad, y nada o muy poco a la libertad. Pocos años después de haberse metido en el golfo de estas lecturas y en el torbellino de estos pensamientos, don Juan de Lantigua salió fuerte en erudición y en silogismo, desafió con indomable orgullo la turba de frívolos y descreídos; brindóle la política con una tribuna, y, subido en ella, la nube que había condensado tanta pasión y tanto saber, tronó y relampagueó contra el siglo. La elocuencia del nuevo Isaías arrebataba.

Sus enemigos—pues ya se comprende que los tuvo encarnizadísimos—decían: «Lantigua es el abogado de los curas y de los obispos; hace su agosto con las causas de sus expolios, de capellanías colativas, de disciplina eclesiástica. Justo es que adule y sirva a los que le mantienen.» Estas groserías, comunes en la época presente, hacían sonreír al señor don Juan. Nunca se cuidó de defenderse de este cargo, porque, según afirmaba, es preciso *no quitar a los tontos el derecho de decir tonterías.*

Como hombre de convicciones inquebrantables, honradísimo caballero en su trato social y de intachables costumbres, le estimaban todos. En la vida práctica, Lantigua transigía benignamente con los hombres de ideas más contrarias a las suyas, y aun se le conocieron amigos íntimos, a los cuales amó mucho, pero sin poderlos convencer nunca. En la vida de las ideas era donde campeaba su intransigencia y aquella estabilidad de roca jamás conmovida de su asiento por nada ni por nadie. Las tempestades de la Revolución del 48, de la República romana, de la formación de la unidad de Italia, de la caída del imperio austríaco, de la humillación del francés, de la destrucción del poder temporal del Papa, de la formación del Imperio alemán, Minerva parida por el cerebro de Bismarck, y otras menos trascendentales, y que localizadas en nuestra patria, sólo fueron lloviznas menudas en el cielo de Europa, no produjeron en el ánimo de aquel varón insigne otro efecto que el de cimentar más y más su creencia de que la Humanidad pervertida y desapoderada merece un camisón de fuerza.

Estos hechos y otras recientes desgracias ocurridas en el suelo patrio, llevaron a Lantigua a un estado de irritación lamentable, que dió a sus escritos y a sus discursos lúgubre y displicente tono. Profetizó el vilipendio del próximo siglo, la confusión de las lenguas, y tras la confusión, la dispersión; y tras la dispersión, la esclavitud, hasta que una nueva florescencia de la fe católica en los corazones, fecundados por la desgracia, reorganizase a los pueblos, congregándolos bajo el manto tutelar de la Iglesia. Según él, las decantadas leyes del humano progreso conducen a Nabucodonosor. Antes muriera Lantigua que ceder en esto. Y, en realidad, ¿cómo había de ceder? Los que han reducido todas sus ideas a esta fórmula abrumadora: o *Barrabás o Jesús,* necesitan dejarse llevar hasta los últimos extremos, porque la menor flaqueza equivale en ellos a pasarse a Barrabás.

V

CÓMO EDUCÓ A SU HIJA

Don Juan de Lantigua no había presidido personalmente a la educación de su única hija. Además de que sus ocupaciones en el foro y en la tribuna le dejaban poco vagar para consagrarse a ello, creía que con encerrar a su hija en el colegio bastaba. Lo importante era que en el colegio reinasen buenos principios. Advirtamos que don Juan enviudó a los catorce años de casado. Su digna esposa le dejó a Gloria, de doce años, y a dos pequeñitos que volaron al cielo, desde Ficóbriga, cuando apenas habían aprendido a andar por la tierra.

Después de residir algunos años en un colegio a que daba nombre una de las advocaciones más piadosas de la Virgen

María, volvió Gloria a su casa en completa posesión del Catecismo, dueña de la Historia Sagrada y de parte de la profana, con muchas, aunque confusas, nociones de Geografía, Astronomía y Física, mascullando el francés, sin saber el español, y con medianas conquistas en los dominios del arte de la aguja. Se sabía de memoria, sin omitir letra, los *deberes del hombre,* y era regular maestra en tocar el piano, hallándose capaz de poner las manos en cualquiera de esas horribles *fantasías* que son encanto de las niñas tocadoras, terror de los oídos y baldón del arte musical.

Lantigua la oyó recitar trozos de Historia Sagrada, y no pareció satisfecho.

—En estos colegios del día—afirmó—preparan el entendimiento de los niños para las ideas como los dedos para las teclas. El pensar es tocar, reproduciendo con el órgano de la palabra la música del padre Astete.

Un día, como Gloria, viéndole sumergido en hondos comentarios, sobre la unidad religiosa impuesta a los estados después de la unidad política, se permitiese decirle que, en su sentir, los reyes de España habían hecho mal en arrojar del país a judíos y a moriscos, Lantigua abrió mucho los ojos, y, después de contemplarla en silencio, mientras duró el breve paroxismo de su asombro, le dijo:

—Eso es saber más de la cuenta. ¿Qué entiendes tú de eso? Vete a tocar el piano.

Gloria corrió como un pájaro alegre que siente en su alma el ansia de trinar, y, posándose en la banqueta y dejando correr sus manos por el teclado, se puso a tocar algo que sonaba a zarzuela. Lantigua no entendía una palabra de música. Había oído hablar de Mozart y de Offenbach, y para él todos eran lo mismo, es decir, unos holgazanes. Pero su espíritu elevado y su sensibilidad exquista le hacían encontrar instintivamente diferencias profundas entre las varias clases de música que había oído. En general, todo cuanto tocaba Gloria le parecía horrible.

—No sé qué diera, hija mía—le decía—, por oírte tocar otra cosa que ese sonsonete de organillo de las calles. No me digas que así es toda la música, porque yo he oído en alguna parte, no sé si en la iglesia o en el teatro, composiciones graves y patéticas, que penetrando más allá de los sentidos, conmueven el ánimo y nos sumergen en dulce meditación. ¿No sabes algo de eso?

Gloria repasaba todo su repertorio de *fantasía, nocturnos, flores de salón y auroras del pianista,* sin poder encontrar lo grave y patético que el alto espíritu de su padre pedía. En honor de la verdad, que es antes que todo, aun antes que el prestigio y las gracias de la linda niña, debo decir que Gloria aporreaba el piano de un modo lamentable, cual si las teclas, convictas y confesas de algún espantable crimen, merecieran ser azotadas todos los días por espacio de tres horas.

—Basta ya de monsergas, hijita—le decía don Juan—; coge un libro y ponte a leer.

Gloria volaba a la biblioteca de su padre, miraba a todos lados, hojeaba un libro, y, con desdén, lo volvía a poner en su sitio. Cogía otro, leía algunas páginas; mas pronto se cansaba.

—¿Qué buscas?... ¿Novelas?—decía don Juan, entrando tras ella y sorprendiéndola en el escrutinio—. Algo de eso tengo también... Espérate.

—*Invanhoe*—decía Gloria, leyendo un rótulo.

—Esa es buena, pero déjala por ahora... Aquí han entrado pocas novelas. De la basura que diariamente han producido en cuarenta años Francia y España, no hallarás una sola página... De lo bueno hay algo, poco... Me parece que en algún rincón encontraremos a Chateaubriand, a Swift, a Bernardino de Saint-Pierre, y antes que a ninguno, a mi idolatrado Manzoni.

Pero al poco tiempo don Juan prohibió a su hija la lectura de novelas, porque, aun siendo buenas, decía, enardecen la imaginación, encienden deseos y afanes en el limpio corazón de las muchachas y les hacen ver cosas y personas con falso y peligroso color poético.

En cambio, si Gloria no leía para sí, leía para su padre. Don Juan, con mucha fatiga del estudio, con el continuo hervir de su cerebro y las largas vigilias, y aquel afán constante en que su viva pasión política le tenía, iba perdiendo la vista. Llegó a no poder leer de noche; mas como a todo trance necesitase tener a mano textos de Quevedo, Navarrete y Saavedra Fajardo, para ilustrar la obra que a la sazón escribía, instituyó a su hija en lectora. Don Juan se ocupó al-

gún tiempo en comentar los discursos ascéticos y filosóficos de Quevedo; que aquel genio colosal de las burlas descansaba de su gigantesco reír con seriedades sombrías.

Gloria leyó en alta voz la *Vida de San Pablo Apóstol, La cuna y la sepultura* y *Las cuatro pestes del mundo.* Después se engolfó en la *Política de Dios y Gobierno de Cristo,* y como el sabio colector tuvo el buen acuerdo de poner en el mismo tono en que se halla el mencionado escrito la incomparable historia del *Buscón,* Gloria, cuando su padre mandaba suspender la lectura para escribir, doblaba bonitamente algunos centenares de hojas, y, tapándose la boca para que no estallase la risa que a borbotones pugnaba por salir, se deleitaba con las travesuras del ingenioso Pablos.

En otras ocasiones, como don Juan no pusiese reparos a los libros clásicos españoles del gran siglo, Gloria se apoderó de varios tomos, y leyó la *Virtud al uso y mística a la moda,* de don Fulgencio Afán de Ribera. Casi, casi, estuvo a punto de engolfarse en la *Pícara Justina;* pero Lantigua, al fin, puso mano en ello, permitiéndole sólo *Guzmán de Alfarache.* Desgraciadamente, en el mismo tomo estaba *La Celestina.*

VI

CÓMO SE EXPLICABA LA NIÑA

Sin más norte que su buen juicio, y libre de preocupaciones, Gloria, conversando un día con su padre sobre el viejo asunto de las novelas cuya lectura debe permitirse o vedarse a la juventud, dijo que la literatura picaresca de que tanto se envanece España por sus riquezas de estilo le parecía una literatura deplorable, inmoral, irreverente y, en suma, antirreligiosa, porque en ella se hace la apología de las malas costumbres, de la holgazanería ingeniosa y truhanesca, de todas las malas artes y travesuras groseras que degradan a un pueblo. Concluyó por afirmar, con una osadía verdaderamente escandalosa, que las gracias de aquellos perdidos, héroes de tales novelas, si al principio le causaron agrado, bien pronto le dieron repugnancia y tedio, y que tales gracias, comúnmente obscenas y sin delicadeza, habían encanallado la lengua.

Si hemos de creer a testigos presenciales, cuya veracidad no debe ponerse en duda, Gloria, *mutatis mutandi,* dijo también que al penetrar con ánimo valeroso en el laberinto de desvergüenzas, engaños, groserías y envilecimiento que con tanto chiste pinta la literatura picaresca, no podía menos de considerar a la sociedad del siglo XVII como una sociedad artista en la imaginación, pero caduca en la conciencia; y que comprendía el decaimiento de la raza española, que a la sazón no conservaba más virtud que un heroísmo ciego, virtud no suficiente a suplir la falta de un sentido moral puro y de una religiosidad sencilla y desnuda de superstición.

Cuentan que don Juan de Lantigua, cuando esto oyó, estuvo largo rato perplejo y confuso, no tanto por lo peregrino de tales conceptos, sino por el desenfado con que su hija los manifestaba. Sucedió a la confusión cierto terror, ocasionado por la precocísima aptitud que mostraba Gloria para el sofisma y la paradoja; mas notando en ella un entendimiento de mucho brío, aunque extraviado, consideró lo mejor llevarlo dulcemente por el buen camino. Con tales ideas y propósitos, ordenó a su hija que se diese una buena hartada de comedias de Calderón, acompañándola con lecturas diarias de los místicos, poetas y prosadores religiosos, para que variasen sus ideas radicalmente respecto a la sociedad española del glorioso siglo.

En efecto, hizo la señorita todo lo que su padre le mandaba, y a vuelta de algunas semanas le manifestó que, en efecto, sus ideas habían cambiado un poco, aunque no radicalmente. Usando términos comunes, que me veo obligado a variar para expresarlo con más viveza, aseguró que en la sociedad de aquellos tiempos encontraba, además de lo indicado antes, una inclinación demasiado ardiente al idealismo, la cual, si bien producía maravillosos efectos en la poesía y en las artes, era tal que sacaba a la sociedad fuera de su asiento. Le repugnaban los perdidos, los rufianes, las busconas, los estudiantes, los militares, los escribanos, los oidores, los médicos, las terceras, los maridos zanguangos y las mujeres livianas de las novelas picarescas; pero todos estos tipos tenían innegable

sello de verdad. Como una protesta contra tal linaje de gentuza, los galanes y damas, los caballerosos padres y los hidalgos campesinos de los dramas querían establecer, con sus nobles ideas y estupendas acciones, el imperio de lo bueno y de lo justo; pero, a juicio de Gloria, había en el hermosísimo semblante de aquellas figuras sin par la expresión melancólica de quien ha estado durante cien años empeñado en un objeto sin conseguirlo.

Como Lantigua se riese de tan evidente despropósito, Gloria afirmó—empleando, por supuesto, frases comunes—que aquel ideal del honor y del amor no era la mejor ni más sólida piedra para asentar el edificio moral de una sociedad. Luego se ocupó de los místicos, reconociendo en ellos falta de equiponderación entre la fantasía y el discernimiento, y afirmando que su literatura, en ocasiones muy bella, no podría servir nunca de guía al común de las gentes, por ser de pocos comprendida.

Resumió sus ideas sobre este punto diciendo que no podía tolerar que se tratase de religión sin sencillez suma, por lo cual ponía por encima de todos los tratados y disertaciones místicas el Catecismo de las escuelas, que, hablando como Jesucristo, lo decía todo. Parece que, al llegar a este punto, don Juan de Lantigua hizo, no sin burlarse de su hija, algunas observaciones sobre la profunda filosofía y estudio de la divinidad y del hombre que en tales obras se encierra, y vierais aquí a la pícara Gloria sosteniendo que la sociedad modelo, según las ideas de su padre, había alambicado y desvirtuado un poco la idea religiosa, dejándose seducir demasiado por los símbolos que la misma idea religiosa emplea como órganos eficaces y al mismo tiempo, como culto tributado por la verdad a la belleza eterna.

—Esas novelas de truhanes y desalmados—dijo Gloria, para terminar—; esas comedias de caballeros enamorados y discretos, aunque no siempre intachables desde el punto de vista de la moral cristiana; esas disertaciones donde mi espíritu se pierde sin poder seguir el hilo sutilísimo del enrevesado discurso, bastan a darme idea de la gente para quien tales cosas, por lo común admirables, se escribían. Veo las conciencias muy anchas y gran tolerancia para mucha parte de los vicios que degradan al hombre en todas las épocas. No dudo que existiesen caracteres generosos, los cuales creyeran cumplir su misión y dar vuelo a los nobles impulsos de su alma, elevando por cima de la general torpeza, como enseñas sagradas, el ideal del honor y la fe religiosa. Pero el pueblo, a quien no habían enseñado a discernir, y que vegetaba comido de vicios, incapaz para el trabajo y soñando con guerras que traían el pillaje, o conquistas que dieran fácil fortuna, no tenía más que sentidos. No ponía atención a nada, ni aun al sublime misterio de la Eucaristía, si no se lo presentaban en forma de comedia. Por un lado se me presenta una realidad baja y común, compuesta de endémica miseria, en cuyo seno haraposo y vacío se agitaba la gran masa de la nación pidiendo destinos al rey; a los nobles, las sobras de sus mesas; a los frailes, el bodrio, y a la política nuevas tierras que expoliar. Por otro no veo más que hombres bien alimentados, a quienes deslumbra un ideal de gloria y una dominación del mundo, que, cual sombra vana, se desvanece al fin, dejándolos con la mano puesta en las mechas de sus arcabuces para matar pájaros. En el Arte veo también dos términos: los poetas que cantan el amor y el honor, y los místicos y poetas de claustro, que pasan sus días buscando fórmulas nuevas para hacer comprender al pueblo los dogmas sagrados. De estas dos musas, una sublima el amor humano y otra el divino, pero empleando iguales formas poéticas, iguales símiles, hasta iguales versos, sin duda, porque lenguas de la tierra, han sido hechas para lo humano, y humanamente lo dicen todo. Los poetas, los grandes guerreros, los teólogos, los hombres de inteligencia cultivada, entrevén una sociedad mejor, vislumbran un mundo moral superior a aquel en que viven y se agitan los pedigüeños desnudos, los holgazanes, pícaros y demás gente menuda. Luchan unos contra otros. La cosa no va bien; pero no se sabe cómo puede enmendarse. Los unos piden pan, destinos, bienestar material, y, no hallando quien se lo dé, roban lo que pueden; los otros piden gloria, amor exaltado, profunda fe, caballerosidad, justicia perfecta, belleza perfecta, y jamás pueden entenderse. De estas dos voluntades, que aparecen una frente a otra en

aquella sociedad calenturienta, se apodera Cervantes y escribe el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos. Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podía llegar nunca a encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político, ¿Por qué? Porque Don Quijote y Sancho Panza no llegaron a reconciliarse nunca.

Parece indudable, por los datos confusos que han llegado a mis noticias, que cuando Gloria expuso, a su manera, las ideas del párrafo anterior, estaban en compañía de su padre obra de cuatro o seis personajes graves, que no podían con la fama de sabios: tales era el peso y grandor de ella. Alabando el agudo ingenio paradójico de la muchacha, se rieron de sus donaires y celebraron sus originales ocurrencias, mezclando hábilmente a veces la crítica con la galantería, y como alguno, más curioso que los demás, manifestase deseos de conocer en qué consistía la reconciliación entre Don Quijote y Sancho Panza, Gloria, un poco confusa por el dudoso éxito de su osada tesis, se expresó así:

—Ustedes, que son tan sabios, no habrán dejado de observar que si Don Quijote hubiera aprendido con Sancho a ver las cosas con su verdadera figura y color natural, quizá habría podido realizar parte de los pensamientos sublimes que llenaban su grande espíritu; así como si el escudero..., pero no digo más, porque se ríen ustedes de mí. Ya sé que esto que hablo es algo extraño, quizá disparatado y hasta ridículo, por lo muy contrario a la verdad, que sólo ustedes pueden conocer; pero, si es así, ténganlo por no dicho o por pura broma mía.

Más tarde, cuando los sabios privaron a la casa de su presencia majestuosa, don Juan de Lantigua, a quien las absurdas opiniones de su hija habían puesto algo malhumorado, encerróse con ella y la reprendió afablemente, ordenándole que en lo sucesivo interpretase con más rectitud la Historia y la Literatura. Afirmó que el entendimiento de una mujer era incapaz de apreciar asunto tan grande, para cuyo conocimiento no bastaban laboriosas lecturas, ni aun en hombres juiciosos y amaestrados en la crítica. Díjole también que cuanto se ha escrito por varones insignes sobre diversos puntos de Religión, de Política y de Historia, forma como un código respetable ante el cual es preciso bajar la cabeza; y concluyó con una repetición burlesca de los disparates y abominaciones que Gloria había dicho, y que, evidentemente, la conducirían, no poniendo freno en ello, al extravío de la razón, a la herejía y tal vez al pecado. Retiróse Gloria muy confusa a su alcoba, pues era hora de dormir, y a solas meditó largo rato, llegando, por fin, ¡tal era el ascendiente de su padre sobre ella!, a un convencimiento profundísimo de que había pensado mil tonterías y despropósitos abominables. Pero, deseosa de absolverse, echó toda la culpa a los libros, e hizo voto de no volver a leer cosa alguna escrita o impresa, como no fuera el libro de misa, las cuentas de la casa y las cartas de sus tíos. Arrodillándose para orar, según su piadosa costumbre, dijo:

—¡Gracias, Dios mío, por haberme revelado a tiempo que soy tonta!

Acostándose, discurrió que le sería muy fácil dejar de pensar toda suerte de extrañas cosas, porque aquella facultad suya de discernir era como un monstruo fecundo que llevaba dentro de sí y que a todas horas estaba procreando ideas. Pronto pudo observar que, si bien los libros estimulaban en ella aquel surgir constante de pensamientos varios y jamás ideados de otro alguno, el fenómeno no cesaba por completo renunciando a las lecturas. Esto la puso en cuidado.

—Pues si no puedo menos de pensar —se dijo—, al menos callaré.

Pero la verdad era que, aun sin manifestarse por medio del discurso, sus facultades estaban siempre en febril ejercicio, y a su observación no escapaba cosa alguna. Durante largo tiempo, su padre no cambió con ella ni una sola palabra relativa a ningún alto asunto. Asistía la joven al culto religioso con devoción minuciosa y con regocijo, y en lo demás mostraba afición a las cosas nimias, detallando hasta un extremo pueril todos los actos de la vida. Tenía cortadas las alas. Así la hemos hallado.

Pero en sus horas de soledad y meditación, en los crepúsculos que preceden o siguen al sueño, y en los cuales la percepción interna suele ser más viva, Gloria sentía hondas voces dentro de sí, como si un demonio se metiese en su cerebro y gritase: «Tu entendimiento es superior..., los ojos de tu alma abarcan

todo. Abrelos y mira..., levántate y piensa.»

Cuando leía, cuando daba su opinión sobre los pícaros y sobre la sociedad del gran siglo, Gloria tenía dieciséis años.

VII

LOS AMORES DE GLORIA

Pero en los días en que esta historia empieza tenía ya dieciocho años.

Aún no se le habían conocido amores ni noviazgos, ni inclinación a ningún mozalbete, ni señales de que hubiese entregado parte mínima de su corazón a hombre nacido. Don Juan no la tenía sometida a inquisitorial vigilancia, ni le prohibía que fuese al teatro, al paseo y a las tertulias, en compañía de sus primas.

Pero si la juventud masculina que Gloria reconocía no despertaba en ella ni un mediano interés, no por eso su corazón dormía. Perdió a su madre a los doce años de edad. Quedáronle dos hermanitos, el uno de tres años y el otro de quince meses, con los cuales hizo el papel de madre hasta que ambos murieron, con intervalo de pocos días. Ella misma, después de cuidarlos en su enfermedad con extremado celo, les había cerrado los ojos, les había vestido y les había puesto flores en las sienes y en las manos, y, al fin, había cerrado la caja, cuando *Caifás* se los llevó al campo santo de Ficóbriga. Las dos inocentes criaturas ocuparon siempre lugar muy grande en el corazón de su hermana, y ésta no pasaba sin derramar lágrimas por el rústico cementerio de la villa, donde aquéllos habían dejado su mortal vestidura.

Además, el corazón de Gloria estaba lleno de un amor inefable y celestial, inspirado por su tío don Angel, obispo de ***. Le consideraba como un santo bajado de los altares, o, mejor dicho, del cielo, para departir con ella, darle buenos consejos y vivir bajo su mismo techo y comer de su mismo pan.

Gobernaba aquel santo varón una diócesis de Andalucía y muy rara vez venía a Madrid; pero últimamente sus achaques le obligaron a buscar alivio en el país natal, y solía pasar algunos meses de verano en Ficóbriga en compañía de su hermano y sobrina. No era su primera visita aquella reciente en que le hemos visto llegar, anunciado por los cohetes. Dos años antes había estado también.

La afición pura y entrañable de Gloria al hermano de su padre pertenecía al orden de sentimientos que consigna en su primer artículo el Decálogo. Le amaba como a una representación de Dios en la Tierra. Recordaba que en una grave enfermedad que ella padeció en la niñez, su tío había venido de la diócesis para verla; recordaba haber sentido ante él alegría tan viva. que cuerpo y alma se reanimaron con ardor desconocido. Figurósele que una mano celestial la sacaba del negro abismo en que iba sumergiéndose. Ya convaleciente, se le permitía jugar en el cuarto, mas nunca salir de él.

El obispo, dejando a un lado su breviario, tomaba asiento junto a la mesa, donde Gloria tenía un completo ajuar diminuto de casa, con preciosos muebleciitos, vajilla de comedor y cocina y dos docenas de damas y señoritas de alta categoría, de las cuales unas estaban en visita y otras recibían. Su ilustrísima discutía largamente con Gloria sobre la colocación que debía darse a las sillas y sofás, y ambos se pasaban las horas muertas con las imaginarias visitas y los cumplidos y saludos de las mudas personas de cartón. Llegada la hora de la comida para los habitantes de encima de la mesa, el patriarca por un lado y la chiquilla por otro, parecían la gente más atareada del mundo, limpiando cacerolas del tamaño de dedales, espumando cazuelas en cuyo seno unos pedacitos de pan hacían las veces de pavos y gallinas, y soplando hornillos sin lumbre.

—Que ponga usted bien esos manteles, tío...

—¡Allá voy, hijita, y no seas tan viva de genio... ¿Qué tal? ¿Está ya frita la merluza?...

—Divinamente; como que me están dando ganas de comérmela... Vaya, lave usted esos platos, mientras yo limpio los cuchillos; pronto...

—Pues manos a la obra...

—Todo está preparado; que entren las señoras...

—Pues allá van las señoras...

—Música, tío, música...

—Pues allá va la música... Ton, torontón...

Al coloquio de las dos voces, igualmente infantiles, aunque de distinto tono, su-

cedía entonces musical murmullo, al modo de himno de Riego o Marcha Real, acompañada de golpecitos sobre la mesa, dados con las patitas de palo de una muñeca.

En aquellos solitarios diálogos dentro de una estancia donde ningún extraño podía penetrar, no se oía nada teológico; pero a veces caían boca arriba las figurillas; olvidábase todo: cacerolas, visitas, cocina, sofás, ceremonias; Gloria fijaba sus ojos en el placentero semblante de su tío; preguntábale cómo era el cielo, y entonces el ángel y el santo empezaban a hablar de ello con tanto fervor como los desterrados hablan de la patria.

Más tarde, años adelante, cuando Gloria, disputando con su padre, comenzaba a dar las muestras de precocidad que hemos expuesto, don Angel se reía de tan buena gana, que era cosa de seguir disparatando para gozar en su alegría. A menudo se cercioraba el obispo—y esto con la mayor seriedad—de la ortodoxia de su sobrina, y en punto tan delicado jamás tuvo ocasión de censura; antes, al contrario, de grandes alabanzas y de que el inmenso amor que le tenía se aumentase.

Aquí, punto.

VIII

UN PRETENDIENTE

Estalló, como he dicho, el cohete en los aires, y casi en el mismo instante resonaron las campanas de la Abadía, mezclándose el agudo son de la esquila con la hueca salmodia del fabordón, para anunciar a los habitantes de Ficóbriga el feliz suceso. Salieron todos a la calle; abandonaron la playa marineros y calafates; de los campos acudieron labriegos y pastores; afluyó de una y otra parte enjambre de chiquillos; todos los funcionarios municipales aparecieron de gran etiqueta, y ninguna persona quedó en su casa. La cariñosa manifestación provenía de que los Lantiguas eran muy queridos en la localidad, especialmente don Angel.

De todas las personas importantes que salieron al encuentro de su ilustrísima, el más apresurado fué don Silvestre Romero, cura de la villa. Siguióle, correteando, según se lo permitían sus cortas piernas, el llamado don Juan Amarillo, varón rico y pálido, que no llevaba tal apellido por ser, como era, el usurero de la comarca, sino porque lo heredó de sus dignos padres. Fué también el boticario, industrial ingeniosísimo, que iba en camino de ser poderoso; y no se quedó atrás, sino que fué de los primeros en correr al camino, abrochándose el recién puesto y de antiguo raído pantalón, don Bartolomé Barrabás, el liberalote del país, ex dómine con puntas de filósofo, hogaño maestro de escuela con pespuntes de hombre político, y aun de orador y también de periodista. Siguiéronle varios indianos, paso a paso, marchando con gravedad y compostura, porque hombres que habían pasado toda su vida trabajando no podían igualarse a los chicos de las calles ni a los holgazanes, como don Bartolomé Barrabás. Iban acompañados de sus sombreros de copa, para tan alta ocasión sacados de las sombrereras, y también de sus paraguas, que desafiaban a las nubes.

Cuando don Angel llegó a las primeras casas del pueblo, se bajó del coche para abrazar a su hermano y sobrina. Exclamación inmensa, como el bramido del mar irritado, le saludó. De entre aquel tumulto de entusiasmo saltaron al aire gorras y sombreros. Los paraguas de los indianos, cual aves majestuosas, desplegaron sus alas negras para recibir unas cuantas gotas que a la sazón caían. Abalanzóse el gentío hacia su ilustrísima para besarle el anillo, y muy difícil le fué a don Angel llegar a la Abadía para orar breve rato. De la Abadía a la casa continuaron las apreturas, y fué preciso que la autoridad municipal, siempre vigilante en lo que al buen orden de los pueblos se refiere, interviniese para apartar a un lado y otro a la pegajosa muchedumbre.

Cuando el prelado entró en la casa quiso orar también un rato en la capillita de ésta; pero le advirtió su hermano que estaba fuera de uso por hallarse en reparación. En la sala baja, el prelado conversó un rato con las eminencias ficobrigenses que habían salido a recibirle.

En la casa había gran movimiento de personas que iban de aquí para allí, y subían y bajaban. Gloria se dirigía precipitadamente a la escalera para subir a dar ciertas órdenes, cuando encaró con

un joven. Ambos sonrieron: ella, con sorpresa; él, con alegría.

El señor obispo había traído consigo a tres personas: dos del orden sacerdotal y un laico.

El laico era un joven como de treinta años muy cumplidos, delgado y rubio, de ojos oscuros, acompañados de sutilísimas gafas de oro, cejas muy arqueadas como curva de puente antiguo, barba abundante y azafranada, fisonomía inteligente y porte caballeroso, y hasta cierto punto elegante. Eran fáciles sus maneras, y su habla, un tanto campanuda, como de quien gusta oírse y se había oído mucho en estrados, en las Cortes o en las varias academias de mancebos aprovechados que hay en Madrid. Nada había en su persona de asacristanado ni de frailuno, como pudiera creerse el verle venir en compañía de clérigos. Este personaje fué el que encaró con Gloria en el primer peldaño de la escalera, inmutándose un poco al verla.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí, Rafael? ¿Ha venido usted con mi tío?—le preguntó la señorita, después del primer saludo.

—He venido con su ilustrísima; pero me quedé un poco atrás, porque nuestro coche se detuvo en la cuesta—repuso el mancebo estrechando la mano de la joven—. Ya sé que todos están buenos. El señor don Juan hecho un mozalbete. Usted, siempre tan linda...

—Yo creí que usted no saldría de Madrid. Como ahora están las cosas tan enredadas por allá...

—Por allá, y por aquí, y por todos lados... No sé adónde irá a parar el mundo. Yo he venido a Ficóbriga para cierto asunto de elecciones y también para uno mío... Ya se lo dirá a usted don Juan. He venido en el mismo tren que su ilustrísima, que después me ofreció su coche y hospitalidad en su casa. No la acepté por no molestar. Además, tengo compromiso con mi íntimo amigo el señor cura para vivir con él unos días.

—¿Estará usted mucho tiempo por aquí?

—Me estaría toda la vida—dijo el joven, con evidentes señales de debilidad amorosa en su grave semblante y arqueando las cejas de un modo excesivo, hasta ponerlas en mitad de la frente—. El mes pasado la vi a usted por última vez en casa de su tía... ¡Qué pícara! ¡Dejarnos en tal soledad!... ¿Se acuerda usted de lo que hablamos allí la última noche de tertulia?

Gloria se echó a reír.

—Dos días después fuí a casa de mi amiga. El pájaro había volado. Ficóbriga y siempre Ficóbriga. Aborrezco este pueblo.

—¡Aborrece a este pueblo!

—No; ahora, no—respondió, con viveza, el de las gafas—. Es un paraíso este lugar. Por desgracia, el asunto de las elecciones me entretendrá poco más de dos semanas... ¡Qué dulce es vivir aquí, tan cerca de usted, Gloria!... ¡Parece un sueño, y, sin embargo, es verdad!... ¡Verla todos los días, a todas horas...!

—El honor es para nosotros, señor Del Horro. Pero dispénseme usted... Voy a mandar que bajen los azucarillos... ¡Francisca; pero, Francisca...!

IX

RECEPCIÓN, DISCURSO Y PRESENTACIÓN

El joven entró en la casa. Estaban allí, además de los dos hermanos Lantigua, el doctor López Sedeño, secretario de su ilustrísima; el paje del mismo, don Juan Amarillo, el cura y el alcalde de Ficóbriga, los tres indianos y don Bartolomé Barrabás, que, a pesar de la firmeza de sus ideas republicanas, no vacilaba en tributar respetuoso homenaje a la principal gloria de Ficóbriga, aunque tal gloria estuviese representada en un príncipe de la Iglesia.

El cura de Ficóbriga, don Silvestre Romero, que era un hombre proceroso, fornido, de fisonomía dura y sensual como la de un emperador romano, pero muy simpático y francote, dió comienzo, no sin turbación, a un discurso que preparado llevaba, y del cual la Historia, muy negligente en esto, apenas conserva algunos párrafos:

—Todos los habitantes de esta humilde villa—dijo—sienten el más vivo gozo al ver a usía ilustrísima en el seno de esta humilde villa, y esperan que la presencia de usía ilustrísima en esta humilde y honrada villa sea anuncio felicísimo de paz, origen de concordia y señal de bienes sin cuento...

Y más adelante, cuando se serenó un poco, y pudo, con desembarazo, echar

fuera los pensamientos que traía almacenados en su mente, agregó esto:

—¡Benditos nosotros, que vivimos ausentes de los escándalos que pasan allá donde la corrupción y la irregularidad tienen su asiento! Lo que llega a nuestros oídos nos hace estremecer. El señor don Juan profetizó en aquel su célebre discurso los fuegos de Nínive, y los fuegos de Nínive, que ya cayeron sobre Francia, caerán también sobre la católica España, y la abrasarán, y podrá decirse de ella: «Pereció su memoria con el sonido» *(Peritt memoria ejus cum sonitu).*

Y después:

—Antes se había entibiado la religiosidad; pero ahora se ha perdido por completo en la mayor parte de las personas, y las que aún saben dirigir sus almas al cielo, se ven perseguidas, amenazadas por la caterva brutal de filósofos y revolucionarios. Los hombres que gobiernan al país predican públicamente el ateísmo, se burlan de los santos misterios, insultan a la Virgen María, denigran a Jesucristo, llaman bobos a los santos y mandan demoler las iglesias y profanar los altares. Los ministros del Señor hállanse hoy en la condición más precaria: se les trata peor que a los ladrones y asesinos; el culto, sin decoro ni magnificencia a causa de la general pobreza de la Iglesia, entristece el ánimo. Los hombres no piensan más que en reunir dinero, en reñir los unos con los otros y en disputarse el gobierno de las naciones, que al dejar de ser guiadas por la política cristiana y único gobierno posible, que es el de Cristo, marchan con paso ligero a su disolución y total ruina.

Don Silvestre no quitaba los ojos, mientras hablaba, de don Juan de Lantigua, como preguntándole: «¿Qué tal lo hago?» Pero el insigne jurisconsulto fué la única persona que no se mostró entusiasmada con el discurso del cura, sin duda por no creerlo ni nuevo ni oportuno; que todas las ocasiones no son propias para decir verdades. El doctor Sedeño, que era un poco enfático, dijo también algo coruscante sobre la ruindad de los tiempos; pero, a pesar de su mérito, no ha llegado el texto a nuestras manos.

—Malos son los tiempos—dijo su ilustrísima, dirigiéndose principalmente al cura y a Barrabás, que, muy azorado, no decía palabra—; pero Dios no abandonará a los suyos en medio de la tempestad que se acerca, ni faltará un arca para los que viven en El. Oremos sinceramente, señores: la oración es antídoto celeste contra la epidemia del pecado, que por todas partes nos rodea; oremos por nosotros y por los que cierran sus oídos a la voz de Dios y sus ojos a la luz de la verdad. Fervor y piedad constantes en los que creen pueden atraer sobre la Tierra especiales favores del Cielo. *Te, Domine, custodies nos a generatione hac in æternum* (Tú, Señor, nos salvarás y nos guardarás de esta generación para siempre).

Al llegar aquí, el prelado fijó sus ojos con expresión de gran benevolencia en el joven seglar que había traído consigo, y, presentándole a sus amigos, habló así:

—Aquí está nuestro heroico joven, nuestro valiente soldado. Señores y amigos míos, saluden al benemérito campeón de los buenos principios, de las creencias religiosas de la Iglesia católica, y al perseguidor del filosofismo, del ateísmo, de las irreverencias revolucionarias. ¡Gloria a la juventud creyente, fervorosa, llena de fe y de amor al catolicismo!

Don Rafael del Horro, inclinándose con modestia, balbució algunas palabras en protesta de aquellos elogios.

—Cuando la juventud—añadió el prelado—se entrega a los vicios de la inteligencia y se corrompe con perniciosas lecturas, este joven aspira al honroso nombre de soldado de Cristo. La Iglesia pelea allí donde la provocan al combate. ¡Ah señores! No es vana cortesanía lo que sale de mis labios, sino admiración por su valiente espíritu, por su animosa decisión en pro de la combatida Iglesia, por la constancia con que persigue, acosa y anonada la pícara francmasonería y el materialismo, por su elocuencia y su enérgico estilo literario, prendas todas que han sido armas poderosas de la causa de Dios en el período que acaba de pasar...

—¡Ah!—exclamó don Juan Amarillo, haciendo un saludo pomposo—, ya sabemos que el señor es un gran orador y un gran periodista...

Don Silvestre Romero abrazó con efusión a Rafael del Horro. Eran antiguos amigotes, y en cierta ocasión, como el joven orador y publicista necesitase un

buen corresponsal en Ficóbriga, brindóse a desempeñar este cargo el cura, enviando unas cartas muy saladas que no dejaban nada que desear.

Mientras duraron las felicitaciones, don Bartolomé Barrabás, que era el demagogo de la localidad, no se atrevió a decir una palabra en pro de sus perversas doctrinas, y aunque el cura y Amarillo dejaron caer alguna punzante cuchufleta sobre la persona del filósofo de aldea, éste no creyó prudente empuñar las bien afiladas armas de su dialéctica en aquella ocasión. El respeto a don Angel ponía una mordaza en sus labios. Y tan bien pagó el noble prelado esta prudencia, que, como don Silvestre aludiera claramente al demagogo, diciendo que también Ficóbriga estaba tocado de pestilencia, habló de esta manera:

—No me toquen a don Bartolomé, que espero convertirle, puesto que su corazón es bueno y estos desvaríos no perderán su alma si llegamos a tiempo.

Barrabás se inclinó dando las gracias. Por decir algo, dijo:

—Y, según la Prensa, el señor don Rafael del Horro viene a trabajar en las elecciones.

—Viene a trabajar y a triunfar—afirmó con desenfado el cura—. No pasará como la otra vez, cuando, por nuestra negligencia y descuido, se nos pusieron éstos encima.

Y luego, amenazando a Barrabás con la mano derecha, añadió:

—Ahora se dirá: *Exurgat Deus et dissipentur inimici ejus, et fugiant... Sicut fluit cera a facie ignis, sic periant pecatores a facie Dei* (Levántese Dios y sean dispersos sus enemigos, y huyan... Como se derrite la cera delante del fuego, así perecerán los pecadores delante de Dios).

Repitiendo el gesto de amenaza, don Bartolomé dijo riendo:

—Iremos a votar.

El demagogo no estaba en la lista de los convidados aquel día; pero don Angel le rogó que se quedase, lo que en extremo agradeció Barrabás. Al mismo tiempo, don Juan de Lantigua gritaba desde la puerta:

—Gloria, Gloria, hija mía; pero ¿no se come hoy en esta casa?

X

DON ÁNGEL DE LANTIGUA, OBISPO DE ***

El obispo parecía un niño grande. Su cara redonda, sonrosada y siempre risueña, se destacaba entre la ampulosa envoltura episcopal y bajo el sombrero verde, respirando profundo gozo de espíritu, benevolencia, paz completa con la conciencia y relaciones perfectas con Dios. Era hombre que por natural impulso de su sano corazón se inclinaba a suponer lo bueno en todo. Sus estudios, su experiencia, su confesonario, le enseñaban que hay malvados en el mundo; pero siempre que hablaba con alguien decía para sí: «¡Qué buena persona, qué excelente sujeto!»

Como una luz alumbra cuanto la rodea, así su corazón proyectaba las claridades de la bondad sobre los que se le acercaban. Era incapaz de aplicar un mal pensamiento a individuos conocidos, y cuando oía hablar de las picardías de alguien, no omitía decir cualquier palabra en su defensa. Su inteligencia era quizá inferior a la de su egregio hermano don Juan, pero le ganaba en verdadera piedad y en dulzura de sentimientos, y aunque, tocante a materias dogmáticas, profesaba la doctrina de la tolerancia en el verdadero sentido teológico, no en el vulgar de esta manoseada palabra, la viva compasión que sentía hacia los errores de nuestros contemporáneos parecía atenuar el rigor de sus ideas. Se ignora lo que don Angel habría hecho si hubiera tenido en el hueco de la mano a la pecadora sociedad presente. En cuanto a don Juan, es seguro que la habría echado al fuego, quedándose después con la conciencia, no sólo tranquila, sino satisfecha de haber realizado el bien.

En las prácticas religiosas era don Angel intachable. No se le podía tildar ni de flaqueza ni de exceso de celo. Jamás desmayó en sus deberes de prelado; jamás extremó la letra a expensas del espíritu. En sus ratos de vagar, recreaba el ánimo con piadosas lecturas y aborrecía los periódicos, de cualquier partido que fuesen. En Ficóbriga, como los médicos le ordenasen una vida tranquila y que huyese de lecturas taciturnas y mentales trabajos, gustaba de pasear

por el jardín contemplando las muchas y bellas flores y oyendo las explicaciones de su sobrina acerca del tiempo y condiciones en que cada una se criaba. Gustaba también de pasear por el pueblo hacia la mar, bajando casi siempre a la playa y al muelle, y deteniéndose infaliblemente a ver llegar las lanchas pescadoras, cuya vuelta al abrigo le producía inefable sensación de placer, de asombro de la bondad infinita de Dios. Sus ojos las buscaban en el horizonte, las seguían por la superficie del mar, y cuando atracaban, tenía gozo especial en ver desembarcar la sardina, la merluza y el besugo. Siempre le causaba admiración que trajesen tantos peces, y decía a los marineros:

—Creí que no quedaban más, después de lo que trajisteis ayer. ¡Bendito sea Dios, que no deja morir a los pobres!

Le agradaba la música, cualquiera que fuese, sin distinción de escuelas. No entendía de buena o mala música. Para él toda era buena, y siempre que su sobrina tocaba el piano, oíala con placer, y aun con cierto respeto, porque aquel precipitado correr de los dedos sobre las teclas le parecía el colmo de las habilidades humanas. Pegábansele al oído aquellos ritmos, y por las mañanas, cuando bajaba al jardín, después de decir misa en la Abadía o en la capilla, solía tararear entre dientes algún cantorrio sin principo ni fin. Pero su principal gusto consistía en departir con su sobrina sobre cualquier materia sagrada o profana. Autorizábala benévolamente para decir cuanto se la antojara; le preguntaba mil cosas frívolas, que de ningún modo podían interesarle, y hacía comentarios sobre los diversos sucesos que ocurrían en Ficóbriga, pues también allí había sucesos.

Tenía en tanto aprecio a su secretario, el doctor López Sedeño, que en ninguna cosa grave ponía mano sin consultarle, por ser Sedeño teólogo eminente y gran sabedor de cánones; de algún tiempo acá se había dado el secretario con exceso a los negocios políticos y leía con afán los periódicos y aun escribía algo en ellos. Si al principio desagradó esto a don Angel, pronto se fué acostumbrando, y acabó por alabarlo, considerando que los tiempos exigían tomar las armas. No faltaron maliciosos que en las antesalas del palacio episcopal de *** murmuraron de la excesiva preponderancia del doctor Sedeño en los consejos de su ilustrísima, y hubo quien, por mote, llamó al leal servidor y amigo *le petit Antonelli*. Pero de estas pequeñeces, que quizá fueron malignidades, no nos ocuparemos aquí. Otros decían que Sedeño era muy soberbio y aspiraba al episcopado de ***, cuando fuese trasladado don Angel, como se anunciaba, a la metropolitana de S*** y recibiera el capelo. Nosotros lo ignoramos, y cerramos los oídos a los chismes capitulares.

Sólo sabemos que don Angel era amado con delirio por sus diocesanos, lo mismo que por sus compatriotas los de Ficóbriga; que su corazón estaba limpio de ambiciones; que si tomaba con calor la perversidad de los tiempos, era sólo atendiendo a lo espiritual. Gran cariño tenía a Rafael del Horro, joven espada de la Iglesia, diputado, una especie de apóstol laico, defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la Iglesia. Sin embargo, cuando por el tren le habló el ardiente joven del negocio de la elección, su ilustrísima le dijo:

—Creo que mis paisanos le votarán a usted, porque son buenos católicos y darán fuerza a los defensores de la fe; pero no me pida usted que les hable de este negocio. Allá se las entienda con su amigo don Silvestre, que es, según dicen, un águila para esto de elecciones, pues las que él ha dirigido dejaron fama en todo el país.

Este fué un punto en que ni el mismo doctor Sedeño, con ser *le petit Antonelli*, pudo hacer variar la inquebrantable resolución del prelado. Tampoco quiso éste intervenir en otro asuntillo que traía a Ficóbriga Rafael del Horro, y lo encomendó por entero al cuidado de su hermano don Juan, como se verá en el capítulo siguiente.

XI

UN ASUNTO GRAVE

Rafael del Horro vivía en la casa del cura, y todos los días, bien al almuerzo, bien a la comida, se personaba en casa de Lantigua, llevado del afán de hablar con Gloria. Una mañana, antes que el aguerrido campeón de Jesucristo pare-

ciese por la casa, don Angel, que con su sobrina acababa de llegar de la Abadía, donde había celebrado, dijo a ésta:

—Tu padre está en el jardín y quiere hablarte; ve.

Gloria corrió al jardín, donde estaba don Juan en pie, con las manos a la espalda, inspeccionando los materiales que habían traído para componer la capilla. Fueron ambos a sentarse en un apartado y umbroso sitio que abrigaban corpulentas magnolias y otros árboles. Un sol tibio calentaba el jardín, convocando, en el espeso verdor de éste, a toda la república de pájaros vecinos, que entraban y salían por diversas partes jugando y charlando. Don Juan miró con afectuosos ojos a su hija, y le habló así:

—Por lo mucho que te quiero, voy a enterarte de un asunto que interesa mucho a tu porvenir y a tu felicidad. Si se tratara de una jovenzuela de esas que no poseen tu buen juicio ni tu rectitud, seguramente el camino que debía seguirse sería distinto; pero tú no eres como las demás, y yo tomo la senda más breve. Creo, hija mía, que ha llegado la ocasión de que te cases.

Quedóse la señorita absorta; quiso hablar, y no se le ocurrió nada digno de ser dicho en tan crítica ocasión y ante la majestad imponente de don Juan, en quien veía entonces juntas las dos personas de su padre y su tío.

—Sí—prosiguió Lantigua—; lo que en otra clase de personas es cuestión difícil, aquí es problema facilísimo, y puede resolverse con honra y contento de todos. Una joven que no ha entretenido su edad florida en noviazgos indecentes ni con necios amoríos de balcón o de tertulia es el tesoro más preciado de una honesta familia. Esa joven eres tú. Tu carácter bondadoso, dócil; tu educación cristiana y hábitos humildes; tus pensamientos, que, si alguna vez han sido soberbios, después se han sometido al yugo de la autoridad, me mueven a hablarte de este modo, seguro de que tus ideas se acordarán con las mías y tu sentir con mi sentir.

La señorita quiso de nuevo hablar algo, aunque fuera para dar su asentimiento; pero nada de lo que vino a su mente le pareció digno de la gravedad del caso, por cuya razón hubo de callarse.

—¡Qué seria te has puesto!—dijo el padre—, y también pálida. Así me gusta. Una muchacha casquivana y ligera habría sonreído y soltado por la boca mil palabras torpes o fútiles; pero tú comprendes que el asunto del que trato es una piadosa unión por toda la vida, un Sacramento instituído por Dios, el paso más difícil y más delicado de la existencia, y sólo la idea de avanzar el pie para darlo debe suspender el ánimo de la mujer cristiana.

Después de sonreír prosiguió así:

—Sin duda sospechas quién es el hombre a quien tengo por el más digno de ser tu esposo. Hay un joven cuyo carácter, talento no comunes y costumbres cristianas son una excepción entre todos los de su clase y de su edad, como lo eres tú entre las niñas de estos tiempos. Ese mozo, ¿necesito nombrártelo?, es don Rafael del Horro... En verdad que si no descollase por sus virtudes tanto como por su talento, se habría dirigido a ti y te habría mareado la cabeza con boberías de novela, contrarias a la moral cristiana, y que, aun cuando los fines sean buenos, dejan siempre germen de vicio y concupiscencia en el alma. Cuerdo, sensato, honesto, respetuoso contigo y con nosotros, se ha abstenido de demostraciones apasionadas. En Madrid, y aquí mismo, me ha confesado que siente hacia ti una afición purísima y santa y que se considerará feliz si le das el nombre de esposo.

Gloria, más incapaz entonces que nunca de pronunciar una palabra, trazaba con la punta de la sombrilla rayas horizontales sobre el piso de arena.

—Si fuese preciso enumerarte los méritos de Rafael, hija mía—agregó don Juan—, te diría que, entre todas las personas que conozco, no hay ninguna que más me cautive por la valentía de sus convicciones, por el entusiasmo con que ha consagrado su juventud a la defensa de una causa perseguida por los malos, por su honradez, laboriosidad y formalidad, prendas todas que no suelen ser adorno de los jóvenes, sino de hombres sesudos y maduros, ya templados y hechos a la vida por el trabajar de los años.

Gloria, después que trazó sobre la arena regular número de líneas horizontales paralelas, empezó a trazar otras per-

pendiculares, que formaban enrejado con las primeras.

—En este último período, Rafael ha conquistado la admiración y la gratitud de todos los que vivimos perseguidos. Su talento y su valor para luchar solo contra los verdugos de la Iglesia me han recordado al gran Judas Macabeo, sólo que aquél trabajaba con la espada y éste con la lengua y la pluma. Admirables triunfos le debe la Iglesia en sus relaciones temporales, gratitud eterna los pobres eclesiásticos perseguidos, que no pueden ir a defenderse a los antros de herejía ni subir a la cátedra de las blasfemias. Pero como la verdad necesita órganos en todas las esferas, en la de estas mundanas luchas tiene la Iglesia buen número de piadosos seglares que la defienden, la amparan y son un valladar firme contra las amenazas de los impíos.

—¡Una caterva de pícaros!—dijo Gloria, que, encontrando al fin coyuntura a propósito para decir algo, no quiso dejarla pasar.

—Tal vez en su conciencia no sean tan malos como dicen—indicó don Juan—; pero ello es que Rafael sabe entenderlos... ¡Pobre joven! Cuando me reveló, respetuosamente, por supuesto, la casta afición que le has inspirado, sentí mucho gozo. «Puesto que mi hija no ha de ser monja—dije—, ya le encontramos el compañero de su vida...» No he querido contestarle nada hasta saber lo que piensas acerca de esto.

Gloria empezó a trazar rayas diagonales en el enrejado.

—Mis ideas en esto son, hija, que al matrimonio debe preceder una elección libre del corazón, previo el consejo de las personas mayores. Pero si admito el consejo y, a veces, la oposición a inconvenientes afectos de las niñas, rechazo la violencia y la imposición para realizar el gusto, a veces equivocado, de los padres. Esto suele ser causa de matrimonios desgraciados y pecadores. Si, a pesar de las prendas rarísimas de Rafael, no sientes inclinación a darle tu mano, nada de hipocresías, nada de violencias. Si le has tratado poco y te es indiferente, como creo, un trato decoroso te revelará los tesoros de su corazón bueno y recto. No confundas los arrebatos de un día con el afecto tranquilo y que ha de durar toda la vida, reflejo del amor puro y reposado que tenemos a Dios.

Gloria se ocupó en trazar en los cuatro costados del enrejado unos picos, a manera de fleco. Después apartó de su complicada obra geométrica los ojos, y, fijándolos en su padre, dijo:

—Bien, papá; yo haré siempre lo que usted me mande.

—Si yo no te mando nada—declaró Lantigua con viveza—. Veo que no estás dispuesta a dar una contestación terminante y categórica. Eso es prueba de sensatez. Estas cosas deben pensarse...

—¡Eso es, pensarse!—exclamó Gloria, asiéndose a la idea del pensar como el náufrago a una tabla.

—Bien—dijo don Juan, levantándose—; tómate todo el tiempo que quieras, y piensa, hija mía. Tienes entendimiento, corazón, piedad y fe cristiana suficientes para encontrar la mejor solución. ¿Quedamos en eso?

—Quedamos.

—Pero desearía que tu contestación no se retardase mucho.

—Contestaré pronto—afirmó Gloria.

—Te doy tres días; vamos, cuatro. Eso me prueba, como he dicho antes, que no ha habido noviazgo. ¿Rafael te ha hablado de esto?

—Un poco...; pero así como broma. Yo siempre lo tomé como broma...

—Ya ves que es muy serio. Conque, hijita, prepárate a responderme. Medítalo bien. Ni tu consentimiento ni tu negativa disminuirán el cariño que tu padre te tiene... Vaya, adiós. Me voy a trabajar. Te encargo que cuides de que no me hagan ruido...

—Descuide usted, papá.

Don Juan de Lantigua se metió en su cuarto, y, como el buzo se arroja al mar, sumergióse en el océano de sus libros. Hasta la hora de comer nadie tendría noticia de su existencia.

XII

EL OTRO

Lo propuesto por don Juan dejó a Gloria en la mayor confusión. Aquel asunto, realmente grave, no podía presentarse a su espíritu sin ocuparlo al punto vivamente, y durante largo rato su meditación fué tan profunda, que el tiempo

transcurría sin que ella lo advirtiese. Al fin, dando un suspiro, alzó la cabeza, como si volviera en su acuerdo, advirtiendo gran soledad en el jardín, bastante caldeado por el sol, que estaba ya a mucha altura. Cerradas todas las persianas de la casa, ningún ruido venía de ella; hasta los pájaros se habían callado; y sólo dos o tres cuchicheaban algún secreto o refunfuñaban alguna disputa en las últimas ramas de los plátanos. Gloria se levantó, pues el ardiente vibrar de sus nervios la impulsaba a pensar marchando.

Complacida del silencio y soledad en que estaba, dejóse ir hacia un escondido y ameno bosquecillo. Al ver lo presuroso de su marcha y el afán con que, marchando hacia el oscuro sitio, miró a sus espesuras, cualquiera habría creído que alguna persona le aguardaba allí; pero no había nadie. El bosquecillo estaba enteramente solo. Después acercóse a la verja, y, por entre los huecos que dejaba a trechos el follaje de la madreselva, miró hacia el camino con los ojos fijos y el semblante pálido; sus grandes pestañas aleteaban como mariposas negras, jugando en la luz. ¡Ah! Cualquiera que en tal actitud la hubiese visto y observase con cuánto interés exploraban sus ojos el camino, ya en dirección a la playa, ya en dirección a las montañas, habría creído que esperaba a una persona. Sin embargo, podemos jurarlo y lo juramos: por allí no pasó jamás nadie que interesase a su corazón.

Luego subió a su cuarto y se puso a trabajar en una obra de aguja. Seguía meditando; pero los sonidos más insignificantes la hacían volver súbitamente la cabeza. A veces el caer de una hoja, las pisadas del jardinero sobre la arena, el ruido de las huecas regaderas de laton al ser puestas vacías en el suelo, el surtidor que caía en la pila llena de agua con pececillos encarnados, el arrullo de las palomas en lo alto del granero de la casa vieja, el silbar lejano de un vapor zarpando de la ría, impresionaban su oído tan enérgicamente, cual si voces amadas la llamaran y la nombraran en distintos puntos del espacio infinito. Y, no obstante, será preciso repetirlo, nadie la llamaba desde el jardín, ni desde los altos aires vacíos, ni desde los mares profundos, como no fuera una voz sólo por ella oída. Su corazón latía con fuerza y vivo compás. Sobre él se sentían pasos.

Intentaremos describir la situación de espíritu de la señorita de Lantigua. La razón no le decía nada en contra del proyecto de su padre, y reconocía fácilmente en Rafael todas las cualidades de un joven maduro, de un carácter honrado y bondadoso, de un atleta del catolicismo, de un trabajador incansable, de un apóstol seglar. Reconociendo esto, hacía esfuerzos para despertar en su pecho inclinación vehemente hacia aquel joven; pero aquí empezaba la dificultad, porque se interponía siempre entre ella y él una sombra intrusa, viniendo no sabemos de dónde.

Esto debiera conducirnos a la afirmación categórica de que la señorita de Lantigua había encontrado ya el elegido de su corazón; pero una serie de indagaciones hechas con ayuda de las personas más diligentes de Ficóbriga demuestran lo contrario. Teresita la *Monja*, esposa de don Juan Amarillo, en cuya casa hay un ventanuco desde el cual se atisban con buen ojo el jardín, los patios y corredores de la casa de Lantigua, asegura que si Gloria tuviese algún novio del tamaño de una lenteja, o recibiese cartas, o hablara por el balcón, a ella no se le hubiere escapado. Lo mismo dicen las dos hijas de don Bartolomé Barrabás, ambas muy instruídas en todas las historias del pueblo, amigas íntimas de Francisca Pedrezuela, criada principal de los Lantiguas. Y, sin embargo, *el otro* existía. ¿Dónde? ¿Quién era?

La señorita descendió al jardín después de la comida. Entonces, sin mover los labios, hablaba. Oigámosla:

—Es una locura—decía—esto que tengo; es una locura pensar en lo que no existe y desvanecerme y afanarme por una persona imaginaria... Fuera, fuera tonterías, ilusiones vagas, diálogos mudos. Aquí hay algo de enfermedad, sin duda, y mi cabeza no puede estar buena. Vivo en gran error, sueño lo imposible, lo que no existe ni puede existir sobre la tierra. ¿En qué consiste, pues, que entre todos los hombres que he visto y oído y conocido, ninguno se parece a éste? Si mi padre y mi tío le conocieran, no harían tantos elogios de Rafael. ¿Pero cómo le han de conocer, si no existe, si no está en ninguna parte, ni tiene cuerpo, ni vida, ni realidad?... ¡Loca, mil veces

loca soy!... Déjame, *tú,* y no vuelvas más... Calla, *tú,* y no digas una palabra más, pues no te escucho. Eres una mentira; menos que una sombra, menos que un fantasma, menos que un rayo de sol; eres un pensamiento nada más. No sólo no existes, sino que no puedes existir, porque serías la perfección. Sal, pues, del jardín y no vuelvas más, ni me hables, ni me llames en el silencio de la noche, ni pases haciendo sonar con tus pisadas las hojas arrugadas y secas del otoño... Adiós, *tú;* has sido conmigo cortés, fino, generoso, delicado, leal, apasionado sin impureza y cariñoso, con un respeto sagrado hacia mí; pero te despido, porque mi padre me manda que quiera a ese don Rafael, buena persona, apreciable joven, como él dice. Sin duda, no puede haberlos mejores sobre la tierra, y el creer en *ti,* el pensar en *ti* es un disparate, como alzar la mano para coger una estrella. Cada cosa, en su lugar. El cielo tiene estrellas y soles; la tierra, hombres y gusanos... Vivimos abajo y no arriba. Mi padre me ha dicho varias veces que si no corto las alas al pensamiento voy a ser muy desgraciada... Vengan, pues, las tijeras. O se tiene voluntad o no se tiene..., o se vive en la realidad o en el sueño. Señor y padre querido, tienes razón en llevarme por este camino; guiada por tan fiel mano, entraré gozosa en él y me casaré con tu soldado de Cristo.

Luego siguió pensando que era necedad propia de colegialas, castigadas a pan y agua por no saber la lección, el divagar a solas fijando el entendimiento en imaginarios galanes, el representarse escenas platónicas y apasionadas entrevistas, y mil otras aventuras novelescas, embellecidas al mismo tiempo por la fantasía y la inocencia. Afirmó, además, que tales desvaríos eran indignos de una persona de sólidas calidades y principios como ella, y aunque su conciencia diáfana, clara y limpia como los cielos, no le mostraba la nube de ninguna impureza, juzgó que en aquel perpetuo y descarriado imaginar suyo había no poco de pecado o, al menos, de germen pecaminoso.

Después se rió un poco de sí misma, y, dejando ir el pensamiento hacia su padre, encontró en él tanta bondad, tanta previsión, tal rectitud de miras, que sintió aumentarse la admiración y el cariño que hacia él sentía. Por la concatenación natural de las ideas, su pensamiento, después de revolotear locamente, fué a posarse sobre la persona de Rafael.

—¡Qué excelente joven es ese Rafael!—dijo, andando hacia la casa—. He sido una tonta en no comprender antes su mérito. Se le tomaría por un viejo... ¡Y luego ese talentazo que le ha dado Dios!... Ahí es nada traer mareados a los pícaros revolucionarios y herejes y volverlos tarumba con sus discursos y despedazarlos con sus artículos... ¡Y qué discursazos! Bien me acuerdo de aquel que decía: «¡Estáis conculcando todas las leyes divinas y humanas; estáis insultando a Dios...!» Luego, es piadoso, es creyente; no tiene la despreocupación infame de los muchachos del día... ¡Ay!..., allí viene; me escaparé.

Y, azorada, huyó por un lado, mientras el modelo de jóvenes entraba por otro.

XIII

LLUEVE

Tales pensamientos duraron poco en la mente de Gloria. Como mudan las corrientes en la esfera del mundo, volviéndose del Norte al Sur, así las ideas de ella marcharon con rumbo distinto; se dijo: «No, yo no puedo querer a ese hombre. Hay en él algo que me repugna, sin poder explicarme lo que es.»

Aquella tarde, que era la del 23 de junio, víspera de San Juan, fueron todos a la Abadía. Don Angel la recorrió toda para ver las composturas hechas en algunos altares, los nuevos vestidos con que había sido obsequiada la imagen de la Virgen y los ornamentos de plata Meneses recién comprados por suscripción entre los fieles de Ficóbriga. Examinólo bien el obispo, y sobre cada pieza dió su dictamen con mucho acierto. Después de orar un rato, salieron para dar un paseo. En el atrio, su ilustrísima dijo:

—Daremos un paseo por la playa, si les parece a ustedes.

Don Juan, el doctor Sedeño, Rafael y el cura accedieron muy gustosos.

—Veremos llegar las lanchas—indicó el cura, poniendo la mano a guisa de pantalla ante los ojos para mirar al mar—. Hoy vendrá buena sardina... ¡Hola!, está picada la mar.

—¿Tendremos temporal?—preguntó don Angel.

El cura miró al cielo y al horizonte. Parecía que olfateaba las vías aéreas, inquiriendo el rastro de las tempestades.

—Tendremos vendaval esta tarde—afirmó, echándose atrás el manteo, prenda para él de muchísimo estorbo, pero que no podía menos de usar mientras acompañase al prelado.

—Hombre de Dios—dijo éste con festivo disgusto—, ¿se empeñará usted en aguarnos el paseo?

—Don Silvestre—manifestó el padre de Gloria—se deja atrás a los mejores barómetros conocidos.

Romero extendió la mano hacia el Noroeste, señalando un cerro aplanado cuya falda tocaba el mar y que tenía por nombre la Cotera de Fronilde.

—Infalible—dijo—. Hay celaje allí, y no puede fallar la sentencia que dice: «Fronilde nublada, Ficóbriga mojada».

—Pues pica el sol—indicó el obispo.

—Otra señal de próxima lluvia, ilustrísimo señor...

—En fin, ¿bajamos o no a la playa?

—¡Quién dijo miedo!... ¿Vienes tú, Gloria?

Esta, durante las observaciones meteorológicas, se había visto precisada a contestar a varias preguntas del joven Del Horro y a escuchar estudiadas frases que, bajo frivolidad aparente, escondían la intención amorosa.

—¿Vienes, Gloria?—repitió don Juan.

—No—repitió ella vivamente—; tengo que rezar y me vuelvo adentro.

El semblante de Rafael se nubló como la Cotera de Fronilde.

—Se le exime a usted de la obligación por esta tarde—dijo afablemente y con cierto tonillo de galantería Sedeño.

—No, no; que rece, que rece—dijo don Angel—. Señor don Rafael, déme usted el brazo.

Gloria volvió a entrar en la Abadía, y los demás emprendieron su paseo por una vereda pedregosa que empezaba detrás de la iglesia y terminaba en la playa. Delante iba don Angel, apoyado en el joven orador y periodista, imagen de la Iglesia sostenida por la entusiástica juventud batalladora. Desde aquel rústico sendero se veía el mar en extensión considerable. Dos o tres lanchas corrían, tendiendo las blancas olas hacia la barra, y allá lejos, muy lejos, en el punto en que se confundían cielo y tierra, una mancha negra ensuciaba el azul del firmamento.

—Un vapor—dijo su ilustrísima.

—Pasa de largo—indicó Romero.

En el mismo instante el sol dejó de iluminar al grupo de paseantes.

—Parece que el señor párroco se va a salir con la suya—apuntó don Angel—. Nos quedamos sin sol, aunque más allá sigue descubierto. Esto pasará.

—Tenemos agua—manifestó el barómetro.

Don Angel miró al cielo, y al mirar le cayó una gota de agua en la punta de la nariz.

Don Juan extendió la mano, diciendo:

—Caen gotas.

—Ya que estamos aquí—propuso don Angel, alargando también la mano—, más vale que sigamos y demos la vuelta por el resguardo para salir a casa. Casi se tarda lo mismo.

—Pues adelante—dijo don Silvestre, abriendo su paraguas rojo y dándolo a Rafael para que cubriese al señor obispo.

Don Juan abrió también el suyo. Las gotas menudeaban. De pronto, una racha de Noroeste sopló con fuerza, levantando remolinos de polvo, pues la tierra apenas se había mojado, y azotando con violencia suma a los paseantes, obligóles a detenerse un momento. Las ropas talares del obispo, del cura y del secretario se arremolinaron silbando en torno de los cuerpos, como si el viento quisiera arrancárselas para ponérselas él.

—¡Dios mío!, ¿qué es esto?—exclamó don Angel.

En poco tiempo la nube parda se extendió por todo el cielo, cubriéndolo. Los viejos álamos, de tronco leproso y de sonoras hojas, se encorvaban gimiendo, y sacudían sus ramas con movimientos de desesperación. El viento, después de barrer furioso los tejados, arrancando todas las tejas que no estaban seguras, caía con furia loca sobre el mar, y, embistiendo las olas, las ahuecaba, silbando en los cóncavos cilindros de ellas y esparciendo su espuma. Había desaparecido el horizonte, y cielo y tierra eran una inmensidad blanquecina, toda agua, toda bruma. De repente, veloz culebra de fuego violáceo cruzó el espacio, vibrando fugazmente en él como el pensamiento dentro de nuestro cerebro, y después sonó allá arriba hondo estrépito de mil mon-

tañas que parecían rodar, chocando unas con otras.

La lluvia empezó a caer fuerte, punzante, espesa, torrencial. Calado en un instante hasta los huesos, don Angel se volvió a sus amigos, y con voz dolorida y semblante de compasión profunda exclamó:

—¡Pobres marinos, pobres navegantes!

XIV

EL OTRO ESTÁ CERCA

Gloria penetró en la iglesia, gozosa de encontrarse sola y en sitio apropiado para soltar el freno a su imaginación. En el sagrado recinto no había ya sino cinco o seis personas, entre ellas Teresita la *Monja,* que era la última que salía, y dos marinos ancianos que iban todas las tardes.

Dirigióse a la capilla de su familia y sentóse en un rincón de ella, mirando al altar. La tranquila atmósfera del templo, la media luz, el silencio, eran como un espejo donde el alma posaba blandamente sus ojos y se veía. Buena ocasión también para rezar, para mirar a Dios cara a cara, como si dijéramos, y subir hasta El con el pensamiento, dejando acá todo lo que puede dejarse. Así lo pensó Gloria.

En la iglesia de Ficóbriga hay sillas muy bajas y de alto respaldo, las cuales sirven de reclinatorio. Gloria tomó una de las de su casa, y, arrodillándose en ella, apoyó su frente en el respaldo, sosteniéndola con ambas manos. Un momento después pensaba así:

«¡Que no pueda yo arrojar esto de mí! ¿En qué consiste, Señor, que lo que no es nada, lo que no existe, lo que no puede existir, ocupa mi pensamiento noche y día para mortificarme, para condenarme tal vez? Rezaré, rezaré con toda mi alma.»

Empezó a rezar con la boca. Pero su pensamiento no iba a donde la tiránica voluntad lo mandaba, y así como la brújula mira siempre al Norte, él miraba constantemente a su idea. No había fuerza humana que le apartase de aquella dirección.

—Esto es locura, locura...—afirmó Gloria alzando la cabeza.

Volvió a cerrar los ojos y a hundir la frente, y una voz decía dentro de su cerebro:

«¡Ya voy, ya estoy cerca, ya te toco!»

La señorita de Lantigua experimentó una sensación de anhelo o expectativa que la llenaba de indecibles congojas. Sentía su corazón ensancharse y contraerse. Allá dentro, en lo íntimo de su ser, había como un anuncio misterioso que no tenía explicación fácil. El alma sentía pasos, que es como decir que su facultad de adivinación anunciaba la proximidad de algo profundamente interesante para ella. Era un resplandor que en la dulce oscuridad del ser iba poco a poco despuntando como una aurora y que anunciaba otra luz mayor. Dentro de Gloria, misteriosos sones murmuraban:

«¡Oh alma, pronto en ti será de día!»

Alzando de repente los ojos, tuvo miedo. Miró a las bóvedas del templo y viólas oscuras, a pesar de ser las cinco de la tarde. La arquitectura de la vetusta iglesia, obra románica del undécimo siglo, estaba toda cubierta profanamente por una capa de yeso, bajo la cual las emblemáticas figurillas de los capiteles y de las archivoltas apenas tenían forma. Parecían tiritar de frío, arrebujadas en gruesos mantos blancos. Algunos arcos ojivos o peraltados habían perdido, con el peso de tantos años, su original curva; algunas ventanas desquiciadas hacían muecas; algunas columnas habían dejado de ser verticales; paredes había que se inclinaban con ceremoniosa reverencia. El conjunto estético de tal fábrica era triste.

Sobrecogida por secreto espanto, Gloria se levantó. En el mismo instante un fragor horrísono retumbó allá arriba, sobre el tejado, y la Abadía gimió en los atléticos brazos del suelo. Por las abiertas ojivas entraron ráfagas violentas que recorrieron las bóvedas, cantando con atronadores bramidos, y dieron vuelta a toda la iglesia, rozando los bancos, difundiendo el polvo de los altares, agitando los huecos vestidos de las imágenes. Derribaron una lámpara, que rompió, al caer, la urna o sepulcro de cristal en que estaba el Señor difunto. Azotaron con un ramo de flores de trapo el rostro de San José, y le arrancaron la espada de la mano a San Miguel, arrojándola dentro de un confesonario. Dieron vueltas alrededor del órgano, haciendo murmurar a los tu-

bos, y volvieron las hojas del libro de coro, como si febril mano de un lector invisible las repasara. Besaron la frente de Gloria y escaparon después por las puertas, cerrándolas con tal violencia, que éstas perdieron la mitad de sus podridas tablas.

La señorita de Lantigua tuvo miedo, vió la iglesia casi a oscuras y sin alma viviente. Al salir de su capilla creyó sentir pasos, corrió, y alguien corría tras ella. Indudablemente, oía pisadas y una voz diciendo:

—Espera; soy yo, soy yo, que he llegado.

Su terror aumentó y con su terror el afán de huir. Pasaba de una capilla a otra... Casi estuvo a punto de pedir auxilio. Creyó ver los altares corriendo también y oír a los santos gritar: «¡Socorro!...» Detúvose al fin; trató de serenarse, mirando hacia atrás y a todos lados con observación atrevida que disipase las absurdas aprensiones. Pero no pudo tranquilizarse por completo, y su corazón se contraía, recogiéndose, como la sensitiva cuando le tocan. Creíase tocada por una mano invisible.

—¡Qué nerviosa estoy!—dijo, tratando de sacudir el miedo.

De pronto sintió una alegre voz de muchacho. Por la sacristía apareció corriendo uno de los hijos del sacristán.

—¡Sildo, Sildo!—gritó Gloria—, ven acá.

—¡Ah!... La señorita Gloria—dijo el muchacho, acudiendo a ella.

—Ven acá; dame la mano.

—Voy a cerrar las puertas; se ha metido un aire que... ya, ya. ¿Quiere usted salir?

—No; parece que llueve mucho. Esperaré.

Poco después, Sildo la guiaba a la sacristía.

XV

VA A LLEGAR

—¿Está tu padre?

—Sí, señorita. Está poniendo una tabla al ataúd de los pobres.

Pasó Gloria a la sacristía, que era lóbrega y húmeda; de allí, a un patiecillo estrecho, cubierto de hierba, y del patio, a una habitación destartalada que tenía el techo en tres planos distintos, y en las paredes un resto de arco bizantino destrozado y cubierto de yeso; vivienda construída sobre las ruinas del palacio abadial y que servía de asilo al sacristán de la parroquia. Dicha pieza estaba llena de objetos distintos en revuelto montón: era almacén, carpintería, taller y dormitorio de *Caifás* y sus hijos. Hacheros de madera plateada, horriblemente manchados con gotas de amarilla cera, aparecían patas arriba junto al túmulo negro que servía para los funerales. Un San Pedro sin manos y, por consiguiente, sin llaves, mostraba su calva, coronada con el nimbo de oro, por encima de un rimero de astillas y tablas rotas. Lienzos pintados, como telones de teatro, o más bien como pedazos de monumento de Semana Santa, aparecían dispuestos verticalmente para servir de biombo o abrigo a la cama en que dormían los tres hijos de *Caifás;* la armazón de una vieja mangacruz sin forro tenía dentro ollas rotas, vasos desportillados, una calavera de palo y un libro de palo también, atributos de alguna imagen de anacoreta. Ninguna silla ni otro mueble destinado a sentarse había allí, como no sirviese para esto un banco de carpintero. Cuando Gloria entró, *Caifás* martillaba en las negras tablas del ataúd de pobres, echándole una pieza en el fondo. A cada golpe, el horrible cajón despedía un gemido.

—¡Qué espantoso temporal!—exclamó Gloria, entrando en el taller de *Caifás.*

—Señorita—dijo el sacristán riendo cariñosamente—, ¿cómo la ha cogido el agua en la iglesia? Iré a casa de don Silvestre por un paraguas.

—No; esperaré a que pase el chaparrón. De casa vendrán por mí—repuso Gloria, buscando con los ojos un sitio donde sentarse.

—¡Ay niña de mi corazón! Esto es una Babel. No hay sillas para sentarse las personas decentes. Pero acomódese usted en esta tarima de la Virgen. A bien que no está mal en ella quien podría ser puesta en los altares sin que Dios se enfadase por ello.

Gloria se sentó; *Caifás,* dando el último martillazo, dió por terminada su obra.

—Vamos, ya he concluído—exclamó—. Ahora no les entrará aire a los pobrecitos que van a la tierra. La caja es-

taba desfondada, y anteayer, cuando llevaron al cementerio el cuerpo del tío Fulastre, se le salió fuera un brazo por la tabla rota. Como el brazo saliera al pasar por frente a la casa de don Juan Amarillo y se movía a modo de insulto, la gente dijo que el tío Fulastre emplazaba a don Juan Amarillo para el día del Juicio.

Gloria no estaba serena. El desorden de aquella estancia y la vista de la triste caja no eran espectáculo propio para volver el sosiego a un espíritu sobresaltado.

—¡Qué terrible tempestad!—dijo la joven, dirigiendo su mirada hacia el torvo cielo que por la ventana se veía—. ¡Cuántos barquitos habrán perecido hoy!

—El Señor no manda más que calamidades—afirmó *Caifás,* dando un suspiro—. No sé cómo hay quien quiera vivir. ¡Bonito oficio es este de la vida!... Verdad es que como no nos lo dieron a escoger...

—Ten paciencia—le dijo Gloria—, que otros hay más desgraciados que tú.

Caifás, que estaba en el suelo, elevó sus ojos hacia la hermosa doncella sentada en la tarima. No era posible mayor semejanza con los cuadros en que el Arte ha puesto una figura mundana orando de rodillas al pie de la Virgen María. Sólo los trajes podían quitar la ilusión. Entre los ojos de topo, la faz angulosa, el estevado cuerpo, la color amarilla de José Mundideo—a quien todos en Ficóbriga conocían por el mote de *Caifás*—y la seductora hermosura de Gloria, había tanta distancia como de la miseria del mundo a la majestad de los cielos. El sacristán infló el pecho para echar fuera un suspiro tan grande como la Abadía, y, acurrucándose en el suelo, dijo:

—¡Paciencia yo!... Pues qué, ¿queda todavía algo de paciencia en el mundo? Creí que yo la había cogido toda para mí... En verdad que si no fuera por las almas caritativas como la señorita Gloria, ¡qué sería de mí y de mis pobres hijos!

Los tres chicos de Mundideo parecían confirmar esta aseveración del padre, contemplando a la señorita de Lantigua con miradas fervorosas. Eran dos varones y una hembra pequeñuela. Esta, poseída de profunda admiración hacia la señorita, se acercaba tímidamente, y con sus deditos sucios, como hojas de rosa que han caído en el fango, tocaba los guantes de Gloria y los bordes de su sobrefalda, y hubiera tocado algo más si el respeto no la contuviera. El mayor, Sildo, limpiaba el polvo de la tarima y de todo cuanto a Gloria rodeaba, mientras el segundo, Paco, cuidaba de poner en el mayor orden los hilos de la borla del quitasol, que estaban cada uno por su lado.

Gloria sacó su portamonedas, diciendo:

—Esta semana no te he dado nada. Toma.

—¡Bendita sea la mano de Dios!... —exclamó José, tomando seis moneditas de plata—. Ya veis, hijos, cómo Dios no nos abandona... ¡Ah!, señor cura, señor cura, no todos tienen corazón de hielo como usted.

—¿Qué dices del cura?

—Señorita Gloria—repuso *Caifás,* enjugando una lágrima con la manga de la camisa—, desde el primero de mes ya no comeré amargo pan de la parroquia. El señor cura me despide.

—¿Te despide?

—Sí; dice que por mis escándalos..., porque tengo deudas y no las puedo pagar, porque soy un tramposo, un miserable, un desdichado... Y tiene razón. Yo no debo estar más en estos lugares sacratísimos. Soy un tramposo, estoy comido de deudas; tengo empeñada hasta la camisa en casa de la Cárcaba y debo a don Juan Amarillo más de lo que peso... Iré pronto a la cárcel, y después a presidio, y después a la horca, que es lo que merezco.

—Por Dios, José, me estás asustando —dijo Gloria, acariciando a los chicos que se habían echado a llorar viendo llorar al padre—. Si es verdad lo que dices, eres un hombre de muy mala conducta.

—Yo no soy más que *Caifás,* el estúpido; *Caifás,* el feo; *Caifás,* el idiota; como me llaman en Ficóbriga, y *Caifás,* el desgraciado, como me llamo yo.

—Francisca me dijo que el domingo estabas borracho como una cuba en el prado de la Pesqueruela.

—¡Oh!, sí, señorita Gloria, es verdad. Me emborraché..., ¿cómo lo diré? Estuve dudando si echarme al mar o emborracharme para dormir algunas horas, para olvidarme de que soy *Caifás,* el horrible. El vino alegra o adormece... ¡Sue-

ño y alegría! ¡Qué cosas tan divinas para quien no las conoce nunca!

—No, no vengas con disculpas—dijo Gloria en tono de amable amonestación—. Tú no eres bueno; yo no creo que seas tan malo como dicen; pero ello es que tú no eres bueno. Verdad es que estás mal casado y que tu mujer es capaz de hacer pecar a un santo.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Virgen mía! ¡Oh señorita Gloria!—exclamó *Caifás,* demostrando en lo lastimero de su tono que la herida de su corazón había sido tocada—. ¿Cómo ha de haber virtud al lado de esa mujer? ¡Si usted la viera cuando entra aquí de noche, con el carpancho tan sucio como su cara, y su cara tan dura como el carpancho, pintada toda con la almagre del mineral, que no parece sino que la han echado de sus cavernas los infiernos...! Como en el embarcadero beben que es un primor, siempre viene alegre, me pega, me quita el dinero, azota a los chicos, da gritos y echa unos cantorrios que escandalizan al señor cura y a todos los vecinos. Ella, señorita Gloria, es la causa de que yo tenga mi casa por los suelos, de que todas mis ropas y alhajas y colchones hayan ido a parar a casa de la Cárcaba, de que jamás tenga un real, de que esté a punto de ser llevado a juicio por don Juan Amarillo y echado de la sacristía por el señor cura... ¡Esta es mi situación, ésta es la situación de *Caifás,* el dejado de la mano de Dios!... ¡De *Caifás,* el que se irá al infierno por culpas ajenas!...

—Eres un majadero—dijo Gloria con enfado—. ¿Por qué te dejas dominar por esa arpía?

—Yo no me dejo dominar por ella. Anoche reñimos y le pegué. Pero, aunque quiera, yo no puedo salir del infierno en que me he metido. Como no puedo pagar mis trampas, me echan de la sacristía, y como me quedo sin pan, pediré limosna, iré a la cárcel... No, señorita Gloria; yo creo que *Caifás,* el feo, no puede seguir viviendo... ¡Me dan unas ganas de echarme al mar!... ¡Qué bien se debe de estar allí en el fondo, en el fondo!...

—¡Infeliz!—exclamó Gloria conmovida—. Ya se te amparará. No desconfíes de Dios, José; no pienses en el suicidio, que es el mayor de los pecados.

—Cuando usted me dice que tenga confianza, casi la tengo; cuando la veo a usted, parece que me sale de dentro un no sé qué...; me siento más fuerte contra la desgracia... Dios debe de ser muy poderoso, cuando la ha hecho a usted, señorita Gloria... Mi vida es negra y oscura como este ataúd. Usted pasa, me mira, y parece que de esta caja salen flores. Sí, señorita mía; delante de usted yo soy otro... Adoro a la doncella celestial que me ha socorrido tantas, tantísimas veces; a la que me sacó de la enfermedad que tuve el año pasado; a la que no ha permitido que mis hijos anden desnudos; a la que se ha dignado consolarme, honrando mi humilde morada; a la única persona que me ha dicho: «*Caifás,* tú no eres tan malo como dicen. Confía en Dios y espera.»

—Eres tonto. ¿Eso qué significa?

—Significa que usted es un ángel... ¡Ay!, si se me presentara ocasión de mostrarle mi agradecimiento... Pero ¿yo qué puedo, si soy como un guijarro de las calles, a quien todo el mundo da con el pie?

—Vamos, no te acuerdes de mis beneficios, que no valen nada—dijo Gloria con impaciencia, mirando al cielo a ver si había concluído de llover.

—¿Que no me acuerde? ¿Que no me acuerde de quien me da el pan de cada día? No la aparto a usted del pensamiento a ninguna hora, y creo que, antes que olvidar a mi ángel tutelar, me olvidaré de mí mismo y de la salvación de mi alma. Me parece que veo en todas partes a mi Divina Pastora. Anoche, señorita Gloria, soñé con usted.

—¿Conmigo?—dijo Gloria sonriendo—. ¿Qué soñaste?

—Una cosa triste, pero muy triste.

—¿Que me moría?

—No; que me había olvidado usted a mí y a mis pobres hijos, y ya no nos hacía caso.

—Es particular. Y ¿por qué os olvidaba yo?

—Porque estaba usted enamorada.

Gloria se sonrojó, poniéndose seria.

—Sí; soñé que había venido un hombre.

—¡Un hombre!

—Es claro. ¿Pues a quién podía querer usted sino a un hombre?... Yo le veía, y me parece que le estoy viendo.

—¿Cómo era?—preguntó Gloria sonriendo.

—Era..., ¿cómo decirlo?..., un hombre horrible, espantoso...

—¡Jesús!

—No, entendámonos...; no era horrible de cara, sino al contrario, tan hermoso, que no hay otro semblante que pueda comparársele sino el de Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces, ¿por qué te espantaba? —preguntó Gloria, prestando a tal trivialidad más atención de la que merecía.

—Porque se la llevaba a usted lejos, muy lejos—dijo *Caifás* con el énfasis de un artista muy poseído de su asunto.

—*Caifás*, no me marees con esos novios horribles y guapos y que llevan muy lejos.

—Yo soñé que había venido volando por los aires y que caía del cielo como un rayo.

—Vamos, calla. Me voy a destemplar otra vez. Esta tarde he estado muy nerviosa en la iglesia, José; tuve mucho miedo.

Gloria se levantó.

—¿Sabes—dijo después de mirar al cielo—que la tempestad no cesa? Extraño mucho que de mi casa no me hayan mandado a buscar.

—Es particular—indicó *Caifás*—. ¿Quiere la señorita que avise?

—No; ya vendrán. Papá querrá mandarme el coche, y estarán enganchándolo... Pero ahora me acuerdo de que una de las mulas se ha puesto mala ayer... Al menos ha podido venir Roque con un paraguas.

—Yo tengo uno que está roto—dijo Mundideo—; pero algo tapa. ¿Quiérelo la señorita?

—No; esperaré. Han de venir.

Como pasase algún tiempo, Gloria se impacientaba.

—Pues estoy con gran cuidado. Anochece, y nadie viene a buscarme. ¿Habrá pasado algo en mi casa?

—¿Quiere la señorita marcharse? Vamos allá. Parece que ahora llueve menos.

—Sí; el temporal cede. Vámonos. Aprovechemos este claro. ¡Cómo estarán esas calles!

—La distancia es corta.

Caifás sacó de detrás de San Pedro un paraguas rojo y lo abrió dentro de la casa para enterarse de su estado. No era pieza, en verdad, de consolador aspecto para un día de temporal. La tela huía de las puntas de las varillas, dejándolas descubiertas, y los descosidos paños se recogían hacia dentro, plegándose como las hojas de una flor marchita.

XVI

YA LLEGÓ

—Está bueno—dijo animosamente Gloria—. Vamos.

Después de dar a los chicos todos los cuartos que llevaba, la señorita y el sacristán salieron. Gloria se recogía el vestido; *Caifás* ponía cuidadosamente el paraguas de modo que su Divina Pastora se mojase lo menos posible, y le indicaba los charcos del camino y las piedras salientes donde debía poner el pie.

—Estoy con cuidado—repitió Gloria—. ¿Qué sucederá en mi casa?

Cerca de la Abadía, y a mayor altura que ella, contenido por grueso muro de mampostería sobre la calle de la Poterna, estaba el cementerio de Ficóbriga. Gloria nunca pasaba por allí sin sentir religiosa emoción.

—¡Qué mala noche para mis pobres hermanitos, *Caifás!*—dijo.

—Ellos no tendrán frío como nosotros —repuso el sacristán.

—Es verdad; pero somos tan materiales, estamos tan apegados a la tierra, que no podemos pensar nada del alma si no lo referimos al cuerpo.

Sopló de súbito otra racha del Noroeste tan fuerte, que los dos viajeros tuvieron que detenerse. A *Caifás* se le volvió el paraguas del revés, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para defenderlo del viento, que quería arrancárselo de las manos. Una rama arrastrada por el huracán pasó rozando el rostro de Gloria. Después la lluvia los azotó a entrambos con furia.

—¡Jesús Dios nos favorezca!—exclamó la señorita.

Lívida claridad iluminó a Ficóbriga y Gloria vió una cinta de fuego bajar culebreando hasta los techos de la villa, a punto que el trueno retumbaba en los altos cielos llenos de agua.

—¡Un rayo!—gritó con angustia—. *Caifás*... ¿No te parece que ha caído en mi casa?

Detúvose espantada y sin aliento, mirando hacia Oriente; mas en la negrura

de la noche no se distinguían con precisión los edificios.

—Por allá parece que cayó..., pero mucho más lejos. No tenga la señorita cuidado; ha caído en la ría.

—Corramos, *Caifás;* me he quedado muerta. ¡Dios mío, qué nerviosa estoy esta noche! Juraría que el rayo cayó sobre mi casa.

—Es el hombre que ha bajado del cielo—dijo Mundideo riendo—; el hombre con quien yo soñé.

—Tú estás borracho... Por Dios, José, ¿querrás callar?... Mira que estoy muy excitada esta noche. Me haces daño.

—Pues callo.

—Aprieta el paso... Vaya, al fin estamos cerca. Veo luz en la ventana del cuarto de papá. Parece que todo está tranquilo.

La noche era oscurísima; mas no tanto que no se viese perfectamente la superficie de un gran charco que las aguas habían formado en la plazoleta frente a la casa de Lantigua.

—Bonito está esto, *Caifás.* Si es un lago la plaza...

—Yo pasaré a la señorita en brazos —dijo *Caifás,* disponiéndose a hacer lo que decía.

—No, no es preciso. Por aquí, por el callejón, se puede pasar a la casa vieja. Me parece que está abierta la portalada.

Ya se ha dicho que el palacio de Lantigua lo componían dos casas: la vieja morada solariega de los primeros Lantiguas, y la moderna, que fabricó el indiano y que fué heredada por don Juan. Ambos edificios estaban unidos exterior e interiormente; pero la vieja no tenía sino un par de piezas habitables. Lo demás destinóse a granero y almacén. En la planta baja había un hermoso establo y las cocheras. Por la portalada de la casa antigua entró Gloria, después de dar las gracias a Mundideo por su compañía.

Subió rápidamente la escalera vieja, y atravesando el largo corredor desierto, entró en una vasta pieza que servía para conservar frutas en cuelga, y contenía sacos vacíos, arcas y otros objetos. De allí se pasaba a otra pieza amueblada que servía de comunicación con la casa nueva. Gloria empujó la puerta, y al pronto sorprendióse mucho de ver luz allí donde no habitaba nadie. Entró y miró a todos lados, quedándose atónita y sin habla por breves momentos. Allí había un hombre.

Estaba tendido en la cama y cubierto con gruesas mantas, a excepción de la cabeza. Sobre la cercana mesa había una luz. La señorita dió algunos pasos hacia el lecho, y vió un rostro lívido y dolorido, con algunas manchas amoratadas como de golpes, entreabierta la boca, cerrados los ojos, ligeramente fruncido el ceño, húmedo el pelo. El perfil de aquella cara era perfecto, la frente hermosísima, entre oscuros cabellos desordenados. De las cejas rectas, ligeramente arqueadas hacia la sien, partía la nariz aguileña fina, intachable, como cortada por diestro cincel. Bigote castaño y barba del mismo color, un poco puntiaguda y ligeramente bifurcada en su extremidad, remataban dignamente un rostro que era de los más acabados que pueden imaginarse. Gloria, en aquel breve instante de observación, hizo un paralelo rápido entre la cabeza que tenía delante y la del Señor que estaba en la Abadía dentro de la urna de cristal y cubierto con blanquísimas sábanas de fina holanda.

Pero no había tenido tiempo de hacer deducción alguna, cuando se abrió la puerta que comunicaba con la casa nueva, y aparecieron don Angel y don Juan. Andaban con cuidado para no hacer ruido.

—¡Oh! ¿Ya estás aquí?—dijo don Juan—. ¿Por dónde has entrado?

—Por la portalada.

—Hija, no mandé a buscarte porque no hemos tenido un punto de reposo. Ya ves.

Don Juan señalaba al hombre.

—Nos hemos llevado un rato, hija... —dijo el obispo con orgullo—. Pero por bien empleado. Hemos realizado un acto heroico.

Gloria preguntaba con la mirada.

—Ahí le tienes, ahí tienes a un desgraciado joven a quien acabamos de salvar del furor de las olas. ¡Qué satisfacción tan pura!

—Pero no hagamos ruido—murmuró don Juan—. El médico ha dicho que no hay ya cuidado; pero que se le deje descansar.

—Y ¿quién es?—preguntó Gloria.

—Es..., el prójimo. ¿Qué nos importa? ¡Bendito sea Dios que nos ha permitido hacer esta obra de caridad!

—Si no es por don Silvestre...

—¿Don Silvestre le sacó?

—De en medio de las olas, hijita. Todavía estoy conmovido. ¡Qué tarde hemos pasado! Pero triunfamos de los elementos, y todos se salvaron. Los pobres náufragos están repartidos por las casas de Ficóbriga, y a nosotros nos ha tocado éste... Pero estás hecha una sopa, hija. Ve a mudarte de vestido.

El hombre se movió entonces y dijo algunas palabras en lengua que ninguno de los presentes entendió.

XVII

EL VAPOR «PLANTAGENET»

Conviene retroceder unas cuantas horas.

Después que su ilustrísima, bajando de paseo a la playa, dijo aquellas palabras: «¡Pobres marineros, pobres navegantes!», siguieron andando a toda prisa para guarecerse en la casilla del resguardo. Todos deploraban el chasco, y aunque don Angel reía para animar a los demás, antes se oían quejas que felicitaciones en el grupo. El grave doctor López Sedeño tuvo la mala suerte de meter su pie derecho en barro hasta la pantorrilla, de lo que todos recibieron un gran disgusto. Por fin llegaron a la casilla del resguardo, que fué como tocar la tierra después de un largo viaje por entre escollos y tormentas.

—Es cosa de cantar un Tedeum—dijo Romero sacudiéndose la ropa.

Don Angel, tomando asiento en un barril vacío que le presentaron, repitió:

—¡Pobres marineros!

En el mismo instante oyóse un cañonazo. Era un buque que pedía auxilio. Miraron todos, y entre la bruma del mar vieron un fantasma que elevaba sus brazos al cielo con desesperación, vomitando humo.

—¡Un vapor, un vapor!—gritaron todos.

En el embarcadero reuniéronse al punto muchos marineros y pescadores.

—¡Se estrella contra Los Camellos!

A la izquierda de la boca de la ría había una serie de rocas que se mostraban completamente en marea baja, y en la pleamar eran indicadas por móviles espumarajos del agua. Uno de los peñascos tenía forma parecida a un camello, y de aquí vino el nombre dado a todo el arrecife.

—¡Jesucristo los ampare! ¡Pobres marineros!—exclamó el obispo, asomándose también a la puerta—. ¿Conocen ustedes ese barco?

—Es inglés—indicó un marinero.

—Ya, es el *Plantagenet*—dijo un forastero de los que a la sazón se guarecían allí—. Le he visto la semana pasada atracado a los muelles de Manzanedo descargando carriles.

—¿Y se perderá, se perderá?—preguntaron ansiosos don Juan, don Angel y los demás, de la partida.

—Debe de haber perdido el timón, y no puede gobernar—dijo un robusto y hermoso marinero, que vestía grueso camisón de lona, pantalones recogidos, dejando ver toda la pierna desnuda, y cubría su varonil cabeza de Neptuno con un *sueste* de hule que por todos sus bordes despedía el agua.

—¡Pero se ahogará esa pobre gente! —exclamó, con terror, el señor de Lantigua—. Germán, es preciso hacer un esfuerzo.

—Señor, es ir a buscar la muerte—replicó Germán llevando la mano a la delantera del *sueste*.

El *Plantagenet*, mientras de este modo se discutía sobre su suerte, se acercaba más a Los Camellos. Arrojaba el vapor silbando con verdadera rabia, como lanza su grito el animal herido que presiente la muerte. Era un buque pesado y sin elegancia, como nave de carga. Su casco parecía un almacén negro, y su arboladura, sin garbo ni esbeltez, consistía en tres palos con escaso cordaje. Tenía dos vergas en el palo de trinquete, y en el de mesana, que era pequeñísimo, flotaba un jirón rojo, ennegrecido por el humo, en cuyas aspas podía reconocerse las insignias de la Gran Bretaña. La proa, vertical, se alzaba desmesuradamente, mostrando hasta el primer número de las medidas de flotación y las planchas rojas de hierro mal pintado. Daba grandes tumbos a babor y estribor, mostrando, ora la horrible panza, ora la cubierta en desorden, negra y húmeda, las escotillas, el mamparo de la máquina, el puente y la chimenea negra, con dos anillos blancos y una T, emblema de la casa Taylord and Co., de Swansea, poseedora de treinta y dos buques de carga.

El pobre barco inspiraba esa compasión, hondamente patética, que acompaña al espectáculo de los grandes peligros. Se le veía forcejear con las olas, tratando de gobernarse con la hélice para huir de los escollos, y su figura tomaba la especial fisonomía que adquiere todo lo que interesa, personificándose a los ojos de los que están a salvo. No era un buque, sino un hombre, un pobre nadador que luchaba con la resaca; se le veía romper las olas con la dura cabeza, y sacarla fuera para respirar por los dos agujeros llamados *escobenes*, abiertos a manera de narices. La hélice trabajaba con frenesí, atornillando el agua y sacando hirvientes virutas de espuma. Tragaba el casco inmensos sorbos de agua, y al tumbarse los arrojaba en catarata por los portalones, sin cesar de dirigir al cielo su espantosa imprecación en forma de humo densísimo y de rugiente vapor blanco y rabioso como el chorro de la ballena herida.

—A los condenados ingleses—observó Germán—les pasa esto por borrachos. Sabe Dios los cuartillos de aguardiente que tendrá a estas horas en el buche el capitán.

—No digáis desatinos, hijos míos—manifestó con angustia el señor obispo—, y ved si podéis salvar a esos desgraciados.

Germán puso un gesto que daba miedo.

—Ese buque venía a nuestro puerto —dijo el prelado, buscando todos los medios para interesar a los rudos marinos ficobrigenses—con el fin de traernos riquezas, mercancías, dinero, trabajo.

—Perdone su ilustrísima—gruñó uno de los presentes—. El *Plantagenet* no puede entrar en esta ría. No es sino que pasaba para Levante, se sintió con averías, y quiso guarecerse en el abra de Ficóbriga, aguantándose a máquina. Pero se le rompió el timón, y ya ve su ilustrísima... Dentro de dos horas no quedará nada.

—Sí; ya veo que el buque no puede salvarse; pero la tripulación, la tripulación...

En aquel momento el pobre *Plantagenet* volvió la proa a Noroeste y hundió toda la popa en el agua. Había caído en la trampa. Los agudos escollos, como tenazas de hierro, trincaron la quilla de popa y la hélice: la presa no debía ser soltada ya. Alzaba el buque moribundo la proa, dejando en descubierto toda la roda y a ratos parte de la quilla. Ya no se movió más; y en su convulsión postrera, temblaban las rotas jarcias, y el palo de trinquete, con la doble cruz formada por las vergas, se doblaba como un báculo roto. Entonces las olas avanzaron triunfantes sobre el cadáver de la nave, que ya era un cuerpo inmóvil, y se posesionaron de él, ebrias de feroz gozo. Una entraba frenética y se metía hasta las bodegas; otra pasaba por encima de la cubierta arrollando cuanto hallaba al paso; ésta subía, salpicando por las escalas de las jarcias, hasta tocar las cofas; aquélla se estrellaba contra la convexa armadura negra, y otra, la más fatua de todas, daba un salto hasta la chimenea y entraba por la boca para inundar las máquinas.

—¡Hijos míos!—exclamó el obispo en tono grandioso, alzando la mano bendecidora de los pueblos—. No sois cristianos, no sois españoles si dejáis perecer a esa pobre gente.

Los mareantes gruñeron. Se miraron unos a otros, buscando entre ellos el más valiente. Pero el más valiente no parecía.

—No se puede, ilustrísimo señor—dijo al fin, Germán, encogiéndose de hombros.

—Parece que se aplacan las olas—manifestó don Juan, que trataba de convencer a dos marineros amigos suyos.

—¡Animo, muchachos!

—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo—dijo su ilustrísima con exaltación evangélica—os suplico que salvéis a esos pobres náufragos. ¡En nombre de Nuestro Señor!...

Profundo silencio. Alguno se rascaba la oreja. Alguno se escabulló bonitamente, subiendo a Ficóbriga.

—Señor, que nos ahogaremos todos —exclamó Germán—. ¿No ve usía esas mares como montañas?

—¡Fuera de aquí, cobardes!—gritó una voz enérgica, terrible, única voz digna de alzarse entre la espantosa música del Océano.

Era la voz del cura.

—¡Qué!, ¿se atreverá el señor cura?...

—¿Pues no me he de atrever?—vociferó don Silvestre, arrojando manteo, canaleja, paraguas, inútil carga de fastidiosos dengues. Su impetuosa naturaleza, su indómito valor, hecho a los combates con la Naturaleza, mostróse en sublime cuadro.

—¡Bien, bien por el soldado de Cris-

to! ¡Bien por el sacerdote!... ¡Aprended, hombres sin fe!—exclamó el obispo derramando lágrimas de piedad y admiración.

Don Silvestre se remangó los brazos, mostrando las musculosas manos de oso, aquellas manos que lo mismo tomaban la hostia que el remo. Quitada también la sotana, se encajó un camisón de lana.

—¡Venga la trainera (1), un cable, dos!... A ver quiénes son los guapos que me van a acompañar.

—Yo, yo, yo...

Y todos querían ir.

—Tú, tú, tú, tú...—dijo rápidamente el cura, escogiendo su escuadrón.

XVIII

EL CURA DE FICÓBRIGA

Ha llegado la ocasión. A su hazaña debe preceder su retrato. Era don Silvestre joven, sanguíneo, fuerte, grandullón de cuerpo, animoso hasta la temeridad, ambicioso de aplausos y ganoso de estar siempre en primera línea; gran amigo de sus amigos, y al propio tiempo muy alegre, muy rumboso, vivísimo de genio, generoso, y de trato galán y campechano con grandes y pequeños. En la iglesia, las hembras le querían mucho, porque predicaba con alta entonación, con dramático y pintoresco estilo; los varones también, porque despachaba la misa en un momento. Así es que cuando decía la misa el padre *Poquito*, que era de mucha pesadez, todos aquellos fieles, abrumados de ocupaciones, se quedaban charlando en la plaza.

—Para una misa corta no hay otro como don Silvestre—decían—. Bien comprende que no somos holgazanes que van a desperezarse y a dormir en la iglesia. Hace todas las ceremonias y dice los latines con una presteza que enamora.

Don Silvestre era hombre rico. Además de que poseía regular hacienda heredada, se había dado mañas para adquirir algunas mieses, prados, y, por último, una hermosa finca de bienes nacionales. Vivía con comodidad, y no era tacaño ni apuraba a los pobres caseros para que le pagasen, sin descuidar por esto la administración de sus bienes. Socorría benigno a los menesterosos, se preciaba de hacer muchas limosnas, y por esto, así como por su carácter franco y bondadoso, estaba muy en paz con sus feligreses.

—Don Silvestre no es un santo—decían allí—; pero sí un caballero.

Además, tenía el párroco una salud de hierro, fortalecida con el frecuente ejercicio de la caza, y la pesca, diversiones que ocupaban gran parte de su existencia. Su casa era, pues, un arsenal venatorio y piscicatorio, cual no se veía en aquellos contornos. Escopetas, carabinas, cuchillos, trampas, mil artificios ingeniosos, ora aprendidos, ora inventados por su propio genial cacumen, y que tenían por objeto apoderarse de la mitad del reino volátil, ocupaban una regular pieza. En la otra no faltaba ninguna execrable máquina de las que arrancan del seno de las aguas todo lo nadante. Cañas, liñas, aparejos, diversos linajes de anzuelos, garabatos, pinchos y agujas, los unos para la merluza, los otros para el calamar; moscas artificiales para las pobres truchas de los regatos, garfios para los salmones de los ríos, guadañetas para los calamares, y, además, redes, chincorros, trasmallos, mediomundos, palangres; todo lo guardaba aquel Nemrod de la tierra y los mares.

Había nacido Romero en aquella región montaraz que llaman Picos de Europa, donde parece que el hombre retrocede a las primeras edades venatorias y ha de vivir disputando a las bestias el suelo, que aún no se sabe si pertenecerá a la fuerza o a la destreza. Agil, valiente, emprendedor, atrevido, había desafiado los temibles osos, en compañía de otros jóvenes del país. Se familiarizó con el terreno abrupto, quebrado, con los precipicios, las cascadas, las deformidades de un suelo que parece no ha concluído aún de tomar, después del cataclismo, su forma definitiva, y vivía contento en su salvaje y libre estado. Mas como la paterna voz sonara un día en sus orejas, haciéndole ver la conveniencia de no dejar perder ciertas capellanías, Silvestre se atiborró de latín y se hizo cura. No le fué mal. Olvidó muchas cosas, pero no la ingénita afición a la caza.

—Es un vicio—decía—; pero un vicio de reyes.

Don Silvestre era hombre vehemente y algo testarudo. En el desempeño de cuanto tomaba a su cargo ponía siempre

(1) Embarcación del país.

mucho ardor. En cierta ocasión le dió por revocar y componer la iglesia, y se hizo pintor, albañil y arquitecto. Cuando le escribieron para que trabajase en las elecciones, realizó estupendas maravillas. Su regular hacienda, el prestigio de que gozaba en el pueblo, su carácter jovial y caballeroso le hacían único para acaudillar hueste de electores y mangonear eficazmente en la comarca. Ponía con tanto ahinco su voluntad y su influencia al servicio de la causa política, que durante los azarosos días en que los ficobrigenses ejercitaban el más importante de sus derechos, el buen don Silvestre no paraba en el bosque, ni en la playa, ni en la sacristía, ni en su casa, sino que, cual poseído del demonio, o enamorado, corría de una parte a otra sin descanso. Viéraisle allí emplear doctamente, ora la astucia, ora la amenaza; con éste la ruda coacción, con aquél el malicioso soborno, y de este modo someterlos a todos a su arbitrio.

Con tales experiencias adquirió Romero acabada maestría en el arte de elegir, que nunca ha sido fácil, que a muchos empequeñece, pero que al cura de Ficóbriga, por su mucho ingenio y sutileza, le ponía en los cuernos de la luna. Montar a caballo, andar seis o siete leguas con frío y nieve en busca de Fulano para comprometerle, tomar la delantera a los contrarios acumulando recursos, sin aumentar por eso de un modo escandaloso la tarifa de gastos electorales; realizar el portento de la multiplicación de los panes y los peces aplicado a las cédulas de votar, eran otros tantos arbitrios que aumentaban la valía de don Silvestre. Como prueba de su enérgica voluntad avasalladora, óigase lo que la misma Ficóbriga refería poco ha:

«Estaba muy reñida y a punto de perderse la elección. Entre los votantes de última hora había un pastor de aquellos andurriales, hombre zafio y torpe que apenas sabía hablar. Cansado del plantón en las puertas del edificio donde funcionaban los comicios, y maldiciendo las obligaciones políticas que le habían llevado tan fuera de su rústico elemento, volvió la espalda y se marchó. Había junto a la urna electoral un río, por más arriba vadeable, por allí muy hondo. Mi hombre tomó por el vado las de Villadiego.

»Aquel voto de menos podía comprometer seriamente la elección. Advirtiólo don Silvestre, y, bramando de furor, llamó al campesino, que, en salvo ya en la otra orilla y frente por frente de los comicios, con el río de por medio, hacía con ambos brazos gestos de burla y provocación. Exasperado don Silvestre contra aquel salvaje, que no sólo se escabullía en el momento de votar, sino que con los gestos de los dos movibles brazos le insultaba delante de la Nación en el momento de ejercer ésta su soberanía, no reparó en nada, y con presteza suma se arrojó al agua. Como era gran nadador y se había despojado del levitón que le ceñía, bien pronto puso el pie en la otra margen del río. Corrió hacia el fugitivo, le agarró por el cuello y arrastrándole con hercúlea fuerza se metió con él nuevamente en el agua, y asido por los cabellos le trajo a la orilla de acá, le entró en la casucha, y le puso, chorreando agua, delante de la urna. Este acto de energía, atemorizando a los que se mostraban indecisos, aseguró la elección.»

Otras muchas anécdotas podría contar para mayor realce de la valentía de este varón insigne, pero no quiero alargar las dimensiones de su retrato. A fin de que sea, aunque breve, completo, diré que don Silvestre despuntaba en los juegos de tresillo y ajedrez. El y don Juan de Lantigua se batían sobre el tablero casi todas las tardes. Como poseía dos o tres lanchas de pesca, a la mar salía muchas tardes, y era más conocedor del terrible elemento que los mejores prácticos de Ficóbriga. También nadaba como un pez, siendo el asombro de todos cuando se ponía a luchar con las olas; y si se ofrecía empuñar el timón o el remo y dirigir la *ciaboga*, mientras la embarcación pasaba la barra, los marineros más forzudos no le igualaran. Muchos aseguraban que el mar le tenía miedo, y bien se podía decir, con el Libro Santo: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei* (Este dragón a quien hiciste para burlarle).

Cuando le hemos conocido, la ocupación favorita y el sueño dorado de don Silvestre eran cuidar una huerta primorosa que había formado en un sitio llamado el Soto de Briján, frente a Ficóbriga, a la otra orilla de la ría, pasando el puente de Judas. Allí estaba la mayor parte del tiempo, sin descuidar sus debe-

res parroquiales—dicho sea en honor suyo—. Aunque vivía de ordinario en Ficóbriga, tenía en el soto hermosa casa, los mejores frutales del país y un amplio corral y establo llenos de *animalia pusilla cum magnis*, de cuanto Dios crió: pavos, gansos, gallinas de diversos linajes, vacas de leche, conejos, cerdos gordísimos, a quienes don Silvestre solía rascar con la punta del bastón; pájaros, cabras exóticas; en suma, nada de cuanto puede hacer placentera la vida del campo faltaba allí.

En los días de nuestra historia no atendía mucho don Silvestre a su granja, porque le distraían los negocios electorales de su buen amigo Rafael del Horro. Habíase estrechado esta amistad por relaciones periodísticas, y por la virtud de ciertas cartas que don Silvestre escribió desde Ficóbriga a un periódico de Madrid, firmadas con el seudónimo de *El Pastor de la Montaña*. Rafael del Horro vivía en casa del cura, y todas las horas las pasaban en grata conferencia sobre los elementos en que podían disponer y las probabilidades de triunfo. Habían concertado plantarse ambos en el terreno de la lucha y no abandonarlo hasta alcanzar completa victoria sobre los impíos.

Tal era el hombre extraordinario y valeroso que dijo: «Yo salvaré a los náufragos.»

Momentos después saltaba a la trainera. Impávido se lanzó a las olas. Don Silvestre tenía fe en su poderoso brazo, en su pericia de marino y de pescador.

La trainera embistió las olas. Subía por la empinada pendiente, desapareciendo después entre revueltos torbellinos de espuma. A veces creeríase que los montes de agua se la tragaban de un sorbo, a veces que la escupían entre salibazos de rabia. Pero avanzaba, débil y valerosa, como la fe en Dios por entre los embates del mundo.

Don Angel se había quitado el sombrero, que era ya una esponja, y arrodillándose en el fango, rezaba en voz alta. Don Juan, Rafael, Sedeño, sentían las vivísimas emociones del sentimiento cristiano en su mayor pureza.

—Llegarán, llegarán y los salvarán —dijo don Angel con la inefable convicción del creyente—. Dios oirá nuestros ruegos.

Y los atrevidos salvadores lograron acercarse a los costados del buque, recogieron el grueso cable que de éste les fué arrojado, y en menos de una hora toda la tripulación estuvo en tierra. ¡Admirable efecto de la misericordia de Dios! Cuando la trainera volvió a tierra, las olas se aplacaron, como si el mismo Océano, que jamás perdona, se sintiera enternecido. Cuando los infelices tripulantes—eran ocho—pusieron el pie en tierra, don Angel los abrazó a todos, mezclando sus lágrimas con el agua salada que los empapaba. Habían acudido a la playa el alcalde, el secretario, el alguacil y muchas personas, entre las cuales se contaba don Juan Amarillo, que era vicecónsul de Francia. En un instante se decidió dar a los desgraciados náufragos el auxilio que necesitaban, conviniéndose en repartirlos en las casas de más viso. Al señor de Lantigua le tocó uno con graves contusiones y que había perdido el conocimiento.

XIX

EL NÁUFRAGO

Le asistieron con grande solicitud; le acostaron; vino don Nicomedes, médico titular de Ficóbriga...

—Golpes en la cabeza, que no parecen tener gravedad—dijo—, y, además, un poco de asfixia.

Ordenó algunos remedios caseros y que le dejasen reposar después. Hízose todo con presteza, y el enfermo, después de pronunciar algunas palabras a media voz, descansó, al parecer, tranquilo. Salieron de la pieza un instante, y cuando volvieron a entrar, el caballero—pues indudablemente lo era—sacado de las aguas abrió los ojos mirando a todos lados con curiosidad.

—Tranquilícese usted—le dijo don Juan—. Está usted entre amigos, bien asistido, y no carecerá de nada. El lance ha sido terrible; pero gracias a Dios, usted y sus dignos compañeros están en salvo.

Dijo el náufrago algunas palabras en inglés. Miraba a un lado y otro, abriendo con gozo a la luz sus ojos azules, y examinando uno por uno los semblantes de Gloria, don Juan y don Angel. Los que resucitan no miran de otro modo.

—Estoy en...—murmuró en español.

—En España, en Ficóbriga, humildísi-

mo puerto de mar, que si tuvo la desgracia de presenciar la pérdida del *Plantagenet,* también ha tenido la dicha de arrancar ocho hombres a la muerte.

Con acento patético y solemne dijo el náufrago:

—¡Señor, Señor nuestro: cuán maravilloso es tu nombre en toda la Tierra!

Y el obispo repitió el salmo en latín:

—*Domine, Domine noster, quam admirabile est nomen tuum in universa Terra!*

Hubo un instante de grave silencio, en que todos los presentes sintieron su corazón palpitar con fuerza.

—¿Y qué tal se encuentra usted?

—Bien, bien—respondió el extranjero con seguro tono, poniendo la mano sobre su corazón—; gracias.

—Aunque habla usted nuestra lengua, se me figura que es usted inglés.

—No, señor; yo soy de Altona.

—¿Altona?—dijo su ilustrísima, poco fuerte en geografía moderna—. ¿Dónde es eso?

Y al instante se acercó a un viejo mapa que de la pared colgaba.

—Es sobre el Elba, cerca de Hamburgo—manifestó don Juan.

—Soy hamburgués de nacimiento—dijo con entera voz el enfermo—; pero mi familia es de Inglaterra. He vivido seis meses en Sevilla y Córdoba hace tres años, y ahora...

—¿Iba usted para Inglaterra?

—No le conviene mucha conversación por ahora—dijo, solícitamente, su ilustrísima—. Dejémosle descansar.

—Gracias, señores. Puedo hablar. Sí, yo iba a Inglaterra. Dios no ha querido.

Su semblante expresó viva pesadumbre.

—Tranquilidad, amigo—añadió don Juan—. No hay que apurarse. Irá usted a su casa. ¿Tiene usted familia?

—Padres, hermanos...

—Cuide usted de reponerse. En mi casa no le faltará nada. Mi nombre es Juan de Lantigua; éste es mi hermano Angel, obispo de ***, y esta señorita es mi hija Gloria. Le cuidaremos a usted lindamente. Dios nos manda consolar al triste, amparar al desvalido. Todos los días no se presenta ocasión de practicar las obras de misericordia.

El náufrago miró sucesivamente a don Angel y a Gloria, conforme el señor de Lantigua se los presentaba, y después, tomando la mano de éste, la oprimió contra su pecho.

—«El que sigue la misericordia—dijo—, hallará vida, justicia y gloria.»

Don Angel repitió también en latín esta sentencia de Salomón.

—Ahora—dijo el señor de Lantigua—, descanse usted, señor... ¿Cómo es el nombre de usted?

—Daniel.

—¿Y su apellido?

—Morton.

Al decir su nombre, el extranjero añadió ardientes y cariñosas expresiones de gratitud. Los devoraba a todos gozosamente con los ojos, como si fueran apariciones celestiales que sucedían al horror y a las tinieblas de la muerte.

—Esto que hemos hecho—dijo don Juan—no merece ni alabanza ni agradecimiento. Es lo más sencillo y fácil que nos ha mandado Jesucristo... Pero usted tomará algo. Gloria, haz preparar una buena colación para este caballero. Ya comprenderás que no debe tomar cosas pesadas.

XX

EL SANTO PROYECTO DE SU ILUSTRÍSIMA

El sol apareció seis veces por encima del gallardo pico de Monteluz, junto al mar; seis veces se hundió tras la Cotera de Fronilde, vistiendo de púrpura las montañas, y en la casa de Lantigua no ocurría nada digno de ser contado. Unicamente ocuparon los ociosos ratos fervientes elogios de la acción heroica de don Silvestre, comentándola quién por el lado humano, quién por el divino, y poniéndola todos en las mismas nubes como en realidad merecía; resultado portentoso, al decir de don Angel, de la fe cristiana y de la hercúlea constitución física que debía el gran Romero a la bondad de Dios.

La noticia corrió por toda la provincia que tiene el honor sumo de sustentar en su risueño suelo a la excelsa Ficóbriga, y llegó hasta Madrid, llevando camino de pasar después a Londres, como en efecto pasó. Orgullosísimo estaba don Silvestre, y aquellos días tenía una cara como el sol resplandeciente, y sin cesar repetían sus labios el trance sublime, pintando en términos tan vivos la furia del borrascoso mar, que los oyentes creían verlo. Da-

niel Morton gustaba más que ninguno de oír contar al señor Romero la historia toda del naufragio y salvamento milagroso, y no sabía de qué manera mostrarle su agradecimiento, pues no bastaban las manifestaciones de una amistad profunda que debía durar tanto como la vida.

El extranjero sacado de en medio de las aguas no había podido aún dejar el cuarto que se le destinó; pero recibía frecuentes visitas de todos los habitantes de la casa, que le trataban con muchísimo agasajo y cariño. El, por su parte, merecía bien tantas atenciones, porque era de lo que no hay en punto a caballerosidad y cortesía. Pronto conoció don Juan que había dado albergue a una persona bien nacida, de trato muy afable, de carácter noble y recto, delicadísima, y adornada con instrucción tan vasta, que en casa de Lantigua todos estaban atónitos.

—¡Cómo se conoce que es un cumplido caballero!—manifestó don Juan a su hermano cuando los dos, juntamente con el doctor Sedeño, tomaban chocolate, después de volver de la Abadía, donde el prelado decía misa diariamente.

—Es verdad. Me agrada en extremo —dijo el obispo—. ¡Lástima que sea protestante!

—¿Y lo será?

—Debe de serlo—afirmó Sedeño—. Siempre que hablamos de asuntos religiosos parece deseoso de esquivar la conversación.

—Pero ¿ha dicho algo ofensivo a nuestra Santa Iglesia?

—Ni una palabra. Se muestra muy deferente con el catolicismo, y no le he oído jamás vocablo ni reticencia que puedan tomarse a vituperio...

—¡Qué ocasión, hermano mío—indicó don Angel con devoto celo—para hacer una gran conquista, para traer una oveja al rebaño de Jesucristo!

—Es difícil—murmuró Lantigua—. Será hombre de convicciones.

—Pero de convicciones perniciosas. Mira tú, hermano, pues yo lo he de intentar...

—Cuidado, que estos herejes, cuando les tocan a su herejía, son como el puerco espín.

—Nada se pierde con intentarlo, hombre. El estará todavía algún tiempo en tu casa, porque no es justo que le dejemos marchar antes que se reponga por completo.

—Seguramente.

—Bien: ¿pues qué se pierde? Yo le diré algo que le llegue al alma. Sembraré, hijo. Si la simiente cae en pedregales, no es culpa mía. Habré cumplido con mi deber.

—Caerá en pedregales—afirmó don Juan con la sequedad del hombre acostumbrado a ver las malicias del mundo y cansado de arrojar simiente sobre él sin que naciera nada.

—Pero figúrate que Dios le toca el corazón; figúrate que un rayo de luz... Nada; no me quedaré sin intentarlo.

—Perderás el tiempo, querido hermano.

—O no... Ese caballero me ha demostrado no ser un alma vulgar. Al contrario, posee un entendimiento privilegiado.

—¡Oh, eso sí! ¡Qué lástima!...

—Y un gran corazón.

—También.

—Tenemos lo principal: el terreno.

—¿Y las preocupaciones, y la costumbre, y las ideas adquiridas ya, es decir, la mala hierba que ha echado raíces y todo lo invade?

—Hombre, por Dios. ¡La hierba!..., me río yo de la hierba. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó el modo de arrancarla y echarla al fuego. Yo no desconfío hasta que lo pruebe... ¿Me permites que le proponga quedarse unos cuantos días más?

—Como quieras. Veremos qué tal lo toma... Pero no vayamos a perder su buena amistad, y hasta el agradecimiento que nos tiene...

—Pues mira tú, por eso del agradecimiento le voy a meter el diente; ésa es la hendidura de su coraza, y por ahí, por ahí...

Don Juan se echó a reír. Después llamó a su hija. Gloria se había desayunado a la hora en que los pájaros saludan el día, porque en aquél tenía muchas ocupaciones la señorita de Lantigua y era preciso empezar pronto.

Cuando por el comedor pasó apresurada, como persona que trae muchos negocios entre manos, su padre le dijo:

—¿Te has olvidado del café para ese caballero?

—No, señor; se lo han subido ahora mismo.

—¡Qué mal gusto tienen estos extranjeros en no gustar del chocolate!—dijo

el reverendo don Angel, arramblando lo que en el fondo del cangilón quedaba—. Gloria, sobrina mía, acompáñame a dar una vuelta por el jardín.

Sedeño tomó un periódico que había llegado la noche anterior, y dirigió a él los vidrios de sus anteojos, poniendo cara de gran importancia.

—Vea usted adónde conduce la irreligiosidad, señor don Juan—dijo, dando un golpe con la siniestra mano en la hoja impresa—. Oiga usted este caso.

Y leyó. Don Juan, apartando el jicarón, ahuecó la palma de la mano y la puso en el oído al modo de trompeta. Era un poco teniente, es decir, sordo de la oreja derecha, sobre todo cuando había variaciones atmosféricas. En tanto, don Angel salió murmurando una cancioncilla y acompañado de su sobrina.

—Picarona—le dijo—, gracias a Dios que te echo la zarpa. Tu padre quiere hablarte.

Gloria sintió pena, porque recordó que cuando días atrás le dijo su tío: «Tu padre quiere hablarte», fué para el enojoso asunto de Rafael.

Al pasar al jardín cogió en la puerta una flor de madreselva y se la puso en la boca para mascullarle el palo.

—Juan se queja—indicó el obispo—de que no le has contestado aún a una pregunta que te hizo.

—¡Ah!, ya sé...—dijo Gloria, sintiendo que las palabras de su tío se le clavaban en el corazón como espinas.

—Pero yo no me mezclo en tales asuntos—añadió su ilustrísima—. Allá te entiendas tú con tu padre. No es sino que como hoy se marcha ese joven... Pero hazme el favor de no andar tan aprisa, que mis piernas, hijita, no están para fiestas. Desde el día de la gran mojada.

—Cuando salvaron al señor Morton...

—Por bien empleado doy el chapuzón, eso sí. Gran conquista hicimos. Dime una cosa respecto a ese caballero...

Gloria, arrojando la madreselva, oyó con toda su alma.

—¿Has observado—preguntó su ilustrísima, deteniendo el paso—si ese caballero...?

—¿El señor Morton?

—Justamente. ¿Si ha pronunciado alguna palabra referente a nuestra santa religión?

—Le he oído hablar de Dios, de... Aguarde usted.

—No es eso, tonta; de Dios hablan todos. ¡Cuán pocos le conocen! ¿Le has oído pronunciar alguna frase depresiva para nuestra santa religión?

—No, tío...

—Porque, verás: mi hermano y yo, lo mismo que Sedeño, hemos comprendido que ese hombre es protestante.

—¡Protestante!

Gloria se quedó atónita.

—Es decir, que se condenará—dijo Gloria vivísimamente—. Es lástima que teniendo tan buen corazón...

—Sí que es una lástima... Te confieso que estoy verdaderamente afligido, afligidísimo.

—Si da ganas de correr hacia él y gritarle: «¡Caballero, por Dios, sálvese usted; adónde va usted!... Véngase usted con nosotros.»

—Justo; como cuando miramos a un ciego que, por no ver el camino, se va a caer en un pozo. Has interpretado a maravilla mi pensamiento. Yo estoy desasosegado desde que ese joven está en nuestra casa, y el día en que le vea marchar tendré un disgusto..., quiero decir si se marcha como ha entrado: ciego.

—Protestante.

—Cabal. Y me parece que soy indigno apóstol de Cristo si no consigo...

—¿Convertirle?—preguntó la señorita con incredulidad.

—¿Te parece difícil? Otras cosas más difíciles se han visto realizadas. Es imposible que Dios haya creado un ejemplar tan hermoso de la persona humana para dejarla perder. ¡Quién sabe si su sabiduría infinita encaminó a este hombre a nuestras playas, abriéndole, con el naufragio, el camino de su salvación!

—¡Oh, quién sabe!—exclamó Gloria, elevando sus ojos al cielo como para preguntarle si era verdad la suposición de su tío—. ¡Dios dispone tan admirablemente las cosas!

—El es la verdad, la vida, el camino. Nada; estoy decidido a dirigirme a ese caballero, a encararme atrevidamente con él, como ministro que soy de Jesucristo, y decirle: «Morton, tú debes ser católico.»

—Muy bien, tío—exclamó Gloria, aplaudiendo con entusiasmo.

Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—Estoy decidido—continuó su ilustrísima, sintiendo en sí la inspiración evangélica que le hacía tan admirable en el

púlpito—a decirle, como Jesús a Lázaro: «¡Morton, despierta Morton; levántate! Tú no has nacido para vivir en la región de las tinieblas. Arroja esa sacrílega venda y mira esta luz que tengo en la mano, esta luz divina que el Señor se ha dignado confiarme para que te guíe, para que te ilumine. Ven y reposa sobre mi corazón, hijo mío; ven a aumentar el reinado de Jesucristo con tu preciosa inteligencia, con tu sensibilidad exquisita, con tu noble, aunque extraviado espíritu.» ¡Oh!, y si viene, ese día será el más glorioso de mi vida, porque habré arrancado de las manos de Satanás una víctima; habré rescatado un miserable cautivo de las regiones infernales; habré conquistado una oveja al rebaño de Cristo y aumentado los celestes dominios de la Iglesia, y cuando Dios me llame a Juicio, podré decirle: «¡Señor, he ganado una batalla al enemigo!»

—¡Oh tío, tío de mi alma!—exclamó Gloria, besando con frenesí las manos del prelado, trémulas aún por la oración oratoria—. ¡Usted es un santo!

—Santo, no; pero, al considerar este caso de que ahora hablamos, no se aparta de mi mente el recuerdo de aquel gentil, llamado Saulo, que después fué gloriosísimo apóstol. Yo sería feliz desempeñando el papel de Ananías, que, por mandato de Dios, corrió en busca del perseguidor de la Iglesia, y le dijo: «Saulo, hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» Y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista, y, levantándose, fué bautizado.

—¡San Pablo!

—Una de las más gloriosas conquistas de la fe cristiana, sí. Aquel hombre era tan despejado, que Nuestro Señor quiso traerle a su servicio y lo trajo. Hace dos o tres días que no pienso más que en esto, y cuando más trato a este joven, y oigo sus palabras, y miro la altura de su discernimiento, más vivos son mis deseos de decirle: «Saulo hermano, Jesucristo me ha enviado a devolverte la vista.» En las empresas heroicas, más energía y bravura despliega el alma cuanto más señalado es el mérito de la plaza que se quiere conquistar; y más grande la fama y destreza del enemigo.

—Y como Daniel parece...

—No parece, sino que es una de las más acabadas hechuras de Dios. Cuando veo aquel admirable y soberbio vuelo de su entendimiento, digo: «¡Qué lástima, Señor, qué lástima!» ¿Recuerdas qué bellísima explicación hizo de las fuerzas de la Naturaleza, relacionándola con la previsión divina?

—Sí, sí; lo recuerdo.

—¿Y aquella sencilla y patética figura que trazó de las costumbres de su anciana abuela?

—¡Oh! Sí, sí; lo recuerdo.

—¿Y las consideraciones que hizo sobre la muerte de sus dos hermanas doncellas, contagiadas de la peste por asistir a los enfermos?

—Sí, tío, sí...; lo recuerdo bien.

—¡Y qué bien manifestó sus aficiones sencillas, patriarcales, exentas de vicios, su admiración a las obras de Dios!

—También, también lo tengo presente.

—¿Y el cariño que tiene a nuestro pobre país, tan desgraciado?...

—Sí, sí, tío; todo lo recuerdo.

—Y yo, al oírle y al verle, digo: «¡Qué lástima, Señor, qué lástima!»

—¡Qué lástima!—repitió Gloria, cruzando las manos y elevándolas hasta apoyar en ellas la barba.

—Hoy mismo, hoy mismo pienso dar principio a mi gran empresa—afirmó el obispo con noble decisión—. Al fin, haremos algo grande en nuestra pobre vida.

—¿Hoy mismo?...; pero si se marcha pronto...—dijo Gloria, afectando naturalidad.

—No, porque tu padre y yo hemos convenido en rogarle que se quede en Ficóbriga y en nuestra casa quince días más o un mes.

—Entonces, entonces, tío—dijo la sobrinita, disimulando mal su alegría—, triunfará usted, triunfará la Iglesia de Jesucristo... ¡Oh, qué excelente idea han tenido papá y usted!

—Ahora subiré a decírselo. Aceptará, porque no se halla bien de salud, y el sosiego de este país le repondrá. Hoy le hablo de religión, y... no me faltarán argumentos. Donde hay un buen corazón, estamos a la mitad del camino. ¿Sabes si se ha levantado?

—Roque nos lo dirá.

El criado pasaba por el jardín.

—¿Se ha levantado el señor Morton?

—Sí, señor; voy con un encargo suyo —dijo, mostrando un paquete.

—¿Qué es eso?

—Toda la ropa que el señor don Daniel tenía en los baúles mojada. La llevo al señor cura para que la reparta a los pobres.

—Apuesto—manifestó Gloria con pena—a que don Silvestre no da ninguna pieza a *Caifás*.

—Voy al instante arriba—dijo el obispo.

Gloria le acompañó hasta la escalera. Después corrió a la cocina. Su alma revoloteaba en el seno del éter más puro, en plena luz celestial, como los ángeles que agitan sus alas junto al trono del Señor en todas sus cosas.

XXI

SEPULCRO BLANQUEADO

Y era en verdad contraste singular que mientras su alma, como dice el Salmista, *escapaba al monte cual ave,* estuviese su cuerpo en lugar tan rastrero como una cocina, y arremangándose los lindos brazos y poniéndose un delantal blanco, empezara a batir con ligera mano muchedumbre de claras y yemas de huevo, que en honda cacerola espumarajeaban, formando bolas de fragilísimo cristal. La cuchara, que por la rauda agitación apenas se veía, levantaba amarilla nube; hervían las albuminosas claras, simulando graciosas excrecencias de ámbar y mil y mil engarzos de topacios, en cuyas facetas temblaba la luz. Después pasó aquel mejunje de una cacerola a otra, quitó a un limón toda la cáscara, picóla en menudos trocitos, revolvió con harina los huevos, sacó de un cajón unas viejecillas arrugadas y dulcísimas, que en su juventud se llamaron uvas; acaparó bizcochos; apoderóse, por último, de un molde de hojalata, todo con gran presteza y pulcritud, hasta que Francisca, no pudiendo tolerar tal invasión en sus dominios, le dijo de muy mal talante:

—¿Qué haces ahí, tonta? ¿Qué comistrajo es ése?

—Tú sí que eres tonta—repuso Gloria, riendo—. ¡Qué entiendes tú de cocina fina, ni de budines!

—Y eso, ¿para quién es?—prosiguió la respetable criada con ironía—. ¿Para el perro? Niña, por Dios, que te vas a echar a perder las manos. Vete arriba, que aquí no hacen falta espantajos.

La antigua cocinera trataba a Gloria con la familiaridad de los criados que han visto nacer a todos los niños de una casa. Después de agitarse mucho, dió la señorita por terminada su tarea y abandonó la cocina, subiendo a su cuarto, donde se ocupó en arreglarse y ponerse guapa, porque la hora del almuerzo se acercaba.

Atentos a ella, entraron en la casa don Rafael del Horro y el cura, que aquel día andaban muy entretenidos con el negocio de su viaje electoral. Subieron a saludar a don Juan en su despacho; pero como hallaron a éste muy atareado con las cartas que escribía para varios personajes influyentes de la provincia, y que nuestros dos expedicionarios habían de llevar; como, además, vieron al doctor Sedeño abstraído en la lectura de los periódicos políticos, tornaron al jardín.

Gloria, después de pasar revista al comedor y ver qué tal ponía la mesa Robustiana, salió al jardín. Había en éste, por la parte próxima al camino, un bosquecillo formado de altas magnolias, algunos espesos pinos y dos o tres plátanos, los cuales sobrepujaban a toda la familia vegetal, extendiendo sus grandes ramas en tan gran espacio, que por un lado salían sobre la verja hasta fraternizar con los olmos del camino, y por otro acariciaban las ventanas de la casa. En el centro del bosquecillo había una glorieta, a la que rodeaban espesos matorrales hechos de evónimos, retamas olorosas, tamarindos, verónicas, adelfas y otros arbustos, combinados con arte primoroso. Por detrás corría un estrecho camino semicircular, oscuro, húmedo, en el cual solían verse menudos hilos de telarañas tendidos entre las ramas y en los troncos de los árboles grandes. Gloria entró por este camino. Al poco rato oyó voces y se detuvo. Su primera intención fué no hacer caso y seguir adelante. Pero oyó pronunciar su nombre, reconociendo la voz de Rafael. Este y el cura hablaban en la glorieta. No pudiendo refrenar la curiosidad, escuchó:

—Gloria es perfecta, como usted dice —hablaba el cura—, y, además de perfecta, es hija única de un hombre rico. Mi opinión es, amigo don Rafael, que todo no debe ser sentimiento y *te amo*

y *te adoro,* sino que debe mirarse mucho al bienestar de ambos cónyuges. La pintura que usted me ha hecho de lo cara que se ha puesto la vida en esa endiablada corte, me horripila. Dígame usted: ¿qué tal pinta la abogacía?

—Mal—repuso el joven con hastío—; después que Lantigua entregó su bufete a los pasantes, éstos han acaparado todos los negocios eclesiásticos... Sin embargo, algo se hace.

—¿Y el periodismo?

—Eso no se nombre como profesión lucrativa. Es un excelente medio para hacerse lugar en la política, única carrera de provecho para la juventud.

—Y usted la ha hecho buena—dijo, hiperbólicamente, el cura—. A los treinta y cuatro años, este nene va a tragarse el mundo.

—Pero usted no sabe, amigo mío, qué compromisos, qué cargas tan atroces trae este maldito oficio en su primera época. La posición que se adquiere, impone...

—¡Ajajá! Ya lo sé. Gastos atroces, ¿no es verdad? Pues qué, ¿quería usted pescar truchas a bragas enjutas?

—No...; ya sé cómo se pescan.

—Por eso dicen que en Inglaterra sólo se dedican a la política los ricos—dijo el cura—. Este sistema me parece excelente.

—En España, por el contrario, es la carrera de los pobres. Y es un mal, lo conozco; pero ¡qué se ha de hacer! Los pleitos no dan, amigo mío, sino a los que han empollado el bufete con el calor que les dejó en el cuerpo la silla ministerial. Los negocios exigen capital; el comercio menudo es indigno de quien ha estudiado una carrera científica; no quedan, pues, más que las armas y la política, y a mí no me gustan las armas.

—Las armas de la palabra, de la pluma, amigo mío—dijo el cura con entusiasmo—. ¿Sabe usted que si alguna cosa envidio en este mundo es la gloria de usted?

—Pues tiene poco de envidiable—replicó Rafael con cierto tonillo de despreocupación, que contrastaba con su habitual énfasis—. Yo me río a veces de mí mismo, y cuando estoy a solas en mi despacho, me digo: «Parece mentira que seas tú mismo ese que pronuncia tales discursos terroríficos y escribe los artículos furiosos que entusiasman al partido.» Yo, que no soy capaz de matar una pulga, ni gusto de que se moleste a nadie, predico la ruina de la sociedad actual; yo, que tengo, como cada hijo de vecino, mis dudillas acerca de muchas cosas que nos enseña el Catecismo, aunque no de las principales, parece, según la vehemencia con que lo digo, que me quiero tragar a los que creen poco.

—¡Ah, ah!—exclamó el cura, riendo—; ése es mal común a toda la gente de hoy, blancos y negros. Nadie tiene fe. Hace poco hablaba yo con un señor que pasa la vida escribiendo contra los incrédulos y llevando y trayendo recados al Papa. En confianza, me decía: «Señor don Silvestre, no hay quien me haga creer en el infierno.» Yo me reía mucho con sus rarezas y jamás disputábamos, porque aborrezco las disputas. Ibamos a cazar juntos. Yo le enseñaba el cartapacio de mis sermones para que les echara un vistazo... Ya se ve... Es persona de muy buen gusto y estilo, una especie de fray Luis de Granada sin hábitos y sin fe, y, por lo demás, sujeto apreciabilísimo, persona excelente. Usted también es de los que hablan mucho y creen poco.

—Entendámonos, señor cura. Yo creo que sin religión no hay sociedad posible. ¿Adónde llegaría el frenesí de las masas estúpidas e ignorantes si el lazo de la religión no enfrenara sus malas pasiones?

A lo cual, el cura, riendo, contestó:

—Pero en esto de creer hay algo más que un freno para contener a los ignorantes. Los ilustrados y los sabios deben acrisolar su fe con el estudio.

—Así debiera ser—dijo Rafael—. Conviene que todos contribuyamos a conservar sólida y firme esta base del edificio social. Si la religión desapareciera, los demagogos y petroleros nos declararían una guerra a muerte. Es cosa que espanta.

—Tremenda, sí.

—Por eso yo soy de opinión de que sigan las misas, los sermones, las novenas, las procesiones, las colectas y todos los demás usos y ritos que se han creado para coadyuvar a la gran obra del Estado, y rodear de garantías y seguridades a las clases pudientes e ilustradas.

—Según usted—observó el cura, dando rienda suelta a su jovialidad—, las prácticas religiosas no son otra cosa que una especie de instrumento correccional contra los pillos. Pero, señor don Rafael de

mi alma, desarrollando su sistema de usted, debiéramos decir: «Suprímase la religión y auméntense los presidios.»

—¡Oh! No bromee usted y tenga presente que aquí hablamos en confianza, y que esto no sale de los dos. ¡Bueno andaría el mundo sin religión! ¡Benditas sean mil veces las creencias que nos legaron nuestros padres y la fe en que fuimos criados! ¡Qué dulce es la religión!... ¡Las mujeres tienen en ella tales consuelos!... Se muere una persona de la familia, madre, hermano, niño, y ellas creen que la verán después y que el difunto se está paseando por encima de las nubes, y si es niño, correteando y enredando de estrella en estrella. La religión debe existir siempre, siempre. y existirá. Además, hay en ella muchas cosas que consuelan y algunas que son verdades irrecusables.

—Todas; que no algunas, como usted dice, lo son—dijo el cura, afectando cierta gravedad—. Si yo tuviera a mano mis libros o recordara fácilmente lo mucho bueno que en ellos he leído, le probaría a usted que todo, todo lo que la religión sostiene, es verdad, y todo sirve de gran consuelo al ignorante y al sabio, al pobre y al rico. Pero tengo una memoria perversa, y con mis ocupaciones de cada día no me acuerdo de nada.

—¡Oh!, yo he leído bastante, y, por mi parte, no puedo acusarme de haber hecho daño alguno a la Iglesia ni a las personas eclesiásticas. Por el contrario, en mis discursos, en las conversaciones privadas con mis amigos políticos, siempre he dicho: «Señores, la religión antes que todo. No quitemos al pueblo ese freno moral... Conviene, pues, que la Iglesia esté de nuestra parte. Es el gran auxiliar del Estado, y hay que tenerla contenta. ¿Pide seis? Pues dadle ocho...» Aborrezco a esos que se llaman filósofos y librepensadores y que se ponen a gritar en las asambleas y en los clubs, haciendo ver que la Iglesia es esto y lo otro. Yo les digo: «Señores, en el fondo casi estamos conformes. ¿Cómo puede negarse que muchas de las cosas que nos quieren hacer creer no andan muy acordes con el sentido común? Pero ¿hay necesidad de subirse encima de una silla y decirlo a todo el mundo? El pueblo ignorante no lo entiende, y al oír a ustedes, cree que le están permitidos el robo y el asesinato. Hay que mirarse bien antes de propagar ciertas doctrinas...» Por eso soy enemigo de esos charlatanes, y en mi humilde esfera defiendo con la palabra y con la pluma las creencias religiosas, la doctrina toda de la Iglesia católica, el culto y el clero, venerandas instituciones sobre las cuales descansa el orden social; defiendo la fe de nuestros padres, las prácticas sencillas, las oraciones que nos enseñó nuestra madre en la cuna, todo eso, en fin, tan fácil de aprender y tan bonito..., porque la religión es bonita. Yo he estado en Roma, he visto muchas ceremonias en San Pedro. ¡Ah, señor don Silvestre! Es cosa que entusiasma... Pues ¿y las procesiones de Sevilla?... Todo esto debe conservarse.

—Todo esto debe conservarse; pero lo que importa, principalmente, es la fe, y si ésta no se conserva...

—Sí; también, también. Todos debemos trabajar para que crean los demás, para difundir los dones del Espíritu Santo, para que se mantenga incólume la fe de nuestros padres... ¡Oh, la fe de nuestros padres!

—Usted, Rafael, pertenece a la escuela de los que defienden la religión por egoísmo, es decir, porque les cuida sus intereses. Ven en ella una especie de guardería rural, y dicen: «La religión es muy buena: debemos creer; verdad es que yo no creo; pero crean los demás para que tengan miedo a Dios y no me hagan daño.» En tanto, no se cuidan de los altos fines religiosos ni de la vida eterna.

—¡La vida eterna!—dijo don Rafael del Horro—. Aquí está la gran cuestión. ¡Admirable idea para que la sociedad no se desborde!

—¿No cree usted en ella?

—Sí; forzosamente ha de haber alguna otra cosa después de morir..., porque no debe acabarse uno sin más ni más... Pero digo yo: si después que expiremos resulta que no hay nada de lo dicho, y caemos en profundísimo sueño, ¡qué chasco, amigo Romero! Y la verdad es que, por mucho que uno piense, no puede limpiarse de dudas. Francamente, eso de que lo que no es ni sombra, ni aliento, ni rayo; en suma, lo que no es nada, siga viviendo después del hoyo, y nos manden al cielo o al infierno... ¡Ah, lo que es esto!... No hay quien me haga creer en el infierno. ¿Es posible que usted me sostenga que hay un

pozo lleno de fuego donde caen los que han hecho picardías? Vamos, yo creo que la misma Iglesia ha de tener que transigir al fin, diciendo que eso del infierno es... cualquier cosa..., nada entre dos platos... Pues ¿y la vida eterna y el paraíso? En fin, se aturde uno al pensar en ello, y más vale dejarlo a un lado.

—¡Vive Dios!—exclamó con vehemencia don Silvestre Romero, dándose fuerte porrazo en la rodilla con la palma de su mano de oso—, que si yo recordara lo que he leído en mis libros, contestaría punto por punto a todas esas cuestiones, dejándole a usted tan convencido de que hay alma, de que hay infierno, de que hay cielo, como de que ahora es día; pero tengo una memoria infame; leo hoy una cosa, y mañana se me olvida... Luego mis ocupaciones..., figúrese usted que este ir y venir al soto y a la playa ha tiempo que no me permite abrir un libro. ¡Vaya con el don Rafael, qué ideas tiene! ¡Cáspita, no se ha de decir esto a los electores, porque entonces...! Al contrario, todo ha de ser religión y más religión. A este son les hemos tocado siempre y a este son bailan que es una maravilla.

—Bailarán también ahora—dijo Del Horro, sonriendo—. Por cierto, señor don Silvestre, que, si no nos vamos hoy, me parece que llegaremos tarde.

—Tenemos tiempo de sobra. Esta noche llegamos a Villamojada, vemos a los amigos; pasado mañana a Medio-Valle; vemos a los amigos... Todo se reduce a pasar de pueblo en pueblo y a ver amigos. Fíese usted de mí, hombre. En todo lo que sea de los Madriles y de la política gorda, puede discurrir y quebrarse la cabeza; pero en esta tierra y en elecciones, déjeme usted a mí, y cállese y estése quieto. Cada uno en su elemento.

—No me falta confianza, señor cura Caraculiambro—dijo Rafael, dando una gran palmada en el hombro del gigante clérigo—. ¡Oh, si todos los negocios que he traído a este Ficóbriga de mil demonios fueran tan bien como el de mi elección!

—¡Ah! ¿Lo dice usted por la señorita de Lantigua? ¡Qué bocado de ángeles!... Usted tiene la culpa de que este pez no haya picado...

—¡Si Gloria no me quiere, ni parece inclinarse a quererme nunca!...

—Ya; después de casada ya la enderezaría yo—afirmó el cura—. Ello es que usted ha puesto su asunto en manos de don Juan, y éste, con las finuras y tiquismiquis que usa, lo habrá echado a perder. Si yo fuera don Juan, saldría del paso, diciendo: «Niña, a casarse, y chitón.»

—A mí nadie me quita de la cabeza que Gloria tiene algún novio en Ficóbriga—dijo Rafael, pensativo.

—Lo que es eso... Yo sostengo que esta niña, a pesar de su viveza y de sus ojos que echan lumbre, es un hielo.

—Qué sé yo, qué sé yo...—indicó el joven campeón de Cristo, mirando fijamente al suelo y pronunciando con lentitud palabra tras palabra—; le digo a usted que esa niña me tiene ya hasta la corona.

Gloria no quiso oír más, y se retiró.

XXII

LA RESPUESTA DE GLORIA

Entró la niña en el despacho de don Juan al mismo tiempo que el señor obispo, el cual tenía gozoso semblante y se acariciaba una mano con la otra, señal de regocijo que se advierte en todos los que acaban de hacer una cosa buena.

—Querido hermano—dijo su ilustrísima—, me parece que no he tocado a la puerta de una casa vacía: alguien responde.

—¿De veras?—exclamó don Juan, metiendo en el sobre la última carta.

—Ha empezado por mostrarse muy agradecido a tus nuevas bondades. Acepta la hospitalidad que le concedes por quince días o un mes.

—¿Has hablado con él de religión? —preguntó Lantigua, pasando por su lengua la parte engomada del sobre.

—Sí; mas él, con habilidad suma, ha eludido entrar en las cosas hondas de doctrina. No habla más que de generalidades, de la Creación, de la bondad de Dios, del perdón de las injurias...; nada concreto.

—Teme descubrirse. Esa reserva no agrada, porque no me gusta ver a los herejes hacer alarde de su impiedad y provocarnos con argumentos comunes de los que usan los periódicos.

—No le he oído ni una sola vulgaridad. Mas nada puedo sacar en claro respecto a lo concreto de sus creencias—di-

jo su ilustrísima con lástima—. Lo que si puedo asegurarte con toda verdad es que...

Don Angel acercó su silla a la silla de su hermano.

—... que es un alma profundamente religiosa, llena de fe...

—Falta saber qué especie de fe...

—Tienes razón—dijo el obispo, rectificándose con presteza—. Llámalo predisposición a la fe, íntimo anuncio de la verdadera fe que ha de venir. Al estado de ese noble espíritu lo comparo yo a una lámpara perfectamente preparada, llena de aceite hasta los bordes y con su mecha en toda regla. No falta más que encenderla.

—¡Y es nada!

—Basta un fósforo, que es un soplo, una ráfaga, el momento convertido en luz. Lo que no conseguirás por todos los medios del mundo es darle lumbre a una lámpara vacía.

—Seguramente.

—Nuestro señor Morton—añadió don Angel—podrá estar a oscuras de la verdadera luz; pero bien se conoce que no es por falta de ojos. ¡Cuán distinto es de muchos jóvenes de por acá, que, diciéndose cristianos católicos y habiendo aprendido la verdadera doctrina, nos muestran en su frivolidad y corrupción moral, almas vacías, almas oscuras, almas sin fe, los *sepulcros blanqueados* de que nos habló el Señor!

Gloria se acercó a su padre.

—¡Buena se ha armado en la Asamblea de Francia!—exclamó, de súbito, el doctor Sedeño, que leía un diario—. Esto es la dispersión de gentes. ¡Oh! ¡Francia, Francia, bien merecido lo tienes! Oiga usía ilustrísima, y formará idea de cómo se acaba un país por abandonar las vías del catolicismo.

Don Angel miró a su secretario y al periódico que leía. Gloria puso la mano sobre el hombro de su padre.

—¿Qué quieres, hija mía?—le dijo éste cariñosamente, tomando aquella mano—. ¡Ah, picarona!; ya que estás aquí, no te marcharás sin llevar un buen sermón.

—¿Por qué?

—Porque no tienes formalidad. Hace días te hablé de un asunto; me prometiste contestar pronto, y ésta es la hora...

—Pues bien, papá—indicó Gloria, inclinándose—. Voy a contestar.

Don Juan dejó la pluma.

—Y contesto que no—dijo la señorita, sonriendo y reforzando su frase negativa con un vivo movimiento de cabeza.

—¿Rehusas?

—Rehuso..., pero de todo corazón.

—¿Lo has pensado bien?

—Lo he pensado bien, y no puedo, no puedo de ningún modo querer...

—¿Podrías darme alguna razón?—dijo don Juan, mostrando un sentimiento extraño que sólo podría llamarse severidad benévola.

—Una, no; mil—replicó Gloria con su natural propensión a la hipérbole.

—Con una me contento. ¿Has considerado bien las prendas de ese joven?

—Sí, y he visto que es un *sepulcro blanqueado*.

—Mira bien lo que dices.

—¡Ah!, usted mismo no tardará en reconocerlo. No es oro todo lo que reluce. Verdad es que para mí nunca ha brillado don Rafael sino como hojalata.

—¡Qué manera de juzgar!—observó don Juan—. ¿Acaso tú, una chiquilla, puedes juzgar...? Pero silencio, que viene aquí.

Don Silvestre y Rafael entraron, dirigiéndose ambos a besar el anillo al obispo y preguntarle por su salud. Por un instante no se habló más que del proyectado viaje.

—¡Oh!, aquí tenemos un documento importantísimo—dijo el doctor Sedeño, señalando otro periódico—. Es una carta de Ficóbriga en que se da cuenta de la portentosa y nunca vista hazaña de don Silvestre Romero, al sacar a salvo de en medio de las olas a los tripulantes del *Plantagenet*.

—¿A ver, a ver?—dijo el cura, lleno de emoción y con los ojos chispeantes de vanidad.

—Le ponen a usted en las nubes..., aquí; lea usted—indicó Sedeño, dando el periódico al tonsurado atleta.

Romero leyó en voz alta el articulejo en que se narraba con prolijos detalles el suceso del 23 de junio, y dijo al concluir:

—No está mal, no está mal.

—El señor cura—agregó su ilustrísima con bondad—se vanagloria demasiado de su acción benéfica y le da publicidad excesiva, presentándola de un modo dramático y teatral, con lo que aqué-

lla pierde un tantico de su gran mérito y espontaneidad evangélica.

Don Silvestre, algo turbado, se inclinó con respeto.

Si esto dijo el obispo al ver la complacencia con que Romero leía las alabanzas de su proeza, ¡cómo le reprendería si hubiera sabido que estaban hechas por él mismo!

—Los amigos—dijo éste, reponiéndose—se empeñan en que todo el mundo ha de saber mi hombrada—. Yo no he vuelto a acordarme de lo que hice.

—Y así debe ser, amigo mío—manifestó su ilustrísima, estrechándole la mano—. El recuerdo de la limosna incumbe al que la recibe. Oiga usted al señor Morton. ¡Qué bien caen en su boca los elogios de la valentía de usted!

—¿Y, al fin, el señor don Daniel se nos marcha?—preguntó Romero.

—No—repuso el obispo—. Con permiso de mi hermano, acabo de invitarle para que esté aquí quince días más o un mes.

Don Juan, que meditaba al lado de su hija, alzó la cabeza y dijo:

—¿No te parece que bastará con ocho días?

—Como quieras; pero ya le he dicho que quince días...

—Como quieras tú—indicó don Juan—. Lo que ahora nos importa más es comer. Gloria, esa comida, por amor de Dios. Mira que estos dos señores tienen que marcharse pronto.

—Ya pueden ustedes bajar—repuso ella con semblante animadísimo, derramando claridad y alegría por sus negros ojos—. Tío, señor doctor, señor cura, Rafael...

Al suave anuncio del comedor, Sedeño dejó en paz la prensa periódica.

—¿Baja hoy el señor Morton?

—Sí; hoy baja por primera vez—dijo su ilustrísima—. Aquí está.

Una sombra se interpuso en la puerta. Era Morton, todo vestido de negro, pálido, hermoso y demacrado, semejante a un mártir de los primeros siglos, que, resucitando, se pusiera levita.

—Bien, amigo, bien por ese valor—gritó el cura, saliendo al encuentro del extranjero.

El señor obispo salió apoyándose en su bastón. Ofrecióle Daniel el brazo, y bajaron ambos delante. Siguiéronlos los demás.

Gloria se quedó la última.

XXIII

DOS OPINIONES SOBRE EL PAÍS MÁS RELIGIOSO DEL MUNDO

Daniel Morton no salvó sino una parte muy pequeña de su equipaje, que era considerable; pero sí los fondos que traía en la caja de a bordo a cargo del capitán. Este fué a visitarle el día en que partieron todos los náufragos, y entrególe lo que de él había recibido, descontando una cantidad que Daniel destinó a auxiliar a la tripulación. Púsose luego éste en relaciones con el cónsul inglés de la capital de la provincia—situada a dieciséis kilómetros de Ficóbriga, por camino real—, y recibió dos grandes baúles con efectos. Al día siguiente de su primera salida de la casa, Morton tuvo la abnegación de confiar su persona a un descuadernado cajoncillo, que, usurpando aleve el nombre de coche, iba todos los días a la capital de la provincia, moliendo gente so pretexto de llevarla y traerla. Por la noche, Daniel volvió caballero en un gallardo potro negro.

—Fuí con intención de comprar un caballo, aunque sin esperanza de encontrarlo—dijo al llegar junto a la verja de la casa, donde se habían detenido los tres Lantiguas después de su paseo vespertino—; pero he podido conseguir este animal, que no es un prototipo de belleza, pero que anda.

—A mí me parece arrogantísimo y digno de Santiago, si fuera blanco—dijo don Angel.

—Pues no creí yo que allá encontrara usted tan buena pieza—indicó don Juan, examinando el corcel—. Es de lo poco bueno que se suele encontrar por estas tierras.

Gloria no dijo nada.

Morton, a poco de apearse, subió, diciendo:

—Ya tengo caballo. No me falta más que escudero.

Y aquella misma noche cerró trato con Roque, criado de la casa, para que un hijo de éste, nombrado Gasparuco, y que parecía bueno, le sirviese de criado.

—Por lo visto, se despierta en usted la afición a nuestro país—dijo el señor de Lantigua—. ¿Y le tendremos a usted mucho tiempo por aquí?

—Es posible que sí—repitió Morton.

En pocos días, el caballero hambur-

gués visitó y conoció prolijamente toda Ficóbriga, en especial la Abadía, curiosísima obra del undécimo siglo, que no por estar tan dejada de la mano de los hombres, toda destruída y afeada, carecía de encantos para el artista. También vió el castillo desmantelado, el torreón o cubo señorial que se alza más arriba de la huerta abacial, hogaño cementerio, y las casas infanzonas de la villa, algunas de las cuales llaman con justitcia la atención de los forasteros.

Los habitantes de ésta miraron con simpatía al extranjero, si bien le inundaron de comentarios. Varias personas, como don Juan Amarillo y dos de los indianos, hicieron amistades con él.

En casa de Lantigua había ganado Morton las simpatías de los dos hermanos, por su trato afabilísimo y la amenidad de su conversación. Demostraba un entendimiento privilegiado, sin pedantería, sensibilidad exquisita sin afectación, y acabado conocimiento de todas las reglas sociales.

No se le cocía el pan a don Angel hasta plantear de lleno la empresa que pensaba acometer, apretándole a ello su tesón de apóstol cristiano y el natural afecto que el extranjero le inspiraba. Un día enunció el tema resueltamente.

Por desgracia para nuestra fe sacratísima, las santas aspiraciones del prelado no tuvieron éxito. Pasaban horas discutiendo sin que Morton revelase deseos de abrazar el catolicismo, y para que la pena del reverendo pastor de almas fuese más honda, ni aun pudo conocer de un modo claro las creencias religiosas del extranjero, que hablaba siempre en términos generales y eludiendo su personalidad. Maravilló ciertamente a don Angel en estas disputas, estériles, por desgracia, para el aumento de la grey católica, el conocimiento que Daniel mostraba de todos los libros santos, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*. No ignoraba lo más selecto de los Santos Padres, y conocía perfectamente toda la polémica religiosa del presente siglo y de los tiempos más cercanos, con las disposiciones del Santo Padre, el último Concilio y los triunfos y persecuciones recientes de la Iglesia de Cristo.

Mas de tanta erudición, hija de formales estudios y afición a las cosas divinas, nada de provecho sacaba el buen pastor, lo que le causaba amarguísima pena. Ultimamente había pensado desistir de su empeño, considerando que Dios elegiría, sin duda, otros caminos y ocasión distinta para llevar la luz al espíritu de aquel hereje.

En cuanto a don Juan de Lantigua, si al principio asistió con interés vivo a los diálogos religiosos, pronto se apartó de ellos, por no permitirle perder ningún tiempo los trabajos que entre manos traía. Devorado por un ansia fervorosa, entregábase sin descanso a las lecturas y a la composición literaria, bebiendo en libros y derramando su pensar en cuartillas. Tan por entero absorbía su espíritu aquel afán, que no había fuerzas humanas que le arrancaran del despacho durante cuatro horas por la mañana y otras tantas por la noche. Su hermano le reprendía cariñosamente por esta tarea ardorosa y febril, que gastaba sus peregrinas facultades y le iba irritando el cerebro y enflaqueciendo las fuerzas físicas, en términos que don Juan se desmejoraba más cada día. Pero no hacía caso él de los sermones episcopales, y seguía, erre que erre, sobre los libros, sacándoles el redaño para escribir después. ¡Admirable aplicación que debía dar por resultado una de las más hermosas obras de la época presente!

Una mañana era tanta su fatiga, que don Juan, sintiendo su cabeza más pesada que el plomo, salió a ver si se le despejaba conversando con Morton. Cuando llegó al gabinete de éste, extrañó que no estuviese allí de visita don Angel, por ser costumbre trabar las polémicas en aquella hora.

—Vamos—dijo—, veo que mi buen hermano se ha visto obligado a levantar el sitio.

—El señor obispo—dijo Morton—es tan bueno y tan sabio, que, sin duda, ganará muchas plazas en el mundo. Las que él no tome, sin duda son inexpugnables.

Tomando pie de esto, don Juan le preguntó si había firmeza en sus creencias, cualesquiera que fuesen. No vaciló en contestarle Daniel que sus creencias no eran superficiales, rutinarias y endebles, como las de la mayor parte de los católicos españoles, sino profundas y fijas; a lo cual contestó don Juan que más le gustaba ver el tesón y la consecuencia en los sectarios de las falsas religiones, que la tibieza y despreocupación en los

que tenían la dicha de haber nacido en la verdadera. Añadió que, efectivamente, se había debilitado mucho la fe en nuestro católico suelo; pero que este mal, ocasionado por los excesos revolucionarios y la influencia de extranjeros envidiosos de la nación más religiosa del mundo, tendría fácil remedio en la propaganda, en las oraciones y en los trabajos de la Iglesia, si acertaba a encontrar un Gobierno piadoso que la ayudara.

Morton no estaba muy conforme con esta opinión. Sin embargo, deferente con su generoso amigo, dijo que confiaba en la regeneración religiosa de este país si abundaban en él pastores tan virtuosos y tan ilustrados como don Angel de Lantigua, y seglares como don Juan.

—Yo conozco regularmente el Mediodía y la capital de España—añadió—. Ignoro si el Norte será lo mismo; pero allá, querido señor mío, he visto el sentimiento religioso tan amortiguado, que los españoles inspiran lástima. No se ofenda usted si hablo con franqueza. En ningún país del mundo hay menos creencias, siendo de notar que en ninguno existen tantas pretensiones de poseerlas. No sólo los católicos belgas y franceses, sino los protestantes de todas las confesiones, los judíos y aun los mahometanos, practican su doctrina con más ardor que los españoles. Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece han de ser reguladoras de todo el sentir de la nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosidad de la mayoría de las personas ilustradas. Toda la clase media, con raras excepciones, es indiferente. Se practica el culto, pero más bien como un hábito rutinario, por respeto al público, a las familias y a la tradición, que por verdadera fe. Las mujeres se entregan a devociones exageradas; pero los hombres huyen de la Iglesia todo lo posible, y la gran mayoría de ellos deja de practicar los preceptos más elementales del dogma católico. No negaré que muchos acuden a la misa, siempre que sea corta, se entiende, y no falten muchachas bonitas que ver a la salida; pero eso es fácil, amigo mío. ¿No comprende usted que esto no basta para decir: Somos los hombres más religiosos de la Tierra?

—Efectivamente, no basta; no—dijo don Juan con voz triste, mirando al suelo.

—Usted conoce muchas, muchísimas personas ilustradas, buenos, leales, que no pueden menos de considerarse virtuosas; personas a quienes usted, que es tan buen católico, no negará su amistad; personas de quienes nadie se aparta con horror; personas amables...

—Ya, ya sé lo que usted quiere decirme—indicó don Juan melancólicamente.

—Pues bien: de esas personas..., y yo supongo que conocerá usted más de mil..., de esas personas, ¿cuántas cree usted que cumplen el precepto fundamental del catolicismo, la penitencia?

—¡Oh!, tiene usted razón, tiene usted razón—dijo Lantigua con verdadera angustia—. De cada cien, noventa y cinco no se han confesado en veinte años.

—Con la particularidad—añadió Morton—de que la Iglesia manda confesar *una vez al año a lo menos*. Los grandes e intachables católicos, los que se pueden llamar vasos de elección (me refiero a los varones, querido don Juan), gracias que cumplan esa *vez al año*, olvidando que la Iglesia aconseja *una vez al mes* y asegura que los que no lo hacen *viven una vida relajada y están en peligro de perderse*. Si tienen ustedes conciencia, no deben suponerse en peligro, sino completamente perdidos.

—El precepto, el precepto, señor Morton—dijo don Juan con sequedad—, no manda más que una vez al año.

—Hay otro síntoma—prosiguió Daniel—que he observado muchas veces. Cuando en una casa rezan el rosario, los hombres se echan fuera, sin que por esto se alarme la familia femenina. He oído a algunos niños inocentes hacer esta pregunta: «Dime, mamá: ¿por qué papá no reza?» Muchas veces no se sabe qué contestar; pero en ocasiones se les dice: «Papá reza en su cuarto.» Pero donde reza papá es en el casino o en el café. Las mujeres aquí, por lo general, creen que, siendo ellas rezonas, no importa que sus maridos sean blasfemos. Debo añadir, y no creo que usted se ofenda por esto, que España es el país, no diré más blasfemo del mundo, sino el país blasfemo y sacrílego por excelencia.

—En esto tiene usted razón—afirmó Lantigua con pesadumbre—. También reconozco la irreligiosidad; pero usted pa-

rece indicar que las causas de este grave mal están en otra parte que en la filosofía y en las libertades modernas.

—No puedo creer que estas dos cosas hayan arrebatado al pueblo español sus creencias. En otros países hay más, muchísima más filosofía que aquí; más, muchísimas más libertades, y, sin embargo, la fe religiosa no muere. ¡Hablan de revoluciones! Si en España no ha habido nada que merezca tal nombre, amigo mío. Si en España todos los trastornos políticos han sido tempestades en un vaso de agua. Por Dios, ¿qué idea hemos de formar del espíritu religioso de un país si es tal que lo echan por tierra esos quince o veinte movimientos políticos que se han sucedido desde mil ochocientos doce? Comprendo que los grandes edificios caigan en el sacudimiento de un terremoto; pero ¿cómo han de caer con la trepidación que producen las patadas de un regimiento de Caballería? Admitiendo, como no puede menos de admitirse, que ustedes no han tenido grandes cataclismos, es preciso deducir que los edificios caídos no debieron de ser muy sólidos. Fuéronlo, sí, en otros tiempos; pero, al entrar este siglo, todo estaba ya carcomido. España, como la mujer rencillosa de que habla el *Eclesiastés*, es ahora un tejado con muchas goteras.

—No admito eso de que no hayamos tenido revoluciones—dijo don Juan—. Las hemos tenido superificiales y profundas en el orden político; pero ¿y la irrupción de libros, y la transformación social, esas oleadas de soberbia, de amor al lujo, de concupiscencia, de materialismo que nos vienen de fuera?

—Veo que muchas cosas que en otras partes hacen poco daño, aquí envenenan. Sin duda, el organismo moral de España es tan endeble como el de aquellos seres enfermizos y nerviosos, que se emponzoñan sólo con el olor del veneno.

—¿Con el olor...?

—Sí; porque de los inmensos progresos industriales, del lujo, del colosal aumento de las riquezas, del refinamiento material, ustedes no tienen más que el olor. España, por lo que veo, no puede vivir sino metiéndose dentro del fanal de su catolicismo para que nada la toque ni contamine, para que ni átomos siquiera de lo exterior lleguen hasta ella.

—¿Y qué le recetaría usted?

—El aire libre—dijo Morton con energía—; el aire libre, el andar sin tregua entre toda clase de vientos, arriba y abajo, dejarse llevar y arrastrar por todas las fuerzas que la solicitan; romper su capa de mendigo o mortaja de difunto, y exponerse a la saludable intemperie del siglo. España se parece al enfermo de aprensión, todo lleno de emplastos, vendajes, parches, abrigos mil y precauciones necias. Fuera todo eso, y el cuerpo enfermo recobrará su vigor.

Habían llegado a un punto de la discusión en que don Juan, creyendo a su huésped totalmente descarriado, le tenía lástima.

—Hace usted un uso poco razonable de la fantasía—le dijo bondadosamente y en tono de maestro—. De esa manera nunca me probará usted que España es el país menos religioso del mundo. ¿Por ventura, amigo Morton, no ha visto usted en él algo que le pruebe lo contrario?

—No significan nada para mí—continuó Daniel—las manifestaciones teatrales de devoción, que son más bien políticas que religiosas. Yo me río de la piedad de un pueblo que, como Madrid, habla mucho de religión, y, sin embargo, jamás supo levantar un solo templo digno, no digo yo de Dios, pero ni aun de los hombres que entren en él. En Madrid, pueblo rico, vemos más teatros que en Londres, una plaza de toros que es un monumento, cafés soberbios, tiendas, paseos y distracciones donde se conciertan el lujo y las artes; pero no hay una sola iglesia que no sea pocilga.

—¡Por Dios, señor Morton!—dijo Lantigua—: eso es demasiado duro.

—Un poco duro—repuso el extranjero, riendo—; pero la idea es exacta. Y lo que pasa en Madrid pasa en toda España. El sentimiento católico, que en este siglo no ha levantado un solo edificio religioso de mediano valor, es tan tibio, que no se manifiesta en cosa alguna de gran valía y lucimiento. El país más piadoso ha venido a ser el más incrédulo. El país más religioso y que en otro tiempo asociaba su piedad a todas las grandezas de la vida, al heroísmo, a las artes, a la opulencia, a la guerra misma, han concluído por formar de la piedad cosa aparte, separada de lo demás. Un hombre devoto que se persigna al pasar por la iglesia, que cofiensa y comulga se-

manalmente, es, en la mayor parte de los círculos, un hombre ridículo.

—¡Por Dios, amigo Morton!...

—Señor de Lantigua, por Dios, dispénseme usted, pero es fuerza decirlo. Háblemе usted con su franqueza de hombre honrado y de católico sincero. Dígame usted si hay en España mujer alguna capaz de dar su corazón y su mano a un hombre que pase tres o cuatro horas todos los días dentro de la iglesia, que se rompa el pecho a golpes, que tenga su casa llena de agua bendita y que entone una oración al realizar los actos más insignificantes de la vida, cuales son salir a la calle, entrar en ella, estornudar, etcétera. Un devoto, tal como lo conciben las congregaciones piadosas del día, es un ente irrisorio, confiéselo usted. Hasta los mismos que defienden a pie firme la religión y se llaman soldados avanzados de las filas de Cristo, cuidan mucho, en sociedad, de disimular todo lo posible su ortodoxia, o, mejor dicho, de olvidarla, so pena de perder gran parte de las simpatías y de las amistades que, por sus prendas, su figura o sus virtudes, hayan logrado alcanzar.

—Algo hay de eso; pero no tanto, amigo mío.

—Quizá los de casa no vean esto tan claramente como los extraños—dijo Morton—. Quizá yo me equivoque; pero he manifestado mi opinión con lealtad. Creo a España el país más irreligioso de la Tierra. Y un país como éste, donde tantos estragos ha hecho la incredulidad; un país que tanto tiene que aprender, que tantos esfuerzos debe hacer para nutrirse, para llenar de sangre vigorosa sus venas, por donde corre un humor tibio y descolorido, no está en disposición, no, de convertir a nadie.

Breve rato estuvo don Juan de Lantigua sin dar contestación; pero, al fin, con cierta sequedad, muy propia de su carácter, habló así:

—No aseguro yo que mi país sea hoy el más piadoso del mundo. Por desgracia, no le falta a usted razón en parte de lo que ha dicho; pero creo que si siguiéramos discutiendo hallaríamos iguales o quizá peores señales de descomposión en otras tierras que usted me presentará como modelo. Hay aquí hombres perversos, hay hombres indiferentes en grandísimo número; pero tenemos intacto el tesoro de nuestra doctrina: conservamos la semilla, y un período de protección del Cielo puede hacerlo fructificar. En medio de la torpeza y frivolidad que por todas partes se ve, existe pura y entera la fe, no dañada ni podrida por los errores, y la fe ha de triunfar, la fe ha de dar resultados de virtud, si no hoy, mañana. Deploro los desórdenes de mi patria, pero no los creo irremediables, como la muerte, como la podredumbre que constituyen el fondo de otros países bajo engañosa cubierta de prosperidad, de orden, de brillo artístico, industrial, social. Cada raza tiene su organismo propio. No sé si Dios me dejará ver el día de la regeneración total del mundo; pero esta regeneración no la busque usted, no la busque usted fuera de los principios inmutables de la moral católica. De entre las ruinas no renacerá sino aquello que haya conservado el germen de esa moral, y ese germen, señor Morton, lo tenemos nosotros, nosotros, sí, aunque usted no lo vea. Quíteme usted las revoluciones, chicas o grandes, las ideas subversivas que vienen de fuera y que en otros países tienen aplicación transitoria; quíteme usted la propaganda de doctrinas contrarias a nuestra naturaleza social, y entonces podrá ver usted que esta nación resucitada y puesta en pie después de tantos años de aparente muerte, se hallará de nuevo en disposición de convertir a todas las gentes en uno y otro mundo; de convertirlas, sí, señor, porque la posesión de la verdad le da derecho a decirlo y a ejecutarlo resueltamente.

Iba Daniel a contestar, cuando se oyeron voces en el jardín de la casa, y, con las voces, lamentos y lloro de chiquillos.

—¿Qué es esto?—preguntó Lantigua desde la ventana—. ¡Gloria, Gloria!...

Morton se asomó también.

—No es nada—dijo Lantigua, retirándose—. Son los hijos de *Caifás*, que vienen pidiendo auxilio en nombre de su padre, un perdido, un borracho, a quien estoy cansado de socorrer.

Su ilustrísima, desde el jardín, llamaba a don Juan.

—Vamos—dijo éste—. Mi hermano se ha enternecido y quiere que yo tome bajo mi amparo a ese mal hombre. Es un miserable; pero la caridad cristiana, amigo Daniel, nos manda perdonar y compadecer.

XXIV

UNA OBRA DE CARIDAD

Ambos bajaron. En el jardín estaba don Angel, y, frente a él, un lastimoso terceto de muchachos llorones, los puños en los ojos, los sucios rostros llenos de babas y de tierra, que con las lágrimas se amasaba.

—Vamos a ver, ¿qué es eso?—preguntó don Juan, tirando suavemente de la oreja a la pequeñuela.

La aflicción no les dejaba contestar.

—Que el teniente cura ha despedido a *Caifás* por orden de don Silvestre—dijo su ilustrísima—. Pero, hijos míos si vuestro padre es malo, ¿cómo quieréis que esté en la iglesia?

—¡Buena pieza es el tal Mundideo! —exclamó Lantigua—. ¿Y qué más le pasa? ¿Que ha perdido toda la ropa por no haber podido pagar a la Cárcaba?

—Sí, se..., se..., se... ñor—gimió Sildo.

—¿Y que don Juan Amarillo le ha echado de la casa de Arriba y le va a llevar a la Justicia?

—Sí, se..., se... ñor.

—¿Y que os habéis quedado sin casa?

—Sí, se..., se... ñor.

—Estos pobres niños están desnudos —dijo don Angel—. Es preciso darles algo de ropa.

—De eso se encargará mi hija. ¿En dónde está Gloria?

—Ha salido al camino a hablar con *Caifás,* que no ha querido entrar porque le da vergüenza.

—Y con razón. No pienso hacer nada por él. Estoy cansado de favorecerle. Le daré para comer y ropa para estos niños; pero nada más.

Gloria apareció entonces por la puerta del jardín. Sus ojos encendidos anunciaban la aflicción de su alma.

—Papá—dijo, secando sus lágrimas—, ahí está *Caifás.* Dice que quiere hablarte y que te contará lo que le pasa si no te enfadas.

—¡Pobre hombre!—dijo Lantigua, mirando a Morton—. Mira, Gloria, prefiero que tú me cuentes lo que le pasa a ese tunante.

—Pues le han echado de la sacristía.

—Bien merecido.

—Y don Juan Amarillo le ha embargado lo único que le quedaba ya: las herramientas de carpintero.

—Ya se ve. No parece sino que don Juan Amarillo tiene el dinero para que *Caifás* lo gaste en beber.

—Y él y sus hijos han andado desde ayer pidiendo limosna por los caminos.

—Basta—dijo don Juan gravemente—. Aquí entra la caridad. Dales hoy de comer. Puedes decirle que mande a los chicos todos los días.

—Vendrán—dijo Gloria con alegría.

—No; lo que es él, no tiene que poner los pies en casa...

—Pero, papá...

—Es un vicioso. Que vengan los chicos.

—Y los vestirás por mi cuenta, Gloria —dijo su ilustrísima—. Algo podré darle también a *Caifás.*

—Pero él quisiera...

—¿Aún pide más?

—Para los desgraciados—indicó don Angel—se escribió aquello de *pedid y se os dará.*

—Darle dinero es fomentar sus vicios —afirmó Lantigua—. ¿No lo cree usted así, señor Morton?

—Seguramente.

—Vamos, vamos—murmuró don Juan, sonriendo con bondad—. Me figuro lo que queréis.

—Sí, papá. La casa de la Cortiguera será, aunque no tiene más que medio techo, un palacio para el pobre *Caifás.*

—¡Un verdadero palacio!—dijo su ilustrísima—. ¿Sabe usted dónde es, señor Morton? Allí detrás de aquella loma, por donde están los cinco viejísimos castaños que llaman en el país los Cinco Mandamientos.

Morton miraba, y don Angel hacía indicaciones con el palo.

—Bueno; pues que se meta en la casa.

—Bien, Juan, bien determinado. Vaya, niños, ahora os podéis marchar. La señorita Gloria os dará para cubrir esas carnes.

Gloria salió corriendo a dar la noticia al pobre Mundideo. Los chicos fueron detrás.

Cuando la señorita volvió, don Angel se había unido al doctor Sedeño, que le mostraba las cartas recién llegadas, y don Juan se acercó a los albañiles que habían venido para componer la capilla. En el jardín tan sólo estaba Morton. Gloria, al verse sola junto a él, se turbó ligeramente. Dudó si seguir o detenerse, y cuando el extranjero se dirigió a ella

en ademán de hablarle, tembló como tiembla el reflejo de la luz en el agua movible.

—Gloria—dijo Morton—, ¡qué felices son los pobres de Ficóbriga!

—¿Por qué?—preguntó la señorita.

—Porque usted se ocupa de ellos.

—¡Este pobre *Caifás* es un infeliz!... Tiene fama de vicioso y de malvado; pero es un alma de Dios. Yo no puedo menos de favorecerle. ¡El me quiere tanto...! Se dejaría matar por mí.

—Eso lo comprendo. ¡Morir por usted!... ¡Ah!, Gloria, yo haría lo mismo.

—¿Qué?...—dijo la señorita con turbación.

—¡Morir por usted! Es lo único posible después de haberla amado.

—¡Daniel, por Dios!

—¡Gloria!... ¿De qué manera lo diré para ser creído?

El expresivo rostro del extranjero revelaba una emoción grave y honda.

—Me voy—dijo la señorita de súbito.

Veía claramente la emoción que brillaba con luz singular en los azules ojos del hamburgués. Medía también la inmensidad de la suya, que le alzaba turbulento oleaje en el fondo del alma, y de ambos tuvo miedo.

—¿Se va usted?—dijo Daniel, dando un paso hacia ella.

—Sí.

—No sin oír una cosa.

—¿Una cosa?

—Que la adoro a usted.

Ya se lo había dicho Morton dos veces; pero no con las mismas palabras ni con la vehemencia de entonces.

XXV

OTRA

A los dos días de esta escena, y después de almorzar, Gloria estaba en su cuarto muy atareada. Había salido por la mañana a comprar algunas telas, y luego revolvía sus roperos buscando todo aquello con que pudiera vestir la desnudez de los hijos de *Caifás*. El señor obispo entró a la sazón, y le dijo, mostrándole un envoltorio de papel:

—Mira, sobrinita, esto es todo lo que poseo. Los tiempos revolucionarios nos tienen a los pobres obispos a la cuarta pregunta.

—¡Oh tío, qué bueno es usted!... ¿A ver?—dijo Gloria sacando las monedas del papelejo que las aprisionaba—. Esto es un caudal; con esto y con lo que yo tengo le desempeñaremos a *Caifás* los colchones, parte de la ropa y las herramientas para que trabaje y sea hombre de bien.

—Has pensado admirablemente. Yo siento no tener más. He rebañado, hija mía, he rebañado mi erario, sin poder reunir ni un ochavo más. ¿Pero no ves que estamos sin renta? Este invierno las pobres monjas de *** me han limpiado las arcas. ¡Infelices!, yo quisiera tener millones para dárselos.

—¡Bendito sea usted mil veces!—exclamó la joven con piadoso entusiasmo.

—Yo no opino, como tu padre—dijo su ilustrísima—, que debamos privar en absoluto de dinero a ese desgraciado Mundideo. El dinero es necesario para todo, y si, como tú dices y yo lo creo, no es un perverso, sino más bien un pobre de espíritu, justo es que le ayudemos a salir de su miserable estado. Convéncele de la necesidad de que sea económico, bien arreglado, precavido.

—Su infame mujer tiene la culpa de todo.

—¡Infame! No des tales epítetos a ningún nacido de madre, sin estar bien segura de que lo merece—dijo el reverendísimo en tono de afable amonestación.

—Es verdad, tío; pero ello es que la *Caifasa* no es buena. Todo el mundo dice que no es buena.

—¿Vas a mandar esos trapos y ese dinero al pobre desterrado de la Cortiguera?

—Se los llevaré yo misma.

—De buena gana te acompañaría. Una sola felicidad hay en el mundo, hija, y es la que proporcionamos a los demás.

—Venga usted.

—¡Oh!, no, tengo que hacer. Primero, rezar; luego, despachar el correo para la diócesis. Vete a la dulcísima faena de tus caridades, que yo me quedo aquí.

Un rato después, Gloria tomó su sombrilla y salió. Atravesando la plazoleta y una calleja rodeada de higueras y zarzas, pasó a un grande y hermoso prado que frente a la casa se extendía y al cual cruzaban dos o tres veredas. Iba con la vista fija en el suelo, despacio, deteniéndose a ratos, como si los pensamien-

tos que seguramente ocupaban su mente se le pusieran delante para no dejarla pasar. Otras veces alzaba la vista al cielo y miraba cruzar las bandadas de pájaros, volviendo los ojos conforme ellos torcían el raudo vuelo y siguiéndolos hasta que sólo eran puntos temblorosos que se borraban sobre la inmensidad azul.

Pasó por el sitio en que estaban los cinco castaños llamados Mandamientos, antiguos ejemplares llenos de cicatrices, ya mil veces podados, pero que devolvían las injurias del hacha con bendiciones, es a saber, con castañas. Luego atravesó una mies, donde los frescos plantones de maíz sostenían en sus primeros pasos a las tiernas alubias, viendo correr entre sus pies a las holgazanas y rastreras calabazas. En seguida tuvo que descender por una pendiente, desde la cual no se veía ya la casa de Lantigua ni ningún edificio de Ficóbriga, a excepción de la torre. Allí había tres vacas, que mientras pasó, se quedaron mirándola sin pestañear. Pasando después por un pequeño hueco abierto entre las zarzas, árgomas y helechos de una cerca, Gloria penetró en los dominios de *Caifás*. Al acercarse sintió la voz de éste, que cantaba. La señorita dijo para sí:

«Muy contento está Mundideo.»

Los tres chicos corrieron a su encuentro, gritando:

—¡La señorita Gloria, la señorita Gloria!

Caifás salió a la puerta de su casa, que más bien era choza, y al ver confirmado lo que sus pequeños decían, soltó el martillo de la mano, y de la fiera boca, como espuerta, una carcajada de alegría.

—Señorita Gloria, Divina Pastora, ángel del cielo, bien venida sea usted a mi casa..., ¡bien venida!

—Alegre estás.

Mundideo, no creyendo que las risas expresaban bien su gozo, dió un brinco en el aire.

—Esas risotadas y esas cabriolas—dijo Gloria, sentándose en una piedra que junto a la casa había—no sientan bien en la persona de un desgraciado que acaba de sufrir tan terribles golpes.

—¡Si yo no soy desgraciado, si no he recibido golpes, si llueven sobre mí felicidades!

—Vamos, tú has perdido el juicio—dijo la señorita, mostrándole el lío de ropa que traía—. Si me prometes ser hombre de bien, ser arreglado y económico, te auxiliaré con un poco de...

Gloria mostró el papel que contenía el dinero.

—¡Dinero!—exclamó *Caifás*—. Si no necesito nada, si soy rico...

—¡Rico tú!—exclamó la de Lantigua con enojo—. No te burles de mí.

—¿Burlarme yo de mi ángel divino? Es verdad lo que digo, señorita—manifestó *Caifás*, tomando aire de persona formal—. ¿Usted creerá que mi ropa y mis colchones están en casa de la Cárcaba? Patraña; ya están aquí. ¿Usted creerá que mis herramientas están embargadas? Patraña; aquí las tengo todas. ¿Usted creerá que yo debo algún dinero a don Juan Amarillo? Patraña; aquí tengo los recibos que me devolvió.

—¿Le has pagado?—preguntó Gloria.

—Cuatrocientos treinta y dos pesos. A esto ascendía mi deuda, que empezó por mil reales, y con los pícaros intereses ha ido subiendo, subiendo, como el humo del incienso, que no para hasta el techo y llena toda la iglesia.

—Tú deliras.

—Creí delirar ayer cuando...

—¿Te has desempeñado, has arreglado tus asuntos?...—dijo Gloria llena de confusión—. Explícate ese milagro.

—¡Esa es la palabra, señorita de mi alma!—exclamó José con acento de predicador entusiasmado—. Milagro. Yo creía en los milagros; pero tenía cierta comenzoncilla por ver alguno, y decía: «¿Por qué ahora no hay milagros?» Pues bien, señorita de mi alma, ayer he visto un milagro.

—Vamos, te has encontrado un tesoro —dijo Gloria riendo.

—No es eso. El tesoro ha venido en busca mía. Dios...

—¡Dios! No llames Dios a la lotería. ¿Te ha tocado el premio gordo?

—Nunca jugué.

—Entonces...

—¡Dios!...—repitió Mundideo.

—¡Dios!... Dios no da dinero así, a lo *bóbilis, bóbilis*.

—Eso mismo creía yo. No me negará usted que a todos da Dios el pan de cada día.

—No lo niego.

—Pues a mí me ha dado de un golpe el pan de un año, el pan de toda mi vida. Yo me puse de rodillas en esa tierra y exclamé: «Señor, tú dijiste: *Pedid y se*

os dará. Pues bien, Señor: ¿cómo es que yo te pido y te vuelvo a pedir y nunca me das nada?» No habían pasado diez minutos desde que lo dije, cuando..., ¡milagro, milagro!...

—Me estás engañando. Enséñame tus pagarés devueltos por don Juan Amarillo.

José penetró corriendo en la casa. Sildo y Paquito se habían alejado. Gloria se quedó sola con Celinina, cuyo nombre era abreviatura y diminutivo de Marcelina.

—¿Quién ha estado ayer aquí?

—Un *babero*—repuso la niña.

Gloria, conocedora ya del idioma especial de Celinina, sabía que un *babero* quería decir un caballero.

—¿Y cómo era ese *babero?*

—*Ito.*

Gloria tradujo *bonito.*

—¿Y cómo venía?

—*Balo.*

—A caballo, ¿no es eso? ¿Y de dónde venía?

Celinina elevó su manecita, y con expresión religiosa y pronunciación muy clara dijo:

—Del cielo.

Mundideo presentó los pagarés a Gloria.

—En resumidas cuentas, José, tú has tenido un protector, una buena alma que te ha socorrido.

—Hay algo más, señorita; es un milagro.

—Ya no hay milagros; ha sido una persona, una persona—repuso Gloria—. Ahora has de decirme qué persona es esa que te ha hecho tan gran caridad.

El sacristán miró fijamente a Gloria y su semblante expresaba contrariedad y pesadumbre.

—Pero ¿estás lelo? Habla.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque me lo han prohibido. Sentiré que usted se enfade; pero... yo no puedo decir lo que usted quiere que le diga.

Gloria meditó breve rato.

—Ya comprendo, Jesucristo ha dicho: «Tu mano izquierda...»

—«No debe ver lo que hace tu derecha.» No son todos como el señor cura, que cuando da dos duros a los pobres, o les reparte el pescado podrido, o saca del mar a un mal nadador, manda un relato retumbante de ello a todos los papeles de Madrid.

—¿Quién, quién ha sido?—preguntó Gloria con verdadera ansiedad.

Oprimió el lío de ropa contra su pecho, cual si sintiese insaciable y vivísimo anhelo de abrazar a alguien.

—No lo puedo decir—repitió Mundideo bajando los ojos.

—Y si yo dijese quién es y acertase, ¿me dirías que sí?

—Entonces...

—Pues ha sido el señor Morton.

—¡Ah señorita Gloria! ¿Por qué lo ha adivinado usted?... El extranjero, el del vapor... Yo no sé su nombre; pero es el que se parece a Nuestro Divino Redentor.

—Ningún hombre se parece a Nuestro Divino Redentor—objetó la de Lantigua—. No blasfemes.

—Se le parece en la cara. En las acciones le obedece, ¿no es verdad?... ¡Ay!, señorita de mi alma, yo he cometido una falta. Me hizo jurar que a nadie lo revelaría..., pero usted no es nadie, señorita Gloria, quiero decir que usted no está comprendida en eso de... *nadie*, porque usted es la Divina Pastora, un ángel del cielo.

—Yo no revelaré el secreto—dijo la de Lantigua dominando su emoción, la cual era tan grande, que apenas la dejaba respirar—. Pero dime cómo vino, cuándo, qué habló contigo.

—Hablamos poco. El estaba ya enterado de mi situación. Preguntóme cuánto debía... ¡Ay!, yo había cantado muchas veces en el coro: «Alzad, ¡oh príncipes!, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el rey de gloria...»; mas *Caifás*, el feo; *Caifás*, el malo, no había visto que se abrieran las puertas ni que entrara para él ningún rey de gloria... Pero ayer vi eso: vi, como se suele decir, abierto de par en par el cielo cuando ese hombre me dijo: «Toma», y me dió de un golpe todo lo que necesitaba.

—Es muy rico—dijo Gloria.

—Más rico debe de ser don Juan Amarillo, y, sin embargo... Cuando mi favorecedor, mi enviado de Dios, alargó su mano y me puso el dinero aquí y cerró el puño con sus propios dedos, yo le miraba creyendo soñar. Me volví tonto; ni siquiera supe darle las gracias. Después me eché de rodillas, y, llorando, le besé los pies. El me levantó, y, abrazándo-

me..., ¡porque me abrazó, señorita!..., abrazándome, díjome que su acción no tenía nada de particular.

—¿Y no te reprendió tus faltas, no te dijo que fueses bueno?

—Me dijo: «Tú no eres perverso, sino desgraciado. Sé siempre hombre de bien», y nada más. Yo estaba aturdido. Creí que Dios había entrado en mi casa, y cuando el caballero del vapor partía en su caballo, me volví a poner de rodillas.

—¿Y no te dijo nada más? ¿No te habló...?

Gloria se detuvo, como si no acertara con la palabra más adecuada para expresar su idea.

—¿De qué?

—¿No te habló de ninguna otra persona?... Porque podía suceder... Recuerda bien: ¿no te dijo nada de...?

—¿De qué?

—No te dijo nada de..., de mí?

Esforzábase la señorita en afectar completa naturalidad.

—Tengo todas sus palabras tan presentes como si las estuviera oyendo a todas horas, y nada, nada me dijo de usted.

Gloria se levantó.

—Aunque no lo necesitas—dijo—, yo traje esto para ti, y aquí te lo dejo.

—Aunque no lo necesito, lo tomo por ser de esas divinas manos, y con la condición de darlo a otros pobres más pobres que yo... ¡Ah, qué feliz soy, señorita mía! Si fuera malo, me volvería bueno ahora. Trabajo sin cesar, y el señor don Juan no se arrepentirá de haberme dado esta choza, porque se la estoy componiendo.

Gloria no miró las grandes obras de carpintería que traía entre manos Mundideo.

—Adiós—dijo—. Abrázame.

—¡Señorita Gloria, por Dios!—exclamó Mundideo retrocediendo.

—¿No te abrazó el del vapor?

Y antes que *Caifás* pudiese impedirlo, Gloria le estrechó entre sus brazos.

—Ahora tienes que ser hombre de bien —gritó, alejándose a buen paso de la choza.

Andando hacia su casa, no vió las vacas que al pasar la miraban, ni el verde maizal, ni los cinco castaños mutilados y generosos que se cargaban de fruto en su vejez, como los patriarcas bíblicos, padres de tantos hijos; ni vió la torre de Ficóbriga, ni los pájaros que volvían del horizonte en vagabundo grupo. No vió nada más que un sol poderoso que había salido ha tiempo en su alma y que, subiendo por la inmensa bóveda de ésta, había llegado ya al cenit y la inundaba de esplendorosa luz.

XXVI

EL ÁNGEL REBELDE

Por las noches, después de la cena que *recrea y enamora,* se rezaba el Rosario en el comedor, con la puerta del jardín abierta, si el tiempo era bueno. Durante este acto piadoso, Morton salía fuera; pero permanecía sentado en el jardín, con la cabeza descubierta.

Tras la cena venía un poco de grata tertulia, y luego cada cual iba a su cuarto. Gloria subía la última. Poco después, todo era silencio: envuelta en sombras de sosiego, la casa dormía, tranquila y callada como el justo.

Pero en la habitación de la esquina velaba el pensamiento y seguían abiertos, fijos en la oscuridad, los ojos de Gloria. El ruido de una cercana fuente, el canto de los sapos y, a veces, el silbo amoroso del viento, formaban en torno al cerebro de la joven despierta un ritmo extraño que favorecía la actividad de su imaginación. De su brazo derecho hacía una aureola, dentro de la cual metía la cabeza, escondiendo el rostro como lo esconde el pájaro bajo el ala; y sola allí, sin más testigo que Dios, abría de par en par las puertas de su corazón para que a borbotones saliese la llama que en él ardía; soltaba los diques al pensamiento para que sin detenerse corriese fuera. Así pasaba largas horas de la noche, primero inmóvil, inquieta después a causa del febril insomnio, hasta que la vencía el sueño, ya cercano el amanecer, y sobre el lecho tranquilo flotaba su respiración.

Una de aquellas noches, cuando mató la luz y se escondió entre sus alas, hablaba de este modo:

Hoy me dijo: «Yo he nacido con mala estrella, Gloria, y preveo desgracias. El corazón me anuncia que no llegaremos al complemento de nuestro destino. ¿Tienes tú confianza?...» Yo le respondí: «Confío en Dios...» Y él me dijo tristemente: «Muchas veces se le llama y no responde, y otras muchas permite que

los conflictos del corazón sean resueltos por las maldades de los hombres...» ¿Qué quiso decir? ¡Dios mío, yo dudo; soy feliz y estoy llena de zozobras; espero y temo! No ceso de pensar en las florecillas de los prados, tan bonitas y tan felices, pero que, según me parece a mí, han de estar siempre medrosas y temblando, no sea que las pise la planta del buey que ven acercarse... Yo tiemblo, yo veo llegar el pesado pie del buey... Hoy, cuando salió a pasear a caballo, ¡tardaba tanto...!; yo creí que no volvería más, y una nube negra se asentó sobre mi corazón, oprimiéndolo. Cuando le vi aparecer, cuando sentí las herraduras del animal sobre las piedras del patio viejo, me parece que todo se iluminaba. Yo no sé lo que es esto. ¡Qué cosa tan extraña! Recuerdo que cuando he tenido días de estar muy triste, por ejemplo, cuando murieron mis hermanitos, todo se revestía de mi pena. Los árboles, y las casas, y el cielo, Francisca, mi padre, mi cuarto, mi vestido, el jardín, la escalera, las magnolias, el camino, los palos del telégrafo, el reloj de la Abadía, las nubes, los barcos, Germán, *Caifás,* el cura, mi dedal, la estera, los prados, las teclas del piano, todo, todo estaba vestido de mi tristeza. Ahora todo está vestido de él. Hace diez días me dijo lo que ya presagiaba mi corazón... Hace seis que me exigió una respuesta. Bien claro debía conocer, al dirigirme la palabra, que el alma se me estaba saliendo por los ojos. Muchos días hemos estado diciendo discreteos que en mí eran verdaderas simplezas. Al fin, no hemos podido disimular más, y las palabras, lo mismo que entra la luz por una puerta cuando la abren, se me han arrojado fuera de la boca, y le he dicho que le quiero con toda mi vida. No me avergüenzo de ello, y mi conciencia sigue tranquila. Dios está conmigo, lo siento, lo conozco. Veo la mano inmensa que traza en mi interior la cruz, bendiciéndome. «Gloria—me ha dicho—, maldito sea yo, malditos mi padre y mi madre, si no te adoro. Mi corazón te adivinaba hace tiempo.» Cuando te vi no me pareció verte, sino hallarte. ¡Ay!, mi corazón le aguardaba también como al hermano que ha ido para volver. Ni una sola palabra ha salido de sus labios que no sea de mi agrado. Ni un solo movimiento he visto en él que no me enamore más. Su persona es perfecta; su corazón, lleno de bondades que nunca se agotan; su entendimiento, como el Sol, que todo lo alumbra; su genio, suave y dulce, que jamás ofende; sus palabras, delicadas. Me adora y le adoro... Pues bien: yo pregunto al cielo y a la tierra, a los hombres y a Dios: «¿Por qué este hombre no ha de ser mi marido? ¿Por qué no ha de estar unido a mí, siendo los dos uno solo en la vida usual, como somos uno en la del espíritu y lo seremos siempre, sin que nada ni nadie lo pueda impedir?... A ver: ¿por qué? Respóndanme: ¿por qué?»

Como nadie le respondía, Gloria se daba a sí misma la contestación, diciendo, cual si no estuviera sola: «Mi esposo serás.»

Pero otra noche se expresaba en tono distinto, diciendo:

«Aquello que sólo existe para el bien, aquello que viene de Dios, aquello que es la necesidad primera y la luz del alma, la religión, es hoy para mí fuente de amargura. Entre los dos cae el filo de una espada terrible. Nadie puede resolver esto, nadie puede hacer polvo esta muralla que se nos pone en medio y en la cual se hieren desgarrados nuestros brazos cuando queremos juntarnos para siempre. Conozco a mi padre. Es una roca. Malditos sean Martín Lutero, la Reforma, Felipe II, Guillermo de Orange, el elector de no sé dónde, la paz de Westfalia, la revolución de no sé cuántos, el *Syllabus,* todo eso de que ha hablado papá esta noche... He aquí que ataja nuestros pasos y corta el hilo de vida que nos une, no Dios, autor de los corazones, de la virtud y el amor, sino los hombres, que con sus disputas, sus rencores, sus envidias, sus vanidades, han dividido las creencias, destruyendo la obra de Jesús, que a todos quiso reunirlos. No sé cómo hay alma honrada que lea un libro de Historia, laguna de pestilencia, llena de fango, sangre, lágrimas. Quisiera que todo se olvidase, que todos esos libros de caballerías fuesen arrojados al fuego, para que lo pasado no gobernara lo presente, y murieran para siempre diferencias de forma y de palabras. Yo pregunto: ¿No es él bueno, no practica la ley de Dios? ¿Le querría yo si así no fuera? ¿No tiene un alma privilegiada? ¿Qué le diferencia de mí? Nada: un nombre vano, una palabrota in-

ventada por los malvados para cubrir sus rencores. ¡Ay! Los que se aman son de una misma religión. Los que se aman no pueden tener religión distinta, y si la tienen, su amor los bautiza en un mismo Jordán. Quédense las sectas distintas para los que se aborrecen. Mirándolo bien, veo dos religiones: la de los buenos y la de los malos. ¡Concebir yo que Daniel no está con Jesús, yo, que Daniel no es de la religión de los buenos..., eso no puede ser! Pero, si digo esto mañana a la luz del día, se reirán de mí. ¡Oh Dios poderoso, yo lo veo tan claro como la luz, como tu existencia, como la mía, y no puedo decirlo sin pasar por tonta a los ojos de tanto sabio!»

Y cuando esto pensaba, aquella voz secreta de su alma, que otras veces le daba consejos de orgullo, decíale ahora: «Levántate, no temas. Tu entendimiento es grande y poderoso. Abandona esa sumisión embrutecedora, abandona la pusilanimidad que te ha oprimido, y haz cara a las preocupaciones, a los errores, a las ideas falsas dondequiera que se hallen. Tú puedes mucho. Eres grande: no te empeñes en ser chica. Tú puedes volar hasta los astros; no te arrastres por la tierra.»

Gloria, oyendo esto, decía:

«Sí, sí. Yo sé más que mi padre, yo sé más que mi tío. Les oigo hablar, hablar mucho con el sabio lenguaje de los libros, y en mis adentros digo: «Con una frase sola echaría abajo toda esa balumba de palabras.» Ellos son buenos, están llenos de rectitud; pero no sienten el amor, que es el que ata y desata. Se fijan en la superficie; pero no ven el fondo. Yo, iluminada, lo veo y lo toco. No puedo equivocarme, porque una luz divina me acompaña, porque amo, porque las sombras que a ellos les oscurecen la vista caen delante de mí. ¡Ay, si me atreviera!... Yo he sido hipócrita; yo me dejé cortar las alas, y cuando me han vuelto a crecer he hecho como si no las tuviera... He afectado someter mi pensamiento al pensamiento ajeno y reducir mi alma, encerrándola dentro de una esfera mezquina. Pero no. ¡El cielo no es del tamaño del vidrio con que se mira! Es muy grande. Yo saldré fuera de este capullo en que estoy metida, porque ha sonado la hora de que salga, y Dios me dice: «Sal, porque yo te hice para tener luz propia, como el Sol, no para reflejar la ajena, como un charco de agua.»

Gloria vertía lágrimas ardientes; su cerebro relampagueaba, y en sus sienes vibraban las arterias como los bordones de un arpa heridos por vigoroso dedo. Todo en ella gritaba: «¡Rebélate, rebélate!... ¡Ay de ti si no te rebelas!»

Y no pudiendo permanecer en molesta quietud, arrojóse del lecho para ir tentando en el vacío y adivinar con su febril mano los objetos, envueltos en profunda oscuridad.

—¿Dónde estás, Señor y Dios mío? —dijo.

Al fin puso la mano sobre el Cristo de marfil que presidía en su cuarto.

—Señor—murmuró—, ¿es posible que consientas eso? ¿Para esto valía le pena de que expirases en esta afrentosa cruz? ¿Se ha cumplido tu ley?

Después inclinó la cabeza sobre el pecho, exhalando un gemido, y puesta la mano ante los ojos, lloró al sentir la amargura del cáliz. No tenía más que dos caminos: resignarse o rebelarse.

Las primeras luces de la mañana, entrando por las rendijas que en las maderas de la ventana había, resbalaron sobre el hermoso cuerpo, medio vestido, de la enamorada doncella. A un mismo tiempo afectáronla el frío y el pudor y se acostó temblando. Durmióse al fin.

XXVII

SE VA

Una mañana don Juan de Lantigua dijo a su hermano:

—Veintiséis días hace que el extranjero está en nuestra casa. Ya oíste lo que dijo anoche.

—Sí; aunque nos tiene buena amistad, su delicadeza le ha impulsado a pedirnos la venia para marcharse. Bien se le conoce que no tiene ganas; pero no quiere abusar de nuestra hospitalidad.

—Aunque le dije anoche que se quedara algunos días más, no pienso instarle mucho. Conviene que se marche. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—¿Y qué tal?—dijo don Juan con cierta ironía—. ¿Estás satisfecho de tu conquista? Estos protestantes, querido hermano, mientras más discretos son, más

apegados viven a su herejía. Hay que dejarlos.

—No creo lo mismo—objetó su ilustrísima—. Debe intentarse atraer al rebaño la oveja extraviada, llamarla, correr tras ella. Si, a pesar de eso, no quiere venir...

—Ya ves cómo tus esfuerzos no han tenido éxito.

—¿Qué sabes tú? Yo no pierdo la esperanza. He hablado. El me ha oído. Derramé la palabra divina. ¿Puedes tú asegurar que no fructifique algún día?

Don Juan movió la cabeza indicando duda.

—Por de pronto—dijo—, bueno es que se marche. No es nada conveniente que ese hombre esté más tiempo en mi casa. Nos privamos de una excelente compañía; pero es preciso que salga de aquí. No carece de atractivos superficiales. Hay en todo él cierto brillo que fascina y encanta. Tengo una hija bastante impresionable...

—Pero ¿qué? ¿Temes que Gloria...?

—No, no temo nada... ¿Cómo puedo imaginar que mi hija...? Hay aquí un abismo insuperable, la religión, y ante ese obstáculo creo que, no ya el buen juicio, sino la fantasía misma y la sensibilidad de una joven educada en el catolicismo, deben detenerse. No puede ser de otro modo... Pero, con todo, aunque es grande mi confianza en ella, bueno es alejar hasta la más remota probabilidad.

—Me parece que has hablado cuerdamente—dijo don Angel—. Por mi parte, nunca sospeché que pudiera suceder lo que tú temes. No concibo que, existiendo el obstáculo religioso, pudiera nacer el amor en una mujer de verdadera piedad.

—Querido Angel, no debe olvidarse que el amor es puramente humano.

—Y la religión, divina, sí; pero...

Don Angel se confundía.

—Nada que sea humano es imposible —afirmó don Juan—. Por consiguiente, alejemos las ocasiones.

—Dices bien; nada se pierde en ello.

Después de este breve coloquio, don Juan se dió la encerrona de costumbre, calentándose la cabeza con lecturas y continuo escribir. Por la tarde dijo a su niña:

—Ya sabes que se va el señor Morton. Acaba de entregarme una cantidad considerable para los pobres de Ficóbriga. Entre tú, Angel y yo la repartiremos.

Gloria no respondió nada ; mas, a pesar de sus esfuerzos para aparecer serena, don Juan creyó ver alguna nube en aquel puro cielo del espíritu de su hija.

—¿Qué tienes?—le preguntó, sorprendido y receloso.

—Nada—respondió—. Pensaba que no habrá pobres para tanto dinero.

—¡Oh! Sí habrá. Ve buscando. También ha dado para las pobres monjas de ***. Ya se ve. El dinero es para este hombre como para nosotros la arena de la playa.

—Pero no es él como el rico avariento.

—Eso no lo sabemos.

—¿Cree usted que no se salvará?

—Pregúntaselo a tu tío—dijo don Juan riendo, a punto que don Angel entraba en el despacho—. Oye, Angel, el problema que plantea esta chiquilla. Me pregunta si Morton podrá salvarse. ¿Cuál es su religión? Se me figura que no tiene ninguna.

—¡Salvarse, salvarse!...—indicó el obispo frunciendo el ceño—. Ni siquiera sabemos a punto fijo cuáles son sus creencias. ¡Salvarse! ¿Piensas que esa cuestión puede resolverse con una palabra? Según y conforme se encuentre su alma. ¡Quién sabe las vicisitudes de ésta en el momento de la muerte!... Pero aquí sale el señor Morton, dispuesto a dejarnos.

Morton se inclinó respetuosamente para besar el anillo a su ilustrísima. Después dió la mano a don Juan y a Gloria. Estaba ligeramente conmovido, lo que a los dos hermanos no causó extrañeza, pues ellos no veían con indiferencia la partida del náufrago. El caballo le aguardaba en la plazoleta. Dos horas antes había mandado todo su equipaje con Gasparuco.

—¿Vendrá usted por estos barrios alguna vez?...—le dijo Lantigua, apretándole de nuevo la mano.

—Sí, señor. No pienso partir para Inglaterra hasta el mes que viene.

—¡Tendremos mucho gusto en verle! —dijo don Angel con dulzura—. ¡Cuánto siento no ver en usted más que un amigo!

—Yo veo en usted algo más—repuso Morton con cariño—; veo un buen consejero, un admirable pastor de almas y una hermosa imagen de Dios.

—Mal pastor he sido con usted—manifestó el obispo con sentimiento—. Al ver que tan valiosa rosa se me escapa, debería romper mi cayado y decir: «Señor, mi inteligencia es limitada y no sirve para acrecentar tus dominios.»

—El límite de los dominios de El, ¿quién lo sabe?

—Es verdad, mucha verdad. Por eso yo espero..., yo espero siempre..., ¿por qué no decirlo claramente?—repuso don Angel con enfado de sí mismo—, yo espero que algún día será usted católico.

—Dios quiera que sea siempre bueno —replicó Daniel, bajando los ojos.

Despidióse otra vez, no olvidando al doctor Sedeño, y partió a caballo.

XXVIII

VUELVE

Al oeste de Ficóbriga hay un pinar solitario y abandonado, vecino a la mar, y tan expuesto a todos los vientos, que siempre, por leves que éstos sean, suenan con murmurante música las ramas. Espesísimo es el centro, se clarea en sus extremos, formando anchas calles, y algunos pinos se separan del grupo, corriendo hacia el arenal o hacia la montaña, cual si hubieran reñido con sus compañeros. Corre por medio una cerca de rústica arquitectura, donde piedras y hierbas se confunden, formando, al parecer, una sola familia. Al pie de los pinos crecen mil encantadoras florecillas azules de rara especie, que no son conocidas en los jardines, y parece que brillan entre los helechos como pedacitos de cielo que las tempestades arrancan de la gran bóveda del mundo, esparciéndolos por la tierra. La Naturaleza está allí sola, atenta a sí misma, regocijándose en su paz nemorosa, y los caminantes creen oír una vibración de aquella música callada de que habló el poeta y que en tal sitio les dice: «No me turbéis.»

Una tarde de julio la alfombra de helechos fué hollada por un caballo, y Daniel Morton, que lo montaba, echó pie a tierra junto a la cerca. No tenía que esperar, porque a dos pasos de allí, fiel y puntual como las horas, estaba la señorita de Lantigua. Toda la hermosura de la tarde, templada y serena, se había concentrado en su persona, según la veían los ojos del cariño amante, y ella era el cielo azul, la mar profunda y llena de armonías patéticas, el suelo fresco y salpicado de sonrisas, la dulce umbría del bosque en su balsámico ambiente, la luz que a trechos entraba por los claros, semejantes a las ventanas de una catedral.

Gloria miró a todos lados.

—No hay nadie—murmuró Morton.

—Siempre me parece que alguien nos ve—dijo ella—, Anteayer, cuando volvía, encontré a Teresita la *Monja,* la mujer de don Juan Amarillo.

El insecto que aleteaba sobre las flores, la araña que se descolgaba por una cuerda casi ideal, una vela en el horizonte, un escollo que con el movimiento del agua se tapaba y se descubría como el que acecha, asomando a intervalos la cabeza..., éstos eran los únicos testigos.

—No hay nadie—repitió Morton.

—Pero algún día habrá alguien—dijo la señorita de Lantigua con tristeza—, y seremos expulsados de aquí como lo fuimos de mi casa, y no habrá playa ni bosque que nos ampare. En las siete veces que hemos venido aquí hemos tenido suerte; pero ¿sucederá otra vez lo mismo? Todo está lleno de ojos suspicaces que miran, Daniel.

—¿Por qué, siendo buenos los dos, vivimos como criminales? No hemos faltado a ninguna ley de Dios, y, sin embargo, huimos como el incendiario que ha pegado fuego al techo del rico. ¿Por qué esto?

—Eso pregunto yo. ¿Por qué, Dios mío, es posible que Tú hagas esto?

—El no lo hace—dijo Daniel con melancolía—. Estamos tocando la obra de estas sociedades perfeccionadas, que, juzgándose dueñas de la verdad absoluta, conservan las leyes de casta como en tiempo de los filisteos.

—Yo he pensado anoche que lo hecho por los hombres, los hombres pueden deshacerlo—repuso Gloria, regocijándose en contemplar el semblante de Morton, cuya hermosa mirada parecía descender de lo alto de la cruz—. No es tan difícil. Estudiemos un medio... ¡Pero es particular que siempre, por más que nos propongamos lo contrario, hemos de hablar de cosas tristes!

—¿No ves que hablamos de religión?

Y la religión es hermosa cuando une, horrible y cruel cuando separa.

Morton acercó su rostro, fijando la vista en los ojos de la señorita de Lantigua.

—¿Qué miras?—preguntó ésta, retrocediendo un poco.

—En tus pupilas negras—dijo Daniel riendo—estoy viendo el mar y el cielo. Es admirable lo bien que se reproduce en esa pequeña convexidad todo el paisaje. Cuando pestañeas se borra, y luego vuelve a aparecer.

—No atiendas a tonterías y piensa en lo que te he dicho...—replicó Gloria—. Mira: tienes una cosa en la barba...

—¿Qué?... ¿Aquí?...—exclamó Morton, echando mano a la barba.

—No, más hacia la boca. Es un gusanito muy chico que ha caído de las ramas de un pino.

—¿Aquí?

—No tanto... Más hacia la boca. Aquí.

Diciéndolo, arrancó Gloria con los dedos, de la barba de su amado, el extraño objeto, y lo tiró lo más lejos que pudo. Como se caza una mariposa al vuelo, Daniel le cazó la mano y se la besó con afán, diciendo:

—Gloria, ¿de qué quieres que hablemos? Si nada podemos decir que no sea triste como los pensamientos del condenado a muerte...

—Nosotros también somos condenados a muerte—dijo la señorita, retirando su mano—. Y lo que es peor, condenados inocentes...

—Como del presidio los presidiarios —dijo el hamburgués—, nosotros sacamos de nuestra cuna una marca en la frente. Nadie en el mundo nos la puede quitar.

—¿Nadie? No tanto—observó Gloria—. Pidamos fuerza a Dios, y él nos abrirá camino.

—Pero se necesita valor, un valor muy grande, vida mía.

—¡Un valor muy grande! Por Dios —exclamó la doncella con pena—, no aumentes las dificultades en vez de allanarlas. Si eres valiente, lo seré yo también.

—¿Por qué me respondes así?... Querido amor mío, cuando llegan los conflictos supremos, los grandes sacrificios están cerca.

—Sí: es preciso hacer un gran sacrificio, Daniel; pero ese sacrificio lo debe hacer uno de los dos. ¿A cuál le tocará, a ti o a mí?

Morton, cayendo en profunda tristeza, fijó los ojos en el suelo.

—A los dos, querida mía.

—¿Los dos?—repitió Gloria, algo confusa—. No te entiendo entonces. La cuestión es muy sencilla. Daniel, no la compliques. Somos dos..., nos queremos; pero, ¡ay!, si nuestras almas adoran a Dios, vivimos cada cual en Iglesia distinta; aquí sobra una religión, hijo.

—Es verdad: sobra una religión, y es preciso eliminarla—afirmó Daniel sombríamente.

—Es forzoso pagar ese tributo a la sociedad. ¿Tú qué piensas de esto?

—Que la sociedad es terriblemente feroz, y con mucha dificultad se aplaca.

—Eso quiere decir—manifestó Gloria con enojo—que no hay solución posible. Yo abro las puertas y tú las cierras.

Morton suspiró mirando al cielo, señal evidente de que no veía puertas abiertas ni cerradas en ninguna parte.

—¿Por qué suspiras así? ¿Qué tienes? —preguntó la joven con el impaciente desasosiego de un alma alborotada.

—Nada...; pensaba en mi desgracia, que es más grande, infinitamente más grande que la tuya.

—No..., no—dijo la de Lantigua, rompiendo a llorar—. Me voy convenciendo de una cosa, de una cosa muy triste... ¡Ah Daniel, tú no me quieres a mí como yo a ti!

—¡Gloria, vida mía, Gloria! Por Dios —exclamó el extranjero, besando las manos de su amiga—, no me mates con tus quejas... Si supieras cuánto padezco: yo, que he estado a punto de abandonarlo todo: nombre, familia, el amor de mis ancianos padres, de perderlo todo por ti...; yo, que aun en este momento vacilo y tiemblo, igualmente aterrado por la idea de poseerte y por lo terrible del sacrificio que quieres imponerme. Claramente lo has dicho: es preciso quitar de en medio una de las dos religiones.

—Sí.

—Y como si echáramos suerte, le toca a la mía, ¿no es eso lo que piensas?

—Tú eres hombre. El hombre debe sacrificarse por la mujer.

—En este asunto, la sentencia debe caer sobre el que tenga creencias menos firmes. ¿Cuáles son las tuyas?

—Creo en Dios uno, Señor del Cielo y

de la Tierra—declaró Gloria, la mano puesta en el pecho y elevando al cielo los ojos llenos de lágrimas y de la luz divina—; creo en Jesucristo, que murió en la Cruz para redimir al género humano; creo en el perdón de los pecados y en la resurrección de la carne, en la vida perdurable... Te desafío a que seas tan explícito como yo. Nunca me has dicho de un modo claro cuáles son tus creencias.

—Gloria, tu fe es tibia en muchas cosas ordenadas por la Iglesia... Me lo has confesado.

—Es firme y ardiente en lo principal.

—Todo es principal. Pregúntalo a tu tío.

—No tengo necesidad de declararme contraria a ciertas cosas.

—Entonces, no eres buena católica. Es preciso creerlo todo absolutamente. Ya ves que...

—¿Qué he de ver?

—Que yo soy más religioso que tú, porque creo todo, absolutamente todo lo que mi religión me enseña.

—Eso quiere decir—afirmó Gloria, ahogada por la pena—que el sacrificio debo hacerlo yo.

Daniel no contestaba.

—Esto quiere decir—manifestó al fin—que moriremos, Gloria, que moriremos, y que Dios hará con nosotros en el otro mundo lo que es imposible alcanzar en éste, porque este mundo, amiga de mi corazón, no es para nosotros.

Gloria se levantó, y con la inspiración sublime de quien pone el pie en la puerta que conduce al martirio, exclamó:

—¡Adiós!

Morton, asiéndole las puntas de los dedos de ambas manos, tiró de ella. La joven cayó de nuevo en su asiento de piedra.

—No hará el sacrificio uno de los dos, sino los dos a un tiempo—afirmó Daniel.

—Jesucristo, que murió en la Cruz —dijo ella—. Jesucristo, a quien adoro, me ha enseñado el modo de hacerlos yo sola, si es preciso; pero si me da fuerzas para aceptar el de la vida, no me las da para aceptar el cáliz de un escandaloso cambio de religión, por casarme a disgusto de mi familia. ¡Oh Dios mío, dichosas las tierras donde la religión está en las conciencias y no en los labios, donde la religión no es una impía ley de razas! Andamos por aquí como las reses marcadas con hierro en su carne.

Concluyendo su ardiente protesta, la señorita de Lantigua se levantó de nuevo, repitiendo:

—¡Adiós, adiós para siempre!

—Has pronunciado la palabra terrible —dijo Morton con amargura—, la palabra que ha venido a ser nuestra única solución. ¡Adiós! No hay otra fórmula, Gloria. Yo sentía en mi alma esta palabra; pero no podía ni debía decirla. Tú la has dicho.

—Porque tú acabas de arrancarme toda esperanza.

—Porque no hallo solución alguna a nuestro conflicto, porque es imposible, porque no hay remedio, porque no puede ser de otra manera.

—Sea, pues—dijo Gloria, cayendo en triste abatimiento.

—Dios lo quiere así.

—Nos separaremos para siempre.

—Mañana.

—No; hoy mismo, ahora mismo—afirmó la señorita con viveza.

—¡Oh grandeza del sacrificio! No, no es tanto lo que yo pedía—manifestó Morton con energía—. Noble y hermosa es tu alma, Gloria. Si, como dices, nos separamos para siempre, déjame que te vea algún tiempo más. Piensa en mi soledad, que va a ser como la de los mares, siempre revueltos en sí mismos, en su lejana inmensidad sin testigo. Gloria, vida mía, sol de mi vida: óyeme, no me dejes así. Si cuando desaparezcas de mis ojos quedo con recelo de haberte ofendido, padeceré mucho...

Gloria se levantó.

—Todavía no, aguarda—dijo él, deteniéndola—. Grande es mi fe en quien hizo los cielos y la tierra, en quien a ti te hizo. Poniéndole por testigo, juro que te adoro, que de mi boca no salió expresión que no fuese verdad, que jamás, mientras respire, ningún otro amor más que el tuyo entrará en mi pecho, ni en mi memoria otro recuerdo que el recuerdo de ti.

La infeliz joven sentía temblar las manos de Morton, que le oprimía sus manos, y en su rostro sentía el aliento de él y la reverberación de sus ardientes miradas. La doncella se agitó gimiendo, como la espiga devorada por la llama. Su corazón se deshacía.

—Gloria—añadió él con el acento de

quien llama al que no ha de responder—, Glora, yo arrastraré toda mi vida un remordimiento muy pesado si no te confieso ahora que soy un malvado, porque no debí amarte y te amé, porque no debí mirarte y te miré. Tus ojos, tu gracia, tu hermosura, tu bondad y tu alma toda me cautivaron... Olvidándome de las leyes terribles que nos separan, me acerqué a ti. Reconozco que mi deber entonces era huir, huir antes que el mal fuese irremediable; pero fuí débil, conocí que me amabas, y tu espíritu encadenó al mío. Se necesita ser Dios para no caer en este lazo. Ya viste mi conducta. En vez de abandonar a tiempo tu casa, quedéme en ella. Después creí que un favor especial del Cielo allanaría los obstáculos; pero ha pasado el tiempo y los obstáculos subsisten más terribles, más imponentes cada día. Ha llegado la hora del envilecimiento o de la retirada, y tú me das el ejemplo. Tú eres grande: sabes hacer lo que yo, miserable, no supe. ¡Maldito sea yo, que vi la felicidad y no la pude poseer! Te devuelvo a tu casa, a tu religión, y te devuelvo pura, inmaculada... Por Dios, ¿no ves, no ves clara y patente la honradez de mi alma?

—Sí—respondió ella entre angustiosos sollozos.

—¿Conservas alguna sombra de recelo con respecto a mí?

—No.

—¿Me creerías digno de ti si una fatalidad de nacimiento no lo impidiera?

—Sí.

—Pues ahora—dijo resueltamente el extranjero, levantándose—separémonos.

—Para siempre—añadió Gloria, levantándose también.

Pálida y grandiosa en su dolor, semejaba el ángel de la muerte cuando viene a llevarse un alma. Daniel la abrazó. La señorita de Lantigua ocultó la frente en el pecho de su amigo, regándolo con lágrimas breve rato.

—Dame un recuerdo tuyo—dijo Morton.

—La memoria fiel no necesita recuerdos.

—Es verdad, yo no los necesitaré; pero si te vas no te vayas toda. Dame aunque sea un cabello.

Gloria se llevó la mano a la cabeza y separó de ella una mata de pelo. Sonriendo en medio de su pena, con esas terribles palpitaciones o vagidos humorísticos que tiene el dolor, dijo:

—No hay tijeras.

—No importa—dijo Morton—. Lo cortaré yo...

Y con los dientes, en medio minuto, cortó el pelo.

—Es casi de noche.

—Para mí ya todo es noche—murmuró el extranjero.

Se separaron algunos pasos; pero volvieron a juntarse. Eran como la playa y la ola, que siempre parece que huyen la una de la otra, y siempre se están abrazando. Por fin, cuando la noche avanzó más, por los cerros lejanos, tierra adentro, se veía un jinete que marchaba despacio, inclinada la cabeza sobre el pecho. Su figura negra no era favorable a la armonía del risueño paisaje; diríase que después que él pasaba todo volvía a estar alegre.

Hacia Ficóbriga caminaba Gloria, arrastrando la pesadumbre de su dolor, como el imitador de Cristo, a quien Este ha dicho: «Toma tu cruz y sígueme.» Todo en derredor suyo respiraba paz y el dulce reposo de los campos. Volvían los bueyes de las praderas y del trabajo, lentos, paso a paso, cabeceando con las pesadas testas y sus nobles semblantes llenos de gravedad. Las mujeres de la aldea iban en opuesto sentido, llevando sobre la cabeza largos panes de más de media vara, y los pescadores ponían a secar sobre el altozano de la Abadía las húmedas redes, en cuyas mallas brillaban aún, como limaduras de plata, las escamas de las sardinas.

Todo esto lo vió Gloria, y todo se vestía de aquel fúnebre luto de su alma.

XXIX

SE FUÉ

Al día siguiente, muy de mañana, las persianas del cuarto de Gloria se abrieron de par en par y la luz penetró a punto que ella se asomaba. La doncella esparció su vista por el campo y la villa, y, deteniéndola en los árboles del cementerio, pensó así: «Ahora, hermanitos míos, vosotros sois mis únicos amores.»

No lejos de la ventana corría el camino real, y por él los hilos del telégrafo, que plantaba a lo largo sus escuetos pos-

tes a distancias iguales que parecían pasos. En los alambres venían a posarse todas las mañanas algunos pájaros, que habían encontrado muy bueno aquel casi invisible punto de descanso en medio de los aires, y después allí contemplaban la casa y la ventana abierta, donde aparecía temprano la señorita de Lantigua para saludar el día y bendecir a Dios.

Esta no creía que aquellos graciosos seres fueran las almas de sus hermanos, acompañadas de las de otros niños, porque no podía creer tal cosa; pero en su mente se asociaba aquel espectáculo con el recuerdo de las dos personitas a quienes *Caifás* había llevado al cementerio, en azules cajas. Ello es que uno y otro día miraba con amor a los pájaros del alambre, sintiendo no verlos cuando los alejaba la lluvia. A tan rara ilusión contribuía la circunstancia de haber sobre el cementerio de Ficóbriga una gran arboleda, que era el cuartel general de aquellos vagabundos. Gloria los veía salir de allí en bandadas y volver a la caída de la tarde, haciendo gran ruido, hasta que, vencidos del sueño, callaban dentro del espeso ramaje, y el cementerio se quedaba sin música.

Pero aquella mañana la señorita proyectaba su tristeza a todo lo creado. Si pudiera existir luz negra, ella sería el sol de ella. El contrasentido de las palabras no está en las ideas, porque el mundo parecíale alumbrado con el negror de su alma. En vez de sonreír ante las avecillas que en el alambre la esperaban como siempre, creyó ver la figura de sus dos hermanos muertos, que se le acercaban tal como estaban en las cajas azules el día del entierro, amarillos como cera los rostros, tan frescas aún las flores de sus coronas como secas las de sus mejillas, cubiertos de blancas vestiduras rizadas y encintadas. Pero venían con los ojos abiertos, dando la mano al mayor el más pequeño y moviendo los piececillos por el aire. Señalando la tierra, le decían: «Sólo aquí se está bien.»

Mirando luego a la torre de la iglesia, experimentó viva sensación de miedo y antipatía. La torre era una idea y el espíritu de la joven chocó, rebotando con dolor, en aquella idea, como el ave ciega que tropieza en un muro. De pronto, una voz gritó desde el jardín:

—Niña, ¿no bajas? Te espero hace un rato para ir a la iglesia.

Era don Angel, que salía para decir su misa en la Abadía. Gloria le acompañaba siempre con gozo; mas en aquel día sintió frío en el corazón y un extraño ímpetu rebelde. Unióse, sin embargo, con sumisión y cariño al bendito prelado; mas al entrar en el templo renovóse en su alma el terror, porque aquellas piedras bárbaramente blanqueadas no la dejaban respirar, oprimiéndola con su peso.

Cuando don Angel salió al altar, Gloria evocó todas las fuerzas de su alma, su piedad y su fe, y no en vano, porque siendo don Angel un santo, la impiedad no era posible en su presencia. La turbada doncella luchaba con las dolorosas repugnancias que surgían en su espíritu, débiles aún, pero que crecían, enroscándose como las culebras al salir del nido; y cuando vió que los dedos del anciano alzaban la hostia, en su pecho se elevó una manera de ola, que fué creciendo, creciendo, hasta caer como catarata, y entonces Gloria se deshizo en lágrimas y dijo:

—¡Señor, Señor, yo también sabré padecer y morir!

Don Juan de Lantigua, que observaba bien cuando quería observar, y por aquellos días había dado un poco de la mano a sus tareas literarias, notó alguna novedad en su hija. Meditó en ello, y como la sospecha es hermana de la cavilación, dióse a formar juicios más o menos aventurados, pero sin pensar nada contrario a la honestidad de la joven, porque esto, dicho sea en honor de ambos, no le cabía en la cabeza. Sus sospechas y recelo versaban sobre otro orden de cosas.

—Gloria—decía don Juan a su hermano una mañana, en el cuarto de éste—no está tranquila. Algo pasa en su espíritu. He sorprendido en ella frases y reticencias que indican gran trastorno en sus ideas religiosas. Su imaginación es viva, y su entendimiento, inclinado a remontarse sin guía, puede caer en grandes errores. Además, temo mucho a su sensibilidad.

Gloria entró.

—Hija mía—dijo su padre—. Otros años has recibido a Dios el día de Santiago. ¿Hace mucho que no cumples el precepto?

—Desde Pascua—repuso ella palideciendo.

—¡Oh!, es mucho, mucho tiempo—dijo su ilustrísima con bondad, dejando caer ambas manos sobre los brazos del sillón en que estaba sentado.

—¿Por qué no confiesas hoy o mañana—manifestó don Juan afectando indiferencia—, para que puedas comulgar el día de Santiago? Mira: se me ocurre que yo debo hacer lo mismo, y esta tarde confesaré. Juntos recibiremos a Su Divina Majestad.

—Mi confesor, el padre *Poquito*, no está ahora en Ficóbriga—dijo Gloria.

—¿Eso qué importa, tonta? Antes confesabas con tu tío.

—Sí, cuando era niña.

—Y ahora ¿por qué no?

—Ven acá, mansa ovejuela—dijo don Angel sonriendo—. ¿Tienes vergüenza? Ya se ve..., con esos pecadazos tan tremendos...

—Pues me retiro—dijo don Juan, a tiempo que su hermano extendía el brazo derecho para agasajar con paternal cariño a la penitente.

Gloria no pudo decir una palabra. Desfallecía. Cayó de rodillas, y don Angel le rodeó el cuello con su brazo, diciendo:

—Vamos a ver, hija mía.

Silencio: la confesión de un alma ha empezado. Ante acto tan solemne, el más hermoso que existe en religión alguna, el narrador calla. Nadie tiene derecho a inmiscuir su atención irreverente en este diálogo del alma con Dios. Cierre el lector el libro y espere.

XXX

PECADORA Y HEREJE

Lo confesó todo, absolutamente todo; rebañó en su conciencia, sacando de ella hasta las últimas heces, y a medida que iba sacando, respiraba con más desahogo, porque verdaderamente su carga era grande.

Durante la confesión, un indiscreto que se acercase habría oído suspiros y sollozos, y alguna palabra suelta del buen pastor de Cristo. Cuando concluyó, don Angel no estaba sereno. Su bondadoso rostro, que, según la expresión de un entusiasta amigo suyo, era un pedazo de Paraíso, tenía cierta movilidad que no puede definirse: desconsuelo semejante al de los que presencian la desaparición instantánea de una cosa muy bella, sin poderlo evitar ni tampoco enojarse. Se quedó don Angel como Tobías cuando vió desaparecer para siempre el ángel que le acompañara tanto tiempo.

Después de rezar brevemente, ordenando a su sobrina que hiciese lo mismo, le dijo con voz muy triste:

—Hija mía, no puedo absolverte.

Gloria inclinó la cabeza con sumisión.

—Por ahora—añadió el prelado—, procura serenarte..., descansa. Salgamos un momento al jardín o a paseo, y hablaremos despacio.

La pecadora corrió a tomar el sombrero y el bastón de su tío.

—Por cierto—dijo éste—, que no me gusta que tu padre ignore estas cosas. Yo no le puedo decir una palabra, si no me autorizas para ello, del mismo modo que si no te hubiera oído en confesión.

—Quiero que lo sepa—dijo Gloria—; yo me confieso a los dos.

—Muy bien, me parece muy bien... No te sofoques. Vamos a dar una vuelta.

Saliendo ambos de paseo hacia la Pesqueruela, el prelado se expresó así:

—Te dije que no podía absolverte. Ahora sabrás por qué. No es la causa de mi rigor que hayas amado. Eres mujer, y la ley natural, en esta tu edad florida, despierta inclinación hacia otro ser, la cual, si es honesta y va bien dirigida por el discernimiento, puede producir beneficios conduciendo al servicio de Dios. Bien es verdad que hallo en ese afecto tuyo demasiado ardor, y es de tal suerte, que más parece desasosiego de un alma *llagada y enferma, miserablamente ansiosa,* como dice San Agustín... También es muy vituperable que hayas guardado secreto. Estas entrevistas ocultas son muy impropias de una doncella pudorosa y bien educada. Lo que se esconde no puede ser bueno. Sin embargo, este pecado, con ser tan grande y tal que jamás lo creyera en ti...

A su ilustrísima se le turbó un poco la voz por la emoción; mas dominándose, prosiguió:

—... Con ser tan grande tu pecado, no es imperdonable, mayormente si estás dispuesta, como has dicho, a arrojar de ti esa insensata llama, sofocándola con una aspiración firme hacia el único so-

berano amor, que es el de Dios... Para que veas cuán grande es mi tolerancia, te perdono también el que hicieras objeto de tu pasión a un hombre que vive fuera de nuestra santa fe, porque en verdad, debiste cerrar prontamente tu herida, negándole al alma toda comunicación y roce con el alma de un hereje. Y reconociendo yo la seducción aparente de las prendas morales de ese joven, a quien estimé mucho, extraño que tú pudieras hallar verdadero encanto amoroso en quien carece de la principal y más valiosa hermosura, que es la de la fe católica... Pero me has manifestado tu firme propósito de renunciar a la inquietud tenebrosa de ese amor, lo que es verdaderamente un mérito en tu flaca edad, y esto basta para obtener mi indulgencia. Hasta aquí vamos bien, hija mía; pero la disconformidad empieza ahora, y voy a manifestártela claramente.

Gloria atendía con toda su alma.

—Pues bien, hija mía—continuó el venerable señor—: la causa de mi enojo contigo es que, según me has confesado, han nacido en tu espíritu y lo han anublado, de la misma manera que los vapores cenagosos oscurecen la claridad y limipeza del sol, ciertas ideas erróneas contrarias de todo en todo a la doctrina cristiana y a las decisiones de la Iglesia. El mal no está precisamente en que te hayas contaminado de esos errores, pues el enemigo, que vigilante acecha el estado de flaqueza para verter en la oreja del hombre la ponzoña, pudo sorprender tu alma e inficionarte de la pestilencia. A estos percances están sujetos todos los hombres, aun los más fuertes; pero viene de improviso la saludable reacción del alma, se aclara el sentido, entra poderosamente la gracia, y el error huye como los demonios arrojados del cuerpo, entre alaridos. Tú no has gozado de este beneficio, sino que conservas tus errores; estás encariñada con ellos, según me has dicho; los tienes enclavados en tu espíritu como el rótulo de ignominia que los judíos pusieron en la Cruz, y en vez de arrancártelos y arrojarlos al fuego, los acaricias. ¿No es esto lo que me has querido decir?

—Sí, señor—repuso la penitente con respeto, pero también con seguridad.

—Pues bien: estás infestada de una pestilencia muy común en nuestros días, y que es la más peligrosa, porque tomando cierto tinte de generosidad, a muchos cautiva. Es lo que llamamos *latitudinarismo*. Tú dices: «Los hombres pueden encontrar el camino de la eterna salvación y conseguir la gloria eterna en el culto de cualquier religión...» Pues bien: esa proposición está condenada por el Soberano Pontífice en las Encíclicas *Qui pluribus* y *Singulari quadam,* y en la alocución *Ubi primum.* Tú dices: «Todo hombre tiene libertad para abrazar y profesar aquella religión que, guiado por la luz de la razón, creyera verdadera...» Pues bien: esta proposición está condenada en las Letras apostólicas *Multiplices inter,* y en la alocución *Maxima quidem...* ¿Qué te parece?

Su ilustrísima se detuvo, mirando cara a cara a la señorita de Lantigua.

—Ya te explicaré con toda calma esos delicados puntos—prosiguió el prelado—. Hablaremos largo, porque no dormiré tranquilo mientras no te saque hasta las últimas heces de ese veneno. Pero dime ahora, loquilla de mi corazón, ¿cómo pudiste dar calor en tu entendimiento a esas malditas víboras? Sin duda, el hombre a quien has tenido la desdicha de amar te inculcó esos principios del *latitudinarismo,* desgraciadamente esparcidos por el mundo en razón de la aparente benevolencia y generosidad que encierran.

—No ha sido él—dijo con viveza la pecadora—quien me ha inculcado esas ideas. Daniel, sin dejar entrever a punto fijo cuáles son sus creencias, se ha mostrado siempre poco aficionado de eso que llama usted...

—Latitudinarismo, hija.

—Latitudinarismo... Pues en ese hombre las creencias parecen muy firmes y hasta intolerantes, señor. Además, siempre ha tenido la delicadeza de no decirme nada que quebrantara en mi alma la religión de mis padres. Hemos hablado de la religión como lazo social y nada más.

—Entonces, tú... Mira, estoy algo cansado, y bueno será que nos sentemos en esta piedra.

—Yo, yo sola—dijo Gloria, sentándose también—soy la culpable. Hace tiempo, desde que le conocí, dime a cavilar en estas cosas noche y día. No podía apartarlas de mi pensamiento, y, según mi entender, discurría acertadamente sobre ellas. Me parecía que mis argumentos

no tenían réplica, y me vanagloriaba de ellos pronunciándolos en mis diálogos oscuros conmigo misma.

—Has dicho «desde que lo conocí». Luego él, en cierto modo, es responsable...

—No, no, querido tío; yo, yo sola. Si he de hablar a usted con entera lealtad, mostrándole mi alma hasta lo más hondo, aun antes de conocerle pensaba yo en estas tristes cosas, si bien no daba forma clara a mis pensamientos. El trato de Daniel parece que encendió en mi espíritu mil luces, y a su claridad empecé a ver diferentes temas de religión y de las disputas de los hombres sobre ella, así como de la grandeza y lejanos linderos del reino de Jesucristo, a quien yo veía Señor de todas las gentes, de todos los buenos, de todos los limpios de corazón.

Don Angel frunció el ceño.

—Veo—dijo con cierta severidad—que tu llaga crece, crece que es un primor. ¡Oh! ¡Cuando tu padre sepa esto!... El, que sobresale por sus estudios ortodoxos y la claridad con que ha sabido deslindar la verdad del error en las abominables luchas de la época presente...

—Mi padre y usted me convencerán de seguro—dijo Gloria, inclinando con humildad la frente.

—¡Te convenceremos!..., y lo dices como si fuera tarea larga... ¿De modo que te encastillas en tu error, y te cercas de la muralla de una terquedad y reincidencia más abominables que el error mismo?... Gloria, Gloria, hija mía, por Dios, vuelve en ti. Mira que no puedo absolverte si no desechas esos pensamientos, si no los arrojas con espanto de ti, como arrojarías un animal inmundo que te mordiese.

—No hay mayor tormento para mí —declaró la señorita de Lantigua—que estar separada de usted y de mi padre por cosa tan pequeña, tan vana como es un pensamiento que a cualquier hora puede mudarse. Pero si ahora le dijese a usted: «Tío, ya he desechado el monstruo asqueroso, ya estoy limpia de errores», hablaría con la boca y no con el corazón, porque esas ideas que he dicho no se van de mi cabeza con sólo decirles *vete*. Están tan arraigadas, que no puedo echarlas fuera. Invoco mi fe en Jesucristo, a quien adoro, y mi fe en Jesucristo no me dice nada contra ellas.

—¡Chiquilla, por Dios, por la Virgen María...!

—¿No sería peor que el error mismo negarlo con los labios, careciendo de fuerza interior contra él?

—Eso sí. Pero ¿estás loca? ¿Has perdido acaso la gracia divina y los preciosos dones del Espíritu Santo?

—No sé, tío de mi corazón, lo que he perdido. Sólo sé que me será muy difícil convencerme de que no son verdaderas las ideas que usted desaprueba. No quiero mentir, no quiero ser hipócrita. Aquí está mi alma abierta hasta lo más recóndito para que usted mire dentro de ella. No puedo hacer más; no puedo violentar mi conciencia.

—De modo que para ti nada vale la autoridad... Veo que marchas de herejía en herejía—exclamó don Angel con verdadero espanto.

—Pues si estoy en error, si estoy tocada de herejía—dijo Gloria—, declaro que deseo no estarlo; que haré todo lo posible para limpiarme de ella; pero entre tanto, ¡oh buen pastor mío!, huyo de la mentira, huyo de confesarme creyente en ciertos puntos que no creo, porque no es capricho lo que me obliga a pensar lo que pienso, sino una fuerza poderosa, una llama tan viva como perdurable que hay en mi entendimiento.

—De modo que te rebelas... ¡Niña, por amor de Dios, considera bien lo que dices!—exclamó su ilustrísima lleno de tribulación.

—Tí, tío mío, si pierdo el amor de usted—dijo Gloria derramando lágrimas—, me parecerá que estoy ya condenada.

—Y lo perderás, lo perderás, lo perderás todo—afirmó don Angel, cada vez más severo—. Esto no puede quedar así. ¿Me autorizas para hablar a tu padre?

—Ya he dicho que sí.

—Pues vamos a casa—dijo el prelado levantándose.

No hablaron más. Por el camino don Angel pensó que los ejercicios de piedad, combinados con un saludable sistema de paciencia y de exhortaciones delicadas, cual convenían a la delicadísima alma de Gloria, cierta reclusión y un comercio muy frecuente con las cosas santas, curarían aquella lepra que había tocado el privilegiado espíritu de su sobrina.

Esta, andando hacia la casa, absorta, pensativa, triste, oía zumbar en su oído

la funesta voz que ha tiempo, en sus desvelos y en sus meditaciones, le decía: «Rebélate, rebélate. Tu inteligencia es superior. Levántate, alza la frente, limpia tus ojos de ese polvo que los cubre, y mira cara a cara el sol de la verdad.»

XXXI

PAUSA.—EL CONFLICTO PARECE RESOLVERSE, Y TAN SÓLO SE APLAZA

Por desgracia o por ventura suya (que esto no hemos de dilucidarlo ahora), Gloria movía con más vigor a cada instante las funestas alas de su latitudinarismo, que debían conducirla Dios sabe a qué regiones de espanto. Después de meditarlo mucho, don Angel resolvió no revelar a su hermano la funesta pasión de Gloria. Aquello era ya cosa pasada y resuelta, y mientras más pronto se olvidase, mejor. Pero al mismo tiempo juzgó prudente advertirle de los errores de su hija, porque si se los dejaba, tomarían gran crecimiento, como la mala hierba.

No es preciso decir que don Juan sintió viva pesadumbre al conocer las descarriadas pendientes por donde iba dando tumbos el despeñado pensamiento de su hija. Recordando entonces las atrevidas ideas de Gloria dos años antes, comprendió que el mal era antiguo y que sólo variaba de forma. Amargósele la vida en aquel día, y todo en él era discurrir paliativos, imaginar tratamientos morales que volviesen a su adorada niña al primitivo ser católico que antes tenía. No pudo adivinar el buen señor lo que había pasado con Morton; pero allá, en el fondo de su alma, rebullía una sospecha vaga. Sin creer que su hija se prendara del extranjero, consideraba que el brillo exterior de éste no había dejado de influir en los desvaríos heterodoxos de la interesante joven. Por esta razón deploraba entonces más que nunca el lastimoso naufragio del *Plantagenet*.

Emprendieron los dos hermanos, sin pérdida de tiempo, un verdadero asedio de consejos y amonestaciones. Con suavidad el obispo, y el seglar con enojo y rigor, trataron de volverla al camino de la salvación; pero estas embestidas no produjeron resultado alguno positivo, o, mejor dicho, diéronlo contrario a las bonísimas intenciones de ambos Lantiguas y al esplendor de la Iglesia. En aquel mismo día de la confesión, Gloria dió a conocer nuevas proposiciones heréticas, y en su cabeza iban entrando atropelladamente demonio tras demonio. Del latitudinarismo pasó al racionalismo y a otras execrables pestilencias.

Llegó, sin embargo, un punto en que las relaciones cariñosísimas entre ella y su padre y tío empezaron a quebrantarse, y aquí la sensibilidad de la infeliz muchacha se sobrepuso a todo. Perder el amor de ellos era desgracia irreparable, y resolvió echar en olvido sus errores, ya que no podía extirparlos. Al día siguiente, cuando don Angel la amonestaba delante de su padre, dijo:

—¡Ay! ¿Quién puede resistir a tanta autoridad ni a tanta bondad? Me declaro conquistada. Creo todo lo que la Santa Madre Iglesia nos manda creer.

Sometióse, sí; pero, allá en el fondo de su espíritu, las proposiciones erróneas, aquello que mil veces llamó pestífero la autoridad visible, continuaban vivas en su mente, como raíces que de un año para otro guardan el germen de nueva flor. Gloria hizo lo que hacen las nueve décimas partes de los católicos, es decir, guardarse sus heterodoxias para no lastimar a los viejos. De aquí resultó que era, como la muchedumbre, creyente para los demás y *latitudinaria* para sí.

Don Juan de Lantigua volvió entonces con nuevo ardor a sus trabajos, y el prelado tornó lentamente a la paz de su espíritu, satisfecho en extremo de haber salvado de espantosa catástrofe la hermosísima alma de su sobrina. El amor que sentía por Gloria no disminuyó con los desvaríos de ella, antes se mezclaba de cierta compasión cariñosa. Aquel varón insigne, que todo quería resolverlo con su bondad angelical, dejábalo todo, no obstante, sin resolución; ejemplo que muy a menudo se repite en el mundo. Quiso convertir un hereje, y su santo empeño no dió fruto. Intentó también desviar el noble espíritu de Gloria de un vulgar error, y su victoria no fué más que aparente. La buena voluntad del prelado derramaba su luz; pero la herejía y el error iban, sin inmutarse, derechos a realizar el fin que una ley inflexible les había marcado.

Cuando los hechos toman una dirección determinada, es inútil querer desviarlos de ella. Así, en esta ocasión, ha-

llamos que, a pesar de la aparente serenidad que han tomado las cosas, la tempestad está sólo contenida, mas no aplacada, y la corriente oculta bajo el hielo saldrá fuera y marchará por donde tenía trazado su camino.

Ved de qué singular manera se anudan los sucesos, cómo los pequeños incidentes traen los grandes, y de qué suerte se establece el natural y lógico encadenamiento de las cosas. El conflicto de Ficóbriga no estaba más que suspendido; había tomado un respiro para estallar con más fuerza, al modo que el colérico detiene la voz y el brazo antes de descargar el golpe. Aquella pausa enteramente ilusoria era, bien puede decirse así, como el intervalo aparente entre el relámpago y el trueno—a causa de la diversa rapidez del sonido y la luz—, siendo, en realidad, simultáneos.

Hemos visto ya el relámpago. Pues irremisiblemente sonará el trueno. Dijimos que los acontecimientos traerían marcado su curso fatal. ¿Llamaremos a esto fatalidad o lógica? Ello es difícil de decidir. Corría, pues, la lógica sin que la bondad de los buenos ni la perversidad de los perversos pudiera contenerla.

XXXII

LOS CAZADORES DE VOTOS

Llegó la víspera de Santiago, y no eran las nueve de la mañana cuando oyóse gran vocerío en la casa de Lantigua. Echóse fuera de su despacho don Juan, creyendo que había estallado un motín en su vivienda; mas se tranquilizó viendo que toda aquella algazara la hacía don Silvestre Romero.

—¡Ganamos las elecciones! ¡Ganamos las elecciones!

La vigorosa y sensual cara de emperador romano despedía fulgores de alegría y orgullo.

Juntamente con Romero venía su amigo Rafael del Horro, candidato triunfante, a quien también le rebosaba el júbilo por los ojos. No los había abrazado aún don Juan, cuando empezaron a contarle los graciosísimos lances de la lucha, que salpimentados con mil donosas ocurrencias del cura hacían morir de risa.

—Si no fuera porque es caro, inmoral y pernicioso—decía Del Horro, desprendiéndose de su abrigo de viaje—, esto que llaman *juego parlamentario* debiera conservarse.

A poco llegó el doctor Sedeño, que venía de decir misa, y allí fueron las congratulaciones y los plácemes. En un punto Sedeño les enteró de cuanto había eructado la prensa periódica durante la larga ausencia de los dos amigos, y ellos hicieron un pasmoso recuento de votos y relación de varias protestas, palos, cohechos, bofetadas, etc.

Don Angel no tardó en presentarse.

—Mucho tiempo ha estado usted ausente de sus ovejas, distraído pastor—dijo bondadosamente al cura.

—También se cuida el ganado, ilustrísimo señor, persiguiendo a los lobos o trabajando por confundir a esos pícaros ladrones de ovejas.

—También, también—dijo el obispo—. Si no riño... Pero a nosotros no nos han hecho cazadores, sino pastores. Pase por una vez... Ya sé que es preciso, absolutamente preciso. En tales apreturas nos vemos los pastores que, mal de nuestro grado, hemos de coger la honda.

—¡Y el palo y el cuchillo y cuanto hay que coger! ¡O ellos o nosotros!—vociferó don Silvestre.

—Justo es—dijo don Juan mirando a su hermano—que tomemos las mismas armas que ellos usan contra nosotros. Si sólo se tratara de nuestras vidas, moriríamos; pero la Iglesia está en nuestras manos y no podemos abandonarla.

El abogado, el seglar, así se expresaba, con el tono de la autoridad irrecusable, mientras el sacerdote, el pastor, callaba, aceptando su papel de pasiva bondad. El uno tenía la idea, el otro el prestigio exterior; el uno la iniciativa, el otro las bendiciones.

Durante largo rato el despacho de don Juan fué un hervidero de planes, de noticias, de amenazas, de humildades religiosas mezcladas con mundanos ímpetus de soberbia. Al fin, don Angel y Rafael pasaron a la sala, donde Gloria recibió a éste. El distinguido joven se empeñó, con cierta fatuidad, en llevar la conversación al punto para él interesantísimo de su reciente triunfo; pero la excelsa joven, que derramaba su resplandor en las cumbres del espíritu, estaba demasiado alta para deslumbrarse con la débil luz de un fósforo.

Oyéndolos, don Angel sentía en su al-

ma profunda pena, sabedor, como era, de dos sucesos igualmente deplorables: el desaire que había hecho la pícara a las gracias y perfecciones del soldado de Cristo, y su detestable afecto a un impío extranjero; pero respetando los designios de Dios, bajaba sus párpados orando para sí, y enlazaba los dedos de ambas manos, rozando una con otra la yema de los pulgares.

«Dios lo ha dispuesto así», pensaba.

Romero bajó también a saludar a la señorita de la casa.

—Una queja tengo de usted, señor cura —le dijo Gloria, después que le oyó alabarse de sus recientes hazañas.

—¿Cuál, querida niña? ¿Una queja de mí?

—Que mandara usted arrojar de la sacristía al pobre *Caifás*. ¿No es un dolor...?

—¡Ah tunante, borracho! Pero no debe quejarse, pues, según me han dicho, está hecho un potentado.

—¡Ah, sí!...—murmuró Gloria turbándose.

—Al entrar en Ficóbriga supe que Mundideo ha pagado todas sus deudas y desempeñado toda su ropa... Vamos, que está rico.

—Mi sobrina y yo—dijo su ilustrísima sonriendo—le dimos algún socorro, pero no era para tanto. Si no se ha repetido el milagro de la multiplicación de los panes...

—Para milagros estamos—añadió el cura—. Aquí no hay tal vez sino latrocinio. ¡Oh!, es mucho pájaro aquel *Caifás*.

—¡Señor cura, por Dios!—exclamó Gloria, indignada.

—Qué, ¿me equivoco? ¿Pues de dónde sacó *Caifás* tanto dinero?

—Se lo habrá dado alguien.

—¡Oh, sí!...; eso dice él. ¿Pues no tiene la poca vergüenza de decir que don Daniel Morton se lo dió?

—Y será verdad.

—Yo no lo creo. Don Juan Amarillo, que entiende mucho de estas cosas, me ha dicho que está alarmadísimo... Ha contado su dinero; está seguro de que no le falta nada... Sin embargo, no puede desechar cierto recelo...

—Sí—dijo don Juan, que a la sazón entró—. En todo Ficóbriga no se habla más que de las riquezas de *Caifás*. Parece que me está componiendo la casa. Vamos, yo no salgo mal.

—Mi opinión—afirmó el cura—es que no debe levantarse mano hasta averiguar lo que hay en esto. Ya el Juzgado está decidido a intervenir.

—¿Por qué? Es una iniquidad—afirmó Gloria con ardor—. Esto no debe consentirse..., y no lo consentiremos.

—Ya está mi hija en su elemento—repuso Lantigua—, es decir, ocupándose excesivamente y con gran furor de lo que nada le interesa.

—Me ocupo de salvar de la calumnia a un inocente.

—Y ¿cómo sabes tú que es inocente? Vamos a ver... Lo mejor es no hacerte caso y dejarte con tu tema... Conque, señores, vámonos a comer. Hoy es día de alegría.

El cura los detuvo antes de pasar al comedor, y solemnemente habló así:

—Señores, señores...

—¿Tenemos discursos?—preguntó don Juan, viendo que, después del vocativo, el buen párroco alzaba el brazo derecho en actitud ciceroniana.

—Señores, espero que mañana todos los presentes, empezando por su ilustrísima, el reverendo obispo de ***, y acabando por nuestro insigne y valeroso diputado, señor Del Horro, me honrarán aceptando mi mesa y una hidalga reunión en mi finca del Soto de Briján. De esta manera sencilla, y por medio de una frugal comida, pienso que celebremos nuestra victoria, sin ruido, sin mundano estrépito, sin pompa, sin jactancia, como se reunían los primitivos cristianos en aquellos piadosos banquetes...

Don Juan vió que el cura iba tomando un tonillo de sermón harto enojoso en hora de grande apetito, y dijo así:

—Aceptado, aceptado. Mas por ahora, vamos a lo que está más cerca. A la mesa, señores.

Bien pronto estuvieron todos reunidos en la mesa de don Juan, que era suculenta, a pesar de ser vigilia, por marcar el almanaque el 24 de julio.

—¿Conque aceptan ustedes?—preguntó Romero.

—¡Comilonas!—dijo su ilustrísima—. Por mi parte, doy las gracias al señor cura.

—Si usía ilustrísima no gusta de este festejo—dijo Romero con sumisión—, renunciamos a él.

—No, hijos míos; ¿por qué? Celébrese el banquete, que ya supongo ha de ser

frugal y decoroso. Pero no asistiré: primero, porque no gusto de festines; segundo, porque celebran ustedes con él un acto político, y yo huyo de los actos políticos.

—Siento en el alma que su ilustrísima no nos acompañe—dijo el cura—. ¿Se trata por ventura de una orgía? El Salmista ha dicho: «Banqueteen los justos» *(Et justi epulentur)*.

—*Et justi epulentur et exultent in conspectu Dei*—añadió vivamente el prelado—: (Y regocíjense en la presencia de Dios). No violentemos los sagrados textos, señor cura, ni sostengamos que el inspirado David nos recomienda la glotonería.

—¡Oh ilustrísimo señor—exclamó el párroco—, lo que usía diga ésa será mi ley!

—Pues digo que celebren ustedes su banquete profano; pero que no me inviten a él, porque no voy. Por tanto, luego que hayan ustedes comido, alargaré mi paseo hasta allá. No es muy lejos.

—No hay más que bajar a la ría, pasar el puente de Judas, subir los prados de don Juan Amarillo, y en seguida se llega al soto.

—Ya, ya sé el camino.

Entró un criado con una carta para don Juan. Este la abrió, y después de recorrerla con la vista, dijo:

—Es de Daniel Morton. Me escribe anunciando que se embarca mañana por la mañana, y se despide de todos.

Don Angel miró con disimulo a su sobrina. Fuerte, animosa, heroica, Gloria recibió el golpe sin dar a conocer las grandes sacudidas de su alma angustiada. Sólo don Angel, sabedor del caso, creyó distinguir una extraña neblina en el rostro de la joven. Don Juan la miró también. Tal vez se hubiera entablado conversación sobre Daniel Morton; pero entró el señor de Amarillo y, quieras que no, tuvo que sentarse a la mesa y tomar un bocado, aunque con prisa, porque el juez le estaba esperando para ver qué solución se tomaba en el caso de *Caifás*. Don Juan de Lantigua, a quien consultó, dijo de este modo su opinión:

—No veo razón alguna para molestar a Mundideo, mientras no se le pruebe que ese dinero ha sido mal adquirido.

—Es que se le probará.

—¿Le falta a usted algo en la caja?

—No, señor; pero el dinero no sale de la tierra, como la hierba. *Caifás* ha robado, ¿a quién? No lo sé. Propongo que todos los vecinos de Ficóbriga recuenten sus fondos, y mientras tanto que José Mundideo sea puesto a la sombra.

—Pero la ley...

—¿Qué ley, ni ley?...

—Señor don Juan—preguntó el cura—, ¿quiere usted venir a comer mañana a mi casa del soto?

—Ya sé que han ganado ustedes las elecciones. ¡Bien por el ejército de Cristo!—exclamó Amarillo con entusiasmo.

Y levantándose al instante con una copa de vino en la mano, añadió:

—Propongo un brindis, señores. Brindo por su ilustrísima, don Angel de Lantigua, el glorioso hijo de Ficóbriga, el apóstol más ferviente del apostolado español, el modelo de virtudes de quien todos debemos tomar ejemplo, el varón piadoso, el justo...

—Por Dios, por Dios—dijo su ilustrísima, tapándose los oídos y todo confundido y turbado—. Basta de incienso, don Juan, basta, basta. El mejor brindis que usted puede dirigirme, y el único que le agradeceré, es no molestar al pobre *Caifás*.

Todos los presentes besaron el anillo al prelado, y cuando éste se retiró tomaron café.

XXXIII

ÁGAPE

El día de Santiago había feria en Ficóbriga, es decir, venta de ganado en la pradera, un novillo corrido en la plaza, diversos puestos de frutas y pastas, vinos y licores, algo de teatros, bailes del país, y por la noche gran función de fuegos artificiales. Pero el principal festejo del día debía ser el banquete con que don Silvestre Romero, espléndido en todas sus cosas, obsequiaba a sus amigos en el soto de Briján. Desde muy temprano, innumerables servidores no daban paz a las manos ni a los pies, apercibiéndolo todo con arreglo a las instrucciones del buen párroco, tan perito en estas materias. Llegaban las provisiones en repletos carros del país, cuyas ruedas sin engrasar gemían al subir la cuesta en cuyo alto término estaba la finca.

Admirable diligencia ponía en tan grande faena la señora Saturnina, a quien podremos llamar archiama, por ser como gobernante de las dos o tres amas y demás servidumbre del opulento cura. Puede decirse que la excelente mujer no durmió en la noche del 24, porque toda ella se la pasó de claro en claro, ya batiendo huevos que por centenares fueron vaciados en un desaforado artesón, ya desplumando aves, que al anochecer perecieron en horrorosa hecatombe. Pero la gran batahola fué por la mañana, cuando, encendida la cocina, dió principio el fuego a su gran obra y las cacerolas empezaron a murmurar, y el humo y los espesos vapores olorosos, llenando parte de la casa, salían al campo como nuncios benditos de la gran hartazga que se disponía. Doña Saturnina, y cuantas la ayudaban, no tenían manos para tomar, quién los papelillos de las especias, quién la nuez moscada o el limón o la canela, y espumando guisados, o albardando fritos, o batiendo ensaladas, o templando sopas, parecían traer en sus manos el sustento de un ejército.

A hora conveniente, dos jayanes pusieron sobre la mesa del comedor un mediano monte de pan, mientras no lejos de allí se preparaban la vajilla y la mantelería. Cestas ventrudas parían dulces a montones, obra de hábiles monjas, y de un barrigudo tonel iban sacando el rico vino añejo de Rioja, el cual, después de hacer buches y remolinos en un embudo de latón amoratado por el uso, se colaba dentro de las botellas, sonándolas como bocinas. Doña Saturnina no olvidaba ninguna de las operaciones, poniendo sus ojos en todo para que nada se retrasase, y hasta dispuso ella misma los ramos de flores que se habían de colocar en la mesa, los palillos, el aguamanil y otras menudencias y accesorios de una buena comida.

Mediodía era por filo cuando los convidados salieron de Ficóbriga, con un sol que aun en aquellas frescas tierras abrasaba. Delante venían, en el coche de Lantigua, don Juan, el cura y Rafael. Seguían luego, en otro coche, don Juan Amarillo con el teniente cura y dos beneficiados de las cercanías, y después, en un *break*, los demás convidados, que eran amigos venidos para tal solemnidad de la capital de la provincia. Total: once bocas.

Sentados los comensales, bendijo don Silvestre la comida, y comenzó el *stridor dentum*.

Había tenido doña Saturnina la feliz idea de poner la mesa fuera de la casa, en medio de la frondosa huerta y a la sombra de dos o tres álamos, que con sus ramas la cubrían toda, dejando tan sólo penetrar algunos rayos de sol, que caían aquí y acullá, como si hubieran sido salpimentados con luz los manteles. Aquí brillaba un melocotón, acullá un salero, más lejos la calva de don Juan Amarillo.

En cuanto a la parte principal del banquete, que era la comida, todos los elogios que de ella se hagan serán pálidos ante la realidad de su abundancia y el exquisito sabor de toda ella, si bien era más rica que fina, algo a la pata la llana, demasiado suculenta, comida española, de esa que más parece hecha para atarugar rústicos cuerpos que para deleitar delicados paladares.

Vierais allí la sopa de arroz calduda, que bastaba por sí sola a dejar ahito al más hambriento, y después, los pollos con tomate, precediendo a las magras, también entomatadas, para hacer lugar a los finísimos pescados cantábricos en picantes escabeches o nadando en salsas ricas. Entre ellos venían las bermejas langostas, mostrando la carne como nieve dentro de la destrozada armadura roja, y los sabrosos percebes, como patas de cabra; y luego volvía el imperio de la carne, representado en piezas adobadas del animal que mira al suelo; siguiendo a esto chuletas con forro de fritura, y otras viandas riquísimas y olorosas, acompañadas por delante y por detrás de aceitunas, pepinillos, rajas de queso flamenco o del país, anchoas y demás aperitivos, sin que faltaran calabacines rellenos, en los cuales no se sabía qué admirar más, si el especioso sabor del alma o la dulzura del cuerpo, y también gran copia de colorados pimientos, que como llamas de fuego iban de boca en boca.

Y ¿qué diremos de los vinos, algunos de ellos de las mejores estirpes andaluzas? ¿Qué de los dulces y platos de leche, que bastarían para hartar a todos los golosos de la cristiandad? Por último, el generoso aroma del tabaco habano se dejó sentir, y una azulada nube

flotó sobre la mesa, envolviendo el grupo de convidados en sensual atmósfera.

El anfitrión, don Silvestre Romero—la moda nos obliga a darle aquel nombre—, había comido bien; don Juan no había hecho más que probar los platos; Rafael del Horro estuvo muy parco, y don Juan Amarillo devoraba. Los demás no desairaron a don Silvestre. Este se desvivía porque todos comieran mucho; no tenía consuelo al ver que no se atracaban como él, y a cada instante los excitaba echándoles en cara su desgana y presentándoles los platos para que repitiesen. Fué digno de notarse un incidente de la comida, por la semejanza que ofrecía con casi todos los banquetes políticos que se celebraban en Madrid. Rafael del Horro propuso que el ramillete puesto en el centro de la mesa se enviase a la señorita de Lantigua.

Cuando fumaban, don Silvestre creyó que debía tomar la palabra, y lo peor fué que la tomó.

—Queridos hermanos y amigos míos —dijo—: nos ha reunido aquí la celebración de un triunfo. Porque ha sido un triunfo grande, inmenso, que nos ha de conducir a una victoria aún mayor; a la victoria de la verdad sobre el error, de la virtud sobre el vicio, de Dios sobre Satanás...

—Muy bien—repuso don Juan Amarillo, abriendo los diminutos ojos, que había cerrado poco después de la última copa.

—... Hemos combatido como buenos —añadió el cura, que gustaba de emplear, hasta en los sermones, símiles guerreros—, y seguiremos combatiendo. En los libros santos se ha dicho: «Y tú, Jehová, Dios de los ejércitos, no hayas misericordia de los que se rebelan con iniquidad... Acábalos con furor, acábalos, y no sean; y sepan que Dios domina en Jacob hasta los confines de la Tierra.» Y en otro pasaje: «Fuego irá delante de él y abrasará en redor sus enemigos.» Nuestra obligación es, pues, combatir, ya que las cosas han llegado al extremo de tener que emplear sus infames armas. ¡Oh!, señores, si yo tuviera la elocuencia y la erudición de mi ilustre amigo, el gran católico don Juan de Lantigua, os diría a qué extremos llegan la impiedad y la osadía de los revolucionarios, y el aprieto en que quieren poner a los hombres religiosos y píos; si yo tuviera, repito...

Don Silvestre se atragantó ligeramente. Todos le oían con serenidad; en los labios de don Juan vagaba una sonrisilla que parecía decir: «Más vale que te calles, pedazo de alcornoque.»

—... Pero, en fin, no las tengo—añadió el cura atleta—; no tengo ni esa erudición pasmosa, ni esa elocuencia fulgurante, y así es bien que le ceda la palabra...

—¡Oh!, si el señor don Juan nos concediera oír su palabra...—dijo Amarillo, cabeceando.

Lantigua se puso la mano en el pecho y tosió.

—Señores, no puedo—dijo con humildad—. Rafael, hable usted, que lo hará mejor que yo.

Del Horro se excusó con frases de modestia; pero, al fin, no pudiendo resistir a la sugestión de todos los convidados, que a un tiempo le apretaban para que hablase, se levantó, limpió las gafas, se las puso y, arqueando las cejas, habló de este modo:

—Señores, ninguna voz más desautorizada que la mía para dirigiros la palabra. Joven, sin experiencia, sin conocimientos, me falta autoridad. Válgame, por las prendas de que carezco, mi acendrada fe, mi sincero amor al catolicismo, los esfuerzos que hice en mi limitada esfera para conseguir el triunfo práctico de la Iglesia, de esa amorosísima Madre nuestra, por quien vivimos, por quien alentamos, por quien respiramos. Dios ha querido que el más indigno de sus soldados, el más pequeño de sus servidores, alcance hoy un triunfo material en las contiendas que han establecido los inicuos. El me dé fortaleza para defenderle; El dé a mi labio energía, poder a mi corazón, vigor a mi espíritu. *Estote ergo forte in bello* (Sed fuertes en la guerra). Inmensa, asquerosa, pestilente lepra cubre el cuerpo social. El llamado *espíritu moderno,* dragón de cien deformes cabezas, lucha por derribar el estandarte de la Cruz. ¿Lo permitiremos? De ninguna manera. ¿Qué valen algunos centenares de inicuos depravados contra la mayoría de una nación católica? Porque no sólo somos los mejores, sino que somos los más. Alcemos en esta Cruzada el glorioso estandarte, y digamos: «Atrás, impíos, malvados, sectarios de Satanás, que con-

tra el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo no prevalecerán las puertas del infierno.» Y luego, volviendo mi humilde rostro hacia el Oriente, distingo una venerable y hermosa figura. Al verla, llénase mi corazón de intensísima congoja y las lágrimas acuden a mis ojos, considerando el aflictivo estado en que los perversos tienen al que es antorcha esplendorosísima que ilumina el mundo. Lleno de admiración y respeto, exclamo: «Grande eres, ¡oh Pedro!, no sólo por tus bondades, sino por tus martirios. También de ti se puede decir que rasgaron tus vestiduras y sobre ellas echaron suertes. ¡Ay de los impíos que después de despojarte te han encarcelado! Ya los arreglarán los demonios en el infierno. En tanto, ¡oh Pastor Santo!, yo te saludo con lágrimas en los ojos, yo canto un *hosanna* amorosísimo en tu presencia, y te pido la bendición, para que se redoblen mis fuerzas, se enardezca mi espíritu y no desmaye en la gran contienda que se prepara.»

Terminado el discurso del valeroso joven, recibió apretados abrazos de todos los concurrentes, y entonces don Juan de Lantigua, sin dejar su asiento, y con gran atención y religioso silencio de todos, dijo lo siguiente:

—¿Me atreveré, queridos amigos y hermanos míos, a haceros presente que para esta lucha en que la impiedad y malvada desvergüenza de los revolucionaros nos empeña, no bastan, no, la finura y el temple de las armas, ni el denuedo de los brazos varoniles? La mejor arma es la oración, y el más terrible baluarte las virtudes y el buen ejemplo. Seamos buenos, píos, caritativos, fervientes católicos y tendremos asegurado la mitad del triunfo. Con sentimiento declaro, porque así lo reconozco, que el espíritu religioso está muy enflaquecido entre nosotros. Se habla mucho de batallar y poco del amor de Dios. *Inter vos dormiunt multi* (Entre vosotros duermen muchos). Es preciso que todos despierten, porque la tempestad está encima; es preciso que despierte no sólo la carne, sino el espíritu. ¿No habéis conocido que entre nosotros cunde desparramada la herejía? ¿No veis que hasta los más fuertes han caído? ¿No veis que el racionalismo y el ateísmo han robado muchas almas al seno de Dios? ¿No veis que disminuye cada día el número de los fervorosos católicos y aumenta el de los indiferentes? He aquí un mal demasiado grave para conjurarlo fácilmente. Yo os digo: no sólo es preciso batallar, sino predicar; no sólo ha llegado la hora de la pelea, sino del ejemplo santo. Abnegación, paciencia, martirio. He aquí tres palabras mágicas que superan en eficacia a los más cortantes aceros...

—Muy bien, muy bien. ¡Viva el señor Lantigua!—exclamó don Juan Amarillo sin poderse contener.

—... Aborrezco las exclamaciones y detesto las apoteosis de hombres. No se debe enaltecer más que a Dios; no se debe glorificar sino a Aquel que *era*, como dice David, *antes que nacieran los montes y desde el siglo y hasta el siglo.* Continuando, pues, mis observaciones, diré que los males que he indicado y esta general corrupción y ponzoña provienen de los maleficios extranjeros que han dañado nuestro cuerpo. Gozaba España desde edades remotas el inestimable beneficio de poseer la única fe verdadera, sin mezcla de otra creencia alguna ni de sectas bastardas. Pero los tiempos y la maldad de los hombres han traído un poder civil que, por obedecer a los malvados de fuera, han dejado sin amparo a la Iglesia, cuando el deber de la potestad civil, como dijo San Félix, es *dejar a la Iglesia católica que haga uso de sus leyes, no permitiendo que nadie se oponga a su libertad.* ¿Qué sucede, pues? Que el error ha fundado mil cátedras en nuestro suelo. Espantaos, católicos: según los enemigos de Dios, la preciosísima unidad de nuestra fe es un mal, y para remediarlo, piden que se abra la puerta a los cultos idólatras, a los errores de la Reforma, a los desvaríos del racionalismo, semejantes a despropósitos de hombres borrachos. Ved aquí por qué corren las más asquerosas doctrinas, como arroyos de inmundicia, cuando, desatadas las cataratas del cielo, rompen las aguas el dique de los muladares, y el fango de los campos es arrastrado entre materias putrefactas y miserables cuerpos muertos. No, y mil veces no. O España dejará de ser España, o su suelo se ha de limpiar de esta podredumbre, y en su claro cielo volverá a brillar único y esplendoroso el sol de la fe católica. Yo de mí sé decir que esta idea puede en mi espíritu más que todas las afecciones, más que la vida y que cuanto existe. Por ver realizada

esta idea y extirpado el cáncer que empieza a devorarnos diera mil veces cuanto poseo, la paz de mi familia, mi familia misma, mi persona miserable. Tengo el ardor de los verdaderos creyentes, señores, y mi fe no está en los labios, sino en lo profundo del alma. Si no lucháis por tan grandioso fin, más vale que no luchéis; si no trabajáis con todas las fuerzas del espíritu, con la oración, con el ejemplo, con la caridad, más vale que os arrinconéis, cual mujeres, dejando a otra generación más varonil la santa empresa.

No dijo más porque estaba fatigado, y, en verdad, había dicho bastante. Todas sus palabras fueron de oro, según la expresión de don Juan Amarillo. Las felicitaciones no podían ser más delirantes Reinaba gran entusiasmo en la reunión, y quizá, quizá se hubiera atrevido a tomar la palabra el cura si Rafael, mirando el camino, no viese a su ilustrísima, don Angel de Lantigua, que lentamente se acercaba. Entonces dijo con lengua y expresión místicas:

—He aquí que se acerca el que viene en nombre del Señor.

Y todos salieron a recibirle.

XXXIV

EN EL PUENTE DE JUDAS

Mientras una docena de laicos arreglaban así, después de comer bien, los asuntos de la Iglesia católica, don Angel de Lantigua, separándose de su sobrina, a quien dejó rezando en la Abadía, marchaba por el camino real en dirección al puente de Judas, con objeto de visitar a los comensales del soto. Acompañábanle a un lado y otro su secretario y el paje, y seguíanle varios cojos, tullidos y toda la pobretería del camino, anhelantes de que les echase bendiciones, pues algunos las estimaban en más que las limosnas que recibían.

El santo varón, con el alma gozosa como de costumbre, iba departiendo afablemente con sus dos adláteres, cuando al entrar en el puente de Judas—cuya fábrica de palo era en extremo frágil—notó que éste se estremecía bajo sus pies. Mas no tardó en hallar la razón de la sacudida, porque por la otra cabeza del puente acababa de entrar un hombre a caballo. Galopaba.

—¡Eh!, caballero—le gritaba el guarda—. Está mandado que por aquí se vaya al paso.

El jinete era Daniel Morton. Luego que vió a su ilustrísima, observando al mismo tiempo la estrechura del puente, semejante en esto al que tienen los mahometanos para entrar en el Paraíso, detúvose y echó pie a tierra.

—¡Ah señor Morton!—exclamó don Angel con estupor, sintiendo que de improviso se desvanecía el gozo de su alma.

Daniel besó el anillo con gran respeto, y descubriéndose, dijo:

—¿No esperaba su ilustrísima verme otra vez en Ficóbriga?

—No, seguramente. Ayer recibió mi hermano una carta en que usted le anunciaba su viaje.

—Pues Dios no ha querido que me vaya hoy.

—Cuidado: no hay que echar la culpa de todo a Dios—dijo el prelado gravemente—. Dios lo habrá permitido, pero no lo habrá querido.

—Con perdón de usía ilustrísima—afirmó Morton—, pienso que lo ha querido. Yo estaba en el muelle de X***, junto a mi equipaje, esperando el bote que me había de conducir a bordo del vapor, cuando sentí que una mano muy pesada me tocaba al hombro; volvíme y vi a *Caifás,* señor don Angel, con el semblante más angustiado que puede imaginarse.

—Ya, ya voy comprendiendo.

—*Caifás* se puso de rodillas delante de mí y me dijo: «Señor, en Ficóbriga aseguran que he robado, en Ficóbriga dicen que el dinero que tengo no es mío. El juez me amenaza, y todos piden que *Caifás,* el feo; *Caifás,* el malo; *Caifás,* el idiota, vaya a la cárcel. Yo, quebrantando mi palabra, he dicho que usted me sacó de la miseria; pero nadie cree al humilde, y don Juan Amarillo, soberbio entre los soberbios, clama contra mí...» En resumen, señor obispo, he tenido que detener el viaje para sacar a ese hombre de tan mal paso, pues si así no lo hiciera, la limosna que le di, y que nada vale en verdad, se trocaría en vilipendio suyo, sumergiéndole en mayor miseria.

—¡Buen pensamiento y excelente acción!—dijo el prelado seriamente—. Ella es tal, que se le puede permitir a usted el paso de este puente, que de otro modo le estaría vedado. Adelante, pues, y no se me detenga usted en Ficóbriga.

Despidióle bondadosamente, aunque con sequedad, y Morton siguió su camino hacia Ficóbriga, mientras don Angel no paraba en el del soto; pero a cada diez pasos volvía la cabeza para ver qué dirección tomaba el hamburgués. Vióle marchar hacia la Cortiguera, donde vivía *Caifás,* y con esto Lantigua sintió calmarse la zozobra que empezó a alborotar su espíritu.

Cuando el obispo estuvo cerca del soto, toda la servidumbre y deudos del cura, con las amas a la cabeza y doña Saturnina al frente de éstas, a la manera de tambor mayor, salieron a recibirle y besarle el anillo, de lo que resultó no poca confusión. Y al mismo tiempo le aclamaban con gritos y decían: «¡Viva la gloria de Ficóbriga!»

Hasta que el venerable atravesó la portalada de la huerta no cesaron las importunidades de la plebe.

—Aún están aquí los restos del festín —dijo el prelado, viendo la desordenada mesa—. Ha sido buena idea ponerla al aire, porque hace un calor sofocante.

—Pues me parece que no pasará la tarde sin llover, señores—dijo el cura, husmeando el horizonte—. ¿No quiere su ilustrísima tomar el chocolate?

Al punto trajeron los cangilones, y don Angel se sentó en un banquillo rústico. Rodeáronle todos, menos Sedeño y Rafael del Horro, que se apartaron para leer un suelto del periódico.

—Señor don Silvestre—dijo el prelado cuando empezó a tomar el chocolate—. ¿Lloverá esta tarde?

—Me temo que sí. Está la atmósfera muy cargada. Tendremos vendaval, y fuerte. Así se puso el tiempo el día que naufragó el *Plantagenet.* ¡Qué día, señores, qué día!

—Fué tremendo—dijo su ilustrísima—. ¿A quién creen ustedes que acabo de encontrar ahora al pasar el puente de Judas?... ¿No lo adivinan ustedes? Pues al mismo don Daniel Morton en persona.

—¿Iba a Ficóbriga?—preguntó con mucho interés don Juan Amarillo.

—Allá iba... Parece que él fué quien le dió a *Caifás...*

—Quien no te conoce, que te compre —dijo el usurero ficobrigense, guiñando el ojo—. No creo en tales limosnas, aunque ese extranjero debe de ser hombre muy adinerado...

—Entonces bien podía hacer una limosna...

—Precisamente lo que no creo es la limosna; lo que no creo es una generosidad de tal calibre. Aquí no somos bobos, señor Morton; aquí en España no nos mamamos el dedo, y sabemos conocer a los pillos.

—Amigo don Juan—manifestó su ilustrísima, devolviendo el pocillo de chocolate—. Jesucristo dijo: «No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados...»

Y variando de tono y de asunto, añadió:

—Es una gloria esta huerta de don Silvestre. Aquí todo prospera, y el trabajo y esmero del cultivo son frutos de bendición. ¡Ojalá sucediera lo mismo en toda nuestra España, y tras de cada siembra de sanos consejos y exhortaciones viniese una cosecha de buena conducta! ¡Qué manzanos, qué perales, qué melocotoneros!

Don Silvestre vió llegado el momento de saborear uno de los más dulces placeres de su regalona vida: enseñar su huerta. Levantóse el prelado, y Romero fué delante mostrando las hermosas castas de perales alineados en espaldera los unos, sustentados otros por alambres gordos, y todos ellos frondosísimos y cuajados de peras. Las había bergamotas, duquesas, amantecadas, pardas de invierno y de otros muchos linajes exóticos. El cura hacía fijar la atención en los ramilletes de frutas verdes aún, y las tomaba en la mano para mostrarlas, diciendo:

—Pero ¿ven ustedes qué peras? En toda la provincia no hay nada que se les pueda comparar.

Mientras esto sucedía, don Juan Amarillo había llevado aparte a don Juan de Lantigua para hablarle de un negocio importante.

—No nos alejemos mucho—le dijo el literato y jurisconsulto—, porque me parece que va a llover esta tarde.

XXXV

LOS JUICIOS DE DIOS, ABISMO GRANDE

Morton detuvo su caballo en la Cortiguera, y Sildo le dijo:

—Padre vendrá en seguida. Ha ido a rezar a la iglesia.

No tardó en aparecer *Caifás.*

—Aquí me tienes—le dijo Morton—, Llévame a donde quieras; pero despacha pronto, porque he de volverme a X*** antes de anochecer. ¿Dónde está ese juez que no cree que los hombres tengan dinero si no es robándolo?

—Si vuecencia me quiisera acompañar a casa del escribano don Gil Barrabás, hermano de don Bartolomé Barrabás, y firmarme un papel diciendo que me hace donación de los dieciocho mil reales...

—Anda delante y guía a casa de Barrabás.

—¡Oh señor, cómo podré pagarle a vuecencia tantas bondades!

—Que Sildo me tenga el caballo y lo cuide aquí mientras volvemos. Esto no durará mucho.

Media hora después, Morton volvió con *Caifás* a la Cortiguera; pero uno y otro miraron a todos lados. ¡Oh sorpresa de las sorpresas! Ni Sildo ni el caballo estaban allí.

Y sucedió que Sildo, al tener las riendas del generoso animal, sintió en su alma un vivísimo impulso de caballero, es decir, que deseó montarle. En los doce años de su edad, el pobre chico no había oprimido los lomos de ningún caballo.

—¡Si yo me montara en él—dijo—y diera dos pasos de aquí a los Cinco Mandamientos, cómo se reirían mis hermanos!

La vanidad se amparó de su alma. La serpiente dijo en su oído palabras tentadoras, y Sildo oyó claramente: «Sube en el caballo del bien y del mal, y montarás como el señor Morton, y como él serás gallardo y hermoso.»

Es difícil detenerse en la pendiente de los goces. Sildo fué de los Cinco Mandamientos a la ladera del Rebenque, y del Rebenque atravesó todo el prado de la Pesqueruela, y después de un poco más allá, y siempre más allá. Cuando quiso detener el caballo no pudo, y éste emprendió a correr, no pareciendo dispuesto a parar en media provincia. Celinina y Paco indicaron que Sildo había corrido hacia la Pesqueruela, Marcharon allá a prisa Morton y *Caifás;* pero no vieron nada. Bajaron a la playa por el pinar; mas el jinete no parecía por ninguna parte, y las noticias que adquirían de los transeúntes eran contradictorias. Desesperado estaba Daniel por aquel accidente, y más desde que le pareció ver en el cielo síntomas de mal tiempo. *Caifás* se encomendaba a todos los santos, y rezaba Padrenuestros a San Antonio. Por último, discurrieron buscar cada uno por un lado y reunirse en la Cortiguera. Separáronse, pues, en el pinar.

Pero Morton, cansado, al fin, de buscar en vano su caballo, decidió volverse a pie. Por no atravesar el centro de Ficóbriga, dió un gran rodeo pasando por detrás de la Abadía. Al llegar al callejón que da entrada por Oriente al atrio de ella, sintió gemir los viejos goznes de la puerta. Miró y vió salir a la señorita de Lantigua. En presencia de una visión sobrenatural, Daniel no hubiera experimentado tan vivo sacudimiento en todo su ser. El primer impulso fué correr tras ella; pero se contuvo, y en uno de los huecos del carcomido muro se incrustó como estatua. Gloria tomaba el camino de su casa. Pasó como los pensamientos placenteros, que, al modo de relámpagos, cruzan la mente en horas de tristeza.

Morton la vió desaparecer en la revuelta de una calle, e instintivamente salió de su escondite para correr tras ella.

«¡Qué esté condenado a no verla más... —pensó—. ¡Ni una vez siquiera!...»

La siguió a mucha distancia, deteniéndose cuando estaba demasiado cerca, adelantándose cuando se quedaba muy lejos. Por fin, cuando Gloria entró en el jardín de su casa, Morton dijo para sí: «Todo acabó. Ahora me marcharé.»

Poco antes de decidirse a partir estuvo media hora sentado sobre una piedra en cierta calleja, que por un lado salía a la plazoleta y por el otro a las pendientes que bajaban al mar.

Pesada y tibia gota de agua, cayendo sobre su mano, le sacó de su abstracción. Mirando al cielo, vió una nube amarilla con intensos cambiantes grises, y pudo observar el aire sofocante. Sopló formidable viento, que hizo remolinos de polvo, y empezaron a caer gruesas gotas que manchaban el suelo con redondeles negros, como si llovieran piezas de dos cuartos. Buscando donde guarecerse, salió Daniel de la calleja, penetró en otra, y, al fin, pudo hallar una gran *tejavana,* bajo la cual se abrigó perfectamente.

Entonces descargó una lluvia tremenda, espantosa, diluvio que parecía inundar la tierra y desleír a Ficóbriga.

«Así llovía sobre el pobre *Plantagenet* el día del naufragio—pensó Morton—.

¡Pobre de mí! Las tempestades me trajeron y las tempestades me llevan. ¿Quién puede penetrar los designios del Señor?»

Después, mirando al cielo, que se descuajaba en rayos y se vaciaba en chorros de agua, dijo para sí: «Viéronte las aguas, ¡oh Dios!, viéronte las aguas, y temieron y temblaron los abismos... Las nubes echaron inundaciones de agua, tronaron los cielos y discurrieron tus rayos... Anduvo en derredor el sonido de tus truenos, los relámpagos alumbraron el mundo, estremecióse y tembló la tierra... En la mar fué tu camino, y tus sendas en las muchas aguas y tus pisadas no fueron conocidas» (1).

La tempestad acabó de oscurecer la tarde, que ya tocaba a su fin. Morton miró a la casa de Lantigua, que frente a él estaba por el costado del Oeste, y vió luz en las habitaciones altas.

«Ya están ahí todos los de la casa —pensó—. Gloria, con sus encantos que la igualan a los ángeles, alegra las horas de los dos ancianos.... ¡Oh Dios mío, qué felices son!»

Pasó algún tiempo más. Las calles eran ríos. Los tejados vaciaban agua, cual si sobre ellos se rompiesen las compuertas de un estanque; la lluvia azotaba con sus mil látigos las paredes; corría la gente despavorida. Por fin, después de media hora de diluvio, pareció que se había concluído el agua de los cielos. Adelgazaron los chorros. La nube de verano pasaba, y la Naturaleza tendía a serenarse con la rapidez del que se ha encolerizado por broma.

«Me parece que podré seguir—pensó Morton—. Pero ¡cómo habrán quedado esos caminos!... Está escrito que no naufragué yo una vez sola en Ficóbriga.»

Esto pensaba cuando sintió gritos y voces en la plazoleta y también dentro del jardín de Lantigua. Mucha gente se reunía allí. Daniel acudió tranquilamente, primero, y a toda prisa cuando sintió entre las distintas voces de alarma la voz de Gloria.

—¿Qué ocurre?—preguntó al primero que encontró en la plazoleta.

—Que con la mucha agua, el puente de Judas se ha roto, y la señorita Gloria está asustada porque el señor don Juan y el señor obispo no han vuelto todavía del soto.

(1) Salmo LXXXI, 17, 19, 20.

Morton halló abierta la puerta de la verja y entró. Lo primero que vieron sus ojos fué a Gloria que atravesaba el jardín, envuelta en un mantón encarnado. En su cara y en sus pestañas brillaban algunas gotas de la escasa lluvia que aún caía. El frío y el espanto la hacían temblar, cubriendo de palidez su hermoso rostro.

—¡Daniel! — exclamó sobrecogida—. ¿Qué buscas aquí?...

Y corrió hacia la casa. Morton la siguió.

—¡Jesús crucificado!—añadió Gloria—. ¿No sabes..., no sabe usted lo que pasa? La lluvia ha destruído el puente de Judas. Mi padre y mi tío deben de haber salido ya del soto... Yo no puedo vivir en esta incertidumbre. Corro allá.

Volvió a salir.

—Si no se puede pasar—dijo uno.

—Se puede pasar—afirmó otro—. Francisquín, el del cura, acaba de venir del soto. Hay un tramo medio roto; pero, agarrándose bien, se puede pasar.

—¿Decís que ha venido Francisquín? —preguntó Gloria con viva ansiedad.

—Sí, señorita; ahí está, con un recado del señor.

—¡Francisquín, Francisquín! — gritó Gloria desde la verja.

Un muchacho pequeño y colorado, húmedo todo desde la cabeza hasta los pies, como una deidad de los ríos, penetró en el jardín.

—¿Y mi padre? ¿Y mi tío?—preguntó la señorita.

—No tienen novedad; pero no pueden pasar para acá en coche, y a pie, con mucho trabajo. La crecida es grande.

—¿Te dieron algún recado para mí?

—Sí, señorita; que esté usted sin cuidado; que todos los señores se quedarán en el soto esta noche y vendrán mañana, subiendo hasta Villamojada, para coger el puente de San Mateo, aunque yo creo que mejor se podrá pasar en lanchas.

—¡Gracias a Dios!—dijo Gloria—. Ya estoy tranquila.

Fijó entonces sus ojos en Daniel Morton. Desvanecido el sobresalto, su espíritu se ocupó por entero de aquella singular aparición.

—Adiós—dijo el extranjero—. Puesto que de nada sirvo aquí...

Gloria se detuvo un instante, turbada y confusa.

—Adiós—repitió—. ¿No estabas ya en camino de Inglaterra? ¿Ha naufragado otra vez el vapor? ¡Jesús! ¡Vienes siempre con las tempestades!... ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo estás otra vez aquí?... Daniel, por Dios, ¿qué es esto?

Curiosidad muy viva se marcó en su semblante, juntamente con claras señales del amor que la dominaba y que no se había extinguido.

—Hazme el favor de darme la mano —dijo el extranjero.

Los criados que estaban presentes se alejaron uno tras otro.

—Yo quiero saber por qué estás aquí y no en camino de Inglaterra. No pensé verte más... ¿Por qué has vuelto?... Pero no quiero saberlo..., no quiero saber nada.

—Dios ha querido que te vea esta noche. Dame la mano.

—Tómala, y adiós.

Morton le besó ardientemente la mano.

—Pero adiós de veras.

—De veras—repitió Daniel.

—¿Dónde está tu caballo?—dijo Gloria.

—Lo he perdido...

—¡Perdido! Entonces...

—Me voy a pie.

—¿Por dónde, si no hay puente?

Morton pensó con profunda seriedad en aquella fatal ruptura del puente.

—Hay mucha distancia—dijo la señorita, sondando con sus ojos el alma de su amigo.

—Me quedaré en la posada de Ficóbriga.

—Es verdad. Adiós.

El hamburgués parecía clavado en el suelo.

—Adiós. Pero ¿te retiras ya? ¡Ay! ¡Esto es espantoso! ¡Esto es inicuo!

Gloria estaba también clavada en el suelo.

—Sí, es preciso—dijo con voz dolorida—. Este encuentro inesperado parece una cosa infernal. Amigo, vete.

—¡Me expulsas!... Eso sí que es infernal y horrible. Maldígame Dios si te obedezco—dijo Morton, dando un paso hacia la casa.

—Pues yo te echo de mi casa, porque es preciso, porque Dios lo quiere así—dijo Gloria, tratando en vano de echar tierra sobre su pasión.

—¡Mentira, mentira!—exclamó éste con febril ardor—. Tú no me amas, tú has hecho burla de mí, del pobre extranjero arrojado aquí por los mares y que quiere huir y no puede.

—Tú no eres ya juicioso y bueno como la última vez que nos vimos. Amigo, si me estimas, si me amas, vete. Te lo suplico.

La pobre damisela casi se ahogaba.

—¡No verte más!... Si cuando huyo, Dios me trae otra vez aquí. ¡No verte más!... ¡Me arrancaré los ojos antes que obedecerte!

—Se ve mejor con el pensamiento que con los ojos. Tú me aconsejaste que hiciéramos ambos un sacrificio. ¿Por qué te opones ahora?

—Porque mi Dios me impulsa hacia ti, y me dice: «Anda y tómala, que es tuya, y lo será por los siglos de los siglos.»

—¿Quién es tu Dios?

—El tuyo. No hay más que uno.

Gloria sintió que a borbotones manaba de su alma la sensibilidad. No pudo contenerla.

—Daniel, amigo de mi alma—dijo con pasión—, te suplico que te vayas. Vete, si quieres quedarte en mi corazón.

—¡No quiero, no quiero!

Lo dijo con tanta fuerza, que causaba miedo.

Sintió Gloria circular en derredor de sus sienes un remolino ardiente que cegaba las claras facultades de su espíritu, como el vértice de caliginosos vapores que oscurecen la luz del sol.

—Amigo, si quieres que te quiera más que a mi vida—dijo, medio trastornada—, vete y déjame en paz... ¿No crees lo que te digo? Ausente, ausente es como te quiero más.

—¡Falsedad, falsedad, falsedad!

—¡Oh, qué pequeño eres!—exclamó la joven, apelando, desesperada, a la razón—. Esto es indigno de ti. No eres como yo creía, Daniel.

—Soy... como soy—murmuró Morton—, y no de otra manera.

—Te aborreceré.

—Aborréceme. Lo prefiero... Es mil veces preferible.

—Todos los lazos están rotos—agregó, con viva agitación, la señorita de Lantigua—. ¿Por qué no huyes de mí?

—Huí ya...; pero el Destino, Dios, o no sé quién, me ha traído otra vez a tu lado.

—¡Dios, Dios!—exclamó ella con des-

esperación—. No creo en la casualidad.

—Yo creo en Satanás.

Furioso viento se levantó entonces, como para secar la tierra inundada. Apenas se oyeron estas palabras del extranjero:

—¡Oh, por Dios, que hizo el Cielo y la Tierra!, Gloria, Gloria de mi vida, ven, huye conmigo, sígueme.

—¡Jesús!—gritó la de Lantigua, horrorizada.

—Tú no entiendes las misteriosas voces del Destino, de Dios. El Cielo y la Tierra, todo me está diciendo: «Es tuya...»

—Adiós, adiós—exclamó la señorita, llevándose las manos a la cabeza y huyendo hacia la casa.

—¡Aguarda!—dijo Daniel, corriendo tras ella.

Gloria entró y quiso cerrar la puerta, pero Morton, impidiendo con enérgica mano su movimiento, entró también.

XXXVI

¡QUÉ HORRIBLE TIEMPO!

—¡Qué horrible tiempo!—refunfuñó Francisca—. ¡Si parece que se acaba el mundo!... ¡Jesús! ¡El viento ha apagado la luz de la escalera!... ¡Cómo golpean las puertas! ¡Roque, Roque!...

A la voz de la venerable criada, que avanzaba por el fondo del pasillo bajo, Roque apareció, soñoliento.

—Hombre, muévete—dijo Francisca, andando, casi a tientas, hacia la escalera—. ¡Jesús, María y José!..., ¡qué miedo! Si me parece que he visto una sombra, un bulto escurriéndose por la escalera arriba.

—Usted ve visiones, señora Francisca.

—Con verte a ti tengo bastante, monstruo. Cierra la puerta del jardín. Puesto que los señores no vienen... ¡Qué horrible ventisca! Vaya, que Santiago se porta. Después de la tormenta, fuelle. Si parece que los demonios levantan en peso la casa y se la llevan por los aires. Dime, zopenco: ¿has visto subir a la señorita?

—Sí, señora; hace rato.

—¡Qué has de ver tú, si dormías! ¿Estará en el comedor? No; todo a oscuras... Anda, cierra la puerta, enciende el farolillo y vamos a registrar la casa.

—¿A registrar?

—Sí; no estoy tranquila. Me pareció que vi... ¡San Antonio bendito!

—Algún alma del otro mundo.

—Ea, cierra, sube y calla.

Callados subieron ambos después de cerrar.

—¡Ah!—dijo la dueña al llegar al pasillo alto—. La señorita está ya encerrada en su cuarto. Veo claridad por la ventanilla alta.

Y, acercándose a la puerta del cuarto de Gloria, dijo:

—¡Buenas noches, señoritat!

En seguida dieron un paseo por la casa; pero no hallaron a nadie. El viento seguía, daba vueltas alrededor de la casa, estrechándola en vorágines horrible, como si la arrancase de sus poderosos cimientos para llevársela en un vuelo.

Creeríase que toda Ficóbriga, con su Abadía en medio y su torre como un mástil, corría llevada por el huracán, del mismo modo que corre un mísero barco sin timón. Los árboles del jardín flotaban cual desmelenadas cabelleras, sacudiéndose, y las rachas de lluvia rasguñaban los cristales como uñas.

Cuando el viento calmaba su furia loca, seguía llorando en el techo con lastimero y penetrante gemido, que se apagaba y avivaba, recorriendo toda la escala, cual un monólogo de aflicción con imprecaciones y suspiros.

Después soplaba de nuevo con rabia; las ramas, en su rozar vertiginoso, se azotaban unas a otras, y parecía que entre aquel torbellino, difundido por la inmensidad de los cielos, se estaba oyendo el rumor de las rotas alas de un ángel que caía lanzado del Paraíso.

XXXVII

AL FIN SE SUPO

Gloria sintió frío en el cuerpo y en el alma. Volvía lentamente a la normalidad de su espíritu. Cuando dirigió la primera mirada a su conciencia, se horrorizó. Todo era negro y espantoso. Cuándo trajo a la memoria su familia, su nombre, creyóse abandonada de Dios y de los hombres.

—¡Daniel! ¡Daniel! ¿Dónde estás?—preguntó, cerrando los ojos y alargando la mano, como si pidiera socorro.

Morton la estrechó entre sus brazos.

—Aquí—dijo—, a tu lado, del cual no me separaré jamás.

—¡Qué locuras piensas! Debes huir; pero, por Dios, no me dejes ahora. Yo muero.

—Ahora—afirmó Daniel con energía—, nadie, nadie me arrancará de tu lado.

—Mi padre...—murmuró ella.

—No me importa.

—Mi religión...

El extranjero calló, hundiendo la cabeza sobre el pecho.

—¡Daniel, Daniel!—clamó la joven, llena de congoja—. ¿Qué tienes?

Morton no contestaba. Gloria puso su mano en la barba de él, tratando de obligarle a alzar la cabeza.

—Has pronunciado la palabra terrible; ya no me acordaba de ella—murmuró el extranjero—. Has helado la sangre en mis venas, has hecho saltar mi corazón como si hubieras dado sobre él un latigazo.

—¿Por qué te espantas así?—dijo la de Lantigua, espantándose también—. Daniel, amigo de mi alma, no aumentes el abismo que nos separa; al contrario, tratemos de llenarle.

—¿Cómo?

—Hagamos un esfuerzo: reunamos nuestras creencias en una sola; reconciliemos nuestras conciencias. ¿No han concordado ya en el pecado? Pues hagámoslas una en el bien, en la verdad. Daniel, examinemos bien lo que nos separa, y se verá que la distancia entre los dos no puede ser grande.

—Ante el que hizo los cielos y la tierra, no; pero ante los hombres es inmensa...

—¡Dios mío!—exclamó ella, bañado el rostro en lágrimas—. ¿No habrá para nosotros misericordia?

—Querido amor mío, esposa—dijo él, abrazándola con efusión—; ha llegado el momento de que todo sea verdad entre nosotros.

—Y de que miremos cara a cara este problema cruel.

—Sí, sí.

—Nuestro remordimiento sale terrible y amenazador del fondo de nuestra alma —dijo Gloria—, y nos grita: «Ya estáis unidos para siempre.»

—Para siempre—murmuró él.

—La separación es imposible.

—¡Imposible!... Pero la hora de la verdad ha llegado.

—¡Oh Daniel, Daniel!—exclamó la de Lantigua, sintiendo en su alma violentísima irrupción de sentimiento religioso—; mi amigo de mi vida, compañero de mi alma, esposo mío, arrodillémonos delante de esa imagen de Nuestro Señor Jesucristo, y hagamos voto solemne de disponer esta noche misma nuestra reconciliación religiosa, haciendo todos los sacrificios posibles, tanto tú como yo. Hijos somos ambos de Jesucristo; volvamos a El los ojos... Daniel, Daniel, ¿por qué huyes de mí?

Gloria, arrodillándose delante de la efigie, tiró del brazo de su amante para que hiciera lo mismo. Daniel dejó caer la cabeza sobre el pecho. Nunca su rostro había estado más hermoso ni más patético. Pálido y grave, sus ojos azules se abatían con sombría tristeza, y vistas de perfil la elegante línea de su nariz y de su frente, y la graciosa barba puntiaguda, su semejanza con el semblante mortal del Salvador del mundo era perfecta.

—¿Por qué no me miras?—preguntó la esposa, desconsolada.

—No puedo más—gritó Morton con súbito arranque—. Vida mía, yo no soy cristiano.

—¿Qué dices? ¡Daniel, por Dios y la Virgen!

—Es preciso decírtelo al fin—añadió el extranjero con voz trémula—, y te lo diré... Gloria: yo no soy cristiano; soy judío...

—¡Jesús! ¡Padre y Redentor mío!

Estas palabras las pronunció la infeliz mujer con el espanto del que muere cosido a puñaladas, del que ve abrirse bajo sus pies la tierra y salir las llamas del infierno. Diciéndolas, cayó sin sentido. Morton acudió en su auxilio; arrodillándose, tomóla en brazos, procuró reanimarla con amorosas palabras; pero cuando ella abrió los ojos y pudo ver junto a sí el característico rostro semítico que tanto contribuyera al cautiverio de su corazón, le rechazó severamente, diciendo:

—¡Impostor!... ¡Judas!... ¡Me has engañado!

—Te oculté mi religión—dijo Morton sombríamente—. Esa es mi culpa.

—¿Por qué has ocultado tu religión? —preguntó Gloria, incorporándose con viveza.

Sus negros ojos echaban llamas.

—Por egoísmo, por temor a que no me amases—repuso Daniel con timidez y sumisión—. Yo no mentí, no hice más que callar; pero reconozco que callar fué gran falta.

—¡Infamia, infamia! No; es mentira...—afirmó Gloria, desesperada—. Tú no puedes tener fe en esa doctrina.

—¡Quizá más que tú en la tuya!

—¡Mentira, mentira!—replicó la joven, de rodillas en el suelo y retorciéndose los brazos—. Si fueses tú israelita, es imposible que yo te hubiese querido. ¡Ay!, parece que la lengua se me quema al decir esa palabra... ¡Si el nombre solo de tu religión es una blasfemia!... ¿Es posible, di, que no creas en Jesucristo, que no le ames?... Si esto es verdad, ¡qué horrible engaño, qué vida tan espantosa, qué muerte de las muertes! ¡Creer yo en ti de ese modo, amarte, adorarte, y cuando pensaba vivir unida a ti para siempre, descubrir, ¡Dios mío!, descubrirme tú mismo este horrendo secreto!... ¿Por qué no escribiste en la frente tu creencia infame? ¿Por qué, cuando me viste correr hacia ti, no me dijiste: «Apártate, que estoy maldito de Dios y de los hombres»?

—¡A qué demencia te lleva tu fanatismo!—dijo Daniel, contemplándola con expresión compasiva—. Acúsame de haberte ocultado la verdad; pero no injuries a mi desgraciada raza, ni participes de un odio vulgar, indigno de ti.

—Si es verdad lo que me has dicho, ¿por qué no tuviste mala apariencia, como tienes mala religión? ¿Por qué no fueron horribles tus acciones, tus palabras y tu persona, como lo es tu creencia? ¡Impostor, cien veces impostor!

—Gloria, amiga de mi vida, no hables así. Tus injurias me matan.

—¿Por qué me has engañado? ¿Por qué consentiste que te quisiera, sabiendo que debíamos estar eternamente separados?—interrogó ella con el desvarío de quien va a perder la razón—. Dime, ¿por qué consentiste que te amara?

—Porque te amaba yo. Es verdad que procedí mal; pero también conocí mi falta, y, viendo venir imponente y amenazador el conflicto religioso, de mí partió la idea de separarnos y te lo propuse. Mi pensamiento no podía ser más honrado.

—Sí; pero después volviste.

—Volví—repuso Morton, confuso como el criminal—. Es verdad; no sé quién me trajo. Todo se ordenó de modo que yo volviese. Me trajo una ola infernal, o quizá hálito divino. El hombre es juguete de las fuerzas de Dios, que gobierna en el mundo.

—¡Dios! No tomes en tu boca ese nombre... Tú no eres tú; no puedo decir fijamente si te amo o te aborrezco, y si cupiera esto en la mente humana, diría que al mismo tiempo te odio y te quiero.

Ocultando el rostro entre las manos, rompió a llorar sin consuelo.

—¡Y todo por un nombre, por una palabra! ¡Oh, qué iniquidad!—murmuró Morton con angustia—. Las palabras gobiernan al mundo, no las ideas. Dime, cuando me amaste, ¿por qué me amaste?

—Te amé porque me parecía que Dios te había puesto delante de mí; te amé por tu lenguaje, por tus acciones, por tu persona, por una dulce concordancia de tu alma con la mía..., ¿qué sé yo por qué?... Pero no..., tú me estás engañando ahora..., tú no puedes ser lo que dijiste, Daniel, porque tú has practicado la caridad.

—Nuestra ley nos dice: «Bienaventurado el que piensa en el pobre. En el día malo lo librará Jehová.»

—Tú no puedes pertenecer a esa secta infamada—añadió Gloria, asiéndose a su incredulidad como a un clavo ardiendo—. Aunque mil veces me lo jures, mil veces me negaré a creerlo... Si lo eres, ¡qué horrible disimulo el tuyo!

—He disimulado, sí. Esta es nuestra costumbre cuando viajamos por un país intolerante como el tuyo. Pero a ti debí decirte la verdad, lo conozco, lo confieso: declaro ante ti mi culpa esperando perdón.

—Esto no puede perdonarse, no, de ningún modo—dijo Gloria con airada resolución.

—Tu Maestro—afirmó Morton—te dice: «Perdona a tus enemigos, ama a tu prójimo como a ti mismo.» ¿Es posible que tú participes del tradicional encono contra nosotros, y de esa antipatía vulgar con que apacienta su rudeza y sus malas pasiones la plebe cristiana? Gloria, por el que hizo el Cielo y la Tierra, no puedo creer que degrades así tu preciosa inteligencia...

—Dentro de Jesús lo admito todo; fue-

ra de El, nada. No llames preocupación al horror que me inspiras.

—Horror que desaparece callando un nombre. ¿Por ventura esto no te dice nada? ¡Me amaste sin conocerme! Di, ¿no parece esto una burla de tu misma fe? O yo estoy loco, o esto es la voz de la Humanidad que a gritos reclama sus derechos.

—¡Ay, yo no sé lo que es esto!...—exclamó la infeliz mujer con arrebato—. ¿Por qué, siendo lo que eres, todo en ti es amable? Sin duda, tu alma es buena y se conserva pura en ese cieno donde has nacido. Un esfuerzo, amigo de mi alma, un esfuerzo, y sacudirás de ti esa podredumbre. Tu espíritu está preparado para la redención; basta un movimiento ligero, una mirada dentro de ti mismo. ¡Daniel, Daniel—añadió, abrazándole con pasión—, por el amor que me tienes, por el que yo te tengo y que ahora, o se extinguirá para siempre o se aumentará, te pido que seas cristiano!... Daniel, Daniel, abandona tu falsa creencia y entra conmigo en el seno amoroso de Nuestro Señor Jesucristo.

Morton la estrechó contra su pecho. Después, rechazándola suavemente, dijo con voz tétrica:

—¡Abandonar yo la religión de mis padres!... ¡Jamás, jamás!

Saltando lejos de él, Gloria le miró con espanto, como se mira una visión del infierno, más terrible cuanto más hermosa, más espantable cuanto más se viste de risueña forma.

—¿Qué has dicho?

—Que yo también tengo familia, padres, nombre, fama, y aunque sin patria común, nos la formamos en nuestros hogares y en la santa ley en que nacemos y morimos. Desde mis remotos abuelos, que eran de Córdoba y fueron expulsados de España por una ley inicua, hasta el presente y, en todas estas sucesivas generaciones de honrados israelitas que constituyen mi familia, ni uno solo ha abjurado la ley.

—¡Ni uno solo!—dijo Gloria con amargo desconsuelo—. ¿Y crees que gozan de Dios?

—Los que fueron buenos, como lo es mi padre, gozarán de El por los siglos de los siglos—afirmó Daniel con acento de una convicción profunda—. No, no llenaréis con nosotros vuestro horrible infierno cristiano.

—Siempre me he resistido a creer en el infierno—dijo Gloria con el espanto pintado en sus ojos—; mas ahora se me figura que existe sólo para mí esa caverna llena de llamas. ¡Oh, qué horrible confusión en mis ideas! Si no hay infierno, para nosotros dos, para ti y para mí solos, creará Dios uno, Daniel... Pero no; yo me salvaré y te salvaré. Merezco arder en el eterno fuego si no te salvo... Daniel, Daniel, abre tus ojos, ven a mí.

—Del modo que tú quieres que vaya, es imposible—afirmó el extranjero con sombría resolución.

—Entonces..., di: ¿qué palabra hay para vituperarte?... ¿Cuál es mi suerte ahora?... Veo que en tu religión no hay conciencia.

—Puedes leer en la mía como en un libro.

—No hay la admirable virtud del arrepentimiento.

—Si éste es el dolor y la vergüenza que causa el pecado, yo puedo decir: «Señor, estoy encorvado, estoy humillado en gran manera...; mi dolor está delante de mí continuamente.»

—No hay abnegación, no hay la confesión de las culpas.

—Sí, porque yo digo: «Mis iniquidades han pasado mi cabeza; como carga pesada se han agraviado sobre mí. Por tanto, denunciaré mi maldad, congojaréme con mi pecado.»

—¿Dices que lea en tu conciencia? —repitió Gloria—. No, no puedo leer nada en ella. Todo lo veo oscuro como la noche, como en mi infancia, como estas tinieblas en que he caído para siempre. Arrodíllate delante de ese Cristo y creeré cuanto me digas.

—No delante de ese profeta crucificado, en quien no creo, sino delante de ti, a quien adoro, me humillaré—dijo Morton, arrodillándose y besando las manos de Gloria—. ¡Que mi padre me maldiga y me arroje de mi casa si no te muestro ahora mi conciencia toda, tal como es, y si te oculto mínima parte de la verdad! Yo te vi, y desde que te vi te amé. Creí, desde luego, que mi naufragio era providencial y que Dios te destinaba a ser mía. ¿Quién sabe sus designios? ¿Quién lee en su libro? Mi creencia en El es grande y fuerte: en todo le veo, y cuando falto a su ley, más terrible, pero más claro, se me aparece... Hice para ti un miterio de mi religión y procedí con

egoísmo, porque, conociendo el horror que inspiramos a los católicos, no quería destruir con una palabra la felicidad de que inundabas mi alma. Sabía que no podías amarme, conociendo mi religión, y callé... Cuando quise hablar, ya no era tiempo; te quería demasiado, estaba cogido en las redes de un insensato amor; mi vida toda dependía de ti en el alma y en el cuerpo, y descubrirme equivalía al suicidio... Entonces pensé en los medios para conseguir una unión perpetua contigo; pero el problema religioso me espantaba, me volvía loco, me aturdía más que los mil truenos del Sinaí y que todas las venganzas de Jehová... Al fin, comprendí que no había solución. Nuestro amor era una contradicción horrible entre Dios y la Humanidad, un absurdo espantoso, la idea absoluta de la irreconciliación; y, al entenderlo así, retrocedí y saqué fuerzas de mi espíritu para la separación que te aconsejé. Huímos el uno del otro, porque no teníamos más remedio que separarnos, como la noche del día... Hasta aquí no es tan grande mi maldad.

—Pero después...

—Después... Yo no había pensado quebrantar mi resolución. Con el alma destrozada, me propuse abandonar para siempre este suelo, cuando los incidentes producidos por una obra de caridad, que carece de importancia y mérito, me obligaron a volver. Yo no sé cómo vine a tu casa; pero no creo en la fatalidad, y, según mis ideas, nada pasa sin la voluntad expresa del que con sus dedos hizo el mundo y formó los astros y las almas. He sido juguete de misteriosas fuerzas. Dios me envió, sin duda, para probarme y conocer el temple de mi espíritu: caí; no tuve rectitud; caí, como cayó David: he sido un malvado, ¿me quieres?, pero, te quiero, te adoro, y esto me disculpa ante Dios y debe disculparme ante ti. Mi pasión ha sido más fuerte que yo... Confieso mi crimen... Yo no protesto. Pero quita de enmedio la disparidad de nuestras creencias, y verás cuán gran parte quitas a mi iniquidad.

—¡Oh, no mezcles el nombre de Dios a esto..., no lo mezcles!

—Yo digo: «¡Tu justicia, como los montes; tus juicios, abismo grande, oh Jehová!...» Obra de Dios es este conflicto supremo. El amor vivísimo que a entrambos nos inflama, obra suya es. Maldigamos...; pero ¿a quien hemos de maldecir? A Dios, no es posible; a nuestro amor, tampoco... Maldigamos a las edades de quienes esto es obra perversa.

—Maldice a tu raza, que, sacrificando a Jesús, se imposibilitó para la redención...—dijo Gloria con brío—. No creo en tu confesión, porque tu alma está a oscuras. Huye de mí. El mismo amor que te tengo, y que no puedo vencer, aumenta mi horror.

—¡Oh Gloria, Gloria!—exclamó, lleno de dolor, el hebreo—, no consientas en ser inferior a mí, porque yo aborrezco el catolicismo y a ti te venero; porque sé distinguir entre tu falsa creencia, que desprecio, y tú misma, a quien pongo sobre todas las cosas de la tierra. Entre los ángeles de la luz has sido escogida. Me glorío en ti, y si fueras mi esposa, ninguna mujer existiría en la tierra ni más venerada ni más amada.

—¡Yo tu esposa, tu esposa yo...! ¿Qué dices?—gimió la de Lantigua—. ¡Yo también soñaba eso, Dios poderoso, y lo soñaba creyéndolo posible! ¡Cómo había de sospechar este horrible conflicto! Dios me ha desamparado, Dios me abandona para siempre.

—Si el tuyo te deja—dijo Morton, corriendo hacia ella—, el mío te recoge. «¡Tus juicios, oh Jehová, abismo grande!»

—¡Déjame!—gritó Gloria, huyendo de él—. No me toques.

Pero no pudo impedir que Morton la estrechara en sus brazos. Trémula y sobrecogida, la infeliz mujer se arrodilló, y, abrazándole los pies, gritó con voz doliente:

—¡Daniel, Daniel, mírame de rodillas ante ti; mírame deshonrada, perdida para Dios y para el mundo! Por el amor que te tengo, por el honor que perdí, por el respeto a Dios y el instinto del bien que hay en tu alma, te suplico que me saques de este infierno. Hazte cristiano; lava tu alma, y con tu alma, mi deshonra. Has hecho una ruina espantosa: repárala. Quizá esto sea un aviso del Cielo. Un gran pecado abre a muchos los ojos... Conviértete, si me amas; sé cristiano, adora esa cruz, y verás cómo sientes sublimado tu espíritu, verás qué pronto se llena del verdadero Dios.

—Hagamos un pacto—dijo Morton, levantándola del suelo.

—¿Cuál?

—Sígueme.

—¿Yo?... ¿Adónde?

—A mi casa...

—¡Oh, tú has perdido el juicio!

—Sígueme.

—Pues bien—dijo Gloria con entusiasmo—: recibe el agua del bautismo; cree en Jesucristo, y te sigo, te seguiré, abandonándolo todo, cualquiera que sea la voluntad de mi familia; te seguiré, aceptando mi deshonra. ¿Puede darse mayor sacrificio? Pero ganar un alma para el reino de Jesucristo, bien lo merece.

—Mi pacto es distinto—prosiguió Morton con febril impaciencia—. Cada cual trata de convertir al otro a su religión. Si tú vences, seré cristiano; si yo venzo, serás hebrea.

Gloria volvió el rostro con horror.

—Eso no puede ser—declaró—; la idea de no ser cristiana me espanta más que la de la condenación eterna.

—Y yo no puedo ser cristiano, no puedo.

—Daniel—murmuró ella, desfalleciendo de dolor—, ¿por que no me matas? Busca un arma.

—Gloria, vida mía, ¿por que no me matas tú a mí? Yo soy el que debe morir; tú, no. El criminal he sido yo, no tú.

—Ha llegado la ocasión de morir. Dios nos abandona.

—No hay solución en la Tierra—dijo él sombríamente.

—Ni en el Cielo—añadió la joven con desesperación, dejando caer sus brazos sin aliento y cerrando los ojos, porque las fuerzas todas de su espíritu se habían agotado.

Cayó de rodillas y, apoyando la frente en el lecho, oró en silencio. Morton, sentado en un sillón, se oprimía la abrasada frente entre las manos. De improviso, los dos se estremecieron y se miraron, porque habían sentido pasos.

XXXVIII

JOB

Dejamos al bueno de don Silvestre mostrando, lleno de orgullo, las peras de su huerta, mientras don Juan Amarillo se apoderaba, cual ave de rapiña, del señor Lantigua, llevándole aparte para hablarle de un grave asunto.

Digamos algo de este hombre, cuyo apellido es de los que más admirablemente se conforman con la persona. Pasaba el tal Amarillo de los sesenta años, y era un hombre despacioso, metódico hasta lo sumo, muy casero, gran rezador de rosario, blando en su conversación, atravesado en su mirar, de cabeza generalmente inclinada hacia un lado como breva madura, nariz de pico, cabeza calva, ojos negros sombreados de largas pestañas ásperas, barba fuerte, pero afeitada, y todo el rostro amarillísimo y reluciente como pergamino. Su ocupación era prestar con usura. Principal banquero de Ficóbriga, a todos sacaba de apuros, previo un interés que jamás pasó de cuarenta por ciento. Como se ve, no debía de ser de los peores en el arte.

Con el dote que le llevó su esposa, Teresita la *Monja*, y con su buen manejo y economía—pues fué económico en todo, hasta en tener hijos—, en cuatro lustros se hizo muy rico. Tenía bastante amistad con don Juan de Lantigua, una de las pocas personas de Ficóbriga a quienes jamás prestó nada, como no fuera atención. Gozaba fama de ser hombre muy religioso, lo mismo que su mujer, gran atisbadora de vidas ajenas y tan fuerte en la vida y milagros de todo el mundo, que solían llamarla el *Confesonario de Ficóbriga*.

Amarillo tomó el brazo de don Juan, y llevándole por bajo un emparado, en sitio muy solitario, le dijo:

—Hace días, mi querido don Juan, que deseaba hablar a usted de un asunto y no quiero dejar pasar más tiempo.

—¿Qué es ello?—preguntó Lantigua, alarmado por el tono misterioso que el otro don Juan tomaba.

—Un asunto grave. ¿Qué opinión ha formado usted de mí como hombre veraz?

—Opinión muy favorable.

—¿Me cree usted capaz de mentir?

—No, señor; ni por pienso.

—¿De embrollar, de calumniar, de levantar catálogos?

—Nada de eso.

—Pues oiga usted la advertencia de un hombre honrado, que le estima, que se interesa por la honra de su casa.

—¡Por la honra de mi casa! Don Juan —exclamó Lantigua con enojo—, ¿qué quiere usted decir?

—Suelen ser ciegos los ojos de marido.

Sonlo también los de los padres bondadosos y confiados.

—No comprendo.

—Pues acabaré de una vez. Debe usted vigilar mucho, pero mucho, a su hija.

—¡A Gloria!—exclamó don Juan, lanzando un grito.

—A la señorita Gloria—afirmó el judío cristiano—. Ella es buena, no lo dudo; pero está en la edad de las pasiones... No encuentro yo malo que las muchachas tengan novio: es muy natural; pero, al menos, que le escojan católico.

—Don Juan, ¿qué farsa es ésa?—dijo Lantigua, poniéndose tan amarillo como su interlocutor.

—¿Me cree usted capaz de decir una cosa por otra, de faltar a la verdad y de mortificar inútilmente a un amigo? Cuando me atrevo a hablar a usted, señor de Lantigua, es porque el hecho es cierto, certísimo. Gloria ha tenido entrevistas con Daniel Morton.

—¿Dónde..., cuándo?—preguntó Lantigua, cambiando del amarillo enfermizo al rojo sanguíneo.

—En los pinos..., hace pocos días... Con decir a usted que mi esposa lo advirtió primero, y que después lo vi yo con mis propios ojos... Como se dijo que Morton partía, yo me callé; pero al oír al señor obispo que le había visto entrar en Ficóbriga, me alarmé, y dije: «Pues no pasa de esta tarde sin contárselo todo al amigo don Juan.»

—¡Por vida de...!—exclamó Lantigua, cerrando los puños y apretando los dientes—, que si no fuera verdad lo que usted me cuenta... ¿Quién lo ha visto? ¿Quién?

—Mi esposa y otras personas de la villa. A caballo venía Morton de la capital de la provincia, y dando un rodeo por los prados de la Pesqueruela, para no entrar en Ficóbriga, iba a los pinos, donde le aguardaba...

Después del primer arrebato, vacilante entre la incredulidad y la alarma, Lantigua cayó en estupor profundo. Sintió un dolor agudísimo en el corazón, y no pudo decir palabra. Parecía que le habían arrancado de repente la ilusión de toda su vida, y quedóse como el santo árabe Job, cuando, llegando un criado, le dijo: «Tus hijos y tus hijas estaban bebiendo en casa del primogénito. Y he aquí un gran viento que vino del lado desierto, e hirió las cuatro esquinas de la casa, y cayó sobre los mozos y murieron, y solamente escapé yo para traerte las nuevas.»

Pero don Juan no rasgó su levita, ni trasquiló su cabeza, ni cayó en tierra; antes bien, reponiéndose algo de la sorpresa, si bien no de la pena, decía luego para sí: «Es mentira, es mentira.»

—Pero haremos bien en guarecernos dentro de la casa, porque llueve, amigo Lantigua—indicó Amarillo.

En efecto, llovía. Todos se metieron dentro, huyendo del agua, y los criados de don Silvestre retiraban a toda prisa mesa y vajilla expuestas a la intemperie.

—Esto pasará pronto—dijo el padre de Gloria, mirando al cielo.

—Yo creo—manifestó Romero—que tendremos una segunda edición de aquel famoso día, cuando sacamos a los náufragos de a bordo del *Plantagenet*. ¡Qué día, señores! Aquello sí que era llover, aquéllas sí eran olas... Yo, lo confieso, tuve miedo...

—Vámonos—dijo, de improviso, el señor de Lantigua, indicando en su rostro una gran impaciencia.

—¿Lloviendo?... Por Dios, don Juan, ¿qué prisa hay?

—Yo quiero marcharme. Peor será esperar a que llueva más y a que se haga de noche.

—Como tú quieras—dijo don Angel.

Don Silvestre mandó enganchar el coche de Lantigua. Cuando estuvo preparado, arreció de tal modo la lluvia, que fué opinión general esperar a que pasase la turbonada. Los caminos estaban intransitables, y el cochero de Lantigua, así como el del *break*, aseguraron que sería milagro llegar a Ficóbriga sin que se rompiese alguna ballesta.

—No importa—manifestó don Juan—. Vámonos.

Pero en el mismo instante dijeron:

—El puente de Judas se ha quebrantado y no puede pasar ningún coche.

—Hoy es día de desgracia—gruñó don Juan, hiriendo el suelo con el pie—. ¡El puente quebrantado! Vean ustedes lo que son nuestros ingenieros... ¡Qué Gobierno! Con el dinero que se gastó en ese puente de palo se podrían haber hecho dos de sólida piedra.

—No hay más remedio que tener pa-

ciencia—dijo su ilustrísima con tranquilidad.

—No hay más remedio que marcharnos a pie—añadió don Juan—. Es calamidad... Ni siquiera tenemos paraguas...

—Pero ¿tú estás loco? ¿Adónde vas? —manifestó don Angel, deteniendo a su hermano.

—¡Por Dios, don Juan..., no parece sino que arde la casa!

El camino, en realidad, estaba intransitable, y espumosos arroyos de fango y agua descendían por las laderas. Don Silvestre dispuso que un criado suyo, llamado Francisquín, bajase a reconocer todo el camino hasta Ficóbriga. Al poco rato volvió, diciendo que estaba medianillo, y que el puente se podía pasar, andando por él con mucho cuidado.

—¡Qué cobardes somos!—exclamó Lantigua, dirigiéndose a la puerta.

Por segunda vez le detuvieron, y he aquí que el cura dijo:

—Más vale que pasen ustedes aquí la noche. Tengo buenas camas. La crecida de la ría es espantosa, y no vale la pena de que nos expongamos a perecer. Si subimos hasta Villamojada para pasar el puente de San Mateo, tardaremos cinco horas lo menos, porque el acarreo de mineral ha puesto la carretera intransitable.

Mucho costó persuadir a don Juan a que se quedara; pero, al fin, lo consiguieron, y se mandó a su casa el recado de que ya se tiene noticia.

Y he aquí que, al volver Francisquín, dijo:

—La señorita Gloria esperaba muy alarmada; pero ya está tranquila.

—¿Quién estaba allí?—preguntó don Juan con viva ansiedad.

—Roque, don Amancio el de la botica, José el cartero, el maestro Rubio, Germán...

—¿Y nadie más?

—Y el señor don Daniel.

Por el abrasado pensamiento de don Juan de Lantigua pasaron aquellas palabras del libro de Job: «Fuego de Dios cayó del cielo, que quemó las ovejas y los mozos y los consumió: solamente escapé yo solo para traerte las nuevas.»

—¿Qué es eso, don Juan: le ha hecho a usted daño la comida?—preguntó don Silvestre a su amigo.

—¿Estás malo?—le dijo el obispo, observándole cariñosamente.

Don Juan se había puesto verde.

—A ver ese pulso—indicó don Silvestre, que también se las echaba de médico.

—Por fin—dijo uno de los compinches del cura, que había venido de la capital de la provincia—, cierto amigo que encontré en Villamojada, y que acaba de llegar de Madrid, me ha informado de la religión de ese señor Morton a quien don Juan ha nombrado. Es nada menos que judío.

Una exclamación de sorpresa y espanto sonó en toda la sala.

—¿Es eso verdad?—preguntó Lantigua, echando fuego por los ojos.

—¡Tan verdad...! Daniel Morton es hijo de un riquísimo israelita de Hamburgo, rabí de la secta, o, como si dijéramos, el sumo sacerdote o el Papa de los judíos.

—A pesar de eso, no me pesa haberle salvado la vida—dijo, con petulancia, don Silvestre—, porque está escrito: «Bendecid a los que os maldicen y haced bien a los que os aborrecen...» ¡Qué día aquel!

—Muy bien—afirmó el prelado, estrechando la mano del cura—. Así me gusta.

Después se quedó tan pensativo, que parecía una estatua.

—Mi opinión—dijo don Juan Amarillo gravemente—es que no se debe consentir en Ficóbriga la presencia de ese hombre.

—No se debe consentir—añadieron dos o tres de los presentes.

Entonces, su ilustrísima habló así:

—Mientras el impío exista, existirá la esperanza de traerle al buen camino. Dios no revela a nadie los caminos de su justicia. San Agustín, amigos míos, nos enseña que el impío está sobre la tierra *ut corrigatur, ut per illum bonum exerceatur*, es decir, *para que se corrija, para que el bien, por razón de él, sea hecho.*

Don Juan de Lantigua se levantó, diciendo con firmeza:

—Yo me voy.

Su tono indicaba una resolución tan firme que nadie se atrevió a contradecirle. El obispo, empezando a participar de la inquietud de su hermano, añadió:

—Pues yo me voy también.

—Iremos por Villamojada—indicó don Juan.

—¡Qué temeridad!—dijo don Silvestre, en voz baja, al joven Del Horro—. Cuando a este don Juan se le mete una

cosa en la cabeza... Y no está nada bueno. ¿No ve usted qué color se le ha puesto? Tiene calentura.

XXXIX

EL RAYO

Gloria y Daniel Morton sintieron pasos y temblaron. Ni uno ni otro se atrevían a moverse. Ninguno de los dos pudo articular una sílaba. Contenían el aliento. Ambos deseaban ser aire impalpable para desvanecerse.

De repente, la puerta abrióse y apareció don Juan de Lantigua. Gloria lanzó un grito terrible. No se sentirá mayor espanto cuando se oigan las trompetas del juicio y aparezca entre inflamadas nubes el que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Don Juan avanzó hacia su hija con el brazo levantado; pero, como si le faltara la tierra a sus pies, cayó violentamente al suelo, exhalando un gemido. Su venerable cabeza cana rebotó contra el suelo.

Don Angel, que venía detrás; Sedeño, Gloria y Morton se abalanzaron al cuerpo del infeliz padre. Lo examinaron: parecía muerto.

Diéronse voces de socorro, y acudieron, atropelladamente, los criados. Cuando levantaban a don Juan, el prelado separó con vigorosa mano a Daniel Morton, diciéndole:

—¡Deicida, sal de aquí!

Por primera vez en su vida se había visto la ira en el semblante del glorioso hijo de Ficóbriga.

El hebreo salió como un muerto que anda.

En tanto, vino el médico y dijo que don Juan de Lantigua tenía un ataque de apoplejía fulminante, y que duraría pocas horas. Sin embargo, se aplicaron con actividad febril todos los remedios indicados para arrancar su presa a la muerte. Perdió por completo el conocimiento, y sólo el pulso anunciaba los últimos congojosos esfuerzos de la desesperada vida.

Tenía Gloria, en su remordimiento y en su dolor, un peso tan grande, que cuando la retiraron del lado del enfermo, llevándola a su cuarto, no pudo salir de él, ni aun moverse. De rodillas, atónita, los espantados ojos fijos en el suelo, parecía estatua de mármol esculpida para conmemorar un gran desastre o representar la idea de la condenación eterna. En el paroxismo de su dolor, oyó los lúgubres pasos de los sacerdotes que subían con el Oleo Santo; los sintió después bajar a punto que entraba por las ventanas la luz de una aurora más triste que la lóbrega y fría noche.

Al fin vió aparecer a don Angel, que le dijo:

—Tu padre ha muerto.

El santo hombre llevó ambos puños a sus ojos y rompió a llorar como un niño.

SEGUNDA PARTE

I

SERAFINITA Y DON BUENAVENTURA DE LANTIGUA

Lo que ahora se refiere ocurrió en abril y en Semana Santa, que vino aquel año algo atrasada. En cambio, la primavera se adelantó tanto, que San José trajo muchas flores, la Encarnación, más, y San Venancio entró lleno de rosas y claveles. Pocas veces se había visto Ficóbriga tan bien engalanada para las festividades religiosas más interesantes al alma y a los ojos del cristiano y, además de la placentera estación y del delicioso temple con que le favorecía Naturaleza, tenía el devotísimo pueblo otros motivos de gozo. Sí, sabedlo; aquel año habría procesiones, regocijo de que estuvieron privados los anteriores a causa de la pobreza del clero y lastimosa decadencia del culto.

Y aquel año habría procesiones, porque ofrecieron costearlas de su bolsillo particular dos beneméritos ficobrigenses, el excelentísimo señor don Buenaventura y la señora doña Serafina de Lantigua, hermanos de don Angel y del difunto don Juan Crisóstomo, que falleció

repentinamente el día de Santiago del año anterior. En el capítulo IV de la primera parte se hizo rápida mención de estas dos estimables personas; mas no era entonces ocasión de hablar mucho de ellas; ahora, sí.

—Venturita y la Serafina—dijo a sus amigas en el pórtico de la Abadía la esposa de don Juan Amarillo—han venido a Ficóbriga con el objeto que todos sabemos, y cuanto digan de arreglar la testamentaría del señor don Juan es farsa y enredo... Aquel desgraciado señor, aunque murió como si le partiera un rayo, dejó sus intereses y sus papeles en orden completo... Pero es preciso decir algo para que el público no se fije en la verdad... ¡Ah, la verdad! ¡Bienaventurados los que, como yo, la ponen por encima de todas las cosas...! Y la verdad es que...

Y al decir esto, Teresita la *Monja* susurraba al oído de sus amigas sílabas misteriosas. Sonreían persignándose las señoras y acto continuo entraban todas en la iglesia.

En efecto, don Buenaventura y su hermana habían ido a Ficóbriga—ésta, en septiembre del año anterior, y aquél, en marzo del que corría—para asuntos relacionados con la testamentaría del señor don Juan. ¡Y qué excelentes personas eran uno y otra! Verdad es que tratándose de aquella privilegiada y sin igual familia, no pueden sorprender a nadie las perfecciones morales y altas prendas del alma que parecían vinculadas en ella.

Serafinita seguía en edad al difunto don Juan. El obispo era el primogénito, y don Buenaventura, el más joven. Este era feliz esposo y felicísimo autor de numerosa prole; en cambio, su hermana era viuda y no tenía ni había tenido nunca hijos. Distinguíase la noble señora por una semejanza tan peregrina con don Angel, que verla a ella era ver a su ilustrísima vestido de mujer, con un peinado entre antiguo y moderno, traje negro sin pretensiones de elegancia, pero también sin abandono, alguna vez guantes negros de hilo, mantón negro y anillo negro en uno de los colorados y regordetes dedos de su mano derecha. En días de nordeste, que es un viento muy amigo de las neuralgias, solía ceñir fuertemente su cabeza con un pañuelo negro y pegarse en las sienes negros parchecillos. Cuando las humedades la hacían claudicar de la pierna izquierda, a causa de la detestable propensión al reuma adquirida años atrás, se apoyaba en un bastón negro. En los días serenos y templados que convidaban a gozar de la Naturaleza y confiarse a ella sin miedo, daba una vuelta por la orilla del mar en compañía de Francisca. Sentándose en cualquier roca, sacaba del hondo bolsillo la labor, que jamás olvidaba, y, picoteando con las agujas, se ponía a trabajar en una media negra.

Tenía el semblante agraciado y tranquilo, teñidas las mejillas de leve rosicler mustio, como de flor tiempo ha tronchada. Lo mismo que en el señor prelado, en ella la sonrisa era el signo más elocuente y sostenido del lenguaje de su cara, y sus hermosos ojos claros, que habían visto tanto mundo y llorado tantas penas, relucían con cierta expresión festiva entre las negruras de que estaban rodeados. Del mismo modo, el alma de Serafinita se sostenía confiada y valerosa con el admirable temple que dan la conciencia pura y una creencia inmutable.

De su matrimonio puede decirse, como del infierno cristiano, que había sido *el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno*. El hombre con quien se casó por compromisos de familia reunía en su alma proterva todas las maldades, vicios y groserías imaginables: era libertino, disipador, cruel, falso, tramposo. La pobre Serafinita sufrió con resignación cristiana malos tratos, infidelidades. escaseces y molestias a que no estaba acostumbrada; presenció escándalos, vilezas, vergonzosas intervenciones de la Justicia, riñas, estafas, y, por último, padeció la mayor humillación y la pena más aguda al ser maltratada salvajemente por aquel monstruo. Horror causa referirlo. Un día el bárbaro esposo la abofeteó públicamente. Otro día, en la intimidad de la casa, la arrastró por los cabellos. La admirable entereza y resignación de virtud tan modesta le enfurecía más, como si en el heroico silencio de ella oyera terribles anatemas de su vil conducta. En aquella lucha horrible, a la humillada víctima pertenecía el grandioso valor, la cobardía al verdugo victorioso. Al fin, Dios introdujo en la casa su mano justiciera. El marido cayó enfermo con lepra repugnante. La esposa, maltrecha y abofeteada, viendo llegar

la ocasión propicia de su venganza, tomóla con arreglo a la idea evangélica, tan arraigada en su alma; es decir, que le abrumó a cariños, le abofeteó con cuidados y le clavó en la cruz de la más dulce solicitud y ternura. Aseguran que el infame murió convertido; y Serafinita, hablando de aquella muerte, decía:

—El demonio me lo entregó a mí, y yo le entregué a Dios. Buen chasco te has llevado, Satán.

Al enviudar, manifestó deseos de retirarse del mundo, consagrando sus días al amor de Dios; y, en verdad, aquel trabajador había hecho bastante en la viña y merecía jornal y descanso; pero la muerte de don Juan, con las horribles circunstancias que la acompañaron, impidieron su santo propósito. Dios decía a Serafinita: «Todavía te necesito en el mundo algún tiempo más...» De la puerta del convento marchó a Ficóbriga.

Don Buenaventura tenía poca semejanza en lo físico con sus tres hermanos. Era el menos guapo, así como don Juan había sido el más hermoso. En cambio, parecía ser el más feliz. Dedicado a los negocios de banca, había sabido acrecentar su fortuna, y vivía holgadísimamente, muy estimado de todo el mundo, en el seno de una familia ejemplar, que se divertía cuanto era posible sin ofender a Dios. Además, don Buenaventura no había declarado la guerra a la generación presente, como su hermano: tenía un carácter más franco, conciencia menos rigorista, pensar más elástico, aunque mucho menos brillante; facultad de adaptación que aquél no conocía; y a causa de estas prendas, que cada cual juzgará como mejor le acomode, y del lisonjero estado de sus asuntos, inclinábase a creer que el mundo no iba tan mal como alguien decía, ni que la sociedad presente era la más ruin y execrable de las sociedades posibles.

La muerte de don Juan, a quien amaba con delirio, hizo en su espíritu efecto desastroso, y la desgracia de su adorada sobrinita le tenía sin consuelo. En marzo del año siguiente a la catástrofe llegó a Ficóbriga. Sus paisanos se alegraron de verle, y corrió la voz de que don Buenaventura proyectaba algo muy interesante para su familia y para el buen nombre de su hermano difunto y deshonrado. ¿Era esto verdad? No queda duda de que su mente trabajaba. Veíasele pasear por la playa, o detenerse largas horas en el cementerio, examinando el sepulcro que se estaba construyendo para su hermano, o vagar solo por los alrededores de la casa, huyendo de toda amistosa compañía, con las manos a la espalda, la cabeza inclinada, fijos los ojos en el suelo, ligeramente fruncido el ceño, lento el paso. A ratos alzaba el semblante y miraba hacia el cielo, como quien quiere preguntar algo; mas volvía pronto a leer en la tierra, sin duda por no haber recibido contestación.

Vestía cómodo traje negro, calzando zapatos de cuero amarillo a prueba de arenas y lodos, por cuya combinación de colores los holgazanes de Ficóbriga, que pasaban su vida murmurando en la botica, decían al ver a don Buenaventura: «Ahí viene el mirlo.» Era su cuerpo alto y no fornido, un poco echado hacia adelante. Su rostro, sin dejar de ser harto común, era muy agradable; uno de esos rostros mundanos que parecen hechos para el saludo y el comercio social, y que siempre aparecía afeitado pulcramente, pues en los varones de aquella familia el aspecto eclesiástico era como una tradición. Apenas se advertían canas en su cabeza, y de su cuello pendían lentes azules, que usaba en días muy claros, porque sus ojos, ya que no lloraban por penas, lloraban por la luz meridional. Rara vez usaba bastón, y las manos, por lo común, se volvían hacia atrás, se juntaban, se acariciaban, dándose cordiales apretones como dos buenas amigas.

Así era don Buenaventura de Lantigua. Cierto día—precisamente el Viernes de Dolores—, al volver de una diligencia, encontró a su hermana, que, sentada en un banco del jardín, trabajaba en su media negra Ambos hablaron.

II

LO QUE DIJERON

—¿Tampoco hoy ha querido venir? —preguntó don Buenaventura.

—Tampoco—repuso Serafinita sin levantar la vista de su obra—. ¡Pobrecilla!... Hazte cargo, Ventura, de cómo estará su espíritu. No sé yo cómo vive, ni sé cómo no ha muerto de dolor, de vergüenza.

—Pues es preciso—dijo él con entere-

za—que no muera de ninguna de esas tres cosas, sino que viva.

—¡Vivir!—exclamó doña Serafina, suspirando—. Sí, ése es nuestro deber. ¡Ay!, para algunos es una obligación bastante pesada... Comprendo la angustia de esa infeliz hija de mi hermano, ¡pobre flor tronchada por el bárbaro pie del asno, que en un momento de descuido entró en el jardín!... No, no he conocido en mi ya larga vida ejemplo semejante, ni hay otra caída que a ésta se iguale, como no sea la de Satanás... Y no me digas que tiene remedio en el orden mundano, Ventura...

—Para todo hay remedio en el mundo—replicó don Buenaventura, tomando una silla de hierro y sentándose frente a su hermana.

—Ventura—dijo Serafinita, alzando los ojos de la obra negra—, recuerda bien lo que nos manifestó nuestro bendito hermano al partir para Roma en enero.

—Lo recuerdo bien.

—Nos dijo estas mismas palabras: «Queridos hermanos: en el asunto de la pobre Gloria obrad con arreglo a las ideas de nuestro idolatrado Juan Crisóstomo, que está en el Cielo. Haced lo que él habría hecho si hubiera sobrevivido a la horrenda catástrofe de su honor. Inspirémonos en su recuerdo; seamos herederos fieles de su conducta, ya que no podemos serlo de su inteligencia poderosa.»

—Eso dijo, sí—repuso don Buenaventura—. Yo creo que el mejor modo de proceder con arreglo al pensamiento del pobre Juan es hacer lo que nos inspire nuestra conciencia. Juan habría hecho lo mismo.

—¡La conciencia!—exclamó Serafinita, moviendo la cabeza—. Esa palabra, por decirlo todo, a veces no dice nada. ¡La conciencia! ¡Ay! Ventura, yo veo a la tuya inclinada a ciertos acomodamientos más deshonrosos que la misma deshonra que pretenden evitar; la veo dispuesta a eso que el mundo llama transacción, justo medio o no sé qué. Piénsalo bien, y di si en este caso horrible puede hacerse más que aceptar el golpe que el Señor se ha dignado descargar sobre nuestra familia, abrumándola de vilipendios; dime si es posible otra cosa más que sucumbir gimiendo, y llorando nuestra deshonra, haciendo todo lo posible para que no se divulgue lo que no debe divulgarse.

—Y al fin será del dominio público.

—No—dijo, vivamente, Serafinita con cierto orgullo—. Hay algo que no se sabrá nunca, al menos por ahora... Mi prudencia responde de ello; mi discreción me asegura que en eso no picarán las viperinas lenguas de Ficóbriga.

—También en eso picarán...

—Pues sea lo que quiera... Si Dios dispone que la vergüenza aumente, aumentará. A todo estoy preparada. Ya nada me espanta. El Señor ha querido probarnos. ¡Bendita sea su mano!

—¡Bendita sea!—replicó don Buenaventura.

—No, tú no puedes decir eso—objetó, vivamente, Serafina—. Tú no puedes bendecir la mano que nos ha herido, porque quieres rebelarte contra ella; quieres hacer ahí unas composturas y unos amasijos de que no puede resultar nada bueno para la conciencia ni para la fe cristiana. ¿A qué aspiras tú? Vamos a ver; dímelo claramente.

—A lo que se aspira siempre cuando ocurren estas desgracias en una familia honrada—repuso don Buenaventura con flemático acento.

—Si el caso presente fuera como otros muchos que vemos un día y otro en nuestra sociedad, pase—dijo la señora, sintiéndose fuerte con sus argumentos—; pero ya sabes que desde que el mundo es mundo, Ventura, no ha ocurrido un caso como éste, al menos en España. Se podría creer que Dios ha enviado tan singularísimo y horrendo suceso como una especie de aviso, con el cual quiere advertir a los españoles los conflictos dolorosos que los aguardan...

—Hermana—dijo don Buenaventura, interrumpiéndola—, sin quererlo tal vez, has dicho una cosa muy sabia.

—No te burles—repuso Serafinita, rascándose tras de la oreja con una de las agujas—; lo que quiero decir es que si el caso que estamos llorando fuera como otros... Estoy cansada de ver niñas caídas en un momento de debilidad, por una ilusión funesta...; pero, hijo, la ley, la religión y la misericordia paterna hallan medio de arreglar estas cosas entre nosotros.

—¿Y por qué no hemos de aspirar ahora a un resultado semejante?

Serafinita miró con estupor a su hermano, dejando caer la media negra sobre sus rodillas.

—¡Estás loco!—exclamó—. Ventura, Ventura, ten presente que para que caiga la bendición del cura sobre este nudo horrible y lo desate, y lo ate después debidamente, es preciso que Dios deshaga el mundo y vuelva a hacerlo de otro modo; que veamos desbaratada, pieza por pieza, la sociedad actual con sus creencias, sus castas, sus leyes, y armada de nuevo conforme a tu gusto y capricho.

—Puede que quedara mejor—dijo don Buenaventura, sonriendo y balanceándose en la silla.

—Pues anda, pon tu mano en la obra, enmienda la hechura de Dios y de tantos siglos...

—En suma, querida hermana—manifestó Lantigua resueltamente—, yo no quiero enmendar la obra de Dios ni volver el mundo del revés. Reconozco la fuerza del argumento terrible que acabas de hacerme. Pero ¿no es lo más prudente y lo más cristiano tentar todos los medios antes de declarar irreparable esta desgracia?

—Reparos que sólo están en tu imaginación. Pareces un niño, Ventura. No siendo posible que una religión falsa y otra vezdadera se mezclen y confundan como el agua y el vino que se echan en un vaso; no siendo posible que nuestra santa fe católica transija en esto ni se humille ante las mentiras sacrílegas de una secta infame, ignoro cómo vas a componerlo.

—Precisamente deseo intentar algo que proporcione un gran triunfo a nuestra santa fe católica—dijo don Buenaventura.

—¿Qué? ¿Convertirle?... Me pareces tonto. Lo que nuestro bendito hermano no pudo conseguir, ¿has de lograrlo tú?... ¡Ah! Como no intentes su conversión por la vía de los negocios...

—Cuando mi hermano intentó convertirle, no existían para él las poderosas razones sociales, los graves compromisos de honor, de dignidad, de delicadeza, los deberes de humanidad...

—¡Honor, dignidad, delicadeza, humanidad!... Probablemente no entenderá ese lenguaje el que ha causado nuestra ignominia.

—Esta es lengua universal. En fin, querida hermana, pronto saldremos de dudas.

—¿Cómo?

—Oyéndole.

—¡Pues qué...!—exclamó Serafinita con terror—. ¿Ese hombre...?

—Va a llegar. Le he llamado yo.

—¡Ventura, Ventura!...

Serafinita no pudo decir más. Era incapaz de cólera; pero su corazón se llenó de pena. Emprendiendo con frenética actividad su obra, fijaba sus animadas pupilas en las puntas de las dos agujas, que parecían las espadas de irritados duelistas que se batían furiosamente.

Después de un rato de silencio, Serafinita dijo:

—¡Ventura, Ventura!... ¿Has escrito al hebreo?

—Sí, y vendrá.

—Tal vez no. Ya sabes que en diciembre estuvo aquí, y nuestra sobrina no quiso recibirle.

—Ya lo sé.

—Y que le ha escrito muchas cartas...

—Sin que ella se haya dignado leerlas. También lo sé.

—Pues ahora tampoco le recibirá.

—Allá lo veremos. No creo que mi vida en Ficóbriga sea en balde, ni que mi autoridad sea una irrisión—dijo Lantigua, demostrando gran confianza en la eficacia de su voluntad.

—Querido hermano, tú has olvidado la recomendación de Angel. ¿Crees que nuestro hermano Juan habría escrito a ese hombre rogándole que viniera?

—No lo sé... Juan no pudo pronunciar una sola palabra sobre su deshonra. Murió callado.

—No murió de apoplejía—manifestó con emoción muy honda doña Serafina—; murió de ira; que también la indignación mata. Su pensamiento se abrasó, su alma huyó escandalizada del cuerpo en un instante horrible. El cielo desplomósele encima. Me parece que oigo la íntima exclamación de su espíritu al volar temblando de este mundo... Ventura, Ventura, inspírate en nuestro hermano, muerto por su deshonra; identifícate con él y represéntate aquel instante tremendo, la sorpresa de Juan, su terror, su congoja de padre amantísimo y de católico ferviente; haz un esfuerzo y procura creer que tú eres él mismo y no tú; que él ha resucitado en ti...

—Inspirándome en mi conciencia—dijo, serenamente, el banquero—, creo inspirarme en él...

Y levantándose, echó ambas manos a la espalda, encorvó ligeramente el cuer-

po y se puso a pasear por el jardín, de un ángulo a otro, sin apartar la vista de la arena, que crujía bajo sus amarillos zapatos. Serafinita, desbaratando un gran trozo de media negra que estaba detestablemente hecho, empezólo de nuevo.

III

COSAS QUE SE IGNORAN Y OTRAS QUE SE SABEN Y DEBEN DECIRSE

La casa no estaba lo mismo que el año anterior. El jardín hallábase bastante descuidado, creciendo en él, o con excesiva libertad o sin la cariñosa esclavitud del jardinero, las flores de primavera que ornaban sus verdes cuadros. Los arbustos y árboles de sombra, los recortados setos, las enredaderas de mil brazos, el césped y los tiestos vivían angustiadamente bajo el imperio del olvido. En cambio, los caracoles sacaban el vientre de mal año en aquellos meses, y se extendían, cual inmenso rebaño jamás saciado, por todo lo verde, subiendo por los tallos arriba hasta llenar de inmundas babas la más alta hoja; que tal es el oficio de estos ministros de la envidia. Algunos tenían tal descaro, que se subían por las faldas de doña Serafina, y la observaban con sus ojuelos, y movían ante ella sus expresivos tentáculos, como diciendo: «¿Qué habrá venido a hacer aquí esta buena señora?...»

En lo exterior de la casa, los desperfectos causados por el último invierno no habían sido reparados. Faltaban pedazos de yeso y molduras. Por no hallarse en buen estado los canalones, existía en la pared de Levante una gran mancha de humedad, al modo de sombra irregular y compleja, que casualmente parecía representar una figura o monstruo de muchas patas y amenazante boca. La veleta se había doblado con los poderosos bofetones del huracán, y la flecha, desquiciada, señalaba siempre al Norte. Estaba muerta.

Dentro podían notarse asimismo los tristes efectos del abandono. Algunas estancias no habían sido abiertas en mucho tiempo. El reloj de gran esfera y timbre resonante, que estaba en el vestíbulo para advertir a todos los de la casa la hora de las obligaciones, de los placeres, del descanso y del trabajo, había enmudecido, y su rostro mofletudo, que tan bien sabía responder antes a los que le preguntaban cosas del tiempo, no expresaba ya nada, como no fuera la inmovilidad y el tétrico silencio de la muerte. En vano don Buenaventura trató de ponerle en movimiento con el dedo, ora impulsando las agujas, ora el péndulo. El reloj daba dos o tres latidos, unas cuantas pulsaciones quejumbrosas, y volvía a caer en su hondo letargo. Había en la quietud de sus agujas, sobre la blanca esfera numerada, algo semejante a entornados párpados y a respiración sosegada y profunda. Viéndole, veíase a uno que duerme.

En las habitaciones altas había otro de chimenea que, trocado en bufón, reía de los grandes chascos que daba a sus amos y del trastorno que producía. Su conducta era más propia de un pillete que de un reloj. Así, cuando eran las seis, él marcaba y tañía las once, o viceversa, y a veces se tragaba medio día lindamente, o se empeñaba en hacer creer que el sol salía después de misa mayor. Siempre que esta buena pieza le daba un bromazo, decía Francisca tristemente:

—Anda, hijo, anda; no eres tú solo el que disparata. Como tú van todas las cosas de esta casa.

Las habitaciones de don Juan habían permanecido cerradas hasta que llegó don Buenaventura, que, tomándolas para sí, pasaba allí largas horas, ordenando los manuscritos y cartas de su hermano y completando el catálogo de la biblioteca. Serafinita vivía en la planta baja, por ser enemiga de escaleras, y Gloria continuaba morando en su habitación primitiva. Pero hacía muchos meses que los habitantes de Ficóbriga no habían visto a la señorita de Lantigua en la calle, ni en el jardín, ni en los balcones. Los propios criados de la casa, a excepción de las dos mujeres, tampoco la veían. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Teresita la *Monja* enunciaba con su labio sibilítico mil abominables cosas, y ningún ficobrigeño pasaba por el camino real ni por la plazoleta sin mirar a las tristes ventanas, cerradas también, cual ojos de durmiente, y decir para sí: «¿Qué hará?»

Durante algunos meses, Gloria había sido objeto de comentarios diversos. Bastante trabajó la curiosidad en aquellos

días, muchísimo la envidia. Se quería demostrar que las grandes reputaciones son casi siempre usurpadas, que no hay nada superior ni sublime; que todo es pequeño y miserable; que las flores no son flores, sino fango; que el diamante no es luz solidificada, sino carbón; en fin, que todos somos iguales, y que si alguno sube mucho por hipocresía o arte mundano debe bajar y ponerse al nivel de los demás, restableciendo la armonía del vulgo, tan necesaria a la del universo.

¿Tenía razón la plebe? ¿Quién puede decirlo sin conocimiento de cosas y personas? La señorita se oculta de todo el mundo, huye de todas las miradas, haciendo de su vida un misterio impenetrable, y como el laborioso insecto, ha tejido un capullo, y, quedándose dentro, con intención, sin duda, de no salir sino con alas, o sea en espíritu. Si penetramos en la casa, no nos es posible llegar hasta ella, porque los criados detienen a todo intruso. Hasta el taciturno reloj del vestíbulo parece decir con su torvo silencio: «¿Adónde vas, insensato? Aquí ya no hay nada...» Creemos sentir leves pasos sobre el entarimado superior Son, sin duda, los pasos de la señorita...; pero no, son los de un gatito que juega. Aunque ponemos gran atención, no conseguimos oír su voz, que ha querido extinguirse para siempre, como la del reloj, creyéndose indigna de sonar entre los vivos.

Atrevidos, subimos; mas tampoco arriba nos es posible verla. La puerta de su habitación está cerrada. Por la noche, si la sorprendemos por breve instante abierta, descubrimos vaga sombra de una cabeza sobre la pared. La cabeza se mueve: es ella, sin duda; pero convertida en leve mancha oscura sin alma y sin vida. Si hay conversación dentro de la alcoba, percibimos, aguzando mucho el oído, el vago silbar de las eses que se destacan sobre la pronunciación castellana, como la espuma sobre las olas.

Si continuamos observando, vemos al través de la puerta, que no ha sido bien cerrada, súbita claridad rojiza que se extingue pronto. No hay duda de que la señorita ha quemado un papel. Por Roque, que dice todo lo que sabe, sabemos que Gloria ha recibido poco antes una carta con sellos encarnados, que no son los de España. Después sale Francisca, entra don Buenaventura, y se entabla nueva y más viva conversación, que dura hasta hora muy avanzada. Pero no podemos atrapar sino las fluctuantes eses que marean y nada dicen solas. Don Buenaventura se retira, al fin, mediatabundo, como siempre; óyese el rumor de los perezosos rezos que preceden al sueño, y sale después Serafinita, serena y mística, como un santo que baja de su nicho para pasearse. Luego se siente el chasquido de la llave. ¡Adiós! La señorita se ha encerrado; duerme, y, envuelta en delicada nube de silencio, de oscuridad, de reposo, ha lanzado su espíritu a las zonas infinitas. Avancemos, apliquemos nuestro oído indiscreto al hueco de la llave. ¿Oís algo? Nada... Quizá un rumor más tenue que el de las alas del más pequeño insecto batiendo en el aire una leve cadencia que no sabemos si es la respiración de Gloria o el aliento de su Angel de la Guarda que vela con la mano puesta sobre la frente de ella.

Un día, que era sábado de Pasión, el narrador espió también. A la escalera llegaba olor gratísimo de claveles y rosas, accidente relativo a ella que parecía ella misma. La señorita estaba haciendo un ramo. De hallarnos en el jardín, habríamos sentido ligero rumor en la persiana alta, y, alzando la cabeza con la prontitud del curioso, habríamos visto una mano que en breve instante apareció y huyó, después de arrojar palos de flores y ramitas inútiles. Aquella mano era la misma que muchísimos días antes había empujado la puerta de la casa para no dejar entrar a un hombre. En cuanto a la cara, sólo la vieron los pájaros alineados como tropa en el alambre o los que, volando o piando, pasaban.

Francisca bajó por más flores, y doña Serafina subió, llevando unos alhelíes que ella misma cogiera. Oyéronse los tijeretazos cortando los palitroques sobrantes en el tronco del ramo. Ni el mismo Roque, que todo lo sabe, sabía para quién eran aquellas flores.

Pronto lo sabremos nosotros. Era media tarde cuando entraron y se reunieron en el comedor don Buenaventura y los dos personajes de más peso en la república ficobrigente: don Silvestre Romero y don Juan Amarillo, este último elevado poco antes a la categoría de alcalde, con lo cual su respetabilidad, que

ya era grande, se había remontado a lo sublime.

Don Silvestre, a poco de estar en el comedor, subió con objeto de ver a su *amada penitente,* como él decía. Quedándose solos don Buenaventura y el digno alcalde, éste habló a su amigo de los últimos acuerdos del Ayuntamiento referentes a las procesiones de Semana Santa, costeadas por el generoso banquero, y que debían de ser dos, a la usanza antigua: la del Salvador, el Domingo de Ramos, y la del Crucificado, con dos pasos más y la Dolorosa, el jueves. A todo dijo amén don Buenaventura; mas no se mostró muy gozoso cuando Amarillo le notificó que a él, al propio señor Lantigua, correspondía lugar muy honroso en ambas procesiones, debiendo en la del Salvador acompañar a la sagrada imagen, propiedad de la esclarecida familia.

Debemos decir que esto y otras cosas municipales de que habló el insigne Amarillo, como el acuerdo recién tomado por el Ayuntamiento de llamar en lo sucesivo *plaza de Lantigua* a la *plazoleta de la Charca,* y colocar una corona en el sepulcro que se estaba labrando al señor don Juan, no fueron sino pretextos que el alcalde tomaba para tratar de un asunto de vivísimo interés para él. Desde la catástrofe del día de Santiago, corrió por Ficóbriga la voz de que la desgraciada joven, antaño llamada *joya* de aquella villa, entraría en un convento, y que la familia pensaba vender la casa, por ser muy antipáticos para ella los lugares de su desgracia y deshonor. Enunciada esta idea, don Juan Amarillo, dueño de copiosos caudales, afanados Dios sabe cómo, concibió la felicísima idea de adquirir tan hermosa finca y establecerse en ella, haciéndola trono de su omnipotencia y de la gran superioridad que sobre toda la redondez de Ficóbriga había ganado.

La idea culminante, la idea madre de todas las ideas de don Juan Amarillo, era ésta: «Ser el primer personaje de Ficóbriga.»

La idea cardinal que gobernaba toda la máquina intelectual de Teresita la *Monja,* era ésta: «Ser la primera señora de Ficóbriga.»

La presencia de los Lantiguas en aquel pueblo, que, por tradición, los veneraba, era grandísimo estorbo, porque la villa obedecía puntualmente a la ley que dijo: «No servirás a dos señores.» Pero si los Lantiguas se marchaban, después que la *joya* fuese guardaba en el estuche de un convento, ¡oh!, indudablemente, la dinastía de Amarillo reinaría ya sin rival entre el mar y la Pesqueruela, entre el cerro de Doña Fronilde y Monteluz.

Ambos esposos vivían desasosegadamente, esperando saber lo que se determinaría, y no cesaba don Juan de hacer indiscretas preguntas al banquero. Aquel día repitió sus proposiciones para quedarse con la casa; pero don Buenaventura no pudo contestarle nada categórico.

—Pronto daré a usted una contestación terminante—dijo Lantigua—. Esto ha de decidirse pronto, pero muy pronto.

En esto oyéronse acompasados taconazos en la escalera, que retemblaba cual si un gigante por ella bajara. Era don Silvestre, que volvía de su visita, trayendo un gran ramo de flores, entre cuyas frescas hojas hundía cada rato su carnosa y sensual nariz para aspirar la fragancia de ellas.

—La encuentro—dijo el cura—mucho más animada... Mejor color, menos tristeza, algunas ganitas de hablar, interés por las cosas... En fin, resucita; la pobre resucita poco a poco.

—Así me parece a mí—indicó don Buenaventura, demostrando la importancia que daba al bienestar de su sobrina—. ¡Si Dios quisiera apiadarse de ella y de todos nosotros...!

—Vean ustedes qué hermoso ramo me ha dado—dijo el cura, acercándolo a la picuda nariz de don Juan Amarillo, que olió por espíritu de adulación—. Es para el Salvador, para la histórica imagen de los Lantiguas. Se lo pondremos en las alforjas al borriquito.

—Ya el señor don Buenaventura—manifestó Amarillo levantándose—está conforme en dar realce con su presencia a las dos procesiones.

—Pasaremos por aquí. Ya me ha prometido la señorita que saldrá al balcón —afirmó don Silvestre con regocijo—. Le he dicho que dejaré de ser su amigo si no va mañana a la misa mayor y a la hermosísima festividad de las palmas. La pobrecita no quiere...

—Irá; yo le prometo a usted que irá —dijo don Buenaventura, despidiendo a sus amigos—. Esta situación debe acabar pronto.

En el jardín, don Juan Amarillo alzaba la cabeza circundada de rayos de autoridad, y, poniéndose la mano en la frente, a guisa de pantalla para que el brillante sol no ofendiera sus ojos, contemplaba la fachada de la casa, y decía para su hondísimo capote: «En reparaciones tendré que gastar otro tanto de lo que vales; pero no importa si, al fin, eres mía. ¡Oh, mía...!»

IV

LAS AMIGAS DEL SALVADOR

La capilla del Salvador, propiedad de la familia de Lantigua, estaba en la derecha nave de la Abadía, con ventana ojival abierta al atrio, altar churrigueresco, pesados bancos de nogal, dos o tres inscripciones sepulcrales y un cuadro de ánimas, en el cual los desnudos cuerpos bailaban entre las rojas llamaradas. Pequeña puerta de arco escarzano daba entrada a la sacristía o camarín, pieza no muy clara, abovedada y húmeda, donde, generalmente, no ocurría nada digno de ser contado, como no fueran los desvastadores progresos de la carcoma; monstruo imperceptible que parece la representación viva de otro monstruo: el tiempo.

Pero el Sábado de Pasión, alegre cháchara de mujeres bachilleras resonaba en la olvidada estancia, como discordipiar de urracas más que de jilgueros; parlerío semejante al de un taller de modista; rumor entreverado de risas y exclamaciones, y salpicado de broncas toses y truenos de nariz, lo cual indicaba que no era aquello congregación de juventud.

En el centro del camarín, puesto ya sobre las plateadas andas que le habían de sostener, estaba el Salvador, imagen de madera cuya hermosa cabeza debió de ser modelada por algún escultor del gran siglo. Sus ojos negros miraban con seriedad dulce y profunda. De sus labios iba a salir la palabra... Hablaba; faltaba poco para oír su voz, a ninguna humana voz parecida. Su majestuosa frente, descubierta en forma de triángulo, por la caída de las dos bandas de cabellos, superaba a cuanto ha podido idear la escultura griega. Pero sobre todas las perfecciones de tan ideal rostro, descollaba aquel mirar que era la irradiación de la inteligencia suprema, y que infundía pasmo y veneración. La pupila inmensa que todo lo ve y que penetra hasta lo más íntimo de los corazones, no podía tener representación más adecuada.

El resto de la imagen no correspondía a la cabeza. Había tomado el escultor por su cuenta busto y extremidades, dejando lo demás al carpintero. El divino cuerpo consistía en un tosco madero, que la humedad y el tiempo había roído a competencia; mas como debía cubrirse con la rica vestidura de tisú, el efecto artístico no se perdía. Montaba el Señor aquella borrica que los discípulos cogieron en la aldea cercana a Betfagé, y fuerza es confesar que el escultor tampoco puso la mano en ella ni en el pollino que la seguía. Ambas figuras eran de tosca labor; pero, aun así, desempeñaban bien su papel, y, principalmente, el borrico hacía las delicias de toda la grey devota y de los chicuelos, que no podían menos de ver en él un santo juguete.

El Salvador estaba aún sin vestido, y el borriquito, sin alforjas. Tres mujeres trabajaban allí con celo incansable. La una, varonilmente subida en las andas, lavaba con esponja el rostro de la sagrada efigie. La segunda cosía una rica tela, añadiéndole tal cual pieza y fijando los galones. La tercera componía con flores de trapo graciosos ramilletes y lindos festones. Si ocupadas estaban las seis manos, no lo estaban menos las tres lenguas.

Teresita la *Monja,* esposa de don Juan Amarillo, era la que lavaba. Mujer rica y desocupada, por tener más dinero que hijos y más devoción que menesteres domésticos, había mostrado siempre afición a las cosas de iglesia, y a meterse en sacristías y enredar en camarines, ora vistiendo santos, ora manipulando cofradías, gustando, además, de saber y comentar todo lo que pasaba entre el coro y el almar mayor, y dar su voto sobre cuanto atañase a las ceremonias religiosas.

La segunda era cuñada de la primera, por ser mujer infelicísima del hombre más desautorizado y más perdido de Ficóbriga, el filósofo y ateo mentecato don Bartolomé Barrabás, hermano de Teresita la *Monja;* pero Isidorita la del Rebenque—que tal nombre tenía por haber sido su padre dueño del prado del Rebenque—llevaba con gran paciencia la

cruz de su nefando matrimonio, y todo lo que Barrabás perdía en opinión y en intereses por su mala cabeza, ganábalo ella con su trabajo y ejemplar conducta. Hacía con igual aire ropa de mujer, de hombre y de clérigo, pudiendo competir sus levitas con las de Caracuel, como lo probaba la gallardía y elegante soltura del cuerpo de don Juan Amarillo. En la temporada de verano albergaba huéspedes, tratándolos bien. Había sido hermosa; mas, últimamente, la obesidad y las penas la tenían en lastimoso estado. Unida con vínculos de parentesco y de cordial amistad a la *Monja,* de quien recibía frecuentes favores, acompañábala a la iglesia y en la casa, siendo un eco de ella en las opiniones, y un admirable estímulo preguntón para que Teresita, o sea el *Confesonario de Ficóbriga,* satisficiese su ardiente necesidad de contar todos los secretos de la villa.

La tercera, o sea la que se ocupaba en arreglar las flores, era la más joven de las tres, y si se quiere, la más hermosa, pues había en su rostro vestigios de una belleza varonil y provocativa. Llámanla, comúnmente, la *Gobernadora de las armas,* por haber sido esposa de uno que componía armas, o que las *gobernaba,* como es uso decir. Doña Romualda era *florista* y *braguerista,* y así consta en los estados de la contribución, donde puede verlo quien dude de las múltiples habilidades de esta señora. La muerte repentina del *Gobernador de las armas* la había dejado viuda; pero ella se sostenía regularmente, aunque no está averiguado que lo hiciera con la virtud de aquellas dos preciosas industrias.

Respecto a Teresita la *Monja,* debe añadirse que era flaca y lustrosa, y su piel, a modo de placa cobriza; las malas lenguas de Ficóbriga decían de ella que se frotaba todas las mañanas largo rato con polvos y ante para sacarse brillo. Era su perfil a lo griego, de líneas rectas formado; pero con cierta indecisión o vaguedad, a la manera de moneda gastada por el uso. Sus ojuelos grises, y a veces dorados, como los de los gatos, no paraban un momento, y lo que más envidiaba a la Divinidad era el don supremo de ver lo invisible y de leer en los corazones. Llamábanla *Monja* porque la exclaustración la sorprendió novicia en las Clarisas, con lo cual torcióse la vereda de su destino, y enfriándose de su religioso anhelo ante las gracias personales de don Juan Amarillo—cuando era pollo—, cayó en sus dulces brazos y se descarrió en un momento de tentación funesta o de falso idealismo. El matrimonio puso luego las cosas al derecho; pero Teresita no perpetuó el linaje de los Amarillos. En efecto, aunque esto no pueda definirse bien, había en ella una como personificación de la esterilidad.

V

REALISMO

Pasó suavemente la esponja por el augusto semblante de la imagen, que representaba la encarnación de lo divino, y después la exprimió sobre el cubo para soltar el agua sucia. Al mismo tiempo decía:

—¡Ay! ¡Jesús mío, cómo estás!... Ya se ve... ¡Catorce años pudriéndote en ese nicho! Vaya, que los Lantiguas pueden hablar... ¡Tanta devoción, y esta sacratísima imagen olvidada!... ¡Qué horror! La mitad de la pintura se queda en el paño...

—Estás haciendo de Verónica, Teresa —dijo, sonriendo, Isidorita la del Rebenque—. Con poco más, sacarás el divino rostro en el lienzo.

—Pues has dicho la verdad. Vamos, no fregoteo más; bien está así. Ahora le pasaré un paño seco. Así, viejecita y despintada, no hay otra cara como ésta en todo el mundo. Miren qué expresión..., parece que nos oye, que nos mira y que quiere hablarnos.

—Parece que nos agradece los cuidados que tenemos con él—dijo la gobernadora de las armas, apartando sus ojos de las flores, y fijándolos en el Salvador—. Pero ¡ay amigas, lo que me ocurre en este momento!... ¡Sabéis que, en efecto...?

—¿Qué?

—Se parece, sí; no hay duda de que se parece...

—¡Ah, cállate, por Dios!—exclamó Teresita, bajando la escalera y sujetándose las faldas para que el borriquito, que estaba todavía en el suelo, no le viera las piernas—. No sigas..., por Dios. Es verdad que se parece... Pero esto no se puede decir, ni aun pensar. Es un sacrilegio.

—Todas las cosas, incluso las malas,

son hechura de Dios—dijo la esposa de Barrabás—. Pero hay quien dice que las caras guapas son obra de Lucifer. Más vale que no hablemos de esto...

—Venga la camisa—indicó Teresita, tomando una especie de funda de riquísimo hilo que le alargó la del Rebenque.

—Me parece que en ningún tiempo, ni aun en los del mayor esplendor de los Lantiguas, se ha puesto el Salvador una prenda como ésta. Es lo que sobró de aquella pieza que compré el año pasado para hacerle camisas a mi Juan... En fin, Isidora, a ver cómo se la ponemos... Coge tú por allí... Tratemos de meter las mangas sin romperlas... Cuidado con los encajes. Son los de aquella mantilla antigua que deshice.

—¿Ayudo yo también?—preguntó la *Gobernadora.*

—No, mujer...; acaba esas flores, que esto pronto lo despachamos.

Así fué, en efecto, y luego ocupáronse ambas de la túnica de terciopelo morado, no por cierto inconsútil, que acababa de componer Isidora.

—De veras digo—manifestó Teresita—que si sé que tenemos procesión este año, le regalo una túnica nueva al Salvador. Entre mis sobrinas y yo la hubiéramos hecho en un momento. Esta no se puede mirar. Serafinita me dispense; pero esto es un pingajo... ¡Qué galones! ¡Qué forros! ¡Ah los Lantiguas, los Lantiguas!...; mucha devoción de pico, mucho hablar de cosas santas..., discursos por acá, librotes por allá. Pero los hechos, las obras, ¡ah!, yo me fijo en las obras y sólo por ellas juzgo... Arriba con la túnica. Yo subo en la escalera; alarga los brazos lo que puedas.

Apenas quedara cubierto el cuerpo del Señor, abrióse la puerta de la capilla, dejando ver una boca remilgada y sonriente, dos alegres ojos pequeños, apenas visibles entre los pliegues de la cara contraída por la sonrisa; una nariz redonda como avellana, un cuerpo forrado en verdinegra funda desde el cuello a los pies, dos brazos negros; en fin, toda la persona de Agustín Cachorro, sacristán de la Abadía. Ya sabemos que el año anterior se había quitado la plaza a José Mundideo, a quien más tarde se dió la de sepulturero. Su sucesor en la sacristía había sabido conquistar simpatías en puestos análogos, y, la verdad sea dicha, ninguno existía más atento a sus deberes Honrado, activo, complaciente, respetuoso y siempre festivo, el buen Cachorro agradaba a un tiempo al cura y a los fieles, al pastor y al rebaño.

—¿Qué tal, señoras mías; se trabaja muchito?—dijo, desde la puerta.

—Entre usted...; entre, hermano Cachorro—respondieron a una y chillonamente las tres.

—Esperen un ratito, que voy a meter las palmas en la sacristía. Vaya, que está muy guapo el Salvador...; ¡ajajá!..., ¿quién conoce a este caballero?...

—Entra, Cachorrillo—dijo Teresita, que tenía gran familiaridad con él—. No podías haber venido más a tiempo. Las tres te necesitamos.

—¿De veras?... ¿Y si me riñe el señor cura porque abandono mis obligaciones?

Agustín entró riendo, pues la risa era su fisonomía.

—Vas a ayudarnos a poner el borriquito en su sitio.

Cachorro tomó el tiento a la escultura, que no era de plumas.

—¡Ay mi niño, cómo pesas!... Pareces un pecado—exclamó, echándoselo a cuestas.

El animal tenía en sus patas cuatro espigones de madera, que encajaban en otros tantos agujeros abiertos en las andas al lado izquierdo del asna madre que montaba el Señor.

—Ya está—dijo Cachorro, afirmando al animal en su sitio—. Señoras, adiós.

—Pero ¿te vas?

—No se vaya usted.

—Señoras, tengan paciencia—dijo el sacristán—. Yo me estaría aquí todo el día con mucho gusto; pero el señor cura me riñe y dice: «¡Anda, hipocritón, que no sirves más que para retozar con las santurronas!...»

—Es el tal don Silvestre el hombre más deslenguado...

—¡Qué cabeza la mía!—murmuró Agustín—. ¿En dónde he dejado el ramo?

—¿Qué ramo?

—¡Ah! Lo he dejado en la capilla. Voy por él.

Salió ligero como un ratoncillo. Isidorita mostró entonces su más bella obra, que era un par de alforjas de raso encarnado, con galones y lentejuelas, como las chaquetas de los toreros.

—¡Lindísimo!—exclamó la *Monja,* me-

tiendo la mano en ella para medir su cavidad.

Reapareció entonces Cachorro, trayendo un hermoso ramo.

—Aquí está—dijo, presentándolo con orgullo—. Me lo ha dado el señor cura para que las señoras lo pongan en la alforja de este tunante. ¡Ay, qué guapo vas a estar!...

—¡Preciosas flores!

—¡Magnífico ramo!

—Es regalo de la señorita de Lantigua —añadió el sacristán.

—¡De la señorita de Lantigua!—exclamó, absorta, Teresita, deteniendo sus flacas y amarillas manos en el momento en que iba a coger el ramillete.

Isidorita quiso olerlo; pero también se detuvo. La *Gobernadora de las armas* no se movía de su sitio, y Cachorro, viendo que nadie quería tomar el ramo, lo dejó sobre la mesa. Pero el chusco sacristán debía de sentir en su alma necesidad imperiosa de expansión, porque, estirando los brazos y haciendo castañetear los dedos y dando ligero brinco, dijo alegremente:

—Señoras, el cura se ha ido... ¡Ah!, me ha encargado que las obsequie a ustedes... En la sacristía ha dejado bizcochos, una botella de anisete y tres de vino muy rico, pero muy rico. Al marcharse el señor don Silvestre me dijo: «Ve y pregunta a esas señoras si quieren tomar alguna cosa... Las pobrecitas han estado trabajando como negras todo el día.»

—Yo no quiero nada—dijo Teresita, meditabunda.

—Yo tengo mala la cabeza.

—Mejor que mejor—afirmó Cachorro, dando una palmada.

—Y yo no estoy bien del estómago—indicó la *Gobernadora*.

—Eso quiere decir que vaya por el *calicem salutis*... Pero ¿qué tienen las señoras? ¿No quieren poner el ramo en las alforjas?

Aspirando el delicado olor de las tempranas rosas hizo un mohín grotesco.

—Señoras—se dejó decir—, ¿saben ustedes que esto me huele a judiito pasado? En fin, voy por aquello.

De un brinco se puso en la puerta y desapareció. Las tres damas habían revestido su semblante de una seriedad oficiosa, y la más respetable de ellas expresó el pensamiento de la cofradía en esta forma:

—Esas flores no se pueden poner en las alforjas.

—No deben ponerse.

—Es claro, porque ella está en pecado mortal.

—Sería un ultraje, un sacrilegio.

Cachorro entró de nuevo con una gran bandeja de pasteles, bizcochos y algunas botellas.

—*Corpus et sanguinem!*—exclamó desde la puerta, y avanzó, alzando la bandeja a la altura de la cabeza con la actitud propia de los mozos de café—. Aquí está lo que resucitó a Lázaro... Parece que sigue la perplejidad. ¿Se ponen o no las flores judaicas?

—Mi opinión es que no se pongan —afirmó la de Amarillo, consultando a sus amigas con la mirada.

—En fin, ¿tenemos concilio ecuménico para decidir?...

—Mi opinión—manifestó la *Gobernadora*—es que se pongan, puesto que el cura lo ha mandado así. Nuestro primer deber es la obediencia.

—Es verdad.

—Tiene razón.

—Póngase el ramo—ordenó la *Monja*, apartando con soberano desdén sus ojos del animalito, a punto que Cachorro le ponía la preciosa carga de flores, contrapeándolas con el racimo de panojas, preparado para el caso.

Las tres damas habían concluído su tarea. Fatigadas de tanto trabajo, se habían sentado en tres sillas preparadas al objeto por el sacristán, y contemplaban en silencio su obra, pudiéndose observar en el semblante de dos de ellas el arrobamiento del artista vencedor, mientras la señora de Amarillo, frunciendo la dorada piel de la frente, demostraba hallarse embebecida en otros pensamientos.

—Todavía no sale de la casa—dijo, cual si contestara a una pregunta que nadie le había hecho.

—¿Quién?

—La señorita Gloria.

—Hace bien—afirmó la del Rebenque—, su vergüenza es mucha.

—¡Qué mimitos!... ¿También tiene vergüenza de venir a la iglesia? ¿No está ya convencida de que no puede casarse?... ¿A qué aspira?... ¿Piensa que en Ficóbriga se le seguirá teniendo el amor que siempre merecieron los Lantiguas?...

¿Creerá conservar la respetabilidad del difunto don Juan, a quien mató con sus liviandades?... Por supuesto, que la niña conservará su orgullito, y cuidado cómo se pone en duda que es la primera persona del pueblo...

—¿Y de veras no sale?

—Ni siquiera al jardín. Se levanta a las seis..., toma chocolate..., se peina... Yo lo observo todo desde mi ventana alta. Lee en dos o tres libros..., trabaja en costura..., va a la biblioteca de su padre..., vuelve..., se acuesta temprano..., le suben la comida..., no habla casi nada! ¡Y qué destrozada tiene la casa! Da lástima verla. Pero Juan me asegura que será nuestra, y en verdad que la pobre lo merece.

A la sazón había empezado a escanciar el bueno del sacristán.

—Vaya, señora doña Isidora, usted dirá—indicó, inclinando la botella sobre el cortadillo.

—Una gota, nada más que una gotita... Basta, hombre, basta; que tomo eso para ver si mi estómago entra en caja.

Isidorita gustó del precioso licor. La *Gobernadora de las armas* hizo ascos al anisete, pero no a un delicado néctar de la Nava, que en otra botella tenía el señor Cachorro, y lo acompañó con bizcochos para que la confortase más.

—Esto da la vida—gruñó Agustín, probando de una y otra cosa.

Teresita no probó nada.

—Vamos, vamos a colocar las flores —dijo a sus amigas, poniendo fin al descanso—. Aún queda bastante que hacer... Por cierto, que si yo no hubiera mandado traer las flores de S***... ¡Dios mío, qué abandonado tenían esto los Lantiguas!

—Señora, ¿qué es esto? ¿Qué tengo yo?—murmuró la *Gobernadora*, pasándose la mano por los ojos—. Si parece que se me va la cabeza.

—Pues a mí también—añadió Isidorita, dándose aire—. Este diablo de Cachorro nos ha dado algún brebaje...

—Animo, señoras; eso se llama hallarse en estado anacreóntico, como dice don Bartolomé Barrabás. Cuando no es vicio, no hay pecado.

—Váyase usted allá, borrachón. ¿Cree que somos como él?

En el mismo instante sintióse un chasquido como de madera que se agrieta: la alforja había caído de los lomos del pollinito, y por el suelo rodaban las panojas y el ramo.

Teresita y doña Isidora se miraron aterradas.

—Es que se ha caído el clavo que sujetaba la alforja—observó Agustín, examinando el animal—. Ya se ve. Apolillada está la madera y se cae a pedazos. Digo lo que Teresita. Esos Lantiguas tenían muy abandonados a los asnos del Señor.

—No se comprende cómo han podido desprenderse las alforjas—añadió la *Monja*, acercándose con cautela.

El sacristán tomó el ramo.

—No; lo que es mientras yo dirija esto—manifestó la señora de Amarillo gravemente—, no se vuelven a poner las tales flores sobre el pobre animalito.

—Hay algo, señoras; aquí hay algo que no comprendemos.

—Yo he visto al asnito dar coces y tirar las alforjas—afirmó la *Gobernadora de las armas*—. Sí, señoras; lo he visto.

—¡Jesús, lo que dice esa mujer!—exclamó con terror Teresita—. Yo no he visto nada de coces; pero aquí hay algo, indudablemente aquí hay algo.

—Eso no tiene duda—repuso Cachorro con cómica gravedad, tirando de la oreja al asno—. Aquí hay algo. Cuando yo digo que este bergante tiene malas mañas...

—Hermano Cachorro—dijo Teresita—, hágame el favor de tomar este ramillete y ponerlo sobre una silla. Yo no lo toco con mis manos.

—Ni yo

—Pues ni yo.

El sacristán, que había salido llevándose las botellas, volvió sin ellas, y dijo en voz baja:

—Ahí está la señora doña Serafina. Viene a ver cómo ha quedado esto.

—¡Qué a tiempo llega! ¿En dónde está?

—En la capilla rezando.

—Voy a hablarle. Sigan ustedes colocando los ramos de trapo—ordenó la *Monja*.

Pero las dos amigas no podían tenerse fácilmente en pie.

En la capilla, de hinojos, devotamente humillada ante el altar de su familia y junto a los sepulcros donde reposaban sus ilustres antepasados, estaba doña Serafina de Lantigua. No vió acercarse a la

señora de Amarillo, que pasó lentamente por la puertecilla del arco escarzano, y se fué acercando poco a poco, más como quien resbala que como quien anda. Cuando silbó la primera palabra de saludo al oído de la ilustre señora, ésta se estremeció, exhalando ligero grito.

—¡Ah señora...—exclamó—, me ha asustado usted!

—Mi queridísima amiga...—dijo Teresita, dándole la mano.

VI

DOMINGO DE RAMOS

En la mañana del domingo, don Buenaventura dijo a su hermana:

—Ya la he convencido de que debe ir hoy conmigo a la preciosa función de las palmas.

—¡La pobre hace un gran sacrificio! —repuso Serafinita—. Pues, si la llevas, que se arregle pronto. Yo me voy delante, que tengo que rezar.

Y tomando su bastón negro, salió. Don Buenaventura tuvo que esperar algún tiempo, y discutiendo con Gloria sobre el mismo tema, oyó de sus labios estas palabras:

—Bien, tío, iré, porque no diga usted que no le complazco. No tengo gusto en salir; pero, por lo mismo..., por lo mismo saldré.

Poco más tarde, la señorita de Lantigua salía de la casa paterna en compañía de don Buenaventura, después de muchísimos días de reclusión voluntaria. Vestía de riguroso luto, con el cual su palidez era realzada. Triste huella habían dejado en su rostro, antes lleno de gracia y lozanía, los huracanes que pasaron meses atrás y todas las penas que arrastraron tras sí, las cuales bastarían a consumir y acabar la belleza más perfecta. Pero la de Glora, más que perdida, parecía modificada, adquiriendo una dulce madurez y cierto aire de consternación que inspiraba lástima a cuantos sin odio la veían. Diríase que sus ojos, al mirar, comunicaban extraordinaria tristeza hasta a los objetos inanimados. Si antaño todo lo que continua o pasajeramente estaba unido a su persona decía: «Gracia, amor, esperanza», ahora todo decía: «Compasión.» Verla y no sentir vivo interés hacia ella era imposible.

Antes que sobrina y tío llegaran a la Abadía, ya se habían repetido en Ficóbriga estas palabras: «La señorita Gloria ha salido.» En el último cabo del pueblo repetía un eco de femeninas voces: «Ha salido.» Los muchachos que vagaban en la puerta del templo, por ser día de ceremonia, la miraron, unos con asombro, casi todos con lástima, algunos con curiosidad descortés y sin delicadeza. Pasó ella con los ojos bajos, tomando el brazo de su tío. Gran fatiga sintió dentro de la iglesia a causa del esfuerzo que había hecho, y su espíritu quedó como sobrecogido y anonadado.

—Vete a nuestra capilla y siéntate, que estarás cansada—le dijo don Buenaventura al darle el agua bendita.

En aquel instante empezaba la sublime ceremonia de la bendición de las palmas, y el coro cantaba: *Hosanna, filio David. Benedictur qui venit nomine Domini. Oh Rex Israel! Hosanna in excelsis.*

Resonaron estas palabras en el alma de la joven con atronador llamamiento, y se sintió confundida ante una superior grandeza. Detúvose junto a la pila de agua bendita sin poder dar un paso. Don Buenaventura, tomándole la mano le dijo:

—Si quieres, ven conmigo al altar mayor para que veas al Salvador, puesto ya en sus andas para salir esta tarde.

—No, no quiero verle—repuso Gloria con súbito terror, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Don Buenaventura, al tomarle la mano, notóla fría y temblorosa.

—¿Qué tienes?... ¿Estás mala?... Siéntate... Yo voy a sentarme en los bancos del centro. Vete a nuestra capilla.

El subdiácono había empezado a cantar la dramática relación del Exodo: «Y llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras; y asentaron allí junto a las aguas.» Este sublime capítulo mosaico contiene las murmuraciones de los israelitas contra Moisés por haberlos llevado al desierto después de pasar el mar Rojo, la escasez que sufrieron, y oyóse la tremenda voz de Jehová, que les dice: *Ecce ego pluam vobis panem de cœlo:* «He aquí que haré llover para vosotros pan del cielo.»

Gloria conocía perfectamente estos cantos y toda la serie de interesantes ceremonias de aquel clásico día. Sabía que

la salida de Egipto era la redención, el maná, la gracia, y contemplando en su espíritu ideas tan hermosas, trataba de regocijarse en ellas.

Aún tardaron algún rato en separarse. Don Buenaventura se dirigió a los bancos del centro, donde estaban las autoridades; Gloria entró en su capilla cuando el diácono cantaba la *Sequentia*. En la capilla de Lantigua había muchas mujeres. Gloria creyó encontrar allí a doña Serafina; pero ésta había ido a la capilla de los Dolores. Entró la señorita sin mirar a las que, de rodillas o sentadas en los bancos, asistían devotamente, al parecer, a la piadosa ceremonia. Si Gloria hubiera atendido más a lo que a su alrededor ocurría que a lo que pasaba en su espíritu, habría visto que era observada con impertinentísima atención por las fieles; que, entre todas, distinguíase una por su indiscreto reconocimiento de las facciones y del vestido de la desgraciada huérfana. Después oyóse en la capilla sordo cuchicheo de murmuraciones y susurrantes comentarios, el cual, empezando por un rincón, se fué extendiendo hasta agitar todo el conjunto de negros mantos. Uníanse unas a otras las cabezas; buscaban los movibles labios el oído; inquietábase el rebaño, y, por último, sonaron también las almidonadas faldas al levantarse tal cual oveja que gran desasosiego padecía. Gloria no alzaba los ojos de su libro de rezos. Si los alzara, habría visto a Teresita la *Monja* acompañada de sus tres sobrinas, las hijas del escribano don Gil Barrabás. Pero sí advirtió que la señora de Amarillo se levantaba y, dando terminante orden a las niñas, salía con ellas de la capilla.

Distraída un momento por esta brusca desaparición. Gloria fijó de nuevo los ojos en su piadosa lectura. Pero no habían pasado dos minutos cuando otra señora, seguida de dos niñas, abandonó también la capilla. Era la *Gobernadora de las armas*.

«Huyen de mí», pensó la joven.

Al poco rato otras dos señoras y un hombre huyeron también de allí como se huye de un sitio infestado. Sólo quedaron dos viejas y un marinero anciano, que, atentos con profunda edificación al acto religioso, no ponían mientes en lo demás. Gloria sentía opresión en su pecho y una necesidad de llorar que no podía satisfacer; pero, al fin, de sus ojos corrieron a raudales las lágrimas cuando oyó cantar: «¡Oh Dios!, que enviaste a tu Hijo a este mundo para salvarnos, para que se humillara entre nosotros.»

El sacerdote había bendecido las palmas, que fueron rociadas con agua bendita y ahumadas con incienso. Distribuídas aquéllas, empezó la procesión. El coro entonaba el capítulo de San Mateo: *Cum apropincuaret Dominus*. Gloria cerró los ojos, orando recogidamente y con profunda ternura, mientras pasaban clérigos y seglares No quería ver nada, ni mirar al presbiterio, donde estaban el Salvador y el borriquito, objeto de la atención general y del fervor más pío por parte de los muchachos. Sentía los lentos pasos, el canto grave, la humareda de incienso, el murmullo del conmovido pueblo, y sometiendo su imaginación y su pensamiento a la idea de tan bello símbolo, contemplábalo en toda su grandeza sublime.

Las ceremonias con que la Iglesia conmemora en Semana Santa el extraordinario enigma de la Redención son de admirable belleza. Si, bajo otros aspectos, no fueran dignas de excitar el entusiasmo cristiano, seríanlo por su importancia en el orden estético. Su sencilla grandeza ha de cautivar la fantasía del más incrédulo, y comprendiéndolas bien, penetrándose de su patético sentido, es por lo menos frivolidad mofarse de ellas. Quédese esto para los que van a la iglesia como al teatro, que son, en realidad de verdad, porción no pequeña de los católicos más católicos a su modo, con falaz creencia de los labios, de rutinario entendimiento y corazón vacío.

Es evidente que las ceremonias de Semana Santa despiertan ya poco entusiasmo, y muchos que se enfadan cuando se pone en duda su catolicismo, tiénenlas por entretenimiento de viejas, chiquillos y sacristanes. Sólo en Jueves Santo, cuando la afluencia de mujeres guapas convierte a las iglesias en placenteros jardines de humanas flores, son frecuentadas aquéllas por la varonil muchedumbre de nuestro orgulloso estado social, el más perfecto de todos, según declaración de él mismo. Nuestra sociedad se cree irresponsable de tal decadencia y la atribuye al excesivo celo y mojigatería de la generación precursora, la cual, adulando al clero y adulada por

él, quitó a las ceremonias religiosas su conmovedora sublimidad. ¿Cómo? Multiplicándolas sin criterio, haciéndolas complejas y teatrales por el abuso de imágenes vestidas, de procesiones, pasos y traspiés irreverentes, absurdos, sacrílegos, irrisorios; por la falta de seriedad y edificación que trae consigo la injerencia de seglares beatos en las cosas del culto. No es fácil designar quiénes son responsables de esto; pero a nadie se oculta el hecho peregrino de que en el país católico por excelencia, las cuatro quintas partes de los fieles se resistan a tomar parte *en ese carnaval de las mojigatas,* como dicen muchos que por costumbre oyen misa y aun confiesan y comulgan, aunque no sea sino por no parecer demagogos.

VII

TÍA Y SOBRINA

Después de la procesión de las palmas y de la bellísima ceremonia y cánticos en la puerta al regreso de aquélla, se celebró la misa de Pasión. Muy tarde salieron; don Buenaventura fué en busca de su sobrina para irse a comer. No los acompañó a esta función doña Serafina, porque ayunaba y, sin más sustento que el chocolate, se estaba todo el día en la iglesia hasta el anochecer, hora en que iba a su casa y tomaba la colación.

Por la tarde, don Buenaventura llevó nuevamente a Gloria a la Abadía para que viese salir la procesión del Salvador. Dejóla en la capilla; repitióse el mismo desaire de la mañana; pero ni un instante decayó el valeroso ánimo de la joven. Cuando se puso en marcha la procesión y salió el Salvador, Gloria cerró los ojos para no verlo. Pasaron, salieron todos, santos, clérigos, señores, pueblo. En la Abadía no quedan sino algunos ancianos inválidos, dos cojos y las nubes de incienso, suspendidas con imperceptible movimiento en el aire. Gloria, al hallarse casi sola, encontró más fácil la subida de su mente hacia Dios, y la angustia que oprimía su pecho comenzó a ceder. Fatigada extremadamente de estar de hinojos, se levantaba para sentarse en un banco, cuando oyó pasos, acompañados de un golpecito de bastón, y reconoció la persona de su tía que se acercaba. Serafinita entró en la capilla.

—Al fin has venido—le dijo—. ¡Pobrecita! Mi hermano es muy terco y pesado. Perdónale, porque su intención ha sido buena.

—¡Perdonarle!... Antes le agradezco que me haya hecho salir. Me siento bien.

—¿Te sientes mal?—preguntó la tía con expresión de lástima—. ¿Estás contenta?

—Contenta, no; pero tranquila, sí.

—¡Y yo que venía a consolarte...!

—¿A consolarme? ¿De qué?

—Entremos en el camarín. Tengo que hablarte. Allí descansarás mejor.

Ambas entraron. Gloria vió sobre una silla, abandonado, pisoteado, mustio y lleno de polvo, el ramo que entregara a don Silvestre con el fin que sabemos.

—¡Aquí está!—exclamó con asombro, fijando los ojos en su tía.

—Ahí está, sí—repuso Serafinita sentándose—. Ya debías comprender que no podía estar en otra parte. Ayer no quise decirte nada; pero ya pensé que podías excusar este regalo de flores al Salvador, efigie protectora de nuestra familia.

Absorta y anonadada, Gloria no halló en su pensamiento palabras para contestar. Miraba a su tía y después a las flores, cual si de éstas, más que de aquélla, debiera esperar explicación razonable.

—Es verdad—dijo, al fin, sollozando—. No debí mandarlo.

—Esas buenas señoras—continuó Serafinita—tuvieron escrúpulos que yo disculpo... Te consideran en pecado mortal... Ya ves... Debemos respetar las creencias generales. Yo comprendo bien que en esta deplorable fama de tu vergüenza hay algo de injusticia, y, desde ayer, algunas ideas supersticiosas.

—¿Qué ideas?—preguntó Gloria.

—Dicen que ayer, cuando el borriquito sintió encima el peso de tu ramo, empezó a dar coces y a sacudirse, hasta que lo arrojó de sí... Sería alucinación, quizá algún hecho casual alterado por los sentidos. Pero sea lo que quiera, y aunque suprimamos el sobrenatural prodigio, siempre quedará la idea...

—¡De que estoy en pecado mortal!... ¡De que estoy condenada!—exclamó la señorita de Lantigua—. ¡Oh!, querida tía, ¿está usted segura de no equivocarse?

—Yo no creo que el estado de tu conciencia sea tan malo como piensa la gen-

te; pero la opinión del pueblo en que vivimos, y que siempre nos ha demostrado tanto cariño, es muy desfavorable a ti.

—Ya lo he comprendido.

—Si no hubieras salido hoy de casa, como yo quería—dijo la señora, sollozando con aflicción—, ni tú ni yo pasaríamos las amarguras que hemos pasado hoy a causa del atroz desaire...

—Es cierto, sí. Varias personas se retiraron de la capilla cuando yo entré —dijo Gloria a medias palabras.

—¡Ay!—murmuró doña Serafina, llevando ambas manos a su sereno rostro y llorando sin consuelo—. Grandes penas he sufrido; pero nunca se ha sonrojado mi cara como hoy... al ver...

El llanto la ahogaba.

—... Al ver—prosiguió—que en esta villa, en esta santa iglesia, en nuestra capilla, había de ocurrir una escena semejante. ¡Cómo podía yo pensar que al entrar en ella la hija de mi hermano, la hija de aquel que fué tan justamente querido en todas partes..., de aquel que tanto enalteció con sus virtudes y con su talento el nombre de Lantigua...! ¡Cómo podría yo pensar que al entrar tú, una mujer de mi sangre y de mi nombre, en esta capilla, habían de huir escandalizados los fieles, con espanto de tu compañía!...

Gloria no contestó. Cruzadas las manos sobre las rodillas, tocando la barba en el pecho, oía el lastimoso clamor de su tía y apuraba sin protesta el cáliz.

—... Yo lo sufro con paciencia—continuó la señora, tomando las manos de su sobrina y estrechándolas con cariño—. Yo lo sufro con paciencia y, además, hija de mi alma, reconozco que tienen razón...

Al oír esto, Gloria se estremeció. Sus labios se desplegaron, incitados por la palabra que quería salir...; pero no dijo nada, y volvió a inclinar la cabeza.

—... Sí—añadió Serafinita—, sí, tienen razón. El cariño no me ciega, hija, y veo con claridad tu tristísimo estado y disculpo a las personas que apartan de tu presencia a las tiernas niñas... Si hicieras lo que yo te ruego a todas horas...; si siguieras mis indicaciones, que son las de una madre desinteresada, y se ajustan al criterio de tu padre y a la voluntad de tu santo tío, entonces, querida Gloria, ¡cuán distinta sería tu situación ante Dios y ante los hombres!... Las circunstancias terribles de tu caída exigen que renuncies a todo, que mueras para el mundo, para la sociedad, para todo absolutamente, que sólo vivas para Dios. Gloria, amada hija mía—añadió alzando la voz con acento que algo tenía de terrible—, muere, muere para el mundo si quieres salvar el alma.

—¡Muerta estoy!—murmuró Gloria en un gemido.

—No, porque esperas aún en cosas de la tierra.

—No espero nada—repuso la huérfana—. Acepto la expiación horrible que me ha sido impuesta, y la acepto sin ira, con humildad. Perdono las injurias; no siento ni aborrecimiento ni antipatía por los que han hecho de mi nombre la palabra del escándalo; no diré una sola voz por defenderme, porque sé que todo lo merezco, que mis culpas son grandes; bebo hasta lo más hondo, hasta lo más repugnante de este cáliz amargo, y ofrezco a Dios mi corazón llagado, que chorrea sangre y que jamás, en lo que le resta de vida, dará un latido que no sea un dolor...

—Padeces, sí, padeces—dijo la tía con amor—, pero no lo bastante. Hay en tu mismo martirio y en esa expiación de que hablas una independencia, una rebeldía, que ya es un nuevo pecado.

—¿Qué debo hacer para no ser rebelde? Estoy dispuesta a todo—declaró la joven, arrojando fuera hasta el último átomo, si así puede decirse, de libre albedrío.

—Reconciliarte completamente con Dios.

—¿No lo estoy ya?

—Creer todo lo que manda la Santa Madre Iglesia.

—Bien. Lo creo.

—Y después..., después, entrar en un convento.

Al oír esto, Gloria alzó la cabeza. Creeríase que en su alma estallaba repentina sublevación de sentimientos poderosos que no podía dominar. Sin duda, iba a decir algo enérgico y categórico, porque sus negros ojos brillaron y sus labios palidecieron; pero la voluntad, más firme cuanto más combatida, cayó como la losa de un sepulcro sobre aquello que con audacia se levantaba, y bien pronto todo su espíritu fué paciencia.

—Si un convento—dijo sordamente—es un sepulcro donde se entra viviendo,

yo quiero vivir para todo lo que no sea Dios y mi remordimiento; quiero vivir en la soledad más negra y más completa que pueda imaginarse; quiero que mi nombre no exista más en la memoria de nadie, a no ser en la de aquellos que lo pronuncien para ultrajarme, y que mi persona en el mundo sea como una figura trazada en el agua.

—¡Ah!—observó con un poco de alteración doña Serafina—, ése es el pérfido sofisma del mundo. No, no... De esos conventos que labra el alma de sí misma se puede salir. ¡No, no mil veces! No tenemos garantía de la perpetuidad de tu reclusión, y esa garantía la necesitamos a un tiempo la Iglesia y tus parientes, la exigen la fe que profesamos y el decoro social. ¡Ay!, pobre hija mía, piénsalo bien; esta solución que te propuse desde el primer día es la única posible.

—La solución es padecer—afirmó Gloria con voz firme.

—¡Oh!, no me lo niegues, no me lo niegues: tú esperas.

—Espero en Dios.

—No; tú esperas en cosas livianas; tú esperas en el mundo. Sin sospecharlo tú misma, estás solicitada por el pecado, que ya te hundió en los abismos... ¡Ay, no puedes apartar de ti esa víbora! Confiésalo, reconócelo.

—No espero nada del mundo—dijo Gloria con tranquilidad.

—Sí, tú esperas. Aún te tiene en sus garras la bestia horrible. Gloria, hija mía, ¿no cabe en tu mente la cristiana idea de la muerte social, que es la salvación del alma, esa muerte en cuyo punto empieza la eterna y gloriosa vida?

—No puedo morir más de lo que muero para el mundo.

—Desgraciada; sueñas con una reparación imposible.

—No hay reparación para mí.

—Mientras sobre la Tierra aliente un hombre, tú no tendrás valor para arrancarte de la Tierra. La tienes asida con tus manos, y aunque te quemas, todavía no quieres soltarla.

—Desasida estoy. He renunciado a la reparación, al matrimonio, al amor mismo. Yo arrancaré cuanto existe en mí de aquel tiempo, hasta los recuerdos, para estar todo lo sola que deseo.

—Pero ¿sabes tú lo que podrá ocurrir? Ese hombre te ha solicitado de nuevo, te ha buscado...

—No he querido verle ni escribirle...

—Eso no basta. Tu situación siempre es equívoca y deshonrosa. ¡Baldón para ti y para tu familia!... Gloria, hija de mi corazón, entra, entra en un convento, que es la solución natural de tu desgracia irreparable, la solución religiosa y social.

Abrazándola con ternura, Serafinita besó a su sobrina en las mejillas. La infeliz penitente, entre ahogados sollozos, afirmó con categórica determinación:

—Jamás, jamás, querida tía, entraré en un convento.

—Dime la razón, dímela—suplicó Serafinita.

—¡La he dicho tantas veces...! Es lo único que queda en mí de la voluntad extirpada, lo único que resta después del sacrificio de toda mi persona, el único deseo de quien a nada aspira en el mundo, el único móvil por el cual mi estancia en la Tierra merece el nombre de vida.

—Siempre la falsa idea. Tú esperas, esperas—repitió Serafinita, moviendo la cabeza—. Eso es esperanza, y esperanza del mundo.

—Yo creí que era sacrificio y virtud.

—Siempre la misma idea—volvió a decir la dama, moviendo la cabeza con desaliento, como el que ve perdido aquello que quiere salvar—. ¡Siempre el lazo que te ata a la vida y que te seduce, porque en su origen es noble y generoso!... No te dejes engañar por sentimientos que no te corresponden ya, por sentimientos, hija mía, a los cuales no tienes derecho a causa de tu culpa.

—Si es así—manifestó Gloria con sumisión, demostrando el agudísimo dolor que la dominaba—, mi castigo será infinitamente superior a mi pecado, y éste es muy grande.

—No tienes idea de la grandeza de las penas. Te pareces al que por un rasguño se lamenta como si tuviera terribles heridas. ¡Padecer! ¿Sabes bien hasta dónde alcanza este concepto? ¿Sabes, acaso, todo lo que cabe en las fuerzas del humano espíritu, tratándose de padecer? Es lo único en que el ser humano no conoce límites ni debe desearlos. Fíjate bien en la Pasión que conmemoramos los católicos en esta semana, y tus alardes pueriles de sufrimiento te causarán risa. Quítale al presente dolor la amenaza de otro dolor más grande, y se pare-

cerá un consuelo. ¡La resignación! ¿Sabes lo que entraña esta palabra? Contiene el propósito firme de aceptar todas las amarguras que pueden venir detrás de las que por el momento apuramos. Tú no lo comprendes así; no vas hasta el último extremo, no aceptas la totalidad de tu expiación, y, haciéndote juez de tu propia causa, te sentencias a un aislamiento placentero y tranquilo, donde sabrás rodearte de delicias. Renunciando sólo a los gustos que no valen nada, te quedas con aquello que, por ser muy bueno, sirve para premio de las más altas virtudes...

Gloria gimió con dolor al oír esto.

—¡Donosa resignación la tuya!—añadió Serafinita—. ¡Lindo modo de purificarte por el martirio! Si Jesús, después de azotado, hubiera huído cuando le iban a crucificar, ¿crees que habría redimido al género humano? Pues tú haces eso: crees tener bastante con los azotes y huyes de la cruz... Tu resignación será ineficaz para tu alma si no es completa, absoluta; si no comprende la renuncia de todo, absolutamente de todo.

Doña Serafina, al decir esto, abrazó y besó tiernamente a su sobrina, la cual, agobiada en extremo y bañada en lágrimas, repetía:

—Todo, absolutamente todo...

Era necesaria la gran mansedumbre que se había impuesto para no caer en la más negra desesperación. Sin rechazar las terribles afirmaciones de su tía, que aún no podemos comprender bien, por ignorar el hecho que las ocasiona, Gloria no podía menos de dar salida a una dolorosísima queja que, brotando de lo más íntimo de su angustiado pecho, se manifestaba en estas breves palabras:

—¡Oh, qué crueldad, qué crueldad!

—No te sofoques más ahora—dijo la buena tía besándola tiernamente—. Ya tendremos tiempo de hablar de este asunto. Volvamos a la iglesia. No sé cómo no ha entrado ya la procesión. No siento nada. Es extraño...

¡Inaudito caso! La procesión, que no debía emplear más de cuarenta minutos en recorrer su carrera, no había vuelto aún, después de transcurrida una hora.

—No salgas así—añadió Serafinita—. Sosiégate y aguarda en el camarín un ratito. Voy a ver por qué se ha detenido esa procesión.

Doña Serafina, al salir a la capilla, vió con asombro que entraban alborotadas algunas mujeres; oyó rumor de voces y gritos en la plaza.

—Ya...—dijo, al fin, buscando una razón—. Llueve, sin duda, y se ha desorganizado la fiesta.

Pero, no; lucía el sol y la tarde estaba serena.

VIII

EL SALVADOR, EN LA CALLE

Lucía sol espléndido cuando la procesión salió a la calle. Alzadas las andas sobre los robustos hombres, descollaba entre la multitud de cabezas descubiertas y entre el movible bosque de amarillas palmas, el asno que sostenía al Salvador del mundo. La hermosa cabeza de éste, animada de celeste expresión vital por el numen del artista, era centro de las miradas y de la atención del devoto pueblo. Aquel Señor tan bueno, tan hermoso, tan amigo de Ficóbriga, parecía sonreír a sus amados hijos y decirles: «Al fin estoy otra vez entre vosotros, queridos míos.» El que entró en Jerusalén saludado por el *hosanna* y las aclamaciones de triunfo, no podía ser de otra manera que aquél, tan bello y afable, con su rizada barba, sus ojos, que miraban como sólo puede mirar el que, después de haber fabricado los mundos, vió que eran buenos; su delicado perfil y las graciosas bandas de cabellos, que, partidos sobre la frente, caían sobre sus hombros.

A su lado iba el borriquito. Llevaba sus alforjas provistas para lo que pudiera suceder, circunstancia que aumentaba la gracia de su presencia en aquel sitio, produciendo en el pueblo, sin menoscabo de la devoción, una hilaridad de buen gusto. En uno de los huecos de las alforjas cargaba ración cumplida de doradas panojas, y en la otra un ramo, puesto allí por la señora de Amarillo, en sustitución de otro que no servía. Algo impropia de la severidad humilde de quien quiso entrar en la celestial Jerusalén caballero de una jumenta, era la vestidura de terciopelo bordada de oro; pero pase este exceso de piedad, la cual gusta de expresar el ardor y grandeza de los sentimientos con objetos materiales de extraordinario valor. El sol,

hiriendo los bordados, daba al Rey de los reyes aspecto semejante al de un temporal soberano de Oriente; pero de todo esto puede hacer caso omiso el artista cristiano, porque aquella cara sin igual, aquella mano que se alza amonestando, aquellos desnudos pies que pronto serán clavados a un leño, no son de nadie más que de El.

Cantaba el coro: *Turba multa clamabat Domingo, Benedictus qui venit in nomine Domini, Hosanna in excelsis.* Destacábase con singular tono de fervor la voz de José Mundideo, a quien se había concedido poco antes la plaza de sepulturero con la condición de ir a cantar a la Abadía en los días solemnes, porque su mucha práctica del coro le hacía necesario. No lejos de él iba Sildo con el incensario, echando unas humaredas que parecían nubes. Don Silvestre llevaba su capa pluvial con mundana elegancia, y presidía la ceremonia religiosa con regocimiento y circunspección, cual hombre que sabe su oficio. Al padre *Poquito,* que hacía de diácono, le arrastraba la dalmática, por ser él de menguadísima estatura, y marchaba con los ojos bajos y toda su cara contrita y afligida, como la de quien, siendo ángel, se cree pecador.

Más atrás iba don Juan Amarillo, henchido de vanidad por hallarse en la plenitud de sus funciones municipales, sintiendo algo grande y divino en su mente augusta. Representaba allí la autoridad humana protegiendo y amparando con su tutelar brazo a la divina, y era preciso que su persona estuviese a la altura de tan insigne papel. Andaba con lento y muy marcado compás, y a cada paso hundía con fuerza en el suelo la contera de su bastón de áureo puño, pareciendo decir: «¡Cuán feliz eres, oh Ficóbriga, en estar bajo mi mano!» Al mismo tiempo, ni esta especie de endiosamiento ni ningún otro estado peculiar de su elevado espíritu podían hacer que don Juan Amarillo olvidase en tan delicada ocasión los deberes que su cargo le imponía; y he aquí que ni un instante daba reposo a los ojos para observar todo lo que en el curso de la procesión pudiera ocurrir. Su cara no cesaba de moverse, ora para mirar a la gente, ora para ver si entorpecían los chicos el paso del religioso cortejo. Emanaba de su persona lo que podríamos llamar la esencia absoluta del celo gubernativo, y de sus ojos podría creerse, no que se apresuraban a observar los incidentes procesionales, sino que los preveían y los anunciaban. En la expresión de su mirada, a un tiempo mismo amenazante y protectora, se conocía que los ficobrigenses no debían contemplar la procesión sin permiso del Municipio, ni devotamente entusiasmarse ni rezar; ni las damas gemir en los balcones o en la calle con pía ternura. Si estuviera en su mano, habría reglamentado la luz del sol, como reglamentó el puesto que debían ocupar los fieles, el orden de marcha, el número de coscorrones que debían administrar los alguaciles a los chicos que enredasen en el tránsito.

Cuando pasaban junto al Casino, la banda del pueblo—compuesta de seis instrumentos de cobre, soplados por otros tantos humanos fuelles—se estusiasmó, digámoslo así, y, suspendiendo bruscamente el airecillo de *Barba Azul* que ejecutaba, dió principio al degüello de la Marcha Real, cuyas notas salieron chorreando sangre, para ir a rasguñar las orejas de los fieles. Al oír tan soberbia música, don Juan se hizo la ilusión de que, no por el Salvador, sino por él mismo se tocaba, y su mente se ofuscó un momento, cual la de aquellos que asisten a su propia apoteosis; vióse circundado de rayos de gloria y oyó como un *Ave Cœsar imperator* que por las bocas abolladas de los roncos trombones juntamente con el cardenillo salía. Junto al alcalde marchaba, por creer que aquel puesto era el más conveniente, don Buenaventura, cuyo semblante no expresaba a primera vista el deseo de que la procesión durase hasta la noche. Sólo contestaba con monosílabos cuando Amarillo le decía:

—No puede uno distraerse ni un momento, señor don Buenaventura, si se ha de conseguir que cada cual ocupe su puesto y marche todo este gran gentío con orden. Es preciso tener cien ojos, y aún no basta.

Lantigua, que tenía predilección especial por los pisos cómodos y no gustaba de que sus pies tropezaran, primero en cortante guijarro, para hundirse después en un hoyo de fango, hacía mentalmente paralelos muy juiciosos entre las eternas leyes de urbanización y el antediluviano empedrado de Ficóbriga, el

más detestable de cuantos vieron pasar alcaldes y curas y procesiones. Lantigua decía para sí: «Si otro año se me ocurre tirar el dinero, será para adoquinarte, ¡oh madre villa!»

Mas, a pesar de la ruindad del piso, la procesión marchaba con orden perfecto, sin que fuera estorbo la mucha gente que había en ella: hombres y mujeres de la villa, del campo y de la mar, creyentes los unos, tocados de la mácula del siglo los otros, astutos aldeanos, honrados y sencillos marineros, toda la grey díscola y ladina de aquellas verdes montañas, todos los ejemplares de vanidad infanzona, de gárrula presunción, de socarrona travesura, de solapada codicia, de graciosa sencillez, de castellana hidalguía y de ruda generosidad, trasladados por Pereda, con arte maravilloso, al museo de sus célebres libros montañeses. No faltaba nadie ni nada, y como aquellas repúblicas cantábricas son de tan fácil gobierno, iba todo a pedir de boca, sin que ningún nacido se extralimitara, sin que ocurriera desorden, y marchando cada cual dentro de la órbita trazada por don Juan Amarillo. Pero, de improviso, presentóse un obstáculo muy deplorable, y he aquí que se descompuso tan pasmoso concierto.

La procesión debía entrar por la calle de la Poterna hasta el cementerio, torciendo desde allí a la izquierda por las Monjas Claras y entrando en la plaza del Consistorio para dirigirse después a la Abadía por el callejón del Cristo Viejo. El sitio llamado de las Monjas Claras es una encrucijada irregular y estrecha, donde afluyen tres o cuatro calles tortuosas y mezquinas, una de las cuales es la que por aquella parte une el camino real con la plaza. Entraba la procesión en la encrucijada, cuando por una de las calles de enfrente apareció un hombre a caballo.

Los cantores callaron, los marineros que llevaban las andas se detuvieron, el sacristán apoyó la cruz en el suelo y los cristales se bambolearon en manos de los acólitos, como árboles azotados por el viento. Sildo dejó caer el incensario, el cura frunció el ceño, el padre *Poquito* alzó del suelo los ojos y en los labios de Juan Amarillo fluctuaban las palabras: «¡A la cárcel, a la cárcel!»

Al ver tanta gente, el hombre que a caballo venía quiso volver grupas a toda prisa; pero el animal se encabritó, y alzando las patas delanteras puso al caballero en peligro de caer al suelo. Por fortuna suya, era buen jinete. La multitud prorrumpió en exclamaciones y amenazas. Aumentado el espanto del animal con tanto vocerío, empezó a dar vueltas, caracoleando y relinchando con la espumeante boca abierta. En el mismo momento apareció por la misma callejuela otro hombre a caballo. Era rubio, encarnado, alto, más bien gigantesco, de robusto cuerpo y puños formidables.

Don Juan Amarillo, al ver que había dos hombres bastante audaces para entrar a caballo en Ficóbriga en el momento sublime de la procesión, sintió en sí la grandiosa cólera de los dioses antiguos, y se lanzó en medio del gentío, llevando el rayo en sus ojos. Su mano empuñaba el bastón como un dardo. Haría, pues, escarmiento; pondría a inmensurable altura el principio de su autoridad, aquel sacro principio que se le había confiado para que lo transmitiera incólume y lleno de gloria a las generaciones futuras.

—¡Paso al señor alcalde!—gritaba el gentío.

El primer caballo hirió con sus patas delanteras a una mujer en la cabeza. Espoleado briosamente, dió un salto, pero retrocedió de pronto, volviendo a quedar entre la muchedumbre, que le rodeó decidida a destrozar caballo y caballero, principiando por los insultos y siguiendo a los insultos las obras. Pero el segundo, o sea el gigante, apeándose con ligereza, empezó a puñadas con todos los que hubo a mano, de tal manera y con tanta presteza, en dar y recibir, que se armó una contienda de mil demonios. ¡Y el alcalde, aquel varón destinado por la sociedad y aun por Dios a convertir el mundo en una balsa de aceite, no podía llegar, a causa del gentío, al lugar del siniestro!

El primer jinete pudo apearse y trató de contener al que parecía su criado; pero éste, rojo como un pimiento, pronunciando palabras extranjeras que semejaban ladridos, movía los férreos brazos, en cuyo término estaban las martilludas manos, que caían como piedras sobre los carrillos, pescuezos, hombros, omoplatos, esternones y occipucios de los procesionarios. Era un boxeador de lo más florido de Inglaterra; pero en aquel

trágico lance no quiso Dios que probara su destreza en tierra de alfeñiques, y por suerte había allí media docena de focas del Cantábrico que en cuanto vieron las furibundas manotadas del coloso extranjero empezaron a probar que la mar no cría puños de algodón. ¡Oh descomunal contienda...! ¡Y el alcalde, aquella personalidad augusta que se tenía por semidivina, que con una palabra, un homérico gesto o un simple fruncimiento de cejas podía confundirlos a todos y convertirlos de leones en corderos, no acertaba a llegar al sitio de la catástrofe, porque el gentío, apretándose, le había cogido en medio! Y he aquí que don Juan flotaba de un lado a otro con la oscilación de la ola, cual náufrago, estirando su cabeza, alzando en su mano derecha el bastón y en la izquierda la palma, pues no quiso soltar ni lo humano ni lo divino, y gritando: «¡Orden!... ¡A la cárcel!»

El primer jinete, o sea el amo, había logrado apaciguar a algunos, administrando un par de pescozones muy convincentes a su propio defensor y criado; pero entonces vióse que en el aire se blandía un cirial y que caía sobre un cuerpo duro; vióse la cabeza del formidable vestiglo boxeador chorreando sangre, y después el mismo boxeador, frenético, echando espumarajos de rabia, arremetió al que cargaba la bendita manga-cruz. Produjose entonces gran marejada: retrocedió la multitud, hubo esas corrientes que aplastan arrastrando; esos temblores de gentío que atruenan; esas dispersiones que atascan las calles como barrancos estrechos en días de temporal; esos choques de una ola de gente con otra, que desnarigan y despechugan y descalabran. Sintióse entonces chasquido de madera vieja y apolillada que se hiende, y el Salvador, el asna, el borriquito, desaparecieron, cayendo en aquel hirviente mar de pies y manos.

El cuadro de Goya *La procesión dispersada por la lluvia* puede dar idea de tal escena. Veíase por una calle la cruz, poniéndose en salvo sin ayuda de los ciriales. Estos iban a escapar por otra, llevados al hombro como los fusiles después de un rompan filas. El cura, agitando la capa pluvial, cual si fuera a terciársela en la cintura para arremeter, llamaba a gritos al diácono. Furioso y descompuesto, don Silvestre parecía decir: «¡Ah!, si yo no tuviera este demonche de paño morado encima...», y con su airado pie golpeaba el suelo, como un genio de *Las mil y una noches.*

El padre *Poquito* había desaparecido, *sicut avis, velut umbra;* el suelo estaba lleno de palmas pisoteadas; algunas personas no habían querido separarse del Salvador y trataban de remediar el percance recogiendo los pedazos del casi pulverizado borriquito, y el ramo que había ido a parar a cuatro varas de distancia, saltando como un ser cautivo que recobra la libertad. Un sochantre andaba solo por tal calle, mirando a todos lados, y Sildo incensaba por broma a los que se habían refugiado en los portales y en las tiendas... ¡Y en tanto, el alcalde, aquella providencia, aquella alta personificación del orden, aquella mente suprema en cuya previsión descansan los pueblos, si al fin pudo esgrimir su bastón en el sitio mismo de la reyerta, no había logrado tener al alcalce de su voz y de su mano a los delincuentes, no había podido dar público testimonio de su justicia, ni hacer de una manera dramática y elocuente, a los ojos de todos, el ejemplar castigo que tan inaudito caso exigía!

—¿Dónde están? ¿Dónde están?—decía revolviendo a los cuatro puntos del horizonte sus ojos, que echaban sentencias, multas, días de cárcel, penas de cadena perpetua, de garrote vil.

Dió órdenes tan terribles a los alguaciles, que éstos temblaban. El principal de ellos habría deseado acudir a un mismo tiempo a todas partes en busca de los culpables; pero no pudo ir más que a una, aunque don Juan le gritaba:

—Al momento, al momento..., inmediatamente, prendanlos ustedes.

Pero así como después de una derrota los diseminados cuerpos de ejército van poco a poco juntándose de nuevo y dándose la mano, así los fragmentos de la desbandada procesión fueron acercándose, uniéndose camino de la iglesia, y Serafinita vió entrar primero al padre *Poquito,* después a un cirial, más tarde a Sildo, luego a los cantores, y así sucesivamente hasta que llegaron las destrozadas andas. Sólo la persona del Salvador no había sufrido deterioro ni en su divina cara ni en su cuerpo y traje; los dos animales sí se hallaban miserablemente mutilados. Pero lo que aterró verdaderamente a Serafinita fué que los

grupos de gente que con aquellas diversas partes de la deshecha procesión iban entrando, decían con azoramiento y enojo: «¡El judío, el judío!»

Cuatro momentos de terrible asombro y dolor inmenso había tenido aquella virtuosa dama en su trágica vida. Primero, cuando vió morir a su madre. Segundo, cuando su infame esposo cometió la cobarde y villana acción de herir su cara en público. Tercero, cuando supo, sin preparación alguna, la muerte de su hermano Juan y la ignominia de Gloria. Cuarto, cuando oyó decir en la iglesia de Ficóbriga: «¡El judío, el judío!»

IX

EL MALDITO

Toda la tarde estuvo Daniel Morton detenido en el Ayuntamiento; pero después de anochecido, don Juan Amarillo fué en persona a darle libertad para que buscase alojamiento. Parece incomprensible a primera vista tal generosidad, y la explicación más razonable es que nuestro celoso alcalde no llevó más adelante sus rigores movido del singular respeto que infunde a los avaros la riqueza de los demás cuando es considerable. Sabiendo, como sabemos, cuál era la religión de don Juan Amarillo, fácil nos es comprender el prestigio que a sus ojos debía tener el que poseía, al decir de la gente, fabulosas e inagotables arcas de dinero. Para ciertos ricos, que ven en el pobre un gusano, el más rico es una esperanza de Dios. Además, el grande hombre de Ficóbriga, en quien se acordaban maravillosamente la afectación con la astucia y la vanidad con el positivismo, razonó del modo siguiente:

«Este hombre, que entre los suyos es de los primeros, ha de tener buenas relaciones en Madrid. Si le molesto, se quejará a la Embajada inglesa o alemana, armará un escándalo en los periódicos y quizá se le ocurra al señor ministro la funesta idea de mandar al gobernador que me destituya... Para dar satisfacción a la vindicta pública, bastará tener en la cárcel un par de días al criado, que fué, en realidad, el verdadero delincuente.»

Así lo hizo, en efecto. Lo más que pudo conseguir Morton fué que don Juan prometiera soltarle al día siguiente, cuando la indignación estuviese un tantico aplacada y el principio de autoridad restablecido del ultraje que acababa de padecer.

Dirigióse Daniel a la posada de Ficóbriga. Esta se llamó en un tiempo La Equidad, y después, con el raudo progresar de los tiempos y la introducción del gusto de los baños, fué creciendo en importancia, si no en limpieza, hasta que dió en manos de un francés, el cual la mejoró, aderezando el servicio un poco a la moderna y haciendo imprimir, para repartirlas, tarjetas que decían: *Hotel de France, tenu par Mirabeau.* El nombre del gran orador no podía estar en peor sitio.

Morton entró sin hacer caso de las groseras insinuaciones que oyó en la puerta, y subía resueltamente a ocupar un cuarto, cuando el mismo monsieur Mirabeau en persona le detuvo, diciéndole en todas las lenguas posibles, menos en la española:

—Caballero, perdón. Perdón, caballero; pero no puedo admitir a usted. Prefiero tener la casa vacía tres años.

El extranjero salió a la calle. Su semblante indicaba gran pena y fatiga; pero, decidido a buscar alojamiento a todo trance, preguntó a los transeúntes si no había en Ficóbriga alguna fonda, posada, mesón o cuchitril, además del establecimiento de monsieur Mirabeau. Dos mujeres le conocieron y lanzando una exclamación que más parecía de terror que de sorpresa, se apartaron de él gritando:

—¡El judío!... ¡El judío!

«Llevo dinero—pensó—y al fin encontraré un techo.»

A pesar de que las calles de Ficóbriga estaban muy oscuras, casi todos los que andaban por ellas conocían a Daniel Morton. Algunos, al verle venir, pasaban a la acera opuesta; otros se detenían para mirarle como a un ser raro. Oyó soeces invectivas o necedades triviales; pero de nadie pudo conseguir satisfactoria respuesta. Por último, decidió preguntar a los niños, que, por su falta de malicia, no podrían, según él, ni rechazarle con aquel horror propio de las conciencias varoniles ni engañarle. Pero dos o tres rapazuelos a quienes pidió auxilio saltaron dando alaridos a bastante distancia, y tomando piedras del suelo se las arrojaron.

Seguía la noche, la oscuridad, el desamparo, y con esto el cansancio del pobre extranjero, a quien mortificaban terriblemente el hambre y la sed. Después de haber recorrido todas las calles, encontró en sitio solitario a una niña que venía cantando. Dirigiéndose a ella, le preguntó por una posada que no fuese la de monsieur Mirabeau. La niña, más ignorante o más humana, le señaló la calle inmediata y una puerta donde la seca rama marcaba la existencia de una taberna. Morton gratificó a su salvadora, y, acercándose, vió las azules letras de un tarjetoncillo que decía: *Posada.*

En la taberna resonaban broncas voces de marinos. Acercóse a un hombre con mandil que estaba en la puerta y pidió alojamiento. El hombre, después de observarle fijamente, díjole que subiera, y ambos emprendieron ascensión muy peligrosa por una escalerilla.

«Gracias—decía Morton para sí con gozo—, gracias a Dios que no me han conocido.»

Pero al llegar a una sala alta, donde había tres mujeres en cháchara, una de ellas gritó:

—¡Ese, ése es!

Y el asombro más vivo pintóse en los semblantes. Una mujer, menos prudente que las demás, se asomó a la ventana y gritó con discorde chillido:

—¡El judío, el judío!

Subieron atropelladamente varios de los marineros que había en la taberna.

—Le conozco—dijo uno—. Es el que salvamos cuando se perdió el vapor inglés.

Mujeres y hombres, todos le miraban con estupor vivísimo. Hubo, al fin, en cierto grupo un movimiento de hostilidad; pero el tabernero alzó la voz y extendió sus manos diciendo:

—En mi casa no se maltrata a nadie. Caballero, salga usted.

Morton marchó hacia la escalera; pero antes se detuvo, volviéndose, dijo:

—Véndame usted un pan.

—Vale cinco duros—gritó con chillido de arpía una de las mujeres.

—Diez duros—añadió otra.

El tabernero cogió un pan del cesto que cerca estaba, y lo ofreció a Morton. Este, al tomarlo con una mano, metió la otra en el bolsillo.

—No—repuso el hombre deteniéndole.

—¿Por qué?—preguntó Daniel.

—Es limosna—dijo con gravedad el tabernero.

—Caridad—añadió un marinero—. Nosotros somos así.

—Tú me salvaste la vida—dijo Morton a uno de ellos, poniéndole la mano en el pecho.

—Sí; ése es mi oficio.

—Pues bien—añadió el hebreo—, dame ahora un vaso de agua; Dios te lo pagará.

El marinero trajo el vaso de agua. Morton, después de beber, salió, llevándose el pan.

Ya con tan preciosa conquista, sintióse medianamente satisfecho, como Robinsón cuando en su isla desierta alcanzaba de la Naturaleza los primeros dones para prolongar su vida. Poquísima gente había ya en las calles de Ficóbriga, por lo cual Daniel experimentó gran consuelo, habiendo llegado el caso de que la aproximación de cualquier humano rostro le produjese miedo y vergüenza. Si en su solitaria excursión por las calles sentía pasos, volvíase, y apresuradamente tomaba otro camino, como el ladrón que huye con su robo mal cogido en las trémulas manos. Cualquiera habría visto en él a un desalmado que acababa de robar un pan.

Con ser tan frugal su cena, le gustó, a causa del hambre que padecía, más que cuantos manjares ricos había probado en su vida. Satisfecha aquella primera necesidad de su cuerpo, éste, que cuando le niegan se resigna, pero, si empiezan a darle, más pide cuanto más le dan, reclamóle descanso, un abrigo, un techo, un colchón, un montón de paja. Esto era más difícil, porque ninguna puerta de Ficóbriga se abriría para él. A falta de asilo cómodo, buscó un abandonado hueco de ruinas, un tronco de árbol o paredón solitario y apartado de toda humana vivienda que al menos le resguardara del frío Nordeste. Anduvo largo trecho, alejándose del centro de la villa y volviendo a él. Por último, vió una escalera de piedra que se abría en el hueco del viejo murallón para dar acceso a una planicie donde se veían algunas construcciones entre las ramas de espesos árboles. Sentóse allí. El sitio era relativamente cómodo y resguardado del cierzo.

Al poco rato aparecieron dos perros, a quienes Morton dió lo que había sobrado de pan, obsequio que no rechazaron.

—Vamos—dijo el israelita—, ya no se podrá decir que hasta los perros huyen de mí. Al menos es un consuelo.

Poco después acercóse un anciano mendigo con una niña en brazos y alargó la mano tostada y angulosa para pedir una limosna.

—¿Eres de Ficóbriga?—le dijo Morton.

—Sí, señor; soy marinero del cabildo de Ficóbriga; pero, como estoy tan viejo, hace dos años que no salgo a la mar y vivo en la mayor miseria, si esto es vivir.

La voz del anciano temblaba, anunciando debilidad, hambre y frío. Era su rostro curtido y surcado de arrugas como pergamino; blanca su barba, su estatura corpulenta; su cuerpo, a pesar de la desnudez que le enfriaba y de la inanición que le enflaquecía, conservábase aún derecho; las roturas de la camisa, más desgarrada que una gavia hendida por los temporales, dejaban ver el negro pecho velludo, fortalecido por las olas que se habían estrellado en él. En sus brazos, y arropada entre andrajos, dormía la niña angelical sueño, agarrándose con sus manecitas al cuello del anciano, murmurando a ratos algunas palabras y moviéndose intranquila, no porque estuviera enferma, sino porque soñaba, aun estando en brazos de la miseria, cosas agradables y risueñas; por ejemplo, que se estaba atracando de bizcochos o jugando con tres piedras, un pucherito y dos panojas, que eran otras tantas muñecas.

—¿Eres muy pobre?—preguntó Daniel al mendigo.

—Señor, no tengo más que lo que me dan. Vivía con mi hija, que era casada y tenía que comer, porque su marido trabajaba en las minas. Pero hará dos meses se desplomó una piedra de las minas y mi yerno murió. Mi hija trabajaba para mantenernos; mas hará dos semanas que la enterramos. Dejóme esta niña; no tenemos casa; no tenemos más que las limosnas de las buenas almas, y hasta ahora ni mi nieta ni yo hemos muerto de hambre, porque el Señor ha sido bueno y nos ha mirado todos los días.

Daniel sacó una moneda de oro, diciendo para sí: «Ahora sí que voy a ganarme un amigo.»

Entrególe la limosna, y el anciano partió después de dar las gracias y de prometer que rezaría a la Virgen del Carmen por el alma del favorecedor. Morton le observó desde lejos; le vió detenerse en la esquina de la calle de la Poterna, donde había un farolillo, y examinar la moneda a la débil luz de la antorcha municipal; le vió inclinarse al suelo para sonar la pieza de oro sobre una piedra y luego el anciano volvió corriendo al lado de Daniel Morton.

—¿Qué hay?—le dijo éste—. ¿Es falsa?

—No, señor; es que se ha equivocado usted—dijo el viejo devolviendo la moneda—. Me ha dado usted un centén en vez de una peseta.

—Y ¿por qué piensas que había de darte una peseta?

—Porque es lo que más se da. Yo no puedo tomar sino lo que se me da por buena voluntad, no por equivocación.

—Yo sé lo que doy—dijo Daniel con emoción—. Guarda la moneda, que si en algo me equivoqué fué en darte una sola. Toma otra, toma dos más, y mañana es preciso que nos veamos.

Y se las ofreció. Pero el pobre viejo no las había tomado aún en su mano, cuando dió un paso atrás lanzando una exclamación de sorpresa y terror.

—¿Qué?—dijo Morton con ira—. ¿Tú también me conoces?

—¡Ah! No...; no..., señor—balbució el viejo—. ¡Pero este dinero, tanto dinero! ¡Darlo así!... Es la primera vez que le veo a usted; pero no hay más que un hombre que así tire el dinero..., y ese hombre es el judío.

—Ese soy yo—dijo gravemente Daniel.

El anciano quiso poner las monedas en la mano del hebreo, mas como éste no las tomara, arrojólas al suelo, diciendo con tremenda voz:

—Tome usted sus doblones, que ningún cristiano recibe el dinero por que fué vendido el Señor.

Daniel Morton quedóse frío y estupefacto.

—Hombre sin entrañas—gritó, al fin, con rabia—, has hablado como un idiota.

—Yo no quiero limosna de usted. Adiós.

—Aguarda...—dijo Morton con angustia—. ¿No ves que esta noche soy más pobre que tú, más miserable que tú? Haces alarde de cristianismo y no tienes lástima de mí, no te apiadas de la soledad en que estoy, sin un amigo, sin una voz que me consuele, sin otro hombre que me diga hermano y se siente junto a mí, aunque no sea sino para recordarme que

ambos hemos sido hechos por el mismo Dios.

El marinero volvió la cabeza, y después, hundiendo la mano en un hueco de sus andrajos, que al modo de bolsillo se abría, sacó medio pan.

—Toma—dijo secamente y con acento despreciativo, también indicado por el familiar tratamiento.

—¡Ay!—repuso Morton—, no es pan lo que quiero; otro menos cruel que tú me lo ha dado antes. Pan damos hasta a los perros. Dame tu compañía, tu fraternidad, tu conversación, tu tolerancia, el consuelo de la voz de otro hombre, algo que no sea discordias de religión, ni acusaciones por un hecho de que no soy responsable. ¿Por qué te niegas a tomar mi limosna? ¿Me tienes miedo?

—Horror.

—¿Por qué?

—Porque así debe ser. Adiós.

El anciano se retiró, y a cada pocos pasos volvía la cabeza para mirar al hombre de los treinta dineros.

Oprimiendo su cabeza entre las manos, Daniel permaneció largo rato en meditación dolorosa. Después exclamó con airado acento: «¡Ah!, impío Nazareno..., ¡nunca seré tuyo, nunca!»

X

HOSPITALIDAD A MEDIAS

Había pasado más de una hora cuando sintió ruido de pasos. Un hombre subía la escalera. Daniel le reconoció al instante.

—*¡Caifás!*—gritó, levantándose.

—Señor Morton—dijo Mundideo con asombro.

Vivísimo gozo se pintaba en el semblante del forastero. Tomó a *Caifás* del brazo y le dijo con acento conmovido:

—Tú también me conoces; pero tú no me rechazas.

—Parece que no ha podido usted encontrar alojamiento.

—Y tú me ofreces el tuyo. ¡Cuánto me alegro de encontrarte, José! Eres una aparición divina. Me hielo de frío. Tengo mi equipaje en el Ayuntamiento, y no quieren dármelo hasta mañana. Mi criado está preso...

—Ya lo sé... ¡Que un caballero tan poderoso pase la noche en la calle...!

—¿En dónde está tu casa?

—Aquí, muy cerca—repuso *Caifás*, demostrando el diligente afán que nace de la verdadera gratitud—. Pero ¿qué es eso que brilla en el suelo? Parecen tres monedas de cinco duros.

—Es dinero que se me cayó—repuso Daniel—. Puedes tomarlo.

Mundideo recogió los centenes y los entregó a su dueño.

—Guárdamelos—dijo Morton—. Después me los darás. ¿Y tus niños?

—Buenos, señor... Vamos por aquí... Ande usted con cuidado para no tropezar.

Pasada una planicie pequeña que sombreaban dos plátanos de corpulenta talla, empujó *Caifás* una puertecilla abierta en un muro de mampostería, y entraron en un terreno que parecía huerta.

—¿Qué es esto?—preguntó Daniel sin soltar el brazo de Mundideo, que le guiaba en la oscuridad.

—Esta es la alcoba grande donde todos hemos de dormir.

—¡El cementerio de Ficóbriga!—exclamó el hebreo, sintiendo frío en sus huesos.

—Esto es muy húmedo—dijo *Caifás*—. No se detenga usted.

—Ya veo las cruces..., ¡cuántas cruces!..., y esa mole blanca...

—Es el sepulcro que se está construyendo para don Juan de Lantigua.

Daniel se quedó más frío, más asombrado, y en su pecho se enroscaba una serpiente que no le permitía respirar.

—¿El señor don Juan...—murmuró—está aquí?

—Junto a él pasamos—dijo *Caifás* descubriéndose—. Los pequeñitos están aquí a la derecha.

Morton se descubrió también.

—Ese gran enterramiento que se está labrando—añadió José—, es para toda la familia.

—¡Para toda la familia!... Pero ¿tú vives aquí..., en este triste sitio?

—Sí, señor... Soy el sepulturero de Ficóbriga. Mal destino, señor; pero pienso dejarlo pronto... Ya llegamos. Entre usted.

Pasaron a un patio y de éste a una casa humildísima. *Caifás*, después de encender luz, guió a su amigo por estrecho *carrejo* a una pieza no pequeña, ocupada por varios muebles, descollando entre ellos un inválido sofá de paja de Vitoria.

Una puerta comunicaba la tal pieza con otra que debía de ser alcoba, porque *Caifás,* señalándola, dijo:

—Ahí dormimos mis hijos y yo. Sacaré mi cama a la sala, donde estará el señor con más desahogo.

—Gracias; no necesito cama. Dame una manta y descansaré en este sofá... Al fin he encontrado un hombre, un verdadero hermano... Pero te compadezco, amigo. No podías haber elegido un oficio más detestable.

—Pronto lo dejaré a quien lo quiera —repuso Mundideo, poniendo en el sofá manta y almohada—. Ahora, señor Morton, mi situación no es tan mala como cuando usted tuvo la bondad de favorecerme.

—Me alegro infinito. ¿Has variado de fortuna?

—Así, así.

La actitud de *Caifás* frente al israelita era algo cohibida. Sus miradas indicaban el respeto y la veneración que su favorecedor le inspiraba; pero a tal respeto uníase cierto recelo, más bien repugnancia, torpeza en las palabras, miedo quizá. No era preciso ser zahorí para conocer que el pobre Mundideo padecía, y que su conciencia hallábase enfrente del más grande y aterrador enigma que jamás se le presentara.

—¿Y cómo has mejorado de fortuna? —preguntó el extranjero acomodándose en el sofá.

—Puse una taberna en la cual me fué muy mal. Pero hace poco murió un tío materno en Veracruz.

—¿Y has heredado?

—Poca cosa; mas para mí es un capitalazo. Como está el dinero en un Banco de Inglaterra, no lo he cobrado todavía. Dicen que vendrá la semana que viene, y para entonces, señor de Morton...

Caifás miró al suelo.

—¿Qué?

—Para entonces le devolveré a usted su dinero.

—¿Qué dinero?

—El que usted tuvo la bondad de darme cuando yo estaba en la Cortiguera.

—No te lo di para que me lo devolvieras.

—Pero yo lo devuelvo porque tal es mi deber.

Estaba *Caifás* en pie y en actitud de sumisión, pálido, descubierta la cabeza. Acababa de dejar sobre la mesa las tres monedas recogidas del suelo poco antes.

—¿Tú deber?—dijo Daniel en tono de ira.

—Sí, señor...; yo... ¿Cómo lo diré de modo que usted no se ofenda? ¿Cómo lo diré sin que mi favorecedor me crea ingrato?

—Dilo pronto.

—Pues yo no sabía que usted...

—Ya...—indicó Morton volviendo el rostro con expresión de amargo desprecio.

—No se ofenda el señor don Daniel, ni crea que soy malo, ni que dejo de apreciarle... Yo..., vamos, no sé lo que me pasa... No lo puedo remediar. Cuando supe la muerte del señor don Juan y que usted era...

—Yo soy judío—afirmó Morton gravemente.

—Sí—añadió *Caifás* sollozando—, y su dinero de usted, señor don Daniel, me quema las manos... El confesor me dijo que devolviera ese dinero, aunque para ganarlo tuviera que estar barriendo las calles con mi lengua, o cargando piedras como un asno, o tirando del arado como un buey. Felizmente puedo devolver lo que no debí tomar, no...

—Calla, calla...—dijo Morton, oprimiéndole con airada violencia un brazo, pálido de ira—; calla, idiota..., estás hablando como una bestia... ¿Qué dices de mí?... ¿Por qué juzgas mi alma? ¿Quién eres tú, miserable gusano, para condenar a eterno abandono a otro hombre, hechura de Dios como tú? ¿Quién eres para fallar contra mí, contra mí, que te he favorecido? ¿Sabes que la conciencia hace al hombre, y la ingratitud, la negra ingratitud, es la única conciencia de los malos?

—¡Oh! Yo no soy desagradecido, no señor, ¡eso no!—gritó *Caifás* con verdadera angustia—. ¡Si supiera usted leer en mi conciencia!... No sé lo que me pasa. Yo lo he adorado a usted como se adora a los que están en los altares...; yo he rogado a Dios por su salvación más que por la mía. Pídame todo lo que tenga, y hasta la última hilacha de mi casa será suya. Me quitaré el pan de la boca porque usted no padezca hambre; partiré con usted mi casa, aunque para ello pierda mi destino y esté pidiendo limosna toda la vida.

—Lo que te pido no es abrigo, que puede darlo un árbol, un tronco, una peña,

una gruta, sino el amparo dulce de la amistad, de la benevolencia, de la grata compañía.

—Cuanto sea caridad y agradecimiento tendrá usted siempre de mí—dijo Mundideo con acento de emoción—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Quiero decir—prosiguió *Caifás* con gran turbación de voz—que no quiero su dinero..., no quiero su dinero... Mi conciencia me manda que no tenga con usted más relaciones que las de la caridad.

—No querrás ser mi amigo, como se entiende la amistad social; no querrás frecuentar mi trato, ni servirme, ni tener conmigo la comunidad de vida que por lo común existe entre los que profesan una misma religión...

—Usted lo ha dicho muy bien... Eso es lo que yo quería decir; pero no sabía decirlo.

—Si no te lo impidiese la ingratitud, ¿me aborrecerías, José?

—Con todo mi corazón—respondió, vivamente, el sepulturero—. Con toda mi alma. ¿Cómo podría querer al que ha hecho derramar tantas lágrimas a una familia que adoro, al que mató al padre y deshonró a la hija?

Morton sintió que cada palabra era un lanzazo con que aquel hombre hería su corazón; pero al tocar tan delicado punto, sentíase débil y sin fuerzas para protestar.

—No juzgues de lo que no conoces —dijo sordamente—. Yo creí que siempre serías mi amigo. ¡Qué engaño! Al verte me alegré, porque esperaba adquirir por ti noticias de la persona que amo, y sin la cual no puedo vivir.

—¿De la señorita Gloria...?

—¿Sabes algo de ella...? ¿La ves?

—Sé mucho—dijo *Caifás* con misterio y hostil intención—. La veo con frecuencia; pero a usted, a usted no puedo darle ninguna noticia.

—¿No me cuentas lo que hace, si está buena, si está alegre, si sale...?

—Solamente diré que es muy desgraciada.

—Quizá deje pronto de serlo.

Caifás movió la cabeza en señal de duda, y después lanzó un gran suspiro.

—¿Y has dicho que la ves?

—Todos los días.

—¿No me das ninguna otra noticia?

—Ninguna—replicó, sordamente, Mundideo, guardando en su pecho las palabras, como si echara un muerto al hoyo—. Una sola, una sola diré, y es que siempre veo en ella un ángel del cielo, tan ángel después de su caída como antes.

—Dices bien. Gracias, José; tú eres hombre de corazón... Me han asegurado que la opinión de este pueblo le es muy desfavorable.

—Mucho. Dicen que la señorita está mal con Dios. Ayer ha pasado una cosa muy rara. La señorita envió un ramo para que se pusiera en las alforjas del borriquito que acompaña al Salvador. En cuanto el animal sintió encima las flores, principió a dar coces y las arrojó mismamente contra la pared. Todos los que tal vieron quedáronse horrorizados.

—¿Y la gente de aquí cree eso?

—Como el Evangelio. No se habla de otra cosa en Ficóbriga.

—¡Qué horrible estupidez! Pero tú no lo creerás.

—No, señor, no; no lo creo—afirmó *Caifás* después de un instante de duda—. La señorita es un ángel del cielo, lo digo y lo repito.

—Muy bien, amigo mío, muy bien. Puedes decir y repetir otra cosa, y es que la señorita saldrá de su desdichada situación y será feliz.

—Eso no...

—¿Por qué?

—Porque es buena cristiana y usted... No me haga decir lo que no debe decirse al que nos ha favorecido.

—Pues bien..., dejemos esto. Háblame de ella tan sólo. Cuéntame todo lo que sepas.

—Sé mucho.

—Pues dímelo todo, todo.

Caifás se llevó los dedos a la boca para pillarse con ellos, a guisa de tenazas, sus carnosos y oscuros labios.

—De mi boca no saldrá una palabra, ni una sola que pueda servir a usted para sus planes.

—Mis planes son buenos.

—Eso Dios lo sabe.

—¿Y tú no? ¿No lo sabes tú, que tienes pruebas de mi modo de proceder; tú, que ya me conoces bastante?...

—Yo no sé nada, nada—gruñó *Caifás* con aturdimiento—. Yo no sé nada. Usted es un misterio para mí, señor Morton: un ángel y una calamidad, lo bueno

y lo malo juntamente, el rocío y el fuego del cielo... Yo no sé qué pensar, yo no sé qué sentir delante de usted... Si le amo, me parece que debo aborrecerle; si le aborrezco, me parece que debo amarle. Usted es para mí como demonio disfrazado de santo, o como un ángel con traje de Lucifer... No sé nada, no sé nada, señor Morton.

Callaron ambos. Grave y cejijunto, doblemente horrible por su fealdad natural y la expresión de recelo que había en su semblante, *Caifás* contemplaba a Daniel desde regular distancia, sentado, los brazos en cruz, la cabeza ligeramente inclinada, atónita la vista y algo siniestra. Jamás se había presentado a una conciencia problema semejante, y aquel hombre rudo vió desarrollarse en su espíritu todo el panorama inmenso de los problemas religiosos, sintiéndose turbado y atormentado por ellos de una manera confusa, indefinida. Vió que en su interior se elevaban fantasmas, y oyó esas aterradoras preguntas que en lo íntimo del espíritu son formuladas por misteriosos labios y que rara vez reciben contestación. Otro hombre de inteligencia más cultivada habría sacado de la meditación de aquella noche alguna idea clara, o negación terrible quizá, algo absoluta, aunque fuera lo absolutamente negro del ateísmo; pero *Caifás* no sacó nada, ni luz completa ni tinieblas, sino confusión, aturdimiento, el caos, el clarosocuro incierto del alma humana cuando la fe vive arraigada en ella, y la razón, como diablillo inquieto evocado por la magia, entra haciendo cabriolas, enredando y hurgando aquí y allí.

No duró poco la meditación de ambos. El caballero parecía dormir, pero velaba. Pasaron las horas y rodó la noche con ese voltear majestuoso y taciturno que la asemeja a un cerebro pensando en silencio y reposo, lleno de misteriosos sones, de imágenes y vagas ideas, que se entrelazan como los círculos movibles de la retina de los cerrados ojos del que vela. Ya muy tarde, casi de día, Morton dijo a *Caifás:*

—¿No te acuestas?

—No tengo sueño—replicó el enterrador—. Estoy cavilando, cavilando cosas extrañas que no me dejan dormir.

—Parece que luce la aurora... Deseo hablar al señor don Buenaventura.

—¿Tan temprano?

—Ese señor, ¿madruga?

—Se levanta con los pájaros.

—Pues te ruego que vayas allá y le digas de mi parte que estoy aquí a su disposición.

Caifás no se movía.

—¿Qué?—dijo Morton con ira—. ¿También te niegas a servirme en esto?

—En esto, no—repuso José, levantándose—. Voy a llamar al señor.

XI

DIECIOCHO SIGLOS DE ANTIPATÍA

No eran las seis cuando don Buenaventura y Daniel Morton se hallaban solos en la habitación de *Caifás.* Los chicos habían sido enviados a la calle por su padre, y éste, después de ahondar un poco la sepultura abierta en la tarde anterior, se ocupaba en enterrar a uno de esos pobres muertos que entran en la inmensidad misteriosa de la descomposición subterránea sin amigos, sin cánticos religiosos, sin lágrimas, sin flores, sin mortaja. Para ésos todo es materia y verdadero polvo... Ambos caballeros, después de contemplar un instante tan triste escena, se sentaron junto a una mesilla con tapete de hule que en mitad de la pieza había. Uno y otro callaban, bastante perplejos, diciendo para sí: «El hablará primero.»

Por fin, don Buenaventura rompió el silencio.

—Nada necesito indicar a usted—dijo con torpeza—de las inmensas desgracias que han caído sobre mi familia. Usted las conoce bien, y debo creer, al verle acudir tan puntual a mi llamamiento, que no es indiferente a ellas, aunque no sea sino por el remordimiento de haberlas causado.

—Es la segunda vez que vengo después de aquellos terribles días—repuso Morton—. Al volver con tanta insistencia al lado de los que ofendí, demuestro que deseo ardientemente desagraviarlos.

—Ahora se probará. Yo he llamado a usted contra el deseo de mi familia y de la misma Gloria. Separándome de su opinión en materia tan delicada, creo que esto puede arreglarse, y... qué sé yo..., se me figura que lo conseguiré, si hallo en el autor de nuestra deshonra las ideas elevadas, la dignidad y el sentimiento del

honor que supongo siempre en todo caballero bien educado, cualesquiera que sean sus creencias. He tomado informes en Madrid, y por personas de su raza de usted, a quienes estimo mucho, he sabido que no tendré que habérmelas con un calavera, ni con un hombre corrompido y sin conciencia, insensible a los estímulos del honor.

—¡No soy un malvado para usted!... —dijo el hebreo con expresión de gratitud—. Mayor consuelo no podía yo recibir después de tantos ultrajes... ¡No soy un apestado, un réprobo, un hombre ignominioso colocado fuera de todas las leyes!... ¡No inspiro horror, no huye usted de mí, no se cree condenado por darme la mano!...

—Mi opinión sobre usted no es definitiva—indicó don Buenaventura gravemente—. Dependerá de la conducta de usted y de la facilidad con que se preste a una inteligencia conmigo.

—La tolerancia que hallo en usted —repuso Daniel—me da mucha esperanza, predisponiéndome a los mayores sacrificios.

—¡Sacrificios...!, ésa, ésa es la palabra—dijo Lantigua con gozo y energía—. De eso es de lo que se trata. Aquí, señor mío, nos hallamos en presencia de un problema terrible: la religión; la religión que en diversidad de formas gobierna al mundo, a las naciones, a las familias. De ella no podemos prescindir para nada. Casi siempre es consuelo, estímulo y fuerza que impulsa; ahora se nos ha puesto enfrente con amenazadora gravedad, y es para usted y para nosotros obstáculo implacable, desunión, discordia; una montaña que se nos cae encima.

Don Buenaventura dió un suspiro. Daniel Morton suspiró también.

—Pero, quizá, estamos dando a esta dificultad importancia mayor de la que realmente tiene—añadió el caballero español, no sabiendo cómo abordar la cuestión—. Para toda persona que se estima y que sabe dar a los deberes sociales su valor propio hay leyes categóricas que no admiten distingos, ni sutilezas, ni interpretaciones: hablo de las leyes del honor.

—Las leyes del verdadero honor—dijo Morton gravemente—son las leyes morales, fundadas en la religión o en la filosofía. Fuera de esto, todo es convencional y falso.

Por un momento estuvo suspenso don Buenaventura; pero no tardó en dominar sus ideas.

—En rigor, eso es verdad. Pero dejémonos de generalidades. Usted tiene el deber ineludible de reparar la injuria que ha hecho a mi sobrina. Para esto es necesario un sacrificio. ¿Qué importa? El honor lo exige, lo exige esa ley que rige todas nuestras acciones, ley que viene no sé yo de dónde, pero que es ley, ley. Religión sin teología, por lo cual no hay en ella ni heterodoxias. Su única herejía es la falta de valor. Aquí se nos presenta una virtuosa y angelical señorita deshonrada, una víctima preciosa, inocente, y esa víctima exige de usted un gran sacrificio.

—¡El sacrificio de la religión!

—Justo.

—¿En nombre del honor?

—Justo.

—Eso quiere decir que antes que la religión es el honor. ¿Y si yo dijera que la mayor deshonra consiste en la abjuración de la fe en que uno nace?

—Eso depende de los motivos por que se abjure. En un caso como éste, no.

—¿Me permitirá usted que ponga un ejemplo y le interrogue?

—Con el mayor gusto—dijo Lantigua, orgulloso, creyéndose más fuerte que su contrario.

—Pues bien: supongamos que va usted a Hamburgo, a Amsterdam, a Londres...

—Ya, ya veo su intención. Supongamos que amo a una joven israelita que... Vamos, que se repite este caso con los términos invertidos.

—¿Se apresuraría usted a dar la reparación debida sacrificando su religión?

—Según fuera la joven.

—Como Gloria, lo mismo que Gloria. Se supone que usted la amaría con pasión.

—Hombre, eso de hacerse judío es demasiado fuerte. Comprendo que se abrace el protestantismo, cualquier cosa... Pero, en fin, concedida la pasión, las circunstancias terribles de este caso..., sí..., aseguro a usted que me haría judío.

—Señor de Lantigua—dijo Morton con entereza y dignidad—, usted no tiene religión; usted no es católico.

Asombrado y balbuciente se quedó el español; mas repuesto de pronto de su confusión, habló así:

—Soy católico sincero por educación, por convicción, por el ejemplo santo de mis virtuosos hermanos, porque creo que el catolicismo es la religión más perfecta, porque si algún momento flaquease mi razón, vendría a fortalecerme el recuerdo de mi amorosa madre, y con recordarla sólo, la fe que en ella hizo prodigios de virtud, a mí me daría también fuerzas y consuelo; soy católico, porque veo en Jesucristo, Hijo de Dios, el más admirable ejemplo de perfección moral que puede ofrecerse al hombre.

—Nada de eso prueba una fe muy ardiente. Acepta usted lo que más le acomoda, y lo demás lo rechaza. Pero aun con fe tan tibia no le creo a usted capaz de hacerse judío por amor, por el cariño de una mujer, por cosas de un día.

—Y por deber, por la responsabilidad terrible de una gran falta—añadió Lantigua con energía—. Por estas razones y otras, no vacilaría en cambiar, al menos aparentemente, la religión más aceptable por la más desacreditada.

—¡Aparentemente!... Es decir, con reservas mentales...—dijo Morton, lleno de confusión.

—¡Ah!, veo que usted es más intolerante en su religión falsa que yo en la mía verdadera. Yo concedo algo; usted, nada. Siga usted mi ejemplo, y verá cómo no soy fanático, ni intransigente, ni mojigato. Me atrevo a esperar que mi creencia se asemeja bastante en el fondo a la de usted o a la de cualquier otro hombre del siglo.

—¿Cómo?—preguntó Morton con curiosidad.

—¿Será posible que en el fondo no pensemos lo mismo, señor Morton? Oigame usted con atención. Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día, y que, tarde o temprano, todos los cultos positivos tendrán que perder el vigor presente. Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión. Creo que muchas cosas establecidas por la Iglesia, lejos de acrecentar la fe, la disminuyen, y que en todas las religiones, y principalmente en la nuestra, sobran reglas, disposiciones, prácticas. Creo que los cultos subsistirían mejor si volvieran a la sencillez primitiva. Creo que si los poderes religiosos se empeñan en acrecentar demasiado su influencia, la crítica acabará con ellos. Creo que la conciliación entre la filosofía y la fe es posible, y que si no es posible, vendrá el caos. Creo que cada vez es menor, mucho menor, el número de los que tienen fe, lo cual me parece funesto. Creo que ninguna nación ni pueblo alguno pueden subsistir sin una ley moral que les dé vida, y si una ley moral desaparece, vendrá necesariamente otra... Esto que declaro, esto que pensamos, ¿a qué negarlo?, todos los hombres del día, es de esas cosas que pocas veces se dicen, y yo las callé siempre, porque la sociedad actual se sostiene, no por el fervor, sino por el respeto a las creencias generales. Las circunstancias en que nos encontramos oblíganme a confiar a usted mi pensamiento, mostrándole todo lo que hay en él, y a manifestarme con entera franqueza, pues ni mi nombre, ni el respeto que debo a la memoria de mi hermano muerto y a las virtudes del que vive concuerdan bien con estas ideas, que, a pesar mío, exhibo. Y al hacerlo así, revelando lo que nadie hasta hoy ha oído de mis labios, espero hallar un eco en el pensamiento de usted, pues teniéndolo por hombre bien instruído en las ideas corrientes, no puedo creer que esté tan tenazmente aferrado a la secta más desautorizada de todas. Creo, finalmente, y para decirlo todo de una vez, que el fondo moral es con corta diferencia uno mismo en las religiones civilizadas...; mejor dicho, que el hombre culto educado en la sociedad europea es capaz del superior bien, cualquiera que sea el nombre con que invoque a Dios.

Breve pausa siguió a esta profesión de fe. Morton miraba fijamente el hule de la mesa, y absorto en el grave asunto, se ocupaba maquinalmente en retorcer una hilacha que sus manos habían encontrado allí.

—Estimo la declaración—dijo, sin alzar los ojos de la mesa—. Ya sabía yo que muchos adalides del partido católico son racionalistas *in pectore*. Ahora, en cambio de sus concesiones, yo voy a hacer otras.

Don Buenaventura decía para sí: «¡Quién me había de decir que yo vaciaría estas heces de mi conciencia delante de un judío!... Pero es preciso

transigir; sí, transigir, ceder un poco, para que él ceda otro poco y nos entendamos.»

—Mi familia, como la de usted—dijo el hebreo—, se ha distinguido por su fervor religioso, ha sido y es, como la de usted, una familia respetada y querida por sus virtudes y su generosidad; ha tenido y tiene gran prestigio en nuestra raza, por sostener con noble tesón la idea de la consecuencia israelita en medio de la desgracia en que vivimos y de la degradación en que han caído muchos de nuestros hermanos. Yo fuí educado con gran solidez de principios. Me infundieron la fe más en la conciencia que en la imaginación, hablándome poco a los sentidos y mucho al alma. Además, me inculcaron la idea de que por nuestra religión fueron revelados al mundo los eternos principios que lo rigen, y que no pierden su valor por las modificaciones que recibieran en un día memorable. Me han enseñado a amar una ley que contiene todo lo bueno y todo lo verdadero, pues ninguna verdad moral posee el mundo que no se halle en mis libros. Al afirmar esto no llegaré al extremo de creer que fuera de mi ley todo es corrupción, inmoralidad, mentira, como hacen aquí, no; yo también cederé, imitándole a usted, y diré que los preceptos morales, por los cuales no regimos, son los mismos que gobiernan el alma cristiana, los mismos que gobiernan a todos los hombres que tienen preceptos. No sé que haya en pueblos civilizados ninguna religión cuya moral diga: «Matarás, mentirás, robarás, harás daño a tu prójimo...»

—Muy bien, muy bien—dijo Lantigua, radiante de satisfacción—. ¿Ve usted cómo nos acercamos? ¿Qué queda entre nosotros?... El culto, la forma, la liturgia, un fantasma, señor Morton.

—¡El culto!...—exclamó Daniel solemnemente—. ¿Y a eso llaman ustedes fantasmas? Para ustedes lo será; para mí, no.

—¿Es posible que quien piensa como usted piensa dé valor...?

—Sí; doy valor al culto, y valor inmenso.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra nacionalidad. No tenemos patria geográfica, y nos la hemos formado en la comunidad de prácticas religiosas y en la observación de la ley. Por razón de nuestro estado social tenemos más íntimamente confundidas que ustedes la patria, la familia, la fe. Para el cristiano, la religión no es más que la religión; para nosotros, además de la religión, es la raza, es una especie de suelo moral en que vivimos, es la lengua, es también el honor, ese honor de que usted me habla y que en nosotros no se concibe sin la consecuencia, sin la constancia en amar una fe augusta y venerable, por la cual somos escarnecidos.

—Todo eso es de forma; al fondo, al fondo—dijo Lantigua con impaciencia—. Usted demuestra creer que su religión no es en lo moral superior a la mía.

—Lo es por la antigüedad y por la sencillez. Creo firmemente que cuanto Dios ha revelado al hombre está en mi ley. Todo lo demás es postizo. No aborrezco al cristianismo por falso ni por malo, sino por cruel e inútil.

A don Buenaventura se le vinieron a la boca mil argumentos terribles, abrumadores, sin réplica; pero se contuvo antes de enunciarlos, y llenándose de paciencia, siguió escuchando.

—... Hay razones históricas y sociales —añadió el hebreo—, razones terribles, amigo mío, para que nuestra abjuración sea más deshonrosa que la de otro hombre cualquiera...

Don Buenaventura dejó ver una sonrisa de desdén.

—... Además de que siento un instintivo amor al Dios de mis padres y antipatía invencible a la inútil innovación cristiana...

A don Buenaventura se le acababa la paciencia.

—... Déjeme usted seguir. Además de esto, obedezco a una ley de raza; ¡y qué terribles son las leyes de raza! El mismo valladar establecido por los cristianos para que vivamos separados del resto del linaje humano, aviva y enciende más nuestra consecuencia, porque las injurias que hemos recibido, la expulsión de España, el injusto odio al cristianismo, nos aferra más a nuestro dogma, fórmula de la patria entre nosotros. ¡Abjurar!... ¡Pasarnos a este enemigo implacable, que durante dieciocho siglos nos ha estado insultando, escupiendo y abofeteando; que nos ha expulsado, nos ha quemado vivos, nos ha arrojado de todas las ocupaciones honrosas, nos ha cerrado todas las puertas, nos ha prohibido todos los oficios, dejándonos sólo el más vil, el

de la usura; que nos ha llenado de denuestos groseros, apartándonos de todo lo que puede llamarse fraternidad y negándonos hasta el goce de los derechos naturales; que nos ha considerado siempre como una excepción en la Humanidad, como una raza abyecta y manchada, y nos ha estado martirizando con la infame y absurda nota de deicidas, ¡de haber matado a Dios!... No, no puede ser; entre nosotros no habrá un solo hombre de honor que se pase a este enemigo implacable y feroz. Dieciocho siglos de venganza por haber dado muerte a un filósofo, el más grande de los filósofos si se quiere, es demasiada crueldad.

—Merecido baldón ha sido—dijo don Buenaventura—, y lo prueba la espantosa duración del castigo. Un año, diez, un siglo, pueden equivocarse. Mil ochocientos años no se equivocan. Su fallo merece respeto.

—No tendrá jamás el mío—declaró Morton con ira—. Ha tocado usted la fibra más delicada de mi corazón, de un corazón que tiene el acendrado fuego de la raza. Yo siento la pasión de mi nacionalidad perdida, de mi culto sencillo y grandioso, de mi pueblo desgraciado y escarnecido que conserva en sí un fondo admirable de valor moral. Sí; quisiera tener mil bocas para decirlo con todas ellas. Un pueblo que ha resistido dieciocho siglos de desprecio, un pueblo que subsiste después de mil ochocientos años de verse proscrito, errante, vejado, humillado, es digno de mejor suerte.

—Procuren ustedes mejorarla.

—Yo he pasado horas en amarguísima tristeza pensando en la suerte infeliz de mi raza. Desde que tuve uso de razón comprendí que en nosotros había un gran vacío, aunque no me podía explicar cuál era: comprendí que una nube siniestra nos envolvía, que no éramos como los demás, que la sociedad nos rechazaba... He pasado la mayor parte de mi juventud en tétricas meditaciones sobre nuestro aflictivo destino social, y con esto, el amor que siempre tuve a mi casta, a mi grandiosa historia, se inflamaba más cada día hasta llegar a una vehemencia que hizo creer en la pérdida de mi razón. Mi juventud ha sido un delirio doloroso, un sueño en que se han confundido los intentos más atrevidos con las ideas más nobles. He soñado con la rehabilitación del judaísmo, con borrar la maldición horrible; he pasado años enteros en soledad sombría, como los anacoretas, meditando en la pasión y crucifixión de un pueblo inocente, y, después, lanzándome al mundo y a los viajes infatigables por todos los países donde había israelitas, he tomado el tiento a la terrible carga de esta empresa. Y a pesar de hallarla muy pesada, no he renunciado a echarla sobre los hombros, y en horas de duda o vacilación he sentido en mí un aliento poderoso, una inspiración, una solemne voz de mi ultrajado Jehová que me decía: «Adelante.» Y a un hombre de tal temple, a un hombre que tiene el fanatismo santo de su casta, que no vacila en morir cien veces por ver realizada una rehabilitación que el siglo cree imposible, le dice usted: «Abandona todo eso y ven a humillarte aquí delante de mí; ven a besar esta cruel mano que te ha estado abofeteando por espacio de dieciocho siglos; ven a adorar al filósofo crucificado, en cuyo nombre hemos decidido que eres una bestia.»

—En nombre de Jesucristo—dijo don Buenaventura, sintiendo que en su corazón había sido tocada una fibra de sentimiento, aunque estaba muy honda y el dolor no era grande—, en nombre del que redimió al género humano transformando toda la Tierra. Parece mentira que en un entendimiento cultivado y claro exista obcecación semejante. ¡Dios mío, lo que es nacer en el error!... Pero hay una cosa que me hace poner en duda la sinceridad de su fanatismo. Si tan lleno estaba usted de la idea de su raza; si esta idea le ocupaba por entero, rigiendo completamente su vida, sus actos todos y sus sentimientos, ¿cómo cayó el señor Morton en la debilidad de enamorarse de una mujer cristiana?

—Dios nos somete a durísimas y terribles pruebas. Los católicos tibios que piensan poco en Dios, los ateos que le niegan y los racionalistas cristianos que le han despojado de sus maravillosos atributos personales, no comprenderán esto y reirán con impía necedad de las pruebas a que me refiero. Yo no soy así. Creo en las pruebas como en los castigos. Mi insensato y desvariado amor es una de aquéllas. He caído, he caído con pecado nefando, y he sentido las dudas más terribles y congojosas que pueden imaginarse. ¿Qué debo hacer? ¿En qué grado deben interesarme, respectivamen-

te, mis deberes sociales y mis deberes religiosos? Aquí tiene usted la gran duda que me ha traído a la mayor desesperación y a desear ardientemente la muerte, la madre muerte, que todo lo resuelve.

—Yo no le he llamado a usted ni usted ha venido tampoco para entregarse a una desesperación inútil. Es preciso ser razonable, abordar esta cuestión terrible que se nos ofrece en presencia de mi sobrina, inocente y buena y hermosa; de mi hija, debo decir, pues por tal la tengo.

—Es verdad. Yo he venido deseoso de abordar la cuestión y de resolverla.

—¿Cómo? Después de lo que acabo de oír—dijo don Buenaventura con acento de indignación—, parece que, según usted, el horrendo sacrificio debe hacerlo ella.

—No, no; comprendo que eso no puede ser... Hay otro medio.

—No alcanzo ninguno.

—Si yo no creyera que hay otro medio, no hubiera venido; me habría quedado en Londres. Sólo el acudir puntual a su llamamiento indica que mi deseo es...

—Conciliar..., bien.

—Pero esta conciliación no puede celebrarse sino entre ella y yo, entre su conciencia y la mía.

—Es necesario—dijo Lantigua con interés—, es necesario que usted la vea. Ella le recibirá a usted. Ya se lo he dicho, y tendrá que obedecerme.

—El problema es difícil; pero quién sabe... Creo que en la cuestión de fe no nos sería difícil llegar a una concordia provisionalmente aceptable...; la cuestión de forma es la más terrible.

—Ahí, ahí está el quid. Pero ¿será imposible encontrar una fórmula?

Don Buenaventura, que en su vida política, no por cierto muy larga ni muy brillante, había descollado en el arte de buscar fórmulas, creía posible, en la ocasión que ahora relatamos, lucir nuevamente su ingenio. Pensando en esto dijo para sí: «No se presenta mal. ¡Algo duro está! Veremos; creo que repetidas conferencias entre los dos han de abrir algún camino... Todavía me queda un argumento muy fuerte, un argumento de corazón, de ternura, y ése lo dejo para cuando sea oportuno. Ahora no lo es.»

—Nada podemos adelantar mientras yo no la vea y hable con ella—dijo Morton con inquietud.

—La verá usted. Su repugnancia es mucha; pero yo la venceré. Nos rodean mil dificultades. No contábamos con el disgusto y la alarma que su presencia de usted produciría en este piadosísimo pueblo. Las ideas de mi familia tampoco nos son muy favorables. Mi hermana se empeña en dirigir la mente de Gloria al ascetismo, y esto no me gusta.

—¿Y el señor don Angel?

—No está aquí. Menos temor me infundiría él que mi hermana... ¡Una fórmula! ¡Hallar una fórmula! Pero ¿es tan difícil?... Se me figura que entre los tres llegaríamos a una solución lisonjera, o, al menos, admisible. Todo menos la deshonra de esa infeliz...

—Que yo la vea, que yo la vea es lo principal—dijo Morton con ardor.

—La verá usted...

—Que pueda yo, además, mostrarme libremente en el pueblo, y que cese el absurdo horror que inspiro; que pueda ir a todas partes; que mi nombre no sea una blasfemia...

—Cierto—dijo Lantigua, hondamente preocupado—. Ante todo conviene redimirle a usted de esta horrible abominación pública, indigna de la cultura moderna.

—Sí, sí.

—Y darle a usted alojamiento digno, decoroso, a la luz del día; que no viva oculto como los ladrones.

—Sí, sí; también eso.

El buen señor miró fijamente al suelo, sosteniendo su barba con los dedos de la mano derecha.

—¡Ah!—exclamó de improviso, dándose una palmada en la frente—. Tengo una idea, una idea felicísima.

—¿Cuál?

—Permítame usted que no se lo diga por ahora.

—Pero...

—Tendrá usted alojamiento decoroso, y se modificará, o se atenuará, por lo menos, el rigor de esa implacable opinión pública. Hoy mismo notará usted las consecuencias de mi idea.

—Deseo saberla.

—Confíe usted en mí—dijo don Buenaventura, levantándose—. Nos veremos luego. Voy a ocuparme de usted.

No quiso dar más explicaciones el noble señor de Lantigua, y salió dejando al

hebreo en confusión no menos grande que la que al principio de la conferencia tenía. Morton se asomó a la ventana y vió a *Caifás* enterrando otro muerto.

«Un enemigo menos en Ficóbriga», pensó.

En tanto Lantigua corría, presuroso, en busca del señor cura, don Silvestre Romero.

XII

LA FÓRMULA DE DON BUENAVENTURA

En la tarde del Domingo de Ramos, cuando después de rota y deshecha la procesión se retiraron, consternadas, a su casa Gloria y Serafinita, ésta mandó a Roque con toda diligencia a Villamojada, para que pusiera en la estación telegráfica el siguiente despacho:

«A don Angel María, cardenal de Lantigua, arzobispo de ***, en el palacio arzobispal de Toulouse (Francia).—Gravísimo peligro. Enemigo en Ficóbriga. Ven al punto.

Serafina.»

El señor don Angel había sido elevado en noviembre anterior a una Silla metropolitana, digna recompensa de sus altos merecimientos y preclaras virtudes. En febrero concedióle Su Santidad la púrpura, y a principios de marzo partió para Roma a recibir la birreta. Regresaba en abril apresuradamente para tomar posesión de su nueva diócesis antes de la Semana Santa, y al atravesar Francia para entrar por Bayona sintióse acometido por su fiero enemigo: el reuma. Encolerizarse contra el reuma y el mal tiempo y la humedad habría sido encolerizarse con Dios; por tanto, llenóse de resignación, y en vez de irritarse, suspiraba. No obstante la cojera, insistía en proseguir el viaje; pero los médicos ordenáronle descanso, y el arzobispo de Tolosa, de Francia, grande amigo suyo en el Concilio, le invitó a que descansara. No lo hizo de muy buen grado su eminencia; mas las traidoras piernas se negaron a obedecer al corazón. Escribió a su hermana, y, entre otras cosas, le decía: «No estoy tan mal que no pueda ponerme en camino si un urgente negocio lo exige. Si se presentara en Ficóbriga el antedicho sujeto —en los primeros párrafos de la carta hablaba de él—, avísamelo sin pérdida de tiempo, pues aunque deba ir arrastrándome, seguiré mi itinerario.»

De las intenciones y pensamientos del señor cardenal no tenemos aún conocimiento exacto, y casi nos atrevemos a creer que Serafinita, a pesar de su buen deseo, no los interpretaba con estricta fidelidad. En cuanto a don Buenaventura, ya sabemos que deseaba resueltamente poner fin al duro conflicto por medio del matrimonio. No había duda para él respecto a la medicina; pero la fórmula de ésta se ocultaba a su perspicuo entendimiento. ¡La fórmula! He aquí el secreto. Era preciso ser Arquímedes, Galileo, Newton, poseer el genio y la inspiración sublime de los grandes descubrimientos para encontrar aquella fórmula.

Don Buenaventura militaba públicamente en el partido cotólico, el cual ha extendido a todas las cosas la intolerancia, nervio del dogma. Pero es ley fatal también que al combatir con un enemigo que emplea determinada táctica, ése aprende esa táctica y se la adopta después. Eso le pasó a don Buenaventura, y el hábito de los parlamentos, del salón de conferencias y de la política menuda, enseñóle, sin saber cómo, el fino arte de las transacciones. Era que su espíritu, por el frecuente combate con las habilidades, llegó a inficionarse de ellas primero, a usarlas instintivamente después, y, por último, a creerlas buenas y necesarias.

Había defendido enérgicamente, aunque sin elocuencia, la unidad rigurosa del culto, y eran de oír sus palabras calificando los matrimonios contraídos por personas de diferentes creencias; pero una cosa es la declaración teórica y otra el hecho abrumador y elocuente, más persuasivo que cuanto encierran las bibliotecas. Ante aquel hecho que directamente hería su corazón, don Buenaventura vaciló, concluyendo por admitir la imprescindible necesidad de un arreglo. Este arreglo era posible con tal que se encontrase la fórmula.

Amaba tan tiernamente a su sobrina Gloria, que en su corazón no la distinguía de sus propias hijas. En Madrid había tomado informes de Morton, y por el barón de W*** y otros israelitas con quien tenía relaciones de amistad o de negocios supo nuestro banquero las sobresalientes cualidades de todos los indi-

viduos de la familia de Daniel y de Daniel mismo.

—O yo valgo poco, o los caso—decía Lantigua—. Sobre la conveniencia y la posibilidad de esto no hay duda. El cómo, la pícara fórmula, es lo que falta.

Desde su llegada a Ficóbriga confió a Romero su pensamiento, y éste se mostró muy dispuesto a prestarle ayuda. Ambos discutieron, indagaron, escudriñaron. Por último, don Silvestre, lleno de interés por la señorita de Lantigua, decía:

—No hay más remedio que sacarla a todo trance de tan triste situación. Aquí no se trata de teorías: se trata de un hecho, de un hecho innegable, evidente, terrible. Comprendo que para evitar estos hechos se establezca la unidad religiosa más intolerante, que se expulse, que se queme, que se condene, que se fulminen rayos...; pero ya no se trata de prevenir, sino de reparar. No habrá ninguna autoridad divina ni humana que se atreva a decir en presencia de esto: «Quédese el mal como está...» Lo que falta es la fórmula, una formulita.

Don Silvestre fué, desde entonces, cómplice de todos los planes de su noble amigo. Ambos, sin dejar de ser muy católicos y de manifestar inflexibles opiniones, cada cual según su estilo, eran hombres de mundo; habían tomado el tiento a la sociedad; habían sufrido la fascinación de lo práctico, el uno en sus negocios, el otro en sus luchas contra la Naturaleza; habían dicho: «Conviene huir de la corriente para que no nos arrastre; pero si, por desgracia, viene un brazo de mar y quiere llevarnos, es tontería luchar con él; hay que sortearlo.»

Don Buenaventura no admitía de ninguna manera el matrimonio puramente civil en aquel caso, ni entraba en sus miras que Gloria fuese a casarse a un país extranjero. Para él, la fórmula más aceptable hubiera sido aquella en que el matrimonio se verificase con todas las apariencias de concordancia religiosa. «Me basta—pensaba—, me basta con que ese hombre nos conceda una farsa de abjuración... Será un malvado si no lo hace... Piense luego en su interior como le dé la gana. Al fin y al cabo, el fondo, el fondo de todas las creencias, ¿no es uno mismo? La sociedad nos obliga a establecer diferencias en el culto; pero esas diferencias deben desaparecer ante un deber social también muy poderoso... He aquí la fórmula; sí, ya la tengo, se la propondré. Una conversión fingida, con reservas mentales... ¡Oh Dios, Dios! Imposible que tú no seas uno mismo para todos... ¡Ah!... Ved aquí una de esas pícaras ideas que nosotros, los hombres de peso, no decimos nunca, nunca; no se pueden decir; la taimada idea, la saltona y diabólica idea que tenemos asentada en el fondo de la conciencia... Si mi hermano sospechase esto...»

El día de la conferencia que hemos descrito habló con don Silvestre antes de misa mayor, y ambos se pusieron de acuerdo sobre la conveniencia de rehabilitar al hebreo en el concepto público de Ficóbriga, y proporcionarle una entrevista con Gloria.

—¡Ah!—decía don Buenaventura—. Si esa desgraciada se empeña en no verlo, yo probaré que tengo autoridad... Bueno es el misticismo; pero ahora se trata de ajustar una cuenta con la sociedad. La de Dios está ya saldada, y el perdón de nuestra pobre huérfana debe de haber sido puesto a la firma allá arriba. Estoy seguro de esto, segurísimo...

Y pensando luego en Morton, decía:

—Se me figura que los mayores obstáculos no vendrán de parte de él. Su fanatismo, más que de religión, es de raza. Y si aún vacilara, tengo un argumento poderoso, que guardo para la ocasión crítica; un arma de sentimiento, de ternura, con la cual pienso herir en él la fibra más sensible.»

Desde el Lunes Santo empezó a correr por Ficóbriga un rumor que en pocas horas dió la vuelta a todo el pueblo y penetró en todas las casas, como un aire fuerte y súbito que sorprende abiertas las puertas y hasta el más hondo rincón se introduce. El rumor era que el señor Morton había ido a Ficóbriga con el fin santo de abrazar el catolicismo. Divulgóse esa noticia, que era buena, con la rapidez de las malas, haciendo efecto poderoso en pueblo tan crédulo como sencillo. No hubo una sola boca que de esto no se ocupara lunes y martes, y por doquiera oíanse exclamaciones de alegría y comentarios optimistas. Hubo quien asegurase haberlo oído de los labios del mismo cura o de los no menos respetables de don Juan Amarillo. Causaba igual pasmo la noticia de que el extranjero había

sido alojado decorosamente en una de las buenas casas de Ficóbriga, y que se esperaba de un instante a otro al señor don Angel de Lantigua para echar a don Daniel los Evangelios.

No hay para qué decir que estos rumores llegaron a la casa de Lantigua, y hallando abierta la puerta, se metieron dentro y subieron y bajaron, dando vueltas a toda la casa. Pero no entraron sólo por conducto de los criados, sino que el mismo cura, anunciándolos con su venerable boca, les dió autoridad. El martes por la tarde fué a la casa a ver a su *querida penitente*, y delante de ella y de doña Serafina habló de la estupenda noticia que por el pueblo corría. Apoyóle don Buenaventura; mas las dos hembras no dijeron nada.

—Si es cierto—dijo Romero, decidido a que la idea penetrase donde debía penetrar—, si es cierto, esta conversión será muy sonada. Aquí tenemos al jornalero de las viñas que ha venido tarde, pero que recibirá, según Jesucristo, la misma soldada que los que vinieron pronto. Grandísima gloria será esta conversión para nuestra humilde villa, y también para mí, que tuve la dicha de sacar de las aguas...

Viendo que, aparentemente, no prestaban atención a sus palabras, volvióse a don Buenaventura, y prosiguió así:

—Yo le saqué de las aguas como se saca un pez; de modo que si yo no le hubiera pescado... Y aquí viene bien repetir lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo a los apóstoles cuando recogían sus redes en las orillas del lago de Genesareth: «Seguidme y os haré pescadores de hombres.» He aquí que si, al fin, le bautizo yo, puedo decir con doble motivo que he pescado a un hombre.

Gloria, que leía los oficios del Martes Santo, miraba tan de cerca el libro, que parecía no poder hallarse en disposición de entender la lectura si no se metía las letras dentro de los ojos. Serafinita permanecía inmutable y silenciosa, como si su espíritu, su voluntad y sus creencias se hallaran en esfera superior a todos los miserables eventos de la tierra. Cuando el cura salió, don Buenaventura le dijo:

—Basta con que lo sepa... La idea ha de hacer efecto. No es cerebro de paja el suyo, y cuando una idea entra en él... ya, ya, levantará buen remolino... ¡Ah!, señor don Silvestre..., se me figura que hemos encontrado la fórmula, esa suspirada fórmula.

XIII

EL SECRETO

Por la tarde, miércoles, Serafinita acompañó a su sobrina a dar un paseo por el jardín. Departían sobre cosas triviales; pero la señorita hablaba tan poco, que a veces doña Serafinita tenía que suspender su discurso y preguntarle dulcemente:

—¿En qué piensas?

—En nada—respondió Gloria.

—En mucho—afirmó la señora, sonriendo—. No creas que te riño por eso. Bien sé que no es cosa fácil purificar completamente el pensamiento de ideas mundanas. Aún lucharás mucho, padecerás congojas, sufrirás terribles asaltos de la mala idea, batallarás horriblemente antes que tu pensamiento limpio y libre se pueda consagrar por entero a Dios... Para llegar a este lisonjero fin, hija mía, no hay mejor camino que el de la desgracia, y prueba evidente soy de ello... Pero has de poner algo de tu parte. Desáhuciale de una vez... Esta idea es dolorosísima, pero muy saludable. Piensa en el ejemplo del tratante de perlas, que presentó Nuestro Señor Jesucristo; y fué que, viendo el mercader una perla más hermosa que todas, vendió las que tenía para comprarla. Del mismo modo, tú, para comprar la perla del reino de los cielos, es fuerza que vendas todas, absolutamente todas las que posees.

—Menos una—contestó Gloria tímidamente.

—Dios no agradece los sacrificios de las cosas pequeñas, sino los de las grandes... ¿Qué le has ofrecido hasta ahora? Los placeres del mundo, las relaciones sociales, tu fama, tu reputación... Eso no vale nada: lo que El quiere es tu corazón. ¡Los corazones son las joyas con que se obsequia al Eterno Padre! Esos son los diamantes y las perlas de que está adornado su trono... ¿Crees que basta el perdón de las injurias, la humildad y la conformidad en sufrir desaires y calumnias?

—Ya sé que ese mérito no es grande, querida tía; ya sé que hay sacrificios

mayores, mucho mayores. ¡Dichosas las almas que tienen fuerza para hacerlos!... Para perdonar a mis enemigos creo que no necesito probar la desgracia. Si en mis tiempos felices los hubiera tenido, los habría perdonado del mismo modo. De la humildad no puedo vanagloriarme, porque no la tengo completa, yo sé que no la tengo; y en cuanto a los desaires y calumnias, escasa virtud hay en sufrir pacientemente los primeros, que bien poco valen. Las segundas no existen, no han llegado a mis oídos.

—Pues sí: existen las calumnias, querida hija; eres calumniada, y voy a decirte cómo, para que perdones a las bocas maldicientes.

—No es calumnia hablar de mi deshonra.

—No se trata de eso; se trata de verdaderas calumnias, de falsedades indignas y deshonrosas, propaladas por personas que se llaman amigas nuestras y que nos deben respeto y consideración, o, por lo menos, la caridad que a todos los cristianos nos une.

—Tristes son los desaires que me han hecho—repuso Gloria—; pero como hijos de una superstición grosera, no merecen gran atención.

—No me refiero al incidente del pollinito—dijo la señora—. Ya eso, después que ocupó bastante las lenguas de Ficóbriga, ha pasado a la Historia. Me refiero a calumnias, a verdaderas calumnias que corren acerca de tu conducta. Esta mañana, hija mía, he pasado un rato de dolor y de vergüenza al oír contar...

La voz se ahogó en la garganta de la noble señora; pero, haciendo un esfuerzo, continuó así:

—Teresita la *Monja,* una señora a quien siempre hemos guardado los de casa la mayor consideración, me dijo de ti cosas abominables. He necesitado de toda mi paciencia, de toda la mansedumbre y paz de mi alma para no llenarme de infame ira... Pero, hija, ciertas cosas no se pueden oír..., no... Oyendo a esta mujer, he tenido que hacer un esfuerzo casi sobrenatural para ahogar en mi pecho la indignación... No he podido contestar una palabra, y me he deshecho en lágrimas delante de ella y de sus amigas.

—¿Y qué dice de mí?—preguntó Gloria con perfecta tranquilidad.

—Es tan bestial y horrenda la calumnia, que me da vergüenza decírtela; pero te la digo para que, apurando también este cáliz de amargura, tengas una ocasión magnífica de perdonar...

—¡Perdonar!

—Sí: de perdonar a esas mujeres, como las he perdonado yo. Ni aun quiero hacer comentarios de su maldad; ni siquiera la vitupero como te han vituperado a ti, y tan sólo digo: «Señor, perdónalas, porque no saben lo que se dicen.»

—Pero ¿qué es?

—Te horrorizarás; mas no importa. Dicen que a altas horas de la noche, cuando todos duermen en nuestra casa y en la villa, sales..., sí, dicen que sales ocultamente para reunirte, en un paraje solitario, allá junto al cementerio, con el desgraciado autor de tu deshonra.

Gloria se quedó blanca, inmóvil y muda como mármol. Sin embargo, aquel estupor no indicaba en modo alguno la turbación de una conciencia sorprendida por la denuncia.

—Comprendo tu espanto—añadió la señora—. ¡Oh, cuántas lágrimas he derramado hoy! ¡Oír estas cosas yo, yo, que pondría cien veces mi mano en el fuego de tu inocencia en este caso!... Quise responderles; pero la lengua se me entorpecía... Teresita se reía. ¡Si vieras con qué pérfida seguridad afirmaba haberte visto ella misma!

—¡Ella misma!

—Sí; dice que el lunes te vió. Era más de medianoche. Ella había salido a asistir a una sobrina que estaba de parto, la hija mayor del escribano don Gil Barrabás... Dice que te vió salir de la casa, tomar por la calle de la Poterna... En fin, no quiero atormentarte más. ¡Qué calumnia tan infame!

Cierto era que Teresita la *Monja* había preparado la atroz calumnia; bueno es asentarlo así, aunque ningún lector habrá puesto en duda la veracidad de la de Lantigua, persona incapaz de mentir. La horrible invención corrió de boca en boca por todo el círculo de beatas, neutralizando el buen efecto que produjera en Ficóbriga el rumor de la conversión del israelita.

—Al principio no creí prudente contarte estas abominaciones—añadió Serafinita con el acento de la lealtad más pura—; pero después he decidido que lo sepas, para que tengas el gusto inefable de perdonar a esas personas... No quiero darles ningún calificativo infame; sólo

pienso en perdonarlas y en rogar a Dios por ellas. ¡Oh hija mía!, este gozo de olvidar la calumnia y perdonar a los calumniadores no es permitido sino al alma del cristiano. ¿Las perdonas?

—Con todo mi corazón—repuso Gloria, volviendo del estupor que la noticia le produjera—. Y aunque cien veces me difamaran, cien veces las perdonaría.

—Así es como te quiero—dijo Serafinita con efusión de amor y de piedad, abrazando y besando a su sobrina.

No hablaron más de este tema. Ya cerca del anochecer, vino *Caifás* a dar cuenta de la distribución de limosnas que solía hacer por encargo de doña Serafina y de Gloria. Esta, llevándole a su cuarto, dió más dinero e instrucciones nuevas que no podemos conocer. Por la noche, los tres Lantiguas hicieron la colación; rezó el rosario la señora, acompañada de todos, y cuando llegó la hora de recogerse, dirigióse a su cuarto don Buenaventura, mientras Serafinita iba con Gloria al de ésta, pues era costumbre hacerle compañía hasta que la dejaba acostada, cediendo a las dulces caricias del sueño.

—Buenas noches, niña mía—dijo la señora, poniendo la mano sobre la frente de su sobrina—. Duerme en paz. ¿Quieres que te apague la luz?... Ya está apagada.

Dió un soplo para matar la luz, y, tomando la suya, besó a Gloria con ternura y se fué. Por breve rato oyéronse sus pasos al bajar la escalera; pero, al fin, extinguióse el ruido y también la triste claridad que dejaba tras sí la vela con que se alumbraba.

Gloria no dormía. Vigilante en medio de la profunda oscuridad de su cuarto, sus negros ojos se abrían ante las tinieblas como ante un hermoso espectáculo, y su oído acechaba los murmullos de la noche. Aterrada de su propia zozobra, se ponía la mano sobre el corazón para sentir sus latidos, y a ratos suspiraba, moviéndose ligeramente en el lecho. Pasado algún tiempo después de la partida de su tía, alargó el cuello y contuvo la respiración para que el leve rumor de ésta no se confundiera con las sones lejanos que quería sorprender.

Crujieron en la casa las últimas puertas que se cerraban; allá en lo profundo oíanse a ratos golpes que parecían subterráneos, y eran las pisadas de las mulas en el suelo de su cuadra; después, el ladrido de los vigilantes perros, que se alborotaban por el paso de una sombra, y constantemente, el vibrante chasquido de los sapos, cantores de la hierba húmeda. Los oídos de Gloria, estimulados por la zozobra de su alma, sondaban el silencio de la noche, penetrando hasta las últimas honduras para cerciorarse de que la casa se hallaba en completo reposo. «Ya duermen—pensó—. Todos duermen.»

Siguió escuchando, y claramente percibía el resuello de la mar, jamás callada, ni aun cuando duerme, como en aquella tranquila noche dormía; sus olas eran suaves dilataciones de un pulmón en reposo... Gloria contaba el tiempo, pues, sin necesidad de reloj, podía apreciar los instantes que trancurrían. No atendía, no, a ninguna idea pasada; su alma estaba en lo presente, y en aquel rato de acecho, que iba creciendo hasta ser una hora, dos horas... «Ya es tiempo—pensó—. ¿Qué tiene esta noche el reloj de la Abadía que no suena?»

Y no había acabado de formular esta idea, cuando se oyó la primera campanada, larga, cóncava, pesada, prolongada como un lamento. Como los duendes que esperan la hora de su libertad, Gloria se incorporó rápidamente. Al dar la segunda campanada tomó su ropa, tanteando en la oscuridad, pero sin equivocarse, porque sabía muy bien el lugar donde estaba cada pieza. El reloj seguía dando campanadas lentamente, y la señorita, con presteza suma, se ponía los vestidos, atando cintas y ajustando botones en la oscuridad con incansable mano. Las cintas se enroscaban velozmente, cual menudas sierpes, en su cintura. Gloria, vestida por completo, calzada, envuelta en su manto negro, se puso en pie y dió algunos pasos. Sus manos iban delante, como asidas a las manos de un fantasma que la guiaba. No tropezó con ningún mueble, no dió un solo paso en falso, y llegó a la puerta, que abrió tan suavemente cual si ésta girara sobre goznes de algodón.

Por el corredor discurría como una vana creación de la penumbra llevada en brazos del aire, y sus pasos, como los de pies que andan sobre nubes, no se sentían. Largo rato tardó en descender la escalera, y si algún ligero crujido de la madera anunciaba el peso, deteníase llena de temor, recogiendo todo movimiento en lo íntimo de su alma. Por fin, llegó

abajo, donde, por ser el suelo de mosaico, no era preciso andar con tantas precauciones. Débil claridad de los cielos, iluminados a ratos por la luna, permitía conocer los ángulos, las paredes y puertas del pasillo. Detúvose Gloria ante una, y, aplicando el oído a la cerradura, exploró la intensidad del silencio que reinaba detrás de aquella puerta. «Duerme», pensó.

Sin detenerse después de esta observación, pasó a una pieza que había en el fondo de la casa nueva; dió dos golpecitos en una puerta, y ésta se abrió por mano invisible con ligero rechinar. Pasó la joven a la casa antigua, acompañada ya de alguien que en las tinieblas la guiaba. Poco más duró su tránsito por sitios oscuros, porque ella misma, al fin, con una llave que en la mano traía, abrió una puerta y salió al patio y a la calle, donde la esperaba un hombre. Este le dió la mano para ayudarla a salvar el escalón, y ambos desaparecieron sin hablar.

XIV

CASA

Por indicación de don Buenaventura, a quien deseaba servir, el mismo alcalde de Ficóbriga, señor don Juan Amarillo, había proporcionado a Daniel Morton un alojamiento decoroso, pues no cuadraba a la cultura de Ficóbriga ni a la proverbial hospitalidad de aquella noble raza cerrar a un ser humano con impía dureza todas las puertas. A estas razones, expresadas por el señor de Lantigua, añadió Amarillo otras no menos inferiores en peso; a saber: que, siendo el hebreo persona de elevadísima posición social y de grandes posibles, no debía en todo rigor aplicársele el criterio del vulgo; que nada perdía nuestra santa religión por que se diese posada al peregrino, y que la doctrina evangélica prescribía hacer bien a los enemigos.

Como al mismo tiempo se había levantado el rumor de la conversión del israelita, el alcalde no temió que su pueblo se alborotara; y, viendo que todo favorecía su propósito, dirigióse ante la presencia de Isidorita la del Rebenque—que solía, en tiempo de baños, poseer varias piezas de su casa a disposición de los forasteros—, y le propuso tomar bajo su techo protector al hebreo.

Oyó Isidorita la proposición con grandísimo descontento, y si no exageran los autores que de esto han tratado, así como los cronistas del linaje de Rebenque, se le cortó el habla, cambiáronsele en azucenas las rosas de su cara, quedándose una buena pieza de tiempo como si fuera a caer con un síncope. Pero el señor de Amarillo díjole que no se sofocase antes de tiempo y sin motivo, añadiendo que él, a fuer de alcalde, tomaba para sí toda la responsabilidad. Como el señor cura —que a la sazón llegó—apoyase la proposición de don Juan, autorizando a Isidorita para albergar al infiel, y asegurándole que su casa quedaría limpia de toda mácula después del consentimiento del párroco, la excelente esposa de Barrabás fué recobrando poco a poco la serenidad. Sus escrúpulos cesaron por completo con una nueva exhortación de don Juan, el cual estableció que el señor Morton pagaría diariamente una libra esterlina por sí y otra por su criado.

Dieron libertad a éste, y, entregado el equipaje, señor y escudero se trasladaron a su nuevo hospedaje en la tarde del lunes. La única condición que les puso don Juan fué que durante las ceremonias públicas de Semana Santa no se dejaran ver en las calles de Ficóbriga. Así lo prometieron ambos, mostrándose muy gustosos por la deferencia de aquel celoso representante de la autoridad, que tan bien comprendía los deberes de su alto cargo. El criado era también judío, y de los recalcitrantes. Llamado Sansón, hacía honor a su nombre, pues era un coloso rudo y fuerte, con cada mano como una maza, leal y cariñoso con su amo, displicente con los demás, puntual en el servicio y muy charlatán; mas como no entendiese ni una palabra de español, hablaba consigo mismo largas horas. Aún le molestaban sus chichones y descalabraduras; mas no era cosa de cuidado.

Dióles Isidorita en su casa tres habitaciones cómodas y bonitas, arregladas sin lujo, pero con limpieza, y desde el primer día los trató con esmero, ofreciéndoles comida abundante y bien aderezada. Era la señora de Barrabás hembra de mucha conciencia, y no podía corresponder con un trato mezquino a la enorme cantidad que por su hospedaje le entregaban diariamente los forasteros. Morton estipuló

que su incomunicación con la familia de Barrabás sería completa, porque no deseaba molestar ni ser molestado, y esto desagradó a don Bartolomé, hombre muy entremetido; no así a Isidorita, que siempre ponía la circunspección por encima de todas las cosas.

Desde el primer momento, la señora de la casa vió en su huésped un caballero decentísimo, lleno de comedimiento, finura y generosidad. Esto, unido a la noticia de su conversión y a la insistencia con que Teresita aprobaba el hospedaje, acalló poco a poco la alborotada conciencia de aquella mujer. El primer día no pudo arrojar de su alma el recelo, y permanecía delante de Daniel con cierto espanto; el segundo buscaba motivos para hablar con él, hallando su conversación bastante agradable; el tercero no sabía qué hacer para complacerle. Jamás voluntad alguna fué más prontamente conquistada.

Morton huía todo lo posible de las conversaciones con el ama de la casa, cuyo afán de tertulia crecía de hora en hora; y cuando ella y su esposo no podían hallar pretexto para introducirse en la habitación del forastero, se entretenían oyendo chapurrear nuestra lengua a Sansón, que había hecho buenas migas con el filósofo. Juntábanse por las noches en la sala baja, y allí era el dialogar por señas, el reír de todo, el vaciar botellas de cerveza—pagadas por el descendiente de Abrahán, porque Isidorita jamás permitió a nuestro filósofo el goce de un ochavo—, y allí era el encender puros y el hablar cosas que, recíprocamente, no entendían.

Desde que tan gran novedad ocurría en casa de la del Rebenque, Teresita no faltó una sola noche en acudir a ella, para inquirir, indagar, hacer comentarios, recoger y glosar cada palabra del caballero hebreo. Ni gesto, ni acción, ni voz, ni salida ni entrada del joven quedaba sin ser sometida a prolija discusión. Ocupáronse también las tres—pues antes faltara en el cielo la casta Diana que a las tertulias la *Gobernadora de las armas*—de los Lantiguas, de la casa de los Lantiguas y de la inaudita, escandalosa y execrable conducta de la joya de Ficóbriga. Sí, Teresita la había visto, y lo juraba por todos los santos del cielo. En la noche del lunes, cuando la llamaron para asistir al parto de su sobrina, la hija del escribano, había visto a la señorita salir de la casa y dirigirse, en compañía de un hombre, hacia el cementerio. Resistíanse las dos amigas a creerlo, pero la de Amarillo invocaba a media corte celestial y al Padre Santo en testimonio de su afirmación.

Isidorita, por su parte, daba fe de que el señor Morton había estado casi toda la noche fuera, en la del lunes; pero no podía asegurar lo mismo del martes, porque él tenía llave y podía salir con su criado sin ser visto; pero prometió solemnemente a sus amigas vigilar para tenerlas al corriente de cuanto ocurriese. Luego que se retiraron éstas para asistir a las Lamentaciones del miércoles, Isidorita fué llamada por su huésped para recibir una orden concerniente a detalles del servicio, y, después de un breve coloquio, dijo la señora:

—¿Va usted a salir tarde esta noche?...

—No, señora.

—Como el lunes estuvo usted toda la noche fuera...

Daniel no contestó. Entonces Isidorita, demostrando vivo interés por el hombre infiel que se aposentaba en su casa, habló así:

—Yo, si usted me lo permite, me voy a tomar la libertad de darle un consejo.

Y como Daniel se dispusiera de todo corazón a recibir consejos de la señora, añadió ésta:

—Mi consejo es que tenga mucho cuidado con los Lantiguas. Son personas muy buenas, pero de mucho tesón, y no consienten que nadie...

—Acabe usted.

—Es que me estoy metiendo en lo que no me importa y temo enojarle a usted.

—De ningún modo.

—Pero como va en ello el bien de una persona tan digna... Lo que quiero decir es que tome usted precauciones, si ha de seguir sus entrevistas secretas a medianoche con la señorita Gloria.

—¡Yo!—exclamó Daniel con asombro.

—Claro. Usted no ha de darme cuenta de sus acciones. En fin, cada cual sabe lo que hace. Si una noche no le ve a usted el señor don Buenaventura, otra noche puede verle, y tendremos un disgusto, un verdadero disgusto.

—Señora..., teme usted que nos vea don Buenaventura... ¿Dónde? ¿A qué hora?—dijo el hebreo con gran interés.

—Eso, ustedes lo sabrán. Mi cuñada,

que es persona incapaz de mentir, ha visto a la señorita Gloria salir de la casa a medianoche con un hombre...

—¡Salir de la casa!

—Con un hombre...

—¡Con un hombre!

—Sí, señor... La vió el lunes desde la calle, porque fué al parto de Nicanora, la de mi cuñado Gil..., pues... Después acechó el martes por la noche, desde su ventana, porque Teresa vive al lado..., ya sabe usted..., y no sé si la vió salir también. Por mucho que se quieran ocultar ciertas cosas, no se puede, señor de Morton. Este pueblo, aun en la oscuridad lóbrega de sus noches, tiene cien ojos. Los de Ficóbriga somos algo curiosos, y aquí ruedan las noticias que es un primor. No habrá hoy en la villa quien no sepa...

—Que la señorita Gloria sale...

—En busca de usted. Es natural... En fin, me estoy metiendo en lo que no me importa. ¿No es verdad, señor don Daniel? ¡Qué importuna soy!... Que pase usted buena noche, caballero.

Y se retiró. El hebreo cayó en profunda meditación. Largo rato paseó por su cuarto. Cuando su criado quiso desnudarle, le dijo:

—Nos vamos a la calle, anda.

XV

¿ADÓNDE VA? ¿ADÓNDE HA IDO?

Teniendo llave de la puerta principal podían entrar y salir cuando les acomodase, sin pedir permiso a los dueños de la casa. Eran más de las once y media cuando salieron. La noche, clara y bastante fría, era de luna llena; pero las densas nubes que corrían viniendo del mar y en dirección a las montañas, la velaban a ratos, y cuando el astro quedaba descubierto, aparecía como arrastrado por los vaporosos brazos blanquecinos, cuya colosal gesticulación en los altos cielos imponía miedo a los que, con ánimo triste, vagaban a tal hora por la tierra.

—¿Adónde vamos esta noche, señor? —preguntó Sansón, que no podía ocultar la nostalgia del lecho.

—Ya lo veremos—repuso Morton sombríamente.

—¡Oh señor!...—dijo el criado, marchando, a la izquierda de su amo, por la calle adelante—. Si yo me atreviera, diría al señor aquellas sentencias: «Quita, pues, el enojo de tu corazón y aparta el mal de tu carne, porque la mocedad y la juventud vanidad son...» «Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol, y he aquí que todo ello es vanidad y aflicción de espíritu...»

Daniel no contestó nada.

—¡Ah, señor!—añadió Sansón, sonriendo—, es verdad que yo no debo dar consejos, ni señalar el peligro a mi amo, porque el amo es siempre sabio y el criado, necio; pero no puedo remediar el saber de memoria los proverbios de nuestra ley, que se me salen de la boca cuando menos lo pienso. Si el señor me diera su venia, le diría: «Vase en pos de ella luego, como va el buey al degolladero, y como el loco a las prisiones para ser castigado... Como el ave que se apresura al lazo y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasó su hígado.»

—Entremos por esta calleja—dijo Morton, sin hacer caso de la erudición de su criado—. Aquélla es la casa de Lantigua.

Habían llegado cerca de la plazoleta ya bautizada con el nombre de *plaza de Lantigua*, y allí se detuvieron.

—¿De modo, señor, que esta noche no iremos a pasear por la orilla del mar? —dijo Sansón—. ¿Nos estaremos de centinela en este delicioso lugar, mirando a la luna?

Morton, los ojos fijos en la casa de Lantigua, no atendía la verbosidad salomónica de su sirviente, el cual continuó diciendo:

—«Vi entre los jóvenes un mancebo falto de entendimiento... El cual pasaba por la casa, junto a la esquina de aquélla... A la tarde del día, ya que oscurecía, en la oscuridad y tiniebla de la noche..., y he aquí que le sale al encuentro una mujer astuta de corazón... Rencillosa y alborotadora, sus pies no pueden estar en casa.»

—Calla, idiota—dijo, repentinamente, Daniel, poniendo la mano en la boca de su criado, para tapar aquella fuente de sabiduría—. ¿No ves?... Por aquella puerta que está en la callejuela ha salido una mujer.

—Yo veo un hombre.

—Sí; un hombre la acompaña—dijo Morton con voz ahogada—. ¡Sansón, Sansón, si pronuncias una sola palabra

te estrangulo!... Ocultémonos tras esta esquina, porque vienen hacia acá.

Por la puerta de la casa vieja que da a la callejuela había salido una persona, la cual, uniéndose a otra que esperaba fuera, marchó precipitadamente hacia la plaza; después torcieron a la izquierda, entrando en la calle que conducía al centro de la villa.

—Sigámoslos—dijo Morton—. Andemos a su paso y no hagamos ruido... La conozco... Es ella. En medio de las mismas tinieblas absolutas la conocería. El que la acompaña es *Caifás*.

Morton los vió apartarse de la vía central del pueblo y dirigirse a la misma escalerilla donde él pasó parte de la noche del Domingo de Ramos.

«Van al cementerio—pensó, lleno de estupor—. ¿Qué es esto?»

Gloria y *Caifás* subieron la escalera; pero, en vez de dirigirse al cementerio, torcieron a la izquierda, costeando la tapia. Iban a buen paso, como quien tiene medido el tiempo. Daniel y Sansón los siguieron a conveniente distancia por la orilla de un prado inmediato a las tapias.

—Que se nos van, que desaparecen —dijo Morton con angustia—apresurando el paso.

—Los detendremos, señor.

Los perseguidos, que un momento desaparecieron de la vista de los perseguidores, volvieron a ser vistos. Iban más de prisa, y, pasando junto a las casuchas del arrabal, parecían dirigirse a un camino estrecho que a la carretera conducía.

—Hay allí un bosque—dijo Morton, apresurando más el paso—. Si se internan en él, los perderemos de vista.

Pero entonces Gloria y su acompañante se detuvieron. Oyéronse rumores de un corto diálogo y la voz que se acostumbra dirigir a un caballo impaciente. Corrieron los perseguidores; poco habían avanzado cuando vióse partir un *break*, que llevaba, al parecer, más de una persona. El vehículo iba, rápidamente, en busca del camino real. Los dos hebreos corrieron tras él; pero el coche adelantaba, y al poco tiempo desapareció. Su ruido sordo duró algo más; pero, al fin, difundióse también en el hondo monólogo de la noche. Daniel se halló en el camino real desconsolado y perplejo. «¿Adónde ha ido?—se preguntaba—. ¿Volverá?»

Su aturdimiento fué como el de quien ve prodigios y fenómenos incomprensibles dentro de la esfera de la razón humana. «La he visto—pensaba—, la he visto, y aun dudo si sería ella. ¿Por qué no la llamé? ¿Por qué no pronuncié a gritos su nombre?»

Sentándose sobre una piedra, meditó.

—¡Ah!—dijo, después de largo rato—. Ya sé... Huye de su casa y de su familia... Pero entonces no volverá.

—No volverá—repitió Sansón, sentándose junto a su señor—. Sería temeridad buscarla más; y ahora, aunque el señor no me lo permita, me atreveré a decirle...

—Sansón, déjame en paz—dijo Morton—. ¿Qué piensas tú de esto? ¿Volverá?

—Pienso que «el avisado ve el mal y escóndese; mas los simples pasan y reciben el daño». Pues hemos visto el mal, señor, escondámonos; es decir, vámonos mañana para Londres.

—Amigo—dijo Daniel, desarrollando su tema—, yo creo que aquí hay algo grande que no comprendemos.

—Lo que yo comprendo—repuso el servidor—es que se ha dicho: «Sima profunda es la mujer. Aquel contra el cual estuviese airado Jehová, caerá en ella.»

—¡Sansón, Sansón!—manifestó Daniel, regocijándose con una idea lisonjera, que brillaba en su mente como luz que nace y crece—. Yo estoy seguro de que volverá. El corazón me lo dice.

—¿Y estaremos aquí hasta que vuelva, señor?

—Aquí estaremos mientras sea de noche. ¿Tienes frío? Pues toma mi gabán y póntelo sobre el tuyo.

—Gracias, señor. ¿Es absolutamente preciso que yo esté en vela?

—Puedes dormir si para ello tienes cuerpo. Yo te despertaré en caso necesario.

—Entonces, con permiso del señor—dijo Sansón, acomodándose en el suelo—, voy a descansar, porque..., «¿qué más tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?... Generación va, generación viene; mas la tierra siempre permanece... ¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, y nada hay nuevo debajo del sol... Vanidad de vanidades, dijo el predicador; vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

Poco después de pronunciar su última

sentencia, dormía. El amo, siempre vigilante, no apartaba los ojos del último término visible del camino real y de las colinas que se sucedían tierra adentro. Nada pudo distinguir en aquella masa oscura, a ratos mal iluminada por la luna. Los negros árboles ocultaban los senderos; pero el hebreo, empleando su alma toda en la atención, buscaba en la inmensidad negra un rastro del ave cuyo vuelo había visto, y tan grande es el poder del espíritu, que, al fin, lo hallaba. No veía nada con los ojos; pero su curiosidad, excitada hasta la inspiración, estaba segura de la existencia de una estela misteriosa, trazada por un corazón que corría en busca de su amor. Era como aquella seguridad de la fe, que sostiene y declara la verdad sin verla ni poder explicarla.

Después oyó cantar un gallo, y a la voz de aquél respondieron otros sucesivamente, cerca y lejos, formando el más bello concierto que puede imaginarse. No existe en la Naturaleza, fuera de lo humano, voz más conmovedora que el alarido de aquel noble animal, exclamación lanzada por los campos en los instantes lúcidos de su placentero sueño, y con la cual dice al hombre: «Yo soy la amenidad de la vida, la paz, la sencillez, la diligencia y el trabajo.»

Daniel oía los remotos alertas del gallo que clamaban: «¡Allá va, allá va!»

«Ha de volver—pensó, dirigiendo ávidas miradas hacia las colinas—. Si el corazón me engaña esta vez, dudaré de él toda la vida.»

Había transcurrido poco más de hora y media desde la desaparición del coche, cuando el israelita creyó sentir torbellino de ruedas. No era todavía más que un convencimiento íntimo, sin nada real que resultaran de una sensación clara. Esperó, y al cabo de cierto tiempo adquirió la certidumbre de que un coche venía.

—¡Sansón, Sansón!—gritó, tirándole de un brazo—. Levántate, perezoso.

—¡Señor, señor!... ¿Nos vamos para Londres?—dijo el criado, frotándose los ojos—. Soñé que me embarcaba y decía...

—No digas nada... Prepárate para hacer lo que te mande. Tú tienes buenos puños. Detén ese coche.

—¿Cuál?

—Ahí viene. ¿No oyes?

Dejóse ver el carruaje, que venía corriendo, tirado por dos caballos.

—¡Dos caballos!—dijo el amante de Dalila.

—Aunque sean veinte, hemos de detenerlos.

El coche se acercó, y Sansón, poniéndose en medio del camino, con los brazos abiertos, como un misionero que va a exhortar a la buena vida, gritó:

—*Stop!*

Mas el que guiaba blandió el látigo, cruzando con él la cara del importuno que intentaba detener el coche. Los caballos elevaron, rugiendo, sus cabezas al sentirse contenidos por una mano de hierro que sujetaba sus riendas; anduvieron trabajosamente algunos pasos; sacudióse el vehículo; una voz de mujer gritó angustiosa: «¡Jesús!»; un chico dijo: «¡Ladrones!», y *Caifás*, que era el que guiaba, exclamó: «¡Por vida de Patillas! ¡Me lo temía!»

Daniel Morton, tirando del brazo de *Caifás*, le hizo bajar más que de prisa del pescante, y después extendió sus brazos al interior del *break*, que se cubría con cortinas de hule. Una mujer aterrada y llorosa estaba allí, en compañía de un chico, de quien Morton no hizo caso alguno. Era Sildo.

Gloria no habló nada. Quiso luchar un instante con los brazos que la robaban; pero esto no era posible. El hebreo la sacó del coche, llevándola como a un niño.

—Señor Morton, por amor de Dios—dijo *Caifás*, poniéndose de rodillas delante del hebreo.

—Márchate—le dijo Daniel—. Sansón, vete tú también con el coche a la entrada del pueblo.

—Déjame—dijo Gloria, sordamente, cuando los demás se alejaban—. Déjame; yo no te he llamado, ni te he buscado, ni quiero verte.

XVI

PRISIONERA

—Lo contrario me pasa a mí—dijo Morton abrazando tiernamente a la joven, a despecho de ella—. Yo te busco, te llamo, te quiero.

Gloria luchaba por desasirse y huir.

—No te librarás de mí por ahora—afirmó Daniel.

Sentóse en una gran piedra del camino, sin dejar de sostener a la joven en

los brazos, y la puso sobre sus rodillas, cual si fuera la carga más ligera.

—Aquí, aquí has de estar, aunque no quieras—repitió con turbada lengua y estrechándola más en sus brazos de hierro—. Ahora es mi vez, ahora me toca a mí fortificar. No te soltaré, vida mía, que he conquistado. ¿Ves cómo no se puede huir de los que nos aman? Te sepultarías en la tierra, y la tierra se abriría para ponerte en mis manos. ¡Gloria, Gloria!, ¿por qué me has cerrado tu puerta, por qué huyes de mí?

—¡Déjame—repitió ella—, déjame! Mientras más me contraríes, mayor será el miedo que te tenga. ¡Suéltame, por Dios; no me mates más!

—¡Matarte yo!

—No es ésta la primera vez. Te suplico que me dejes.

Presa en los amantes brazos, Gloria permanecía inmóvil, y el mantón que la cubría, dejando tan sólo libre la preciosa y afligida cara, hacía más estrecha la prisión en que se encontraba.

—No me digas que te suelte, porque te abrazaré tanto, tanto, que te ahogaré.

—¡Ya no te quiero, ya no!

—Y yo te adoro... Esto basta.

—Es que yo te aborrezco...

—¡Mentira!... Eso no puede ser. Si tú me aborrecieras, habría de conocerse en el universo. El sol no alumbraría lo mismo.

—¡Déjame!

—¡Dejarte! ¡Soltarte! ¡Soltar el bien que se ha ganado!... Tú has perdido el juicio. Por este momento me alegro de haber nacido, de haber vivido tantos años entre penas; me alegro de ser quien soy, y me regocijo de todo.

—Pero ¿qué pretendes?... ¡Estás loco!...

—¿Qué pretendo? Morir contigo, o darte la vida que mereces...

—Yo no necesito de ti.

—Yo sin ti me muero. Tú lo sabes, y, sin embargo, me rechazas. Y cuando reces a tu Dios, mirarás a tu conciencia y la verás tranquila y satisfecha, sin acordarse del pobre que no vive sino por la esperanza de verte y de pedirte perdón.

—Te perdono, pero déjame.

—Sí, y cuando nos hayamos separado iré al mar, iré a ese buen amigo que nos está llamando hace tiempo, y, atando una gran piedra a mi cuello, me arrojaré en él. Entonces, querida mía, no te mortificaré más.

—¡Por Dios—dijo Gloria desfalleciendo—, me ahogas!

Dilatando ligeramente sus brazos. Daniel permitió a la joven respirar con más libertad.

—Así—dijo con dulzura—, así. Déjame ahora y no te guardaré rencor.

—¿Por qué me tratas así? ¿Por qué huyes? ¿Por qué un instante de mi compañía ha de ser tan violento? ¿Por qué para oírte y para verte he de necesitar atarte como un prisionero?

—Porque así debe ser—repuso ella, cesando en sus movimientos para desasirse.

—Y, sin embargo, al huir de mí, al encerrarte, al despedirme en tu puerta, tú no eres feliz—dijo Morton, besándola con ardor—. Tú padeces.

Como el agua que afluye mansa y sin esfuerzo de la fuente, así salieron de la boca de Gloria estas palabras:

—¡Padecer! Mucho..., padezco mucho.

Dando un suspiro, cerró los ojos.

—Ya lo sé. Tus penas, vida mía, tienen un eco sensible en mi corazón, y aquí se repiten, doliendo, porque tus heridas son mis heridas, porque estoy destinado a vivir con tu vida y a morir con tu muerte.

—Eso no puede ser—dijo ella, tratando nuevamente de evadirse—. Bien está cada uno con lo suyo... Déjame seguir mi camino. ¡Por Dios vivo, te suplico que me dejes!

—No... ¿Por qué no quieres descansar un instante de tu martirio?

—Yo no quiero descansar. Padeceré por espacio de cien vidas, y aún no expiaré mi culpa.

—¡Por mi madre te juro que no consiento, que no puedo consentir esto!—exclamó Daniel con exaltación.

—¿Qué?

—Esta separación horrible. Yo romperé todas las leyes; pero esto no seguirá, te lo juro. Cuanto hay de violento y brutal verás en mí si es preciso. Prepárate, porque así como ahora te tengo, así espero tenerte por los siglos de los siglos... ¿Quieres satisfacer una curiosidad que me devora, quieres darme una prueba de confianza, quieres que te perdone lo que me has hecho padecer negándote a verme? Pues dime adónde has ido esta noche, adónde has ido otras noches que te han visto salir.

—No debo decirlo—murmuró Gloria—.

Pero... si me dejas seguir mi camino, te lo diré.

—A ese precio, no.

—Pues no.

—Pues si tú no me lo dices, te lo diré yo, porque lo sé; porque esta misma noche ha sabido adivinarlo mi corazón, Gloria; mi corazón, que no puede estar mucho tiempo ignorante de lo que pasa en el tuyo. ¡Oh armonía sublime! Si esta correspondencia de afectos no existiera, no existiera el alma.

Acercando sus labios al oído de la joven, pronunció unas palabras que ni el aura de la noche pudo oír. Gloria cerró los ojos, en cuyas pestañas brillaban, temblando, algunas lágrimas.

—¿Es cierto?—le preguntó el hebreo, besándola con ardor.

Gloria palideció más de lo que estaba y cruzó sus manos en la actitud de los muertos.

—¿Es cierto?—repitió él con frenesí.

La señorita exhaló tenue suspiro, y con él, como el último vagido del alma que se marcha, un sí. Pero sus cerrados ojos parecían hundirse, y sus labios perdieron el color. Daniel le tentó las manos y sintió la suya oprimida por las de ella con la energía que imprime a los músculos la emoción de un adiós postrero. Luego creyó notar que el pulso de la joven se extinguía; advirtió extremada frialdad en su frente; tuvo miedo, la llamó: «¡Gloria, Gloria!», oyeron las soledades del campo.

La joven no respondía; pero entreabrió los ojos, sonrió después, y sus manos crispadas apretaron con más vigor las del hebreo.

—¡Gloria, Gloria!—gritó éste de nuevo.

Los labios de la hija de Lantigua quisieron hablar, mas nada dijeron. Hizo un gran esfuerzo, y, entreabriéndose sus párpados, mostraron las negras pupilas, que parecían decir con su lenguaje mudo: «Que te vea un momento más.»

«Es un desvanecimiento». dijo para sí, y al instante gritó:

—¡Sansón, Sansón!

Sin esperar auxilio, Morton, levantándose con su preciosa carga, marchó hacia Ficóbriga. *Caifás,* Sildo y Sansón salieron a su encuentro.

—Ya sabía yo que había de pasar alguna cosa mala—gruñó Mundideo.

—¿Qué es eso, señor?—preguntó Sansón.

—Un desmayo, sin duda—indicó *Caifás,* examinando a la señorita—. ¡Rayos y centellas!, ¿y dónde la llevamos ahora?

—A su casa.

—¡Jesús, María y José!

—No perdamos tiempo—indicó el hebreo—. Adelante. A casa de Lantigua. Temo cualquier accidente desgraciado si no la auxiliamos pronto... Tú, *Caifás,* guía..., por aquí.

Llegaron. La verja del jardín estaba abierta, por ser costumbre de la casa no cerrarla nunca. Un perro empezó a ladrar furiosamente. A Dios pedía *Caifás* que se abriese un gran hoyo en la tierra y le sepultase; pero Morton, fijo en su objeto y sin atender a ningún accidente, no se detuvo hasta llegar a la puerta.

—Sansón, llama.

Tenía la puerta de la casa de Lantigua un pesado aldabón de cobre, que martillaba sobre enorme clavo de luciente cabeza. Cuando el forzudo inglés cogió con su mano de león el llamador y lo sacudió, empleando fuerza igual a la que arrancó las puertas de Gaza, los furibundos golpes, semejantes a disparos de cañón, hicieron retemblar con tal estrépito la casa, que ésta parecía la mansión del trueno.

XVII

DECLARACIÓN

Serafinita d o r m í a tranquilamente, cuando empezó a soñar que el mundo se partía en dos pedazos al golpe de un martillo celestial que iba a destruir en pocos momentos la obra de siete días, endurecida por seis mil años. Mas esta idea pasaba por la serie de transformaciones y de matices que enlazan lo soñado con la realidad. Tuvo miedo; dudó si creer a sus sentidos, que le anunciaban un terremoto; hizo la observación de que en otras ocasiones había soñado con cataclismos, incendios y quebrantamientos de astros, cuyos pedazos llovían sobre el nuestro; pero su conocimiento fué muy claro al fin, y dióse por despierta. Sintió voces en la casa, y Francisca, llegando a su puerta, dijo con voz angustiada:

—Señora, señora, levántese usted.

—Francisca..., ¿qué?..., ¿hay fuego?

—No, señora...; levántese.

—¿Hay fuego, mujer?

—No, señora; otra cosa peor.

—¡Jesús, María y José!—exclamó doña Serafinita, invocando con su acostumbrado fervor y piedad a Dios y a los santos.

Comenzó a levantarse con mucha presteza, pero las piernas le temblaban, y chocaban sus dientes unos con otros...

—Señora—volvió a decir Francisca—, ¿no se levanta usted?

—¿Qué hay?

—La señorita Gloria...

—Pero ¿qué le pasa, mujer?

Quiso acelerar más la operación de vestirse, y, evocando las fuerzas de su espíritu, que eran grandes, trató de sobreponerse a su pavor. Estaba aún a media tarea, cuando sintió los pasos de su hermano, que bajaba precipitadamente. Después sintió voces desconocidas en el comedor.

«Esa pobrecita—pensó—habrá tenido un susto, una pesadilla; habrá alarmado la casa. Pero esas voces desconocidas...»

Salió al fin; y en el pasillo, Francisca, que volvía de la cocina, le dijo:

—No ha sido nada: un desmayo. Ya ha vuelto en sí.

Fácil es comprender el estupor de Serafinita al ver a su sobrina vestida como si acabara de llegar de la calle y a dos hombres desconocidos, uno de los cuales la asistía, juntamente con don Buenaventura. La piadosa y noble señora permaneció en pie, aterrada, los ojos fijos, el labio a punto de soltar la palabra, extendida una mano, todo su cuerpo y fisonomía como estatua labrada en representación del ideal del asombro. Sansón estaba junto a la puerta, serio y estirado como un centinela; mas a una señal de su amo se retiró.

—No es nada—dijo don Buenaventura lleno de turbación, al parecer muy disgustado de la presencia de su hermana—. ¿Para qué te has levantado, Serafina?

—¡Ha salido!—exclamó la señora con espanto, señalando a su sobrina—. ¡Ha salido! ¡Gloria!

—No...; es que...—repuso don Buenaventura, pálido y balbuciente—. Sí..., en efecto..., salió... Ya ves cómo ha regresado. La pobre ha tenido un susto.

—Y ese hombre, ¿quién es?—preguntó Serafinita señalando al hebreo.

—Es... un señor..., un amigo mío—replicó Lantigua.

—Daniel Morton—dijo él, presentándose con respeto.

Serafinita tembló, como si sintiera súbito el calofrío de una enfermedad fulminante. Acudió a ella prontamente don Buenaventura, temeroso de que la impresión recibida la trastornase, y afectando tranquilidad que estaba muy lejos de tener, dijo:

—Querida hermana, no te aflijas sin motivo. Aquí no ha ocurrido nada de particular. Este caballero pasaba casualmente cuando...

—¿Por qué no decir la verdad?—manifestó Daniel, interrumpiendo—. Yo detuve su coche cuando volvía...

Gloria, que había recobrado el conocimiento y lloraba en silencio, cayó de rodillas delante de su tía, besóle las manos y, entre ahogados sollozos, bebiéndose las lágrimas, habló así:

—Señora, tía de mi corazón, he faltado, he pecado contra la obediencia, contra la resignación; he faltado a mis votos y al deseo y a las órdenes de usted; pero merezco perdón, porque soy madre... Soy madre, y he ido a ver a mi hijo, de quien me separa una prohibición justa, pero a la cual no puedo resignarme.

A la declaración de Gloria sucedió tétrico silencio, por lo cual aquélla fué más solemne. Creeríase que sus palabras subsistían sonando y quedaban como grabadas en el silencio mismo. Don Buenaventura levantó a la joven del sueño, hízola sentar; colocóse a su lado doña Serafina, que también lloraba, y los dos hombres permanecieron en pie, consternados y mudos.

—No he podido resistir en mi afán —continuó Gloria—. Me he portado, querida madre mía, como los hipócritas, como los ladrones, y he salido en silencio, a deshora, cuando todos dormían, acompañada de un hombre humilde que en todo me obedece... Esta es la verdad. Lo digo porque ha tiempo que esto se me sale del corazón y no puedo ocultarlo, porque me dan ganas de salir a la calle y decirlo a gritos... Lo digo también porque no se crea lo que no es, al verme entrar como he entrado...

—Sosiégate, hija mía—dijo Serafinita con ternura—. Creo que tus móviles siempre son buenos y honrados. Esto mismo que me cuentas y que me ha dejado absorta, esta misma desobediencia, ha sido impulsada por un sentimiento

noble, por el más noble de todos después del amor de Dios, sí, después.

A las palabras de doña Serafina sucedió otro espacio de silencio, que las hizo, como las de Gloria, más solemnes, dejándolas, por decirlo así, esculpidas.

—Por eso—continuó la señora, acariciando las manos de su sobrina—no me atrevo a dirigirte una sola palabra de reconvención... Ahora me explico lo que oí de tus salidas de noche... ¿Por qué has hecho esto?... ¡Qué confusión!... Pero no es oportuno reprender..., no... Un preciosísimo sentimiento te ha guiado... No necesito que me expliques el hecho de volver acompañada... Segura estoy de que no es culpa tuya.

Doña Serafina miró al hebreo sin rencor ni curiosidad, como si se tratara más bien de pedirle estrecha cuenta de la perdición de un alma que de confundirle con anatemas.

—Ahora, a descansar—propuso don Buenaventura—; estás fatigada, hijita. Vamos arriba... No se piense más en lloros ni sofoquinas. A descansar.

—Este hombre—balbució Serafinita, señalando a Morton—no necesitará que le demos hospitalidad. Tendrá su casa donde pasar la noche.

—Estoy dispuesto a retirarme—dijo Morton, pálido como un muerto—; pero, si la señora me lo permite, antes hablaré un poco con su señor hermano.

—Yo también tengo que hablar. Al momento soy con usted—dijo don Buenaventura, enlazando con el brazo la cintura de su sobrina para conducirla a lo alto de la casa.

Morton se quedó solo, esperando al banquero, que no tardó en volver. El poderoso argumento de ternura que guardaba éste para la ocasión más favorable habíase al fin enunciado por sí mismo.

En el vestíbulo de la casa, Roque y Francisca entablaron viva disputa con Sansón, intentando convencerle de que debía ponerse inmediatamente en la calle; pero éste, haciendo más gestos que un molino de viento, ya que con la lengua no podía explicarse, les decía que mientras su amo estuviese dentro de la casa, él no saldría. Reforzó luego Francisca su argumento con empellones y denuestos terribles. Al fin transigieron, conviniendo en que ni a la calle saldría, ni aguardaría a su amo dentro de la casa, quedándose entre infierno y cielo, o sea en el jardín. Al bajar la gradería de la puerta principal, decía en alta voz, recordando los libros santos: «Mejor es que se encuentre un hombre con una osa a quien hayan robado sus cachorros, que con una mujer necia.»

XVIII

PASIÓN, SACRIFICIO, MUERTE

—Acuéstate—dijo a Gloria doña Serafina, cuando se quedaron solas en la alcoba de aquélla, después de bajar don Buenaventura y de salir Francisca, a quien la señora mandó retirarse—. Estás cansada.

—Sí, mucho—murmuró la señorita con desfallecimiento, apoyando su cabeza en la palma de la mano y el codo en el lecho.

—Acuéstate—repitió doña Serafina, quitando el mantón a su sobrina—. Ven, te desnudaré.

—No tengo fuerzas para nada—dijo Gloria, dejando caer los brazos después que se incorporó un instante—. Haga usted el favor de llamar a Francisca: no tengo fuerzas para nada.

—Yo estoy aquí—indicó la señora, desabrochándole el vestido.

—No, tía, por Dios; yo lo haré.

Después, doña Serafina se arrodilló delante de ella con objeto de descalzarla.

—No..., ¡tía, por amor de Dios!—exclamó la joven, rechazando con rubor aquel servicio—. ¡Usted de rodillas delante de mí, usted como una criada!

—Así comprenderás la humildad—dijo Serafina—. ¿Qué importa que yo sea tu criada? Debemos creernos siempre inferiores a los demás. La mejor manera de conservar la humildad es creer que todos valen más que nosotros.

—No, no puedo consentirlo.

—Me causarás pena si te opones a que te sirva, querida hija. Déjame. Es mi gusto. Tú necesitas de mi auxilio porque estás fatigada, pobre y desgraciada niñita.

Gloria procuró vencer su cansancio, y al fin reposó en su lecho, del cual había salido tres horas antes. Los gallos cantaban más fuerte, anunciando la proximidad del día.

—¿Quieres tomar algo?

—No, querida tía; gracias.

—¿Tienes sueño?

—Tampoco.

—¿Te molesta mi compañía? ¿Quieres que me vaya, o que me quede?

—Que no se separe usted de mí es lo que deseo; pero no quiero que usted esté en vela por mí.

—¿Te agrada mi compañía?

—Mucho... Me consuela oír su voz... Yo quisiera hablar algo también. Tengo muchas cosas que decir.

—Pues dímelas.

—O mejor será que me calle. Si no está usted muy cansada, querida tía, no me deje sola, porque no dormiré y estaré pensando horribles disparates... Pensaré mucho en el afán que me ha sacado de mi casa a hurtadillas tres noches y en otras cosas que me turban.

—Te acompañaré, si quieres.

—Siéntese usted ahí, junto a mi cama, y repréndame por mi mala conducta. No debí hacer lo que he hecho, ¿verdad?

—Quizá esta falta no sea tan grande como tú crees.

—¿Merece perdón?

—Sí; merece perdón, y yo te lo doy con toda mi alma—repuso amorosamente Serafinita, poniendo su suave y blanca mano sobre el angustiado seno de Gloria—. ¿Has podido creer otra cosa de mí? ¿Has visto en mí alguna vez crueldad, violencia o coacción brutal? ¿Empleé otros medios que la exhortación, el ruego y el natural influjo que los mayores ejercen sobre los pequeños, sobre los niños?... Porque tú eres una niña, un tierno arbolito, al cual es preciso guiar y poner derecho para que jamás y por ninguna causa se tuerza de nuevo. La prohibición de ver a tu hijo y la dura ley de tenerlo alejado de ti en estas circunstancias no es mía; es de nuestro común padre espiritual, de mi bendito hermano Angel.

—Mi tío es muy santo, muy bueno; yo le respeto y le quiero mucho; pero, en este caso..., no sé..., yo creo que su conducta conmigo y con mi pobre hijo desvalido no es la más generosa ni la más humana.

—Por todos los santos, niña mía—dijo doña Serafina con aflicción—, por tu alma querida, que está en grandísimo peligro, no digas tales cosas. Ese es tu flaco: la soberbia, la independencia de juicio, la crítica, la perversa crítica de actos y de ideas emanadas de la autoridad. Hija de mi corazón, mientras no te sometas por entero, no tendrás paz; mientras no renuncies a ese perverso juicio de las determinaciones superiores, no alcanzará tu espíritu la humildad que ha de acercarte a Dios.

—No lo puedo remediar, querida madre, por más que trato de encadenar mi entendimiento, por más que le pongo ligaduras y lo azoto y lo pisoteo..., sí; todo eso hago...; pero, aun haciéndolo así, no puedo conseguir nada. Todas las fuerzas de mi espíritu no pueden obligar al pensamiento a que se convenza de que un hijo desvalido debe estar separado absolutamente de la madre que le dió el ser, de que eso no es una violación de las leyes más santas y de que Dios apruebe crueldad tan grande.

—¡Oh hija mía, expresada de ese modo tu querella, parece razonable! ¡Qué horrible cosa! ¡Separar a un hijo de su madre, privarle a él de las caricias y de los cuidados de la que le llevó en sus entrañas...! ¡Quitarle a ella el goce más puro y el afán más legítimo que en humano corazón puede existir, después del amor y del goce de Dios!... ¡Qué barbarie! En efecto, dicho así, parece el caso presente un ejemplo del más fiero y despiadado rigor.

—Es verdad que lo parece, ¡ay!

—Te tengo lástima, la compasión más viva que se puede tener por una criatura—dijo Serafina, apartando su mano del pecho de la joven como una divinidad que retira su protección—. Hablas y piensas vulgar y torpemente con las vanas ideas de los soberbios. No penetras el sentido de las cosas, porque no eres sencilla y humilde en tu criterio, porque no tienes el desprecio de tu propio juicio, que es lo que conduce a entender las más elevadas cosas sin trabajo por la misteriosa luz que se recibe del Cielo... Ven acá y dime: ¿acaso mi hermano te ha negado en absoluto las delicias de la maternidad? ¿Acaso ha mostrado saña o prevención contra ese pobre niño? ¿No te envió su bendición para ti y para él? ¿No te escribió diciéndote que te ama hoy como antes, que te perdona todos tus yerros, que se enternece sólo de pensar en esa inocente criatura que has dado a luz y que la ama con paternal cariño?...

—Sí, es verdad, es verdad—repuso Gloria, anegada en llanto—. Yo sé que mi tío es el mejor de los hombres...; yo también le adoro a él...; pero...

—¿Pero ¿qué?... ¡Ay!, pobre hija de mi corazón, siento que mis palabras claven otra vez el cuchillo en tu reciente herida no curada; pero es preciso. No, no basta concebir un hijo y darlo a luz para tener derecho a los goces de la maternidad. No ha nacido, no, ese desdichado niño, a quien pusimos por nombre Jesús, para que hasta el nombre indique nuestro deseo de criarlo en Jesucristo; no nació, digo, ese infeliz de padres unidos por el Sacramento; no nació entre las aclamaciones alegres de una familia, ni entre el regocijo de la Iglesia, nuestra madre; no nació rodeado de esa aureola de honra y felicidad que circunda al heredero de una familia ilustre; no nació deseado, sino temido; no nació como una esperanza, sino como un horror, y tú misma, al sentir en tu seno las palpitaciones que eran aviso de esa vida nueva que arrancaba de ti, no temblabas de alborozo, sino de vergüenza, porque lo que en el orden natural hubiera sido el más dulce consuelo de tu alma y la gala más rica de tu familia y de tu nombre, era en este caso la encarnación de tu infamia. Nació inocente, sí, y sin más culpa que la que todos al nacer traemos: nació digno de ser amado y educado, pero no nació en la sacrosanta ley de la familia cristiana... ¿Has olvidado que tu caída es la más deshonrosa que se puede imaginar? Jamás el demonio tendió lazo más horrible. Escogió la mejor criatura para víctima, y para cebo... un hombre de raza maldita por Dios, la cual expía el crimen de deicidio con su dispersión y envilecimiento.

Gloria, que había oído la anterior arenga con indecible congoja, sintió, al llegar el último punto, que sus cabellos se erizaban, que sus músculos se contraían, que su sangre se paralizaba... Extendió su mano como para imponer silencio a la señora, y con la otra se oprimió la frente.

—Te mortifico—dijo Serafinita—. Callaré, pues, porque no puedo faltar a la caridad. Pero, por tu parte, debes desear la mortificación, debes buscar el padecimiento, renovar tus dolores y clavarte cien veces estas espinas y estos clavos, pues sólo cuando no te canses de padecer serás salva y regenerada, hija mía querida.

—Pues siga usted; quiero oír.

—No; sólo me resta decirte que mi hermano ha dispuesto, con gran sabiduría, que ese niño debe ser reclamado por Jesucristo, puesto en salvo, en seguridad, con garantías de que nunca dejará de pertenecer a nuestra santa fe católica.

—Pues qué—objetó Gloria vivamente—, ¿temen que yo sea capaz de apartar a mi hijo de la fe de Jesucristo?

—Tú, no...; si bien tus ideas no son las más a propósito para darle una educación verdaderamente cristiana... Y mientras no veamos completa y absolutamente limpio tu corazón de vanidades sentimentales...

—Pues qué, ¿no lo está ya?—dijo Gloria vivamente.

—¡No, querida hija mía, no lo está! Bien conozco que existe aún la levadura del desordenado afecto y de las mundanas imaginaciones que trastornaron tu alma. Mientras esa levadura exista, no podemos esperar nada de provecho para tu perfección moral.

—Si algo me queda—repuso la sobrina con resignación—, yo lo iré arrancando poco a poco, que no he de hacer yo en un día lo que personas muy santas no consiguieron sino a fuerza de paciencia, abstinencias y mortificaciones.

—Tienes mucha razón—dijo Serafinita, complaciente—; pero es la verdad que tu espíritu no se halla en la mejor disposición para que te entreguemos a tu hijo. «Mientras exista sobre la tierra el que la engañó—ha dicho mi hermano—, Gloria estará en peligro de caer de nuevo.» Pues bien, pobrecilla: ese hombre no sólo existe, sino que te persigue, te ha buscado..., está aquí, en Ficóbriga, y anoche... Con respecto a tu hijo, la voluntad de mi hermano es bien clara: «Puedes concederle—me escribió desde Roma el mes pasado—algún consuelo, permitiéndole ver a esa tierna criatura, aunque no conviene que se exalten demasiado sus sentimientos maternales. Puedes permitirle este desahogo tan natural y de tan buen origen; pero si por acaso el *Malo* se presentase en Ficóbriga, establece la incomunicación más absoluta; esconde a nuestro buen Jesús, que criamos para el Cielo; ponlo donde sus extraviados padres no puedan alcanzarlo, porque temo mucho que perdamos esta tierna alma, ofrenda piadosa de nuestra familia al que hiriéndonos nos ha

mostrado su poder y, mortificándonos, su misericordia.»

Al oír esto, cayó Gloria en lúgubre silencio.

XIX

ESPINAS, CLAVOS, AZOTES, CRUZ

—Tú me dijiste que aceptabas esta cruz como expiación.

—Sí, la acepté—dijo la infeliz después de una pausa en que Serafinita aguardó impaciente la contestación—. La acepté; pero luego..., luego, querida tía, sentí que no podía, que no podía resignarme a ella; no tuve valor, mentí, disimulé, engañé a todos los de casa, salí ocultamente, después de sobornar a Mundideo para que me acompañara... Me porté mal, lo reconozco; pero el grito que sale de mis entrañas puede más que todo, y cuando suena en mí no sé dominarme, ni ser santa, como usted dice, ni resignarme a padecer, ni llevar la cruz, ni clavarme clavos, ni beber cálices, ni ponerme corona de espinas.

—Hija mía, cada vez me causa más alarma ver en ti ese desasosiego que te aleja de la perfección. Tú no estás curada ni puedes estarlo mientras no hagas un esfuerzo supremo, el último de tu alma pecadora para coger a Dios, que se te escapa. Estás llena de ansiedades incomprensibles, de dudas horrendas. No conoces ese admirable fruto del Espíritu Santo que llamamos paz.

—¡Paz!—dijo Gloria con desaliento—. Temo que nunca jamás vuelva la paz a mi alma.

—Hablas como el réprobo, hija mía. Te hace falta gracia; ya sabes que lo primero que ha de hacerse para tener gracia es desearla.

—La deseo.

—Pedirla fervorosamente a Dios.

—La pido.

—Es indispensable ponerte en estado de merecerla, sacrificando a Dios todos tus afectos, todos tus deseos terrenales, cuanto te liga a este mundo, desprendiéndose de todo absolutamente, para no poseer más que a Dios; renunciando a tener voluntad propia, convenciéndote de que vivimos desterrados en este mundo, de que nada existe bajo el sol que no sea digno de ser despreciado y trocado por la única ganancia real: Dios. Es preciso que te rodees de tinieblas para que el Señor se digne rodearte de luz; que te sujetes de todo corazón a Dios para poder obtener la verdadera libertad de espíritu; que vivas constantemente mortificada para que puedas ser tentada; que te creas vil y despreciable para que tu miseria te redima; que renuncies al deseo de saber cosas ocultas y hondas y abraces la mejor sabiduría y la filosofía mejor, que consisten en no tenerse en nada a sí mismo; que apartes tu corazón del amor de las cosas visibles para llenarlo de las invisibles.

Dijo estas palabras doña Serafina con emoción tan profunda y tal acento de convicción, que era imposible oírlas sin asombro. Gloria cruzó las manos sobre el pecho, y con acento de fe respondió:

—A todo renuncio; pero no acierto a renunciar a mi hijo. Me desprecio como mujer; pero como madre no puedo hacerlo. Arranco de mi corazón todos los sentimientos menos éste, que me da vida. Ofrezco a Dios todo lo que hay en mí; pero no puedo ofrecerle, como un homenaje piadoso, la negación de mis derechos y mis goces de madre. ¿No es esto noble, no es esto santo, no es esto divino también, tan divino, por lo menos, como esa perfección que consiste en negarse a sí mismo?

—Sí; noble, santo, divino también es ese sentimiento—repuso Serafinita—. ¿Quién lo duda? En la forma de la maternidad fué enaltecida sobre todos los seres humanos la Santísima Virgen. Los sentimientos maternales son puros y santos sobre todo encomio, hija mía; aunque jamás, no siendo por gracia especial del Cielo, enaltecerán tanto como el estado de perfección, infundido por los que llamamos *Consejos del Evangelio:* «Pobreza voluntaria, estado de castidad absoluta y vida de obediencia...» Esta es la luz que he puesto ante tus ojos, adorada hija mía, induciéndote a seguirla...

—Pero yo me hallo en circunstancias excepcionales—dijo Gloria, defendiéndose angustiada—. ¡Yo soy madre!

Su exclamación fué como el ahogado gemido del que en sueños lucha con un monstruo sin poderlo vencer.

—¡Eres madre!—repuso Serafinita moviendo la cabeza en señal de que esperaba tal argumento—. Sí; pero ¿de qué modo? ¿Qué leyes divinas o humanas han presidido tu estado? Gloria, Gloria;

por amor de Jesucristo, empapa tu alma en mis ideas. No hables de maternidad. Pues qué, ¿a una mujer casada, a una mujer coronada con esa guirnalda divina de los hijos legítimamente habidos, recibidos con júbilo por la Iglesia y la sociedad; a una mujer de éstas me atrevería yo a decirle: «Deja a tus hijos, no te ocupes más que en la meditación, en la abstinencia, en el amor único y exclusivo de las cosas santas»? ¿Me crees loca? Esto sería un absurdo, una falta de caridad, una aberración del sentimiento religioso. Pero a ti, que has caído en la ignominia; a ti, que no te hallas atada a ningún varón por los lazos del Sacramento; a ti, que has sido madre por tu escandaloso y sacrílego amor, te digo, sí, te digo mil veces: «Renuncia a tu hijo, no por dureza de sentimientos, sino por penitencia; no como desnaturalización, sino como castigo.» Has cometido gravísima falta, has ofendido a tu Dios. Pues ofrécele el único deleite que existe en tu corazón: el cariño maternal... ¿Ese cariño te sirve de consuelo? Pues no tienes derecho a consuelo ninguno... ¿Quieres ser redimida? Pues no hay redención sin pasión, sin cruz... ¿Adoras a ese niño infeliz, que no debió haber nacido? Pues sacrifica a Dios ese sentimiento... Necesitas irremisiblemente una cruz, pero una cruz pesada, porque tu culpa ha sido enorme. Pues bien: toma esa que tu mismo Dios te propone, tómala y anda con ella... La maternidad podría hacerte feliz, y tú, si quieres salvarte, no debes ser feliz de ningún modo. Si para ti no debe haber ya más que penas, ¿por qué te apegas a los goces? Mientras más noble es el sentimiento que te deleita, más grande será el mérito de tu sacrificio, porque se ha dicho: «Y cualquiera que dejare casas o hermanos o padres o hijos por mi nombre, recibirá cien veces tanto y heredará la vida eterna.»

—¡Oh, qué cruz tan pesada, tan espantosa!—exclamó Gloria elevando sus brazos.

—Hija mía, no interpretes mal esto, que no es imposición mía, sino simplemente exhortación y consejo—dijo Serafinita, tomándola las manos y estrechándoselas con amor—; no creas que yo predico la desnaturalización, no. Pero a la altura de tu falta ha de estar tu purgatorio. Si necesitas cargar una cruz muy pesada para ser recibida arriba, no has de llevar una caña. Sacrificando niñerías, caprichos vanos y cosas de poco valor, no se gana la vida eterna. Es forzoso arrancar del corazón la fibra más sensible, arrojar la joya de más precio, matar lo más grande, lo querido y lo entrañable, meter la espada en lo más hondo, llorar mares de lágrimas, padecer, padecer mucho y siempre padecer. Esta es la clave del cristianismo, amor mío. Ya sabes que en el día de hoy celebramos el augusto sacrificio de la víctima del Calvario, del divino Cordero. Fija tu pensamiento en este ejemplo sublime y considera que es necesario que nos crucifiquemos para parecernos a El y entrar en su reino.

—¡Crucificarme! ¡No lo estoy ya? —dijo Gloria, extendiendo los brazos en cruz.

—Pero no basta crucificarte como mujer, sino como madre. Viviendo como vives, estás expuesta a mil peligros, y esa maternidad que tanto adoras es un lazo que te une, sin quererlo, al autor de tus desdichas. Vivirás sujeta a horribles tentaciones. Ya sabes que Job lo ha dicho: «La vida del hombre sobre la Tierra es una tentación.» Además, el que todo lo sabe ha dicho: «Si tu mano o tu pie te fuere ocasión de pecar, córtalos y échalos de ti.»

—Es verdad, es verdad.

—Hija mía—añadió la señora, besando con cariño a la atribulada joven—, mete la mano en tu corazón, tócalo y observa si el amor de ese niño y la llama infame a cuyo primer fuego debió la vida no se confunden el uno con la otra.

Gloria callaba. Parecía que, en efecto, metía la mano en el corazón y tanteaba llamas.

—¿Callas?

—No sé qué responder—dijo la infeliz, dejando caer sus brazos con desaliento—. Acongojada está mi alma, y en mi pensamiento todo es confusión, desvarío. No sé lo que pienso ni lo que siento, porque estoy llena de terrores, de angustias, de presagios, de deseos, y no puedo tomar resolución alguna, porque cada esfuerzo de mi voluntad es seguido de un desfallecimiento que me mata.

—Pues yo te ofrezco los medios para salir de este estado, y los rechazas. Te señalo el camino exclusivo de Dios como término feliz de tus ansias, y dudas todavía... Desarraiga todo amor criado, y

entrará en ti la gracia como un torrente. Retira tus ojos de toda criatura y verás el rostro del Criador. Sepárate de cuanto ves, y estarás unida a El eternamente. Cierra tus oídos a la música fascinadora de los efectos pasajeros, y oirás en tu interior el habla del Señor Dios: «¡Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que viene de fuera, sino la verdad que habla y enseña interiormente!...» Nadie mejor que yo puede darte estos consejos, porque en mí no sospecharás egoísmos. Hice voto de pobreza, he repartido mi fortuna entre los pobres y las hijas de mi hermano. Desengañada de las vanidades del mundo, me disponía a entrar en un santo retiro cuando supe tu desgracia. Esto me detuvo, y sentí en mi conciencia el habla dulcísima de mi Dios, que me dijo: «Ve y tráemela...» ¡Hija de mi corazón! Corrí a tu lado; te asistí en tu enfermedad como pudiera hacerlo la madre más cariñosa; pero mi orgullo no se cifraba en librarte de la muerte física, sino de la muerte moral, que es la condenación eterna. Te exhorté, te puse mil ejemplos ante la vista, lloramos juntas, te he tratado con dulzura, con ardiente cariño y sin dureza ni altanería; que en las conquistas cristianas la humillación trae la victoria. Yo no puedo consentir que tu alma arda en los infiernos por un extravío pasajero, y seguiré exhortándote hasta que me arrojes a golpes. Mientras tenga lengua, te diré: «Ven, ven, hija mía; ven conmigo a esa morada pacífica y solitaria, donde tu alma se purificará por la oración, por la humildad, por la penitencia, recibiendo, al modo de ablución divina, la gracia que ha de regenerarla.» Allí tu corazón se limpiará de esa escoria tenebrosa por la llama del divino amor, que irá creciendo, creciendo, hasta producirte los más dulces arrobos, la gratísima previsión del reino de los cielos, sólo concedidos a los que todo lo dejan por el Amado y al Amado consagran cuanto en la persona humana existe de espiritual y divino...

—¡El convento!—murmuró Gloria, dando en su lecho una angustiosa vuelta—. No me asusta el encierro..., pero allí no veré a mi hijo.

—El que hizo el mundo, el que fué sacrificado por nuestro amor, es el primero de todos los amores, hija mía—declaró Serafinita, derramando sin cesar lágrimas de emoción y piedad—. ¿Es posible, es posible que no te convenzas todavía?

Gloria cerró los ojos, y como el que se hunde en los abismos de un letargo, contestó desde dentro con profunda voz, que apenas hacía mover sus labios:

—Todavía no.

—¡Miserable de mí, mil veces miserable—exclamó doña Serafinita con patético dolor—, que no tengo bríos ni elocuencia para salvar a un alma querida!

—¡Usted es una santa!—dijo Gloria, abriendo los ojos y ofreciendo sus brazos a su tía para estrecharla en ellos.

—Soy una infeliz que he aspirado a ejercer el ministerio de los apóstoles, y Dios me castiga por mi soberbia.

—Usted es una santa—repitió la joven—, pero... nunca ha sido madre.

La noble señora no contestó. Observaba la creciente desfiguración de las facciones de su sobrina.

—¿Qué tienes?

—Una cosa..., que sería deseo de morir—repuso Gloria con abatimiento—si no siguiera viviendo mi hijo.

—¿Tienes sueño?

—La pereza de la muerte...; pero con esto se duerme.

—Debes descansar.

—No puedo... No se separe usted de mí. Si me quedo sola, pensaré cosas malas. ¿Qué hora es?

—Ya amanece. Jueves Santo, hija mía. ¡El día más hermoso para salvarse!

Algo trató de decir Gloria; pero entróle una congoja penosísima; su corazón oprimido latía con fuerza, y era tal la sofocación de su pecho, que Serafinita le retiró las sábanas para que el peso de ellas no la molestase. Movióse la infeliz con febril inquietud en el lecho, y su hermosa cabeza, con los negros cabellos en desorden, echábase violentamente hacia atrás. Por último, se llevó ambas manos al pecho, y oprimiéndoselo, cual si quisiera detener allí alguna cosa que se le escapaba, gritó con voz ronca: «Señor, Señor, no puedo.»

Al fin iba cayendo en un estado semejante al sopor. Serafinita notó que las sienes de la joven latían violentamente y que su respiración era fatigosa. Pero seguía aletargada, y como esto tranquilizara a la buena señora, arrodillóse junto a la cama y empezó a rezar con el mayor recogimiento.

XX

¿QUÉ HARÉ?

Daniel Morton y don Buenaventura hablaron larguísimo rato.

De la casa salió el hebreo cuando todavía era noche oscura, pues la luna, no queriendo esperar al sol, desapareció, volviendo atrás el rostro como novia enojada que huye de su amante, observando si éste la sigue. Sansón unióse a su amo; pero éste le dijo secamente que se retirase a la casa, dejándole solo. Aparentando obedecer, Sansón le siguió desde lejos. Morton rodeó la casa de Lantigua, y tomando el camino que conduce a la playa, bajó lentamente, las manos cruzadas a la espalda, la vista fija en el suelo, cuando no la extendía por la negra inmensidad de los cielos apagados o por la del mar, cuya exclamación grave y mugidora le iba ensordeciendo a medida que a él se acercaba.

Cuando sus pies se hundían en la arena y avanzó hacia el fino y húmedo suelo que había pulido la última pleamar, arrastrando sobre él sus láminas de agua, sintió una especie de simpatía inexplicable, como un deseo de expansión y confianza semejante al que se experimenta en presencia de un buen amigo. Morton miró las olas, que iban y venían con el más admirable ritmo que existe en lo creado, y mirándolas sacó del caos de su espíritu esta pregunta: «¿Qué haré?»

En la playa había una piedra enorme arrancada por las olas a un acantilado cercano. Sobre aquella piedra se sentó Daniel, contemplando el mar grave y cadencioso, como péndulo inmenso que determina un secreto equilibrio. En aquel mar, en su voz semejante al zumbar de un cerebro donde hierven las ideas, en el resoplido de sus olas y en aquel latido de su enorme vida corriendo sin cesar del fondo a la playa y de la playa al fondo, vió Morton la perfecta imagen de la perplejidad en que se hallaba su espíritu. A poca distancia, y entre las peñas de la derecha, yacían aún los restos del *Plantagenet,* herrumbroso esqueleto que se desgastaba lentamente sin que hicieran caso de él ni los hombres ni los peces.

Sentado en la piedra, el codo en la rodilla y la barba sostenida en los dedos; fijo y quieto como una esfinge; centinela en la puerta de lo infinito, mirando siempre hacia adelante, y mirado por el mar, cuyas olas son una fisonomía, porque hablan, saludan, escarnecen, escupen, sonríen, desprecian, se adormecen y braman de coraje; atento al espectáculo de una gran perplejidad que, según él, llenaba el universo todo, Daniel Morton decía:

«Lo que yo sospechaba es cierto. Morirá por mi causa, y morirá de pena. No se ha resignado aún a aceptar la solución que su familia le propone, porque espera...; pero, al perder la esperanza, caerá, caerá en ese horrible lazo, y, exaltada por una religión que ordena el padecer, doblará, al fin, la cabeza ante el ascetismo y arrastrará miserable vida en un convento cristiano... ¡Con buena intención, porque su celo religioso y el entusiasmo por su falsa doctrina son sinceros, esa noble señora y don Angel, el discípulo del Nazareno, han negado al corazón de Gloria el más dulce consuelo, le han prohibido a su hijo!... Esto da horror, y al pensarlo, no hay en mi corazón una sola fibra que, clamando, no proteste...

»...¡Y pensar que con una sola palabra podré sacarla de ese infierno, y devolverle la salud, la paz, la felicidad, la estimación del mundo, y que con esta palabra volverá a sus brazos el pobre ángel espurio, que vive rechazado de todo el mundo y escondido como la vergüenza o como un tesoro robado...! ¡Pensar que con una palabra puedo causar tan grandes bienes y que esta palabra no puede decirse...! Pues se dirá. Tengo por corazón una piedra; no soy hombre si no pronuncio esa palabra. Soy un miserable, merezco ser perseguido eternamente por mi conciencia y no tener un solo día de paz si consiento tan gran desdicha: la pobre madre atormentada, el niño encubierto y confiado a manos mercenarias...»

Detúvose un instante. Su pensamiento, dando una vuelta, le mostró otro hemisferio y dijo entonces:

«Pero ¿qué es lo que debo hacer? ¿Qué debo decir? Una palabra, que es la apostasía infame de mi religión, el desprecio de Dios, en cuya santa idea crecí y crecieron antes mis honrados padres, y antes mis abuelos, y del mismo modo las generaciones remotas, hasta llegar a los que fueron elegidos para recibir la ley directamente del mismo Dios y enseñarla a todo el mundo. ¿Puede caber en mi ca-

beza la idea de negar a Dios, y negarle para abrazar otra fe?... ¡Y qué fe!... ¡La de un falso profeta! ¡La del Nazareno, en cuyo nombre hemos sido dispersados, perseguidos, quemados e injuriados por espacio de dieciocho siglos! Y yo he de llegar al Nazareno y decirle: «Aquí me tienes a tus pies; aquí está el que se vanagloriaba de no pertenecerte jamás, el que ha tratado de enaltecer a los suyos para apartarles de caer en ti; aquí está el más soberbio de tus enemigos...» Y yo he de decir a mi Jehová: «Ya no te pertenezco. Soy como el siervo a quien su amo ha distinguido, poniendo en él toda su confianza; y he aquí que este ingrato siervo huye de la casa de su señor, robándole, y después va a casa del enemigo y pide salario y escarnece a su antiguo señor...» Y todo ¿por qué? Por una mujer..., por un amor poderoso, irresistible, pero que es cosa terrenal, y por un hijo que adoro, pero que es un pobre gusano, indigno de atención desde el momento en que aparece a su lado la presencia aterradora y sublime del que hizo los Cielos y la Tierra...»

Al llegar aquí, su pensamiento, sin pausa ni intermedio alguno, le puso delante el primer hemisferio:

«Pero es que al considerar la desgracia de la amada de mi corazón he de recordar que yo soy autor de ella. Yo, yo solo he causado desdicha tan lastimosa. Ella era pura y feliz; yo turbé la paz de su corazón, arrastrándola a la ignominia; yo la arranqué de aquel cielo hermosísimo en que vivía su alma y la precipité en las tinieblas; ahuyenté de su lado a los ángeles, que velaban con atención misteriosa su persona, y llené su corazón de culebras. Era como una flor, y la pisoteé. Había nacido para que su sola mirada derramase felicidad, para que hasta su sombra hiciera nacer bienes por todas partes, y yo, de aquel astro brillante, he hecho una noche lóbrega, una oscuridad llena de dolores, que hace llorar a cuantos se le acercan... Yo tengo la culpa de todo, yo causé su mal, y lo causé con villanía, porque oculté mi religión, que era un estorbo, y siendo enemigo me presenté como amigo. Yo soy el autor de su desgracia. Y no hay remedio, no hay sofisma que valga: esa desgracia debe ser reparada por mí. Si así no es, no tengo idea de la justicia, no tengo noción del deber ni del honor, y siendo extraño a la idea de justicia, no puedo ni aun saber lo que es Dios... Debo reparar esa desgracia y sacar a la pobre mártir del potro en que está. No son sus tíos los que la tuestan viva; soy yo, yo solo. Por consiguiente, mi deber es salvarla. Me lo ordena la justicia, que es Dios; el deber, que es Dios; la verdad, que es Dios; la compasión, que es Dios. Me lo ordena también la sociedad, y esta ley de recíproco respeto, de la cual no podemos prescindir... Sí..., es preciso, es fatal, inevitable, y si así no lo hiciera, no habría nombre bastante vil en ninguna lengua para vituperarme. Merezco morir y ser devorado por los perros, sin que jamás mi cuerpo disfrute del descanso del sepulcro. Nadie arrancará de mí esta convicción profunda, que mete su raíz hasta lo más hondo de mi pecho. Esto es la evidencia, la verdad pura...»

Al llegar aquí, subía la marea, y una ola extendió su lengua bordada de espuma sobre la arena, mojando los pies del pensativo. Retiróse entonces, subió al acantilado y, arrojado sobre las peñas, dijo así:

«No, no es posible que Dios y la justicia estén en desacuerdo. No puedo imaginar que para ser fiel a un compromiso de corazón necesite yo ser apóstata. Aquí hay algo que mi inteligencia limitada no puede penetrar; hay, sin duda, un resorte misterioso; y es preciso que yo lo busque y lo toque, porque esto ha de tener solución, porque lo absurdo no puede prevalecer. ¡Oh Dios mío!, dame luz, dime dónde está la salida de este horrible laberinto, muéstrame un resquicio, pues salida o hendidura ha de haber. Si no la hubiere, ¡oh soberano Dios!, todo, empezando por Ti, debería ser negado, y esto no puede ser...

»Pero ¿cuál es, en realidad, mi pensamiento en religión? ¿Qué pienso, qué creo yo? Conciencia, muéstrame lo que tienes más oculto, tu voz más recóndita; lo que es aún menos que voz, un susurro que apenas oigo yo mismo... ¿Qué creo yo? ¿Creo acaso que mi religión es la única en que los hombres pueden salvarse, la única que contiene las verdades eternas? No; felizmente sé remontar mi espíritu por encima de todos los cultos, y puedo ver a mi Dios, el Dios único, el grande, el terrible, el amoroso, el legislador, extendiéndose sobre todas las almas y presidiéndolas con la sonrisa de su

bondad infinita desde el centro de toda sustancia. Entonces, miserable, ¿qué te detiene? ¿No hallas en el cristianismo las verdades eternas? Existen, sí; pero desfiguradas y adulteradas... No, no puedo inclinarme a contemporizar con una yuxtaposición inútil, con la destrucción de la sencillez, con una fe que poco o nada ha enseñado al mundo. Aborrezco esa idea con todas las fuerzas de mi alma, y todo el odio venenoso que esa secta alienta contra mí se lo devuelvo centuplicado. No lo puedo remediar: lo he mamado con la leche; lo traigo encendido en mis entrañas desde el vientre de mi madre, y mi espíritu lo trajo también desde la nada. Si cuando mi espíritu se eleva a la contemplación de la esencia primera soy tolerante, expansivo y generoso, al considerar la idea cristiana, nuestro verdugo y nuestro cadalso, soy fanático y brutal como los inquisidores católicos... Y para mi tormento, el ser que idolatro sale del tumulto aborrecido de esa secta, y se me presenta lleno de gracia y luz, único ser a quien puedo absolver de la responsabilidad cristiana, único ser a quien perdono los agravios hechos a mi raza... ¡Oh Dios, Dios!... ¿Qué misterio es éste, qué enigma es éste, terrible y espantoso? Mi cabeza estalla como un volcán..., no sé qué pensar. Aquí hay algo, algo que mi limitada razón no comprende. Dios mío, Dios de las inteligencias, ¿por qué has hecho estas contradicciones horrorosas y estos absurdos, que hacen dudar de la bondad de la creación y de la lógica del mundo?»

El cielo comenzó a aclararse; la superficie del mar brillaba junto al horizonte, tiñendo de amarillo sus ondas lejanas. Toda la tierra empezó a inundarse de luz. Amanecía; pero Morton no advirtió nada, porque en su mente continuaban la noche y un caos perpetuo.

«Más vale—dijo—que continúe todo como ahora está, que siga su deshonra, su vergüenza, la bárbara separación de la madre y el hijo, mi soledad, el remordimiento implacable que me tritura las entrañas. Quizá el tiempo nos consuele a todos... Ella entrará en ese aborrecido convento, más triste que la sepultura, porque en él se vive... No la veré más, no veré tampoco a mi hijo, porque será escondido para mí, como se esconde del ladrón la joya. Crecerá y le veré algún día sin conocerle... Le enseñarán a maldecir mi nombre y mi sangre... Y ¿cómo se evita esto, cómo? ¡Si pudiera evitarse dando la vida!... No; no se evitará con cien vidas, sino con una palabra breve, como las que a todas horas pronuncian nuestros labios; pero que encierra una idea, todas las ideas y el universo y la vida futura.»

Después de breve pausa, añadió:

«Soy un miserable si no digo esa palabra, si no la digo clara, leal, sin impostura. Lo pide a gritos cuanto hay en mí de sentimiento y piedad. Soy un miserable si no digo esa palabra, si no cierro los ojos a todo: a mi historia, a mi raza, a mi culto, a mi familia, y me arrojo en brazos de la infame secta que aborrezco, de esa secta que, sin duda, no es tan mala como yo creo, porque a ella pertenece la que reina en mi corazón.»

Oprimióse la frente con ambas manos, como si quisiera sujetar una idea que se le escapaba, y detener aquel remolino horrible de su pensar; pero no pudo sustraerse a un razonamiento que le anonadó:

«¡Mi padre!... No; desde que adopte esta resolución ya no tengo padre, ni madre, ni amigos... No quiero pensar en su enojo, en su soledad. En mi familia se llora al hijo muerto; pero al renegado..., al renegado se le mirará como si no hubiera nacido. La imagen de mi madre, que es personificación sublime de la consecuencia israelita, me abruma más que mil razonamientos incontestables... ¡Mi madre, de cuyos brazos escapé en silencio para venir aquí; mi madre, que ha de venir en mi seguimiento para detenerme; esa mujer que adora en mí el orgullo de su raza, y que morirá de seguro cuando sepa...! No, no mil veces; esto no puede ser, no será...! ¡Si es imposible, si es como beberse toda esa agua que tengo delante, si es como decirle a la marea: «No subas más.» ¡Oh Dios mío!, ¿por qué me criaste, si sabías que había de llegar esta hora?»

Levantóse frenético, y agitando los brazos, vuelta la cara hacia el cielo, gritó desaforadamente:

—¡Oh Señor, Señor; yo digo que tu obra no está bien así!

Avanzaba el día considerablemente sin que él lo notase, y las risueñas horas de la mañana, viniendo unas en pos de otras, derramaban claridad y alegría sobre los campos, reverdeciendo las húme-

das praderas. El día era tan bello y apacible cual si la Naturaleza, sensible al enigma de Redención, quisiera también celebrarlo. El aire que mecía los árboles, las nubes que pomposamente discurrían por el cielo con grave paso, dándose unas a otras la mano; el mar sonoro y las flores, que por todas partes presentaban sus lindos rostros a la caricias del sol, todo, todo estaba de fiesta en aquel día.

Bajando a la playa, recorrióla toda lentamente. Parecía que contaba las arenas. Después se arrojó al suelo y contempló el mar que bajaba, recogiendo sus láminas de espuma de minuto en minuto. La perplejidad continuaba y el péndulo seguía su atormentador movimiento. Pero al fin, ya cerca de mediodía, el extranjero se levantó. Dióse un golpe en la frente, y mirando al cielo, dijo con la firmeza propia del que ha tomado una resolución: «Al fin, al fin ya sé lo que debo hacer.»

XXI

JUEVES SANTO

Abrió Gloria los ojos después de un prolongado letargo, durante el cual su fatigado espíritu logró algún reposo. Había soñado con la Pasión de Cristo, con los horribles judíos que le azotaban; había visto elevar el madero con la Divina Persona clavada por pies y manos, y este cuadro lamentable, que se le representaba al vivo por el poderoso fingir del sueño, llenó su alma de dolorosa compunción. Al despertar vió a su tía encendiendo algunas velas delante de la efigie del Salvador, hermosa figura de marfil que le representaba en el momento de expirar, cuando, alzados los moribundos ojos al Cielo, decía: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen.»

Serafinita había dispuesto la mesa como altar, poniéndole preciosas velas de esas que tan bien labran y adornan las monjas. No puso flores en los floreros, por temor de que el olor de ellas molestase a Gloria; pero las llenó de ramas de pino y otras matas verdes y sin aroma.

—¡Qué bien está, qué bien está eso! —dijo Gloria contemplando con gozo el altar.

—Hija mía, ¿qué tal te encuentras?

—No muy bien; pero podré levantarme.

—Más vale que te quedes en la cama. Yo no pienso salir hoy ni ir a la iglesia, a pesar del gran día en que estamos. Debo acompañarte, querida mía, y juntas rezaremos el Oficio del día, que es hermoso sobre toda ponderación.

—Muy bien pensado. Lo leeremos.

—Y nos deleitaremos en su sublimidad, contemplando el amor de Aquel que, con ser Dios, quiso derramar su sangre por nosotros.

Después que Gloria hizo sus oraciones de la mañana, se levantó, y de nuevo se acostó vestida sobre el lecho. Francisca arreglaba su cuarto, mientras doña Serafina bajó a preparar algo sustancioso para que la enferma se desyunase. Nada más admirable que el celo que ponía aquella noble dama en todas las cosas, lo mismo en las grandes que en las pequeñas. Todo lo hacía conforme a su conciencia, y no se perdonaba cosa alguna, ni jamás dejó de hacer nada que la pareciese justo y conveniente. Era el alma de más rectitud que podía existir, y si hubiese destruído el género humano, Dios se lo perdonaría, porque sin duda lo habría hecho por convicción y creyendo que realizaba un bien. En ella no se conoció jamás ni sombra ni hipocresía. Todo su espíritu y sus creencias y su voluntad retratábanse claramente en sus acciones; ni existió conciencia más pura, porque en ella eran imposibles las reservas y distingos insidiosos. Y, sin embargo, el alma tan limpia de perversidad podía ser dañosa... Mas para juzgar a Serafinita y condenarla por esto, sería preciso que Dios recogiese su Decálogo y lo volviese a promulgar con un artículo undécimo que dijese: «No entenderás torcidamente el amor de Mí.»

Y para juzgarla los hombres y condenarla debían a su vez arrojar de los altares a muchos varones y hembras que subieron a ellos por ser como Serafinita.

Estaba preparando el almuerzo de su sobrina y se caía de debilidad a causa de los repetidos ayunos; pero el esfuerzo de su voluntad vencía los desmayos del cuerpo, infundiéndole una resistencia poderosa. ¡Lástima grande que aquella santidad no fuese más humana!

Cuando Gloria almorzó, vino el médico y le ordenó el mayor reposo y que huyera de toda emoción viva. Rogó Serafinita a la joven que diese un paseo por la habitación, lo que ella hizo de muy buen gra-

do, admirando desde el balcón la espléndida mañana.

—¡Qué hermoso día!—exclamó—. Parece que en días así no puede menos de pasar algo grande.

—El día, querida sobrina—dijo la señora—, está lleno de la sagrada memoria que hoy celebra la Iglesia. ¿No ves en la Naturaleza una especie de atención solemne, un recogimiento grave y placentero? Hoy celebramos la muerte y la vida, la muerte corporal del que expiró por darnos la vida... Yo leeré.

Serafinita se colocó junto al altar, y poniéndose las antiparras que su fatigada vista exigía, empezó la hermosa lectura, mientras Gloria tomaba asiento en un sofá junto al balcón. Empezando por los Maitines y Nocturnos, que son los Oficios llamados *Lamentaciones*, y que la Iglesia canta en la tarde del día anterior, leyó el salmo: «Sálvame, ¡oh Dios!, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo y la corriente me anega. Cansado estoy de llamar; mi garganta ha enronquecido. Han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios... Dios, tú sabes mi locura, y mis delitos no te son ocultos.»

Ambas mujeres tenían su alma absorta en tan sublimes conceptos. Doña Serafina recitó con entera voz la Lamentación: «¿Cómo está sentada sola la ciudad antes populosa? La grande entre las naciones se ha vuelto como viuda... Amargamente llora en la noche. No tiene quien la consuele de todos sus amadores...»

Y así siguió la lectura con edificación de entrambas. Como Serafinita se fatigase, Gloria le pidió el libro, y con la emoción más viva leyó el Miserere: «Ten piedad de mí, ¡oh Dios!, conforme a tu misericordia grande, y conforme a la multitud de tus piedades borra mis iniquidades... Porque conozco mi iniquidad y mi pecado está siempre delante de mí.»

La Misa, la Epístola de San Pablo a los Corintios, la *Sequentia* del Evangelio tocaron a Serafinita, que a su vez reclamó el libro. Después de leer todo lo concerniente a la Cena, dijo a su sobrina:

—Hemos llegado al punto más interesante, más patético, más solemne de nuestra doctrina: la institución de la Eucaristía. Si tú, hija mía de mi alma, meditando mucho en esto, lograras penetrarte bien de la idea de sacrifico tan sublime; si consiguieran asimilártela y hacerla tuya, ¡cuán grande facilidad hallarías para dar al problema de tu vida la solución que te propongo! Pero ¿no te dice nada tu corazón, no se enternece contemplando el inmenso amor de la sacratísima víctima del Calvario? Lo que a gritos dicen tu situación social y los acontecimientos, ¿no lo ha de decir tu corazón? Yo veo tan claro esto, niña mía, que no comprendo cómo puedes dudar.

Gloria, los ojos bajos, inclinada la cabeza sobre el pecho, callaba, trenzando los hilos de lana del pañuelo que cubría sus hombros.

—Dada tu situación, no veo otro camino—añadió Serafinita—. Mucho habían de cambiar los sucesos para que la lógica de tu porvenir cambiase. Sería preciso que ese infiel empedernido abriese sus ojos a la luz cristiana; sería menester que viéramos una de esas conversiones ruidosas que hacen época en el mundo..., y esto es difícil, aunque no imposible. Dime: ¿lo crees tú imposible? ¿Das crédito a los rumores que han corrido?

—No—repuso, lacónicamente, Gloria.

—¿Crees tú que abrace nuestra santa fe?... ¡Oh! Si así sucediera, yo sería la primera que te diría: «Cásate; tú deber es casarte. El Señor lo manda.» Tu amor quedaría legitimado por el glorioso hecho de traer al rebaño una oveja, que no por venir tan tarde sería mal recibida... En tal caso no podrías aspirar a la perfección cristiana, que consiste en desprenderse de los afectos humanos, pero podrías acercarte mucho a ella por otros caminos... No hay que pensar en este medio, hija mía. Tú misma has dicho que no tienes esperanza.

—Es verdad—murmuró la joven—. Ninguna tengo.

—Pues debes tenerla.

Gloria alzó vivamente los ojos, fijándolos en su tía con gran curiosidad.

—Debes tenerla—repitió doña Serafina con aplomo.

—¿De qué?

—No de casarte, no—dijo la señora, sintiendo en su alma la inspiración apostólica más viva que nunca—; no de casarte, sino de traer a ese infiel a nuestra santa fe.

—¿Cómo?

—Por medio de la oración unida al sacrificio.

—No entiendo bien, tía—repuso Gloria, poniendo sumo interés en aquel asunto.

—Por medio de la oración—repitió la dama con entusiasmo—, y mejor aún por medio del sacrificio. ¿Acaso esto necesita explicarse?

—Me parece que lo voy entendiendo.

—Si haces a Dios el inmenso, el doloroso sacrifico que te he propuesto como el mejor camino para salvar tu alma; si le consagras por entero toda, absolutamente toda tu vida, arrancándote del mundo y de los mundanos afectos; si haces esto, amor mío, y pides a Dios que te conceda la redención de un alma, ciega hasta ahora a la verdadera luz, ¿cómo es posible que Dios te lo niegue?

—¡Oh Jesús mío..., si eso fuera verdad!...—exclamó Gloria, deshaciéndose en lágrimas—. Y parece que ha de ser verdad, que ha de poder suceder como usted lo dice...

En el semblante de Serafinita brillaba un destello de alegría infinita, el júbilo del triunfo evangélico.

—¡Ay!—exclamó, oprimiendo su pecho—, ¡yo tengo una convicción profunda...! Mi corazón se abre como un abismo lleno de voces, y a gritos clama que ese hombre será salvo por tu mediación.

—¡Señora—dijo Gloria, exaltándose como su tía—, yo he orado tanto, tanto, que tal vez...!

—No, desgraciada; no basta la oración. Es necesario el sacrificio; es necesario que llegues, y ante esos pies, taladrados por el clavo, pongas tu corazón dolorido, tu vida, tu voluntad, tus acciones, tu porvenir, tu carne y tu espíritu, diciendo: «Señor, tómalo todo; toma todo lo que recibí de Ti. No quiero ya nada que no seas Tú. Tú solo, ni más amor que el tuyo por entero. Abrásame en tu fuego y hazme temblar noche y día con las dulces ansias de amarte incesantemente, contemplándote, oyéndote en mi interior, magnificándome con tu gloria, padeciendo con tu pasión. Este resto de existencia que conservo, mientras no me lleves a tu lado, sólo será para tener voz con que nombrarte a todas horas, labios con que besar tu santa imagen, y si das a mi cuerpo el santo tormento de que me duelan tus heridas, mayor gozo tendrá mi alma. Perezcan los ojos de mi cuerpo, que de nada me sirven, y así te verán mejor los del alma. Perezca mi hermosura, que no por ella te he de agradar, sino por la pureza y la violencia de mi amor. Soy toda tuya, Señor, y aun así no creo ofrecer bastante al que murió por redimirme del pecado.»

Doña Serafina se había levantado, y con su majestuoso ademán daba más energía y realce a su admirable elocuencia.

—Lo que usted dice—manifestó Gloria—resuena en mi corazón como un eco del Cielo.

—Dios aceptará tu sacrificio y lo premiará—añadió la mística—. La inagotable bondad del Amado se te revelará bien pronto. Oirás su voz en tu interior; le verás allá en lo profundo y en lo más negro de tu mirar, cuando cierres los ojos en la dulce oración. ¿Cómo no ha de concederte lo que le pides, si le pides un nuevo triunfo para su Iglesia? ¿Qué premio más digno puede ambicionar un alma consagrada a Dios? «Señor, le dirás, trae a tu seno a un ser que me fué querido y que tiene la desgracia de carecer de la verdadera luz.»

—El Señor me oirá—dijo Gloria, cruzando las manos—. Tía, querida tía, mi alma se llena repentinamente de fe; en mí ha entrado una luz prodigiosa; siento como una gran lluvia... Soy otra... Suena dentro de mí una voz como el trueno... Me parece que Dios me dice: «Sí, sí, sí.»

—Sí, sí sí—repitió la predicadora con exaltación que rayaba en delirio—. Y se salvará, abominará de su execrable secta y entrará en el Paraíso.

La piadosa señora, que había estado tantos meses predicando a su sobrina las excelencias de la vida ascética y agotado había todos los argumentos, todas las razones, todos los sofismas, sin conseguir nada, lograba, al fin, su objeto. ¿Cómo? Tocando una fibra más sensible que todas las fibras del corazón de su sobrina: la fibra del amor humano. Al llegar allí, el espíritu rebelde gimió dolorosamente, sucumbiendo; y lo que antes le pareció monstruoso, inútil, parecióle después bello, provechoso en grado sublime. Estremecida hasta lo más íntimo de su ser, sintió la bullidora expansión del amor, pidiendo su consecuencia natural, el sacrificio.

—Acepto, acepto...—declaró levantán-

dose, ágil, inquieta, exaltada, cual si recibiera por milagro prodigiosas fuerzas.

Pero extendiendo después un brazo, llevándose la izquierda mano a los ojos, murmuró con súbito desaliento:

—¡Mi pobre hijo!...

—Dios, el Criador de todas las cosas —gritó Serafinita, acudiendo veloz a agarrar a su víctima, que se le escapaba—, miró a la tierra pervertida por el pecado, y enviando a ella a su Hijo en carne mortal, le vió padecer y morir, como un hombre... ¡Y Aquél era el Verbo, la razón universal, la justicia, la ley..., el Hijo...! Lo que hizo Dios por redimir el género humano, que formó de barro, ¿no podrá hacerlo una miserable criatura por salvar a otra de las eternas llamas del infierno?... ¿Y no sería capaz esta criatura de hacer un sacrificio, tanto más aceptable cuanto más noble es el afecto sacrificado? ¡Dios infinito, inmenso, más grande que todo lo grandísimo, ve morir a su Hijo!..., y tú... ¿Acaso le pierdes? ¿Acaso le matan?

—Madre querida—dijo Gloria contestando a las caricias de su tía con otras no menos ardientes—, soy de usted: no vacilo más. Yo no tengo voluntad. Venga la cruz, pronto, pronto. Mi espíritu la acepta... ¡Oh, qué idea, qué sublime idea!

Cayó sin aliento en la silla.

Serafinita permaneció en pie, diciendo:

—Partamos esta misma tarde. No debe perderse tiempo.

Sin duda temió volubilidades y arrepentimientos.

—Esta misma tarde—repitió Gloria, pálida, sin aliento, transfigurada, como si tuviera ya marcada la hora para salir de este mundo.

—Nos prepararemos en un instante; arreglaremos todo para ir a tomar el tren en Villamojada.

—Saldremos sin que lo sepa mi tío.

—Eso, no; se lo diremos. ¿A qué ese engaño indigno de nosotras?... Es preciso preparar todo—dijo la señora con febril impaciencia—. Es verdad que no necesitamos gran cosa.

—Es verdad... Yo...

Gloria no pudo seguir la frase, porque se sintieron pasos. Abrióse la puerta y apareció don Buenaventura.

XXII

ESPERANZA DE SALVACIÓN

—Vengo—dijo el buen caballero algo turbado—a anunciarte una visita, y no podrás ahora negarte a recibirla, porque se trata de una cosa muy importante, muy grave, muy lisonjera. En resumidas cuentas, ahí está, y va a subir a verte, porque lo mando yo... Es cuestión de vida o muerte.

Gloria no contestó una sola palabra; tan confundida y absorta estaba. Doña Serafina iba a decir algo, pero no pudo, porque su hermano se retiró con presteza. No tuvieron tiempo de hacer comentarios sobre aquella visita y el misterioso anuncio, porque al poco rato regresó don Buenaventura acompañado de Daniel Morton, vestido completamente de negro, la faz hermosa y tétrica. Parecía recién salido de una enfermedad grave, o que en una noche había vivido diez años. Gloria, al verle, sintió profundo desconcierto en todo su ser y se quedó como muerta. Turbóse de tal modo su espíritu, que creía soñar o ser presa de un delirio, cuando oyó a su tío pronunciar estas palabras:

—Querida Gloria, querida hermana: tengo el más vivo placer al anunciar a entrambas que nuestra santa religión ha hecho hoy una gran conquista. El señor Morton, que está presente, abraza el catolicismo.

El efecto de estas palabras fué tremendo, como la voz de Jehová en las alturas. Gloria y su tía eran dos estatuas.

—Lo que mi ilustre amigo dice—manifestó Daniel—es verdad. Al tomar esta resolución he creído deber anunciarlo a quien puede vanagloriarse de ser el ángel de mi conversión.

Nada hay ni más glorioso ni más digno de regocijo para el cristianismo que la entrada de un infiel en el reino de Cristo; y sin embargo de esto, Serafinita, que era, como hemos visto, una especie de candidato a la perfección cristiana, experimentó en el primer momento, después de oída la plausible nueva, una contrariedad vivísima. Esta contrariedad, justo es decirlo, pasó como un relámpago, porque la rectitud que moraba en el espíritu de la buena señora ocupando desde el lugar que le permitía la exaltación mística, estableció el do-

minio del Verbo, de la razón universal, o sea, de la *luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*, según el Evangelista. Pero aun rindiendo culto a la razón externa, siempre quedó en el espíritu de la señora algo que no era el júbilo de la Iglesia triunfante. Podremos expresar, aunque pálidamente, el estado de su alma, diciendo que se *resignó a regocijarse* por la salvación del judío. Este sentimiento extraño tomaba la forma de *lástima de su sobrina*, por la desviación que iba a sufrir una preciosa vida llamada ya a las deliciosas esferas de la perfección.

—Querida hija—dijo don Buenaventura, acariciando a Gloria—, al fin Dios ha oído tus oraciones, y vas a recobrar tu dicha, tu paz, tu dignidad, por el procedimiento más plausible que puede imaginarse. Estás de enhorabuena, y tu familia también.

—No quiero—dijo Morton, dirigiéndose a Gloria—que nadie se envanezca de esta resolución mía, sino tú sola.

—Yo más querría—repuso ella, animándose—que tan hermosa acción se debiera antes a la santidad de la doctrina de Jesucristo que a mí.

Serafinita se apresuró a tomar la palabra diciendo:

—Nosotros no dudamos que esa frase sublime *Soy cristiano* haya sido dicha con lealtad; no creemos que puedan los labios pronunciar el dulce nombre de Cristo mientras lo niega el corazón; pero este caballero no extrañará que exijamos alguna garantía. Para entrar en nuestra Iglesia es preciso recibir la instrucción cristiana y el agua del bautismo.

—Sé lo que me corresponde hacer —afirmó Morton, gravemente—, y a todo estoy dispuesto.

—Tan grande, tan inesperado, tan sorprendente es este suceso—dijo Gloria con emoción—, que necesito esforzarme mucho para creerlo... ¡Tú adorar a Jesucristo!... Vuelve los ojos a esa cruz y júrame, por la imagen crucificada, que es verdad lo que me dices, que lo haces con el firme propósito de ser cristiano y no por móviles que no son religiosos, que persistirás en tu designio, y que crees firmemente que la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo es no sólo la mejor, sino la única verdadera.

Blanco como el marfil de aquella hermosa imagen, que tanto en el rostro se le parecía, estaba Daniel cuando extendió la mano hacia la cruz, y con los ojos bajos habló así:

—Lo que dije, dicho está. Por ése..., te juro que es verdadero el propósito que he formado.

Más parecía reo convicto a quien el delito se le sale de la conciencia a los labios, que entusiástico neófito proclamando un Dios nuevo. En el mismo instante de pronunciar su juramento oyóse un sonido áspero, estridente, desagradable, que de los aires venía. No era tañido de campana, ni rumor de ruedas, ni rechinar de goznes, sino un horrible choque de tablas con piedras retumbando en hueco. Parecía que andaba por el cielo una legión de seres extraños calzados con almadreñas y bailando sobre guijarros.

—Ya tocan la carraca—dijo don Buenaventura—. Sale la procesión. En cuanto a los trámites que ha de seguir este acontecimiento, mi hermano Angel los decidirá. ¿No crees tú lo mismo, Serafina? Ayer recibí una carta de Angel en que me decía que, si hubiera conversión, él arreglaría todo de modo que en tres días quedase el bautismo celebrado y mi sobrina casada en paz y gracia de Dios. La extrañeza del caso es motivo para abreviar ciertas prácticas, y cuando mi hermano lo cree así, es porque la Iglesia lo permite. Por ahora—añadió, dirigiéndose a Gloria—, creo que debemos fiar en su palabra.

—Fiaremos, sí—repuso Gloria, mirando al extranjero con amor—; pero es tanto lo que esta idea me cautiva, es tanto el júbilo que siento, no por mi reparación, sino por tu conversión, que quiero oírte decir: «Creo en Dios uno y trino, creo en Jesucristo.» Es éste un gozo que me hace llorar. Es la compensación de todo lo que he padecido, la prueba visible, innegable de que mi Dios no me abandona y la promesa del Paraíso... Adora esa cruz, besa esa imagen, representación del que tus ascendientes injuriaron, escupieron, abofetearon y crucificaron, y con una palabra, una voz sola, breve si quieres, pero salida del corazón, pruébame que en tu alma generosa, a la cual no faltaba más que la luz, ha entrado ya esa luz; pruébame, no que abrazas el cristianismo, sino que te sientes cristiano.

Brillaba en los hermosos ojos de Gloria la inspiración divina. Sus palabras, como salidas de un corazón lleno de verdad, no podían oírse sin entusiasmo y devoción. El que ya no debemos llamar hebreo se levantó de su asiento. Estaba su rostro cadavérico y sus manos temblaban como las del enfermo calenturiento.

—Creo en tu Dios, en el único Dios —afirmó con voz de delincuente—, en...

No pudo decir más. Su brazo cayó como si perdiera la vida, e inclinando la cabeza exhaló un suspiro semejante a aquel inmortal suspiro del Cristo, tan bien expresado en el momento de la agonía por el artístico marfil que estaba sobre la mesa.

—Perdóname, amor y salvación mía —balbució Morton—, perdónenme todos; pero no estoy suficientemente instruído aún en los dogmas cristianos, y temo decir algo que sea resabio del culto que abandono.

Gloria rogó al catecúmeno que se sentase. Le causaba terror su palidez, su consternación y sobresalto; pero esto tenía explicación satisfactoria por la singularidad de aquel acto y el trastorno que la presencia de la mujer amada debía de producir en el alma del extranjero.

Venía de la plaza de Lantigua un rumor de gente y de religiosos cánticos. Pasaba la procesión de Jueves Santo, y Serafinita, corriendo al balcón, se arrodilló. Todos la imitaron. Gloria y Daniel estaban juntos a la derecha de la señora; don Buenaventura, a la izquierda.

Tras cuatro guardias civiles que iban despejando, pasó el negro pendón enarbolado por un hombre; pasó la cruz negra, acompañada de los dos ciriales; siguió el primero de los pasos, que era la *Oración en el Huerto*, y los que conducían cruz, pendón, cirios e imagen se quedaron mirando al balcón de Lantigua, donde había una cosa extraordinaria, inaudita: el judío, de rodillas, mirando la procesión. A la derecha se veía el alambre telegráfico lleno de pájaros en fila, con tanto comedimiento y gravedad atentos a la comitiva, que parecían tocados de la más pura devoción.

Oíanse allá lejos los acordes de fúnebre marcha, tañida por los implacables trombones y cornetines de la banda del pueblo, y la larga masa de gente avanzaba despacio por la calle principal. De las descubiertas cabezas sobresalían los ramos de olivo del primer paso, el flotante vestido de terciopelo bordado de oro, los feroces judíos azotadores, y más atrás, una señora vestida de negro y un palio negro también. Pasó la primera imagen, pasaron dos filas de individuos que componían la cofradía más numerosa de Ficóbriga, todos con vela en la mano, y ni uno solo dejó de apartar su vista y su mente de los lastimosos cuadros de la pasión para fijarlas en la casa de Lantigua.

Antes que acabase la larga fila de los cofrades, vino el grupo de los azotes, y hasta los feroces judíos de sañudo aspecto parecía que se quedaban mirando al balcón de Lantigua, suspendiendo sus impíos golpes. Gran número de mujeres rodeaban aquel grupo, encapotadas con negros mantos las unas, otras con humildes pañuelos; señoras y aldeanas, amas y criadas, niñas y viejas, todas con los ojos encendidos de llorar; pero al llegar a la plaza, ni una sola dejó de encontrar más interesante que todos los pasos el balcón de Lantigua, y un rumor de comentarios y una oleada de cuchicheos corrieron por la superficie de aquel mar de gente.

Tras el segundo paso iban los penitentes, hombres que habían venido de inmediatos pueblos a visitar el monumento y a expiar sus culpas mediante el transporte de una grande y pesada cruz. Iban con el santo leño a cuestas, y vestían la tradicional hopa negra con capuchón calado, sin ningún resquicio por donde se violase el incógnito, ni más ventilación que los agujeros por donde daban luz a sus ojos. También ellos, a pesar de hallarse acongojados por la memoria de las faltas que expiaban sudando la gota gorda, miraron por sus espantables claraboyas el balcón de Lantigua.

Venía después el Crucificado, y, por fin, la Dolorosa, y alrededor de ella estaba lo más notable del pueblo. Los señores alcurniados llevaban las varas del palio, que iba detrás, como de respeto; seguía el clero, y, por último, el Ayuntamiento con la banda de música y la media compañía de carabineros. Marineros y señores, los del palio y los que cargaban la imagen, clérigos y monaguillos. Sildo con el incensario y *Caifás* con el piporro, cantores y alguaciles, el soplado alcalde don Juan y el jefe de los carabineros, los chicos que agitaban en la in-

quieta mano las carracas, todo lo viviente, en fin, miraba al balcón de Lantigua. El cura dijo algunas palabras por lo bajo al padre *Poquito*, y Amarillo frunció el ceño, como enojado de que un gran suceso excitara la curiosidad sin su permiso.

XXIII

LOS VIAJEROS

Y como aquel día debía ser notable en la villa de Ficóbriga por la acumulación de acontecimientos imprevistos y sorprendentes, bien pronto la atención del pueblo se fijó en otra novedad. Y he aquí que al salir de la plaza de Lantigua al camino real, la Guardia Civil divisó un coche, al cual mandó que se detuviera. El del pendón y los conductores del primer paso miraron airados al inoportuno vehículo, que avanzaba entorpeciendo la vía, cuando por la portezuela izquierda de él apareció el semblante de una dama hermosa desconocida. Comenzaban los murmullos, cuando por la portezuela derecha vióse un sombrero de colores y bajo él la risueña, la seráfica, la angelical cara de don Angel de Lantigua. El señor arzobispo de *** gritó al cochero: «Pare usted, pare usted, no entorpezcamos la procesión.»

E incontinenti bajó su eminencia, acompañado del doctor Sedeño, y quitándose el sombrero saludó a las santas imágenes. Un clamor inmenso resonó en la cabeza de la procesión, clamor que fué propagándose y retumbando como los ecos del trueno hasta llegar a la cola. El clamor decía: «¡Viva el cardenal de Lantigua! ¡Viva!»

Poco faltó para que los pasos fueran abandonados en medio de la vía, y cogido en brazos y llevado en procesión el glorioso hijo de Ficóbriga, a quien sus paisanos no habían visto desde que fuera elevado al cardenalato. Don Angel lloraba de agradecimiento.

Pero el entusiasmo ficobrigense no impidió que todos y cada uno de los acompañantes de la procesión se fijase en un hecho singularísimo. En el coche de su eminencia venían dos señoras, una de ellas muy principal y soberanamente hermosa; la otra, con aspectos de subordinación, mas no tan humilde que pareciese criada. Ambas bajaron del carruaje cuando el señor cardenal lo abandonó y contemplaban la procesión con más curiosidad que recogimiento.

¿Quiénes eran? Esto preguntaban todos los que al pasar las vieron, y en largo trecho no se habló de otra cosa que de las dos damas que exornaban con su belleza el carruaje cardenalicio. Don Juan Amarillo lanzó sobre ellas un rayo de autoridad en forma de mirada altanera, indagadora, terrible; pero las dos señoras, que sin duda no estaban hechas a miradas de alcalde, soltaron la risa. Don Juan, llamando al alguacil, fulminó al punto una orden, diciéndole corriese a ver *qué casta de pájaros* eran aquéllos y por qué estaban allí y por qué miraban la procesión, y por qué llevaban sombrero, y por qué reían, y, en fin, por qué respiraban sin permiso del Ayuntamiento. A la casa de Lantigua llegó el rumor de los vivas y aclamaciones con que era recibido el cardenal; y pasado el bullicio procesionil y despejada la plazuela, don Buenaventura salió al encuentro de su hermano, a quien dió estrechísimos abrazos.

—Por un milagro de Dios me tienes vivo—dijo don Angel, sonriendo—. Si aún me asombro de tener brazos y piernas... ¡Ay!, hijo mío, creí que no me había quedado hueso sano.

—¿Ha volcado tu coche?

—En la peligrosísima cuesta de San Lucas. Figúrate qué paso tan malo. No fuimos al río porque Dios nos reserva para dar que hacer un poco todavía. El coche quedó inútil...; dos ruedas menos, una ballesta rota. Por fortuna nuestra, esta señora...

El arzobispo señaló a las dos señoras que no lejos de él estaban, mientras don Buenaventura se apresuraba a saludarlas con hidalga cortesanía.

—Esta buena señora—continuó su eminencia—, esta buena alma que a la sazón pasaba, tuvo la bondad de ofrecerme su coche, y yo abusé de su finura aceptándolo. Dios se lo pague... Y ¿qué novedad hay por casa, querido hermano?

El alguacil, no atreviéndose a meterse con las señoras desde que las vió tan mano a mano con los Lantiguas, se ocupó en apartar a los chicos que rodeaban al cardenal, besuqueándole la mano y estorbándole el paso.

—Gran novedad en casa—dijo don Buenaventura.

—¿Hay algún enfermo?

—No, todos buenos. Gloria, un poco delicada, bastante delicada; pero es seguro que ahora se repondrá en breve tiempo. Así lo ha dicho el médico.

—Señora—dijo su eminencia a la viajera—, ruego a usted que si se detiene en Ficóbriga acepte un humilde hospedaje en mi casa.

—Gracias—repuso con afabilidad graciosa la dama—, muchas gracias, señor cardenal.

—Pues no quiero que ignores más tiempo este fausto suceso—dijo don Buenaventura—. Sabrás que Daniel Morton se nos convierte al catolicismo.

Don Angel abría su venerable boca para lanzar exclamaciones de sorpresa o de júbilo, cuando la señora desconocida dió un paso hacia ellos, diciendo:

—Caballero, si no temiera molestar...

—Señora...

Ambos hermanos sonreían con afabilidad.

—Caballero—dijo, después de una pausa, la desconocida dama—, ruego a usted que se digne indicarme el alojamiento de mi hijo.

—Y ¿quién es su hijo de usted, señora?

—Ese que acaba usted de nombrar.

—Daniel... Precisamente le dejé en nuestra casa. Si usted gusta...

—Gracias—repuso la dama secamente—. Dígnese usted señalarme la casa donde habita mi hijo.

El señor arzobispo, poniendo el semblante más serio del mundo, hizo a la extranjera una cortés reverencia, y acompañado de Sedeño y seguido del inocente enjambre de chiquillos, marchó cojeando hacia la casa de Lantigua, mientras don Buenaventura, bridándose a acompañar a las señoras, las guiaba por las calles de Ficóbriga.

XXIV

LAS LEÑADORAS DE FICÓBRIGA

Cuando Isidorita, la del Rebenque, vió entrar a aquella señora tan apersonada, tan guapa, tan seria, con tan peregrina elegancia vestida; cuando vió que era seguida de otra mujer no menos hermosa, que no parecía ama, pero tampoco criada; cuando vió que tras el coche ocupado por ellas vino un segundo vehículo con equipajes, y que todo esto, mujeres y baúles, se aposentaba en su casa, divisó un dorado horizonte de libras esterlinas; y no pudiendo resistir el gozo que de su espíritu se amparaba por aquella razón, mandó llamar a sus amigas para contarles lo que ocurría y rogarles le prestasen alguna loza y ajuar de camas. El resto de la tarde del jueves lo pasó disponiendo el alojamiento de las dos señoras, a quienes trató con la más delicada complacencia, multiplicándose para servirlas, ponderándoles las excelentes vistas de la casa—de cuyos balcones se dominaba media Abadía, parte del cementerio y el palo de la bandera del Consistorio—, preguntándoles lo que deseaban, confinando a sus chicos a lo más remoto de la casa para que no hiciesen ruido, amenazando con un palo a su esposo para que no osase importunar a las forasteras con sus sandeces, disponiendo comida, transportando muebles...

Al anochecer entró Teresita la *Monja* apresurada, jadeante, sin perder por esto el brillo metálico de su faz, y al poco rato vióse llegar el abultado pecho, viéronse las morenas facciones de la *Gobernadora de las armas*, sudorosa y fatigada por haber seguido a la procesión en todo su trayecto.

—Esta noche no voy a las Lamentaciones—dijo Teresita, quitándose el manto—. No me muevo de aquí hasta ver en qué para esto.

—Es la madre del judío—dijo la *Gobernadora*—. Esa voz se ha corrido por el pueblo. No se habla de otra cosa. Dicen que viene también a convertirse.

Estaban en el comedor de la casa, y habían mandado a los chicos y al padre a las Lamentaciones para que no alborotasen.

—Pero esos Lantiguas, esos Lantiguas, ¿en qué están pensando?—dijo Teresita—. No quiero acordarme del escándalo de esta tarde.

—Yo me quedé muerta al verlos juntos en el balcón—manifestó la *Gobernadora*—. Aunque una oye decir que se convierte...

—¡Convertirse!—exclamó Teresita en tono de rencor—. ¡Qué tontas sois! ¿Creéis tal cosa? Yo, no. Por Juan sé que eso de la conversión es una farsa de Venturita. Pues no faltaba más... Eso querría la mimosa, la tonta de encar-

go, para casarse y recobrar su honor... ¡Oh!, no; cuando se han cometido ciertas faltas es fuerza pagarlas. Si los malos fueran recompensados, ¡qué detestable ejemplo para los buenos! Nadie querría ser bueno, ¿verdad?

—¿Y ha llegado el cardenal?

—Ha llegado junto con la judía..., ¡qué cosas se ven! Estos Lantiguas... Parece que se rompió por la mitad el coche de su eminencia... Yo digo que aquí va a pasar algo tremendo. Tú, Isidorilla, es la que vas ganando, porque entran libras esterlinas que es una bendición de Dios. ¡Ay Jesús, qué blasfemia he dicho! El dinero de esa gente...

—Es como el de todo el mundo—dijo Isidorita en defensa de su amor propio—. No hables mal de la judía, porque es una señora muy fina, muy guapa, muy decente. ¡Si vieras qué equipajes!... ¡Cuántos baúles!

—¿Grandes?

—Como hoy y mañana. Imagínate lo más rico, lo más variado en trajes, sombreros, adornos... ¡Jesús, y qué bendición de Dios!

—¿Los has visto tú?

—No, porque no los han abierto...; es decir, han abierto un poquito; pero allí deben de venir maravillas. Y la señorita que la acompaña es también muy guapetona.

—Si pudiéramos verlas...—dijo Teresita, levantándose con afanosa curiosidad.

—No me comprometas, Teresa. Ahora están encerrados la madre y el hijo en el cuarto de éste. Yo me acerqué y los oí.

—¿Qué decían, qué decían?

—Cosas..., así..., no sé cómo expresártelo, porque hablaban en alemán o inglés..., no sé. Bartolo dijo que le parecía inglés. Yo no entendía una palabra.

—Pero ¿reñían?

—Nada de eso. Hablaban, al parecer, cariñosamente.

—¿Y el hijo entró...?

—A poco de llegar la madre. ¡Venía el pobre con una cara!... Pasó toda la noche fuera de casa.

—Cuéntamelo a mí, que le sentí entrar de madrugada en casa de Lantigua...—dijo Teresita con animación—. Y llevaba en brazos a la joya de los Lantiguas..., ¡a las dos de la mañana, señoras!... ¡Vamos, digo que esa familia...! ¡Pero qué familia! Y óigales usted. ¡Oh! ¡Ah!... La nobilísima, la inmaculada, la celestial familia de Lantigua, la gloria de Ficóbriga... ¡En qué mundo vivimos!

—Pues de la conversión me río yo—dijo la *Gobernadora*—. Esta mañana volvió él a casa de Lantigua con don Buenaventura.

—Como que al venir aquí—dijo Isidorita—, después de pasar la noche fuera, escribió una larga carta, fué a echarla al correo, volvió, mandó un recado a don Buenaventura, vino éste, hablaron los dos un gran rato, y después se marcharon juntos a la casa.

—Yo lo que sé es que Gloria estaba mala esta mañana. Me lo dijo la Francisca... La joya de Ficóbriga estaba muy encarnada cuando salió al balcón... Ya se ve... Como anoche se descubrió la tramoya indigna de las salidas nocturnas de la niña con el hebreo... Y vaya usted a decir a estos burros de Ficóbriga que los Lantiguas no son ángeles del Cielo... ¡Ah! ¡Oh los señores...! Parece que no hay en el mundo más gente formal que ellos, ni más gente rica que ellos, ni ningún santo de los altares se iguala a don Angel, ni hay hombre más sabio que el difunto don Juan.

—Lo mejor que puede hacer la niña es meterse en un convento—dijo la *Gobernadora* con enérgica convicción.

—Es claro..., meterse en un convento, salir de aquí y que no volvamos a oír hablar de ella en lo que nos queda de vida... Es preciso que esa mujer, que es el escándalo de Ficóbriga, se marche de aquí... ¡Qué ejemplo para la juventud, para las muchachas tiernas y honestas de este honrado pueblo! Yo me horripilo cuando oigo a mis sobrinas hablar de la desgracia de la señorita Gloria, y que es una lástima que la señorita Gloria se haya perdido, de lo guapa que es la señorita Gloria, de las modas que usaba la señorita Gloria y de las limosnas que hacía la señorita Gloria.

—No hay duda de que es un escándalo.

—Si se casa con el convertido, ¿apostamos a que sigue viviendo en Ficóbriga?

—No quiero pensarlo... Pues qué, ¿no hay más que rehabilitarse?... Esta villa se escandalizará, y con razón... Pues no faltaba más. La joya ha tenido un niño. Eso bien lo sabemos todas...

—Y ¿dónde está?

—En una aldea. Yo he de averiguarlo. Ya lo tengo medio averiguado. Vaya, que los Lantiguas saben ocultar muy bien sus secretos, es decir, cuando son vergonzosos, porque si se trata de alguna limosna, ya lo cacarean bien. Hasta los periódicos de Madrid han de traer un parrafito. Ya sabemos que don Silvestre es el que manda a los papeles de la corte esas recetas. No sé por qué no puso: «En la noche del tantos de tal mes, la señorita doña Gloria de Lantigua, *alias* la Perla de Ficóbriga, sobrina del eminentísimo señor cardenal, dió a luz un niño robusto, aunque sietemesino, hijo de padre desconocido, aunque se supone que será de un judío a quien escupió el mar en Ficóbriga y fué aposentado en casa de Lantigua para edificación de los cristianos.»

Las dos amigas soltaron la risa.

Siguieron hablando. Sus lenguas eran tres hachas y ellas tres implacables leñadoras. Hallábanse en lo más sabroso de su sabrosísimo chismear, cuando entró Sansón a decir al ama de la casa que la señora de Morton quería hablarle. Partió con oficiosa diligencia Isidorita, después de quitarse el delantal de cocina para presentarse decentemente, y halló a la madre, al hijo y a la señorita de compañía sentados alrededor de una mesa en que había periódicos ingleses. La actitud de Daniel era tranquila, si bien conservaba en su fisonomía huellas de profundísimo dolor y tristeza. En cambio, la madre parecía completamente feliz por la presencia de su hijo, y le observaba con interés y amor. La señorita de compañía no decía nada, ni en la casa de la del Rebenque quedó memoria de su metal de voz. Era una figura decorativa que, por lo delicada y vaporosa, hacía contraste con la ruda corpulencia de Sansón.

Isidorita llegó sonriente y deshaciéndose en cumplidos ante la persona majestuosa de Ester, que así se llamaba la madre de nuestro héroe. Esta le rogó amablemente que se sentase—a lo cual no quiso acceder la patrona—, y después le dió algunas órdenes relativas a lo que deseaban tomar aquella noche.

—Otro favor espero de usted—añadió con bondad—. Mi hijo está malo. No quiero dejarle solo esta noche. Si usted dispone que me pongan mi cama en este cuarto, se lo agradeceré.

—Con mil amores, señora. Pues no faltaba más. En cuanto venga Bartolomé traeremos la cama..., porque es algo pesada. Como que es toda de hierro, inglesa; sí, señora, inglesa. ¡Qué más?

—Nada más por ahora. No quiero entretener a usted, que tendrá quehaceres.

—¡Oh!, no, señora. No hacía nada. Estaba hablando con mis amigas.

Ester sintió gran curiosidad, y de buena gana habría preguntado: «¿Qué amigas son ésas?» Felizmente, Isidorita, que entonces, como siempre, tenía ganas de hablar más de la cuenta, haciendo alarde de sus buenas relaciones, dijo:

—Mis amigas..., mi cuñada Teresa, esposa del alcalde de Ficóbriga y persona de elevadísima posición, y la señora del gobernador de las armas.

—¡Ah!...—dijo Ester con viveza—. ¡La señora del alcalde!... Mi hijo me ha dicho que al señor alcalde de Ficóbriga debe este alojamiento, donde se halla tan bien tratado.

—Gracias, señora.

—Deseo conocer al señor alcalde y a su esposa—añadió Ester.

—Teresa tendrá mucho gusto en ello, señora. Voy a avisarle.

Ester pasó a la sala, que cerca estaba, mientras Isidorita corría desalada a avisar a sus amigas, y especialmente a Teresita.

—No te importe que no sea cristiana —le dijo, hablando con celeridad suma—. Es una señora muy simpática y muy afable... ¡Ya se ve! Llega a esta población, y le gusta tratar con lo mejor. Desde que supo que eras alcaldesa, deseó conocerte... ¡Es natural!... Los extranjeros son muy respetuosos con la autoridad... Puede que haya oído hablar de ti, mujer...

—Lo veremos—dijo Teresita, arreglándose el manto, pasándose la mano por la cara, poniendo orden en sus cabellos con febril presteza—. La religión no nos manda que seamos groseros... Vamos corriendito... Vamos... ¡Ya se ve! Es una señora principal, que gusta de hacerse buenas relaciones en todas partes.

La cara de Teresita brillaba más entonces. Aquel lustre metálico era el síntoma de las agitaciones de su alma, lo mismo que el aumento de palidez, y un cierto temblor en sus párpados, que se abrían y cerraban semejando las llaves de un figle. Corrieron a la sala. La *Gobernadora* y la *Monja* hicieron a *madama Ester*—así se la llamó en Ficóbriga

desde aquel día—saludos muy reverenciosos. Hallábanse ambas bastante cohibidas y no podían expresarse con desembarazo. La madre de Daniel les dió la mano, sonriendo con exquisita afabilidad, y las tres se sentaron.

—Pido a ustedes mil perdones por esta molestia—dijo Ester—. Soy forastera, y siempre que visito una población procuro relacionarme con las personas más principales de ella, para ofrecerles mis respetos. En ninguna parte ha sido estorbo para esto la diferencia de religión, y espero que aquí no lo será tampoco.

—¡Oh, no, señora, de ningún modo! Las creencias son una cosa y la cortesía otra—repuso Teresita, recobrando su serenidad y su labia.

La *Gobernadora* movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Al oír a nuestra amiga, la buena Isidorita, que usted era la señora del alcalde, recordé lo que me había dicho poco antes mi hijo... Está muy agradecido a su esposo de usted...

—¡Ah!, señora. Mi Juan, al proporcionarle alojamiento—repuso Teresita, haciendo vivos esfuerzos para aparecer muy fina y dulcificar sus palabras—, no hizo más que cumplir con los deberes de su elevado cargo.

—Yo le agradezco mucho su solicitud —añadió Ester—, y quiero darle las gracias personalmente.

—El vendrá...

—No; espero de usted que me hará el favor de recibirme en su casa, adonde iré mañana mismo.

—Tanto honor...

—El honor será el mío al visitarla a usted y a su señor esposo en su propio domicilio. Además, ya he dicho a usted que me gusta relacionarme con las personas principales de una población. Lo mismo he hecho en Roma, Colonia, Munich, San Petersburgo... Esto me ha proporcionado preciosas amistades en todos los países.

—En Ficóbriga, señora mía—afirmó Teresita—, hallará usted una sociedad escogida, aunque modesta.

La *Gobernadora* demostró con sus movimientos de cabeza que estaba penetrada de aquella verdad; pero no dijo nada. Hablóse luego de cosas indiferentes, del tiempo, de la primavera, de las cosechas y frutos del país. A los veinte minutos de visita, Teresita y su amiga se levantaron para retirarse, diciendo que no querían molestar, porque madama Ester necesitaría descanso. Esta las convidó a tomar té; pero ellas, amablemente, se excusaron, y, despidiéndose, internáronse en la casa. La algazara de las tres mujeres cuando se hallaron solas a puerta cerrada en el comedor no puede describirse. Teresita echó atrás su manto, porque la vanidad, tomando forma de incendio en su interior, la sofocaba.

—¡Qué afable y discreta señora!

—¿Quién diría que no es cristiana?

—Mañana irá a mi casa. Necesito preparar a Juan, no sea que cometa una gansada... No se debe llevar el puntillo de religión a tales extremos. ¡Qué tontería! Una persona puede tener sus creencias allá como Dios le da a entender, y ser buena y amable... No vamos a tirar piedras por la fe... Sería una falta de civilización... Bien dicen que este país está muy atrasado.

—Teresa—dijo la *Gobernadora*—, ¿viste el brillante que lleva en el dedo de la mano derecha?

—Sí, hija; es como una castaña. ¡Y qué luces! Si parece un faro. Así los tendrá ella por docenas y las perlas por almudes.

—Como que dicen que posee esta gente tantos duros como horas han pasado desde que Dios hizo el mundo... De veras te digo que me ha gustado esta señora. Bien dice Bartolomé que en todas las religiones se sirve al Señor. Sabe Dios lo que tendrán ellos en su conciencia... Puede que sean cristianos y no lo quieran decir por no dar su brazo a torcer.

—Yo me lo figuro así.

—También yo.

—Es natural que quiera conocer a las personas principales de todo pueblo que visita—dijo Teresita, cuya cara brillaba ya como un botón de guardia civil en día de gala—. En seguida que oyó hablar de la señora del alcalde... Era natural... Aquí tenéis una señora inteligente que en cuanto llega a un pueblo atisba a las personas formales... Vamos, gracias a Dios que al fin llega a Ficóbriga un forastero y no pregunta por la casa de Lantigua, exclamando: «¡Oh los Lantiguas!...» ¡Gracias a Dios que no se nombra para nada a los virtuosos, a los sabios, a los ilustres Lantiguas!... Voy corriendo a casa... Pensaba alcanzar un pedacito de Lamentaciones; pero ¿quién

piensa en eso esta noche? Es preciso preparar todo... Mi casa no es una choza, y esperando yo una visita de importancia... Ya no te puedo prestar la vajilla, Isidora.

—Pues qué, ¿vas a darle un convite?

—No; pero bueno es que la loza esté allí, en alguna parte donde se vea... Juan mandará que los dos alguaciles se pongan en la puerta..., y la pareja de la Guardia Civil... Adiós, adiós.

—Yo me estaré en tu casa todo el día —dijo la *Gobernadora.*

—Mandaré a buscar a mis sobrinas... En fin, adiós. Me desespera tener una casa tan vieja. Compre usted buenos muebles... Todo se desluce en aquel caserón. Si yo tuviera el palacio de Lantigua, como es justo y razonable... En fin, adiós, adiós.

XXV

TODO MARCHA A PEDIR DE BOCA

No las tenía todas consigo el prudente don Buenaventura con la llegada importunísima de la madre de Daniel. En cuanto a la aparición del purpurado, si al principio creyó ver en ella un motivo de entorpecimiento, pronto cambió de parecer. Su eminencia, variando de ideas y propósitos con la estupenda nueva de la conversión, mostrábase en extremo tolerante, contento de aquel desenlace felicísimo, dos veces lisonjero por el triunfo de la Iglesia y por la regeneración social de su adorada sobrinita. El viernes al mediodía, después de la ceremonia de la adoración de la Cruz, a que asistieron el prelado y el pueblo entero con grandísimo recogimiento, don Angel habló a su hermano de una manera categórica, diciéndole:

—Siendo sincero su propósito de abrazar nuestra religión, como tú aseguras, todo cambia, hermano, todo es ya fácil y llano. El Señor se apiada de nosotros y nos saca súbitamente de nuestras confusiones y zozobras por uno de esos admirables caminos que El solo sabe abrir. Vine con el ánimo preocupado y tenebroso, presagiando nuevas desdichas; pero he aquí que en vez de oscuridad encuentro luz; en vez de torbellino de dudas, una solución clara y natural... Ahora te diré cuál es el plan que me propongo seguir para que todo quede arreglado en un par de días. Roma, siempre previsora y sabia, ha dispuesto que en casos de conciencia se aceleren las formalidades y prácticas establecidas para dar entrada en la Iglesia a un catecúmeno. Aquí tenemos bien claro el caso de conciencia. Si no hubiera existido la prevaricación, procederíamos con más solemnidad y pausa; pero la conciencia inquieta exige que no se dilate la bendición purificadora. La reparación social y religiosa es urgente, hermano mío, y la Iglesia da una prueba de benignidad apresurándola.

De muy buena gana habría manifestado don Buenaventura que le parecía inconsecuente, injusto y hasta inmoral este criterio romano que abrevia y dispensa en casos de prevaricación, mientras mortifica con dilaciones y obstáculos de todas clases a los individuos que sin rubor en la cara piden juntamente bautismo y matrimonio; pero creyendo más prudente no hacer observaciones, calló.

—Yo había previsto este caso—añadió su eminencia—, como los había previsto todos, y no me coge desapercibido. Traigo de Roma instrucciones precisas, y sé lo que debo hacer. El primer acto para llegar al fin es que Daniel Morton se presente ante toda la familia reunida y declare solemnemente su propósito de abrazar nuestra santa religión y de dar su mano de esposo a esa pobre joven, víctima de un arrebato de la fantasía. Declarado esto, el catecúmeno se someterá absolutamente a mí, prometiéndome obediencia ciega y poniéndose a mi disposición para recibir la enseñanza cristiana. Renunciando a toda influencia extraña y de familia, no reconocerá más autoridad que la mía, y vivirá por espacio de dos o tres días en reclusión estrecha y en sitio que yo le designe. Exigiré de él una abdicación absoluta de su voluntad durante este plazo, un propósito firme y claro de recibir la instrucción cristiana, y le pediré pruebas de devoción. Sin esto no adelantaremos nada.

Don Buenaventura frunció ligeramente el ceño; mas su seráfico hermano, sin advertirlo, continuó así:

—... Cuando se halle en disposición de recibir el bautismo, a juicio mío, yo se lo administraré, y a continuación, sin aparato ni ceremonias pomposas ni asistencia del público, les daré la bendición

matrimonial. Todo podrá quedar terminado el segundo o tercer día de Pascua... ¡Oh!, qué grandísimo favor me hará Dios si permite que sea yo quien diga a ese infeliz réprobo, de raza deicida, y que tantos trastornos y desgracias ha traído a nuestra familia: «Ven; todas tus faltas te son perdonadas. Si bebes del agua que yo te daré, para siempre no tendrás sed, porque será en ti una fuente de agua que salte para vida eterna...» Admiremos los designios de Dios, que nos trajo con ese hombre tantas desgracias, y limpiemos el corazón de todo encono. Tengo la íntima seguridad de que nuestro difunto hermano Juan haría en el caso presente lo mismo que hacemos nosotros.

Don Buenaventura manifestó que para acelerar en lo posible la solución, declarase aquella misma tarde Daniel su propósito en presencia de la familia. Mas el virtuoso prelado dijo que no quería privarse de oír el sermón de la Soledad, que don Silvestre predicaría aquella tarde, y que el día siguiente, Sábado Santo, señalado por la Iglesia para la admisión solemne de los catecúmenos, era el más propio.

—¿Temes que esa doña Ester contraríe su buen propósito?—añadió—. Si la conversión es sincera, no hay que temer. No hay vigor que se iguale al de un alma iluminada por los destellos de la gracia divina y que se decide a echarse fuera de las tinieblas. Ni madres, ni padres, ni abuelos pueden nada contra un alma que ha visto la salvación y corre hacia ella.

Otras cosas santas y bellas dijo el cardenal; mas no son del caso. Don Buenaventura corrió a casa del hebreo, a quien no encontró, ni tampoco a su madre, que había ido con la señorita de compañía a visitar, ¡cosa inaudita!, al señor de Amarillo y su esposa. El único de la raza que estaba allí era Sansón, preparándose con ayunos y mortificaciones, como muy devoto que era, para la celebración de la Pascua rabínica. A ratos leía el *Salterio* en alta voz con gestos que hacían reír a todos los de la casa, y como esto gastaba sus poderosas fuerzas, se confortaba al punto con cuatro o seis chuletas como ruedas de carro y botellas de cerveza.

Después de buscar a Daniel por todo el pueblo, don Buenaventura le halló en casa de *Caifás*, circunstancia que no dejó de causarle extrañeza. Informóle del plan de don Angel, teniendo el gusto de que el hebreo lo creyese acertado por todos conceptos. De nuevo hizo protestas de la firmeza de su propósito, asegurando que la intervención y los halagos de su madre no le harían vacilar. Con todas estas cosas hallábase el generoso Lantigua muy satisfecho. Pero enturbiaba ligeramente su gozo la idea de la mala salud de Gloria, que en los últimos días padecía frecuentes accesos febriles, en los cuales alternaba, con el agotamiento de las fuerzas, una actividad abrasadora y una como acumulación de vida, que a borbotones salía por los ojos, mirando, y por la boca, hablando. Don Nicomedes, médico titular de Ficóbriga, a quien Lantigua encontró aquella tarde, le hizo una pintura hipotética, no muy lisonjera, del estado en que, a su parecer, debían hallarse el corazón y el cerebro de Gloria. Era el tal hombre excelente y muy sabio, soldado viejo de las batallas contra la muerte, y vivía en un pueblo tan oscuro por amor a la soledad y porque se había cansado de ganar dinero en las grandes poblaciones. Tenía vivísimo afecto a los Lantiguas, y era decidor algo extravagante. Pasaba por librepensador, aunque iba a misa, y se le veía en perenne paseo por los campos, ya contemplando la Naturaleza, ya de cabaña en cabaña, sin más compañía que la de los dos seres para él muy queridos: un perro negro y un paraguas azul.

Este hombre benéfico se alegró mucho cuando don Buenaventura le dijo que las cosas iban a buen andar por el camino del casorio, y expresó, en breves palabras, su pensamiento, asegurando que la dilatación moral salvaría a la enferma, pero que la contracción la mataría. Condenó el misticismo como la más perniciosa congestión espiritual que podía sobrevenir a la enferma, y el descargo de un enorme peso del alma le pareció excelente antiflogístico. La paz, el contento y el amor humano, en su esplendente natural desarrollo, armonizado con el divino, le parecieron admirables emolientes.

Tranquilizado con este dictamen el buen tío, se dirigió a su casa, no sin prestar antes frívola atención a los rumores que en toda aquella tarde ocuparon a Ficóbriga, robando a la villa hasta la devoción propia de tan luctuoso día... ¡Sí; madama Ester había visitado a don Juan Amarillo y a su esposa! ¡Y ella y él la

habían recibido, a pesar de ser Viernes Santo! ¡Y estaban en la casa las sobrinas de Teresita y la *Gobernadora* y otras muchas damas de lo más principal y florido de Ficóbriga!... ¡Y la casa parecía un ascua de oro!... ¡Y madama Ester se había mostrado muy amable, muy cariñosa con don Juan y con Teresita!... ¡Y se decía que madama Ester, quitándose del dedo un anillo con brillante de gran tamaño, lo había ofrecido a la señora de Amarillo, que, después de rehusarlo cortésmente, se dignó tomarlo!

XXVI

MADAMA ESTER

Ester Spinoza, mujer de Moisés Morton, opulentísimo negociante de Hamburgo, establecido últimamente en Londres, descendía, lo mismo que su esposo, de una famila hebrea española; pero si el linaje de Morton aparecía confuso por los enlaces con castas alemanas y holandesas, el de Spinoza conservábase puro, y, siguiendo su clara genealogía, podían los últimos vástagos de él remontarse hasta Daniel Spinoza, judío de Córdoba, comprendido en la proscripción de 1492. Era Ester Spinoza española de sangre, si no de nacimiento; española por la gravedad, por la vehemencia contenida, por la fidelidad de los deberes, por la luz y la expresión melancólica de sus ojos negros, su esbelta figura y su gracioso andar.

Era, además, española por la lengua, pues desde la cuna aprendió a hablar como Nebrija. Sabido es que todas las familias israelitas que proceden de las expulsiones españolas conservan su lengua, aunque adulterada por la falta de renovación, y todo el que viaje hoy por Constantinopla, Salónica, Jerusalén, Venecia, Roma, El Cairo, por todos los puntos en donde buscó refugio aquel miserable polvo humano arrojado de este suelo, oye hablar un castellano arcaico, que produce en el ánimo dulce y melancólica sorpresa, cual si oyera un eco de la patria pasada y muerta, que, aun después de cuatro siglos, lanza desde el fondo de la tierra su gemido. Los hebreo-españoles, la mayor parte degenerados, conservan la lengua de sus mayores, y leen sus oraciones en los libros rabínicos impresos en nuestro idioma. Subsiste en ellos el amor al suelo antiguo que no han de volver a ver, y lo lloran como lloraban hace dos mil quinientos años sobre los ríos de Babilonia. En los judíos ricos no se conservó tanto esa costumbre. Los Spinozas amaban, sí, aquella triste memoria de la perdida patria madrastra; pero Ester la aborrecía de todo corazón, exceptuando tan sólo la lengua, que cultivó con esmero y enseñó a todos sus hijos.

No profesaba su religión con entusiástico fervor, pero sí con lealtad; es decir, con un sentimiento dulce y firme; más que devoción, respeto a los mayores, amor al nombre y a la historia de una casta desgraciada. Esta era objeto de su pasión más viva, de un fanatismo capaz de reproducir en ella, si los tiempos lo consintieran, las grandes figuras de Débora, la hembra-juez; de Jael, la que, con un clavo, mataba al enemigo; de la trágica Judit y la dulce Ester. La moral la cautivaba; pero el rito no merecía de ella el mismo amor, y si lo practicaba con sus hijos y deudos, hacíalo por creer que convenía perpetuar aquel poderoso lazo de unión, especie de territorio ideal, donde se congregaba por la fe un desventurado pueblo sin patria. Era un modelo de las virtudes domésticas, comunes en las clases elevadas de aquella raza. Buena esposa y madre amorosa, había dado lugar a que se dijese de ella que merecía ser cristiana.

Ester y su esposo poseían enormes riquezas. De ellos podía decirse que *Jehová había prosperado sus caminos*. Vivían en paz dichosa, rodeados de los esplendores de las artes. Eran estimados de todo el mundo y distinguidos por los soberanos, que los sentaban a su mesa, porque, habiendo adquirido aquella gente un poder financiero, que en cierto modo suplía su falta de existencia política, sacaban de apuros a las naciones. No tenían patria; pero las patrias más orgullosas doblaban la rodilla ante sus arcas. Eran como dioses, a quienes incensaban a porfía los ministros de Hacienda de todos los países. Hasta el Papa, como rey de Roma, les dió títulos, cruces, y jamás los llamó deicidas, sino *honorables señores*. Hallándose en Roma Ester Spinoza, un cardenal le sirvió de cicerone para ver los museos. Otro cardenal le regalaba mosaicos, cameas y cornarinas. Otro le vendió un Cristo de marfil en mil libras, y en qui-

nientas, un Talmud español del siglo XIII, manuscrito en vitela.

No reinaban en ninguna parte y reinaban en todas, porque el imperio de Baal es grande, y a él puede decirse que pertenecen la Tierra, *el mundo y su plenitud, el Aquilón y el Austro*. A la digna familia que nos ocupa nadie osó preguntarle jamás si había dicho: *Crucifica a Este y suéltanos a Barrabás*.

Próxima a los cincuenta años, Ester conservaba su admirable belleza. Usaba pocos artificios de tocador, y éstos, más que para quitarse años, empleábalos para que tuvieran buen ver los suyos, como si le inspirara orgullo aquella madurez tan primorosa, tan lozana, tan interesante, verdadero homenaje de la juventud a la vejez. Viéndola, se comprendía la larguísima primavera de aquellas mujeres bíblicas que vivían ciento veinte y ciento treinta años, como quien no dice nada.

XXVII

LA MADRE Y EL HIJO

En la noche del Viernes Santo, la madre y el hijo hallábanse juntos y solos en la habitación de éste. Sobre la mesa, en la cual apoyaba su codo Daniel, había una lámpara. Ester, sentada en un sofá junto a la pared, miraba a su hijo en silencio. Por la disposición de su pantalla, el rostro de Daniel estaba inundado de luz; el de su madre, en la sombra.

—Si tu terquedad—dijo Ester, en alemán, con serena voz—no cede, como espero...; si la autoridad de tu padre, la mía, tu decoro y la fidelidad que debemos a nuestra ley no significan nada en tu espíritu, padeceré desde mañana el más grande dolor de mi vida, porque mi querido hijo primogénito habrá muerto.

—No, madre; esto no es morir—dijo Morton lúgubremente—. Quiero resucitar a esa pobre mujer que adoro. Lo he decidido, después de meditarlo mucho. He formado un propósito que ninguna razón, ningún afecto, podrán detener.

—Pues yo he venido a impedir ese propósito. Cuando huiste de nuestra casa, hace quince días, saliendo de ella sin decirnos nada, comprendía que venías a este horrible pueblo con la idea de consumar una gran locura. Tu padre quiso venir... Disputamos; vencí yo. Al partir, hice juramento de arrancarte de aquí... Yo volveré, quizá sola y vestida de luto; volveré tal vez sin ti a nuestra casa; en este caso le diré a tu padre: «Nuestro hijo ha muerto.» No tendré valor para decirle: «Nuestro hijo es cristiano.»

—Ese valor que a ti te falta lo he tenido yo—repuso Daniel, mostrando en su semblante una serenidad heroica—. Hago esto por convicción, no por despecho ni por capricho. He trazado a mis acciones un plan, y este plan se cumplirá porque debe cumplirse. ¿Lo entiendes, lo entiendes, madre?

Ester miró estupefacta a su hijo, como si deseara hallar en el rostro de él la aclaración de tenacidad tan abrumadora.

—Bien—dijo, al fin, conociendo que su hijo no cedería, atacado de frente—: haz tu gusto; desprecia el amor de tus padres, de tus hermanos; olvida todas las leyes, la ley santa de Dios y las de la sociedad, el decoro, el deber, la estimación; despréciate a ti mismo y envilécete más. Nosotros, doloridos por la pérdida del que fué nuestro amado hijo, te lloraremos muerto; no te lloraremos apóstata, porque apóstata no te podemos llorar, porque un renegado no puede ser, no puede haber sido nuestro hijo.

—Siempre lo soy y lo seré. No cambiaréis las leyes de la Naturaleza—dijo Morton, sobreponiéndose a su amargura—. Aunque no lo queráis, vosotros me amaréis siempre, como yo os amo.

—¡Daniel, Daniel!—exclamó Ester, con solemne acento, levantándose—, ya no tienes madre. Si la tienes, si la quieres tener, yo no lo soy. Me avergüenzo de haberlo sido. En hora menguada te di a luz, y de aquella triste hora debe decirse: «Aféanla las tinieblas y sombra de muerte.»

—Cruel, engañas a tu corazón con palabras estudiadas—afirmó el joven—. No podrás, aunque lo quieras, ser dueña de tus sentimientos de madre, y me amarás, aunque sea en silencio; me consagrarás todos tus pensamientos; me tendrás siempre en la memoria, aunque sólo sea para orar por mí. Antes que hubiera religiones hubo Naturaleza...

—No puedo tener serenidad—dijo Ester con grandiosa ira—, no puedo. ¿Por qué te deshonras, por qué te haces cristiano?

—Tú lo sabes muy bien. Hay aquí una víctima inocente, una mujer adornada

con los atributos de los ángeles. Está en mi mano levantar a esa alma superior del lodazal en que yo mismo la arrojé con vileza y debo hacerlo. El universo entero, el Dios de todos los hombres, me ordena que lo haga. Esto es como la luz, madre. Si no lo comprendes, di que estás ciega; pero no niegues la luz.

Ester, sentándose en su asiento e inclinando la frente, cayó en meditación profunda.

—¿Callas, madre, callas?—dijo Morton, después de una pausa—. Te he convencido.

—Mas para abrazar una religión es preciso creer en ella—objetó Ester—. Esto no puede depender de un capricho amoroso. ¿Crees en Jesucristo?

Daniel repuso lúgubremente:

—Debo y quiero ser cristiano.

—Te avergüenzas de decirlo claramente; te avergüenzas de decir creo en *Jesucristo,* porque tu conciencia te grita más alto que tu flaca razón, clamando contra esta apostasía deshonrosa. Daniel, Daniel, ¿qué has hecho del amor inmenso de tus padres, qué de la santa ley que te enseñaron desde la cuna, qué del recuerdo de tus venerables antepasados, en cuyo nombre estuvieron vinculados el amor y el prestigio que restan a la raza judía? ¿Qué has hecho de esto, loco? Hemos conservado, hasta ahora, al través de tantos siglos, la dignidad de nuestra desgracia; hemos dado a todos los hebreos del mundo un ejemplo de constancia, de firmeza, de rectitud, en medio de las mil desdichas de nuestro pueblo, y ahora tú, el que parecía nacido para enaltecer más y más todavía nuestro nombre; tú, mi hijo, el amado entre los amados, el predilecto de Dios y de los hombres, todo lo desprecias, todo lo pisoteas, nombre y familia, tu pobre raza sin patria, la Ley santa, tan antigua como el mundo, esa ley y esa tradición, Daniel, que existen desde que el primer hombre abrió sus ojos a la luz acabada de hacer... No, no te conozco; no eres tú mi hijo. Un hijo mío morirá cien veces antes que arrodillarse delante de un sacerdote cristiano, y español, por añadidura, y proclamar al Cristo en la misma tierra que impíamente nos echó de sí, como a seres inmundos. ¡Tú sabes cuánto, cuánto aborrezco a este país! El país que a mis abuelos inspiraba un recuerdo melancólico como de patria perdida, a mí me ha inspirado siempre aversión, horror. ¡Y en él abjuras y nos abandonas!... ¡Inicua traición! Si cuando te tenía en mis entrañas me hubieran dicho lo que ibas a hacer, en ellas te hubiera ahogado.

Hablaba Ester con la inspiración de la ira. Se había levantado. Movida de su primera posición la pantalla, caía de lleno la luz sobre la madre, y su sombra, agrandada por la distancia, gesticulaba en la pared cercana. Las sombras de los dos iracundos brazos, movidos sin cesar, corrían a veces por el techo como enormes aves, a veces se deslizaban por el zócalo, entre los muebles, como cuadrúpedos que buscan un rincón. Daniel había quedado en la oscuridad. Desde ella, cual de un abismo adonde se acaba de caer lanzado por el enemigo vencedor, envió estas débiles palabras:

—Madre, me has hablado de honor, de vergüenza, de familia; en fin, me has dado razones sociales, no religiosas. De todo me has hablado, menos del fuego eterno.

—¡También, también!—gritó Ester, cayendo sin aliento en el sofá y apoyando en un cojín su frente abrasada—. Te he dicho lo primero que ha brotado de mi corazón de madre, de este corazón antes abrasado en amor por ti, y que yo, con mis propias manos, apretaré y estrujaré para ahogar la llama..., porque no, no puede ser, no puedo amarte ya... Se acabó la idolatría de nuestro hijo querido. Adiós, vete; no existes ya para mí.

Diciendo esto, rompió en amarguísimo llanto. Daniel corrió hacia ella, y, poniéndose de rodillas, la besó, tratando de levantar su cabeza.

—Madre, madre—murmuró—. Ni de tus labios, incapaces de mentir, puedo creer que no me amas. No lo creeré, aunque me lo digas tú, a quien siempre he creído.

—Daniel, hijo mío—dijo la madre, incorporándose—, yo no puedo soportar este golpe. Soporté la temprana muerte de mis dos hijas; pero la tuya, esta muerte en la forma más repugnante de la ignominia, no puedo resistirla. Quiero morir antes que caigas; quiero morir. Dame tú mismo la muerte, te lo suplico, perdonándote. El crimen que cometas arrancándome la vida, no será tan grande como el de tu apostasía.

—Estás delirando, madre querida—dijo

Daniel, haciendo fuerza con la cabeza en el seno de su madre—. Tú sí que me matas a mí con tus palabras, con tus fieras amenazas de no quererme.

—¡Ay, hijo de mi corazón!—exclamó Ester, en un arrebato de ardiente cariño, oprimiendo contra su pecho forzudamente la incomparable cabeza del joven—. Hemos cometido una falta al quererte a ti más que a nuestros demás hijos, y el Señor nos castiga por esto. Pero no me puedo resignar al castigo, no me puedo resignar a perderte, no quiero; defiendo mi tesoro contra todos los dioses extraños, contra todos los Nazarenos que me lo quieran quitar... ¡Señor, Dios de Abrahán y de Jacob, antes de consentir esto, quita la vida a mi hijo y a mí también, porque no puedo vivir sin él!

Daniel se sentó a los pies de Ester, apoyando sus brazos en las rodillas de ella, le estrechó las manos, y, contemplándola con amor, le dijo:

—Madre, madre, óyeme lo que voy a decirte.

—¿Qué?

—La exaltación que veo en ti me obliga a revelarte un secreto, mi secreto.

—¿Tu secreto?

—Hice propósito de que ningún nacido, a excepción de mi padre, a quien escribí ayer, lo supiese por ahora; pero siento el deseo y aun la necesidad de revelártelo.

Ester oyó con la más viva ansiedad.

—Dímelo pronto.

—Es un secreto de esos que no se dicen más que a Dios, porque sólo Dios puede juzgarlos.

—¿Y yo no?

—No; tú me juzgarás mal cuando lo sepas. No penetrarás fácilmente mis móviles... Pero te confesaré esta idea por el grande amor que te tengo, y confío en que la apoyarás.

—¿Cuál es?

—Yo no soy ni seré nunca cristiano.

XXVIII

DELIRIO.—FANATISMO

Durante breve pausa, la madre y el hijo se contemplaron.

—Pero ¿no me has dicho, no has resuelto...?—manifestó Ester, llena de confusión.

—Usaré la palabra propia, aunque, á primera vista, me desfavorezca. Mi conversión es una impostura.

—Explícamelo bien, porque me vuelves loca.

—Mi conversión es una mentira..., ¿no sabes lo que es una mentira?...

—Tú me lo has dicho.

—Es que determiné que este engaño no fuera de nadie conocido. Lo he revelado por escrito a mi padre. A ti debo revelarlo también.

—¿Luego engañas a esa pobre joven, engañas a una honrada familia?—dijo Ester, apartando de sí con ambas manos la cabeza de su hijo—. ¡Daniel impostor! Lo que ahora me revelas es tan indigno de ti como la apostasía. Tu corazón se ha corrompido. Tú no eres tú... ¿Sabes lo que es la mentira, una mentira de esa magnitud? Daniel, vuelve en ti.

—Si no sabes aún mi secreto, mujer, ¿para qué hablas?—repuso el hebreo con cierto enojo.

—Tu secreto es que finges hacerte cristiano para salvar a esa joven de la tiranía de sus parientes, del ascetismo, de la deshonra. Esta conducta es más vituperable que dejarla abandonada a su suerte. Yo correré a casa de esa noble familia, y diré: «Mi hijo os engaña; no le creáis.»

—Me creerán, porque los hechos confirmarán mis palabras—dijo Daniel, besándole las manos—. Oyeme, madre querida. Ayer por la mañana vagaba yo por la playa, interrogando a mi conciencia. ¡Ah!, no puedes tener idea de aquellas terribles horas de duda. Yo tenía dos conciencias igualmente poderosas, ¿comprendes esto?... Dos conciencias que daban la más horrenda batalla dentro de mí. ¡Renegar!... ¡Abandonar a un ser querido que me debe su dolor!... Ninguna de estas dos ideas podía aniquilar a la otra, y cuanto más fiero se mostraba uno de los dos dragones, con más rabia le mordía el otro... Imploré a Dios, gritando en medio del estruendo del mar: «O la solución o la muerte...» Entonces una idea iluminó de improviso mi espíritu. Sentí la alegría del que se ve rodeado de claridad celeste después de haber vivido largo tiempo en horribles tinieblas... ¡Ay, madre mía!, si es cierto que el Espíritu creador y gobernador de todas las cosas habla alguna vez directamente a la ra-

zón del hombre, el Señor, Jehová, o como quieras llamarle, deslizó su palabra dentro de mí en aquel momento. Yo le sentía, sentía su voz, un soplo divino entrando en mí y llenándome; y mi fatigada conciencia admitía aquel aviso sobrehumano con la emoción grande, con la turbación piadosa que sólo pueden ser producidas por la directa voz de Dios, diciendo: «Estoy contigo.» La idea de conquistar mi bien perdido, mi esposa, por medio de una fingida conversión al cristianismo, se clavó entonces en mi cerebro para no ser arrancada jamás.

—¿Quieres hacerme creer que Dios, que es la verdad, te sugirió esta indigna idea?—dijo Ester, incrédula—. Daniel, tu imaginación delirante fué la que te habló.

—¡Ay, si yo pudiera llevar a tu espíritu la convicción que hay en el mío!... Infame es la mentira; pero la situación especial de mi esposa la disculpa. Aun este motivo no sería bastante poderoso; pero hay otro mucho más grande. No te quede duda de que el Ordenador de todas las cosas habló a mi alma. ¡Qué alborozo tan vivo inundó mi corazón! Mi pensamiento gustó las delicias del más puro bien cuando cruzaba por él esta idea inefable: «Gloria dejará de ser cristiana.»

—¡Extraña y loca idea!

—Madre querida—exclamó Daniel con cierto desvarío—, comprende, al fin, la grandeza de un plan en que se concierten el amor más ardiente y la piedad más valerosa. Yo traeré al reino de la verdad esa alma cuyo único defecto es hallarse ligada al vano sentimentalismo del Crucificado y a la filosofía engañosa del supuesto Mesías... Tú sabes cuáles son mis ideas y su admirable extensión. Ya comprenderás que mi conquista no ha de reducirse a tener un adepto al rito hebraico, que considero estrecho, insuficiente. No: yo adoro al Dios grande, al Jehová primitivo y augusto, al que dió los Mandamientos, y desde entonces no dijo más porque no había más que decir; al que en su grandeza no exige ofrendas de verdad, justicia y bondad, no formas de culto idolátrico; nos exige pensamientos, amor, acciones y esa mirada interna que purifica, no palabras rezadas, ni retahílas dichas de memoria. A ese Dios pienso llevar a la que amo, porque El es digno de ella y ella digna de El. ¡Admirable triunfo y conquista preciosa! Será necesaria una superchería; pero ¿qué importa? ¿Qué vale esto en comparación del bien que resulta? La salvo de su familia, del convento, del ascetismo, que es la tisis del espíritu; la arranco de este horrible país, la hago mi esposa, la salvo de la idolatría del Nazareno y de ese fetichismo vacío, indigno de la elevación y pureza de su alma... ¡Sí; tengo inmensa fe en el éxito de mi empresa! No puedo equivocarme; imposible que me equivoque. Siento el divino acento en mi oído, y el resuello a cuyo influjo existieron los mundos llega a mí y penetra como tempestad en mi corazón.

Ester le miró atentamente y con espanto, diciendo para sí con acento de amargura vivísima: «Señor, Señor, ¿has quitado la razón a mi hijo?»

—¿No hallas bastante justificada mi impostura con estas razones de conciencia?

—¡Donosas razones!...

—Tu ironía me mata. ¡Quieres una razón que es de conciencia y, además, mundana! Estos son los argumentos que a ti te convencen. Oyela. Has de saber que yo tengo un hijo.

Ester movióse sacudida violentamente por el asombro.

—Un hijo que se llama *Jesús*—añadió Daniel, con sarcasmo parecido al de aquellos que decían: «Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz.»

—¡Un hijo!—gritó madama Spinoza—. ¡De esa mujer!...

—¿Concibes tú que la abandone? ¿Concibes que deje en manos de los católicos a ese infeliz niño, reproducción de mí mismo? El ha encendido en mi corazón los sentimientos más delicados y más puros. Me ha bastado saber que existía para reconocerme otro, creyéndome capaz de los mayores sacrificios. Veo en él al heredero de mi nombre, de mis creencias, de mi persona toda; y la idea de que no ha de vivir al lado mío, de que recibirá de personas extrañas el pan de la instrucción, me aterra, madre querida. Supón que cuando yo era niño me hubieran arrancado los papistas de tu seno, cual otro niño Mortara, criándome en el odio de nuestra raza y enseñándome a maldecir tu nombre.

—No digas tal; cállate.

—¿No hace fuerza en tu mente esta razón?

—Alguna—repuso Ester con perplejidad—; pero nada justifica el engaño.

—Dios ve mi conciencia. ¿Qué importa engañar al Nazareno? ¿Acaso El, que se llamó Dios, sin serlo, merece la verdad?... Mi conciencia está tranquila. Ha penetrado en mí, dulce y elocuente, como cosa del cielo, el convencimiento de que obro bien y de que agrado a mi Dios en esto. El me dice: «Realza tu engaño; pero has de traerme al reino de la verdad a la madre y al hijo.»

—¡Fanático! ¡Fanático incorregible! —replicó, con agitación, Ester, clavando los ojos compasivamente en su hijo—. Quieres dar un tinte religioso a tu acción, cuando sólo te mueve el egoísmo del amor mundano. Es común en todas las religiones que los enamorados se vuelvan místicos o por astucia o por candidez, y que se dejen arrastrar por la pasión a las mayores locuras, suponiendo que los inspira una idea religiosa. Hacen de la religión un madrigal, engañando a todos y a sí mismos.

—Por tu vida, ¿me crees de ésos?

—Sí, porque siempre tuviste demasiado entusiasmo por la Escritura, y has pasado parte de tu vida comentándola y ahondando en ella, buscándole sus misterios más impenetrables, es decir, echándola a perder. Ultimamente, cuando volviste a casa después de tu naufragio, te engolfaste de tal modo en la Teología rabínica, que tuvimos que tapiar tu biblioteca, como la del gran caballero español. Vivías exaltado y melancólico... ¡Pobre hijo mío! ¡Cuán cierto fué mi presagio de que tu mente se desquiciaba!... En todo lo que hoy meditas y proyectas noto los extravíos del visionario y los delirios más absurdos. No puedo decir que no haya cierta grandeza en tus concepciones; pero lo que sí aseguro es que no hay en ellas sentido común.

—Yo creí—dijo Morton con desaliento—que tu superior inteligencia las comprendería y las estimaría.

—A nosotros nos han educado en lo práctico, hijo querido. Esta costumbre de vivir y pensar en lo práctico me hace ver muchos inconvenientes en tu proyecto. El principal es que no podrás quebrantar la firme fe de la que llamas tu esposa. Desengáñate; ningún católico se convierte a nuestra pobre Ley, olvidada y sin prestigio, ni tampoco a ese deísmo vago y sin culto, grande si quieres, pero que todo lo dice a la razón y es mudo para la fantasía, para el corazón y para los sentidos. Aun considerando en esa joven el amor más ardiente hacia ti, no concibo que reniegue de la religión de sus padres, de esa religión viva y que salta a la vista, y se oye y se habla. La nuestra y tu deísmo son como el idioma hebreo: una lengua sublime, pero que nadie entiende. ¡Infeliz hijo mío, infeliz mozo, extraviado por los delirios de la mente! No supongas en ese Dios grande, como dices, en ese Dios frío y sencillo como las ideas, una atracción que no tiene. ¡Esperas desencantar a una cristiana, a una mujer que ha nacido enamorada ya del hombre clavado en la cruz! Antes saldrá el Sol por Occidente.

—Madre, tú no tienes entusiasmo. Tus ideas religiosas son rutinarias. La rutina no hará ninguna maravilla en el orden moral.

—Pasó el tiempo de las predicaciones y de las guerras por la fe. Cada cual debe arreglarse con lo que tiene, sin ir a buscar nada a casa del vecino... ¡Cómo te engaña tu fanatismo! Ya verás cómo te desprecia esa mujer cuando descubra tu taimado plan, obra no sé si de la voluptuosidad o del misticismo.

—Tú no sabes bien cuánto me ama, ni conoces el fatal encadenamiento de su alma con la mía. La viveza de su inteligencia, la misma elevación de su espíritu, que propende a las cosas extraordinarias, superiores al criterio del vulgo, la someterán fácilmente a mí. Además, Gloria no es católica.

—¿Que no es católica?

—No, porque no pertenece a esa religión quien no se somete ciegamente a la autoridad, quien de los dogmas escoge el que más le agrada y rechaza los demás. Sus creencias no pueden ser más endebles: lo sé yo, que he recibido los secretos más íntimos de su conciencia, la cual el amor ha transparentado ante mis ojos. Es un alma llena de dudas acerca de lo más fundamental. Me ha confiado las rebeldías de su razón, y, oyéndola, ¡cuántas veces he deseado tener coyuntura de sembrar en aquel espíritu una semilla nueva! Toda su doctrina religiosa vendrá abajo de un soplo, madre mía. En ella no existe sólido y temible más que la fascinación de Cristo, de aquel hombre extraordinaro que supo presentar las verdades antiguas con forma se-

ductora. Tiene aquel sentimiento fervoroso que se deriva de la compasión y de la admiración, porque nada conmueve tanto como el padecimiento, nada conquista los corazones como el espectáculo de una víctima. Esa simpatía por el mártir constituye el nervio de la religión cristiana. Más prosélitos ha hecho la compasión que todos los principios y todas las ideas... La Humanidad es así: hace muchos siglos que se ha vuelto mujer, dejándose dominar por los llorones.

—Pues yo te digo—replicó Ester con energía—que antes te beberás todo el mar que arrancar del corazón de una mujer cristiana la fascinación del hombre clavado, la simpatía del mártir, la compasión por la víctima. ¡Ay!, los que idearon esa historia ya supieron lo que hacían...; conocían el corazón humano y el gran flaco de la Humanidad, es decir, lo que ésta tiene de mujer.

—Yo confío en que lo arrancaré, madre—afirmó Daniel con balbuciente voz—. Todo cuanto vive en mí me dice que venceré. Esta idea, madre, es demasiado grande para ser mía. Es de Dios.

La gravedad de su acento y su emoción afligieron a Ester, quien, comprendiendo que la mente de su hijo se hallaba en estado de vivísima excitación, no quiso contrariarle.

—La revelación de tu secreto—le dijo, abrazándole con ternura—ha modificado un poco mi juicio. Quizá logres convencerme. ¿Por qué no aplazas tu determinación?

—No puede ser madre; no puede ser —replicó Morton, levantándose muy agitado.

—Un día, un solo día... Hablaremos.

—Ni un día, ni una hora. Mañana, mañana.

—Pues sea. Ya no he de contrariarte ya—dijo la madre con resignación—. Pero necesitas descanso. Temo por tu salud. ¿Por qué no duermes?

—No puedo dormir.

—¿No te acuestas?

—No...; necesito estar en vela..., deseo meditar.

—¿Más todavía?

Llena de amargura, Ester contempló a su hijo como se mira un bien próximo a perderse, y, estrechándole en sus brazos y cubriéndole de ardientes besos, le dijo:

—Ya que te pierdo mañana, hijo de mi corazón, conságrame esta noche; no te separes de mi lado, inclina tu cabeza sobre mi regazo y descansa; reposa tu cerebro, que hierve como un volcán.

—Quiero meditar—repitió Morton, cediendo a la atracción de su madre y sentándose junto a ella.

—Medita aquí, sobre mi pecho, que es todo amor por ti—dijo Ester, obligándole a reclinarse en el sofá y a que recostara su cabeza sobre el regazo de ella—. Sea ésta una noche de despedida. Hablemos de nuestra casa, de tus hermanos, de tu padre, de Altona, donde todos hemos nacido... Hijo querido, no me niegues este consuelo.

—No puedo negártelo. Hablemos de todo eso, tan caro a mi corazón. Hablemos toda la noche, hasta que venga el día, hasta que llegue la hora.

Largo rato se oyeron las voces de la madre y el hijo en sereno coloquio. Por último, ya muy tarde, se fueron extinguiendo; la voz de Daniel dejó de oírse. Suspiraba la madre y él dormía.

¡Oh, cuánto deploró Isidorita que todos los humanos no hablasen un mismo idioma! ¡Con cuánta rabia vituperó los pecados de los hombres que trajeron la pícara multiplicación de las lenguas!... Porque si Ester y Daniel no hubieran hablado en alemán, inglés o lo que fuera, ella, Isidorita, la del Rebenque, se había enterado de todo para contarlo a sus amigas.

XXIX

EL CATECÚMENO

El Sábado Santo ofició su eminencia en la abadía, celebrando las hermosas ceremonias de la bendición del agua y el fuego. Fué luego a su casa, rodeado de inmenso gentío, y comió con toda la familia y con el cura, a quien no cesaba de felicitar por su sermón de la Soledad, predicado en la tarde del día anterior. El buen Romero, empleando las figuras más patéticas, dando realce a las ideas por medio de la expresión, del dramático gesto, de las inflexiones vocales, había hecho llorar a todo el auditorio. Cuando dirigió la palabra a la propia imagen de la Soledad diciéndole: «Señora, ¿dónde está vuestro amado Hijo?», un estremecimiento de compa-

sión corría por toda la iglesia, de alma en alma, y aquel mar se alborotaba con olas de congojas y vientecillo de suspiros.

Después de la comida pasó algún tiempo dedicado a conversación grata sobre diferentes asuntos, y don Silvestre ponderó el buen estado de los campos y la probabilidad de una gran cosecha. Dijo que él había esparcido ya las toperas en sus prados y que los estaba abonando con ceniza y estiércol; que debía anticiparse unos días la siembra del maíz, por estar bien enjugada y rastreada la tierra, y que él—don Silvestre—no aguardaba para echar el grano sino a que estuvieran arreglados los setos, destruídos por las *derrotas*. Aseguró que los semilleros que estaba preparando en cama caliente le darían las ensaladas más ricas que había visto hasta entonces la provincia, y que, por haber sido marzo y abril poco ventosos, estaban los frutales que parecían árboles del Cielo. Los injertos de aquel año daban envidia.

Don Angel mandó a su sobrina que se vistiera de ceremonia, y aunque Gloria quiso hacer alguna objeción, no fué oída y repitióse la orden. También Serafinita se decoró un poco, sin salir de su ordinaria modestia.

Pasó algún tiempo en estas cosas, que aun las monjas, como mujeres que son, no se ponen una toca en cinco minutos. Don Angel dió un paseo por el jardín, quejándose del descuido en que estaba y de la ofensa que a Dios hacía su sobrina matando de sed a las pobres plantas. Después llamó a Gloria y encerróse con ella en la capilla de la casa; la conferencia fué de dos horas largas. Al salir de la capilla, la joven tenía los ojos encendidos; pero su apariencia era la de un alma tranquila y confiada. Oraron con su eminencia en la capilla durante otro rato no pequeño Gloria y Serafinita, mientras don Silvestre y don Buenaventura, charlando en el jardín, chupaban magníficos puros, concupiscencia que no está literalmente comprendida en las abstinencias propias de la semana de vigilia.

El día era, por demás, placentero. No corría aire, ni la más delicada mata de los árboles se movía; no se oía el ruido del mar. Todo era silencio y quietud, cual si en la Naturaleza hubiera solemne pausa de expectativa o el asombro precursor de un gran suceso. Su eminencia marchó, al fin, a la sala seguido de las dos mujeres, a punto que del despacho bajaba el doctor Sedeño, después de escribir varias cartas por orden del prelado. Ninguno hablaba, y en la familia toda notábase una actitud de meditación y solemnidad, señal evidente de que para todos los individuos de ella aquel día no era como los demás.

Entró don Angel en la sala y tomó asiento en el sofá, que era en tal sitio lo que el altar en la iglesia, y a su sobrina le señaló el asiento de la izquierda, después que su hermana depuso su carne mortal en el de la derecha. Más lejos, tomaron asiento el cura y el secretario. Don Buenaventura había salido para volver pronto.

La cara angelical del señor arzobispo revelaba preocupación, pero en muy poca dosis. Estaba como el cielo cuando hay en él una sola nube. A veces sonreía, como queriendo dar a entender su deseo de ver alegres a los demás; pero Serafinita fruncía el ceño, porque las cosas graves exigían, según ella, la mayor compostura. Gloria miraba, alternativamente, al suelo y a su tío, como el que no tiene más que dos pensamientos: la muerte y Dios. O por llanto reciente, o por una exagerada movilidad de su corazón y de su sangre, anhelantes de vida, se habían encendido con vivos colores sus mejillas, tanto tiempo pálidas. Aquel abrir de las rosas de su cara parecía anunciar una primavera tras tantas tempestades, y con ellas había renacido todo el esplendor de su hermosura. Pero ¡qué gran diferencia desde que la vimos por primera vez! La inquietud graciosa y las volubles miradas de entonces se mudaron en una actitud reflexiva y circunspecta, cual si para ella no hubiera ya más motivo de atención que ella misma. Desde entonces, hasta el momento en que ahora la vemos, habían transcurrido esa distancia inmensa y ese largo siglo que median entre el no amar y la maternidad, paso de un planeta a otro, intermedio que equivale a cien vidas, mar entre dos orillas cercanas, pero lleno de dolores, júbilo, palpitaciones, pureza y miserias, gracia, terror, esperanza, desconsuelo, devoción, risa y llanto.

«¡Si pudiera conservarme serena cuando él viniese—decía Gloria para sí—, de modo que no conociera lo que hay en mi

alma!... Pero así como yo leo en la suya, leerá él en la mía!»

El rostro de Gloria, que estaba tan encendido, se quedó como el mármol cuando entró don Buenaventura acompañado de Daniel Morton.

«¡Qué cara!... ¡Pobrecito! ¡Me muero de pena viéndole!—pensó Gloria, mirando al que entraba—. Parece un reo que va al patíbulo.»

Después de contestar afablemente a su saludo, don Angel rogó a Daniel que se sentase. Hízolo éste, y el cardenal dijo:

—Ha llegado el momento de que mi familia, señor Morton, abra a usted los brazos, perdonándole. Ha llegado el momento de que cesen tantos males, y de que un abrazo de paz y las bendiciones de la Iglesia terminen la grandísima consternación en que todos estábamos. ¡Bendita sea la misericordia del Señor! Señores—añadió, dirigiéndose a sus amigos y hermanos—, este hombre da lealmente su mano de esposo a mi sobrina, en justa reparación de...

Aquí, la fácil elocuencia del prelado tuvo un ligero tropiezo; mas al punto se enderezó, tomando mejor rumbo.

—... Entrará en nuestra familia... Yo le recibo con los brazos abiertos. Doblemente lisonjero es este suceso, porque el matrimonio, que tantos bienes traerá consigo, irá acompañado de un prodigioso triunfo de nuestra fe. Señor Morton, ¿persiste usted en su idea de abrazar la religión cristiana, única verdadera?

—Sí, señor—repuso Daniel con gravedad, y al mismo tiempo fijó los ojos en un retrato de don Juan de Lantigua, que le miraba con cierta severidad.

—¡Oh, qué gran júbilo da usted a mi alma, señor Morton!—exclamó el arzobispo—. En el día de hoy, la Iglesia administra el primer Sacramento a los catecúmenos, después de bendecir el agua nueva... Durante el oficio he sentido hoy más emoción que nunca en igual día, y no he dejado de pensar en esta conquista preciosa que acabamos de hacer... Ahora, señor mío, debo decir a usted que va a recibir el Sacramento del bautismo, regenerándose por la virtud del espíritu celestial; que este acto imprimirá a usted el carácter de cristiano, le dará la gracia y por él se redime todo pecado original y temporal. Jesucristo instituyó el bautismo de agua con el amor del Espíritu Santo, que descendió del Cielo en figura de paloma. La ablución establecida por la Iglesia con las palabras sacramentales son el símbolo bajo el cual se halla oculto el amor que Dios comunica al alma de la criatura, purificada por la gracia. Es el bautismo un rayo de fuego celeste emanado de la esencia divina. Para recibirlo, amigo mío, es indispensable que usted prepare su entendimiento a la penetración de los dogmas sagrados; necesita usted someterse, aunque por muy poco tiempo, en vista de la urgencia del caso, a las enseñanzas y prácticas que la Iglesia establece.

—Ya lo sé—dijo Morton sombríamente—. Estoy dispuesto a todo.

—En ese caso—prosiguió su eminencia, revelando en su semblante plácida alegría—, pregunto a usted si tiene inconveniente en someterse por completo a mi voluntad por un plazo que no pasará de dos días, comprometiéndose, antes que se celebren juntamente bautismo y matrimonio, a recibir de mí la instrucción evangélica, a efectuar las prácticas que yo le indique, a...

Don Angel se detuvo, distraído por uno de esos accidentes importunos que suelen turbar la solemnidad de las escenas capitales de la vida, como un duelo, la agonía de un moribundo, la celebración de un contrato. Son, por lo común, dichos accidentes importunos un gato que entra metiendo ruido, plato que se rompe o sombrero que cae rodando de una silla y suena huecamente al dar en el suelo. Pero en aquel solemnísimo momento no fué nada de esto lo que hizo callar al señor cardenal, sino la aparición inesperada de un humano rostro en la puerta de la sala, suavemente abierta. Era la cara de don Juan Amarillo.

Reinó silencio en la sala, y con el silencio, un estupor profundo, pues el señor alcalde no venía solo. Con él venía madama Ester. Al entrar la señora, levantáronse todos, incluso el señor arzobispo; pero ninguno decía nada. El primero que habló, turbadísimo, fué don Juan Amarillo, que dijo:

—Perdóneme su eminencia, perdónenme todos, si entro... Vengo como autoridad.

—¡Como autoridad!

Serafinita contemplaba la escena con la calma de quien no da importancia a las cosas de la tierra; los demás eran estatuas.

—¡Como autoridad!—repitió don Juan—. Esta señora...

Ester avanzó gravemente, y, sin revelar turbación, ni enojo, ni despecho, ni burla, dirigióse a su hijo, y, poniéndole la mano en el hombro, exclamó con voz sonora:

—Ya estoy yo también aquí.

—¿Qué quieres, madre?—preguntó Daniel con terror de infierno.

Ester, fijando los ojos en el señor cardenal y abarcando después con una mirada a toda la familia, respondió:

—Quiero impedir un mal diciendo a esta noble familia lo que no sabe.

—¿Qué?... Señora, su hijo de usted nos ha hablado muy claramente—dijo el arzobispo—. Es natural que usted se oponga... Nosotros nos atenemos al piadoso deseo de este joven, manifestado explícitamente.

—Es que yo debo declarar algo—manifestó Ester con expresión dramática—. Yo debo declarar lo que aquí no sabe nadie, y es... que mi hijo no merece pertenecer a esta familia.

—¡Señora!...

Pálido como un muerto, Daniel parecía ahogado con su propia voz, que no podía salir del pecho. Al fin, más rugiendo que hablando, se expresó así:

—Mi madre no dice la verdad.

Ester miró a su hijo de tal modo, que con los ojos le apuñalaba.

—Retírate—dijo Morton con imperioso acento, señalando la puerta.

—Sí; me retiraré después que te conozcan.

Y, volviéndose al cardenal, añadió:

—Es para mí muy doloroso tener que presentarme acompañada de la autoridad. Los móviles que aquí me traen nada tienen que ver con la religión.

—Diga usted..., señora..., diga...—añadió su eminencia con gran ansiedad.

—Es demasiado vergonzoso para que lo revele una madre...—afirmó Ester con desconsuelo—. El alcalde, que sabe cumplir su deber, hablará.

—Tengo el sentimiento de manifestar —dijo Amarillo, mostrando a Daniel su bastón—que me veo precisado a prenderle.

—¡A mí!

—¡Prenderle!

—Sí, señores, sí..., y lo siento muchísimo. Le prendo de orden del señor gobernador de la provincia, el cual ha recibido igual mandato del señor ministro, a petición de la Embajada inglesa.

—¡Este hombre miente villanamente! —gritó Daniel, ciego de ira.

—Caballero...—vociferó don Juan, mostrando el puño del bastón con tanta energía, que parecía querer meterlo por los ojos a todos los presentes.

—Paz, paz—dijo el arzobispo, corriendo a interponerse—. Señor Morton, el primer deber de cristiano es la obediencia.

Daniel parecía dispuesto a estrangular al señor alcalde. Cuando oyó la dulce voz del prelado se detuvo. Don Angel le puso la mano en el hombro, diciendo:

—Se ha sometido usted a mi voluntad para que yo dirija sus acciones conforme a la doctrina evangélica... Pues bien: yo le mando a usted que no haga resistencia a la autoridad.

—No puedo obedecer—repuso el hebreo sombríamente y con respiración fatigosa.

—Es preciso que el señor parta mañana para Inglaterra—añadió el fiero alcalde—, por cuyo Gobierno es reclamado en calidad de reo, que ha cometido un crimen en su país.

—¡Yo!... ¡Un crimen yo!

—Crimen horrendo contra la autoridad paterna—prosiguió don Juan Amarillo.

Morton, cuya alma era un volcán, trató de lanzarse sobre el alcalde. Don Buenaventura y Romero le sujetaron.

—¡Oh miserable!—gritó—. Eres una víbora; pero el veneno de tu infame picadura no me matará.

—Paz, paz—repitió, afligidamente, el arzobispo, extendiendo las manos.

Serafinita había acudido a su sobrina, que, incapaz de sostenerse más tiempo en pie, dejóse caer en una silla.

—Será preciso que yo manifieste claramente toda la horrible verdad—dijo don Juan Amarillo, enarbolando el bastón y tomando el aspecto más dictatorial que le fué posible—. Pues la diré; sí, señores, la diré: el señor Daniel Morton y Spinoza ha sido condenado por los Tribunales de Londres a tres años de prisión por un delito infame, cual es..., ¡oh señores, la lengua se niega a revelarlo!..., cual es el haber defraudado el tesoro paterno falsificando unas letras... por valor de muchos miles de libras, des-

pués de haber maltratado de palabra y obra al autor de sus días.

Un murmullo de horror resonó en la sala; Ester se había apartado y miraba al suelo hoscamente.

—¡Oh, cuánta vileza!—rugió Daniel, accionando como un insensato—. Monstruo, que se acabe el mundo en este momento si no te arranco la lengua y la vida.

Hizo movimientos desesperados para desasirse de los que le sujetaban.

—Paz, paz—volvió a decir el arzobispo, que casi estaba a punto de llorar.

—¿De quién es esa infernal farsa, de quién?—murmuró con desesperación Daniel—. ¿Quién ha ideado deshonrarme, aquí, en este acto solemne, delante de esta familia que respeto, delante de la mujer que adoro más que a mi vida?... Gloria, esposa mía, dejarás de ser quién eres si creyeras las palabras de este hombre.

Gloria se dirigió lentamente hacia el grupo que los contendientes formaban en el centro de la sala.

—El señor—añadió don Juan Amarillo con calma imperturbable—fué condenado a prisión; pero huyó sin que le pudiera alcanzar la Policía inglesa. Pero aquí estoy yo, señores...

—¡Madre, madre!—gritó Morton, clavando la crispada mano en su cabeza—, ¡tú, tú oyes estas infames calumnias y no las desmientes! ¡Oyes deshonrar a tu hijo y te callas!...

Todas las miradas se fijaron en Ester. Ella los miró a todos, y con flemático acento pronunció lentamente estas palabras:

—¡Lo que el señor alcalde ha dicho... es verdad!

—Basta, basta—dijo el arzobispo en ademán de retirarse escandalizado.

—¡Madre, madre!...—gritó Daniel con airada voz; sus ojos saltaban del cráneo.

—Mi hijo—añadió Ester, como quien hace un esfuerzo—tiene el hábito de la mentira y el disimulo. Es muy doloroso para mí decir que nada debe creérsele. Si esta familia quiere recibirle en su seno, yo no me opongo. No me importa tampoco que cambie de religión quien no tiene ninguna. Pero los Tribunales lo reclaman, y la ultrajada autoridad paterna pide castigo...

—¡Madre, madre!...—repitió Daniel con desesperación—. Pero ¿será posible que crean lo que esta mujer dice?

—Es su madre—murmuró el cardenal, mirando a todos con aflicción.

—Esta no es mi madre, no lo es—dijo Morton.

—No podemos de ningún modo seguir adelante—declaró su eminencia, mirándola—. Las revelaciones de esta señora...

—Es necesario que eso se pruebe—indicó don Buenaventura, fijando una mirada de enojo en madama Ester.

—Suficientes medios tendrá de probarlo—dijo Serafinita—. Después de lo que hemos oído, no se cuente conmigo para nada.

Doña Serafina dió un paso hacia la puerta. Gloria la detuvo. Corriendo en seguida hacia Morton y poniéndole la mano en el pecho, como quien la pone sobre los Evangelios para jurar, la huérfana de Lantigua, con voz de ángel más que de mujer, dijo así:

—Si para todos eres criminal, para mí eres inocente.

—¡Oh, bendita tú mil veces!—exclamó el israelita, abrazándola con violencia antes que nadie lo pudiera impedir—. ¡Y habrá quien pretenda separarme de ti!... Eres mi esposa... Me perteneces... Te reclamo... Te llevaré conmigo de grado o por fuerza, sin consideración a nadie ni a nada... ¡Señor cardenal, señores: repito que quiero ser cristiano..., pronto!

El cardenal tomó a Gloria de la mano y la apartó del hebreo.

—Nosotros...—balbució, frunciendo el ceño—, nosotros..., ¡ay! Las circunstancias han cambiado.

Todos volvieron a mirar a Ester, que se abalanzó hacia su hijo, diciéndole con violento gesto y tono imperativo:

—Vámonos de aquí. ¿No ves que te arrojan?

Momentos de perplejidad. Los Lantiguas se miraban unos a otros, consultándose con los ojos.

—Es preciso—ordenó Amarillo desde cierta distancia—que el señor se embarque hoy mismo para Inglaterra.

—Esto es una farsa—dijo don Buenaventura enérgicamente—. Señora, ruego a usted que se retire de nuestra casa.

—Es a ti a quien arrojan, madre—dijo Daniel, dando algunos pasos hacia ella.

—Y me retiraré. Nos iremos los dos.

—Señora...—murmuró el arzobispo,

queriendo ser cortés y al mismo tiempo justo y riguroso y blando, queriendo entender lo inteligible y resolver lo insoluble.

Dentro de la cabeza de su eminencia había una madeja que no se podía desenredar. Don Angel llamaba en su ayuda al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo vino. He aquí cómo.

Gloria fué el Verbo que puso fin a la pavorosa contienda de tantos sentimientos con estas palabras:

—Querido tío, ¿por qué tanto afán? Yo no quiero casarme.

—¡Tú...!

—No, señor; Dios no quiere que sigamos ese camino, y, hablando en mi interior, me señala el único posible. Deseo retirarme a un convento.

Y al decir esto fué estrechada por los amantes brazos de doña Serafina, que lanzó una exclamación de júbilo. Había triunfado después de prueba tan peligrosa, y abrazaba a su víctima, cual si temiera que aún se le escapase otra vez. No daremos a la santa señora un nombre verdaderamente propio y característico si no la llamamos el *Mefistófeles del Cielo*.

Don Angel, don Buenaventura y los demás presentes se quedaron lelos. Extendiendo su varonil brazo, Ester dejó caer su mano sobre el hombro de Daniel, que sintió encima el peso de una losa. Abrumado y atónito, su espíritu no tenía ya fuerzas ni para sentir ni para razonar.

Gloria tomó el brazo de su tía, y dando la izquierda mano al cardenal, que la estrechaba con cariño, dirigióse lentamente a la puerta. Con su última mirada, semejante al postrer rayo de sol que se pone, dando paso a la noche negra, echó fuera de su alma toda aquella esencia, a la par deliciosa y terrible, que por tanto tiempo la había llenado. Fué como un vaso de perfume que se vacia por completo.

Don Buenaventura siguió a la familia, que se retiraba. Don Juan Amarillo, deseando ponerse a la mayor distancia posible de Daniel Morton, salió de puntillas, hizo señas al cura y a Sedeño, y poco después los tres susurraban en el comedor. Morton había caído en una silla. Ester puso su blanca mano sobre los cabellos del joven, y con voz trémula y cariñosa, dijo así:

—¡Te he salvado..., hijo de mi corazón! Al fin eres mío otra vez.

—¡Salvarme!—repuso Morton, alzando con violencia el rostro—. Yo probaré la falsedad de tus palabras... Me será muy fácil probarla... Mañana.

—No será fácil. He tomado mis medidas.

—Me has deshonrado de una manera cruel.

—¿Qué me importa tu deshonra en este lugarón oscuro y vil? En todo el mundo brilla tu honor como el sol... Ya eres mío. Mi ingenio y la resolución súbita de esa excelente joven, que sin duda ha conocido tu impostura, nos han salvado... Eres mío—añadió con alegría—, eres nuestro, Daniel; no abjuras, no abandonas nuestra religión... ¡Oh hijo mío, me parece que te he dado a luz dos veces!

—No cantes victoria todavía... Ya oíste lo que dijo ella. No te creyó; ella no duda de mi inocencia.

—Pero ha renunciado a ser tu mujer. Ha demostrado tener buen juicio y una rectitud que tú no conoces...

—¡Impostora!

—¡Y lo dices tú! Yo he aprendido de ti. También Jehová ha hablado a mi corazón y me ha dicho: «¡Sálvale!...» ¿Crees que tú solo eres capaz de ser iluminado? O el Señor habla para todos o para ninguno.

—Ella no te ha creído, no; no podía creerte. Entre su pensamiento y el mío, como entre nuestros corazones, existe una cadena misteriosa.

—Ella no me ha creído; pero me han creído los demás. Esta honrada familia no te quiere en su seno.

—Probaré mi inocencia.

—Así como es fácil infundir sospechas, es muy difícil destruirlas. El ser humano es así. Te exigirán pruebas que a mí no me han exigido.

—Las daré.

—Tendrás que ir a Inglaterra, volver...

—Iré, volveré...

—Pero en tanto tiempo... Por ahora eres mío. Tengo el apoyo de una autoridad, cuyo celo podrán comprender observando que en mi dedo no existe ya el brillante de gran tamaño que me regalaste.

—Ese horrible alcalde no podrá prolongar mucho su indigna farsa venal.

—El cónsul llega esta tarde. También es mío.

—Me presentaré al gobernador...

—Para eso se necesita tiempo..., y yo, una vez conseguido mi principal objeto, que es poner una insuperable barrera de sospechas entre ti y los Lantiguas, no te molestaré más.

—¿Qué barrera es ésa?

—Enseñar a esta gente la carta en que manifiestas a tu padre el secreto de tu cristianismo.

—No puedes tener esa carta.

—He telegrafiado a tu padre diciéndole que me la mande en cuanto la reciba—dijo Ester con la severidad de un juez que sentencia—. Entre tanto, mi deseo ha sido aplazar, detener. La comedia de hoy no ha tenido otro objeto.

—¡Aplazar, detener!—murmuró Daniel, meditando en cosa tan sencilla, cual si se hubiera vuelto idiota.

—Sí; el alcalde me ha asegurado que podría detenerte hasta tres días, amparado del desgobierno que hay en España... Dirá después que se equivocó, que estabas predicando el hebraísmo en las calles..., dirá cualquier cosa, y no perderá su vara por eso... Además de esto, los Lantiguas, si no están absolutamente cenvencidos de tus maldades, sospechan, y mientras sospechan no habrá conversión, ni matrimonio, ni nada... En tanto, llega la carta que escribiste a tu padre...

—Yo desbarataré tus maquinaciones. Esto no puede ser. Tendrás compasión de mí; soy tu hijo. ¡Y dices que me has dado a luz dos veces!... Yo digo que la única ha estado de más.

—¿Para qué te afanas en lo imposible?—dijo la madre cariñosamente—. Mis estratagemas, lo mismo que tu febril desasosiego, no tienen objeto ya. Tu esposa te ha despedido. Tu esposa se divorcia y toma otro marido: el hombre clavado. Y todavía dudas, todavía tu alma se apega a ella, que te desprecia.

—Eso no puede ser.

—¿No la oíste?

—Sí; pero será un capricho momentáneo... Pasará, recobrará su buen juicio.

Entró en el mismo instante don Buenaventura, serio como quien asiste a un funeral, y con voz conmovida, dijo:

—La resolución de mi sobrina es irrevocable. Todo concluído.

—¿Verdad que no hay esperanzas?—dijo Ester.

—Ninguna. Mañana partirá Gloria para Valladolid con mi hermana.

En la pieza inmediata habían cesado los susurros del alcalde, Sedeño y Romero; los tres atendían.

—Salgamos de aquí—dijo Ester con impaciencia, tomando el brazo de su hijo.

—Todo ha concluído—repitió el banquero, abrumado de pena—. Dios no quiere, no quiere, porque, en verdad..., se ha hecho todo lo que se ha podido.

Daniel se levantó. Parecía que llevaba encima todo el peso del mundo. Ester y su hijo salieron. Ella iba como quien va a la patria; él, como quien marcha al destierro. Al poner el pie en el jardín, el hebreo se estremeció de pies a cabeza sintiendo una voz... Era la voz de Gloria, que reía. Nunca había oído Daniel aquella hermosa voz desplegarse en risa semejante.

—Adelante, no te detengas—dijo Ester, guiándole como el lazarillo al ciego—. Ya estamos en salvo.

Unos cuantos pasos más, y salieron del jardín, en cuya puerta estaba Sansón, como gigante centinela en el pórtico de un castillo de hadas.

XXX

LA VISIÓN DEL HOMBRE SOBRE LAS AGUAS

Gloria y sus tres tíos subieron tan taciturnos, que parecía estatuas movibles. Por la fisonomía de cada uno podía colegirse el estado de su alma. Serafinita y el señor arzobispo oraban; don Buenaventura renegaba. Gloria sonreía, y al mismo tiempo su palidez tomaba un tinte cadavérico. Al entrar en su cuarto se sentó sobre Serafinita y el prelado, cada uno de los cuales le tomaba una mano.

—¿Qué tal te encuentras, niña?—preguntó su eminencia, tratando de dar un giro festivo a la situación.

—Muy bien, tío.

—Mira tú por dónde ha venido a resultar que escogieras el camino más corto para llegar al cielo—añadió don Angel—. Dime la verdad: ¿está tu alma tranquila?

—Sí, señor; me parece que tengo tranquilidad, o una cosa que es como la

tranquilidad—dijo Gloria, oprimiéndose el pecho.

—¿Estás contenta?

—Sí, señor. Cuando dije lo que puso fin a las cuestiones, lo dije..., qué sé yo..., parecióme que brotaba en mi alma un surtidor, una fuente... El agua de ella fueron mis palabras.

—¡Bendito sea el Señor!—exclamó su eminencia, juntando las manos en actitud de oración.

Por las mejillas, siempre sonrosadas, de Serafinita corría una lágrima.

—El Señor es demasiado bueno con nosotros—declaró la dama, juntando también las manos como don Angel—. Nos da satisfacciones y regocijos que no merecemos.

—Querida tía—dijo Gloria, mostrando de nuevo aquella lúgubre sonrisa que en su rostro hacía el efecto de las flores de trapo con que se adorna a los niños muertos—, cuando usted quiera nos iremos a Valladolid.

—Mañana—repuso el Mefistófeles del cielo con viveza suma, enlazando con ambos brazos el cuerpo de su sobrina.

—Mañana, mañana—repuso Gloria—. Deseo morir.

—¿Qué es eso de morir?—dijo su eminencia, examinando con recelo el semblante de la joven.

—Llamo yo morir a esto.

—Tiene razón—indicó Serafinita—. Morir para todo y vivir sólo para Dios.

Don Buenaventura salió del cuarto para anunciar al hebreo que la resolución de la huérfana era irrevocable.

—Irás al convento cuando te repongas un poco—dijo el prelado—. Tu salud no es buena, ¡pobre y desgraciada niña! No puedes ocultar que padeces mucho. La resolución heroica que has tomado, esta resolución que bastaría, por la inmensidad del sacrificio que encierra, a aligerar tu alma del peso de las más grandes culpas, si las tuvieras; esta grande y meritoria abnegación que con asombro hemos presenciado, no puede menos de producir un gran trastorno en tu ya decaída salud. ¡Oh, qué hermosa y grande me has parecido! Bien conozco el estado de tu alma; bien sé que si no está limpia aún del tenebroso amor que la oscureció, hase purificado de toda intención pecaminosa. Bien sé que en ella todo es rectitud, deseo de enmienda, afán de poseer a Dios, anhelo de humillación y de padecimiento. Y si no lo creyera yo así por la confesión que me has hecho, bastaría el acto que acabamos de presenciar para creerte regenerada. Y si ya no te lo hubiera dicho, ahora te diría con todo mi corazón: «Levántate; todos tus pecados te son perdonados. Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Gloria humilló su preciosa cabeza, sobre la cual el apóstol puso su santa mano.

—Por una circunstancia estimo meritoria y sublime tu determinación—añadió, dejando el tono evangélico—. Tú afirmaste no creer nada de lo que la madre de ese hombre nos dijo.

—¿Cómo he de creerlo? Al punto comprendí que era una farsa.

—Pues si le crees bueno y honrado (y en eso no sé qué decir, pues tengo mis dudas); si al mismo tiempo le veías próximo a abrazar tu religión; si todo se te presentaba propicio, todo lisonjero, ¡qué grande has sido al decir: «Renuncio a todo, desprecio los bienes temporales y transitorios, y quiero perderme por salvarme, quiero dejarlo todo por Ti, Dios y Señor mío!»

—Antes moriré que poner discordia entre una madre y un hijo—dijo Gloria, mirando al cielo—. Además, no creo en la sinceridad de su conversión, y el camino escogido aquí para traer esa alma preciosa al reino de la verdadera luz no es el más a propósito. Hay otro mejor.

—Sí, hay otro, el único—indicó Serafinita con místico arrebato, tomando una mano de Gloria y estrechándosela contra su pecho.

—El será cristiano—afirmó Gloria con emoción.

—Será cristiano—repitió la predicadora.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dijo el prelado, mirando al cielo—. Ahora, querida niña, procura tranquilizarte. Serénate: irás al convento cuando estés más sosegada.

Gloria volvió a sonreír.

—¿Estás alegre?

—Sí; por delante de mí—repuso la joven con cierto desvarío—pasan unas cosas que me hacen reír. ¡Son tan graciosas!...

De pronto lanzó la carcajada que Daniel había oído al salir de la casa. Don

Angel y su hermana, asombrados y temerosos, la miraron.

—Gloria, hija mía, ¿qué tienes?

—¿Por qué ríes así?

Reclinó la joven su cabeza en el respaldo del sofá, y poco a poco fué extinguiéndose en sus labios la risa, y se quedó seria. Tomó su cara la taciturna seriedad de los muertos.

—¡Pobre hija de mi corazón!—exclamó el prelado, contemplándola con lágrimas en los ojos—. Buenaventura, Buenaventura.

El banquero subió con presteza.

—Si no tengo nada...—dijo Gloria, apartando a un lado y otro de la frente sus cabellos—. ¿Qué hablan ustedes ahí de médicos y de medicinas? Yo no tengo nada. Sólo estoy pensando en que antes moriré que separar a un hijo de la madre que le adora.

Levantándose, dió algunos pasos con agilidad graciosa por la habitación.

—No, no; esa carne mortal no está buena—dijo su eminencia con disgusto—. Buenaventura, manda llamar a don Nicomedes.

—Acaba de llegar, y abajo está charlando con el cura y con don Juan Amarillo.

El médico subió, y sus chistes, sus oportunas observaciones, sus cariñosos comentarios acerca del mal de Gloria, alegraron por un breve rato a toda la familia. Era un hombre que infundía a los enfermos un espíritu de fortaleza tal, que no podía menos de influir lisonjeramente en la salud. Curaba como cualquier otro buen médico; pero sus enfermos tenían, mediante él, la fe y la devoción de curarse. En sus diagnósticos empleaba las más gallardas figuras. Según él, el corazón de Gloria era un caballo desbocado; su pensamiento, un pájaro que, habiendo remontado mucho el vuelo, se había cansado y no hallaba monte en que posarse y tenía que seguir volando o dejarse caer. Sus nervios eran una casa de fieras en la cual se hubieran abierto todas las jaulas. Con esto se reía la familia.

Antes de retirarse, don Nicomedes manifestó confidencialmente al prelado y a su hermano que el estado de Gloria le alarmaba mucho; que el desorden de su naturaleza era completo: que un absoluto reposo físico y moral, sin ninguna emoción, era indispensable para salvar tan preciosa existencia, y que ésta, sujeta a terrible crisis nerviosa, podía llegar a depender de un cabello. Con tales advertencias, juzgaron conveniente someterla a un régimen de descanso, y después de obligarla a acostarse, acompañáronla todos en la primera parte de la noche, compitiendo en manifestaciones cariñosas y tratando a porfía de dar a la tertulia el tono más alegre. Por consejo de don Buenaventura no se habló nada absolutamente de religión, ni de la escena de aquella tarde, ni del convento de Valladolid, ni de sacrificios, ni de padecimientos, ni de cruces, ni de calvarios.

Afligidísimo estaba el pobre banquero viendo malogrados sus generosos planes, y sentía la compasión más viva hacia su sobrina. Al anochecer tuvo que habérselas con don Juan Amarillo, que, sin reparar en conveniencia alguna, abordó el asunto de la compra de la casa. Pero hallándose Lantigua de muy mal talante, el alcalde no pudo obtener tampoco aquella vez una respuesta categórica, por lo cual se retiró triste y mustio, sin otro consuelo que mirar desde el jardín la fachada del edificio y pensar en las reparaciones que le harían por dentro y por fuera cuando Dios quisiera ponerlo en sus manos. Don Buenaventura dió una vuelta por el pueblo con objeto de ver algunas personas. Después volvió a la casa. Era tarde. La familia había cenado ya, y el prelado se retiraba a su cuarto. Gloria aprovechó un instante en que estaba solo con ella en la alcoba su tío don Buenaventura, y le llamó con la mano.

—Tío—dijo Gloria con voz muy débil—, ¿quiere usted decirme una cosa?

—Lo que quieras, queridita—repuso Lantigua con el mayor criterio—. ¿Qué deseas saber?

—Una cosa. ¿Se han ido?

—¿Quiénes?

—Esa gente.

—¿Los...?

—Los judíos—dijo Gloria, bajando tanto la voz que apenas se oía.

—¿A qué te afanas por lo que no te importa? Duerme en paz...

—Deseo saberlo... Lo deseo mucho.

—Pues bien, niña mía: se van mañana temprano. La madre y el hijo están preparando todo.

—¿Los ha visto usted?...

Los ojos de la huérfana brillaban tristes y curiosos.

—Sí y no... He visto al hijo. Hace un momento entraba en casa de *Caifás*... A dormir, señorita, a descansar.

Cariñosamente besó sus abrasadas mejillas. El arzobispo y Serafinita entraron. Los tres contemplaron en silencio a la joven, que, cerrando los ojos, parecía ceder a las primeras caricias del sueño. Don Angel le dijo frases placenteras, graciosas y llenas de caridad, como él sabía hacerlo cuando visitaba enfermos. Tomóle el pulso; encontrólo excitado, mas no alarmante; recomendóle que rezara brevemente, sin fatigar mucho la imaginación, y por último manifestó el deseo de que no se quedara sola aquella noche. Quiso velar junto a ella Serafinita; pero su eminencia se opuso resueltamente a ello. Instó la dama, opinó Gloria con su tío, estuvo a punto de enfadarse el metropoltiano, y entonces Serafinita, cuya ley era la obediencia, cedió el puesto a Francisca. Esta trajo su colchón, encendió la lamparilla y se dispuso a pasar allí la noche. Retiráronse los demás.

Transcurrieron las horas, y la casa continuaba en profundo silencio. Gloria se sumergió lentamente en las cóncavas honduras de un letargo febril. Su espíritu pugnaba por vencer aquel sopor de muerte, y en sus esfuerzos había la trémula ansiedad del que, suspendido sobre un abismo, se agarra a la débil rama de un árbol para no caer. Aquel abismo era la muerte. La infeliz se abandonó al fin, y con angustia dijo en su alma: «Me muero.» Y en la vaguedad de sus sensaciones y de sus ideas, figurándose que su persona era simplemente un nombre escrito, decía: «Me borro.»

Al mismo tiempo estrechaba sus dos brazos fuertemente contra el pecho, ademán que era el amoroso y último adiós a dos seres queridos. Gloria los besaba en idea, y dándoles vida y cuerpo en su fantasía poderosa, les prodigaba tiernas caricias y los nombres más dulces del lenguaje del corazón. La pobre enferma seguía descendiendo. Parecióle que venía contra ella un soplo helado, y agitándose y gimiendo como una llama, se apagó. Entonces dijo: «Verdaderamente, estoy muerta. Ya no veré más a las prendas de mi corazón.»

La pobre se sintió llorada por su familia, se sintió amortajada por la piadosa mano de su tía, que se le representaba como un ángel blanco y sereno; se consideró puesta en una caja fría y dura, y fué rodeada de silencio y alumbrada de tristes luces... Y, no obstante, en medio de tan lúgubre calma observaba el fenómeno de su muerte, se miraba en él como en claro espejo, y en él veía reflejarse su hermosura, su amor, sus padecimientos, todo lo que constituía la desgraciada personalidad que en el mundo llevaba el nombre de Gloria.

Se sintió bajada a un antro cavernoso y húmedo y encerrada en estrecho espacio, sin aire, sin luz. Enorme peso había caído sobre ella; junto a sus brazos extendíanse, entrelazadas como culebras, las raíces de los árboles, de los mismos árboles que más arriba mecían en clara y tibia atmósfera sus hojas, dando albergue a los pájaros. Desde aquella profundidad percibió los pasos de los que aún vivían, y esto la hizo pensar con más fuerza en las prendas de su corazón. Pensó tanto que las lágrimas brotaron de sus ojos, corriendo como manantial escondido por aquella tenebrosa entraña de la tierra. De pronto vió la extensión de los cielos, el mar; pero no la tierra ni el sitio donde estaba. Todo era claridad, luz, día infinito. Allá lejos distinguió al fin una especie de ribera mezquina, montes, una torre, y desde aquel horizonte venía un hombre, marchando a pasos de gigante. Crecía al avanzar, y avanzaba tanto, que al llegar junto a la muerta tocaba el cielo con su cabeza. Pasó sin verla, y entrando en el mar, corrió por encima de él. Se deslizaba como una nube. En sus brazos llevaba un pequeño ser, un niño cuyos ojos brillaban como astros negros sobre la claridad del día. Gloria vió aquel precioso rostro infantil, tan lindo, que el Niño Jesús, comparado con él era feo, y al verle, su corazón se partió en dos. Observó la hermosa visión y cómo, alejándose, disminuía. El padre miraba siempre adelante; el niño, hacia atrás. Resbalaban sobre las aguas...

Gloria dió un grito, hizo un esfuerzo supremo, uno de esos esfuerzos del alma que son capaces de tornar a infundir la vida en la carne abandonada; rompió sus ligaduras, levantó aquella enorme

mole de tierra que tenía encima, y si tuviera por cenotafio la pirámide de Cheops, la levantara lo mismo; se incorporó, se puso en pie, corrió...

Francisca soñaba también, mas soñaba cosas placenteras, a saber: que había venido su hermano de América, trayendo mucho dinero. Ambos eran ricos y felices. Y al compás de esa delectación de su espíritu, roncaba el cuerpo con estrépito. Pero después tuvo una pesadilla horrible, despertó sobresaltada, miró al lecho de su amita y, a la indecisa luz de la lámpara, lo notó vacío... Miró a todos lados... Gloria no estaba en la alcoba. La pobre mujer sintió pavor inmenso. En el primer instante no pudo gritar... Creía tener un dogal al cuello...; pero al fin gritó y, saliendo despavorida del cuarto, llamó a don Buenaventura, a Serafinita, al cardenal. Mayor fué su consternación al ver que despuntaba la aurora. El grito de la buena mujer era: «¡La señorita no está! ¡Se ha escapado!»

XXXI

MATER AMABILIS

Había huído a las doce, valiéndose de los mismos medios que empleara algunas noches antes. El profundo sueño de Francisca favoreció su evasión del cuarto, y las llaves que guardaba le abrieron las puertas de la casa. Iba ligeramente vestida y con la cabeza mal cubierta por un pañuelo. Andaba cautelosamente al recorrer la casa; pero con firmeza, derecha a su objeto, sin vacilar, con marcha y ademán que indicaban enérgica resolución. Al verse en campo libre, murmuró: «Corre, alma mía, corre.»

Y con pie ligero avanzó a la carrera por el camino real. Su vestido claro, flotando al viento, dábale aspecto de una medrosa aparición de la noche. Sofocada por la velocidad de su marcha, tuvo que detenerse, diciendo: «¡Oh, qué lejos está ese Villamores!... No es todavía... Yo creí que llegaría de una carrera; pero es más allá..., más allá..., detrás de aquella piedra.»

De nuevo emprendió la marcha, primero despacio, luego precipitadamente, y se detuvo junto a una pared ruinosa, medio cubierta de hierba. «No es todavía—murmuró, dando un suspiro—. Es más lejos aún... Detrás de aquel chopo que está solo en medio del prado... Por aquí se llega más pronto que por el camino real.»

Abandonando el camino real, tomó la vereda que cruzaba un prado y corrió por ella. En la mitad de la senda detúvose mirando al suelo, tapizado de flores que apenas se distinguían en la oscuridad nocturna, como juguetonas cabecitas agitadas por el viento, todas de un color, diseminadas en infinita muchedumbre, formando misteriosa armonía con las estrellas, que abrían sus corolas de luz en la inmensa concavidad del cielo. Gloria se arrodilló, pensando en alta voz: «Le llevaremos un ramo.»

Con su mano derecha arrancaba rápidamente las flores, juntándolas con los dedos de la mano izquierda. El ladrido de un perro intimidándola la hizo levantarse y seguir a la carrera. Al llegar tras un gran escaño, reconoció con asombro el terreno, diciendo: «Si no he llegado todavía... Es más lejos. Detrás de aquella casa... Un esfuerzo más.»

La luna acababa de salir de entre un grupo de nubes, como una belleza que arroja sus tocas, y se lanzaba locamente a la carrera por el azul profundo. Como ella, Gloria no volvía la vista atrás y avanzaba siempre, avivando el paso a cada instante con la esperanza de llegar pronto. Apretaba contra el pecho su ramo, y decía: «Es mi último regalo... Ya me parece que estoy cerca. Sí; llegaré a tiempo de impedir... Si tardo, no los encontraré. Corre, alma mía, corre.»

Pasando más allá de la casa, se sentó sin aliento sobre una piedra. «¡Oh Dios mío!—exclamó, oprimiéndose el pecho—. ¡Qué lejos está Villamores!... Parece que huye de mí.»

Echóse atrás el pañuelo, descubriendo su cabeza. «No, no falta mucho... En subiendo esta cuesta... ¡Qué fatigada estoy!... Se me rompe el corazón... No sé cómo me canso, si no tengo cuerpo... Lo he dejado en la fosa.»

Subió la cuesta, y sus ojos pudieron abrazar ancho horizonte: el mar, a lo lejos, confundiéndose con el cielo; por otro lado, elevadísimas sombras brumosas, los montes, las blancas casas destacándose confusamente sobre la oscuridad de árboles y praderas. «¡Oh!...,

aquella torrecita chica que parece un dedo señalando al cielo—dijo la prófuga inundada de alegría—, aquélla es. Poco me falta. ¿Qué hay de aquí allá? Cuatro pasos... Llegaré a tiempo.»

Faltábale por andar la mitad del camino, tres cuartos de legua. La torre, semejante a un dedo, se veía durante el día; pero de noche Gloria no podía verla sino en su imaginación. «Un esfuerzo más. Cuatro pasos me faltan... Los andaré en una carrera, porque tengo miedo de que vengan detrás de mí y me cojan... ¿En dónde está mi ramo?»

Miró asombrada alrededor suyo. Había perdido las flores. «Más adelante cogeré otras. Ahora no puedo detenerme. Si llego tarde, no veré a las prendas de mi corazón, que huyen corriendo como las nubes sobre el mar... ¡Ay desgraciada de mí! ¡Estar muerta y no poder seguirle...! ¡Estar en la fosa de Ficóbriga...!»

Y se lanzó a la carrera hasta que le faltó la respiración. Oyó canto de gallos; vió pasar a dos hombres; ladráronle algunos perros, y una cabra, saltando sobre las ramas, hízola temblar de miedo. «Adelante, adelante. Ya me falta muy poco. Alas, Dios mío; yo quiero tener alas como esas con que vuelan de mundo en mundo tus ángeles.»

Gastadas sus escasas fuerzas en febril carrera, encontróse casi imposibilitada de andar Sus rodillas se doblaban; su cuerpo, desmayado y flojo, apenas podía mantenerse derecho. Sólo por un vigoroso esfuerzo de voluntad, que arrancaba del potente sentimiento de su alma, pudo andar con trabajo y lentamente un buen espacio. Cada poco tiempo tenía que sentarse sobre una piedra o en el suelo. «¡Oh Dios mío!—exclamó, apoyando su cabeza en las rodillas—. ¡Si no podré llegar!... ¡Si me quedaré en este camino solo y frío!»

Abrasadas lágrimas caldearon entonces sus mejillas, y esta rápida expansión determinó en su mente como un deshielo, y por ella tuvo ideas claras y exacta conciencia de la realidad. «¡Me he creído muerta!—dijo cruzando las manos—. Viva estoy, pues que padezco... ¿Por qué he venido aquí?... Es mi corazón el que ha salido y ha echado a andar en medio de las confusiones de un delirio..., congoja horrible, presentimiento. Mi corazón ha gritado: «¡Ladrones!...» No sé lo que es esto. Sin duda, un disparate... Pero yo quiero verle, verle a todo trance esta noche, porque mañana entraré en un convento o moriré... Yo me creía difunta... ¿Puedo asegurar que no lo estoy? ¡Si parece que mi cuerpo se clava en la tierra, que toda mi vida se paraliza!... Señor, dame aliento y un poco de vida... Es preciso seguir adelante.»

Y siguió hasta que pudo ver de cerca la torre semejante a un dedo. «¡Ya estoy, ya estoy!...—gritó con placentera alegría—. Me arrastraré si no puedo andar.»

Un cuarto de hora más tardó; pero al fin, apoyándose en una cerca de piedra y en los troncos de los árboles, pudo llegar a la anhelada ermita de Villamores.

Villamores es una aldea cuyas casas diseminadas en gran extensión forman pintorescos grupos entre las verdes mieses. Constituyen el grupo principal la iglesia, la taberna y dos casas infanzonas de lúgubre aspecto. La iglesia es una humildísima y caduca construcción con puerta románica, *tejavana* de podridas maderas y una torre. Junto a la iglesia, formando como una sola pieza, se ve una casa que parece domicilio del sacristán, y frente a ella existían—ya han sido derribados—enormes y espesos árboles que daban sombra a todo el edificio, haciéndole más negro de lo que era. Parecía una anacoreta entapujada con el capuchón. Aquella noche veíase claridad en la puerta de la casa, luminosos rayos que salían por las hendiduras de la madera. Acercóse Gloria, y al mismo tiempo oyó voces. «Están despiertos—pensó—. Es cosa muy rara. ¿Qué hora será?»

Acercóse más. Creyó sentir ruido en la iglesia, y vió también luz al través de la ventana de ella... «Estarán preparando la misa de alba. Llamaré en casa de María Juana.»

En la puerta de la casa había una gran hendidura. Gloria miró por ella y estuvo a punto de perder el conocimiento; tan grande fué su estupor.

¿Qué veía? Primeramente un hombre alto, rubio y grueso, un gigante, un San Cristóbal, que frente a la puerta estaba. Después vió la espalda y la cabeza de otro hombre sentado junto a una mesa. Gloria no daba crédito a sus ojos, porque aquel hombre era Daniel Morton. Sintió un temblor tan vivo, que no pudo

ni huir, ni llamar, ni hacer movimiento alguno... También vió una mujer. Era María Juana, infeliz viuda a quien doña Serafina había confiado la lactancia del pobre niño; mujer de buena edad, guapa, robusta, honrada y discreta. La elevación de su hijo mayor al sacristanato de Villamores, después que quedó viuda, proporcionóle aquella residencia, que no tenía, en verdad, nada de fastuosa.

María Juana estaba junto a la mesa, frente al caballero. Sobre la mesa había una luz. El caballero había sacado una cartera del bolsillo, y empezaba a contar monedas de oro. Poníalas en pequeñas pilas delante de María Juana, cuyos ojos devoraban con expresión de ansioso arrobamiento aquel tesoro que surgía delante de ella como los inverosímiles caudales de un cuento.

En la mente de Gloria vibró, como un rayo, la idea engendrada por semejante espectáculo. Con hondísima turbación gritó, rasguñando la puerta y dando golpes en ella:

—No me engañé... ¡Está comprando a mi hijo!... Juana, Juana, abre.

XXXII

PASCUA DE RESURRECCIÓN

Los dos hombres se levantaron, y Juana, recogiendo con presteza el dinero, dió varias vueltas, azorada y confusa, antes de abrir la puerta.

—¡Señorita Gloria!—exclamó torpemente al abrir—. Usted aquí..., sola... ¡Dios nos valga!

—¿En dónde está?—dijo Gloria mirando a todos lados con desvarío.

—En la alcoba..., señora—balbució la madre del sacristán—. ¿En dónde había de estar?... Tan hermoso como siempre... No esperaba esta visita de su mamá.

Gloria voló a la alcoba. Todos fueron tras ella, menos Sansón, a quien su amo mandó que saliese. Juana alumbraba; la madre corrió hacia la cuna, donde se veía la cara de un adormido ángel sonrosado, cabellos negros, y dos puños de rosa cerrados fuertemente, cual si quisieran apretar el aire.

—¡Hijo mío!—exclamó la madre con desgarrador acento, cayendo de rodillas junto a la cuna—. ¿Por cuánto dinero te han comprado?

María Juana murmuró algunas palabras para disculparse.

—Te perdono—afirmó Gloria sin mirarla.

Y volviéndose a Morton, le dijo sin rencor:

—¿Es cierto que le comprabas?

—Es cierto—repuso él gravemente—. Una monja no es una madre. Quiero llevármelo y me lo llevaré.

Quedóse la joven, meditabunda, junto a la cuna.

—Parece que Dios me ha traído aquí —dijo después de una pausa silenciosa y solemne—para impedir que roben a mi hijo.

—¡Robar!... ¿Eso puede decirse de un padre?

—Es verdad, he dicho mal—repuso ella mirándole con ternura—. Pero no; muerta yo, mi hijo debe quedar al cuidado de mi familia.

—¿Y por qué no al cuidado mío?

—Porque estará demasiado lejos. Yo no le veré más. Pero sabiendo que mi sepultura no está muy distante de la tierra donde él viva, me consolaré con la idea de sentir desde allá abajo sus primeros pasitos... Mas no debo expresarme de este modo, ¿no es verdad? Mi pobre cuerpo será polvo, y nada sentirá. En el Purgatorio, donde padecerá mi alma, tendré el consuelo de suponer a mi hijo en tierra de cristianos.

María Juana salió dejándolos solos. La alcoba era estrecha y aseada. El lecho, la cuna y dos sillas ocupábanla casi toda, y en la pared, además de un Cristo en estampa, veíanse dos o tres láminas devotas, entre ellas una que representaba, dibujadas con lentejuelas, la planta del pie de Nuestro Señor Jesucristo y la de su Madre.

Daniel y Gloria se sentaron junto a la cuna. Apoyaba ella fatigada su busto en el lecho cercano. Envolvía su semblante una sombra lúgubre; a ratos temblaba con frío de enfermedad, y si sus ojos relucían con extraordinaria viveza, su hermosa cabeza apenas podía sostenerse sin el auxilio de la mano.

—Vida mía—dijo el hebreo rodeándole los hombros con su brazo—, estás intranquila. Si es por lo que he intentado esta noche, cálmate. No haré sino tu voluntad.

—Ya no tengo voluntad.

—La has tenido bien firme y bien enérgica—prosiguió Morton en tono de amarga queja—para rechazarme, para renunciar a ser mi esposa y consagrarte al ascetismo en un monasterio cristiano..., ¡y qué momento has escogido para abandonarme! El momento en que yo hacía por ti el más grande y doloroso de los sacrificios.

—Ya lo sé; el sacrificio de aceptar una religión que aborreces ¡Terrible cosa es obligar al alma a una impostura semejante!... ¡Cuán claramente he leído en tu corazón! Tú me has dicho que nada de lo que siento se te oculta.

—Es verdad.

—Igual me pasa a mí. Hoy te he visto en espantosa lucha con tu conciencia y me ha dado miedo.

—¡Miedo!

—Sí; me horroricé de verte haciendo el esfuerzo sobrehumano de jurar un Dios en quien no crees. Admiro el sacrificio y lo agradezco en mi corazón de mujer; pero no puedo aceptarlo. Mis tíos, sabios y todo como son, cayeron en el lazo; pero yo, que soy tonta, te miré a los ojos y leí tu intención... Hace tiempo que Dios me ha dado una perspicacia asombrosa. No; no serás cristiano, si mi Dios no te ilumina, y mi Dios no te ha iluminado todavía.

—Es verdad—declaró Morton confuso—que mi conversión era fingida. ¿A qué negártelo? No podía ser de otra manera. Pero tú me debiste admitir tal cual yo iba en busca tuya; debiste confiar en que tal vez nos entenderíamos después de casados.

—Así lo pensé—repuso amorosamente Gloria— Yo decía para mí: «El viene con engaño; pero cuando viva constantemente a mi lado, confundidos nuestros pensamientos como nuestra vida, yo le haré cristiano verdadero. Insensiblemente vendremos a pensar y creer lo mismo.»

—¿Y por qué, por qué no has persistido en esa noble idea?—preguntó el israelita con desesperación—. ¿Por qué cuando yo estaba a punto de salvarte, has huído, desairándome de un modo incomprensible?

—¡Ah!... Mi conciencia no me permitía privarte de tu madre. Yo la vi como una leona a quien han robado sus hijos. Las terribles injurias que dijo de ti hiciéronme comprender la grandeza de su amor materno y de su fanatismo.

—Su fanatismo no es religioso, sino de raza.

—Lo mismo da. Al momento comprendí que ibas a perder a tu madre por mí. ¡Si vieras qué espantoso eco produjo en mi amor materno la desesperación de tu madre!... Lo que ella sentía, lo sentía yo también. Pensé en mi hijo... ¡Ay de mí! Si yo viviera muchos años y le viera grande, y de improviso me abandonara para unirse a una mujer de otra religión... ¡Esta idea me mata!... Esto no se puede imaginar.

Mirando a su hijo, exclamó con terror:

—¡Ay, si yo viviera, si yo te viera grande y huyendo de mí para amar a una mujer enemiga de Jesucristo...!

Horrorizada, se cubrió el rostro con ambas manos.

—¡La religión!—dijo Morton sombríamente—. Siempre el mismo fantasma pavoroso que nos persigue para separarnos. Sombra terrible proyectada por nuestra conciencia, en todas partes la encontramos, no nos permite ni una idea libre, ni un sentimiento, ni un paso. Es, en verdad, tremendo que lo que viene de Dios parezca a veces una maldición.

—No hables así—replicó la joven con pena—. Pues qué, ¿hemos de afligirnos por estas contrariedades de la Tierra? La Tierra es pequeña; el cielo, grande. Aquí todo es esclavitud; allí, libertad. Las aspiraciones sublimes del alma son aquí esfuerzos que se estrellan contra invencibles muros; allá son un vuelo majestuoso que no tiene fin. ¿Por qué te afanas? ¿Por qué das tanta importancia a lo que he hecho esta tarde? ¿Qué importa eso? Las separaciones de la Tierra son las uniones de allá.

—Tu fe es grande.

—Sí. Mi fe es grande, y la tuya lo será también, porque tú serás salvo; Dios hablará en ti, tú serás cristiano. No ha llegado la hora, pero llegará. Esto es en mí más claro que la luz. Además, ¿qué cosa glorifica y enaltece al alma tanto como el sacrificio? Yo quiero y debo hacerlo. Todo lo que aquí sea privación, allá será regalo.

—¡Pobrecita mía! Un exaltado idealismo te trastorna. Por piedad, no violentes la idea del sacrificio, haciéndola contraria a las leyes que nos ha dado

Dios. Si me amas, ¿a qué esa renuncia cruel?...

—Para salvarte. No hay redención sin víctima.

—Sí; yo aseguro que puede haberla.

—Tú serás salvo.

—Mi salvación es amarte; no quiero otra.

—Entrarás conmigo en el Paraíso.

—Estando a tu lado estoy en él.

—Yo vivo llena de tranquilidad, tú de agitación. Yo confío y espero, tú dudas. Yo abrigo la seguridad de nuestra dicha futura, pero tu alma, incapaz de comprender esto, vacila y lucha con los errores que la poseen. Pero ella saldrá de ese caos; merece la luz, y la tendrá. ¡Ay, cuánto hubiera sentido morirme sin decirte estas cosas! Mi pena más grande, aquella a que no podía resignarme, era la de verme al borde del sepulcro y no tener un instante a mi disposición para poder decir esto que te digo. He delirado como los que se mueren; he sentido que la vida se iba acabando en mí... Desesperada y confusa, he dicho mil disparates, he reído como los tontos..., he notado que cada parte de mi ser se dislocaba con las contracciones de la muerte... No sé qué idea terrible, qué fuerza misteriosa me arrojó de mi cama y me trajo aquí. Entre tanto desvarío, mi pobre razón vió con claridad una cosa..., que me robarías a mi hijo para poseerme en él. Mi tío me dijo que te había visto entrar en casa de *Caifás*... Sospeché... Yo me moría, pero no estaba muerta, y si hubiera estado muerta habría resucitado... Salí, corrí, volé... ¡Qué dicha tan grande poderte confiar mis últimos pensamientos antes de morirme! Estos pensamientos me hubieran pesado mucho llevándomelos conmigo.

Inclinó la cabeza sobre el lecho cercano. Daniel acudió a ella.

—¡Oh, qué bien estoy aquí!—murmuró Gloria mirando los ojos de su amigo a distancia de pocos dedos—. ¡Mi hijo!, ¡tú!..., lo que más quiero en el mundo.

—Esos son los sentimientos más legítimos, más naturales y más caros a tu Dios y a todos los dioses—afirmó Daniel—. ¿Por qué no has ajustado tus acciones a ellos, despreciando todo lo demás?

—Amigo querido—dijo ella cerrando los ojos—, Dios me demuestra su bondad permitiéndome morir así.

—No pienses en muerte—indicó Daniel vivamente, alarmado del abatido aspecto de su amiga—. ¿Quieres que llame?... ¿Qué tienes?

—Nada, nada—repuso Gloria mirándole más de cerca aún, tan de cerca, que los ojos de entrambos cambiaban sus reflejos de pupila a pupila—. No llames a nadie. Si alguno entrara no estaríamos solos. ¡Qué bien me siento! ¿En dónde está mi hijo?

—Aquí; ¿no lo ves?

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué?

—¡Ay!, no puedo moverme. Parece que todo lo que hay en mi vida se detiene, y sólo queda con movimiento el incansable corazón. Levántame en tus brazos y recuéstame en ese lecho. Pon después al niño junto a mí...

Daniel hizo lo que ella le mandaba.

—Voy a llamar.

—No; te ruego que no llames. No necesito nada. Estoy muy bien. Me siento ahora como nunca. Pero dime: ¿estamos solos?

—Enteramente solos... ¿Por qué no duermes, alma mía?—le dijo el hebreo abrazando con pasión su hermosa cabeza.

—A eso voy, querido—replicó ella con festiva confianza—. Y te aseguro que tardaré un ratito en despertar.

—Espera, llamaré a esa mujer—repitió Morton cada vez más inquieto.

—Si la llamas me voy a dormir a mi casa—dijo Gloria, deteniéndole por un brazo—. Para el mal que yo siento, tu compañía sola y la de este niño es la medicina mejor.

—¡Oh, qué benditas palabras estás diciendo!—exclamó Daniel trastornado de júbilo y emoción—. ¡Y siendo como eres no puedo llamarte mi esposa! Esto es un crimen, un crimen horrendo, del cual Dios, tu Dios o el mío, cualquiera de ellos, nos ha de pedir cuenta en la otra vida.

—Ves esto con mirada baja y pequeña. Yo llevo la idea de nuestros desposorios por caminos más altos. Tú lo verás cuando seas salvo, y entonces me darás las gracias, pobre ciego... Pero dime: ¿estamos en efecto solos?

—Solos. ¡Ay, si pudiéramos estar así toda la vida, si pudiéramos huir, rom-

per con todo el mundo, labrarnos un mundo para nosotros...! Si pudiéramos gozar de esta grata soledad perpetuamente, ¡cuán pronto, querida mía, derribaríamos los vanos altares en cuya piedra nos han degollado, y levantaríamos en su lugar otro, uno solo para los dos!

—Eso sucederá cuando tú vengas a Jesucristo—repuso la joven con alegría—. Yo estaré entonces muy lejos; pero por grande que sea la inmensidad infinita, te reconoceré en ella y te daré la mano.

—¡Jesucristo!... ¡Siempre ese nombre!

—¡Siempre! Sé que entrarás en su reino, y ése es mi consuelo, la idea que me ha salvado de la desesperación y del Infierno, proporcionándome una dulce muerte, la purificación de mi alma y la seguridad de mi entrada en el cielo. Por esa idea, la muerte es dulce para mí, y ella basta a llenar de gozo mis últimos momentos.

—Por Dios, no hables de morir... Vivirás y serás mía. Dame la mano.

—El corazón te doy—dijo Gloria con la voz más divina que puede oírse, tomando la mano de su amigo y oprimiéndola contra su pecho—. Desde que al nacer dió el primer latido, fué tuyo. Te amó judío lo mismo que te habría amado cristiano, porque te amó en Jesucristo, para quien todos los hombres son iguales. ¡Esposo..., te doy con la boca el mismo nombre que hace tiempo y a todas horas te doy con mi pensamiento..., he vivido en ti y en ti muero!

—Y, sin embargo, cruel, tuya es la culpa de nuestra separación, porque siendo, sin saberlo, cómplice de mi madre, has desbaratado juntamente con ella mi proyecto.

—Lo he desbaratado porque hubiera tenido sobre mi conciencia la desesperación de tu madre. Al verla, dije: «Antes moriré que poner discordia entre un hijo y una madre.» Además, tu conversión no era sincera. Sobre todas las cosas me cautivaba en aquella hora la idea de que este horrible conflicto en que se encuentran nuestras almas no había de concluir sino por un gran sacrificio, y de que este sacrificio debía hacerlo yo... Y no dará sus frutos en este mundo miserable, sino en otro, allá donde brotan y se alzan, llenas de aromas y bellezas, las flores cuya semilla hemos arrojado aquí.

—Yo admiro tu sacrificio, pero no lo comprendo—afirmó Daniel con amargura—. Esa solución de que hablas, ¿dónde ha de ser realidad?... ¿En ese horrible convento donde te encerrarás desde mañana?

—No..., en el cielo—repuso Gloria con angelical sonrisa—. Me alegro de que la muerte me impida ir al convento. Así es mejor, mucho mejor. En el convento me habría sido imposible convertir el amor que te tengo en la pasión mística que mi tía me recomienda como modelo de perfección cristiana, me habría sido imposible olvidar a mi hijo y dejar de consagrarle todas las horas. De este modo, muriendo después de haber renunciado todos los goces, creo haber llevado bastante mi cruz, y expiro confiando en que Dios ha de salvarnos a los dos.

—¡No; tú no morirás, Gloria, no morirás todavía!—exclamó Daniel, besando su frente—; pero si murieras, tu muerte sería un suicidio, habrías sucumbido a esa insensata mortificación moral, a esa bárbara renuncia de bienes legítimos. ¡Pobre ángel extraviado! Has estado matándote lentamente, día tras día. El padecer será meritorio; pero el padecer por el padecer no puede ser una religión. Sacrificas un porvenir que podría ser risueño, ahogas una familia naciente. Siempre que se puede hacer el bien, debe hacerse en vida, mayormente si se hace también a los demás. Tú, impidiendo que nos uniéramos en vínculo civil, para poder llegar a la reconciliación de nuestras ideas, te has matado a ti propia y me has matado a mí, y difieres nuestra dicha y nuestra unión para la otra vida, pudiendo haberla realizado en ésta. Te entremetes en la obra de Dios, querida.

—No eres cristiano; ¿cómo has de comprender esto? ¡Pero ya lo comprenderás!... En este mundo no podía ser yo tu esposa, porque tu conversión era una falsedad. No hay que afligirse; el alma es libre, y su inmortalidad le ofrece tiempo, caminos sin fin para alcanzar el bien que desea... Yo muero con gozo, y muriendo siento inefable regocijo al decirte: «Daniel, tú serás

salvo, por mi mediación.» Mi fe en Jesucristo me inspira esta confianza.

Debilitándose su voz, empezó a temblar con leves convulsiones.

—Tengo frío—murmuró—; abrígame. Que estos últimos cuidados que me prestas sirvan para fijar más en ti mi memoria. Dios me ha concedido el beneficio de morir en tus brazos, para que de este modo mi muerte selle tu persona y quedes marcado para la redención que vendrá.

—No hables de morir, no hables de eso—exclamó Daniel, arropándola con las mantas.

—Hace tiempo que estoy muriendo. Mi corazón, que es el que tiene la herida, me anunció el fin. Ahora mismo parece que está tirando, tirando para arrancar sus propias raíces.

—Tu delirio te engaña. Vive, aunque no seas para mí, aunque mueras de otro modo en esa equivocada perfección del convento cristiano.

—¡Qué bueno ha sido Dios para mí!... ¡Sí, qué bueno!—dijo Gloria—. Bueno, porque me permite morir a tu lado; bueno, porque me evita entrar en el claustro, donde tu recuerdo y el de mi hijo no me habrían permitido ser santa. ¡Oh, qué imperfecta soy! En mí todo es humano. El misticismo, esa singular manera de amar a Dios con pasión, sobresalto y congojas de enamoramiento, no caben en mi espíritu. Muero sin poder desarraigar de mi pecho lo mundano. Pero Jesucristo, a quien adoro, tendrá misericordia de mí, me enseñará otros caminos mejores, y aprenderé el amor divino y me abrasaré con gozo en esa pasión, siempre que en ella haya algo de ti y de mi hijo, pues sin uno y otro no comprendo nada de amor.

Debilitándose más, añadió:

—... Me siento morir. Yo creo que estoy muerta ya, y que hablo y te miro por especial favor de Dios, para que no te quedes solo todavía. Todo en mi ser se acaba. Toca mi corazón, verás cómo apenas late. Mi vista se turba ya... ¿En dónde está mi hijo?

—Aquí... ¿No lo ves?

La infeliz madre se volvió sobre su derecha para abrazar al pobre niño, que seguía durmiendo.

—Un favor te pido, segura de que me lo has de conceder—dijo tomando la mano de su amigo.

—¿Qué favor?

—Que no robes a mi hijo, ni lo compres, ni intentes arrebatarlo jamás a la patria y a la familia de su madre. Quiero que sea educado entre cristianos.

—Yo te juro que se cumplirá tu deseo —repuso él con voz turbada.

—No te alejes, esposo mío; no te separes de mí ni un solo momento.

—Si estoy aquí...

Daniel, observándola con terror, vió que sus facciones tomaban un tinte lúgubre y que sus hermosos ojos se nublaban.

—¡Qué placer!—exclamó ella cerrando los ojos y estrechando con su brazo derecho al pobre niño, que seguía durmiendo—. Te suplico que ames mucho a mis tíos, pues todos son muy buenos y han deseado mi bien... Me enterrarán al lado de mi padre y de mis hermanitos.

Horrible angustia sintió el hebreo. Comprendiendo la gravedad del estado de Gloria, no se atrevía a separarse de ella. Y, sin embargo, era indispensable llamar, pedir socorro. Llamó a la dueña de la casa; pero nadie le respondió.

—¿Están ahí mis tíos?—dijo Gloria, abriendo los ojos—. Sí: los veo, ahí están. Sentiría no despedirme de ellos... Ya, querida tía, está usted contenta de mí. El sacrificio que usted me pedía, ¿no está hecho? La renuncia que usted me aconsejaba, ¿no está hecha?

Su espíritu, después del último período de lucidez, había sido de nuevo arrastrado a las tenebrosas corrientes circulares del delirio, estado vertiginoso muy semejante a los remolinos del agua en la tromba.

—Pero la idea de usted, querida tía —prosiguió la enferma—no ha podido triunfar completamente en mí, y al presentarme delante de Dios, le ofrezco las prendas de mi corazón y los nobles afectos de que no puedo desprenderme. ¡Oh Dios mío!, no me es posible amarte como a un novio. No te veo grande, superior a todas las cosas, sino cuando veo bajo tu sombra a los que he querido en el mundo. Por Ti, mi esposo y mi hijo subirán conmigo a descansar a la sombra de ese árbol celestial en cuyas ramas cantan los ángeles.

Su voz se fué apagando, y sus fac-

ciones se alteraron, demacrándose. Morton no pudo resistir más aquella situación, y salió corriendo. En la sala inmediata no había nadie. Vió una puerta que conducía a oscuro pasillo, entró por él, y después de andar regular trecho en tinieblas, salió a un recinto alumbrado: era una iglesia. En el altar, donde ardían algunas luces, un pobre y humilde cura, con casulla raída, empezaba la misa de alba. La tercera parte de la iglesia estaba llena de aldeanos. Desde la puerta de la sacristía gritó Daniel con todas las fuerzas de su voz: «¡Socorro!» Mientras él estuvo fuera, Gloria, sin notar su ausencia, hablaba de este modo:

—¡Oh querido tío..., ha vencido usted!... ¡Qué grato consuelo para mí!... Mi conciencia no me acusa de nada, y muero tranquila con la santa absolución que usted me dió esta tarde en nuestra capilla. ¿Está usted contento de mí? Lo espero... Ningún nuevo pecado tengo que revelar. ¿No dije que me era imposible dejar de amarle? Si ahora está a mi lado, no le acuse usted a él. Yo he venido aquí, y he venido sin culpa. Dios nos ha puesto juntos, en señal de nuestra unión eterna, allá donde no hay más que una religión... Usted llora, querido tío, ¿por qué? Soy feliz. Esta tarde, al confesarme, le dije que me cautivaba la idea del sacrificio y que deseaba hacerlo. Usted no lo aprobó, aconsejándome el casamiento, que ya era posible...; pero se presentó la madre, surgieron obstáculos..., aproveché la ocasión, me declaré libre..., renuncié. ¿Qué mayor gozo que realizar en el cielo fácilmente lo que en la Tierra es tan difícil?... Usted sonríe. ¿No es verdad que tengo razón? ¡Bendita sea esta grandiosa idea! ¡Renunciar para poseer! ¡Morir para vivir! ¡Decir que *no* para que Dios nos diga *sí*!... Bienaventurados los que padecen... Usted llora, querido tío, y llorando me bendice... Ya estoy cerca, adiós...

Morton volvió corriendo al lado de ella. Tras él venían María Juana y otras dos mujeres.

—¡Se muere!—dijo Daniel con desesperación.

—Avisemos a la casa.

—Sí, sí. ¿No hay un médico aquí?

—Sí, señor; le llamaremos... Corre, corre tú...

—Gloria, Gloria—gritó el hebreo llamando a su amiga— ¿No me oyes?

—Sí—contestó con entera voz—. Esposo, esposo mío, soy feliz, porque estaré unida a ti en la vida sin fin. ¿Dónde estás?

—Aquí..., contigo..., ¿no me ves?

—¿Y mi hijo?

—Aquí también.

—Ya le veo, ya le veo—dijo, demostrando en su mirar y en el tono de su voz que se hallaba de nuevo en estado de lucidez.

Su espíritu aleteaba entre el Cielo y la Tierra. Daniel la besó ardientemente, intentando reanimar con el calor de su boca aquel hermoso cuerpo, que iba cayendo en el frío abismo de la muerte. Abrió Gloria los ojos, y su mirada parecía una resurrección, porque puso en ella toda la expresión, toda la vida, todo el sentimiento y la gracia de sus más felices días. Al mismo tiempo sonreía. La que había sido gala de la Tierra y regocijo de la Humanidad, se detenía aún en la puerta del Cielo, y, vuelta hacia el valle de lágrimas le consagraba su última mirada y su sonrisa última, como el desterrado que ha tomado cariño al país de su destierro y desde la frontera de su patria lo contempla. Elevando entonces los ojos al cielo, y enlazando sus manos con las del autor de su desgracia, exclamó:

—Creo en Dios, en mi alma inmortal, inmerecedora del bien si Jesucristo no la hubiera redimido del pecado original; creo en Jesucristo, que murió por salvarnos, en el Juicio final, en la remisión de los pecados.

Con los labios, con el corazón que se le partía de dolor, y expulsando el juicio de sí en aquel instante supremo, Daniel replicó:

—También yo creeré todo lo que tú crees.

La moribunda hizo un esfuerzo por incorporarse, murmurando:

—En Jesucristo.

—También—dijo Morton, creyéndose el más cruel de los hombres si no lo decía.

—En el único Dios—añadió ella.

—¡Esa, ésa..., ésa es la mejor religión!...—exclamó el israelita estrechándola en sus brazos con delicadeza—. Creo en ti, en la fuerza inmensa de tu espíritu divino, al cual espero estar uni-

do para toda la vida allá donde no hay más que una religión.

—¡La mía!—balbució la moribunda con sonrisa inefable.

—¡La nuestra!—dijo Morton traspasado de angustia.

Hubo un instante de silencio. El hombre contempló en las pupilas de su amada el tenebroso hundimiento de la vida en los abismos ocultos, cuya luz no vemos los de acá. Sintióse fuertemente asido, como presa que va a ser arrastrada, y con los últimos alientos de la joven oyó estas palabras: «Mañana..., mañana serás conmigo en el Paraíso.»

Todo el movimiento y la fuerza nerviosa que estrechaban el cuello del hebreo cesaron. Separóse la persona de Gloria de la armonía de lo viviente, y su bella faz se fué apagando como ascua, quedando en perfecta calma aquella ceniza hermosa y tibia, a cada instante más fría, más blanca y más inmóvil. Creyérase que aún susurraba la vida en sus labios; mas era la ilusión. Era que persistía la expresión sublime de sus sentimientos; aquella ceniza sin lumbre amaba al parecer todavía. Los ángeles, acercándose suavemente, la tocaron con sus blandas manos, la examinaron, la suspendieron, y el fatigado espíritu suspiró al tener conciencia de su nueva vida. A punto que el alma libre tendía su primera mirada por el infinito, Daniel Morton oyó las campanas que dentro y fuera de la iglesia sonaban con estrépito. Era el momento en que el cura cantaba con su cascada vocecilla: *Gloria in excelsis Deo.* Todo era alegría, en memoria de la resurrección del Señor.

XXXIII

TODO ACABÓ

Poco después entró a iluminar el fúnebre cuadro un rayo de sol, única antorcha digna de tal cadáver. Con el día llegaron anhelantes y llenos de congoja don Buenaventura, Serafinita y varios criados de la casa. Fácilmente se comprenderá su consternación al ver lo que encerraba la triste alcoba, donde los gemidos de un hombre y el llanto de un niño, que se comía los puños, hacían más tétrico el silencio inalterable de aquellos labios cuyas palabras habían dado alegría al mundo.

Serafinita cayó de rodillas, invocando al Señor, y su hermano, pasado el primer momento de sorpresa y dolor, pidió explicaciones que no le fueron dadas. Más tarde, y cuando lo que restaba de la señorita fué trasladado a Ficóbriga, don Buenaventura, a quien acompañó por el camino el hebreo, parecía no tener dudas acerca de la inocencia de éste en tan desastroso fin. Don Angel, medio muerto de pena, no quiso salir de su habitación. Madama Ester, encerrada también en la suya, tenía los ojos encendidos de tanto llorar. Fué un día de general lástima y pena en la villa marítima, y el tiempo apacible desapareció, poniéndose oscuro el cielo, ceñudo y llorón. Corrían los vientos, y quejándose alborotada la mar, dejaba oír en toda la costa sus mugidores ayes.

A la mañana siguiente hubo entierro, al que asistió gran gentío, la mayor parte de él *por verla;* que ninguna curiosidad es tan viva como la que inspiran los muertos que en vida han sido objeto de la atención pública. Muchos lloraban durante la triste ceremonia: *Caifás* parecía un muerto que salía del hoyo para enterrar un vivo; el cura, dragón formidable de los mares y de los montes, sollozaba como un niño; don Juan Amarillo simbolizaba correctamente la tristeza oficial; algunos asistentes decían con más asombro que compasión: «Todavía está guapa.»

A las diez de la mañana la tierra había ya pasado su nivel sobre el cuerpo, y el mundo seguía su marcha. Ideas y acontecimientos, todo volteaba en la rueda fatal, dejando atrás aquella idea y aquel suceso, caídos ya y segregados del movimiento humano. En tal movimiento debemos comprender la dispersión de los personajes principales de esta historia, dispersión lúgubre y oscura, como la retirada de los ejércitos que han dado encarnizadas batallas sin victoria. También aquellos nobles corazones habían venido de lejanas y contrapuestas tierras para pelear; habían peleado, y se retiraban después chorreando sangre preciosa. ¿Quién los lanzó al bárbaro combate? ¿Volverían a empeñarlo? La querella subsistía, subsiste y subsistirá pavorosa, y antes que se acabe, muchas

Glorias sucumbirán, ofreciéndose como víctimas para aplacar al formidable monstruo que toca con la mitad de sus horribles patas a la Historia y con la otra mitad a la Filosofía, monstruo que no tiene nombre, y que si lo tuviera lo formaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia; muchas Glorias sucumbirán, sí, arrebatándose del mundo que encuentran despreciable a causa de las disputas, y corriendo a presentar su querella ante el Juez absoluto.

En el mismo día partieron don Angel y su hermana; el uno para su diócesis, la otra para su convento o antesala de la bienaventuranza eterna. Partieron también los hebreos, como desterrados. Don Buenaventura se quedó tres días más para arreglar ciertas cosas; pero, al fin, marchó también. Rechinaron las llaves de la casa, se cerró todo: no quedó allí más que el viento, que jugaba con las persianas rotas y daba vueltas por las cuatro fachadas. De la que regocijaba el universo con su presencia no quedaba nada visible, y donde ella vivió no había más que soledad, olvido, silencio.

El año pasado, o, si se quiere, cuatro años después de los sucesos referidos, vimos restaurada la casa de Lantigua. Don Juan Amarillo no había podido atrapar tan hermosa finca, y estaba lívido de desesperación, tristeza y codicia, por lo cual, burlonamente, le llamaban los de Ficóbriga *don Juan Verde*. Su esposa, atacada de una ictericia crónica, se consumía tristemente, roída por un diente de cobre que le destrozaba las entrañas.

Habiendo conservado la casa para sí don Buenaventura, pasaba en ella los veranos con su simpática familia. De la señorita Gloria nadie o casi nadie se acordaba ya. La aureola de memorias humanas se había marchitado en su frente; pero ¿qué le importaba si tenía otra de luz inextinguible, cuyo resplandor, no por sernos oculto, no es menos vivo? Sobre su tumba grabaron catorce apellidos. Don Silvestre quiso que se pusiera también un verso, un elogio, cualquier cosita aconsonantada, de esas que constituyen la fúnebre gacetilla de los cementerios; pero don Buenaventura no lo consintió. El olvido en que poco a poco ha ido quedando su preciosa memoria debe de ser para ella muy placentero, si desde la celestial inmortalidad donde reside puede dirigir una mirada de compasión a Ficóbriga.

De Serafinita se tenían noticias edificantes. Su santidad crecía sin que disminuyera su bondad, lo que era garantía de la salvación de alma tan notable. Don Angel no volvió más a Ficóbriga, y seguía gobernando su diócesis como él sabía hacerlo. Ahora se dice que le trasladarán a otro arzobispado de más importancia, y en verdad lo merece. Recordaba siempre con amargo disgusto los sucesos del Sábado Santo de aquel año y la problemática conversión..., ¿pero qué podía él hacer, santo varón, en medio de la terrible batalla de las conciencias? Si en aquel día no entró alma nueva en el rebaño, no fué por culpa del digno y solícito pastor.

En el mismo año a que me refiero, es decir, cuatro después de aquella Semana Santa, célebre en Ficóbriga por sus espléndidas procesiones—y no hubo más porque don Buenaventura dedicó su dinero a empedrar la villa—, cuatro años más tarde, repito, un precioso niño jugaba en el jardín de Lantigua. Era y es la imagen viva de aquel chicuelo divino, cuyos ojos, tan lindos como inteligentes, miraron con amor al mundo antes de reformarlo. Diríase de él que no nació de madre, sino por milagro del arte y de la fe, recibiendo cuerpo y vida de la ardiente inspiración de Murillo. En Ficóbriga le llamaban, y le llaman, el *Nazarenito*. Tiene los ojos de su madre y el perfil de su padre: gracia, armonía, cierta severidad, lumbre extraordinaria en la fisonomía, el cabello castaño y rizoso. Todos le adoran; le crían hasta con mimo, porque don Buenaventura no sabe negarle nada, y es de oír el horrible estrépito que hacen en la casa sus caballos de palo, sus arcos con timbre, sus carretones, sus trompetas, sus velocípedos, sus fusiles, sus tambores y demás instrumentos de juego con que le obsequian un día y otro sus primitas, su mamá Antonia y su tío Ventura.

Entonces, es decir, el año pasado, vestía de luto. El no supo por qué; pero había una razón, y era que su padre había muerto en Londres. ¿De qué clase de muerte?; mejor dicho, ¿de qué enfermedad? De una que no tiene nom-

bre. Había muerto después de dos años de locura, motivada por la extraña y sin igual manía de buscar una religión nueva, la religión única, la religión del porvenir. Sostenía haberla encontrado. ¡Pobre hombre!... Meditando se consumió, perdió la razón, y, al fin, apagóse como una lámpara a la cual dan un soplo.

¿Encontraría su idea allá donde alguien le esperaba impaciente, quizá con hastío del Paraíso mientras él no llegase?... Es forzoso contestar categóricamente que *sí* o dar por no escrito el presente libro.

Y en tanto, ¿no debemos aspirar a que sea verdad, en lo posible, lo que soñaron la enamorada de Ficóbriga y el loco de Londres? Tú, precioso y activo niño Jesús, estás llamado, sin duda, a intentarlo; tú, que naciste del conflicto, y eres la personificación más hermosa de la Humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por virtud del amor; tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas, y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás, sin duda, algo grande.

Hoy juegas y ríes e ignoras; pero tú tendrás treinta y tres años y entonces quizá tu historia sea digna de ser contada, como lo fué la de tus padres.

FIN DE
« G L O R I A »

MARIANELA

(1878)

NOTA PRELIMINAR

MARIANELA *es un idilio. No un idilio dulzón, empalagoso, a la manera de la* Graziella, *de Lamartine, o de la* María, *de Jorge Isaac.* Marianela *es un idilio impresionante, casi áspero. Todas las heroínas de los idilios son bellas de cuerpo y alma. Así Mignon. Así Cloe. Así María. Así Graziella. Bellas, delicadas, sensitivas. Cantan con dulces voces. Encuentran frases de encantadora exaltación. Son cazadoras de sueños y de estrellas. Nuestra Marianela no es así. Parece que Galdós se complace en hacerla desdichada de espíritu y desgraciada de cuerpo. Marianela es fea, insignificante, casi monstruosa. Su pelo es estopa. Sus labios apenas se ven de puro finos. La piel es pecosa, picudilla la nariz. Sus ojillos están llenos de tristeza. Marianela carece por completo de instrucción.*

Cuando canta lo hace con un acento bronco y monótono, que más que cantar semeja entonar una milenaria plegaria druida. Y nunca sabe lo que canta. Viste con harapos. Es huérfana. La ha recogido la caridad de Centeno, el capataz de ganado de las minas de Socartes. Su madre, alcohólica embrutecida, se suicidó tirándose de cabeza a la sima de la Trascava, a cuyo borde acude muchas veces Marianela y, hierática, permanece preguntando Dios sabe qué a su destino.

En los idilios el ambiente es propicio al amor. Hay muchas flores por todas partes. Las montañas lejanas tienen nieve en las cumbres. Los arroyuelos susurran, según dicen los poetas. Los árboles son frondosos. Los pájaros más cantarines van y vienen incansables. El cielo es azul. El sol es dorado y tibio. Suenan campanitas por todas partes... La del Angelus, la de los ganados triscadores... Así en Mignon. Así en Cloe. Así en María. Así en Graziella. En nuestra Marianela, la Naturaleza más se presenta como madrastra. El terreno es áspero. Los montes se presentan desnudos. Las venas de agua atruenan. Se deslizan asustadas las alimañas. Nubes sombrías ocultan casi siempre el sol. Los cuerpos tiritan. Los sones son de metales broncos, de voces destempladas. En los idilios, el interés emocionado del lector lo van ganando, combinados hábilmente por el autor, la gracia sentimental de los escenarios, la belleza y ternura de las heroínas, las contrariedades amorosas, en las que jamás deja de haber un dedalito de miel poética. Y para que nada falte, en los idilios existe siempre un ser cruel a cuenta del cual corren siempre las maldades que abruman a los protagonistas y contra el cual pueden los lectores disparar su enojo. Así en Mignon. Así en Cloe. Así en María. Así en Graziella.

En Marianela, *el interés emocionado del lector surge exclusivamente del puro patetismo. Nada ajeno a las almas y a los corazones contribuye al valor humano de la narración galdosiana. Y, por colofón, en* Marianela *no existe ningún personaje antipático a quien cargar de nuestro mal humor porque no se arreglen las cosas a medida de nuestros deseos sensibleros y en contra* de la naturalidad *de la vida. En* Marianela *todos*

cuantos intervienen son seres irremisiblemente humanos, pero buenos y leales Ninguno hace mal a otro. Cada cual procura buscar la simpatía de los restantes. Quizá esta falta de algún ser perverso, motor de todos los dolores, sea la que hace más grandiosos el desarrollo y el desenlace de este idilio. Lo que sucede entre Marianela y Pablo Penáguilas es absolutamente, necesariamente humano; no puede dejar de suceder así, so pena de violentar los móviles de lo natural y la trascendencia de lo inmutable.

Pablo Penáguilas es hermoso, joven, alegre, poeta, rico... y ciego. Marianela le sirve de lazarillo un año, dos años... Juntos van a todas partes. Marianela es... los ojos de Pablo. Como la Miranda, *de Shakespeare, que adivina la nobleza del corazón y la belleza del espíritu en la hermosura física, Pablo cree en la armonía de la hermosura física y la moral.*

Para Pablo es axiomático que un alma grande y exquisita no puede albergarse más que en un barro carnal precioso. Por ello, para él, Marianela es un dechado de extremas perfecciones. La razón y el sentimiento juegan la mala pasada al noble muchacho. Si por algo desea él recobrar la vista es por comprobar que ella es lo más hermoso de la creación. Marianela, que se ha mirado miles de veces, con angustia, en los espejos naturales de los charcos y de los remansos, se desvive con un roe-roe imposible de curar. ¡Mientras Pablo no vea!... ¡Mientras Pablo no vea!... Es el anhelo de ella, cada día rezado con un trémolo de grandioso y natural egoísmo. Mientras Pablo no vea, será ella, siquiera para Pablo, que es su amor, bella, sugestiva, maravillosa, única entre todas las mujeres. Cada día mira Marianela los ojos ciegos de su amado con un terror inmenso.

El conflicto, de un patetismo sin igual, surge cuando Pablo recobra la vista merced a una arriesgada operación del doctor Golfín.

¿Es pesimista en esta novela Pérez Galdós? «No, por cierto—escribe Clarín—; *y si no lo es, ¿por qué se complace en pintarnos esos dolores que parecen insolubles? ¿Es por el amor de la paradoja? ¿Es por hacer un alarde de su genio, que a tanto llega, hasta pintar la sombra más hermosa que la luz? No; no se busque en la obra de Pérez Galdós el pesimismo-tesis; es cierto que nos presenta una antinomia, pero no pretende hacerla insoluble. Explícitamente no nos da la solución; pero en lo más bello de su obra, en el sentido profundo que en ella se esparce como flúido incoercible, como una atmósfera espiritual, como una música vaga que no dice nada y lo dice todo, el lector recoge mil consuelos, mil esperanzas y lecciones de la más pura, de la más tierna moral.»* Marianela *es el idilio de la máxima espiritualidad. Y téngase muy en cuenta este contraste: a Mignon, a Cloe, a María, a Graziella..., por muy bellas que las imaginemos, siempre nos parece que los autores intentaron pintarlas aún más hermosas. Es decir, nos engañamos en detrimento de la ficción. Galdós consigue algo más estupendo. Consigue que, luego de machacarnos su estribillo acerca de la fealdad, de la insignificancia, de la miseria fisiológica de Marianela..., jamás podamos imaginárnosla sino encantadora, atractiva, ideal.*

MARIANELA

I

PERDIDO

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guindos, hayas y

robles. (Ya se ve que estamos en el norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero, a pesar de su regular obesidad, y—dígase de una vez aunque sea prematuro—excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrerete, que debe a su fealdad el nombre de hongo; gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalear las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario, y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

«No puedo equivocarme—murmuró—. Me dijeron que atravesara el río por la pasadera... Así lo hice. Después, que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, detrás de mí, queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría *Villafangosa* por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo, no le pondría otra divisa), he de llegar a las famosas minas de Socartes...»

Después de andar largo trecho, añadió:

«Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante, siempre adelante*. Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti, o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballos, trepidación de máquinas, y yo no veo, no huelo, no oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡Qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas... ¡Demonio!, pero ¿no hay gente en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da!—al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros—. Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acobardarás ahora?... ¡Ah!, los aldeanos tenían razón: adelante, siempre adelante. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento.»

Y puesta denodadamente en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grandes que fueran su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Las veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y, al fin, bajaron tanto, que nuestro viajero hallóse en un talud, por el cual sólo habría podido descender echándose a rodar.

«¡Bonita situación!—exclamó, sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada...; pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedrusco y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro... Sin duda estoy en las minas...; pero ni un alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguiréla? ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante.»

Dió un paso, y hundióse en la frágil tierra movediza.

«¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Conque quiere usted tragarme?... Si ese holgazán satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraíso. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay

que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah!, una piedra. Magnífico asiento para echar un cigarro esperando a que salga la luna.»

El discreto Golfín se sentó tranquilamente, como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... Sí, indudablemente, era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apianándose en la forma que los músicos llaman *morendo,* y que se apagaba al fin en el plácido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

—Vamos—dijo el viajero, lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, y voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país. Ahora calla... Oigamos, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creeríase que sale de las profundidades de la tierra, y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos, ondinas, gnomos, hadas y toda la chusma emparentada con la loca de la casa...; pero si no me engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantadora se va. ¡Eh, niña, aguarda, detén el paso!

La voz que durante breve rato había regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado, se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín, el canto extinguióse por completo. Sin duda, la misteriosa entidad gnómica que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores se había asustado de la brusca interrupción del hombre, huyendo a las hondas entrañas de la tierra, donde moran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

—Esta es una situación divina—murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure. Aguardaremos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrebatible las ventajas del *adelante, siempre adelante.*

Movióse entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—¡Muchacha, hombre o quienquiera que seas!, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluído, cuando oyóse el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo:

—*¡Choto, Choto,* ven aquí!

—¡Eh!—gritó el viajero—. ¡Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que soy hombre de paz!

—*¡Choto, Choto!*

Vió Golfín que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió, llamado por su amo. En tal punto y momento el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de diez varas, más abajo de él, en una vereda transversal que aparecía irregularmente trazada por todo lo largo del talud. Este sendero y la humana figura detenida en él llamaron vivamente la atención de Golfín, que, dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin sale esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mi existiera esta senda. ¡Pero si es un camino!... ¡Hola, amiguito!, ¿puede usted decirme si estoy en Socartes?

—Sí, señor; ésas son las minas, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gustó al doctor oírla, y más aún observar la dulce claridad que, difundiéndose por los espacios antes oscuros, hacía revivir cielo y tierra, cual si los sacara de la nada.

—*Fiat, lux*—dijo, descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito: doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villa-

mojada al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante.

—¿Va usted al establecimiento?—preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil y rígido, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero, sin duda, equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez minutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación, y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontar taludes, descender el plano inclinado; en fin, recorrer todas las minas de Socartes desde un extremo, que es éste, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación—dijo Golfín, riendo.

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo los pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó, al fin, el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fué examinar al bondadoso joven. Breve rato permaneció el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted...—murmuró.

—Soy ciego, sí, señor—añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas. El palo que uso me impide tropezar, y *Choto* me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo. Conque sígame usted y déjese llevar.

II

GUIADO

—¿Ciego de nacimiento?—dijo Golfín con vivo interés, que no era sólo inspirado por la compasión.

—Sí, señor, de nacimiento—repuso el ciego con naturalidad—. No conozco el mundo más que por el pensamiento, el tacto y el oído. He podido comprender que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada. Yo sé que los ojos de los demás no son como estos míos, sino que por sí conocen las cosas; pero este don me parece tan extraordinario, que ni siquiera comprendo la posibilidad de poseerlo.

—Quien sabe...—manifestó Teodoro—. Pero ¿qué es esto que veo, amigo mío? ¿Qué sorprendente espectáculo es éste?

El viajero, que había andado algunos pasos junto a su guía, se detuvo asombrado de la perspectiva fantástica que a sus ojos se ofrecía. Hallábase en un lugar hondo, semejante al cráter de un volcán, de suelo irregular, de paredes más irregulares aún. En los bordes y en el centro de la enorme caldera, cuya magnitud era aumentada por el engañoso claroscuro de la noche, se elevaban figuras colosales, hombres disformes, monstruos volcados y patas arriba, brazos inmensos desperezándose, pies truncados, dispersas figuras semejantes a las que forma el caprichoso andar de las nubes en el cielo: pero quietas, innobles, endurecidas. Era su color el de las momias, color terroso tirando a rojo; su actitud, la del movimiento febril sorprendido y atajado por la muerte. Parecía la petrificación de una orgía de gigantescos demonios; sus manotadas, los burlones movimientos de sus disformes cabezas, habían quedado fijos como las inalterables actitudes de la escultura. El silencio que llenaba el ámbito del supuesto cráter era un silencio que daba miedo. Creeríase que mil voces y aullidos habían quedado también hechos piedra, y piedra eran desde siglos de siglos.

—¿En dónde estamos, buen amigo? —dijo Golfín—. Esto es una pesadilla.

—Esta zona de la mina se llama la Terrible—repuso el ciego, indiferente al estupor de su compañero de camino—. Ha estado en explotación hasta que hace dos años se agotó el mineral. Hoy los trabajos se hacen en otras zonas que hay más arriba. Lo que a usted le maravilla son los bloques de piedra que llaman cretácea y de arcilla ferruginosa endurecida que han quedado después de sacado el mineral. Dicen que esto presenta un golpe de vista sublime, sobre todo a la luz de la luna. Yo de nada de eso entiendo.

—Espectáculo asombroso, sí—dijo el forastero, deteniéndose en contemplar-

lo—, pero que a mí antes me causaba espanto que placer, porque lo asocio al recuerdo de mis neuralgias. ¿Sabe usted lo que me parece? Pues que estoy viajando por el interior de un cerebro atacado de violentísima jaqueca. Estas figuras son como las formas perceptibles que acepta el dolor cefalálgico, confundiéndose con los terroríficos bultos y sombrajos que engendra la fiebre.

—¡*Choto, Choto,* aquí!—dijo el ciego—. Caballero, mucho cuidado ahora, que vamos a entrar en una galería.

En efecto, Golfín vió que el ciego, tocando el suelo con su palo, se dirigía hacia una puertecilla estrecha cuyo marco eran tres gruesas vigas.

El perro entró primero olfateando la negra cavidad. Siguióle el ciego con la impavidez de quien vive en perpetuas tinieblas. Teodoro fué detrás, no sin experimentar cierta repugnancia instintiva hacia la importuna excursión bajo tierra.

—Es pasmoso—observó—que usted entre y salga por aquí sin tropiezo.

—Me he criado en estos sitios—contestó el joven—, y los conozco como mi propia casa. Aquí se siente frío: abríguese usted si tiene con qué. No tardaremos mucho en salir.

Iba palpando con su mano derecha la pared formada de vigas perpendiculares. Después dijo:

—Cuide usted de no tropezar en los carriles que hay en el suelo. Por aquí se arrastra el mineral de las pertenencias de arriba. ¿Tiene usted frío?

—Diga usted, buen amigo—interrogó el doctor festivamente—. ¿Está usted seguro de que no nos ha tragado la tierra? Este pasadizo es un esófago. Somos pobres bichos que hemos caído en el estómago de un gran insectívoro. Y usted, joven, ¿se pasea mucho por estas amenidades?

—Mucho paseo por aquí a todas horas, y me agrada extraordinariamente. Ya hemos entrado en la parte más seca. Esto es arena pura. Ahora vuelve la piedra... Aquí hay filtraciones de agua sulfurosa; por aquí una capa de tierra, en que se encuentran conchitas de piedra... También verá capas de pizarra; esto llaman esquistos... ¿Oye usted cómo canta el sapo? Ya estamos cerca de la boca. Allí se pone este holgazán todas las noches. Le conozco: tiene una voz ronca y pausada.

—¿Quién, el sapo?

—Sí, señor. Ya nos acercamos al fin.

—En efecto, allá veo como un ojo que nos mira. Es la claridad de la otra boca.

Cuando salieron, el primer accidente que hirió los sentidos del doctor fué el canto melancólico que había oído antes. Oyólo también el ciego; volvióse bruscamente, y dijo sonriendo con placer y orgullo:

—¿La oye usted?

—Antes oí esa voz y me agradó sobre manera. ¿Quién es la que canta?...

En vez de contestar, el ciego se detuvo, y dando al viento la voz con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—¡Nela!... ¡Nela!...

Ecos sonoros, próximos los unos, lejanos otros, repitieron aquel nombre. El ciego, poniéndose las manos en la boca en forma de bocina, gritó:

—No vengas, que voy allá. ¡Espérame en la herrería..., en la herrería!

Después, volviéndose al doctor, le dijo:

—La Nela es una muchacha que me acompaña: es mi lazarillo. Al anochecer volvíamos juntos del prado grande..., hacía un poco de fresco. Como mi padre me ha prohibido que ande de noche sin abrigo, metíme en la cabaña de Remolinos, y la Nela corrió a mi casa a buscarme el gabán. Al poco rato de estar en la cabaña, acordéme de que un amigo había quedado en esperarme en casa; no tuve paciencia para aguardar a la Nela, y salí con *Choto*. Pasaba por la Terrible, cuando le encontré a usted... Pronto llegaremos a la herrería. Allí nos separaremos, porque mi padre se enoja cuando entro tarde en casa. Nela le acompañará a usted hasta las oficinas.

—Muchas gracias, amigo mío.

El túnel los había conducido a un segundo espacio más singular que el anterior. Era una profunda grieta abierta en el terreno, a semejanza de las que resultan de un cataclismo; pero no había sido abierta por las palpitaciones fogosas del planeta, sino por el laborioso azadón del minero. Parecía el interior de un gran buque náufrago, tendido sobre la playa, y a quien las olas hubieran quebrado por la mitad doblándolo en un ángulo obtuso. Hasta se po-

dían ver en sus descarnados costillajes, cuyas puntas coronaban en desigual fila una de las alturas. En la concavidad panzuda distinguíanse grandes piedras, como resto de carga maltratados por las olas; y era tal la fuerza pictórica del claroscuro de la luna, que Golfín creyó ver, entre mil despojos de cosas náuticas, cadáveres medio devorados por los peces, momias, esqueletos, todo muerto, dormido, semidescompuesto y profundamente tranquilo, cual si por mucho tiempo morara en la inmensa sepultura del mar.

La ilusión fué completa cuando sintió rumor de agua, un chasquido semejante al de las olas mansas cuando juegan en los huecos de una peña o azotan el esqueleto de un buque náufrago.

—Por aquí hay agua—dijo a su compañero.

—Ese ruido que usted siente—replicó el ciego, deteniéndose—, y que parece... ¿Cómo lo diré? ¿No es verdad que parece ruido de gárgaras, como el que hacemos cuando nos curamos la garganta?

—Exactamente. Y ¿dónde está ese buche de agua? ¿Es algún arroyo que pasa?

—No, señor. Aquí, a la izquierda, hay una loma. Detrás de ella se abre una gran boca, una sima, un abismo cuyo fin no se sabe. Se llama la Trascava. Algunos creen que va a dar al mar por junto a Ficóbriga. Otros dicen que por el fondo de él corre un río que está siempre dando vueltas y más vueltas, como una rueda, sin salir nunca fuera. Yo me figuro que será como un molino. Algunos dicen que hay allá abajo un resoplido de aire que sale de las entrañas de la tierra, como cuando silbamos, el cual resoplido de aire choca contra un raudal de agua, se pone a reñir, se engarran, se enfurecen y producen ese hervidero que oimos de fuera.

—¿Y nadie ha bajado a esa sima?

—No se puede bajar sino de una manera.

—¿Cómo?

—Arrojándose a ella. Los que han entrado no han vuelto a salir, y es lástima, porque nos hubieran dicho qué pasaba allá dentro. La boca de esa caverna hállase a bastante distancia de nosotros; pero hace dos años, cavando los mineros en este sitio, descubrieron una hendiduda en la peña, por la cual se oye el mismo hervor de agua que por la boca principal. Esta hendidura debe de comunicar con las galerías de allá dentro, donde está el resoplido que sube y el chorro que baja. De día podrá usted verla perfectamente, pues basta enfilar un poco las piedras del lado izquierdo para llegar hasta ella. Hay un asiento cómodo. Algunas personas tienen miedo de acercarse; pero la Nela y yo nos sentamos allí muy a menudo a oír cómo resuena la voz del abismo. Y, efectivamente, señor, parece que nos hablan al oído. La Nela dice y jura que oye palabras, que las distingue claramente. Yo, la verdad, nunca he oído palabras, pero sí un murmullo como soliloquio o meditación, que a veces parece triste, a veces alegre, tan pronto colérico como burlón.

—Pues yo no oigo sino ruido de gárgaras—dijo el doctor, riendo.

—Así parece desde aquí... Pero no nos retrasemos, que es tarde. Prepárese usted a pasar otra galería.

—¿Otra?

—Sí, señor. Y ésta, al llegar a la mitad, se divide en dos. Hay después un laberinto de vueltas y revueltas, porque se hicieron obras que después quedaron abandonadas, y aquello está como Dios quiere. *Choto,* adelante.

Choto se metió por un agujero como hurón que persigue al conejo, y siguiéronle el doctor y su guía, que tentaba con su palo el torcido, estrecho y lóbrego camino. Nunca el sentido del tacto había tenido más delicadeza y finura, prolongándose desde la epidermis humana hasta un pedazo de madera insensible. Avanzaron describiendo primero una curva; después, ángulos y más ángulos, siempre entre las dos paredes de tablones húmedos y medio podridos.

—¿Sabe usted a lo que me parece esto?—dijo el doctor, reconociendo que los símiles agradaban a su guía—. Pues lo comparo a los pensamientos del hombre perverso. Aquí se representa la intuición del malo, cuando penetra en su conciencia para verse en toda su fealdad.

Creyó Golfín que se había expresado en lenguaje poco inteligible para el ciego; mas éste probóle lo contrario, diciendo:

—Para el que posee el reino desconocido de la luz, estas galerías deben

de ser tristes; pero yo, que vivo en tinieblas, hallo aquí cierta conformidad de la tierra con mi propio ser. Yo ando por aquí como usted por la calle más ancha. Si no fuera porque unas veces es escaso el aire y otras excesiva la humedad, preferiría estos lugares subterráneos a todos los demás lugares que conozco.

—Esto es la idea de la meditación.

—Yo siento en mi cerebro un paso, un agujero lo mismo que éste por donde voy, y por él corren mis ideas, desarrollándose magníficamente.

—¡Oh, cuán lamentable cosa es no haber visto nunca la bóveda azul del cielo en pleno día!—exclamó el doctor con espontaneidad suma—. Dígame, este conducto donde las ideas de usted se desarrollan magníficamente, ¿no se acaba nunca?

—Ya, ya pronto estaremos fuera. ¿Dice usted que la bóveda del cielo...? ¡Ah! Ya me figuro que será una concavidad armoniosa, a la cual parece que podremos alcanzar con las manos, sin lograrlo realmente.

Al decir esto, salieron. Golfín, respirando con placer y fuerza, como el que acaba de soltar un gran peso, exclamó, mirando al cielo:

—¡Gracias a Dios que os vuelvo a ver, estrellitas del firmamento! Nunca me habéis parecido más lindas que en este instante.

—Al pasar—dijo el ciego—alargando su mano, que mostraba una piedra—he cogido este pedazo de caliza cristalizada. ¿Sostendrá usted que estos cristalitos que mi tacto halla tan bien cortados, finos y bien pegaditos los unos a los otros, no son una cosa muy bella? Al menos, a mí me lo parece.

Diciéndolo, desmenuzaba los cristales.

—Amigo querido—dijo Golfín con emoción y lástima—, es verdaderamente triste que usted no pueda conocer que ese pedrusco no merece la atención del hombre mientras esté suspendido sobre nuestras cabezas el infinito rebaño de maravillosas luces que pueblan la bóveda del cielo.

El ciego volvió su rostro hacia arriba, y dijo con profunda tristeza:

—¿Es verdad que existís, estrellas?

—Dios es inmensamente grande y misericordioso—observó Golfín, poniendo su mano sobre el hombro de su acompañante—. ¡Quién sabe, quién sabe, amigo mío!... Se han visto, se ven todos los días casos muy raros.

Mientras esto decía, mirábale de cerca, tratando de examinar, a la escasa claridad de la noche, las pupilas del joven. Fijo y sin mirada, el ciego volvía, sonriendo, su rostro hacia donde sonaba la voz del doctor.

—No tengo esperanza—murmuró.

Habían salido a un sitio despejado. La luna, más clara a cada rato, iluminaba praderas ondulantes y largos taludes, que parecían las escarpas de inmensas fortificaciones. A la izquierda, y a regular altura, vió el doctor un grupo de blancas casas en el mismo borde de la vertiente.

—Aquí, a la izquierda—dijo el ciego—, está mi casa. Allá arriba..., ¿sabe usted? Aquellas tres casas es lo que queda del lugar de Aldeacorba de Suso; lo demás ha sido expropiado en diversos años para beneficiar el terreno; todo aquí debajo es calamina. Nuestros padres vivían sobre miles de millones sin saberlo.

Esto decía, cuando se vino corriendo hacia ellos una muchacha, una niña, una chicuela, de ligerísimos pies y menguada de estatura.

—Nela, Nela—dijo el ciego—, ¿me traes el abrigo?

—Aquí está—repuso la muchacha, poniéndole un capote sobre los hombros.

—¿Esta es la que cantaba?... ¿Sabes que tienes una preciosa voz?

—¡Oh!—exclamó el ciego, con candoroso acento de encomio—, canta admirablemente. Ahora, Mariquilla, vas a acompañar a este caballero hasta las oficinas. Yo me quedo en casa. Ya siento la voz de mi padre que baja a buscarme. Me reñirá, de seguro... ¡Allá voy, allá voy!

—Retírese usted pronto, amigo—dijo Golfín, estrechándole la mano—. El aire es fresco y puede hacerle daño. Muchas gracias por la compañía. Espero que seremos amigos, porque estaré aquí algún tiempo... Yo soy hermano de Carlos Golfín, el ingeniero de estas minas...

—¡Ah!..., ya... Don Carlos es muy amigo de mi padre y mío; le espera a usted desde ayer.

—Llegué esta tarde a la estación de Villamojada..., dijéronme que Socartes estaba cerca y que podía venir a pie.

Como me gusta ver el paisaje y hacer ejercicio, y como me dijeron que adelante, siempre adelante, eché a andar, mandando mi equipaje en un carro. Ya ve usted cuán tontamente me perdí... Pero no hay mal que por bien no venga...: le he conocido a usted y seremos amigos, quizá muy amigos... Vaya, adiós; a casa pronto, que el fresco de septiembre no es bueno. Esta señorita Nela tendrá la bondad de acompañarme.

—De aquí a las oficinas no hay más que un cuarto de hora de camino..., poca cosa... Cuidado no tropiece usted en los carriles; cuidado al bajar el plano inclinado. Suelen dejar las vagonetas sobre la vía..., y con la humedad, la tierra está como jabón... Adiós, caballero y amigo mío. Buenas noches.

Subió por una empinada escalera abierta en la tierra y cuyos peldaños estaban reforzados con vigas. Golfín siguió adelante, guiado por la Nela. Lo que hablaron, ¿merecerá capítulo aparte? Por si acaso, se lo daremos.

III

UN DIÁLOGO QUE SERVIRÁ DE EXPOSICIÓN

—Aguarda, hija, no vayas tan aprisa —dijo Golfín, deteniéndose—; déjame encender un cigarro.

Estaba tan serena la noche, que no necesitó emplear las precauciones que, generalmente, adoptan contra el viento los fumadores. Encendido el cigarro, acercó la cerilla al rostro de la Nela, diciendo con bondad:

—A ver, enséñame tu cara.

Mirábale, asombrada, la muchacha, y sus negros ojuelos brillaron como un punto rojizo, como chispa, en el breve instante que duró la luz del fósforo. Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituído. Era como una jovenzuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o debido entrar en el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de disminución; alguno, como una niña con ojos y expresión de adolescente. No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso.

—¿Qué edad tienes tú?—preguntóle Golfín, sacudiendo los dedos para arrojar el fósforo, que empezaba a quemarle.

—Dicen que tengo dieciséis años—replicó la Nela, examinando, a su vez, al doctor.

—¡Dieciséis años! Atrasadilla estás, hija. Tu cuerpo es de doce, a lo sumo.

—¡Madre de Dios! Si dicen que yo soy como un fenómeno...—manifestó ella en tono de lástima de sí misma.

—¡Un fenómeno!—repitió Golfín, poniendo su mano sobre los cabellos de la chica—. Podrá ser. Vamos, guíame.

Comenzó a andar la Nela resueltamente, sin adelantarse mucho, antes bien, cuidando de ir siempre al lado del viajero, como si apreciara en todo su valor la honra de tan noble compañía. Iba descalza: sus pies, ágiles y pequeños, denotaban familiaridad consuetudinaria con el suelo, con las piedras, con los charcos, con los abrojos. Vestía una falda sencilla y no muy larga, denotando en su rudimentario atavío, así como en la libertad de sus cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, cierta independencia más propia del salvaje que del mendigo. Sus palabras, al contrario, sorprendieron a Golfín por lo recatadas y humildes, dando indicios de un carácter formal y reflexivo. Resonaba su voz con simpático acento de cortesía, que no podía ser hijo de la educación: sus miradas eran fugaces y momentáneas, como no fueran dirigidas al suelo o al cielo.

—Dime—le preguntó Golfín—, ¿vives tú en las minas? ¿Eres hija de algún empleado de esta posesión?

—Dicen que no tengo padre ni madre.

—¡Pobrecita! Tú trabajarás en las minas...

—No, señor. Yo no sirvo para nada —replicó, sin alzar del suelo los ojos.

—Pues a fe que tienes modestia.

Teodoro se inclinó para mirarle el rostro. Este era delgado, muy pecoso, todo salpicado de manchitas parduscas. Tenía pequeña la frente, picudilla y no falta de gracia la nariz, negros y vividores los ojos; pero, comúnmente, bri-

llaba en ellos una luz de tristeza. Su cabello, dorado oscuro, había perdido el hermoso color nativo a causa de la incuria y de su continua exposición al aire, al sol y al polvo. Sus labios apenas se veían de puro chicos, y siempre estaban sonriendo, mas aquella sonrisa era semejante a la imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo. La boca de Nela, estéticamente hablando, era desabrida, fea; pero quizá podía merecer elogios, aplicándole el verso de Polo de Medina:

Es tan linda su boca, que no pide.

En efecto, ni hablando, ni mirando, ni sonriendo, revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad.

Golfín le acarició el rostro con su mano, tomándolo por la barba y abarcándolo casi todo entre sus gruesos dedos.

—¡Pobrecita!—exclamó—. Dios no ha sido generoso contigo. ¿Con quién vives?

—Con el señor Centeno, capataz de ganado en las minas.

—Me parece que tú no habrás nacido en la abundancia. ¿De quién eres hija?

—Dicen que mi madre vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. *Me tuvo* un día de Difuntos, y después se fué a criar a Madrid.

—¡Vaya con la buena señora!—murmuró Teodoro con malicia—. Quizá no tenga nadie noticia de quién fué tu papá.

—Sí, señor—replicó la Nela, con cierto orgullo—. Mi padre fué el primero que encendió las luces en Villamojada.

—¡Caspita!

—Quiero decir que cuando el Ayuntamiento puso por primera vez faroles en las calles—dijo, como queriendo dar a su relato la gravedad de la historia—, mi padre era el encargado de encenderlos y limpiarlos. Yo estaba ya criada por una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Mi padre había reñido con ella... Dicen que vivían juntos..., todos vivían juntos..., y cuando iba a farolear me llevaba en el cesto junto con los tubos de vidrio, las mechas, la aceitera... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí fuera, y caíme al río.

—¡Y te ahogaste!

—No, señor; porque caí sobre piedras. ¡Divina Madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

—Sí, indudablemente eras muy bonita—afirmó el forastero, el alma inundada de bondad—. Y todavía lo eres... Pero dime: ¿hace mucho tiempo que vives en las minas?

—Dicen que hace tres años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir, porque era malo, él fué al hospital, donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

—Y tu madre se fué... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fué...

—Se fué a un agujero muy grande que hay allá arriba—dijo Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético—, y se metió dentro.

—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

—No, señor—replicó la chiquilla con naturalidad—. Allí dentro está.

—Después de esa catástrofe, pobre criatura—dijo Golfín con cariño—, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Estás teñida del color del mineral; estás raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

—No, señor; yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo ni puedo servir para nada.

—Quita allá, tonta; tú eres una alhaja.

—Que no, señor—dijo la Nela, insistiendo con energía—. Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño, me caigo al suelo. Si me pongo a hacer una cosa difícil, en seguida me desmayo.

—Todo sea por Dios... Vamos, que si cayeras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

—No, señor—repitió la Nela con tanto énfasis como si se elogiara—, si yo no sirvo más que de estorbo.

—¿De modo que eres una vagabunda?

—No, señor, porque acompaño a Pablo.

—Y ¿quién es Pablo?

—Ese señorito ciego, a quien usted encontró en la Terrible. Yo soy su lazarillo desde hace año y medio. Le llevo

a todas partes; nos vamos por los campos, paseando.

—Parece buen muchacho ese Pablo.

Detúvose otra vez la Nela, mirando al doctor. Con el rostro resplandeciente de entusiasmo, exclamó:

—¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista, tiene él más talento que todos los que ven.

—Me gusta tu amo. ¿Es de este país?

—Sí, señor. Es hijo único de don Francisco Penáguilas, un caballero muy bueno y muy rico que vive en las casas de Aldeacorba.

—Dime: y a ti, ¿por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa repuso:

—Mi madre se llamaba la señá María Canela, pero le decían Nela. Dicen que éste es nombre de perra. Yo me llamo María.

—Mariquita.

—María Nela me llaman, y también la hija de la Canela. Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.

—Y tu amo, ¿te quiere mucho?

—Sí, señor; es muy bueno. El dice que ve con mis ojos, porque como le llevo a todas partes, y le digo cómo son todas las cosas...

—Todas las cosas que no puede ver —indicó el forastero muy gustoso de aquel coloquio.

—Sí, señor; yo le digo todo. El me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo hablando, que para él es lo mismito que si la viera. Yo le explico cómo son las hierbas y las nubes, el cielo, el agua y los relámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles, el cuerpo y la cara de las personas y de los animales. Yo le digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando de todo.

—Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito! Ahí es nada... ¿Te ocupas de eso?... Dime, ¿sabes leer?

—No, señor. Si yo no sirvo para nada.

Decía esto en el tono más convincente, y con el gesto de que acompañaba su firme protesta parecía añadir: «Es usted un majadero al suponer que yo sirvo para algo.»

—¿No verías con gusto que tu amito recibiera de Dios el don de la vista?

La muchacha no contestó nada. Después de una pausa, dijo:

—¡Divino Dios! Esto es imposible.

—Imposible, no, aunque difícil.

—El ingeniero director de las minas ha dado esperanzas al padre de mi amo.

—¿Don Carlos Golfín?

—Sí, señor. Don Carlos tiene un hermano médico que cura los ojos, y según dicen da vista a los ciegos, arregla a los tuertos y les endereza los ojos a los bizcos.

—¡Qué hombre más hábil!

—Sí, señor; y como ahora el médico anunció a su hermano que iba a venir, su hermano le escribió, diciéndole que trajera las herramientas para ver si le podía dar vista a Pablo.

—Y ¿ha venido ya ese buen hombre?

—No, señor; como anda siempre allá por las Américas y las Inglaterras, parece que tardará en venir. Pero Pablo se ríe de esto, y dice que no le dará ese hombre lo que la Virgen Santísima le negó desde el nacer.

—Quizá tenga razón... Pero dime: ¿estamos ya cerca?... Porque veo chimeneas que arrojan un humo más negro que el del infierno, y veo también una claridad que parece de fragua.

—Sí, señor, ya llegamos. Aquéllos son los hornos de la calcinación, que arden día y noche. Aquí enfrente están las máquinas de lavado, que no trabajan sino de día; a mano derecha está el taller de composturas, y allá abajo, a lo último de todo, las oficinas.

En efecto: el lugar aparecía a los ojos de Golfín como lo describía Marianela. Esparciéndose el humo por falta de aire, envolvía en una como gasa oscura y sucia todos los edificios, cuyas masas negras señalábanse confusa y fantásticamente sobre el cielo iluminado por la luna.

—Más hermoso es esto para verlo una vez que para vivir aquí—indicó Golfín, apresurando el paso—. La nube de humo lo envuelve todo, y las luces forman un disco borroso como el de la luna en noche de bochorno. ¿En dónde están las oficinas?

—Allí. Ya pronto llegamos.

Después de pasar por delante de los hornos, cuyo calor obligóle a apretar el paso, el doctor vió un edificio tan negro y ahumado como todos los demás. Verlo y sentir los gratos sonidos de un piano

tecleado con verdadero frenesí, fué todo uno.

—Música tenemos; conozco las manos de mi cuñada.

—Es la señorita Sofía, que toca—afirmó María.

Claridad de alegres habitaciones lucía en los huecos, y abierto estaba el balcón principal. Veíase en él una ascua diminuta: era la lumbre de un cigarro. Antes que el doctor llegase, el ascua cayó, describiendo una perpendicular y dividiéndose en menudas y saltonas chispas: era que el fumador había arrojado la colilla.

—Allí está el fumador sempiterno—gritó el doctor con acento del más vivo cariño—. ¡Carlos, Carlos!

—¡Teodoro!—contestó una voz en el balcón.

Calló el piano, como un ave cantora que se asusta del ruido. Sonaron pasos en la casa. El doctor dió una moneda de plata a su guía, y corrió hacia la puerta.

IV

LA FAMILIA DE PIEDRA

Menudeando el paso y saltando sobre los obstáculos que hallaba en su camino, la Nela se dirigió a la casa que está detrás de los talleres de maquinaria y junto a las cuadras donde comían el pienso, pausada y gravemente, las sesenta mulas del establecimiento. Era la morada del señor Centeno, de moderna construcción, si bien nada elegante ni aun cómoda. Baja de techo, pequeña para albergar en sus tres piezas a los esposos Centeno, a los cuatro hijos de los esposos Centeno, el gato de los esposos Centeno, y, por añadidura, a la Nela, la casa figuraba en los planos de vitela de aquel gran establecimiento ostentando orgullosa, como otras muchas, este letrero: *Vivienda de capataces.*

En su interior, el edificio servía para probar, prácticamente, un aforismo que ya conocemos, por haberlo visto enunciado por la misma Marianela; es a saber: que ella, Marianela, no servía más que de estorbo. En efecto, allí había sitio para todo: para los esposos Centeno, para las herramientas de sus hijos, para mil cachivaches de cuya utilidad no hay pruebas inconcusas, para el gato, para el plato en que comía el gato, para la guitarra de Tanasio, para los materiales que el mismo empleaba en componer *garrotes*—cestas—para media docena de colleras viejas de mulas, para la jaula del mirlo, para dos peroles inútiles, para un altar en que la Centeno ponía ofrenda de flores de trapo a la Divinidad y unas velas seculares, colonizadas por las moscas; para todo absolutamente, menos para la hija de la Canela. A menudo se oía: «¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condenada Nela!...»

También se oía esto: «Vete a tu rincón... ¡Qué criatura! Ni hace ni deja hacer a los demás.»

La casa constaba de tres piezas y un desván. Era la primera, además de corredor y sala, alcoba de los Centeno mayores. En la segunda dormían las dos señoritas, que eran ya mujeres, y se llamaban la Mariuca y la Pepina. Tanasio, el primogénito, se agasajaba en el desván, y Celipín, que era el más pequeño de la familia y frisaba en los doce años, tenía su dormitorio en la cocina, la pieza más interna, más remota, más crepuscular, más ahumada y más inhabitable de las tres que componían la morada Centenil.

La Nela, durante los largos años de su residencia allí, había ocupado distintos rincones, pasando de uno a otro conforme lo exigía la instalación de mil objetos que no servían sino para robar a los seres vivos el último pedazo de suelo habitable. En cierta ocasión—no consta la fecha con exactitud—, Tanasio, que era tan imposibilitado de piernas como de ingenio, y se había dedicado a la construcción de cestas de avellano, puso en la cocina, formando pila, hasta media docena de aquellos ventrudos ejemplares de su industra. Entonces, la hija de la Canela volvió tristemente sus ojos en derredor, sin hallar sitio donde albergarse; pero la misma contrariedad sugirióle repentina y felicísima idea, que al instante puso en ejecución. Metióse bonitamente en una cesta, y así pasó la noche en fácil y tranquilo sueño. Indudablemente, aquello era bueno y cómodo: cuando tenía frío, tapábase con otra cesta. Desde entonces, siempre que había *garrotes* grandes, no careció de estuche en que encerrarse. Por eso decían en la casa: «Duerme como una alhaja.»

Durante la comida, y entre la algazara de una conversación animada sobre el trabajo de la mañana, oíase una voz que, bruscamente, decía: «Toma.» La Nela recogía una escudilla de manos de cualquier Centeno, grande o chico, y se sentaba contra el arca a comer sosegadamente. También solía oírse, al fin de la comida, la voz áspera y becerril del señor Centeno, diciendo a su esposa, en tono de reconvención: «Mujer, que no has dado nada a la pobre Nela.» A veces acontecía que la Señana—nombre formado de señora Ana—moviera la cabeza para buscar con los ojos, por entre los cuerpos de sus hijos, algún objeto pequeño y lejano, y que al mismo tiempo dijera: «Pues qué, ¿estaba allí? Ya pensé que también hoy se había quedado en Aldeacorba.»

Por las noches, después de cenar, rezaban el rosario. Tambaleándose como sacerdotisas de Baco, y revolviendo sus apretados puños en el hueco de los ojos, la Mariuca y la Pepina se iban a sus lechos, que eran cómodos y confortantes, paramentados con abigarradas colchas.

Poco después oíase un roncante dúo de contraltos aletargados, que duraba, sin interrupción, hasta el amanecer.

Tanasio subía al alto aposento, y Celipín se acurrucaba sobre haraposas mantas, no lejos de las cestas donde desaparecía la Nela.

Acomodados así los hijos, los padres permanecían un rato en la pieza principal; y mientras Centeno, sentándose junto a la mesilla y tomando un periódico, hacía mil muecas y visajes que indicaban el atrevido intento de leerlo, la Señana sacaba del arca una media repleta de dinero, y después de contado y de añadir o quitar algunas piezas, lo reponía cuidadosamente en su sitio. Sacaba después diferentes líos de papel que contenían monedas de oro, y trasegaba algunas piezas de uno en otro apartadijo. Entonces solían oírse frases sueltas como éstas:

—He tomado treinta y dos reales para el refajo de la Mariuca... A Tanasio le he puesto los seis reales que se le quitaron... Sólo nos faltan once duros para los quinientos...

O como éstas:

—«Señores diputados que dijeron sí...» «Ayer celebró una conferencia», etc.

Los dedos de Señana sumaban, y el de Sinforoso Centeno seguía tembloroso y vacilante los renglones, para poder guiar su espíritu por aquel laberinto de letras.

Las frases iban, poco a poco, resolviéndose en palabras sueltas; después, en monosílabos; oíase un bostezo, otro, y, al fin, todo quedaba en plácido silencio, después de extinguida la luz a cuyo resplandor había enriquecido sus conocimientos el capataz de mulas.

Una noche, después que todo calló, dejóse oír ruido de cestas en la cocina. Como allí había alguna claridad, porque jamás se cerraba la madera del ventanillo. Celipín Centeno, que no dormía aún, vió que las dos cestas, más altas colocadas una contra otra, se separaban, abriéndose como las conchas de un bivalvo. Por el hueco aparecieron la naricilla y los negros ojos de Nela.

—Celipín, Celipinillo—dijo ésta, sacando también su mano—, ¿estás dormido?

—No; despierto estoy. Nela, pareces una almeja. ¿Qué quieres?

—Toma, toma esta peseta que me dió esta noche un caballero, hermano de don Carlos... ¿Cuánto has juntado ya...? Este sí que es regalo. Nunca te había dado más que cuartos.

—Dame acá; muchas gracias, Nela —dijo el muchacho, incorporándose para tomar la moneda—. Cuarto a cuarto, ya me has dado al pie de treinta y dos reales... Aquí lo tengo en el seno, muy bien guardadito en el saco que me diste. ¡Eres una real moza!

—Yo no quiero para nada el dinero. Guárdalo bien, porque si la Señana te lo descubre, creerá que es para vicios y te pegará una paliza.

—No; no es para vicios, no es para vicios—afirmó el chicuelo con energía, oprimiéndose el seno con una mano, mientras sostenía su cabeza en la otra—, es para hacerme hombre de provecho, Nela, para hacerme hombre de pesquis, como muchos que conozco. El domingo, si me dejan ir a Villamojada, he de comprar una cartilla para aprender a leer, ya que aquí no quieren enseñarme. ¡Córcholis! Aprenderé solo. ¡Ah!, Nela, dicen que don Carlos era hijo de uno que barría las calles en Madrid. El solo, solito él, con la ayuda de Dios, aprendió todo lo que sabe.

—Puede que pienses tú hacer lo mismo, bobo.

—¡Córcholis! Puesto que mis padres no quieren sacarme de estas condenadas minas, yo me buscaré otro camino; sí, ya verás quién es Celipín. Yo no sirvo para esto, Nela. Deja tú que tenga reunida una buena cantidad, y verás, verás cómo me planto en la villa, y allí, o tomo el tren para irme a Madrid, o un vapor que me lleve a las islas de allá lejos, o me meto a servir con tal que me dejen estudiar.

—¡Madre de Dios divino! ¡Qué calladas tenías esas picardías!—dijo la Nela, abriendo más las conchas de su estuche y echando fuera toda la cabeza.

—Pero ¿tú me tienes por bobo?... ¡Ah!, Nelilla, estoy rabiando. Yo no puedo vivir así, yo me muero en las minas. ¡Córcholis! Paso las noches llorando, y me muerdo las manos, y... no te asustes, Nela, ni me creas malo por lo que voy a decirte: a ti sola te lo digo.

—¿Qué?

—Que no quiero a mi madre ni a mi padre como los debiera querer.

—Ea, pues, si haces eso, no te vuelvo a dar un real. ¡Celipín, por amor de Dios, piensa bien lo que dices!

—No lo puedo remediar. Ya ves cómo nos tienen aquí. ¡Córcholis! No somos gente, sino animales. A veces se me pone en la cabeza que somos menos que las mulas, y yo me pregunto si me diferencio en algo de un borrico... Coger una cesta llena de mineral y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que se está lavando. ¡Ay!...—al decir esto, los sollozos cortaban la voz del infeliz muchacho—. ¡Cór..., córcholis!, el que pase muchos años en este trabajo, al fin se ha de volver malo, y sus sesos serán de calamina... No, Celepín no sirve para esto... Les digo a mis padres que me saquen de aquí y me pongan a estudiar, y responden que son pobres y que yo tengo mucha *fantesía*. Nada, nada; no somos más que bestias que ganamos un jornal... Pero ¿tú no me dices nada?

La Nela no respondió... Quizá comparaba la triste condición de su compañero con la suya propia, hallando ésta infinitamente más aflictiva.

—¿Qué quieres tú que yo te diga?—replicó, al fin—. Como yo no puedo ser nunca nada, como yo no soy persona, nada te puedo decir... Pero no pienses esas cosas malas, no pienses eso de tus padres.

—Tú lo dices por consolarme; pero bien ves que tengo razón..., y me parece que estás llorando.

—Yo, no.

—Sí; tú estás llorando.

—Cada uno tiene sus cositas que llorar—repuso María con voz sofocada—. Pero es muy tarde, Celipe, y es preciso dormir.

—Todavía no..., ¡córcholis!

—Sí, hijito. Duérmete, y no pienses en esas cosas malas. Buenas noches.

Cerráronse las conchas de almeja, y todo quedó en silencio.

Se ha declamado mucho contra el positivismo de las ciudades, plaga que, entre las galas y el esplendor de la cultura, corroe los cimientos morales de la sociedad; pero hay una plaga más terrible, y es el positivismo de las aldeas, que petrifica millones de seres, matando en ellos toda ambición noble y encerrándolos en el círculo de una existencia mecánica, brutal y tenebrosa. Hay en nuestras sociedades enemigos muy espantosos; a saber: la especulación, el agio, la metalización del hombre culto, el negocio; pero sobre éstos descuella un monstruo que, a la callada, destroza más que ninguno: la codicia del aldeano. Para el aldeano codicioso no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien; todo esto se revuelve en su alma con supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable. Bajo el hipócrita candor se esconde una aritmética parda que supera en agudeza y perspicacia a cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto a los ochavos y sueña con trocarlos en plata, para convertir después la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse; tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir completan esta abominable pieza quitándole todos los medios de disimular su descarnado interior. Contando por los dedos es capaz de reducir a números todo el orden moral, la conciencia y el alma toda.

La Señana y el señor Centeno, que habían hallado, al fin, después de mil angustias, su *pedazo de pan* en las minas de Socartes, reunían, con el trabajo de sus cuatro hijos, un jornal que les habría parecido fortuna de príncipes en los tiempos en que andaban de feria en feria vendiendo pucheros. Debe decirse, tocante a las facultades intelectuales del señor Centeno, que su cabeza, en opinión de muchos, rivalizaba en dureza con el martillo-pilón montado en los talleres; no así tocante a las de Señana, que parecía mujer de muchísimo caletre y trastienda, gobernaba toda la casa como gobernaría el más sabio príncipe sus estados.

Apandaba bonitamente el jornal de su marido y de sus hijos, que era una hermosa suma, y cada vez que había cobranza parecíale que entraba por las puertas de su casa el mismo Jesucristo sacramentado: tal era el gusto que la vista de las monedas le producía.

Daba la Señana muy pocas comodidades a sus hijos en cambio de la hacienda que con las manos de ellos iba formando; pero como no se quejaban de la degradante y atroz miseria en que vivían, como no mostraban nunca pujos de emancipación ni anhelo de otra vida mejor y más digna de seres inteligentes, la Señana dejaba correr los días. Muchos pasaron antes que sus hijas durmieran en camas; muchísimos antes que cubrieran sus lozanas carnes con vestidos decentes. Dábales de comer sobria y metódicamente, haciéndose partidaria en esto de los preceptos higiénicos más en boga; pero la comida en su casa era triste, como un pienso dado a seres humanos.

En cuanto al pasto intelectual, la Señana creía firmemente que con la erudición de su esposo, el señor Centeno, adquirida en copiosas lecturas, tenía bastante la familia para merecer el dictado de sapientísima, por lo cual no trató de alimentar el espíritu de sus hijos con las rancias enseñanzas que se dan en la escuela. Si los mayores asistieron a ella, el más pequeño vióse libre de maestros y engolfado vivía durante doce horas diarias en el embrutecedor trabajo de las minas, con lo cual toda la familia navegaba ancha y holgadamente por el inmenso piélago de la estupidez.

Las dos hembras, Mariuca y Pepina, no carecían de encantos, siendo los principales su juventud y su robustez. Una de ellas leía de corrido: la otra, no, y en cuanto a conocimientos del mundo, fácilmente se comprende que no carecería de algunos rudimentos quien vivía entre risueño coro de ninfas de distintas edades y procedencias, ocupadas en un trabajo mecánico y con boca libre. Mariuca y Pepina eran muy apechugadas, muy derechas, fuertes y erguidas como amazonas. Vestían falda corta, mostrando media pantorrilla y el carnoso pie descalzo, y sus rudas cabezas habrían lucido bien sosteniendo un arquitrabe, como las mujeres de la Caria. El polvillo de la calamina, que las teñía de pies a cabeza, como a los demás trabajadores de las minas, dábales aire de colosales figuras de barro crudo.

Tanasio era un hombre apático. Su falta de carácter y de ambición rayaban en el idiotismo. Encerrado en las cuadras desde su infancia, ignorante de toda travesura, de toda contrariedad, de todo placer, de toda pena, aquel joven, que ya había nacido dispuesto a ser máquina, se convirtió, poco a poco, en la herramienta más grosera. El día en que semejante ser tuviera una idea propia, se cambiaría el orden admirable de todas las cosas, por el cual ninguna piedra puede pensar.

Las relaciones de esta prole con su madre, que era la gobernadora de toda la familia, eran las de una docilidad absoluta por parte de los hijos, y de un dominio soberano por parte de la Señana. El único que solía mostrar indicios de rebelión era el chiquitín. En sus cortos alcances, la Señana no comprendía aquella aspiración diabólica a dejar de ser piedra. ¿Por ventura había existencia más feliz y ejemplar que la de los peñascos? No admitía, no, que fuera cambiada, ni aun por la de canto rodado. Y Señana amaba a sus hijos; pero ¡hay tantas maneras de amar! Poníalos por encima de todas las cosas, siempre que se avinieran a trabajar perpetuamente en las minas, a amasar en una sola artesa todos sus jornales, a obedecerla ciegamente y a no tener aspiraciones locas ni afán de lucir galas, ni de casarse antes de tiempo, ni de aprender diabluras, ni de meterse en sabidurías, «porque los pobres—decía—siempre habían de ser pobres, y como pobres por-

tarse, sin farolear como los ricos y gente de la ciudad, que estaba toda comida de vicios y podrida de pecados.»

Hemos descrito el trato que tenían en casa de Centeno los hijos, para que se comprenda el que tendría la Nela, criatura abandonada, sola, inútil, incapaz de ganar jornal, sin pasado, sin porvenir, sin abolengo, sin esperanza, sin personalidad, sin derecho a nada más que el sustento. Señana se lo daba, creyendo firmemente que su generosidad rayaba en heroísmo. Repetidas veces dijo para sí, al llenar la escudilla de la Nela: «¡Qué bien me gano mi puestecito en el cielo!»

Y lo creía como el Evangelio. En su cerrada mollera no entraban ni podían entrar otras luces sobre el santo ejercicio de la caridad; no comprendía que una palabra cariñosa, un halago, un trato delicado y amante que hicieran olvidar al pequeño su pequeñez, al miserable su miseria, son heroísmos de más precio que el bodrio sobrante de una mala comida. ¿Por ventura no se daba lo mismo al gato? Y éste, al menos, oía las voces más tiernas. Jamás oyó la Nela que se la llamara *michita, monita,* ni que le dijeran *repreciosa,* ni otros vocablos melifluos y conmovedores con que era obsequiado el gato.

Jamás se le dió a entender a la Nela que había nacido de criatura humana, como los demás habitantes de la casa. Nunca fué castigada; pero ella entendió que este privilegio se fundaba en la desdeñosa lástima que inspiraba su menguada constitución física, y de ningún modo en el aprecio de la persona.

Nunca se le dió a entender que tenía un alma pronta a dar ricos frutos si se la cultivaba con esmero, ni que llevaba en sí, como los demás mortales, ese destello del eterno saber que se nombra inteligencia humana, y que de aquel destello podían salir infinitas luces y lumbre bienhechora. Nunca se le dió a entender que, en su pequeñez fenomenal, llevaba en sí el germen de todos los sentimientos nobles y delicados, y que aquellos menudos brotes podían ser flores hermosísimas y lozanas, sin más cultivo que una simple mirada de cuando en cuando. Nunca se le dió a entender que tenía derecho, por el mismo rigor de la Naturaleza al criarla, a ciertas atenciones de que pueden estar exentos los robustos, los sanos, los que tienen padres y casa propia, pero que corresponden por jurisprudencia cristiana al inválido, al pobre, al huérfano y al desheredado.

Por el contrario, todo le demostraba su semejanza con un canto rodado, el cual ni siquiera tiene forma propia, sino aquella que le dan las aguas que lo arrastran y el puntapié del hombre que lo desprecia. Todo le demostraba que su jerarquía dentro de la casa era inferior a la del gato, cuyo lomo recibía blandas caricias, y a la del mirlo, que saltaba gozoso en su jaula.

Al menos, de éstos no se dijo nunca, con cruel compasión «Pobrecita, mejor cuenta le hubiera tenido morirse.»

V

TRABAJO.—PAISAJE.—FIGURA

El humo de los hornos, que durante toda la noche velaban, respirando con bronco resoplido, se plateó vagamente en sus espirales más remotas; apareció risueña claridad por los lejanos términos y detrás de los montes, y poco a poco fueron saliendo, sucesivamente, de la sombra, los cerros que rodean a Socartes, los inmensos taludes de tierra rojiza, los negros edificios. La campana del establecimiento gritó con aguda voz: «Al trabajo», y cien y cien hombres soñolientos salieron de las casas, cabañas, chozas y agujeros. Rechinaban los goznes de las puertas; de las cuadras salían pausadamente las mulas, dirigiéndose solas al abrevadero, y el establecimiento, que poco antes semejaba una mansión fúnebre alumbrada por la claridad infernal de los hornos, se animaba, moviendo sus miles de brazos.

El vapor principió a zumbar en las calderas del gran automóvil, que hacía funcionar a un tiempo los aparatos de los talleres y el aparato del lavado. El agua, que tan principal papel desempeñaba en esta operación, comenzó a correr por las altas cañerías, de donde debía saltar sobre los cilindros. Risotadas de mujeres y ladridos de hombres que venían de tomar la mañana, precedieron a la faena; y, al fin, empezaron a girar las cribas cilíndricas con infernal chillido; el agua corría de una en otra,

pulverizándose, y la tierra sucia se atormentaba con vertiginoso voltear, rodando y cayendo de rueda en rueda, hasta convertirse en fino polvo achocolatado. Sonaba aquello como mil mandíbulas de dientes flojos que mascaran arena; parecía molino por el movimiento mareante; calidoscopio, por los juegos de la luz, del agua y de la tierra; enorme sonajero, de innúmeros cachivaches compuesto, por el ruido. No se podía fijar la atención, sin sentir vértigo, en aquel voltear incesante de una infinita madeja de hilos de agua, ora claros y transparentes, ora teñidos de rojo por la arcilla ferruginosa. Ni cabeza humana que no estuviera hecha a tal espectáculo, podría presenciar el feroz combate de mil ruedas dentadas, que, sin cesar, se mordían unas a otras, de ganchos que se cruzaban royéndose, y de tornillos que, al girar, clamaban con lastimero quejido, pidiendo aceite.

El lavado estaba al aire libre. Las correas de transmisión venían, zumbando, desde el departamento de la máquina. Otras correas se pusieron en movimiento, y entonces oyóse un estampido rítmico, un horrísono compás, a la manera de gigantescos pasos o de un violento latido interior de la madre tierra. Era el gran martillo-pilón del taller, que había empezado a funcionar. Su formidable golpe machacaba el hierro como blanda pasta, y esas formas de ruedas, ejes y carriles, que nos parecen eternas por lo duras, empezaban a desfigurarse, torciéndose y haciendo muecas, como rostros afligidos. El martillo, dando porrazos uniformes, creaba formas nuevas tan duras como las geológicas, que son obra laboriosa de los siglos. Se parecen mucho, sí, las obras de la fuerza a las de la paciencia.

Hombres negros, que parecían el carbón humanado, se reunían en torno a los objetos de fuego que salían de las fraguas, y, cogiéndolos con aquella prolongación incandescente de los dedos a quien llaman tenazas, los trabajaban. ¡Extraña escultura la que tiene por genio el fuego y por cincel el martillo! Las ruedas y ejes de los millares de vagonetas, las piezas estropeadas del aparato de lavado recibían allí compostura, y eran contruídos los picos, azadas y carretillas. En el fondo del taller, las sierras hacían chillar la madera, y aquel mismo hierro, educado en el trabajo por el fuego, destrozaba las generosas fibras del árbol arrancado a la tierra.

También afuera las mulas habían sido enganchadas a los largos trenes de vagonetas. Veíaselas pasar arrastrando tierra inútil para verterla en los taludes, o mineral para conducirlo al lavadero. Cruzábanse unos con otros aquellos largos reptiles, sin chocar nunca. Entraban por la boca de las galerías, siendo entonces perfecta su semejanza con los resbaladizos habitantes de las húmedas grietas; y cuando en las oscuridades del túnel relinchaba la indócil mula, creeríase que los saurios disputaban, chillando. Allá, en las más remotas cañadas, centenares de hombres golpeaban con picos la tierra para arrancarle, pedazo a pedazo, su tesoro. Eran los escultores de aquellas caprichosas e ingentes figuras que permanecían en pie, atentas, con gravedad silenciosa, a la invasión del hombre en las misteriosas esferas geológicas. Los mineros derrumbaban aquí, horadaban allá, cavaban más lejos, rasguñaban en otra parte, rompían la roca cretácea, desbarataban las graciosas láminas de pizarra samnita y esquistosa, despreciaban la caliza arcillosa, apartaban la limonita y el oligisto, destrozaban la preciosa dolomia, revolviendo incesantemente hasta dar con el silicato de cinc, esa plata de Europa que, por no ser la materia de que se hacen las cacerolas, deja de ser grandiosa fuente de bienestar y civilización. Sobre ella ha alzado Bélgica el estandarte de su grandeza moral y política. ¡Oh! La hojalata tiene también su epopeya.

El cielo estaba despejado; el sol derramaba libremente sus rayos, y la vasta pertenencia de Socartes resplandecía con súbito tono rojo. Rojas eran las peñas esculturales; rojo, el precioso mineral; roja, la tierra inútil acumulada en los largos taludes, semejantes a babilónicas murallas; rojo, el suelo; rojos, los carriles y los vagones; roja, toda la maquinaria; roja, el agua; rojos, los hombres y mujeres que trabajaban en toda la extensión de Socartes. El color subido de ladrillo era uniforme, con ligeros cambiantes, y general en todo: en la tierra y las casas, en el hierro y en los vestidos. Las mujeres ocupadas en lavar parecían una pléyade de equívocas

ninfas de barro ferruginoso crudo. Por la cañada abajo, en dirección al río, corría un arroyo de agua encarnada. Creeríase que era el sudor de aquel gran trabajo de hombres y máquinas, del hierro y de los músculos.

La Nela salió de su casa. También ella, sin trabajar en las minas, estaba teñida ligeramente de rojo, porque el polvo de la tierra calaminífera no perdona a nadie. Llevaba en la mano un mendrugo de pan que le había dado la Señana para desayunarse, y, comiéndoselo, marchaba aprisa, sin distraerse con nada, formal y meditabunda. No tardó en pasar más allá de los edificios, y, después de subir al plano inclinado, subió la escalera labrada en la tierra, hasta llegar a las casas de la barriada de Aldeacorba. La primera que se encontraba era una primorosa vivienda infanzona, grande, sólida, alegre, restaurada y pintada recientemente, con cortafuegos de piedra, aleros labrados y ancho escudo circundado de follaje granítico. Antes faltara en ella el escudo que la parra, cuyos sarmientos, cargados de hoja, parecían un bigote que aquélla tenía en el lugar correspondiente de su cara, siendo las dos ventanas los ojos, el escudo la nariz y el largo balcón la boca, siempre riendo. Para que la personificación fuera completa, salía del balcón una viga destinada a sujetar la cuerda de tender ropa, y con tal accesorio, la casa con rostro estaba fumándose un cigarro puro. Su tejado era en figura de gorra de cuartel, y tenía una ventana de guardilla que parecía una borla. La chimenea no podía ser más que una oreja. No era preciso ser fisonomista para comprender que aquella casa respiraba paz, bienestar y una conciencia tranquila.

Dábale acceso un corralillo circundado de tapias, y al costado derecho tenía una hermosa huerta. Cuando la Nela entró, salían las vacas, que iban a la pradera. Después de cambiar algunas palabras con el gañán, que era un mocetón formidable..., así como de tres cuartas de alto y de diez años de edad..., dirigióse a un señor obeso, bigotudo, entrecano, encarnado, de simpático rostro y afable mirar, de aspecto entre soldadesco y campesino, el cual apareció en mangas de camisa, con tirantes, y mostrando hasta el codo los velludos brazos. Antes que la muchacha hablara, el señor de los tirantes volvióse adentro, y dijo:

—Hijo mío, aquí tienes a la Nela.

Salió de la casa un joven, estatua del más excelso barro humano, suave, derecho, con la cabeza inmóvil, los ojos clavados y fijos en sus órbitas, como lentes expuestos en un muestrario. Su cara parecía de marfil, contorneada con exquisita figura; mas teniendo su tez la suavidad de la de una doncella, era varonil en gran manera, y no había en sus facciones parte alguna ni rasgo que no tuviese aquella perfección soberana con que fué expresado, hace miles de años, el pensamiento helénico. Aun sus ojos, puramente escultóricos, porque carecían de vista, eran hermosísimos, grandes y rasgados. Desvirtuábalos su fijeza y la idea de que tras aquella fijeza estaba la noche. Falto del don que constituye el núcleo de la expresión humana, aquel rostro de Antinoo ciego poseía la fría serenidad del mármol, convertido por el genio y el cincel en estatua, y por la fuerza vital, en persona. Un soplo, un rayo de luz, una sensación, bastarían para animar la hermosa piedra, que, teniendo ya todas las galas de la forma, carecía tan sólo de la conciencia de su propia belleza, la cual emana de la facultad de conocer la belleza exterior.

Su edad no pasaba de los veinte años; su cuerpo, sólido y airoso, con admirables proporciones construído, era digno en todo de la sin igual cabeza que sustentaba. Jamás se vió incorrección más lastimosa de la Naturaleza que la que el tal representaba, recibiendo, por una parte, admirables dones; privado, por otra, de la facultad que más comunica al hombre con sus semejantes y con el maravilloso conjunto de lo creado. Era tal la incorrección, que aquellos prodigiosos dones quedaban como inútiles, del mismo modo que si al ser creadas todas las cosas hubiéralas dejado el Hacedor a oscuras, para que no pudieran recrearse en sus propios encantos. Para mayor desdicha, había recibido el joven portentosa luz interior, un entendimiento de primer orden. Esto, y carecer de la facultad de percibir la idea visible, la formá, siendo al mismo tiempo divino como un ángel, hermoso como un hombre y ciego como un vegetal, era

fuerte cosa, ciertamente. No comprendemos, ¡ay!, el secreto de estas horrendas imperfecciones. Si lo comprendiéramos, se abrirían para nosotros las puertas que ocultan primordiales misterios del orden moral y del orden físico; comprenderíamos el inmenso misterio de la desgracia, del mal y de la muerte, y podríamos medir la perpetua sombra que, sin cesar, sigue al bien y a la vida.

Don Francisco Penáguilas, padre del joven, era un hombre más que bueno: era inmejorable, superiormente discreto, bondadoso, afable, honrado y magnánimo, no falto de instrucción. Nadie le aborreció jamás; era el más respetado de todos los propietarios ricos del país, y más de una cuestión se arregló por la mediación, siempre inteligente, del *señor de Aldeacorba de Suso*. La casa en que le hemos visto fué su cuna. Había estado de joven en América, y al regresar a España sin fortuna, entró a servir en la Guardia Civil. Retirado a su pueblo natal, donde se dedicaba a la labranza y a la ganadería, heredó regular hacienda, y en la época de nuestra historia acababa de heredar otra mayor.

Su esposa, andaluza, había muerto en edad muy temprana, dejándole un solo hijo, que a poco de nacer demostró hallarse privado en absoluto del más precioso de los sentidos. Esto fué la pena más aguda que amargó los días del buen padre. ¿Qué le importaba allegar riqueza y ver que la fortuna favorecía sus intereses y sonreía en su casa? ¿Para quién era esto? Para quien no podía ver ni las gordas vacas, ni las praderas risueñas, ni la huerta cargada de frutas. Don Francisco hubiera dado sus ojos a su hijo, quedándose él ciego el resto de sus días, si esta especie de generosidades fuesen practicables en el mundo que conocemos; pero como no lo son, no podía don Francisco dar realidad al noble sentimiento de su corazón sino proporcionando al desgraciado joven todo cuanto pudiera hacerle menos ingrata la oscuridad en que vivía. Para él eran todos los cuidados y los infinitos mimos y delicadezas cuyo secreto pertenece a las madres y algunas veces a los padres, cuando faltan aquéllas. Jamás contrariaba a su hijo en nada que fuera para su consuelo y distracción en los límites de lo honesto y moral. Divertíale con cuentos y lecturas; tratábale con solícito esmero, atendiendo a su salud, a sus goces legítimos, a su instrucción y a su educación cristiana; porque el señor de Penáguilas, que era un sí es no es severo de principios, decía: «No quiero que mi hijo sea ciego dos veces.»

Viéndole salir, y que la Nela le acompañaba fuera, díjoles cariñosamente:

—No os alejéis hoy mucho. No corráis... Adiós.

Mirólos desde la portada hasta que dieron vuelta a la tapia de la huerta. Después entró, porque tenía que hacer varias cosas: escribir una esquela a su hermano Manuel, ordeñar una vaca, podar un árbol y ver si había puesto la gallina pintada.

VI

TONTERÍAS

Pablo y Marianela salieron al campo, precedidos de *Choto*, que iba y volvía gozoso y saltón, moviendo la cola y repartiendo por igual sus caricias entre su amo y el lazarillo de su amo.

—Nela—dijo Pablo—, hoy está el día muy hermoso. El aire que corre es suave y fresco, y el sol calienta sin quemar. ¿Adónde vamos?

—Echaremos por estos prados adelante—replicó la Nela—, metiendo su mano en una de las faltriqueras de la americana del mancebo—. ¿A ver qué me has traído hoy?

—Busca bien, y encontrarás algo—dijo Pablo, riendo.

—¡Ah, Madre de Dios! Chocolate crudo... ¡Y poco que me gusta el chocolate crudo!... Nueces..., una cosa envuelta en un papel...

—¿Adónde vamos hoy?—repitió el ciego.

—A donde quieras, niño de mi corazón—repuso la Nela, comiéndose el dulce y arrojando el papel que lo envolvía—. Pide por esa boca, rey del mundo.

Los negros ojuelos de la Nela brillaban de contento, y su cara de avecilla graciosa y vivaracha multiplicaba sus medios de expresión, moviéndose sin cesar. Mirándola, se creía ver un relampagueo de reflejos temblorosos, como los que produce la luz sobre la superficie del

agua agitada. Aquella débil criatura, en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un cuerpo miserable, se ensanchaba, se crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo. Junto a él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía. Al separarse, creeríase que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión.

—Pues yo digo que iremos a donde tú quieras—observó el ciego—. Me gusta obedecerte. Si te parece bien, iremos al bosque que está más allá de Saldeoro. Esto si te parece bien.

—Bueno, bueno, iremos al bosque—exclamó la Nela, batiendo palmas—. Pero como no hay prisa, nos sentaremos cuando estemos cansados.

—Y que no es poco agradable aquel sitio donde está la fuente, ¿sabes, Nela?, y donde hay unos troncos muy grandes, que parecen puestos allí para que nos sentemos nosotros y donde se oyen cantar tantos, tantísimos pájaros, que es aquello la gloria.

—Pasaremos por donde está el molino, de quien tú dices que habla mascullando las palabras como un borracho. ¡Ay, qué hermoso día y qué contenta estoy!

—¿Brilla mucho el sol, Nela? Aunque me digas que sí, no lo entenderé, porque no sé lo que es brillar.

—Brilla mucho, sí, señorito mío. ¿Y a ti qué te importa eso? El sol es muy feo. No se le puede mirar a la cara.

—¿Por qué?

—Porque duele.

—¿Qué duele?

—La vista. ¿Qué sientes tú cuando estás alegre?

—¿Cuando estoy libre, contigo, solos los dos en el campo?

—Sí.

—Pues siento que me nace dentro del pecho una frescura, una suavidad dulce...

—¡Ahí te quiero ver! ¡Madre de Dios! Pues ya sabes cómo brilla el sol.

—¿Con frescura?

—No, tonto.

—Pues ¿con qué?

—Con eso.

—Con eso... ¿Y qué es eso?

—Eso—afirmó, nuevamente, la Nela con acento de firme convicción.

—Ya veo que esas cosas no se pueden explicar. Antes me formaba yo idea del día y de la noche. ¿Cómo? Verás: era de día, cuando hablaba la gente; era de noche, cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Ahora no hago las mismas comparaciones. Es de día, cuando estamos juntos tú y yo; es de noche, cuando nos separamos.

—¡Ay, divina Madre de Dios!—exclamó la Nela, echándose atrás las guedejas que le caían sobre la frente—. ¡A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo!

—Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que no te separes de mí.

—Bien, bien—dijo María, batiendo palmas otra vez.

Y, diciendo, se adelantó saltando algunos pasos, y recogiendo con extrema gracia sus faldas, empezó a bailar.

—¿Qué haces, Nela?

—¡Ah, niño mío, estoy bailando! Mi contento es tan grande, que me han entrado ganas de bailar.

Pero fué preciso saltar una pequeña cerca, y la Nela ofreció su mano al ciego. Después de pasar aquel obstáculo, siguieron por una calleja tapizada en sus dos rústicas paredes de lozanas hiedras y espinos. La Nela apartaba las ramas para que no picaran el rostro de su amigo, y, al fin, después de bajar gran trecho, subieron una cuesta por entre frondosos castaños y nogales. Al llegar arriba, Pablo dijo a su compañera:

—Si no te parece mal, sentémonos aquí. Siento pasos de gente.

—Son los aldeanos que vuelven del mercado de Homedes. Hoy es miércoles. El camino real está delante de nosotros. Sentémonos aquí antes de entrar en el camino real.

—Es lo mejor que podemos hacer. *Choto*, ven acá.

Los tres se sentaron.

—¡Si está esto lleno de flores!—exclamó la Nela—. ¡Madre, qué guapas!

—Cógeme un ramo. Aunque no las veo, me gusta tenerlas en mi mano. Se me figura que las oigo.

—Eso sí que es gracioso.

—Paréceme que, teniéndolas en mi mano, me dan a entender..., no puedo decirte cómo..., que son bonitas. Dentro de mí hay una cosa, no puedo decirte qué..., una cosa que responde a ellas. ¡Ay, Nela, se me figura que por dentro yo veo algo!

—¡Oh!, sí, lo entiendo...; como que todos lo tenemos dentro. El sol, las hierbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas..., todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que, además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro. Y nada más... Aquí tienes una flor, otra, otra, seis: todas son distintas. ¿A que no sabes tú lo que son las flores?

—Pues las flores—dijo el ciego, algo confundido, acercándolas a su rostro—son... unas como sonrisillas que echa la tierra... La verdad, no sé mucho del reino vegetal.

—¡Madre divinísima, qué poca ciencia!—exclamó María, acariciando las manos de su amigo—. Las flores son las estrellas de la tierra.

—Vaya un disparate. Y las estrellas, ¿qué son?

—Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

—Entonces las flores...

—Son las miradas de los que se han muerto y no han ido todavía al cielo —afirmó la Nela con entera convicción—. Los muertos son enterrados en la tierra. Como allá abajo no pueden estar sin echar una miradilla a la tierra, echan de sí una cosa que sube en forma y manera de flor. Cuando en un prado hay muchas flores es porque allá..., en tiempos atrás, enterraron en él muchos difuntos.

—No, no—replicó Pablo con seriedad—. No creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba. Lo que se entierra, Nela, no es más que un despojo, un barro inservible que no puede pensar, ni sentir, ni tampoco ver.

—Eso lo dirán los libros, que, según dice la Señana, están llenos de mentiras.

—Eso lo dicen la fe y la razón, querida Nela. Tu imaginación te hace creer mil errores. Poco a poco yo los iré destruyendo, y tendrás ideas buenas sobre todas las cosas de este mundo y del otro.

—¡Ay, ay con el doctorcillo de tres por un cuarto!... Ya, ¿pues no has querido hacerme creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas a la redonda?... ¡Cómo se conoce que no lo ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no se está más quieta que un peñón y el sol va corre que corre. Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé cómo está gobernada toda esa máquina... La Tierra está abajo, toda llena de islitas grandes y chicas. El sol sale por allá y se esconde por allí. Es el palacio de Dios.

—¡Qué tonta!

—¿Y por qué no ha de ser así? ¡Ay! Tú no has visto el cielo en un día claro, hijito. Parece que llueven bendiciones... Yo no creo que pueda haber malos; no, no los puede haber, si vuelven la cara hacia arriba y ven aquel ojazo que nos está mirando.

—Tu religiosidad, Nelilla, está llena de supersticiones. Yo te enseñaré ideas mejores.

—No me han enseñado nada—dijo María con inocencia—; pero yo, cavila que cavilarás, he ido sacando de mi cabeza muchas cosas que me consuelan, y así, cuando me ocurre una buena idea, digo: «Esto debe de ser así, y no de otra manera.» Por las noches, cuando me voy sola a mi casa, voy pensando en lo que será de nosotros cuando nos muramos, y en lo mucho que nos quiere a todos la Virgen Santísima.

—Nuestra Madre amorosa.

—¡Nuestra Madre querida! Yo miro al cielo y la siento encima de mí, como cuando nos acercamos a una persona y sentimos el calorcillo de su respiración. Ella nos mira de noche y de día por medio de..., no te rías..., por medio de todas las cosas hermosas que hay en el mundo.

—¿Y esas cosas hermosas...?

—Son sus ojos, tonto. Bien lo comprenderías si tuvieras los tuyos. Quien no ha visto una nube blanca, un árbol, una flor, el agua corriendo, un niño, el rocío, un corderillo, la luna paseándose tan maja por los cielos, y las estrellas, que son las miradas de los buenos que se han muerto...

—Mal podrán ir allá arriba si se quedan debajo de la tierra echando flores.

—¡Miren el sabihondo! Abajo se están mientras se van limpiando de pecados, que después suben volando arriba. La Virgen los espera. Sí, créelo, tonto. Las estrellas, ¿qué pueden ser

sino las almas de los que ya están salvos? ¿Y no sabes tú que las estrellas bajan? Pues yo misma las he visto caer así, así, haciendo una raya. Sí, señor; las estrellas bajan cuando tienen que decirnos alguna cosa.

—¡Ay, Nela!—exclamó Pablo vivamente—. Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu fantasía. Todos esos errores responden a una disposición muy grande para conocer la verdad, a una poderosa facultad tuya, que sería primorosa si estuviera auxiliada por la razón y la educación... Es preciso que tú adquieras un don precioso de que yo estoy privado; es preciso que aprendas a leer.

—¡A leer!... ¿Y quién me ha de enseñar?

—Mi padre. Yo le rogaré a mi padre que te enseñe. Ya sabes que él no me niega nada. ¡Qué lástima tan grande que vivas así! Tu alma está llena de preciosos tesoros. Tienes bondad sin igual y fantasía seductora. De todo lo que Dios tiene en su esencia absoluta, te dió a ti parte muy grande. Bien lo conozco; no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo... Hace año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros paseos... No, hace miles de años que te conozco. ¡Porque hay una relación tan grande entre lo que tú sientes y lo que yo siento!... Has dicho ahora mil disparates, y yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me he sentido conmovido y entusiasmado al oírte. Se me antoja que hablas dentro de mí.

—¡Madre de Dios!—exclamó la Nela, cruzando las manos—. ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

—¿Qué?

—Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las hermosuras de la tierra.

El ciego irguió su cuello repentina y vivísimamente, y extendiendo sus manos hasta tocar el cuerpecillo de su amiga, exclamó con afán:

—Dime, Nela, ¿y cómo eres tú?

La Nela no dijo nada. Había recibido una puñalada.

VII

MÁS TONTERÍAS

Habían descansado. Siguieron adelante, hasta llegar a la entrada del bosque que hay más allá de Saldeoro. Detuviéronse entre un grupo de nogales viejos, cuyos troncos y raíces formaban en el suelo una serie de escalones, con musgosos huecos y recortes tan apropiados para sentarse, que el arte no los hiciera mejor. Desde lo alto del bosque corría un hilo de agua, saltando de piedra en piedra, hasta dar con su fatigado cuerpo en un estanquillo que servía de depósito para alimentar el chorro de que se abastecían los vecinos. Enfrente, el suelo se deprimía poco a poco, ofreciendo grandioso panorama de verdes colinas pobladas de bosques y caseríos, de praderas llanas donde pastaban con tranquilidad vagabunda centenares de reses. En el último término, dos lejanos y orgullosos cerros, que eran límite de la tierra, dejaban ver en un largo segmento el azul purísimo del mar. Era un paisaje cuya contemplación revelaba al alma sus excelsas relaciones con lo infinito.

Sentóse Pablo en el tronco de un nogal, apoyando su brazo izquierdo en el borde del estanque. Alzaba la derecha mano para coger las ramas que descendían hasta tocar su frente, con lo cual pasaba a ratos, con el mover de las hojas, un rayo de sol.

—¿Qué haces, Nela?—dijo el muchacho después de una pausa, no sintiendo ni los pasos, ni la voz, ni la respiración de su compañera—. ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

—Aquí—replicó la Nela, tocándole el hombro—. Estaba mirando el mar.

—¡Ah! ¿Está muy lejos?

—Allá se ve por los cerros de Ficóbriga.

—Grande, grandísimo, tan grande que estaremos mirando todo un día sin acabarlo de ver; ¿no es eso?

—No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan.

—Ya, ya comprendo. Todos dicen que ninguna hermosura iguala a la del mar, por causa de la sencillez que hay en

él... Oye, Nela, lo que voy a decirte... Pero ¿qué haces?

La Nela, agarrando con ambas manos la rama del nogal, se suspendía y balanceaba graciosamente.

—Aquí estoy, señorito mío. Estaba pensando que por qué no nos daría Dios a nosotras las personas alas para volar como los pájaros. ¡Qué cosa más bonita que hacer... zas, y remontarnos y ponernos de un vuelo en aquel pico que está allá entre Ficóbriga y el mar!...

—Si Dios no nos ha dado alas, en cambio nos ha dado el pensamiento, que vuela más que todos los pájaros, porque llega hasta el mismo Dios... Dime tú: ¿para qué querría yo alas de pájaro, si Dios me hubiera negado el pensamiento?

—Pues a mí me gustaría tener las dos cosas. Y si tuviera alas, te cogería en mi piquito para llevarte por esos mundos y subirte a lo más alto de las nubes.

El ciego alargó su mano hasta tocar la cabeza de la Nela.

—Siéntate junto a mí. ¿No estás cansada?

—Un poquitín—replicó ella, sentándose y apoyando su cabeza con infantil confianza en el hombro de su amo.

—Respira fuerte, Nelilla; tú estás muy cansada. Es de tanto volar... Pues lo que te iba a decir es esto: hablando del mar, me hiciste recordar una cosa que mi padre me leyó anoche. Ya sabes que desde la edad en que tuve uso de razón, acostumbra mi padre a leerme todas las noches distintos libros de ciencia y de historia, de artes y de entretenimientos. Esas lecturas y estos paseos se puede decir que son mi vida toda. Dióme el Señor, para compensarme de la ceguera, una memoria feliz, y gracias a ella he sacado algún provecho de las lecturas, pues, aunque éstas han sido sin método, yo, al fin y al cabo, he logrado poner algún orden en las ideas que iban entrando en mi entendimiento. ¡Qué delicias tan grandes las mías al entender el orden admirable del universo, el concertado rodar de los astros; el giro de los átomos pequeñitos, y después las leyes, más admirables aún, que gobiernan nuestra alma! También me ha recreado mucho la Historia, que es un cuento verdadero de todo lo que los hombres han hecho antes de ahora, resultando, hija mía, que siempre han hecho las mismas maldades y las mismas tonterías, aunque no han cesado de mejorarse, acercándose todo lo posible, más sin llegar nunca, a las perfecciones que sólo posee Dios. Por último, me ha leído mi padre cosas sutiles y un poco hondas para ser penetradas de pronto, pero que suspenden y enamoran cuando se medita en ellas. Es lectura que a él no le agrada, por no comprenderla, y que a mí me ha cansado también unas veces, deleitándome otras. Pero no hay duda que cuando se da con un autor que sepa hablar con claridad, esas materias son preciosas. Contienen ideas sobre las causas y los efectos, sobre el porqué de lo que pensamos y el modo como lo pensamos, y enseñan la esencia de todas las cosas.

La Nela parecía no entender ni una palabra de lo que su amigo decía; pero atendía con toda su alma, abriendo la boca. Para apoderarse de aquellas esencias y causas de que su amo le hablaba, abría el pico como el pájaro que acecha el vuelo de la mosca que quiere cazar.

—Pues bien—añadió él—: anoche leyó mi padre unas páginas sobre la belleza. Hablaba el autor de la belleza, y decía que era el resplandor de la bondad y de la verdad, con otros muchos conceptos ingeniosos y tan bien traídos y pensados que daba gusto oírlos.

—Ese libro—dijo la Nela, queriendo demostrar suficiencia—no será como uno que tiene padre Centeno, que llaman... *Las mil y no sé cuántas noches.*

—No es eso, tontuela; habla de la belleza en absoluto...; ¿no entenderás esto de la belleza ideal?...; tampoco lo entiendes..., porque has de saber que hay una belleza que no se ve ni se toca, ni se percibe con ningún sentido.

—Como, por ejemplo, la Virgen María —interrumpió la Nela—, a quien no vemos ni tocamos, porque las imágenes no son ella misma, sino su retrato.

—Estás en lo cierto; así es. Pensando en esto, mi padre cerró el libro, y él decía una cosa y yo otra. Hablamos de la forma, y mi padre me dijo: «Desgraciadamente, tú no puedes comprenderla.» Yo sostuve que sí; dije que no había más que una sola belleza, y que ésa había de servir para todo.

La Nela, poco atenta a cosas tan su-

tiles, había cogido de las manos de su amigo las flores, y combinaba sus colores risueños.

—Yo tenía una idea sobre esto—añadió el ciego con mucha energía—, una idea con la cual estoy encariñado desde hace algunos meses. Sí, lo sostengo, lo sostengo... No, no me hacen falta los ojos para esto. Yo le dije a mi padre: «Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles; ese tipo es la Nela.» Mi padre se echó a reír y me dijo que sí.

La Nela se puso como amapola y no supo responder nada. Durante un breve instante de terror y ansiedad, creyó que el ciego la estaba *mirando*.

—Sí, tú eres la belleza más acabada que puede imaginarse—añadió Pablo con calor—. ¿Cómo podría suceder que tu bondad, tu inocencia, tu candor, tu gracia, tu imaginación, tu alma celestial y cariñosa, que ha sido capaz de alegrar mis tristes días; cómo podría suceder, cómo, que no estuviese representada en la misma hermosura?... Nela, Nela—añadió, balbuciente y con afán—. ¿No es verdad que eres muy bonita?

La Nela calló. Instintivamente se había llevado las manos a la cabeza, enredando entre sus cabellos las florecillas medio ajadas que había cogido antes en la pradera.

—¿No respondes?... Es verdad que eres modesta. Si no lo fueras, no serías tan repreciosa como eres. Faltaría la lógica de las bellezas, y eso no puede ser. ¿No respondes?...

—Yo...—murmuró la Nela con timidez, sin dejar de la mano su tocado—, no sé..., dicen que cuando niña era muy bonita... Ahora...

—Y ahora también.

María, en su extraordinaria confusión, pudo hablar así:

—Ahora..., ya sabes tú que las personas dicen muchas tonterías..., se equivocan también...; a veces, el que tiene más ojos ve menos.

—¡Oh! ¡Qué bien dicho! Ven acá, dame un abrazo.

La Nela no pudo acudir pronto, porque habiendo conseguido sostener entre sus cabellos una como guirnalda de florecillas, sintió vivos deseos de observar el efecto de aquel atavío en el claro cristal del agua. Por primera vez desde que vivía se sintió presumida. Apoyándose en sus manos, asomóse al estanque.

—¿Qué dices, Mariquilla?

—Me estoy mirando en el agua, que es como un espejo—replicó con la mayor inocencia, delatando su presunción.

—Tú no necesitas mirarte. Eres hermosa como los ángeles que rodean el trono de Dios.

El alma del ciego llenábase de entusiasmo y fervor.

—El agua se ha puesto a temblar—dijo la Nela—, y yo no me veo bien, señorito. Ella tiembla como yo. Ya está más tranquila, ya no se mueve... Me estoy mirando... ahora.

—¡Qué linda eres! Ven acá, niña mía —añadió el ciego, extendiendo sus brazos.

—¡Linda yo!—dijo ella, llena de confusión y ansiedad—. Pues esa que veo en el estanque no es tan fea como dicen. Es que hay también muchos que no saben ver.

—Sí, muchos.

—¡Si yo me vistiese como se visten otras...!—exclamó la chiquilla con orgullo.

—Te vestirás.

—¿Y ese libro dice que yo soy bonita?—preguntó ella, apelando a todos los recursos de convicción.

—Lo digo yo, que poseo una verdad inmutable—exclamó el ciego, llevado de su ardiente fantasía.

—Puede ser—observó la Nela, apartándose de su espejo pensativa y no muy satisfecha—que los hombres sean muy brutos y no comprendan las cosas como son.

—La Humanidad está sujeta a mil errores.

—Así lo creo—dijo Mariquilla, recibiendo gran consuelo con las palabras de su amigo—. ¿Por qué han de reírse de mí?

—¡Oh miserable condición de los hombres!—exclamó el ciego, arrastrado al absurdo por su delirante entendimiento—. El don de la vista puede causar grandes extravíos..., aparta a los hombres de la posesión de la verdad absoluta..., y la verdad absoluta dice que tú eres hermosa, hermosa sin tacha ni sombra alguna de fealdad. Que me digan lo contrario, y les desmentiré...

Váyanse ellos a paseo con sus formas. No..., la forma no puede ser la máscara de Satanás puesta ante la faz de Dios. ¡Ah!, ¡menguados! ¡A cuántos desvaríos os conducen vuestros ojos! Nela, Nela, ven acá, quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza.

María se arrojó en los brazos de su amigo.

—Chiquilla bonita—exclamó éste, estrechándola de un modo delirante contra su pecho—, ¡te quiero con toda mi alma!

La Nela no dijo nada. En su corazón, lleno de casta ternura, se desbordaban los sentimientos más hermosos. El joven, palpitante y conturbado, la abrazó más fuerte, diciéndole al oído:

—Te quiero más que a mi vida. Angel de Dios, quiéreme o me muero.

María se soltó de los brazos de Pablo, y éste cayó en profunda meditación. Una fuerza poderosa, irresistible, la impulsaba a mirarse en el espejo del agua. Deslizándose suavemente llegó al borde, y vió allá sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda, aunque no sin gracia; el cabello escaso y la movible fisonomía de pájaro. Alargó su cuerpo para verse el busto, y lo halló deplorablemente desairado. Las flores que tenía en la cabeza se cayeron al agua, haciendo temblar la superficie, y con la superficie, la imagen. La hija de la Canela sintió como si arrancaran su corazón de raíz, y cayó hacia atrás murmurando:

—¡Madre de Dios, qué feísima soy!

—¿Qué dices, Nela? Me parece que he oído tu voz.

—No decía nada, niño mío... Estaba pensando..., sí, pensaba que ya es hora de volver a tu casa. Pronto será hora de comer.

—Sí, vamos, comerás conmigo, y esta tarde saldremos otra vez. Dame la mano; no quiero que te separes de mí.

Cuando llegaron a la casa, don Francisco Penáguilas estaba en el patio, acompañado de dos caballeros. Marianela reconoció al ingeniero de las minas y al individuo que se había extraviado en la Terrible la noche anterior.

—Aquí están—dijo—el señor ingeniero y su hermano, el caballero de anoche.

Miraban los tres hombres con visible interés al ciego, que se acercaba.

—Hace rato que te estamos esperando, hijo mío—indicó don Francisco, tomando al ciego de la mano y presentándole al doctor.

—Entremos—dijo el ingeniero.

—¡Benditos sean los hombres sabios y caritativos!—exclamó el padre, mirando a Teodoro—. Pasen ustedes, señores. Que sea bendito el instante en que entran en mi casa.

—Veamos este caso—murmuró Golfín.

Cuando Pablo y los dos hermanos entraron, don Francisco se volvió hacia Mariquilla, que se había quedado en medio del patio, inmóvil y asombrada, y le dijo con bondad:

—Mira, Nela: más vale que te vayas. Mi hijo no puede salir esta tarde.

Y luego, como si viese que no se marchaba, añadió:

—Puedes pasar a la cocina. Dorotea te dará alguna chuchería.

VIII

PROSIGUEN LAS TONTERÍAS

Al día siguiente, Pablo y su guía salieron de la casa a la misma hora del anterior; mas como estaba encapotado el cielo y soplaba un airecillo molesto que amenazaba convertirse en vendaval, decidieron que su paseo no fuera largo. Atravesando el prado comunal de Aldeacorba, siguieron el gran talud de las minas por Poniente con intención de bajar a las excavaciones.

—Nela, tengo que hablarte de una cosa que te hará saltar de alegría—dijo el ciego, cuando estuvieron lejos de la casa—. ¡Nela, yo siento en mi corazón un alborozo...! Me parece que el universo, las Ciencias, la Historia, la Filosofía, la Naturaleza, todo eso que he aprendido, se me ha metido dentro y se está paseando por mí..., es como una procesión. Ya viste aquellos caballeros que me esperaban ayer...

—Don Carlos y su hermano, el que encontramos anoche.

—El cual es un famoso sabio que ha corrido por toda la América haciendo maravillosas curas... Ha venido a visitar a su hermano... Como don Carlos

es tan buen amigo de mi padre, le ha rogado que me examine... ¡Qué cariñoso y qué bueno es! Primero estuvo hablando conmigo: preguntóme varias cosas, y me contó otras muy chuscas y divertidas. Después díjome que me estuviese quieto, sentí sus dedos en mis párpados...; al cabo de un gran rato dijo unas palabras que no entendí; eran términos de Medicina. Mi padre no me ha leído nunca nada de Medicina. Acercáronme después a una ventana. Mientras me observaba con no sé qué instrumento, ¡había en la sala un silencio...! El doctor dijo después a mi padre: «Se intentará.» Decían otras cosas en voz muy baja para que no pudiera yo entenderlas, y creo que también hablaban por señas. Cuando se retiraron, mi padre me dijo: «Niño de mi alma, no puedo ocultarte la alegría que hay dentro de mí. Ese hombre, ese ángel de Dios, me ha dado esperanza, muy poca; pero la esperanza parece que se agarra más cuando más chica es. Quiero echarla de mí diciéndome que es imposible, no, no, casi imposible, y ella..., pegada como una lapa.» Así me habló mi padre. Por su voz conocí que lloraba... ¿Qué haces, Nela, estás bailando?

—No; estoy aquí, a tu lado.

—Como otras veces te pones a bailar desde que te digo una cosa alegre... Pero ¿hacia dónde vamos hoy?

—El día está feo. Vámonos hacia la Trascava, que es sitio abrigado, y después bajaremos al arco y a la Terrible.

—Bien, como tú quieras... ¡Ay, Nela, compañera mía, si fuese verdad, si Dios quisiera tener piedad de mí y me concediera el placer de verte!... Aunque sólo durara un día mi vista, aunque volviera a cegar al siguiente, ¡cuánto se lo agradecería!

La Nela no dijo nada. Después de mostrar exaltada alegría, meditaba con los ojos fijos en el suelo.

—Se ven en el mundo cosas muy extrañas—añadió Pablo—, y la misericordia de Dios tiene así... ciertos ex abruptos, lo mismo que su cólera. Vienen de improviso, después de largos tormentos y castigos, lo mismo que aparece la ira después de felicidades que se creían seguras y eternas, ¿no te parece?

—Sí, lo que tú esperas, será—dijo la Nela con aplomo.

—¿Por qué lo sabes?

—Me lo dice mi corazón.

—¡Te lo dice tu corazón! ¿Y por qué no han de ser ciertos estos avisos?—manifestó Pablo con ardor—. Sí, las almas escogidas pueden en casos dados presentir un suceso. Yo lo he observado en mí, pues como el ver no me distrae del examen de mí mismo, he notado que mi espíritu me susurraba cosas incomprensibles. Después ha venido un acontecimiento cualquiera, y he dicho con asombro: «Ya sabía algo de esto.»

—A mí me sucede lo mismo—repuso la Nela—. Ayer me dijiste tú que me querías mucho. Cuando fuí a mi casa, iba diciendo para mí: «Es cosa rara, pero yo sabía algo de esto.»

—Es maravilloso, chiquilla mía, cómo están acordadas nuestras almas. Unidas por la voluntad, no les falta más que un lazo. Ese lazo lo tendrán si yo adquiero el precioso sentido que me falta. La idea de ver no se determina en mi pensamiento si antes no acaricio en él la idea de quererte más. La adquisición de este sentido no significa para mí otra cosa que el don de admirar de un modo nuevo lo que ya me causa tanta admiración como amor... Pero se me figura que estás triste hoy.

—Sí que lo estoy..., y si he de decirte la verdad, no sé por qué... Estoy muy alegre y muy triste; las dos cosas a un tiempo. ¡Hoy está tan feo el día!... Valiera más que no hubiese día, y que fuera noche siempre.

—No, no; déjalo como está. Noche y día, si Dios dispone que yo sepa al fin diferenciaros, ¡cuán feliz seré!... ¿Por qué nos detenemos?

—Estamos en un lugar peligroso. Apartémonos a un lado para tomar la vereda.

—¡Ah!, la Trascava. Este césped resbaladizo va bajando hasta perderse en la gruta. El que cae en ella no puede volver a salir. Vámonos, Nela; no me gusta este sitio.

—Tonto, de aquí a la entrada de la cueva hay mucho que andar. ¡Y qué bonita está hoy!

La Nela, deteniéndose y sujetando a su compañero por el brazo, observaba la boca de la sima, que se abría en el terreno en forma parecida a la de un embudo. Finísimo césped cubría las ver-

tientes de aquel pequeño cráter cóncavo y profundo. En lo más hondo, una gran peña oblonga se extendía sobre el césped entre malezas, hinojos, zarzas, juncos y cantidad inmensa de pintadas florecillas. Parecía una gran lengua. Junto a ella se adivinaba, más bien que se veía, un hueco, un tragadero oculto por espesas hierbas, como las que tuvo que cortar Don Quijote cuando se descolgó dentro de la cueva de Montesinos.

La Nela no se cansaba de mirar.

—¿Por qué dices que está bonita esa horrenda Trascava?—le preguntó su amigo.

—Porque hay en ella muchas flores. La semana pasada estaban todas secas; pero han vuelto a nacer, y está aquello que da gozo verlo. ¡Madre de Dios! Hay muchos pájaros posados allí y muchísimas mariposas que están cogiendo miel en las flores... *Choto, Choto*, ven aquí, no espantes a los pobres pajaritos.

El perro, que había bajado, volvió gozoso llamado por la Nela, y la pacífica república de pajarillos volvió a tomar posesión de sus estados.

—A mí me causa horror este sitio—dijo Pablo, tomando el brazo a la muchacha—. Y ahora, ¿vamos hacia las minas? Sí, ya conozco este camino. Estoy en mi terreno. Por aquí vamos derechos al Barco... *Choto*, anda delante; no te enredes en mis piernas.

Descendían por una vereda escalonada. Pronto llegaron a la concavidad formada por la explotación minera. Dejando la verde zona vegetal, habían entrado bruscamente en la geológica, zanja enorme, cuyas paredes, labradas por el barreno y el pico, mostraban una interesante estratificación, cuyas diversas capas ofrecían en el corte los más variados tonos y los materiales más diversos. Era aquél el sitio que a Teodoro Golfín le había parecido el interior de un gran buque náufrago, comido de las olas, y su nombre vulgar justificaba esta semejanza. Pero de día se admiraba principalmente las superpuestas cortezas de la estratificación, con sus vetas sulfurosas y carbonatadas; sus sedimentos negros, sus lignitos, donde yace el negro azabache; sus capas de tierra ferruginosa, que parece amasada con sangre; sus grandes y regulares láminas de roca, quebradas en mil puntos por el arte humano y erizadas de picos, cortaduras y desgarrones. Era aquello como una herida abierta en el tejido orgánico y vista con microscopio. El arroyo, de aguas saturadas de óxido de hierro que corría por el centro, semejaba un chorro de sangre.

—¿En dónde está nuestro asiento? —preguntó el señorito de Penáguilas—. Vamos a él. Allí no nos molestará el aire.

Desde el fondo de la gran zanja subieron un poco por escabroso sendero abierto entre rotas piedras, tierra y matas de hinojo, y se sentaron a la sombra de enorme peña agrietada, que presentaba en su centro una larga hendidura. Más bien eran dos peñas, pegadas la una a la otra, con irregulares bordes, como dos gastadas mandíbulas que se esfuerzan en morder.

—¡Qué bien se está aquí!—dijo Pablo—. A veces suele salir una corriente de aire por esa gruta; pero hoy no siento nada. Lo que siento es el gorgoteo del agua allá dentro, en las entrañas de la Trascava.

—Calladita está hoy—observó la Nela—. ¿Quieres echarte?

—Pues mira que has tenido una buena idea. Anoche no he dormido pensando en lo que mi padre me dijo, en el médico, en mis ojos... Toda la noche estuve sintiendo una mano que entraba en mis ojos y abría en ellos una puerta cerrada y mohosa.

Diciendo esto, sentóse sobre la piedra, poniendo su cabeza sobre el regazo de la Nela.

—Aquella puerta—prosiguió—, que estaba allá en lo más íntimo de mi sentido, abrióse, como te he dicho, dando paso a una estancia donde se encerraba la idea que me persigue. ¡Ay, Nela de mi corazón, chiquilla idolatrada, si Dios quisiera darme ese don que me falta!... Con él me creería el más feliz de los hombres, yo que casi lo soy, sólo con tenerte por amiga y compañera de mi vida. Para que los dos seamos uno solo me falta muy poco: no me falta más que verte y recrearme en tu belleza, con ese placer de la vista que no puedo comprender aún, pero que concibo de una manera vaga. Tengo la curiosidad del espíritu; la de los ojos me falta. Supóngola como una nueva ma-

nera del amor que te tengo. Yo estoy lleno de tu belleza; pero hay algo en ella que no me pertenece todavía.

—¿No oyes?—dijo la Nela de improviso, demostrando interés por cosa muy distinta de lo que su amigo decía.

—¿Qué?

—Aquí dentro... ¡La Trascava!...; está hablando. Y la Trascava—observó la Nela, palideciendo—es un murmullo, un sí, sí, sí... A ratos oigo la voz de mi madre, que dice clarito: «Hija mía, ¡qué bien se está aquí!»

—Es tu imaginación. También la imaginación habla; me olvidé de decirlo. La mía a veces se pone tan parlanchina, que tengo que mandarla callar. Su voz es chillona, atropellada, inaguantable; así como la de la conciencia es grave, reposada, convincente, y lo que dice no tiene refutación.

—Ahora parece que llora... Se va poquito a poco perdiendo la voz—dijo la Nela, atenta a lo que oía.

De pronto salió por la gruta una ligera ráfaga de aire.

—¿No has notado que ha echado un gran suspiro?... Ahora se vuelve a oír la voz; habla bajo, y me dice al oído muy bajito, muy bajito...

—¿Qué te dice?

—Nada—replicó, bruscamente, María, después de una pausa—. Tú dices que son tonterías. Tendrás razón.

—Ya te quitaré yo de la cabeza esos pensamientos absurdos—dijo el ciego, tomándole la mano—. Hemos de vivir juntos toda la vida. ¡Oh Dios mío! Si no he de adquirir la facultad que me privaste al nacer, ¿para qué me has dado esperanzas? Infeliz de mí si no nazco de nuevo en manos del doctor Golfín. Porque esto será nacer otra vez. ¡Y qué nacimiento! ¡Qué nueva vida! Chiquilla mía, juro por la idea de Dios que tengo dentro de mí, clara, patente, inmutable, que tú y yo no nos separaremos jamás por mi voluntad. Yo tendré ojos, Nela, tendré ojos para poder recrearme en tu celestial hermosura, y entonces me casaré contigo. Serás mi esposa querida..., serás la vida de mi vida, el recreo y el orgullo de mi alma. ¿No dices nada a esto?

La Nela oprimió contra sí la hermosa cabeza del joven. Quiso hablar, pero su emoción no se lo permitía.

—Y si Dios no quiere otorgarme ese don—añadió el ciego—, tampoco te separarás de mí, también serás mi mujer, a no ser que te repugne enlazarte con un ciego. No, no, chiquilla mía, no quiero imponerte un yugo tan penoso. Encontrarás hombres de mérito que te amarán y que podrán hacerte feliz. Tu extraordinaria bondad, tus nobles prendas, tu belleza, han de cautivar los corazones y encender el más puro amor en cuantos te traten, asegurando un porvenir risueño. Yo te juro que te querré mientras viva, ciego o con vista, y que estoy dispuesto a jurarte delante de Dios un amor grande, insaciable, eterno. ¿No me dices nada?

—Sí; que te quiero mucho, muchísimo—dijo la Nela, acercando su rostro al de su amigo—. Pero no te afanes por verme. Quizá no sea yo tan guapa como tú crees.

Diciendo esto, la Nela, rebuscando en su faltriquera, sacó un pedazo de cristal azogado, resto inútil y borroso de un fementido espejo que se rompiera en casa de la Señana la semana anterior. Miróse en él; mas por causa de la clueñez del vidrio, érale forzoso mirarse por partes, sucesiva y gradualmente, primero un ojo, después la nariz. Alejándolo, pudo abarcar la mitad del conjunto. ¡Ay! ¡Cuán triste fué el resultado de su examen! Guardó el espejillo, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Nela, sobre mi frente ha caído una gota. ¿Acaso llueve?

—Sí, niño mío, parece que llueve—dijo la Nela, sollozando.

—No, es que lloras. Pues has de saber que me lo decía el corazón. Tú eres la misma bondad; tu alma y la mía están unidas por un lazo misterioso y divino; no se pueden separar, ¿verdad? Son dos partes de una misma cosa, ¿verdad?

—Verdad.

—Tus lágrimas me responden más claramente que cuanto pudieras decir. ¿No es verdad que me querrás mucho, lo mismo si me dan vista que si continúo privado de ella?

—Lo mismo, sí, lo mismo—afirmó la Nela, vehemente y turbada.

—¿Y me acompañarás?...

—Siempre, siempre.

—Oye tú—dijo el ciego con amoroso arranque—: si me dan a escoger entre no ver y perderte, prefiero...

—Prefieres no ver... ¡Oh! ¡Madre de

Dios divina, qué alegría tengo dentro de mí!

—Prefiero no ver con los ojos tu hermosura, porque la veo dentro de mí, clara como la verdad que proclamo interiormente. Aquí dentro estás, y tu persona me seduce y enamora más que todas las cosas.

—Sí, sí, sí—afirmó la Nela con desvarío—; yo soy hermosa, soy muy hermosa.

—Oye tú: tengo un presentimiento..., sí, un presentimiento. Dentro de mí parece que está Dios hablándome y diciéndome que tendré ojos, que te veré, que seremos felices... ¿No sientes tú lo mismo?

—Yo... El corazón que dice que me verás...; pero me lo dice partiéndoseme.

—Veré tu hermosura, ¡qué felicidad! —exclamó el ciego, con la expresión delirante, que era su expresión más propia en ciertos momentos—. Pero si ya la veo: si la veo dentro de mí, clara como la verdad que proclamo y que me llena el alma.

—Sí, sí, sí...—repitió la Nela con desvarío, espantados los ojos, trémulos los labios—. Yo soy hermosa, soy muy hermosa.

—Bendita seas tú...

—¡Y tú!—añadió ella, besándole en la frente—. ¿Tienes sueño?

—Sí, prinicipio a tener sueño. No he dormido anoche. Estoy tan bien aquí...

—Duérmete.

Principió a cantar con arrullo, como se canta a los niños soñolientos. Poco después Pablo dormía. La Nela oyó de nuevo la voz de la Trascava, diciéndole: «Hija mía, aquí, aquí.»

IX

LOS GOLFINES

Teodoro Golfín no se aburría en Socartes. El primer día después de su llegada pasó largas horas en el laboratorio con su hermano, y en los siguientes recorrió de un cabo a otro las minas, examinando y admirando las distintas cosas que allí había, que ya pasmaban por la grandeza de las fuerzas naturales, ya por el poder y brío del arte de los hombres. De noche, cuando todo callaba en el industrioso Socartes quedando sólo en actividad los bullidores hornos, el buen doctor, que era muy entusiasta de la música, se deleitaba oyendo tocar el piano a su cuñada Sofía, esposa de Carlos Golfín y madre de varios chiquillos que se habían muerto.

Los dos hermanos se profesaban vivo cariño. Nacidos en la clase más humilde, habían luchado solos en edad temprana por salir de la ignorancia y de la pobreza, viéndose a punto de sucumbir diferentes veces; mas tanto pudo en ellos el impulso de una voluntad heroica, que, al fin, llegaron jadeantes a la ansiada orilla, dejando atrás las turbias olas en que se agita en constante estado de naufragio el grosero vulgo.

Teodoro, que era el mayor, fué médico antes que Carlos ingeniero. Ayudó a éste con todas sus fuerzas mientras el joven lo necesitara, y cuando le vió en camino, tomó el que anhelaba su corazón aventurero, yéndose a América. Allá trabajó, juntamente con otros afamados médicos europeos, adquiriendo bien pronto dinero y fama. Hizo un viaje a España; tornó al Nuevo Mundo; vino más tarde, para regresar al poco tiempo. En cada una de estas excursiones daba la vuelta a Europa para apropiarse de los progresos de la ciencia oftálmica, que cultivaba.

Era un hombre de facciones bastas, moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centellante, naturaleza incansable, constitución fuerte, si bien algo gastada por el clima americano. Su cara, grande y redonda; su frente huesuda, su melena rebelde, aunque corta; el fuego de sus ojos, sus gruesas manos, habían sido motivo para que dijeran de él: «Es un león negro.» En efecto, parecía un león, y, como el rey de los animales, no dejaba de manifestar a cada momento la estimación en que a sí mismo se tenía. Pero la vanidad de aquel hombre insigne era la más disculpable de todas las vanidades, pues consistía en sacar a relucir dos títulos de gloria, a saber: su pasión por la Cirugía y la humildad de su origen. Hablaba, por lo general, incorrectamente, por ser incapaz de construir con gracia y elegancia las oraciones. Sus frases, rápidas y entrecortadas, se acomodaban a la emisión de su pensamiento, que era una especie de emisión eléctrica. Mu-

chas veces, Sofía, al pedirle su opinión sobre cualquier cosa, decía: «A ver lo que piensa de esto la Agencia Havas.»

—Nosotros—indicaba Teodoro—, aunque descendemos de las hierbas del campo, que es el más bajo linaje que se conoce, nos hemos hecho árboles corpulentos... ¡Viva el trabajo y la iniciativa del hombre!... Yo creo que los Golfines, aunque, aparentemente, venimos de maragatos, tenemos sangre inglesa en nuestras venas... Hasta nuestro apellido parece que es de pura casta sajona. Yo lo descompondría de este modo: *Gold,* oro...; *to find,* hallar... Es, como si dijéramos, buscador de oro... He aquí que mientras mi hermano lo busca en las entrañas de la tierra, yo lo busco en el interior maravilloso de ese universo en abreviatura que se llama el ojo humano.

En la época de esta veraz historia venía de América, por la vía de Nueva York-Liverpool, y, según dijo, su expatriación había cesado definitivamente; pero no le creían, por haber expresado lo mismo en otras ocasiones y haber hecho lo contrario.

Su hermano Carlos era un bendito, hombre muy pacífico, estudioso, esclavo de su deber, apasionado por la Mineralogía y la Metalurgia hasta poner a estas dos mancebas cien codos más altas que su mujer. Por lo demás, ambos cónyuges vivían en conformidad completa, o, como decía Teodoro, en estado *isomórfico,* porque cristalizaban en un mismo sistema. En cuanto a él, siempre que se hablaba de matrimonio, decía, riendo: «El matrimonio sería para mí una *Epigénesis* o cristal *seudomórfico,* es decir, un sistema de cristalización que no me corresponde.»

Era Sofía una excelente señora, de regular belleza, cada día reducida a menor expresión por una tendencia lamentable a la obesidad. Le habían dicho que la atmósfera del carbón de piedra enflaquecía, y por eso fué a vivir a las minas, con propósito de pasar en ellas todo el año. Por lo demás, aquella atmósfera, saturada de polvo de calamina y de humo, causábale no poco disgusto. No tenía hijos vivos, y su principal ocupación consistía en tocar el piano y en organizar asociaciones benéficas de señoras para socorros domiciliarios y sostenimiento de hospitales y escuelas. En Madrid, y durante buena porción de años, su actividad había hecho prodigios, ofreciendo ejemplos dignos de imitación a todas las almas aficionadas a la caridad. Ayudada de dos o tres señoras de alto linaje, igualmente amantes del prójimo, había logrado celebrar más de veinte funciones dramáticas, otros tantos bailes de máscaras, seis corridas de toros y dos de gallos, todo en beneficio de los pobres.

En el número de sus vehemencias, que solían ser pasajeras, contábase una que quizá no sea tan recomendable como aquella de socorrer a los menesterosos, y consistía en rodearse de perros y gatos, poniendo en estos animales un afecto que al mismo amor se parecía. Ultimamente, y cuando residía en el establecimiento de Socartes, tenía un *toy terrier* que por encargo le había traído de Inglaterra Ulises Bull, jefe del taller de maquinaria. Era un galguito fino y elegante, delicado y mimoso como un niño. Se llamaba *Lilí,* y había costado en Londres doscientos duros.

Los Golfines paseaban en los días buenos; en los malos, tocaban el piano o cantaban, pues Sofía tenía cierto chillido que podía pasar por canto en Socartes. El ingeniero segundo tenía voz de bajo; Teodoro también era bajo profundo; Carlos, allá se iba; de modo que armaban una especie de coro de sacerdotes, en el cual descollaba la voz de Sofía como sacerdotisa a quien van a llevar al sacrificio. Todas las piezas que se cantaban eran, o si no lo eran lo parecían, de sacerdotes sacrificadores y sacerdotisas sacrificadas.

En los días de paseo solían merendar en el campo. Una tarde—a últimos de septiembre y seis días después de la llegada de Teodoro a las minas—volvían de su excursión en el orden siguiente: *Lilí,* Sofía, Teodoro, Carlos. La estrechez del sendero no les permitía caminar de dos en dos. *Lilí* llevaba su manta o gabancito azul con las iniciales de su ama. Sofía apoyaba en su hombro el palo de la sombrilla, y Teodoro llevaba en la misma postura su bastón, con el sombrero en la punta. Gustaba mucho de pasear con la deforme cabeza al aire. Pasaban al borde de la Trascava, cuando *Lilí,* desviándose del sendero con la elástica ligereza de sus patillas como alambre, echó a correr césped

abajo por la vertiente del embudo. Primero corría, después resbalaba. Sofía dió un grito de terror. Su primer movimiento, dictado por un afecto que parecía materno, fué correr detrás del animal, tan cercano al peligro; pero su esposo la contuvo, diciendo:

—Deja que se lleve el demonio a *Lilí*, mujer; él volverá. No se puede bajar: este césped es muy resbaladizo.

—*¡Lilí, Lilí!*...—gritaba Sofía, esperando que sus amantes ayes detendrían al animal en su camino de perdición, trayéndole al de la virtud.

Las voces más tiernas no hicieron efecto en el revoltoso ánimo de *Lilí*, que seguía bajando. A veces miraba a su ama, y con sus expresivos ojuelos negros parecía decirle: «Señora, por el amor de Dios, no sea usted tan tonta.»

Lilí se detuvo en la gran peña blanquecina, agujereada, musgosa, que en la boca misma del abismo se veía, como encubriéndola. Fijáronse allí todos los ojos, y al punto observaron que se movía un objeto. Creyeron de pronto ver un animal dañino que se ocultaba detrás de la peña; pero Sofía lanzó un nuevo grito, el cual antes era de asombro que de terror:

—¡Si es la Nela!... Nela, ¿qué haces ahí?

Al oír su nombre, la muchacha se mostró toda turbada y ruborosa.

—¿Qué haces ahí, loca?—repitió la dama—. Coge a *Lilí* y tráemelo... ¡Válgame Dios lo que inventa esta criatura! Miren dónde ha ido a meterse. Tú tienes la culpa de que *Lilí* haya bajado... ¡Qué cosas le enseñas al animalito! Por tu causa es tan mal criado y tan antojadizo.

—Esa muchacha es de la piel de Barrabás—dijo don Carlos a su hermano—. ¡Vaya dónde se ha ido a poner!

Mientras esto se decía en el borde de la Trascava, abajo la Nela había emprendido la persecución de *Lilí*, el cual, más travieso y calavera en aquel día que en ningún otro de su monótona existencia, huía de las manos de la chicuela. Gritábale la dama, exhortándole a ser juicioso y formal; pero él, poniendo en olvido las más vulgares nociones del deber, empezó a dar brincos y a mirar con descaro a su ama, como diciéndole: «Señora, ¿quiere usted irse a paseo y dejarme en paz?»

Al fin, *Lilí* dió con su elegante cuerpo en medio de las zarzas que cubrían la boca de la cueva, y allí la mantita de que iba vestido fuéle de grandísimo estorbo. El animal, viéndose imposibilitado de salir de entre la maleza, empezó a ladrar, pidiendo socorro.

—¡Que se me pierde! ¡Que se me mata!—exclamó, gimiendo, Sofía—. ¡Nela, Nela, si me lo sacas te doy un perro grande! ¡Sácalo..., ve con cuidado..., agárrate bien!

La Nela se deslizó intrépidamente, poniendo su pie sobre las zarzas y robustos hinojos que tapaban el abismo; y, sosteniéndose con una mano en las asperezas de la peña, alargó la otra hasta pillar el rabo de *Lilí*, con lo cual le sacó del aprieto en que estaba. Acariciando al animal, subió triunfante a los bordes del embudo.

—Tú, tú, tú tienes la culpa—díjole Sofía, de mal talante, aplicándole tres suaves coscorrones—, porque si no te hubieras metido allí... Ya sabes que va detrás de ti dondequiera que te encuentre... ¡Buena pieza!...

Y luego, besando al descarriado animal y administrándole dos nalgadas, después de cerciorarse que no había padecido avería de fundamento en su estimable persona, le arregló la mantita, que se le había puesto por montera, y lo entregó a Nela, diciéndole:

—Toma, llévalo en brazos, porque estará cansado, y estas largas caminatas pueden hacerle daño. Cuidado... Anda delante de nosotros... Cuidado, te repito... Mira que voy detrás, observando lo que haces.

Púsose de nuevo en marcha la familia, precedida por la Nela. *Lilí* miraba a su ama por encima del hombro de la chiquilla, y parecía decirle: «¡Ay señora, pero qué boba es usted.»

Teodoro Golfín no había dicho nada durante el conmovedor peligro del hermoso *Lilí;* pero cuando se pusieron en marcha por la gran pradera, donde los tres podían ir al lado uno de otro sin molestarse, el doctor dijo a la mujer de su hermano:

—Estoy pensando, querida Sofía, que ese animal te inquieta demasiado. Verdad que un perro que cuesta doscientos duros no es un perro como otro cualquiera. Yo me pregunto por qué has empleado el tiempo y el dinero en ha-

cerle un gabán a ese señorito canino, y no se te ha ocurrido comprarle unos zapatos a la Nela.

—¡Zapatos a la Nela!—exclamó Sofía, riendo—. Y yo pregunto: ¿para qué los quiere?... Tardaría dos días en romperlos. Podrás reírte de mí todo lo que quieras... Bien, yo comprendo que cuidar mucho a *Lilí* es una extravagancia...; pero no podrás acusarme de falta de caridad... Alto ahí..., eso sí que no te lo permito. (Al decir esto, tomaba un tono muy serio, con evidente expresión de orgullo.) Y en lo de saber practicar la caridad con prudencia y tino, tampoco creo que me eche el pie adelante persona alguna... No consiste, no, la caridad en dar, sin ton ni son, cuando no existe la seguridad de que la limosna ha de ser bien empleada. ¡Si querrás darme lecciones!... Mira, Teodoro, que en eso sé tanto como tú en el tratado de los ojos.

—Sí; ya sabemos, querida, que has hecho maravillas. No me cuentes otra vez lo de las funciones dramáticas, bailes y corridas de toros, organizadas por tu ingenio para alivio de los pobres, ni lo de las rifas, que, poniendo en juego grandes sumas, han servido, en primer lugar, para dar de comer a unos cuantos holgazanes, quedando sólo para los enfermos un resto de poca monta. Todo eso sólo me prueba las singulares costumbres de una sociedad que no sabe ser caritativa sino bailando, toreando y jugando a la lotería... No hablemos de eso; ya conozco estas heroicidades y las admiro; también eso tiene su mérito, y no poco. Pero tú y tus amigas rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca la causa de su miseria..., ni para observar qué clase de miseria le aqueja, pues hay algunas tan extraordinarias, que no se alivian con la fácil limosna del ochavo..., ni tampoco con el mendrugo de pan...

—Ya tenemos a nuestro filósofo en campaña—dijo Sofía, con mal humor—. ¿Qué sabes tú lo que yo he hecho ni lo que he dejado de hacer?

—No te enfades, hija—replicó Golfín—; todos mis argumentos van a parar a un punto, y es que debiste comprarle zapatos a Nela.

—Pues mira, mañana mismo los tendrá.

—No, porque esta misma noche se los compraré yo. No se meta usted en mis dominios, señora.

—¡Eh..., Nela!—gritó Sofía, viendo que la chiquilla estaba a larga distancia—. No te alejes mucho; que te vea yo, para saber lo que haces.

—¡Pobre criatura! —dijo Carlos—. ¡Quién ha de decir que eso tiene dieciséis años!

—Atrasadilla está. ¡Qué desgracia! —exclamó Sofía—. Y yo me pregunto: ¿para qué permite Dios que tales criaturas vivan?... Y me pregunto también: ¿qué es lo que se puede hacer por ella? Nada, nada más que darle de comer, vestirla... hasta cierto punto... Ya se ve..., rompe todo lo que le ponen encima. Ella no puede trabajar, porque se desmaya; ella no tiene fuerzas para nada. Saltando de piedra en piedra, subiéndose a los árboles, jugando y enredando todo el día y cantando como los pájaros, cuanto se le pone encima conviértese pronto en jirones...

—Pues yo he observado en la Nela —dijo Carlos—algo de inteligencia y agudeza de ingenio bajo aquella corteza de candor y salvaje rusticidad. No, señor; la Nela no es tonta, ni mucho menos. Si alguien se hubiera tomado el trabajo de enseñarle alguna cosa, habría aprendido mejor quizá que la mayoría de los chicos. ¿Qué creen ustedes? La Nela tiene imaginación; por tenerla y carecer hasta de la enseñanza más rudimentaria, es sentimental y supersticiosa.

—Eso es: se halla en la situación de los pueblos primitivos—afirmó Teodoro—. Está en la época del pastoreo.

—Ayer precisamente—añadió Carlos—pasaba yo por la Trascava y la vi en el mismo sitio donde la hemos hallado hoy. La llamé, hícela salir, le pregunté qué hacía en aquel sitio, y con la mayor sencillez del mundo me contestó que estaba hablando con su madre... Tú no sabes que la madre de la Nela se arrojó por esa sima.

—Es decir, que se suicidó—dijo Sofía—. Era una mujer de mala vida y peores ideas, según he oído contar. Nos han dicho que se embriagaba como un fogonero. Y yo me pregunto: esos seres tan envilecidos que terminan una vida de crímenes con el mayor de todos, que es el suicidio, ¿merecen la compasión del

género humano? Hay cosas que horripilan; hay personas que no debieran haber nacido, no, señor, y Teodoro podrá decir todas las sutilezas que quiera, pero yo me pregunto...

—No, no te preguntes nada, hermana querida—dijo, vivamente, Teodoro—. Yo te responderé que el suicida merece la más viva, la más cordial compasión. En cuanto a vituperio, échesele encima todo el que haya disponible; pero al mismo tiempo... bueno será indagar qué causas le llevaron a tan horrible extremo de desesperación..., y se observaría si la sociedad no le ha dejado abierta, desamparándole en absoluto, la puerta de ese abismo horrendo que le llama...

—¡Desamparado de la sociedad! Hay algunos que lo están...—dijo Sofía, con impertinencia—. La sociedad no puede amparar a todos. Mira la estadística, Teodoro: mírala y verás la cifra de pobres... Pero si la sociedad desampara a alguien, ¿para qué sirve la religión?

—Refiérome al miserable desesperado que reúne a todas las miserias la miseria mayor, que es la ignorancia... El ignorante envilecido y supersticioso sólo posee nociones vagas y absurdas de la Divinidad... Lo desconocido, lejos de detenerle, le impulsa más a cometer su crimen... Rara vez hará beneficios la idea religiosa al que vegeta en estúpida ignorancia. A él no se acerca amigo inteligente, ni maestro, ni sacerdote. No se le acerca sino el juez que ha de mandarle a presidio... Es singular el rigor con que condenáis vuestra propia obra —añadió con vehemencia, enarbolando el palo, en cuya punta tenía su sombrero—. Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes...; los estáis viendo, sí...., nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; no se os ocurre ennoblecerlos, haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia; los veis viviendo en habitaciones inmundas, mal alimentados, perfeccionándose cada día en su salvaje rusticidad, y no se os ocurre extender un poco hasta ellos las comodidades de que estáis rodeados... ¡Toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio, sin reparar que sostenéis escuela permanente de estos tres crímenes!

—No sé para qué están ahí los asilos de beneficencia—dijo, agriamente, Sofía—. Lee la estadística, Teodoro; léela, y verás el número de desdichados... Lee la estadística...

—Yo no leo la estadística, querida hermana, ni me hace falta para nada tu estadística. Buenos son los asilos; pero no, no bastan para resolver el gran problema que ofrece la orfandad. El miserable huérfano, perdido en las calles y en los campos, desamparado de todo cariño personal y acogido sólo por las corporaciones, rara vez llena el vacío que forma en su alma la carencia de familia...; ¡oh!, vacío donde debían estar, y rara vez están, la nobleza, la dignidad y la estimación de sí mismo. Sobre este tema tengo una idea, es una idea mía; quizá os parezca un disparate.

—Díncsla.

—El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto, como no se resolverán tampoco sus compañeros los demás problemas sociales; pero habrá un alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes..., por las leyes, ya veis que esto no es cosa de juego, establezcan que todo huérfano, cualquiera que sea su origen..., no reírse..., tenga derecho a entrar, en calidad de hijo adoptivo, en la casa de un matrimonio acomodado que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de modo que no hubiera padres sin hijos, ni hijos sin padres.

—Con tu sistema—dijo Sofía—ya se arreglarían las cosas de modo que nosotros fuésemos papás de la Nela.

—¿Por qué no?—repuso Teodoro—. Entonces no gastaríamos doscientos duros en comprar un perro, ni estaríamos todo el santo día haciendo mimos al señorito *Lilí*.

—¿Y por qué han de estar exentos de esa graciosa ley los solteros ricos? ¿Por qué no han de cargar ellos también con su huérfano, como cada hijo de vecino?

—No me opongo—dijo el doctor, mirando al suelo—. Pero ¿qué es esto?... ¡Sangre!

Todos miraron al suelo, donde se

veían, de trecho en trecho, manchitas de sangre.

—¡Jesús!—exclamó Sofía, apretando los ojos—. Si es la Nela. Mira cómo se ha puesto los pies.

—Ya se ve... Como tuvo que meterse entre las zarzas para coger a tu dichoso *Lilí*. Nela, ven acá.

La Nela, cuyo pie derecho estaba ensangrentado, se acercó, cojeando.

—Dame al pobre *Lilí*—dijo Sofía, tomando el canino de manos de la vagabunda—. No vayas a hacerle daño. ¿Te duele mucho? ¡Pobrecita! Eso no es nada. ¡Oh, cuánta sangre!... No puedo ver eso.

Sensible y nerviosa, Sofía se volvió de espaldas, acariciando a *Lilí*.

—A ver, a ver qué es eso—dijo Teodoro, tomando a la Nela en sus brazos y sentándola en una piedra de la cerca inmediata.

Poniéndose sus lentes, le examinó el pie.

—Es poca cosa: dos o tres rasguños... Me parece que tienes una espina dentro... ¿Te duele? Sí, aquí está la pícara... Aguarda un momento. Sofía, echa a correr si te molesta ver una operación quirúrgica.

Mientras Sofía daba algunos pasos para poner su precioso sistema nervioso a cubierto de toda alteración, Teodoro Golfín sacó su estuche, del estuche unas pinzas, y en un santiamén extrajo la espina.

—¡Bien por la mujer valiente!—dijo, observando la serenidad de la Nela—. Ahora vendemos el pie.

Con su pañuelo vendó el pie herido. Marianela trató de andar. Carlos le dio la mano.

—No, no, ven acá—dijo Teodoro, cogiendo a Marianela por los brazos.

Con rápido movimiento levantóla en el aire y la sentó sobre su hombro derecho.

—Si no estás segura, agárrate a mis cabellos, son fuertes. Ahora lleva tú el palo con el sombrero.

—¡Qué facha!—exclamó Sofía, muerta de risa al verlos venir—. Teodoro con la Nela al hombro, y luego el palo con el sombrero de Gessler.

X

HISTORIA DE DOS HIJOS DEL PUEBLO

—Aquí tienes, querida Sofía—dijo Teodoro—, un hombre que sirve para todo. Este es el resultado de nuestra educación, ¿verdad, Carlos? Bien sabes que no hemos sido criados con mimo; que desde nuestra más tierna infancia nos acostumbramos a la idea de que no había nadie inferior a nosotros... Los hombres que se forman solos, como nosotros nos formamos; los que, sin ayuda de nadie, ni más amparo que su voluntad y noble ambición, han logrado salir triunfales en la *lucha por la existencia*..., sí, ¡demonio!, éstos son los únicos que saben cómo se ha de tratar a un menesteroso. No te cuento diversos hechos de mi vida, atañederos a esto del prójimo como a ti mismo, por no caer en el feo pecado de la propia alabanza y por temor de causar envidia a tus rifas y a tus bailoteos filantrópicos. Quédese esto aquí.

—Cuéntanos, cuéntanos otra vez, Teodoro.

—No, no... Todo eso debe callarse; así lo manda la modestia. Confieso que no poseo en alto grado esta virtud preciosa; yo no carezco de vanidades, y entre ellas tengo la de haber sido mendigo, de haber pedido limosna de puerta en puerta, de haber andado descalzo con mi hermanito Carlos y dormir con él en los huecos de las puertas, sin amparo, sin abrigo, sin familia. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi pobre hermanito, lo mismo que hoy cargo a la Nela, y dije: «Padre nuestro, que estás en los cielos, sálvanos...» Ello es que nos salvamos. Yo aprendí a leer y enseñé a leer a mi hermano. Yo serví a diversos amos, que me daban de comer y me permitían ir a la escuela. Yo guardaba mis propinas; yo compré una hucha... Yo reuní para comprar libros... Yo no sé cómo entré en los Escolapios; pero ello es que entré, mientras mi hermano se ganaba su pan haciendo recados en una tienda de ultramarinos...

—¡Qué cosas tienes!—exclamó Sofía,

muy desazonada, porque no gustaba de oír aquel tema—. Yo me pregunto: ¿a qué viene el recordar tales niñerías? Además, tú las exageras mucho.

—No exagero nada—dijo Teodoro, con brío—. Señora, oiga usted y calle... Voy a poner cátedra de esto... Oiganme todos los pobres, todos los desamparados, todos los nños perdidos... Yo entré en los Escolapios como Dios quiso; y aprendí como Dios quiso... Un bendito padre dióme buenos consejos y me ayudó con sus limosnas... Sentí afición a la Medicina... ¿Cómo estudiarla sin dejar de trabajar para comer?... ¡Problema terrible!... Querido Carlos, ¿te acuerdas de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?... Nunca habíamos cogido una navaja en la mano; pero era preciso ganarse el pan afeitando... Al principio ayudábamos..., ¿te acuerdas, Carlos?... Después empuñamos aquellos nobles instrumentos... La flebotomía fué nuestra salvación. Yo empecé los estudios anatómicos. ¡Ciencia admirable, divina! Tanto era el trabajo escolástico, que tuve que abandonar la barbería de aquel famoso maestro Cayetano... El día en que me despedí, él lloraba! Dióme dos duros, y su mujer me obsequió con unos pantalones viejos de su esposo. Entré a servir de ayuda de cámara. Dios me protegía, dándome siempre buenos amos. Mi afición al estudio interesó a aquellos benditos señores, que me dejaban libre todo el tiempo que podían. Yo velaba estudiando. Yo estudiaba durmiendo. Yo deliraba, y, limpiando la ropa, repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano... Me acuerdo que el cepillar la ropa de mi amo me servía para estudiar la miología... Limpiando una manga, decía: «Músculo deltoides, bíceps, cubital», y en los pantalones: «Músculos glúteos, psoas, gemelos, tibial,» etcétera.» En aquella casa dábanme sobras de comida, que yo llevaba a mi hermano, habitante en casa de unos dignos ropavejeros. ¿Te acuerdas, Carlos?

—Me acuerdo—dijo Carlos, con emoción—. Y gracias que encontré quien me diera casa por un pequeño servicio de llevar cuentas. Luego tuve la dicha de tropezar con aquel coronel retirado, que me enseñó las matemáticas elementales.

—Bueno; no hay quiñapo que no saquen ustedes hoy a la calle—observó Sofía.

—Mi hermano me pedía pan—añadió Teodoro—, y yo le respondía: «¿Pan has dicho? Toma matemáticas...» Un día mi amo me dió entradas para el teatro de la Cruz; llevé a mi hermano y nos divertimos mucho; pero Carlos cogió una pulmonía... ¡Obstáculo terrible, inmenso! Esto era recibir un balazo al principio de la acción... Pero no, ¿quién desmaya? Adelante..., a curarle se ha dicho. Un profesor de la Facultad, que me había tomado gran cariño, se prestó a curarle.

—Fué milagro de Dios que me salvara en aquel cuchitril inmundo, almacén de trapo viejo, de hierro viejo y de cuero viejo.

—Dios estaba con nosotros..., bien claro se veía... Habíase puesto de nuestra parte... ¡Oh, bien sabía yo a quién me arrimaba!—prosiguió Teodoro, con aquella elocuencia nerviosa, rápida, ardiente, que era tan suya como las melenas negras y la cabeza de león—. Para que mi hermano tuviera medicinas fué preciso que yo me quedara sin ropa. No pueden andar juntas la farmacopea y la indumentaria. Receta tras receta, el enfermo consumió mi capa, después mi levita..., mis calzones se convirtieron en píldoras... Pero mis amos no me abandonaban... Volví a tener ropa, y mi hermano salió a la calle. El médico me dijo: «Que vaya a convalecer al campo...» Yo medité... ¿Campo dijiste? Que vaya a la Escuela de Minas. Mi hermano era gran matemático. Yo le enseñé la Química...; pronto se aficionó a los pedruscos, y antes de entrar en la escuela, ya salía al campo de San Isidro a recoger guijarros. Yo seguía adelante en mi navegación por entre olas y huracanes... Cada día era más médico; un famoso operador me tomó por ayudante; dejé de ser criado... Empecé a servir a la Ciencia...; mi amo cayó enfermo: asistíle como una hermana de la caridad... Murió, dejándome un legado..., ¡donosa idea! Consistía en un bastón, una máquina para hacer cigarrillos, un cuerno de caza y cuatro mil reales en dinero. ¡Una fortuna!... Mi hermano tuvo libros; yo, ropa, y cuando me vi de gente, empecé a tener enfermos. Parece que la Humanidad perdía la salud sólo por darme trabajo... ¡Adelante,

siempre adelante!... Pasaron años, años... Al fin, vi desde lejos el puerto de refugio después de grandes tormentas... Mi hermano y yo bogábamos sin gran trabajo..., ya no estábamos tristes... Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines!... Dios les había dado la mano. Yo empecé a estudiar los ojos, en poco tiempo dominé la catarata; pero yo quería más... Gané algún dinero; pero mi hermano consumía bastante... Al fin, Carlos salió de la Escuela... ¡Vivan los hombres valientes!... Después de dejarle colocado en Ríotinto, con un buen sueldo, me marché a América. Yo había sido una especie de Colón, el Colón del trabajo, una especie de Hernán Cortés; yo había descubierto en mí un Nuevo Mundo, y, después de descubrirlo, lo había conquistado.

—Alábate, pandero—dijo Sofía, riendo.

—Si hay héroes en el mundo, tú eres uno de ellos—afirmó Carlos, demostrando gran admiración por su hermano.

—Prepárese usted ahora, señor semidiós—dijo Sofía—, a coronar todas sus hazañas haciendo un milagro, que milagro será dar la vista a un ciego de nacimiento... Mira: allí sale don Francisco a recibirnos.

Avanzando por lo alto del cerro que limita las minas del lado de Poniente, habían llegado a Aldeacorba, y a la casa del señor de Penáguilas, quien, echándose el chaquetón a toda prisa, salió al encuentro de sus amigos. Caía la tarde.

XI

EL PATRIARCA DE ALDEACORBA

—Ya la están ordeñando—dijo, antes de saludarlos—. Supongo que todos tomarán leche. ¿Cómo va ese valor, doña Sofía?... ¿Y usted, don Teodoro?... ¡Buena carga se ha echado a cuestas! ¿Qué tiene María Canela?... ¿Una patita mala? ¿De cuando acá gastamos esos mimos?

Entraron todos en el patio de la casa. Oíanse los graves mugidos de las vacas, que acababan de entrar en el establo, y este rumor, unido al grato aroma campesino del heno que los mozos subían al pajar, recreaba dulcemente los sentidos y el ánimo.

El médico sentó a Nela en un banco de piedra, y ella, paralizada por el respeto, sin hacer movimiento alguno, miraba a su bienhechor con asombro.

—¿En dónde está Pablo?—preguntó el ingeniero.

—Acaba de bajar a la huerta—replicó el señor de Penáguilas, ofreciendo una rústica silla a Sofía—. Oye, Nela, ve y acompáñale.

—No, no quiero que ande todavía—objetó Teodoro, deteniéndola—. Además, tomará leche con nosotros.

—¿No quiere usted ver a mi hijo esta tarde?—preguntó el señor de Penáguilas.

—Con el examen de ayer me basta —replicó Golfín—. Puede hacerse la operación.

—¿Con éxito?

—¡Ah! ¡Con éxito!... Eso no puede decirse. Gran placer sería para mí dar la vista a quien tanto la merece. Su hijo de usted posee una inteligencia de primer orden, una fantasía superior, una bondad exquisita. Su absoluto desconocimiento del mundo visible hace resaltar más aquellas grandiosas cualidades... Se nos presentan solas, admirablemente sencillas, con todo el candor y el encanto de las creaciones de la Naturaleza, donde no ha entrado el arte de los hombres. En él todo es idealismo, un idealismo grandioso, enormemente bello. Es como un yacimiento colosal, como el mármol en las canteras... No conoce la realidad...; vive la vida interior, la vida de ilusión pura... ¡Oh! ¡Si pudiéramos darle vista!... A veces me digo: «¡Si al darle ojos le convertiremos de ángel en hombre!...» Problema, duda tenemos aquí... Pero hagámosle hombre; ése es el deber de la Ciencia; traigámosle del mundo de las ilusiones a la esfera de la realidad, y entonces sus ideas serán exactas, tendrá el don precioso de apreciar en su verdadero valor todas las cosas.

Sacaron los vasos de leche blanca, espumosa, tibia, rebosando de los bordes con hirviente oleada. Ofreció Penáguilas el primero a Sofía, y los caballeros se apoderaron de los otros dos. Golfín dió el suyo a la Nela, que, abrumada de vergüenza, se negaba a tomarlo.

—Vamos, mujer—dijo Sofía—, no seas mal criada; toma lo que te dan.

—Otro vaso para el señor don Teodoro—dijo don Francisco al criado

Oyóse en seguida el rumorcillo de los

chorros que salían de la estrujada ubre.

—Y tendrá la apreciación justa de todas las cosas—dijo don Francisco, repitiendo esta frase del doctor, la cual había hecho no poca impresión en su espíritu—. Ha dicho usted, señor don Teodoro, una cosa admirable. Y ya que de esto hablamos, quiero confiarles las inquietudes que hace días tengo. Sentaréme también.

Acomodóse don Francisco en un banco próximo. Teodoro, Carlos y Sofía se habían sentado en sillas traídas de la casa, y la Nela continuaba en el banco de piedra. La leche que acababa de tomar le había dejado un bigotillo blanco en su labio superior.

—Pues decía, señor don Teodoro, que hace días me tiene inquieto el estado de exaltación en que se halla mi hijo; yo lo atribuyo a la esperanza que le hemos dado... Pero hay más, hay más. Ya sabe usted que acostumbro leerle diversos libros. Creo que se enardece demasiado su pensamiento con mis lecturas, y que se ha desarrollado en él una cantidad de ideas superiores a la capacidad del cerebro de un hombre que no ve. No sé si me explico bien.

—Perfectamente.

—Sus cavilaciones no acaban nunca. Yo me asombro de oírle y del meollo y agudeza de sus discursos. Creo que su sabiduría está llena de mil errores por la falta de método y por el desconocimiento del mundo visible.

—No puede ser de otra manera.

—Pero lo más raro es que, arrastrado por su imaginación potente, la cual es como un Hércules atado con cadenas dentro de un calabozo y que forcejea por romper hierros y muros...

—Muy bien, muy bien dicho.

—Su imaginación, digo, no puede contenerse en la oscuridad de sus sentidos, viene a este nuestro mundo de luz, y quiere suplir con sus atrevidas creaciones la falta del sentido de la vista. Pablo posee un espíritu de indagación asombroso; pero este espíritu de investigación es un valiente pájaro con las alas rotas. Hace días que está delirante, no duerme, y su afán de saber raya en locura. Quiere que a todas horas le lea libros nuevos, y a cada pausa hace las observaciones más agudas, con una mezcla de candor que me hace reír. Afirma y sostiene grandes absurdos, ¡y vaya usted a contradecirle!... Temo mucho que se me vuelva maniático, que se desquicie su cerebro... ¡Si viera usted cuán triste y caviloso se pone a veces!... Y coge un estribillo, y dale que le darás, no lo suelta en una semana. Hace días que no sale de un tema tan gracioso como original. Ha dado en sostener que la Nela es bonita.

Oyéronse risas, y la Nela se quedó como púrpura.

—¡Que la Nela es bonita!—exclamó Teodoro Golfín cariñosamente—. Pues sí que lo es.

—Ya lo creo, y ahora más, con su bigote blanco—indicó Sofía.

—Pues sí que es guapa—repitió Teodoro, tomándole la cara—. Sofía, dame tu pañuelo... ¡Vamos, fuera ese bigote!

Teodoro devolvió a Sofía su pañuelo, después de afeitar a la Nela. Díjole a ésta don Francisco que fuese a acompañar al ciego, y, cojeando, entró en la casa.

—Y cuando le contradigo—añadió el señor de Aldeacorba—, mi hijo me contesta que el don de la vista quizá altere en mí, ¡qué disparate más gracioso!, la verdad de las cosas.

—No le contradiga usted, y suspenda por ahora absolutamente las lecturas. Durante algunos días ha de adoptar un régimen de tranquilidad absoluta. Hay que tratar al cerebro con grandes miramientos antes de emprender una operación de esta clase.

—Si Dios quiere que mi hijo vea—dijo el señor de Penáguilas con fervor—, le tendré a usted por el más grande, por el más benéfico de los hombres. La oscuridad de sus ojos es la oscuridad de mi vida; esa sombra negra ha hecho tristes mis días, entenebreciéndome el bienestar material que poseo. Soy rico. ¿De qué me sirven mis riquezas? Nada de lo que él no pueda ver es agradable para mí. Hace un mes he recibido la noticia de una gran herencia... Ya sabe usted, señor don Carlos, que mi primo Faustino ha muerto en Matamoros. No tiene hijos: le heredamos mi hermano Manuel y yo... Esto es echar margaritas a puercos, y no lo digo por mi hermano, que tiene una hija preciosa, ya casadera; dígolo por este miserable que no puede hacer disfrutar a su hijo único las delicias honradas de la buena posición.

Siguió a estas palabras un largo silencio, sólo interrumpido por el cariñoso mugido de las vacas en el cercano establo.

—Para él—añadió el patriarca de Aldeacorba con profunda tristeza—no existe el goce del trabajo, el primero de todos los goces. No conociendo las bellezas de la Naturaleza, ¿qué significan para él la amenidad del campo ni las delicias de la agricultura? Yo no sé cómo Dios ha podido privar a un ser humano de admirar una res gorda, un árbol cuajado de peras, un prado verde, y de ver apilados los frutos de la tierra, y de repartir su jornal a los trabajadores, y de leer en el cielo el tiempo que ha de venir. Para él no existe más vida que una cavilación febril. Su vida solitaria ni aun disfrutará de la familia, porque cuando yo me muera, ¿qué familia tendrá el pobre ciego? Ni él querrá casarse, ni habrá mujer de punto que con él se despose, a pesar de sus riquezas; ni yo le aconsejaré tampoco que tome estado. Así es que cuando el señor don Teodoro me ha dado esperanza... he visto el cielo abierto; he visto una especie de Paraíso en la Tierra..., he visto un joven y alegre matrimonio; he visto ángeles, nietecillos alrededor de mí; he visto mi sepultura embellecida con las flores de la infancia, con las tiernas caricias que aun después de mi última hora subsistirán, acompañándome debajo de la tierra... Ustedes no comprenden esto; no saben que mi hermano Manuel, que es más bueno que el buen pan, luego que ha tenido noticia de mis esperanzas, ha empezado a hacer cálculos y más cálculos... Vean lo que dice...—sacó varias cartas, que revolvió breve rato, sin dar con la que buscaba—. En resumidas cuentas: está loco de contento, y me ha dicho: «Cásaré a mi Florentina con tu Pablito, y aquí tienes colocado a interés compuesto el millón y medio de pesos del primo Faustino...» Me parece que veo a Manolo frotándose las manos y dando zancajos, como es su costumbre cuando tiene una idea feliz. Los espero a él y a su hija de un momento a otro; vienen a pasar conmigo el cuatro de octubre y a ver en qué para esta tentativa de dar luz a mi hijo...

Iba avanzando mansamente la noche, y los cuatro personajes rodeábanse de una sombra apacible. La casa empezaba a humear, anunciando la grata cena de aldea. El patriarca, que parecía la expresión humana de aquella tranquilidad melancólica, volvió a tomar la palabra, diciendo:

—La felicidad de mi hermano y la mía dependen de que yo tenga un hijo que ofrecer por esposo a Florentina, que es tan guapa como la Madre de Dios, como la Virgen María Inmaculada, según la pintan cuando viene el ángel a decirle: «El señor es contigo...» Mi ciego no servirá para el caso..., pero mi hijo Pablo, con vista, será la realidad de todos mis sueños y la bendición de Dios entrando en mi casa.

Callaron todos, hondamente impresionados por la relación patética y sencilla del bondadoso padre. Este llevó a sus ojos la mano basta y ruda, endurecida por el arado, y se limpió una lágrima.

—¿Qué dices tú a eso, Teodoro?—preguntó Carlos a su hermano.

—No digo más sino que he examinado a conciencia este caso, y que no encuentro motivos suficientes para decir: «No tiene cura», como han dicho los médicos famosos a quienes ha consultado nuestro amigo. Yo no aseguro la curación; pero no la creo imposible. El examen catóptrico que hice ayer no me indica lesión retiniana ni alteración de los nervios de la visión. Si la retina está bien, todo se reduce a quitar de en medio un tabique importuno... El cristalino, volviéndose opaco y a veces duro como piedra, es el que nos hace estas picardías... Si todos los órganos desempeñaran su papel como les está mandado... Pero allí en esa república del ojo, hay muchos holgazanes que se atrofian.

—De modo que todo queda reducido a una simple catarata congénita—dijo el patriarca con afán.

—¡Oh!, no, señor; si fuera eso sólo, seríamos felices. Bastaba decretar la cesantía de ese funcionario que tan mal cumple su obligación... Le mandan que dé paso a la luz, y, en vez de hacerlo, se congestiona, se altera, se endurece, se vuelve opaco como una pared. Hay algo más, señor don Francisco. El iris tiene fisura. La pupila necesita que pongamos la mano en ella. Pero de todo eso me río yo si cuando tome posesión de ese ojo, por tanto tiempo dormido, entro en él y encuentro la coroides y

la retina en buen estado. Si, por el contrario, después que aparte el cristalino, entro con la luz en mi nuevo palacio recién conquistado, y me encuentro con una amaurosis total... Si fuera incompleta, habríamos ganado mucho; pero siendo general... Contra la muerte del aparato nervioso de la visión no podemos nada. Nos está prohibido meternos en las honduras de la vida... ¿Qué hemos de hacer? Paciencia. Este caso ha llamado vivamente mi atención: hay síntomas de que los aposentos interiores no están mal. Su majestad la retina se halla quizá dispuesta a recibir los rayos luminosos que se le quieran presentar. Su alteza el humor vítreo probablemente no tendrá novedad. Si la larguísima falta de ejercicio en sus funciones le ha producido algo de glaucoma..., una especie de tristeza..., ya trataremos de arreglarlo. Todo estará muy bien allá en la cámara regia... Pero pienso otra cosa. La fisura y la catarata permiten, comúnmente, que entre un poco de claridad, y nuestro ciego no percibe claridad alguna. Esto me ha hecho cavilar... Verdad es que las capas corticales están muy opacas..., los obstáculos que halla la luz son muy fuertes... Allá veremos, don Francisco. ¿Tiene usted valor?

—¿Valor? ¡Que si tengo valor!...—exclamó don Francisco, con cierto énfasis.

—Se necesita no poco para afrontar el caso siguiente...

—¿Cuál?

—Que su hijo de usted sufra una operación dolorosa, y después se quede tan ciego como antes... Yo dije a usted: «La imposibilidad no está demostrada. ¿Hago la operación?»

—Y yo respondí lo que ahora repito: «Hágase la operación, y cúmplase la voluntad de Dios. Adelante.»

—¡Adelante! Ha pronunciado usted mi palabra.

Levantóse don Francisco y estrechó entre sus dos manos la de Teodoro, tan parecida a la zarpa de un león.

—En este clima, la operación puede hacerse en los primeros días de octubre —dijo Golfín—. Mañana fijaremos el tratamiento a que debe sujetarse el paciente... Y nos vamos, que se siente fresco en estas alturas.

Penáguilas ofreció a sus amigos casa y cena; mas no quisieron éstos aceptar. Salieron todos, juntamente con la Nela, a quien Teodoro quiso llevar consigo, y también salió don Francisco para hacerles compañía hasta el establecimiento. Convidados del silencio y belleza de la noche, fueron departiendo sobre cosas agradables: unas, relativas al rendimiento de las minas; otras, a las cosechas del país. Cuando los Golfines entraron en su casa, volvióse a la suya don Francisco, solo y triste, andando despacio, la vista fija en el suelo. Pensaba en los terribles días de ansiedad y de esperanza, de sobresalto y dudas que se aproximaban. Por el camino encontró a *Choto*, y ambos subieron lentamente la escalera de palo. La luna alumbraba bastante, y la sombra del patriarca subía delante de él, quebrándose en los peldaños y haciendo como unos dobleces que saltaban de escalón en escalón. El perro iba a su lado. No teniendo el patriarca de Aldeacorba otro ser a quien fiar los pensamientos que abrumaban su cerebro, dijo así:

—*Choto*, ¿qué sucederá?

XII

EL DOCTOR CELIPÍN

El señor Centeno, después de recrear su espíritu en las borrosas columnas del *Diario*, y la Señana, después de sopesar, con embriagador deleite, las monedas contenidas en el calcetín, se acostaron. Habíanse ido también los hijos a reposar sobre sus respectivos colchones. Oyóse en la sala una retahila que parecía oración o romance de ciego; oyéronse bostezos, sobre los cuales trazaba cruces el perezoso dedo... La familia de piedra dormía.

Cuando la casa fué el mismo Limbo, oyóse en la cocina rumorcillo como de alimañas que salen de sus agujeros para buscarse la vida. Las cestas se abrieron, y Celipín oyó estas palabras:

—Celipín, esta noche sí que te traigo un buen regalo; mira...

Celipín no podía distinguir nada; pero, alargando la mano, tomó de la de María dos duros como dos soles, de cuya autenticidad se cercioró por el tacto, ya que por la vista difícilmente podía hacerlo, quedándose pasmado y mudo.

—Me los dió don Teodoro—añadió la

Nela—para que me comprara unos zapatos. Como yo para nada necesito zapatos, te los doy, y así, pronto juntarás aquello.

—¡Córcholis!, ¡qué eres más buena que María Santísima!... Ya poco me falta, Nela, y en cuanto apande media docena de reales..., ya verán quién es Celipín.

—Mira, hijito: el que me ha dado ese dinero andaba por las calles pidiendo limosna cuando era niño, y después...

—¡Córcholis! ¡Quién lo había de decir!... Don Teodoro... ¡Y ahora tiene más dinero!... Dicen que lo que tiene no lo cargan seis mulas.

—Y dormía en las calles, y servía de criado, y no tenía calzones...; en fin, que era más pobre que las ratas. Su hermano don Carlos vivía en una casa de trapo viejo.

—¡Jesús! ¡Córcholis! ¡Y qué cosas se ven por esas tierras!... Yo también me buscaré una casa de trapo viejo.

—Y después tuvo que ser barbero para ganarse la vida y poder estudiar.

—*Mía* tú..., yo tengo pensado irme derecho a una barbería... Yo me pinto solo para rapar... ¡Pues soy yo poco listo en gracia de Dios! Desde que yo llegue a Madrid, por un lado rapando y por otro estudiando, he de aprender en dos meses toda la ciencia. *Miá* tú, ahora se me ha ocurrido que debo tirar para médico... Sí, médico, que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena de dinero el bolsillo.

—Don Teodoro—dijo la Nela—tenía menos que tú, porque tú vas a tener cinco duros, y con cinco duros parece que todo se ha de venir a la mano. ¡Aquí de los hombres guapos! Don Teodoro y don Carlos eran como los pájaros que andan solos por el mundo. Ellos con su buen gobierno se volvieron sabios. Don Teodoro leía en los muertos y don Carlos leía en las piedras, y así los dos aprendieron el modo de hacerse personas cabales. Por eso es don Teodoro tan amigo de los pobres. Celipín, si me hubieras visto esta tarde cuando me llevaba al hombro... Después me dió un vaso de leche y me echaba unas miradas como las que se echan a las señoras.

—Todos los hombres listos somos de ese modo—observó Celipín con petulancia—. Verás tú que fino y galán voy a ser yo cuando me ponga mi levita y mi sombrero de una tercia de alto. Y también me calzaré las manos con eso que llaman guantes, que no pienso quitarme nunca como no sea sino para tomar el pulso... Tendré un bastón con una porra dorada y me vestiré..., eso sí, en mis carnes no se pone sino paño fino... ¡Córcholis! Te vas a reír cuando me veas.

—No pienses todavía en esas cosas de remontarte mucho, que eres más pelado que un huevo—le dijo ella—. Vete poquito a poquito, hoy me aprendo esto, mañana lo otro. Yo te aconsejo que antes de meterte en eso de curar enfermos, debes aprender a escribir para que pongas una carta a tu madre pidiéndole perdón, y diciéndole que te has ido de tu casa para afinarte, hacerte como don Teodoro y ser un médico muy cabal.

—Calla, mujer... Pues qué, ¿creías que la escritura no es lo primero?... Deja tú que yo coja una pluma en la mano, y verás qué rasgueo de letras y qué perfiles finos para arriba y para abajo, como la firma de don Francisco Penáguilas... ¡Escribir!, a mí con ésas... A los cuatro días verás qué cartas pongo... Ya las oirás leer y verás qué *conceitos* los míos y qué modo aquel de echar *retóricas* que os dejen bobos a todos. ¡Córcholis! Nela, tú no sabes que yo tengo mucho talento. Lo siento aquí dentro de mi cabeza, haciéndome *burumbum, burumbum,* como el agua de la caldera de vapor... Como que no me deja dormir, y pienso que es que todas las ciencias se me entran aquí, y andan dentro volando a tientas como los murciélagos, y diciéndome que las estudie. Todas, todas las ciencias las he de aprender, y ni una sola se me ha de quedar... Verás tú...

—Pues debe de haber muchas. Pablo, que las sabe todas, me ha dicho que son muchas, y que la vida entera de un hombre no basta para una sola.

—Ríete tú de eso... Ya me verás a mí...

—Y la más bonita de todas es la de don Carlos..., porque mira tú que eso de coger una piedra y hacer con ella latón... Otros dicen que hacen plata y también oro. Aplícate a eso, Celipillo.

—Desengáñate, no hay saber como ese de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua, y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el

maleficio... Dicen que don Teodoro le saca un ojo a un hombre y le pone otro nuevo, con lo cual ve como si fuera ojo nacido... *Miá* tú que eso de ver a uno que se está muriendo, y con mandarle tomar, pongo el caso, media docena de mosquitos guisados un lunes con palos de mimbre cogidos por una doncella que se llame Juana, dejarle bueno y sano, es mucho aquél... Ya verás, ya verás cómo se porta don Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en la Habana.

—Bien, bien—dijo la Nela con alegría—; pero mira que has de ser buen hijo, pues si tus padres no quieren enseñarte, es porque ellos no tienen talento, y pues tú lo tienes, pídele por ellos a la Santísima Virgen, y no dejes de mandarles algo de lo mucho que vas a ganar.

—Eso sí lo haré. *Mia* tú, aunque me voy de la casa, no es que quiera mal a mis padres, y ya verás cómo dentro de poco tiempo ves venir un mozo de la estación cargado que se revienta con unos grandes paquetes. ¿Y qué será? Pues refajos para mi madre y mis hermanas y un sombrero alto para mi padre. A ti puede que te mande también un par de pendientes.

—Muy pronto regalas—dijo la Nela, sofocando la risa—. ¡Pendientes para mí!...

—Pero ahora se me está ocurriendo una cosa. ¿Quieres que te la diga? Pues es que tú debías venir conmigo, y siendo dos, nos ayudaríamos a ganar y a aprender. Tú también tienes talento, que eso del pesquis a mí no se me escapa, y bien podías llegar a ser señora, como yo caballero. ¡Qué me había de reír si te viera tocando el piano como doña Sofía!

—¡Qué bobo eres! Yo no sirvo para nada. Si fuera contigo, sería un estorbo para ti.

—Ahora dicen que van a dar vista a don Pablo, y cuando él tenga vista, nada tienes tú que hacer en Socartes. ¿Qué te parece mi idea?... ¿No respondes?

Pasó algún tiempo sin que la Nela contestara nada. Preguntó de nuevo Celipín, sin obtener respuesta.

—Duérmete, Celipín—dijo, al fin, la de las cestas—. Yo tengo mucho sueño.

—Como mi talento me deje dormir, a la buena de Dios.

Un minuto después se veía a sí mismo en figura semejante a la de don Teodoro Golfín, poniendo ojos nuevos en órbitas viejas, claveteando piernas rotas, y arrancando criaturas a la muerte mediante copiosas tomas de mosquitos cogidos por una doncella y guisados un lunes con palos de mimbre. Vióse cubierto de riquísimos paños, las manos aprisionadas en guantes olorosos y arrastrado en coche, del cual tiraban cisnes, que no caballos, y llamado por reyes, o solicitado por reinas, por honestas damas requerido, alabado por magnates y llevado en triunfo por los pueblos todos de la Tierra.

XIII

ENTRE DOS CESTAS

La Nela cerró sus conchas para estar más sola. Sigámosla; penetremos en su pensamiento. Pero antes conviene hacer algo de historia.

Habiendo carecido absolutamente de instrucción en su edad primera; habiendo carecido también de las sugestiones cariñosas que enderezan el espíritu de un modo seguro al conocimiento de ciertas verdades, habíase formado Marianela en su imaginación poderosa un orden de ideas muy singular, una teogonía extravagante y un modo rarísimo de apreciar las causas y los efectos de las cosas. Exacta era la idea de Teodoro Golfin al comparar el espíritu de la Nela con los pueblos primitivos. Como en éstos, dominaba en ella el sentimiento y la fascinación de lo maravilloso; creía en poderes sobrenaturales, distintos del único y grandioso Dios, y veía en los objetos de la Naturaleza personalidades vagas que no carecían de modos de comunicación con los hombres.

A pesar de esto, la Nela no ignoraba completamente el Evangelio. Jamás le fué bien enseñado; pero había oído hablar de él. Veía que la gente iba a una ceremonia que llamaban Misa... Tenía idea de un sacrificio sublime; mas sus nociones no pasaban de aquí. Habíase acostumbrado a respetar, en virtud de un sentimentalismo contagioso, al Dios crucificado; sabía que aquello debía besarse; sabía, además, algunas oraciones aprendidas de rutina; sabía que todo aquello que no se posee debe pedirse a Dios, pero nada más. El horrible aban-

dono de su inteligencia hasta el tiempo de su amistad con el señorito de Penáguilas será causa de esto. Y la amistad con aquel ser extraordinario, que desde su oscuridad exploraba con el valiente ojo de su pensamiento infatigable los problemas de la vida, había llegado tarde. En el espíritu de la Nela hallábase ya petrificado lo que podremos llamar su filosofía, hechura de ella misma, un no sé qué de paganismo y de sentimentalismo, mezclados y confundidos. Debemos añadir que María, a pesar de vivir tan fuera del elemento social en que todos vivimos, mostraba casi siempre buen sentido, y sabía apreciar sesudamente las cosas de la vida, como se ha visto en los consejos que a Celipín daba. La grandísima valía de su alma explica esto.

La más notable tendencia de su espíritu era la que la impulsaba con secreta pasión a amar la hermosura física, donde quiera que se encontrase. No hay nada más natural, tratándose de un ser criado en absoluto apartamiento de la sociedad y de la ciencia, y en comunicación abierta y constante, en trato familiar, digámoslo así, con la Naturaleza, poblada de bellezas imponentes o graciosas, llena de luz y colores de murmullos elocuentes y de formas diversas. Pero Marianela hubo de añadir a su admiración el culto, y siguiendo una ley, propia también del estado primitivo, había personificado todas las bellezas que adoraba en una sola, ideal y con forma humana. Esta belleza era la Virgen María, adquisición hecha por ella en los domínios del Evangelio, que tan imperfectamente poseía. La Virgen no habría sido para ella el ideal más querido, si a sus perfecciones morales no reuniera todas las hermosuras, guapezas y donaires del orden físico, si no tuviera una cara noblemente hechicera y seductora, un semblante humano y divino al propio tiempo, que a ella le parecía resumen y cifra de toda la luz del mundo, de toda la melancolía y paz sabrosa de la noche, de la música de los arroyos, de la gracia y elegancia de las flores, de la frescura del rocío, de los suaves quejidos del viento, de la inmaculada nieve de las montañas, del cariñoso mirar de las estrellas y de la pomposa majestad de las nubes cuando gravemente discurren por la inmensidad del cielo.

La persona de Dios representábasele terrible y ceñuda, más propia para infundir respeto que cariño. Todo lo bueno venía de la Virgen María, y a la Virgen debía pedirse todo lo que han menester las criaturas. Dios reñía y ella sonreía. Dios castigaba y ella perdonaba. No es esta última idea tan rara para que llame la atención. Casi rige en absoluto a las clases menesterosas y rurales de nuestro país.

También es común en éstas, cuando se junta un gran abandono a una poderosa fantasía, la fusión que hacía la Nela entre las bellezas de la Naturaleza y aquella figura encantadora que resume en sí casi todos los elementos estéticos de la idea cristiana. Si a la soledad en que vivía la Nela hubieran llegado menos nociones cristianas de las que llegaron; si su apartamiento del foco de ideas hubiera sido absoluto, su paganismo habría sido entonces completo, adorando la Luna, los bosques, el fuego, los arroyos, el Sol.

Tal era la Nela que se crió en Socartes, y así llegó a los quince años. Desde esta fecha, su amistad con Pablo y sus frecuentes coloquios con quien poseía tantas y tan buenas nociones, modificaron algo su modo de pensar; pero la base de sus ideas no sufrió alteración. Continuaba dando a la hermosura física cierta soberanía augusta; seguía llena de supersticiones y adorando a la Santísima Virgen como un compendio de todas las bellezas naturales, encarnando en esta persona la ley moral, y rematando su sistema con extrañas ideas respecto a la muerte y la vida futura.

Encerrándose en sus conchas, Marianela habló así:

«Madre de Dios y mía, ¿por qué no me hiciste hermosa? ¿Por qué cuando mi madre me tuvo no me miraste desde arriba?... Mientras más me miro, más fea me encuentro. ¿Para qué estoy yo en en el mundo? ¿Para qué sirvo? ¿A quién puedo interesar? A uno solo, Señora y Madre mía, a uno solo que me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme?...; porque, ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chico, esta figurilla de pájaro, esta tez pecosa, esta boca sin gracia, esta nariz picuda, este pelo descolorido, esta persona mía que no sirve

sino para que todo el mundo le dé con el pie? ¿Quién es la Nela? Nadie. La Nela sólo es algo para el ciego. Si sus ojos nacen ahora y los vuelve a mí y me ve, me caigo muerta... El es el único para quien la Nela no es menos que los gatos y los perros. Me quiere como quieren los novios a sus novias, como Dios manda que se quieran las personas... Señora y Madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle la vista, hazme hermosa a mí o mátame, porque para nada estoy en el mundo. Yo no soy nada ni nadie más que para uno solo... ¿Siento yo que recobre la vista? No; eso, no; eso, no. Yo quiero que vea. Daré mis ojos porque él vea con los suyos; daré mi vida toda. Yo quiero que don Teodoro haga el milagro que dicen. ¡Benditos sean los hombres sabios! Lo que no quiero es que mi amo me vea, no. Antes que consentir que me vea, ¡Madre mía!, me enterraré viva; me arrojaré al río... Sí, sí; que se trague la tierra mi fealdad. Yo no debía haber nacido...

Y luego, dando una vuelta en la cesta, proseguía:

...Mi corazón es todo para él. Este cieguecito que ha tenido el antojo de quererme mucho es para mí lo primero del mundo después de la Virgen María. ¡Oh! ¡Si yo fuese grande y hermosa; si tuviera el talle, la cara y el tamaño..., sobre todo el tamaño, de otras mujeres; si yo pudiese llegar a ser señora y componerme!... ¡Ay, entonces mi mayor delicia sería que sus ojos se recrearan en mí!... Si yo fuera como las demás, siquiera como Mariuca..., ¡qué pronto buscaría el modo de instruirme, de afinarme, de ser una señora!... ¡Oh! ¡Madre y Reina mía, lo único que tengo me lo vas a quitar!... ¿Para qué permitiste que le quisiera yo y que él me quisiera a mí? Esto no debió ser así...

Y derramando lágrimas y cruzando los brazos, añadió medio vencida por el sueño:

...¡Ay! ¡Cuánto te quiero, niño de mi alma! Quiere mucho a la Nela, a la pobre Nela, que no es nada... Quiéreme mucho... Déjame darte un beso en tu preciosísima cabeza; pero no abras los ojos, no me mires..., ciérralos, así, así.»

XIV

DE CÓMO LA VIRGEN MARÍA SE APARECIÓ A LA NELA

Los pensamientos, que huyen cuando somos vencidos por el sueño, suelen quedarse en acecho para volver a ocuparnos bruscamente cuando despertamos. Así ocurrió a Mariquilla, que habiéndose quedado dormida con los pensamientos más extraños acerca de la Virgen María, del ciego y de su propia fealdad, que ella deseaba ver trocada en pasmosa hermosura, con ellos mismos despertó cuando los gritos de la Señana la arrancaron de entre sus cestas. Desde que abrió los ojos, la Nela hizo su oración de costumbre a la Virgen María; pero aquel día la oración se compuso de la retahila ordinaria de las oraciones y de algunas piezas de su propia invención, resultando un discurso que si se escribiera habría de ser curioso. Entre otras cosas, la Nela dijo: «Anoche te me has aparecido en sueños, Señora, y me prometiste que hoy me consolarías. Estoy despierta, y me parece que todavía te estoy mirando, y que tengo delante tu cara, más linda que todas las cosas guapas y hermosas que hay en el mundo.»

Al decir esto, la Nela revolvía sus ojos con desvarío en derredor de sí... Observándose a sí misma de la manera vaga que podía hacerlo, pensó de este modo: «A mí me pasa algo.»

—¿Qué tienes, Nela? ¿Qué te pasa, chiquilla?—le dijo la Señana, notando que la muchacha miraba con atónitos ojos a un punto fijo del espacio—. ¿Estás viendo visiones, marmota?

La Nela no respondió, porque estaba su espíritu ocupado en platicar consigo propio, diciéndose: «¿Qué es lo que yo tengo?... No puede ser maleficio, porque lo que tengo dentro de mí no es la figura feísima y negra del demonio malo, sino una cosa celestial, una cara, una sonrisa y un modo de mirar que, o yo estoy tonta o son de la misma Virgen María en persona. Señora y Madre mía, ¿será verdad que hoy vas a consolarme?... ¿Y cómo me vas a consolar? ¿Qué te he pedido anoche?»

—¡Eh..., chiquilla!—gritó la Señana, con voz desapacible, como el más destemplado sonido que pueda oírse en el

mundo—. Ven a lavarte esa cara de perro.

La Nela corrió. Habíase sentido en su espíritu un sacudimiento como el que produce la repentina invasión de una gran esperanza. Miróse en la trémula superficie del agua, y al instante sintió que su corazón se oprimía.

«Nada...—murmuró—, tan feita como siempre. La misma figura de niña con alma y años de mujer.»

Después de lavarse sobrecogiéronla las mismas extrañas sensaciones de antes, al modo de congojas placenteras. A pesar de su escasa experiencia, Marianela tuvo tino para clasificar aquellas sensaciones en el orden de los presentimientos. «Pablo y yo—pensó—hemos hablado de lo que se siente cuando va a venir una cosa alegre o triste. Pablo me ha dicho también que poco antes de los temblores de tierra se siente una cosa particular, y las personas sienten una cosa particular..., y los animales sienten también una cosa particular... ¿Irá a temblar la tierra?»

Arrodillándose, tentó el suelo. «...No sé..., pero algo va a pasar. Que es una cosa buena no puedo dudarlo... La Virgen me dijo anoche que hoy me consolaría... ¿Qué es lo que tengo?... ¿Esa Señora celestial anda alrededor de mí? No la veo, pero la siento; está detrás, está delante.»

Pasó por junto a las máquinas de lavado, en dirección al plano inclinado, y miraba con despavoridos ojos a todas partes. No veía más que las figuras de barro crudo que se agitaban con gresca infernal en medio del áspero bullicio de las cribas cilíndricas, pulverizando el agua y humedeciendo el polvo.

Más adelante, cuando se vió sola, se detuvo, y poniéndose el dedo en la frente, clavando los ojos en el suelo con la vaguedad que imprime a aquel sentido la duda, se hizo esta pregunta: «¿Pero yo estoy alegre o estoy triste?»

Miró después al cielo, admirándose de hallarlo lo mismo que todos los días—y era aquél de los más hermosos—, y avivó el paso para llegar pronto a Aldeacorba de Suso. En vez de seguir la cañada de las minas para subir por la escalera de palo, apartóse de la hondonada por el regato que hay junto al plano inclinado, con objeto de subir a las praderas y marchar después derecha y por camino llano a Aldeacorba. Este camino era más bonito y por eso lo prefería casi siempre. Había callejas pobladas de graciosas y aromáticas flores, en cuya multitud pastaban rebaños de abejas y mariposas; había grandes zarzales llenos del negro fruto que tanto apetecen los chicos; había grupos de guinderos, en cuyos troncos se columpiaban las madreselvas, y había también corpulentas encinas, grandes, anchas, redondas, oscuras, que parece se recreaban contemplando su propia sombra.

La Nela seguía andando despacio, inquieta de lo que en sí misma sentía y de la angustia deliciosa que la embargaba. Su imaginación fecunda supo, al fin, hallar la fórmula más propia para expresar aquella obsesión, y recordando haber oído decir: «Fulano o Zutano tiene los demonios en el cuerpo», ella dijo: «Yo tengo los ángeles en el cuerpo... Virgen María, tú estás hoy conmigo. Esto que siento son las carcajadas de tus ángeles que juegan dentro de mí. Tú no estás lejos, te veo y no te veo como cuando vamos con los ojos cerrados.»

Cerraba los ojos y los abría de nuevo. Habiendo pasado junto a un bosque, dobló el ángulo del camino para llegar a donde se extendía un gran bardo de zarzas, las más frondosas, las más bonitas y crecidas de todo aquel país. También se veían lozanos helechos, madreselvas, parras vírgenes y otras plantas de arrimo, que se sostenían unas a otras por no haber allí grandes troncos. La Nela sintió que las ramas se agitaban a su derecha; miró... ¡Cielos divinos! Allí estaba, dentro de un marco de verdura, la Virgen María Inmaculada, con su propia cara, sus propios ojos, que al mirar reflejaban toda la hermosura del cielo. La Nela se quedó muda, petrificada, con una sensación en que se confundían el fervor y el espanto. No pudo dar un paso, ni gritar, ni moverse, ni respirar, ni apartar sus ojos de aquella aparición maravillosa.

Había aparecido entre el follaje, mostrando completamente todo su busto y cara. Era, sí, la auténtica imagen de aquella escogida doncella de Nazareth, cuya perfección moral han tratado de expresar por medio de la forma pictórica los artistas de dieciocho siglos, desde San Lucas hasta los contemporáneos. La Humanidad ha visto esta sacra per-

sona con distintos ojos, ora con los de Alberto Durero, ora con los de Rafael Sanzio, o bien con los de Van-Dick y Bartolomé Murillo. Aquella que a la Nela se la apareció era según el modo rafaelesco, sobresaliente entre todos si se atiende a que en él la perfección de la belleza humana se acerca más que ningún otro recurso artístico a la expresión de la divinidad. El óvalo de su cara era menos angosto que el del tipo sevillano, ofreciendo la graciosa redondez del itálico. Sus ojos, de admirables proporciones, eran la misma serenidad unida a la gracia, a la armonía, con un mirar tan distinto de la frialdad como del extremado relampagueo de los ojos andaluces. Sus cejas eran delicada hechura del más fino pincel, y trazaban un arco sutil. En su frente no se concebían el ceño del enfado ni las sombras de la tristeza, y sus labios, un poco gruesos, dejaban ver, al sonreír, los más preciosos dientes que han mordido manzana del Paraíso. Sin querer hemos ido a parar a nuestra madre Eva, cuando tan lejos está la que dió el triunfo a la serpiente de la que aplastó su cabeza; pero el examen de las distintas maneras de la belleza humana conduce a estos y a otros más lamentables contrasentidos. Para concluir el imperfecto retrato de aquella estupenda visión que dejó desconcertada y como muerta a la pobre Nela, diremos que su tez era de ese color de rosa tostado, o más bien moreno encendido, que forma como un rubor delicioso en el rostro de àquellas divinas imágenes, ante las cuales se extasían lo mismo los siglos devotos que los impíos.

Pasado el primer instante de estupor, lo que ante todo observó Marianela, llenándose de confusión, fué que la bella Virgen tenía una corbata azul en su garganta, adorno que ella no había visto jamás en las Vírgenes soñadas ni en las pintadas. Inmediatamente notó también que los hombros y el pecho de la divina mujer se cubrían con un vestido en el cual todo era semejante a los que usan las mujeres del día. Pero lo que más turbó y desconcertó a la pobre muchacha fué ver que la gentil imagen estaba cogiendo moras de zarza... y comiéndoselas.

Empezaba a hacer los juicios a que daba ocasión esta extraña conducta de la Virgen, cuando oyó una voz varonil y chillona que decía:

—¡Florentina, Florentina!

—Aquí estoy, papá; aquí estoy comiendo moras silvestres.

—¡Dale!... Y ¿que gusto le encuentras a las moras silvestres?... ¡Caprichosa!... ¿No te he dicho que eso es más propio de chicuelos holgazanes del campo que de una señorita criada en la buena sociedad..., criada en la buena sociedad?

La Nela vió acercarse con grave paso al que esto decía. Era un hombre de edad madura, mediano de cuerpo, algo rechoncho, de cara arrebolada y que parecía echar de sí rayos de satisfacción como el sol los echa de luz; pequeño de piernas, un poco largo d nariz y magnificado con varios objetos decorativos, entre los cuales descollaban una gran cadena de reloj y un fino sombrero de fieltro de alas anchas.

—Vamos, mujer—dijo cariñosamente el señor don Manuel de Penáguilas, pues no era otro—, las personas decentes no comen moras silvestres, ni dan esos brincos. ¿Ves? Te has estropeado el vestido... No te lo digo por el vestido; así como se te compró ése, se te comprará otro...; dígolo porque la gente que te vea podrá creer que no tienes más ropa que la puesta.

La Nela, que comenzaba a ver claro, observó los vestidos de la señorita de Penáguilas. Eran buenos y ricos; pero su figura expresaba a maravilla la transición no muy lenta del estado de aldeana al de señorita rica. Todo su atavío, desde el calzado a la peineta, era de señorita de pueblo en día del santo patrono titular. Mas eran tales los encantos naturales de Florentina, que ningún accidente comprendido en las convencionales reglas de la elegancia podía oscurecerlos. No podía negarse, sin embargo, que su encantadora persona estaba pidiendo a gritos una rústica saya, un cabello en trenzas y al desgaire, con aderezo de amapolas; un talle en justillo, una sarta de corales; en suma, lo que el pudor y el instinto de presunción hubieran ideado por sí, sin mezcla de invención cortesana.

Cuando la señorita se apartaba del zarzal, don Manuel acertó a ver a la Nela a punto que ésta había caído com-

pletamente de su burro, y dirigiéndose a ella gritó:

—¡Oh!..., ¿aquí estás tú?... Mira, Florentina, ésta es la Nela...; recordarás que te hablé de ella. Es la que acompaña a tu primito..., a tu primito. ¿Y qué tal te va por estos barrios?

—Bien, señor don Manuel. Y usted, ¿cómo está?—repuso Mariquilla, sin apartar los ojos de Florentina.

—Yo tan campante, ya ves tú. Esta es mi hija. ¿Qué te parece?

Florentina corría detrás de una mariposa.

—Hija mía, ¿adónde vas?, ¿qué es eso?—dijo el padre, visiblemente contrariado—. ¿Te parece bien que corras de ese modo detrás de un insecto como los chiquillos vagabundos?... Mucha formalidad, hija mía. Las señoritas criadas entre la buena sociedad no hacen eso..., no hacen eso...

—No se enfade usted, papá—repitió la joven, regresando después de su expedición infructuosa hasta ponerse al amparo de las alas del sombrero paterno—. Ya sabe usted que me gusta mucho el campo y que me vuelvo loca cuando veo árboles, flores, praderas. Como en aquella triste tierra de Campó donde vivimos hay poco de esto...

—¡Oh! No hables mal de Santa Irene de Campó, una villa ilustrada, donde se encuentran hoy muchas comodidades y una sociedad distinguida. También han llegado allá los adelantos de la civilización..., de la civilización. Andando a mi lado juiciosamente, puedes admirar la Naturaleza; yo también la admiro sin hacer cabriolas como los volatineros. A las personas educadas entre una sociedad escogida se las conoce por el modo de andar y por el modo de contemplar los objetos. Eso de estar diciendo a cada instante: «¡Ah!..., ¡oh!..., ¡qué bonito!... ¡Mire usted, papá», señalando a un helecho, a un roble, a una piedra, a un espino, a un chorro de agua, no es cosa de muy buen gusto... Creerán que te has criado en un desierto... Conque anda a mi lado... La Nela nos dirá por dónde volveremos a casa, porque, a la verdad, yo no sé dónde estamos.

—Tirando a la izquierda por detrás de aquella casa vieja—dijo la Nela—, se llega muy pronto... Pero aquí viene el señor don Francisco.

En efecto, apareció don Francisco, gritando:

—¡Que se enfría el chocolate!...

—¡Qué quieres, hombre!... Mi hija estaba tan deseosa de retozar por el campo, que no ha querido esperar, y aquí nos tienes de mata en mata como cabritillos.

—A casa, a casa. Ven tú también, Nela, para que tomes chocolate—dijo Penáguilas, poniendo su mano sobre la cabeza de la vagabunda—. ¿Qué te parece mi sobrina?... Vaya, que es guapa... Florentina, después que toméis el chocolate, la Nela os llevará a pasear a Pablo y a ti, y verás todas las hermosuras del país, las minas, el bosque, el río.

Florentina dirigió una mirada cariñosa a la infeliz criatura, que a su lado parecía hecha expresamente por la Naturaleza para hacer resaltar más la perfección y magistral belleza de algunas de sus obras. Al llegar a la casa, esperábalos la mesa con las jícaras, donde aún hervía el espeso licor guayaquileño y un montoncito de rebanadas de pan. También estaba en expectativa la mantequilla, puesta entre hojas de castaño, sin que faltaran algunas pastas y golosinas. Los vasos de fresca y transparente agua reproducían en su convexo cristal estas bellezas gastronómicas, agrandándolas.

—Hagamos algo por la vida—dijo don Francisco, sentándose.

—Nela—dijo Pablo—, tú también tomarás chocolate.

No lo había dicho, cuando Florentina ofreció a Marianela el jicarón con todo lo demás que en la mesa había. Resistíase a aceptar el convite; mas con tanta bondad y con tan graciosa llaneza insistió la señorita de Penáguilas, que no hubo más que decir. Miraba de reojo don Manuel a su hija, cual si no se hallara completamente satisfecho de los progresos de ella en el arte de la buena educación, porque una de las partes principales de ésta consistía, según él, en una fina apreciación de los grados de urbanidad con que debía obsequiarse a las diferentes personas, según su posición, no dando a ninguna ni más ni menos de lo que correspondía con arreglo al fuero social; y de este modo quedaban todos en su lugar, y la propia dignidad se sublimaba, conservándose en el justo medio de la cortesía, el cual

estriba en no ensoberbecerse demasiado delante de los ricos, ni humillarse demasiado delante de los pobres... Luego que fué tomado el chocolate, don Francisco dijo:

—Váyase fuera toda la gente menuda. Hijo mío, hoy es el último día que don Teodoro te permite salir fuera de casa. Los tres pueden ir a paseo, mientras mi hermano y yo vamos a echar un vistazo al ganado... Pájaros, a volar.

No necesitaron que se les rogara mucho. Convidados de la hermosura del día, volaron los jóvenes al campo.

XV

LOS TRES

Estaba la señorita de pueblo muy gozosa en medio de las risueñas praderas, sin la traba enojosa de las pragmáticas sociales de su señor padre, y así, en cuanto se vió a regular distancia de la casa, empezó a correr alegremente y a suspenderse de las ramas de los árboles que a su alcance veía, para balancearse ligeramente en ellas. Tocaba con las yemas de sus dedos las moras silvestres, y cuando las hallaba maduras cogía tres, una para cada boca.

—Esta para ti, primito—decía, poniéndosela en la boca—, y ésta para ti, Nela. Dejaré para mí la más chica.

Al ver cruzar los pájaros a su lado, no podía resistir movimientos semejantes a una graciosa pretensión de volar, y decía: «¿Adónde irán ahora esos bribones?» De todos los robles cogía una rama, y abriendo la bellota para ver lo que había dentro, la mordía, y al sentir su amargor, arrojábala lejos. Un botánico atacado del delirio de las clasificaciones no hubiera coleccionado con tanto afán como ella todas las flores bonitas que le salían al paso. dándole la bienvenida desde el suelo con sus carillas de fiesta. Con lo recolectado en media hora adornó todos los ojales de la americana de su primo, los cabellos de la Nela y, por último, sus propios cabellos.

—A la primita—dijo Pablo—le gustará ver las minas. Nela, ¿no te parece que bajemos?

—Sí, bajemos... Por aquí, señorita.

—Pero no me hagan pasar por túneles, que me da mucho miedo. Eso sí que no lo consiento—dijo Florentina, siguiéndolos—. Primo, ¿tú y la Nela paseáis mucho por aquí? Esto es precioso. Aquí viviría yo toda mi vida... ¡Bendito sea el hombre que te va a dar la facultad de gozar de todas estas preciosidades!

—¡Dios lo quiera! Mucho más hermosas me parecen a mí, que jamás las he visto, que a vosotras que estáis saciadas de verlas... No creas tú, Florentina, que yo no comprendo las bellezas; las siento en mí de tal modo, que casi, casi suplo con mi pensamiento la falta de la vista.

—Eso sí que es admirable... Por más que digas—replicó Florentina—, siempre te resultarán algunos buenos chascos cuando abras los ojos.

—Podrá ser—dijo el ciego, que aquel día estaba muy lacónico.

La Nela no estaba lacónica, sino muda.

Cuando se acercaron a la concavidad de la Terrible, Florentina admiró el espectáculo sorprendente que ofrecían las rocas cretáceas, subsistentes en medio del terreno después de arrancado el mineral. Comparólo a grandes grupos de bollos, pegados unos a otros por el azúcar; después de mirarlo mucho por segunda vez, lo comparó a una escultura de perros y gatos que se habían quedado convertidos en piedra en el momento más crítico de una encarnizada reyerta.

—Sentémonos en esta ladera—dijo—, y veremos pasar los trenes con mineral, y, además, veremos esto, que es muy bonito. Aquella piedra grande que está en medio tiene su gran boca, ¿no la ves, Nela?, y en la boca tiene un palillo de dientes; es una planta que ha nacido sola. Parece que se ríe mirándonos, porque también tiene ojos; y más allá hay una con joroba, y otra que fuma en pipa, y dos que se están tirando de los pelos, y una que bosteza, y otra que duerme la mona, y otra que está boca abajo sosteniendo con los pies una catedral, y otra que empieza en guitarra y acaba en cabeza de perro, con una cafetera por gorro.

—Todo esto que dices, primita—observó el ciego—, me prueba que con los ojos se ven muchos disparates, lo cual indica que ese órgano tan precioso sir-

ve a veces para presentar las cosas desfiguradas cambiando los objetos de su natural forma en otra postiza y fingida; pues en lo que tienes delante de ti no hay confituras, ni gatos, ni hombres, ni palillos de dientes, ni catedrales, ni borrachos, ni cafeteras, sino simplemente rocas cretáceas y masas de tierra caliza, embadurnadas con óxido de hierro. De la cosa más sencilla hacen tus ojos un berenjenal.

—Tienes razón, primo. Por eso digo yo que nuestra imaginación es la que ve y no los ojos. Sin embargo, éstos sirven para enterarnos de algunas cositas que los pobres no tienen y que nosotros podemos darles.

Diciendo esto, tocaba el vestido de la Nela.

—¿Por qué esta bendita Nela no tiene un traje mejor?—añadió la señorita de Penáguilas—. Yo tengo varios y le voy a dar uno, y además otro que será nuevo.

Avergonzada y confusa, Marianela no alzaba los ojos.

—Es cosa que no comprendo... ¡Que algunos tengan tanto y otros tan poco!... Me enfado con papá cuando le oigo decir palabrotas contra los que quieren que se reparta por igual todo lo que hay en el mundo. ¿Cómo se llaman esos tipos, Pablo?

—Esos serán los socialistas, los comunistas—replicó el joven sonriendo.

—Pues esa es mi gente. Soy partidaria de que haya reparto y de que los ricos den a los pobres todo lo que tengan de sobra... ¿Por qué esta pobre huérfana ha de estar descalza y yo no?... Ni aun se debe permitir que estén desamparados los malos, cuanto más los buenos... Yo sé que Nela es muy buena, me lo has dicho tú anoche, me lo ha dicho también tu padre... No tiene familia, no tiene quien mire por ella. ¿Cómo se consiente que haya tanta y tanta desgracia? A mí me quema la boca el pan cuando pienso que hay muchos que no lo prueban. ¡Pobre Mariquita, tan buena y tan abandonada!... ¡Es posible que hasta ahora no la haya querido nadie, ni nadie la haya dado un beso, ni nadie le haya hablado como se habla a las criaturas!... Se me parte el corazón de pensarlo.

Marianela estaba atónita y petrificada de asombro, lo mismo que en el primer instante de la aparición. Antes había visto a la Virgen Santísima, ahora la escuchaba.

—Mira tú, huerfanita—añadió la Inmaculada—, y tú, Pablo, óyeme bien: yo quiero socorrer a la Nela, no como se socorre a los pobres que se encuentran en un camino, sino como se socorrería a un hermano que nos halláramos de manos a boca... ¿No dices tú que ella ha sido tu mejor compañera, tu lazarillo, tu guía en las tinieblas? ¿No dices que has visto con sus ojos y has andado con sus pasos? Pues la Nela me pertenece: yo me entiendo con ella. Yo me encargo de vestirla, de darle todo lo que una persona necesita para vivir decentemente, y le enseñaré mil cosas para que sea útil en una casa. Mi padre dice que quizá, quizá me tenga que quedar a vivir aquí para siempre. Si es así, la Nela vivirá conmigo; conmigo aprenderá a leer, a rezar, a coser, a guisar; aprenderá tantas cosas, que será como yo misma. ¿Qué pensáis? Pues sí, y entonces no será la Nela, sino una señorita. En esto no me contrariará mi padre. Además, anoche me ha dicho: «Florentina, quizá, quizá dentro de poco, no mandaré yo en ti; obedecerás a otro dueño...» Sea lo que Dios quiera, tomo a la Nela por mi amiga. ¿Me querrás mucho?... Como has estado tan desamparada, como vives lo mismo que las flores de los campos, tal vez no sepas ni siquiera agradecer, pero yo te he de enseñar..., ¡te he de enseñar tantas cosas!...

Marianela, que mientras oía tan nobles palabras había estado resistiendo con mucho trabajo los impulsos de llorar, no pudo, al fin, contenerlos, y, después de hacer pucheros durante un minuto, rompió en lágrimas. El ciego, profundamente pensativo, callaba.

—Florentina—dijo, al fin—, tu lenguaje no se parece al de la mayoría de las personas. Tu bondad es enorme y entusiástica como la que ha llenado de mártires la Tierra y poblado de santos el Cielo.

—¡Qué exageración!—exclamó Florentina, riendo.

Poco después de esto, la señorita se levantó para coger una flor que desde lejos llamara su atención.

—¿Se fué?—preguntó Pablo.

—Sí—replicó la Nela, enjugando sus lágrimas.

—¿Sabes una cosa, Nela?... Se me figura que mi prima ha de ser algo bonita. Cuando llegó anoche a las diez..., sentí hacia ella grande antipatía... No puedes figurarte cuánto me repugnaba. Ahora se me antoja, sí, se me antoja que debe de ser algo bonita.

La Nela volvió a llorar.

—¡Es como los ángeles!—exclamó entre un mar de lágrimas—. Es como si acabara de bajar del Cielo. En ella, cuerpo y alma son como los de la Santísima Virgen María.

—¡Oh!, no exageres—dijo Pablo con inquietud—. No puede ser tan hermosa como dices... ¿Crees que yo, sin ojos, no comprendo dónde está la hermosura y dónde no?

—No, no; no puedes comprenderlo... ¡Qué equivocado estás!

—Sí, sí...; no puede ser tan hermosa —manifestó el ciego poniéndose pálido y revelando la mayor angustia—. Nela, amiga de mi corazón, ¿no sabes lo que mi padre me ha dicho anoche?...; que si recobro la vista me casaré con Florentina.

La Nela no respondió nada. Sus lágrimas silenciosas corrían sin cesar, resbalando por su tostado rostro y goteando sobre sus manos. Pero ni aun por su amargo llanto podían conocerse las dimensiones de su dolor. Sólo ella sabía que era infinito.

—Ya sé por qué lloras—dijo el ciego, estrechando las manos de su compañera—. Mi padre no se empeñará en imponerme lo que es contrario a mi voluntad. Para mí no hay más mujer que tú en el mundo. Cuando mis ojos vean, si ven, no habrá para ellos otra hermosura más que la tuya celestial; todo lo demás serán sombras y cosas lejanas que no fijarán mi atención. ¿Cómo es el semblante humano, Dios mío? ¿De qué modo se retrata el alma en las caras? Si la luz no sirve para enseñarnos lo real de nuestro pensamiento, ¿para qué sirve? Lo que es y lo que se siente, ¿no son una misma cosa? La forma y la idea, ¿no son como el calor y el fuego? ¿Pueden separarse? ¿Puedes dejar tú de ser para mí el más hermoso, el más amado de todos los seres de la tierra, cuando yo me haga dueño de los dominios de la forma?

Florentina volvió. Hablaron algo más; pero después de lo que se consigna, nada de cuanto dijeron es digno de ser transmitido al lector.

XVI

LA PROMESA

En los siguientes días no pasó nada: mas vino uno en el cual ocurrió un hecho asombroso, capital, culminante. Teodoro Golfín, aquel artífice sublime en cuyas manos el cuchillo del cirujano era el cincel del genio, había emprendido la corrección de una delicada hechura de la Naturaleza. Intrépido y sereno, había entrado con su ciencia y su experiencia en el maravilloso recinto cuya construcción es compendio y abreviado resumen de la inmensa arquitectura del universo. Era preciso hacer frente a los más grandes misterios de la vida, interrogarlos y explorar las causas que impedían a los ojos de un hombre el conocimiento de la realidad visible. Para esto había que trabajar con ánimo resuelto, rompiendo uno de los más delicados organismos: la córnea; apoderarse del cristalino y echarlo fuera, respetando las hialoides y tratando con la mayor consideración al humor vítreo; ensanchar con un corte las dimensiones de la pupila, y examinar por inducción o por medio de la catóptrica el estado de la cámara posterior.

Pocas palabras siguieron a esta audaz expedición por el interior de un mundo microscópico, empresa no menos colosal que medir la distancia de los astros en las infinitas magnitudes del espacio. Mudos y espantados presenciaban el caso los individuos de la familia. Cuando se espera la resurrección de un muerto o la creación de un mundo, no se está de otro modo. Pero Golfín no decía nada concreto; sus palabras eran:

—Contractilidad de la pupila...; retina sensible...; algo de estado pigmentario...; nervios llenos de vida.

Pero el fenómeno sublime, el hecho, el hecho irrecusable, la visión, ¿dónde estaba?

—A su tiempo se sabrá—dijo Teodoro,

empezando la delicada operación del vendaje—. Paciencia.

Y su fisonomía de león no expresaba desaliento ni triunfo; no daba esperanza ni la quitaba. La Ciencia había hecho todo lo que sabía. Era un simulacro de creación, como otros muchos que son gloria y orgullo del siglo XIX. En presencia de tanta audacia, la Naturaleza, que no permite sean sorprendidos sus secretos, continuaba muda y reservada.

El paciente fué incomunicado con absoluto rigor. Sólo su padre le asistía. Ninguno de la familia podía verle. Iba la Nela a preguntar por el enfermo cuatro o cinco veces; pero no pasaba de la portalada, aguardando allí hasta que saliera el señor don Manuel, su hija o cualquiera otra persona de la casa. La señorita, después de darle prolijos informes y de pintar la ansiedad en que estaba toda la familia, solía pasear un poco con ella. Un día quiso Florentina que Marianela le enseñara su casa, y bajaron a la morada de Centeno, cuyo interior causó no poco disgusto y repugnancia a la señorita, mayormente cuando vió las cestas que a la huérfana servían de cama.

—Pronto ha de venir la Nela a vivir conmigo—dijo Florentina, saliendo a toda prisa de aquella caverna—, y entonces tendrá una cama como la mía, y vestirá y comerá lo mismo que yo.

Absorta se quedó al oír estas palabras la señora de Centeno, así como la Mariuca y la Pepina, y no les ocurrió sino que a la miserable huérfana abandonada le había salido algún padre rey o príncipe, como se cuenta en los romances.

Cuando estuvieron solas, Florentina dijo a María:

—Pídele a Dios de día y de noche que conceda a mi querido primo ese don que nosotros poseemos y de que él ha carecido. ¡En qué ansiedad tan grande vivimos! Con su vista vendrán mil felicidades y se remediarán muchos daños. Yo he hecho a la Virgen una promesa sagrada: he prometido que si da la vista a mi primo, he de recoger al pobre más pobre que encuentre, dándole todo lo necesario para que pueda olvidar completamente su pobreza, haciéndole enteramente igual a mí por las comodidades y el bienestar de la vida. Para esto no basta vestir a una persona, ni sentarla delante de una mesa donde haya sopa y carne. Es preciso ofrecerle también aquella limosna que vale más que todos los mendrugos y que todos los trapos imaginables, y es la consideración, la dignidad, el nombre. Yo daré a mi pobre estas cosas, infundiéndole el respeto y la estimación de sí mismo. Ya he escogido a mi pobre. María, mi pobre eres tú. Con todas las voces de mi alma le he dicho a la Santísima Virgen que si devuelve la vista a mi primo haré de ti una hermana: serás en mi casa lo mismo que soy yo, serás mi hermana.

Diciendo esto, la Virgen estrechó con amor entre sus brazos la cabeza de la Nela y dióle un beso en la frente. Es absolutamente imposible describir los sentimientos de la vagabunda en aquella culminante hora de su vida. Un horror instintivo la alejaba de la casa de Aldeacorba, horror con el cual se confundía la imagen de la señorita de Penáguilas, como las figuras que se nos presentan en una pesadilla, y al propio tiempo sentía nacer en su alma admiración y simpatía muy vivas hacia aquella misma persona... A veces creía con pueril candor que era la Virgen María en esencia y presencia. De tal modo comprendía su bondad, que creía estar viendo, como el interior de un hermoso paraíso abierto, el alma de Florentina, llena de pureza, de amor, de bondades, de pensamientos discretos y consoladores. Tenía Marianela la rectitud suficiente para adoptar y asimilarse al punto la idea de que no podría aborrecer a su improvisada hermana. ¿Cómo aborrecerla, si se sentía impulsada espontáneamente a amarla con todas las energías de su corazón? La antipatía, la desconfianza, eran como un sedimento que al fin de la lucha debía quedar en el fondo para descomponerse al cabo y desaparecer, sirviendo sus elementos para alimentar la admiración y el respeto hacia la misma amiga bienhechora. Pero si la aversión desaparecía, no así el sentimiento que la había causado, el cual, no pudiendo florecer por sí ni manifestarse solo con el exclusivismo avasallador que es condición propia de tales afectos, produjole un aplanamiento

moral que trajo consigo amarga tristeza. En casa de Centeno observaron que la Nela no comía; que permanecía en silencio y sin movimiento, como una estatua, larguísimos ratos; que hacía mucho tiempo que no cantaba de noche ni de día. Su incapacidad para todo había llegado a ser absoluta, y habiéndola mandado Tansio por tabaco a la *Primera de Socartes,* sentóse en el camino y allí se estuvo todo el día.

Una mañana, cuando habían pasado ocho días después de la operación, fué a casa del ingeniero-jefe y Sofía le dijo:

—¡Albricias, Nela! ¿No sabes las noticias que corren? Hoy han levantado la venda a Pablo... Dicen que ve algo, que ya tiene vista... Ulises, el jefe del taller, acaba de decirlo... Teodoro no ha venido aún, pero Carlos ha ido allá; muy pronto sabremos si es verdad.

Quedóse la Nela, al oír esto, más muerta que viva, y cruzando las manos exclamó así:

—¡Bendita sea la Virgen Santísima, que es quien lo ha hecho!... Ella, ella sola es quien lo ha hecho.

—¿Te alegras?... Ya lo creo; ahora la señorita Florentina cumplirá su promesa—dijo Sofía en tono de mofa—. Mil enhorabuenas a la señora doña Nela... Ahí tienes tú cómo cuando menos se piensa se acuerda Dios de los pobres. Esto es como una lotería... ¡Qué premio gordo, Nelilla!... Y puede que no seas agradecida...; no, no lo serás... No he conocido ningún pobre que tenga gratitud. Son soberbios, y mientras más se les da más quieren... Ya es cosa hecha que Pablo se casará con su prima. Buena pareja; los dos son guapos chicos, y ella no parece tonta..., y tiene una cara preciosa, ¡qué lástima de cara y de cuerpo con aquellos vestidos tan horribles! ¡Oh!, si necesito vestirme, no me traigan acá a la modista de Santa Irene de Campó.

Esto decía, cuando entró Carlos. Su rostro resplandecía de júbilo.

—¡Triunfo completo!—gritó desde la puerta—. Después de Dios, mi hermano Teodoro.

—¿Es cierto?...

—Como la luz del día... Yo no lo creí... ¡Pero qué triunfo, Sofía, qué triunfo! No hay para mí gozo mayor que ser hermano de mi hermano... Es el rey de los hombres... Si es lo que digo: después de Dios, Teodoro.

XVII

FUGITIVA Y MEDITABUNDA

La estupenda y gratísima nueva corrió por todo Socartes. No se hablaba de otra cosa en los hornos, en los talleres, en las máquinas de lavar, en el plano inclinado, en lo profundo de las excavaciones y en lo alto de los picos, al aire libre y en las entrañas de la tierra. Añadíanse interesantes comentarios: que en Aldeacorba se creyó por un momento que don Francisco Penáguilas había perdido la razón; que don Manuel Penáguilas pensaba celebrar el regocijado suceso dando un banquete a cuantos trabajaban en las minas, y, finalmente, que don Teodoro era digno de que todos los ciegos habidos y por haber le pusieran en las niñas de sus ojos.

No osaba la Nela poner los pies en la casa de Aldeacorba. Secreta fuerza poderosa la alejaba de ella. Anduvo vagando todo el día por los alrededores de la mina, contemplando desde lejos la casa de Penáguilas, que le parecía transformada. En su alma se juntaba a un gozo extraordinario, una como vergüenza de sí misma: a la exaltación de un afecto noble, la insoportable comezón de un amor propio muy susceptible.

Halló una tregua a las congojosas batallas de su alma en la madre soledad, que tanto había contribuído a la formación de su carácter, y en contemplar las hermosuras de la Naturaleza, medio fácil de comunicar su pensamiento con la Divinidad. Las nubes del cielo y las flores de la tierra hacían en su espíritu efecto igual al que hacen en otros la pompa de los altares, la elocuencia de los oradores cristianos y las lecturas de sutiles conceptos místicos. En la soledad del campo pensaba ella, y decía mentalmente mil cosas, sin sospechar que eran oraciones. Mirando a Aldeacorba, decía:

«No volveré más allá... Ya acabó todo para mí... Ahora, ¿de qué sirvo yo?»

En su rudeza pudo observar que el conflicto en que estaba su alma provenía de no poder aborrecer a nadie. Por

el contrario, érale forzoso amar a todos, al amigo y al enemigo; y así como los abrojos se trocaban en flores bajo la mano milagrosa de una mártir cristiana, la Nela veía que sus celos y su despecho se convertían graciosamente en admiración y gratitud. Lo que no sufría metamorfosis era aquella pasioncilla que antes llamamos vergüenza de sí misma, y que la impulsaba a eliminar su persona de todo lo que pudiera ocurrir ya en Aldeacorba. Era como un aspecto singular del mismo sentimiento que en los seres educados y cultos se llamaba amor propio, por más que en ella revistiera los caracteres del desprecio de sí misma; pero la filiación de aquel sentimiento con el que tan grande parte tiene en las acciones del hombre civilizado, se reconocía en que se basaba, como éste, en la dignidad más puntillosa. Si Marianela usara ciertas voces, habría dicho:

«Mi dignidad no me permite aceptar el atroz desaire que voy a recibir. Puesto que Dios quiere que sufra esta humillación, sea; pero no he de asistir a mi destronamiento. Dios bendiga a la que por ley natural ocupará mi puesto; pero no tengo valor para sentarla yo misma en él.»

No pudiendo hablar así, su rudeza expresaba la misma idea de este otro modo:

«No vuelvo más a Aldeacorba... No consentiré que me vea... Huiré con Celipín o me iré con mi madre. Ahora yo no sirvo para nada.»

Pero mientras esto decía, parecíale muy desconsolador renunciar al divino amparo de aquella celestial Virgen que se le había aparecido en lo más negro de su vida extendiendo su manto para abrigarla. ¡Ver realizado lo que tantas veces viera en sueños palpitando de gozo y tener que renunciar a ello!... ¡Sentirse llamada por una voz cariñosa, que le ofrecía fraternal amor, hermosa vivienda, consideración, nombre, bienestar y no poder acudir a este llamamiento, inundada de gozo, de esperanza, de gratitud!... Rechazar la mano celestial que la sacaba de aquella sentina de degradación y miseria para hacer de la vagabunda una persona y elevarla de la jerarquía de los animales domésticos a la de los seres respetados y queridos!...

«¡Ay!—exclamó, clavándose los dedos como garras en el pecho—. No puedo, no puedo... Por nada del mundo me presentaré en Aldeacorba. ¡Virgen de mi alma, ampárame!... ¡Madre mía, ven por mí!...»

Al anochecer marchó a su casa. Por el camino encontró a Celipín con un palito en la mano y en la punta del palo la gorra.

—Nelilla—le dijo el chico—, ¿no es verdad que así se pone el señor don Teodoro? Ahora pasaba por la charca de Hinojales y me miré en el agua. ¡Córcholis!, me quedé pasmado, porque me vi con la *mesma* figura de don Teodoro Golfín... Cualquier día de esta semana nos vamos, a ser médicos y hombres de provecho... Ya tengo juntado lo que quería. Verás como nadie se ríe del señor De Celipín.

Tres días más estuvo la Nela fugitiva, vagando por los alrededores de las minas, siguiendo el curso del río por sus escabrosas riberas o internándose en el sosegado apartamiento del bosque de Saldeodo. Las noches pasábalas entre sus cestas, sin dormir. Una noche dijo tímidamente a su compañero de vivienda:

—¿Cuándo, Celipín?

Y Celipín contestó con la gravedad de un expedicionario formal:

—Mañana.

Levantáronse los dos aventureros al rayar el día, y cada cual fué por su lado: Celipín, a su trabajo; la Nela, a llevar un recado que le dió la Señana para la criada del ingeniero. Al volver encontró dentro de la casa a la señorita Florentina, que la esperaba. Quedóse al verla María sobrecogida y temerosa porque adivinó con su instintiva perspicacia o más bien con lo que el vulgo llama corazonada el objeto de aquella visita.

—Nela, querida hermana—dijo la señorita con elocuente cariño—. ¿Qué conducta es ésa?... ¿Por qué no has parecido por allá en todos estos días?... Ven, Pablo desea verte... ¿No sabes que ya puede decir: «Quiero ver tal cosa»? ¿No sabes que ya mi primo no es ciego?

—Ya lo sé—dijo la Nela, tomando la mano que la señorita le ofrecía y cubriéndola de besos.

—Vamos allá, vamos al momento. No hace más que preguntar por la señora

Nela. Hoy es preciso que estés allí cuando don Teodoro le levante la venda... Es la cuarta vez... El día de la primera prueba..., ¡qué día!, cuando comprendimos que mi primo había nacido a la luz, casi nos morimos de gozo. La primera cara que vió fué la mía... Vamos.

María soltó la mano de la Virgen Santísima.

—¿Te has olvidado de mi promesa sagrada—añadió ésta—, o creías que era broma? ¡Ay!, todo me parece poco para demostrar a la Madre de Dios el gran favor que nos ha hecho... Yo quisiera que en estos días nadie estuviera triste en todo lo que abarca el universo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados, como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables y decir: «Ya se acabaron vuestras penas; aquí traigo yo remedio para todos.» Esto no es posible, esto sólo puede hacerlo Dios. Ya que mis fuerzas no pueden igualar mi voluntad, hagamos bien lo poco que podamos hacer..., y se acabaron las palabras, Nela. Ahora despídete de esta choza, di adiós a todas las cosas que han acompañado a tu miseria y a tu soledad. También se tiene cariño a la miseria, hija.

Marianela no dijo adiós a nada, y como en la casa no estaba a la sazón ninguno de sus simpáticos habitantes, no fué preciso detenerse por ellos. Florentina salió, llevando de la mano a la que sus nobles sentimientos y su cristiano fervor habían puesto a su lado en el orden de la familia, y la Nela se dejaba llevar, sintiéndose incapaz de oponer resistencia. Pensaba que una fuerza sobrenatural le tiraba de la mano, y que iba fatal y necesariamente conducida, como las almas que los brazos de un ángel transportan al cielo. Aquel día tomaron el camino de Hinojales, que es el mismo donde la vagabunda vió a Florentina por primera vez. Al entrar en la calleja, la señorita dijo a su amiga:

—¿Por qué no has ido a casa? Mi tío dijo que tienes modestia y una delicadeza natural que es lástima no haya sido cultivada. ¿Tu delicadeza te impedía venir a reclamar lo que por la misericordia de Dios habías ganado? Eso cree mi tío... ¡Cómo estaba aquel día el pobre señor!...; decía que ya no le importaba nada morirse... ¿Ves tú?, todavía tengo los ojos encarnados de tanto llorar. Es que anoche mi tío, mi padre y yo no dormimos: estuvimos formando proyectos de familia y haciendo castillos en el aire toda la noche... ¿Por qué callas? ¿Por qué no dices nada?... ¿No estás tú también alegre como yo?

La Nela miró a la señorita, oponiendo débil resistencia a la dulce mano que la conducía.

—Sigue...; ¿qué tienes? Me miras de un modo particular, Nela.

Así era, en efecto; los ojos de la abandonada, vagando con extravío de uno en otro objeto, tenían al fijarse en la Virgen Santísima el resplandor del espanto.

—¿Por qué tiembla tu mano?—preguntó la señorita—. ¿Estás enferma? Te has puesto muy pálida y das diente con diente. Si estás enferma, yo te curaré, yo misma. Desde hoy tienes quien se interese por ti y te mime y te haga cariños... No seré yo sola, pues Pablo te estima..., me lo ha dicho. Los dos te queremos mucho, porque él y yo seremos como un solo... Desea verte. ¡Figúrate si tendrá curiosidad quien nunca ha visto...! Pero no creas..., como tiene tanto entendimiento y una imaginación que, según parece, le ha anticipado ciertas ideas que no poseen comúnmente los ciegos, desde el primer instante supo distinguir las cosas feas de los bonitas. Un pedazo de lacre encarnado le agradó mucho, y un pedazo de carbón le pareció horrible. Admiró la hermosura del cielo, y se estremeció con repugnancia al ver una rana. Todo lo que es bello le produce un entusiasmo que parece delirio; todo lo que es feo le causa horror y se pone a temblar como cuando tenemos mucho miedo. Yo no debí parecerle mal, porque exclamó al verme: «¡Ay prima mía, qué hermosa eres! ¡Bendito sea Dios, que me ha dado esta luz con que ahora te siento!»

La Nela tiró suavemente de la mano de Florentina y soltóla después, cayendo al suelo como un cuerpo que pierde súbitamente la vida. Inclinóse sobre ella la señorita, y con cariñosa voz le dijo:

—¿Qué tienes?... ¿Por qué me miras así?

Clavaba la huérfana sus ojos con terrible fijeza en el rostro de la Virgen Santísima; pero no brillaban, no, con expresión de rencor, sino con una como congoja suplicante, a la manera de la postrer mirada del moribundo que pide misericordia a la imagen de Dios, creyéndola Dios mismo.

—Señora—murmuró la Nela—, yo no la aborrezco a usted, no...; no la aborrezco... Al contrario, la quiero mucho, la adoro...

Diciéndolo, tomó el borde del vestido de Florentina, y llevándolo a sus secos labios, lo besó ardientemente.

—Y ¿quién puede creer que me aborreces?—dijo la de Penáguilas, llena de confusión—. Ya sé que me quieres. Pero me das miedo..., levántate.

—Yo la quiero a usted mucho, la adoro—repitió Marianela, besando los pies de la señorita—; pero no puedo, no puedo...

—¿Qué no puedes? Levántate, por amor de Dios.

Florentina extendió sus brazos para levantarla; pero sin necesidad de ser sostenida. La Nela alzóse de un salto, y, poniéndose rápidamente a bastante distancia, exclamó bañada en lágrimas:

—¡No puedo, señorita mía, no puedo!

—¿Qué?..., ¡por Dios y la Virgen!..., ¿qué te pasa?

—No puedo ir allá.

Y señaló la casa de Aldeacorba, cuyo tejado se veía a lo lejos entre árboles.

—¿Por qué?

—La Virgen Santísima lo sabe—replicó la Nela con cierta decisión—. Que la Virgen Santísima la bendiga a usted.

Haciendo una cruz con los dedos, se los besó. Juraba. Florentina dió un paso hacia ella. Comprendiendo María aquel movimiento de cariño, corrió velozmente hacia la señorita, y apoyando su cabeza en el seno de ella, murmuró entre gemidos:

—¡Por Dios..., déme usted un abrazo!

Florentina la abrazó tiernamente. Apartándose entonces con un movimiento, mejor dicho, con un salto ligero, flexible y repentino, la mujer o niña salvaje subió a un matorral cercano. La hierba parecía que se apartaba para darle paso.

—Nela, hermana mía—gritó con angustia Florentina.

—¡Adiós, niña de mi alma!—dijo la Nela, mirándola por última vez.

Y desapareció entre el ramaje. Florentina sintó el ruido de la hierba, atendiendo a él como atiende el cazador a los pasos de la pieza que se le escapa; después, todo quedó en silencio, y no se oía sino el sordo monólogo de la Naturaleza campestre en mitad del día, un rumor que parece el susurro de nuestras propias ideas al extenderse irradiando por lo que nos circunda. Florentina estaba absorta, paralizada, muda, afligidísima, como el que ve desvanecerse la más risueña ilusión de su vida. No sabía qué pensar de aquel suceso, ni su bondad inmensa, que incapacitaba frecuentemente su discernimiento, podía explicárselo.

Largo rato después hallábase en el mismo sitio la cabeza inclinada sobre el pecho, las mejillas encendidas, los celestiales ojos mojados de llanto, cuando acertó a pasar Teodoro Golfín, que de la casa de Aldeacorba con tranquilo paso venía. Grande fué el asombro del doctor al ver a la señorita sola y con aquel interesante aparato de pena y desconsuelo, que, lejos de mermar su belleza, la acrecentaba.

—¿Qué tiene la niña?—preguntó vivamente—. ¿Qué es eso, Florentina?

—Una cosa terrible, señor don Teodoro—replicó la señorita de Penáguilas, secando sus lágrimas—. Estoy pensando, estoy considerando qué cosas tan malas hay en el mundo.

—Y ¿cuáles son esas cosas malas, señorita?... Donde está usted, ¿puede haber alguna?

—Cosas perversas; pero entre todas hay una que es la más perversa de todas.

—¿Cuál?

—La ingratitud, señor Golfín.

Y mirando tras de la cerca de zarzas y helechos, dijo:

—Por allí se ha escapado.

Subió a lo más elevado del terreno para alcanzar a ver más lejos.

—No la distingo por ninguna parte.

—Ni yo—indicó, riendo, el médico—. El señor don Manuel me ha dicho que se dedica usted a la caza de mariposas. Efectivamente, esas pícaras son muy ingratas al no dejarse coger por usted.

—No es eso... Cóntaré a usted, si va hacia Aldeacorba.

—No voy, sino que vengo, preciosa señorita; pero porque usted me cuente alguna cosa, cualquiera que sea, volveré con mucho gusto. Volvamos a Aldeacorba, ya soy todo oídos.

XVIII

LA NELA SE DECIDE A PARTIR

Vagando estuvo la Nela todo el día, y por la noche rondó la casa de Aldeacorba, acercándose a ella todo lo que le era posible sin peligro de ser descubierta. Cuando sentía rumor de pasos, alejábase prontamente, como un ladrón. Bajó a la hondonada de la Terrible, cuyo pavoroso aspecto de cráter en aquella ocasión le agradaba, y después de discurrir por el fondo, contemplando los gigantes de piedra que en su recinto se elevaban como personajes congregados en un circo, trepó a uno de ellos para descubrir las luces de Aldeacorba. Allí estaban, brillando en el borde de la mina, sobre la oscuridad del cielo y de la tierra. Después de mirarlas como si nunca en su vida hubiera visto luces, salió de la Terrible y subió hacia la Trascava. Antes de llegar a ella sintió pasos, detúvose, y al poco rato vió que por el sendero adelante venía con resuelto andar el señor De Celipín. Traía un pequeño lío pendiente de un palo puesto al hombro y su marcha como su ademán demostraban firme resolución de no parar hasta medir con sus piernas toda la anchura de la Tierra.

—¡Celipe!..., ¿adónde vas?—le preguntó la Nela, deteniéndole.

—¡Nela!..., ¿tú por estos barrios?... Creíamos que estabas en casa de la señorita Florentina, comiendo jamones, pavos y perdices a todas horas, y bebiendo limonada con azucarillos. ¿Qué haces aquí?

—Y tú, ¿adónde vas?

—¿Ahora salimos con eso? ¿Para qué me lo preguntas si lo sabes?—replicó el chico, requiriendo el palo y el lío—. Bien sabes que voy a aprender mucho y a ganar dinero... ¿No te dije que esta noche...? Pues aquí me tienes más contento que unas Pascuas, aunque algo triste, cuando pienso lo que padre y madre van a llorar... Mira, Nela, la Virgen Santísima nos ha favorecido esta noche, porque padre y madre empezaron a roncar más pronto que otras veces, y yo, que ya tenía hecho el lío, me subí al ventanillo, y por el ventanillo me eché fuera... ¿Vienes tú, o no vienes?

—Yo también voy—dijo la Nela, con un movimiento repentino, asiendo el brazo del intrépido viajero.

—Tomaremos el tren, y en el tren iremos hasta donde podamos—afirmó Celipín con generoso entusiasmo—. Y después pediremos limosna hasta llegar a los madriles del Rey de España; y, una vez que estemos en los madriles del Rey de España, tú te pondrás a servir en una casa de marqueses y condeses, y yo en otra, y así, mientras yo estudie, tú podrás aprender muchas finuras. ¡Córcholis!, de todo lo que yo vaya aprendiendo te iré enseñando a ti un poquillo, un poquillo nada más, porque las mujeres no necesitan tantas sabidurías como nosotros los señores médicos.

Antes que Celipín acabara de hablar, los dos se habían puesto en camino, andando tan aprisa cual si estuvieran viendo las torres de los madriles del Rey de España.

—Salgámonos del sendero—dijo Celipín, dando pruebas en aquella ocasión de un gran talento práctico—, porque si nos ven nos echarán mano y nos darán un buen pie de paliza.

Pero la Nela soltó la mano de su compañero de aventuras, y, sentándose en una piedra, murmuró tristemente:

—Yo no voy.

—Nela..., ¡qué tonta eres! Tú no tienes, como yo, un corazón del tamaño de esas peñas de la Terrible—dijo Celipín, con fanfarronería—. ¡Recórcholis!, ¿a qué tienes miedo? ¿Por qué no vienes?

—Yo..., ¿para qué?

—¿No sabes que dijo don Teodoro que los que nos criamos aquí nos volvemos piedras...? Yo no quiero ser una piedra, yo no.

—Yo..., ¿para qué voy?—dijo la Nela con amargo desconsuelo—. Para ti es tiempo, para mí es tarde.

La chiquilla dejó caer la cabeza sobre su pecho, y por largo rato permaneció insensible a la seductora verbosidad del futuro Hipócrates. Al ver que iba a franquear el lindero de aquella tierra donde había vivido y donde dormía

su madre el eterno sueño, se sintió arrancada de su suelo natural. La hermosura del país, con cuyos accidentes se sentía unida por una especie de parentesco; la escasa felicidad que había gustado en él; la miseria misma; el recuerdo de su amito y de las gratas horas de paseo por el bosque y hacia la fuente de Saldeoro; los sentimientos de admiración o de simpatía, de amor o de gratitud que habían florecido en su alma en presencia de aquellas mismas flores, de aquellas mismas nubes, de aquellos árboles frondosos, de aquellas peñas rojas, como asociados a la belleza y desarrollo de aquellas mismas partes de la Naturaleza, eran otras tantas raíces, cuya violenta tirantez, al ser arrancadas, producíale vivísimo dolor.

—Yo no me voy—repitió.

Y Celipín hablaba, hablaba, cual si ya, subiendo milagrosamente hasta el pináculo de su carrera, perteneciese a todas las Academias creadas y por crear.

—Entonces, ¿vuelves a casa?—preguntóle al ver que su elocuencia era tan inútil como la de aquellos centros oficiales del saber.

—No.

—¿Vas a la casa de Aldeacorba?

—Tampoco.

—Entonces, ¿te vas al pueblo de la señorita Florentina?

—No, tampoco.

—Pues, entonces, ¡córcholis, recórcholis!, ¿adónde vas?

La Nela no contestó nada; seguía mirando con espanto al suelo, como si en él estuvieran los pedazos de la cosa más bella y más rica del mundo, que acababa de caer y romperse.

—Pues, entonces, Nela—dijo Celipín, fatigado de sus largos discursos—, yo te dejo y me voy, porque pueden descubrirme... ¿Quieres que te dé una peseta, por si se te ofrece algo esta noche?

—No, Celipín, no quiero nada... Vete tú; serás hombre de provecho... Pórtate bien, y no te olvides de Socartes ni de tus padres.

El viajero sintió una cosa impropia de varón tal, formal y respetable: sintió que le venían ganas de llorar; mas, sofocando aquella emoción importuna, dijo:

—¿Cómo he de olvidar a Socartes?... ¡Pues no faltaba más!... No me olvidaré de mis padres ni de ti, que me has ayudado a esto... Adiós, Nelilla... Siento pasos.

Celipín enarboló su palo con una decisión que probaba cuán templada estaba su alma para afrontar los peligros del mundo; pero su intrepidez no tuvo objeto, porque era un perro el que venía.

—Es *Choto*—dijo Nela, temblando.

—Agur—murmuró Celipín, poniéndose en marcha.

Desapareció entre las sombras de la noche.

La Geología había perdido una piedra, y la sociedad había ganado un hombre.

Al verse acariciada por *Choto*, la Nela sintió escalofríos. El generoso animal, después de saltar alrededor de ella, gruñendo con tanta expresión que faltaba muy poco para que sus gruñidos fuesen palabras, echó a correr con velocidad suma hacia Aldeacorba. Creeríase que corría tras una pieza de caza; pero, al contrario de ciertos oradores, el buen *Choto*, ladrando, hablaba.

★

A la misma hora, Teodoro Golfín salía de la casa de Penáguilas. Llegóse a él *Choto* y le dijo, atropelladamente, no sabemos qué. Era como una brusca interpelación pronunciada entre los bufidos del cansancio y los ahogos del sentimiento. Golfín, que sabía muchas lenguas, era poco fuerte en la canina, y no hizo caso. Pero *Choto* dió unas cuarenta vueltas en torno de él, soltando de su espumeante boca unos a modo de insultos, que después parecían voces cariñosas y luego amenazas. Teodoro se detuvo entonces, prestando atención al cuadrúpedo. Viendo *Choto* que se había hecho entender un poco, echó a correr en dirección contraria a la que llevaba Golfín. Este le siguió, murmurando: «Pues vamos allá.»

Choto regresó corriendo como para cerciorarse de que era seguido, y después se alejó de nuevo. Golfín creyó sentir una voz humana, que dijo:

—¿Qué quieres, *Choto?*

Al punto sospechó que era la Nela quien hablaba. Detuvo el paso, prestó atención, colocándose a la sombra de un roble, y no tardó en descubrir una

figura que, apartándose de la pared de piedra, andaba despacio. La sombra de las zarzas no permitía descubrirla bien. Despacito, siguióla a bastante distancia, apartándose de la senda y andando sobre el césped para no hacer ruido. Indudablemente era ella. Conocióla perfectamente cuando entró en terreno claro, donde no oscurecían el suelo árboles ni arbustos.

La Nela avanzó después más rápidamente. Al fin, corría. Golfín corrió también. Después de un rato de esta desigual marcha, la chiquilla se sentó en una piedra. A sus pies se abría el cóncavo hueco de la Trascava, sombrío y espantoso en la oscuridad de la noche. Golfín esperó, y, con paso muy quedo, acercóse más. *Choto* estaba frente a la Nela, echado sobre los cuartos traseros, derechas las patas delanteras, y mirándola como una esfinge. La Nela miraba hacia abajo... De pronto empezó a descender rápidamente, más bien resbalando que corriendo. Como un león, se abalanzó Teodoro a la sima, gritando con voz de gigante:

—¡Nela, Nela!...

Miró y no vió nada en la negra boca. Oía, sí, los gruñidos de *Choto,* que corría por la vertiente en derredor, describiendo espirales, cual si le arrastrara un líquido tragado por la espantosa sima. Trató de bajar Teodoro, y dió algunos pasos cautelosamente. Volvió a gritar y una voz le contestó desde abajo:

—Señor...

—Sube al momento.

No recibió contestación.

—Que subas.

Al poco rato dibujóse la figura de la vagabunda en lo más hondo que se podía ver del horrible embudo. *Choto,* después de husmear el tragadero de la Trascava, subía describiendo las mismas espirales. La Nela subía también, pero muy despacio. Detúvose, y entonces se oyó su voz, que decía débilmente:

—Señor...

—Que subas te digo... ¿Qué haces ahí?

La Nela subió otro poco.

—Sube pronto..., tengo que decirte una cosa.

—¿Una cosa?...

—Una cosa, sí; una cosa tengo que decirte.

Mariquilla acabó de subir, y Teodoro no se creyó triunfante hasta que pudo asir fuertemente su mano para llevarla consigo.

XIX

DOMESTICACIÓN

Anduvieron breve rato los dos sin decir nada. Teodoro Golfín, con ser sabio, discreto y locuaz, sentíase igualmente torpe que la Nela, ignorante de suyo y muy lacónica por costumbre. Seguíale sin hacer resistencia, y él acomodaba su paso al de la mujer-niña, como hombre que lleva un chico a la escuela. En cierto paraje del camino, donde había tres enormes piedras blanquecinas y carcomidas, que parecían huesos de gigantescos animales, el doctor se sentó, y poniendo delante de sí, en pie, a la Nela, como quien va a pedir cuentas de travesuras graves, tomóle ambas manos y, seriamente, le dijo:

—¿Qué ibas a hacer allí?

—Yo..., ¿dónde?

—Allí. Bien comprendes lo que quiero decirte. Responde claramente, como se responde a un confesor o a un padre.

—Yo no tengo padre—replicó la Nela con ligero acento de rebeldía.

—Es verdad; pero figúrate que lo soy yo, y responde. ¿Qué ibas a hacer allí?

—Allí está mi madre—le fué respondido de una manera hosca.

—Tu madre ha muerto. ¿Tú no sabes que los que se han muerto están en el otro mundo?

—Está allí—afirmó la Nela con aplomo, volviendo tristemente sus ojos al punto indicado.

—Y tú pensabas ir con ella, ¿no es eso? ¿Es decir, que pensabas quitarte la vida?

—Sí, señor; eso mismo.

—Y ¿tú no sabes que tu madre cometió un gran crimen al darse la muerte, y que tú cometerías otro igual imitándola? ¿A ti no te han enseñado esto?

—No me acuerdo de si me han enseñado tal cosa. Si yo me quiero matar, ¿quién me lo puede impedir?

—Pero ¿tú misma, sin auxilio de nadie, no comprendes que a Dios no puede agradar que nos quitemos la vida?... ¡Pobre criatura, abandonada a sus sentimientos naturales, sin instrucción ni religión, sin ninguna influencia afectuo-

sa y desinteresada que te guíe! ¿Qué ideas tienes de Dios, de la otra vida, del morir?... ¿De dónde has sacado que tu madre está allí?... ¿A unos cuantos huesos sin vida llamas tu madre?... ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y amándote dentro de esa caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Ignoras que las sepulturas, de cualquier forma que sean, no encierran más que polvo, descomposición y miseria?... ¿Cómo te figuras tú a Dios? ¿Como un señor muy serio que está allá arriba con los brazos cruzados, dispuesto a tolerar que juguemos con nuestra vida y a que en lugar suyo pongamos espíritus, duendes y fantasmas, que nosotros mismos hacemos?... Tu amo, que es tan discreto, ¿no te ha dicho jamás estas cosas?

—Sí me las ha dicho; pero como ya no me las ha de decir...

—Pero como ya no te las ha de decir, ¿atentas a tu vida? Dime, tontuela: arrojándote a ese agujero, ¿qué bien pensabas tú alcanzar? ¿Pensabas estar mejor?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—No sintiendo nada de lo que ahora siento, sino otras cosas mejores, y juntándome con mi madre

—Veo que eres más tonta que hecha de encargo—dijo Golfín, riendo—. Ahora vas a ser franca conmigo. ¿Tú me quieres mal?

—No, señor; no. Yo no quiero mal a nadie, y menos a usted, que ha sido tan bueno conmigo y que ha dado la vista a mi amo.

—Bien; pero eso no basta. Yo no sólo deseo que me quieras bien, sino que tengas confianza en mí y me confíes tus cosillas. A ti te pasan cosillas muy curiosas, picarona, y todas me las vas a decir, todas. Verás cómo no te pesa; verás cómo soy un buen confesor.

La Nela sonrió con tristeza. Después bajó la cabeza, y doblándose sus piernas, cayó de rodillas.

—No, tonta, así estás mal. Siéntate junto a mí; ven acá—dijo Golfín cariñosamente, sentándola a su lado—. Se me figura que estabas rabiando por encontrar una persona a quien poder decirle tus secretos. ¿No es verdad? ¡Y no hallabas ninguna! Efectivamente, estás demasiado sola en el mundo... Vamos a ver, Nela, dime ante todo: ¿por qué?..., pon mucha atención..., ¿por qué se te metió en la cabeza quitarte la vida?

La Nela no contestó nada.

—Yo te conocí gozosa y, al parecer, satisfecha de vivir, hace algunos días. ¿Por qué, de la noche a la mañana, te has vuelto loca?...

—Quería ir con mi madre—repuso la Nela, después de vacilar un instante—. No quería vivir más. Yo no sirvo para nada. ¿De qué sirvo yo? ¿No vale más que me muera? Si Dios no quiere que me muera, me moriré yo misma por mi misma voluntad.

—Esa idea de que no sirves para nada es causa de grandes desgracias para ti, ¡infeliz criatura! ¡Maldito sea el que te la inculcó, o los que te la inculcaron, porque son muchos!... Todos son, igualmente, responsables del abandono, de la soledad y de la ignorancia en que has vivido. ¡Que no sirves para nada! ¡Sabe Dios lo que hubieras sido tú en otras manos! Eres una personilla delicada, muy delicada, quizá de inmenso valor; pero, ¡qué demonio!, pon un arpa en manos toscas..., ¿qué harán?, romperla..., porque tu constitución débil no te permita partir piedra y arrastrar tierra como esas bestias en forma humana que se llaman Mariuca y Pepina, ¿se ha de afirmar que no sirves para nada? ¿Acaso hemos nacido para trabajar como los animales...? ¿No tendrás tú inteligencia, no tendrás tú sensibilidad, no tendrás mil dotes preciosas que nadie ha sabido cultivar? No; tú sirves para algo, aún servirás para mucho si encuentras una mano hábil que te sepa dirigir.

La Nela, profundamente impresionada con estas palabras, que entendió por intuición, fijaba sus ojos en el rostro duro, expresivo e inteligente de Teodoro Golfín. Asombro y reconocimiento llenaban su alma.

—Pero en ti no hay un misterio solo —añadió el león negro—. Ahora se te ha presentado la ocasión más preciosa para salir de tu miserable abandono, y la has rechazado. Florentina, que es un ángel de Dios, ha querido hacer de ti una amiga y una hermana; no conozco un ejemplo igual de virtud y de bondad..., y tú, ¿qué has hecho?...: huir de ella como una salvaje... ¿Es esto in-

gratitud o algún otro sentimiento que no comprendemos?

—No, no, no—replicó la Nela con aflicción—, yo no soy ingrata. Yo adoro a la señorita Florentina... Me parece que no es de carne y hueso, como nosotros, y que no merezco ni siquiera mirarla...

—Pues, hija, eso podrá ser verdad; pero tu comportamiento no quiere decir sino que eres ingrata, muy ingrata.

—No, no soy ingrata—exclamó la Nela, ahogada por los sollozos—. Bien me lo temía yo..., sí, me lo temía..., yo sospechaba que me creerían ingrata, y esto es lo único que me ponía triste cuando me iba a matar... Como soy tan bruta, no supe pedir perdón a la señorita por mi fuga, ni supe explicarle nada...

—Yo te reconciliaré con la señorita..., yo; si tú no quieres verla más, me encargo de decirle y de probarle que no eres ingrata. Ahora descúbreme tu corazón y dime todo lo que sientes y la causa de tu desesperación. Por grande que sea el abandono de una criatura, por grande que sean su miseria y su soledad, no se arranca la vida sino cuando tiene motivos muy poderosos para aborrecerla.

—Sí, señor; eso mismo pienso yo.

—¿Y tú la aborreces?...

Nela estuvo callada un momento. Después, cruzando los brazos, dijo con vehemencia:

—No, señor; yo no la aborrezco, sino que la deseo.

—¡A buena parte ibas a buscarla!

—Yo creo que después que uno se muere tiene lo que aquí no puede conseguir... Si no, ¿por qué nos está llamando la muerte a todas horas? Yo tengo sueños, y, soñando, veo felices y contentos a todos los que se han muerto.

—¿Tú crees en lo que sueñas?

—Sí, señor. Y miro los árboles y las peñas, que estoy acostumbrada a ver desde que nací, y en su cara veo cosas...

—¡Hola, hola!... ¿También los árboles y las peñas tienen cara?

—Sí, señor... Para mí, todas las cosas hermosas ven y hablan... Por eso, cuando todas me han dicho: «Ven con nosotras, muérete y vivirás sin penas...», yo...

«¡Qué lástima de fantasía!—murmuró Golfín—. Alma enteramente pagana.»

Y luego añadió en alta voz:

—Si deseas la vida, ¿por qué no aceptaste lo que Florentina te ofrecía? Vuelvo al mismo tema.

—Porque..., porque, porque la señorita Florentina no me ofrecía sino la muerte—dijo la Nela con energía.

—¡Qué mal juzgas su caridad! Hay seres tan felices que prefieren la vida vagabunda y miserable a la dignidad que poseen las personas de un orden superor. Tú te has acostumbrado a la vida salvaje, en contacto directo con la Naturaleza, y prefieres esta libertad grosera a los afectos más dulces de una familia. ¿Has sido tú feliz en esta vida?

—Empezaba a serlo...

—Y ¿cuándo dejaste de serlo?

Después de larga pausa, la Nela contestó:

—Cuando usted vino.

—¡Yo!... ¿Qué males he traído?

—Ninguno. No ha traído sino grandes bienes.

—Yo he devuelto la vista a tu amo —dijo Golfín, observando con atención de fisiólogo el semblante de la Nela—. ¿No me agradeces esto?

—Mucho, sí, señor; mucho—replicó ella, fijando en el doctor sus ojos llenos de lágrimas.

Golfín, sin dejar de observarla ni perder el más ligero síntoma facial que pudiera servir para conocer los sentimientos de la mujer-niña, habló así:

—Tu amo me ha dicho que te quiere mucho. Cuando era ciego, lo mismo que después que tiene vista, no ha hecho más que preguntar por la Nela. Se conoce que para él todo el universo está ocupado por una sola persona; que la luz que se le ha permitido gozar no sirve para nada si no sirve para ver a la Nela.

—¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela!... ¡La Nela no se dejará ver! —exclamó ella con brío.

—¿Y por qué?

—Porque es muy fea... Se puede querer a la hija de la Canela cuando se tienen los ojos cerrados; pero cuando se abren los ojos y se ve a la señorita Florentina, no se puede querer a la pobre y enana Marianela.

—¡Quién sabe!...

—No puede ser..., no puede ser—afirmó la vagabunda con la mayor energía.

—Eso es un capricho tuyo... No pue-

des decir si agradas o no a tu amo mientras no lo pruebes. Yo te llevaré a la casa.

—¡No quiero, que no quiero!—gritó ella, levantándose de un salto y poniéndose frente a Teodoro, que se quedó absorto al ver su briosa apostura y el fulgor de sus ojuelos negros, señales ambas cosas de un carácter decidido.

—Tranquilízate, ven acá—le dijo con dulzura—. Hablaremos... Verdaderamente, no eres muy bonita...; pero no es propio de una joven discreta apreciar tanto la hermosura exterior. Tienes un amor propio excesivo, mujer.

Y sin hacer caso de las observaciones del doctor, la Nela, firme en su puesto como lo estaba en su tema, pronunció solemnemente esta sentencia:

—No debe haber cosas feas... Ninguna cosa fea debe vivir.

—Pues mira, hijita, si todos los feos tuviéramos la obligación de quitarnos de en medio, ¡cuán despoblado se quedaría el mundo, pobre y desgraciada tontuela! Esa idea que me has dicho no es nueva. Tuviéronla personas que vivieron hace siglos, personas de fantasía como tú que vivían en la Naturaleza, y que, como tú, carecían de cierta luz que a ti te falta por tu ignorancia y abandono, y a ellas, porque aún esa luz no había venido al mundo... Es preciso que te cures esa manía; hazte cargo de que hay una porción de dones más estimables que el de la hermosura, dones del alma que ni son ajados por el tiempo ni están sujetos al capricho de los ojos. Búscalos en tu alma, y los hallarás. No te pasará lo que con tu hermosura, que, por mucho que en el espejo la busques, no es fácil que la encuentres. Busca aquellos dones preciosos, cultívalos, y cuando los veas bien grandes y florecidos no temas; ese afán que sientes se calmará. Entonces te sobrepondrás fácilmente a la situación desairada en que hoy te ves, y, elevándote, tendrás una hermosura que no admirarán quizá los ojos, pero que a ti misma te servirá de recreo y orgullo.

Estas sensatas palabras, o no fueron entendidas o no fueron aceptadas por la Nela, que, ocultándose otra vez junto a Golfín, le miraba atentamente. Sus ojos pequeñitos, que a los más hermosos ganaban en la elocuencia, parecían decir: «Pero ¿a qué vienen todas esas sabidurías, señor pedante?»

—Aquí—continuó Golfín, gozando extremadamente con aquel asunto, y dándole, a pesar suyo, un tono de tesis psicológica—hay una cuestión principal, y es...

La Nela le había adivinado, y se cubrió el rostro con las manos.

—No tiene nada de extraño; al contrario, es muy natural lo que te pasa. Tienes un temperamento sentimental, imaginativo; has llevado con tu amo la vida libre y poética de la Naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad. El es discreto hasta no más, y guapo como una estatua... Parece la belleza ciega hecha para recreo de los que tienen vista. Además, su bondad y la grandeza de su corazón cautivan y enamoran. No es extraño que te haya cautivado a ti, que eres niña, casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Le quieres mucho, le quieres más que a todas las cosas de este mundo?...

—Sí; sí, señor—repuso la chicuela, sollozando.

—¿No puedes soportar la idea de que te deje de querer?

—No; no, señor.

—El te ha dicho palabras amorosas y te ha hecho juramentos...

—¡Oh!, sí; sí, señor; me dijo que yo sería su compañera por toda la vida, y yo lo creí...

—¿Por qué no ha de ser verdad?...

—Me dijo que no podría vivir sin mí y que aunque tuviera vista me querría siempre mucho. Yo estaba contenta, y mi fealdad, mi pequeñez y mi facha ridícula no me importaban, porque él no podía verme, y allá en sus tinieblas me tenía por bonita. Pero después...

—Después...—murmuró Golfín, traspasado de compasión—. Ya veo que yo tengo la culpa de todo.

—La culpa, no...; porque usted ha hecho una buena obra. Usted es muy bueno... Es un bien que él haya sanado de sus ojos... Yo me digo a mí misma que es un bien...; pero después de esto yo debo quitarme de en medio..., porque él verá a la señorita Florentina y la comparará conmigo..., y la señorita Florentina es como los ángeles, porque yo... Compararme con ella es como si un pedazo de espejo roto se comparara con el sol... ¿Para qué sirvo yo? ¿Para

qué nací?... ¡Dios se equivocó! Hízome una cara fea, un cuerpecillo chico y un corazón muy grande. ¿De qué me sirve este corazón grandísimo? De tormento, nada más. ¡Ay!, si yo no lo sujetara, él se empeñaría en aborrecer mucho; pero el aborrecimiento no me gusta, yo no sé aborrecer, y antes de llegar a saber lo que es eso, quiero enterrar mi corazón para que no me atormente más.

—Te atormenta con los celos, con el sentimiento de verte humillada. ¡Ay!, Nela, tu soledad es grande. No puede salvarte ni el saber que no posees, ni la familia que te falta, ni el trabajo que desconoces. Dime, la protección de la señorita Florentina, ¿qué sentimientos ha despertado en ti?

—¡Miedo!... ¡Vergüenza!—exclamó la Nela, con temor, abriendo mucho sus ojuelos—. ¡Vivir con ellos, viéndolos a todas horas..., porque se casarán; el corazón me ha dicho que se casarán; yo he soñado que se casarán!...

—Pero Florentina es muy buena, te amará mucho...

—Yo la quiero también; pero no en Aldeacorba—dijo la chicuela con exaltación y desvarío—. Ha venido a quitarme lo que es mío..., porque era mío, sí, señor... Florentina es como la Virgen..., yo le rezaría, sí, señor; le rezaría, porque no quiero que me quite lo que es mío..., y me lo quitará, ya me lo ha quitado... ¿Adónde voy yo ahora, qué soy, ni qué valgo? Todo lo perdí, todo, y quiero irme con mi madre.

La Nela dió algunos pasos; pero Golfín, como fiera que echa la zarpa, la detuvo fuertemente por la muñeca. Al cogerla, observó el agitado pulso de la vagabunda.

—Ven acá—le dijo—. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Eres mía, y no has de hacer sino lo que te mande yo. ¡Pobre criatura, formada de sensibilidad ardiente, de imaginación viva, de candidez y de superstición, eres una admirable persona nacida para todo lo bueno, pero desvirtuada por el estado salvaje en que has vivido, por el abandono y la falta de instrucción, pues careces hasta de lo más elemental! ¡En qué donosa sociedad vivimos, que hasta este punto se olvida de sus deberes y deja perder de este modo un ser preciosísimo!... Ven acá, que no has de separarte de mí; te tomo, te cazo, ésa es la palabra: te cazo con trampa en medio de los bosques, florecita silvestre, y voy a ensayar en ti un sistema de educación... Veremos si sé tallar este hermoso diamante. ¡Ah, cuántas cosas ignoras! Yo descubriré un nuevo mundo en tu alma, te haré ver mil asombrosas maravillas que hasta ahora no has conocido, aunque de todas ellas has de tener tú una idea confusa, una idea vaga. ¿No sientes en tu pobre alma..., ¿cómo te lo diré?, el brotecillo, el pimpollo de una virtud, que es la más preciosa, la madre de todas, la humildad: una virtud por la cual gozamos extraordinariamente, ¡mira tú qué cosa tan rara!, al vernos inferiores a los demás? Gozamos, sí, al ver que otros están por encima de nosotros. ¿No sientes también la abnegación, por la cual nos complacemos en sacrificarnos por los demás, y hacernos pequeñitos para que otros sean grandes? Tú aprenderás esto; aprenderás a poner tu fealdad a los pies de la hermosura, a contemplar con serenidad y alegría los triunfos ajenos, a cargar de cadenas ese gran corazón tuyo, sometiéndolo por completo, para que jamás vuelva a sentir envidia ni despecho, para que ame a todos por igual, poniendo por cima de todos a los que te han hecho daño. Entonces serás lo que debes ser, por tu natural condición y por las cualidades que desde el nacer posees. ¡Infeliz!, has nacido en medio de una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana; vive tu alma en aquel estado de naturalismo poético, sí, ésa es la palabra, y te la digo aunque no la entiendas...; en aquel estado en que vivieron pueblos de que apenas queda memoria. Los sentidos y las pasiones te gobiernan, y la forma es uno de tus dioses más queridos. Para ti han pasado en vano dieciocho siglos, consagrados a enaltecer el espíritu. Y esta egoísta sociedad que ha permitido tal abandono, ¿qué nombre merece? Te ha dejado crecer en la soledad de unas minas, sin enseñarte una letra, sin revelarte las conquistas más preciosas de la inteligencia, las verdades más elementales que hoy gobiernan al mundo; ni siquiera te ha llevado a una de esas escuelas de primeras letras, donde no se aprende casi nada; ni siquiera te ha dado la imperfectísima instrucción religiosa de

que ella se envanece. Apenas has visto una iglesia más que para presenciar ceremonias que no te han explicado; apenas sabes recitar una oración que no entiendes; no sabes nada del mundo, ni de Dios, ni del alma... Pero todo lo sabrás; tú serás otra; dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo, para ser una señorita de mérito, una mujer de bien.

No puede afirmarse que la Nela entendiera el anterior discurso, pronunciado por Golfín con tal vehemencia y brío, que olvidó un instante la persona con quien hablaba. Pero la vagabunda sentía una fascinación singular, y las ideas de aquel hombre penetraban dulcemente en su alma, hallando fácil asiento en ella. Sin duda, se efectuaba sobre la tosca muchacha el potente y fatal dominio que la inteligencia superior ejerce sobre la inferior. Triste y silenciosa, recostó su cabeza sobre el hombro de Teodoro.

—Vamos allá—dijo éste súbitamente.

La Nela tembló toda. Golfín observó el sudor de su frente, el glacial frío de sus manos, la violencia de su pulso; pero, lejos de cesar en su idea por causa de esta dolencia física, afirmóse más en ella, repitiendo:

—Vamos, vamos; aquí hace frío.

Tomó la mano a la Nela. El dominio que sobre ella ejercía era ya tan grande, que la chicuela se levantó tras él y dieron juntos algunos pasos. Después, Marianela se detuvo y cayó de rodillas.

—¡Oh señor—exclamó con espanto—, no me lleve usted!

Estaba pálida, descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. Golfín le tiró del brazo. El cuerpo desmayado de la vagabunda no se elevaba del suelo por su propia fuerza. Era preciso tirar de él como de un cuerpo muerto.

—Hace días—dijo Golfín—que en este mismo sitio te llevé sobre mis hombros porque no podías andar. Esta noche será lo mismo.

Y la levantó en sus brazos. La ardiente respiración de la mujer-niña le quemaba el rostro. Iba decadente y marchita, como una planta que acaba de ser arrancada del suelo, dejando en él las raíces. Al llegar a la casa de Aldeacorba sintió que su carga se hacía menos pesada. La Nela erguía su cuello, elevaba las manos con ademán de desesperación, pero callaba.

Entró Golfín. Todo estaba en silencio. Una criada salió a recibirle, y, a instancias de Teodoro, condújole sin hacer ruido a la habitación de la señorita Florentina. Hallábase ésta sola, alumbrada por una luz que ya agonizaba, de rodillas en el suelo y apoyando los brazos en el asiento de una silla, en actitud de orar devotamente. Alarmóse al ver entrar a un hombre tan a deshora en su habitación, y a su fugaz alarma sucedió el asombro, observando la carga que Golfín sobre sus robustos hombros traía.

La sorpresa no permitió a la señorita de Penáguilas usar de la palabra, cuando Teodoro, depositando cuidadosamente su carga sobre un sofá, le dijo:

—Aquí la traigo... Qué tal, ¿soy buen cazador de mariposas?

XX

EL NUEVO MUNDO

Retrocedamos algunos días.

Cuando Teodoro Golfín levantó por primera vez el vendaje de Pablo Penáguilas, éste dió un grito de espanto. Sus movimientos todos eran de retroceso. Extendía las manos como para apoyarse en un punto y retroceder mejor. El espacio iluminado era para él como un inmenso abismo, en el cual se suponía próximo a caer. El instinto de conservación obligábale a cerrar los ojos. Excitado por Teodoro, por su padre y los demás de la casa, que sentían honda ansiedad, miró de nuevo; pero el temor no disminuía. Las imágenes entraban, digámoslo así, en su cerebro, violenta y atropelladamente, con una especie de brusca embestida, de tal modo, que él creía chocar contra los objetos; las montañas lejanas se le figuraban hallarse al alcance de su mano, y veía los objetos y personas que le rodeaban cual si, rápidamente, cayeran sobre sus ojos.

Observaba Teodoro Golfín estos fenómenos con viva curiosidad, porque era aquél el segundo caso de curación de ceguera congénita que había presenciado. Los demás no se atrevían a manifestar júbilo: de tal modo les confundía y pasmaba la perturbada inauguración de las funciones ópticas en el afortunado paciente. Pablo experimentaba una

alegría delirante. Sus nervios y su fantasía hallábanse horriblemente excitados, por lo cual Teodoro juzgó prudentemente obligarle al reposo. Sonriendo, le dijo:

—Por ahora, ha visto usted bastante. No se pasa de la ceguera a la luz, no se entra en los soberanos dominios del sol como quien entra en un teatro. Es éste un nacimiento en que hay también dolor.

Más tarde, el joven mostró deseos tan vehementes de volver a ejercer su nueva facultad preciosa, que Teodoro consintió en abrirle un resquicio del mundo visible.

—Mi interior—dijo Pablo, explicando su impresión primera—está inundado de hermosura, de una hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas fueron las que entraron en mí, llenándome de terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible, como si me arrojarán desde las cimas más altas a los abismos más profundos. Todo esto es bello y grandioso, aunque me hace estremecer. Quiero ver repetidas esas sensaciones sublimes. Aquella extensión de hermosura que contemplé me ha dejado anonadado; era una cosa serena y majestuosamente inclinada hacia mí como para recibirme. Yo veía el universo entero corriendo hacia mí, y estaba sobrecogido y temeroso... El cielo era un gran vacío atento, no lo expreso bien...; era el aspecto de una cosa extraordinariamente dotada de expresión. Todo aquel conjunto de cielo y montañas me observaba y hacia mí corría..., pero todo era frío y severo en su gran majestad. Enséñenme una cosa delicada y cariñosa... La Nela, ¿en dónde está la Nela?

Al decir esto, Golfín, descubriendo nuevamente sus ojos a la luz y auxiliándolos con anteojos hábilmente graduados, le ponía en comunicación con la belleza visible.

—¡Oh Dios mío!... Esto que veo, ¿es la Nela?—dijo Pablo con entusiástica admiración.

—Es tu prima Florentina.

—¡Ah!—exclamó el joven, confuso—. Es mi prima... Yo no tenía idea de una hermosura semejante... ¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina! Prima mía, eres como una música deliciosa; eso que veo me parece la expresión más clara de la armonía... Y la Nela, ¿dónde está?

—Tiempo tendrás de verla—dijo don Francisco, lleno de gozo—. Sosiégate ahora.

—¡Florentina, Florentina!—repitió el ciego con desvarío—. ¿Qué tienes en esa cara, que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol. De tu cara salen unos como rayos..., al fin puedo tener idea de cómo son los ángeles..., y tu cuerpo, tus manos, tus cabellos vibran, mostrándome ideas preciosas... ¿Qué es esto?

—Principia a hacerse cargo de los colores—murmuró Golfín—. Quizá vea los objetos rodeados con los colores del iris. Aún no posee bien la adaptación a las distancias.

—Te veo dentro de mis propios ojos —añadió Pablo—. Te fundes con todo lo que pienso, y tu persona visible es para mí como un recuerdo. Un recuerdo ¿de qué? Yo no he visto nada hasta ahora... ¿Habré vivido antes de esta vida? No lo sé; pero yo tenía noticias de esos ojos tuyos. Y tú, padre, ¿dónde estás? ¡Ah!, ya te veo. Eres tú..., se me presenta contigo el amor que te tengo... Pues ¿y mi tío?... Ambos os parecéis mucho... ¿En dónde está el bendito Golfín?

—Aquí..., en la presencia de su enfermo—dijo Teodoro, presentándose—. Aquí estoy más feo que Picio... Como usted no ha visto aún leones ni perros de Terranova, no tendrá idea de mi belleza... Dicen que me parezco a aquellos nobles animales.

—Todos son buenas personas—dijo Pablo con gran candor—; pero mi prima a todos les lleva inmensa ventaja... ¿Y la Nela? Por Dios, ¿no traen a la Nela?

Dijéronle que su lazarillo no parecía por la casa, ni podían ellos ocuparse en buscarla, lo que le causó profundísima pena. Procuraron calmarle, y como era de temer un acceso de fiebre, le acostaron, incitándole a dormir. Al día siguiente era grande su postración; pero de todo triunfó su naturaleza enérgica. Pidió que le enseñaran un vaso de agua, y, al verlo, dijo:

—Parece que estoy bebiendo el agua sólo con verla.

Del mismo modo se expresó con respecto a otros objetos, los cuales hacían viva impresión en su fantasía. Golfín, después de tratar de remediar la abe-

rración de esfericidad por medio de lentes, que fué probando uno tras otro, principió a ejercitarle en la distinción y combinación de los colores; pero el vigoroso entendimiento del joven propendía siempre a distinguir la fealdad de la hermosura. Distinguía estas dos ideas en absoluto, sin que influyera nada en él ni la idea de utilidad, ni aun la de bondad. Parecióle encantadora una mariposa que, extraviada, entró en su cuarto. Un tintero le parecía horrible, a pesar de que su tío le demostró, con ingeniosos argumentos, que servía para poner la tinta de escribir..., la tinta de escribir. Entre una estampa del Crucificado y otra de Galatea navegando sobre una concha con escolta de tritones y ninfas, prefirió esta última, lo que hizo mal efecto en Florentina, que se propuso enseñarle a poner las cosas sagradas cien codos por encima de las profanas. Observaba las caras con viva atención, y la maravillosa concordancia de los accidentes faciales con el lenguaje le pasmaba en extremo. Viendo a las criadas y a otras mujeres de Aldeacorba, manifestó desagrado, porque eran feas o insignificantes. La hermosura de su prima convertía en adefesios a las demás mujeres. A pesar de esto, deseaba verlas a todas. Su curiosidad era una fiebre intensa que de ningún modo podía calmarse, y mientras se mostraba desconsolado por no ver a la Nela, rogaba a Florentina que no dejase de acompañarle un momento.

El tercer día, le dijo Golfín:

—Ya se ha enterado usted de gran parte de las maravillas del mundo visible. Ahora es preciso que vea su propia persona.

Trajeron un espejo, y Pablo se miró en él.

—Este soy yo...—dijo con loca admiración—. Trabajo me cuesta creerlo... ¿Y cómo estoy dentro de esta agua dura y quieta? ¡Qué cosa tan admirable es el vidrio! Parece mentira que los hombres hayan hecho esta atmósfera de piedra... Por vida mía, que no soy feo..., ¿no es verdad, prima? Y tú cuando te miras aquí, ¿sales tan guapa como eres? No puede ser. Mírate en el cielo transparente, y allí verás tu imagen. Creerás que ves a los ángeles cuando te veas a ti misma.

A solas con Florentina, y cuando ésta le prodigaba a prima noche las atenciones y cuidados que exige un enfermo, Pablo le decía:

—Prima mía, mi padre me ha leído aquel pasaje de nuestra historia, cuando un hombre llamado Cristóbal Colón descubrió el Mundo Nuevo, jamás visto por hombre alguno de Europa. Aquel navegante abrió los ojos del mundo conocido para que viera otro más hermoso. No puedo figurármelo a él sino como a un Teodoro Golfín, y a la Europa, como a un gran ciego para quien la América y sus maravillas fueron luz. Yo también he descubierto un Nuevo Mundo. Tú eres mi América; tú eres aquella primera isla hermosa donde puso su pie el navegante. Faltóle ver el continente con sus inmensos bosques y ríos. A mí también me quedará por ver quizá lo más hermoso.

Después cayó en profunda meditación y, al cabo de ella, preguntó:

—¿En dónde está la Nela?

—No sé qué pasa a esa pobre muchacha—dijo Florentina—. No quiere verte, sin duda.

—Es vergonzosa y muy modesta—replicó Pablo—. Teme molestar a los de casa. Florentina, en confianza te diré que la quiero mucho. Tú la querrás también. Deseo ardientemente ver a esa buena compañera y amiga mía.

—Yo misma iré a buscarla mañana.

—Sí, sí...; pero no estés mucho tiempo fuera. Cuando no te veo, estoy muy solo... Me he acostumbrado a verte, y estos tres días me parecen siglos de felicidad... No me robes ni un minuto. Decíame anoche mi padre que, después de verte a ti, no debo tener curiosidad de ver a mujer ninguna.

—¡Qué tontería!...—dijo la señorita, ruborizándose—. Hay otras mucho más guapas que yo.

—No, no; todos dicen que no—afirmó Pablo con vehemencia; y dirigía su cara vendada hacia la primita, como si al través de tantos obstáculos quisiera verla aún—. Antes me decían eso, y yo no lo quería creer; pero después que tengo conciencia del mundo visible y de la belleza real, lo creo, sí, lo creo. Eres un tipo perfecto de hermosura; no hay más allá, no puede haberlo... Dame tu mano.

El primero estrechó ardientemente entre sus manos las de la señorita.

—Ahora me río yo—añadió él—de mi ridícula vanidad de ciego, de mi necio empeño en apreciar sin vista el aspecto de las cosas... Creo que toda la vida me durará el asombro que me produjo la realidad... ¡La realidad! El que no la posee es un idiota... Florentina, yo era un idiota.

—No, primo; siempre fuiste y eres muy discreto... Pero no excites ahora tu imaginación... Pronto será hora de dormir... Don Teodoro ha mandado que no se te dé conversación a esta hora, porque te desvelas... Si no te callas, me voy.

—¿Es ya de noche?

—Sí, es de noche.

—Pues sea de noche o de día, yo quiero hablar—afirmó Pablo, inquieto en su lecho, sobre el cual reposaba vestido—. Con una condición me callo, y es que no te vayas del lado mío, y de tiempo en tiempo des una palmada en la cama, para saber yo que estás aquí.

—Bueno, así lo haré, y ahí va la primera fe de vida—dijo Florentina, dando una palmada en la cama.

—Cuando te siento reír, parece que respiro un ambiente fresco y perfumado, y todos mis sentidos antiguos se ponen a reproducirme tu persona de distintos modos. El recuerdo de tu imagen subsiste en mí de tal manera, que, vendado, te estoy viendo lo mismo.

—¿Vuelve la charla?... Que llamo a don Teodoro—dijo la señorita jovialmente.

—No..., estáte quieta. ¡Si no puedo callar! Si callara, todo lo que pienso, todo lo que siento y lo que veo aquí dentro de mi cerebro me atormentaría más... ¿Y quieres tú que duerma?... ¡Dormir! Si te tengo aquí dentro, Florentina, dándome vueltas en el cerebro y volviéndome loco... Padezco y gozo lo que no se puede decir, porque no hay palabras para expresarlo. Toda la noche la paso hablando contigo y con la Nela... ¡La pobre Nela!, tengo curiosidad de verla, una curiosidad muy grande.

—Yo misma iré a buscarla mañana... Vaya, se acabó la conversación... Calladito..., o me marcho.

—Quédate... Hablaré conmigo mismo... Ahora voy a repetir las cosas que te dije anoche, cuando hablábamos solos los dos..., voy a recordar lo que tú me dijiste...

—¿Yo?

—Es decir, las cosas que yo me figuraba oír de tu boca... Silencio, señorita de Penáguilas..., yo me entiendo solo con mi imaginación.

Al día siguiente, cuando Florentina se presentó delante de su primo, le dijo:

—Traía a Mariquilla y se me escapó. ¡Qué ingratitud!

—¿Y no la has buscado?

—¿Dónde?... ¡Huyó de mí! Esta tarde saldré otra vez, y la buscaré hasta que la encuentre.

—No, no salgas—dijo Pablo vivamente—. Ella parecerá; ella vendrá sola.

—Parece loca.

—¿Sabe que tengo vista?

—Yo misma se lo he dicho. Pero, sin duda, ha perdido el juicio. Dice que yo soy la Santísima Virgen, y me besa el vestido.

—Es que le produces a ella el mismo efecto que a todos. La Nela es tan buena... ¡Pobre muchacha! Hay que protegerla, Florentina; protegerla, ¿no te parece?

—Es una ingrata—afirmó Florentina con tristeza.

—¡Ah!, no lo creas. La Nela no puede ser ingrata. Es muy buena...; la aprecio mucho... Es preciso que la busquen y me la traigan aquí.

—Yo iré.

—No, no; tú, no—dijo, prontamente, Pablo, tomando la mano de su prima—. La obligación de usted, señorita sin juicio, es acompañarme. Si no viene pronto el señor Golfín a levantarme la venda y ponerme los vidrios, yo me la levantaré solo. Desde ayer no te veo, y esto no se puede sufrir; no, no se puede sufrir... ¿Ha venido don Teodoro?

—Abajo está con tu padre y el mío. Pronto subirá. Ten paciencia; pareces un chiquillo de escuela.

Pablo se incorporó con desvarío.

—¡Luz, luz!... Es una iniquidad que le tengan a uno tanto tiempo a oscuras. Así no se puede vivir...; yo me muero. Necesito mi pan de cada día, necesito la función de mis ojos... Hoy no te he visto, prima, y estoy loco por verte. Tengo una sed rabiosa de verte. ¡Viva la realidad!... Bendito sea Dios, que te crió mujer hechicera, compendio de todas las bellezas... Pero si después de criar la hermosura no hubiera criado Dios los

corazones, ¡cuán tonta sería su obra!... ¡Luz, luz!

Subió Teodoro y le abrió las puertas de la realidad, inundando de gozo su alma.

Pasó el día tranquilo, hablando de cosas diversas. Hasta la noche no volvió a fijar la atención en un punto de su vida, que parecía alejarse y disminuir y borrarse, como las naves que en un día sereno se pierden en el horizonte. Como quien recuerda un hecho muy antiguo, dijo:

—¿No ha parecido la Nela?

Díjole Florentina que no, y hablaron de otra cosa. Aquella noche sintió Pablo a deshora ruido de voces en la casa. Creyó oír la voz de Teodoro Golfín, la de Florentina y la de su padre. Después se durmió sosegadamente, siguiendo durante su sueño atormentado por las imágenes de todo lo que había visto y por los fantasmas de lo que él mismo se imaginaba. Su sueño, que principió dulce y tranquilo, fué después agitado y angustioso, porque en el profundo seno de su alma, como en una caverna recién iluminada, luchaban las hermosuras y fealdades del mundo plástico, despertando pasiones, enterrando recuerdos y trastornando su alma toda. Al día siguiente, según promesa de Golfín, le permitirían levantarse y andar por la casa.

XXI

LOS OJOS MATAN

La habitación destinada a Florentina en Aldeacorba era la más alegre de la casa. Nadie había vivido en ella desde la muerte de la señora de Penáguilas; pero don Francisco, creyendo a su sobrina digna de alojarse así, arregló la estancia con pulcritud y ciertos primores elegantes que no se conocían en vida de su esposa. Daba el balcón al Mediodía y a la huerta, por lo cual la estancia hallábase diariamente inundada de gratos olores y de luz y alegrada por el armonioso charlar de los pájaros. En los pocos días de su residencia allí, Florentina había dado a la habitación el molde, digámoslo así, de su persona. Diversas cosas y partes de aquélla daban a entender la clase de mujer que allí vivía, así como el nido da a conocer el ave. Si hay personas que de un palacio hacen un infierno, hay otras que para convertir una choza en un palacio no tienen mas que meterse en ella.

Fué aquel día tempestuoso—y decimos aquel día, porque no sabemos qué día era; sólo sabemos que era un día—. Había llovido toda la mañana. Después aclaró el cielo, y, por último, sobre la atmósfera húmeda y blanca apareció majestuoso un arco iris. El inmenso arco apoyaba uno de sus pies en los cerros de Ficóbriga, junto al mar, y el otro en el bosque de Saldeoro. Soberanamente hermoso en su sencillez, era tal que a nadie puede compararse como no sea a la representación absoluta y esencial de la forma. Era un arco iris como el resumen, o mejor dicho, principio y fin de todo lo visible.

En la habitación estaba Florentina, no ensartando perlas, ni bordando rasos con menudos hilos de oro, sino cortando un vestido con patrones hechos de *Imparciales* y otros periódicos. Hallábase en el suelo, en postura semejante a la que toman los chicos revoltosos cuando están jugando, y ora sentada sobre sus pies, ora de rodillas, no daba paz a las tijeras. A su lado había un montón de pedazos de lana, percal, madapolán y otras telas que aquella mañana había hecho traer a toda prisa de Villamojada, y corta por aquí, recorta por allá, Florentina hacía mangas, faldas y cuerpos. No eran un modelo de corte ni había que fiar mucho en la regularidad de los patrones, obra también de la señorita; pero ella, reconociendo los defectos, pensaba que en aquel arte la buena intención salva el resultado. Su excelente padre le había dicho aquella mañana al comenzar la obra:

—Por Dios, Florentinilla, parece que ya no hay modistas en el mundo. No sé qué me da de ver a una señorita de buena sociedad arrastrándose por esos suelos de Dios con tijeras en la mano... Eso no está bien. No me agrada que trabajes para vestirte a ti misma, ¿y me ha de agradar que trabajes para las demás? ¿Para qué sirven las modistas?..., ¿para qué sirven las modistas, eh?

—Esto lo haría cualquier modista mejor que yo—repuso Florentina, riendo—; pero entonces no lo haría yo, señor papá; y precisamente quiero hacerlo yo misma.

Después Florentina se quedó sola; no, no se quedó sola, porque en el testero principal de la alcoba, entre la cama y el ropero, había un sofá de forma antigua, y sobre el sofá, dos mantas, una sobre otra. En uno de los extremos asomaba entre almohadas una cabeza reclinada con abandono. Era un semblante desencajado y anémico. Dormía. Su sueño era un letargo inquieto que a cada instante se interrumpía con violentas sacudidas y terrores. No obstante, parecía estar más sosegada cuando al mediodía volvió a entrar en la pieza el padre de Florentina, acompañado de Teodoro Golfín. Este se dirigió al sofá, y aproximando su cara, observó la de la Nela.

—Parece que su sueño es ahora menos agitado—dijo—. No hagamos ruido.

—¿Qué le parece a usted mi hija? —dijo don Manuel, riendo—. ¿No ve usted las tareas que se da?... Sea usted imparcial, señor don Teodoro; ¿no tengo motivos para incomodarme? Francamente, cuando no hay necesidad de tomarse una molestia, ¿por qué se ha de tomar? Muy enhorabuena que mi hija dé al prójimo todo lo que yo le señalo para que lo gaste en alfileres; pero esto, esta manía de ocuparse ella misma en bajos menesteres..., en bajos menesteres...

—Déjela usted—replicó Golfín, contemplando a la señorita de Penáguilas con cierto arrobamiento—. Cada uno, señor don Manuel, tiene su modo especial de gastar alfileres.

—No me opongo yo a que en sus caridades llegue hasta el despilfarro, hasta la bancarrota—dijo don Manuel, paseándose pomposamente por la habitación, con las manos en los bolsillos—. Pero ¿no hay otro medio mejor de hacer caridad? Ella ha querido dar gracias a Dios por la curación de mi sobrino...; muy bueno es esto, muy evangélico...; pero veamos..., pero veamos...

Detúvose ante la Nela para honrarla con sus miradas.

—¿No habría sido más razonable —añadió—que en vez de meter en nuestra casa a esta pobre muchacha hubiera organizado mi hijita una de esas solemnidades que se estilan en la corte, y en las cuales sabe mostrar sus buenos sentimientos lo más selecto de la sociedad?... ¿Por qué no se te ocurrió celebrar una rifa? Entre los amigos hubiéramos colocado todos los billetes, reuniendo una buena suma, que podrías destinar a los asilos de Beneficencia. Podías haber formado una sociedad con todo el señorío de Villamojada y su término, o con el señorío de Santa Irene de Campó, y celebrar juntas y reunir mucho dinero... ¿Qué tal? También pudiste idear una función de aficionados, o una corrida de toretes. Yo me hubiera encargado de lo tocante al ganado y lidiadores... ¡Ah! Anoche hemos estado hablando acerca de esto doña Sofía y yo... Aprende, aprende de esa señora. A ella deben los pobres qué sé yo cuántas cosas. Pues ¿y las muchas familias que viven de la administración de las rifas? Pues ¿y lo que ganan los cómicos con estas funciones? ¡Oh!, los que están en el Hospicio no son los únicos pobres. Me dijo Sofía que en los bailes de máscaras de este invierno sacaron un dineral. Verdad que una gran parte fué para la empresa del gas, para el alquiler del teatro y los empleados..., pero a los pobres les llegó su pedazo de pan... O si no, hija mía, lee la estadística...

Florentina se reía, y no hallando mejor contestación que repetir una frase de Teodoro Golfín, dijo a su padre:

—Cada uno tiene su modo de gastar alfileres.

—Señor don Teodoro—indicó con desabrimiento don Manuel—, convenga usted en que no hay otra como mi hija.

—Sí, en efecto—manifestó el doctor con intención profunda, contemplando a la joven—; no hay otra como Florentina.

—Con todos sus defectos—dijo el padre, acariciando a la señorita—, la quiero más que a mi vida. Esta pícara vale más oro que pesa... Vamos a ver, ¿qué te gusta más: Aldeacorba de Suso o Santa Irene de Campó?

—No me disgusta Aldeacorba.

—¡Ah, picarona!..., ya veo el rumbo que tomas... Bien, me parece bien... ¿Saben ustedes que a estas horas mi hermano le está echando un sermón a su hijo? Cosas de familia: de esto ha de salir algo bueno. Mire usted, don Teodoro, cómo se pone mi hija: ya tiene en su cara todas las rosas de abril. Voy a ver lo que dice mi hermano..., a ver lo que dice mi hermano.

Retiróse el buen hombre. Teodoro se

acercó a la Nela para observarla de nuevo.

—¿Ha dormido anoche?—preguntó a Florentina.

—Poco. Toda la noche la oí suspirar y llorar. Esta noche tendrá una buena cama, que he mandado traer de Villamojada. La pondré en ese cuartito que está junto al mío.

—¡Pobre Nela!—exclamó el médico—. No puede usted figurarse el interés que siento por esta infeliz criatura. Alguien se reirá de esto; pero no somos de piedra. Lo que hagamos para enaltecer a este pobre ser y mejorar su condición entiéndase hecho en pro de una parte no pequeña del género humano. Como la Nela hay muchos miles de seres en el mundo. ¿Quién los conoce? ¿Dónde están? Se pierden en los desiertos sociales..., que también hay desiertos sociales; en lo más oscuro de las poblaciones, en lo más solitario de los campos, en las minas, en los talleres. A menudo pasamos junto a ellos y no los vemos... Les damos limosna sin conocerlos... No podemos fijar nuestra atención en esa miserable parte de la sociedad. Al principio creí que la Nela era un caso excepcional; pero no, he meditado, he recordado, y he visto en ella un caso de los más comunes. Es un ejemplo del estado a que vienen los seres moralmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud, y que por su abandono y apartamiento no pueden desarrollar las fuerzas de su alma. Viven ciegos del espíritu, como Pablo Penáguilas ha vivido ciego del cuerpo teniendo vista.

Florentina, vivamente impresionada, parecía comprender muy bien las observaciones de Golfín.

—Aquí la tiene usted—añadió éste—. Posee una fantasía preciosa, sensibilidad viva; sabe amar con ternura y pasión; tiene su alma aptitud maravillosa para todo aquello que del alma depende; pero al mismo tiempo está llena de supersticiones groseras; sus ideas religiosas son vagas, monstruosas, equivocadas; sus ideas morales no tienen más guía que el sentido natural. No posee más educación que la que ella misma se ha dado, como planta que se fecunda con sus propias hojas secas. Nada debe a los demás. Durante su niñez no ha oído ni una lección, ni un amoroso consejo, ni una santa homilía. Se guía por ejemplos que aplica a su antojo. Su criterio es suyo, propiamente suyo. Como tiene imaginación y sensibilidad, como su alma se ha inclinado, desde el principio a adorar algo, adora la Naturaleza lo mismo que los pueblos primitivos. Sus ideales son naturalistas, y si usted no me entiende bien, querida Florentina, se lo explicaré mejor en otra ocasión.

Su espíritu da a la forma, a la belleza, una preferencia sistemática. Todo su ser, sus afectos todos giran en derredor de esta idea. Las preeminencias y las altas dotes del espíritu son para ella una región confusa, una tierra apenas descubierta, de la cual no se tiene sino noticias vagas por algún viajero náufrago. La gran conquista evangélica, que es una de las más gloriosas que ha hecho nuestro espíritu, apenas llega a sus oídos como un rumor..., es como una sospecha semejante a la que los pueblos asiáticos tienen del saber europeo, y si no me entiende usted bien, querida Florentina, más adelante se lo explicaré mejor...

Pero ella está hecha para realizar en poco tiempo grandes progresos y ponerse al nivel de nosotros. Alúmbresele un poco, y recorrerá con pasos gigantescos los siglos...; está muy atrasada, ve poco; pero teniendo luz, andará. Esa luz no se la ha dado nadie hasta ahora, porque Pablo Panáguilas, por su ignorancia de la realidad visible, contribuía sin quererlo a aumentar sus errores. Ese idealista exagerado y loco no es el mejor maestro para un espíritu de esta clase. Nosotros enseñaremos la verdad a esta pobre criatura, resucitado ejemplar de otros siglos; le haremos conocer las dotes del alma; la traeremos a nuestro siglo; daremos a su espíritu una fuerza que no tiene; sustituiremos su naturalismo y sus rudas supersticiones con una noble conciencia cristiana. Aquí tenemos un campo admirable, una naturaleza primitiva, en el cual ensayaremos la enseñanza de los siglos; haremos rodar el tiempo sobre ella con las múltiples verdades descubiertas; crearemos un nuevo ser, porque esto, querida Florentina (no lo interprete usted mal), es lo mismo que crear un nuevo ser, y si usted no lo entiende, en otra ocasión se lo explicaré mejor.

Florentina, a pesar de no ser sabihonda, algo creyó entender de lo que en su

original estilo había dicho Golfín. También ella expresaría más de una observación sobre aquel tema; pero en el mismo instante despertó la Nela. Sus ojos se revolvieron temerosos observando toda la estancia; después se fijaron alternativamente en las dos personas que la contemplaban.

—¿Nos tienes miedo?—dijo Florentina dulcemente.

—No, señora; miedo, no—balbució la Nela—. Usted es muy buena. El señor don Teodoro, también.

—¿No estás contenta aquí? ¿Qué temes?

Golfín le tomó la mano.

—Háblanos con franqueza—le dijo—: ¿a cuál de los dos quieres más, a Florentina o a mí?

La Nela no contestó. Florentina y Golfín sonreían; pero ella guardaba una seriedad taciturna.

—Oye una cosa, tontuela—prosiguió el médico—. Ahora has de vivir con uno de nosotros. Florentina se queda aquí; yo me marcho. Decídete por uno de los dos. ¿A cuál escoges?

Marianela dirigió sus miradas de uno a otro semblante, sin dar contestación categórica. Por último, se detuvieron en el rostro de Golfín.

—Se me figura que soy yo el preferido... Es una injusticia, Nela; Florentina se enojará.

La pobre enferma sonrió entonces, y extendiendo una de sus débiles manos hacia la señorita de Penáguilas, murmuró:

—No quiero que se enoje.

Al decir esto, María se quedó lívida; alargó su cuello, sus ojos se desencajaron. Su oído prestaba atención a un rumor terrible. Había sentido pasos.

—¡Viene!—exclamó Golfín, participando del terror de su enferma.

—Es él—dijo Florentina, apartándose del sofá y corriendo hacia la puerta.

Era él. Pablo había empujado la puerta y entraba despacio, marchando en dirección recta, por la costumbre adquirida durante su larga ceguera. Venía riendo, y sus ojos, libres de la venda que él mismo se había levantado, miraban hacia adelante. No habiéndose familiarizado aún con los movimientos de rotación del ojo, apenas percibía las imágenes laterales. Podría decirse de él, como de muchos que nunca fueron ciegos de los ojos, que sólo veía lo que tenía delante.

—Primita—exclamó, avanzando hacia ella—. ¿Cómo no has ido a verme hoy? Yo vengo a buscarte. Tu papá me ha dicho que estás haciendo trajes para los pobres. Por eso te perdono.

Florentina, contrariada, no supo qué contestar. Pablo no había visto al doctor ni a la Nela. Florentina, para alejarse del sofá, se dirigió hacia el balcón, y recogiendo algunos trozos de tela sentóse en ademán de ponerse a trabajar. Bañábala la risueña luz del sol, coloreando espléndidamente su costado izquierdo y dando a su hermosa tez moreno-rosa un tono encantador. Brillaba entonces su belleza como personificación hechicera de la misma luz. Su cabello en desorden, su vestido suelto, llevaban al último grado la elegancia natural de la gentil doncella, cuya actitud, casta y noble, superaba a las más perfectas concepciones del arte.

—Primito—dijo, contrayendo ligeramente el hermoso entrecejo—, don Teodoro no te ha dado todavía permiso para quitarte hoy la venda. Eso no está bien.

—Me lo dará después—replicó el mancebo, riendo—. No puede sucederme nada. Me encuentro bien. Y si algo me sucede, no me importa. No, no me importa quedarme ciego otra vez después de haberte visto.

—¡Qué bueno estaría eso!...—dijo Florentina en tono de reprensión.

—Estaba en mi cuarto solo; mi padre había salido, después de hablarme de ti... Tú ya sabes lo que me ha dicho...

—No, no sé nada—replicó la joven, fijando sus ojos en la costura.

—Pues yo sí lo sé... Mi padre es muy razonable. Nos quiere mucho a los dos... Cuando salió, levantéme la venda y miré al campo... Vi el arco iris y me quedé asombrado, mudo de admiración y de fervor religioso... No sé por qué, aquel sublime espectáculo, para mí desconocido hasta hoy, me dió la idea más clara de la armonía del mundo... No sé por qué, al mirar la perfecta unión de sus colores, pensaba en ti... No sé por qué, viendo el arco iris, dije: «Yo he sentido antes esto en alguna parte...» Me produjo sensación igual a la que sentí al verte, Florentina de mi alma. El co-

razón no me cabía en el pecho; yo quería llorar..., lloré, y las lágrimas cegaron por un instante mis ojos. Te llamé, no me respondiste. Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo, el arco iris había desaparecido... Salí para buscarte, creí que estabas en la huerta... Bajé, subí, y aquí estoy... Te encuentro tan maravillosamente hermosa, que me parece que nunca te he visto bien hasta hoy..., nunca hasta hoy, porque ya he tenido tiempo de comparar... He visto muchas mujeres...; todas son horribles junto a ti... ¡Si me cuesta trabajo creer que hayas existido durante mi ceguera...! No, no; lo que me ocurre es que naciste en el momento en que se hizo la luz dentro de mí; que te creó mi pensamiento en el instante de ser dueño del mundo visible. Me han dicho que no hay ninguna criatura que a ti se compare. Yo no lo quería creer; pero ya lo creo; lo creo como en la luz.

Diciendo esto puso una rodilla en tierra. Alarmada y ruborizada, Florentina dejó de prestar atención a la costura, murmurando:

—¡Primo..., por Dios!...

—¡Prima..., por Dios!...—exclamó Pablo con entusiasmo candoroso—, ¿por qué eres tú tan bonita?... Mi padre es muy razonable..., nada puede oponerse a su lógica ni a su bondad... Florentina, yo creí que no podía quererte; creí posible querer a otra más que a ti... ¡Qué necedad! Gracias a Dios que hay lógica en mis afectos... Mi padre, a quien he confesado mis errores, me ha dicho que yo amaba a un monstruo... Ahora puedo decir que idolatro a un ángel. El estúpido ciego ha visto ya, y al fin presta homenaje a la verdadera hermosura... Pero yo tiemblo..., ¿no me ves temblar? Te estoy viendo, y no deseo más que poder cogerte y encerrarte dentro de mi corazón, abrazándote y apretándote contra mi pecho..., fuerte, muy fuerte.

Pablo, que había puesto las dos rodillas en tierra, se abrazaba a sí mismo.

—Yo no sé lo que siento—añadió con turbación, torpe la lengua, pálido el rostro—. Cada día descubro un nuevo mundo, Florentina. Descubrí el de la luz, descubro hoy otro. ¿Es posible que tú, tan hermosa, tan divina, seas para mí? ¡Prima, prima mía, esposa de mi alma!

Creyérase que iba a caer al suelo desvanecido. Florentina hizo ademán de levantarse. Pablo le tomó una mano; después, retirando él mismo la ancha manga que lo cubría, besóle el brazo con vehemente ardor, contando los besos.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡Yo me muero!...

—Quita, quita—dijo Florentina, poniéndose en pie y haciendo levantar tras ella a su primo—. Señor doctor, ríñale usted.

Teodoro gritó:

—¡Pronto!... ¡Esa venda en los ojos y a su cuarto, joven!

Confuso, volvió Pablo su rostro hacía aquel lado. Tomando la visual recta, vió al doctor junto al sofá de paja, cubierto de mantas.

—¿Está usted ahí, señor Golfín?—dijo, acercándose en línea recta.

—Aquí estoy—repuso Teodoro seriamente—. Creo que debe usted ponerse la venda y retirarse a su habitación. Yo le acompañaré.

—Me encuentro perfectamente... Sin embargo, obedeceré... Pero antes déjenme ver esto.

Observaba las mantas, y entre ellas un rostro cadavérico, de aspecto muy desagradable. En efecto; parecía que la nariz de la Nela se había hecho más picuda, sus ojos más chicos, su boca más insignificante, su tez más pecosa, sus cabellos más ralos, su frente más angosta. Con los ojos cerrados, el aliento fatigoso, entreabiertos los cárdenos labios, hallábase al parecer la infeliz en la postrera agonía, síntoma inevitable de la muerte.

—¡Ah!—dijo Pablo—, supe por mi tío que Florentina había recogido a una pobre... ¡Qué admirable bondad!... Y tú, infeliz muchacha, alégrate, has caído en manos de un angel... ¿Estás enferma? En mi casa no te faltará nada... Mi prima es la imagen más hermosa de Dios... Esta pobrecita está muy mala, ¿no es verdad, doctor?

—Sí—dijo Golfín—, le conviene la soledad... y el silencio.

—Pues me voy.

Pablo alargó una mano hasta tocar aquella cabeza, en la cual veía la expresión más triste de la miseria y de la desgracia humanas. Entonces la Nela movió los ojos y los fijó en su amo. Creyóse Pablo mirado desde el fondo de un sepulcro; tanta era la tristeza y el dolor

que en aquella mirada había. Después la Nela sacó de entre las mantas una mano flaca, morena y áspera, y tomó la mano del señorito de Penáguilas, quien, al sentir su contacto, se estremeció de pies a cabeza y lanzó un grito en que toda su alma gritaba.

Hubo una pausa angustiosa, una de esas pausas que preceden a las catástrofes, como para hacerlas más solemnes. Con voz temblorosa, que en todos produjo trágica emoción, la Nela le dijo:

—Sí, señorito; yo soy la Nela.

Lentamente, y como si moviera un objeto de gran pesadumbre, llevó a sus secos labios la mano del señorito y le dió un beso..., después un segundo beso, y al dar el tercero, sus labios resbalaron inertes sobre la piel de la mano.

Después callaron todos. Callaban mirándola. El primero que rompió la palabra fué Pablo, que dijo:

—¡Eres tú..., eres tú!...

Pasaron por su mente ideas mil; mas no pudo expresar ninguna. Era preciso para ello que hubiera descubierto un nuevo lenguaje, así como había descubierto dos nuevos mundos: el de la luz y el del amor por la forma. No hacía más que mirar, mirar y hacer memoria de aquel tenebroso mundo en que había vivido, allá donde quedaban perdidos entre la bruma sus pasiones, sus ideas y sus errores de ciego. Florentina se acercó derramando lágrimas para examinar el rostro de la Nela, y Golfín, que la observaba como hombre y como sabio, pronunció estas lúgubres palabras:

—¡La mató! ¡Maldita vista suya!

Y después, mirando a Pablo con severidad, le dijo:

—Retírese usted.

—Morir..., morirse así, sin causa alguna... Esto no puede ser—exclamó Florentina con angustia, poniendo la mano sobre la frente de la Nela—. ¡María!... ¡Marianela!

La llamó repetidas veces, inclinada sobre ella, mirándola como se mira y como se llama, desde los bordes de un pozo, a la persona que se ha caído en él y se sumerge en las hondísimas y negras aguas.

—No responde—dijo Pablo con terror.

Golfín tentaba aquella vida próxima a extinguirse, y observó que bajo su tacto aún latía la sangre. Pablo se inclinó sobre ella, y acercando sus labios al oído de la moribunda, gritó:

—¡Nela, Nela, amiga querida!

Agitóse la mujercita, abrió los ojos, movió las manos. Parecía volver desde muy lejos. Viendo que las miradas de Pablo se clavaban en ella con observadora curiosidad, hizo un movimiento de vergüenza y terror, y quiso ocultar su pobre rostro como se oculta un crimen.

—¿Qué es lo que tiene?—dijo Florentina con ardor—. Don Teodoro, no es usted hombre si no la salva... Si no la salva, es usted un charlatán...

La insigne joven parecía colérica en fuerza de ser caritativa.

—¡Nela!—repitió Pablo, traspasado de dolor y no repuesto del asombro que le había producido la vista de su lazarillo—. Parece que me tienes miedo. ¿Qué te he hecho yo?

La enferma alargó entonces sus manos, tomó la de Florentina y la puso sobre su pecho; tomó después la de Pablo y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí, desarrollando un poco de fuerza. Sus ojos hundidos, los miraban; pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Hay que decir, como antes, que miraba desde el lóbrego hueco de un pozo que a cada instante era más hondo. Su respiración fué de pronto muy fatigosa. Suspiró oprimiendo sobre su pecho con más fuerza las manos de los dos jóvenes. Teodoro puso en movimiento toda la casa; llamó y gritó; hizo traer medicinas, poderosos revulsivos, y trató de suspender el rápido descenso de aquella vida.

—Difícil es—decía—detener una gota de agua que resbala, que resbala, ¡ay!, por la pendiente abajo y está ya a dos pulgadas del Océano; pero lo intentaré.

Mandó retirar a todo el mundo. Sólo Florentina quedó en la estancia. ¡Ah!, los revulsivos potentes, los excitantes nerviosos, mordiendo el cuerpo desfallecido para irritar la vida, hicieron estremecer los músculos de la infeliz enferma; pero, a pesar de esto, se hundía más a cada instante.

—Es una crueldad—dijo Teodoro con desesperación, arrojando la mostaza y los excitantes—, es una crueldad lo que hacemos. Echamos perros al moribundo para que el dolor de las mordidas le

haga vivir un poco más. Afuera todo eso.

—¿No hay remedio?

—El que mande Dios.

—¿Qué mal es éste?

—La muerte—vociferó con inquietud delirante, impropia de un médico.

—Pero ¿qué mal le ha traído la muerte?

—La muerte.

—No me explico bien. Quiero decir que de qué...

—¡De muerte! No sé si pensar que muere de vergüenza, de celos, de despecho, de tristeza, de amor contrariado. ¡Singular patología! No, no sabemos nada..., sólo sabemos cosas triviales.

—¡Oh!, ¡qué médicos!

—No sabemos nada. Conocemos algo de la superficie.

—¿Esto qué es?

—Parece una meningitis fulminante.

—¿Y qué es eso?

—Cualquier cosa... ¡La muerte!

—¿Es posible que se muera una persona sin causa conocida, casi sin enfermedad?... Señor Golfín, ¿qué es esto?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿No es usted médico?

—De los ojos, no de las pasiones.

—¡De las pasiones!—exclamó, hablando con la moribunda—. Y a ti, pobre criatura, ¿qué pasiones te matan?

—Pregúnteselo usted a su futuro esposo.

Florentina se quedó absorta, estupefacta.

—¡Infeliz!—exclamó con ahogado sollozo—. ¿Puedes el dolor del alma matar de esta manera?

—Cuando yo la recogí en la Trascava estaba ya consumida por una fiebre espantosa.

—Pero eso no basta, ¡ay!, no basta.

—Usted dice que no basta. Dios, la Naturaleza, dicen que sí.

—Si parece que ha recibido una puñalada.

—Recuerde usted lo que han visto hace poco estos ojos que se van a cerrar para siempre; considere que la amaba un ciego, y que ese ciego ya no lo es, y la ha visto... ¡La ha visto! ¡La ha visto!, lo cual es como un asesinato.

—¡Oh!, ¡qué horroroso misterio!

—No; misterio, no—gritó Teodoro con cierto espanto—; es el horrendo desplome de las ilusiones, es el brusco golpe de la realidad, de esa niveladora implacable que se ha interpuesto, al fin, entre esos dos nobles seres. ¡Yo he traído esa realidad, yo!

—¡Oh!, ¡qué misterio!—repitió Florentina, que por el estado de su ánimo no comprendía bien.

—Misterio, no; no—volvió a decir Teodoro, más agitado a cada instante—; es la realidad pura, la desaparición súbita de un mundo de ilusiones. La realidad ha sido para él nueva vida; para ella ha sido dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, el desaire, el dolor, los celos..., ¡la muerte!

—Y todo por...

—¡Todo por unos ojos que se abren a la luz..., a la realidad!... No puedo apartar esta palabra de mi mente. Parece que la tengo escrita en mi cerebro con letras de fuego.

—Todo por unos ojos... Pero ¿el dolor puede matar tan pronto?... ¡Casi sin dar tiempo a ensayar un remedio!

—No sé—replicó Teodoro, inquieto, confundido, aterrado, contemplando aquel libro humano de caracteres oscuros, en los cuales la vista científica no podía descifrar la leyenda misteriosa de la muerte y la vida.

—¡No sabe!—dijo Florentina con desesperación—. Entonces, ¿para qué es médico?

—No sé, no sé, no sé—exclamó Teodoro, golpeándose el cráneo melenudo con su zarpa de león—. Sí, una cosa sé, y es que no sabemos más que fenómenos superficiales. Señora, yo soy un carpintero de los ojos, y nada más.

Después fijó los suyos con atención profunda en aquello que fluctuaba entre persona y cadáver, y con acento de amargura exclamó:

—¡Alma!, ¿qué pasa en ti?

Florentina se echó a llorar.

—¡El alma—murmuró, inclinando su cabeza sobre el pecho—, ya ha volado!

—No—dijo Teodoro, tocando a la Nela—. Aún hay aquí algo; pero es tan poco... Podríamos creer que ha desaparecido ya su alma y han quedado sus suspiros.

—¡Dios mío!...—exclamó la de Penáguilas, empezando una oración.

—¡Oh!, ¡desgraciado espíritu!—dijo Golfín—. Es evidente que está muy mal alojado...

Los dos la observaron muy de cerca.

—Sus labios se mueven—gritó Florentina.

—Habla.

Sí, los labios de la Nela se movieron. Había articulado una, dos, tres palabras.

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

Ninguno de los dos pudo comprenderlo. Era, sin duda, el idioma con que se entienden los que viven la vida infinita. Después, sus labios no se movieron más. Estaban entreabiertos y se veía la fila de blancos dientecillos. Teodoro se inclinó, y besando la frente de la Nela, dijo así, con firme acento:

—Mujer, has hecho bien con dejar este mundo.

Florentina se echó a llorar, murmurando con voz ahogada y temblorosa:

—Yo quería hacerla feliz, y ella no quiso serlo.

XXII

¡ADIÓS!

¡Cosa rara, inaudita! La Nela, que nunca había tenido cama, ni ropa, ni zapatos, ni sustento, ni consideración, ni familia, ni nada propio, ni siquiera nombre, tuvo un magnífico sepulcro, que causó no pocas envidias entre los vivos de Socartes. Esta magnificencia póstuma fué la más grande ironía que se ha visto en aquellas tierras calaminíferas. La señorita Florentina, consecuente con sus sentimientos generosos, quiso atenuar la pena de no haber podido socorrer en vida a la Nela con la satisfacción de honrar sus pobres despojos después de la muerte. Algún positivista empedernido criticóla por esto; pero no faltó quien viera en tan desusado hecho una prueba más de la delicadeza de su alma.

Cuando la enterraron, los curiosos que fueron a verla—¡esto sí que es inaudito y raro!—la encontraron casi bonita; al menos así lo decían. Fué la única vez que recibió adulaciones. Los funerales se celebraron con pompa, y los clérigos de Villamojada abrieron tamaña boca al ver que se les daba dinero por echar responsos a la hija de la Canela. Era estupendo, fenomenal, que un ser cuya importancia social había sido casi, casi semejante a la de los insectos, fuera causa de encender muchas luces, de tender paños y de poner roncos a sochantres y sacristanes. Esto, a fuerza de ser extraño, rayaba en lo chistoso. No se habló de otra cosa en seis meses.

La sorpresa..., y dígase de una vez, la indignación de aquellas buenas muchedumbres llegaron a su colmo cuando vieron que por el camino adelante venían dos carros cargados con enormes piezas de piedra blanca y fina. ¡Ah!, en el entendimiento de la Señana se producía una espantosa confusión de ideas, un verdadero cataclismo intelectual, un caos, al considerar que aquellas piedras blancas y finas eran el sepulcro de la Nela. Si ante la Señana volara un buey o discurriera su marido, ya no le llamaría la atención.

Fueron revueltos los libros parroquiales de Villamojada, porque era preciso que después de muerta tuviera un nombre la que se había pasado sin él la vida, como lo prueba esta misma historia, donde se la nombra de distintos modos. Hallado aquel requisito indispensable para figurar en los archivos de la muerte, la magnífica piedra sepulcral ostentaba orgullosa, en medio de las rústicas cruces del cementerio de Aldeacorba, estos renglones:

R. I. P.

MARIA MANUELA TELLEZ

RECLAMÓLA EL CIELO
EN 12 DE OCTUBRE DE 186...

Guirnalda de flores primorosamente tallada en el mármol coronaba la inscripción. Algunos meses después, cuando ya Florentina y Pablo Penáguilas se habían casado y cuando—dígase la verdad, porque la verdad es antes que todo...—, cuando nadie en Aldeacorba de Suso se acordaba ya de la Nela, fueron viajando por aquellos países unos extranjeros de esos que llaman turistas, y luego que vieron el sarcófago de mármol erigido en el cementerio por la piedad religiosa y el afecto sublime de una ejemplar mujer, se quedaron embobados de admiración, y sin más averiguaciones escribieron en su cartera estos apuntes, que con el título de *Sketches from Cantabria* publicó más tarde un periódico inglés:

«Lo que más sorprende en Aldeacorba es el espléndido sepulcro que guarda las

cenizas de una ilustre joven, célebre en aquel país por su hermosura. *Doña Mariquita Manuela Téllez* perteneció a una de las familias más nobles y acaudaladas de Cantabria: la familia de Téllez Girón y de Trastamara. De un carácter *espiritual,* poético y algo caprichoso, tuvo el antojo *(take a fancy)* de andar por los caminos tocando la guitarra y cantando odas de Calderón, y se vestía de andrajos para confundirse con la turba de mendigos, buscones, *trovadores,* toreros, frailes, hidalgos, gitanos y *muleteros,* que en las *kermesas* forman esa abigarrada plebe española que subsiste y subsistirá siempre, independiente y pintoresca, a pesar de los *rails* y de los periódicos que han empezado a introducirse en la Península Occidental. El *abad* de Villamojada lloraba hablándonos de los caprichos, de las virtudes y de la belleza de la aristócrata ricahembra, la cual sabía presentarse en los saraos, fiestas y *cañas* de Madrid con el porte *(depormet)* más aristocrático. Es incalculable el número de bellos *romanceros,* sonetos y madrigales compuestos en honor de esta gentil doncella por todos los poetas españoles.»

Bastaba leer esto para comprender que los dignos reporteros habían visto visiones. Averiguada la verdad, de ella resultó este libro.

Despidámonos para siempre de esta tumba, de la cual se ha hablado en *The Times.* Volvamos los ojos hacia otro lado; busquemos a otro ser, rebusquémosle, porque es tan chico que apenas se ve; es un insecto imperceptible, más pequeño sobre la faz del mundo que el *philloxera* en la breve extensión de la viña. Al fin le vemos; allí está, pequeño, mezquino, atomístico. Pero tiene alientos y logrará ser grande. Oíd su historia, que no carece de interés.

Pues, señor...

Pero no, este libro no le corresponde. Acoged bien el de Marianela, y a su debido tiempo se os dará el de Celipín.

FIN DE «MARIANELA»

LA FAMILIA DE LEON ROCH

(1878)

NOTA PRELIMINAR

La familia de León Roch *es la últimas de las novelas de Galdós comprendidas en el ciclo llamado de la* primera época. *Y es la última también en que un Galdós exuberante, militante de las que él cree ideas inefables e inmarcesibles, luchará abiertamente por el triunfo de su ideología, poniendo con cada narración un púlpito a su pensamiento. En las novelas posteriores, denominadas* contemporáneas, *se encontrará ya más al novelista puro que al ideólogo fervoroso; sin que ello quiera decir que haya renunciado a exponer y a defender sus antiguas premisas—inmutables en él—, sino, sencillamente, que cree más oportuno diluirlas en el maravilloso edulcorante de sus dotes de narrador excepcional.*

¿Es La familia de León Roch *una novela en la que se nos muestre la perturbación que el fanatismo y la intolerancia introducen en un matrimonio que pudo lograrse en la dicha más completa y lo malogran en la mayor infelicidad? La opinión unánime de la alta crítica así lo cree. El propio autor jamás se preocupó en desmentirla. La fama pública dió a esta novela ese tinte un tanto desagradable que es la pátina del tiempo revuelto sobre las apariencias falsas. Nosotros creemos, por el contrario, que* La familia de León Roch *no es una obra de combate espiritual-religioso. Si Galdós se propuso que lo hubiera, a lo largo de esta extensa novela de varios centenares de páginas, su pretensión se va diluyendo lo mismo que un edulcorante removido en el agua. Y termina—el color casi límpido—en un conflicto espiritual-amoroso. Y conste que éste ya apunta en el inicio de la obra y tiene la culpa de que el hábil lector de novelas tenga la corazonada de que* por allí *va a llegar lo más sabroso de la creación literaria.*

León Roch es el hijo único de José, un hombre que ha llegado a reunir millones a fuerza de trabajo y de fortuna. José quiere que su hijo sea el primero en todo, que imponga la moda, el modo y la manera. Que por su finura, por su trato, por su esplendidez y hasta por sus vicios asombre a todos. Le sueña un César Borgia, un Pietro Aretino, un don Miguel de Mañara. Siquiera un Pedro Alcántara Téllez-Girón, duque de Osuna, cuyas hazañas aún emboban a la España isabelina de las doradas cornucopias y los rigodones con almendrilla política. José Roch aspira a que un título nobiliario, comprado al precio que sea, corone la vida legendaria y paradigmática de su unigénito.

Pero León Roch es modesto, con modestia nativa, y tan enraizada en él que huyó desde los albores de su mocedad de ostentaciones y vanidades, de sensualismos y procacidades sociales. Se hizo ingeniero brillantemente, y aunque tuvo, gracias a su cuantiosa fortuna y al renombre paterno, un lugar preeminente y lucido en lo más encopetado de Madrid, él no se preocupó en distinguirse sino por su trato exquisito, por su cultura firme, por su bondad natural, por su hombría. Realmente, León Roch parece un mirlo blanco, pero... El pero es

su ateísmo. En una época de masones de chascarrillo, de liberalotes furibundos, de volterianismos estudiados, León Roch es ateo. Esto es: hombre que niega la existencia de Dios. Y no hago esta definición académica a humo de pajas, sino porque viene como anillo a su dedo y como guante a su mano a cierta afirmación que ya apuntamos en esta notícula y que después, sin salirnos de ella, recalcaremos debidamente. Ateo. León Roch era ateo. No, antiteo; *esto es, hombre que intenta luchar con Dios y que, por ende, cree en El y mucho, obsesivamente.*

María Egipcíaca Sudre, hembra única de los cuatro vástagos que tuvieron los marqueses de Tellería, era... una espléndida hermosura. Los poetas de entonces —el melancólico Bécquer, el zascandil Espronceda de las desesperaciones amañadas, el melifluo Balart, el exuberante Zorrilla— le dedicaron sus composiciones, rimas de esas manuscritas que se estampan en los campos pintados de los abanicos pericones, a la esquiva de los varillajes calados, y en los campos impolutos de los álbumes cerrados por unas tapas fofas de felpa con anagramas de oro y cantoneras. María Egipcíaca Sudre era... alta, esbelta, alegre, ingeniosa, elegante. De ella se desprendía, lo mismo que un perfume perturbador, esa afrodisia deliciosa de la Eva neta. Realmente, María Egipcíaca Sudre parece otro mirlo blanco, pero... El pero es su practicismo religioso. En una época en que la religión más se tenía en el estilo que en la traza, en que se presumía de parecer *ortodoxo a macha martillo, en que era una afrenta sentar plaza de poco fervorosos—no decimos de poco fervientes—, María Egipcíaca Sudre es* una magnífica fachada religiosa.

Verse y amarse, como en la cuarteta del poeta seudofilosófico, fué todo uno. María Egipcíaca y León se casan. Y como se piensan enamorados, cada uno cree: primero, que logrará reducir la manera de aparentar *del otro; segundo, que lograra que el otro* se transforme *a imagen y semejanza de cada uno; tercero, que si* no fuera así, *tanto es el amor mutuo, que será fácil la mutua tolerancia.*

A los pocos meses de matrimonio, las tres crencias han fallado. ¿Es que ha fallado el amor? ¿Hubo amor en este matrimonio que entró *por los sentidos? Ellos, los esposos, juran y perjuran que sí. Galdós parece hacer mucho hincapié en que se les crea... Pero... Vamos a cuentas: si León era un sencillo ateo —esto es, no creyente en nada—, ¿qué le importaba* hacer como que hacía *cuanto María Egipcíaca practicaba un poco rutinariamente? Comprendemos que el antiteo—espíritu que cree y lucha implacablemente—no pueda ceder. ¡Se trata de sus convicciones más íntimas! Pero... ¡el ateo* no se juega *ningún naipe decisivo! Por amor a su esposa pudo* acostumbrarse *a un sencillo aparentar, ya que nada tenía que* ceder, *sino algo que* conceder. *¿Hay nada más sencillo? Por otra parte, un hombre que para nada se puede meter—supuesto que no cree—en materia de religión, ¿qué, cómo puede perturbar a un alma religiosa? El antiteo sí intentará combatirla, reducirla, convertirla. La lucha entre los dos, diaria, será temible. Al auténtico ateo no le da ni frío ni calor que los demás crean o no crean. Para llevarse bien—y a bien—con ellos le basta la educación. María Egipcíaca y León Roch estaban perfectamente educados. Lo que sucede realmente es que la sugestión carnal que los empujó a matrimoniar ha desaparecido. Y esta consecuencia tan natural ellos no la admiten, intentar enmascararla de* gran problema religioso. *¡Ah, si ellos tuvieran la gran franqueza íntima y se la confesaran y se la hicieran confesar a su portentoso creador,* quieras o no!

Pepa Fúcar, una mujer inteligente, encantadora, de niña jugó a los novios con León Roch. Desde niños, León y ella, sin necesidad de decírselo, cometiendo la tontería de apartarse sexualmente llegada la hora inolvidable, se han amado profundamente, constantemente. Pepa Fúcar se casa sin amor. Enviuda en apariencia. Le queda una hija hermosísima. Esa hija que María Egipcíaca no le dió al amorosísimo León. Pepa Fúcar conecta de nuevo su vida con la de León, precisamente *cuando éste y su mujer pretenden encubrir con patetismos de índole religiosa la terrible verdad sentimental. Pepa... León... María Egipcíaca... ¡He aquí el verdadero conflicto de esta hermosa novela galdosiana! Lo demás, como decía aquel*

flamenco de la ribera *madrileña..., es* un cuento.

En La familia de León Roch, *el escenario es Madrid. El escenario ya de casi siempre para Galdós. El escenario que se sabe él al dedido. Y del que tiene él contadas hasta las junturas de las losetas callejeras. En* La familia de León Roch *se inicia ya el estudio de esos innumerables personajes comparsas—¡tan humanos!—que pulularán, como los infusorios en el vaso de agua, en todo el ciclo novelesco que comprende más de cuarenta volúmenes. Los Tellerías—tan pirandón el viejo verde del marqués, tan falsa devota la señora marquesa, tan ásperamente* cuco *Gustavito, el primogénito, tan graciosamente sinvergüenza, sietemesino de los salones, Polito, tan auténticamente santo; Luisín...—, Federico Cimarra, el marido acomodaticio. La de San Salomó, que tan naturalmente concede los préstamos... con garantías amorosas. El marqués de Fúcar, siempre tan distraído en sus estudios, que vive alelado entre sus semejantes...*

PRIMERA PARTE

I

DE LA MISMA AL MISMO

Ugoibea, 30 de agosto.

Querido León: No hagas caso de mi carta de ayer, que se ha cruzado con la tuya que acabo de recibir. La ira y los pícaros celos me hicieron escribir mil desatinos. Me avergüenzo de haber puesto en el papel tantas palabras tremebundas mezcladas con puerilidades gazmoñas..., pero no me avergüenzo: me río de mí misma y de mi estilo, y te pido perdón. Si yo hubiera tenido un poco de paciencia para esperar tus explicaciones... Otra tontería... ¡Celos, paciencia! ¿Quién ha visto esas dos cosas en una pieza? Veo que no acaban aún mis desvaríos; y es que después de haber sido tonta, siquiera por un día, no vuelve a dos tirones una mujer a su discreción natural.

Mientras recobro la mía, allá van paces y más paces y un propósito firme de no volver a ser irascible, ni suspicaz, ni cavilosa, ni inquisidora, como tú dices. Tus explicaciones me satisfacen completamente: no sé por qué veo en ellas una lealtad y una honradez que se imponen a mi razón, y no dan lugar a más dudas, y me llenan el alma, ¿cómo decirlo?, de un convencimiento que se parece al cariño, que es su hermano y está junto con él, abrazados los dos, en el fondo, en el fondo... No sé acabar la frase; pero ¿qué importa? Adelante. Decía que creo en tus explicaciones. Una negativa habría aumentado mis sospechas; tu confesión las disipa. Declaras que, en efecto, amaste... No, no es ésta la palabra... Que tuviste relaciones superficiales, de colegio, de chiquillos, con la de Fúcar; que la conoces desde la niñez, que jugabais juntos... Yo recuerdo que me contabas algo de esto en Madrid, cuando por primera vez nos conocimos. ¿No era ésa la que te acompañaba a recoger azahares caídos debajo de los naranjos, la que tenía miedo de oír el chasquido de los gusanos de seda cuando están comiendo, la que tú coronabas con florecillas de Dondiego de Noche? Sí: me has referido muchas monadas de esa tu compañera de la infancia. Ella y tú os pintabais las mejillas con moras silvestres y os poníais mitras de papel. Tú gozabas cogiendo nidos, y ella no tenía mayor placer que descalzarse y meter los pies en las acequias, andando por entre los juncos y plantas acuáticas. Un día, casi a la misma hora, tú te caíste de un árbol, y ella fué mordida por un reptil. Era la de Fúcar, ¿no es verdad? Mira qué bien me acuerdo. ¡Si sería yo capaz de escribir tu historia!

La verdad, yo no había puesto mucha atención en estos cuentos de *bebés...*, pero cuando vi a esa mujer, cuando me dijeron que la amabas... ¡Hace de esto diez días, y aún se me figura que me estoy ahogando como en el momento en que me lo dijeron. Créemelo: me pareció que se acababa el mundo, que

el tiempo se detenía—no lo puedo explicar—y se doblaba mostrando un ángulo horrible, un lado desconocido donde yo... Otra frase sin concluir. Adelante.

Ahora me acuerdo de otra aleluya de tu infancia, que me contaste no hace mucho. ¡Cómo se quedan presentes estas tonterías! Cuando fuiste pollo y empezaste a estudiar esa ciencia de las piedras, que no sé para qué sirve; cuando ella—y sigo creyendo que sería otra vez la de Fúcar—no metía los pies en las acequias, ni se pintaba la cara con moras, ni se ponía tus mitras de papel, jugasteis a los novios con menos inocencia de antes; pero... vamos, lo concedo, siempre con inocencia. Ella estaba en un colegio donde había muchas lilas y un portero que se encargaba de traer y llevar cartitas. Asómbrate de mi memoria. Hasta me acuerdo del nombre de aquel portero: se llamaba Escóiquiz.

Basta de historia antigua. Lo que no me dijiste nunca, lo que yo no sabía hasta hoy, cuando he leído tus explicaciones, es que...—pues repito que no me hace gracia, caballero—, es que hace dos años os encontrasteis otra vez allí donde florecen los naranjos, mascan los gusanillos y corren las acequias; que hubo así como un poquitillo de ilusión; que desde entonces tuviste para ella un afecto sincero y que ese afecto fué creciendo, creciendo hasta...—aquí entro yo—, hasta que me conociste... Muchas gracias, caballero, por la retahila de galantería, de finezas, de protestas, de amorosas palabras que vienen en seguida. Esta lluvia de flores lleva una carilla. Hay carillas que parecen caras divinas, y ésta me hace llorar de contento. Gracias, gracias. Esto es muy hermoso; y lo que dices de mí muy exagerado. Más vales tú que yo... Vives para mí... ¡Ay! León, lo mejor que se puede hacer con estas frases de novela es creerlas. Abrete, corazón, y recíbelo todo. Yo soy buena católica y me he educado en el arte de creer.

¡Si seré tonta que he vuelto a leer la bendita carilla!... ¡Oh, está muy bien!... Que un amor verdadero, elevado, profundo, borró aquel capricho, no dejando rastro de él: muy bien... Que las ilusiones infantiles rara vez persisten en la edad mayor: perfectamente... Que tus sentimientos son sinceros y tus propósitos formales: sí, sí... Que la voz que llegó a mi oído haciéndome creer en el fin del mundo fué una de tantas conjeturas que lanza las frivolidad del mundo para que las recoja la malicia y haga con ellas armas terribles: eso es, eso es... Que la de Fúcar es hoy para ti tan indiferente como otra cualquiera: divino, delicioso... En fin, que yo y sola yo..., que a mí y sólo a mí... ¡Oh, qué dulce es ponerse la mano en el pecho y apretarse mucho, diciendo con el pensamiento: «A mí, a mí sola, a nadie más que a mí!»

¡Qué argumento tan poderoso me ocurre en favor suyo! La de Fúcar es inmensamente rica, yo soy casi pobre. Pero cuando se tiene fe no se necesitan argumentos, y yo tengo fe en ti... Cuantos te conocen dicen que eres un modelo de rectitud y de nobleza, un caso raro en estos tiempos. Estoy tan orgullosa como agradecida. ¡Qué bueno ha sido mi Dios para mí al depararme un bien que, al decir de las gentes, anda hoy tan escaso en el mundo!...

No quiero dejar de manifestarte, aunque esta carta no se acabe nunca, la impresión que me causó la Fúcar, dejando aparte el rencorcito que despertó en mí. Después de pasado el temporal, puedo juzgarla fríamente y con imparcialidad; y si cuando me dijeron lo que sabes parecióme tener grandes perfecciones, ahora la veo en su verdadero tamaño. No hay que hablar del lujo escandaloso de esa mujer: es un insulto a la Humanidad y a la Divinidad. Papá dice que con lo que ella gasta en trapos en una semana podrían vivir holgadamente muchas familias. No carece de elegancia; pero a veces es extravagantísima y parece decir: «Señores, me pongo así para que vean todos que tengo mucho dinero.» Mamá dice que no habrá hombre alguno que se case con ese mostrador de maravillas de la industria. Los Rostchilds no abundan, y la de Fúcar causa terror a los pretendientes. Esa muchacha pródiga, voluntariosa, llena de caprichos y pésimamente educada, tendrá, al fin, por dueño a cualquier perdido. Así lo dice mamá, que conoce el mundo y yo lo creo.

No la encuentro yo tan graciosa como dicen y como a mí me pareció cuando me moría de celos. Es demasiado alta para ser esbelta, demasiado flaca para airosa. El bonito color no puede negársele; pero se necesita un microscopio para encontrarle los ojos; ¡tan chicos son! Cuentan que habla con mucho gracejo: yo no lo sé, porque nunca la he tratado ni quiero tratarla. La vi de lejos, en la playa, y en el balcón de la casa de baños, y me pareció de maneras desenvueltas y libres. Creo que me miró de un modo particular. Yo la miré queriendo darle a entender que me importaba poco su persona: no sé si lo hice bien.

Estuvo aquí tres días. Yo no salí de casa. Nunca he llorado más. Al fin, se fué esa loca. El gozo que me causó dejar de verla se anubla un poquito cuando considero que ahora está donde tú estás. He pensado ayer todo el día en que debiera haber aquí una torre muy alta, muy alta, desde la cual se viese lo que pasa en Iturburúa. Yo subiría a ella de un salto... Pero confío en tu lealtad... Y si le dices que me amas a mí sola, si ella te conserva algún afecto, y al oírlo rabia... ¡Oh!, si rabia, avísamelo: quiero tener ese gusto.

El lunes te esperamos. Papá dice que si no vienes no eres hombre de palabra. Está muy impaciente por hablar contigo de política, pues, según él, aquí hay una plaga de gente ministerial que le apesta. Si al fin le hicieran senador..., y francamente, temo por su razón si no consigue ese bendito escaño. Sigue con la manía de mandar sueltos a los periódicos. En los de estos días hemos encontrado algunos, y también artículos. Ya sabes que mamá los conoce en que casi invariablemente empiezan diciendo: «Es de lamentar...»

Hoy entró muy orgulloso, mostrándome la obra que has publicado. El hacía elogios ardientes, y le leyó a mamá los primeros párrafos. Era cosa de risa. Ni él, ni mamá, ni yo comprendíamos una sola palabra, y, sin embargo, todos encarecíamos mucho la sabiduría del libro. Figúrate lo que entenderemos nosotros del *Análisis del terreno plutónico en las islas Columbretes,* ni qué interés pueden tener para mí las capas *cuaternarias,* los terrenos *pirógenos, azoicos*... Hasta el escribir estas palabrotas me cuesta trabajo y tengo que ir trazando letra por letra. Sin embargo, basta que hayas hecho tú esa monserga de sabidurías oscuras para que me cautive. He pasado algunos ratos leyendo tus páginas, como si leyera el griego, y... no lo creerás, pero es cierto que, sin saber la causa, yo leía y leía, llevada de un no sé qué de admiración y respeto hacia ti. Entre tantos nombres endiablados, he encontrado algunos preciosísimos y que han despertado en mí simpatías, tales como *sienita, pegmatica, variolita, anfibolita.* Todas estas niñitas me parecen nombres de hadas o geniecillos que han jugado alrededor de tu cabeza cuando estudiabas la obra de Dios en las honduras de la tierra.

Pero sin quererlo me estoy volviendo poetisa, y eso es inaguantable, señor mío. ¡Y esta pícara carta que no quiere dejarse acabar!... Mamá me está llamando para ir a paseo. Está muy aburrida. Dice que éste es un lugar de baños eminentemente *cursi,* y que antes se quedará en Madrid que volver a él. Ni casino, ni sociedad, ni expediciones, ni tiendas de chucherías, ni gente de cierta clase. La verdad es que no hay dos Biarritz en el mundo.

Leopoldo también está aburridísimo. Dice que éste es un pueblo salvaje, y que no comprende cómo hay persona decente que venga a bañarse entre cafres. Así llama a los pobres castellanos que inundan estas playas. Gustavo ha pasado a Francia para visitar al santo y angelical Luis Gonzaga, que está algo delicado. ¡Pobre hermanito mío! Hace días nos visitó de parte suya un clérigo italiano, un tal Paoletti, hombre amabilísimo, muy instruído y de conversación muy amena... Pero quiero darte cuenta de todo, y no puede ser. El papel se acaba, y mamá me llama otra vez. Adiós, adiós, adiós. Que no faltes el lunes... Hablaremos de aquello, ¿sabes?, de aquello. Anoche, cuando rezaba, le pedía a Dios por ti... No pongas esa cara de pillo. Hay en tu alma un rinconcito oscuro que no me gusta. No digo más por no anticipar una empresa gloriosa que tendrá su... Quédese también esta frase sin concluir... Abur, perdido... Memorias a las *sienitas, pegmáticas* y *anfibolitas,* únicas señoritas de quienes no tiene celos la que te

quiere de todo corazón, la que tiene la simpleza de creer todo lo que le dices, la que te espera el lunes... Cuidado con faltar. Hasta el lunes. Si no, verás quién es tu

María.

II

HERPETISMO

El que leyó esta carta paseaba, mientras leía, por una alameda de altísimos árboles. En uno de los extremos de ella había una construcción baja, de cuyo pórtico con pretensiones grecorromanas salían tibios vapores sulfúricos, harto desagradables, y en el otro uno de los edificios falansterianos a que concurren los españoles durante el estío para reproducir en el campo la vida estrecha, incómoda y enfermiza de las poblaciones. Escabrosas montañas, de hierba y musgo vestidas, daban con el pie al establecimiento, como para arrojarlo al río, y éste, que intentaba disimular su pequeñez haciendo ruido—a semejanza de muchos hombres que son Manzanares de cuerpo y Niágara de voz—, se encrespaba junto al muro de sostenimiento, jurando y perjurando que se llevaría falansterio, alameda, cantina, médico, fondista y veraneantes.

Estos cojeaban tosiendo en la alameda, o formaban desiguales grupos bajo los árboles y en los bancos de césped. Oíanse monografías de todos los males imaginables: cálculos sobre digestiones hechas o por hacer; diagnósticos ramplones, recuentos de insomnios, hijos y acedías; inventarios de palpitaciones cardíacas; disertaciones varias sobre las travesuras del gran simpático; sutiles hipótesis sobre los misterios del sistema nervioso, iguales a los de Isis en lo impenetrables: observaciones erigidas en aforismos por un pecho optimista; vaticinios de aprensivo que cuenta por sus toses los pasos de la muerte; esperanzas de crédulo que supone en las aguas la milagrosa virtud de resucitar difuntos; sofocados ayes del atacado de gastralgia; soliloquios del desesperado y risas del restablecido.

El que no ha vivido siquiera tres días en medio de este mundo anémico y escrofuloso, compuesto de enfermos que parecen sanos, sanos que se creen enfermos, individuos que se pudren a ojos vistos carcomidos por el vicio, y aprensivos que se sublevarían contra Dios si decretara la salud universal, no comprenderá el fastidio e insulsez de esta vida falansteriana, tan ardientemente adoptada por nuestra sociedad desde que hubo ferrocarriles, y en la cual rara vez se encuentra el plácido sosiego del campo.

Con todo, no faltan atractivos en la sociedad herpética. La renovación constante de tipos; las bellezas que entran cada día, acompañadas de más mundos que un sistema planetario; el lujo, las tertulias; la delicada ambrosía de la murmuración, servida a cada instante y pasada de boca en boca sin saciar jamás a ninguna ni agotarse con el diario consumo; los imprevistos o redivivos noviazgos; los rozamientos morales, ora ásperos, ora de dulce suavidad; los mil cabos que se atan o se desatan, el bailoteo, las expediciones para ver gruta, panorama o golpe de ruinas, que ya se vieron el año pasado y que se han de gozar uniendo la voz al coro de la admiración general; los juegos inocentes o venialmente criminales; las bromas, los complots, las galanas intrigas con que algunos se atreven a romper la monotonía de la felicidad colectiva, de aquel esparcimiento colectivo, de aquella higiene colectiva, de aquella vide eminentemente colectiva que, en medio de sus esplendores, tiene un no sé qué reglamentario y lúgubre a estilo de hospital, dan atractivos a estos sitios, al menos para ciertos caracteres, precisamente los que más abundan. Por eso van allá todos los españoles, unos con su dinero, otros con el ajeno, y desde que apunta julio son puestos en prensa el administrador o el prestamista para que alleguen los caudales que reclama aquel importante fin de la vida moderna. Enardece a la sociedad un loco afán de embriagarse con aguas de azufre, y para cantar esta sed elegante se echa de menos un Anacreonte hidropático.

El que leía la carta era un joven vestido de riguroso luto. Leídos y guardados los tres pliegos quiso seguir paseando; mas le fué preciso atender a los saludos de sus compañeros de fonda. Era la hora en que la mayor parte de los bañistas bajaban a beber el agua y a pasearla. Veíanse caras des-

consoladas y escuálidas, unas de viejos verdes y otras de jóvenes achacosos; sonrisas mustias que se confundían con las contracciones de dolor; no se oía más que un preguntar y responder constante sobre las distintas formas y maneras de estar malo.

La chismografía patológica es insoportable, y así debió comprenderlo el de la carta, que afortunadamente estaba bien con Esculapio, porque tomó el camino de la fonda para salir del establecimiento; pero fué detenido por un grupo compuesto de tres personas, dos de las cuales eran de edad madura, de aspecto grave y hasta cierto punto majestuoso.

—Buenos días, León—dijo el más joven en tono de confianza íntima—. Ya te vi desde mi ventana leyendo los tres pliegos de costumbre.

—Hola, amigo Roch; usted siempre tan madrugador—indicó el más viejo, que era también el más feo de los tres.

—Leoncillo, buena pieza..., alma de cántaro, ¿no paseas hoy con nosotros? —dijo el de aspecto más imponente, que ocupaba entonces, como siempre, el centro del grupo, de tal modo que los otros dos parecían ir a su lado con un fin puramente decorativo, para hacer resaltar más su importancia física y social.

El joven vestido de negro se excusó como pudo.

—Bajaré dentro de una hora—dijo, evadiéndose con ligereza—. Hasta luego.

El grupo avanzó por la alameda adelante. ¿Será preciso describir esta trinidad ilustre, la cual es, si se nos permite decirlo así, una constelación que se ve en España a todas horas, a pesar de ser muy turbio el cielo de nuestro país?

Aquí el lector, lo mismo que el autor, dirá forzosamente: «Son ellos; dejémoslos que pasen.» Pero esta constelación no pasa ni declina jamás; no baja nunca hacia el horizonte, ni es oscurecida por el sol, ni se nubla, ni se eclipsa. Siempre está en alto, ¡ay!, siempre resplandece con inextinguible claridad pavorosa en el cenit de la vida nacional.

¿Quién no conoce al marqués de Fúcar, de quien ha dicho la adulación que es uno de los pocos oasis de riqueza situados en medio del árido desierto de la general miseria? Así como ocupa el primer lugar en la constelación citada, también es el *alfa* de la sociedad española.

¿Quién no conoce a don Joaquín Onésimo, ese fanal luminoso de la Administración que, encendido en todas las situaciones, ilumina con sus rayos a una pléyade de Onésimos que en diversos puestos del Estado consumen medio presupuesto? Alguien dijo que los Onésimos no eran una familia, sino una epidemia; pero no puede dudarse, ¡cielos!, que si esa luminaria se apagase quedarían a oscuras los ámbitos de la buena administración, y reducidos a revuelto caos el orden, las instituciones y la sociedad toda.

El tercer ángulo de este triángulo lo formaba un acicalado y muy bien parecido joven, en cuyo semblante pálido y linfático parecían extinguidas prematuramente la frescura y la energía propias de sus treinta y dos años. Eran sus maneras perezosas y su aspecto de fatiga y agotamiento, como es común en los que han derrochado la riqueza moral en la mala política, la intelectual en el periodismo de pandilla y la física en el vicio. Este tipo, esencialmente español y matritense, nocturno, calenturiento, extenuado, personificación de esa fiebre nacional que se manifiesta devorante y abrasadora en las redacciones trasnochantes, en los Casinos que sólo apagan sus luces al salir el sol, en las tertulias crepusculares y en los mentideros que perpetuamente funcionan en pasillos de teatro, rincones de café o despachos de Ministerio, parecía muy fuera de su lugar propio en aquel ambiente puro y luminoso, a la sombra de gigantescos árboles. Podría creerse que le causaba molestia hallarse lejos de sus antros de corrupción y malevolencia, y que para las esplendentes gracias de la Naturaleza no había en su corazón un latido, ni una mirada en sus turbios ojos sin viveza, de párpados turgentes, embolsados y rojos por el hábito del insomnio.

Federico Cimarra, que era el joven; don Joaquín Onésimo—a quien se creía próximo a llamarse marqués de Onésimo—y don Pedro Fúcar, marqués de Casa-Fúcar, luego que midieron dos o tres veces la alameda, se sentaron.

III

DONDE EL LECTOR VERÁ CON GUSTO LOS PANEGÍRICOS QUE LOS ESPAÑOLES HACEN DE SUS COMPATRIOTAS Y DE SU PAÍS

—Ya es evidente que León se casa con la hija del marqués de Tellerías—dijo Federico Cimarra—. No es gran partido, porque el marqués está más tronado que los cómicos en Cuaresma.

—Ya sólo le queda la casa de la calle de Hortaleza—apuntó Fúcar con indiferencia.

—Es buena finca, construída en tiempos del marqués de Pontejos... Al fin se quedará también sin ella. Dicen que en esa familia todos, desde el marqués hasta Polito, tienen la cabeza a pájaros.

—Pero ¿no le queda a Tellería más que la casa?—preguntó el hombre de Administración con curiosidad que parecía el afán celoso del Fisco buscando la materia imponible.

—Nada más—repitió el de Fúcar, demostrando conocer a fondo el asunto—. Las tierras de Piedrabuena han sido vendidas en subasta judicial hace dos meses. Con las casas y la fábrica de Nules se quedó mi cuñado en febrero último En fondos públicos no debe de tener nada. Me consta que en junio tomó dinero al veinte por ciento con no sé qué garantía... En fin, otra torre por los suelos.

—Y esa casa fué poderosa—dijo Onésimo—. Yo le oí contar a mi padre que en el siglo pasado estos Tellerías ponían la ley a toda Extremadura. Era la segunda casa en ganados. Tuvieron medio siglo las alcabalas de Badajoz.

Federico Cimarra se puso en pie frente a los otros dos, y abriendo las piernas en forma de compás empezó a hacer el molinete con su bastón.

—Es increíble—dijo, sonriendo—la calaverada de ese pobre León... Cuidado que yo le quiero... Es mi amigo... Pero ¿quién se atreve a contradecirle? ¡Váyase usted a argumentar con estas cabezas de piedra que se llaman matemáticos! ¿Han conocido ustedes un solo sabio con sentido común?

—Ninguno, ninguno—exclamó el marqués de Fúcar, riendo a borbotones, que era su especial manera de reír—. ¿Y es cierto lo que me han dicho?... ¿Que la chica es algo mojigata? Sería cosa muy bufa a un librepensador de mares altos pescado con anzuelito de padrenuestros y avemarías.

—No sé si es mojigata; pero sí sé que es muy bonita—afirmó Cimarra paladeando—. Pase lo de santurrona por lo que tiene de *barbiana*. Pero su carácter no está formado..., es una chiquilla, y después que anda enamorada no piensa en santidades... La que me parece en camino de ser verdadera beata es la marquesa, que no podrá eludir la ley por la cual una juventud divertida viene a parar en vejez devota. ¡Qué desmejorada está la marquesa! La vi la semana pasada en Ugoibea y me pareció una ruina, una completa ruina. En cambio, María está hecha una diosa... ¡Qué cabeza!... ¡Qué aire y qué *trapío!*

En el lenguaje de Cimarra se mezclaban siempre a la fraseología usual de la gente discreta los términos más comunes de la germanía moderna.

—Eso sí—dijo el marqués de Fúcar con expresión y sonrisa de sátira—. María Sudre vale cualquier cosa... Yo creo que el matemático ha perdido la chaveta y se ha dejado enloquecer por aquellos ojos de fuego. Esa chiquilla no me gustaría para esposa... Hermosura superior, fantasía, tendencia al romanticismo, un carácter escondido, algo que no se ve... En fin, no me gusta, no me gusta.

—¡Caramba!—exclamó el hombre de Administración dándose una palmada en la propia rodilla—. Todo menos hablar mal de María Sudre. La conozco..., es un portento de bondad..., es lo mejor de la familia.

—Hombre—dijo el marqués de Fúcar descuadernando su cara en una risa homérica—. La familia es la familia de tontos más completa que conozco, sin exceptuar al mismo Gustavo, que pasa por un prodigio.

—¡Ah!, no: la chica vale, vale—afirmó Onésimo—. No diré lo mismo de León. Es un sabio de nuevo cuño, uno de estos productos de la Universidad, del Ateneo y de la Escuela de Minas, que maldito si me inspiran confianza. Mucha ciencia alemana, que el demonio que la entienda: mucha teoría oscura y palabrejas ridículas; mucho aire de despreciarnos a todos los españoles como a un hatajo de ignorantes; mucho orgullo. y luego el tufillo de descrei-

miento, que es lo que más me carga. Yo no soy de esos que se llaman católicos y admiten teorías contrarias al catolicismo; yo soy católico, católico.

Se dió dos palmadas en el pecho.

—Hombre, sea usted todo lo católico que quiera—dijo Fúcar, riendo con menos estrépito, o si se quiere con cierta tendencia a la seriedad—. Todos somos católicos... Pero no exageremos... ¡Oh!, la exageración es lo que mata todo en este país. Dejemos a un lado las creencias, que son muy respetables, pero muy respetables. Yo veo en León un hombre de mucho, de muchísimo mérito. Es lo mejor que ha salido de la Escuela de Minas desde que ésta existe. Su colosal talento no conoce dificultades en ningún estudio, y lo mismo es geólogo que botánico. Según dicen, todos los adelantos de la Historia natural le son familiares, y es un astrónomo de primera fuerza.

—¡Oh! León Roch—exclamó Cimarra con el tono de hinchazón protectora que toma la ignorancia cuando no tiene más remedio que hacer justicia a la sabiduría—, vale mucho. Es de lo poco bueno que tenemos en España. Somos amigos, estuvimos juntos en el colegio. Verdad es que en el colegio no se distinguía; pero después...

—No me entra, repito que no me entra; no le puedo pasar...—dijo Onésimo, como quien se niega a tomar una pócima amarga.

—Mire usted, amigo Onésimo—indicó el marqués en tono solemne—, no hay que exagerar... La exageración es el principal defecto de este país... Eso de que porque seamos católicos condenemos a todos los hombres que cultivan las ciencias naturales sin darse golpes de pecho, y se desvían... Yo concedo que se desvíen un poco, mucho quizá, de los senderos católicos... Pero ¿qué me importa? El mundo va por donde va. Conviene no exagerar. Para mí la falta principal de Leoncillo... Yo le conozco desde que era niño: él y mi hija se criaron juntos en Valencia... Pues su gran falta es comprometer su juventud, su riqueza, su porvenir, en ese enlace con una familia desordenada y decadente que le devorará sin remedio.

—¿Es rico León?

—¡Oh! ¡Mucho!—exclamó Fúcar con grandes encarecimientos—. Conocí a su padre en Valencia, el pobre don Pepe, que murió hace tres meses, después de pasarse cincuenta años trabajando como un negro. Yo le traté cuando tenía el molino de chocolate en la calle de las Barcas. La verdad es que en aquel tiempo el chocolate del señor Pepe era muy estimado. Me acuerdo de ver entonces a León tamaño, así, con la cara sucia y los codos rotos, estudiando aritmética en un rincón que había detrás del mostrador. En Navidad vendía don Pepe mazapanes... ¡Pero si los ha vendido hasta hace quince años..., y no hace treinta que trasladó su industria a Madrid...! Después que tuvo capital, entróle el afán de aumentarlo considerablemente. ¡Oh, es incalculable el dinero que se ha ganado en este país haciendo chocolate de alpiste, de piñón, de almagre, de todo, menos de cacao! Estamos en el país del ladrillo, y no sólo hacemos con él nuestras casas, sino que nos lo comemos... El señor Pepe trabajó mucho: primero, a brazo; después, con aparato de fuerza animal; al fin, con máquina de vapor. Resultado—el marqués de Fúcar se alzó su sombrero hasta la raíz del pelo—: que compró terrenos por fanegadas y los vendió por pies; que el cincuenta y cuatro construyó una casa en Madrid: que se calzó los mejores bienes nacionales de la huerta; que, negociando después con fondos públicos, aumentó su fortuna lindamente. En fin, yo calculo que León Roch no se dejará ahorcar por ocho o nueve millones.

—Lo mejor de la biografía—dijo Cimarra, sentándose junto a sus dos amigos—se lo ha dejado usted en el tintero. Hablo de la vanidad del difunto don Pepe. Lo general es que estos industriales enriquecidos, aunque sea envenenando al género humano, sean modestos y no piensen más que en acabar tranquilamente sus días, viviendo sin comodidades, con los mismos hábitos de estrechez que tuvieron cuando trabajaban. Pero el pobre señor Pepe Roch era célebre hasta no más. Su *chifladura* consistía en que le hiciesen marqués.

—Diré a ustedes—manifestó, gravemente el de Fúcar, cortando, con un gesto de hombre superior, esta tendencia a las burlas—. Don José Roch era un infeliz, un hombre bondadoso y sim-

ple en su trato social. Le conocí bien. El haría chocolate con la tierra de los tiestos que tenía su mujer en el balcón, según decían las malas lenguas del barrio; pero era un buen ganapán, y tenía en tan alto grado el sentimiento paterno, que casi era una falta. Para él no había en el mundo más que un ser: su hijo León; le quería con delirio. Tenía por enemigo declarado al que no le diese a entender que León era el más guapo, el más sabio, el primero y principal de todos los hombres nacidos. Todo el orgullo y la vanidad del pobre Roch estaba en ser autor de su hijo. El año pasado nos encontramos una noche en la Junta de Aranceles. Yo quise hablarle de una subasta de corcho...; pero él no hablaba más que de su hijo. Casi con lágrimas en los ojos, me dijo: «Amigo Fúcar, para mí no quiero nada, me basta un hoyo y una piedra encima con una cruz. Mi único deseo es que León tenga un título de Castilla. Es lo único que le falta.» Yo me eché a reír. ¡Apurarse por un rábano, es decir, por un título de Castilla!... Señor don José, si usted me dijera: «Quiero ser bonito, quiero ser joven...»; pero ¿qué desea usted, ser marqués?... A las coronas les pasará lo que a las cruces, que, al fin, la gente cifrará su orgullo en no tenerlas. Pronto llegaremos a un tiempo en que, cuando recibamos el diploma, tendremos vergüenza de dar un doblón de propina al portero que nos lo traiga..., porque también él será marqués...

Fúcar, al decir esto, soltó la risa. Empezaba ésta por un hipo chillón y terminaba en un plegado general de la piel de sus facciones y una especie de arrebato congestivo. Pasados los golpes de hilaridad, aún tardaba su cara una buena pieza en volver a su color primero y a su normal aspecto de seriedad majestuosa.

—Señores—dijo seguidamente y con cierto enfado la lumbrera de la Administración, enojo que podría atribuirse a sus proyectos marquesiles—, por mucho que se hayan prodigado los títulos de nobleza, no creo que estén ahí para que los tomen los chocolateros. Pues no faltaba más.

—Amigo Onésimo—objetó el marqués con flemática ironía—, yo creo que están para el que quiera tomarlos. Si don Pepe no tomó el título de marqués de Casa-Roch fué porque su hijo se opuso resueltamente a caer en esa ridiculez hoy tan en boga. Es hombre de principios.

—¡Oh, sí!—exclamó el hombre administrativo, en quien las instituciones venerandas tenían siempre poderoso apoyo—. Por lo común, estos sabios que tanto manosean los principios en el orden científico, carecen de ellos en el orden social. No faltan ejemplos aquí. Yo creo que todos los sabios son lo mismo. Ya hemos visto cómo gobiernan el país cuando éste ha tenido la desgracia de caer en sus manos. Pues lo mismo gobiernan sus casas. En la vida privada, señores, los sabios son una calamidad, lo mismo que en la pública. No conozco un sabio que no sea un tonto, un tonto rematado.

—Aquí no salimos de paradojas.

—Es la verdad pura.

—Vivimos en el país de los viceversas.

—No exageremos, no exageremos, señores—dijo el marqués, removiéndose y tomando el tono particularísimo que reservaba para su protesta favorita, que era la protesta contra la exageración—. Aquí abusamos de las palabras, y calificamos a los hombres con mucha ligereza. La envidia, por un lado, la ignorancia... ¿Qué, qué hay?

Esto lo dijo interrumpiendo su discurso y mirando con expresión de miedo a un criado que hacia los tres avanzaba apresuradamente.

—La señorita llama a vuecencia. Está mala otra vez.

—Vamos, mi hija está hoy de vena —dijo el marqués de mal humor, levantándose—. Ustedes me preguntarán que qué tiene Pepa, y yo les diré que no lo sé, que no sé nada absolutamente. Voy a verla.

Sus dos amigos callaban, mirándole partir. El marqués de Fúcar andaba lentamente a causa de su obesidad. Había en su paso algo de la marcha majestuosa de un navío o galeón antiguo, cargado de pingüe esquilmo de las Indias. También él parecía llevar encima el peso de su inmensa fortuna, amasada en veinte años, de esa prosperidad fulminante que la sociedad contemplaba pasmada y temerosa.

IV

SIGUEN LOS PANEGÍRICOS DANDO A CONOCER EN CIERTO MODO EL CARÁCTER NACIONAL

Frente a la gruta donde los bañistas tragaban vaso tras vaso, ávidos de corregir el odio de su naturaleza, había una glorieta. Eran las diez, hora en que escaseaban ya los bebedores, y un nuevo grupo se había instalado en aquel ameno sitio. Formábanlo don Joaquín Onésimo, León Roch y Federico Cimarra, que oprimía los lomos de una silla, caballero en ella, y haciéndola crujir y descoyuntarse con sus balanceos.

—¿Sabes tú, León, lo que tiene la hija de Fúcar?

—Anoche se retiró temprano del salón. Está enferma.

Después de decir esto León miró atentamente al suelo.

—Pero su enfermedad es cosa muy rara, como dice el marqués—añadió Onésimo—. Veamos los síntomas. Ya saben ustedes que colecciona porcelanas. El mes pasado, cuando volvía de París, estuvo dos días en Arcachón. Las hijas del conde de la Reole le regalaron tres piezas de Bernardo Palissy. Dicen que son muy hermosas. A mí me parecen loza de Andújar. Además, trajo de París ocho piezas de Sajonia, de una belleza y finura que no pueden ponderarse. Estas obras de arte parecían ocupar por entero el ánimo de Pepa. No hablaba más que de sus porcelanas. Las guardaba, las sacaba sesenta y dos veces al día. Pues bien: esta mañana cogió los cacharros, subió a la habitación más alta de la fonda, abrió la ventana y los tiró al corral, donde se hicieron treinta mil pedazos.

Federico miró a León Roch, que sólo dijo:

—Sí, ya lo oí contar.

—Ayer tarde—continuó Onésimo—, cuando volvíamos de la gruta (que, entre paréntesis, tiene tan poco que ver como mi cuarto), se le cayó una de las gruesas perlas de sus pendientes de tornillo. La buscamos; al fin la distinguí junto a una piedra; me abalancé a cogerla, como era natural; pero, mas ligera que yo, púsole el pie encima... y la aplastó, diciendo: «¿Para qué sirve eso?» Además, cuentan que ha hecho un picadillo de encajes. ¿Pero no la vieron ustedes anoche en el salón? Yo juraría que está loca.

León no dijo nada, ni Cimarra tampoco.

—¿Saben ustedes—añadió el fanal de la Administración—que va a estar fresco el que se case con esa niña? ¡Qué educación, señores, pero qué educación! Su padre, que tan bien conoce el valor de la moneda, no le ha enseñado a distinguir un billete de mil pesetas de una pieza de dos. Es una alhaja la señorita de Fúcar. Ya me habían dicho que era caprichosa, despilfarradora; que tiene los antojos más ridículos y cargantes que pueden imaginarse. ¡Pobre marido y pobre padre!... Si al menos fuera bonita...; pero ni eso. Ya le dará disgustos a don Pedro. Luego no quieren que truene yo y vocifere contra esos hábitos modernos y extranjerizados que han quitado a la mujer española su modestia, su cristiana humildad, su dulce ignorancia, sus aficiones a la vida reservada y doméstica, su horror al lujo, su sobriedad en las modas, su recato en el vestir. Vean ustedes las tarascas que nos ha regalado la civilización moderna. Comprendo la aversión al matrimonio que va cundiendo, y que, si no se ataja, obligará a los gobiernos a dar una ley de novios y una ley de casamientos, estableciendo un presidio de solteros.

—¡Graciosísimo!—exclamó Cimarra, poniendo bruscamente su mano sobre el hombro de León—. Del carácter y de las rarezas de Pepa podrá hablarnos éste, que la conoce desde que ambos eran niños.

León dijo fríamente:

—Si la enfermedad y las rarezas de Pepa consisten en romper porcelanas y destrozar vestidos, no importa. El marqués de Fúcar es bastante rico, inmensamente rico, cada día más rico.

—Sobre este tema—indicó el fénix burocrático—, sobre la colosal riqueza del señor marqués, la frase más característica la debemos al amigo Cimarra, que es el hombre de las frases.

—Yo no he dicho nada, nada, de don Pedro Fúcar—replicó Federico con aspavientos de honradez.

—¡Lengua de escorpión! ¿No fué usted el que en casa de Aldearrubia..., yo mismo lo oí..., a propósito de la escandalosa fortuna de Fúcar, soltó esta fra-

se: «Es preciso escribir un nuevo aforismo económico que diga: La bancarrota nacional es una fuente de riqueza.»

—Eso se puede decir de tantos...—murmuró León.

—De muchos, de muchísimos—dijo Cimarra prontamente—. Como Fúcar ha labrado su rica colmena en el tronco podrido del Tesoro público..., ¿qué tal la figura?..., pues digo que, habiendo centuplicado su fortuna en las operaciones con el Tesoro, no será el único a quien se podrá aplicar aquello de la bancarrota nacional...

El señor de Onésimo se turbó breve instante. Mas, reponiéndose, añadió:

—Yo he oído hacer a usted, querido Cimarra, un despiadado análisis de los millones del marqués de Fúcar. A los hombres de ingenio se les perdona la murmuración... No venga usted con arrepentimientos: ya sé que ahora es usted muy amigo de su víctima, de aquel a quien supo pintar, diciendo: «Es un hombre que hace dinero con lo sólido, con lo líquido y con lo gaseoso, o, lo que es lo mismo, con los adoquines, con el vino de la tropa y con el alumbrado público. El tabaco de sus contratas es de un género especial, teniendo la ventaja de que, si amarga en la boca, puede servir para leña; y también son especiales su arroz y sus judías, las cuales se han hecho célebres en Ceuta: los presidiarios las llamaban *píldoras reventonas del boticario Fúcar.*»

—Hablar por hablar—replicó Cimarra—. Sin embargo de esto, yo aprecio mucho al marqués. Es un hombre excelente. Todos hemos dado algún alfilerazo al prójimo.

—Ya sé que esto es pura broma. Aquí se sacrifica todo al chiste. Somos así los españoles. Desollamos vivo a un hombre, y en seguida le apretamos la mano. No critico a nadie: reconozco que todos somos lo mismo.

El marqués de Fúcar apareció en la glorieta.

—¿Y Pepa?—le preguntó León.

—Ahora está muy contenta. Pasa de la tristeza a la alegría con una rapidez que me asombra. Ha llorado toda la mañana. Dice que se acuerda de su madre, que no puede echar del pensamiento a su madre... Qué sé yo... No la entiendo. Ahora quiere que nos vayamos de aquí, sin dejarme tomar los baños. Yo no quería venir, porque me apestan estos establecimientos horriblemente incómodos de nuestro país. ¡Caprichos, locuras de mi hija! De buenas a primeras, y cuando nos hallábamos en Francia, se le puso en la cabeza venir a Iturburúa. Y no hubo remedio.... a Iturburúa, a Iturburúa, papá... ¿Qué había yo de hacer?... Al fin, ya me había acostumbrado a esta vida ramplona, y la verdad, tanto como me contrarió venir, me contraría marcharme sin haber tomado siquiera seis baños... Eso sí: aguas como éstas no creo que las haya tomado en todo el mundo... ¿Y adónde vamos ahora? Ni hay para qué pensarlo, porque las genialidades y los arrebatos de mi hija burlan todos los cálculos... Apenas tengo tiempo de pedir el coche-salón... Pepa está tan impaciente por marcharse como lo estuvo por venir... Ha de ser pronto, hoy mismo, mañana temprano a más tardar, porque estas montañas se le caen encima, y se le cae encima la fonda, y también el cielo se le viene abajo, y le son muy antipáticos todos los bañistas, y se muere, y se ahoga.

Mientras don Pedro expresaba así, con desorden, su paterno afán, los tres amigos callaban, y tan sólo Onésimo aventuró algunas frases comunes sobre las perturbaciones nerviosas, origen, según él, de aquellas y otras no comprendidas rarezas que a la más bella porción del género humano afligen. El marqués tomó del brazo a Federico Cimarra, diciéndole:

—Querido, hágame usted el favor de entretener un rato a Pepa. Ahora está contenta; pero dentro de un rato estará aburridísima. Ya sabe usted que se ríe mucho con sus ocurrencias ingeniosas. Ahora me dijo: «Si viniera Cimarra para murmurar un poco del prójimo...» Bien comprende que es usted una especialidad. Vamos, querido. Ahora está sola... Adiós, señores; me llevo a este bergante, que hace más falta en otra parte que aquí.

Quedáronse solos don Joaquín Onésimo y León Roch.

—¿Qué piensa usted de Pepita?—preguntó el primero.

—Que ha recibido una educación perversa.

—Eso es: una educación perversa...

Y ahora que recuerdo..., ¿es cierto que se casa usted?

—Sí, señor... Llegó mi hora—dijo León, sonriendo.

—¿Con María Sudre?...

—Con María Sudre.

—¡Lindísima muchacha!... ¡Y qué educación cristiana! Francamente, amigo, es más de lo que merece un hereje.

Benévola palmada en el hombro de León terminó este corto diálogo.

V

DONDE PASA ALGO QUE BIEN PUDIERA SER UNA NUEVA MANIFESTACIÓN DEL CARÁCTER NACIONAL

Avanzado había la noche, y el modesto sarao de los bañistas principiaba a desanimarse. Los últimos giros de las graciosas parejas se extinguieron en los costados del salón, como los últimos círculos del agua agitada mueren en las paredes del estanque; se deshicieron aquellos abrazos convencionales que no ruborizan a las doncellas, y al fin, tuvo la condescendencia de callarse el piano homicida que dirigía con su martilleante música el baile. No faltó una beldad que quisiera prolongar aún la velada sacando de las cuerdas del instrumento un soporífico nocturno, que es la más insulsa y calamitosa música entre todas las malas; pero este alarde de ruido elegíaco duró, felizmente, poco, porque las madres se impacientaron y alegres tribus de señoritas empezaron a desfilar sobre el piso de madera lustrosa. Resbalaban con agrio chirrido las patas de las sillas; al pío, pío de la charla juvenil se unía un sordo trompeteo de toses. Las bufandas se arrollaban como culebras en la garganta carcomida de los hombres graves, oradores, abogados y políticos, que eran la flor y el principal lustre del establecimiento.

En la pieza inmediata, las fichas abandonadas y revueltas del tresillo y del ajedrez hacían un ruido como de falsos dientes que riñen unos contra otros fuera de la encía. Las toses y carrasperas arreciaban con la salida de los últimos, que eran los más viejos, y después, aquel murmullo compuesto de cháchara juveniles y del lúgubre quejido de la decrepitud prematura, que a lo más florido de la actual generación aqueja, se fué perdiendo en el largo pasillo, luego atronó la escalera y se extinguió poco a poco, distribuyéndose en las habitaciones del edificio celular. Podía existir la ilusión de considerar a éste como un gran órgano, en el cual, después de la gran sinfonía tocada por el viento, volvía cada nota, aguda o grave, a su correspondiente tubo.

En la sala del tresillo leía periódicos el marqués de Fúcar. Su postura natural para este patriótico ejercicio era altamente tiesa, mateniendo el papel a bastante distancia y ayudando su vista con los lentes, que colocaba casi en la punta de la nariz y le oprimían las ventanillas. Si tenía que mirar a alguien, miraba por encima y por los lados de los vidrios. Frecuentemente reía en voz alta durante la lectura, sin dejar de leer, porque era muy sensible al aguijón punzante del epigrama, sobre todo si, como es frecuente en nuestra Prensa, el aguijón estaba envenenado.

A su lado leían otros dos. En el salón grande, cuatro o cinco hombres charlaban, reclinados perezosamente en los divanes. Federico Cimarra, después de pasear un rato con las manos metidas en los bolsillos, entró en la sala de tresillo a punto que el marqués de Fúcar apartaba de sí el último periódico y arrancaba de su nariz los lentes para doblarlos y meterlos en el bolsillo del chaleco.

—¡Qué país, qué país!—exclamó el ilustre negociante, conservando en su fresco rostro la sonrisa producida por el último chiste leído—. ¿Sabe usted, Cimarra, lo que me ocurre? Aquí todo el mundo habla mal de los políticos, de los gobiernos, de los empleados de Madrid...; pues voy creyendo que Madrid, los empleados, los gobiernos y la gavilla de políticos como dicen, son lo mejor de la nación. Malos son los elegidos; pero creo que son más malos los electores.

—Donde todo es malo—dijo Federico, con frialdad filosófica, que podría pasar por el sarcasmo de un corazón muerto y de una inteligencia atrofiada, metidos ambos dentro de un cuerpo enfermo—; donde todo es malo, no es posible escoger.

—Y la causa de todos los males es la holgazanería.

—¡La holgazanería! Es decir, la idiosincrasia nacional; mejor dicho, el genio nacional. Yo digo: Holgazanería, tu nombre es España. Poseemos grande agudeza, según dicen; yo no la veo por ninguna parte. Somos todos unos genios; yo creo que lo disimulamos...

—¡Oh! Si hubiera gobiernos que impulsaran el trabajo.

Cimarra puso una cara muy seria: era su modo especial de burlarse del prójimo.

—¡El trabajo!... Ya ni siquiera sabemos tener paño pardo. Van desapareciendo las alpargatas, los botijos son cada vez más raros y hasta las escobas vienen ya de Inglaterra... Pero nos queda la agricultura. ¡Ah! Este es el tema de los tontos. No hay un solo imbécil que no nos hable de la agricultura. Yo quiero que me digan qué agricultura puede haber donde no hay canales, y cómo ha de haber canales donde no hay ríos, y cómo ha de haber ríos donde no hay bosques, y cómo ha de haber bosques donde no hay gente que los plante y los cuide, y cómo ha de haber gente donde no hay cosechas... ¡Horrible círculo del cual no se sale, no se sale!... Cuestión de raza, señor marqués... Esta es una de las pocas cosas que son verdad: la fatalidad de la casta. Aquí no habrá nunca sino comunismo coronado por la lotería...; éste es nuestro porvenir. Que el estado administre toda la riqueza nacional y la reparta por medio de rifas... ¿Qué tal? Esto sí que tiene *sombra*... ¡Oh! Verá usted, verá usted... ¡Magnífico! Este es un ideal como otro cualquiera. Consúltelo usted con don Joaquín Onésimo, que pasa por una lumbrera de la Administración, y es, a mi juicio, una de las mayores calabazas que se han criado en esta tierra.

—¿No está por ahí?—dijo Fúcar, riendo y mirando en derredor—. Que venga para que oiga su apología.

—Está hablando del orden social con don Francisco Cucúrbitas, otra gran eminencia al uso español. Es de esos hombres que hablan mucho de administración y de trámites, es decir, de expedientes... Dios ha criado a estos señores para realizar el quietismo social, que, después de todo, no es malo... Nada, señor marqués: mi sistemita de comunismo y rifas. Las contribuciones lo recogen todo y la lotería lo reparte. *¡Pistonudo!* ¿Sabe usted, amigo, que aquí se aburre uno lindamente?

Durante la pausa que siguió a esta frase, acercóse Federico a la puerta del salón para llamar a los que aún quedaban en él; después volvió junto a marqués, y sacando de su bolsillo una baraja, la arrojó sobre la mesa. Las cartas se extendieron, pegadas unas a otras y resbalando como una serpiente cuadrada.

—¡Hombre, también aquí!—dijo Fúcar con expresión de disgusto.

Cimarra volvió al salón que ya estaba apagado. Empujados por él, entraron cuatro caballeros. León Roch se paseaba sólo en el salón, medio a oscuras. Después de hablar en voz alta con el mozo, Cimarra tomó el brazo de su amigo y paseó con él un rato. Entre los dos se cruzaron palabras apremiantes, agrias; pero, al fin, León subió a su cuarto, bajando diez minutos después.

—Toma, vampiro—dijo con desprecio a su amigo dándole monedas de oro.

Después se quedó solo. Acercándose a la puerta de la sala de tresillo, pudo ver el cuadro que en el centro de ésta había, formado por seis personas, algunas de las cuales tenían un nombre no desconocido para la mayoría de los españoles. Es verdad que había entre ellos quien gozaba de reputación poco envidiable; pero también alguien había que la ganara ventajosa con sus bellos discursos, en los cuales no faltaban palabrejas muy sonoras contra el desorden social, los vicios y la holgazanería. El marqués de Fúcar era, de los allí presentes, el único que parecía tomar la ocupación como un verdadero juego, y apuntaba, sonriendo, las cartas, acompañando de picantes observaciones cada pérdida o ganancia. Cimarra, con el sombrero en la corona, el ceño fruncido, los ojos atentos y brillantes, la expresión entre alelada y perspicua con cierta seriedad de adivino o de estúpido, tallaba. Sus delicados labios murmuraban a cada instante sílabas oscuras, que un inocente habría tomado por fórmulas de evocación para atraer espíritus. Era el tenebroso lenguaje del jugador, el cual, con gruñidos o sólo con el ardiente resuello, mantiene un diálogo febril con las cuarenta personas de cartón que se deslizan entre sus manos, y ora

le sonríen, ora se mofan de él con hórridos visajes.

La contienda con el azar es una de las luchas más feroces a que puede entregarse el hombre inteligente. La casualidad, que es el giro libre y constante de los hechos, no ha de ser hostigada; no se la puede mirar cara a cara; jugar con ella es locura. Revuélvese con las contorsiones y la fuerza del tigre, y ataca y destroza. Sus caricias, pues también las tiene, despiertan en el hombre un hondo anhelo que le consume como llama interior. El espíritu de éste se pierde y delira con sueños semejantes a los del borracho, porque el ideal indeciso de aquella misma casualidad que con él forcejea, le penetra todo y hace de él una bestia. Atleta furibundo y desesperado en las tinieblas, el jugador es víctima de pesadilla horrenda, y se siente lanzado en una órbita dolorosa, como piedra que voltea en la honda sin salir nunca de ella.

El marqués decía a cada rato:

—Señores, que es tarde; que tenemos que madrugar. Bueno es divertirse un poco; pero no exageremos...

VI

PEPA

León Roch no quiso ver más, y salió del salón y del establecimiento. La noche, tibia y calmosa, convidábale a pasear por la alameda, donde no había alma viviente ni se oía otro ruido que el canto de los sapos. Después de dar cuatro vueltas, creyó distinguir una persona en la más próxima de las ventanas bajas. Era una forma blanca, mujer, sin duda, que, apoyando su brazo derecho en el alféizar, mostraba el busto. León se acercó, y viendo que la forma no se movía, se acercó más. Habría ésta parecido una estatua de mármol, a no ser por el pelo oscuro y el movimiento de la mano, que jugaba con las ramas de una planta cercana.

—Pepa—dijo él.

—Sí, soy yo... Aquí me tienes hecha una romántica, mirando a las estrellas... Es verdad que no se ve ninguna: pero lo mismo da.

—Está muy negra la noche: no te había conocido—dijo León, poniendo sus dedos en el antepecho del hierro—. La humedad puede hacerte daño. ¿Por qué no cierras? No esperes a tu padre. Ese ladrón de Cimarra ha puesto banca. Allí están entretenidos... Retírate.

—Hace calor en el cuarto.

León no pudo distinguir bien, por ser oscurísima la noche, las facciones de la hija de Fúcar; pero observaba la fisonomía de la voz, que suele ser de una diafanidad asombrosa.

La voz de Pepa gemía. Su cabeza, echada hacia atrás, se apoyaba en la madera de la ventana. Tenía en la mano una flor—a León le pareció una rosa—de palo largo. A cada instante se lo llevaba a la boca, y arrancando un pedacito, lo escupía. León vió todo esto, y comprendido la necesidad de decir algo apropiado al momento, buscó en su mente, rebuscó; pero, no hallando nada, nada dijo. Ambos estuvieron callados un rato: León, atento, inmóvil, con ambas manos fijas en el frío antepecho; ella, arrancando y escupiendo palitos.

—Se cuentan de ti estos días no pocas rarezas, Pepa—indicó él, considerando que para llegar a decir algo de provecho era preciso empezar diciendo una tontería—. Dicen que rompiste las porcelanas, que cortaste en pedazos los encajes, no sé qué encajes...

—¡Qué tipo!...—exclamó Pepa, rompiendo a reír con un desentono que hizo temblar a León—. La pobre señora no sale de las sacristías... ¿No entiendes?... Parece que eres idiota. Hablo de tu futura suegra, de la marquesa de Tellería... Cuando estuve en la playa de Ugoibea tuve el gusto de verla. Me contaron las picardías que habló de mí. Lo de siempre..., que soy muy mal criada, que derrocho; que tengo modales libres y hábitos chocantes..., chocantes, justamente... ¡La pobre señora ha cambiado tanto desde que empezó a marchitarse su hermosura!... Ya se ve: no se puede llevar una vida mundana cuando se tiene un hijo santo... Pues qué, ¿no te has enterado? ¿No sabes que Luis Gonzaga, el hermano gemelo de tu novia, el que está de colegial en el Sagrado Corazón de Puyoo, tiene fama de ser un ángel con sotana? Chico, vas a vivir en medio de la corte celestial. Hasta tu suegra usa cilicio. ¿No lo crees? Pues créelo, porque lo han dicho sus amantes.

Al decir esto, Pepa escupió un palito

de rosa con tanta fuerza, que fué a chocar en la frente de León.

—Pepa—indicó éste con enojo—. No me gusta que las personas que estimo hablen así de una familia respetable.

—Se puede hablar de mí y llamarme loca, voluntariosa... Yo no puedo hablar..., es verdad. En mí todo es informalidad, desenfreno, desorden, ignorancia... Pasemos a otra cosa. León, sentí mucho no ver cara a cara a tu futura esposa María Egipcíaca. Dicen que está muy guapa: siempre fué guapa. En Ugoibea sale poco; y ella y su tontísima mamá se van solas a tomar los aires puros. Cuentan que están muy tronadas; pero tú eres rico, y el marqués... ¡Oh! Dicen que es el único mentecato que no ha logrado hacerse un puesto en la política.

—Pepa, por Dios, no digas disparates. Me lastimas en lo más delicado con tu charla imprudente.

Pepa seguía escupiendo palos. El tallo de la rosa estaba reducido a la cuarta parte.

—Sí; yo soy muy mal educada—dijo con amarga ironía—. Además, ahora han descubierto que tengo muy mal corazón, un corazón cruel, un carácter rebelde y caprichoso...

—Eso no es verdad; pero has de hacer lo posible para que la gente no lo crea.

—Sí, valiente cuidado me da a mí la gente. ¿Acaso yo necesito de nadie?

—¡Qué orgullosa eres!

—Dicen que no encontraré un hombre razonable que se case conmigo—exclamó, repitiendo el desentonado reír, que parecía una conmoción espasmódica—. Esto como que da a entender que hay hombres razonables... Yo no soy de esas que se fingen santas y modestas para encontrar marido... Por mi parte, aseguro desde hoy que no me casaré con ningún sabio... Me repugnan los sabios. La suprema felicidad consiste en tener mucho dinero y casarse con un tonto.

—Veo que estas noches estás de humor de disparatar—le dijo León familiarmente—. Tú no crees lo que dices, y tus ideas son mejores que tu lenguaje.

Ya porque sus ojos se habituaran a la oscuridad, ya porque aclarase un poco la noche, León empezó a distinguir las facciones de Pepita Fúcar destacándose en el negro cuadrado de la ventana como la figura borrosa y pálida de un lienzo antiguo. La blancura de su tez, sus cabellos bermejos, la viveza de sus ojos pequeñuelos, en cuyas pupilas brillaba una brasa diminuta, el mohín mimoso de sus labios, la graciosa ferocidad de sus dientes partiendo palitos, y principalmente su enfado, casi la hacían aparecer bella estando algo distante de serlo.

—A otros podrías hacerles creer que tienes esas ideas extravagantes—dijo León—; pero no a mí, que te conozco desde que éramos niños, y sé que tu corazón es bueno. Una madre cariñosa habría formado en ti ciertos hábitos de que careces y corregido muchos defectos que te hacen parecer peor de lo que eres; pero has vivido en gran abandono: pasaste la niñez entre personas mercenarias, y después, en la edad en que se forma el carácter y se hace, por decirlo así, la persona, tu padre te lanzó bruscamente a la vida en un torbellino de lujo, de frivolidades y riquezas. De tus caprichos hizo leyes, y no supo o no quiso poner tasa a tus genialidades dispendiosas. Tú sabes mejor que yo lo que ha sido tu palacio durante mucho tiempo: un mare mágnum de desorden, la anarquía doméstica en su último grado. Confiada a ti alguna vez la dirección de tu casa, los criados se convertían en señores. Fué preciso que los extraños te llamasen la atención para que comprendieras el saqueo infame que allí reinaba, y echases de ver que te consumían en una semana los fondos de un trimestre. Tu padre, ocupado en ganar dinero, no pensó en enseñarte a conocer su valor, porque tu padre es también un delirante, un insensato que no piensa más que en los negocios, así como el jugador no piensa más que en la carta que ha de venir... ¡Pobre Pepa, tan rica y tan sola!... Ahora me explico muchas excentricidades de tu vida que el público comentaba de un modo desfavorable para ti y en las cuales yo te disculpo, sí, te disculpo... Hiciste construir una gran estufa en tu jardín, y una vez armada, la mandaste quitar de la fachada de Oriente para ponerla en la del Norte. Concluída de poner estaba, cuando la hiciste desmontar y la cambiaste por una colección de porcelanas. En un mismo año variaste tres veces todo el moblaje y tapicería de tus habitaciones, y

hoy comprabas bronces, tallas y telas carísimas, para venderlo todo mañana por la cuarta parte de precio. En tus viajes has gustado de comprar preciosidades, pero no en tanto número como las chucherías sin arte, ni elegancia, ni valor alguno. Reuniste una colección de pájaros, para regalarlos después uno por uno. He oído contar que, solicitada por otros deseos y antojos, estuviste dos días sin echarles de comer. Estableciste en tu casa un fotógrafo para que te sacara vistas del jardín, de la escalera y retratos de los caballos; y en tanto que así protegías las artes, no había en tu casa un solo libro, ni uno solo, como no fuera algún almanaque estúpido o alguna mala novela que pedías prestada a tus amigas. Haces limosna, amparas a los desvalidos, porque tienes un corazón excelente; pero oye el relato de tus caridades; es preciso que oigas esto, Pepa, y que luego medites. Un día se te presentó una mujer que pedía para celebrar una novena: sacaste de tu gaveta dos mil reales y se los pusiste en la mano. El mismo día se te presentó la viuda de un albañil muerto en las obras de tu palacio, la cual se quedó con cinco hijos y sin recursos: a ésa le diste un duro. No conoces el valor ni la extensión de las penas humanas, ni alcanzas la medida de las necesidades. Gran peligro es no ver jamás el fondo de esa arca de dinero en la cual metes sin cesar la mano para satisfacer tus gustos a cada instante renovados. ¡Pobre Pepilla... No extrañes que use contigo este lenguaje, un poco duro, muy distinto de las adulaciones que oyes sin cesar, pero que es sincero, leal y está inspirado en el deseo de tu bien. Es el lenguaje de un hermano que quiere verte corregida y en camino de ser feliz...; porque temo por ti días muy amargos y hechos graves que te enseñarán con abrumadora prontitud y realidad lo que aún no sabes. La realidad, cuando hemos descuidado sus lecciones, viene súbitamente a sorprendernos en medio de los goces, y nos instruye a golpes... Tengo un sentimiento profundísimo al verte tan desgraciada, tan sola, querida Pepa, en medio de este frío páramo de tus riquezas, y no poder conducirte fuera, porque nuestros destinos son distintos: a ti y a mí nos ha llevado Dios por sendas diferentes. Tengo un sentimiento grande, y si quieres que te lo diga claro, como deben decirse las cosas, te tengo lástima, sí, lástima... Yo te estimo, te aprecio mucho. ¿Cómo he de olvidar que hemos jugado juntos en nuestra niñez, que nos hemos tratado en todas las épocas de nuestra vida y aun..., ¿por qué no decirlo?, que hemos tenido el uno para el otro esas inclinaciones superficiales, pasajeras, que nos hacen novios a los ojos del vulgo?... Esto no puede olvidarse. Siempre he sido y seré siempre para ti un buen amigo.

Pepa pilló fuertemente entre sus dientes el palo ya muy mermado de la flor, y tirando de ésta la deshojó. Volaron las hojas en la ventana, y algunas fueron a posarse en la barba y cabeza del joven que hablaba. Después, Pepa se llevó su pañuelo a la boca.

—¡Sangre!—dijo León, cogiéndole la mano que oprimía el pañuelo.

—Es que me he clavado una espina en el labio—dijo Pepa, con voz tan hondamente transfigurada, que León Roch se estremeció de pena. Después de una breve pausa, la de Fúcar volvió a hablar, y con acento más seguro, dijo—: ¿Sabes que en tu nueva casa vas a estar divertido?...

—¿Por qué?

Pepa rió, oprimiendo con las dos manos su agitado seno.

—Porque cuando tu cuñado, Luis Gonzaga, el que está aprendiendo para misionero, empiece a echar sermones por un lado, y tú empieces a soltar herejías por otro, no habrá quien pare en la casa León, lo dicho, dicho: eres un sabio insoportable, y tu talento da náuseas.

—Ya sé que el verdadero juicio tuyo sobre mi persona no es tan poco benévolo.

Pepa se inclinó un poco hacia afuera. León sintió próximo a su rostro un aliento abrasado que le quemaba como una lámpara cercana.

—El que no ha estudiado otra ciencia que la de las piedras—dijo Pepa con la voz más amarga que puede oírse—, es un idiota.

—Tal vez eso sea verdad... Ahora, querida Pepa, amiga a quien profeso un cariño puro y fraternal, dame tu mano.

Pepa se puso bruscamente en pie.

—Dame tu mano y despídete de mí lealmente... ¿No te dice tu corazón que algún día necesitarás de mí..., quizá un

leal consejo, quizá esa ayuda que los desgraciados se prestan unos a otros en los inevitables naufragios de la vida?

Pepa arrojó con violencia los restos de la rosa, cuyo roído tallo fué a azotar la frente del joven. Este creyó sentir un latigazo.

—¡Yo necesitar de ti!...—exclamó—. ¡Vanidoso...! Verdaderamente, me pareces un estúpido... Puede ser que si algún día veo que se me acerca un pedante dando el brazo a una simplona, le pregunte: «¿Quién es usted?» ¡Despedirme de ti! Bueno: lo mismo me da que sea hasta mañana o hasta la eternidad.

—Como tú quieras—dijo León, alargando su mano—. Adiós. Te vas mañana con tu padre. Yo no voy a Madrid por ahora. Quizá no nos veamos en mucho tiempo.

Pepa le volvió la espalda con brusco movimiento, y desapareció en las tinieblas de su cuarto. León miraba hacia dentro sin ver nada. Perfume delicado, tan ligero que parecía una ilusión del olfato, era lo único que de la persona de la marquesita de Fúcar había quedado en la ventana junto al sabio perplejo. Era como un hueco conservando la forma de la figura ausente.

—Pepa, Pepilla...—dijo León con cento cariñoso.

Pero no tuvo respuesta ni distinguió nada en aquel cuadro de tinieblas profundas. Después oyó un débil gemido. Largo rato estuvo en la ventana llamando a intervalos sin obtener contestación. Pero los gemidos seguían, anunciando que en el fondo de aquella oscuridad existía un dolor.

Esperó más; al fin, se alejó, paso a paso, turbado como un pecador y tétrico como un asesino.

VII

DOS HOMBRES CON SUS RESPECTIVOS PLANES

Tropezó con un bulto, sintiendo al mismo tiempo fuerte palmetazo en el hombro, acompañado de estas palabras:

—¡La bolsa o la vida!

—Déjame en paz—dijo León, apartando a su amigo y siguiendo adelante.

Pero Cimarra se pegó a su brazo y le retuvo, haciéndole girar sobre un pie. Por un instante se habría podido ver en aquel grupo el paso vacilante y el vaivén de un grupo de borrachos. Pero suposición tan fea se hubiera desvanecido al oír a Cimarra, el cual, muy serio, ceñudo y con la voz ronca y airada, dijo a su amigo:

—¡Suerte deliciosa!... Estoy luciéndome en Iturburúa.

—Déjame, tahur—dijo León con ira, sacudiendo el brazo en que hacía presa su amigo—. No tengo humor de bromas ni intención de prestarte más dinero... ¿Se ha retirado del juego el marqués de Fúcar?

—Ahora va a su cuarto. Es hombre de una suerte abrumadora. Así está el país... ¡Infeliz España!... Solís ha ganado mucho. Desde que le han hecho gobernador de provincia tiene una suerte loca; las víctimas somos Fontán, el jefe de la Caja de X*** y yo... Es temprano, León, sube a tu cuarto y trae *guita*.

León no dijo nada porque su espíritu estaba en gran confusión y desasosiego, muy distante de la esfera innoble en que el de su amigo se agitaba.

En vez de subir, como Federico quería, entró con él en la sala de juego. Una de las víctimas antes mencionada roncaba en un diván. La otra se disponía a salir con gesto y voz que indicaban un humor de todos los demonios, andando perezosamente y tomando precauciones contra el fresco de la noche.

Los dos amigos se quedaron solos.

—No juego—dijo León bruscamente.

Conociendo el genio poco voluble de León Roch, Cimarra pareció resignarse, y sentado junto a la mesa acariciaba con sus dedos finos y esmeradamente cuidados la baraja. El grueso anillo que ceñía su meñique despedía pálidos reflejos a la luz ya mortecina del quinqué, y fijos los cansados ojos en las cartas, las pasaba y repasaba, mezclándolas y remezclándolas de todas las maneras posibles. Eran en sus manos como una masa blanda que aceptaba la forma que le querían dar.

—Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa—dijo, lúgubremente, León, que se había sentado en un diván, mostrando hallarse muy agitado.

—¿De qué?—preguntó Federico, mirándole con asombro— A ti te pasa

algo, bandido. ¿En dónde has estado?

—No estoy enfermo. Lo que me pasa no puedo confiártelo... Es una pena singular, un remordimiento...; no; remordimiento, no, porque en nada he faltado... Una pena, un sentimiento... Tú no comprenderías esto aunque te lo explicase: eres un libertino, un depravado, un corazón muerto, y tus emociones son de un orden profundamente egoísta y sensual.

—Gracias. Si no soy digno de recibir la confianza de un amigo...

—Tú no eres mi amigo; no puede haber verdadera amistad entre nosotros. El acaso nos hizo amigos en la infancia; la Naturaleza nos ha hecho indiferentes el uno al otro. En esta región frívola, de pura fórmula cuando no de corrupción, en que tú has vivido siempre, no puedo yo respirar ni moverme. Llevóme a ella la vanidad de mi pobre padre, cuyo cariño hacia mí ha tenido extravíos y alucinaciones. Mi carácter y mis gustos me inclinan a la vida oscura y estudiosa. Mi padre, que ganó una fortuna con el sudor de su frente en el rincón de una chocolatería, quiso hacer de mí un ser infinitamente distinguido y aristocrático, tal como él lo concebía en su errado criterio, y me dijo: «Sé marqués, gasta mucho, revienta caballos, guía coches, seduce casadas, ten queridas, enlázate con una familia noble, sé ministro, haz ruido, pon tu nombre sobre todos los nombres.» Sus palabras no eran éstas; pero su intención, sí.

La agitación de su alma no permitía a León permanecer sentado por más tiempo, y se levantó. Hay situaciones en que es preciso aventar los pensamientos para que no se aglomeren demasiado y anublen el cerebro, formando en él como una negra nube de espeso humo.

—¿Y a qué viene eso?—preguntó Federico—. No hables tonterías y echemos un...

—Dígote esto porque estoy decidido a desertar... Me son insoportables los caracteres de esta zona social adonde mi padre me hizo venir. No puedo respirar en ella; todo me entristece y fastidia, los hechos y las personas, las costumbres, el lenguaje..., las pasiones mismas, aun siendo de buena ley. Sí; me entristecen también los afectos disparatados, el sentimiento caprichoso y enfermizo que se ampara de todas aquellas almas no ocupadas por una indiferencia repugnante.

—Enérgico estás—dijo Cimarra, tomando a risa el énfasis de su amigo—. A ti te ha pasado algo grave; tú has recibido una picada repentina, León. A prima noche te vi tranquilo, razonable, cariñoso, un poco triste, con esa melancolía desabrida de un hombre que se va a casar y vive a ocho leguas de su novia... De repente, te encuentro en la alameda, alterado y trémulo; te oigo pronunciar palabras sin sentido; entramos aquí, y noto una palidez en tu cara, un no sé qué... ¿Con quién has hablado?

El jugador le observaba atentamente sin dejar de remover las cartas entre sus dedos.

—No te diré—indicó León, ya más sereno—sino que mi cansancio va a concluir pronto. Yo labraré mi vida a mi gusto, como los pájaros hacen su nido según su instinto. He formado mi plan con la frialdad razonadora de un hombre práctico, verdaderamente práctico.

—He oído decir que los hombres prácticos son la casta de majaderos más calamitosa que hay en el mundo.

—Yo he formado mi plan—prosiguió León, sin atender a la observación del amigo—, y adelante lo llevo, adelante. No puede fallarme; he meditado mucho, y he pensado el pro y el contra con la escrupulosidad de un químico que pesa gota a gota los elementos de una combinación. Voy a mi fin, que es legítimo, noble, bueno, honrado, profundamente social y humano, conforme en todo a los destinos del hombre y al bienestar del cuerpo y del espíritu; en una palabra, me caso...

Federico le miraba y le oía con expresión de malicia socarrona.

—... Me caso, y al elegir mi esposa... No está bien dicho elegir, porque no hubo elección, no; me enamoré como un bruto. Fué una cosa fatal, una inclinación irresistible, un incendio de la imaginación, un estallido de mi alma, que hizo explosión, levantando en peso las matemáticas, la mineralogía, mi seriedad de hombre estudioso y todo el fardo enorme de mis sabidurías... Pero esto no impide que antes de decidirme al matrimonio no haya hecho una crítica fría y serena de mi situación y de las cualidades de mi novia. Debo hacer

lo que haré, Federico, debo hacerlo; estoy en terreno firme; este paso es acertadísimo. María me cautivó por su hermosura, es verdad; pero hay más, hay mucho más. Yo procuré dominarme, acerquéme con cautela, miré, observé científicamente, y, en efecto, hallé dentro de aquella hermosura un verdadero tesoro, no menos grande que la hermosura misma que lo guardaba. La bondad de María, su sencillez, su humildad, y aquella sumisión de su inteligencia, y aquella celestial ignorancia unida a una seriedad profunda en su pensamiento y en sus gustos, me convencieron de que debía hacerla mi esposa... Te hablaré con toda franqueza: la familia de mi novia es poco simpática. Pero ¿qué me importa? Yo me divorciaré hábilmente de mis suegros... No me caso más que con mi mujer, y ésta es buena: posee sentimiento y fantasía, y esa credulidad inocente, que es la propiedad dúctil en el carácter humano. Su educación ha sido muy descuidada, ignora todo lo que se puede ignorar; pero si carece de ideas, en cambio, hállase, por el recogimiento en que ha vivido, libre de rutinas peligrosas, de los conocimientos frívolos y de los hábitos perniciosos que corrompen la inteligencia y el corazón de las jóvenes del día. ¿No te parece que es una situación admirable? ¿No comprendes que un ser de tales condiciones es el más a propósito para mí, porque así podré yo formar el carácter de mi esposa, en lo cual consiste la gloria más grande del hombre casado?.. Porque así podré hacerla a mi imagen y semejanza, la aspiración más noble que puede tener un hombre y la garantía de una paz perpetua en el matrimonio. ¿No te parece así?

—¿Me consultas a mí, que soy un egoísta corrompido?—dijo Federico con ironía—. León, tú estás loco.

—Te consulto como consultaría a ese banco—dijo León, volviéndole la espalda con desprecio—. Hay situaciones en que el hombre necesita decir en voz alta lo que piensa para convencerse más de ello. Haz cuenta que hablo solo. No me contestes si no quieres... Sí; la haré a mi imagen y semejanza; no quiero una mujer formada, sino por formar. Quiérola dotada de las grandes bases de carácter, es decir, sentimiento vivo, profunda rectitud moral..., conocimientos muy extensos del mundo, y la ridícula instrucción de los colegios, lejos de favorecer mi plan, lo embarazarían: tendría que demoler para edificar sobre sus ruinas; tendría que ahondar mucho para buscar buena cimentación.

Entonces hubo un cambio de actitudes. Arrojó Federico la baraja sobre la mesa, levantóse, y después de dar algunas vueltas alrededor de León, que permanecía sentado, le puso la mano en el hombro, y en voz baja le dijo:

—Señor sabio, también los ignorantes depravados fijan su mirada en el porvenir; también forman sus planes, no con matemáticas, pero quizá con más garantía de seguridad que los hombres prácticos. Digamos, entre paréntesis, que el burro es un animal práctico... No condenan el matrimonio: al contrario, lo consideran necesario para el adelantamiento de las sociedades y el perfeccionamiento de las condiciones...

Dió otras dos vueltas, y añadió:

—... De las condiciones del individuo. Ya comprenderás lo que quiero decir... Por acá no somos sabios, ni después de enamorarnos como cadetes hacemos un estudio exegético de las cualidades de las dignas hembras que van a ser nuestras mujeres... No aspiramos tampoco a fabricar caracteres; esta manufactura la tomamos como está hecha por Dios o por el demonio. Eso de casarse para ser maestro de escuela es del peor gusto. A otra cosa más que al carácter debemos atender en estos apocalípticos tiempos que corren. La desigualdad de fortuna entre los seres creados, y el desgraciado sino con que algunos han nacido; el desequilibrio entre lo que uno vale y los medios materiales que necesita para luchar con y por la vida, ¡oh!, el pícaro *struggle for life* de los transformistas es mi pesadilla..., la falta de trabajo que hay en este maldito país, y la imposibilidad de ganar dinero sin tener dinero... ¿Oyes lo que digo?... Pues estas causas todas y otras más nos obligan a considerar antes que el mérito de nuestras futuras...

—¿Qué?...

Cimarra hizo con los dedos un signo muy común, diciendo:

—El *trigo*.

—Como se ve, de su agraciada boca afluía el lenguaje completo de ciertos jóvenes del día, y mezclaba el idioma de

los oradores con el de los tahures, las elegantes citas en habla extranjera con los vocablos blasfemantes que aquí no se pueden decir...

—La vida moderna—añadió—se hace cada vez más difícil; los ricos como tú pueden echarse a volar por el mundo de las moralidades y no poner en su corazón deseo que no sea puro, ni tener pensamiento que no sea la quinta esencia del éter más delicado. Pero no hay que exagerar, como dice Fúcar. Yo sostengo que eso que los tontos llaman el vil metal puede ser un gran elemento de moralidad. Yo, por ejemplo...

—¡Tú! ¿De qué eres ejemplo tú?...

—Yo... Quiero decir que hallándome en posesión de una fortuna, sería un modelo de patricios, y quizá pasaría a la posteridad con el calificativo de ilustre. ¿Pues no es ya frase de cajón, frase hecha, llamar ilustre a don Francisco Cucúrbitas?

—Aunque quieras disimularlo, en ti hay un resto de pudor—le dijo Roch—. Tu relajación no es tanta como quieres hacer creer.

—Todo es *al respective,* como dice, siempre que bromea, mi amigo Fontán—repuso Cimarra alzando los hombros—. No se puede juzgar así, tan a la ligera, a un hombre que vive entre ricos y es pobre. Fíjate bien en esto. A ti se te puede hablar con franqueza. Mis proyectos no son todavía más que anteproyectos, querido... Allá veremos... Se me figura que he empezado bien. El tiempo lo dirá. Puede que algún día, cuando vivas olvidado de mí en medio de tu felicidad de marido pedagogo, oigas decir que este perdido de Cimarra se ha casado. A eso vamos, a eso marchamos. Este pobre tiene también sus planes y sus filosofías. Todos somos galápagos, y otros tienen más conchas que yo... No creas que me desentiendo de las prendas morales de mi mujer; y estoy seguro de que no me caso con un monstruo. Habrá honradez, señor sabio; habrá honradez, hijos y hasta nietos.

—¿Has elegido?

—He elegido... Te advierto que no doy gran valor a la belleza física. Los hombres superiores no se dejan seducir y enloquecer como tú por unos ojos más o menos grandes y una boca que luego han de afear los años... La hermosura tan sólo vive, ¡ay!, como dijo el poeta, *l'espace d'un matin*... Hay un conjunto agradable y simpático, maneras distinguidas, cierta discreción, cierta travesura agradable, chiste y hasta *sandunga*... De educación no estamos bien; pero no pensamos poner cátedra... Hay mucho bueno, algo que no lo es tanto; abundan las genialidades tontas, los caprichos, los hábitos de despilfarro...

León palideció, fijando en su amigo una mirada ávida.

—... A mí me importa poco que rompa platos que no valen nada, que haga pedazos un cuadro de Murillo, que haga picadillo de encajes... Hay cosas en que los maridos no deben meterse.

Roch miró con estupidez el hule verde de la mesa en que apoyaba sus codos.

—¡Hombre, cómo se va el tiempo!... —dijo bruscamente, levantándose y abriendo la ventana—. ¡Si es de día!...

La claridad de la mañana entró en la sala. Iluminados por aquélla, los dos rostros parecieron melancólicos y pálidos. La luz de la lámpara brillaba aún lacrimosamente dentro del tubo y alargaba fuera una lengüeta negra, delgada, hedionda.

—¡Qué vida para reparar la salud! —dijo León. Miró luego por la ventana el cielo turbio y lloroso, cuya tristeza servía de cuadro sombrío a la tristeza de los dos trasnochadores. León empleó un rato en la contemplación vaga de que apenas se da cuenta el espíritu en horas de cansancio y que fluctúa entre el sueño y la pena, no siéndonos posible decir si dormimos o padecemos. En aquel momento Federico halló en su amigo un aspecto excesivamente triste, pues todo en él era negro: la ropa y la barba; y su hermosa fisonomía, de un moreno subido, tenía cierto tinte acardenalado, a causa del insomnio. Su ancha frente, llena de majestad, mas revelando brumosas cavilaciones, dominaba su persona como un cielo cerrado y opaco que guardaba en sí la luz y sólo muestra las nubes.

Volviéndose repentinamente hacia su amigo, León dijo:

—Pues buena suerte.

—Siento no poder dormir un poco —manifestó Federico—. Me muero de sueño; pero tengo que ponerme en camino con Fúcar.

—¿Te vas?

—¿No te lo había dicho? Se han em-

peñado en que los acompañe... Vamos adelante, adelante con los faroles.

Cimarra aderezó sus palabras con una sonrisa maliciosa.

—Buen viaje—dijo León, volviéndole la espalda.

Sintióse más tarde el ruido de los coches del marqués, ya dispuestos para llevar a los viajeros a la estación de Iparraicea. Subió Federico a su cuarto para arreglarse precipitadamente, y al poco rato oyóse en el falansterio el estrépito que acompaña a la salida y entrada de huéspedes, arrastre de equipajes, ruido de mozos, chillar de criados. León permaneció en la sala de juego, y aunque sentía la voz del marqués y de su hija que entraban en el comedor para desayunarse, no quiso salir a despedirlos.

Media hora después partió un ómnibus cargado de mundos y de criados, seguido de la berlina que llevaba a los tres viajeros. León vió el primer coche pasar junto a su ventana; pero antes de ver el segundo, dió media vuelta, y marchando de un ángulo a otro con las manos en los bolsillos, dijo para sí: «Debo estar tranquilo: yo no tengo culpa.»

Salió después al pasillo, donde empezaban a aparecer, arrebujados y claudicantes, los bañistas de más fe. Los bañeros, con sus mandiles recogidos, entraban en los calabozos donde yacen las marmóreas tinas, y con el vaho sulfuroso salía por las puertecillas ruido de los chorros de agua termal y el de las escobas fregoteando el interior de las pilas.

Después salió a la alameda, y como viese a lo lejos los dos coches que subían por el cerro de Arcaitzac, dió un suspiro y dijo para sí: «¡Desgraciados los que no logran encadenar su imaginación!»

Descansó tres horas en su cuarto, y a las nueve ocupaba un asiento en el coche de Ugoibea. Su semblante había cambiado por completo, y parecía el más feliz de los hombres.

VIII

MARÍA EGIPCÍACA

Pasaron algunos meses, y León Roch se casó el día señalado, a la hora señalada y en el lugar señalado para tan gran suceso, sin que cosa alguna contrariase el plan formado a su debido tiempo y con todo rigor cumplido. Su alma gozaba de aquel contento que viene tranquilo, manso y sin ruido, como el soplo de primavera; contento que recrea la vida sin embriagarla, y que ofreciéndose al alma en dosis mensuradas, no la deja satisfacerse por entero, y así la pone a salvo del tedio. Filósofo y naturalistas, León creyó que ningún estado mejor podía ni debía ambicionar.

La belleza de María Egipcíaca tomó desarrollo admirable después de la boda, y en este aumento de hermosura vió el esposo como un gallardo homenaje tributado por la Naturaleza a la idea del matrimonio, tan sabia y filosóficamente llevada de la teoría a la práctica. «Somos un doble espejo—decía—, en el cual mutuamente nos recreamos, y a veces no sabemos si la imagen contemplada es la mía o la de ella. De tal modo se confunden nuestros sentimientos.»

El amor de María Egipcíaca, que era al principio tímido y frío, como corresponde a un Cupido bien educado que acaba de quitarse la venda, fué bien pronto arrebatado y ardoroso. La pasión, que primero había estado detrás de la cortina, presentóse después con su tea incendiaria, su cáliz divino, su dogal de ansias perpetuas que producen una estrangulación deliciosa, por lo que el marido estuvo durante algún tiempo olvidado de sus planes pedagógicos, aunque su razón en los momentos lúcidos le hacía comprender la urgente necesidad de ponerlos en uso y de realizar en la práctica el mejor de los sistemas. Poco a poco fué recobrando su habitual equilibrio, y los sentimientos irritados descendieron al punto subalterno que en su alma les correspondía. Hallóse, al fin, como quien sale de un letargo. Vió su espíritu como grande y hermoso país que ha estado largo tiempo ocupado por una inundación; pero ya las aguas bajaban, dejando ver primero los picachos más altos; después, las lomas; al cabo, la llanura. Entonces dijo: «Esto va pasando: necesariamente tiene que pasar. Cuando pase, yo abordaré resueltamente la temida cuestión, y empezaré a modelar—empleaba con mucha frecuencia este término de escultura—el carácter

de María. Es un barro exquisito, pero apenas tiene forma.»

La mujer de León Roch era de gallarda estatura y de acabada gentileza en su talle y cuerpo, cuyas partes aparecían tan concertadas entre sí y con tan buena proporción hechas, que ningún escultor la soñara mejor. Sus cabellos eran negros, su tez blanca, linfática, con escasísimo carmín, y así se realzaba su expresión seria y apasionada en tal manera, que cuantos la veían se enamoraban y sentían envidia de su esposo. No tenía tipo español, y su perfil parecía raro en nuestras tierras, pues era el perfil de aquella Minerva ateniense que rara vez hallamos en personas vivas, si bien suele verse en España y en Madrid mismo, donde hallará el curioso un ejemplar, único, pero perfecto. Sus ojos eran rasgados, grandes, de un verde oceánico, con movible irradiación de oro, y miraban con serenidad sentimental, que podría pasar por sosa aquí donde, si se reúne mucha gente y un ejército de ojos negros, se advierte un verdadero tiroteo granizado de saetazos. Pero las miradas de María no tenían fama de desabridas, sino de orgullosas. Sus labios eran tan rojos como recién abiertas heridas; su cuello, airoso; su seno, proporcionado, y sus manos pequeñas *y de dulce carne acompañadas*, como las de Melibea.

Hablaba con calma y cierto dejo quejumbroso que llegaba al alma de los oyentes, y reía poco, tan poco que cada día iba creciendo su fama de orgullo; y era tan reservada en sus amistades, que, en realidad, no tuvo amigas. Había adquirido desde su infancia tal renombre de sensatez, que sus mismos padres la diputaban como lo más selecto que la familia había dado de sí en todo el curso de su gloriosa existencia.

Con esta belleza tan acabada, que parecía sobrehumana; con esta mujer divina, en cuya cara y cuerpo se reproducían, como en cifra estética, los primores de la estatuaria antigua, se casó León Roch después de diez meses de relaciones platónicas. Fué ocasión de su esclavitud un súbito enamoramiento que le sobrecogió al verla por primera vez y tratarla en una reunión de la corte, cuando María, recién salida al mundo, se hallaba en aquel peregrino estado de pimpollo en que la belleza de la mujer se marca con un sello de inocencia y aparece matizada aún con el rocío de esa encantadora mañana que se llama infancia. Se enamoró como un pastor, vergüenza da decirlo, y él mismo se asombraba de ver que el teodolito de topógrafo y el soplete de mineralogista trocábase en sus manos en caramillo o flauta de bucólico vagabundo.

¿Pero vió en su mujer algo más que una extraordinara belleza? ¿Qué parte tenía su corazón en aquel delirio? Sería gracioso que se dejase arrastrar por la imaginación quien tanto se jactaba de tenerla por esclava.

★

Crióse María en un pueblo próximo a Avila, con su abuela materna, señora de grandísima terquedad y tiesura, que a menudo hablaba de principios sin dar nunca a conocer de un modo concreto cuáles eran los suyos y en qué se distinguían de los ajenos. Al amparo de esta noble señora, que a los sesenta años tuvo la abnegación de trocar las vanidades del mundo por la estrechura de una casa rústica, el lujo y bullicio por la huraña soledad de un páramo, y la crónica escandalosa de Madrid por la chismografía de aldea, recibió María su primera instrucción. Sabía leer bien, escribir mal, y recitaba la doctrina sin perder una coma. A excepción de algunas ideas gramaticales y geográficas que le inculcó una maestra de gran sabiduría, todo lo demás lo ignoraba. Más tarde supo la niña, hojeando algunos libros, allegar ciertos conocimientos de esos para cuya adquisición no se necesita gran esfuerzo.

Compañero en aquel período de su vida en el páramo fué su hermano gemelo, Luis Gonzaga. La abuela los quería locamente a los dos y los llamaba los ángeles de su muerte, porque decía que, teniéndolos a su cabecera en la hora tremenda, le sería más fácil enderezar a Dios con devoción profunda sus últimos pensamientos. Ellos, que también se amaban con toda su alma, compartían sus juegos, los trabajos de las lecciones, el pan y queso de las meriendas y los húmedos besos de su abuela. Paseaban juntos por los horribles pedregales abulenses, y de noche se sentaban con la cabeza echada atrás para

contar a competencia las estrellas que en aquel país se ven más claras que en ningún otro paraje del mundo. Se les oía decir:

—Cuenta tú por ese lado, que yo contaré por éste... No me quites mi cielo ni te salgas del tuyo... Vaya, que lo de este lado me toca a mí... Medio cielo para cada uno.

—Todo será para entrambos—le decía una clueca voz desde la ventana alta—. Vaya, angelitos míos, venid a cenar, que es tarde.

Leían a menudo vidas de santos, única lectura que en aquellas soledades era posible; y tan a pechos tomaron ambos niños las estupendas historias de padecimientos, trabajos y martirios, que sintieron deseo de que los martirizaran también a ellos, y ocurrióles la misma idea que cuenta Santa Teresa en el relato de su infancia, cuando ella y su hermanito discurrieron ir a tierra de infieles para que les cortaran la cabeza. María y Luisito salieron una mañana por aquellas áridas tierras, resueltos a no detenerse hasta que les deparase Dios un par de moros que los descuartizaran. Quedáronse dormidos al amparo de una peña, y allí el Autor de todas las cosas, Dios omnipotente, les dió un beso y les entregó a la Guardia Civil. Recogidos por la pareja, fueron llevados a la casa.

Vivían en un país casi desértico, lejos de toda humana sociedad. El cura les llamaba los *niños del yermo*, y los sentaba sobre sus rodillas para entretenerse con ellos en el juego de los dedos, en el cual, cada uno de los de la mano es un personaje figurado, y entre todos representan una especie de comedia o pasillo, verbigracia: el dedo gordo es un frailazo que llega a la puerta de un convento de monjas, llama con gruesa voz, y al punto contesta el dedo anular con voz de tiple. «Tan, tan.» «¿Quién?...» «El fraile que quiere entrar.» Todo se reduce a que fray Pedro va en busca de unas coles, que las monjas le dan de palos y él se retira refunfuñando. Con eso se reían mucho los dos gemelos, en edad en que los chicos apetecen por lo común muñecos más divertidos que sus propios dedos.

Crecieron, y sus juegos iban siendo menos primitivos; sus lecturas, las mismas, y sus caracteres muy serios y formales. Luis Gonzaga cautivaba a todos por su índole reservada y juiciosa, así como por su incapacidad para travesuras. Unicamente le reprendían su afán de vagar por las soledades pedregosas, aspirando el ambiente fino y helado que sin cesar bate las inmensas moles graníticas, semejantes a ruinas de una colosal arquitectura, o a osamenta de un mundo cuya carne se han llevado las aguas. Gustaba de estar solo, ambicionaba apacentar las cabras sedientas y flacas que saltan de hueso en hueso sobre aquel esqueleto de una Arcadia muerta ya y seca. Despreciaba el frío, despreciaba el calor. Un día le encontraron tendido a la sombra de un pino, único ejemplar allí existente de la familia arbórea, y que triste, pelado y vacilante, parecía decir, como el cartujo: «De morir tenemos.» Luis Gonzaga escribía *cosas* en un papel, valiéndose de un lápiz trompudo, sin cesar mojado en saliva. Sorprendido por el cura, arrebatóle éste el escrito, y vió unos renglones desiguales sin rima, sin numen, sin gramática ni ortografía que le causaron risa, porque él también entendía un poco de Humanidades.

—Ni esto es verso—le dijo—ni es tampoco prosa.

No era verso ni prosa, pero sí poesía: eran estrofas, renglones bíblicos, que expresaban las agitaciones de un alma contemplativa. ¡Cómo se reía el cura leyendo: «Llega el oscuro de la noche, y las ovejas del cielo se extienden por el grandísimo campo azul, guardadas por los ángeles bonitos... El Señor ha pasado ayer en un carro de truenos, del que tiraban relámpagos, que resollaban con granizo y sudaban con lluvia... Yo temblé como llama en el viento, y di mil vueltas en mi idea, como la piedrecilla arrastrada por el río... Soy como el cardo seco a quien se pega fuego: haciéndome humo, suelto mi ceniza y subo al cielo!»

Un día la abuelita se levantó más tarde que de costumbre, el rostro encendido, torpísima el habla, las pupilas resplandecientes como dos botones viejos, a los cuales con el roce se hubiera dado brillo. Observaron con dolor todos los de la casa que la señora decía mil disparates, y aunque esto no era en absoluto una novedad, éralo por la repetición constante de los despropósitos, sin

intervalo de discreción. Cuando el cura le tomaba el pulso, la señora se agarró de su brazo, después de echarse un mantón por los hombros, y riendo con estupidez delirante, gritó:

—Al baile... ¡Señor cura, vamos al baile!

Hizo dar dos vueltas al reverendo, y, después, cayó como un plomo. No le alcanzó más que la Extremaunción. Muerta y enterrada, los dos gemelos volvieron junto a sus padres, que estaban entonces en un período de grandísima escasez y apretura. Luis Gonzaga fué mandado a Carrión de los Condes, de donde pasó a Francia; y María, que afligió a la familia por su estado cerril, fué llevaba a un establecimiento de esos que llevan el nombre de colegio. Salió de él a los dos años con el barniz que en tales casas se da, y su madre la presentó a los amigos; entonces la familia de Tellería principió a salir del abatimiento y oscuridad en que estaba, a causa de un cambio favorable en su fortuna; y, al fin, la marquesa abandonó aquel apartamiento que tanto le repugnaba, y durante algún tiempo se vió a madre e hija discurrir por las varias esferas de la sociedad distinguida y andar en lenguas de aduladores como en plumas de revisteros, y hartarse de palco y landó, y eclipsarse en los veranos para reaparecer en los inviernos con nuevo brillo. Por último, vino un día deseado y María se casó.

Fué considerado este matrimonio como un golpe de suerte para los Tellerías, nobles de segunda fila, cuyo bienestar material no debía inspirarles grandes escrúpulos en la elección de maridos. Dígase lo que se quiera, las familias nobles del día no profesan a sus pergaminos un culto fanático, y si se exceptúan media docena de nombres que unen a su resonancia histórica un caudal sano, aquéllas no vacilan en aceptar las alianzas convenientes y sustanciosas, fundiendo la nobleza con el dinero; y así vemos un día y otro que las doncellas de ilustre cuna dan la mano, y la dan con gusto, a los marqueses de última emisión hechos al minuto, a los condes haitianos, a los políticos afortunados, a los militares distinguidos y aun a los hijos de los industriales. La sociedad moderna tiene en su favor el don del olvido, y se borran con prontitud los orígenes oscuros o plebeyos. El mérito personal unas veces, y otras la fortuna, nivelan, nivelan, nivelan con incansable ardor, y nuestra sociedad camina con pasos de gigante a la igualdad de apellidos. No hay país ninguno entre los históricos que esté más próximo a quedarse sin aristocracia. A esto contribuyen, por un lado, el negocio, haciéndonos a todos plebeyos, y, por otro, el Gobierno, haciéndolos a todos nobles.

La felicidad de aquel matrimonio no tuvo en los primeros meses otras contrariedades que la sombra que proyectaban a veces sobre ellos los parientes de María. Pasado algún tiempo, León empezó a creer que se prolongaba más de lo regular la ternura apasionada, inquieta y quisquillosa de su mujer. Esto habría carecido de importancia si con ello no coincidiera una resistencia acerada a plegarse a ciertas ideas y sentimientos de su marido. Grandísima tristeza tuvo León cuando vió que, sin dejar de amarle arrebatadamente, María no iba en camino de someterse a sus enseñanzas, no ciertamente del orden religioso, pues en esto el discreto marido respetaba la conciencia de su mujer. ¡Estupendo chasco! No era un carácter embrionario, era un carácter formado y duro; no era barro flexible, pronto a tomar la forma que quieran darle las hábiles manos, sino bronce ya fundido y frío, que lastimaba los dedos sin ceder jamás a su presión.

Una noche, al año de casados, hallábanse solos en su gabinete. Habían hablado larga y cariñosamente de la conformidad de pensamientos como base inquebrantable de todo matrimonio pacífico. Agotada la conversación, el uno había tomado un libro para hojearlo junto a la chimenea, y la otra rezaba. De repente, María Egipciaca dejó el reclinatorio y acercándose a su marido le puso la mano en el hombro.

—Tengo una idea—le dijo, clavando en él su misteriosa mirada verde, que tenía entonces, con los reflejos de esmeralda y oro, dulzura extraordinaria, sin duda porque sus ojos volvían de ver a Dios—; tengo una idea que me enorgullece, León.

León aguardó un poco, por no dejar interrumpido el párrafo, y después oyó a su mujer.

—Voy a manifestarte mi idea—añadió

ella—. Yo, mujer débil, inferior a ti en muchas cosas, y principalmente en saber y experiencia, lograré un triunfo que jamás alcanzará tu orgullosa superioridad.

León le tomó una mano y se la besó tres veces, diciendo:

—Yo no soy superoir a nadie, y menos a ti.

—Sí; lo eres; esto aumenta mi gozo y me empeña más en mi empresa... Tú, con tu juicio, que crees tan fuerte, aspiras a cambiar mi carácter. Yo, con mi amor, que es más grande que todos los juicios, aspiro a conquistar el juicio tuyo, haciéndote a mi imagen y semejanza. ¡Qué batalla y qué victoria tan grande!

—¿Cómo lograrás eso?—dijo León, rodeando con el brazo la cintura de su mujer.

—No sé si intentarlo poco a poco... ¡O así!

Al decir *así,* María arrebató violentamente el libro de las manos de su esposo y lo arrojó a la chimenea, que ardía con viva llama.

—¡María!—gritó León, aturdido y desconcertado, alargando la mano para salvar al pobre hereje.

Ella le estrechó en sus brazos, impidiéndole todo movimiento; le besó en la frente, y, después, volvió al reclinatoro, donde se puso a rezar de nuevo.

¿Qué decía el libro? ¿Qué decía el rezo?

IX

LA MARQUESA DE TELLERÍA

Los marqueses de Tellería vivían en el principal de su casa. León Roch, atento a que entre la vivienda de sus suegros y la suya hubiese la mayor extensión posible de superficie terráquea, había alquilado una hermosa casa en lo más apartado de la zona del Este. Allí le encontraremos dos años después de su boda.

—Buenos días, León... ¿Estás solo? ¿Y Mariquilla?... ¡Ah!, estará en misa; yo pensaba ir también; pero ya es tarde... Alcanzaré la de once de San Prudencio... ¿Qué tienes?... Estás pálido. ¿Habéis reñido?... Pero me sentaré... Dime: ¿cuánto te han costado esas estatuas? Son hermosísimas. Tienes una linda colección de bronces... Pero dime: ¿todavía vas a meter más libros en este despacho? Esto es la biblioteca de Alejandría. ¡Oh! ¡No es como tú toda la juventud de estos tiempos!... ¡Qué chicos los de hoy! Yo no sé qué será del mundo cuando llegue a la edad madura esa multitud de jóvenes viciosos, ociosos y enfermos que hoy son el adorno principal de esta sociedad... Pues todavía hay un mal mucho peor. Pase que los muchachos sean casquivanos y sin sustancia..., pero los viejos son más viciosos, más frívolos, más disipadores, más holgazanes que los chicos... He llegado al asunto delicadísimo de que quiero hablarte, querido hijo. Siéntate y atiéndeme un poco.

Azotó la marquesa con su hermosa mano el brazo de la butaca más próxima, y sentado en ella León, dispúsose a oír a su madre política. Era ésta una dama de gentil porte, bruscamente desmejorada después de una larguísima juventud, por repentinas dolencias que se habían presentado cual acreedores, tanto más implacables cuanto más rezagados. Y no obstante, aún la hermosura de la dama prevalecía resplandeciendo débilmente en su cara, y descendía hacia el horizonte entre las caliginosas brumas de un blanquete no siempre aplicado con comedimiento y habilidad. Aquella puesta de sol no era de las más espléndidas. Su cuerpo airoso, y antaño lleno de majestad, se inclinaba ya como presintiendo su bajada a las frías honduras del sepulcro, si bien el férreo costillaje del corsé mantenía en aparente firmeza y redondez aquella desplomada arquitectura. Sus ojos, negros y hermosos, eran lo menos muerto de aquel conjunto moribundo, y a veces se abrillantaban con gracia y embeleso, semejando a un resgo de inspiración en medio de la oda académica compuesta de imágenes arcaicas y manoseadas. Su cabello, que del negro andaluz había pasado al rubio veneciano, pasaba ahora del rubio de Venecia a un plateado indeciso y pulverulento.

Su tez, áspera ya y sin lisura, desaparecía bajo una especie de vello artificial en que se confundían sutiles alquimias olorosas, dispuestas para engañar al espectador, bien así como en los teatros el pintado lienzo imita la verdura

de los bosques y aun la diafanidad y pureza del cielo. Pero aquel efecto, conseguido hasta cierto punto en las acecinadas mejillas de la señora en decadencia, perdíase a veces, porque la comprada blancura del rostro hacía que amarilleasen un poco los dientes, todavía enteros, bonitos, iguales. Su sonrisa, toda gracia y desdén, los mostraba a cada rato, por hábito antiguo que bien pronto habría de modificarse, si aquel lindo teclado doble comenzaba a desorganizarse como un ejército que cree haber peleado bastante. Vestía gallardamente y con elegancia. Su habla era abundante, con pretensiones, no siempre inútiles, de añadir tal cual frase ingeniosa al aluvión de palabras insustanciales que forma el fondo de la conversación corriente entre personas sin medula.

—Ya escucho, señora—dijo León.

—No me gustan rodeos—añadió la marquesa—. Además, María te habrá hablado de esto. Tu padre político es un perdido.

—Creo que exagera usted un poco. El marqués gusta de divertirse... Es gusto muy general entre las personas que no tienen nada que hacer.

—No, no, no le defiendas. La conducta de Agustín es indefendible... ¡A su edad!... Lo extraño es que en sus mejores tiempos ha sido un hombre recogido, prudente, callado y metido en casa. Créelo: me repugna ver al marqués hecho un viejo verde. Y no es otra cosa; aquí le tienes pintado en dos palabras: un viejo verde. Hace dos años, casi desde que te casaste con mi hija, mi querido esposo empezó a frecuentar el Círculo de los muchachos; tropezó con algunos mozalbetes que le enloquecieron, cambió de lenguaje, de modo de vestir, trasnochó, jugó... ¿Pero tú no notas que hasta parece rejuvenecido? ¿No te hace reír, confiésalo con franqueza, su empeño de parecer pollo? Le verás siempre en las cuadrillas de muchachuelos que mariposean por Madrid... De veras es cómico... Siempre le tienes de flor en el ojal... Esta mañana le he dicho algunas verdades un poco duras. Yo no sé cómo se las compondrá él con su sastre, porque es un gasto de ropa que abruma... Aquí, en la confianza de la familia, se puede decir todo, León. Mi buen marido gasta lo que no tiene ni puede tener en toda su vida. Nunca fué ordenado, pero tampoco disipador; jamás escribió un número en un pedazo de papel, pero tampoco se dejó arrastrar por el afán de un lujo imposible... Y ¿quién es la víctima de esto? Yo, yo, que, habiéndome sacrificado siempre, debo sacrificarme también ahora, cuando mi salud está quebrantada y necesito sosiego, descanso, paz. ¡Ay, cuánto envidio a la que reina en esta casa! ¡Con cuánto gusto aceptaría un rincón en ella, aunque fuera el más humilde!... Es un tormento mi vida. Agustín gasta lo que no tiene; Gustavo es formal y bueno, pero muy poco apegado a sus padres; Leopoldo no es ni será nunca nada, por su ineptitud y esos hábitos de ociosidad y disipación adquiridos a pesar de mis esfuerzos para evitarlo. Y gracias que el Señor, al paso que me da tales pruebas de sus rigores, me las da por otro lado clarísimas de su misericordia... ¡Qué orgullo tan grande para una madre tener dos hijos como Luis Gonzaga y María, aquél tan profundamente apegado a su carrera eclesiástica, que será, según me dicen los padres, un verdadero santo; ésta, casada contigo, feliz contigo, ofreciendo contigo un modelo de matrimonios pacíficos y en completa armonía. ¡Lástima que no tengáis hijos!

Al llegar aquí, la marquesa, dejándose llevar de su sentimiento, dió libertad a algunas lágrimas, que no llegaron a rodar por sus mejillas: tan prontamente las atajó, secándolas con su pañuelo. Después siguió exponiendo las penas que afligían su corazón de esposa y de madre. Según dijo, había padecido mucho por el carácter ligero del marqués y la condición díscola o superficial de Gustavo y Leopoldo; había consumido su juventud y lo mejor de su vida en esfuerzos heroicos para evitar el hundimiento de la casa de Tellería; había sacrificado para este fin importantísima parte de su dote, que no era un grano de anís; pero reservaba lo mejor, sí, y lo reservaría aunque los chicoleos juveniles del marqués y los extravíos de sus hijos llegasen al último extremo. Ella no podía exponerse a una vejez de miseria humillante, ni a vivir de la limosna de su hija, casada con un hombre rico; sus hábitos, sus principios, su dignidad, no le permitían sacrificar

tampoco lo mejor de su dote al hombre imprudente que había esparcido por las mesas verdes de los casinos y por los cuartos de las bailarinas el patrimonio de Tellería... ¡Y si ella lo dijese todo, si ella revelase lo más negro!...

—Sí, lo revelaré... A ti se te puede decir todo—añadió, mirando a su yerno con cierto éxtasis—. No sólo tienes el deber, sino el derecho de conocer las debilidades de tus padres.. Me han dicho que el marqués está enredado con... la habrás visto, habrás oído hablar de ella..., esa que llaman la *Paca* o la *Paquira*...; no vale nada, pero es graciosa y elegante. Le comió al duque de Florunda lo poco que le quedaba... Figúrate tú ese mamarracho de Agustín, que casi está con un pie en el sepulcro... Esto, más que ira, da compasión, ¿no es verdad?

León meditaba.

—¿En qué piensas, hijo?

—En que la virtud cardinal del matrimonio es la paciencia.

—Eso quiere decir que sufra y aguante... ¡Pero si mi vida ha sido un puro martirio!... Yo seguiría resistiendo si los despilfarros y las locuras de Agustín no me trajeran compromisos graves que tocan el buen nombre de nuestra casa. Estoy apuradísima..., ¿qué crees? ¡Oh! Siento mucho decirte que no puedo darte los sesenta mil reales que me prestaste y que yo debía devolverte este mes, como convinimos.

—No importa—dijo León, deseando cortar delicadamente aquel asunto—. No se ocupe usted de eso.

—Es que no sólo no puedo darte aquellos tres mil duros, sino que me hacen falta otros tres mil.

—Tampoco importa: los tendrá usted.

—¡Otros tres mil! Esto es horrible. ¡Cómo abuso de tu bondad!... Será la última vez, porque estoy decidida a montar la casa con un régimen muy estrecho... Yo te doy garantías con mi casa de Corrales de Arriba.

—No es preciso garantía... Repito...

—¡Gracias, gracias!... ¡Eres tan buen hijo!..., ¡te quiero tanto!... ¿Cómo te pagaré?...—dijo la marquesa, visiblemente trastornada por una emoción verdadera—. No creas: también tú tienes que agradecerme. Me ocupo de ti, de tu bien, y algunas veces me apresuro a quitar de en medio alguna nubecilla que pueda dar sombra a tu felicidad. Anoche reñí con tu mujer.

—¿Con María?

—Con María, sí; también ella tiene sus defectos, aunque defectos que, según dicen, no son otra cosa que exageración de las virtudes. Ya sabes que es muy religiosa, excesivamente religiosa. Hace tiempo comprendí que por este motivo de la religión habría en vuestro hogar algunos disgustillos.

León dió un suspiro.

—Algunos—indicó—, pero no graves.

—Vamos, no vengas a quitar importancia a vuestras desazones—dijo la marquesa, contrariada de que León suavizase lo que a ella le convenía endurecer—. La pobre muchacha te quiere ciegamente; su amor está sobre todo; pero le atormenta mucho tu fama de ateo. Ya sabes que los pensamientos de mi hija son indóciles e indomesticables como las fieras del desierto.

León hizo con la cabeza un triste signo que indicaba una respuesta afirmativa más triste aún.

—Pase que no vea con gusto tu irreligiosidad... Eso es natural... Nos han enseñado una fe, y en ella debemos vivir y morir. Pero que llore y se desespere porque no vas todos los días a la iglesa como ella, ni confiesas cada mes, ni gastas tu dinero en bobadas..., vamos, esto es ridículo. ¡Cuánto le he predicado anoche!... ¿Qué crees?... Me enfadé, la reñí, golpeé en su cabeza dura como se golpea en un yunque, y, al fin...

—¿Y al fin?...

—La convencí, sí; la convencí de que no se puede exigir a los hombres ciertas prácticas, que si en nosotras están bien, en ellos serían ridículas, ferozmente ridículas. Buen trote llevan los hombres del día para que se los quiera meter en las iglesias. Yo digo una cosa: María, empleando su tiempo en devociones, y tú, gastándolo en tus estudios, podéis ser muy felices. ¿A qué entrar en honduras? ¿Acaso tú le impides que rece todo lo que quiera? Los hombres de hoy tienen sus ideas, y no es posible luchar con ellos. Nadie hay más religiosa que yo; pero no quiero meterme en cosas que no entiendo. Las mujeres no somos sabias: creemos, y creemos, y creemos. Un matrimonio que se desavenga por

esto, me parece el colmo de la tontería... ¿Pero no sabes su pretensión? Aspira, nada menos, que a convertirte, a hacerte aborrecer tus ideas y adorar las suyas... Vamos, no pude tener la risa cuando le oí esto. ¿Sabes qué dice? Que su mayor gozo sería quemarte todos los libros que tienes aquí... ¡Qué lástima! ¡Unas encuadernaciones tan bonitas!... Buen cuidado me daría a mí de que mi esposo no me imitara en mis devociones, con tal de que me amase mucho y no amase a ninguna más que a mí... ¡Celos de los libros!, jamás. Eso es de mujeres tontas. No puedes figurarte con qué fuerza le hablé: le dije que tú eras el hombre mejor de la Tierra... Ella convenía en esto; pero... nunca le faltaban peros. Le dije que vales más que ella, infinitamente más que ella; que eso del ateísmo es un fantasma, que, aunque se habla de ateos, no hay tales ateos, así como se hablaba antes de las brujas, a pesar de no haber tales brujas. Le dije que no pensara en esa sandez de convertirte, y que lo mejor que podía hacer, para tener paz perpetua en su casa, era aflojar un poco en su monomanía, ¿no te parece?... Quizá le convenga mudar de confesor, ¿no te parece?... En esto debe imitarme. Yo soy muy religiosa; cumplo fielmente todos los preceptos; contribuyo al culto con lo que puedo; pero nada más. ¿No crees que mi hija debe imitarme?

León no contestó nada. Estaba taciturno y abstraído. Bruscamente echó de sí una idea lúgubre, como quien espanta un abejón que zumba, y, mirando a su suegra, le dijo:

—Hoy mandaré a usted los sesenta mil reales.

—¡Ah! ¿Te ocupabas de eso?—repuso la marquesa, cuyo semblante parecía que, con la irradiación del gozo, se ponía fosforescente—. Bueno, mándalo, te daré el recibo... ¡Pero cómo me estoy aquí charla que charla! Con tu buena compañía me olvido de que tengo prisa, mucha prisa, muchísima. ¡Las once!... ¡Voy a perder la misa!...

Levantóse apresuradamente y dió la mano a su yerno.

—El padre Paoletti predica hoy... Adiós... Corro a San Prudencio. ¿Qué quieres para tu mujer? Le diré que venga pronto a casa, que estás muy solo. Abur, abur.

X

EL MARQUÉS

Era de cuerpo pequeño, rostro fino y afeminado, al cual daba, por cálculo, trocado al fin en costumbre, una gravedad pegadiza, semejante a un cosmético que empleara diariamente metiendo el dedo en los botes de su tocador de viejo florido. Ojo, nariz y boca eran en él, como los de su hija, de una corrección admirable; mas lo que en ella cautivaba, en él hacía reír, y lo serio se mudaba en cómico, porque nada es tan horriblemente bufón como la fisonomía de una mujer hermosa colgada como de espetera en las facciones de un viejo mezquino.

Su vestir correctísimo y elegante, sus ademanes desembarazados, su cortesía refinada y desabrida, que encubría una falta absoluta de benevolencia, de caridad, de ingenio, adornaban su persona, brillando como la encuadernación lujosa de un libro sin ideas. No era un hombre perverso, no era capaz de maldad declarada, ni de bien; era un compuesto insípido de debilidad y disipación, corrompido más por contacto que por malicia propia; uno de tantos; un individuo que difícilmente podría diferenciarse de otro de su misma jerarquía, porque la falta de caracteres, salvas notabilísimas excepciones, ha hecho de ciertas clases altas, como de las bajas, una colectividad que no podrá calificarse bien hasta que los progresos del neologismo no permitan decir *las masas aristocráticas*.

Y aquel ser vacío y sin luz tenía palabras abundantes no exentas de expresión, y manejaba a maravilla todos los lugares comunes de la Prensa y de la tribuna, sin añadirles nada, pero tampoco sin quitarles nada. Era, pues, un propagandista diligente de ese tesoro de frases hechas, que para muchas personas es compendio y cifra de la sabiduría. Era de los que constantemente desean que haya *mucha administración y poca política;* estaba convencido de que *este país es ingobernable;* deseaba que se conservasen las *veneradas creencias*

de nuestros antepasados, para que volviéramos a ser asombro de *propios y extraños;* creía firmemente que *aquí no puede haber nada bueno; que éste es un país perdido,* a pesar de *la fertilidad del suelo;* y al mismo tiempo sostenía con rutinaria devoción los dogmas inquebrantables de la *hidalguía castellana,* de la *religiosidad nunca desmentida del pueblo español,* de la *tendencia materialista del siglo,* etc. Tenía, además, *grandísimo horror a las utopías,* y para él todo lo que no entendía era una utopía. A la pandereta de su verbosidad no le faltaba, como se ve, ninguna sonaja.

—¡Siempre aquí, siempre en este bendito despacho, que parece la celda de un prior por sus buenas luces y su tamaño, y habitación de un príncipe por las obras de arte que contiene!... Siempre aquí, querido León. No se te ve en ninguna parte. ¿Y María? Anoche estuvo en casa; no faltaron las lágrimas de siempre. Va a que su mamá la consuele y Milagros y ella cuchichean... Yo creo que entre las dos te ponen como ropa de Pascua. Allí no se piensa más que en los abonos de los teatros y en los triduos de San Prudencio. Después de misa se reúnen todas a hablar de modas... ¿Estás enfermo? Te encuentro pálido. ¿Qué tienes?

—¿Yo?—dijo León, mirando a su suegro como quien despierta de un sueño y se ve delante de un desconocido—. ¿Decía usted?...

—Que si estás malo. Tienes muy mala cara. Anoche se habló de ti en casa de Fúcar... Por cierto que nunca he visto al marqués de tan mal humor. Desde que Pepa se casó con Cimarra, el pobre don Pedro no hace más que tragar hiel... ¡Pobre Pepa! Se cuentan de Federico horribles bribonadas... ¡Y qué niña tan bonita tiene Pepa!... ¿La has visto? ¿No vas por allá?... Tienes buenos cigarros, a fe mía...

El humo de los dos habanos se juntaba, subiendo al techo. Por un instante reinó un profundo silencio en la hermosa pieza. Oíase tan sólo el efervescente rumor del chorro de la manga de riego con que el jardinero refrescaba los macizos del jardín. En habitaciones lejanas cantaban algunos pájaros aprisionados, cuyo charlar parecía una disputa de todas las notas musicales, discutiendo sobre el mejor modo de formar una sinfonía en un cerebro wagneriano. En el despacho, un gran atlas geológico, abierto sobre ancho atril casi tan grande como un facistol, mostraba, en franjas de colores, las edades del mundo. En la mesa veíanse flores abiertas en canal, mostrando sus ovarios misteriosos; insectos rotos en estado de autopsia; ejemplares conquiliológicos aserrados por la mitad, revelando el secreto de sus graciosas bóvedas, esmaltadas de rosa y nácar; láminas representando huevos en distintos grados de incubación; modelo del ojo humano en cartón y del tamaño de un coco; y en medio de tales baratijas resplandecía el lente de un microscopio, reflejando un rayo de sol y enviándolo, cual mirada curiosa, sobre la cabeza del marqués, que por lo desnuda de cabello, convidaba al estudio de la craneoscopia.

—¿Te dedicas también a la Historia Natural?—dijo éste, con expresión de tolerancia. Esa parece ser la ciencia del día, la ciencia del materialismo. ¡Bonito servicio estás haciendo al género humano, arrancándole *sus venerandas creencias,* para darle un cambio..., ¿qué?... la famosa hipótesis de que somos primos hermanos de los monos del Retiro!

Rióse, con pueril carcajada, de su propia ocurrencia, y después echó una ojeada sobre los estantes de libros.

—¿Sabes—dijo súbitamente—que soy ponente de la Comisión que ha de dar informe sobre la ley de vagos?

—Darán ustedes un informe brillante.

—¡Oh! Es cuestión delicada—añadió el marqués, echándose atrás en la mecedora, de modo que se quedó mirando al cielo y con los pies en el aire—; es la cuestión madre. Yo le he dicho varias veces al presidente del Consejo: «Mientras no tengamos una buena ley de vagos, no hay que pensar en una buena política.» Hay que ir al fondo de las cosas, a las causas fundamentales, ¿no te parece? De la multitud de holgazanes y gentes de mal vivir, cesantes hambrientos y pillastres que aguardan las revueltas públicas para hacer su agosto, proviene el malestar en que vivimos. Bárreme toda esa inmundicia y te respondo del orden social.

—Muy bien pensado—dijo León—. Barrer, barrer es lo que importa.

—¡Ah! Lo malo es que no puedo dedicar a la Comisión todo el tiempo que

deseara. Estoy muy ocupado. Y a propósito, querido León, tengo que hablarte de un negocio.

Había llegado al punto que era objeto de su visita; pero abordándolo con grandísimo interés, que hacía palpitar su corazón, lo disimulaba expertamente. No podían faltar a aquel hombre enteco emociones íntimas y donosura cortesana para velarlas.

—Ya sabes que soy consejero de Administración del Banco de Agricultores. Es una empresa grande, patriótica. Hemos de *levantar el crédito territorial del abismo en que yace.*

Esta y otras frases de suelto financiero andaban por la boca del marqués de Tellería como Pedro por su casa. Dijo después de varias cosas jamás oídas, a saber: que España es *esencialmente agrícola;* que la riqueza agrícola no puede desarrollarse por falta de capitales; que los capitales existen..., ¿pues no han de existir?..., pero que es preciso reunirlos, encauzarlos, distribuirlos convenientemente para que fertilicen..., para que beneficien..., para que fecunden... El marqués no pudo acabar la frase, que por ser de su invención y no del repertorio, se le atascó. El Banco de Agricultores estaba íntimamente ligado a la gran Compañía inglesa Spanish Phosphate Limited, destinada a hacer una transformación en nuestro país... Era una idea estupenda. ¡Capitales, abonos! He aquí los dos *polos del eje sobre que ha de girar la regeneración agrícola del país.* (Esto también era frase de prospecto.) El marqués concluyó la arenga diciendo, con aparente indiferencia:

—¿Qué te parece? ¿Colocarás parte de tus capitales en nuestras acciones?

—Necesito mi capital para vivir—dijo León con fingida inocencia.

—¡Hambre!...

León le dijo algo tan crudo sobre ciertas sociedades, que el marqués perdió de súbito aquel colorete enfermizo que teñía sus mejillas y parte de su nariz, un no sé qué purpúreo como zumo de moras, que, eclipsándose o apareciendo en su cara, expresaba los distintos efectos de su alma. Después de una pausa, durante la cual empeñóse en dar a las guías de su bigote blanquinegro el aspecto terrorífico de las astas de un toro, se levantó y se puso a observar los objetos de Historia Natural.

—Bien; no hay más que hablar de este asunto—murmuró.

Siguió observando, revolviendo, tocando aquí y allí, cogiendo algunos objetos para acercarlos a sus ojos, y adaptando después uno de éstos al ocular del microscopio, para decir, con el singular orgullo de sí mismo que caracteriza a la ignorancia:

—Pues yo no veo nada... Yo no sirvo para esto... Gracias..., que te aproveche tu microscopio. Dime: ¿y con esto ven ustedes el alma?... ¡Ya! Como no la ven, sostienen que no existe.

Y antes que su yerno le diese contestación, fuése a él, parósele delante, le miró un buen rato, y, moviendo la cabeza, le dijo:

—Estoy pensando que a mi pobre hija no le falta razón para quejarse... No es esto decir que no seas un bendito, León; pero vamos a cuentas. Ella tiene sus creencias; tú tienes las tuyas; mejor dicho, no tienes ninguna. Tu falta de religiosidad y tu desdén por las *venerandas creencias del pueblo español* la ofenden, la lastiman, la afligen sobre manera. Querido—añadió, poniéndole la mano en la frente con apariencias de cariño—, recuerda que el pueblo español es eminentemente religioso. Pues qué, León, ¿estamos aquí en Alemania, país de las locas *utopías?*

León dijo algo.

—No, no, no, basta que la dejes en libertad—replicóle Tellería con viveza—. Es preciso que tú hagas algo. Tienes una fama de ateo que espanta. Yo..., te soy franco, más querría perder mi posición y mi nombre en el mundo, que tener esa fama de ateísmo que tú mismo te has ganado. Comprendo las angustias de María: ella es religiosa; parece que, nacidos de un mismo vientre su hermano y ella, nacieron para ser santos... ¡Y concluirá por tenerte horror, y te aborrecerá, y no querrá vivir contigo!... Y si así sucede, tuya será la culpa por haberte significado demasiado en tus obras. Hombre, el que más y el que menos, todos tenemos nuestra levadurilla de herejía..., es decir, yo no tengo nada: yo soy ortodoxo hasta la medula; a mí que no me vengan con filosofismos... Lo que hay es que todos, aun siendo creyentes, cumplimos mal: nos descuidamos; pero somos prudentes, tenemos tacto, guardamos las aparien-

cias..., consideramos que vivimos en un pueblo *eminentemente religioso*..., recordamos que las clases populares necesitan de nuestro ejemplo para no extraviarse. Aquí no estamos en Alemania. ¡Oh!, te juro que aborrezco las *utopías*. El pueblo español tendrá muchos defectos; pero jamás ultrajará lo que ha sido causa de su gloria y del respeto que infundió a *propios y extraños*. Por encima de nuestras miserias descollará siempre la *hidalguía castellana*, para...

El noble señor no pudo concluir su frase, porque León le interrumpió, hablándole con viveza y energía. Oyóse durante largo rato la voz de uno y otro, y allá en la pieza lejana, donde cantaban los pájaros, María y su hermano Leopoldo suspendieron su conversación para prestar oído al rumor parlamentario que del despacho venía.

—Estos malditos pájaros no dejan oír una palabra—dijo el mancebo—. ¿Oyes, María? Papá y tu *señor* disputan. ¡Qué ganas de perder el tiempo!

María puso atención, después de decir a los pájaros con acento de enojo:

—¡Callad, tontos!

Poco después, un brusco movimiento de la cortina dió paso a los bigotes corniforme del marqués, a su cara, en la cual la gravedad se hermanaba con el humorismo, como si en ella quisiera poner la naturaleza un ejemplo vivo del eterno y capital dualismo del arte.

—Ya lo sabes—dijo con voz agridulce, entre serio y festivo—. Yo soy un hipócrita, un vividor... Tu caro esposo me lo ha dicho con buenas palabras... Un vividor, un hipócrita..., sí, eso ha querido decir.

Y dió un beso a su hija.

—Positivamente—añadió—, la cabeza de León está un tanto perturbada... ¡Lástima grande, porque es un guapo chico!... Estos malditos pájaros no dejan hablar.

—¡Callad, tontos!

¡Con cuánto ardor toman ellos parte en las disputas de los hombres! Entre los conceptos de la conversación acalorada o apacible arrojan sus notas para ahogar las disputas humanas en una lluvia de alegría.

Mucho se habló después; pero las avecillas no dejaban oír. El lector tendrá paciencia para esperar a que callen los pájaros.

XI

LEOPOLDO

Una mañana, trabajaba León Roch en su despacho, cuando fué bruscamente interrumpido. Alzó del papel los ojos, y, fijándolos en el gran espejo que delante de él estaba sobre la chimenea, vió una figura enjuta y macilenta, una mueca de calavera, en la cual la descomposición subterránea perdonara un poco de piel; dos ojos saltones con cierta viveza morbosa como la de los delirantes; un cuello delgado y violáceo, cuya piel, llena de costurones, parecía recientemente remendada; una nariz picuda y violácea también, de fina estampa, pero que, por su agudeza, iba tomando aspecto de pico y daba al rostro cierta fisonomía completamente ornitológica; una rala sembradura de pelos azafranados que rodeaban el largo óvalo de la cara en angosta faja, semejando el pañuelo que se pone a algunos muertos para que no se les caiga la mandíbula inferior; una frente estrecha y granulosa, en la cual había trazado el sombrero amoratada raya, semejante a un surco de sangre; una cabeza chata, en la cual los cabellos, bermejos, se partían en dos graciosas alas; una cara, en fin, que era, si así es permitido decirlo, la descomposición o la transfiguración de una cara hermosa, o, mejor dicho, la caricatura de una raza entera; y también vió dos manos metidas en bolsillos y dos pies de mujer cuyas puntas apenas asomaban bajo las enaguas que, en forma de pantalones, cubrían sus delgadas piernas; un cuerpo sin curvas, sin formas, sin donaires, como armadura hecha para la ropa; un traje de mañana rayado de arriba abajo; una corbata graciosamente anudada; un bastón que salía vertical de uno de los bolsillos, y una pomposa flor clavada sobre el pecho como el mango de un puñal cuando se acaba de consumar el asesinato. Y cuando esto vió, León dijo, bondadosamente:

—¡Ah! Pollito, siéntate. ¿Qué traes por aquí?

Dejóse caer el joven en una butaca y estiró las piernas con muestras de cansancio. Habló. Su voz, que se esperaba fuese aguda y adamada, era ronca y carraspeante, una al modo de tos o

gargarismo hablado, como esas voces que en la más baja escala social se forman en el pregón público y se endurecen con el frío de la mañana y el aguardiente de la noche. Después de hablar un momento, calló, para echarse en la boca un objeto medicinal.

—No puedo abandonar la brea ni un instante...—dijo, gruñendo—. Desde que la abandono, me ahogo... ¿Qué te haces, León? Siempre leyendo. Envidio tu vida tranquila... No, gracias: hoy no puedo fumar. Me lo ha prohibido el médico..., es preciso ver si combato los ataques epilépticos... Ahora me encuentro bien. ¿Sabes que voy a Sevilla? Los muchachos se han animado, y no puedo quedarme aquí. Vamos cuatro amigos: Manolo Grandezas, el conde-duque, Higadillos y yo. Higadillos tiene que torear los tres días de feria... ¿Por qué no te animas? A María le gustará mucho ver la feria.

—Si ella quiere ir, estoy dispuesto a llevarla.

—Ella no quiere ir, ése es el caso—añadió el de la bronca voz—. Y a propósito, *mio caro Leone,* por ahí dice la gente que sois muy desgraciados, que no congeniáis ni poco ni mucho, que tu descreimiento es un martirio para mi pobre hermana. Yo me río, León; me río de esas cosas... «Pero si es el hombre mejor del mundo, si es un caballero como hay pocos», les digo... Aquí de mis elogios. ¡Cascarones! Ya sabes que yo no digo sino lo que pienso... Anoche dijeron las de Rosafría que no comprendían, ¡mira tú qué sandez!, que no comprendían cómo mi hermana se casó contigo. «Pero, señores, sean ustedes razonables, consideren ustedes...» Nada, nada..., que eres de los de cáscara amarga, pero muy amarga. A una señora que tú conoces, y yo y todos..., no te digo quién es..., le oí decir estas mismas palabras: «Antes quisiera ver muerta a mi hija que casada con un hombre así.» No faltó quien te defendiera, aun en el bello sexo... «¡Ah!, es hombre de grandísimo mérito...» La señora decía que no con su boca, con su mano, con su abanico... «Hay cosas que no pueden ser —decía—, que no pueden ser...» Por último, querido León, yo no me atreví a defenderte... Lo que te aconsejo, ¡cascarones!, es que no pongas los pies en ciertas casas: te expondrías quizá a recibir un gran desaire por todo lo alto, o a que te planten un par de *palitos cuarteando.* La de Borellano te llama la *bestia negra...* Sin embargo, dice que eres simpático. Pepe Fontán dijo una cosa muy chusca a propósito de la inquina que te tiene la de Borellano. «Nada: todo eso es despecho, porque de todos los hombres que conoce, León es el único que no le hace el amor.» Ya sabes que ha tenido un amante por año... Por eso dice Cimarra que no puede ocultar su edad... ¡Pobre Federico! Cuentan que ha reñido con su mujer y con su suegro... Parece que falsificó unas letras... Nada, que me lo mandan a la Habana... Pero ¿qué hora es? ¡Las once! ¡Y tu mujer no viene de misa? Te concedo que son demasiadas misas. ¡Ah!, ya sé: ella y mamá estarán de tertulia con el padre Paoletti, un italiano *berrendo en negro, retinto...* ¡Casca...! Si yo fuera casado...; pero no: yo no seré cornúpeta, *passez moi le mot...* ¡Oh!, si lo fuera, mi mujer haría mi gusto, y nada más. María es buena; pero cuando se le pone una cosa en el testuz... No creas, yo también le he dicho mis verdades por su impertinencia... Compañero, es horrible eso de tener una mujer que constantemente nos está cantando el estribillo «Hombre, confiesa; hombre, comulga; hombre, ve a misa...» ¡Cascarones! Es para pegarse un tiro... Puesto que le das libertad, ella debiera ser prudente. Por tu parte, haces mal en tomar tan a pechos lo que vale tan poco... Mira tú, yo dejaría a mi mujer que oyese cuatrocientas veintisiete misas al día, y que tomara varas con todos los confesores. Poniéndole tasa en eso de gastarse mi dinero en Manifiestos, le llevaría el genio. ¡Bah! Siempre que ella me hablara de cosas santas, yo le diría: «Sí, hija mía; todo lo que quieras. Eso, y lo otro, y lo de más allá.» En fin, que no reñiríamos nunca por un dogma más o menos; y al mismo tiempo, querido León, yo me divertiría todo lo posible. *Comparito,* eso de irse al infierno sin pasar antes buena vida, es lo más tonto del mundo. Aburrirse aquí entre libros, y luego condenarse allá..., porque tú te condenarás, y yo también, León...; allá iremos todos.

Y soltó una risa tan estrepitosa como su aliento asmático se lo permitía. Después se levantó, y, poniendo ambas ma-

nos sobre la mesa, cual si su cuerpo no pudiese mantenerse derecho sin ayuda de puntales, habló así:

—¿Sabes, querido, que me vas a prestar otros cuatro mil reales?

León abrió una gaveta. Sonreía no sabemos por qué; pero consta que de todos los individuos de su familia política, aquél era, por lo inofensivo, el que le inspiraba más lástima, siendo esto, tal vez, la causa de que a veces le abriese su bolsa con paciencia y hasta con gusto, por no contrariar a un ser excesivamente miserable y desvalido. O quizá plagiaba León el sistema benéfico del vicario de Wakefield, que siempre que quería sacudirse a algún pariente importuno le prestaba dinero, ropa, o un caballo de poco valor, «y jamás—dice—se dió el caso de que volviera a mi casa para devolvérmelo».

—Gracias, querido *beau frère*—dijo el mancebo, no ocultando la alegría que en la raza humana acompaña siempre a la adquisición de dinero—. Te lo devolveré el mes que entra, con lo demás... No de una vez; te advierto que no podré dártelo junto...; a plazos, sí... ¡Es horrible! Si hubiera tres Semanas Santas en el año, todos los españoles tendríamos que pedir limosna... ¡Casca, casca!... ¡Vaya con los petitorios! La otra noche, las de Rosafría me comprometieron a dar mil reales para el Papa... Ya ves... Si el mundo estuviera arreglado, el Papa debía darnos a nosotros... ¡Eh, so tunante! *¡Ladi Bull!...* ¡Eh, venga usted aquí!

Estas palabras iban dirigidas a una alimaña rastrera y oscura que había entrado en el despacho con el joven, pero que hasta entonces se había mantenido en una actitud de circunspección respetuosa. Era una perrita de la horrible raza *King Charles,* que tenía el color de ratón, la redondez del puerco espín, un hocico de mono entre abigarradas lanas, y una panza de sapo mal sostenida por cuatro patas pequeñas. Al fin de la conversación, su cascabelillo, hasta entonces mudo, empezó a sonar, indicando grandes travesuras, y Polito la descubrió entre unos libros arrinconados en el suelo.

—¡Venga usted aquí, aquí pronto!

La tomó en brazos. Entonces se sintió ruido de coches y el acompasado pisoteo de uno de estos caballos españoles que parecen corceles de estatua ecuestre trotando eternamente sin salir de su pedestal.

—¡Ah! Ya están aquí—dijo Leopoldo—. Higadillos, a caballo, y el conde-duque, en su *break*... Les dije que pasaran por aquí a recogerme. Vamos a ver el apartado... Allá voy.

Desde su asiento vió León el coche detenido junto a la reja, y el torero a caballo, un grosero mocetón de piernas ceñidas y cintura fajada, de cuerpo culebreante, no falto de belleza escultórica, rematado por zafia cabeza española de color de tabaco y el sombrero ancho. El caballo piafaba, y el conde-duque contenía los de su *break,* fogosos animales mestizos de sangre bearnesa y andaluza.

Poco tardó Polito en subir al coche con *Ladi Bull,* y la festiva comparsa se puso en marcha calle abajo, presidida por Higadillos y alegrada por los cascabeles del tiro a la calesera. León miró con curiosidad aquel fragmento pequeño, pero expresivo, de la iconografía contemporánea de España.

XII

GUSTAVO

Le miró, y una sonrisa afable, señal inequívoca de complacencia por la visita, iluminó su semblante triste. Después las miradas de uno y otro—pues se hallaban próximos a la ventana—se recrearon en la frescura aromática del jardín, sobre cuyo verdor pasaba el chorro de la manga de riego como un plumero de agua que limpia el polvo, ahuyentando los pájaros, deteniendo a las mariposillas, ahogando a los insectos, acariciando a las plantas. Hábilmente dirigida por el jardinero, penetraba en la espesura de los setos de evónimos, se desmenuzaba, para formar polvaredas líquidas, en las cuales jugaba fugaz arco iris. El jardín era nuevo, de esos que se traen de casa del horticultor como los muebles de casa del tapicero, formando un todo completo, y se plantan con método, con su selva en miniatura, sus praderas, sus verjeles, sus peñascos bordados por la hiedra, sus canastillos llenos de minutisa y de convulvuláceas. Cada conífera estaba en su sitio, y había corrillos simétricos, en los cuales algunas

filas de petunias aparentan estar de rodillas adorando la majestad de una *araucaria imbricata,* o la altiva insolencia de un drago que todo es púas. Diríase que todo acababa de ser desembalado, cual si más bien fuese hechura de la industria que de la Naturaleza; pero era bonito, fresco, alegre, y no se podía concebir cosa más apropiada para separar la calle, que es de todos, de la casa, que es de uno solo.

Después que contemplaron un rato el jardín, sentáronse a tomar café.

—Antes que se me olvide—dijo Gustavo—, quiero reprenderte una virtud que, por lo mal practicada, es dañosa: me refiero a tus liberalidades, que, indudablemente, perjudican a ti, que las haces, y a mi hermano, que las disfruta. Sé que otra vez has dado dinero a Polito, y esto me disgusta, porque mi hermano es un vicioso de la peor casta que existe... Aquí, en el seno de la confianza, puedo decir todo lo que siento y juzgar con rectitud a los individuos de mi familia. Si su conducta me produce vergüenza, prefiero que me abrase el rostro a que me queme la sangre.

El que así hablaba era un joven formal y un poco severo, parecido a sus hermanos y a su padre, pero menos hermoso que María y muy distante de la extenuación irrisoria de Leopoldo. Su rostro, quizá demasiado duro, indicaba un carácter entero, rara cosa en tal familia, convicciones arraigadas y una digna estimación de sí mismo. Era grave en el discurso, cortés en el trato, huyendo, al parecer, tanto de la arrogancia como de la llaneza, y manteniéndose en un medio de frialdad cultísima que algunos tenían por estudiada. Honrado y puntualísimo caballero en las relaciones comunes de la vida, poseía, de añadidura, instrucción no escasa y brillante talento. Ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado, vestido de oscuro, la mirada serena detrás de sus lentes, exento de vicios, incluso el de fumar; parco en sus gastos, implacable con el desorden, Gustavo, hijo primogénito del marqués de Tellería, era, según el común sentir, lo mejor de la casa, la honra de la clase en que naciera y una esperanza para la patria. Inútil es decir que era abogado. Su hermano Leopoldo lo era también, como casi todos los jóvenes españoles; pero si éste no sabía ya qué forma tiene un libro. Gustavo estudiaba más cada día y aun defendía pleitos al amor del bufete de uno de los primeros jurisconsultos de Madrid. Había seguido la carrera genuinamente nacional y aventurera por excelencia, y saliendo de la Universidad sin ser nada, hallábase en camino de serlo todo. Debe añadirse que era orador elocuentísimo.

—A ti, querido León—añadió—, puedo confesarte que tengo horas de amarga tristeza por la conducta de alguna persona de mi familia, de todas ellas, mejor dicho, exceptuando a ese ángel que es tu mujer y al otro ángel, quizá más perfecto, que vive lejos de nosotros. ¿No es horrible ver a mi hermano corroído por el vicio, encenagado en la frivolidad corruptora que envilece a tantos individuos, no diré de nuestra clase, porque no es exclusiva de ella esta ignominia, sino de todas las clases? Empeñándose en hacer un papel superior a nuestros medios de fortuna, el ejemplo de otros le arrastra a una disipación absurda. Pero esos otros son ricos, y mi hermano, no. Yo me indigno al ver a Leopoldo guiando coches y montando caballos que cuestan más de lo que él puede poseer en un año... Además, si su ignorancia me aflige, su holgazanería me desespera. ¡Oh!, tienes razón en lo que me has dicho alguna vez. Es muy exacta tu observación de que así como la plebe tiene su aristocracia, la nobleza tiene su populacho... Pero, en fin, no hablemos más de esto, que me entristece. Quede demostrado que no debes alentar el libertinaje de Polito.

León dijo algo, y Gustavo le contestó así:

—Sí; creo que mis padres tienen la culpa. Nuestra educación ha sido muy descuidada. Es tontería disimular que mi madre..., gran trabajo me cuesta esta confesión..., no ha sabido apartarse y apartarnos a tiempo del torbellino de la sociedad sedienta de goces; ha vivido más fuera de su casa que dentro. Hoy mismo..., ¿por qué he de ocultarte lo que sabes tan bien como yo?...; hoy mismo, cuando nuestra fortuna ha mermado tanto, y según creo, lo poco que resta será bien pronto de los acreedores, ¿no es monstruoso que mi madre sostenga su casa en un pie de lujo que no nos corresponde?... ¡Infame vanidad!... Cuando veo los saraos dispendio-

sos de mi casa, lo que en vanas apariencias se gasta allí donde escasean tantas cosas, tantas... que son necesarias; cuando veo la escandalosa variación de vestidos de mi madre, su asistencia casi diaria a los teatros, su afán de competir con quien tiene más dinero que nosotros; cuando veo esto, León, siento impulsos de renunciar al porvenir que he soñado en mi patria, y correr a buscar un pedazo de pan en país extranjero.

León le interrumpió para hacer una observación, a lo que Gustavo contestó así:

—Yo, de buena gana, me iría; pero..., qué quieres..., no se puede abandonar el porvenir que ya está a medio conquistar; no se decide uno a abandonar el terreno ganado a fuerza de estudio. Además, por lo mismo que preveo grandes desastres en mi familia, creo que debo estar presente en el momento del naufragio... Conformémonos con esta vida odiosa y triste... Tú no conoces ciertas interioridades vergonzosas, León; tú no sabes lo que es vivir en una casa donde todo se debe, desde la alfombras hasta el pan de cada día; ni conoces los escalofríos producidos por la campanilla del terror, anunciando perpetuamente a los industriales afligidos o furibundos que van a reclamar su dinero; ni tienes idea de las farsas que se ven obligadas a representar cada día personas cuyo nombre solo parece debiera ser emblema de respeto y formalidad; ni conocerás nunca esa agonía profunda en que se ven personas decentísimas por carecer en un momento crítico de cantidades que no quitarían el sueño a un jornalero. Tú, que tienes fortuna y modestia, la cual es como segunda fortuna que beneficia a la primera, no conoces las ansias de este vivir en plena comedia entre el humo de la vanidad y sobre las ascuas de la escasez. Tranquilo y dichoso, sin otra pasión que la del estudio, libre de los aguijonazos de la ambición que quitan el sueño, y de los tropiezos y reveses que amargan la vida, pareces el niño mimado de la Providencia; aquí, en esta casa, no sitiada por acreedores ni asaltada por las visitas, en la dulce compañía de tu mujer querida, que es un ángel... ¡Pobre María!

Después de una pausa, durante la cual el sesudo joven parecía leer alguna cosa en la frente de su cuñado, dijo con amargura:

—¡Y, sin embargo, León, no has sabido hacerla feliz!

Palabras vivas, una observación seca y tonante como un disparo, y, por último, una afirmación categórica, provocaron la siguiente respuesta:

—Tu primer deber es evitar el escándalo y no dar al mundo el espectáculo de una unión descompuesta y perturbada por la disensión religiosa. Ya que tienes la desgracia de no creer, debiste ocultar a tu esposa esa llaga de la conciencia; debiste abstenerte de publicar ciertos escritos científicos. De todos modos es malo el ateísmo; pero cuando carece de pudor, cuando no se disimula a sí propio, es más repugnante. Toda deformidad debe ser velada, y las de la conciencia más, para no ofender a la moral pública... No esperes que sea indulgente contigo en esta cuestión; ya conoces mi carácter, ya sabes que no puedo ocultar lo que siento. Yo te estimo, conozco tus buenas cualidades, tu bondad relativa, tu moralidad pasiva, pues no merecen otro nombre las perfecciones y méritos de los que viven fuera de la verdad revelada; confieso que eres mejor que algunos que se tienen por creyentes; que posees las virtudes frías y correctas de la filosofía pagana, y que cumples ciertos preceptos por la razón sencilla de que es *cómodo ser bueno*, y porque el cumplimiento de los deberes externos siempre trae ventajas al individuo; sé que obedeces a tu helada moral filosófica como obedece el buen contribuyente y ciudadano los reglamentos de policía y de higiene; te declaro de los mejores en esta barahunda de hombres corrompidos; te tengo aprecio y aun cariño; te admiro por tu talento; pero a pesar de todo, óyelo bien: si yo..., si yo, León—al decir esto se levantó, alzando el brazo en actitud harto apostólica—, hubiera tenido en mi mano la mano de María, no te la habría dado jamás, ¿lo entiendes?, ¡no te la habría dado jamás!

Habló entonces León con más calor, y Gustavo le dijo:

—¡Oh! Yo detesto también la hipocresía. No admito más que dos caminos: o ser católico o no serlo. En nuestra fe sacratísima no caben distingos ni acomodos. Yo soy católico, y como tal pro-

cedo en toda mi vida; yo no tengo el dogma en mi boca y el ateísmo en mis actos; yo, despreciando los juicios de la frivolidad, oigo misa, confieso, comulgo, practico el ayuno. Me glorío de recibir los ultrajes de la canalla desvergonzada que aparenta dirigir la opinión, y a su cinismo opongo yo mi valor, y a su chismografía volteriana los principios santos y la autoridad de la Iglesia. Estas ideas, este rigor de mi vida llena de dignidad, yo los llevaré a la vida pública cuando entre en ella..., porque entraré impulsado por una secreta vocación de soldado y de mártir, y por la mano de Dios, que no quiere quedar sin defensa en esta arena sangrienta de las pasiones humanas. Si hay hombres perversos que han desenjaulado a las fieras del descreimiento y del racionalismo, Dios arrojará a sus domadores en medio de ellas. Al hombre que te manifiesta estas ideas con tanto tesón, no le pidas indulgencia para las disensiones de tu casa, ni le exijas que participe del criterio acomodaticio según el cual mi hermana y tú tendríais igual culpa de vuestra desgracia. No, mil veces no. Ella no tiene culpa ninguna, ¡tú la tienes toda, tú, toda! La verdad no puede transigir con el error. En este caso, tú has de sucumbir y ella ha de permanecer siempre levantada y triunfante.

A esto, León le hubiera contestado algo; pero, deseando poner a un lado aquel desagradable tema, llevó el curso de la conversación a otro que era de mucho gusto para el joven. Este abandonó el tono apocalíptico para hablar así:

—Es verdad: los votos de tus arrendatarios de Cullera me han salvado. Ya tengo por seguro el triunfo... Aquí, en confianza, yo he deseado mucho ir a las Cortes...; comprendo que es mi camino, mi carrera. Cuando se tienen principios fijos y el inquebrantable propósito de sostenerlos a todo trance, la vida pública es honrosa. El tiempo en que vivimos convida a la lucha, ¿no es verdad?...; porque cuando los caracteres han desaparecido anegados en una riada de corrupción, ¿no es ventajoso y lúcido mostrar carácter y que se diga: «ése es un hombre»? Cuando la lógica humana y la verdad ultrajada piden que haya azotes, ¿no es hermoso y brillante tomar el látigo? La civilización cristiana es como un hermoso bosque. La religión lo ha formado en siglos; la filosofía aspira a destruirlo en días. Es preciso cortarle las manos a esa brutal leñadora. La civilización cristiana no puede perecer en manos de unos cuantos ideólogos auxiliados por una gavilla de perdidos que, por no tomarse el trabajo de tener conciencia, han suprimido a Dios.

Enarboló la mano flexible y pesada, blandiéndola como la palmeta de un maestro de escuela, y en pie, dispuesto a partir, dijo:

—Amigo, casi hermano, te profeso sincero cariño; pero en tocando al punto negro, cuidado, mucho cuidado. Si la llaga de tu casa se agrava, ponte en guardia... Me verás al lado de la víctima, al lado de mi pobre hermana... Adiós.

Se fué. Viéndole salir, León sintió que un secreto pavor llenaba su alma, dejándole por algún tiempo imposibilitado de pensar nada claro.

XIII

EL ÚLTIMO RETRATO

El hombre a quien hemos visto en la soledad de su gabinete, turbada rara vez en el espacio de algunos meses por las escenas descritas, no consagraba todo su tiempo al estudio. Engranado en la máquina social por las afecciones, por el matrimonio, por la ciencia misma, no podía ser uno de esos sabios telarañosos que los poemas nos presentan pegados a los libros y a las retortas, y tan ignorantes del mundo real como de los misterios científicos. León Roch se presentaba en todas partes, vestía bien, y aun se confundía a los ojos de muchos con las medianías del vulgo bien vestido y correcto que constituye una de las porciones más grandes, aunque menos pintorescas, de la familia social. No se eximía de la insulsez metódica que informa la vida de los ricos en esta capital, y así se le veía con su mujer en el paseo de carruajes, cuyo encanto consiste en reunirse todos a hora fija y dar unas cuantas vueltas en orden de parada, coche tras coche, paso a paso, en perezosa y militar fila, de modo que las señoras reclinadas en el asiento posterior del landó sienten en su cara el resuello de los

caballos del coche que va detrás, y aún ha habido solípedo que intentara comerse, creyéndolas vivas, las flores del sombrero de la dama que va en el carruaje delantero. También iba al teatro con su mujer, observando la deliciosa disciplina de los abonos a turno, que tiene la ventaja de administrar el aburrimiento o el regocijo a plazos marcados, sin contar para nada con el estado del espíritu. Daba de comer a pocas personas en un solo día de la semana, habiendo disputado y ganado a su mujer la elección de comensales, que eran de lo mejor entre lo poquito bueno que tenemos en discreción y formalidad. Para elegir no se acordó de categorías de escuela, y sólo obedeció a las simpatías personales. De modo que su yantar semanal—horrible frase—y sus *noches*, como pudiéramos decir, reunían hombres listos, católicos remachados, políticos de la más pura doctrina epicúrea, aristócratas de la edición incunable, otros de las flamantes, y hombres de escasa importancia social, pero que la aparentaban por su cualidad de crónicas vivas o por la seducción de su trato, en gran manera distinguido. También iban jóvenes de la pléyade universitaria, brillantes en el profesorado y en las ardientes disputas, cuyo estruendo se oye por todas partes. Reinaba en estas reuniones armonía completa, pues nada reconcilia tanto como el buen comer, la presencia de elegantes damas y la obligación de no olvidar un momento las leyes de la cortesía. Aunque algunos quizá se despreciaban cordialmente, había en la casa cierta atmósfera de estima general; y una conversación discreta, tolerante, instructiva y amena, producto feliz de aquel conjunto de opiniones diversas, engañaba las horas. Se hablaba de artes, de letras, de costumbres, de política; se murmuraba también un poco; en algún pequeño grupo hacían crónica personal algo escandalosa, y en otro se hablaba de las cuestiones más hondas, de religión, por ejemplo, que es un tema planteado en todas partes dondequiera que hay tres o cuatro hombres, y que tiene el don de interesar más que otra cosa alguna. Este tema, constantemente tratado en las familias, en los corrillos de estudiantes, en las más altas cátedras, en los confesonarios, en los palacios, en las cabañas, entre amigos, entre enemigos, con la palabra casi siempre, con el cañón algunas veces, en todos los idiomas humanos, en los duelos de los partidos, con el lenguaje de la frivolidad, con el de la razón, a escondidas y a las claras, con tinta, con saliva, y también con sangre, es como un hondo murmullo que llena los aires de región a región y que jamás tiene pausa ni silencio. Basta tener un poco de oído para percibir este incesante y angustioso soliloquio del siglo.

Rasgos físicos de León Roch eran lo moreno del color, lo expresivo de la mirada, la negrura de la barba y cabello; su rasgo moral era la rectitud y el propósito firme de no mentir jamás. La mayor parte de las personas hallaban encanto indefinible en su modo de mirar; pero de su rectitud no podía juzgarse tan fácilmente, porque la conciencia no se ve. El ponerle o no en el número de los buenos, dependía del criterio con que se le mirase. Teníanle algunos por persona excelente; otros, por un mal sujeto. Si a la vista era su cuerpo airoso y seductora su presencia, alguien dijo de él: «Por fuera es buen mozo, pero por dentro es un jorobado.»

No tenía la gazmoñería racionalista —pues también hay gazmoñería racionalista—, que consiste en escandalizarse con exceso de la credulidad de algunas personas y en ridiculizar su fervor; por el contrario, León miraba con respeto a algunos creyentes, y a otros casi con envidia. No tenía tampoco el afán de la conquista, ni quería convertir a nadie; y si el estudio le había dado grandes regocijos, también le producía horas de amargura y desaliento. No creía su estado perfecto, sino, por el contrario, harto imperfecto; por lo cual no gustaba de embarcar gente en las islas frondosas de la fe para llevarlas a las solitarias estepas de la duda.

Dióse primero a las ciencias naturales, hallando en su investigación los más puros goces. Después, la filosofía le trajo un mareo insoportable, y al fin volvió a los estudios experimentales, que era donde se encontraba con pie firme y en país conocido. La historia le divertía tan sólo: la fisiología le encantaba. También cultivó la astronomía, favorecido por su dominio de las matemáticas. Solía decir: «La historia nos hace enanos, la fisiología nos pone en nuestro tamaño natural, y la astronomía nos engrandece.»

Había en su alma cierta aridez, ocasionada por el escaso empleo de la imaginación en su niñez y en sus estudios. Se había criado en una trastienda, y allí corrió desabrida su edad primera al lado de su madre, mujer tosca y sin delicadeza, que sentía poco y carecía de luces. Trabajaba mucho, pero no sabía leer; tenía la vanidad de que su hijo era muy precoz, y la creencia de que llegaría a ser obispo, general o ministro. Muerta su madre, pasó una temporada en Valencia, en la casa de un tío paterno, plebeyo enriquecido con la cerámica, y que decía: «Todo el saber es aire. Más útil es a la Humanidad el hombre que hace un ladrillo que el que escribiera todos los libros que se conocen.» Después vino para León una juventud sin calaveradas, sin aventuras, sin conatos de poeta dramático, sin proyectos de raptos y duelos sin lágrimas, sin melancolías, sin vacilaciones en la elección de carrera, con pocos ensueños. Le metieron en un laberinto de matemáticas, diciéndole: «Sal, si puedes.» Es verdad que salió; pero luego le arrojaron en un mar de guijarros, donde había que luchar con esos oleajes petrificados, testimonio palpable de las agitaciones plutónicas y neptunianas que han esculpido nuestro globo; le metieron de cabeza en las entrañas del planeta, abiertas por la inducción o representadas en los museos por las colecciones, y le dijeron: «Toda esta grava, que parece arrancada del arrecife de un camino, es un libro maravilloso: cada chinita es una letra. Es preciso que lo leas todo.» Vió las aguas haciendo ruido aun antes que hubiera orejas, y arco iris antes que hubiera ojos; vió la heráldica del mundo expresada en las figuras de bivalvos, de crustáceos y de ofidios que dejaron su forma impresa como el sello auténtico de las dinastías que desean hacer constar su reinado; vió plantas nacidas antes que hubiera dientes y muelas que mascaron antes que hubiera hombres, y al hombre mismo, huésped tardío de la creación, llegando cuando los bosques se habían resignado a ser almacenes de carbón, y cuando no había mares definitivos, y los ríos estaban nivelando hermosas llanadas, y cuando aún bufaban mil volcanes ingentes, arquitectos infatigables que daban el último golpe de cincel a la crestería de nuestras bellas montañas. Vió esto y otras muchas cosas que vienen detrás.

Más tarde, cuando terminada su carrera se vió rico, es decir, cuando comprendió que no sería esclavo de la ciencia, sino, por el contrario, dueño de ella, cultivó un poco la imaginación. Bien conocía que jamás sería artista, pero tomó en su mano el fino estilete con que es representada una de las musas. Sus manos, que tan bien sopesaban la palanca de Arquímedes, eran toscas para instrumento tan delicado. «Está visto —decía—que siempre seré un bruto.»

Había logrado escribir medianamente, con más claridad que elegancia; hablaba en público muy mal, atrozmente mal; pero en la conversación privada solía expresarse con elocuencia, siempre que el tema fuese alto. Había adquirido la costumbre de emplear gallardas figuras por la inclinación de la ciencia moderna a lisonjear en vez de espantar el sentido de la muchedumbre, y porque las formas parabólicas han sido siempre muy del gusto de los entendimientos superiores. Es el eterno homenaje tributado por la ciencia al arte, y al que éste debe corresponder alumbrándose en su glorioso camino con la inextinguible luz de la verdad.

Aquel hombre, tan preocupado de si esta piedra era más o menos siluriana que aquélla, de si otra cristalizaba en romboedros o en prismas, se encariñó desde su temprana juventud con un ideal para la vida, y era éste una existencia sosegada, virtuosa, formada del amor y del estudio, las dos alas del espíritu, como en su jerga figurada decía. Pasada la época de los afanes escolásticos, soñaba con buscar y encontrar aquel ideal en un matrimonio bien realizado, del cual nacería una familia. Esta familia soñada, la gran familia ideal, la placentera reunión de todos los suyos, ocupaba su pensamiento. ¡Cosa extraordinariamente bella y consoladora! Unirse con una mujer adorada, amante y sumisa, de clara inteligencia y corazón donde nunca se agotaran las bondades; ver después unos seres pequeñitos que irían saliendo, y haciendo gracias, pedirían, piando, el pan de la educación; desarrollar en ellos con derechura el ser moral y el físico; vivir por ellos y atender a las necesidades de aquel grupo encantador, en cuyo centro la esposa y la ma-

dre parecería la imagen de la Providencia derramando sus dones, ora fecunda, ora maestra, ya cubriendo al desnudo, ya dando alimento al desfallecido, guiando el primer paso del vacilante, conteniendo el ardor del intrépido... ¡Oh!, para esto valía la pena de vivir; para lo que esto no fuera, no. Luego venían a su imaginación los encantos de la vida del rico ilustrado, que puede gustar los placeres del trabajo sin ser esclavo de él..., una vida deliciosa, consagrada por mitad al estudio, por mitad a los cuidados de la familia, dividiéndola asimismo entre la ciudad y el campo, pues de este modo es más grata la Naturaleza y más grata la soledad; vida ni muy apartada ni muy pública, en un dulce retiro sin esquivez, lejos del bullicio, mas no inaccesible a los amigos discretos... Sí: era preciso realizar esto, y realizarlo pronto, antes que se pasase la vida en un rodar incesante y vertiginoso; era menester hallar pronto la que había de ser base de aquella felicidad soñada, pero posible. La elección no era fácil: debía ser prudente, seria, estudiada; pero ¿acaso no estaba él en las mejores condiciones para hacerla bien?... Sí: la haría bien, porque era un sabio, tenía mucho talento, mucha serenidad, espíritu de crítica, grandes hábitos de análisis... Y sin embargo...

XIV

MARIDO Y MUJER

«Y sin embargo..., me equivoqué.» Esto decía para sí una noche en presencia de su mujer, solo con ella, en el silencio de la casa tranquila, abandonada ya por los tertulios, tibia aún por el calor de la reunión, en aquella hora en que el pensamiento cae en vagas meditaciones precursoras del sueño, después de representarse los hecho del día que hace poco eran escenas y figuras reales, y que pronto serían pesadillas.

Frente a él, dispuesta ya a acostarse, estaba la incomparable figura de la Minerva ateniense, cuyos ojos verdes, por aberración artística inconcebible, se fijaban en uno de esos vulgares libros de rezo, llenos de lugares comunes, oraciones enrevesadas y gongorinas, sutilezas hueras, páginas donde no hay piedad, ni estilo, ni espiritualismo, ni sencillez evangélica, sino un repique general de palabras. Pero ¿qué importa? Dejando que su mente se perdiera con somnolencia en semejante fárrago, María estaba soberanamente hermosa.

León había dejado caer de sus manos el periódico de la noche, otro repique general de timbres rotos, de cascabeles chillones y de ásperos cencerros, y contemplaba a su mujer, cavilando en la espantosa burla que había hecho él de su destino. El, que había pasado su juventud conteniendo la imaginación, habíale soltado un día las riendas sin darse cuenta de ello, y se dejó arrastrar por una ilusión impropia de hombre tan serio. ¿Cómo pudo dejar de prever que entre su esposa y él no existiría jamás comunidad de ideas, ni ese dulce parentesco del espíritu que descubren hasta los tontos? ¿Cómo se dejó llevar de la fascinación ejercida por una hermosura sorprendente? ¿Cómo no vió la pared de hielo, enorme, dura, altísima, que se levantaría eternamente entre los dos? ¿Cómo no penetró aquel entendimiento rebelde, aquel criterio inflexible, aquella estrechez de juicio, aquella falta de sentimiento expansivo, generoso, mal compensada por una exaltación áspera o mimosa? ¿Cómo no adivinó aquella sequedad y desabrimiento de su hogar, vacío de tantas cosas dulces y cariñosas, y en particular de la más cariñosa y dulce de todas, la confianza?

En un momento de profunda tristeza y desaliento llevó su mano del corazón a la frente y asentó sobre ésta la palma crispada, como echando una maldición a su sabiduría. María no advirtió aquel movimiento y siguió con los ojos fijos en el libro. «Me enamoré como un estúpido—pensó él, volviendo a mirarla—. ¿Y cómo no, si es tan hermosa?...»

Recordó después sus infructuosas tentativas para formar el carácter de María. En la primera época del matrimonio, María amaba a su marido con más ardor que ternura. Bien pronto, sin dejar de amarle del mismo modo, empezó a ver en él un ser extraviado y vitando en el orden intelectual. León le había dado libertad para practicar el culto: y ella la usó con moderación al principio. Pero a medida que León trataba de influir en el carácter de ella, no para arrancarle su fe, como algunos malintencionados dijeron entonces, sino por

el deseo de establecer entre ambos la mayor armonía posible, abusaba ella de la libertad concedida a sus devociones, y éstas llegaron a ser tantas que ocuparon pronto la mitad de su tiempo y casi todo su espíritu. No se crea por esto que renunció a las vanidades del mundo, pues gozaba de ellas, aunque sobria y moderadamente. Iba al teatro, con excepción del tiempo de Cuaresma, vestía muy bien, frecuentaba los paseos de moda, y dedicaba parte del verano a los esparcimientos y expediciones propias de la estación. De su persona cuidaba muchísimo, porque gustaba de agradar a su marido; de su casa, poco; de su esposo, nada, y el resto del tiempo lo consagraba al trabajo intelectual y práctico que le exigían varias Congregaciones piadosas y las Juntas benéficas a cuyo seno había sido llevada por sus amigas o por su madre. Militaba en la encantadora cuadrilla de la devoción elegante.

«Pero ¿no soy yo el rebelde?—decía León con desaliento—. ¿De qué la acuso? ¿De que tiene fe? Si yo la tuviera, seríamos felices. ¿Por qué no la tengo?»

Hubo un tercer período, durante el cual el amor de María permanecía inalterable, siempre más vehemente que tierno, y tan poco espiritual como al principio. En dicho período, revolviéndose María contra su esposo con arrebatos de querer humano y de piedad mística, sentimientos que, lejos de excluirse, parece que se complementaban en ella, quiso atraerle al camino de la devoción elegante, perfumado con inciensos, alumbrado con cirios, embellecido con flores, amenizado con bonitos sermones y acompañado de hermasas damas. La aspiración de María era ser piadosa sin perder al hombre que tan vivamente había realizado la ilusión de su fantasía. Llevarle a la iglesia era su afanoso empeño.

—Déjame solo—le decía León, agobiado de pena—. Vete y ruega a Dios por mí.

—Sin ti me falta la mitad de mi vida, y parece que no soy nada buena, como deseo serlo.

Luego se abalanzaba hacia él, le estrechaba en sus brazos, y reclinando su frente sobre el pecho del hombre aburrido, decía con gemido perezoso:

—¡Te quiero tanto!...

La resistencia de León a tomar parte en las prácticas piadosas estableció, al fin, aquella desavenencia, o, mejor dicho, completo divorcio moral en que los hallamos a los dos años de su matrimonio. Ni se comunicaban un pensamiento, ni se consultaban una idea o plan, ni partían entre los dos una alegría o un pesar, que es el comercio natural de las almas, ni se entristecían juntamente, ni mutuamente se alegraban, ni siquiera reñían. Eran como esas estrellas que a la vista están juntas y en realidad a muchos millones de leguas una de otra. Fácil era a los amigos conocer que León sufría en silencio un gran dolor.

—Se empeña—decían—en que su mujer sea racionalista, y esto es tan ridículo como un hombre beato.

—Eso digo yo—añadía otro—. El creer o no es cuestión de sexo.

—Es que está enamorado de su mujer.

Esto último era exacto en el sentido de que León vivía fascinado aún por la hermosura cada día más sorprendente de María Egipcíaca, hermosura que ella, sin dar tregua a la devoción, sabía realzar con el lujo, con la elegancia del vestir y el delicadísimo cuidado de su persona.

De María podía decirse lo mismo que de León, en lo relativo al enamoramiento; ella también no cambiara por cosa alguna al hombre que le habían dado la sociedad y la Iglesia. En cuanto a él, llenaba el vacío de su alma con aquella pasión temporal encendida por una pasmosa belleza. No le era indiferente, antes bien le vanagloriaba el *beati possidentes* con que la multitud obsequia al dueño de una mujer fiel y hermosa; y la idea de que María pudiese pertenecer a otro hombre, siquiera en intención o pensamiento, le enfurecía. En resumen: eran dos seres divorciados por la idea en la esfera de los sentimientos puros y unidos por la hermosura en el campo turbulento de la fisiología. Sobre esto reflexionaba León en aquella hora de la noche. Ultimamente hizo esta observación amarguísima:

«El mundo está gobernado por palabras, no por ideas. Véase aquí cómo el matrimonio puede también llegar a ser un concubinato.»

—¿Has concluído?—dijo a su esposa, viéndola que dejaba el libro para rezar

un momento en silencio y con los ojos cerrados.

—¿Has acabado tú el periódico?... Déjamelo, quiero ver una cosa. La duquesa de Ojos del Guadiana no quiso costear sola la función de mañana... A ver si se anuncia en la sección de cultos.

León leyó en voz alta toda la sección de cultos.

—¿Sermón del padre Barrios?—interrumpió María, demostrando admiración—. Si le hemos mandado retirar porque está asmático y no se le puede oír... ¡Qué abuso! San Prudencio va tomando fama de ser el refugio de los malos predicadores, y allí van los descreídos a reírse de la tartamudez del capellán y del acento italiano del padre Paoletti. Todo consiste en que hay personas que parece que dirigen las funciones y no dirigen nada. Pero no faltará quien ponga orden en aquella casa. No, no sueltes el periódico: lee los espectáculos. ¿Qué ópera nos dan mañana?

—La misma—dijo León, arrojando de sí el papel, y deteniendo por el brazo a su mujer, que se levantaba—: Aguarda, tengo que hablarte.

—Y de cosas serias, según parece—manifestó, sonriéndose, María—. ¿Estás enojado? ¡Ah!, ya sé..., me vas a reñir. Sí, sí—añadió, arrojándose en un sofá próximo a la butaca en que estaba sentado él—. Me riñes porque he gastado mucho dinero este mes.

—No.

—Reconozco que he sido algo pródiga; pero con la economía de otro mes te indemnizaré... Sí, queridito: he gastado más de la cuenta. ¿A ver?... Los tres vestidos, diecisiete mil; el triduo, cuatro mil... La novena que me correspondió, diez mil... La tapicería nueva de mi alcoba..., de eso has tenido tú la culpa por burlarte de los angelitos blancos jugando con espigas azules... Además, tengo que poner los regalos a los actores, por no haber querido cobrar nada en la función de Beneficencia...: tres relojes, dos petacas, dos alfileres... Además... Mañana sacaré la cuenta.

—No es eso, te digo que no es eso. Puedes gastarme todo lo que quieras, puedes arruinarme, instituyendo herederos de mi fortuna a modistas, curas y cómicos. De otra cosa más grave que tus gastos quiero hablarte, María: quiero preguntarte si no es tiempo ya de que cese la aridez y la tristeza de este matrimonio nuestro; si no es tiempo ya de que reconozcas que tu atención excesiva a los asuntos de iglesia es como una especie de infidelidad, y que para dar tanto a las devociones, forzosamente has de quitar algo a nuestra casa y a mí.

—Ya te he dicho—repuso María seriamente—que de mis devociones, buenas o malas, daré cuenta a Dios, no a ti, que no las entiendes. Haz por entenderlas, ten fe y hablaremos.

—¡Ten fe!... De eso sí que no entiendes tú. Yo no la tengo, no puedo tenerla según tu idea. Además, tu conducta y tu modo especial de cumplir los deberes religiosos, me la arrancarían, si la tuviese como tú deseas. Te lo diré de una vez. No veo en tus actos ni en tu febril afán por las cosas santas ninguno de los preciosos atributos de la esposa cristiana. Mi casa me parece una fonda, y mi mujer, un sueño hermoso, una imagen tan seductora como fría. Te juro que ni esto es matrimonio, ni eres tú mi mujer, ni yo soy tu marido.

—¿Y quién es aquí el culpable sino tú?—replicó la dama con brío—; ¿quién sino tú? Si no hay armonía, si no hay confianza, ¿a qué se debe sino a tu descreimiento, a tu ateísmo, a tu separación de la Santa Iglesia? Yo estoy firme en el terreno del matrimonio; tú eres el que estás fuera. Te llamo, te aguardo con los brazos abiertos, y no quieres venir, menguado.

Y los abrió; pero León no tuvo ni siquiera la idea de arrojarse en ellos.

—Y yo iría, iría con el corazón lleno de gozo, si encontrara en ti a la verdadera mujer creyente para quien la piedad es la forma más pura del amor; yo iría respetando y admirando tu fe, y aun deseando participar de ella; pero así tal cual eres, no quiero, no quiero ir.

—Pues entonces, loco, mil veces loco, ¿qué quieres? ¡Ah! ¿Quieres que yo reniegue de Dios y de su Iglesia, que me haga racionalista como tú; que lea en tus perversos libros llenos de mentiras; que crea en eso de los monos, en eso de la materia, en eso de la Naturaleza-Dios, en eso de la Nada-Dios, en esas tus herejías horribles. Felizmente, he podido salvarme de caer en tales abismos.

Soy piadosa, creo todo lo que debo creer y practico el culto con asiduidad, con prolijidad, porque es el medio mejor para sostener viva la fe y no dar entrada en el entendimiento a ninguna falsa doctrina. ¡Que frecuento demasiado la iglesia!... ¡Que cumplo muy a menudo los preceptos más santos!... ¡Que celebro funciones espléndidas!... ¡Que oigo todos los días la palabra de Dios!... ¡Que rezo de noche y de día!... Esta es la cantilena, ¿no es verdad? Ya sé que paso por beata. Pues bien: todo tiene su razón en el mundo. ¿Crees tú que yo me abrazaría tan fuertemente a la Cruz si no estuviera casada contigo, es decir, con un ateo; si no estuviera, como estoy, en peligro de ser contaminada de tu doctrina por el trato diario contigo y por el mucho amor que te tengo? No: si tú no fueras tan poco, yo no sería tanto. Si tú fueras católico sincero, aunque descuidado en tus deberes, yo no sería beata: cumpliría los preceptos esenciales y nada más. Ten presente una cosa, León: imagínate dos navegantes que cruzan en una pequeña barca un mar tempestuoso. Si los dos remaran con igual fuerza, llegarían sin dificultad a la orilla; pero he aquí que el uno suelta el remo y se tiende. ¿No es indispensable que el otro redoble sus fuerzas hasta morir? Fíjate bien, querido mío: uno solo rema y han de salvarse los dos.

—Esa figura no es de tu invención—dijo el esposo, que sabía muy bien hasta dónde alcanzaba el ingenio retórico de su mujer—. ¿De quién es?

—Si es mía o no, no te importa—replicó María con desabrimiento y menosprecio—. Lo principal es que contiene una verdad innegable. ¿Quieres que vaya a aprender la verdad en tus monísimos libros?

—No, no pretendo eso—dijo León, lleno de pesadumbre—. Pero por torpe que yo sea, por extraviado que me supongas, ¿lo seré tanto que no merezca de ti el favor de que aceptes una idea mía, una sola, siquiera una vez, sino que siempre has de ir a buscar tus ideas fuera y lejos de mí?

—De ti acepto tu afecto, que creo sincero; tu respeto a mis creencias siempre que sea verdad; tu apoyo material; pero ¡tus ideas, tus consejos...!

Dijo esto María con tal rigor de expresión y tal brillo de desdén en sus deslumbradores ojos gatunos, que León sintió el frío de una espada en su corazón oprimido.

—¡Nada mío!—murmuró, dejando caer sus miradas al suelo como quien desea morir.

—Nada que venga de tu razón soberbia y extraviada; nada que pueda contaminarse de tu filosofía diabólica—añadió María, hundiendo su espada hasta la empuñadura.

Después de una pausa, León, exhalando un suspiro tan grande como su paciencia, la miró pálido y alterado.

—¿Quién te ha dicho eso?—le preguntó.

—Eso no te importa—replicó María, palideciendo también, mas sin perder su valor—. Ya te he dicho que como sincera católica no me creo obligada a dar cuenta a un ateo de los secretos de mi conciencia religiosa, en lo que se refiere a mis prácticas de piedad. Sabe que te soy fiel; que ni con hecho, ni con intención, ni con pensamiento he faltado al juramento que junto al altar te hice. Basta: con esto acaba mi sinceridad de esposa; es toda la confianza que puedes esperar de mí. Aquella parte de la conciencia que pertenece a Dios, no pretendas explorarla; es un reino sagrado en el que te está prohibido entrar... No me hagas la necia pregunta: «¿Quién te ha dicho eso?», porque no tienes derecho a recibir contestación.

—Ni la necesito—dijo él—. No tuve jamás la idea de alarmarme porque mi mujer se acercase el confesonario una o dos o tres veces al año para decir sus pecados y pedir perdón de ellos conforme a su creencia; pero esto tiene su corruptela, y la corruptela de estos consiste en llevar la dirección espiritual por tortuosos caminos, con cátedra diaria, consultas asiduas y constante secreteo, sostenido de una parte por los escrúpulos de la candidez y de otra por la curiosidad imprudente de quien no tiene familia.

—No, tonto—dijo María irónicamente—: mejor será que yo busque reglas y buenas ideas para mi conciencia en la dirección espiritual de tus tertulias ateas... Por cierto que ya causa enfado la ligereza con que algunos de tus amigos hablan aquí de asuntos religiosos.

Te he dicho hace tiempo que nuestras reuniones me iban pareciendo una ostentación escandalosa de malos principios, y al fin llegará un día en que me resista resueltamente a presentarme en ellas. No niego que sean muy respetables algunos de los que vienen a casa; pero otros no lo son: conozco las ideas de algunos.

—¿Quién te las ha dicho?—preguntó León vivamente.

—No sé... Lo que digo es que me he cansado de ser complaciente, de disimular mi disgusto en presencia de hombres que han escrito ciertas cosas, de otros que las han dicho públicamente, de otros, en fin, que no las han dicho ni las han escrito..., pero yo sé que las piensan, yo lo sé.

—Mucho sabes tú... Veo que ya se ha fulminado la sentencia contra nuestras tertulias. Detrás de esa sentencia vendrán otras.

Y por una aberración natural del dolor que suele quebrarse en su curso sombrío, estallando e iluminándose con el brillo engañoso de un júbilo apócrifo, León rompió a reír.

—Pues sí: tus tertulias son muy cargantes—dijo María, algo turbada—. Son muy perjudiciales, porque entre una frase política, otra de música, otra sobre inventos y alguna sobre historia, ello es que nuestro salón es una cátedra de ateísmo.

—Sería una cátedra de buenas costumbres si se bailara y se murmurara. En mi salón no se ha hablado nunca de ateísmo ni cosa que lo valga. ¡Reposa en paz, oh conciencia pura, conciencia infantil! ¡Feliz criatura, que piensas cumplir tus deberes con la práctica externa llevada hasta el desenfreno y adorando con fervor supersticioso la palabras, la forma, el objeto, la rutina, mientras tu alma sola, fría, inactiva, sin dolores ni alegrías, sin lucha y sin victoria, se adormece en sí misma en medio de ese murmullo de sermones, de toques de órgano y del roce de vestidos de seda que entran y salen!... ¡Te crees perfecta, y ni aun tienes el mérito de la vacilación contenida, de la duda sofocada, de la tentación vencida, del placer sacrificado! ¡Qué fácil y cómoda santidad la de estos tiempos!... Antes el lanzarse a la devoción significaba renuncia pronta y radical de todos los goces, abdicación completa de la personalidad, odio a las glorias vanas del mundo, desprecio de la riqueza, del lujo, de las comodidades, para quedarse en los puros huesos y espiritualizarse y poder pensar mejor en las cosas del Cielo: significaba el vivir absolutamente la vida del espíritu hasta el delirio, hasta la embriaguez, y el rico envidiaba al pobre, el sano pedía a Dios que le enfermase y el limpio quería cubrirse de asquerosas llagas. Esto era una aberración si se quiere, mas era grande, sublime, porque la abnegación y la humildad son las virtudes que menos se desvirtúan por la exageración; esto era como un suicidio, el único suicidio disculpable, el delirio, la enfermedad del sacrificio; pero ahora...

León dirigió a su mujer una mirada abrumadora de elocuencia y desdén.

—... Pero ahora..., las reglas de la beatitud exigen óbolos abundantes, eso sí; exigen asistencia metódica a los templos, ceremonias ostentosas; pero se trata a las personas según su rango: al pobre como pobre, al rico como rico, es decir, permitiéndole que lo sea, siempre que no niegue su ayuda a ciertos intereses. Sí: las devotas de hoy asisten al culto, se mortifican en cómodas sillas-reclinatorios, rezan sobre cojines y limpian con sus colas el polvo de las iglesias. No se les pide más que la mañana; y las noches son libres para bailar, ir al teatro, cubrirse de piedras y de raso, asistir a las tertulias y banquetes de los ricos, aunque sean judíos o protestantes; ostentarse en los paseos, acicalar y perfeccionar con el arte su belleza para perder a los hombres..., pero ¿qué importa? Satanás se ha vuelto tonto..., ha transigido, está viejo ya, y no sabe lo que hace.

—¡Qué groseras burlas!—dijo María, algo confusa—. Según tú, yo estoy en pecado mortal porque visto bien, voy al teatro... Parece que hablas de lo que no entiendes. Estos ateos son la gente más tonta del mundo.

No estaba enojada; prueba de ello es que con un movimiento cariñoso pasó la mano por la barba de su marido.

—¿Creerás que me has confundido con tu charla, queridito?... Pues has de saber que si me visto bien y voy al teatro

y alguna vez al baile, es porque tengo permiso para ello, es porque puedo hacerlo sin desmentir mi piedad. Quien sabe más que tú de tales cosas me ha tranquilizado sobre este punto, haciéndome ver que como mujer casada no puedo romper los lazos que me unen a la sociedad...

—Sí: ésa, ésa es la consigna, ya lo sé...—dijo León, riendo—. Divertíos todo lo que queráis, con tal que...

—Tus reticencias son blasfemias... Calla, idiota... ¡Si te convencerás al fin de que no sabes más que sandeces!

—¿Sandeces?—dijo León, sonriendo y tomando entre sus dedos la barbilla de su mujer, que era un prodigio de redondez y gracia.

—¡Cómo me voy a reír de ti, cuando al fin, con la eficacia de mis oraciones, de mi fe, de mi piedad, consiga del Señor...! ¿Te ríes? Pues no te rías. Otros ejemplos más extraños se han visto. Sé algunos casos que si te los contara te pasmarían.

—Pues no me los cuentes—dijo León, moviendo a un lado y otro la cara hechicera de su mujer, cogida siempre por la barbilla.

—Sí: hay casos que parecen increíbles, casos de hombres malvados que se han convertido..., y tú no eres malvado...

—¿Todavía no he sido declarado malvado...? Descuide usted, señora, que todo se andará. Gracias por la buena opinión que allí se tiene de mí... todavía.

María se abalanzó a él, y estrechando con vigor su cabeza, le besó en la frente.

—Tú vendrás al lado mío—le dijo—, y serás católico ferviente, como yo, y me acompañarás en mis dulcísimas prácticas religiosa...

—¿Yo?

—Sí, tú. Tú vendrás a mí. ¡Qué feliz seré entonces!... ¡Te quiero tanto!...

¡Y qué hermosa estaba, qué hermosa! León sentía sobre sí el efecto irresistible de belleza tan acabada en rostro y figura, de aquellos ojos en que algo se veía semejante a la inmensidad turbada y resplandeciente del mar, cuando se mira el fondo para descubrir un objeto perdido. Separóse de él María, y en pie delante de un espejo, alzó las manos para soltarse el cabello. Las guedejas negras cayeron sobre sus hombros, que no podían compararse propiamente al frío mármol, sino a la más hermosa carne humana, pues también hay carne de Paros; a eso que el misticismo llama barro y ha servido al divino Artífice para tallar ciertas estatuas mortales que parece no necesitan de un alma para tener vida y hermosura.

—¡Qué linda!—exclamó Roch, hundido en su sillón como un estúpido—. ¡Cada vez más linda!

Después de culebrear en derredor del espejo, María entró en su alcoba. León puso su cabeza entre las manos y estuvo meditando largo rato. Tenía fiebre. Después se levantó airado consigo mismo o contra alguien.

—¡Necio de mí!—exclamó con su voz más íntima—. Una esposa cristiana quería yo, no una odalisca mojigata.

XV

UN CONVENIO COMO LOS QUE LA DIPLOMACIA LLAMA «MODUS VIVENDI»

Pasó un rato. De pronto, María lanzó un grito agudo, desgarrador. León fué corriendo a la alcoba y vió a su mujer incorporada en el lecho, con los brazos extendidos, los ojos extraviados.

—León, León—dijo con espanto—. ¿Eres tú? ¿Dónde estás? ¡Ah!, ya te veo. Abrázame. ¡Qué horrible pesadilla!

León procuró tranquilizarla, y no tardó la dama en sosegarse con la apreciación de la realidad, medicina de los desvaríos de la imaginación.

—¡Qué sueño!... ¡Figúrate..., soñé que te habías muerto y que desde lo más hondo de un hoyo negro me estabas mirando, mirando, y tenías una cara...! Después aquello pasó... Estabas vivo; querías a otra... Yo no quiero que quieras a otra.

Encadenó con sus brazos el cuello de su marido.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Tarde. Duerme otra vez, que ya no tendrás más pesadillas.

—Y tú, ¿no duermes?

—No tengo sueño.

—Entonces vas a velar toda la noche. ¿Qué haces? ¿Lees?

—Medito.

—¿Piensas en aquello que hablamos?

—En aquello y en ti.

—Eso, eso: piensa mucho en las verdades que te dije, y así te irás prepa-

rando sin saberlo... Me parece que oigo campanas tocando a fuego.

Los dos escuchaban. Oíanse ladridos de perros, que en aquella zona de Madrid, donde por cada casa hay diez solares vacíos y solitarios, suelen reunirse para buscar despojos de cocina en los vertederos. Oíase asimismo el lejano chirrido de las ruedas del último tranvía, y también el ritmo metálico, tenue, seguro, invariable del reloj de León en el bolsillo de su chaleco. Todo se oía menos campanas.

—No es todavía hora de tocar a misa —dijo él—. Duérmete.

—No tengo sueño, no quiero dormir —replicó María echando atrás su cabeza—. Me parece que he de volver a verte en el fondo del hoyo, mirándome. Tú te reirás de esto. ¡Qué sandez! ¡Mirar y ver después de la muerte quien cree y afirma que con la vida se acaba todo!

—¿Te he dicho yo eso alguna vez? —manifestó León enfadado.

—No me has dicho eso; pero yo sé que eso es lo que tú piensas; yo lo sé.

—¿Por qué? ¿Por dónde lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé; yo sé lo que tienen en el fondo de su cabeza ciertos filósofos; lo sé todo; y tú eres de ésos. Yo no leo tus obras porque no las entiendo; pero quien las entiende las ha leído.

Apartóse León de su mujer vivamente afectado. Dió algunos pasos para salir de la alcoba; pero retrocediendo bruscamente, volvió al lado de María, le tomó una mano, y con voz severa le dijo:

—María, voy a pronunciar la última palabra, la última... He tenido en este momento una idea que me parece salvadora; idea que si es aceptada y practicada por ambos, nos sacará de este infierno...

Sobrecogida de emoción y respeto al ver la gravedad con que su esposo hablaba, María no supo decir nada.

—...En dos palabras te expondré mi idea... ¡Proyecto feliz!... No sé cómo no me había ocurrido antes... Es el siguiente: yo me comprometo a sacrificarte mis estudios y mis tertulias, te sacrifico la noble amistad de los libros y de los amigos. Mi biblioteca se tapiará, como la de Don Quijote, y en nuestra casa no se volverá a oír ni siquiera un concepto sospechoso, ni una observación mundana y ligera sobre las cosas más graves del espíritu, ni se hablará de ciencias ni de historia; en una palabra, no se hablará de nada.

—¡Qué felicidad!—dijo María, incorporándose para besar las manos de su marido—. ¿Es cierto que me lo prometes y me cumplirás lo que me prometes?

—Te lo juro por lo más sagrado. Pero no cantes victoria antes de tiempo. Ya comprenderás que no se hacen concesiones de esta clase sino a cambio de otras. Ya te he dicho mi parte; ahora falta la tuya. Yo te sacrifico lo que llamas estúpidamente mi ateísmo, cuando es cosa muy distinta, sacrifícame tú ahora lo que llamas tu piedad, muy problemática por cierto. Para que nos entendamos, has de renunciar a las devociones diarias e interminables, a confesar todas las semanas con un mismo padre, a poner todo tu espíritu en los accidentes teatrales del culto. Irás a misa los domingos y fiestas, y confesarás una vez al año, sin previa elección de sacerdote.

—¡Oh!, es mucho, es mucho—dijo María, moviendo sobre la almohada su linda cabeza, cual si a sí misma se compadeciera por la deplorable mezquindad a que sus piedades quedaban reducidas.

—¡Mucho, te parece mucho, tonta! Bueno: aumentaré mi parte. Te concedo más: te concedo que si reduces tus visitas a la iglesia, iré a ella contigo.

—¡Irás conmigo!—exclamó María, saltando bruscamente en el lecho como un pez recién sacado del agua. ¿Es verdad lo que dices?... Tú me engañas.

—Iré, sí; iré... los domingos.

—¿Nada más que los domingos?

—Nada más.

—¿Y confesarás una vez siquiera cada año, como yo?

—Eso...—murmuró León.

—¿Vas a decir que no?

—Eso, no... ¡Oh!, tú pides demasiado de una vez. Mi sacrificio es inmenso, mientras el tuyo es insignificante. Te desprendes de lo superfluo, quedándote con lo justo y razonable; te arrancas las feas tocas de mojigata para mostrarte con toda la belleza de mujer cristiana. Esto no es sacrificio: el mío sí que es grande, doloroso, pues poniendo a tus pies mis estudios y mis amigos, te pongo delante lo mejor de mi vida para que lo pisotees.

—Pero no es bastante, no—dijo María con abandono—. ¿Qué te importa dejar de leer, si piensas, piensas y pensarás siempre lo mismo? Me acompañarás a la iglesia por fórmula; entrará tu cuerpo, y tu alma se quedará en la puerta; y cuando veas alzada la Hostia sagrada en las manos del sacerdote, soltarás dentro de ti una carcajada diabólica, si no es que estás pensando en los insectillos que ves en el microscopio, y que son, según tú, la causa del sentir y el pensar en nuestra divina alma.

—No me hacen efecto tus burlas... Conozco el origen de esos juicios ridículos. Yo te prometo una asistencia respetuosa y una atención sincera ...¡Ah!, me olvidaba de otra particularidad. También has de sacrificarme..., bien lo merezco..., la residencia en Madrid. Nos iremos a vivir a otra parte. Elige tú.

—Mucho pides..., ¡qué abuso!—exclamó la dama con entonación de un niño mimoso—. ¿Y qué me das tú? Una farsa de catolicismo, una máscara de fe puesta sobre tu cara de incrédulo. No, León, no puedo aceptar.

—No hay salvación para mí—exclamó León golpeando su cabeza con ambas manos.

Transcurrido un instante de agitación muda, miró fríamente a su mujer, y con solemne acento le dijo:

—María, nuestra separación es inevitable. Yo no puedo vivir así. Dentro de unos días todo se arreglará definitivamente. Tú te quedarás en esta casa o irás a vivir con tus padres, según quieras; yo me marcharé al extranjero para no volver jamás, jamás.

Se levantó. La dama piadosa a la moda le tomó las manos, y estrechándolas contra su seno, rompió a llorar.

—¡Separarnos!—murmuró, sollozando—. Tú estás tonto... ¡Ingrato!

María Egipcíaca sentía por su marido un afecto semejante al que él sentía por ella. Podría existir un abismo, un divorcio absoluto entre sus almas; pero ¡separarse!..., ¡dejar de ser marido y mujer!...

—Mi resolución es irrevocable—afirmó con entereza León.

—Acepto, acepto todo lo que quieras.

Y más tarde, después de algunas horas de sueño, volvió a oírse el grito de espanto y la explicación de la pesadilla.

—¡Qué horrible visión! Ahora me he visto a mí misma muerta, y mirándote desde el fondo del hoyo negro y profundo... Estabas abrazado a otra, besando a otra... ¿Pero es ya de día? Ahora sí que suenan campanas.

En efecto, oíanse chillonas y discordes las esquilas colgadas en las torres de esa multitud de barracas enyesadas que en Madrid llevan el nombre de iglesias, dando testimonio así de la religiosidad de este pueblo.

—Llaman a las primeras misas—pensó María—. Me muero de sueño... ¡A dormir!... Dan las ocho y siguen tocando, siguen llamándome... No, no puedo ir; he dado mi palabra... ¡Jesús, las nueve! Perdón, perdón, campanitas de mi alma: no puedo ir hasta el domingo.

XVI

DE CREMATÍSTICA

Vinieron los días de la dispersión de las gentes. Hostigado por el calor, Madrid era un hormiguero de impaciencias buscando dinero. El oro subía como cuando hay guerra, y menudeaban en la Bolsa las pequeñas operaciones, lo mismo que si hubiera aumento de negocios. No pocas familias apretaban el dogal atado a su cuello por las dilapidaciones del pasado invierno, y otras, no teniendo ni siquiera dogal, se consolaban encareciendo las ventajas y encantos del verano de Madrid, que supera, con sus paseos y embelesadoras noches, al verano triste y eremítico de los pueblos circunvecinos. Veranear en Pinto o Getafe es como invernar en el Escudo o en Pajares.

Los Tellerías eran de esos que por nada se quedan. También ellos se iban, contra todo fuero y razón de la aritmética, y dando al traste con toda ley económica. Pero obligada a estirar hasta lo imposible la primavera, la marquesa decía que el tiempo era aún tolerable, que en el Norte llovía mucho y hacía frío. No teniendo motivos para prorrogar su viaje, sino antes bien, razones poderosas para acelararlo, León fijó día en la primera semana de julio. Pero la víspera de la fecha marcada un suceso trastornó los planos de todos. Ya sabían los hijos del marqués que su her-

mano Luis Gonzaga estaba enfermo. Gustavo y León sabían algo más; sabían que lo devoraba un mal muy terrible, perseguidor y verdugo de la juventu contemporánea; mal que se aviene con las naturalezas débiles o extenuadas por las pasiones y el estudio. Como, según los informes de los padres de Puyoo, la enfermedad de Luis hallábase en grado incipiente, no habían dicho nada a la marquesa, esperando que ésta sabría la verdad por sí misma al hacer la visita acostumbrada al establecimiento durante la temporada de verano. Pero inopinadamente cayó sobre la casa, como un rayo de la ira celeste, un aviso del rector anunciando que Luis Gonzaga había entrado de súbito en un período alarmante, y que... «deseando el joven ver a su familia, saldría al siguiente día para Madrid en el tren expreso».

Absortos y afligidos quedaron todos, y más aún cuando al otro día vieron entrar al infeliz joven, que tan claro mostraba en su persona el sello de la traidora dolencia, parecido a un espectro con sotana. Su cara ofrecía, a pesar de estar ya como agostada por el frío beso de la muerte, gran semejanza con el rostro hermoso y vivífico de María. Ya se sabe que eran gemelos y que se parecían todo lo que puede parecerse un hombre a una mujer, sólo que la joven, con su aparente lozanía, aventajó siempre en vigor y en representación física a su hermano, harto afeminado desde la infancia.

Barbilampiño y endeble, se le creería nacido para el sacerdocio y para la contemplación de las cosas espirituales. Sus ojos, que por lo verdes y expresivos eran como espejos en que se reflejaba la propia mirada de María Egipcíaca, estaban rodeados ya de un cerco oscuro. Durante su niñez y juventud había vivido siempre abrasado por una fiebre constitucional con la cual iba tirando como si fuera un estado fisiológico. Ahora, cuando la solución se aproximaba, su fiebre era un rescoldo interior que le consumía. La holgada sotana negra y floja marcaba, al sentarse y al andar, los duros ángulos del esqueleto; su voz parecía el eco de quien está hablando en algún rincón invisible y profundo, donde las corrientes de aire suspenden, entrecortan y apagan el sonido, haciéndolo oscilar como el chorrillo de una gotera.

Sentado en un sillón, a las demostraciones cariñosas de la familia respondía con escasas frases en que la intensidad del afecto compensaba el laconismo, con apretones de manos, con miradas ardientes y amorosas.

Desolada y suspirante, la marquesa no sabía contener la expresión de su dolor, y sus quejas concluían siempre con proyectos de administrar a su hijo aires puros, aires campesinos, aires de establo, y de llevarle a beber aguas salutíferas. Lo primero que se decidió fué celebrar junta de médicos, convocando a lo más selecto. El enfermo sonreía con expresión de incredulidad, pero sin oponer resistencia a nadie, porque el hábito de la obediencia, tan arraigado en él, dábale fuerzas para dejarse zarandear en su agonía.

León no le había visto nunca. Cuando entró a verle, la marquesa le dijo:

—Aquí tienes a tu hermano, que no conoces...

—Le conozco—contestó Luis Gonzaga, dejándose estrechar su mano por la de León.

Y, diciéndolo, clavó en él la mirada atenta, penetrante, por tanto tiempo, que la marquesa, alarmada de aquel largo discurso de asombro mudo, dijo así:

—Ya sabes que es muy bueno.

—Ya, ya sé—repuso Luis, mirando a su hermano—. ¿Y os marcháis de Madrid?

—¿Cómo quieres que nos vayamos dejándote así?—replicó María, derramando abundantes lágrimas.

—Pero tu esposo no querrá detenerse.

—Nos quedaremos—afirmó León, sentándose en el grupo que rodeaba al joven—. Ni María quiere separarse de su hermano, a quien no ha visto en tanto tiempo, ni yo quiero que se separe.

—Ni tampoco quieres tú separarte de ella—añadió la marquesa—. Eres un modelo de maridos complacientes y bondadosos... Quizá nos vayamos todos juntos.

—Luis mejorará—dijo León—, y entonces emprenderemos nuestro viaje.

★

No sabemos si fué aquel mismo día o el siguiente cuando León, hallándose

a solas con su suegra, presenció uno de los más fuertes accesos de tristeza que en ella había visto, y que se determinaban en suspiros, lamentos de su desgraciada suerte y en protestas de poner las cosas en un pie conveniente de orden y economía. La excelente señora derramaba copiosas lágrimas, y estrechaba la mano de su yerno, prodigándole los nombres más dulces de que se vale el cariño materno.

Atravesaba, según ella, la familia una de las más graves crisis que podían perturbar a familia alguna. El mal de Luis Gonzaga exigía dispendios inmediatos. La ilustre dama no tenía carácter para tratar a la junta de médicos como trataba a sus acreedores de escaleras abajo el marqués, cuyos despilfarros habían llegado a un extremo escandaloso. Se sentía fatigada, consumida de aquel género de vida aparatosa y de relumbrón en que la sostenía, mal de su grado, el orgullo de su marido y de sus hijos. Se consumía en el tedio de los saraos, y devoraba en silencio las ansias del hambre disimulada y de aquel malestar continuo que hacía de su casa un infierno. ¡Oh!, su educación, su clase, sus principios, sus nobles sentimientos pugnaban con la farsa; mas era débil, amaba entrañablemente, aunque sin premio, a los mismos autores de aquel malestar, y no podía desprenderse de los hábitos que se le habían impuesto. Pero estaba decidida a ser enérgica, implacable; a cortar para siempre las malas costumbres introducidas en su casa; a enfrenar al marqués; a hablar claro, muy claro, a sus hijos; a establecer un orden riguroso; excesivamente, ferozmente, riguroso; a vivir de sus recursos propios y naturales, renunciando al brillo engañoso y a la competencia ridícula con fortunas saneadas y enteras. Lloraba en silencio y pedía a Dios que apartase de la casa de su hija las calamidades que pesaban sobre el hogar paterno, favor que Dios parecía resuelto a conceder desde que adjudicó a la bienaventurada joven un marido ejemplar, un marido juicioso, un marido modelo, un marido de elección, un marido canonizable, dicho sea con perdón de la Iglesia.

Y no sabemos tampoco si fué aquel día o el siguiente cuando el marqués se encerró con León en su despacho, y, con acento patético y desembarazado, desarrolló ante los ojos de este el panorama desconsolador de su propia situación, dando en él toques de grandísimo efecto, agrupando sabiamente las sombras y dibujando con energía la figura más convincente, que era la enfermedad del mejor, el más querido de sus hijos. Este infortunio acercaba la mecha a la casa de Tellería, toda desvencijada y llena de puntales, atestada de oropeles, de colorines, de bambolla inútil... Veíase el insigne cuanto desventurado señor enfrente de un problema terrible, y su decoro de hombre público y su dignidad de padre de familia estaban como reos de muerte a quienes ya se ha subido en el fatal tablado. Lo peor es que no tenía él la culpa, sino la marquesa, autora indirecta de las *filtraciones* (gustaba mucho de emplear este término, tomado por la Hacienda al arte de la fontanería) que disminuían el caudal de su casa, mostrando el horrible cauce vacío... El, por su parte, se reconocía también algo culpable, porque había querido sostener una posición *exageradamente* decorosa como hombre que se debe a su nombre, a su partido, a su patria; había contado con el éxito de operaciones bien preparadas, y con las posiciones que adquirieran sus hijos. ¡Desengaño, ilusión!... El, verdaderamente, no se reconocía impecable; él no dejaba de comprender que había sido débil, excesivamente débil, ante el desenfrenado lujo implantado en su casa por la marquesa; él no debía haber autorizado con su presencia las comilonas, los tes, los *raouts*, los saraos, que llenaban de ruido, de murmuración, de equívocos y de humo su casa en determinados días de la semana; él debió resistirse, debió protestar, ¿quién lo duda?, pero no protestó; fué cómplice, faltó a los sanos principios conservadores y preventivos que eran norte y fanal de su conducta. Pero estaba decidido a cortar abusos, a *reformar radicalmente la administración*, a *hacer economías*, a *sostener el orden doméstico, base de las virtudes privadas y públicas*. Y no hablaba, ciertamente, a su yerno de este desagradable asunto con objeto de pedir su amparo para salir de los compromisos del día, no; esto no era compatible con el decoro del suegro, ni con sus ideas extremadas en ma-

teria de dignidad; hablábale sin otra mira ulterior que darle a conocer la abrumadora realidad, para que *usando de su prestigio cerca de la familia,* tratase de señalar a Milagros el abismo que a sus pies se abría. El pobre marqués se sacrificaba por todos, no quería nada para sí. La enfermedad de su hijo más querido le afectaba en extremo; no tenía gusto para nada, y se sentía víctima de la fatalidad, de las pésimas condiciones de este *país ingobernable,* pobre, a pesar de la *fertilidad del suelo.* ¿Cómo hacer frente a las inmensas dificultades de tal situación? ¡Ay!, el mismo marqués necesitaba con toda urgencia tomar baños alcalinos para su reuma, y no podía, no quería emprender el viaje. Su deber le retenía en Madrid, al lado de su hijo enfermo; su deber le prohibía gastar en su persona lo que reclamaba la vida amenazada de Luis Gonzaga, un joven sin igual, casi un sacerdote, un santo bajado del cielo..., el marqués conocía los deberes que le imponía su situación y estaba decidido a cumplirlos. Sí: su *hidalguía, genuinamente española,* se lo ordenaba así; pero necesitaba los consejos de un amigo cariñoso y desinteresado; necesitaba que alguien le animase con palabras varoniles y le alentase con ejemplos eficaces; necesitaba de un hombre recto, juicioso, franco, enemigo de farsas; necesitaba, en fin, un apoyo moral, puramente moral...

—Repito que un apoyo moral nada más—dijo, terminando la frase con un suspiro y estrujando entre sus manos la de León.

Si éste fuera capaz de envanecerse con las alabanzas, aun siendo merecidas, se habría hinchado de satisfacción cuando Milagros, dos o tres días después, le dijo con tono de verdad sincera:

—¡Cuán cierto es, querido hijo, que un buen corazón puede existir debajo de una cabeza vacía de ideas religiosas!

Y cuando el marqués le dijo:

—Yo te tenía por el hombre mejor del mundo. Es tan grande tu bondad, que me hará creer en una utopía; ya sabes que yo no creo en utopías; pero ahora... En fin, no puedo expresarte lo que siento al ver el interés que tomas por el decoro de tu familia. Bien conoces tú que en el diluvio de las pasiones es necesario que la familia se salve. ¡Sí: la sociedad se hunde; pero sobrenadará la familia, el arca!...

Dicho sea en honor de la verdad, León, más que la salvación de su familia política, comparada, no sin gracejo, por el marqués con el Arca de Noé, había tenido presente la enfermedad del gemelo de su esposa y la pena que ésta sentía al ver la mala disposición de sus padres para las horas aflictivas y los dispendios que tan cerca andaban.

XVII

LA DESBANDADA

Tristísimo fué el pronóstico de los médicos. Sin embargo, indicaron que el desenlace funesto estaba aún lejano, con lo cual hubo esperanzas y algún sosiego en la casa. Tan consolador es el tiempo que está por venir, como el que ha pasado, y las desgracias aplazadas, así como las transcurridas, se pierden en ese indeterminado horizonte detrás del cual está el ancho hemisferio del olvido. En la familia de Tellería empezó a renacer la calma y cada individuo de ella fué recobrando, poco a poco, su habitual carácter. Gustavo era diputado y pasaba todo el día en el Congreso. La marquesa, sin dar completamente tregua a la pena real que la dominaba, había recobrado aquella dulce expresión de conformidad con el mundo terrestre, mezclada siempre de cierto pietismo quejumbroso, de lo cual resultaba una especie de resignación a gozar. Las cosas fútiles la ocupaban largas horas. Una mañana encontróla León muy indecisa enfrente de una elección de sombreros de verano, traídos de la tienda. Había allí todas las variedades creadas cada mes por la inventiva francesa. Veíanse nidos de pájaros adornados de espigas y escarabajos, esportillas hendidas con golpes de musgo, platos de paja con florecillas silvestres, casquetes abollados, pleitas informes con picos de candil, cubiletes con alas de chambergo y pechugas de colibrí, solideos rodeados de gasas; en fin, todas las formas extravagantes, atrevidas o ridículas con que la fantasía delirante de los artistas de modas emboba a las mujeres y arruina a los hombres. La marquesa los miró todos, agraciando a cada cual con una

observación picante y discreta, como mujer de refinadísimo gusto. Se puso algunos, los probó ante el espejo, moviendo su cabeza para buscar mejor los efectos de línea y de color, y, al fin, los devolvió todos a la caja, diciendo:

—No compro nada... Todavía es posible que vayamos a Francia... Allí compraré, como otros años, todo lo que necesite, y lo introduciré..., lo introduciré... Yo me sé entender con la Aduana. Sí: es posible que vayamos... ¿Pero no sabes, León?

Este había presenciado con su mujer y con Luis Gonzaga la inspección de sombreros, dando su parecer cuando se le pedía. La conversación pasó de la moda al contrabando. Los dos gemelos estaban mudos y tristes, mayormente Luis, que fijaba sus ojos con insistencia en la jardinería inmediata al balcón, llena de gomelos, algún rododendro y hermosas azaleas cubiertas de flores rosadas.

—¿No sabes, León?—prosiguió Milagros—. Esa mala cabeza de Leopoldo se nos marcha esta tarde. Va a Biarritz con esos chicos, con sus amigotes. No he podido contenerle...; le he demostrado que, quedándonos aquí todos por acompañar a Luis, él también debe quedarse. Dice que necesita los baños de mar, y no le falta razón... Aprovecha la marcha del duque de Ceriñola y del conde de Garellano, que tienen coche-salón.

Un criado, a quien se preguntó por Polito, dijo que el señorito Leopoldo había dicho que almorzaba fuera; que del palacio de sus amigos partiría para la estación, sin volver a la casa de sus padres. Su equipaje estaba hecho y las maletas cerradas.

Tan singular manera de despedirse, demostrando a las claras el cariño filial y fraternal de aquel benemérito mancebo, afligió un tanto a la marquesa, que, en medio de sus desvaríos, no carecía de afectos ni de conciencia. Leopoldo era, según ella, un chico detestablemente educado, aunque no por culpa de su madre; un calaverilla empedernido, insensible a todo dulce afecto, y que, por montar un caballo prestado, o guiar un coche ajeno, o viajar en el vagón del amigo, o estrechar la mano de *Higadillos,* o poner a una carta unos cuantos duros, era capaz de volver la espalda a su familia en los momentos de mayor conflicto.

El marqués, que acababa de presentarse, vistiendo elegantísimo traje claro de verano, recibió la noticia con escepticismo mundanal, que parece en ciertas bocas la fórmula más pura del buen gusto.

—Es natural—dijo—que los muchachos se diviertan... Después viene la edad madura, los achaques, las graves preocupaciones de una posición social consagrada a la vida pública, el reuma..., por ejemplo; aquí estoy yo, que a todo trance necesito un poco de carena..., y no puedo menos de tomarla. El médico se ha puesto furioso cuando le dije que no podía salir este verano... «¿Cómo se entiende, señor marqués?... Un jefe de familia no debe descuidar su salud. Le condeno a usted a baños. ¡Sentencia inapelable!» En resumen, queridos, he resuelto marcharme mañana.

La estupefacción de la marquesa parecía despecho y enojo. ¡Todos libres, y ella, esclava, amarrada al nefando potro del veraneo en Madrid, a ese potro no tan ignominioso por lo molesto como por lo *cursi!*

—Nuestro querido Luis—añadió don Agustín, acariciando la barba de su hijo—mejora de día en día. No hay cuidado por él. Le conviene el reposo. Un verano en Madrid, al lado de su madre... Con cuánto gusto os acompañaría; pero estoy fatal. Varios amigos me han comprometido a tomar con ellos el tren de mañana.

Al decir esto se había quedado solo con León, porque Milagros, con sus dos mellizos, pasó al comedor.

—Yo no hago aquí falta—prosiguió el marqués, paseando en compañía de su hijo por la hermosa sala adornada de los mil preciosos cachivaches de exportación francesa en tapicería, cerámica y moblaje que han venido a llenar en las casas aristocráticas el vacío de las verdaderas obras de arte, arrancadas de su esfera natural por las quiebras y llevadas a los museos por el *dilettantismo* del Estado—; yo no hago falta aquí. Ya debes suponer que no me voy tranquilo. Por cierto que me enfada la ligereza de mis hijos, huyendo a la desbandada de la casa paterna, cuando la pobre Milagros necesita de su compañía para sobrellevar la enfermedad de Luis...,

porque Luis está grave, no nos hagamos ilusiones. Yo creo que tirará; puede ser que rebase este otoño; pero el invierno...; de todos modos, los chicos han hecho mal, muy mal. Leopoldo se va esta tarde, y Gustavo, mañana. No lo hubiera creído en Gustavo; pero ya se ve..., está enamorado, perdidamente enamorado. La marquesa de San Salomó parte mañana para Arcachón, París y El Havre. Gustavo sale también para el extranjero, y ya sabemos que las cartas se le han de dirigir sucesivamente a Arcachón, París y El Havre. Bonito viaje, ¿no es verdad? La marquesa de San Salomó es linda y elegante; mi hijo tiene grandes atractivos...; pero ¡quién sabe si será verdad lo que dicen! Yo no lo creo. No hay duda que la oratoria ardiente de Gustavo, sus defensas briosas del catolicismo, hicieron estragos en las tertulias elegantes. Desde muy temprano era de ver la tribuna llena de preciosas cabezas, adornadas de los más lindos sombreros, y allí se oía un murmullo delicioso de disputas y alabanzas. Porque eso sí: tenéis que confesar que la mujer es entre nosotros salvaguardia de las *venerandas creencias de nuestros padres*. ¿Queréis hacer la transformación de las conciencias, señores ateos? Pues empezad por suprimir esa *encantadora mitad del linaje humano*... La verdad es que Gustavo habla maravillosamente: sus palabras de fuego conmueven la Cámara y alborotan las tribunas Luego ha escogido un tema tan simpático, tan elocuente de por sí, un tema que habla al sentimiento, al alma, a la fe, a lo que hay más sagrado, de más divino en nuestra alma, y que se conforma admirablemente con la *hidalguía castellana*. El marqués de Fúcar me dijo, guiñando el ojo: «Tellería, este chico sabe el camino...» Yo también lo digo: Gustavo sabe adónde va... y por dónde se va. Reúne tantas buenas cualidades, que es, como me decía en la tribuna del Senado don Cayetano Polentinos, «un verdadero archivo de esperanzas». Talento, buena figura, ese ardor parlamentario... No obstante, me hubiera gustado ver en él un poco más de apego a la familia... ¡Que emigre yo, tan necesitado de reposo y salud!... Pero Gustavo... Comprendo la atracción invencible de una mujer como la San Salomó... Ya, ya vamos. (Se había presentado un lacayo, diciendo que el almuerzo se enfriaba.) ¿Tienes ganas de almorzar, León? A ti también te sentaría levantar el vuelo.

Al día siguiente, León despedía en la estación del Norte al marqués y a Gustavo, que iban en el mismo tren, pero en coche distinto, en compañía distinta, aunque ambos con billetes de favor, debido a la amistad con los consejeros de Administración.

—No he podido prescindir de este viaje—le dijo Gustavo, tomándole del brazo y llevándole a dar un paseo por la parte del andén donde había menos gente—. Si algo ocurriese en casa, me pones inmediatamente un parte telegráfico... ¿Ves? Ahí está ya esa mujer: me lo figuré desde que vi a papá preparando su viaje. ¿Le ves?

—¿Quién?

—La *Paca*..., la *Paquira*... ésa.

Entre la compacta muchedumbre, sobre la cual parecían sobrenadar cantidad de sombrerillos empenachados de rústicas flores contrahechas, de plumajes sutiles y de velos verdosos y azules como jirones de nubes que empañaban las caras, León vió una muchacha de gracioso rostro y elegante figura, que disputaban con el vigilante por dos asientos de berlina.

—Allá está papá con dos de sus amigos que salen también... Y yo pregunto: ¿Adónde conduce esta absurda ligereza de un hombre que debía considerar su edad, sus deberes, el estado de nuestra casa, su posición social?... El afán de ser siempre joven mata a la sociedad presente... Si tú no sales, acompaña a mamá y a Luis todo lo que puedas. Mamá está muy afectada: esta desgracia ha sido para ella como un aviso del Cielo, como una advertencia para que deje de ver en la vida una sucesión perpetua de goces. ¿Será provechosa la lección? Me temo que no. Su corazón es bueno; pero su carácter está lleno de debilidad. Me indigna el ver cómo la enternece el pillete de Leopoldo para sacarle dinero. Mamá es así: todo el que pide para divertirse la encuentra propicia... Pero el tren se va... Papá no ha entrado en el departamento donde va la Paca; pero está en el inmediato con sus amigos. Al menos, que evite el escándalo... Yo me entro en este salón. Nos hemos reunido varios

amigos del marqués de San Salomó, que ha tenido la bondad de invitarme. Adiós. Que me escribas, que me pongas un parte si ocurre algo. Arcachón, Hotel Brisset... Más tarde, en París, *poste restante.*

XVIII

EL ASCETA

Observó León que Luis Gonzaga estaba en la casa paterna fuera de su centro. Aquella figura rígida y macilenta, enfundada en negro sayal con faja del mismo color que amenguaba su mezquina cintura, la cabeza descubierta, el semblante inclinado, la vista clavada en el suelo, la tez glutinosa, el cuello flaco y vacilante, cual si no pudiera resistir el peso de la cabeza; las manos largas, amarillas, transparentes, como haces filamentosos y sin más fuerza que la necesaria para cruzarse orando, discurría como una sombra maldecida por las salas revestidas del abigarrado papel o de las chillonas tapicerías. Era una mancha oscura y triste caída sobre el moblaje de colorines y oro, sobre los exóticos objetos de estilo japonés, cuyas aisladas figuras de pesadilla parecían armonizar con la persona del escuálido colegial.

Se le veía errante, agitado como un pájaro prisionero que busca salida, y cuando sus ojos recorrían la varia colección de muebles y objetos bonitos, era para escoger la silla más incómoda y sentarse en ella. Buscaba los rincones oscuros para nido de sus meditaciones. A veces, los criados, al arreglar una pieza, encontraban aquel negro cuerpo fajado, y ante él detenían el plumero, pronunciando glacial fórmula de respeto. Entonces Luis huía de allí para buscar otra choza en aquella Tebaida de papel pintado y estampas profanas, de seda y cretona, de damasco y palosanto. El pobre anacoreta moribundo, al correr de un rincón a otro, espoleado por su febril misticismo, tropezaba con un piano, con un biombo chinesco, con un velador que sostenía redoma de peces, con un blando sofá vestido de hilo gris, o con una desnuda Venus de bronce. El no comprendía que se vistiese a los muebles y se desnudase a las estatuas.

Mirábanle los criados con indiferencia, quizá porque él no les dirigía nunca la palabra ni les pedía nada; tanta era su humildad. Resistía el hambre y la sed hasta un extremo incalculable, y no conocía las molestias, porque las trocaba en placeres su alma codiciosa de mortificación. Un lacayín con pechera estrecha de botones, la carilla alegre y vivaracha, la cabeza trasquilada, los pies ágiles y las manos rojas llenas de verrugas, era el único que le prestaba algunos servicios, aun a despecho del mismo joven. Este solía hacerle preguntas:

—¿Cómo te llamas?

—Felipe Centeno.

—¿De dónde eres?

—De Socartes.

Pero no hablaban largo. El anacoreta bajaba los ojos y el lacayito se alejaba. Los demás servidores de aquella casa tenían todos una expresión displicente y avinagrada, como hombres que, contra su voluntad, hacen penitencia, viéndose condenados a pobreza absoluta en medio del lujo y de la pompa. La marquesa y María acompañaban largas horas a Luis, procurando reanimarle con triviales palabras.

—Yo no temo la muerte—les decía él, sinceramente—. Por el contrario, la deseo con todo el ardor de mi alma, como un cautivo sano desea la libertad. Vosotros no me comprendéis porque estáis apegados al mundo, porque no vivís la vida interior, porque no habéis roto, como yo, todos los lazos de la Tierra.

Acogía la marquesa con suspiros estas seráficas declaraciones, que producían tristeza y admiración, por considerar cuán lejos se hallaba ella de tales alturas. Su reclusión y el calor daban a la señora melancolía y aburrimiento. Una noche, cuando León se retiraba a su casa, dijo a su mujer:

—Sólo por dignidad, o, mejor dicho, por miedo al *qué dirán,* no ha seguido tu mamá a los demás en esta deserción infame. ¡En qué horrible mundo vivimos! Pues que todos se van, o se quieren ir, nosotros nos quedaremos. Tu hermano está muy grave; puede resistir todo el verano, y puede acabarse cuando menos se piense.

Al día siguiente, el médico dijo que la casa de Tellería, situada en un barrio populoso, sombrío y mal ventilado, era lugar muy impropio para el enfermo.

Se acordó trasladarle al hotel de León, situado en los bordes de la villa, bañado de aires saludables y protegido por plácido silencio. El enfermo no opuso resistencia, como no la oponía a cosa alguna, y fué trasladado a la morada de su hermana. Le instalaron en el piso bajo para evitarle subir escaleras, dándole por alcoba una pieza inmediata al despacho de León, y por sala para residir constantemente, el despacho mismo, vasto, claro, alegre. Ninguna de estas ventajas llamó su atención, porque lo mismo era para él un real palacio que la mazmorra más oscura. El primer día diéronle fortísimas congojas, y tan continuadas, que madre e hija se alarmaron mucho; mas él, luego que fué serenándose, sonreía con afabilidad y dulzura, diciéndoles:

—¿Por qué os asustáis? ¿Por qué lloráis? Yo no me asusto, ni lloro, sino que estoy alegre, más alegre cuanto más acerbo es mi padecer. De veras os digo que, al considerarme tan cerca de la muerte, contengo mi alegría, no sea que el gozo de verme libre de esta hedionda vestidura carnal despierte alguna vanidad en mi alma, u otro sentimiento desagradable a los ojos del Señor. Si me envanezco demasiado de morir, queridas de mi alma, puede que Dios me castigue, condenándome a vivir algún tiempo más.

Con León hablaba poco, casi nada, pues siempre que éste a preguntarle iba por su salud o a acompañarle, hallábale entregado a sus prolijas devociones, cuyo plan no alteró jamás, ni aun en los días de mayor gravedad. Le llevaban de comer lo más escogido y lo más propio para su estómago; pero él tomaba siempre lo peor.

—No como esto—decía—porque me gusta.

Rogábanle que tomase tal o cual cosa de gran provecho para su salud; pero siempre a ello se negaba.

—Puesto que tu gusto es no tomarlo —le decía su hermana con admirable lógica—, mortifícate tomándolo.

Entonces sonreía y lo tomaba. Iban a visitarle algunos sacerdotes, principalmente franceses, de esos de melena ahuecada y gracioso sombrero de tres candiles, corteses, finos, mundanos, limpios, y platicaban acerca de la casa de Puyoo. Rara vez se veía allí a los graves curas españoles, que, cuando son buenos, son los clérigos más clérigos, digámoslo así, de la cristiandad, verdaderos ministros de Dios para la seriedad real, la mansedumbre sin afectación y la sana sabiduría. Luis Gonzaga gustaba de la tertulia, pero más de la soledad; en aquélla mostraba su agudo juicio, no exento de sal y gracejo; su piedad profunda, que era la admiración de todos, y su dicción, tiernamente apasionada. Todas las mañanas le llevaban en coche, y con grandes precauciones, a la iglesia, de donde venía tarde. Al regresar, meditaba a solas y de rodillas; no tomaba alimento sino cuando ya no podía sostener su cuerpo extenuado, y en mitad de la sobria comida solían sobrevenirle las congojas que parecían rematar su cansada vida en un suspiro.

No permitía que nadie le ayudase a vestirse y desnudarse, ni que le acompañaran de noche. María hizo notar a su esposo que algunas mañanas estaba el lecho intacto, señal de que había dormido en el suelo. Los blandos sillones y sofás que las industrias suntuarias han puesto hoy al alcance de todas las fortunas, no conocían el contacto de sus huesos. Sentábase ordinariamente en una banqueta de rejilla sin respaldo, y allí pasaba horas y horas rígido, sudoroso. Cuando su cuerpo no podía tenerse derecho, arrimaba la banqueta a la pared y apoyaba la fatigada espalda, echando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y cruzando las manos. Parecía un reo a quien acababan de dar garrote. No hablaba nunca de sus hermanos, ni de su padre ausente. La persona a quien mostraba más apego y algo de confianza era María. A León ni siquiera le miraba.

Frecuentemente era mortificado por escrúpulos, que solía manifestar. Si por espacio de un cuarto de hora estaba su pensamiento ausente de las meditaciones sobre la muerte, al caer en la cuenta de su distracción sentía inquietudes y un vivo enojo contra sí mismo. Quería imitar en todo, o al menos en lo posible, al glorioso niño de quien tomó el nombre, aquella alma angelical y purísima que voló del mundo a los veintitrés años, abrasada por el fuego de la pasión mística, y que mutiló en su pensamiento y en su sentir todo lo que no fuera el ardiente prurito de salvarse.

Como el santo niño jesuíta, Luis Tellería padecía horriblemente de la cabeza; repetíanle en la casa de Madrid las tremendas jaquecas que en Puyoo le daban con frecuencia, abrasándole el cerebro y conmoviendo su máquina toda, cual si, convertidos en molde sus sesos, cayese en ellos un metal derretido. Durante estos ratos de espantosa mortificación, su alma, replegada en sí misma, gozaba con el martirio; los dolores físicos eran recibidos allá dentro con un júbilo delirante que tenía su vanidad y su sibaritismo. No exhalaba una queja, y cuando sentía revolverse dentro de su cráneo las serpientes de fuego, su boca se contraía para sonreír. Al San Luis de marras mandóle el prelado que no pensase tanto, para evitar un mal tan penoso. A éste le decían lo mismo, y, gozoso de parecerse al santo, contestaba: «Mándame que no piense tanto para que no me duela la cabeza, y más me duele de hacer esfuerzos para no pensar nada.»

El médico le ordenaba diariamente calmantes y otras medicinas. Las tomaba por fórmula, cuando a ello le apremiaba su madre con ruegos y sollozos. La medicina que a él le gustaba era una correa erizada de picos de hierro que constantemente llevaba enroscada en su cintura, no más ancha que la de una niña de doce años. Su hermana se acercaba de noche a su cuarto, andando de puntillas para no ser observada, y, en vez de hallarle descansando, le veía de hinojos ante el crucifijo que le habían puesto junto a la cama.

En la casa de Puyoo había hombres muy buenos, otros muy sabios, algunos listos y traviesos, y todos se hacían lenguas de la virtud de Luis y de aquel santo odio de sí mismo, que parece, a pesar de todas las declamaciones, forma un tanto anticuada de la edificación. Sin embargo, la misma tendencia de la devoción moderna a reconciliarse con el buen comer y el mejor dormir, hacía más admirable las abstinencias y el voluntario martirio del hijo del marqués. Su fama era grande en toda la Compañía: se hablaba de él en Roma.

Vivía en estado de taciturna tranquilidad, y, a pesar del gran cariño que tenía a sus padres, había logrado, a fuerza de horribles luchas con su memoria, no pensar en ellos, para que cosa ninguna le pudiera apartar de la presencia continua de Dios, fin perpetuo de sus ansias y martirios. Al par que su santidad, descollaba su ingenio en el estudio, siendo tan agudo y peregrino, que en poco tiempo dominó la Filosofía y la Teología y supo defender conclusiones con tanto despejo, que los ergotistas más hábiles se quedaron pasmados. Pero esto mismo fué ocasión de gran desasosiego para su alma, porque el verse elogiado mortificaba su humildad, hasta que, temeroso de que su amor propio se despertara con las alabanzas, se fingió torpe. Su anhelo era que en la cátedra se le considerase como el último de los escolares. Sólo ante el riguroso mandato del superior renunció a hacer escrúpulos de sus talentos. A los superiores obedecía, y observaba las reglas con prolijidad extremada: llegó a dominar de tal modo sus sentidos, que, al fin, parecía no poseerlos, y su oído torpe y sus ojos, siempre fijos en el suelo, no se enteraban de nada. Pasaban las personas a su lado sin que las viera. Había hecho voto de no mirar jamás a la cara a ninguna mujer, como no fueran su madre y su hermana, y lo cumplía con todo rigor. Con tal sistema su alma debía de ser de una pureza ejemplar, casi, casi, como la pureza del ser que no ha nacido.

Cuando los médicos anunciaron la terrible enfermedad, aseguró sentir inmenso gozo, y se alegró tanto con la idea de padecer mucho y morir padeciendo, que hizo escrúpulo de aquel contento, y preguntó al padre director si habría pecado en regocijarse tanto con la certeza de morir, y si esto sería un artificio de la vanidad. Tranquilizado sobre punto tan difícil, observaba su mal y aumentábalo a escondidas de los superiores con privaciones y una guerra oculta declarada a toda medicina. La resolución de enviarle a su casa, cuando la muerte parecía segura, le afligió al principio; pero después tuvo una idea, un plan, y se dejó conducir a Madrid y enjaular en los lujosos aposentos que le parecían la proyección externa de su propio mal, horrible, demoníaco, nauseabundo.

Y, no obstante, él, contraviniendo las leyes naturales, cuidaba su enfermedad como se cuida una flor para que crezca; alimentaba aquella bestia inmunda que

se lo comía, y gozaba al sentir chupado y mascullado su miserable cuerpo, que no era para él más que un estorbo. Solía decir: «El mundo no es más que un fétido callejón, donde la sociedad se agita con delirio carnavalesco. Estamos condenados a pasarlo vestidos con la repugnante máscara de nuestro cuerpo. Bienaventurados los que lo pasan pronto y pueden arrojar, al fin, la máscara para presentarse limpios ante Dios.»

Este era el varón angelical, ésta el alma inflamada, loca, en que todo era fe y desprecio del mundo, de tal modo, que ella sola bastara a dar a nuestro siglo lo que aún le falta: un santo, si el siglo no pareciese dispuesto a romper la turquesa de las canonizaciones. Verdad que a Luis le faltaba el milagro; pero ¿quién sabe si había hecho alguno y lo callaba, siguiendo su santa costumbre de escrupulizar su amor propio?

Alguien dijo que aquella santidad no era más que un papel bien representado; pero esto carecía de fundamento. Más cerca de lo cierto andaba quien dijo que la santidad, como la caballería, tiene sus quijotes. En Luis todo era buena fe. Si engañaba a alguien, era a sí mismo. No podía negársele grandeza y heroísmo. Ninguno de los muchachos seminaristas que en todo tiempo han tratado de imitar a San Luis Gonzaga—porque esto ha sido una verdadera monomanía entre la juventud clerical—adelantó a Tellería en el esmero de la copia. Pero no se puede imitar lo inimitable; y ¿de qué vale un remedo puntual de las acciones y de las palabras, descuidando, quizá, la asimilación de lo esencial?

Alguien dirá que este joven es una figura de otros tiempos. Pues no es de otros, sino de éstos. Mas para verla es preciso ir a buscarla donde está, pues no es un tipo de la Puerta del Sol. El siglo XIX, el siglo enciclopédico por excelencia, tiene de esto, como tiene de todo. ¡Monstruosa síntesis de los tiempos, no se sabe adónde irá a parar, barajando con sus propias invenciones y prodigios nuevos las reliquias y curiosidades que ha conservado de aquel atrás remoto!

XIX

LA MARQUESA SE VA A LA MÚSICA

La casa de León estaba al nordeste de la villa, mirando, por un lado, al Madrid flamante, poblado de casas alegres y de frescos jardines; por el otro, a las vastas soledades polvorientas. La capital de España tiene límites marcados por el lápiz de sus arquitectos; no se disuelve en el campo, ni tiene la zona mitad agrícola, mitad urbana, que nos lleva, insensiblemente, del bullicio de una ciudad al sosiego de las aldeas. El apelmazado caserío termina en seco, bruscamente, y ninguna casa se atreve a separarse ni ir sola más allá por miedo al sol, al frío y a los ladrones. Nos ha parecido a veces el reposo de una gran caravana que, al caer de la tarde, ha de levantarse y partir sin volver los ojos para ver el sitio que ocupó.

Desde la parte oriental del hotel se veía aquel triste paisaje de lomas manchegas, en invierno ligeramente teñidas de un verde vergonzante; en verano, amarillas, pardas, cenicientas, resguñadas por arados que no aran, barridas por vientos que se revuelcan en las sinuosidades del terreno, levantando polvo y arrojándoselo a la cara unos a otros. Algo rompe la regularidad desesperante: aquí hay un tejar donde se ven masas de ladrillo que humean; allá, un casa solitaria y aburrida, que, si algo demuestra, es el asombro de hallarse donde se halla. Al amparo del tejar vense chozas de adobes y esteras, obras arquitectónicas de que se reirían las golondrinas, los topos y los castores, y al amparo de estas guaridas de puntapié, los especuladores de la basura analizan la recolección de la mañana, hurgando en los montones de trapos, barreduras, papeles, restos mil de lo que diariamente le sobra a una gran ciudad. No lejos de allí juegan algunos chicos medio desnudos, cuyos cuerpos morenos y curtidos se confunden con el terruño. Parece que acaban de salir de una grieta, y que por ella se han de volver a escurrir, graciosos, blasfemantes, mal criados, revelando en su inocencia desvergonzada al ángel y al gitano, en una misma pieza todavía.

Por allí vagan, después de hocicar en los montones arriba citados, perros le-

prosos que no desdeñan una pantorrilla si se les ofrece, gallinas flacas que por abril o mayo pasean sus manadas de pollos y les enseñan los primeros rudimentos del *modus vivendi*. A trechos se halla alguno que otro charco de agua verde, donde el cielo se mira estupefacto de verse de color de cieno, y las negras caravanas de hormigas cruzan el terreno en todas direcciones, llevándose a rastras lo que merodean en algún campo mal sembrado. Por las mañanas óyese en estas soledades manchegas un cencerreo delicioso: son los rebaños de ovejas que van de Vallehermoso al Abroñigal, y que vuelven al caer de la tarde, salpicando con notas melancólicas el dulce silencio del crepúsculo. También pasan, meditabundas, burras de leche, que, al despuntar el sol, llaman con su áspera esquila a la puerta del tísico.

Este paisaje, seco, huraño, esquivo, con cierto ceño adusto de encrucijada de asesinatos, con no sé qué displicente aspecto de cementerio abandonado: paisaje que, en vez de llamar, detiene, y con su mirar glacial y amarillo suspende el paso del viajero e infunde cierto pavor dantesco en el corazón, es cosa muy distinta cuando llega la noche y, calmado el viento, se difunde un sosiego misterioso por toda la esfera y se levanta el indescriptible monumento de los cielos poblados de estrellas. Es tan alta aquí la bóveda azul, que el pensamiento y la mirada llegan como jadeantes hasta ella. No se puede mirar sin contener la respiración ese firmamento sin igual que se posa sobre esta gran estepa de Castilla, como la vida espiritual surgiendo sobre la aridez del ascetismo. Hay tierras que tienen su paisaje en las lindas praderas y en los bosques y ríos, graciosamente sombreados por un cielo algodonáceo. Madrid tiene su paisaje arriba, en los inmensos espacios empedrados de mundos. Desde la casa de León veíase, al anochecer, la faja luminosa que deja el sol en el horizonte; la hermosa sencillez y unidad del suelo, que trae al pensamiento los lugares de Oriente, donde han pasado los hechos grandes de la Historia; más tarde, la sucesiva aparición de los soles remotos, como si cada cual fuera a tomar su sitio y se encendiesen poco a poco; la inmensa redondez aparente del cielo, en cuya curva parece que algunas estrellas suben animosas y otras bajan cansadas; la extraordinaria vibración de aquéllas, que crecen y menguan temblando; la atención profunda de las mayores, que con un rayo solo de su mirada abarcan toda la inmensidad; la graciosa indecisión de éstas, la adusta serenidad de otras que fulguran ceñudas; la grandiosa pereza de la vía láctea, tendida sin fin, y abajo, las masas planas de la tierra sin accidentes, sin ruido, sin alturas, sin árboles, sin agua, imagen yacente de la Humanidad, que, dormida o muerta, sueña en la oscuridad de su cerebro con los infinitos esplendores de arriba.

—María, dame tu mano; quiero salir al jardín para ver el cielo—decía Luis Gonzaga a su hermana.

Finalizaba julio y el calor era sofocante. En el jardín había puesto León un sillón de mimbres para que el enfermo gozara del bello aspecto de la noche hasta la hora en que empezaba a soplar el viento del Guadarrama. Los cuatro formaban grupo. El enfermo apenas hablaba delante de León; pero cuando éste se iba, hablaba con ardor y elocuencia de la belleza del cielo, del gozo que experimentaba con su próxima muerte y de la bondad de Dios. En julio había tenido la enfermedad no pocas alternativas: hubo días en que se creyó que Luis se acababa; pero después vinieron otros y aun semanas enteras de tan visible mejoría, que la marquesa llegó a tener alguna esperanza. Los médicos, sin embargo, no permitían que la familia se forjara ilusiones, y decían a León: «Si no hay milagro de Dios, se va para el caer de la hoja.»

Aquella noche—nos referimos a la noche en que dijo las palabras escritas más arriba—parecía mejorado, y sus facciones tomaban tinte extraño de animación y alegría, correspondiendo a esto una verbosidad más rápida y ardiente que de costumbre, excepto cuando León se acercaba. Hallándose todos en el jardín, detúvose un coche en la verja y oyéronse las voces de la marquesa de Ríoponce y su hija, que venían a buscar a la de Tellería para llevarla a los Jardines del Retiro. Más de una vez recibiera Milagros la misma invitación; pero se había excusado de aceptar, fundándose en la enfermedad de su hijo.

Verdaderamente no tenía gusto para

nada... ¿Cómo podía disfrutar de placer alguno ante el triste espectáculo que en su casa quedaba?... ¡Oh! Sus amigas la perdonarían; sus amigas no insistirían en llevarla a fiestas, y comprenderían que no debía ni podía ir... Había hecho el sacrificio de quedarse en este horno por estar al lado de su hijo... Había hecho el sacrificio de trasladarse a la casa de León, que era un destierro, un verdadero destierro... Su corazón de madre no vacilaba ante ningún sacrificio... ¡Pero ir a espectáculos, presentarse en los Jardines cuando todo el mundo sabía que el pobre Luis seguía padeciendo!... Verdad es que estaba mejor, mucho mejor; no había más que verle la cara; pero, a pesar de esta mejoría, ella, la infeliz, la atribulada madre, no podía pensar en diversiones ni en música... Y no es que su pobre espíritu no necesitase algún esparcimiento... Bien conocía ella que sí lo necesitaba; y ¿qué solaz más puro que un poco de buena música?... Pero no podía decidirse, no. Hallábase encadenada por su tristeza, y encariñada con ella en tal manera, que no se podía desligar de sus fatales brazos, y, padeciendo como padecía, la misma pena la sujetaba con fuerte lazo a la persona de su querido enfermito.

A estas razones, la de Rioponce contestaba con otras; que el pensamiento humano y el lenguaje suministran infinito caudal de razones para todos los casos de la vida. Era evidente, como la luz del día, que Luis Gonzaga estaba mejor, ¿qué mejor?, fuera de peligro... Lo anunciaban su faz animada, sus ojos llenos de serenidad, el desembarazo con que por el jardín paseaba y el tono festivo de su voz pronunciando a menudo palabras alegres... ¡Oh! Sin género de duda, la marquesa podía salir, podía ir al Retiro. ¿Por qué no? ¿No debía ella mirar también por su salud? ¿Era acaso prudente dejarse dominar por una tristeza infundada? Los mismos altos deberes que estaba cumpliendo heroicamente junto a su hijo exigían de ella el cuidado de su propia salud para poder continuar en su gloriosa faena de solicitud y de cariño. Dios no exigía tampoco una abnegación extremada, antihigiénica, y gustaba de que en la corona de espinas del sacrificio se introdujera de cuando en cuando alguna florecilla. Este razonar habilidoso y la querencia del festejo que hacía palpitar su corazón matritense, decidieron a la pobre Milagros. Pero los inconvenientes surgían a cada instante. Además de que no tenía gana, absolutamente ninguna gana de ir, érale preciso vestirse, para lo cual tendría que ir a su casa.

¡Qué tontería! ¡Si estaba bien, perfectamente bien, así! No necesitaba más. Tenía el singular don de estar siempre bien, y aquella noche, fuerza era confesarlo, se había puesto elegantísima, cual si su corazón presagiara un fausto suceso. Por último, los ruegos de su hijo la decidieron, bien a pesar suyo.

—Iré nada más que por darte gusto, hijo mío—dijo con mucho cariño.

Luis arrancó dos rosas del rosal más cercano y se las dió a su madre para que se las pusiera en el seno.

—Ya sé que te gusta esta clase de adorno, que es el más sencillo—le dijo, sonriendo.

—No voy más que por no desairar a Rosa—añadió la madre—y por complacerte a ti. Yo soy de tu escuela, querido hijo: obediencia y hacer alguna vez lo que no nos agrada. Adiós.

—Adiós, mamá.

Poco después, el coche de la de Rioponce se alejaba, arrastrando a la marquesa hacia aquel resplandor de luces de gas que iluminaba la neblina formada por el polvo de los paseos y las evaporaciones caniculares.

XX

UN DRAMA VIEJO, VIEJÍSIMO

—Mi querida María, ¿estamos solos? —dijo Luis, estrechando contra su pecho las manos de su hermana.

—No—replicó ella con desasosiego, mirando una sombra oscura que avanzaba del otro lado del jardín—: allá está... Viene.

Después de observar un rato, añadió:

—Pero se ha vuelto; se pasea... Parece que no se atreve a acercarse..., parece que te tiene miedo, Luis, y, si no miedo, respeto... Su conciencia no podrá estar serena delante de ti.

—No seas tonta... ¡Respeto a mí..., a mí, que soy una miserable criatura!... Además, los hombres como tu marido

no respetan nada ni a nadie. En su interior hará burla de nosotros.

—Eso sí que no—dijo María con firmeza—. Yo te aseguro que no se burla de nosotros. León es bueno, y si creyera, si creyera. ¡Dios mío!... ¿Ves? Ahora parece que vuelve otra vez; pero se retira.

—Está triste—dijo Luis, observando la sombra que allá lejos vagaba lentamente como alma en pena—. Parece que una gran desgracia le abruma, y, sin embargo, tiene salud, es rico, posee todos los bienes del mundo. Mírame a mí, enfermo, muriéndome, desligado de todo, pobre y olvidado, y, sin embargo, estoy alegre; mi alma siente esta noche una calma dulce y un placer..., no sé cómo decirlo: es como si una mano suave y blanda la levantara en los aires.

Después, acercando el rostro al de su hermana y mirándola a los ojos, le dijo:

—Hermana querida, yo me voy a morir.

—Por Dios, no digas eso, hermano. Si estás mejor, si te curarás...

—No me gusta oír en tu boca los necios consuelos propios de los médicos y de los que carecen de verdadero espíritu cristiano. Yo me muero y estoy alegre de morirme. Esta mañana, cuando oí misa, parecióme que una voz celeste me anunciaba mi próximo fin. Desde entonces nació en mi alma este júbilo que ahora siento. Todos mis pensamientos hoy han sido de gozo y felicitación por el bien que anhelo. He entonado un Tedeum, y me he alegrado tanto, tanto, que al fin he temido que este excesivo contento escondiese algo de amor propio y ofendiese a Dios.

—No te morirás, no te morirás—dijo María, acariciándole la cabeza.

—Tu alma, contaminada del mundo, no comprende la deliciosa vida del morir. Entiendes las palabras en ese sentido estúpido que les da el Diccionario y la conversación de los pecadores. Regocíjate por mi muerte, mujer, regocíjate como yo, y así aprenderás a desear la tuya. ¡Ay hermana mía! Un solo sentimiento empaña mi alegría, un solo interés mundano me ata todavía a mi horrible envoltura. ¿Sabes cuál es? Acerca más tu asiento al mío: no puedo alzar la voz.

Los dos sillones de mimbre se tocaron.

—Me aflige el considerar que tu preciosa alma, gemela de la mía, como tu cuerpo, se quedará aquí en peligro de ser contaminada, más contaminada de lo que ya está... Esta idea me perturba en mi última hora, y aunque espero alcanzar mucho del Señor pidiéndole por ti, no estoy tranquilo.

—¡Yo contaminarme!... ¿De qué? Tú no conoces bien mi carácter, ni el heroísmo y constancia con que defiendo mi fe, mi pobre fe pequeñita y humilde, que no es más que un reflejo de la tuya, grande y brillante como el sol. No temas por mí. Ya te dije que no hay peligro; ya te expliqué bien que, amándole como le amo, me mantengo siempre a una distancia infranqueable. El ha querido salvar este abismo. Yo lo he querido también y lo he deseado; pero, después de lo que tú me has dicho, comprendo que es imposible sin un milagro de Dios.

—No milagro, sino un acto especial de su misericordia..., y este acto debes esperarlo. Pídeselo a Dios constantemente, y al mismo tiempo no desatiendas ni un día, ni un instante, la obra querida de tu salvación. Conságrate a salvarte, María; haz de tu vida terrenal un escabel puro y simple para tu subida a los cielos; cultiva la vida interior, refuérzate con una devoción perenne, ármate de paciencia y corónate de sacrificios, porque tu situación es mala, careces de libertad, te hallas unida, por fatal error de tu juventud, a un hombre que hará esfuerzos colosales por apartarte de la única senda que lleva a la gloria eterna... De modo, hermana queridísima, que tu trabajo ha de ser doble, tus afanes inmensos, sudarás sangre, beberás hiel, sufrirás esos desgarradores martirios internos que hacen más daño que el fuego de una hoguera... ¡Pobre hermanita de mi alma!... ¡Ay!, cuando los padres me mandaron a Madrid tuve gran pena y dije: «¿A qué me mandan a ese lugar de pestilencia? ¿Por qué no me dejan morir en paz aquí?...» Ya me resignaba a obedecer, cuando un pensamiento súbito me iluminó, y pensé así: «De seguro el Señor me envía por ese camino con algún objeto piadoso.» El objeto lo vi pronto..., el objeto era que esta voz, pronta a callar para siempre, perdiendo el son vano del mundo, dijera algunas

palabras importantes a un alma bella y candorosa que el Señor tiene por suya. Bien sabe Dios que eres tú lo que más amo en la Tierra; nos criamos juntos, y nuestras inclinaciones, como nuestras caras, se parecían; a los dos nos gustaba la vida espiritual, y en la edad en que todos los niños juegan, nosotros quisimos ser martirizados. Nuestra vida en aquel adusto pueblo de Avila echó el cimiento en que luego cada cual debía edificar su piedad. Mi vocación sacerdotal preservóme al instante del contagio del mundo. Tú caíste, tú te alejaste de la senda de luz y te metiste en la oscuridad, y en la oscuridad, cuando los ojos de tu alma estaban ciegos, te casaste... ¡Y con quién! ¡No vitupero el matrimonio, que es santo también, sino tu elección! Pero los grandes gérmenes de tu alma fructificarán a pesar de todo; sí, fructificarán, hermana mía... Yo, por especial favor de Dios, he venido a morir en tus brazos; he sido mandado para que me veas y me oigas...

—¡Bendígate Dios mil veces!—exclamó María Egipciaca con efusión—. Yo creí que allá en tu santo retiro no sabías nada de lo que aquí pasaba; yo creí que ignorabas las ideas de mi marido...

—Allá lo sabemos todo. Yo conocía sus obras, sus ideas, su carácter, y tenía noticia de su exterior amable y de sus cualidades relativamente buenas... Sabía los vicios que devoran a nuestra desgraciada familia, vicios de los cuales tú y yo no debemos hacer un secreto. Nuestro pobre padre no vive como un prócer cristiano; nuestra mamá pone atención desmedida en las vanidades del mundo. Leopoldo es un joven disoluto, enfangado en la corrupción, y Gustavo, aunque defiende con brío la causa de Dios, hácelo con cierta ostentación mundana y más bien por orgullo que por el celo religioso. Los cuatro han olvidado que la hermosura, la gloria humana, las riquezas, los honores, el aplauso no sirven al fin para otra cosa que para los gusanos, que todo se lo comen, y que cuantos afanes se pasen por lo que no sea provecho del alma, son en beneficio de los mismos feos gusanos. Sólo tú te me pareces con algún carácter de santidad y virtud que descuella entre esta podredumbre; pero aun tú, con ser tan superior a los demás, no estás exenta de gran mal y expuesta también a perder tu alma.

Al decir esto se le extinguieron súbitamente las palabras en la garganta, como si una mano invisible le hubiera agarrotado.

—Me ahogo—murmuró con sordo gruñido, echando la cabeza atrás—. No puedo...

Apenas podía respirar, y su cuerpo se contrajo con dolorosas ansias.

—León, León—gritó María llena de susto.

—No es nada... No llames—dijo con mucho trabajo Luis, empezando a recobrar el uso de sus gastados pulmones—. Creí que había llegado el momento... No tardará. Dame tu mano; no te separes de mí.

Acercóse León.

—No es nada—le dijo su cuñado—. No hay que asustarse... Creí que me moría; pero no es hora, no; aún tengo algo que decir.

Los tres guardaron profundo silencio.

—Este sitio no es bueno—dijo León—. Ha estado toda la tarde abrasado por el sol, y parece un horno. ¿Quieres que te pongamos al lado del Naciente, donde está un poco más fresco?

—¡Oh! Sí..., es la parte mejor porque no se siente el bullicio de la calle ni ese vaho de ciudad populosa que aturde.

Levantóse y anduvo algunos pasos apoyado en su hermana, mientras León transportaba los dos sillones; pero antes de llegar, el enfermo se encontró súbitamente sin fuerzas, y apoyado en el brazo de María, vacilaba como un ebrio.

—¡León, León, por Dios, ven!

Sostenido entre los dos, el pobre joven ocupó su asiento en el costado oriental del jardín, y podía contemplar desde allí gran extensión de cielo estrellado dominando la estepa.

—Esto me recuerda—dijo el colegial poeta recobrando la respiración—nuestro querido páramo de Avila, aquella imagen admirable del destino del hombre, aquellas noches sublimes formadas de un suelo desierto y de un cielo fulgurante, como si quisiera representarnos un árbol misterioso del cual no se ven sino las raíces y las flores..., lo mismo que aquí, ¿ves? Las raíces, abajo; las flores, arriba; las penas, acá;

allá las corolas eternamente abiertas, exhalando el aroma de la dicha sin fin.

Calló. Oíase tan sólo su respiración fatigosa. Miraba al cielo, cual si estuviera contando las estrellas, como hacía en su niñez. María parecía rezar en silencio. León tomó el pulso a su cuñado, le tentó la frente, observóle después largo rato.

—Estoy bien—dijo Luis sin mirarle.

Poco después León se alejaba. Sus pasos hacían sonar la arena del jardín con ese rumorcillo campesino que a veces supera a la más bella música. Cuando la rápida disminución del ruido indicó que el dueño de la casa había doblado el ángulo del jardín, Luis llamó a su hermana.

—María—murmuró, sin mover la cabeza.

—¿Qué?

—Pronto, muy pronto, hermana mía, atravesará mi alma por entre esos ejércitos de estrellas que parecen estar allí para aclamar a las almas que pasan triunfantes... ¡Oh!, ¡qué puro y celestial gozo siento en mi espíritu!... ¡Si yo pudiera comunicarte este gozo, si yo pudiera hacerte comprender cuán hermoso es arrojar este fardo insoportable y volar solo, libre, hacia esa inmensidad iluminada para las eternas fiestas de los justos; volar solo, libre, sin arrojar siquiera una mirada sobre este muladar de mundo...! ¿Ves esa maravillosa arquitectura de luces? Si son tan bellas éstas, que ni siquiera merecen compararse al polvo que huellan los bienaventurados más arriba, ¿cómo serán las que coronan a María Inmaculada, allá dentro, en lo más alto, en lo más hondo, allí donde nuestra mirada no puede llegar?

—Por Dios, hermano querido—dijo María con afán—, no hables mucho, sosiégate..., estás excitado...

—Hermana, yo te hablo como el prisionero que aguarda el instante de su liberación, y tú me respondes con el lenguaje vulgar, estúpido, de los médicos... Desgraciada ilusa, ¿qué me importa a mí la salud del cuerpo? La vida del pobre insecto que pasa y se posa en nuestra cara para picarnos me importa más que la mía. Y ¿cómo quieres que haga caso de esos inútiles cuidados tuyos, cuando sé que mañana...? Sí, hermana querida: mañana, después de oír la santa misa y de recibir al Señor, daré mi adiós a la Tierra... Estoy seguro de ello, me lo dice la misma voz que tantos anuncios certeros me ha hecho en mi vida de meditaciones, y..., no lo dudes..., es una visión..., un anuncio divino... Mañana, mañana.

María estaba absorta, espantada. El rostro de su hermano era como el de un cadáver que recobrase milagrosamente la mirada y la voz.

—Oye de tal modo mis palabras—le dijo Luis, tomando sus manos—, que suenen en tus oídos mientras existas. Son las últimas exhortaciones de tu hermano moribundo y feliz, y si no tienen autoridad por mi persona, tiénenla por mi muerte, porque en todo moribundo hay algo de profeta. María, reconozco que hasta aquí has hecho algo para salvar tu alma; reconozco que has entrado en el buen camino, practicando, además de las devociones que a todos obligan, otras particulares, consagradas a la Santísima Virgen y a los santos; pero eso no basta, hermana mía; eso no es nada, mientras continúes consagrando parte de tu atención a las vanidades y engaños del mundo. Esas devociones que ahora se estilan y que permiten frecuentar los teatros y tertulias, vestirse con insultante lujo, pasear siempre en coche, fomentar la superchería y presunción, son verdaderas comedias de piedad. Reforma completamente tu vida: fuera mundo, fuera galas, fuera pompas, fuera lujoso vestir, fuera refinamientos de comodidades, fuera coches, fuera elegancia y anhelo de parecer bien.

Al decir esto, hacía con la derecha mano el gesto de arrojar las cosas que nombraba.

—Desea parecer mal—añadió con febril elocuencia el arrebatado santo y poeta—; desea que se burlen de ti; desea hasta ser calumniada; desea que te llamen ridícula, insociable; desea el olvido, el desprecio de todo el género humano. No quieras nada de aquí, para tener todo lo de allá... Juntos nacimos; así como en el vientre de nuestra madre estuvieron unidos nuestros cuerpos, estén unidas nuestras almas en la vida inmortal. Seamos gemelos de la eternidad, hermana querida. ¿Quieres serlo, quieres estar eternamente unida a mi delante de Dios, quieres que nuestros

méritos se confundan en uno y que de las alabanzas cantadas por tu boca y la mía no resulte más que un solo himno?

—Sí, sí—exclamó, sollozando, María.

Arrojóse en brazos de su hermano, que, abrasado por la fiebre, parecía delirar. También el cerebro de la mujer ardía, encendido al choque de aquel cometa flamígero que pasaba por ella en lo más crítico de su vida.

—Sí, sí—añadió, regando de ardientes lágrimas el pecho del enfermo—; quiero volar unida a ti eternamente, ser tu hermana gemela, y salvarme como tú, y tener el mismo grado de bienaventuranza que tú tengas.

—Pues bien—dijo Luis entre secas toses—: tenme siempre en tu memoria. Yo me voy; pero te queda mi espíritu, te quedan mis palabras. Oyeme bien: tu esposo, corrompido por sus ideas filosóficas y por la negación de Dios, será siempre un obstáculo terrible a tu santidad. Debes vencer este obstáculo sin faltar a los deberes que te ha impuesto el sacramento. ¡Oh!, no es posible imaginar situación más difícil. Pero creo poder señalarte el verdadero camino. Entre él y tú no puede haber jamás sino la unión exterior, y vuestras almas estarán separadas por los abismos que hay entre el creer y el no creer. Amor verdadero de esposos no puede existir entre vosotros. Pero tu piedad te impide al mismo tiempo aborrecerle. Amale, pues, con esa estimación general que merece el perjuro, según la ley de Cristo. Obedécele en todo lo que no contraríe tus hábitos de piedad. Reconociéndole dueño y señor en todo, no permitas que tu conciencia católica sea esclava de su arbitrariedad atea. No le faltes al respeto, no le injuries, y ruega a Dios por él todos los días, a todas horas, con fervor contrito, sin olvidar a nuestros padres, a nuestros hermanos, que también merecen intercedamos por ellos... El Señor no te ha concedido hijos. ¿No ves en esto una maldición echada sobre tu matrimonio? Es una maldición, sí, y al mismo tiempo, con respecto a ti, un favor especial, porque, haciéndote estéril, el Señor te demuestra bien claro que te quiere para Sí, te demuestra su deseo de que a El te consagres y le honres. Estos dos pobres gemelos tienen mucho que agradecer a la misericordia de Dios.

—Mucho que agradecer—afirmó María, dejándose arrastrar por el torbellino—; pero tú eres un santo, yo una pecadora.

—Tú serás como yo y más que yo, porque padecerás, lucharás, y tu triunfo será por esto más meritorio... No teniendo hijos, puedes consagrarte por completo al cultivo de la vida interior. Rompiendo absolutamente con el mundo, nada puedes temer, y la absoluta disconformidad en ideas que hay entre ti y tu esposo te da la completa libertad interior. Si en cosas de la vida quiere ser tu tirano, sé su esclava; pero si en cosas del alma quiere dominarte, oye sus palabras como oirías el ruido de la lluvia. Si te castiga de obra, sufre en silencio; si te abofetea, pon la otra mejilla; pero si con palabras insidiosas o con cariños diabólicos quisiera introducir en tu mente alguna idea herética, cierra tus oídos, huye de él en espíritu. Aceptando la esclavitud que te imponga, hazte libre en espíritu. Si no te permite ir a la iglesia, no vayas: suple con meditaciones constantes y oraciones solitarias muy fervorosas la falta de culto en la iglesia. Si te permite ir a ella, ve lo más que puedas, y aspira al estado de perfección que te permita recibir la Eucaristía todos los días. Si él no solicita tu compañía, no solicites tú la suya. Si él aspira a estar en todas tus acciones, haz que esté siempre yo presente en tus pensamientos. Interésate por su salvación, pero no olvides ni un instante la tuya. No le exhortes con palabras a convertirse, porque se irritará más su ateísmo, y porque los mejores argumentos serán tus virtudes y tu humildad. Por ningún caso consientas en tomar parte en saraos dentro ni fuera de tu casa, ni tengas amistades de ninguna especie. Ya que no puedes convertir tu hogar en un santo asilo, no consientas en él el menor escándalo. Una orgía o tertulia de hombres irreligiosos te autorizará para huir de tu casa. Y si algún día Dios quisiese tocar el corazón de tu infelicísimo esposo e iluminar su inteligencia: si ese hombre confesase la religión verdadera, entonces le propondrás la separación de cuerpo, para que, yendo cada cual a una casa conventual de su

sexo, consagren separadamente el resto de esta vida mortal a alcanzar la eterna.

—¡Oh hermano mío!—exclamó María con exaltación—, no puedo creer sino que Dios mismo habla por tu boca.

Luis estrechó en sus brazos la preciosa cabeza de su hermana. Después estiró el flaco cuello, y gimiendo con horrible ansia de aire, parecía que toda la vida se paraba en él. Sus ojos se revolvieron en las órbitas, cerrándose después como si los deslumbrara un resplandor insoportable. De su pecho salía un soplo ronco y seco.

—León, León—gritó María, llena de pavor.

Pero todo estaba en silencio; no se sentían pasos.

—Luis, Luis... Eso no es nada—añadió la hermana, acercando su rostro al del colegial poeta y procurando reanimarle con palabras.

Después volvió a llamar a su marido. Pero éste no se hallaba en el jardín. No se sentían voces de criados, ni otro rumor que el de la calle, donde jugaban los niños de la vecindad, y algunos ladridos de perros vagabundos que andaban por los tejares. Ni el más leve soplo de aire movía las hojas de los árboles: todo estaba quieto, con no sé qué expresión de ansiedad pavorosa. Hasta las estrellas le parecieron a María atentas y sin fulguración, cual ojos llenos de espanto. Revolvió sus miradas en derredor, y tuvo miedo al verse tan sola con su hermano, que, al parecer, se moría. Volvió a llamar, y al fin sintió los pasos de su marido, que tranquilamente llegaba.

XXI

BATIÉNDOSE CON EL ÁNGEL

El hombre a quien hemos visto casi siempre sombrío y mudo en presencia de los acontecimientos y de las personas, desempeñando con el fastidio del actor cansado, un papel pasivo hasta ahora; este hombre, que no nos ha revelado aún sino parte muy poco considerable de sus pensamientos, hallábase aquella noche más metido en sí que de costumbre. Luego que llevó el sillón del enfermo a la banda de Oriente dió la vuelta en derredor de la casa. Oyó cuchicheo de criados en la verja, y risa de fregonas y doncellas, que, sentadas tomando el fresco de la calle, recibían las galanterías de los cocheros del hotel vecino. Incomodábale aquel rumor, y siguió adelante por la calle tortuosa trazada en el césped. Sentado en un banco del costado Norte, con los ojos vueltos al cielo, permaneció largo rato, el codo en el respaldo, la nuca en la palma de la mano, el cuerpo extendido con pereza y abandono.

Era astrónomo. Buscaba algo que le distrajera de aquel dolor continuo que no dejaba respiro a su alma. ¿Qué mejor descanso que mirar al inmutable cielo, símbolo majestuoso de nuestro superior destino? El espíritu entristecido lánzase a la inmensidad de aquel mar sin orillas como a su patria natural, y goza recogiendo las incomprensibles distancias y mirando cara a cara los espantosos tamaños.

Enfrente y arriba, fija, sola, quieta, en apariencia no muy grande, presidiendo como en un trono el decurso eterno de las demás estrellas, vió León a la Polar, primera letra del libro del firmamento. Las dos Osas le hacen la corte: la pequeña rodando junto a ella; la mayor, arrastrando su magnífica cola en grandioso círculo. Casiopea, Cefeo, el Dragón, la enorme Cruz del Cisne, atrajeron sucesivamente su mirada, y por último, Vega, estrella hermosa, con centelleo melancólico y elocuente. Es tan linda que nos dan ganas de cogerla, y la cogeríamos si tuviéramos un brazo un millón trescientas treinta veces más grande que el brazo que necesitaríamos para encender nuestro cigarro en el Sol. Más hacia Occidente vió el lindo corrillo de estrellas de la Corona Boreal, que parecen darse la mano para danzar en círculo, persiguiendo siempre al hermoso Arcturus, uno de los soles más bellos y más grandes, que fulgura sereno, claro y como sonriente, con vanidad de su propia belleza. Era tarde, y mientras Arcturus declinaba hacia el Ocaso, aparecía por la derecha el Cuadrado de Pegaso, seguido de la infeliz Andrómeda, que se alarga hasta tocar a Perseo; apareció éste con la cabeza de Medusa en su mano, y después de Cabra sola en un ángulo del Cochero, sin compañía ninguna, enojada, brillando con rayos que parecen saetas, mirándonos con entrecejo resplandeciente

desde la distancia de ciento setenta billones de leguas. Su atención terrorífica emplea setenta y dos años de camino para llegar hasta nosotros. No lejos de allí vió el gracioso ramillete formado por las llorosas Pléyades, que parecen huir de los cuernos del rojo Aldebarán... León Roch calculaba por la hora el tiempo que tardaría en aparecer el soberbio Orión, la maravilla más grande de los cielos, seguido de Sirio, ante cuya magnificencia palidece toda hermosura sidérea; después recorrió la región zodiacal, buscando la coqueta Antarés, con hermosa cabeza y garras de Escorpión; se detuvo luego a determinar los sitios de las nebulosas más notables; esparció la vista por la Vía Láctea, donde tiende sus alas el Aguila y abre sus brazos la Cruz del Cisne; por un rato se anonadó ante tanta belleza, considerando lo difícil que es para los ojos profanos el considerarla como una polvareda de soles, y por fin..., se cansó de mirar al cielo. Reclamado en el fondo de su alma por cuidados de la Tierra y por una inquietud o presentimiento inexplicables, levantóse del asiento y penetró en la casa.

Pasó de una pieza a otra, y al entrar en el comedor oscuro oyó cuchicheo de voces. Eran las de su mujer y su cuñado, que hablaban en el jardín, a dos pasos de la ventana del comedor. Sentóse en una silla. Algunas palabras pronunciadas entre tos y tos llegaban a él, como el silabear quejumbroso y suspirón de María cuando rezaba de retahila. Acercándose un poco a la ventana, oyó más claramente. No era de su agrado aquella suerte de espionaje; pero una fuerza semejante a la querencia lúgubre del crimen le detuvo allí un rato. Sus aterrados ojos miraban el grupo del jardín y su rostro palidecía como el de un reo que oye su sentencia. La misma fuerza de su enojo le alejó al cabo, llevándole a vagar por la planta baja de la casa, discurriendo por las habitaciones, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas a causa del calor. Su figura pasaba, reflejándose de un espejo a otro, y se creería que éstos jugaban con ella, arrojándosela y recogiéndola. Asustáronse, al sentirle pasar, los pájaros que estaban dormidos, y las cortinas se movieron ceremoniosamente como a la entrada de un gran señor. Al fin dió con su cuerpo en el despacho que ahora servía de gabinete al pobre enfermo, y se arrojó en una butaca, dando descanso a su cabeza en las palmas de las manos. A ratos oíase un murmullo, como si hablara consigo mismo; a veces un apóstrofe cual si con otro hablara. Después se oyó una risilla de desprecio, de burla, o más bien de ira, que la ira, cuando es muy reconcentrada, suele tener erupciones humorísticas, y últimamente determinóse en él un fenómeno cerebral bastante común en los momentos en que la ira y el dolor se encuentran actuando a sus anchas sobre el individuo a solas, en parajes semioscuros y silenciosos.

Con los ojos cerrados (y esto es lo más extraño), creyó ver la propia habitación en que estaba, y se sintió a sí mismo precisamente allí donde en efecto se hallaba. Y vió enfrente una figura japonesa, negra, rígida, recortada, destacándose sobre el fondo de colores inundados de luz. El cuerpo mezquino se mantenía sentado tieso, cual si de sí mismo fuera inquisidor, y el rostro gelatinoso, cadavérico, contraído todo por el hábito de hacer continuamente los visajes del escrúpulo y de la aflicción mística, elevaba al techo los ojos de esmeralda o los paseaba con indiferencia estúpida por las paredes pobladas de acuarelas, mapas y estampas, y por el suelo cubierto de fino junco.

León había caído en la somnolencia dolorosa a que llega, después de los primeros paroxismos, una pena profundísima que, no pudiendo salir a la superficie, corre muy honda por los cauces del alma. Alguien más estaba allí. ¿Quiénes eran los que, sentados en derredor, formaban como un conclave terrible? Eran Arcturus, Aldebarán, Vega, la Cabra, Orión, la coqueta Antarés y el soberano Sirio. En su delirio vió León que él mismo se levantaba, arrebatado de coraje y violencia; que corría derecho hacia el delgado maniquí negro, que sin intimación lo asía en sus brazos, gritando:

—¡Insecto, has venido a robarme mi última esperanza! ¡Muere, pues!...

Y el insecto acogotado le dirigía una mirada de indefinible dolor, gimiendo entre los duros brazos, y su débil armazón se quebraba, crujiendo como una cáscara de nuez que se rompe.

—¿Quién te ha llamado a gobernar el hogar ajeno?—le decía León, ciego de ira y haciéndolo astillas—. ¿Quién te autoriza a quitarme lo que me pertenece?... ¿Quién eres tú?... ¿De dónde has venido con tu horrible orgullo disfrazado de virtud?... ¿De qué te vale el desollarte vivo, si no tienes verdadero espíritu de caridad?...

Y el pobre insecto expiraba con contracciones dolorosas, cerraba los ojos para siempre y parecía que sus ajados labios decían:

«Muero.»

León, poseído de una cólera delirante, le apretaba más, y la víctima menguaba entre sus brazos: ya no era más que un negro manojo de zancas secas, de manos estrujadas y un caparazón roto como el juguete de papel en manos de un niño... Pero de pronto las estrellas prorrumpen en espantosa risa y huyen, buscando cada cual su sitio en el cielo; el desbaratado cuerpecillo se deshace de los brazos asesinos, se transfigura, se engrandece, se torna de humilde en poderoso, de mezquino en fuerte; vésele alzarse y elevar la frente rodeada de luz, extender de su cuerpo negro alas esplendorosas, alzar del suelo los pies blancos y desnudos sin un grano de polvo de la tierra, y levantar el brazo formidable y musculoso, cuya mano empuña una espada de fuego.

León echa mano al cinto. También él tiene su espada de fuego y la saca, blandiéndola en el aire con amenazadora presteza.

—Menguado, ¿crees que te amo?

—¡Atrás, impío!

Y entre los dos, iluminando su bello rostro por el resplandor de las espadas, apareció María, mundanamente bella, mal veladas sus gracias voluptuosas, los ojos encendidos de amor, la boca fruncida por un mohín de mojigatería.

—¡Colegial, déjamela! ¿No ves que es mía, no ves que la amo?

—¡Atrás, impío!

.....

—¡Oh, qué necia estupidez!—exclamó León, pasándose la mano por su frente, cubierta de sudor frío y desechando la obsesión terrible.

Claramente oyó entonces la voz de su mujer, que le llamaba. Aquel «León, León», sonaba en su cerebro como una campana tocando a rebato. Levantóse, y lentamente, sin precipitación, con una parsimonia cruel y en cierto modo vengativa, se dirigió al jardín.

XXII

VENCIDO POR EL ÁNGEL

—No, no es nada—murmuró Luis Gonzaga cuando vió cerca al marido de su hermana—. Una congoja algo más fuerte que las demás. Mañana...

León le miró sin tocarle, a dos pasos de distancia, mudo, sombrío y acordándose de su pasada obsesión, tuvo miedo de sus sentimientos.

«No—dijo para sí—; no es más que antipatía, que se ahogará en lástima, porque este desgraciado se muere.»

Luis tomó la mano de su hermana, y con voz débil, incorrecta, desigual, entre solemne y festiva a causa del súbito calenturón fulminante que le devoraba, le dijo:

—El mayor peligro a que estarás expuesta será que te propondrán transacciones, acomodamientos... Prevente contra este lazo de la impiedad, que es una trampa cubierta de rosas, hija mía. No: entre el creer y el no creer no hay arreglo posible. ¿Concibes tú reconciliación entre el salvarse y el perderse para siempre? No hay término medio entre lo temporal y lo eterno. Huye de los arreglos, no cedas ni un ápice de tu firme y glorioso terreno. No se puede ser religioso a medias. El que deja de serlo por completo, ya no lo es. Nuestro Señor ha querido que esta obra admirable sea tal, que el que de ella quitase la más pequeña parte, al punto queda fuera de ella... Cuida de evitar la pérfida trampa... Es el tema predilecto del siglo, y ha lanzado más almas al infierno que la misma impiedad... Acuérdate de mí, piensa en mí, tenme presente, no olvides que he venido a salvarte, a llamarte al camino de la verdad y a morir en tus brazos para que mi memoria sea más duradera. Dios nos envió juntos al mundo, y juntos nos quiere ver, alabándole al pie de su trono de gloria. María, María...

—Sosiégate, hermano, sosiégate—dijo María aterrada y llena de angustia.

Luis abrió los ojos con viveza, y mirando a León, dijo con desvarío:

—Me parece que aquí hay alguien. María, ¿no es un hombre lo que veo?

—Es León, es mi marido... Llamemos al instante al médico... ¿No te parece, León?... Los criados, ¿dónde están?...

María corrió a llamar; pero su hermano la detuvo, asiéndole fuertemente el brazo.

—No me dejes solo...—murmuró—. Has dicho que tu marido... Dios mío, Dios mío, ¿qué idea es esta que me turba?... ¿Es escrúpulo pueril, como tantos que me han mortificado, o movimiento de la conciencia? Dime tú, ¿qué es?... ¿Está aquí León?

Marido y mujer callaron.

—¡Qué idea!... ¿Le habré ofendido? No: he dado a mi hermana los consejos que me dictaba la piedad. Dios ha hablado dentro de mí. Dios, Dios... Es escrúpulo; pero aun los escrúpulos deben atenderse. ¡Ah! ¿Está aquí el buen Paoletti?

Sus ojos extraviados se fijaban en aquel momento en León.

—Padre Paoletti, ¿habré ofendido a mi cuñado?

Después, como si hubiera oído una respuesta, añadió:

—Es verdad, no puedo haberle ofendido; y, por si le ofendí, mañana le llamaré a mi lecho de muerte y le pediré perdón. Al mismo tiempo repetiré a María las advertencias.

—Llevémosle adentro—dijo León.

—Llamemos a los criados—murmuró María, balbuciente.

El enfermo apartó los brazos de su hermana cuando se dirigían a acariciarle, y con voz torpe dijo:

—Dejadme aquí... Siéntate a mi lado.

María se sentó. Sus cabezas casi se tocaban.

—Mañana, mañana, cuando haya recibido al Señor en mi humilde morada, le entregaré mi alma... ¡Pero qué frío hace! Está nevando, ¿no es verdad?

Revolvió una mirada atónita por todo el espacio.

—No brillan las estrellas—murmuró con un ronquido—. ¡Oscura noche, precursora del día claro y grande! Mañana, hermana, mañana pediré a todos perdón y me dormiré en el seno del Señor... Si vieras qué bien me encuentro ahora..., qué dulce reposo siento... Pero me da pena... Temo que esta mejoría alargue mi vida... Yo no quiero salud, yo no quiero estar mejor, yo no quiero sino dolores, ansiedad, ahogarme, estremecerme y morir... Este bienestar que ahora... siento...

Su cabeza se fué inclinando lentamente del lado de su hermana, hasta que cayó sobre el hombro de ésta, como si le rompieran las vértebras del cuello. Cerró los ojos; de sus labios salió leve suspiro, y se murió como un pájaro que se duerme.

—Se fué—dijo León examinándole.

María abrazó a su hermano y sostuvo el cuerpo, que pesadamente se inclinaba hacia la tierra, y cuando los criados, acudiendo a las dolorosas voces del ama, trasladaron al muerto a su lecho, María le besó ardientemente, inclinando su cabeza sobre el cuerpo rígido. León, no convencido aún del fallecimiento, acudió a tocarle las sienes, el pulso, a intentar la prueba del espejo. Incorporóse María enérgicamente, y rechazando a su marido con el nervioso gesto, con los ojos llenos de terror y de lágrimas, con la voz apasionada y furibunda, exclamó:

—¡Malvado! ¡No le toques, no le toques!

SEGUNDA PARTE

I

SI EL TIEMPO LO PERMITE

El cielo estaba en revolución, ni limpio ni oscuro; por un lado, azul y risueño; por otro, ceniciento y torvo. Creeríase que en él iban a dar una gran batalla la cerrazón y la serenidad, pues una y otra se miraban desde contrapuestos horizontes, amenazándose y disputándose palmo a palmo el campo azul. El sol, neutral en esta disputa, alumbraba a ratos la tierra, y a ratos se escondía,

dejándola en glacial penumbra. Sin embargo, el gentío de la plaza de toros no temía que descargase el mal tiempo. Era una tarde, como la mayor parte de las de marzo y abril en el suelo madrileño, arisca y ventosa, pero con más amenazas que malicias, más polvo que agua, amagando mucho y no haciendo nada, antes de remojar botas, atendiendo a levantar faldas y arrebatar sombreros.

La plaza estaba llena y triste. Excepto en cortos ratos, toda ella era sombra. Más triste que nunca era entonces la alta armazón de hierro pintado de color de plomo, arquitectura industrial que no se acomoda bien con el carácter desordenado y chillón, embriagador y maleante de la fiesta española. La uniformidad de los trajes que crece de día en día, con perjuicio de la estética, daría al público el aspecto de una congregación de personas sensatas, reunidas en patriótico mitin, si no trastornaran el cuadro las voces, que ora son murmullo impaciente, ora roncos bramidos de pasión, ira, deleite, frenesí, hórrida música de aquella ópera sangrienta cuya letra o drama está en el redondel.

Los pañuelos de crespón van siendo cada vez más raros: con todo, algunas manchas rojas y amarillas mariposeaban aquel día sobre la gran mancha oscura del público, y los abanicos animaban con su constante aleteo las largas filas de hombres y mujeres. Los tendidos de sombra, y especialmente el célebre número 2, centro de muchachos alegres y bulliciosos estudiantes, presentaba un gentío espeso, con alineación apretada como la de los granos de una mazorca. Más claros los de sol, daban cabida a los inquietos grupos de la gente jornalera, a los paletos, a un centenar de gandules cuyas maneras y traje parecen la exageración más grotesca de la caricatura del torero, a infelices artesanos que van a buscar en aquella orgía de impresiones fuertes un descanso a la insulsez metódica del trabajo. La esclarecida sociedad de los mataderos, de las carnicerías, de las fábricas de curtidos, los industriales del Rastro y los mercaderes de la Cebada, hervían allí como potage en el fuego, y su murmullo, unido al cascado son de un cencerro, daba la impresión de andar por allí un animal que relinchaba coceando. Como el chisporroteo de la fritanga de sangre que está puesta a la lumbre y bulle y apesta, así salía de allí un lenguaje germanesco y nauseabundo. Lanzaba su ronca imprecación la lucha, que, insolente y procaz, se abría paso entre el gentío, dejando atrás un olor complejo de almizcle y cebolla, y el zafio ganapán a quien Naturaleza dió el empleo de lavar tripas de cerdo, porque no sirve ni servirá para otra cosa, hacía de su mano un caracol, lo ponía en la fiera boca, y por él arrojaba, con el vaho del aguardiente, un chorretazo de injurias a la Presidencia, donde, sin duda, estaba algún edil de la capital de España, el gobernador o quizá el presidente del Consejo.

La delantera de gradas ofrecía un espectáculo mejor. Allí había no pocas mantillas blancas prendidas en hermosas cabezas, donde lucían, tan propiamente cual si en ellas hubieran nacido, rosas y camelias, quier blancas como leche, quier como sangre rojas. Las entretenidas, con su aire especial, característico, y que parece un aire de familia, su lujo chillón y su belleza comúnmente provocativa, ocupaban buena porción de la vasta hilera, codeándose aquí y allí con otras hembras de virtud no ya dudosa, sino completamente juzgada. Había caras de peregrina belleza, otras que querían fingirla de impropia manera con aplicaciones de blanquete, carmín y corcho quemado. Honradas familias de la clase media se mostraban también allí, en doméstica fila que empezaba por el padre (comerciante, bolsista incipiente, jefe de negociado, contratista de tocino para los Asilos de Beneficencia, comandante de Infantería, magistrado cesante, barítono de zarzuela, agente de exhortos, habilitado de Clases pasivas, notario, profesor de piano; en fin, lo que se quiera hacer de él), y acababa con el más pequeño de los niños, alumno en San Antón, y de trecho en trecho se observaba la figura nacional de la chula rica, guapa hembra, vistosa, generalmente gorda y con cierta hinchazón de matrona romana unida a la desenvoltura de la maja castiza; orgullosa de sus ojos negros y de sus anillos, que aprietan la carne enchorizada de sus dedos; esparciendo a un lado y otro miradas altivas; queriendo dar a entender que es muy señora, que tiene mucho dinero, que su prendería de ricos muebles, o su carnicería o su casa

de préstamos son un segundo Banco Nacional, y que mientras ella viva no pasará necesidades este o el otro de aquellos feos circenses que están abajo, ya de verde y oro, ya de amaranto y plata, con los bárbaros trastos en la mano y el corazón ardiendo en heroísmo. Hay en la fofa gordura de estas mujeres y en su aspecto de hartazgo, en su mirada altiva y a veces cínica, mayormente si son tratantes en ganadería humana, un no sé qué de la depravada estampa de Vitelo, Otón o Heliogábalo; sólo que suelen perder el color al oír el *morituri te salutant.*

Tras de la delantera, cuatro grandes filas de gente modesta, dominando el género entretenido al género honrado. Mujeres equívocas, personas sencillas, feas, bonitas o insignificantes, llenaban la grada en la región de sombra. En los palcos de arriba había también mantillas blancas, algunas sobre caducas cabezas, otras en lindísimos tipos de juventud y elegancia; claveles llenos de rubor, jazmines salpicados sobre pelo, ojos negros y azules, rosas blancas, pestañas como mariposas, labios rosados, un morir voluble como el cabeceo de las florecillas agitadas por el viento, sonrisas que enseñaban dientes de marfil, y el imprescindible abaniqueo, lenguaje mudo, charla de mil colores, que es embeleso mareante en las grandes reuniones de gente española, lo mismo en los palcos de un teatro que en los balcones de las calles, cuando hay procesión o parada, cuando entra un rey o sale a relucir una Constitución nueva. Veíanse caras ajadas que a la legua revelaban el empeño de no querer parecerlo; otras fresquísimas que se escondían tras el abanico al empezar la nauseabunda suerte de varas; mucho lujo, una atmósfera de elegancia que se creería emanaba del modo de vestir, del modo de mirar, del modo especial de ser bonita o de no serlo, y que se extendía a todos los objetos, compañeros o accesorios de semejante gente, desde la flor hasta el blanquete, desde la guedeja rubia que el aire hacía temblar sobre la sien, hasta el medallón atento a las palpitaciones del seno, y el guante cuyas costuras reventaban con el aplaudir de las manecitas.

En los palcos abundaban los grupos de hombres solos, todos de negro, con los codos en la barandilla, el sombrero encasquetado; nada de resabios manolescos en el vestir, pero sí un lenguaje entre parlamentario y chulesco, do aparecían revueltas, como berzas y flores en una cesta de compra, las frases de discurso, los conceptos agudos y las *voquibles* que tienen el picor de la cantárida y la sonoridad del escupitajo. Era un lenguaje fútil y escéptico como el de quien no cree ya ni en los toros, y con la puntería de gemelos atisbando arriba y abajo, a la corrida y a las damas, coincidían comentarios brutales sobre algunas de éstas. Virtud y volapiés se confundían en una sola crítica, y llegaban juntamente al oído, como el oro y el cobre entrando juntos por la hendidura de un cepillo. Una misma boca expelía juicios técnicos sobre la brega y casi con las mismas palabras descabellaba a una familia.

Allí había hombres que en los días feriados se ocupan en hacernos leyes, y otros que diariamente nos surten de decretos y reglamentos; aristócratas empobrecidos, plebeyos llenos de dinero, ricos primogénitos de provincias, toreros recogidos, viejos bien conservados, algún extranjero curioso. Pero lo más florido de la juventud adinerada campaba en las localidades de barrera, sitio predilecto del *dilettantismo,* donde tiene su asiento un ilustre senado de señores cuyos nombres engalanan las páginas de la historia patria, de jóvenes a quienes no falta cultura ni aun talento, de periodistas que suelen mojar su pluma en la sangre abrasada del toro para escribir una especie de prosa impregnada, como la atmósfera del tendido de sol, de un heterogéneo tufillo de ajos crudos, almizcle y aguardiente.

Estaba en el circo *Sacristán,* arrogante bestia de Aleas, berrendo en negro, bien armado, de muchos pies, querencioso. Al clamor olímpico que acogió la fiereza de su primera embestida al caballo, unióse bien pronto un susurro de descontento, y todas las miradas, ¡cosa inaudita!, se apartaron del redondel, por cuya arena ensangrentada un espectro de caballo paseaba sus tripas, como la cometa sin aire pasea su rabo antes de caer en la tierra... Siguió adelante la suerte, y las gotas seguían cayendo; pero, al fin, cuando *Higadillos,* vestido de grana y oro, los trastos en

la acerada mano, brindaba delante de la Presidencia, vióse un movimiento general, una gran agitación del público. Levantábase la gente; aquí gritaban, allá gruñían, y en los tendidos oscilaban las cabezas y se entrecruzaban los brazos y zancajeaban las piernas. ¡Paso, paso, dispersión general! Horrible trueno retumbó en los aires, y al mismo tiempo, cual si se abriera una catarata en las negras nubes suspendidas sobre la plaza, empezó a caer agua, ¡pero qué agua!... Una lluvia gorda, torrencial, formidable, que azotaba con tremendos latigazos.

Espantoso fué el desorden, y la ira y el buen humor lanzaron de consuno imprecaciones y agudezas. En los tendidos, el más fuerte se abría paso a codazos y el más ligero saltaba sobre el obeso, y la mujer pedía auxilio, y el chico berreaba, y la cabeza de la chula parecía esponja, y la gorra del hombre cabeza de tritón. Abriéronse aquí y allí algunos paraguas que chocaban unos contra otros, enganchándose con sus uñas de murciélago.

En el redondel, los toreros, mojados, seguían lidiando, y el animal, acobardado y huído, no estaba de humor de bromas. El agua quería lavar y no dejar huella de sangre. Los caballos moribundos aspiraban con anhelo el aire húmedo que refrescaba su agonía. Era imposible seguir la corrida: llovían banderillas de agua; apenas se veía de un lado a otro de la plaza. Sonó de pronto el cencerro de los pacíficos cabestros, y *Sacristán*, siguiéndolos, se fué al corral.

El público, huyendo del agua como se huye de un incendio, se aglomeró en los pasillos, que no podían contenerlo, a pesar del gran desahogo del monumental circo. Las escaleras estaban obstruídas. Como nadie se atrevía a salir mientras la lluvia no cediera, la enorme crujía circular era un gran barril de sardinas mojadas. No cabía ni una cabeza más. Las mujeres sacudían sus mantones, y los hombres maldecían a las nubes, y otros pedían su dinero. ¡Qué gritos, qué risas, qué agudezas, qué patadas, qué sacudir de sombreros chorreando agua, qué de estornudos y escalofríos!

Algunos jóvenes abonados a barrera trataban de abrirse calle a codazo limpio para ganar la escalera y subir a los palcos.

—Vamos arriba—decía uno de ellos—. Creo que está León. Nos cederá su coche, y que se vaya con el ministro.

—Y si él no está nos iremos en el coche de la de Fúcar... Anda, Polito, ¿por qué te quedas atrás?

—¡Cascarones! Aguarda... ¿No ves que me ahogo? Si estoy como una sopa... Déjame que tome una pastilla de brea... ¡Qué *plancha!* ¡Qué corrida!

A duras penas, molestando a muchos y oyendo quejas, lograron subir a los palcos. También arriba era grande el jaleo, porque, como la dirección oblicua de la lluvia inundaba la mitad de los palcos de la plaza, la gente de éstos buscaba abrigo en el corredor.

—Allí está León. ¡Eh, León!—dijo Polito, acercándose a un grupo donde había diputados y algún ministro—. ¿Nos cedes tu coche?

—Sí... Tomadlo..., no me hace falta.

—¡Bravísimo! *¡Chúpate ésa!* Ya tenemos coche... Abur.

Y entre los hombres se veían señoras en parejas, en grupos, en bandadas, que esperaban el buen tiempo para tornar a sus carretelas. Allí todo era buen humor, risotadas, observaciones agudas, porque semejante público, si asiste con gozo a las corridas, no se enoja por una suspensión que tanto contraría a los de abajo. Lo imprevisto les seduce más que lo anunciado, y siempre harto de goces, anhela los cambios bruscos y las situaciones raras. Además, la lluvia no es cosa insoportable para quien tiene coche.

—¡Cómo estará esa pobre gente de los tendidos!—dijo una dama que en compañía de otra y de un señor mayor salía de su palco—. Tienen razón al pedir que se les devuelva el dinero. Han pagado asiento para ver la corrida y no para mojarse. Sin embargo, como es función de Beneficencia...

Detuviéronse luego las dos damas para contestar a los saludos de tanta y tanta gente conocida.

—¡Qué chasco!... ¡Qué corrida!... Es delicioso... ¿Y usted se va? Pues qué, ¿se ha mojado usted?... Piden que les devuelvan el dinero... ¡Cuánto se habrá alegrado *Higadillos*, que estaba muerto de miedo!... Parece que ya afloja... Pero la plaza está inundada... Yo me voy...

La dama que quería irse tocó ligeramente el brazo de un caballero que estaba en el grupo de los hombres de pro,

mucho banquero, mucho diputado, algún ministro.

—¿Vienes a comer?

—Iré—replicó León—. ¿Pero ya?... He quemado mis naves... Me he quedado sin coche.

—Ven con nosotras—dijo la dama, tomando el brazo que le ofrecía León—. Yo no tengo paciencia para esperar más.

—Llueve mucho... Será preciso esperar a la puerta, y el turno de los coches será largo.

—No importa. Vámonos.

La otra dama los seguía, tomando el brazo del galán viejo.

—Yo te hacía en Suertebella. Como me dijiste que no venías hasta la semana que entra...

—He venido esta tarde, porque me escribió papá anunciándome su llegada con un banquero francés, y es preciso disponer algunas cosas en la casa.

—Cuando te vi en el palco pensé ir a saludarte y a preguntarte si has tenido noticias de Federico.

—¿Yo?—dijo la dama con sorpresa y disgusto—. A mí no me escribe ni puede escribirme. Por sus primos sé que pensaba salir de Cuba para ir... qué sé yo adónde... ¡Oh!, no irá a buena parte.

—Y tu niña, ¿cómo está?

—No he querido traerla..., la he dejado allá..., ¡alma mía!, no anda bien, hace días que está delicadilla... ¿Cuándo vas a verla? ¡Cuánto deseo volverme allá! No puedo estar separada de ella... No estaría yo aquí hoy si papá no me hubiera hecho este encargo fastidioso. Vamos a tener en casa una especie de asamblea de banqueros... Ya sabes tú... Es para eso del empréstito nacional. Don Joaquín Onésimo te lo explicará...; pero más vale que no le digas nada—aquí bajó la voz para que no la oyese el galán viejo, que dando el brazo a la otra dama, los seguía de cerca—, más vale que no le digas nada, porque nos mareará hablando de la Deuda pública, de la materia imponible y de la amortización de bonos. Ese hombre es un Diluvio administrativo. Papá me ha encargado que le obsequie mucho. Esta noche comeremos los cuatro solos..., casi en familia. No quiero ruido. Acostumbrada a vivir en Suertebella con mi hija, la sociedad me fastida y me pone mala.

Con gran trabajo abriéronse camino las dos parejas. La multitud mojada que espera la conclusión del llover no gusta de abrir paso a los afortunados que van en busca de su coche.

—Permitan, señores... ¿Hace usted el favor...?

Cada súplica de éstas les permitía avanzar unos cuantos pasos. Una vez en el ancho atrio mudéjar de la plaza, respiraron como el que concluye un largo y molesto viaje. Allí muchas personas impacientes veían el gotear incesante de los ladrillos del alero y alargaban la mano para ver si disminuía el temporal. Unos se arriesgaban con paraguas, otros corrían a los ómnibus. Los coches de lujo aguardaban a sus amos. El de Pepa tomó a las dos señoras y a los dos caballeros, y rodó salpicando barro por la ancha calzada que empalma con la carretera de Aragón. Poco después entraba en el jardín del palacio de Fúcar y en seguida en el vestíbulo cubierto. Era un gran recinto con columnas de escayola y dos enormes candelabros vestidos con fundas, que más que candelabros parecían frailes cartujos. Dejando a un lado la gran escalera de honor, larga y oscura, los señores entraron en las magníficas habitaciones del piso bajo, que eran las destinadas a la vida. Lo alto, es decir, lo más ventilado, lo más alegre, lo más claro, lo más suntuoso y rico, pertenecía al público de las grandes recepciones. Así lo manda la vanidad, gobernadora, de la higiene.

II

MEMORIAS.—TRISTEZAS

Aquella noche sólo se sentaron a la mesa, como Pepa dijo, cuatro personas. Gozosa de verse entre amigos, que además de ser buenos eran pocos, la hija del millonario demostró graciosa y discretamente su alegría durante el curso de la comida. Más tarde las dos parejas pasaron a las salas hermosas de aquella parte del palacio donde tenían su asiento las reuniones de confianza. Allí había juntado Pepa a las raras maravillas de arte mil cachivaches de exportación francesa, aliando lo magnífico con lo bonito y lo bello con lo nuevo, tan bien dispuesto todo para mover a sorpresa o a gozo, que no lo presentara mejor el

mismo palacio del capricho. La tertulia en cuarteto se prolongó hasta la hora en que la condesa de Vera se despidió para irse al teatro Real, adonde quiso acompañarla don Joaquín Onésimo. Los otros dos se quedaron solos.

Sentados en un diván rojo al pie de un cuadrito de género, que representaba inmundo muladar poblado de borricos y sucios gitanos—la moda ensalza hoy grandemente y compra a peso de oro esta casta de pinturas—, no lejos de un tibor japonés, que tenía por escabel pesada trípode de cabezas de elefante y por corona las hojas peludas de una begonia, estaban Pepa y León Roch. Ella muy comunicativa; él, cabizbajo y mudo.

—Lo que yo había previsto sucedió —decía Pepa—. Federico, lejos de enmendarse en la Habana, fué de mal en peor. Bien se lo decía yo a papá. Si aquí le comprometió en negocios disparatados y de mala fe, allá, donde parece que la distancia hace peores a los hombres... Me da vergüenza decirlo: no me puedo acostumbrar a la idea de que el autor de ciertas fechorías sea mi marido. En la Habana le fué preciso esconderse y huir, porque los corresponsales de mi padre quisieron meterle en la cárcel... Cuando pienso que una locura o necedad mía, una ceguera inexplicable, una cosa que no tiene nombre, ha traído a mi casa tanta ignominia... Todas las malas mañas de mi marido se derivan del infame, del maldito hábito del juego...; pero ¿quién podría luchar con aquello que está en su sangre, en lo más profundo de su alma?... ¡Ay! —añadió después de una pausa, llevándose la mano a los ojos—, te aseguro que he pasado horas de angustia horrible y me he visto en grandes conflictos, porque tenía que ocultar a papá ciertas cosas y al mismo tiempo me precisaba contar con él para salir de las situaciones apremiantes en que Federico me ponía cuando sus pérdidas eran atroces... En fin, se ha padecido, se ha padecido bastante, señor de Roch. No creo que los corazones sean de fibra y carne y sangre, como dicen los médicos; creo que son de granito y bronce y que jamás pueden romperse, puesto que el mío no se ha roto. Tantas lágrimas han salido de aquí—volvió a llevar la mano a sus ojos chiquitos—, que pienso no tener más para cuando vuelva a ser desgraciada... ¿No se habían de acabar las rarezas y los antojos mimosos de aquellos tiempos? La realidad amansa..., vivir es aprender... ¡Dios mío, qué cara me has hecho pagar la formalidad!... Se ha padecido, se ha sufrido mucho, León. Este palacio tan alegre para los demás, está lleno para mí de tristeza. No hay en él un objeto que no tenga en sí, como estampado, un gemido mío. No hay un sitio en que no pueda decir: «Aquí lloré tal día; aquí pensé morirme de dolor.» Y si fuera a contarte todo... ¡Ah!, no acabaría nunca.

Pepa indicó con lentas ondulaciones de su mano derecha la inmensidad de cosas que podría contar a su amigo, si quisiera ser indiscreta.

—Pues cuéntamelo todo. ¿No sé ya lo más negro, no sé lo verdaderamente incomprensible, que fué tu casamiento con ese bergante de Cimarra? Que tú, enferma de la imaginación y dañada de atrofia moral, aun siendo buena, cayeras en ese error inmenso, se comprende; pero que consintiera en ello tu padre... Verdad es que cuando subió al poder el partido *verdinegro* y me hicieron a Federico gobernador de provincia, mi hombre se corrigió y parecía renegerado. Era todo lo que se llama un hombre de importancia. Luego ocupó un alto puesto en el Ministerio de Hacienda... Nadie conocía a Federico en aquel funcionario riguroso, puntual, casi catoniano. Era tal su afán de parecer hombre sesudo y de peso, que hacía reír. Yo creo que tu padre se dejó alucinar por aquella máscara... Además, el amigo Fúcar tendría negocios en Hacienda por aquellos días... Oí hablar de un empréstito sobre la sal, de la incautación de salinas... En fin, Pepa, la verdadera incauta fuiste tú, cayendo en poder de ese bandido. Tus desgracias sucesivas no me sorprendieron. ¡Cuánto te compadecí! Cuando tú te casaste yo era feliz todavía. Después... En resumen, yo conozco lo peor de tu triste historia. Si algo ignoro, no tengas reparo en contármelo.

Pepa se echó a reír. Dirigiéndose luego a su amigo con ademán de maestro que va a echar una reprimenda, le dijo:

—Pero me hace gracia tu frescura... Siempre estás «cuenta, cuenta, cuenta», y tú no me cuentas nada. Y no es por-

que falten en tu casa magníficos capítulos, y grandes dramas y hasta poemas, sino porque eres un guardador de secretos que no tiene igual. Ya sabes tú tragar, tragar amarguras sin que lo sepa nadie..., pero yo estoy muy enterada de lo que pasa en tu familia: sé que María y tú no os veis más que en la mesa, y eso no todos los días. ¡Oh!, si tú eres discreto, tu suegra no lo es; responde a todo lo que le preguntan... ¿Y Polito? Ese dice lo que hay y también lo que no hay.

León suspiró. Conteniendo la risa o dicho más propiamente, ocultándola con su abanico, Pepa dijo a su amigo:

—Tienes una familia deliciosa.

Después estuvieron los dos largo rato sin decir nada, contemplando las pintadas flores de la alfombra. En el palacio solitario y sin ruido alguno, había una atmósfera de tristeza y como de somnolencia que convidaba a la meditación. Pepa se levantó, dando algunos pasos por la estancia, como quien busca la fórmula de algo muy importante que en la mente bulle y hormiguea queriendo ser dicho. Ya sabe el lector que no era guapa; ¿para qué hemos de repetir esto, que por lo desagradable cae dentro de los dominios del silencio? Pero no hay cosa mala que no tenga algo bueno, ni mujer que no tenga algo bonito. Además, Pepa no carecía de encantos, y para algunos teníalos en grado eminente; sus ojos eran de buen efecto, resultando éste de la pequeñez combinada con la viveza y con cierta expresión sentimental y cariñosa. Lo más característico en ella era el pelo rojo y abundante y la tez blanca y clorótica, que la hacía parecer una imagen de alabastro y oro. Delgada y un poco huesuda, atenuábase este defecto con la buena proporción de miembros y con su encantadora ligereza de andares. Bajo su volubilidad de lenguaje se escondía la gravedad de su pensamiento. No parecía orgullosa, y sus maneras, algo rebeldes a la etiqueta, tenían no sé qué lenguaje de franqueza muy propicia a la amistad. En sus caprichos y excentricidades había variado tanto desde que la vimos en los baños de Iturburúa, que casi no parecía la misma. Ese gran domador que se llama la desgracia había blandido mucho su látigo sobre ella, y de tantas fierezas apenas quedaban pasajeros resabios.

Después volvió a su asiento, y durante algunos instante observó con atención respetuosa la fisonomía inteligente y melancólica del hombre que había sido su amigo de la infancia. León estaba profundamente abstraído, como un matemático que busca en insondable mar de cálculos.

—¿En qué piensas?—le dijo Pepa interpelándole repentinamente.

Necesitaríamos tres capítulos para decir lo que pensaba León en aquel instante.

—En nada—repuso con afectada indiferencia—: en miserias y farsas del mundo.

—No puedes arrancar de la memoria a tu querida mamá política—dijo Pepa riendo—. ¿No vas a sus reuniones? Las ha empezado con gran lujo al llegar la época de alivio por la muerte de Luis Gonzaga, ocurrida siete meses ha, si no me engaño. Tengo presentes las principales fechas de tu familia. No creas..., van adquiriendo fama esas reuniones.

—Ya lo creo..., adquirirán fama.

—Me dijo el conde de Vera que anteanoche les dió de cenar admirablemente... ¿Qué pensabas tú, que tus suegros no habían de dejar bien puesto el pabellón de Tellería?... Ya ves..., hay familias que no saben qué hacer del dinero...

Los dos rompieron a reír. Pasando bruscamente de la risa a la pena, León dijo:

—Deja ese tema, que me hace daño.

—Tu suegra ha encontrado la piedra filosofal—añadió Pepa, inexorable—. Debes estar orgulloso de tener en tu familia una doctora tan consumada en eso que Valera llama la Crematística... Por cierto que he sabido..., por los criados se saben cosas muy saladas..., ellos se cuentan todo unos a otros... ¡Oh!, un detalle graciosísimo. ¿Te lo cuento?

—No, por favor.

—Vamos, que te lo cuento.

—Lo adivino..., que el día de la gran cena no tenían qué comer..., que hubo un escándalo en la casa porque llegó cualquier abastecedor o confitero con una cuenta de veinte o treinta duros... Todo eso me es conocido..., es el entremés de todos los días.

—Pero no sabrás los escándalos de la de San Salomó con Gustavo en la mis-

ma casa de tus padres políticos. Me ha dicho Vera que se les ve siempre solos en un ángulo del salón, charla que charla con mimo y secreteo, con una imprudencia, con un descaro... Así lo dicen... Quizá sea calumnia. ¡Se miente tanto!...

—¡Tanto!

—¿Y qué has oído del poeta?—añadió la de Fúcar con sagaz malicia—. ¿El marqués no te ha hablado de él? Este inspirado vate, cuyos versos no hablan más que de *cándidas palomas*, de *iris de paz de la familia cristiana*, de *la cumbre del Sinaí* o de *Siná*, de *las vírgenes del Señor*, de *ansias pías*, de *azul empíreo*, del *querub tartáreo*, de *arroyos parleros* y de *la alma virtud;* este egregio poeta cristiano tiene por *Beatrice* a tu adorada suegra...

Pepa no podía contener la risa.

—Ella es la que le inspira esas cosas tan divinas, tan evangélicas, tan por lo metafísico que escribe... A mí me carga lo que no puedes figurarte. Es un tipo. Leer sus versos y después hablar con él, es como caer desde las nubes al fondo de un pozo de cieno. No hay sólo dramas en tu familia, hay también sainetes.

—Por Dios, Pepa, no me martirices —dijo León mostrando deseos de marcharse—. Ya sabes que no puedo acostumbrarme a ciertas cosas que otros ven con indiferencia cuando no pasan en su propia casa. No pasan en la mía, pero sí en la de personas que al nombrarme me llaman hijo. Esto me abruma... Yo no puedo vivir aquí. Decididamente me voy, me voy...

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Sólo me falta un pretexto; lo buscaré. Ya sé que mi destino es vivir solo, sin familia..., yo no puedo tener familia... Pues bien, viviré solo: no hay cosa mejor que la soledad...

—¿Te vas fuera de España?—preguntó Pepa, dominando su emoción.

—No sé aún...

—¿Nada te llama aquí?...

—No, no saldré de España. Parece que después de lo que ocurre en mi casa y de la soledad en que vivo, nada debiera interesarme, y sin embargo, basta que me considere ausente de Madrid para sentirme lastimado. Tengo amigos...

—Voy a proponerte un hermoso retiro —dijo Pepa con agitación—. ¿Sabes que junto a Suertebella, casi tocando a Carabanchel Alto, se alquila una casa preciosa?

—Junto a Suertebella...—murmuró León, gozando mentalmente con esta idea—. Lo pensaré; veré la casa.

—Allí puedes dedicarte al estudio. Nadie te molestará... Es tan bonito aquello..., ahora que están crecidos y verdes los trigos... ¡Si vieras cuántas amapolas...! Se ve nuestro parque, el de Vista-Alegre, y después llanadas preciosas, por donde vienen a veces las ovejas... La casa está bañada de sol y luz... Si vieras qué alegre..., y luego tan chiquitita, tan proporcionada para una sola persona... ¡Qué magnífica sala para estudiar, para andar a bofetadas con los libros y entretenerte con papeles, con apuntes, con números y para clavar alfileres a los pobres insectos!... ¡Qué bien estarás allí! Los amos de la casa son personas discretas, pacíficas, honradas..., y luego hay un silencio, un silencio, una paz...

Pepa cruzaba las manos y las apretaba mucho para expresar la intensidad de aquel silencio, de aquella paz.

—No te darán muy bien de comer; pero tú no eres gastrónomo. El día en que quieras comer bien, irás a casa. No tienes más que bajar a la corraliza, abrir una puerta..., dos pasos...

—¡Dos pasos!—dijo León, algo extático con aquella acabada pintura.

—Dos pasos, y estarás en la vaquería y después en el jardinillo donde juega Monina.

—¿Donde juega Monina?

Los dos estaban muy cerca uno de otro, y con la viveza de los ademanes, correspondiente a la animación del diálogo, sus manos daban a veces una con otra, como los pájaros que revolotean enamorándose.

—Monina quizá te haga algún ruido mientras estudias; pero tú la perdonarás, ¿no es verdad?

Al decir esto, Pepa pestañeaba mucho para evitar que se le saliese de los ojos una lágrima.

—Sí, se lo perdonaré... ¡Oh!, Pepa, te juro que tengo unas ganas de comérmela a besos...

—Hace quince días que no la ves, bandido.

—Mañana voy a verla—afirmó León,

y de su semblante irradiaba el gozo, como antes la fúnebre tristeza.

—Mañana... ¿De modo que te espero? —dijo Pepa, dejando que se inclinara suave y maquinalmente su cuerpo a medida que su codo se hundía en el cojín.

—Sí, espérame... ¿Dices que está delicada tu niña?—preguntó León algo inquieto.

Pepa iba a contestar, cuando entró apresuradamente un criado que acababa de llegar cansado y jadeante de Suertebella. Pepa le miró con terror. ¿Qué sucedía? Una cosa muy sencilla. Que la niña se había puesto repentinamente mala, muy malita.

—¡Dios mío!—exclamó la de Fúcar, saltando de su asiento—. Y yo aquí tan descuidada... Corro al instante..., el coche... Lola, mi abrigo... Lola, vamos... ¿Pero qué es?..., ¿qué ha tenido?..., ¿tos seca?..., ¿ahogo?... ¿Se ha caído?... ¿Se ha enfriado?... ¿Se ha mojado en el parque?... ¡Pobre alma mía! Un médico..., hay que avisar a Moreno sin tardanza.

—Yo me encargo de eso... Vete tú al instante—dijo León, no menos agitado que ella—. Será un aire, quizá el...

Y luego añadió con severidad:

—Ya he dicho una y mil veces que hay que tener mucho cuidado..., los criados dan a los niños cuanto se les antoja... Quién sabe si la habrán sacado sin abrigo al jardín... Vete pronto, corre, no te detengas..., yo haré que vaya en seguida Moreno Rubio. Irá en mi coche... a escape... Quizá no sea nada...

Pepa salió, y León corrió a casa del médico. No conviene pasar adelante sin declarar que entraba en el palacio de Fúcar como amigo del marqués, como amigo también leal y verdadero y honesto de Pepa. No frecuentaba sólo aquella casa: frecuentaba otras muchas, llevado por su anhelo de buscar distracción en el ameno trato social y en las amistades honradas. Pero en aquel palacio eran más largas desde algún tiempo sus visitas. ¿Por qué? Alguien habrá que conteste torpe y soezmente a esta pregunta; pero no acertará el que tal responda. En León había nacido, sin que él le diera importancia, un sentimiento excelso, divino, de intachable pureza, cuya explicación se verá más adelante.

III

MARÍA EGIPCÍACA SE VISTE DE PARDO Y NO SE LAVA LAS MANOS

Después de avisar a Moreno Rubio, que vivía en el hotel inmediato al suyo, y de rogarle encarecidamente que pasara sin pérdida de tiempo a Carabanchel, para lo cual le facilitó su coche, retiróse León a su casa resuelto a partir también para aquel sitio con la primera luz del día siguiente. Su casa estaba solitaria, triste, y en ella tomaban exagerado crecimiento las sombras de las figuras y el eco de los pasos. Soñoliento criado le abrió, y el ayuda de cámara siguióle medio dormido hasta su habitación.

—Déjame solo—dijo el amo al criado—. No me acuesto esta noche... Oye: ¿se ha recogido la señora?

—Hasta las once estaba en el oratorio... Voy a preguntarle a Rafaela.

—No..., no preguntes nada. ¿Quién ha estado aquí esta noche?

—La señora marquesa de San Joselito y doña Perfecta.

—La señora marquesa de San Joselito y doña Perfecta—repitió León como un estúpido.

—Ya se han ido, luego que acabaron de rezar.

—Bueno..., retírate. No necesito de ti esta noche.

El criado se retiró observando en su amo cierto desasosiego y la especial manera de mirar que indica el tormento de una idea fija. Pero un criado no puede consolar a su amo, ni arrancarle sus melancolías por medio del cariño o de la persuasión, y se fué. León se quedó solo, y arrojado más que sentado en un sillón, con el codo en el velador y la barba entre los dedos, medio cerrados los ojos negros como la más negra noche, pensaba..., sabe Dios en qué. Tal era su alejamiento de la vida exterior, que no sintió los tenues pasos de una figura parda que entró sin hacer ruido, y más parecida a fantasma que a mujer, avanzó hasta llegar a él. Al sentirse tocado en el hombro, al volver el rostro y verla, dió León un grito. Es que a veces el estado de nuestro ánimo hace que nos causen terror los hechos más sencillos y las caras más familiares.

—Me has asustado—murmuró.

—¡Qué extraño! ¡Asustarse de mí un hombre tan valiente, un hombre de carácter y de juicio!...—dijo María con el acento rutinario y quejumbroso que había adquirido desde algunos meses.

Vestía la señora una bata de color más bien tirando a ratón que a liebre, y de exagerada sencillez y tosquedad. Estaba algo pálida, con amarillez más propia de desaliño que de mortificación; sus bonitos pies desaparecían dentro de grosero calzado de fieltro y su cuerpo carecía de contorno y gracia. Sus hermosos cabellos se ocultaban como avergonzados bajo los pliegues de una especie de escofieta de muy desgraciada forma.

Después de mirarle un rato, María dijo severamente:

—¡Me tienes miedo!

—Sí; te tengo miedo—replicó él, apartando los ojos de su mujer y fijándolos en el suelo.

—Pues qué—dijo María, sonriendo con expresión de desdén y superioridad—, ¿tan fea me he vuelto? No creas, me gusta verte temblar delante de mí... Este es privilegio de la humildad, señor mío, de la pobre humildad que hace bajar los ojos a la soberbia.

Al concluir esta frase, María tomó una silla para sentarse. Bien porque sorprendiera un mohín de disgusto en la cara de su esposo, bien porque creyera sorprenderlo, dijo así:

—¿Te enfada que venga a molestarte? Ya lo suponía. Por lo mismo me quedo. Mi deber es antes que nada. Mi conciencia me exige que te pida cuenta del largo tiempo que estás fuera de casa. ¡Ah! León, tu conducta no es buena. Antes no eras cristiano, pero sabías guardar las apariencias; hoy ni siquiera eso.

—Tú—replicó León fríamente—haces todo lo posible para hacerme aborrecible mi casa. Tu enfado siempre que entran en ella los amigos que más quiero, unido al prurito de llenarla con personas que no son de mi agrado; tus frecuentes ausencias..., porque tú también te ausentas, y aún más que yo, para pasar el día en las iglesias; el giro que ha tomado tu carácter, pues de cariñosa y amable te has trocado en arisca y regañona, son otros tantos motivos para que yo esté aquí lo menos posible. Esta es una casa de hielo y tristeza que oprime el corazón desde que se entra en ella.

—¡Oh! ¡Qué iniquidades dices!—exclamó María mirando con unción al cielo, juntando las manos y llevándoselas a la barba.

—Créelo, mujer; yo no sé ocultar la verdad: tú has hecho de mi casa un antro solitario, árido y oscuro, y yo quiero luz, luz.

Ante la energía con que dijo esto, María se acobardó un tanto. Después, pestañeando con gran viveza como quien rompe a llorar, dijo:

—No creas que tus brutalidades apurarán mi paciencia. Hace tiempo que me hablas como si yo fuera uno de esos que discuten contigo en los clubs, en los ateneos..., qué sé yo cómo llaman eso. ¡Luz, luz! ¿Quieres luz?... Muy bien. ¡Pobre hombre! ¿Te cansa al fin la ceguera de tu ateísmo?... ¿Pues qué quiero yo darte sino luz?... ¡Y tú empeñado en que no, en que no, en que has de estar siempre ciego!... Bueno, hombre, no te apures. Muy consolador sería para mí que nos salváramos juntos; pero tú te empeñas en perderte... Por mi parte, hasta el último momento, hasta la hora de la muerte, te diré: «León, León, mira que...» ¿Te ríes? También me he acostumbrado a tus risas. Dios me da paciencia, y sabré ser mártir de tus burlas como lo soy de tu desdén y de tu enojo. Ríete de mí todo lo que quieras..., búrlate. Si no me importa, si lo deseo: si mi afán, mi anhelo constante es padecer, padecer.

—¡Padecer!—exclamó León con amargura—. No es, ciertamente, ése mi deseo; pero sí mi destino. Dios ha querido que allí donde creí encontrar paz y amor, encuentre una guerra constante, hastío y tedio. Yo esperé cargar una suave cruz, y cayó sobre mis hombros un madero horrible, que me fatiga, que me anonada, que me hunde.

—¡Y ese madero soy yo! Gracias—dijo María, no pudendo sofocar el mundano despecho que pugnaba por sobreponerse a su misticismo—. Ese madero es tu mujer, soy yo.

—Eres tú. No puedo menos de decirte las cosas claramente. Debo decírtelas.

—Pues arroja, arroja esa carga insoportable—clamó la esposa con nerviosa inquietud, colorado el semblante, animados los ojos—. ¡Te peso y no me tiras al suelo!... Pues mátame, mátame de una vez... Tengo la vocación del martirio.

León miró con desdén a su esposa, y le dijo solemnemente:

—Yo no mato... por eso.

—¿Pues por qué? Yo creo que matas por todo... No se mata sólo a puñaladas: se asesina también por disgustos.

—Si se matara a disgustos, María, ya estaría yo muerto y enterrado. Este infierno de fuego lento, este constante disputar, esta recriminación nuestra, motivada por la discordancia radical en nuestro modo de pensar sobre las cosas de la otra vida y aun de ésta, son golpes sucesivos que matan, sí, matan más que el hierro y el plomo. Y este dolor de la separación de dos seres; esto de sentir que dos almas ya casi soldadas se separan, tirando cada cual de su lado..., y esto de sentir el hueco solitario y frío allí donde estaba la forma y el calor de la persona amada, y verse solo, solo...

Profundamente conmovido, León dejó de hablar.

—De esa separación—dijo María—tienes tú la culpa, tú, por tu carácter rebelde a todo convencimiento, por tu ceguera, por tu obstinación de ateo y materialista. ¿Pues qué he hecho yo sino ofrecerte paz y unión?

—¿Qué has de ofrecer tú, si toda eres espinas, toda sequedad y dureza? ¿Qué ofreces tú sino una paz parecida a la de los sepulcros, la paz de una devoción embrutecedora, rutinaria, absurda? ¡Si en ti no hay verdaderos sentimientos, sino afanes caprichosos, una terquedad horrible y un misticismo árido y quisquilloso que excluye el amor verdadero...! No hables de paz tú, que te has revuelto contra mí, azuzándome y destrozándome el corazón con las garras de un fanatismo feroz..., porque me haces el efecto de una arpía que en vez de veneno tiene una cosa que llamas fe, y con esa fe verdaderamente diabólica me has emponzoñado.

—¡Oh!—gritó María, dándose apariencia de mártir—, insúltame a mí todo lo que quieras, pero no insultes mi fe; no blasfemes.

—Yo no blasfemo; yo digo que tú, tú sola, has hecho de nuestro matrimonio un grillete de presidiarios. ¡Tú, María, tú! Parece que no es nada, y, sin embargo, ¡qué horrible cosa! Cuando nos casamos, tú creías a tu modo, yo al mío; tú tenías tus ideas, yo las mías... Es tan grande mi respeto a la conciencia ajena, que no traté de arrancarte tu fe; te di libertad completa; jamás me opuse a tus devociones, ni aun cuando empezaron a ser exageradas y a enturbiar la alegría de mi casa. Llegó un día en que te volviste loca, y lo digo así porque no hallo mejor palabra para expresar la espantosa recrudescencia de tu mojigatería desde que murió en tus brazos, hace siete meses, aquí, en mi jardín, tu desdichado hermano, y entonces ya no fuiste mujer: fuiste un basilisco de displicencia y acritud; fuiste una inquisición en forma de mujer; no sólo me martirizabas perdiendo toda amabilidad haciéndote insoportable con tus pretensiones de santidad, sino que me perseguiste con la necia exigencia de hacer de mí un menguado beatón, un ente irrisorio. Yo procuraba apartarte de tu desvarío por medio de la persuasión; a veces hasta llegué a someterme un poco a tu ardiente capricho; pero tú pedías tanto que era imposible, imposible descender hasta esa santidad de sainete en que caíste. Llegó el momento de proceder con energía: hice esfuerzos sobrehumanos para librarte de tu propio fanatismo, y ya sabes que me fué imposible. He luchado tenazmente contigo; he empleado todos los medios, argumentos de razón, de sentimiento, hasta de fuerza: todo ha sido inútil. Tu espíritu está deplorablemente sometido a una atracción poderosa, irresistible, y vive sujeto a influencias oscuras que yo no puedo vencer. Hay en la sociedad redes subterráneas, alianzas invisibles, lazos que atacan y tijeras que rompen lazos sin que nadie lo vea. No se puede nada contra esto. Me declaro vencido, María. Mi única palabra no puede ser sino un adiós sincero, un adiós que te doy recordando que me has querido, que hemos sido felices algún tiempo. Este adiós es triste, muy triste: no hay esperanza.

María estaba tan impaciente de hablar, que antes que él concluyera dijo:

—También yo tengo mi capítulo de cargos, y de cargos tremendos. Yo fuí criada en la religión divina y me enseñaron a practicar mi fe sinceramente y con verdad. Me casé contigo, te quise, te encontré bueno y honrado, sin comprender el horrible vacío de tu alma; pero te quise y te quiero, porque mi deber es quererte y respetarte. Pronto em-

pecé a comprender que al enamorarme de ti había cedido a un afecto liviano; que mi elección había sido un desacierto; que tú eras incapaz de verdadera virtud; que mi alma corría grandísimo peligro de contaminarse; que no podíamos entendernos; que tus sabidurías eran muy sospechosas; que a tu lado y dejándome influir por ti y tus pestilentes ideas podría llegar a ser muy desgraciada y a perder mis creencias... Me puse en guardia. Reconozco que fuiste tolerante conmigo, que nunca afeaste mi devoción ni te burlaste de la fe, como has hecho más tarde. ¡Ah!, no puedes negarme que en la libertad que me dabas había cierto desprecio. ¡Sonreías de un modo cuando yo te hablaba de mis devociones!... Pero, en fin, así íbamos pasando. Un día me dije: «Soy una tonta si no le convierto. ¿Por qué no he de encender luz en esa alma apagada?» ¡Oh!, entonces me diste a entender que yo era una loca, me diste a entender que éramos locos todos los que creíamos. Tú te sonreías, te sonreías, ¡cómo te sonreías!..., y con aquella apariencia de bondad hacías burla de los dogmas sagrados. Tú me decías: «Deja las cosas como están, mujer, que cada cual se salvará como pueda.» Esto me enojaba y me hacía llorar, porque no hay más que una manera de salvarse... Llegaron después aquellos días críticos, lo que yo llamo Semana Santa de mi hermano Luis, los días de la agonía de aquel serafín, a quien Dios permitió que viniese a mi lado por unos días para dirigirme por el camino del Cielo... Veo que te irrita este recuerdo. Nacio, no puedes olvidar tu humillación en aquellos días, cuando la presencia sola de mi hermano era para ti un motivo constante de remordimientos...

León no contestó a su mujer ni con una mirada. Encontraba en ella un no sé qué de repulsivo que hacía retroceder sus ojos lo mismo que su cariño.

—... Yo también sentí entonces remordimientos, o, mejor dicho, dolor muy vivo de mis culpas, y un afán ardiente de parecerme a aquel ángel, en cuya compañía quiso Dios que yo naciera. Me consideré destinada a un fin tan glorioso como el suyo. ¡Cómo se encendió entonces mi alma con un fuego celestial, puro, muy distinto, por cierto, de estos nuestros amores! ¡Qué placeres sentí, qué músicas del Cielo oí, qué cosas imaginé, qué apariciones vi, qué ansiedades sufrí, qué afanes de ser miserable en la Tierra para ser dichosa en el Cielo! ¡Qué ardiente deseo de morirme para gozar una parte siquiera de aquel gozo santo, santo, santo, en que está deleitándose mi hermano Luis! Yo rezaba y soñaba, y mi hermano se me aparecía, no sé si en sueños o despierta, resplandeciente de dicha y hermosura; llamábame a su lado y me repetía las exhortaciones del último instante de su vida... Después, no pasa noche sin que yo sienta su voz en mis oídos... No creerás en esta elevación ni en este ensueño de mi alma, porque estás ligado a la materia y no ves más que con los ojos del cuerpo. ¡Pobre hombre! ¡Pobre puñado de barro miserable! ¡Y es lo que llama el mundo un sabio, porque se ha enterado de cuatro cosas de la Naturaleza que nada le importan a nadie! ¡Pobre y desgraciado hombre! ¡Más desgraciado aún si no tuviera quien intercediese por él, quien pidiese a Dios misericordia para él, para él, que no la merece!

—Gracias—dijo León secamente, y como su mujer se le acercara, apartó vivamente la mano para evitar el roce del vestido pardo.

El especial olor de aquella lana burda le atacaba los nervios.

—Tu ironía—declaró la esposa—no me hará retroceder ni vacilar. Sé que tu rebeldía concluirá: me lo dice una voz secreta de mi corazón; me lo dice mi Dios cuando me quedo aletargada pensando en El; me lo dice el bendito patriarca San José, que es mi amigo, mi abogado, mi patrón amantísimo, cariñosísimo y piadosísimo; me lo dice todo lo que ven mis ojos más allá, en ese cielo esplendorosísimo... Señor—añadió, elevando los ojos y cruzando las manos, cuyas uñas no tenían la refinada pulcritud de otros tiempos—, sálvale, sácale de la pestilente secta atea en que ha caído, llévalo a tu gloria, hazle aborrecer sus condenadas doctrinas.

Siguió rezando en voz baja. Tocándole luego en el hombro, le amenazó con la mano, y en voz muy baja silbó en su oído estas palabras:

—Has de venir a pedirme perdón; te arrojarás a mis pies; me has de rogar con lágrimas y suspiros que te enseñe a

rezar; te arrastrarás como yo delante de los altares llenos de polvo, sin cuidarte de que se te ensucien las manos; vivirás como yo en perpetuos escrúpulos de conciencia, creerás que una sonrisa, una mirada, una idea fugitiva son pecados; querrás abandonar todos los bienes del mundo y te deleitarás con el culto constante, con el rezar sin fatiga, con el descuido de todo lo exterior, con despreciar el esmero del cuerpo, con la penitencia... Sí, tú has de salvarte; mis santos patrones no podrán menos de hacerme este favor; intercederán con Dios, y Dios te perdonará, te llamará a sí por mi conducto... ¡Oh! ¡Qué triunfo tan grande, qué victoria!

Aquí alzó la voz, y poniéndose en medio de la estancia en actitud imponente, con la mano alzada, la mirada radiante, la cabeza erguida, exclamó:

—¡Miserable ateo, te salvarás aunque no quieras!

Mirándola salir, León callaba. El largo padecer iba haciéndole estoico. Tanto se había martillado sobre su corazón, que éste parecía convertido en insensible yunque. Después dejó caer el puño sobre el brazo del sillón con tanta fuerza, que se estremeció ligeramente el piso. Parecía decir: «Ya no más, ya no más.»

IV

EL MAYOR MONSTRUO, EL «CRUP»

Por la mañana muy temprano, León se dirigió en su coche a Carabanchel. Era el aire fresco a causa de la lluvia que no había cesado de caer en toda la noche, y el fango del suelo, como un espejo turbio, reproducía suciamente todos los objetos. Trabajadores de varias clases y carreteros que blasfemaban como señoritos (valga la inversión de los términos de este símil), transitaban por el puente y el camino, cruzándose con arrieros de Fuenlabrada y hortelanos de Leganés o Moraleja. Por allí arrojaba también Madrid, en aquel amanecer triste, algunos de sus muertos pobres, que eran llevados en hombros hacia San Justo o Santa María.

Pasado el primer Carabanchel, León traspasó la verja de una magnífica finca, situada en el segundo Carabanchel o Alto. La posesión de Suertebella es una de estas que el capital abundante y la paciencia han hecho en las proximidades de Madrid, y sostiene digna rivalidad con las célebres Vista Alegre, Montijo, Alameda de Osuna, Bedmar, en Canillejas. Tenía extenso y frondoso arbolado de olmos, acacias, gleditchias, soforas, con su gran planicie de costoso césped, donde se veían gallardas sequoias, nísperos del Japón, magnolias y otras especies exóticas; magníficas estufas llenas de fuchias y gomeros, helechos arborescentes, cactos y araucarias; corrales poblados de castas diferentes de gallináceas; cuadras donde los caballos vivían como caballeros; establos y pajarera, sin que faltase un poco de ría para pasear en barquichuelo, un tiro de pichón, gruta, estanquillo de piscicultura, hasta algo de ruinas con su imprescindible pincelada de hiedra y musgo.

El palacio, aunque construído de prisa con ladrillo y revoco, era suntuoso y elegante, sobre todo en su parte interior, donde una mano pródiga y muy ducha en elegir reunió cuanto de rico, raro y bonito producen las artes suntuarias de nuestros días. Era de planta baja, constituído por larga serie de grandes salones en fila, decorados primorosamente. Quien haya visto las viviendas de la aristocracia bancaria, comprenderá que no faltaba el salón árabe, obra delicada de Contreras, ni el japonés, ni el góticosajón, ni menos el obligado Luis XV. El marqués de Fúcar se pirraba por todo lo que fuera *carácter*, y la cosa más bella del mundo no era de su devoción si no estaba absolutamente impregnada por todos los cuatro costados de aquella calidad que hacíale decir: «¡Oh!, vean ustedes qué *carácter*.»

León atravesó uno tras otro aquellos salones anchos, solitarios, vacíos de gente, lúgubres, vestidos de seda como príncipes amortajados, y en su grandiosa capacidad parecía que alguna enorme boca bostezaba. Las alfombras, cuya blandura habrían envidiado los colchones de algunas casas, apagaban sus pasos; los ricos bronces cincelados, que todavía olían a embalaje, y el barniz de los cuadros de almoneda, reflejaban fugitivos rayos de luz, y algún reloj decía su monólogo impertinente, turbando el silencio de aquellos antros cubiertos de joyas. Vió retratos históricos que fruncían el ceño; figuras *poussinescas* de ri-

sueños colores que bailaban en los tapices con pastoril juego; Cristos de extremada amarillez cadavérica en brazos de la Madre Dolorosa; centenares de torerillos, mujerzuelas y chulos de los que crea la moderna escuela menuda de España, y que tanto gustan a los aficionados de hoy; barros graciosísimos y acuarelas representando escenas un tanto libres; gordiflonas ninfas de Rubens y flacos corceles de *turf* retratados con tanto esmero como se retrataría a Cavour o a lord Byron; preciosos gatitos de porcelana, que hacían mimos en el borde de un jarro, y jardineras sostenidas por horrendos hipopótamos, grifos o cosa semejante.

Vió también criados en cuyo semblante se pintaba la consternación, y criadas que tenían los ojos encendidos de llorar. Algunas palabras rápidas y angustiosas le pusieron al corriente de la situación. Vió después que delante de muchos santos ardían velas primorosas, tan bonitas que parecían hechas por manos de ángeles, y oyó rezos y llantos. Por último, llegó a donde estaba el centro de tanta tristeza, una cámara silenciosa, fúnebre, medio a oscuras. Se acercó, cual si en ella estuviera pasando el hecho más trascendental de la historia humana. Lo que allí pasaba era un dramita, la muerte de un ser pequeño, una catástrofe menuda de esas que no tienen ningún eco en el mundo, porque no le arrebatan ni hombre grande ni mujer útil, pero que llenan de congoja y turbación a las familias. En pos de aquella muerte no vendría orfandad, ni viudez, ni ruinas, ni herencias, ni trastornos, ni siquiera luto; no habría sino un episodio más de la eterna hecatombe de chiquillos con que la Providencia, matándolos en la puerta de la vida, llena de aflicción a las madres. Creyérase que necesita recortar todos los días a la raza humana, codiciosa de crecer demasiado.

Pepa, vestida aún con el traje que llevó a los toros, habíase arrojado en una silla, las manos cruzadas, la mirada atónita. Su desesperación silenciosa causaba vivísima pena a cuantos estaban allí, y los que no podían contenerla se salían fuera a llorar. Junto a ella estaba el lecho, tan bonito, que las hadas no lo fabricaran mejor con sus dedos maravillosos. Era como una canastilla de cañas de oro destinada a ostentar las flores más delicadas: sus cortinas blancas con lacitos de rosa y encajes eran de tanta gracia y belleza, que no las desdeñarían los ángeles para jugar al escondite entre sus pliegues. León se acercó hasta ver la cabeza de la moribunda, que hundía suavemente con su peso la almohadita llena de rizos dorados y de lágrimas.

León sintió escalofríos de pavor y como un puñal partiéndole el corazón al ver a Monina con la cara lívida y descompuesta, los labios violados, los ojos muy abiertos, pestañeantes y lacrimosos, el cuello entumecido, tirante, hinchado por el infarto de los ganglios, y padeció más al oír aquel gemido estertoroso, que no era tos ni habla, sino algo semejante a voz de ventrílocuo, una nota aguda, desgarradora, agria como chirrido de un pito en boca de un demonio y parecida a la inflexión del canto de un gallo, de donde viene, según algunos, el nombre de *crup* (crow). La vió contraerse sofocada, llevándose los dedos al cuello para clavárselos, con ansia de agujerearse para dar paso al aire que faltaba a su garganta obstruída. ¡Espectáculo horrible! La muerte de un niño por estrangulación, sin que nadie lo pueda evitar, sin que la ciencia ni el cariño materno puedan distender la invisible garra que aprieta el cuello inocente, antes blanco como lirio y ahora cárdeno como un pedazo de carne muerta; aquella vida pura, inofensiva, amorosa, angelical, que se extingue de manera trágica, con las convulsiones del criminal ahorcado y el espanto de la asfixia, es uno de los más crueles ejemplos del dolor inexorable que acompaña, como prueba o castigo, a la vida humana.

En aquella agonía sin igual, Monina volvía sus ojos acá y allá y miraba a su madre y a los criados, como pidiéndoles que le quitasen aquella cosa apretadora, aquella *pupa,* más terrible y dolorosa que todas las *pupas* posibles. ¡Bárbaro drama de la Naturaleza!

Inmensa era la desolación. Los corazones manaban sangre. Ya de tanto padecer, ni siquiera se lloraba. Por la mente de todos pasaba como relámpago infernal una idea sacrílega: la idea de que no hay, de que no puede haber Dios. León no sabía qué decir, y por un instante sus ojos, aturdidos como los de un insensato, vagaron de la hija a la madre

y se fijaron en cosas insignificantes, en el velador lleno de medicinas, en los juguetes sembrados por el suelo, muñecas sucias y sin vestir, caballos sin patas y gatos sin cola. Todos parecían tener en sus caras de pasta tanta expresión de desconsuelo como los seres vivos.

El examen de Monina y el del semblante de Moreno Rubio, que no se apartaba de allí, indicaron a León un desenlace funesto. Pepa le miró, llena de lágrimas los ojos, y con dolor profundo, sin bulla, sin declamación, pudo tartamudear esas palabras:

—¡Se me muere!

León, por decir algo, afirmó que no había motivo para tanto. Pepa añadió:

—No hay esperanza... Moreno Rubio ha dicho que no hay ya esperanza..., que ya...

No concluyó la frase, porque acometida de una congoja, derramó lágrimas sin fin.

La pena que sentía León era para él desconocida, pena grande y nueva que había estallado y caído sobre él como rayo del cielo. Había conocido a Monina algunos meses antes y encontrado en su angelical travesura placeres inefables. Esto sólo no bastaba, quizá, a explicar que le hirieran tan en lo vivo el padecer físico de una niña que no era su hija y el dolor de una madre que no era su mujer.

Para que el *crup* sea más cruel, tiene sus traidores descansos, precursores siempre de una crisis mayor, el infame afloja su dogal para que la víctima respire y vea cuán bueno es el aire, cuán dulce es la vida. Después vuelve a apretar, hasta que concluye todo. Cuando pasa un violento acceso de tos, suelen venir lo que los médicos llaman falsas mejorías. Bajo la acción del tártaro estibiado, Monina logró expulsar algo de las falsas membranas que se le habían formado en las amígdalas, en la epiglotis y en la laringe. Aliviada un tanto, respiró con holgura y movió con viveza y animación sus ojos. Movimiento general de esperanza y alegría. Pepa acudió a cubrirla y arreglar su ropa, porque con la violencia de la tos se había desabrigado. Cuando Monina vió a León, gimió con ese lloro displicente y mimoso que emplean los chicos enfermos si ven alguna persona al lado de su madre o de la enfermera que los cuida.

Es esto en ellos el lenguaje de la envidia, uno de los primeros sentimientos de la criatura en la Tierra.

—Alma mía..., es León... ¿No le quieres? Pues que se vaya. Vete de aquí, bribón.

Se oyó un débil gemido, que decía:

—*Bibón.*

—Vete, vete... Voy a castigarle. Hija mía, escupe.

Pepa le puso la mano en la boca, y Monina, cerrando los ojos, movió los labios para escupir en la mano. Después parecía delirar y decía: «Más, más, más.»

Es la palabra que nunca sueltan de la boca los chicos cuando les están enseñando un libro de estampas, o pintando muñecos, o haciéndoles algo que les entretiene. Como nunca se satisfacen, no cesan de pedir más y más. Después, siguiendo en el delirio, hizo un movimiento cuya vista produjo en todos agudísimo dolor. Fué que extendió una mano fuera de las almohadas, cerrando y abriendo el puño como cuando se amasa algo. Así saludan ellos cuando se despiden. Era un ademán de gracia que en aquel momento era un gesto trágico. Transcurrido un minuto reaparecía con más fuerza la tos seca y metálica, la estrangulación, la desesperación convulsiva de la pobre niña y el alarido agudo, semejante al canto de un gallo. El que oye aquel son, cree que una aguja candente le traspasa el cerebro. La niña se ahogaba, se moría. Pepa dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

La llevaron a su habitación. León se quedó junto a la niña. ¡Cuántas cosas pensó en un minuto, en un solo minuto! El mismo se maravillaba de que la pena que sentía fuera bastante grande para llenar por entero su alma, como si la pobre Monina representara todo lo que el mundo contiene de risueño e interesante. Después de la muerte de su padre no había notado él que su espíritu se aferrase tan fuertemente a un ser querido en el momento último. Ningún parentesco tenía con la madre ni con el padre de Monina, y, sin embargo, sentía lo mismo que si aquel morir doloroso le arrebatara algo que era suyo, muy suyo, íntimamente suyo. Sin duda, la madre y la hija se confundían en aquel sentimiento de compasión inmensa, entraña-

ble, que ocupaba su alma no dejándole hueco para ningún otro sentimiento.

Pocos meses antes del ataque del *crup* había intimado con Monina, entablado con ella esas amistades que jamás son desinteresadas por la parte menuda, pues exigen frecuentes visitas a la Mahonesa y la casa de Schropp (1). Muchas veces le aconteció abandonar quehaceres graves sólo por ir al palacio de Fúcar a jugar con la chiquilla. ¡Era tan linda, tan alegre, tan vivaracha, tan sabedora; era tan elocuente y expresiva su media lengua sin gramática!... Hacía observaciones tan agudas y mostraba tanto despejo y gracia, junto con tanta amabilidad y dulzura... De poco tiempo databa su amistad; pero en este corto período León había jugado con Monina en todos los juegos de que es capaz un hombre con barbas: habíala paseado en sus brazos; había intentado enseñarla a bien decir, a hacer limosnas, a perdonar las ofensas, a compadecer a los pobres, a no castigar a los animales, a obedecer a su mamá, a responder derechamente a las preguntas, a no llorar sin motivo. Por su parte, él se había acostumbrado a verla sonreír, y difícilmente podía pasarse ya sin aquella sonrisa. ¿Y cómo no adorar tan hermoso lucero, si él estaba rodeado de lobregueces? Monina tenía dos años y un mes; su nombre derecho era Ramona, por su abuela materna, la difunta marquesa de Fúcar. Poco a su madre se parecía, porque era muy linda, rubia, con ojos y mirar de querubín, toda seducciones la boca parlera, de cuerpo esbelto y desarrollado, inquieta y saltona como un pájaro. Aquel picoteo suyo haciendo regulares todos los verbos (con lo cual reconstruyen los chicos el lenguaje), seducía. Y si le entraba la comezón de no estar quieta en ninguna parte, circulando como mariposilla y zumbando como abeja, los ojos, mareados, no podían apartarse de ella. El juego encendía auroras en sus mejillas, la vida parecía rebosar en ella de tal modo, que hablando reía, y andando volaba, y pidiendo castigaba, y enredando decía alguna frase pasmosa, de esas frases absolutamente lógicas con que los niños asustan a los sabios.

¡Qué espantosa transformación! El término de un día había bastado para hacer de aquel conjunto hechicero de inocencia y hermosura un miserable cuerpo enfermo. Bien pronto, de la pobre Monina no quedaría en la Tierra más que un objeto marchito, un envoltorio ajado y desagradable del que se apartarían los ojos con pena... Esta idea atormentaba a León de tal modo que no podía resignarse a ella. No. Monina no debía morir: a él le hacía falta aquella preciosa vida. ¿Por qué? No sabía por qué; sólo sabía que en lo más íntimo de su ser había una fibra, un nervio, un hilo doloroso, fijo, clavado, del cual tiraba Ramona al quererse partir para el cielo. Días antes, el tal sentimiento le había parecido superficial, ligero y sin consecuencia; aquel día lo encontraba adherido con fuertes raíces, que si se rompían, ¡ay!, arrancarían un pedazo muy grande de su alma.

Pasados unos minutos de meditación, habló con el médico. La invasión de la *difteritis traqueal* era tan violenta que no había esperanzas de vida. La niña, según Moreno Rubio, no vería la luz del día siguiente. No había señales de que el tártaro determinase la acción sudorífica y detersiva; que si las hubiera, podría esperarse algo. Atento a cumplir con su deber, Moreno Rubio dispuso aplicar la disolución cáustica sobre la mucosa enferma. Un rato después se vió que el resultado era nulo.

—¿No hay otra cosa?—dijo León, que parecía un muerto.

—El mercurio en fricciones.

Allí no se descansaba un segundo. El médico inventaba, León disponía con febril actividad, y todos, el aya, las doncellas, los criados, ejecutaban con presteza. Vuelta en sí del accidente que la privara de sentido, Pepa acudió al lado de su hija. No podía estar dignamente en otra parte, sino allí, junto al gran peligro, vigilando las últimas palpitaciones de aquella vida preciosa y previniendo la sed, el desabrigo, la convulsión, y prodigando cuidados, cariños, agua, besos, auscultaciones, miradas. Se conocía en su semblante el heroico esfuerzo que necesitaba desarrollar para que su dolor de madre no entorpeciera su acción de enfermera. Atenta, cuidadosa, sin distraerse un momento, sin ocuparse de sí misma ni de cosa alguna, toda su alma estaba en el bracito que

(1) Bazar de juguetes que ya no existe.

se descubría, en el golpe de tos, en el sofoco laríngeo, en el grito desgarrador, indefinible, más trágico que todos los gritos trágicos del mundo antiguo y moderno, que a veces se aguzaba como chirrido de metales rozándose sin aceite, a veces se apagaba como un murmullo de tenues notas, como una música, como un lenguaje, como un soliloquio en sueños.

Transcurrieron horas, ¡qué horas! El día pasó como pasa un instante. Llegó la noche. Nadie tenía allí noción del tiempo. Hubo un momento en que no se oía sino un sollozar apretado y suspiros contenidos. Los corazones mugian estrujados bajo una prensa horrible. La angustia habitaba el palacio, llenándolo todo. Llenábalo también el olor de la cera ardiente delante de los santos y de la Virgen. La nena de la casa se moría. Ya ni siquiera se llevaba las manos a la garganta para arrancarse *aquello*. Iba quedando fatigada, inerte, vencida en la desesperante lucha: su cabeza hacía un triste hoyo en la almohada, cual si fuese una piedra de enorme peso, y sus manecitas no empuñaban la sábana para hacerla trizas. ¡Si al menos el infame verdugo la dejara morir tranquila...! Pero, no: aún aflojó la soga para concederle un instante de alivio. En su estado comático, Monina murmuraba: «Más.»

—Sueña que le estás dibujando muñecos—dijo Pepa, que oprimiendo el pañuelo contra su boca, como quien se aplica una mordaza, dejaba sus lágrimas correr a chorros por entre los dedos.

Monina llamó a *Tachana*, una niña con quien jugaba diariamente. Después nombró a *Guru*, hijo, como *Tachana*, del administrador de Suertebella.

Vino un nuevo ataque diftérico, que parecía ser el último por su violencia. Pepa lanzó un grito desgarrador.

—¡Se muere, se muere!

Y se arrojó sobre el cuerpo de la niña, rodeándolo con sus brazos. Presa de un delirio insensato, la madre se llevó las manos a su propia garganta y se apretó como si quisiera estrangularse. Era un movimiento natural, primario, instintivo, de la abnegación, queriendo apropiarse el mal del ser amado. Quisieron retirarla de allí; pero no fué posible arrancarla de la cabecera del lecho.

Acercóse León al médico, y le dijo al oído:

—¿Por qué no intenta usted la operación de la traqueotomía?

Moreno Rubio repuso con voz sepulcral:

—En esta edad es casi un asesinato.

—Conviene intentarlo todo, hasta el asesinato.

Parecían dos espectros secreteando al borde de sus tumbas.

—¿Usted lo quiere?

—Lo quiero.

—Consultemos a la madre.

—No es preciso: yo lo mando.

Moreno Rubio alzó los hombros. Después se retiró detrás de las cortinas del lecho, donde había una mesa.

—¡Hija de mi corazón!—exclamó Pepa—. ¿Por qué te mueres?... ¿Por qué me dejas sola, tan sola como estoy?... ¡Oh!, Dios mío, Virgen de los Dolores, ¿por qué me quitáis a mi niña, lo única que tengo?... ¡Monina, Mona!...

Diciendo esto, la madre no sospechaba lo que trataban León y el médico; no vió que tras las cortinas brillaba un acero, una herramienta lúgubre, más siniestra que el hacha del verdugo.

—¡Monina, angelito mío, serafín mío!... ¡Abre los ojitos, mírame!

Su pena rayaba ya en fiereza, y el ascua siniestra de su mirada delirante, sus labios secos, pálidos y temblorosos, el nervioso arqueo de sus brazos, todo parecía indicar esa suprema crisis del dolor que da a la madre las convulsiones de la euménide.

—¡Monina, paloma, niña mía!—prosiguió—. Yo me muero contigo; yo no quiero que te separes de mí.

Y al besarla parecía que quería devorarla.

—Pepa—le dijo León—, vamos a intentar lo último..., no te asustes.

—¡Mi hija está muerta, muerta!

Como si quisiera responderle, Monina dió un violento salto, y en un acceso de horrible tos expulsó un pedazo de falsas membranas. Después quedó otra vez inmóvil y reapareció el gemido estertoroso.

—¡Si se enfría, si está helada el alma mía!...—gritó Pepa—. Doctor, doctor.

Moreno acudió prontamente.

—Helada, no—dijo León, tocando a la niña—. Al contrario, parece que suda.

—¡Suda!—murmuró Moreno, después de una larga pausa.

Sus manos tentaban a la moribunda, y su mirada perspicaz, acostumbrada a leer las oscilaciones de la vida, se clavaba en aquélla, que después de oscilar se detenía, sin duda, para extinguirse en calma.

—Suda—volvió a decir León.

—Suda—repitió Pepa con un rugido.

Los tres callaron. Parecía que un débil rayo de esperanza había estallado en medio de aquel grupo, hiriendo al mismo tiempo los tres corazones. Pero no era posible, no.

—Abrigadla bien—dijo Moreno, brusca, imperiosamente, con voz de piloto que manda una maniobra salvadora; y sin poderse contener, soltó un terno terrible.

Seis manos arreglaron la cama de Monina con febril presteza.

León y Pepa miraban a Moreno; pero no se atrevían a preguntarle nada. Más valía dudar, que es algo parecido a esperar. El semblante del médico no indicaba nada claramente, a no ser un vago dudar también.

—¿Sigue sudando?

—¡Oh!, sí.

—¡Sí!

—¡Sigue!

—¡Ahora más!

Se observaba la ligera humedad de aquella fina piel como si de ella dependiera la continuación o la ruina del universo existente.

—Pero esto ¿no es un síntoma favorable?—dijo, al fin, León.

—Favorable es, pero aún...

—Ayudemos a la Naturaleza—dijo Pepa.

—Ella no necesita de nuestra ayuda en el caso presente...

—Pero...

—¿Será posible que...?

—¿Doctor...?

—Todavía nada, nada.

—¡Suda más!

—¡Más!

—¡Hija de mi alma!... ¡Oh! Si vivieras...

Detrás de la silla en que estaba Pepa había una imagen de la Virgen Dolorosa con dos velas encendidas. Pepa dió un salto, se arrodilló, se postró, besó el suelo. Durante un rato se overon sus gemidos sofocados contra la alfombra. Seguro de que la madre no podía oírle, Moreno acercó los labios al oído de León y le dijo:

—Si la acción detersiva sigue y llega a tomar importancia, es posible que se salve... Pero sólo hay cuatro probabilidades favorables contra noventa y seis adversas... No digamos nada a Pepa.

«¡Cuatro probabiildades!... — pensó Roch—. Ya es algo... El corazón me dice...»

Y todo su interior se sacudía con un palpitar frenético. Toda la vida humana estaba allí delante de sus ojos, pendiente de un hilo, de un soplo.

Pasó un rato. Pepa volvió junto al lecho. Saltaba de una parte a otra como leona herida. No necesitaba preguntar: bastábale ver las miradas, las actitudes. Había allí algo de extraordinario y novísimo, un como giro total en los inmensos círculos del universo. Los dos hombres estaban ansiosos, no abatidos.

—¿Qué hay?—dijo la madre.

—Esperanza—replicó León, sin poderse contener.

—Poca—balbució Moreno.

Pepa cruzó las manos, elevando al cielo una mirada de ferviente gratitud.

—No, señora, no tenga usted grandes esperanzas—dijo el médico—. Esta reacción no es todavía suficiente ni mucho menos. Puede ser una falsa mejoría, como antes... Retírese usted a descansar un momento.

—¡Yo descansar!... Descansar... ¡cuando mi hija se salve!

—Todavía...

—Suda más—murmuró Pepa, con los ojos tan abiertos que más parecía aterrada que alegre.

—Sí: suda, y mucho.

—¡Muchísimo!—exclamó la madre, cuya imaginación sobreexcitada agrandaba el fenómeno sudorífico de tal modo que la humedad de la piel de Monina le parecía un río—. ¡Si Dios quisiera, si Dios quisiera conservarme mi tesoro...!

Y se arrodilló junto a la cama. Extendía sobre la niña sus manos sin atreverse a tocarla. Apenas respiraba, temiendo que su aliento turbase aquella bendita reacción. Monina reposaba tranquila, y su respiración empezaba a suavizarse.

—¿Será posible?... Doctor...

—Nada, nada—declaró el inflexible

Moreno—. La esperanza es muy exigua todavía. Veremos si sigue...

—¡Oh!... ¡Si la Virgen Santísima se apiadara de esta pobre madre sola! León, ¿qué opinas tú?

—¡Yo!... No sé—replicó León con ansia—. No sé..., parece que me dice el corazón... Pero no me atrevo, no me atrevo. Tengo una corazonada... Quién sabe..., quién sabe... Es posible...

Pepa se comprimió la boca para no gritar de alegría.

—¡Oh!, ¡qué turbación!... ¿Vivirá?... Y si nos engañáramos..., y si nos equivocáramos... ¡Dios mío, Virgen mía!, ¿por qué me dais esperanza, si luego me habréis de dejar sin mi único tesoro, sin lo mejor de mi vida, de mi casa, de mi alma?

Dió varias vueltas como persona inquieta, desasosegada, demente, que no sabe qué hacer.

—Recemos, recemos—dijo al fin—. La Virgen me ha oído... Le rogaré más, más y más, hasta que me quede sin sentido. Recemos, León. ¿Por qué no rezas tú también?

—También rezo—replicó León, inclinando la frente.

—¿También tú, tú?... Todo el que llama con fervor y humildad será oído. ¿De qué modo rezas tú?

Y tomándole del brazo, le impulsó con energía hacia la imagen iluminada. En aquellos momentos de frenesí, la fuerza muscular de Pepa era prodigiosa.

—Como tú quieras—dijo León, que no era dueño de sí mismo.

El no se dió cuenta de cómo se dejó llevar, de cómo puso una rodilla en tierra, de cómo alzó los ojos, exclamando con voz conmovida:

—Señor, que no se muera Monina. ¡Es lo único que amo en el mundo!

¡Una niña que se muere, una madre que se desespera, un hombre que cae de rodillas y reza a su modo!... Voy creyendo que es tontería contar estas cosas que nada tienen de particular.

V

LA MADRE

¡Qué horas las de aquella noche! En ellas no pasaba nada, y, sin embargo, transcurrían llenas de interés, como los años de la Historia preñados de pasmosos acontecimientos. La excitación nerviosa de Pepa era tan grande, que parecía tocada de locura; llorando, reía, y sus palabras entrecortadas, sueltas, incoherentes, anunciaban el extraordinario desvarío de su alma, vacilante entre la desesperación y la esperanza. A veces temblaba como una vieja decrépita; a veces iba de aquí para allí como una niña que no sabe lo que hace.

Y Monina, después de expeler mayor cantidad de falsas membranas, seguía sudando copiosamente. Aquel sudor semejaba un rocío del cielo. El color amoratado de su rostro iba desapareciendo, y en sus mejillas alboreó ligero tinte rosado. Daba alegría ver cómo apuntaban las flores de la vida en aquello que había sido yermo de muerte. Su respiración era blanda, y en sus labios mudos, ligeramente dilatados, apuntaba también el capullo de la más hermosa flor de la infancia, que es la risa. No se podía verla sin esperanza: no era posible desechar aquella esperanza que se apoderaba del alma como una inspiración del cielo. Aclaraba el día cuando Moreno se volvió a Pepa y le habló así:

—Ya es hora de poder decir algo positivo.

—¿Sí?

—Mi hija...

—Pues la niña—añadió el médico, estrechando la mano de Pepa—está fuera de peligro. Una reacción sudorífica, precedida de la expulsión de las membranas, nos la ha salvado. León quería intentar la traqueotomía... La disolución cáustica, obrando sobre la mucosa, nos ha devuelto la joya que creíamos perdida.

Pepa le besaba las manos, llenándoselas de lágrimas.

—No he sido yo, señora; ha sido la Naturaleza, y el tártaro y la disolución cáustica...; en una palabra: la Naturaleza sola, o, mejor dicho, Dios solo. Ahora es tiempo de que yo descanse un poco.

Después de dar breves instrucciones, se retiró. Pepa se había quedado muda. La alegría no le permitía decir nada. Se puso a rezar y estuvo en oración más de media hora. León estaba junto al lecho, apoyada la frente en las manos. De pronto sintió una voz que le llamaba. Miró y vió a Pepa junto a él.

—¡Qué día y qué noche has pasado! —le dijo ésta—. Horas de ansiedad, de muerte y, después, de alegría. Tú no eres padre; si lo fueras, ¡bienaventurados tus hijos!... El interés que has mostrado por esta niña de una familia amiga, pero extraña, de una familia que no es la tuya...

—Ese interés es un cariño irresistible, que aun aquí no puedo explicarme. Paréceme una aberración, una locura.

—¡Locura!... Eso, no. Yo quiero que ames a mi hija. Mira, León: si vivo mil años, no olvidaré estas horas en que tanto ha padecido y trabajado mi pobre alma, y lo que menos olvidaré será aquel momento, que fué el más solemne y crítico de esta noche, y aquellas palabras que oí y que están en mi memoria como si las hubieras estampado con fuego.

—No sé qué dices.

—Ni yo tampoco—replicó la de Fúcar, inclinándose hacia León—. Creo que la alegría me ha vuelto demente... Noto en mi cerebro no sé qué aberración o desquiciamiento... Pero ¿es verdad que tengo a mi hija?... ¿Es verdad que conservo a este ángel para que me acompañe en mi soledad?

Miró a la niña, y acercándose despacio, la besó en la frente con mucho cuidado para no turbar su tranquilo sueño. Cuando se volvió hacia el amigo, éste pudo observar una extraña iluminación en los ojos de Pepa.

—Estás muy excitada—le dijo—. Debes acostarte y dormir un poco. ¡Pobre madre! Has padecido mucho desde anteanoche.

—Mucho—repitió Pepa—. He padecido mucho; pero no ha sido sólo ahora, sino antes, antes... Estoy familiarizada con el padecer.

—Cálmate... Tienes calentura.

—Pues como te decía—indicó la dama, pasando bruscamente de una indecisión sombría a una claridad sonriente—, no olvidaré jamás aquellas palabras...: «Señor, que no se muera Monina. Es lo que más amo en el mundo.» ¡Lo que más amas en el mundo!

León bajó los ojos.

—Yo agradezco mucho que quieras a mi hija de ese modo—dijo Pepa, pronta a llorar—. Al fin, no soy yo sola quien la quiere... Eres un buen amigo, amigo mío desde la infancia... Siempre te he apreciado, y ahora más que nunca... En fin, al ver el interés que has tomado por mi niña, interés verdadero, profundo; al ver esto, siento un deseo irresistible de romper un silencio que me ahoga, de quebrantar un secreto que no cabe en mí, y decirte que...

Dejó caer, desplomada, su cabeza sobre el hombro de León, y lo regó con abundantes lágrimas. El no decía nada. Sentía el peso de aquella cabeza y el calor de aquel aliento y la humedad de aquellas lágrimas, y callaba, torvo y reconcentrado en sí mismo. Parecía que la dama lloraba sobre una piedra.

Un sentimiento de dignidad o de pudor estalló súbito en el alma de Pepa. Incorporándose, ruborizada, lanzó una exclamación que parecía significar: «¿Qué estoy haciendo?... ¡Esto es un escándalo!»

—Pepa—dijo León, estrechándole cariñosamente una mano—. Tu niña se ha salvado. Yo me retiro.

En aquel momento sorprendióles una voz fresca, argentina, angelical, una voz del cielo, que gritaba:

—*Mama, mama...*

Pepa se la comió a besos. Monina resucitaba, pedía *chicha* (carne), *melutita* (merluza), *bichichi* (rosbif), *cayamelos* (caramelos), *panimiteca* (pan y manteca), todo junto, todo a un tiempo, y en gran cantidad, y después de esto, no sabiendo más nombres, pedía *cosas*. Con esta palabra comprendían los niños su insaciable deseo de posesión. Es el vocablo sintético de su codicia y de gula.

VI

EL MARQUÉS DE FÚCAR RECIBE NUEVOS FAVORES DEL CIELO

Desde entonces la enfermedad de Ramona no ofreció cuidado, y, conocido en Madrid el buen término de ella, llenóse el palacio de amigos que corrían a felicitar, como antes habían ido a compadecer. Hay gentes que viven así, felicitando y compadeciendo todo el año, y que se morirían de tedio si no hubiera muertes y bautizos, carruajes y tarjetas.

León partió a Madrid cuando los blasonados coches empezaban a entrar en el parque de Suertebella. A medio

camino volvió para advertir que no olvidaran de dar a la convaleciente una medicina que ordenó el médico. Esto le inquietaba tanto, que en todo el día no cesaba de decir para sí: «¡Si la levantarán antes de tiempo..., si no la abrigarán..., si echarán demasiado cloral en el jarabe..., si le darán golosinas...!» Aquella tarde despachó en su casa varios asuntos, hizo luego algunas visitas indispensables, y por la noche se retiró temprano. No vió a su mujer, ni su mujer hizo por verle a él. A la mañana siguiente tomó el camino de Suertebella, donde una grata sorpresa le esperaba. El marqués de Fúcar acababa de llegar acompañado de un ilustre extranjero: el barón de Soligny, el gran *Fúcar* de la nación vecina; hombre que andaba olfateando las naciones en busca de esos negocios enormes, fáciles, que nacen más espontánea y frondosamente en el seno de los pueblos desgraciados. Del mismo modo crecen ciertos árboles en los terrenos muy cargados de basura. No tardaría en venir de Madrid el señor don Joaquín Onésimo, ya marqués de Onésimo, llamado a toda prisa por Fúcar para conferenciar sobre el proyectado empréstito nacional.

León encontró al marqués muy pensativo y un si es no es preocupado, vacilando entre la tristeza y la alegría, cosa difícil de explicar, porque los negocios más arduos no alteraban jamás la pasta dulce y blanda de aquel carácter enteramente mundano. Al hablarse de la enfermedad de Monina y de su milagrosa curación, don Pedro, que amaba entrañablemente a su nieta, se mostró muy gozoso; después miró al suelo, frunciendo ligeramente el ceño; se sonrió un poco, volvió a ponerse grave, y, tomando a León por un brazo y llevándole a otro aposento, le dijo:

—Hay que preparar a Pepilla para una mala noticia.

—¿Mala noticia?

—Sí; y digo mala por..., qué sé yo por qué. Realmente, la noticia de una muerte, quienquiera que el difunto sea, es una noticia deplorable.

Y el marqués revolvió sus bolsillos llenos de papeles, o sobres de cartas, tarjetas, todo cubierto de números trazados rápidamente con lápiz en el vagón, en el hotel, en el coche.

—Aquí está el parte... Es un acontecimiento terrible: el naufragio de un vapor americano entre Puerto Cabello y Savanilla... Los periódicos de aquí no han dicho nada todavía; pero mi corresponsal de la Habana... ¿Ves el telegrama?... Vapor *City of Tampico*.

León palideció al leer.

—De modo que Pepa...

—Pchs... Silencio... Puede oír, y no está preparada. Efectivamente, mi hija se ha quedado viuda.

León Roch estaba perplejo.

—Aquí, en confianza de amigos—dijo don Pedro, acercando sus labios al oído del joven para hablarle secretamente—, aparte de lo lamentable de la catástrofe, es una suerte para mi hija y para mí. Si Federico vuelve a Europa, acaba con ella y conmigo. Parece que Dios ha querido resolver de un modo trágico y brusco la situación comprometida en que mi querida hija se puso y me puso a mí casándose con ese perdido, jugador, falsario. Aquí tienes un capricho de la niña que a todos nos salió muy caro. Mira, León: hazme el favor de cerrar esa puerta para que podamos hablar con libertad; me carga el secreteo.

León cerró la puerta.

—Usted—dijo éste—es el más a propósito para darle la noticia.

—No habrá más remedio... Entre paréntesis, no creo que el dolor de Pepa sea muy grande, ni aun creo que sea un dolor pequeño...; será más bien una sorpresa dolorosa..., menos, tal vez. Aquí entre los dos—y diciendo esto bajó mucho la voz, a pesar de estar la puerta cerrada—, yo creo que Pepa quiere a su marido lo menos que se puede querer a un marido. ¿Me entiendes tú? Puede ser que sus sentimientos hacia ese chalán de alto vuelo corran parejas con los míos, y yo no oculto a nadie que le aborrezco, que le aborrecía con todo mi corazón... Pepitinilla no derramará muchas lágrimas..., ¡qué demonio!, es muy posible que no derrame ninguna.

El marqués se frotó las manos una contra otra, como hacía siempre que remataba un gran negocio. ¡Ah! La Hacienda pública temblaba en lo profundo de sus arcas hueras cuando sentía aquel fregoteo de manos.

—Ha sido una suerte, una verdadera suerte para ella y para mí—repitió, cual si hablara consigo mismo—. La Provi-

dencia nos ha salvado... ¡Ah, vampiro! No te contentaste con saquearme en Madrid, sino que levantaste todos los fondos de mi corresponsal de la Habana. No te contentaste con falsificar aquellas letras para sacarme los treinta mil duros que tenía en Londres en casa de Fergusson Brothers, sino que, cuando te enviamos a Cuba, aún abusaste de mi nombre.... ¡Maldito, execrable juego! Pero Dios castiga... Dios no consiente que los pillos...

Con un puño cerrado machacaba en la otra mano, abierta. Después, como si volviera en sí, recordando el deber que imponían la dignidad humana y la caridad, dijo:

—Pero ha llegado el momento de perdonar. Yo perdono de todo corazón. Su castigo ha sido terrible. ¡Qué espantosos son los incendios de esos buques americanos! Después que los hacen de madera, tienen la poca aprensión de cargarlos de petróleo... Ya se ve... En el incendio y naufragio del *City of Tampico* no se salvaron más que dos grumetes y un cuáquero loco. Federico se había embarcado en él para ir a Colón con objeto de pasar a California, tierra propicia a los aventureros; había sacado de la Habana todos los fondos que tengo allí... ¡Qué sabiamente atajó la Providencia sus criminales pasos! Luego diréis los librepensadores que Dios es demasiado grande para mezclarse en nuestras miserias. Yo digo que se mezcla, yo digo que se mezcla, ¡ea!... Conviene no exagerar: no sostendré yo que Dios esté siempre atento a tanta cosilla como se le pide. Ya ves: mi hija llenó de velas de cera la casa cuando Moninilla estaba enferma... Se expidieron memoriales a todos los santos. Ya tendrían faena los de arriba si hicieran caso de las madres siempre que un chico tose o tiene calentura. Pero los grandes crímenes, las grandes estafas... ¡Oh!...

León no quiso decir nada sobre aquella donosa interpretación de los trabajos de la Providencia.

—En fin—añadió Fúcar—, bastante ha deshonrado mi nombre, bastante ha mortificado a la tontuela de mi hija... Séale la tierra ligera, séale el agua ligera... Hay una cosa que nunca he podido comprender, que siempre, siempre, será un misterio para mí.

—Lo adivino—indicó León prontamente—. El porqué se casó Pepa con Cimarra. Ella es bondadosa, tiene ingenio, sensibilidad. Federico fué siempre un perdido sin corazón, y bastaba hablar con él media hora para comprender la podredumbre y el vacío horrible de su alma.

—Exactamente... ¡Ah! Lo reconozco que eduqué mal a mi hija. Pepa ha variado mucho: lo que yo no supe hacer lo ha hecho la desgracia. Pero hace cuatro años era tan caprichosa..., en fin, tú bien la recuerdas... Verdaderamente, sin su buen corazón, sin aquel corazón de oro, mi hija hubiera sido una calamidad, lo reconozco... ¡Pero qué alma la suya, qué sentimientos tan elevados, qué manantial de ternura bajo las apariencias de versatilidad y mimitos que no eran más que las burbujas, las burbujas, no encuentro otra palabra, de su espíritu, rico en dones morales! Te digo una cosa que es para mí como el Evangelio. Mi hija, casada con un hombre de bien, discreto, agradable, a quien ella hubiera amado de veras, habría sido la mujer por excelencia, habría sido modelo de esposas, de madres...

—Lo creo—dijo León, poniéndose sombrío.

—Y al considerar esto—añadió Fúcar, cruzando los brazos sobre el pecho—, me explico menos su preferencia por Cimarra, y digo preferencia, porque no encuentro otra palabra; ni se justifica su casamiento por el efecto que hace siempre en las mujeres una buena figura; y aunque Cimarra era lo que se llama un hombre hermoso...

—Seguramente.

—Pues, a pesar de eso, no me explico... En Pepilla no hubo esa ilusión, esa fascinación..., ¿cómo decirlo?... A mí me pareció muy mal su preferencia; pero no quise oponerme, no tuve valor para oponerme. Siempre he tenido esa debilidad... Cuando Pepa era niña, me daba latigazos, y yo me reía. Ya siendo mujer, me gastaba un millón en cacharros, y yo... me reía también. Cuando Federico me pidió su mano, cuando la consulté sobre esto y me dijo que aceptaba..., no tuve gana de reír; pero consentí. ¡Qué había de hacer! La verdad es que Pepa no me pareció muy enamorada; pero... En fin, que se casaron en un día infausto. Me gasté más de cien mil duros en la boda. ¡Qué día! Por las

calamidades que cayeron después sobre mí, paréceme que en aquel día negro se casó todo el género humano. Mi pobre hijita fué desgraciada desde entonces. Diríase que la infeliz estaba devorada interiormente por un mal muy agudo, un mal moral, un mal físico, un mal de no sé qué clase. Entróle un delirio espantoso por las fiestas, por el lujo... ¡Qué desvarío! ¡Qué muchachas las del día! Se casan para divertirse más, para gastar más, para aturdirse más. Lo particular es que ni aun en los días de la luna de miel vi a Pepa cariñosa con su marido. «Eso es casarse con un maniquí», decía yo. A veces estaba mi hija taciturna, a veces borracha..., no encuentro otra palabra, borracha de fiestas, de bailes, de novedades, de vestidos. Todos los días necesitaba algo nuevo; pero ni las maravillas de *Las mil y una noches* hubieran vencido su tristeza. ¡Pobre niña loca!... Por supuesto, de Federico no hacía más caso que de una silla. Le trataba como se trataría a un idiota. Amigo León, éste es un mundo muy raro. Deberíamos decir de él que es *un valle de equivocaciones*.

—Lo cual no niega, sino antes bien afirma, que sea un valle de lágrimas.

—Exactamente. Pues como decía, llegué a preocuparme seriamente de la salud y aun de la razón de Pepilla. Felizmente, fué madre, y de la maternidad data su regeneración. Dejó de ser casquivana y gastadora... Se consagró al cuidado de su hija, y adquirió aquel aplomo, aquella noble majestad..., no hallo otra palabra mejor..., aquella noble majestad que ves en ella. Precisamente cuando mi hija fué madre, empezó Cimarra a ser el más canalla de los hombres. Tú sabes, como lo sabe todo Madrid, sus infamias, sus estafas, sus escándalos. Ese gandul me ha quitado diez años de vida. ¡Cuántas lágrimas ha derramado mi pobre niña aquí, en este mismo despacho! ¡Cuántas veces me ha dicho: «¡Perdón, perdón, papaíto, por haberte dado por hijo a ese bandido! Yo estaba loca, yo no sabía lo que hacía.» Mi yerno me arruinaba; pero mi hija me daba besos y me pedía perdón. «Váyase lo uno por lo otro», decía yo... En fin, todo ha concluído... Dios..., la Providencia... Es preciso que tú la prepares para recibir la noticia.

—¿Yo?

—Sí. Tú tienes arte... Yo no sabría sino llegar y decirle: «Pepa, tu marido se murió...» Tú vas, coges un periódico y haces como que lees y dices: «¡Qué espantoos naufragio!»

—Yo, no; yo, no. Permítame usted que no hable de naufragios. Eso corresponde a usted o a otra persona de la familia.

—Hombre, hazme el favor... Tú eres amigo antiguo.

Abrióse la puerta bruscamente y entró Pepa con alborozado semblante y fresca sonrisa. León Roch tembló al verla, creyendo hallar en su persona una hermosura superior, que instantáneamente se le revelaba, causándole alegría. Era un fenómeno de júbilo y sorpresa, como los que causa el recuerdo feliz cuando viene a la memoria, o la idea inspirada cuando aparece en el entendimiento, llenándolo de claridad. La miró un rato sin hablar, y..., no podía dudarlo..., aparecía rodeada de una aureola; no era la misma para él: sus insignificantes facciones, sin cambio alguno visible, se acomodaban, por arte milagroso, al tipo indeciso de la mujer ideal.

—A tiempo vienes, Pepitinilla.

—Papá—dijo la marquesita—, Monina se ha despertado. Ven a verla. Buenos días, León.

—Mira, chica: León tiene que hablarte... Quiere leerte no sé qué periódico donde ha visto...

—Es broma de don Pedro. Yo no he leído nada...

—¡Qué día tan hermoso!—dijo Pepa, acercándose a la ventana, por donde entraba un sol espléndido—. Mira, León: ¿ves allí, entre los árboles, un techo?... Es la casilla de que te hablé. No sabes, papá: este ladrón anda buscando un lugar solitario para retirarse de las vanidades del mundo. Yo le he recomendado la casa de Trompeta, ¿sabes?, allí donde vivió el cura de Polvoranca.

—Es hermosa, sí..., a dos pasos de casa... ¿De veras te vienes a estos barrios?... Realmente, chico, si buscas un escondrijo para dedicarte a roer libros...

—No sé aún, no he decidido—dijo León, mirando con estupor el techo que allá a lo lejos, entre los árboles, se veía—. Pero vamos a ver a Mona.

—Vamos.

Pepa salió delante.

—¿Conque está mi hombre aburridito? —dijo Fúcar al joven en tono de confianza jovial, poniéndole la mano en el hombro—. Ya sé que tu mujer... ¡Deplorables resultados de la exageración! Y si no, ahí tienes: la piedad es una virtud; pero exagérala, ¿y qué resulta? El horror de los horrores.

Y más adelante, apoyado en su brazo, le dijo al oído:

—Lo mismo que tu mujer era mi pobre Ramona... No se la podía aguantar... Pero, hijo, la infidelidad con Dios hay que tolerarla, hay que perdonarla. Yo pregunto: ¿qué puede hacer un hombre en este tremendo, irresoluble caso? Cuando una esposa es honrada y fiel, no hay motivo, ni siquiera pretexto razonable, en nuestra sociedad, para la separación... Te compadezco. Acuérdate de lo dicho: esto es un vallecito de equivocaciones.

Poco después salió León de la casa. Iba tan metido en sí, que no saludó a don Joaquín Onésimo, que pasaba por el parque con el barón de Soligny, hablando del próximo empréstito con la grave atención que ciertas personas ponen en las calamidades públicas. En Madrid dejó su coche para andar a pie por las calles, y recorrió varias como un sonámbulo, sin ver ni oír nada más que aquella sonora voz interior que le decía: «¡Viuda!»

VII

ERUNT DUO IN CARNE UNA

Pasaron algunos días, durante los cuales no fué a Suertebella sino una sola vez, a dejar la tarjeta de pésame. En aquella breve temporada vivía la mayor parte de las horas fuera de su casa, y dando completamente de mano a los estudios, no se ocupaba de sus libros más que para empaquetarlos en grandes baúles. Iba con frecuencia a círculos y reuniones, donde sus amigos le hallaban taciturno, insensible al interés de la charla, de la noticia, del comentario. Hablaba tan sólo de su viaje, sin decir adónde; de una ausencia larga, y si otro tema a su boca venía, tratábalo con cruel sarcasmo y amargura, modos bien distintos de aquella su antigua manera, grave y elevada, de ver las cosas de la vida, los hechos y las personas. Una noche—empezaba ya el mes de abril—entró en su casa después de las once. Abrióle la puerta el ayuda de cámara.

—¿Por qué no me abrió la puerta Felipe, como de costumbre?—preguntó León.

—Felipe ya no está en casa, señor.

—¿Pues dónde está?

—La señora lo ha despedido.

—¿Por qué? ¿Ha hecho alguna travesura?

—La señora se enfadó porque no quiso ir a confesar.

—Y tú, ¿te has confesado?

—Yo, sí, señor; todos los meses. La señora no se descuida en esto. Como no le traigamos la papeleta, nos planta en la calle. Para eso, Ventura, el cochero, tiene un amigo sacristán, que le da todas las papeletas que quiera, y así contenta a la señora, y, haciéndole creer que va al confesonario, se va por ahí de jolgorio... Si no fuera por el señor, yo y mi mujer nos habríamos marchado ya de esta casa, donde hay tantas obligaciones y ni un momento de descanso. Eso de que esté un hombre trabajando toda la semana, y cuando llega el domingo por la tarde, en vez de dejarle salir de paseo, le manden a la doctrina... Mi mujer dice que no aguanta más... Pues digo, con el espantajo que la señora nos ha metido ahora en casa... Esta mañana, cuando despidió a Felipe, determinó dar a otro su plaza. Yo creí que colocaría a mi hermano Ramón. Pero no: la señora escribió una carta a los de San Prudencio, y un rato después vimos entrar uno como sacristán, gordo, colorado, sin barba, con faldones hasta el suelo, un sombrero chato y negro, carilla de santurrón y unos modaletes así como entre hombre y mujer. La señora dice que yo pasaré a hacer el servicio que hacía Felipe; que el portero ocupará mi puesto, y que el señor Pomares, así se llama el recomendado de allá, será desde hoy portero, vigilante de los demás criados y mayordomo.

—Tú estás en Babia. ¿Desde cuándo necesito yo mayordomo en mi casa?

—Mayordomo. La señora lo dispuso así, y el de los faldones largos se reía y nos miraba con sus ojos de besugo, como diciéndonos: «Ya os pondremos las peras a cuarto.» Después nos echó un sermoncillo, y, poniendo cara de arrope pasado y cruzándose las manos sobre el

pecho, nos llamó hermanos; aseguró que nos quería mucho.

—¿Está en el oratorio la señora?—preguntó León, levantándose.

—Creo que está en su cuarto.

Entró León en el cuarto de su mujer, y la halló conversando con doña Perfecta, amiga de confianza, que solía acompañarla por las noches. Sobrecogióse esta venerable dueña al ver entrar al marido de su amiga, comprendiendo con delicado instinto que se preparaba una escena, y se despidió. Cuando se quedaron solos, el marido habló a su mujer, sin enojo ni altanería, en estos términos:

—María, ¿es cierto que has despedido al pobre Felipe?

—Es cierto.

—Antes de echarle de casa, debiste considerar que he tomado cariño a ese muchacho por su aplicación, su deseo de instruirse y el fondo de bondad que se le descubre en medio de sus puerilidades y travesuras. Le traje de casa de tu madre porque siempre que aquí venía se quedaba extasiado delante de mis libros.

—A pesar de esas bellas cualidades, me he visto obligada a despedirle—dijo María secamente.

—Pues qué, ¿te ha faltado al respeto?

—De un modo horrible. Hace mucho tiempo que le obligo a confesar. Hoy le reprendía por no haberlo hecho el domingo pasado ni tampoco éste, y el muy tuno, en vez de llorar, volvióse a mí y me dijo con mucho descaro: «Señora, déjeme usted en paz; yo no quiero nada con cuervos.»

—¡Pobre Felipe! En cambio—añadió León, sin dejar conocer su intento—, ha entrado en la casa un señor muy venerable.

—¡Ah! Sí...: el señor Pomares. Estaba esperando a que llegaras esta noche para obtener tu consentimiento. Es un hombre de grandísima bondad y delicadeza, que de todo entiende...

—Lo creo.

—Que puede él solo trabajar más que dos o tres de esos desalmados bergantes. Es persona de absoluta confianza, y a quien puede confiarse, sin recelo, casa, intereses, asuntos delicados.

—Quiero verle. Llámale.

María llamó, y no pasaron cinco minutos sin que se presentase el personaje de los ojos dulzones y la carátula arrebolada, tal y como fielmente le pintó el ayuda de cámara. Contemplóle un rato León de pies a cabeza, y después le dijo reposadamente:

—Bien, señor Pomares. Voy a dar a usted mis primeras órdenes.

—¿Qué me manda el señor?—dijo el novel mayordomo con meliflua voz y arqueando las cejas.

—Que se plante inmediatamente en la calle.

—¡León!—dijo María, leyendo el enojo en las facciones de su marido.

—¿Me ha oído usted? Tome usted su baúl, y, sin pérdida de tiempo, se va usted de mi casa.

—La señora me ha mandado venir y estar aquí—repuso el venerable con acentuación algo firme, sintiéndose muy fuerte con el amparo de la señora.

—Yo soy el amo de mi casa y le mando a usted que se vaya—dijo León en un tono que no tenía réplica—. Advirtiéndole a usted que si vuelve a poner los pies y le veo yo, no saldrá usted por la puerta, sino por la ventana.

El hombre enfaldonado hizo una profunda reverencia, y desapareció.

—¡Dios mío!—murmuró María, cruzando las manos—. ¡Qué vergüenza! Tratar así a un hombre tan bueno, tan humilde, tan respetable...

—Desde este momento—dijo León, encarándose enérgicamente con su mujer—todo ha cambiado en esta casa. Ha llegado el caso de tener que intervenir en tus actos, para sacarte, de grado o por fuerza, de esta vida ridícula y oscura en que has caído, y curarte como se cura a los locos, ausentándote de todo lo que ha constituído tu locura. Mi benignidad nos ha perjudicado a los dos; ahora, mi energía, que llegará quizá hasta el despotismo, y no es culpa mía, enderezará un poco esta senda torcida por donde corres.

—Resignada a padecer—dijo María con unción postiza y mimosa—, acepto el cáliz que me ofreces. ¿Cuál es? ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres matarme? ¿Quieres una crueldad mayor aún, que es apartarme de los hábitos de piedad que he contraído? ¿Quieres aún arrancarme mi fe?

—Yo no quiero arrancar tu fe; otras cosas son las que yo quiero arrancar ¡ay de mí!...

Se detuvo, como si realmente no su-

piese lo que deseaba. María estaba serena y hacía bien su papel de víctima, mientras que León parecía desasosegado y vacilante en su papel de verdugo.

—Esta noche no quiero discutir contigo—dijo—. Durante mucho tiempo hemos batallado, sin conseguir nada. Ahora me ocurre que un poco de acción es conveniente para salir de este horrible estado. Perdóname si no te explico nada y te asusto mucho; si en vez de persuadir, mando; si en vez de disputar contigo, te niego toda réplica.

—¿Qué quieres? Dilo de una vez.

—Yo necesito ausentarme de Madrid.

—¿Por qué motivo? ¿Te has cansado de teatros, de toros, de casinos, de tertulias ateas? ¡Ah! Si deseas salir de aquí, no será para ir a un yermo, sino a París, a Londres, a Alemania.

—Tú me has abandonado—exclamó León con dolor—, tú has huído de mí, y, encastillada en tu perfección chabacana, has destruído lo que debía ser el encanto y la paz de mi vida; me has hecho odiosa mi propia casa.

María se estremeció.

—Pues bien—añadió León con extraordinaria energía—: ya me he cansado de no tener casa, y estoy resuelto a tenerla.

—¿Pues no estás en ella? Por mi parte, aquí estoy siempre—dijo María, tan glacial como si por su boca la misma nieve hablase.

—¡Aquí estás! Sí. ¿Y quién eres tú? Un ser desapacible y erizado de púas. De aquí en adelante...

—Tú eres el que mandas, y estás más agitado que yo. Mi resignación me da serenidad y a ti tu soberbia de tirano te hace vacilar y palidecer a cada instante. En una palabra, León, ¿qué quieres?

—Yo me voy de Madrid. Esto es para mí una necesidad imprescindible.

—¿Qué te pasa?

—Que no quiero, no debo seguir aquí. Carezco de todo arrimo y calor en mi propia casa; estoy sin familia, porque la compañera de mi vida, en vez de encadenarme con la piedad y el amor, se ha envuelto en un sudario de hielo. Ella, en los delirios de su fe extravagante, y yo, en la triste soledad de mis dudas, no formamos, no podemos formar una pareja honrada y feliz. Otro vegetaría en esta existencia árida; yo no puedo. Mi espíritu no se satisface con el estudio; pero no teniendo otro alimento que el estudio, preciso es que se harte de él.

—¿Por qué no estudias aquí?

—¿Aquí?—exclamó León, asombrado de la propuesta—. Aquí no puede ser. Ya te he dicho que necesito emigrar.

—No te comprendo.

—Lo creo, sí; fácil es que no me comprendas... ¡Y quién me comprenderá, quién!

Lanzando un gemido de desesperación, se oprimió con ambas manos la cabeza. María, respetando el incomprensible dolor de su esposo, no hizo las observaciones impertinentes que le eran propias en semejantes casos. Por último, se dejó decir:

—Aquí puedes estudiar todo lo que quieras. Vivamos juntos. Ni tú me molestarás a mí en mis devociones, ni yo a ti en tus sabidurías. Seremos dos cenobitas: yo, cenobita de la fe; tú, cenobita del ateísmo.

—¡Deliciosa vida me propones!... Yo no quiero claustro, sino familia; no me inclino al desprecio de la vida, sino al uso prudente, recto y juicioso de ella; no quiero una existencia de imaginación acalenturada, sino la existencia real, única donde caben los verdaderos méritos humanos, los deberes bien cumplidos, el régimen de la conciencia, la paz y el honor. Yo quiero lo que quise fundar cuando me casé contigo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, sí; lo que no entiendo es que para que tú tengas familia te sea preciso salir de Madrid.

—Y salir contigo.

—¡Conmigo!

—Tu deber es seguirme.

—¡San Antonio! Si apelas a mi deber...—balbució María con resignación artificiosa—. ¿Y adónde me llevas?

—A donde quieras tú. Una vez establecidos en el sitio que elijamos para residencia, tu vida cambiará por completo.

—Veamos cómo.

—Estableceré un método que se cumplirá con escrupuloso rigor. Te prohibo ir a la iglesia en días de trabajo; en mi casa no entrará una nube de clérigos y santurrones como los que hasta aquí la han tomado por asalto: haré un expurgo en tus libros, separando de los que contienen verdadera piedad los que

son un fárrago de insulseces y de farsas ridículas.

—Sigue, hombre, sigue... ¿Y qué más? —indicó María Egipcíaca con sarcasmo.

—Sólo una cosa me resta que decir, y es que optes entre este plan y la separación absoluta y radical para toda la vida.

María palideció.

—Eres atroz..., eres terrible... Déjame siquiera reflexionar un poco... ¿Y todo eso se ha de hacer fuera de Madrid?

—Sí: fuera. Elige tú el sitio.

—Vamos, no me vuelvas loca con tus majaderías—dijo de improviso, tomándolo a burla—. Yo no salgo de Madrid.

—Pues adiós—dijo León, levantándose—. Desde hoy eres dueña de esta casa. Queda establecida nuestra separación no por la ley, sino por mí. Mañana se te presentará mi apoderado y te dará a conocer la renta que te señalo. Adiós. En estos asuntos me gustan la concisión y la prontitud. Todo ha concluído.

Dió algunos pasos hacia la puerta.

—Aguarda—indicó María, corriendo hacia él. Y después, arrepentida de aquel movimiento, cruzó las manos y elevó los verdes ojos traicioneros.

—Señor... Virgen Santa, hermano mío, inspiradme; decidme lo que debo hacer...

León esperaba. Ambos se miraron, sin decir nada. Como si obedeciera a una inspiración, él se acercó a ella y le tomó la mano con respetuoso afecto, diciéndole:

—María, ¿es posible que yo no represente nada en tu memoria, en tu espíritu, en tu corazón? Mi nombre, mi persona, ¿no te dicen nada? ¿No soy capaz de despertar en ti ni siquiera una idea, ni siquiera un eco? ¿El fanatismo religioso ha matado en ti hasta el último y más débil sentimiento? ¿Ha secado hasta la compasión y la caridad? ¿Ha apagado hasta la idea de la conveniencia, del deber?

María se tapaba los ojos con la mano, como el que se goza en una visión interior.

—Respóndeme a la última pregunta. ¿Ya no me amas?

María descubrió sus ojos, ligeramente enrojecidos, pero secos, y, dejando caer sobre su esposo una mirada fría, desapasionada, como limosna que se arroja para librarse de un pobre importuno, le dijo con despacioso y seco tono:

—Desgraciado ateo, mi Dios me manda contestarte que no.

Bajó León los ojos sin decir nada y se retiró a su cuarto. Toda la noche estuvo en vela, arreglando sus asuntos y empaquetando libros, ropa y papeles. Al día siguiente salió, después de echar sobre la casa la postrera mirada, no por cierto de indiferencia, sino de congoja. Su casa no era para él un simple asilo que le echaba de sí: era la esperanza desvaneciéndose, el ideal de la vida desplomándose como catedral desquiciada por el terremoto. Una fibra existía aún en su corazón, uniéndole con aquellos queridos escombros; pero, despiadado, se la arrancó y la tiró lejos.

VIII

EN QUE SE VE PINTADA AL VIVO LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS.—RESUCITAN ALARICO, ATILA, OMAR

—Date prisa, Facunda, que el señor don León vendrá pronto de su paseo a caballo, y se incomodará si no encuentra arreglado el gabinete... Pero ¡quia! Si no se incomoda nunca... Hombre mejor no ha nacido de mujer. «¿Cómo va, Facunda: ha echado usted de comer a las gallinas? Y el señor Trompeta, ¿cómo está?» «Pues vamos pasando, señor don León.» Esto es lo único que hablamos... ¡Bah, bah!... Y Trompeta me porfiaba ayer que aquí hay al pie de doscientos libros. Y también dos mil... El señor don León Roch—y repito que este apellido me parece mismamente un estornudo..., apellido ordinario, como el nuestro...—, pues sí, siempre que va a Madrid trae el coche lleno de libros, y después hace estas láminas. «Pero, señor don León, ¿usted me quiere decir para qué sirve esto?» Rayas encarnadas y verdes, manchas y franjas de todos colores... A bien que si yo supiera leer me enteraría de todo ello, pues se me alcanza que aquí, al borde, hay letras y hasta renglones... Pero date prisa, mujer... Facunda, ¿qué haces ahí como una boba? Date prisa a barrer y quitar el polvo; que viene, que viene el señor... Ahora, Facundita, bájate a la cocina y

cómete la magra que dejaste en la sartén. Luego tomarás un poco de sol.

La que así hablaba era Facunda Trompeta, que tenía la costumbre de hablar consigo misma siempre que estaba sola, y de llamarse por su nombre y de reprenderse o adularse. Siempre empleaba el gesto y los visajes para estas autoconversaciones, y algunas veces la palabra. Era bienaventurada esposa de un honradísimo carbonero de Madrid llamado José Trompeta, que habiendo hecho modesta fortuna en tiempos en que aún se hacían fortunas con carbón, se retiró a Carabanchel a pasar tranquilamente el resto de sus días. Habían comprado una casa, en cuya planta baja vivían, reservando la superior para alquilarla por buen dinero a alguna de las prolíficas familias madrileñas que van allí huyendo de las tos ferina o del sarampión. A principios de abril la arrendó un caballero que frecuentaba el palacio de Suertebella, y parecía muy bien educado, aunque se reía poco y hablaba lo menos posible.

La habitación de León era una gran pieza que parecía la celda de un prior, espaciosa, alta, ventilada, tal como no se hallan ya sino en las casas antiguas. Por las ventanas del Naciente veíase a lo lejos la pomposa arboleda de Vista Alegre, y más cerca, el parque de Suertebella, cuya vaquería se comunicaba por medio de un portalón, casi siempre abierto, con la corraliza de la finca de Trompeta. Por el Poniente se dominaba el pintoresco camino de Carabanchel Alto, con la Montija, y los términos azulados y las verdes lomas de aquellos campos, que de marzo a junio no carecen de belleza.

Junto a la gran estancia, que era sala, despacho y gabinete de estudio, había una alcoba y dos cuartos pequeños. En uno de éstos habitaba el criado. Pocos y cómodos muebles, traídos de Madrid, muchos libros, piedras, láminas, atlas, mesa de dibujo con adminículos de acuarela y lavado, un microscopio, algunas herramientas de geólogo y los más sencillos aparatos químicos para el análisis por la vía húmeda y por el soplete, llenaban la vasta celda.

—¡Ea!, ya tiene usted su cuarto arreglado, señor don León—dijo Facunda, sentándose sin aliento en el sillón de estudio—. Ya puede usted venir cuando quiera. No se quejará de que le he revuelto estas baratijas.

Como se ve, la excelente señora, cuando estaba sola, además de hablar consigo misma, hablaba con los demás.

—Y dígame usted, señor don León, ¿es cierto que antes iba usted a comer muy a menudo a Suertebella? Aunque ahora va usted muy poco por allá, me parece que le gusta más de la cuenta la señorita marquesa... Como es tan rica, no importa que no sea guapa... Ahora no va usted al palacio por aquello de respetar el luto. Conozco yo bien a mi gente...

Y Facunda, no sólo hablaba con los demás, sino que se figuraba oír a sus interlocutores. A más de discursos, había discusión.

—¿Conque digo disparates?... ¿Conque no es cierto que le gusta a usted la marquesita?... Y esos mimos a la nena, ¿qué significan?... Ya; usted qué ha de decir... ¡San Blas! Si no fuera usted casado... Pero entre la gente grande no hay escrúpulos. Díganmelo a mí, que he servido veinte años a una señora condesa, y he visto unas cosas... Pero ¿qué haces aquí, Facunda, hecha una boba? Despabílate..., piernas al aire... No has puesto el puchero todavía... ¡Oh! ¿Qué ruido es ése? ¿Quién viene?

Oíanse risotadas infantiles y un delicioso traqueteo de piececitos en la escalera. Eran Monina, Tachana y Guru, que, después de corretear por el parque, pasaron a la vaquería, de ésta a la corraliza de Trompeta, y, una vez allí, decidieron hacer una excursión en toda regla por los dominios altos de la casa. El aya de Monina los acompañaba. Sabemos quién era Monina; pero no conocemos a esos dos personajes que se nombran Tachana y Guru. La primera tenía tres años y era hija del administrador de Suertebella, Catalina de nombre, de rostro lindísimo, muy reservadita y poco traviesa. Acompañaba en sus juegos a Ramona, y aunque regañaban tres veces cada hora, acometiéndose algunas con mujeril coraje, eran buenas amigas y cada cual lloraba siempre que se hacían demostraciones de castigar a la otra. Se comprenderá fácilmente cómo, en las transformaciones lexicológicas que sufren los nombres en boca de los niños, pudo Catalina o Catana llegar a llamarse *Tachana;* lo que no se

comprenderá, aunque pongan mano en ello todos los lingüistas del mundo, es cómo un chico nombrado Lorenzo llegó a llamarse *Guru* en boca de Monina; pero así era, y hemos visto casos más raros todavía de corrupción de vocablos. Guru rayaba en los seis años y era hermano de Tachana, formalito como aquélla, estudioso como pocos, apuesto y gallardo chico que ya tenía sus novias, su reloj, gabán ruso, bastón, y llamaba a las niñas *chicas*.

—Señora Facunda—dijo desde abajo la voz del aya—, ahí va la langosta. Cuidado no destrocen algo.

Entraron en tropel: Monina, saltando; Tachana, pavoneándose con un pañuelo que se había puesto por cola, y el atildado Guru, echándoselas de padre maestro con las otras dos y recomendándoles la compostura y formalidad.

—¡Ya está aquí el lucero!—exclamó Facunda, tomando a Monina en sus brazos y besándola con estruendo.

Ramona movía, colérica, sus piernecitas en el aire y bramaba con esa ira infantil de que nadie hace caso, diciendo:

—No, no; vieja fea.

—¡Lucero de tu madre!... Y tú, Catana, no des vueltas, que te mareas... Lorenzo, no tires del brazo a Monina... ¡Bribón!, ¿qué haces a la niña? Déjala..., pobrecita.

Monina y Tachana dieron vueltas por la habitación, corriendo una tras otra. Ya venían algo fatigadas de tanto correr por el jardín, y tenían el rostro encendido, los ojos chispeantes. Los graciosos hoyuelos que hacía Mona junto a su boquita cuando se reía, darían envidia a los ángeles; a Tachana se le caían sobre la frente las guedejas negras, obligándola a levantar las manos constantemente para apartarlas. Pestañeaba sin cesar, como si la ofendiera la luz del sol. Monina, por el contrario, abría sus ojos con atención investigadora, insaciable, señal de la curiosidad y ambición pueril que quiere enterarse de todas las cosas para apropiárselas después.

Ordenó Facunda que fueran juiciosas, y les habría mandado algo más si no hubiera sentido la voz del aya, que en lo bajo de la escalera charlaba con Casiana, mujer de uno de los guardas de Suertebella. Dentro de los límites de lo posible—si bien en una posibilidad casi infinitamente remota—está que nuestro planeta, desobedeciendo a la atracción del sol que lo gobierna, se salga de su órbita y perezca inflamado si con otro cuerpo choca; pero lo que no es de ningún modo posible, ni aun en teoría, es que Facunda, oyendo que el aya y Casiana hablaban, dejase de correr a enterarse de lo que decían. Así lo hizo, dirigiéndose, con paso quedo y cauteloso, a la meseta de la escalera.

En tanto, Monina y Tachana se habían detenido delante de la mesa donde estaban las láminas geológicas, los dibujos concluídos y por empezar. Sonrisa de triunfo, propia de todo mortal que descubre un mundo, se pintó en el semblante de una y otra. ¡Qué cosa tan bonita! ¡Qué colores tan vivos! ¡Qué rayas! Ellas no sabían lo que aquello era, y, sin duda, por lo mismo, lo admiraban tanto. Se parecía, verdaderamente, a las obras de ellas, cuando la piedad materna les ponía un lápiz en las manos y un papel delante. Ciertamente, Guru, con su caja de colores, había hecho obras por el estilo. Allí no había nenes pintados, ni caballos, ni casas, y, sin embargo, parecíales algo como nacimiento, una obra magna, brillante, esplendorosa, sin igual.

Acontece que cuanto se presenta a los niños u objeto cualquiera que les sorprende por su belleza, jamás lo dan por concluído, y quieren ellos poner algo de su propia cosecha que complete y avalore la obra. Sin duda, tienen en más alto grado que los hombres el ideal de la perfección artística, y no hay para ellos obra de arte que no necesite una pincelada más. Así lo comprendió Monina, que, viendo no lejos de la lámina un tintero, metió bonitamente el dedo en él y trazó una gruesa raya de tinta sobre el dibujo. Radiante de gozo y satisfacción, se echó a reír, mirando a Tachana y a Guru. Estos dos se echaron a reír también, y, animada por el éxito, Monina metió en el tintero, no ya el dedo, sino toda la mano; y la extendió sobre la lámina de un ángulo a otro. El efecto era grandioso y altamente estético. Parecía que sobre las tierras pintadas allí con delicadas tintas se cernían enormes nubarrones preñados de rayos y lluvias.

Tachana era demasiado pulcra para

meter su dedito en un tintero. Además, se creía maestra en el manejo del lápiz. ¡Feliz ocasión! Sobre la mesa había lápices azules, y a dos pasos, en el atril, un magnífico atlas geológico, admirable obra cromolitográfica, honor de las prensas berlinesas. Sin embargo, en aquellas hermosas hojas estampadas de vivos colores faltaba algo. ¿Quién podía dudarlo? Era evidente que las tales láminas serían más bonitas si una mano solícita las adornaba con rayas de lápiz trazadas alrededor de todos los contornos. Así lo comprendió Tachana, que era el Rafael de las rayas, pues sabía trazarlas en todas direcciones con admirable pulso.

Guru comprendió que todo aquella iba a concluir en solfa. Dijo a sus amigas que se estuvieran quietas; pero al mismo tiempo, ¡qué ocasión para lucirse él, que tenía caja de pinturas y sabía hacer cuadros, casi, casi tan buenos como los de Velázquez! Lo que Monina había hecho era una chapucería indecente. ¿Qué significaban aquellas nubes negras y aquellas cruces de tinta con que la muy puerca había ido decorando el margen de la lámina? Efecto tan deplorable se remediaría si en un ángulo del dibujo aparecía una casita campestre con sus dos ventanas como los dos ojos de una cara, su chimenea en la punta y un perro en la puerta. Manos a la obra. Cogió un lápiz rojo, y para no colaborar en las desastrosas pinturas de Monina, apoderóse de otra lámina y empezó su casita. En poco más de cinco minutos, a la casita acompañaba un caballo, y en el caballo cabalgaba un hombre fumando en una pipa mayor que la casa.

No es posible que tres artistas trabajen en un mismo taller sin que estallen ruidosas tempestades de celos. Monina quiso dar un toque a la casa de Guru; éste la apartó con un codazo. Monina agarró la lámina, diciendo:

—*Pa mí, pa mí.*

—*Pa mí*—replicó Tachana, que había arrojado el lápiz.

La lámina grande, de sesenta centímetros, resbaló de la mesa; Tachana y Monina la cogieron cada una por un lado; y... charrás... Al ver cómo se partía, ambas se echaron a reír, y Monina batía palmas con sus manos negras.

—Tontas, ahora sí que la habéis hecho buena—dijo Guru palideciendo.

La contestación de Monina fué coger otra lámina y sacar de ella una tira en todo lo largo. Después agarró el lápiz de Tachana, y sobre las delicadas rayas que ésta había trazado con tanto esmero en el atlas, trazó ella una especie de tela de araña; tanta era la rapidez del lápiz empuñado por la mitad y movido con verdadero furor. Guru quiso, al fin, contener aquel vandálico desorden, y amenazó a Monina; pero ésta supo escaparse de un brinco, golpeando con sus manos, llenas de tinta, los muebles forrados de seda. En uno de sus locos giros, detúvose en la mesa donde estaba el microscopio, y se quedó absorta contemplándolo. Se alzaba sobre las puntas de los pies, apoyándose con las manos en el borde de la mesa, y estiraba los dos dedos índices hacia el aparato, diciendo:

—*Eto.*

Eto quería decir: *¿Qué es esto? Supongo que será para mí. Veamos lo que es.*

—Miren la tonta—dijo Guru—. ¿Pues no quiere también el anteojo?

Queriendo dar pruebas de suficiencia, Guru acercó el aparato al borde de la mesa y aplicó su ojo derecho para mirar por él.

—Por este vidrio se ve a París.

Tachana había traído una silla para subir a la mesa; pero antes se subió Monina, y andando a gatas sobre ella arrojó al suelo el microscopio y otros aparatos... En este momento vieron que entraba un hombre. Los tres vándalos se convirtieron en estatuas: Monina sobre la mesa, erguida la frente, la cara muy seria, los ojos muy atentos; Tachana en la silla, con el dedo en la boca y los ojos bajos; Guru mirando dónde había un rincón para esconderse.

—¿Qué han hecho estos pícaros?... ¡San Blas mío, qué destrozo!—gritó Facunda entrando con León.

Este dirigió una mirada de dolor a los dibujos rotos, al atlas lleno de rayas, al microscopio en el suelo. Bastóle una ojeada para conocer las formidables proporciones del desastre.

—Bribonas, ¿qué habéis hecho?—exclamó dirigiéndose a la mesa—. Pero usted, Facunda, ¿en qué piensa, que deja solos a estos niños?... ¿Qué hacía

usted? Sin duda oyendo la conversación. Es usted más niña que estas dos...

Hirió el suelo con el pie. Después oyó gemir a Tachana. Era un gemir que partía el corazón.

—¿Has sido tú, Monina?—dijo León, mirándola con semblante adusto.

Monina contestó que no con fuertes cabezadas. Negando con la cabeza, parecía querer arrancársela de los hombros. Al mismo tiempo su conciencia debió argüirle terriblemente, y se miró las manos, como se las miraba ladi Macbeth.

—Has sido tú..., bien lo dicen tus manos, picarona.

La niña le miró pidiendo misericordia. Dos gruesas lágrimas salieron de sus ojos. Empezaba Ramona a hacer pucheros, cuando ya los chillidos de Tachana llenaban la casa. Era una Magdalen . No había más remedio que creer en la sinceridad de su arrepentimiento.

—Vaya, vaya—dijo León besando a las dos y tomando en brazos a Monina—. No lloréis más. ¡Qué bonitas tienes las manos! Si tu mamá te viera... Ven a lavarte, asquerosa.

—El aya las dejó subir solas, por estarse abajo charla que charla—indicó Facunda trayendo la jofaina con agua—. Yo no puedo atender a todo. El aya tiene la culpa.

Lavaron los pinceles de Monina. Después se sentó León, y poniendo una dama sobre cada rodilla, les dijo:

—¡Qué destrozo me habéis hecho! ¿Y Guru? ¿Dónde está Guru?

Lorenzo había desaparecido.

—Ese es el malo; estas pobrecitas no hacían nada si él no las echara a perder—dijo Facunda.

—Guru, Guru—gruñeron las dos a un tiempo, descargando sobre su ínclito amigo la responsabilidad del espantoso crimen.

—Ese pícaro Guru... Como le coja aquí...

Monina, perdido ya el miedo y sustituído por el descaro, tiraba de las barbas a León.

—¡Eh, eh!, que duele, señorita.

—*Lice* Tachana—tartamudeó Monina—; *lice* Tachana...

—¿Qué dice Tachana?

—Que tú *e* mi papá.

—No—dijo León mirando a Tachana, que se comía una mano—. Yo no soy tu papá... Quítate la mano de la boca y contéstame. ¿Por qué dices que yo soy tu papá?

Lentamente y muy por lo bajo, repuso Tachana:

—*Porque lo ició* mi mamá.

Monina, cuyo carácter era en extremo jovial, y que cuando cogía un tema no lo dejaba hasta marear con él a Cristo Padre, prorrumpió en risas, y batiendo palmas y agitando los pies como si también con los pies quisiera expresar su pensamiento, repitió unas veinticinco o treinta veces:

—Que tú *e* mi papá..., que tú *e* mi papá.

Facunda se retiraba gruñendo:

—Eso bien claro se ve. No necesito yo que la nena me lo cuente.

—Señora Facunda—dijo León—. Al aya, que puede retirarse. Monina y Tachana se quedan aquí. Yo las llevaré a Suertebella.

IX

LA CRISIS

Una hora después, Monina y Tachana jugaban en la alfombra con cucuruchos y gallitos de papel que León les había hecho, y éste ponía orden en la mesa, apartando lo que pudo salvarse de la invasión. El ruido de la puerta hízole alzar la vista, y vió delante de sí a su suegro, el señor marqués de Tellería. Parecía envejecido, y su cara, más rugosa y amojamada que de ordinario, anunciaba una perturbación nerviosa, o tal vez la ausencia de algún mejunje con que acostumbraba rejuvenecerse. Como lamparillas que por falta de aceite vestañean, esforzándose en arder con humeante llama, así brillaban sus mustios ojos, revelando lágrimas o insomnio. Su vestir únicamente no había variado nada, y era siempre correcto y pulcro: pero su voz, antes tan resuelta como la de todo aquel que cree decir cosas de sustancia, era ya tímida, sofocada, hijosa, mendicante. León sintió en grado máximo lo que siempre había sentido por su suegro: lástima. Le señaló un sillón.

—Tengo calentura—dijo el marqués alargando la mano para que León le tomara el pulso—. Hace tres noches que no duermo nada, y anoche... creí morir de susto y vergüenza.

León pidió informes para juzgar las causas de tanta desventura y el no dormir.

—Te lo contaré todo. Para ti no puede haber secretos—dijo Tellería dando un gran suspiro—. A pesar de lo que ha pasado con María, y que deploro con toda mi alma... ¡Oh!, todavía espero reconciliaros..., pues a pesar de eso, siempre serás para mí un hijo querido..

Tanta melifluidad puso en guardia a León.

—¡Ah!, nos pasan cosas horribles... Se te erizarán los cabellos cuando te cuente, querido hijo... Pero ¿no es verdad que tengo calentura? Mi temperamento delicado y nervioso no resiste a estas emociones. ¡Ojalá no conozcas nunca en tu casa lo que ha pasado estos días en la de tus padres! He venido a contártelo, y ya ves, no sé cómo empezar: tengo miedo, no me atrevo.

—Yo lo comprendo bien—dijo León, deseando poner fin al largo preámbulo telleriano—. Ha llegado el momento en que el sistema de trampa adelante se ha hecho insostenible. Todo acaba en el mundo, hasta la mentirosa comedia de los que viven gastando lo que no tienen; llega un día en que los acreedores se cansan, en que los industriales diariamente engañados, los tapiceros, los sastres, los abastecedores al por menor ponen el grito en el cielo, y ya no piden, sino que toman; ya no murmuran, sino que vociferan.

—Sí, sí—dijo el marqués cerrando los ojos—; ese día ha llegado. No se quiso hacer caso de mis saludables consejos, y ahí tienes la catástrofe; catástrofe horrible, cuyas consecuencias no puedes figurarte por más que tu imaginación... En una palabra, querido hijo: el embargo está pendiente sobre nuestras cabezas... No siento yo que se lleven los cachivaches que hay en la casa y que Milagros ha ido tomando de las tiendas sin pagarlos; lo que siento es el escándalo. Anteayer, un tendero de comestibles que ha ido a casa unas doscientas veces, armó en la escalera un jaleo espantoso. Yo oí desde mi despacho sus horribles denuestos; salí furioso; pero él había bajado ya y continuaba su arenga en medio de la calle. Ayer el dueño del coche se ha negado a servirnos, y no es esto lo peor, sino que me envió una carta insolente... Te la voy a enseñar...

—No, no es preciso—dijo León deteniendo la mano trémula del marqués, que rebuscaba en los bolsillos—. Ya supongo lo que dirá ese mártir.

—Ayer me citó el juez... Esos impíos tenderos, leñeros, alfombristas, tapiceros y mercachifles de todas clases, han presentado lo menos veinticinco demandas contra mí... ¡Qué horrible es referir estas miserias! Parece que me arden en la boca las palabras con que te lo cuento, y el sonrojo me quema la cara. Dime: ¿no tienes compasión de mí?

—Mucha—replicó León, realmente lleno de lástima.

—No me defiendo, no—dijo el marqués con voz melodramática y cerrando los ojos—. Ya se han agotado todos los recursos y se han cerrado todas las puertas. En alhajas no queda ya nada, ni las papeletas del Monte. Un prestamista a quien me dirigí ayer, el único en quien tenía alguna esperanza, porque con los demás no hay que contar ya, me recibió ásperamente, díjome palabras que no quiero recordar, y me despidió de su casa. ¡Oh! ¡Qué horribles confidencias, León! Estoy revolviendo este muladar de miseria y deshonor en que he caído y me parece mentira que sea yo, Agustín Luciano de Sudre, marqués de Tellería, hijo del mejor caballero que vió Extremadura y heredero de un nombre que atravesó siglos y siglos rodeado de consideración y respeto.

—Es verdad—dijo León con severidad—: parece mentira, y más inverosímil aún es que habiendo sido sacado usted otras veces por manos generosas de ese muladar de vergüenza y miseria, se haya arrojado de nuevo en él.

—Tienes razón..., he sido débil; pero yo solo no tengo la culpa—dijo el prócer humilde como un escolar—. Mis hijos, mi mujer, me han empujado para que caiga más pronto. Y si te contara lo más negro, lo más deshonroso... ¡Ah!, León de mi alma, necesito contártelo, aunque estas cosas son de las que sólo se dicen a la almohada sobre que dormimos y aun diciéndoselo a la almohada se ruboriza uno. A ti no se te puede ocultar nada. Pero es tan duro decir... Todo lo que hay en mí de esta *hidalguía castellana* heredada de mis padres se

subleva en mi alma y siento como si una mano me tapara la boca.

—Si no es absolutamente preciso para el objeto de su visita, puede usted callarlo.

—Te lo he de decir, aunque me amarga mucho. Ya sabes que Gustavo tiene relaciones con la San Salomó, relaciones que no quiero calificar. Pues bien: Gustavo... No creo que la idea partiera de Gustavo: creo más bien en sugestiones y astucias de Milagros... No sé cómo decírtelo, no sé qué palabras emplear tratándose de personas de mi familia. En resumen: Pilar San Salomó dió a Gustavo una cantidad, no sé con qué fin; cantidad que se apropió mi bendita mujer, no sé con qué pretexto. Ellos hicieron allá sus arreglos..., no sé si hubo promesa de pago, algún documentillo... Mi hijo, que es caballero y se vió comprometido, tuvo una violenta escena con su madre, anoche, a propósito de ese dinero, y... no puedes figurarte la que se armó en casa. Gustavo y Polito vinieron a las manos; tuve que hacer esfuerzos locos para ponerlos en paz... Poco después Gustavo se retiró a su cuarto; corrí tras él sospechando una cosa lamentable, y le sorprendí acercándose una pistola a la sien... Nueva escena, nuevos gritos, con la añadidura de un desmayo de Milagros... ¡Qué noche, hijo mío, qué noche tan horrible! Para colmo de fiesta, los criados, desesperanzados de cobrar, se han ido después de insultarnos en coro llamándonos... no, no lo digo; hay palabras que se resisten a salir de mi boca.

Detúvose el marqués desfallecido y jadeante. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, y su pecho se inflamaba y se deprimía como el de quien acaba de soltar un peso enorme. Hubo una pausa que León no quiso de modo alguno cortar. El mismo don Agustín fué quien evocando el resto de sus gastadas fuerzas, y poniendo la cara más afligida, más dramática, más luctuosa que cabe imaginar, exclamó:

—León, hijo mío, sálvame, sálvame de este conflicto. Si tu no me salvas, moriré, moriremos todos. Salva mi honrado nombre.

—¿De qué modo?—preguntó León fríamente.

—¿No ves mi deshonra?

—Sí; pero veo difícil que pueda evitarla.

—Dime: ¿tendrás valor para ver a tus padres pidiendo limosna?—dijo el suegro apelando a un recurso que creía de efecto.

—Estoy dispuesto a impedir que los padres y los hermanos de mi mujer pidan limosna. Pero si pretende usted que aplaque a sus acreedores; en una palabra: si pretende usted que pague sus deudas contraídas por el despilfarro, el desorden y la vanidad, para que luego que estén libres vuelvan la vanidad y el desorden a seguir viviendo y escandalizando, me veré en el caso sensible de responder negativamente. No una, sino varias veces he sacado a usted de atolladeros como éste. Mucho propósito de enmienda, muchos planes de reformas; pero al cabo la enmienda ha sido gastar más. Usted, Milagros y Polito han consumido la cuarta parte de mi fortuna. Basta ya: no puedo más.

La energía de León abrumó al pobre marqués, que estaba anonadado. La rudeza de la negativa, quitóle por algún tiempo el uso de la palabra. Al fin, balbuciendo y rebuscando las frases aquí y allá, como el que recoge las cuentas de un rosario que se rompe en medio de la calle, pudo hablar así:

—No te pido limosna... No está en mi carácter... Siempre que he apelado a tu generosidad ha sido... con garantía e intereses.

—Garantía de pura fórmula, intereses ilusorios que he admitido por delicadeza para cubrir la donación con la vestidura de un préstamo hipotecario. ¿Qué garantía ha de dar quien ya no tiene ni tierras, ni casas, ni una hilacha que no está en manos de los acreedores? Lo que yo he hecho no es generosidad, señor marqués: es un verdadero crimen. No he amparado a menesterosos, sino que he protegido el vicio.

—¡Por Dios!—dijo Tellería, tembloroso y aturdido—; recuerda... Tus larguezas con mis hijos y con mi mujer han sido la correspondencia natural del amor que te tenemos... Acabemos, León: ha llegado el momento crítico de mi vida. Se trata de salvar la honra de mi casa.

—Su casa de usted ya no tiene honra, hace tiempo que no la tiene.

Irguió el marqués su afeminada cabe-

cilla; tiñéronse en una púrpura sanguinolenta sus apergaminados carrillos, y sus ojos brillaron como si hubiera pasado rápidamente por delante de ellos una luz. Creeríase que aquel hombre, tan debilitado moral como físicamente, buscaba en el fondo de su alma un resto de dignidad, y lo tomaba y lo esgrimía como el soldado cobarde que, no habiendo hecho nada durante la batalla, quiere en el último instante de la pelea contestar con una muerte gloriosa a los denuestos de sus compañeros. Pero León tenía sobre él tan gran ascendiente, que el desgraciado prócer no halló fuerzas para alzar la voz, y sólo pudo echar de sí un gemido. Dejando caer después su abatida cabeza sobre el pecho, oyó como un estúpido. Era el árbol carcomido y seco que esperaba el último hachazo.

—Su casa de usted no tiene ya honra —repitió León—, a no ser que demos a las palabras un valor convencional y ficticio. La honra verdadera no consiste en formulillas que se dicen a cada paso para escuchar debilidades y miserias; se funda en las acciones nobles, en la conducta juiciosa y prudente, en el orden doméstico, en la verdad de las palabras. Donde esto no existe, ¿cómo ha de haber honra? Donde todo es engaño, insolvencia, vicios y vanidad, ¿cómo ha de haber honra? Puesto que estamos aquí en familia, podemos pasar una revista a la conducta de Milagros, a la de Polito, a la de usted mismo.

El marqués extendió la mano, queriendo rogar a su yerno con gesto suplicante que no pasara ninguna revista. León, no obstante, creyó necesario decir algo.

—Te ruego—repuso Tellería con afligido tono—que no me recuerdes eso que amargamente deploro. Cierto que he tenido devaneos..., ¿quién no los tiene? El mundo es así... ¿Eso qué significa?... Ahora que me ahogo, León, dame la mano o déjame morir; pero no me inculpes, no me crucifiques más de lo que estoy. Es verdad que no debo apelar tantas veces a tu generosidad; pero las circunstancias en que tú y yo nos hallamos son muy distintas. Yo tengo hijos, tú no los tienes.

—Pero...—murmuró León.

Sin duda quiso decir: «Pero puedo tenerlos.» El marqués contempló un rato a las dos niñas que jugaban en medio del cuarto.

—Para concluir—dijo León Roch—. Cuente usted con una pensión suficiente para vivir con modestia y decencia. Es todo lo que puedo hacer. Ni yo tengo minas de oro, ni si las tuviera bastarían a llenar una vez y otra esos hoyos que abren ustedes cada poco tiempo.

Don Agustín palideció, y mirando al suelo movió las mandíbulas, como quien revuelve en la boca el hueso de una fruta.

—Una pensión...—murmuró.

En efecto: la pensioncilla se le atragantaba, y aunque la gratitud impedíale protestar de palabra contra ella, bien claro decía su demudado rostro que aquella limosna vitalicia, arrojada por la compasión, sublevaba su orgullo y enardecía su sangre. Tal era su relajación moral, que no se creía rebajado implorando un préstamo con garantías ilusorias, equivalentes a una reserva mental de no pagar nunca, y se sentía herido en lo más doliente de su ser el recibir una pensión que llamaba él *una bofetada de pan.*

Además, su propio egoísmo le hacía rechazar una solución que no le sacaba de los apuros del momento. ¿Qué le importaba el porvenir ni aquella vida modesta y decorosa de que León le hablaba? ¿Qué entiende el tramposo de porvenir? Su afán es salvarse en las grandes crisis de escándalo, para seguir después, alta la frente, seguro el paso, por el mismo camino de la dilapidación y del fraude, cuyos recodos y atajos conoce a maravilla. Pero el respeto del marqués a las conveniencias y su refinada cortesanía, obligábanle a velar su pensamiento y aun a mostrarse agradecido por aquel *potaje de San Bernardino* que su yerno le ofrecía.

—Una pensión...—dijo, revolviendo en la boca lo que parecía hueso de fruta—. Eres muy generoso... Yo te agradezco tu previsión. Verdad es que no resolvemos nada con esto. El naufragio subsiste, y tu pensión es una playa que está a cien leguas de distancia...

No supo decir otra cosa; pero palideció más, y sus ojos miraban con más fijeza al suelo. Determinábanse en él la ira y la contrariedad por una desfiguración facial que parecía envejecimiento rápido, instantáneo, milagroso. Su boca

se fruncía entre dos pliegues hondos, y los pelos de su bigote desengomado tomaban direcciones distintas, cual si quisieran amenazar a todo el género humano. Sus mejillas de tez ajada y vinosa se le llenaban de arrugas, y bajo sus apagados ojos colgaban dos bolsas de carne blanducha. Hasta se podría creer que su cuello se hacía más delgado, sus orejas más largas y cartilaginosas; que sus sienes, oprimidas y surcadas de venas verdes, tomaban el color amarillento de la cera de velas mortuorias. Cuando el inflexible yerno dijo con su tono decisivo e inapelable: «La pensión y nada más que la pensión», don Agustín de Sudre marchaba con veloz descenso a la decrepitud. Después de meditar un rato sobre su desastrosa suerte, alzó la cabeza, y poniendo en sus labios una de esas contracciones en que se confunde la sonrisa del disimulo con el espumarajo de la rabia, dijo a su yerno:

—Eres muy complaciente y benévolo con nosotros; pero si mucho tenemos que agradecerte, también tú tienes motivos para guardarnos consideraciones. Ni siquiera nos hemos quejado al ver que has hecho desgraciada a nuestra querida hija.

—¡Que yo la hago desgraciada!—exclamó León con flema.

—Sí; muy desgraciada..., y nosotros tan callados, por consideración a ti, por excesiva consideración... Pero al fin los sentimientos paternales se despiertan vivamente en nosotros, y no podemos callar viendo el dolor de ese ángel... Pues qué, ¿crees tú que la pena ocasionada por tu separación no la llevará al sepulcro?

Todos los seres, por diminutos que sean, tratan de morder o picar cuando se sienten aplastados. Herido en su orgullo y burlado en sus locas esperanzas, el marqués sacaba su aguijoncillo.

—Esa cuestión es harto complicada para tratarla de paso. ¿Quiere usted, como padre, recibir explicaciones? Si es así, preciso es confesar que ha tardado usted mucho en pedírmelas. Hace casi un mes que me separé resueltamente de María.

—Pero no por tardar dejo de hacerlo —dijo don Agustín, reanimándose al ver en sus manos una de las armas que ponen al cobarde en mejor situación que al valiente—. Soy padre, y padre amantísimo. Lo que has hecho con María, con aquel ángel de bondad, no tiene nombre. Primero la has atormentado con tu ateísmo y has martirizado cruelmente su corazón, haciendo gala de tus ideas materialistas... Pues qué, ¿no merece ya ni siquiera respeto la piedad de una mujer, que, educada en la verdadera religión, quiere practicarla con fervor? Pues qué, ¿ya no hay creencias, ya no hay fe; hemos de gobernar el mundo y la familia con las *utopías* de los ateos?

—¿Qué sabe usted cómo se gobiernan el mundo y la familia?—dijo León, tomando a burlas la severidad de su suegro—. ¿Ni cuándo ha sabido usted lo que es religión, ni cuándo ha tenido creencias, ni fe, ni nada?

—Es verdad: yo no soy sabio, no puedo hablar de esto—replicó Tellería, reconociéndose incompetente—. No sé nada; pero hay en mí sentimientos tradicionales que están grabados en mi corazón desde la niñez; hay ciertas ideas que no se me han olvidado a pesar de mis errores, y con esas ideas afirmo que al separarte de María has conculcado las leyes morales que rigen a la sociedad, todo *lo que hay de más venerando en la conciencia humana.*

Este trozo de artículo de periódico exasperó a León tal vez más de lo que la calidad de su interlocutor merecía. Pálido de ira, le dijo:

—Buenas están vuestras leyes morales; buenas están vuestras interpretaciones de la conciencia humana... Tienen gracia vuestras cosas venerandas. ¡Ah, y yo he sido tan necio que he sufrido por espacio de cuatro años una vida de opresión y asfixia dentro de una esfera social en que todo es fórmula: fórmula la moral y la religión, fórmula el honor, fórmula la riqueza misma, fórmulas las leyes, hechas de mogollón, jamás cumplidas, todo farsa y teatro, en que nadie se cansa de engañar al mundo con mentirosos papeles de virtud, de religiosidad, de hidalguía! ¡Bonito modelo de sociedad, digna de conservarse perpetuamente sin que nadie la toque, sin que nadie ose poner la mano en ella, ni siquiera para acusarla! ¡Y yo, según usted, he faltado al respeto que merece este rebaño de hipócritas, bastante hábiles para ocultar al vulgo sus corrupciones y hacerse pasar por seres con alma

y conciencia! ¡Y yo, que he sido un ser pasivo; yo, que he visto y callado y sufrido, ni siquiera me opuse a las aberraciones de mi mujer, más frenética, pero menos criminal que los demás, he faltado a las leyes morales! ¿En qué ni de qué modo? ¡Pero, sí, sí; he sido cómplice callado y ocultador criminal del desorden, ayudando con mi dinero a los padres pródigos, a los hijos libertinos y a las madres gastadoras! He sido el Mecenas de la disolución, he dado alas a todos los vicios, al crimen mismo. Esta es mi falta, la reconozco.

Al principio, enojado; después, iracundo, y, al fin, furioso, León daba golpes sobre la mesa, increpando con enérgica mano a su suegro, el cual se fué empequeñeciendo, reduciéndose a la mínima expresión. El pobre señor tenía los ojos fijos, durante la filípica, en un vaso puesto sobre la mesa, y consideraba que cabría muy bien dentro de aquel vaso. Monina y Tachana, muertas de miedo, recogieron sus cucuruchos y sus gallos de papel, y calladitas, sin atreverse a reír ni a llorar, se retiraron a un rincón de la pieza.

—Yo hablaba como padre—dijo el marqués con voz tan tenue que parecía salir del fondo del vaso.

—Y yo hablo como hombre herido en lo más delicado de su alma, como marido expatriado de su hogar por una Inquisición de hielo, y lanzado a las soledades del celibato de hecho por un fanatismo brutal y una fe sin entrañas. Esas leyes morales de que usted me hablaba me condenarán a mí, lo sé, y me condenarán por lo que llaman ridículamente mi ateísmo, cuando los verdaderos ateos, los materialistas empedernidos, son ellos, son esos que se visten toga de juez para acusarme, lo mismo que se vestirían el saco de Pierrot para bailar en un sarao. Aunque no los creo dignos de recibir una explicación mía, sepan que soy la víctima, no el verdugo, y que estoy decidido a no respetar, como hasta aquí, los dictámenes de los hipócritas, ni las sentencias de los corrompidos. Yo obraré por cuenta mía, yo sé dónde están las verdaderas, las inmutables leyes: no haré caso de formulillas ni de recetas. ¡Qué placer tan grande despreciar no ya secreta, sino públicamente, lo que no merece ningún respeto: ese tribunal, esa sentencia fabricada con el voto y con los pareceres de todos los despojados de sentido moral, de los concusionarios, de los hipócritas, de los mojigatos viciosos, de los viejos amancebados, de las mujeres locas, de los jóvenes decrépitos, de los negociantes en fondos públicos y en conciencias privadas, de los que quieren ser personajes y sólo son simios, de los que todo lo venden, hasta el honor, y de los que no se venden porque no hay quien los quiera comprar, de los que se dan aires de gravedad sacerdotal, siendo seglares, y son un verdadero saco de podredumbre con figura humana!... Allá se queden esos... Yo me aparto, me retiro solo, dejando a mi desgraciada esposa lejos de mí, por su voluntad, no por la mía. Miraré desde fuera ese espectáculo edificante. Allá se entiendan... Vivan al día, gasten lo que no tienen; hagan novenas; reciban coronas y alabanzas de los adúlteros; repártanse el dinero de la riqueza territorial entre los sacristanes y las bailarinas; púdranse las familias y acaben en generaciones de engendros raquíticos; hagan de las cosas más serias de la vida un juego frívolo, y conservando en sus almas un desdén absoluto a la virtud, a la verdadera piedad, invoquen con su lenguaje campanudo una moral que desconocen y un Dios que niegan en sus actos. ¡Ateos ellos, a menos que Dios no sea un vocablo cómodo! ¡Ateos ellos mil veces, que miden la grandeza de los fines divinos por la pequeñez y la impureza de sus corazones de cieno!

El ardor de sus palabras había secado su boca. Tomó el vaso que estaba sobre la mesa, aquel mismo vaso en que el marqués hubiera querido meterse, y bebió un sorbo de agua. El infeliz acusado se había empequeñecido tanto, que no miraba el aviso, sino a una cajilla de cartón, y parecía decir: «¡Qué bien estaría yo ahora dentro de esa caja de fósforos!»

Como buen cortesano y dueño absoluto de una multitud de conceptos comunes para todas las ocasiones, aun las más críticas, Tellería habló al modo de decir alguna palabra que le sirviese para disimular la gran confusión en que estaba.

—No te seguiré por ese camino—dijo, estirando el cuerpo y ahuecando la

voz—. No imitaré tu lenguaje violento. Yo he invocado a las leyes morales y las invocaré siempre en este asunto... Insisto en lo inexplicable del desaire que has hecho a María, esposa fiel y honrada; insisto en lo misterioso de tu separación. Yo no puedo ver en eso un hecho ocasionado simplemente por el fanatismo de María; yo sospecho que tú...

El marqués de detuvo. Oyóse la voz de Tachana llorando. Ella y Monina se habían metido en un rincón detrás de una silla, al través de cuyos palos contemplaban, llenas de susto, a los dos hombres que tan acerbamente discutían. Cansadas al fin del escondite, empezaron a reñir una con otra. Ramona dió un bofetón a su compañera.

—¿Qué niñas son éstas?—dijo el marqués vivamente—. ¿No es aquella rubia la nietecilla del marqués de Fúcar, la hija de Pepa?...

—Sí; Monina, ven acá.

—¿No está aquí Suertebella?

—Aquí cerca.

—Ya...

El marqués se levantó. Tenía su idea. Aquel hombre, tardo en el juicio, y que rara vez podía gloriarse de ser propietario de un pensamiento, pues pensaba con la lógica ajena, así como hablaba con las frases hechas, sintió su lóbrego cerebro invadido por una luz extraña. ¡Oh! Sí: él también tenía su idea, y no la cambiara por otra alguna.

—Adiós—dijo, secamente, a su yerno, poniendo una cara muy seria, tan exageradamente seria que parecía cómica.

—Pues adiós—replicó León con calma.

—Nos volveremos a ver y hablaremos de las leyes morales—añadió don Agustín—. Hablaremos también de la desgracia de mi hija, del abandono de mi hija, del honor de mi hija. Esto es muy serio.

Y se crecía, se crecía de tal modo, que ya no cabía en la cajita, ni en el vaso, ni en el sillón, y hasta el cuarto parecíale pequeño para contener su gigantesca talla.

—Hablaremos ahora.

—No..., necesito calma, mucha calma. Mi hija debe ponerse al amparo de las leyes. Voy a comunicar mi pensamiento a la familia... El asunto es gravísimo. ¡Mi honor!...

—¡Ah! Su honor de usted—dijo León riendo—. Bien: lo buscaremos, y cuando parezca, hablaremos de él... Adiós.

Tellería se retiró. Aunque apenadísimo por el mal éxito de su tentativa pecuniaria, se sentía orgulloso, hinchado. Algo muy grande sentía dentro de sí que, dilatándose, le hacía crecer de tal modo que ya no cabía en la escalera, ni en el portal...; casi no cabía en la calle, ni en el campo, ni en el universo. Era su idea, que entró casi invisible y crecía dentro, sugiriéndole con fecundidad asombrosa otras mil ideas subordinadas, las cuales le halagaban, poniéndole a él muy alto y a los demás muy bajos. Qué bueno es tener una idea, sobre todo cuando esa idea nos consuela de nuestra infamia con la infamia de los demás, haciéndonos exclamar con orgullo: «¡Todos somos lo mismo, lo mismo!»

X

RAZÓN FRENTE A PASIÓN

Al día siguiente recibió León un anónimo; después, la visita de dos amigos que le comunicaron algo muy interesante, pero también muy penoso para él, y a consecuencia de esto pasó en gran desasosiego el día, y en vela la noche. Levantóse temprano y anunció a Facunda que se marchaba; una hora después, dijo:

—No; me quedo, debo quedarme.

Por la tarde salió a pasear a caballo, y al regreso envió un recado a Pepa, diciéndole que deseaba hablar con ella. Desde el día en que se supo la noticia de la muerte de Cimarra, León no había visto a la hija del marqués de Fúcar sino dos o tres veces. Un sentimiento de delicadeza le había impedido menudear sus visitas a Suertebella.

Recibióle Pepa poco después de anochecer en la misma habitación donde Monina había estado enferma y moribunda. La graciosa niña, medio desnuda sobre la cama, se rebelaba contra la regla que manda dormir a los chicos a prima noche, y, sin hacerse de rogar como otras veces, contaba todos los medios cuentos que sabía, y decía todas sus chuscadas y agudezas; empezaba una charla que concluía en risa, y castigaba a su muñeca después de darle de mamar; saludaba como las señoras, y con sus dedillos hacía un aro para imi-

tar el lente monóculo del barón de Soligny. Después de mucha batahola, vacilando entre la risa y la severidad fingida, Pepa logró hacerla arrodillar, cruzar las manos y decir de muy mala gana un hechicero padrenuestro, mitad comido, mitad bostezado. Siguió a esta oración el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto», y como si esta ingenua plegaria tuviese en cada palabra virtud soporífera, Monina guiñó los ojos, cerró sus párpados con dulce tranquilidad, y murmurando las últimas sílabas, quedóse dormida en los brazos del Señor. Después que ambos la contemplaron en silencio durante largo rato, León la besó en la frente.

—Adiós, nena—dijo con cierta emoción.

—¿Y por qué adiós?—preguntó Pepa muy inquieta—. ¿Te vas?

—Sí.

—Me avisaste que querías hablarme.

—Despedirme.

—¿No estás bien aquí?

—Demasiado bien; pero no debo estar.

—No te comprendo. ¿Te has reconciliado con tu mujer?

—No.

—¿Vas al extranjero?

—Tal vez.

—¿Adónde?

—No lo sé todavía.

—Pero avisarás, escribirás, dirás: «Estoy en tal parte.»

—Es posible que no te diga nada.

Pepa miró torvamente al suelo.

—Es necedad que tú y yo hablemos con medias palabras y con frases veladas y enigmáticas—dijo León—. Hace algunos meses que hablamos como los que ocultan una intención perversa. Si hay maldad, mejor estará dicha que hipócritamente ocultada. Es preciso decirlo todo. Desde que perdí completamente las ilusiones de mi bienestar doméstico, frecuento tu casa; quizá, o sin quizá, la he frecuentado demasiado en este tiempo. Mi soledad, mi tedio, mi anhelo de saborear la vida de los afectos, hacíanme buscar ese arrimo que al alma humana es tan necesario como el equilibrio al cuerpo. Yo estaba helado; ¿qué extraño es que me detuviera allí donde encontré un poco de calor? Empecé admirando a Monina y acabé por adorarla, porque yo tenía, más que afán, rabiosa sed de afectos íntimos, de amar y ser amado. ¡Es tan fácil hacerse amar de un niño!... Yo sentía en mis afanes imperiosos de deleitarme en cosas pueriles, de poner mi corazón, vacío ya de grandes afecciones, bajo los piececillos de un chicuelo para que lo pateara. No sé cómo explicártelo... Presumo que tú comprenderás esto. Se me figura que lees en mí, así como tú no me eres, no, desconocida. Me parece que hace tiempo estamos representando una comedia...

—Yo no represento jamás—dijo Pepa con aplomo.

—Pues yo tampoco. Oye lo que ha pasado en mí. Yo me sentía solo en mi casa, solo en la calle, solo en medio de la sociedad más bulliciosa, solo en todas partes menos junto a ti. Una fatalidad... Pero no demos este cómodo nombre a lo que es resultado de nuestra imprevisión y nuestros errores... Digamos que la situación creada por nosotros mismos nos impedía declarar con la frente alta un afecto del corazón... Ambos éramos casados.

—Sí—dijo con serenidad y firmeza la de Fúcar, como si ella hubiera ya pensado muchas veces aquello mismo, y considerándolo bajo infinitos aspectos.

—Ahora ya tú no lo eres; yo, sí. La situación es casi la misma. Pero tu viudez me ha hecho más insensato... Yo no debo estar aquí, y, sin embargo, estoy; y cuando veo este color negro de tus vestidos y del vestido de Monina, siento en mí no sé qué horrible levadura de osadía y sacrilegio; lucho por ahogarla y callarme; pero tú misma, con una fuerza de atracción de que apenas te das cuenta, me obligas... No puedo decirlo de otro modo, me obligas a decirte que te amo, que te amo desde hace tiempo... No tengo fuerzas ni palabras para maldecir un sentimiento que en mí ha nacido de este lúgubre destierro doméstico en que vivo, y en ti... no sé de qué.

—Nació conmigo—afirmó Pepa, que apenas respiraba—. Me has dicho una cosa que presumía mi corazón... ¡Pero oírtela decir..., oír de tu misma boca, aquí, delante de mí..., donde sólo Dios y yo podemos oírlo!...

Le faltó la voz. Transfigurada y sin color, como el moribundo, no pudo hallar para el desahogo de su alma lenguaje más propio que apoderarse de una

mano de León y besársela tres veces con ardiente ternura.

—Hemos llegado a una situación difícil—dijo él—. Afrontémosla con dignidad.

—¿Situación difícil?—indicó Pepa, con cierta sorpresa candorosa, como si la situación le pareciera a ella muy fácil.

—Sí; porque a estas horas somos víctimas de la calumnia.

Pepa alzó los hombros, como queriendo decir: «¿Y qué me importa a mí la calumnia?»

—Convendrás conmigo en que he cometido una gran falta en venir a vivir tan cerca de ti.

—¿Falta? ¿Falta venir aquí?—dijo la dama, dando a entender que si aquello era falta, también lo era la salida del sol.

—Falta ha sido. Te advierto que yo, a quien muchos tienen por hombre de entendimiento, me equivoco siempre en las cosas prácticas.

Pepa indicó su conformidad con aquella idea.

—Mi último error ha desatado la lengua a la maledicencia. ¡Pobre amiga mía! Ya es cosa averiguada en Madrid que a los dos meses de viuda tienes un amante, que ese amante soy yo, que vivimos juntos, injuriando la moral pública. No contenta con esto, la gente hace un odioso trabajo retrospectivo, dando a nuestras relaciones criminales un origen remoto, y de esto resulta una afirmación fuera de toda duda.

—¿Cuál?

—Que Monina es hija mía.

Pepa se quedó un instante perpleja. Creeríase que la tremenda afirmación no hacía gran mella en su alma. Argumentando mentalmente, no sabemos de qué modo, dijo:

—Pues bien: cuando la calumnia es tan grosera, tan absurda, no debemos afligirnos por ella.

—¿Sabes tú cuál es el escudo en que la calumnia puede estrellarse?—le dijo León con serenidad—. ¿Lo sabes tú? Pues es la inocencia. Nuestra inocencia, Pepa, es tan sólo relativa, o mejor dicho, parcial. Las hablillas que nos agobian llevan en sí algo de fundado, se equivocan sólo en los hechos. Mienten cuando dicen que soy tu amante y que vivimos juntos; pero aciertan cuando dicen que te amo. Mienten cuando dicen que Monina es hija mía; pero...

Pepa no le dejó concluir. A borbotones se le salieron las palabras de la boca para exclamar con júbilo:

—Pero aciertan al decir que la adoras como si fuera tu hija: lo mismo da.

—La calumnia se equivoca en los hechos; pero a falta de hechos hay intenciones, sentimientos, esperanzas. Contéstame: ¿crees tú que somos inocentes?

—No. Por lo menos yo no lo soy. La calumnia que ha caído sobre mí y me hiere en mi honor, parece que trae consigo algo de justicia—afirmó Pepa con acento patético—. ¡La miro con menos horror del que debía sentir, porque hay dentro de mí tanto, tanto, que podría justificar una parte, lo principal, el fundamento de ella!... Tú eres una persona de rectitud y de conciencia; yo no lo soy. Estoy acostumbrada a cultivar, acariciándolos en el secreto y en la soledad de mi alma, sentimientos contrarios a mi deber; yo soy una mujer mala, León; yo no merezco este afecto tardío que sientes por mí; yo soy criminal, y como criminal no puedo tener ese pavor escrupuloso que tú tienes a la calumnia.

—Pepa, Pepa, no hables de ese modo —dijo León, estrechando la mano de su amiga—. No es así como te he visto y te he contemplado en mi alma, cuando te apoderabas de ella y lentamente te hacías reina de todos mis afectos.

—¡Oh! Si no te gusto así—replicó la de Fúcar en un tono de amargura y dolor que oscurecía sus palabras—, ¿por qué no viniste a tiempo? Si hubieras llegado cuando se te esperaba, ¡qué pureza y qué elevación de sentimientos habrías podido hallar! ¡Qué noble y santa pasión, tan propia y digna de ti! Si hubieras venido a tiempo, dignándote agraciar con una palabra de amor a la voluntariosa, a la pobre loca, a la necia, ¡qué hermoso tesoro de afectos habrías descubierto, tesoro íntegramente reservado para ti y que en tus manos habría perdido su tosquedad!... Yo parecía no valer nada; yo era una calamidad, ¿no es cierto?... Es que yo quería estar en manos que no querían cogerme; era un instrumento muy raro que no podía dar sonidos gratos sino en las manos para que se creía nacido. Fuera de mi dueño natural, todo en mí era desacorde y disparatado... No te quejes ahora si me en-

cuentras un poco destituída de conciencia y con escaso, muy escaso sentido moral. Yo he llevado una vida de lucha incansable y espantosa conmigo misma, de desacuerdo constante con todo lo que me rodeaba; he llevado sobre mí el peso de un desprecio recibido, y este desprecio, extraviándome la razón y haciéndome correr de desatino en desatino, me ha quitado aquella pureza de sentimientos que un tiempo guardé y atesoré para quien no quiso tomarla. No soy tan rigorista como tú; no tengo valor para mayores sacrificios, porque mi corazón está fatigado, herido, lleno de llagas como el loco que se muerde a sí mismo; no creo al mundo con derecho a exigirme que me atormente más, y así te ruego que tampoco seas rigorista, que no hagas caso de la moral enclenque de la sociedad, que des algo al corazón, que sigas viviendo aquí, que me visites todos los días, y que me pagues algo de lo mucho que me debes, queriéndome un poco.

No pudo conservar su entereza hasta el fin del discurso, y rompió a llorar.

—Mi necio orgullo—dijo León, más bien acusándose que defendiéndose—nos hizo a entrambos desgraciados. ¡Que aquel desprecio que te hice caiga sobre mi cabeza; que todos los infortunios ocasionados por mi error sean para mí!

—No más infortunios, no. Basta con los pasados. La culpa toda no fué tuya. Yo no tenía más cualidad buena que la de quererte; yo hacía locuras, yo desvariaba. Comprendo tu preferencia por otra, que, además, era guapa; yo nunca he sido bonita... ¡Y ahora vienes a mí, después de tanto tiempo, por los caminos más raros: y ahora!...

Un sacudimiento nervioso desfiguró las facciones de Pepa. Hizo un gesto de pavura, como apartando de sí una visión terrible, y exclamó sordamente:

—¡Tu mujer vive!

No encontró León palabras para comentar ni para atenuar la terrible elocuencia de esta frase. Humillando su frente, calló.

—¡La hermosa, la santa, la perfecta!...—añadió Pepa con júbilo—. Pero ¿no es así más grande mi triunfo? Has venido a mí, la abandonas.

—No, no...—dijo León vivamente—. Yo he sido abandonado. Yo he querido a mi mujer, yo he sido fiel esclavo de mi juramento hasta ahora, hasta ahora que lo he roto.

—Bien roto está—afirmó la de Fúcar, briosa—. ¿Por qué temes el fallo de los tontos? ¿Por qué el fantasma de tu mujer te aleja de mí?

—Pepa, amiga querida, tu despreocupación me causa miedo.

—Ya te he dicho que yo no tengo sentido moral: lo perdí, me lo quitaste tú con la última ilusión. Perder toda ilusión, ¿no equivale a ser mala? Yo fuí mala desde aquella noche horrenda en que la última esperanza salió de mí como si hubiera salido el alma dejándome yerta, vacía, helada, verdaderamente loca. Desde entonces, todo en mí ha sido desvariar: me casé lo mismo que me hubiera arrojado a un río; me casé en vez de suicidarme. No supe lo que hice. Si al menos hubiera tenido educación... Pero tampoco tenía educación. Yo era un salvaje que ostentaba riquezas, fórmulas sociales y apariencias deslumbradoras, como otros cafres se adornan con plumas y vidrios. ¡Luego aquel despecho, aquel puñal clavado en mi corazón!... El despecho me inclinaba a entregar al menos digno lo que yo reservaba para el más digno. ¿No había podido obtener el primero? Pues me entregaba al último. ¿No recuerdas que echaba mis joyas al muladar? ¿De qué servía mi pobre ser despreciado? ¡Casarme con un hombre estimable, con un hombre de bien! Eso habría sido tonto... ¡Qué gusto tan grande poder aborrecer al más cercano, al que el mundo llamaba mi mitad y la Iglesia mi compañero! Es que yo quería ser mala. Ya sabes que en ciertas esferas a la joven de malos instintos que quiere entrar en la libertad se le abre una puerta muy ancha. ¿Cuál s? El matrimonio. En mi turbación, decía yo: «Soy rica, me casaré con un imbécil, y seré libre.» ¡Pero no pensé en mi pobre padre! ¡Qué mala he sido! Muchas hacen lo mismo que hice yo, pero sin tan fatales consecuencias. Al casarme, todas las desgracias cayeron sobre mi casa... Yo era libre, continuaba en la desesperación, y en tanto, tú..., lejos, siempre lejos de mí. Tu honradez me enloquecía y me hacía meditar. ¿Creerás que me sentía abofeteada por tu honradez, y que a veces mi alma se encariñaba con la idea de ser también honra-

da?... No sé dónde hubiera concluído. Al fin Dios me salvó dándome esta hija, que al nacer me trajo lo que nunca había yo conocido: tranquilidad. Cuando a mi lado crecía Monina, yo adquirí por don milagroso cultura de espíritu, sensatez, amor al orden, sentido común. Fuí otra, fuí lo que hubiera sido desde luego pasando de los delirios de mi amor contrariado a la paz y al yugo de tu autoridad de esposo. Ahora me encuentras curada de aquellas extravagancias que me hicieron célebre; pero no soy tan buena como debería serlo: hay en mí un poco, quizá mucho, de falta de temor de Dios; no me hallo dispuesta a sacrificar mis sentimientos a las leyes que tanto me han martirizado, y así te digo: libre soy, libre eres...

—Yo...

—Sí, tú; porque libre es quien rompe sus cadenas. ¿No dices que has sido abandonado?

—Sí.

Vacilación dolorosa se pintaba en las facciones de León.

—¡Oh! Ya veo que aquí la abandonada siempre soy yo, siempre yo—exclamó Pepa con desesperación—. Bien, bien.

—Abandonada, no; pero hay una imposibilidad moral que ni tú ni yo debemos despreciar. Yo me hallo en el conflicto quizá más delicado y temeroso en que hombre alguno se ha visto jamás.

Pepa fijó en él sus ojos, atendiendo con toda el alma a lo que iba a decir:

—Soy casado. No amo a mi mujer ni soy amado por ella; somos incompatibles; entre los dos existe un abismo; nos separa una antipatía inmensa. Pero ¿por qué mi mujer ha llegado a ser extraña para mí? No ha sido por adulterio: mi mujer es honrada y fiel, mi mujer no ha manchado mi nombre. Si hubiera sido adúltera, la habría matado; pero no puedo matarla, ni puedo divorciarme, y hasta la separación legal es imposible. No nos ha separado el crimen, sino la religión. ¿De qué acuso a mi mujer? De que es fanática creyente en su religión. ¿Acaso esto es una falta? ¡Quién puede decirlo! A veces viene a mi mente un sofisma, y me digo que puedo acusarla de demencia. ¡Horrible idea! ¿Con qué derecho me atrevo a llamar demencia a la práctica exagerada de un culto? Sólo Dios puede determinar lo que en el fondo de la conciencia pasa, y fijar el límite entre la piedad y el fanatismo.

Al expresarse así, en frases entrecortadas y preguntas y respuesta, la boca de León, por donde aquel lenguaje agitado y vivo salía, era como un tribunal donde se discutían el pro y el contra de un crimen.

—Mi mujer ha faltado al cariño, que es ley del matrimonio, como lo es la fidelidad—añadió—; pero no ha escarnecido ni llenado de befa mi nombre. Mi nombre está puro. ¿Hay bastante motivo para que yo me declare libre?

—Sí, porque tu mujer no te ama, porque ella ha destruído el matrimonio.

—Lo ha destruído por el fanatismo religioso. Y yo miro a mi conciencia turbada y dijo: «¿No seré yo tan culpable como ella?» Así como ella tiene creencias que la impelen a aborrecerme, ¿no tengo yo también otras que me la hacen aborrecible? ¿Por ventura no seré también fanático?

—¡Tú, no; ella, ella!—afirmó Pepa con encono.

—En el extremo a que nuestra desunión ha llegado, ¿quién es más culpable? María es incapaz de toda acción verdaderamente deshonrosa... Es fanática, sí, y de pocas luces; pero su fidelidad no puede ponerse en duda. A mí no me ama; pero tampoco a otro. ¿Por ventura no soy más culpable yo, que amo fuera de casa?

Pasó la mano por su frente abrasada; después meditó para buscar salida a aquel dédalo terrible.

—Y en caso de que pueda declararme libre—dijo al fin—, no puedo unirme con otra, no puedo tratar de formarme una nueva familia, ni por la ley ni por la conciencia. Debo aceptar las consecuencias de mis errores. No soy, no puedo ser como la muchedumbre para quien no hay ley divina ni humana; no puedo ser como esos que usan una moral en recetas para los actos públicos de la vida, y están interiormente podridos de malos pensamientos y de malas intenciones. La familia nueva que yo pueda formar será siempre una familia ilegítima..., hijos deshonrados y sin nombre... No creas tú que al hablarte así y al asustarme de la situación en que nos hallamos obedezco a las hablillas de Madrid, ni qué me fundo, para tratar de ilegiti-

midad, en el sentido de la ley, que casi es impotente para resolver esta cuestión tremebunda; obedezco y atiendo a mi conciencia, que tiene el don castizo de hacerme oír siempre su voz por cima de todas las otras voces de mi alma. Interroga tú también a tu conciencia...

Pepa se inclinó suavemente, como si fuera a caer desfallecida, y, sosteniéndose la frente con la mano, murmuró:

—Mi conciencia es amar.

Este arranque de sensibilidad tenía elocuencia concisa en los labios de la que conservaba en su alma tesoros inmensos de ternura, y, habiendo estado mucho tiempo sin saber qué hacer de ellos, aún se veía condenada a la reserva, y a desarrollar sus afectos en la vida calenturienta y tenebrosa de la imaginación.

XI

ESPERAR

—Represéntate—le dijo León—todo lo que hay de odioso y de disolvente en una familia ilegítima, mejor dicho, inmoral...: hijos sin nombre..., la imagen siempre presente de la que...

—No la nombres..., te repito que no la nombres—dijo Pepa, procurando que su enojo no pareciera muy violento—. Su fanatismo loco la excluye, la excluye.

—¿Y si también yo soy fanático?

—No importa.

—Bien: contra la turbación que a tu mente y a la mía pueda traer esa idea, hay un remedio.

—¿Cuál?

—Esperar.

—Esperar—murmuró la de Fúcar, moviendo la cabeza, en cuyo centro la palabra esperar retumbaba con eco lúgubre—. ¡Esperar! Ese es mi destino. Hay alguien para quien la esperanza no es una dulzura, sino un tormento.

—¿Ves ese ángel?—le dijo León, señalando a Monina, que dormía, muy ajena a la tempestad que arrullaba su sueño de pureza—. Pues ahí tienes tu verdadera conciencia. Cuando las agitaciones pasadas y tu despecho, aún no extinguido, te empujen por una senda extraviada, pon en el pensamiento a tu hija. ¡Verás qué prodigioso amuleto! Lo que cien sermones y toda la lógica del mundo no podrían enseñarte, te lo enseñará una sonrisa de esta criatura, que, por su pura inocencia, parece que no es aún de este mundo, y en cuyos ojos verás siempre un reflejo de la verdad absoluta.

—¡Es verdad, es verdad!—exclamó Pepa, rompiendo en llanto.

—Esos ojos y ese rostro divino son un espejo, en el cual, si sabes mirarlo, verás algo del porvenir. Considera a tu hija ya crecida, considérala mujer. Dentro de quince años, ¿te gustará que una voz malévola susurre en su oído palabras deshonrosas acerca de la conducta de su desgraciada madre? Figúrate el trastorno de su conciencia pura cuando le digan: «Tu madre no esperó a que pasaran dos meses de viudez para tomar por amante a un hombre casado, al esposo de una mujer honrada.»

—¡Oh!, no, no—gritó Pepa con súbita indignación—. No le dirán eso.

—Se lo dirán. ¿Por qué no? Se dice lo que es mentira. ¿Cómo no habrá de decirse lo que sería verdad? ¿Has reflexionado en la influencia decisiva, lógica, que tienen sobre la conducta de los hijos las acciones de los padres?... Hay en las familias una moral retrospectiva que evita muchas caídas y deshonras.

—Por favor, no me hables de que mi hija deje de ser la misma virtud—dijo Pepa con brío, anegada en lágrimas.

Callaron ambos, y, sentados junto al lecho de Ramona, enlazados los brazos, casi juntas las caras, envueltos en una atmósfera de ternura que de ambos emanaba con el aire tibio de la respiración, estuvieron largo rato contemplando íntimamente su dicha. En el fondo, muy en el fondo del alma de Pepa, había una idea que hablaba así: «Hija de mi vida, soy feliz haciéndome la ilusión de que eres toda mía y de que puedo darte a quien me agrade. Naciste de mis entrañas y de mi pensamiento.»

Después se apartaron de la cama donde dormía la pequeñuela. Pepa se sentó en un ángulo de la sala.

—Ya es hora de que me retire—indicó León.

—¿Ya?—murmuró la dama con sorpresa y temor, acariciándole con su mirada.

León iba a decir algo; pero calló de improviso, porque había sentido pasos. El marqués de Fúcar entró en la habitación. Tenía costumbre de despedirse

de su hija y de su nieta antes de recogerse. Al ver a León manifestó sorpresa, aunque la hora no era impropia ni desusada la visita.

El marqués besó a su nieta.

—Pues qué, ¿está mala la chiquilla?

—No, papá. Está buena.

—¡Ah!... Me figuré...

—Gracias a Dios que se te ve por aquí—dijo, cariñosamente, a León.

—He venido a despedirme de Pepa... y de usted.

—¿Viajas? Hombre, es lo mejor que puede hacer un cónyuge aburrido. ¿Hacia dónde vas?

—No lo sé todavía.

—¿Y sales?...

—Mañana.

—Si vas a París, te daré un encargo. ¿No habrá tiempo mañana?... Pasaré por tu casa temprano... Yo me voy a mi cuarto: tengo jaqueca.

León comprendió que debía retirarse al momento.

—Adiós, adiós—dijo, estrechando las manos de la hija del marqués.

La mirada de Pepa y la de él se cruzaron como las dos espadas de un duelo: la de ella era todo enojo por aquella súbita despedida. Después, León miró un momento a Monina y salió con apariencia serena. Al pasar por las espléndidas habitaciones silenciosas, se sentía extraño en ellas; pero la hermosa estancia de donde acababa de salir le parecía tan suya, que casi estuvo a punto de volver para respirar un instante más aquella atmósfera de paz y sosiego, saturada del delicioso perfume del hogar propio, que simplemente se formaba del amor de una mujer y del sueño de un niño.

Al retirarse a su cuarto, don Pedro le dijo:

—Estoy muy inquieto por no haber recibido detalles de la muerte de Federico.

Sin responder nada, León salió del palacio al jardín. Tanto le llamaban de atrás sus afectos, que a cada seis pasos se detenía. Había entrado en la alameda, cuando se sintió llamado por una voz, por un *¡ce!* que sonaba como la vibración del aire al paso de una saeta. Se volvió: era Pepa, que hacia él iba, envuelta en un pañuelo de casimir, descubierta la cabeza, vivo el paso, difícil la respiración. Su mano hizo presa con fuerza en la mano del matemático.

—No he podido resignarme a que te despidas así—le dijo—. Eso no está bien.

—Así debió ser...—replicó León, muy turbado—. ¿Y qué importa? Hubiera vuelto mañana un momento.

—¡Un momento!—exclamó la dama con elocuente dolor—. ¡Qué triste es haber dado años como siglos, y verse pagada con momentos!

León le tomó las dos manos, diciéndole:

—Querida mía, es preciso que uno de los dos se someta al otro. He comprendido que, si me dejara arrastrar por ti, nuestra perdición sería segura. Déjate, no arrastrar, sino conducir por mí, y nos salvaremos.

—Pues di... Ya sé lo que vas a decirme... ¡Esperar! Cada loco con su estribillo.

Puso una cara que demostraba profunda lástima de sí misma; y como la compasión suele anunciarse con sonrisas desgarradoras, sonrió la dama de un modo que haría llorar a las piedras, y dijo:

—¡Esperar! ¿Y si me muero antes?

—No, no te morirás—murmuró León, cogiendo entre sus dos manos la cabeza de ella como se cogería la de un niño, y besándola.

—Está visto que soy más tonta...—balbució Pepa, que apenas podía hablar—. Harás de mí lo que quieras, bárbaro.

—¿Me obedecerás?

—Eso no se pregunta a quien durante tanto tiempo te ha obedecido con el pensamiento. Yo he soñado que tú venías a mí cuando ni siquiera te acordabas de mi persona; he soñado que me mandabas faltar a todos los deberes, y con la idea, con la inspiración de mi alma, te he obedecido. Esta obediencia ha sido mi único gozo, ¡qué satisfacción tan triste! No me acuses por estas miserias de mi corazón lacerado... Es para hacerte ver que la que hubiera ido detrás de ti al crimen no puede negarse a seguirte si la llevas al bien.

—¿Adóndequiera que yo te lleve?—murmuró León, pasándose la mano por la frente—. Dime: ¿y si yo te dijera...?

—¿Qué?—preguntó ella, sin aguardar a que concluyera, mejor dicho, cazando la idea con la presteza del pájaro que coge el grano en el aire antes que caiga.

—La idea de la fuga..., ¿ha pasado por tu imaginación?

—¡Oh! Por mi imaginación han pasado todas las ideas.

—De modo que si yo te dijera...

—«Vamos», partiría sin vacilar.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Tomaría en brazos a mi hija...

Encendida en amante impaciencia, Pepa miraba a su casa y a su amigo. Su alma, desligada de todo lo del mundo, fluctuaba entre dos objetos queridos, dos solos. León tuvo un momento de terrible lucha interior. Después hirió el suelo con el pie, como los brujos antiguos cuando llamaban al genio tutelar.

—Pues te mando que me dejes partir solo y que me esperes—dijo, al fin, con resolución que tenía algo de heroísmo.

Pepa inclinó la frente con expresión de cristiana paciencia.

—Te lo mando así porque te quiero con el corazón; te lo mando así porque mi egoísmo no quiere destruir un hermoso sueño.

—Me someto—dijo Pepa, envolviendo su palabra en un gemido.

Sollozó sobre el pecho de su amigo. Después añadió:

—Pero fija un término, un término... Si me muero antes...

La idea de un morir prematuro brillaba en su mente como una luz siniestra que de ningún modo quiere apagarse.

—Fijaré un término. Te lo juro. Y pasado ese término... Pasado ese término... —repitió León, cuyo pecho respiraba difícilmente entre el nudo de aquella soga, ferozmente apretado por los demonios.

—Supón que Dios no quiera allanarnos el camino...

—Verás como lo allanará.

—¿Y si no lo allana?

—Verás como sí lo allana.

—Pero... ¿y si no?

—Verás como sí.

—Diciéndomelo tú de ese modo, no sé por qué lo creo—afirmó Pepa, acomodando mejor su cabeza sobre el pecho de su amigo, como la acomodamos en la almohada cuando empezamos a dormir—. Ahora, si quieres que me vaya contenta a mi casa, dime que me quieres mucho.

Su pasión tomaba un tono pueril.

—¿No lo sabes?

—Que me querías hace tiempo.

—Que debí quererte desde que jugábamos cuando éramos niños, cuando nos pintábamos la cara con moras silvestres...—añadió León, estrujando la cabeza de oro.

—¡Qué tiempos!—dijo Pepa, sonriendo como un bienaventurado en la gloria—. ¡Si pudiéramos hablar largamente de eso y recordarlo, pasando los recuerdos de memoria en memoria y las palabras de boca en boca...! ¡Si nuestra vida fuese ahora verdadera vida, y no estos momentos pasajeros, estos altos horribles!... ¡Si pudiéramos hablar, reír, recordar, pensar cosas, decir disparates, reñir en broma, adivinarnos las ideas y los deseos!...

—Si pudiéramos eso...

—Pero no; hemos de separarnos. Separados hemos estado toda la vida, y ahora me parece que es la primera vez que te digo adiós. Tú, a ese caserón; yo, a mi palacio.

—Espérame con tu hija.

—¡Oh! ¡Qué triste pensamiento me ocurre!... Si tardas mucho, Monina no te va a conocer cuando vuelvas, ¡alma mía!... Te tendrá miedo.

—Se acostumbrará pronto.

—Pero ¿no vuelves mañana a casa?

—¿Para qué? ¿Para que una nueva despedida nos haga más amarga nuestra separación? Si te viera otra vez, quizá me faltaría valor.

—Mandaré a la niña a tu casa mañana.

—Sí, mándala.

León tosió secamente.

—¡Hombre, por Dios!—exclamó Pepa, con amante solicitud, alzándole el cuello de la levita—. Que te constipas..., hace frío..., déjate cuidar..., así...

—Gracias, querida mía. Es verdad que tengo frío.

—Pero qué, ¿nos separamos ya?

—Sí. Ahora o nunca.

La dama tuvo ya en sus labios las palabras *Pues nunca;* pero no se atrevió a pronunciarlas.

—¿Me escribirás con frecuencia, chiquillo?

—Todas las semanas.

—¿Cartas largas?

—Largas y difusas como el pensamiento del que espera.

—¿Adónde te escribo?

—Ya te lo diré... Vamos hacia tu casa.

No quiero que vuelvas sola. Nos separaremos allí.

—Acompañame hasta la puerta del museo; por allí salí y por allí entraré.

Anduvieron un rato. León la rodeaba con su brazo derecho, y con la mano izquierda le estrechaba ambas manos.

—Está oscura la noche—dijo ella, obedeciendo a esas inexplicables desviaciones del pensamiento que ocurren cuando éste actua más fijamente en un orden de ideas determinado.

—¿Estás contenta?—le preguntó León, queriendo dar al diálogo un tono ligero.

—¿Como he de estarlo cuando te vas? Y, sin embargo, lo estoy por lo que me has dicho. No sé lo que hay en mí de júbilo y pena al mismo tiempo. Yo digo: «¡Qué dicha tan inmensa!» Y digo también: «¡Si me muero antes...!»

—En mí sucede lo propio—replicó León sombriamente.

Llegaron a la puertecilla del museo.

—Adios...—murmuró ella, devorándole con sus ojos—. Adiós... ¡Todo mío!

—Hasta luego—dijo León con voz imperceptible, dandole dos besos—. Este para Monina; éste para su mamá.

La puerta del museo, abierta, mostraba una escalera oscura. León empujó suavemente a Pepa hacia adentro y se alejó despacio. Ella volvió al umbral; él la saludo de lejos con la mano...

Poco después entraba en su casa, y, medio muerto de dolor, se revolcaba en el sillón de estudio como un enfermo, como un demente, no sabiendo si buscar en el llanto o en la desesperación honda el lenitivo de su corazón destrozado. No obstante, aún no había llegado el momento de que aquel vaso de reserva, que en su ancha capacidad contenía pasiones o ideas mil del género más turbulento, estallase, atropellando todo lo que hallara delante de sí.

XII

DONDE SE TRATA DE LA HIDALGUÍA CASTELLANA, DE LAS LEYES MORALES, DE TODO LO QUE HAY DE MÁS VENERANDO Y DE OTRAS COSILLAS

La crisis por que pasaba la casa de Tellería continuaba sin resolución. Era tan grande el desastre, que parecía locura pensar en ponerle remedio, y sólo quedaba el recurso de disimularlo hasta donde fuera posible. Antes de llegar a una bochornosa declaracion de pobreza, los histriones incorregibles apuraban todos los artificios para prolongar su reinado exterior; y si en sus soliloquios domésticos decían: «Vivimos sin criados; no hay tienda que quiera abastecernos; carecemos hasta de ese pan de la vanidad que se llama coche», públicamente era preciso hacer creer que todos estaban enfermos... El marqués, ¡ah!, sufría horriblemente de su reuma. La marquesa, ¡oh pobrecita!, se hallaba en un estado espasmódico muy alarmante... La familia toda gemía bajo el peso de una gran tribulación. No se recibía ni a los íntimos, no se paseaba, no se iba ya ni a los estrenos ruidosos. La iglesia era lugar propicio para mostrarse con entristecido continente. ¿Qué cosa más edificante que ir a escuchar la palabra de Dios y derramar una lágrima delante de la que es consuelo de los afligidos? ¡Pobre Milagros! Los que la veían entrar y salir, dando con su compunción ejemplo a los más tibios, tributaban a su pena el debido homenaje, diciendo: «¡Infeliz señora, cuánto ha padecido con sus hijos!»

La tertulia de la San Salomó, refugio de la desgraciada familia, era una reunión escogida, de poco bullicio, adonde iban algunos poetas, guapísimas damas, media docena de beatos y otros que lo parecían sin serlo. Allí se hablaba mucho de Roma, se leía *L'Univers* y se recitaban versos muy cargados de perfume religioso, y entre los vapores sofocantes de tal incienso se excomulgaba a todo el género humano. Se anunciaba con anticipación cada discurso político de Gustavo Sudre para que se preparase a aplaudir la *alabarda* (no hay mejor vocablo) de uno y otro sexo; se fabricaban reputaciones de mancebos recién salidos de las aulas, y que ya eran, cuál un San Agustín, cuál un San Ambrosio, bien un Tertuliano o un Orígenes, por lo que toca al talento, se entiende; en una palabra: la tertulia de San Salomó tenía ese marcadísimo carácer de club, que es un fenómeno muy atendible de la sociabilidad contemporánea. Las pasiones políticas han subido la escalera y rugen entre el plácido aliento de las damas. Ya se conspira más en los salones que en los cuarteles, y hasta los

demagogos encuentran de mal gusto las logias. La tertulia de que hablamos era, pues, un club de cierta clase, así como hay tertulias que son el Grande Oriente del doctrinarismo, y otras que lo son de la democracia.

La marquesa era joven, bonita, alta y bien distribuída de miembros, aunque un poco ajada: graciosa, amante de los versos, sobre todo cuando tenían mucha melaza mística y palabreo largo de *cándidas tórtolas, palmeras de Sión,* etcétera; furiosa enemiga de *toda la cursilería materialista y liberalesca,* y delirante por los discursos contra *esa basura de la civilización moderna.* Elegante y muy discreta, sabía hacer brevísimas las horas a sus fervorosos tertulios; tenía el don de salpimentar con gracia mundana y joviales conceptos el constante anatema que allí se fulminaba, y mantenía en su casa y en su mesa un delicioso confortamiento que agradaba a los patriarcas, a los poetas, a los San Agustines y a los San Ambrosios. El marqués de San Salomó, hombre también que se hubiera dejado asar en parrilla antes que ceder ni un ápice de sus doctrinas, ¡vava si tenía doctrinas!, era el menos asiduo en las tertulias. Iba mucho al teatro, al casino o a otros pasatiempos oscurísimos. De día recibía en su despacho a los toreros, caballistas, cazadores de reclamo, derribadores de vacas, y este deporte burdo y de mal gusto, junto con las barrabasadas de sus compañeros de aventuras, constituía las tres cuartas partes de su conversación y de sus ideas. Era rico, y tenía asignada a su mujercita, a más de la partida de alfileres, otra no floja para los triduos y novenas. Había en la administración de la casa una cuenta corriente con el Cielo. De la que el marqués tenía abierta con las bailarinas, no es ocasión de hablar.

Aquella noche—y todos los datos comprueban que fué la noche del día, recuérdese bien, en que el marqués de Tellería visitó a León Roch—, Milagros hablaba animadamente con un señor viejo y engomado, caballero de no sabemos qué Orden, varón inocentísimo, no obstante su jerarquía militar, pues era uno de esos generales que parecen existir para probarnos que el Ejército es una institución esencialmente inofensiva.

—No intente usted consolarme, general. Estoy abrumada de pena... Usted ha dicho, en preciosos versos, que el corazón de una madre es tesoro inagotable de sufrimiento; pero el mío ya está hasta los bordes, el mío no puede resistir más, rebosa.

—¿Y de qué sirve la resignación cristiana, querida?—dijo aquel Marte, cuya inocencia envidiarían los querubines a quienes pintan sólo con cabeza y alas—. El Señor enviará a usted consuelos inesperados. Y María, ¿está resignada?

—¿Cómo ha de estar ese ángel? ¡Pobre hija mía! ¡La crucificarán, y no exhalará un gemido!... Dios permite siempre quo los seres más virtuosos y más santos se vean sujetos a mayores pruebas. Como a mi adorado Luis, a María la quiere Dios para sí; a aquél dió padecimientos físicos, a ésta se los da morales.

—Cada día—dijo el general, haciendo un movimiento de horror que daba cómica ferocidad a su cara de arcángel con bigotes blancos—vemos que aumenta el número de los escándalos, de las miserias, de las desvergonzadas infamias... Cada día disminuye el respeto a las leyes divinas y humanas... No se ve un carácter entero, no se ve un rasgo caballeresco, no se ve más que descaro y cinismo... Juzgue usted, querida Milagros, adónde llegará una sociedad que cada día, cada hora, se aparta más de las vías religiosas... Pero no, ¡pese a tal!, aún hay santos, señora, aún hay mártires. Su hija de usted, abandonada cruelmente por su marido, a causa de su misma virtud, y precisamente por su inaudita virtud, precisamente por su virtud, repitámoslo mil veces, es un ejemplar glorioso; es más: una enseña, una bandera de combate.

Era, ciertamente, bandera de guerra. En el salón había varios grupos, y en todos se hablaba de lo mismo. ¡Abandonarla sólo por la misma sublimidad de su virtud!... Esto merecía la ira del Cielo, esto clamaba venganza, un nuevo diluvio, la sima de Coré, Dathán y Abirón, el fuego de Sodoma, las moscas de Egipto, la espada de Atila... De todas estas calamidades, la que parece prevalecer hoy, cuando los extravíos de los hombres exigen expiación, es la de las moscas de Egipto, pues esta muchedumbre picona es lo que más se asemeja a la cruzada de chismes, anatemas de pe-

riódico y excomuniones laicas con que la gente de ciertos principos azota a la Humanidad prevaricadora.

—Si la separación hubiera sido por otros móviles...—decía un poeta a un periodista—, podría tolerarse...; pero ya es hecho evidente que León...

Siguió un cuchicheo mezclado de risillas. Dos viejas metían su hocico en el grupo para aspirar con delicia la atmósfera de maledicencia, más grata para ellas que el aroma de rosas y jazmines.

—Hace tiempo que yo lo sospechaba —dijo la de San Salomó a un diputado que ocupaba el sillón arzobispal en el coro ultramontano—. Pepa Fúcar es una descocada. En esa casa de Fúcar la moral ha sido siempre un mito. El modo de hacer millones corre parejas con el modo de querer.

—Sin duda, las relaciones de León con Pepa son antiguas—dijo el diputado, que gustaba mucho de comer en casa de San Salomó, y que solía agradecerlo aceptando con aumento las insinuaciones malignas de la marquesa.

—Por lo que se sabe ahora y por ciertos datos que yo tenía—indicó Pilar, saludando con una mirada de reconvención a Gustavo, que a la sazón entraba—, puede asegurarse firmemente que son muy antiguas.

Después siguió hablando al oído de aquel digno hombre, que, a pesar de estar resuelto a no asombrarse de nada malo, no pudo ocultar su pasmo y perplejidad.

—¡Hija de León!—murmuró.

No lejos de allí, el de Tellería expresaba una idea nueva, enteramente nueva; una idea que salía de su boca entre alambicadas frases, que eran como los cuidados de que la rodeaba el cariño paternal. Esta idea era que todos somos iguales, que no hay nadie que sobresalga, que el mundo es horriblemente uniforme; que él—el marqués—iba perdiendo la fe en la *tradicional y proverbial caballerosidad del pueblo español*...

—Se ve palpablemente la ruina y acabamiento de la sociedad—declaró el general—; y aún hay ilusos que no quieren creerlo, lo cual no empece que sea cierto... Observen ustedes un hecho, un hecho inconcuso...

Todos miraron al general, esperando la declaración de aquel hecho, que podría parecer una batalla, según la expresión de valor negativo con que el ilustre caballero lo anunciaba.

—Observen ustedes este hecho. Siempre que hay un escándalo, un ruidoso escándalo, véase quién lo ha producido. ¿Quién lo ha producido? Pues un hombre sin religión, uno de esos homúnculos enfatuados y soberbios que insultan con su desprecio a la moral cristiana, y a quienes vemos por ahí haciendo gala de una fortaleza impudente, *alzar la fronte e minacciar le stelle.*

Un silencio solemne, señal del asentimiento más solemne aún de los circunstantes, acogió estas palabras. Entre el diputado arzobispal y un periodista trabóse ligera disputa sobre si León Roch era un criminal de ligereza o criminal de perversión.

—Desengáñese usted—dijo el diputado—. La corrupción es general; pero si los que tienen fe están en situación de enmienda probable, y por consiguiente, en la posibilidad de salvarse, los racionalistas caminan a su completa ruina. Ellos han derribado el templo, como Sansón, y como Sansón perecerán entre los escombros.

La San Salomó y Gustavo hablaban en voz baja donde los demás no podían oírlos.

—Es preciso, es indispensable—afirmaba ella—decirle la verdad a María.

—¿La verdad?... No nos fiemos de apariencias. Yo no he formado aún juicio sobre la conducta de León. Mientras yo no le vea y le hable, nada diré a mi hermana.

—Pues se le dirá.

—Pues no se le dirá.

Mostraba Pilar un empeño maligno, una impaciencia de mujer quisquillosa, de esas que creen carecer del aire respirable todo el tiempo que tardan en clavar su aguijón en el pecho de la amiga.

—Aseguro que se le dirá—añadió, mostrando las ventanillas de la nariz muy dilatadas, la mirada viva, demudado el color.

—En asuntos de mi familia, mi familia decidirá.

—¡Oh! También he decidido yo en asuntos de tu familia—dijo Pilar, dando al *tu familia* una entonación impertinente.

—No ha sido con mi aprobación—re-

puso Gustavo, que contenía en su pecho la ira.

Palideció; su frente, su ceño, su seriedad hosca, anunciaban tormentas pasadas. Tiempo vendrá de conocerlas.

—Me anuncia este padre de la patria —dijo Pilar, alzando la voz—que no pronunciará mañana el discurso contra la totalidad del artículo veintidós.

Sonó un rumor de descontento.

—El presidente le cambiará el turno.

—¡Y yo que tengo las papeletas en casa!

—¿Cuándo será?

—Este triste asunto de su hermana —dijo la de San Salomó, mirando a Gustavo con expresión de afectada pena—le ha trastornado el cerebro.

Gustavo se acercó al grupo en que estaba su madre.

—Serénate, hijo—le dijo ésta con acento cariñoso—. Todos padecemos tanto como tú; pero no nos falta paciencia.

—Pues a mí me falta.

Siguió la conversación sobre este tema, sin más de notable que haber afirmado el marqués su creencia firmísima de que todos somos lo mismo. Después clareóse considerablemente el grupo: Pilar atrajo mucha gente leyendo en voz alta un artículo de Luis Veuillot. Gustavo y su madre pasaron al gabinete inmediato.

—¿Es cierto que papá ha estado hoy a ver a León?

—Es cierto.

—Me temo que su viaje a Carabanchel llevaría otro objeto. Será una nueva ignominia...

—¿Qué hablas ahí de ignominia, tonto, quijote?

—Sí—dijo Gustavo, revelando en los ojos su ira—; me temo que papá haya ido a postrarse a los pies de nuestro enemigo para pedirle...

—¡Qué absurdo, hijo!... Nosotros, nosotros solicitar de ese...

—No me llamaría la atención. Estoy acostumbrado a ver cosas muy horrendas. No extrañe usted, mamá, que las vea en todas partes. Yo visitaré a León, yo le hablaré. ¡Quién sabe si no es tan culpable como le suponen!... Si realmente ha abandonado a mi hermana para vivir con otra mujer, nuestras relaciones con él deben concluir. Será un extraño para nosotros. ¡Qué cosa tan infame, tan infernal, haber recibido ciertos favores de tal hombre, y no poder arrojarle a la cara!...

—¡Por Dios, no te pongas así!... Vas a llamar la atención—dijo la marquesa, alarmada de la altivez de su hijo—. Estás ridículo.

—¡Ridículo!—exclamó Gustavo con acento de amargura—. No me importa. Después de todo, yo soy aquí el único que conoce el envilecimiento en que vivimos.

—¡Gustavo!

—Lo digo por mí, sólo por mí. Esta casa, lo mismo que la mía, ha llegado también a causarme horror. El susurro constante de la moral hablada me ha ensordecido, impidiéndome oír el grito de la verdad, que tanto menos se dice cuanto más se siente. No estoy nada satisfecho de mi papel en el mundo, ni del estado de mi casa, ni de la conducta de mi familia, ni del giro mundano y cínico de mis amistades. No estoy satisfecho de nada, y ambiciono un destierro voluntario que me ponga a distancia de todos los que llamo míos.

—¿Quieres añadir nuevos disgustos a los que ya sufre tu pobre madre?—dijo ella con visibles muestras de enternecimiento—. ¡Emigrar tú, renunciar a tu porvenir...! ¡No esperar siquiera a ser ministro...! Ya sabes, otros...

—¡Es un delirio esto de emigrar! Yo no puedo salir de aquí. Mi ambición y mi vergüenza son una misma cosa y estoy pegado a ellas, como el caracol a su covacha. ¡Aquí siempre! Siempre pegado a mi familia, a mi partido, a mi clase, a mi moral.

Dió a este último vocablo amargo acento de ironía.

—Seguiré viendo lo que veo y oyendo lo que oigo... ¡Ah! Tengo que anunciar a usted una nueva calamidad. Polito ha sido abofeteado públicamente esta tarde en una casa que no quiero nombrar, a consecuencia de una disputa por deudas de juego. Hubo golpes, botellazos, gritos de mujeres borrachas, intervención de la Policía...

—Pero ¿han hecho daño a mi hijo? —exclamó la de Tellería con maternales ansias.

—No; una contusión ligera; pero se ha enterado toda la calle de..., tampoco quiero nombrar la calle. ¡Ay!—añadió, dando un gran suspiro—. Vivimos en la época de las tristezas y en el verdadero

día de la ira celeste. Pero desde hoy quiero tomar la dirección de los asuntos de casa. Veremos si yo la saco de este conflicto, salvando el honor aparente, ese honor que no es una virtud, sino un letrero. Por de pronto, censuro que papá haya visitado a León con las miras que sospecho.

—Sospechas necedades.

—¡Oh, no!... Milagro será que me equivoque. Sabré la verdad, porque pienso ver a León.

—¿Tú?

—Sí, yo; deseo saber por él mismo su culpa. Le tengo por un extraviado, mas no por un perverso. Yo le hablaré el lenguaje de la franqueza para que él me conteste del mismo modo. Si es un miserable, él mismo me lo ha de decir... Entre tanto, que no sepa María las hablillas que corren.

—¡Oh, no! Es preciso decírselo. ¡Pobre hija de mi alma! No quiero yo que ignore las lindezas de su cara mitad. Figúrate que una persona indiscreta se lo cuenta, exagerándolo o desfigurándolo.

—No se dirá nada a mi hermana.

—No te empeñes en eso. Esta noche misma... No, no me enseñarás mis deberes de madre amante y solícita: sé lo que debo hacer. Es preciso que María se entere. ¿Quién te dice que no podremos llegar hasta la reconciliación?

Iba a contestar Gustavo cuando entró en el gabinete un poeta que no era, al decir de la gente, saco de paja para Milagros, hombre de aspecto vulgar, casi chabacano y más viejo de lo que parecía. No revelaba en la figura ni en el rostro aquel delicado estro suyo que hablarle hacía en variedad de metros de *perennales fuentes de dulzura*, de *los cabritillos de Galaab*, del *místico dulcísimo amor de las almas*, ni aquella indignación evangélica con que apostrofaba a los materialistas, pidiendo a Dios que los aplastase con las ruedas de su carro y que los mandase al *Báratro*. Era incomprensible tanta grandeza dentro de tan menguada efigie.

—Es delicioso—dijo al entrar—, y no tiene contestación.

—¿Qué?

—El artículo de Luis Veuillot contra la sociedad moderna, contra esta sociedad materializada y corrompida que, para abolir sus remordimientos, aspira a la abolición de Dios. ¿Necesita usted, Gustavo, los números *de L'Univers?*

—Puede usted llevárselos con tal que me los devuelva mañana. Tengo que hacer un artículo sobre el mismo asunto.

La marquesa de Tellería pasó al salón.

—Está acordado que se lo cantaremos mañana—dijo a la de San Salomó.

—Sí. Mañana, sin falta.

Formóse otro grupo de mujeres, del cual salió un zumbido como el de un enjambre: «Mañana, mañana.»

Sintióse roce de sederías, bullicio de saludos, movimiento de sillas. La tertulia se disolvía. Salieron muchos en graciosas parejas, sonriendo unos, bromeando otros. Partieron los de Tellería, el general y el diputado con ínfulas de laico arzobispo. Con éste habló un poco de política religiosa Gustavo, sin dejar su expresión melancólica y sombría.

—Adiós, Pilar; nos veremos mañana en San Prudencio.

—Abur, Casilda; haré tu recomendación al padre Paoletti.

—Adiós, adiós.

Cuando todos se fueron, la marquesa de San Salomó se retiró a rezar y a dormir

XIII

UNA FIGURA QUE PARECE DE ZURBARÁN Y NO ES SINO DE GOYA

La señora de Roch fué muy temprano a San Prudencio. Tiempo hacía que madrugaba para cumplir sus deberes piadosos, tornando a casa a las nueve, con lo que evitaba hallarse entre el tumulto de fieles y de damas amigas que iban a las horas cómodas. Aquel día, que era domingo, madrugó mucho y salió muy temprano de la iglesa, cumplido el precepto que más halagaba su espíritu. Como de costumbre, pasó parte de la mañana en lecturas religiosas; pero ha de advertirse que no había buscado sus textos en nuestra rica literatura mística, fundida en el crisol del espiritualismo más puro y que arrebata el alma creyente, ya encendiendo en ella divinos fuegos, ya embelesándola con un discurrir metafísico y quintaesenciado. María apacentaba su piedad, triste es decirlo, con lo peor de esta literatura religiosa contemporánea, que es, en su mayor parte,

producto de explotaciones simoníacas, literatura de forma abigarrada y de fondo verdaderamente irreligioso, tirando a sensual, que, combinada con el periodismo y con las congregaciones, es uno de los negocios editoriales más extensos de la librería moderna. Mucho de esto nos viene aquí traducido del francés y tiene un sello de mercantilismo que convida a la profanación. No falta al exterior la consabida elegancia material que la industria contemporánea imprime a todas sus obras, y por dentro el verso y la prosa alternan en la expresión del pensamiento; pero ¡qué verso, qué prosa! Hay ideas que reclaman la sencillez, vestidura propia y genuina, sin la cual no pueden existir; hay sentimientos que exigen la seriedad y la majestad como su natural vehículo, y sin él degeneran en afectada declamación. Incapaz María de comprender esto, hallaba elocuente y sublime un escrito en el cual, para celebrar la presencia de Cristo en la Hostia, se hablaba de *armonía y silencio,* de *fuentes selladas,* de *manantial de amores,* de *celestial sonrisa,* de *flores de José,* de *oro puro,* de *la mirra del arrepentimiento,* del *incienso de la oración,* de *seráficos incendios,* de *horno que a un tiempo refresca y reanima,* de *brisas suaves,* de *perfumes,* de *virginales y solitarios espíritus,* de *banquete fraternal,* de *perla única y celeste rocío del nuevo Edén.* Este lenguaje, que habla tan sólo a los sentidos, cautivaba a la señora más que cualquier otro lenguaje. Dotada de imaginación y de una facultad sensoria muy afinada, su espíritu daba fácil acceso a todo lo que viniera por aquella vía y llegase a él en el vehículo de lo bienoliente, de lo tangible, de lo bonito y de lo apetitoso.

Admiraba a Santa Teresa porque le habían enseñado a admirarla; pero no comprendía sus ingeniosas metafísicas. Aquellos amores seráficos eran para ella un juego de lenguaje o no eran nada. No se recalentaba el cerebro pensando en las maneras más sutiles de amar al Señor, ni poseía tampoco un gran corazón que le permitiera prescindir de maneras sutiles. Su ser burdo y sensual, en el sentido recto, iba ciegamente al entusiasmo religioso por otros caminos. Para ella, por ejemplo, la misericordia de Dios era una idea incuestionable y firme; pero no se encariñaba profundamente con ella sino después de asociarla a una reliquia. Las perfecciones absolutas del Autor de todas las cosas, tampoco reinaban con fuerte imperio en su ánimo si no llegaban a éste por el conducto, digámoslo así, de las perfecciones estéticas de una imagen. La Virgen María, ideal consolador que más fácilmente que otro alguno seduce el espíritu de la mujer y parece que lo informa y compenetra, subyugaba a la insigne dama; mas para que aquel ideal divino tuviera en ella una fuerza incontrastable y la hiciera gemir y llorar, érale preciso—valga la expresión—remojarlo y desleírlo en agua de Lourdes.

Basta con lo dicho para que se vea que la religiosidad de María Sudre era la religiosidad de la turbamulta, del pueblo bajo, entendiéndose aquí por bajeza la triste condición de no saber pensar, de no saber sentir, de vivir con esa vida puramente mecánica, nerviosa, circulatoria y digestiva que es el verdadero, el único materialismo de todas las edades. La verdadera plebe no es una clase: es un elemento, un componente, un terreno, digámoslo así, de la geología social; y si se hiciera un mapa de la vida, se vería marcado con tinta negra este detrito en todas las latitudes de la región humana.

Así como ciertos seres privilegiados personifican en sí la aristocracia del pensar y del sentir, la mujer de León personificaba el vulgo crédulo. En otra época y en otras condiciones sociales, María, sin dejar de llamarse piadosa y de rezar seis horas y de confesar a menudo, hubiera echado las cartas para saber el porvenir, hubiera usado rosarios benditos para conjurar maleficios de brujas, hubiera incurrido en la repugnante manía de asociar a la religión las artes gitanas.

Pero los tiempos no son para esto; aunque, bien mirado, maleficios hay y arte de gitanos, si bien de otra suerte que en lo antiguo. Gustaba María de pertenecer a todas las asociaciones piadosas, fueran o no de índole caritativa. Era, con preferencia a todo, lo que en la jerga mojigata se llama *josefina,* o sea individuo de la asociación de San José, cuyo objeto es rogar por el Papa, y que cuenta en su seno con personas muy respetables, dicho sea esto para que no

se entienda como mofa, ni mucho menos, la mención hecha. A otras juntas y a muchas cofradías pertenecía también. Casi todas estas sociedades tienen hoy sus periódicos, creados con el fin de establecer sólida alianza entre los socios o cofrades y ofrecer una lectura altamente recreativa, a veces enormemente cómica, dicho sea también con el respeto debido. Para María no la había más sabrosa ni edificante, y se recreaba largas horas con las anécdotas—¡lástima grande no poder copiar algunas!—, con las oraciones, y, por último, con la parte que podría llamarse místico-farmacéutica, que es una lista mensual de las innumerables curaciones hechas con las obleas y las mantecas pasadas por el famoso *perolito* de Sevilla, prodigios que se dejan muy atrás los milagros de Holloway y de ciertos específicos. María guardaba siempre en su poder porción cumplida de obleas y mantecas pasadas por el *perolito* para atender a las dolencias de sus deudos y amigos, segura del éxito siempre que éstos tomasen la medicina con fe. La especulación del *perolito* no podría existir en ningún país donde hubiera sentido común y Policía.

Estaba exenta María de aquel idealismo febril de su hermano Luis, y aunque ella se proponía imitarle en todo, era en sus ideas y en sus prácticas muy distinta. Su enfermiza devoción parecía un delirio nacido de la cortedad de inteligencia, limitado por los sentidos y exacerbado por la contumacia de su carácter asaz soberbio. Respecto de su consorte, las ideas y sentimientos de la señora eran muy extraños. Ya sabemos qué clase de amor le tenía, el único en ella posible. ¡Cuánto había trabajado en sus soledades de penitente para dominar aquel amor! ¡Cómo torturó su imaginación! ¡Qué de monstruosidades inventó para representarse feo al que era hermoso, desabrido al que era galán y seductor, repugnante al pulcro y lleno de atractivos! María Egipcíaca pensaba que mientras conservase en su mente la ilusión de aquel compañero de sus días y noches, no habría en ella verdadera santidad. Si tenía o no razón, ¿quién lo sabe? Sólo Dios, que con su vista infinita conocía la calidad de aquella ilusión.

«¡Si León no fuese ateo!», pensaba a cada instante. Y aquí entraba lo irreconciliable, aquí la idea de no tener jamás trato moral ni doméstico con semejante hombre. Había la dama consultado con el pensamiento la voluntad de su hermano, que como sombra cariñosa, venía en las noches solitarias a vagar sobre su lecho santo, y la voluntad de Luis Gonzaga era que no debía existir entre ella y el ateo relación de ninguna clase; que estaba manumitida de la esclavitud matrimonial, relevada de su carga de deberes, libre para no pertenecer más que a Dios.

A las veces despertaba con zozobra y agonía, bañada la frente de sudor, trémula y acongojada. «¿Y si quiere a otra?», murmuraba. Aquí tomaban sus ideas un giro nuevo. Podía su extraviado espíritu conformarse con la idea de que muriera León, aun con la idea de no ser amada por él; ¡pero que su marido viviese y amase, viviendo y amando a otra...! ¡Que fuera para otra lo que había sido suyo...! En esto consistía el martirio de aquella mujer, su mortificación constante, y al llegar a tan delicado punto, todo su ser saltaba con un impulso, no de pura pasión, sino de apasionado egoísmo.

Durante la época en que León se iba apartando lentamente de ella, María gozaba en mortificarle, gozaba en verle entrar todas las noches, porque es cosa que halaga al verdugo la puntualidad de la víctima en ponerse bajo su azote. A veces, por la fuerza de la costumbre y por el afecto verdadero que el largo trato había hecho nacer en ella, sentía mucho gusto de verle; pero disimulaba esta alegría y aquel afecto. ¡San Antonio! No convenía dar a conocer que el ateo era bien recibido. Secretamente solía interesarse por todo lo que a él atañía: dirigía mil preguntas a los criados, y si estaba enfermo, prontamente le hacía llevar medicinas, guardándose bien de mandarle el agua de Lourdes y las mantecas del *perolito*, por no ser estos ingredientes eficaces sino para el que cree en ellos.

Cuando hablaban tenía que hacer grandes esfuerzos para no contemplar con agrado la simpática y para ella seductora figura de su esposo, y luego, al encontrarse sola, se arrepentía de ello, se castigaba mentalmente, se llamaba perversa, lasciva, y pedía auxilio a la memoria de su hermano y a la virtud de veneradas reliquias. «¡Si no fuera

ateo...!», decía, y a veces al decirlo lloraba.

Cuando León se retiró definitivamente, la esposa, que le había expulsado diciéndole: «Mi Dios me manda que no te ame», sintió un descorazonamiento, un vacío, un inexplicable terror... ¿De qué? No lo sabía fijamente. Durante una noche entera, la noche aquella que mencionamos, no pudo poner en su mente una idea devota. Sentíase aturdida, y en su cerebro retumbaba un rumor de malos pensamientos, como pisadas de fantásticos corceles que vienen de lejos dando resoplidos. Necesitó largas lecturas y consultas y amonestaciones de clérigos para poder echar alguna tierra sobre el hermoso cadáver del bien perdido; rezó de lo lindo, se mortificó, puso en gran trabajo la imaginación por su método favorito, que era representarse feo lo que era hermoso, amargo lo dulce, asqueroso lo recreativo y placentero. Este horrible trabajo de limpiar el alma por medio de la fantasía, afeando y cubriendo de inmundicia las nobles galas del amor, las bellezas de la vida, no era nuevo en ella. Los ermitaños y cenobitas lo han hecho, completándolo con las mortificaciones exteriores. María Egipcíaca trabajó horrendamente en las tinieblas de su atormentado cerebro por representarse como nefandos y teñidos de lúgubres colores los alegres días de su luna de miel y las más pacíficas y dulces horas de su vida de casada. ¡Espantoso desorden, horrible anarquía del alma!

Como se ha dicho, María, al verle ausente para siempre, sintió un vacío, una desazón, una inquietud, una soledad... ¿Adónde había ido? Sin dar a conocer su turbación, hizo varias preguntas. En sus rezos meditaba la santa sobre esta profanidad... ¡San Antonio! Indudablemente aquel hombre era suyo. Indudablemente lo suyo, lo verdaderamente suyo, no debía ser para los demás. ¡Cómo fulgura a veces la lógica en los entendimientos más turbados! Lo extraño era que, a pesar de lo que María llamaba ateísmo de León, siempre había visto en él un fondo de honradez que le inspiraba confianza. Jamás pensó, ¡tan limitada era su inteligencia!, en el problema de compaginar aquel ateísmo con esta honradez. ¿Por qué creía ella en la honradez de un ateo? No podía decirlo; pero indudablemente la confianza existía. Ahora, con la partida de su esposo, de su compañero, de su hombre, desaparecía la confianza. Atormentada fué durante no pocos días por una sensación muy singular. Enorme y fea víbora se acercaba a ella, la miraba, la rozaba, se escurría resbaladiza y glacial por entre los pliegues de su ropa, ponía el expresivo hocico de ojos negros en su seno, oprimía un poco, entraba primero la cabeza, después el largo cuerpo hasta el postrer cabo de la cola delgada y flexible. Entrando, entrando, la horrible alimaña se aposentaba en el pecho, se enroscaba despidiendo un calor extraordinario, y se estaba quieta como muerta en la abrigada concavidad de su nido.

XIV

LA REVOLUCIÓN

Una dama hablaba con María. Era la marquesa de San Salomó.

—Queridísima—le dijo—, no quiero ser de las últimas en venir a llorar contigo.

—¿A rezar?

—A rezar y a llorar. Dios nos aflige con sus castigos. No te vi hoy en San Prudencio. El padre Paoletti me dijo que te habías retirado temprano, y lo sentí. Quería yo consolarte como puede consolar una buena amiga.

—¡Consolarme!...—dijo María con aturdimiento—. ¡Ah!, sí, de mi abandono, de mi desaire... Hace tiempo que padezco en silencio, y el Señor, la verdad, no me ha negado dulcísimos consuelos. ¿Para qué estamos en el mundo sino para padecer? Hay que penetrarse bien de esta idea para que cuando venga el dolor nos encuentre prevenidos.

—¡Oh!—exclamó Pilar con sincera admiración, dando un beso a su amiga—. ¡Qué buena eres! ¡Qué santa! ¡Qué excepción tan admirable eres tú en nuestra sociedad, María! Debiera venir la gente aquí a darte culto, a rezarte como si estuvieras canonizada.

—¡Qué error, Pilar, qué error tan grande! ¿Y si yo te dijera que soy muy pecadora?

—¿Tú pecadora?..., ¿tú?—observó la de San Salomó, haciendo aspavientos, cual si oyera una blasfemia—. Pues si

tú eres pecadora, ¿qué soy yo? ¿Quieres decírmelo? ¿Qué soy yo?

Y se contestó a sí misma, no con palabras, sino con un grande y entrecortado suspiro, queja angustiosa de su conciencia, incapaz ya de poder resistir más peso.

—No me maravillo yo de que hubiera santos, cuando las ocasiones de pecar eran escasas, cuando la mitad del género humano vivía dentro de conventos o en feos páramos, y se veían a cada instante ejemplos que imitar; lo admiro ahora, cuando la libertad ha multiplicado los vicios, cuando todo el mundo hace lo que quiere, y encontramos rara vez casos ejemplares dignos de imitación. Por eso digo que tú debieras ser canonizada, porque dentro de Madrid, que es, sin duda, lo más perdido del universo, y en este siglo, que es, como dice Paoletti, la *vergüenza del tiempo*, has sabido despreciar el mundo tentador y has igualado a los santos penitentes, a los confesores... y también a los mártires.

Pronunció el *también a los mártires* con entonación fuertemente intencionada.

—¡Oh!, no me hables así—dijo la Egipcíaca, que aunque gustaba de los elogios, tenía costumbre de disimular aquel gusto.

—Yo te admiro mucho, muchísimo —añadió Pilar con arranque cariñoso—, porque estoy muy lejos de ti, porque disto mucho de parecerme a ti. ¡Ay querida mía!, si Dios me concediera el andar un pasito solo de ese camino de perfección en cuyo fin estás tú y que yo ni aun he podido principiar... ¿Sabes lo que pienso? Que voy a intimar más contigo, a acompañarte en tus rezos si lo permites, a leer lo que tú leas, y mirar lo que tú mires, y pensar en lo que tú pienses, por ver si de ese modo se me pega algo. Por de pronto, deseo y te pido que me des algo tuyo, un objeto cualquiera, un pañuelo, por ejemplo, para tenerlo siempre aquí sobre mi pecho, como se tiene una reliquia. Yo quiero que me toque constantemente algo que te haya tocado a ti... Aunque no fuera sino porque al ver tu pañuelo me acordaría de ti y de la virtud, y podría atajar un mal pensamiento o una mala acción... ¿Te asombras? Pues no debes asombrarte, queridísima. *Ma petite*, tú no te estimas en lo que vales. Mira, cuando te mueras, la gente ha de andar a mojicones por conseguir pedacitos de tu ropa.

—Pilar, que estás ofendiendo a Dios con tus lisonjas.

—Eres tan buena que te escandalizas de oírlo decir. Así era tu hermano Luis, que en la gloria está. Pero tú vales más que él.

—¡Pilar, por amor de Dios!—exclamó María verdaderamente escandalizada.

—Más que él; yo sé lo que digo.

—¡San Antonio!

—Más que él... El fué santo; tú además de santa eres mártir. Has llegado al sumo grado de la perfección cristiana. Yo no conozco criatura más alta que tú, y no sé si sentir por ti más lástima que admiración, o más admiración que lástima...

María no entendía bien.

—... Así es que el nombre de santa me parece poco... Y dime tú: ¿qué nombre deberíamos dar al que teniendo en su casa este tesoro de virtud y de bondad, huye de ella y desprecia el tesoro y se cubre de baldón desdeñando el oro por el estaño, y poniendo en lugar del ángel que Dios le dió por mujer, a una...?

—Pilar..., ¡por Dios! ¿Te refieres a mi esposo?

—¡Oh amiga de mi alma!—dijo la de San Salomó, que había enrojecido dando muestras de gran agitación—. Perdóname si me pongo furiosa al hablar de esto. No puedo remediarlo.

—Pero León... Pilar, tú no sabes lo que dices. Mi marido es un hombre formal.

Si de María se ha dicho que era limitada de inteligencia, algo basta de sensibilidad, pues su corazón de fibras gruesas y sin finura carecía de aptitud para los afectos entrañables y delicados, con la misma lealtad se ha de manifestar lo que en ella había de bueno, y era un fondo de honradez, un cimiento de esa rectitud innata que engendra siempre cierta confianza candorosa en la rectitud de los demás. La dama penitente se sublevó contra las reticencias de su amiga.

—Veo—dijo ésta—que estoy cometiendo una gran indiscreción. Sin duda no sabes nada.

—¡Que no sé nada!... ¿De qué?

—¡Oh!, no; debo callarme. Yo creí que tu mamá...

—Háblame con claridad..., has nombrado a mi marido.

—Y ya me pesa.

—Mi marido es... así..., de cierto modo... No cree en nada..., se condenará de seguro..., es ateo, rebelde..., pero se porta bien, se porta bien.

Bruscamente Pilar rompió a reír. Su risa sonora, importuna, que duraba más de lo regular, llevo al alma de María grandísima turbación.

—Si llamas portarse bien estar separado de su mujer, que es una santa, y tener relaciones con otra...—declaró la amiga con una entonación despiadada, agria, que tenía algo del cuchillo que corta o de la lima que raspa.

María se quedó como una difunta, pálida, los ojos fijos, la boca entreabierta.

—¡Con otra!

Esto no era nuevo en ella como idea: éralo como hecho. Habían precedido a la noticia presunciones vagas, temores; pero con todo, la triste verdad abruma aun cuando haya sido precedida por el sueño asustadizo.

—¿Has dicho que con otra?

—Con otra, sí. Lo sabe todo Madrid, menos tú.

—Has dicho... con otra...—repitió María, que estaba con el conocimiento a medio perder, alelada, padeciendo una especie de parálisis, cual si cada una de aquellas dos terribles palabras fueran enorme piedra que había caído sobre su cráneo.

—¡Sí!... ¡Con otra!—afirmó Pilar, rompiendo a reír por segunda vez, lo que no indicaba un gran respeto a la mujer canonizable.

—¿Y quién es?—preguntó con fulgurante viveza la penitente, que pasó del idiotismo a una especie de excitación epiléptica—. ¿Quién es, quién es?

—Yo creí que ya lo sabías... ¡Pobre mártir! Es Pepa Fúcar, la hija del marqués de Fúcar, ese que los periódicos llamaban antes el *tratante en blancos*, y ahora le llaman *egregio* porque se ha enriquecido adoquinando calles, haciendo ferrocarriles de muñecas, envenenando a España con su tabaco, que dicen es la hoja seca de los paseos, y, por último, prestando dinero al Tesoro durante la guerra, al doscientos por ciento: un buen apunte, un gran señor de ahora, un dije del siglo, un noble haitiano, un engendro del parlamentarismo y del *contratismo*, que no me puede ver ni en pintura porque una noche, en casa de Ríoponce, empezó a galantearme y le volví la espalda, y porque siempre que le veo en alguna tertulia al alcance de mi voz me pongo a hablar del tabaco podrido, de la multiplicación de los adoquines, del gas que apesta, y del calzado con suelas de papel que dió a la tropa.

Y Pilar soltó la tercera carcajada. María no oyó ni podía oír aquel gráfico y cruel bosquejo del marqués de Fúcar. Escuchaba un tumulto extraño que repercutía en su interior, el estruendo de una revolución, de una sublevación, así como el despertar súbito y fiero de un pueblo dormido. La sierpe que ya se enroscaba en su pecho incubó de improviso innumerables hijuelos, y éstos salieron ágiles culebreando en todas direcciones, vomitando fuego y mordiendo. Eran los celos, ejército invisible y mortificante, cuyo conjunto se representaba la penitente como una irradiación continua de mordidas y quemaduras, por su prurito de dar a los sentimientos como a las ideas forma de sensaciones físicas, de tal modo, que este afecto era para ella como caricia y arrullo, aquel otro como bofetada, o como pellizco, o como aguijonazo.

Nunca había sentido la pobre santa y mártir cosa semejante, ni explicarlo sabía. Su dolor se confundía con el pasmo, con una sorpresa terrible. El sacudimiento era tan vivo, que no se le ocurría, como pareciera natural, pensar en Dios, ni llamar en su auxilio a la paciencia o a la resignación. ¿Qué era aquello? Lo real destruyendo al artificio. El alma y el corazón de mujer recobrando su imperio por medio de un motín sedicioso de los sentimientos primarios. Era la revolución fundamental del espíritu de la mujer reivindicando sus derechos, y atropellando lo falso y artificial para alzar la bandera victoriosa de la naturaleza y de la realidad, aquello que emana de su índole castiza y por lo cual es amante, es esposa, es madre, es mujer, mala o buena, pero mujer verdadera, la eterna, la inmutable esposa de Adán, siempre igual a sí misma, ya fiel, ya traidora. Esta revolución la hace algunas veces el amor; pero no es seguro,

porque el amor, en su sencillez inocente, se deja vencer por la caricia falaz de su hermano el misticismo; quien la hace siempre con éxito es el *mayor monstruo*, la terrible ira calderoniana, los celos, pasión de doble índole, perversa y seráfica, como alimaña híbrida engendrada por el amor, que es ángel, en las entrañas de la envidia, hija de todos los demonios.

Ya veremos que la súbita pasión que había estallado en el alma de María tenía más de la índole aviesa de su madre, la envidia, que del generoso natural de su padre, el amor. Por eso era un tormento horrible, sin mezcla de alivio alguno, un traqueteo sin descanso, un fuego que crecía a cada instante. Como alcázar minado que revienta y cae en pedazos, así cayó por el pronto, resquebrajándose, su mojigatería. Verificóse en ella un eclipse total de Dios. Dando un doloroso grito, se llevó las manos a la cabeza, y dijo:

—¡Infame..., me las pagarás!

En aquel momento entró la marquesa de Tellería, y comprendiendo que María estaba enterada de todo, se arrojó en sus brazos. La penitente no lloraba; tenía los ojos secos y fulgurantes. La madre se decoró el rostro con una lágrima que traía preparada, como se preparan los suspirillos al entrar en una visita de duelo.

—No te sofoques, hija de mi alma. Veo que ya sabes todas esas infamias. Yo no había querido decírtelo por no turbar tu corazón angelical... Cálmate. ¿Pilar te ha contado...? Es horroroso, pero quizá remediable... Hace días que he perdido el sosiego... Vamos, un poco de resignación.

La de San Salomó creyó oportuno tomar la palabra.

—La gravedad del delito—afirmó—, consiste en la calidad de la víctima, María. Falta grande es hacer traición a una mujer cualquiera; pero hacer traición a una santa... No sé adónde irá a parar esta sociedad que nada respeta, y que aboliendo, aboliendo, ya se atreve a la abolición del alma. *Oh!, c'est dégoutant.* ¡Y luego extrañan los perversos que haya un puñado de hombres de bien decididos a impedir la jubilación de Dios! ¡Y se espantan de que esos hombres levanten una bandera salvadora y se lancen a pelear por la sagrada causa de la Religión, madre de todos los deberes! Si son vencidos por la perfidia, que hoy es dueña de todo, no importa; ellos volverán, ellos volverán y volverán, hasta que al fin...

Dicho esto se levantó, y dirigiéndose a un armario de luna que en el contrario testero estaba, durante un rato se recreó en su interesantísima persona, volviendo el cuerpo a uno y otro costado para ver si caía bien su elegante manteleta, si el efecto de su sombrero era bueno. Con sus preciosas manos enguantadas tocó aquí y allí delicadamente para pulsar un pliegue, o retirar un mechón de cabellos que avanzaban mucho. Después se volvió a sentar.

—¿Sabes ya que vive con ella?—dijo la de Tellería a su hija, confundiendo las palabras con un beso.

—¡Con ella!—gritó horrorizada María, apartando de sí la cara harto pintoresca de su madre—. ¿En dónde?

—En Carabanchel... León ha tenido la desvergüenza de alquilar una casa junto a Suertebella... Se comunican por el parque.

—Voy allá—dijo María, levantándose y tirando con mano convulsa del cordón de la campanilla.

—Sosiégate... No, no hay que tomarlo así.

A la doncella que entró, dijo María:

—Mi vestido negro.

—Sí, sí; bonita vas a ir—dijo la marquesa, sonriendo—con tu vestidillo de merino, el único que tienes... En caso de ir, y eso lo discutiremos ahora, debes ponerte muy guapa, pero muy guapa.

—¡Oh!—exclamó la penitente con expresión de inmenso dolor—. No tengo ropa: he dado todos mis vestidos de lujo.

—¿Y quieres ir con el trajecillo de merino?... ¡Pobre tonta! ¡Qué poco conoces el corazón de los hombres!... Eso es; preséntate a tu marido hecha un mamarracho, y verás el caso que te hace... La apariencia, la forma casi, o sin casi, gobiernan el mundo.

—Antes discutamos si debe ir—insinuó la de San Salomó.

—Sí; quiero ir allá..., quiero—gritó María, cruzando las manos y poniendo ojos de espanto.

—Nada de tragedias, nada de escenas, ¿eh?...

—Me parece peligroso que vayas. ¿Y si te expones a un desaire mayor, si

te encuentras de manos a boca con Pepa o con su niña..., suponiendo que la nena esté, como dicen que está siempre, en los brazos de su papá?...

—¿De su papá?—dijo María—. ¿Pues no ha muerto Federico?

—No, tonta—manifestó la de San Salomó, poniendo la cara que es de rigor cuando se coge una aguja larga y muy fina y se atraviesa de parte a parte el pecho de un pobre bicho destinado a las colecciones de Historia Natural—. No, tonta; el papá es tu marido.

—¡León!... ¡Mi marido!... ¡Padre de Monina!—exclamó la de Roch, quedándose otra vez como idiota.

—La gente lo dice por ahí—indicó Milagros intentando atenuar la crueldad de la noticia.

—¿Y tú qué crees? ¿Qué crees tú, mamá? ¿Será cierto?—dijo María, preguntando a las dos con febril ansiedad.

Pilar, lo mismo que la de Tellería, no eran mujeres perversas; su lamentable estado psicológico, semejante a lo que los médicos llaman caquexia o empobrecimiento, provenía de la depauperación moral, dolencia ocasionada por la vida que ambas traían, por el contagio constante y la inmersión en un venenoso ambiente de farsa y escándalo. Pero algo había en ellas que pugnaba contra la depravación llevada a tal extremo, y asustadas de la enormidad del cáliz que habían puesto en los labios de María, trataron de atenuar su amargura.

—No; yo creo que eso es fábula...

—No; yo creo...

La de San Salomó, que era un poquillo más mala que su amiga, no acabó la frase. Después dijo:

—La gente se funda en cierto parecido...

—¿De Monina?

—Con León... Yo, verdaderamente, no sé qué pensar. Sospecho que esas relaciones son muy antiguas.

María rebotó de su asiento. No hay otras palabras para expresar aquel salto brusco de corza herida en sueños, y aquel abalanzarse a su vestido negro para ponérselo y correr a Suertebella.

—No te precipites, no seas tonta—dijo su madre, deteniéndola—. Ya no es hora de ir allá. ¿No ves que anochece?

—¿Qué importa?

—No, de ninguna manera.

La tarde caía y la estancia se llenaba de sombras. Las tres damas apenas se veían.

—Luz, luz—gritó María—. Me muero en esta oscuridad.

—Yo creo que debes ir—afirmó Milagros—, pero no esta noche, sino mañana.

—Marquesa, ¿ha meditado usted bien ese paso?—dijo la de San Salomó—. ¿No será eso una humillación? ¿No será mejor el desprecio?

—¡Oh!—exclamó la solícita y amorosa madre—. Yo confío... hasta en la reconciliación.

Su confianza no era grande; pero la suplía el deseo.

—¡Reconciliación! ¡Qué loca esperanza! ¿Crees tú en la reconciliación?

—No sé, no sé—repuso María mostrando su incapacidad para responder a esta pregunta como a otra cualquiera—. Yo no quiero reconciliación, sino castigo.

—¡Oh!, no estamos para melodramas —dijo la de Tellería extendiendo las manos, con esa afectación de los sacerdotes que salen en las óperas vestidos siempre con una sábana blanca—. Paz, paz... María, es preciso que vayas, y que vayas vestida como la gente. ¡Uf!, ese olor de lana teñida no se puede resistir.

Las dos marquesas prorrumpieron en risas, mientras Pilar arrojaba lejos el traje de su amiga. María dirigió a su hábito de merino negro una mirada de indignación que quería decir: «¿Por qué no eres de seda y de corte elegante y a la moda?» Por primera vez desde que renunciara al mundo le pareció fea la sencilla hopa de su santidad, que un día antes no habría trocado por el manto de un rey.

—La cuestión de vestido es fácil de arreglar—dijo la de San Salomó—. Tú y yo tenemos el mismo cuerpo. Te traeré vestidos míos para que escojas.

—Y manteleta.

—Y sombrero.

—También sombrero; ¿a qué hora vas a ir?

—Yo iría ahora mismo.

—No; mañana al mediodía. Es preciso no olvidar las conveniencias, las horas convenientes, las ocasiones convenientes—indicó la de Tellería.

—Voy a comer..., vuelvo en seguida —dijo Pilar—. Te traeré lo mejor que tengo para que escojas. Te pondremos

guapísima. Pues no faltaba más sino que Pepa Fúcar se fuera a reír de tu facha estrambótica. Dentro de hora y media estaré aquí. Hoy no tengo convidados, y mi marido come fuera con *Higadillos*, un par de chulos y dos diputados... Adiós, querida... Milagros, *addio*.

Besándolas a entrambas, se retiró. En el tiempo que estuvo fuera, la marquesa comió un poco; María, nada. Pero no era el almanaque quien le había impuesto el ayuno. Pilar volvió trayendo su coche atestado de preciosidades indumentarias, vestidos riquísimos, manteletas, abrigos, y para que nada faltase, trajo también sombreros, botas de última moda y hasta medias de alta novedad. La pícara propagandista clerical se cubría con aquella estameña. Los criados y la doncella fueron subiendo todo y poniéndolo en sillas y sofás. María contemplaba con mirada atenta y turbada los diversos colores, las formas peregrinas y caprichosas ideadas por el genio francés. Parecía que miraba y no veía.

—¿Qué te parece? A ver, ¿qué vestido escoges?

—Este es bonito—dijo María, fijándose con indiferencia en uno—. ¿Quién te lo hizo?

Y después estuvo contemplándolo con asombro un mediano rato. Parecía un viajero que vuelve de largo viaje y se pasma de ver las modas cambiadas.

—¡Qué cuerpo tan estrecho!—dijo.

—Este color perla te sentará bien.

—No; prefiero el negro.

—El gro negro..., con combinación de faya pajizo claro. ¡Oh!, admirable. Has tenido buen gusto.

—Aunque la estación no es avanzada, hace calor.

—¿Qué sombrero llevas?

María miró los tres que había traído Pilar. Después de un detenido examen señaló uno, diciendo:

—Este de color negro, ¿y... cómo se llama este otro color?... ¿Crema? El colibrí también es bonito, y las rosas pálidas.

—¡Ah!—exclamó Pilar con asombro—, parece que no has abandonado el mundo un solo día, y que no has dejado de vestirte... ¡Qué bien eliges!... Bueno, pues hagamos una prueba. Es preciso ver si te está bien el vestido, para si no alargar o encoger un poco. He traído a mi doncella, y entre todas...

María no había dado aún su consentimiento cuando su criada, su madre, Pilar y la doncella de ésta empezaron a desnudarla de aquella horrible bata parda que parecía la sotana de un seminarista pobre. En aquel momento sintió la dama mística una ligera reacción del espíritu religioso, y dijo afligidamente:

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

—Tonta, mil veces tonta—manifestó la marquesa—, déjate de escrúpulos... ¿Ni aun en este conflicto reconoces el error de tu exagerada devoción?

María se dejó llevar ante el espejo de su tocador en la pieza inmediata; dejóse caer en la silla. El espejo estaba cubierto con un gran paño negro, y parecía un catafalco. Quitaron el paño, y nació, digámoslo así, sobre el limpio cristal inundado de claridad, la imagen hechicera de María Sudre. Fué como un lindo ejemplo de la creación del mundo.

—¡Dios mío, San Antonio bendito! —exclamó, cruzando las manos—, ¡qué flaca estoy!

—Un poco delgada; pero más hermosa, mucho más hermosa—afirmó la madre con orgullo.

—¡Monísima, *charmante!*... Juana, improvisa aquí un buen peinado—dijo Pilar a su doncella, habilísima peinadora—. Una cosa sencilla, un bosquejo nada más, para ver el efecto del sombrero. A ver si te luces.

Con gran presteza empezó Juana su obra, desenredando los cabellos de María. Esta, después de mirarse un rato, había bajado los ojos y parecía que oraba en silencio. Se había visto los marmóreos hombros, parte del blanco seno, y a la vista de aquellas joyas tembló de pavor, sintiendo alarmada otra vez su conciencia religiosa. Quizá habría llegado demasiado lejos la reacción si un flechazo partido del bien templado arco de su madre no la contuviera.

—Al verte, hija mía, nos parece increíble que ese mamarracho de Pepilla Fúcar...

Como el abatido corcel salta, herido por la espuela, así saltaron los celos de María. Sus ojos verdes brillaron con apasionado fulgor, y se contemplaron absortos y embelesados de sí mismos, como diciendo: «¡Qué bonitos nos ha

hecho Dios!» Después María puso la cabeza en las dos actitudes contrarias de medio perfil, torciendo los ojos para poderse ver. ¡Qué hermosa visión! ¡Cuánto la realzaba su palidez! Se habría podido ver en ella un ángel convaleciente de mal de amores celestiales.

En un santiamén armó Juana airoso peinado, tan conforme con el rostro y la cabeza de María que el más inspirado artista capilar no lo habría hecho mejor. Exclamación de sorpresa acogió obra tan magistral, y la misma María se contempló con admiración, pero sin sonreír. En seguida, pasando a la habitación donde estaba el espejo grande, se procedió a ponerle el gran traje princesa, operación no fácil, pero que al cabo fué terminada con general aplauso. El vestido resultó que ni pintado: el corte, perfecto; el efecto, sorprendente.

—¡Oh, qué bien está esta pícara!—dijo la de San Salomó con cierta envidia—. Veamos la manteleta. Escogeremos esta de casimir, de la India, con riquísimo agremán y flecos. La cortó un discípulo de Worth.

María, en pie, las obedecía ciegamente y se dejaba vestir, se devoraba con sus propias miradas, dando al cuerpo el contorno particular y gracioso que es necesario para ver los costados. La criada alzaba la luz alumbrando la esbelta figura.

—Ahora el sombrero.

Era la gran pincelada, el supremo toque que al sublime cuadro faltaba. Pilar no quiso confiar a nadie aquella obra delicada, que era como la coronación de una reina. Ella misma levantó en alto el sombrero y se lo puso a su amiga. ¡Efecto grandioso, sin igual! ¡Inmensa victoria de la estética! María Egipcíaca estaba elegantísima, hechicera; era la elegancia misma, el figurín vivo. Encarnaba en su persona el ideal del vestir bien, ese infinito del traje, que unido al infinito de la belleza produce las maravillosas estatuas de carne y trapo ante las cuales sucumben a veces la prudencia y la dignidad, a veces la salud y el dinero de los hombres. ¡Pobre Adán, cómo te acordarás de aquel tiempo en que para ataviarse bien bastaba alargar la mano a una higuera!

—Vaya—dijo Pilar—, ya se ve el efecto. Pero mañana volveré para vestirte definitivamente. Ahí te dejo lo demás: zapatos, medias..., ¡mira qué bonitas! Escoge el color azul. ¿Te vendrá mi calzado? Creo que sí. Ahí tienes botas húngaras y zapatos... Te he traído hasta guantes, porque si no me engaño, ni aun guantes tienes... Conque hasta mañana.

Y dándole un ruidoso beso, le dijo al oído:

—Mañana es día de prueba para ti. Voy a mandar encender el Santísimo en San Prudencio... El Señor te favorecerá, ¡pobre santa y mártir!... Entre paréntesis, querida, la función de hoy en San Lucas, como cuantas hace la Rosafría, no se libró de aquel aspecto, de aquel barniz general de *cursilería* que llevan consigo todas las cosas de Antonia. ¡Si vieras qué cortinajes, qué pabellones!... Parecía una fiesta cívicoprogresista... En fin, si llegan a tocar el himno de Riego no me hubiera sorprendido... ¡Y qué sermón, hija! Habías de oír aquella voz de falsete... ¡Luego una pobreza de alumbrado...! En fin, no quiero entretenerte más, que es tarde... Adiós: ahora se me ocurre una cosa: debo mandar que te enciendan también la Virgen de los Dolores.

—Sí—dijo María enérgicamente—, la Virgen de los Dolores.

—Adiós, Milagros: esta noche me toca el Real. Veré si alcanzo dos actos de *Hugonotes*... Conque mañana al mediodía...

—Al mediodía. Adiós, Pilar... Y que venga también Juana, yo traeré algo de tocador, porque ni siquiera polvos de arroz hay en esta casa.

—Adiós..., adiós.

XV

¿CORTESANA?

La marquesa rogó a su hija que se acostara, a lo cual ésta accedió de buen grado, porque se sentía muy fatigada. Quitóse con lentitud los ricos atavíos que resucitaban en ella bruscamente la elegante mujer de otros tiempos y se retiró a su alcoba. Tiritaba de frío y había caído en gran tristeza. Después de un rato de silencio, durante el cual mirábala su madre con alarma y desasosiego, volvió la vista a las imágenes, láminas, estam-

pas y reliquias que hacían de su alcoba un museo de devoción, y dijo así:

—Señor Crucificado, Virgen de los Desamparados, santos queridos, amparadme en este trance.

La de Tellería, que también en las ocasiones solemnes sabía dar muestras de acendrada piedad, besó los pies de un crucifijo.

—Alcánzame mi rosario, mamá—dijo María.

Milagros tomó el rosario que estaba colgado a los pies del crucifijo y lo dió a su hija.

—Ahora—añadió ésta—puedes retirarte... Siento sueño. Después que rece un poco me dormiré.

La marquesa señaló la hora fija para la expedición del día siguiente. Convinieron en ir las dos, quedándose la madre en el coche, mientras la hija entraba a hablar a su marido.

—El corazón me dice que alcanzaremos algo bueno: quizá alguna reconciliación—dijo la mamá, besando a la penitente—. Ahora procura dormir y no pienses mucho en santurronerías. Ya ves el resultado de tu terquedad. Francamente, niña mía, yo me pongo en el caso de un marido, de cualquier marido... No es que yo condene la devoción, la verdadera devoción. ¿Por ventura no soy yo piadosa, no soy buena católica, aunque indigna? ¿No cumplo todos los preceptos?... Eso de la santidad hay que pensarlo antes de casarse, antes de contraer ciertos deberes.

—Una cosa me ocurre—dijo María prontamente, demostrando que no pensaba en santurronerías—. Si debo llevar mañana alguna alhaja, alfiler, pulsera, pendientes, puedes traerme lo que gustes de las joyas mías que te llevaste para guardármelas.

—Bueno—replicó la madre, algo contrariada—. Pero casi todas tus alhajas necesitaban compostura y las mandé al taller de Ansorena... De todos modos...

—Rafaela me ha dicho que ayer te llevaste toda la plata.

—Sí, sí; toda. Hija de mi alma, me aflige mucho que vivas sola en este caserón. Tiemblo por ti, por tu seguridad. Andan ahora ladrones...

—La plata no me hace falta... Di, ¿no te llevaste también las cortinas de seda, mis encajes, mi escritorio de ébano y marfil, el tarjetero, los vasos de Zuloaga, las dos jarras de Sèvres, el abanico pintado por Zamacóis, la acuarela de Fortuny y no sé qué más?

—¡Oh! Tienes más memoria de lo que parece...—dijo la Tellería, disimulando su turbación—. Todo me lo llevé. Esas preciosidades no debían estar expuestas a un golpe de mano. ¿Sabes tú cómo está Madrid de rateros?

—Mira, mamá—prosiguió María, dando una vuelta en su lecho—: tráeme también mi reloj, porque es preciso saber la hora, la hora fija.

—Bueno... Pero ¡calla! Ahora recuerdo que tu reloj no andaba: lo tiene el relojero.

—Pues entonces iré sin reloj... Vaya, buenas noches, mamá. Vete a dormir.

—Mañana a las diez estoy aquí para empezar la *toilette*.

—A las diez.

—Abur, paloma.

—Adiós, mamita. Pide a Dios por mí.

María no durmió nada. Por primera vez vió realizado, en parte, un antiguo antojillo de beata que pensaba realizar. Había proyectado acostarse en un lecho de zarzas de piconas, con lo que, desgarrándose todo el cuerpo muy a gusto del espíritu, se parecería a los penitentes cuyas vidas había leído llena de admiración. Aquella noche su lecho fué primero de espinas; después de brasas. Se quemaba en él, como San Lorenzo en sus parrillas o San Juan en la cazuela de la Puerta Latina... No pocas veces se había quedado dormida rezando, o recitando entre dientes letrillas de novenas y décimas josefinas. Aquella noche las oraciones, las letrillas, las décimas y los pentacrósticos revoloteaban entre sus labios como las abejas en la puerta de la colmena, y entre tanto, su cerebro ardía como un condenado a quien dan tizonazos los ministros de Satán en cualquier aposento del Infierno. No pudiendo resistir aquel freír continuo, chisporroteante y doloroso que bajo su cráneo y detrás de sus ojos la atormentaba, saltó del lecho, encendió luz. «Ahora mismo», murmuraron sus labios, mientras se vestía.

Sin calzarse corrió hacia el reloj de su gabinete. ¡Cuánto se descorazonó al ver que marcaba la una! ¡Era tan temprano! Mentalmente se hizo cargo del sitio donde estaría el sol a tal hora y del tiempo que tardaría en salir. Después se

encerró en su tocador. ¡Quién puede saber lo que hacía! En el silencio de la noche y en las piezas donde no hay nadie, los relojes, con su tictac semejante a una respiración, simulan personas. Desde las chimeneas, esos entes de bronce parece que fijan en todo su carátula de doce ojos, y que oyen y entienden con aquel mismo órgano interno que produce su palpitar rítmico, incesante. El reloj del gabinete de la Egipcíaca era el único que podía enterarse de lo que hacía su ama. Ni aun el retrato de León podía saberlo, porque estaba vuelto contra la pared.

Oyó el reloj que su hermosa dueña abría y cerraba cajones; oyó el ruido placentero del agua saltando en la porcelana, después en el mármol, y resbalando sobre las ebúrneas partes de una estatua humana, para caer luego en chorros sobre sí misma, bullendo y saltando como en las fuentes mitológicas, donde tritones, ninfas y caracoles de alabastro, surtidores, jirones, encajes y polvo de agua, forman conjunto bellísimo a la vista. El pícaro, que desde mucho tiempo antes tal cosa no presenciaba, reía y reía dando unos contra otros sus doscientos o trescientos dientes. Percibió después olor suavísimo y delicado de perfumes de tocador..., porque los relojes tienen olfato, sí, huelen por aquellos dos agujeros por donde se les da cuerda... También eran desusados los ricos olores.

Volvió al gabinete María trayendo ella misma la luz con que se alumbraba. Su primera mirada fué para la numerada esfera, y junto a ésta dejó la bujía. ¡Las dos y cuarto! ¡Qué cargante es un reloj en el cual siempre es temprano! La dama estaba en ropas blanquísimas, arrebujada en ancho mantón que la preservaba del fresco y ayudaba la reacción producida por el agua fría. Algo amoratado su rostro, no por eso era menos bonito, y sus manecitas blancas se crispaban agarrando el mantón para abrigarse, como la paloma que esconde el cuello entre sus pardas alas.

La reacción del agua fría es tan rápida como fuerte. La penitente soltó el mantón, y fijando sus miradas en el lienzo vuelto contra la pared, alzó los brazos para bajarlo... ¡Estaba muy alto! Cuando se subió sobre una silla, el reloj, único testigo de aquella escena, admiró a la hermosísima mujer en la casta diafanidad de aquel atavío, y sus doce ojos se abrieron más. Cada hora era un lucero, y siguiendo en su tictac, guiñaba su aguja hacia las tres.

Descolgó la señora el cuadro, y volviéndolo del derecho, lo puso sobre una silla. Entonces apareció en la sala el busto, la enérgica cabeza, la mirada profunda y leal de León Roch. Fué como la entrada súbita de alguien en la estancia solitaria. María se quedó perpleja, y toda su sangre se le corrió al corazón, agolpándose en él y dejándole heladas y casi vacías las venas; lo miraba sin respirar, sin pestañear, como cuando se presencia la aparición milagrosa de quien se ha muerto, o la encarnación estupenda de lo que se ha soñado. Y él no la miraba ceñudo, sino con expresión serena, que ponía en sus ojos la índole de su alma recta y franca... Alargó el cuello María, acercando su cara al lienzo... Retrocedió después para dar tiempo a que su mano quitase un poco de polvo; y luego que esto hizo, besó la imagen de su marido, una, dos, tres veces, en distintas partes de la cara. Oyóse entonces una carcajada indistinta, un reír sofocante y zumbón. Era el reloj que respiraba más fuerte echando de sí ese murmullo que precede al toque de las horas.

¡Las tres! El reloj principiaba a ser complaciente y juicioso, y se iba curando de aquella inaguantable manía de ser temprano. Como el hotel de Roch estaba casi en las afueras, oíase el canto de los gallos anunciando el fin de aquella noche perezosa, pesada, eterna...

«Pronto amanecerá—pensó María—. En cuanto amanezca me voy.»

Empezó a vestirse. Los trajes, los sombreros, los zapatos y demás prendas que había traído Pilar estaban arrojados sobre las sillas. Si no presidieran en la estancia tres cuadros distintos del patriarca San José, creyérase que aquél era el gabinete de una mujer de mundo, después de una noche de festín. Examinó la penitente los colores de las finas medias de seda, y, por último, segura del buen efecto, vistió sus piernas estatuarias con las azules y las sujetó con ligas del mismo color. El calzarse no era obra tan fácil. Probó zapatos, botas... ¡Oh!, felizmente, el pie de Pilar parecía hermano del suyo... Pero María va-

cilaba en la elección de forma. ¿Bota o zapato? He aquí un problema que por su gravedad podía equipararse a éste: ¿gloria o infierno?

El coturno fué desechado, al fin, después de una acaloradísima discusión interna. Venció el zapato alto, de cuero bronceado, de tacón Luis XV y hebilla de acero: una verdadera joya. Después de mirarlos mucho, María se calzó. Sus pies eran bonitos de cualquier modo, y desnudos, más. Admito el calzado como una necesidad social que no era ley en tiempo de Venus, María vió con admiración sus pies artificiales, con los cuales Dafne no hubiera podido correr, pero que no por eso eran menos lindos.

Sentó con arrogancia la planta en el suelo, examinó todo desde la rodilla, giró un poco sobre el tacón, movió la delgada punta, semejante a un dedal. El pie tiene su expresión como la cara. María lo encontró admirable, y pensó en otra cosa. ¡Corsé, peinado! Dos cosas graves que no pueden hacerse a un tiempo. A veces la primera es del dominio de la fuerza: la segunda, de los augustos dominios del arte. Acudió la señora a lo más urgente, y no necesitó caballos de vapor para aprisionar su hermoso seno y talle, plegando y aplastando sobre uno y otro, como fino papel de embalaje, las blancas telas de delicado lino. El peinado era cosa más difícil. Fué al tocador, sentóse, meditó un rato con los brazos alzados, como un sacerdote que reza antes de poner sus manos sobre los objetos rituales, y al fin..., haciendo y deshaciendo, con la sencillez que permitía la falta absoluta de ciertos artículos de tocador, María logró remedar medianamente lo que las hábiles manos de Juana habían hecho la noche anterior. Estaba bien, sobre todo sencillo, airoso, elegante, que era lo principal. Nada de cargazón ni catafalcos...

Lo demás verificóse como en el ensayo de la noche precedente. El vestido *princesa* de gro negro con combinaciones de terciopelo y faya pajizo claro; el sombrero, que parecía haber salido de manos de las hadas... Todo era bonito, todo lindísimo, seductor. María se contempló con asombro; se creía otra. No: no era posible que ella fuese tan guapa; allí había sortilegio. ¿Cómo sortilegio? No: una católica no podía pensar esto. Lo que allí había era favor de Dios, determinación de la Providencia para ponerla en condiciones de realizar una buena obra. De Dios tenía que provenir no sólo aquella superior hermosura, sino aquel hechicero atavío. Esta superstición se pegó a su mente como un molusco a la roca, y allí se quedó adherida por succión. «Dios permite, Dios consiente, Dios manda...», pensó, formulando con vigor aquella idea.

Y a mirarse volvía. De costado, de frente, de todos modos estaba bien. ¡Qué ágil y flexible su talle, qué gallardo su busto, qué contornos, qué aire de cabeza! ¡Qué graciosa neblina la del ligero velo de su sombrero, oscureciendo el rostro pálido, como la sombra de un ave que pasaba y se ha detenido revoloteando para admirar tanta hermosura! ¡Qué misterioso simbolismo de pasión en aquel negro del terciopelo con golpes de seda de un pajizo lívido, y qué dulce armonía la de su rostro coronando aquella noche de tinieblas, manchada de relámpagos sulfúreos! ¡Qué ojos tan verdes, tan melancólicos, y, al mismo tiempo, cómo escondían bajo la tristeza la amenaza, la venganza bajo el dolor, bajo la caricia el puñal! ¡Cómo aquellos hechizos anunciaban otros, y cómo se completaba todo allí, el color y la expresión, la vista y la ilusión, la belleza y el alma, lo humano y lo divino!... ¡Ah!... ¡Guantes! Gran contrariedad fuera que Pilar no hubiera traído guantes. María los buscó, y habiéndolos hallado, probóselos muy satisfecha. «No llevo joyas—dijo para sí—; pero no importa—y luego añadió con orgullo—: Llevo la principal: mi virtud.»

Después de otro rato de contemplación en el espejo, añadió: «¡Qué guapísima voy!... Si yo supiera hablar bien y decir lo que pienso... Si encontrara las frases más propias...»

Tirando de la campanilla, alborotó toda la casa. Los criados tardaron en levantarse; pero se levantaron al fin. La doncella, que entró aturdida y soñolienta en el gabinete, se quedó pasmada al ver a su ama vestida; ¡y qué bien vestida! María mandó que al punto llamaran al señor Pomares. Este digno hombre, que había vuelto a ser admitido después de la separación, se presentó con cara hinchada y dormilona, temblando y tropezando.

—Haga usted que me pongan inme-

diatamente el coche—le dijo María sin mirarle.

Pomares se quedó tan estupefacto como si le mandaran tocar a misa a las seis de la tarde.

—Pero la señora ha olvidado que ya no tiene coche.

—¡Ah! ¡Es verdad! No me acordaba. Bien; tráigame usted un coche de alquiler, un landó.

—¿A esta hora?

—¿Pues no es ya de día?

—Todavía no ha amanecido.

—¿Y qué importa?... Veo que es usted muy dificultoso... No sirve usted para nada.

Pomares se quedó como quien ve visiones. Aquel lenguaje áspero, colérico... Sin duda la señora estaba loca.

—¡No se mueve usted, hombre de Dios!—añadió María—. ¿Por qué me mira usted así? Pronto, un coche, cueste lo que cueste.

—Bien, señora; iré a ver si...

—Pronto. Quiero salir en cuanto amanezca.

Por mucho que trabajó el buen Pomares paseando su respetabiliad de cochera en cochera, no pudo traer el landó hasta muy entrado el día. Ardiendo en impaciencia, María esperaba en su gabinete, después de tomar café puro, paseando y rezando a veces, a ratos sentada y sumida en profundas meditaciones, cuando le anunciaron que el coche entraba en el jardín del hotel, levantóse, fué derecha a un hermoso armario que en su alcoba tenía, abriólo y sacó una gran botella de agua no muy clara. Los labios de la dama se movían, articulando, sin duda, oraciones piadosas, mientras su mano derramaba parte del contenido de la botella en un vaso de plata. Alzándose cuidadosamente el velo del sombrero, bebió. Era agua de Lourdes.

XVI

EL DESHIELO

No había andado el coche medio kilómetro cuando a María le asaltó la idea de una dificultad terrible, y era de tal naturaleza, que casi, casi estuvo a punto de dar al traste con sus proyectos. Era que siendo aquel traje como elegido para salir a la una de la tarde, impropio para una excursión tan de mañana, la señora estaba ridícula y hasta *cursi*. ¿Cómo no había caído en ello mientras se vestía? ¿Cómo no eligió ropas más sencillas, más conformes, en fin, con lo que las pragmáticas del vestir ordenan para la primera hora? Gran descuido y aturdimiento fué el suyo; pero ya no tenía remedio, y aunque le amargaba mucho no ser en aquel día un modelo de buen gusto, se conformó, considerando que la hermosura superior hace las leyes de la moda y nunca es esclava de ella.

Solicitada su mente por cosas más graves, pronto olvidó María lo del vestido. Lo que la inquietaba era un continuo inventar de frases y discursos. Ya sabía ella todo lo que le había de decir su marido y todo lo que debía contestarle la esposa ultrajada. Los discursos sucedían a los discursos y las frases se perfeccionaban en su cerebro, como si éste fuera el crisol heráldico de la Academia. Ya un adjetivo le parecía tibio y ponía otro más quemador; ya cambiaba una oración afirmativa por otra condicional, y así iba anticipando la expresión de su ira, poseyéndose tanto en aquel ensayo, que hablaba sola.

No se fijó en ningún accidente del camino ni en nada de lo que veía. Para ella, el coche rodaba por una región vacía y oscura. No obstante, como acontece cuando en el pensamiento se embuten ideas de un orden determinado y exclusivo, María, que no observaba las cosas grandes y dignas de ser notadas, se hizo cargo de algunas insignificantes o pequeñísimas. Así es que vió un pájaro muerto en el camino y un letrero de taberna al que faltaba una *a;* no vió pasar el coche del tranvía, y vió que el cochero de él era tuerto. Esto, que parece absurdo, era la cosa más natural del mundo.

Por fin, entró en aquel para ella aborrecido poblachón, que ni es ciudad ni campo, sino un conjunto irregular de palacios y muladares. No sabiendo fijamente adónde dirigirse, preguntó a unas mujeres, que la informaron con amabilidad. El coche siguió adelante. Ya llegaba, ya estaba cerca. El corazón de la pobre esposa se saltaba del pecho, llevándose consigo los discursos y las frases tan trabajosamente compuestas.

Al fin, dejó el coche... Apenas podía

andar y se sentía sin fuerzas. Vió un portalón ancho que daba a un gran patio. En aquel patio había muebles, colchones liados, gran cama de hierro empaquetada. Todo anunciaba mudanza. También vió a una mujer que hablaba con alguien. María entró, acercóse a ella, y entonces advirtió, llena de asombro, que la mujer no hablaba con nadie. ¿Estaba loca?... María le hizo la pregunta que era indispensable para poder entrar.

—¿Don León?—dijo Facunda con semblante amable, y esperando un poco a que se le pasara el asombro—. Arriba está.

Y señalaba una puerta por donde se veía una escalera. Subió María rápidamente hasta la mitad; después tuvo que detenerse, porque no tenía respiración. Arriba ya, entró en una grande y clara pieza. No había nadie.

María vió libros conocidos, muebles amigos, algún desorden, como cuando se está embalando para un viaje; pero ni un alma... ¡Ah! De repente, como pájaro que al ruido salta y aparece saliendo de una mata, apareció una niña, saliendo de detrás de la mesa. Tenía una muñeca medio rota en la mano, mucho abrigo sobre el cuerpo y una toquilla de lana blanca, puesta poco más o menos como se la ponen las monjas. Se comía un pedazo de pan. Su cara era como la de un ángel, suponiendo que a los ángeles se les pongan húmedas las naricillas a causa del fresco de la mañana.

Vió Monina que aparecía en la puerta aquella señora, y se quedó mirándola de hito en hito, quieta, fija, muda. No era señora: era una muñeca grande, vestida como las señoras. El primer sentimiento de Monina fué asombro; después, miedo. Vió que la gran muñeca adelantaba lentamente, sin quitar de ella los ojos, ¡y qué ojos! Monina se iba quedando pálida y quería gritar; pero no podía. Y la enorme muñeca avanzaba hacia ella sin parecer que andaba, sino que la movían resortes debajo de la falda, y llegaba hasta ella, se inclinaba, doblándose por la cintura... El terror de la pobre niña llegó a su colmo; pero no podía chillar, porque aquellos ojos la miraban de una manera que le cortaba la voz... Y la muñeca rígida y colosal alargó una mano y la puso sobre el hombro de la infeliz niña, y, asiendo después el bracito de ella, apretaba, apretaba, como aprieta el hierro de las tenazas, mientras una voz indefinible, que a Monina no le pareció voz humana, sino esa voz de fuelle que en el pecho de las muñecas dice *papá* y *mamá*, le preguntaba:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

El instinto de conservación venció al miedo, y, al fin, la pobre Ramona dió un chillido agudísimo y prolongado, retirando su brazo oprimido. En aquel momento salía León Roch de la estancia próxima; se quedó en el marco de la puerta como una figura en su nicho. Al contrario de Santo Tomás, veía y no creía. Pasó algún tiempo sin que volviera de su pasmo y terror, haciéndose cargo de la situación dificilísima en que estaba. Ver allí a su mujer era realmente extraordinario, pero no absurdo: lo absurdo era verla guapa, vestida a la moda, con elegancia, casi con exceso de elegancia y lujo por la discrepancia entre la hora y el traje. Tal fenómeno no cabía dentro del círculo de previsiones y cálculos de León, y era, por tanto, un fenómeno inexplicable.

Dueño, al fin de sí mismo, y resuelto a afrontar la escena que se preparaba, León, antes de decir a su mujer la primera palabra, tomó de la mano a Monina, salió a la escalera, llamó a alguien, entregó la niña, y, volviendo adentro, cerró la puerta con brío, como el domador en el momento de enjaularse con sus queridas fieras, que, después de todo, no son otra cosa que su familia. Cuando se acercó a María, ésta se había sentado. Apenas podía tenerse en pie.

—¿No me esperabas?—murmuró, temblando.

—No, ciertamente.

—Te creías libre..., ¡pobre hombre!..., libre para correr sin camino..., por un freno..., digo, para correr sin freno por un camino de infamias. No contabas con mí..., con mi...

Los discursos que traía perfectamente ordenados en su cabeza, se evaporaban palabra tras palabra. Hizo un esfuerzo de memoria para recordar una frase que creía de efecto; pero la frase se le iba, se le escapaba. Apenas pudo atrapar al vuelo una palabra, y gritó con voz ronca:

—¡Presidiario!

León se sonrió ligeramente; María dijo:

—¡Presidiario!... Yo soy la Policía.

—Bien—dijo León con serenidad, apoderándose al punto de aquella idea—. Convengo en que soy presidiario, en que tú eres la Policía; pero no tienes cadena para atarme, que tú misma la has roto.

María había preparado sus frases contando siempre con que su marido le diría algo que ella imaginaba; mas como León no dijo aquello, sino otras cosas, he aquí que la aturdida esposa estaba como el histrión que ha olvidado sus papeles.

—¡La cadena!—murmuró, no comprendiendo en el primer momento—. ¿Dices que yo la he roto?

—Sí: tú la has roto. Mi libertad, ¿quién me la ha dado sino tú?

—Eres un malvado, un libertino, un ingrato—dijo la dama, cayendo en las recriminaciones vulgares de todas las esposas ofendidas—. ¿De qué libertad hablas? Tú no la tienes, tú eres mi esposo, y estás atado a mí por un lazo que nadie puede desatar sino Dios, porque Dios lo ató. Estos infames materialistas creen que así se juega con el matrimonio, una institución divina.

—Y también humana. Pero no disputemos, María. Concluyamos: ¿a qué has venido?

—¡Pues no pregunta el miserable que a qué he venido! A pedirte cuenta de tu conducta criminal, a sorprenderte en tu infame retiro, a avergonzarte, y, finalmente, a despreciarte.

—Podías haberme despreciado en tu casa.

—Es que he querido ver si tenías un resto de pudor y vergüenza; si te turbabas delante de mí; si te atrevías a confesarme tu falta...

—Ya ves que me he turbado un poco —dijo León, alzando los ojos—. En cuanto a faltas, si alguna he cometido, no eres tú a quien debo confesarla.

—¡Qué descarada perversidad!... Pues también he venido a otra cosa—añadió la penitente, lívida de ira—: he venido con la esperanza de encontrar aquí a esa liviana mujer, para darle el nombre que merece y...

Sus manos se engarfiaron una contra otra y apretó los párpados fuertemente.

—¿Qué mujer?

—¡Y lo pregunta el hipócrita!... ¡Oh! No la nombro, porque me parece que la boca se me mancha... ¿Te atreverías a sostener que no tienes relaciones criminales con ella?

—¿Con quién?

—Con ésa—dijo, señalando con energía a Suertebella.

—María—repuso León, palideciendo—, no quiero verte convertida en propagadora de hablillas miserables... Muy difícil me será dejar de respetarte; pero, si quieres que no falte jamás a la consideración que debo, no toques esa cuestión; calla, déjame, márchate. Tú no necesitas ya de mi afecto, puesto que te basta con tu religión; vete a tus altares y déjame a mí solo con mi conciencia.

María se recogió en sí, contrayendo los brazos contra el pecho, cual una fiera que ataca, y vióse en sus ojos verdes como un oscurecimiento vidrioso, precursor de un brillo más grande.

—¡Ladrón, infame!—exclamó—. ¿Tienes el atrevimiento de arrojarme a mí, la mujer legítima, la mujer que te posee y que no te soltará, no, no te soltará, porque Dios le ha dicho que no te suelte?... ¿Quién eres tú, miserable, para romper un sacramento, para dar una bofetada al Padre de todas las criaturas?

—¡Romper sacramentos yo!... ¿Yo?

Al decir esto, León se levantaba.

—¿Yo?—repitió, acercándose a su mujer—. Yo he roto el sacramento.

—¿Pues quién?

—Tú—afirmó él, apuntando a su esposa tan enérgicamente con el dedo índice, que parecía querer sacarle los ojos.

—¡Yo!

—Tú, tú lo hiciste pedazos, cuando, apremiada por mí para salvar nuestra mutua paz, me dijiste: «Mi Dios me manda contestarte que no te ame.»

María quedóse un momento lela y aturdida. Su viva cólera había cedido un poco.

—Es verdad que dije eso..., sí, y en verdad, si querías mi amor, ¿por qué no te apresuraste a merecerlo, haciéndote cristiano católico? A pesar de tu horrible ateísmo, yo no puedo decir que no te amase... algo... ¿Por qué no eres como yo? ¿Por qué no me imitabas en mi piedad?

—Porque no podía—dijo León con sar-

casmo—, porque hay algunas clases de piedad que están fuera del orden natural, que son locas, absurdas, ridículamente necias... Conste, pues, que el sacramento lo rompiste tú, tú misma.

—Pero yo—dijo María, cogiendo al vuelo un argumento irresistible—he sido fiel; tú, no.

León vaciló un instante.

—Yo también lo he sido. Ante Dios, y por la memoria de mi madre y de mi padre, juro que lo he sido. Fiel, cariñoso y atento contigo por todo extremo he sido yo cuando tú, arrastrada a una santidad enfermiza por las ardientes amonestaciones de tu hermano, pusiste una muralla de hielo entre tu corazón y el mío. Me negaste hasta las palabras íntimas y dulces, que suelen suplir a los afectos cuando los afectos se han ido; me mortificaste con tus necios escrúpulos, con tus recriminaciones crueles, que tenían no sé qué semejanza con las injurias del populacho; me hiciste en mi propia casa un vacío horrible; todo me lo teñiste de un lúgubre negror frío que me oprimía el corazón, me agostaba las ideas, me inclinaba a las violencias; tuviste a gala el despojarte de las gracias, de la pulcritud, hasta del bien parecer que hace agradables a las personas, y para mortificarme más, te vestías ridícula y parecía que tu orgullo estribaba en serme repulsiva, odiosa. Toda palabra mía era para ti una blasfemia; toda disposición mía dentro de la casa, un crimen digno de la Inquisición. ¡Ah, insensata! Ya que abrazaste la carrera de la santidad con tanto entusiasmo, ¿por qué no imitaste de mí la paciencia, aquella virtud evangélica con que sufrí tu soberbia vestida de humildad, tu aspereza anticristiana, tu devoción, que, por lo insolente, por lo chabacana, parecía más bien la travesura de todos los demonios juntos representando una comedia de ángeles con máscaras de cartón?... ¡Y a mí, que he sufrido esto, que me he visto odiado y escarnecido por ti, siendo un modelo de tolerancia, vienes a pedirme cuentas, en vez de perdón!..., perdón, María, que es la única palabra que hoy cuadra en tu boca. Al esposo a quien se ha dicho que no se le ama, no se le piden cuentas. Demasiado prudente he sido y soy, cùando a pesar de todo, aún no me he atrevido a declarar roto nuestro matrimonio, aún te tengo por esposa, aún me siento ligado a ti, y no pido libertad, sino paz; no pido compensación, sino descanso.

—Casi, casi podrías tener alguna queja de mí—dijo María, abrumada por el apóstrofe de su marido—, si desde aquella época me hubieras guardado la fidelidad que yo a ti te he guardado. Pero no lo has hecho, no; me has sido infiel desde hace mucho tiempo.

—Falso.

—Sí, infiel, infiel—afirmó la esposa, insistiendo en el argumento fuerte y de más efecto, y dando sobre aquel yunque con fiera energía—. En vez de defenderte de este cargo, me has acusado; es el procedimiento de todos los criminales marrulleros... Yo estaba ciega, ignorante de tus perfidias. Tú me engañabas miserablemente.

—Falso.

—Desde hace mucho tiempo.

—Falso.

—Al fin lo he sabido todo, he descubierto toda la verdad. Y ahora no podrás negarlo. El presente revela el pasado. Tu crimen actual descubre el crimen de ayer. Has perdido el decoro, no ocultas la antigüedad de tus relaciones, y aquí, en esta casa donde te has retirado para pecar a tus anchas, pasas todo el día jugando con esa mocosilla...

Las miradas de León saltaron sobre su mujer, fulgurantes, terribles, como saetas disparadas del arco con invisible presteza. María llevó todo su aliento a su laringe para decir con voz ronca:

—... ¡Que es hija tuya!

Con los labios lívidos, la mirada asesina, como la fulguran los ojos del criminal en el momento del crimen. León se acercó a su mujer, y empuñándole y sacudiéndole el brazo que encontró más cerca, gritó:

—¡Calumniadora!... ¡Embustera!...

Después soltó el brazo y mascó las demás palabras que iba a decir. El respeto obligábale a tragarse su ira. María Egipcíaca, devorada interiormente por sus culebras quemadoras, no halló palabras en su mente para expresar la ira de aquel instante, porque los celos y el despecho, cuando llegan a cierto grado, no se satisfacen con voces: necesitan acción. El rencor de la dama no podía tener entonces más desahogo que un destrozo cruel, trágico, sangriento, de lo que había causado su arrebato. Hacer

trizas entre sus manos a Monina era su pasión del momento, y sin vacilar lo puso en práctica, arrancándole con salvaje dureza los brazos, la cabeza... No se asuste el lector: lo que María destrozaba era la muñeca que Monina se había dejado sobre un silla. Las manos trémulas de la mujer legítima luchaban sin piedad con los miembros de cartón. Arrojando los pedazos lejos de sí, exclamó con entrecortada voz:

—Así..., así debe tratar la esposa legítima a la..., la...

Se ahogaba. León, recobrando algo de su serenidad, pudo decirle:

—No te creí capaz de hacerte eco de una infame calumnia. No sé de qué sirve la santidad que ignora hasta el fundamento primero de toda doctrina. Nunca tuviste entrañas.

—¡Ay!, sí las tuve—dijo María, fatigada de su propia cólera—; pero me alegro de no haber llevado nunca en ellas hijos tuyos. Dios me bendijo haciéndome estéril, como ha bendecido a otras haciéndolas madres. Dios no puede consentir que los ateos tengan hijos.

—Tus blasfemias me horrorizan—añadió León, no pudiendo resistir más—. ¿Puede darse sacramento más quebrantado, lazo más roto? Entre tú y yo, María, hay una sima sin fondo y sin horizontes, un vacío inmenso y aterrador en el cual, por mucho que mires, no verás una sola idea, un solo sentimiento que nos una. Separémonos para siempre: no pongamos frente a frente estos dos mundos distintos, que no pueden acercarse y chocar sin que broten rayos y tempestades. Si hay algo irreconciliable, somos tú y yo. Sí, también yo soy fanático; tú me has enseñado a serlo con ardor y hasta con saña. Vamonos cada cual a nuestra playa, y dejemos que corra eternamente en medio este mar de olvido. Para calma de tu conciencia y de la mía, hagámoslo mar de perdón. Perdonémonos mutuamente, y adiós.

María, oyendo estas palabras, observaba que sus sentimientos de ira y despecho eran sustituídos por otros nuevos, tranquilos y por cierta idealidad contemplativa que se iba metiendo en su espíritu perturbado. Miraba a su esposo y le hallaba, ¿a qué negarlo?, más digno que nunca de ser compañero amante de una mujer como ella. Veía su rostro expresivo, su barba negra, que le daba melancolía, y no sé qué de personaje heroico y legendario; sus ojos de fuego, su frente donde se reposaba un reflejo de la luz solar, como señalando el lugar que encerraba una gran inteligencia. Esta muda observación de la belleza varonil actuó directamente sobre su corazón, haciéndole latir con fuerza. Acordóse de sus primeros y únicos amores, de las felicidades y legítimos goces de su luna de miel; sobre estos recuerdos volvió insistente como una manía la idea de que aquel hombre era muy interesante, muy simpático, muy..., ¿por qué no decirlo?, muy bueno, y de nuevo le miró, no se cansaba de mirarle... ¡De otra! ¡Para otra! Esta era la idea que echaba fuego en el montón de leña; ésta la satánica idea que volcaba su corazón derramando toda la piedad de él como los tesoros contenidos en un vaso. Por esta idea la frialdad se trocaba en fuego, el desdén en ansias cariñosas... Ardientemente enamorada, de celos más que de amor, María sintió una aflicción horrible cuando se vió despedida con bonitas palabras, pero despedida al fin. Ella podía aceptar la despedida, sí, y marcharse para siempre; podría quizá olvidar, consentir que su marido no la amase..., ¡pero eso de amar a otra, ser de otra!...

—¡No, mil veces no!—exclamó la dama, terminando en alto su meditación.

Diciéndolo se humedecieron sus ojos. Quiso luchar con su llanto, y, secándose prontamente los ojos, habló así a su marido:

—Una noche me preguntaste...

—Sí; te pregunté...

—Y yo te respondí que Dios me mandaba que no te amase... Es verdad que me lo mandaba Dios. Yo lo sentía aquí, en mi corazón... Pero, ya ves, no debe tomarse al pie de la letra todo lo que se dice. Tú debiste preguntar otra vez.

—¡Te había hecho la pregunta tantas veces!... ¡Y de tan distintos modos!...

—Bien: ahora te pregunto yo a ti...

Se acercó a él y le puso ambas manos sobre los hombros.

—... Te pregunto si me quieres todavía.

La mentira era refractaria al espíritu de León. Consultó primero a su conciencia, pensó que una falsedad galante y generosa le honraría; mas luego sintió que se revelaban contra él las mentiras galantes. Antes que acabase de discernir

aquel oscuro asunto, la verdad brotó de sus labios diciendo:

—No... Mi Dios, el mío, María, el mío, me manda responderte que no.

Desplomóse la señora sobre su asiento. Parecía rugir cuando dijo:

—¡Tu Dios es un bandido!

—No tienes derecho sino a mi respeto.

—¿Amas a otra?—preguntó María, mordiendo la punta de su pañuelo y tirando de él—. Dímelo con lealtad..., reconozco tu lealtad..., confiésamelo, y te dejo en paz para siempre.

—Tampoco tienes derecho a hacerme preguntas.

—Niégame el derecho y contéstalas.

León iba a decir: «Pues bien; sí.» Pero hay casos en que la verdad es como el asesinato. Decirla es encanallarse. La contestación fué:

—Pues bien; no.

—Te conozco en la cara que has mentido—dijo María, incorporándose bruscamente.

—¡En mi cara!

—Tú no eres mentiroso..., yo reconozco que nunca has mentido; pero ahora acabas de revelarme que has perdido aquella buena costumbre.

León no replicó nada. María esperó un rato, y después dijo:

—Nada tengo que hacer aquí...

León no pronunció una palabra, ni siquiera miró a su mujer.

—Nada, nada más—añadió ella—, sino avergonzarme de haber entrado en esta casa de corrupción y escándalo.

Humedecía con su lengua sus labios secos; pero labios y lengua estaban juntamente impregnados de un amargor en cuya comparación el acíbar es miel delicioso. María quiso escupir algo, escupir aquel *otra* que le parecía el zumo de una fruta cogida en los jardines del infierno. Sus labios se dejaron morder por los dientes hasta echar sangre.

—¡Qué vergüenza!—murmuró—. ¡Haber descendido a tanto..., arrastrarme a los pies del miserable..., una mujer como yo, una mujer...!

La rabia no la dejaba llorar, ni aun siquiera llorar de rabia.

—¡Verme despreciada!...

—Despreciada, no—dijo el marido, haciendo un movimiento generoso hacia ella.

—Despreciada como una mujer cualquiera, como una...

—Desprecio, jamás...

—Ni siquiera...

—Acaba...

—Ni siquiera..., merezco una atención...

—Atención, sí—dijo León, al parecer tan agitado como ella.

Sentía la Egipcíaca una extraordinaria humillación que arrastraba su alma a un infierno de tristeza.

—Para ti, yo..., ni siquiera soy hermosa. Soy una mujer horrible; he perdido...

—No. Te juro que desde que te conozco, nunca te he visto tan hermosa como ahora.

—Y sin embargo—gritó María, saltando en su asiento—, y, sin embargo, no me amas...

—Tú—le dijo León en voz baja—, que has cultivado tanto la vida espiritual, debes saber que la hermosura del cuerpo y el rostro no es lo que más influye en el cautiverio de las almas.

—¡Para ti soy horrible de espíritu!...

Y al decir esto se dió un golpe en la frente, exclamando: «¡Ah!», como quien recuerda algo muy solemne, o vuelve de un tenebroso desvarío a la luz de la razón.

—¿No he de ser horrible para ti, si soy mujer cristiana y tú un desdichado ateo materialista?... Y yo he cometido la falta, ¿qué digo falta?, el crimen de apartar los ojos por un momento de mi Dios salvador y consolador para fijarlos en ti, hombre sin fe; de haberme despojado de mi saval negro para vestirme estos asquerosos trapos de mujeres públicas con el infame objeto de agradarte..., de solicitarte... ¡No, no: Dios no me lo puede perdonar!

Y exaltada, delirante, levantóse con horror de sí misma; se llevó las manos a la cabeza, arrancándose el sombrero pieza por pieza y arrojándolo todo con furor lejos de sí. El brusco tirón dado al sombrero deshizo el peinado, frágilmente compuesto por ella misma; cayeron los rizos negros sobre su sien, sobre sus hombros; y desmelenada, con el rostro trágico, la mirada felina, marchó hacia su esposo, y en voz baja le dijo:

—Soy tan mala como tú; soy una mujer infame. He olvidado a mi Dios, he olvidado mi deber y mi dignidad por ti, miserable. Ya no merezco que me llamen santa, porque las santas...

Se miró el pecho y el lujoso vestido,

y lanzando una exclamación de horror, añadió:

—Las mujeres consagradas a Dios no se visten con este uniforme del vicio. Me avergüenzo de verme así. ¡Fuera, fuera de mi cuerpo, viles harapos!

Arrancó lazos y adornos para arrojarlos fuera. Después agarró los bordes de su vestido por el seno, y tirando con fuerza varonil, rompió todo lo que pudo. Sus manos locas abrieron después grandes jirones en la tela, deshicieron pliegues, despegaron botones; eran, aun con los guantes puestos, dos garras terribles, capaces de hacer trizas en un instante la obra delicada y sólida de doscientas manos de modistas. Al fin se quitó también los guantes y la manteleta.

—¡Basta de afrenta, no más baldón! Vuelvo a mi Dios, a mi vida recogida, indiferente, donde gozaré maldiciendo mi hermosura, porque te ha gustado a ti; vuelvo a la paz de mis ocupaciones religiosas, a la meditación dulce, donde se conversa con Dios y se ve a los ángeles, y se oye su música, y hasta parece que se prueba algo de sus festines; vuelvo a mi dulce vida, que cuenta entre sus dulzuras la de olvidarte, y en su oscuridad las hermosas tinieblas de no verte a ti... He pecado, he sido indigna de los favores que el señor se dignó concederme... ¡Perdón, perdón, Dios mío! ¡No lo volveré a hacer más!

Cayó de rodillas, y, deshecha en llanto verdadero, fácil, afluente, escondió el rostro entre las temblorosas manos. Lágrimas abundantes resbalaban por su hermosa garganta y caían sobre su seno medio descubierto. León tuvo miedo. Aquella lastimosa figura desgarrada, aquel llorar amargo, movieron profundamente su corazón. Acercóse a ella echándole los brazos, la levantó, sentóla en la silla.

—¡María, por Dios!—le dijo—. No hagas locuras. Tú misma... Serénate...

María no despegaba de su rostro las manos. Acercó León su silla, puso la mano sobre el hombro de su mujer, trató de remediar el desorden de sus cabellos, de colocar lo mejor posible los jirones del vestido, que por la gran desgarradura mostraba desnudo el busto. De repente se sintió estrechado por un abrazo epiléptico, y sintió en su cara los labios ardientes de su mujer que le apretaban sin besarle; le apretaban como cuando se va a poner un sello en seco; y después una voz sorda, un gemido que así decía:

—Te ahogo, te ahogo si quieres a otra... ¿No soy yo guapa, no soy yo más hermosa que ninguna?... A mí sola..., a mí... sola.

Después el vigoroso abrazo cesó lentamente; cedió toda fuerza muscular y nerviosa. Apartó de sí León aquellos brazos ya flexibles, que cayeron al punto exánimes, y cayó también la pálida cabeza sobre el pecho, velada por su propia melena como la del tétrico y maravillosamente hermoso *Cristo* de Velázquez. Después distinguió una ligera contracción espasmódica que corría por el cuello y el seno de su mujer, haciendo temblar su epidermis, y oyó un murmullo profundo que dijo: «¡Muerte..., pecado!»

María quedó inerte. Su marido le tocó el corazón, no latía. El pulso tampoco... Salió afuera gritando: «¡Socorro!»

Desde que abrió la puerta se presentó gente. En la escalera y en la corraliza la curiosidad había reunido a no pocos vecinos, porque se habían sentido voces, porque la que gritaba era la esposa del señor Roch, y una esposa que grita es objeto de la general atención. Subieron, entraron. También llegó el marqués de Fúcar, que fué a enterar a León de su encargo. Aturdidos todos, no sabían qué hacer.

—Que la lleven al punto a mi casa —dijo Fúcar—. ¿Hay aquí cordiales fuertes? ¿Hay...? Lo primero que hace falta es una cama, un médico... Llevémosla a mi casa.

—Que venga aquí el médico—dijo León.

—¿En dónde la acostamos?—repitió Fúcar, mirando a todos lados.

Los colchones y camas, lo mismo que los demás muebles, habían sido llevados ya.

—¿Y mi cama?—indicó Facunda—. No la tiene mejor un rey.

—¡Quite usted allá...! A ver..., parece que late el corazón.

—Sí; late, late—dijo León con esperanza.

—Esto no es nada..., un síncope... Todo por una disputa... He aquí los resultados de la exageración... Pero es preciso acostarla... A ver, envolvámosla en una manta... ¡Una manta!

Era el marqués de Fúcar hombre a propósito para las situaciones rápidas que exigen don de mando, energía y gran presteza en ejecutar un pensamiento salvador. Cuatro robustos brazos levantaron a María, después de abrigarla cuidadosamente con una manta, y la transportaron fuera de la casa. Parecía un cuerpo amortajado que llevaban a enterrar. León vió hacer esto y lo permitió como habría permitido otra cosa cualquiera sin darse cuenta de ello. Pasó mucho tiempo antes de comprender aquella traslación, si por un lado era conveniente, por otro no. Cuando quiso oponerse, el triste convoy estaba ya en marcha.

Se comprenderá fácilmente el asombro de Pepa cuando en su casa vió entrar aquel cuerpo yerto... ¡Cielos divinos! ¡María Sudre! ¡Y en qué estado! Se explicaba el desmayo; pero no se explicaba fácilmente el vestido roto, el pelo en desorden... La entraron en la primera habitación que se encontró a propósito, y la pusieron sobre la cama.

—Han olvidado lo principal—dijo Pepa—: aflojarle el corsé.

—Es verdad; ¡qué idiotas somos!

Diciendo esto, don Pedro cortó con una navaja las cuerdas del corsé. El médico entró, y cuando todos se retiraron, menos León y los Fúcares, habló de congestión cerebral... El caso era grave... Se despachó al punto un propio a Madrid llamando a uno de los primeros facultativos de la capital. El del pueblo hizo poco después mejores augurios. María volvió en sí, respirando ya con desahogo. ¡Si todo hubiera sido un síncope!..., pero algo más había, porque la infeliz dama al volver en sí deliraba, no se hacía cargo de lugares ni personas, no se daba cuenta de cosa alguna, no conocía a nadie, ni aun a su esposo.

Después cayó en profundo sopor. Era indispensable el reposo, un reposo perfecto; el médico escribió varias recetas y ordenó un tratamiento perentorio, aplicaciones, revulsivos.

—Ahora—dijo—, dejadla en reposo absoluto. Parece que no hay peligro por el momento. No se haga en este cuarto ni en los inmediatos el más ligero ruido. Mejor está sola que con mucha compañía.

El médico salió. Pepa, llevándose el dedo índice a la boca, ordenó silencio. León y el marqués de Fúcar callaban contemplando a la enferma. Pasó media hora, y Pepa dijo así:

—Sigue durmiendo, al parecer tranquila. Cuando despierte, yo me encargo de cuidarla; yo me encargo de todo.

—No—le dijo León prontamente—; te ruego que no aparezcas en este cuarto.

Pepa inclinó la frente y salió con su padre, andando los dos de puntillas. León se sentó junto al lecho. Aún le duraba el aturdimiento y estupor doloroso del primer instante; aún no se había hecho cargo claramente del sitio donde su mujer y él estaban. La penitente reposaba con apariencia de sosegado sueño. El desdichado esposo miró a todos lados, observó la estancia, dió un suspiro, tuvo miedo. De pronto, vió que Pepa entraba con paso muy quedo por una puerta disimulada en la tapicería. León la miró con enojo.

Pero ella avanzaba, revelando en sus ojos tanto terror como curiosidad. Más pálida que la enferma, su semblante era cadavérico. Sus pasos no se sentían sobre la alfombra: eran los pasos de un fantasma. El gesto con que León la mandaba salir fuera no podía detenerla, y adelantaba hasta clavar sus ojos en el cuerpo y rostro de María, observándola como se observa la cosa más interesante y al propio tiempo más tremenda del Universo.

Tras ella entró Monina, deslizándose paso a paso, como un gatito que entra y sale sin que nadie lo sienta, y juntándose a su madre, y asiéndose de su falda con ademán de miedo, señalaba a la cama y decía:

—*Moña meta.*

Moña meta, que quiere decir *muñeca muerta.*

TERCERA PARTE

I

VUELVE EN SÍ

Solo y sin calma estaba León Roch junto al lecho. Fijos los ojos en su mujer, observaba cuanto en la mudable fisonomía de ésta pudiera ser síntoma del mal, anuncio de mejoría o señal de recrudescencia. A ratos desviaba de la enferma su atención para traerla sobre sí mismo, mirando la situación penosísima en que le habían puesto sucesos y personas. ¿Cómo no pudo evitarlo? ¿Cómo no tuvo previsión para impedir llegase por tan diabólicos caminos aquella conjunción de los dos círculos de su vida, cada cual sirviendo de órbita al giro de contrapuestos sentimientos? Al formular estas preguntas parecióle que un reír burlón estallaba en el fondo de su alma, repitiendo en caricatura aquellos propósitos suyos, contemporáneos de su noviazgo y casamiento. Los que hayan conocido al hijo del señor Pepe Roch en los días correspondientes al principio de esta verídica historia recordarán que tenía planes magníficos, entre ellos el de dar al propio pensamiento la misión de informar la vida, haciéndose dueño absoluto de ésta y sometiéndola a la tiranía de la idea. Pero los hombres que sueñan con esta victoria grandiosa no cuentan con la fuerza de lo que podríamos llamar el *hado social*, un poder enorme y avasallador, compuesto de las creencias propias y ajenas, de las durísimas terquedades colectivas o personales, de los errores, de la virtud misma, de mil cosas que al propio tiempo exigen vituperio y respeto, y, finalmente, de las leyes y costumbres con cuya arrogante estabilidad no es lícito ni posible las más de las veces emprender una lucha a brazo partido. León se compadecía y a ratos se reía de sí mismo, diciendo: «Es verdaderamente absurdo que la piedra se empeñe en dar movimiento a la honda.»

Pensando estas y otras cosas, no cesaba de atender solícito a la enfermedad de su mujer. María Egipcíaca había vuelto de su estado comático varias veces durante el día; pero su mente seguía turbada; a nadie conocía, ni acertaba a formular una frase con sentido. Quejándose de un dolor inmenso sin poder determinar en qué sitio o entraña de su cuerpo sentía, quiso lanzarse del lecho. Fué preciso emplear bastante fuerza para impedirlo. Por la noche su inquietud cesó, aunque no la fiebre. En su sueño decía no pocas palabras claras y precisas, indicando cierta coherencia en las visiones y, por último, oprimió las manos contra su pecho y dijo en un grito:

—¡No; a ése no, a ése no: es mío!

Después abrió los ojos, y revolviéndolos miró a las paredes, al techo, a la cama, a los muebles, cual si a todas aquellas partes pidiese noticias del lugar donde se encontraba. Su hermosa mirada sin extravío revelaba ya un pensamiento sereno, que volvía, no sin cansancio, al carril de la cordura. Vió a un hombre junto al lecho, atento, vigilante, y al conocerle, los ojos de la enferma expresaron un sentimiento dulce.

—¿Tú?—murmuró, sonriendo.

León se acercó inclinándose hacia ella. Cuando metía la mano entre las sábanas para buscar las de ella y tomarle el pulso, María se apoderó del brazo de su marido, y estrujándolo sobre su seno, dijo con un gemido:

—¡Ay! ¡Qué gusto saber que era sueño lo que vi! Te habían pinchado en unos..., así como grandes tenedores, y te iban a meter en un horno lleno de fuego. Yo me moría de pena... Sentí una opresión... Grité...

El espíritu de la infeliz esposa, después de agitarse en horrendos desvaríos sin determinación y de ser arrastrado en torbellino de visiones, que por tener todos los colores y las formas todas, casi no tenían ni forma ni color, cayó en unas profundidades pavorosas, donde no había nada, a no ser la idea pura de lo cóncavo, de lo oscuro, y el asombro de tanta hondura y oscuridad. Pero al sentirse en el término de aquel bajar rápido y creciente como el de la piedra lanzada al abismo, vió con claridad pas-

mosa. Aquello era el infierno. Bien se comprenderá que la mística dama vería *la citá dolente* y sus horribles habitantes tales y como los había imaginado en la vida real, guiándose por descripciones escritas y por minuciosas estampas. Pero comoquiera que nuestras apreciaciones de lo sobrenatural se apoyan siempre en ideas corrientes y revisten forma semejante a las que vemos aquí con nuestros propios ojos carnales, a María Egipcíaca se le representaban las zahurdas infernales como inmensos túneles de ferrocarril, o bien como el recinto de una fábrica de gas, llena de humo y pestilencia, o también cual negro taller de fundición y forja, donde mil máquinas gruñían entre resoplido de fuelles, machaquería de martillos y polvareda de ascuas y carbón. Los demonios, sin perder su histórica traza de hombrezuelos con pezuña y rabillo de innobles bestias, tenían no poca semejanza con maquinistas de ferrocarril o poceros de alcantarillas, con los infelices jornaleros de minas hulleras, con los cíclopes de Sheffield o Birmingham y aun con otros industriales de menor importancia, aunque no de mayor limpieza. Todos estaban empapados en pringoso sudor, semejante a la infecta grasa de las máquinas.

Era una gran cavidad formada del cruzamiento de infinitos túneles, galerías de hierro, y por todo ello corría un hálito sofocante de hulla, azufre, gas de alumbrado y tufo de petróleo, que eran los olores más aborrecidos de nuestra simpática heroína. En aquel centro había un barullo, un estrépito, un vértigo del cual la dama no habría podido dar adecuada definición sino diciendo que era como si mil trenes a gran velocidad convergieran en un punto y en él chocaran, haciéndose pedazos y desparramándose después coches y máquinas en todas direcciones para volver a reunirse. Las locomotoras eran en la mente de la delirante lo principal de la maquinaria del infierno. Las veía pasar y correr volando con patas y alas de hierro untado de aceite hediondo, dando gruñidos y resoplidos, revolviendo sus rojas pupilas, expeliendo humo negro y aliento de vapor y chispas. Siendo del mismo tamaño de las que se ven en el mundo, allí parecían como un enjambre infinito de inmensas moscas, que zumbaban en un recinto infinitamente ancho y vaporoso.

En los primeros meses de su matrimonio, María había hecho con León un viaje por Alemania. Entre otras cosas notables, visitaron la ya célebre fábrica metalúrgica de Krupp, en Essen. Esta visita, que impresionó mucho a la dama, no se borró jamás de su memoria, y en aquella hora de alucinación la imagen del colosal establecimiento tenía gran parte en la construcción fantástica del horrible presidio eterno adonde es llevado el hombre por sus culpas. Otros talleres que había visto en Barcelona y en Francia prestaban algún elemento para rematar el horrible cuadro. Veía que algunos precitos eran puestos en el torno mecánico y torneados como cañones, o bien pasados por laminadores, de donde salían como tiras de papel. Llevados luego a los hornos de luz blanca, tornaban a su forma primera. Los propagadores de ciertas ideas muy bellacas eran sujetos entre cadenas, y puesta la cabeza sobre un yunque, el martillo pilón de cincuenta toneladas les machacaba los sesos. Era de ver cómo los diablillos menores, o sea la granujería del infierno, se entretenían en abrir agujeros con un berbiquí en el cráneo de algunos infelices, para introducirles con embudillo y cuchara metal derretido, producto de un gran guisote de libros puestos al fuego en barrigudo perol, lleno de ideas heréticas. A otros, que habían hablado mal de cosas sagradas, les estiraban la lengua unas diablas muy feas, y juntándolas todas, es decir, centenares o millares de lenguas, las ponían al torno para torcerlas y hacer una soga, que luego colgaban de la bóveda, de tal suerte que los discursistas parecían manojos de chorizos puestos al humo. En otros se ejercía un peregrino tormento que casi parecía incomprensible en nuestro mundo terrenal, a pesar de que está lleno de telares, y es que tejían unos con otros a los condenados, enlazando piernas con brazos y brazos con cabezas, para formar una cuerda o ristra, la cual se entretejía con otra hasta formar una gran tela de dolor y lamentos. Sometían esta tela a una especie de torno, donde la estiraban hasta que su tamaño crecía desde kilómetros a leguas, y crujían huesos, como si por sobre un infinito montón de nueces corriesen infinitos caballos, y se desgarraban las carnes

entre alaridos. Arrojado después todo al fuego, volvían los individuos a su forma primera, y de su forma prístina a la repetición del mismo entretenido tormento.

Todo esto lo vió María con indecible espanto. Estaba allí y no estaba; no podía gritar, ni tampoco respiraba. Pero llegó un momento en que el dolor se sobrepuso al pánico. Entre los muchos condenados por imperdonables picardías, vió a uno que parecía tener grandes merecimientos pecaminosos según lo mucho que le atendían los incansables y feísimos diablos y aun las asquerosas diablesas. Era León. María vió cómo se apoderaban de él, cómo le estrujaban entre las horribles manos pringosas, cómo le revolvían en cazuelas hirvientes, sacándole con espumadera y metiéndole con cuchara. Por último, le pincharon con un tridente y le acercaron a la boca de un horno cuyo fuego era tal que el fuego de nuestro mundo parecería hielo al lado suyo. Entonces María sacó de su pecho un grito, alargó el brazo, la mano..., brazo y mano que tenía una lengua... Sus dedos se quemaban cercanos al horno...

—¡No, no; a ése no...; es mío!

Aquí tuvo fin la visión. Desapareció como los renglones del libro que se cierra de un golpe. Pero la idea quedaba.

II

¿SE MORIRÁ?

María se vió en una habitación grande y desnuda. Su esposo estaba allí delante de ella entero y vivito. Desconociendo el lugar, la enferma se sentía bien acompañada.

—¿Qué casa es ésta?—preguntó.

—La mía... Tranquilízate .. Estoy aquí: ¿no me ves?

María seguía recorriendo con sus ojos las paredes y el elevado techo.

—¡Qué cuarto tan triste!—murmuró, dando un suspiro—. Y yo... ¿he venido aquí?

Se calló, reconcentrada en sí, escudriñando en sus turbios recuerdos. Aquella mañana, después del suceso que bien puede llamarse catástrofe, León había tratado con el marqués de Fúcar y con Moreno Rubio del mejor modo de llevarse a su mujer a Madrid. Don Pedro encontró peligrosa la idea, y el médico se opuso resueltamente, diciendo que en el estado de la enferma, la traslación, aun con todas las precauciones posibles, podría ser causa de un funesto desenlace. Muy contrariado estaba León con esto, y casi se hubiera atrevido a poner en ejecución su plan de mudanza si Moreno Rubio no le amenazara con retirarse, declinando toda responsabilidad. No pudiendo sacar del palacio de Suertebella a quien por ningún motivo debía estar en él, juzgó que convenía desfigurar el aposento, y con permiso del generoso dueño quitó los cuadros, objetos de arte, porcelanas y baratijas que en él había. De este modo la habitación, que era de las menos lujosas y no tenía tapicerías, sino papel del más común, parecía modesta.

—Sí; viniste aquí—le dijo el marido, tocándole la frente—. Te has puesto un poco mala; pero eso pasará: no es nada.

—¡Ah!—dijo María, herida de súbito por un recuerdo doloroso—. Me trajeron mis celos, tu infidelidad. . Pero ¿es ésta aquella casa...?

—Es mi alcoba.

—Estas paredes, este techo tan alto... ¿Por qué no me has llevado al instante a nuestra casa?

—Iremos cuando te repongas.

—¿Qué me ha pasado?

—Una desazón que no traerá consecuencias.

—¡Ah!, sí; ya recuerdo... Te has portado infamemente conmigo... ¿Qué te dije yo? ¿Te dije que te perdonaba? Si no te lo dije, ¿es que lo he soñado yo?

—Sí; me perdonaste—le dijo León por tranquilizarla.

—Tú me prometiste no querer a otra, me juraste quererme, y para que lo creyera me diste pruebas de ello. ¿Esto es verdad o lo he soñado yo?

—Es verdad.

—Y también me dijiste que estás resuelto a abjurar de tus orrores y a creer lo que creo yo. ¿Es también sueño esto?

—No; es realidad. Haz por serenarte.

—Y luego nos reconciliamos... ¿No ha pasado así?

—En efecto.

—Y volvimos a querernos como en los primeros días de casados.

—También.

—Y me probaste que era mentira lo de tus relaciones con...

María se detuvo, mirando fijamente a su esposo.

—No vuelvas sobre el pasado—le dijo éste con bondad—. Es preciso que hagamos un esfuerzo para devolverte la salud. Tú, María, debes ayudarnos.

—Ayudaros, ¿a qué?

—A salvarte.

—¿Pues qué, no he de salvarme yo?... ¡Dios mío, he pecado!...

Y demostró un dolor muy hondo.

—Me refiero a tu vida, a tu salud corporal, que está amenazada.

—¡Oh!... No estimo yo la salud del cuerpo, sino la del alma, que veo en peligro... Hace poco, no sé cuándo, creí que me había muerto. Ahora viva estoy; pero sospecho que he de morir pronto... ¡Estoy en pecado mortal!

—Lo has soñado, hija, lo has soñado. No temas nada; tranquilízate.

—¡Estoy en pecado mortal!—repitió María, llevándose las manos a la cabeza—. Dime: ¿es también sueño lo que me dijiste?...

—¿Yo?

—¿Que no me querías?

—¿Pues qué podía ser sino sueño?

María le echó los brazos al cuello y atrajo suavemente hacia su rostro el de su marido.

—Dímelo otra vez para que se me quite el amargor que me dejó aquel mal sueño

Los esposos hablaron un instante en voz baja.

—Dame una prueba de tu cariño—le dijo María—. Pues estamos lejos de Madrid, pues no debo salir de tu casa en algunos días, hazme el favor de avisar al padre Paoletti. Con él quiero hablar.

—Yo mismo lo traeré.

—¿Tú mismo?

—¿Por qué no? Nada que te agrade puede serme molesto.

A la sazón entró el médico. León había creído prudente confiarle algunos de sus secretos, pues siendo la dolencia de María motivada por causas morales, convenía suministrar a la ciencia datos de aquel orden delicado. Moreno Rubio y León Roch hallábanse unidos por una amistad sincera, fundada en la bondad del carácter de ambos, y principalmente en la concordancia de sus opiniones científicas. Aquella mañana, cuando León hizo a su amigo las revelaciones indispensables para un acertado diagnóstico, sostuvieron un diálogo interesante, del cual mencionaremos lo más sustancial.

—De modo que usted no quiere a su mujer ni poco ni mucho—dijo Moreno Rubio, que tenía el don de expresar los temas con grandísima claridad.

—La mentira me ha sido siempre muy odiosa—replicó León—. Por tanto, declaro que María no me inspira ninguna clase de cariño. Dos sentimientos guarda aún mi alma hacia ella, y son: una lástima profunda y un poco de respeto.

—Perfectamente. Esos dos sentimientos no bastan a hacer un buen marido; pero hay en su alma otros que pueden hacer de usted, y lo harán de seguro, un hombre benéfico... Respuesta al canto: ¿Usted desea que viva su mujer?

—Me ofende usted preguntándomelo. La misma zozobra en que se halla mi conciencia me impele a desear que María no muera.

—Bien, muy bien. Pues si usted quiere que María no muera—dijo Moreno, poniéndole la mano en el hombro—, es necesario calmar en ella la irritación producida por los celos, harto fundados, por desgracia; es preciso que su espíritu, terriblemente desconcertado, vuelva a su normal asiento. Cada vida tiene su ritmo, con el cual marcha ordenada, pacíficamente. Un trastorno brusco y radical de ese ritmo puede ocasionar males muy graves y la pérdida de la misma vida. El ejemplo lo tenemos bien cercano. Apresurémonos, pues, a devolver a ese organismo el compás que ha perdido, y triunfaremos de la espantosa revolución del sistema nervioso que afecta y destroza la región cerebral. Es urgente que desaparezcan los celos en la medida posible, para que, entrando los sentimientos de la enferma en un período de calma, recobre toda la máquina su marcha saludable. Es preciso que las escenas que originaron su mal se borren de su mente. Si vive, tiempo hay de que sepa la verdad. Es necesario que no se reproduzca ni la cólera ni el despecho, haciéndole creer que no ha pasado nada; y, sobre todo, amigo mío, es urgentísimo tratarla como a los niños enfermos, dándole todo lo que pida y satisfaciendo sus caprichos, siempre que éstos pertenezcan al orden de los entreteni-

mientos. Su mujer de usted, bien lo conozco, pedirá amor y devoción: en ninguno de estos apetitos hay que ponerle tasa.

Después de este sustancioso discurso, indicó otra vez León la necesidad apremiante de sacarla de Suertebella, a lo que se opuso decididamente Moreno. Desechado el plan de traslación por *homicida* (ésta era la expresión del médico), ambos determinaron desfigurar la estancia, traer de Madrid los criados que rodeaban constantemente a María, y otras cosas secundarias y menudas, pero indispensables para el buen propósito de León Roch. Antes de separarse, éste dijo a su amigo:

—Háblame usted con franqueza. ¿Se morirá mi mujer?

—Aún no puedo decir nada. Es muy posible que así suceda. Déjeme usted que determine bien la especie de fiebre con que tenemos que luchar.

Aquella noche, cuando María volvió a su natural ser, después de pasearse con la fantasía por los infiernos, llenos de horribles máquinas y diablos fabricantes, entró Moreno a verla, como se ha referido.

—¡Hola, hola!—dijo, riendo, al observar que marido y mujer se miraban muy de cerca—. ¿Estamos como tórtolos? ¿Qué tal, mi querida amiga?... El pulso no va mal... Debemos procurar un reposo completo del cuerpo y del alma.

María frunció el ceño mirando a su marido.

—No, no ponga usted mala cara a este hombre, que está enamorado de su mujer como un novio de primavera. Me consta... Dentro de unos días saldrán ustedes por ahí a coger lilas y a mirar las mariposas... Una mujer discreta no debe hacer caso de habilillas malignas. Cabeza llena de dicharachos de la envidia, ¿qué hará sino desvariar? Ahora, querida amiga, vamos a entrar en un período razonable, vamos a celebrar unas paces duraderas, vamos a querernos mucho... Lo digo por ustedes... En fin..., veamos esa lengua...

Después preparó por sí mismo algunas medicinas. León y Rafaela le ayudaban.

★

Mientras esto ocurría junto a la enferma, el marqués de Fúcar, dando de mano por un momento el grandioso asunto del empréstito, ya casi ultimado, se llegaba a su querida hija y muy seriamente le decía:

—Los pronósticos de Moreno son muy tristes. Pero no hay que desesperar. La Ciencia puede hacer mucho todavía, y Dios más aún. A nosotros nos corresponde auxiliar a la Ciencia en la medida de nuestro escaso poder e implorar el auxilio de la Providencia.

Alzando del suelo sus ojos llenos de turbación, Pepa mostró al marqués su rostro, que parecía de cera. Como quien se aprieta la herida para que arroje más sangre, echó de sí esta pregunta:

—¿Se morirá?

—De eso te hablaba y no me has oído —dijo don Pedro, que también tenía en aquel día su herida sangrienta—. Nuestro deber es demostrar a esos infelices huéspedes la parte que tomamos en su desgracia. Conduzcámonos como corresponde a nuestro nombre y a esta casa. ¿Conviene que manifestemos con un acto religioso nuestro sincero anhelo de ver fuera de peligro a María Egipcíaca? Pues hagámoslo con esplendor y magnificencia. Tenemos aquí una capilla que me ha costado al pie de ochenta mil duros, y que hubiera costado menos cuando los artistas valían más y no tenían tantas pretensiones. Pues bien: es preciso celebrar mañana una misa solemne de rogativa y que asista toda la servidumbre de Suertebella, presidida por ti. Te autorizo para que me gastes en cera lo que se te antoje. Que venga mañana a decir la misa ese bendito cura de Polvoranca, y si quieres traer más curas, vengan todos los que se puedan haber a mano.

Dijo y retiróse dando un gran suspiro. El, que también guardaba un pesar hondo en su alma, ¿quería implorar del Cielo favor y misericordia para sí? No sabemos aún cuáles eran las cuitas que tan de improviso habían cambiado la jovial sonrisa del marqués de Fúcar en mohín displicente. El empréstito, lejos de navegar mal, arribaría pronto al puerto de la realización, después de surcar con buen viento el piélago turbio de nuestra Hacienda, y era seguro que entre Fúcar, Soligny y otros pájaros gordos de Francfort, Amsterdam y la City se tragarían un puñado de millones

por intereses, corretaje y comisión. Entonces ¿qué...?

Era la capilla de Suertebella un hermoso monumento construído en un ángulo del palacio, alto de cimbra, grueso de paredes, brillante cual si le hubieran dado charol, con mucho yeso imitando mármoles y pórfidos de diferentes colores, oro de purpurina y panes, que hacía el efecto de una pródiga distribución de botones y entorchados de librea por las impostas, entablamentos y pechinas de aquella arquitectura greco-chino-romana, con muecas góticas y visajes del estilo neoclásico de Munich que nuestros arquitectos emplean en los portales de las casas y en los panteones de los cementerios. El imitado jaspe, el oro, los colorines, parecían moverse circulando en el agua de su redoma.

Por el techo corrían ángeles honestos que antes fueron gentílicas ninfas en el taller del escultor, y en las pinturas de los tímpanos había virtudes teologales que habían sido musas pizpiretas. Todo tenía el deslumbrante lustre que la albañilería moderna da a nuestras alcobas, y que en éstas cuadra a maravilla. Ningún atributo ni alegoría cristiana se les quedó en la paleta, o en el molde de escayola, a los artistas encargados de decorar aquella gran pieza. Más adelante conoceremos a un chusco que, al decir de la gente, se entretuvo cierto día en dar una explicación humorística y a todas luces irreverente de las figuras que hermoseaban la capilla. Tal matrona de vendados ojos, con un cáliz en la mano, era España, a quien los hacendistas habían puesto de aquella manera para que apurase sin protesta la amargura de su ruina; aquella otra que tenía un ancla y volvía los desconsolados ojos al Cielo, representaba el abatido Comercio, y la que hacía caricias a unos niños era la Beneficencia, símbolo hermoso del interés que a los Fúcares merecen la propiedad y la industria, y de la tierna solicitud con que las conducen por el fácil camino de los hospicios. Los doctores, en número de cuatro y representados en actitud de escribir gravemente con el *aquilífero pincel*, que dice fray Gerundio, eran la Prensa, siempre dispuesta a elogiar a los grandes empresarios, que antes de hacer de las suyas se amparan de las volubles plumas. Aquel barquichuelo que naufragaba en las aguas de Tiberíades era la nave del Estado, donde los oradores y articulistas hacen tantas travesías: los multiplicados panes eran copia gráfica de la entrega y recepción de algunos artículos de contrata; y, por último, las atónitas sibilas que no hacían nada, como quien está en Babia, eran la Administración pública. El intérprete de estos símbolos y pinturas bíblicas daba versiones muy atroces de los letreros que corrían por frisos y arquitrabes, y leía: «Yo soy Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi casa. Dadme a mí lo que es del César y lo que es de Dios.» Por este estilo profano lo explicaba y traducía todo.

La capilla, admitido con indulgencia el gusto moderno en construcciones religiosas, era bonita. Su suelo estaba al nivel de la planta baja y tenía puerta al jardín, por donde entraba el pueblo; su techumbre sobresalía del tejado del palacio, ostentando su poco de torre con campanas. Habíanla dedicado a San Luis Gonzaga, cuya imagen, bien esculpida, ocupaba el altar mayor bajo la gran escena del Calvario. Hízose la piadosa ceremonia tal y como don Pedro la había dispuesto. No bien despuntara el día, fueron encendidas sobre el altar grande, así como sobre los pequeños, cantidad de finísimas velas; y mil y mil flores olorosas, aprisionadas en elegantes búcaros, tributaban a la idea religiosa la doble ofrenda de su belleza y de su fragancia. Luces y aromas disponían al fervor, hiriendo los sentidos con fuerte estímulo, y llevando el alma a una región de dulce embeleso, donde le era fácil orar y sentir. La servidumbre toda asistía, desde el administrador hasta el último marmitón de las cocinas.

Decía la misa el cura de Polvoranca, humildísimo varón protegido de la casa, viejo, un poco ridículo en apariencia, por reunir a la fealdad más acrisolada ciertas excentricidades y manías que, a más de perjudicarle mucho en su carrera eclesiástica, le dieron cierta celebridad. Gozaba en Suertebella de una mezquina renta que don Pedro le señaló para celebrar el divino oficio los domingos, y para confesar una vez al año a todos los criados, costumbre piadosa que el prócer millonario mantenía en su casa, atento a evitar de este modo muchas trapisondas y latrocinios.

En la tribuna que los señores de Suer-

tebella tenían en su capilla al nivel de las habitaciones del palacio oyó la misa de rogativa Pepa Fúcar, juntamente con sus doncellas, el aya y Monina, quien no comprendiendo la razón de tanto recogimiento y mutismo estuvo a punto de alzar la voz y dar un grito en lo más solemne del oficio santo. Sabe Dios las cosas que se habrían oído si el aya no la contuviera, ya tapándole la boca, ya amenazándola con que el Señor le iba a quitar la lengua. Esto hizo efecto, y Monina tuvo paciencia hasta el fin.

Pepa Fúcar estaba de rodillas en su reclinatorio, junto al antepecho de la tribuna. ¿Quién podrá saber lo que pensaba durante aquella hora patética, ni lo que a Dios pedía su alma afligida? La misa de rogativa llegó a su fin. Salieron todos, y Pepa se quedó en su puesto, observando la actitud recogida que había tomado desde el principio. Apoyada la frente sobre el reclinatorio, medio oculta la cara entre las cruzadas manos, no se le había sentido voz ni suspiro. Cuando alzó el rostro para levantarse, miró al altar un rato sin expresar sentimiento alguno que pueda definirse. Quedaba el reclinatorio como si en él se hubiera derramado un vaso de agua.

La señora dejó la capilla para dirigirse a sus habitaciones. Iba taciturna, los ojos enrojecidos, la boca ligeramente entreabierta, como la de quien necesita respirar mucho y fuerte para no ahogarse. En la puerta de su cuarto encontró a su padre, quien si no había asistido *corpóreamente* a la misa, había dejado ver su cara por cierto ventanucho que se abría en la Galería de la Risa y daba a la capilla, en la pared lateral de ésta y en el sitio mismo donde estaba pintado San Lucas, el *evangélico toro*, según reza el de Campazas. Desde allí observó Fúcar la puntual asistencia de sus criados, sin que faltase ninguno, y admiró la magnificencia de la *cathedrale pour rire*—según el chusco mencionado, y según el dueño, *monísima basílica*—, toda llena de *carácter*, pues no podía negarse esta cualidad artística a las decoraciones cristianas que había pintado el gran escenógrafo de los teatros de Madrid. Pero hay motivos para pensar que el espíritu del buen marqués pasó de este orden de consideraciones a otro más elevado. Hallábase apenadísimo aquel día, y sin duda cuando asomó su imponente rostro por el ventanillo, de tal modo que bien pudo confundirse con el de un evangelista o doctor, tuvo en su mente ideas de oración y pidió algo al Autor de todas las cosas. Pero éstas son hipótesis que no tienen valor real, y que sólo se exponen aquí para llenar el vacío que deja la falta absoluta de datos. Lo que sí no tiene duda es que al encontrar a su hija la detuvo, diciéndole:

—Ya sé que han asistido todos.

—¿Y cómo está hoy?... ¿Se sabe algo?—preguntó Pepa con voz muy débil.

—Hay esperanza, hija mía. Esa desgraciada pasó bien la noche y está mejor, según ha dicho Moreno.

—¿De modo que vivirá?...

—Es muy posible—dijo don Pedro, demostrando con la indiferencia de la frase que pensaba en otro asunto—. Ciertamente, hija, parece que Dios quiere echar sobre nosotros todas las calamidades.

Diciendo esto, el pobre señor no pudo dominar su emoción. Abrió los brazos para recibir a su hija, que se arrojaba en ellos, y con voz ahogada exclamó:

—Hija de mi corazón, perla mía; ¡qué desgraciada eres!

Pepa derramó sobre el pecho de su padre las lágrimas que le sobraron de la misa. Después, don Pedro, reponiéndose de su emoción, dijo:

—Pero no exageremos... Todavía no hay nada seguro... Mañana...

Pepa entró en su habitación, y el marqués se fué a la suya, donde examinó por vigésima vez diversas cartas y telegramas que el día anterior hicieron hondísima impresión en su ánimo, casi siempre sereno y claro como el sol y el ambiente de primavera.

III

LEÓN ROCH HACE UNA VISITA QUE LE PARECE MENTIRA

Consecuente con su natural generoso, y deseando cumplir cuanto antes la promesa que a su mujer había hecho, León fué a Madrid y al mismo San Prudencio en busca del padre Paoletti. Cosa inverosímil en verdad era que él pusiese su planta en aquellos lugares, y así, cuando el fámulo le rogó que esperase en

la desnuda y pobre sala destinada a locutorio, tuvo tiempo de echar sobre ésta y sobre sí mismo incrédula mirada, sacando en consecuencia que una de las dos cosas, o él o la sala, eran pura ilusión de la fantasía.

Muy simple o muy soberbio es el hombre que se hace juramento de no traspasar jamás el umbral de esta o la otra puerta, sin prever que el rápido giro de la vida trae las puertas a nosotros, las abre y nos mete por ellas, sin que nos ocupemos de evitarlo. León no pudo entregarse por mucho tiempo a estas reflexiones, porque apareció ante él un clérigo pequeño, pequeñísimo, de mediana edad, blanco y un sí es no es pueril de rostro, de ojos grandes, vivos y tan investigadores que no parecían sino que su cara toda era ojos. Con lo exiguo de su cuerpo contrastaba la gravedad de su paso, largo y cadencioso, golpeando duro sobre el suelo, como resultaría del constante uso de zapatos de plomo. Saludó Paoletti a su visitante con exquisita urbanidad, y León, que no estaba para fórmulas, expuso en breves palabras el objeto de su presencia en aquella casa. Paoletti, sentado con cierta tiesura de creyente humilde frente al fatigado ateo, le oía con benevolencia confesional, bajos los ojos, enlazados los dedos de ambas manos y volteando los pulgares uno sobre otro. Debe advertirse que las manos del padre eran finísimas y pulcras como las de una señorita.

—Vamos allá—dijo, alzando los ojos y parando el molinete de los dedos pulgares—. Yo tenía noticia de su viaje a Carabanchel, de su desazón; pero no sabía ni que estuviese grave, ni que la hubieran llevado a Suertebella... ¿Al mismo palacio de Suertebella?

—Al mismo—dijo León, sombríamente.

—Supongo—indicó el curita refinadamente—que la hija del señor marqués de Fúcar se habrá trasladado a Madrid con su preciosa niña.

—Lo hará hoy.

—¿Y usted...?

—No pienso separarme de María mientras continúe enferma.

—Me parece muy bien, caballero—dijo el italiano agraciando a León con un golpecito en la mano—. Sin embargo, la situación de usted frente a esa bendita mártir es muy singular y poco agradable para entrambos.

—Esa situación es tal—dijo León—, que he creído necesario venir yo mismo, con objeto de hacer a usted algunas revelaciones que sólo a mí corresponden, y rogarle que me ayude...

—¿Yo?

—Sí..., que usted me ayude a conllevar la situación, y aun a salir de ella lo mejor posible.

Paoletti frunció el ceño. Se había levantado para partir; mas volvió a sentarse, tornando a voltear los pulgares uno sobre otro.

—Ante todo—dijo, en tono de quien acostumbra simplificar las cosas—, revéleme usted los pensamientos que le han traído aquí. Es singularísimo que venga usted a confesarse conmigo, ¿no es verdad?

Sonreía con expresión de triunfo humorístico que hacía más daño a León Roch que una burla declarada.

—A confesar con usted..., es cierto.

—¡Oh!, no, señor mío—dijo Paoletti con cierta dulzura relamida que a la legua revelaba la casta italiana—. No confesará usted. ¡Ojalá lo hiciera! No me revelará usted su conciencia ni renegará usted de sus errores... No hará otra cosa que contarme lo que ya sé, lo que sabe todo el mundo... y todo para que le ayude...

Paoletti repitió las versiones de la tertulia de San Salomó.

—En eso hay algo de verdad y mucho de calumnia—dijo León—. Es falso que Monia sea mi hija; es falso que yo tenga relaciones criminales con Pepa Fúcar; pero es cierto que la amo; es cierto que en mi corazón se ha extinguido todo el cariño hacia mi pobre mujer, y en él no queda sino una estimación fría, un respeto ceremonioso a las virtudes que reconozco en ella.

—¡Estimación, respeto!—dijo Paoletti—. ¡Reconocimiento de virtudes!... Eso es algo, caballero. La grande y purísima alma de María Egipcíaca merece más, mucho más; pero si pudiéramos contar con que esa estimación y ese respeto crecían y se purificaban...

Paoletti volvió a acariciar con su mano de frío marfil el puño de León, y le dijo:

—¿No podríamos intentar una reconciliación?

—Es imposible, de todo punto imposible. Hace algún tiempo hubiera sido

fácil... ¡Cuántos esfuerzos hice para llegar a esa deseada reconciliación!... Usted debe saberlo.

Mirando al suelo, el hombre diminuto hizo signos afirmativos con la cabeza.

—Usted lo sabe todo...—añadió León con sarcasmo—. El dueño de la conciencia de mi mujer, el gobernador de mi casa, el árbitro de mi matrimonio, el que ha tenido en su mano un vínculo sagrado para atarlo y desatarlo a su antojo; este hombre, a quien hoy veo por primera vez después de aquellos días en que iba a visitar al pobre Luis Gonzaga, muerto en mi casa; este hombre, que, a pesar de no tener conmigo trato alguno, ha dispuesto secretamente de mi corazón y de mi vida, como puede disponer un señor del esclavo comprado, no puede ignorar nada.

—Ese lenguaje mundano y soberbiamente filosófico me es conocido también, caballero—dijo Paoletti, tomando un tono de reprensión evangélica—. Si quiere usted que entre en ese terreno y le dé contestación cumplida, lo haré.

—No... No he venido aquí a disputar. La tenebrosa batalla en que he sido vencido después de luchar con honor, con delicadeza, con habilidad y aun con furia, ha concluído ya. Mis juicios están formados hace tiempo, y no pueden variar... La ocasión no es propia para cuestionar. Nos hallamos en presencia de un hecho terrible...

—Que María se muere.

Refirió León a Paoletti la visita de María Egipcíaca a su esposo y la escena que precedió al desmayo y enfermedad de la santa mujer. Después de una pausa, el padre dijo severamente:

—Todo me indica que María le ama a usted, y que aquí el verdadero traidor al matrimonio, el culpable de hoy, es el mismo que lo fué ayer, el culpable de siempre; en una palabra: usted. No apruebo, sin conocerlo bien, el paso dado por mi ilustre penitente; pero ese paso, ese traspié, dado que lo sea, anuncia que aún conserva en su corazón y en su voluntad dulcísimos favores para quien no es digno de ellos.

—Usted, que todo lo sabe, debe saber que mi mujer no me tiene amor. Si los que no entienden de sentimientos nobles y puros se empeñan en dar aquel nombre a lo que no lo merece, yo me apresuro a constituirme en juez de los afectos de mi pobre mujer y a declarar que no me satisfacen, que los rechazo y los pongo fuera de juego en el problema de nuestra separación o de nuestras paces.

Paoletti meditaba profundamente.

—Entre los dos—añadió León—no existe ya ningún lazo moral. María y yo, estas dos personas, ella y yo, se me pintan en la imaginación como un discorde grupo representando la idea del divorcio.

—Un grupo, una obra de arte—dijo Paoletti, deslizando, en medio de la nube negra de su severidad, un relampaguillo de malicia.

—Una obra de arte, sí..., que, como tal, no se ha creado por sí sola, sino que tiene autor. Mi mujer no me ama; creo que habría podido amarme, como yo deseaba, si las grandes imperfecciones de su carácter, en vez de disminuir, sometidas a mi autoridad y a mi cariño, no hubieran aumentado, sometidas a otras corrientes y a otra autoridad. No me ama, ni yo la amo a ella tampoco. Por consiguiente, la reconciliación es imposible.

—No dirá usted—manifestó Paoletti con severidad mezclada de tolerancia—que no le escucho con paciencia.

—¡Paciencia! Más he tenido yo.

—Aunque uno no quiera, siempre tiene en sí algo de cristiano, caballero. Para concluir, señor de Roch, usted no ama a su mujer, ni ella le ama a usted; usted no quiere reconciliarse con ella; usted la respeta y la estima... ¿Qué significa esto? Mejor dicho, ¿a qué ha venido usted aquí?

—María me ha rogado que le lleve su confesor. Lejos de oponerme a esto, lo hago con gusto.

—Pues vamos—dijo Paoletti, levantándose.

—Falta lo principal—dijo León, tocando la sotana del reverendo—. Fácilmente comprenderá usted, en su claro talento, que para avisarle no era menester que viniera yo mismo. He venido para decir a usted cosas que sólo yo puedo decirle. Considere, ante todo, que el estado moral es verdaderamente grave en la dolencia de María.

—Sí.

—Debo declarar que deseo su restablecimiento—dijo León con calmosa voz—. Pongo a Dios por testigo de esta afirmación: quiero absolutamente y sin ninguna clase de reserva que mi mujer viva.

—Comprendo muy bien su propósito. Usted desea que se salve, es decir, que no muera. Usted desea que se calme su irritación nerviosa, para lo cual conviene que no la turbe ningún pensamiento de los que motivaron su trastorno. Es preciso que las ideas optimistas y lisonjeras desembrollen esta madeja enredada por el despecho y por la pasión no satisfecha; es preciso que la dirección espiritual proceda con cierto arte mundano, fomentando las ilusiones de la penitente y quitando de sus ojos la triste realidad; es preciso que el confesor sea médico, y médico de amor, que es lo más peregrino, y que aplaque los celos y fomente esperanzas y aprisione de este modo una vida que se escapa.

León admiraba la sagacidad del ilustre maestro de conciencias.

—Pues bien—dijo Paoletti con energía—, yo haré en este particular todo lo que sea posible. Nada puedo afirmar sin conocer de antemano el estado espiritual de mi querida hija en Dios.

—María está en Suertebella.

—Sí.

—Y es necesario que no comprenda que está allí.

—Bueno..., pase—dijo Paoletti, mirando al suelo y soltando las palabras por un ángulo en la boca—. Es un engaño que puede disculparse.

—María persiste en mostrarme el especial cariño tardío que siente ahora por mí.

—Tampoco veo culpa en esto. Puede admitirse, entendiendo que este cariño no está bien juzgado por usted.

—María debe arrojar de sí, mientras continúe en ese estado febril, la idea de que amo a otra mujer.

—Alto ahí—dijo el clérigo, extendiendo su blanca mano, como una pantalla de marfil—. Eso no pasa, caballero. He pasado por el ojo de la aguja hilos un poco gordos; pero el camello, señor mío, no cabe, no cabe. Lo que usted propone es una impostura.

—Es caridad.

—La verdad lo prohibe.

—Lo manda la salud.

—Una exigencia física a la que no podemos dar valor excesivo. Mi ilustre amiga sabrá morir cristianamente, despreciando las menudas pasiones del mundo.

—Nuestro deber es siempre y en todo caso impedir la muerte.

—Siempre que podamos hacerlo sin comedias indignas. ¡Y a esa pobrecita mártir se la hará creer en la inocencia de su marido, cuando está albergada en la propia vivienda de su rival, de la amada de su esposo!... Doy por cierto, si usted quiere, que no habrá en la casa escenas licenciosas, ni aun siquiera entrevistas; admito que no se dará el caso de que dos enamorados adúlteros se digan ternezas en una sala, mientras la infeliz esposa legítima agoniza en la inmediata. Pero, aun concediendo que habrá circunspección y decoro, la horrible verdad subsiste. Yo no se la diré si ella no quiere saberla; pero si me pregunta..., y preguntará, preguntará...

—¡Sí!—exclamó, de súbito, León, impresionado por tan graves palabras—. Esa comedia es indigna de ella y de mí. La verdad me espanta, la ficción me repugna; pero aquélla es la muerte y ésta puede ser la vida... No irá usted conmigo a Suertebella. Llevaré un clérigo cualquiera, el cura de la parroquia, el capellán de la casa.

Se marchaba ya, y Paoletti le llamó con un *cecé* de reconciliación.

—Al claro talento de usted—dijo, devolviendo un piropo recibido poco antes—no se ocultará que la asistencia de otro sacerdote no agradará a la pobre mártir tanto como la nuestra. Si usted no insistiera en intervenir en lo que no le importa, yo iría de buen grado a consolar a esa desgraciada. Hay más—añadió con un arranque sentimental—: no puedo ocultar a usted que lo ansío ardientemente. ¡Es tan buena, tan santa!... No sólo la admiro, sino que la respeto, la venero como a un ser superior.

—¿Y qué le dirá usted?

—Lo que deba decirle—contestó Paoletti, clavando en León sus dos ojos, que parecían doscientos—. Es por demás extraño que quien declara haber roto moralmente el lazo matrimonial, se inquiete tanto por la conciencia de su esposa.

—No me inquieto por su conciencia, sino por su salud—dijo León, sintiéndose muy abatido.

—¿No dice usted que no la ama ni es amado por ella?

—Sí.

—Entonces su cuerpo y sus mortales

gracias podrán pertenecer a un hombre; su purísima conciencia, no.

—Es verdad—dijo León, apurando el cáliz—. Su conciencia, yo la entrego a quien la ha formado. No quiero apropiarme esa monstruosidad.

—Perdono la expresión—replicó Paoletti, bajando los ojos—. Para concluir, señor mío, ¿voy o no voy?

—¿La matará usted?

—¡Yo...!

Y, después de exhalar un suave suspiro, añadió:

—Le preguntaremos quién es su asesino.

León sintió su alma llena de espanto. Meditó un rato. Después golpeó el suelo con el pie. A veces, de un pisotón sale una idea, como una chispa brota del pedernal herido. León tuvo una idea.

—Vamos—dijo con resolución—. A la conciencia de usted dejo este delicado asunto.

—Y en prueba de esa confianza—manifestó el otro, no ocultando su gozo por ir—, prometo conciliar en lo posible la veracidad con la prudencia, y hacer los mayores esfuerzos por no turbar las últimas horas, si el Todopoderoso dispone que sean las últimas, de mi amadísima hija espiritual. Seguro estoy de que mi presencia le dará mucho consuelo.

—Vamos.

—Soy con usted al instante—dijo el clérigo pequeñísimo, corriendo, con el paso duro de sus pies de plomo, a buscar capa y sombrero. Deteniéndose en la puerta y poniendo en su cara una sonrisa cortés, añadió:

—Es muy temprano. No se ha desayunado usted. ¿Quiere tomar chocolate?

—Gracias—repuso León, inclinándose—, gracias.

Una hora después, ambos se apeaban de un coche en el pórtico de Suertebella.

IV

DEPEDIDA

Ya había concluído la misa de rogativa; ya había entrado Paoletti en la estancia donde moraba entre sombras de fiebre y duda su bendita amiga espiritual, cuando León, pasando apresurado de sala en sala, buscaba a la hija del marqués de Fúcar. Al fin, la halló en la habitación de Ramona. Deseaba decirle una cosa muy importante. Creeríase que Pepa barruntaba la enunciación de la importante cosa, porque estaba en pie, con la anhelante mirada fija en la puerta, atendiendo a los pasos del que se acercaba, y así que le vió entrar, retiróse a un ángulo de la pieza, indicando a su amigo, con el lenguaje singular de cuatro o cinco pasos (pues también los pasos hablan), que allí estarían mejor que en ninguna otra parte. Monina corrió al encuentro de León y se abrazó a sus piernas, echando la cabeza hacia atrás. El la tomó en brazos, y al verse arriba la nena, se empeñó en hacerse admirar la perfección artística de un cacharrillo de barro con asa y pico, obsequio reciente del cura de Palvoranca, y luego se entretuvo en la difícil operación de colgárselo de una oreja.

—Estáte quieta, Mona; no seas pesada—dijo Pepa—. Ya, ya me figuro a qué has venido y lo que vas a decirme... Hija, estáte quieta... Ven aquí...

Arrancó a la chiquilla de los brazos de León para tomarla en los suyos.

—...No necesitas decirme nada... Lo comprendo, lo adivino—prosiguió—. Debo marcharme de aquí. Ya estaba decidida, aunque tuviera que irme sin verte.

—Agradezco tu delicadeza—dijo León—. Márchate a tu casa de Madrid, y por ahora..., no te acuerdes de que existo.

—Eso no será fácil... Hija, por Dios, no me sofoques—dijo Pepa, en cuya oreja continuaba la criatura su penoso trabajo—. Ponte en el suelo... Me marcharé sin preguntarte siquiera cuándo nos volveremos a ver. Tengo miedo de hacer la pregunta, y respeto tu vacilación en contestarme.

León bajó los ojos en silencio. No conocía palabra tierna, ni frase amistosa, ni concepto de esperanza que, al pasar de su mente a sus labios, no llevase en sí un sentido criminal. Callar parecióle más decoroso aún que la mismo protesta contra toda intención de escándalo. Ambos se quedaron mudos por largo rato, sin osar mirarse, temerosos cada cual de la fisonomía del otro, como si fuese claro espejo de su propio pensamiento.

—No me preguntes nada, no me digas nada—manifestó León, al cabo—. Llena tu corazón de generosidad y vácialo de esperanza.

Pepa quiso hablar algo; pero tanto temblaba su voz que prefirió decir para sí estas palabras: «Todo lo echaré de mí, menos la idea triste, la idea vieja y lúgubre: que ella, rezando, rezando, se salvará; yo, esperando, esperando, me moriré.»

León, que parecía leer los pensamientos en el contraído entrecejo de su amiga, le dijo, cara a cara:

—En los trances duros se conoce la índole generosa o egoísta de las almas.

Pepa tembló de pies a cabeza. Después, sosteniendo su frente en un dedo, rígido como clavo de martirio, dijo, mirando a sus propias rodillas, donde tocaban el piano los diminutos dedos de Ramona:

—No sé si la mía será egoísta o generosa. Yo sé que he derramado hace poco algunas lagrimillas, pidiendo a Dios que no matara a nadie por culpa mía. ¡Qué sabor tan amargo sacan a veces nuestras oraciones, y cómo se acongoja nuestro pensamiento luchando para que las flores que quieren echar de sí no se conviertan en culebras!... Yo he rezado hoy más que ningún día de mi vida; pero no estoy segura de haber rezado bien y con limpieza de corazón. Horrible batalla había dentro de mí. Creo que las palabras y las ideas que andaban por mi cerebro variaban de sentido a cada instante, y que decir *Dios* era decir *demonio,* y decir *amor* era decir *odio,* y decir *salvarse* era decir *morirse.* La idea sentida y la idea pensada se combatían, quitándose una a otra el vestido de su palabra propia. Yo creo que no he rezado nada, que no soy buena... ¡Me siento con tan poco de santa y tanto de mujer!... Y, sin embargo, yo no seré tan mala cuando he tenido alma para pedir claramente que muriéramos las dos, y así todo quedaría bien...

Se levantó, añadiendo:

—En fin, me voy. Ya sabes que obedecerte es el único placer de mi vida.

—Gracias—murmuró León, tomando en brazos a la nena.

—Despídete de ese...—dijo Pepa, contemplando con amor a su hija y al que la besaba.

Estrechó León en sus brazos a la chiquilla y le dió mil besos, considerando que las manifestaciones de su cariño no eran escandalosas recayendo en la inocente persona de un ángel tan bonito. Con ella en brazos dió dos o tres paseos por la estancia, ocultando así, con estas idas y venidas, la emoción que sentía y que traspasaba los límites del alma para salir al rostro. Sin mirar a la buena mamá, ésta podía vanagloriarse, allá en el ángulo de la pieza, de ser bien contemplada. La pasión tiene su perspicacia nativa y un estro maravilloso para sorprender los pensamientos del ser amado, asimilárselos y alimentar el espíritu propio con aquel rico manjar extraño.

En cuanto al desgraciado hombre, nunca como entonces había sentido el dominio irresistible que sobre él ejercía aquel ser pequeño y lindo, nacido de la unión de una mujer que no era la suya y de un hombre que no era él. No creía en la posibilidad de vivir contento si le quitaban de las manos aquel tesoro, ajeno, sin duda, pero que se había acostumbrado a mirar como suyo y muy suyo. Con este cariño se mezclaba el cariño y la imagen de la madre como dos luces confundidas en una sola. ¡Familia prestada que en el corazón del solitario ocupaba el desierto hueco y se apropiaba el calor reservado a la propia! El no tenía culpa de que en su cansado viaje por el páramo se le presentaran aquellas dos caras, risueñas la una, enamorada la otra, ambas alegrando el triste horizonte de su vida y obligándole a marchar adelante cuando ya sin fuerzas caía sobre pedregales y espinas. En Pepa Fúcar había hallado amor, docilidad, confianza, misteriosas promesas de la paz soñada y del bien con tanto afán perseguido. Era la familia de promisión, con todos los elementos humanos de ella, pero sin la legitimidad; y el no ser un hecho, sino una esperanza, dábale mayores encantos y atractivo más grande. La pasión arrebatada de Pepa y el ardor fanático con que a todo lo sobreponía, lejos de infundirle cuidado, le seducían más, porque en ello veía la ofrenda absoluta del corazón, sin reserva alguna; la generosidad ilimitada con que un alma se le entregaba toda entera, sin esconder nada, sin ocultar sus mismas imperfecciones ni estimar un solo pensamiento. Quien había sido mendigo de afectos no podía rechazar los que iban a él con superabundancia y cierto alarde bullicioso. Infundíale, al mismo tiempo, orgullo y piedad el ver cómo

aquel admirable corazón, sin dejar de ser religioso, le pertenecía enteramente, por ley que es divina a fuerza de ser humana; y al sentirse tan bien amado, tan señor y rey en el corazón y en los pensamientos de ella, no podía menos de darse también todo completo. Cualquier afecto secundario y remoto que existiera antes de aquel mutuo resplandor en que ambos se veían, debía extinguirse, como palidecen los astros lejanos cuando sale el sol.

Pero quizá no era ocasión de pensar tales cosas. León puso la niña en brazos de su madre, y le dijo:

—Ni un momento más. Adiós. Si es necesario explicar a tu padre la causa de tu traslación a Madrid, yo me atreveré a decírsela.

—Se la diré yo.

Con precipitación y desasosiego, salieron uno y otro por puertas distintas.

V

A ALMORZAR

El narrador no cree haber faltado a su deber por haber omitido hasta ahora que los Tellería corrieron en tropel a Suertebella desde que llegó a su noticia el grave mal y estado de María. Ello es tan natural, que el lector debía darlo por cierto, aunque las fieles páginas del libro no lo dijeran. Lo que sí conviene apurar, por si la posteridad, siempre entremetida y buscona, tuviera interés en saberlo, es que en la mañana de aquel célebre martes (el día de la misa de rogativa, de la visita de Paoletti y de la partida de Pepa), la marquesa de Tellería, el marqués y Polito oyeron atónitos, de boca de León Roch, estas enérgicas palabras:

—No se puede ver a María.

—¿Hoy tampoco? ¡Lo oigo y no lo creo!—exclamó Milagros, sin poder contener su ira—. ¡Prohibir a una madre que vea su pobre hija enferma!...

—¡Y a mí, a su padre!...

Polito no decía nada y se azotaba los calzones con un junco que en la mano traía.

—¿Qué razón hay para esto?

—Alguna razón habrá cuando así lo dispongo—dijo León.

—Yo quiero entrar a ver a mi hija. Yo quiero verla, asistirla.

—Yo la asisto y la velo.

—¿No nos das ninguna razón, ¡por Dios!, ninguna explicación de esa horrible crueldad?—dijo el marqués, poniéndose severo, que era lo mismo que si se pusiera cómico.

León les habló del delicadísimo estado moral de María, del gran temor que a él le inspiraban las indiscreciones de su familia si ésta entraba en la alcoba de la enferma.

—¿Está sola en este instante?

—Está con su confesor.

Y Milagros llevó aparte a su yerno y le dijo:

—Verdaderamente, no creí que llegaras a tal extremo. Explícate, explícame las monstruosidades que han pasado aquí... ¡Ah! Mi pobre y desventurada hija ignora, sin duda, que se halla en la misma casa de la querida de su esposo... Temes que le abra los ojos, temes que la verdad salga de mis labios como sale siempre, espontánea, natural..., porque no sé fingir, porque no sé hacer comedias.

—¡Oh! No, señora; yo no temo nada —dijo León, deseando cortar la disputa—. Pero usted no verá a su hija hasta que se restablezca.

—¿Y qué autoridad tienes tú sobre la mujer que has despreciado?... ¿O es que estás arrepentido de tu conducta y quieres...?

La dama cambió de tono y de semblante. Aquella trágica arruga de su hermosa frente desapareció como nubecilla disipada por el sol; brillaron sus ojos con animación juvenil, y hasta parecía que el disecado pajarillo de su elegante sombrero aleteaba entre las gasas.

—¿Hay, por ventura, proyectos de reconciliación?—dijo, entre agrias y maduras—. Si los hay, no seré yo quien los estorbe... como vayan precedidos de arrepentimiento.

—No hay ni puede haber proyectos de reconciliación—dijo, bruscamente, el yerno, a punto que entraba en la sala el marqués de Fúcar.

Este, sobreponiéndose a su tristeza, para cumplir los deberes que le imponía la condición de castellano de aquel magnífico castillo, se presentó a saludar a los Tellería, a compadecerlos por la enfermedad de la pobre María, a rogarles

que dispusieran de la casa y de cuanto en ella había. Y como el caso que allí los llevaba no era cosa de un momento, el generoso Fúcar, dando a su hospitalidad un carácter grandioso y caballeresco, conforme a la resonancia europea de su nombre, invitaba a los Tellería a permanecer allí todo el día, toda la noche y todos los días y noches siguientes, y a comer, cenar, tomar un *lunch*, un *picnik* o hispano piscolabis, a descansar, dormir, disponer de la casa entera, pues allí había mesa, despensa, bodega, servidumbre, camas para la mitad del género humano, caballos para pasear, flores en que recrear la vista, etcétera.

—¡Oh! Gracias, gracias... Cuánto agradecemos...

La mano del millonario fué estrujada por la de Tellería, que en su emoción no pudo decir nada. En las grandes ocasiones, el silencio, una mirada al cielo y un apretón de manos, son más elocuentes que cien discursos enalteciendo a los que nos hacen olvidar que vivimos en *un siglo corrompido por las ideas materialistas*. La marquesa se esforzaba en dar a su cara la expresión que, según ella, cuadraba más a su occidental belleza, o que mejor realzaba aquellos restos, bastante valiosos aún para lucir mucho si el arte, la coquetería, la palabra misma, discreto artífice, los presentaba en buena y proporcionada luz. Empeñando conversación mundana con Fúcar, supo llevar a éste por las vías sentimentales con tanta gracia y donosura, que el agiotista la oía con encanto. Al mismo tiempo, Tellería llevaba a León junto a la ventana para decirle con acento majestuoso:

—Las cosas han llegado a tal extremo, y tu conducta es tan ruin y vituperable en apariencia, que necesitas darme una explicación completa, aunque para ello sea preciso llevarte a un terreno...

—Al terreno del honor—dijo León con sarcasmo—. Vea usted: ése es un terreno al cual no será fácil que vayamos juntos...

—Comprendo que un padre político... No es que yo quiera agravar el escándalo con otro escándalo mayor. Confiamos aún en tu caballerosidad, en lo que todavía queda en ti de esa *hidalguía castellana* que los españoles no podemos desechar aunque queramos..., y si Dios te tocase el corazón y te reconciliaras de un modo durable con mi querida hija...

—No me reconciliaré.

—Entonces...

Lanzó el prócer a su hijo político una mirada que, dado el carácter promiscuo, entre cómico y serio del ilustre personaje, podía calificarse en el orden de las miradas terribles.

—Entonces, yo sé lo que debo hacer.

Estaban en el salón japonés, lleno de figuras de pesadilla. Por sus paredes de laca andaban, cual mariposas paseantes, hombrecillos dorados, cigüeñas meditabundas, tarimas de retorcidos escalones, árboles que parecían manos y cabezas semejantes a obleas. Las figuras humanas no asentaban sus redondos pies en el suelo, ni los árboles tenían raíces; las casas volaban lo mismo que los pájaros. Allí no había suelo, sino una suspensión arbitraria de todos los objetos sobre un fondo oscuro y brillante como un cielo de tinta. Los expresivos rostros japoneses parecían hacer el comentario más elocuente de la escena viva, y las mariposas de oro y plata reproducían, por arbitrio de la fantasía en aquella especie de estancia soñada, la sonrisa jeroglífica de la marquesa de Tellería. Cacharros de color de chocolate poblaban rincones y mesas; y viendo los ídolos tan graves, tan tristes, tan feos, tan hidrópicos, tan aburridos, se hubiera creído que estaban comentando en teología misticoasiática la tristeza indefinible de don Agustín Luciano de Sudre.

Como se pasa de una página a otra en libro de estampas, así se pasaba de la habitación japonesa al gran salón árabe, donde estaba el billar, y en él, Leopoldo. Con su tarugo de aspirar brea puesto en la boca, a guisa de cigarro, se entretenía en hacer carambolas. Un lacayo se le acercó.

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí—repuso el joven, sin mirarle—. Tráeme cerveza.

Ya se marchaba el lacayo, y Polito le volvió a llamar para decirle:

—¿Se servirán pronto los almuerzos?

—Dentro de un momento.

Y siguió haciendo carambolas. El marqués de Fúcar se retiró por un momento del salón japónico. Un *maître d'hôtel*, rubio y grave, reclutado en cualquier cafetín de París, y que se habría parecido a un lord inglés si no lo impidiera su servilismo melifluo y su agi-

tación de correveidile, se acercó a la marquesa para pedirle órdenes.

—¡Oh, no!—dijo ésta—. Tomaré muy poca cosa... ¿Hay *gateau d'écrevisses?*... ¿No? Bueno, no importa. Las pechugas ahumadas no me gustan. Mi bistec, que esté poco hecho.

—No olvide usted—dijo el marqués a aquel hombre benéfico, cuyo frac negro parecía el emblema de la caridad cristiana creadora de los hospicios—, no olvide usted que yo no bebo sino Haut Sauterne.

Fúcar reapareció, melancólico, pero apresurado, indicando con esto que las tristezas no son incompatibles con el almorzar. Era un poco tarde, y los cuerpos necesitaban reparación. La marquesa, don Agustín, Polito, el señor de Onésimo, que llegó cuando los demás estaban en la mesa, hicieron honor, como se dice en la jerga gastronómica, a la cocina del de Fúcar. O por delicadeza de estómago, o porque la aflicción de su ánimo le cortara el apetito, ello es que Milagros apenas probó de algunos platos.

—No se deje usted dominar por la pena—le decía don Pedro—. Es preciso hacer un esfuerzo y tomar alimento. Yo tampoco tengo ganas; pero ¿de qué sirve la razón? Hago un esfuerzo y como.

Buena prueba de los esfuerzos de don Pedro era un bistec que entre manos y boca tenía, el cual, pedacito tras pedacito, pasaba a su estómago dejando en el plato la sangre bovina revuelta con manteca y limón. La marquesa no hacía más que picar y catar, tan pronto apeteciendo como desdeñando, y el marqués se encariñaba con las cosas picantes y afrodisíacas, obsequiándolas, risueño, con una mirada galante y después con las traidoras caricias de su tenedor. Las trufas, las *saucises* trufadas, la rica lengua escarlata de Holanda, y otras cosillas se ofrecían a su paladar con provocativos encantos.

—¿Y Pepa?—dijo, bruscamente, el marqués de Onésimo.

—Está en Madrid—replicó Fúcar, sin alzar los ojos del plato, donde el solomillo parecía representar el Tesoro español por lo recortado y empequeñecido.

Siguió a estas palabras un largo silencio, que rompió, al fin, el mismo don Pedro, diciendo a la marquesa:

—¡Oh!, amiga mía..., hay que sobreponerse al dolor... Además, la situación no es desesperada... María está bien hoy... ¿Llora usted?... A ver..., esta media copa de Sauterne.

Milagros no rehusó el obsequio. Después de apurar el vino, dijo así:

—Veremos si ese tigre de mi yerno me permite esta tarde ver a mi hija.

Deseando Fúcar hablar de asuntos menos aflictivos, sacó a relucir las voces que corrían acerca de la próxima boda de Polito con una riquísima heredera cubana, cuya familia, recién venida a Madrid, metía bastante ruido con la ostentación de colosal fortuna. Desmintió la marquesa el rumor, y Leopoldo lo confirmó, indirectamente, con frases en que la modestia enmascaraba a la vanidad. Los rumores eran ciertos, como lo eran el noviazgo y las pretensiones del jóven, y su seguimiento cotidiano de la chica, a caballo y a pie; mas, a pesar de esta cacería ecuestre y pedestre, lo de la boda era un puro mito, sin otra realidad que la que tenía en el deseo ardentísimo de Milagros de ver a su hijo poseedor de un caudal limpio y gordo. La familia de Casa-Bojío, a pesar de tener amistad con la de Sudre, oponíase a las aspiraciones de Leopoldo; pero Milagros trabajaba en silencio con diplomacia y finura para que aquel sueño de oro fuera un hermoso despertar de plata.

Agotado el tema, retiróse Milagros del comedor. Un lacayo presentaba al marqués y a Polito los mejores cigarros del mundo. Era aquel artículo, digámoslo en términos de comercio, el más superfino de cuantos abastecían la casa del millonario. Sus corresponsales de la Habana le mandaban para su uso lo mejor de lo mejor, en recompensa de la gracia y arte mágico con que se las componía con el Gobierno para hacer fumar al país lo peor de lo peor.

Estallaron fósforos y chuparon labios.

—Polito—dijo el marqués, si quieres dar un paseo, dile a Salvador que ensille a *Selika*.

El benemérito jinete de caballos ajenos no se hizo de rogar y bajó al punto al picadero. Don Pedro dió un suspiro, hizo una seña al marqués de Tellería y al marqués de Onésimo, dos nobles subalternos, el uno de raza y el otro de administración, que observando la fisonomía del noble del dinero, parecían tributarle culto idolátrico, acatándole con

sus miradas e incensándole con sus aromáticos puros. Acercáronse entrambos: don Pedro bajó la voz, y, con entristecida cara, les comunicó un pensamiento, una noticia, un hecho. Así, trasegando la pena de su afligido corazón al corazón de los amigos, el digno prócer se sentía aliviado, respiraba con más desahogo, hasta podía soltar un chascarrillo y reír con aquella carcajada congestiva que oímos por primera vez en la casa de baños.

—¡Qué vida esta!... ¡Qué alternativas, qué inesperadas peripecias!... Luego, ¡esta pícara tendencia del corazón humano a exagerar las penas, pintándoselas como irremediables!...

Onésimo se quedó estupefacto al oír el hecho referido por su insigne amigo. Creeríase que su cabeza, totalmente absorbida por las altas especulaciones bancarias y por la metafísica de hacer empréstitos, no comprendía aquel hecho vulgar. El de Tellería se llenó de alborozo oyendo palabras tristes que salían de los labios de Fúcar, y tuvo una idea propia, una idea felicísima. Acariciábala en su mente, contemplando con los ojos del cuerpo las pinturas decorativas del comedor de familia, en cuyas paredes se veía representado un verdadero diluvio de animales muertos, perdices, liebres, ciervos, cangrejos, y otro diluvio de frutas, berzas, pepinos y mariposas. El roble tallado también ofrecía medallones de cacería, bocas tocando trompetas venatorias, perros corriendo, manojos de perdices y mil representaciones diversas del reino alimenticio, de tal modo, que el comedor parecía el palacio de la indigestión.

VI

EL CLÉRIGO MIENTE Y EL GALLO CANTA

Cuando María Egipcíaca vió que entraba en su cuarto el padre Paoletti lanzó un grito de alegría. Le miró con cariño, posó después los dulces ojos en León, expresándole su gratitud por aquella fineza matrimonial que rayaba en lo sublime, y alargó una mano a cada uno. Aquel movimiento tan natural en ella, y que no fué acompañado de ninguna observación, era la cifra de su vida, y aún podría ser la síntesis de este libro en lo que a la dama se refiere. Los dos le preguntaron a un tiempo que qué tal se encontraba, y con una sola respuesta satisfizo a entrambos.

—Me parece que estoy mucho mejor. Me siento con ánimos...

León le dió una palmada en el hombro, diciéndole:

—Ahora... yo me retiro.

—No, no, no...—declaró, con gran presteza el padre Paoletti, que se había sentado a la izquierda de la cama—. Doña María y yo no vamos a hablar de cosas de conciencia... El médico nos ha dicho que su estado no es ni bastante grave para acudir con premura a la salvación del alma, ni bastante lisonjero para poder platicar extensamente sobre temas espirituales que, por lo mismo que son dulcísimos y preciosísimos, fatigan la atención. Departiremos un poco los tres..., sí, señor, los tres..., y a su debido tiempo, cuando esa cabeza esté más serena, mi ilustre hija espiritual y yo nos secretearemos un poco.

La sonrisa con que concluyó el discursillo comunicóse a María, que la reprodujo como reproduce la mar el color del cielo. Era Paoletti, como se ve, un hombre afable, meloso, de palabra sencilla, insinuante, de apariencia modesta y seductora en una pieza, por la reunión feliz de una figura simpática y de la voz más clara, más argentina, más conmovedora que se ha oído jamás. Era su acento dulce y firme a un tiempo, formado del misterioso himeneo de dos notas que parecen antitéticas: la precisión y la vaguedad. Los resabios del decir italiano, atenuados por el largo uso de nuestra lengua, daban a ésta en su boca como un son quejumbroso que hacía resaltar más los matices vivos y el enérgico juego de consonantes del idioma español. Conocedor de su destreza para instrumento tan primoroso, se esmeraba en manejarlo, corrigiendo los pequeños defectos y concordando la idea con la palabra y la palabra con la voz de un modo perfecto. El uso de superlativos dulzones hacía un poco empalagoso su estilo.

Mientras hablaba ponía también en ejercicio la singular luz, la expresión activa de sus ojos, cuyas múltiples maneras de mirar, que podrían llamarse fases, añadían y como redondeaban el lenguaje oral. De sus ojos podía decirse

que eran la prolongación de la palabra, pues llegaban a donde no podía llegar la voz. Eran a ésta lo que la música es a la poesía. Indudablemente, había algo de estudio en el extraordinario empleo de estas cualidades; pero la principal causa de ellas eran un don ingénito, y la dilatada práctica de bucear en conciencias y de leer en rostros con esfuerzos de agudeza y persuasión, y el usar artificio de ojeadas y reclamos de inflexiones dulces para descubrir secretos.

—Según el parecer de ese sabio médico—dijo—, nuestra dulcísima amiga se restablecerá pronto. Ha sido esto una crisis nerviosa que va pasando, y pronto volverá la calma primera. Estamos sujetos al traidor influjo de las bruscas impresiones morales que desatan tempestades en nuestra alma, sin que nuestra razón flaquísima lo pueda evitar. El demonio, siempre vigilante, la nefanda carne rara vez sometida por entero, se amotinan y nos acometen, cogiéndonos de sorpresa. Aquí es el desvarío de los sentidos, que no abultan, sino que desfiguran las cosas; aquí el encenderse de la fantasía, que va a donde nunca debe ir, y todo lo ve de aquel color de sangre y fuego de que ella está vestida. El espíritu sucumbe, aterrado por una apariencia vana, por una apariencia vana, querida amiga. Después viene el reposo, casi siempre después de un gran desorden físico, y se ven las cosas claras, se ve que no había motivo para tanto, que se hizo demasiado caso de la maledicencia, quizá de la calumnia; que se vieron fantasmas, sí, fantasmas... ¡Oh!, ya hablaremos de esto, mi querida amiga... Ahora procure usted reponerse pronto y llevar su alma a un estado suavísimo... Y me parece que está usted muy bien alojada en esta casita. Tuvo buena elección su señor esposo al tomar tan tranquila vivienda. A mí me gusta mucho Carabanchel... Doña María, cuando usted pueda levantarse, y su esposo la saque a paseo, porque la sacará a paseo, ¿no es verdad?, verá usted qué trigos tan hermosos hay por estos campos... Luego esto es una bendición para las gallinas: no da uno un paso sin tropezar con una bandada de estos animales humildísimos. Y basta de sermón por hoy, señora mía. Empecé por el alma y acabo por las gallinas. ¿Qué tal?

En este momento oyóse cantar un gallo.

—Es el gallo de San Pedro—dijo Paoletti aparte a León.

Y, volviendo rápidamente los ojos a su amigo, añadió:

—Empecé hablando del alma y concluí haciéndome cargo de las aves que hay en este pueblo. En otra ocasión empezaremos por el corral y acabaremos por el cielo... Con Dios.

—¿Pero se va usted?—dijo María con verdadera aflicción.

—Me pasearé por estos contornos, iré a comer y volveré luego.

—¡Oh, no! De ninguna manera—manifestó León—. Comerá usted aquí.

—Gracias, gracias. Señora doña María—dijo Paoletti, inclinándose ante la enferma con mundana cortesía y riendo con familiaridad—, su marido de usted es muy amable... No lo había visto desde aquellos días tristes en que subió al cielo nuestro amadísimo Luis. He tenido mucho gusto de verle hoy.

María miraba a su marido, vacilando entre la benignidad y el enojo.

—¿Sabe usted, mi buena amiga—añadió el clérigo—, que hoy he descubierto una cosa por las vías más extraordinarias y más inesperadas?

—¿Qué?—preguntó la dama con gran curiosidad.

—Ya hablaremos de eso... No quiero incomodar.

—Dígamelo usted—insistió María, con el tono mimoso que emplean los niños cuando piden una cosa que no quieren darles.

—Pues he descubierto—prosiguió el italiano, bajando más la voz y fingiendo que no quería ser oído de León Roch—, pues he descubierto que su marido de usted es mejor de lo que parece: que todo cuanto le dijeron a usted..., ya sé que fueron allá con mil cuentos la de San Salomó y doña Milagros..., es un puro error, equivocación... Me consta, ¿lo oye usted?..., me consta que no hay tales infidelidades...

En los ojos de María brillaban con viva luz la ansiedad y el orgullo. Aquellas palabras, que en tal boca sonaban para ella como el mismo Evangelio, eran en su turbado espíritu cual bálsamo dulce aplicado por las propias manos de los

ángeles. Se sentía saliendo de un negro abismo a la clara luz y al grato ambiente de un hermoso día. Aunque más tarde debía venir la reflexión a aquilatar el valor de tales afirmaciones, por de pronto, las palabras del clérigo hicieron rápido efecto en su credulidad de penitente. Si Paoletti le dijera que en aquel momento era de noche, antes creyera en el error de sus ojos que en la verdad de la luz del día. Sin saber qué decir, ni cómo expresar su gozo, miraba al padre y al esposo, y las manos de ambos estrechaba.

—Sí, mi querida amiga—añadió Paoletti—, no hay motivo para pensar en tales infidelidades, y este hombre...

Volvióse a oír el canto del gallo, y el clérigo suspendió su frase cual si le faltara la voz. Recobróla al variar de asunto, y dijo:

—Conque, amiguita, a ponerse buena pronto... ¡Ah, qué función tan linda se perdió usted ayer!... Cuando vuelva usted por allá le enseñaremos las estampas que hemos recibido... Tenemos agua de Lourdes fresquecita... ¡Cuánto hemos echado de menos a nuestra doña María! ¡Ah!, se me olvidaba: ya nos comimos el chocolate... Se le dan gracias cordialísimas a nuestra protectora en nombre de todos los de casa.

—Si no vale nada... ¡Por Dios!

—Doña Perfecta se ha enojado con nosotros porque no quisimos admitir su donativo... Angelical señora es doña Perfecta. ¡Qué alma tan pura! Pues ¿y la pobre doña Juana? Anoche nos mareó de lo lindo y hasta nos llamó déspotas porque hemos prohibido a la mujer del portero que le haga el café a ella y a las demás devotas madrugadoras que van a comulgar muy de mañana y quieren desayunarse en seguida. Francamente, la portería parece algunos domingos un restaurante.

A esta sazón entró el médico, diciendo:

—Mucha, mucha conversación hay aquí... Si tendré yo que venir, como un maestro de escuela, con una caña en la mano, a mandar callar...

—Yo..., punto en boca. Creo que he hablado más de la cuenta—indicó el confesor—, y me voy a dar una vuelta por ahí.

Llevando a León al hueco de la ventana, le dijo:

—¿Qué tal?

—Bien—replicó León, admirando la habilidad histriónica del padre.

Oyóse otra vez el canto del gallo.

—He negado a mi Dios, he fallado a la verdad—dijo Paoletti con sonrisa que parecía reprensión—. Si ese gallo sigue avisándome con su voz que parece venir del cielo, no tendré fuerzas para hacer traición a mi Maestro.

—Es caridad. Los gallos no entienden de esto.

—Ella y Dios me lo perdonarán. Como no la he engañado nunca, como de mis labios no ha oído jamás palabras que no fueran la misma verdad, me cree como al Evangelio.

León meditó un momento sobre esta última frase, que despertaba en él añejos dolores.

El médico hizo en voz alta lisonjeros vaticinios sobre la enfermedad.

—¿Oye usted lo que afirma el facultativo?—dijo el confesor, hablando aparte con el marido—. Albricias, querido caballero: ya se puede asegurar que *nos* vive doña María.

Aquel plural, dicho y repetido naturalmente y sin malicia, era el más cruel sarcasmo que León escuchara de labios humanos en toda su vida. Había visto con gusto la milagrosa virtud terapéutica de los consuelos del padre en la desgraciada María; pero aquella familiaridad del clérigo con su penitente, aunque encerrada dentro de la pudibunda esfera de las relaciones espirituales, le repugnaba en extremo. Fué aquél un momento de los más tristes para su espíritu, porque vió cara a cara la fuerza abrumadora con que había querido luchar durante los batalladores años de su matrimonio. Se entristecía y se avergonzaba. ¡Ay! El divorcio moral de que repetidas veces habló, y que, según él, estaba ya consumado, no fué completo y radical hasta aquel momento. Hasta entonces quedaba la estimación, quedaba el respeto; pero ya estos tenues hilos parecían, si no rotos, tan tirantes, que pronto, muy pronto, se romperían también.

Ocultando lo que en sí pasaba, se acercó a su mujer, y le dijo:

—El señor Paoletti y yo vamos a tomar alguna cosa... Rafaela te acompañará mientras volvemos.

—¡Oh! Sí..., almorzad, almorzad... —replicó María alegremente y dulcifi-

cando su mirada—. Pero no tardes; quiero verte..., quiero hablarte... No olvides que tu deber es acompañarme, no separarte de mí ni un solo momento... Ahora que te cogemos a propósito, verás qué reprimendas y qué sobas te vamos a dar el padre Paoletti y yo. Te veo ya acobardado y humillado... ¡Pobre hombre!... ¡Desgraciado ateo! Pero no tardes: quiero verte... Mira... Esta noche pones ese sofá aquí, junto a mi cama, para que duermas a mi lado... Así dormiré yo mejor, y si sueño algún disparate, con alargar la mano y tocarte me tranquilizaré.

—Bien. Haré todo lo que deseas—dijo el esposo con la vacilación en la mente y el hielo en el corazón.

—¡Ah!—prosiguió María, reteniéndole por la manga—, dispón que me traigan hoy mismo mi rosario, el crucifijo y todos mis libros de rezo que están sobre la mesa de mi cuarto; todos, todos los libros, y el agua de Lourdes, y mis reliquias, mis adoradas reliquias.

—Rafaela irá esta tarde a Madrid y te traerá todo.

—¡Cómo se conoce que estoy en el cuarto de un ateo!—observó la enferma, tomando de súbito el tono impertinente, que no había desaparecido en ella sino ante la atroz quemadura de los celos—. No hay aquí ni un solo cuadro religioso, ni una imagen, nada que nos indique que somos cristianos... Pero ve a almorzar, ve a almorzar. El buen padre estará en ayunas..., ¡pobrecito! Dale lo mejor que haya, ¿entiendes?, lo mejor. Reconoce tu gran inferioridad; humíllate, hombre. Háblale de mí, háblale de mí, y aprenderás a apreciarme mejor.

Cuando León salía disimulando una sonrisa amarga, volvió a cantar el gallo.

VII

FUEGOS PARABÓLICOS

Luego que Fúcar entendió que pisaba los pavimentos de Suertebella la venerable planta del padre Paoletti, se apresuró a ofrecerle palacio, mesa, servidumbre, coches, capilla, obras de arte. Creeríase que don Pedro era poseedor de toda la creación, según la facundia y liberalidad con que todo lo brindaba para goce y dicha de la Humanidad menesterosa. Y arqueándose cuanto lo consentía su crasa majestad, manifestaba con reverencias y cortesías cuán inferiores son las riquezas y esplendores del mundo a la humildad de un simple religioso, sin otra gala que su sotana ni más palacio que su celda.

Paoletti, que era entendidísimo en artes bellas y aun en las suntuarias, elogió mucho la riqueza de Suertebella, dando así propicia coyuntura al marqués para que gustara su satisfacción predilecta, que era enseñar el palacio, sala tras sala, sirviendo él de cicerone... Largo rato duró la excursión que a marear bastaría la más sólida cabeza, por la heterogénea reunión de cosas bonitas que contenían aquellos pintorreados muros. Paoletti lo admiraba todo con comedimiento, demostrando ser hombre muy conocedor de museos y colecciones. El marqués de Fúcar, que parecía la gacetilla de un periódico, según prodigaba sus elogios a las obras medianas o malas, solía apuntar el precio de algunos objetos, bien cuadritos tomados a Goupil, bien porcelanas adquiridas en el martillo de la calle Drouot, y que eran hábiles imitaciones.

—Y aquí me tiene usted aburrido, completamente aburrido entre tantas obras de mérito—decía, encarándose con Paoletti y cruzando las manos en actitud ascética—. Soy esclavo del bienestar, mi querido padre. Parece que no, y ésta es la esclavitud más odiosa. ¡Cuánto envidio a los que viven tranquilos, con esa libertad, con esa independencia que da la pobreza, sin los afanes del trabajo, sin conocer otro banquete que el que cabe dentro de una escudilla, ni más palacio que cualquier celda, choza o agujero!...

—¡Oh!, querido señor mío—manifestó el italiano riendo y llevándose la mano a la boca para ocultar urbanamente un bostezo—, pues no hay nada más fácil que realizar ese deseo... ¡Ser pobre! Cuando oigo a los mendigos expresar deseos de ser millonarios, me río y suspiro; pero cuando oigo a los ricos hablar de la cabañita de un palmo de tierra en que descansar los huesos, les digo lo que me permito decir a usted en este momento: ¿Por qué no se va el señor marqués a las ermitas de Córdoba? ¿Por qué no cambia Suertebella por una celda de cartujo?...

Y concluyó la observación como la había empezado, con francas risas. Otra vez bostezó, haciendo pantalla de su blanca mano para cubrir la boca.

—Eso..., dicho así—repuso Fúcar riendo también—, parece fácil...; pero... ¿y las cadenas sociales..., y el yugo de la patria, que no quiere desprenderse de sus hijos más útiles?... Ahora caigo... ¡Qué descuido el mío! Es muy tarde, y usted no ha almorzado.

—¡Oh!, no importa... Deje usted.

—¿Cómo que no importa? Puede ser que aún esté ese bendito cuerpo...

—Con el triste chocolate nada más. Pero es un cuerpo de misionero y sabe resistir.

—León, León—dijo don Pedro llamando a su amigo, que en aquel momento pasaba por la pieza inmediata—, voy a mandar que os sirvan el almuerzo en la sala de Himeneo. No querrás alejarte mucho de tu mujer... Y usted, señor Paoletti, no gustará del bullicio del comedor. Ahora están almorzando todos los que han venido últimamente... ¡Bautista, Philidor!

Dando voces a los criados españoles y al maestresala francés, el marqués hacía correr a sus fieles servidores de un aposento a otro. La multiplicidad y premura de los servicios eran causa de que se sintieran crujir los finos pisos de madera y de que se oyera por todas partes el tintilín de botellas y copas transportadas en enormes bandejas, y el claqueteo de los platos, rumor tan grato al cortesano hambriento. Olores de guisotes y frituras recorrían los largos pasillos y las grandiosas salas, como corre el incienso por los templos de capilla en capilla.

La sala de Himeneo, llamada así porque en el centro de ella había un grupo representando la idea del matrimonio en un abrazo de mármol, estaba próxima a la habitación que llamaremos de María Egipcíaca, pero no junto a ella. Una mesa fué traída al punto. León y el padre Paoletti almorzaban.

—*Consommé*—dijo León, sirviendo a su comensal una buena porción del rico caldo—. Esto le conviene a usted.

—Estoy pensando, querido señor—dijo Paoletti, después que con las primeras cucharadas puso remedio a la gran debilidad que sentía—, que en toda mi vida, que no es corta ni carece de lances extraños, he visto un cuadro como el que en este momento presenciamos los dos.

—¿Cuál es el cuadro?

—Nosotros... Usted y yo comiendo juntos. Ningún suceso es obra del acaso. Sabe Dios a qué plan divino obedecerá esta peregrinísima reunión nuestra. ¿Qué grandes mudanzas en los órdenes más altos nos trae a veces el encuentro, al parecer fortuito, de dos personas? Reflexiona usted, querido señor: a veces una meditación breve, una observación pasajera, dan al alma claridad vivísima, y entonces... No, no, gracias; no me dé usted cosas picantes ni nada de estas fruslerías de la cocina moderna... ¿Ha meditado usted?

—¿Quiere usted vino?—dijo León, poco inclinado a seguir al padre por el campo de sus observaciones.

—No lo pruebo jamás. Déme usted agua pura, y Dios le pague su amabilidad... Cualquier tonto que juntos nos viera me criticaría a mí o le criticaría a usted... «Miren el padrazo haciéndose mieles con el liberal», dirían; o: «Miren al incrédulo partiendo un confite con el clerizonte...», sin comprender que, aunque coman juntos un poco de pan y carne, la verdad no transige nunca con el error, ni el error perdona jamás a su enemiga la verdad... ¿Fresa? Jamás la pruebo... Porque la vergüenza del error es la verdad, por lo cual huye de ella, se esconde y se ciega con imaginaciones suyas, o bien se tapa los oídos con el bulliciosísimo estruendo del mundo... Pero ¿no come usted?

—No tengo apetito.

Paoletti almorzaba poco. León casi nada. Clavando en éste sus ojos, llenos de expresión, el italiano le dijo con patético acento.

—Señor don León, la persona que conozco en todo el mundo más digna de lástima es usted... Nuestra pobre doña María no es digna de lástima, no, sino de admiración. Muerta, entrará en la región de los bienaventurados, ornada de diversas coronas, entre ellas la del martirio; viva, será ejemplo de mujeres superiores. Es un delicado lirio que en sí reúne la hermosura, la pureza y el aroma.

—Era, sí, un delicado lirio—dijo León, pálido y con nervioso temblor en su lengua, en sus ojos, en sus facciones todas—, un lirio que convidaba con su pu-

reza y su aroma al amor cristiano, a los honestos goces de la vida...

—Pero juntóse al cardo...

—No... Vino el hipopótamo y lo tronchó con su horrible planta.

Los ojos del padre se multiplicaron.

—Es un tesoro de las más altas prendas.

—Era un tesoro de las más altas prendas—afirmó León, haciendo un nudo en la servilleta y apretándolo fuertemente—, mezcladas con pasiones toscas, una naturaleza al mismo tiempo contemplativa y sensual.

—Vino la mano depuradora y apartó la escoria...

—Vino la helada mano y, arrojando fuera los diamantes, no dejó más que la pedrería falsa.

—¿Por qué se descuidó el joyero?

—Cuando los ladrones no entran por la puerta, sino por mina subterránea, el joyero no tiene noticia de ellos hasta que no le falta la joya. Me quitaron el amor, la generosidad, la confianza; no me dejaron más que el deber frío, la corrección moral en lo externo. Era una fuente cristalina: secaron el manantial, se estancó el agua, y cuando fué a beber, no hallé más que el sedimento impuro. Corriendo, corriendo siempre, aquella agua, que amargaba un poco, se habría dulcificado; pero no la dejaron correr, la encerraron en un charco...

—Dulce y por extremo rica era y es aquella agua, querido señor—dijo Paoletti con expresión seráfica—; agua mística, agua suavísima, regaladísima, que es la esencia del alma misma, el amor divino. Cuando esta agua corre en el mundo, justo es que Dios se la beba y arroje el vaso.

—Es lo que me han dejado, el vaso.

—El vaso de oro, que es lo que apetece la concupiscencia del joyero sin fe. El desgraciado esclavo de la materia para nada necesita del agua riquísima. Su sed no se aplaca con amores del agua; su sed no es más que un forma de avaricia, y se sacia con la posesión del oro del vaso, con la hermosura corporal.

—Para el que no conoce el amor sino por el pecado, para el que no siente el amor, sino que solamente lo oye, recibiendo aquí—y señaló la oreja—los secretos de los que aman, la vida del corazón es un misterio incomprensible. El no ve más que deberes cumplidos o faltas cometidas. Esto es mucho, pero no es todo. El que no ha bebido jamás, sólo concibe el gusto insípido del misticismo o el amargor del pecado.

—El que no ha bebido jamás y, sin embargo, no está sediento, puede, por la preciosa facultad de asimilación, que es uno de los más hermosos dones de nuestra alma, penetrarse bien de todas las suertes del verdadero amor, desde el más noble al más impuro. El que todo lo sabe, todo lo siente... ¡Oh! Usted, que así nos vitupera, habría podido tener amigos en los que cree enemigos, y leales pacificadores de su matrimonio en los que cree perturbadores de él.

—Rechazo, detesto esa colaboración.

—¿Con qué derecho acusa el que por sí ha roto todos los lazos? Sólo la circunstancia de considerarse fuera de la Iglesia quita a ciertos hombres el derecho a quejarse de los inconvenientes de un lazo que es por sí religioso. «Yo no quiero religión—dicen—, yo la abomino, yo la echo de mí; no permito a la Fe que se defienda de mis ataques ni que reclame lo suyo.»

—Lo que no quiero que reclame es lo mío, lo humano.

—Lo humano es una cómoda puertecilla para que mi hombre se escape a la infidelidad, al adulterio, dejando a la pobre mártir sola y sin amparo.

—Lo divino pone a la pobre mártir bajo el amparo de los bebedores de agua espiritual.

—¡Qué sería de ella si así no fuese!... ¡Pobre alma destinada a pudrirse al contacto de un alma corrompida!

—No de corromperla, sino de salvarla, traté yo con la persuasión, con el cariño casi siempre, a veces con la autoridad, hasta con la tiranía...

—¡Lo confiesa!... ¡Confiesa su despotismo!

—Este no llegó a donde podría haber llegado en manos comunes. Algunos apalean, yo solamente prohibí... Mis prohibiciones eran a cada instante violadas... Imposible persistir en ellas sin llegar a un extremo horrible.

—Y la paloma se ha escapado de las garras del cernícalo—dijo prontamente y con cierta ironía meliflua Paoletti.

—Sí, para caer en las del vampiro que me chupaba la savia de mi vida... Yo enseñaba a mi tesoro a creer en mí, y fuera le enseñaron a aborrecerme... Nun-

ca combatí sus creencias ni me opuse a que tuviera un confesor discreto; pero sus amistades espirituales me repugnaban. Mi enemigo no era un hombre, sino un ejército que, llamándose celestial, se hacía formidable, teniendo por colaboradores a los santos y a los tísicos que se creían santos. Yo traté de luchar en las tinieblas; pero en las tinieblas me despedazaban. Un acto hipócrita como el que a muchos débiles ha salvado, me habría salvado tal vez a mí. Ella, la pobre ilusa vendida al misticismo por la promesa de goces celestiales, me traía condiciones de paz. ¡Cosa fácil, según ella! «Humilla tu incredulidad loca; ven a nuestro campo», me decía. ¡Eso quisieran! No compraré la paz de mi casa con la impostura, ni encadenaré con fe mentirosa un corazón que se me escapa. No añadiré con mi persona una figura al escuadrón de hipócritas que forma la parte más visible de la sociedad contemporánea... Pasa el tiempo, sigue la lucha. Mi entereza exaspera a los maestros espirituales de mi mujer, ministros de la intrusión y del abuso religioso. Pero ¿qué me importa? Prefiero ser infame a sus ojos a serlo a los míos.

—El que teme miradas que no son las de Dios, no debe hablar de estas cosas.

—Si no se le permite hablar, ¿qué se le permite? Es un desgraciado a quien se le viene encima una montaña. ¿Ni siquiera se le consiente gemir cuando es aplastado?

—Alce las manos si puede y contenga el peñasco.

—No puede, no puede; pesa como los siglos y está formado de los huesos de cien generaciones.

—¡Pobre insecto!... Aseguro a usted que nada me inspira tanta lástima como un filósofo... Por mi parte, quisiera que me expresase usted con toda franqueza los sentimientos que le inspiro...

—¿Con toda franqueza?

—Con toda franqueza, sin omitir palabra dura.

—Cuando viene el turbión y me azota y me derriba, ¿qué he de pensar de aquella fuerza enorme? ¿Puedo detenerla, puedo castigarla, puedo ni siquiera injuriarla? ¿Qué decir contra ella, ni cómo defenderme, si, con ser tan formidable, no es más que aire?

—Querido señor—dijo Paoletti, cruzándose las manos compungidamente sobre el pecho—, este humilde clérigo ultrajado le compadece a usted y le perdona.

En seguida oyéronse los pasos largos y duros del clérigo, que, golpeando el suelo con sus pies de plomo, dirigíase a la estancia de la enferma.

VIII

SORBETE, JAMÓN, CIGARROS, PAJARETE

La noticia de la mejoría, volando de aposento en aposento y llegando hasta el picadero, donde estaba Polito; hasta la estufa, donde los marqueses de Tellería y de Onésimo examinaban las piñas exóticas, haciendo discretísimas apreciaciones sobre los progresos de la aclimatación—de lo cual debía resultar con el tiempo, según don Joaquín, un gran aumento en la materia imponible—; llegando también hasta la pajarera, donde estaba Milagros encantada con el piar de las aves pequeñas, que era un recreo muy de su gusto, esparció el júbilo por todas partes. Además de los Tellería, mucha y diversa gente acudió a enterarse, y algunos aceptaban los aparatosos obsequios de Fúcar. Los más cumplían dejando tarjeta; las amigas íntimas quedábanse un rato, para consolar a Milagros, que, después de dar una vuelta por el jardín, había entrado bastante tarde y daba descanso a su fatigada persona en un sofá de la sala japonesa. Entre ídolos y jarros de color de chocolate, exhalaba sus quejas y suspiros.

—Ahora no se opondrá ese troglodita a que yo vea a mi hija. ¡Pchs!

Un lacayo que pasaba con servicio de copas y licores se detuvo al llamamiento

—Tráigame usted un helado.

—¿De qué lo quiere la señora?

—De piña, si hay; si no, de plátano... Pilar, ¿no tomas nada?

—¡Si acabo de tomar dulce de coco, *plumpund ding*, jerez y no sé qué más! Ese bendito marqués de los adoquines quiere vengarse de mis burlas matándome de empacho. Se empeña en que me quede a comer aquí, en que pasee en sus caballos y en sus coches, en que me lleve todas las rosas... Si ya sabemos, señor tratante en blancos, que tiene usted buen cocinero, buenos caballos, un gran jardinero y muchos muñecos de baratillo. El cocinero vale poco. Es un marmi-

toncillo que estaba en París en los Trois Frères Provenceaux... Francamente, me carga lo que no es decible este palacio de similor, tan semejante a una prendería... Parece una gran librea recargada de galones... Pero, querida Milagros, ¿sabe usted que estamos aquí haciendo un papel lucido? ¿Entramos en la alcoba de María? ¿Habrá reconciliación por ahora?

Los ojos de la marquesa se iluminaron como la luz de los faros giratorios cuando les llega el momento de crecer. Después se apagaron los ojos, mientras los labios decían:

—¡Reconciliación! ¡Oh! ¡Desgraciadamente, no la habrá!

—Y Pepa, ¿dónde está?

—En Madrid.

—Sería una desfachatez que se presentase en Suertebella. Todavía no me explico por qué está aquí María.

—Mi pobre hija fué acometida de un violento ataque. Hallábase en un caserón sin muebles, sin camas, sin recursos. El marqués de Fúcar la hizo trasladar aquí. ¡Cuánto le agradecemos su bondad!... Pero mi bendito yerno... No puedo contenerme: voy a decirle cuatro verdades... ¡Ah!, el sorbete.

Habíase levantado la dama con ciertos ademanes de femenil fiereza; pero se sosegó, volviendo a su primer asiento entre ídolos y jarrones para embaular el sorbetillo en las profundidades inconsolables de su ser afligido. Polito había vuelto al billar, donde jugaba a carambolas con su amigo Perico Nules.

—¡Eh!..., *Philidor*...—gritó de improviso, mascullando el tarugo de aspirar brea—. Haga usted el favor de mandar que me traigan un poco de jamón en dulce y una copa...

—¿De jerez?

Vaciló, rascándose la barba rala.

—No..., que me irrita... De Chateau Iquem. Si yo pudiera dejar la maldita brea...; pero no, no puedo dejarla, porque me ahogo... ¡Eh!, un momento, *mon cher Philidor*... A éste tráigale usted también jamón en dulce o lengua escarlata y pajarete.

Cuando se quedaron solos, Polito se llevó los dedos a la boca y dijo a su amigo:

—*¿Smoking?*...

—¿Fumar? Pues fumemos—dijo el otro sacando su petaca.

—Hombre, no... Mira, allí está la caja... Toda la Vuelta Abajo la tenemos en casa.

Bastoneando con los tacos, fueron derechos a una caja de tabacos que con su incitante olor revelaba el aristocrático abolengo de los vegueros que entre sus tablas de cedro tenía.

—¡Buenos cigarros, buenos!

—Mira, chico, aquí viene bien aquello de «lo que es de España...» Hagamos provisiones.

—Hombre, es demasiado—dijo Perico Nules, algo escandalizado de aquella incautación.

—No seamos panolis... Digamos como Raoul: *chascun per se*...

Cantando a Meyerbeer, cada nota disminuía de un modo deplorable la riqueza tabaquina del marqués de Fúcar.

—Verdaderamente, ¿qué es esto que vemos, que tocamos, que fumamos?—dijo Nules, encendiendo una cerilla—. ¿Qué recinto es éste, espléndido y rico? Este salón lujoso ¿qué es? Los ricos alicatados árabes de esta sala, el caballo en que has paseado esta tarde, las piñas de la estufa; los cuadros, las flores, los tapices, los vasos, ¿qué son? Pues son el jugo, la savia, la esencia de nuestro país, de nuestra amada patria..., ¿tú te enteras?, y como las cosas sacadas de su centro natural por malos caminos tienen que volver a su natural centro temprano o tarde, bien así como los seres orgánicos se asimilan por el alimento aquello mismo que pierden por el uso de la vida, resulta que...

Trajeron el jamón, y la presencia del lacayo obligóles a guardar silencio.

—Y como nosotros somos el país o parte del país...—dijo Leopoldo.

—El país recobra lo que le pertenece —añadió Nules, arremetiendo al plato.

Aquel humorístico joven era el mismo que había hecho, según crónicas fidedignas, la interpretación profana y maliciosa de las pinturas y letreros de la capilla.

—La riqueza, querido Polo—dijo, escanciando el pajarete—, es un círculo, ¿te enteras bien?, es un círculo...; sale y vuelve al punto de partida... El Estado saca a mi padre por contribución la mitad de sus rentas de Jerez; Fúcar le saca al Tesoro, en el feliz instante de un empréstito, la contribución de seis meses, y yo me bebo el vino de Fúcar y le fumo sus cigarros, con lo cual sa-

tisfago una necesidad que mi padre no pudo satisfacerme por causa de aquella maldita contribución. ¿Tú te enteras de este círculo infinito?... Todavía quedan algunos cigarros en la caja. Esos se los fumarán los criados.

—No lo consiento, *pietoso ciel!*—dijo Leopoldo—. No faltaba más..., *in tal periglio stremo*...

—¡Oh feliz encuentro!—exclamó Nules mirando al parque por la ventana—. Ahí están las de Villa-Bojío, madre y cándidas hijas.

Leopoldo se asomó para ver a las damas que del landó bajaban junto a la escalinata, y su corazón se movió en pecho con trabajoso palpitar, así como la pepita de una avellana medio seca que tiembla en las ramas agitadas por el temporal.

—Convidémoslas a dar un paseo en coche—dijo Nules.

—Sí, que enganchen. *Attlez!... Philidor!...*—gritó Leopoldo—. Pero vamos a recibirlas.

—Las llevaremos a dar un paseo a Leganés.

—No hay nada que ver.

—Hombre, los locos.

IX

TAMBIÉN YO... DESPEINO

Los progresos en la mejoría de la pobre santa y mártir siguieron por la tarde; pero al anochecer cesaron. Sintió María dolor de cabeza, vértigos, y se amparó de ella la tristeza. Paoletti la había acompañado gran parte del día, hablando muy poco y de cosas sin sustancia. León pasaba largos ratos a su lado.

—Oye—le dijo María—, no sé si es cosa de mi imaginación, algo extraviada por la fiebre, o engaño de mis sentidos; pero ello es que siento...

—¿Qué?

—Como si por ahí, no sé por dónde, anduviera mucha gente... Creo oír como tropel de criados y ruido de platos, y hasta me parece que siento olores de comida que me repugnan.

León quiso arrancarle aquellas ideas, mas no lo consiguió. Sólo se quedó tranquila cuando Paoletti, que era para ella la verdad misma, le dijo:

—Mi buena amiga, esos ruidos y esos olores, quizá sean pura aprensión.

Esta vez no cantó el gallo.

—Deseo rezar—dijo María—. Pero no te vayas, León, no te vayas. Supongo que, viéndome enferma, no te reirás interiormente de mí porque rece. Quiero que me oigas y que te estés callado oyéndome, porque ésa es tu obligación. El que no cree, oye y calla... Pero no: no te separes, no...

—¡Si estoy aquí!

—Siéntate, y no mires al suelo, sino a mí. Mi padre y yo rezaremos, y tú..., ahí, ahí quieto. Cada palabras nuestra será un latigazo...; pero tú quieto ahí, sin moverte, mirándome..., aquí..., de modo que yo te vea bien...

Y sujetándole la mano, echábale miradas amorosas.

—No debes rezar—le dijo León—. Nuestro amigo el señor Paoletti rezará... Pon atención y no te fatigues.

—Bueno—dijo María, tomando de debajo de la almohada una medalla que le había traído Rafaela—. Ahora hazme el favor de besar esa medalla.

León la besó, no una, sino muchas veces. María la besó luego, diciendo:

—¡Madre mía, salva a mi ateo, y si él no quiere salvarse, sálvame a mí, y mientras viva consérvamele fiel!

Sin quererlo, se pintó a sí misma en esta breve plegaria. La síntesis de su pensamiento era: «Que yo me salve, aunque para salvarme tenga que hacer pedazos la ley fundamental del matrimonio, y que mientras yo abandono lo humano para aspirar con ferviente anhelo a lo divino, mi marido, este hombre que la Iglesia me dió para mi regalo, me quiera mucho, muchísimo, guardándose muy bien de mirar a otra.» En una palabra: para ella, como poseedora de la verdad, grandes libertades; para él, como esclavo del error, todos los deberes.

La habitación se oscurecía lentamente, llenándose de tristeza fúnebre, en la cual no tenía poca parte el rezo cadencioso del diminuto clérigo. ¡Cosa por demás extraña! Aquella voz, tan armoniosa y dulce en la conversación corriente, tornábase un tanto áspera en la plañidera rutina de los paternóster y avemarías. Rafaela trajo luz a punto que se acababa el rezo, y con esto y con la transición del sonsonete al tono agradable del diálogo, se creería pasar de una

región sepulcral a una esfera de vida. Paoletti, después de charlar jovialmente con su ilustre hija espiritual, se despidió hasta el siguiente día. Cuando León, atento a las conveniencias, le acompañaba hasta la sala de Himeneo, el clérigo le dijo con acritud:

—Quiera Dios, asegurándole la salud, que me sea permitido pronto mostrarle la pura verdad. Esta comedia comienza a dejar de ser caritativa.

León vió al sacerdote bajar con precaución la escalinata y meterse en el coche, y cuando éste rodaba por la fina arena del parque, se internó de nuevo en el palacio, diciendo para sí:

«¡La verdad! ¡La verdad! ¡Que la sepa y que viva! Ese es mi deseo.»

En el salón de tapices, llamado así porque contenía en sus paredes hermosa colección de aquellas obras de arte, cuyas gastadas tintas y pálidas figuras parecían representar una procesión de tísicos, había placentera tertulia. León no quiso asomar por allí y volvió al lado de su mujer. Nada ocurrió en la primera noche digno de ser referido, sino que el médico, no seguro aún del buen resultado, recomendó con más energía el reposo, y puso veto a los rezos y ejercicios místicos. Serían las diez cuando María, después de dormir un poco con fácil sueño, se mostró inquieta, inclinada a hablar más de la cuenta. León, obedeciendo a su mandato, había colocado un sofá junto a la cama, y en él trataba de descansar también. Pero María le hacía mil preguntas, hablándole de sí misma, de él y de los demás. Entonces oyó León repeticiones de las impertinentes homilías caseras que tanto le mortificaban en épocas anteriores: se oyó llamar ateo, empedernido materialista, enemigo de Dios, hombre lleno de orgullo y de pecado, si bien estas duras acusaciones eran suavizadas en el orden material por la hermosa mano de María, acariciando la barba del heterodoxo, dándole golpecitos a ratos, o cogiendo entre sus finos dedos la piel del cuello con tanta fuerza a veces, que se oía la voz del marido:

—¡Oh!, que me haces daño.

—Más mereces tú... Pero mucho te será perdonado si cumples tus deberes conmigo.

A esto sucedía larga pausa en que los dos parecían dormitar, y de pronto María despertaba sobresaltada y decía:

—Vamos a ver, marido, ¿cuál de nosotros dos vale más?

—Evidentemente, tú; eso no puede dudarse.

—Ayúdame a hacer memoria... ¿Es cierto que yo te dije que no te quería y que tú me dijiste también lo mismo?

León se quedó perplejo, sin saber qué contestar.

—No recuerdo nada—respondió al fin.

—¿Que no recuerdas?... ¿Lo habré soñado yo?

—Es que no recuerdo. Me he consagrado a cultivar el olvido.

—Pero te alejas de mí.

—Si no me muevo.

—Acércate más... aquí. ¡Qué pálido te has puesto!... ¡Qué ojeras tienes, querido!... Acércate más. Que tu cabecita esté cerca de mí.

Después de esta insinuación cariñosa se volvió a dormir, asiendo fuertemente por los cabellos cortos y rizados la hermosa cabeza de su esposo, como pintan al verdugo cogiendo la cabeza del ajusticiado para mostrarla al público. La luz de velar enfermos tenue, misteriosa, encerrada dentro de un cilindro de porcelana, a la cual daba transparencias de ópalo y madreperla, trazando además en el techo un gran círculo de claridad movediza, alumbraba lo bastante para ver los bultos y la indecisa silueta de los rostros. Todo lo oscurecía aquella luz, semejante a la que debe existir en el Limbo, convidando al sosiego y a un medio sueño parecido al estupor. León no velaba ni dormía: el cansancio le impedía lo primero, y la atormentadora idea no le dejaba llegar al reposo cuando caía lentamente en él. Ya muy avanzada la noche, creyó sentir ligero rumor en el cuarto; miró con asombro; no era posible que nadie entrara allí a tal hora. Quedóse helado de espanto cuando vió una sombra o fantasma que avanzaba con paso lento. Parecía un capricho óptico de la misteriosa luz encerrada en el vaso cilíndrico. Felizmente, León no podía creer en aparecidos. Quiso moverse para expulsar al intruso, a quien al punto reconoció como persona humana, pero no pudo. Estaba muy bien agarrado por los cabellos, y el más ligero movimiento habría despertado a su mujer, que dormía con sueño tran-

quilo. Extendió el brazo para decirle algo con el brazo, ya que no podía decirlo de otra manera; pero el fantasma no hacía caso; se acercaba más, se inclinaba hacia el lecho con cierta curiosidad parecida al pavor. León sintió el extraño envolvimiento, por decirlo así, de una mirada dolorosa. Su corazón latía y forcejeaba en el pecho, como un loco furioso dentro de su camisa de fuerza. Estaba indignado..., ¡no poder moverse para conjurar aquel peligro! Luego observó que el fantasma, y seguiremos dándole este nombre pueril, movía la cabeza, como quien reconviene o interroga. Después se alejó sin cautela, precipitadamente, haciendo más ruido que al entrar y dejando tras de sí un quejido como ráfaga de viento que pasa. María se despertó sobresaltada.

—¡León, León! Yo he visto...

—¿Qué?... No delires.

—Yo he visto..., sí, he oído... como el ruido de una falda de seda... corriendo.

—Sosiégate... Aquí no ha entrado nadie.

—Yo vi—repitió la enferma, llevándose las manos a los ojos—. Me pareció que una mujer salía por aquella puerta.

—Duérmete otra vez y no veas ni oigas lo que no existe.

—¿Está el padre Paoletti?

—¿Cómo ha de estar, hija? Son las doce de la noche. Vendrá mañana.

—¡Oh! Yo quiero que él me explique esto. El solo me lo puede explicar.

Después la dama se durmió, recogidas y puestas blandamente sobre el pecho las manos, con la cual dicho está que dejó libres los cabellos de su esposo. Este, imposibilitado ya de conciliar el sueño por las batallas de su ánimo, y porque creía sentir aún bullicio de persona viva en la habitación inmediata, levantóse del sofá con toda precaución y silencio, y andando de puntillas salió de la alcoba. Al llegar al aposento próximo, un ruido singular y que con ningún otro puede confundirse le indicó la precipitada fuga de una falda de seda. Siguió tras ella, pasando de sala en sala; pero la falda huía, como alimaña que se siente cazada y busca en la oscuridad su vivienda. Por último, en la sala llamada Incroyable o Increíble (de que se hablará luego), la fugitiva, cansada de correr, dió con su cuerpo en un sillón. Allí no había lámpara ni bujías; pero por un ancho tragaluz entraba la claridad del farol encendido toda la noche en el ángulo de uno de los grandes corredores del palacio. Alumbraba tan poco y un sí es no es románticamente, la sala Increíble, si no tenía claridad bastante para que en ella se pudiera leer, o mirar las estampas, o hacer un detenido estudio de las porcelanas allí colocadas, teníala para que se reconocieran las personas y aun se recrearan los rostros, si la ocasión lo exigía, en su contemplación muda.

Pepa Fúcar, pues no era otra la que allí fué como alma en pena, se inclinó sobre sí en el sillón, juntando la frente a las manos cruzadas y casi tocando con éstas a las rodillas. Entre gemidos pronunció estas palabras:

—Ya sé lo que vas a decirme, ya sé..., no digas nada.

—Por Dios... Tu imprudencia...—murmuró León en pie ante ella.

—No, no volveré más; no lo haré más... Ya sé que no tengo derecho a nada...; que mi destino es dolor y abandono..., siempre abandonada... Ya sé que no puedo quejarme, que no puedo pedir explicaciones, ni pedir nada, y que hasta el pensamiento amante me está prohibido.

León se sentó junto a ella. La dama no cesaba en aquel angustioso movimiento de su cabeza y sus manos cruzadas, inclinándose acompasadamente en dirección de las rodillas. Irguiéndose luego como quien se envalentona consigo mismo y domina su corazón pisoteándolo (también hirió el suelo alternativamente con ambos pies), secó sus lágrimas con las manos temblorosas, por no tener serenidad bastante para hacerlo con el pañuelo (y aun se puede asegurar que había perdido el pañuelo), dijo así:

—Estoy de más aquí... Tengo todos los sentimientos, pero me faltan todos los derechos... Soy una mujer sin honor. La esposa podría abofetearme y sería aplaudida... Adiós.

León le señalaba la salida sin decirle nada. Ella le miró con honda ternura. Rápidamente extendió hacia la cabeza del caballero su mano, a la cual la pasión daba energía formidable, hizo presa en los cabellos, tiró, trajo hacia sí la cabeza, obligando al cuerpo a una violenta inclinación; la puso sobre sus ro-

dillas, enredó por un instante en el cabello sus diez dedos... Machacó encima...

—También yo...—dijo, hablando como se habla cuando no se puede hablar—. También yo... despeino.

León se incorporó, vacilante entre la severidad y el perdón.

—Márchate—le dijo.

—Sí, adiós...—replicó ella alejándose—. No quiero deshonrarte más... Iré despacio. Mi pecho está oprimido. El llorar y el correr me ahogan... No me acompañes...

Abrió sigilosamente con llave falsa la puerta del museo pompeyano, la cual estaba en el ángulo de la sala Increíble, y desapareció en un recinto oscuro. León salió poco después por donde había entrado, regresando, como buen soldado, a su puesto de combate.

X

LATET ANGUIS

En la tarde precursora de aquella noche, la de San Salomó—a quien no hemos visto desde que en el salón japonés presenciaba el cuadro interesante de la marquesa de Tellería asimilándose un sorbete de piña—fué invitada por don Pedro Fúcar a visitar la estufa, echando al paso una ojeada a los caballos ingleses, poco ha traídos de un *harás* de Londres. *El tratante en blancos*, en noble que traía su abolengo, si no de batallas contra moros, de felicísimas contratas entre fieles cristianos, conocía muy bien la poca estimación que a Pilar inspiraba, y ganoso de conquistar adeptos, no satisfecho de haber rendido a sus pies la Administración y el agio de ambos mundos, abrumó a la marquesa con obsequios muy delicados. Además de mostrarle con especial diligencia las maravillas de Suertebella, le regaló algunas preciosidades de las que el palacio contenía, con la añadidura de flores vivas en tiestos de lujo, exóticas frutas, y para colmo de galantería, le dió también reliquias y objetos piadosos que en la capilla había. Con toda su habilidad cortesana no podía ocultar el prócer pecuniario que la pena le dominaba más cada día, y distrayéndose a menudo, echaba suspiros y se quedaba mirando al suelo, cual si en el suelo, escrita en misteriosos guarismos, como el binomio sobre la tumba del gran Newton, estuviese la fórmula de un negocio que llevase a las armas fucarinas la tierra toda que habitamos.

La de San Salomó, interpretando mal aquel desasosiego, lo atribuyó al escándalo del día, a la situación equívoca y deshonrosa en que estaba Pepa, a la singular instalación de León Roch y su mujer en Suertebella. Firme en este juicio, Pilar dió al marqués cuando regresaban al palacio gracias mil por sus obsequios, añadiendo:

—Y tienen más valor sus finezas, marqués, en los momentos en que se halla tan preocupado y entristecido con estas trapisondas.

—¡Y qué trapisondas!—exclamó don Pedro, poniendo su alma toda en aquellas palabras—. No lo sabe usted bien, Pilar... Figúrese usted cómo serán ellas para conmover esta montaña.

Puso la mano en su pecho, indicando que aquella roca cuaternaria tenía también sus escondidos manantiales de sentimiento. Serían las cinco cuando Fúcar se despidió, después de reiterar a los Tellería el ofrecimiento de la casa. El iba a Madrid a comer con su hija, y probablemente no volvería a Suertebella hasta el día siguiente. No obstante, si ocurriera alguna novedad, vendría a cualquier hora de la noche. Felizmente, María estaba mejor y se pondría buena sin duda. Después de saludar a Gustavo, que a la sazón entró, porque no le permitían venir antes sus tareas parlamentarias y el cuidado de su bufete, tomó las de Villadiego.

Pilar quería marcharse pronto a Madrid; mas la detuvo Gustavo, muy afanoso por decirle no sabemos qué cosas; sólo se puede asegurar que la de San Salomó las oyó con grandísimo anhelo, regalándose mucho con aquel notición estupendo, de riquísimo gusto para su curiosidad y para su malicia. Ambos pasearon un rato por el jardín, y a veces Pilar prorrumpía en risas, diciendo:

—Parece una bufonada y al mismo tiempo un golpe de arriba, un castigo. Es de esos latigazos providenciales que hacen reír, mientras llora el que los recibe... Aquí no cabe lástima ni conmiseración... ¡Oh! ¡Dios mío omnipotente! ¡Qué grande eres y qué diligente para acudir a todo! ¡Cómo atajas los

pasos de la maldad, disponiendo las cosas con arte semejante al de los que hacen las novelas, causándonos una sorpresa que da miedo y un miedo que nos obliga a pensar en Ti y a decirte: «Señor, avísanos antes de darnos esos golpes!»

A esta ensalada de profanidad y misticismo siguió otra vez la risa, y después estas dos briosas palabras: «Voy allá.»

—¿Tú?... ¿Y a qué?

—Quiero ver esas caras—repuso Pilar con el lindo pañuelo en la boca, y se frotó la punta de la lengua, como se pulimenta el filo de la hoja después de envenenarla—. Tomaré un pretexto cualquiera.

Anochecía cuando Pilar entró en su berlina, mandando al cochero que fuese a Madrid, y al palacio de Fúcar. Entró. Don Pedro, su hija, el marqués de Onésimo y la condesa de Vera se disponían a sentarse a la mesa. Fúcar invitó a Pilar; pero ella se excusó diciendo que no estaría sino el tiempo preciso para dar las buenas noticias que traía. Besó a Pepa, apretó la mano del marqués, después se puso a hacer mimos y caricias a Monina.

—¿Qué hay?—dijo don Pedro.

—Que María está muy bien. Ya es seguro que habrá reconciliación: así me lo ha dicho Milagros. Me alegro mucho: no me gustan los matrimonios mal avenidos... Monísima, ¿no me das un beso?

—No—replicó decididamente Ramona, apartando su cara y defendiéndola con sus manecitas de los labios de Pilar.

—¡Oh, qué tonta, qué mala!

—No te *quielo*.

Rechazada en aquel lado, Pilar se volvió a Pepa, y echándole una mirada de compasión le dijo:

—Adiós, querida..., sabes que me asocio a tus desgracias.

Al salir, acompañada por don Pedro, díjole al oído algunas palabras, que hicieron en el buen millonario el efecto de un tiro, y al despedirse de él junto al coche, la dama terminó su visita con estas palabras:

—He querido prevenirle a usted para que esté con cuidado. Ahora, marqués, resignación cristiana es lo que hace falta.

Pepa, en tanto, acometida de un estupor doloroso, no sabía qué pensar, ni a qué región de las posibilidades volver su alma llena de presentimientos y atormentada por las conjeturas. Aquel anuncio de reconciliación había penetrado en sus entrañas como una lanza. Sentáronse los cuatro a la mesa. Para Pepa los manjares eran un comistrajo nauseabundo que no podía pasar de los labios. El marqués no comía tampoco. En medio de su pena horrible, Pepa, que había observado desde el día anterior extraña expresión de pena y contrariedad en el rostro de su padre, notó aquella noche que estaba como fuera de sí. También don Joaquín Onésimo, poseedor de los secretos de Fúcar, estaba tétrico. ¿Qué ocurría?

«¡Ah!—dijo Pepa para sí, amparándose de una idea triste, que era feliz para ella en aquel momento—. Mi padre habrá tenido algún revés grande en los negocios; estará arruinado..., nos quedaremos en la miseria.»

Esta idea, con ser de las más negras, la consoló. La causa de la tristeza paterna no afectaba a los grandes intereses de su corazón. ¿Qué le importaban todo el dinero, todos los bonos, todas las obligaciones bancarias, los empréstitos habidos y por haber? Pepa habría pasado aquella noche junto al papel fiduciario de todo el mundo, hecho una montaña y encendido por los cuatro costados, y no habría concedido a tanta riqueza perdida ni el favor de una simple mirada.

Después de comer, y habiéndose retirado los amigos, don Pedro y ella se encontraron solos en la alcoba donde dormía Monina, a punto que aquel ángel, despojado de sus vestiduras, que arrugó el fuego, disponíase a entrar en el rosado paraíso de su sueño inocente. El marqués tomó en brazos a su nieta, y estrechándola con más cariño que de costumbre, y siempre lo hacía con cariño, pronunció estas palabras:

—¡Pobre paloma de mi casa! No, no caerás en las garras del cernícalo horrible.

—¿Qué tienes, papá, qué tienes?—preguntó Pepa, uniendo su brazo vigoroso al tierno enlace con que los brazos de Monina rodeaban el cuello de toro del marqués de Fúcar.

—Nada, hija mía, nada... No te asustes, no pierdas tu tranquilidad y confía en mí, que yo lo arreglaré todo.

—¿Pero no me explicas...?

—Todavía no.

—¿Has tenido algún quebranto en tus negocios?

—No, pichona, no—repuso Fúcar rechazando con cierta indignación aquella conjetura que menoscababa su dignidad de arbitrista—. He ganado diez millones en el último empréstito. Desecha, pues, esa idea lúgubre.

—Entonces...

—Nada..., no te aflijas. Duerme tranquila y déjame a mí que lo arregle todo.

—¿Pero te vas?—dijo Pepa con desconsuelo, viendo que don Pedro se desataba de tan cariñosos brazos.

—Sí; tengo que hacer. Me esperan en el Ministerio de Hacienda. A este pobre país desventurado no le basta con el empréstito que se ha hecho, y necesita hacer otro.

—Me dejas llena de inquietud... ¿Qué te dijo Pilar?

—¿A mí? Nada—repuso el marqués con un poco de turbación—. Nada más que lo que oíste.

—Te habló al oído.

—No..., no recuerdo. ¡Ah, sí! Que parece segura la reconciliación de nuestro amigo con la pobre María: no me dijo más. Yo me alegro, porque es impropio de dos personas honradas, un marido bueno y una mujer buena, desavenirse por una misa de más o de menos. Esto es completamente tonto... Adiós, queridita.

—¡Reconciliarse!—exclamó Pepa, los ojos llenos de fuego.

El marqués, que no la miraba en aquel momento, dió algunos pasos hacia la puerta.

—Felicitémonos de que el bueno se reconcilie con el bueno—murmuró al salir—. Pero no tengamos paz ni perdón para el malo. Que lo perdone Dios.

Pepa iba a decir algo; pero este algo debía de ser de naturaleza tan escabrosa, que no dijo nada. Quedóse largo rato sin moverse de aquel sitio. Después anduvo de una parte a otra de la pieza, llamó a su doncella, dió órdenes, las denegó luego, reprendió al aya, corrió por distintas partes de la casa sin saber adónde iba. Cuando la niña se durmió, encerróse la madre en su habitación para meditar. Indudablemente un misterio la rodeaba y envolvía como las invisibles influencias eléctricas. Pero así como todo humano ser a quien un dolor atormenta, gusta de asimilar las no comprendidas penas de los extraños a la suya propia, la dama creía ver en la desazón moral de su padre una variante del mal agudísimo que ella sentía, o pensaba que los males de ambos provenían de una sola causa. La grandeza de su cuita le impedía ver otra alguna; no imaginaba que criatura nacida pudiera afligirse por cosa distinta de aquella reconciliación tan temida y con tal impertinencia anunciada.

El razonamiento de que pueda ser mentira lo que muy vivamente nos hiere, no basta a desclavarnos el dardo; por el contrario, los silogismos son la peor clase de pinzas que se conoce, y cuando se meten a arrancar lo que tan sólo es una púa, parece que la centuplican. Pepa, dándose a creer que las palabras de Pilar serían falsas, se atormentaba más. La tal reconciliación la hería, como si corrieran sobre su pecho los múltiples dientes de una sierra.

Era muy tarde, y el marqués de Fúcar no vendría en toda la noche, porque desde el Ministerio se iría a cultivar amistades de cierta clase que en la Villa tenía. Era hombre tan benéfico y tan protector del género humano, que sostenía tres casas en Madrid además de la suya.

Concebida la idea, Pepa no vaciló en ponerla en ejecución. Fué a Suertebella, entró en el palacio por la puerta del museo pompeyano, de éste pasó a la sala Increíble, y de allí no había más que seguir habitaciones hasta llegar a donde quería ir. Llegó, vió... En lo demás de este lance hay una parte conocida sobre la cual no es preciso insistir; pero hay otra que conocerá todo el que tenga paciencia para seguir leyendo.

XI

EXCESOS DEL APOSTOLADO

En la mañana del miércoles, León salió temprano a dar una vuelta por el jardín. Al regreso estaba solo en la sala de Himeneo, cuando entró Gustavo. Venía con semblante enmascarado de severidad, la vista alta, el ademán forense, entendiéndose por esto una singular hinchazón y tiesura debidas, sin duda, al hervor de todas las leyes di-

vinas y humanas dentro del cuerpo, de modo que el individuo reventaría si no tuviera el cráter de la boca, por donde todas aquellas materias flogísticas salen en tropel mezcladas con la lava de la indignación. Su cuñado comprendió al punto que venía de malas.

—Estaba esperando con mucha impaciencia que fuera de día para hablar contigo—dijo Gustavo con sequedad que anunciaban mucho enojo.

—Cuando se tiene tanta impaciencia —replicó León con más sequedad aún—, se enciende una luz y se habla de noche.

—¿De noche?..., no; temía distraerte de ocupaciones gratas—dijo el orador con ironía.

—Pues habla de una vez y con brevedad. Olvídate de que eres orador y de que vives constantemente entre mujeres que charlan demasiado.

—Siento molestarte, pero te comunico que voy a ser largo.

—En este caso—dijo León con tétrico humorismo—, ya que predicas, comienza predicándome la paciencia.

—Tú la tienes para tus obras criminales—replicó Sudre, exaltándose—. Lo que yo podría predicarte ahora es la resignación, si fueras capaz de ella.

—Resignación... ¿Pues no te oigo?—dijo Roch, que había llegado a una situación de ánimo en que le era imposible, sin reventar, hacer un misterio de la antipatía que toda aquella bendita familia suya le inspiraba.

—Mucho has de necesitar, pues esa calma de escéptico, que es mortaja de tu espíritu sin vida, no te servirá para oír lo que voy a decirte... Ya sabes que soy enemigo del duelo. Es contrario a todas las leyes divinas y humanas.

—Yo tampoco lo defiendo; pero creeré que el duelo es bueno si esas leyes divinas y humanas de que me hablas son las tuyas.

—Las mías son, y al mismo tiempo las únicas. Aborrezco el duelo porque es absurdo, porque es pecado; pero...

—Pero en estas circunstancias—dijo el otro, interrumpiéndole—te decides a condenarte por tener el gusto de batirte conmigo y matarme.

—Eso no sería un gusto. Soy cristiano.

—Acaba—dijo León, exaltado—. ¿A qué vienes? ¿A desafiarme? El duelo es un absurdo que se acepta: un asesinato fiado al acaso y a la destreza, que a veces se nos impone con fuerza invencible. Yo acepto ese asesinato contigo... cuando quieras, ahora, mañana, en la forma que gustes...

—No; no has comprendido mi idea —indicó Gustavo dando vueltas al tema como abogado que quiere alargar un pleito—. Decía que aunque no soy partidario del duelo, ésta sería una ocasión buena para sobreponerme a mis escrúpulos religiosos y coger una pistola o un sable...

—Pues cógelos...

—No. Tú has hecho el mal suficiente para que un hombre como yo atropelle todos los respetos, las leyes divinas y humanas y fíe a un arma el cumplimiento de una sentencia. Pero...

—Pero...—dijo el otro, remedando la torcida argumentación de su hermano político—. Habla claro; habla y piensa derecho, como yo, y di: «Te odio...»

—Mis ideas no me permiten decir: «Te odio», sino «Te compadezco»; no me permiten decir: «Te mato», sino: «Te matará Dios.»

—Pues no me hables entonces con tus ideas; háblame con las ajenas, con las mías.

—Si te hablara con las tuyas, me pondría en oposición con las leyes divinas y humanas. Voy a concluir. No se trata de duelo, aunque la ocasión parece reclamarlo, y aunque todas las ventajas estarían de mi parte. Primera ventaja: que tengo razón y tú no; que eres tú el criminal y yo el juez; que lógicamente soy el vencedor y tú el vencido. Segunda ventaja: que yo manejo todas las armas, porque me he ejercitado en el tiro y en la esgrima por higiene, mientras que tú, dedicado a la alta física y a la geología, no sabes manejar ninguna. De modo que en el terreno de la fuerza también me conceptúo vencedor. Sin embargo de esto, asómbrate...

—¡Me perdonas!—exclamó León, reconcentrando la furia para dar paso a la ironía—. Gracias, elefante cargado de leyes divinas y humanas.

—No te perdono—dijo el letrado, dando a su hermosa voz oratoria toda la expresión patética de que era susceptible—: es que renuncio a las ventajas que tengo sobre ti, renuncio a imponerte castigo por mi mano, y te entrego al brazo justiciero de Dios, que ya está levantado sobre ti.

—Gracias—repitió León, mezclando en un acento la ironía y la furia—, gracias, alguacil de Dios. Supongo que a tu familiaridad con Dios, de quien eres apóstol, deberás el conocimiento de sus altos secretos y el saber de cosas de justicia divina.

—La intención divina se conoce por los deseos del mundo, cuya ordenada disposición es a veces tan clara que sólo un idiota dejaría de ver en ella un movimiento amenazador de aquel brazo terrible que antes nombré. No me tengo por profeta ni por inspirado. Para conocer tu horrible castigo me ha bastado saber alguna cosa que tú ignoras. Por eso renuncio al duelo; por eso remito tu castigo a quien lo ejecutará mejor que yo. Y así te digo: «Vas a morir.»

—¡Morir yo!—exclamó León, que aun despreciando a su acusador, no podía oírle sin cierto espanto.

—Sí, tú. Morirás de rabia.

—Lo creo, sí—dijo León, trayendo a su mente en espantosa serie a todos los individuos de su familia política—. Se muere también de un empacho de parientes; y cuando el hombre que persigue con todas las fuerzas de su alma la familia ideal y sus puros y honrados goces no encuentra más que un potro donde diversos sayones le dan martirio, es fácil que reviente y se acabe; que si hay hierbas venenosas, también hay familias mortíferas.

—Morirás de empacho—repuso Gustavo con crueldad—. Lo sé, lo he visto, lo tengo escrito en mi bufete en papel sellado, y cada letra de aquéllas es una gota de la mortal ponzoña que ha de destruirte.

—No te entiendo—dijo León, tocado, al fin, de curiosidad—. ¿Y qué? ¿Algún pleito? ¿Si creerás tú que a mí se me mata con un pleito? ¡Pobres juristas! Pasáis la vida envenenando al género humano con mil enredos y creéis que yo morderé hoy el cebo de vuestros sofismas... No quiero saber qué intriga es la que estás urdiendo contra mí.

—Yo no urdo intrigas... Aquí no hay intriga... No hay más que justicia, y aun de esa justicia no soy yo el impulsor, sino instrumento. En otras circunstancias nada habría intentado contra ti; yo te creía honrado; pero después de tu comportamiento con mi pobre hermana, agravado con hechos deshonrosos, que hace poco he conocido...

—¿Cuándo?—preguntó León, y su pregunta estallaba como el trueno.

—¿No lo sabes?

—No. ¿Qué hechos deshonrosos son ésos?

—¡Y lo pregunta el hipócrita!... ¡Aquí!

—¿Aquí... qué?

—Disimulas; pero tu semblante lívido declara tu culpa, y ante la conciencia sublevada, hasta el cartón de tu máscara escéptica palidece. Hace poco te has revelado a mí en toda la desnudez repugnante de tu ser moral, cuya depravación raya en lo absurdo.

—Explícate, o te...

Las manos de León se oprimían como queriendo ahogar algo.

—Pues qué, ¿son un misterio para nadie tus relaciones criminales con la dueña de esta casa, faltando así al amor de la mujer más santa, más pura, más angelical que Dios ha puesto en el mundo? Con todo, tu conducta hasta aquí, con ser tan contraria a todas las leyes divinas y humanas, no había llegado a la imprudencia. Si eras criminal, no habías descendido a este último escalón de la perversidad en que el hombre se confunde con el demonio.

—Muéstrame ese escalón bajo en que me confundo con tus amigos—dijo León, dando otra vez a su furor el tono de humorismo, de ese humorismo que amarga, embriagada y, al mismo tiempo, hace reír, como el ajenjo.

—¿A qué quieres que te diga lo que sabes? Pero hay malvados que gustan de que se les ponga un espejo delante de su conciencia para recrearse en la fealdad de ellas, como los sapos que se miran en los charcos.

—Basta ya de viles rodeos y figuras hipócritas. Habla claro, refiere, explica, di las cosas con sus nombres, abogado, orador de Parlamento, ergotista sin fin, enredador de leyes divinas con miserias humanas.

—Pues bien: oye lo que has hecho. Después de traer a mi pobre hermana al deplorable estado en que se halla, cualquier hombre, por malo que se le suponga, respetaría, si no la inocencia, al menos la enfermedad. En todo moribundo hay algo de ángel. Tú ni esto has respetado, y mientras la santa víctima

reposa en su lecho, tranquilizada, quizá por tus mentiras y creyéndote menos malo de lo que eres, tú recibes en la sala Increíble a tu querida. A la una engañas, a la otra enamoras; a la una matas lentamente, a la otra das las caricias robadas al matrimonio. Comprendo estos crímenes, León; comprendo el uno, comprendo el otro; lo que no comprendo, porque excede a la ruindad humana, es que los dos se cometan bajo el mismo techo. Son demasiadas infamias para una sola ocasión y un solo sitio.

Antes que su fiscal concluyera, prorrumpió León en una risa franca, despreciativa, con la cual parecía que su enojo se disipaba.

—Sí, ríe, ríe; no me causa sorpresa tu risa. Ya he comprendido el cinismo descarnado que se esconde bajo ese forro artificial de virtud filosófica. Tu ser moral se me ha revelado como un árbol seco al cual se quitan de pronto las flores y las hojas de trapo que le hacían pasar por árbol vivo. He aquí lo que son tus teorías morales: flores de trapo. Las naturales, las que dan fragancia y colores hermosos, no nacen en el vaso hueco, donde sólo hay fórmulas matemáticas, y una ciencia estéril. ¡Y yo que te he defendido contra las acusaciones de mi familia! ¡Yo que te he creído honrado! ¡En qué error tan grande estaba!

—¿Y es cierto eso de que mientras mi mujer duerme recibo a mi querida en la sala Increíble?—dijo León, entrando decididamente en la burla, que en aquella ocasión era la forma más adecuada del desprecio—. ¿Lo has visto tú? Hay ojos calumniadores.

—Lo he visto. Anoche quise acompañar a mamá, que si tiene defectos como mujer es cariñosa madre y no puede apartarse de estos sitios donde gime su hija idolatrada. No pudiendo verla, por tu prohibición cruel, se contenta con llorar donde ella llora, con ver de lejos la puerta por donde se entra a su alcoba. ¡Pobre madre! Anoche compartía yo su pena, mientras papá, que en las situaciones más críticas tiene debilidades indisculpables, visitaba a solas, sin más compañía que una luz y su concupiscencia, el sótano en que está lo reservado de la colección pompeyana, ese museo de arte libidinoso, donde no entran más que los hombres con un permiso especial del marqués de Fúcar. Polito había bebido demasiado en compañía de Perico Nules, y estaba muy inquieto. Anduvo a primera hora por los pasillos en persecución de las criadas de Suertebella, hasta que, perseguido a su vez por mí, logré encerrarle. A medianoche dormía como un ángel borracho. Mamá y yo hacíamos números en la sala japonesa, arreglando nuestra desquiciada hacienda; más tarde, rezaba ella, y yo, después de buscar inútilmente un libro por todo el palacio, me puse a rezar también. En esta suntuosa morada, donde se reúnen tantas maravillas de la industria y donde las malas imitaciones de lo antiguo alternan con mamarrachos de invención flamante, simbolizando el arte contemporáneo, hay todo lo que la boca puede pedir, menos una biblioteca. Parece que al entrar aquí se han de traer muy despiertos los sentidos para que sea más fácil dejar la inteligencia a la puerta... Mamá se cansó de rezar, pero no tenía sueño; pensaba en nuestra María y en el modo de burlarte y de verla. No quería acostarse, y andando de puntillas discurrió por estas salas. Llegando cerca de la Increíble, creyó sentir voces... Me llamó, fuí, acechamos los dos, oímos. Lo que primero nos parecieron gemidos, pronto conocimos que eran besos amorosos. Eras tú; era ella. Ocultos tras el grupo de Meleagro y Atalante que está en el corredor, la sentimos abriendo con llave la puertecilla del museo pompeyano. Después te sentimos pasar a ti por esta sala para volver a apoyar tu infame frente, coronada de los laureles de la ignominia, en el lecho de la mártir. La que estaba contigo en la Increíble era Pepa, y para quitar toda duda pudo confirmarlo mi padre, que la encontró cuando volvía solo, con su luz y su concupiscencia, del sótano reservado.

—¿Nada más?—dijo León con calma—. ¿Vuestro espionaje no sabe más? Hay seres que ni respirar saben sin que de su aliento nazca la calumnia.

—¡Calumnia! Buena salida... Sé que darás al hecho una interpretación favorable a ti. No te faltan argucias para defenderte.

—¡Defenderme yo! ¡Descender yo al muladar de tus groseras suposiciones, argumentar sobre un hecho que tu madre y tú han visto con el cristal manchado de su impura conciencia... ¡Jamás!

—La estratagema es hábil, pero no hace efecto. No me convence.

—No quiero convencerte a ti ni a ella...—dijo León con ímpetu fiero—. Vuestro juicio es para mí de tan poca valía, que siento no sé qué júbilo en dejaros en vuestro error estúpido. ¡Estáis tan bien así, con vuestra infernal aureola de malos pensamientos!... ¿Puedo modificar acaso la grosería de vuestras almas? ¿Puedo, por más que discuta, llevar una idea de pureza y honra a vuestra mente, devorada por la lepra de la deshonra crónica?... Sabe que tú y tus juicios y los juicios todos de tu familia degradada, que paga los beneficios con hablillas, son para mí como la lluvia que nos moja, pero no nos envilece. No se discute con la rueda del coche que pasa, y arrojando el cieno, nos mancha... Moralista de política religiosa y de sermones de partido, maquinilla de hacer moral de confitería, que amasas las leyes divinas y humanas para dar al mundo esas pastillas de virtud, según el gusto de cada uno, a mí no se me administra moral en caramelos. Desdichado discursista, mis defectos podrían servirte a ti para hacer tus honradeces, y los sentimientos malos que yo desecho y arrojo podrías recogerlos tú del suelo para hacer con ellos la gala de tu conciencia. Antes de predicar, ¿por qué no vuelves los ojos a ti mismo? Si te miras bien, comprenderás que tu existencia, y tu fama, y tu prestigio desaparecerían como el humo si el marqués de San Salomó fuera un hombre en vez de ser un muñeco.

Lívido y cejijunto, los labios blancos, las manos trémulas, oyó Gustavo su acusación, y tartamudeando, sin saber qué decir, rompió a hablar de este modo:

—Duelista hábil, has puesto la punta en mi pecho. Pues bien, yo no lo niego: aprende de mí el mérito de la franqueza, el mérito de la confesión, de que es incapaz un ateo. Me declaro culpable. El torbellino del mundo, el engreimiento que dan la lisonja y el aplauso, me han puesto a mí mismo en contradicción con las leyes divinas y humanas que adoro y acato. Yo soy el primero que me acuso, como he sido el primero en reprobar los escándalos de mi familia, como he sido el primero en defenderte cuando te creía bueno; bien lo sabes. Pero no hagas paralelo entre tu infamia y la mía, entre tu desorden y mi desorden. Ambos hemos caído en el mal; tú, por cinismo y desconocimiento absoluto del bien; yo, por flaqueza de espíritu. En ti no hay más que mal, y ninguna puerta para el bien se abrirá en tu alma cerrada; en mí se han corrompido las acciones, pero queda la fe, queda la puerta del bien. Al lado de tu crimen no tienes nada, sino la sombra fea del crimen mismo. Al lado de mi crimen tengo yo un tesoro: el remordimiento. Tú no eres capaz de enmienda; yo, sí. Tú no ves nada más allá; yo veo mi salvación, porque veo mi enmienda. La misma idea del pecado me da la idea del perdón. No sé mi destino individual, pero sé el del género humano, y me basta saber que hay Cielo. Tú lo ignoras todo, y el mal no te espanta porque crees que no hay infierno.

—Sofista, barajador de palabras, ¿qué sabes tú lo que yo pienso, lo que soy? ¿Crees que estamos los hombres y las almas a merced de tu dogmatismo de apóstol intruso, y de esa oficiosidad evangélica con que repartes cédulas de vida o muerte? Polizonte de la vida inmortal, ¿crees que ésta es una aduana donde se registran bolsillos para ver si hay tabaco, es decir, género prohibido por los que estancan el pensamiento para venderlo en paquetes a cambio de hipocresía? Hazme el favor y el honor de librarme de tu presencia, porque no respondo del respeto que debo a esta casa y al parentesco que nos une.

—¡Asesino de un ángel!—exclamó Gustavo, rugiendo de ira.

—Se me acabará la paciencia para oír tus sandeces—dijo León, dando tres pasos hacia él en actitud tan amenazadora que Gustavo retrocedió en el primer momento, esperándole después en actitud nada cobarde—. Calla, o sabrás lo que es una paciencia que se agota, un mártir a quien se acaba la entereza.

Señalando la ventana, León extendió su brazo que, sin aparato hercúleo, era capaz de desplegar extraordinaria fuerza.

—Y si quieres seguir provocándome —añadió—, a pesar de no ser partidario del duelo, yo que no sé disparar pistolas, ni esgrimir sables, ni echar sermones, te proporcionaré un bonito espectáculo. Verás cómo un apóstol sale volando por una ventana, sin que nada lo pueda evitar.

—Abusa, bárbaro, si te atreves, de tu

fuerza corporal—gritó Gustavo, desafiándole con la mirada—. ¡Asesino de mi hermana!

—No irritarás mi furia con esa palabra—dijo León en el último grado de la cólera—. Has de saber que tu hermana, y tú, y tu madre, y tu padre, y tú abuelo, sois para mí como las aves que pasan volando. No existís para mí. Elige entre salir por la puerta o por la ventana.

La disputa iba a concluir con una brutal refriega, quizá con la concisa violencia de aquella escena que hizo decir a Segismundo: «¡Vive Dios, que pudo ser!», cuando entró la marquesa de Tellería dando gritos, y detrás don Agustín muy alterado y temeroso.

—¡Qué es esto..., León..., Gustavo..., hijos míos!—dijo Milagros, extendiendo sus amantes brazos entre los dos.

—Ese...—rugió Gustavo.

—¡León!... ¿Hasta dónde vas a llegar?... Después que nos has secuestrado brutalmente a nuestra querida hija...

—¡Secuestrarla yo!... ¿Yo?...—replicó el airado yerno con cierto desvarío—. No; ahí está... Tómenla ustedes... La devuelvo... La regalo...

—¡No nos dejas entrar a verla...! Anoche no he podido pegar los ojos pensando en esa mártir—manifestó el marqués.

—Adentro todo el mundo—dijo León, señalando la puerta por donde se iba al aposento de María—. ¡Adentro!

Sin esperar a más precipitáronse todos por aquella puerta.

En la sala inmediata a la alcoba oyóse rumor de amantes besos, dados con la precipitación y el calor que eran naturales después de la forzada ausencia.

XII

LA VERDAD

Pasadas las primeras manifestaciones del cariño, María habló así:

—Dime, mamá: ¿lo he soñado yo, o es cierto que oí la voz de Gustavo y la de mi marido, como si riñeran?

—Hemos tenido una cuestión—dijo el insigne joven, que aún no había perdido su palidez, ni su nerviosidad, ni el ceño de su frente, tabla del Sinaí donde se creería estaban escritos el Decálogo y la Novísima Recopilación.

—Convertido en un salvaje al oírse acusado—dijo Gustavo—, tu señor marido amenaza a sus semejantes con tirarlos por los balcones, como si fueran puntas de cigarro.

Después de esto trató de reír, creyendo que con un poco de risa volvería su sistema nervioso al estado normal.

—¿Dónde disputabais?

—Ahí, en la sala de Himeneo.

—¿Qué sala es ésa?

—No hagas caso, hija de mi corazón.

—Querida de mi alma—dijo el marqués, acariciándola—, vete acostumbrando a presenciar con calma las acciones de tu marido, y a que no se te importe un ardite lo que él haga o deje de hacer. *Es de lamentar* que no puedas sobreponerte a ciertos sentimientos arraigados en ti, y que te empeñes en ser mártir, siempre mártir contra viento y marea.

—¿Qué dices, papá?—preguntó María con aturdimiento.

—Que yo—prosiguió don Agustín, poniéndose la honrada mano sobre el peche nobilísimo—estoy decidido a desplegar toda la energía de mi carácter para evitar un escándalo que nos deshonra a todos y a ti te pone en la situación más ridícula que puede imaginarse.

—Agustín—dijo la marquesa, sin poder disimular su ira—, harás bien en irte a dar una vuelta por el museo reservado. No haces falta aquí.

Al decir esto tocaba a su marido con el codo para advertirle que no era llegada la ocasión de desplegar energías ni de evitar escándalos. Como mujer y madre, habíase penetrado mejor que los demás de la situación ilusoria en que León tenía a su mujer, y aplaudiéndola en el fondo del alma daba pruebas de recto sentir.

—¿Qué museo reservado es ése?—dijo María, cada vez más confusa y apoderándose con presteza de toda idea que pudiera servir de combustible a la naciente hoguera de sus sospecha.

—Ahí cerca, hija mía—balbució el marqués, comprendiendo la idea de su esposa y admitiéndola tácitamente, porque también él, si pecaba por débil, torpe y corrompido, quería bien a su hija—. Es que hace poco estuve en Suertebella...

María los miró a todos detenida y asombrosamente. Interrogaba con la morbosa estupefacción de sus ojos, mien-

tras las palabras rebeldes se negaban a salir a sus labios.

—¿Suertebella..., ahí cerca?...—murmuró—. Explicadme una cosa...

—¿Qué dices, hija mía?

—Explicadme por qué siento yo los cimientos de ese palacio aquí..., dentro de mis entrañas; por qué siento sus muros...

—¿Qué dices, paloma?

—Sus muros pesando sobre mí...

—Por Dios, no delires.

—¡Qué fantasmagorías tan tontas!... *Es de lamentar* que tu buen jucio...

—Esta casa...

—Es esta casa... Ya sabes... Un edificio...

A escape, y con los brazos abiertos, entró de repente Polito, y abrazó y besó a su hermana, diciéndole:

—Mariquilla, al fin tu dichoso marido nos deja verte... ¡Secuestrador, bandido, *lazzaroni!*... Yo estaba en la cuadra divirtiéndome con una lucha entre dos perros y catorce ratas feroces, cuando me dijeron que se te podía ver. Subí corriendo... Ahí fuera está tu marido, que parece una estatua, una figura más del grupo de Himeneo... Hermanita, ya estás bien, ¿no es verdad? Te levantarás pronto y saldrás de aquí.

Milagros se rompió el codo contra el cuerpo de su hijo sin conseguir poner dique al torrente de indiscreción.

—No sé qué horrible miedo leo en vuestras caras—dijo la enferma, mirando uno por uno a todos los individuos de su familia—. Parece que al mismo tiempo se me quiere decir y se me quiere ocultar algo muy malo.

—Hija de mi alma, estás aún bastante delicada—indicó el marqués, pasándole la mano por la frente—. Cuando te restablezcas, cuando podamos llevarte con nosotros...

—La pobre se figura lo que no es—dijo Milagros con emoción—. Mejor es que se salgan todos y nos dejen solitas a las dos.

—¡Me engañáis, me engañáis todos!—exclamó María con arrebato.

Y tomando el Crucifijo que bajo la almohada tenía, lo presentó a su familia, diciendo:

—Atreveos a engañarme delante de éste.

Todos callaron. Sólo Gustavo extendió su mano forense y deuteronómica hacia la sagrada imagen, y dijo con voz oratoria:

—Aborrezco la mentira, y creo que en ningún caso puede ser inconveniente ni peligrosa la verdad.

Milagros le empujó como para echarle fuera. Pero él se acercó más a su hermana, le pasó la mano por las mejillas, y mirándola muy de cerca, prosiguió:

—Veo que te afanas demasiado por lo que poco vale. Tu santidad y tu virtud te ponen en una situación eminente, altísima, desde la cual podrás abrumar con tu desprecio a cuantos te ofenden. Estás mejor, y pronto te llevaremos a casa, a nuestra casa, donde te cuidaremos como nadie, te apreciaremos en lo mucho que vales, y te adoraremos como mereces tú que te adoren... Lejos de afligirte, alégrate y bendice tu libertad... ¡Pobre mártir!

Tampoco Gustavo era perverso, pero tenía el fanatismo de lo que llamaremos *virtud pública.*

—¡Pobre mártir!—repitió lúgubremente María, clavando sus ojos en un lugar vacío de la atmósfera, en un punto donde no había objeto ni forma alguna, sino la vaga, indeterminada proyección de un pensamiento. Después de un momento de silencio, su voz, más débil a cada sílaba, murmuró éstas:

—Yo lo soñaba. Soñaba la verdad, y el error me engañaba despierta...

Saltando bruscamente de su lecho, gritó:

—¿Dónde está mi marido?

—Ahora vendrá, paloma—repuso la madre, besándola cariñosamente—. Sosiégate; mira que puedes recaer.

—¿No fuiste tú quien me llenó el corazón de celos?—preguntó la mártir, dirigiendo a su madre una mirada de ira—. ¿Pues por qué quieres calmarme ahora?... Que venga mi marido, que venga el padre Paoletti... Que se vayan los demás. Quiero estar sola con los dos.

Lanzó un grito agudo, llevándose la mano a la frente.

—¿Qué tienes, cielo?

—Me duele la cabeza—murmuró, cerrando los ojos—. Es un dolor que punza, quema y entra hasta el pensamiento... Esa mujer, ¿no la ves, mamá?..., esa mujer me ha agujereado la cabeza con un clavo ardiendo.

Todos se quedaron mudos y espantados.

—¡Socorro!—gritó la Egipcíaca, ya en completo estado de delirio—. ¿No la veis que vuelve hacia mí? ¿No habrá una mano caritativa que la detenga, que la ahogue? ¡Jesús mío, Redentor mío, defiéndeme!

A estas palabras siguió un silencio de miedo y pena. Sólo el marqués, imposibilitado de mandar en su garganta, lo turbó con ahogadas toses. Milagros lloraba. Besando a su hija, la llamó con tiernas palabras. Pero su hija no respondía. Con los ojos fuertemente cerrados, su torvo silencio parecía el grave callar de la muerte.

Ya iban a llamar al médico, cuando éste vino. Al punto declaró muy crítico el estado de la enferma, se puso furioso, dijo que declinaba toda responsabilidad porque no se habían cumplido sus prescripciones, y, amostazado y lleno de aspereza, mandó despejar la alcoba. El momento de los remedios heroicos había llegado. La batalla que poco antes parecía ganada, se perdía ya si Dios no lo remediaba. Urgía desplegar toda la fuerza contra aquella traición súbita de la naturaleza, la cual, pasándose al campo de la enfermedad, dejaba a la ciencia sola, inerme y desesperada.

★

Concluída la disputa con Gustavo, León estuvo solo un mediano rato. Después sintió la necesidad de andar mucho, porque hay situaciones de espíritu que piden marcha rápida, como si un hilo de dolor estuviera devanado en nosotros y necesitáramos irlo soltando en un largo camino. Paseó por el parque durante una hora. Al volver, y cuando entraba en la sala de Himeneo, vió sobre una silla un sombrero negro de teja. Sentadito en el diván que rodeaba el grupo marmóreo, y empequeñecido por su postura de ovillo, estaba el cuerpo minúsculo del padre Paoletti. De aquel montoncillo negro vió León salir la cara agraciada y los dos ojos que parecían doscientos, como sale el caracol de su concha estirando las antenas. ¡Cosa extraña! En el estado de ánimo de León, la presencia del buen clérigo le pareció consoladora.

—Me han dicho al entrar—manifestó Paoletti, muy afligido—que la señora doña María se ha agravado repentinamente. Vea usted la inutilidad de nuestras piadosas mentiras. ¿Habrá llegado la hora de la verdad?

—Es posible—dijo León, indicando al padre la puerta para que entrara primero.

Ambos llegaron cuando Moreno empezaba a aplicar los remedios heroicos. Paoletti se retiró después a rezar en la capilla, cuyos altares se llenaron de luces. En la alcoba, el médico y el marido asistieron solos, con zozobra y compasión, al desarrollo de aquel drama cuyos elementos, idea o flúido, vida orgánica o esencia misteriosa se arremolinaban en el cerebro y en los centros nerviosos, precipitando, con su tenebroso combate, el desenlace que se llama muerte. Se hizo cuanto en lo humano cabía para conjurar el peligro inminente, solicitando el mal desde las extremidades, para apartarlo de los centros. Pero ningún agente terapéutico lograba despertar las energías orgánicas que expulsan el mal. Este seguía su marcha invasora, como el atrevido conquistador que ha quemado sus naves. Se apeló a todos los medios, y cada uno de ellos aumentaba la desesperación.

La paciencia estuvo todo el día fluctuando entre la postración y el delirio. Los entreactos de sus crisis espasmódicas anunciaban un aplanamiento más peligroso que las crisis mismas. El médico anunció con sepulcral entereza la próxima conclusión de la lucha.

—Lo que resta—dijo—corresponde al médico del alma.

Por la tarde, María Egipcíaca pareció que despertaba, y sus facultades se mostraron claras. Estaba en posesión de sí misma, en aquel breve período de lucidez que la Naturaleza concede casi siempre a las criaturas, antes de pasar a otro mundo, para que puedan echar la última ojeada sobre el que abandonan.

—Pido...—murmuró María—que me dejen sola con mi padre espiritual.

El marido y el médico salieron. Ni Ciencias ni afectos de la Tierra hacían falta ya.

XIII

LA BATALLA

María fijó los ojos en Paoletti con expresión dulce. La ocasión era tan solemne, que el bendito clérigo enano, a pe-

sar de estar muy hecho a emociones y a espectáculos tristes, se enterneció. Dominándose se acercó al lecho, tomó la mano ardiente y blanca que se le extendía, y dijo así:

—Ya estamos solos, mi querida hija, hermana y amiga, a quien profeso dulcísimo afecto; ya estamos solos, con nuestras ideas espirituales y nuestro fervor. No reine aquí el miedo; reine la alegría. ¡Conciencia purísima, levántate, no temas, muestra tu esplendor, recréate en ti misma, y así, en vez de temer la hora de tu libertad, la desearás con ansia! ¡Oh triunfo, no te disimules, vistiéndote de vencimiento!

Menos ganosa que otras veces de saborear la miel regalada de aquel panal de misticismo, María Egipciaca pensaba en otra cosa. Con amarga melancolía murmuró:

—He sido engañada.

—Engañada con piedad—replicó al punto el clérigo—. El estado penosísimo del organismo de usted exigía que se le encubriera la verdad fea. Perdóneme si también yo me presté a esa farsa, que, lo repito, era una farsa caritativa. Comprendí la necesidad de ayudar los planes benéficos de su esposo de usted...

—¡Que me ha tenido y me tiene en la casa de esa mujer!...—exclamó la enferma, ahogándose.

—Esto no ha sido culpa suya. No había lugar más a propósito para prestar a usted los auxilios de la Ciencia y ponerla en buenas condiciones de higiene. En esto apruebo plenamente su traslación aquí. Una vida en inmediato peligro no podía ser tratada como un saco que se lleva y se trae. Lo de menos para usted es estar aquí.

—Yo lo soñaba, y despierta lo desmentía.

La laringe de la dama no pudo seguir sin tomar descanso. No es fácil dar idea de la intensa tristeza de su acento débil, apagado, quejumbroso. Más que acento de mujer amante, parecía el llanto de un niño abandonado, cuando ya se cansa de llamar y pedir.

—Y mi marido y esa mujer—añadió—se verán a todas horas en cualquier sala de este palacio, para contar, entre abrazos y besos...—la laringe se resistió de nuevo. También Paoletti sentía un nudo en su garganta—, entre abrazos y besos los instantes que me quedan de vida..., como yo cuento los Padrenuestros con mi rosario.

Siguió una pausa. El confesor se esforzaba en desatar su nudo.

—Mi buena amiga en el Señor, esa última idea es una cavilación absurda. Oiga usted de mi boca la pura verdad, la verdad que proclamo como sacerdote de Dios. Al grande espíritu de usted no puede ser nociva la verdad. Esa conciencia fuerte no se turbará por la revelación de las miserias humanas, que en nada la afectan, como no afecta el polvo de la tierra a la blancura y limpieza esplendorosísima de las nubes del cielo. Sépalo usted todo, sin quitar nada a la verdad, pero también sin añadirle nada. El señor don León ama, en efecto, a esa señora, él mismo me lo ha dicho, y como no me lo ha dicho en confesión, puedo y debo declararlo a usted. Pero al mismo tiempo debo afirmar que esa señora no vive ahora en Suertebella, porque su mismo esposo de usted le mandó salir de aquí. Así lo exigía el decoro, que es en el mundo la fórmula ceremoniosa del pudor. Su desventurado marido de usted es incapaz de toda idea moral; pero tiene, gracias a su cultura, la religión de las apariencias, y sabe ponerse a tiempo esa ropa pintada de virtud que el mundo llama caballerosidad.

María no contestó nada. Su blanca mano, que no había tenido tiempo de adelgazarse con el mal y conservaba su pastosa finura, jugaba con el fleco de la colcha, entretejiéndolo con sus dedos gordezuelos. No lejos de aquella mano estaba la cabeza minúscula y redonda del italiano, la cual, si abatía los ojos, dejaba en lóbrega oscuridad su cara; pero si los volvía hacia arriba, llenábala de luces, como un torreón de fuegos artificiales.

—No puedo creer—dijo el padre, alzando la vista y envolviendo a María en fascinadora proyección de ella—que un espíritu fortalecido por el amor divino, como el de usted, se turbe por la verdad que acaba de oír. Yo no puedo imaginarme ahora a mi espiritual amiga empeñada en inquietudes menudas, como una mujer cualquiera, o apartando el pensamiento de las grandes esferas ideales para pasearlo, como holgazán que mata el tiempo, por las callejuelas de la cavilación mundana. ¿Acierto, mi querida hija? ¿Me equivoco al pensar

que esos ojos, hechos a la suavísima luz de arriba, no se dignarán mirar a los faroles de abajo?

—Tengo celos—declaró María, con el mismo tono, sin duda, con que Cristo dijo en la Cruz: «Tengo sed.»

El enano hizo lo mismo que el sayón del Calvario. Cogió una esponja mojada en hiel y vinagre, la puso en una caña y la aplicó en los secos labios, diciendo:

—¡Celos!... ¡Celos quien ha sabido encender su alma en el amor que jamás es mal pagado! O yo no penetré bien en el espíritu de mi ilustre penitente, o el espíritu de mi ilustre penitente tenía toda la fortaleza, toda la gracia, toda la influencia de amor divino para no incurrir en tales flaquezas. ¿Celos de qué? ¡De otra mujer y por un hombre; celos por quien nada es y de quien nada es ni nada vale!... Encuentro una turbación radicalísima en el espíritu de mi amada hija y penitente. ¿Quién ha traído esa turbación?

—Los celos—murmuró María desde la hondura de su angustia.

Lentamente, descansando a cada instante, pudo la dama referir todo lo ocurrido desde que la de San Salomó le reveló la infidelidad de León, hasta que perdió el conocimiento. En lenguaje conciso lo dijo todo, sin omitir nada sustancioso ni perder detalle de importancia.

—Fuera de los arrebatos de ira, del coquetismo mundano y de la precipitación, no hallo nada resprensible en el acto—dijo Paoletti, después que, apoyada la cabeza en la mano y los ojos echados al suelo, como un arma que por el momento no se necesita, recogió en su mente la confesión toda, sílaba a sílaba, gota a gota, cual licor destilado en el alambique.

María dió un gran suspiro, diciendo:

—Yo me creía llena de pecado.

—Pecado hubo por lo que he dicho, pero no es grave. En la visita veo el movimiento natural de la esposa para impedir la ruptura del lazo sagrado. Ya he dicho, no una, sino mil veces, que el prurito en usted de cultivar la vida espiritual, en él de menospreciar la fe, no eximen al uno ni al otro del cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Mientras ambos vivan, atados se hallan por el Sacramento, y si uno de los dos forcejea por romper el lazo, es natural y meritorio que el otro corra a evitarlo, apretando más el lazo si puede ser. ¡Oh mi nobilísima hija! ¡Cuánto hemos hablado de esto!

María decía que sí con la cabeza y alzaba los ojos al techo.

—Cuando era necesario para metodizar la vida preciosísima de usted, lo dije, en sazón oportuna—añadió Paoletti, sin recoger del suelo la mirada, antes bien, paseándola por la alfombra, como no sabiendo qué hacer de ella—. Bastantes veces la tranquilicé a usted sobre este punto, cuando me manifestaba escrúpulos. «No, no—decía yo—: Dios no puede exigir a la mujer casada que haga una exclusión total de las consideraciones, digámoslo así, que debe a su esposo.» Este adquirió un derecho que no prescribe ni aun por apartarse radicalmente en ideas y principios de los principios y las ideas de la esposa. Bueno que le niegue usted su dulcísimo espíritu; que, viendo la contumaz incredulidad de él, no le confíe ni un átomo—y digo átomo porque necesito valerme de una idea material—, ni un átomo de ese mismo espíritu, de esas galas divinas reclamadas por quien las creó; bueno que no tenga usted con él comercio alguno de ideas, que no le permita esperar que sus halagos desvíen a la esposa de la senda de la perfección por donde camina; pero entiéndase que le pertenece todo lo que no es del espíritu, lo que es propio y peculiar manjar del mundo. Usted me refería sus más íntimos y escondidos secretos, misterios delicadísimos de su alma; referíame también hechos y palabras reservadas de su esposo, las cuales apreciaba yo en su justo valor, y, fundado en palabras y en hechos, yo trazaba a usted ese régimen de vida, al cual hase ajustado perfectamente hasta ahora en que la veo aturdida y un tanto descarriada. Recuerde usted lo que hemos hablado sobre esto, la argumentación para poner cada cosa en su lugar, y no confundir nunca lo espiritual con lo humano, lo que es de Dios con lo que es de la carne.

María empezó a decir algo y se detuvo asustada.

—Hable usted, mi ternísima oveja...

—Mi marido me decía muchas cosas... —murmuró la dama.

—Sí, y bien sabe usted que en nuestros gratísimos coloquios yo rebatía con firme dialéctica todos los argumentos de

ese sofista..., y usted me daba la razón; usted quedaba convencida.

—Porque no tenía celos, que son en mí..., ahora lo veo claro como la idea de Dios..., que son en mí la manera de amar.

—Sí, usted amaba—dijo el padre, lleno de confusiones, recogiendo su mirada y dejándola de nuevo—, porque usted se interesaba por él y no quería que le pasase ninguna desgracia, en cuyas ideas la sostenía yo, sí, la sostenía...

—Pero él me decía muchas cosas—repitió María, con el mismo lastimoso tono de niño que llora—. Me decía que usted...

—Que yo...

—Que usted, cercenando poco a poco los afectos para devolvérselos a Dios; cercenando las ideas para que no las manchara el ateísmo, quitándome todo lo del corazón y no dejándome más que un deber, había hecho de mí la concubina de mi marido.

—¡Oh! Mujer, mujer—exclamó Paoletti con viveza de tono—, ¡cuántas, cuántas veces rebatí ese argumento de apariencia terrible, dejándola a usted tranquila!

—Pues rebata usted este otro.

—¿Cuál?

—Que estoy celosa, envidiosa, y ahora quisiera para mí lo que ya no es mío.

El buen Paoletti, alzando del suelo su mirada, irguió la cabeza. No satisfecho con esto y deseando poner sus ojos lo más alto posible, como se pone la luz en una torre para alumbrar a los navegantes extraviados, se levantó. Quería mirar a su amiga de arriba abajo. Indudablemente, el ilustre enano estaba inquieto, desasosegado, y, dígase la verdad, poco satisfecho de sí.

—Mi querida amiga—añadió el hombre chico, esgrimiendo su mirada como un ángel celeste esgrimiría su espada—, veréme obligado a hablar a usted con una energía que no cuadra bien con la amistad suavísima, ¿qué digo amistad?, con el respeto, con la veneración que ha sabido inspirarme, pues últimamente la grandeza de sus perfecciones me ha cautivado de tal modo, que no he podido mirar a usted como penitente, ni aun como amiga espiritual, sino como una santa, como criatura purísima y gloriosísima, superior a mí por todos conceptos. ¡Y ahora!...

Nueva pausa. María Egipcíaca, afectada por aquel lenguaje, cruzó las blancas manos, y, con acento fervoroso, exclamó:

—¡Señor, hermano mío, venid ambos en mi ayuda!

—Llámelos usted con el corazón limpio de afectos menudos, que son, permítaseme decirlo, como el moho del sentimiento—dijo Paoletti, sintiendo que la elocuencia venía en torrentes a su boca—; llámelos usted así, y vendrán. Un movimiento espiritual, íntimo, mi dulcísima amiga—añadió, llevándose la mano al corazón y apretándola sobre él como una garra—; un impulso hondo, de aquí; un impulso que en una sola energía comprenda dos deseos, el deseo de expulsar esa lepra y el de volver arriba, a esas regiones serenas, iluminadas, radiantes, de donde jamás debió descender... Animo, alma predilecta, en cuyas alas se ven ya cambiantes y reflejos de la luz inextinguible del Paraíso..., ánimo y no abatir las alas..., te falta muy poco, esto, tanto así—fió a sus dedos la expresión material de la idea—; no mires abajo, que te dará vértigo: mira hacia arriba, y verás las magnificencias que te aguardan, hermosura y dichas superiores a cuanto imagina tu fantasía en los deliquios más placenteros; oirás regaladas músicas y te sentirás penetrada de ese bien infinito, que te envolverá toda, te suspenderá, manteniéndote en un vuelo de arrobo infinito, de contemplación angélica. No vuelvas atrás, alma bendita, te lo ruego, te lo pido por ti, por todos nosotros, que esperamos tu ejemplo; por el Dios que te creó tan hermosa, como obra maestra destinada a su propio recreo y grandeza; te lo pido de rodillas, yo, humildísimo clérigo, que nada valgo, que nada soy; pero que he tenido la dicha de encaminarte a tu celestial destino, ¡oh alma preclarísima!, conquistando así un mérito que muy poco vale al lado de los tuyos.

Pausa. Paoletti se puso de rodillas, cruzando las manos.

—De rodillas... usted—murmuró María con voz balbuciente—; no, eso no... Haré lo que usted me manda...; pero ¿qué se hace para dejar de sentir lo que se siente?

—Sentir otra cosa—dijo el italiano, levantándose—. ¡Oh!, bien lo sabe usted..., que ha educado su corazón y su mente con arte maravillosísimo igual al

de los santos. ¿Siente usted, por ventura, enflaquecimiento o tibieza en su amor a Dios, en su piedad?

Silencio. María respondió negativamente con un movimiento de su mano. Después, acercando más su cabeza al padre, para que éste la oyera mejor, habló así:

—Eso que usted quiere echar de mí, ¿impedirá mi salvación si no lo echo?

—¡Oh ángel de bondad! Ni por un momento he puesto en duda su salvación... Eso, no. Pues qué, ¿un alma tan llena de merecimientos podría perderse? Sin que usted me lo declare, conozco que esos afectos que han venido a conturbarla no van acompañados de rencor, ni excluirán el perdón de los que hayan a usted ofendido. ¿Me equivoco?

María volvió a negar con la cabeza.

—Entonces la salvación es segura. Si me empeño en arrancar esa hierbecilla, es porque no me contento con que esta alma sea buena: quiero que sea perfecta. No me satisface la victoria, y deseo un triunfo gloriosísimo, para que, además de la corona de la virtud, lleve usted la de la santidad. Quiero—añadió con énfasis—que usted suba al Cielo bañada en luz esplendentísima, entre las aclamaciones de los ángeles, y que desde el eterno umbral recamado con estrellas de zafir no vuelva la mirada a la Tierra ni aun para obsequiarla con su desprecio. Quiero en usted la pureza absoluta, el amor en su esencia divina.

—Todo eso tendré sin arrancarme el afán de la Tierra. Si me puedo salvar con él, que Dios me reciba en su seno tal cual soy.

Paoletti meditaba. De pronto dijo:

—Mi querida amiga, ¿perdona usted de corazón a todos los que la han ofendido?

Pausa.

—Sí—dijo María, cuando ya el padre había perdido la esperanza de recibir contestación—. Perdono a mi infiel marido, que me ha matado.

Al decir esto, dos lágrimas corrían por sus mejillas.

—Y a ella, a esa mujer que ha robado a usted el amor de su marido, ¿la perdona usted?

Paoletti esperaba con los ojos fijos en la enferma. María bajó los párpados de los suyos y se sumergió en abstracción profunda. El clérigo creyóla presa de un desmayo; alarmado, acercó su rostro, observó, esperó. Al fin, pudo oír un sollozo, que decía:

—También la perdono.

—Pues si mi nobilísima hija perdona, que es la manera de arrojar esa levadura maléfica, entrará triunfante en la morada celestial—dijo el padre en tono patético, cual si tuviera en su mano la llave de aquella morada.

Súbitamente, poseída de entusiasmo místico por efecto del influjo sobrehumano que sobre ella tenía el padre, María recobró sus fuerzas, y, singularmente, las de la emisión de la voz. Hasta en sus mejillas pálidas viéronse señales de la reacción vital, que, principalmente, se mostraba en la movilidad, gracia seductora y resplandor de sus ojos.

—Parece que esas palabras me han infundido una vida nueva—dijo con fácil acento—. No sé qué telas había delante de mis ojos que ya han desaparecido, y veo claro, tan claro, que me pasmo de los beneficios que el Señor me ha hecho dando esta luz a mi alma, y no sé cómo agradecérselo. El me ha enseñado el camino para ir a El; me ha llamado con voces de cariño. No me aparto: voy, voy, Dios, Padre y Redentor mío; voy abrazada a tu Cruz.

—Así, así, así quiero a mi amadísima penitente y amiga—exclamó el poeta de los superlativos, dejando correr las lágrimas que venían a sus ojos—. Pronto vivirá usted, en espíritu, en la región del consuelo eterno. ¡Qué gran privilegio, amiga mía, no asustarse de la muerte, sino, por el contrario, ver con gozo ese momento, en que la última chispa de la vida asquerosa se confunde con la primera centella de vivir limpio, infinito! ¡Alma hermosísima, purificada por la oración, por la piedad constante, por el heroico trabajo de la vida interior, por la perenne inmersión del pensamiento en la idea divina, extiende tus alas, más blancas que las nubes; no temas, remóntate, mira tu puesto arriba, oye las deleitosas músicas que te reciben, aspira esa fragancia inconcebible del Paraíso, atrévete a afrontar la mirada paternal del que hizo el sol y las estrellas, y que, sonriendo con la sonrisa de que salió la luz, te recibe como a mártir, como a santa!

—Sí—dijo María, cruzando blandamente las manos sobre el seno—: yo

me siento subir, y no encuentro palabras para expresar mi júbilo. Parece que se me olvida ya el lenguaje de la Tierra, que no sé hablar. Mi última palabra sea para repetir que perdono de todo corazón a los que me han ofendido.

Pausa. El italiano murmuraba una oración.

—Padre—dijo María Egipciaca, dando un golpecillo en la cama para despertarle de aquel sopor místico en que había caído—, me ocurre que debo manifestar de palabra mi perdón a mi marido.

—No es absolutamente necesario, pero puede usted hacerlo.

—Quién sabe si unas cuantas palabras dichas en momentos tan solemnes harán efectos provechosos en su alma perdida.

—¡Oh, sí!... Esa idea es propia de una inteligencia sublime... Se lo *diremos*.

—En este trance—añadió María, agitada otra vez por los afectos que Paoletti llamaba menudos—, él no puede contestarme. ¡Ay! Tiene tan prontas las respuestas cuando yo le acuso, que a veces me aturde. Una vez...

María reflexionó un instante antes de seguir.

—... vino a mí lleno de tristeza y desaliento. Era una noche que llovía mucho... El pobrecito..., por ceder su coche a un amigo enfermo, se había mojado hasta los huesos. Además, aquel día se le había muerto otro amigo que amaba mucho, un célebre ateo, ya sabe usted, compañero de estudios y de herejías de mi pobre León. ¡Oh, qué triste estaba! Le vi entrar, y me dió lástima; pero yo estaba rezando y no podía suspender mi rezo. Se mudó de ropa; pero con la ropa seca tiritaba lo mismo que con la húmeda... Tenía fiebre. Yo mandé que le hicieran abajo una bebida calmante, y seguí rezando, pidiendo a Dios fervorosamente que le convirtiera, ¡y él no me lo agradecía!... De pronto se llegó a mí, y, sentándose en una banqueta baja, puesto casi a mis pies, me tomó una mano, imprimiendo en ella unos besos que me quemaban. Díjome así: «Yo necesito amar y que me amen... Esto es vivir como los cardos, que crecen solos y tristes en el campo...» Gran esfuerzo el mío para no hacerle caso. Obligada a dejar el libro de rezo, rezaba mentalmente, apartando de él los ojos, trayendo a mi mente cosas de piedad, para que otras cosas y pensamientos no pudieran entrar. Aquel día habíamos hablado usted y yo largamente de las estratagemas de que se vale el espíritu ateo para cautivar al espíritu con fe. Yo me fortalecí con el recuerdo de aquellas palabras, y dejé pasar, dejé pasar la corriente de cariño que de él hacia mí venía. Yo era una estatua; comprendí que debía enojarme, y me enojé, echándole en cara su ateísmo. El tiritaba y me decía: «Puesto que mi hogar está vacío para mí, me voy a meter en un hospicio...» ¡Qué cosas dijo! El «yo quiero amar, yo quiero que me amen», no se apartaba de su boca... Me galanteaba a veces como un estudiante, riendo; a veces me hablaba de nuestra casa, de los hijos que no habíamos tenido... Yo, firme; yo, revestida de frialdad, porque si le mostraba cariño, ¡cuál no sería su engreimiento y mi humillación! Habría yo creído que conmigo se humillaban la Fe cristiana y la Santa Iglesia. No, no; mi plan de conducta estaba trazado, ¡y qué bien trazado! Yo me levanté, y le dije, sin mostrar emoción: «Conviértete, y hablaremos»; y me retiré, dejándole solo. ¡No se me ha olvidado aquella noche! Me acuerdo de que, al entrar en mi alcoba, me dió lástima de verle con tanto frío, y, tomando una manta, se la tiré desde la puerta. Yo me había puesto a rezar de nuevo en la alcoba, cuando le oí decir: «¡Maldito sea quien te ha hecho así!»

—¡Oh mi querida amiga!—dijo Paoletti—. Se agita usted demasiado con esos recuerdos.

—Me parece que le estoy viendo... —añadió María con no sé qué expresión de éxtasis en sus ojos—. Estaba pálido aquella noche, y tenía en sus hermosos ojos una melancolía, un desconsuelo... Parecía un niño hambriento que extiende los brazos hacia el seno de su madre, y se encuentra con que el seno de su madre es de cartón. Paréceme que siento el picor de su barba fuerte aquí, sobre la piel de mi mano, y me pesa, me pesa aún sobre las rodillas su cabeza fatigada. Yo no la dejaba reposar allí, pero la miraba, preguntándome por qué Dios permite que las ideas materialistas y el no creer estén dentro de una cabeza tan hermosa. ¡Y aquella cosa inexplicable y encantadora que hay en

sus ojos negros..., y aquella energía de su mano varonil, y aquel conjunto de seriedad, de brío, de fuerza, sin perjuicio de la esbeltez!...

—Amiga de mi alma—dijo Paoletti, interrumpiendo—, creo que si se ocupa usted tan prolijamente de perfecciones físicas, es para asombrarse de que Dios, en su alto juicio, las haya unido a un espíritu ciego y muerto.

—Eso es, eso es...; pero estos recuerdos vienen a mí y no los sé desechar. Pueden más que yo... Un día, después de muchos días de destemplanza entre los dos, le vi entrar furioso. Era la primera vez que le veía colérico: me dió mucho miedo. Me habló violentamente, y, tomándome por la mano, sacudióme como si quisiera arrastrarme. Caí de rodillas delante de él. Me parece que aún siento su mano como una argolla, y si la sintiera de veras ahora, creo que el gusto me haría vivir... Díjome cosas muy duras; pero su misma ira, con ser tan fuerte, no le impedía la delicadeza... Aquel arrebato de cólera me regocijaba en el fondo del alma, porque me demostraba su amor; pero como yo estaba segura de su fidelidad, no quise manifestarle nada de mi afecto. Bien sabía yo que no me había de hacer daño, y, por lo mismo, le dije: «No me importa que me mates, pero aguarda un poco. Estoy repartiendo mi ropa a los pobres.» Así era: más de cien infelices aguardaban a la puerta. Yo estaba tan orgullosa de mi caridad, que supe despreciar a mi tirano. El me dijo: «¡Es horrible que se sienta uno herido en el alma y ni aun pueda devolver golpe por golpe, y no pueda vengarse, ni matar a nadie, ni aun castigar...!» ¡Oh, qué simpático estaba en su enojo!

—Basta, basta—dijo, prontamente y con desasosiego, el padre—. No permito ni una palabra más de esa revista de memorias nocivas al alma. La que luchó entonces por limpiar su espíritu no puede sucumbir ahora.

—No, no sucumbiré—afirmó María, revelando en su rostro lívido el esfuerzo que hacía su alma para romper las misteriosas cadenas que la aprisionaban en la hora tremenda—. Bastante me he mortificado, bastantes batallas he dado en mi mente para despojarle de aquellas perfecciones y dejar desnudo el horrible esqueleto. Este procedimiento de no ver en el ser hermoso más que un esqueleto, me fué recomendado por usted... y ha sido mi salvación... Porque, indudablemente, mi alma se habría perdido, ¿no es verdad, padre?..., el fin de conquistarme espiritualmente y hacerme suya, extraviando mi corazón, ¿no es verdad, padre?

A cada pregunta, señal en ella de dudas o refriega interior, el padre contestaba afirmativamente con fuerte cabeceo.

—Yo le decía: «Tuya soy en aquello que nada vale; pero mi espíritu no lo tendrás jamás.» A veces me imponía la obligación de estar semanas enteras sin hablarle. ¿No es verdad que hacía bien?

—Mi felicísima amiga—dijo el italiano, suspirando—, está usted refiriéndome lo que mil veces me ha referido. Volvamos esa página sombría, sobre la cual todo lo hemos dicho ya, y hablemos de Dios, del perdón...

—¡Del perdón!...—exclamó la dama, alzando su cabeza sin mover su cuerpo—. ¿De qué perdón?

En sus ojos se pintó un vago mareo, como el que precede al delirio. Incorporóse súbitamente en el lecho con dura sacudida, y, oprimiéndose las sienes, gritó:

—¡No los perdono, no los perdono, no los puedo perdonar!... ¡Marido, a ti solo te perdono, si vuelves a mí! A ella...

No pudo acabar la frase. Retorciéndose los brazos, cayó en la cama como un cuerpo muerto. Paoletti miró, aterrado, los ojos de la enferma clavados en él con expresión bravía. El clérigo sintió en su frente sudor glacial, y el corazón agitado se le salía del pecho. La dama, después de mirarle así, cerró los ojos. La crisis se resolvía en distensión de músculos y en sollozos y suspiros. Paoletti dijo, con voz que se esforzó en hacer cavernosa:

—¡Alma que creía victoriosa y que ahora sucumbes vencida: si no perdonas, Dios no te perdonará!

Después se arrodilló, y, tomando el crucifijo, se puso a rezar, contemplándolo. Afligido y lloroso, como pastor a quien roban su más querida oveja, permaneció un rato. La pobre dama no se movía ni hablaba. Al fin, tras doloroso gemido, pronunció estas tristes palabras:

—Soy pecadora y no me salvaré.

Alma infeliz y llena de congoja, luchaba como el náufrago de los aires, alar-

gando una mano al cielo y otra a la tierra.

—Estoy transido de dolor—dijo Paoletti, mostrando a María su blanco rostro pueril, inundado de lágrimas sinceras—, porque el alma que creí haber ganado para un esplendorosísimo puesto del Cielo, cae de improviso en los abismos...

—¡En los abismos!...—murmuró la Egipciaca con un sollozo de angustia.

—Sí, y pido a mi Dios que la salve, que salve a esta alma queridísima, que no la condene, que tenga piedad de ella... ¡Oh Señor misericordiosísimo, haberla visto tuya y ahora verla de Satanás!... ¿No es tu perla escogida? ¿Cómo permites que caiga en el lugar del tormento eterno?... ¿No la perfeccionaste, no la purificaste como a joya que había de pertenecerte eternamente?... Alma, oye mi último ruego, si no quieres ver trocada la túnica purísima de la bienaventuranza por vestidura de llamas horribles... Torna en ti, vuelve a tu ser suavísimo y al peregrino estado, donde hallabas deleite superior, al que podrían dar a tus sentidos los más delicados aromas, los manjares más exquisitos y las visiones más bellas. Sálvate, no ya del mundo, sino del infierno.

Siguió hablando el reverendo poeta con aquella oratoria sentida, patética, un poco teatral, que era propia suya, haciendo gasto considerable de retórica descriptiva, y no perdonando *resplandores celestes* ni *coros angélicos,* ni *amor esencial,* ni *candideces del alma.* Cuando concluyó, María, besando el crucifijo que su amigo espiritual le puso en las manos, derramaba lágrimas y decía:

—Bien: todo lo cedo ante Ti, Redentor mío; no queda nada en mí de esta levadura de los afectos menudos. Me lo arranco todo con la vida y lo echo al fuego. Aún queda algo; pero usted, padre, que tanto puede, me arrancará esta última espina que tengo en el corazón.

—¿Cuál?

—Pruébeme usted que la niña de Pepa no es hija de mi marido.

—¿Cómo he de probar eso, criatura?—replicó, asustado, el buen Paoletti—. ¿Conozco, acaso, los secretos recónditos de la Naturaleza? Podrá ser hija, podrá no serlo.

Después, aquel hombre de buena fe, pero que sólo conocía la superficie, no las honduras del humano corazón, dijo estas palabras:

—La niña es bonita.

Esto era ser Longinos, tomar la lanza y herir el divino costado para abreviar la agonía. La dama parecía saltar en su lecho.

—Alma escogida—exclamó el valiente Paoletti, puesto en pie, fulgurantes los ojos, alta la mano—, desecha esa última turbación, arroja las últimas heces y ten limpio el vaso en que ha de entrar el agua purísima de la eternidad gloriosa.

—Quiero salvarme—murmuró María, que más parecía un muerto que habla que un vivo moribundo.

—Pues desecha, límpiate por completo, perdona, ¡oh alma preciosa!

—Desecho, me limpio, perdono—se oyó en la estancia, como el silabear misterioso de una vida que se escapa por los labios y fenece en ellos.

—Perdona, y tu salvación es segura.

El enano se agigantaba con la expansión de su entusiasmo místico. Al entusiasmo de María mezclábase un pavor supersticioso que erizaba sus cabellos sobre la sudorosa piel de la frente. Caía desmelenada su cabeza como la hierbecilla inclinada y rota ante la voladora pesadez del tren que pasa.

—Abrazada a esta imagen bendita—dijo el clérigo—, olvide usted todo lo del mundo, todo, absolutamente todo.

—Olvido—murmuró María en el fondo de aquella sima oscura de abnegación en que había caído.

—Todo, todo... Olvide que existe un hombre, que existe una mujer.

—Olvido—dijo la voz más quedamente, como si siguiera bajando.

—Hágase usted cargo de que es igual que su cuerpo esté en Suertebella o en su propia casa. Humille su amor propio hasta llegar a que no le importe nada la victoria terrestre de los malvados. No tenga usted horror al palacio en que está y en el cual hay una capilla consagrada a San Luis Gonzaga, cuya imagen parece el retrato de nuestro amadísimo Luis.

A este recuerdo, María pareció subir.

—Me reconcilio con el palacio. Tu nombre, hermano querido, me alegra. Que tu alma triunfante venga en auxilio de la mía.

—Así, así.

—Cuanto tengo, si es que tengo algo

—dijo con voz clara, besando el crucifijo—, deseo que se reparta a los pobres. Mi marido y usted se pondrán de acuerdo. Deseo ser enterrada junto a mi hermano y que se me digan misas de cuerpo presente en el altar donde esté la imagen del santo que más quiero y admiro: San Luis Gonzaga.

—Sí, mi dulcísima amiga; y no se le importe nada a esta alma nobilísima que el altar esté en Suertebella.

—Nada me importa. Perdono de todo corazón, me reconcilio con mi Dios Salvador, y espero.

Con las manos extendidas, los ojos medio cerrados, Paoletti pronunció grave, despaciosa, solemnemente, la absolución cristiana.

—Reconciliada con Dios—dijo luego con voz conmovida—, va usted a recibir la santa Comunión.

XIV

VULNERANT OMNES, ULTIMA NECAT

La ceremonia anunciada se efectúa después de anochecer, con pompa y fervor. El palacio de Suertebella préstase maravillosamente a la ostentación de mil y mil hermosuras, homenaje tributado por las gracias materiales al rito católico. Flores preciosísimas, luces sin cuento, son la ofrenda más propia para festejar al Señor de los Señores. Entre tanto brillo, parece que las mismas obras del arte humano se hacen más bellas y se perfeccionan, como si también les tocara a ellas algo del bien que la divina visita trae a la casa. El rumor de llanto que por doquiera se siente, ya en un ángulo de la sala japonesa, ya tras de la estatua griega de perfil majestuoso, completa la profunda gravedad triste del espectáculo. El fervor y el miedo, originados aquél de la idea del más allá y éste de la proximidad de una muerte, se juntan en un solo sentimiento.

El cura de Polvoranca trae la Sagrada Forma de la parroquia cercana, en lujoso coche, al que otros mucho siguen con alineación melancólica. Parece que los propios caballos comprenden que no debe hacerse ruido, y pisan quedo. El hermoso pórtico se llena de personas, cuyas caras enrojecen con el fulgor del hacha que tienen en la mano, y confundidas libreas con gabanes, señores y criados están de rodillas. La campana, en cuyo son se mezclan el pavor y el consuelo, va clamando por las anchas galerías despertando de su sueño ideal a las figuras de mármol. El arte serio y el cómico se transforman, tomando no sé qué expresión de temor cristiano. El charolado suelo refleja las luces. Por el techo y las altas paredes corren reflejos rojos y sombras de cabezas. Flores y tapices se inclinan con silencioso acatamiento. Los pasos resuenan con bullicio sobre la madera. Creyérase oír redoble lejano de fúnebres tambores. Después se apagan sobre las alfombras, produciendo afectos acústicos semejantes a los de una trepidación subterránea. Al fin, para el ruido y se detienen los pasos. El silencio es sepulcral. La procesión ha llegado a su término. Durante aquel rato solemne, todo el palacio está desierto: cuantos en él respiran se hallan en las inmediaciones de la escena. Los que no pueden presenciar el acto entran con la imaginación en la alcoba, llena de luces y suspiros, y gozan, o gimen, imaginándose lo que no pueden ver. Desde fuera se adivina la escena y el corazón tiembla. En el pórtico y en las galerías solitarias e iluminadas, la atmósfera muda parece un inmenso aliento suspendido por la expectación del respeto. Todo calla: sólo puede oírse quizá, en el rincón más oscuro, el roce de un vestido que pasa, se desliza, corre y desaparece.

Pasa un rato. Siéntese, primero, un murmullo; después, los pasos nuevamente; reaparece la fila de lacayos con hachas, crece el rumor, se aumenta la claridad, sombras de vivos corren por sobre las figuras pintadas, vuelven a crujir las charoladas tablas; siguen libreas, mucho calor, mucho traje, hombres y mujeres de todas clases, rostros indiferentes, otros que revelan pena o lástima; óyense las sílabas quejumbrosas del rezo del cura y sus acólitos. La procesión, que unos ven con inefable sentimiento y otros con frío pavor, avanza al son de esquila que agita un niño, el mismo a quien Monina llamaba *Guru*, y sale por el pórtico, donde unos la despiden de rodillas, otros la acompañan con la cabeza descubierta. Dentro, la fragancia de las flores parece misteriosa

huella del pie invisible que ha entrado en el palacio.

Ego sum via, vita veritas.

★

Toda la familia asistió al acto: la marquesa, agobiada por el dolor y sin fuerzas para tenerse de rodillas (tan vivamente la afectaba aquel trance temido); el marqués y sus dos hijos, manifestando sinceramente su pena. Concluída la ceremonia, se retiraron todos apremiados por los amigos más íntimos. Milagros perdió el conocimiento y fué preciso llevarla a un rincón de la sala japonesa, donde amigas solícitas la rodearon para consolarla. El marqués, que había perdido la memoria de sus excursiones artísticas por el palacio, huía de los consuelos de importunos amigos y quería estar solo. Allá en un ángulo de la sala de tapices halló lugar propicio a su recogimiento y dolor, y, oculto tras un sátiro de mármol, meditaba sobre la vanidad de las grandezas humanas. Gustavo, atendiendo a su madre, se dejaba consolar por el poeta de los *arrebatos píos* y de las *almas cándidas*. Leopoldo echaba de su cuerpo suspiros y temblaba nerviosamente, sintiendo aquella glacial caricia de la muerte tan cerca de su persona.

Mucha gente salía, y en el parque los cocheros se llamaban unos a otros, dándose los nombres históricos de sus amos: «*Garellano,* ahora tú; *Ceriñola,* entra; *Lepanto,* echa un poco atrás.» La noche estaba hermosa, limpia, serena, inundada de la claridad azul de la luna, y el horizonte ofrecía a lo lejos la falsa apariencia de un mar tranquilo. Palidecían las estrellas pequeñas; pero las grandes lograban brillar, retemblando con visible esfuerzo. ¡Naturaleza espléndida, por donde parecía cruzar dulce respiración de calma y amor! Más bien convidaba a nacer que a morir. ¡Cuánto abruma al hombre observar la majestuosa indiferencia de los cielos visibles ante los dolores de la Tierra! El más horrendo cataclismo moral no podía formar la más ligera nubecilla. Todas las lágrimas de la Humanidad no llevarían a esos espacios insensibles una sola gota de agua.

León salió de la triste alcoba para decir dos palabras de gratitud al marqués de Fúcar.

—Querido—le dijo éste, estrechándole con cariño las manos—, recibe el pésame de un afligido. Aquí, donde me ves, gimo bajo el peso de un disgusto.

—¿Hay algún enfermo en casa?...

—No..., ya hablaremos... Ahora no es ocasión... No tienes que agradecerme nada..., era mi deber. Ya ves que he mandado adornar el palacio como corresponde a ceremonia tan augusta y a la firmeza de mis ideas religiosas. Se trajeron todas las camelias de la estufa, los rododendros y los naranjos que están en pesados cajones de madera. Pero no importa: hay ocasiones en que me parece conveniente llegar hasta la exageración... Volveré a saber... A su debido tiempo hablaremos.

Poco después salió a tomar su coche para irse a Madrid, pensando en esta desdichada, en esta mal dirigida nación, que al día siguiente de hacer un empréstito ya necesitaba hacer otro... León volvió a la alcoba. La terminación parecía próxima. Rafaela, Paoletti, Moreno y él rodeaban a la pobre María, que, desde las últimas palabras de su espiritual confesión, se había ido postrando y perdiendo rápidamente el aspecto de persona viva. Su hermosa cabeza y cara, en que estaba representado, por vanagloria de la Naturaleza, el ideal de la belleza humana, parecían más perfectas en aquel momento cercano a la extinción de la vida orgánica, y su inmovilidad, su blancura, la fijeza de aquel blando reposo sobre la almohada, la calma escultural de las facciones y de los músculos faciales, no contraídos por dolor alguno, la asemejaban a una representación marmórea de la muerte tranquila, noble, aristocrática, si es permitido decirlo así, puesta en figura yacente sobre el sepulcro de una gran señora. Nada se movía en ella. Lograba el privilegio de entrar en el reino sombrío con sosegada parsimonia, sin dolor físico, como se pasa de una visión a otra en el entretenido viajar de un sueño.

Sus ojos, medio velados por las negras pestañas, se fijaban en el rostro sombrío y atónito del hombre de la barba negra. León esperaba junto al lecho, observando con dolor aquella hermosura sublimada por la muerte, y pensaba en el sentido profundamente filosófico de la aparente transformación de su mujer en estatua. La solemnidad del caso dolo-

roso; el silencio del lugar, sólo turbado por un aliento apenas ronco, más difícil a cada minuto; la mirada triste de aquellos ojos moribundos, fijos en él como una raíz misteriosa que no quiere dejarse arrancar, leváronle a pensar cosas divinas, referentes a él mismo, a ella, dos seres que se decían esposos y sólo estaban unidos ya por el hilo de una mirada. Sondó su corazón, deseando hallar en él un resto de amor para ofrecerlo, como la última florecilla de la galantería conyugal, a la que expiraba en la soledad fría de su misticismo, y por más que buscó y rebuscó, no pudo encontrar nada. Todo lo que su corazón contenía en caudales de amistad y ternura, había sido retirado sigilosamente del hogar legítimo para ser depositado y como escondido en otra parte.

Pero si amor no, la hermosa estatua que había sido embeleso de su juventud le inspiraba una compasión tan viva y tan honda, que con el amor mismo se confundiera en tan supremo instante. Al despedir aquella vida, que habría podido ser encanto y ennoblecimiento de la suya, y que, sin embargo, no lo había sido, León sintió que las lágrimas subían a sus ojos y que el corazón se le oprimía. «¡Infeliz!—dijo para sí—, Dios te perdonará todo el mal que me has hecho; te lloro como si te amase, y te compadezco, no sólo por tu muerte prematura, sino por el desengaño que vas a tener cuando sepas, y lo sabrás pronto, que el amor de Dios no es más que la sublimación del amor de las criaturas.»

Se acercó a ella, atraído por los ojos, que se abrían un poco más. Vió de cerca el vello finísimo, casi imperceptible, que sombreaba su labio superior; vió el punto luminoso de su pupila irradiada de oro; sintió su aliento, que casi no se sentía ya. ¡Desconsolada! No hay voces para expresar aquel desconsuelo, que por sí no se expresaba tampoco con palabras, sino con el último destello de una mirada que lloraba apagándose. Bajo la tranquilidad exterior de su cuerpo y la calmosa fijeza de su mirar de desconsuelo, se revolvían quizá tormentosas ansias y los ardientes afanes humanos, despertados sordamente en lo más íntimo del ser moribundo, cuando ya no existía el poder físico para darles forma. Pero la superficie no decía nada, así como la costra helada del río no permite oír la bulliciosa y veloz corrida de las aguas profundas.

Así lo comprendió León. Vió una gota brillante temblar en cada uno de los ojos de María. Eran la última y la única forma posible de expresar la energía postrera de sentimiento humano en su alma, solicitada ya del abismo insondable y atada aún al mundo por la tenue raíz de un deseo. Dos lágrimas asomadas, que no llegaron a correr, fueron lo único que de aquel oleaje recóndito salpicó fuera.

León acercó sus labios al rostro frío y oprimió firme. Oyó entonces el fuerte suspiro de una gran ansiedad satisfecha. Estremecido con sacudimiento el cuerpo exánime, oyóse una voz que dijo:

—¡Oh!... ¡Gracias!...

Transit.

Quietud absoluta. ¡Formidable silencio aquel en que María Egipcíaca resbaló por la pendiente de la invisible playa, como grano de arena arrastrado por la ola y llevado a donde la humana vista no puede penetrar!

Los que la miraban morir se encontraron solos. Con un suspiro se dijeron que ya la infeliz esposa no existía. Ya se podía hablar en voz alta... El que tenía la obligación de cerrar aquellos ojos los cerró con trémula mano... Temía hacerle daño.

El padre, puesto de rodillas, rezaba en silencio, la mirada fuertemente contenida dentro de los párpados, como el prisionero a quien se doblan los cerrojos de su calabozo. Contempló León breve rato lo que restaba de quien fué la mujer más hermosa de su época, reuniendo a este privilegio el de ser la más santa de su barrio, y tembló de dolor al choque de las memorias que a él venían, de los sentimientos que en él se encrespaban. ¡Cuán triste hermosura en aquella calma de los despojos tibios, donde lo bello ocultaba tan bien lo fúnebre, que era propio en aquel caso llamar ascéticamente muerte a la vida y vida a la muerte!

Lleno de turbación y rebosando lástima de su corazón oprimido, el viudo salió de la alcoba como si saliera de su juventud. Las fieles amigas de devociones y los criados quedaron allí. Paoletti se retiró a rezar a la capilla. Circuló la noticia por el palacio y se oían lamen-

tos lejanos, bullicio de gente que corría en busca de cordiales, secreteo suspirón de amigos que entraban y salían. León fué a dar a la sala de Himeneo, donde se arrojó en un diván, fijando la vista en el antiguo reloj artístico que en torno al círculo de las horas tenía un renglón curvo, semejante a un triste ceño, con esta inscripción:

Vulnerant omnes, ultima necat.

XV

LA SALA INCREÍBLE

Reuniéronse a él los criados y algunos amigos fieles. Dadas las disposiciones que exigían las circunstancias, se retiró a la parte del palacio próxima a su habitación. Quería estar solo. En medio de su pena, sentía escondida la satisfacción de haber cumplido hasta el último instante obligaciones sagradas. Mandó a su criado que guardara la puerta, no permitiendo que nadie penetrase hasta él, y se encerró en la sala Increíble. Al fin le acompañaba la soledad tan deseada. Podía pensar solo y considerar la marcha de los sucesos, su propia situación, el estado de su alma, echar una mirada al pasado y otra al porvenir. La dolorosa lucha que tiempo ha sostenía con un ideal distinto del suyo, había concluído. Estaba libre; pero su libertad venía impregnada de tristeza, porque había sido traída por la muerte; le quitaba los hierros una figura hermosa, melancólica, que no merecía en modo alguno el odio, sino compasión y respeto. El óbice suprimido por la muerte, aposentado en la memoria y aun en el corazón del liberto por la compasión, ganaba dulces simpatías sólo por el hecho de su fin lamentable. Tenía el prestigio de la inocencia y la hermosura del ángel.

Por mucho que León empapara su pensamiento en aquella memoria, si no cariñosa, interesante y patética, no pudo evitar que fuese sorprendido su espíritu por una idea lisonjera. Tenía porvenir. Ante él se abría el pórtico de una vida nueva, donde quizá vería realizado lo que persiguió vanamente en la vida fenecida, completamente rematada en la calma triste de un funeral. Pero lo reciente del duelo le hacía mirar con miedo el porvenir, y sujetaba su mente para no lanzarse a imaginar días venturosos ni a fabricar lindos castillos, todos en la región luminosa de lo probable, pero también en el caos oscuro de lo imaginario. Era para él muy doloroso que en un punto se juntasen el homenaje de respeto y piedad debido a lo que fué y la ilusión de lo que había de ser. Pero la esperanza es como el remordimiento, y viene tan puntual cuando la lógica la trae, que se la creería un don precioso de la conciencia. Así como no se puede cerrar la puerta al remordimiento cuando este viajero llega y toca reclamando su hospitalidad ineludible, no se puede tampoco despedir a la esperanza que viene, atropella, invade, se apodera, se instala y despliega ante la vista el lienzo seductor de los días venideros. No hay ceguera voluntaria que sea parte a impedir el goce de los horizontes de la vida cuando éstos se agrandan y se iluminan por sí. No hay momento en la vida, por doloroso que sea, que no se encadene con los momentos esperados que aún permanecen en los infinitos depósitos, no consumidos, del tiempo. La vida no es más que la apreciación de un *más adelante*. La Naturaleza ha cooperado en esta ley, no creando ningún ser superior que tenga los ojos en la espalda.

Vacilaba y padecía, no queriendo lanzarse a donde su pensamiento iba con fatal vuelo, y gustaba de atarse otra vez la cadena rota. Creía honrarse apartando de sí toda idea de su propio bien, aunque éste fuera legítimo, y quería que su fantasía procediera noblemente, no imaginando nada lisonjero en aquella luctuosa noche. Pero si el espíritu tiene velas maravillosas que lo impulsan y sin las cuales no puede navegar, tampoco puede hacerlo sin un lastre que se llama egoísmo. El egoísmo es necesario. Sin él y con velas se entregaría el hombre al loco arbitrio de los huracanes. Y con él solo y sin velas queda reducido al triste papel de pontón. Gallarda y perfecta nave es la que tiene en justa medida alas y peso. Meditando en esto, él se negaba resueltamente a ser pontón. Había arrojado al agua todo su lastre para lanzarse como un rayo al oleaje de la contemplación pura de lo ideal, cuando sintió ruido, un rumor que le hizo temblar, como la cuerda tirante en los altos topes tiembla en la horrible trepidación del huracán: era un ruido de traje de mu-

jer mezclado con un suspiro. Cuando miró, Pepa Fúcar estaba delante de él.

León, medroso, no osó preguntarle nada. Tenía ella en su cara el aspecto de un muerto que se levanta por miedo de haberse muerto. Sus dientes chocaban como al efecto de un frío intensísimo. Traía la tragedia en sus ojos y en su mano un papel. León tuvo valor para decirle:

—Por Dios..., no vengas a turbarme... Mi pobre mujer ha muerto.

—Y yo...

El temblor, aquel frío que parecía adquirido al contacto del sepulcro, le impidió seguir. Al fin concluyó la frase:

—Y yo ha tiempo que he venido... a decirte que mi marido vive.

León se quedó como quien no oye bien. Su conciencia fué la que gritó un instante después:

—¡Tu marido!...

Se llevó la mano a la cabeza, en cuyo centro toda su sangre parecía circular en remolino.

—¡Vive!

—¿Le has visto?

—Sí; y me habría muerto de espanto si no hubiera pensado que estás tú en el mundo para salvarme y ser mi amparo contra este bandido.

Estas palabras llevaron el espíritu de León a un aturdimiento estúpido...

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver con eso?... —dijo, pugnando por echarse fuera de aquella situación escandalosa, por medio de un sofisma de dignidad—. Déjame... ¿Tengo algo que ver con tu marido..., ni tampoco contigo?

En su pecho se había levantado una tempestad de rabia, contra la cual luchó, oponiéndole el decoro, el honor, diques de barro, que se rompían apenas usados. Sintiendo un torbellino en su cabeza y deseando que su amor fuera oído y que las cosas no fuesen como eran, ordenó a Pepa salir de allí. Un rayo de lógica le había destrozado interiormente. Cediendo a un movimiento natural de su alma, que no sabía si era el despecho o el honor, dijo a su amiga:

—Déjame... Te repito que me dejes... No me turbes ahora. No quiero verte, te separo de mí, te expulso.

—No estás en tu juicio—dijo Pepa con dolorida tristeza—. Me arrojarás de esta sala, pero no puedes arrojarme de tu corazón.

—Es que has venido a burlarte de mí —repuso él—, cuando merezco más respeto... Lo que has dicho no será verdad.

—¡Oh! Si no lo fuera...—dijo la dama, cruzando las manos—. Esta mañana me dió mi padre la terrible noticia; pero yo no creí que el *otro* tuviera valor para presentarse a mí... Esta noche me hallaba en mi cuarto..., sentí ruido en el jardín, me asomé..., vi un hombre..., era él..., la luz que alumbra el pórtico iluminó su cara aborrecida..., le conocí. Creí que la tierra se abría y me tragaba... y empecé a temblar de frío y miedo. Instintivamente me eché a correr por toda la casa, creyendo sentir sus pasos detrás de mí y su mano que me tocaba. Salí por la puerta de servicio, y si no hubiera puerta, me habría arrojado por una ventana... Salí al patio, no quería detenerme... Corrí a la calle, tomé un coche de alquiler y he volado aquí para decírtelo... He esperado mucho tiempo en el museo... No he tenido paciencia para esperar más.

—¿Y tu hija?

—Si hubiera estado en casa, la habría traído conmigo... Papá la llevó esta noche a casa de la condesa de Vera. Yo pensaba ir también; pero supe lo que pasaba aquí, y me entró horror de presentarme en público...; me fingí enferma...

—¡En qué triste instante vienes aquí! —exclamó León con honda amargura—. Ni siquiera consolarte puedo.

—¿Qué ves en mi presencia?

—Profanación..., escándalo..., no sé qué... Una espantosa inoportunidad que me hace temblar.

—No tengo la culpa de lo ocurrido. Dios lo ha dispuesto así... Pero no perdamos el tiempo en lamentaciones... Pensemos, discurramos lo que se debe hacer.

—¿Quién?

—Nosotros... ¿Me desamparas en este conflicto sin igual? ¿No sabes lo que trama el perverso? Mi padre me enteró esta mañana... Hace dos días que llegó a Madrid y se alojó en casa de sus tíos para echarme desde allí... No sé quién le ha informado... Creo que serían sus tíos. Gustavo es su abogado... Sí, va a entablar querella contra mí... El muy canalla escribió a mi padre esta mañana declarándose arrepentido de sus infamias

y pidiéndole perdón... En la carta de mi padre remitía una para mí... Mírala.

El primer movimiento de León fué rechazar la carta; pero, sin saber cómo, la arrebató de la mano de Pepa y leyó lo que sigue:

«Un hombre que se muere no tiene derecho a exigir fidelidad a la esposa que vive. Felizmente para mí, el Señor Todopoderoso ha querido conservar mi preciosa existencia. Mientras llega el momento de abrazar a mi esposa y a mi hija, tengo el honor de poner en conocimiento del primero de estos seres queridos que estoy resuelto a otorgarle mi perdón si se decide a poner de nuevo el cuello bajo el yugo matrimonial, atendiendo a que mi supuesto alejamiento del mundo de los vivos disculpó hasta ahora su desvarío. Pero si el susodicho ser querido se obstina en considerarme destinado a ser pasto de peces en el golfo mejicano, yo me tomo la libertad de asegurarle que estoy decidido a usar de los derechos que la ley me otorga. Mi adorada hija no puede crecer en el impuro regazo del adulterio. Seguro estoy de que la dama de quien tengo el honor de ser esposo no preferirá los halagos de un amor criminal a los dulces deberes de madre; en caso contrario, yo entablaré mi querella, contando, como cuento, con los testigos necesarios para hacer la previa información que la ley exige, y reclamaré a mi hija, persuadido de que la ley la pondrá en mis paternales brazos cuando cumpla los tres años.

»Para que mi buena esposa comprenda bien cuán fuerte es mi posición de cónyuge inocente, le ruego dé una vuelta por el despacho de su señor padre, y allí, estante tercero, tabla segunda, hallará la *Novísima Recopilación,* de cuya interesante obra me tomo la libertad de recomendarle la ley 20, título I, libro II.

F. Cimarra.»

—Es él—exclamó León estrujando la carta—, es su letra, es su estilo, su descaro, su miserable ironía, su falta absoluta de vergüenza y delicadeza. Reconozco la mano infame en la bofetada que recibo... ¡Dios Poderoso, si el ataque de un monstruo semejante no es razón suficiente para atropellar todas las leyes y respetos, para olvidar la dignidad y la conciencia misma; si esto no es razón para rebelarme y estallar, no quiero la vida, la desprecio.

Arrojó al suelo la carta estrujada, y Pepa le puso el pie encima, diciendo con cierta fiereza:

—Así trataría yo tu persona, malvado, y tu *Novísima Recopilación.*

Después se dejó caer en el sofá, exclamando entre sollozos:

—¡Mi hija, en poder de ese vil!... ¡Mi hija, que es mi alma toda, separada de ti y de mí!... ¡La idea de esta feroz amputación de mi vida me vuelve loca!

León clavaba en el suelo una mirada torva, aviesa.

—Un rasgo enérgico de mi voluntad nos salvará—dijo Pepa, alzando su rostro, que parecía la imagen misma de la resolución.

—Calla, espera—dijo León, apartándola lleno de ansiedad—. ¿No oyes?

Ambos quedaron mudos conteniendo el aliento. Sentíase por la galería cercana ruido de pasos lentos, tardos, como de muchos hombres que transportan un objeto pesado. Se acercaban, pasaban con cierta solemnidad aterradora; después se perdían a lo lejos...

Pepa y León, en la actitud de rechazarse el uno al otro, atendían con temerosa quietud a lo que cerca de ellos pasaba. El vivo palpitar de ambos corazones se confundía en un solo latido. Cuando el silencio volvió a reinar en el palacio, León miró a su amiga, que tenía el rostro inclinado y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Rezas?

—¡Oh Dios mío!—exclamó Pepa, oprimiéndose el corazón—. Ella reposa en paz, yo me consumo en ardientes afanes; ella goza ahora de la dicha eterna en premio de sus virtudes, yo soy señalada como criminal y perseguida por la Justicia, y veo mi pobre corazón cazado en horrible trampa de leyes... No, Señor: yo no te pedí que la mataras para darme el triunfo, yo no pedí eso... Yo no he sido mala, yo no merezco este castigo... Por momentos la aborrecí, es verdad; pero ya no. Ahora no sé si la temo, no sé si es respeto lo que me hace pensar tanto en ella y verla día y noche enfrente de mí, viva y muerta al mismo tiempo.

—¡Feliz ella!—dijo sordamente el viudo.

—Pero no nos entreguemos a nuestra melancolía. Es preciso resolver esta noche misma... Escucha, yo tengo un plan, el mejor, el único posible.

—Un plan...

—Ya lo sabrás. Antes necesito traer a mi hija. Paréceme que han de quitármela, que ella y tú y yo corremos peligro...

—Tráela al momento.

—Son las diez. Tengo tiempo de ir y volver pronto. Ya he hablado a Lorenzo, el mejor cochero que tenemos. Está enganchada la berlina. ¿Prometes esperarme aquí?

—Te lo prometo—dijo León, mirándola sin verla—. Corre en busca de Monina, tráela pronto; yo también temo...

—Hasta luego... No te muevas de aquí.

Salió por la puerta del museo. Largo rato estuvo León sin poder coordinar sus ideas. Antes de resolver nada concreto, convenía ver la cuestión con claridad y con sus naturales formas y dimensiones, sin hacerla más difícil ni más fácil de lo que realmente era. Pero él mandaba a las ideas presentarse con lucidez y no lo podía conseguir. La disciplina de su entendimiento estaba rota. El gran cansancio físico y el caos intelectual en que se hallaba lleváronle a una especie de sopor, en el cual su mente se aletargaba, dejando que desvariaran febrilmente los sentidos. La sala cuadrada le pareció circular, y el muro cilíndrico daba vueltas en torno de él, paseando, con el remolino jaquecoso de un tiovivo, las mil estrafalarias figuras que lo adornaban. Eran estampas grandes y chicas, platos y jarros, medallas y esculturas del tiempo del Directorio, que fué la revolución del vestido, trivial apéndice a la revolución del pensamiento. Después de cortar las cabezas, la fiebre innovadora se dedicó a reformar sombreros. La industria no quiso ser menos que la libertad, y en la cúspide del montón de cráneos alzados por el Terror plantó el figurín.

Allí no había más que hombres embutidos en inverosímiles casacas, estrangulados por corbatas sin fin y sirviendo de pedestales a fantásticos gorros. Unos esgrimían bastones llenos de nudos o en espiral, y estaban desgreñados como las furias y calzados como bailarines. Cadenas informes y sellos como badajos pendían algunos; de otros no se sabía cuales eran las piernas y cuáles los faldones, ni dónde empezaba el hombre y acababa la ropa. Parecían chabacana metamorfosis de la Humanidad en bandada de aves graznadoras, llevando los lentes sobre el pico y las patas con borceguíes. Las mujeres mostraban media pierna con listadas medias, y en la cabeza torres de pelo, plumas, cartón, cintas, túmulos, veletas, pagodas, flechas, escobas.

Hombres y mujeres corrían en rápido ciclón, abigarrada chusma bufona, de cuyo centro salían silbidos, ayes, befa y risa, entre la confusa masa de garrotes, piernas desnudas, narices, lentes, faldones, abanicos, sombreros. La Humanidad actual encerrada en un cañón tan grande como el mundo y disparada a los aires en millones de pedazos, no habría formado sobre el cielo espantado una nube más horrible.

Vió León que del círculo se destacaba una figura y avanzaba hacia él. Al punto se sintió abrasado de un furor semejante al que despierto había sentido en la mañana de aquel día contra su hermano político, furor no contenido ahora por consideración ni respeto alguno. El odiado *increible* que hacia él venía era el más grotesco de aquella muchedumbre antipática, y con su infame risa parecía insultar a la razón humana, al pudor, a la virtud, a todo cuanto distingue al hombre de la bestia.

—Execrable animal—gritó o creyó gritar León, abalanzándose a él y cogiéndole por el cuello—, ¿crees que te temo?... ¿Por qué me la quitas?... ¿Dices que es tuya?... Ahora te enseñaré yo de quién es.

Desarrollaba contra él atlética fuerza y le decía:

—¿Tienes derechos? Pues yo los pisoteo... ¿Has contraído lazos? Pues yo los rompo... Mira el caso que hago yo de tus derechos y de tus lazos: el mismo que de tu vida, empleada en el mal y en el escándalo... ¿Me pides que te respete?... ¿Que respete en ti la ley, el Sacramento, como los respeté en la infeliz que ya no pertenece al mundo? ¿Cómo te atreves a compararte con ella? En ella respeté la virtud seca, la piedad exaltada, la honradez, la inocencia, la debilidad, la belleza. Pero en ti, ¿qué hay sino corrupción, mentira, infamia, vicios?... No me pidas que te tenga lástima, porque la compasión no se ha

hecho para los animales dañinos. No me pidas que te entregue tu hija. Pues qué, ¿un ángel se echa a los perros?... Tu hija te aborrece, tu mujer te aborrece, y yo... te acabo.

Creyóse rodando por una pendiente oscura con su víctima entre las manos. Sin darse cuenta de ello, durmió un rato con agitado sueño. Cuando aquel vértigo insano se calmó por completo en su mente, empezó a distinguir de un modo confuso los objetos; luego los vió salir de la sombra con más claridad. Los *increíbles* y las *increíbles* estaban en su sitio con su natural pergenio irrisorio, ni más feos ni más agraciados que antes. No oyó León rumor alguno. Miró su reloj; eran las once y media.

La primera idea que vino a su mente fué la de que debía salir del palacio aquella misma noche y retirarse a su casa. Pensó en María muerta, en Pepa viva, y a entrambas las veía cual si delante las tuviera. Después, como si su pensamiento evocara a esta última, la vió aparecer por la puertecilla del museo, trayendo a Monina de la mano.

XVI

LOS IMPOSIBLES

—Aquí está—dijo con orgullo—. ¿Ves cómo la traigo?

Su fatigada respiración apenas le permitía articular las palabras. Soñolienta y malhumorada, la pobre niña se dejó tomar en brazos por León e inclinó la cabeza sobre sus hombros para dormirse allí.

—¿No le cuentas nada?—dijo Pepa, acariciando sus manecitas—. Mona, alma mía, ¿no le cuentas lo que te he dicho?

La nena cerró los ojos, murmuró algo, entregándose sin cuidado al sueño en el borde del abismo que a los pies de su descarriada madre se abría.

—Se duerme—dijo León, oprimiéndole dulcemente la cabeza para fijarla más sobre su hombro—. Hablemos en voz muy baja, ya que lo terrible de la ocasión nos obliga a vernos y a no estar callados.

—Aquí no puede ser. Se oye desde ese corredor—dijo Pepa, levantándose y tomando a León de la mano—. Además, tengo que enseñarte una cosa que está en otra parte. Es un secreto. Sígueme.

Dejóse guiar. Abrió Pepa la puerta del museo y entraron. Encendiendo una bujía, condújole por una pieza donde había cuadros viejos, y luego por una sala, y otra, y otra. Ella iba delante. León, con Monina en brazos, la seguía, sin hacer observación alguna. Al fin reconoció las habitaciones.

—Aquí no penetran los curiosos, ni esa turba de majaderos que han invadido a Suertebella—dijo Pepa.

Y pasaron a una estancia que era la misma donde Monina había estado enferma del *crup*. Una criada esperaba las órdenes de Pepa. Era la mujer de un mozo de Suertebella, en quien la señora tenía confianza; y como sus criados estaban en Madrid, sirvióse de aquélla para que a la niña cuidara. A ésta la acostaron pronto, y Teresa quedó junto a la camita, con encargo de avisar si alguien llegaba. Pepa llevó a su amigo a la pieza inmediata.

—Es mi alcoba—dijo la dama, cerrando la puerta—. Aquí nadie nos ve ni nos oye. Aquí está mi secreto. Siéntate... ¡Oh! ¡Dios mío, qué pálido estás! ¿Y yo?...

—Tú también—repuso León, sentándose fatigado.

—Somos espejo el uno del otro—afirmó ella, tratando de endulzar con un grano humorístico la hiel que ambos apuraban en una misma copa.

El matemático no estaba en disposición de observar la suprema elegancia del dormitorio, cuyas riquezas podrían compararse a las que en tiempos de fe se gastaban en decorar capillas y altares; no paró mientes en los hermosos muebles de ébano incrustado de marfil, ni en el lecho negro, prodigio de ebanistería, que en sus vastas blanduras sin uso, cubiertas con extraña tela oscura y dorada, tenía un no sé qué de tálamo sepulcral; ni se fijó en las pinturas religiosas con marcos de plata, algunas semejantes a las de María Egipcíaca, ni en la colgada lámpara esférica, recién encendida, y que, semejante a una luna, derramaba discreta claridad por la alcoba. Rica y misteriosa, la alcoba habría llamado la atención del buen amigo en otro momento; entonces, no.

—Tu secreto..., ¿qué secreto es ése?

—¡Mi secreto!...—declaró Pepa, llena

de congoja—. ¡Mi secreto es huir, huir! Consiente, y de aquí saldremos los tres sin que nadie nos vea.

—¡Huir!... ¡Qué loco absurdo!—exclamó él, llevándose el puño a la frente—. ¡Y en qué momento! Tu conciencia, la mía, nuestro amor mismo deben protestar contra esa idea. ¡Olvidas lo que ha sucedido en esta casa, por Dios! ¡Pretendes que ni siquiera haya en mí el respeto y la delicadeza que exige la muerte! ¡Quieres que, apenas cerrados por estas manos aquellos ojos...! ¡Horrible corazón el mío si tal consintiera! Merecería descender a más bajo puesto que el que tienen los que ya me llaman a boca llena *el asesino de María*... Ni comprendo que puedas amarme viéndome caer tan de golpe en la bajeza de una acción fea, torpe, escandalosamente inicua.

Cada palabra era para la infeliz una vuelta dada en el lazo que la estrangulaba. Ambos enmudecieron largo rato, sin mirarse. Repetinamente puso ella su mano sobre el hombro del matemático, le miró con aterrados ojos, y con un acento que él no había oído jamás, se dejó decir:

—Pues entonces me voy con mi marido.

—¿Qué dices?

—Que tengo que someterme a él... ¿Lo quieres más claro?... O huir contigo, o enjaularme con la fiera.

En su interior sintió León como un salto, fenómeno producido por la repercusión violenta del alma, si así puede decirse, rebotando en su centro.

—¿Lo quieres más claro?—añadió la dama, dejándole ver muy de cerca la expresión conminatoria de sus ojos chiquitos—. Gustavo ha conferenciado esta mañana con papá para decirle las pretensiones de Federico. Es su cliente; en las hábiles manos de ese joven ha puesto el malvado la salvación de sus derechos.

—Ya comprendo por qué me amenazaba con un arma misteriosa. ¿Estabas presente cuando Gustavo habló a tu padre?

—Sí... Mi padre acababa de revelarme la resurrección de nuestro enemigo... Por carta la supo. Pilar le dió anoche la noticia de que estaba aquí. El espanto no me había dado aún respiro, cuando entró el hinchado jurisconsulto. Venía, como amigo nuestro y de Federico, deseoso de arreglar nuestras diferencias antes de entrar en pleitos... ¡Hipócrita!, sus frases oratorias me hacían efecto semejante al chirrido de una máquina sin aceite, que ataca los nervios y da dolor de cabeza... Mi padre y él estuvieron largo rato tiroteándose con palabrillas y floreos ridículos, que me indignaban. Yo hubiera puesto al abogado en medio de la calle. Ya supondrás su énfasis cargante y la complacencia con que me atormentaba... Después de mucho hablar, dijo que ya tenia hecho el escrito de querella.

Pepa se detuvo para tomar aliento y fuerzas morales, de las cuales parecía tener inagotable depósito.

—Mi padre—prosiguió—hizo muchos distingos y sutilezas... Yo dije que el valiente que se sintiera capaz de arrancarme a mi hija, viniera a tomarla de mis brazos. Creo que en el calor de mi ira solté a Gustavo alguna palabra impropia. El pidió indulgencia por su intervención, afirmando que no era más que un letrado... Deseaba que nos arregláse-mos, que en el juicio de conciliación hubiera avenencia, que no diéramos un escándalo. Yo quise defenderme de la fea nota que echaba sobre mí, pero el grito de mi conciencia me detuvo, me hizo equivocar las palabras. y pensando probar que no soy culpable, creo que dije y proclamé lo contrario.

—¿Y qué más habló el furibundo moralista?

—Estuvo media hora citando leyes. Habló primero del Deuteronomio; después dijo no sé qué cosa de los Germanos y de Tácito; luego citó... creo que a un señor Chindasvinto, a don Alfonso el Sabio, y, por último, creyendo que no nos había mareado bastante, citó partidas, leyes, artículos, qué sé yo. Oyéndole yo me deleitaba.

—¿Te deleitabas?

—Sí, pensando en lo bueno que sería cogerle y arrojarle en el estanque grande de casa para que fuera a enseñar leyes a las ranas y a los peces... El muy fastidioso, empleando palabras discretas y corteses, me dió a entender que toda la razón estaba de parte de su cliente y que a éste le sería muy fácil probar mi culpa. Cuenta con testigos.

—¡Testigos! ¿De qué? Yo dudo que puedan probar nada a pesar de su sa-

ña; pero te deshonrarán, arrastrarán tu nombre y tu dignidad por el lodo y es fácil que pierdas a tu hija cuando ésta tenga la edad que marca la ley. Si huimos... les damos prueba plena. Entonces sí que perderás a tu hija.

—¿Pero si nos vamos lejos?

—No te acobardes ni pienses en la fuga, que es tu condenación. Mientras él pleitea, pleitea tú pidiendo a la ley que le imposibilite para ejercer la patria potestad, por pródigo, malversador de fondos, falsario, por diversos crímenes que será fácil probar si tu padre te ampara.

—Comprendo tu idea y tu ilusión; pero voy a disiparla. Aún no sabes lo mejor, es decir, lo peor.

—¿Qué?

—¿Crees que mi padre ha tomado con calor mi defensa?

—Naturalmente.

—Pues te equivocas. ¡Ay! Pobre de mí, pobre amigo de mi alma. Estamos solos, sin amparo; tenemos en contra la religión, las leyes, los parientes, los buenos y los malos, el mundo todo. Cuando el celebérrimo Gustavito me habló de las ventajas legales de su cliente, yo me enfurecí; pero, conteniéndome, dije que Federico no podía ejercer la patria potestad, que si él insiste en presentar su querella, yo le acusaré... de todo eso que has dicho. Mi padre oyó esto con mucha calma, y al punto le vi inclinado a no sé qué horribles pasteleos... Balbuciente, dijo varias frases que me helaron el corazón... «Mi hija será razonable...» «Es preciso que todos hagamos un sacrificio...» «Yo, si Federico conviene en algo aceptable..., ya se ve..., no se puede hacer todo lo que se quiere...» «Lo principal aquí es evitar el escándalo...» Esto de evitar el escándalo, que repitió más de veinte veces, me probó que mi padre no está decidido a defenderme como deseo. ¡Transacción! ¡Y con quién, Dios mío! También habló de entenderse con los tíos de Federico, dos señores muy respetables, ya los conoces: el uno es magistrado del Supremo y el otro presidente de la Audiencia... ¿Qué saldrá de aquí? ¿En qué piensas? ¿Qué dices a esto?

—Que si tu padre te abandona, fuerza será que combatas sola.

—Eso es, sí, me batiré sola. Bendito sea tu consejo. Tú me das los ánimos que me quita mi padre con su dichosa repugnancia de la exageración—dijo Pepa muy reanimada—. ¡Si vieras qué armas tan formidables tengo!... Para enseñártelas te he traído aquí. Vas a verlas.

En un ángulo de la alcoba vió León, siguiendo con los ojos la señal de su amiga, un armario de ébano y marfil, no muy grande, rico y bello en materia y forma, con aspecto a la vez elegante y sólido. A este mueble se dirigió la dama, y, abriéndolo, mostró su interior, que era un laberinto de puertecillas, arquitos, gavetas, secretos, escondrijos. Impulsó resortes y abrió desconocidos huecos.

—Esta parte de arriba—dijo Pepa, sacando del depósito un papel que puso en manos de León—se llama el *arca de la tristeza*. ¿Conoces esto?

—Es una carta, una carta mía.

—Me la escribiste cuando yo estaba en el colegio y tú preparándote para entrar en la Escuela de Minas. Léela y reflexiona sobre lo que me decías en aquellos tiempos... «Que yo te había inspirado un amor insensato...» Ríete ahora, si puedes, de tus tonterías de colegial... ¿A que no conservas tú mis cartas de colegiala, como yo conservo las tuyas?... Y esto, ¿lo conoces?

—Es un alfiler de corbata—dijo él tomándolo—: también es mío.

—Sí... Se te perdió en casa un día que fuiste a comer... Ya eras novio de esta pobrecita...; pero yo tenía esperanza de que no te casaras con ella... Encontré esta prenda en la alfombra y la guardé... Y estas flores, ¿las conoces?

—Son las camelias que te di un día en San José.

—Sí... A la noche siguiente fuiste a verme a mi palco, y por primera vez te sorprendí mirando con mucho interés a...

—¡Pobres flores!... No pensé volverlas a ver ni que me hablaran como me hablan ahora, removiendo en mí todas las ideas y todas las pasiones de mi vida. ¿Sabes que no están tan secas como parece debieran estar después de tanto tiempo?

—Están embalsamadas con los infinitos besos que las he dado en todas las épocas de mi vida... Pero no nos entretengamos. Dame eso acá.

Recogió y puso cada objeto en su sitio con maneras tan respetuosas cual si fuesen las más preciosas reliquias.

—Dormid aquí el sueño triste, queridos compañeros—dijo después—. Ahora que has visto el *arca de la tristeza,* voy a mostrarte al *arca de los horrores.*

Sacó de recóndida gaveta un paquete de postales, atados en cruz con cinta roja, como expediente de oficina. León lo tomó comprendiendo lo que era, y ambos se sentaron para examinarlo.

—Ahí tienes—dijo Pepa, contagiada de horror a la vista de aquel legajo de ignominia—diversos testimonios del martirio a que he vivido sujeta como esposa de un perdido: ahí tienes viles secretos que él me confiaba en momentos de apuro, cuando necesitaba de mi bolsa. Cada hoja de ésas es recuerdo de una deshonra que yo oculté cuidadosa, prueba de delitos que logré frustrar, o de los que quedaron ocultos entre la hojarasca de la Administración pública. Examina eso y verás que tengo medios bastantes para declarar a Federico incapaz, no sólo de ejercer la patria potestad, sino también de vivir en el seno de una sociedad medianamente digna.

León examinó el paquete con curiosidad muy viva, pasando rápidamente por algunas partes, deteniéndose en otras. Vió cartas con firmas conocidas, contratos secretos, minutas, cuentas, papeles con sello de oficinas públicas, hojas que evidentemente habían sido sustraídas de algún expediente famoso, una orden judicial que, sin duda, tenía la firma del juez arrancada por sorpresa... Después de verlo todo, devolvió a Pepa el expediente de los horrores, diciendo:

—Quema todo eso.

—Pues qué—preguntó la dama con estupor, abriendo las manos para tomar el paquete, pero sin atreverse a tomarlo—, ¿no me sirve?

—No.

—¿Que no sirve?... ¿No podré...?

—Poder, sí...; pero...

—Entonces...

—En estas circunstancias terribles es preciso decirlo todo claramente. Uno a otro nos debemos la verdad, aunque ésta perjudique a un ser querido.

—No te entiendo.

—Quema eso, porque no te sirve de nada. Es un arma de doble filo que te herirá a ti misma cuando quieras usarla. Perdóname la franqueza de mis palabras. Con esto podrás acusar a Federico victoriosamente. Por poca justicia que haya en un país, esto bastará a meter a un hombre en presidio... Pero, si lo haces, el infame debería ir a su destino muy bien acompañado.

—Debería ir...

—Dígolo así porque en España las personas de cierta talla no entran jamás en la cárcel aunque lo merezcan... Pero tu expediente horrible podrá fácilmente cubrir de ignominia...

—¿A otras personas?

—Sí; a una que tú quieres mucho y a quien no puedes desear daño... Pepa, por Dios, quema eso.

La dama se llevó la mano a los ojos, como queriendo poner un estorbo a sus lágrimas... Sacando nuevamente singular fuerza de aquel depósito inagotable que en su alma tenía, cogió el paquete, lo guardó en el *arca de los horrores* y cerró ésta, diciendo:

—Lo quemaré más adelante.

En pie frente a León dijo en voz baja:

—De modo que es imposible incapacitar legalmente a mi marido...

—Imposible.

—¿Es imposible poner un acto legal a su querella?

—¡Imposible! Ahora comprenderás perfectamente la vacilación de tu padre, su flaqueza acomodaticia, la cual no es sino el miedo..., miedo de entrar en pleitos con su enemigo, con el que un tiempo ha sido su cómplice. Todo es imposible, querida.

—No, no. ¿Por qué buscar siempre los caminos torcidos? Hombre, amigo, amante, esposo, o no sé qué, a quien legitimo con la elección de mi alma, imítame en mi osadía—dijo la dama con bravura, mostrando aquella resolución valiente que en ocasiones la hacía tan bella—. Nos queda el camino recto, el camino fácil, el único camino: la fuga. El coche nos espera, nada nos estorba, nada nos falta... Tú eres rico; yo, más... Todo nos favorece, todo nos precipita.

—¡Imposible..., locura! — murmuró León sombríamente.

—¡Locura!... En verdad lo parece; pero no lo es... Parece un absurdo, un escándalo, un infame reto a la moral; y, sin embargo, para mí, que conozco el peligro y sé qué clase de enemigo tenemos, es cosa natural... ¿Crees que yo te propondría un escándalo semejante si no lo creyera necesario?... ¡Ah!, tú no le conoces, no sabes que yo, mi hija,

tú, todos, estamos en peligro... Temo un insulto, un duelo contigo; temo un homicidio... Los momentos son preciosos... El no respeta nada. A cada instante me parece que le veo entrar...

—¡No y no!—repitió León con energía poderosa que tenía algo de crueldad.

Pepa, que en su osadía no cesaba de estar dominada por él, no se atrevió a protestar contra la espantosa fiereza que cerraba el único camino abierto a su felicidad. Temía que su insistencia provocara imposibilidades mayores aún, y miraba a la esfinge, esperando que de ella misma partiera la solución al problema, que según ella, la tenía tan fácil. Cansada de esperar, dijo al fin:

—Pues si todo es imposible, seguiré el dictamen de mi padre, abriré mis brazos al canalla...

—¡Tú en poder de ese monstruo!—exclamó León como una cuerda tirante que estalla—. Sería preciso, para tal consentir, que ni una sola gota de sangre me quedara en las venas.

—Pues si el monstruo se aplaca con el Código—dijo Pepa con sarcasmo—, le arrojaré a mi hija y me marcharé a vivir contigo.

—¿Separarte de tu hija?

—Ya ves que esto es más imposible todavía. Por todas partes adonde vuelvas los ojos, no verás sino imposibles.

—Algún punto habrá—dijo León meditando—adonde pueda mirarse sin ver la imposibilidad.

—Ese punto ¿cuál es?

—Lo sabrás a su tiempo. Antes de decírtelo, me será preciso hablar con tu padre, con tu marido mismo.

—¿Tú?

—Sí, yo... Hablaré con él o con sus tíos, personas honradas y respetables. ¿No concibes tú que esto se resuelva sin fuga y sin pleito?

—No lo concibo.

—Yo, sí.

—Sabrás algún modo secreto de hacer milagros... Tendré que pleitear, pleitearemos contra él los dos, tú y yo.

—¡Los dos! Entonces perderás, y tu hija te será arrancada sin que nadie pueda remediarlo.

—Pues bien: puesto que me cierras todas las salidas, abre tú una: es tu deber.

—Mañana—dijo León lúgubremente, mirando al suelo—te abriré la única posible.

Pepa hizo un gesto de desesperación.

—¡Mañana!—exclamó, pasando de la desesperación al decaimiento, cual ascua que de fuego se trueca en ceniza—. Tus *mañanas* son mi muerte.

—¿Insistes en la idea de la fuga?

—Insisto porque cada minuto que estemos aquí tú, yo y mi hija es un peligro para los tres... Esta noche, fúnebre para ti, es para mí la noche decisiva. Es capaz..., ¡qué sé yo!... Todo lo preveo y todo me hace temblar... ¡Me inspira tanto miedo, tanto!... Tengo por seguro que al saber que estás aquí, vendrá y te provocará..., ¡un duelo con él!... También temo que me insulte, que se me ponga delante... Siempre te aborreció..., temo hasta el asesinato..., me veo amanezada por no sé qué horrores..., veo sangre... ¡Y es tan fácil salir de este círculo de miedo!

León iba a contestar, cuando creyó sentir rumor de pasos y cuchicheo junto a una puerta que en la alcoba había.

—¿Adónde da esta puerta?—preguntó en voz baja.

—A una sala que se comunica con la japonesa.

—Ya ves..., espían nuestros pasos, nuestras voces y... Son los testigos que se preparan para la prueba.

—Sabe Dios quién será. Supón que mi esposo viene...—dijo Pepa, deslizando las palabras en el oído de su amigo como ladrón que con ladrón habla en la soledad de la estancia robada—; supón que entra aquí. Puede asesinarnos casi sin responsabilidad. La ley le ampara. Estás en la alcoba de su mujer.

León sintió una corriente glacial por todo su cuerpo.

—Calla—murmuró al oído de la dama—. Alguien acecha; pero es cuchicheo de mujeres curiosas y de hombrecillos menguados. No tienen más arma que su lengua.

—¡Estamos aquí para que ensayen su papel de testigos!—gritó Pepa, separándose de su amante y parándose con actitud de leona frente a la puerta misteriosa—. ¿Quién me escucha, quién me vigila, quién pone su oído en mi puerta con acecho cobarde?... Estoy en mi casa, estoy en mi casa, y no con palabras, sino a latigazos echaré de ella a quien no me respete.

Después se volvió a León, diciéndole:

—¡Y todavía dudas!... Mil peligros nos rodean... Tiemblo por tu vida, tiemblo por todo.

Detrás de la puerta había ya profundo silencio. Después se oyeron menudos pasos de mujeres alejándose.

—Oye esas pisadas de gato—dijo él—. Los cobardes no matan, pero ya nos arañarán el rostro.

Al decir esto, ambos se asustaron porque una persona había entrado en la alcoba por la habitación de Monina. Era el marqués de Fúcar. Venía muy alterado.

—Tengo que hablar con mi hija—dijo a León con cierta seriedad—. ¡Qué sería de ella si un padre solícito no...! Después hablaré contigo, León. No, mejor será que hable antes... ¡Qué asunto tan delicado!... Vengo de... En fin..., hija mía, un momento: León y yo tenemos que decirnos dos palabras. Pasemos aquí al cuarto de la nena.

La dama se quedó en su alcoba oyendo el rumor de las voces de su padre y su amigo, pero sin entender nada. Pasado un rato, don Pedro volvió solo al lado de Pepa. Esta miraba con afán a la puerta, esperando al que poco antes saliera por ella; pero según dijo el marqués, ambos señores habían convenido en que el amigo no debía asistir a la conferencia entre el padre y la hija.

Retiróse León al cuarto que habitaba, no lejos de la sala Increíble, y pasó la noche en las crueles ansias del combate interior. Era este primero como una disputa entre formidables enemigos. Después el combate tomó la forma pavorosa de preguntas, a las cuales era preciso contestar de algún modo.

¿Huir con ella en el momento? Esto no podía ni siquiera pensarse.

¿Dejarla expuesta a la mala voluntad y quizá a las violencias del otro? No podía ser.

Mas por el momento, las conveniencias le mandaban salir de Suertebella y retirarse a su casa, donde podría seguir discurriendo lo que debía hacer. Verdaderamente esto era lógico; pero más lógico era no desamparar a la que de él tan cordialmente se amparaba. Si había peligros para entrambos en Suertebella, érale forzoso seguir allí, desafiando los comentarios del público. La opinión de los demás sobre aquel asunto suyo había llegado a serle indiferente, y decidido a obrar conforme a su conciencia, despreciaba el juicio de la muchedumbre. Quedándose allí tenía que arrostrar la desagradable impresión de las visitas que le harían pronto sus amigos y conocidos, gente ávida de dar un pésame en las condiciones más singulares. Todo el mundo sabía lo que pasaba. Era seguro que hasta los amigos menos afectuosos irían a verle, sólo por verle allí, en el teatro de su doble desgracia y de su escándalo. Pensó primero que no debía recibir a nadie; y después pensó lo contrario. Sí; afrontaría con valor la implacable embestida de la curiosidad y de la novelería. ¿Por qué no? Aquel enjambre social, viviendo en el goce del pecado propio y en la eterna crítica del ajeno, no le inspiraba temor, sino desprecio. Además, Fúcar le había rogado que se quedara para prestar su cooperación a un benéfico plan que meditaba, y seguramente saldría bien a pesar de no ser contrata ni empréstito.

XVII

VISITAS DE DUELO

Despierto estaba aún y batallando en su interior al romper el día; pero luego durmió algunas horas, con ese sueño breve y profundo que la última madrugada suele acometer al reo en capilla, y que parece, más que sueño, una embriaguez producida por el dolor fuerte y continuo.

Hora de las diez sería cuando su criado le ayudaba a vestirse, informándole de muchas cosas interesantes. El cuerpo de la señora había sido colocado en la capilla, con beneplácito del marqués de Fúcar, y el padre Paoletti lo había velado la noche anterior y lo velaría todo el día y la noche siguiente, rezando de continuo. El mismo señor y el cura de Polvoranca y el de la parroquia, habían dicho misa aquella mañana en el altar de San Luis Gonzaga. El padre Paoletti se personó luego en la estancia del viudo para hablarle de ciertas disposiciones piadosas de la difunta. De todo ello se ocupó León con solicitud, y dió nuevas órdenes al padre para que lo restante fuera realizado con la posible magnificencia. El marqués de Fúcar vi-

no, y ambos hablaron larguísimo rato sin agitación, sin palabras duras, tranquilos y tristes como dos diplomáticos de naciones vencidas y desgraciadas que comentan el modo de atajar a un usurpador victorioso. «De ti depende—dijo repetidas veces don Pedro con atribulado semblante, y después añadió—: Eres árbitro de todo.» Después de estas palabras prolongóse bastante el diálogo, siendo cada vez más triste, más apagado y terminando en acentos que oídos de fuera parecían de salmodia. La conferencia, como otras de que depende la suerte de las naciones, terminó en almuerzo. Pero aquella vez el almuerzo fué mudo y casi de fórmula, cosa que jamás pasa en política.

Por la tarde empezaron a entrar los amigos. Vió León un lúgubre desfile de levitas negras, y oyó suspirillos que eran como la representación acústica de una tarjeta. Unos con cordial sentimiento y otros con indiferencia le manifestaron que sentían mucho lo que había pasado, sin determinar qué, dando lugar a una interpretación cómica. Algunos meneaban la cabeza cual si dijeran: «¡Qué mundo éste!» Otros le apretaban la mano como diciendo: «Ha perdido usted a su esposa. ¡Cuándo tendré yo igual suerte!» Doscientos guantes negros le estrujaron la mano. Aturdido y pensando poco en la frasecilla de cada uno, creía oír un susurro de ironía. Si los mil *increíbles* que le rodeaban en efigie soltaran la palabra desde aquel laberinto lioso en que se confunden la corbata y la boca no formarían un concierto de burlas más horrible. Muchos habían venido por amistad, otros por contemplar aquel caso inaudito, aquel escándalo de los escándalos, por ver de cerca al viudo que después de haber matado a su mujer a disgustos hacía alardes de sus relaciones nefandas con una mujer casada, bajo el mismo techo donde había expirado poco antes la esposa inocente... Después de saludar al amigo, algunos iban a ver a la muerta en la capilla... ¡Estaba tan guapa!

El enjambre negro se fué aclarando. Al fin no quedaron más de tres amigos, luego dos, después uno. Este, que era el de más confianza, le acompañó un rato. Después León se quedó solo.

—¿Se te puede hablar?—dijo una voz desde la puerta.

León se estremeció al ver a Gustavo.

—Hablando con claridad y prontitud, sí—contestó.

El insigne joven se acercó lentamente.

—Nosotros nos vamos de esta casa—dijo—, que es para nosotros la mansión del horror y de la tristeza. Tú, por lo que veo, aún permanecerás en ella, atado por tus intereses y por tus pasiones. Te dejamos con gusto. Mamá te suplica por mi conducto que le hagas el favor de no presentarte a ella para despedirla.

—Ya había yo renunciado a ese honor—repuso León con irónica frialdad—. Hazme el favor de transmitir esta idea a toda la familia.

—Está bien. Y complaciéndome en ser lo contrario de ti—dijo el letrado, llevándose la mano al pecho—, opongo mis principios a tu ironía filosófica, y te declaro que mamá, y papá y todos nosotros te perdonamos.

—Dales las gracias en mi nombre. Estoy encantado de tan cristiana conducta.

—Te perdonamos, no sólo por el triste fin...

—¿Más todavía?

—No sólo por el triste fin de mi hermana, sino por el ultraje que has hecho a sus santos despojos.

León se mantuvo sereno y digno en su muda tristeza.

—¿Vas a protestar? ¿Te atreverás a negarlo?—dijo el otro.

—No, no niego nada. Gozo dejándote en la posesión, poco envidiable, de tus bajos pensamientos.

—Pues dejemos ese horrible asunto. Nosotros, convencidos; tú, impenitente, cada cual en su lugar. Antes de separarnos para siempre quiero advertirte que yo no he apadrinado a Cimarra, ni le he azuzado contra ti. Llegó a mi casa, consultóme, le aconsejé, le hice el escrito. Lo demás será obra suya.

—Vive tranquilo. No se turbe tu conciencia por eso, que defendiendo sus legítimos derechos podrás llevarle por la mano al camino de la salvación.

—Tus burlas de ateo no turbarán mi conciencia, que si está lejos de ser pura, no deja de ver con claridad el bien. No sé si el arrepentimiento de Federico es sincero o no. En buena doctrina no puede rechazarse al hombre que confiesa sus culpas y se declara resuelto a variar de conducta. El decirse arrepentido pue-

de traer el desearlo, y el desearlo es andar una parte del camino para llegar a serlo de veras..., ventaja que la perversidad de aquel hombre tiene sobre tu empedernido descreimiento, pues ni confeso ni arrepentido podrás ser jamás.

—Te suplico—dijo León—, que me evites el efecto soporífero de tus sermones, que, por cierto, están empapados en la heterodoxia más abominable. ¡Valiente apóstol tiene la Iglesia!... Para informarme de la despedida y del perdón de tu familia, podría haber venido Polito, que no sermonea.

—El quería venir, pero mamá se lo ha prohibido... Le infundía temores su carácter arrebatado. Todos esperamos que entrando ahora en la vida esencialmente moralizadora del matrimonio, sentará la cabeza y se curará de los infames vicios que nos abochornan.

—¿Se casa Leopoldo?... ¡Oh! Permíteme que felicite a su mujer, aunque no tengo el gusto de conocerla.

—Las diferencias que había entre mi familia y la familia de Villa-Bojío han terminado anoche, cuando la madre de la novia de Polito visitó a mamá, prodigándole los más tiernos consuelos. La de Villa-Bojío acaba de perder un niño. Ambas madres confundieron en una su pena, y quedó acordado que Leopoldo y Susana se casarán cuando pase el luto.

—Felicito a tu mamá; dale mil parabienes.

—La sátira que envuelven tus palabras es digna de quien no respeta el dolor de una desgraciada familia. Por mi parte nada he hecho en este asunto. Bien sabes tú que he llorado con lágrimas del corazón las distintas ignominias que han caído sobre mi familia por culpa de la inmoralidad de mi padre, de la mala cabeza de mamá, y de los vicios de Polito. Has sido el confidente de mi tristeza, cuando yo te creía formal y honrado. Ahora, cuando nos repelemos con invencible antipatía, sólo debo decirte que, si es preciso, no llevaré un trozo de pan a mi boca antes de que se haya devuelto hasta el último céntimo a quien no merece ser nuestro acreedor.

—Si lo dices por mí, sabe que no me acuerdo de tal cosa. Me honro y me creo suficientemente pagado con la ingratitud.

—¡Frase bonita!—indicó Gustavo con sarcasmo—. Lo que dije, dicho está... Ya no nos veremos más. Mi última palabra sea para declarar mi equivocación al anunciarte que morirás de rabia. No, no muere de rabia el que vive de cinismo... Ya, ya sé que está preparado el coche y dispuestas las maletas para esa dramática fuga, atropellando todos los respetos sociales y pisoteando las leyes. Bien, bien: eres consecuente. Buen viaje, pareja de Satanás...

—Tu penetración y el conocimiento que tienes de mis acciones me cautivan... Despidámonos si te parece.

—Sí, yo lo deseo.

—Y yo lo suplico. Adiós.

Poco después, mirando por entre las persianas, vió salir a la que había sido su familia. El marqués, caduco y abatido, casi era llevado en brazos por un fornido poeta bíblico. La marquesa, realmente traspasada de dolor, inspiraba lástima. Polito, con el cuello forrado en complejas bufandas, daba un brazo a la que había de ser su mujer, y con el otro agasajaba a una perra. La de San Salomó y la de Villa-Bojío conducían como en volandas a Milagros hasta el carruaje. Crujieron látigos, piafaron los caballos, y uno, dos, tres, cuatro coches rodaron por el parque llevándose aquella distinguida porción de la Humanidad, que necesitaba de una pena reciente para ser respetable.

XVIII

EL CÓNYUGE INOCENTE

Al anochecer salió León de su cuarto para pasar al que fué de su mujer. Había allí varios objetos que le correspondía recoger. El palacio estaba ya desierto; oíase el eco de los pasos; la escasa luz multiplicaba las sombras. Creyó ver una figura que viniendo del pórtico entraba en la galería principal, andando despacio y con cautela, como los ladrones, poniendo oído a los rumores, reconociendo el terreno. La sospecha primero, el odio que le siguió, instantáneo, como el tiro a la aplicación de la mecha, detuvieron a León, impeliéndole a esconderse para observar aquella figura sin ser visto. Ocultóse detrás de una luenga cortina, y, en efecto, le vió pasar. Era él. Se lo revelaba, más que la vista, un instinto singular que emanaba del aborrecimiento, como por arte contrario

ciertas delicadas adivinaciones nacen del rescoldo nobilísimo del amor.

Pasó con su andar de gato, parsimonioso y explorador. Entró en una galería alfombrada, llamada de la Risa, por contener riquísima colección de caricaturas políticas, tomadas de periódicos de todas las naciones y extendidas por los muros en grandes cuadros cronológicos que eran la historia del siglo escrita en carcajadas. En los ángulos había cuatro biombos del siglo XVIII, adornados con los dibujos que no había cabido en las paredes. León se deslizó detrás de. que tenía más cerca y observó al intruso. Este se sentó en un gran diván que en el centro había.

Para explicar satisfactoriamente la presencia de un tercer personaje en la Galería de la Risa, es necesario referir que al entrar en Suertebella el hombre intruso habló con un criado de escalera abajo en cuya discreción confiaba.

—Hazme el favor—le dijo—de ir a la capilla y decir al padre Paoletti que he venido aquí para hablar con él de lo que él sabe; que le espero arriba en la Galería de la Risa. Enséñale el camino: no tiene más que subir la escalerilla de la tribuna, atravesar el cuarto de los cuadros viejos y el corredor chino.

León sintió el duro pisar de unos pies de plomo aproximándose. Después vió que la puerta del corredor pequeño se abría, dando paso al clérigo pequeñísimo. Pudo reconocerle muy bien, porque la Galería de la Risa tenía grandes vidrieras para el pórtico, aquella noche, como siempre, profusamente iluminado. Adelantóse el intruso hasta recibir a Paoletti, y sentados ambos, el clérigo dijo:

—Sus respetables tíos me anunciaron anoche que usted quería hablarme; pero no creí que sería esta noche ni en esta casa, sino más adelante y en mi celda.

—Pensaba hablar a usted de una cosa, más adelante y en su celda—repuso el otro—. Ya comprenderá que al venir aquí esta noche no quiero hablarle de esa cosa, sino de otra. Es decir, que son dos cosas, querido señor Paoletti: una muy urgente.

—Pues vamos a la urgente y dejemos para luego la interesante.

—Vamos a la urgente. Le supongo a usted conocedor de los secretos de esta casa: no hablo de secretos de confesión.

—No conozco ninguno—dijo con sequedad el italiano.

—Sin duda no merezco su confianza. Pues qué, ¿no sabe usted que mi mujer...? He oído que los adúlteros tratan de ponerse en salvo.

—Caballero—dijo Paoletti con severidad—, yo no entiendo una palabra de lo que usted quiere saber de mí, ni me meto en donde no me llaman, ni me importa cosa alguna que los criminales se pongan en salvo o no. Estoy velando el cuerpo de una dulcísima hija y amiga de quien he tenido el honor de ser director espiritual.

—Lo sé... Pero usted es muy apreciado en todas partes. Don Pedro le aprecia también; mi mujer es muy religiosa, y cuando está afligida gusta que le hablen de la Virgen del Carmen y de los santos. Pudo suceder que usted hubiera sido llamado a consolarla esta mañana, esta tarde..., qué sé yo... Podría suceder que usted supiera lo que yo ignoro; y dandonos a las conjeturas, podría suceder también que usted quisiera revelármelo y sacarme de la incertidumbre en que estoy.

—Ni yo sé nada, ni, sabiéndolo, podría rebajarme a hacer el papel de intrigante y chismoso que usted exige de mí —dijo Paoletti, mostrando no poco enfado—. Usted no me conoce. Sus dignísimos tíos han olvidado decir a usted qué clase de hombre soy. Mi oficio es consolar a los afligidos, corregir a los malos. No me mezclo en intereses mundanos. El que me busca no me encontrara en parte alguna si no es en el confesonario. Con Dios, caballero.

Levantóse para marcharse. El intruso le detuvo pillándole el hábito.

—¡Oh!, aún me queda mucho que exponer—dijo—. No me juzgue usted tan a la ligera. Y si yo confesara, y si yo...

El clérigo se volvió a sentar.

—... No, no se trata aquí de confesonario. Si a él fuera, sería yo un hipócrita. Mal cuadraría la farsa en mis labios, que gustan de decir la verdad, aunque esta verdad salga de ellos metiendo la bala. Déjeme usted que le diga algo de mí propio, para que mejor comprenda mi pretensión urgente.

Dijo que reconocía su escaso mérito, que el mundo moral era para él como un palacio cuyas puertas estaban cerradas... Y, por su parte, no se encontraba con

ganas de mortificarse para poner sitio al susodicho palacio ni para escalar sus muros. Tenía la suerte, o la desventura (que esto le era difícil decirlo), de no creer en Dios ni en cosa alguna más allá de esta execrable cazuela de barro en que estamos metidos, y con tan cómoda manera de pensar disfrutaba de una tranquilidad sombría que, teniendo su espíritu en perpetuo letargo, le permitía recibir con indiferencia sabrosa los juicios, buenos o malos, del mundo... Alarmado y lleno de miedo, el clérigo, al oír tan horrible profesión de fe, quiso de nuevo marcharse, diciendo que él era confesor de gentes, pero no domesticador de fieras, con lo que el otro sonrió, y deteniendo al padre le habló así:

—Aún me falta decir algo que tal vez agradará a usted... Me siento fatigado. He sido rico y pobre, poderoso y humilde; he visto cuanto hay que ver y gozado cuanto hay que gozar. En negocio de mujeres sólo diré que, en general, las desprecio. No creo en la virtud de ninguna. Si me pregunta usted mi opinión sobre los hombres, le diré como el poeta escéptico: *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens.*

—Aconsejo—indicó Paoletti con ironía—que se vaya usted a vivir en una sociedad de perros, o que funde una colonia canina, donde se encontrará más a sus anchas. Estoy esperando a ver si brota alguna chispa de luz de la torpísima negrura de su alma, y nada veo.

—Voy a tocar el punto delicado. Ya sabe usted lo de mi mujer. Cuando yo pasaba por muerto, mi mujer amó a otro hombre. Yo creo que le amaba desde hace mucho tiempo, porque eso no se improvisa. Pepa me aborreció desde que me casé con ella. Verdad que yo hice todo lo posible para que me aborreciera. La traté mal, quise envilecerla, la comprometí mil veces con mis atrocidades pecuniarias; con sus ahorros sostuve el lujo de otras mujeres; mi lenguaje con ella no fué nunca delicado, como no lo fueron mis acciones. La consideraba como un buen arrimo y nada más.

—Basta—exclamó con horror el padre, apartándole de sí, como se aparta un objeto inmundo—. Si eso es confesión de culpas lo iré; pero si es asqueroso alarde de cinismo, no puedo, no tengo estómago...

—Me ha interrumpido usted en lo mejor... Iba a decir que ahora mi mujer me inspira respeto, que me reconozco muy culpable y muy inferior a ella, que merezco su desprecio, y que es cosa muy natural y hasta legítima en teoría (advierto a usted que yo también tengo teorías), pues digo que me parece natural que Pepa ame a otro hombre, tan natural como lo es que las aves hagan sus nidos en las ramas del árbol en vez de hacerlos entre las mandíbulas del zorro.

—Nunca es natural y legítimo que una mujer casada ame a un hombre que no es su marido—dijo Paoletti con solemnidad—. Lo natural y legítimo es que su señora de usted, en vez de admitir el amor de un hombre casado, contribuyendo así al martirio y a la muerte de un ángel, hubiera dedicado a Dios por entero el corazón que usted no merecía.

—El misticismo es un agua figurada que no satisface a los sedientos. Ella no ha querido aficionarse a un fantasma, sino a un hombre. Tengo motivos para presumir que le amó desde la niñez. En una de nuestras acaloradas disputas, que eran un día sí y otro no, me dijo: «Tú no eres mi marido ni los has sido nunca; mi marido está aquí», y se señaló la frente. Otra vez me dijo: «El casarme contigo fué una manera especial que tuve de despreciarme.» En fin, querido padre, hoy por hoy yo siento un poquito de respeto hacia esa desgraciada que fué mi víctima. Como mujer no me interesa. Nada dice a mi corazón ni a mi imaginación ni a mis sentidos. El amor casi, casi le toleraría romper el lazo para contraerlo con otro; pero el amor propio no puede permitirlo. Además, sépalo usted, yo aborrezco a ese hombre; creo que le aborrezco desde que estuvimos juntos en el colegio: pienso que mi antipatía y el amor de ella han ido paralelamente hasta este momento terrible en que se encuentran, se tropiezan, se traban en batalla y... Yo he de vencer, yo he de vencer.

—Usted trata de hacer valer sus derechos. Esto no me incumbe. Yo no soy abogado del Derecho, sino del espíritu.

—Voy al caso. Aquí se juntan la moral y el Derecho, y ambos están de mi parte—afirmó el otro con energía—. Yo soy el fuerte; ellos, los débiles; yo soy el ofendido; ellos, los criminales; a mí me amparan la religión y la moral, Dios y su ley, la Iglesia y la opinión pública;

a ellos, nada ni nadie los ampara. El terreno en que me coloco es terreno firme, es el más propio para quien, como yo, quiere reconciliarse ahora con los grandes organismos que gobiernan el mundo y ser una rueda útil de la máquina social. Seguro en mi puesto y ayudado por la justicia humana y por la que llaman divina, he pensado perseguirlos en el terreno legal, apurar todos los medios, no dejarlos vivir, no darles tregua ni descanso, cubrirlos de deshonor, rodearlos de escándalo..., acusarlos con el Código en una mano y las prácticas de la Iglesia en otra. Esas son mis armas; pero ha de saber usted que mis respetables tíos y mi respetable suegro han estado todo el día concertando un arreglo. ¡Ah!, mi esclarecido suegro es hombre eminentemente práctico y aborrece la exageración. Me ama como se podría amar a un dolor de muelas. Por desgracia suya, ese hombre que todo lo puede en nuestra sociedad y que trata a los españoles como a negros comprados o a blancos vendibles, no puede nada contra mí. Las armas legales con que me ataque se volverán contra él...

—¿Y decía usted que el venerabilísimo señor don Justo Cimarra y el señor don Pedro han concertado una componenda? —preguntó Paoletti, que, a pesar de su entereza, dejábase vencer un poquillo por la curiosidad, sentimiento desarrollado tras de la reja de las culpas.

—Separación amistosa, convencional. Pero no hay nada positivo aún, reverendísimo señor. Todo depende del filósofo, del geólogo, del buscador de trogloditas. Gustavo me ha dicho que tienen todo dispuesto para la fuga, y lo creo... ¡Oh!, confieso que puesto yo en el caso de él haría lo mismo.

—Pues por mi parte aseguro que nada de eso me importa—dijo Paoletti sobreponiéndose a la curiosidad—. Me habla usted de litigios y nada de la conciencia.

—Ahora voy a hablar de esa señora. Usted sabrá que yo tengo una hija.

—Ya...

Sintió de nuevo el clérigo en sí el aguijoncillo de la curiosidad.

—Monina es mi hija. Pues bien, señor cura; el único ser que hay en el mundo capaz de despertar en mí un sentimiento; el único ser que me hace pensar a veces de una manera distinta de como pienso casi siempre; el único ser por quien algo sonríe dentro de la región oscura, misteriosa, que llamo alma por no poder darle otro nombre, es mi hija. No sé lo que pasa en mí. Cuando estuve a punto de perecer a bordo de aquel horrible vapor cargado de petróleo, todo el mundo huyó de mi pensamiento, no quedando más que el peligro, y en el peligro una linda cabecita rubia me bailaba delante de los ojos. Paréceme que me agarré a ella para salvarme en aquella espantosa lancha rota que a cada instante se sumergía... Se reirá usted de mis sandeces... En otros tiempos yo jugaba con ella, la hacía reír para reírme yo viendo su risa...

—Al fin, al fin—dijo el italiano con gozo—veo la chispa pequeñísima.

—No, no me crea usted bueno por esto... Es que esa nena o juguete rubio con ojos de ángel tiene sobre mí un atractivo singular. Se me figura que la quiero, que la querré más si la veo mucho tiempo cerca de mí. Me han dicho que estuvo a punto de morirse del *crup*. ¡Qué espanto!... ¿Qué dice usted?

—Que no hay tierra, por desolada e inculta que sea, donde no nazca una flor.

—No se trata aquí de flores. Lo que sí diré a usted es que al pasar por Nueva York vi en un escaparate un cochecillo de muñecas chiquitas, tirado por dos corderos, y lo compré para regalárselo.

Paoletti sonrió, diciendo:

—Veo su amor propio de usted, veo la indiferencia hacia su esposa, veo el odio que tiene usted a su rival, veo el litigio y la proyectada transacción, veo el horrible ateísmo de usted, veo sus pasiones, su cínica inmoralidad, veo el amor a la niña, veo el cochecillo tirado por dos borregos que lleva usted en el bolsillo; pero no veo lo que yo tengo que hacer aquí.

—Hemos llegado al punto concreto, a la cosa urgente. Yo tengo grandísimo anhelo por saber lo que traman... ¿Está él aquí esta noche?... Me han dicho que hoy recibió aquí a sus amigos. Yo estoy persuadido de que usted lo sabe, porque mi mujer le habrá confiado algo.

—¿A mí?... Creo que soy muy antipático a la señora.

—O lo sabrá por la condesa de Vera, que es la confidente de mi mujer, y si no me engaño es hija espiritual de usted.

—Nada sé ni nada me han dicho

—replicó el padre—. Y aunque lo supiera...

—No tema usted que yo, en caso de fuga, me vuelva personaje trágico y tengamos en Suertebella una escena ruidosa. Yo no grito, yo no mato. Soy más filósofo que él y que todos los filósofos juntos.

—Repito que no sé nada, ni me importa saberlo.

—Es imposible que un sacerdote entre dos días seguidos en una casa sin saber todo lo que ocurre en ella.

—Yo no soy amigo de esta casa; soy enemigo.

—Y ya que no satisfaga usted mi curiosidad—dijo el intruso con desconsuelo—, ¿no me podría usted facilitar...?

—¿Qué?

—El ver a mi hija.

—No me pida usted favores que son impropios de mi carácter. Por nada del mundo pasaría más allá de esta sala. Diríjase a los criados.

—Ninguno quiere servirme por miedo a Fúcar. Mi distinguido suegro les ha mandado que no me permitan entrar. Desde la verja hasta aquí, a un solo criado he podido sobornar. Hasta los perros me odian aquí.

—Entre usted como entran los ladrones.

—Temo que me vean.

—Entre usted como padre.

—No puedo, al menos por ahora.

—Menos puedo yo.

—Si la condesa de Vera está aquí y usted le habla dos palabras, y le pinta con elocuencia mi deseo, tal vez... A usted no le negarán esto. Yo juro que no llevo ninguna intención mala; sólo quiero dar a mi hija tres besos bien dados...

—*Vade retro.* Desconfío de sus intenciones, que pueden ser como las pinta usted, y pueden ser perversísimas.

—Pues no insisto. Tengo la virtud de no ser pobre porfiado. Se acabó la parte urgente de nuestra entrevista. Usted dispensará mi atrevimiento.

—Dispensado.

—La cosa interesante que pensaba tratar con usted, y que podía diferirse, se enlaza con lo que acabo de decir. Supongamos que mi mujer cede ante la ley, domina su pasión y manda a paseo al geólogo... Pasado algún tiempo, fácil le será a usted, dado su predicamento entres las damas, llegar a ser director espiritual de Pepa.

—Yo no voy a donde no me llaman.

—Pepa tiene muchas amigas entre las que forman, permítaseme la frase, la familia espiritual del padre Paoletti. La condesa de Vera, principalmente...

—Me honra con su amistad; yo la dirijo.

—Pues bien. Si usted quiere dirigirá también a Pepa. Su misma soledad la llevará al misticismo. En el pensamiento de las pobres mujeres débiles, allí donde acaban las ilusiones empiezan los altares.

—En lo que oigo puede haber una intención santa y buena. Si se trata de que yo intervenga para arreglar un matrimonio desavenido, y traer hacia Dios a dos almas que pertenecen al demonio, la idea me parece excelente. Mas para que esto pueda ser, príncipie usted por abjurar sus pestilentísimos errores y ser católico sincero.

—En cuanto a eso, mi propósito es no desentonar en el convencionalismo general. Yo quiero reconciliarme con la sociedad, respetar sus altas instituciones, ser hombre de orden, no dar escándalos ni tampoco malos ejemplos a las muchedumbres ignorantes, las cuales basta que nos vean a los de levita huir de la Iglesia para que se crean autorizados a robar y asesinar. No pienso volver a coger un naipe en la mano, y sí trabajar mucho en los negocios hasta labrarme una fortuna por mí mismo. *Faró da me.* Estoy seguro de que saldré adelante y aun de que dejará de llamarme bandido ese marqués de Fúcar, que se cree poco menos que un Dios, y al fin no se desdeñará de entrar en tratos financieros conmigo. La generación actual tiene en alto grado el don del olvido. Es fácil rehabilitarse en una sociedad como la nuestra, compuesta de distintos elementos, todos malos, dominados por uno pésimo, que es, permítaseme lo soez de la palabra, el elemento *chulo*. No extrañe usted la crudeza de mis expresiones. *Ego sum qui sum.* Donde la mitad de los matrimonios de cierta clase son *menages à trois;* donde la Administración debería llamarse la *prevaricación pública;* donde los altos y los bajos se diferencian en la clase de ropa con que tapan la deshonestidad de sus escándalos; donde hay un pillaje

que se llama política; donde la gente se arruina con las contribuciones y se enriquece con las rifas; donde la Justicia es una cosa para exclusivo perjuicio de los tontos y beneficio de los discretos, y donde basta que dos o tres llamen egregio a cualquier quidam para que todo el mundo se lo crea, es fácil labrarse una toga de honradez, y ponérsela, y ser *distinguido hombre público y patricio ilustre*, y figurar retratado en las cajas de fósforos. Yo me comprometo, si pongo empeño en ello, a hacerme pasar por canonizable dentro de dos o tres años. Pero de eso a hacerme mojigato hay mucha distancia. No se moleste usted en echar un remiendo a este matrimonio que ya está roto. Si ella, por instinto de honradez, despide a su amante y se queda sola, hágala usted beata, que esto la consolará mucho. Que mi mujer sea devota, muy santo y muy bueno. A mí me gusta la gente edificante. Déjeme usted a mí que me rehabilite en la sociedad por otro camino. Lo que yo desearía de la bondad y catolicismo de usted es que, después de dominar completamente el espíritu de Pepa, y lo dominará sin intentar reconciliarnos, la indujera a permitirme ver a mi hija. Para esto no será preciso que yo venga aquí, cosa que no deseo, porque siempre me ha aburrido este Suertebella, sino que me la lleven a casa, usted, por ejemplo... Vamos, que la dejen ir a comer conmigo dos veces, una vez por semana, y nada más.

—¡Qué amarguísimo nihilismo!—dijo Paoletti, no sacando ya los superlativos de un tarro de dulce, sino de un depósito de hiel—. Muchos hombres así he visto en la sociedad española; pero usted les da quince y raya a todos.

—Tengo el mérito de decir lo que siento.

—Para concluir, caballero Cimarra: usted es tan abominable, que no hay posibilidad de satisfacer el único deseo legítimo que nace casi invisible en esa alma llena de tinieblas, aridez, podredumbre y miseria. No cuente usted conmigo para nada. Si la señora se arrepiente y arroja a su amante, y soy llamado, como es posible, a dirigir su conciencia, procuraré primero hacerla sanar de la criminal dolencia que padece, y después encaminaré su espíritu a Dios, única salvacion de las pobres mujeres que han tenido la flaqueza de amar a hombres indignos. ¡Oh!, ¡qué dulcísimo gozo sería para este pobre combatiente ganar a Satanás una nueva batalla! Usted no existe para mí. Y no me detenga más, que vuelvo al lado de mi queridísima muerta.

—Yo no bajo a la capilla. Tengo horror a los muertos. Perdóneme si le he molestado, padre.

—No olvidaré rezar por usted.

—No me opongo: antes bien, lo agradezco.

—Le aguardo a usted el día del arrepentimiento.

—Gracias... Yo no merezco tanto. Adiós. Mil perdones.

Retiróse tranquilamente el clérigo chico. Sus pasos de plomo se perdieron en el silencio del corredor. Poco después salió Cimarra por el mismo sitio y bajó por la escalerilla de la tribuna sin entrar en la capilla, cuya iluminación de mortuorias hachas, saliendo por las altas vidrieras de colores, le infundían más espanto que respeto. Se paseó por el desierto parque buscando la sombra de los árboles cuando sentía pasos. A ratos se tentaba el bolsillo para ver si no había perdido el coche de muñecas tirado por dos corderos... En una de las vueltas de su nocturno paseo, vió entrar el carruaje del marqués de Fúcar, y desde su escondite lejano le dirigió estas palabras, más bien pensadas que dichas: «¡Ah!, traficante, ¡qué ojos le echabas esta tarde en la calle de Alcalá a la real prójima que he traído de los Estados Unidos!... ¡Júpiter, ya querrías que fuese para ti!»

Cuando le vió descender de su coche en compañía de otra persona, el intruso murmuró: «Viene con mi tío... ¿Qué habrá aquí esta noche? ¡Oh!, fuego de la curiosidad, ¿por qué me abrasas como si fueras el de los celos?»

XIX

TRES POR DOS

Por la noche, a la hora concertada con Fúcar, León se dirigió al gabinete de Pepa. Estaban allí don Pedro, su hija y otra persona. Monina, que poco antes enredara junto a su madre, había sido condenada al destierro de la

cama, ostracismo casi siempre acompañado de lágrimas, del cual no se libran los pequeños cuando los grandes tienen algo grave que tratar. Sepultado en un sillón estaba el imponente marqués, la canosa barba sobre el pecho, los labios salientes, como algo que sobra en la cara; juntas las cejas entre un dédalo de arrugas, las cuales parecían compendiar en cifra todas las batallas dadas dentro de aquella cabeza contra la exageración. La tercera persona que allí estaba era un anciano de cabellos blancos, muy seco de rostro y no menos corto de vista, a juzgar por la convexidad de los cristales de sus gafas de oro, montadas sobre una nariz semejante, por su majestad y atrevida curvatura, a las que se ven en las peluconas. Tenía la seriedad de un hombre de estudio, confundida con el patriarcalismo algo candoroso de un buen abuelo. Todos vestían de negro. A Pepa se le salía a los ojos el luto del corazón.

—Aquí está—dijo el padre a la hija, acariciándola en las manos.

—Ya la veo—replicó la dama, mirándole—, y ahora me dirá lo que mi padre me ha anunciado y no he querido creer.

—Hija adorada—añadió Fúcar—, se trata aquí del honor, del deber, de las conveniencias sociales, de la moral absoluta y de la moral consuetudinaria... Considera... No se puede hacer todo lo que se quiere.

—Ya lo veo, ya lo veo...—murmuró Pepa, mirando con atónitos ojos el tapete de la mesa que delante estaba.

—Por mucho que me cueste declararlo—dijo León, considerando que debía ser breve—, yo declaro que me creo en el deber ineludible de separarme de la mujer que amo y de renunciar a todo proyecto de unirme a ella.

Nadie contestó a estas palabras. Pepa, dejando caer la cabeza sobre el hombro de su padre, había cerrado los ojos. Tomándole una mano, que ella le abandonó sin movimiento alguno, León pronunció estas palabras:

—Por la grandeza de las ocasiones se mide la grandeza de las almas.

Después de una pausa, don Pedro, comiéndose la mitad de algunas palabras y contravendo mucho la boca, habló así:

—Y yo declaro que hemos llegado a esta solución salvadora y pacífica gracias al convenio que celebramos el señor Cimarra y yo, por el cual convenio mi digno amigo responde de que su sobrino renunciará a la querella...

Don Pedro se atascó. Don Justo vino en su ayuda, diciendo:

—A la querella y a los derechos que la ley le otorga.

—Eso es. Renuncia a usar el arma fuerte que la ley pone en su mano con tal que desaparezca el que por la moral, por la ley, por la religión, está de más en este horrible encuentro de tres personas allí donde no debe haber más que dos... Querido amigo—añadió, volviendo hacia León su mirada conciliadora—, tú, renunciando a ese imposible jurídico y moral, que la costumbre y el desenfado de la gente corrompida de nuestros días convierte en posible, has evitado un escándalo vergonzoso... Yo te lo agradezco de todo corazón, y...

Don Pedro volvió a mirar a don Justo, como suplicándole que siguiera.

—Las circunstancias del hecho en cuestión—dijo éste, inclinándose y poniendo en ejercicio su dedo índice, que era en él acentuación y complemento de su palabra—, son raras. Por mi parte, veo con gusto que no siga adelante la querella. Yo fuí el primero en aconsejar a mi sobrino que renunciase a ella, previa ausencia definitiva del señor—el dedo del magistrado marcó a León—. Pero como las circunstancias de este hecho son raras, no me cansaré de repetirlo, como el escasísimo valer moral de mi sobrino parece que justifica la rebelión que deseamos evitar—el dedo nombró a Pepa con su insinuación muda—, también he sido el primero en aconsejarle una concesión, reclamada por el señor—León vió el dedo cerca de sí—, y que entraña cierto espíritu de justicia prudencial, lo reconozco. En vista de todo lo expuesto, creí prudente concertar con mi digno amigo—el dedo, fluctuando en el centro del grupo como una brújula del pensamiento, señaló al marqués—los términos de estas paces honrosas. Empeñando mi palabra honrada, me comprometo, en nombre de mi sobrino, a admitir la condición exigida por el señor—León—, y de su cumplimiento respondo.

El venerable magistrado, que daba a las pausas oportunas gran importancia para la claridad del discurso, hizo una muy breve, y después siguió así:

—La condición exigida por el señor y aceptada por la parte, que es forzoso llamar inocente, ateniéndonos a la ley, es que la señora vivirá con su padre y su hija en Suertebella, y que mi sobrino no traspasará por ninguna causa ni pretexto la verja de esta finca, realizándose así una separación que, no por ser amistosa, deja de ser absoluta.

—Y todo ha concluído de un modo satisfactorio—dijo Fúcar, desarrugando el ceño y acariciando con sus gruesos dedos los cabellos de su hija, que no decía palabra ni abría los ojos—. El tiempo, el tiempo, nuestro querido médico que todo lo cura... ¿No crees lo mismo, León?

—Por mi parte—replicó éste—, no espero del tiempo lo que éste no podrá darme tal vez. Detesto el olvido, que es la muerte del corazón. Tales como son hoy mis sentimientos los conservaré mientras viva; pero lejos, donde no puedan perturbar, ni ser ejemplo de una irregularidad que he condenado siempre y que condeno también ahora. He perseguido con afán un ideal hermoso, la familia cristiana, centro de toda paz, fundamento de la virtud, escala de la perfección moral, crisol donde cuanto tenemos, en uno y otro orden, se purifica. Ella nos educa, nos obliga a ser mejores de lo que somos, nos quita las asperezas de nuestro carácter, nos da la más provechosa de las lecciones, poniendo en nuestras manos a los hombres futuros, para que desde la cuna los llevemos a la edad de la razón. Pues bien: todo esto ha sido y continúa siendo para mí un sueño. Dos mujeres se han cruzado conmigo en el camino de la vida. Dióme la primera la religión, y la religión, mal interpretada, me la quitó. La segunda dióme ella misma su corazón, y yo lo tomé; pero las leyes me la piden y no puedo menos de entregarla. Tan infructuosas como con aquélla serán mis tentativas para labrar con ésta la hermosa realidad que deseo. La sociedad ha dado esta mujer a otro hombre, y si me la apropio me condeno y la condeno a vivir en perpetuo deshonor, iguales ambos a la multitud corrompida que abomino; nos condenamos a transmitir nuestro deshonor a seres inocentes que no tienen culpa de las equivocaciones cometidas antes de su nacimiento, y que entrarían en el mundo con la vergüenza del que no tiene nombre.

Besando la mano que Pepa abandonaba entre las suyas, prosiguió así:

—La presencia de dos personas que se escandalizan de mis palabras no me impide manifestar lo que siento ahora. Para mí, esta mujer me pertenece, la considero mía por ley del corazón. Yo, que soy subversivo, adoro en mí esta ley del corazón; pero cuando quiero llevar mi anarquía desde la mente a la realidad, tiemblo y me desespero. Quédese en la mente esta rebelión osada y no salga de ella. Quien no puede transformar el mundo y desarraigar sus errores, respételos. Quien no sabe dónde está el límite entre la ley y la iniquidad, aténgase a la ley con paciencia de esclavo. Quien sintiendo en su alma los gritos y el tumulto de una rebelión que parece legítima, no sabe, sin embargo, poner una organización mejor en el sitio de la organización que destruye, calle y sufra en silencio.

—Todos somos esclavos de las leyes que rigen en nuestro tiempo—dijo el magistrado con entonación severa.

—Es verdad—añadió León, que parecía decir las cosas para que sólo su amiga las oyera—; nuestro espíritu forma parte aún del espíritu que las hizo, y si en esas leyes hay errores, tenemos la responsabilidad de ellos y debemos aceptar sus consecuencias. Si todo aquel que se siente herido por esta máquina en que vivimos tirase a romperla sin reparar en que la mayoría se mueve holgadamente en ella, ¡qué sería del mundo! Dejémonos herir y magullar, llorando interiormente nuestra desgracia, y deseando vivir para cuando esté hecha una máquina nueva. Y esta máquina nueva, no lo dudes, también herirá a alguno, porque cada mejoramiento en la vida humana será la señal de un malestar nuevo. Nuestro vivir es una aspiración, una sed que se renueva en el momento de aplacarse. Si no pudiéramos concebir de otro modo nuestra inmortalidad, la concebiríamos subyugados a cada instante, y en los actos grandes o pequeños, por la idea de lo mejor, y seducidos por la belleza de ese horizonte que se llama perfección. ¡Si supieras tú, pobre mujer, lo que he batallado en mi pensamiento después de lo que hablamos ano-

che!... Todos los imposibles que se nos presentaron los examiné. ¡Podía tan fácilmente salir de este laberinto escudándome con una moral abstracta, egoísta, que nadie comprendería más que yo mismo y que aun yo mismo no podría formular claramente!... Tú dispuesta a seguirme, un coche a la puerta, todos los medios materiales de nuestra parte, ningún obstáculo, arrojo bastante para soportar el fallo de los hombres... ¡Partir y guarecernos en país extranjero!... Ambos en descarada práctica de la anarquía social: yo perseguido por una sombra; tú, por un vivo, que en todas partes y en toda ocasión alegaría el derecho que tiene sobre ti; los dos sin razón contra nadie, y todos con razones mil contra nosotros; tu hija creciendo y viviendo con este ejemplo execrable ante sus inocentes ojos... Puestos a romper, es preciso romperlo todo, no dejar lazo alguno que ate y consolide el mundo... También pensé que aquí podía quedarme para calmar mis ansias con el placer de sentirte cerca de mí, aunque no te viera ni te hablara. Pero esto es también imposible. Si sigo cerca de ti, los dos a un tiempo, y sin darnos cuenta de ello, nos juntaremos. Un hombre aborrecido se interpone, me ciego, no puedo reprimir el odio que me inspira y... lo conozco, lo presiento..., esto acabará con sangre. Si no me alejo pronto, veré crecer esta especie de perversidad que en mí ha nacido y que es... como una recóndita vocación del homicidio. Bajo esta frialdad que razona, bullen en mí no sé qué fuerzas tumultuosas que protestan aspirando a suprimir violentamente los obstáculos; pero me espanto al reconocerme incapaz de fundar nada sólido, ni justo, ni moral, sobre el atropello y la sangre. Me amparo a mi conciencia, y en ella me embarco para huir de ti. Huyo por no deshonrarte, por no entristecer la juventud de tu hija querida.

Sin mover su cabeza del hombro paternal, ni abrir los ojos, Pepa dijo estas palabras llenas de amargo desaliento:

—Yo no sé razonar... Busco en mí el raciocinio, y adondequiera que miro dentro de mí no encuentro más que el corazón.

Incorporóse, y abriendo a la luz, mas sin mirar a nadie, los encendidos ojos, añadió:

—Me siento castigada... Al ver que no se rompe el grillete que me une al infame, no puedo menos de recordar que yo tengo toda la culpa, ¡yo, sí!, porque en un momento de despecho me uní al bandido con lazo eterno. ¡Horribles cosas hacemos, y luego nos espantamos de las consecuencias! Yo me precipité en el mal, envileciéndome y envileciendo a mi padre: yo hice del matrimonio una burla horrible y criminal... ¿Por qué no esperé entonces? Me arrastró a casarme no sé qué instinto de martirio. ¡Atroz vanidad del dolor que tiende a aumentarse!... Después, cuando me he creído libre, ¿por qué viniste a mí? Equivocados ambos, nos habíamos aprisionado con lazos distintos. Cuando tú fuiste libre, yo me sentí de repente asida por la argolla fatal... Yo esperé que habría una mano valiente que la rompiera.

—Para romperla es preciso matar a alguno—dijo León prontamente.

Pepa calló.

—Yo soy la asesinada—afirmó tras lúgubre pausa, mirando al suelo—. No; no me conformo con mi muerte, ya la llame desgracia, ya la llame castigo... ¡Qué triste es esto de sacrificarse!... ¡Sí, muy triste!..., aunque deba ser, aunque lo merezcamos... Veo delante de mí a dos personas respetables: un padre, un juez. Pues ante ellos y ante ti..., ¡hombre mío!

Clavó sus ojos en él con expresión que no podía decirse si era de cariño o de rencor. Hinchó su pecho. Parecía que necesitaba beberse todo el aire para decir:

—... Hombre mío, ante estos dos y ante ti digo que este abandono...

Se echó a llorar, añadiendo pueril-mente:

—... es una picardía.

Oyóse después la voz reposada y persuasiva del magistrado que, manteniendo esta vez en reposo su dedo, habló así:

—Reduzca usted a sus verdaderas dimensiones lo momentáneo para no mirar más que lo eterno. El alma se engrandece con el dolor y hace de éste una especie de majestad que reina en la conciencia.

—Es verdad—dijo León con tristeza—. Nuestras mismas heridas nos revelan, doliéndonos, el secreto de una compensación inefable. Pepa, querida amiga y esposa mía, esposa por una ley que no

sé definir, que no puedo aplicar, que no sé traer de ningún modo a la realidad, pero que existe dentro de mí como el embrión de una verdad, de una santa semilla, sepultada aún en las honduras de la conciencia, entra en ti y te hallarás más noble y grande con tu dolor que con tu pasión satisfecha... Tú eres religiosa, yo creo en el alma inmortal, en la justicia eterna, en los fines de perfección, ¡breve catecismo, pero grande y firme! Hemos caído; somos víctimas y mártires. El esperar no tiene límites. Es un sentimiento que nos enlaza con lo desconocido y nos llama desde lejos, embelleciendo nuestra vida y dándonos fuerza para marchar y resistir. No cometamos el crimen de cortar este hilo que nos atrae hacia un punto que no por estar lejano deja de verse, sobre todo si los ojos de nuestra conciencia no están empañados. Vence la desesperación, véncela, resígnate y espera.

—¡Esperar!... ¿No anunciaba yo que moriría esperando?—dijo Pepa con amargura, repitiendo una idea antigua en ella—. ¡Horrible castigo mío, bien me decía el corazón que tu verdadero nombre es esperar!... ¿Y si muero?

—No importa.

—¡Que no importa!...—murmuró la mujer, demostrando que el acalorado espiritualismo de León no la convencía.

Quiso él decir algo más; pero sus argumentos se habían agotado, las ideas de consuelo y de esperanza que sacaba de su mente se le perdían, como armas inútiles que se quiebran entre las manos en el fragor de un rudo combate. Ya no sabía qué decir. El sentimiento, que rara vez se aplaca con las ideas y que León había tratado de someter y encadenar, se sublevaba, reclamando su cetro despótico y su imperio formidable... Se levantó.

—¿Ya?—dijo la dama, espantada, volando hacia él con súbita expansión del alma representada en los ojos.

—¡Maldito sea yo!—gritó León, rompiendo en ahogado llanto—. Miserable ergotista, estoy apuñalándome con mi lógica. Farsa horrible de la idea, de la moral, de todo, no me tendrás.

Pepa juntó las manos, como el que reza para morir. Iba a decir algo subversivo, profundamente subversivo que le salía del alma, como la lava del volcán...; pero entró la criada que cuidaba a Monina. Venía despavorida, temblando.

—¿Qué hay?—preguntó el marqués.

—Allí está..., allí...

—¿Quién?

—Un hombre... Ha entrado de repente... Está besando a la niña.

—¡Oh, será él!...—exclamó Fúcar, consternado.

—¡El!

—Quedamos en que no vendría.

—¡Es él..., él aquí!—grito León, perdiendo de súbito la lógica, la serenidad, las ideas, la razón, la prudencia, el llanto, y no siendo más que un demente—. ¡Que entre! ¡Se atreve a profanar esta morada!... Me alegro que me encuentre aquí... ¡Le arrojaré como a un perro!

Miró a la puerta... Apareció en ella un hombre. Pepa, lanzando desgarrador grito, cayó sin sentido. Don Pedro quiso enlazar con sus fuertes brazos a León para aplacarle, y el anciano venerable corrió indignado a detener al que estaba en la puerta.

—¡Por piedad, por todos los santos!... —exclamó don Pedro.

—Atrás—gritó don Justo—; no des un paso más.

—¿Qué buscas aquí?—dijo León con insolente desprecio.

—Vete—ordenó el magistrado a su sobrino—. ¿Olvidas lo pactado?

—No; el pacto no rige aún—repuso el otro, sin avanzar un paso, mirando a León con la glacial fiereza de una bestia felina—. He venido a ver a mi hija por última vez. No faltaré al compromiso si los demás lo cumplen. No tengo interés en venir aquí con tal que no estés tú.

—Te suplico que salgas—dijo don Pedro a Federico.

—El primero.

La imagen tétrica y sombría del que estaba en la puerta no se movía.

—El primero—repitió Federico.

—Sí; yo primero, monstruo; así debe ser.

Al mismo tiempo, don Pedro y la criada acudían a Pepa, y alzándola en sus brazos la extendían sobre el sofá.

—Tú primero—repitió Cimarra, en quien el cinismo se oscureció un momento para dar paso a un poco de dignidad—. Si así no fuera, yo...

—Sí; yo primero—afirmó León—. Es justo.

Y dirigiéndose a la dama, que sin conocimiento reposaba pálida, inerte, la contempló un rato. Mirando después a Cimarra, se inclinó sobre Pepa, la besó en las mejillas con ardiente cariño, volvió a mirar al de la puerta, y le dijo:

—Estafermo, mira cómo me despido de la que llamas tu mujer... Si esto es crimen, mátame; tienes derecho a ello. ¿Has traído arma?

—Sí—dijo, lúgubremente, Federico, metiendo la mano en el bolsillo del pecho.

Entonces pareció que de aquel ser abyecto, verdadero cadáver con prestada existencia, brotaba súbitamente, como fuego fatuo que salta sobre el estiércol, un chispazo de decoro, de energía, de dignidad. Fuése derecho a su rival, la mano armada, la voz rugiente, la mirada amenazante. León le esperó con calma. Don Pedro y el anciano sujetaron a Federico, impidiéndole todo movimiento. Forcejeando trabajosamente con él lograron llevarle fuera. León, entre tanto, permanecía en medio de la habitación con los brazos cruzados.

—¡Fuera de aquí!—gritaba el anciano a su sobrino.

—Yo me encargo del otro—decía don Pedro.

Don Justo Cimarra se llevó, casi a rastras, a Federico, y no permitiéndole detenerse ni un momento, le sacó del palacio.

Con tanta firmeza como dolor salió León por la otra puerta. Acompañóle Fúcar hasta la sala japonesa, donde le dejó arrojado en un diván como cuerpo sin vida.

—Vete, vete de una vez y acaben estos afanes—dijo, corriendo a donde había quedado su hija.

XX

FINAL

Largo rato estuvo allí León sin conciencia del tiempo que transcurría. Lentamente volvieron sus alteradas facultades, si no al reposo, a un estado en que le era posible la apreciación exacta de los hechos. Se levantó para retirarse, y pasó de una sala a otra buscando el camino del pórtico. Ya cerca de él se detuvo, creyendo oír cuchicheo de visitantes. Torciendo el camino bajó por una escalera que al paso encontró y que le condujo a la crujía baja. Por allí quiso buscar la salida al jardín. Después de andar un rato por los largos y tortuosos corredores de servicio, vió en el extremo de ellos una puerta; empujóla.

Toda la sangre se le agolpó al corazón y sintió en su interior como el golpe de una caída súbita al verse en la capilla, iluminada por funerarias luces. Echó mano al sombrero, tendió la vista. Sobrecogido, incapaz de movimiento, con la vida toda en suspenso, permaneció un rato junto a la puerta, percibiendo en la vaguedad de su estupor un montón de llamas rojizas y afiladas que, alargando sus trémulas puntas hacia el techo, surgían de la cera derretida y lloraban en chorros amarillos. En el centro y en la base de aquella pirámide de luces estaba, como en el trono mismo del respeto, un fúnebre objeto yacente. Ropas blancas, unas manos de mármol, eran lo único que desde allí podía verse.

Llamó a sí todo su valor de hombre para acercarse. Antes de dar un paso miró en derredor. No había nadie allí; no se sentía ni siquiera el rumor de la respiración de un vivo junto a los fríos despojos humanos, engalanados con la vestidura del negro tránsito y custodiados por el silencio. La efigie de un adolescente pálido se alzaba en el altar: sus ojos, pintados sobre la madera, medían de un extremo a otro la capilla, observando a todo el que entraba y parecían decir: «¡Malvado, no la toques!»

León avanzó despacio, apagando el ruido de sus pasos para no sentirlo él mismo. El respeto, la santidad del lugar, la espantosa vacilación que sentía entre la idea de retroceder y la de acercarse, hiciéronle pasar por distintos estados morales, ya de curiosidad anhelosa, ya de miedo o superstición, durante aquel viaje de veinte pasos desde la puerta al centro de la capilla. Podría asegurarse que el temor le detenía y la desgarradora curiosidad del temor mismo le empujaba.

Por fin la vió. Allí estaba, delante y bajo sus ojos, sobre el suelo, al nivel de las pisadas humanas, esperando, por decirlo así, en los umbrales del imperio del polvo, a que le señalaran sitio para el descanso absoluto de lo inorgánico. Su espíritu, más bien egoísta que generoso,

había entrado ya quizá con gemido de sorpresa y temor en la región ignota del saber de amores y de la apreciación exacta del bien y del mal.

Una vez contemplada en el primer golpe de sorpresa y temor, la miró más, oyendo el palpitar de sus propias sienes y la trepidación de su sangre, cual mugido de un mar cercano. Blanco hábito la cubría, puesto por las amigas de devociones con severa elegancia. Sus anchos pliegues corrían en líneas rectas del cuello a las plantas, sólo interrumpidos por las manos de mármol que empuñaban un crucifijo. Finísimo velo blanco le cubría el rostro, sin ocultarlo ni dejarlo ver claramente, presentándolo vagaroso, esfumado, lejano, entre nieblas, como la imagen mal soñada que persiste en la retina de los mal despiertos ojos. Hubiera querido verla mejor para apreciar lo que restaba de una hermosura sin igual que la muerte había ido cambiando en no sé qué flor mustia y violácea. En todo rostro, por ciego y muerto que esté, hay siempre algo de mirada. León se sintió visto desde el fondo de aquella cavidad fúnebre, ahondada por las vaguedades de la gasa, y reconoció la mirada última, ya menos amorosa que irónica.

Por su pensamiento pasaron las ideas más graves que asaltan al hombre en los momentos culminantes de la vida, y consideró la distancia a que estamos del verdadero bien, distancia que a medir no acierta la idea y que no se sabe cómo ha de recorrerse... Cortó sus pensamientos un ruido importuno y vulgar, una tos... Miró... La muerta y él no estaban solos. Allá en el fondo de la capilla alguien velaba. Era el clérigo pequeño, sentado en un banco, los ojos fijos en el libro de rezo. León no pudo menos de admirar la fidelidad del amigo espiritual, que habiendo sido dueño de la vida, quería ser custodio de la muerte. Sin mover la cabeza, el italiano alzó los ojos y miró a León un rato, fijamente, muy fijamente... Después los bajó para seguir leyendo. En aquella blanda caída de la mirada sobre el libro había el desdén más soberano que puede imaginarse. Paoletti, como si nadie estuviera allí, siguió leyendo: *Ego sum vermis et non homo, oprobrium hominum et objetio plebis.*

¿Por qué al salir, no con menos respeto que al entrar, sintió el hombre en su alma una consoladora tendencia a la serenidad? Había visto cara a cara lo más pavoroso del mundo físico y del mundo moral, y los combates que estas terribles perspectivas habían provocado en su espíritu dejáronle rodeado de grandes y tristísimas ruinas. *¡Impavidum ferient ruinœ,* que dijo el pagano! Pero ¿qué le importaba estar vencido, solo, proscrito y mal juzgado, si resplandecía en él la hermosa luz que arroja la conciencia cuando está segura de haber obrado bien? Al entrar en su casa vacía encontró a su criado ocupado en hacer las maletas, conforme le había mandado aquella tarde. Alegróse mucho éste al verlo entrar, y como León le preguntara la razón de tan grande contento, el fiel criado le respondió:

—En casa de la señora marquesa y en todas las casas donde le conocen a usted decían que usted se pegaría un tiro esta noche. Lo daban por tan seguro, que me eché a llorar.

León sonrió con tristeza.

—Y al entrar en casa para hacer las maletas, lo primero que hice fué esconder las pistolas, por si no pudiendo el señor matarse en otra parte se le antojaba matarse aquí.

—¿Dónde las has puesto? ¿Están cargadas?—preguntó León prontamente.

—¡Oh! ¡El señor se atreverá!...—exclamó el criado, lleno de pavor.

—Tranquilízate, amigo—dijo el amo señalándose la frente—; esto no se ha hecho para el suicidio... En cuanto a las pistolas, si están cargadas, puedes arrojarlas a la calle para que las aproveche el primer tonto que pase.

—¡Tirarlas!... Son tan bonitas...

—O quédate con ellas. Guárdalas para cuando te cases.

—El señor olvida que soy casado.

—Pues para cuando enviudes.

XXI

DEL MARQUÉS DE FÚCAR AL MARQUÉS DE ONÉSIMO

Madrid, 1 de diciembre.

Antes de salir de Londres para Hamburgo a comprarme las veinte toneladas de tabaco, véndame usted todo lo de Ríotinto y el Consolidado Exterior. Com-

prad a escape Gas de París y Mobiliario Español. El empréstito, tercero que hace este año nuestro Tesoro, va a maravilla. Necesito fondos de esa plaza para proponer al Gobierno el pago de parte del cupón exterior a los tenedores ingleses, con lo cual la operación se redondea aquí de un modo completo. Es incalculable el beneficio de este anticipo. En lo demás, confirmo la mía de 23 de noviembre. No olvide usted mis instrucciones para sacar partido de los almacenistas de tabaco de Hamburgo. Nada de timidez. Como el negocio es bueno, no le importe a usted llegar a precios exagerados.

Mi hija sigue bien; muy triste, muy sola, con mediana salud; pero resignada y tranquila. No sale de Suertebella. Mona, cada día más mona, le envía a usted tres besos.

El malvado ha cumplido su compromiso y no nos molesta para nada. Se ha metido en Bolsa y me han dicho que acometiendo con serenidad y tino las jugadas hace una fortuna loca. La verdad es que disposiciones no le faltan.

Le espera a usted para comer el pavo de Navidad en Suertebella, su afectísimo,

P. Fúcar.

P. D.—Si vuelve usted a ver a ese extravagante, déle recuerdos míos, pero nada más que míos.

FIN DE
«LA FAMILIA DE LEÓN ROCH»

NOVELAS

(SERIE CONTEMPORANEA)

LA DESHEREDADA

(1881)

NOTA PRELIMINAR

CUANDO *publicó esta novela Pérez Galdós, en toda Europa estaba candente un nuevo acertijo literario: el del naturalismo. El naturalismo desdeñaba todo el barroco tinglado del romanticismo: formas, teorías, estética, procedimientos, tendencias. El naturalismo, terco, al parecer débil, quería abrirse un nuevo cauce luchando con las escuelas viejas y con los enemigos, que eran dos: los malos y los peores. Los malos, aquellos corifeos y partidarios del idealismo y de su pura invención, quienes pensaron que bastaba el chiste benévolo, el plumazo ático, la sonrisa despectiva, el «no dar importancia», casi ignorándolo, para acabar con la naciente comezón. Los peores, aquellos amigos apasionados, irreflexivos, que pretendían sacarlo de tono y de tino, desquiciarlo y desorbitarlo a fuerza de forzarlo.*

¿Qué era el nautralismo? Quizá un anhelo de purificación. Tal vez un interés reflexivo por la realidad. Acaso una decadencia de los resortes imaginativos. Seguramente, esa humana apetencia de cambiar de postura... al instinto, buscando la nueva y mejor comodidad. El naturalismo era, antes que nada, un dar la máxima importancia a lo que jamás la había tenido antes: a la vida viable, *en su doble acepción de vivir y de transitar. Hasta que apareció el naturalismo, la avidez lectora no concedía el menor interés a cuanto no fuera grandioso, portentoso, heroico. El protagonista de cada novela debía exceder en mucho la talla humana, como esos faraones de veinte metros que se admiran en los intercolumnios y en los pórticos egipcios. Cada novela debía comprender mil incidencias extraordinarias, mil peripecias sorprendentes, mil tramas sutilmente confundidas. El lector idealista, el lector romántico—que reputaba vergonzoso su propia humanidad impotente ante lo* inefable—, *pedía nada menos que absurdos, portentos y milagros. Felizmente para la cultura, a mediados del siglo XIX el público europeo, al que* su historia viva *ha tundido a golpes de realismo, se encuentra cansado de incongruencias, de imaginancias, de ensueños. Lo imposible deja de pronto de ser una aspiración colectiva. Es éste el momento que aprovecha una nueva tendencia literaria para iniciar su predominio.*

Al principio, todo el mundo se rió un poco de la falta de invención *del naciente naturalismo. ¿Era posible interesar, crear una obra de arte,* nada más *con la sencillez, con la relación sencilla de algo que podía pasar a cualquiera, en cualquier parte? Con la simple historia—y con la historia simple, ¿por qué no?—de un espíritu nacido para la abnegación,* un tal *Gustavo Flaubert había escrito, en Francia, una narración:* Cœur simple, *sencillamente emocionante. Y un gran novelista que había militado en las filas del más desaforado romanticismo, Honorato de Balzac, había conmovido la atención universal con una narración,* Eugenia Grandet, *en que,* total, *no sucedía sino que un hombre avaro* se traslucía *en mil detalles inti-*

mos. Y... ¡el colmo ya! Otro escritor, Huysmans, con su obra Sœurs Vatard, *lograba entretener y dar que pensar ¡contando nada más lo que veía a derecha y a izquierda y de frente! ¡Contando lo que todos podían ver en cuanto mirasen! (O, a la inversa, mejor: mirar en cuanto viesen...) En España, el saludo jubiloso al naturalismo lo había lanzado una mujer ilustre, doña Emilia Pardo Bazán, en 1879. Se encontró con la repulsa, más o menos violenta, de los grandes escritores españoles: Valera, Alarcón, Pereda, Trueba... Unicamente Galdós, sin alharacas, como él sabía hacer todo, se enroló en el nuevo movimiento lleno de fervor.* La desheredada *es la novela con que él confiesa su fe en el naturalismo. En* La desheredada *el argumento se reduce a* casi nada. *Isidora Rufete se cree hija de Virginia de Aransis y pretende que su estado civil sea reconocido y con él se le entreguen las propiedades del marquesado de Aransis. ¿Qué novela idealista podría ser sintetizada en tres líneas, como la anterior? Y, sin embargo, el estudio de los estragos del orgullo, aguijoneado por la miseria y por las sugestiones de una fantasía exaltada, hacen de esta novela galdosiana una admirable sucesión de escenas impresionantes que el lector más frívolo difícilmente olvidará nunca.*

Téngase en cuenta que cuanto pasa en La desheredada *pasa todos los días en cien mil sitios a la vez. Isidora no vale más ni menos que otros millones de desheredadas que ambicionan por esos mundos de Dios. Los escenarios son los mismísimos arrabales madrileños —pintados vigorosamente, geniales de realismo los trazos—, con su pueblo auténtico, lleno de andrajos, codeado con la miseria, compuesto híbrido de personajes dignos de estudio y lástima. Por vez primera, en una novela de alientos se habla del Madrid pobre, fétido, hambriento y humillado de mitad del pasado siglo. Por vez primera—y maravillosamente—, de esa miseria disimulada, cómica a primera vista, trágica en el fondo, a la que, por faltarle todo, hasta le falta la caridad para con el prójimo; por primera vez se saca a escena, dándoles la importancia que tienen en la realidad, a esos pilluelos, angelillos cínicos, carne de presidio, que se llaman* Colilla, Pecado, Zarapicos; *por vez primera se cuentan cosas que, si al distraído pueden parecerle pueriles entretenimientos, al más reflexivo le sugieren reflexiones profundas, sentimientos vehementes; por vez primera cada personaje tiene el estilo propio de su carácter y de su estado y habla* como debe hablar: *el señorito, con la debida afección—y afectación—del señorío; el pilluelo, con la labia golfa y dicharachera; la menestrala, con esa pretensión que se le queda chica y un tanto ridícula; el hombre culto, con esa naturalidad que, en cuanto se descuide, se le perderá en el galimatías. Por vez primera—¡y con qué acierto tan primoroso!—se sustituyen las reflexiones que el autor hace* por cuenta *de cada personaje, con las reflexiones del personaje mismo, empleando su estilo propio, y no a guisa de monólogo, sino como si el sentido de la novela se fuera cuajando dentro del cerebro de éste.*

Con La desheredada *inicia el genio de Galdós el ciclo de las novelas contemporáneas. A semejanza de Balzac, en* La comedia humana; *de Zola, en* Les Rougon-Macquart; *de Dickens, en sus novelas* de su vida familiar inglesa, *Galdós decidió abarcar en su obra toda una época española—el siglo XIX—, presentándonos a los españoles de su tiempo con su modo de vivir, con sus pasiones, con sus vicios, con sus virtudes, con sus manías, con su ideario, con sus errores y flaquezas, con sus gustos y regustos. Ingente labor que comienza en 1881 y termina en 1909 y va de acierto en acierto hasta dejar franco, para los espíritus curiosos, el museo más pasmoso de retratos y de vistas que jamás haya presentado el genio español de la edad contemporánea.*

Cuando apareció La desheredada, *dejó perplejos a los seres más refractarios a toda innovación, a los más apegados a los manidos preceptos retóricos. ¿Tenía exposición, nudo y desenlace* La desheredada? *¿Tenía enredo y desenredo, éste lo más difícil y lento imaginable? ¿Tenía en sus diálogos las palabras rimbombantes, las imágenes deslumbrantes, los* latiguillos *de afecto, las entonaciones melodramáticas? ¡Ca! El lector idealista se queda pasmado de indignación ante el lenguaje vulgarísimo del* Gaitica *y de Isidora. El lector idealista en-*

cuentra el cabo final *del argumento de* La desheredada *sin devanarse los sesos. El lector idealista se aterra de tener que penetrar en cuevas, en tugurios, en chamizos, en posadas..., ¡él, tan acostumbrado a los castillos, a los palacios, a los casones señoriales y hasta a las viviendas obreras, tan limpitas y con una miseria tan de buen ver!*

Y, sin embargo, hasta el lector idealista acaba de gustar del atractivo de este pedazo de vida—*de cada día, de cualquier parte—que Galdós, con un arte inimitable, ha escrito. Y que, como es lógico, aun cuando el autor no lo diga, tiene, por ser vida en la Vida, su moraleja* y todo: *la de que para evitar los extravíos de la razón y de la conducta es indispensable siquiera un adarme de sentido común.*

LA DESHEREDADA

Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los beneficios reconstituyentes llamados *Aritmética, Lógica, Moral* y *Sentido común,* convendría dedicar estas páginas..., ¿a quién? ¿Al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser sus verdaderos médicos: a los maestros de escuela.

B. P. G.

Enero de 1881.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

FINAL DE OTRA NOVELA

I

—¿Se han reunido todos los ministros?... ¿Puede empezar el Consejo?... ¡El coche, el coche, o no llegaré a tiempo al Senado!... Esta vida es intolerable... ¡Y el país, ese bendito monstruo con cabeza de barbarie y cola de ingratitud, no sabe apreciar nuestra abnegación, paga nuestros sacrificios con injurias, y se regocija de vernos humillados! Pero ya te arreglaré yo, país de las monas. ¿Cómo te llamas? Te llamas *Envidiópolis,* la ciudad sin alturas; y como eres puro suelo, simpatizas con todo lo que cae... ¿Cuánto va? Diez millones, veinticuatro millones, ciento sesenta y siete millones, doscientas treinta y tres mil cuatrocientas doce pesetas con setenta y cinco céntimos...; esa es la cantidad. Ya no te me olvidarás, pícara; ya te pillé, ya no te me escapas, ¡oh cantidad temblorosa, escurridiza, inaprehensible, como una gota de mercurio! Aquí te tengo dentro del puño, y para que no vuelvas a marcharte, jugando, al caos del olvido, te pongo en esta gaveta de mi cerebro, donde dice: *Subvención personal...* Permítame su señoría que me admire de la despreocupación con que su señoría y los amigos de su señoría confiesan haber infringido la Constitución... No me importan los murmullos. Mandaré despejar las tribunas... ¡A votar, a votar! ¿Votos a mí? ¿Queréis saber con qué poderes gobierno? Ahí lo tenéis: se cargan por la culata. He aquí mis votos: me los ha fa-

bricado Krupp... Pero ¿qué ruido es éste?... ¿Quién corretea en mi cerebro? ¡Eh! ¿Quién anda arriba?... Ya, ya; es la gota de mercurio, que se ha salido de su gaveta...

El que de tal modo habla—si merece nombre de lenguaje esta expresión atropellada y difusa, en la cual los retazos de oraciones corresponden al espantoso fraccionamiento de ideas—es uno de esos hombres que han llegado a perder la normalidad de la fisonomía, y con ella, la inscripción aproximada de la edad. ¿Hállase en el punto central de la vida, o en miserable decrepitud? La movilidad de sus facciones y el llamear de sus ojos, ¿anuncian exaltado ingenio, o desconsoladora imbecilidad? No es fácil decirlo, ni el espectador, oyéndole y viéndole, sabe decidirse entre la compasión y la risa. Tiene la cabeza casi totalmente exhausta de pelo, la barba escasa, entrecana y afeitada a trozos, como un prado a medio segar. El labio superior, demasiado largo y colgante, parece haber crecido y ablandádose recientemente, y no cesa de agitarse con nerviosos temblores, que dan a su boca cierta semejanza con el hocico gracioso del conejo royendo berzas. Es pálido su rostro, la piel papirácea, las piernas flacas, la estatura corta, ligeramente corva la espalda. Su voz sonora regalaría el oído si su palabra no fuera un compuesto atronador de todas las maneras posibles de reír, de todas las maneras posibles de increpar, de los tonos del enfático discurso y del plañidero sermón.

Acércase a él un señor serio y bondadoso, pónele la mano en el hombro con blandura y cariño, le toma el pulso, lee brevemente en su extraviada fisonomía, en sus negras pupilas, en el caído labio, y, volviéndose a un joven que le acompaña, dice a éste:

—Bromuro potásico, doble dosis.

Sigue adelante el médico, y el paciente toma de nuevo su tono oratorio, tratando de convencer al tronco de un árbol. Porque la escena pasa en un gran patio cuadrilongo, cerrado por altos muros, sin resalto ni relieve alguno que puedan facilitar la evasión. Arboles no muy grandes, plantados en fila, tristes y con poca salud, si bien con muchos pájaros, dejan caer uniformes discos de sombra sobre el suelo de arena, sin una hoja, sin una piedra, sin un guijarro, llano y correcto cual alfombra de polvo. Como treinta individuos vagan por aquel triste espacio; los unos lentos y rígidos, como espectros; los otros, precipitados y jadeantes. Este da vueltas alrededor de dos árboles, trazando con su paso infinitos ochos, sin cesar de mover brazos, manos y dedos, fatigadísimo, sin sudar, y balbuciente sin decir nada, rugoso el ceño, huyendo con indecible zozobra de un perseguidor imaginario. Aquél, arrojado en tierra, aplica la oreja al polvo para oír hablar a los antípodas, y su cara de idiota, plantada en el suelo, es como un amarillo melón que se ríe. Un tercero canta en voz alta, mostrando un papel o estado sinóptimo de los ejércitos europeos, con división de armas y los respectivos soberanos o jefes, todo lo cual debe ser puesto en música.

El médico va de uno a otro, interrogándolos, contemporizando graciosamente con las manías de ellos, sin dejar de hacer objeciones discretas a cada uno. Ya se detiene a echar un párrafo con aquél, de rostro estúpido, que lleva el pecho cargado de medallas, escapularios y amuletos; ya habla rápidamente con un viejecillo encanijado y risueño que, paseándose solo y tranquilo junto al muro, con un mugriento *Kempis* en la mano, parece filósofo anacoreta o Diógenes del Cristianismo, por el abandono de su traje y la unción bondadosa de su fisonomía. Es un sacerdote que tuvo mucho seso. Está meditando ahora la carta que ha de dirigir al Papa en este día, siguiendo una costumbre que se repite infaliblemente en los trescientos sesenta y cinco de cada año, y ya lleva veinte de encierro. Estrecha con mucho afecto la mano del doctor, échale unos cuantos latines muy bien encajados en la conversación, y, por último, pregunta si ha sido echada al correo su epístola del día anterior, a lo que contesta el médico que sí, y que, forzosamente, Su Santidad anda muy distraído en Roma cuando no se digna contestar a comunicantes de tanta importancia.

Vuelve el médico hacia donde está el que en los primeros renglones hemos descrito, y antes de llegar a él dice al practicante:

—Este desgraciado Rufete va a pasar a *Pobres*, porque hace tres meses que su familia no paga la pensión de segunda.

El no se dará cuenta del cambio de situación. Si se exacerba esta tarde, será preciso encerrarle.

Poniéndole la mano en el hombro, el facultativo dice a Rufete:

—Basta, basta ya de violencia. Ya hemos dicho que seremos amigos, siempre que usted no se me salga de las vías legales... El país le hará justicia... Calma, serenidad. Si pudiera usted dejar el Poder unos cuantos meses, ¡qué bien nos vendría a los dos! Nos dedicaríamos a curar radicalmente ese constipado...

—No es constipado—replica Rufete con prontitud, describiendo arcos con la cabeza—. Es una gota de mercurio... Anda rodando y escurriéndose... Ahora está aquí, en la sien derecha... Ahora corre y pasa a la sien izquierda... Son ciento sesenta y siete millones, doscientas...

—Ya, ya sé... Yo quisiera que no se ocupase usted más de esa cantidad, puesto que está segura.

—No, no está segura—dice Rufete, demostrando terror—. No sabe usted qué guerra me hacen esos pillos. No me pueden ver. Pero yo gozo con sus infamias. Cuando un verdadero genio se empeña en subir a la gloria, la envidia le proporciona escaleras. Déme usted una envidia tan grande como una montaña, y le doy a usted una reputación más grande que el mundo... Adiós. Me voy al Congreso. ¿No sabe usted que se han sublevado los maceros?... Abur, abur.

El médico hace a su compañero la expresiva seña de *no tiene remedio*, y pasa adelante.

II

No consta si fué aquel día o el siguiente cuando trasladaron al infeliz Rufete desde el departamento de pensionistas al de pobres. En el primero había tenido ciertas ventajas de alimento, comodidad, luz, recreo; en el segundo disfrutaba de un patio insano y estrecho, de un camastrón, de un rancho. ¡Ay! Cualquiera que despertara súbitamente a la razón y se encontrase en el departamento de pobres, entre turba lastimosa de seres que sólo tienen de humano la figura, y se viera en un corral más propio para gallinas que para enfermos, volvería seguramente a caer en demencia, con la monomanía de ser bestia dañina. ¡En aquellos locales primitivos, apenas tocados aún por la administración reformista, en el largo pasillo, formado por larga fila de jaulas, en el patio de tierra, donde se revuelcan los imbéciles y hacen piruetas los exaltados, allí, allí es donde se ve todo el horror de esa sección espantosa de la Beneficencia, en que se reúnen la caridad cristiana y la defensa social, estableciendo una lúgubre fortaleza llamada manicomio, que, juntamente, es hospital y presidio! ¡Allí es donde el sano siente que su sangre se hiela y que su espíritu se anonada, viendo aquella parte de la Humanidad aprisionada por enferma, observando cómo los locos refinan su locura con el mutuo ejemplo, cómo perfeccionan sus manías, cómo se adiestran en aquel arte horroroso de hacer lo contrario de lo que el buen sentido nos ordena!

Si en unos la afasia excluye toda clase de dolor, en otros la superficie alborotada de su ser manifiesta indecibles tormentos... ¡Y considerar que aquella triste colonia no representa otra cosa que la exageración o el extremo irritativo de nuestras múltiples particularidades morales o intelectuales..., que todos, cuál más, cuál menos, tenemos la inspiración el estro de los disparates, y a poco que nos descuidemos entramos de lleno en los sombríos dominios de la ciencia alienista! Porque no, no son tan grandes las diferencias. Las ideas de estos desgraciados son nuestras ideas, pero desengarzadas, sueltas, sacadas de la misteriosa hebra que gallardamente las enfila. Estos pobres orates somos nosotros mismos que dormimos anoche nuestro pensamiento en la variedad esplendente de todas las ideas posibles, y hoy por la mañana lo despertamos en la aridez de una sola. ¡Oh Leganés! Si quisieran representarte en una ciudad teórica, a semejanza de las que antaño trazaban filósofos, santos y estampistas, para expresar un plan moral o religioso, no, no habría arquitectos ni fisiólogos que se atrevieran a marcar con segura mano tus hospitalarias paredes. «Hay muchos cuerdos que son locos razonables.» Esta sentencia es de Rufete.

El cual no se dió cuenta de aquella caída brusca desde las grandezas de pensionista a la humildad del asilado. El patio es estrecho. Se codean demasiado los enfermos, simulando a veces la existencia de un bendito sentimiento que rarísima vez habita en los manicomios: la

amistad. Aquello parece a veces una Bolsa de contratación de manías. Hay demanda y oferta de desatinos. Se miran sin verse. Cada cual está bastante ocupado consigo mismo para cuidarse de los demás. El egoísmo ha llegado aquí a su grado máximo. Los imbéciles yacen por el suelo. Parece que están pastando. Algunos exaltados cantan en un rincón. Hay grupos que se forman y se deshacen, porque, si no amistad, hay allí misteriosas simpatías o antipatías que en un momento nacen o mueren.

Dos loqueros graves, membrudos, aburridos de su oficio, se pasean atentos, como polizontes que espían el crimen. Son los inquisidores del disparate. No hay compasión en sus rostros, ni blandura en sus manos, ni caridad en sus almas. De cuantos funcionarios ha podido inventar la tutela del Estado, ninguno es tan antipático como el domador de locos. Carcelero-enfermero, es una máquina muscular que ha de constreñir en sus brazos de hierro al rebelde y al furioso; tutea a los enfermos, los da de comer sin cariño, los acogota si es menester, vive siempre prevenido contra los ataques, carga como costales a los imbéciles, viste a los impedidos; sería un santo si no fuera un bruto. El día en que la ley haga desaparecer al verdugo, será un día grande si al mismo tiempo la caridad hace desaparecer al loquero.

Rufete huía maquinalmente de los loqueros, como si los odiara. Los funcionarios eran para él la oposición, la minoría, la Prensa; eran también el país que le vigilaba, le pedía cuentas, le preguntaba por el comercio abatido, por la industria en mantillas, por la agricultura rutinaria y pobre, por el crédito muerto. Pero ya le pondría él las peras a cuarto al señor país, representado en aquellos dos señores tiesos, que en todo querían meterse, que todo lo querían saber, como si él, el eminentísimo Rufete, estuviera en tan alta posición para dar gusto a tales espantajos. Le miraban atentos, y con sus ojos investigadores le decían: «Somos la envidia que te mancha para bruñirte y te arrastra para encumbrarte.»

Todos los habitantes del corral tienen su sitio de preferencia. Esta atracción de un trozo de pared, de un ángulo, de una mancha de sombra, es un resto de la simpatía local que aquellos infelices llevan a la región de tinieblas en que vive su espíritu. Constantemente se agitaba Rufete en un ángulo del patio, tribuna de sus discursos, trono de su poder. La pared remedaba las murallas egipcias, porque el yeso cayéndose, y la lluvia, manchando, habían bosquejado allí mil figuras faraónicas.

Cuando Rufete se cansaba de andar, sentábase. Tenía mucho que hacer, despachar mil asuntos, oír a una turba de secretarios, generales, arzobispos, archipámpanos, y después..., ¡ah!, después tenía que echar miles de firmas, millones, billones, cuatrillones de firmas. Se sentaba en el suelo, cruzaba los brazos sobre las rodillas, hundía la cara entre las manos, y así pasaba algunas horas, oyendo el sordo incesante resbalar del mercurio dentro de su cabeza. En aquella situación, el infeliz contaba los ciento sesenta y siete millones de pesetas. Esto era fácil, sí, muy fácil; lo terrible era el pico de aquella suma. ¿Por qué es escapaban las cifras huyendo y desapareciendo en menudas partículas del metal líquido por los intersticios del tul del pensamiento? Era preciso pensar fuerte y espesar la tela, para coger aquellas 233.412 pesetas, con sus graciosas crías los 75 céntimos.

Los vestidos de este sujeto sin ventura eran puramente teóricos. Había sobre sus miserables y secas carnes algunas formas de tela que respondían, en principio, a la idea de camisa, de levita, de pantalón; pero más era por los pedazos que faltaban que por los pedazos que subsistían. ¡Hacía tanto tiempo que su familia no le llevaba ropa!... Ultimamente le pusieron una blusa azul. Pero una mañana se comió la mitad. Era el más indócil y peor educado de todos los habitantes de la casa. No obstante, sobre aquellos harapos se ponía todos los días una corbata no mala, liándosela con arte y esmero delante de la pared, hecha espejo de un golpe de imaginación. Aquel negro dogal sobre la carne desnuda del estirado cuello, impedíale a veces los movimientos; pero llevaba con paciencia la molestia en gracia del bien parecer.

Cuando anochecía, o cuando el tiempo era malo, Rufete era el último que dejaba el patio. Comúnmente los loqueros se veían en el caso de llevarle a la fuerza. Dormía en una sala baja, húmeda, con

rejas a un largo pasillo, el cual las tenía a la huerta. Desde los duros camastros veíase la espesura del arbolado; pero al través de las rejas dobles, la alegría del intenso verdor llegaba a los ojos de los orates mermada o casi perdida, con un efecto de país bordado en cañamazo. En el dormitorio no cesaban, ni aun a horas avanzadas, los cantos y gritos. Las tinieblas eran, para la mayor parte de ellos, lo mismo que el claro día. Algunos dormían con los ojos abiertos. Oíase desde la sala la murmuración del chorro de una fuente, la cual con tal constancia estimulaba el oído, que Rufete se pasaba horas enteras en conversación tirada con el agua charlatana en estos o parecidos términos: «En todo lo que su señoría me dice, señor Chorro, hay mucha parte de razón y mucho que no puede admitirse. Subí al Poder empujado por el país que me llamaba, que me necesitaba. El primer escalón fué mi mérito; el segundo, mi resolución; el tercero, la lisonja; el cuarto, la envidia... ¿Pero qué habla usted de convenios reservados, de pactos deshonrosos? Cállese usted, tenga usted la bondad de callarse; le ruego, le mando a usted que se calle.»

Y, colérico, se abalanzaba a la reja, ponía el oído, hacía señales de conformidad o denegación, oprimía los barrotes. La flúida elocuencia del chorro no tenía fin jamás. Era como uno de esos oradores incansables que siempre están hablando de sí mismos. La aurora le encontraba engolfado en la misma tesis, y a Rufete diciendo con espantosa jovialidad: «No me convence, no me convence su señoría.»

¡La aurora! Aun en una casa de locos es alegre; aun allí son hermosos el risueño abrir de ojos del día y la primera mirada que cielo y tierra, árboles y casas, montes y valles, se dirigen. Allí, los pájaros madrugadores gorjean lo mismo que en las alamedas del Retiro sobre las parejas de novios; el sol, padre de toda belleza, esparce por allí los mismos prodigios de forma y color que en las aldeas y ciudades, y el propio airecillo picante que menea los árboles, que orea el campo, que estimula a los hombres al trabajo y lleva a todas partes la alegría, el buen apetito, la sazón y la salud, derrama también por todas las zonas del establecimiento su soplo vivificante. Las flores se abren, las moscas emprenden sus infinitos giros, las palomas se lanzan a sus remotos viajes atmosféricos; arriba y abajo cada cual cede, cede al impulso excitante según su naturaleza. Los locos salen de los cuartos o dormitorios con sus fieros instintos poderosamente estimulados. Redoblan, en aquella hora del despertamiento general, sus acostumbrados dislates, hablan más alto, ríen más fuerte, se arrastran y se embrutecen más; algunos rezan, otros se admiran de que el sol haya salido de noche, aquél responde al lejano canto del gallo, éste saluda al loquero con urbanidad refinada; quién pide papel y tinta para escribir la carta, ¡la indispensable carta del día!; quién se lanza a la carrera, huyendo de un perseguidor que aparece montado en el caballo del día, y todo aquel carnavalesco mundo comienza con brío su ordinaria existencia.

La numerosa servidumbre de la casa emprende la faena de limpieza, y estrépito de escobazos corre por salas y pasillos, confundiéndose con el sacudir de ropas, el arrastrar de muebles. A misa llama la campana de la capilla, el director administrativo sale de su despacho a inspeccionar los servicios, y las hermanas de la Caridad, alma y sostén del asilo, por estar encargadas de su régimen doméstico, van y vienen con actividad de madres de familia. Sus faldas azules, azotadas por enorme rosario; sus blancas tocas aladas, respetables y respetadas como enseña de paz, se ven por todas partes, entre el verdor de la huerta, entre los estantes de la botica, en la enorme cocina, cuyos hogares de hierro vomitan lumbre; en la despensa, llena de víveres; en el lavadero, donde ya saltan los chorros de agua; en el alto secadero que domina la huerta, y en el patio de mujeres, en la región de las locas, que es el departamento de trabajo más penoso y de las dificultades más terribles.

¡Las locas! Estamos en el lugar espeluznante de aquel Limbo enmascarado de mundo. Los hombres inspiran lástima y terror; las hijas de Eva inspiran sentimientos de difícil determinación. Su locura es, por lo general, más pacífica que en nosotros, excepto en ciertos casos patológicos exclusivamente propios de su sexo. Su patio, defendido en la parte del sol por esteras, es un gallinero,

donde cacarean hasta veinte o treinta hembras con murmullo de coquetería, de celos, de cháchara frívola y desacorde que no tiene fin ni principio, ni términos claros, ni pausa, ni variedad. Oyese desde lejos cual disputa de cotorras en la soledad de un bosque. Las hay también juiciosas. Algunas pensionistas, tratadas con esmero, están tranquilas y calladas en habitación clara y limpia, ocupándose en coser, bajo la vigilancia y dirección de dos hermanas de la Caridad. Otras se decoran con guirnaldas de trapo, flores secas o con plumas de gallina. Sonríen con estupidez o clavan en el visitante extraviados ojazos.

También la *hermosa mitad* tiene sus jaulas de dobles rejas. No serían mujeres si no necesitaran alguna vez estar bajo llave. Es frecuente ver dos manos flacas y nerviosas asidas a una reja y oír la voz ronca de una desgraciada que pide le devuelvan los hijos que nunca ha tenido. Hay una que corre por pasillos y salas buscando *su propia persona*.

Volvamos al patio de varones pobres. Aquel día faltaba en él Rufete. Creeríase que había crisis. Poco después de amanecer se dirigió al loquero y le dijo:

—Hoy no estoy para nadie, absolutamente para nadie.

Después cayó en un marasmo profundo. Enmudeció. El chorro de la fuente preguntaba por él y ninguno de los asilados allí presentes sabía darle razón.

Lleváronle a la enfermería. El médico mandó que le dieran una ducha, y fué llevado en brazos a la Inquisición de agua. Es un pequeño balneario, sabiamente construído, donde hay diversos aparatos de tormento. Allí dan lanzazos en los costados, azotes en la espalda, barrenos en la cabeza, todo con mangas y tubos de agua. Esta tiene presión formidable, y sus golpes y embestidas son verdaderamente feroces. Los chorros afilados, o en láminas, o divididos en hilos penetrantes como agujas de hielo, atacan encarnizados con el áspero chirrido del acero. Rufete, que ya conocía el lugar y la maquinaria, se defendió con fiero instinto. Le embrazaron, oprimiéndole en fuerte anilla horizontal de hierro sujeta a la pared, y allí, sin defensa posible, desnudo, recibió la acometida. Poco después yacía aletargado en una cama con visibles apariencias de bienestar. Al fin, durmió profundamente.

III

A la misma hora que esto pasaba, una joven llegó a la puerta del establecimiento. Quería ver al señor director, al señor facultativo, quería ver a un enfermo, a su señor padre, a un tal don Tomás Rufete; quería entrar aunque se lo vedaran; quería hablar con el señor capellán, con las hermanas, con los loqueros; quería ver el establecimiento; quería entregar una cosa; quería decir otra cosa...

Estos múltiples deseos, que se encerraban en uno solo, fueron expresados atropelladamente y con turbación por la muchacha, que era más que medianamente bonita, no por cierto muy bien vestida ni con gran esmero calzada. Temblaba al hacer sus preguntas y ponía extraordinario ardor en la expresión de su deseo. Sus ojos expresivos habían llorado, y lloraban algo todavía. Sus manos, algo bastas, sin duda, a causa del trabajo, oprimían un lío de ropa seminueva, mal envuelta en un pañuelo rojo. Rojo era también el que ella en su cabeza llevaba, descuidadamente liado debajo de la barba, a estilo de Madrid. ¿Con qué prenda se cubría? ¿Sotana, mantón, gabán de hombre? No: era una prenda híbrida, un arreglo del ruso al español, un cubrepersona de corte no muy conforme con el usual patrón. Ello es que su pañuelo rojo, sus lágrimas acabadas de secar, su gabán raído y de muy difícil calificación en indumentaria, su agraciado rostro, su ademán de resignación, sus botas mayores que los pies y ya entradas en días, inspiraban lástima.

No le fué difícil llegar al despacho del señor director. Al verle y darse a conocer y preguntar por el señor Rufete, se le vinieron tantas lágrimas a los ojos y la garganta se le obstruyó de tal modo, que tuvo que callarse. El director, hombre compasivo, la mandó sentar, rogándole que se calmase.

—Hace tres meses que no se ha pagado la pensión—dijo ella, al cabo, metiendo la mano en alguna parte de su extraña vestimenta.

Porque el gabán tenía un bolsillo hondo. Su autora había sido pródiga en esto, presumiendo tener mucho que guardar. De aquel pozo de tela sacó un pa-

quete de papel que parecía contener dinero.

—Luego, luego veremos—dijo el director, resistiéndose a tomar la suma—. ¡Ah! ¿También trae ropa? Veo que no se descuida usted... Está bien, bien. El pobre don Tomás tenía ya mucha falta... Déjelo usted ahí. Luego... Siéntese usted y descanse.

—¿Pero no lo veré ahora mismo?—preguntó ella con ansiedad.

—No es fácil, no es fácil. Ya sabe usted que se excitan mucho al ver a las personas de su familia. Precisamente el pobre señor Rufete está sufriendo ahora una crisis bastante peligrosa.

La del ruso cruzó las manos y miró al techo.

—El señor facultativo está haciendo ahora la visita... Le hablaremos, veremos lo que dice. Si él consiente... Pero no lo consentirá. No conviene que usted vea a su señor padre ahora. Más tarde... Siéntese usted, tranquilícese. Ya, ya recuerdo cuando vino usted con él hace bastante tiempo. Usted se llama...

—Isidora, para servir a usted... ¡Pobrecito papá! Si no me lo dejan ver, dígale usted que estoy aquí, que está aquí su Isidorita, que viene a darle un beso, que mañana traeré a Mariano, mi hermanito... ¡Ah Dios mío! Pero él no entenderá, no entenderá nada. ¡Pobre hombre! ¿Y no hay esperanzas de que vuelva a la razón?

El director hizo signos de cabeza y boca sumamente desconsoladores. Parecía empeñado en quitar toda esperanza. Isidora, rendida de cansancio, se sentó en una banqueta. Habiéndole recomendado con frases convencionales, si bien generosas, la resignación y una tranquilidad que era imposible, el director salió.

No se quedó sola la joven en el despacho. En un ángulo de éste había una mesa de escribir. Sentado tras ella, con la espalda a la pared, un hombre escribía, fija la vista en el papel, trazando con seguro pulso esos hermosos caracteres redondos y claros de la caligrafía española. La mesa estaba llena de papeles que parecían estados, listas de nombres, cuentas con infinitas baterías de números. Un alto estante repleto de papeles y libros rayados indicaba que aquel buen señor de pluma y suma avudaba al director, cuya mesa no distaba mucho, en la difícil administración del establecimiento. Era el tipo del funcionario antiguo, del ya fenecido covachuelista, conservado allí cual muestra del metódico, rutinario y honradísimo personal de nuestra primitiva burocracia. Era de edad provecta, pequeño, arrugadito, bastante moreno y totalmente afeitado como un cura. Cubría su cabeza con un bonetillo circular, ni muy nuevo ni muy raído, contemporáneo de los manguitos verdes atados a sus codos. Escribía con trazos tan seguros, uniformes y ordenados, que parecía escribientil máquina. Sin alzar los ojos del papel, estiraba de rato en rato toda la piel de la boca, mostraba los dientes blancos, finos y claros, y por entre los huecos de ellos sorbía una gran porción de aire. Isidora, harto ocupada de su dolor, no hacía caso del anciano escribiente; pero éste no cesaba de echar ojeadas oblicuas a la joven, como buscando un motivo de entablar conversación. Siendo, al fin, más fuerte que su timidez su apetito de charlar, rompió el silencio de esta manera:

—Señorita, ¿se cansa usted de esperar?... Todo sea por Dios. No hay más remedio que conformarse con su santa voluntad.

A Isidora—¿por qué ocultarlo?—le gustó que le llamaran señorita. Pero como su ánimo no estaba para vanidades, fijó toda su atención en las palabras consoladoras que había oído, contestando a ellas con una mirada y un hondísimo suspiro.

—Esta casa—añadió el amanuense, dando a conocer mejor su voz melodiosa y dulce, que llegaba al alma—no es una casa de divertimiento: es un asilo triste y fúnebre, señorita. Yo me hago cargo, sí, señorita, me hago cargo de su dolor de usted...

Y se envasó en el cuerpo, aspirándola por entre los dientes, otra gran cantidad de aire. Jugaba graciosamente con la pluma, y, mojándola y sacudiéndola a golpecitos metódicos, prosiguió así:

—Pero no debe esperarse de este pícaro mundo otra cosa que penas, ¡ay!..., penas y amarguras. Usted es joven, usted es una niña, y todavía..., vamos, todavía no conoce más que las flores que suelen adornar al principio los bordes del camino; pero cuando usted ande más, más...

Isidora dió otro suspiro. Grandísimo

consuelo le infudían las palabras sensatas y filosóficas de aquel bondadoso sujeto, a quien desde entonces tuvo por sacerdote.

—¿Es usted..., *por casualidad,* sacerdote?—le preguntó con timidez.

—No, señora—repuso el otro, escribiendo un poco—. Soy seglar. Hace treinta y dos años que trabajo en esta oficina. Pero, volviendo al asunto, el mundo, señorita, es un valle de lágrimas. Váyase usted acostumbrando a esta idea. Afortunadamente, hemos nacido y vivimos en el seno de la religión verdadera, y sabemos que hay un *más allá,* sabemos que en ese *más allá,* señorita, nos aguarda el premio de nuestros afanes; sabemos que hemos de volver a ver a los que hemos perdido...

El anciano se conmovió un poco. Isidora tanto, que volvieron a salir lágrimas de sus ojos. Llevándose a ellos la punta del pañuelo rojo, exclamó:

—¡Mi pobre enfermo!

—¡Ah!... ¡Qué bello es el dolor de una hija!—dijo el bebedor de aire, soltando resueltamente la pluma—. ¡Cuán meritorio a los ojos de Aquel que todo lo ve, que todo lo pesa, que da a cada uno lo suyo!... Llore usted, llore usted; no seré yo quien trate de combatir su pena con consuelos triviales. Lo único que le diré es que la religión y el tiempo la curarán de este mal: la religión, elevando su espíritu y haciéndole ver una segunda vida de premio y descanso donde los que hemos llorado seremos consolados, donde los que tuvimos hambre y sed de justicia seremos hartos; el tiempo, pasando su mano suave, por estas nuestras heridas y cerrándolas poco a poco. Usted es aún muy joven. Puede ser que el Señor le reserve aquí en la Tierra algo de lo que, por no tener otra palabra, llamamos felicidades; usted será esposa de algún hombre honrado, madre de familia, dignísima abuela...

Acababa de liar un cigarrillo, y, con mucha finura, dijo así:

—¿Le molesta a usted el humo del tabaco?

—¡Oh! No, señor; no, señor.

—Más cómodamente estará usted en el sillón que en ese banco. ¿Por qué no se sienta usted allí?

—No, señor; muchas gracias. Aquí estoy bien.

Isidora estaba encantada. La discreta palabra de aquel buen señor, realzada por un metal de voz muy dulce; su urbanidad sin tacha, un no sé qué de tierno, paternal y simpático que en su semblante había, cautivaban a la dolorida joven, inspirándole tanta admiración como gratitud. El ancianito la miraba como para inundarla, digámoslo así, con las corrientes de bondad que afluían de sus ojos. Había en su mirar tanta compasión, un interés tan puro y cristiano, que la pobre joven se felicitó interiormente de aquella amistad que le deparaba Dios en momentos de aflicción. Pensándolo así y dando gracias a Dios por un socorro moral de tanta valía, se sintió tocada del deseo de confiarse, de abrir un poco su corazón para mostrar sus penas. Era naturalmente expansiva, y las circunstancias la ponían en el caso de serlo más aún que de ordinario.

—¿Conoce usted a mi padre?—preguntó.

—Sí, hija mía; le conozco y me da mucha lástima... Bastante se ha hecho en la casa por aliviar sus penas y combatir sus manías... Pero Dios no ha querido. Contra El no se puede nada. Consolémonos todos pensando en que la grandiosa armonía del mundo consiste en el cumplimiento de la voluntad soberana.

Esta sentencia afectó a la de Rufete, haciéndole pensar en lo cara que a ella sola le costaba la armonía de todos. Enjugándose otra vez las lágrimas, dijo así:

—¡Y si viera usted qué bueno ha sido siempre!... ¡Cuánto nos quería! No tenía más que un defecto, y es que nunca se contentaba con su suerte, sino que aspiraba a más, a más. Es que el pobrecito tenía talento, se encontraba siempre de mal humor, y se enojaba y reñía con mi madre. Como era caballero y sus posibles no le daban para portarse como caballero, padecía lo indecible. Y no es que no trabajase... Iba a la oficina casi todos los días y se pasaba en ella lo menos dos horas. Fué secretario de tres Gobiernos de provincia, y no llegó a gobernador por intrigas de los del partido. Mi madre le decía: «¡Ah!, mejor te valdría haber aprendido un oficio que no vivir colgado a los faldones de los ministros: hoy me caigo, hoy me levanto...» Pero ¡quia! El sabía de oficina más que la *Gaceta,* y cuando hablaba de las rentas, del presupuesto y de esas

cosas de gobernar, todos los que le oían estaban asombrados. Su padre, mi abuelito, había sido también de oficina. El pobre murió de mala manera. ¿Le conoció usted?...

—No, hija mía. Siga usted, que la oigo con mucho interés.

—Fué, en no sé qué tiempo, de la Milicia Nacional, hizo barricadas, hablaba mucho, y para él todos los que gobernaban eran ladrones. Cuando yo era niña jugaba con el morrión de mi abuelo... ¡Qué cosas!... Oiga usted... El que llamo mi padre fué más listo que el que llamo mi abuelo. ¡Oh!, sí, era caballero y tenía talento. En el partido le temían. El mismo lo decía: «Yo tengo que llegar a donde debo llegar, o me volveré loco...» ¡Pobrecito! Cuando estaba cesante se desesperaba. Iba a las sesiones del Congreso y hacía mucho ruido en la tribuna aplaudiendo a la oposición. Salía de Madrid con recados secretos. No hablaba más que de la que se iba a armar, de una cosa tremenda..., ¿me entiende usted?

El anciano, después de tragarse la mitad de la atmósfera del cuarto, hizo signos afirmativos, arqueando las cejas y sonriendo, como hombre conocedor de las debilidades de sus semejantes.

—La última vez que le dejaron cesante nos vimos tan mal, tan mal, que no se podía esperar a que le colocaran. Yo trabajaba; mi mamá cayó enferma; mi padre entró de corrector de pruebas en una imprenta donde se hacía un periódico grande, muy grande... Trabajaba todas las noches junto a un quinqué de petróleo que le abrasaba la frente. Se tragaba mil discursos, artículos sueltos, decretos, y cuando llegaba la mañana —porque el trabajo duraba toda la noche—y volvía a casa, no descansaba, no, señor. ¿Qué creerá usted que hacía? Pues ponerse a escribir. Todos los días entraba con una mano de papel y la llenaba de cabo a cabo. ¿Qué creerá usted que escribía?

—Cartas al soberano, al Santo Padre, a los embajadores y ministros. Por ahí empiezan muchos.

—¡Quia! No, señor. Escribía decretos, leyes y reales órdenes. Aunque al salir de su cuarto cerraba siempre, yo hallé una noche medios de abrir, y vimos todo. Mi mamá y yo decíamos: «Quizá esté copiando para traernos algo de comer.» ¡Qué chasco nos llevamos! Todo se volvía: *Artículo primero,* tal cosa; *artículo segundo,* tal cosa. Y luego: *Quedo encargado de la ejecución del presente decreto.* Hacía preámbulos atestados de disparates. Conforme llenaba pliegos, los iba coleccionando con mucho cuidado, y a cada legajo le ponía un letrero diciendo: *Deuda Pública,* o *Clases Pasivas, Aduanas, Banco, Amillaramientos.* También ponía en ciertos paquetes rótulos que no entendíamos, porque eran ya locura manifiesta, y decían: *Ruinas,* o bien *Fanatismo, Barbarie, Urbanización de Envidiópolis, Vidrios rotos, Sobornos, Subvención Personal,* y así por este estilo. «¡Ay Dios mío!—dijimos mamá y yo—, ya no tenemos marido, ya no tenemos padre. Este hombre está loco.» Estuvimos llorando toda la noche.

—Todo sea por Dios—dijo, con emoción, el viejo, al ver que Isidora se interrumpía para llorar—. Pero ¿qué es eso, hija mía, comparado con lo que Cristo padeció por nosotros?

—Mi madre murió en aquellos días —prosiguió Isidora, casi completamente ahogada por el llanto—. Aquel día, ¡oh Dios mío, qué día!, mi padre hizo los disparates más atroces; no lloró, no se afectó nada. Cuando mi madre expiró en mis brazos, él dió dos o tres paseos por el cuarto, y, mirándome con unos ojos..., ¡Jesús, qué ojos!..., me dijo: «Se le harán los honores de tenienta generala muerta en campaña...» No puedo recordar estas cosas; me muero de pena. Fué preciso encerrarle aquí. Un pariente bastante acomodado que teníamos en el Tomelloso se condolió de mí y ofreció dar la pensión de segunda. Yo me fuí a la Mancha con él, y mi hermanito se quedó aquí con una tía de mi madre. Pasado algún tiempo, mi tío el canónigo se olvidó de pagar la pensión. Es el mejor de los hombres; pero tiene unas rarezas...

Desde la mitad de esta relación, ya tenía Isidora que beberse las lágrimas entre palabra y palabra. El bendito señor que la oía, enternecido de tanta desdicha, levantóse de su asiento y dió algunos pasos para vencer su emoción.

—Todo sea por Dios—dijo, liando, nerviosamente, otro cigarrillo—. Noble criatura, su juventud de usted ha sido muy triste; ha nacido usted en un páramo...

—Y todo cuanto he padecido ha sido injusto—añadió ella prontamente, sorbiendo también una regular porción de

aire, porque todo es contagioso en este mundo—. No sé si me explicaré bien; quiero decir que a mí no me correspondía compartir las penas y la miseria de Tomás Rufete, porque aunque le llamo mi padre, y a su mujer mi madre, es porque me criaron, y no porque yo sea verdaderamente su hija. Yo soy...

Se detuvo bruscamente, por temor de que su natural franco y expansivo la llevase, sin pensarlo, a una revelación indiscreta. Pero el escribiente, con esa rapacidad de pensamiento que distingue a los hombres perspicaces, se apoderó de la idea apenas indicada, y dijo así:

—Sí, entiendo, entiendo. Usted, por su nacimiento, pertenece a otra clase más elevada; sólo que circunstancias largas de referir la hicieron descender... ¡Cosas de Nuestro Padre que está en los cielos! El sabrá por qué lo hace. Acatemos sus misterios divinos, que, al fin y a la postre, siempre son para nuestro bien. Usted, señorita—añadió tras breve pausa, quitándose cortesanamente la gorra—, no ve, no puede ver en el infelicísimo Rufete más que un padre putativo, tal y como el Santo Patriarca San José lo era de Nuestro Señor Jesucristo.

¡De qué manera tan clara relampagueó el orgullo en el semblante de Isidora al oír aquellas palabras! Su rubor leve pasó pronto. Sus labios vacilaron entre la sonrisa de vanidad y la denegación impuesta por las conveniencias.

—Yo no quisiera hablar de eso—dijo, tomando un tonillo enfático de calma y dignidad, que no hacía buena concordancia con su ruso—. ¡Respeto tanto al que llamo mi padre, le quiero tanto, nos quiso él tanto a mí y a mi hermanito!... ¡Fuimos tan mimados cuando éramos niños!... Nos hacía el gusto en todo, y como entonces mandaba el partido y él tenía una buena colocación—porque estaba en Propiedades del Estado—, vivíamos muy bien. En aquella época Rufete puso nuestra casa con mucho lujo, con un lujo... ¡Dios de mi vida! Como él no tenía más idea que aparentar, aparentar, y ser persona notable...

—Hija mía—dijo el anciano con vivacidad—, una de las enfermedades del alma que más individuos trae a estas casas es la ambición, el afán de engrandecimiento, la envidia que los bajos tienen de los altos, y eso de querer subir atropellando a los que están arriba, no por la escalera del mérito y del trabajo, sino por la escala suelta de la intriga, o de la violencia, como si dijéramos, empujando, empujando...

No bien hizo el venerable sujeto esta sustanciosa observación, que indicaba tanto juicio como experiencia, marchó con acompasado y no muy lento andar hacia el rincón opuesto del despacho. Reflexionaba Isidora en aquellas sabias palabras, fijos los ojos en las rayas de la estera de cordoncillo; pero su pena y la situación en que estaba la reclamaron, y volvió a suspirar y a asombrarse de que el director tardase tanto. Cuando alzó los ojos, el anciano pasaba por delante de ella en dirección de la mesa; en seguida pasaba de nuevo en dirección del ángulo. Sin advertir que el buen señor estaba muy agitado, sin duda, por hacerse generosamente partícipe de las penas que había oído referir, Isidora se distraía un poco, pues por grande que sea una desdicha y por mucho que embargue y ahogue, hay momentos en que deja libre el espíritu para que dé un par de vueltas o paseos por el campo de la distracción, y se fortifique antes de volver al martirio. Un dilatado aburrimiento, un largo período de antesala, ayudan este fenómeno del alma.

Como en el despacho aquel reinaban el silencio y la calma; como en el pasar y repasar del anciano escribiente había algo de oscilación de péndulo; como, además, del propio interior de Isidora se derivaba una dulce somnolencia que aletargaba su dolor, la joven se entretuvo, pues, un ratito contemplando la habitación. ¡Qué bonito era el mapa de España, todo lleno de rayas divisorias y compartimientos, de columnas de números que subían creciendo, de renglones estadísticos que bajaban achicándose, de círculos y banderolas señalando pueblos, ciudades y villas! En la región azul que representaba el mar, multitud de barquitos precedidos de flechas marcaban las líneas de navegación, y por la gran viñeta de la cabecera menudeaban las locomotoras, los vapores, los faros, y, además, muelles llenos de fardos, chimeneas de fábricas, ruedas dentadas, globos geográficos, todo presidido por un melenudo y furioso león y una señora con las carnes bastante más descubiertas de lo que la honestidad exige... ¡Qué

silencio tan hondo y suave se aposentaba en la sosegada estancia, y cómo se sentía el ambiente puro del campo! Sólo cuando se abría la puerta entraba un eco lejano y horripilante de risas y gritos que no eran como los gritos y risas del mundo. ¡Y cuántos y cuán bonitos libros encerraba el armario de caoba, sobre el cual gallardeaba un busto de yeso! Aquel señor blanco sin niñas en los ojos, con los hombros desnudos como una dama escotada, debía de ser alguno de los muchos sabios que hubo en tiempos remotos, y en él, en el estante de los libros y en el mapa gráficoestadístico se cifraba toda la sabiduría de los siglos.

En este reconocimiento del lugar empleó Isidora menos de un minuto. De pronto se fijó en el anciano, que seguía pasando por delante de ella con rapidez creciente, y se asombró de ver la agitación de sus manos, el temblor de sus labios y la vivacidad de sus ojos, apariencias muy distintas de aquella su anterior facha bondadosa y simpática. Parándose ante Isidora, exclamó, con palabra torpe y muy conmovida:

—Señora, nunca hubiera creído esto en una persona como usted.

—¡Yo!—murmuró Isidora, llena de espanto.

—¡Sí!—dijo el otro, alzando la voz—. Usted me está insultando, usted me está insultando.

El disparatado juicio, la voz alterada del viejo, su agitación creciente, fueron un rayo de luz para Isidora. Se levantó, buscando la puerta; corrió hacia ella despavorida. El terror le daba alas. Entre tanto, el anciano gritaba:

—Insultándome, sí, sin respeto a mis canas, a mis sufrimientos de padre... ¡Oh Señor! Perdónala, perdónala, Señor, porque no sabe lo que se dice.

Isidora salió al pasillo cuando llegaba el director, que al instante comprendió la causa de su miedo. Sonriendo, la tomó de la mano para obligarla a entrar.

—El pobre Canencia...—dijo—. Cosa rara... Hace tanto tiempo que está tranquilo... Pero es un ángel, es incapaz de hacer el menor daño.

Ambos le miraron. El semblante del anciano no expresaba ira, sino emoción, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—También usted me insulta, señor director—dijo, oprimiéndose el pecho, y con la entonación y los ademanes de un cómico mediano—: No puedo más, no puedo más... ¡Adiós, adiós, ingratos!

Y salió escapado.

—Eso le pasa pronto—indicó el director a Isidora, que aún no había vuelto de su espanto—, Es un bendito; hace treinta y dos años que está en la casa, y pasa largas temporadas, a veces dos y tres años, sin la más ligera perturbación. Sus accesos no son más que lo que usted ha visto. Principia por decir que tiene dos máquinas eléctricas en la cabeza, y luego sale con que le insulto. Echa a correr, da unos cuantos paseos por la huerta, y al cabo de un rato está ya sereno. Trabaja bien, me ayuda mucho, y, como usted habrá visto si le ha oído, es de encargo para dar consejos. Parece un santo y un filósofo. Yo le quiero al pobre Canencia. Vino por cuestiones y pleitos con sus hijos... Historia larga y triste que no es de este lugar. Vamos a la de usted, que tampoco es alegre, y hoy menos que nunca.

El director dió un gran suspiro, expresión oficial de sus sentimientos compasivos, e Isidora quedóse fría, aguardando terribles noticias. ¡Cómo miraba al buen señor deletreando en su cara, y qué bien le decía ésta que no esperara nada bueno!

—Yo quisiera verle...—balbució Isidora.

—Eso es imposible. ¡Verle!, ¿y para qué?... Mal, muy mal está el pobre Rufete—afirmó el director, moviendo la cabeza—. Llénese usted de paciencia, porque, verdaderamente, si esta enfermedad es incurable, si no cesa de atormentarse el que la padece, mejor es que se vaya a descansar... Yo, lo digo con franqueza, si tuviera alguna persona de mi familia en ese estado, desearía...

Trabajo le costó a Isidora admitir la funesta verdad que se le quería anunciar con caritativas precauciones, y tragando saliva para deshacer aquel nudo que en su garganta se formaba, habló con medias palabras de esta manera:

—Quién sabe... Todavía... Pero yo quiero verle.

—Vamos, que no... Ya...

El buen señor estaba impaciente. Tenía que hacer.

—Siéntese usted...—murmuró, acercando un sillón—. ¿Quiere usted que le traiga un vaso de agua?

Isidora no decía nada. Sus ojos, aterrados, se clavaron en el busto de yeso. Lo examinó bien y estúpidamente, viéndolo con claridad, por esa atracción rara que en el momento de recibir una noticia grave ejerce sobre los sentidos un objeto material cualquiera, que luego queda por algún tiempo asociado a la noticia misma...

IV

Al mismo tiempo que Isidora contaba sus desdichas al inocentísimo Canencia, ocurría no lejos de allí un hecho que, con ser muy triste, no afectaba grandemente a los que lo presenciaban. Eran éstos el director facultativo, el administrativo, un practicante, alumno de Medicina, el capellán y un enfermero. El moribundo, pues de morirse un hombre se trata, era Rufete. La crisis era violenta y calmosa, de desarrollo fácil y término decidido. El enfermo apenas tenía movimiento y vida más que en la cabeza; no padecía nada; se iba por rápida y llana pendiente, sin choque, sin batalla, sin convulsiones, sin defensa.

—Muere bien—dijo en voz baja el médico.

El paciente dió un gran suspiro, abrió los ojos, miró a todos uno por uno, y no con furia, no con espasmos de insensato, ni iracundas recriminaciones, sino con apagada voz, con sentimiento tranquilo, que más que nada era profundísima lástima de sí mismo, pronunció estas palabras:

—Caballeros, ¿es cierto lo que me figuro?... ¿Es cierto que estoy en Leganés?

El médico le quiso consolar con palabras campechanas.

—Hombre, no sea usted tonto...; si está usted en su casa... Vamos, que se va usted a poner bueno.

El enfermo movió tristemente la cabeza. Permaneció largo rato mudo. Después tomó la mano del cura, la besó... Quiso hablar, no pudo, se le vió luchar con la palabra. Al fin, tras un desesperado esfuerzo de voluntad, pudo decir a media voz:

—Mis hijos..., la marquesa...

Y calló para siempre. Médico y aprendiz observaron con la atención y la frialdad de la ciencia aquel caso de tránsito, y después se fueron a extender el parte. Acercóse a ellos el director, manifestándoles con más lástima que alarma la presencia en la casa de una hija del muerto. El aprendiz de médico declaró al punto conocerla, y alegrándose de que allí estuviera, quiso participar de las dificultades de darle la noticia y del compromiso de consolarla y darle algún socorro si lo había menester.

Fué el director a su despacho en busca de Isidora, y allí pasó lo que referido queda. Ya la desgraciada joven del ruso empezaba a comprender la certeza de su desdicha, cuando entró en el despacho un mozo como de veinticuatro años, el cual, llegándose a ella con muestras de confianza, le dijo:

—¿Conque usted por aquí, Isidora?... ¡Y en qué momento tan triste!... Pero ¿no me conoce usted? ¿Tan desmemoriados estamos, Isidora? ¿No se acuerda usted de don Pedro Miquis, el del Toboso, que iba muchas veces al Tomelloso a buscar a su tío de usted, el señor canónigo, para salir juntos de casa? Pues yo soy hijo de don Pedro Miquis. ¿No se acuerda usted tampoco de mi hermano Alejandro? ¿No se acuerda de que algunas veces, por vacaciones, íbamos acompañando a mi padre?... Pues hace cinco años que estoy aquí estudiando Medicina. ¿Y cómo está su señor tío? ¿Hace mucho que ha dejado usted aquel célebre Tomelloso?...

Isidora le miraba por una rasgadura hecha en la nube negra de su pena; le miraba y le reconocía. Sí, su memoria se iba iluminando ante aquella fisonomía que con ninguna otra podía confundirse. Aquel semblante pálido y moreno, tan moreno y tan pálido que parecía una gran aceituna; aquella brevedad de la nariz, contrastando con el grandor agraciado de la boca, cuyos dientes blanquísimos estaban siempre de manifiesto; aquella ceja ancha, tan negra y espesa que parecía cinta de terciopelo, y aquellos ojos garzos, donde anidaban traidoras todas las malicias y toda la ironía del mundo; aquella fealdad graciosa, aquella desenvoltura de maneras, aquel abandono en el vestir, y, por último, la desenfadada manera de insinuarse, pregonaban, sin dejar lugar a dudas, a Agustito Miquis, el hijo de don Pedro Miquis, el del Tomelloso. De golpe entraron a la mente de Isidora

ideas mil y recuerdos de una época en que la infancia se confundía con la adolescencia, época de tonterías, de miedos, de inocentes confianzas y de lances cuya memoria no siempre es agradable. No acertó a contestar sino con medias palabras. Miquis se hizo cargo de la situación, y poniéndose todo lo serio que podía, cosa en él de grandísima dificultad, dijo en tono grotescamente compungido:

—Lo primero es que usted salga de esta casa... ¡Ay, qué casa!... Nada hay que hacer aquí. Si va usted a Madrid, tendré mucho gusto en acompañarla.

Isidora manifestó deseos de marcharse pronto. Quiso dejar el dinero que había traído para pagar los atrasos de la pensión de Rufete, pero el director no lo consintió. En cuanto a las ropas, tanto instó al bondadoso señor para que las admitiera, que éste hubo de dejarlas, dando las gracias en nombre de los demás enfermos pobres que tanto las necesitaban.

Salieron Isidora y Augusto de la morada de la sinrazón y se alejaron silenciosos del tristísimo pueblo, en el cual casi todas las casas albergan dementes. Isidora no hablaba, y el charlatán Miquis, respetando su dolor, tan sólo indicó esto:

—En Carabanchel hallaremos coches. Dicen que van a poner un tranvía.

Al llegar al arroyo de Butarque, Miquis creyó oportuno distraer a su compañera de viaje, porque, realmente, ¿a qué conducía aquel llorar continuo, si nada podía remediarse? Era preciso hacer frente al dolor, fiero enemigo que se ceba en los débiles; convenía sobreponerse, pues..., hacerse cargo de que... Tras estos emolientes, que hicieron, como siempre, un efecto completamente nulo, Miquis habló de la belleza del primaveral día—que era uno de los hermosos de abril—, del barranco de Butarque, a quien dió el nombre de oasis, y, finalmente, invitó a Isidora a descansar a la sombra de un espeso y verde olmo, porque picaba el sol y la jornada iba a ser un poco larga.

Sentados uno junto a otro, callaron largo rato: él contemplativo, dolorida ella. Miquis canturriaba entre dientes. Isidora cuidaba de ocultar sus pies para que Miquis no viera lo mal calzados que estaban.

—Isidora...

—¿Qué?

—No me acuerdo bien de una cosa. Ayude usted mi memoria. ¿Es cierto o no que en el Tomelloso nos tuteábamos?

CAPITULO II

LA «SANGUIJUELERA»

En el domicilio de su pariente y padrino, don José de Relimpio—de quien se hablará cuando sea menester—, pasó Isidora la noche de aquel día de abril, esperando con impaciencia el amanecer del siguiente para visitar a su tía Encarnación y a su hermanito, que habitaban en uno de los barrios más excéntricos de Madrid. La que llamaremos todavía, por respeto a la rutina, hija de Rufete, tenía la costumbre de representarse en su imaginación, de una manera muy viva, los acontecimientos antes que fueran efectivos. Si esperaba para determinada hora un suceso cualquiera que la interesase, visita, entrevista, escena, diversión, desde mediodía o medianoche antes el suceso tomaba en su mente formas de extraordinario relieve y color, desarrollándose con sus cuadros, lugares, perspectivas, personas, figuras, actitudes y lenguaje. Así mucho antes del alba, Isidora, despierta y nerviosa, imaginaba estar en la casa de su tía y de su hermano; los veía como si los tuviera delante; hablaba con ellos preguntando y respondiendo, ya con seriedad, ya con risas, y oía las inflexiones de la voz de cada uno.

Las ocho serían cuando salió para hacer verdadero lo imaginado; pero como tenía que ir desde la calle de Hernán Cortés a la de Moratines, en el barrio de las Peñuelas, deteniéndose y preguntando por no conocer muy bien a Madrid, ya habían dado las diez cuando entró por el conocido y gitanesco paseo de Embajadores. No le fué difícil desde allí dar con la morada de su tía. A mano derecha hay una vía que empieza en calle y acaba en horrible desmonte, zanja, albañal o vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana. Antes de entrar por esta vía, Isidora hizo rápido examen del lugar en que se encontraba, y que no era muy de su gusto. Tenía, juntamente con el don de imaginar fuerte, la propiedad de extre-

mar sus impresiones, recargándolas a veces hasta lo sumo, y así, lo que sus sentidos declaraban grande, su mente lo trocaba al punto en colosal; lo pequeño se le hacía minúsculo, y lo feo o bonito, enormemente horroroso, o divino sobre toda ponderación.

Al ver, pues, las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimientos; al oír el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados y el susurro de los transeúntes, que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de limpieza para que no corrompiera el centro.

Y siguiendo en su manía de recargar las cosas, como viera correr por la callezanja aguas nada claras, que eran los residuos de varias industrias tintóreas, al punto le pareció que por allí abajo se despeñaban arroyuelos de sangre, vinagre y betún, junto con un licor verde que sin duda iba a formar ríos de veneno. Alzóse con cuidadosa mano las faldas y avanzó venciendo su repugnancia. No tuvo que andar mucho para encontrar la puerta que buscaba. Sí, allí era. Bien reconocía la muestra que años atrás estaba en la calle de la Torrecilla, y que decía clarito, con azules caracteres, *Cacharrería*. Reconoció también una amistad vieja en la otra tablita blanquecina, donde, jeroglíficamente, se anunciaba un importante comercio. ¡Cómo recordaba Isidora haber visto en su niñez la redoma pintada, en cuyo círculo aparecían nadando unas culebrillas, o curvas negras de todas formas, que servían de insignia industrial a Encarnación Guillén, conocida en distintos barrios con el nombre de la *Sanguijuelera!*

La puerta tenía una trampilla en la parte baja, la cual parecía servir de mostrador, de resguardo contra los perros y los chicos, y hasta de balcón en caso de que por allí, cosa no imposible, pasasen procesiones cívicas o religiosas. Isidora se había figurado que su tía—o más bien, tía de su supuesta madre—estaría en la puerta; pero esto, como otras muchas cosas de las que imaginaba, no resultó cierto. Asomóse a la tienda, y de un golpe de vista abarcó la menguada granjería, sacando consecuencias poco lisonjeras del estado pecuniario de Encarnación Guillén. ¡Cómo había descendido la infeliz de grado en grado, desde su gran comercio de loza y sanguijuelas de la antigua calle del Cofre, en tiempos desconocidos para Isidora, hasta aquel miserable ajuar de cacharros ordinarios! Y los anélidos que componían su escudo, ¿dónde estaban? ¡Oh!, no podían faltar; allí se los veía en enormes botellas, con la viscosa trompa o ventosa pegada al cristal, enroscados, aburridos, quietos, como si acecharan una víctima y esperasen a que entrara por la puerta. Isidora admiró después el orden y aseo con que todo estaba puesto y arreglado en tienda de tan poco fuste.

Los pucheros de Alcorcón, los jarros de Talavera y Andújar, los botijos y la cristalería de Cadalso, las escobas, las cajas de arena y tierra de limpiar metales, revelaban una mano tan hacendosa como inteligente. Ni faltaba un poco de arte en aquellos cuatro trebejos colocados sobre cuatro no muy iguales tablas. Pero lo que mejor declaraba la limpieza de Encarnación era un estantillo que a mano izquierda de la puerta estaba, y que contenía diversidad de artículos, compañeros infalibles del ramo de cacharrería. En un hueco había flor de malva; en otro cercano, violetas secas: más allá, greda para limpiar, adormideras, cerillas de cartón. Seguía el pimentón molido, que sirve para pintar la comida del pueblo, y luego los cañamones de que se sustentan los pajarillos presos. El espliego se daba la mano con los estropajos, y no faltaban algunas resmas de papel picado con que las cocineras adornan los vasares. Entre tanta chuchería, Isidora encontró otro antiguo conocido, otra amistad de su infancia. Era un cartel que decía:

Ojo al Cristo.
Aquí murió el fiar
y el prestar también murió,
y fué porque le ayudó
a morir el mal pagar.

Isidora sabía de memoria esta composición epigramática de su tía, que terminaba así:

Si fío,
aventuro lo que es mío.
Y si presto,
al pagar ponen mal gesto.
Pues para librarme de esto,
ni doy, ni fío, ni presto.

Estas observaciones y recuerdos duraron segundos nada más. Isidora gritó:

—¡Tía, tía!

Apareció entonces la *Sanguijuelera*, y tía y sobrina se abrazaron y besaron. La joven callaba llorando; la anciana empezó a charlar desde el primer momento, porque no había situación en que pudiese guardar silencio, y antes se la viera muerta que muda.

—¡Oh quimerilla!..., ya estás aquí... Pues mira: te esperaba hoy. Anoche supe que cerró el ojo Tomás... No te aflijas, paloma. Más vale así... ¿Qué vas a sacar de esos sentimientos? Siéntate... Espera que quite estos botijos... Si Tomás ya no vivía, ¡el pobre! Bien lo dije yo hace cinco mil domingos: «Este acabará en Leganés.» Nunca tuvo la cabeza buena, hija, y con sus locuras despachó a tu madre, aquella santa, aquella pasta de ángel, aquel coral de las mujeres... ¡Pobre Francisca, niña mía!

—¿Y Mariano?—dijo Isidora, que extrañaba no ver allí a su hermano.

—Está en el trabajo... Le he puesto a trabajar. ¡Hija, si me comía un calcañar!... Es más malo que Anás y Caifás juntos. No puedo hacer carrera de él. ¡Vaya, que ha salido una pieza *colunaria!*... Yo le llamo *Pecado*, porque parece que vino al mundo por obra y gracia del demonio. Me tiene asada el alma. ¿Sabes dónde está? Pues le puse en la fábrica de sogas de ese que llaman *Diente*, ¿estás?, y me trae dieciocho reales todas las semanas...

—¿Y no va a la escuela?—preguntó Isidora, expresando no poco disgusto.

—¡Escuela! Que si quieres... ¿Y quién le sujeta a la escuela? Bueno es el niño. Ahí le puse en esa de los *Herejes*, donde dicen la misa por la tarde y el rosario por la mañana. Daban un panecillo a cada muchacho, y esto ayuda. Pero aguárdate; un día sí y otro no, me hacía novillos el tunante. Después le puse en los *Católicos* de ahí abajo, y se me escapaba a las pedreas... Es un purgatorio saltando. Nada, nada, a trabajar. ¡Qué puñales!..., no están los tiempos para mimos. Estoy muy mal de acá, hija. Ya ves este escenario. ¿Te acuerdas de mi establecimiento de la calle de la Torrecilla? ¡Aquéllos sí que eran tiempos majos! Pero tu divina familia me arrumbó; tu papaito, que de Dios goce, ¡tres puñales!, me trajo a esta miseria. ¡Ya ves qué polla estoy!; sesenta y ocho años, chiquilla, sesenta y ocho miércoles de Ceniza a la espalda. Toda la vida trabajando como el obispo y sin salir nunca de cristos a porras. Hoy ganado y mañana perdido. Todo se hace sal y agua. Eso sí, siempre tiesa como un ajo, y todavía, aquí donde me ves, le acabo de dar una patada a la muerte, porque el año pasado tuve una ronquera, pero una ronquera... Pues nada, Dios y la flor de malva me aclararon el modo de hablar, y aquí me tienes. Soy la misma *Sanguijuelera*, más saludable que el tomillo, más fuerte que la puerta de Alcalá, siempre ligera para todo, siempre limpia como los chorros del oro, más fiera que el león del Retiro, si se ofrece; resignada con la mala suerte, sin deber nada a nadie, y más charlatana que todos los cómicos de Madrid.

Era Encarnación Guillén la vieja más acartonada, más tiesa, más ágil y dispuesta que se pudiera imaginar. Por un fenómeno común en las personas de buena sangre y portentosa salud, conservaba casi toda su dentadura, que no cesaba de mostrarse, entre sus labios secos y delgados, durante aquel charlar continuo y sin fatiga. Su nariz pequeña, redonda, arrugada y dura como una nuececita, no paraba un instante: tanto la movían los músculos de su cara pergaminosa, charolada por el fregoteo de agua fría que se daba todas las mañanas. Sus ojos, que habían sido grandes y hermosos, conservaban todavía un chispazo azul, como el fuego fatuo bailando sobre el osario. Su frente, surcada de finísimas rayas curvas que se estiraban o se contraían conforme iban saliendo las frases de la boca, se guarnecía de guedejas blancas. Con estos reducidos materiales se entretejía el más gracioso peinado de esterilla que llevaron momias en el mundo, recogido a tirones y rematado en una especie de

ovillo, a quien no se podría dar con propiedad el nombre de moño. Dos palillos mal forrados en un pellejo sobrante eran los brazos, que no cesaban de moverse, amenazando tocar un redoble sobre la cara del oyente, y dos manos de esqueleto, con las falanges tan ágiles que parecían sueltas, no paraban en su fantástico girar alrededor de la frase, cual comentario gráfico de sus desordenados pensamientos. Vestía una falda de diversos pedazos bien cosidos y mejor remendados, mostrando un talle recto, liso, cual madero bifurcado en dos piernas. Tenía actitudes de gastador y paso de cartero.

Era mujer de buena índole, aunque de genio tan turbulento y díscolo, que nadie que junto a ella estuviese podía vivir en paz. No había tenido hijos ni había sido casada. Crió a una sobrina, a quien quiso a su manera, que era un amor entreverado de pescozones y exigencias. La tal sobrina casó con Rufete, resultando de esta unión una desgraciada familia y el violentísimo odio que la *Sanguijuelera* profesaba a todos los Rufetes nacidos y por nacer. Aquel matrimonio de una mujer bondadosa y apocada con un hombre que tenía la más destornillada cabeza del orbe, consumió diferentes veces las economías y la paciencia de Encarnación, que era trabajadora y comerciante, y tenía sus buenas libretas del Monte de Piedad. «Todo se lo comió ese descosido de Rufete—decía—, ese holgazán con cabeza de viento. Mi comercio de la calle del Pez se hizo agua una noche para sacarle de la cárcel, cuando aquel feo negocio de los billetes de lotería. La cacharrería de la calle de la Torrecilla se resquebrajó después, y pieza por pieza se la fueron tragando el médico y el boticario, cuando cayó Francisca en la cama con la enfermedad que se la llevó. He ido mermando, mermando, y aquí me tienen, ¡qué puñales!, en este confesonario, donde no me puedo revolver. Quien se vió en aquellos locales, con aquellas anaquelerías y aquel mostrador, donde había un cajón de dinero que sonaba a cosa rica..., verse ahora en este nido de urracas, con cuatro trastos, poca parroquia y en un barrio donde se repican las campanas cuando se ve una peseta..., ¡qué puñ...!»

Francisca murió; Rufete fué encerrado en Leganés. De los dos hijos, Encarnación recogió al pequeñuelo e Isidora partió al Tomelloso a vivir al amparo de su tío el canónigo. De lo demás, algo sabe el lector, y el resto, que es mucho y bueno, irá saliendo.

—¿Sabes que estás muy cesanta?—dijo la *Sanguijuelera*, observando el vestido y las botas de Isidora, cosas que en verdad dejaban mucho que desear.

Isidora contestó con tristeza que su tío el canónigo no era hombre de muchas liberalidades. Después la *Sanguijuelera* observó con malicia el rostro y talle de la joven, diciéndole:

—Pero estás guapa. Pues no lo parecías... Cuando niña tenías un empaque... Me acuerdo de verte en aquella casa..., ¡qué casa!... Era la jaula del león..., pues andabas por allí en pernetas con un mal faldellín. Parecías el cristo de las enagüillas. ¡Qué flaqueza!, ¡qué color! Yo decía que te habían destetado con vinagre y que te daban tu ración en moscas... Vaya, vaya, en la Mancha has engordado... ¡Qué duras carnes!—añadió, pellizcándola en diferentes partes de su cuerpo—. Y en la cara tienes ángel. De ojos no andamos mal. ¡Qué bonitos dientes tienes! Veremos si te duran como los míos. Mírate en este espejo.

Y le enseñó su doble fila de dientes, muy bien conservados para su edad. Isidora se aburría un poco. Mirando con tristeza a la calle, preguntó:

—¿En dónde está trabajando Mariano? Yo quiero verle.

—Si la vecina no tiene que hacer y quiere guardarme la tienda, iremos allá. No es a la vuelta de la esquina; pero yo ando más que un molino de viento... ¡Señá Agustina!...

Gritó desde la puerta; pero como no respondiera al llamamiento su vecina, salió impaciente. No tardó cinco minutos en volver acompañada de una mujer joven y flacucha, insignificante, lacrimosa, horriblemente vestida, pero peinada con increíble esmero. Aquella gente tiene su lujo, su aseo y su elegancia de cejas arriba, y aunque se cubra de miserables trapos, no pueden faltar el moñazo empapado en grasa y bandolina, ni los rizos abiertos y planchados sobre la frente, como una guirnalda de negras plumas pegada con goma. Arrastraba aquella mujer una astrosa bata de lana roja con cuadros negros, que

parecía haber servido de alfombra en un salón de baile de Capellanes.

—Guárdeme la tienda un ratito—le dijo la *Sanguijuelera*—, que voy con mi sobrina a un recado... ¿No conocía usted a mi sobrina? ¿Ve usted qué moza?... Isidora, esta señora es una amiga..., pared por medio. Se llama la señora *A ti suspiramos*, porque no resuella como no sea para lamentarse. Verdad es que ella está enferma, su marido es borracho, su padre, ciego, y la casa, ¡qué puñales!, no está empedrada con pesetas...

Agustina dió un conmovedor suspiro seguido de dos expectoraciones. Con esto anunciaba un relato sentidísimo de sus desgracias. Pero la *Sanguijuelera*, cortándole la palabra, se echó un mantón sobre los hombros y salió con su sobrina, tomando el camino de la calle de las Amazonas, adonde llegaron pronto.

CAPITULO III

«PECADO»

—Ese tunante de *Pecadillo*—dijo la *Sanguijuelera*, metiéndose por un portal oscuro—no sospecha que viene a verle su hermana. No te conocerá. Era un cachorro cuando te fuiste. Pero qué..., ¿no ves? Agárrate a mí, que yo veo en lo negro como las lechuzas.

Atravesaron un antro. Encarnación empujó una puerta. Halláronse en extraño local, de techo tan bajo, que sin dificultad cualquier persona de mediana estatura lo tocaba con la mano. Por la izquierda recibía la luz de un patio estrecho, elevadísimo, formado de corredores sobrepuestos, de los cuales descendía un rumor de colmena, indicando la existencia de pequeñas viviendas numeradas, o sea, de casa celular para pobres. La escasa claridad que de aquella abertura, más que patio, venía, llegaba tan debilitada al local bajo, que era necesario acostumbrar la vista para distinguir los objetos, y aun después de ver bien, no se podía abarcar todo el recinto, sino la zona más cercana a la puerta, porque lo demás se perdía en ignoradas capacidades de sombra. Era como un gran túnel, del cual no se distinguía sino la parte escasamente iluminada por la boca. El fondo se perdía en la indeterminada cavidad fría de un callejón tenebroso. En la parte clara de tan extraño local había grandes fardos de cáñamo en rama, rollos de sogas blancas y flamantes, trabajo por hacer y trabajo rematado, residuos, fragmentos, recortes mal torcidos, y en el suelo y en todos los bultos, una pelusa áspera, filamentos mil que después de flotar por el aire como espectros de insectos o almas de mariposas muertas, iban a posarse aquí y allá, sobre la ropa, el cabello y la nariz de las personas.

En el eje de aquel túnel que empezaba en luz y se perdía en tinieblas, había una soga tirante, blanca, limpia. Era el trabajo del día y del momento. El cáñamo se retorcía con áspero gemir, enroscándose lentamente sobre sí mismo. Los hilos montaban unos sobre otros, quejándose de la torsión violenta, y en toda su magnitud rectilínea había un estremecimiento de cosa dolorida y martirizada que irritaba los nervios del espectador, cual si también, al través de las carnes, los conductores de la sensibilidad estuviesen sometidos a una torsión semejante. Isidora lo sentía de esta manera, porque era muy nerviosa, y solía ver en las formas y movimientos objetivos acciones y estremecimientos de su propia persona.

Miraba sin comprender de dónde recibía su horrible retorcedura la soga trabajada. Allá en el fondo de aquella cisterna horizontal debía de estar la fuerza impulsora, alma del taller. Isidora puso atención, y, en efecto, del fondo invisible venía un rumor hondo y persistente, como el zumbar de las alas de colosal moscardón, zumbido semejante al de nuestros propios oídos, si tuviéramos por cerebro una gran bóveda metálica.

—Es la rueda—dijo la *Sanguijuelera*, adivinando la curiosidad de su sobrina y queriendo iniciarla en los misterios de aquella considerable industria.

—¡La rueda! Y Mariano, ¿dónde está?

Miraba a todos lados y no veía ser vivo. Pero de pronto apareció un hombre que salía de la oscuridad, andando hacia atrás muy lentamente y con paso tan igual y uniforme como el de una máquina. En su cintura se enrollaba una gran madeja de cáñamo, de la cual, pasando por su mano derecha y manipulada por la izquierda, salía una hebra

que se convertía instantáneamente en tomiza, retorcida por el invisible mecanismo. Aquel hombre del paso atrás, ovillo animado y huso con pies, era el principal obrero de la fábrica, y estaba armando los hilos para hacer otra soga.

—¿No está don Juan?—le preguntó la *Sanguijuelera,* extrañando no ver allí al dueño del establecimiento.

El huso vivo movió bruscamente la cabeza para decir que no, sin dignarse expresarlo de otro modo.

—Pero ¿dónde está mi hermano?—preguntó Isidora con angustia.

La anciana señaló a lo oscuro, diciendo con aterrador laconismo:

—En la rueda.

Isidora echó a andar hacia adentro, dando la mano a su tía. A causa de los accidentes del piso y de la oscuridad, necesitaban apoyarse mutuamente. Anduvieron largo trecho tropezando. ¡Oh! La soga era larga, la caverna parecía interminable. En lo oscuro, aún se veía la cuerda blanca gimiendo, sola, tiesa, vibrante. Cuando las dos mujeres anduvieron un poco más, dejaron de ver la soga; pero oyeron más fuerte el zumbar de la rueda acompañado de ligeros chirridos. Se adivinaba el roce del eje sobre los cojinetes mal engrasados y el estremecimiento de las transmisiones, de donde obtenían su girar las roldanas, en las cuales estaban atadas las sogas. Pero nada se podía ver.

—¡Mariano, hermanito!—exclamó Isidora, que creía sentir su garganta apretada por uno de aquellos horribles dogales—. ¿En dónde estás? ¿Eres tú el que mueve esa rueda? ¿No estás cansado?

No se oyó contestación. Pero el artefacto amenguaba la rapidez de su marcha. Las roldanas, las transmisiones, la rueda, se emperezaban como quien escucha.

—*Pecado,* ¿qué tal te va?—gritó con bufonesco estilo la *Sanguijuelera.*

Y añadió, volviéndose a su sobrina:

—Es un holgazán. Así criará callos en las manos, y sabrá lo que es trabajar y lo que cuesta el pedazo de pan que se lleva a la boca... ¿Qué crees tú? Es buen oficio... No podía hacer carrera de este gandul. Todo el día jugando en el arroyo y en la praderilla. Al menos, que me gane para zapatos. Tiene más malicias que un Iscariote.

Desde el comienzo de este panegírico, redoblóse bruscamente la marcha del mecanismo, y acreció el ruido hasta ser tal, que parecían multiplicarse las transmisiones, las roldanas y los ejes.

—¡Mariano!—gritó Isidora, extendiendo los brazos en la oscuridad—. ¡Para, para un momento y ven acá! Quiero abrazarte. Soy tu hermana, soy Isidora. ¿No me conoces ya?

El ruido volvió a ceder, y la maquinaria tomaba una lentitud amorosa.

—No puede pararse el trabajo—dijo Encarnación.

Pero como realmente se detenía, oyóse un grito del huso viviente que dijo:

—¡Aire! ¡Aire a la rueda!

Y, en efecto, la rueda volvió a tomar su aire primero, su paso natural. Las dos mujeres callaron, consternada y atónita la joven, aburrida la vieja. Como había pasado algún tiempo desde su llegada al término de la caverna, los ojos de entrambas comenzaron a distinguir confusamente la silueta del gran disco de madera, que trazaba figura semejante a las extrañas aberraciones ópticas de la retina cuando cerramos los ojos deslumbrados por una luz muy viva.

—¿Ves aquellas dos centellitas que brillan junto a la rueda?... Son los ojos de *Pecado...*

Isidora vió, en efecto, dos pequeñas ascuas. Su hermano la miraba.

—Pronto serán las doce—indicó la anciana—. Esperemos a que levanten el trabajo y nos iremos los tres a comer.

La hora del descanso no se hizo esperar. Soltó el obrero el cáñamo, paróse la rueda, y el que la movía salió lentamente del fondo negro, plegando los ojos a medida que avanzaba hacia la luz. Era un muchacho hermoso y robusto, como de trece años. Isidora le abrazó y le besó tiernamente, admirándose del desarrollo y esbeltez de su cuerpo, de la fuerza de sus brazos, y afligiéndose mucho al notar su cansancio, el sudor de su rostro encendido, la aspereza de sus manos, la fatiga de su respiración.

—Es un gañán—dijo Encarnación, examinándole la ropa con tanta severidad como un juez que interroga al criminal ante el cuerpo del delito...—. Ya me ha roto los calzones... Ya verás, Holofernes, ya verás.

Turbado por la presencia y los cariños de su hermana, a quien no conocía,

Mariano no desplegaba sus labios. La miraba con atención semejante a la estupidez. Por último, dijo así con aspereza, remedando el hablar francote y brutal de la gente del bronce:

—Chicáaaa..., no me beses más, que no soy santo.

—A casa—dijo la *Sanguijuelera,* saltando sobre el cáñamo.

Aquel día añadió Encarnación a su olla algo extraordinario. Comieron en la trastienda, que más bien era pasillo por donde la tienda se comunicaba con un patio. Durante el festín, que tuvo su añadidura de pimientos y su contera de pasas, no habría sido fácil explicar cómo con una sola boca podía la *Sanguijuelera* engullir medianamente y hablar más que catorce diputados. Isidora, triste, cejijunta, ni hablaba ni hacía más que probar la comida. Observaba a ratos con gozo la voracidad de su hermano.

—Ya ves qué lindo buitre me ha puesto Dios en casa—decía Encarnación—. Es capaz de comerme el modo de andar, si le dejo. El come y yo soy quien se harta; sí, me harto de trabajar para su señoría. Pero oye, león, ¿dirás algún día: «Ya no quiero más»?

Pecado devoraba con el apetito insaciable de una bestia atada al pesebre, después de un día de atroz trabajo.

—Y tú, linda mocosa, ¿no comes? —añadió la vieja—. ¿O es que te has vuelto tan pava y tan persona decente que no te gustan estos guisos ordinarios? Vamos, que para otro día te pondré alas de ángel... Se conoce que allá en el Tomelloso se estila mucha finura.

Isidora no contestó. Parecía que estaba atormentada de una idea. Cuando se acabó la comida y se marchó *Pecado* para jugar un poco antes de volver al trabajo, Isidora, sin dejar su asiento y mirando a su tía, que a toda prisa levantaba manteles, le dijo:

—Tía Encarnación, tengo que hablar con usted una cosa.

—Aunque sean cuatro.

Como quien se quita una máscara, Isidora dejó su aspecto de sumisa mansedumbre, y en tono resuelto pronunció estas palabras:

—No quiero que mi hermano trabaje más en ese taller de maromas; no quiero y no quiero.

—Le señalarás una renta—replicó la anciana con ironía—. ¡Le pondrás coche! Y para mis pobres huesos, ¿no habrá un par de almohadones?

—No estoy de humor de bromas. Mi hermano y yo somos personas decentes...

—Ya lo creo...

—Pues claro.

—Pues turbio.

—Somos personas decentes.

—Y príncipes de Asturias.

—Aquel trabajo es para mulos, no para criaturas. Yo quiero que mi hermano vaya a la escuela.

—Y al colegio.

—Eso es, al colegio—replicó Isidora, marcando sus afirmaciones con el puño sobre la endeble mesa—. Yo lo quiero así..., y nada más.

¡Qué fierecilla! ¡Cómo hinchaba las ventanillas de su nariz, y qué fuertemente respiraba, y qué enérgica expresión de voluntad tomó su fisonomía! Todo esto lo pudo observar la *Sanguijuelera* sin dejar su ocupación. Amoscándose un poco, le dijo:

—¿Sabes que estás cargante, sobrina, con tus colegios y tus charoles? A ver, echa aquí lo que tengas en el bolsillo. ¿Crees que la gente se mantiene con cañamones? ¿Crees que hay colegios de a ochavo, como los buñuelos? ¡Qué puño!... Dame guita y verás.

—Tengo para no pordiosear.

—¿Te ha dado el canónigo?

—Lo bastante para poner a Mariano en una escuela y para vestirme con decencia.

—¡Ah!, canóniga..., tú pitarás... Hablemos claro.

Y se sentó, haciendo silla de una tinaja rota. Puesto el codo en la mesilla y el hueso de la barba en la palma de la mano flaca, aguardó las explicaciones de su sobrina.

—Tía...—murmuró ésta, sintiendo mucha dificultad para iniciar la cosa grave que iba a decir—, usted sabe que yo y Mariano... Pero ¿usted no lo sabe?

—No sé sino que sois un par de perchas que ya, ya. Nada habría perdido el mundo con que os hubierais quedado por allá..., en el Limbo. Venís de Tomás Rufete, y ya sé que de mala cepa no puede venir buen sarmiento.

—A eso voy, tía, a eso voy. Precisamente... Usted lo debe saber, como yo... Precisamente, ni yo ni mi hermano venimos de Tomás Rufete.

—Justo, justo, mi Francisca, mi ángel os parió por obra del Espíritu Santo o del demonio.

—¿Para qué andar con farsas? No somos hijos de don Tomás Rufete ni de doña Francisca Guillén. Esos dos señores, a quienes yo quiero mucho, muchísimo, no fueron nuestros padres verdaderos. Nos criaron fingiendo ser nuestros papás y llamándonos hijos, porque el mundo..., ¡qué mundo éste!

La *Sanguijuelera* cambió bruscamente de disposición y de tono. No palideció, por ser esto cosa impropia de la inanimada sustancia de los pergaminos; pero abrió los ojos, y empuñando el brazo de su sobrina, le golpeó el codo contra la mesa, y le dijo con ira:

—¿De dónde has sacado esas andróminas? ¿Quién te ha metido esa estopa en la cabeza?

—Mi tío el canónigo.

—Me parece a mí que tu tío el canónigo...

—El me ha contado todo—afirmó Isidora con acento de profundísima convicción—. Usted se hace de nuevas, tía; usted me oculta lo que sabe... No se haga usted la tonta. ¿Es la primera vez que una señora principal tiene un hijo, dos, tres, y viéndose en la precisión de ocultarlos por motivos de familia, les da a criar a cualquier pobre, y ellos se crían y crecen y viven inocentes de su buen nacimiento, hasta que de repente un día, el día que menos se piensa, se acaban las farsas, se presentan los verdaderos padres?... Eso ¿no se está viendo todos los días?

—En sesenta y ocho años no lo he visto nunca... Me parece que tú te has hartado de leer esos librotes que llaman novelas. ¡Cuánto mejor es no saber leer! Mírate en mi espejo. No conozco una letra..., ni falta. Para mentiras, bastantes entran por las orejas... Pero acábame el cuento. Salimos con que sois hijos del nuncio, con que una señorita principal os dió a criar y se desapareció.

—¡Usted lo sabe, usted lo sabe!—exclamó la joven, rebosando alegría.

—No sé más sino que te caes de boba. Eres más sosa que la capilla protestante.

—Mi madre—declaró Isidora, poniéndose la mano en el corazón para comprimir, sin duda, un movimiento afectuoso demasiado vivo—, mi madre... fué hija de una marquesa.

Como un petardo que estalla, así reventó en estrepitosa risa la *Sanguijuelera,* apretándose la cintura y mostrando sus dos filas de dientes semisanos. Se desbarataba riendo, y después le acometió una tos de hilaridad que le hizo suspender el diálogo por más de un cuarto de hora. Algo confusa, Isidora esperó a que su tía volviese en sí de aquel síncope burlesco para seguir hablando. Por último, dijo con malísimo humor:

—¡Qué bien finge usted!

—Perdone vuecencia—replicó Encarnación en el tono más cómico del mundo—. Perdone vuecencia que no la hubiera conocido... Pero vuecencia tendrá que hacer diligencias y buscar papeles.

—Tengo papeles..., ¡y qué papeles!

—¿Quiere vuecencia que le preste dos reales?..., porque tendrá que untar escribanos.

—No creo que sea preciso, porque está bien claro mi derecho.

—Vuestra serenísima majestad cogerá una herencia, porque sin herencia todo sería pulgas, ¿verdad, hermosa?

—Mi madre no vive. Mi abuela, sí.

—¡Ah!, ¿la abuelita de tu vuecencia vive? ¿Y quién es la señora pindonga?

—No se burle usted, tía. Esto es muy serio—declaró Isidora, tocada en lo más vivo de su orgullo—. Es usted lo más atroz... Yo que venía a que me diese pormenores y su parecer.

—Voy a darte mi parecer, hijita de mi alma—repuso la *Sanguijuelera,* levantándose—. Pues tú has querido que yo te dé pormenores..., pobre almita mía...

En el rincón del pasillo había una larga caña que servía para descolgar los cacharros. Encarnación revolvió sus ojos buscándola.

—Vaya, que ha sido una picardía haberle ocultado a estos angelitos que salieron del vientre de una marquesa.

Y tomó la caña.

—¡Quién será el dragón que ha querido birlaros la herencia!... ¡A ese tunante le sacaría yo las entrañas!... Cuidado que engañar así a mis niños, haciéndolos pasar por hijos de un Rufete... Quitad allá, pillos, que mi niña es duquesa y mi niño es vizconde... ¡Repuñales!

Honradez y crueldad, un gran sentido para apreciar la realidad de las cosas y un rigor extremado y brutal para castigar las faltas de los pequeños, sin de-

jar por eso de quererlos, componían, con la verbosidad infinita, el carácter de Encarnación la *Sanguijuelera*. Su flaca pero fuerte mano empuñó la caña, y descargándola sin previo anuncio sobre la cabeza de su sobrina, la rompió al primer golpe. Puso el grito en el cielo la víctima, gritando:

—¡Pero, tía!...

La vieja recogió y unió los dos pedazos de la caña, de lo que resultaba que podía pegar más a gusto, y, ¡zas!, emprendió una serie de cañazos tan fuertes, tan bien dirigidos, tan admirablemente repartidos por todo el cuerpo de Isidora, que ésta, sin poder defenderse, gesticulaba, manoteaba, gemía, se dejaba caer en el suelo, se arrastraba, escondía la cabeza, se revolvía. Y en tanto la feroz vieja, incitada al castigo por el castigo mismo, encendíase más en furia a cada golpe, y los acompañaba de estas palabras:

—¡Toma, toma, toma, duquesa, marquesa, puños, cachas!... Cabeza llena de viento... Vivirás en las mentiras como el pez en el agua, y serás siempre una pisahormigas... Malditos Rufetes, maldita ralea de chiflados... ¡Ah, puño!, si yo te cogiera por mi cuenta, con un pie de solfeos cada día te quitaría el polvo. Toma vanidad, toma lustre.

Y cada palabra era un golpe, y cada golpe, un cardenal leve (es decir, subdiácono), un rasguño o moledura. Incapaz Isidora de desarmar a su verdugo, aunque lo intentó devolviendo cólera por cólera, hubo de rendirse al fin, y sucumbió diciendo con gemido:

—Por Dios, tía, no me pegue usted más.

En sus veinte años, Isidora tenía menos fuerza que la sexagenaria Encarnación. Sin aliento yacía en tierra la víctima, recogiendo sus faldas y sacudiéndoles la tierra, tentándose en partes diversas para ver si tenía sangre, fractura o contusión grave, mientras la *Sanguijuelera*, respirando como un fuelle en plena actividad, arrojaba los vencedores pedazos de caña y alargaba su mano generosa a la víctima para ayudarla a levantarse.

—¡Cómo se conoce—dijo al fin la sobrina con vivísimo tono de desprecio—que no es usted persona decente!

—¡Más que tú, marquesa del pan pringao!—gritó la vieja, esgrimiendo de tal modo las manos, que Isidora vió los diez dedos de ella a punto de metérselos por los ojos.

—Usted no es mi tía. Usted no tiene mi sangre.

—Ni falta... A mucha honra... De gloria y descanso te sirva tu ducado, harta de miseria. Mira, como vuelvas aquí, ¿sabes lo que hago?

—¿Qué?—preguntó Isidora, sintiéndose con más fuerzas para rechazar un nuevo ataque.

—Pues si vuelves aquí, cojo la escoba... y te barro, ¡qué puño!, te echo a la calle como se echa el polvo y las cascaras de fruta.

Isidora no dijo nada, y, recobrándose, marchó hacia la puerta. Abierta con trémula mano la trampilla, salió andando aprisa, cuesta arriba, en busca de la ronda de Embajadores, que debía conducirla a país civilizado. Temía que la vieja iría detrás injuriándola, y no se equivocó. La *Sanguijuelera*, echando la cabeza fuera de la puerta, la despedía con una carcajada que produjo siniestros ecos de hilaridad en toda la calle. Asomaban caras curiosas, frentes guarnecidas de rizos, bocas de amarillos dientes descubiertos hasta la raíz por estúpido asombro, bustos envueltos en pañuelos de distintos colores, y más de cuatro andrajosos chiquillos saltaron detrás de Isidora para festejarla con gritos y cabriolas.

Sin detenerse, la joven lanzó desde lo profundo de su alma, llena de pena y asco, estas palabras:

—¡Qué odioso, qué soez, qué repugnante es el pueblo!

CAPITULO IV

EL CÉLEBRE MIQUIS

I

Salvo algunas ligeras neuralgias de cabeza, Isidora gozaba de excelente salud. Tan sólo era molestada de frecuentes y penosos insomnios, que a veces la hacían pasar de claro en claro las noches. La causa de esto parecía ser como una sed de su espíritu, que se fomentaba, sin aplacarse, de audaces previsiones de lo futuro, de un perpetuo imaginar hechos que pasarían, que tendrían que pasar, que no podían menos de tomar su

puesto en las infalibles series de la realidad. Era una segunda vida encajada en la vida fisiológica y que se desarrollaba potente, construída por la imaginación, sin que faltase una pieza, ni un cabo, ni un accesorio.

En aquella segunda vida, Isidora se lo encontraba todo completo, sucesos y personas. Intervenía en aquéllos, hablaba con éstas. Las funciones diversas de la vida se cumplían detalladamente, y había maternidad, amistades, sociedad, viajes, todo ello destacándose sobre un fondo de bienestar, opulencia y lujo. Pasar de esta vida apócrifa a la primera auténtica, érale menos fácil de lo que parece. Era necesario que las de Relimpio, con quienes vivía, le hablasen de cosas comunes, que fuese muy grande el trabajo y empezase muy temprano el ruido de la máquina de coser, o que su padrino, el bondadosísimo don José de Relimpio, le contase algo de su vida pasada. Como estuviera sola, Isidora se entregaba maquinalmente, sin notarlo, sin quererlo, sin pensar siquiera en la posibilidad de evitarlo, al enfermizo trabajo de la fabricación mental de su segunda vida.

Cinco días después de su llegada a Madrid y a los cuatro de la escena con la *Sanguijuelera,* levantóse Isidora más tarde que de costumbre, por haber dormido la mañana, y se arregló aprisa. Aquel día estrenaba unas botas. ¡Qué bonitas eran y qué bien le sentaban! Esto pensó ella poniéndoselas y recreándose en la pequeñez y configuración graciosa de sus pies, y dijo para sí con orgullo: «Hoy, al menos, no me verá con el horrible calzado roto que traje del Tomelloso.» La vergüenza que sintió al mirar las botas viejas que en un rincón estaban, también muertas de vergüenza, no es para referida. Juró dar aquellos miserables despojos al primer pobre que a la puerta llegase.

Púsose su vestidillo negro, que a toda prisa se había hecho aquellos días; colocóse el velito en la cabeza y hombros, mirándose al espejo con movimientos de pájaro, y se dispuso a salir. Antes abrió el balcón, y mirando a la calle, dijo: «Allí está ya. ¡Qué puntual y qué caballero es!»

Salió. Las de Relimpio le preguntaron que adónde iba.

—Voy en busca de mi tía—repuso ella.

Y bajando la escalera, decía para sí: «He tenido que mentir. Cuando yo esté en mi posición, en mi verdadera posición, no diré jamás una mentira. ¡Cuánto me repugna lo que no es verdad!... Pero ¿qué pensaría esa gente si yo les dijera que voy de paseo con Miquis?... Es domingo, hoy no tiene clase, y anoche me dijo que quería enseñarme las cosas bonitas de Madrid, el Museo, el Retiro, la Castellana.»

Y volvió a mirarse las botitas. Los documentos de que se ha formado esta historia dicen que eran de becerro mate con caña de paño negro cruzada de graciosos pespuntes.

«Me han costado tres duros—pensó Isidora en los últimos peldaños—. Con siete del vestido son diez; seis que di a doña Laura a cuenta, son dieciséis. Aún me queda para vestir a Mariano y ponerlo en la escuela. Después el tío me mandará más, y después...»

Isidora vivía en el 23 de la calle de Hernán Cortés. Miquis se paseaba desde la lechería a la esquina de la calle de Hortaleza, y estaba embozado en su capa de vueltas rojas, porque si bien el día era claro y hermoso, se sentía fresco.

Saludáronse y emprendieron su marcha hacia el Retiro. Isidora, conforme a su costumbre de anticiparse a las ideas y a las intenciones de los demás, pensaba así durante los primeros pasos: «Ahora me va a decir que parezco otra, que me he transformado desde que estoy aquí...»

Pero también se equivocó esta vez, como otras muchas, porque Miquis habló de cosa muy distinta.

—Me parece—dijo—que yo conozco a esas de Relimpio. Las he visto en las regiones etéreas. ¿No entiendes? En el paraíso del teatro Real.

—Sí, allá van alguna vez. Son dos chicas, Emilia y Leonor. Trabajan mucho, cosen a máquina: pero ganan tan poco... Me han cedido un cuartito con balcón a la calle. Antes no sé si lo ocupaba un señor sacerdote. Necesitan ayudarse las pobres. Son muy buenas. Mi padrino, don José, es el tipo más célebre del mundo.

Isidora rompió a reír, y después, haciendo gala de uno de sus talentos más brillantes, el de retratar en cuatro rasgos a una persona, se explicó así:

—¿No le conoces? Si le hubieras visto alguna vez, no le olvidarías. Es un ga-

lán viejo, con la cara sonrosada. Tiene un bigotito rubio que parece cabello de ángel, y hace pliegues con la boca... Los ojos son de almíbar; qué sé yo... Parecen dos uvas demasiado maduras. Usa un gorro con borla de oro, y es tan fino, tan relamido... Ha sido un tenorio, según dicen. Cose a máquina para ayudar a las chicas; pero su oficio es lo que llaman la partida doble. Se entretiene en poner todos los gastos en un libro grande, ¿sabes?... Es preciso que le conozcas.

—¿Hace falta médico en la casa?

—Hombre, sí. Doña Laura se queja de un dolor..., no sé dónde.

—Pues entraré contigo. Iré a hacerte una visita de ceremonia, diciendo que me manda tu tío el de Tomelloso.

—Ya veremos el modo de que entres.

Siguieron hablando de otras cosas, y avanzaban poco en su paseo, porque Isidora se detenía ante los escaparates para ver y admirar lo mucho y vario que en ellos hay siempre. También era motivo de sus detenciones el deseo oculto de mirarse en los cristales, pues es costumbre de las mujeres, y aun en los hombres, echarse una ojeada en las vitrinas, para ver si van tan bien como suponen o pretenden.

En el Museo, las impresiones de aquella singular joven fueron muy distintas, y sus ideas, levantando el vuelo, llegaron a zonas mucho más altas que aquella por donde andaban al rastrear en los muestrarios llenos de chucherías. Sin haber adquirido por lecturas noción alguna del verdadero arte, ni haber visto jamás sino mamarrachos, comprendía la superioridad de lo que a su vista se presentaba; y con admiración silenciosa, su vista iba de cuadro en cuadro, hallándolos todos, o casi todos, tan acabados y perfectos, que se prometió ir con frecuencia al edificio del Prado para saborear más aquel goce inefable que hasta entonces le fuera desconocido. Preguntó a Miquis si también en aquel sitio destinado a albergar lo sublime dejaban entrar al pueblo, y como el estudiante le contestara que sí, se asombró mucho de ello.

Llegaron por fin al Buen Retiro, cuyo lindo nombre ha querido en vano cambiarse con el insulso rótulo de *Parque de Madrid*. Allí las emociones de Isidora fueron una alegría casi infantil, un deseo vivo de correr, de despeinarse, de entrar descalza en los charcos de las acequias, de subir a las ramas en busca de nidos, de coger flores, de dormir a la sombra, de cantar. Aquella Naturaleza hermosa, aunque desvirtuada por la corrección, despertaba en su impresionable espíritu instintos de independencia y de candoroso salvajismo. Pero bien pronto comprendió que aquello era un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos. Había calles, plazas y hasta manzanas de follaje. Por allí andaban damas y caballeros, no en facha de pastorcillos, ni al desgaire, ni en trenza y cabello, sino lo mismo que iban por las calles, con guantes, sombrilla, bastón. Prontamente se acostumbró el espíritu de ella a considerar el Retiro—que sólo conocía por vagos recuerdos de su niñez—como una ingeniosa adaptación de la Naturaleza a la cultura; comprendió que el hombre, que ha domesticado a las bestias, ha sabido también civilizar al bosque. Echando, pues, de su alma aquellos vagos deseos de correr y columpiarse, pensó gravemente de este modo: «Para otra vez que venga, traeré yo también mis guantes y mi sombrilla.»

Después de admirar el afeitado Parterre, fueron a dar la vuelta al estanque grande, que es un mar de bolsillo, como decía Miquis. Este la llevó luego por sitios escondidos y por las callejuelas y laberintos que están entre el estanque y la fuente de la China. Miquis estaba alegre como un niño, porque también en él, parroquiano constante del Retiro, hacía sentir su influjo la vegetación nueva de primavera, los juegos del sol entre las ramas, el meneo de las hojas acariciándose, y aquel ambiente, compuesto de frescura y tibieza, que al mismo tiempo atemperaba el cuerpo y el alma. La capa le daba calor. Se la quitó arrojándola por tierra. Hizo después una almohada de ella y se tendió en el suelo. Isidora se sentó frente a él.

—¿Oyes los pájaros?—dijo Miquis—. Son ruiseñores.

Isidora había oído hablar de los ruiseñores como cifra y resumen de toda la poesía de la Naturaleza; pero no los había oído. Estos artistas no iban nunca por la Mancha. Puso atención, creyendo oír odas y canciones, y su semblante expresaba un éxtasis melancólico, aunque a decir verdad lo que se oía era una conversación de miles de picos, un

galimatías parlamentario-forestal, donde el músico más sutil no podría encontrar las endechas amorosas de que tanto se ha abusado en literatura. Miquis se echó a reír, y como si tuviera gusto en despoetizar la hermosa situación en que ambos se encontraban, dijo de improviso:

—Isidora, ayer he estado trabajando en el anfiteatro con el doctor Martín Alonso desde las dos hasta las cinco. Eramos tres alumnos. Le ayudábamos a nacer la autopsia de un viejo que murió del corazón. ¡Si vieras, chica!...

Isidora se puso las manos ante la cara con muestras de horror.

—Es el trabajo más bonito—añadió Miquis—. Tonta, ¿por qué no se ha de hablar de esto? Si es la realidad, la ciencia... ¿Qué sería de la vida si no se estudiara la muerte? Nada me gusta como la Cirugía, chica. O he de ser un gran cirujano o nada. Verás. Cuando el doctor no estaba allí cogíamos uno de los brazos del muerto, y ¡zas!, nos pegábamos bofetadas unos a otros...

Isidora dió un grito.

—Eres tonta... Pues si vieras lo que yo gozo cuando levanto un músculo con mi escalpelo, cuando me apodero de una entraña...

Isidora se levantó, echando a correr y metiéndose un dedo en cada oído.

—Aguarda, ruiseñora, no hablaré más de esto.

Luego se iban a otro sitio. Isidora, sentada junto a un tronco, se quedaba meditabunda, mirando por un hueco del ramaje las blancas masas de nubes que avanzaban sobre lo azul del cielo con soberana lentitud. Miquis cogía una rama seca, y acercándose cautelosamente por detrás de la joven, se la pasaba por la cara y decía con voz lúgubre: «¡La mano del muerto!»

Isidora daba un chillido; después reían los dos. Miquis cantaba trozos de ópera, corrían un poco; escondíase él tras las espesas matas de aligustre, para que ella le buscase; encontrábanse fácilmente; se cogían las manos; se sentaban de nuevo; charlaban, convidados de la hermosura del día y del lugar, donde todo parecía recién criado, como en aquellos días primeros de la fabricación del mundo, en que Dios iba haciendo las cosas y las daba por buenas.

II

Augusto Miquis, por quien sabemos los pormenores de aquellas escenas, es hoy un médico joven de gran porvenir. Entonces era un estudiante aprovechadísimo, aunque revoltoso, igualmente fanático por la Cirugía y por la Música, ¡qué antítesis!, dos extremos que parecen no tocarse nunca, y, sin embargo, se tocan en la región inmensa, inmensamente heterogénea del humano cerebro. Recordaba las melodías patéticas, los graciosos *ritornellos* y las cadencias sublimes allá en la cavidad taciturna del anfiteatro, entre los restos dispersos del cuerpo de nuestros semejantes. El, en presencia de Raoul y Valentina, o ante la sublime conjuración de Guillermo Tell, o en la sala de conciertos, pensaba en la aponeurosis del gran supinador. El, posado sobre los libros, como un ave sobre su empolladura, soñaba con un monumento colosal que expresase los esfuerzos del genio del hombre en la conquista de lo ideal. Aquel monumento debía rematarse con un grupo sintético: ¡Beethoven abrazado con Ambrosio Paré!

Nació en una aldea tan célebre en el mundo como Babilonia o Atenas, aunque en ella no ha pasado nunca nada: el Toboso. Dióle el cielo inteligencia superior, que en aquella edad era todavía un desordenado instinto genial. Su aplicación no era constante como la de las medianías, sino intermitente y caprichosa. Tan pronto devoraba libros, emprendía penosos estudios y practicaba con ardor la Cirugía, como lo abandonaba todo para leer partituras al piano, tocándolo con pocos dedos y menos nociones de Música. Pero en estas alternativas de trabajo y holganza, se han apoderado poco a poco de la ciencia, y cada idea que llegaba a ser suya, daba al punto en su mente magníficos frutos.

Todas las teorías novísimas le cautivaban, mayormente cuando eran enemigas de la tradición. El transformismo en ciencias naturales y el federalismo en política le ganaron por entero. Tenía gran facilidad de dicción. Se asimilaba prodigiosamente las ideas de los libros y las ideas de los maestros orales, sus frases, su estilo y hasta su metal de voz. Burla burlando, imitaba a todos los profesores de la Facultad y como poseía ex-

traordinaria retentiva, lo mismo era para él repetir un *allegro* lleno de dificultades, que pronunciar dos o tres discursos sobre Medicina o Filosofía naturalista.

Su carácter siempre alegre, erizado de malicias, se manifestaba en punzadas mil, en bromas a veces nada ligeras, en apropósitos y en charlar voluble, compuesto ya de hipérboles, ya de pedanterías burlescas, que ciertamente no indicaban que él fuese pedante, sino que, por bromear, bromeaba hasta con la ciencia. Tomando un tono hueco, hacía pasar por sus labios todas las palabras retumbantes, todas las frases oscuras de la fraseología científica, y las intercalaba de paradojas de su propia cosecha, graciosas y originales.

Aún hoy, que es un hombre de saber sólido, no ha perdido Miquis aquellas mañas, y nos divierte con sus chuscas habladurías. A veces parece querer zaherir aquello que adora; pero en realidad no hace más que mofarse de lo que es realmente pedantesco. Entonces no; sus burlas no perdonaban ni la verdad misma, ni la ciencia adorada. En la leonera que tenía por vivienda y que era una caverna de disputas, se oía su voz declamatoria, diciendo estas o parecidas cosas: «... porque, señores, a todas horas estamos viendo que, unidas en fatal coyunda las enfermedades diatésicas, determinan la depauperación general, la propagación de los vicios herpético y tuberculoso, que son, señores, permitidme decirlo así, la carcoma de la raza humana, la polilla por donde parece marchar a su ruina...» O bien, elevándose a lo teórico, gritaba: «Reconociendo, señores, la revolución que las ciencias naturales, y especialmente la Química, han hecho en la materia médica moderna, no conviene afirmar que la Química, señores, forma un sistema médico por sí sola, porque antes que las leyes químico-orgánicas están las leyes vitales. Volved la vista, señores, a Paracelso, Helmoncio y Agrícola, y ¿qué hallaréis, señores?...»

Isidora vió un araña que se descolgaba de un hilo, un pájaro que llevaba pajas en el pico, una pareja de mariposas blancas que paseaban por la atmósfera con esa elegante desenvoltura que tanto ha dado que hablar en poesía, y sobre estos accidentes y otros dijo cosas que hicieron reír a Miquis. Hablando y hablando, Augusto llegó a decir:

—Señores, evolución tras evolución, enlazados el nacer y el morir, cada muerte es una vida, de donde resulta la armonía y el admirable plan del Cosmos.

¡El Cosmos! ¡Qué bonito eco tuvo esta palabra en la mente de Isidora! ¡Cuánto daría por saber qué era aquello del Cosmos!..., porque verdaderamente ella deseaba y necesitaba instruirse.

—¿Quieres saber lo que es eso, tonta? —le preguntó Miquis—. Vamos, veo que eres un pozo de ignorancia.

—No sé más que leer y escribir; deseo aprender algo más, porque sería muy triste para mí encontrarme dentro de algún tiempo tan ignorante como ahora. Enséñame tú. Yo me pongo a pensar qué será esto de morirse. Pues el nacer también...

—También tiene bemoles—añadió Augusto en tono sumamente enfático—, porque, señores, debemos principiar declarando que todo el mundo se compone de las mismas sustancias no creadas, no destructibles, y se sostiene por las mismas fuerzas imperecederas que actúan según las mismas leyes, desde el átomo invisible hasta la inmensa multitud de cuerpos celestes, conservándose invariables en el conjunto de su efecto total... ¿Te has enterado?

—El demonio que te entienda... ¡Qué jerga!

—¡Qué bonitos ojos tienes!

—Tonto... Vamos a ver las fieras.

—No me da la gana. ¿Qué más fiera que tú?

—El león.

—¡Leoncitos a mí!... Esos dos hoyuelos que te abrió Natura entre el músculo maseter y el orbicular me tienen fuera de mí... No te pongas seria porque desaparecen los hoyuelos.

—Vámonos de aquí—dijo Isidora con fastidio.

—Estamos en el lugar más recogido del laboratorio de la Naturaleza. Señores. hemos sido admitidos a presenciar sus trabajos misteriosos. Entremos en la selva profunda y sorprenderemos el palpitar primero de las nuevas vidas. Ved, señores, cómo de los infinitos huevecillos acariciados por el sol salen infinitos seres que ensayan entre las ramas su primer paso y su primer zumbido. ¿No oís

cómo estrenan sus trompetillas esos niños alados, que vivirán un día y en un día alborotarán la vecindad de este olmo? En el reino vegetal, señores, la nueva generación se os anuncia con una fuerte emisión de aromas mareantes, alguno de los cuales os afecta como si la esencia misma de vivir fuera apreciable al olfato. Las oleadas de fecundidad corren de una parte a otra, porque la atmósfera es mediadora, tercera o Celestina de invisibles amores. Sentís afectado por estas emanaciones lo más íntimo de vuestro ser. Mirad los tiernos pimpollos, mirad cómo al influjo de esa fuerza misteriosa desarrollan las menudas florecillas sus primeras galas, cómo se atavian las margaritas mirándose en el espejo de aquel arroyo, cómo se acicalan...

—Cállate... Pues no tendrías precio para catedrático...

—Para catedrático poeta, que es la calamidad de las aulas. Mira: el día en que yo sea médico, voy a poner una cátedra para explicar...

—¿Qué?

—Para dar una lección de armonía de la Naturaleza—dijo Miquis, mirándola a los ojos—, y explicar esos radios de oro que nacen en tu pupila y se extienden por tu iris... Déjame que lo observe de cerca...

—¡Qué pesado! Quita..., enséñame las fieras.

—Vamos, mujer, esposa mía, a ver esas alimañas—dijo Augusto en tono de paciencia—. Desde que me casé contigo me traes sobre un pie. Eras tan amable de polla, y ahora de casada tan regañona y exigente... Vamos, vamos, y me pondré un tigre en cada dedo... ¿Qué más? Se te atonja una jirafa. ¡Isidora, Isidorilla!

Ambos se detuvieron, mirándose entre risas.

—Si no me das un abrazo me meto en la jaula del león... Quiero que me almuerce. O tu amor o el suicidio.

—Si pareces un loco.

—El suicidio es la plena posesión de sí mismo, porque al echarse el hombre en los amorosos brazos de la nada... Pero vamos a ver a esos señores mamíferos.

—¿Qué son mamíferos?—preguntó Isidora, firme en su propósito de instruirse.

—Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja llena de lumbre; dime que el Mundo es una plaza grande y te querré más. Cada disparate te hará subir un grado en el escalafón de la belleza. Sostén que tres y dos son ocho, y superarás a Venus.

—Yo no quiero ser sabia, vamos, sino saber lo preciso, lo que saben todas las personas de la buena sociedad, un poquito, una idea de todo..., ¿me entiendes?

—¿Sabes coser?

—Sí.

—¿Sabes planchar?

—Regularmente.

—¿Sabes zurcir?

—Tal cual.

—Y de guisar, ¿cómo andamos?

—Así, así.

—Me convienes, chica. Nada, nada, te digo que me convienes, y no hay más que hablar.

—Pues a mí no me convienes tú.

—*¡Boa constrictor!*

—¿Qué es eso?

—Tú.

—Pero qué, ¿es cosa de Medicina?

—Es una culebra.

—¿La veremos aquí?... Entremos. ¿Es esto la Casa de Fieras?

—¿Quieres ver al oso? Aquí me tienes.

—Sí que lo eres—dijo Isidora riendo con toda su alma.

Y entraron. Un tanto aburrido Miquis de su papel de indicador, iba mostrando a Isidora, jaula por jaula, los lobos entumecidos, las inquietas y feroces hienas, el águila mediatabunda, los pintorreados leopardos, los monos acróbatas y el león monomaníaco, aburridísimo, flaco, comido de parásitos, que parece un soberano destronado y cesante. Vieron también las gacelas, competidoras del viento en la carrera, las descorteses llamas, que escupen a quien las visita, y los zancudos canguros, que se guardan a sus hijos en el bolsillo. Satisfecha la curiosidad de Isidora, poca impresión hizo en su espíritu la menguada colección zoológica. Más que admiración, produjéronle lástima y repugnancia los infelices bichos privados de libertad.

—Esto es espectáculo para el pueblo —dijo con desdén—. Vámonos de aquí.

—Aunque enamorado—indicó Miquis al

salir—, estoy muerto de hambre. Lo divino no quita lo humano. Amémonos y almorcemos.

III

También Isidora estaba desfallecida. Discutieron un rato sobre si darían por terminado el paseo en aquel punto, yéndose cada cual a su casa; pero al fin Miquis hizo triunfar su propósito de almorzar en uno de los ventorrillos cercanos a los Campos Elíseos. No eran ciertamente modelo de elegancia ni de comodidad, como Isidora tuvo ocasión de advertir al tomar posesión de una mesa coja y trémula, de una silla ruinosa, y al ver los burdos manteles y el burdísimo empaque de la mujer sucia y ahumada que salió a servirles.

Compareció sobre el mantel una tortilla fláccida que, por el olor, más parte tenía de cebolla que de huevo, y Miquis la dividió al punto. El vino que llegó como escudero de la tortilla era picón y negro, cual nefanda mixtura de pimienta y tinta de escribir. El plato, mal llamado fuerte, que siguió a la tortilla, y que, sin duda, debía la anterior calificación a la dureza de la carne que lo componía, no gustó a Isidora más que el local, el vino y la dueña del puesto. Con desprecio mezclado de repugnancia observó la pared del ventorrillo, que parecía un mal establo, el interior de la tienda o taberna, las groseras pinturas que publicaban el juego de la rayuela, el piso de tierra, las mesas, el ajuar todo, los cajones verdes con matas de evónimos, cuyas hojas tenían una costra de endurecido polvo, el aspecto del público de capa y mantón que iba poco a poco ocupando los puestos cercanos, el rumor soez, la desagradable vista de los barriles de escabeche, chorreando salmuera...

—¡Qué ordinario es esto!—exclamó, sin poderse contener—. Vaya, que me traes a unos sitios...

—¡Bah, bah!... ¿No te gusta conocer las costumbres populares? A mí me encanta el contacto del pueblo... Para otra vez, marquesa, iremos a uno de los buenos restaurantes de Madrid... Perdóname por hoy... Tenías carita de hambre atrasada.

—Esto no es para mí—dijo Isidora con remilgo.

—¡Impertinencia, tienes nombre de mujer!—exclamó el estudiante, a un tiempo riendo y mascando—. ¡Descontentadiza, exigente! ¿A qué vienen esos melindres? Somos hijos del pueblo; en el seno del noble pueblo nacimos; manos callosas mecieron nuestras cunas de mimbre; crecimos sin cuidados, mocosos, descalzos; y por mi parte sé decir que no me avergüenzo de haber dormido la siesta en un surco húmedo, junto a la panza de un cerdo. Usted, señora duquesa, viene, sin duda, de altos orígenes, y ha gateado sobre alfombras, y ha roto sonajeros de plata; pero usted se ha mamado el dedo como yo, y ahora somos iguales, y estamos juntos en un ventorrillo, entre honradas chaquetas y más honrados mantones. La Humanidad es como el agua; siempre busca su nivel. Los ríos más orgullosos van a parar al mar, que es el pueblo; y de ese mar inmenso, de ese pueblo, salen las lluvias, que a su vez forman los ríos. De todo lo cual se deduce, marquesa, que te quiero como a las niñas de mis ojos.

—Vámonos—dijo Isidora con fastidio.

—Vámonos a Puerto Rico—replicó Miquis, después de pagar el gasto—. Vámonos despacito hacia la Castellana, para que te hartes de ver coches, aristócrata, sanguijuela de pueblo... Si digo que te he de cortar la cabeza... Pero será para comérmela.

¡Con qué inocente confianza y abandono iban los dos, en familiar pareja, por los senderos torcidos que conducen desde el camino de Aragón a Pajarillos! Bajaban a las hondonadas de tierra sembrada de mies raquítica; subían a los vertederos, donde lentamente, con la tierra que vacian los carros del Municipio, se van bosquejando las calles futuras; pasaban junto a las cabañas de traperos hechas de tablas, puertas rotas o esteras, y blindadas con planchas que fueron de latas de petróleo; luego se paraban a ver muchachos y gallinas escarbando en la paja; daban vueltas a los tejares; se detenían, se sentaban, volvían a andar un poco, sin prisa, sin fatiga.

Miquis, a ratos, hacía burlescos encarecimientos del paisaje.

—Allá—decía—, las pirámides de Egipto, que llamamos tejares; aquí el despedazado anfiteatro de estas tapias de adobes. ¡Qué vegetación! Observa estos cardos seculares que ocultan el sol con sus ramas; estas malvas vírgenes, en cuya

impenetrable espesura se esconde la formidable lagartija. Mira estos edificios: San Marcos, de Venecia; Santa Sofía, El Escorial... ¡Ay!, Isidora yo te amo, yo te idolatro. ¡Qué hermoso es el mundo! ¡Qué bella está la tarde! ¡Cómo alumbra el sol! ¡Qué linda eres y yo qué feliz!

Pasaban otras parejas como ellos; pasaban perros, algún guardia civil acompañando a una criada decente; pastores conduciendo cabras; pasaban también hormigas, y de cuando en cuando pasaba rapidísima por el suelo la sombra de un ave que volaba por encima de sus cabezas. Y ellos charla que charla. Miquis empezó contándole su historia de estudiante, toda de peripecias graciosas. Su hermano mayor, Alejandro Miquis, que estudiaba Leyes, había muerto algún tiempo antes de una enfermedad terrible. Augusto despuntaba, desde muy niño, por la Medicina, y jamás vaciló en la elección de carrera. Su padre le enviaba treinta y cinco duros al mes, y él sabía arreglarse. ¡Había tenido diecisiete patronas! Entregábale las mesadas, y tenía, además, el encargo de vigilarle y darle consejos, un hombre de posición humilde y sanas costumbres, bastante viejo, amigo y aun algo pariente de los Miquis del Toboso. Este bravo manchego se llamaba Matías Alonso y era conserje de la casa de Aransis.

Al oír este nombre Isidora, palideció, y el corazón saltó en el pecho. Su espontaneidad quiso decir algo; pero se contuvo, asustada de las indiscreciones que podría cometer. Después salió a relucir el tema más común en estos pasecs de pareias. Hablaron de aspiraciones, del porvenir, de lo que cada cual esperaba ser. Miquis habló seriamente, sin dejar su expresión irónica, por ser la ironía, más que su expresión, su cara misma. El esperaba ser un facultativo de fama y operador habilísimo. Llevaría un sentido por cada operación, y viviría con lujo, sin olvidar a su bondadoso y honrado padre, labrador de mediana fortuna, que tantos sacrificios hacía para darle carrera. En cuanto ésta fuese concluída pensaba el buen Miquis hacer oposición a una plaza de hospitales.

—En los hispotales—decía—, en esos libros dolientes es donde se aprende. Allí está la teoría unida a la experiencia por el lazo del dolor. El hospital es un museo de síntomas, un riquísimo atlas de casos, todo palpitante, todo vivo. Lo que falta a un enfermo le sobra a otro, y entre todos forman un cuerpo de doctrina. Allí se estudian mil especies de vidas amenazadas y mil categorías de muertes. Las infinitas maneras de quejarse acusan los infinitos modos de sufrir, y éstos las infinitas clases de lesiones que afligen al organismo humano; de donde resulta que el supremo bien, la Ciencia, se nutre de todos los males y de ellos nace, así como la planta de flores hermosas y aromáticas es simplemente una transformación de las sustancias vulgares o repugnantes contenidas en la tierra y en el estiércol.

Pensaba Miquis trabajar y aplicarse mucho, sin desdeñar espectáculo triste, ni dolencia asquerosa, ni agonía tremenda, porque de todas estas miserias había de nutrir su saber. Después vendrían las visitas bien remuneradas, las consultas pingües. El se dedicaría a una especialidad. Al fin completaría sus satisfacciones abonándose a diario a la Opera, para que su espíritu, cansado del excesivo roce con lo humano, se restaurase en las frescas auras de un arte divino.

Luego tocaba a Isidora explanar sus pretensiones. ¡Pero le era tan difícil hacerlo!... Sus ideales eran confusos, y su posición particular, su delicadeza, no le permitían hablar mucho de ellos. ¡Oh!, si dijera todo lo que podía decir, Miquis se asombraría, se quedaría hecho un poste. ¡Pero no, no podía explicarse con claridad! La cosa era grave. Quizá entre el presente triste y el porvenir brillante habrían de mediar los enojos de un pleito, cuestiones de familia, escándalos, revelaciones, proclamación de hechos hasta entonces secretos y que llenarían de asombro a la buena sociedad, a la *buena sociedad,* fijarse bien, de Madrid. Entre tanto, únicamente se podría decir que ello no era lo que parecía, que ella no era Isidora Rufete, sino Isidora... A su tiempo madurarían las uvas; a su tiempo se sabría el apellido, la casa, el título... Vivir para ver. Estas cosas no ocurren todos los días, pero alguna vez...

Pasó un naranjero.

—¿Son de cáscara fina?—preguntó Miquis al comprar cuatro naranjas—. Toma, cómete ésta para que se te vaya refrescando la sangre. La fluidez de la

sangre despeja el cerebro, da claridad a las ideas...

—Así es—prosiguió Isidora con cierta fatuidad mal disimulada—, que si me preguntas cosas que no sean de lo que ahora está pasando, quizá no te podré contestar. ¿Qué sé yo lo que será de mí? ¿Conseguiré lo que deseo y lo que me corresponde? ¡Hay tanta picardía en este mundo!

—Verdaderamente que sí—dijo Augusto en el tono más enfáticamente burlesco que usar sabía—. El mundo es una sentina, una cloaca de vicios. En él no hay más que dolor y falsía. Malo es el mundo, malo, malo, malo. ¡Duro en él! En cambio nosotros somos muy buenos; somos ángeles. La culpa toda es del pícaro mundo, de ese tunante. Es el gato, hija mía, el gato, autor de todas las fechorías que ocurren en... el Cosmos. ¡Ah mundo pillín si yo te cogiera!... Pero ven acá, alma mía; puesto que vas a dar un salto tan brusco en la escala social..., dime: allá, en esos Olimpos, ¿te acordarás del pobre Miquis?

—¿Pues no me he de acordar? Serás entonces un médico célebre.

—¡Y tan célebre!... Vamos a lo principal. ¿Y tendrás a menos ser esposa de un galeno?

—¿De un qué?... ¿De una notabilidad?... ¡Oh, no! Poco entiendo de cosas del mundo; pero me parece que los grandes doctores pueden casarse con...

—Con las reinas, con las emperatrices.

—Y, sobre todo, chico—añadió Isidora—, de algo ha de valer que nos conozcamos ahora. Y lo que es a mí...

¡Cuánta ternura brilló en sus ojos, mirando a Miquis, que la devoraba con los suyos!

—Lo que es a mí... no me han de imponer un marido que no sea de mi gusto, aunque esté más alto que el sol.

—¡Bendita sea tu boca!—exclamó Augusto, apoderándose de las dos manos de ella—. ¡Ay!, prenda, ¡qué fría tienes las manos!

—¡Y las tuyas, qué calientes!

Isidora volvió a pensar en que nunca más saldría a la calle sin guantes.

—¿Querrás siempre a este pobre Miquis, que te quiere más...? Desde que te vi en Leganés, me estoy muriendo, no sé lo que me pasa, no estudio, no duermo, no puedo apartar de mí esos ojos, ese perfil divino y todo lo demás.

Ella empezó a comer otra naranja, y el la miraba embebecido. Nunca le había parecido tan guapa como entonces. Sus labios, empapados en el ácido de la fruta, tenían un carmín intensísimo, hasta el punto de que allí podían ser verdad los rubíes montados en versos de que tanto han abusado los poetas. Sus dientecillos blancos, de extraordinaria igualdad y finísimo esmalte, mordían los dulces cascos como Eva la manzana, pues desde entonces acá el mundo no ha variado en la manera de comer fruta. Saboreando aquélla, Isidora ponía en movimiento los dos hoyuelos de su cara, que ya se ahondaban, ya se perdían, jugando en la piel. La nariz era recta. Sus ojos claros, serenos y como velados, eran, según decía Miquis, de la misma sustancia con que Dios había hecho el crepúsculo de la tarde.

Miquis intentó abrazarla. Isidora había despuntado un casquillo con intención de comérselo. Variando de idea al ver las facciones de su amigo tan cerca de las suyas, alargó un poco la mano y puso el pedazo de naranja entre los dientes de Miquis. El se comió lo que era de comer y retuvo un rato entre sus labios las yemas de aquellos dedos rojos de frío.

Isidora se levantó bruscamente, y echó a correr por el sendero.

Corrieron, corrieron...

—¡Ya te cogí!—exclamó Augusto, fatigadísimo y sin aliento, apoderándose de ella—. Perla de los mares, antes de cogerte se ahoga uno.

—Formalidad, formalidad, señor doctorcillo—dijo Isidora, poniéndose muy seria.

—¡Formalidad el amor! El amor es vida, sangre, juventud, al mismo tiempo idea y juguete. No es la tabla de logaritmos, ni el Fuero Juzgo, ni las ordenanzas de Aduanas.

—Juicio, mucho juicio, señor Miquis.

—El juicio está claro, señorita. Yo sé lo que me digo. Oye bien. Por mi padre que es lo que más quiero, juro que me caso contigo.

—¡Huy, qué prisa!...

—Está dicho.

—¡Mira éste!

—Un Miquis no vuelve atrás; *un re non mente;* la palabra de un Miquis es sagrada.

—¡Bah, bah!

—Soy del Toboso, de ese pueblo ilustre entre los pueblos ilustres. Un tobosino no puede ser traidor.

—Pero puede ser tinaja.

—No te rías; esto es serio. Estamos hablando de la cosa más grave, de la cosa más trascendental.

Y era verdad que estaba serio.

—No nos detengamos aquí—dijo Isidora, viendo que el estudiante buscaba un sitio para sentarse—. Hace fresco.

—Sigamos. En otra parte hablaremos mejor.

—¿Adónde quieres llevarme? Yo no voy sino a mi casa.

—Por ahora bajemos a la Castellana, para que veas cosa buena.

—Sí, sí, a la Castellana. Mi tío el canónigo, me decía que es cosa sin igual la Castellana.

—Escribiré mañana a tu tío el canónigo.

—¿Para qué?

—Para pedirte. Agárrate de mi brazo. Vamos aprisa... Cuando digo que me caso... Sí, estudiante y todo. Mi padre pondrá el grito en el cielo; pero cuando te conozca, cuando vea esta joya... desprendida de la corona del Omnipotente...

Las risas de Isidora oíanse desde lejos. Al llegar al barrio de Salamanca guardaron más compostura y desenlazaron sus brazos. Descendían por la calle de la Ese, cuando Isidora se detuvo asombrada de un rumor continuo que de abajo venía.

IV

—¿Hay aquí algún torrente?—preguntó a Miquis.

—Sí, torrente hay... de vanidad.

—¡Ah! ¡Coches!...

—Sí, coches... Mucho lujo, mucho tren... Esto es una gloria arrastrada.

Isidora no volvía de su asombro. Era el momento en que la aglomeración de carruajes llegaba a su mayor grado, y se retardaba la fila. La obstrucción del paseo impacientaba a los cocheros, dando algún descanso a los caballos. Miquis veía lo que todo el mundo ve; muchos trenes, algunos muy buenos, otros publicando claramente el *quiero y no puedo* en la flaqueza de los caballos, vejez de los arneses y en esta tristeza especial que se advierte en el semblante de los cocheros de gente tronada; veía las elegantes damas, los perezosos señores acomodados en las blanduras de la berlina, alegres mancebos guiando faetones, y mucha sonrisa, vistosa confusión de colores y líneas. Pero Isidora, para quien aquel espectáculo, además de ser enteramente nuevo, tenía particulares seducciones, vió algo más de lo que vemos todos. Era la realización súbita de un presentimiento. Tanta grandeza no le era desconocida. Había soñado, la había visto, como ven los místicos el cielo antes de morirse. Así la realidad se fantaseaba a sus ojos maravillados, tomando dimensiones y formas propias de la fiebre y del arte. La hermosura de los caballos y su grave paso y gallardas cabezadas eran a sus ojos como a los del artista, la inverosímil figura del hipogrifo. Los bustos de las damas, apareciendo entre el desfilar de cocheros tiesos y entre tanta cabeza de caballos, los variados matices de las sombrillas, las libreas, las pieles, producían ante su vista un efecto igual al que en cualquiera de nosotros produciría la contemplación de un magnífico fresco de apoteosis, donde hay ninfas, pegasos, nubes, carros triunfales y flotantes paños.

¡Qué gente aquella tan feliz! ¡Qué envidiable cosa aquel ir y venir en carruaje, viéndose, saludándose y comentándose! Era una gran recepción dentro de una sala de árboles, o un rigodón sobre ruedas. ¡Qué bonito mareo el que producían las dos filas encontradas, y el cruzamiento de perfiles marchando en dirección distinta! Los jinetes y las amazonas alegraban con su rápida aparición el hermoso tumulto; pero de cuando en cuando la presencia de un ridículo simón lo descomponía.

—Debían prohibir—dijo Isidora con toda su alma—que vinieran aquí esos horribles coches de peseta.

—Déjalos... En ellos van quizá algunos prestamistas que vienen a gozarse en las caras aburridas de sus deudores, los de las berlinas. El simón de hoy es el landó de mañana... Esto es una noria: cuando un cangilón se vacía otro se llena.

Apareció un coche de gran lujo, con lacayo y cochero vestidos de rojo.

—El rey Amadeo—dijo Miquis—. El rey. Mira, mira, Isidora... No me quitaré yo el sombrero como esos tontos.

—Si apenas le saludan...—observó Isidora con lástima—. Pues cuando vuelva a pasar, le hago yo la gran cortesía. Mi tío el canónigo dice que está excomulgado este buen señor; pero el rey es rey.

Pasado su primer arrobamiento, Isidora empezó a ver con ojos de mujer, fijándose en detalles de vestidos, sombreros, adornos y trapos.

—¡Qué variedad de sombreros! ¡Mira éste, mira aquél, Miquis!... ¡Vaya un vestidito! Y tú, ¿por qué no montas a caballo, para parecerte a aquel joven?...

—Es un cursi.

—Y tú un veterinario... ¡Qué hermosas son las mantillas blancas! Es moda nueva, quiero decir, moda vieja que han desenterrado ahora... Creo que es cosa de política. Mi tío el canónigo decía...

—Hazme el favor de no nombrarme más a tu tío el canónigo, quiero decir, a mi querido tío... Esto de las mantillas blancas es una manifestación, una protesta contra el rey extranjero.

—¡Qué salado! Si yo tuviera una mantilla blanca también me la pondría.

—Y yo te ahorcaría con ella.

—¡Ordinario!

—Tonta.

—Esta gente—afirmó Isidora con mucho tesón—sabe lo que hace. Es la gente principal del país, la gente fina, decente, rica; la que tiene, la que puede, la que sabe.

—Trampas, fanatismo, ignorancia, presunción.

—¿Pues y tú?... Grosero, salvaje, pedante...

—Isidora, mira que eres mi mujer.

—¿Yo mujer de un albéitar?...

—Isidora, mira que te cojo... y ni tu tío el canónigo te saca de mis manos.

—Basta de bromas. ¡Vaya, que te tomas unas libertades!... Nuestros gustos son diferentes.

—Su gusto de usted, señora, se amoldará al gusto mío. Eso se lo enseñará a usted mi secretario, que es una vara de fresno.

—¡A mí tú!—exclamó ella con brío, deteniéndose y mirándole.

—No hagas caso... Te quiero como a la Medicina... Haz de mí lo que gustes...

—Eso ya es otra cosa...

—Cuando nos casemos, como yo he de ganar tanto dinero, tendrás tres coches, catorce sombreros y la mar de vestidos...

—¡Si yo no me caso contigo!...—declaró la joven en un momento de espontaneidad.

Había en su expresión un tonillo de lástima impertinente, que poco más o menos quería decir: «¡Si yo soy mucho para ti, tan pequeño!»

—Falta saberlo. Te casarás por fuerza. Te obligaré. Tú no me conoces. Soy un tirano, un monstruo, un Han de Islandia; beberé tu sangre...

—¿Qué es eso de Han de Islandia? —preguntó ella en su prurito de ilustrarse.

—Han de Islandia es berenjenas. Déjese usted de sabidurías. Coser, planchar, y espumar el puchero.

—No espumaré yo el tuyo, paleto.

—¡Marquesa de pañuelo de hierbas!

—Sacamuelas.

Los dos se echaron a reír.

—No te quiero—murmuró Isidora.

—Pues me echo a llorar.

—No te quiero ni pizca, ni esto.

—Pues yo te adoro. Mientras más me desdeñas, más me gustas. Cuando pienso que ya se acerca la hora de separarnos, no sé qué me da... Se me antoja robarte.

—¡Y cuánta gente a pie!—exclamó ella sin hacer caso de las gracias de Augusto.

—Aquí, en días de fiesta, verás a todas las clases sociales. Vienen a observarse, a medirse y a ver las respectivas distancias que hay entre cada una, para asaltarse. El caso es subir al escalón inmediato. Verás muchas familias elegantes que no tienen qué comer. Verás gente dominguera que es la tina crema de la cursilería, reventando por parecer otra cosa. Verás también despreocupados que visten con seis modas de atraso. Verás hasta las patronas de huéspedes disfrazadas de personas, y las costureras queriendo pasar por señoritas. Todos se codean y se toleran todos, porque reina la igualdad. No hay ya envidia de nombres ilustres, sino de comodidades. Como cada cual tiene ganas rabiosas de alcanzar una posición superior, principia por aparentarla. Las improvisaciones estimulan el apetito. Lo que no se tiene se pide, y no hay un solo número uno que no quiere elevarse a la categoría de dos. El dos se quiere hacer pasar por tres; el tres hace creer

que es cuatro; el cuatro dice: «Si yo soy cinco», y así sucesivamente.

—Ya se van los coches—dijo Isidora, que apenas había oído la charla de su amigo.

Era tarde. Llegaba el momento en que, cual si obedecieran a una consigna, los carruajes rompen filas y se dirigen hacia el Prado. Es tan reglamentario el paseo, que todos llegan y se van a la misma hora. Isidora notó la confusión del desfile al galope, tomándose unos a otros la delantera, escurriéndose los más osados entre el tumulto; y oía con delicia el chasquido de látigos, el *¡jeh!...* de los cocheros, y aquel profundo rumor de tanta y tanta rueda, pautando el suelo húmedo entre los crujidos de la grava. Ella habría deseado correr también. Su corazón, su espíritu, se iban con aquel oleaje. Allá lejos brillaban ya no pocas luces de gas entre el polvo del Prado. Aquella neblina que se forma con el vaho de la población, las evaporaciones del riego y el continuo barrer (de que son escobas las colas de los vestidos) se iban iluminando hasta formar una claridad fantástica, cual irradiación lumínica del suelo mismo. Viendo cómo los coches se perdían en aquel fondo, Isidora apresuró el paso.

—Vámonos por aquí—dijo Miquis, desviándola de los paseos para subir hacia el Saladero y acortar camino.

—¡Jesús!, siempre me llevas por lo más feo, por donde no se encuentran más que tíos. ¿Hay también aquí ventorrillos?

—¿Quieres que comamos juntos? Iremos a una fonda.

—No, no, no. Basta de paseos. Esto no está bien... ¡Qué se dirá de mí! Para calaverada, basta.

—¡Maldita sea la hora en que nací! —gruñó el estudiante—. ¿Dejarte ahora, separarnos?... ¿Vas a tu casa?

—Sí, hombre. ¡Qué dirán!

—¡Oh!, sí, ¡qué dirán los marqueses de Relimpio!

—No son marqueses, pero son personas honradas.

—¿Quieres ir esta noche al teatro Real?

¡El teatro Real! Otro golpe mágico en el corazón y en la mente de la sobrina del canónigo.

—Pero a eso que llamás paraíso, ¿van personas...?

—¿Personas decentes?... Lo más decente de Madrid, la flor y nata.

Como no estaba bien que ella saliese sola con Miquis por la noche, convinieron en que éste convidaría también a las niñas de Relimpio. A esto debía anteceder la presentación reglamentaria de Augusto en el domicilio de doña Laura, para lo que se acordó, tras cortas vacilaciones, una mentirijilla venial. Isidora diría que al volver a su casa desde la de su tía se había encontrado al joven, amigo íntimo, deudo y aun pariente lejano del señor canónigo. Era, no ya estudiante, sino médico hecho y derecho, y bien podía prestar servicios tan excelentes como gratuitos a una familia que no gozaba de perfecta salud.

Despidiéronse con fuertes apretones de manos, que a Miquis no le parecían nunca bastante fuertes. Isidora subió sumametne fatigada. Las de Relimpio le dijeron que había venido a visitarla un caballero de muy buen porte. Entró la joven en su cuarto, donde la esperaba una gratísima sorpresa. Sobre la cómoda había una tarjeta con el pico doblado.

CAPITULO V

UNA TARJETA

El corazón quería salírsele del pecho al ver los bonitos caracteres, que decían: *El marqués viudo de Saldeoro.*

Largo rato estuvo perpleja, la cartulina en la mano, sin apartar los ojos del sortilegio que, sin duda, contenían las letras negras del nombre y las pequeñitas de las señas: *Jorge Juan, 13.* Las emociones varias que se sucedieron en Isidora, las cosas que pensó en rápido giro de la mente, no son para contadas. Todo se resolvió en alegría, de la que se derivaban, como de rico manantial, diversas corrientes de sentimientos expansivos: a saber: un profundo agradecimiento al distinguido caballero que la visitaba, y un deseo vivo de que llegase pronto, muy pronto, lo más pronto posible, el día siguiente.

Su buen tío había escrito a dos principales señores de Madrid, hijo y padre, para que la ampararan, defendieran y aconsejaran en el grave negocio de reclamar su posición y herencia. ¡Cosa extraña y digna de gratitud! Una de

las personas a quienes venía recomendada, el hijo, el marqués de Saldeoro, de cuya gallardía y proezas galantes habían llegado noticias al mismo Tomelloso, no esperaba a ser visitado por ella, sino que, dando una prueba más de su acatamiento al bello sexo, apresurábase a visitarla en tan humilde morada...

Y como la impresionable joven, cuando se entretenía en ver las cosas por su faz risueña y en hacer combinaciones felices llegaba a límites incalculables, empezó a ver llano y expedito el camino que antes le pareciera dificultoso; pensó que se le abrirían voluntariamente las puertas que creyó cerradas, y que todo iba bien, perfectamente bien. Usando entonces de aquella propiedad suya que ya conocemos, dió realidad en su mente al marqués de Saldeoro, favorito de las damas, según decían lenguas mil; le tuvo delante, le oyó hablar agradecida, le preguntó ruborizada; construyó, si así puede decirse, con material de presunciones y elementos fantásticos, la visita personal que al siguiente día no podía menos de realizarse.

Consecuencias precisas de esta febril concomitancia con un personaje a quien adornado suponía de seductoras cualidades, fueron un desdén muy vivo hacia el pobre Miquis y una vergüenza de las escenas de aquel día. El paseo con el estudiante, la escena del ventorrillo, la vil tortilla cebolluna, las naranjas comidas en campo raso, las confianzas, las carreritas, se reprodujeron en su imaginación como un sabor amargo y malsano, haciendo salir el rubor a su semblante. Habían sido aquellas aventurillas tan contrarias a su dignidad y a su posición futura, que diera cualquier cosa porque no hubieran pasado.

Tan metida en sí misma estaba con estos bochornos y aquellas alegrías, que apenas comió. Como recordara en la mesa que debía hablar algo de Augusto para preparar su presentación, dijo que era un estudiante pobre, un buen chico, hijo de labradores, algo tocado de la cabeza, más músico que médico y más médico que fino. Cuando Augusto llegó, negóse Isidora a ir al teatro, porque le había dado jaqueca. Emilia y Leonor no quisieron ir tampoco, y el buen estudiante quedó en la situación más desairada del mundo. Pero como era tan listo, y maravillosamente a todo se plegaba, hasta dominar las situaciones más difíciles, bien pronto cautivó a la familia con sus donaires. Doña Laura propuso jugar a la brisca; trajo don José de su cuarto una sebosa baraja, y en el comedor, bajo la pestífera llama del petróleo mal encendido, formaron el más alegre corrillo que vieron casas de huéspedes.

Huyendo de tanta vulgaridad, retiróse Isidora a su cuarto, donde se encerró.

—Ese pobre Miquis—decía—es un buen muchacho, pero tan ordinario... ¡Pobrecillo!, me da lástima de él; pero ¿qué puedo hacer? ¿Puedo hacer yo que las cosas sean de otra manera que como Dios las ha dispuesto?... Está que ni pintado para Emilia o para Leonor. Me alegraré mucho de que sea un hombre de provecho. Necesitará protección de las personas acomodadas, y en lo que de mí dependa...

Se acostó, no para dormir, sino para seguir dando vida ficticia en el horno siempre encendido de su imaginación a la visita del día siguiente y a las consecuencias de la visita. El marqués de Saldeoro entraba; ella le recibía medio muerta de emoción, le hablaba temblando; él le respondía finísimo. ¡Y qué claramente le veía! Ella rebuscaba las palabras más propias, cuidando mucho de no decir un disparate por donde se viniera a conocer que acababa de llegar de un pueblo de la Mancha. El era el más cumplido caballero del mundo... Ella se mostraba muy agradecida... El dejaría su sombrero en un sillón... Ella tendría cuidado de ver si alguna silla estaba derrengada, no fuera que en lo mejor de la visita hubiera una catástrofe... El había de dirigirle alguna galantería discreta... Ella tenía que prever todas las frases de él para prepararse y tener dispuestas ingeniosas contestaciones... ¡Cielo santo!, y aún faltaba una larga noche y la mitad de un larguísimo día para que aquel desvarío fuera realidad...

Era preciso arreglar el cuarto lo mejor posible... ¡Qué pensaría el caballero ante aquellos miserables trastos!... Isidora no podía mirar sin sentir pena las tres láminas que ornaban las paredes empapeladas de su cuarto. Aquí una vieja estampa sentimental representaba la princesa Poniantowsky en momento de recibir la noticia de la muerte de su esposo; allí el cuadro del Hambre; enfrente, dos

amantes escuálidos, desmirriados y de pie muy pequeño, él de casaca con mangas de pernil, ella con sombrero de dos pisos, se juraban fidelidad junto a un arroyo... Si doña Laura no se incomodase, Isidora arrojaría a la calle las tres laminotas... Pues ¿y la cómoda, con su cubierta de hule manchado? Más valía no verla... Pero ella se levantaría temprano y fregotearía bien la cómoda, el lavabo de tres patas y haría maravillas de orden y limpieza... Después compraría una corbata bonita... Rogaría a doña Laura que le dejase traer de la sala dos sillas de damasco con sus fundas de percal... En fin... No contenta con pensar lo que pasaría al siguiente día, pensó los sucesos del tercer día, y los del otro, y los del mes próximo, y los del año venidero, y los de dos, tres o cuatro años más.

Dejémosla mal dormida, abrazada consigo misma, a las altas horas de la noche, cuando todo ruido cesara en la casa. ¿Era aquello felicidad o martirio? Dice Miquis, y quizá dice bien, que no existiría ni siquiera el nombre de felicidad si no se hubieran dado al hombre, como se da al niño el juguete, el consuelillo de esperarla.

CAPITULO VI

¡HOMBRES!

I

Aquella buena mujer que pared por medio de la *Sanguijuelera* vivía, tenía por consorte a un rico mercader americano. Entiéndase bien que lo de rico se le aplica por ser tal su apellido (se llamaba Modesto Rico), y lo de americano por tener un establecimiento, no en las Américas que están de la otra banda del mar, sino en aquellas menos pingües y lejanas que se extienden por la Ribera llamada de Curtidores, pasan la procelosa ronda de Toledo y van a perderse entre basuras, escombros y residuos de carbón en las Pampas de la Arganzuela, cerca de donde, por fétidas bocas, arroja Madrid sobre el Manzanares lo que no necesita para nada.

Modesto Rico tenía un tingladillo de clavos usados, espuelas rotas, hebillas, cerraduras mohosas, jaulas de loros, abolladas alambreras y tinteros de cobre. Era, además, lañador y lañaba de lo lindo. Ganaba poco, y este poco se lo quitaba su afición a la horchata de cepas.

Animal más digno de desprecio y lástima no se ha visto ni verá. Una y otra vez en el curso de la semana, y principalmente los domingos y lunes, hacía sus cuentas sobre las costillas de su mujer con una vara de acebuche o simplemente con la mano, más dura que granito.

Pues de esta unión había nacido un niño, el más bonito, el más gracioso, el más esbelto, el más engañador y salado que en el barrio había. Contaba a la sazón diez años, que parecían doce, según estaba el rapaz de espigado y suelto. Su cara era fina y sonrosada; el corte de la cabeza, perfecto; los ojos, luceros; la boca de ángel, chapada a lo granuja; las mejillas, dos rosas con rocío de fango; y su frente clara, despejada y alegre, rodeada de graciosos rizos, convidaba a depositar besos mil en ella. Por estas lindezas, por la soltura de sus miembros y gallardía de su cuerpo alto y delicado, estaba más orgullosa de él su madre que si hubiera parido un príncipe. Hablaba el lenguaje de su edad, con graciosos solecismos, comiéndose medio idioma y deshuesando el otro medio. Si en el Cielo hay algún idioma o dialecto, el oír cómo le destrozan los ángeles será el mayor regocijo y entretenimiento del Padre Eterno.

Hacía grandes esfuerzos Angustias—a quien llamaban también *Paloconojos*—por poner sobre aquellas tiernas carnes ropa apropiada a la preciosa cara y al bonito cuerpo de su hijo. Su pobreza no le permitía el lujo más ansiado de su corazón. Pero allá Dios le daba a entender, con guiñapos del Rastro y otros arreglados por ella, conseguía vestirle a su placer, y se recreaba en él; mirábase en aquel espejo que era su vida y sus amores; se henchía de satisfacción oyendo los encomios que del muchacho hacían las vecinas. Para los domingos tenía un pantalón azul, más bien recortado que corto, unas botas usadas, de segunda mano, o mejor, de segundos pies, y una camisola que su madre cuidaba de planchar el sábado. Pero lo más lindo era una chaquetilla de felpa roja, tan raída como bien ajustada, sobre la cual liaba Angustias una faja hecha de dos o tres cintas de colores perfectamente cosidas, con lo que el muchacho parecía un sol, más que un príncipe, algo de sobrenatural en belleza y gallardía, como un Niño

Jesús vestido de torero. Desde que apareció por primera vez en la calle de Moratines, le pusieron por apodo el *Majito,* y así se llamó toda su vida. Su nombre era Rafael. Decían los vecinos que todas aquellas galas habían sido de niños muertos y de despojos allegados, sabe Dios cómo, del oscuro borde de la tumba. No nos corresponde aclarar esto, y tuvieran o no razón las murmuradoras, ello es que el *Majito* estaba majísimo con aquellos arreos.

Lo que vamos a contar pasó en un domingo. El *Majito* salió brincando de su casa para ir a enredar a las ajenas. Miróle salir gozosa *Paloconojos;* mas no era fácil que el regocijo se pintase en su cara, por tenerla casi toda cubierta con un pañuelo, a causa del dolor de muelas y de la hinchazón que estaba sufriendo aquel día. Y aun así no faltaban alrededor de su frente las sortijillas pegadas con tragacanto, ni la canastilla y peines. Era la carátula más grotesca que imaginarse puede, pues uno de los lados de su rostro parecía calabaza, y era tal el peso, que no separaba de aquella parte la mano.

El *Majito* se metió de un salto en la tienda de la *Sanguijuelera.* Esta solía mimarle y le obsequiaba unas veces con piñones y otras con azotes.

—Hola, lagartijilla, ¿ya estás aquí?... No enredes en la tienda, porque vas a cobrar.

—¿Y *Pecado?*

—En el taller... Dios le tenga allá...

Aquel día, aunque era festivo, el soguero tenía trabajo hasta las doce. No había querido ir Mariano; pero su severa tía le cogió por una oreja, y... ¡Valiente holgazán!

—¿Y *Pecado?*—volvió a preguntar el *Majito.*

—Te digo que está en el trabajo... No te montes sobre la tinaja. Si me la rompes, vas a ver. ¡Eh, eh! No te encarames, o te vas de aquí más pronto que la vista.

—¿En dónde está *Pecado?*

Para preguntar, los sabios y los chicos. La *Sanguijuelera,* cansada de responder a la misma pregunta, le cogió con una mano los dos carrillos, estrujándoselos, con lo que la boca de *Majito* resultó como una guinda. Le dió un beso en ella, diciéndole:

—¡Qué pesado eres..., y qué rebonito!

—¡Suéltame, vieja!—exclamó Rafael, limpiándose la cara.

—Eso es, frótate, bobo... Y me has llenado de babas.

—¿Y *Pecado?*

—¡Toma *Pecado!*

Y le arreó dos nalgadas. Como un jilguero saltó el *Majito,* y de un brinco se puso en el pasillo, y de otro brinco, en el patio interior, y con un tercer brinco se metió en el aposento donde Encarnación vivía, el cual no era notable por su desahogo ni por sus claridades. Difícilmente se podría determinar, sin tener costumbre de andar dentro de tal laberinto, lo que allí había; pero el *Majito,* que conocía el local como un ratón conoce las entradas y salidas de la casa que habita, subió a eminencias que parecían camas; descendió a negros abismos que parecían arcones abiertos; trepó por las gastadas graderías de un estante viejo; se arrastró por suelos polvorientos; metió su brazo por tortuosas grietas formadas de informes bultos arrimados a la pared. Sin duda, buscaba algo. Su flexible cuerpecillo se escurría y deslizaba en silencio de hueco en hueco, hasta que, al fin, apoyado en un cofre, dió una voltereta, agitando las patitas en el aire, y se sumergió como el nadador en persecución de la perla.

Era un rincón oscuro, polvoroso, lleno de cachivaches, antes apreciables al tacto que a la vista, objetos de cartón, de cuero, de metal, algo como mochilas, bayonetas, cartucheras, trozos de arreos militares, desechados por inútiles en la liquidación de un bazar de juguetes. El *Majito* miró y se estuvo quieto, atento. Sus ratoniles ojos veían en la oscuridad aquel montón de cosas. Era un cuadro en las profundidades del mar, con ansiedad de buzo y resplandor de mariscos entre el lívido verdor del agua. Las arañas se paseaban sobre los objetos, pero Rafael no les tenía miedo. Las correderas entraban y salían por los intersticios, huyendo, azoradas, al ruido; pero el *Majito* tampoco les tenía miedo.

Estuvo un rato en acecho, dudoso, mirando y eligiendo. Fuerte cosa era decidir cuál objeto tomaría. Por último, decidido tiró de una brillante empuñadura y sacó un sable. Después revolvió el conjunto y vió un brillo seductor de galones. Dióle un salto el corazón de ratero y tomó lo que brillaba. Era un sombrero que

parecía escudilla, un ros de cartón, deforme, cuarteado, pero con tres tiras de papel dorado pegadas en redondo. El *Majito*, que tan poco sabía del mundo, sabía que los tres entorchados son la insignia del capitán general, y que ésta es la jerarquía más alta del Ejército. ¡Vaya usted a averiguar dónde esos diablos de chicos aprenden estas cosas!

Se puso el ros y vió que era bueno. Empuñó el sable. Era un palito pinchante amarrado a una empuñadura de metal, que en su origen parecía haber sido asa de un brasero de cobre. Había en la prenda militar una fabricación tosca, pero ingeniosa, que denotaba tanta habilidad como falta de medios. Autor y dueño de aquellos arreos era, como se habrá comprendido, el famoso *Pecado*, gran amigo de cosas de guerra, y que desde su tierna infancia se mostraba muy precoz para las artes mecánicas. El apandaba, no se sabe dónde, aunque es de presumir que fuera en sus viajes por las Américas, restos de juguetes, pedazos de hojalata, de madera, de hierro; y con un clavo viejo, una cuerda, una navaja rota y un enorme guijarro que servía de martillo y de piedra de afilar, hacía maravillas.

En cuanto al ros, justo es consignar que no vino a sus manos por causa de rapiña, sino que lo cogió en la calle, en el momento de caer de un balcón, arrojado por unos niños. Era pieza lastimosa; pero ¡cómo se trasformó en sus hábiles manos! Púsole visera, que no tenía, para lo cual le bastó media suela de una zapatilla; lo moldeó y le dió forma, que casi había perdido; adornólo con una vistosa placa, que sacó de la chapa circular de un botecillo de betún, y, por último, con ciertos tirajos de papel dorado, sutilmente desprendidos de una caja de mazapán, le puso sus tres entorchados. ¡Muy bien! ¡Así se hacen las cosas! El ros tuvo en sus orígenes plata y oro, insignias de comandante. *Pecado* le hizo ganar de un salto la mayor jerarquía militar con una prontitud que envidiaría la misma *Gaceta*..., ¡hola!

Dejemos a *Majito* con el ros encasquetado, el sable en la derecha mano, en actitud tan belicosa, que si le viera el sultán de Marruecos convocara a toda su gente a la guerra santa. Con la mano siniestra se limpió el polvo y las telarañas que no querían desprenderse de la felpa de su chaqueta, y, dando después tres o cuatro brincos, se puso en la calle, gritando con todo el vigor de su pecho infantil: «¡Soy *Plim!*»

¡Ser Prim! ¡Ilusión de los hijos del pueblo en los primeros albores de la ambición, cuando los instintos de gloria comienzan a despuntar en el alma, entre el torpe balbucir de la lengua y el retoñar, casi insensible, de las pasiones! Esta ilusión, que era entonces común en las turbas infantiles, a pesar de la reciente trágica muerte del héroe, se va extinguiendo ya conforme se desvanece aquella enérgica figura. Pero aún hoy persiste algo de tan bella ilusión; aún se ven zamacucos de cinco años, con un palo al hombro y una gorra de papel en la cabeza, que quieren ser Prim o ser O'Donnell. ¡Lástima grande que esto se acabe, y que los chicos que juegan al valor no puedan invocar otros nombres que los gárrulos motes de los toreros!

—Ya lo hicimos—dijo Encarnación, mirando al *Majito*—. Apandó los chirimbolos, y cuando el otro venga tendremos la de no te menees.

El *Majito* se dejó ir con grave paso por la calle de Moratines abajo. Era el día ventoso, frío y seco, hijo maldito de la maldítísima primavera de Madrid. La pluma del ros del *Majito*—porque una pluma de pavo tenía—se torcía con la fuerza del viento. La cola de las gallinas que andaban por la calle se doblaba también, obligándolas a dar tumbos entre el fango. Todo lo que colgaba de las paredes: ropa, trapos, sogas, se ponía horizontal; balanceábanse las bacías de cobre colgadas en la puerta del barbero; las faldas de las mujeres se arremolinaban; se rompían las vidrieras; los hombres se iban sujetando con la mano sus gorras y sombreros, los curas apenas podían andar; todo lo flotante tendía a tomar la horizontal, y en medio de esta desolación relativa, el *Majito* avanzaba tieso y altanero, como hombre supinamente convencido de la importancia de sus funciones.

En la calle de Ercilla tenía ya un séquito de seis muchachos; en la del Labrador ya se le había incorporado una partida de diecisiete, entre hembras y varones, siendo las primeras, ¡cosa extraña!, las que más bulla metían. Los tres chicos del capataz de la fundición de hierro salieron batiendo marcha sobre una plancha de latón, y pronto se agre-

garon a ellos, para aumentar tan dulce orquesta, los dos del tendero, tañendo esas delicadas sonatas de Navidad que consisten en descargar golpes a compás sobre una lata de petróleo. Eran estos enemigos del género humano pequeñuelos y sucios. Calzaban botas indescifrables, pues no se podía decir a ciencia cierta dónde acababa la piel y empezaba el cordobán. Estaban galoneados de lodo desde la cabeza a los pies. Si la basura fuera una condecoración, los nombres de aquellos caballeritos se cogerían toda la *Guía de forasteros.*

Al desembocar el ya crecido ejército en la plaza de las Peñuelas, centro del barrio, agregóse una chiquillería formidable. Eran los dos nietos de la *Tía Gordita,* los cuatro hijos de Ponce el buñolero, las del sacamuelas y otros muchos. Mayor variedad de aspecto y de fachas en la unidad de la inocencia picaresca no se ha visto jamás. Había caras lívidas y rostros siniestros entre la muchedumbre de semblantes alegres. El raquitismo heredado marcaba con su sello amarillo multitud de cabezas, inscribiendo la predestinación del crimen. Los cráneos achatados, los pómulos cubiertos de granulaciones y el pelo ralo ponían una máscara de antipatía sobre las siempre interesantes facciones de la niñez. En un momento se vió a la partida proveerse de palos de escoba, cañas, varas, con esa rapidez puramente española, que no es otra cosa que el instinto de armarse; y, sin saber cómo, surgieron picudos gorros de papel con flotantes cenefas que arrebataba el viento, y aparecieron distintivos varios, hechos al arbitrio de cada uno. Era una página de la historia contemporánea, puesta en aleluyas en un olvidado rincón de la capital. Fueran los niños hombres y las calles provincias, y la aleluya habría sido una página seria, demasiado seria. Y era digno de verse cómo se coordinaba poco a poco el menudo ejército; cómo, sin prodigar órdenes, se formaban columnas; cómo se eliminaba a las hembras, aunque alguna hubo tan machorra que defendió a pescozones su puesto y jerarquía.

Crecía el estrépito, engrosaban las haces. ¿De dónde había salido toda aquella gente? Eran la discordia del porvenir, una parte crecida de la España futura, tal que si no le quitaran el sarampión, las viruelas, las fiebres y el raquitismo, nos daría una estadística considerable dentro de pocos años. Eran la alegría y el estorbo del barrio, estímulo y apuro de sus padres, desertores más bien que alumnos de la escuela, un plante de que saldrían quizá hombres de provecho y, sin duda, vagos y criminales. De su edad respectiva poco puede decirse. Eran niños, y tenían la fisonomía común a todos los niños, la cual, como la de los pájaros, no determina bien los años de vida. La variedad de estaturas más bien indicaba los grados de robustez o cacoquimia que los años transcurridos desde que vinieron al mundo. El mal comer y el peor vestir pasaba sobre todos un triste nivel. Algunos llevaban entre sus labios, a modo de cigarro, un caramelo largo, de esos que parecen cilindro de vidrio encarnado, y con un fácil movimiento de succión lo hacían entrar en la boca o salir de ella, repitiendo este gracioso mete y saca con presteza increíble.

El militar paseo tenía por música, además del estruendo de las latas, el reír inmenso de la bandada, el pío pío mezclado de voces prematuramente roncas, y salpicado de esos dicharachos que, al ser escupidos de la boca de un niño, nos recuerdan al feo abejón cuando sale zumbando del cáliz de la azucena. Había en las filas renacuajos de dos pies de alto, con las patas en curva y la cara mocosa, que blasfemaban como carreteros; había quien, mudando los dientes, escupía por el colmillo; había quien llevaba una colilla de cigarro detrás de la oreja y una caja de fósforos en un hueco, que no bolsillo de la ropa. Había piernas blancas desnudas asomándose a las ventanas de un pantalón que a pedazos se caía; había zancas negras, esbeltas cinturas, ceñidas por sucia cuerda o por tirajo informe; chaquetones que fueron de abuelos, y calzones que fueron mangas; blusas que aún se acordaban de haber sido chalecos; gorras peludas que fueron, ¡ay!, manguito de elegantes damas. Pero la animación principal de aquel cuadro era un centellear de ojos y un relampaguear de alegrías divertidísimo. Con aquel lenguaje mudo decía claramente el infantil ejército: «¡Ya somos hombres!» ¡Cuántas pupilas negras brillaban en el enjambre con destellos de genio y chispazos de iniciativa! ¡En cuántas actitudes se observaban pinitos de fiereza! ¡Allí la envidia, aquí la generosidad, no

lejos el mando, más allá el servilismo, claros embriones de egoísmo en todas partes! En aquel murmullo se concentraban los chillidos para decir: «Somos granujas; no somos aún la Humanidad, pero sí un croquis de ella. España, somos tus polluelos, y, cansados de jugar a los toros, jugamos a la guerra civil.»

II

Llegaron a la vía férrea de circunvalación que corta el barrio, sin valla, sin resguardo alguno. La miseria se familiariza con el peligro como con un pariente. Sintieron silbar la máquina, y los condenados se pusieron a bailar sobre los carriles, desafiando al tren mugidor que venía. Lo azuzaban, lo escarnecían, hasta que apareció la locomotora en la curva, y al verla cerca se dispersaron como bandada de gorriones. El tren de mercancías pasó, enorme, pesado, haciendo temblar la tierra, y ellos, a un lado y otro de la vía, lo saludaban con espantosa rechifla, lo amenazaban con puños y palos, lo trataban de tú, remedaban con insolente escarnio los bufidos de la máquina, el desengonzado movimiento de las bielas, y, por último, pusieron al guardafreno como hoja de perejil. El tren les hacía tanto caso como a una nube de mosquitos, y desapareció, dejando atrás su humo y su ruido.

Volvióse a ordenar la hueste y siguieron marchando, con el *Majito* a la cabeza. ¡Ah! Todavía mandaba. Goza, goza del brillo de tu alta posición, que tiempo vendrá en que las grandezas se humillen y las altas torres se desplomen. Avanzaban por la planicie que se extiende entre el hospital del Niño Jesús y los collados áridos que rodean el barranco. Allí no hay casas todavía, es decir, no hay miseria. ¿Quién diréis que salió a recibirlos? Pues un pavo que habitaba en muladar próximo, y que todas las mañanas se paseaba solo por el llano, con la gravedad enfática que tanta semejanza le da con ciertos personajes. El pavo los miró; ellos lo miraron y se detuvieron. Hizo él la rueda y les echó una arenga, es decir, que después de soltar dos o tres estornudos, que son la interjección natural del pavo, les soltó esa carcajada que parece ladrido. Los chicos se echaron a reír en inmenso coro, y el animal volvió a hacer la rueda y a echarles otra arenga, diciéndoles: «Amados compatricios míos...», con el cuello rojo cual la esencia del bermellón, el moco tieso, las carúnculas inyectadas como un orador herpético. Más gritaban ellos, más gargajeaba él. A cada voz respondía con sus estornudos y su carcajada. Parecían aclamaciones a la patria, *vivas* contestados con *hurras*. Después dió media vuelta y marchó delante. Era esa caricatura militar de antaño que se llamaba tambor mayor. El viento le despeinaba las plumas, y al arrastrar las alas y dar el estornudo, era el puro emblema de la vanidad. No le faltaban más que las cruces, la palabra y la edad provecta para ser quien yo me sé.

Había llegado el momento en que la partida necesitaba hacer algo para justificar su existencia. ¿Qué haría? ¿Una simple fiesta militar, o dividirse en dos bandos para batirse en toda regla? El susurro y la confusión indicaban que la falange se hacía a sí misma aquella pregunta. Bien pronto nadie se entendía allí. La discordia descompuso las filas, y todo eran empujones, codazos, gritos. No había uno que no quisiera ser Prim, incluso el renacuajo de las patas corvas. Pues que, ¿el *Majito* no había mandado ya bastante? Hasta el pavo, con aquella carcajada que parecía un vómito de sonidos, exclamaba: «¡Abaa... jojojo el *Majito!*»

—Mia éste—dijo uno de los chicos del carbonero, atacando al general en jefe con el codo, así como los pollos embisten con el ala—. Dice que me ponga detrás... Si no te callas, puñales, te pego la bofetá del siglo.

—Pega, hombre, pega—chilló Rafael, preparándose a recibirle, animoso, imponente, con el puño cerrado, y presentando también el codo y antebrazo como un escudo—. Vamos, hombre...

—No vus perdáis, muchachos; no vus perdáis—dijo, en tono conciliador, el del herrero, interponiéndose.

—Ponte atrás, ¡coles!—gritó el *Majito*—. ¡Qué coles! Si no te pones atrás, verás...

—Que no me da la gana, hombre...

—Achúchale, achúchale—dijeron algunos que querían ver reñir al *Majito* con el hijo del carbonero.

—No vus perdáis, muchachos—volvió a decir el otro, sin soltar de la boca sucia el caramelo largo.

—¡Que le achuche, que le achuche! —graznaron varios, arremolinándose.

El *Majito* y *Colilla,* que así se llamaba el del carbonero, se sacudieron el primer golpe en los hombros.

—¡Leña!

—¡Atiza!

A los primeros golpes cayó a tierra el ros. Más pronto que la vista lo cogió Gaspar—el de las patas corvas—, se lo puso y echó a correr hacia abajo, en dirección a las Yeserías. Allí le detuvieron dos muchachos que subían del río; le quitaron la codiciada prenda, y uno de ellos se la puso. Miróse en un charco verdoso y estalló en risa. En tanto, la refriega había cesado, y el *Majito,* con la cara soplada, los ojos encendidos, el corazón hirviendo de rabia, se había subido a una colina de las inmediatas al barranco, y desde allí gritaba que iba a matar a uno y a reventar a seis si no le devolvían su sombrero.

Los que subían del río eran como de doce años, descalzos, negros, vestidos de harapos. El uno traía una espuerta de arena. Los dos mostraban grandes manojos de una hierba que se cría en aquellas praderas. Es una liliácea, que algunos llaman matacandil y otros jacinto silvestre o cebolla de lagarto. Tiene un tallo o tuetanillo que se chupa, ¡y es dulce!

—¡Matacandiles!—chillaron muchos, arrojando las armas y saliendo a recibir a los dos individuos, conocidos en la república de las picardías con los nombres de *Zarapicos* y *Gonzalete.*

—¿A cómo?—preguntó una voz.

—A cinco.

—¡Qué coles!..., a cuatro.

—¡A cinco! El que no dé cinco no chupa.

—Maldita sea tu madre..., ¡a cuatro!

Y empezó un regatear febril, una disputa de contratación que retrasaba las ventas. Pero ¿qué se vendía y qué se compraba allí? Los matacandiles, que en las tardes de primavera dan materia a un animado comercio infantil, ¿se cambiaban por dinero? No, porque la escasez de numerario lo vedaba. Sin embargo, no puede decirse que no fuera metálico el segundo término del cambio, porque los matacandiles se cambiaban por alfileres.

Zarapicos y *Gonzalete* eran comerciantes. No daban un paso por aquellos muladares habitados, ni aun por las calles de Madrid, sin que sacaran de él alguna ganancia. ¡Bien por los hombres guapos! Vivían de sus obras y de sus manos; su casa era la capital de España, ancha y ventilada; su lecho, el quicio de una puerta o cualquier rincón de casa de dormir; su vestido, una serie de agujeros pegados unos a otros por medio de jirones de tela; su sombrero, el aire y el sol; sus zapatos, los adoquines y baldosas de las calles. No eran hermanos: eran amigos. Habían llegado cada uno a Madrid por distinta vía y puerta: *Zarapicos,* por el Norte; *Gonzalete,* por el Sur. Tenían padres; pero ya no se acordaban de ellos. Vinieron pidiendo limosna. Después habían visto que Madrid es un campo inmenso para la actividad humana, y a la limosna habían unido otras industrias.

Zarapicos fué durante algún tiempo lazarillo de un ciego; *Gonzalete* sirvió a una mujer que, al pedir en la puerta de la iglesia, le presentaba como hijo. Uno y otro se cansaron de aquella vida mercenaria y poco independiente, y, ansiosos de libertad, se lanzaron a trabajar por su cuenta. Entonces se conocieron, y entablaron cariñosa amistad. Ambos aspiraban a vender *La Correspondencia* o *El Imparcial;* pero, ¡ay!, ciertas posiciones, por humildes que parezcan, no están al alcance de todos los individuos. Eran demasiado granujas todavía, demasiado novatos, demasiado pobres, y no tenían capital para garantizar las primeras manos. Uno de ellos logró vender *El Cencerro* los lunes; otro merodeaba contraseñas en las puertas de los teatros. Eran dos millonarios en capullo. *Zarapicos* decía a *Gonzalete:* «Verás, verás cómo semus cualquier cosa.»

Antes de llegar a las altas posiciones comerciales tenían que pasar por humillante aprendizaje y penoso noviciado. ¡Recoger colillas! Ved aquí un empleo bastante pingüe. Pero tal comercio tiene algo de trabajo, y exige recorrer ciertas calles, instalarse en las puertas de los cafés, consagrarse al negocio con cierta formalidad. Eran niños, necesitaban juego, como el pez necesita agua, y así, por las tardes, se iban al río a recoger matacandiles. Allí se presentaba, inopinadamente, algún bonito recreo, tal como cortar la cuerda de una cabra que estuviera atada en los bardales, y a veces se presentaban buenos negocios. Ocurría con frecuencia el caso de tropezar con una herradura en la carretera del Sur, y ¡cuántas veces, junto a las fábricas, po-

dían recogerse pedazos de lingote, clavos y otras menudencias que, reunidas, se vendían en el Rastro! Con estas cosillas resultaba que, tanto *Zarapicos* como *Gonzalete,* pudieran tocarse el titulado pantalón para sentir sonar algo como retintín de un cuarto dando contra otro. Eran ricos; pero no gastaban un ochavo en comer. Dos veces al día, la guarnición de Palacio da a los chicos las sobras del rancho, a trueque de que éstos los laven los platos de latón. Esta sopa boba, a la cual los granujas llaman *piri,* atrae a mucha gente menuda a los alrededores del cuerpo de guardia, y se la disputan a coscorrones.

Después de bien llena la panza, nuestros dos amigos bajaban hacia el río. Si tenían ganas de trabajar, ayudaban a las lavanderas a subir la ropa, si no, tiraban hacia las Yeserías. Aquel día cogieron tantos matacandiles, que apenas podían llevarlos. Por la mucha abundancia, *Zarapicos* fijó en cinco alfileres el precio de la docena de matacandiles. Hubo temporada en que se cotizaron a diez y once, manteniéndose firme este precio durante toda una semana.

Lo mismo *Zarapicos* que *Gonzalete* tenían las solapas de sus deformes chaquetas llenas de alfileres, tan bien clavados, que sólo asomaban la cabeza. El borde de la tosca tela parecía claveteado como un mueble... Las transacciones empezaron en seguida. Unos daban tallos, los otros chupaban y pagaban. Muchos tenían repuesto de alfileres; otros corrían a sus casas, encontraban a sus madres peinándose al sol, en las puertas de las casas, y les quitaban la moneda o se la robaban.

En tanto, el *Majito,* desde la cumbre de una eminencia formada por escombros, increpaba a la muchedumbre infantil de abajo, diciendo que iba a reventar a patadas a todos y cada uno si no le devolvían su sombrero. ¡Qué vergüenza! *Zarapicos* lo tenía puesto, y estaba tan contento de su adquisición, que amenazó al *Majito* con subir y sacarle las tripas si no se callaba. Con el viento y la bulla que el pavo metía, apenas se sentían las chillones voces provocativas. El *Majito,* cansado de parlamentar sin fruto ni resultado alguno, lanzó una piedra en medio de la turba de comerciantes. Al voltear, haciendo honda de su elástico brazo, parecía un gallito de veleta, obedeciendo más al viento que al coraje, *Gonzalete,* al recibir la piedra en un hombro, gritó:

—¡Repuñales! ¡Maldita sea tu sangre!

Entonces *Zarapicos* tiró al *Majito;* la piedra silbó en el aire y no hirió al muchacho, que al punto disparó la segunda suya. Instantáneamente, sin que se dieran órdenes ni se concertara cosa alguna, generalizóse la pelea. Muchos se pasaron al bando del *Majito,* sin darse la razón de ello; otros permanecieron abajo, y todos tiraban, soldados bravos, saliendo a la primera fila y desafiando el proyectil que venía. Bajarse, elegir el guijarro, cogerlo, hacer el molinete con el brazo y lanzarlo, eran movimientos que se hacían con una celeridad inconcebible.

Para que no les viera la gente mayor del barrio ni los de Orden Público, se corrieron al barranco de Embajadores, lugar oculto y lúgubre. Ninguna orden se dió entre ellos para este hábil movimiento, nacido, como la batalla misma, de un superior instinto. El *Majito* y los suyos ocupaban la altura. El *Zarapicos* y su mesnada, el llano. Piedra va, piedra viene, empezaron las abolladuras de nariz, las hinchazones de carrillos y los chichones como puños. Mientras mayor era el estrago, mayor el denuedo: «¡Leña! ¡Atiza! ¡Dale!» ¡Qué ardientes gritos de guerra! Ni las moscas se atrevían a pasar por el espacio en que se cruzaban las voladoras piedras. Una de éstas alcanzó a una mujer y la detuvo en su camino, obligándola a retirarse con la mano en un ojo. Muchos chiquillos se retiraron también berraqueando, porque el dolor les enfriaba los ánimos, dando al traste en un punto con todo su coraje.

El barranco de Embajadores, que baja del Salitre, es hoy, en su primera zona, una calle decente. Atraviesa la Ronda y se convierte en despeñadero, rodeado de casuchas que parecen hechas con amasada ceniza. Después no es otra cosa que una sucesión de muladares, forma intermedia entre la vivienda y la cloaca. Chozas, tinglados, construcciones que, juntamente, imitan el palomar y la pocilga, tienen su cimiento en el lado de la pendiente. Allí se ven paredes hechas con la muestra de una tienda o el encerado negro de una clase de Matemáticas; techos de latas claveteadas; puertas que fueron portezuelas de ómnibus, y

vidrieras sin vidrios de antiquísimos balcones. Todo es allí vejez, polilla; todo está a punto de desquiciarse y caer. Es una ciudad movediza compuesta de ruinas. Al fin de aquella barriada está lo que queda de la antigua Arganzuela: un llano irregular, limitado de la parte de Madrid por lavaderos, y de la parte del campo, por el arroyo propiamente dicho. Este precipita sus aguas blanquecinas entre collados de tierra que parecen montones de escombros y vertederos de derribos.

La línea de circunvalación atraviesa esta soledad. Parte del suelo es lugar estratégico, lleno de hoyos, eminencias, escondites y burladeros, por lo que se presta al juego de los chicos y al crimen de los hombres. Aunque abierto por todos lados, es un sitio escondido. Desde él se ven las altas chimeneas y los ventrudos gasómetros de la fábrica cercana; pero apenas se ve a Madrid. Hay un recodo matizado de verde por dos o tres huertecillas de coles, el cual sirve de unión entre la plaza de las Peñuelas y la Arganzuela. En este recodo, el transeúnte cree encontrarse lejos de toda vivienda humana. Sólo hay allí una choza guardada por un perro, dentro de la cual un individuo, al modo de gitano, cuida los plantíos de coles.

Pues bien: por este paso, que se llama la Casa Blanca, los valientes muchachos se corrieron desde las Peñuelas a la Arganzuela, lugar que ni hecho de encargo fuera mejor para descalabrarse a toda satisfacción.

¡Zas, zas! Iban y venían los pedruscos del campo del *Majito* al campo del *Zarapicos*, y viceversa. Ocupaba el primero, como hábil capitán, las alturas sinuosas, y los desalmados del bando contrario se dispersaban por el llano, al borde de los charcos verdosos. Habíalos seguido el pavo, y, colocándose en lugar seguro, de donde dominar pudiera la perspectiva del campo de batalla, los animaba con sus guerreros toques a degüello. Más enfurecidos ellos cuanto mayor era el número de los que se retiraban contusos, se atacaban con creciente furor. Estaban rojos. Sus brazos, al parecer descoyuntados, elásticos, flexibles como una banda de cuero, funcionaban con aterradora prontitud. Ni *Zarapicos* se acordaba ya de los matacandiles, ni *Gonzalete* de los alfileres. Morir matando era su ilusión. Estaban ebrios, y los más intrépidos se reían de los pucheros de los desanimados...

De improviso hubo entre los combatientes de uno y otro ejército un movimiento de sorpresa. Oyóse una voz, dos, veinte, que dijeron: *¡Pecado!*, y cien ojos se volvieron hacia el barranco. Por él venía, descendiendo a saltos, un muchacho fornido, rechoncho, tan mal vestido como los demás, el cual a cada paso lanzaba una interjección y amenazaba con el puño. Era el gallito del barrio, el perdonavidas de la partida, capitán de gorriones, bandolero mayor de aquellos reinos de la granujería, angelón respetado y temido por su fuerza casi varonil, por su descaro, por su destreza en artes guerreras y de juego. Así, no hubo en el cotarro uno solo que no temblara al oírle gritar:

—¡Estarvus quietos!... ¡Vus voy a reventar!...

III

Detuviéronse las manos ardientes que empuñaban la piedra, y todos le miraron. Fundábase la superioridad de *Pecado* en la fuerza, de donde venía la justicia, es decir, que solía dirimir contiendas de chicos, unas veces a trompada limpia y otras con atinadas y comedidas razones, aunque todo hace creer que el primer argumento era el que con más frecuencia usaba.

—¿Por qué vos zurráis?—preguntó, ceñudo, tremendo.

El *Majito* había salido a su encuentro. *Pecado* era para él más que un amigo: un protector, un maestro amado. Al verle, todo aquel valor homérico de que dió pruebas en la altura, se trocó en llanto de desconsuelo, cosa natural en chicos, cuya rabia se deshiela en lágrimas, y haciendo pucheros, que desfiguraban su hermosura, exclamó:

—Picos..., mi sombrero... Yo soy *Plim*.

En vez de llorar, el desvergonzado *Zarapicos* se echó a reír como un sátiro. Con inflamados ojos miró *Pecado* su querido ros en la cabeza de aquel monstruo de la rapacidad, y, poniéndose los brazos en jarra, habló así:

—¿Sabes lo que te digo?..., que si no sueltas el ros te reviento a patás.

—¡Ladrón!—chilló el *Majito*, sintién-

dose otra vez más valiente por la presencia de Mariano.

Al oírse llamar con nombre tan infamante, *Zarapitos,* que era un rapaz honrado, aunque pobre, no pudo contener el ímpetu de su ira, y, echando la mano al cuello del insolente *Majito,* lo derribó en tierra, diciendo:

—¡Figuerero!..., ¡coles! ¡Te deslomo!

Pero el *Majito* supo reponerse, sacudirse, levantarse, y, una vez en pie, sus manos alzaron un canto tan grande como medio adoquín.

—Suéltalo—le dijo prontamente *Pecado* con voz y gesto de prudencia.

El *Majito* soltó la piedra, refunfuñando feroces amenazas de asesinato. Volviéndose a los desvergonzados comerciantes, *Pecado* les dijo con imperioso ademán, en que había tanta energía como orgullo:

—Dirvos.

—No nos da la gana.

—Dirvos, digo..., y venga mi sombrero.

—Miale, miale... ¿Te quieres callar? El sombrero es mío.

Al oír *Pecado* una afirmación tan contraria a los sagrados derechos de propiedad, no se pudo contener más. Huyó de su corazón la generosidad, de su espíritu la prudencia, y arremetió a *Zarapicos* con tal empuje, que éste dió algunos pasos atrás, y habría caído en tierra si no fuera también un muchachote robusto. Lucharon, ¡ay!, con varonil fiereza. Las bofetadas se sucedían a las bofetadas, los porrazos a los porrazos. De cada golpe se inflaba un carrillo. Trabados al fin de manos y brazos, cayeron rodando. *Zarapitos* debajo, *Pecado* encima. *Pecado* vencía, y machacó sobre su víctima con ferocidad. El niño rabioso supera en barbarie al hombre. ¿Habéis visto reñir a dos pájaros? El tigre es un animal blando al lado de ellos.

Bien molido estaba *Zarapicos,* cuando acercó a coger entre sus dientes un dedo de *Pecado.* ¡Oh! ¡Con qué inefable delicia apretó las quijadas! Mariano dió agudísimo grito, y saltó como gallo herido. El otro se levantó. Su rostro era un conjunto de dolor, de vergüenza, totalmente embadurnado de fango y lágrimas. Al mismo tiempo reía y lloraba. *Pecado* se cegó; no veía nada; llevó la mano a la cuerda que sujetaba sus calzones a la cintura. La última injuria que cambiaron fué referente a sus respectivas madres. Cuando nada inmundo les queda por decir, arrojan aquel postrer salivazo de ignominia sobre la cuna que poco antes le ha mecido.

—Tu madre es una *acá* y una *allá.*

—Tu madre es esto o lo otro.

Pecado no dijo ni oyó más; sacó de la cintura una navajilla, cortaplumas o cosa parecida, un pedazo de acero que hasta entonces había sido juguete, y con él atacó a *Zarapicos.* Del golpe, el infeliz chiquillo cayó seco.

¡Hombres ya!

Silencio terrorífico. Los muchachos todos se quedaron yertos de miedo. Al principio no comprendían la realidad abominable del hecho. Cuando la comprendieron, los unos echaron a correr, llevados de un compasivo horror; los otros rompieron a llorar con ese clamor intenso, sonoro, dolorido, que indica en ellos la intuición de las grandes desdichas.

Aquello no era una travesura; era algo más. Aquello de que estaba manchado *Zarapicos* no era el almagre de que se pintaban alguna vez para jugar: era sangre, ¡sangre! *Zarapicos* no jugaba al muerto; no hacía gestos para hacer reír a sus compañeros; no decía, con voz doliente: «¡Madre!», para representar una comedia; era que se moría realmente... Temblando, pálido y siniestro, con los ojos secos, sin tener clara idea de su acción, *Pecado* arrojó el arma que había sido juguete. El instinto le mandaba huir, y huyó.

Alborotóse en un instante el barrio de las Peñuelas. Salieron todas las mujeres a la calle, gritando, algunas con el cabello a medio peinar. Los hombres corrían también. La Guardia Civil, que tiene su puesto en la calle del Labrador, se puso en movimiento; y hasta un señor concejal y un comisario de Beneficencia, que a la sazón paseaban por el barrio, eligiendo sitio para el emplazamiento de una escuela, corrieron al lugar del atentado. ¡Horror y escándalo!

Las mujeres clamoreaban, alzando al cielo sus manos; los hombres gruñían; la *Sanguijuelera* misma salió de su tienda a buen paso, medio muerta de terror y vergüenza, y por todas partes no se oía sino: «*Pecado, Pecado.*»

La Arganzuela se llenó de gente. Unos corrían en busca del juez; otros decían que el juez no le encontraría vivo; los

más hablaban de llevarle a la Casa de Socorro, y todos decían: «*¡Pecado!*»

Vino corriendo el boticario con árnica y vendajes, diciendo también: «*¡Pecado!*» El concejal, seguido del comisario de Beneficencia—que, por ser hombre muy grueso, no podía seguirle aprisa—, hacía, siguiendo a la multitud, las consideraciones más sustanciosas sobre un hecho que, si bien algo extraordinario, no era nuevo en los anales de la criminalidad de Madrid.

—Van siete casos de esta naturaleza en diez años—decía el comisario de Beneficencia, harto sofocado, por ser poco compatibles su gordura y la celeridad del paso.

—Terrible es el matador hombre; pero el matador niño, ¿qué nombre merece?... Dicen que éste tiene trece años.

—¡Qué país!

—¡Pero qué país!

—En Málaga son frecuentes estos casos.

—Y en Madrid lo van siendo también.

—¡Y nos ocupamos de escuelas! ¡Presidios es lo que hace falta!

—Escuelas penitenciarias, o cárceles escolares... Es mi tema.

Cuando llegaron al sitio de la catástrofe, los dos señores, dignísimos representantes de lo más meritorio y venerable que hay en los pueblos modernos, se echaron, recíprocamente, el uno sobre el otro, estas dramáticas exclamaciones:

—¡Esto es espantoso!

—¡Esto parte el corazón!

—Escuelas, señor de Lamagorza.

—Presidios, señor don Jacinto.

—Yo digo que jardines Froebel.

—Yo digo que maestros de hierro que no usen palmeta, sino fusil Remington.

—Pero qué, ¿se lo llevan ya?

—No está muerto; pero parece grave.

—¡Golpe más bien dado!—murmuró un chulo—. Ese chico es de *buten*.

—¡Vaya, que la madre que parió tal patíbulo!—apuntó una de estas que llaman del partido.

—El asesino, el asesino, ¿dónde está?—gritó el concejal, dándose gran importancia y brujuleando en la muchedumbre con fieros ojos—. Guardias, busquen ustedes al criminal... ¡Qué país!... Pero guardias..., los del Orden Público, ¿dónde están?

Pero ya la Guardia Civil había comenzado sus pesquisas. Los chicos, que en estas cosas suelen ser más diligentes que los hombres, indicaban la dirección que siguió *Pecado* en su fuga. Las opiniones eran diversas. Unos decían que se había refugiado en la Quinta de la Esperanza; otros, que había tomado por la vía férrea adelante. Un naranjero, que con su comercio portátil de naranjas, cacahuetes y caramelos largos, se había acercado al lugar de la pelea, aseguró haber visto al matador saltar la tapia de una corraliza inmediata a las huertecillas de coles y acelgas que rodean el arroyo. Fundada era la declaración del naranjero. Acercáronse hombres y mujeres a la corraliza; unos empinándose sobre la punta de los pies, otros subiéndose a una piedra, miraron por encima de las bardas de adobes, y vieron al terrible chico tratando de esconderse en un ángulo. *Pecado* miró con receloso espanto la hilera de cabezas que en el borde de la tapia se le aparecía, y ante aquella visión de pesadilla se sintió domeñado, aunque no cobarde. Terrible coro de amenazas e injurias brotó de aquella fila de bocas, y más de cincuenta brazos se extendían rígidos por encima de la tapia. Pero el alma de *Pecado* se componía de orgullo y rebeldía. Su maldad era todavía una forma especial del valor pueril, de esa arrogancia tonta que consiste en querer ser el primero. El estado casi salvaje en que aquella arrogancia crecía trájole a tal extremo. De esta manera, un muñeco abandonado a sus instintos llega a probar el licor amargo de la maldad y a saborearlo con infernal delicia. A *Pecado* se le conquistaba fácilmente con hábiles ternuras. Era tan bruto, que el *Majito* mismo, con un poco de mimo y otro poco de esa adulación que algunos chicos manejan como nadie, le tenía por suyo. Pero de ningún modo se le conquistaba con la fuerza.

Así, cuando vió aquel cerco de semblantes fieros; cuando se vió amenazado por tantas manos e injuriado por tantas lenguas, desde la provocativa de las mujeronas hasta la severa y comedida del guardia civil; cuando notó la saña con que le perseguía la muchedumbre, en quien de una manera confusa entrevela la imagen de la sociedad ofendida, sintió que nacían serpientes mil en su pecho, se consideró menos niño, más hombre, y aun llegó a regocijarse del crimen cometido. Cosas tan tremendas como descono-

cidas para él hasta entonces: la venganza, la protesta, la rebelión, la terquedad de no reconocerse culpable, penetraron en su alma. Por breve tiempo la ocupaba el miedo y lágrimas de fuego escaldaban sus mejillas; pero pronto la ganó por entero el instinto de defensa. Entrevió, como un ideal glorioso el burlar a toda aquella gente, escapándose y aumentando el daño antes causado con otros daños mayores.

Esta era la situación moral de *Pecado* cuando el comisario de Beneficencia, llevado de un celo que nunca será encomiado bastante, se empinó como pudo sobre una piedra, y, asomando la cabeza y hombros por encima de la tapia, dirigió al criminal su autorizada y en cierto modo paternal palabra, diciendo:

—Mequetrefe, sal pronto de ahí, o verás quién soy.

¡Cuánto habría dado el criminal por que cada mirada suya fuera una saeta! Quería despedir muertes por los ojos. Cogió un ladrillo, y, apuntando a la por tantos títulos respetabilísima cabeza del apóstol de la Beneficencia oficial, lo disparó, con tan funesta puntería, que el buen señor gordo gritó: «¡Carástolis!», y estuvo a punto de caer desvanecido. Testigos respetables dicen que, en efecto, cayó.

¡Víctima ilustre, ciertamente!

¿Nos atrevemos a decir que la agresión inicua y casi sacrílega de que había sido objeto el señor comisario provocó algunas sonrisas y aun risotadas entre aquella gentuza, y que hubo quien, entre dientes, dijo que había tenido el chico la mejor sombra del mundo?... Digámoslo, sí, para eterno baldón de la clase chulesca.

Zarapicos fué llevado, en gravísimo estado, a la Casa de Socorro, y la nueva víctima pateaba y rabiaba de ira al sentir el dolor de su frente y ojo, y al verse manchada de sangre aquella mano benéfica que sólo para alivio de los menesterosos existía.

—¡Guardias, guardias, reventad a ese miserable!... ¡Vaya un monstruo!... ¡Carástolis! ¡Ay, ay! Señor Lamagorza, este truhán me ha matado... ¡Qué país!, ¡qué país!

Alguien apoyaba por allí cerca estas sentidas razones con otras igualmente enérgicas, que revelaban una indignación fulminante. Era el pavo, que avanzó, haciendo la rueda y arrastrando las alas, hacia el señor comisario herido. En tanto, *Pecado*, rápido como el pensamiento, se subió al cobertizo y se dejó caer en el arroyo por una vertical de más de cinco metros, deslizándose por la escabrosa superficie de tierra. Dieron vuelta hacia la otra parte los guardias y el público para cogerle; pero él se escurrió por el borde del arroyo, metió los pies en el agua cuando le faltó el terreno, y buscó un refugio en el agujero negro de la alcantarilla por donde aquella agua blanquecina y nada limpia desembocaba.

—Que le cojan ahora—dijo una mujer del pueblo, que después de la descalabradura del señor comisario, simpatizaba, ¡oh vilipendio!, con el criminal.

—¡Que venga la guardia de la alcantarilla!—exclamó el concejal, inflamado de coraje.

Los guardias civiles y los de Orden Público trataron de remontar el arroyo; pero venía muy crecido. Peligraba el lustre de las botas y aun las botas mismas.

—¿Quién pesca ahora a ese condenado?

—Hay una reja que no le dejará internarse. Ha de estar a cuatro o cinco varas de la boca.

Miraban todos y no lo veían. Un guarda civil arriesgó las botas, acercándose a la boca. Llevaba fusil.

—Allí está—gritó—. Le veo los ojos.

El guardia distinguía dos luceros en la oscuridad. Desde allí, *Pecado* atisbaba a sus perseguidores con cierta serenidad provocativa.

—¡Granuja!—gritó el civil—, sal de ahí o te hago fuego.

—¡Fuego, fuego!—clamó a lo lejos la voz del comisario, a quien piadosas chulapas ponían una venda.

Pecado había entrado con ánimo de no parar hasta verse en lugar seguro, aunque tuviera que ir a las entrañas de la tierra. Pero la oscuridad y el espanto de aquel sitio acongojaron su corazón, aún no suficientemente varonil para arrostrar ciertos lugares. Se detuvo; vióse entre dos especies de muerte, y vaciló... Le consolaba que los guardias no podían entrar a cogerle. ¿Y si le hacían fuego?... Entonces se achicó tanto, que volvió a ser niño y a tener miedo. Dirigió la mente a ciertas ideas confusas de su tierna niñez; pero aquellas ideas estaban tan borradas, tan lejanas, que poco o ningún alivio encontró en ellas. De

Dios no quedaba en él más que un nombre. Era como un rótulo escrito sobre un arca vacía, de la cual, pieza por pieza, han ido sacando los ricos tesoros. Nada sabía; su tía le hablaba poco de Dios, y el maestro de escuela le había dicho sobre el mismo tema mil cosas huecas que nunca pudo comprender bien. Las nociones de su tía y las palabras del maestro se le habían olvidado con el penoso trabajo del taller de sogas y aquella vida errante de juegos, raterías y miseria.

Sin saber cómo, este orden de ideas llevóle a reconocerse culpable. Algo chillaba dentro de él que se lo decía. Era criminal, y sus perseguidores tenían razón en perseguirle, y aun en matarle atándole en un palo y estrangulándole. Esto le hizo estremecer de espanto, ¡a él, que había visto una y otra ejecución en el Campo de Guardias sin conmoverse!... Pero aunque se reconoció bien perseguido, su orgullo estaba allí para aconsejarle no entregarse... ¡Fuera miedo!... Desgraciadamente para él, estos fieros pensamientos se aplacaban con el agotamiento de las fuerzas físicas. Estaba cansado; en todo el día no había comido más que el currusco de pan que le dió su tía al ir al trabajo. ¡Y había dado tantas vueltas a la rueda en el aposento oscuro del soguero!... ¡Y corrió tanto después para ir desde la calle de las Amazonas a su casa!... ¡Tenía un hambre tan atroz y una sed!...; sobre todo, una sed de padre y muy señor mío. A estas insufribles molestias se unió el frío... Sus pies desaparecían en el agua, y desde lo interior del cañón de ladrillo venía un aliento glacial que le empujaba hacia afuera. ¿Qué haría?

Determinóse entonces en él ese fenómeno de observación retrospectiva que suele acompañar a las situaciones de gran perplejidad. El espíritu turbado abandona el palenque de la duda y se refugia en los hechos que han precedido inmediatamente a la situación terrible. Espantóse de no haber previsto lo que le pasaba, y comparó la serenidad de la mañana con el apuro y desasosiego de la tarde. ¡Qué lástima haber vivido aquel día!... ¡Qué lejos estaba de que iba a cometer barbaridad tan grande! No había ido con gusto al trabajo por ser domingo. Nunca iba con gusto, porque él daba a la rueda y su tía cobraba. Pero, al fin, con gusto o sin él, allá fué tranquilo, pensando en que por la tarde se divertiría en el Canal o en la Arganzuela. Había estado toda la mañana esperando con mucho anhelo la hora de soltar el trabajo. Contaba los segundos por las vueltas de la odiosa rueda. Creíase motor del misterioso reloj del tiempo. Dale que dale, había llegado al fin la hora, y la manivela, que para él era parte de sus propias manos, se había quedado sola en el taller, quieta y muda.

Sin decir adiós al maestro, porque el maestro no le saludaba a él a ninguna hora, *Pecado* había salido y bajado a saltos por la Ribera de Curtidores.

Aún le parecía ver los puestos rastreros y las manos recogiendo cachivaches. Era día de toros. Aquellos barrios estaban muy animados. Todo lo recordaba perfectamente; todo lo veía, como si lo tuviera delante, revivido a sus ojos en la oscuridad de su escondite. Se acordaba de que, al llegar a la Ronda, le había detenido el paso un perezoso carromato de cinco mulas, de esos que no acaban de pasar nunca. El muchacho, impaciente y atrevido, atravesó por debajo de la panza de una de las mulas, que por más señas era torda. Después vió un entierro; luego encontró a dos chicas del barrio que le dieron un cacahuete, y él..., él las había administrado un par de nalgadas a cada una, porque eran muy bonitas... Representábase luego la llegada a su casa; recordaba que su tía, antes de darle de comer, le había anunciado el hurto del ros, y que él, sin poderse contener al oír tan atroz noticia, abandonó la comida, y subiendo otra vez a la Ronda, se lanzó por el barranco abajo en busca de la cuadrilla. Lo demás, por ser más reciente y desagradable, se le representaba con matices aún más vivos. El ensangrentado cuerpo de *Zarapicos* no se quitaba ya de delante de sus ojos... Su orgullo y sus malos instintos rebuscaban todos los sofismas del egoísmo para producir una reacción; pero si éstos ganaban algún terreno, al punto lo perdían. Los sofismas hacían grandes esfuerzos por destruir la hermosa flor del arrepentimiento; pero cuantas más hojas le arrancaban, más lozanas las echaba ella.

—¡Date, date, canallita!—gritó el guardia—, o te dejo seco.

Pecado miró al guardia. No, no se entregaría. Antes morir que entregarse. Eso

de que le llamaran canallita, le exasperaba... Vislumbró el presidio como en sus sueños infantiles había vislumbrado otras veces el Cielo... Pero si el hambre y la sed le devoraban, ¿qué podía hacer más que entregarse? Y el guardia aquel era precisamente un hombre a quien Mariano admiraba mucho por su gallardía y su simpático rostro. Se llamaba Mateo González y servía en el puesto de la calle del Labrador. *Pecado* le imitaba en el modo de andar. En sus sueños de ambición, no se le ocurría jamás ser general, ni obispo, ni banquero, ni comerciante famoso, sino ser Mateo González.

Este, que era ladino, tuvo una idea feliz. *Pecado* le vió desaparecer, y por un momento tembló de alegría. Pero no le dió tiempo el guardia a regocijarse, porque otra vez apareció por el arroyo adelante. En vez de fusil traía dos naranjas en la mano derecha.

—¡Eh, Marianín!—gritó, inclinándose para verle mejor y mostrarle lo que llevaba—, sal, no seas tonto. No te haremos nada... ¿Ves? Si sales te doy estas dos naranjas.

Pecado dió un salto hacia fuera y se arrojó en brazos del guardia.

—¡Ah tunante!...—dijo éste con alegría, echándole la zarpa al cuello y dejándose arrebatar las naranjas.

IV

Consagremos un recuerdo de consideración y lástima, en el último renglón de esta tragedia, al digno señor comisario de Beneficencia, autor de tantos y tan hermosos expedientes. El solo sería capaz, si le dejaran, de elevar en pocos años a una altura increíble, dentro de los archivos nacionales, esos grandiosos monumentos papiráceos en que se cifra nuestra bienandanza. Sería preciso tener corazón de estuco para no afligirse al verle descalabrado, con la mano en la frente y ésta ceñida por un pañuelo, corriendo en coche simón hacia la Casa de Socorro de la calle de Embajadores, donde por la noche se vistió de la luz de los serafines el pobrecito *Zarapicos*.

La Correspondencia recogió en el Juzgado de guardia una nota del suceso de aquel día y lo dió a sus lectores en un sueltecillo crudo. Cuando la leyeron los amigos que acompañaban al señor de Lamagorza en su casa, y cuando éste les refirió detalles del hecho, oyéronse las exclamaciones más ardientes sobre el estado moral e intelectual del país; se recordaron otros hechos análogos ocurridos antes en Madrid, Valencia y Málaga, y, por último, se declaró con unanimidad muy satisfactoria que era preciso hacer algo, ¡algo, sí!, y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas a la curación del cuerpo social. Como la Prensa, alarmada, acalorase el asunto en los días sucesivos, se formaron juntas, se nombraron comisiones, las cuales a su vez parieron diversas especies de subcomisiones; y hubo discursos seguidos de aplausos..., y se lucieron los oradores; y otros, que ávidos estaban de dar sus nombres al público, adquirieron esa celebridad semanal que a tantos desvanece.

Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarías, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos y complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusión del juguete nuevo. El juguete nuevo de aquellos días fué un proyecto urbano más práctico y, además, esencialmente lucrativo. Ocupáronse de él juntas y comisiones, las cuales trabajaron tan bien y con tanto espíritu de realidad, que al poco tiempo se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva plaza de toros.

CAPITULO VII

TOMANDO POSESIÓN DE MADRID

La noticia de la barrabasada de su hermano fué para Isidora un golpe terrible. Precisamente cuando supo el extraño caso hallábase en la más lisonjera situación de espíritu que un alma juvenil puede apetecer. Todas sus ideas tenían como un tinte de aurora; detrás de cuanto pensaba, creía notar un resplandor delicioso, el cual, demasiado vivo para contenerse en su alma, salía por los sentidos afuera y matizaba de extrañas claridades todos los objetos. Nada veía que no fuera para ella precioso, seductor, magnífico o por cualquier concepto interesante, y hasta un carro de muertos

que encontró al salir de la casa, más que por fúnebre, le chocó por suntuoso.

Había salido temprano a comprar varias cosillas, o, si se quiere, había salido por salir, por ver aquel Madrid tan bullicioso, tan movible, espejo de tantas alegrías, con sus calles llenas de luz, sus mil tiendas, su desocupado genio que va y viene como en perpetuo paseo. Los domingos por la mañana, si ésta es de abril o mayo, los encantos de Madrid se multiplican: crecen la animación y el regocijo; hay bulla que no aturde y movimiento que no marea. Mucha gente va a misa, y a cada paso halla el transeúnte bandadas de lindas pollas, de cintura bien ceñida y velito en la frente, que salen de la iglesia, devocionario en mano, joviales y coquetuelas.

Las campanas dijeron algo a Isidora y entró a oír misa en San Luis, en cuya escalerilla se estrujaba la gente. Dentro, las misas sucedían a las misas, y los fieles se dividían en tandas. Unos se marchaban cuando otros caían de rodillas. Allí se persignaba una tanda entera, aquí se ponía en pie otra, y las campanillas, anunciando los diversos actos del sacrificio, sonaban sin interrupción.

«¡Qué bueno es el Señor—pensaba Isidora delante de la Hostia—, que me allana mi camino y me manifiesta su protección, desde el primer paso que doy para lograr mi puesto verdadero!... No podía ser de otra manera, porque lo justo, justo es, y Dios no puede querer cosas injustas, y si yo no fuera ante el mundo lo que debo ser, o mejor dicho, lo que soy ante mí, resultaría una injusticia, una barbaridad...»

Y luego, cuando el sacerdote consumía:

«Bendito sea el Señor, que me ha deparado la ayuda del marqués de Saldeoro, ese caballero sin igual, fino y atento como no hay otro... Y ¡qué hermosos ojos tiene, qué guapo es y con qué elegancia viste! Aquello es vestirse; lo demás es taparse... ¡Qué bien habla, y cómo se interesa por mí! Tiene razón cuando me dice: «¡Oh!, esté usted tranquila, que si esto no se arregla por bien, como yo espero, entonces..., ahí tenemos los Tribunales. ¡Es asunto ganado!» ¡Oh! Sí, los Tribunales. ¡Qué bonitos son los Tribunales!... Todo será cuestión de algunos meses. Después...»

Por la mente de Isidora pasaba una visión tan espléndida, que a solas y en presencia del sacerdote, del monaguillo y de los fieles, la venturosa muchacha sonreía.

«No es caso nuevo ni mucho menos —decía—. Los libros están llenos de casos semejantes. ¡Yo he leído mi propia historia tantas veces...! Y ¿qué cosa hay, más linda que cuando nos pintan una joven pobrecita, muy pobrecita, que vive en una guardilla y trabaja para mantenerse; y esa joven, que es bonita como los ángeles y, por supuesto, honrada, más honrada que los ángeles, llora mucho y padece porque unos pícaros la quieren infamar; y luego, en cierto día, se para una gran carretela en la puerta y sube una señora marquesa muy guapa, y va a la joven, y hablan y se explican, y lloran mucho las dos, viniendo a resultar que la muchacha es hija de la marquesa, que la tuvo de un cierto conde calavera? Por lo cual, de repente cambia de posición la niña, y habita palacios, y se casa con un joven que ya, en los tiempos de su pobreza, la pretendía y ella le amaba... Pero ha concluído la misa. Pies, ¿para qué os quiero?»

Y con tanta prisa y con tal desgaire bosquejaba la señal de la cruz sobre la frente, cara y pechos, y tan atropelladamente mascullaba un padrenuestro, al despedirse del santo altar, que parecía decir: «Abur, Dios.»

En la puerta, las vendedoras de flores entorpecían el paso de la gente y alargaban sus manos con puñados de rosas y otras florecillas, gritando: «Un ramito de olor...» «Cuatro cuartos de rosas.» Isidora compró rosas para acompañarse de su delicado aroma por todo el camino que pensaba recorrer. Al punto empezó a ver escaparates, solicitada de tanto objeto bonito, rico, suntuoso. Esta era su delicia mayor cuando a la calle salía, y origen de vivísimos apetitos que conmovían su alma, dándole juntamente ardiente gozo y punzante martirio. Sin dejar de contemplar su faz en el vidrio para ver qué tal iba, devoraba con sus ojos las infinitas variedades y formas del lujo y de la moda.

¡Cuántas invenciones del capricho, cuántas pompas reales o superfluidades llamativas! Aquí, las soberbias telas, tan variadas y ricas que la Naturaleza mis-

ma no ofreciera mayor riqueza y variedad; allí, las joyas que resplandecen, asombradas de su propio mérito, en los estuches negros...; más lejos, ricas pieles, trapos sin fin, corbatas, chucherías que enamoran la vista por su extrañeza, objetos en que se adunan el arte inventor y la dócil industria, poniendo a contribución el oro, la plata, el níquel, el cuero de Rusia, el celuloide, la cornalina, el azabache, el ámbar, el latón, el caucho, el coral, el acero, el raso, el vidrio, el talco, la madreperla, el chagrín, la porcelana y hasta el cuerno...; después, los comestibles finos, el jabalí colmilludo, la chocha y el faisán asados, cubiertos de su propio plumaje, con otras mil y mil cosas aperitivas que Isidora desconocía y la mayor parte de los transeúntes también...; más adelante, los peregrinos muebles, las recamadas tapicerías, el ébano rasguñado por el marfil, el roble tallado a estilo feudal, el nogal hecho encaje, las majestuosas camas de matrimonio, y, por último, bronces, cerámicas, relojes, ánforas, candelabros y otros prodigios sin número que parecen soñados, según son de raros y bonitos.

El hechizo que estas brillantes instalaciones producían en el ánimo de Isidora era muy particular. Más que como objetos enteramente nuevos para ella, los veía como si fueran recobrados después de un largo destierro. El entusiasmo y la esperanza que llenaban su alma la inducían a mirar todo como cosa propia, al menos como cosa creada para ella, y decía:

—Con esas pieles me abrigaré yo en mi coche; en mi casa no habrá otros muebles que éstos; pisaré esas alfombras; las amas de cría de mis niños llevarán esos corales; mi esposo..., porque he de tener esposo..., usará esas petacas, bastones, escribanías, fosforeras, alfileres de corbata, y cuando alguno esté enfermo en casa, se tomará esas medicinas tan buenas, guardadas en tan lindas cajas y botecillos.

Por mirarlo todo, deteníase también a contemplar las encías con que los dentistas anuncian su arte, las caricaturas políticas de los periódicos, colgados en las vidrieras de los cafés; los libros, los cromos, los palillos de dientes, las aves disecadas, las pelucas y postizos, las condecoraciones, las fotografías, los dulces y hasta los comercios ambulantes en que todo es *a real*.

Necesitaba comprar algo, poca cosa... Pero con el tiempo..., cuando ella saliera de su destierro social, ¡qué gusto ir de tienda en tienda, mirar todo, escoger, esto tomo, esto dejo, pagar, mandar llevar a casa el objeto comprado, volver al día siguiente...! Entró en una tienda de paraguas a comprar una sombrilla. ¡Le pareció tan barata...! Todo era barato. Después compró guantes. ¿Cómo iba a salir sin guantes, cuando todo el mundo los llevaba? Sólo los pordioseros privaban a sus manos del honor de la cabritilla. Isidora hizo propósito de usarlos constantemente, con lo cual, y con la abstinencia de todo trabajo duro, se le afinarían las manos hasta rivalizar con la misma seda.

Después de adquirir un abanico, no pudo resistir a la tentación de comprar un imperdible. ¡Cayó en la cuenta de que le hacía tanta falta...! Incapaz de calcular las mermas de su nada abundante peculio, vió en los Diamantes Americanos ciertos pendientes que, una vez puestos, habrían de parecer como nacidos en sus propias orejas. Comprólos, y no tardó en enamorarse de un portamonedas. ¿Cómo podía pasarse sin aquella útil prenda, tan necesaria cuando se tiene algún dinero? No había cosa peor, según ella, que llevar las monedas sueltas en el bolsillo, expuestas a perderse, a confundirse y a caer en las largas uñas de los rateros. Puesto el tesoro en el flamante portamonedas, siguió viendo cosas, y a cada instante emigraban de él las pesetas y los duros, ya para tomar algo de perfumería, ya para horquillas, ¡de que tenía tanta falta!; bien para una peina modesta, bien para papel de cartas, con su elegante timbre de iniciales. Verdaderamente, no se podía pasar sin papel de cartas, ¡ni de qué servía un papel que no tuviera timbre!...

«Aún me queda bastante—dijo al regresar a su casa—para poner a Mariano en un colegio y comprarle algo de ropa...»

Hacía cuentas mentalmente; pero las cifras sustraídas eran tan rebeldes a su espíritu, que ni se acordaba bien de ellas, ni acordándose sabía darlas su justo valor. Como todos los gastadores—cuya organización mental para la aritmética les

hace formar un grupo aparte en la especie humana—, veía siempre engrosadas las cifras del activo, y atrozmente flacas e insignificantes las del pasivo. Este grupo de los derrochadores arrastraría a la Humanidad a grandes catástrofes, si no lo contrapesara el grupo de los avaros, creados por las leyes del equilibrio.

Isidora se había dejado la calderilla suelta en el bolsillo como cosa indigna de ocupar un departamento en los pliegues de raso del portamonedas, y por la calle iba dando limonsna a todos los pobres que encontraba, que no eran ciertamente pocos. Eso sí: corazón más blando ni que más fácilmente se enterneciera con ajenas lástimas y desdichas, no existió jamás. En su mano había quizá un vicio fisiológico, y decimos vicio, porque si esta noble parte de nuestro cuerpo parece hecha para el acto de la aprehensión, o por la aprehensión formada —que en esto hay graves diferencias entre los doctores—, la suya parecía hecha para el acto contrario, y no habría tenido razón de ser, si el dar no existiera.

Entró en su casa tarde, cargada de compras, porque añadió a las indicadas arriba dos cucuruchos con orejones y galletas para obsequiar a don José Relimpio. Con tanto paquete entre las manos, se le ajaron las rosas. Púsolas en un vaso con agua fresca, almorzó y escribió dos cartas, gastando en ellas, por su torpeza en la caligrafía, ocho plieguecillos del timbrado papel, y habría gastado más si no le dieran a la sazón la noticia del crimen de su hermano. Dejólo todo y salió agitada, para enterarse en el Juzgado, visitar a Mariano en la cárcel y ver el partido que debía tomar. Entonces cayó en la cuesta de que necesitaría gastar algún dinero, y segura de tener bastante, registró los huequecillos rojos del portamonedas, contó, revisó, pasó las piezas de una parte a otra; pero por más vueltas que daba y trasiegos que hacía, resultaba siempre que apenas tenía dos docenas de pesetas. ¿En dónde estaba lo demás? ¿La habían robado?

Por un momento creyóse Isidora víctima de los infinitos tomadores que hormiguean en Madrid; pero repasando las compras y estableciendo, por la fuerza incontrastable de la Aritmética, que a veces se impone a sus mayores enemigos, la realidad de las cifras, no hizo liquidación nota de todo y declaróse ratero de sí misma. Su siempre viva imaginación veía las monedas que había tenido, la media onza, la pieza de a cuatro, los tres duros algo anticuados y, por lo mismo, más valiosos. ¿En dónde estaban? Poco a poco fué recordando que la primera había caído en tal tienda, la segunda más allá, y que a ocupar su lugar venían pesetas gastadas y algún duro flamante que parecía de lata. Cuando el manirroto suelta las monedas, le queda en el alma, a manera de un dejo numismático, cierta creencia de que no las ha soltado, y conserva la idea o imagen de ellas, y no se convence de su error hasta que la necesidad le impele a trazar una cuenta. Entonces vienen los ceñudos números cargados de lógica y ponen las cosas en su lugar.

Nada sacó en limpio Isidora de las diligencias de aquella tarde, sino un nuevo gasto en coches y tranvías. Acompañábala don José Relimpio, el cual mostró tales deseos de fumar, que Isidora, sensible a esta necesidad como a todas, le obsequió con un paquete de puros de a medio real. Cuando regresaron, ella desalentada y pesarosa, él tieso y humeante, doña Laura recibió a su digno esposo con endemoniado gesto, y le dijo:

—Quita allá; vicioso... Ya tenemos la chimenea encendida. ¡Contenta me tienes! Tú, con mirarte al espejo y chupar el maldito coracero, crees que no hace falta nada más. Mejor trabajaras...

CAPITULO VIII

DON JOSÉ Y SU FAMILIA

I

A la mano se viene ahora, reclamando su puesto, una de las principales figuras de esta historia de verdad y análisis. Reconoced al punto el original del retrato exacto y breve trazado con tanta destreza por Isidora. El bigotito de cabello de ángel, de un dorado claro y húmedo; los ojos como dos uvas, blandos y amorosos; la cara arrebolada, fresca y risueña, con dos pómulos teñidos de color rosa, marchita; el mirar complaciente, la actitud complaciente, y todo él labrado en la pasta misma de la complacencia (barro humano, del cual no hace

ya mucho uso el Creador), formaban aquel conjunto de inutilidad y dulzura, aquel ramillete de confitería, que llevaba entre los hombres el letrero de José de Relimpio y Sastre, natural de Muchamiel, provincia de Alicante. Rematemos este retrato con dos brochazos. Era el hombre mejor del mundo. Era un hombre que no servía para nada.

Tenía sesenta años. Procedía de honrada y decentísima familia. Había sido militar en sus mocedades; pero, por no servir para la milicia, vióse forzado a dejar la pesadez y estruendo de las armas. Había sido empleado en Rentas; pero cumplía tan mal y se tomaba tan largas vacaciones, que le despidieron de la oficina. Fué contador de un teatro, y se arruinó la Empresa. Fué asociado de un contratista de fielatos, y por razón de su maldita amabilidad, la parte mayor de las vituallas entraban sin pagar. Fué marido de doña Laura, y gastó el reducido patrimonio de ésta en varias suertes de amabilidades.

Doña Laura, mujer de áspera naturaleza, agriada por la vejez y por el cansancio de aquella vida de tentativas penosas y sin fruto, le decía con dramático acento:

—Hombre inútil, hombre muñeco... El día en que me casé contigo debió el Señor haberme llevado de este mundo. ¿Para qué sirves tú, como no sea para comer?

—Soy tenedor de libros—respondía don José, satisfecho de una razón que, a su juicio, excusaba todas las demás razones; y consideraba para sí cuán lejos está de la mente del vulgo aquel precioso arte o ciencia en que era maestro. Bien por su larga permanencia en oficinas, bien porque se dedicó resueltamente a ello, lo cierto era que don José conocía la partida doble como conoció Newton las Matemáticas y Colón la Náutica. Hay afinidades verdaderamente extrañas entre el espíritu humano y los distintos modos del saber, y aquel que por su organización parece no prendarse de las cosas ideales y halagüeñas encuentra en las arideces de la Contabilidad los mayores encantos. Habiendo dominado esta ciencia, emprendió el escribir un tratado de ella en sus ratos de ocio, que eran los más del año, y si no lo dejara a la mitad, habría sido un monumento de la humana sapiencia. Sobre cada parte de la Teneduría tenía escritos sustanciosos tratados, y era de ver con qué inspirada sagacidad explicaba la *Banca en comisión*, las *Cuentas de resaca*, la *Gruesa ventura a cobrar*, las *Fianzas y Avales*, los *Depósitos y Mercaderías*. Suspendió el trabajo al llegar a ocuparse del precioso tema de *Mi cuenta*, *Su cuenta* y *Cuenta común*, y es lástima que en tan interesante punto lo suspendiese.

Lo extraño era que siendo don José poseedor de los más escondidos secretos de la Contabilidad, no tuviera nada que contar. El movimiento de sus fondos y el manejo de la casa no merecían que se emplease en ellos una gota de tinta; pero don José, que tratándose de hacer números iba siempre más allá de las necesidades, tenía en su cuarto el libro *Mayor*, el *Diario*, el *Diario provisional*, el *Mayor de mercancías*, el de *Caja*, el de *Cuentas corrientes*, el de *Efectos a cobrar*, el de *Facturas*, y otros voluminosos mamotretos, en cuyas hojas ponía más números que arenas tiene el mar, sin que la familia supiese qué sustancia sacaba de ello.

Pero lo que más a doña Laura enfurecía era que, con ser viejo y cascado, se mirase tanto al espejo. En efecto: además de que en su cuarto, a solas, se pasaba las horas muertas mirándose, no entraba en pieza alguna donde hubiese un espejillo sin que, ya con disimulo, ya sin él, se echase una visual para examinar su empaque y atusarse después el bigote, o poner mano en los contados cabellos que venían, débiles y pegajosos, desde la nuca, a tapar el gran claro de la coronilla.

—Eso es, mírate bien—le decía doña Laura—, para que no te olvides de esa cara preciosa. ¡Lástima que no vengan los pintores a sacar tu figura de gorrión mojado!

Don José se reía con esto. ¡Era tan bueno!... Si la miel es condición y sustancia precisa en la naturaleza del hombre, aquél era, más que hombre, un merengue andando. Riendo, decía a su cara consorte:

—No todos tenemos la suerte de conservarnos como tú, que estás tan hermosa y frescachona como cuando te conocí.

—Calla, Sardanápalo.

—La verdad por delante. Todavía, to-

davía... Vamos, que alguien daría un resbalón.

—Quita, quita—clamaba la señora con expresión de asco—. ¿Me tomas por esas...?

Don José había sido un galanteador de primera. No lo podía remediar: estaba en su naturaleza, en su doble condición de tenedor de libros y de galán joven, y así, ya casado y viejo, no veía mujer bonita en la calle sin que la siguiera y aun se propasase a decirle alguna palabreja. Entre sus amigos solía llevar la conversación desde los temas trillados a los motivos de amor y aventuras; y todo se volvía almíbar, hablando de pies pequeños, de tal pantorrilla hermosa vista al subir de un coche, de una mirada, de un gesto. Las aventuras no pasaban generalmente de aquí y eran pura charla, porque su timidez le ponía grillos para pasar a cosas mayores.

Pero aun en aquellos días de vejez y decadencia, cuando salía a tomar el sol, embozado en su raída capita, iba a los lugares más concurridos de muchachas guapas. Si topaba con alguna que fuese sola, se aventuraba a seguirla con su paso vacilante, sin malicia, sólo por *rutina del oficio*, como solía decir; y siempre que en sitio y ocasión de apreturas, como parada militar y procesión de Corpus, se hallaba en contacto inmediato con alguna beldad, el alma se le salía a los labios, toda acaramelada y jaleosa, para decir:

—¡Cómo me gusta usted, señora!... ¡Vaya una real moza!... Dichoso el mortal que tal posee.

Este libertino platónico era tío de Isidora en tercer grado, por ser primo segundo de Tomás Rufete, y además la había sacado de pila. La había visto nacer y crecer, y desde aquellos tiempos había profetizado, con la seguridad de un conocedor profundo en teneduría de destinos humanos, que la niña sería una hermosa mujer, quizá elegante y famosa dama. ¡Cuánto se alegró de volver a verla ya crecida, y cuánto compadeció sus desgracias, y con qué puro interés se ofreció a ella para servirla en todo lo que hubiese menester!

La familia de Relimpio vivía pobremente, porque don José, con ser tan maestro en números, no había sacado de ellos ninguna sustancia. Doña Laura conservaba una casa y una viña en Dolores, que le daban mil reales al año. Las niñas trabajaban para las camiserías. Tenían máquina, y cosiendo noche y día, velando mucho y quedándose sin vista, allegaban de cinco a siete reales diarios. Melchor, el varón, no había llevado hasta entonces un solo céntimo a la casa, como no fuera el caudal inmenso de ilusiones y proyectos; pero la familia fundaba en él grandes esperanzas. Melchor, recién salido del vientre de la madre Universidad, tan desnudo de saber como vestido de presunción, había de ser pronto un personaje, una notabilidad. ¿No lo eran otros? Este era un punto inconcuso, el axioma de la familia, pues no hay familia que no tenga algún axioma.

Para pagar con desahogo la casa, la familia tenía que ceder un gabinete a caballero decente, sacerdote o señora viuda sin hijos. Durante tres años proporcionáronle este alivio distintos sujetos. Vacó dos meses el gabinete, hasta que vino Isidora, y con ella los cuatro reales diarios, y, a más, los ocho de la comida. Sin este refuerzo, la hacienda de Relimpio se habría resentido bastante.

Pero las cosas vienen según Dios quiere, y no según nuestro gusto y conveniencia, y Dios quiso que a Isidora se le acabase el dinero, para lo cual le inspiró aquel desordenado apetito de compras, antes mencionado. El se sabría los motivos de esto. Doña Laura, que gustaba de meterse a descifrar los designios del Ordenador de todas las cosas, decía que Este le había mandado a Isidora, como una plaga de Egipto, para probar su paciencia.

En suma, la de Rufete se quedó sin un cuarto, y su tío el canónigo mostraba la mayor pachorra del mundo para enviarle fondos. ¡Ay!, esa gente de provincias cree que una onza es un millón. ¡Un mes llevaba la pobre de grandes apuros, haciendo diligencias inútiles en pro de su hermano, que en la cárcel seguía, y privada de todo, viendo tantas cosas bonitas sin poder comprarlas...! Cumplido el vencimiento del hospedaje, no sólo no pudo pagar el dinero del gabinete ni los ocho reales de la comida, sino que, por añadidura, tuvo que pedir prestada cierta cantidad a doña Laura. Diósela ésta con el gesto menos gracioso

que se puede imaginar; pero la esperanza de un nuevo envío del canónigo a todos consolaba. Remolón era el buen señor, y transcurrió otro mes sin que entrase por las puertas la ansiada libranza. Aspera y recelosa doña Laura, invitó a Isidora a trabajar con espaciosos argumentos. ¿No tenía manos? ¿No sabía coser? ¿No trabajaban como negras aquellas dos señoritas decentes, Emilia y Leonor?

Isidora era hábil en la costura y en prepararla, pero no sabía manejar la máquina. En esto era consumada maestra Emilia, la más inteligente y trabajadora de las dos hermanas. Había llegado a amar la máquina como se quiere a un animal querido; conocía los secretos de su maravilloso artificio, y había hecho de éste un esclavo sumiso. Semanalmente la engrasaba con cariño, la recorría con interés fraternal, para ver si alguna parte o miembro de ella necesitaba reparación, y todos los días cosía en ella con presteza increíble. Cuando llegaba la hora del reposo, la cubría y la abrigaba bien para que no le cayese polvo. Entre las dos costureras, una de hierro y otra de carne, hacían los pespuntes más preciosos, largos o menudos, según fuera menester. Además de esto, Emilia, a quien inspiraba sin duda el espíritu venturoso de Elías Howe, dominaba los mecanismos auxiliares para hacer dobladillos, enjaretar, marcar y coser bastillas.

Don José conocía regularmente la máquina—que era la *Canadiense* de Raymond—y sabía prepararla; pero aunque sus hijas y su mujer le apremiaban a todas horas para que cosiese y las ayudase, él no se daba a partido, bien porque le parecía impropio de varón aquel trabajo, bien porque creyera—y esto es lo más probable—que una cuenta bien llevada aprovechaba a la familia más que todas las costuras del mundo. A él no le sacaran de apuntar números, de leer *La Correspondencia,* hacer cigarrillos y charlar. Todo lo demás era ocupación denigrante. Una noche de verano, sin embargo, en que estaba toda la familia reunida en el comedor, como de costumbre, don José empezó a mover la máquina.

—Papá—le dijo Emilia—, ya que no nos ayuda usted, al menos enseñe a coser a Isidora.

Don José quería tanto a su ahijada y gustaba tanto de verse próximo a ella, que aceptó gozoso. Las primeras explicaciones tuvieron poco éxito Isidora no podía comprender aquel endiablado mete y saca de hilo superior, que por tantos agujerillos tiene que pasar hasta que lo coge en su horadado pico la aguja, y empieza, debajo de la placa, la rápida esgrima con el hilo interior. Se atacan con encarnizamiento, se cruzan, se enlazan, se anudan y se retiran tiesos, para volver a embestirse después que pasa una vigésima parte de segundo.

¡Lástima que Isidora no tuviera su espíritu aquella noche en disposición de atender a las sabias enseñanzas de su padrino! Estaba aburridísima. Habían pasado tres meses sin que su situación variara sensiblemente. El canónigo le había mandado fondos; mas eran tan escasos que, cubiertas algunas atenciones perentorias, volvieron las escaseces y apuros. Mariano continuaba en la cárcel, y la causa seguía adelante. El interés que el público y la prensa habían mostrado por aquel grave suceso quitaba toda esperanza de arreglarlo satisfactoriamente. A estos motivos de pena añadía la de Rufete el ningún adelanto que en tantos días había tenido el principal y más interesante negocio de su vida, con más otras cuitas, sobre las cuales, por tenerlas ella como en delicado secreto, no nos atrevemos a aventurar palabra alguna. Tan distraída estaba, de tal modo se le escapaba el pensamiento para entregarse a su viciosa maña de reproducir escenas y hechos pasados, presentes y futuros, el habla y figura de distintas personas, que no atendía a la lección más que con los ojos y con un mutismo respetuoso que Relimpio tomaba por la mejor forma de atención posible.

Empezaba el verano. El comedor, expuesto al Poniente, estaba caldeado como un horno. Emilia y Leonor hilvanaban junto a la mesa, ya despojada de manteles, a ratos silenciosas, a ratos charlando por lo bajo sobre cosas que las hacían reír. Doña Laura había abierto la ventana que daba a un renegrido patio, por donde subía el vaho infecto de una cuadra de caballos de lujo instalada en el fondo de él; y acomodándose en un sólido sillón que, como señora gruesa, tenía para su exclusivo uso, se quedó dormida. En la misma mesa y en el lado opuesto al ocupado por las dos hemanas,

tenía Relimpio máquina y discípula, y sobre aquel círculo amoroso de confianza y trabajo derramaba una colgada lámpara su media luz, tan pobre y triste, que los que de ella se servían no cesaban de recriminarla, achacando su falta de claridad a la escasez de petróleo, a la falta de mecha, o bien a lo mal que la preparara la moza. Todo era darle a la llave para subir la mecha, con lo cual se ahumaba el tubo, o para bajarla, con lo que se quedaban todos de un mismo color. Pero sin acobardarse por la pestilencia del petróleo ni por la penumbra de su avara luz, seguían trabajando aquellas pobres chicas, sometidas a la ley de la necesidad, que obliga a comprar el pan de hoy con los ojos de mañana.

—Ahora voy a enseñarte a llenar una canilla—decía don José—. ¿Ves este carretillo de acero que saco de la lanzadera? Pues hay que llenarlo de hilo, para lo cual se pone aquí, y con el mismo volante de la máquina se le hace dar vueltas y...

Isidora fijaba los ojos en la operación; pero ¡cuál lejos andaba su pensamiento! «¡Qué triste vida!—decía para sí—. La deshonra que ha echado Mariano sobre mí me impide reclamar por ahora nuestros derechos... Parece que Dios me desampara... Una persona me demostró interés. ¿Por qué no viene a verme ya? ¿Qué ha pasado? ¿Qué piensa de mí?»

—Ahora, ya que tenemos la canilla bien repleta de hilo, la metemos en la lanzadera. Ajajá. Fíjate bien en la maña con que hay que ponerla. Pif, ya está. Ahora viene lo más delicado. De esto depende el coser bien o el coser mal. Atiende, hija; pon aquí tus cinco sentidos. Hay que pasar la punta del hilo por estos agujeritos, ¿ves?

«Será preciso que yo le escriba. ¿No me recomendó mi tío a él y a su padre?... Pues le escribiré. Así no puedo vivir. ¡Qué triste es el verano en esta tierra! Toda la gente elegante se va, y yo me quedo sola, sin amigos, sin amparo...»

—Cojo la punta del hilo, sacándola por la izquierda de la canilla, la meto con mucho cuidado por el primer agujero, pif, ya está. Mira... Ahora mi señor hilo tiene que meterse por el segundo agujero, pif. Muy bien, y después, allá va por el tercero. En seguida..., que no se te olvide esta particularidad..., el hilo pasa por debajo de la uncella, y ya está. Ahora pongo mi canillita en su puesto, enganchó el hilo de abajo con el de arriba, para lo cual basta dar una vuelta, y... adelante con los faroles. Niñas, tela.

«Hace cerca de veinte días que no viene a verme. ¿Se habrá ido a veranear sin despedirse de mí?... ¿Creerá que soy una impostora?... Esta idea me mata...»

—Ahora, bajo mi pisatela, acorto el punto, dándole una vuelta al tornillo..., atiende bien..., y después de aflojar un poco el hilo superior, empiezo. Anda, maquinita, que a casa vas...

«¡Qué idea me ocurre! Iré a su casa... No, eso no debe ser... Le escribiré con cualquier pretexto... Quizá no sea preciso... El corazón me dice que vendrá mañana... ¡Oh! Dios de mí vida, si viniera...»

II

Doña Laura dió varias cabezadas, y entre dormida y despierta, exclamó con ira:

—Siempre mirándote al espejo.

—Mujer—dijo, riendo, don José sin dejar su obra—, si no me miro al espejo, si estoy cosiendo...

Las niñas sonreían. Algo azarada, doña Laura despertaba del todo y decía:

—No, no estaba dormida. Yo sé lo que me digo.

Había en el comedor un reloj de pared que era el Matusalén de los relojes. Su mecanismo tenía, al andar, son parecido a choque de huesos o baile de esqueletos. Su péndulo descubierto parecía no tener otra misión que ahuyentar las moscas, que acudían a posarse en las pesas. Su muestra amarilla se decoraba con pintada guirnalda de peras y manzanas. De repente, cuando más descuidada estaba la familia, dejó oír un rumor amenazante. Allí dentro iba a pasar algo tremendo. Pero tanta fanfarronería de ásperas ruedas se redujo a dar la hora. Sonaron once golpes de cencerro.

Doña Laura se levantó, y las niñas dejaron la costura. La criada tomó el dinero de la compra. Isidora desapareció, mientras Emilia guardaba la máquina. Don José tenía la costumbre de acostarse una hora más tarde que su señora y niñas, y esa hora la empleaba en leer *La Correspondencia*, deleite sin el cual no podía pasar, y después de hacer cigarrillos de papel, valiéndose de un aparato

muy conocido, cilindro de madera lleno de agujeritos, donde se introduce el papel liado, y se cargan y atascan después de picadura. Echóse al cuerpo el periódico, leyendo con extremada atención las conferencias de hombres políticos y pasando al fin los muertos y los anuncios. Luego, mientras atarugaba la máquina de pitillos, meditaba sobre los sucesos del día y sobre política general. No carecía de convicciones arraigadas en materia de gobernación del reino. Declarábase enemigo de todos los partidos; sostenía que los españoles debían unirse para bien de la patria, y entonces se acabarían las trapisondas y las revoluciones. Sentía por las glorias de su patria un entusiasmo ardiente. Tres cosas le indignaban: Primera: Que los ingleses no nos devolvieran Gibraltar Segunda: Que los ministros tuvieran treinta mil reales de cesantía. Tercera: Que no se hubiera levantado un monumento a Méndez Núñez. En aquellos tiempos el repertorio de sus ideas se había enriquecido con una muy firme, que no cesaba de manifestar en todas las ocasiones.

—Nada, nada—decía—, este don Amadeo es una persona decente.

Cuando el reloj dió las doce, retiróse don José, dejando *La Correspondencia* sobre la mesa para que la leyera Melchor, que entraba siempre alrededor de las dos. Mucho sorprendió a Relimpio, cuando se acercó al lecho conyugal, ver a su cara mitad todavía despierta.

—¿Estás en vela, chica?—le dijo, quitándose su gorrete—. Acabo de leer el periódico... ¡Qué cosas pasan! ¡Cómo marean a ese pobre señor! Yo sigo en mis trece: sostengo que don Amadeo es una persona decente.

—Déjame en paz. ¡Contenta me tienes! Estoy desvelada pensando en esa... Valiente mosca se nos ha posado encima.

—¡Quia, quia!, mujer. Es una huérfana.

—¿Es mi casa hospicio? Nos va a arruinar esa... Dios me perdone el mal juicio; pero creo que acabará mal tu dichosa ahijadita. No le gusta trabajar, no hace más que emperifollarse, escribir cartas, pasear y lavarse. Eso sí; más agua gasta ella en un día que toda la familia en tres meses.

—¡Quia, quia! Déjala que se lave. Pues también trabaja. Esta noche ha tomado con tanta atención y empeño la lección de costura, que dentro de poco coserá en máquina mejor que yo.

—Eres bobo, Relimpio. Esa chica tendrá mal fin. ¡Y qué humos, bendito Dios, qué pretensiones! ¡Y qué morros nos pone a veces, después que la estamos manteniendo! Hay que echarle memoriales algunos días para poderle hablar.

—Es una huérfana. ¿Crees tú que el canónigo la desamparará? No, yo no lo creo.

—Fíate del canónigo y no corras. Lo más gracioso..., no sé cómo me río, es que ella está echando chispas de rabia porque no puede gastar en bicocas... Vamos, que si ésta tuviera dinero gastaría un lujo asiático y tendría lacayos colorados como ese rey...

—El cual, la verdad por delante, es la persona más decente...

—¡Ay, Isidorita, Isidorita!, me parece que usted es una buena pieza, y el día menos pensado la voy a plantar a usted en la calle.

—¡Laura!—exclamó tímidamente don José, ya acostado.

—Quita, quita. Fuera moscones. No nos faltará quien ayude a pagar el alquiler. No quiero líos en mi casa.

—¿Lios...? ¡Quia!

—Líos, sí; ¿pues qué quieren decir las visitas del marqués de Saldeoro? ¿Sabes quién es ese danzante?

—Una persona decentísima, un caballero, un joven...—murmuró Relimpio, aletargándose.

—Sea lo que quiera, esa visitas me apestan. No es mi casa para estas cosas, señorita doña Isidora. Tú, Relimpio, como eres tan alma de Dios, no te fijas; yo, sí. Ese marquesito, o lo que sea, vino aquí un día y estuvo de visita con ella un cuarto de hora. Volvió a la semana siguiente, y la encerrona fué más larga, ¿te enteras? Después siguió viniendo cada tres o cuatro días. ¡Oh, cómo se le conoce en la cara a esa berganta cuando le espera, cuando tarda, cuando no ha de venir! Tú eres un simple y no ves nada. Yo me he puesto detrás de la puerta a escucharlos, y les he sentido charlar muy animados, sumamente animados: pero no he podido entenderles una sola palabra. Los he oído reír, sí, reír mucho, pero ¿de qué...? Aquí hay algo, Relimpio; aquí hay algo.

Don José, que estaba, si no enteramente dormido, a punto de llegar a estarlo, murmuró claramente estas dulces pala-

bras, que salieron de sus labios envueltas en una sonrisa:

—¡Y qué guapa es...!

—Quita allá, quita, esperpento. ¡Contenta me tienes!...

—Nada, mujer; decía que don Amadeo es una persona...

—¡Quita, quita...!

—¡Quia, quia...!

III

Las relaciones de Isidora con las hijas de su padrino, si cordiales al principio de la vida común, fueron enfriándose poco a poco. Isidora no disimulaba bien su idea de la inferioridad de Emilia y Leonor, ya en posición social, ya en hermosura, buen gusto y maneras de presentarse. Se creía tan por encima de sus primas en esto, que cuando se trataba de prendas de vestir, de la elección de un color, flores o adorno cualquiera, la de Rufete manifestaba a las de Relimpio un desdén compasivo. «Estas pobres cursis—decía para sí—se despepitan por imitarme, y no pueden conseguirlo.»

Algo de verdad había en esto. Isidora tenía una maestría singular y no aprendida para arreglarse. Con ella nació, como nace con el poeta la inspiración, aquella facultad de sus ojos para ver siempre lo más bello, sorprender lo armonioso y elegir siempre de un modo magistral, así como la destreza de sus manos para colocar sobre sí misma cualquier adorno. Poseía la rarísima afición a la sencillez, que comúnmente no se halla en las zonas medias de la sociedad, sino que es don especial de la civilización primitiva o de la muy refinada cultura. Las niñas de don José, reconociendo esta superioridad, se aconsejaban de ella, consultándole sobre todos los arreglos de trapos que hacían. Su pobreza les vedaba ciertamente el lujo; pero como es ley que todas las clases de la sociedad, a excepción de la jornalera, vistan de la misma manera, y como hay un verdadero delirio en los pequeños por imitar el modo de presentarse de los grandes—de donde resulta que la hija de un empleado de doce mil reales apenas se distingue, en la calle, de la hija de un prócer—, las de Relimpio se emperifollaban tan bien con recortes, desechos, pingos y cosas viejas rejuvenecidas, que más de una vez dieron chasco a los poco versados en fisonomías y tipos matritentes.

Eran ambas agradables, y Emilia bastante bonita, de ese tipo fino, delicado y esbelto que tanto en Madrid abunda. Largos meses vivieron con un solo vestido bueno para las dos, un par de botinas comunes y una pelliza blanca de invierno, de lo que resulta que cada día le tocaba a una sola niña salir a paseo con doña Laura. Mas a fuerza de trabajar, de desvelos y de casi inverosímiles economías, lograron vestirse y calzarse ambas de la misma manera, y aun tener sendos sombreros de moda, arreglados por ellas, bajo la inspección de Isidora, con despojos y reliquias de otros sombreros que conseguían de balde en una tienda para la cual trabajaban. ¿Qué mujer no tiene sombrero en los años que corren? Sólo las pordioseras que piden limosna se ven privadas de aquel atavío; pero día llegará, al paso que vamos, en que tambien lo usen. La Humanidad marcha, con los progresos de la industria y la baratura de las confecciones, a ser toda ella elegante o toda cursi.

Con ser tipos perfectos de la miseria disimulada, las niñas de don José se habrían horrorizado de que se les propusiera casarse con un hábil mecánico, con un rico tendero o con un propietario de aldea. Doña Laura misma, hecha ya al vivir miserable, barnizado y compuesto para que no lo pareciese, no pensaba en alianzas denigrantes. Sus ilusiones eran que Emilia se casase con un médico, de estos chicos listos que salen ahora, por cuya razón no veía con malos ojos las visitas de Miquis. En cuanto a Leonor, a quien su madre suponía dotada de un talento no común, le vendría bien un oficial de Estado Mayor, de Ingenieros o cosa así.

En el paraíso del teatro Real, adonde iban un par de veces por semana, tenían estas dos niñas finas su círculo de mozuelos galanteadores y estudiantes y empleados de esas categorías ínfimas que rayan en lo microscópico. Ellas se daban una importancia colosal, aparentando, particularmente Leonor, lo que ni en sueños podían tener; y como eran agradables de cara y sueltas de lengua, muchos inocentes caían en el lazo, y las miraban como lo granadito de la sociedad. La confusión de clases en la moneda falsa de la igualdad.

Hablemos ahora de Melchor, honra y gala de la familia, orgullo de su madre y esperanza de todos, pues primero se dudara allí de los Cuatro Evangelios que de la próxima ascensión del joven Relimpio a una posición coruscante. ¿Cómo no, si Melchor era, según doña Laura, lo más selecto del orbe en hermosura, talento y sociabilidad? Y, verdaderamente, si la figura y buen talle es la escalera por donde los humanos han de subir a la gloria o a la riqueza, Melchor debía empinarse más que ningún otro, porque tenía la mejor fachada personal que pudiera desear un hombre. Era el primer fruto del matrimonio de don José con doña Laura, y aún decían malas lenguas que era tresmesino, cosa que no nos importa averiguar. Su edad no pasaba de veintiséis años. Tenía la barba negra; los ojos, ídem; el pelo, ídem; el entendimiento, ídem; mas su filiación era difícil en lo tocante a la primera de estas señas personales, pues muy a menudo variaba la ornamentación capilar de su cara; de modo que si este mes se le veía con barba corrida, el que entra llevaba patillas; al año siguiente aparecía con bigote solo; después con bigote y perilla, como si quisiera inscribir en su cara, con la navaja de afeitar, la caprichosa inconstancia de sus pensamientos.

Con ser primogénito y hombre, era el benjamín y el niño mimado de la casa. Todos los sacrificios parecían pocos, y se le había acostumbrado a la humillación de sus padres ante la majestad de sus antojos. Mirábanle don José y doña Laura como un ser superior, sagrado, que por casualidad o por misterioso intento de la Providencia había nacido del vientre de aquella mujer humilde. En las cuestiones con sus hermanas siempre tenía razón Melchor, y las niñas podían carecer de lo más preciso para que Melchor disfrutara de lo superfluo. Doña Laura comía mal o no comía para que su hijo fumase bien. A don José se le negaba el vino en la mesa para que Melchor pudiese tomar café y no hacer un mal papel entre sus amigos. En las casas pobres suelen vestirse los hijos con la ropa desechada de los padres. Allí, por el contrario, le hacían a don Jose chaquetas de los gabanes viejos de Melchor, y todas las corbatas de éste pasaban, después de usadas, a decorar el cuello paterno.

El bolsillo de don José estaba siempre más limpio que patena, porque era hombre tan derrochador que, si allegaba algún cuarto, cometía la vil acción de comprar castañas y sentarse a comérselas en un banco del Retiro. Pero en el chaleco de Melchor siempre sonaba algo, aunque fuera media docena de pesetas, reunidas por Doña Laura, Dios sabe cómo, con mil apuros, con el enfermizo velar de las niñas y el ahorro llevado a límites increíbles.

Melchor había seguido la carrera de Derecho. Un chico tan sin segundo, tan extraordinariamente dotado por Dios en talento y finura, no podía degradarse en oficios mecánicos y bajos menesteres. Darle carrera poco lucida habría sido contrariar sus altos destinos. Tenía doña Laura un hermano que era y es afamado ortopédico de Madrid, hombre que ha labrado una fortuna en su taller. Este laborioso industrial, luego que Melchor, de quien era padrino, llegó a los quince, quiso llevarle consigo y enseñarle aquel honrado oficio; pero tanto doña Laura como don José consideraron esto como un insulto. ¡Melchor ortopedista, arreglador de jorobas, corrector de hernias, fabricante de muletas y aparatos tan feos!... Vamos, vamos, esto era monstruoso. Doña Laura oyó las proposiciones de su hermano, no ya con indignación, sino con asco. El joven mismo, cuando ya despuntaba en la Universidad y tenía su barniz literario, reíase de su tío el ortopédico. Sólo la idea de ir a trabajar con él en aquella odiosa tienda le sublevaba. ¿Cómo podían entenderse él y su tío, él, tan sabio, tan listo, llamado a sublimes destinos, y su tío, un hombre tosco y rudo que sólo sabía hacer supensorios y cazar, un bárbaro que llamaba *cláusulas* a las cápsulas, y que cuando se puso el primer tranvía hablaba de la *tripulación* de los coches, en vez de decir trepidación?

Salió Melchor de la Universidad hecho, como decía Miquis, *un pozo de ignorancia*. Entre todas las ciencias estudiadas, ninguna tenía que quejarse por ser menos favorecida: es decir, que de ninguna sabía una palabra.

Se trató entonces de *lanzarle*. Era un bonito bajel, recién hecho y pintado, al cual no faltaba ya más que hacerle flotar en el mar sin fin de las ambiciones. El diputado por Monóvar le consiguió un destino en la Dirección de Rentas Estancadas, asunto del cual Melchor entendía tanto como de cantar la epístola. Vamos,

vamos que entraba con pie derecho. Desgraciadamente, pasó algunos años alternando entre colocaciones miserables y calamitosas cesantías. El joven se desesperaba, viendo la desproporción grande entre su posición real y la artificial que se había creado con amistades de chicos pudientes, con la necesidad de vestir bien y sus eternas pretensiones, fomentadas sin cesar por toda la familia.

No tenía amor al estudio, porque oía decir constantemente que el estudio de poco aprovecha. Pero el roce con muchachos listos le había suministrado un mediano caudal de frases hechas y de ideas de repertorio, por lo cual no era de los más callados en los cafés. Disputaba sobre política, y aun metió su cuarto a espadas en ella, escribiendo en algún periodicuejo. Era de notar que siempre lo hacía en tono tan indignado y mostrando tal ira contra el Gobierno, que sus trabajillos gustaban en las redacciones y aun le produjeron algunos cuartos.

Fué colocado, y durante una temporada corta se dedicó al espiritismo. Se le veía en nocturnas reuniones de esta secta, que es la antesala del Limbo, y llegó a adquirir esas convicciones tenaces que sólo se encuentran en los prosélitos de los sistemas más absurdos. Muchas horas de la noche pasaba en su casa en tétrica conversación con las patas de las mesas, o bien escribiendo con mano temblona lo que, según él, le decían este y el otro espíritu: y aunque tales majaderías no agradaban mucho a doña Laura, por ser remachada católica, la bendita señora no le decía una palabra ni trataba de arrancar de la mente de su hijo las telarañas de aquella ridícula doctrina.

Pero pasó el tiempo, y con él el espiritismo de Melchor, dejando el puesto a otros ideales más prácticos. Veía transcurrir los años sin que sus medios pecuniarios estuvieran en armonía con sus pretensiones ni con aquel porvenir brillante que su buena madre le anunciaba. El no era rico, pero era preciso parecerlo; es decir, vestirse como los ricos, tratar con ricos. Es cruel eso de que todos seamos distintos por la fortuna y tengamos que ser iguales por la ropa. El inventor de las levitas sembró la desesperación en el linaje humano.

Padecía con esto Melchor horriblemente, y cada día sufría una humillación nueva. El lujo de los demás le azotaba la cara. Paseaba. ¿Por qué era suyo el cansancio y de los demás el coche? ¿Por qué razón él sentía el amor, y era otro el que tenía la querida? Iba al teatro. ¿Por qué era suya la afición a la música y ajeno el palco? Estas cuestiones brotaban sin cesar en su cerebro como las chispas en la fragua. Para colmo de pena, oía la historia de fortunas improvisadas. En el café, en los círculos todos, se referían maravillosos cuentos, como los de magia. Aquí un pobrete audaz había redondeado colosal ganancia en pocos meses. Allá, una idea feliz, engendrando el más pingüe de los negocios, había hecho poderoso al que un año antes era mendigo. Mil agentes bullían en Madrid, realizando, con maravillosos beneficios, esas combinaciones oscuras entre el Tesoro y los usureros, entre los servicios y las costumbres, de que resultaban los únicos milagros del siglo XIX.

Desde que le asaltaron estos pensamientos, Melchor ideaba todas las semanas un plan o arbitrio nuevo. Lo maduraba en su mente, lo comunicaba a su madre expuesto ya en claras cifras; encontrábalo de perlas doña Laura; trataba él de llevarlo a la práctica, y entonces, de las dificultades, venía la muerte del plan y el engendro de otro.

Primero tratábase de una cosa muy sencilla: «Son habas contadas, mamá», decía él. Consistía en combinar un sistema de anuncios con un sistema de regalos, ofrecidos por las tiendas a cuantos comprasen en ellas. El plan era soberbio. Produciría millones, con tal que todos los tenderos de Madrid aceptaran la cosa y con tal que todos los industriales facilitasen los anuncios. Ya se había entendido él con un litógrafo que le haría las primeras tarjetas crómicas.

A estas habas contadas sucedieron otras. Tratábase de una red de tranvías aéreos. ¿El capital? Seguridad tenía de encontrarlo cuando los banqueros conocieran su plan. Pero éstos no supieron ver la inmensidad de millones que podía dar de sí el negocio, y los tranvías aéreos se quedaron en los aires. Después se trató..., también habas contadas..., de conseguir del Gobierno el privilegio de expender fósforos, luego de montar una agencia para conseguir destinos y, sucesivamente, de otros delirios y extravagancias.

Entre tantas combinaciones no se le

ocurrió al joven Relimpio la más sencilla de todas, que era trabajar en cualquier arte, profesión u oficio, con lo que podía ganar, desde una peseta para arriba, cualquier dinero. Pero él, fanatizado por lo que oía decir de fortunas rápidas y colosales, quería la suya de una pieza, de un golpe, no ganada ni conquistada a pulso, sino adquirida por arte igual al hallazgo de la mina de oro o del sepultado tesoro de diamantes. En los días a que nuestra historia se refiere, andaba Melchor algo desanimado, y grandísima confusión reinaba en su espíritu. En su mente lo inverosímil luchaba en sombrío pugilato con lo posible. ¿Saldría de este batallar alguna idea grande, algún plan jamás soñado de otro alguno? Las visiones de la riqueza real se peleaban dentro de él con las imágenes del bienestar ajeno, entre el estruendo de los rebeldes apetitos, tanto más revoltosos cuanto más distantes de ser saciados.

Llegaba a su casa todas las noches entre una y dos de la madrugada, fatigado, triste, pensativo; soltaba la capa; ponía los codos sobre la mesa del comedor, las quijadas entre las palmas de las manos, y así se quedaba media hora o más en reposada meditación. Si había entrado fumando, que era lo más probable, consagraba su atención a curar, ennegrecer c culotar—no hay otra manera de decirlo—una boquilla de espuma de mar, empeño que le traía muy atareado a diferentes horas del día. Llevaba adelante su obra con tanto esmero y paciencia, que en el café oía más de un elogio por la perfección e igualdad de ella. Hay orgullos muy singulares. El que Melchor fundaba en su pipa era disculpable, porque la pipa iba pareciéndose al ébano más puro y reluciente, y el artista, después de arrojar sobre ella, distribuyéndolos bien, chorros de espeso humo, la frotaba con el pañuelo, y se miraba después en aquel espejo de azabache... Cuando concluía de fumar, guardaba la pipa en el estuche, y se iba a la cama, de donde no salía hasta la una del siguiente día.

Isidora no simpatizaba con el mimado hijo de los Relimpios. Aquella hermosura tan ponderada por doña Laura parecíale a ella ordinaria, y los modales y vestir del joven, afectados y cursis. En cuanto a las altas cualidades morales y mentales con que, en opinión de la familia, estaba agraciado por Dios, Isidora no comprendía nada. Parecíale el más desaforado holgazán, el más bárbaro egoísta del mundo.

CAPITULO IX

BEETHOVEN

I

El palacio de Aransis, situado en la zona de la parroquia de San Pedro, es un edificio de apariencia vulgar, como todas las moradas señoriales construídas en el siglo XVII, las cuales parecen responder a la idea de que Madrid fuese una corte provisional. Seguros los grandes de que tarde o temprano se fijaría el rey en otra parte, hacían, en vez de casas, enormes pabellones o tiendas de campaña, empleando en vez de lienzo y tablas el ladrillo y el yeso. La importancia artística de tales caserones es nula; su solidez, mediana, y en cuanto a comodidades interiores, solamente es habitable lo que ha sido reformado, pues los señores antiguos parece se acomodaban a vivir sin luz y sin abrigo, ya en anchas cavidades desnudas, ya en oscuras estrecheces.

La casa de Aransis es de las reformadas en el siglo pasado. Al exterior, fuera de su puerta almohadillada, por la cual entrarían sin inclinarse los gigantones del Corpus, nada absolutamente tiene de particular. Interiormente conserva bastantes obras de mérito, como tapices, muebles y cuadros, sin que ninguna de ellas raye, ni con mucho, en lo extraordinario. El abandono en que sus dueños la tienen nótase desde la puerta al tejado, pues aunque todo está en orden y bien defendido de la polilla, hay allí olor de soledad y presentimiento de ruina. Digan lo que quieran los que se empeñan en que ha de ser bueno todo lo que no es moderno, el interés artístico de los salones de Aransis no pasa de mediano.

Desde el 63 todo estaba cerrado allí; sólo se abría los días de limpieza. La casa tenía por habitantes el silencio, que se aposentaba en las alcobas, entre luengas colgaduras hechas a imagen del sueño, y la oscuridad se agasajaba en las anchas estancias. Por algunas rendijas la luz metía sus dedos de rosa, arañando las tapicerías. De noche, ni ruido, ni claridad, ni espíritu viviente moraban allí.

Un día de otoño del 72 alegróse de súbito el palacio; abriéronse puertas y ventanas; entraron aire y luz a torrentes, y los plumeros de media docena de criados expulsaron el polvo que mansamente dormía sobre los muebles. Luego sucedió traqueteo de sillas, lavatorio de cristales y preparación de luces. En medio de este alboroto, oíanse las notas sueltas de un plano, martirizado en manos del afinador. Al día siguiente hubo estruendo de baúles descargados, oficiosa actividad de lacayos, rodar tumultuoso de carruajes en la calle y en el portal inmenso, desnudo, vacío. Una señora de cabello entrecano y gallarda estatura envuelta en pieles, tapada la boca trémula de frío, subió la escalera dando el brazo a un señor cacoquimio, y pasó de pieza en pieza, sin parar hasta aquella donde debía reposar del viaje. Acompañábanla, además del señor cacoquimio, un jovencito como de catorce años, que llevaba tras sí, atado de una cadena, enorme perro negro, y cerraban la comitiva dos criadas jóvenes y guapas, que no tenían facha de gente española.

La marquesa de Aransis, viuda desde el 54, vivía de asiento en París o Londres durante la temporada o *season*, parte del verano en un puerto de Bretaña y algunos inviernos solía venir a España para templar su salud, no muy buena, en el clima de Córdoba, donde tenía casa y posesiones. En Madrid no estaba sino cuatro o cinco días, de paso para Córdoba o Granada. Aquel año efectuaba su viaje a fines de septiembre, y mostrándose, sin saber por qué, menos cariñosa que otras veces con su patria, había dicho al entrar en la casa: «Esta vez no estaré sino tres días.» Era lunes.

Descansó hasta las dos, hora en que el jovencito que la acompañaba se puso al piano para tocar dificilísimos ejercicios, y no lo dejó hasta la hora de comer. Recibió luego la señora muchas visitas, comió con el señor cacoquimio, el muchacho pianista, la marquesa de San Salomó, el apoderado de la casa y dos personas más, y retiróse a su alcoba después de rezar mucho.

Empleó casi todo el día siguiente en devolver visitas y se encerró a las cuatro. No quería recibir a nadie. Deseaba estar sola. Aquella casa la repelía arrojando sobre su alma una sombra triste y lúgubre, y al mismo tiempo la llamaba a sí y la retenía los amorosos recuerdos. Llegó la temprana noche. La marquesa había resuelto abrir el cuarto de su hija difunta, que estaba cerrado desde la muerte de ésta, acaecida nueve años antes. En tan largo espacio de tiempo no había permitido la madre que fuese abierta por nadie la fúnebre alcoba; no había querido abrirla ella misma, porque la miraba como a una tumba, y las tumbas no se abren. Pero en aquella ocasión decidióse a quebrantar su propósito. Ya desde París había traído la idea de realizar aquel acto tristísimo. Su deseo procedía de una piedad entrañable, del temor mismo, que a veces nos estimula robando su aguijón a la curiosidad. «La abriré esta noche», pensó, dando un gran suspiro, y después de comer se trasladó a un hermoso gabinete, la mejor y más rica pieza de la casa. En uno de los testeros estaba el gran piano de Erard donde tocaba mañana y tarde el jovencito que había venido con la señora; en otro, el espejo de la gran chimenea reproducía con misetriosa indecisión la cavidad adornada de la estancia. Frente al espejo, la abertura de dos cortinas, pesadamente recogidas, dejaba ver una puerta blanca, lisa, puerta en la cual se echaba de menos un epitafio.

De las paredes colgaban cuadros modernos de dudoso mérito y algunos retratos de señores de antaño, de esos que están metidos en cincelada armadura de ceremonia, el brazo tieso y en la mano un cañuto, señal de mando. Los muebles no eran de lo más moderno. Pertenecían a los tiempos del tisú y de la madera dorada, y los bronces proclamaban con su afectada estructura griega la disolución de los Quinientos y los *senatus consultus* de Bonaparte. Aunque no hacía frío, la humedad de la desamparada casa era tal, que fué preciso encender la chimenea.

El joven, más bien niño, entró jugando con el perro, a quien llamaba *Saúl*.

—No alborotes, hijo—indicó la señora, molestada del ruido—; deja en paz a *Saúl*.

Poco después estaba el animal regiamente echado en medio de la sala, y parecía un león de ébano. Su hermosa cabeza destacábase soberbia, inteligente, a un tiempo cariñosa y fiera, sobre el ramaje de colores de la alfombra, y sus

ojos devolvían en chispas vivísimas la lumbre de la chimenea.

Trató de abrir la marquesa la puerta, mas con mano tan insegura lo hacía, que la llave tanteaba en el hierro sin acertar a introducirse. Al fin sonó el chasquido de la metálica lengua al recogerse. Empujada, cedió la puerta con lastimero sollozo de herrumbres, y mostró el ámbito negro, del cual salía un aliento de humedad estacionada, que se nutre de las tinieblas, de la quietud, de la soledad.

La marquesa, que se había detenido en el umbral, paralizada del temor y respeto que aquel interior (no abierto en nueve años) le infundía, retrocedió un instante; tomó una de las dos lámparas que en el gabinete había, y resuelta, con devoción y ánimo, penetró en la habitación, cuya puerta de par en par abrió.

—Hija de mi alma, ya te hemos perdonado—murmuró a manera de rezo, al dar los primeros pasos.

En el centro había una mesa, sobre la cual dejó la señora la lámpara. Sentóse en un sillón junto a la mesa, y cruzando las manos, empezó a llorar y a rezar, derramando su vista por todos los objetos de la estancia, los muebles y cortinas, y fijándola en algunos con la saña que a veces emplea contra sí misma el alma dolorida. La sed de ver se nutría del temor de ver, engloblándose uno en otro, miedo y apetito, para que el alma no supiera distinguir del suplicio el goce. Entonces oyéronse las notas medias del piano acordadas dulcemente, indicando un motivo lento y sencillo de escaso interés musical, pero que semejaba una advertencia, el *érase una vez* del cuento maravilloso.

La marquesa no hacía caso de aquella música que estaba cansada de oír. Su nieto era un precoz pianista, un monstruo, un fenómeno de agilidad y de buen gusto. Había sido discípulo y era ya émulo de los primeros pianistas franceses. Orgullosa de esta aptitud, la marquesa obligaba al muchacho a estudiar diez horas al día. Sin hacer caso aquella noche, ni aun darse cuenta de lo que el niño tocaba, la ilustre señora, solicitada de otros pensamientos y emociones más crudas y reales que las que produce la música, seguía mirando todo. No había visto aquellos objetos desde el día en que expiró su hija. La muerte estampaba su sello triste en todo. La falta de luz había dado a la tela de los muebles tonos decadentes. El polvo deslustraba las hermosas lacas, y había tendido sobre todo una neblina áspera y gris que no podía ser tocada sin estremecimiento de nervios. Sobre la chimenea permanecía un jarrón con flores que fueron naturales y frescas nueve años antes.

Eran ya un indescriptible harapo cárdeno, que al ser tocado, caía en partículas secas y sonantes, como los despojos de cien otoños. En los muebles finísimos, de caprichosa construcción, los dorados se habían vuelto negros. Un armario ropero de triple luna tenía las puertas entreabiertas, y de su seno de cedro se veían salir desordenados vestidos, rasos y granadinas, fayas y gros riquísimos, todo ajado y descolorido, todo en tal manera invadido por la muerte, que parecía próximo a caer, si se le tocaba, en menudas partículas como las flores de antaño. Olor de polilla y de flores mustias y de perfumería podrida y descompuesta por la vejez, salía de aquellos despojos. Veíanse también por el suelo, junto al armario, zapatos y botitas apenas usados y un corsé cuyo cordón suelto describía rúbricas por el suelo.

Mirando esto, la marquesa recordó el más triste detalle de aquel día triste. Pocas horas antes de morir, su hija, creyéndose bien por una de esas raras alucinaciones del temperamento, que son la más tremenda ironía de la muerte, había tenido el antojo de engalanarse. Sintiendo en aquel instante engañosas fuerzas, se había vestido con febril ansiedad, diciendo que ya no estaba mala y que iría al teatro aquella noche. Después había sentido de súbito como una puñalada en el corazón, y cayó al suelo. Le quitaron las ropas de lujo, la descalzaron, le fueron arrancando una a una las bellas prendas, profanadoras del sepulcro, y poco después dejó de existir.

Este recuerdo, que siempre la horrorizaba, llevó a la marquesa a contemplar un hermoso cuadro colocado sobre la chimenea. Era un retrato de mujer, en cuyo agraciado rostro hacía contraste la sonrisa de los labios frescos con la melancolía de los ojos pardos, debajo de las cejas más galanas que han podido verse. Resultaba una doble expresión de enamorada y de burlona, y allí se echaba de ver el sentimiento hondo y fuerte,

mal disimulado con la hipocresía de un carácter superficialmente picaresco.

La marquesa no se saciaba de mirar al retrato. ¡Era tan parecida; era la pintura, como de Madrazo, tan fina, tan conforme con la distinción, elegancia y gracia del original! ¡Qué admirable aquella circumpostura del cabello abundante, guarneciendo el rostro, no ciertamente muy oval, antes bien tirando a una redondez algo voluptuosa! ¡Qué palidez tan encantadora! ¡Qué armonía entre lo enfermizo y las inexplicables seducciones! ¡Y aquella mano blanca, recogiendo la negra mantilla, qué airosa, qué viva en su admirable modelado!... A la madre se le escaparon en un murmullo de dolor estas palabras:

—¡Pobre hija mía! ¡Pobre pecadora!

Y diciendo esto, levantóse de la caja del piano próximo un murmullo vivo, que pronto fué un lamento, expresión de iracundas pasiones. Era la elegía de los dolores humanos, que a veces, por misterioso capricho del estilo, usa el lenguaje del sarcasmo. Luego las expresiones festivas se trocaban en los acentos más patéticos que pudiera echar de sí la voz misma de la desesperación. Una sola idea, tan sencilla como desgarradora, aparecía entre el vértigo de mil ideas secundarias, y se perdía luego en la más caprichosa variedad de diseños que puede concebir la fantasía, para reaparecer al instante transformada. Si en el tono menor estaba aquella idea vestida de tinieblas, ahora en el mayor se presentaba bañada en luz resplandeciente. El día sucedía a la noche, y la claridad, a las sombras en aquella expresión del sentimiento por el órgano musical, tanto más intenso cuanto más vago.

De modulación en modulación, la idea única se iba desfigurando sin dejar de ser la misma, a semejanza de un histrión que cambia de vestido. Su cuerpo subsistía, su aspecto variaba. A veces llevaba en sus sones el matiz duro de la constancia; a veces, en sus trémolos, la vacilación y la duda. Ora se presentaba profunda en las octavas graves, como el sentimiento perseguido que se refugia en la conciencia; ora formidable y guerrera en las altas octavas dobles, proclamándose vencedora y rebelde. Sentíase después acosada por bravío tumulto de arpegios, escalas cromáticas e imitaciones, y se la oía descender a pasos de gigante, huir, descoyuntarse y hacerse pedazos... Creyérase que todo iba a concluir; pero un soplo de reacción atravesaba la escala entera del piano; los fragmentos dispersos se juntaban, se reconocían, como se reconocían, como se reconocerán y juntarán los huesos de un mismo esqueleto en el Juicio final, y la idea se presentaba de nuevo triunfante como cosa resucitada y redimida. Sin duda alguna una voz de otro mundo clamaba entre el armonioso bullicio del clave: «Yo fuí pasión, duda, lucha, pecado, deshonra, pero fuí también arrepentimiento, expiación, redención, luz y Paraíso.»

II

La marquesa, que no había dejado de mirar el rostro de su hija hasta que las lágrimas echaron un velo sobre sus ojos, volvió a rezar, y mientras pronunciaba una oración especialmente consagrada a las ánimas, pensaba así: «Dios te habrá perdonado, pobre alma querida, como te perdoné yo.»

Y empezó a traer a la memoria recuerdos mil, algunos tristes como reflejo del cariño herido, otros punzantes y terribles como la imagen del dolor vulnerado. Recordó que si las faltas de la hija habían sido de estas que en los términos sociales no tienen excusa, la severidad de la madre había sido implacable. Con estas lastimosas memorias, la marquesa sintió algo que podría llamarse el remordimiento del deber. ¿Había sido cruel con su hija? El descubrimiento de liviandades que pronto se hicieron públicas, puso a la señora a punto de morir de indignación y vergüenza. ¡Qué bien recordaba esto, y cómo se renovaban sus iras con las memorias enardeciéndole la sangre! Ella entonces encerró a su hija, con todo el rigor que la palabra indica. Habíala recluído en aquella habitación, de donde no salía nunca, ni tenía comunicación alguna con el exterior. Vivió como emparedada seis meses. ¿De qué murió? No se sabía bien. Murió de encierro, y fué víctima de la inquisición del honor.

¡Oh rigor extremo! La marquesa era una mujer de otras edades. Estaba forjada en el yunque calderoniano con el martillo de la dignidad social, por las manos duras de la religión. No cabían en ella las viles condescendencias que

son el fruto amargo de una de las maneras de la civilización. Mientras su hija estuvo prisionera, se le permitía engalanarse, pero no salir del cuarto. La marquesa no hablaba con ella más que lo preciso, sin usar jamás frase cariñosa ni vocablo atento. La buena señora recordaba, como se recuerda la impresión de una quemadura, estas palabras de fuego dichas por su hija el día antes de caer enferma: «Mamá, mátame con cuchillo, no me mates con tus miradas.»

De súbito la enfermedad, incubada perezosamente, estalló, desarrollándose con rapidez en seis días. Desde el primero anunciόse un fin desgraciado. Todo el rigor de la madre cedió al instante, como el hielo que se funde. ¡Qué bien recordaba al cabo de nueve años la expresión de la cara del médico, las medicinas, los antojillos de la enferma, nacidos de terribles aberraciones nerviosas! Ya pedía flores, ya helados que no había de tomar. De pronto pedía todos los libretos de ópera que se pudieran adquirir. Otra vez hizo llevar a su casa gran parte del almacén de música de Romero. «Pájaros, pájaros...» Le llevaron media plaza de Santa Ana. «¡Oh! ¡Tengo que contestar tantas cartas...!» Y se ponía a escribir. De estos deseos locos, ansiosos, que eran como los tirones que daba la muerte para arrancarla más pronto de raíz, se alimentaba su fiebre galopante.

«Moriste como una pobre mártir—pensó la marquesa, rezando otra vez—. Moriste reconciliada con Dios, recitando oraciones y besando la santa imagen de nuestro Redentor.»

Oyóse otra vez la voz del clave, con triste elocuencia de salmodia. La frase tenía un segundo miembro. Bien podría creerse que un alma dolorida preguntaba por su destino desde el hueco de una tumba, y que una voz celestial contestaba desde las nubes con acentos de paz y esperanza. Descansaba el motivo sobre blandos acordes, y este fondo armónico tenía cierta elasticidad vaga que sopesaba muellemente la frase metódica. A ésta seguían remedos, ahora pálidos, ahora vivos, sombras diferentes que iban proyectando la idea por todos lados en su grave desarrollo. Las sabias formas laberínticas del canon sucedieron a la sencillez soberana, de donde resultó que la hermosa idea se multiplicaba, y que de tantos ejemplares de una misma cosa formábase un bello trenzado de peregrino efecto por hablar mucho al sentimiento y un poco al raciocinio, juntando los encantos de la mística pura a los retruécanos de la erudición teológica. Bruscamente, una modulación semejante a un hachazo variaba, con el tono, el número, el lenguaje, el sentido. Estrofa amorosa, impregnada de candor pastoril, aparecía luego, y después el festivo rondó, erizado de dificultades, con extravagancias de juglar y esfuerzos de gimnasta. Enmascarándose festivamente, agitaba cascabeles. Se subía, con gestos risibles, a las más agudas notas de la escala, como sube el mono por una percha; descendía de un brinco al pozo de los acordes graves, donde simulaba refunfuños de viejo y groserías de fraile. Se arrastraba doliente en los medios imitando los gemidos burlescos del muchacho herido, y saltaba de súbito pregonando el placer, el baile, la embriaguez y el olvido de penas y trabajos.

Abriendo el pupitre de un escritorio de ébano, la marquesa revolvía papeles, cartas, objetos diversos. Sus ojos deseaban y temían encontrar las cosas; fijáronse en un paquete de cartas, recorrieron con sobresalto algunos renglones, y se apartaron con horror como de un espectáculo de oprobio. «Se quemará todo esto», dijo, poniendo a un lado el paquete execrable. Después halló un pliego en que estaba empezada una carta. La enferma había tenido delirio de escribir cartas; pero apenas comenzadas, las dejaba. En algunas sólo se veían deformes garabatos, hechos al rasguear de la pluma temblorosa; en otras, las letras claras manifestaban ideas sueltas, palabras tiernas agrupadas sin sentido alguno. En algún papel la melancolía había repetido muchas veces una misma palabra, trazándola primero con grandes letras, que luego iban disminuyendo hasta ser como puntos. «Se quemará todo», volvió a decir la marquesa, haciendo un montón de lo que se destinaba a la hoguera.

Revolviendo más, encontró un retrato. La señora puso muy mala cara al verlo. Le causaba horror; mas por lo mismo volvió a mirar la aborrecida imagen, porque el odio tiene también sus embebecimientos. No bastaba destinar al fuego la cartulina. Era preciso descuartizar pri-

mero al reo. La marquesa rompió en menudos pedazos el retrato.

¡Cómo se reía entonces Beethoven! Su alegría era como la de Mefisto disfrazado de estudiante. Luego entonaba graciosa serenata, compuesta de lágrimas de cocodrilo y arrullos de paloma. Pero la marquesa no ponía atención y seguía rebuscando. «¿Qué será esto?», pensó al tomar un paquetito atado con cinta de color de rosa.

Desdobló el paquete y vió un collar de perlitas, con un papel que decía: «Para mi hija. Le suplico que sea buena y rece por mí.»

La marquesa lloraba de nuevo. Su mano halló al instante un paquete más chico. Abrióla. Dentro vió un sortija pequeña, con un papel que decía: «Para mi niño, que hoy cumple cinco años. 12 de abril de 1863. Deseo que sea bueno y piense en mí.»

La marquesa lloraba ya con ruidosos gemidos. Acudió el perro negro y puso su hermosa cabeza sobre las rodillas de la dama, mirándola de hito en hito con sus ojos negros y cariñosos, a cuya dulzura nada podía compararse. Dejó de oírse la voz inefable del piano, y Beethoven, con su mundo de sentimientos y de formas, desapareció en el silencio como una viva luz tragada por las tinieblas. Acudió el niño músico, y asustado de ver a la señora tan afligida, le preguntó la causa de su duelo. La marquesa le besó en la frente, le tomó después la mano, buscó en ella un dedo...

—¿Es para mí esa sortija?—preguntó el muchacho.

—Para ti. Quizá sea demasiado pequeña... Pero en el meñique bien puede entrar. Ya está. No la pierdas.

—¿Es regalo tuyo?

—Sí.

Y poco después se volvía a cerrar la triste alcoba, y retirándose personas y luces, todo quedaba en silencio y soledad tristísima. Y al día siguiente se hizo una mediana hoguera en la chimenea, donde ardieron con chisporroteo, que parecía una protesta contra la Inquisición, papeles varios, recuerdos, flores, mechones de cabello, cartulinas. Majestuosamente sentado sobre sus cuatro remos, el perrazo negro presenciaba con atención solemne aquel acto, retratando en sus pupilas de endrina la llama movible que se comía, sin hartarse, las páginas del ignorado drama. Cuando la llama se extinguía, la miendo las últimas cenizas, *Saúl* bostezó con soberano fastidio.

Y no hubo más. El piano sonó también casi todo aquel día, y al siguiente la señora marquesa, acompañada del caballero cacoquimio, del niño músico, de las dos criadas extranjeras y del perro, partió para Córdoba; y el caserón de Aransis se quedó otra vez solo, frío, oscuro, mudo, como inagotable arca de tristezas que, después de saqueada, conserva aún tristezas sin número.

CAPITULO X

SIGUE BEETHOVEN

El caserón, no obstante, tenía su alegre nota. Como la voz del grillo en una grieta del sepulcro, así era la voz del conserje Alonso, cantando peteneras en su habitación cercana al portal y en el patio. Era un hombre casi viejo, de buena pasta, honrado y comedido. Vivía allí con su mujer enferma, de la cual no tenía hijos, y la mitad del día se la pasaba trabajando en carpintería, por pura afición, bien haciendo marcos de láminas, para lo que tenía especiales aptitudes, bien arreglando muebles antiguos para venderlos a los aficionados. No se sabe qué funciones había desempeñado en la casa en su juventud. Creemos que fué montero, porque siempre acompaña al marqués de Aransis en sus excursiones venatorias. Lo cierto es que en una de éstas tuvo Alonso la desgracia de perder una pierna, de lo que le vino aquel destino sedentario. A pesar de ser hombre acomodado—pues a sus gajes y ahorros añadía una regular herencia—, nunca quiso abandonar el puesto humilde de conserje. Era natural del Toboso, y algo pariente de los Miquis. Manejaba los capitalitos de algunos manchegos que querían colocar su dinero en fondos públicos. Y ved aquí un banquero que pasaba horas largas limpiando metales, quitando el polvo, haciendo recorrer tejados y chimeneas, y cobrando, por ayudar al administrador, los recibos de inquilinato de las muchas casas que el marquesado de Aransis posee en Madrid.

Estaba una mañana el buen hombre

en el patio, cuando se abrió la puerta y aparecieron tres personas. Una de ellas saludó con mucha afabilidad a Alonso, el cual dijo así:

—¡Dichosos los ojos que te ven, Augusto, cabeza sin tornillos...! Ayer tuve carta de tu padre. Dice que le escribes poco y que andas distraidillo.

—¡Pobre viejo!... Si le escribo todas las semanas... ¿Y cómo está Rafaela? ¿Qué tal va con las píldoras?

—Pues no va mal. Hoy, como está el día tan bueno, le dije: «Anda, mujer, anda a que te dé un poco el aire.» Y con efecto, ha salido. Ya sabes que un hermano suyo ha venido a establecerse en Madrid. Hará dinero, porque estos catalanes saben ganarlo. ¿No le has oído nombrar? Juan Bou, litógrafo. Está viudo; necesita quien le ayude a arreglar su casa..., y con efecto, Rafaela ha ido allá... Es calle de Juanelo. Yo debía haber ido también, y con efecto...

—Con efecto—dijo Miquis, repitiendo el estribillo de su amigo—, veníamos... Ya me parece que hablé a usted de ello la semana pasada. Estos dos amigos, esta señorita y este caballero, desean ver el palacio de Aransis. Cuentan que es tan hermoso...

Alonso era complaciente. Entró en su vivienda, sacó un manojo de llaves, y señalando la escalera, dijo con formas respetuosas:

—Pasen los señores. Verán lo que hay.

Miquis, presentando a los que le acompañaban, no pudo reprimir sus instintos de malignidad zumbona, y habló así con afectada finura:

—El señor don José de Relimpio y Sastre, consejero de Estado.

Don José se inclinó turbado, sin atreverse a contestar.

—Y su sobrina, la señorita de Rufete, que acaba de llegar de París.

Isidora miró a Miquis con tan indignados ojos, que el estudiante no se atrevió a seguir. El conserje echó una mirada a la poco flamante levita de don José y al traje sencillamente decoroso de Isidora, sin hallarse completa armonía entre el vestido y las personas. O quizá, hecho a las burlas de Miquis, no quiso llevar adelante sus investigaciones. Subieron.

—Esto es del género Luis Quince—dijo con ínfulas de cicerone instruído, enseñándoles la primera sala—. La decoró el señor marqués viejo. Aquí todo es antiguo.

Como en nuestra moderna edad, tan pronto demasiado enfatuada como descontenta de sí misma, se ha convenido en que sólo lo antiguo es bueno, Miquis, que hacía el papel de artista magistralmente, empezó a manifestar esa admiración lela de viajero entusiástico y a lanzar exclamaciones, y a torcerse el pescuezo para mirar el techo, quedándose una buena pieza de tiempo con la boca abierta.

—Esto es maravilloso—decía—. Vaya con las patitas de las consolas... ¡Qué elegancia de curvas! ¿Y esas cortinas con amorcillos y guirnaldas?... ¡Pero dónde llega el techo...! ¡María Santísima! Yo me estaría toda la vida mirando esas pastoras que dan brincos y esos niños que cabalgan en un cisne. Ha de convenir usted conmigo, señor don José, en que hoy por hoy no se hacen más que mamarrachos. Aquí tenemos un salón que usted debía tomar por modelo para el palacio que está usted construyendo en la Castellana. Verdad que no tiene usted allí una pieza tan grande; pero mucho se puede hacer todavía mandando tirar algún tabique.

Don José le daba con disimulo codazos y más codazos para que cesara en sus burlas. También Relimpio creía de su deber honrar la casa que visitaban, embobándose de admiración y lanzando interjecciones cada vez que el bueno de Alonso señalaba un espejo, un cuadrito o el biombo de cinco hojas, tan lleno de pastores que ni la misma Mesta se le igualara.

—Y a ti, Isidora, ¿qué te parecen estas maravillas?—prosiguió Augusto, cuando pasaban a otra sala—. Probablemente no te llamarán mucho la atención, porque vienes del centro mismo de la elegancia y del lujo, de aquel París... Mira, mira estos retratos de caballeros y señoras de los siglos dieciséis y diecisiete... ¡Qué nobles fisonomías! Aquel que empuña un cañuto, semejante a los de los licenciados del ejército, debe de ser algún guerrero ilustre. ¡Vaya unos nenes! Aquella señora de empolvado pelo, ¡cuán hermosa es y qué bien está dentro de su tonelete! ¿Y aquella monja?

—Es el retrato de sor Teodora de Aransis—indicó Alonso con respeto—, superiora del convento de San Salomó, donde

murió ya muy anciana y en olor de santidad hace diez años.

—¡Guapa monja! ¿Qué tal, don José?

Don José dijo al oído de Miquis:

—¡Si pestañeara!...

Pasaron de sala en sala, cada vez más admirados: Miquis, enfático y grandilocuente; don José, repitiendo como un eco las exclamaciones de su amigo; Isidora, muda, absorta, abrumada de sentimientos extraños a las emociones del arte; mirándolo todo con cierta ansiedad mezclada de respeto, que más bien parecía el devoto arrobamiento que inspiran las reliquias sagradas.

Llegaron al gabinete donde estaba el piano. Dejando que marcharan delante Alonso e Isidora, don José se llegó a Miquis y en voz baja le dijo:

—Oiga usted lo que pienso, amigo don Augusto: ¡Lo que es el mundo!... ¡Que unos tengan tanto y otros tan poco!... Es un insulto a la Humanidad que haya estos palacios tan ricos, y que tantos pobres tengan que dormir en las calles... Vamos, le digo a usted que tiene que venir una revolución grande, atroz.

—Eso digo yo, señor don José. ¿Por qué todo esto no ha de ser nuestro? A ver, ¿qué razón hay? ¿Qué pecado hemos cometido usted y yo para no vivir aquí?

—Justamente: ése es mi tema.

—Hay que decir las cosas muy claritas.

—Que venga esa revolución, que venga. ¿Somos iguales, sí o no?

—Sí—afirmó Miquis con acento de Mirabeau.

—Así es que yo no me explico...

La mente de don José caía en un mar de confusiones, hundiéndose más a medida que veía más objetos, ya de lujo, ya de comodidad. Iba a seguir emitiendo juicios muy filosóficos sobre aquella revolución próxima, cuando Miquis acertó a ver el piano, verlo, correr hacia él, abrirlo, hojear los papeles de música, y dar con su dura mano un acorde en la octava central, fué cosa de un instante.

Beethoven estaba en aquel ingente librote, que por lo grande, lo revuelto, lo oscuro, tenía algo de mar: allí estaba su turbulento genio escondido debajo de mil líneas, puntos, rasgos, tildes y garabatos que parecían oscilar, encresparse y confundirse con la rítmica hinchazón de las olas. En la superficie alborotada de un libro de sonatas difíciles, sólo es dado navegar al músico experto. También estaba allí la nave, admirable construcción de Erard. No faltaba más que el piloto, el músico, el intérprete bastante hábil para lanzarse al abismo con ánimo valeroso y manos seguras. Miquis sentía la inspiración en su mente; pero sus dedos, tan adiestrados en la cirugía, apenas acertaban a manejar torpemente algunas teclas, esto es, que no sabían apartarse de la orilla.

Pero tocó. Apenas podía leer la enmarañada escritura del autor de *Prometeo*. Los sonidos equivocados, que eran los más, le desgarraban los oídos. El tono era difícil, y anunciaba sus asperezas una sarta de infames bemoles, colgados junto a las dos claves, como espantajo para alejar a los profanos. No obstante, ayudado de su voluntad firme, de su anhelo, de su furor músico, Miquis tocaba. Pero ¡qué sonidos roncos, qué acordes sesquipedales, qué frases truncadas, qué lentitud, qué tanteos! Resultaba lastimosa caricatura, cual si la poesía sublime fuera rebajada a pueril aleluya.

En tanto, Alonso abría la puerta de la alcoba, y sin traspasar el umbral de ella, en voz baja y con respetuoso acento, hablaba de una persona muerta allí nueve años antes, de la puerta cerrada, del retrato, de la quema de papeles, de la piedad de la señora marquesa...

—Y con efecto—añadió, tocándose la punta de la nariz con la ídem del dedo índice—; dicen, y yo estoy en que será verdad, que para el año que viene se hará aquí una capilla... ¡Qué guapa era la señorita! ¿No es verdad?

Los tres contemplaron en silencio el retrato: Alonso, con lástima; Relimpio, con la curiosidad mundana del que se cree experto en cosas femeninas; Isidora, con doloroso pasmo en toda su alma, el cual crecía, dándole tantas congojas, que retiró su vista del cuadro y se apartó de allí para no dar a conocer lo que sentía.

Ninguno de los presentes conocía el secreto de su vida. No quería confiarlo a don José, por ser demasiado sencillo, ni a Miquis, por excesivamente malicioso. En la semana anterior fué grande su disgusto al saber, por Saldeoro, que la marquesa de Aransis había estado en Ma-

drid tres días, y que ella, por ignorarlo, no se había presentado a la noble señora. ¡Qué contrariedad tan penosa! Pasados algunos días, como sintiese cada vez más vivo el deseo de ver el palacio de Aransis, no quiso dejar de satisfacer prontamente aquel antojo y se valió de Miquis, cuya amistad con el guardián de la casa le era conocida. ¡Qué día aquel! Todo cuanto allí vió le había causado profundísimas emociones; pero el retrato, ¡cielos piadosos!, habíala dejado muerta de asombro y amor.

«¡Si pestañeara!—dijo para sí aquel calaverón incorregible de don José Relimpio—. Yo he visto esa cara en alguna parte; esa fisonomía no me es desconocida.»

Alonso seguía dando noticias discretas y mostrando algunas preciosidades, a lo que atendía con mucha urbanidad el padrino de Isidora. Pero ésta no veía ni oía nada. Se había quedado de color de cera, y temblaba de frío. Por un instante sintióse a punto de perder el conocimiento, y a su turbación uníase, para hacerla más honda, el miedo de darla a conocer ridículamente. Se sentó; hizo firme propósito de serenarse. La endemoniada, balbuciente y atroz música de Augusto le rompía el cerebro. No era aquello el canto numeroso ni el expresivo lloro de las Musas, sino el berraquear insoportable de un chico mimoso y recién castigado.

—Música alemana, ¿eh?—indicó Relimpio con airecillo de suficiencia—. Señor de Miquis, si eso parece un solo de zambomba...

—¡Pobre Beethoven mío!—exclamó el estudiante, dejando de tocar y haciendo un gesto de desesperación—. ¡Qué lejos estabas de caer entre mis dedos!

—Me parece que debemos marcharnos —dijo el tenedor de libros, ofreciendo un pitillo a Alonso, que respondió:

—No lo gasto.

—¿Nos vamos, Augusto?

—A escape. Ya no me acordaba de que tienen ustedes que ir a comer a la embajada inglesa.

Salieron desandando las habitaciones, no sin volver a contemplar de paso lo que ya detenidamente habían admirado. Isidora se quedó atrás. ¡Qué ansiosas miradas! Sin duda querían recoger y guardar en sí las preciosidades y esplendores del palacio... Cuando llegó a la última sala se oprimió el corazón, dilatado por furioso anhelo, y no con palabras, sino con la voz honda, tumultuosa de su delirante ambición, exclamó:

—¡Todo es mío!

CAPITULO XI

INSOMNIO NÚMERO CINCUENTA Y TANTOS

¡Qué hermoso palacio, Dios de mi vida! ¡Cuánto habrá costado todo aquello! ¡Pensar que es mío por la Naturaleza, por la ley, por Dios y por los hombres, y que no puedo poseerlo!... Esto me vuelve loca. Dios no quiere protegerme, o quiere atormentarme para que aprecie después mejor el bien que me destina. Si así no fuera, Dios hubiera hecho que yo me enterara de que la marquesa estaba en Madrid. El corazón no puede engañarme, el corazón me dice que cuando yo me presente a ella, cuando me vea... No, no quiero pleitos; quiero entrar en mi nueva, en mi verdadera familia con paz, no con guerra, recibiendo un beso de mi abuela y sintiendo que la cara se me moja con sus lágrimas. ¡Es tan buena mi abuelita!... Y aquel Alonso cojo, ¡qué fiel y honrado parece!... Siempre, siempre seguirá en la casa, con su pata de palo, que va tocando marcha por las escaleras... Mis papeles están en regla. Debo tomar el tren y marcharme a Córdoba. ¿Y con qué dinero, Virgen Santísima? Vaya, que mi tío se porta... Tantas promesas y tan poca sustancia. ¡Ah! ¡Señor canónigo, cómo se conoce la avaricia! Temo presentarme a mi abuela con esta facha innoble. Ya mis botas no están decentes, ya mi vestido está muy *cesante*, como dice la *Sanguijuelera*. Tanta vergüenza tengo de mí, que quisiera no hubiese espejos en el mundo... Siento llegar a ese lindo ganso de Melchor: es la una. Yo debería dormirme. ¡Si Dios quisiera darme un poquito de sueño!... Me volveré de este otro lado.

Ya siento un poco de sueño. Detrás de los ojos noto pesadez... Si no fuera por este pensar continuo y esto de ver a todas horas lo que ha pasado y lo que ha de pasar... Ven, sueñecito, ven... Pero

¿cómo he de dormir? Me acuerdo de mi hermano preso, y la cabeza se me despeja, doliéndome. Está visto, no me dormiré hasta las dos. ¡Pobre infeliz hermano! ¡Qué afrenta tan grande para mí y para él! No, mientras esto no se arregle y Mariano salga de la cárcel no diré una palabra, no daré un solo paso, no veré a mi abuela... ¡Ay, infeliz Isidora, infeliz mujer, infeliz mil veces! ¿Cómo quieres dormir con tanta culebrilla en el pensamiento? Aquí, debajo de este casco de hueso, hay un nido en el cual una madre grande y enroscada está pariendo sin cesar... El palacio, mi abuela, mi hermano criminal, yo sin botas, yo llena de deudas, y luego aquél, aquél, aquél, que ha venido a trastornarme más... ¡Qué hermosos, qué divinos ojos los de mi madre! Cuando la vi en pintura me pareció verla viva, que me miraba y se reía, diciéndome cosas de esas que se les dicen a los hijos. Madre querida, mándame un beso y con él un poco de sueño. Quiero dormir; pero no se duerme sin olvidar, y yo no puedo echar de mi cabeza tanta y tanta cosa. ¡Si se lograra dormir cerrando mucho los ojos; si se pudiera olvidar apretándose las sienes!... Me volveré de este otro lado. ¿Para qué, si al instante me he de cansar también? Más vale que abra los ojos, que me distraiga rezando o contándome cuentos. ¡Jesús, qué negro está mi cuarto! Si no duermo, vale más que encienda luz y me levante, y abra el balcón y me asome a él... Pero no, tendré frío, me constiparé, cogeré una inflamación, una erisipela. ¡Ay, qué horror! Me pondré tan fea..., y es lástima, ¡porque soy tan guapa, me estoy poniendo... divina! Aquí, recogida una en sí, y en esta soledad del pensar, cuando se vive a cien mil leguas del mundo, se puede una decir ciertas cosas, que ni a la mejor de las amigas ni al confesor se le dicen nunca. ¡Qué hermosa soy! Cada día estoy mejor. Soy cosa rica, todos lo afirman y es verdad... ¡Dios de mi vida, las dos! Este chasquido que oigo es el muellecito de la caja en que Melchor guarda su pipa. El asno bonito se acuesta... ¡Las dos, y yo despierta!...

¡Qué silencio en la casa! Me volveré de este otro lado... ¡Oh!, qué calor tengo. Me deslizaré a esta otra parte, que está más fresca. Tengo un cuerpo precioso. Lo digo yo y basta... Vamos, ¿pues no me estoy riendo, cuando son las dos y no he podido dormirme? Virgen Santísima, sueño, sueño, olvido... Esta es otra; ¿por qué me palpita el corazón? Lo mismo fué hace dos noches. Yo tengo algo, yo estoy enferma. Este latido, este sacudimiento no es natural. Parece que se me salta... ¡Jesús, madre mía! ¿Qué siento? ¡Pasos en mi cuarto! ¡Alguien ha entrado!... ¡Ah!, no, no hay nada: es como una pesadilla... ¡Cómo sudo, y qué sudor tan frío! ¡Si al menos me durmiera! Pero ¿cómo, si el corazón sigue palpitando fuerte?... Tengamos serenidad. Corazón, estáte quieto. No bailes tanto, que me dueles... ¡Cuidado, que te me rompes, que te me rompes!... ¡Qué cosas pienso! Cuando estoy despabilada y paso toda la noche afinando el pensar, hasta se me figura que me entra talento... Y vamos a ver, ¿por qué no he de tener yo talento? Sí que lo tengo. Eso, antes que los demás, lo conoce la misma persona que lo tiene. No, mamá mía, no has echado tontos al mundo. Yo..., ya ves; y en cuanto a Mariano, deja que salga de esa maldita cárcel, que se afine, que se pulimente, que se instruya... ¡Dios me valga! ¡Las tres!

Pero ¿las horas se han vuelto minutos? La noche vuela, y yo no duermo. Daré otra vuelta y cerraré los ojos; los apretaré aunque me duelan... ¿Por qué no puedo estar quieta un ratito largo? ¿Qué es esto que salta dentro de mí? ¡Ah!, son los nervios, los pícaros nervios, que cuando el corazón toca, ellos se sacan a bailar unos a otros. ¡Qué suplicio! Me muero de insomnio... Un baile en aquellos salones, cielo santo, ¡qué hermoso será! ¡Cuándo verás en ti, garganta mía, enroscada una serpiente de diamantes, y tú, cuerpo, arrastrando una cola de gro!... Me gustan, sobre todas las cosas, los colores bajos, el rosa seco, el pajizo claro, el tórtola, el perla. Para gustar de los colores chillones ahí están esas cursis de Emilia y Leonor... ¡Cómo me agradan los terciopelos y las felpas de tonos cambiantes! Un traje negro con adornos de fuego o claro con hojas de otoño resulta lindísimo... El buen gusto nace con la persona...

Vamos, gracias a Dios que me duer-

mo. Poquito a poco me va ganando el sueño. Al fin descansaré: bien lo necesito... Ya llegan los convidados, mi abuelita me manda que los reciba. Estoy preciosa esta noche... Entran ya. ¡Cuánta sonrisa, cuánto brillante, qué variedad de vestidos, qué bulla magnífica, y... en fin, ¡qué cosa tan buena! Hay una tibieza en el aire que me desvanece; me zumban los oídos, y en los espejos veo un temblor de figuras que me marea. Pero esto es precioso, y ya que una ha de morirse, porque no hay más remedio, que se muera aquí. ¡Jesús, qué cosa tan buena! Mi vestido es motivo de admiración. Eso bien se conoce. Acaba de llegar Joaquín y se dirige hacia mí... ¿Qué campanas son éstas? ¡Las cuatro! Si estoy despierta, si no he dormido nada, si estoy en mi cuarto miserable... Dios no quiere que yo descanse esta noche. Me volveré de este otro lado...

El tal marqués viudo de Saldeoro está loco por mí; pero no seré tonta, no le daré a conocer que me gusta... ¡Y cómo me gusta!... En fin, suspiremos y esperemos. Conviene tener dignidad. ¿Soy, acaso, como esas cursis que se enamoran del primero que llega? No, en mi clase no se rinde el corazón sin defenderse. Firmeza, mujer. Si Miquis te es indiferente y el marqués viudito te encanta, no des a entender tu preferencia... ¡Los hombres! ¡Ah!..., que se fastidien. Se dice que son muy malos, y yo lo creo... Pero el marquesillo me gusta tanto... Es lo que ambiciono para marido; y él me jura que lo será... ¡Jesús, qué cosa tan buena! ¡Qué hermosa figura, que modales, qué manera de vestir tan suya...! Pero yo me pregunto una cosa: ¿dirá que me quiere porque sabe que voy a ser riquísima?... Mucho cuidado, mujer; no te fíes, no te fíes... Por de pronto le agradezco sus invenciones delicadas para ofrecerme dinero y obligarme a aceptarlo... Por nada del mundo lo aceptaría... ¡Humillarme yo!... Antes morir... ¡Las cinco, Virgen del Carmen, y yo despierta!

No quiero pensar en Joaquín, ni en mi abuela, ni en mi hermano, ni en mis botas rotas, a ver si de este modo me olvido y duermo. Meteré la cabeza debajo de la almohada. ¡Ah!, esto me da algún descanso... Hace dos semanas que no veo a Joaquín, y me parece que hace mil años. ¡Estuve tan fuerte aquel día!... ¡Me fingí tan incomodada! Verdad es que él fué atrevido, atrevidísimo... Es tan apasionado, que no sabe lo que se hace... Estaba fuera de sí. ¡Qué ojos, qué fuerza la de sus manos! ¡Pero qué sería estuve yo!... Con cuánta frialdad le despedí..., y ahora me muero porque vuelva... ¡Jesús, acaban de dar las cinco y ya dan las seis! Esto no puede ser. Ese reloj está borracho... Tengamos calma. Siento mucho sueño. Al fin el cansancio me hará dormir. Si yo no pensase... ¡Qué felices deben de ser los burros!... Firme, mujer: mientras más apasionado esté Joaquín, más fría y tiesa tú... Ya siento a doña Laura trasteando por la casa. Ya entra la luz del sol en mi cuarto. ¡Es de día, y yo despierta! Todos, todos los talentos que hay en mi cabeza, los doy, Señor, por un poco de sueño. Señor, dame sueño y déjame tonta...

Ya siento bulla en la calle... Pasan carros por la de Hortaleza; pronto empezarán los pregones. Mañana, ¿qué digo mañana? Hoy es miércoles, diecisiete. ¿Recibiré carta y libranza de mi tío? Mi tío no es; pero así lo llamo. ¡El pobrecito es tan bueno, pero tan avaro...! Doña Laura riñe con la criada. ¡Maldita sea doña Laura! El día en que tenga con qué pagar a esa mujer feroz, será el más alegre de mi vida... ¡Las siete ya! Quiero dormir, aunque no despierte más. Esta cama es un potro, un suplicio. Si dentro de un rato no duermo me levantaré. No puedo estar así. En mi cabeza hay algo que no marcha bien. Esto es una enfermedad. ¿Si se morirá la gente de esto, de no dormir?... Entonces la muerte será un despabilamiento terrible. Francamente, envidio a las ostras. ¡Cómo entra el sol por mi cuarto! El pícaro va derecho a iluminar mis pobres botas, que ya no sirven para nada. También da de lleno en mi vestidillo para hacerle, con tantísima luz, más feo de lo que es. ¡Qué miserable estoy, Dios mío! Esto no puede seguir así: no seguirá. Voy a escribir a mi tío, a la marquesa, a don Manuel Pez, a Joaquín... ¡Las ocho, Dios de mi vida! Me levanto. Dormiré mañana a la noche.

CAPITULO XII

LOS PECES (SERMÓN)

I

«Dijo también Dios: «Produzcan las aguas reptiles de ánima viviente...»

»Y crió Dios las grandes ballenas, y toda ánima que vive y se mueve, que reprodujeron las aguas según sus especies... Y vió Dios que era bueno.

»Y las bendijo, diciendo: «Creced y multiplicaos y henchid las aguas de la mar...»

(*Génesis*, cap. I, versículos 20, 21 y 22.)

Amados hermanos míos: Feliz mil veces *la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone*, esta nuestra España, que concibió en su seno y crió a sus pechos a don Manuel José Ramón del Pez, lumbrera de la Administración, fanal de las oficinas, astro de segunda magnitud en la política, padre de los expedientes, hijo de sus obras, hermano de dos cofradías, yerno de su suegro el señor don Juan de Pipaón, indispensable en las comisiones, necesario en las juntas, la primera cabeza del orbe para acelerar o detener un asunto, la mejor mano para trazar el plan de un empréstito, la nariz más fina para olfatear un negocio, servidor de sí mismo y de los demás, enciclopedia de chistes políticos, apóstol nunca fatigado de esas venerandas rutinas sobre que descansa el noble edificio de nuestra gloriosa apatía nacional, maquinilla de hacer leyes, cortar reglamentos, picar ordenanzas y vaciar instrucciones, ordeñador mayor por juro de heredad de las ubres del presupuesto, hombre, en fin, que vosotros y yo conocemos como los dedos de nuestra propia mano, porque más que hombre es una generación, y más que persona es una era, y más que personaje es una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España.

Don Manuel José Ramón Pez andaba, en la época a que se refiere este nuestro panegírico, entre los cincuenta y los sesenta años. Desde su tierna edad servía en esta maternal Administración española. De niño había tenido el amparo de otros peces mayores y de los Pipaones, que también eran Peces por la rama materna. Más adelante se gobernó solo, y casi siempre desempeñó elevados y ubérrimos destinos, con intervalos de cesantías; que nada hay estable ni completo en este mundo. Gozaba reputación de honrado, lo que el predicador declara con gusto, aunque esto de la honradez bien sabemos todos que ha llegado a ser una idea puramente relativa. De sus principios políticos no queremos hablar, porque no hay para qué. Ni esto importa gran cosa, con tal de establecer que aquellos principios, presupuesto que los hubiera, tenían por atributo primero una adaptación tan maravillosa como la de los líquidos a la forma y color del vaso que los contiene. Eran, pues, principios líquidos, lo que no es ciertamente el colmo de la incohesión, pues también los hay gaseosos. Si un carácter ha de formarse de una sola pieza y de una sola sustancia, descartando las demás como puramente ornamentales, el carácter de don Manuel se componía de una sola y homogénea cualidad, la de servir a todo el mundo, prefiriendo siempre, por la ley de gravitación social, a los poderosos.

Es fama que no hay cosa, debajo de la jurisdicción de lo humano, que no se consiguiera por mediación de Pez, y de aquí que Pez estuviera en aquellos días de apogeo tan abrumado de recomendaciones como lo está de exvotos un santo milagroso. La recomendación es entre nosotros una segunda Providencia; equivale a lo que otros pueblos menos expedientescos llaman suerte, fortuna. Por ella se puede llegar a cumbres altísimas; por ella se abren los caminos que hallan cerrados el trabajo y el talento. Debemos al misticismo esta forma administrativa de la paciencia que se llama el expediente; debemos al favoritismo esa forma gubernamental del soborno que se nombra la recomendación.

No como una segunda fase de su carácter servicial, sino como una ampliación de él, tenía don Manuel la virtud de la filogenitura, o sea protección decidida, incondicional, una protección frenética y delirante, a la copiosísima, a la inacabable, a la infinita familia de los Peces. En aquellos días, amados hermanos míos, desempeñaba una de las principales Direcciones de Hacienda, y aun se le indicaba para ministro. En los mis-

mos días veríais repartidos por toda la redondez de la Península número considerable de funcionarios que por llevar el claro nombre de Pez manifestaban ser sobrinos, primos segundos, cuartos o séptimos, o siquiera parientes lejanos de don Manuel. Había cuatro o cinco Peces entre los oficiales generales del Ejército, todos con buenos lotes en direcciones o capitanías generales. Los magistrados y jueces y promotores fiscales del género Pez se contaban por centenares, distribuídos en toda la España. Para que en todas las jerarquías hubiera algún miembro de esta omnisciente familia de bendición, también había un obispo pisciforme, y hasta doce canónigos y beneficiados que pastaban en el banco del Culto y Clero. En ayudantes de obras públicas, capataces, recaudadores de contribuciones, empleados de Sanidad, vistas de Aduanas, inspectores de Consumos, jefes de Fomento, oficiales cuartos, séptimos y quincuagésimos de Gobiernos de provincia, el número era tal que ya no se podía contar. Invoquemos el texto divino: *Crescite et multipliicamini, et replete aquas maris.*

De la Mancha, centro y venturoso nido de aquella familia, no hay que hablar, porque allí los había hasta de las más bajas categorías. Sin contar alcaldes, secretarios de Ayuntamiento, cuyo parentesco con don Manuel era evidente, aunque remotísimo, coleaban mil y mil pececillos, sólo relacionados con el ilustre jefe por los servicios mutuos y el apellido, que tomaban su parte de sopa boba, ya de peones camineros, ya de peatones, quier de maestro de escuela, quier de sacristán. Para decirlo todo de una vez, y concretándonos al distrito perpetuo de don Manuel, basta decir que era una pecera. Amados hermanos míos, recordemos la opinión que acerca de esta gente formó el *Apóstol de las Escuelas,* Augusto Miquis, manchego. De sus profundos estudios ictiológicos sacó la clasificación siguiente: Orden de los *malacopterigios abdominales.* Familia, *barbus voracissimus.* Especie, *remora vastatrix.*

II

Amados hermanos míos: Si de la Mancha pasamos, pues todo es España, a la Dirección de que era jefe don Manuel, hallaremos un espectáculo no menos patriarcal. De su matrimonio con una de las hijas de don Juan de Pipaón (que de Dios goza), había tenido don Manuel siete criaturas. Descontando al hijo mayor, Joaquín Pez, de quien se hablará cuando le toque; descartando también a las dos señoritas de Pez, ya casaderas, quedaban cuatro pimpollos. Luis, de veintiséis años, tenía treinta mil reales en la Secretaría del Ministerio; Antoñito, de veintidós Navidades, gozaba de veinticuatro en una Dirección limítrofe; Federico, de diecinueve, se dignaba prestar sus servicios al lado del papá por la remuneración de catorce mil reales; Adolfito, de quince, había admitido un bollo de ocho mil entre los escribientes, y el gato..., no, el gato no había recibido aún la credencial; pero la recibiría en justo galardón de su celo persiguiendo a los ratoncillos que roían los papeles de la oficina.

No pasaremos adelante, por respeto al mismo señor De Pez, sin hacer una breve excursión al campo de la Aritmética. Es una observación o problema que el público ha formado muchas veces ante ciertas antítesis, que, a fuerza de repetirse, han llegado a sernos familiares. Cuando don Manuel era director, el boato de su familia igualaba al de una familia propietaria con quince o veinte mil duros de renta. El no tenía bienes raíces de ninguna clase, no estaba inscrito en el gran libro, no debía de tener tampoco economías. Sumando su sueldo con el sueldo de los pececillos, el total no alcanzaba, con las mermas del descuento, a seis mil duros. Problema: ¿por qué misteriosas alquimias pasaba esta cantidad para aumentar las siguientes partidas: casa de dieciocho mil reales, buena mesa, estreno constante de ropa por todos los individuos de la familia, lujosos vestidos de baile para las niñas, landó, palco a primer turno al teatro Real, excursiones a los otros teatros, viajes de verano, imprevistos, etc....? Aun suponiendo doble el activo por lo que don Manuel percibía de algunas compañías de ferrocarriles, quedaba la mitad del gasto en el aire. Pero estos rompecabezas, que en tiempos pasados preocupaban algo a los vagos, amigos de averiguar vidas ajenas, ya, por ser de todos los momentos, han llegado a parecer cosa natural y corriente. Familiarizada

la sociedad con su lepra, ya ni siquiera se rasca, porque ya no le escuece.

Introduzcámonos en el hogar Pez; nademos un momento en el agua de esta redoma de felicidad, donde brillan las escamas de plata y oro de este matrimonio dichoso y de esta prole dichosísima. Los tiempos eran prósperos. Tocaba entonces estar arriba. El árbol fecundísimo del Poder protegía con su plácida sombra a la familia. Bastaba alargar la mano para coger sus sabrosas frutas. El aroma de sus flores embriagaba. De situación tan bella procedía en todos aquel deseo febril de goces y el delirio de llamar la atención, de parecer mucho más de lo que realmente eran. La señora de Pez ya no aspiraba simplemente a que sus hijas casasen con hombres ricos y decentes. No; sus yernos habían de ser millonarios, y, además, duques, o cuando menos, marqueses; ellas mismas (dañadas ya sus inocentes almas por la fatuidad) habían hecho suyas las ideas de su endiosada mamá, y aún iban más lejos, y soñaban con príncipes, ¿por qué no con reyes?

Eran dos niñas preciosas, de hermosura delicada y frágil, de esa que luce en la juventud con la belleza enfermiza de una flor de estufa, y luego se disipa en el primer año de matrimonio; rubias, delgadas, quebradizas, porcelanescas. Sus ojos claros lucían demasiado grandes en la delgadez linda y afilada de sus caritas de cera. A fuerza de ser traídas y llevadas por su mamá de salón en salón, de teatro en teatro, de fiesta en fiesta, parecían fatigadas, pero no hartas de frívolos pasatiempos y goces. Se las educaba en la inmodestia, de donde resultaba que estas tales niñas apenas podían esconder, bajo el barniz de la urbanidad, el desprecio que sentían hacia todo lo que fuera o pareciese inferior a la esfera en que ellas estaban. No se les caía de la boca la palabra *cursi*, aplicándola a este o aquel que no viviese inmergido en el mar de felicidades de la familia Pez; y al hablar de este modo no comprendían las tontuelas que ellas caían también debajo del fuero de la cursilería, porque ésta es un modo social propio de todas las clases, y que nace del prurito de competencia con la clase inmediatamente superior. Aquellas niñas, mil veces dichosas, no habían visto el mundo sino por su lado frívolo; no conocían la sociedad ni su mecanismo, ni sus orbes y gravitación admirables. Su instrucción se circunscribía a un poco de Catecismo, una tintura de Historia, ¡y qué Historia!, algunos brochazos de francés y un poco de Aritmética. Pero ¿de qué servían los rudimentos de esta ciencia madre a las preciosas Josefa y Rosita, si no les cabía en la cabeza que ellas careciesen de cosas que la hija del duque de Tal poseía en abundancia? En aquellos cerebros, tan limpios de malicia como de sindéresis, cerebros atiborrados de hojas de rosa, para ahuyentar las ideas, como si éstas fueran cucarachas, no podía entrar la comparación entre los diez millones de renta del duque de Tal y los cincuenta mil reales del director de Hacienda, aun suponiéndole Pez, y Pez grandísimo. *Creavit Deus Cete grandia* (los grandes cetáceos).

Dejémoslas en paz. Eran dichosas. ¿A qué conturbar su felicidad, picoteándola con números? Que gocen de la vida, de los verdes años. Ocupémonos de Adolfito, del precoz funcionario, que no iba a la oficina sino cuando le daba la gana; que había encargado un velocípedo a Londres y había extendido él mismo la orden para que el administrador de la Aduana de Irún lo dejase pasar sin derechos, ¡qué rasgo de genio! «¡Tú irás muy lejos, niño!», le dijo el jefe de negociado. Y, realmente, aquel rasgo valía una cartera. ¡Genialidad infantil que anunciaba el embrión de un hombre de Estado español!

Ocupémonos también, amados hermanos míos, de Federico y Antoñito Pez, que estaban a punto de ser abogados, y que eran el uno filósofo (muchos filósofos de hoy tienen diecisiete abriles) y el otro economista. ¡Ah! La Economía política es una ilusión que se pierde siempre a los veinte años. Federico se había distinguido en esos círculos de sabiduría temprana donde centenares de ángeles juegan al discurso. Era oradorcito. Allí era de oír lo siguiente: «El señor me ha precedido en el uso de la palabra...» Y el tal preopinante no llevaba chichonera, porque hoy es moda que los niños de teta usen sombrero. Las controversias de los menudos filósofos y economistas tomaban siempre un tono de acaloramiento y personalismo que agriaba los nobles caracteres. La memo-

ria escrita por Federico sobre no sé qué, pasó desde la tribuna a la Prensa, apareció en una Revista; el niño se creció; inscribióse en un círculo más nombrado; hízose oír; le aplaudieron. Primero hablaba y luego gritaba. Ensordecía los pasillos. Llegó a envanecerse con su facilidad de palabra, y a creerse un Moret, un Gabriel Rodríguez. Hubo de volverse loco porque le dijeron que aún mamaba. ¡Disparate! El no mamaba sino del presupuesto.

Antoñito, que era el filósofo, empleaba las horas de oficina en hacer revistas musicales para un periódico de teatros. La Filosofía y la Música tienen un alma de diecinueve años, una afinidad que parece parentesco. Son dos cuerdas distintas del laúd de la tontería. Antoñito, que había hecho en su cabeza una especie de pasta filosófica amasando al padre Taparelli con Augusto Comte, era, además, un wagnerista furibundo, aunque, la verdad ante todo, en jamás de los jamases había oído música de Wagner. En sus artículos llamaba a todas las cantantes *divas*, y a toda las obras *spartitos*. Era severísimo con los artistas cuando no le daban butaca.

Ocupémonos, finalmente, de Luis Pez, el cual no era filósofo, ni economista, ni músico; era jinete. Había comenzado una carrera militar, pero tuvo que abandonarla por falta de luces. Su pasión eran los caballos. Se ocupaba del propio tanto como de los ajenos, y deploraba que no tuviéramos hipódromo (1872). Como el de sus hermanas, estaba su cerebro tan limpio de aritmética que no acertaba a comprender por qué él tenía un solo caballo, mientras su amigo, el hijo de los duques de Tal, montaba alternativamente cinco, sin contar los veinte que ocupaban la cuadra de la calle de San Dámaso. He aquí una contradicción económica ante la cual Federico Pez, un Bastiat en estado de larva, habría tenido quizá algo que decir. Iba nuestro galán centauro a la oficina lo menos que podía. Estaba agregado a la Comisión de empleados que redactaban las nuevas Ordenanzas de Aduanas. ¿Para qué había de molestarse este digno funcionario en asistir a su trabajo, si él no sabía lo que era comercio; si no sabía lo que era un puerto; si no había visto otra mar que el mar sin barcos de Biarritz; si ignoraba lo que es un buque, un cargamento, lo que son derechos, valores, rol, tasa, escala alcohólica, arancel y demás cosas que atañen al tráfico y desarrollo del cambio? Bostezaba en la oficina, cobraba su sueldo, esperaba con ansia la hora y la calle. Amados hermanos míos, tiempo es ya de que digamos con el ángel: «¡Ave, María!»

III

Sorprendamos a don Manuel José Ramón Pez (o del Pez) cuando, recién abandonadas las ociosas plumas, entraba en su despacho a enterarse de varios asuntos ajenos a su empleo, aunque muchos tenían con él relación misteriosa, sólo de él conocida. Envuelto en su abrigadora bata, calados los lentes o quevedos, afeitada y descañonada ya la barbilla violácea, bien peinadas y perfumadas con colonia las patillas de un gris de estopa, revolvía cartas, consultaba notas, hojeaba el memorándum, ordenaba *in mente* lo que no tenía orden, hacía cálculos, esbozaba proyectos, trazaba planes. La frase y el guarismo se entrecruzaban en su cerebro, demarcando en su frente una arruga fina, delicada, que parecía hecha con tiralíneas; abismábase en meditaciones; después, tarareando una cancioncilla, pasaba la vista por los periódicos de la mañana, daba algunas órdenes a sus escribientes y se ocupaba un poco de teatros y diversiones.

A cada instante era visitado el despacho por un ángel que entraba retozando. ¡Qué cháchara suplicatoria y qué mendicidad mezclada de regocijo! «Papá, dale el dinero a Francisco para que vaya por el palco de la Comedia... Papá, no olvides que hoy se renueva el abono del Real... Papaíto, págame esta cuenta de Bach... Papá, el sastre... Papá, la modista... Papá, la florista... Papá, la cuenta de Arias... Papá, nuestros abanicos... Papá, el caballo... Papá, papá, papá...» Era un pío, pío que no cesaba. Por fortuna, don Manuel José Ramón era la imagen viva de la Providencia, según generosamente daba y repartía, sin quejarse, sin regañar; antes bien, regodeándose de ver tanto gusto y apetito satisfechos. Adoraba a la fa-

milia y se recreaba en ella. También él era feliz, porque si algún bien positivo hay en el mundo, es el que sienten mano y corazón en el momento de dar algo.

Y, en tanto, en el recibimiento de la casa se agolpaba un gentío fosco, siniestro, una turba preguntona y exigente, que quería hablar con el señor, ver al señor, decir dos palabritas al señor. Sonaba a cada instante la campanilla, y entraba uno más. Eran los desfavorecidos de la Fortuna, pretendientes, cesantes de distintas épocas, de la época de Pez y de la época del antecesor de Pez. Algunas bocas famélicas pedían pan; otras no pedían más que justicia, aquellos, sofocados por la necesidad, pedían para el momento; éstos, para el mes que viene, y algunos estaban atrofiados ya y tan sin fuerzas para pretender, que pedían *para cuando hubiese una vacante*. Con este gentío calagurritano se mezclaban los postulantes de otra esfera, personajes y señorones que pasaban al despacho desde que llegaban. El criado no podía contener a la turba impaciente, desesperanzada, a veces rabiosa, que tenía en sus maneras el ímpetu del asalto. Una mujer mal vestida atropelló en cierta ocasión al criado, se metió por el pasillo adelante, entró sin anunciarse en el despacho, y, encarándose con don Manuel, dijo con lágrimas y gestos de teatro: «Señor, soy viuda de un Pez.»

Don Manuel repartía promesas, limosnas, a veces credenciales de poca monta, y para todos tenía un consuelo, una palabra o un duro. Era bondadoso y muy bien educado. Había en su mente, junto a la idea de su derecho al presupuesto, la idea de ciertos deberes ineludibles para con la humanidad cesante y desposeída.

Por concluir nuestro panegírico con un hecho concreto de la vida del santo, diremos que una mañana don Manuel mandó que no entrase nadie. Estaba fatigado. Quería ir pronto a la oficina, donde tenía cita con el marqués de Fúcar y con el ministro para tratar de salvar al Tesoro haciéndole un préstamo.

—¡Ah!, se me olvidaba...—murmuró, echando la vista sobre una carta—. Francisco, dile al señorito Joaquín que suba.

Joaquín Pez, el mayor de los Pececillos, tenía treinta y cuatro años. Se había casado por amor con la hija única de la marquesa de Saldeoro. Quedóse viudo a los ocho años de matrimonio, no exento de alborotos, y cuando las cosas de esta relación ocurren estaba asombrosamente consolado de su soledad. Por dos calidades, de mucho valer ambas, se distinguía; física la una, moral la otra. Era su corazón bueno y cariñoso. Era su figura y rostro de lo más apuesto, hermoso y noble que se pudiera imaginar. Tenía toda la belleza que es compatible con la dignidad del hombre, y a tales perfecciones se añadían un aire de franqueza, una agraciada despreocupación, o si se quiere más claro, una languidez moral muy simpática a ciertas personas, una cháchara frívola, pero llena de seducciones, y, por último, maneras distinguidísimas, humor festivo, vestir correcto y con marcado sello personal, y todo lo que corresponde a un tipo de galán del siglo XIX, que es un siglo muy particular en este ramo de los galanes.

Y hablemos ahora, amados hermanos míos, del defecto de Joaquín Pez, defecto enorme, colosal, reprobado por la Filosofía, por la Iglesia, por los Santos Padres y hasta por la gente de poco más o menos. Este defecto era la debilidad, deplorable incuria para defenderse del mal, dejadez de ánimo y ausencia completa de vigor moral. Conocidas las condiciones físicas y sociales del Pez, bien se comprenderá que este vicio del alma había de tener por expresión sintomática el desenfreno de las pasiones amorosas.

Disculpémosle. Era tan guapo, tenía tanto partido, que más que el tipo del seductor legendario, tal como nos lo han transmitido los dramas, era en varias ocasiones un incorregible seducido. Las mujeres absorbían su atencion, todo su tiempo y todo su dinero, muy abundante al recibir la herencia de su esposa, pero muy mermado ocho años después. Cuando le conocemos, Joaquín estaba en el apogeo de sus triunfos, y en todos los terrenos sociales se presentaba con su carcaj y flechas; es decir, que no despreciaba ninguna pieza de caza, ya estuviese en palacios, ya en cabañas o andurriales.

Ya os oigo decir, amados míos, que estas cacerías, lejos de fortificar al hombre, le desmedran y embrutecen. Tan

claro es eso como el agua; pero nuestro vigoroso Pez no había llegado aún, cuando le conocimos, al grado de envilecimiento que es el término de las pasiones locas. Su vicio era todavía un vicio del corazón, intervenido con la fantasía. Aún persistían en él ilusiones juveniles, con sus delicadezas y entusiasmos, con sus melancolías, sus arrebatos e impaciencias. El cuerpo principiaba a envejecer antes que el alma, porque ésta retardaba su extenuación con fantasmagorías y esfuerzos de iluminismo, de que nacían, aunque por modo artificioso, afectos parecidos a la ternura.

Vivía solo este joven en el piso bajo de la casa, cuyo principal ocupaban sus padres. Levantábase tarde, almorzaba con su familia, y después de la una rara vez le volvían a ver sus padres hasta el día siguiente.

—Pero, hombre, ¿has visto?—le dijo el papá Pez, prejuzgando con su tonillo burlón el asunto de que iba a tratar—. Otra carta del canónigo en que viene con las mismas historias... Nos recomienda a esa tal Isidora y a su hermano para que les aconsejemos y les dirijamos..., ¡qué tonterías!, en su pretensión... Dice que son nietos de la marquesa de Aransis; que él lo probará ante los Tribunales. ¿Tú crees esto?

—Yo..., yo, verdaderamente...—manifestó Joaquín con aquella indolencia que de su cuerpo a su pensamiento se extendía—. No lo afirmo ni lo niego.

—Logomaquias, hombre—dijo don Manuel, apartando de sí con desprecio la carta de su amigo el canónigo, cacique y faraute de los Peces en buena parte de la Mancha—. Esto es novela... ¡Nietos de la marquesa de Aransis!... Cierto es que aquella pobre Virginia... ¿Conoces tú a esa Isidora?

—Sí.

—¿Y ella sostiene...?

—Como el Evangelio.

—Logomaquias. Estas historias de muchachos mendigos que a lo mejor salen con la patochada de tener por papás a duques o príncipes no pueden pasar en el día, mejor dicho, yo creo que no han pasado nunca. Admitámoslo en las novelas; ¡pero en la realidad...! En fin, sea lo que quiera, es preciso atender al canónigo que nos sirve bien. Entérate. Dice que pongamos a disposición de la muchacha algunas cantidades. En lo que no le haré el gusto, por ahora, es en lo de hablar de ello a la marquesa de Aransis. Es cosa muy delicada. Cumpliremos diciéndoselo a su apoderado, el marqués de Onésimo... Logomaquias, hombre...

—Yo me encargaré de esto—replicó decididamente, Joaquín—. Ya he visto a esa hija de reyes. Es una muchacha simpática, discreta y buena, que merece, sí, merece, sin duda, algo más de lo que posee.

Cuando Isidora llegó a Madrid recibió don Manuel una carta del canónigo recomendando a su sobrina, e indicando de un modo vago el asunto que tanto había hecho reír al señor director. Por encargo de éste, Joaquín la visitó; encontróla guapa el primer día; el segundo, muy guapa, y el tercero, deliciosísima, con lo que la diputó por suya. Trazó las primeras paralelas; halló resistencia; trazó las segundas, y halló más resistencia, una tenacidad que anunciaba el heroísmo. De aquí vino aquella retirada hábil que desconcertó, como antes se dijo, a la joven, no vencida por el ataque, sino por el aburrimiento de no verse atacada. ¡Cuán cierto es que el ocio enerva y rinde al más aguerrido ejército antes que el fuego y las balas!

Las dotes militares de Joaquín más que de general de tropas regladas, eran de guerrillero hábil en golpes de mano. Viene esto de la índole de los tiempos, que repugnan la epopeya. No pueden sustraerse los amores a esta ley general del siglo prosaico... El atrevido capitán de partidas, desde que habló con su padre, ideó, pues, la emboscada más hábil que concertaron guerrilleros en el mundo. No pondría sitio. Enviaría un parlamentario al enemigo para hacerle salir de la plaza. Si el enemigo caía en el lazo, si pasaba el río de la Prudencia y se ponía bajo los fuegos del desfiladero de la Audacia...

En el capítulo siguiente veréis, ¡oh amados feligreses!, lo que pasó.

CAPITULO XIII

¡CURSILONA!

Serían las cuatro cuando Isidora, acompañada de su padrino, llegó al portal de la casa de Joaquín Pez. Su ansie-

dad era grande, porque había recibido una elegante esquela en que el viudito de Saldeoro, después de declararse imposibilitado de salir a la calle, invitaba a la señorita de Rufete a venir a su casa, donde sería enterada de una comunicación del canónigo en que se le enviaba dinero, y de un asunto extraordinariamente importante y venturoso. Los comentarios que hizo Isidora desde la calle de Hernán Cortés a la de Jorge Juan no cabrían en este volumen, aunque fuese doble. ¡De qué manera y con qué fecundidad de imaginación dió vida en su mente a la entrevista próxima a verificarse! Al llegar al portal y al decir a don José: «Dése usted una vueltecita por el barrio y vuelva aquí dentro de media hora», ya había ella desarrollado en sí misma cien visiones distintas de lo que había de pasar. Cuando ella entraba, salían dos niñas de Pez con su mamá para subir al coche que las esperaba en la calle. ¡Qué elegantes! Isidora las miró bien; pero iba ella, a su parecer, tan mal, con tan innoble traza, que de buena gana se hubiera escondido para no ser vista de las otras. Porque la de Rufete, pobre y mal ataviada, se consideraba fuera de su centro. Su apetito de engrandecerse no era un deseo tan sólo, sino una reclamación. Su pobreza no le parecía desgracia, sino injusticia, y el lujo de los demás mirábalo como cosa que le había sido sustraída, y que, tarde o temprano, debía volver a sus manos.

Las niñas de Pez apenas se fijaron en la muchacha que entraba. Pero ésta las examinó bien, y en menos de lo que se dice, hizo de ellas crítica acerba, las desnudó, les quitó los sombreros, censuró aquellos talles de araña y concluyó por considerar en su mente lo que resultaría si la más guapa de las chicas de Pez se vistiera con los arreos de Isidora, y ésta se pusiera los de la chica de Pez.

Entró en casa de Joaquín, y el criado la encerró en un gabinete mientras pasaba recado al señorito. ¡Qué hermosos y finos muebles, qué cómodos divanes, qué lucientes espejos, qué blanda alfombra, qué graciosas figuras de bronce, qué solemnidad la de aquel reloj, sostenido en brazos de una ninfa de semblante severo, y, sobre todo, qué magníficas estampas de mujeres bellas! La escasa erudición de Isidora no le permitía saber si aquellas señoras eran de la Mitología o de dónde eran; pero la circunstancia de hallarse algunas de ellas bastante ligeras de vestido le indujo a creer que eran diosas o cosa tal. ¡Y qué bonito el armario de tallado roble, todo lleno de libros iguales, doraditos, que mostraban en la pureza de sus pieles rojas y negras no haber sido jamás leídos! «Pero ¿qué harán en los rincones aquellos dos señores flacos? ¡Ah! Esa pareja se ve mucho por ahí. Son Mefistófeles y Don Quijote, según ha dicho Miquis. Yo no haré nunca la tontería de tener en mi casa nada que se vea mucho por ahí. Vamos, que aún puedo yo dar lecciones a esta gente.» Mirando y remirando, los ojos de Isidora toparon con el *Cristo* de Veláquez, y estaba ella muy pensativa, tratando de averiguar qué haría nuestro Redentor entre tanta diosa, cuando entró Joaquín.

—¡Albricias!—le dijo, de buenas a primeras, tomándole las dos manos y apretándoselas mucho, mucho—. Papá ha tenido una carta del canónigo... Papá se propone hablar a la marquesa de Aransis. Todo se arreglará... Esto va bien. ¿No lo dije yo?

Isidora quedó tan turbada por esta irrupción brusca de buenas noticias, que no acertó a decir nada. Miraba embebecida a Joaquín. Pasada la primera impresión de las noticias, lo que dominó en el espíritu de la joven fué la vergüenza de que Joaquín, tan admirador de ella, la viese mal vestida. Había estado dos horas arreglándose para disimular su mala facha. Venía compuesta con galana sencillez, respirando aseo y coquetería; pero todo el aseo del mundo, toda la gracia y sencillez no podían disimular la fea catadura del descolorido traje, ni menos, ¡y esto era lo más atroz!, la desgraciadísima vejez y mucho uso de las botas, que no sólo estaban usadas y viejas, sino ¡rotas! Lo que Isidora padecía con esto no es decible. Cuidadosamente escondía bajo las faldas sus pies, tan pequeños como mal calzados, para que Joaquín no se los viera.

Pero él ya se los había visto, sin perder por eso el amor, o llámese como se quiera, que sentía; antes bien, exaltándose más. Por efecto de esas aberraciones del gusto que marcan el tránsito de la pasión al vicio, Joaquín la amaba

más con aquel atavío grosero; y si estuviera completamente derrotada, como mendiga de las calles, viera en ella sublimado el ideal del momento.

—¿Y cuándo hablará su papá de usted a la marquesa?—preguntó Isidora ya más dueña de sí—. La marquesa está en Córdoba...

—¿En Córdoba?... Ya—murmuró Joaquín, a quien no le importaba gran cosa que la marquesa estuviera donde mejor le acomodase—. Eso no importa. La marquesa vendrá... ¡Ah! Ya me olvidaba de decir a usted lo mejor. Tenemos orden del señor canónigo para entregar a usted las cantidades que necesite. Usted dirá.

—¡Las cantidades que necesite!—repitió Isidora, embelesada, viendo en su imaginación una cascada de dinero.

¡Tener dinero! ¡Qué alborozo! Parecía que en su alma, como en alegre selva iluminada de repente, empezaran a trinar y a saltar mil encantadores pajarillos. ¡De tal modo se le anunciaban las necesidades satisfechas, los goces cumplidos, las deudas pagadas y otras satisfacciones más, traídas por la soberana virtud del oro!

Conocedor Joaquín de la manera de tocar ciertos registros del alma humana y de los efectos de la sorpresa teatral en los sentidos del hombre, y más aún de la mujer, llegóse a la chimenea, tomó de ella una cajita, abrióla y mostró a los ojos admirados de Isidora porción cumplida de dinero, monedas de oro y plata, y dos o tres manojillos de billetes de Banco.

—No sé lo que habrá aquí—dijo Pez, revolviendo el tesoro con sus dedos, y afectando hacerlo con indiferencia para dar a entender su familiaridad con los millones—. Mil, dos, cuatro, ocho... Usted dirá.

El efecto fué inmenso. Atónita y embobada estaba la de Rufete, paseando su alma con las miradas por el interior de la hermosa cajita, y si bien la cantidad no era fabulosa ni mucho menos, por ser todos los billetes pequeños, la pobre joven, que tanto se dejaba llevar de la hipérbole, creía ver pasar por entre los dedos de Joaquinito Pez toda la corriente del dorado Pactolo.

—Usted dirá—repitió él, hojeando los cuadernillos de billetes como si fueran libritos de papel de fumar—. Mi parecer es que usted, por quien es y por la posición que ocupará, no debe seguir viviendo en aquella casa. Usted debe tomar una casa para sí y su hermano, ponerse en otro pie de vida, no escatimar ciertas comodidades, en fin... ¿Quiere usted que yo me encargue de buscarle casa, de proporcionarle muebles, modista...?

Joaquín la miró. ¡Qué guapa era! Isidora le oía como si oyera una descripción del Paraíso a quien realmente ha estado en él. Luego, cuando Joaquín la miró tan de cerca que ella podía contarle los pelos de la barba rubia y los radios dorados de las pupilas oscuras, creyó ver al mismo ángel de la puerta del Paraíso mostrando las llaves de él... Por un instante, Isidora no hizo más que saltar la mirada de la cajita al rostro, y del rostro a la cajita. La profunda admiración que por el joven sentía se acrecentaba hasta parecer cariño entrañable. ¡Era tan seductor su modo de mirar!... Tenía un no sé qué tan distinto de todos los demás hombres... Así lo pensó Isidora, sintiendo herida y traspasada toda aquella parte de su corazón que dejaba libre el orgullo.

—Usted dirá—volvió a indicar Joaquín, dejando a un lado la cajita y tomando las manos de Isidora.

Esta se puso a temblar, tuvo miedo, porque Joaquín se le hizo más guapo, más seductor, más caballero, revistiéndose de todas las perfecciones imaginables.

—¿Me porto mal—dijo él con voz blanda—, me porto mal en pago de la ofensa que usted me hizo despidiéndome y diciéndome que no podía quererme?

Isidora fluctuaba entre el reír y el temer. Se reía y estaba pálida. Después sintió frío.

—Yo bien sé lo que pasará cuando usted llegue al fin de su camino—prosiguió él—. En vez de quererme entonces, como ha prometido, me despreciará ¡Será usted entonces tan superior a mí!...

La perfidia en estas palabras era tanta, que no cabía debajo de todos los pliegues del disimulo.

Isidora, además de reír, además de temer, además de tener frío, se sentía como mecida en un vagaroso y aéreo columpio. La cara hermosísima del joven Pez pasaba ante sus ojos con oscilación de resplandores celestes que van y vienen. ¿Cómo no, si de pronto empe-

zó a oír la retahila de palabras ardientes, que jamás oyera ella sino en sueños? Joaquín la tuteaba. Joaquín se extralimitaba de palabra. Rápidamente conoció Isidora la proximidad de su mal, y tuvo una de esas inspiraciones de dignidad y honor que son propias en las naturalezas no gastadas. Su debilidad tuvo por defensor y escudo al sentimiento que, por otra parte, era causa de todos sus males: el orgullo. Se salvó por su defecto, así como otros se salvan por su mérito. No es fácil definir lo que rápidamente pensó, las cosas que trajo a la memoria, las sacudidas que dió a su dignidad de Aransis para que se despertase y saliese a defenderla. Ello es que saltó del asiento con tal rapidez, que no pudo Joaquín detenerla, y con velocidad de pájaro se puso en la puerta. El violento palpitar de su seno, cortándole la respiración, apenas le permitió decir:

—No quiero nada, no quiero nada.

Evidentemente, referíase al contenido de la cajilla; Joaquín corrió tras ella, diciendo:

—Formalidad, formalidad.

Pero la de Rufete, valiente y decidida, trató de abrir la puerta. Estaba cerrada. Era de ver su ligereza de gorrión, su prontitud para correr de un punto a otro, perseguida, mas no alcanzada. Corrió a la ventana, que por ser de piso bajo estaba a dos varas de la calle, abrióla, y, apoyándose en el alféizar, vuelta hacia dentro, dijo así con animosa voz:

—Si usted no me abre la puerta y me deja salir, grito desde aquí y pido socorro.

Quedóse parado el Pez; reflexionó un instante. De repente su amor se deshizo en despecho y su despecho en risa.

—¿Escenita?... ¿Gritar en la calle? ¡Qué ridiculez! Usted se empeña en que hagamos el oso.

La ira retozaba en sus labios. Miró a Isidora con tanto enojo, que ésta se turbó y creyó haber sido desconsiderada y excesivamente altanera. Después el joven abrió la puerta. Indicó a Isidora la salida, dejando escapar de sus labios, trémulos de ira, esta palabreja:

—*¡Cursilona!*

Tres minutos después, Isidora se unía a don José en la esquina de la calle y marchaba hacia su casa con el alma llena de turbación, alegre de la victoria y triste de la pobreza, satisfecha y desconcertada, diciendo para sí: «Me ofende por que soy huérfana, y me insulta porque soy pobre; y, a pesar de todo...»

CAPITULO XIV

NAVIDAD

I

Al día siguiente recibió Isidora una carta de Joaquín incluyéndole algunos billetes de Banco, y pidiéndole perdones mil por el caso del día anterior. Decíale que si alguna palabra áspera y malsonante salió de sus labios al despedirla, la tuviese por dicha en son de broma o por no dicha. Finalmente, le pedía permiso para verla de nuevo en casa de Relimpio. Agradeció ella con toda su alma el desagravio, y sus aflicciones de aquel día se le disiparon con la grata vista del pan bendito, o llámese papel-moneda. Dió al olvido sus agravios; pero si perdonó fácilmente a Joaquín la injuria intentada contra su honor, tuvo que hacer un esfuerzo de bondad para perdonarle el que le hubiera llamado *cursilona*. Tal es la condición humana, que a veces el rasguño hecho al amor propio duele más que la puñalada asestada contra la honra. El marqués viudo la visitó dos días después, y su comedimiento después de las audacias referidas, la cautivaba más, o, si se quiere de otro modo más claro, su comedimiento tenía la virtud de hacer disculpable y aun amable la osadía pasada; que así se contradicen los corazones en su lógica de misterios. Poco a poco, con las visitas y el largo charlar de ellas, Isidora iba queriendo al viudo, y el viudo aficionándose tanto a ella, que llegó un punto en que hubo de sorprenderse y asustarse de la formalidad de su cariño. En tanto, el asunto marchaba satisfactoriamente. Don Manuel Pez y el marqués de Onésimo habían escrito a la marquesa de Aransis, y aunque ésta no contestaba, era de presumir que contestaría pronto y a gusto de todos. También llevaba buen camino lo de la causa criminal de Mariano. Joaquín bebía los vientos para que le soltase el juez, aunque fuera bajo fianza, por razón de la irresponsabilidad que le daban sus pocos años. Isidora visitaba a su hermano dos

veces por semana, llevándole ropa y golosinas. Algunas veces se encontraba en la cárcel a la *Sanguijuelera,* que iba con fin semejante; y ambas se trataban de palabras, distinguiéndose la vieja por la procacidad de su lenguaje y erizado de *puños* y el ningún respeto que a su sobrina tenía.

Llegó Navidad, llegaron esos días de niebla y regocijo en que Madrid parece un manicomio suelto. Los hombres son atacados de una fiebre que se manifiesta en tres modos distintos: el delirio de la gula, la calentura de la lotería y el tétanos de las propinas. Todo lo que es espiritual, moral y delicado, todo lo que es del alma, huye o se eclipsa La conmemoración más grande del mundo cristiano se celebra con el desencadenamiento de todos los apetitos. Hasta el arte se encanalla. Los teatros dan mamarracho o la caricatura del Gran Misterio en nacimientos sacrílegos. Los cómicos hacen su agosto; la gente de mal vivir, hembras inclusive, alardea de su desvergüenza; los borrachos se multiplican. Tabernas, lupanares y garitos revientan de gente, y con las palabras obscenas y chabacanas que se pronuncian estos días habría bastante ponzoña para inficionar una generación entera. No hay más que un pensamiento: la orgía. No se puede andar por las calles, porque se triplica en ellas el tránsito de la gente afanada, que va y viene aprisa. Los hombres, cargados de regalos, nos atropellan, y a lo mejor se siente uno abofeteado por una cabeza de capón o pavo que a nuestro lado pasa.

Las confiterías y tiendas de comidas ofrecen en sus vitrinas una abundancia eructante y pesada que, por la vista, ataruga el estómago. No bastan las tiendas y en esquinas y rincones se alzan montañas de mazapán, canteras de turrón, donde el hacha del alicantino corta y recorta, sin agotarlas nunca. Las pescaderías inundan de cuanto Dios crió en mares del Norte y del Sur. Sobre un fondo de esteras coloca Valencia sus naranjas, cidras y granadas rojas, llenas de apretados rubíes. En los barrios pobres, las instalaciones son igualmente abundantes; pero la baratura declara la inferioridad del género. Hay una caliza dulzona que se vende por turrón y unas aceitunas negras que nadan en tinta. De la Plaza Mayor hacia el Sur escasea el mazapán, cuando abunda el cascajo. La escala gradual de la gastronomía abraza desde los refinamientos de Pecastaing, Prast y la Mahonesa, hasta la cuartilla de bellota y la pasta de higos pasados que se vende en un tabla portátil hacia las Yeserías. El enorme pez de Pascuas comprende todas las partes y sustancias de cosa pescada, desde el ruso *caviar* hasta el escabeche y el arenque de barril, que brilla como el oro y quema como el fuego.

Una familia podrá morirse toda entera; pero dejar de celebrar la Nochebuena con cualquier comistrajo, no. Para comprar un pavo, las familias más refractarias al ahorro consagran desde noviembre algunos cuartos a la hucha. ¿Cómo podían faltar los de Relimpio a esta tradicional costumbre? También ellos, pobres y siempre alcanzados, tenían su pavo como el que más, gracias a los estirones que doña Laura daba al dinero, y tenían asimismo sus tres besugos de dos libras y media, que se presentarían engalanados de olorosos ajos y limón. Don José era el hombre más venturoso de Madrid desde el día 22. Ocupábase en recorrer los puestos de la plaza del Carmen para traer a su mujer noticias auténticas del precio de la merluza, el besugo, los pajeles. Tratábase de esto en consejo, y don José decía con gravedad: «Todo está por las nubes. Veremos mañana.» El 23, don José y doña Laura tomaban un berrinche porque no les había caído la lotería, fenómeno extraño que todos los años se reproducía infaliblemente. Opinaba doña Laura que todos los premios se los embolsaba el Gobierno, y que la lotería era un puro engaño; pero, más juicioso, don José aseguraba que el número jugado era muy bonito y que no habían faltado más que dos unidades (¡que te quemas!) para que tocara premio. Concluían ambos por exclamar con cristiana paciencia: «Otro año será.»

Pero llegaba la mañana del 24, y entonces don José era la imagen de la felicidad, siempre que nos representemos a ésta embozada en su capa y con su gran cesto enganchado en el brazo derecho. Don José llevaba el cesto y doña Laura el dinero, y aquí era el recorrer tiendas, el mirar todo, el preguntar precios, no arriesgándose a la empresa de sus compras hasta estar seguros de que

compraban lo mejor. Ya Relimpio estaba enterado de los puntos en donde era legítimo el turrón de Alicante y Jijona, donde era más barato el mazapán, más dulces las granadas y más gordas las aceitunas. De todo compraban, aunque fuera en cortísima cantidad.

Los comentarios de él sobre la calidad de las cosas compradas no tenían término. Y luego, cuando entraban en la casa, ella con la bolsa vacía, él doblado bajo el grato peso de la cesta, ¿quién no se conmovería viéndole sacar todo con amor para enseñarlo a las chicas, y poner cada cacho de turrón ordenadamente sobre la mesa, diciendo a qué clase pertenecía cada uno, y regañando si algún ignorante confundía el de yema con el de nieve? Lo que no podía sufrir doña Laura era que él probase de todo para darlo por bueno, y con este motivo había ruidosas peloteras; pero él aseguraba que todo estaba riquísimo, que todo era gloria, y con esto y con recoger doña Laura las compras para guardarlas con siete llaves, concluían las cuestiones. Después, don José se metía también en la cocina para ayudar y dar más de un consejo; que algo se le entendía de arte de estofados y otros culinarios estilos. Las niñas dejaban la costura aquel día; no se pensaba más que en la cena, y entre componerse para ir al teatro Martín con Miquis, y ayudar un poco a su madre, se les pasaba la tarde.

Don José, a quien las horas se le hacían siglos, no pensaba en apuntar en el Diario ni en el Mayor los gastos extraordinarios de aquel día. Por la tarde ocupábase en instalar la mesa en la sala, por ser el comedor muy pequeño para tan gran festín. Después se miraba diecinueve veces al espejo, se acicalaba, y, en el colmo ya del regocijo, les quitaba a los chicos del tercero el tambor con que atronaban la casa toda, y tocaba por los pasillos con furor y denuedo, seguido de la turba infantil y por ésta con alegres chillidos aclamado.

A la bendita y honesta cena de esta excelente familia no asistía nunca, desde muchos años, el señorito Melchor, que cenaba con sus amigos. Lejos de censurar esto, doña Laura hallaba natural que su hijo, escogido entre los escogidos, no se sentase a la vulgar mesa de sus padres. Mejor papel haría en otra parte. Ya Melchor se rozaba con literatos, diputados, artistas y empleados de cierta categoría. Probablemente, aquel año iría a cenar en casa de un marqués.

En cambio, los acompañaba el ortopédico, hermano de doña Laura, y el hijo de éste, llamado Juan José. ¡Ah! El ortopédico era saladísimo para una cena. Hombre de gran formalidad, se trocaba en el más gracioso del mundo en cuanto bebía dos vasos de vino; decía los disparates más chuscos que se podrían imaginar. El y Relimpio, que también perdía la chaveta en cuanto empinaba un poco, por estar privado de mosto durante el año entero, eran los héroes de la fiesta; brindaban con gritos, se abrazaban riendo como locos, y, por fin, rompían a llorar. En suma: que era preciso llevarlos a cuestas a la cama, con gran algazara y risa de todos los comensales. Los únicos convidados de fuera de casa eran Miquis y un poeta presentado por éste en la casa, llamado Sánchez Berande, el cual hacía monos y versos no se sabe bien si a Emilia o a Leonor.

¡Ea!..., ya tenemos la mesa arreglada en la sala, por ser el comedor pequeño para tanto gentío. Don José, que se pintaba solo para arreglar un banquete, contemplaba su obra con legítimo orgullo, y se recreaba en el brillo de la loza y la cristalería, en la muchedumbre de luces, en el adorno y opulencia de la mesa. Después esparcía miradas de felicitación por toda la capacidad de la sala, por la sillería de reps, que había sido desnudada de sus fundas de percal, y por las cajitas de dulces, las bandejas de latón y demás chucherías... Todo estaba bien, perfectamente bien. Hasta el retrato del dueño de la casa, al óleo, detestable, colgado en la pared principal, rebosaba satisfacción en su acaramelado semblante. «Estoy hablando», decía Relimpio siempre que lo miraba. Frente al retrato había una laminota, en la cual doña Laura se inspiraba siempre para increpar a su marido. Era Sardanápalo quemándose con sus queridas... Completaban el decorado de la pieza tres o cuatro fotografías de niños muertos. Eran los hijos que se le habían malogrado a doña Laura en edad temprana. Vistos a la luz de las bujías del próximo festín, los pobrecitos tenían

cara de muy desconsolados por haberse ido del mundo tan pronto sin alcanzar la hartazga de aquella noche.

II

Isidora no cabía en sí de júbilo. Aquel día, el 24, soltarían a Mariano. Ella misma iba a sacarle de la horrenda cárcel. ¡Oh! ¡Si no se hallara muy mal de dinero, aquel día habría sido uno de los más felices de su vida! ¿En qué había gastado lo que le diera dos meses antes el marqués de Saldeoro por cuenta del canónigo? Verdaderamente, ella no lo sabía. Había pagado a doña Laura, se había comprado ropa... Pero lo demás, ¿dónde estaba? Isidora reflexionó.

En perfumería había adquirido lo bastante para tres años. ¿Y de qué le servían aquellos candeleros de bronce, y el jarro de porcelana, y el *cabás* de cuero de Rusia? Cosas eran éstas que compró por la sola razón de comprarlas. ¡Eran tan bonitas!... Pues y aquel vaso de imitación de Sajonia, ¿de qué le servía?... ¿Y las botellas para poner cebollas de jacinto?

Más necesario era, sin duda, el librito de memorias, el plano de Madrid, las cinco novelas y la jaula, aunque todavía le faltaba el pájaro. Estaba muy desconsolada por no tener un buen baño; pero ¿cómo podía satisfacer este gusto en casa tan pequeña? Luego, la maldita doña Laura se ponía frenética por la mucha agua que Isidora gastaba. Si ésta no podía disfrutar de una hermosa pila de mármol, en cambio, se había provisto de tarjetas, de papel timbrado, de una canastilla de paja finísima, de una plegadera de marfil para abrir las hojas de las novelas, de un *antucás* de pendientes de tornillo con brillantes falsos, de un juego de la cuestión romana y de algo más, tan lindo como caprichoso. Mucha, muchísima falta le hacía un buen mundo para poner la ropa; pero ya lo compraría más adelante. Tampoco estaba bien de ropa blanca; pero tiempo había de hacerse un hermoso equipo.

Gozosa, daba la última mano a su atavío para salir en busca del hermano. La orden del juez para soltarlo debía de estar ya en las oficinas de la cárcel. Salió radiante y satisfecha; mas no quiso tomar el breve camino de la calle de Hortaleza, porque le daba vergüenza de pasar por cierta tienda donde debía algunas cantidades, poca cosa en verdad.

Ya anochecía cuando Isidora regresó acompañada de su hermano, el cual, vergonzoso y cohibido, bajaba los ojos delante de la gente. Recibióle don José Relimpio con ciertos asomos de severidad, dándole una palmada en el hombro y diciéndole:

—Hombre, veremos cómo te portas ahora.

Pero doña Laura, implacable y fiera, dijo que Mariano no se sentaría a su mesa, aunque bajase Cristo a mandarlo. Oyó esto Isidora con rabia; mas, conteniéndose, devoró tal afrenta y se amordazó la boca para que no saliesen las palabras que del corazón le brotaban. Encerróse con el chico en su cuarto, le lavó y vistió, para lo que tenía apercibida gran cantidad de agua y ropa nueva. El muchacho observó en los ojos de Isidora una lágrima, más bien que del sentimiento, nacida del despecho, y le dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Por lo que ha dicho esa tía bruja?

—¡Gente ordinaria!...—murmuró Isidora.

—¿Por qué no le contestaste?—dijo Mariano con extraña rudeza.

—No me rebajo yo a tanto.

—¡Puño!

Mariano dió un puñetazo sobre su propia rodilla. Luego Isidora le echó un sermón sobre su detestable maña de decir a cada paso palabras malsonantes, y aunque el muchacho alegó, para defenderse, que también las decían los caballeros, ella se mantuvo inflexible, decidida a castigar las malas palabras como si fueran malas acciones.

—Ahora, señorito—le dijo con severidad—, ha de andar usted derecho. Pase que en otro tiempo, cuando nuestra desgracia nos tenía poco menos que en la miseria, ocurrieran ciertas cosas..., ciertas barbaridades, Mariano, de que no quiero acordarme... Echémosles una losa encima. Pero ahora ya han cambiado las cosas. Eres un bárbaro, y vas a empezar a desbastarte. Tú no seas tonto: principia por convencerte de que eres persona decente, y así tendrás dignidad. De nuestra tía Encarnación hazte cuenta que no existe, porque no la volverás a ver. Eres ya otra persona.

Oyó atentamente el muchacho estas advertencias, y se prometió a sí mismo hacer todo lo posible para entrar con pie derecho en aquella senda de caballería y decencia que su querida hermana le marcara. Tras esto, Isidora cayó en la cuenta de que Mariano y ella habían de cenar aparte aquella noche, pues si el chico no podía sentarse a la mesa de los Relimpios, tampoco ella se sentaría por nada del mundo. Al punto determinó salir en busca de alguna cosa para aderezar la cena. ¡Muy bien, excelente idea! Mariano y ella cenarían tan ricamente en su cuarto, solos, y sin rozarse con aquella gente ordinaria!

Pero sobrevino la más grande contrariedad que en vísperas de un banquete puede ocurrir. Isidora no tenía dinero. Entre las múltiples propiedades de este metal, ella había notado, principalmente, una; la de acabarse en los momentos en que más falta hacía. El portamonedas no contenía más que un par de pesetas y algunos cuartos. Buscó y rebuscó Isidora en todos los bolsillos, gavetas y huecos, porque recordaba que en otra ocasión parecida había encontrado de repente una moneda de oro olvidada en el fondo de un cajón de la cómoda; mas ninguna moneda de plata ni de oro pareció aquella vez, con lo que se dió por vencida, y resolvió que la cena fuese una modesta colación, mas propia de día de ayuno que de noche de Navidad. Aunque a doña Laura nada debía, antes muriera que pedirle dinero, después del atroz desaire recibido de ella. No se atrevía tampoco a acudir a Joaquín Pez.

Salió. Mariano se quedó solo. Por no ser excesivo el número de sillas que en el cuarto había, estaba sentado en un baúl bajo. A su lado, en un rincón, vió paquetes de papeles viejos liados fuertemente con bramante. Eran los cartapacios y protocolos que Tomás Rufete había emborronado durante su enfermedad, y que fueron guardados en casa de Relimpio, hasta que sus hijos los recogieran, por si algo había de interés entre tal balumba de desatinos. Isidora los había llevado del desván a su cuarto, y allí los puso con ánimo de someterlos a un examen cualquier día. Mariano leyó, no sin trabajo, los rótulos que decían: *Desolación... Hacienda pública... Desfalcos... Muerte... Latrocinio...*, y otras cosas extravagantes. Como ninguna distracción sacaba de ver letreros, empezó luego a revolver todo lo que su hermana tenía sobre la cómoda, y después lo que en el primer cajón había. Todo lo revisaba, lo examinaba por dentro y por fuera; hojeó las novelas, levantó de las botellas las cebollas de jacintos para ver las raíces, abrió el estuche de los tornillos de diamantes americanos, revolvió la caja y los sobres de papel timbrado; y como en el momento de estar sobando el papel echase de ver el tintero y la pluma, tomó ésta y trazó sobre un plieguecillo, con no pocos esfuerzos, alargando el hocico y haciendo violentas contorsiones con el codo y la muñeca, estas palabras: *Mariano Rufete, alias Pecado.* Contempló, satisfecho, su obra, y luego, con gran ligereza, echó una rúbrica que parecía el dibujo de un puñal. Se echó a reir como un bruto, dejando el papel sobre la mesa. Luego dirigió su atención al tocador de la hermana; fué viendo, uno por uno, los botes que en él había, metiendo en todos las narices y diciendo: «¡Qué bueno!», o «¡Qué rico!» Se puso pomada, se perfumó con esencias y se lavó las manos, sonriendo de gusto al ver cómo se deslizaban dedos sobre dedos al suave resbalar del jabón.

—¡Eh! Ya me has revuelto todo—dijo Isidora al entrar de la calle—. ¡Jesús, qué desorden! Mira, te voy a pegar.

Mariano reía.

—¿Y qué has escrito aquí? *Mariano Rufete, alias Pecado...* ¿Qué es eso de *Pecado?* ¡Como yo vuelva a oírte dándote a ti mismo esos apodos...!

—Como los toreros—observó, estúpidamente, Mariano, sin cesar de reir.

—A ver... ¿Es que no quieres ser persona decente?... ¿Pero qué haces, gandul? ¿Te enjugas las manos en mi vestido? Quita allá, asqueroso. ¿No ves la toalla? Lo que digo: no quieres entrar por el camino de las personas decentes. Eres un salvaje... Ya se ve: no has tratado sino con cafres.

Y diciendo esto, de un pañuelo que cogido por las cuatro puntas traía, sacó sucesivamente varios pedazos de turrón y algunos puñados de cascajo, castañas, nueces, avellanas y bellotas. Al poner sobre la cómoda la última porcion de tan variados bastimentos, lanzó de su pecho un suspiro enorme.

—¿Todo eso has traído?—preguntó Mariano—. ¿Y el pavo? Yo quiero pavo.

—Cenarás lo que te den—replicó ella, pasando de la cena al enfado—. Es una mala educación pedir lo que no hay.

—El año pasado—dijo Mariano con rudeza y desdén—, mi tía la *Sanguijuelera* tenía besugo, y pimientos encarnados, y turrón de frutas, y lombarda, y una granada de este tamaño. Yo me la comí toda. ¡Estaba más rica...!

Ceñuda y pensativa, Isidora puso la mesa. Mariano se sentó en una silla alta y ella en otra baja.

—Mañana será otro día—dijo ella—. Eso de atracarse la Nochebuena es propio de gente ordinaria. Ya te enseñaré yo a ser caballero... Vaya que está rico este turrón. Pruébalo...

No se hacía de rogar *Pecado*, antes engullía sin cumplimiento. En la sala de la casa había empezado ya el alboroto; mas no la cena, porque esperaban a Miquis. La entrada de éste se conoció desde el retiro de los Rufetes por un repentino aumento del bullicio. Un instante después Isidora vió que se abría suavemente la puerta de su cuarto y que entraba la irónica fisonomía del estudiante.

—Vengo a tener el gusto de saludar a la señora archiduquesa—dijo éste, sombrero en mano, con ceremoniosa cortesanía—. Bien se ve que estamos ya en plena aristocracia. Esta noche *se queda usted en casa;* quiero decir, que recibe usted a sus amigos...

—Toma—le dijo Isidora, ofreciéndole una bellota—. Es lo mejor que te puedo ofrecer.

—Gracias, marquesa—repuso Miquis sentándose—. Es delicioso el obsequio. Vamos a cuentas y hablemos con seriedad. ¿Por qué no cenas con nosotros?

—Nosotros—manifestó Isidora, ahogada por la pena y el despecho—no somos dignos... Vete, vete pronto. Te esperan. Ya han sacado la sopa de almendras

—¡Ay chiquilla! ¡Cuánto más me gustan tus bellotas!... Pero no llores. De buena gana te acompañaría... Pero es tan tiránica la sociedad...

—Vete, vete... Mi hermano y yo cenamos solos. Ya ves... Estamos tan contentos... Mejor es así. Cada uno en su casa.

Augusto la contempló en silencio, asombrado de su hermosura, que cada día iba en dichoso aumento, enriqueciéndose con un encanto nuevo.

—Aquí viene bien aquello de *a tus pies, marquesa*—dijo, levantándose.

Y luego, volviendo la vista para observar con una mirada en redondo todo el cuarto, añadió:

—Estás perfectamente instalada, marquesa. Magnífico gabinete. Aquí los arcones de roble; ahí el gran armario de tres lunas. Cuadros de Fortuny, tapices de los Gobelinos, porcelanas de Sèvres y de Bernardo Palissy... Muy bien. Bronces, acuarelas...

Mariano le miraba con cierto espanto. Isidora entreveraba de sonrisas su pena profundísima. Pero se sintió herida en lo más vivo de su alma cuando Miquis, después de transformar el humilde cuarto en aristocrático gabinete, dijo con el mismo tono de encomio:

—Bien se conoce en esta rica instalación el buen gusto del marqués viudo de Saldeoro. Adiós, marquesa. Ceno en el palacio de Relimpio.

III

Cuando Augusto se marchó, quedóse Isidora meditabunda, clavados los ojos en su propia falda.

—¿Quién es ése?—le preguntó Mariano.

—Un tipo, un mequetrefe—repuso ella, sin mirar a su hermano; señales claras por donde manifestaba estar aún dentro de la esfera de atracción del pensamiento que la dominaba.

—Dame más turrón, marquesa—exclamó el muchacho.

—¿Por qué me llamas así?—preguntó Isidora bruscamente, despertando de su mental sueño.

—¿Es apodo? ¡Puño!... ¿Y por qué te pone motes ese gatera?

—Mariano, cuidado cómo se habla.

—¡Se burla de ti!—gritó *Pecado* con aquel arrebato de infantil fanfarronería que en él parecía cólera de hombre.

—Yo te juro que no se burlará más—dijo ella con los ojos húmedos de lágrimas.

Mariano la miró, diciendo:

—Tonta, no ha sido para tanto... Las mujeres lloran por cualquier cosa. Que venga a mí con bromas; verá cómo le saco las entrañas...

—Mariano, loco, bruto y salvaje—gritó ella, despertando otra vez en su letargo de pena y despecho—. Si te oigo hablar así otra vez...

—No dije nada, nada... Dame turrón.

La algazara de la sala crecía, y por las palabras sueltas, los plácemes y exclamaciones que de ella hasta el cuarto de los Rufetes llegaban, así como por los olores culinarios que invadían toda la casa, se podía saber a qué altura andaba el festín. Se sintió sucesivamente la aparición del besugo, la del pavo, aclamado con palmoteo y vivas. Don José lo recibió cantando la *Marcha real*. Después se oyeron las ruidosas cuestiones a que dió motivo el gran acto de trincharlo. Las risas sucedían a las risas, y los comentarios a los comentarios. Al mismo tiempo se conocían los efectos del valdepeñas y del cariñena en la torpe lengua del ortopédico, que desgranaba las palabras, y en el entusiasmo anacreóntico de don José Relimpio, que no decía cosa alguna derecha y con sentido.

La criada entró en el cuarto de Isidora, trayendo un plato con varias lonjas de pechuga y un poco de relleno. Encendiéronsele a Mariano con luces mil los ojos, y no parecía sino que cada destello de su mirar era un largo tenedor; pero Isidora, en quien el orgullo no daba lugar al agradecimiento ni al perdón, vió con repugnancia aquel tardío obsequio. Aunque comprendió que éste había nacido en el bondadoso corazón de Emilia, siempre veía en él como un mensaje de lástima. Rechazó la fineza, diciendo:

—Que muchas gracias, y que no queremos nada.

—Chica, chica, tú eres tonta—gruñó Mariano con su rudeza propia exacerbada hasta el salvajismo.

—Si no te callas, te pego.

—Yo quiero cenar—afirmó él con brutal terquedad, echando a un lado la cabeza y dando un golpe con ella sobre la mesa.

—Eso es, rómpete la cabeza.

—Mala hermana, ¡no das de cenar a tu hermanito! Mira tú, mejor estaba en la cárcel...

—Como vuelvas a nombrar...

—¡Nombro!... ¡Puño!

—Como vuelvas a decir...

—¡Puño!—repitió el bergante, alzando la mano.

—¡Alzas la mano!..., ¡a mí!..., a tu hermana.

—Yo me quiero ir con mi tía.

—Si vuelves a nombrar...

—¡Mala hermana..., marquesa!

Pecado hizo burla de su hermana con tanto descaro, que ésta hubo de ponerle a raya con dos bofetadas muy bien dadas, que, o mucho nos engañamos o se oyeron desde la sala. No era ella mujer que se dejaba embromar de un mocoso, aunque éste tuviera los buenos puños y los medianos antecedentes del señorito Rufete. Dominado éste por la actitud de su hermana y por el cariño que le tenía, se contuvo. Echado de bruces sobre la mesa, la barba apoyada en el arco que con sus brazos hacía, a Isidora contemplaba en silencio con la seriedad y atención hosca de uno de esos perrazos que muerden a todo el mundo, menos a su amo.

El bullicio de la sala llegaba ya al delirio. Don José hacía el amor a su mujer, echándole ternísimos requiebros entre los aplausos de los divertidos comensales. Doña Laura llamaba a su marido Sardanápalo. El ortopédico había empezado a cantar villancicos, acompañándose de golpes dados sobre la mesa con el mango del cuchillo. Sólo Emilia y Leonor conservaban su amable serenidad: la una, obsequiando a Miquis; la otra, a Sánchez Berande. El joven poeta, Miquis y el hijo del ortopédico alborotaban también, el primero con sus discursos, el segundo con sus cantorrios de tangos y malagueñas. Después se hizo una grande y solemne pausa, porque Berande, a ruegos de todos, iba a recitar versos. Creíase destinado a la inmortalidad; tenía un buen tomo preparado para darlo a la estampa, en el cual, como en muestrario de bazar, había de todo: elegías, odas, pequeños poemas, poemas grandes, epigramas, doloras, *suspirillos* germánicos, sáficos y octavas reales. La sala parecía tribuna del Congreso, que se hundía con los aplausos al terminar Berande su recitación.

—Versos—dijo Mariano, alzando su cabeza y poniendo atención.

—¿Te gustan los versos?—preguntóle Isidora, gozosa de sorprender a su hermano un síntoma de decencia.

—Sí—replicó el muchacho—. Me sé de

memoria los de *Francisquillo el Sastre,* que empiezan:

Salga el acero a brillar,
pues soy hijo del acero...

—Calla, bruto; ésas son barbaridades.

—También sé los del *Valeroso Portela,* que dicen:

Escuchen, señores míos,
les diré de Juan Portela,
el ladrón más afamado
de la gran Sierra Morena.

—Calla, hijo; calla, por Dios. Me estás envenenando con tus horribles coplas. Ningún joven guapo y decente aprende tales cosas. Esto está bien para el pueblo, para el populacho. ¿Sabes tú lo que es el populacho?

—Mi tía la *Sanguijuelera*—contestó el chico, con tan graciosa naturalidad, que Isidora no pudo contener la risa.

—Ya aprenderás mil cosas que no sabes. Y dime ahora: ¿qué aspiración tienes tú? ¿Qué quieres ser?...

—Yo no quiero ser nada—repuso él con apatía.

—Es preciso que estudies y que trabajes. No volverás a la fábrica de sogas. Irás a un colegio. ¿Qué carrera quieres seguir?

Mariano meditó un instante. Después dijo con resolución:

—La de tener mucho dinero.

—¿Y para qué quieres tú el dinero?

—Toma..., *mia* ésta... Pues para ser rico.

—Pero es preciso que seas algo.

—Rico...

—¿Y en qué gastarías el dinero?

—En comer lomo, granadas, turrón y en beber buen vino. Tendré un caballo y me vestiré todo de seda.

—¿No te gustaría militar y llegar a general?

—Sí, sí—afirmó *Pecado,* despidiendo de sus ojos brillo de animación y alegría—. Para ir mandando la tropa y arreando palos..., así..., ¡toma!

—No, no; no se pega. No creas que los generales pegan... Hay carreras preciosas, como Estado Mayor, Ingenieros, Artillería.

—¡Artillero, artillero!—gritó *Pecado,* dando golpes en la mesa—. Ya me verás, cañonazo va, cañonazo viene... ¡Bum, bum!

—Dispararías cuando fuera menester...

—No, no, siempre... Al que me hiciera algo, ¡zas!...

A esto llegaban cuando volvió la criada, trayendo un plato con varios pedazos de turrón, de parte de la señorita Emilia y del señorito Miquis. No considerándose aún desagraviada Isidora con estos regalitos, negóse a admitirlos; pero Mariano se abalanzó al plato más pronto que la vista, y, arrebatando el turrón, empezó a engullir con tanta prisa, que no pudo su hermana evitarlo.

—¡Malcriado..., glotón!—le dijo cuando otra vez se quedaron solos—. ¿No has comido ya bastante?

Mariano negó con la cabeza, por no poder hacerlo con la boca.

—Te pondré interno en un colegio.

Mariano hizo con los dedos una señal que quería decir: «Me escaparé.»

—No te escaparás. ¿Piensas que vas a lidiar con bobos? Hay un maestro muy rígido.

—De la bofetada que le pego—dijo Mariano, pudiendo ya articular algunas palabras—, va volando al tejado.

—¡Fanfarrón!

En la sala, la cena parecía tocar a su fin. Todas las clases de turrón habían sido probadas, así como las granadas y las ruedas de naranjas espolvoreadas de azúcar. Relimpio, con la última copa de cariñena, dió con su cuerpo en tierra. «¡A la misa del Gallo, vamos a la misa!», gritaba con torpe lengua el insigne galán, rodando debajo de la mesa. Muertos de risa los demás, le cogieron por los cuatro remos para llevarle a la cama, y él iba cantando el *Kirie eleison* con voz de sochantre, y los demás riendo y vociferando, de lo que resultaba el más grotesco cuadro y música que se pudiera imaginar.

—¡Cuánta grosería! ¡Qué gente tan ordinaria!—exclamó Isidora.

Poco después llegó Emilia al cuarto de ésta, y dióle excusas por la soledad en que se había quedado en noche de tanta alegría. Mas, no dando su brazo a torcer, Isidora replicó que había estado perfectamente en su cuarto. Trajeron un catre de tijera para que se acostase Mariano, y cuando Isidora le mandó que se recogiera, por ser ya mas de medianoche, el maldito muchacho se le plantó delante y le dijo con sus bruscos modos:

—Dame dinero.

—¿Y para qué quieres tú dinero, tunante? Acuéstate.

—Me acostaré; pero yo quiero dinero. Si no me das dinero, no te quiero...

—¿Para qué lo necesitas?

—Para ir mañana a los toros.

—Si ahora no hay toros, mentecato.

—Pero hay novillos y mojiganga.

—¿Y cómo sabes eso?

—Por los chicos... Si no me das dinero, no te quiero.

—Mañana te daré unos cuartitos...

—¿Cuartitos? Tú eres rica—dijo, pasando la vista con malicioso examen por los diversos objetos que Isidora poseía—. Tú tienes dinero, porque has comprado estas cosas ricas, y yo no tengo nada nada; soy un pobre.

Al decir esto se desnudaba para acostarse.

—Yo también soy pobre—afirmó Isidora—; pero con el tiempo, tal vez dentro de poco, tú y yo estaremos bien y tendremos todo lo necesario, y aún más.

—La señorita gasta y come bien, y tiene a su hermanito muerto de hambre —gruñó él, acostado ya.

—No seas tonto. Cállate y duerme.

—Si mañana no me das dinero, salgo a la calle y pido limosna. Ya sé yo cómo se pide. Me lo ha enseñado un chico.

—¿Qué estás diciendo, cafre?

—Que pediré limosna. Verás.

—No me sofoques... A un colegio, a un colegio.

—Ya me estoy durmiendo... Hasta mañana.

—¿No rezas, herejote?

Mariano murmuró algo que no era fácil descifrar, y se durmió sosegadamente, todavía quedaba en él algo de niño. Su hermana le contempló un instante, movida de un sentimiento extraño en que se combinaban el cariño y el terror. Iba a darle un beso; pero cuando ya casi le tocaba con sus labios, se apartó, diciendo:

—Temo que se despierte y me pida lo que no puedo darle.

CAPITULO XV

MARIANO PROMETE

A la siguiente mañana, no repitió Mariano sus exigencias de la noche de Navidad. Estaba de buen humor, alegre, saltón, inquieto y condescendiente. Gozosa también Isidora de verle sin las siniestras genialidades de la pasada noche, hízole mil caricias, le vistió, le arregló, púsole una elegante corbata, que ha días tenía para él, le peinó sacándole raya, y cuando estuvo, a su parecer, bastante acicalado y compuesto, llevóle delante del espejo para que se viera, y le dijo:

—Ahora sí que estás hecho una persona decente.

El se miraba, riendo, y decía una y otra vez:

—¡Quia, quia!; ése no soy yo.

Después salieron juntos a pasear por las calles. A cada paso, Mariano quería que le comprara cosas; y en verdad que si ella tuviera algo en su bolsillo, le tapara la boca más de una vez; pero nada tenía; y los dos se volvieron a casa cariacontecidos. El se preguntaba que de qué servía tanta pomada en el cabello, tal lujo de corbata y camisa blanca, si entre los dos no tenían ni un ochavo partido. Por la tarde, Mariano salió solo, cuando su hermana no estaba en el cuarto, y volvió ya muy entrada la noche, todo sucio, desgarrado, la camisa rota y la corbata hecha jirones. Pintar la ira de Isidora al verle en tal facha, fuera imposible. Mariano confesó, con loable franqueza, que había estado jugando al toro con otros chicos en la plaza de las Salesas, con lo que, redoblándose el enojo de la hermana, le dió un vapuleo de esos que duelen poco. Lo más extraño es que el muchacho, con ser tan bravío y rebelde, no se defendió de los azotes, ni hizo ademán de volver golpe por golpe, ni chistó siquiera... Por la noche ya habían hecho las paces; él prometía ser bueno, y fino y persona decente. Exigió que su hermana le llevara al teatro; ella lo prometió así; mas como no pudiese cumplir al siguiente día por la causa que fácilmente conocerá el lector, se enfureció el chico, pidió dinero, negóselo ella, hablaron más de la cuenta, y él puso término a la disputa con esta amenazadora frase:

—¡Dinero! Ya sé yo cómo se encuentra cuando no lo hay. Los chicos me lo han enseñado.

Isidora no hizo caso. El día de Inocentes salió un rato. Al volver, Mariano

había revuelto todo el cajón alto de la cómoda.

—¿Qué haces?—preguntóle su hermana, previniendo algún desastre.

—¡Aciértame lo que tengo aquí!—le dijo Mariano, mostrándole su puño cerrado.

Isidora trató de abrir el puño del muchacho; pero éste apretaba tan fuertemente sus dedos, que los blandos y flojos de Isidora no pudieron moverlos ni un punto ni separarlos. Con su fuerza varonil, Mariano hacía de su mano un arca de hierro.

—Abre la mano, ábrela.

—No quiero.

—¿Qué tienes ahí?... ¿Qué has cogido?

Mariano se puso de un salto en la puerta, siempre con el puño cerrado. Riendo como un desvergonzado bruto, dijo a su hermana:

—Abur, chica.

Al punto echó Isidora de menos sus diamantes de tornillo, que, aunque falsos, valían cuatro duros. ¡Cuántas lágrimas derramó aquel día! Mariano estuvo una semana sin parecer por la casa de Relimpio.

Una noche, cuando menos se le esperaba, apareció, al fin, avergonzado, compungido, la ropa hecha jirones, imagen del hijo pródigo. Con la alegría de verle, no fué la severidad de Isidora tan grande como cumplía, y le perdonó. Tenía Mariano entre sus maldades, desarrolladas por el abandono, algunas cosas buenas, y la cualidad mejor era la franqueza con que confesaba sus delitos sin ocultar nada, ni dorarlos con comentarios artificiosos para hacerlos pasar por donaires. Todo cuanto había hecho en la semana lo contó puntualísimamente; pero ninguna parte de aquella odisea de travesuras causó tan penoso efecto en el alma de la señorita de Rufete como estas palabras:

—Estuve en casa de mi tía Encarnación, ¿sabes?..., y mi tía Encarnación y la tía *Paloconojos* comían juntas; y mi tía Encarnación me dijo: «Anda, pillete, anda con tu hermana a que te dé de comer y te vista de señorito, pues bien puede hacerlo.» Entonces mi tía Encarnación y la tía *Paloconojos* se pusieron a hablar de ti, y mi tía Encarnación dijo que tú tienes un novio marqués que te da mucho dinero.

Isidora se quedó yerta; pero como el mostrar enfado por aquel ultraje habría sido ocasión de que entrara más en malicia el chico, harto malicioso ya, fingió tomar a broma el caso, aunque le destrozaba el alma, y se echó a reír. Pero su fingimiento de buen humor fué de todo punto imposible cuando Mariano, con aquel descaro que determinaba el tránsito brusco del candor al cinismo, le dijo:

—Ya, ya. Las mujeres sois todas unas... Bien sé lo que hacéis para tener siempre dinero. Los chicos me lo han dicho.

Risas, azotes, lágrimas sucedieron a esta declaración; pero también paces al siguiente día. Isidora, que recibió del marqués de Saldeoro otra visita platónica y una nueva remisión de fondos por cuenta, al parecer, del canónigo, salió de aquella sombría situación de escaseces y apuros; pagó sus deudas, compró un Diccionario de la Lengua castellana y llevó a su hermano al teatro, de lo que éste recibió tanto gusto, que en algunos días apareció como transformado, encendida la imaginación por las escenas que había visto representar y manifestando vagas inclinacoines al heroísmo, a las acciones grandes y generosas. Contenta Isidora de esto, comprendió cuánto influye en la formación del carácter del hombre el ambiente que respira, las personas con quienes tiene roce, la ropa que viste y hasta el arte que disfruta y paladea.

Animada Isidora al ver que no carecía su hermano de algún fundamento bueno y sólido para construir en él la persona decente, determinó que no corriera un día más sin ponerlo en un colegio. Pasados Reyes, el señorito fué confiado a un profesor que apacentaba su rebaño de chicos en un colegio de la calle de Valverde. Mal, muy mal le supo al de Rufete la sujeción, porque sobre todos sus instintos malos y buenos dominaba el de la vagancia y el gusto de correr por calles y caminos con cierto afán como de buscar aventuras. La mortificación de su amor propio al ver que le eran muy superiores niños de menos edad que él, aumentaba el horror que hacia el colegio y su maldito profesor sentía. Era casi un hombre, y en todas las clases ocupaba el último lugar. Era el burro perpetuo, burla y mofa de los demás chicos. Su barbarie

llegó a ser proverbial en las clases; los alumnos todos celebraban con risas y pataleo los dislates que decía en sus lecciones, y el maestro mismo, cargando sobre él el peso de su desdén pedagógico, solía decir, reprendiendo a cualquiera de los alumnos: «Eso no se le ocurriría ni al mismo Rufete. Eres más tonto que Rufete.»

La poca estimación que se le tenía mató en él sus escasos deseos de aprender. Concluyó por despreciar el colegio como el colegio le despreciaba a él, de donde vino su costumbre de hacer novillos, la cual aumentó de tal modo que, sin saberlo su hermana, dejó de asistir un mes entero al estudio. En aquellos días de aventuras y pilladas y esparcimiento, cualquiera que hubiese tenido interés en seguir los pasos de este desgraciado chicuelo le habría visto encaramándose en la verja de la puerta principal de la plaza de toros para alcanzar a ver algo del ensayo de la mojiganga, o bien jugando en los tejares adyacentes, o en el río entre las lavanderas. En sus compañías, que al llegar al colegio fueron de niños decentes, descendió poco a poco hasta el más bajo nivel, concluyendo por incorporarse a las turbas más compatibles con su fiereza y condición picaresca. Granujas de la peor estofa, aspirantes a puntilleros, toda clase de rapaces desvergonzados y miserables, formaban su pandilla; y como Mariano solía tener algún dinero, eran de ver su boga y popularidad entre esta chulería menuda, que sin cesar se ofrece a nuestra vista por calles y caminos, con escándalo de la moral, con bochorno de la sociedad y del cristianismo, que no aciertan a recoger y sujetar estos presidios sueltos del porvenir.

CAPITULO XVI

ANAGNÓRISIS

¡Hosanna, hosanna! A principios de febrero, Joaquín visitó una tarde a Isidora para anunciarle que la señora marquesa de Aransis había llegado de Córdoba y deseaba verla. El regocijo que esta nueva produjo en Isidora la dejó alelada por breve rato, y en su aturdimiento, no hacía más que contemplar al mensajero y recrearse en su belleza. Si no hubiera puesto ya en él todos los afectos disponibles de su gran corazón, bastaría aquel acto para que le amase sobre todas las cosas. Pero Joaquín dijo más. La señora marquesa de Aransis se había dignado fijar el día siguiente, 11 de febrero, a las cuatro de la tarde, para recibir a la señorita de Rufete. Esta se ruborizó de golpe por la idea sola de aproximarse a la marquesa. ¡Qué minuto de asombro y congoja dulce! Después el marqués viudo habló algo de los graves sucesos políticos del día; pero a Isidora le importaba poco que se llevara el diablo a todos los políticos y no se enteró de nada.

Cuando se quedó sola, ¡qué cosas pensó y dijo! Y por la noche, ¡cómo se anticipó a los sucesos! ¡Con qué vigor y fuerza de fantasía construyó en su mente la persona de la marquesa, a quien nunca había visto, y qué bien imaginaba, falsificando la realidad, el cuadro que las dos harían, abrazadas, llorando juntas, sin poder expresar la multitud de afectos propios de un modo tan sublime! Vióse repentinamente transportada a las altas esferas que ella no conocía sino por ese brillo lejano, ese eco y ese perfume tenue que la aristocracia arroja sobre el pueblo. Vióse dueña del palacio de Aransis, mimada, festejada y querida. Dió gracias al Señor porque reparaba al fin la gran injusticia cometida con ella por la sociedad; rezó, se espiritualizó, bañó su alma, si así puede decirse, en ondas de honradez y virtud; la aromatizó con esencias sacadas de la dignidad, de la magnanimidad y nobleza. Hizo luego mil proyectos, todos grandiosos y humanitarios, como socorrer pobres, vestir desnudos y consolar afligidos y menesterosos, y desde esta región de la beneficencia se precipitó a escape hacia los ensueños del lujo, en un carro triunfal tirado por atrevidos pensamientos, corriendo por entre nubes de supuestas delicias, hasta que fué a caer sin aliento, fatigada y moribunda en el abismo de rosas de un sueño dulce.

Al despertar creyóse por un momento en los brazos de su abuela. ¡Oh! La luz de aquel día, de aquel jueves, 11 de febrero, tenía para ella un tinte sonrosado y divino, lleno de poesía y de esperanza, como si todo el día fuera aurora. Su primer juicio fué para apreciar lo que tardaba la hora de su dignificación

gloriosa; la hora de una de las más grandes justicias que había visto la tierra. En el tiempo había aquel día un monstruoso pliegue: las cuatro de la tarde.

Isidora empezó a arreglarse desde muy temprano. ¿Cómo iría? No era conveniente presentarse a su abuela con apariencias de notorio bienestar. Todo prurito de llamativa elegancia en su honrada pobreza le parecía chocarrero y de mal gusto. Tampoco convenía presentarse con desaliño, anunciándose como demasiado influída por la baja condición en que tan injustamente había vivido. El desaseo y abandono serían de muy mal efecto. Era preciso que en su apariencia comedida, modesta, honrada y grave revelara la dignidad con que pasaba de su estado miserable a otro esplendoroso. Así se mostraría merecedora del nuevo puesto, demostrando no haber deshonrado su origen en la humildad. Toda la mañana la pasó en estos pensamientos. También meditó si convendría o no llevar consigo a Mariano, decidiéndose por la negativa, por temor a que la comprometiese con su salvajismo. Tiempo habría de presentarle y también de ponerle en un colegio de Francia, donde seguramente vendría a ser caballero digno de su escogido linaje.

Cuando se acercaba la hora, púsose la de Rufete su vestido de merino negro, tan decente que no se podía pedir más, muy bien cortado y hecho, pero sin perifollos ni afectados paramentos. Miróse mucho al espejo, embelesándose en su propia hermosura, de la cual muy pronto se había de congratular la marquesa como de cosa propia, y se dió algunos toques en el peinado. Uno de sus mayores encantos era la gracia con que compartía y derramaba su abundante cabello castaño alrededor de la frente, detrás de las orejas y sobre el cuello. Aquella diadema de sombra daba a su rostro matices de poesía crepuscular, como si todo él estuviese formado con tintas y rasgos tomados de la melancolía y sosiego de la tarde. Sus ojos eran pardos y de un mirar cariñoso, con somnolencias de siesta o fiebre de insomnio, según los casos; un mirar que lo expresaba todo, ya la generosidad, ya el entusiasmo y siempre la nobleza. Rara vez se le conocía el orgullo en su mirada afable y honesta. Miquis decía que había en aquellos ojos mil elocuencias de amor y propaganda de ilusiones. También decía que eran un mar hondo y luminoso en cuyo seno cristalino nadaban como nereidas la imaginación soñadora, la indolencia, la ignorancia del cálculo positivo y el desconocimiento de la realidad.

Miróse mucho al espejo y se puso el velo. ¡Bien, bien! Su dignidad, su hermosura, su derecho mismo, resplandecían más en la decencia correcta y limpia de su vestido negro. Miróse luego a los pies. ¡Bien, muy bien! Admirablemente calzada, aunque sin lujo, completaba su personalidad con la decencia de las botas, parte tan principal del humano atavío, que por ella quizá se dividen las clases sociales.

Dieron las tres. Tomó de una gaveta, donde muy guardados estaban los papeles que su tío le había dado, y que eran testimonio de su derecho incontestable, a saber: dos partidas de bautismo, varias cartas y otro documento interesantísimo. Pasó la vista por ellos, aunque ya se los sabía de memoria, y los guardó. No los necesitaba, sin duda, porque la cosa era tan clara...; pero quiso llevarlos por previsión o delicadeza. Al salir echó sobre su pobre aposento una mirada de lástima en que también había algo de gratitud. Le parecía tan excesivamente humilde, que se admiraba de que ella se hubiera dignado por tanto tiempo honrarlo con su presencia. La princesa de Poniatowsky parecía más triste al verla partir, y los del cuadro del *Hambre* se volvían más flacos y macilentos. ¡Pobre cuarto..., tan pobre y tan rico en recuerdos, sueños y emociones! Se lo hubiera llevado con gusto para incrustarlo en los muros venerables del palacio de Aransis.

Al salir se despidió mentalmente de las de Relimpio. Les echó una rociada de desprecio. Así puede decirse, pues tal era su idea. Se figuraba que tenía en la mano una de aquellas mangas de riego que había visto en las calles, y que, apuntándola a doña Laura, arrojaba sobre ella, en forma de inundación, todo el desdén que puede caber en un corazón tan grande como el depósito del Campo de Guardias. Sólo exceptuaba de este chaparrón al bueno de don José, para quien destinaba *in mente* la plaza de te-

nedor de libros en cierta casa. Don José, como siempre, la acompañó aquella tarde.

Serían las tres y media cuando pasaron por la Puerta del Sol. A medida que se acercaba Isidora a los barrios próximos a San Pedro, iba sintiendo turbación tan grande, que creyó le faltarían las fuerzas para llegar allá. Miraba la hora en los relojes de las tiendas y tabernas. Unos marcaban ya las cuatro; otros, las cuatro menos diez. Nueva confusión. El tiempo estaba también turbado. No sabía si apresurarse o detenerse. No quería llegar ni antes ni después de la hora. Al fin vió en el extremo de una callejuela un esquinazo de revoco, un balcón, el primero de larga fila de balcones, y se detuvo mirándolo. Allí era: tuvo miedo, frío y ganas de llorar...

Despidióse de don José, el cual no comprendía por qué su ahijada le mandaba retirarse.

—¿Pero qué? ¿Te quedas aquí?... ¿No vuelves a casa?...

—No me pregunte usted nada, padrinito. Pronto lo sabrá usted todo. Adiós.

—A ti te pasa algo. ¡Qué pálida estás!... Pero aguarda...

—Adiós, adiós.

Dejándole plantado en medio de la calle, dirigióse a la puerta del palacio. El gran sobresalto de su alma crecía a cada paso. ¡Oh! Sin duda, su abuelita la esperaba con igual ansiedad. Hasta llegó a imaginar que estaría en un balcón esperándola. Miró y no había nadie. La casa estaba muda, cerrada, como el retiro misterioso donde, para gozarse en sí mismo, se hubiera confinado el silencio; la puerta principal, entreabierta. Isidora, al tocarla, sintió como un valor repentino. El contacto de su propiedad le devolvía el dominio de sí misma. ¡Revelación magnética de su derecho!

Con voz clara preguntó al conserje por la marquesa. El cojo, como si la esperara, la invitó a pasar adelante y subir. En lo alto de la escalera había otro criado, que, sin aguardar a que ella preguntase, abrió con mucho respeto una mampara. Esto animó a Isidora. Dentro de ella se reía un sentimiento y lloraba otro. Andaba como una máquina. Su corazón no era corazón, sino un martinete que daba golpes terribles. Un tercer criado le salió al encuentro, y diciéndole: «Pase usted», la llevó de sala en sala hasta un gabinete. El criado dijo: «La señora saldrá al instante.»

Isidora se sentó. Instante único, tremendo; ángel con el pie levantado y las alas extendidas, que va a volar y no se sabe si dirigirá su vuelo al suelo o al infinito; instante soberano; dogal que oprime la garganta; espada de un cabello suspendida; es hermano del instante en que se nace o en que se muere, del instante en que se hunden los imperios, y de aquel, no conocido todavía, en que se acabará el mundo... ¡Ah!, la puerta del gabinete se abría... Isidora vió entrar una dama de cabello casi blanco, grave, hermosa, imagen de la dignidad y de la nobleza, como reina y madre de reyes. Tan turbada estaba Isidora, que no acertó a contestar al saludo afectuoso de la señora. No sabía lo que le pasaba. Se levantó, volvió a sentarse. No podía asegurar si dijo o no dijo algo. Se sentía morir. ¡El semblante de la marquesa no expresaba nada..., la marquesa no la había abrazado..., la marquesa no había parado mientes en su fisonomía!... Las dos se miraron.

Entonces Isidora vió que la marquesa sacó unos lentes de toro, y aplicándolos a sus ojos, la miraba, la observaba detenidamente, callada, fría, como si examinara un objeto raro, pero no tan raro como para despertar admiración. Isidora creyó que la señora había estado mirándola siglo y medio, año más, año menos.

Al fin, de aquella hermosa esfinge con lentes salió una palabra.

—El señor De Pez me ha dicho que usted deseaba hablarme. El señor De Pez me escribió a Córdoba diciéndome que usted..., parece que asegura...

¡Cosa rara! También parecía turbada la marquesa. Pero lo que más pasmó y confundió a Isidora fué no ver en la digna señora señales de enternecimiento.

—Es usted, según creo—dijo ésta—, una joven que se llama Isidora, hija de un tal Rufete...

—No, señora—manifestó Isidora recobrando en un punto su valor, y usando un lenguaje en que se combinaba hábilmente la energía con la urbanidad—. He llevado y llevo ese nombre, que no es el mío. Don Tomás Rufete ha pasado hasta que murió por padre mío, y por tal lo tuve y lo quise, pero yo me llamo Isidora de Aransis.

La marquesa la interrumpió con un gesto de enojo. Volvió a mirarla fijamente y palideció.

—Me han asegurado—dijo—que usted pretende pasar por hija de mi desgraciada Virginia. ¿Es cierto que usted lo cree así?

—¡Oh, que si lo creo!—exclamó Isidora, echándose a llorar—. Si no lo creyera, no viviría...

—Parece—indicó la marquesa—que esa creencia en usted es sincera; parece que es una convicción arraigada y profunda... No puede usted figurarse—añadió con cierto cariño—lo que me ha dado que pensar esta idea de usted. Cuando me escribieron dándome cuenta de una joven que se llamaba mi nieta, estuve muchos días preocupada con esto... He tenido mucha curiosidad de ver a usted..., y ahora que la veo, no puedo negarle que me interesa un poco. Si la apariencia, si el semblante son indicios de la condición moral de las personas, desde luego aseguro que al declararse usted nieta mía no la ha movido ningún interés maligno. Usted es sincera y honrada, usted tiene la convicción...

—Señora—exclamó Isidora cayendo de rodillas a los pies de la aristócrata—, la voz de la sangre me ha llamado hace tiempo; la voz de la sangre me pone ahora a los pies de la madre de mi madre.

Le besó las manos con religioso respeto. Y el alma se le iba tras los besos, con la más santa y sincera afección que es dado imaginar. Pero aquellas manifestaciones tan extraordinariamente expresivas, lejos de enternecer a la marquesa, la provocaron a recoger su ánimo, y dijo con sequedad:

—Pero ¿qué es esto?... Levántese usted, hija... No puedo consentir... Usted no me ha entendido bien...

Isidora se levantó. Creía que la marquesa quería llevar las cosas por el terreno de las explicaciones frías antes de entregarse a las expansiones del sentimiento.

—Usted no me ha entendido bien—replicó la de Aransis, viendo cómo Isidora se enjugaba las lágrimas luego que se sentó—. He dicho tan solo que usted, por la manera de expresarse, por cierto sello de honradez y bondad que noto en su fisonomía... (es usted muy hermosa...) me ha parecido desde un principio digna de interés y consideración. Usted sin duda no ha venido aquí a representar una comedia; usted se declara hija de mi desgraciada hija porque así lo cree, fundada en motivos y circunstancias que ignoro; pero de eso a admitir que usted tenga razón, hija mía, hay inmensa distancia, y así, señorita, no puedo menos de manifestar a usted, con la seriedad que exige el caso, que está usted completamente equivocada.

Si a Isidora le hubieran dejado caer de un golpe sobre el corazón toda la catarata del Niágara, no habría experimentado sensación más dolorosa de choque duro y frío. Quedó convertida en estatua, y sus lágrimas se secaron, evaporadas por el vivo calor interno que le salió a los ojos. *¡Completamente equivocada!* Decirle esto a ella era lo mismo que decirle: «Tú no existes, tú eres una sombra; menos aún, un ente convencional.» ¡Tan profundas raíces tenía en su alma aquella creencia!

—Yo no sé—prosiguió la marquesa con frialdad—cómo ha llegado usted a adquirir ese absurdo convencimiento; no sé, ni quiero saberlo, por qué serie de circunstancias, de *qui pro quo* y de falsas apariencias ha llegado usted a creerse nacida de mi desgraciada hija. Ignoro si en su error ha obrado como causa una mala inteligencia o la astucia de seres malignos que esperan sacar ventaja de estas cosas; lo que sí puedo asegurar a usted, y lo aseguro porque lo sé, es que ha sido usted atrozmente engañada, hija mía, y espero que no insistirá en ello después de lo que acabo de manifestar.

Pedir a Isidora que no insistiera era como pedir al sol que no alumbrase. Era toda convicción, y la fe de su alto origen resplandecía en ella como la fe del cristiano dando luz a su inteligencia, firmeza a su voluntad y sólida base a su conciencia. El que apagase aquella antorcha de su alma habría extinguido en ella todo lo que tenía de divino, y lo divino en ella era el orgullo. Al oír a la marquesa, creía escuchar los términos más terribles de la injusticia humana. La pena que con esto sintiera la colmó de confusión y espanto en los primeros momentos; pero después su orgullo contrariado se hizo brutal soberbia. Su ira surgió como una espada que se desen-

vaina, y le dió concisa elocuencia para decir:

—Por Dios que nos oye, juro que soy quien soy y que mi hermano y yo nacimos de doña Virginia de Aransis. Se nos podrá arrebatar lo que es nuestro; se nos podrá negar nuestro patrimonio y hasta nuestro nombre; pero Dios, que conoce nuestro derecho, nos defenderá.

—En vista de esa terquedad—dijo la marquesa, esforzándose en no llevar la cuestión a un terreno dramático y en huir de las declamaciones—, me arrepiento de haber hecho a usted la justicia de creerla sincera y sin malicia. Una vez para siempre digo a usted que de los dos niños de mi infeliz hija, la hembra murió, el varoncito vive y está a mi lado. Si insiste usted en traer a mi casa esas farsas estudiadas o capítulos de novelas, me veré obligada a tenerla a usted o por impostora o por demente...

—Tengo documentos—exclamó Isidora mostrando sus papeles.

—No quiero verlos. Supongo qué pruebas son ésas. Yo las tengo clarísimas para probar lo que he dicho.

—Y yo..., ¡yo también probaré!—balbució Isidora con el corazón hecho pedazos en los labios—. ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, señora! Yo me muero.

Rompió a llorar con tanta amargura, que la marquesa, la bondad misma, tuvo lástima de ella.

—He empleado con usted palabras muy duras—le dijo—. Pero usted ha tenido la culpa, hija mía. Usted ha sido engañada. No será quizá impostora. Hablará usted de buena fe; pero han abusado miserablemente de su credulidad y de su inocencia... Usted parece buena... Confiéseme sus penas, porque penas hay, lo sospecho. ¿Quién ha metido a usted en la cabeza esas historias? Cuénteme usted todo. Después, si necesita algo, si usted se ve en alguna necesidad...

—Hasta aquí he vivido arrojada de mi casa, de mi posición, privada de mi verdadero nombre. Si no se me restituye lo que desde que nací me pertenece, nada quiero. Pido justicia, no limosna.

La marquesa no creyó deber prolongar un coloquio de aquella especie. Las últimas palabras de Isidora tocaban en la insolencia. Levantóse, y mirando a la pobre joven con más lástima que cólera, le dijo:

—Si tan convencida está usted, acuda usted a los Tribunales.

—Acudiré—exclamó Isidora con firme convicción.

—Entre tanto es inútil que disputemos aquí. Puede usted retirarse.

La marquesa intentó tirar del cordón de la campanilla. Con un movimiento inesperado, Isidora la detuvo, y postrándose ante ella, exclamó con viva explosión de sentimientos nobles:

—Señora, usted me echa de su casa, cuando yo esperaba que me recibiría usted con los brazos abiertos... Usted me aborrece porque no cree en mi derecho, y yo la adoro porque creo en él. No hay odio en mi corazón ni puede haberlo para la madre de mi madre... Déjeme usted besar sus manos.

La marquesa parecía muy disgustada de tal escena. Volviendo el rostro, apartaba de sí a Isidora. Esta se puso en pie. Tuvo otra inspiración más audaz que la anterior. Con gentil arrogancia separó su velo para mostrar más completos el rostro y el busto. Su cara se sublimaba por la fe. ¿Qué destello divino era el que de sus ojos emanaba? No puede darse idea del timbre de su voz al decir:

—¿Para qué leyes? Soy mi propio testigo y mi cara proclama un derecho. Soy el retrato vivo de mi madre.

La marquesa la miró otra vez, palideciendo. ¿Cruzó por la mente de la noble señora un rayo de duda?... ¿Vaciló su firme creencia? ¡Quién puede saberlo! A sus ojos asomaron las lágrimas.

—No interprete usted mis lágrimas como una concesión—dijo a Isidora—. Lloro por el recuerdo de mi querida hija. En cuanto al parecido...

Volvió a observarla tan fijamente, que Isidora, al sentirse acariciada por aquel mirar profundo se estremeció de esperanza. La hermosura de la joven, su distinción innegable, su modo de vestir, sencillo y honesto, hicieron en la noble dama profunda impresión.

—En cuanto al parecido—continuó ésta—, nada tengo que decir, porque si alguno hay, es puramente casual... Me hará usted un favor en retirarse.

Tiró de la campanilla y se alejó serenamente, sin prisa y sin cólera, como nos alejamos después de aplastar un insecto.

Isidora se encontró sola en el gabinete. Un lacayo apareció en la puerta. Era señal de que la ponían bonitamente en la de la calle. Levantóse y salió. Andaba con la teatral arrogancia y la serenidad terrible de que se revisten algunos al subir al cadalso. Las salas del palacio se iban quedando atrás, como se desvanece el mundo cuando nos morimos.

Cuando bajaba la escalera un lacayo subía. Tomóla éste por una de las infinitas personas de aspecto decente que iba a pedir limosna a la marquesa, y le dijo:

—¡Qué bonita es usted, prenda!

Puede juzgarse cómo estaría su espíritu, cuando este ultraje apenas le hizo impresión. En el portal estaba Alonso y un hombre muy gordo, el cual, al pasar, la miró con atención picaresca. Ambos le hicieron un frío saludo. Salió sin darse cuenta de nada y dió algunos pasos por la calle. Como si tropezara con un poste, hallóse de improviso frente a don José de Relimpio. Isidora despertó al choque y dijo:

—¿Pero está usted aquí?

—Sí, hija mía—replicó el galán viejo muy conmovido—. El corazón me decía que habías de salir pronto, y esperé... No me podía acostumbrar a la idea de no volver a verte... ¿Qué quieres tú?... Yo tomo cariño a las personas con mucha facilidad... Aquí se me ha pasado el tiempo mirando como un bobo a los balcones y diciendo: «Ella ha de salir, ella ha de salir.»

CAPITULO XVII

IGUALDAD.—SUICIDIO DE ISIDORA

Isidora no ponía atención en las cariñosas palabras de don José. Sintió en su cerebro una impresión extraña, como el rastro aéreo de inmensa caída desde la altura a los más hondos términos que el pensamiento puede concebir. Y ¡qué manera tan rara de ver el mundo y las cosas todas que están debajo del cielo, y aun, si se quiere, el cielo mismo! Cambio general. El mundo era de otro modo; la Naturaleza misma, el aire y la luz eran de otro modo. La gente y las casas también se habían transformado; y para que la mudanza fuera completa, ella misma era punto menos que otra persona.

—¿Pero dónde vamos, hija?—preguntó Relimpio, viendo que andaban y desandaban calles, subían costanillas y divagaban, pasando muchas veces por un mismo sitio.

Isidora no le contestaba y adelante seguía, llevándolo como rodrigón. Ella miraba al suelo; él, el cielo. Sin saber cómo, halláronse en las Vistillas. Caía la tarde. Don José llamó la atención de su ahijada hacia la magnificencia del crepúsculo que desde aquel despejado sitio se gozaba; alzó los ojos ella y miró, arrojando un suspiro tan grande sobre el inmenso paisaje que a su vista tenía que parecía querer llenarlo de tristeza. Como Isidora siempre trataba de encontrar armonías entre su estado moral y la Naturaleza, la hermosísima retirada y apagamiento del día no eran extraños al occidente que había en su alma. Los destellos de oro fundido iban palideciendo poco a poco o se hundían dejando tras sí un rastro pálido y verdoso. A la derecha, la sierra azul, de masa uniforme y sin contornos se alejaba, desvaneciéndose en el fondo del firmamento, donde al fin quedaría como el espectro de un mundo. Marcábanse las curvas del río por jirones de niebla desvanecida, vellones sueltos que se iban reuniendo hasta formar un velo salpicado de motas blancas, o sea la ropa de los lavaderos.

—¡Qué feísimo es esto!—murmuró Isidora con ira, que indicaba cierta hostilidad contra la Naturaleza.

Entonces el patriarcal don José se puso a admirar la belleza del cielo, que estaba limpio, azul, profundo, expresando como nunca la proyección abovedada del pensamiento humano. La luna nueva, como una hoz de plata, caía del lado del Poniente, precedida de Venus. Apenas, en lo restante del firmamento, principiaba a verse una que otra estrella como el vago apuntar de la idea en el cerebro. Don José desparramó su vista por toda la redondez de arriba, y apuntando con suficiencia de astrónomo a un astro que brillaba más a cada instante, dijo lacónicamente:

—¡Júpiter!

Isidora también miró, pero con escarnio y desdén.

—¡Qué horrible está la luna!—murmuró.

Y la comparó al corte de una uña. Volviéndose a su embelesado padrino, que osó hablar de distancias y magnitudes siderales, le dijo con mucha displicencia:

—Y ¿qué tengo yo que ver con Júpiter?... ¿Qué me va a dar a mí Júpiter?

Bajaron a la calle de Segovia, ella delante, detrás él.

—A ti te pasa algo... ¿Qué tienes?—le dijo el maestro de Teneduría.

—¡Qué le importa a usted! Si no quiere usted acompañarme, puede dejarme sola.

—¡Pues no faltaba más!... Hasta el fin del mundo...

Una sombra lúgubre que sobre la calle se proyectaba les hizo alzar la vista y vieron la mole del viaducto en construcción, un buque de andamios sosteniendo enorme enrejado de hierro.

—Cuando este puente se acabe—dijo Relimpio en tono de mucha autoridad—no servirá sino para que se arrojen de él los desesperados.

Isidora miró con desprecio al puente y repuso:

—¡Quia! Eso es muy bajo.

Subieron por la calle adelante. De una taberna, donde vociferaban media docena de hombres entre humo y vapores alcohólicos, salió una exclamación que así decía: «Ya todos somos iguales», cuya frase hirió de tal modo el oído, y por el oído el alma de Isidora, que dió algunos pasos atrás para mirar al interior del despacho de vinos.

—Se confirma lo que esta mañana se decía—murmuró don José, demostrando una gran pesadumbre—. El rey se va, renuncia a la corona, y a mí no hay quien me quite de la cabeza que es la persona más decente...

—Todos somos iguales—afirmó Isidora repitiendo la frase.

Y la frase parecía volar multiplicada, como una bandada de frases, porque a cada paso oían: «Todos somos iguales... El rey se va.» Salían estas palabras de los grupos de hombres y aun de los que formaban mujeres y chicos en las puertas de algunas casas.

Mientras don José dejaba oír con tímida voz consideraciones prudentes y juiciosas sobre el suceso del día, Isidora pensaba que aquello de ser todos iguales y marcharse el rey a su casa, indicaba un acontecimiento excepcional de esos que hacen época en la vida de los pueblos, y se alegró en lo íntimo de su alma, considerando que habría cataclismo, hundimiento de cosas venerables, terremoto social y desplome de antiguos colosos. Esta idea, no obstante, con ser tan conforme al hundimiento moral de Isidora, no la consolaba. A la momentánea alegría siguió agudísima pena. Por un instante se sintió invadida de un dolor tan grande, que llegó a pensar en que no debía vivir más tiempo. Pero esta desesperación también duró poco. Todos los medios de apartarse voluntariamente de la vida le parecían dolorosos, antipáticos y aun cursis. Heridos su orgullo y su dignidad, muertas sus ilusiones, algo la ataba aún a la vida, aunque no fuera más que la curiosidad de goces y satisfacciones que no había probado todavía... No, morir, no. Tiempo había para eso.

A medida que se acercaba a la zona interior de Madrid y recibía su calor central, se iba robusteciendo en ella la idea del vivir, del probar y del ver y del gustar. Había sofocado una vida para fomentar otra. Cuando ésta moría, justo es que aquélla resucitara.

De la calle Mayor pasaron a la plaza de Oriente, porque Isidora estaba cansadísima y quería sentarse. No sólo tenía necesidad de reposo, sino de meditación, pues tanto como su desengaño la mortificaba aquella noche la idea de tener que volver a casa de doña Laura. No; decididamente, allá no volvería, aunque tuviera que quedarse a dormir en aquel banco frío y duro. En tanto, don José miraba al Palacio, tratando de adivinar lo que en su interior ocurría; mas nada revelaba el coloso en su muda faz de piedra. En ningún balcón se veía luz. Todo estaba cerrado y sombrío, como el disimulo que precede a las grandes resoluciones.

—¡Pobre señor!—exclamó Relimpio, ofreciendo a la dinastía extranjera el homenaje de un suspiro—. Le tienen mareado..., aburrido. Yo me pongo en su caso...

Después de sondear su alma y de pensar atropelladamente diversas cosas, Isidora dijo esto a su buen padrino:

—Debe usted marcharse... Yo no voy a casa todavía.

—¡Marcharme! ¡Dejarte sola!... Tú estás loca—replicó él, no sabiendo re-

nunciar al goce indecible de estar al lado de su ahijada.

—Es que no puedo ir a casa todavía... Márchese usted, que si no le reñirá doña Laura.

—Déjala... Yo te acompañaré a donde quieras. No faltaría más...; ¡ir tú sola, de noche por esas calles! En Madrid hay mucho atrevido. Te lo digo con franqueza, porque yo no soy ningún anacoreta. A los pícaros españoles nos gustan tanto las hembras bonitas... No, hija, no. No puedes andar sola de noche. Estás cada día más guapa, y por dondequiera que vas, llamas la atención.

«¡Llamo la atención!», pensó ella, y se levantó decidida.

—¿Adónde vamos, hija?

—No lo sé todavía.

Al penetrar en las calles bulliciosas, cuya vida y animación convidan a los placeres y a intentar gratas aventuras, sintió la joven que se amenguaba su profundísimo pesar, como el dolor agudo que cede a la energía narcótica del calmante. Se sintió halagada por el contacto de la sociedad; percibió en su cerebro como un saludo de bienvenida, y voces simpáticas llamándola a otro mundo y esfera para ella desconocida. Y como la humana soberbia afecta desdeñar lo que no puede obtener, en su interior hizo un gesto de desprecio a todo el pasado de ilusiones despedazadas y muertas. Ella también despreciaba una corona. También ella era una reina que se iba.

Adelante. La Puerta del Sol, latiendo como un corazón siempre alborozado, le comunicó su vivir rápido y anheloso. Allí se cruzan las ansiedades; la sangre social entra y sale, llevando las sensaciones o sacando el impulso. Madrid, a las ocho y media de la noche, es un encanto, abierto bazar, exposición de alegrías y amenidades sin cuento. Los teatros llaman con sus rótulos de gas, las tiendas atraen con el charlatanismo de sus escaparates, los cafés fascinan con su murmullo y su tibia atmósfera, en que nadan la dulce pereza y la chismografía. El vagar de esta hora tiene todos los atractivos del paseo y las seducciones del viaje de aventuras. La gente se recrea en la gente.

Isidora observó que en ella renacía, dominando su ser por entero, aquel su afán de ver tiendas, aquel apetito de comprar todo, de probar diversos manjares, de conocer las infinitas variedades del sabor fisiológico y dar satisfacción a cuantos anhelos conmovieran el cuerpo vigoroso y el alma soñadora. Se miraba en los cristales y se detenía larguísimos ratos delante de las tiendas como si escogiera. No paraba mientes en el susurro de los grupos, que decían: «El rey se aburre, el rey se va.»

A la entrada de la calle de la Montera la animación era, como siempre, excesiva. Es la desembocadura de un río de gente que se atraganta contenido por una marea humana que sube. A Isidora le gustaba aquella noche, sin saber por qué, el choque de las multitudes y aquel frotamiento de codos. Sus nervios saltaban, heridos por las mil impresiones repetidas del codazo, del roce, del empujón, de las cosas vistas y deseadas. El piso húmedo, untado de una especie de jabón negro, era resbaladizo; pero ella se sostenía bien, y en caso de apuro se colgaba del protector brazo de su padrino. El ruido era infernal. Subían los carros de la carne con las movibles cortinas de cuero chorreando sangre, y su enorme pesadez estremecía el suelo. Los carreteros apaleaban a las mulas. Bajaban coches de lujo, cuyos cocheros gritaban para evitar el desorden y los atropellos. Detenían se los vehículos atarugados, y la gente, refugiándose en las aceras, se estrujaba como en los días de pánico. La tienda del viejo Schropp detenía a los transeúntes. Como se acercaba Carnaval, todo era cosa de máscaras, disfraces, caretas. Estas llenaban los bordes de las ventanas y puertas, y la pared de la casa mostraba una fachada de muecas. Enfrente el escaparate del Marabini, lleno de magníficos brillantes, manifestaba al público tentadoras riquezas.

—Dejemos esto, chica—dijo don José a su ahijada, que miraba embebecida las joyas—. Esto no es para nosotros.

De repente, la de Rufete anduvo hacia la Puerta del Sol.

—¿Otra vez?

—Quiero ir hacia el Congreso—declaró ella.

—Ya..., ¿para ver si se arma?... No nos metamos en apreturas, hija, no sea que por artes del demonio...

Menudeaban los grupos, todos pacíficos. No eran hordas de descamisados, si-

no bandadas de curiosos. Se oía decir aquí y allí: «La República, la República», pero sin gritos ni amenazas. Se hablaba con frialdad de aquella cosa grande y temida. No había entusiasmo ni embriaguez revolucionaria, ni amenazas. La República entraba para cubrir la vacante del Trono, como por disposición testamentaria. No la acompañaron las brutalidades, pero tampoco las victorias. Diríase que había venido de la botica tras la receta del médico. Se le aceptaba como un brebaje de ignorado sabor, del cual no se espera ni salud ni muerte.

¡Cuánta gente en la Carrera! Es abierta lonja de noticias. El Congreso, donde se forja el rayo; el casino, donde imperan los desocupados, y el café de la Iberia, que es el Parnasillo de los políticos, dan a esta calle, en días o noches de crisis, un aspecto singular. Isidora y su padrino siguieron la corriente. ¡Cuántos hombres y también cuántas mujeres! El contacto de la muchedumbre, aquel flúido magnético conductor de misteriosos apetitos, que se comunicaba de cuerpo a cuerpo por el roce de hombros y brazos, entró en ella y la sacudió.

—Déjeme usted sola—dijo a su padrino—. Yo tengo que hacer. Le va a reñir a usted doña Laura.

—Deja a doña Laura que se la lleve el demonio—exclamó Relimpio, a quien la idea de no acompañar a su sobrina le ponía furioso—. ¡Hay por aquí tanto hombre imprudente!... Ya ves que no cesan de echarte requiebros y decirte flores. Esto es indecoroso, y no sería extraño que yo tuviera un lance.

¡Ay Isidora! ¿Qué significó ese susurro de carcajadas que sentiste dentro de ti?... ¿Era que empezaba a comprender la posibilidad de consolarse sin renunciar a sus ideas? ¡Oh, no! Antes morir que abandonar sus sagrados derechos. «¡Las leyes!—pensó—. ¿Para qué son las leyes?» Esta idea le infundió algún contento. Sí; ella confundiría el necio orgullo de su abuela; ella subiría por sus propias fuerzas, con la espada de la ley en la mano, a las alturas que le pertenecían. Si su abuela no quería admitirla de grado, ella, ¿qué tal?..., ella echaría a su abuela del trono. Venían días a propósito para esto. ¿No éramos ya todos iguales? El pueblo había recogido la corona arrojada en un rincón del Palacio y se la había puesto sobre sus sienes duras. ¡Bien, bien, bien! Y se aplaudió a sí misma, se palmoteó con esas manos inmateriales que para apoyar sus discursos tiene el corazón. ¡Pleito! Esta palabra, anunciadora de una gran idea, se le quedó fija en la mente desde entonces, como grabada en fuego. Vió una turba infinita de escribanos y jueces, y pirámides de papel en cuya cúspide brillaba, deslumbrante y cegadora, la inextinguible luz de su verdadero estado civil.

En la calle de Floridablanca el gentío era más espeso; pero los curiosos no hacían nada, ni siquiera gritaban. Eran turbas comedidas que no daban vivas ni mueras. Se hablaba de la llovida República como se habría hablado de un chubasco que acabara de caer. Nada de lo que dentro de las Cortes pasaba se traslucía fuera.

Aunque Isidora no iba sola, era demasiado guapa y don José demasiado humilde para que la joven dejase de oír una y otra vez algunas fórmulas equívocas del requiebro de las calles, nacido de la mala educación y de la falta de respeto a las mujeres.

—Vámonos a casa—dijo Relimpio algo amostazado—. Yo no me puedo contener. Soy una pólvora. Tú no conoces mi genio. Pues bien: me estás comprometiendo.

—Váyase usted, que yo me quedo—replicó ella impávida.

—¿Pero estás loca?

—No estoy loca. Es que...

—¿Pero tú buscas a alguien? ¿Esperas a alguien?

Isidora no apartaba sus ojos de aquella puerta pequeña por donde entra y sale toda la política de España.

—Vaya, que tienes unas cosas... Ya van a dar las diez.

Isidora no le hizo caso. De repente avanzó hacia la calle del Sordo, mirando, no sin disimulo, a tres individuos que acababan de salir del Congreso. Uno de ellos se distinguía por su gabán claro.

—¿Al fin nos vamos?—preguntó don José con alegría.

—No se enfade usted conmigo, padrinito—dijo Isidora mirándole—. Le quiero a usted mucho.

Avanzaban por la calle del Turco. Relimpio no se había fijado en los tres señores que delante iban, a distancia co-

mo de unos treinta pasos. Al llegar al extremo de la calle, don José, que gozaba mucho por los recuerdos históricos, se paró y dijo con voz lúgubre:

—Aquí mataron a don Juan Prim. Todavía están en la pared las señales de las balas.

Isidora no miró las señales de los proyectiles. Miraba a los tres caballeros, que se habían detenido algo más arriba, junto al jardín de Casa-Riera. Parecía que se despedían. En efecto, dos siguieron hacia la Presidencia, y el del gabán claro bajó por la calle de Alcalá.

¡Instante tremendo que no olvidaría jamás don José Relimpio aunque viviera mil años! Cuando el señor del gabán claro pasó por la trágica esquina, Isidora echó a correr, llegóse a él, se le colgó del brazo. Hubo exclamaciones de sorpresa y alegría... Después siguieron juntos, y se perdieron en la niebla.

—¡Ah!—murmuró don José con vivo dolor—, es el marqués viudo de Saldeoro... ¡Ingrata!... ¡Y qué hermosa!

El pobre señor se apoyó en la esquina; su desconsuelo era grande. Pensó que no la vería más. Vuelta la cara a la pared, ¿qué hizo durante el rato que permaneció allí?... ¿Lloró? ¡Quién lo sabe! Tal vez estampó una lágrima en aquella pared donde a balazos estaba escrita la página más deshonrosa de la historia contemporánea.

CAPITULO XVIII

ÚLTIMOS CONSEJOS DE MI TÍO EL CANÓNIGO

¡Qué lástima no ser poeta épico para expresar, con la elocuencia propia del caso, el enojo de doña Laura, el cual, si no rayaba tan alto como la ira de los dioses, hallábase a dos dedos de ella! Todo por que la señorita Isidora no se conducía decorosamente. Don José estaba profundamente afligido por no poder lanzarse a la defensa de su querida ahijada. Y si alguna tímida palabreja salía de su boca, doña Laura se le quería comer vivo. El cargo principal que contra Isidora se formulaba era que se había quedado fuera de casa en la noche del 11. «Nada, nada—dijo la iracunda señora a su marido del modo más imperioso—. Esa... *Sardanápala* no tiene que poner más los pies en mi casa. Si la ves, dile que mande por sus cuatro pingos y por los papelotes de su padre.»

Y, en efecto, al anochecer del 12 Isidora mandó por su equipaje. ¡Temblad, humanos!..., ¡ponía casa! El furor de doña Laura creció, y en ella chocaban las palabras con las ideas y las ideas con las palabras, como las olas de un mar embravecido. Relimpio no podía disimular una aflicción honda que tenía su asiento en la región cardíaca. Parecía atacado de un aplanamiento general. Melchor dijo mil groserías de la ahijada de su padre, y las dos chicas, contenidas por el pudor, no dijeron nada.

Y tú, ¡oh lector!, ¿qué dices? Yo te ruego que no sigas a esta familia por el peligroso sendero de los juicios temerarios. Sabe que el poner casa la de Rufete no puede atribuirse aún a sospechosos motivos; sabe, pues hay obligación de que se te diga todo, que el mismo día 12 por la mañana recibió nuestra hermosa protagonista dos cartas de Tomelloso. En la una, su tío el canónigo se despedía de ella para el otro mundo y le daba mil consejos de mucha sustancia, amén de un legadillo para que ambos huérfanos prosiguieran la empresa de reclamar su filiación y herencia, si ya no estaban en posesión de ambas cosas. La otra carta anunciaba la muerte del santo varón.

El cual, hora es ya decirlo, no era tal canónigo ni cosa que lo valiera, sino un seglar soltero, viejo y extravagante a quien desde luengos años se había aplicado aquel apodo por su amor a la vida descansada, regalona y sibarítica. En sus buenos tiempos, don Santiago Quijano-Quijada, primo carnal de Tomás Rufete, había sido mayordomo de una casa grande y después administrador de otras varias. Cuando tuvo para vivir sin ayuda de nadie, se retiró a su pueblo, donde vivió célibe, entre primas y sobrinos, más de treinta años, dedicado a la caza, a la gastronomía y a la lectura de novelas. Tenía ciertos hábitos de grandeza, y en su modo de hablar y de escribir distinguíase tanto de sus convecinos, que antes que lugareño parecía de lo más refinado y discreto de la corte. Era muy avaro y sumamente excéntrico. Omitiendo las mil aseveraciones contradictorias que corrían por toda la Mancha acerca de su caballerosidad o

de su avaricia, de su ingenio o de sus no comprendidas chifladuras, dejaremos que se nos muestre él mismo en la carta que escribió a Isidora, y que copiamos a la letra:

«El Tomelloso, a 9 de febrero de 1873.

»Mi querida sobrina (o cosa tal): Cuando recibas estos renglones, ya este pecador, a quien llamaste tío y que más que tío ha sabido ser padre tuyo, estará en la Eternidad dando cuenta a Dios de sus muchas culpas. Aquella dolencia que ni el médico de este pueblo ni el de Argamasilla entendieron, me coge ya toda el arca del pecho, quitándome la respiración de tal modo, que a cada momento pienso que se me va fuera el alma. Y aprovecho el poquito tiempo que esta señora ha de estar dentro de mi cuerpo, para escribirte y darte la despedida, sintiendo mucho no poderlo hacer por mi mano. Tengo que estar tendido boca arriba sin movimiento, y el señor Rodríguez Araña, secretario del Ayuntamiento, me hace el favor de escribir lo que dicto, puesto el pensamiento en ti y en tu hermano, a quienes supongo ya en pacífica posesión del marquesado.

»Por tu última carta veo que esperabas aviso de la señora marquesa de Aransis. Esa buena señora os habrá reconocido como nietos, porque no puede ser de otra manera. ¡Ojalá fuera tan seguro que he de alcanzar la gloria eterna, como lo es que tú y Mariano nacisteis de aquella hermosa y sin ventura Virginia, de quien sacaste tú la figura y rostro de tal manera y semejanza, que verte a ti es lo mismo que verla a ella resucitada! Pero si por artes de algún enemigo o tontunas de la marquesa—que esta gente endiosada hay que tenerle miedo—se te hubiese cerrado la puerta de Aransis, te aconsejo, te mando y ordeno que acudas con tu cuita a los Tribunales de Justicia, pues tan claro y patente está tu derecho en los papeles que tienes y en otros que yo conservaba para el caso y que te remito, que en dos repelones has de ganar el pleito y tomar por la ley lo que de otro modo no quisieran darte. Yo tengo gran fe en la fuerza de la sangre, y me parece que estoy viendo a la señora marquesa echándote los brazos al cuello y comiéndote a besos. Si las cosas han pasado de otra manera, trata de que la señora te reconozca por el parecido. Conviene que te registres bien el cuerpo todo, a ver si tienes en él algún lunar o seña por donde la marquesa venga en conocimiento de que eres hija de su hija; que yo he leído casos semejantes en los cuales un lunarcillo, un ligero vellón o cosa así han bastado para que encarnizados enemigos se reconocieran como hijo y padre y como tales se abrazaran. De esto están llenas las historias.

»Para que lo gocéis, si es que ya estáis en vuestro trono, o para que siga el pleito, si no lo estáis, os dejo un legado que no es cosa mayor. Os doy por curador a mi amigo el señor don Manuel Pez, nuestro diputado, persona a quien conoces y seguramente tendrás por la misma caballerosidad.

»Cuando poseas lo de Aransis, que es buen bocado, no dejes que se te vaya la mano en el gastar, pues las liberalidades consigo mismo o con los demás son el peligro de los ricos y la sangría de las bolsas. Cásate con persona de tu condición, pues si lo haces con quien por debajo de ti esté, te expones a que el peso de tu cónyuge te tire hacia abajo y no te deje flotar bien. En caso de no hallar exacta pareja, más vale que te unas con quien te sea superior, que también hay príncipes y duques por estas tierras.

»No tengas vanidad, pero tampoco des tu brazo a torcer. Haz limosnas, que los pobres y necesitados tienen a los ricos por providencia intermedia entre la Providencia grande y la miseria. Sois como delegados del Sumo Repartidor de bienes, para que de lo vuestro deis una parte a los que nada tienen.

»Que no se conozca nunca que has sido pobre, pues si descubres por entre tus sedas el paño burdo de tus primeros años, habrá tontos que se rían de ti. Instrúyete bien en las cosas que no has podido aprender en la pobreza. Tú eres lista y harás grandes progresos. No olvides de darte algunas tareas de piano, que eso de teclear es, a mi modo de ver, cosa fácil y que se aprende con un poco de paciencia.

»Para no descubrirte, muéstrate al principio circunspecta y callada, que con esto pasarás por modesta, y la modestia es virtud que en todas partes se aprecia; y en este período primero de circunspección, dedícate a observar lo que hacen los demás para aprenderlo y ha-

cerlo tú misma luego que te vayas soltando. Observa cómo saludan, cómo manejan el abanico, cómo dan el brazo, cómo se sientan a la mesa y ponen el abrigo. Hasta de la manera de dar limosna a un pobre tienes que hacer particular estudio. Date un buen curso de todas estas cosas para salir consumada maestra.

»Dicen que la sociedad camina a pasos de gigante a igualarse toda, a la desaparición de las clases; dicen que esos tabiques que separan a la Humanidad en compartimientos, caen a golpes de martillo. Yo no lo creo. Siempre habrá clases. Por más que aseguren que esta igualdad se ha iniciado ya en el lenguaje y en el vestido, es decir, que todas las personas van hablando y vistiendo ya de la misma manera, a mí no me entra eso. La educación general ¿traerá, al fin, la uniformidad de modales? Patarata. ¿Los salones de la aristocracia se abren a todo el mundo y dan entrada a los humildes periodistas y folicularios? A otro perro con ese hueso. Dicen que las señoras de la grandeza cantan flamenco y que los veterinarios echan discursos de filosofía. Esa no cuela. Yo no lo creeré aunque lo vea. Si en algún momento de inundación social ha podido pasar eso, las cosas volverán a su cauce.

»Haz lo posible por distinguirte de los demás sin humillar a nadie, se entiende. Usa siempre las mejores formas, y hasta cuando quieras ofender, hazlo con palabras graciosas y suaves. Si tienes que dar una bofetada, dala con mano de algodón perfumado, que así duele más.

»Una buena mesa es cosa que enaltece al rico y pone, por decirlo así, el sello a su grandeza. En nada se conoce el buen gusto, nobleza y dignidad de un alto señor como en sus guisos y manera de presentarlos y servirlos. Digna corte de los finos manjares es un buen círculo de convidados que sazonen la comida con las especias finísimas del ingenio discreto, especias, hija mía, que más bien son flores de aroma delicado. Mira bien a quién convidas. No sientes parásitos a tu mesa, que éstos, después de vivir a tu costa, te criticarán. Elige diariamente un pequeño número de comensales, graves sin afectación, ingeniosos sin descaro, festivos sin chocarrería, y que coman sin gula y beban sin embriaguez, honrando tu casa y celebrando tu mesa.

»Mucho te hablaría de tu cocina, si mi mal me diera espacio para ello. Solamente te diré que pues la moda quiere que el arte francés, con sus invenciones, en que entran el gusto y la forma, prevalezca sobre nuestra cocina nacional, no te dejes vencer del patriotismo, tratando de restablecer usos culinarios que están ya vencidos. Adopta la cocina francesa, toma un buen jefe y provéete de cuanto la moda y la especulación traen de remotos países. Pero has de saber que es de buen gusto el no condenar en absoluto nuestras sabrosas comidas; y, así, no hay cosa de más chispa que sorprender un día a tus convidados con un plato de salmorejo manchego, bien cargado de pimienta, o con un estofado de la tierra, bien espeso y oloroso. Esto, hecho a tiempo y tras una exhibición hábil de fruslerías francesas, no sólo no te será vituperado, sino que te valdrá grandes alabanzas.

»Vístete con primor. Huye tanto de la vulgaridad, poniéndote lo que todas se pongan, como de la excesiva singularidad, poniéndote lo que a nadie se le haya ocurrido usar. Hay un término medio, delicadísimo, muy difícil de alcanzar, en el cual debe mantenerse la persona verdaderamente elegante. Muchos que quieren huir demasiado de la vulgaridad, dan en la extravagancia; procura que en tus atavíos, sin que falte lo común y corriente, haya algo exclusivamente tuyo, algo personal, personalísimo, que no puedan imitar los demás, y habrás logrado el objeto.

»Sé siempre buena católica cristiana, que lo primero es salvar el alma. Cumple los preceptos de la Iglesia, que todo ello se puede hacer sin fatigarse. Pero no te entregues con excesivo afán a las prácticas religiosas; trata a los curas con consideración y dales para que coman, que a esta gente hay que tenerla contenta. De cuando en cuando costea novenas y alguna que otra función, pero sin pasar de ahí ni abrir tu puerta a los señores de hábito negro, los cuales, si les dejaras, pronto imperarían en ti y en tu casa. Ten cuenta que si eres beata dirá la gente que lo haces para encubrir alguna trapisonda, y considera

que ya no hay santos ni cosa que lo valga.

»De un punto sumamente grave te quiero hablar ahora, y es de la vida conyugal, cosa que, según oigo decir, anda ahora muy por los suelos. Yo quisiera que la tuya fuera ejemplar y que nadie pudiese en ningún punto poner en duda la limpieza de tu honor ni la firmeza de tu fe matrimonial. Es muy posible que tu esposo, llevado de la corriente y de los perversos usos del día, se hastíe un poco de ti y busque entretenimiento y variedad en otras mujeres. ¡Atroz desaire que te producirá no pocos sofocones y te pondrá a dos dedos del mayor peligro en que jamás se han visto tu dignidad y virtud!... Pues si te dejas llevar del despecho y rabia de los celos, si te impacientas demasiado por la soledad en que tu esposo te tiene, te faltará poco para caer en pecado igual al suyo. Cuidado, hija mía, mucho cuidado. A su poligamia contesta con tu castidad, a su lascivia con tu abstinencia. Aguanta, resiste, y no degrades tu corazón dándolo a algún mequetrefe que lo tome por vanidad y por hacer gala de tu conquista entre los tontos y desocupados. Consérvate digna, recatada, siempre señora inexpugnable; que al fin y al cabo tu marido, por la fuerza de sus vicios, reventará, y entonces podrás volverte a casa, eligiendo con todo cuidado otro marido que te considere más y te atienda mejor que el primero.

»Otras muchas cosas quisiera decirte; pero como creo haber manifestado las más importantes, no digo más, porque las fuerzas me faltan. Acuérdate de lo mucho que hemos hablado de esto en las largas noches de invierno. Mi pensamiento se va nublando, y temo que, si no doy punto aquí, me falten fuerzas para firmar ésta. Dentro de poco habré cerrado mis ojos a la luz de este mundo. Quiera Dios abrírmelos a los de la gloria eterna. He recibido los Santos Sacramentos, y espero el perdón de mis culpas. Tengo la conciencia tranquila; no temo la muerte y me importan ya poco las molestias de mi cuerpo. Perdono a mis enemigos; me despido de mis amigos, y recibe tú el último pensamiento y el suspiro último de tu amantísimo tío (o cosa tal),

Santiago Quijano-Quijada.»

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EFEMÉRIDES

La República, el Cantonalismo, el golpe de Estado del 3 de enero, la Restauración, tantas formas políticas, sucediéndose con rapidez, como las páginas de un manual de Historia recorridas por el fastidio, pasaron sin que llegara a nosotros noticia ni referencia alguna de los dos hijos de Tomás Rufete. Pero Dios quiso que una desgraciada circunstancia—trocándose en feliz para el efecto de la composición de este libro—juntase los cabos del hilo roto, permitiendo al narrador seguir adelante. Aconteció que por causa de una fuerte neuralgia necesitó éste la asistencia de Augusto Miquis, doctorcillo flamante, que en los primeros pasos de su carrera daba a conocer su gran disposición y altísimo porvenir. Enfermo y médico charlaban de diversas cosas. Un día, cuando ya se había iniciado la convalecencia, recayó la conversación en los sucesos referidos en la Primera parte, y Miquis, para quien no podía haber un tema más gustoso, habló largamente de Isidora, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente:

—Está ahora esa mujer..., vamos..., está guapísima, encantadora. Parece que ha crecido un poco, que ha engrosado otro poco y que ha ganado considerablemente en gracia, en belleza, en expresión. Se me figura que será una mujer célebre. Vive en la misma casa donde se instaló hace dos años, al final de la calle de Hortaleza. Ha tenido un hijo.

—¡Un hijo! ¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye. Ya tiene dos años. Es algo monstruoso, lo que llamamos un *macrocéfalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme. ¡Misterios de

la herencia fisiológica! Su madre me pregunta si toda aquella gran testa estará llena de talento. Yo le digo que su delirante ambición y su vicio mental le darán una descendencia de cabezudos raquíticos... El chico es gracioso y de una precocidad alarmante... Pasando a otra cosa, yo tengo para mí que el marqués viudito está más tronado que la nación española. Sus deudas se remontan como el águila ávida de las altas cumbres; sus gastos no disminuyen. Para estos tales, carecer es morir, y pasarán por toda clase de ignominias antes que decapitarse renunciando al lujo y a la vida de rumbo y disipación. Por desgracia de la sociedad, siempre encuentran tontos que les presten, cándidos que les fíen y malvados que los ayuden. Observe usted que nunca mueren en un hospital. Su mendicidad no tiene harapos; pero piden, y a veces toman sin pedir. Yo pregunto: ¿No habrá algún día leyes para enfrenar la alta vagancia? ¿No se crearán algún día palacios correccionales? ¿No establecerán las generaciones venideras asilos elegantes, forrados de seda, para tener a rava la demagogia azul, dándole de comer? Yo pregunto también: Puesto que tanto se ha hablado del derecho a la vida, ¿existirá también el derecho al lujo? Si el populacho nos pide los talleres nacionales, la alta vagancia nos pedirá algún día los casinos costeados por el Estado. Lógica, lógica, digo yo. Y a los que predican el comunismo les digo: «Estáis tocando el violón, porque el comunismo existe entre nosotros con tan profundas raíces como la religión: es nuestra segunda Fe. No falta más que perfilarlo, darle la última mano, y ponerlo bien clarito en las leyes, tal como lo está en nuestras costumbres. Ahora bien, señores: si esto no os gusta, empecemos por renovar la sociedad toda. Hagamos una revolución para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer revolución por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno día. Administración, que es una hipocresía del reparto universal; suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del restaurante nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almacenaje omnímodo de que se nutre el comunismo, y una vez suprimido esto, lo demás. Ejército, Gobierno, Armada..., se suprimirá por sí mismo. Entonces diremos: *todo acabó; nadie se encarga de nada...* Que cada cual salga por donde pueda. Fúndese una sociedad nueva entre el estruendo de los palos. ¿Qué tal? Sí, señores, el comunismo no muere sino ahogado en un océano de negaciones. Luego se unirán el interés y la fuerza para crear el nuevo derecho.»

Todos los que conozcan a Miquis verán que no exageramos ni añadimos nada al poner aquí sus festivas paradojas.

Efectivamente, Isidora vivía al fin de la calle de Hortaleza, en un número superior al 100. Su casa era nueva, bonita, alegre, nada grande. Constaba, como todas las casas de Madrid que, aunque nuevas, están fabricadas a la antigua usanza, de sala mayor de lo regular, gabinetes pequeños con chimenea, pasillo ni claro ni recto, comedor interior dando a un patio tubular, cuartos interiores de diferentes formas y escasas luces. Los gabinetes daban paso a las alcobas por un intercolumnio de yeso, plagiado de las embocaduras de los teatros. No estaba mal decorada la casa, si bien dominaba en ella la heterogeneidad, gran falta de orden y simetría. La carencia de proporciones indicaba que aquel hogar se había formado de improviso y por amontonamiento, no con la minuciosa yuxtaposición del verdadero hogar doméstico, labrado poco a poco por la paciencia y el cariño de una o dos generaciones. Allí se veían piezas donde el exceso de muebles apenas permitía el paso, y otras donde la desnudez casi rayaba en pobreza. Algún mueble soberbio se rozaba con otro de tosquedad primitiva. Había mucho procedente de liquidaciones, manifestando a la vez un origen noble y un uso igualmente respetable. Casi todo lo restante procedía de esas almonedas apócrifas, verdaderos baratillos de muebles chapeados, falsos, chapuceros y de corta duración.

La sala lucía sillería de damasco amarillo rameado; en imitación de palo santo, dos espejos negros, y alfombra de moqueta de la clase más inferior; dos jardineras de bazar y un centro o tarjetero de esas aleaciones que imitan bronce, ornado de cadenillas colgando en ondas, y de piezas tan frágiles y de tan poco peso que era preciso pasar junto a él con cuidado, porque al menor roce daba consigo en el suelo. La consola sus-

tentaba un relojillo de estos que ni por gracia mueven sus agujas una sola vez. El mármol de ella se escondía bajo una instalación abigarrada de cajas de dulces, hechas con cromos, seda, papel cañamazo y todo lo más deleznable, vano y frágil que imaginarse puede... A Isidora no gustaba esta sala que era, según ella, el tipo y modelo de la sala cursi. Había sido comprada *in solidum* por Joaquín en una liquidación, y provenía de una actriz que no pudo disfrutarla más de un mes. Isidora tenía propósito de deshacerse a la primera oportunidad de aquellas horrorosas sillas de tieso respaldo, con cuyo damasco rameado había lo bastante para media docena de casullas, y aún sobraba algo para vestir un santo y ponerle de tiros largos.

En el gabinete próximo a la sala estaba casi constantemente la heroína de esta historia. A la izquierda de la chimenea tenía su armario de luna, mueble chapeado y de gran apariencia en los primeros días de uso, pero que pronto empezó a perder su brillo y a desvencijarse, manifestando su origen, como nacido en talleres de pacotilla y vendido en un bazar por poco dinero. A la derecha, cerca del balcón, estaba el tocador, mueble precioso, pero muy usado. Había pertenecido a una casa grande que liquidó por quiebra. Un escritorio pequeño con gavetillas y algún secreto ocupaba uno de los lados de la puerta, quedando el otro para la cómoda. Sobre ésta se elevaba un montón de cosas revueltas, en cuya ingente masa podían distinguirse cajas de sombreros y cajas de sobres estropeados, libros, líos de ropa, un álbum de retratos, un Diccionario de la Lengua castellana y un caballo de cartón.

En la chimenea, y sobre graciosos caballetes de ébano y roble, había varios retratos, entre ellos el de Isidora, obra admirable por la perfección de la fotografía y la belleza de la figura. Parecía una duquesa, y ella misma admiraba allí, en ratos de soledad, su continente noble, su hermosura melancólica, su mirada serena, su grave y natural postura. En la pared no había ninguna lámina religiosa; todas eran profanas; a saber: las parejas de frailes picarescos con que Ortego ha inundado las tiendas de cromos; canónigos glotones, cartujos que catan vinos, el clérigo francés que se come la ostra y el que muestra el gusano en la hoja; además, borrachos laicos y algunas majas y chulos que entonces empezaban a ponerse en moda. Todo esto había sido adquirido por Joaquín, que se reía mucho contemplando al fraile embobado junto a la muchacha o al capuchino beodo. Pero a Isidora no le hacían maldita gracia los cromos frailescos. Encontrábalos groseros, de mal gusto y ordinarios, por ser cosa de estampa que se veía en todas partes. ¡Cuándo realizaría ella su gran ideal de rodearse de hermosos cuadritos al óleo, de los primeros pintores!

Desde principios de marzo del 73, ocupaba Isidora aquella vivienda. Si había sido feliz o desgraciada en su modesta y bonita casa, ella misma nos lo dirá. Todo lo ocurrido en ese largo espacio de treinta y cuatro meses en que ha estado fuera de nuestra vista, merece algo de historia, y para ello aprovechamos las efemérides verbales de don José de Relimpio, cuya amabilidad para el suministro de noticias es inagotable.

1873. *1 de marzo.*—Instalación de Isidora en su casa de la calle de Hortaleza, no se sabe si con propios recursos o a expensas del marqués viudo de Saldeoro. Escándalo. Pronuncia doña Laura su célebre frase: «Ya veía yo venir esto.» Disturbios en Barcelona; cunde la indisciplina militar. La *Sanguijuelera* visita a los de Relimpio y califica la conducta de su sobrina con palabras que la pluma más hipócrita no podría velar con los disimulos del lenguaje.

Abril.—Desarme de la Milicia por la Milicia. Dos cobardías se encuentran frente a frente, y del choque resulta una página histórica. No corre la sangre.—Primera cuestión entre Isidora y Joaquín por la manera de invertir el dinero heredado del canónigo. Isidora gasta sin sustancia una buena parte de él en los preliminares de su pleito. Se permite el esplendor de una berlina de Alonso, pero al mes tiene que privarse de este inocente lujo. La modista apunta con ojo certero a los fondos que quedan de la herencia. En la casa reina una abundancia incongruente. Suelen escasear, y aun faltar del todo, las cosas necesarias. El panadero y el carbonero son tan mal educados, que se atreven a quejarse de que no se les atiende con puntualidad.—Célebre discurso de Pi.

Junio.—Reúnense las Cortes Constituyentes. La guerra toma proporciones alarmantes, y en Navarra se ven y se tocan las desastrosas consecuencias de la desgraciada acción de Eraul.—Joaquín Pez marcha a Biarritz. Isidora tiene que quedarse en Madrid para averiguar el paradero de su hermano, que ha desaparecido del colegio en que estaba.—Consternación. Nuevo Gabinete. Asesinato del coronel Llagostera. La guerra, la política, ofrecen un espectáculo de confusión lamentable. Don José de Relimpio manifiesta con gran seso que la cesantía de treinta mil reales que disfrutan los ex ministros españoles es la causa de estas tremolinas.

Julio.—Alcoy, Sevilla, Montilla. Sangre, fuego, crímenes, desbordamiento general del furor político.—Doña Laura cae gravemente enferma.—La guerra civil crece. Cada día le nace una nueva cabeza y un rabo nuevo a esta idea execrable. Isidora, sin esperanzas de encontrar a su hermano, toma el tren y se va a Santander, donde llama la atención y se hacen acerca de ella novelescos comentarios.—Ministerio Salmerón.

Septiembre.—Cartagena, excursiones de las fragatas. ¡Oh! Don José les perdonaría a los cantonales en su calavera da si aprovecharan el empuje de las fragatas para irse a Gibraltar y conquistar aquel pedazo de nuestro territorio, retenido por la pérfida Inglaterra. Si viviera Méndez Núñez, otro gallo nos cantara.—Horrores del cura Santa Cruz.—Doña Laura, como si fuera símbolo humano de la unidad y el honor de la patria, sucumbe en aquellos tristes días. Antes de morir tiene el inefable consuelo de ver a su hijo gobernador de una provincia de tercera clase. Célebre apóstrofe de don Manuel Pez contra las improvisaciones. Los prohombres de la tertulia de Pez exhalan, en desgarradoras quejas, su sentimiento de ver a la patria en situación tan triste. Todos quisieran salvarla. Don Manuel, recordando su destino, iguala a Isaías en gravedad elegíaca y arrebato poético. Verifícase en toda España una limpia general del comedero de todos los Peces habidos y por haber. Hay quien cree firmemente que se acaba el mundo.—Dispersión de la familia de Relimpio. Isidora vuelve a Madrid; está algo desfigurada, pero, según sus cuentas, en diciembre concluirá aquello.—Castelar, ministro. El buen Relimpio, en quien no se había entibiado ni un punto la noble simpatía que por su ahijada sentía, se va a vivir con ella, le sirve en todo lo que puede y la acompaña cuando está sola y aburrida. Recuerda el noble anciano a su esposa, y honrando la memoria de sus cualidades, deja escapar melancólicos suspirillos.

Diciembre.—Castelar reorganiza el Ejército. La patria da un suspiro de esperanza. Se convence de que tiene siete vidas, como vulgarmente se dice de los gatos. La marea revolucionaria principia a bajar. Se ve que son más duros de lo que se creía los cimientos de la unidad nacional. El 24, Nochebuena, Isidora da a luz un niño, a quien ponen por nombre Joaquín.—Háblase ya de la sima de Igusquiza y se cuentan horrores del feroz Samaniego.

1874. *Enero.*—El día 3 Pavía destruye la República sin disparar un tiro. Desaloja el salón del Congreso y pone en las calles cañones que no hacen fuego. Llueve un Poder Ejecutivo.—La *Sanguijuelera,* que permanece adicta al antiguo régimen y no cree que hay más reina que Isabel II, da un viva al príncipe Alfonso. Célebre apotegma de don Manuel María Pez sobre el orden armonizado con la Libertad, y la Libertad armonizada con el orden. Este varón insigne ocupa otra vez la Direccion, con beneplácito de los Peces, los cuales, multiplicándose de nuevo, colean en todo el país. Recobran los Peces hijos sus puestos, con lo que la Administración nacional queda asentada sobre fundamentos diamantinos. Todo va bien, admirablemente bien. La guerra civil avanza. Sobre las ruinas de las fortunas que desaparecen, elévanse las colosales riquezas de los contratistas. El Tesoro público hace milagros.—La provincia que gobernaba Melchor se ve libre de este azote. Melchor, reducido otra vez a la nada, da vueltas en su cerebro a un nuevo proyecto. Ahora sí que son habas contadas. Trátase de comprar habichuelas podridas y arroz picado para vendérselo al Gobierno como bueno. Para realizar sus milagros, este taumaturgo cuenta con amistades de valer en altos centros, y aun aparenta entusiasmo por el nuevo régimen, tomando una actitud completamente pisciforme.

Marzo.—San Pedro Abanto. Inmenso interés despiertan en toda España el estado de la guerra y el sitio de Bilbao. Tristeza del marqués viudo de Saldeoro. Los últimos vencimientos le abruman. Su fortuna triplicada no le bastaría para pagar. Toma por modelo al Tesoro público y recibe dinero al trescientos por ciento. Renuévanse las discordias entre Joaquín e Isidora por cuestiones de celos y fondos. Padecimiento moral de la de Rufete por su situación social, su penuria y la poca esperanza de remedio. Comenzado el pleito, intenta pleitear por pobre; pero el bienestar aparente de su casa y el lujo de su persona hacen fracasar la información. El viudito de Saldeoro, para obtener de ella el empeño de las alhajas, le hace mimos y repite su antigua, manoseada y ya gastadísima promesa de casarse con ella. Sangrientos combates del 25, 26 y 27, que ocupan la atención pública. Hay muchos liberales que, por ser enemigos del Gobierno, se alegran de las ventajas carlistas. Contra éstos truena en patriótica indignación don José de Relimpio, el cual se compra un mapa de Vizcaya y, clavando sobre él alfileres, sigue y escudriña y estudia con sublime anhelo los movimientos militares.

Mayo.—Bilbao es libre. Alegría, repiques, farolitos. Crece a los ojos del país la gran figura militar del marqués del Duero. Mariano Rufete, que ha vuelto al lado de su hermana, parece inclinado a mejorar su conducta. Ha aprendido algunas cosas; en modales y lenguajes, sus adelantos son imperceptibles. Lee bastante; pero sus lecturas no son de lo más escogido. Su hermana daría cuanto tiene—menos los ideales—por verle corregido. Emilia Relimpio se casa con su primo Juan José, hijo del ortopedista; Leonor, ilícitamente unida a un sargento primero, desaparece de Madrid. Don José, recordando los grandiosos pensamientos de doña Laura acerca del himeneo de las niñas con célebres médicos u oficiales de Estado Mayor, se aflige extraordinariamente, y aun derrama una lágrima que va a caer sobre el mapa de la guerra civil. Vive constantemente con Isidora, y ésta le aprecia mucho. Crece el niño de Isidora. Es bonito y sabedor, pero tiene la cabeza muy grande. Don José le pasea, le mima, le cuida, le viste, le canta. La *Sanguijuelera*, que algunas veces visita a su sobrina, tiene gran cariño al cabezudito: le coge, le zarandea, le da gritos, y le llama *¡rico!*, *¡riquín!*... De donde resulta que al muchacho se le pega este nombre, y en lo sucesivo todos le llaman *Riquín*.

Junio.—Muerte del general Concha. Pánico y luto. Retirada. La patria, que creía próxima su salvación, gime. Augusto Miquis expone con su acostumbrada originalidad una peregrina paradoja. Según él, la mejor manera de acabar con los carlistas es dejarlos triunfar, traer a don Carlos a Madrid y plantarle en el Trono. En España, el primer paso para la ruina de una causa es su triunfo. El carlismo guerrero se sostiene. El carlismo establecido no podrá durar un mes. Desde el momento en que se trate de aplicar a la vida real sus ideales, se hundirá por su propio peso y caerá hecho polvo.

Diciembre.—La guerra sigue. La Restauración toca a las puertas de la patria con el aldabón de Sagunto. Asombro. La Restauración viene sin batalla, como había venido la República. La Providencia y el Acaso juegan al ajedrez sobre España, que siempre ha sido un tablero con cuarteles de sangre y plata. Entusiasmo de la *Sanguijuelera*, que cada día simpatiza menos con la demagogia. Dice que los señores son siempre señores y los burros siempre burros. Se promete ir a recibir al nuevo soberano y aun medita una arenga.

1875. Isidora visita a Emilia y se queda encantada de la dichosa paz que reina en la ortopedia. El padre de Juan José se ha retirado del trabajo, y no se ocupa más que de cultivar la huerta que ha comprado en Pinto. Juan José está al frente del establecimiento, y bajo su hábil mano éste se conserva en el mismo estado de prosperidad. Isidora quisiera un aparato para que la cabeza de *Riquín* no creciera tanto. Juan José, que algo entiende de Medicina, se ríe y receta al hijo reconstituyentes y a la madre un Manual de Doctrina Cristiana. Consternación. Los Peces grandes y chicos se ven desterrados de las claras aguas de sus plazas y oficinas. Bien quisieran ellos aclamar también al rey nuevo; pero la disciplina del partido les impone, ¡ay!, una consecuencia altamente nociva a sus intereses. Tienen

que poner un freno a sus agallas. Además, la lucha por la existencia, ley de las leyes, ha llevado a los Pájaros al Gobierno, y éstos no encuentran en la Administración bastantes ramas en que posarse. Algunos Peces de menor tamaño y del género *voracissimus* quedan en oficinas oscuras. Son Peces alados, transición zoológica entre las dos clases, pues la triunfante tuvo en situaciones anteriores sus avecillas con escamas. Mariano torna a ser vagabundo. Gusta mucho de los toros. Asiste a una novillada en Getafe, y su preciosa vida está en gran peligro. Saldeoro parece reparar sus desastres. Terribles celos de Isidora, que descubre en su amante fervorosa inclinación a la secta de los mormones. Riñas y escándalos, acompañados de no pequeños apuros. Todos los Peces, confirmando la antigua idea de que en España el despecho es una idea política, se alegran de las ventajas de los carlistas. Isidora activa su pleito. Pretende de nuevo la información de pobreza, pero no puede conseguirlo. Celebrado el juicio de conciliación, presenta su demanda. Miquis gana por oposición la plaza de médico director de uno de los principales hospitales de Madrid. Es novio de la hija del honrado notario Muñoz y Nones. Sábese por buen conducto que Leonor tiene una casa de huéspedes en La Coruña. Ocúpase la Prensa de cierta irregularidad administrativa en que ha intervenido, como irregularizador, Melchor de Relimpio. La gente se pregunta si será mandado a presidio, y, efectivamente, la *Gaceta* le nombra... oficial primero de Aduanas en Cuba. Parte decidido a concluir la insurrección, para lo cual no procede llevar tropas a Cuba, sino traerse a Cuba a España. Habas contadas. El se traerá, de seguro, las tres cuartas partes de la Isla, o las Antillas todas, dejando vacío el Mejicano Golfo.

CAPITULO II

LIQUIDACIÓN

I

Isidorita Rufete, ¿conoces tú el equilibrio de sentimientos, el ritmo suave de un vivir templado, deslizándose entre las realidades comunes de la vida, las ocupaciones y los intereses? ¿Conoces este ritmo, que es como el pulso del hombre sano? No; tu espíritu está siempre en estado de fiebre. Las exaltaciones fuertes no cesan en ti sino resolviéndose en depresiones terribles, y tu alegría loca no cede sino ahogándose en tristezas amargas. ¿Persistes en creerte de la estirpe de Aransis? Sí; antes perderás la vida que la convicción de tu derecho. Bien; sea. Pero deja al tiempo y a los Tribunales que resuelvan esto, y no te atormentes, construyendo en tu espíritu una segunda vida ilusoria y fantástica. Ten paciencia, no te anticipes a la realidad; no te trabajes interiormente; no saborees con falsificada sensibilidad goces de que están privados tus sentidos. Miquis lo ha dicho, bien lo sabes, que eso es un vicio, un puro vicio, como tantos otros hábitos repugnantes, como la embriaguez o el juego, y de ese vicio nace una verdadera enfermedad. El pensamiento se pone malo, como las muelas y el pulmón, ¡y ay de ti si llegas a un estado morboso que te impida disfrutar luego de la realidad lo que ahora quieres gozar, en sueños, contraviniendo a las leyes del tiempo y del sentido común!

Sostienes que ese vicio, aberración o como quiera llamarle Miquis, es una fuente de consuelos para ti. Ya, ya se conoce tu sistema. Después de un día de penas, apuros, celos y disputas, llega la noche, y para consolarte... das un baile. ¡Qué gracioso! Satisfaces tu orgullo y tus apetitos determinando en ti una gran excitación cerebral, de la cual irradian sensaciones y goces. Sabes vestir con tal arte la mentira, que tú misma llegas a tenerla por verdad. Te engañas con tus propias farsas, desgraciada. Te posees de tu papel y lo sientes. Enseñas a tus nervios a falsificar las sensaciones y a obrar por sí mismos, no como receptores de la impresión, sino como iniciadores de ella. ¡Bonito juego! ¡Violación de los órdenes de la Naturaleza! Mira, Isidorita: tu vida social está bastante desarreglada; pero tu vida moral lo está más aún. El principal de tus desórdenes es el amor desaforado que sientes por Joaquín Pez. Le amas con lealtad y constancia, prendada más bien de la gracia y nobleza de su facha que de lo que en él cons-

tituye y forma el ser moral. Bien dices tú que ya el amor no es ciego, sino tonto. Tienes razón, ya se le conoce el largo trato que ha tenido con los malos poetas. ¿Por qué no haces un esfuercito para desprenderte del cariño que tienes a Pez? Por ahí debe empezar tu reforma. Tú le adoras y no le estimas. El te ama y tampoco te estima gran cosa. Considera cuánto perjudican a tus planes de engrandecimiento tus relaciones con el hombre que ha manchado tu porvenir y deshonrado tu vida. Isidora de Aransis..., pues según tú, no hay más remedio que darte este nombre... Isidora de Aransis, mírate bien en ese espejo social que se llama opinión, y considera si con tu actual trazo puedes presentarte a reclamar el nombre y la fortuna de una familia ilustre. Tonta, ¿has creído alguna vez en la promesa de que Joaquín se casará contigo? Advierte que siempre te dice eso cuando está mal de fondos y quiere que le ayudes a salir de sus apuros... Casada o no con él, esperas rehabilitarte; dices que el mundo olvida. No te fíes, no te fíes, pues tal puede ser la ignominia, que al mundo se le acabe la indulgencia. Se dan casos de éstos. Hay otro desorden, Isidorita, que te hace muy desgraciada, y que te llevará lejos, muy lejos. Me refiero a las irregularidades de tu peculio. Unas veces tienes mucho; otras, nada. Lo recibes sin saber de dónde viene; lo sueltas sin saber adónde va. Jamás se te ha ocurrido coger un lápiz (que cuesta dos cuartos) y apuntar en un pedacito de papel lo que posees, lo que gastas, lo que debes y lo que te deben. No haces cuentas más que con la cabeza, ¡y tu cabeza es tan inepta para esto!... La Aritmética, hija, no cabe dentro de la jurisdicción de la fantasía, y tú fantaseas con las cantidades; agrandas considerablemente el activo y empequeñeces el pasivo. De vez en vez parece que quieres ordenar tu peculio; pero tus apetitos de lujo toman la delantera a tus débiles cálculos, y empiezas a gastar en caprichos, dejando sin atender las deudas sagradas. Tu generosidad te honra porque indica tu buen corazón; pero te perturba lo indecible. Has sido estafada por algunos que, conociéndote el flaco y tu índole liberal, se han fingido menesterosos. Y dime ahora: ¿qué has hecho de los dos mil duros que a ti y a tu hermano os dejó don Santiago Quijano? Ya los has gastado en el pleito, vestidos, en la educación de Mariano, y..., confiésalo, que si es un misterio para todo el mundo, no lo es para quien te habla en este momento... No lo ocultes, pues no hay para qué. Más de la mitad de aquel dinero te lo ha distraído Joaquín Pez.

Voz de la conciencia de Isidora o interrogatorio indiscreto del autor, lo escrito vale.

II

Una mañana de diciembre de 1875 estaba Isidora triste y sin sosiego. Sus idas y venidas dentro de la casa, sin motivo aparente de tal actividad, indicaban que algo muy grave ocurría. Se sentaba, leía una carta, lloraba un poco, guardaba luego la carta, arrugándola en el bolsillo de la bata; iba en seguida al comedor, regresaba al gabinete, repetía la lectura, la lágrima y el estrujamiento del dichoso papel... ¿Qué es eso, señora? ¿Qué pasa?

Desde el gabinete se veía toda la cavidad de la alcoba, donde la gran cama dorada se alzaba como un catafalco, elevando hasta muy cerca del techo su armadura de cobre, sin cortinas. La alcoba se comunicaba con otro cuarto, del cual venían dos voces distintas, pero acordadas en un tono de candorosa alegría. Era la una dulce, angelical y ternísima. Era la otra cascada y a veces chillona. ¡Vaya con la pareja! *Riquín* y don José de Relimpio jugaban arrastrándose por el suelo. Caballo y jinete se besaban, locos de regocijo, en la confusión de las caídas leves.

Abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró... nada menos que la *Sanguijuelera*.

—Gracias a Dios que viene usted, tía —le dijo Isidora, reconviniéndola—. Siéntese usted; tenemos que hablar detenidamente.

—¡Hablar detenidamente!—exclamó la vieja, puesta en jarras—. No digas más; ya entiendo tus *detenidamentes*. Ya sé que es para pedir dinero. Sí, en cuanto llegó a casa tu don José y vi su cara de carnero a medio morir, dije: «Ojo al Cristo...» Pues mira, hija, toca a otra puerta.

Isidora, harto afligida, no pudo se-

guir a su tía por el camino de las bromas. Con la concisión de los grandes apuros, dijo que era cuestión de vida o muerte para ella reunir en aquella mañana cierta suma, y que contaba con la generosidad de su tía, a quien otras veces había pedido caudales, reembolsándoselos con buenos intereses.

—Cierto que te he consolado; cierto que me has pagado; pero no lo hay. Ya sabes que *aquí murió el fiar*... Pues sí; que están unos tiempos divinos... Pero di, quimerilla, ese hombre, ese hombre, ¿en qué piensa que no te da...?

—Lea usted—replicó Isidora, alargando la carta con un gesto y tono que se usan mucho en los dramas.

—¡Oh!, no; ya sabes que me estorba lo negro.

—Pues dice... En fin, hemos reñido. El está mal. Probablemente tendrá que irse con un empleo a la Habana... ¿Qué le parece a usted eso?

—Sopas en queso. ¿A mí qué más me da que se vaya a la Habana o a *Sierra-Ullones,* o al Infierno?

—En fin, hemos reñido. Todo se acabó. No hablemos más de eso. Hoy tengo un gran compromiso.

—¡Anda, anda, frutilla temprana!... ¡En la que te has metido!—dijo Encarnación, encendida de ira—. ¿Y qué vas a hacer ahora? Ya no tienes salvación, ya estás perdida. Bien me lo temí y bien te lo dije cuando te vi en estos andares. Yo tengo mucho mundo—añadió, señalando del modo más insinuante su ojo derecho—; aquí dentro hay mucho quinqué. Pues, claro, a esto habías de venir a parar. Ahora empiezas, ahora. ¡Y quieres que te dé dinero!... Anda, anda, castaña pilonga, que otra cosa podrá faltarte ahora; pero dinero... No, no cuentes con tu tía; no te acuerdes más de esta perla vieja de la honradez.

Las groserías de su tía Encarnación enfadaban atrozmente a Isidora. Queriendo concluir pronto, expuso en términos tan concretos como pavorosos su situación, y luego hizo una protesta enérgica de sus ideas morales. Ella quería y se proponía ser honrada. Las reticencias de su tía la herían en lo más vivo del alma.

—No vengas con andróminas—replicó la cacharrera—. Tú podrás tener buenas ideas; pero has dado el pasito y ya no puedes volver atrás. ¡El pasito, hija! ¡Repuñales! De todo tiene la culpa ese hombre, ese hombre... Es un lameplatos. Siento que no esté aquí para despotricarme con él y decirle las del barquero... Total, chica, que yo no tengo un real partido por medio.

—No, no creo que usted me vea en tales agonías y no me favorezca.

—¿Yo?... ¿Y de dónde lo voy a sacar?

—Del arca.

—No estás tú mal arca de Noé.

—¡Tía!

—¡Si debes más que el Gobierno; si te has metido en unos belenes...! Suponte tú, y es mucho suponer, que yo, echando por zancas y barrancas, arañando aquí y allá, reúna mil reales...

—Mil reales es muy poco.

—¿Pues qué?...' ¿Creías que te iba a dar un ojo de buey?—gritó la vieja, riendo a todo reír—. ¡Mira ésta!...

—Yo quería lo menos dos mil—dijo Isidora con terror.

—¡Jo... sús! ¡Los dos mil los tienes tú en el canto de la memoria! Yo los quisiera para mí. En fin, y *mismamente*..., si me prometes devolvérmelos pronto, podré buscarte mil... ¡Ay!, arrastrada, ¿en qué gastas tú el dinero? Si hubieras hecho lo que yo te aconsejé... Yo te decía: «Guarda, aprovéchate; sácale a ese hombre el redaño y ve poniendo en el Monte para el día de mañana...» Pero tú, grandísima pandorga, con gastar y gastar... Aquí parece que siempre está la gata de parto, según se gasta y derrocha.

—¡Tía, dos mil!

—Dos mil puñales...

—Ande usted...

—No, no te caerá esa breva.

—No la dejaré a usted en paz hasta que me los dé...

—Trabajo tienes... Ganas de trasquilar la marrana.

—Pues vengan los mil; pero pronto, al momento.

Instantáneamente formó Isidora un plan distinto del que había hecho contando con los dos mil.

—Te los traeré para las doce. ¡Ay! ¿En qué parará esto?...

—Antes de las doce, si puede ser. Váyase usted pronto para que vuelva pronto... Coja usted un coche.

—Venga la peseta.

—Tome usted la peseta.

—Otra para el papel del recibo..., por-

que no te pienses que te los voy a dar sin recibo.

—¿Otra peseta?... Ahí va. Váyase usted pronto. ¡Ay!, ¡qué día está!—dijo Isidora, mirando con tristeza al balcón, cuyos cristales, azotados por la lluvia, sonaban con estrépito de perdigonada.

—¡Si fueran monedas de cinco duros...! Voy a dar un beso a *Riquín*.

—Después, después.

—¡Jo...sús! ¡Qué prisa!... Abur, abur.

Luego que la anciana estuvo fuera, Isidora sacó de la cómoda un cofrecillo y del cofrecillo un libro. Era una novela entre cuyas hojas había varios papeles o cédulas guardadas con cierto orden y clasificación. No debían de ser ciertamente billetes de Banco, porque Isidora, al volver de cada hoja daba un suspiro y ponía cara de mal humor. Después de pasar revista a su tesoro negativo, gritó: «¡Don José!», y como don José, a causa del ruido que él mismo hacía, jugando con Joaquín, no pudiera oír la voz de su ahijada, ésta tuvo que levantarse a llamarle por la puerta de la alcoba.

—¡Venga usted acá, por Dios!...

—¡Hija, no te había oído!

Veríais entonces aparecer al gran don José, fatigado de tanto andar a cuatro pies, ligeramente encendido el rostro; pero hecho todo miel, y tan risueño y bondadoso como antaño. Traía en brazos a *Riquín*, que era muy lindo, gracioso y dicharachero. Su deformidad incipiente no era tal que le privara de los encantos de la niñez, antes bien daba risa verle erguir su cabezota con cierto aire de valentía, como un hijo de Atlante predestinado a superar a su padre en la facultad de cargar grandes pesos.

—Deje usted al niño... *Riquín*, hijito; vas a irte un rato con Ramona... ¡Ramona!

El sucesor de los Rufetes (o Aransis, que ello está por saber) declaró con un gesto de fastidio y preludio de llanto el agravio que a su dignidad se hacía pasando de los brazos de don José a los de la niñera. Pero no le valieron sus artimañas. Cargó con él la moza, y don José y su ahijada se quedaron solos en presencia de las papeletas.

—Es preciso echar un esfuerzo, echar mano de todo.

—¡Cuánta papeleta!—exclamó el santo varón, cruzando sus manos con ademán piadoso.

Isidora las pasaba, las leía, las iba contando. ¡Ay! Cuando se entregaba a la Aritmética, su cara se volvía lúgubre y desconcertada, cual si estuviera sometida a la acción de fenómenos morbosos. La Aritmética tenía para ella algo de enfermedad cimótica, y así, desde que absorbía con su atención aquellos miasmas deletéreos llamados números, se ponía pálida y se le alteraba el pulso. ¡Y pensar que no puede haber dinero sin que haya cifras! Los hombres lo empequeñecen todo. Desdichadas las almas que siendo hermanas de lo infinito tienen que entroncarse a la fuerza con estas miserias del planeta llamadas cantidad, relación, gravedad. Verdaderamente, ¿qué cosa más contraria a lo infinito y a lo ideal que aquellos nefandos papeles?

—Esta es del Monte—murmuró Isidora con el corazón oprimido—. Esta..., ¿a ver?..., es la de mi calabrote.

—El calabrote está en la calle del Clavel—manifestó Relimpio con el aplomo de un agente de Bolsa que tiene en la memoria las colocaciones de fondos realizadas en todo el año.

—Es verdad... ¿Y el brillante?

—También, hija. ¿No te acuerdas? Lo llevé el mes pasado. Del Monte ha de haber cinco papeletas.

—Justo, cinco... Hay, además, ocho...

—Tu reloj... Si no recuerdo mal, está en treinta duros. Pero ¿qué te pasa hoy? ¿Vas a sacar todo?

—¿A sacar?—repitió Isidora, herida por aquella ironía como por un porrazo.

—¿Qué cálculos haces?

Isidora se auxiliaba de sus dedos para calcular. La tersura y fineza de aquellas extremidades de sus manos indicaban no estar ocupadas ya más que en trabajos matemáticos.

—Ya comprendo, hija—dijo él entre dos suspiros.

—¿Cuánto darán por esto?—preguntó ella, mostrando aquellas cédulas que por su nombre debían ser montaraces.

—Eso no puedo decirlo. Se las llevaré a Rodríguez, el de la calle de Cádiz. Es amigo mío...; buena persona. Por papeletas, ya sabes que no se corren mucho.

Isidora se llevó las manos a las orejas.

—¿Tus pendientes?... Espera, te vas

a hacer daño. Yo te los destornillaré.

Y con suma delicadeza realizó la operación, gozoso de que sus dedos jugaran, siquiera por un momento, con los pulpejos de las orejitas de su ahijada.

—Ya están aquí.

—Pongámoslos en el estuche.

—Estos te los regaló cuando vino al mundo *Riquín*. Por éstos te darán..., darán...

Se cogió entre los dedos el labio inferior, y moviendo la cabeza y hundiendo la barba en el pecho, metía los ojos debajo de las cejas.

—En fin..., yo hablaré con Rodríguez... Es amigo mío..., una buena persona.

—¡Dos mil quinientos!—murmuró la joven, ensimismada en sus cálculos, como un calenturiento sumergido en el doloroso caos de su estupor febril.

—Veremos... Quizá se pueda...

—Ahora—dijo Isidora con resolución, alargando la mano hacia el chaleco del buen hombre—, venga el reloj...

—¿El mío?... ¿Y la cadena?

—Todo.

Algo se desconcertó el viejo al verse privado del uso de aquella prenda, no de mucha valía, que Isidora le había regalado el 19 de marzo del año anterior. Pero como la voluntad de su ahijada era ley para él, no dijo más que lo siguiente:

—Déjamelo puesto, pues yo lo he de llevar... Darán dieciocho o veinte. Recordarás que la otra vez...

—Ahora los cubiertos de plata.

—¿Los...?

—Sí—afirmó ella, levantándose con expresión triunfante—. Creo que está vencida la situación por hoy. Pero la semana que entra...

—Dios dirá.

—La semana que entra—declaró Isidora—vendo la sala.

—¡Vendes la sala!

—Sí. Pásese usted luego por casa de la prendera. Que venga a verla. Veremos lo que da.

Después echó una mirada de cariñoso desconsuelo al armario de luna.

—¿Y el armario también?

—También.

—¿Y la cama dorada?

Isidora meditó un rato. Después dijo:

—No; me quedo con la cama.

En esto andaban cuando reapareció la *Sanguijuelera*. Entró sacudiéndose el mantón, calado de agua.

—¡Jo...sús, qué tiempo! Llueven capuchinos de bronce.

—Pero ¿no ha venido usted en coche?

—¿Por quién me tomas, tonta? La peseta del coche es para mí, por el mandado. Tengo más salud que el Botánico, hija, y ando más que un molino de viento... Conque toma... Cuatrocientos y cuatrocientos son ochocientos... Nueve duros en plata...

—Falta un duro.

—¡Reparona! ¿Qué más da?

—Son novecientos ochenta—declaró don José, haciendo gala de su saber de cuentas.

—¿Quiere usted callar?... Usted, señor don Pepe, no tiene que poner su carne en este garfio.

—La equidad, amiga doña Encarnación...

—¡Amiga doña!... Diga usted, tío Lilaina, ¿en qué bodegón hemos comido juntos? ¿Se quiere usted meter en sus cosas y dejarme a mí?

—Falta un duro—repitió Isidora.

—Total, que no he podido reunir más. Aquí está el papel para el recibo... Pon mil doscientos reales para el mes que viene.

—Mejor será para el otro mes.

—Mira, mira, no pintes el diablo en la pared. Pon el mes que viene.

Don José empezó a extender el recibo.

—Bien clarito, señor escribano... ¡Hola, hola!, ¿está aquí tu Holofernes?... ¡Vida! ¡Gloria!

Había entrado *Riquín* paso a paso, porque sus piernas eran cortas y débiles. Se le había desatado el faldellín, corriéndose por la cintura abajo. Estaba, pues, en traje talar, que le arrastraba, y por los bordes de él asomaban sus patitas vacilantes. Traía empuñado en ambas manos el bastón de don José, y caminaba derecho a la *Sanguijuelera*, todo risas y alegría, con la evidente intención de darle un palo. Ella se dejó pegar, le cogió luego en brazos y le dió tantos y tan sonoros besos, que el muchacho empezó a gruñir y a defenderse a cabezadas.

—Dale un palo a tu madre; anda, pégale...

—No, no; no se pega—dijo Isidora, atándole en su sitio la falda—. No le

gusta más que pegar. En las piernas no tiene fuerzas; pero en los brazos...

—*Riquín*, hijo mío, dile: «Yo voy a ser un hombre de puños...» ¡Leña a ella!... Como te coja... Cuidado cómo riñen a mi cabezudito.

—El médico me ha dicho que ahora se le desarrollará bien el cuerpo—afirmó Isidora, contemplándole con satisfacción de madre.

—Pues si no... ¡Y qué bonito es, qué rico, qué galán! ¡Le quiero más...! ¡Qué tonta soy! Me da rabia conmigo misma. Desde que veo un mocoso ya se me cae la baba.

Isidora reía. Cogió a *Riquín* y le hartó de besos.

—¡Pobrecito mío! Todos han de tener que decir algo sobre si tiene la cabeza grande. Pues yo digo que la tiene toda llena de talento.

—¿Sabes lo que te digo?—manifestó la *Sanguijuelera* en tono de misterio—. Pues digo que este chico es el Anticristo. No te rías. Sí: por lo que sabe, parece que tiene cuatro años.

—No, mi niño no es un fenómeno; mi niño no es el Anticristo—dijo Isidora, oprimiendo contra su garganta aquella cabeza, mayor de lo conveniente, pero muy hermosa.

—Te digo que este chico ha venido al mundo para alguna tremolina. ¿Ves esa cabeza? ¡Pues dentro debe de traer una cosa...! Hija, tu pimpollo es cosa mala.

—No diga usted disparates.

—Anticristo o lo que seas—exclamó Encarnación, volviendo a tomarle en sus brazos—, me tienes boba. Te voy a comer.

Y estallaron los besos como cohetes. En pie ya para marcharse, después de tomar su recibo, la *Sanguijuelera*, sin soltar a *Riquín*, dijo a Isidora:

—¡Pero qué alma tienes! Dijiste que le ibas a comprar un pandero, y no se lo has comprado... ¡Anda, mala madre! Yo se lo compraré, yo, yo. ¿Verdad, hijo?...

—Ven acá, ven acá, que la tía se marcha.

—Oye, tú..., dame una peseta.

—¿Para qué?

—Vaya que estás lela... Para el pandero.

Dióle Isidora la peseta, y la *Sanguijuelera* se fué gruñendo.

III

Decir cómo aquella casa llena de comodidades se deshizo en unos cuantos días; contar cómo los feroces prenderos llegaban, venían, tasaban, huían, llevándose en las garras, cuál un dorado reloj, cuál la alfombra o lavabo, sería lacerar el corazón de nuestros lectores. Isidora, que no sabía regateaer comprando, era vendiendo enemiga de entorpecer los negocios con prolijas discusiones. Tomaba lo que le ofrecían, después de pedir tímidamente un poco más. Así, pieza tras pieza, se desmontaba la casa. Y ésta, poco a poco, se iba quedando vacía, se iba agrandando. El frío y la soledad se apresuraban a invadir los polvorientos y tristísimos huecos que los muebles dejaban tras sí.

Cuando hubo concluído, la sala era un páramo. Para estar en ella habría sido necesario proveerse de tiendas de campaña. El gabinete conservaba su alfombra, la cómoda, un espejo pequeño y algunas sillas. La cama dorada de la alcoba permanecía como núcleo y fundamento de la casa. Interiormente habían desaparecido la sillería y aparador de nogal tallado del comedor; subsistían intactos el cuarto de *Riquín*, el de baño, parte principal de la casa; el que solía ocupar don José Relimpio cuando allí pernoctaba, el de Mariano y el de la muchacha. La cocinera y doncella habían sido despedidas; no quedaba más que la niñera, a quien Isidora revistió de las más extensas atribuciones.

—He pagado mis deudas y tapado la boca al procurador—dijo Isidora a su padrino la noche del último día de liquidación—. Estoy tranquila. Me queda esto.

Dió un gran suspiro, mostrando un papel donde había varias monedas y un sucio billete de Banco.

—¿Cuánto es?

—Vamos a contar—dijo ella, extendiendo su tesoro sobre el veladorcito del gabinete, mueble de hierro pintado que se salvó por milagro.

Don José puso la luz en el velador y tomó asiento.

—¡Si hay aquí un dineral! El billete es de doscientos...; veinte, cincuenta, ochenta. Total: Setecientos veintiocho reales y dos perritos.

—Y no debo nada al casero... Estamos bien. Ahora se verá si soy mujer de go-

bierno. Principio quieren las cosas... Señor don José—añadió en el tono especial de las cuentas galanas—, desde hoy en adelante trabajaré.

—Si es lo que yo te vengo diciendo desde hace tres años, hija—replicó el anciano con las narices hinchadas por esa satisfacción vanidosa que acompaña a las ideas felices—. ¡Si es mi tema! Tú tienes grandes habilidades. Si quieres entrar en una vida de orden, economía y trabajo, aquí me tienes para ayudarte.

—He sido muy tonta. Pero ya veo con claridad lo que me conviene. Si mi pleito marcha adelante como espero, es preciso que mientras dure, y después y siempre, nadie me tome en lenguas. Soy honrada, quiero ser honrada, honradísima, por respeto a mi nombre, a mi familia... ¡Ah, mi familia!—añadió, suspirando otra vez—. Si me hubieran acogido con amor no habría dado yo un mal paso... Mi familia tiene la culpa, ¿no es verdad, padrino?

—Sí, sí, hija mía; ella tiene la culpa. Pero vamos a lo que importa... ¿Con qué cuentas para mantenerte? ¿Qué te queda de lo que te dejó tu tío?

—Nada—replicó con profunda tristeza la joven, haciendo con sus manos un significativo movimiento que representaba el vacío—. ¡Pero trabajaré! ¿No tengo yo manos?

Y diciendo esto se le representaron en la imaginación figuras y tipos interesantísimos que en novelas había leído. ¿Qué cosa más bonita, más ideal, que aquella joven olvidada, hija de unos duques, que en su pobreza fué modista de fino, hasta que, reconocida por sus padres, pasó de la humildad de la guardilla al esplendor de un palacio y se casó con el joven Alfredo, Eduardo, Arturo o cosa tal? Bien se acordaba también de otra que había pasado algunos años haciendo flores, y de otra cuyos finos dedos labraban deslumbradores encajes ¿Por qué no había de ser ella lo mismo? El trabajo no la degradaba. ¡La honrada pobreza y la lucha con la adversidad cuán bellas son! Pensó, pues, que la costura, la fabricación de flores o encajes le cuadraban bien, y no pensó en ninguna otra clase de industrias, pues no se acordaba de haber leído que ninguna de aquellas heroínas se ocupara de menesteres bajos, de cosas malolientes o poco finas.

—¡A trabajar, a trabajar!—exclamó, inundada de aquel entusiasmo que tan fácilmente se posesionaba de su alma.

—Yo te ayudaré. Si tuviéramos ahora la máquina... harías camisas de hombre...

—¿Camisas de hombre? Eso no me gusta.

—O ropa blanca de señoras... Cosa rica, cosa buena.

—Mejor sería... Yo pensaré.

—Confecciones, sombreros... ¿Qué tal? Tú tienes un gusto...

—Gusto, sí.

—Consulta con Emilia. Ella te dará buenos consejos.

—Yo lo pensaré; yo meditaré sobre esto y lo decidiré pronto. Ahora vamos a otra cosa. De nada vale el trabajo sin orden y economía.

—Perfectamente; muy bien pensado y dicho—exclamó Relimpio, dando todo su asentimiento a tan hermosa idea—. Si no, acuérdate de lo que hacía mi pobre Laura con lo poco que se ganaba. Hacía milagros.

—Por consiguiente, de aquí en adelante, gastar poquito y, sobre todo, saber lo que se gasta, pues si no se sabe, se equivoca una. ¿Creerá usted que en mi vida he apuntado una cifra? Todas mis cuentas las he hecho siempre con mi cabeza. Así ha salido ello.

—¡Oh! Malo, malo... La primera condición del orden es una buena contabilidad. La Providencia te ha deparado a uno de los hombres, no lo digo por alabarme, a uno de los hombres que no temen desafiarse con todo Madrid en Contabilidad y Partida Doble. Has hecho tu suerte, chica. Ya verás, ya verás qué libros.

—Todo lo apuntaremos—dijo Isidora, jugando con aquella idea, como un niño juega con una mariposa—. Se dice, por ejemplo: hay que gastar tanto; las cosas valen cuanto; y luego se apunta todo...

—Nada, te has salvado, chica. Vamos a ver. ¿Tomas criada?

—Pienso pasarme con Ramona.

—Admirable. Yo te auxiliaré en todo... Ramona es buena y humilde, pero algo torpe. Ya la despabilaremos. A fe que va a lidiar con tontos; ya, ya. Yo te la instruiré en dos palotadas. Mira, pon

atención y verás cuánto puedo ayudarte. Yo—dijo, marcando por los dedos las distintas funciones que desempeñaría—te haré la compra; yo... te aviaré las luces; yo... te haré todos los recados que exijan cierta inteligencia, como cobrar cuentas, tomar localidades en algún teatro, etcétera; yo coseré a máquina si decides comprar una; yo apuntaré en mis libros todos los gastos e ingresos, sin olvidar, sin perdonar ni el ochavo que se le da a un pobre; yo..., por último, cuidaré a *Riquín* y le pasearé y entretendré todo el tiempo que me dejen libres mis ocupaciones principales.

—Bueno, bueno.

—Y también entiendo de limpiar metales, de componer algo de carpintería; hasta de cocina entiendo un poco... ¡Ea!, señora—dijo, restregándose las manos una con otra con tanta fuerza que a poco más saca lumbre—, empecemos. Disponga usted la compra de mañana.

—Un duro.

—Es un despilfarro. Vengan catorce reales. Yo me entiendo; basta de mimos. Comerá usted lo que haya.

—Hay que traer carbón.

—Eso es aparte.

—Y cerillas.

—Las compraré al por mayor. Una gruesa... Traeremos al por mayor todo lo que se pueda, para lo cual destinará usted una cantidad que se carga a la cuenta del mes. Quédese el diario en diez reales, y déme usted seis duros para el por mayor. Adelante. ¿Qué principio traigo?

—Langosta.

—¡Un ojo de la cara!

—No importa. Por una vez...

—¿Qué postre?

—¿Tendremos tangerinas?... Ciruelas de Burdeos.

—Eso es caro; pero yo lo sacaré barato. Regatearemos, sí, señora; regatearemos.

—El queso de Italia, la cabeza de jabalí y las salchichas de Bolonia me gustan.

—Todo eso, traído al por mayor, puede obtenerse... en buenas condiciones.

—No tomaremos champaña. Es muy caro.

—Veremos si hallo una partida..., pues, en buenas condiciones.

No prolongaremos la relación circunstanciada de lo que hablaron aquella noche padrino y ahijada. Acostóse Isidora pensativa, y don José se retiró muy entusiasmado a su cuartito. Durmióse como un serafín, y soñó que estaba en la contaduría de una casa grande, donde había catorce empleados y más de cien libros. Ingresos y gastos ascendían a millones; pero todo iba al pelo. Era don José como un director de orquesta, sólo que los músicos eran escribientes y las notas números. Resultaba una sinfonía de orden, que mecía en embriagador arrobamiento el espíritu del tenedor de libros.

Al día siguiente, cuando Isidora se levantó, ya estaba su padrino de vuelta de la compra. Traía el cesto bien repleto, y fué sacando cosas y mostrándoselas a Isidora, que admiraba la bondad y baratura del género.

—El primer gasto, hijita, ha sido para comprar estos tres libros de cuentas —dijo Relimpio, mostrando dos enormes y uno pequeño—. El Mayor, el Diario y el Provisional. Sin esto no haremos nada, porque la base del orden es una contabilidad perfecta... ¿Ves? Aquí está la langosta. Te permito este lujo. Aquí está la carne. No compré las ciruelas, conténtese usted con dátiles. Tampoco he traído champaña, porque no lo había en buenas condiciones. Patatas. Faltan los garbanzos y el azúcar, que no pude comprar porque se me acabó el dinero... ¡Ah!, un mazo de cigarros para mí.

—Muy bien—dijo Isidora con benevolencia, echando una mirada compasiva a los libros de cuentas—. Todo está muy bien.

Don José tuvo que salir a la calle dos veces más porque era preciso traer garbanzos, azúcar y huevos. Después volvió a salir porque no había sal, ni perejil, ni sopa. Trajo tapioca, y de camino tomó nota de diversas cosas que se pudieran adquirir... *en buenas condiciones.*

Luego que almorzaron, alegres y satisfechos del buen principio que tenía una vida tan arreglada y económica, Isidora fué a vestir a *Riquín* y a endulzar con él la tristeza que no podía vencer. Más tarde se bañó, costumbre a que no podía renunciar. La peinadora vino luego y se distrajo con ella un rato. Erale difícil adquirir el hábito de peinarse por sí misma. Toda aquella tarde

estuvo pensando en la clase de ocupación que más le convendría; pero sus grandes cavilaciones no llevaron luz ninguna a la confusión y perplejidad que en su mente reinaba.

En tanto, don José se dió con toda su alma a la gran tarea de abrir las cuentas en los libros. Con una importancia y gravedad indecibles, apuntó gastos e ingresos, sin olvidar partida alguna; *cargo* y *abonó,* dibujó preciosos números, tiró líneas con regla, hizo cuentas de *varios a varios,* de *imprevistos,* de *suplidos* y de *deudores varios.* En ésta, dando una prueba de exquisita honradez, puso el importe de los cigarros que con el dinero de Isidora se había comprado.

CAPITULO III

ENTREACTO CON LA IGLESIA

Un mes no completo había transcurrido de esta vida honrada y económica, sin que Isidora pudiera llegar a decidir en qué profesión, arte u oficio había de emplear su talento y ganas de ponerse al trabajo. Los libros de don José, ya repletos de números, no contenían más que partidas fallidas, y daba dolor ver en sus garabateadas páginas el triste papel que hacían los Haberes junto a las nutridas columnas del Debe.

Veamos cómo pasaba el tiempo la dueña de la casa. Entre bañarse, peinarse, vestir y arreglar a *Riquín,* se le iba la mañana. Por la tarde, si no tenía que ir a casa del procurador, solía matar el fastidio en las iglesias, de donde resultó que en aquel período oyó más sermones y rezó más novenas que en el resto de su vida. Distraíase con estas superficiales devociones, y aun llegó a figurarse que se había perfeccionado interiormente. Recordaba las preces aprendidas en su niñez, y se deleitaba con las formas de religión por pura novelería. Pero esta santidad de capricho no sofocaba, ni mucho menos, su orgullo dentro de la Iglesia. Más que el sermón ampuloso, más que el brillo del altar, más que la poesía del templo y las imágenes expresivas, la cautivaba el señorío que iba por las tardes a la Casa de Dios. Cuando había novena o manifiesto costeado por alguna dama de la aristocracia, de aquellas que ocupaban los bancos de la nave central ostentando en su pecho la cinta de la cofradía, Isidora no faltaba, y desde el rincón de una capilla observaba todo con interés profundo, más atenta a las Magdalenas que venían con el bálsamo que a Jesús mismo. Causábale admiración y envidia la señora del petitorio, que no cesaba de repiquetear con una moneda en la bandeja de plata.

Pollos elegantes y atrevidos se agolpaban en las naves laterales para mirar a las niñas y ser de ellas mirados. Había sonsonete de rezos y rumor de cuchicheos mundanos, los cuales, unidos al rodar de coches de lujo en la calle, no permitían oír con claridad el sermón. Pero ¿qué le importaba a Isidora el sermón, aunque saliera de labios elocuentes? Lo que a ella le interesaba no eran las manotadas y enfurecimiento de aquel santo varón que no cabía en el púlpito, sino el aspecto y brillo del público, de aquel público que si hubiera revisteros de iglesia, sería *distinguido, elegante* y *numeroso,* como el de los teatros. ¡Oh! ¡Dios de mi vida! ¡Qué injusticia tan grande! La pobre señorita Isidora no debía verse olvidada en un rincón, al lado de cuatro viejas rezonas, sino en la gran nave, donde luciera como merecía, o pidiendo en la mesa de petitorio entre dos velas. ¡Qué bien repicaría ella en la bandeja, y que maña se daría para que cuantos entraran aflojasen pesetas y duros! La belleza de las postulantes aguza la caridad.

★

Una tarde notó que un señor la miraba con insistencia. Sus ojos, distraídos de cuanto en la iglesia había, pasaban por delante del orador (con no poca irreverencia) e iban derechitos a buscar a Isidora al fondo de la capilla donde ponerse solía. A la tarde siguiente observó que aquel señor de los ojos irreverentes entraba con unas damas muy guapetonas; que éstas pasaban al centro, adornadas con la cinta de la cofradía, y que él se quedaba entre la masa de hombres. Seguía mirándola, y ella le miraba alguna vez sin otro móvil que el de la curiosidad. El caballero, en verdad, no tenía nada de simpático; era muy descarado, bastante feo, morenísimo, de edad entre los cuarenta y

cinco y los cincuenta. Mientras Isidora hacía estas y otras observaciones, notaba que algunas de las elegantes cofrades eran miradas tenazmente por los caballeretes, y que ellas solían mirarlos también con afectada distracción, de donde vino a considerar que si tanto flechazo de ojos dejase una raya en el espacio, el interior de la iglesia parecería una gran tela de araña. ¡Mísera Humanidad!

Tercera tarde. Cuando Isidora salió, ya anochecido, vió en la puerta al señor mirón. Hablaba con Miquis, y al pasar ella cuchichearon. Apresuró la joven el paso y se fué a su casa, donde Relimpio, celoso del buen desempeño de su cargo, se creyó en el deber de manifestarle seriamente el horroroso déficit que arrojaban los libros. Las cifras del Debe, encrespadas y amenazadoras, eran ya como las olas de un piélago tempestuoso donde naufragaba el frágil esquife del Haber. ¡Oh! ¡Fugaz curso de las cosas humanas! Aquel orden tan perfectamente inaugurado no era más que humo. No sólo se había concluído el dinero, sino que se debía a todo el mundo; y el panadero, la lechera y el de la tienda venían todos los días a dar tormento con su grosero pedir.

Don José los recibía con bondadosa sonrisa, les enseñaba los libros de cuentas por el forro, y les decía: «No hay cuidado, señores; estamos esperando fondos, y ya no pueden tardar.»

Isidora padecía horriblemente con este género de vida, pues su carácter, su nobleza no se avenían con las trampas. Gastar mucho, sí, pero pagar sin dilación era su ideal. Había llegado a carecer de lo más preciso. La limpieza de su bolsillos era absoluta, y el crédito, apurado ya, faltaba. ¡Qué habría sido de ella si sobre estos horrores no apareciera un sol de vida y esperanza! ¡Ganar el pleito! La idea de un triunfo próximo le daba fuerzas para hacer frente a tantas humillaciones. Si el procurador le decía que había tarea para mucho tiempo, su descorazonamiento rayaba en desesperación. En su casa se entretenía con el hijo, resucitaba los proyectos de trabajar..., pero ¿en qué? Convencíase pronto de que era imposible; sonaba la campanilla de la puerta anunciando acreedores que entraban fieros como leones; y a los tormentos de zozobra y vergüenza seguían horas y noches enteras de tristeza y desaliento. El nuevo día llegaba acompañado de la escasez, de la privación, de la miseria.

No se sabe cómo se puso al habla con Isidora el señor mirón; pero es indudable que se puso. Manifestó el caballero que conocía los antecedentes todos y la historia completa de la desgraciada joven, y se presentó como un bienhechor de la Humanidad, amparo y arrimo de la orfandad desvalida. ¡Era tan rico!... ¡Pero tan antipático!...

¡Pobrecito don José! Ahora sí que eres el más infeliz de los hombres. No sólo te han quitado tus venerandos libros, sino que te han puesto de patitas en la calle con orden expresa de no volver a presentarte en la casa de tu ahijada. ¡Crueldad sin ejemplo! Hay hombres que parecen fieras... José, eres un mártir.

CAPITULO IV

«AOB..., PALANTE.

I

Mientras duraron en casa de Isidora las abundancias y el regalo, Mariano hizo la vida de señorito holgazán, rebelde al estudio, duro al trabajo, blando a la disipación y al juego. Su precocidad para dar gusto a los sentidos revelaba que había de ser muy menguada en él la vida del espíritu. Diríase que la Naturaleza quiso hacer en aquella pareja sin ventura dos ejemplares contrapuestos de moral desvarío; pues si ella vivía de una aspiración insensata a las cosas altas, poniendo, como dice San Agustín, su nido en las estrellas, él se inclinaba por instinto a las cosas groseras y bajas. Recibía gusto especial del desaliño, y recogía con lamentable asimilación todas las palabras necias y bárbaras para darse, usándolas desvergonzadamente, aires de matón. Pronto comprendió Isidora que su hermano no sería nunca persona decente y que no había bajado del Sol colegio humano capaz de darle pulimento. Y si al principio podía dominarle, valiéndose del amor, más tarde el amor de Mariano se enfrió; con el cariño huyó el respeto, y ya no fué posible contener la impetuosa inclinación del muchacho a la vida va-

gabunda y aborrecimiento del estudio. Pasado algún tiempo de luchas, empezó a tenerle miedo, asustada por su bestial y aborrecido lenguaje. Donde suena un lenguaje soez sólo puede haber malas acciones y pensamientos poco delicados. Donde cantan las ranas, ¿qué ha de haber sino charcos y cieno?

Cuando *Pecado* curó de las heridas que le hizo el novillo de Getafe, Isidora se armó de valor, echóle un sermón, y le dijo muy clarito que no volvería a tener un cuarto si él mismo no lo ganaba. Quedó, pues, convencido que aprendería un oficio; pero hasta en aquella ocasión excepcional descollaron sobre el enojo de Isidora sus pruritos aristocráticos, porque no consintió que su hermano fuera zapatero, ni albañil, ni cerrajero, ni sastre, ni menos peluquero; y discurriendo sobre a cuál industria le dedicaría, vino en determinar que sería grabador, es decir, fabricante de esas preciosas estampas que adornan las publicaciones ilustradas y de las magníficas reproducciones de los Museos... Para que la industria pueda hacerse pasar por noble, necesita fingir parentescos con el arte.

Buscando por ahí, buscando por acá, no se hallaban otros talleres que los de litografía. Miquis tomó con empeño el asunto, y habló al cuñado de Matías Alonso, un tal Juan Bou, que se había establecido recientemente, y tenía, entre otras cualidades, la de ser muy severo con sus oficiales. Consintió Bou en admitir a Mariano, de cuyas inclinaciones aviesas se le dió noticia para que le tratase con rigor y sacara de él, si era posible, un obrero hábil y laborioso.

Juan Bou era un barcelonés duro y atlético, de más de cuarenta años, dotado de esa avidez de trabajar y de esa potente iniciativa que distinguen al pueblo catalán; saludable como un toro, según su propia expresión; de humor festivo y palabra trabajosa. Su cara, enfundada en copiosa barba negra y revuelta, mostraba por entre tanto áspero pelo dos ojos desiguales: el uno vivísimo, dotado de un ligero movimiento rotatorio; el otro, fijo y sin brillo; más abajo, y puesta como al acaso, una nariz ciclópea; más arriba, una frente lobulosa que estaba pidiendo algunos golpes de escoplo para ser como las demás frentes humanas; ítem, una cicatriz sobre la ceja derecha, resultado, según decía, del *beso de una bala*...

Podía pasar por marinero curtido en cien combates contra las olas, y también por bandido de las leyendas. Tenía en sus extremidades altas dos manojos de dedos con que trabajaba; y ciertamente nadie que viera la tosquedad de aquellas manazas creería que eran delicadísimas para el dibujo. Su estructura basta las hacía más propias para la maroma de la vela mayor o la barra del cantero. Respiraba como el fuelle de una fragua, y siempre tenía tos; pero una tos tan bronca y sofocante, que cuando le daba el acceso, se quedaba mi hombre cabeceando y todo encendido; creeríase que iba a reventar, y el ojo rotatorio se le echaba fuera, mientras el apagado se escondía en lo más hondo de la órbita.

Tenía dos géneros de fanatismo: el del trabajo, pues no podía estar inactivo, y el de la política. Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra, ¡pueblo!, una serie de teorías a cuál más extravagantes. Realmente, estas teorías no eran suyas. Una generación se había embobado con ellas, mirándolas como pan bendito. Pero Juan Bou las había sublimado en su mente indocta, convirtiéndolas en una fórmula de brutal egoísmo. Según él, muchos miembros importantes del organismo social no tenían derecho a ser comprendidos dentro de esta designación sublime y redentora: ¡el pueblo! Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco erais pueblo. De toda idea exclusiva nace una tiranía, y de aquella tiranía nació el obrero-sol: Juan Bou, que decía: «El pueblo soy yo.»

En Barcelona había logrado fundar un buen establecimiento de litografía. Pero sus economías y el establecimiento mismo naufragaron por las liviandades de una mujer con quien, por obra del demonio, sin duda, se había casado. Su señora tampoco era pueblo; era una sanguijuela del país, como vosotros, los que esto leéis. ¡Quién le metería en la cabeza a Juan Bou casarse con la hija de un recaudador de contribuciones! De semejante vampiro, ¿qué podía nacer sino una hembra disipadora, antojadi-

za, levantada de cascos? Enviudó Juan al fin, y para rehacer su peculio destruído se puso a trabajar de nuevo. Pero con el sacudimiento del 68, encendióse el ánimo del obrero: de manso se hizo furibundo; de discreto, charlatán; creyó que el mundo se iba a volver del revés y que la sociedad alteraría sus elementos inmortales; vió la eterna columna con el ligero capitel en el suelo y el pesado plinto en el aire; imaginó que de allí en adelante se andaría con la cabeza y se pensaría con los pies; y llevado de estas ideas, tomó parte en todos los motines, trabajó en todas las sublevaciones, fué desterrado, perseguido, moró en calabozos y arrastró durante algún tiempo vida penosa y miserable.

Cuando los acontecimientos políticos le dieron respiro, vino a establecerse a Madrid, donde vivía su hermana, casada con el conserje de la casa de Aransis. Pero antes que pudiera empezar a trabajar, otros acontecimientos le arrastraron de nuevo a las aventuras; cayó enfermo, tuvo que abandonar las luchas políticas, y en octubre del 73 estaba definitivamente establecido en Madrid, mas no curado de su superstición redentorista.

Oyéndole contar sus proezas, era cosa de canonizarle. El no era sólo un apóstol, era un mártir. La fama no tenía trompetas ni figles bastantes para llevar a todas partes la noticia de sus persecuciones. Las celebridades del partido liberal no habían hecho nada... ¡Farsa, pura farsa! El lo había hecho todo, y su gran vanidad no conocía freno cuando daba en formular planes de gobierno. Todo se lo sabía. Eranle familiares cosas y personas, y fácilmente lo arreglaba todo. Sus procedimientos tenían el encanto de la sencillez. Lo primero era coger cuatro docenas de individuos y colgarlos de los faroles de la Puerta del Sol. Después venían los decretos, todos de *Artículo único*. ¡Si sabría él lo que tenía que hacer un hombre que había leído tanto, un hombre que arrastró grillos y cadenas y fué llevado de calabozo en calabozo!... Así como el soldado muestra sus heridas, él mostraba la huella de las esposas en sus manos... ¡Había comido ratas! ¿Qué más títulos necesitaba para gobernar el mundo?

Sus primeros años de trabajo en Madrid fueron muy felices, y ganó bastante dinero. Entonces había algo de renacimiento industrial, y empezaba a desarrollarse el gusto por presentar los objetos mercantiles con primor, halagando los ojos del que compra. Hizo Bou muchos millares de etiquetas para almacenes de vinos, tarjetas de anuncios, cartelillos de tres o cuatro tintas y cromos ordinarios para cajas de fósforos ¡Qué iniciativa la suya! Fué el primero que imaginó hacer en gran escala las cenefas con que adornan las cocineras los vasares. Antes que él nadie había hecho el siguiente cálculo: Hay en Madrid 92.188 viviendas, que son 92.188 cocinas o lo que es lo mismo, 92.188 cocineras. Suponiendo que haya 70.000 que renueven el papel tan sólo una vez al mes, poniendo sólo tres tiras resultan 210.000 tiras a cuarto. La resma de 1.000 tiras se vende a tres duros. Las 210 resmas hacen, pues, 630 duros mensuales. Ensayó, y bien pronto las cacharrerías todas de Madrid expendían papel picado, que, en comparación del antiguo, era un modelo de elegancia, pues tenía figuras de majas, toreros y tipos populares.

El único vicio de Juan Bou, si vicio puede llamarse, era la Lotería. No había extracción en que no comprase su par de décimos. Era para él este juego nacional una forma hipócrita de la administración socialista. Tenía muy mala suerte; pero no desmayaba, y sabía escoger siempre los números más bonitos. Con todo, no había tenido más ganancias que las de su trabajo. Así, desde que sacó adelante el negocio de las cenefas, estableciόse en la calle de Juanelo, donde tenía un taller grande, aunque incómodo. Compró algunas piedras más de gran tamaño, una hermosa máquina de Janiot, guillotina, glaseadora, buenas tintas, aparatos de reducciones y otras cosas. Su iniciativa no descansaba. Comprendiendo que algo de imprenta no venía mal como auxilio de la litografía, adquirió cajas y máquinas, y se quedó con todas las existencias de una casa que trabajaba en romances de ciegos y aleluyas. El material de planchas y grabados era inmenso, y se lo dieron por un pedazo de pan. Montó también esta especulación en gran escala, y los ciegos pudieron comprar la mano de romances a un precio fabulosamente ba-

rato. Las cacharrerías, las tiendas de arena y estropajo y los vendedores ambulantes se surtían por muy poco dinero de aleluyas del antiguo repertorio, y de otras nuevas con soldados franceses o españoles, moros o cristianos.

El establecimiento era un verdadero laberinto, como formado de distintas piezas, que se habían ido agregando poco a poco, según las necesidades de ensanche lo pedían. Ocupaba la imprenta destinada a romances y aleluyas la peor y más lóbrega parte. Todo allí era viejo, primitivo y mohoso. La máquina, sonando como una desgranadora de maíz, tenía quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años a tirar un periódico rojo, subsistía en ella un resto, un dejo de la fiebre literaria que por tanto tiempo estuvo pasando entre sus rodillos y su tambor. Las cajas, donde yacía en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta. Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la negra insidia que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librillo de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, que más parecía una bodega o sótano que taller del arte de imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la Tierra. Viendo aquellos trebejos, se podría sospechar que el tal arte había sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer.

II

En esta mazmorra de Gutenberg fué metido Mariano para su aprendizaje. Primero le había puesto Juan Bou a copiar dibujos fáciles con tinta autógrafa; pero mostró tan escasa disposición para esto, que le confirmó a la imprenta, mandándole adiestrarse en la caja. Sus primeras torpezas, con sus descuidos, sus malas respuestas, fueron castigadas tan severamente por el maestro, ayudado de una correa, que bien pronto el muchacho le cogió miedo, y con el miedo vino el respeto y cierta convicción de que la obediencia y el trabajo le convenían por el momento más que la holganza y la maldad. En poco tiempo adquirió alguna destreza, al amparo de un cajista viejo casi inválido y de un chico listísimo, a quien años atrás conocimos y conoció mejor Mariano con el nombre de *Majito*. Este ganaba cuatro reales, y *Pecado* tan sólo dos; pero aquella honrada ganancia llevaba semanalmente a su alma como un grano de legítimo orgullo, el cual bien podía, con el tiempo, ser base sobre que se construyera la dignidad de que carecía.

El rigor del castigo y la obligación de ocuparse en un ejercicio sedentario y monótono, en local de mediana luz y nada alegre, hicieron a Mariano taciturno; palideció su rostro y adelgazó su cuerpo. A los cuatro meses ya componía él solo, si no con ligereza, con exactitud, las leyendas de las aleluyas, que eran en número fabuloso. Se las sabía todas de memoria y le bastaba ver la tosca viñeta para adivinar y componer en seguida los pareados. El y su compañero el *Majito* se disparaban a cada instante los versillos, aplicándolos a cualquier idea o suceso del momento. Tan pronto sacaban a relucir alguna oportuna cita de la *Vida del hombre flaco,* a saber:

> El verlo en paños menores
> causaba risa, señores.

como aquella de la *Vida de don Espadón,* que dice:

> Todo el día está bailando
> y a su dama acariciando.

El aburrimiento de los dos chicos les llevaba, por una especie de proceso psicológico que enlaza el bostezo con el arte, a poner en música los tales pareados, y cuando el *Majito* cantaba los de la *Procesión del Viernes Santo,* que dicen:

> Muchos niños en seguida
> van con velita encendida.

le contestaba *Pecado:*

> Delante van con decencia
> los de la Beneficencia.

También sabían de memoria, sin olvidar una tilde, los romances de matones, guapezas, robos, asesinatos, anécdotas del patíbulo

Cuando Mariano ganó tres reales, Juan

Bou, haciendo justicia a sus progresos, atendió sus reclamaciones. El muchacho aborrecía la caja. Quería trabajar en litografía; pero como no tenía aptitud ni pulso para el dibujo, quiso ser estampador. Púsose a ello, ayudando al oficial de la prensa y máquina, y bien pronto conoció Bou que Mariano había escogido bien. Aprendió a manejar con habilidad el ácido y la grasa, y también sabía marcar con precisión. La máquina gustaba tanto a *Pecado*, que siempre que podía no se quitaba de alrededor de ella, atento a sus ordenados movimientos. Al mirarla, afanada, despidiendo de sus dientes y coyunturas un sudor negro y craso, sentía que se le comunicaba el vértigo de ella, y por momentos se suponía también compuesto de piezas de hierro que marchaban a su objeto con la precisión fatal de la Mecánica.

A pesar de sus baladronadas políticas y de su aspecto feroz, Juan Bou, el *ursus spelœus*, era lo que vulgarmente se llama un infeliz, un buenazo, un alma de Dios. Tenía corazón tierno, bondadoso y sensible, y no podía ver una desgracia sin tratar de aliviarla. Si cuando estaba picado de mala mosca su lenguaje era conciso y brutal y se comía a los niños crudos, cuando le volvía el buen humor su dicción se fluidificaba adornándose con toda la hojarasca de la fanfarronería. Conversaba familiarmente con los muchachos, mostrándoles, ya la expresión seductora de sus sabidurías políticas, ya los dramáticos pasajes de su historia de mártir.

Cuando Mariano llevaba seis meses de aprendizaje con jornal de seis reales, era, ¡cosa rara!, el oficial con quien más simpatizaba Juan Bou. ¿Había entre ellos semejanza grande o disparidad absoluta? No se sabe bien. No se sabe tampoco cuál de estas dos cosas engendra la simpatía. Conste, sin embargo, que también Mariano era fanfarrón, y que en el trato de seis meses con Bou se le había comunicado la idolatría, el ente Pueblo. En cuanto a las sanguijuelas del país, *que chupan la sangre del obrero* y en cuanto a todos nosotros, que no tenemos callosidades en las manos, Mariano creía aborrecerlos tanto como su maestro; pero lo que hacía era envidiarlos, pues la envidia suele usar la máscara del odio.

En el fondo de su alma, *Pecado* anhelaba ser también sanguijuela y chupar lo que pudiera, dejando al pueblo en los puros huesos; se desvivía por satisfacer todos los apetitos de la concupiscencia humana y por tener mucho dinero, viniera de donde viniese. En esto se distinguía radicalmente de su maestro, amantísimo del trabajo. Bou no quería galas, ni lujo, ni vicios caros, ni palacios; lo que quería era que todos fuésemos pueblo; que todo el que tuviera boca tuviera una herramienta en la mano; que no hubiera más que talleres y se cerraran los lugares de holganza; que se suprimieran las rentas y no hubiera más que jornales; que cada cual no fuera propietario nada más que de la cuchara con que había de comer la sopa nacional.

En la sala donde estaba la máquina tenía Bou su mesa de trabajo, y en ésta, la piedra en que dibujaba, puesta sobre un disco de madera giratorio, con cuyo mecanismo él le daba vueltas como si fuera un papel. A poca distancia veíase la prensa de mano donde se sacaban las pruebas y se hacían los reportes. El estampador era un joven muy aficionado a la charla, hablaba sin ton ni son, escapándose de él el discurso y la palabra como se escapa el aire de un fuelle agujereado. Era un *intellectus* lleno de roturas. Mariano tenía, en su laconismo, una brutalidad sentenciosa.

—¿Qué habláis ahí, muchachos?—dijo de pronto Juan Bou, que estaba aquel día de bonísimo talante, por haber cobrado una antigua cuenta.

—Este—replicó el estampador con el sentimiento de modestia que le inspiraban sus pocas luces al ponerlas frente a la sabiduría del maestro—, éste dice que el año que viene ya no trabaja más.

—Eso lo dirá la correa—manifestó Bou, sonriendo y sin levantar los ojos de la piedra—. ¿Y qué vas a comer si no trabajas?... Me parece que tú eres de casta de sanguijuela... Y algo he oído yo. No sé quién me dijo si eres noble o no eres noble...

—Dice éste—prosiguió el estampador, gozoso de que el maestro pensase como él—que cuando su hermana gane el pleito será caballero.

—¿El pleito?... ¿Sabéis cómo haría yo que se ganaran de una vez todos los pleitos?—dijo Bou, regocijándose con el efecto que sus admirables ideas causa-

ban en los dos muchachos—. Pues mandaría pegar fuego a todos los archivos, a la escribanía *A* y a la escribanía *B*. Total: que no dejaría un papel vivo. La Humanidad no necesita de papeles. Hay que liquidar..., ¿estáis? Hay que decir: «Hasta aquí llegó la cosa»..., y *palante*... Yo diría a los jueces, escribanos, alguaciles, magistrados y demás pillería: «¿Queréis almorzar? Pues ahí tenéis la azada, el arado, el escoplo o lo que más os convenga. Pero con papeles no se come aquí, señores...» ¿Que no querían? Pues hacia un estanque de tinta, los ahogaba en él..., y *palante*.

—Dice éste—repitió el oficial, que se pirraba por delatar los disparates de su amigo—que todos no son iguales, que él está ya cargado de ser pobre.

—No hay pobreza en la honradez, no hay honra como la del trabajo—afirmó Juan Bou, incorporándose y dejando ver el esplendor lumínico de su ojo rotatorio, que parecía una rueda de fuegos artificiales—. ¡Pobre! ¿Qué quiere decir esto? Es una necedad, una... lucubración contraria a los grandes principios. ¿Tienes satisfechas tus necesidades? Sí. ¿Tienes hambre? No. ¿Estás vestido? Sí. Pues eres tan rico como el duque *A* o el conde *B*, o quizá más.

Y de este lenguaje sencillo y lapidario, que a la altura de Marco Aurelio le ponía, pasó, por gradación suave, a otro más acentuado, más enérgico, si bien no más elocuente, diciendo:

—Todo lo demás es superfluidad y lujo, es explotar al obrero, chupar su sangre, alimentarse de su sudor bendito, comerse los refinados manjares amasados con las lágrimas del pobre. Ved esos que andan por ahí, toda esa chusma de esos señores y holgazanes. ¿De qué viven? De nuestro trabajo. Ellos no labran la tierra, ellos no cogen una herramienta, ellos no hacen más que pasear, comer bien, ir al teatro y leer libros llenos de bobadas... Comparémonos ahora. Nosotros somos las abejas; ellos, los zánganos; nosotros hacemos la miel; vienen ellos y se la comen. Nos dejan las sobras, nos echan un pedazo de pan, por lástima, como a los perros... Pero todo se andará, tunantes, todo se andará; vendrá la cosa y haremos cuentas, sí, la gran cuenta, el Juicio final de la Humanidad. ¡Oh pillos! También nosotros tenemos nuestro valle de Josafat. Allí se os aguarda. Allí estaremos. Con un pedazo de lápiz tamaño así, y un papel de cigarro, basta para hacer el gran balance. Es la liquidación fácil, porque es la última..., y *palante*.

Mariano y su colega le oían absortos.

—Dice éste—continuó el estampador, incansable en la denuncia—que él ha de poder poco o ha de soltar pronto la blusa.

—Vamos a ver—manifestó el maestro, volviendo a su trabajo—: explícanos lo que tú piensas... ¿A qué aspiras tú? ¿Qué deseas tú?

—¿Yo?—dijo Mariano con terrible laconismo—. Tener dinero.

—¡Tener dinero! El dinero es una fórmula, un medio de cambio—declaró, con olímpica suficiencia Juan Bou—. ¿Y si llega un día en que no haya dinero, en que no represente nada el dinero, porque las cosas, o, mejor dicho, el servicio *A* y el servicio *B*, se cambien directamente, sin necesidad de ese intermediario?

—Chúpate ésa—dijo por lo bajo el estampador a su compañero.

—Sí, se suprimirá el dinero, que no sirve más que para negocios indecentes. Suprimiendo el numerario, quedarán suprimidos los ladrones..., y *palante*.

Ambos abrieron medio palmo de boca.

—Pero el dinero—se aventuró a decir Mariano—no se ha de quitar hoy ni mañana...

—Quién sabe... La cosa está mal. Dicen que esto se va. Me escriben de Barcelona que se está trabajando...

—El dinero no se suprime—afirmó *Pecado*, rebelándose tenazmente contra la incontrovertible sabiduría del maestro.

—Hombre, que sí.

—Pues yo quiero ser rico.

—¡Ser rico! ¿Y qué es la riqueza, bruto? Es una cosa convencional, acémila. Hay por ahí unos cuantos tunos que se comen lo que no es suyo, lo que es de todos, del común, y el día en que se diga: «¡Ea!, bastante ha durado la mamancia...», va a ser bueno, va a ser bueno. Nosotros diremos: «A ver, señor duque de Tal, ¿de dónde sacó usted las tierras *A* y las dehesas *B*? Señor banquero Cuál, ¿de dónde sacó usted los millones *A* o *B* que tiene en el Banco?» «Hombre—dirán ellos—, pues yo...» «Valientes pillos están ustedes, acapara-

dores, por no decir otra cosa...» Conque ya ves. No habrá entonces dinero, ni Banco, ni Bolsa; no habrá más que servicios mutuos, toma y daca. Que yo necesito un jamón, el comestible *A* o el comestible *B:* me voy a la tienda y me encuentro que el tendero necesita etiquetas, anuncios. Pues ahí va, y venga. El sastre le hará pantalones al zapatero, y el zapatero le hará zapatos al sastre. Es un organismo sencillísimo, brutos. Vosotros no habéis estudiando la cosa, no habéis trabajado por la cosa, no habéis estado en calabozos, no habéis comido ratas desabridas... Se trata de un organismo. ¿Sabéis lo que es un organismo?

Ambos callaron. Creían que se trataba de un organillo; pero no se atrevían a decirlo.

—Este dice también—añadió el denunciador, sin poder contener la risa—que quiere ser célebre.

—¡Célebre! Ta, ta, ta—exclamó Juan Bou, radiante, al considerar el triunfo que a su oratoria se preparaba—. ¿Conque célebre y todo..., es decir, hombre grande? ¡Valiente papamoscas! ¿Y qué entiendes tú por celebridad? La de los guerreros y capitanes, la de esos bobos que llaman poetas, escritorzuelos... Los unos son los verdugos de la Humanidad: no han hecho más que matar gente. Los otros han engañado y extraviado a la Humanidad, contándole mil mentiras y embelecos. Cógeme a tal o cual guerrero, al poeta *A* o al prosista *B*. ¿Qué han hecho por el pueblo? Nada. Su celebridad se acabará también, porque se suprimirá la Historia. Se hará una Historia nueva, en que no figuren más que los que han inventado una máquina o perfeccionado la herramienta *A* o *B*. Esos sí, esos sí que tendrán estatuas.

—¿Y quién... va a hacer las estatuas?—preguntó, con gran viveza de pensamiento, Mariano.

—Toma—dijo Bou, reponiéndose, después de desconcertarse un poco—, los escultores. Habrá escultores que harán las estatuas de los obreros célebres, de los padres de la patria, y se les pagará con comestibles, mano de obra... Parece que eres tonto... Ahora, si tú quieres ser célebre inventando la dirección de los globos, o cosa así, entonces nada te digo. Por ahí por ahí... Pero no envidies a los personajes del día, a esas sanguijuelas del pueblo. Mira tú qué tipos. ¿Prim? Un tunante. ¿O'Donnell? Un pillo. Tiranos todos y verdugos. Olózaga, Castelar, Sagasta, Cánovas. Parlanchines todos. ¿Y ese Thiers, de Francia? Otro que tal. Cuando toquen a barrer, veréis cómo queda esto... Nada, nada; aplícate a este oficio y puede que llegues a la notabilidad. Ya sabes: comerás y vestirás con tu trabajo. Toma y daca..., y *palante*.

—Pero éste dice que quiere ser célebre, aunque para ello tenga que hacer una barbaridad.

—Hombre, hombre, ¿tú quieres dar golpe? Valiente papamoscas. Pues dalo, hombre, dalo. No te faltará ocasión, cuando se grite: «¡Abajo la tiranía!», pórtate bien. Intenta cualquier cosa, aunque sea una barbaridad, como dices. Puede que no lo sea. Hoy se tiene por barbaridad lo que mañana quizá se mire como una gran acción. Nada, hombre..., *palante, palantito*...

Siguió hablando en este tono y desarrollando su idea con tal copia de audaces juicios, que los dos muchachos le oían como si fuera una sibila.

—Lo que yo quiero es moneda—volvió a decir Mariano con rudeza concisa.

—¡Ah! Ya no quieres celebridad, sino plata. No era como tú el célebre Erostrato.

—¿Quién?

—Uno que pegó fuego—dijo Bou, reventando de erudición—a un templo..., no sé si de Babilonia, de Venecia o de dónde.

—¿Y sacó dinero?

—Vuelta con el dinero.

—Con dinero se tiene todo.

—Y tú quieres tener todo: gozar, disfrutar; lo mismo que cualquiera de esos pillos, lo mismo que la sanguijuela *A* o la sanguijuela *B*.

Mariano gruñía, dando a conocer, con bárbaro modo, su ardiente anhelo de ser sanguijuela.

—¡Ea!, bastante se ha charlado—dijo el maestro, echando un vistazo a la prensa—. *Palante*... Sacadme esos reportes ahora mismo.

Y siguió un silencio sólo turbado por los rumores de la actividad taciturna. Oíase el gemido de la prensa, el roce del pegajoso rodillo negro y el rascar de la pluma del maestro sobre la piedra. Juan Bou, que aunque buen catalán tenía un

oído infernal, destrozaba entre dientes *La Marsellesa,* como destroza el fumador la colilla del cigarro. Después escupía unas cuantas notas, y callaba, para empezar de nuevo al poco rato. Se había contagiado de la afición de sus aprendices a canturriar los pareados de las aleluyas, y así, sin pensarlo, cantaba con la música de Rouget de L'Isle estos versos:

Muchos niños pequeñitos
van vestidos de angelitos.

CAPITULO V

ENTREACTO EN EL CAFÉ

Mariano pasó algún tiempo en esta vida, sin que ocurriera cosa alguna digna de ser contada. Pero en la primavera del 76 ya empezó a fastidiarse. Dejaba de asistir al taller con harta frecuencia, y se pasaba horas y más horas en el café del Sur. Por el afán de aumentar su peculio había contraído el vicio del juego, frecuentando innobles garitos, o agregándose a los nefandos círculos que al aire libre, en las puertas de los ventorros de extramuros, funcionan. Su suerte era mala, se aturdía y perdía casi siempre. Cuando ganaba se permitía lujos desenfrenados, como ir al teatro de la Infantil y ver todas las funciones, desde la primera a la última; convidarse a chuletas con tomate en cualquier taberna, ir a los bailes vespertinos de criadas y costureras, donde danzaba y hacía conquistas. Cuando las ganancias habían sido, por ventura, fenomenales, alquilaba un jamelgo, se iba trotando hasta la Puerta de Hierro, o daba la vuelta a Madrid paseando por el retiro, entre las filas de coches de lujo y jinetes ricos. Para que esta parodia vil y nauseabunda de las disipaciones de la clase superior fuese más completa, tenía sus pequeñas deudas con el mozo del café y con los amigos.

Ya faltase todo el día al taller de Bou, ya asistiese puntualmente, nunca dejaba de ir al café del Sur. A veces no estaba más que un rato, a veces cuatro o cinco horas. Se le veía solo, en blusa azul y gorra, con los codos sobre la mesa, el vaso de café delante y en la boca un puro de a cuarto, mirando las nubecillas de humo con estúpida somnolencia.

Pero ¿quién es aquel señor que abre la puerta del café y esparce su vista por el local, como buscando a alguien, y desde que ve a Mariano viene hacia él, y se le sienta enfrente? ¿Quién ha de ser sino el bendito don José? Bien se conoce en su faz el martirio y las tristezas que está pasando. Ved su cara demacrada y mustia, sus ojos impregnados de cierta melancolía de funeral; ved también sus mejillas, antes competidoras de las rosas y claveles, ahora pálidas y surcadas de arrugas. ¿Qué le pasa? El nos lo dirá. Durante algún tiempo, su único consuelo ha sido agregarse a Mariano en el café del Sur, y frente a él exhalar sus quejas, semejantes a las de los pastores de antaño; y así como las ovejas—dicho está por los poetas—se olvidaban de pacer para escuchar los cantos de los Salicios y Nemorosos, Mariano dejaba enfriar el café por atender a lo que don José refería.

—Hoy tampoco la he podido ver—dijo aquel día, abril de 1876—. Ese señor Botín es un verdugo: no la deja salir de casa, no la deja asomarse al balcón... Te digo que me gustaría que el señor Botín y yo nos viéramos un día las caras... Yo soy padrino de tu hermana, yo soy su segundo padre, y debo velar por ella... ¡Luego el pobre *Riquín* estará tan solo, extrañará tanto no verme a todas horas, y no jugar conmigo, como antes!... Porque has de saber que *Riquín* no quiere a nadie más que a mí; me quiere más que a su propia madre. Lo que es a Botín no le puede ver.

Al decir esto, Relimpio dejaba conocer, al trasluz de su pena, el regocijo de la venganza. ¡*Riquín* no quería al otro! ¡Oh placer de los dioses!

—Mi hermana tiene la culpa—dijo Mariano—. Ese tío Botín es una fiera. ¿Por qué no le planta en la calle, como es debido? Pero vea usted..., de aquellas cosas que pasan, ¡puño!... El es rico; ella se ve mal... Si trabajara como yo, viviría como es debido. De consiguiente, yo no pienso poner los pies en su casa, porque una vez que fuí me dijo que no volviera. De consiguiente, ese Botín no quiere que ni yo, ni usted, ni mi tía Encarnación, vayamos allá. No quiere estorbos. Yo no voy, porque suponga usted que nos encontramos Botín y yo, hablamos, y sin saber cómo, pues..., de aquellas cosas que pasan..., reñimos.

Total, que me hago cuenta de que no tengo tal hermana.

—Si al menos la dejara salir a la calle siempre que ella quisiera—indicó Relimpio, embuchándose el café, mientras el otro se rompía las mandíbulas para sacar humo del duro cigarro—. Pero quia, quia. Tiene que valerse de mil tretas para salir, La pobre lleva ya tres meses de esta vida y no sé cómo aguanta. ¿Al teatro? Que si quieres... Los domingos le hace ir a misa, y aquí paz... Dicen que ese señor es mojigato.

—Es rico—afirmó Mariano con el tono de asombro mezclado de respeto que empleaba siempre para expresar aquella idea.

—Riquísimo. Gana millones. Si le dejan, se come a España en menos que pía un pollo. ¿Y no sabes lo mejor? Es casado. Mira, si yo no fuera una persona decente, le escribiría un anónimo a su señora contándole los devaneos... Pero no está en mi sangre, no. La señora de Botín es condesa o baronesa; el es conde o barón consorte, ¿te enteras? Ella es, según dicen, buena persona, y hace muchas caridades. Hablan de que va a fundar un hospital.

—Sanguijuelas del país y del pobre que trabaja, ¡repuño!... Ellos gastan lo nuestro... Pero yo, ya verán, ¡puño! El mejor día..., de aquellas cosas que pasan... El mundo da una vuelta, y *palante*... Ahora nos toca a nosotros. De consiguiente, venga dinero. Que todo se reparta como es debido.

—Y el que no trabaje que no coma. Lo mismo pienso yo. Desde que se fué don Amadeo, ¡y aquél sí era persona decente!, esto está perdido. Es verdad que se acabó la guerra; pero ¿cómo se acabó? A fuerza de dinero. Esta gente es atroz. Aquí no hay administración, ni se llevan los libros de cuentas del Estado como manda la Teneduría. Mira tú: mientras no se suprima eso de que los ex ministros tengan treinta mil reales... Yo no sé cómo no se les ocurren estas cosas... Señor, que no podemos con la Hacienda, que hay déficit. ¿Pues qué más tiene usted que quitar tanto empleado vagabundo?... Señor, que la política... Pues fuera política... Si quisieran, todo lo arreglarían bien. Con ir dejando a un lado a los piratas y colocando a la gente honrada... Mira tú, es bien fácil. A ver...: don Fulano, ¿es un hombre honrado? Sí, señor. Pues venga acá. ¿Y don Zutano? También. Venga. ¡Ea!, ya me tienes la Administración arreglada. Yo sé que los tunantes chillarían; pero me chillaran hasta reventar.

Estas sabias apreciaciones duraban poco, y luego volvia don José a la monotonía de sus lamentos pastoriles. Durante varios días repitió las mismas cosas... La había visto un momento... Estaba desmejorada y triste... *Riquín* tampoco era feliz... En mayo añadió a tan enfadosos temas uno que era más agradable a la concupiscencia de Mariano.

—¿Sabes?—le dijo—que mi hijo Melchor ha emprendido un gran negocio? Llegó aquí el mes pasado. Por cierto que me cogió desprevenido. Yo le creía en la Habana. Pero el capitán general le quitó el destino a los veinte días de haber tomado posesión de él y me lo embarcó para la Península... Intrigas políticas..., envidias y miserias.

—De aquellas cosas que pasan...—murmuró Mariano, demostrando perspicacia—. Don Melchor tendría las uñas un poco largas; de consiguiente...

—Quita, quita, hombre. Melchor es la misma honradez.

—Sí; pero..., de aquellas cosas que pasan..., al verse allí entre tanto dinero...; de consiguiente...

—Hombre, no.

—Total, que se volvió para acá sin un real.

—No tanto. Algo ha traído... Pues te contaré el negocio, que es grande, tremendo. Es un secreto que ha descubierto.

—¡Un secreto!... Y lo guardará... como es debido.

—No, lo pone a disposición de todo el mundo. Ha hecho unos prospectitos, ¿sabes? Luego ha puesto un anuncio en los periódicos, diciendo que el que quiera saber el secreto del negocio mande veinte reales en sellos. ¡Ajajá! No puedes figurarte los sellos que han entrado en casa. Pero ya se va cansando la gente y vienen pocas cartas.

—¿Pero el secreto...?

—No sé cuál es.

—¿Y si..., de aquellas cosas que pasan..., resulta que no hay tal secreto...?

—Yo no sé... Desde que tomó la casa en la calle de los Abades, donde vivimos, se ocupa de otras cosas. Escribe artículos en un periódico. La ha tomado con

las Compañías de ferrocarriles y otras Empresas gordas, y, ¡si vieras!, las pone como hoja de perejil. Nada, que las mata, que las está matando. Yo le digo que ya que escribe, escriba de cosas útiles, por ejemplo, que los ingleses deben devolvernos a Gibraltar. Eso sí: yo creo que si esto se dice un día y otro día, al fin hemos de lograrlo. Y, si no, guerra, guerra con los ingleses. ¡Ah! ¿No hicimos lo del Callao? Aquello sí que fué grande. Te lo contaré, pues lo sé como si lo hubiera visto.

Pero Mariano no paraba mientes en aquel interesante capítulo de Historia. La epopeya de los veinte reales en sellos cautivaba más su espíritu, adormeciéndole en cálculos voluptuosos y combinaciones de riquezas y placeres.

Algunos días después, Mariano era el que llevaba noticias del hijo de don José.

—Ayer—dijo—estuvo don Melchor hablando más de dos horas con Juan Bou. Ha inventado una rifa para los pobres. Está unido con otros señores, y, de consiguiente, tiene autorización del Gobierno, como es debido. ¡Recontrapuño, qué negocito! Juan Bou hace los billetes y le dan parte.

—Si estoy enterado, hombre. Como que yo he de llevar la contabilidad. Es una idea humanitaria. Ya no habrá más pobres por las calles... Volviendo a lo mismo, Marianín, te diré que la vi ayer en misa. Por la tarde fuí a sacar al niño a paseo. ¡Ah! ¿No sabes? Lo del pleito va bien. Hombre, si te veremos al fin...

Mariano se desperezó y después que hubo estirado bien sus extremidades, descargó el puño sobre la mesa, diciendo:

—¡Maldita sea la Biblia!

Isidora, que vivía en la calle de las Huertas, salía con frecuencia al balcón, y si veía a su padrino paseándose de arriba abajo y echando con disimulo un vistazo al piso segundo, sentía pena y lástima. Unas veces le hacía señales de que entrase, otras de que no entrase, y don José obedecía con humildad. Llamóle un día con agraciado gesto desde dentro, alzando el visillo y mostrando su cara preciosa tras el cristal. Relimpio subió.

¡Cómo le palpitaba el corazón! Entró, cogió en sus brazos al niño, dióle mil besos en la frente, en los rizos, y cargado con él, entró en la sala. Isidora vestía una bata azul de corte elegantísimo. Acababa de peinarse y su cabeza era una maravilla. Nadie que la viese, sin saber quién era, podría dudar que pertenecía a la clase más elevada de la sociedad. Contemplóla don José, más que con amor con veneración, con fanatismo, como el salvaje contempla el fetiche, y poco faltó para que se le hincara delante.

—Estás, estás...—le dijo turbado por la emoción—, que pareces una diosa... Vengan las duquesas a tomarte por modelo... *¡Riquín!*, hijo mío, sol, dame más besos... ¡Bendita sea tu madre!

Mucho se alegraba también Isidora de ver a su padrino; pero un asunto urgentísimo los separaría muy pronto.

—¿No viene hoy ese bruto?—dijo Relimpio.

—No. Hoy habla en el Congreso.

—¿De modo que me estaré aquí hasta anochecida?

—No, porque tengo que hacer, tengo que salir...

¡Don José puso una cara tan triste! Sus ojos vivos se amortiguaron como la llama de la exhausta lámpara colgada delante del santo.

—Tengo que hacer—dijo Isidora, sacando una carta—. Y usted me va a hacer el favor de llevar ahora mismo esta carta a Joaquín.

Don José dió un gran suspiro. Puso la cara más desconsolada y agoniosa del mundo, la cara que pondría toda persona a quien se obligara a beber un vaso de vinagre.

—¿De veras que no estás hoy en casa?

—No. Si usted quiere, puede venir a jugar con *Riquín*.

—Le sacaré a paseo. Está bueno el día. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—Pues voy, voy a hacer tu encargo —murmuró el viejo, consolándole la idea de pasear al niño.

Isidora salió. Su traje realizaba el difícil prodigio, no a todas concedido, de unir la riqueza a la modestia, pues todo en ella era selecto, nada chillón, sobrecargado ni llamativo. Llevaba en su cara y en sus maneras la más clara ejecutoria que se pudiera imaginar, y por dondequiera que iba hacía sombra de blasones. Y, sin embargo, por desgracia suya, empezaba a ser conocida y cuan-

tos la encontraban sabían que no era una ladi.

¡Dama por la figura, por la elegancia, por el vestido!... Por el pensamiento y por las acciones, ¿qué era?... La sentencia es difícil.

CAPITULO VI

ESCENA VIGÉSIMA QUINTA

Aposento no muy grande, cómodo, bien amueblado y a media luz.

ISIDORA y JOAQUÍN

JOAQUÍN.—*(Con admiración.)* Pero ¡qué guapa estás, o, mejor dicho, qué hermosa eres!... ¡Joya digna de un rey, ¿por qué estás condenada a encerrar tu brillo dentro de la esfera de una posición mediana, oscura y equívoca? ¡Tremendas ironías del Destino! Fíate de que el nacimiento y el temperamento te hayan hecho ilustre... si la realidad y el mundo traidor no te permiten manifestarte como eres...; pero no suspires, no te entristezcas. Hoy es día de alegría y juntos los dos aquí olvidaremos todas nuestras penas... Cada día me es más difícil vivir sin ti.

ISIDORA.—*(Con coquetería.)* ¡Embustero!... Me quieres cuando me necesitas, cuando eres desgraciado. ¡Desde que prosperas un poco, ¡adiós!, ya no te acuerdas de mí! Yo no debía hacerte caso: pero mi debilidad es más fuerte que mi fortaleza, ¿entiendes?... ¿Quién no tiene un castigo en el mundo? Mi castigo eres tú. En vez de darme enfermedades o de volverme fea, Dios me ha dicho: «Quiérele»; y ya ves, te quiero y padezco. El corazón me dice que será constante. Te amaré siempre, mientras viva. Mi corazón es de una pieza. No puede amar sino a uno solo, y amarle siempre... Los hombres, descartando el mío, me hastían, los aborrezco. Uno solo me ha conquistado, y de ése soy. Venga lo que viniere, a mi amor me atengo. No sé cómo hay mujeres que adoran hoy a éste y mañana al otro. Yo no soy así. *(Con tristeza.)* ¿No es verdad que nací para ser honrada?

JOAQUÍN.—Y para mí. *(Entusiasmándose por grados.)* Sólo yo te comprendo, sólo yo. Los demás te juzgarán mal, quizá. Yo, que te conozco, sé que eres un ángel de bondad. La responsabilidad de tus faltas las tomo para mí y te dejo a ti la gloria de tus bellas acciones. Y ¡qué ingrato he sido contigo! Pero me has dado una de esas lecciones que son propias de las grandes almas. A mis ligerezas respondes con tu generosidad.

ISIDORA.—*(Mirándole a los ojos.)* ¿Estás satisfecho de mí?

JOAQUÍN.—Te idolatro.

ISIDORA.—¿Me he portado bien?

JOAQUÍN.—Como una princesa, como una reina. No todas las coronas están donde deben estar... ¡Ay Isidora, bendito sea tu orgullo! Quien nota en su alma esa chispa, ese no sé qué, signo de elevación sobre el nivel común, está preparado para las cosas grandes y sublimes. El orgullo no es en ti un defecto: es una inspiración santa.

ISIDORA.—Pero no tengo la conciencia tranquila... Ya ves que...

JOAQUÍN.—Desecha las ideas convencionales. Cada acción tiene un punto de vista desde el cual debe juzgársela, lo cual prueba la gran variedad de las perspectivas del alma humana...

ISIDORA.—Yo siento algún remordimiento...

JOAQUÍN.—Porque no has hecho un análisis frío del hecho en sí y te dejas llevar de la rutina.

ISIDORA.—*(Gozosa.)* ¿Te pusiste contento cuando recibiste mi carta?

JOAQUÍN.—La besé mil veces, y aun creo que se me escapó una lágrima, cosa en mí desusada.

ISIDORA.—Ya ves que cumplí mi palabra. El jueves, cuando me pintabas tu compromiso y me decías que tu honor y tu buen nombre estaban en peligro, te dije: «Yo, a quien tan grandes desaires has hecho, te he de salvar...» No hay nada que me cautive tanto, que tanto interese en mi alma, como un acto de estos atrevidos y difíciles, en que entren la generosidad y el peligro. Nací para estar arriba, muy arriba.

JOAQUÍN.—En las estrellas te pondría yo.

ISIDORA.—Las cosas bajas y fáciles, las pasiones mezquinas no caben en mí. Tú me habías hecho muchas picardías; pues ahora verás... Yo soy así. La idea de devolverte bien por mal me daba alegría y valor para vencer las dificultades. Fuí a mi casa pensando en tus apuros. Yo calculaba, discurría, hacía cuentas. A

medianoche no había dormido aún; estaba sola, podía pensar a mis anchas, y pensar en ti como me diera la gana. Llegó la mañana. ¿Qué creerás que hice? La cantidad era enorme. ¡Mil duritos! ¿De dónde había de sacar yo ese dineral? Pues verás... Vendí mis pendientes de tornillo y mi alfiler grande. Saqué doce mil reales. Compré otros diamantes falsos para que él no conociera el engaño. Después empeñé mi pulsera, el reloj; pero nunca bastaba, hijito. Por tu suerte él me había dado cierta cantidad para renovar parte de la sillería..., pues al montón con ella. En fin, mi tía Encarnación me proporcionó el resto... Y aquí vienen los escozores que siento en mi conciencia...

JOAQUÍN.—*(Con escepticismo y fortaleza de espíritu.)* Eres una chiquilla. Es preciso que tu inteligencia se ponga a la altura de tu gran corazón.

ISIDORA.—*(Con monería.)* Déjame, que yo me entiendo. Te diré la verdad pura. Por engañarle no tengo remordimientos. Es un animal a quien aborrezco con toda mi alma. No me merece... ¡Pero hay tantas clases de traición!... Te diré...

JOAQUÍN.—*(Azotándola con cariño.)* Pero ven acá, tonta...

ISIDORA.—*(Abofeteándole con amor.)* Escucha, idiota...; digo que las traiciones de dinero no me gustan. Hay algo ahora en mí que las rechaza. Te diré: con gusto o sin gusto mío, él me da cuanto necesito. Es verdad que los tornillos eran míos; me los habías regalado tú. Pero el alfiler me lo dió él..., y el dinero para la sillería... Ya ves.

JOAQUÍN.—Déjame hablar ahora.

ISIDORA.—*(Tapándole la boca.)* Aguarda.

JOAQUÍN.—*(Quitándose a viva fuerza la mordaza y besándola mucho.)* Déjame hablar a mí. Escucha, escucha. Si ese animal tuviera cien veces más dinero del que tiene; si en vez de haberse comido una parte del país, se lo hubiera comido entero, todo su caudal no bastaría para pagar una de tus caricias, aun otorgada con violencia y sin amor. Esa cantidad que he recibido de ti me ha salvado de la deshonra. Yo te quería ya, yo te amaba siempre, a pesar de mis devaneos. Pero ahora te adoro, ahora soy tu esclavo. Esta deuda es sagrada, es doble: deuda del corazón y deuda de bolsillo. Te pagaré religiosamente.

ISIDORA.—¡Pagarme! ¡Ay! Yo no cobro nunca. Mis manos no nacieron para eso. Si en algo estimas el beneficio que de mí has recibido, ya sabes la recompensa que quiero.

JOAQUÍN.—*(Amoscado.)* ¿Cuál?

ISIDORA.—Te lo he dicho mil veces. El reconocimiento de Joaquín.

JOAQUÍN.—*(Sintiéndose atacado de sordera.)* No te oigo.

ISIDORA.—Que reconozcas a nuestro hijo.

JOAQUÍN.—¡Ah!, ya...; eso es corriente. *(Disimulando su contrariedad.)* En estos días me hallo en tal situación, que no podré celebrar ningún acto civil... ¡Ay!, querida mía, confesor mío, para ti no debo tener secretos. Delante de ti no debo ni puedo disimular mis faltas. He sido un calavera, un disipador; merezco lo que me está pasando. Yo tenía una regular fortuna. ¿Sabes tú cómo se me ha ido de entre las manos? Pues yo tampoco lo sé, y me confundo... Cosa de magia, chica, porque yo... te juro que vivo con economía... Malditos sean los usureros, fieras desenjauladas, dragones sueltos contra quienes nada puede la Humanidad indefensa. Y gracias que, renovando a tiempo, con tu divino auxilio *(Da un gran suspiro.)* he podido salvar el honor por el momento. A ti te debo que no haya caído una gran mancha sobre el honrado nombre de Pez... Pero ¿qué sucederá? Que dentro de poco llegará otro vencimiento. Chiquilla, con las fechas no se juega. El tiempo es implacable... Papá me ha hablado seriamente el otro día. Hemos hecho un balance. Le he descubierto todos mis líos; se ha incomodado, y por fin hemos resuelto que no tengo más remedio que irme a la Habana.

ISIDORA.—¡A la Habana!

JOAQUÍN.—Sí, con un destino en la Aduana, un gran destino. Es el único remedio. Los españoles tenemos esa ventaja sobre los habitantes de otras naciones. ¿Qué país tiene una Jauja tal, una isla de Cuba para remediar los desastres de sus hijos?

ISIDORA.—¡Ya!

JOAQUÍN.—Me iré a la perla de las Antillas, como decimos por acá. ¿Quieres ir conmigo?

ISIDORA.—*(Reflexionando seriamente.)* Te diré...; ir contigo sería mi dicha. Yo te cuidaría si caías malo, y te desviaría

de tus calaveradas, porque allá... Pero no puedo, no puedo salir de aquí. Tengo que estar a la mira de mi pleito. El abogado me ha dicho que lo ganaré si tengo paciencia. Ya se ha hecho lo que llaman la réplica, y luego que la señora presente su dúplica, vendrá la prueba... Ya ves, me voy enterando de estas cosillas fastidiosas.

JOAQUÍN.—Si lo ganaras... *(Afectando confianza.)* Yo creo...

ISIDORA.—Es el principal móvil de mi vida. Cuando consiento en separarme de ti por pleitear, figúrate si es cosa de importancia...

JOAQUÍN.—*(Con seriedad.)* Y yo lo comprendo... No debes salir de aquí. Cuando yo venga, ¡toma!, de seguro te encontraré en pacífica posesión de la casa de Aransis.

ISIDORA.—¡Dios te oiga!... Yo también lo creo así.

JOAQUÍN.—Es evidente... Nada, nada, es cosa hecha.

ISIDORA.—Cosa clara. *(Se abrazan para comunicarse recíprocamente su confianza.)* ¿Y cuándo te vas?

JOAQUÍN.—No lo sé. Dejaré pasar el verano. Papá y el ministro han hablado ya. Aunque en el Congreso se tiran a matar, allá, entre bastidores, son amigos y se sirven bien. Cuando papá era director, servía a este señor en cuanto le pedía, y ahora para el ministro no hay mejor recomendación que la de mi padre.

ISIDORA.—*(Con mucho mimo.)* Pero yo siento que te vayas. ¿Por qué no tratas de remediarte aquí? ¿Por qué no trabajas en algo?

JOAQUÍN.—¿Aquí? ¡Trabajar aquí!... Tú te has caído de un nido. En España no se recompensa el mérito. ¡Qué país! Es claro; yo trabajaría, yo me dedicaría a algo; pero ¿qué pasa? Los escritores, los artistas, los industriales y hasta los tenderos todos se mueren de hambre. Que trabaje el obispo. No hay más medio de ganar dinero aquí que metiéndose en negocios patrocinados por el Gobierno. Pídele datos de esto a tu señor Sánchez Botín. Es un genio.

ISIDORA.—*(Con malignidad.)* Es un genio... inaguantable. Está muy hueco con el discurso que pronunció ayer. Es de... de la Comisión. ¿No se dice así?

JOAQUÍN.—De la Comisión, justo. Todavía no he leído su discurso. *(Incorpórase, y del bolsillo de su levita saca un diario.)* Es un hatajo de necedades soporíferas. Cuando hablaba, no había seis diputados en el salón, y de estos seis, cinco estaban dormidos. Todos los oradores versados en administración producen estos efectos de narcótico. Papá mismo, cuando habla de esto, es el puro beleño. Pero ayer era el único que logró estar despabilado durante la oración fúnebre-administrativa de Sánchez Botín.

ISIDORA.—Pues él dice que apabulló a tu padre.

JOAQUÍN.—¡Qué gracia! Verás. *(Amenaza leer.)*

ISIDORA.—Por Dios, deja eso.

JOAQUÍN.—Oye qué admirable estilo. *(Lee.)* «Los señores que se sientan en esos bancos...»

ISIDORA.—¡Por la Virgen Santísima!

JOAQUÍN.—Si esto es muy divertido. *(Sigue leyendo.)* «...no quieren acabar de comprender que los que nos sentamos en estos bancos y la Comisión...»

ISIDORA.—*(Arrebatando el papel de manos de Joaquín.)* Si tú le estuvieras oyendo a todas horas.

JOAQUÍN.—Es un bruto que merecía el desprecio si no mereciera el presidio. Su discurso es el colmo de la sabiduría. Dice que en tiempo de papá eran mayores los escándalos y las irregularidades... Voy a contarte en dos palabras las gracias de Botín.

ISIDORA.—*(Tristemente.)* ¿Será tarde? *(Hace un gorro con el periódico en que está el discurso de Botín.)*

JOAQUÍN.—No, querida; es temprano.

ISIDORA.—Paréceme que entra poca luz, que anochece...

JOAQUÍN.—Es que se ha nublado.

ISIDORA.—Mira el reloj.

JOAQUÍN.—No me da la gana.

ISIDORA.—¡Qué horas tan felices si no fueran tan cortas! *(Acaba él gorro de papel y se lo pone.)* ¿Qué tal?

JOAQUÍN.—*(Dando su aprobación expresivamente.)* ¡Mona!... Pues te contaré las gracias de Botín.

ISIDORA.—¡Ay! Esas gracias me han hecho llorar mucho. ¡Si él supiera las mías!...

JOAQUÍN.—Hace unos quince años Sánchez Botín era un zascandil. Andaba por ahí con un gabán perenne y sucio; pero ya dejaba traslucir sus disposiciones para la intriga; adulaba a todo el mundo, y agenciaba cosas de poco valor

en las oficinas. Empezó a levantar cabeza trabajando elecciones por los pueblos del Alto Aragón. Hacía diabluras, resucitaba muertos, enterraba vivos, fabricaba listas, encantaba urnas. Después le colocaron en el Ministerio, y casó con la de Castroponce, que le aportó dos millones. Hízose diputado y gerente del ferrocarril de Albarracín. Aquí empiezan sus triunfos. Como tiene amistad con el ministro y allá se gobiernan bien los dos, hace lo que quiere. Figúrate, la ley autoriza a los Ayuntamientos para auxiliar a las Compañías de ferrocarriles con el ochenta por ciento de sus bienes propios.

ISIDORA.—*(Bostezando.)* ¡Qué cosas!

JOAQUÍN.—Tú no entenderás esto. Yo tampoco. Ello es que hay un papel que se llama Inscripciones, el cual está en la Caja de Depósitos. Botín se arregla para sacarlo, da una pequeña parte al Ayuntamiento y con el resto y la subvención van construyendo el ferrocarril sin adelantar una peseta. El Gobierno les da prórrogas.

ISIDORA.—*(Cerrando dulcemente los ojos.)* ¡Qué picardía!

JOAQUÍN.—*(Con verbosidad.)* Pero esta tostada, con ser un negocio inmoral, no es tan atroz como la que resulta de comprar por un pedazo de pan los abonarés de los soldados de Cuba, que llegan aquí muertos de miseria, enfermos y con un papel en el bolsillo. El Gobierno no puede pagarles; pero Botín ha reunido millones en esos abonarés, y el mejor día se los admite el Gobierno en pago de un empréstito... Pues en las subastas no te digo nada. Ahí es donde están las ricas tostadas. El hace lo que quiere. Es un bajá administrativo, mejor dicho, un sultán que tiene las rentas públicas por serrallo. Se pone de acuerdo con el Gobierno, y redacta a su gusto el pliego de condiciones, de manera que no se puede presentar nadie... Pero ¿qué es eso? *(Poniéndole la mano en la frente.)* ¿Isidora?... Se ha dormido... ¡Qué hermosa está! ¡Qué cuello y hombros tan admirables!... Pura escuela veneciana... ¡Isidora!

ISIDORA.—*(Despertando.)* Me dormí arrullada por las gracias de Botín. ¿Será tarde? Ahora sí que anochece.

JOAQUÍN.—Es que es un chubasco, tonta. El cielo está negro.

ISIDORA.—Es hora de marcharme. Mira el reloj.

JOAQUÍN.—Para que te desengañes. *(Mira el reloj.)* ¿Ves? Todavía me debes una hora, según lo convenido.

ISIDORA.—¡Una hora! *(Con pena.)* Sesenta minutos me separan de la presencia de ese bruto. No le puedo apartar de mi imaginación. Es una pesadilla que me atormenta noche y día. ¡Cuándo despertaré de ese hombre!... Me parece que le veo entrar esta noche como todas. «Buenas noches», «buenas noches.» «¿Dónde has estado? Tú has salido...» Aquí de mi talento para inventar cosas. Yo no he gustado nunca de decir mentiras: pero desde que vivo con él me he adiestrado de tal modo en ellas, que las suelto sin pensar; se me ha desarrollado un talento para mentir... Pues te diré. Entra él; como entienda que he salido sin su permiso, ¡María Santísima! El gasta en mí su dinero a la calladita; y me compra cuanto apetezco con tal que no lo luzca, con tal que nadie me vea. Quiere que me ponga guapa para él solo. Basta que cualquier persona me mire para que él se enfade, porque cree que con los ojos se le roba algo de lo que tiene por suyo. No quiere que me dé a conocer en la calle, porque no gusta de escándalos, y se asusta de que esto se descubra. Dice que aquí no estamos en París, y que es preciso no chocar, no dar motivo a la murmuración, no faltar a las buenas apariencias sociales. Es un egoistón y un hipócrita... Lo primero que me encarga es que vaya a misa todos los domingos. Dice que conviene no dar mal ejemplo al pueblo. Cuando echa un discurso sobre los buenos principios, que son la base del orden social, me lo lee con entonación grave..., ¡si le oyeras!, y me dice con toda su alma: «Yo no puedo desmentir estas ideas. Conque mucho cuidado...» En teatros no hay que pensar. Alguna vez me permite ir de tapadillo, vestida de cualquier modo, y me hace subir a los anfiteatros. Ni aun allí me deja libre, porque le veo atisbándome desde las butacas y observando si miro o no miro, si hay moros por la costa, o algún hombre sospechoso cerca de mí... En fin, es un tipo insufrible. ¡Qué celoso, Dios mío! Si me ve asomada al balcón, ya se le figura no sé qué. ¡Ah!..., pues lo mejor es que a cada instante me está sacando a relucir su dinero. ¡Qué tonillo toma! *(Remedando voz de*

hombre.) «Señora, yo me gasto con usted mi dinero, y usted ha de ser para mí...» ¡Para él! El quisiera que yo fuera un vaso de agua para beberme de un trago. Quiere absorber mis miradas todas y empaparse en mis pensamientos.

JOAQUÍN.—*(Con desprecio.)* ¡Zopenco!

ISIDORA.—¡Y cuánto me hace padecer! Si me río, cree que me burlo de él; si estoy seria, dice que no le quiero y que estoy pensando en otro. Si me canso, me llama «fría, pedazo de mármol». Me toma cuenta del respirar, y si doy un suspiro, ¡ay Dios mío!, ya está armada la tempestad. ¡Y cómo me agobia! No sabe lo que es delicadeza. A veces quiere tenerla, y sus melifluidades me dan asco. Menos me repugna bruto y celoso que enamorado. Mi tía Encarnación dice que es el papamoscas de Burgos injertado en el bobo de Coria. Yo me río de él, no lo puedo remediar. *(Ríe.)* Cuidado que es feo, ¿no es verdad? No tiene más que la figura, que es medianilla, aunque ha engordado demasiado. ¿Has visto aquella cara apelmazada, que parece hecha en barro a puñetazos?

JOAQUÍN.—Pues pocos habrá de más pretensiones. Dicen que en los escaños del Congreso está siempre mirándose el pie, porque lo tiene muy pequeño. La verdad es que otro más antipático no ha nacido.

ISIDORA.—Cuando palidece se le pone la cara de un tinte ceniciento que causa horror. Si se quita las gafas, sus ojos son tan feos, tan raros... Te digo que no se le puede mirar, porque los ojos parecen dos huevos duros, todos surcados de venillas rojas. Cuando el bigote se le desengoma y la barba negra y cana se le desordena, parece un escobillón inglés. *(Ríe.)* Las manos las tiene bonitas...; sin duda es de contar tantos billetes de Banco... Pues no digo nada de la gracia que me hace cuando se pone a echarme sermones, y a reírse de mi pleito y de mi nacimiento. Un día por poco le pego... Cuando está por moralizar, me dice que si me porto bien haré mi suerte con él; que hay muchos modos de ser honrada una mujer y que yo puedo serlo todavía. *(Da un gran suspiro.)* «Si quieres llevar una buena vida —me dice—, yo te protegeré. Te casarás con un criado mío, que es ni pintado para el caso. *(Con gran indignación.)* Y una vez que estés casada te daré un estanco.» ¡Un estanco! *(Riendo con estrépito.)* Ese animal no sé qué se figura... Habla muy poco de su mujer. Dice que es un ángel, pero que se ha hecho muy mística, y que él, respetando mucho el misticismo, ha tenido que buscar fuera de su casa lo que en ella no encontraba... No tiene hijos. Una cosa me agrada en él..., para que veas que todo no ha de ser malo... Quiere mucho a mi Joaquín, lo acaricia, le cuenta cuentos, lo pone a cabalgar sobre sus rodillas, le lleva dulces y juguetes... Esto sólo hace que le respete y le estime un poco, ya que no pueda de ningún modo quererle ni estimarle.

JOAQUÍN.—Has hecho de él la gran pintura. No tiene delicadeza ni verdadera generosidad, porque lo que te da es para que realces tus atractivos y te ofrezcas más rica y sabrosa a sus insaciables apetitos... No comprendo estos caracteres. Me parece que son la escoria del género humano; me parecen hechos con algo puramente material y grosero que sobró después de hacernos a todos, y que pudo tal vez ser destinado a crear los animales. Pero la mente divina quiso formar la transición del hombre al bruto, y fabricó a Botín.

ISIDORA.—*(Riendo.)* Es verdad, es verdad. Entre la palabra y el rebuzno, ¿qué hay? Un discurso de Botín.

JOAQUÍN.—¡Bravísimo!... Vamos, cuando me comparo con él... Permíteme que me alabe en presencia de ese bárbaro egoísta. Yo vivo de lo ideal, yo sueño, yo deliro y acato la belleza pura, yo tengo arrobos platónicos. En otro tiempo, ¿quién sabe lo que hubiera sido yo? Quizá un Don Juan Tenorio; quizá uno de esos grandes místicos que han escrito cosas tan sublimes... Ahora, ¿qué soy? Un desgraciado, por lo mismo que me estorba lo negro en cuestiones de positivismo. Y, sin embargo, yo me congratulo de ser como soy. Es verdad que falto a la moral, pero ¿por qué? Porque no he sabido poner freno a mi fantasía; porque no he podido cerrar y soldar mi corazón, vaso riquísimo que cuanto más se derrama, más se llena... He querido a muchas mujeres; he hecho mil disparates; he derrochado una fortuna. ¡Desventajas de la constante aspiración a lo infinito, de esta sed, Isi-

dora, que no se satisface nunca. ¿Ves mis calaveradas? Pues nunca he sido verdaderamente vicioso. ¡Oh!, ¡quién hubiera sido poeta!... Derramando mi idealidad en versos, habría conservado mi ser moral. Pero nunca supe hacer una cuarteta ni he sabido distinguir a Júpiter de Neptuno... ¿Ves cómo estoy? ¿Ves mi ruina? Pues mira, tengo la conciencia tranquila. No he despojado a nadie. Joaquín Pez pedirá limosna antes que comerciar con el hambre y la desnudez de un licenciado de Cuba. Yo no puedo ver en la calle un pobre sin echar mano al bolsillo; yo no puedo ver una mujer guapa sin prendarme de ella. *(Isidora le da un pellizco.)* ¡Ay! Será debilidad, será lo que quieras. Yo lo llamo «abundantia cordis», opulencia del corazón. No lo puedo remediar. Soy como una pelota. La mano de la generosidad me arroja, y voy a estrellarme en la pared de la belleza... ¿Ves lo de mi proyectado viaje a la Habana? Pues se me figura que volveré de allá tan pobre como estoy aquí. Yo no sirvo para esto. No soy como mi padre y mis hermanos, que saben Aritmética. Yo no la entiendo. Esa ciencia y yo... no nos hablamos hace tiempo... Yo la he despreciado, ¡y ella se venga haciéndome unas perradas!...

ISIDORA.—*(Con efusión de amor.)* Menos en lo de querer al por mayor, ¡cuánto nos parecemos! Yo también veo lo infinito, yo también deliro, yo también sueño, yo también soy generosa, yo también quisiera tener un caudal de felicidad tan grande que pudiera dar a todos y quedarme siempre muy rica... Mi ideal es ser rica, querer a uno solo y recrearme yo misma en la firmeza que le tenga. Mi ideal es que ése sea mi esposo, porque ninguna felicidad comprendo sin honradez. Riqueza, mucha riqueza; una montaña de dinero; luego otra montaña de honradez, y al mismo tiempo una montaña, una cordillera de amor legítimo...; eso es lo que quiero. ¡Oh Dios de mi vida! *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¿Llegará esto a ser verdad?

JOAQUÍN.—¿Pues no ha de llegar a serlo?... Abrázame fuerte.

ISIDORA.—Ahora sí que es tarde. *(Alarmándose.)* Me voy, me voy.

JOAQUÍN.—Todavía...

ISIDORA.—Sí, ya han encendido el gás, *(Mira al techo.)* Mira los dibujos que hacen en el techo la sombra de los árboles de la calle y el resplandor de los faroles.

JOAQUÍN.—Sí. Sonó la hora triste. Y ahora, ¿qué día...?

ISIDORA.—¡Ay!, tontín, ¿sabes que no lo puedo decir? *(Arreglándose aprisa.)* Se me figura que nuestro dragón está receloso. Me vigila mucho. Tengo la seguridad de que sospecha algo. El mejor día descubre mis gracias...

JOAQUÍN.—No lo creas...

ISIDORA.—¡Ah!, es muy tuno... Sí, yo creo que nos sigue la pista. Estoy viendo que cualquier día regañamos y le mando a paseo. Sin ir más lejos, mañana habrá cuestión. ¿No es mañana San Isidro?

JOAQUÍN.—Sí.

ISIDORA.—Pues yo deseo ir a la Pradera y ver la romería, que nunca he visto, y él se empeña en que no he de ir... Allá veremos. ¡Dios de mi vida, qué tarde!

JOAQUÍN.—¿Y cuándo te veré?

ISIDORA.—Te avisaré con mi padrino. *(Despídense con manifestaciones de ardiente cariño.)*

JOAQUÍN.—Abur, chiquilla.

ISIDORA.—Riquín, adiós. *(Al salir.)* No me olvides.

JOAQUÍN.—*(Solo.)* ¡Bendita sea ella! Vale infinitamente más que yo.

CAPITULO VII

FLAMENCA CYTHEREA

La unión nefanda de estos dos vocablos, bárbaro el uno, helénico el otro, merece la execración universal; pero no importa. Adelante.

Contraviniendo la voluntad y las amonestaciones claras del excelentísimo señor (tenía la Gran Cruz) don Alejandro Sánchez Botín, Isidora fué a la pradera de San Isidro, acompañada de su doncella, de *Riquín*, de don José de Relimpio y de Mariano. La prisionera del sátiro no podía resistir ya el anhelo de expansión, de correr libremente, de ser dueña de sí misma un día entero, y, principalmente, de darse el gusto de la desobediencia. Haciéndole rabiar gozaba más que divirtiéndose ella. Ya se aplacaría el tirano pronunciando un par de

buenos sermones, y si no se aplacaba, mejor. Estaba cansada de tan grande y molesto estafermo, y bien podía suceder que no haciendo caso de sus insufribles exigencias llegase a dominarle y someterle. Para fundar este imperio convenía un golpe de Estado.

Entre su doncella y la peinadora la vistieron de chula rica. Aquella mañanita de San Isidro, mientras duró el atavío chulesco, todo era regocijo en la casa, todo risas y alegrías. Don José andaba a gatas sirviendo de caballo a *Riquín,* ya vestido desde el amanecer de Dios, y Mariano cantaba en la cocina rasgueando una guitarra. El vestirse de mujer de pueblo, lejos de ofender el orgullo de Isidora, encajaba bien dentro de él, porque era en verdad cosa bonita y graciosa que una gran dama tuviera el antojo de disfrazarse para presenciar más a su gusto las fiestas y divertimientos del pueblo. En varias novelas de malos y de buenos autores había visto Isidora caprichos semejantes, y también en una célebre zarzuela y en una ópera. Si esto pensaba cuando la doncella y peinadora la estaban vistiendo, luego que se vió totalmente ataviada y pudo contemplarse entera en el gran espejo del armario de luna, quedó prendada de sí misma, se miró absorta y se embebeció mirándose, ¡tan atrozmente guapa estaba! El peinado era una obra maestra, gran sinfonía de cabellos, y sus hermosos ojos brillaban al amparo de la frente rameada de sortijillas, como los polluelos del sol anidados en una nube. No le faltaba nada, ni el mantón de Manila, ni el pañuelo de seda en la cabeza, empingorotado como una graciosa mitra, ni el vestido negro de gran cola y alto por delante para mostrar un calzado maravilloso, ni los ricos anillos, entre los cuales descollaba la indispensable haba de mar. En medio de Madrid surgía, como un esfuerzo de la Naturaleza que a muchos parecería aberración del arte de la forma, la Venus flamenca. Don José estaba medio lelo, y si fuera poeta no dejara de cantar en sáficos la novísima encarnación de la huéspeda de Gnido y Pafos.

Salieron gozosos, acomodándose en una carretela que alquiló Isidora..., y a vivir. Llegaron a la pradera. Isidora sentía un regocijo febril y salvaje. Todo le llamaba la atención, todo era un motivo de grata sorpresa, de asombro y de risa. Su alma revoloteaba en el espacio libre de la alegría, cual mariposa acabada de nacer. Almorzaron en un ventorrillo. Nunca había comido Isidora cosas tan ricas. ¡Cuánto rieron viendo cómo se atracaba Mariano! Don José compró dos pitos, uno para *Riquín* y otro para él, y ambos estuvieron pita que te pitarás todo el santo día. Si hubieran dejado a Isidora hacer su gusto, habría comprado lo menos dos docenas de botijos, uno de cada forma. Pero no compró más que cuatro. De todas las fruslerías hizo acopio, y los bolsillos de la pandilla llenáronse de avellanas, piñones, garbanzos torrados, pastelillos y cuanto Dios y la tía Javiera criaron. Nunca como entonces le saltó el dinero en el bolsillo y le escoció en las manos, pidiéndole, por extraño modo, que lo gastase. Lo gastaba a manos llenas, y si hubiera llevado mil duros, los habría liquidado también. A los pobres sinnúmero les daba lo que salía en la mano. A todos los cojos, estropeados, seres contrahechos y lastimosos, les arrojaba una moneda. Por último, se le antojó también pitar, y compró el más largo, el más floreado y sonoro de los pitos posibles. Mariano y la doncella también pitaron.

Visitó la ermita y el cementerio, y, por último, no queriendo acabar el día sin experimentar todas las emociones que ofrecía la pradera, visitó una por una las innobles instalaciones donde se encierran fenómenos para asombro de los paletos; vió la mujer con barbas, la giganta, la enana, el cordero con seis patas, las serpientes, *los ratas tigres provenientes do Japao,* y otras mil rarezas y prodigios. Por dondequiera que pasaba, recibía una ovación. Preguntaban todos quién era, y oía una algarabía infinita de requiebros, flores, atrevimientos y galanterías, desde la más fina a la más grosera. Cuando se retiró estaba embriagada de todo menos de vino, porque apenas lo probara, embriagada de luz, de ruido, de placer, de sorpresa, de polvo, de gentío, de pitazos, de coches, de ayes de mendigos, de pregones, de blasfemias, de vanidad, de agua del Santo. Cuando llegó a su casa le dolía la cabeza; acordóse entonces de Botín, a quien de seguro encontraría, esperándola airado, y entonces cayó un velo ne-

gro sobre sus alegrías. Se volvieron oscuras, y andaban dentro de ella azaradas, corriéndosele del corazón a los labios y dejándole un sabor amargo en todas las partes de su ser por donde pasaban.

Al subir la escalera, despacio, se representaba en la mente, según su costumbre, lo que le había de decir Botín y lo que ella había de contestarle. Decididamente le pondría cara de perro: él echaría su sermón de costumbre sobre el escándalo, y después se aplacaría. Llegaron jadeantes al piso segundo. Don José, que cargaba a *Riquín* dormido, iba detrás pitando todavía.

Entró en la sala y vió luz en el gabinete. Allí estaba, sin duda. Pasó adelante y le halló sentado en una butaca, fumando. Desde la primera mirada comprendió Isidora que la gresca sería fenomenal. Botín—a quien no describiremos porque Isidora misma lo ha descrito—estaba pálido, con cierta hinchazón en las serosidades de su cara lobulosa. Isidora afectó indiferencia, dejándose caer en el sillón con la pesadez propia de su cansancio. Como entraron también irreflexivamente Relimpio y Mariano, Botín hizo un gesto de expulsión, diciendo:

—No quiero aquí a nadie.

—Con permiso...—balbució don José.

Quedáronse solos los dos amantes. Isidora, viéndose en el trance de hacer frente a la tempestad y aun de provocarla, ofreció el pito a Botín, diciéndole con sorna:

—Te he feriado. Toma el pito del Santo.

Botín rompió en dos pedazos el tubo de vidrio y lo arrojó al suelo con ira.

—Todo ese furor es porque he ido a San Isidro sin tu permiso.

Botín vacilaba. En su alma luchaban la ira y el asombro, o más bien la pasión que despertaba en él la traza chulesca de Isidora. Fuertes razones había sin duda para que venciera la cólera.

—Mucho me enfada—dijo con cierta gravedad parlamentaria—que haya usted ido sin mi permiso a la romería. Pero hubiera perdonado fácilmente esa falta. Otras no se pueden perdonar... Estoy aquí desde las cuatro esperándola a usted para decirle que se porta conmigo de una manera infame.

Isidora palideció. Subiendo la escalera había previsto la disputa; pero en ésta resultaba una espantable cosa que ella no había previsto.

—De una manera infame—repitió Sánchez Botín—. Acabemos. Me gustan las cosas claras y los juicios rápidos. ¿Dónde están los pendientes de tornillo?

—Aquí están—dijo Isidora, llevándose la mano a la oreja.

—¡Mentira! Esos son falsos. Los buenos los ha vendido usted... ¿Y el alfiler, la cadena, el medallón...?

—Esas prendas son mías y puedo disponer de ellas a mi gusto—dijo Isidora prontamente, dueña ya de sí misma.

—Las ha empeñado usted.

—Las he pignorado—replicó ella con aplomo y burla—, como dicen ustedes los hombres de negocios.

—Sé por el tapicero que no ha pagado usted las sillas. Y, sin embargo...

—Usted me dió el dinero. Yo preferí emplearlo en otra cosa.

Al decir esto, Isidora se puso muy encarnada. Su lengua estaba torpe.

—Se turba usted...

—No me turbo, no—dijo ella, subiéndose de un salto a la cúspide de su orgullo y contemplando desde allí la cólera mezquina de Botín.

Durante la pausa lúgubre que siguió a esta última frase, Isidora revolvió su mente hacia el origen de aquella escena; consideró con vergüenza y despecho que su infidelidad había sido descubierta, y pasó revista a las circunstancias que pudieron haber motivado el tal descubrimiento. ¡Ah!, las indiscreciones de Joaquín Pez, la falta de prudencia... Bien conocía ella que el viudito no era hombre para guardar secretos. Sin duda, otras mujeres andaban en aquel torpe lío... Pensó en las prenderas, en las peinadoras, en los chismes y enredos que forman invisible tela de araña en torno de toda existencia equívoca e inmoral; y la ignominia de un hecho tan poco noble abatió por un instante el orgullo de su alma.

—Hace usted un bonito uso de mi dinero—dijo Botín.

Isidora iba a contestar lo siguiente: «¿Y para qué me lo da usted?» Pero su conciencia se alborotó y sintióse llena de perplejidad, que nacía del fiero tumulto y combate en que estaban dentro de ella la cólera, los remordimientos, el orgullo. Buscaba una salida pronta, enérgica, que cortase la disputa, dejando a

un lado la cuestión moral. Encontróla en estas palabras:

—Usted me es muy antipático. Déjeme usted en paz.

—¡Y tiene el atrevimiento de despedirme!—exclamó Botín con sarcasmo—. Usted que estaba muerta de miseria cuando yo...

Isidora sentía que venían llamas a su lengua. No pudo contenerse, y abrasó a Botín con estas palabras:

—Su dinero de usted no basta a pagarme... Valgo yo infinitamente más...

Botín, cubriéndose con su calma egoísta y dando a la disputa un giro tranquilo, que era como los círculos que hace la serpiente, dijo así:

—No quiero incomodarme. Veremos quién desaloja... Isidora, he sabido todo lo que ha pasado. No hay que fiarse de precauciones... Esto se acabó... Usted se lo ha ganado... Usted pierde más que yo.

—Me está usted mareando. Déjeme usted en paz.

—A eso voy, a dejar a usted en paz. A ver, a ver, las alhajas, todas las alhajas que he dado a usted y que no estén... pignoradas, váyamelas usted entregando.

Isidora se quitó con nerviosa presteza las sortijas; sacó de una cajita varios objetos de oro, y todo lo tiró a los pies de Botín.

—Bien, bien—dijo el padre de la patria, no desdeñándose de inclinarse para recoger lo que estaba por el suelo—. Ahora quítese usted el mantón de Manila.

Isidora se lo quitó, y haciéndolo como un lío se lo tiró a la cara.

—¿Quiere usted que le entregue todos mis vestidos?

—No es preciso que me los entregue usted—replicó Botín con calma feroz—. Yo me haré cargo de ellos. Quítese usted el que lleva puesto.

Bien pronto la Cytherea se quedó en enaguas.

—Es lástima que no se lleve usted también mis botas—dijo Isidora, sentándose y apoderándose con verdadera furia de uno de sus pies para descalzarlo—. Llévelas usted para que las use su señora.

Y se quitó una bota.

—No, no tanto—dijo Botín—; conserve usted su calzado.

Isidora dió algunos pasos cojos con un pie calzado y otro no, y entrando en su alcoba, se puso otras botas.

En aquel instante, Botín tuvo que dar a su pasión una nueva batalla; pero el caso era tan grave que la dignidad llevó la mejor parte. Apartó los ojos de la despojada imagen que delante tenía, y para verla lo menos posible levantóse, y con atención de prendero avaro abrió el armario de luna y las gavetas de la cómoda, entró en la alcoba, registró todo como un curial que embarga o inventaría. Isidora, en tanto, arrojaba las preciosas botas en medio del gabinete, y después hacía lo mismo con su peineta.

—Bien—dijo Botín, sentándose otra vez y mirándose su pie pequeño, como hacía en el Congreso—. Ahora póngase usted el vestidito que usaba cuando iba a rezar a la iglesia con tanta devoción.

—Lo he dado. Yo no guardo pingos.

Botín volvió a la alcoba. Tomó de una percha una bata, y ofreciéndola a Isidora con imperturbable frialdad, le dijo:

—Póngase usted éste.

Volvió la cara para no verla, para no ver las lágrimas gruesas que corrían por las mejillas de Isidora, lava de su orgullo que como ardiente volcán bramaba en su pecho.

Sin decir nada, vistióse ella. Botín tomó entonces un tonillo conciliatorio. No era todo lo fiera que es necesario ser para habitar en medio de los bosques. Tenía algo de hombre, si bien nada de caballero.

—Puede usted disponer de toda la ropa blanca—murmuró—. Mande usted por ella mañana.

—No quiero nada—replicó Isidora, bebiéndose sus lágrimas de fuego, pálida, trémula. Y andando hacia la puerta tuvo una inspiración de drama; se volvió a él, le echó rociadas de desprecio por los ojos y le dijo:

—Soy la vengadora de los licenciados de Cuba.

Botín se sonreía como un demonio que ha ganado un alma.

—Gozo, gozo con haber ultrajado a un hombre como usted.

—Todavía—dijo Botín, haciendo esfuerzos para reir, y golpeándose con el bastón el pie bonito—, todavía tiene usted algo que agradecerme. Puede usted llevarse todo lo del niño.

—Mi hijo no necesita nada.

Isidora corrió hacia adentro. En la co-

cina, Mariano dormía, reclinado sobre la mesa. En el comedor, don José y la doncella asistían a *Riquín,* que había vomitado, y reclinando su hermosa cabeza grande sobre el hombro de Relimpio, se quejaba con agitada somnolencia.

—Le ha hecho daño la comida—dijo el tenedor de libros.

—Tiene algo de calentura—indicó la doncella, tocándole las mejillas.

Isidora le examinó. Sus lágrimas volvieron a correr.

—Don José—dijo resuelta—. Cargue usted a *Riquín.* Envolvedlo bien en un mantón. Nos vamos ahora mismo.

—¡Ahora!—exclamó don José con espanto.

En la puerta del comedor apareció Botín. Después se paseó en el pasillo. Si Isidora estuviera fuerte en Mitología, le habría comparado al Minotauro vagando por las oscuras galerías del laberinto de Creta. Volvió la bestia al gabinete, y desde allí llamó con voz fuerte:

—¡Isidora, Isidora!

Y viendo que ésta no acudía, salió otra vez al pasillo y dijo en tono más humanitario:

—No llevemos las cosas hasta el último extremo. *Riquín* está malo. Puedes quedarte aquí hasta mañana.

Pero Isidora iba y venía recogiendo algunas cosas *enteramente suyas.*

—Quédate, mujer, quédate hasta mañana.

Entró ella en la alcoba. Botín se paseaba con lento andar en el gabinete.

—Vamos, vamos, no seas terca. No te perdono; pero te doy respiro hasta mañana. Además...

La miró atentamente, mientras ella revolvía en la cómoda. La miró embelesado, ¿a qué negarlo?, y algo confuso le dijo:

—Y mañana podrás llevarte todos tus vestidos

Isidora no le contestó, ni le miró siquiera. Pero él seguía dando paseos. Estaba nervioso, incomodado consigo mismo. Mitológicamente hablando, se mordía su propia cola.

—Estas mujeres locas—murmuró, gruñendo—, si comprendieran su interés; si supieran apreciar lo que valen las relaciones con una persona decente... Isidora, aguarda, oye la voz de un amigo. Vuelve en ti, reflexiona, acuérdate de lo que muchas veces te he dicho. ¿Por qué no has de entrar en una vida ordenada? Yo estoy dispuesto a auxiliarte, proporcionándote un estanco...

Isidora salió sin concederle ni una mirada. El fué tras ella. Desde la sala repitió en voz alta:

—Puedes contar con el estanco...

No recibió contestación. De repente oyó el golpe de la puerta cerrándose con violencia. Todos, menos la doncella, habían salido.

CAPITULO VIII

ENTREACTO EN LA CALLE DE LOS ABADES

I

—¿Adónde vamos?—preguntó Isidora cuando salieron a la calle.

—¡Qué pregunta!... A mi casa—replicó don José, estrechando a *Riquín* entre sus brazos con ardiente cariño—. Abades, cuarenta. No parece sino que hemos de quedarnos en la calle. No te apures, hija; de menos nos hizo Dios. En casa no te faltará nada. Melchor la ha puesto muy guapamente.

Y en medio de la turbación que el repentino desalojamiento le producía, don José sintió íntimo gozo al considerarse protector de su ahijada, al sentirla tan cerca de sí, sometida a su generoso amparo. Siempre que hacía algo en beneficio de ella, el pobre señor se crecía y se hinchaba; que hay muchas especies de orgullo. Iban silenciosamente por la calle, él delante, ella detrás, porque la estrechez de las aceras no les permitía caminar juntos.

Cuando llegaron, Melchor estaba en casa. Había hecho de la sala despacho y oficina, y trabajaba en ella, a la luz de una lámpara con pantalla verde que derramaba un círculo de claridad sobre la mesa. Un hombre acompañaba a Melchor trabajando con él en la misma mesa. Del cerebro del hombre descendía al pupitre una invisible corriente de cálculos que al tocar el papel se condensaba en números, como al influjo de la helada la humedad de la atmósfera cristaliza sobre el suelo. Melchor se levantó un momento para recibir a Isidora, enterarse de lo ocurrido y ofrecerle su casa. Después, se volvió a sentar, y requiriendo la benéfica pluma, entonces

consagrada a la Humanidad doliente, siguió su trabajo.

Rápida ojeada bastó a Isidora para observar a Melchor, que definitivamente se había dejado toda la barba y tenía un aspecto muy vistoso, aunque nunca simpático; para observar también al hombre de los números, que la miró con cierto azaramiento de bestia taurina al hallarse en medio del redondel. Vió también la desamparada sala con su estante, formando como nichos de cementerio, donde yacían ordenados papeles. Un plano de Madrid acompañaba al de la Península. Hacían ambos el papel emblemático de los planos de minas o ferrocarriles en las oficinas de explotación. Prospectos de cuatro tintas en que se pintaban figuras altamente conmovedoras, con hermanas de la Caridad conduciendo mendigos al Asilo; el frontón mismo del Asilo ideal con columnas griegas y un sol con la insignia triangular de Jehová, difundían por toda la sala la idea de que allí se trabajaba por aliviar la suerte de los menesterosos. Las palabras *Rifas, Grandes rifas, Tres sorteos mensuales, seis millones,* impresas en colores, revoloteaban por las paredes, cual bandadas de pájaros tropicales; y como el papel en que aquéllas campeaban era de ramos verdes, la fantasía loca de Isidora no había de esforzarse mucho para hacer de aquel recinto una especie de selva americana alumbrada por la luna. Después vió el resto de la casa, que era de construcción reciente, mas con tan sórdido aprovechamiento del terreno que más parecía madriguera que humana vivienda. Don José destinó a Isidora su propio cuarto, por no haber otro mejor en la casa, y al punto se ocupó en desalojarle. El se iría al aposento de la muchacha, y la muchacha dormiría Dios sabe dónde. Era interior el cuarto, y tan basto, que a Isidora le pareció un sepulcro. Don José iba y venía cargando trastos, y cuando estuvo instalada la cama y acostaron en ella a *Riquín,* díjole Isidora:

—Vaya usted a buscar a Miquis, que ahora, para acabar de arreglar la habitación, la muchacha y yo nos entenderemos.

La muchacha era una alcarreña de esas que acababan de llegar al mercado de criadas, y traía frescas la rudeza del pueblo, la suciedad, la torpeza de manos y de cabeza. Todo lo hacía al revés. Tenía buena voluntad, pero un aliento insoportable. Sus ropas parecían no haberse desprendido de su rechoncho cuerpo desde que nació, y sus greñas mal peinadas, de color de barbas de maíz, despedían un olor a pomada de baratillo, más desagradable que su aliento. Isidora sentía hacia ella repulsión invencible; no la podía mirar, no la podía tocar, y al sentirla cerca, se estremecía de horror. Antes moriría de hambre que comer cosa guisada por ella. Lo primero que Isidora echaba de menos era su doncella, Agustina, tan aseada, tan lista, tan ligera, tan señorita.

—No, no—exclamó la joven con angustia—. Yo no nací para pobre, yo no puedo ser pobre.

Dios la amparó en aquella noche de prueba, porque al poco rato de haber lanzado la exclamación dolorosa, salida de lo más vivo de sus entrañas, llegó su cara doncella. Traía en un gran lío toda la ropa de *Riquín* y algo de la del ama.

—La fiera—dijo—me mandó sacar todo esto. Está bramando. ¡Ay señorita!, si usted le dice dos palabras al salir, hay reconciliación... Yo lo siento. Está arrepentido de su barbaridad. Yo quería traer más; pero no me dejó. Mañana llamará a las prenderas... ¡Ay! ¡Qué lástima! ¡Qué riqueza hay allí!

Agustina se ofreció a seguir a su servicio, e Isidora lo aceptó con gozo, aunque no tenía en sus bolsillos una sola moneda. ¡Terrible contradicción! Ella no podía ser pobre, y, sin embargo, lo era.

Ocupándose de arreglar la habitación y de procurarse algunas comodidades, ¡cuántas cosas echaban de menos!... Empezaron a nombrar esto y lo otro. Tal cosa había quedado en la tercera gaveta de la cómoda; tal otra en el armario de luna... Pero ya no había remedio. Por cada objeto que no tenía, Isidora echaba a volar media docena de suspiros, encargados de transmitir su desconsuelo a las insondables esferas de lo pasado.

Riquín parecía mejor. Dormía tranquilamente, y su respiración fácil sonaba como el eco de músicas serafinescas tañidas a la parte allá de lo visible.

Miquis y don José tardaban. Isidora pasó a la sala porque Melchor le ha-

bía dicho que tenía que hablarle. Era para ampliar sus ofrecimientos. Podía disponer de toda la casa si gustaba. Si era necesario llamar algún médico afamado, que lo llamaran al momento, y de cuenta de él, del benéfico y filantrópico Melchor, corrían los gastos de botica. Lo principal era que ella se tranquilizase, que no tomara el cielo con las manos, pues estaba en casa de parientes que la querían de veras y donde nada le faltaría... En tanto, el hombre corpulento que hacía números no quitaba del rostro de Isidora sus ojos, y parecía pasmado, fascinado por religiosa o mitológica visión.

Como el gran Relimpio hablara entonces de médicos y ensalzase a Miquis, el hombrazo dijo:

—¡Ah Miquis!... Ese todo lo cura con agua fría. Le conozco mucho. Asiste a mi hermana Rafaela, la mujer de Alonso, el conserje de la casa de Aransis.

Isidora no esperaba oír citar su casa ilustre, y se inmutó un poco. Sin dejar de mirarla, el hombrón prosiguió así:

—Y ahora que nombro a la casa de Aransis, me parece... ¡Ah!, bien decía yo. Ya me acuerdo. Un día..., hace años, estaba yo con mi hermana en el portal del palacio y salieron usted, Miquis y otro sujeto. Eso es... Bien decía yo que no era la primera vez... Después he tratado mucho a Miquis. Es simpático. Como él tiene instrucción, y yo... algo entiendo de ciertas cosas, discutimos sobre la cuestión *A* o la cuestión *B*. Yo le aprieto de firme y él se defiende con retóricas...

—Vamos, vamos a concluir esto—dijo Melchor con impaciencia—. Tenemos que de los veinticuatro mil billetes quedan sin vender y a beneficio de la Administración seis mil quinientos...

Isidora no oyó más, porque llegaron Miquis y don José. El médico venía de frac, que se alcanzaba a ver bajo un ligero abrigo. Iba a un sarao de cierta casa de tono. Precursoras y compañeras de su fama eran las relaciones y la entrada que iba teniendo en los más escogidos círculos de la sociedad.

Examinado *Riquín*, le recetó un calomelano. Era cosa ligera, una indigestión, y, probablemente, el venidero día estaría como si tal cosa. Hablando después con Isidora del suceso de aquella noche, le dijo así:

—Siento ese percance, porque no hallarás otra fiera como ésa. No hay dos Botines en el mundo. Si los hubiera, ¿dónde estaría ya nuestra querida patria? Desde Pirene a Calpe habría sido devorada, y todos los españoles nos agitaríamos en una cárcel de tela, ¡ay!, en los bolsillos de ese afanador de naciones... ¡Tonta, si hubieras sabido aprovecharte!... Pero tú no haces números, y en esta época el que no hace números está perdido.

—Déjame a mí de números. ¿Adónde vas ahora?

El frac le cautivaba, y ya se estaba ella figurando en su mente los brillantes salones en que iba a entrar Augusto dentro de poco, la mesa riquísima en que se sentaría y las personas cultas y elegantes con quienes había de estar en roce familiar y discreto gran parte de la noche. Era ésta la clase de imaginaciones que más fácilmente se moldeaba en su cerebro. Miquis lo conocía y le pasaba la miel por los labios, contándole cosas estupendas, algunas de ellas falsas, y describiéndole aquellos apartados mundos donde ella no podía penetrar sino con la fantasía, mejor aún, con su ferviente anhelo.

—Hace pocas noches—le dijo—comí en casa de la duquesa con tu Pez. Parece que se va a nadar a la Habana, porque aquí se queda en seco. Le han escamado los usureros. ¿Sabes que me da lástima? Es lo que llaman un buen muchacho, servicial, amable, cariñoso, débil, y que no hace daño a nadie más que a sí mismo.

Isidora, turbada y nerviosa, varió la conversación y fingió ganas de reír:

—¡Ah!, me han dicho que te casas. ¿Es verdad?

—Eso dicen, sí. Y cuando el río suena, boda lleva.

—¿Con la del notario?

—Con la de Muñoz y Nones.

—Bien sabes tú arrimarte a buen árbol. Es rica.

—Te juro que no me ha movido la riqueza. Desprecio las pompas y vanidades del mundo. Me caso por amor, por puro amor del corazón. Esto no lo hacemos ya más que los pastores y yo...

—¿Y es bonita?

—Para mí no hay otra que se le iguale.

—Mejorando lo presente, se dice.

—Y sin mejorarlo, vamos. Antes que todo es mi dama.

—¿Por qué no dices a tu suegro dos palabritas acerca de mi pleito? Va a declarar como testigo. Además, es el notario de la casa de Aransis.

—¡Culebra! Quieres corromper al ave fénix de los notarios.

—No, no. Es justicia. Yo le pido que no se deje corromper por los de Aransis. Con eso me basta.

—No conoces a mi presunto suegro. Con decirte que él, por sí solo, desmiente y hace olvidar la mala fama que en todos tiempos han tenido los señores de pluma y sello... Muñoz y Nones ofrece a la admiración de la Humanidad el siguiente fenómeno: es un hombre que ha hecho una fortuna con su honradez, fortuna no muy grande, se entiende, como corresponde a la materia de que está hecha. Mi suegro desacredita y niega mil cosas convencionales y rutinarias. Desde Quevedo acá, se ha tenido por corriente que los escribanos sean rapaces, taimados, venales y, por añadidura, feos como demonios, zanquilargos, flacos, largos de nariz y de uñas, sucios y mal educados. Este tipo amanerado ha desaparecido, y en prueba de ello ahí tienes a mi suegro, que es honrado, franco, liberal, y, además, guapo, simpático, amabilísimo y de agradable trato. En estos tiempos de renovación social las figuras antiguas fenecieron, y no hay ya un determinado modelo personal para cada arte o profesión. Así verás hoy un juez de primera instancia que parece un guardia de Corps; verás un barítono que parece un alcalde de Casa y Corte; verás marinos que parecen oidores, y hasta podrás ver un filósofo que se confundiría con un canónigo. Dígolo porque Muñoz y Nones parece un diplomático. Tiene inclinaciones de gran señor y hábitos de *sportman*. ¡Lástima que no haya abierto nunca más libro que la *Ley de Enjuiciamiento Civil!* Por lo demás, en la honradez es un lince, y tiene por este concepto casi tanta fama como la que otros tienen por pillos. Es costumbre en nuestra edad suponer y afirmar que no hay por todas partes sino malas acciones, egoísmo y rapacidad. ¡Error, disparate! El mundo se pudriría si le faltase en un momento el desinfectante de la virtud, cuya acción enérgica se nota en todas partes, en las más altas así como en las más bajas esferas... Conque me voy, porque te estoy aburriendo...

—Quedamos en que recomendarás a tu suegro mi pleito.

—Quedamos en que es inútil.

—Bobalicón.

—Serpiente de cascabel, abur.

II

Después que se fué Miquis entró Mariano, que buscaba a su hermana para que le proveyese de fondos. Tan lejos estaba de encontrar allí a su maestro, que, al verle, se desconcertó, porque hacía una semana que no parecía por el taller. Levantóse contra él una tempestad de censuras. Increpóle su hermana por su mala conducta, hizo Juan Bou consideraciones morales, Melchor le llamó vago, pillete y predestinado al presidio, y hasta su amigo y compañero de café, Relimpio, promulgó sobre la vagancia los conceptos más severos. Anonadado, y sin valor para pedir a su hermana dinero, Mariano se retiró a un banco de palo que en el estrecho recinto había, y allí permaneció larguísimo rato solo, callado, hecho un ovillo, meditando sobre una sola idea, ya mil veces apurada, como un perro que roe y voltea un solo hueso después de haberle quitado hasta la última hilacha de carne.

El afán de goces, el apetito y sed ardiente de satisfacciones materiales que tan grande parte tenían en el ser moral de Mariano, y que habían de tenerla mayor cuando fuera hombre formado, se objetivaban, valga la palabra, en el hijo de don José Relimpio. Aquellas pasiones vagas siempre cristalizan, por decirlo así, en envidia, que es unipersonal y antropomórfica.

Mariano, arrinconado en el recibimiento, y oyendo desde allí el rasguear de las plumas que en la sala hacían tan lucrativos números, se preguntaba por qué razón tenía el señorito Melchor sombrero de copa y él no; por qué motivo el señorito Melchor vestía bien y él andaba de blusa; por qué causa el señorito Melchor comía en los cafés, galanteaba bailarinas, fumaba buenos puros y paseaba con caballeros, mientras él, el pobre *Pecado*, comía y fumaba casi como los mendigos, y tenía por amigos

a otros tan pobres y desgraciados como él. La soledad en que vivía le despabiló antes de tiempo. Su precocidad para comparar y hacer cálculos no era común en los chicos amparados por padres o parientes cariñosos. Porque el abandono y el vivir entregado a sí propio favorecen el crecimiento moral en el niño. De la índole nativa depende que este crecimiento sea en buen o mal sentido, y es evidente que los colosos del trabajo, así como los grandes criminales, han nutrido su espíritu en una niñez solitaria. El árbol salvaje, juguete de los vientos en deshabitado país, adquiere un vigor notorio.

Mariano era rebelde por naturaleza; no se dejaba querer, ni sabía apreciar el dulce calor de la casa de familia. No quería vivir con su tía Encarnación porque le trataba con aspereza, ni con su hermana porque sermoneaba, ni con Juan Bou porque vigilaba todas sus acciones. Gustaba de albergarse en fementidas casas de huéspedes de los barrios del Sur; mudaba de domicilio con frecuencia, y por temporadas, en vez de tener domicilio fijo, pernoctaba en las casas de dormir y comía en las tabernas. El ejercicio de la vida independiente le dió cierto vigor de voluntad, que es propio de los vagos; aguzó su ingenio, precipitó su desarrollo intelectual. Conviene estudiar bien al vago para comprender que es un ser caracterizado por el desarrollo prematuro de la adquisitividad, del disimulo y de la adaptación. No se explican de otro modo la gran precocidad ni los rasgos geniales que son desesperación de la Policía y espanto de la sociedad en criminales de dieciocho y veinte años. El gitano, ser salvaje dentro de la sociedad, es un prodigio de agudeza, un archivo de triquiñuelas jurídicas y un burlador hábil de la Policía. El vago adolescente, otra manera de salvaje, sabe más mundo y más Economía política que los doctores recién incubados en la Universidad.

Hallábase Mariano a la sazón a punto de consumar su sabiduría en aritmética parda; se le había desarrollado ya el genio de los cálculos, el furor de la adquisitividad, y las facultades oscuras de la adaptación, del disimulo y de la doblez.

Después de aquella noche en que le dejamos arrinconado en el banco del recibimiento, asistió de nuevo con puntualidad al taller. Trabajaba por hipocresía. El maestro Juan Bou se mostraba tan amable con él aquellos días, que no sabía qué hacerle. Y su amabilidad era tan extraordinaria, que hasta llegó a llamarle hijo y a departir con él como de igual a igual.

—Bien, hijo, bien; vamos bien. Has sido algo calavera, pero tú mismo conoces que el trabajo es la vida, la religión del pueblo... Voy a hacerte una proposición. ¿Quieres venirte a vivir conmigo? Yo estoy solo. Te daré un cuarto, una cama, un plato y una cuchara. En mi casa no hay lujo, pero no falta nada de lo necesario.

Después le hacía acerca de Isidora mil preguntas enojosas y prolijas, a que Mariano no sabía qué contestar. Si su hermana vivía contenta, si se levantaba tarde o temprano, si le gustaba la fresa y el requesón, si iba al teatro. Además, el maestro Juan Bou parecía reventar de gozo... Los oficiales no se explicaban la causa de esta alegría; unos la atribuyeron a la buena marcha del negocio de las rifas, otros a que se había sacado el premio gordo de la Lotería. Pero Juan Bou desconcertaba todas las disquisiciones de sus oficiales, porque, de repente, se volvía triste y daba unos suspiros que habrían partido la piedra litográfica si ésta fuera un poco menos dura. Creyérase que se incomodaba consigo mismo y que quería echar de sí una mala idea. Algunos días trabajaba poco, y más de una vez ocurrió que se retrasaran y embrollaran los dibujos *A* o *B*, por las distracciones y torpezas del maestro, cosa totalmente desusada en hombre tan metódico para el trabajo.

Otro suceso digno de llamar la atención ocurrió por aquellos días. Juan Bou notó que la contabilidad en la empresa de las rifas benéficas no marchaba con toda la limpieza que debía esperarse, y ya fuera por obedecer a su conciencia, ya por ceder al egoísmo, que le aconsejaba no comprometerse con la Justicia, echóse fuera de la Sociedad, renunciando a toda participación en ella. Quedóse, sí, con los trabajos de litografía, que le habían de pagar religiosamente, según convenio. Desde entonces sus relaciones con Melchor fueron menos estrechas.

Entrado el mes de junio, Mariano no-

tó con envidioso asombro que Melchor avanzaba rápidamente por el camino de la prosperidad. Salía en coche de dos caballos, acompañado de señorones; comía siempre fuera de casa; recibía regalos de puros de la Habana y otras cosas ricas; el sastre le traía ropas y más ropas..., amueblaba con lujo parte de la casa... Y de tanto pensar en la creciente prosperidad del señorito Melchor, *Pecado* perfeccionaba su *intellectus*, enriqueciéndolo con luces nuevas acerca de la propiedad, de la adquisición del número y de la cantidad, luces o ideas que burbujeaban en su cerebro, como los embriones de la belleza y el vago apuntar del plan artístico en la mente del poeta, al pasar de niño a hombre.

Por San Juan dejó de trabajar. Una noche fué a pedir dinero a su hermana, y como ésta no quisiese dárselo, se enfureció, trabáronse de palabras, asustóse ella, renegaron uno de otro, él le dijo algún vocablo malsonante, lloró Isidora, intervino con más celo que autoridad don José, y, por fin, el chico salió de la casa gruñendo así:

—No me quieren dar nada. Pues me lo dará Gaitica.

Desde aquella noche Mariano desapareció. Le buscaron y no fué hallado por ninguna parte, ni en mucho tiempo se tuvo noticia de él.

III

Con estas y otras cosas, Isidora cayó en grave tristeza. Sus insomnios se repetían casi todas las noches, atormentándola con el alternado suplicio de ilusiones locas y de miserias reales, de delirio suntuario y de terror o desengaño. Un pensamiento, referente a cosa muy práctica, la punzaba y afligía, y era el siguiente: «Por cierto que en mes y medio que llevo aquí, Melchor me ha ido facilitando, facilitando cantidades, que será preciso pagarle algún día... Es tan cómodo el sistema para mí, que sin saber cómo me estoy empeñando en dinerales. Me basta decir a don José mis necesidades; don José corre a la sala, habla con él, y del fondo de rifas... ¡Dios mío!, ¿a cuánto subirá ya? Yo no lo sé, porque no apunto nada. Aquí vendrían bien los librotes del padrino. Melchor lo apuntará, de fijo, y pensará cobrarme, pero ¿de qué manera?...»

Largos ratos pasaba en cavilaciones sobre el pleito, y decía: «Va marchando. Ahora viene lo que llaman el alegato de bien probado. Pero hasta que pase el verano no habrá nada. El abogado me da grandes esperanzas. ¡Si esto se resolviera pronto para pagar a Melchor y escapar del lazo que me tiende!...»

Pensando en Juan Bou, que a menudo la obsequiaba, decía:

—¡Pobre Bou! Es el animal más cariñoso que conozco. Le quiero como se quiere al burro en que salimos a paseo.

El barrio en que su mala suerte la había traído a vivir era para la de Rufete atrozmente antipático. Algunas tardes salía con *Riquín* y don José a dar una vuelta por la calle del Mesón de Paredes, el Rastro y calle de Toledo, y sentía tanta tristeza como repugnancia. El calor era ya insoportable, y por la noche todo el vecindario se instalaba en las aceras: los chicos, jugando; las mujeres, charlando. Isidora hallaba en todo: casas, calle, gente, hombres, mujeres y chicos, un sello de grosería que su compañero de paseo no apreciaba como ella. La estrechez de las aceras, obligando al transeúnte a contradanzar constantemente del arroyo a las baldosas, añadía nueva incomodidad a la molestia de la bulla, del mal olor y del polvo.

Expulsada de aquellos sitios por su propia delicadeza y buen gusto, solía dirigirse hacia el Norte y acercarse a la Puerta del Sol «para respirar un poco de civilización». Pero no se aventuraba mucho por los barrios del centro, porque la vista de los escaparates, llenos de objetos de vanidad y lujo, le causaba tanta pena y desconsuelo, que era como si le clavasen un dardo de oro y piedras preciosas en el corazón. La repugnancia de la zona del Sur y el desconsuelo de la del centro la llevaban a las afueras, con gran gusto de don José, que amaba el campo y los retozos pastoriles.

Julio hacía de Madrid una sartén. *Riquín* fué atacado de la tos ferina, y era preciso llevarle a otra parte. ¡Pobrecito Anticristo! Daba pena verle, cuando le daba el ataque, todo encendido, agarrotado y sin aliento, como si estuviese a punto de perder la vida en aquel mismo instante... Pero su mamá carecía de recursos para el viaje, de lo que recibía grandísima pena. Joaquín Pez estaba en Francia, y ni siquiera escribía... Afortu-

nadamente—y quién sabe si desgraciadamente—, Melchor se brindó de muy buen grado a resolver el difícil problema. ¡Porque la pobre carecía de tantas cosas! No tenía ningún vestido propio para el viaje, ni sombrero, ni nada de lo que ordena el implacable imperio del verano, que con sus chapuzones iguala en dispendios al invierno con sus bailes y fiestas. *Riquín* estaba casi desnudo.

—Nada, nada—dijo Melchor en tono paternal—; yo no puedo consentir que carezcas... Pues no faltaba más...

Empezaron a funcionar las modistas, y éstas, así como la elección de telas y de sombreros, tuvieron a Isidora febrilmente distraída y excitada durante algunos días. La vanidad le hacía vivir doble y la engañaba, como a un chiquillo, con apariencias de bienaventuranza Volvió a ver lucir su belleza dentro de un marco de percales finos, de cintas de seda, de flores contrahechas, de menudos velos, y a recrearse con su hermosa imagen delante del espejo. ¿Qué es la vida? Un juguete.

Melchor decidió que fuese a El Escorial, y él quiso acompañarla. A Isidora no le hacía maldita gracia la compañía; pero las circunstancias, ¡ay!, con su abrumadora lógica, la obligaron a aceptarla. Hallábase en las uñas de su insidioso prestamista, y no podia evadirse. Fué víctima de una emboscada, formada en las traidoras sombras de la miseria; cayó en una trampa de infame dinero, armada con el cebo de la vanidad. Aún podía salvarse, rompiendo por todo, declarándose insolvente y resignándose a la indigencia; pero *Riquín* tenía la tos ferina, estaba como un hilo, amenazado de morir consumido en los calores de Madrid como arista en el fuego. Era forzoso rendirse a la fatalidad, según Isidora decía, llamando fatalidad a la serie de hechos resultantes de sus propios defectos.

Melchor dispuso que su padre se quedara en Madrid para cuidar la casa. ¡Atroz destierro y pesadumbre para don José! Según el bien meditado plan del sesudo Melchor, éste iría y vendría, residiendo algunos días en El Escorial y otros en Madrid, pues sus negocios no le permitían abandonar la corte sino por poco tiempo. Cumplióse fielmente el programa. Don José iba a El Escorial los domingos, en el tren de recreo, cuando Melchor quedaba en Madrid. ¡Qué feliz aquel día! ¡Diez horas con Isidora y con *Riquín!* Algo enturbiaba su dicha el notar en su ahijada una tristeza sombría y como enfermiza. Si hablaba de Melchor, lo hacía en los términos más desfavorables para el aprovechado joven. Y ¡qué ardientes deseos tenía de volver a Madrid! *Riquín,* ya muy mejorado, saltaba y corría por el campo, y en sus mejillas renacían los frescos colores de la salud. Todo el día lo pasaba don José embelesado, y no hartaba sus ojos de mirar a la madre y al hijo. Paseaban los tres por la montaña, se sentaban, hacían vida de idilio, semejante a la que don José había visto pintada en los biombos de la casa de Aransis. Por la noche regresaba Relimpio a Madrid y a su casa; dormía como un santo y soñaba que era pájaro y que cantaba posadito en la rama de un árbol. También *Riquín* era pájaro y revoloteaba, dando sus primeros pasos por el mundo aéreo. Isidora era una avecilla melancólica. Todos cantaban; pero don José era el que cantaba más y el que a la rama más alta subía.

A mediados de septiembre regresó Isidora a Madrid, dejando fama en la colonia veraniega de El Escorial. Entonces ocurrió en la vida de Melchor un hecho singular. De repente su prosperidad, su boato y grandeza se hundieron como por escotillón, sin que se supiera la causa. Juan Bou decía que los señores de la Sociedad rifadora debieron de hallar sapos, culebras y otras alimañas en la gestión del joven Relimpio. Lo cierto fué que un día vinieron mozos de cuerda y se llevaron los libros y todo el material de la oficina. Melchor se despidió por la tarde de su padre y de Isidora, diciéndoles que allí les quedaba la casa, que hicieran de ella lo que gustaran, porque él se iba a Barcelona, a emprender un nuevo negocio.

Quedáronse, pues, solos los tres: Isidora, *Riquín* y el viejo, y véase por donde vino a ser casi real el sueño ornitológico de don José: los tres gorjeando en las ramas. Eran, efectivamente, pájaros, porque no tenían más que lo presente y lo que la Providencia divina quisiera darles para pasar del hoy al mañana. El mundo se diferencia de los bosques en que es necesario pagar el

nido. Nuestras tres avecillas tenían casa, pero no con qué pagarla, pues Melchor había dejado las arcas en tal estado de pulcritud, que no se encontraba en ellas rastros de moneda alguna.

—Dios aprieta, pero no ahoga—dijo Relimpio.

Isidora, para atender a las apremiantes necesidades de cada día, empezó a despojarse de su ropa. No era la primera vez que tenía que desnudarse para comer. Poco a poco, los vestidos fueron pasando de la cómoda a la cocina, por conducto de las prenderas. Ultimamente, en un triste y húmedo día de octubre, se comieron el sombrero de paja de Italia. ¡Era el último plato!

CAPITULO IX

LA CARICIA DEL OSO

En todo este período de desastre, en que los tres desgraciados habitantes de aquella casa—Abades, 40—se iban desprendiendo de su equipaje, como el buque náufrago que arroja su carga para mantenerse una hora más sobre las olas, Juan Bou los visitaba todas las noches después del trabajo. Isidora ocultaba cuidadosamente la lenta y dolorosa catástrofe, procurando dar a la casa cierto aspecto de orden, y velar sus afanes bajo apariencias de mentirosa tranquilidad. Movido de un galante respeto hacia Isidora, Bou violentaba su palabra para que no fuese áspera, y así, hablando del pueblo y de la liquidación social, usaba términos blandos y oraciones trabajosamente delicadas que salían de su boca, como los gorjeos de un buey que se propusiera ser émulo de los ruiseñores. En esto se conocía la pasta de su corazón.

Miquis había hecho del buen litógrafo infinitas definiciones. Era, según nuestro amigo, un tonel con marca de *alcohol* y lleno de agua; un oso torcaz; una hidra sin hiel; un alfiler guardado en la vaina de un sable; un cardo con cáliz de azucena; un gorrión vestido de camello, y un epigrama escrito en octavas reales. Oírle contar sus épicas luchas por la causa del pueblo era el gran pasmo de don José y de *Riquín;* pero Isidora no contenía fácilmente la risa.

Las galanterías de Bou con Isidora semejaban a las del oso que quiso mostrar el cariño a su amo matándole una mosca sobre la frente. Alguna vez, dejando hablar a sus sentimientos, se expresaba con sencillez y naturalidad. Era como esos mascarones trágicos que en el arte decorativo aparecen echando flores de sus bocas monstruosas.

Una de las deferencias más expresivas que Bou tenía con Isidora y su padrino era ofrecerles participación en los billetes de Lotería que jugaba; pero como había tanta falta de dinero en la casa, rara vez se realizaba la operación. El oso quería ceder gratuitamente la parte de billete, pero Isidora no lo consentía. Las demás atenciones eran acompañarlos a paseo por el Retiro, y comprar dulces y juguetes a *Riquín* y darles de noche larga y cariñosa tertulia. ¡Era blandamente obsequioso con Isidora y la miraba con manifiesta intención de decirle algo delicado y difícil...! A veces, en los largos paseos que daban, iba Juan Bou callado y suspirante. Parecía que su misma fiereza nutría su timidez. En cambio, en la tertulia de la noche desatábase a charlar de cosas diversas, ponderaba con inmodestia su amor al trabajo, sus ganancias, y hacía planes de vida regalada y espléndidamente metódica. Además, tenía noticias de la muerte de un pariente suyo, muy rico, y esperaba una bonita herencia. Se conceptuaba afortunadísimo, aunque algo le faltaba, sí, algo le faltaba para ser completamente feliz.

También hacía mención de su hermana Rafaela, mujer de Alonso, que seguía enferma, y al oír mentar la casa de sus antepasados, Isidora se conmovía y alteraba. Repetidas veces la invitó Bou a visitar juntos el palacio de Aransis, cuyas bellezas él no había visto; pero Isidora se excusaba siempre por miedo a la exacerbación de sus sentimientos en presencia de aquellos venerados y queridos sitios, su patria perdida.

Un día que la Rufete venía de casa de su prendera, encontró al litógrafo en la calle del Duque de Alba.

—Voy al palacio de Aransis a ver a mi hermana—le dijo—. Está peor, y anoche le han dado los Sacramentos. ¿Quiere usted venir?

El primer impulso de ella fué rechazar la compañía de Bou; pero con tal empeño redobló éste sus instancias y rue-

gos, que, por fin, Isidora no quiso ser esquiva con él en tanto grado, y se fueron juntos. Por otra parte, la misma emoción que temía la solicitaba con fuerza misteriosa. Hay en toda alma, juntamente con el miedo a las emociones, la curiosidad de ellas, indefinible simpatía del humano corazón con lo patético. Como la vista en las alturas siente el llamamiento del abismo, así el alma siente la atracción alevosa del drama.

Llegaron. Rafaela mejoró aquel día, y los Sacramentos, dando reposo y alegría a su espíritu, habían amansado el mal. Alonso parecía contento y con no pocas esperanzas de salvar a su mujer. Isidora y Bou estuvieron largo rato en la salita de la portería, hablando de enfermedades en general y del asma en particular, del clima de Madrid, del de Mataró, patria de los Bous; de los médicos, del remedio *A* o *B*... Realmente, Isidora no tomaba parte en la conversación sino con monosílabos de cortés aquiescencia, porque sus cinco sentidos estaban puestos en la observación de la portería de su casa, y en admirar la confortable humildad de aquel nido de pobres hecho en un rincón de un palacio de ricos. La estera, cómoda; los muebles, desecho glorioso de la anterior generación de Aransis, y sobre todo las múltiples láminas de santos y vírgenes, la estampa de los Comuneros y otros grabados de ilustraciones, pegados en la pared con graciosa confusión, la ocuparon todo el tiempo que allí estuvo. Cansado de hablar y enormemente satisfecho de la mejoría de su hermana, levantóse Bou del sofá de paja, emblandecido con colchonetes de percal rojo, y, estirándose, dijo:

—Matías, dame las llaves, que quiero ver lo de arriba.

Entregando un sonoro manojo de llaves, Alonso miró a Isidora con atención recordativa.

—Me parece—indicó—que he visto aquí otra vez a esta señorita... En fin, suban ustedes y vean lo que hay.

Juan Bou subió la gran escalera despaciosamente, porque su corpulencia era declarada enemiga de la agilidad. Isidora subió corriendo, y en el último peldaño esperó a su amigo, echándole una mirada triste y una sonrisa discreta y amistosa, a la cual se podía dar atrevida interpretación de burla. La persona del bravo catalán se componía de dos partes: su cuerpo atlético, liado en una americana de cuadros, y un bastón roten, cuyo puño, formado de un asta de ciervo se encorvada, ofreciendo a la mano todas las facilidades de adaptación, ya para apoyarse, ya para hacer el molinete, o bien para que el palo fuera una especie de batuta de la palabra. Jamás, fuera de casa, se separaban el bastón y el hombre, y se apoyaban el uno sobre el otro, según los casos. Completaba la persona de Bou un sombrero hongo, de la forma más vulgar, ligeramente inclinado al lado derecho, como si de aquella parte estuviesen todas las ideas que era preciso proteger de la intemperie.

Y al subir canturriaba entre dientes. ¿En qué consiste que es tan difícil echar de los labios una tonadilla cuando a ellos se pega? Sin saber lo que decía, Bou entonó a murmullos no sabemos qué música con letra de aleluyas. Isidora no podía contener la risa oyéndole cantar:

Vienen luego los ciriales
con las mangas parroquiales.

—¡Cómo me canso de subir escaleras! —dijo el oso torcaz, llegando arriba—. Cuando se reforme la sociedad, se suprimirán los escalones. Piso bajo todo el mundo.

Abrió la primera puerta y entraron; y mientras Bou seguía franqueando puertas, Isidora hacía lo mismo con los balcones para que entrase la luz, ganosa de alumbrar los ricos antros. Creeríase que todo el contenido de las vastas salas se regocijaba al verse iluminado. Despertaba todo, abriéndose cual ojos soñolientos, y la luz, acometiendo las cavidades negras, resucitaba, como a bofetones, tapicerías, muebles y cuadros.

—Anda, anda, ¿quién será este animal?—decía el litógrafo, parándose ante los retratos—. ¡Vaya una tiesura! Perdone, caballero; yo creí que era usted un palo. Y nos mira con cierto enfado... Nada, señor; no nos comemos la gente... Toma; también hay aquí una monja. ¡Y es guapa...! Buena pieza sería usted, hermana. ¡Qué tiempos! Siento que se hayan ustedes muerto, señores, porque así no verán cómo vamos a arreglar a las sanguijuelas del pueblo, a los verdugos del pobre obrero... ¡Ah!, ¡usted, el de la golilla que parece un plato,

el de la cruz de Calatrava, usted, caballerete, si viviera en estos tiempos de ahora y alcanzara el día de la justicia, no nos miraría con esos ojos!... ¡Quia!, se le pondría una escoba en la mano; mi señor cruzado barrería las calles..., y *palante*.

Después, volviéndose a Isidora, que, horrorizada del bestial lenguaje de su amigo, miraba a la calle al través de los vidrios, le dijo:

—Es cosa que aterra el pensar todo el sudor del pueblo, todos los afanes, todas las vigilias, todos los dolores, hambres y privaciones que representa este lujo superfluo. Eso es; el pobre obrero se deshuesa trabajando para que estos holgazanes se den la buena vida en estos palacios llenos de vicios y crímenes, sí, de crímenes, no me arrepiento de lo dicho. ¡Maldita casta!... Isidora, ¿no piensa usted como yo? Por ejemplo: el pobre obrero se rompe el espinazo trabajando, duerme en una mala cama, come un mal puchero, no tiene en su casa más que una silla dura en que sentarse, mientras estos tíos..., estos tíos, por no decir otra cosa, sin coger una herramienta en la mano, ni ocuparse de nada, pisan alfombras, comen de lo fino, beben y se recuestan en muebles blandos, que ellos no saben fabricar.

Y, uniendo la acción a la palabra, se recostó, mejor dicho, se dejó caer sobre un sillón de muelles, en los cuales se hundía su pesado cuerpo.

—*Voto va Deu,* ¡qué blando es esto! ¡Qué comodidad! ¡Valientes pícaros! Ya os daría yo sillones de muelles, por ejemplo, un banco de carpintería... ¡Hala, y darle al mazo!

Tan groseras chocarrerías irritaron a Isidora. ¡Y el pobre Juan Bou tan inocente del efecto que producían sus ladridos! A cada instante decía: «¿No piensa usted como yo?», y, andando de un lado para otro, se tiraba con violencia en sillas y sofás para probar su blandura, se arrodillaba en el cojín de un reclinatorio, daba vueltas alrededor de un biombo, se reía como un salvaje, ponía el dedo en los bronces, acariciaba las mejillas de las ninfas doradas, decía chicoleos a las damas retratadas, y siempre que iba de una sala a otra, daba fuertes golpes con su bastón sobre el piso, como deseando que también la alfombra recibiese, con el lenguaje de los palos, la expresión contundente de la ira del pueblo... En tanto, Isidora no le podía mirar. Creía ver en sus palabras, en sus actitudes de burla, en sus carcajadas, en su persona toda y en su bastón, erigido en intérprete del populacho, la profanación más odiosa. Era como el hereje que pisotea la hostia. Por momentos le aborrecía, le execraba, y habría dado algo de gran valor por poder plantarle en la calle, después de mandar que le rompieran su bastón en las costillas.

—¡Y qué cortinas!—decía Bou, tocándolas de un modo irreverente con el roten—. Esta gente no gusta de tener frío. ¡Toma!, el frío se ha hecho para el pobre obrero que anda sin trabajo por las calles. Eso es, hay dos Dioses: el Dios de los ricos, que da cortinas, y el Dios de los pobres, que da nieve, hielo. Isidora, Isidora, ¿no opina usted como yo, no cree usted que esta canalla debe ser exterminada? Todo esto que vemos ha sido arrancado al pueblo; todo es, por tanto, nuestro. ¿No cree usted lo mismo?

La de Rufete, por no contestarle con la severidad que merecía, no decía nada, y hacía como que miraba las porcelanas. Bou admiró también aquellas mil chucherías que no servian para nada, las tocaba, las cogía en la mano y las volvía a poner con violencia en su sitio, a riesgo de romperlas. Pasado un largo rato, volvióse para decir algo de mucha importancia a su amiga, y no la vió. Llamóla en voz baja; después, a gritos; pero Isidora no respondía.

Pasó Bou a otra sala; de allí, a un hermoso gabinete; del gabinete, a una recatada y oscura alcoba, y allí creyó distinguir a la que buscaba. La escasa claridad no permitió a Juan Bou ver los objetos. Avanzó, empezó a ver bien, y en efecto, allí estaba Isidora, sentada junto a una cama, en la cual apoyaba su brazo derecho. Reclinada la cabeza sobre el brazo, lloraba en silencio, expresando una pena viva y sin espasmos, un dolor tranquilo, como todos los dolores viejos que se normalizan con su monótona permanencia. Quedóse absorto Juan Bou ante aquella escena, y después hizo, una tras otra, las preguntas vulgares propias del caso:

—¿Está usted mala? ¿Tiene usted algo?

Viendo que Isidora no le contestaba,

Bou tomó una silla y se sentó junto a la dolorida. En el momento de sentarse ocurrióle una idea que le causó grande aflicción. Había recordado súbitamente que Isidora pleiteaba con una casa noble. ¡Cielo santo! Aquella casa era la de Aransis, sí, recordaba haber oído vagas noticias sobre ello, porque Isidora hablaba de su pleito sin nombrar jamás a la marquesa. Sin duda, las cosas importunas dichas por Bou al visitar las salas habían ofendido a la joven, que se suponía heredera, y lo era, sin duda, de tan ilustre familia.

—¿Está usted enojada conmigo por las tonterías que he dicho? ¿Se ha resentido usted?...

Isidora negó con la cabeza.

—¡Ah! ¡Ya sé, ya sé!—exclamó él con regocijo, variando de pensamientos.

Creyó penetrar entonces la verdadera causa del dolor de su amiga. Había entendido que Isidora estaba mal de intereses. Sin duda, en aquel día los ahogos pecuniarios habían llegado a su mayor grado, y la infeliz e interesante joven se veía amenazada de un conflicto grave. ¡Oh, qué bella ocasión se le presentaba a Juan Bou para realizar un acto moral que ha tiempo meditaba! ¡Soberbia coyuntura! En un punto, en un momento podía atender a la caridad y al amor, dos cosas que son una sola, hemisferios diversos de un solo mundo infinito.

Algo había en el lugar solitario y recogido, así como en la pena de Isidora, que le incitó a no retardar más tiempo su generosa resolución. ¡Oh Dios del cielo! Si en todas las ocasiones Isidora le había parecido hermosa, en aquélla le pareció punto menos que sobrenatural, engalanada con la divina expresión de su pena. Lástima y amor juntos, ¡qué poder tan grande sois!

—Isidora, Isidora—dijo, balbuciente, la hidra sin hiel.

Después se calló por algún tiempo. Pasó un cuarto de hora, que fué para él un cuarto de siglo. Deshaciéndose todo en un suspiro colosal, volvió a decir:

—Isidora.

Esta le miró sin hablarle, fijando en la ciclópea catadura de Bou sus ojos empañados por las lágrimas. Bou sintió que su corazón se partía en una porción de pedazos, y se expresó así, con acongojada voz:

—Isidora, ya que usted no quiere confiarme sus penas, le voy a confiar las mías. Hace tiempo..., desde que tuve la dicha de conocerla a usted...

Isidora, con su penetración admirable, comprendió todo. Tuvo una visión. Rasgóse un velo, y vió al monstruo herido que se postraba ante ella y le lamía las manos. Tuvo horror, asco. Toda la nobleza de su ser se sublevó alborotada, llena de soberbia y despotismo. Era cosa semejante al allanamiento de las moradas aristocráticas por la irritada y siempre sucia plebe. Sonaba el odiado trueno de las revoluciones, y, destruídas las clases, el fiero populacho quería infamar las grandes razas, emparentándose con ellas.

—Mis intenciones han sido siempre buenas—dijo el catalán, que, imposibilitado de remontarse al drama, caía en la vulgaridad—. Primero, me agradó usted; después, me hizo soñar; hízome pensar después. Tornóse esto en una necesidad del corazón, y como estoy solo, como no me gusta estar solo... No tengo grandes riquezas que ofrecer a usted; pero soy trabajador, gano bastante y vivo con holgura... ¡Desde que la vi a usted me gustó tanto!... La vi salir de esta casa, y dije: «¿Quién será?...» En fin, que usted vale mucho, es muy buena, y yo quiero casarme con usted... Vamos, ya lo dije..., y *palante*.

Isidora, estupefacta, no sabía en qué términos responder. Tenía que contestar negativamente, porque la idea de casarse con aquel bárbaro le causaba horror. Pero Bou era un hombre sincero y honrado, que no debía recibir el desaire con crudeza y desvío. Ella valía infinitamente más que él, ella era noble; pero la dudosa ejemplaridad de su vida podía hacerla inferior. ¡En qué vacilación tan grande estaba! En su alma el asco era inseparable del agradecimiento. ¿Cómo contestarle y expresar en una frase el desprecio y la consideración?... ¡Que un ganso semejante se atreviese a poner sus ojos en persona tan selecta! Era para darle de palos y mandarle a la cuadra. Pero al mismo tiempo..., ¡cuán sencillo y generoso! Ofrecía su mano con verdadera intención y creencia firme de hacer un bien. ¡Si el pobre no alcanzaba más; si era un zopenco; si ignoraba con quién hablaba...! Isidora buscó rápidamente las frases más convenientes, y al fin dijo:

—Señor Bou, yo le agradezco a usted mucho su proposición; yo le aprecio a usted. Es usted una buena persona. Pero me veo obligada a no admitir...; porque quiero a otro hombre.

—¡Quiere a otro hombre!—repuso con aturdimiento el litógrafo—. Después que nos casemos le olvidará usted, y me querrá a mí. Yo soy muy bueno.

Isidora sonrió.

—Yo soy bueno, aunque así, al pronto, meto miedo por estas ideas que tengo y porque... Como he sido tan perseguido y..., aunque me esté mal el decirlo..., he hecho heroicidades y cosas grandes, tengo este modo de hablar tan tremendo. Eso sí, no bajo mi cabeza al despotismo. Soy hombre que valgo para cualquier cosa, y en Cataluña basta que yo me presente para que se arme la gorda... Pasando a otra cosa, yo trabajo bien y gano; espero una herencia... No le faltará a usted nada.

—Quiero a otro hombre—repitió Isidora, creyendo que esta afirmación daba a tan penoso asunto el corte brusco que más convenía.

—Y ahora—dijo Juan Bou con un nudo en la garganta—, ¿lloraba usted por ese...?

La sospecha de que su rival era una sanguijuela del pueblo, elevaba el aborrecimiento de Juan a los más altos límites.

—Sí, sí; por él—repuso, decididamente, Isidora, para ver si con esto se callaba el monstruo y la dejaba en paz.

Y como se desgaja la peña del monte y, rodando, cae al llano y aplasta y destruye cuanto encuentra, hasta que para y queda inerte otra vez, rodeada de muerte y silencio, así se desprendió del alma de Juan Bou su esperanza: rodó, hizo estrago, produjo cólera y despecho; pero bien pronto todo quedó en atonía dolorosa y muda. Miraba al suelo, y su respiración sonaba como el mugido de una tempestad lejana, que a cada rato está más lejos. La cólera fué instantánea. Pasó, dejando el abatimiento en el alma y la confusión en el cerebro del coloso. Y en el cerebro fluctuaban, como restos de un vapor fugitivo, las vagas notas de un canto acompañado de sílabas. ¿Por qué esas músicas pegajosas, que toman posesión del oído y de los labios, insisten en su fastidioso dominio cuando el alma azarada, después de una catástrofe, se desmaya en duelo y tristeza? No se sabe. Se sabe, sí, que entre el oído, el cerebro y los labios de Juan Bou andaba vagamente un sonsonete que decía:

Los curas van alumbrando,
el Miserere rezando.

Isidora había secado sus lágrimas. Para poner fin a tan fastidiosa escena, lo mejor era marcharse.

—Yo no puedo detenerme más—dijo, andando lentamente hacia la puerta.

Bou no contestó nada, ni hizo movimiento alguno.

—¿Viene usted?

Al decir esto, la miró desconsolado. Isidora sintió provocación de risa, pero se contuvo.

—Nos iremos—dijo Bou, levantándose con tanta pesadez, que parecía haberse hecho de bronce.

Isidora iba delante; él, detrás. Salieron y bajaron sin decirse nada. En la puerta de la calle, el desairado amante manifestó que se quedaría un rato más en casa de su hermana.

—Me ha matado usted—dijo al despedir a la ingrata—. Creo que estoy malo. Maldita sea mi suerte.

Y cuando ella se alejó, el bárbaro, mirándola desde el portal, pensaba cosas tristísimas y abominables. Sus pensamientos, desencadenados, brotaban en burbujas sueltas.

—¡Ingrata! No conocer el valor del hombre que se le ha ofrecido... ¿Soy acaso un chisgarabís, un danzante, uno de esos vampiros del pueblo?... Yo, tan tremendo; yo, tan formal; yo, tan útil a la Humanidad; yo, que tengo estas ideas tan elevadas... Y yo pregunto: ¿Por qué es tan guapa?... El demonio le hizo a ella la hermosura, y a mí, los ojos... ¡Despreciarme a mí!... La mujer es una traba social, una forma del oscurantismo, y si el hombre no tuviera que nacer de ella, debería ser suprimida.

CAPITULO X

LAS RECETAS DE MIQUIS

I

Día de prueba fué el siguiente. No sólo estaban agotados todos los recursos, sino también todas las combinaciones para vencer apuros del momento. No había crédito, no había materia pignorable. ¡Oh situación horrible! Faltaba ya de un modo absoluto el sustento. Isidora, *Riquín* y don José tenían hambre.

Inspirado por la desesperación, don José tuvo una idea, ¡oh rasgo de humanidad y de amor! Se le ocurrió salir, disfrazado, a pedir limosna, seguro de encontrar almas generosas. No llegó esto a efectuarse porque se opuso resueltamente Isidora. Pero ¿qué harían? ¿Pedir a Emilia? De ninguna manera. Antes acudir a la limosna. ¿A quién, a quién, ¡Dios de mi vida!, si ya estaban explotadas todas las amistades?

Alguien se presentó en casa de Isidora a ofrecerle cuanto necesitase para vencer dificultades tan angustiosas. Pero las condiciones de estos anticipos eran tales, que la joven los rechazó, espantada. El loco amor al lujo y las comodidades eran los puntos débiles de Isidora; su necesidad, la brecha por donde la atacaban, prometiéndole villas y castillos; pero, no obstante estas desventajas, resistía, batiéndose con el arma de su orgullo y amparada del broquel de su nobleza. Tanta fuerza tomó en esto, que cortó los vuelos a la tentación, diciendo: «Antes pediré limosna.» ¡Oh! Si Joaquín estuviese en Madrid no pasaría ella tan crueles angustias. Pero a París, donde estaba, le había escrito siete veces en tres meses, sin obtener contestación. Volvíase con el pensamiento a todas partes, como el habitante de la casa incendiada que, cercano a las llamas, busca un escape, un sostén, una cuerda... ¡Ah cielos divinos! De pronto vió Isidora su cuerda. Acordóse de una persona, y la esperanza rieló en la superficie de su ennegrecido espíritu.

Era de noche. Al día siguiente pondría en ejecución su pensamiento. Por fortuna, don José había tenido la inmensa suerte de encontrar aquella tarde a un bondadoso amigo que le facilitó la cantidad precisa para un mediano almuerzo. Segura, pues, Isidora de que habría con qué desayunarse a la venidera mañana, pasó tranquila la noche. A las once del siguiente día llamaba a una puerta.

—¿Está el doctor Miquis?

¡Qué suerte! Estaba. Pasó la joven al despacho, y allí, sola con el médico, no pudiendo contener la pena que se desbordaba de su corazón, rompió a llorar. Recibióla con mucha bondad Augusto, la hizo sentar, preguntóle mil cosas; pero ella, acongojada, no podía decir más que esto, que repitió tres veces:

—Dame de comer y no me toques.

Augusto se puso serio, comprendiendo que la situación de su amiga no era para tratada en broma. Hablaron. El, aunque joven, tenía el arte de la interrogación, y ella comprendía cuán ventajosas le serían la espontaneidad y franqueza. Así, al cuarto de hora de confesión, ya Miquis sabía los últimos episodios de la vida de ella, el viaje a El Escorial, la penuria, la declaración de Bou, las proposiciones de aquellas tales... Cuando nada importante quedaba por decir y formuló Isidora la síntesis de su problema, diciendo: «¿Qué debo hacer para poder vivir?», Miquis se quedó en silencio un buen rato, y después le contestó así:

—No te apures, no te apures. Veremos. Estás enferma, estás llagada. Tu mal es ya profundo, pero no incurable.

La inspiración brotó en su mente. Su grande y vivaz ingenio le sugirió una idea, y con la idea, estas palabras:

—Pues he de curarte... Lo dijo Miquis, punto redondo.

Isidora llenó el despacho con un suspiro. Era el quejido de su enfermedad, ya extendida y profunda.

—Manos a la obra—dijo Augusto con gran solemnidad—. ¿Quieres que te cure? Responde sí o no.

—Sí.

—Pues bien: ¿Estás dispuesta a ponerte a mis órdenes y a hacer ciegamente lo que yo te mande?

—Sí, sí—replicó ella con ansiedad doliente.

—Pues empecemos. Lo primero es cambiar de aires.

—¿Me mandas al campo?

—No... Mejor dicho, sí, te mando a un valle urbano.

Y, llevándola al balcón, le mostró la casa de enfrente. En el piso bajo veían-

se unas rejas, por entre cuyos hierros salían matas de tiestos colocados dentro en una tabla. La casa hacía esquina, y el cuarto bajo a que correspondían las rejas tenía por la otra calle una tienda con dos vitrinas. Pero esto no se veía desde el balcón de Miquis, aunque se adivinaba, mirando un rótulo que en áureas letras decía: *Castaño, ortopedista.* Otra grande y aparatosa muestra, colgada más arriba, en el piso principal de la misma casa, decía: *Eponina, modista.* Como Isidora la mirase, díjole Miquis:

—Huye de esas peligrosas alturas, y vuelve tus ojos al valle ameno que está abajo.

—Sí. Ahí viven Emilia y Juan. ¡Qué felices son!

—Pues en esa casa, en ese establecimiento salutífero, vas a vivir desde mañana.

—¡Oh! ¡Si vieras qué envidia les tengo! Pero no, no me admitirán.

—¿Te negarán ese favor si se lo pido yo?... He salvado del garrotillo al mayor de sus chicos. Los asisto de balde. Me llaman casi todos los días.

—Entonces tú les pedirás que me admitan...

—Hoy mismo; pero ya comprenderás que les he de responder de tu buena conducta. Cuidado...

—¡Oh! Yo te juro... Lo que deseo es tranquilidad, paz...

—Bien—dijo Miquis, retirándose del balcón—. Ahora viene lo mejor. Una vez que cambies de aires, has de considerar que empiezas a vivir de nuevo. Tienes que educarte, aprender mil cosas que ignoras, someter tu espíritu a la gimnasia de hacer cuentas, de apreciar la cantidad, el valor, el peso y la realidad de las cosas. Es preciso que se te administre una infusión de principios morales, para lo cual, como tu estado es primitivo, basta por ahora el catecismo. ¡Oh! ¡Si tuvieras buena voluntad...!

—La tendré.

—Ahora viene lo gordo, hija. Después de entonarte, paso a recetarte el gran emético, medicina un poco fuerte y desagradable; pero que si la tomas con buena voluntad, ha de probarte maravillosamente con el tiempo y regenerarte por completo.

—¿Cuál es la medicina?

—Pues que te cases con Juan Bou.

Isidora hizo un movimiento de repeler cosa muy nauseabunda..., y puso una cara... ¡Jesús, qué cara!

—Comprendo que no te agrade por el pronto. Pero reflexiona. ¿No has oído decir que toda persona tiene la fortuna en la mano una sola vez en la vida?

—Sí lo he oído; pero te diré...

—Pues considera si en tu situación puede haber para ti fortuna mayor que el que un hombre honrado te ofrezca su mano. No creo que pretendas un Coburgo Gotha. Reflexiona, observa el punto en que te hallas, echa una mirada atrás, otra delante, y di si mi medicamento no está perfectamente indicado.

—Yo no sé si será eficaz o no—dijo Isidora con tristeza y confusión—. Podrá serlo, mirando las cosas por lo bajo... Pero en cuestión de matrimonio, el gusto y el amor son lo primero...

—Es verdad que Juan Bou no es un Adonis; pero no es tampoco un monstruo... Es un hombre de bien, trabajador, sencillote, y, a pesar de sus bravatas, tiene el corazón más bondadoso y tierno del mundo.

—Lo sé, lo sé...; pero... quita allá, por la Virgen Santísima; yo no seré su mujer. No lo pienses... Este caso mío no es como otros casos—dijo Isidora, haciendo los mayores esfuerzos para que su acento expresase la convicción firmísima de su alma—. Para juzgar las cosas conviene verlas completas. Es verdad que si fuera yo nada más que lo que parezco, la cosa no tenía duda; pero tú bien sabes que sostengo un pleito de filiación con una familia poderosa; tú debes considerar que el mejor día gano el pleito, como es de ley; que paso a ocupar mi puesto y a heredar la fortuna y el nombre de esa familia, que son míos y me pertenecen. Pues bien: ¿te parece bonito que, al tomar posesión de mi casa, lleve colgado del brazo ese lindo dije de Juan Bou? A fe que me lucía... Miquis, tú estás lelo. Yo no sé dónde tienes el talento, cuando dices ciertas cosas.

—¡El pleito! Precisamente has nombrado un desorden fisiológico que me trae a la memoria otra de las más importantes medicinas que te voy a recetar.

—¿Cuál?

—Resumamos. Primero, mudar de aires; luego, entonarte con una enseñanza primaria; después sigue la gran

toma, el casorio con Juan Bou, y, por último, viene la extirpación del cáncer, que es la idea del marquesado.

Isidora creía escuchar el mayor de los insultos.

—Si de ese modo quieres curarme—dijo con altivez—, renuncio a tus medicinas.

—Entendámonos—añadió Miquis, rectificando—. Si tus derechos no son una fárs*a*, si hay algo de serio y legítimo en eso, enhorabuena que siga adelante tu pleito. Lo que yo quiero es que no consagres tu vida a la idea de ocupar una posición superior, que no vivas anticipadamente en ella con la imaginación, sino que tengas paciencia y reposo de espíritu... ¿Que ganas el pleito? Pues bien: te embolsas tu herencia y sigues, con tu marido, en la esfera de modestia, quietud y desahogo en que todos vivimos. ¿No quieres? ¿No aceptas mi plan?

—No lo acepto, no—dijo Isidora, de muy mal humor—. Es un plan tonto.

—¡Ah mimosa! ¿Sabes lo que debo yo hacer, en vista de tu rebeldía? Pues no tenerte lástima, no interesarme por ti, y mirarte como tierra común, en la cual todos tienen derecho a sembrar sus deseos para recoger tu deshonra. Desgraciada; si no acabas en la casa de Aransis, acabarás en un hospital.

—Bien, me agrada eso. O en lo más alto o en lo más bajo. No me gustan términos medios.

—Y, sin embargo, en ellos debemos mantenernos siempre... ¿Conque quedamos en eso?

—¿En qué?

—En que, rechazado por ti mi tratamiento, te debo considerar como incurable y hacerte el amor.

—¡Qué disparates dices!

—¿Vámonos al Retiro?... ¿Te acuerdas de aquellos paseítos del Museo, de las fieras, de las naranjas que nos comimos entre los dos?

—Bien me acuerdo... Déjate de tonterías.

—No, no creas que voy a repetir ahora lo que entonces te decía. No habrá aquello de «Me caso contigo». Entonces te lo decía; pero no pensaba hacerlo, no creas...

—Ya lo suponía.

—¡Y la verdad es que me gustabas muchísimo!... Y si he de serte franco, creía hacer contigo la gran conquista. Yo quería acreditarme entre mis compañeros, y decía para mí: «Esta no se me escapa.» ¡Y qué traidoramente se me escapó! Hoy nos encontramos otra vez. Tú, después de dar mil vueltas, vienes a mí... Pues mira, simplona: te juro que en este momento, vista tu terquedad en no dejarte curar, debiera yo ponerte los puntos..., y si no fuera por ésta...

Se levantó, y, tomando un retrato que sobre la mesa estaba, lo mostró a Isidora.

—¡Ah! Tu novia... Ya sé que te casas pronto, maulón. ¿Sabes que no vale nada?

—Te pego si lo vuelves a decir. Vale más que tú. No es muy guapa; pero es un ángel.

—Si no vale dos cominos—dijo Isidora, riéndose descaradamente ante el retrato.

—¿Qué entiendes tú de eso? Esta, ésta que ves aquí es mi salvaguardia contra ti; es mi patrona, mi abogada, mi Virgen del Amparo. Por ésta, ¿la ves bien?, por ésta, con quien me casaré el lunes, Dios mediante, me libro del peligro de tenerte ante mí, y me hago un señor héroe, y, atropellando por todo, te doy la batalla y te venzo, y por fin me salvo, aunque no quieras. Esta tarde misma hablaré con Emilia, y mañana te irás a vivir con esa gente, para que aprendas, víbora; para que veas, pantera; para que sepas, demonio con faldas, lo que es el bien.

A cada frase daba un paso hacia ella, amenazándola con el retrato. Ya Isidora se había serenado bastante, y no veía las cosas tan tétricamente como antes. El, por su parte, iba dejando de mano la gravedad de médico, el énfasis de moralista, y tornaba a ser, por gradación rápida, el Miquis de antaño, ingenioso, alegre y vivo, con su follaje de palabrería metafórica y su corazón repleto de bondad.

—No me acordaba de que tengo que escribir unas cartas—dijo Isidora repentinamente—. ¿Me las dejas escribir aquí, en tu mesa?

—Sí, sí, ángel ponzoñoso—contestó Augusto, en cuya alma retoñaban devaneos estudiantiles.

Precipitadamente sacó papel, sobres. Isidora se sentó en el sillón de la mesa de despacho, él le dió pluma, y ella se puso a escribir. Mientras la joven despachaba su correspondencia, que era al-

go larga, Miquis se paseaba, las manos metidas en los bolsillos, y miraba a Isidora con expresión entremezclada de asombro y miedo, diciendo para sí: «Fuera ciencia, fuera gravedad... Juventud, no te me vayas sin dárteme a conocer... Tiempo hay de encerrarse en esa armadura de cartón que se llama severidad de principios.»

Y volvió al paseo, y a echarle ojeadas y a meditar: «Pero si me caso el lunes, y hoy es miércoles... ¡En qué ocasión se le ocurre a uno casarse!... Estoy entre el altar y el abismo... Hombre, *homo sapiens* de Linneo, no te deslices, coge una piedra y date con ella en el pecho, como San Jerónimo. Honradez, tienes cara de perro...»

Isidora dejó de escribir, poniendo la pluma a un lado.

—Voy a descansar un ratito.

—Aunque sean dos ratitos, chica... Ya sabes que tengo el mayor gusto... Estás en tu casa...

—Vaya que tienes un bonito cuarto. Pero, hombre, ya podías haber puesto ese esqueleto en otra parte. ¡Qué horror!

—Quiero estar contemplando a todas horas la miseria humana.

—¿De quién serían esos pobres huesos?...

—Son de mujer. Quizá una tan hermosa como tú... Mírate en ese espejo.

—Gracias, chico. Tus espejos son muy particulares. ¡Y cuánto librote! A ver. ¡Jesús, qué títulos! Todo Medicina. ¡Qué lástima de dinero empleado en esto! Tanto libro para no saber nada. Porque tú no sabes nada, Miquis; eres un ignorante, un tonto.

—Quizá estás diciendo la más profunda verdad que ha salido de esos labios, de esas envenenadas rosas. Sí, soy un mentecato. Desprecia a Miquis, que, habiendo descubierto un tesoro, permitió que ese tesoro fuera para todos, menos para él. El simple y desventurado Miquis ha sido un libertino del estudio: sus calaveradas han sido las calaveras. A su lado pasó, coronada de rosas y con la copa en la mano, la imagen de la Vida, y Miquis volvió los ojos para contemplar, embebecido, ¡ay!, la rugosa faz de los catedráticos. La ocasión de vivir, de gozar, de ver cara a cara el ideal, de tocar el cielo, se le ha presentado varias veces; pero Miquis, este memo de los memos, en vez de poner la mano en toda ocasión hermosa, se iba a descuartizar cadáveres... ¡Y este Miquis se casa el lunes; es decir, que el lunes cierra la puerta a la juventud y entra en la madurez de la vida, en el régimen, en la rutina y método! Para él se acabó lo imprevisto; se acabarán los deliciosos disparates. ¡Desgraciada la boca tapiada a la risa! Ahora, ciencia, trabajo, suegro, amas de cría. Terrible cosa es recibir el adiós a la libertad, y ver la espalda a la juventud fugitiva. ¡Bienaventurados los chiquillos, porque de ellos es la vida!

—Tienes una bonita casa—dijo Isidora, sin hacerle caso—. ¿Cuánto te cuesta?

—A ti nada te importa, pues no me la has de pagar. ¿Has concluído tus cartas?

—Voy a concluirlas.

Y él volvió a pasearse y a mirarla... ¡Qué hermosa estaba! ¿Quién le metía a él a moralista ni a redentor de samaritanas? Soltó una carcajada en lo recóndito de su ser, allí donde su alma contemplaba atónita la imagen de la ocasión. «Pero me caso el lunes, el lunes...» Miró el retrato de su novia.

De pronto suena la campanilla, entra un señor y pasa a la sala... Es el papá de la novia de Miquis, que viene a consultarle un punto de Higiene. Augusto deja a Isidora en su despacho, y tiene que resistir durante una hora la embestida de su suegro, el cual le habla de Sanidad y de la fundación de la Penitenciaría para jóvenes delincuentes.

Cuando su suegro se marcha, Miquis vuelve al despacho. Está aturdido; la visita le ha dejado insensible. Hay en su cuerpo algo del efecto de una paliza; pero está fortificado interiormente. Isidora aguarda ansiosa. Está pálida y ha llorado un poco, porque no puede apartar del pensamiento que su hijo y su padrino no tienen qué comer aquella tarde.

—¡Cuánto has tardado! Es pesadito ese señor. En fin, amigo, yo siento molestarte. Acuérdate de lo que te dije al entrar...

Miquis hace una rápida exploración en su alma, encuentra en ella algún desorden y dispone que todo vuelva a su sitio. «Soy un hombre sublime—dice para sí—, un hombre de honor y de caridad; soy también un hombre que se casa el lunes.»

Isidora le había dirigido al entrar una súplica angustiosa, elocuente expresión salida de los más sagrados senos del alma humana. Juntando el quejido de la necesidad a la súplica del pudor, Isidora le había dicho: «Dame de comer y no me toques.»

Miquis abre su bolsa a la desvalida hermosa, y, con magnánimo corazón, le dice:

—Mañana estarás en casa de Emilia.

II

La admitieron. ¡Tanto pesaba en aquella casa la recomendación de Miquis, que había salvado del crup al niño mayor, y de los peligros de la dentición al más pequeño!

Ya sabe el lector cómo Emilia de Relimpio se casó con su primo, el hijo del ortopédico, que llamaba *cláusulas* a las cápsulas; matrimonio degradante, si se le mira desde la altura de las pretensiones de doña Laura; pero muy natural, proporcionado y acertadísimo, siempre que la interesada lo mirase al nivel de sus sentimientos y de su porvenir moral y práctico. Juan José Castaño era tan hábil como su padre, y le superaba en inventiva y en asimilarse los descubrimientos y novedades del arte ortopédico. Sostenía el crédito del establecimiento y ganaba mucho dinero, porque, desgraciadamente para la Humanidad, parece que ésta es una vieja máquina que se desvencija y deshace, hallándose cada día más necesitada de remiendos y puntales, o llámense muletas, cabestrillos, fajas, cinchas, suspensorios, etc. Nada, nada, nos desbaratamos. Unos dicen que es por estudiar mucho; otros, que por gozar demasiado, y alguien echa la culpa a las armas de precisión; pero, cualquiera que sea la causa, ello es que la Ortopedia tiene un porvenir tan brillante como el de la Artillería. Son dos ciencias complementarias, como la Filosofía y el Alienismo.

En su pacífica y laboriosa vida, Emilia, mujer de buen fondo y excelente corazón, se había curado de aquellas tonterías de aparentar y suponerse persona encumbrada. No volvió a ponerse sombrero más que cuando iba de viaje los veranos, ni a tratar de parecerse a las niñas de Pez, las cuales—dicho sea de paso—continuaban tratando de imitar a las niñas de los duques de Tal. Poseía un sólido bienestar; ella, su marido y sus hijos satisfacían plenamente sus necesidades, y de añadidura tenían buenos ahorros, un establecimiento de primer orden, y, además, como perspectiva risueña, la hermosa finca de Pinto, con otras riquezas que el viejo guardaba. En suma: Emilia había tomado un magnífico sitio en el anfiteatro de la vida, donde tantos están en pie o pésimamente sentados. Su marido era sencillo, bueno, cariñoso, sin más defecto que el querer hacer las cosas demasiado bien y pronto, por lo que siempre estaba en riña con sus oficiales.

Por más que Isidora reconociera la importancia moral de aquella casa, no podía remediar que le fueran antipáticos el establecimiento, la tienda, llena de feísimos objetos; la trastienda, donde trabajaban Rafael y sus oficiales, y la vivienda toda, honrada, virtuosísima, modelo de dignidad, de laboriosidad y de cristianismo, pero impregnada de un cierto olor de badana cruda, con malas luces y ruidos de taller.

Este juicio no excluía el agradecimiento que tenía a Juan José y a Emilia. ¡Insigne mérito y bondad había en ellos al admitirla, cuando, si la despreciaran, estaban en su derecho! Y véase aquí la eficaz influencia del medio ambiente. A los tres o cuatro días de estar allí, el espíritu de Isidora se adaptaba mansamente a la regularidad placentera de la casa, a la poca luz, al olor de badana, a la vista de los feos objetos, y notaba en sí una tranquilidad, un gozo que hasta entonces le fueron desconocidos. *Riquín* hizo tan buenas migas con los dos chicos de Emilia, como si se hubieran criado en la misma cuna. Todo el santo día lo pasaban enredando desde la trastienda a la cocina e inventando diabluras.

Don José era el que parecía menos feliz. Estaba triste, según decía, por la falta de ocupación. Castaño, que no necesitaba tenedurías, le empleó en llevar recados y cobrar cuentas; pero aunque el buen señor desempeñaba estos encargos con docilidad, bien se le conocía que su principal gusto era no hacer nada, contemplar a Isidora, pasear con ella y prestarle cuantos servicios hubiese menester.

Miquis solía pasar por allí, pero esta-

ba muy poco tiempo. Como vivía enfrente, por las tardes enviaba con su criada unos papelitos que hacían reír a Isidora, a Emilia y al mismo don José taciturno. He aquí una muestra:

RÉCIPE:

Del extracto de paciencia, 100 gramos.
Del ajetreo de máquinas de coser, c. s.
Mézclese y agítese s. a.
Para tomar a todas horas.

Doctor Miquis.

—¿Ves?—decía Emilia, riendo—. Te manda que trabajes y me ayudes a coser en la máquina. Este Miquis es lo más salado... ¡Y qué razón tiene! Ocuparte en algo es lo que más te conviene. Cuando se pone la atención en cualquiera labor, no hay medio de pensar tonterías.

Bien lo comprendía la enferma; así, desde el primer día empezó a adiestrarse en la soberbia máquina de Singer que Emilia poseía. ¡Bien, bien! Con un poco de aplicación llegaría a dominarla. Al siguiente, otro papelito:

RÉCIPE:

De la infusión de raíz del olvido, 25 gramos.
De esencia de modestia, 7 toneladas.
Disuélvase en agua de goma, añádase la Ipecacuana, o sea Juan Bou, y háganse 40.000 píldoras para tomar una cada segundo, con observación.

Doctor Miquis.

NOTA.—El cual entra mañana en capilla. Cantad la salve de los presos.

Aunque las recetas eran de burlas, no desestimaba Isidora la prudente lección contenida en ellas. Hizo propósito firme de trabajar, de poner en olvido ciertas cosas, originarias de su perdición, y de acortar los orgullosos vuelos de su alma. Otro papel apareció diciendo:

«Se recomienda a la enferma que ayude a su patrona en cosas de la casa para que se vaya instruyendo, y que en las horas de descanso se dé un atracón de lectura. Le recomiendo el *Bertoldo*, el *Año cristiano* o las *Páginas de la Infancia*. Adiéstrese en contar para que se familiarice con las cantidades. En esto le podrá servir el águila de Patmos de la Contabilidad, su padrinito. Se recomienda especialmente a la enferma que si va Juan Bou (*alias* Ipecuana), le reciba con amabilidad. El pobre está triste, aunque espera una herencia.

»*Nota.*—El patíbulo de miel está armado en la capilla de los Desamparados. Orad por Miquis.»

Por la noche fué Miquis un momento cuando estaban comiendo. ¡Qué algazara! Los tres chicos corrieron hacia él, y mientras uno se le colgaba de un brazo, el otro se le enredaba en una pierna, y todos le aclamaban como si el joven doctor fuera el más divertido de los juguetes. Isidora y Emilia le sacaron el tema de su boda, y ya le felicitaban, ya le hacían burla, mientras él tan pronto hacía el panegírico de su futura como se lamentaba de perder su libertad. Subió luego al piso principal a ver a una anciana, madre de la célebre modista Eponina.

Esta era una habilidosa francesa de mucha labia y trastienda, que en pocos años había hecho gran clientela. La vecindad fué causa de que Eponina y Emilia entrablaran amistad. Algunas noches bajaba la francesa a casa del ortopedista, y otras los de Castaño subían al taller de modas. Isidora ya tenía conocimiento con Eponina, porque ésta le hizo algunos vestidos en los prósperos tiempos botinescos. Conocedora Eponina del buen gusto de la de Rufete, siempre que ésta subía mostrábale sus galanas obras, pidiéndole parecer, de lo que Isidora recibía mucho gusto, si bien éste se desvanecía con el desconsuelo de ver tantas cosas ricas que no eran para ella. Luego, al volver a la ortopedia con el cerebro lleno de peregrinas visiones de trapos y faralaes, caía en profunda tristeza...

De esta manera pasaron algunos días. Miquis les envió los dulces de la boda, acompañados de estos renglones:

«Desde la mazmorra de flores, desde el delicioso ataúd de la luna de miel, el inmolado Miquis saluda a los señores de Castaño y a la señora de Bou. Recomiendo a ésta la calma. He sabido con disgusto que ha contravenido mis prescripciones higiénicas, remontándose al taller de madama Eponina, y probándose varios vestidos de baile para ver su buen efecto. Eso es muy peligroso y reproduce la fiebre. Prescribo el alejamiento absoluto de los centros miasmáticos. En

los ratos que tenga libres, dedíquese la enferma a bordar unas zapatillas al señor Juan Bou, para lo cual dicho se está que ha de emplear dos varas de cañamazo. Eso no importa. Yo regalo el cañamazo y las lanas. La enferma irá a convalecer a la sombra del árbol de la Ipecacuana, ese árbol milagroso, señoras, que está plantado en la litografía de la calle de Juanelo, y que ansía estrechar entre sus ramas a la descendiente de cien reyes.—Saluda a todos el más novel de los maridos y el más feliz de los médicos.

Miquis.»

Ya no se reía Isidora de las cartas y recetas. Desde el día anterior estaba muy ensimismada, y hablaba muy poco. Atribuyendo Emilia y Castaño la repentina tristeza de su amiga a que se veía apremiada por el procurador para abonar los crecidos gastos del pleito, la exploraron con habilidad; mas ninguna explicación categórica pudieron obtener de su taciturna melancolía. Un accidente habían notado que les hizo caer en desagradables sospechas: don José, al volver de la calle, habló en secreto con Isidora, y de aquel secreto databan el abatimiento y tristeza de la joven enferma. Observando con malicia, los esposos notaron que Relimpio salía y entraba con frecuencia, como si trajera y llevara recados, y que padrino y ahijada cambiaban recatadamente palabras breves y cautelosas. Cuatro días pasaron así, cuando Isidora salió para ir, según dijo, a casa de su procurador, y como al otro día y al siguiente repitiese el mismo viaje, los esposos se alarmaron y dieron en creer que Isidora no merecía la caritativa hospitalidad que le habían dado.

Fiel como un perro y callado como un cenotafio, don José fortalecía de tal modo su discreción, que en ésta no hallaba el más breve resquicio la curiosidad de su hija. ¡José, eres una alhaja!

III

Y en tanto, excesivamente distraída de sus trabajos, Isidora visitaba con frecuencia el taller de Eponina, y allí se encantaba contemplando los magníficos vestidos, entre los cuales a la sazón había tres de baile. Eran para una joven condesa que tenía la misma estatura y talle de nuestra enferma. Eponina quiso que ésta se los pusiera para ver el efecto. ¡Ave María Purísima!... Púsose el primero; estaba encantadora. Púsose el segundo. ¡Oh, arrebataba! El tercero... ¡Cristo!, el tercero caía tan bien a su cuerpo y figura, que sólo la idea de tener que quitárselo le daba escalofríos. Contemplóse en el gran espejo, embelesada de su hermosura... Allí, en el campo misterioso del cristal azogado, el raso, los encajes, los ojos, formaban un conjunto en que había algo de las inmensidades movibles del mar alumbradas por el astro de la noche. Isidora encontraba mundos de poesía en aquella reproducción de sí misma. ¡Qué diría la sociedad si pudiera gozar de tal imagen! ¡Cómo la admirarían, y con qué entusiasmo habían de celebrarla las lenguas de la fama! ¡Qué hombros, qué cuello, qué... todo! ¿Y tantos hechizos habían de permanecer en la oscuridad, como las perlas no sacadas del mar? No, ¡absurdo de los absurdos! Ella era noble por su nacimiento, y si no lo fuera, bastaría a darle la ejecutoria su gran belleza, su figura, sus gustos delicados, sus simpatías por toda cosa elegante y superior.

Queda, pues, sentado que era noble. ¿Por qué no era suyo, sino prestado, aquel traje, y había que quitárselo en seguida, sin poder siquiera, como los cómicos, lucirlo un momento? No era reina de comedia, sino reina verdadera. Se miraba y se volvía a mirar sin hartarse nunca, y giraba el cuerpo para ver cómo se le enroscaba la cola. Pero qué, ¿iba a entrar realmente en el salón de baile? Su mentirosa fantasía, excitándose con enfermiza violencia, remedaba lo auténtico hasta el punto de engañarse a sí misma.

De repente oyéronse pasos. Isidora y Eponina miraron hacia la sala inmediata, y vieron entrar a un hombre. Era Miquis.

—Pase usted, doctor—dijo la modista—, y verá usted cosa buena. Usted no estorba nunca.

Era Eponina mujer desordenada; mucho tiempo hacía que no pagaba al médico, el cual visitaba con gran celo a la anciana madre de la modistta. Para hacerse perdonar su falta de conducta, la francesa era complaciente con Augusto, y le permitía entrar en su taller a todas

horas y bromear con las oficialas. Al ver a Miquis, Isidora se turbó un momento. Después se echó a reír.

—¿Te asombra de verme vestida de baile?—le dijo—. Sé que me has de reñir; pero, vamos, sé franco. ¿Estoy bien así, sí o no?

Absorto la miraba el joven, y con voz balbuciente, que declaraba su sorpresa y embeleso, dijo:

—Estás..., no ya hermosa, ni guapa, sino... ¡divina!

—Vamos, que te he hecho tilín.

—A un ahorcado no se le hace tilín tan fácilmente; pero... Abismo de flores, de veras te digo que si no estuviera con la soga al cuello... Pero no, ¡fuera simplezas! El médico, el médico es el que habla ahora.

Y esgrimió el bastón ante la imagen hechicera de la dama vestida de baile.

—Has contravenido mi plan; te has burlado de mis recetas. No te salvarás, Isidora. Yo te abandono a tu desgraciada suerte.

—Siéntese usted, Augusto; deje usted el sombrero—dijo Eponina con melosa urbanidad.

Desasosegado, Miquis se sentaba primero en una silla, después en otra, luego paseaba, y en pie y andando no quitaba los ojos de su enferma.

—Pues mira—le dijo Isidora con cierto descaro—, no me riñas, porque con tus medicinas tontas y con tu asquerosa Ipecacuana no me he de curar ni quiero curarme.

—Ya lo sé que no quieres. ¿Piensas que no estoy enterado de tus malos pasos de estos días? A los médicos no se nos escapa nada. ¿Quieres que te lo cuente?

Isidora se turbó otra vez.

—Pues oye: la semana pasada llegó de Francia Joaquín Pez en el estado más deplorable. Sus acreedores, cansados ya de contemplarle, le han caído encima como buitres hambrientos. Su padre ha decidido no ampararle más y le ha echado de su casa...

—Es verdad, es verdad—dijo la de Rufete con emoción, preparándose a derramar lágrimas.

—El pobre hombre, con el agua al cuello, desesperado y sin fuerzas para luchar con su destino, ha recurrido a ti. Sé que te ha buscado; que te mandó un recadito con tu padrino; que fuiste a verle... Es cierto, ¿sí o no?

—Es cierto.

—Se ha refugiado en una miserable casa de huéspedes donde no hay más que toreros de invierno, jugadores y gente perdida... Le visitaste hace cuatro días; has ido después varias veces... Lo sé por el ama de la casa, que es una Aspasia jubilada y tiene relaciones con uno de mis más desgraciados enfermos. Reflexiona lo que haces, mira bien qué pasos das y entre qué gente vas a meterte.

—Es verdad lo que has dicho. ¿Cómo es que todo lo sabes y todo lo averiguas? —dijo Isidora, rompiendo a llorar—. Augusto, ten compasión de mí. No, no me digas cosas... El está perseguido, huye de la Justicia, y ha tenido que refugiarse en un sitio que, por ser tan malo, le ofrece seguridad. No se comunica con ninguno de la casa. No le denuncies, ni me riñas a mí porque no he querido abandonarle en la desgracia.

—Perdóneme usted, amiguita—indicó Eponina con bondad—; me va usted a estropear el vestido; me lo está usted mojando con sus lágrimas.

—Me lo quitaré—replicó Isidora, haciendo un gesto de niña mimosa—. Miquis, haz el favor de pasarte a la sala, que me voy a mudar de traje.

Alejóse un rato el médico. Cuando volvió, ya Isidora había tomado su forma primera. Se abrochaba su vestidillo humilde diciendo:

—Ya tengo otra vez la librea de la miseria.

Eponina salió, dejándolos solos. De repente Isidora se fué derecha hacia Miquis, y cruzando las manos delante de él, le dijo con acento de intenso dolor:

—¡Amigo, estoy desesperada!

—¿Qué tienes?—le preguntó él, sintiendo ante aquella pena y aquellas lágrimas una cobardía dulce.

—¡Estoy desesperada! A ti me dirijo, a ti, que eres bueno y me conoces hace tiempo.

—¿Bueno yo?...—dijo Augusto con ironía—. A ver, ¿qué quieres?

—Necesito..., ¿tendré que decírtelo?..., necesito dinero.

—Ya...

—Yo no puedo estar así. Váyanse al diablo tus recetas. Te diré..., yo quiero vivir, y esto no es vivir.

—Dinero para el Pez.

—No, no; lo necesito para mi procurador y para mí. Estoy vestida de harapos... No me riñas, cada cual tiene su manera de ver las cosas de la vida. Sé que me vas a sermonear y hablarme de moral y qué sé yo... No entiendo tus medicinas. Te diré... Dios no quiere favorecerme, Dios me persigue, me ha declarado la guerra...

—¡Qué pillín!

—Yo quiero ir por los buenos caminos, y El no me deja—prosiguió Isidora con tanta agitación, que parecía demente—. Veremos si al fin me favorece. Te diré...; lo que importa es que yo gane ese pleito. Cuando lo gane, tomaré posesión de mi casa... Mucho siento no poder llegar a ella con todo el honor que mi casa merece...; pero ¿qué hacer ya? Entre tanto, amigo, la miseria me es antipática, es contraria a mi naturaleza y a mis gustos. La miseria es plebeya, y yo soy noble.

—Isidora—declaró Augusto con seriedad—, al nacer te equivocaste de patria. Debiste nacer en Francia. Eres demasiado grande, eres un genio, y no cabes aquí. ¿Quieres el último consejo? Pues vete a París. Allí encontrarás tu puesto. Aquí te degradarás demasiado. Aquí no las gastamos de tanto lujo como tú.

Levantóse para marcharse.

—No, no te vas—dijo ella, deteniéndole con fuerza por un brazo—; no te vas sin decirme si puedo contar contigo.

—¿Para qué?—murmuró el médico, temblando.

¡Sentía un frío...!

—Yo necesito una cantidad—dijo Isidora, febril, los labios secos.

—No puedo... complacerte—repuso el joven, dejándose caer en una silla.

—Sí puedes, sí puedes. ¡Augusto, por amor de Dios!..., socórreme, socórreme. Te diré...

—Si es nada más que un socorro...

Miquis, turbado hasta lo sumo, apreció con rápida ojeada interior su situación. ¡Se había casado seis días antes, estaba en la luna de miel!... ¡Ser traidor a su joven y amable esposa! «No, no, no», gritó para sí, y luego, en voz alta:

—Pobre mujer, criminal o desgraciada, noble, plebeya o lo que seas, yo no te puedo amparar... Busca en otra parte...

—¡Ah! ¡Qué amigos estos!—exclamó ella en lo último de la angustia—. ¡Y luego nos injurian si, al vernos desamparadas, corremos a la degradación! Bueno, bueno; me perderé, me arrastraré.

Miquis cerró los ojos para no verla. Si la veía un momento más estaba perdido... Por lo que, sin añadir una palabra, echó a correr fuera del gabinete y de la casa.

Iba por la calle adelante, satisfecho de su triunfo, cuando sintió rápidos y leves pasos detrás de sí. Al mismo tiempo oyó que le llamaban. Una mujer corría tras él. Al reconocer a Isidora, el pobre médico tembló de nuevo.

—Tengo un recelo—le dijo Isidora, agitadísima, la voz balbuciente, la expresión turbada y agoniosa—. No me has comprendido... Habrás creído tal vez que deseo ser tu querida, que te he propuesto que me compres... No me juzgues mal; yo quiero ser honrada. Si no lo consigo es porque..., te diré...

—¡Honrada!

—Sí, sí. No me comprendes. Si me socorres, yo te pagaré..., dinero por dinero.

—Déjame en paz—dijo Miquis, retirándose.

—No, no te vas—replicó ella, deteniéndole con fuerza—. Estoy desesperada. Necesito... En último caso, paso por todo.

—Soy pobre.

—La desesperación es ley, Augusto. Te hablaré con el corazón; te diré... Yo no quiero más que a un hombre. Por él doy la vida y, en último caso, el honor...Di, ¿me favoreces?

—Lo que necesitas, ¿es para comer?

—No; necesito mucho.

—No puedo, no puedo.

—Augusto, Augusto—exclamó ella, colgándosele del brazo—, mi necesidad es tan grande, que no puedo tener tesón, ni dignidad, ni nobleza. Yo no te quiero, no puedo quererte; pero como Dios me abandona, yo me vendo.

Pausa. Miquis la miraba pestañeando. Sobre ambos, un farol de gas alumbraba con rojiza luz aquella escena indefinible en que la necesidad desesperada, de un lado, y la integridad vacilante, de otro, se batían con furor. ¡Dinero y hermosura, sois los dos filos de la espada de Satanás!

—Soy pobre—repitió Miquis, haciendo un esfuerzo—; vete a París.

—¡Augusto!

Augusto sintió cólera. Aprovechándose de aquel movimiento del alma, desprendió su brazo de la mano de Isidora, y con toda energía le dijo:

—Dios te ampare.

Ya estaba distante cuando oyó esta voz sarcástica:

—¡Farsante!

Aquella misma noche desapareció Isidora de la casa de sus buenos amigos, dejándoles un papelito que decía:

«Emilia, Juan José, amigos queridos: No soy digna de vivir en vuestra casa. Cuidad de mi hijo esta noche. Tened lástima de mí.»

CAPITULO XI

OTRO ENTREACTO

En el famoso pleito de filiación había terminado la prueba; varios testigos habían declarado y ambas partes respondido a infinitas preguntas, repreguntas y posiciones; una bandada de golillas revoloteaba en torno a las ramas de aquel árbol de escaso fruto; se había presentado el alegato de bien probado; se aproximaba la vista, a que seguiría la sentencia, y con esto la demandante se las prometía muy felices. Verdad que en la prueba, llamada Isidora a manifestar algún recuerdo de su niñez por donde se viniera a aclarar su nacimiento, no pudo suministrar noticia alguna que ayudara eficazmente a su defensa.

Las declaraciones de los testigos eran desacordes y confusas por todo extremo. Un tal Arroyo, del Tomelloso, amigo del canónigo y de Tomás Rufete, confirmaba la pretensión de Isidora. Un tal Arias depuso en términos diametralmente opuestos, y don José de Relimpio, llamado también, declaró en términos categóricos a favor de la que llamaba su ahijada; mas su declaración, falta de solidez, daba lugar a dudas acerca de la sinceridad del anciano. Sobre tan misterioso asunto, él no sabía gran cosa. Sabía, sí, y esto no podía dudarlo, que en 1851 había sacado de pila a una niña, hija de Tomás Rufete. A los seis meses no cabales, Relimpio y Rufete riñeron por cuestión de una pequeña herencia y estuvieron siete años sin hablarse ni tener trato ni comunicación alguna. Hechas las paces al cabo de tan largo tiempo, ambas familias volvieron a entrar en relaciones. Entonces vieron los de Relimpio que en casa de Rufete había dos niños, Isidora y un varoncillo de dos años. Tomás dijo a Relimpio con misterio que su hija había muerto y que aquélla que vivía y el niño se los había dado a criar una dama que no nombró. Don José, que no había visto a Isidora desde la edad de seis meses, no podía, por el rostro de ella, discernir si era cierto o falso lo que afirmaba su pariente; pero por costumbre siguió llamándola ahijada, y desde entonces comenzó el cariño de que tan grandes pruebas diera más tarde. En cuanto a Francisca Guillén, nunca pudo Relimpio obtener de ella una declaración terminante acerca de las dos criaturas que pasaban por suyas. Cuando Tomás estaba en el Tomelloso, la buena mujer aventurábase a decir algo, que llenaba de gran confusión a don José; pero cuando el otro volvía, todo eran vaguedades y misterios.

Esto era lo que Relimpio sabía, y estos breves datos y sus conversaciones, no largas, con Tomás y Francisca, debieron de haber constituído su declaración; pero, llevado de un sentimiento de caballeresca protección a la desgracia, hizo las afirmaciones más conformes con su deseo y el de su ahijada. Sigamos ahora los pasos de Isidora, de cuyo paradero ni Emilia ni Juan José tenían noticia alguna. Tres veces en dos días había ido la pícara a ver a *Riquín*, porque la ortopedista no se lo había querido entregar; pero ni con preguntas capciosas pudo obtener de ella un indicio del sitio en que moraba. Debía de saberlo don José; mas también guardaba fielmente el secreto. Tristeza tan profunda dominaba al buen tenedor de libros, que con el peso de ella parecía habérsele aumentado la cuenta de los años, extremando su vejez. Casi todo el día lo pasaba fuera de su casa, y cuando entraba en ella anunciábase con suspiros. Había perdido el apetito, dormía muy mal y tenía los sueños más raros del mundo. Soñaba que se batía en duelo de honor con Pez, Botín y otros caballeros, y que a todos los mataba, sacándoles hasta la postrera gota de sangre. ¡Horror de los horrores!

Pero si Relimpio era la misma tristeza, otro personaje muy conocido nuestro, el gran Bou, veía de súbito compensadas

sus desdichas amorosas con una gran ventura en cuestión de intereses. ¡Oh! Si la ingrata se aviniera a dar el deseado *sí*, el Obrero-Sol sería un ejemplo de hombre venturoso cual pocas veces se ha visto sobre la Tierra. Diríase que la Providencia cristiana, no menos caprichosa a veces que la pagana Fortuna, se había propuesto abrumarle de bienes positivos, negándole los que su corazón apetecía, y le colmaba de frutos riquísimos sin dejarle ver y gozar la flor hermosa del amor. Desde la visita al palacio de Aransis empezó la tal Providencia a divertirse con él. En el espacio de quince o veinte días le quitaba por un lado toda esperanza de amor y dábale por otro tres gollerías o momios pecuniarios a cuál más valioso. Primero: aseguró un buen negocio contratando cierto trabajo de impresiones y etiquetas con un afamado industrial; segundo: percibió una herencia de ciento setenta mil reales; tercero: se sacó un segundo premio de lotería, importando cinco mil duros. ¿Qué tal? Aun con ser estos embolsos un estorbo más para llegar a la deseada liquidación social, Bou se guardó su dinero y se puso muy contento, considerando en lo más escondido de su mente que bien podía aplazarse la tal liquidación o exceptuar de ella, en el punto y hora en que se hiciera, el dinero de la gente honrada.

Miquis, que le apreciaba y se reía con él, fué a darle la enhorabuena, y le encontró en su taller, trabajando como siempre. Bou se levantó, saludó a gritos, estrujó la mano de su amigo, y después fué acometido de una tos tan violenta, que su cara parecía un cuero de vino, y el ojo rotatorio estuvo a punto de desalojar su holgada órbita y caerse al suelo.

—Ese alquitrán, hombre, ese alquitrán...

—Déjese usted de alquitranes y de potingues. Ni curas ni boticarios me sacarían un cuarto. Que coman hierba..., ¡hala! Y a ustedes los médicos, si yo arreglara el mundo, los pondría a que me barrieran las calles, a que me desecaran los pantanos, a que me desinfectaran las alcantarillas... Ahí es donde están las enfermedades.

—Pues a los litógrafos los pondría yo a que me afeitaran todas las ranas que se pudieran coger... Pero vamos al caso... ¿Convida usted o no convida?

—Sí, señor; convido a una copita... y nada más.

—¡Qué miserable! Yo esperaba un banquete regio.

—No me gustan aparatos ni bulla.

—Hombre, siquiera un cubierto de cincuenta reales..., cuatro amigos...

—Pues *palante*—exclamó el catalán, disparando su risa—, y aunque sea de doscientos reales. Pero cuatro o cinco amigos nada más.

Siguieron hablando de la buena fortuna. Bou la había recibido con calma y no pensaba hacer locuras. Si al fin se casaba, seguiría trabajando, con el mismo sistema de vida modesta y oscura. Pero si no se casaba, tenía el pensamiento de proporcionarse algunas satisfacciones, porque *voto va Deu!*, no hay dinero más soso que el que uno deja a sus herederos cuando se muere. Es necedad irse al otro mundo sin poder contar por allá algo de lo poco bueno que hay en éste; y luego, si viene la liquidación, si tocan a desamortizar, es triste cosa que le limpien a uno sin haber sido sanguijuela por un poco de tiempo. El trabajo es bueno, magnífica cosa, sí, señor, admirable en extremo; y los holgazanes que se aprovechan del trabajo del pobre para gozar, son unos pillos, sí señor, grandes tunantes; pero el obrero que tiene una ocasión de introducirse, siquiera sea por breve tiempo, en el palacio encantado de los goces mundanos, debe hacerlo, aunque no sea sino por conocer el género de vida de las sanguijuelas y tenerlo en consideración el día en que se ajusten cuentas. El—Juan Bou—había pensado esto, y sacado en consecuencia que las teorías puras no resuelven la cuestión social; es preciso estudiar prácticamente los excesos de la holgazanería.

Aprobó Miquis cumplidamente estas ideas y con toda energía excitó a su amigo a probar las escasas dulzuras de esta corta vida, ya que sin quererlo tenemos siempre entre los labios sus amarguras, y pues la ocasión de ser dichoso no se presenta siempre, aprovéchese cuando viene, que tiempo hay de sobra para privaciones, disgustos y penas.

—Supongo—añadió—que andaremos en coche y a caballo, que tendremos buena mesa y palco en el Real.

Echóse a reír Juan Bou y dijo que no pensaba correrse mucho, ni hacer el oso, ni ponerse en ridículo como un indiane-

te sin seso; que tan sólo obsequiaría a cuatro amigos, y que sin abandonar su taller, trataría de ver qué sabor tiene la sangre del pueblo.

Después nombró Miquis a la ingrata, y oído su nombre, se puso tan serio el otro, que parecía haber perdido en un instante todo su contento. No habrían dejado aquí un tema tan del gusto de ambos si en aquel punto no hubiera entrado don José, el cual se turbó al ver al médico. Bou, también algo turbado, pidió perdón a Miquis y se fué con Relimpio a un despachito cercano, donde Augusto les oyó secretearse.

«Le ha traído una carta o recadillo —pensó el doctor, proponiéndose no darse por entendido—. Ya, ya...»

Don José salió, al parecer, con otra esquela o recadito verbal, aunque es más probable que llevara lo primero, y al salir habló a Miquis del tiempo, de política, de Cánovas y de que las tropelías de los ingleses en el campo de Gibraltar daban motivo a España para exigir de Albión que nos devolviera aquel pedazo de nuestro territorio. Augusto se mostró conforme con estas patrióticas ideas y le dejó marchar, compadecido de su aspecto caduco y del azaramiento que el semblante del pobre viejo declaraba. Convidado por Bou al banquete que celebraba a la siguiente noche, fué don José vestido con su levitita anticuada y su corbata azul de alfiler. Grave y silencioso estuvo toda la noche, sin que los demás comensales pudieran comunicarle su alegría. Era tan flojo de cerebro, que en cuanto bebía dos copas se ponía perdido, y he aquí que, al probar el champaña, el buen tenedor de libros, después de haber dado varias pruebas de no ser dueño de sus ideas, se dirigió a Juan Bou y con lengua solemne, aunque torpe, le dijo:

—Caballero, usted me dará una satisfacción, o me veré obligado a llevar la cuestión a un terreno...

Todos prorrumpieron en risas. Exacerbado con ellas el humor pendenciero de don José, se puso éste como la grana, y uniendo el gesto impetuoso a la dicción enfática, añadió:

—Porque usted se empeña en mancillar el honor de una joven de altísima familia, y yo no permito..., ¿lo entiende usted?, no permito..., ¡yo, que soy su segundo padre...!

—Tiene razón—dijo Miquis—. Esto no puede quedar así. El lance es inevitable.

—Tiene razón—gritó Relimpio, descargando el puño sobre la mesa y rompiendo un plato—. Elija usted hora y arma. Si quiere usted, a la hora del alba...

—*Al matutino albore...*

Lo más particular fué que Bou, que también era hombre incapaz de llevar con aplomo tres copas de vino blanco, empezó a disparatar. Primero se rió mucho; después todo su empeño era abrazar a don José y llamarle su amigo. Relimpio, por el contrario, más se enfurecía a cada instante. Los otros le incitaban, y sabe Dios cómo habría concluído el lance si el catalán, que brindaba a cada momento, no diera de improviso con la mole de su cuerpo en tierra.

Levantóse en esto don José y señalando con dramático acento el cuerpo que parecía cadáver, dijo:

—¡La suerte me ha sido favorable, caballeros, señal de mi derecho! ¡Le he matado!... He salvado el honor de una eminente doncella, de aquella hermosa entre las hermosas, de aquella oriental perla, de aquel serafín...

Dió tres o cuatro pasos en falso, giró como un trompo y fué a caer en un diván de hule, donde Miquis le mojó la cara.

CAPITULO XII

ESCENAS

I

JOAQUÍN.—*(Solo, paseándose meditabundo por la habitación, que es de bajo techo, sucia, con feísimos y ordinarios muebles, todo en desorden.)* Ni un día más durará esta vida. Protesto con toda mi energía de ser racional y libre, declaro absurdo y necio el deber de vivir. No hay tal deber. Cuando la sociedad nos declara la guerra, o hay que rendirse entregándole las llaves de la plaza del alma, por otro nombre la vergüenza, o hay que tomar las de Villadiego, emigrando a la eternidad. Este es el dilema, *the question,* como decía el otro: o vivir sin decoro, o buscar en la muerte la imposibilidad absoluta de ruborizarse. Opto por morir. *(Da un gran suspiro, alza los ojos del suelo, y, fijándolos en un*

espejo que hay en la pared, sucio de moscas y con gran parte del azogue borrado, se contempla en silencio un gran rato.) ¿Eres tú, imagen que aquí veo, la de Joaquín Pez? Te desconozco. Tú no eres yo. Yo era hermoso, y tú, con esa palidez de Santo Cristo viejo y sin barniz, das grima. Mis ojos derramaban la alegría y la felicidad, y los tuyos están mortecinos y sin brillo. ¿Cómo puedo creer que el hombre mejor vestido de Madrid sea este que aquí veo dentro de esta levitita abotonada hasta el cuello, con los ojales rotos y los bordes grasientos y con flecos? No; el hombre que, a la hora que es, no ha tomado más que un café y un poco de pan, no puede ser el Joaquín Pez que yo conocí. *(Da media vuelta y sigue paseando.)* Me repugno, me doy asco. Vivir así es peor que cien muertes. Ya no puedo pasar mucho tiempo sin que me descubran. Me prenderán, me meterán en la cárcel... ¡Qué iniquidad! *(Se conmueve.)* Soy un desgraciado, un hombre débil que no conoce el orden: soy un tonto; no tengo sentido común, no sé arreglarme..., no valgo dos cuartos. Cuanto se diga de mí en este sentido es justo. ¡Pero acusarme de estafador!... Que en París contraigo deudas; que me vengo a España con intención de pagar; que un francés sale escapado detrás de mí, persiguiéndome; que le entretengo unos días; que me endosan unas letras para que las cobre; que las cobro y pago al francés; que los acreedores de aquí, envidiosos de ver la buena suerte del extranjero, se me echan encima, me ahogan, me embargan, me despojan la casa; que mi padre se enfurece y riñe conmigo y me retira su apoyo; que el dueño de las letras me exige su dinero; que no se lo puedo dar; que le pido un plazo; que me lo niega; y tomándolo por la tremenda da parte a la Justicia; que corro y me afano buscando un prestamista, y no lo puedo encontrar; que protesto de mis buenas intenciones y de mis deseos de cumplir, y nadie me cree; que me acusan de trapisondista y de estaf... No, no lo puedo sufrir. En mí hay error; pero mala fe, jamás. La ligereza, ¿será hermana del crimen?... He recurrido al juego y no he tenido suerte; se han conjurado contra mí hasta los abominables ganchos de los garitos. Es una guerra universal contra el infeliz caído; es la venganza de la cursilería contra el que fué ídolo de la sociedad y de las damas, hombre de moda y verdadero tipo del bien vestir. *(Dando un gran suspiro.)* Yo juro que no se reirán de mí, no, no me humillaré, no haré el mamarracho. Es preciso acabar dignamente. Cada cosa que pierde el cimiento cae según su natural condición. Caeré con catástrofe, como las torres, y los que oigan el estrépito de mi fin dirán: «Este es un hombre...» *(Acércase a un rincón en que hay una percha, de la cual pende un gabán. Toca la tela, reconociendo por fuera algo que abulta dentro de un bolsillo.)* Aquí estás, pasaporte, billete de ida sin vuelta. Te guardaré en el cajón de la mesa *(Lo hace.)* para que no te vea Isidora, que se asusta tanto de las armas de fuego. Ayer te vió y quiso tirarte a la calle. Esta noche, tú y yo nos entenderemos. Las horas, que se arrastran pesadamente de la mañana a la noche, despidiendo como una baba pegajosa, empapan mi alma en desesperación. Esto ya no es vivir. Hágome cuenta de que ya se acabó todo, y voy a escribir. No quiero irme sin decir algo a ciertas personas. *(Se sienta en una claudicante silla, junto a la más derrengada mesa que es posible ver, y escribe.)* Suprimiremos la fórmula vulgar de «A nadie se acuse de mi muerte». Diré a mi padre que... Siento pasos. Isidora viene. Esta desgraciada es el único ser que ha tenido la abnegación de unirse a mí y ampararme cuando me ha visto abandonado por todos. ¡Oh corazón generoso! Ha querido confortar mis penas con sus ilusiones, y mi desesperación con su esperanza. Cuando la veo, me dan ganas de vivir y de ser bueno y arreglado y de unirme para siempre con ella. Aquí está...

II

ISIDORA.—*(Entra con muestras de cansancio. Viene humildemente vestida y trae un lío de ropa. Siéntase en un sofá inválido que se inclina más de un lado que de otro, y poniendo sus ojos llenos de dulzura en Joaquín espera que éste le dirija la palabra.)* ¡Dios mío, qué escalera!

JOAQUÍN.—Más grande es la del Paraíso; al menos así lo dicen, que yo no la he visto.

ISIDORA.—¿Ha venido mi padrino?

JOAQUÍN.—No he tenido el gusto de ver a su señoría.

ISIDORA.—¡Cuánto he andado, cuánto he corrido hoy!... He vuelto a casa de Emilia para ver a *Riquín*. He querido traérmelo, temiendo que les molestase; pero Emilia no lo ha consentido... Hemos llorado... *(Se conmueve.)*

JOAQUÍN.—Has hecho bien en dejarle allí. En ninguna parte estará mejor.

ISIDORA.—*(Suspirando fuerte.)* ¡Ay!, Dios de mi vida, ¡qué angustia! Por fin he logrado reunir... *(Lleva la mano a su bolsillo como para defenderlo de un brusco movimiento de Joaquín.)* No, no te doy un cuarto; déjame, que yo iré arreglando las cosas. Por de pronto es preciso que salgas de aquí. Esta casa es una pocilga, y ¡qué vecindad, qué huéspedes, qué patrona! Anoche no me dejaron dormir estos torerillos y demás gentuza que cantaba y daba palmadas en el comedor. Pero di, ¿no hallaste otro sitio mejor en que meterte?

JOAQUÍN.—*(Con desaliento.)* Perseguido, aterrado, aturdidísimo, me dejé conducir por un amigo, Pepe Nules.

ISIDORA.—Pues ya tengo para pagar los ocho días que has estado aquí. Yo no he estado más que tres. El gasto es poco. Hoy te haré traer comida buena de la fonda.

JOAQUÍN.—No te apures por eso...; lo mismo me da.

ISIDORA.—Y mañana irás a una casa más decente.

JOAQUÍN.—*(Con indiferencia.)* ¿Para qué?

ISIDORA.—Para que vivas con más decoro.

JOAQUÍN.—¡Ideas convencionales!

ISIDORA.—*(Pensativa.)* Ayer te dije que tomaría una casita, y nos iríamos a vivir juntos, ocultamente, sin que nadie se enterara. Ya he reflexionado, y eso no puede ser.

JOAQUÍN.—Esas ideas de vivir ocultamente, y eso de hacer un nido y... *(Riendo.)* Estupideces, hija. Eso lo pueden hacer los pájaros, que no conocen la acuñación de moneda. Estamos dejados de la mano de Dios. No hay que pensar en casita ni en simplezas. Los novelistas han introducido en la sociedad multitud de ideas erróneas. Son los falsificadores de la vida, y por esto deberían ir todos a presidio.

ISIDORA.—No te desesperes. *(Sonriendo con dulzura.)* ¿Y si yo te dijese que tengo probabilidades de reunir algún dinero?

JOAQUÍN.—Tu dinero nos serviría para pasar dos días, tres. Luego volveríamos a la misma situación de miseria, y como tus riquezas no habían de ser tales que yo pudiera con ellas romper este cerco en que me hallo...

ISIDORA.—*(Con cariño.)* ¿Y si yo pudiera...?

JOAQUÍN.—Ta, ta, ta. Tú vives de ilusiones. Aquí tenemos otra vez la fantasmagoría del pleito. Siempre crees que mañana te duermes Isidora y te despiertas marquesa de Aransis, harta de millones. No sé cómo, con tu buen talento, vives así, engañada por el deseo.

ISIDORA.—Vamos; hoy todo lo ves negro.

JOAQUÍN.—Es que todo se ha vuelto ya retinto para mí.

ISIDORA.—Si quieres que no riñamos, no me hables del pleito con ese desprecio. Yo tengo confianza, y quiero que tú la tengas también. El procurador me ha dicho que es cosa ganada... Tardará algún tiempo, porque mi abuela apelará; pero de que lo gano, no te quede la menor duda.

JOAQUÍN.—Pues poniendo las cosas a tu gusto, siempre pasarán tres, cuatro o cinco años antes que lo ganes. Ayúdame a sentir. Ni cómo he de remediarme yo ahora y sortear mi deshonra, con esos caudales que todavía no se han acuñado.

ISIDORA.—Al darte esperanzas, no me refería precisamente al pleito. Yo pensaba conseguirte el dinero con un préstamo.

JOAQUÍN.—¡Un préstamo! *(Con estupor.)*

ISIDORA.—En fin, yo me entiendo... No te desesperes...

JOAQUÍN.—No creo ya en los préstamos, como no creo en los milagros. *(Da media vuelta y se pasea otra vez.)*

ISIDORA.—*(Aparte, y después de mirar un rato a Joaquín.)* Es preciso sobreponerse a la desgracia... Arreglaré el cuarto que parece una leonera. *(Larga pausa. Durante un momento, ambos personajes callan. Isidora coloca las sillas con cierto orden, arregla las camas, quita el polvo. Cuando limpia el espejo, se mira un poco, y dice:)* Parezco qué sé yo qué.

(Alto.) Hoy traeremos dos cubiertos de la fonda.

JOAQUÍN.—Como tú quieras. El comer bien o el comer mal me es indiferente; pero, pues tú lo quieres, comamos bien, que nada se pierde en ello.

ISIDORA.—*(Sentándose fatigada.)* La miseria, hijo, me espanta. No tengo un vestido decente que ponerme... ¿Pues y tú? ¡Y a esto llaman vivir!...

JOAQUÍN.—La vida sin dinero es una enfermedad del cerebro, una fiebre galopante, una meningitis. Ni el amor es posible en la pobreza. Mete a los amantes más finos y más exaltados, a Romeo y Julieta, por ejemplo, en un cuchitril, donde no tengan más que el consabido *pan y cebolla,* y a los dos días se arañan la cara. La miseria es enemiga del alma humana. Con ella no es posible el talento, ni los afectos, ni la amistad, ni el arte, ni la dignidad, ni nada. Es la forma sintética del mal. Oye, oye, Isidora: el reloj de las monjas ha dado las tres. Tengo una debilidad... Si persistes en el sibaritismo de traer algo de la fonda, mándalo traer pronto, ya sea almuerzo, ya comida, porque me muero de hambre. *(Nueva pausa, durante la cual entran una criada de la casa y un mozo de la fonda. Este sirve el almuerzo. Joaquín demuestra más apetito que Isidora.)*

ISIDORA.—*(De sobremesa.)* ¿Qué tal?

JOAQUÍN.—Los langostinos estaban muy buenos; el bistec me ha rejuvenecido. ¡Bendita seas tú, que siempre tienes ideas grandes! Eso de sorprenderme con dos botellas de champaña prueba que en ti todo es noble, lo mismo el corazón que la cabeza. Dejaremos una botella para mañana, porque la economía es la primera de las virtudes; no, la segunda, que la primera es cuidarse bien.

ISIDORA.—Alguna otra sorpresa he de darte todavía. Dime: ¿mereces tú lo que hago por ti?

JOAQUÍN.—No lo merezco ciertamente. Muchas veces te lo he dicho. Eres un ángel..., no de esos ángeles desabridos que pintan en los cuadros y en las poesías, los cuales vienen con consuelillos de moral emoliente, sino un ángel mundano que derrama sobre el corazón del desgraciado bálsamo eficaz. En una palabra, eres un ángel práctico. Bien se conoce en todas tus acciones la nobleza. Podrás equivocarte, cometer faltas; pero ser innoble, jamás. No sé si me explicaré diciendo que tienes la elegancia del alma.

ISIDORA.—Tienes razón. Seré cualquier cosa; seré... mala si se quiere; pero ordinaria, jamás.

JOAQUÍN.—Indudablemente, eso está en la sangre. ¡Por vida de...! Si no ganas ese endiablado pleito, no hay justicia en la Tierra... ni en el Cielo. ¡Ay! Isidora, no sé por qué el champaña da a mi alma un vigor que ya no tenía. Ello es que siento deseos de echarme a pensar cosas agradables. Isidora, Isidora, mujer mía. *(La abraza tiernamente.)* Entretengámonos un momento con ilusiones.

ISIDORA.—*(Riendo.)* Mejor es soñar que ver.

JOAQUÍN.—Ganarás el pleito... Yo me casaré contigo...

ISIDORA.—*(Entristeciéndose súbitamente.)* En lo primero creo, en lo segundo no. Esa ilusión es demasiado bonita para que pueda engañar.

JOAQUÍN.—¿Por qué lo dices?... ¿Porque te lo he prometido muchas veces, y nunca lo he cumplido? Ahora...

ISIDORA.—Ni ahora ni nunca. Tú no te casarás conmigo. *(Derrama una lágrima.)*

JOAQUÍN.—El mundo es olvidadizo, tontuela.

ISIDORA.—Pero no tan olvidadizo que...

JOAQUÍN.—Y en seguida que nos casemos, haremos un viaje por Italia y Suiza.

ISIDORA.—O por Inglaterra y Escocia. *(Con toda su alma.)* ¿Sabes que de tanto oír hablar de Italia me apesta la tal Italia? Más quiero ver a Londres, sus inmensas calles, sus muelles que no tienen fin, sus parques... Aquello sí que es grandeza. Te diré... Luego haría una excursión por Escocia, ¡donde hay unos lagos preciosos y unas montañas...! Por allí andan las ladies visitando grutas, escudriñando ruinas y pintando paisajes. No hay nadie que entienda como esa gente inglesa el modo de hacer vida elegante en medio de la Naturaleza. Botín, que ha estado en Inglaterra, me contaba cosas que me hacían feliz.

JOAQUÍN.—Pues, si lo prefieres, iremos a Londres y Escocia.

ISIDORA.—Calla, calla. Te diré... Iré yo sola, o contigo, si quieres acompañarme... Porque no me casaré, Joaquín; viviré soltera, riéndome del mundo.

JOAQUÍN.—¡Soltera! Si yo no me casara contigo, tendrías ocho mil pretendientes por semana.

ISIDORA.—*(Decidida.)* A todos les daría con mi puerta dorada en los hocicos. ¡Soltera, libre! Vestiré muy bien, protegeré las artes, seré una gran señora. Te diré... Mi casa va a tener que ver, porque no entrará en ella nada que no sea de lo más escogido. No has de ver ni cosas vulgares, ni tapicerías chillonas, ni objetos de mal gusto, ni cosa alguna que se vea en otra parte. Compraré cuadros de los grandes maestros, y tapices y antigüedades, y todo lo que sea curioso sin dejar de ser bello, porque las rarezas sin hermosuras me desagradan como las bellezas comunes.

JOAQUÍN.—¡Bendito sea tu talento!

ISIDORA.—En mi casa no entrarán los tontos; eso puedo jurártelo. Me rodearé de hombres discretos, distinguidos. En fin, será mi casa la academia del buen gusto, del ingenio, de la cortesía y de la inteligencia. Daré conciertos de música clásica.

JOAQUÍN.—*(Con un poco de malicia.)* ¿La has oído? ¿Te gusta?

ISIDORA.—Yo no sé si la he oído o no; pero puedo asegurar que me gusta. Te diré... ¿Hay una música en que no se oigan esos mil sonsonetes de ópera que conocemos por los organillos, las bandas militares y los cantantes de afición? Pues ésa es mi música. Lo que te puedo asegurar es que un día fuí al salón del Conservatorio a oír los cuartetos y me gustó tanto, que estaba embelesada... Aquello era un coro de serafines con guante blanco. ¡Qué sensaciones tan delicadas! Yo me remontaba a un cielo que también era salón.

JOAQUÍN.—*(Con arrobamiento.)* ¡Isidora, tú eres noble!

ISIDORA.—Te diré... Oyendo aquella música, yo me olvidaba de todo y bendecía a Dios, que no me ha hecho vulgo... Vamos a otra cosa. Yo no entiendo de pintura; pero cuando tenga mi casa, entrarás en ella, y te desafío a que encuentres algo que no sea superior. Me atengo a los grandes maestros, y como he de ser muy rica, me formaré una buena colección. También tendré contemporáneos, siempre que sean muy escogidos. Tres o cuatro veces nada más he estado en el Museo. ¡Qué cosas, hijo! Aquello sí es grande. Con el talento que hay colgado de aquellas paredes había para hacer un mundo nuevo si éste se acabase. Yo me figuraba que había pasado a otro mundo, a Venecia, a Roma, a la corte del Buen Retiro. Unas veces creía que estaba cubierta de brocados y otras que andaba a la ligera, como se anda por el Olimpo. Aquella es belleza; chico, aquella es gracia. Yo decía: eso lo siento yo, esto es cosa mía, esto me pertenece...

JOAQUÍN.—*(Con entusiasmo.)* ¡Eres noble, eres noble!

DON JOSÉ.—*(Entrando súbitamente, produce, con la irrupción inesperada de su personalidad, un abatimiento brusco del exaltado vuelo de su ahijada.)* Aquí estoy.

ISIDORA.—¡Ah!... Don José...

DON JOSÉ.—*(Aprovechando el momento en que Joaquín vuelve la espalda, da un papelito a Isidora.)* Toma.

ISIDORA.—*(Guardando el papelito.)* Padrinito, ahora debe usted retirarse. Es de noche y estará usted cansado. Mañana le necesito. Pero no se moleste usted en subir. Aguárdeme en la puerta y me acompañará a varios sitios donde he de ir. *(Despidiéndose con una mirada cariñosa.)* Abur.

DON JOSÉ.—*(Con cierta reconcentración shakespeariana.)* La sangre que destila de mi corazón amarga mis labios. *(Exit.)*

III

Es de noche. Agonizante luz de un quinqué con pantalla torcida y sucia alumbra la estancia. JOAQUÍN, cansado de dar vueltas por el cuarto y de fumar cigarrillos, se arroja vestido a la cama y se duerme. ISIDORA se reclina en el sofá, y cierra los ojos. Pero no pudiendo dormir, habla consigo misma.

ISIDORA.—Decididamente optaré por el canelo con combinación níquel, por el azul de ultramar y por el negro con combinación de brochado, oro y cardenal... En los sombreros no determino nada hasta no enterarme bien. ¡Ay Jesús!, lo primero que tengo que hacer es tomar un profesor de francés... Supongamos que cuando menos se piensa, mañana, o la semana que entra, o el mes que entra, gano el pleito; bien porque lo gano, bien porque la marquesa se cansa, reconoce su terquedad, y cede y me llama y me dice... Hace días

que me estoy figurando esto y nada tendría de particular que lo que pienso resultase verdad. Pues bien: mi abuela me llama el mejor día; voy allá, subo, entro, espero un ratito en el gabinete del piano, sale ella, me mira, me toma las manos, me las aprieta mucho y me dice: «Basta de pleitos, hija; abracémonos.» Y me abraza, y yo me echo a llorar, y ella también, y todo queda concluído, y yo en la casa y en posesión de lo que es mío... Supongamos esto, que es lo más natural, lo más lógico. ¡Qué alegría tan grande, Dios de mi vida! Entonces sí que podré tener cuanto necesito y cuanto me agrade sin humillarme. Sacudiré la tierra que se haya pegado a las suelas de mis botas, y diré: «Ya no más, ya no más lodo de las calles.» El cristal más puro no podrá compararse entonces a mi conciencia. Seré tan honrada como los ángeles... Levantaré mi frente... *(Se interrumpe y da un gran suspiro.)* ¿Pero podré levantarla con el peso de ciertas cosas de mi vida pasada... y presente? Esto me vuelve loca. Maldita sea la necesidad, que no es otra cosa sino lo que antes se llamaba el Diablo. La decencia del vestir, la delicadeza en el comer, el aseo y las comodidades, que son tan necesarias a ciertas personas como el aire y la luz, nos matan el alma... ¡Que venga Dios en persona a sacarme de este círculo maldito! Si me privo de todo, me muero de pena, y si no me privo me deshonro... ¡Oh Dios!, ¡quién fuera cursi, quién fuera populacho!... Me pasaría la vida haciendo cigarros, lavando ropa, comiendo bodrio, durmiendo en un jergón asqueroso; me casaría con un cafre hediondo, tendría un chiquillo cada año, viviría como una bestia, toda imbécil, toda sucia...; ¡pero sería feliz, como son felices los que no conocen el dinero!... ¿Qué es mejor: ser una piedra, que se está donde la ponen, o ser una criatura racional, que quiere ir a alguna parte? ¡No sé, no sé! ¡Benditos sean los adoquines, que ni siquiera sienten los pisotones que les dan!... Vaya, vaya, qué duro es este sofá. Y el pobre Joaquín, ¡qué profundamente duerme! ¡Buena falta le hace! ¡Cuánto has padecido estos días, desgraciado mártir de la sociedad! Tienes mala cabeza, pero eres bueno. Has gozado mucho, demasiado quizá, y ahora lo estás pagando. Los muy felices tienen que pagar su felicidad con desgracias, y viceversa. Por eso yo, que he sido y soy tan desgraciada, he de cobrar pronto la felicidad que se me adeuda... *(Suspira y se aflige.)* Sí, sí; no hay debajo del sol una persona más desgraciada. Y no me digan que soy mala. Yo no soy mala. Es que las circunstancias me obligan a parecerlo. Y si no, que baje una santa del cielo y se ponga en mi lugar, a ver si no haría lo mismo... *(Se da un golpe en la frente.)* Cuando pienso lo que me espera mañana, me dan ganas de matarme. Y al mismo tiempo, ¡vaya con las jugarretas que me hace mi destino! Deseo que llegue mañana. Mis necesidades, los apuros de este infeliz y la urgencia de pagar los gastos de mi pleito, me hacen cerrar los ojos... El honor me echa hacia atrás; la ansiedad de satisfacer mis necesidades me echa hacia adelante. Pues no hay otro remedio, adelante. El sí y el no me vuelven igualmente loca. *(Rompe a llorar, y para sofocar sus lamentos muerde el pañuelo. Larga pausa.)* Y ¡cómo duermes tan tranquilo!... Si no te quisiera tanto, podría suprimir uno de los principales motivos que tengo para dar este mal paso, y quizá, hallaría otros medios... Pero no puedo remediarlo; se me despedaza el alma de verte así... Y para que veas lo que soy, siempre que considero lo mal que te has portado conmigo me entran ganas de servirte, de favorecerte. Te diré..., yo soy así; Dios mío, ¿por qué me hiciste noble? ¿Por qué no me hiciste nacer de vil populacho? ¿Por qué no me hiciste canalla de la cabeza a los pies, canalla la figura, canalla los modales, canalla el alma?... *(Gran pausa, durante la cual se adormece.)* No, no; me decidiré por el azul ultramar con combinación rosa y plata... *(Otra pausa, durante la cual amanece.)* Es de día: me levantaré y saldré sin que él me vea. Aún es demasiado temprano. Procuraré no hacer ruido... Le dejaré el dinero suelto que me queda aquí y dos palabras escritas con este lápiz. *(Escribe; pone sobre la mesa el papel y algunas monedas.)* Vaya, ya es tiempo. *(Afligidísima.)* ¡No poderle decir adiós! ¡Qué vida, qué Humanidad! Me voy,

porque si despierta no tendré valor para salir. *(Vase.)*.

JOAQUÍN.—*(Despertando, ya entrado el día.)* Isidora, Isidora... No está. Se ha ido. Me levantaré. Como estoy vestido, mi *toilette* no ofrece grandes dificultades. ¿Habrá por aquí el lujo de un peine? Es posible. *(Levántase y da algunos pasos por la habitación.)* ¡Qué claridad! ¡Qué feo y antipático es el día! Prefiero la noche, tapadora y discreta. ¡Ah!, la señora de la casa, antes de marcharse, ha dejado aquí sus disposiciones. *(Toma dos duros que hay sobre la mesa y el papelito, y lee.)* Vamos bien, me ha dejado el dinero para que almuerce hoy. *(Lee.)* «Manda traer de la fonda tu almuerzo. No te apures. No volveré hasta la noche, porque tengo que hacer.» Esta pobre Isidora, ¡qué buena es! Si no fuera la maldita manía del pleito, que no ganará nunca, sería una muchacha ejemplar. Bien, bien; haremos lo que manda la señora. La fiera patrona no me envenenará con sus guisotes. Voy a llamar, a pedir agua, a lavarme, y después esperaremos. Luego que almuerce dictaré mis últimas disposiciones, y en cuanto llegue la noche, la querida noche... *(Pausa de algunas horas, durante la cual entra y sale una zafia criada, arréglase el personaje, y luego almuerza lo que le traen de la fonda.)* Me olvidé de la botella de champaña que está en aquel armario. No me importa que se la beba otro. En mi testamento la dejaré a los huéspedes de esta casa para que la vacien por mi salvación eterna... Ya que estoy solo escribiré a papá y a Isidora. *(Se sienta y escribe.)* ¡Buenas cosas le digo a mi señor padre!... Si los deslices del hijo han sido grandes, el padre no tiene aún motivos para dudar de su buena fe... Jamás he cometido una vileza. Mis faltas son debilidades, y, además, un efecto preciso de la mala, de la perversa educación que he recibido. ¿Por qué educaron en el lujo al hijo de un pobre empleado con treinta mil reales? ¿Por qué desde niño me enseñaban a competir con los hijos de los grandes de España? ¿Por qué no me dieron una carrera, por qué no me aplicaron a cualquier trabajo, en vez de meterme en una oficina, que es la escuela de la vagancia? Estas son las consecuencias. Me criaron en la vanidad, y la vanidad me conduce a este fin desastroso. *(Sigue escribiendo con agitación, se pone pálido y, al concluir, su mano tiembla.)* Ahora escribiré a Isidora, a quien no veré más. La única persona por quien siente emociones cariñosas mi corazón es ella. ¡Cuánto más vales tú que otras virtudes secas y orgullosas! Nuestras dos almas han simpatizado, porque son similares. Tú, como yo, fuiste educada en la idea de igualar a los superiores... *(Escribe.)* «Querida y adorable amiga: Próximo a morir, adquiero una lucidez extraordinaria; veo el mundo y la vida en su verdadero aspecto. Yo no tengo ya salvación; tú puedes salvarte. Procura olvidar tus aspiraciones; renuncia a ese pleito, hazte humilde, y si se te presenta un hombre honrado que quiera casarse contigo, cásate, aunque sea muy bruto.» *(Hablando.)* No, no miento nada al decir que la quiero con todo mi corazón. Su lealtad conmigo, la constancia de afecto con que ha pagado mis desvíos prueban la grandeza de su alma. *(El personaje redacta largos párrafos amorosos y llena cuatro carillas de papel.)* ¡Ah!, me olvidaba de lo principal, de *Riquín*, mi hijo. ¡En esta hora triste me ha entrado un amor por él!... ¡Si estuviera aquí me lo comería a besos! Le reconoceré. *(Escribe otro larguísimo párrafo, y pasa el tiempo y avanza la tarde.)* En fin, esto es hecho. Ahora, ánimo. Tremenda cosa es afrontar el dudoso abismo de la Eternidad. Pero no puede ser de otra manera. Dios me perdonará mi crimen. ¡Todo antes de ser chacota de la gente y presenciar la befa de mi honor! Pronto anochecerá. No vacilo más. *(Se dirige a la percha, saca el revólver y lo examina.)* Aquí está. Me parece un juez de hierro que me condena sin permitirme defensa ni apelación.

UNA VOZ.—*(Que suena cavernosa detrás de la puerta, acompañada de dos golpecitos.)* ¿Se puede?

JOAQUÍN.—Adelante.

DON JOSÉ.—*(Entrando.)* Buenas tardes.

JOAQUÍN.—¿Viene usted en busca de Isidora? No está.

DON JOSÉ.—No, vengo de parte de ella. Esta carta...

JOAQUÍN.—*(Tomando la carta con ma-*

no temblorosa.) ¿A ver?... ¿En dónde está Isidora?

DON JOSÉ.—*(Con sequedad.)* Hace un rato estaba en una tienda de la calle del Carmen, escogiendo telas para vestidos.

JOAQUÍN.—*(Estupefacto.)* ¡Telas! *(Abre la carta, que es voluminosa. Dentro del pliego aparecen risueños algunos billetes de Banco; Joaquín palidece.)* ¿Qué es esto? *(Se sienta y lee. Palidece más y luego se pone encarnado y vuelve a palidecer.)*

DON JOSÉ.—*(Aparte, mirando a Joaquín con expresión de poca simpatía.)* No lloro porque soy hombre. Mi corazón concluirá por ser como las rocas en que bate el mar.

JOAQUÍN.—*(Guardando la carta en el bolsillo, se pasea.)* ¡Estoy salvado! La cantidad es redonda... ¿Pero aceptaré esto? ¿De dónde procede? ¿Es una vileza aceptarlo? Sí que lo es; pero las circunstancias... ¡El abismo!... Supongamos que un desventurado está al borde del precipicio y se le presenta el demonio de la infamia y le alza en sus manos. No, no; antes rodar al fondo del abismo. *(Alto.)* Don José, vaya usted allá, y devuelva esto a Isidora.

DON JOSÉ.—*(Aparte y tétricamente, coincidiendo en sus expresiones, sin sospecharlo, con Otelo.)* ¡Oh! flor graciosa y bella, ¿por qué has nacido?

JOAQUÍN.—*(Vacilando.)* No, no; deshonra por deshonra... Pesémoslas ambas en la balanza de la fría razón. ¿Cuál pesa más? ¡Oh!, no hay que vacilar. Esta lleva en sí la imposición del acontecimiento, del hecho real. Tomaré el dinero... Me he salvado. Pero ¿por qué no estoy tan contento como debiera? *(Alto.)* Don José, ¿con qúién ha hablado hoy Isidora? ¿En dónde ha estado?

DON JOSÉ.—No lo sé... *(Aparte, lleno siempre de espíritu shakespeariano.)* ¡Estúpido!, ¿cómo quieres que te lo diga? No me atreveré a decirlo ni aun a vosotras, ¡oh castas estrellas!

JOAQUÍN.—Usted nunca sabe nada. Usted está siempre en Babia. *(Aparte.)* ¡Malditas sean las circunstancias!... Me engañaré a mí mismo, haciéndome creer que este dinero es de procedencia honrada. Es tan torpe el ser humano, que fácilmente se le engaña... Pero discutamos esto; abordemos la cuestión con filosofía. Si este dinero ha venido a mí por una vía poco honrosa, es evidente que yo no he ido a buscarlo por dicha vía. Los procedimientos de la Providencia son misteriosos. Es irreverente y sacrílego ponerse a discutir sus designios. El hecho consumado lleva ya en sí una dosis tan grande de lógica, que no necesita argumentaciones retóricas. *(Alto.)* ¿No piensa usted lo mismo, hombre de Dios?

DON JOSÉ.—*(Como quien despierta de un sueño.)* ¿Yo?... Yo no pienso.

JOAQUÍN.—*(Volviendo a mirar con cariño los billetes.)* ¡Y la cantidad es redondita! ¡Pobre Isidora! ¿Cómo no amarla? No sé qué daría porque ganara el pleito. Pero no, no lo ganará. Sólo los pillos tienen suerte. ¡Don José, señor don José!

DON JOSÉ.—*(Pasándose la mano por la frente y el cráneo, como para detener una idea que intenta escaparse.)* ¿Qué?...

JOAQUÍN.—Le voy a convidar a usted a una copa de champaña.

DON JOSÉ.—*(Con repugnancia.)* Gracias, no..., me mareo. *(Vacilando.)* Pero sí, venga; así se olvida.

JOAQUÍN.—¿Tiene usted muchas penas que olvidar?

DON JOSÉ.—*(Mirándole con ojos dulzones.)* ¿Yo?... ¿Penas yo? *(Contrae horriblemente sus facciones al tratar de contener la emisión de un suspiro.)*

JOAQUÍN.—*(Escanciando.)* Ahí va.

DON JOSÉ.—*(Bebe.)* ¡Cómo pica la maldita! *(Apenas ha llegado a su estómago la primer gota del precioso líquido, inclina la cabeza y cierra los ojos, diciendo.)* ¡Mundo miserable!

JOAQUÍN.—¿Qué?... ¿Por tan poca cosa?

DON JOSÉ.—*(Levántase bruscamente, los ojos brillantes y airados, la actitud trágica.)* Sí, lo repito. Un caballero no recoge sus palabras. ¡Es usted un miserable, y le voy a romper a usted el bautismo!

JOAQUÍN.—*(Soltando la risa.)* ¡Don Pepe!

DON JOSÉ.—*(Cuadrándose.)* A sable o a pistola, como usted quiera. Me es igual. De todas maneras sabré castigar su infamia. ¡Usted, un hombre ordinario, un monstruo, un cafre, atreverse a coger en sus garras aquel lirio! *(Da algunas vueltas por la habitación, perse-*

guido por espectros.) No, no os tengo miedo, no. Pez, Botín, Melchor, Bou, no os temo. Os mataré a todos, os haré polvo. Soy el defensor de la virginidad ultrajada, de la inocencia perseguida, de la casta paloma... ¡Vamos, al momento, al momento, me bato con los cuatro!

JOAQUÍN.—*(Le empuja hacia el sofá.)* ¡Pobre hombre!

DON JOSÉ.—*(Cayendo en el sofá como un talego.)* Me habéis matado, porque sois cuatro. Os perdono a todos, menos a uno. Os perdono a los tres; pero a ti, bestia repugnante, a ti, tronco de la ipecacuana, no puedo perdonarte. *(Se desvanece.)*

JOAQUÍN.—*(Disponiéndose a salir.)* Ahí te quedarás hasta que te pase.

IV

Mutación. La escena representa un aposento semielegante que parece ser fonda.

ISIDORA.—*(Mirando con zozobra hacia la puerta, en la cual ha dado golpes una mano indiscreta.)* ¿Quién es?

DON JOSÉ.—*(Levantándose de un sillón en que yace soñoliento.)* Si es visita, me retiraré.

UN SEÑOR.—*(Entrando sombrero en mano y dirigiéndose a Isidora.)* ¿Es usted doña Isidora Rufete?

ISIDORA.—*(Trémula.)* Servidora...

AQUEL SEÑOR.—*(Avanzando, seguido de otro individuo poco simpático y nada cortés.)* Señora, el objeto de mi visita es poco agradable. Vengo a prender a usted de orden del juez del Hospicio. *(Muestra el auto de prisión.)*

ISIDORA.—*(Aterrada.)* ¡Prenderme!... ¡A mí! ¿Está usted seguro?...

EL ESCRIBANO.—*(Volviendo a mostrar el auto.)* Vea usted... Conque si tiene usted la bondad de seguirme...

DON JOSÉ.—*(Aparte, deplorando no tener espada, y sobre todo no ser hombre capaz de sacarla en caso de que la hubiera tenido.)* ¡Qué picardía!

EL ESCRIBANO.—*(Queriendo, como hombre humanitario, sacar a Isidora de su extraordinaria perplejidad.)* Ya sabría usted que la parte contraria pidió que se sacara el tanto de culpa...

ISIDORA.—*(Confusa y mareada.)* Sí.

EL ESCRIBANO.—Y el juez ha encontrado el fundamento.

ISIDORA.—Pues daré fianza.

EL ESCRIBANO.—Precisamente... en el delito de que se trata no puede concederse fianza.

ISIDORA.—¡Delito! ¿Está usted seguro de lo que dice?

EL ESCRIBANO.—El pleito es ahora causa criminal...

ISIDORA.—*(Iracunda.)* ¿Y de qué me acusan?

EL ESCRIBANO.—De falsificación.

ISIDORA.—¿Falsificadora yo?... *(Fuera de sí.)*

DON JOSÉ.—*(Aparte, apretando los dientes, frunciendo las cejas y contrayéndose todo.)* No te pierdas, José.

ISIDORA.—Esto es una infame trama de mis enemigos... Pero Dios no consentirá que me pierdan ni que me deshonren. *(Llora.)* ¡Y a esto llaman justicia, ley...! *(Sobreponiéndose al dolor y secando sus lágrimas de tal modo que parece que se abofetea.)* Yo probaré mi inocencia... Esto me faltaba, esto: ser mártir. *(Aparte, con entereza y orgullo.)* Bien venida sea esta noble corona. El martirio me purificará de mis culpas y hará que resplandezcan mis derechos de tal modo que lo puedan ver hasta los ciegos. *(Alto.)* Vamos, cuando usted quiera.

CAPITULO XIII

EN EL MODELO

I

La irritación y la vergüenza, unidas a un desorden nervioso que casi la privaba de sensibilidad, tuvieron a Isidora toda aquella tarde y noche en un estado parecido al somnambulismo. Veía las cosas, las tocaba, preguntaba, y aun respondía como cediendo a una fuerza mecánica. No estaba segura de hallarse despierta, ni de que fuese realidad lo que le pasaba; iba y venía medio ciega, mareada, con algo en el cerebro, entre jaqueca y manía, sorprendiéndose de ver cómo brillaban instantáneas, sobre la densa lobreguez de su pena, algunos relámpagos de alegría. Rindióla el cansancio después de medianoche; se acostó vestida, cerró los ojos tratando de adormecer el dolor de cabeza, y entonces revivió bajo su cráneo, entre la vibración de los nervios encefálicos, todo

lo acaecido desde que el escribano se presentó en su casa para prenderla. Veíase en el coche de alquiler que los condujo a la calle de Quiñones, donde está el vulgar y triste edificio llamado *Modelo* con descarada impropiedad; el coche paraba junto a una puerta en la cual había un soldado de guardia, y más a la izquierda un grupo de pobres disputándose las sobras del rancho de las presas.

Isidora y el escribano entraban en un vestíbulo nada espacioso; salía a recibirlos un empleado con gorra galoneada, traspasaban un cancel de cristales, y volviendo un poco a la derecha, encaraban con una puerta de pesados cerrojos, sobre la cual se leía en letras negras la palabra «Rastrillo». Una mujer de edad madura abría la puerta. Isidora pasaba, subía por la gran escalera blanqueada, y al llegar a lo alto miraba el letrero de la «Sala primera»: y echando la vista por el hueco, veía un claustro grande y luminoso, en cuya capacidad sesteaba, tomando el sol, el más bullicioso y pintoresco ganado femenino que se pudiera imaginar. La idea sola de tener que vivir entre aquella gente había horrorizado a la de Rufete. Pero ella tenía fondos; ella pagaría una habitación decente, y viviría con ciertas comodidades y completo decoro los pocos días que, a su parecer, habría de permanecer en aquel tremendo asilo.

Una señora mayor, bondadosa y amable, la acompañaba, y precedíala una celadora, cabo femenino o presidiaria distinguida, de aspecto gitanesco, hombruno. Hacia la izquierda estaba el aposento que a Isidora se destinaba, el cual tenía una ventana enrejada a la calle, un camastrón de hierro, mesa y dos sillas... La dejaban sola: poco después entraba la celadora, quien con formas de adulación artera y llamándola *señorita,* ofreció servirle y acompañarla. Isidora la miraba con repulsión. Llegada la noche le servían una cena, que no quiso probar, y, al fin, sola, encerrada, abrumada por la pena, el cansancio y la jaqueca, se recostó en la cama, donde su cerebro le reprodujo una, dos, tres veces o más la serie de impresiones y sucesos que hemos referido.

Por la mañana, despertáronla los gritos y desaforadas blasfemias de una mujer que moraba al otro lado del tabique de su cuarto, el graznido de un ave domesticada, el ruido de la calle, el bullicio de la próxima «Sala primera», y el *tan tan* de la campana de Montserrat, iglesia del convento que hoy es prisión del bello sexo. Y si el alma humana en las situaciones de gran tribulación se ve siempre sacudida por ráfagas de inexplicable alegría, que más bien parecen protesta aislada de algún nervio rebelde contra el dolor, en Isidora había un motivo para que aquellas ráfagas de alegría fueran algo más duraderas y eficaces, porque la prisión, con ser tan odiosa, había venido a librarla de otra esclavitud atrozmente repulsiva. «Casi me alegro de esto—decía—, porque si no estuviera aquí estaría ya muerta de horror y asco...»

Además, la prisión no podía durar, porque los jueces, ¡cosa evidente!, habrían de convencerse pronto de la inocencia de la pobrecita demandante. Dios le había deparado, sin duda, aquel trance para probarla y darle de improviso, cuando más afligida estuviese, el alegrón de ganar el pleito y confundir a su implacable abuela. Pero donde la hallamos más en carácter es en aquel punto y hora en que echaba mano de su cualidad de idealizar las cosas para obtener los más dulces confortamientos. ¿No ennoblece el martirio a las criaturas? Si los culpables, cuando son perseguidos, inspiran lástima, los inocentes que sufren tormento de la Justicia, ¡cuánto no se avaloran y subliman en el concepto de las almas sensibles! Era inocente, sufría persecuciones inauditas: luego tenía bastante motivo para erigirse en criatura celestial. Poco le faltaba aquella mañana para figurarse que todo Madrid la compadecía, que era el ídolo de multitudes, que se hacía interesantísima, que era un tipo novelesco, y aun que salían por aquí y por allá bravos caballeros dispuestos a hacer cualquier barrabasada por sacarla de aquel mal paso.

¡Pero qué feo, qué desmantelado el cuarto! ¡Qué cama, qué muebles, qué desnudas paredes! Era cosa de morirse de abatimiento. Y, no obstante, como ella, para hacer frente a un hecho, siempre tenía pronta una idea, amparóse de una bellísima, que le valió de mucho para consolarse. ¿Con quién cree-

rá el lector que se comparó? Con María Antonieta en la Conserjería. Era, ni más ni menos, que una reina injuriada por la canalla. Determinó, pues, imitar en todos sus actos y palabras, hasta donde la realidad lo permitiese, la dignidad de aquella infelicísima señora, con lo que se crecía a sus propios ojos, y se veía idealizada por el martirio grande en la humildad, rica en la pobreza y purificada en los padecimientos. El día lo pasó en estas cavilaciones, acordándose mucho del Delfín, de Joaquín Pez y de otras personas. Mandaronle ropas, y Juan Bou, a quien pidió un libro de entretenimiento, le envió *Los Girondinos*, de Lamartine, y un gran ramo de flores. Isidora leyó en el libro y deshojó las flores, dándose el gusto de pisotearlas. Le recordaban cosas muy desagradables la osadía y desparpajo de la canalla profanadora.

Empezó el sumario. Cuando bajaba a prestar declaración a la salita de rojo dosel, que está junto al despacho del alcaide, Isidora contestaba a las preguntas del juez con serenidad tranquila, con confianza en su derecho y al mismo tiempo con un aire de superioridad que cautivaba, preciso es decirlo, al mismo señor juez dignísimo y al escribano. En todo el trayecto, desde su cuarto a la salita, lo mismo al subir que al bajar, la Rufete era gran incentivo a la curiosidad de las presas, que se agolpaban a la puerta de la sala para verla pasar, y luego estaban comentándola tres o cuatro horas. Quién aseguraba que era una duquesa perseguida por su marido; quién la tenía por una cualquiera de esas calles de Dios: y alguna que la conocía verdaderamente, refería parte de su vida y milagros, añadiendo maliciosas invenciones. Y ella, a solas, sumergida en hondas perplejidades y tristezas, repetía en su mente las preguntas del juez, deploraba no haber dado tal o cual contestación, revolvía lo cierto con lo dudoso, la acusación de la ley con los datos de su memoria, el testimonio de su conciencia con ciertas presunciones y sospechas, para tratar de sondear aquel antro oscuro que, desde la acusación por falsificadora, se había abierto ante sus ojos. Negaba con toda su alma, y al negar, su conciencia mostrábase en la plenitud de la verdad. Los documentos se le habían entregado tal y como estaban; y ella no había añadido ni quitado cosa alguna, ni tenía noticia de que nadie lo hubiera hecho. No era posible que su tío el canónigo alterase los tales papeles, y en cuanto al primitivo poseedor de ellos, Tomás Rufete... Al llegar a este punto de su cavilación, Isidora fruncía el ceño y ahondaba, ahondaba en aquel mar inmenso de lo dudoso. ¿Pero a qué martirizar el pensamiento? Los jueces, la ley, la marquesa de Aransis, la curia infame y el señorío prepotente eran los verdaderos autores de aquel embrollo, con el inicuo fin de desposeer a una huérfana noble, a un ángel desvalido. Pero Dios los castigaría, Dios volvería por los fueros de la verdad y de la inocencia. ¡Pues no faltaba más!

Durante el sumario, la incomunicación no fué tan rigurosa como la ley ordena, porque los cerrojos de nuestras cárceles se ablandan fácilmente. Isidora, como persona de aspecto decente y algo adinerada, se captó las simpatías de las compasivas mujeres que guardaban a sus compañeras. Así pudo tener el gusto de ver, aunque por cortos ratos, a *Riquín* y a don José, a su tía la *Sanguijuelera* y a Miquis. El día mismo en que cesó la incomunicación fué éste a verla, y tuvo con su amiga largo y sustancioso coloquio. El simpático doctor sintió viva emoción cuando vió aparecer detrás de las dobles rejas del locutorio aquella figura hermosa, aquel rostro pálido, con expresión de noble conformidad.

—Isidora, gran mujer—le dijo, fingiendo burlas para ocultar emociones—. Estás guapa. Eres el soborno de la ley y la sustancia corrosiva del Código Penal. Como sigas así, la curia, en vez de tomarte declaraciones, te las hará, y vas a pisar una alfombra de togas y a subir por una escalera de birretes.

—Déjate de tonterías—replicó ella, apoyando los codos en la reja interior y sosteniendo la cabeza entre las palmas de las manos, actitud de aburrimiento que tomaba siempre que estaba largo rato en el locutorio—. ¡Ay Miquis, esto es morir!

—Con tu permiso, eso es vivir. ¿Pues qué creías tú?... La vida toda es cárcel, sólo que en unas partes hay rejas y en otras no. Unos están entre hierros y otros entre las paredes azules del fir-

mamento... Pero vamos a otra cosa, gran mujer. Hoy vengo a darte noticias que serán para ti alegres o tristes, según como las tomes.

—Dímelas pronto.

—Mi suegro me ha hablado de ti, me ha hablado también de la marquesa.

Isidora, sin decir nada, demostraba inmenso interés.

—La marquesa llegó ayer, de paso para Córdoba. La buena señora se pone nerviosa y triste siempre que le hablan de este pleito y de tu prisión. «Muñoz y Nones—dijo la señora a mi suegro—, yo quiero que usted arregle esto. Tómelo usted por su cuenta, hable a esa desgraciada, demuéstrele lo inútil de su tenacidad y ofrézcale en mi nombre lo que a usted le parezca, con tal que me deje en paz.»

—¿Eso le dijo?...

—Sí; ya sabes que el documento falso, porque la existencia de la falsificación ya no ofrece duda, aparece otorgado por Andréu, compañero y amigo de mi suegro. ¿Sabes lo que mi suegro dice? Que la falsificación no está hecha por ti.

Isidora callaba. Hasta que el diálogo tomó otro giro, estuvo como una estatua, fijos en Miquis los ojos:

—Oye: ¿sabes que te me estás pareciendo a la pantera del Retiro? ¿Por qué me miras así y no dices nada? Pues bien: mi suegro, que es notario de la casa de Aransis, vendrá a hablarte; te anuncio esa grata visita. Te ofrecerá la libertad, la declaración de tu inocencia, y *ainda mais,* una gratificación, un socorro. Pobrecita, has sido víctima de un grande y tremendo engaño. Broma más pesada no se ha dado ni se dará. Quién fué el autor de ella, tú lo sabrás... Pero qué, ¿te has vuelto muda? ¿Eres de piedra? ¿Adónde miras? ¿Estás gozando de alguna visión? ¿Estás en éxtasis?

El también se callaba y la miraba. Metió la mano por la reja exterior e hizo algunas castañetas con los dedos, como cuando se trata de llamar la atención a un animal perezoso. Ni por ésas. Isidora no decía nada.

—Voy a hablarte de otra cosa—añadió Miquis—. Ayer he tenido una grata sorpresa. Iba por la calle de Preciados, cuando oí una voz que decía: «Señorito Miquis, señorito Miquis.» Volvíme y vi a tu tía, la sin par *Sanguijuelera.* «¿No sabe usted—me dijo—que hemos encontrado a la fiera perdida?...» «¿A quién?» «A *Pecado.*» Allá en su lengua especial me contó que le habían dado noticias de tu hermano otros muchachos. Ha vivido algún tiempo en un tejar, detrás de la nueva plaza de toros. ¡Pobre chico! Fuimos allá, y dos mujeres que encontramos y que no se recomiendan por su fisonomía nos dijeron que, habiendo caído enfermo con calenturas, le habían llevado al hospital.

—¡Al hospital!—repitió Isidora, saliendo de su letargo.

—Corrimos al momento al Hospital General, y le encontramos convaleciente. La enfermedad debe de haber sido terrible, porque está poco menos que idiota, y tan desmejorado como puedes suponer. De su vida en el tejar y de sus correrías y altas hazañas, antes de caer enfermo, supimos algo que contaremos cuando tengas más tranquilidad de espíritu... Y ahora voy a hablarte de una tercera cosa, de Juan Bou. Dice que le haces muchos desaires, que no contestas a sus cartas, que pisoteas los ramos que te regala... Dice que eres la ingratitud misma.

—Augusto—murmuró Isidora gravemente, apartándose de la reja—, es la hora de reglamento. Dispénsame que te despida. Estoy fatigada. Adiós. Vuelve mañana.

Y se marchó *como una reina,* según dijo Miquis para sí, viéndola internarse en la cárcel. Y él se salió a la calle repitiendo: «¡Gran mujer, gran mujer!»

II

¡Falsificación! ¡Profanación de aquella santa escritura de la cual emanaba el más santo de los derechos! Si había delito, ¿quién era el autor de él? ¿El canónigo o Tomás Rufete? ¡Enorme, endiablada confusión!... Pero lo que puso remate a la duda y trastorno de la infeliz presa fué que su abogado le dijo un día estas palabras:

—Desde el tanto de culpa, la cuestión ha variado por completo. La casa de Aransis y el señor Muñoz y Nones tratan de probar la falsedad de un documento, que es la base de nuestra demanda. Si la prueban, nos quedaremos en el aire, hija mía. El pleito toma un

giro tal, que difícilmente podremos obtener un resultado satisfactorio. Haremos los mayores esfuerzos, y llegaremos hasta donde se pueda llegar. En caso de que la falsificación resulte evidente, creo fácil probar que no ha sido usted la falsificadora, y que en este asunto ha procedido de buena fe. En resumen: seguridades de éxito en la causa criminal; seguridades de un fracaso en el pleito de filiación. Ya sabe usted que en la prueba hemos estado muy flojos, por no conservar usted recuerdos de la niñez que nos favorecieran, y por resultar muy débiles los testimonios de otras personas.

Y, dicho esto, el abogado, frío, honrado y cruel, se despidió, dando un suspiro, último tributo de la ley al volverse hostil.

—¡También, también me han corrompido a mi abogado!—exclamó Isidora cuando se quedó sola—. ¡Bien, seré mártir; que me maten de una vez, que acaben conmigo, que me lleven al cadalso!

Pasada la crisis de ira, estuvo dos días sin salir del lecho; apenas hablaba; no tenía fuerzas para nada; sentíase también algo idiota, como su hermano, convaleciente de intensa fiebre. A ratos injuriaba con dura frase a la justicia humana, exaltándose, para caer después prontamente en el desánimo y derramar abundantes lágrimas. Su sueño era entonces breve, erizado de pesadillas, como un camino incierto y tortuoso, lleno de obstáculos. Unas veces se le aparecía *Riquín,* ladeando con gracia la enorme cabeza bonita, fusil al hombro, marchando al paso de soldado. Y el pícaro Anticristo la miraba, echándose el fusilillo a la cara con infantil gracejo, y ¡zas!, disparaba un tiro que la dejaba muerta en el acto; acudían otros chicos, camaradas de *Riquín,* y, entre risotadas y gritos, la cogían y la arrastraban por las calles. Gran algazara y befa de la multitud, que decía: «¡La marquesa, la marquesa!»

Otras veces era gran señora, y estaba en su palacio, cuando de repente veía aparecer un esqueleto de niño, con la cabeza muy abultada, y los huesos todos muy finos y limpios, cual si fueran de marfil. El esqueleto traía su fusilito al hombro y marchaba con paso militar. Llegándose a ella, movía la gran cabeza y se reía y hablaba. Pero Isidora, sin poder entender sus palabras, temblaba de espanto al oírlas. Luego se borraba el niño del campo de los sueños, y aparecía Joaquín en mitad de una orgía, ebrio de felicidad y de champaña. Por delante de la mesa se paseaba una sombra andrajosa: era ella, Isidora. Todos la miraban y prorrumpían en carcajadas. Ella se reía también; pero, ¡cosa rara!, se reía de hambre. La debilidad contraía sus músculos, haciéndola reír..., y por aquí seguía de disparate en disparate, hasta que despertaba y volvía al tormento de la realidad, no menos cruel que el de los sueños.

A los tres meses de aquella tristísima vida, a la cual llegó a acostumbrarse, porque es ley que nos acostumbremos a todo, sus guardianes le aplicaban con mucha laxitud el reglamento del Modelo, permitiéndole visitas largas, sin bajar al departamento de comunicación. La conducta de Isidora en la cárcel era irreprensible: no daba escándalos; trataba a las celadoras con urbanidad y miramientos; se había hecho querer de todas, y las presas que pudieron gozar de su intimidad se hacían lenguas de su buen corazón, finura y agradable trato. No tenía poca parte en esto la generosidad de la procesada y su prontitud obsequiosa, en remunerar cuantos servicios se le hacían. Lo peor de esto era que el dinero, mermado velozmente de día en día, marchaba a su completa extinción y acabamiento. Siempre que en esto pensaba, Isidora sentía trasudores y congojas, y echaba una sonda a lo futuro para ver si por alguna parte había señales de cosa metálica. Grande fuera su pena si no la distrajeran a ratos los amigos. Juan Bou iba ya pocas veces, porque la franqueza con que la ingrata demostraba su antipatía, era lento antídoto del veneno de la pasión de él, y así, o por dignidad o por enfriamiento, el buen hombre se retraía y apartaba de aquel gran peligro de su vida.

«Calavera de un día—decía para sí—, vuelve a tu choza y no pierdas la chaveta. Bastante has gozado; ya supiste lo que es la vida de esas infames sanguijuelas... Vamos, que si no meten a esa divinidad en la cárcel, ¡pobre Juan Bou, infeliz obrero!... Sigamos ahora siendo pueblo llano, independiente, liberal, y cuando caiga otra breva, veremos si conviene ser pueblo o echar una ca-

na al aire en el mundo de los burgueses. ¡Valientes pillos! Pero aquello es vivir...»

La *Sanguijuelera* iba casi todos los días a ver a su sobrina. Cuando le llevó a Mariano, Isidora se afligió grandemente, porque estaba tan flaco, extenuado y consumido el chico, que apenas se le conocía. La fiebre le había dejado en los puros huesos, y la piel se le transparentaba. En sus modales, en su manera de hablar, en su espíritu mismo, había dejado el mal huellas quizá más profundas, porque hablaba poco, contestaba tardíamente, cual si necesitara mucho tiempo para recoger y coordinar sus ideas desparramadas y fugitivas. Miraba a su hermana con espantados ojos.

—Ya ves—dijo Isidora, sin saber qué términos emplear para dar una explicación de su estado miserable—. Ya ves adónde me han traído las picardías, las infamias de nuestros enemigos... Para que vayas formando idea de lo que es este mundo miserable, donde no hay justicia, ni ley... Y tú, ¿qué has hecho? Cuéntame. ¡Has estado malo! ¿Ves? Si no hubieras salido de casa de la tía, ella te habría cuidado bien. ¡Qué tremenda lección!

Mariano no decía nada, y con la barba hundida en el pecho, tan pronto miraba al suelo como al rostro de su hermana.

—¿No me dices nada?—preguntó ella, impaciente—. ¿Te has vuelto mudo? Esa cara, ese mirar, ¿qué son? ¿Arrepentimiento o señal de mayor barbarie? ¡Ah!, Mariano, Mariano: el único consuelo que podría tener yo ahora es verte corregido, verte caballero y persona decente. Levanta esa cabeza, abre esa boca, mueve esa lengua, habla, contéstame...

Y, dándole un golpe en la barba, le hizo alzar la cabeza.

—Su señoría gasta ahora pocas palabras—dijo Encarnación—. Le hemos de poner dentro de un cántaro en un cuarto oscuro, como a las maricas, para enseñarle a hablar... ¿Quieres ver tú que pronto se despabila el pájaro? Pues enséñale el cañamón. Verás...

Metiendo la mano en su bolsillo, sacó una peseta y la mostró al muchacho, cuyos ojos soñolientos se reanimaron de súbito, y alzó la mano hacia la moneda, diciendo con un gruñido:

—*Pa mí.*

—Sí, para ti estaba—dijo, riendo, la *Sanguijuelera*, guardándose la moneda con más viveza que un prestidigitador.

Mariano miró a su hermana, la cual, compadecida, echó mano a la faltriquera, y, sacando dos pesetas, dióselas al chico.

—Para ti..., pero con la condición de que has de contarme lo que has hecho en todo este tiempo: cómo caíste enfermo, cómo has vivido, quién te ha dado de comer...

Con gran prontitud se guardó *Pecado* su dinero, y, alzando los hombros y echando de sí un enorme suspiro, pronunció torpemente estas palabras:

—Yo..., de aquellas cosas que pasan..., lo cual que me vi solo, y... no me ha pasado nada.

—Nos hemos enterado.

—Tiene seco el entendimiento—indicó la *Sanguijuelera*—. La calentura le abrasó los sesos. Dice el señorito Miquis que le dé baños en el río. Oye tú—añadió, alzando la voz, como cuando se habla con un sordo—, ¿quieres trabajar, quieres volver al taller del señor Bou?

Como si nada oyera, Mariano se levantó, desperezándose, y dijo:

—Me voy.

—Alto ahí, amiguito—replicó Encarnación, siguiéndole—. Has de arrastrar una calza, como los pollos. No saldrás sin mi compañía.

Pero Mariano no le hacía caso y salió. La vieja fué detrás de él, gritando:

—Aguarda, aguarda, mala sangre. No creas que te me escapas. Yo también tengo buenos remos.

Al quedarse sola, Isidora estuvo largo tiempo pensando en su infeliz hermano, y decía:

—¡Imbécil, imbécil!... Así no sentirá nada... Y yo, cada vez con más talento para pensar, para comparar... ¡Qué desgraciada soy, y él, qué feliz!

III

Tres días después volvió Mariano solo. Parecía más ágil, más despabilado, más dueño de su pensamiento y de su palabra.

—¿Vienes solo?—le preguntó Isidora, asombrada de que no le acompañara su tía.

—Solito.

—¿Y tu tía Encarnación?

—¿La vieja? En su casa. Yo soy hombre... De consiguiente, no necesito que me lleven y me traigan.

—¿Has ido al trabajo?

—Sí.

—¡Mentiroso!

—Mira—dijo *Pecado*, abriendo su mano y mostrando algunas pesetas.

—¿Quién te ha dado eso?

—*Gaitica.*

—¿Gai...?

—Tica, tica. ¿No lo conoces? Es un caballero, un amigo mío.

—¿Y por qué te ha dado ese dinero?

—Porque me lo gané.

—¿Cómo?

Mariano guardó las monedas para dejar desembarazada la mano, metió ésta luego por una abertura de su pantalón y:

—¿Aquí no nos ve nadie?...—preguntó receloso, mirando a las paredes y a la puerta.

—Nadie.

—Porque si me guipan...

Y sacó del bolsillo un objeto cilíndrico, largo, como de media tercia, de dos pulgadas de diámetro. Era un canuto fuertemente liado con bramante.

—¿Qué es eso?

—Un petardo.

—¡Ah! ¿Eso que estalla?—exclamó Isidora con espanto—. ¡Y va a estallar aquí!...

—Burra..., no estalla mientras no se le enciende la mecha. Este es para esta noche. Anoche puse uno en la puerta de la casa del duque, y cuando reventó cayeron todos los cristales de dos casas.

—¿Y te ocupas en eso? ¡Bárbaro!... No lo digo porque me importe nada que el palacio del duque salte en cuatrocientos mil pedazos. Yo pondría, si pudiera, un petardo tan grande, que levantara hasta el cielo todos los palacios de esa gente egoísta que nos quita lo nuestro.

—Lo pondremos—replicó Mariano, haciendo de la malignidad y de la estupidez una sola expresión.

—Pero eso es juego de chicos... Es como armar guerra con cohetes en vez de hacerla con cañones. ¿Qué resulta? Que suena mucho, que se asustan los que pasan, que se rompen dos cristales, que se caen algunas personas, y nada más. ¡Simplezas y pamplinas!

—Pondremos uno de este tamaño—dijo *Pecado*, expresando con la distancia de una mano a otra la grandeza de sus planes de petardista—. Hay en Madrid mucho pillo. Ellos guardan todo el dinero que debía ser para nosotros, ¿eh?

—Lo de menos es que guarden el dinero. Lo peor es que nos quitan nuestro nombre, nuestra representación social; nos meten en calabozos inmundos, nos martirizan, y, entre tanto, ellos gozan y se divierten con lo que roban. El mundo está perdido. Si no sale alguien que le vuelva del revés y ponga lo de arriba abajo y lo de abajo arriba...

—Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo—repitió Mariano con el gozo de quien ha encontrado la fórmula de un pensamiento que no ha sabido expresar—. ¿Sabes?... ¡Cosas que pasan! Ayer he visto al señorito Melchor en coche de dos caballos. Iba con dos señoras, dos tías, ¿eh?, y un caballero. Parecía un marqués.

—No le nombres delante de mí—dijo Isidora, cerrando los ojos.

—¡Cuánto ha robado!—exclamó el muchacho con cierta efusión—. ¡Y nosotros tan pobres..., porque somos buenos, porque no robamos!

—¡Oh!—exclamó Isidora, sintiendo un nudo en la garganta—. Dios nos protegerá. Las persecuciones, los martirios, son nuestras coronas por ahora...; pero esto ha de cambiar. ¿Quién sabe lo que pasará el mejor día? Yo he leído que los soberbios serán humillados y los humildes ensalzados.

Interpretación tan singular del texto evangélico cayó en el cerebro de Mariano como semilla en tierra fecunda, y bien pronto nacieron y fructificaron en él las ideas más extrañas.

—Ellos nos han quitado lo que es nuestro, ¿verdad, hermana?

Isidora rompió a llorar.

—Sí, sí, sí—dijo, entre lágrimas y sollozos—. Picardía tras picardía, nos han quitado nuestro derecho, es decir, nos lo han negado... ¿Cómo? Inventando mentiras, comprando la ley. La ley se vende, hijo. Tú y yo tenemos derecho a una casa y a una herencia. Pues bien: nos la han quitado. Mira lo que han hecho conmigo: meterme en una cárcel. Pues contigo harán lo mismo, y nos ahorcarán, si pueden.

Oía Mariano absorto, y ella sacaba de

su despecho admirables rasgos de elocuencia.

—Un marquesado, una fortuna de millones es lo que nos pertenecía. Pues ya ves: cárcel, infamia, pobreza. Tú y yo seremos mendigos o Dios sabe qué. ¡Y Dios permite esto, y el cielo no se hunde, y todo sigue lo mismo! Y clamamos a gritos, sin que nadie nos oiga. Al contrario: a nuestros clamores responden con sus carcajadas, y nos llaman pordioseros, envidiosos, y nos desprecian, nos injurian. De nada nos vale invocar la ley. La ley es suya, porque, teniendo ellos el dinero, tienen la conciencia de los jueces... Que me den a mí el dinero, aunque sólo sea por ocho días, y verán lo que soy. Pero estamos sin armas, y ya ves: nos abrasan, nos matan. ¿Qué es la ley? Una engañifa, una farsa. Los que la representan, ¿qué son sino ladrones? La autoridad..., ¡ah, qué gracia me hace a mí la autoridad! Es la comedia de las comedias, mal representada para engañarnos, para explotarnos.

—Les pondremos un petardo, ¿eh?

—¿Uno? ¡Cuatro mil; un millón!... Tú eres un infeliz, chico, y no sabes lo mala que es esa gente.

Siguieron hablando de esto, y al día siguiente hablaron de lo mismo, porque Isidora, cuando tomaba en su boca este asunto, no lo soltaba fácilmente. A medida que sus ilusiones decaían, determinábase en su alma un cambio de sentimientos; simpatizaba más con el pueblo, a quien creía oprimido, y le entraba un vivo aborrecimiento de la gente grande. Lo más extraño era que, sin ceder en su vanidad ni en lo que pudiéramos llamar coquetería de la desgracia, seguía encariñada con el bonito papel de María Antonieta en la Conserjería. Pero en aquel caso la buena reina estaba martirizada por la cruel y egoísta aristocracia, de donde venía que simpatizase en principio con el vulgo, con el populacho, con los descamisados; y decimos en principio, porque ninguna idea del mundo, unida a todo el despecho de su corazón, le hubiera hecho tolerar la grosería y suciedad de las personas bajas. Pensando en esto, ella daba vida en su mente a una gallarda utopía, es decir, a la existencia posible de un populacho fino o de una plebe elegante y bien vestida. Pero esto, ¿no era una atrevida excursión al porvenir? Algo de genial había en ella, porque, confundida y mareada de tanto pensar, solía poner fin a sus cavilaciones sobre la plebe fina, diciendo: «¡Qué talento tengo y qué cosas me ocurren!»

CAPITULO XIV

DE AQUELLAS COSAS QUE PASAN...

I

Desde que Mariano empezó a entonarse, su tía Encarnación no podía hacer carrera de él. Halagos y amenazas, blanduras y rigores, eran igualmente ineficaces contra él. Más le habría gustado a la buena mujer verle travieso, enredador e indomable, como en su niñez, que observar aquella indolencia taciturna, aquella tétrica quietud, semejante al acecho de las bestias carnívoras, en las cuales la paciencia es precursora de la ferocidad.

—¿En qué piensas, animal?—le decía bruscamente—. ¿Vas a inventar la pólvora o qué? Eres un talego. ¿Por qué te estás dos horas mirando al suelo? Mira siquiera al cielo estrellado, y aprende para zaragozano, ¡puñales! ¿Vas a hacer el Almanaque del empedrado? ¡Qué poste! Tu hermana, de tanto mirar arriba, se ha perdido. Tú llevas otro camino, pero llegarás al mismo fin. ¿Por qué no trabajas?

—Porque no me da la gana..., *hala*... —respondía Mariano, saliendo de su somnolencia intelectual por la virtud de un pellizco.

—Pues ve a que te mantenga el obispo.

—No necesito que usted me mantenga. Tengo de acá.

—¡Anda, anda, chaval desorejado!... ¡Y con qué tipos te *ajuntarás* tú para allegar eso! ¿Qué diabluras haces? ¿En qué te ocupas por las noches? ¿Qué llevas aquí debajo de la blusa?

—El copón.

—¡Jo...´ sús! ¡Qué blasfemias dices! Mira, mira, tú y yo haremos malas migas. Si sigues así, desocupa, hijo, desocupa y deja la casa. El día en que te den garrote iré a verte.

—*¡Aur!*...—murmuró *Pecado* con gutural sonido.

Y se marchó despacio, las manos en

los bolsillos, la gorra encasquetada, la mirada vagabunda y sin fijeza, como su andar y pensamiento. Algunos días, dando a su teórico paseo una dirección determinada, íbase a casa de Juan Bou, no a pedir trabajo, sino a charlar un poco con el maestro, por quien conservaba ligera inclinación, parecida al afecto. Llegó al taller un día—enero del 77—y encontró al buen catalán festivo y engolfado en el trabajo, como en sus buenos tiempos.

—Hola, tagarote. ¿Qué buscas por aquí?—le dijo, tocado de aquella verbosidad que fuera indeterminable si no le entrecortara la tos—. Siéntate. Pues todavía mejoras poco. Hombre, a ver si echas de una vez ese pelo. Tienes la cabeza como la de un ratón acabado de nacer... Te digo que te sientes y que te pongas la gorra. Aquí no se gastan cumplidos. Conque cuéntame: ¿trabajas o no?

Mariano quiso contestar que no trabajaría más a jornal; pero Bou tenía tantas ganas de decir algo, que le cortó la palabra con la suya inagotable, diciéndole así:

—Aprovecho esta ocasión para decirte que tu hermana es una loca, una mal agradecida, una mujer ligera, una tonta, una disipadora, una cabeza destornillada. Yo la quise como yo sé querer, y me hubiera casado con ella. *¡Voto va Deu,* de buena me he librado! Porque tu hermana es una calamidad. Ahí la tienes en la cárcel por terca, porque se ha empeñado en que es marquesa. Tan marquesa es ella como yo subdiácono. En fin, ella lo quiere, con su pan se lo coma. Bien se ha comido el mío; y no creas lo que dicen por ahí, no; no es cierto que yo me gastara con ella lo que me saqué a la Lotería y la herencia de mi tío. En total, no me pellizcó arriba de dos mil duros, porque como la Justicia me la quitó de entre las manos cuando menos lo pensaba... Digan lo que quieran, chico, hay Providencia. Mi dinero se salvó en un papel: el auto de prisión; porque trapitos por aquí, trapitos por allá, el caprichito *A*, la chuchería *B*, ello es que se me evaporaron diez o doce mil reales en una mañana. Tu hermana es una liquidadora como no se ha visto. En su corazón, lleno de apetitos, está escrito con letras de oro: «¡Abajo los ricos!» Buena pieza, sí. Es un tigre para el bolsillo ajeno. Quien ve aquella cara, ¿cómo ha de sospechar lo que hay dentro? Quien ve aquellos ojos divinos, donde tienen su madriguera los ángeles, ¿cómo ha de pensar que estos ángeles son una cuadrilla de secuestradores?... Yo estaba ciego, yo estaba tonto. Cuando me mandó la primera carta con su padrino, pidiéndome socorros, me pareció que se me abrían las puertas del Cielo. «Esta es la mía—dije—, y con dos o tres cartas, yo proponiendo, ella aceptando, nos arreglamos.» La puse en una fonda mientras arreglábamos una casita; yo estaba embobado; quería probar las delicias del mundo, cuando la Justicia..., ya sabes... Este animal de Bou se quedó con la copa en los labios... Ahora me alegro. Con los pocos tragos que gusté, tengo lo bastante para poder decir: «Conozco el mundo, señores, conozco sus delicias mentirosas, sus dulzuras y sus quebrantos; sé lo que cuestan los goces. Desde la sobriedad del pobre a la disipación inmoral de los ricos, todo lo conozco, todo es canalla, canalla arriba, canalla abajo. ¿Se hace el bien? Pues nadie lo agradece. ¿Se hace el mal? Pues nadie lo censura. Mal y bien, todo es igual. Si amas, te desprecian; si eres rico, te adulan; si eres pobre, te escupen.» O si no, observa lo que ha hecho tu hermana conmigo. La saqué de la miseria, la vestí, la calcé, le di regalo, comodidades, cuanto pudiera apetecer. Ella abría la boca, y yo abría el bolsillo, y *palante* siempre. Pues mira el pago. Dice que soy un bruto, que le repugno, que le doy asco. Le mando un ramo de flores y lo pisotea. Le escribo cartas y no me contesta. Voy a verla y me recibe con un gesto... En fin, la he mandado a paseo. Te digo estas cosas para que se lo cuentes a ella. Anda, anda, dile todo; no me importa. Veremos lo que hace cuando se le acabe el dinero y no tenga con qué pagar el cuarto en la cárcel. La pondrán en aquellas grandiosas salas, donde podrá pasearse y comer y dormir con aquellas lindas duquesas y baronesas que están allí por hurtos, lesiones y otras gracias. Bien merecido. Ella no te preguntará por mí. Si te pregunta, le dices que el señor *Ipecacuana* —así me llama—está contento de haberla perdido de vista, que ha hecho las paces con su bolsillo y con el sentido

común, y que le va tan lindamente. Dile que trabajo como antes; que buscaré una mujer de bien con quien casarme; que, como hijo del pueblo, me río de su aristocracia estúpida, y que me alegraría de que todos los aristócratas y chupadores juntos no tuvieran más que un solo pescuezo para ahorcarlos a todos de una vez.

Más hubiera dicho, pero la tos, que, por lo homérica, tenía cierta semejanza con la risa de los dioses, le invadió de súbito, y allí fué Troya. Concluído el acceso, el ojo rotatorio derramó abundante lloro, mientras el otro, más cerrado que arca de avaro, no daba señales de existencia.

—Y ahora—continuó Bou, gozoso del mutismo de Mariano—, si quieres que te dé consejos, te los daré. Porque tú, tan callado; tú, tan sombrío, no vienes a que te dé trabajo, ni dinero, sino un buen consejo, que valga millones. Oye bien. Si quieres trabajar, trabaja; si no quieres trabajar, no trabajes. En este mundo, el que más trabaja tiene probabilidades de morirse de hambre, si no viene en su ayuda la Lotería o alguna herencia. Tú eres listo; busca un negocio atrevido, emprende algo, especula con la candidez de los demás. Yo he visto mucho mundo, y sé que los más pillos son los que tienen más dinero. Cuando tú lo tengas, gástalo, que hay tontos que al verte tirar tu dinero te darán el suyo; así es el mundo. Haz cosas atrevidas, date a conocer, aunque sea con un gran escándalo; procura que tu nombre suene, aunque sea para decir: «¡Qué bárbaro es!» Aquí hay dos papeles: el de víctima o el de verdugo. ¿Cuál vale más? El de verdugo. Chupar y chupar todo lo que se pueda. El pueblo está sacrificado. Los grandes se comen todo lo que hay en la nación. No hay más que dos caminos: o acabar de una vez con todos los grandes, lo cual no es fácil, o meterse entre ellos y aprender sus marrullerías y latrocinios. Escoge, toma tus medidas y echa a andar *palantito*.

—Yo—dijo Mariano con súbita animación—quiero que se hable de mí.

—¡Que hablen de ti!... Pues mete ruido.

—Lo que es ruido..., ya lo meto—replicó Mariano.

—¿Cómo? ¿Con un cencerro?

—Con esto—dijo Mariano, mostrando un cañuto.

—¡Ah tunante!...—exclamó Bou, muy asombrado de ver el instrumento músico que el chico mostraba—. Conque tú te ocupas... Pues mira: desde hoy perdemos las amistades, porque con esa clase de armas no se defiende al pueblo. ¡Petardos, arma traidora de los perdidos, truhanes, jugadores y demás escoria! Oye tú, mírame a la cara. ¿Me ves bien? Pues este que aquí ves, este nieto de mi abuela, cuando quiere significar su desprecio al Poder público; cuando quiere dar una bofetada a cualquiera que represente la autoridad usurpada y la ley tiránica, lo hace cara a cara, a pecho descubierto, poniéndose entre el peligro y la inmortalidad, entre el verdugo y la gloria. ¡Pero disparar cohetes en la sombra, asustar a las mujeres y desesperar a los de Orden Público!... Reflexiona, hijo mío—añadió, después de una pausa, con tonillo de propaganda evangélica que sabía adoptar en ciertos casos—; reflexiona en que si quieres educar tus virtudes cívicas, y llegar al grado de estimación pública a que hemos llegado los que estamos llenos de heridas, los que hemos ido de calabozo en calabozo, los que hemos comido ratas...

Dios sabe adónde habría llegado por este brillante camino, si Mariano no se hubiese levantado, anheloso de marcharse. En el singular estado fisiológico en que se encontraba, su lúgubre atonía se interrumpió bruscamente por impaciencias inexplicables. Con un poquillo de ironía dió las gracias al maestro por sus consejos, y se fué a escape, como alma que lleva el diablo.

«Este chico tiene algo», dijo Bou para sí.

Olvidándose luego del muchacho, siguió pausadamente los pasos contados de su metódica vida; paseó un poco por la tarde, comió después, fué al café, regresó a su casa, y cuando se estaba acostando, ¡ay Dios!, oyóse un estrépito tal, que no parecía sino que reventaba una mina junto a la casa y que ésta se venía abajo de golpe. El estremecimiento y el ruido dejaron a Bou parado y sin aliento, los vidrios estallaron en pedazos mil, la puerta de la casa saltó del quicio, y el vecindario,

alarmadísimo, salía gritando a la calle con pánico horrible...

—¡Ah pillete aristócrata!—dijo Bou, serenándose al comprender lo que era—. ¡Si te cojo...!

II

Y algunos días después de esto, Mariano estaba en la encrucijada que llaman las Cuatro Calles, mirando indeciso las vías que allí concurren, sin saber cuál escoger para entrar por ella. Oigámosle:

«¿Iré a casa de mi tía? No, que llama a los de Orden Público y me cogen. ¿Iré a ver a mi hermana? No, que estará allí *Gaitica*. ¿Adónde iré?... Dejémonos ir. Por aquí, por la Carrera abajo, veré la gente que va a paseo, veré los coches, subiré al Retiro, y me estaré allí toda la tarde... Hace buen tiempo, tengo dos duros y no se me da cuidado de nada... Ya empieza a pasar la pillería. Allá va un coche..., y otro, y otro. Toma, aquél es de ministro. *Chupagente,* ¿sabe el coche? *Oigasté,* ¿y si le dijeran: «Suelte lo que no es suyo»?... Ahí va otro. ¡Cuánto habrá robado ese hombre para llevar cocheros con tanto galón!... Anda, anda, y allí va un cochero montado en el caballo de la derecha, con su gorrete azul y charreteras... ¡Eh!, y en el coche van dos señoras... ¡Vaya unas tías, y cómo se revuelcan en los cojines! *Oigan ustés,* ¿de dónde han sacado tanto encaje? Y qué abrigaditas con sus pieles... Pues yo tuve anoche mucho frío, y ando con los zapatos rotos. Paren, paren el coche, que voy a subir un ratito. Estoy cansado. ¡Valientes tías!... Subiré por el Dos de Mayo. Por aquí va mucha gente a pie. Este Retiro es bonito; sólo que..., de aquellas cosas que pasan, habiendo tantos que tienen frío, el pueblo debía venir aquí a cortar leña... Entro por este paseo de los muñecos de piedra con las manos y las narices rotas. ¡Qué feos son!... Hola, hola, ¿niñitos con guantes? ¡Y cuántos perifollos gasta esta familia! Con lo que lleva encima la criada había para vestir a cuatro mil pobres... El papá debe de haber robado mucho. Está gordo como un lechón... De consiguiente, que lo abran en canal... Tomemos por aquí, a la derecha, para ir a la Casa de Fieras... Pero no entraré; estoy cansado de verlas. ¡Puño, cuánto coche! Allá va don Melchor acompañando a dos niñas. Sí, para ti estaban, bruto. Son las niñas de Pez. Y el señor Pez va también con la gran tripa llena de billetes de Banco, que ha tragado... Más coches, más coches, más. Bien dice el maestro que lo bueno sería que toda esta gente no tuviera más que un solo pescuezo para ahorcarla toda de una vez... De consiguiente, todos viviríamos al pelo... Pero ¿qué es aquello que viene allí? ¡Ah!, ya sé. Primero, un batidor a caballo. Después, el gran coche con seis caballos... ¡Puño!, y toda esa gente de galones, ¿para qué sirve? Miale, miale, cómo saluda a todo el mundo, sombrero en mano; y ella también saluda, moviendo la cabeza. Descuidad, que alguno habrá que vus arregle. Yo lo que digo es que, muerto el perro, se acabó la rabia, y que, muerta la cabeza, manos y pies se mueren... Miales, miales; dan vueltas para que los vean mejor. Ahora vuelven para acá; ya vus hemos visto bien. ¡Valientes perdularios! Si hubiera un hombre de corazón, ¿adónde iríais a parar todos? Todos os pasaríais al partido de los pobres. ¡Vivan los pobres!, digo yo, y caiga el que caiga. ¡Abajo los ladrones!... ¡Puño, vienen más coches, todos con tías brujas o con mozas guapas muy tiesas! Ya, ya; ¿sombrillita para que el sol no les queme las caras? Pues yo, tías brujas, ando al sol y al aire, con los zapatos rotos y la blusa rota, muerto de frío; conque... ¡Eh!... ¿Quién es aquel que va a caballo? ¿No es *Gaitica?* El mismo, un chulo vestido de persona decente. Y saluda a dos que van en un coche. Todo porque estos días ha ganado al juego muchos miles. Ladrón, ruletero, chulapo, ordinario, canalla. Apuesto a que pasa por junto a mí y no me saluda. ¿Apostamos? Aquí viene; me acercaré para que vea. Le hablaré en flamenco. «Buenas tardes, señor Zurupa.»

Esto decía Mariano acercándose a un jinete que avanzaba por la orilla del paseo, montado en un caballo español puro, de cuello corvo y movimientos tan gallardos como pesados. El jinete vió al chico, y, entre bromas y veras, sacudió el siniestro brazo, y con el látigo quizá sin pensarlo, le cruzó la cara, diciéndole:

—*Granujiya...*

III

En una casa, que, por su desordenado aspecto, la suciedad de sus muebles y la catadura ordinaria de sus habitaciones, parecía ser la misma en que Joaquín e Isidora pasaron las tristes horas que en otra parte de esta historia quedan contadas, halláronse juntos otro día Mariano y el caballero (llámase así porque iba a caballo) designado con el nombre de *Gaitica*. Entró Mariano en el cuarto en que el tal estaba y, sin saludarle, le dijo:

—Vengo *a* por aquello.

—¡Ah!, qué listo andas. Agradece que lo hay. Toma, roío niño.

Sacó tres duros del bolsillo, y sin mirarle, se los arrojó sobre la mesa.

—El otro día—dijo Mariano con timidez entre recelosa y salvaje—me dió usted un latigazo.

—Niño, fué sin querer. Pues qué, ¿a un roío caballero como tú se le dan latigazos?... ¡Taco, y qué orgullo vas echando!... ¡Roer! Atame esa mosca. Por ahora no necesito de ti. Si algún día necesitas una roía peseta, vente acá. Si algún día no tienes qué comer, no faltará acá un roío pedazo de pan que darte. Comerás las sobras de la mesa. Eres un roío gandul, un roío holgazán, un roío bergante, y acabarás en presidio.

—Como usted—dijo Mariano con descaro.

—¡Roer!, no te me subas a las barbas, porque de un roío puntapié vas a parar a Flandes. Yo soy una persona decente. Los holgazanes y gandules me cargan, ¡taco! Porque la necesidad le obligue a uno a poner la ruleta, no quiere decir que no sea persona decente. Ahora soy hombre formal, y voy a comprar mulas para venderlas a la Artillería; hombre de negocios, hombre que se puede poner delante del rey, sí, señor; porque es un hombre que paga la contribución, un hombre de orden, de ley, que no gusta de oír hablar del roío pueblo ni de la roía revolución; un hombre, en fin, más honrado que Dios, más caritativo que la roía Biblia.

Mariano le oía espantado y con despecho. ¡También *Gaitica*, aquel ser de la última gradación moral, aquel hombre a quien *Pecado* consideraba como inferior, se sublimaba por la virtud de su pequeño capital, adquirido en infames juegos de azar, y quería revestirse de la dignidad del burgués pacífico, del propietario conservador, y clasificarse entre los ciudadanos probos, que son base, sustento del orden social! Era lo último que a Mariano le quedaba que ver.

—Sí—prosiguió aquel individuo, cuyo retrato no haremos porque una mano más hábil lo hará después—, soy hombre caritativo. ¿Sabes que he visto a tu hermana, y que la he amparado? La he conocido estos días, cuando he ido al Modelo a ver a una prima que está allí por unas roías lesiones... Tu hermana es muy guapa. La he amparado; la vi muy afligida porque se le había acabado el dinero y tenía que pasar a la sala común. ¡Roer! ¡Un hombre como yo ver esas cosas!... Al momento arreglé con el alcaide el pago del cuarto. Yo soy un hombre generoso, un caballero que sabe gastar las roías pesetas en beneficio del pobre y necesitado... Tu hermana es muy buena y muy señora. Voy a visitarla todos los días y a ofrecerle mis servicios. ¡Oh!, no es como tú, que eres de lo que llaman un parásito, la polilla del orden social, un vago. Tú y tus compañeros debéis ser exterminados, porque la roía sociedad..., en fin, yo me entiendo. Márchate. ¡Roer!, ¿qué haces ahí como una estatua? Tú no tienes inteligencia, no comprendes lo que yo hablo... Abur.

En el cerebro de Mariano se repercutían, como vibraciones de una campana, aquellos execrables conceptos, que son fiel copia de los textos auténticos del célebre *Gaitica*. Conocido de todo Madrid, este tipo ha venido a nuestra narración por la propia fuerza de la realidad. El narrador no ha hecho más que limpiar todo lo posible su lenguaje al transcribirlo, barriendo con la pluma tanta grosería y bestialidad, para no dejar sino la escoria absolutamente precisa.

Cuando Mariano se retiró aquella noche a su miserable alojamiento, después de vagar toda la tarde y parte de la noche por las calles, sin tomar alimento, sufrió un ataque epiléptico. Parecía que se desbarataba en horrorosas convulsiones, y se mordió las manos y se golpeó todo, quedándose maltrecho. Por fin le pasó, Dios sabe cómo, y al volver en sí

encontróse con una gran novedad en su cerebro: tenía una idea; pero una idea grande, clara, categórica, sinceramente adherida a su inteligencia. No durmió en toda la noche, no comió nada a la mañana siguiente. Tenía momentos de gran temblor y confusión, y otros en que una actividad febril obligábale a correr por las calles, sin ver a nadie, sin fijarse en nada más que en los coches que iban y venían.

Tomaba un bocado en cualquier taberna, y paseaba, paseaba. Pasear era su vida y el pasto de su idea. Rompió toda clase de relaciones, dejó de ver a su hermana, a su tía, a Bou, a *Gaitica,* y con quien únicamente cambiaba alguna palabra era con Modesto Rico, que vivía con él y estaba casi siempre embriagado. Las noches siguientes las pasó también sin dormir. Un malestar inexplicable que a veces tomaba formas como de entusiasmo, a veces como de abatimiento letal, actuaba sin cesar dentro de él, absorbiendo todas sus fuerzas y pensamiento. Repitióle el ataque epiléptico, y cuando lo pasó, disparataba cual si hubiera perdido la razón. Durmió luego profundamente; levantóse alegre; salió, y, dirigiéndose al Rastro, detúvose en un puesto a comprar algo. Regateó con discreción y tacto, y de vuelta en su casa con el objeto que había comprado, lo escondió, lo agazapó debajo del colchón, diciendo estas palabras:

—Estáte quieta ahí, quieta.

CAPITULO XV

¿ES O NO ES?

I

¡Generoso señor aquel que evitó a Isidora la angustia y el bochorno de la sala común, apresurándose a pagar la miserable cuota! ¿Quién era aquel ser benéfico que practicaba la caridad tan oportuna y noblemente? La agraciada no le conocía más que de haberle visto dos o tres veces en el cuarto de su vecina (una tal Antoñita Surupa, que por ciertos porrazos, calificados de lesiones graves, estaba en la casa purgando la impetuosidad de su naturaleza meridional), y por lo mismo que era tan superficial el conocimiento, era mayor su gratitud. Al día siguiente de aquel rasgo merecedor de los mayores encomios, el autor de él, Frasquito Surupa, a quien por mote llamaban *Gaitica* en círculos que apenas es lícito nombrar, visitó solemnemente a Isidora.

Según él mismo dió a entender, era persona notable y acaudalada, hombre de gran mérito, que todo se lo debía a sí mismo, pues, abandonado de sus nobles padres y desheredado por sus nobilísimos abuelos (¡miserias y bribonadas del mundo y de la ley!), había tenido que crearse una posición con su ingenio y su trabajo. Motivos diferentes halló Isidora en su nuevo amigo para sentir hacia él simpatía y antipatía, en porciones casi iguales, porque si bien aquello de ser hijo natural y abandonado, víctima del egoísmo de sus padres, le hacía sobre manera interesante, en cambio sus modales y su lenguaje eran de lo más soez y chabacano que imaginarse podría. Su figura hermosa, juvenil y hasta cierto punto elegante, que recordaba la de Joaquín Pez, perdía todas sus ventajas con lo que del alma salía a los labios de tan singular criatura, en esa florescencia del ser que se llama conversación. Por momentos, Isidora le encontraba agradable, por momentos aborrecible. El, hablando sin cesar de las injusticias humanas y contando los martirios y persecuciones de que había sido víctima, cautivaba más la atención de la prisionera.

La soledad de Isidora era cada vez mayor. Emilia y Castaño no la visitaban ya; Bou había roto con ella; Miquis iba muy rara vez. Sólo eran constantes don José y la *Sanguijuelera,* que llevaba a *Riquín.* Joaquín Pez, cuyo trato en aquella soledad habría sido muy grato a Isidora, estaba en la Habana, desde donde le había escrito algunas cartas cariñosas. *Riquín,* Encarnación y Relimpio eran, pues, los únicos que llevaban la alegría, la distracción y la esperanza a la triste celda durante un rato, que se alargaba todo lo posible, contando con la bondad de la celadora.

Miquis fué a verla un día para anunciarle la visita definitiva de Muñoz y Nones.

—Oye tú, gran mujer—le dijo—: mañana viene mi querido suegro. Recíbelo como se merece. Le hablé de ti y viene

dispuesto a favorecerte todo lo posible. Te hablará largo de tu pleito y de tu causa criminal, y, poniendo las cosas en su verdadero lugar, te las hará ver claras y sin telarañas. No te asustes de su franqueza. Es un hombre que dice las cosas como las siente. Dice a veces barbaridades; pero sus barbaridades valen más que el oro, la plata y las piedras preciosas, porque son verdad pura. Lo que él te diga tómalo como el Evangelio. Si trata de encarrilarte por el camino *A* o el camino *B* (aquí de nuestro *Ipecacuana)*, marcha adelante con los ojos cerrados. Deja el orgullo a un lado, como se deja una corona de teatro después de acabada la representación. Así como se hace examen de conciencia antes de confesar, haz ahora examen de tonterías para que las abjures todas. Acopia sentido común y ensáyate toda esta noche en apreciar la extensión verdadera, el número y peso exacto de las cosas humanas. Siempre que tu fantasía quiera llevarte a una apreciación falsa de la realidad, date un gran pellizco..., y, por último, no coquetees delante de mi suegro, porque, aunque muy bueno, es medianamente aficionado a las muchachas guapas, y podría suceder...

La primera impresión de Isidora al ver entrar a Muñoz y Nones fué muy grata, porque el notario era un hombre admirablemente dotado por la Naturaleza en figura, modales, gracia de expresión y don de gentes. Su edad no pasaba de cincuenta años, y vestía con pulcritud y corrección. Gran calva lustrosa, bajo la cual actuaba sin cesar el prurito de la fundación de una *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*, le caracterizaba, en primer término. Era, además, hombre que miraba con extraordinaria penetración a las personas con quienes hablaba, y que para aprobar y afirmar decía siempre: *Mucho, mucho*, y para negar empleaba irrevocablemente la frase *No hay tal cosa, ni ése es el camino*. No usaba más que una comparación. Para él, todo era... *como la luz del mediodía*. Si la costumbre de usar chalecos blancos, aun en invierno, significaba algo, Muñoz y Nones era un hombre singularísimo en esta materia. Si el deseo de no parecer barrigudo distingue a un hombre grueso de otro, Muñoz y Nones debe ser puesto en la categoría de los que viven decididos a morirse esbeltos. Decir que era un tanto presumido y un mucho simpático, acabará de pintarle por fuera. Su franqueza le había valido algunos disgustos, pero también grandes triunfos, porque el culto de la verdad, proclamando la honradez, trae siempre ventaja, las cuales no se concretan a la conciencia y a la moral, sino que se extienden a la esfera utilitaria de la vida. Por esto, y relacionando sus virtudes con sus éxitos, decía el gran notario que *también la honradez es negocio*.

—La señora marquesa—dijo Muñoz, después de los saludos—está en las mejores disposiciones respecto a usted. No sé si sabrá usted que esa señora es un ángel, una criatura celestial. Si no lo sabe, se lo digo yo, y basta. Imagínese usted el ser más bondadoso, más prudente, más sensible y cariñoso, y lo que resulte de ese esfuerzo de la imaginación será siempre inferior a la marquesa de Aransis.

—No lo dudo—replicó Isidora, contrariada, porque habría querido oír hablar mal de su abuela, dado que lo fuese—. La señora marquesa será muy buena, aunque en este caso mío...

—Pero, criatura—dijo Muñoz, sin poderse contener—, ¿todavía no se ha curado usted de la enfermedad de esa idea absurda?... ¿Todavía cree usted pertenecer a la casa de Aransis?

—¿Acaso me han probado lo contrario?

—¡Probado!... ¡Si está más claro que la luz del mediodía! No se trata ya del pleito de filiación, ni ése es el camino. Eso es cosa juzgada. Empéñese usted en seguirlo adelante, y consumirá su vida, su dinero y su salud inútilmente.

Isidora sudaba.

—¿De modo—dijo, esforzándose en vencer su abatimiento y espolear sus ánimos decaídos—, de modo que usted cree en esa gran paparrucha de la falsificación?

—¿Conque paparrucha?... ¡Ay niña, niña, usted no sabe lo que se dice! La falsificación es tan clara, tan evidente como la luz del mediodía. El Tribunal lo ha declarado categóricamente. El pleito de filiación carece de base y se cae como un castillo de naipes.

Isidora sintió que se mareaba, que se le iba la vista, que el cuarto daba vuel-

tas, que Muñoz y Nones se reproducía en infinitas imágenes o copias del mismo Muñoz y Nones.

—Expliqueme usted...—balbució con voz dolorida, cerrando los ojos—. No puedo entender...

—Pues muy sencillo... Pero ¿se pone usted mala? Un vasito de agua...

—No es nada. Usted qué entiende de estas cosas...

—Mucho, mucho. La falsificación existe. Que usted no es autora de ella, no tiene duda, pues se perpetró ese delito, según todas las apariencias, cuando usted tenía tres años.

—Entonces...

—Su padre de usted, Tomás Rufete, era un hombre ligero, de costumbres desordenadas. Le conocí, le tuve de escribiente. Muchas veces le presté dinero, que no me devolvió; pero esto no hace al caso ni ése es el camino...

—¡Mi padre!... ¿Usted está segura de que era mi padre?—exclamó Isidora, sacando fuerzas no se sabe de dónde—. Estas cosas no se pueden apreciar así, señor mío.

—¿Pues no se han de poder apreciar, señora mía? Yo me contento con decir que la casa de Aransis no ha tenido parte mínima en echarla a usted al mundo. Dos chicos nacieron de una señorita desgraciada.

—¿Usted la conoció?—dijo Isidora con energía, apelando a un recurso de gran efecto.

—Sí.

—¿Me ha mirado usted bien?

Muñoz y Nones, que ya la había mirado bien, consecuente con la dulce afición declarada por Miquis, la volvió a mirar.

—En efecto—dijo, sonriendo—, es usted muy guapa.

—¿Y no halla usted semejanza...?

—En la Naturaleza—replicó Muñoz, muy serio—se observan fenómenos de semejanza... Sin embargo, usted y Virginia sólo se parecen como dos mujeres hermosas. El cabello..., efectivamente. En los ojos hay algo..., pero no, no es tal la semejanza que pueda inducir a suponer parentesco.

Isidora no pudo contener su dolor. Se echó a llorar.

—Aunque se aflija, para mí la verdad es lo primero. No hay semejanza, ni ése es el camino.

—¡Oh! Señor Muñoz—dijo ella con extraordinario énfasis—, si usted en esto que me dice, en esto que hace, no procede de buena fe, declaro que es usted el hombre más malo, el mayor monstruo...

—Crea usted lo que quiera. ¿Tengo yo fama de monstruo?

—No, no. Diré a usted...

Impaciente, inquieta en su asiento, como si por todas partes estuviese rodeada de púas, movía los brazos queriendo expresar con ellos una convicción más enérgica que la que expresaban los labios.

—De modo que, según usted, según usted, señor Nones, yo soy, yo soy... una cualquiera.

—Según lo que usted entienda por *una cualquiera*. Lo que yo afirmo es que al declararse usted sucesora de la casa de Aransis, ha sido víctima de un gran engaño. Las indagaciones que hemos hecho nos han llevado a averiguar que el autor de esa execrable comedia fué Tomás Rufete, logrando engañar primero a don Santiago Quijano y después a su hija...

—¿Conoció usted a mi tío el canónigo?

—Mucho, mucho, y tengo que decir a usted que era uno de los hombres más sencillos, hablemos claramente, más tontos que han comido pan en el mundo. Le traté mucho. ¡Qué hombre, Santo Dios! Una vez le hicimos creer que con miga de pan se quitaban las canas, y andaba con la cabeza hecha una panadería. También le hicimos creer que la baba del conejo era venenosa, y consultó cuatro médicos y se cauterizó un brazo. Se le daban las bromas más extraordinarias que usted pueda figurarse. Era poco valiente, como usted sabe, pero pundonoroso. Armábamos una camorra por cualquier tontería. Uno de nosotros se fingía agraviado. Los demás acalorábamos la disputa. No había más remedio que batirse. Quijano hacía de tripas corazón. Le llevábamos al campo del honor, donde con mucho miedo, pero con tesón muy grande, apuntaba al pecho de su contrario; mas como las pistolas estaban cargadas con sal, no pasaba nada... Lo extraño es que, siendo medianamente instruído, creyese en influencias de las estrellas, en barruntos y aun en maleficios. Escribía clásicamente, leía novelas, era muy apasiona-

do de las cosas aristocráticas, se sabía de memoria el *Becerro* y tenía en la punta de la uña todos los linajes de España. Juzgue usted si ese santo varón era que ni pintado para sostener un bromazo que Tomás Rufete quiso dar a sus hijos.

—Esas historias, señor Nones—dijo Isidora, aparentando una firmeza que no tenía—, nada me prueban.

—Mucho, mucho. Pero son datos preciosos. Vamos a otra cosa. Un coronel de Artillería, cuyo nombre debe usted saber, se presentó en el despacho de Andréu, primo y compañero mío, hace quince años, y le habló de un asunto penoso y delicado. Al día siguiente, Andréu había extendido un documento que llamamos *acta de reconocimiento*. En él reconocía como hijos suyos a una niña... (paciencia..., déjeme usted concluir), a una niña y un niño, nacidos de quien usted sabe, de aquella desventurada joven que, digámoslo otra vez, no tiene con usted semejanza de fisonomía, ni ése es el camino. Adelante. En el mismo documento hacía constar que confiaba ambos mocosos al cuidado de un antiguo criado y deudo suyo, retirado de la Guardia Civil, el cual vivía..., ¿sabe usted dónde?

—¿Yo qué he de saber?—replicó Isidora con desvío y detestable humor.

Muñoz y Nones se levantó. Dirigiéndose a la reja y mirando hacia la calle, señaló una casa de la acera de enfrente, hacia la plazuela de las Comendadoras.

—¿Quién vivía en aquella casa?

—Yo.

—Tomás Rufete tenía por vecino en el piso tercero a un licenciado de la Guardia Civil. ¿Se acuerda usted?

—Yo, no.

—¿Tampoco recuerda usted cuando se quemó esa casa?

—De eso tengo una idea; era yo muy niña. Mi hermanito empezaba a andar entonces.

—Mucho, mucho. Cuando se quemó la casa, Nicolás Font...

—¿El guardia civil?

—Estaba enfermo de gravedad. Lo que pasó aquel día no lo sé. Font muere más tarde: la niña también; la viuda se va a vivir a Getafe: el niño es recogido más adelante por la marquesa de Aransis. Pasa el tiempo y se presenta usted con sus pretensiones, apoyadas en el testimonio de su padre difunto, en una tradición de familia y en varios documentos. Las partidas de bautismo de los dos hijos del coronel nada prueban. Debieron de ser sustraídas de casa de Font el día del incendio. Pero hay otro documento: el acta hecha por Andréu. En ella aparece una novedad, y es que el nombre de Nicolás Font aparece sustituído por el de Tomás Rufete. La falsificación está hecha con suma habilidad, y las circunstancias le favorecen. Ha fallecido en Filipinas el coronel a quien usted tiene por su papá, y que es tan papá de usted como mío; han muerto la mujer de Font y los tres testigos; pero, por fortuna, vive Andréu. Se busca en el protocolo la matriz, y se encuentra la misma sustitución o enmienda. Tomás Rufete vivió en gran intimidad con un escribiente de mi compañero... ¿Va usted atando cabos?...

—Yo no ato ningún cabo, ni ése es el camino, señor Nones—dijo Isidora, dándose, en su despecho, el gusto de remedar un poco el estilo del notario.

—Ahora lo veremos. Se busca al cómplice de Tomás Rufete, a quien Andréu despidió hace años por infiel. Es medio químico y muy hábil; pero su principal habilidad está en huir de la Justicia. Se entrega el documento original a los peritos calígrafos y químicos, y al instante la falsedad salta a la vista. Hecha con precipitación, es mucho más grosera que la de la copia. El Tribunal ve claro, y como usted en el pleito de filiación ha presentado testimonios tan débiles, como la prueba ha sido tan flojísima, como ninguno de los recuerdos de su infancia favorece a usted, es casi seguro que irá a presidio por delito de usurpación de estado civil.

—Yo no soy falsificadora—afirmó Isidora, quedándose como una muerta.

—¡Qué gracia! No es usted falsificadora de un papel; pero lo es de un derecho, y con testimonios débiles y documentos apócrifos trata de usurpar un puesto que no le corresponde.

La de Rufete estaba humillada y abatida. Difícilmente entraba en su cabeza la idea de no ser quien pensaba, y de la lucha que con sus dudas sostenía resultaba un decaimiento parecido a la agonía de morir. Nones la miraba en silencio, esperando una palabra.

—Dígame usted—murmuró ella al fin

con temor—: ¿qué tengo que hacer para evitar... eso de ir a presidio?

—Declarar que ha sido engañada; descargar su responsabilidad sobre su señor papaíto; reconocer que no tiene derecho alguno...

—¿Y quién me asegura que no lo tengo?...—volvió a decir, reaccionándose.

El instinto de conservación de su error era tan grande, que éste necesitaba muchos y muy fuertes golpes para someterse. Muñoz y Nones tomó su sombrero.

—No se vaya usted, no—dijo ella, temiendo quedarse sola con sus fieras dudas—. Háble me algo más. No estoy convencida, pero dudo. ¡Oh! Si me muriese hoy mismo, si me muriese antes que empezara a destruirse esta fe, ¡qué dichosa sería! Señor Nones, usted es un hombre honrado. Augusto lo ha dicho. Usted no es capaz de fingir, ni de mentir, ni de engañar. Júreme usted por Dios, por su madre, por sus hijos, que no cree en mi derecho; júreme usted que lo que dice es verdad, y entonces quizá pueda yo empezar a acostumbrarme a esta idea...

—¡Jurar! Eso es anticuado. Basta la palabra de un hombre de bien... No hay motivo para tanta aflicción, ni ése es el camino. Una existencia humilde y sin los desasosiegos de la ambición puede hacerla a usted dichosa. La señora marquesa me ha autorizado para ofrecer a usted un auxilio, siempre que se preste a dar a esta enojosa cuestión un corte rápido y decisivo. La señora está disgustadísima; aborrece el escándalo, y llora mucho al ver que el nombre de su pobre hija es traído y llevado por las lenguas que gozan en resucitar deshonras pasadas. La señora no duda ni puede dudar del resultado del pleito. Si usted espera aún, consulte a todos los abogados de Madrid, y como haya uno que aliente sus esperanzas, me dejo cortar la cabeza. Pero nuestras leyes favorecen a los pleiteantes tercos, y usted, empeñándose en seguir adelante, puede prolongar el litigio sin ningún fruto para usted y con cien probabilidades contra ninguna de ser condenada a presidio... Me retiro y le doy a usted unos días de término para que lo piense bien. Mi yerno me ha dicho que tiene usted buen fondo y clara inteligencia, aunque ofuscada por desvaríos y falsas apreciaciones de la vida. Si usted lograra ver cada cosa como es realmente, estábamos de la otra parte. Conque... ánimo. Y para concluir: sé que tiene usted un hermanito que es una alhaja. Yo le prometo a usted darle la primera plaza cuando inauguremos la *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*. Le reformaremos, y usted... trate de reformarse.

II

¿Soy o no soy? Esta pregunta fué para Isidora, desde aquella entrevista, el eje de todos sus pensamientos, de todo el sentir y obrar de su vida. Olvidada de molestias y humillaciones de la cárcel, no tenía seso ni corazón más que para raciocinar sobre aquel problema y dolerse de él; porque sí, era un problema semejante a una llaga, un problema que la enloquecía como un logogrifo indescifrable y la lastimaba como una úlcera abierta en lo más delicado y profundo de sus entrañas. La pavorosa duda tenía alternativas y lances de batalla. Ya vencía la convicción, y echaba bravatas de pueril orgullo; ya, por el contrario, triunfaba la sospecha, proclamando con gemidos de amargura la derrota de sus vanas grandezas. Con ser tan abultados los autos, no contenían tantas ideas, tantas fórmulas de investigación, tantos y tan variados argumentos como los que ella febrilmente acumulaba en su cerebro aquella tarde, aquella noche, y en las horas claras y oscuras de tres días sucesivos. Porque diabólica era ciertamente la claridad e insistencia con que surgían en su mente todos los argumentos negativos de su derecho. Ella quería rechazarlos, y ellos crecían, fortaleciéndose, vestidos con la inmaculada vestidura de lo evidente. Sí, su tío el canónigo era tonto. ¿No podía dar ella mil testimonios de sus necias credulidades? Ella misma le había imbuído algunas veces ideas sumamente extrañas.

Como don José, su tío el canónigo daba calor en su entendimiento a las ideas más absurdas, las fomentaba y se engreía con ellas. Su tío, engañado por Rufete, había representado con ella la comedia funesta que tan desgraciada la había hecho. ¡Cuántas veces, en las noches del invierno, él la embelesaba diciéndole que sería marquesa, que ten-

dría palacio, coches, lacayos, lujo sin fin y riquezas semejantes a las de *Las mil y una noches!* El la había enseñado a no trabajar, a esperarlo todo de una herencia, a soñar con grandezas locas, a enamorarse de fantasmagorías. Habíale llenado la cabeza de frivolidades, habíale educado en la contemplación mental de un orden de vida muy superior a su verdadero estado. El, cuando ella se cansaba, le decía: «Tendrás coche.» Cuando ella trataba de arreglarse un vestidillo, le decía: «Tendrás veinte modistas a tus órdenes.» Decíale: «¡Qué palacio el tuyo!», y otras expresiones que encendían más y más en ella el volcán de ambición que ardía en su pecho... Sí, su tío era tonto, tonto rematado, un hombre calamitoso, en su buena fe; un hombre sin seso, un maestro contra la realidad, el apóstol de todo lo extravagante, ficticio y convencional que engendra en su estado morboso el pensamiento humano.

Luego pensaba en su padre. Sí, sí, Tomás Rufete era un hombre desordenado, un hombre de insaciables apetitos y devorado por la envidia. Bien podía ser verdad lo que Nones decía, y Tomás autor de aquel dramático sainete, por satisfacer su codicia, o simplemente por obtener de la marquesa, mediante un pleito enojoso, cualquier suma en calidad de transacción. Esto era razonable. ¿Qué demonio de lógica se escondía dentro de estas ideas, dándoles cuerpo y vida?... También pensaba en su madre. ¿Por qué, siempre que Tomás Rufete hablaba de la marquesa, de los niños de la marquesa y de la indudable herencia y estado de estos niños, Francisca Guillén bajaba la cabeza, se ponía de mal humor y no añadía palabra alguna a las expresiones de su marido? Su madre, pues indudablemente debía darle ya este nombre, era una mujer honrada. Rufete la atormentaba y la dominaba. El le había impuesto su infame comedia, y ella, por miedo y quizá por la ilusión de que sus hijos fueran marqueses, aunque usurpadores, callaba. ¿Por qué su tía—pues ya no había duda de que era su tía—se burlaba siempre del marquesado y de las ideas ambiciosas de Rufete? Y don José, que en la declaración de la prueba había dado por amor de ella testimonio favorable, también dudaba, sí, o tal vez estaba seguro de la farsa. Bien se le conocía al tenedor de libros que no tenía fe en lo de Aransis, porque hablaba poco de esto y siempre en términos indecisos.

Al tercer día de andar en brega con estas dudas y sospechas, tomando muy poco alimento, sin dormir, llena de fiebre y medio trastornada, Isidora llegó al colmo de la crisis. Una noche, hallándose sola, corrió furiosa a la reja, se agarró a ella, deseosa de hacerla pedazos, y a gritos, que alborotaron la calle, decía:

—Y, sin embargo, soy noble. ¡Jueces, notarios, abuela, gente toda que me tenéis aquí, yo soy noble!

Luego recorría de un ángulo a otro el cuarto con las manos en la cabeza, gritando:

—Soy noble, soy noble. No me quitaréis mi nobleza, porque es mi esencia, y yo no puedo ser sin ella, ni ése es el camino, ni ése es el camino.

Entraron la celadora y dos amigas y quisieron calmarla. Trajéronle algo de comer para combatir el desvarío, combatiendo la debilidad; pero ella tiró los platos y despidió a las mujeres.

—A mí no se me presenta ese bodrio. Eso no es para mí—exclamaba—. Que me traigan mi baño. ¡Yo no puedo vivir sin baño! Que me saquen de esta pocilga; que me traigan mis vestidos, mi coche; que venga Joaquín...

Todo fué inútil para calmarla; pero, al fin, el exceso de la irritación trajo a la mañana siguiente el agotamiento y con él la remisión de un mal tan penoso. No obstante, era de todo punto imposible hacerle tomar alimento. Se quitó el vestido, diciendo que no podía tener encima tales harapos, y pidió una y otra vez su baño, su querido baño. Por último, le trajeron a *Riquín*, y, viéndole y acariciándole, descendió lentamente, en alas del cariño materno, de las bochornosas alturas en que su razón estaba tan nublada.

CAPITULO XVI

LAS IDEAS DE MARIANO.—LA SÍNTESIS

La *Sanguijuelera* acompañó a su sobrina a la siguiente mañana, obsequiándola con una retahila de preciosos consejos que debieran reunirse y archivar-

se como uno de los mejores ejemplos de la sabiduría humana.

—Lo de tu herencia es ya sal y agua. Después de tantos mareos y bascas, has vomitado, al fin, la gran pandorga. Si quieres ser honrada, te llevo a vivir conmigo, te cedo la tienda y no te pongo más obligación que mantenerme y cuidarme los huesos hasta que venga por ellos la muerte. Cuando te vi en malos andares, te negué un ochavo y te saqué lo que pude; si ahora te enderezas, cuanto tengo es para tu rica persona y para este sol cabezudo del mundo... ¿Vas a ser honrada, sí o no? Mira, tienes varios caminos: o te casas con el estampador de la calle de Juanelo, o te vas en busca de aquel señor Botín de otros tiempos y le pides el estanco que te prometió. Pondremos estanco y cacharrería en dos tiendas juntas de una buena calle, y no habrá quien nos tosa... Pero en mi casa no entran pantalones. ¿Te conviene? Otra cosa te propongo. ¿Quieres ser ama de cura? Yo conozco un capellán de monias, ancianito, buen cristiano, y que convierte gente mala, porque tiene un pico de oro, un gancho del Cielo que es un primor; el cual curita me está diciendo siempre que le busque un ama de fundamento... Decídete. ¿Estampería, estanco o religión con llaves?

Isidora no contestó nada, porque ni siquiera oía lo que Encarnación hablaba. Después nombraron a Mariano.

—Es cosa perdida. Hagamos cuenta de que se lo han llevado los demonios. Está viviendo con Modesto y Angustias en un cuarto de la calle de Ministriles que más parece ochavo que cuarto. Modesto sirve en un almacén de vinos, y *Paloconojos* va al río. Vivirían si él no bebiera tanto. Es un pellejo con pies y manos. Lo bueno es que ya no le pega a la mujer, porque en cuanto levanta la mano pierde pie y se cae al suelo.

Isidora se echó a reír. En el mismo instante, *Riquín* le daba bofetadas.

—No se pega, no se pega.

—Anda, cáscale duro... Déiale que pegue. Este va a tener más talento... Le criaremos para cura de escopeta y perro. Verás qué sermones salen de esa cabezota. ¿Verdad, hijo? Le has de ver obispo y puede que Papa... ¡Leña a los herejes y protestantes; duro, firme!

Acto seguido, Encarnación cogió al niño por un brazo y se dispuso a salir.

—¿Adónde va usted?

—A ver la Corte, que va hoy a Atocha de toda gala. Me pirro por ver la gala de la Corte de España, que es la primera del orbe mundo. Pero ahora, hijita, todo es miseria. Yo me acuerdo de los tiempos de la reina, de aquellos tiempos, hija, en que el pan estaba a doce cuartos las dos libras y en que había más religión, más aquél, más principios, en que los grandes eran grandes y los chicos chicos, y había más respeto a todo. Yo me acuerdo de aquel tiempo y me dan ganas de llorar. Aquello era ser majestad, aquello era señoría y grandeza. Entonces se daban vivas a la reina y le gustaba a uno verla tan frescota, tan señora, con aquel aire... ¡Y con qué cariño miraba ella al pueblo! Parecía que iba diciendo: «Aquí tenéis a vuestra madre...» ¡Pero ahora...! Pasa la corte, y todo el mundo *mutis*. Dicen que Libertad... Miseria, hija. Los pobres están más pobres, y la *Minificencia* no puede recoger a tantos. ¡La Libertad!... Pillería, chica, pillería. Entonces había más señorío, créelo, y donde hay señorío corre el dinero y vive el pobre. Conque abur, abur.

★

Encarnación salió con *Riquín*, encaminándose hacia el centro de Madrid. Era día de gran solemnidad cortesana por motivos que no es necesario precisar. Las calles del centro estaban animadísimas. La gente circulaba alegre, bulliciosa, con frivolidad y alegría propiamente madrileñas, arremolinándose en algunos parajes para dar paso a los regimientos que llegaban a cubrir la carrera. Los balcones, con abigarradas colgaduras, mostraban damas hermosas. El mujerío, la militar música y el cielo de Madrid, que es un cielo de encargo para festejos populares, concurrían a dar a la solemnidad su expresión característica.

La *Sanguijuelera*, que había visto y gozado un número infinito de funciones de tal especie desde la entrada de María Cristina hasta la de don Juan Prim, desde ésta hasta las festividades del actual reinado, hallaba en aquel espectáculo desinteresados placeres. Encarnaba en sí la novelería, la bullanga y el entusiasmo monárquico del antiguo pue-

blo de Madrid. Ella conocía, como se conocen los muebles de la casa, todos los coches de Palacio: el de carey, el de nácar, el de los globos, y hasta de los paramentos y arneses podía dar circunstanciada noticia. Conocía también, como los dedos de su propia mano, el ceremonial y el orden de los coches, el puesto de los distintos grupos de la servidumbre y otras particularidades que interesaban más a la gente antigua que a la moderna. En cuanto a elegir los sitios más propios y cómodos para verlo todo, nadie la igualaba.

En la calle Mayor encontró a su antigua vecina *Paloconojos*. Esta y Encarnación, que alzó en sus brazos a *Riquín,* se colocaron en la embocadura del callejón de San Ginés, lugar donde no era grande la aglomeración de gente, con la ventaja de una retirada segura en caso de corrida o apretujones.

—Todavía es temprano. Tenemos para un rato—dijo Angustias, desatándose y liándose el pañuelo bajo la barba con ese movimiento maquinal que en la gente chulesca hace las veces del movimiento de abanico.

—¿Y mi bergante?

—Esta mañana salió muy temprano. Desde ayer me ha estado mareando porque le tuviera hoy camisa limpia; ha salido hecho un brazo de mar, con la corbata negra y amarilla que se compró la semana pasada.

—Anda, anda.

—Hoy estrena zapatos y calzones. Yo no sé de dónde ha sacado los cuartos. Yo le dije, digo: «¿Has descargado la barrica?», y él me dijo, dice: «Váyase usted al acá y al allá.» Pues por ahí te pudras. Está..., vamos, si usted le ve, no le conoce. Le ha dado el accidente cinco veces, y parece un pergamino mojado. Los ojos se le saltan del casco, las manos le tiemblan y la lengua es un estropajo. A veces se pone a dar vueltas, y marea, hija, marea. En fin, yo no sé qué va a ser de él. No trabaja, no sirve para nada. Modesto le da consejos; calcule usted... ¡Modesto, consejos! El, que es ya un puro aguardiente desde la cabeza a los pies...

—Todo sea por Dios—dijo Encarnación, y más iba a decir; pero en aquel momento oyéronse cornetas y clarines, luego la *Marcha real* y el murmullo expectante unido a las frases sueltas «Ya vienen, ya vienen». Gran estupefacción de *Riquín,* que nunca había visto cosa más bonita; éxtasis de la *Sanguijuelera,* que no cerraba el pico un momento al paso de la comitiva o procesión real, poniendo un comentario a cada parte de ella.

—¡Qué viejecitos están ya los reyes de armas!... ¿Ve usted? Ahora vienen los caballos de silla... Sigue el coche amarillo..., penachos morados... Ahora vienen el mayordomo y el intendente..., penachos azules y blancos. Mire usted qué guapos chicos... Ahora viene el coche de nácar..., penachos verdes. ¿Quién será este señor con tanto morrión y tanta cruz? Debe de ser de extranjis... Coche de concha..., penachos blancos... Ahora viene lo bueno... ¡Qué preciosas van!..., penachos rojos.

Y así continuó, despachándose a su gusto con progresivo entusiasmo, hasta el paso de la escolta, cola y remate de la procesión.

—¿Nos quedamos para verlo otra vez a la vuelta?—dijo luego, no saciada aún del goce de aquel variado y teatral espectáculo.

Arremolinóse la gente; la tropa maniobró y, entre la revuelta muchedumbre, *Paloconojos* distinguió a un individuo que iba en dirección a la plaza Mayor.

—Allá va, allá va—gritó, señalando.

—¿Quién?

—El bergante.

—Sí, él es... ¡Mariano, *Pecado!*

Pero Mariano, que las vió y oyó los gritos de su tía, se hizo el tonto y apretó el paso, como quien desea evitar un importuno encuentro. Poco después estaba sentado en un banco de la plaza Mayor, junto a una de aquellas graciosas fuentes, en las cuales el agua, saliendo de una fingida roca, forma un globo elástico, cuyas paredes se ahuecan y se deprimen según las bate más o menos el aire. En la movible costra líquida hace el sol caprichosos iris y se retratan convexas imágenes del jardín y de los transeúntes. Completaba la fascinación del globito de agua un bullicio juguetón, en el cual cualquier poeta habría podido oír, con buena voluntad, las risotadas de los niños de las náyades. Mariano puso los codos en las rodillas, las quijadas en las palmas de las manos, y estuvo mirando el extra-

ño surtidor... Dios sabe cuánto tiempo.

Así como su hermana, invadiendo con atrevido vuelo las esferas de lo futuro, se representaba siempre las cosas probables y no acontecidas aún, *Pecado*, cuando se sentía dispuesto a la meditación, resucitaba lo próximamente pasado, y se recreaba con un dejo de las impresiones ya recibidas. Era un trabajo de rumiante y un placer de perezoso. Vió, pues, todo lo que había hecho aquel día, casi tan a lo vivo como si aún estuviera pasando.

Se había levantado muy temprano, después de una noche de desvelos y tortura; habíase puesto su camisa limpia y las demás prendas que estrenaba, mostrando un empeño particular en aparecer con la facha más decente que le fuera posible; había salido y tomado café en un puesto de la calle del Avemaría, y después se fué a vagar por las calles. A eso de las diez almorzó en una taberna jamón con tomate, que estaba muy rico, y después había comprado un periódico y leído la mitad de él, indignándose con todas las picardías que denunciaba y participando de la noble ira de sus redactores contra el Gobierno.

Más tarde paseó por la Carrera para ver la gente y la tropa que de los cuarteles venía. Bonito estaba todo; pero él lo miraba con desdén y, sobre la impresión recibida, ponía un pensamiento de melancólica burla y sarcasmo. En un balcón había visto a Melchor de Relimpio, muy enfatuado, junto a unas damas que le parecieron las de Pez. No lejos de allí, uno de los Peces—él no los conocía bien, pero debía de ser Luis Pez—acompañaba en otro balcón a la familia del duque de Tal. Siguió adelante, y a la vuelta de una esquina encaró con el nunca bien ponderado *Gaitica*, que venía a caballo, hecho un potentado, un sátrapa. La extraviada imaginación de Mariano veía a este personaje cual si fuese un resumen de todas las altas categorías y la cifra del encumbramiento personal. «¡Cuánta pillería!», exclamó para sí.

Todos triunfaban y vivían regaladamente, escalando cada día un lugar más elevado, mientras él, el pobre y desvalido *Pecado*, permanecía siempre en su nivel de miseria, insignificante, sin que nadie le hiciera caso ni fuese por nadie distinguida su persona en el inmenso mar de la muchedumbre. ¿Por qué era esto, cuando él valía más que toda aquella granujería de levita? El, según las creencias firmes de su hermana, había nacido de sangre noble. Le habían sustraído lo suyo, le habían despojado de todo, arrojándole desnudo y miserable al seno del populacho, como se arroja al basurero un despojo inútil. ¿Quién sabía si muchas de aquellas casas, engalanadas con colgaduras de varios colores, eran suyas? ¿Quién sabía si el dinero de que debían de tener llenos los bolsillos todos aquellos caballeros y damas procedía de riquezas que en rigor de la ley le pertenecían a él? ¿Y a quien se dirigía para reclamar lo suyo? A nadie, porque, desde el primero al último, todos eran grandísimos pícaros.

La nación en masa, ¿qué nación?, la sociedad entera estaba confabulada contra él. ¿Qué tenía que hacer, pues? Crecerse, crecerse hasta llegar a ser, por la fuerza sola de su voluntad, tan considerable que pudiera él solo castigar a la sociedad, o al menos vengarse de ella. ¿Cómo? Por su mente rondaba tiempo hacía una idea que resolvía la cuestión. La idea y el propósito de ejecutarla se habían apoderado de él juntamente, dominándole y llenándole por entero. Idea y propósito eran como una llaga estimulante en el cerebro, la cual le dolía y le comunicaba un vigor extraño. Repetidas veces había puesto en ejecución su pensamiento, ¿pero cómo?, en sueños y también alguna vez despierto, cediendo como a una fuerza automática y fatal que no era su propia fuerza. En estos casos de repetición o ensayo mental del hecho se quedaba fatigado y orgulloso, cual si lo hubiera ejecutado realmente. Sondándose para ver cuándo había aparecido en él aquella idea y aquel propósito, calculaba que los tenía desde antes de nacer. ¡Tan viejos, tenaces y arraigados le parecían!

Mirando siempre el globo de agua, pensaba que si no fuera por el firme tesón que en aquel momento tenía, su miedo sería grande. Estaba viendo el terror escondido debajo del orgullo y asomando la cabeza; pero el orgullo, o, mejor, la terquedad, no le dejaba salir. No sentía miedo, sino dolor, un do-

lor inexplicable en el pensamiento, una sensación rara de no dormir nunca, de no reposar jamás de un alerta eterno. Detrás del punto negro que tenía delante y que ya estaba cerca, veía seguro y claro un triunfo resonante. Principalmente, la idea de que todo el mundo se ocuparía de él dentro de poco le embriagaba, le hacía sonreír con cierto modo diabólico y jactancioso. La aberración de su pensamiento le llevaba a las generalizaciones, como en otros muchos casos en que la demencia parece tener por pariente el talento. El mismo criminal instinto le ayudaba a personalizar, y, en efecto, siendo tan grande y múltiple el enemigo, ¿cómo aspirar a castigarle, sin hacer previamente de él una sola persona?

Rumor de voces, cornetas y músicas anunciaban que el gran cortejo volvía de Atocha. Levantóse Mariano, y por la calle de Ciudad Rodrigo ganó la calle Mayor y la plaza de la Villa. Multitud, tropa, caballos, uniformes, penachos, colores, oropeles y bullicio le mareaban de tal modo, que no veía más que una masa movible y desvaida, semejante a los cambiantes y cortosiones del globo de agua que había estado mirando momentos antes. Se le nublaron los ojos, y, apoyándose en un farol, dijo para sí: «Que me da, que me da.» Era el ataque epiléptico que se anunciaba; pero tanto pudo su excitación, que lo echó fuera, irguió la cabeza, se sostuvo firme...

Pasó un momento. Nunca había sentido más energía, más resolución, más bríos. El ruido de las músicas le embriagaba. Vió pasar uno y otro coche. Cuando llegó el que esperaba, Mariano era todo ojos. Miró bien... En el acto sacó de debajo de la blusa una pistola vieja, y, apuntando con mano no muy firme, salió el tiro con fugaz estruendo... Movimiento y estupor en la muchedumbre, gritos, pánico, sacudidas. La bala se estrelló en la pared de enfrente sin hacer daño a nadie, y el autor del infame atentado cayó en una trampa, la indignación pública, cuyo engranaje de brazos y manos le oprimía, como si quisiera pulverizarle.

CAPITULO XVII

DISOLUCIÓN

I

La noticia de este hecho, llevada por el viento de la novelería, penetró en los últimos y más apartados rincones de Madrid, en los palacios y en las covachas, y cuando ya todo el vecindario lo sabía, se enteraron del caso las monjas de los conventos, los enfermos de los hospitales y los presos de la cárcel. Las presas fueron las últimas en saber la ocurrencia. Lo que agradecerían las cien lenguas del Modelo aquel pasto riquísimo no es para dicho. Comentáronlo de infinitos modos. Una gitana aseguró que ella lo había soñado la noche anterior, y otra hacía gala de un entusiasmo monárquico tan estrepitoso, que hubieron de encerrarla para que entrase en vías razonables. La piedad aconsejaba no se revelase a Isidora un suceso que debía de impresionarla terriblemente; pero a sus amigas les faltó tiempo para decírselo. Ella no lo quería creer; decía que era imposible, que ciertas cosas no pueden pasar nunca. Poco a poco se fué convenciendo, y últimamente razonaba el caso de este modo:

—Sí, basta que sea disparatado y horrendo para que sea cierto. Dios se vuelve contra mí; Dios me deja de su mano.

Y diciéndolo, le entró una pena y una desesperación tal, que si no enderezara su espíritu en el mismo instante por la vía religiosa, habría estado en peligro de perder la razón. Pidió a la celadora con vivas instancias la llave del coro, y se fué a él sola, decidida a hacer un acto espiritual que diese salida y respiro al dolor condensado en su seno. En el coro hizo tentativas de rezo, puesta de rodillas y mirando al altar. La cavidad sosegada, ancha y blanquecina del templo ofreció a la tensión de su espíritu un alivio dulce y lento; pero cuando más recogida estaba, se le desvaneció la cabeza, inclinóse de un lado y, no teniendo tiempo para asirse a la reja, cayó al suelo sin sentido.

Cuando la llevaron a su cuarto, el volver en sí fué la vuelta de la desesperación y de los gritos; pero ya no se acordaba de la religión, sino de la libertad, y decía:

—Que me saquen de aquí. Señor Nones, yo firmaré lo que usted quiera, con tal que me saquen de esta basura. Quiero aire, calle, mi baño, mi casa, vestirme como debo, y ser honrada y feliz.

Después, sin poder apartar de su mente el crimen de su hermano, increpaba a éste con las frases más duras. Algo había en lo íntimo de su ser que representaba como una tímida aprobación del intento de Mariano, si no de la forma en que fuera realizado. Pero no; el crimen y la barbarie no hallarían jamás en su espíritu benevolencia ni simpatía. Su hermano era un bandido incorregible; ella era una mártir angelical. Lo que principalmente anhelaba ya era libertad, libertad aun sin nobleza, porque el papel de María Antonieta en la Conserjería, con ser muy poético, empezaba a serle odioso. El mal olor de su inmundo asilo, la falta de comodidades, el detestable comer y peor vestir, eran contrarios a su naturaleza aristocrática, y la misma corona del martirio, con toda su nobleza y su resplandor de gloria, le destrozaba las sienes tan horriblemente, que prefería, sí, prefería mil veces un sombrero de última moda. Pero ¿y sus derechos? Ya dudaba de ellos; ya casi no creía en ellos. ¡Ay de aquel dogma que es contaminado de la duda! En seguida se daña y muere, y para en ser ludibrio de quien antes lo adoraba. Y aun suponiendo que su dogma fuera verdadero, ¿qué podía obtener de su insistencia? Nada, porque las leyes todas se habían conjurado contra ella, y la condenarían y la encerrarían en un presidio. Libertad, pues, y adiós para siempre la ilusión de toda su vida, el sostén y fundamento de su ser moral; adiós nobleza, marquesado, fortuna.

Mas ¿por qué afligirse tanto, si en sí misma hallaba Isidora indecibles consuelos? Libre y ya sin pretensiones, procuraría ser siempre muy señora. ¿Acaso el verdadero señorío no puede existir sin títulos y grandes riquezas? Sí, sí: sería muy señora, muy honrada, muy decente, arreglaría sus cosas, trabajaría—¡otra vez!—, pondría el mayor orden en todos los actos de su vida, educaría admirablemente a su hijo, se casaría con un hombre modesto y juicioso... Al pensar esto, un sabor ideal de ipecacuana le hizo contraer los labios. «Adelante, adelante—dijo—; cerrar los ojos y adentro con la medicina, como dice Augusto. Es forzoso amoldarse a las circunstancias y templar el alma en las adversidades. La mía no se dejará vencer de la desesperación. Plan magnífico: mujer de bien, mujer ordenada, mujer trabajadora, mujer exclusivamente práctica, eso es, práctica.» ¡Oh, qué tarde!

Pensando en esto, que tanto le ayudaba a combatir su desaliento, vió entrar a don José, el cual venía muy erguido, con los ojos animadísimos, la sonrisa en los labios, y en su rostro una expresión particular y desusada que alarmó a Isidora. Sentándose en el único sillón que en la celda había, el anciano la contempló con éxtasis. ¿Qué había en él? ¿Estupidez o desvarío? Isidora le observó con tanta lástima como sorpresa, diciendo: «¡Padrino...!»

Relimpio la miró como se mira una visión celeste, y poniendo los ojos en blanco, todo suspenso y como transportado a una esfera ideal por el delirio de la inspiración poética, murmuró con arrullo estas palabras:

—¡Hurí, hurí..., nadie osará ya mancillar tu blancura! Los dragones todos fueron vencidos por el fuerte brazo de tu caballero, a quien perteneces y que te pertenece.

Inmediatamente le entró como un acceso congestivo, inclinó la cabeza, cerró los ojos y empezó a roncar desaforadamente. Asustadísima, Isidora le mojó la cabeza, le llamó a voces, a gritos:

—¡Padrino, padrino!

Anunciado por un suspiro, reapareció en la persona de don José el conocimiento de sí mismo. Abrió el viejo los ojos, suspiró más, y al ver a Isidora y hacerse cargo de su situación, se avergonzó un poco.

—Ya me ha pasado—dijo, frotándose la frente con la palma de la mano—. ¿Ha sido breve?... ¿He dicho muchos disparates?... No me riñas, no me riñas.

—Pero ¿qué es eso?

—Nada, nada. Ahora me dan... estos mareos... Todos tenemos nuestras debilidades, hija... ¡Miseria humana! He contraído un pequeño vicio; pero no ha sido por relajación, no; ha sido por tristeza, por la fuerza de mis desgracias

sin número. Creo que me comprenderás.

Isidora, en efecto, no comprendía nada.

—Soy muy desgraciado; padezco los mayores tormentos... Tormentos morales, del corazón—dijo Relimpio con la voz más débil y balbuciente que se puede oír—. Cierto día unos amigos me hicieron tomar champaña. ¿Qué creerás? Hubo en mí una revolución, me entró el mareo, y con el mareo pasé a ser otro ser distinto, quiero decirte que fuí otro hombre, fuí un caballero, un joven, un héroe, qué sé yo... ¿No es cosa buena ser algo por espacio de diez minutos? Luego he repetido la toma, y los efectos han sido los mismos. Concluye todo por un sopor tan breve como profundo, y en seguida vuelvo a mi ser natural, ¡ay!, a la miseria humana, a la realidad asquerosa, a la vejez caduca...

—¡Don José! ¡Don José de mi alma!

—No me riñas; te digo que no me riñas. ¡Ser algo durante diez minutos! Los que no somos nada, caemos en estos peligros. Pues te confesaré todo con tal que no me riñas. Me he comprado una botella de eso que llaman *Fine Champagne*, y cuando veo que me entra la gran tristeza, cuando siento que se me desgarra el corazón y se me retuerce toda el alma, me tomo mi copita...

—¡Padrino!

—Somos frágiles... A mi edad... No te enfades. Cuando estoy con el mareo, te veo, te defiendo, te pongo en las nubes, hago por ti las cosas más bellas, arriesgadas y sublimes...

—¡Por María Santísima!—exclamó ella, poniéndole la mano en la boca.

—En fin, ya esta vez me ha pasado... Vine por la calle con el mareo. Al entrar, creí que entraba en un encantado y hermosísimo palacio; las presas me parecieron unas ninfas muy aéreas, unas como animadas flores, hijas del viento, ¿qué tal? La escalera, una escalera de plata, y la celadora, un ángel...

—¡Jesús, basta, basta!...

—Basta, sí; ya pasó, ya pasó. Hablaré ahora de lo que quieras.

—Es que yo no me fío de esa cabeza... Sin embargo, óigame usted, padrino. Estoy inclinada a renunciar a mis derechos para librarme de la persecución de los malos. ¡Qué infames picardías! ¿Debo o no debo hacerlo? Respecto a mis derechos, ¿los tengo o no? ¿Son un delirio o una verdad? Usted. que conoció a mis padres, que debió de estar al corriente de lo que pasaba en su casa, dígame al fin, de una vez y con completa sinceridad, lo que piensa; pero la verdad, la verdad.

—Hija, querida hija mía—repuso el viejo con una torpeza de palabra y de pensamiento que anunciaban un lamentable estado cerebral—. ¿Sabes lo que me pasa?...

—¿Qué?

—Que he perdido completamente la memoria. No me acuerdo de ninguna cosa anterior a la época en que viniste a vivir a mi casa de la calle de Hernán Cortés. Ayer estuve todo el día preocupado con una idea, y es que yo fuí un lince en partida doble.

—Sí, sí.

—¿Pues creerás que trataba de recordar algo de esta ciencia sublime, madre de todas las demás ciencias, y no podía?...

—¡Pobre padrino, pobre padrino!... ¿Se ha enterado usted de la acción de Mariano?

—Sí, hija. ¡Qué deshonra!

—¡Qué deshonra!... Dios se ha vuelto contra mí, me ha dejado de su mano. Pero yo me haré mujer formal, mujer ordenada..., mujer trabajadora..., me casaré...

—¡Casarte!—exclamó el viejo con espanto.

—Casarme con cualquier hombre honrado... Juan Bou me ofreció su mano, y aunque me gusta poco, es un hombre de mérito...

—¿Casarte... con el monstruo, con el dragón...?

Y obedeciendo a una fuerza superior que nacía no se sabe en qué parte de su turbado ser, el tembloroso anciano marchó hacia la puerta. ¿Iba en busca de la milagrosa copita?... De pronto se detuvo, dióse una manotada en la frente, se echó a reír y, mirando a Isidora con gozo, dijo:

—¡Maldita memoria mía! Ya no me acordaba...

—¿De qué?

—Tranquilízate, José. Juan Bou ha pedido ayer la mano de la hija de un herrero muy rico de la calle de las Navas de Tolosa: él mismo me lo ha dicho.

Isidora meditó.

II

La primera entrevista que tuvo con la *Sanguijuelera* después del atentado de Mariano fué conmovedora. La de Rufete no había visto nunca llorar a su tía, la cual, envejecida considerablemente en aquellos tristes días, traía un mantón negro echado por la cabeza, con lo que su aspecto era harto lúgubre y repulsivo. No decía sino: «¡Qué pena, qué bochorno!», y de sus apergaminados labios habían huído los donaires quizá para siempre. Parecía que se duplicaba, con la común desgracia, el cariño que a su sobrina tenía y que deliraba por *Riquín*. En los días sucesivos la buena anciana no cesaba de hacer preguntas a Isidora acerca de sus planes, y perseverando en el proyectillo de colocarla ventajosamente, le decía una y otra vez:

—Decídete pronto, pronto, a ser capellana, que es lo que te conviene, porque así matas de un tiro dos pájaros, *verbo y gracia:* que te colocas y que salvas el alma, porque en la compañía de aquel santo varón te harás, aunque no lo quieras, una santa mujer... ¡Ay, qué pena, qué bochorno!

No parecía la de Rufete muy inclinada a aceptar tales ofrecimientos, a pesar del risueño horizonte espiritual que le señalaba su tía.

—El honor de la familia—decía luego Encarnación—está en los calabozos del Saladero y ha de tener que ver con los señores de la Paz y Caridad. Ya que no nos es posible salvar el honor de la familia, ¡puñales!, escondámonos donde nadie nos vea, metámonos en un rincón y vivamos tranquilas, diciéndole al Señor: «Señor, nosotras no fuimos, nosotras no tuvimos culpa de aquella barbaridad, nosotras quisimos que fuera bueno; pero él se juntó con los pícaros... y sacó de su cabeza otras picardías.» Conque, hija, vente a vivir conmigo y olvídate de tus locuras, y si alguien quiere pleito, que lo siga con el nuncio de Puerta Cerrada.

No estaba aún completamente decidida Isidora a comprar la libertad con la renuncia total de sus pretensiones. Muñoz y Nones le hizo otra visita, en que charlaron mucho; mas los argumentos de ella eran tan endebles, que el hábil notario los destruía con poco esfuerzo. En cuanto al caso extraordinariamente horrible de Mariano, Nones dió pocas esperanzas, y el único consuelo que pudo ofrecer a la atribulada hermana del delincuente fué que la corta edad y el evidente desorden cerebral de éste pesarían algo en la balanza de la Justicia.

Un mes después de la primera entrevista con el suegro de Miquis, Isidora había perdido ya la fe en sus derechos a la casa de Aransis. De ellos no quedaba en su alma sino una grande y disolvente ironía. Ya no creía en sí misma, o lo que es lo mismo, ya no creía en nada. Deshojada poco a poco por una lógica al principio tímida y por último irresistible, aquella vistosa flor de su presunción aristocrática, la cual, a falta de otras morales, desempeñaba en su alma un papel defensivo de primer orden, quedó completamente seca, muerta y más propia para irrisorio sambenito que para adorno del cuerpo y del alma... Un día llevó Muñoz un papel, firmólo Isidora, después de negarse resueltamente a aceptar el auxilio que le ofrecía la marquesa, y a las dos semanas el juez decretó la absolución libre.

—¿Adónde vas ahora?—preguntó con interés de padre don José de Relimpio.

Isidora tenía un papel en que había apuntado varias cantidades. Era mujer de orden. Aquellos numeritos representaban deudas contraídas en la prisión.

—No se preocupe usted de eso, niña —dijo una voz, la voz áspera y antipática de un ser humano, por la figura, que apareció en la estancia cuando la joven fijaba su atención toda en el funesto papel—. ¿A qué hora sale usted? ¿A las tres? Dígolo por traer una carretela para llevarla a usted a mi casa. ¿Usted se entera?

Isidora, sentada y apoyando la sien en el puño, parecía estar con su pensamiento en el más lejano de los mundos posibles.

—Si usted no aceptara, me ofendería —prosiguió el ser humano a quien Relimpio miraba, dígase de paso, con la expresión más hostil—. Mi casa es una casa-palacio. ¿Usted se entera? No le haré a usted compañía esta tarde, porque voy a comer con *Frascuelo* y el marqués de Torbiscón... Oigasté, Isidora: usted manda en mi casita, donde no faltará un roío pedazo de pan. Una persona que sale de la cárcel no puede hallarse en disposición de atender a las

primeras necesidades. Así, cuando usted entre por aquella puerta, hallará una modista y un chico de la tienda de sombreros que irá con muestras..., ¿usted se entera?... Tengo allí el gran cuarto de baño..., usted calcule... Conque hasta las tres. Voy a ver a mi hermana, que se va a quedar muy triste, usted calcule, con la marcha de su amiga. Adiós... Abur, Pepillo.

Y al salir hizo un gesto tan irreverente ante las barbas venerables de don José de Relimpio, que éste, furioso ya por oírse llamar *Pepillo*, no pudo contener su indignación, y cuando el ser humano estuvo fuera, exclamó:

—¡Canalla!... ¿Pero es posible, hija, que tú, tú, aceptes?...

—Provisionalmente—dijo Isidora, como si despertara de un desagradable sueño—. ¡Estoy tan mal...! Necesito...

¡Necesito! ¡Cómo sonó este verbo en el cerebro del santo varón! Lo había oído tantas veces en momentos terribles, que era para él como una voz de alarma que le erizaba el cabello y le detenía la circulación de la sangre. Su abatimiento era tan grande, que si tuviese allí la botella,, quizá, quizá la apurase valientemente de un trago...

¡Libertad, comodidades, buena ropa, baño, casa, lujo, dinero!... Así como a don José le entraba el mareo con lo que el lector sabe, a Isidora le atacaba el mismo mal con sólo la probabilidad de hacer efectivas las ideas expresadas por aquellos mágicos vocablos. Cada ser tiene sus imanes.

¡Oh pena de las penas! Cuando don José la vió salir y entrar en la carretela de aquel ente que le llamaba Pepillo, cuando la vió partir... ¡Oh, qué horrores alumbra el desvergonzado sol, esa cínica lumbrera que no sabe llenar de tinieblas la tierra cuando se consuman hechos tan contrarios a las hermosas leyes del bien! El pobre hombre olvidaba que el error tiene también sus leyes y que en la marcha del universo cada prurito aspira a su satisfacción y la consigue, resultando la armonía total y este claroscuro en que consiste toda la gracia de la Humanidad y todo el chiste del vivir.

Pero el buen viejo no podía ver aquello. Su espíritu se enardecía, sus sentimientos se sublevaban, quiso darse un fuerte golpe en la cabeza contra la pared de la iglesia de Montserrat para concluir allí su preciosa y fatigada existencia; pero no tuvo valor para ello. Necesitaba marearse, sí, darse un buen paseo por las doradas regiones de lo ideal. Esta necesidad se impuso a su naturaleza de un modo tan imperioso, que no tuvo paciencia para salvar la distancia que le separaba de su casa, y se metió en la primera taberna que encontró al paso.

III

Y un día Emilia y Juan José Castaño vieron entrar en su casa a la gran Isidora elegantemente vestida de negro, con un lujo, con un señorío, con un empaque tal, que ambos esposos se quedaron perplejos, como quien ve visiones, y no acertaron a contestar a sus primeras preguntas. Iba la madre a ver a su hijo, al noble, al precioso y cabezudo *Riquín*, que, recogido y amparado en casa de Castaño durante los cinco meses de prisión, miraba a Emilia como madre y a los niños de aquélla como sus hermanitos. Muy afligida Emilia al ver la resolución de Isidora de llevarse a su hijo, no se atrevió a poner resistencia; pero Juan José, hablando con firmeza y tesón, dijo que no entregaría a Joaquinito, porque Isidora, con su mala conducta, perdía los derechos de madre, y que él estaba decidido a llevar la cuestión a los Tribunales, seguro de que el juez le autorizaría para retener al desgraciado niño en su poder.

Irritada Isidora, manifestó que no admitía tales ideas, y ya se agriaba la cuestión, cuando abrióse una puerta y apareció un señor obispo..., digo, era *Riquín*, el cual traía en la cabeza una gran mitra de papel, y, echando la bendición graciosamente con su mano derecha, cantó en el latín más estropajoso que se ha oído jamás: *Dominis vobiscum*.

Conviene hacer constar que los dos chicos de Castaño tenían loca afición a los juguetes de Iglesia, que es un jugar muy común en la infancia de estos tiempos, en los cuales cada cosa grande tiene su manifestación pueril. En el comedor de la casa tenían su magnífico altar, y cada día ponían en él un objeto nuevo, bien araña, bien cáliz o manga-cruz. Por distintas partes de la

casa se veían retablos diminutos, sagrarios y hasta púlpitos improvisados con sillas. Ultimamente habían hecho casullas de papel y decían sus misas como unos canónigos, echando cada latín que metía miedo y observando todas las reglas de aquel acto con notoria puntualidad. Que el misal fuese una novela y el copón una huevera, no era motivo de escándalo, porque la inocencia lo santificaba todo con su carácter altamente divino. *Riquín* hacía al principio de sacristán; pero empezó a mostrar tales disposiciones, que pronto dijo también sus misas y echaba graciosos sermones. Las reyertas frecuentes y el mucho ruido con que a menudo se disputaban allí las jerarquías eclesiásticas, exigían en ocasiones la intervención de Emilia, que más de una vez se prestó a ser monaguillo para apaciguar los ánimos y llevarlos a honrosas capitulaciones. Aquel día, que era domingo, *Riquín* había sido elevado a la silla metropolitana, y estaba oficiando de pontifical cuando su mamá y Juan José disputaban.

—Ven—le dijo Isidora, sentándole sobre sus rodillas, dándole muchos besos—, y te haré una casulla de oro y un altar de plata.

El chiquillo la miraba espantado.

—Que él decida—indicó Juan José, tomando al muchacho y poniéndole en medio de la sala—. *Riquín,* ¿quieres irte con tu madre?

Tan fuertemente negó con su cabezota, que se le cayó la mitra. En realidad, es fuerte cosa que le propongan a un hombre abandonar su diócesis para irse con una mala mujer...

—¿Que no, dices que no?

El chico dijo entonces claramente:

—No *quielo.*

Y echó a correr para dentro.

—No vale, no vale, eso no vale—gritó Isidora con afán—. Mi hijo vendrá conmigo.

A esto siguieron algunas lágrimas, y tomando entonces Castaño un tono conciliador, manifestó a la afligida madre que estando el niño en la ortopedia mejor que en ninguna parte, le dejase allí. Quizá ella, por sus muchas ocupaciones de señora principal, no podría cuidar y atender a su ilustrísima como merecía, y así, quedándose él donde estaba, ganaban todos: los ortopedistas, porque conservaban a *Riquín,* a quien miraban como hijo; Isidora, porque estaría más ancha y podría campar por sus respetos libremente, y *Riquín,* porque no se veía separado de su Cabildo. Isidora cedió, mas no sin obtener permiso para ir a ver a su hijo cuando quisiera.

Y, en efecto, venía dos, tres y hasta cuatro veces por semana, trayendo golosinas para *Riquín* y sus camaradas, y además velas de cera, cálices de plomo, efigies, estampas del Sagrado Corazón, mitras, estolas y, por último, un monumento de Semana Santa tan completo y hermoso que no había más que pedir. Algunas veces se encontraba allí con la *Sanguijuelera,* que también a menudo visitaba a su adorado Anticristo; y ambas regañaban, si bien Encarnación había perdido el humor festivo, y estaba muy caduca y suspirona, no pudiendo apartar de su mente ni un instante la deshonra que había caído sobre la familia. Cuando se hablaba de esto, las dos lloraban, y, olvidando toda rencilla, confundían sus almas en un solo sentimiento.

Miquis no vivía ya frente a la ortopedia, ni visitaba tan frecuentemente a sus buenos amigos; pero siempre que iba a casa de Castaño preguntaba con mucho interés por Isidora. Pasados tres meses desde que la Rufete salió de la cárcel, Emilia, dando noticia al médico de las observaciones que hacía en la persona de aquélla, le decía una noche:

—Desde la primera vez que vino en esta temporada, hasta ahora, ha variado tanto... Y parece que va descendiendo, que cada día baja un escaloncito. La primera vez parecía una gran señora: traía un vestido de gro negro y un sombrero, que ya, ya... Poco después venía vestida de merino y con mantilla, algo desmejorada la cara. A la semana siguiente me pareció que su traje tenía algunas manchas, y sus botas algunos agujeros. Por fin, el lunes de la semana pasada vino muy pálida y quejándose del pecho, con la voz ronca. El sábado creí observar en su cara algunos cardenales, y traía una mano liada. Ayer, señor doctor, vino con pañuelo a la cabeza, con bata de percal, zapatillas, la voz muy ronca, y lo más salado de todo fué... que me pidió dos reales... Debe de andar mal. Como siempre..., ¡qué carácter y qué vida!

Después hablaron del ser humano con quien Isidora vivía, y acerca de él dijo Miquis cosas tan atroces como verdaderas, de que se escandalizaron mucho Emilia y su marido. Aquel tal era jefe de garito, ruletista y empresario de ganchos, un caballero de condición tan especial, que si le mandaran a presidio —y no le mandarían—, los asesinos y ladrones se creerían deshonrados con su compañía.

—Nuestra pobre amiga—dijo Augusto—, llevada de su miserable destino, o si se quiere más claro, de su imperfectísima condición moral, ha descendido mucho, y no es eso lo peor, sino que ha de descender más todavía. Su hermano y ella han corrido a la perdición: él ha llegado, ella llegará. Distintos medios ha empleado cada uno: él ha ido con trote de bestia, ella con vuelo de pájaro; pero de todos modos y por todas partes se puede ir a la perdición, lo mismo por el suelo polvoroso que por el firmamento azul.

Desde que fueron dichas por el sabio Miquis estas sentenciosas frases y otras que omitimos, Isidora estuvo muchos días sin presentarse en la casa de Emilia. Don José también se había eclipsado, por lo que estaban los de Castaño disgustadísimos y llenos de temor. Un día, por fin, entró Relimpio en casa de Miquis, y, entre lloroso y turbado, le dijo:

—Venga usted, venga usted, señor don Augusto, a ver si la sana.

—¿Qué hay, pero qué...? ¿Está mala? —preguntó Miquis, encasquetándose el sombrero y tomando el bastón.

—No, señor... Sí, señor... Quiero decir que no está buena, aunque tampoco está enferma, porque ya se levanta.

—Es decir, que ha estado mala.

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me avisó usted, hombre de Dios, mejor dicho, hombre de todos los demonios?

—Porque ella no quiso... Hoy, sin su permiso, vengo a buscarle a usted para que le quite de la cabeza...

—¿Qué le he de quitar, hombre?

—Una idea—dijo Relimpio, cuando ambos andaban aprisa por la calle.

—¿Y cree usted que yo soy quitador de ideas?... Vamos a ver: ¿usted está en su sano juicio o se ha mareado hoy?

—No, señor don Augusto; hace tiempo que no me mareo. Ella no me deja. Desde que vivimos juntos...

—¿Cómo?

—Sí; ese salvaje, ese canalla, ese asqueroso reptil, ese inmundo..., perdone usted, señor don Augusto; me faltan palabras apropiadas... Para no cansar, ese basurero animado, la abandonó después de darle tantos golpes, que por poco la mata; después de cruzarle la cara..., mire ustde, por semejante parte, con un navajazo. Por fortuna, su herida no fué grave, aunque le ha dejado una cicatriz que desfigura bastante aquel rostro celestial, aquel encantador palmito...

Se limpió una lágrima con la mano.

—...Pues sí; desde este suceso, la pobrecita, con los pocos cuartos que pudo salvar y la escasa ropa..., en fin, tomó un cuarto en la calle de Pelayo, número noventa y tres, pios cuarto, puerta número seis, y allí ha estado un mes retirada del mundo, sin tratarse con nadie más que conmigo..., pero honradamente, señor don Augusto, honradamente. Yo le juro a usted por lo más sagrado...

Y con la mano derecha abierta y puesta sobre el pecho como una condecoración, los ojos en blanco, protestó el anciano de su honesta conducta.

—Lo creo, hombre, lo creo.

—Yo la acompañé, yo la asistí, mientras se curaba; yo la he servido... ¡Qué días, qué noches! Yo: «Voy a llamar a Miquis», y ella: «No llame usted a Miquis ni a nadie; no quiero que nadie me conozca; soy una persona anónima, yo no existo.» En fin, esta mañana me dijo unas cosas que me han partido el corazón.

—¿Qué cosas?—preguntó Miquis, deteniéndose en el portal de la casa y mirando atentamente al desgraciado viejo.

—¡Ay!, ¡no puedo repetirla!—exclamó Relimpio llorando como un niño.

IV

Augusto subió y entró en la casa. Si pasmada y llena de turbación se quedó Isidora al verle, mayor fué el asombro y pena del joven médico al ver en deplorable facha y catadura a la que conoció en forma tan distinta. No sólo había perdido grandemente en el aspecto ge-

neral de su persona, en su aire distinguido y decoroso, sino que su misma hermosura había padecido bastante, á causa del decaimiento general, y más aún del chirlo que tenía en la mandíbula inferior, bajo la oreja izquierda. Estaba ella planchando unas chambras, y la ligereza de su vestido permitía ver sus bellas formas enflaquecidas. Dejó la plancha y se sentó en un miserable sofá de paja. Un ratito no muy largo estuvo llorando, y después dijo así:

—No quería que nadie me viese en este estado. Como pienso salir de él y hallarme en mejor posición, porque todavía... A ver, ¿qué tal me encuentras?

—Muy mal, muy mal.

—¿He perdido mucho? ¿No me respondes? He estado muy mala, ¡qué puño!...

Miquis no dijo nada. La sorpresa que le causó la voz ronca de Isidora, y más que la voz, oír algunas expresiones que de la boca de ella se escaparon, túvole perplejo y mudo por breve rato.

—Te encuentro muy variada; tú no eres Isidora.

—Te diré... Yo misma conozco que soy otra, porque cuando perdí la idea que me hacía ser señora, me dió tal rabia, qúe dije: «Ya no necesito para nada la dignidad ni la vergüenza.» ¿Tú te enteras?... Por una idea se hace una persona decente, y por otra roía idea se encanalla. Pero no creas, todavía hay algo de nobleza, aunque me esté mal el decirlo... Mira tú, chavó, qué quieres..., el aire hace a la persona. He vivido tres meses entre perros de presa. No te asombres de que muerda alguna vez...

—Sí, esa voz, esas expresiones, ese acentillo andaluz... Dime: ¿qué es lo que te queda de nobleza?

—No sé, no sé...—dijo Isidora aturdida, cual si registrara en su corazón y en su pensamiento—. Me queda el delirio por las cosas buenas, la generosidad... ¿Sabes? Ayer no tenía más que dos duros; esta mañana vino una amiga a llorarse aquí...; total, me quedé sin un cuarto.

—¿Necesitas algo?—dijo Augusto, llevándose la mano al bolsillo.

Y sacó algunas monedas. Mirólas Isidora con codicia, alargó su mano hacia la mano de Augusto. De repente se contuvo, diciendo:

—No; todavía soy noble.

—¿En qué consiste tu nobleza?

—En que no recibo limosna... Pero por ser de ti...

Vacilaba, mirando alternativamente al rostro y la mano de Miquis. De súbito lanzó una exclamación no muy delicada, y dijo:

—¿Sabes?... Ya se me ha ido la delicadeza,. Venga el dinero.

Y antes que Miquis se lo diera, ella lo tomó de la mano de su amigo.

—¿De qué te espantas, bobo?... ¿De mis nuevas maneras? Ahora soy así. Te diré... A los hombres, desplumarlos y sacarles las entrañas; quererlos, nunca. Sois muy antipáticos; os desprecio a todos.

—¿Vas a meterte monja?...

—¿De veras?... ¡Qué sombra! ¿Monja yo?

—Ya sabes que Joaquín Pez ha venido de la Habana, casado con una americana muy rica. Da gusto verle, según está de contento y satisfecho.

Isidora palideció. Después dijo:

—Ya lo sabía... Toma, si le vi, le vi una tarde. Yo iba por la Red de San Luis y pasó él en coche. Me vió, pero el tunante fingió que no me veía. El corazón me dió un brinco; aquella noche lloré; pero ya me voy dominando, y concluiré por aborrecerle también. Es un tipo.

—Pero *Gaitica*...

—¡Ah! Ese es de los que deben ser cogidos con un papel, como se coge a las cucarachas, y luego tirados a la basura. Vamos, que sólo de mirarle se te ensucian los ojos...

—Y, sin embargo, le has querido.

—¿Yo?... Hombre, tú estás malo. Que se te quite eso de la cabeza. Con decirte que me acordaba de Juan Bou y éste me parecía un ramillete de rosas... ¡Pobre *Gaitica!* El día de la disputa ¡le escupí más...! Es un hombre con el cual no se debe hablar con palabras, sino con una zapatilla; es un bicho asqueroso. Aplastarlo y barrerlo luego. Pero, qué quieres, mi destino, mi triste destino... Yo empeñada en ser buena, y Dios, la Providencia y mi roío destino empeñados en que he de ser mala. Salí de la cárcel, le debía dinero, no tenía sobre qué caerme muerta, me llevó a su casa, me dió cuanto necesitaba, mucho más de cuanto necesitaba... Yo tengo este defecto de volverme loca con el lu-

jo. Vi los trajes, el dinero y las comodidades, y no vi al hombre. Poco a poco se me fué dando a conocer el hombre. Principió por escatimarme los gastos. Cada día me parecía la vida más triste y él más horroroso. Y no lo digo por su cara, que no es mala, aunque sí de un tipillo afeminado que no me gusta. ¿Le conoces? Ya ves qué carita de Pascua, qué patillas de azafrán y qué barba afeitadita y qué labios de carmín. Aquellas mejillas que parecen afeitadas me dan un asco... Pero donde aparece de oro el tal es en el trato. Coge la desvergüenza, la traición, la rapiña, la crueldad, júntalo todo, añádele toda la basura que puedas encontrar, revuelve, haz un muñeco, sopla, dale vida y tendrás al que ha sido mi señor y dueño durante tres meses: peor que Bou, peor que Botín, y que Joaquín, el cual era ya más malo que Judas. En fin, los hombres sois todos unos. Hay que vengarse, perdiéndoos a todos y arrastrándoos a la ignominia. Nosotras nos vengamos con nosotras mismas.

—Isidora, Isidora—le dijo Augusto con profunda pena—: valdría mil veces más que te murieras.

—No pienso en tal cosa... Te diré. Cuando estaba en la cárcel quise matarme. La vida me pesaba como un sombrero de plomo. Cuando *Gaitica* me maltrató y no pude hacerle pedazos ni aplastarle con la zapatilla, también tuve un momento de bochorno, de ira y de desesperación en que quise suicidarme. Pero después me he serenado. Eso de matarse se deja para los tontos. El que quiera viaducto, con su pan se lo coma. A vivir, vidita, que vivir es lo seguro. Alma atrás... Lo quiere el mundo, pues adelante. Que la sociedad para arriba y la moral para abajo...; a hacer puñales. Yo me basto y me sobro. ¿No era yo noble? ¿No tenía buenas inclinaciones? ¿Pues por qué me cerraron la puerta?

—Pobre mujer, todavía, todavía es tiempo...

—¿De qué?

—De adoptar una vida arreglada. Yo te buscaré trabajo.

—No sé hacer nada.

—Yo te pasaré una pequeña pensión...

—Dirán que soy tu querida. Concluiré por serlo...

—Búscate un modo de vivir. Vete con tu tía...

—No hay *tu tía,* no, no...; déjame. ¿Para qué has venido acá? Ni falta... Aire, aire. No necesito consejos.

—Aborreces a Surupa, y, sin embargo, ¡cuánto se te ha pegado de él! Cuando recuerdo cómo eras y cómo eres, cómo hablabas y cómo hablas, no sé qué me da...

—Así es el mundo: unos se quedan y otros se van. Yo me fuí, ¿te enteras? Yo me he muerto. Aquella Isidora ya no existe más que en tu imaginación. Esta que ves, ya no conserva de aquélla ni siquiera el nombre.

—Pues aquélla era mi buena amiga —dijo Augusto con tesón—; ésta me repugna.

Isidora se conmovió al oír esto, pero disimulaba bien, esforzándose, por una inexplicable modificación de su orgullo, en parecer peor de lo que era.

—Y no teniendo nada que hacer aquí —dijo Miquis levantándose—, me retiro.

Isidora le miró de un modo que indicaba deseos de que no se marchara; pero después se inclinó de hombros.

—Ya me han humillado tanto—murmuró entre dos suspiros—, ya me he visto tan sola y tan abandonada, que el ver salir al último amigo no me causa impresión.

—Señor don Augusto de mi alma—dijo a la sazón Relimpio, que hasta entonces, testigo mudo y doliente, no se había atrevido a decir nada—; no se marche usted y exhórtela, prediquele, y amonéstele para que se le quite... eso... de la cabeza.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Y qué es eso?

—El disparate que quiere hacer. Vea usted cómo calla y se sonríe la pícara... A mí me lo ha dicho, pero a usted no se lo quiere decir.

—¿Suicidio?

—Por ahí...

—No, no es suicidio—exclamó el anciano con desesperación, arrancándose (o tratando de arrancarse, que es más verosímil) un mechón de cabellos—. ¿Ve usted? Se ríe... Y que no diga que lo hace por no tener qué comer. Yo..., aún puedo trabajar.

Isidora, sin desplegar los labios, clavaba sus ojos en las ascuas de carbón so-

bre que se calentaban las planchas. Parecía que de aquel rescoldo ardiente y melancólico tomaba sus ideas.

—Pues yo le he de quitar de la cabeza esas tontunas—dijo el médico inclinándose hacia ella y mirándola de cerca.

—¿Sabes lo que te digo?—replicó Isidora con el tono insolente que se le había pegado de la sociedad gaitesca—. ¿Sabes lo que te digo? Que no me vengas con dianas, que no me marees. No te hago caso: el corazón se me ha hecho de piedra, y mi cabeza es como esa plancha.

Levantóse, y murmurando no se sabe qué palabras, aunque es de suponer no serían de las más finas, tomó el pesado hierro y se puso a planchar con verdadera furia. Miquis se fué sin añadir una palabra, y don José le siguió hasta la escalera con las manos cruzadas, el mirar compungido y suplicante.

—Don Augusto de mi alma—le decía—, por Dios, no la abandone usted... Mire usted que lo hace, y lo hace..., y yo me muero...

CAPITULO XVIII

MUERTE DE ISIDORA.—CONCLUSIÓN DE LOS RUFETES

Aunque Augusto no manifestó su propósito, lo tenía, y muy firme, de no abandonar a la infeliz mujer que tan sola y en peligro de ruina estaba... Volvió al día siguiente; mas quiso Dios que fuese aquél uno de esos días lúgubres que anublan la perpetua alegría de los meses de Madrid, uno de esos días, por desgracia no muy raros, en que el vecindario está tristísimamente impresionado por una terrible solución de la justicia humana, y encuentra, a su paso por ciertas calles, manifestaciones patibularias que llevan el pensamiento a cosas y personas de edad muy remota.

Y en la tarde del día anterior, una mujer vestida de negro con un mantón echado por la cabeza, alta, flaca, vieja, semejante a una momia animada por la aflicción, acechaba en las proximidades del Palacio Real la salida y paso de un coche. Su ansiedad era grande, su esperanza débil, aunque poseía el más vivo fervor monárquico que ha existido quizá en el presente siglo. Su idea del poder, de la misión providencial de los reyes, y principalmente la semejanza que suponía entre el soberano visible y el Rey de los cielos, dábanle un poco de aliento. Por eso, cuando salió el coche, avanzó ella a escape sin temor de ser atropellada por los caballos, llegó hasta la portezuela, y con la presteza del asesino que alarga el puñal, alargó un papel arrollado en forma de cañuto. El papel cayó en el coche y las dos personas que iban en éste se inclinaron al mismo tiempo para cogerlo. ¡Oh dicha! Leían el memorial, o al menos pasaban la vista por él. ¿Quién sabe si accederían a lo que en él con formas tan respetuosas y sentimentales se solicitaba? Así como es propio del pueblo la ofensa, propio y digno de los reyes es perdón. ¡El perdón! Ved aquí el punto de semejanza y parentesco con la divinidad. «¿Para qué servirán los reyes—dijo la *Sanguijuelera* concretando sus ideas monárquicas—, si no sirvieran para indultar?»

La pobre mujer, en el momento de arrojar su papel dentro del coche, había lanzado con él una exclamación, que sintetizaba su respetuoso cariño hacia el primer personaje de la nación, y su pena acerba y desgarradora: «Rey mío.. Niño-Dios de España, piedad para un desgraciado loco.»

Había invocado la juventud, la grandeza, el sentimiento religioso, para interesarlos en su cuita. Satisfecha de lo que había realizado, y con cierta confianza en el éxito, se dirigió lentamente hacia el Saladero. ¡Largo y tremendo día, inmensa y pesada noche! Hay horas que parecen pedazos arrancados a las pavorosas eternidades del infierno. La *Sanguijuelera* esperaba, esperaba, y el indulto no parecía La infeliz mujer, tan prendada de los poderes autoritarios, no sabía que el soberano tiene una esposa, la ley, y que, según el arreglo que hemos hecho, con el anillo nupcial de este himeneo se han de sellar lo mismo la sentencia que el perdón.

★

Hemos dicho que Augusto volvió a la casa de Isidora. Encontróla en el estado más deplorable, sentada en un rincón del cuarto, tras un sofá viejo, los pies desnudos, el vestido muy a la ligera, en-

corvada sobre sí misma, en desorden el precioso cabello. Con ambos índices se tapaba los oídos, y su mirar revelaba espanto de pesadilla. Contemplábala Augusto sin saber por dónde empezar su empresa caritativa, cuando don José se le acercó y con voz cautelosa le dijo:

—Amigo Miquis, hoy no hemos comido. Día tremendo es hoy...; ya puede usted suponer por qué está tan afligida.

Augusto dió dinero a Relimpio para que trajese con qué arreglar una buena comida, y quiso tranquilizar a Isidora y obligarla a que se acostase. Ella no decía más que esto: «¡Hoy! ¡Hoy!»

Ya de regreso el padrinito, lograron ambos, a fuerza de persuasiones y añadiendo a ellas algo de violencia, que Isidora se acostase. Relimpio preparó la comida. Augusto consolaba a su amiga con las frases más escogidas, con los pensamientos más cristianos que le sugería su rica imaginación; pero toda su dialéctica, engalanada de formas poéticas y de bonitas paradojas, no logró llevar la serenidad al perturbado espíritu de la pobre mujer. Esta le dijo:

—Mañana, mañana me tocará a mí.

Dicho esto, su silencio fué absoluto durante todo el día. Miquis y don José le hacían mil preguntas, pero ella no contestaba nada. Por la noche Augusto, después de prescribirle el reposo, se retiró seguro de hallarla mejor al día venidero, lo que no resultó cierto, porque a la siguiente mañana encontró el médico en su infeliz enferma el mismo silencio, la misma apatía lúgubre y la propia indiferencia del día precedente. Isidora, no obstante, comió con mediano apetito, y Miquis no hallaba en ella síntomas claros de enfermedad. Don José suspiraba a cada instante; iba y venía sin cesar de una parte a otra de la casa con gran desasosiego. Por la tarde, cuando Miquis, después de su tercera visita, se retiraba, don José cuchicheó con él en la escalera.

—No nos abandone usted, señor doctor—le dijo angustiadísimo—. Hemos de estar con cien ojos... Hay moros por la costa...

—¿Qué es eso?

—Que aunque parece que no habla, habla, sí, señor; hoy a las doce estuvo aquí una mujer que la viene persiguiendo hace días... Es un dragón, ¿me entiende usted?... Pues Isidora charló largamente con ella. No pude entender lo que decían, porque me mandó salir fuera; pero hablaban con animación, y la mujer aquella, a quien vea yo partida por un rayo, le enseñaba, ¡ay!, muestras de vestidos.

—Veremos; habrá que hacer algo decisivo—dijo Augusto, bajando pausadamente los últimos escalones—. Mañana temprano vendré con Emilia, *Riquín* y Encarnación. Trataremos de llevárnosla a cualquier parte.

Don José movió la cabeza con expresión de profundísima incredulidad, y cerrando la puerta con llave, se guardó ésta en el bolsillo.

Isidora dormía, al parecer, sosegadamente; don José, que desde algún tiempo antes se había sometido a un meritorio régimen de sobriedad en alimento y lecho, se recostó vestido en un sofá de paja frontero a la cama de su ahijada, el cual le servía de punto de acecho o vigilancia para no perder ni el más ligero movimiento de la enferma. Toda la noche ardía una vela, puesta dentro de una jofaina. Así, desde que Isidora parecía intranquila, don José se levantaba diligente y acudía junto a ella.

Las diez serían cuando Relimpio, que había descabezado un sueñecillo, despertó con sobresalto porque oyó la voz de Isidora. ¿Había alguien en la habitación? No, no había nadie. Isidora hablaba consigo misma. Don José la miraba sin moverse de su duro y martirizante sofá; pero su atención se trocó en asombro al ver que la joven se levantaba, se vestía, aunque a la ligera, echándose la bata, se calzaba y se dirigía al mezquino tocador próximo a su lecho. Un terror acongojante y como supersticioso, que se amparó del bueno de don José, le impedía moverse y hablar. Le parecía contemplar una escena de somnambulismo, o quizá ser víctima de un fenómeno óptico, formado y como vaciado en su propia mente. «Puede ser—se dijo—que esto que veo sea un sueño mío y que la pobrecita esté tan tranquila en su cama, mientras yo la veo levantada y enredando en el tocador.»

Isidora, pues ella misma era y no una vana imagen, se miró largo rato en el espejo. Aunque éste era pequeño y malo, ella quería verse, no sólo el rostro, sino el cuerpo, y tomaba las actitudes más extrañas y violentas, ladeándose y

haciendo contorsiones. La ligereza de su ropa era tal, que fácilmente salían al exterior las formas intachables de su talle y todo el conjunto gracioso y esbelto de su cuerpo. Don José se quedó lelo, frío, inerte, cuando oyó estas palabras, pronunciadas claramente por Isidora:

—Todavía soy guapa..., y cuando me reponga seré guapísima. Valgo mucho, y valdré muchísimo más.

Luego empezó a recoger tranquilamente algunas prendas de ropa que estaban arrojadas en diversos lugares de la estancia, y con ellas formó un lío. Entonces el santo varón hizo un esfuerzo para vencer su inercia terrorífica, se sacudió todo y con una fuerte voz dijo:

—Niña mía, ¿adónde vas?

—¡Ay!—exclamó ella, sobresaltada, dando un chillido—. Me ha asustado usted. Yo creí que estaba sola.

¡Sola! Según eso, don José era un mueble. Esta idea causó al infeliz viejo grandísima aflicción.

—Pero ¿qué haces, mujer? ¿Te has vuelto loca? Estás enferma y te levantas así...

—¿Enferma yo?—dijo Isidora, echándose a reír con descaro—. Usted sí que lo está, de la cabeza, lo mismo que ese tonto de Miquis. Yo estoy buena y sana.

—Pero ¿adónde vas?

—A la calle.

—¡A la calle! ¿Y que vas a hacer en la calle? ¿Necesitas algo? Yo saldré.

—¡Ea, ea!, no sea usted majadero. Acuéstese usted, duerma si tiene sueño, y déjeme a mí, que yo sé lo que tengo que hacer. No dependo de nadie, ¿estamos? Soy dueña de mi voluntad, ¿estamos?

La determinación firme que revelaban estas palabras llevó al bendito don José a las más elevadas regiones del pasmo, del aturdimiento, de la confusión. Antes que él pudiera decir algo, Isidora prosiguió de este modo:

—Me fastidia usted con su preguntar, con su entremeterse en todo, con sus cuidados tontos...

Cada palabra era como un golpe de maza en el bondadoso corazón de Relimpio, el cual, a punto de romper a llorar, se incorporó en el macizo lecho y habló así:

—Hija mía, yo te quiero más que a las niñas de mis ojos. Me intereso por ti, por tu bien, y no quiero que hagas disparates, ni que te pase mal alguno...

—Yo también le quiero a usted, pero... vamos, deseo ser libre y hacer lo que se me antoje, sin que usted venga con sus mimos, ¿estamos?

—Todo sea por Dios—dijo Relimpio, conociendo que había llegado la ocasión de mostrar energía—. Sospecho que vas a mala parte, sospecho que te perderemos para siempre, y no te puedo abandonar, no; tú eres lo que más amo, te quiero más que a mis hijas, porque te quiero de dos maneras, como padre y como..., en fin, yo me entiendo. Sí, como sospecho, quieres perderte, quieres infamarte, no lo consentiré mientras tenga un aliento de vida; primero te rogaré, te suplicaré, aunque me sea menester ponerme de rodillas delante de ti.

Hallábase tan acongojado, que la frase se le retortijó en la garganta, y juzgando que más que las palabras serían elocuentes las actitudes, se hincó delante de su ahijada, y le tomó las manos para besárselas, y luego que pasó un rato en estas mímicas, conmovidos ella y él, pudo articular Relimpio estas palabras:

—Niña mía, no des ese paso, deténte...

—¡Qué desgracia!...—murmuró ella, llevándose la mano a los ojos, como para disimular una lágrima—. ¿Y quién me va a mantener?

—¡Yo!—exclamó Relimpio, dándose un golpe tan fuerte en el pecho que éste resonó en hueco, como una caja.

—¡Usted!... ¡Ay, qué gracia! ¡Si usted más está para que le mantengan que para mantener!

—Trabajaré.

—Sí, y comeremos cañamones... Padrino, padrino, déjeme usted en paz; no se meta usted en mis cosas... Yo vengo pensando hace tiempo lo que debo hacer; he tomado un partido, y ya no me vuelvo atrás.

El anciano había vuelto al sofá, donde estaba reclinado, sin fuerzas para seguir adelante en la lucha.

—Mira—le dijo, echando lumbre por los ojos—, yo puedo trabajar...; pediré un destino y me lo darán...

—¡Qué inocencia!

—Y con lo que yo gane y algo que te darán Emilia y Miquis, viviremos tan ricamente.

—Sí, muy ricamente—replicó Isidora

con terrible ironía—. ¡Miserias, harapos, suciedad, escaseces, privaciones! Guarde usted todo eso para los tórtolos simples que lo quieran.

—Si es que te dan pesadumbre algunos hechos de tu vida pasada, no trates de borrarlos con una vergüenza mayor —dijo Relimpio, sintiéndose dotado por la Providencia, en aquel instante, de una lucidez filosófica que no era propia de él—. Lo mejor es que borres lo pasado con una conducta ejemplar. ¿Quieres un nombre, una posición? Pues yo te daré ambas cosas. Oyeme—añadió solemnemente—; yo me casaré contigo; y para que no interpretes mal mi ofrecimiento, te prometo no ser tu esposo más que en el nombre y mirarte como una hija.

Por lástima del pobre viejo no se echó a reír Isidora con el desenfado que había adquirido últimamente. En la pérdida de tantas nobles cualidades conservaba algo de piedad.

—¿Conque nombre y posición?—dijo—; gracias, gracias; es usted muy bueno. ¿Conque no puedo con mi nombre y quiere usted que tome otro sobre mí? ¡Qué puño!... Si pudiera desbautizarme y no oír más con estas orejas el nombre de Isidora, lo haría... Me aborrezco; quiero concluir, ser anónima, llamarme con el nombre que se me antoje, no dar cuenta a nadie de mis acciones.

—¡Isidora!...

—Ya no soy Isidora. No vuelva usted a pronunciar este nombre.

¡No pronunciarlo más, cuando a él le parecía tan dulce, tan armonioso, cifra y compendio de la melodía infinita! Echó don José un gran suspiro, y tras él estas palabras:

—Ha sido una tontería que te ofrezca la mano y el nombre de un viejo caduco. Tú no puedes vivir sin amor. ¿Cómo habías de quererme a mí, que sólo tengo juventud en el corazón?... Oyeme...

Cada vez que decía «óyeme» tomaba una actitud sacerdotal y el tono más solemne del mundo.

—...Oyeme. Tú has amado a un solo hombre; ese hombre ha vuelto de la Habana. De todos tus amantes, él era el más simpático, el más caballero. Antes que verte caminar a la última degradación, consiento en que reanudes tus amores con él. No me gusta esto, pero antes que lo otro..., yo me entiendo. ¿Quieres que le lleve un recadito tuyo; quieres que le busque, que le hable de ti?... Odiosa misión, hija mía; pero si con ella te aparto de la ignominia final, creeré realizar una acción meritoria.

—¿Joaquín, ese pillo?... Le diré a usted... Siempre que le veo me da un vuelco el corazón. Le quise, y aún me parece que podría volver a quererle... Pero déjele usted donde está. Yo estoy mejor así. Es un canalla ingrato... Y bastante hemos hablado, señor don José. Yo me marcho...

—Por Dios, mujer...

—He dado mi palabra.

—Esas palabras no se cumplen. ¿De modo que no te veré más?

—Vendré por aquí... No se mueva usted de esta casa. Yo le daré algo para que se mantenga y pague el alquiler...

Relimpio tembló con sudor frío.

—Por mi hijo y por usted consiento en ser Isidora algunos ratitos. Conque..., abur, abuelo...

Corrió hacia la puerta, y hallando que no estaba la llave en ella, como de costumbre, retrocedió para buscarla.

—No, no te doy la llave; no saldrás mientras yo viva—exclamó don José, haciéndose superior a sí mismo y mostrando la energía que a veces surge del flaco ánimo de los débiles, como en ciertos momentos de crisis las sublimidades brotan del cerebro de los tontos.

Isidora le miró con ira, y respiró fuerte, apretando contra el talle el lío de ropa.

—¡La llave, la llave!

—No saldrás sino pasando sobre mi cadáver—gritó con cavernosa voz Relimpio, sintiéndose héroe de teatro.

Y al decirlo, oprimía contra su pecho la llave para protegerla de un ataque de su enemiga.

—Vamos, vamos, que no tengo ganas de bromitas—dijo la de Rufete encolerizada—. Venga la llave, o la tomaré dondequiera que la encuentre. Mire usted que ya no soy lo que antes era: de cordera, me he vuelto loba. Ya no soy noble, señor don José; ya no soy noble.

—Pero aunque no seas noble, no serás capaz de ultrajar a tu pobre viejo, a tu padre...

Acompañadas de lágrimas, estas palabras eran harto elocuentes.

—Vamos, abuelito, que ya me canso.

que se me acaba la paciencia, que las simplezas me cargan, que no estoy de humor de mimos...

Y con loca impaciencia, airada, insensible para todo lo que no fuera su deseo y propósito, avanzó las manos contra el viejo, le atenazó los brazos, le sacudió un momento... ¡Ay!, ¡ay! Relimpio sintió que sus brazos se volvían de algodón. Como si el roce de la piel de Isidora fuese un contacto mortífero, se quedó hecho una momia. Y mientras ella le quitaba la llave, él, inerte, sin vida, la miraba con espanto, y no podía defenderse, ni sabía detenerla, ni era dueño de ninguna de las energías de su ser, como no fuera de la voz, pues allá casi entre dientes pudo articular tres sílabas y decir:

—¡Bribona!...

Isidora marchó hacia la puerta. Bruscamente arrepentida de su acción, retrocedió hacia el sofá donde estaba la yacente estatua de Relimpio, le miró un sí es no es conmovida—todavía era algo noble—, y poniéndole la mano sobre la cabeza llena de canas, le dijo:

—Padrinito, le he ofendido a usted..., pero... no lo puedo remediar. Este es mi destino...; quizá no nos veremos más... Adiós.

Tuvo la singularísima piedad de inclinar sobre él su rostro y darle un rápido beso sobre las venerables canas. El no tuvo fuerzas ni espíritu más que para verla salir. Salió, efectivamente, veloz, resuelta, con paso de suicida; y como éste cae furioso, aturdido, demente en el abismo que le ha solicitado con atracción invencible, así cayó ella despeñada en voraginoso laberinto de las calles. La presa fué devorada, y poco después, en la superficie social, todo estaba tranquilo.

Don José se levantó, anduvo como desconcertada máquina hasta un aposentillo interior donde tenía sus trastos, y tanteando con las temblorosas manos en la oscuridad, encontró una botella. Apuró del contenido de ella porción bastante, y al tratar de volver al sofá, las piernas le faltaron y cayó rodando en mitad del aposento.

★

Como la puerta había quedado abierta, Miquis, Emilia y *Riquín* entraron sin necesidad de fatigar la campanilla a una hora que, según cálculos aproximados, debía de ser la de las nueve de la mañana del día siguiente. Y como vieran a don José tendido en el suelo, sin compañía, al punto coligió Miquis que Isidora estaba ausente. Mientras Emilia corría veloz al socorro de su padre, que parecía como a dos dedos de la muerte, Augusto hizo un rapidísimo reconocimiento de la habitación, buscando a Isidora. ¡No estaba!

—¡Se ha ido, se ha ido!—exclamó, poniéndose de rodillas junto al pobre viejo para prestarle algún auxilio.

Con no poco trabajo transportaron a Relimpio al sofá, donde le tendieron, y él entonces entreabrió los ojos y los labios, echando una mirada y un suspiro sobre el mundo, de que se alejaba para siempre. La notabilísima alteración de las facciones del anciano alarmó a Miquis, el cual respondía con muda expresión de desconsuelo a las apremiantes interrogaciones de Emilia.

—¿Pero esto es embriaguez... o qué?... —preguntó la atribulada hija.

Y al oírlo, don José se reanimó de súbito, como la llama moribunda que se revuelca en las tinieblas; echó su espíritu un resplandor de vida, y moviendo la lengua, no menos pesada que la de una campana, dijo pausadamente estas palabras:

—La hurí ha bajado a los infiernos, y yo voy... en busca suya.

A la sazón entraron algunos vecinos, y se ofrecieron a prestar los servicios propios del caso. Miquis, sin dejar de tomar disposiciones, veía que los remedios serían inútiles. Cerca ya del fin, el espíritu de don José volvió a relampaguear, diciendo con expresión enamorada y caballeresca:

—La amé y la serví... Fuí su paladín... Mas ved aquí que la ingrata abandona la real morada y se arroja a las calles. Vasallos, esclavos, recogedla, respetad sus nobles hechizos. Tan celestial criatura es para reyes, no para vosotros. Ha caído en vuestro cieno por la temeridad de querer remontarse a las alturas con alas postizas.

Oyendo estos disparates, Emilia era un mar de lágrimas. Miquis la llevó a un cercano aposento, y en él la encerró con el pobre *Riquín*, que también lloraba, para que ambos no presenciasen el fin del buen Relimpio, el cual ocurrió

media hora más tarde, y fué tranquilo y suave. Su muerte remedó el dulce acceso de embriaguez que le transportaba, mediante una breve toma, desde las miserias de la realidad a las delicias de una vida apócrifa, compuesta con extraños fingimientos de juventud, pasión y energía. ¿Entraba al fin en un mareo eterno? ¿Iba ya derechamente a ser el noble, enamorado y valiente caballero, defensor y amparo de la hurí en las edades sin término y en los espacios sin medida? José, eres un ángel.

★

Abrazando estrechamente a *Riquín* y cubriéndole de besos la cara, Emilia le decía:

—Tan huérfano eres tú como yo; pero en mí tendrás la madre que te falta. Aquella mamá tuya no existe ya, se ha ido para siempre y no volverá; se ha caído al fondo, hijo mío, al fondo... Ya lo entenderás más adelante.

CAPITULO XIX

MORALEJA

Si sentís anhelo de llegar a una difícil y escabrosa altura, no os fiéis de las alas postizas. Procurad echarlas naturales, y en caso de que no lo consigáis, pues hay infinitos ejemplos que confirman la negativa, lo mejor, creedme, lo mejor será que toméis una escalera.

FIN DE
«LA DESHEREDADA»

EL AMIGO MANSO

(1882)

NOTA PRELIMINAR

De las innumerables figuras—de carne y huesos, de nervios y alma—creadas por el vivo anhelo de Galdós, ninguna más simpática, más firme, más natural que esta de Máximo Manso, protagonista de una novela encantadora, escrita en los meses comprendidos entre enero y abril de 1882.

Máximo Manso, cuando comienza a escribir su autobiografía, cuenta treinta y cinco años. Es un hombre de estatura mediana y de aspecto sedentario, bien nutrido, fuerte, musculoso, miope, de cabello abundante y oscuro, cortado al rape. Va afeitado por completo y usa gafas de oro. «Simpático chico», declaran cuantos le tratan. «Hombre de buen ver», cuantos le conocen. «Espíritu sugestivo», cuantos han calado hondo en su amistad. Máximo Manso es asturiano, doctor en dos facultades. Ha ganado por oposición lucida la cátedra de Filosofía en el Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid. Máximo Manso es célibe. Por convicción. Por temperamento. Vive solo en un piso viejo de una vieja casa de la vieja calle del Espíritu Santo, *en el riñón del viejo Madrid de Maravillas. En su celibato, en su soledad, se mueve Máximo Manso como el pez en el agua. Algunos conocidos. Pocas amistades. Ninguna intimidad. Su único hermano, José María, anda allá por Cuba, casado; padre de varios hijos, rico...*

Según el propio Máximo cree, él no es un ente mortal, de envoltura que precise comer varias veces al día y dormir algunas horas, intervenir en ciertos diálogos sociales, cumplir muchos deberes y acogerse a pocos derechos. El es... una quimera, un sueño de sueños, una sombra de sombras, la sospecha de una posibilidad... ¡Jamás retrato de cualquiera de los seres que se desviven por el mundo! Eso cree él. Y obra, en ocasiones, de acuerdo con su creencia. Sin embargo, su figura moral y física tiene una consistencia, un vigor y un relieve tales, que rezuma humanidad por todas las partes de su presencia y delata humanismo por todos los entresijos de su potencia. En cuanto se le conoce, se le aprecia. Cuesta no poco trabajo pensar que es una pura ficción de un novelista genial. A Máximo Manso tenemos la sospecha de encontrárnoslo en el momento menos pensado. En una lección universitaria. En un paseo solitario del Retiro. En la biblioteca de cualquier centro cultural. En el rincón más recogido de un café de barrio. Revolviendo los mamotretos de una librería de lance. Encaramado en el paraíso de un teatro, dedicado a la buena música. ¡Qué enormemente español resulta Máximo Manso! Y español, precisamente de fines del pasado siglo, cuando la vieja política se ha desprestigiado del todo y la decadencia cultural es casi absoluta. Máximo Manso cree en muy pocas cosas. Le sobran dedos de una mano para contarlas. Máximo Manso no espera nada de nadie. Máximo Manso no se decide a realizar ningún esfuerzo. Practica la crítica suave en la pasividad de una hombría de bien. Todo lo comprende. Se hace cargo de todo. No recrimina. Absuelve cualquier pecado sin conocerlo. El se tiene por una me-

diania. Adelanta en sus aficiones a paso lento. Construye hábilmente su propio saber con las pajuelas del saber de los demás. Espíritu observador y práctico, toma las cosas como son, los sucesos como vienen, y no se equivoca en el verdadero tamaño, medida y peso de las incidencias cotidianas. En Máximo Manso la imaginación ocupa un puesto subalterno. La razón preside sus actos. La voluntad ha sabido ir arrancando de su sentimentalismo, como de un campo que ha de ser sembrado ulteriormente, los matojos bravos—de perfumes fugaces—de las pasioncillas. Los amigos se ríen, a veces, de la severidad de principios, de la rectitud de conducta de Máximo Manso; le reprochan que sólo vea en la política un cuerpo de doctrina, un conjunto de principios científicos, una sucesión de reglas mutables en cuya contingencia colaboran los subjetivismos con sus habilidades y sus agudezas y sus corruptelas.

Pues bien: a este ser admirable que es Máximo Manso, digno de nuestras mejores afecciones, la Vida le juega mil barrabasadas. ¡Y él, que se creía sueño de sueños, sombra de sombras, sospecha de una posibilidad! ¡Sí, sí! Máximo Manso, tocando realidad inminente, *ha de enfrentarse cada día con Manolito Peña, su discípulo afectuoso; con doña Javiera Rico, viuda de Peña, jamona y jamonera de buen ver y de mejor tener, madre del discípulo y enamorada del profesor; con doña Cándida,* sablista *formidable, y con su sobrina Irene profesora de Normal de Maestras y mujer muy atractiva; con su hermano José María, que se viene a Madrid en compañía de la mujer, de la suegra—la* niña Chucha—, *de la cuñada—la* niña Chita—, *de los tres retoños, malos como tres dolores; de un negro, de una mulatica, de un loro, de un sinsonte, de dos tomeguines, de veinte baúles, de catorce maletas, de once bultos de mano y de cuatro mecedoras, con otros innumerables comparsas de personalidad acusadísima: el marqués de Tellería, el conde de Casa-Bojío, Federico Cimarra, don Ramón María Pez, el poetastro don Francisco de Paula de la Costa y Sáinz del Bardal, que ostentaba una cruz de Carlos III en las tarjetas, ¡porque su padre tuvo una Encomienda de dicha Orden!*

¡Qué de festejos, guateques, gatuperios, trapisondas, liviandades, canalladitas, falsedades, tristezas... ha de ver y vivir y sufrir Máximo Manso contra su voluntad! Y todo debe decirse: hasta queda un poco inficionado él—¡tan ajeno a las pasioncillas!—de algunos intereses, de ciertas apetencias, de bastantes ilusiones.

¡Hasta creerse sueño de sueños, sombra de sombras, sospecha de una posibilidad, puede ser acto de soberbia grande, cuya única purgación sea el dolor mortal más agudo! Máximo Manso, de los embates con tanta realidad, sale herido, amargado. Y como le amábamos tanto, nos causa una pena infinita escuchar las razones con que pretende justificar sus errores, la crítica benigna con que intenta encubrir la vulgaridad de la mujer que le engañó, la saña con que intenta burlarse de sí mismo; ver la interferencia con que bordea el ridículo, con que se somete a componendas sociales de las que abominó cuando le conocimos.

Menos mal que al cabo—tanta sugestión tiene su humanidad—logramos que la lástima nos reconcilie de nuevo con Máximo Manso. Nos le figuramos al pobre como a Don Quijote después de la aventura de los molinos. Se dirige hacia nosotros a paso trompicón, molido, empolvado, con heridas y chichones, desvariando al hablar, emocionado al quejarse, con la celada abollada, roto el lanzón...

El amigo Manso *es una novela genial. Para buscarle parangón en el humorismo suave y piadoso, en la gracia descriptiva, en el relieve acusado de algunos de sus personajes y en la hondura con que cala en la psicología de ellos, en el vigor y justeza con que se delatan los caracteres episódicos, sin caer en la caricatura fácil, habría que rebuscar entre las obras cumbres del más humano de los novelistas: el inglés Dickens. Máximo Manso queda en la primera fila, y en lugar muy destacado, de las creaciones galdosianas. A la par de Fortunata, de doña Perfecta, de Gloria, de Angel Guerra...*

EL AMIGO MANSO

I

YO NO EXISTO

Yo no existo... Y por si algún desconfiado, terco o maliciosillo no creyese lo que tan llanamente digo, o exigiese algo de juramento para creerlo, juro y perjuro que no existo; y al mismo tiempo protesto contra toda inclinación o tendencia a suponerme investido de los inequívocos atributos de la existencia real. Declaro que ni siquiera soy el retrato de alguien, y prometo que si alguno de estos profundizadores del día se mete a buscar semejanzas entre mi yo sin carne ni huesos y cualquier individuo susceptible de ser sometido a un ensayo de vivisección, he de salir a la defensa de mis fueros de mito, probando con testigos, traídos de donde me convenga, que no soy, ni he sido, ni seré nunca nadie.

—Soy—diciéndolo en lenguaje oscuro para que lo entiendan mejor—una condensación artística, diabólica hechura del pensamiento humano *(ximia Dei)*, el cual, si coge entre sus dedos algo de estilo, se pone a imitar con él las obras que con la materia ha hecho Dios en el mundo físico; soy un ejemplar nuevo de estas falsificaciones del hombre que desde que el mundo es mundo andan por ahí vendidas en tabla por aquellos que yo llamo holgazanes, faltando a todo deber fifial, y que el bondadoso vulgo denomina artistas, poetas o cosa así. Quimera soy, sueño de sueño y sombra de sombra, sospecha de una posibilidad; y recreándome en mi no ser, viendo transcurrir tontamente el tiempo infinito cuyo fastidio, por serlo tan grande, llega a convertirse en entretenimiento, me pregunto si el no ser nadie equivale a ser todos, y si mi falta de atributos personales equivale a la posesión de los atributos del ser. Cosa es ésta que no he logrado poner en claro todavía, ni quiera Dios que la ponga, para que no se desvanezca la ilusión de orgullo que siempre mitiga el frío aburrimiento de estos espacios de la idea.

Aquí, señores, donde mora todo lo que no existe, hay también vanidades, ¡pasmaos!, hay clases, ¡y cada intriga...! Tenemos antagonismos tradicionales, privilegios, rebeldías, sopa boba y pronunciamientos. Muchas entidades que aquí estamos podríamos decir, si viviéramos, que vivimos de milagro. Y a escape me salgo de estos laberintos y me meto por la clara senda del lenguaje común para explicar por qué motivo no teniendo voz hablo, y no teniendo manos trazo estas líneas, que llegarán, si hay cristiano que las lea, a componer un libro. Vedme con apariencia humana. Es que alguien me evoca, y por no sé qué sutiles artes me pone como un forro corporal y hace de mí un remedo o máscara de persona viviente, con todas las trazas y movimientos de ella. El que me saca de mis casillas y me lleva a estos malos andares es un amigo...

Orden, orden en la narración. Tengo yo un amigo que ha incurrido por sus pecados, que deben de ser tantos en número como las arenas de la mar, en la pena infamante de escribir novelas, así como otros cumplen, leyéndolas, la condena o maldición divina. Este tal vino a mí hace pocos días, hablóme de sus trabajos, y como me dijera que había escrito ya treinta volúmenes, tuve de él tanta lástima que no pude mostrarme insensible a sus acaloradas instancias. Reincidente en el feo delito de escribir, me pedía mi complicidad para añadir un volumen a los treinta desafueros consabidos. Díjome aquel buen presidiario, aquel inocente empedernido, que estaba encariñado con la idea de perpetrar un detenido crimen novelesco, sobre el gran asunto de la educación; que había premeditado su plan, pero que, faltándole datos para llevarlo adelante con la presteza mañosa que pone en todas sus fechorías, había pensado aplazar esta obra para acometerla con brío cuando estuvieran en su mano las armas, herramientas, escalas, ganzúas, troqueles y demás preciosos objetos pertinentes al caso. Entre tanto, no gus-

tando de estar mano sobre mano, quería emprender un trabajillo de poco aliento, y sabedor de que yo poseía un agradable y fácil asunto, venía a comprármelo, ofreciéndome por él cuatro docenas de géneros literarios, pagaderas en cuatro plazos; una fanega de ideas pasadas, admirablemente puestas en lechos y que servían para todo; diez azumbres de licor sentimental, encabezado para resistir bien la exportación, y, por último, una gran partida de frases y fórmulas, hechas a molde y bien recortaditas, con más de una redoma de mucílago para pegotes, acopladuras, compaginazgos, empalmes y armazones. No me pareció mal trato, y acepté.

No sé qué garabatos trazó aquel perverso sin hiel delante de mí; no sé qué diabluras hechiceras hizo... Creo que me zambulló en una gota de tinta; que dió fuego a un papel; que después fuego, tinta y yo fuimos metidos y bien meneados en una redomita que olía detestablemente a pez, azufre y otras drogas infernales... Poco después salí de una llamarada roja, convertido en carne mortal. El dolor me dijo que yo era un hombre.

II

YO SOY MÁXIMO MANSO

Y tenía treinta y cinco años cuando me pasó lo que me pasó. Y si a esto añado que el caso es reciente, y que muchos de los acontecimientos incluídos en este verdadero relato ocurrieron en menos de un año, quedarán satisfechos los lectores más exigentes en materias cronológicas. A los sentimentales he de disgustarles desde el primer momento diciéndoles que soy doctor en dos facultades y catedrático del Instituto, por oposición, de una eminente asignatura que no quiero nombrar. He consagrado mi poca inteligencia y mi tiempo todo a los estudios filosóficos, encontrando en ellos los más puros deleites de mi vida. Para mí es incomprensible la aridez que la mayoría de las personas asegura encontrar en esa deliciosa ciencia, siempre vieja y siempre nueva, maestra de todas las sabidurías y gobernadora visible o invisible de la humana existencia.

Será porque han querido penetrar en ella sin método, que es la guía de sus tortuosos senos, o porque, estudiándola superficialmente, han visto sus asperezas exteriores antes de gustar la extraordinaria dulzura y suavidad de lo que dentro guarda. Por singular beneficio de mi naturaleza, desde niño mostré especial querencia a los trabajos especulativos, a la investigación de la verdad y al ejercicio de la razón; y a tal ventaja se añadió, por mi suerte, la preciosísima de caer en manos de un hábil maestro, que, desde luego, me puso en el verdadero camino. Tan cierto es, que de un buen modo de principiar emana el logro feliz de difíciles empresas, y que de un primer paso dado con acierto depende la seguridad y presteza de una larga jornada.

Digan, pues, de mí que soy filósofo, aunque no me creo merecedor de este nombre, sólo aplicable a los insignes maestros del pensamiento y de la vida. Discípulo soy no más, o si se quiere, humilde auxiliar de esa falange de nobles artífices que siglo tras siglo han venido tallando en el bloque de la bestia humana la hermosa figura del hombre divino. Soy el aprendiz que aguza una herramienta, que mantiene una pieza; pero la penetración activa, la audacia fecunda, la fuerza potente y creadora, me están vedadas como a los demás mortales de mi tiempo. Soy un profesor de fila, que cumplo enseñando lo que me han enseñado a mí, trabajando sin tregua; reuniendo con método cariñoso lo que en torno a mí veo, lo mismo la teoría sólida que el hecho voluble, así el fenómeno indubitable como la hipótesis atrevida; adelantando cada día con el paso lento y seguro de las medianías; construyendo el saber propio con la suma del saber de los demás, y tratando, por último, de que las ideas adquiridas y el sistema con tanta dificultad labrado, no sean vanas fábricas de viento y humo, sino más bien una firme estructura de la realidad de mi vida con poderoso cimiento en mi conciencia. El predicador que no practica lo que dice no es predicador, sino un púlpito que habla.

Ocupándome ahora de lo externo, diré que en mi aspecto general presento, según me han dicho, las apariencias de un hombre sedentario, de estudios y de meditación. Antes que por catedrático,

muchos me tienen por curial o letrado, y otros, fundándose en que carezco de buena barba y voy siempre afeitado, me han supuesto cura liberal o actor, dos tipos de extraordinaria semejanza. En mi niñez pasaba por bien parecido. Ahora creo que no lo soy tanto, al menos así me lo han manifestado directa o indirectamente varias personas. Soy de mediana estatura, que casi, casi, con el progresivo rebajamiento de la talla en la especie humana, puede pasar por gallarda; soy bien nutrido, fuerte, musculoso, mas no pesado ni obeso. Por el contrario, a consecuencia de los bien ordenados ejercicios gimnásticos, poseo bastante agilidad y salud inalterable. La miopía ingénita y el abuso de las lecturas nocturnas en mi niñez me obligan a usar vidrios. Por mucho tiempo gasté quevedos, uso en que tiene más parte la presunción que la conveniencia; pero, al fin, he adoptado las gafas de oro, cuya comodidad no me canso de alabar, reconociendo que me envejecen un poco.

Mi cabello es fuerte, oscuro y abundante; mas he tenido singular empeño en no ser nunca melenudo, y me lo corto a lo quinto, sacrificando a la sencillez un elemento decorativo que no suelen despreciar los que, como yo, carecen de otros. Visto sin afectación, huyendo lo mismo de la novedad llamativa que de las ridiculeces de lo anticuado. Apuro mi ropa medianamente, con la cooperación de algún sastre de portal, mi amigo; y me he acostumbrado de tal modo al uso del sombrero de copa, a quien el vulgo llama con doble sentido *chistera*, que no puedo pasarme sin él, ni acierto a sustituirle con otras clases o familias de tapacabezas, por lo cual lo llevo hasta en verano, y aun en viaje me lo pondría muy sereno si no temiera incurrir en extravagancia. La capa no se me cae de los hombros en todo el invierno, y hasta para estudiar en mi gabinete me envuelvo en ella, porque aborrezco los braseros y estufas.

Ya dije que mi salud es preciosa, y añado ahora que no recuerdo haber comido nunca sin apetito. No soy gastrónomo; no entiendo palotada de refinados manjares ni de rarezas de cocina. Todo lo que me ponen delante me lo como, sin preguntar al plato su abolengo ni escudriñar sus componentes; y en punto a preferencias, sólo tengo una que declaro sinceramente, aunque se refiere a cosa ordinaria, el *cicer arietinum*, que en romance llamamos garbanzo, y que, según enfadosos higienistas, es comida indigesta. Si lo es, yo no lo he notado nunca. Estas deliciosas bolitas de carne vegetal no tienen, en opinión de mi paladar, que es para mí de gran autoridad, sustitución posible, y no me consolaría de perderlas, mayormente si desaparecía con ellas el agua de Lozoya, que es mi vino. No necesito añadir que me tienen sin cuidado los progresos de la filoxera, pues mi bodega son los frescos manantiales de la sierra vecina. Unicamente del tinto, y flojo, hago prudente uso, después de bien bautizado por el tabernero y confirmado por mí; pero de esos traidores vinos del Mediodía, no entra una gota en mi cuerpo. Otra pincelada: no fumo.

Soy asturiano. Nací en Cangas de Onís, en la puerta de Covadonga y del monte de Auseba. La nacionalidad española y yo somos hermanos, pues ambos nacimos al amparo de aquellas eminentes montañas, cubiertas de verdor todo el año, en invierno encaperuzadas de nieve; con sus faldas alfombradas de hierba, sus alturas llenas de robles y castaños, que se encorvan como si estuvieran trepando por la pendiente arriba; con sus profundas, laberínticas y misteriosas cavidades selváticas, formadas de espeso monte, por donde se pasean los osos, y sus empinadas cresterías de roca, pedestal de las nubes. Mi padre, farmacéutico del pueblo, era gran cazador y conocía palmo a palmo todo el país, desde Ribadesella a Ponga y Tarna, y desde las Arriondas a los Urrieles. Cuando yo tuve edad para resistir el cansancio de estas expediciones, nos llevaba consigo a mi hermano José María y a mí. Subimos a los Puertos Altos, anduvimos por Cabrales y Peñamellera, y en la grandiosa Liébana nos paseamos por las nubes.

Solo o acompañado por los chicos de mi edad, iba muchas tardes a San Pedro de Villanueva, en cuyas piedras está esculpida la historia, tan breve como triste, de aquel rey que fué comido de un oso. Yo trepaba por las corroídas columnas del pórtico bizantino y miraba de cerca las figuras atónitas del Padre Eterno y de los santos, toscas escultu-

ras impregnadas de no sé qué pavor religioso. Me abrazaba con ellas, y ayudado de otros muchachos traviesos, les pintaba con betún los ojos y los bigotes, con lo cual las hacía más espantadas. Nos reíamos con esto; pero cuando volvía yo a mi casa me acordaba de la figura retocada por mí y me dormía con miedo de ella y con ella soñaba. Veía en mi sueño la mano chata y simétrica, los pies como palmetas, las contorsiones de cuerpo, los ojos saltándose del casco, y me ponía a gritar y no me callaba hasta que mi madre no me llevaba a dormir con ella.

Yo no hacía lo que otros chicos perversos, que con un fuerte canto le quitaban la nariz a un apóstol o los dedos al Padre Eterno, y arrancaban los rabillos de los dragones de las gárgolas, o ponían letreros indecentes encima de las lápidas votivas, cuya sabia leyenda no entendíamos. Para jugar a la pelota, preferíamos siempre el pórtico bizantino a los demás muros del pobre convento, porque nos parecía que el Padre Eterno y su Corte nos devolvían la pelota con más presteza. El muchacho que capitaneaba entonces la cuadrilla es hoy una de las personas más respetables de Asturias y preside, ¡oh ironías de la vida!, la Comisión de Monumentos. La naturaleza de los sitios en que pasé mi infancia ha dejado para siempre en mi espíritu impresión tan profunda, que constantemente noto en mí algo que procede de la melancolía y amenidad de aquellos valles, de la grandeza de aquellas moles y cavidades, cuyos ecos repiten el primer balbucir de la historia patria; de aquellas alturas en que el viajero cree andar por los aires sobre celajes de piedra. Esto, y el sonoro, pintoresco río, y el triste lago Nol, que es un mar ermitaño, y el solitario monasterio de San Pedro, tienen indudablemente algo mío, o es que tengo yo con ellos el parentesco de conformación, no de sustancia, que el vaciado tiene con su molde. Diré que también ha quedado sellada en mi vida la hondísima lástima que me inspiraba aquel rey que fué comido del oso. Siento como impresos o calcados en mi masa encefálica los capiteles que reproducen la terrible historia. En uno, el joven soberano se despide de su tierna esposa; en otro, está acometiendo al fiero animal, y más allá, éste se lo merienda. Cuando yo hacía travesuras, mi padre me amenazaba con que vendría el oso a comerme, como al señor de Favila, y muchas noches tuve pesadilla y veía desfilar por delante de mí las espantables figuras de los capiteles. Por nada del mundo me internaba solo dentro del monte; y aun hoy siempre que veo un oso me figuro por breve instante que soy rey; y también si acierto a ver a un rey, me parece que hay en mí algo de oso.

Mi padre murió antes de ser viejo. Quedamos huérfanos José María, de veintidós años, y yo, de quince. Tenía mi hermano más ambición de riqueza que de gloria, y se marchó a la Habana. Yo despuntaba por el desprecio de las vanidades y por el prurito de la fama, y en mi corta edad no había en el pueblo persona que me echase el pie adelante en ilustración. Pasaba por erudito, tenía muchos libros, y hasta el cura me consultaba casos de Filosofía y Ciencias naturales. Adquirí cierta presunción pedantesca y un airecillo de autoridad de que posteriormente, a Dios gracias, me he curado por completo. Mi madre estaba tonta conmigo, y siempre que la visitaba algún señor de campanillas me hacía entrar en la sala, y con toda suerte de socaliñas obligábame a mostrar mi sabiduría en Historia o en Literatura, hablando de cosas tales que aquellas materias vinieran a encajar en la conversación. Las más de las veces era preciso traerlas por los cabellos.

Como teníamos para vivir con cierta holgura, mi madre me trajo a Madrid, con la idea de que pronto se me abrirían aquí fáciles y gloriosos caminos; y, en efecto, después de ocuparme en olvidar lo que sabía para estudiarlo de nuevo, vi más hermosos horizontes, trabé amistad con jóvenes de mérito y con afamados maestros, frecuenté círculos literarios, ensanché la esfera de mis lecturas y avancé considerablemente en mi carrera, hallándome muy luego en disposición de ocupar una modesta plaza académica y de aspirar a otras mejores. Mi madre tenía en Madrid buenas amistades, entre ellas la de García Grande y su señora—que figuraron mucho tiempo en la Unión liberal—; pero estas relaciones influyeron poco en mi vida, porque el fervor del estudio me aislaba de todo lo que no fuera el tráfago uni-

versitario, y ni yo iba a sociedad ni me gustaba, ni me hacía falta para nada.

Estoy impaciente por hablar de mi ser moral, y de mi afición a la predilecta materia de mis estudios. Sin quererlo, se me va la pluma a donde la impulsa el particular gusto mío, y la dejo ir y aun le permito que trate este punto con sinceridad y crudeza, no escatimando mis alabanzas allí donde creo merecerlas. Decir que en materia de principios mi severidad llega hasta el punto de excitar la risa de algunos de mis convecinos de planeta, parecerá jactancia; pero lo dicho, dicho está, y no habrá quien lo borre de este papel. Constantemente me congratulo de este mi carácter templado, de la condición subalterna de mi imaginación, de mi espíritu observador y práctico, que me permite tomar las cosas como son realmente, no equivocarme jamás respecto a su verdadero tamaño, medida y peso y tener siempre bien tirantes las riendas de mí mismo.

Desde que empecé a dominar estos difíciles estudios, me propuse conseguir que mi razón fuese dueña y señora absoluta de mis actos, así de los más importantes como de los más ligeros; y tan bien me ha ido con este hermoso plan, que me admiro de que no lo sigan y observen los hombres todos, estudiando la lógica de los hechos, para que su encadenamiento y sucesión sea eficaz jurisprudencia de la vida. Yo he sabido sofocar pasioncillas que me habrían hecho infeliz, y apetitos cuyo desorden lleva a otros a la degradación. Estas laboriosas reformas me han adiestrado y robustecido para obtener en la moral menuda una serie de victorias a cuál más importantes. He conseguido una regularidad de vida que muchos me envidian, una sobriedad que lleva en sí más delicias que el desenfreno de todos los apetitos. Vicios nacientes, como el fumar y el ir al café, han sido extirpados de raíz.

El método reina en mí y ordena mis actos y movimientos con una solemnidad que tiene algo de las leyes astronómicas. Este plan, estas batallas ganadas, esta sobriedad, este régimen, este movimiento de reloj que hace de los minutos dientes de rueda y del tiempo una grandiosa y bien pulimentada espiral, no podían menos de marcar, al proyectarse sobre la vida, esa fácil línea recta que se llama celibato, estado sobre el cual es ocioso pronunciar sentencia absoluta, porque podrá ser imperfectísimo o relativamente perfecto, según lo determine la acumulación de los hechos, es decir, todo lo físico y moral que, arrastrado por las corrientes de la vida, se va depositando y formando endurecidas capas o sedimentos de hábitos, preocupaciones, rutina de esclavitud o de libertad.

Mi buena madre vivió conmigo en Madrid doce años, todo el tiempo que duraron mis estudios universitarios, y el que pasé dedicado a desempeñar lecciones particulares y a darme a conocer con diversos escritos en periódicos y revistas. Sería frío cuanto dijera del heroico tesón con que ayudaba mis esfuerzos aquella singular mujer, ya infundiéndome valor y paciencia, ya atendiendo con solícito esmero a mis materialidades, para que ni un instante me distrajese del estudio. Le debo cuanto soy: la vida, primero; la posición social, y después, otros dones mayores, cuales son mis severos principios, mis hábitos de trabajo, mi sobriedad. Por serle más deudor aún, también le debo la conservación de una parte de la fortunita que dejó mi padre, la cual supo ella defender con su economía, no gastando sino lo estrictamente preciso para vivir y darme carrera como pobre. Vivíamos, pues, en decorosa indigencia; pero aquellas escaseces dieron a mi espíritu un temple y un vigor que valen por todos los tesoros del mundo. Yo gané mi cátedra y mi madre cumplió su misión.

Como si su vida fuera condicional y no tuviese otro objeto que el de ponerme en la cátedra, conseguido éste, falleció la que había sido mi guía y mi luz en el trabajoso camino que acababa de recorrer. Mi madre murió tranquila y satisfecha. Yo no podía andar solo; pero ¡cuán torpe me encontré en los primeros tiempos de mi soledad! Acostumbrado a consultar con mi madre hasta las cosas más insignificantes, no acertaba a dar un paso, y andaba como a tientas, con recelosa timidez. El gran aprendizaje que con ella había tenido no me bastaba, y sólo pude vencer mi torpeza recordando en las más leves ocasiones sus palabras, sus pensamientos y su conducta, que eran la misma prudencia.

Ocurrida esta gran desgracia, viví algún tiempo en casas de huéspedes; pero

me fué tan mal, que tomé una casita, en la cual viví seis años, hasta que, por causa de derribo, tuve que mudarme a la que ocupo aún. Una excelente mujer, asturiana, amiga de mi madre, de inmejorables condiciones y aptitudes, se me presto a ser mi ama de llaves. Poco a poco su diligencia puso mi casa en un pie de comodidad, arreglo y limpieza que me hicieron sumamente agradable la vida de soltero, y ésta es la hora en que no tengo un motivo de queja, ni cambiaría mi Petra por todas las damas que han gobernado curas y servido canonigos en el mundo.

Tres años hace que vivo en la calle del Espíritu Santo, donde no falta ningún desagradable ruido; pero me he acostumbrado a trabajar entre el bullicio del mercado, y aun parece que los gritos de las verduleras me estimulan a la meditación. Oigo la calle como si oyera el ritmo del mar, y creo—tal poder tiene la costumbre—que si me falta el ¡*dos cuartitos* escarola! no podría preparar mis lecciones tan bien como las preparo hoy.

III

VOY A HABLAR DE MI VECINA

Y no hablo de las demás vecindades porque no tienen relación con mi asunto. La que me ocupa es de gran importancia, y ruego a mis lectores que por nada del mundo pasen por alto este capítulo, aunque les vaya en ello una fortuna, si bien no conviene que se entusiasmen por lo de *vecina,* creyendo que aquí da principio un noviazgo o que me voy a meter en enredos sentimentales. No. Los idilios de balcón a balcón no entran en mi programa, ni lo que cuento es más que un caso vulgarísimo de la vida, origen de otros que quizá no lo sean tanto.

En el piso bajo de mi casa había una carnicería, establecimiento de los más antiguos de Madrid, y que llevaba el nombre de la dinastía de los Ricos. Poseía esta acreditada tienda una tal doña Javiera, muy conocida en este barrio y en el limítrofe. Era hija de un Rico, y su difunto esposo era Peña, otra dinastía choricera que ha celebrado varias alianzas con la de los Ricos. Conocí a doña Javiera en una noche de verano del 78, en que tuvimos en casa alarma de fuego, y anduvimos los vecinos todos escalera arriba y abajo, de piso en piso. Parecióme doña Javiera una excelente señora, y yo debí de parecerle persona formal, digna por todos conceptos de su estimación, porque un día se metió en mi casa (tercero derecha) sin anunciarse, y de buenas a primeras me colmó de elogios, llamándome el hombre modelo y el espejo de la juventud.

—No conozco otro ejemplo, señor De Manso—me dijo—. ¡Un hombre sin trapicheos, sin ningún vicio, metidito toda la mañana en su casa; un hombre que no sale más que dos veces: tempranito, a clase; por las tardes, a paseo, y que gasta poco, se cuida de la salud y no hace tonterías!... Esto es de lo que ya se acabó, señor De Manso. Si a usted le debían poner en los altares... ¡Virgen! Es la verdad, ¿para qué decir otra cosa? Yo hablo todos los dias de usted con cuantos me quieren oír y le pongo por modelo... Pero no nacen de estos hombres todos los días.

Desde aquél la visité, y cuando entraba en su casa (principal izquierda), me recibía poco menos que con palio.

—Yo no debiera abrir la boca delante de usted—me decía—, porque soy una *ignoranta,* una paleta, y usted todo lo sabe. Pero no puedo estar callada. Usted me disimulará los disparates que suelte y hará como que no los oye. No crea usted que yo desconozco mi ignorancia, no, señor De Manso. No tengo pretensiones de sabia ni de instruída, porque sería ridículo, ¿está usted? Digo lo que siento, lo que me sale del corazón, que es mi boca... Soy así, francota, natural, más clara que el agua; como que soy de tierra de Ciudad Rodrigo... Más vale ser así que hablar con remilgos y plegar la boca, buscando vocablotes que una no sabe lo que significan.

La honrada amistad entre aquella buena señora y yo crecía rápidamente. Cuando yo bajaba a su casa, me enseñaba sus lujosos vestidos de charra, el manteo, el jubón de terciopelo con manga de codo, el dengue o rebociño, el pañuelo bordado de lentejuelas, el picote morado, la mantilla de rocador, las horquillas de plata, los pendientes y collares de filigrana, todo primoroso y castizo. Para que me acabara de pasmar, mostrábame luego sus pañuelos de Ma-

nila, que eran una riqueza. Un día que bajé, vi que había puesto, en marco y colgado de la pared de la sala, un retrato mío que publicó no sé qué periódico ilustrado. Esto me hizo reír; y ella, congratulándose de lo que había hecho, me hizo reír más.

—He quitado a San Antonio para ponerle a usted. Fuera santos y vengan catedráticos... Vamos, que el otro día, leyendo lo que de usted decía el periódico, me daba un gozo...

No me faltaba en las fiestas principales ni en mis días el regalito de chacina, jamón u otros artículos apetitosos de lo mucho y bueno que en la tienda había, todo tan abundante, que, no pudiendo consumirlo por mí solo, distribuía una buena parte entre mis compañeros de claustro, alguno de los cuales, ardiente devoto de la carne de cerdo, me daba bromas con mi vecina.

Pero las finezas de doña Javiera no escondían pensamiento amoroso, ni eran totalmente desinteresadas. Así me lo manifestó un día en que, de vuelta de la parroquia de San Ildefonso, subió a mi casa, y, sentándose con su habitual llaneza en un sillón de mi sala-despacho, se puso a contemplar mi estantería de libros, rematada por bustos de yeso. Ocupábame yo aquella mañana en poner notas y prólogo a una traducción del *Sistema de Bellas Artes*, de Hegel, hecha por un amigo. Las ideas sobre lo bello llenaban mi mente y se revolvían en ella, produciéndome ya tal confusión, que la vista de aquella señora fué para mi pensamiento un placentero descanso. La miré, y sentí que se me despejaba la cabeza, que volvía a reinar el orden en ella, como cuando entra el maestro en la sala de una escuela donde los chiquillos están en huelga y broma. Mi vecina era la autoridad estética, y mis ideas, dirélo de una vez, la pillería aprisionada que, en ausencia de la realidad, se entrega a desordenados juegos y cabriolas. Siempre me había parecido doña Javiera persona de buen ver; pero aquel día se me antojó hermosísima. La mantilla negra, el gran pañolón de Manila, amarillo y rameado—pues venía de ser madrina de bautizo de un chico del carbonero—; las joyas anticuadas, pero verdaderamente ricas, de pura ley, vistosas, con esmeraldas y fuertes golpes de filigrana, daban grandísimo realce a su blanca tez y a su negro y bien peinado cabello. ¡Bendito sea Hegel!

Todavía estaba doña Javiera en muy buena edad, y aunque la vida sedentaria le había hecho engrosar más de lo que ordena el maestro en el capítulo de las proporciones, su gallarda estatura, su buena conformación y reparto de carnosidades, huecos y bultos, casi, casi hacían de aquel defecto una hermosura. Al mirarla, destacándose sobre aquel fondo de librería, hallaba yo tan gracioso el contraste, que al punto se me ocurrió añadir a mis comentarios uno sobre la *Ironía en las Bellas Artes*.

—Estoy aquí mirando los *padrotes*—dijo, volviendo sus ojos a lo alto de la pared.

Los *padrotes* eran cuatro bustos comprados por mi madre en una tienda de yesos. Los había elegido sin ningún criterio, atendiendo sólo al tamaño, y eran Demóstenes, Quevedo, Marco Aurelio y Julián Romea.

—Esos son los maestros de todo cuanto se sabe—indicó la señora, llena de profundo respeto—. ¡Y cuánto libro! ¡Si habrá letras aquí...! ¡Virgen! ¡Y todo esto lo tiene usted en la cabeza! Así nos sabe tanto. Pero vamos a nuestro asunto. Atiéndame usted.

No necesitaba que me lo advirtiese, porque tenía toda mi atención puesta en ella.

—Yo le tengo a usted mucha ley, señor De Manso; usted es un hombre como hay pocos..., miento, como no hay ninguno. Desde que le traté se me entró usted por el ojo derecho, se me metió en el cuerpo y se me aposentó en el corazón...

Al decir esto rompió a reír, añadiendo:

—Pues parece que le hago a usted el amor; y no es eso, señor De Manso. No lo digo porque usted no lo merezca. ¡Virgen!, pues, aunque tiene usted cara de cura, y no es ofensa, no, señor... Pero vamos al caso... Se ha quedado usted un poco pálido; se ha quedado usted más serio que un plato de habas.

Yo estaba un poquillo turbado, sin saber qué decir. Doña Javiera se explicó, al fin, con claridad. ¿Qué pretendía de mí? Una cosa muy natural y sencilla, pero que yo no esperaba en tal instante, sin duda, porque los diablillos que andaban dentro de mi cabeza, jugando con

la materia estética y haciendo con ella mangas y capirotes, me tenían apartado de la realidad; y estos mismos diablillos fueron causa de que me quedara confuso y aturdido cuando oía a doña Javiera manifestar su pretensión, la cual era me encargase de educar a su hijo.

—El chico—prosiguió ella, echándose atrás el manto—es de la piel de Satanás. Ahora va a cumplir veintiún años. Es de buena ley, eso sí, tiene los mejores sentimientos del mundo, y su corazón es de pasta de ángeles. Ni a martillazos entra en aquella cabeza un mal pensamiento. Pero no hay cristiano que le haga estudiar. Sus libros son los ojos de las muchachas bonitas; su biblioteca, los palcos de los teatros. Duerme las mañanas, y las tardes se las pasa en el picadero, en el gimnasio, en eso que llaman..., no sé cómo, el *Ascáttn,* que es donde se patina con ruedas. El mejor día se me entra en casa con una pierna rota. Me gasta en ropa un caudal, y en convidar a los gorrones de sus amiguitos, otro tanto. Su pasión es los novillos, las corridas de aficionados, tentar becerros, mucho pecho, mucho coraje. Tiene tanto amor propio, que el que le toque, ya tiene para un rato, ¡Virgen!... En fin, por sus cualidades buenas y hasta por sus tonterías, paréceme que hay en él mucho de perfecto caballero; pero este caballero hay que labrarlo, amigo don Máximo, porque, si no, mi hijo será un perfecto ganso... Tanto le quiero, que no puedo hacer carrera de él, porque me enfado, ¿ve usted?, hago intención de reñirle, de pegarle, me pongo furiosa, me encolerizo a mí misma para no dejarme embaucar; pero en éstas viene el niño, se me pone delante con aquella carita de ángel pillo, me da dos besos, y ya estoy lela... Se me cae la baba, amigo Manso, y no puedo negarle nada... Yo conozco que le estoy echando a perder, que no tengo carácter de madre... Pues oiga usted, se me ha ocurrido que, para enderezar a mi hijo y ponerle en camino y hacer de él un hombre, un gran señor, un caballero, no conviene llevarle la contraria, ni sujetarle por fuerza, sino..., a ver si me explico... Conviene arrearle poco a poco, irle guiando, ahora un halago, después un palito, mucho ten con ten y estira y afloja, variarle poquito a poquito las aficiones, despertarle el gusto por otras cosas, fingirle ceder para después apretar más fuerte, aquí te toco, aquí te dejo, ponerle un freno de seda, y si a mano viene, buscarle distracciones que le enseñen algo, o hacerle de modo que las lecciones le diviertan... Si le pongo en manos de un profesorazo seco, él se reirá del profesor. Lo que le hace falta es un maestro que, al mismo tiempo que sea maestro, sea un buen amigo, un compañero que, a la chita callando y de sorpresa, le vaya metiendo en la cabeza las buenas ideas; que le presente la ciencia como cosa bonita y agradable; que no sea regañón, ni pesado, sino bondadoso, un alma de Dios con mucho pesquis; que se ría, si a mano viene, y tenga labia para hablar de cosas sabias con mucho aquél, metiéndolas por los ojos y por el corazón.

Quedéme asombrado de ver cómo una mujer sin lecturas había comprendido tan admirablemente el gran problema de la educación. Encantado de su charla, yo no le decía nada, y sólo le indicaba mi aquiescencia con expresivas cabezadas, cerrando un poquito los ojos, hábito que he adquirido en clase cuando un alumno me contesta bien.

—Mi hijo—añadió la carnicera—tiene y tendrá siempre con qué vivir. Aunque me esté mal el decirlo, yo soy rica. Las cosas claras: soy de tierra de Ciudad Rodrigo. Por eso quiero que aprenda también a ser económico, arregladito, sin ser cicatero. No tengo a deshonra el pasar mi vida detrás de una tabla de carne. ¡Virgen! Pero no me gusta, amigo Manso, que mi hijo sea carnicero, ni tratante en ganados, ni nada que se roce con el cuerno, la cerda y la tripa. Tampoco me satisface que sea un vago, un pillastre, un cabeza vacía, uno de estos que, al salir de la Universidad, no saben ni persignarse. Yo quiero que sepa todo lo que debe saber un caballero que vive de sus rentas; yo quiero que no abra un palmo de boca cuando delante de él se hable de cosas de fundamento... Y véase por dónde me han deparado Dios y la Virgen del Carmen el profesor que necesito para mi pimpollo. Ese maestro, ese sabio, ese padrote, es usted, señor don Máximo... Nó, no se haga usted el chiquitito ni me ponga los ojos en blanco... ¡Para que todo

venga bien, mi Manolo tiene por usted unas simpatías...! Como empiece a hablar de nuestro vecino, no acaba. Y yo le digo: «Pues haz por parecerte a él, hombre, aunque no sea más que de lejos...» Ayer le dije: «Te voy a poner a estudiar tres o cuatro horas todos los días en casa del amigo Manso», ¡y se puso más contento!... Le tengo matriculado en la Universidad; pero de cada ocho días me falta siete a clase. Dice que le aburren los profesores y que le da sueño la cátedra. En fin, señor don Máximo, usted me lo toma por su cuenta o perdemos las amistades. En cuanto a honorarios, usted es quien los ha de fijar... Bendito sea Dios que le trajo a usted a poner su nido en el tercero de mi casa... Lo digo, amigo Manso: usted ha bajado del séptimo cielo...

Mucho me agradó la confianza que en mí ponía la buena señora, y por lo agradable de la misión, así como por la honra que con ella me hacía, acepté. Resistíme a tomar honorarios; pero doña Javiera opuso tal resistencia a mi generosidad, y se enojó tanto, que estuvo a punto de pegarme, y aun creo que me pegó algo. Todo quedó convenido aquel mismo día, y desde el siguiente empezaron las lecciones.

IV

MANOLITO PEÑA, MI DISCÍPULO

Doña Javiera era... (me molesta el sonsonete, pero no puedo evitarlo) viuda. El establecimiento había prosperado mucho en manos del difunto, hombre de gran probidad, muy entendido en cuerpo y cerda, sagaz negociante, castellano rancio, buen bebedor, con la pasión de los toros llevada al delirio. Falleció de un cólico miserere a los cincuenta años. Cuatro habían pasado desde esta desgracia cuando yo conocí a doña Javiera, que andaba a la sazón alrededor de los cuarenta, y por aquellos mismos días los murmullos del barrio la suponían en relaciones ilícitas con un tal Ponce, que había sido barítono de zarzuela; sujeto de chispa y de buena figura, pero ya muy marchito; holgazán rematado, aunque blasonaba de ciertas habilidades mecánicas que para nada servían, como no fuera para que él se impacientara y se aburrieran los demás. Todo el santo día lo pasaba este hombre en la casa de mi vecina, bien haciendo un palacio de cartón para rifarlo, bien construyendo una jaula tan grande y complicada, que no se acababa nunca. Era un *retrato* de El Escorial hecho en alambre. Sabía hacer composturas y tenía máquina de calar, con la que confeccionaba mil fruslerías de tabla, chapa y marfil, todo enmarañado y de mal gusto, frágil, inútil y jamás concluído.

Pero dejemos a Ponce y vengamos a mi discípulo. Era Manuel Peña de índole tan buena y de inteligencia tan despejada, que al punto comprendí no me costaría gran trabajo quitarle sus malas mañas. Estas provenían del hervor de la sangre, de la generosidad e instintos hidalgos del muchacho, del prurito de lo ideal que vigorosamente aparece en las almas jóvenes; de su temperamento, entre nervioso y sanguíneo; de su admirable salud y buen humor, que le ponían a salvo de melancolías, y, por último, de la vanidad juvenil que en él despertaban su hermosísima figura y agraciado rostro.

Mi complacencia era igual a la del escultor que recibe un perfecto trozo del mármol más fino para labrar una estatua. Desde el primer día conocí que inspiraba a mi discípulo no sólo respeto, sino simpatía; feliz circunstancia, pues no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mejor conductor de ideas entre hombre y hombre.

Buen cuidado tuve al principio de no hablar a Manuel de estudios serios, y ni por casualidad le mentè ninguna ciencia, ni menos filosofía, temeroso de que saliera escapado de mi despacho. Hablábamos de cosas comunes, de lo mismo que a él tanto le gustaba y yo había de combatir; obliguéle a que se explicase con espontaneidad, mostrándome las facetas todas de su pensamiento: y yo, al mismo tiempo, dando a tales asuntos su verdadero valor, procuraba presentarle el aspecto serio y trascendente que tienen todas las cosas humanas, por frívolas que parezcan.

De esta suerte, las horas corrían, y a veces pasaba Manuel en mi casa la mayor parte del día. De las determinacio-

nes de su espíritu me parecieron más débiles el concepto y la volición. En cambio, noté que en la cooperación armónica de sus variadas actividades fundamentales se determinaba con gran brío su espíritu como sentimiento, y eché de ver las ventajas que yo podía obtener cultivando aquella determinación en el terreno estético. Excelente plan. Sin vacilar, ataqué por la brecha del arte la plaza de su ignorancia, seguro de que me facilitaría la entrada la imaginación, siempre traicionera y mal avenida con las penalidades de un largo asedio.

Principié mi obra por los poetas. ¡Lástima grande que el chico no supiera ni jota de latín, privándome de darle a conocer los tesoros de la poesía antigua! Confinados en nuestra lengua, la emprendimos con el Parnaso español, tan afortunadamente, que mi discípulo hallaba en nuestras conferencias vivísimo deleite. Yo le veía palidecer, inflamarse, reflejando en su cara la tristeza o el entusiasmo, según que leíamos y comentábamos este o el otro lírico, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, o el enfático y ruidosísimo Herrera. Pocas indicaciones me bastaban al principio para hacerle comprender lo bueno, y bien pronto se adelantaba él a mi crítica con pasmoso acierto. Era artista, sentía ardientemente la belleza, y aun sabía apreciar los primores del estilo, a pesar de hallarse desposeído casi en absoluto de conocimientos gramaticales.

Más tarde estudiamos los poetas contemporáneos, y en poco tiempo se familiarizó con ellos. Su memoria era felicísima, y a lo mejor le sorprendía recitando con admirable sentido trozos de poemas modernos, de leyendas famosas y de composiciones ligeras o graves. Razón había para esperar que mi discípulo, que de tal modo se identificaba con la poesía, fuera también poeta. Cierto día me trajo con gran misterio unas quintillas; las leí; pero me parecieron tan malas, que le ordené no volviese a tutear a las Musas en todos los días de su vida, y que se mantuviera con ellas en aquel buen término de respeto y cariño que imposibilita la familiaridad. Le convencí de que no era de la familia, de que son cosas muy distintas sentir la belleza y expresarla, y él, sin ofensa de su amor propio, me prometió no volver a ocuparse de otros versos que de los ajenos.

Al comenzar nuestras conferencias, me confesó ingenuamente que el *Quijote* le aburría; pero cuando dimos en él, después de bien estudiados los poetas, hallaba tal encanto en su lectura, que algunas veces le corrían las lágrimas de tanto reír, otras se compadecía del héroe con tanta vehemencia, que casi lloraba de pena y lástima. Decíame que por las noches se dormía pensando en los sublimes atrevimientos y amargas desdichas del gran caballero, y que al despertar por las mañanas le venían ideas de imitarle, saliendo por ahí con un plato en la cabeza. Era que, por privilegio de su noble alma, había penetrado el profundo sentido del libro en que con más perfección están expresadas las grandezas y las debilidades del corazón humano.

Uno de los principales fines de mis lecciones debía ser enseñar a Manuel a expresarse por medio del lenguaje escrito, porque si en la conversación se producía bien y con soltura, escribiendo era una calamidad. Sus cartas daban risa. Usaban los giros más raros y la sintaxis más endiablada que puede imaginarse, y la pobreza de vocablos corría parejas en él con la carencia de criterio ortográfico. Conociendo que la teoría gramatical no le serviría de nada sin la práctica, combiné los dos sistemas, obligándole a copiar trozos escogidos, no de los antiguos, cuya imitación es nociva, sino de los modernos, como Jovellanos, Moratín, Mesonero, Larra y otros.

Y en tanto, para completar el estudio de la mañana, salíamos a pasear por las tardes, ejercitándonos de cuerpo y alma, porque a un tiempo caminábamos y aprendíamos. Esta es la eficaz enseñanza deambulatoria, que debiera llamarse *peripatética,* no por lo que tenga de aristotélica, sino de paseante. De todo hablábamos, de lo que veíamos y de lo que se nos ocurría. Los domingos íbamos al Museo del Prado, y allí nos extasiábamos viendo tanta maravilla. Al principio notaba yo cierto aturdimiento en la manera de apreciar de mi discípulo. Pero muy pronto su juicio adquirió pasmosa claridad, y el gusto de las artes plásticas se desarrolló potente en él, como se había desarrollado el de los poetas. Me decía: «Antes había venido yo muchas

veces al Museo; pero no lo había visto hasta ahora.»

Gustaba yo de enseñarle todo practicamente, usando ejemplos siempre que no tenía a mi disposición la realidad viva, esa consumada doctora que tiene por cátedra el mundo y por libros sus infinitos fenómenos. En la esfera moral, la experiencia ha hecho más adeptos que los sermones, y la desgracia, más cristianos que el Catecismo. Si quería imbuirle algún principio artístico, procuraba hacerlo delante de una obra de arte. En lo moral, empleaba apólogos, parábolas y hasta demostraciones materiales, y los fenómenos del orden físico los explicaba, siempre que podía, delante del fenómeno mismo. Esta era la parte más débil de mi pedagogía, poíque, no poseyendo sino lo rudimentario, mis enseñanzas se concretaban a los hechos meteorológicos, y a trazar de ligero, como quien corre sobre ascuas, la monografía del rayo, de la lluvia, de la nieve, con un poquito de arco iris y algunos pases de auroras boreales. No me gustaba mucho meterme en estas averiguaciones.

Yo era feliz con esta vida, y veía con gozo aumentar el afecto que me tenía mi discípulo. ¡Qué grandes victorias había alcanzado yo sobre sus voluntariedades, sobre las rebeldías y asperezas de su carácter! Pero de esto hablaré más adelante. Ahora, para que no se crea que en mi vida todo eran rosas, hablaré de algunas molestias y sinsabores, dando la preferencia a una persona, a un cínife, que frecuentemente interrumpía la paz de mis estudios con sus visitas, y chupaba la sangre acuñada de mis bolsillos, después de zumbarme y marearme con insufrible charla y aguda trompetilla. Me refiero a la infeliz señora de García Grande, unida siempre en mi memoria al tierno recuerdo de mi madre, que, inspirada de su inagotable bondad, me dejó este legado, este censo, esta fastidiosa carga, contribución de sangre, dinero, tiempo y paciencia.

V

¿QUIÉN PODRÁ PINTAR A DOÑA CÁNDIDA?

Nadie, absolutamente nadie. Pero como *el intentarlo sólo es heroísmo,* voy a ser héroe de esta empresa pictórica, que estaba guardada para mí desde que el tal cínife describió su primera curva graciosa en el aire y halagó la humana oreja con el *do* sobreagudo de su trompetilla. Doña Cándida era viuda de García Grande, personaje que desempeñó segundos o terceros papeles en el período político llamado de la Unión liberal. Era de estos que no fatigan a la posteridad ni a la fama, y que, al morirse, reciben el frío homenaje de los periódicos del partido y son llamados *probos, activos, celosos, concienzudos, inteligentes* o cosa tal. García Grande había sido hombre de negocios, de estos que tienen una mano en la política menuda y otra en los negocios gordos, un *bifronte* de esta raza inextinguible y fecundísima que se reproduce y se cría en los grandes sedimentos fungulares del Congreso y la Bolsa; hombre sin ideas, pero dotado de buenas formas, que suplen a aquéllas; apetitoso de riquezas fáciles; un sargentuelo de las pandillas que se forman con las subdivisiones parlamentarias; una nulidad barnizada, agiotista sin genio, orador sin estilo y político sin tacto, que no informaba, sino decoraba las situaciones; sustancia antropomórfica, que, bajo la acción de la política, apareció cristalizada de distintas maneras, ya como gobernador de provincia, ya como administrador de Patronatos, ahora de director general, después de gerente de un desbancado Banco o de un ferrocarril sin carriles.

En esos trotes, García Grande, cuya determinación psicofísica acusaba dos formas primordiales, linfatismo y vanidad, derrochó su fortuna, la de su mujer y parte no chica de varios patrimonios ajenos, porque una Sociedad anónima para asegurarnos la vida, de que fué director gerente, arrambló con las economías de media generación, y allá se fué todo al hoyo. Decían que García Grande era honrado, pero débil. ¡Qué gracia! La debilidad y la honradez están siempre mal avenidas, así como la humildad evangélica y el amor a los semejantes suelen andar a la greña con aquel vigor de carácter que el manejo de fondos propios y particulares exige.

Sirva de disculpa a García Grande, aunque no de consuelo a los que aseguraron sus vidas en él, la afirmación de que su eminente esposa era un ser providencial, hecho de encargo y enviado

por Dios sobre las Sociedades anónimas (¡designios misteriosos!) para dar en tierra con todos los capitales que se le pusieran delante y aún con los que se le pusieran detrás; que a todas partes convertía sus destructoras manos aquella bendita dama. Jamás vió Madrid mujer más disipadora, más apasionada del lujo, más frenética por todas las ruinosas vanidades de la edad presente.

Mi madre, que la conoció en sus buenos tiempos, allá en los días, no sé si dichosos o adversos, del consolidado a 50, de la guerra de Africa, del *no* de Negrete, de las millonadas por venta de bienes nacionales, del ensanche de la Puerta del Sol, de Mariano y la Grissi, de la omnipotencia de O'Donnell y del Ministerio largo; mi madre, repito, que fué muy amiga de esta señora, me contaba que vivía en la opulencia relativa de los ricos de ocasión. A su casa (una de las que fueron derribadas detrás de la Almudena para prolongar la calle de Bailén) iba mucha gente a comer, y se daban saraos y veladas, tes, merendonas y asaltos. Las pretensiones aristocráticas de Cándida eran tan extremadas, que mientras vivió García Grande no dejó de atosigarle para que se proporcionase un título; pero él se mantuvo firme en esto, y conservando hacia la aristocracia el respeto que se ha perdido desde que han empezado a entrar en ella a granel todos los ricos, ni quiso adquirir título, ni aun de los romanos, que, según dicen, son muy arreglados.

Si mientras duraron los dineros la vanidad y disipación de Cándida superaban a los derroches de la marquesa de Tellería, en la adversa fortuna, ésta sabía defenderse heroicamente de la pobreza y enmascarar de dignidad su escasez, mientras que la amiga de mi madre hacía su papel de pobre lastimosamente, y puesto el pie en la escala de la miseria, descendió con rapidez hasta un extremo parecido a la degradación. La de Tellería tenía ciertos hábitos, ciertas delicadezas nativas que le ayudaban a disimular los quebrantos pecuniarios; mas doña Cándida, cuya educación debió de ser perversa, no sabía envolver sus apuros en el cendal de nobleza y distinción que era en la otra especialidad notoria. Veinte años después de muerto su marido, y cuando doña Cándida, sin juventud, sin belleza, sin casa ni rentas, vivía poco menos que de limosna, no se podía aguantar su enfático orgullo, ni su charla, llena de pomposos embustes. Siempre estaba esperando el alza para vender unos títulos...; siempre estaba en tratos para vender no sé qué tierras situadas más allá de Zamora...; se iba a ver en el caso doloroso de malbaratar dos cuadros: uno de Ribera y otro de Pablo de Voss, un apóstol y una cacería... Títulos, ¡ah!, tierras, cuadros, estaban sólo en su mente soñadora. No abría la boca para hablar de cosa grave o insignificante sin sacar a relucir nombres de marqueses y duques.

En toda ocasión salía su dignidad; de su infeliz estado hacía ridícula comedia, y lo que llamaba su decoro era un velo de mentiras mal arrojado sobre lastimosos harapos. Tan transparente era el tal velo, que hasta los ciegos podían ver lo que debajo estaba. Pedía limosna con artimañas y trampantojos, poniéndose con esto al nivel de la pobreza justiciable. Yo la conocía en el modo de tirar de la campanilla cuando venía a esta casa. Llamaba de una manera imperiosa; decía a la criada: «¿Está ése?», y se colaba de rondón a mi cuarto, interrumpiéndome en las peores ocasiones, pues la condenada parece que sabía escoger los momentos en que más anheloso estaba yo de soledad y quietud. Conociendo mi flaqueza de coleccionar cachivaches, mi enemiga traía siempre una porcelana, estampa o fruslería, y me las mostraba, diciéndome:

—A ver, ¿cuánto te parece que darán por esto? Es hermosa pieza. Sé que la marquesa de X*** daría diez o doce duros; pero si lo quieres para tu coleccioncita, tómalo por cuatro y dame las gracias. Ya ves que por ti sacrifico mis intereses... una cosa atroz.

Me entraban ganas de ponerla en la calle; pero me acordaba de mi buena madre y del encargo solemne que me hizo poco antes de morir. Doña Cándida había tenido con ella, en sus días de prosperidad, exquisitas deferencias. Además de esto, García Grande, director de Administración local en 1859, salvó a mi padre de no sé qué gravísimo conflicto ocasionado por cuestiones electorales. Mi madre, que en materias de agradecimiento alambicaba su memoria para que ni en la eternidad se le olvidase el

beneficio recibido, me recomendó en sus últimas horas que por ningún motivo dejase de amparar como pudiese a la pobre viuda. Comprábale yo las baratijas; pero ella, con ingenio truhanesco, nallaba medio de llevárselas juntamente con el dinero. Variaba con increíble fecundidad los procedimientos de sus feroces exacciones. A lo mejor entraba, diciendo:

—¿Sabes? Mi administrador de Zamora me escribe que para la semana que entra me enviará el primer plazo de esas tierras... ¿Pero no te he dicho que, al fin, hallé comprador? Sí, hombre; atrasado estás de noticias... ¡Y si vieras en qué buenas condiciones!... El duque X***, mi colindante, las toma para redondear su finca del Espigal... En fin, tengo que mandar un poder y hacer varios documentos, una cosa atroz... Préstame mil reales, que te los devolveré la semana que entra, sin falta.

Y luego, por disimular su ansiedad de metálico, tomaba un tonillo festivo y de *gran mundo,* exclamando:

—¡Qué atrocidad!... Parece increíble lo que he gastado en la reparación de los muebles de mi sala... Los tapiceros del día son unos bandidos... Una cosa atroz, hijo... ¡Ah! ¿No te lo he dicho? Sí, me parece que te lo he dicho...

—¿Qué, señora?

—Que entre mi sobrina y yo estamos bordando un almohadón. Como para ti, hombre. Es atroz de bonito. La condesa de H y su hija la vizcondesa de M lo vieron ayer y se quedaron encantadas. Por cierto que desean conocerte. Yo les dije que tú no vas a ninguna parte, que no piensas más que en tus libros y en tus discípulos. Conque adiós, hijo; que lo pases bien.

Hacía que se marchaba, fingiendo una distracción de buen tono, y a mí me parecía que veía el cielo abierto mirándola partir; mas desde la puerta volvía, diciendo:

—¡Ah! ¡Qué cabeza la mía!... ¿Me das o no esos mil reales? La semana que viene te podré entregar un par de mil duros, si te hacen falta para tus negocios... No, no me lo agradezcas... Si me haces un gran favor... ¿Dónde hallaría mayor seguridad para colocar mi dinero?

—A mí no me hace falta nada—le decía yo.

Veníanseme a la boca las palabras: «Vaya usted noramala, señora»; pero, calculando que me pedía para el casero o para otra urgente necesidad, cedían mis ímpetus egoístas ante mi generosa flaqueza y el recuerdo de mi madre, y le daba la mitad de lo pedido.

No pasaba el mes sin que volviese, trayéndome un viejo reloj o miniatura antigua de escaso mérito.

—Me vas a hacer un favor. Acepta esto en memoria mía. ¡Si vieras qué enferma estoy, una cosa atroz!... Un estado nervioso... Yo no sé cómo explicártelo. Ni yo lo entiendo, ni los médicos tampoco. Cuando voy por la calle, parece que se derrumban sobre mí las paredes de las casas... ¡Hace tantísimas noches que no duermo! No como más que alguna pechuguita de chocha, una tostadita de *foie-gras* y a veces media copita de chablis.

Yo, que sabía cómo se alimentaba la cuitada, no podía contener la risa.

—Para distraerme—continuaba—, estuve anoche en el Real. Me subí al paraíso, porque no tenía ganas de vestirme. Desde arriba vi a la duquesa de Tal en su palco. Acaba de llegar de París... Conque, volviendo a lo de antes: te regalo esos objetos preciosos, porque yo me muero, hijo, me muero sin remedio, y quiero dejarte esa memoria; son piezas de tan raro mérito, que el anticuario de la Carrera de San Jerónimo me ha ofrecido dos mil reales por ellas.

—Pues llévelas usted al anticuario, y cobre los dos mil, que no le vendrán mal.

—No me hagas ese desaire, hombre... ¡Qué atrocidad! Acuérdate de tu buena madre, que tanto me quiso.

Se empeñaba en afligirse, y tan bien sabía desempeñar su papel, que concluía por obsequiarme con una lágrima.

—Cercana a la tumba—decía con patética voz—, parece que se enardecen mis afectos y que te quiero más, una cosa atroz... Adiós, hijo mío.

Levantábase pesadamente; pero al dar los primeros pasos hacia la puerta, se metía las manos en el bolsillo, lanzaba una exclamación de contrariedad y sorpresa, y decía:

—¡Vaya..., qué cabeza! ¡Qué atrocidad! ¿Pues no se me ha olvidado el portamonedas?... Y tenía que ir a la botica. Tendré que volver a casa y subir

los noventa escalones... ¡Qué mala estoy, Dios mío! Dime: ¿tienes ahí tres duros? Te los mandaré esta tarde con Irenilla.

Se los daba. ¿Qué había de hacer? Pero un día de los muchos en que me embistió con esta estratagema, no pude contener el enfado, y dije a mi cínife:

—Señora, cuando usted tenga falta, pídame con verdad y sin comedias, pues tengo el deber de no dejarla morir de hambre... Me gusta la verdad en todo, y las farsas me incomodan.

Ella lo tomó a risa, diciéndome que mis bromas le hacían gracia, que su dignidad..., ¡una cosa atroz!, y no sé qué más.

Después que le eché tal filípica, parecióme que había estado un poco fuerte, y sentí vivos remordimientos, porque la pobreza tiene, sin duda, cierto derecho a emplear para sus disimulos los medios más extraños. La indigencia es la gran propagadora de la mentira sobre la Tierra, y el estómago, la fantasía de los embustes.

Doña Cándida había sido hermosa. En la primera etapa de su miseria había defendido sus facciones de la lima del tiempo; pero ya en la época esta de las visitas y de los ataques a mi mal defendido peculio, la vejez la redimía del cuidado de su figura, y no sólo había colgado los pinceles, sino que ni aun se arreglaba con aquel esmero que más bien corresponde a la decencia que a la presunción. Deplorable abandono revelaban su traje y peinado, hecho de varios *crepés* de diferentes colores, añadidos y pelotas como de lana, aspirando el conjunto a imitar la forma más en moda. Así como en su conducta no existía la dignidad de la pobreza, en su vestido no había el aseo y compostura, que son el lujo, o mejor dicho, el decoro de la miseria. El corte era de moda, pero las telas, ajadas y sucias, declaraban haber sufrido infinitas metamorfosis antes de llegar a aquel estado. Prefería guiñapos de un viso elegante a una falda nueva de percal o mantón de lana. Tenía un vestido color de pasa de Corinto, que lo menos databa de los tiempos de la Vicalvarada, y que, con las transformaciones y el uso, se había vuelto de un color así como de caoba, con ciertos tornasoles, vetas o ráfagas que le daban el mérito de una tela rarísima y milagrosa.

Usaba un tupido velo que a la luz solar ofrecía todos los cambiantes del iris, por efecto de los corpúsculos del polvo que se habían agarrado a sus urdimbres. En la sombra parecía una masa de telarañas que velaban su frente, como si la cabeza anticuada de la señora hubiera estado expuesta a la soledad y abandono de un desván durante medio siglo. Sus dos manos, con guantes de color de ceniza, me producían el efecto de un par de garras, cuando las veía vueltas hacia mí, mostrándome descosidas las puntas de la cabritilla y dejando ver los agudos dedos. Sentía yo cierto descanso cuando las veía esconderse por las dos bocas de un manguito, cuya piel parecía haber servido para limpiar suelos.

De perfil tenía doña Cándida algo de figura romana. Era mi cínife muy semejante al Marco Aurelio de yeso que figuraba con los otros *padrotes* sobre mi estantería. De frente no eran tan perceptibles las reminiscencias de su belleza. Brillaba en sus ojos no sé qué avidez insana, y tenía sonrisas antipáticas, propiamente secuestradoras. con más un movimiento de cabeza siempre afirmativo, el cual, no sé por qué, me revelaba incorregible prurito de engañar. La figura de sus modales era otra reminiscencia que la hacía tolerable, y a veces agradable, si bien no tanto que me hiciera desear sus visitas. El parecido con Marco Aurelio, que yo hice notar cierto día a mi discípulo, fué causa de que éste le diese aquel nombre romano; pero después, confundiendo maliciosamente aquel emperador con otro, la llamaba *Calígula*.

Impresionada, sin duda, por la filípica que le eché aquel día, varió de sistema. Larga temporada estuvo sin visitarme, o lo hacía contadas veces; pero no me pedía dinero verbalmente. Para darme los golpes se valía de su sobrina, a quien mandaba a mi casa portadora de un papelito, pidiéndome cualquier cantidad con esta fórmula: «Haz el favor de prestarme tres o cuatro duros, que te devolveré la semana que entra.»

Las semanas de doña Cándida se componían, como las de Daniel, de setenta semanas de años, o poco menos.

El sistema de poner el sablote en las inocentes manos de una niña era prueba clara de la astucia y sagacidad de la

vieja, porque conociendo mi grande amor a la infancia, calculaba que era imposible la negativa. Y tenía razón la maldita; porque cuando yo veía entrar a la postulante, alargándome el papelito sin rodeos ni socaliñas, ya estaba echando mano a mi bolsillo o a la gaveta para adelantarme a la acción de la pobre niña y evitarle la pena de dar el fastidioso recado.

VI

SE LLAMABA IRENE

Su palidez, su mirada un tanto errática y ansiosa, que parecía denotar falta de nutrición; su actitud cohibida y pudorosa, como si le ocasionaran vivísimo disgusto las comisiones de su tía, me inspiraban mucha lástima. Así es que, además de la limosna, yo solía tener en mi mesa algún repuesto de golosinas. Presumiendo que rara vez tendrían satisfacción en ella los vehementes apetitos infantiles, dábale aquellas golosinas sin hacerla esperar, y ella las cogía con ansia no disimulada, me daba tímidamente las gracias bajando los ojos, y en el mismo instante empezaba a comérselas. Sospeché que este apresuramiento en disfrutar de mi regalo era por el temor de que, si llegaba a su casa con caramelos o dulces en el bolsillo, doña Cándida querría participar de ellos. Más adelante supe que no me había equivocado al pensar de este modo.

Me parece que la veo junto a mi mesa escudriñando libros, cuartillas y papeles, y leyendo en todo lo que encontraba. Tenía entonces doce años, y en poco más de tres había vencido las dificultades de los primeros estudios en no sé qué colegio. Yo la mandaba leer, y me asombraba su entonación y seguridad, así como lo bien que comprendía los conceptos, no extrañando palabra rara ni frase oscura. Cuando le rogaba que escribiese, para conocer su letra, ponía mi nombre con elegantes trazos de caligrafía inglesa, y debajo añadía: *Catedrático.*

Hablando conmigo y respondiendo a mis preguntas sobre sus estudios, su vida y su destino probable, me mostraba un discernimiento superior a sus años. Era el bosquejo de una mujer bella, honesta, inteligente. ¡Lástima grande que, por influencias nocivas, se torciese aquel feliz desarrollo o se malograse antes de llegar a conveniente madurez! Pero en el espíritu de ella noté yo admirables medios de defensa y energías embrionarias, que eran las bases de un carácter recto. Su penetración era preciosísima, y hasta demostraba un conocimiento no superficial de las flaquezas y necedades de doña Cándida. Solía contarme, con gracioso lenguaje, en el cual el candor infantil llevaba en sí una chispa de ironía, algunos lances de la pobre señora, sin faltar al respeto y amor que le tenía.

La compasión que esta criatura me inspiraba crecía viéndola mal vestida y peor calzada. Durante muchos meses, que ahora se me representan años, vi en ella un chabacano sombrero de paja, una especie de cesta deforme y abollada, con una cinta pálida, como el propio rostro de Irene, que caía por un lado del modo menos gracioso que puede imaginarse. Todo lo demás de su vestimenta era marchito, ajado, viejo, de tercera o cuarta mano, con disimulos aquí y allí que aumentaban la fealdad. Tanto me desagradaba ver en sus pies unas botas torcidas, grandonas, destaconadas, que determiné cambiarle aquellas horribles lanchas por un par de botinas elegantes. Entregarle el dinero habría sido inútil, porque doña Cándida lo hubiera tomado para sí. Mi diligente ama de llaves se encargó de llevar a Irene a una zapatería, y al poco rato me la trajo perfectamente calzada. Como le vi lágrimas en los ojos, creí que las botinas, por ser nuevas, le apretaban cruelmente; pero ella me dijo que no, y que no. Y, para que me convenciera de ello, se puso a dar saltos y a correr por mi cuarto. Riendo, se le secaron las lágrimas.

Algunos días, el papelito, después de la petición de dinero, traía esta nota: «Te ruego que proporciones a Irene una Gramática.»

Y en otra ocasión: «Irene tiene vergüenza de pedirte un libro bonito que leer. A mí mándame una novela interesante o, si lo tienes, un tomo de causas célebres.»

Lo de los libros para Irene lo atendía yo con muchísimo gusto. Pero su palidez, su mirada afanosa, me revelaban necesidades de otro orden, de esas que no se satisfacen con lecturas ni admiten sofismas del espíritu; la necesidad

orgánica, la imperiosa ley de la vida animal, que los hartos cumplimos sin poner atención en ella ni cuidarnos del sufrimiento con que la burlan o la trampean los menesterosos. ¡Cosa, en verdad, tristísima! Irene tenía hambre. Convencíme de ello un día haciéndola comer conmigo. La pobrecita parecía que había estado un mes privada de todo alimento, según honraba los platos. Sin faltar a la compostura, comió con apetito de gorrión y no se hizo mucho de rogar para llevarse envueltos en un papel los postres que sobraron. De sobremesa parecía como avergonzada de su voracidad: hablaba poco, acariciaba al gato, y después me pidió un libro de estampas para entretenerse.

Era niña poco alborotadora y que no gustaba de enredar. Fuera de aquella ocasión de las botas, nunca la vi saltando en mi cuarto, ni metiendo bulla. Generalmente, se sentaba callada y juiciosa como una mujer, o miraba, una tras otra, las láminas colgadas en la pared, o pasaba revista a los rótulos de la biblioteca, o cogía, previo permiso mío, cualquier librote de ilustraciones o viajes para recrearse en los grabados, tanto respeto me tenía, que ni aun se atrevía a preguntar, como otros niños: «¿Qué es esto, qué es lo otro?» O lo adivinaba todo, o se quedaba con las ganas de saberlo.

El día de mi santo vino a traerme una relojera bordada por ella, y, ¡caso inaudito!, aquel día, por consideración especial del cínife, no trajo papelito. En otras solemnidades me obsequió con varias cosillas de labores y una cajita de papel-cañamazo, que no conservo aún porque un día la cogió el gato por su cuenta y me la hizo pedazos. Yo correspondí a las finezas de Irene y a la compasión que me inspiraba comprándole un vestidillo.

Esta inteligente y desgraciada niña no era sobrina de doña Cándida, sino de García Grande. Sus padres habían estado en buena posición. Quedó huérfana en vida del esposo de doña Cándida, el cual la trató como hija. Vino el desastre con la muerte del asegurador de vidas; pero, afortunadamente, Irene no estaba en edad de apreciar el brusco paso de la bienandanza a la adversidad. Conservóla a su lado mi cínife, por no tener la criatura otros parientes. Y yo pregunto: ¿Fué un mal o un bien para Irene haber nacido entre escaseces y haberse educado en esa negra academia de la desgracia que a muchos embrutece y a otros devora y avalora, según el natural de cada uno? Yo le preguntaba si estaba contenta de su suerte, y siempre me respondía que sí. Pero la tristeza que despedían, como cualidad intrínseca y propia, sus bonitos ojos, aquella tristeza que a veces me parecía un efecto estético, producido por la luz y color de la pupila, a veces un resultado de los fenómenos de la expresión, por donde se nos transparentan los misterios del mundo moral, quizá revelaba uno de esos engaños cardinales en que vivimos mucho tiempo, o quizá toda la vida, sin darnos cuenta de ello.

A medida que el tiempo pasaba y que Irene crecía, escaseaban sus visitas, lo que no significaba mejoramiento de fortuna de doña Cándida, sino repugnancia de Irene a desempeñar las innobles misiones de la esquelita del petitorio. Desarrollado con la edad su amor propio, la pequeña venía a mi casa sólo para las exacciones de cuantía, y las menudas las hacía la criada. Por último, rodando insensiblemente el tiempo, llegó un día en que todas las comisiones las desempeñaba la criada. Dejé de ver a la sobrina de mi cínife, aunque siempre por éste y por la muchacha tenía noticias de ella. Supe, al fin, con injustificada sorpresa, que llevaba traje bajo, cosa muy natural, pero que a mí me pareció extraña, por este rutinario olvido en que vivimos del crecimiento de todas las cosas y la marcha del mundo. Me agradó mucho saber que Irene había entrado en la Escuela Normal de Maestras, no por sugestiones de su tía, sino por idea propia, llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios. Doña Cándida me ponderaba los varios talentos de su sobrina, que era el asombro de la Escuela, una sabia, una filósofa en fin, una *cosa atroz*...

Esta parte de mi relato viene a caer hacia 1877. En este año me mudé de la sosegada calle de Don Felipe a la bulliciosa del Espíritu Santo, y poco después conocí a doña Javiera, y emprendí la educación de Manuel Peña, con todo lo demás que, sacrificando el or-

den cronológico al orden lógico, que es el mío, he contado antes. El tiempo, como reloj que es, tiene sus arbitrariedades; la lógica, por no tenerlas, es la llave del saber y el relojero del tiempo.

VII

CONTENTO ESTABA YO DE MI DISCÍPULO

Porque algunas de sus brillantes facultades se desarrollaban admirablemente con el estudio, mostrándome cada día nuevas riquezas. La Historia le encantaba y sabía encontrar en ella las hermosas síntesis que son el principal hechizo y el mejor provecho de su estudio. En lo que siempre le veía premioso era en expresar su pensamiento por la escritura. ¡Lástima grande que, pensando tan bien y a veces con tanta agudeza y originalidad, careciese de estilo, y que, teniendo el don de asimilarse las ideas de los buenos escritores, fuese tan refractario a la forma literaria! Yo le mandaba que me hiciese Memorias sobre cualquier punto de Historia o de Economía. Escritas en breve tiempo, me las leía, y admirando en ellas la solidez del juicio, me exasperaba lo tosco y pedestre del lenguaje. Ni aun pude corregir en él las faltas ortográficas, aunque, a fuerza de constancia, mucho adelanté en esto.

Para que se comprenda el tipo intelectual de mi discípulo, faltaba sólo un detalle, que es el siguiente: mandábale yo que aquello mismo tan bien pensado en las Memorias y tan perversamente escrito, me lo expresase en forma oral, y aquí era de ver a mi hombre transformado, dueño de sí, libre y a sus anchas, como quien se despoja de las cadenas que le oprimían. Poníase delante de mí, y con el mayor despejo me pronunciaba un discurso en que sorprendían la abundancia de ideas, el acertado enlace, la gradación, el calor persuasivo, la influencia seductora, la frase incorrecta, pero facilísima, engañadora, llena de sonoridades simpáticas.

—Vamos—le dije, con entusiasmo, un día—. Está visto que eres orador, y si te aplicas, llegarás a donde han llegado pocos.

Entonces caí en la cuenta de que su verdadero estilo estaba en la conversación, y de que su pensamiento no era susceptible de encarnarse en otra forma que en la oratoria. Ya empezaba a brillar en el diálogo su ingenio un tanto paradójico y controversista, y le seducían las cuestiones palpitantes y positivas, manifestando hacia las especulativas repugnancia notoria. Esto lo vi más claro cuando quise enseñarle algo de Filosofía. Trabajo inútil. Mi buen Manolito bostezaba, no comprendía una palabra, no fijaba su atención, hacía pajaritas, hasta que, no pudiendo soportar más su aburrimiento, me suplicaba, por amor de Dios, que suspendiese mis explicaciones porque se ponía malo, sí, se ponía nervioso y febril.

Tan enérgicamente rechazaba su espíritu esta clase de estudios, que, según decía, mi primera explicación sobre la *indagación de un principio de certeza* había producido en su entendimiento efecto semejante al que en el cuerpo produce la toma de un vomitivo. Yo le instaba a reflexionar sobre *la unidad real entre el ser y el conocer,* asegurándole que cuando se acostumbrase a los ejercicios de la reflexión hallaría en ellos indecibles deleites; pero ni por ésas. El sostenía que cada vez que se había puesto a reflexionar sobre esto o sobre la *conformidad esencial del pensamiento con lo pensado,* se le nublaba por completo el entendimiento y le entraba un dolor de estómago tan pícaro que suspendía las reflexiones y cerraba maquinalmente el libro.

¡Refractario a la filosofía, rebelde al estilo! ¡Pobre Manolito Peña! Si a medida que se rebelaba contra le enseñanza filosófica no me hubiera asombrado con sus progresos en otros ramos del saber, mucho habría perdido el discípulo en el concepto del maestro. Lo único que pude conseguir de él en esta materia fué que pusiese alguna atención en la historia de la filosofía, pero mirándola más que un tema de curiosidad y erudición que como objeto de conocimiento sistemático y de ciencia. Me enojaba que Manuel se educase así en el escepticismo. Grandes esfuerzos hice para evitarlo; pero con ellos aumentaba su aversión a lo que él llamaba la *Teología sin Dios.* Ya por entonces gustaba de condenar o ensalzar las cosas con una frase picante y epigramática. Era a veces oportunísimo; las más, paradójico;

pero esta manera de juzgar con epigramas las cosas más serias priva tanto en nuestros días, que casi, casi se podía asegurar que mi discípulo, poseyendo aquella cualidad, remataba y como que ponía la veleta al gallardo edificio de sus aptitudes. Observando éstas, viendo lo que a Manuel faltaba, y lo que en grado tan exceso tenía, me preguntaba yo: «Este muchacho, ¿qué va a ser? ¿Será un hombre ligero, o el más sólido de los hombres? ¿Tendremos en él una de tantas eminencias sin principios, o la personificación del espíritu práctico y positivo?» Aturdido yo, no sabía qué contestarme.

Iba descubriendo, además, Manolito un don de gentes cual no le he visto semejante en ningún chico de su edad. Sabía inspirar vivas simpatías a toda persona con quien hablaba, y su gracia, su fácil expresión, su oportunidad, daban a su palabra una fuerza convincente y dominadora que le abría las puertas de todos los corazones. Sabía ponerse al nivel intelectual de su interlocutor hablando con cada uno el lenguaje que le correspondía. Pero lo más digno de alabanza en él era su excelente corazón, cuyas expansiones iban frecuentemente más lejos de lo que los buenos términos de la generosidad piden. Yo tuve empeño en regularizar sus nobles sentimientos y su espíritu de caridad, marcándole juiciosos límites y reglas. También trabajé en corregirle el pernicioso hábito de gastar dinero tontamente, empleándolo en fruslerías tan pronto adquiridas como olvidadas. Imposible me fué quitarle el vicio de fumar, por ser ya viejo en él; pero triunfé contra la maldita maña suya de estar siempre chupando caramelos, de los cuales tenía lleno el bolsillo. Con esto y el fumar, se le quitaban las ganas de comer; y lo peor era que durante la lección me engolosinaba a mí, y tal imperio tiene la costumbre y de tal manera se apodera de nuestros flacos sentidos cualquier vano apetito, que el día en que, por mi propio mandato, faltaron los caramelos, los echó mi lengua de menos, y casi, casi me mortificó aquella falta.

Cuánto me agradecía doña Javiera las reformas obtenidas en la conducta de su hijo, no hay para qué decirlo. Las declaraciones de su gratitud venían a mí por Pascuas y otras festividades en forma de jamones, morcillas y butifarras, todo de lo mejor y abundantísimo; pero tan grande economía resultaba a la señora de Peña de las restricciones impuestas por mí al bolsillo filial, que, aunque me regalase media tienda, siempre salía ganando.

Vestía Manuel con elegancia y variedad, y jamás intenté moderarle mucho en esto, porque la compostura de la persona es garantía de los buenos modales y un principio por sí de buena educación. Como el muchacho era rico y había de representar en el mundo un papel muy airoso, debía prepararse a ello, cultivando y ensayando, desde luego, la forma, el buen parecer, el estilo, pues estilo es esto que da al carácter lo que la frase al pensamiento; es decir, tono, corte, vigor y personalidad. Lo que no me gustaba era verle adoptar algunas veces, con capricho elegante, las maneras y el traje de la gente torera, para ir al encierro, a una expedición de campo o a visitar la dehesa en que pacen los toros. Discusiones reñidas y un tanto agrias tuvimos sobre esto; él se defendía con zalamerías, y yo, conociendo que debe dejarse a cada edad, si no todo, parte de lo que le pertenece, y que, además, es locura prescindir del medio ambiente y del influjo local, transigía, dejando que el tiempo, con las exigencias serias de la vida, curara a mi discípulo de aquella pueril vanidad.

Yo no cesaba de pensar en las dificultades con que Manolito tendría que luchar para abrirse paso en la sociedad y para ocupar en ella un puesto conforme a sus altas dotes. ¡Delicada cuestión! Es evidentísimo que la democracia social ha echado entre nosotros profundas raíces, y a nadie se le pregunta quién es ni de dónde ha salido para admitirle en todas partes y festejarle y aplaudirle, siempre que tenga dinero o talento. Todos conocemos a diferentes personas de origen humildísimo que llegan a los primeros puestos y aun se alían con las razas históricas. El dinero y el ingenio, sustituídos a menudo por sus similares, agio y travesura, han roto aquí las barreras todas, estableciendo la confusión de clases en grado más alto y con aplicaciones más positivas que en los países europeos, donde la democracia, excluída de las costumbres, tiene representación en las

leyes. Desde este punto de vista, y aparte de la gran desemejanza política, España se va pareciendo, cosa extraña, a los Estados Unidos de América, y, como esta nación, va siendo un país escéptico y utilitario, donde el espíritu fundente y nivelador domina sobre todo. La Historia tiene cada día entre nosotros menos valor de aplicación y está toda ella en las frías manos del arqueólogo, del curioso, del coleccionista y del erudito seco monomaníaco. Las improvisaciones de fortuna y posición menudean: la tradición, quizá por haberse hecho odiosa con apelaciones a la fuerza, carece de prestigio; la libertad de pensamiento toma un vuelo extraordinario, y las energías fatales de la época, riqueza y talento, extienden su inmenso imperio.

Pero esta transformación, con ser ya tan avanzada, no ha llegado al punto de excluir ciertos miramientos, ciertos reparillos en lo que toca a la admisión de personas de bajo origen en el ciclo céntrico, digámoslo así, de la sociedad. Si el bajo origen está lejano, aunque solamente lo separe el tiempo presente el espacio de un par de lustros, todo va bien, muy bien. Nuestra democracia es olvidadiza, pero no ha llegado a ser ciega; así, cuando la bajeza está presente y visible, cuesta algún trabajo disimularla con dinero. ¿Quién duda que en ciertos escudos de nobleza podría pintarse una pierna de carnero, un pececillo o cualquier otro emblema de baja industria? Pero el origen de estas casas se halla ya tan lejano, que nadie se cuida de él, mientras que en el caso de mi discípulo aún subsistía abierto el plebleyo establecimiento, y aquel Manolito Peña, tan listo, tan discreto, tan guapo, tan distinguido, tan noble en todo y por todo, solía ser llamado entre sus compañeros de la Universidad el *hijo de la carnicera*.

Yo no hablaba con él de estas cosas, pero pensaba mucho en ellas y temía penosas contrariedades. Un día que hablábamos de su porvenir y de sus proyectos, me confesó que andaba algo enamorado de la hija del empresario de la plaza de toros, chica bonita y graciosa. Doña Javiera también lo supo, y no pareció contrariada. La niña de Vendesol era de honrada familia, heredera única de una gran fortuna; parecía de inmejorables condiciones morales, y en jerarquía superaba a Manuel, pues si bien los Vendesoles habían sido carniceros, la tienda se cerró treinta años ha, y luego fueron tratantes en ganado, contratistas de abastos en grande escala. Doña Javiera veía con gusto la inclinación de su hijo, y con su buen humor me decía:

—Esto parece cosa de la Providencia, amigo Manso. La chica tiene *parné*, y en cuanto a nobleza, allá se van cuernos con cuernos.

Respetando esta argumentación positivista y cornúpeta, creía yo que la edad de Manuel (que no pasaba de veintitrés años) no era aún propia para el matrimonio, a lo cual me dijo la señora de Peña que, para casarse bien, todas las edades son buenas. Comprendí que aquél era un asunto en el cual no debía entremeterme, y me callé. Me parecía que doña Javiera estaba rabiando por entroncar con Vendesol, personaje de origen bajísimo, que de niño había corrido y jugado con los pies descalzos en los arroyos sangrientos de las calles de Candelario, pero cuya bajeza estaba ya redimida por treinta años de posición rica, honrosa y respetada. La señora y las hermanas de Vendesol vivían en un pie de elegancia y de relaciones que a mi vecina, por motivo de tabla auténtica y visible, le estaba aún vedado. No las conocía más que de nombre y de vista doña Javiera; pero deliraba por tratarlas y ponerse a su nivel, cosa que a ella le parecía muy fácil teniendo dinero. Por Ponce supe un día que se trataba de traspasar la tienda, poniendo punto final al comercio de carne.

Manuel se enzarzaba más de día en día en sus amores, escatimando tiempo y atenciones al estudio. Dos años y medio llevábamos ya de lecciones y, aunque no se habían enfriado la delicada afición y el respeto que me tenía, nuestra comunidad intelectual era menos estrecha y nuestras conferencias más breves. Nos veíamos diariamente, charlábamos de diversas cosas, y mientras yo procuraba llevar su espíritu a las leyes generales, él no gustaba sino de los hechos y de las particularidades, prefiriendo siempre todo lo reciente y visible. Disputábamos a veces con calor, y decíamos algo sobre las obras nuevas; pero ya no paseábamos juntos. El salía

todas las tardes a caballo, y yo paseaba solo y a pie. Ultimamente, ni en el Ateneo nos veíamos por las noches, porque él iba al teatro muy a menudo y a la casa de Vendesol.

Notaba yo en mí cierta soledad, el triste vacío que deja la suspensión de una costumbre. Habíamos llegado a un punto en que debía dar por finalizada la dirección intelectual de mi discípulo, quien ya podía aprender por sí solo todo lo cognoscible y aun aventajarme. Así lo manifesté a doña Javiera, que se me mostró muy agradecida. Subía la buena mujer a charlar conmigo a primera noche, y su conversación exhalaba ciertos humos de vanidad que hacían contraste con su llaneza de otros días. La idea de emparentar con los de Vendesol empezaba a trastornarle el juicio, y como se sentía con fuerzas pecuniarias para hacer frente a una situación de lujo, su vanidad no parecía totalmente injustificada. Era por demás irónico el efecto que resultaba de la grandeza de sus proyectos y del lenguaje con que los traducía, llamando, por vieja costumbre, al dinero *parné,* al figurar *darse pisto.* Ya más de una vez su hijo había intentado, con poco éxito, traer a su madre a las buenas vías académicas en materia de lenguaje.

Unas cosas me las confiaba doña Javiera claramente, y otras me las daba a entender con discreción y gracia. Lo de quitar la tienda y limpiarse para siempre de las manos la sangre de ternera, me lo manifestó palabra por palabra. Yo lo aprobaba, aunque para mis adentros decía que, si la señora continuaba hablando de aquel modo, hallaría para lavarse las manos la misma dificultad que halló lady Macbeth para limpiarse las suyas. Indirectamente me declaró el propósito de legitimar sus relaciones con Ponce, y de conseguir algo que le decorase en sociedad y le diera visos de persona respetable, como, por ejemplo, una crucecilla de cualquier orden, aunque fuera la de Beneficencia; un empleo o comisión de estas que llaman honoríficas.

Por aquellos días, que eran los de la primavera del año 80, volvió doña Cándida a darme personalmente sus picotazos. Ella y doña Javiera se encontraban en mi despacho, y no necesito decir lo que resultaba del rozamiento de dos naturalezas tan distintas. Cada cual se despachaba a su gusto: la carnicera, toda desenfado y espontaneidad; la de García Grande, toda hinchazón, embustería y fingimientos. Estaba delicadísima, perdida de los nervios. La habían visto Federico Rubio, Olavide y Martínes Molina, y, por su dictamen, se iba a los baños de Spa. Doña Javiera le recetaba vino de Jerez y agua de hojas de naranjo agrio. Reíase doña Cándida del empirismo médico y preconizaba las aguas minerales. De aquí pasaba al capítulo de sus viajes, de sus relaciones, de duques y marqueses, y, al fin, yo, que la conocía tan bien, concluía por suponerla estampada en el *Almanaque Gotha.*

Cuando mi cínife y yo nos quedábamos solos, dejaba el clarín de vanidad por la trompetilla de mosquito, y entre sollozos y mentiras me declaraba sus necesidades. ¡Era una cosa atroz! Estaba esperando las rentas de Zamora, ¡y aquel pícaro administrador!..., ¡qué administrador tan pícaro! Entre tanto, no sabía cómo arreglarse para atender a los considerables gastos de Irene en la Escuela de Institutrices, pues sólo en libros le consumía la mayor parte de su hacienda. Todo, no obstante, lo daba por bien empleado, porque Irenilla era un prodigio, el asombro de los profesores y la gloria de la institución. Para mayor ventaja suya, había caído en manos de unas señoras extranjeras (doña Cándida no sabía bien si eran inglesas o austríacas), las cuales le habían tomado mucho cariño, le enseñaban mil primores de gusto y perfilaban sus aptitudes de maestra, comunicándole esos refinamientos de la educación y ese culto de la forma y del buen parecer que son gala principal de la mujer sajona. Tenía ya diecinueve años.

Tiempo hacía que yo no la había visto, y deseaba verla para juzgar por mí mismo sus adelantos. Pero ella, por no sé qué mal entendida delicadeza, por amor propio o por otra razón que se me ocultaba, no iba nunca a mi casa. Una mañana me la encontré en la calle, junto a un puesto de verduras. Estaba haciendo la compra en compañía de la criada. Sorprendiéronme su estatura airosa, su vestido humilde, pero aseadísimo, revelando en todo la virtud del arreglo, que, sin duda, no le

había enseñado su tía. Claramente se mostraba en ella el noble tipo de la pobreza, llevada con valentía y hasta con cariño. Mi primer intento fué saludarla; mas ella, como avergonzada, se recató de mí haciendo como que no me veía, y volvió la cara para hablar con la verdulera. Respetando yo esta esquivez, seguí hacia mi cátedra, y al volver la esquina de la calle del Tesoro, ya me había olvidado del rostro siempre pálido y expresivo de Irene, de su esbelto talle, y no pensaba más que en la explicación de aquel día, que era la *Relación recíproca entre la conciencia moral y la voluntad.*

VIII

¡AY MÍSERO DE MÍ!

¡Ay infelice! Mortal cien veces mísero, desgraciado entre todos los desgraciados, en maldita hora caíste de tu paraíso de tranquilidad y método al infierno del barullo y del desorden más espantosos. Humanos, someted vuestra vida a un plan de oportuno trabajo y de regularidad placentera: acomodaos en vuestro capullo como el hábil gusano: arreglad vuestras funciones todas, vuestros placeres, descansos y tareas a discreta medida para que a lo mejor venga de fuera quien os desconcierte, obligándoos a entrar en la general corriente, inquieta, desarreglada y presurosa... ¡Objetivismo mil veces funesto que nos arrancas a las delicias de la reflexión, al goce del puro *yo* y de sus felices proyecciones: que nos robas la grata sombra de *uno mismo,* o lo que es igual, nuestros hábitos, la fijeza y regularidad de nuestras horas, el acomodamiento de nuestra casa!... Pero estas exclamaciones, aunque salidas del fondo del alma, no bastan a explicar el grande y radical cambio que sobrevino en mis costumbres.

Oíd y temblad. Mi hermano, mi único hermano, aquel que a los veintidós años se embarcó para las Antillas en busca de fortuna, me anunció su propósito de regresar a España, trayendo toda la familia. En América había estado veinte años probando distintas industrias y menesteres, pasando al principio muchos trabajos, arruinado después por la insurrección y enriquecido al fin súbitamente por la guerra misma, infame aliada de la suerte.

Casó en Sagua la Grande con una mujer rica, y el capital de ambos representaba algunos millones. ¿Qué cosa más prudente que dejar a la Perla de las Antillas arreglarse como pudiese, y traer dinero y personas a Europa, donde uno y otras hallarán más seguridad? La educación de los hijos, el anhelo de ponerse a salvo de sobresaltos y temores y, por otra parte, la comezoncilla de figurar un poco y de satisfacer ciertas vanidades, decidieron a mi hermano a tomar tal resolución. Dos meses habían pasado desde que me anunció su proyecto, cuando recibí un telegrama de Santander participándome, ¡ay!..., lo que yo temía.

Dióme la corazonada de que el arribo de aquel familión trastornaría mi existencia, y el natural gusto de abrazar a mi hermano se amargaba con el pensamiento de un molestísimo desbarajuste en mis costumbres. Corría el mes de septiembre del 80. Una mañana recibí en la estación del Norte a José María con todo su cargamento, a saber: su mujer, sus tres niños, su suegra, su cuñada, con más un negrito como de catorce años, una mulatica y, por añadidura, dieciocho baúles facturados en grande y pequeña, catorce maletas de mano, once bultos menores, cuatro butacas. El reino animal estaba representado por un loro en su jaula, un sinsonte en otra, dos tomeguines en ídem.

Ya tenía yo preparada la mitad de una fonda para meter este escuadrón. Acomodé a mi gente como pude, y mi hermano me manifestó desde el primer día la necesidad de tomar casa, un principal grande y espacioso donde cupiera toda la familia con tanto desahogo como en las viviendas americanas. José María tiene seis años más que yo, pero parece excederme en veinte. Cuando llegó, sorprendióme verle lleno de canas. Su cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán que permitía ver lo amarillo de los tegumentos bajo el tinte resinoso de la epidermis. Estaba todo afeitado como yo. Traía ropa de fina alpaca, finísimo sombrero de Panamá con cinta negra muy delgada, corbata tan estrecha como la cinta del sombrero,

camisa de bordada pechera con botones de brillantes, los cuellos muy abiertos, y botas de charol con las puntas achaflanadas. Lica (que este nombre daban a mi hermana política) traía un vestido verde y rosa, y el de su hermana era azul, con sombrero pajizo. Ambas representaban, a mi parecer, emblemáticamente, la flora de aquellos risueños países, el encanto de sus bosques, poblados de lindísimos pajarracos y de insectos vestidos con todos los colores del iris.

José María no tenía palabras, el primer día, más que para hablarme de nuestra hermosa y poética Asturias, y me contó que la noche antes de llegar a Santander se le habían saltado las lágrimas al ver el faro de Ribadesella. Pagado este sentimental tributo a la madre patria, nos ocupamos en buscar habitación. Me había caído quehacer. Atareado con los exámenes de septiembre, tenía que multiplicarme y fraccionar mi tiempo de un modo que me ocasionaba indecibles molestias. Al fin encontramos un magnífico principal en la calle de San Lorenzo, que rentaba cuarenta y cinco mil reales, con cochera, nueve balcones a la calle y muchísima capacidad interior: era el arca de Noé que se necesitaba. Yo calculé los gastos de instalación, muebles y alfombras en diez mil duros, y José María no halló exagerada la cantidad. Los hechos y los números de los tapiceros demostraron más tarde que yo me había quedado corto y que mi saber del conocimiento exterior y trascendente no llegaba hasta poseer claras ideas en materias de alfombrado y carruajes.

Aún estuvo la familia en la fonda más de un mes, tiempo que se empleó en la transformación de vestidos y en ataviarse según los usos de aquende los mares. Bandada de menestrales invadió las habitaciones, y a todas horas se veían probaturas, elección de telas, cintas y adornos, y las modistas andaban por allí como en casa propia. Proveyéronse las tres damas de abrigos recargados de pieles y algodones, porque todo les parecía poco para el gran frío que esperaban y para defenderse de las pulmonías. A las dos semanas, todos, desde mi hermano hasta el pequeñuelo, no parecían los mismos.

Satisfechas estaban Lica, su mamá y hermana de la metamorfosis conseguida, no sin arduas discusiones, consultas y algún suplicio de cinturas; las tres alababan sin tasa la destreza de las modistas y corseteras, y principalmente la baratura de todas las cosas. así trapos como mano de obra. Tanto las entusiasmaba lo arregladito de los precios, que iban de tienda en tienda comprando bagatelas, y todas las tardes volvían a casa cargadas de diversos objetos, prendas falsas y chucherías de bazar. Los dependientes de las tiendas aparecían luego trayendo paquetes de cuanto Dios crió y perfeccionó la industria en moldes, prendas y telares. Las docenas de guantes, las cajas de papel timbrado, los *bibelots*, los abanicos, las flores contrahechas, los estuchitos, paletas pintadas, pantallas y novedades de cristalería y porcelana, ofrecían sobre las mesas y consolas de la sala un conjunto algo fantástico. Francamente, yo creía que iban a poner tienda.

También daban frecuentes asaltos a las confiteras, y en el gabinete tenían siempre una bandeja de dulces, por la necesidad en que Lica se veía de regalarse a cada instante con golosinas, entreverando los confites con las frutas, y a veces con algún pastelillo o carne fiambre. Como se hallaba en estado de buena esperanza (y ya bastante avanzada), los antojos sucedían a los antojos. Es verdad que su hermana, sin hallarse, ni mucho menos, en semejante estado, también los tenía, y a cada ratito decían una y otra: «Me apetece uva, me apetece huevo hilado, me apetece pescado frito, me apetece merengue.» Las campanillas de las habitaciones repicaban como si por los altos alambres anduvieran diablitos jugueto-nes, y los criados entraban y salían con platos y bandejas, tan atareados los pobres, que me daba lástima verlos.

Las tres damas pasaban las horas echadas indolentemente en sus mecedoras, con los vestidos que habían traído de la calle, dale que dale a los abanicos si hacía calor, y muy envueltas en sus mantos si hacía frío. Por la noche iban al teatro, luego tomaban chocolate y se acostaban. Dormían la mañana, y cuando venía la peinadora estaban tan muertas de sueño, que no había forma humana de que se levantaran. Vencida de su abrumadora pereza, Lica, no que-

riendo levantarse ni dejar de peinarse, echaba la cabeza fuera de las almohadas, y en esta incómoda postura se dejaba peinar para seguir durmiendo.

En tanto, las dos niñas y el pequeñuelo enredaban solos en una pieza destinada a ellos y a sus bulliciosas correrías. Cuidábanlos la mulata Remedios y el negro Rupertico. Los gritos se oían desde la calle; jugaban al carro, arrastrando sillas, y no pasaba día sin que rompieran algo o rasgaran de medio a medio una cortina o desvencijaran un mueble. A poco de llegar, se revolcaban casi en cueros sobre las alfombras, hasta que, habiendo refrescado el tiempo, se los veía jugar vestidos con los costosos trajes de paño fino guarnecidos de pieles que les habían hecho para salir a paseo.

Rupertico era tan travieso, que no se podía hacer carrera de él. De la mañana a la noche no hacía más que jugar o asomarse al balcón para ver pasar los coches. Cuando sus amas le llamaban para que les alcanzara alguna cosa, lo cual ocurría poco más o menos cada dos minutos, era preciso buscarle por toda la casa, y cuando le encontrábamos le traíamos por una oreja. Yo me encargaba de esta penosa comisión, tan disconforme con mis ideas abolicionistas, pôrque los ayes del morenito me molestaban menos que el insufrible alarido de las señoras diciendo a toda hora: «Pícaro negro, tráeme mis zapatos; ven a apretarme el corsé; tráeme agua; alcánzame una horquilla», etc. Un día le buscamos inútilmente por toda la casa. «¿Dónde se habrá metido este condenado?», decíamos mi hermano y yo, recorriendo todas las habitaciones, hasta que al fin lo hallamos en un cuarto oscuro. Su carilla de ébano se me apareció como un antropomorfismo de las tinieblas, que echaron de sí los dos globos blancos de los ojos, la dentadura ebúrnea y los labios de granate. Una voz ronquilla y apagada decía estas palabras: «Mucho fío, mucho fío.» Sacámosle de allí. Era como si le sacáramos de un tintero, pues estaba arrebujado en un mantón negro de su ama. Aquel día se le compró un chaleco rojo de Bayona, con el cual estaba muy en carácter. Era un buen chico, un alma inocente, fiel y bondadosa, que hacía pensar en los ángeles del fetichismo africano.

Casi todos los días tenía que quedarme a comer con la familia, lo cual era un cruel martirio para mi, pues en la mesa había más barullo que en el muelle de la Habana.

Principiaba la fiesta por las disputas entre mi hermano y Lica sobre lo que ésta había de comer.

—Lica, toma carne. Esto es lo que te conviene. Cuídate, por Dios.

—¿Carne? ¡Qué asco!... Me apetece dulce de guinda. No quiero sopa.

—Niña, toma carne y vino.

—¡Qué chinchoso!... Quiero melón.

En tanto la *niña Chucha* (así llamaban a la suegra de mi hermano), que desde el principio de la comida no había cesado de dirigir acerbas críticas a la cocina española, ponía los ojos en blanco para lanzar una exclamación y un suspiro, consagrados ambos a echar de menos el buniato, la yuca, el ñame, la malanga y demás vegetales que componen la vianda. De repente, la buena señora, mareada del estruendo que en la mesa había, llenaba un plato y se iba a comérselo a su cuarto. Distraído yo con estas cosas, no advertía que una de las niñas, sentada junto a mí, metía la mano en mi plato y cogía lo que encontraba. Después me pasaba la mano por la cara, llamándome *tiito bonito*, y el chiquitín tiraba la servilleta en mitad de una gran fuente con salsa, y luego la arrojaba húmeda sobre la alfombra. La otra niña pedía con atroces gritos todo aquello que en el momento no estaba en la mesa, y los papás seguían disertando sobre el tema de lo que más convenía al delicado temperamento y al crítico estado de Lica.

—Chinita, toma vino.

—¿Vino? ¡Qué asco!

—Mujer, no bebas tanta agua.

—¡Jesús, qué chinchoso! Que me traigan azucarillos.

—Carne, mujer, toma carne.

Y el chico salía a la defensa de su mamá, diciendo:

—Papá *mapiango*.

—Niño, si te cojo...

—Papá cochino...

—Yo quiero fideo con azúcar—chillaba una vocecita más allá.

—Me apetece garbanzo.

—¡Silencio, silencio!—gritaba José

María, dando fuertes golpes en la mesa con el mango del cuchillo.

Una chuleta empapada en tomate volaba hasta caer pringosa sobre la blanca pechera de la camisa del papá. Levantábase José María furioso y daba una tollina al nene; pegaba éste un brinco y salía, atronando la fonda con su lloro; enfadábase Lica; refunfuñaba su hermana; aparecía la *niña Chucha* enojada porque castigaban al nieto, y se sentaba a la mesa para seguir comiendo; llamaban a Rupertico, a la mulata, y, en tanto, yo no sabía a qué orden de ideas apelar ni a qué filosofía encomendarme para que se serenara mi espíritu.

Como todo el día estaba comiendo golosinas, Lica no hacía más que probar de cada plato y beber vasos de agua. Al fin saciaba en los postres su apetito de cositas dulces y frescas. Servían el café, más negro que tinta; pero yo me resistía a introducir en mí aquel pícaro brebaje por temor a que me privara del sueño, y me impacientaba y contaba las horas, esperando la bendita de escapar a la calle.

Luego venía el fumar, y allí me veríais entre pestíferas chimeneas, porque no sólo era mi hermano el que chupaba, sino que Lica encendía su cigarrillo, y la *niña Chucha* se ponía en la boca un tabaco de a cuarta. El humo y el vaivén de las mecedoras me ponían la cabeza como un molino de viento, y aguantaba y sostenía la conversación de mi hermano, que despuntaba ya por la política, hasta que, llegada la hora de la abolición de mi esclavitud, me despedía y me retiraba, enojado de tan miserable vida y suspirando por mi perdida libertad. Volvía mis tristes ojos a la Historia, y no le perdonaba, no, a Cristóbal Colón que hubiera descubierto el Nuevo Mundo.

IX

MI HERMANO QUIERE CONSAGRARSE AL PAÍS

Instaláronse a mitad de octubre en la casa alquilada, y el primer día se encendieron las chimeneas, porque todos se morían de frío. Lica estaba *fluxionada;* su hermana Chita (Merceditas), poco menos, y la *niña Chucha,* atacada de súbita nostalgia, pedía con lamentos elegíacos que la llevasen a su querida Sagua, porque se moría en Madrid de pena y frío. La casa, estrecha y no muy clara, era tediosa cárcel para ella, y no cesaba de traer a la memoria las anchas, despejadas y abiertas viviendas del templado país en que había nacido. Víctima del mismo mal, el expatriado sinsonte falleció a las primeras lluvias, y su dolorida dueña le hizo tales exequias de suspiros, que creíamos iba a seguir ella el mismo camino. Uno de los tomeguines se escapó de la jaula y no se le volvió a ver más. A la buena señora no había quien le quitara de la cabeza que el pobre pájaro se había ido de un tirón a los perfumados bosques de su patria. ¡Si hubiera podido ella hacer otro tanto! ¡Pobre doña Jesusa, y qué lástima me daba! Su única distracción era contarme cosas de su bendita tierra, explicarme cómo se hace el apiaco, describirme los bailes de los negros y el tañido de la maruga y el güiro, y por poco me enseña a tocar el birimbao. No salía a la calle por temor a encontrarse con una pulmonía; no se movía de su butaca ni para comer. Rupertico le servía la comida y se iba engullendo por el camino las sobras que ella le daba.

En cambio, mi hermano, su mujer y cuñada se iban adaptando asombrosamente a la nueva vida, al áspero clima y a la precipitación y tumulto de nuestras costumbres. José María, principalmente, no echaba de menos nada de lo que se había quedado del otro lado de los mares. Bien se le notaba la satisfacción de verse tan obsequiado, y atraído por mil lisonjas y solicitaciones que a la legua le daban a conocer como un centro metálico de primer orden. Hacía frecuentes viajes al Congreso, y me admiró verle buscar sus amistades entre diputados, periodistas y políticos, aunque fueran de quinta o sexta fila. Sus conversaciones empezaron a girar sobre el gastado eje de los asuntos públicos, y especialmente de los ultramarinos, que son los más embrollados y sutiles que han fatigado el humano entendimiento. No era preciso ser zahorí para ver en José María al hombre afanoso de hacer papeles y de figurar en un partidillo de los que se forman todos los días por antojo de cualquier individuo

que no tiene otra cosa que hacer. Un día me le encontré muy apurado en su despacho, hablando solo, y a mis preguntas contestó sinceramente que se sentía orador, que se desbordaban en su mente las ideas, los argumentos y los planes, que se le ocurrían frases sin número y combinaciones mil que, a su juicio, eran dignas de ser comunicadas al país.

Al oír esto del país, díjele que debía empezar por conocer bien al sujeto de quien tan ardientemente se había enamorado, pues existe un país convencional, puramente hipotético, a quien se refieren todas nuestras campañas y todas nuestras retóricas políticas, ente cuya realidad sólo está en los temperamentos ávidos y en las cabezas ligeras de nuestras eminencias. Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando ésta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la Prensa y de la tribuna, cerrar los ojos a todo este aparato decorativo y teatral y luego darse con alma y cuerpo a la reflexión asidua y a la tenaz observación. Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado. Díjome que no entendía bien mi sistema, y me lo probó llamándome demoledor. Yo tuve que explicarle que el uso de una figura arquitectónica, que siempre viene a la mano hablando de política, no significaba en mí inclinaciones demagógicas. Mostréme indiferente en las formas de gobierno, y añadí que la política era y sería siempre para mí un cuerpo de doctrina, un sabio y metódico conjunto de principios científicos y de reglas de arte, un organismo, en fin, y que, por tanto, quedaban excluídos de mi sistema las contingencias personales, los subjetivismos perniciosos, los modos escurridizos, las corruptelas de hecho y de lenguaje, las habilidades y agudezas que constituyen entre nosotros todo el arte de gobernar.

Tan pronto aburrido de mi explicación como tomándola a risa, mi hermano bostezaba oyéndome, y luego se reía, y llamándome con vulgar sorna *metafísico*, me invitaba a enseñar mi sabiduría a los ángeles del cielo, pues los hombres, según él, no estaban hechos para cosa tan remontada y tan fuera de lo práctico. Después me consultó con mucha seriedad que a qué partido debería afiliarse, y le contesté que a cualquiera, pues todos son iguales en sus hechos, y si no lo son en sus doctrinas es porque éstas, que no le importan a nadie, no han sufrido análisis detenido. Luego, dándole una lección de sentido práctico, le aconsejé que se afiliara al partido más nuevo y fresquecito de todos, y él halló oportunísima la idea, y dijo con gozo: «Metafísico, has acertado.»

Las relaciones de la familia aumentaban de día en día, cosa sumamente natural habiendo en la casa olor a dinero. Al mes de instalación, mi hermano tenía la mesa puesta y la puerta abierta para todas las notabilidades que quisieran honrarle. Las visitas se sucedían a las visitas; las presentaciones, a las presentaciones. No tardó en comprender el jefe de la familia que debía desarraigar ciertas prácticas muy nocivas a su buen crédito, y así en la mesa, cuando había convidados, que era los más días del año, reinaba un orden perfecto, no turbado por las disputas sobre carne y vino, ni por las rarezas de la *niña Chucha*, ni por las libertades de los chicos. Tomaron un buen jefe, un maestresala o mozo de comedor, y aquello parecía otra cosa. El buen tono se iba apoderando poco a poco de todas las regiones de la casa y de los actos de la familia, y en las personas de Lica y Chita no era donde menos se echaba de ver la transformación y el rápido triunfo de las maneras europeas. Mi cuñada supo contener un poco su pasión por las yemas, caramelos y bombones, y los niños, excluídos de la mesa general, comían solos y aparte, bajo la dirección de la mulata. Conociendo su padre lo mal educados que estaban, acudió a poner remedio a este grave mal, pues no sabían cosa alguna, ni comer, ni vestirse, ni hablar, ni andar derechos. Lica deploraba también la incuria en que vivían sus hijos, y un día que hablaba de esto con su marido, volvióse éste a mí y me dijo:

—Es preciso que sin pérdida de tiempo me busques una institutriz.

X

AL PUNTO ME ACORDÉ DE IRENE

La cual, para el caso, venía como de encargo. ¡Preciosa adquisición para mi familia y admirable partido para la huérfana! Contentísimo de ser autor de este doble beneficio, aquella misma tarde hablé a doña Cándida. ¡Dios mío, cómo se puso aquella mujer cuando supo que mi hermano, con toda su gente, estaba en Madrid! Temí que la sacudida y traqueteo de sus disparados nervios le ocasionaran un accidente epiléptico, porque la vi echar de sus ojos relámpagos de alegría; la vi retozona, febril, casi dispuesta a bailar, y de pronto aquellas muestras de loco júbilo se trocaron en furia, que descargó sobre mí, diciendo a gritos:

—Pero, soso, sosón, ¿por qué no me has avisado antes?... ¿En qué piensas? Tú estás en Babia.

En su mirada sorprendí destellos de su excelso ingenio, conjunto admirable de la rapidez napoleónica, de la audacia de Roque Guinart y de la inventiva de un folletinista francés. ¡Ay de las víctimas! Como el buitre desde el escueto picacho arroja la mirada a increíble distancia y distingue la res muerta en el fondo del valle, así doña Cándida, desde su eminente pobreza, vió el provechoso esquilmo de la casa de mi hermano y carne riquísima donde clavar el pico y la garra. La risa retozaba en sus labios trémulos, y todo su semblante denotaba un estado semejante a la inspiración del artista. Loca de contento, me dijo:

—¡Ay Máximo, cuánto te quiero! Eres el ángel de mi guarda.

No supe lo que me hacía al poner en comunicación al sanguinario Calígula con la inocente familia de mi hermano. Era ya tarde cuando caí en la cuenta de que, llevado de un sentimiento caritativo, atraje sobre mis parientes una plaga mayor que las siete de Egipto juntas. Era yo el autor del mal, y me reía, no podía evitarlo, me reí viendo entrar en la casa para su primera visita a la representante de la cólera divina, puesta de veinticinco alfileres, radiante majestad, semejante a la que debía de tener Atila. No sé de dónde sacó las ropas que llevaba en aquella ocasión trágica. Creo que las alquiló en una casa de empeños con cuyos dueños tenía amistad, o que se las prestaron, o no sé qué, pues hay siempre impenetrables misterios en los modos y procedimientos de ciertos seres, y ni el más listo observador sorprende sus maravillosas combinaciones. Lo que llevaba encima, sin ser bueno, era pasable, y como la muy pícara tenía cierto continente de señora principal, daba un chasco a cualquiera, y ante los ojos inexpertos pasaba por persona de las que imperaban en la sociedad y en la moda. Su noble perfil romano y sus distiguidos ademanes hicieron aquel día papel más lucido que en toda la temporada de los esplendores de García Grande en tiempo de la Unión liberal.

Cuando vió a mi hermano, le abrazó de tal modo y tales sentimientos hizo, que yo creí que se desmayaba. Recordó a nuestra buena madre con frases patéticas que hicieron llorar a José María, y se dejó decir que ella era una segunda madre para nosotros. En su conversación con Lica y Chita se mostró tan discreta, tan delicada, tan señora, que las cubanas quedaron encantadas, embebecidas, y Lica me dijo después que nunca había tratado a persona tan fina y amable. En aquella primera visita dió también doña Cándida rienda suelta a sus sentimientos cariñosos con los niños, haciéndoles toda suerte de mimos y zalamerías y demostrándoles un amor que rayaba en idolatría. La *niña Chucha* tuvo un breve consuelo a su nostalgia en las tiernas expresiones de aquella improvisada amiga, que supo hablarle del ajiaco, poniendo en las nubes las comidas cubanas, y terminó con un parrafillo sobre enfermedades. Hasta José María cayó en la astuta red, y un rato después de haber salido Calígula me preguntaba si a los salones de doña Cándida iba mucha gente notable. Oyendo esto, me entró una risa tan grande que creo oyeron mis carcajadas los sordomudos que están en el inmediato colegio de la calle de San Mateo.

Al día siguiente se presentó de nuevo en la casa mi cínife. Desde sus primeras charlas mostróse muy concienzuda, y decía: «¡Si parece que nos hemos conocido toda la vida!... Las miro a ustedes como si fueran hijas mías.» Luego

les contaba sucesos de su vida y hablaba de sí propia y de sus males en términos que me llenaba de admiración su numen hiperbólico. Había detenido el viaje a sus posesiones de Zamora para poder gozar de la compañía de tan simpática familia, y aunque sus intereses habían sufrido bastante por culpa de los malos administradores, no quería salir de Madrid, porque sus amigas, la marquesa de acá y la duquesa de allá, la retenían. Sus dolencias eran lastimosa epopeya, digna de que Homero se volviera Hipócrates para cantarlas. Por último, en aquel segundo día y en los siguientes—pues antes faltara el sol en el cenit que Calígula en la casa de Manso—demostró tal conocimiento y arte en materia de modas, que fué constituída en Consejo de Estado de Lica y Chita, y ya no se escogió sombrero, ni tela, ni cinta sin previa opinión de la de García Grande.

—¡Pobrecitas!—les decía—, no entren ustedes en las tiendas a comprar nada. En seguida conocen que son americanas y les hacen pagar el doble, una cosa atroz... Yo me encargo de hacerles las compras... No, no, hija, no hay que agradecer nada. Eso a mí no me cuesta trabajo: no tengo nada que hacer. Conozco a todos los tenderos, y como soy tan buena parroquiana, saco las cosas muy arregladas.

Para que mi hermano se previniera contra los peligros económicos a que estaba expuesta la familia admitiendo los servicios de doña Cándida, le conté la dilatada y pintoresca historia de los sablazos, con lo que se rió mucho, diciendo sólo: «¡Pobre señora! ¡Si mamá la viera en tal estado...!»

A los pocos días hablé con Lica del mismo asunto; pero ella, rebelándose contra lo que juzgaba malicia mía, cortó mis amonestaciones, diciéndome con su lánguida expresión:

—No seas ponderativo... Tú tienes mala voluntad a la pobre doña Cándida. ¡Es más buena la pobre...! Sería riquísima si no fuera por los malos administradores... ¡Será que el refaccionista le hace malas cuentas!... Luego es tan delicada la pobre... Ayer tuve que enfadarme con ella para hacerle aceptar un favorcito, un pequeño anticipo hasta tanto que le vengan esas rentas del potre-o..., no es potrero; en fin, lo que sea. ¡La pobre es más buena...! No quería tomarlo... ni por nada del mundo. Yo le pedí por la Virgen de la Caridad del Cobre que me hiciera el favor de tomar aquella poca cosa... Veo que te ríes; no seas sencillo... ¡La pobre!... Me ofendí con su resistencia y se me saltaron las lágrimas. Ella se echó a llorar entonces, y por fin se avino a no desairarme.

Lica era una criatura celeste, un corazón seráfico. No conocía el mal; ignoraba cuanto de falaz y malicioso encierra el mundo; a los demás medía por la tasa de su propia inocencia y bondad. Yo contemplaba con tanto gozo como asombro aquella flor pura de su alma, no contaminada de ninguna maleza y que ni siquiera sospechaba que a su lado existía la cizaña. Me daba tanta lástima de turbar la paz de aquel virginal espíritu, inoculándole el virus de la desconfianza, que decidí respetar su condición ingenua, más propia para la vida en las selvas que en las grandes ciudades, y no le hablé más del feroz Calígula.

En tanto, Irene había tomado la dirección intelectual, social y moral de las dos niñas y el pequeñuelo. Se les destinó, por acuerdo mío, un holgado aposento, donde todo el día estaba la maestra a solas con los alumnitos, y en una habitación cercana comían los cuatro. Yo previne que todas las tardes salieran a paseo, no consagrando al estudio sedentario más que las horas de la mañana. La discreción, mesura, recato y laboriosidad de la joven maestra enamoraban a Lica, que, en tocando a este punto, me echaba mil bendiciones por haber traído a su casa alhaja tan bella y de tal valor. También mi hermano estaba contentísimo, y yo me consolaba así del mal que hice con llevarles la calamidad de doña Cándida, y pensando en la útil abeja, olvidaba al chupador vampiro.

XI

¿CÓMO PINTAR MI CONFUSIÓN?

¿Cómo describir mi trastorno y las molestias mil que trajo a mi vida la que mi hermano llevaba? De nada me valía que yo me propusiese evadirme de aquella esfera, porque mis dichosos parientes me retenían a su lado casi todo el día,

unas veces para consultarme sobre cualquier asunto y molerme a preguntas, otras para que los acompañase. Parecía que nada marchaba en aquella casa sin mí y que yo poseía la universalidad de los conocimientos, datos y noticias. Pues ¿y el obligado tributo de comer con ellos un día sí y otro no, cuando no todos los del mes? Adiós mi dulce monotonía, mis libros, mis paseos, mi independencia, el recreo de mis horas, acomodada cada cual para su correspondiente tarea, su función o su descanso. Pero nada me desconcertaba como las reuniones de aquella casa, pues habiéndome acostumbrado desde algún tiempo atrás a retirarme temprano, las horas avanzadas de tertulia entre tanto ruido y oyendo tanta necedad, me producían malestar indecible. Además, el uso del frac ha sido siempre tan contrario a mi gusto, que de buena gana le desterraría del orbe; pero mi bendito hermano se había vuelto tan ceremonioso, que no podía yo prescindir de tan antipática vestimenta.

Ansioso de fama, José María bebía los vientos por decorar sus salones con todas las personas notables y todas las familias distinguidas que se pudieran atraer; pero no lo conseguía fácilmente. Lica no había logrado hacerse simpática a la mayor parte de las familias cubanas que en Madrid residen, y que en distinción y modales la superaban sin medida. No veían su alma bondadosa, sino su rusticidad, su llaneza campestre y sus equivocaciones funestas en materia de requisitos sociales. A mis oídos llegaron ciertos rumores y chismes poco favorables a la pobre Lica. Por toda la colonia corrían anécdotas punzantes y muy crueles. Lo menos que decían de ella era que la *habían cogido con lazo*. Y tanta era la inocencia de la guajirita, que no se desazonaba por hacer a veces ridículo papel, o no caía en ello. Ponía, sí, mucha atención a lo que mi hermano o yo le advertíamos para que fuera adquiriendo ciertos perfiles y se adaptara a la nueva vida, y al poco tiempo su penetración natural triunfó un poco de su inveterada rudeza. El origen humildísimo, la educación mala y la permanencia de Lica en un pueblo agreste del interior de la isla no eran circunstancias favorables para hacer de ella una dama europea. Y no obstante estos perversos antecedentes, la excelente esposa de mi hermano, con el delicado instinto que completaba sus virtudes, iba entrando poco a poco en el nuevo sendero y adquiría los disimulos, las delicadezas, las prácticas sutiles y mañosas de la buena sociedad.

José María me suplicaba que le llevase buena gente: pero yo, ¡triste de mí!, ¿a quién podía llevar, como no fuese a dos desapacibles catedráticos que iban a fastidiarse y a fastidiar a los demás? Es verdad que presenté a mi amado discípulo, a mi hijo espiritual, Manuel Peña, que fué muy bien recibido, no obstante su humilde procedencia. Pero ¿cómo no, si además de tener en su abono las tendencias igualitarias de la sociedad moderna, se redimía personalmente de su bajo origen, por ser el más simpático, el más guapo, el más listo, el más airoso, el más inteligente y dominador que podría imaginarse, en términos que descollaba sobre todos los de su edad, y no había ninguno que le igualara?

Mi hermano simpatizó con él, tasándole en lo que valía: pero aún no estaba satisfecho el dueño de la casa, y a pesar de haberse afiliado a un partido que tiene en su escudo la *democracia rampante*, quería, ante todo, ver en su salón gente con título, aunque éste fuese pontificio, y hombres notables de la política, sin exceptuar los más desacreditados. Los poetas y literatos famosos también le agradaban, y Lica estimaba particularmente a los primeros, porque para ella no había nada más delicioso que el sonsonete del verso. No seré indiscreto diciendo que ella también pulsaba la lira, y que en su tierra había hecho *natales* y algunas décimas, que tenían todo el rústico candor del alma de su autora y la aspereza salvaje de la manigua. Desde las primeras reuniones se hizo amigo de la casa, y al poco tiempo llegó a ser concurrente infalible a ella, un poeta de los de tres por un cuarto...

XII

¡PERO QUÉ POETA!

Era de estos que entre los de su numerosa clase podía ser colocado, favoreciéndole mucho, en octavo o noveno

lugar. Veinticinco años, desparpajo, figura escueta, un nombre muy largo formado con diez palabras; un desmedido repetorio de composiciones varias, distribuídas por todos los álbumes de la cursilería; soberbia y raquitismo componían las tres cuartas partes de su persona: lo demás lo hacían cuello estirado, barbas amarillentas y una voz agria y dificultosa, como si manos impías le estuvieran apretando el gaznate. Aquel pariente lejano de las Musas (no vacilo en decirlo groseramente) me reventaba. La idea pomposa que de sí mismo tenía, su ignorancia absoluta y el desenfado con que hablaba de cuestiones de arte y crítica me causaban mareos y un malestar grande en todo el cuerpo. Vivía de un mísero empleíllo de seis mil reales, y tal tono se daba, que a muchos hacía creer que llevaba sobre sí el peso de la Administración. Hay hombres que se pintan en un hecho, otros en una frase. Este se pintaba en sus tarjetas.

Parece que el director general le había elegido para que le escribiese las cartas, y estimando él esto como el mayor de los honores, redactaba sus tarjetas así:

FRANCISCO DE PAULA DE LA COSTA
Y SAINZ DEL BARDAL

Jefe del Gabinete particular del Excmo. Sr. Director general de Beneficencia y Sanidad

Luego venían las señas: *Aguardiente, 1.*

Y a la cabeza de esta retahila, la cruz de Carlos III, no porque él la tuviese, sino porque su padre había tenido la encomienda de dicha Orden. Cuando este caballerito daba su tarjeta por cualquier motivo, creía uno recibir una biblioteca. Yo pensaba que si llegaba un día en que por artes del demonio hubiera de inscribirse el nombre de aquel poeta en el templo del arte, se habría de coger un friso entero.

Actualmente han variado las tarjetas, pero la persona, no. Es de estos afortunados seres que concurren a todos los certámenes poéticos y juegos florales que se celebran por ahí, y se ha ganado repetidas veces el pensamiento de oro o la violeta de plata. Sus odas son del dominio de la farmacia, por la virtud somnífera y papaverácea que tienen; sus baladas son como el diaquilón, sustancia admirable para resolver diviesos. Hace *pequeños poemas*, fabrica poemas grandes, recorta *suspirillos germánicos* y todo lo demás que cae debajo del fuero de la rima. Desvalija sin piedad a los demás poetas y tima ideas: cuanto pasa por sus manos se hace vulgar y necio, porque es el caño alambique por donde dos sublimes pensamientos se truecan en necedades huecas. En todos los álbumes pone sus endechas, expresando la duda o la melancolía, o sonetos emolientes seguidos de metro y medio de firma. Trae sofocados a los directores de ilustraciones para que inserten sus versos, y se los insertan por ser gratuitos; pero no los lee nadie más que el autor, que es el público de sí mismo.

Este tipo, que aún suele visitarme y regalarme alguna jaqueca o dolor de estómago, era uno de los principales ornamentos de los salones de mi hermano, pues si éste no le hacía caso, Lica y su hermana le traían en palmitas por la pícara inclinación que ambas tenían al verso. Excuso decir que a los dos días de conocimiento, ya don Francisco de Paula de la Costa y Sainz del Bardal..., ¡Dios nos asista!..., les había compuesto y dedicado una caterva de elegías, doloras, meditaciones y nocturnos, en que salían a relucir los cocoteros, manglares, hamacas, sinsontes, cucuyos y la bonita languidez de las americanas.

Pero la gran adquisición de mi hermano fué don Ramón María Pez. Cuando este hombre asistió a las reuniones, todas las demás figuras quedaron en segundo término; toda luz palideció ante un astro de tal magnitud. Hasta el poeta sufrió algo de eclipse. Pez era el oráculo de toda aquella gente, y cuando se dignaba expresar su opinión sobre lo que había pasado aquel día en el Congreso, sobre el arreglo de la Hacienda o el uso de la regia prerrogativa, reinaba en torno de él un silencio tan respetuoso, que no lo tuvo igual Platón en el célebre jardín de Academos. El buen señor, diputado ministerial y encargado de una Dirección, tenía tal idea de sí mismo, que sus palabras salían revestidas de autoridad sibilina. Obligado por las exigencias sociales, yo no tenía más remedio que poner atención a sus hue-

cos párrafos, que resonaban en mi espíritu con rumor semejante al de un cascarón de huevo vacío cuando se cae al suelo y se aplasta por sí solo. La cortesía me obligaba a escucharle; pero mi corazón le despreciaba como despreciamos esa artimaña de feria que llaman la *cabeza parlante*. El no debía de tenerme gran estima; pero, como hombre de mundo, afectaba respeto a los estudios serios, que eran mi tarea constante. Así, siempre que venía rodando a la conversación algún grave tema, decía con cierta benevolencia un poquillo socarrona: «Eso, al amigo Manso...»

Llevado por Pez fué también Federico Cimarra, hombre que conocen en Madrid hasta las piedras, como le conocían antes los garitos, también diputado de la mayoría, de estos que no hablan nunca, pero que saben intrigar por setenta, y afectando independencia, andan a caza de todo negocio no limpio. Constituyen éstos, antes que una clase, una determinación cancerosa, que secretamente se difunde por todo el cuerpo de la patria, desde la última aldea hasta los Cuerpos Colegisladores. Hombre de malísimos antecedentes políticos y domésticos, pero admitido en todas partes y amigo de todo el mundo, solicitado por servicial y respetado por astuto, Cimarra no tenía las formas enfáticas del señor De Pez; antes bien, era simpático y ameno. Solíamos echar grandes párrafos; él, mostrándome su escepticismo tan brutal como chispeante; yo, poniendo a las cosas políticas algún comentario que concordaba, ¡extraña cosa!, con los suyos. De esta clase de gentes está lleno Madrid: con su flor y su escoria, porque al mismo tiempo le alegran y le pudren. No busquemos nunca la compañía de estos hombres más que para un rato de solaz. Estudiésmoslos de lejos, porque estos apestados tienen notorio poder de contagio, y es fácil que el observador demasiado atento se encuentre manchado de su gangrenoso cinismo cuando menos lo piense.

Y las recepciones de mi hermano ganaban en importancia de día en día, y no faltó un periodiquín que se salió con que allí *reinaba el buen tono*, y dijo que todos éramos muy distinguidos. José María vió con gozo que entraban títulos en sus salones, cosa que a mí nunca me pareció difícil. El primero a quien tuvimos el honor de recibir fué al conde de Casa-Bojío, hijo de los marqueses de Tellería, casado con una cubana millonaria y distinguidísima. Se esperaba que no tardaría en ir también la marquesa de Tellería, y quizá, quizá el marqués de Fúcar.

Pero lo más digno de consignarse, y aun de ser transmitido a la Historia, es que en las tertulias de Manso nació una de las más ilustres Asociaciones que en estos tiempos se han formado y que más dignifican a la Humanidad. Me refiero a esa *Sociedad general para Socorro de los Inválidos de la Industria*, que hoy parece tiene vida robusta y presta eficaces servicios a los obreros que se inutilizan por enfermedad o cualquier accidente. Yo no sé de quién partió la idea, pero ello es que tuvo feliz acogida, y en pocas noches se constituyó la Junta de gobierno y se hicieron los estatutos. Don Ramón Pez, que tocante a la Estadística, a la Administración, a la Beneficencia, era un verdadero coloso y combinaba estas tres materias para sacar estados llenos de números, y de los números, pasmosas enseñanzas, fué nombrado presidente. A Cimarra hiciéronle vicepresidente; a mi hermano, tesorero, y Sainz del Bardal, que era quien más mangoneaba en esto, se hizo a sí mismo secretario. ¡Que siempre, oh bondad de Dios, han de andar los poetas en estas cosas! Yo, por más que luché para no ser más que soldado raso en aquella batalla filantrópica, no pude evitar que me nombraran consiliario. No me molestaba el cargo ni su objeto, sino la negra suerte de tener que bregar con el poeta y de sufrir a toda hora de ingestión de sus increíbles necedades. Era su trato como sucesivas absorciones de no sé qué miasmas morbosos. Yo me ponía malo con aquel dichoso hombre. Manuel Peña le odiaba tanto, que le había puesto por nombre el tifus, y huía de él como de un foco de intoxicación.

Y ya que hablo de Peña, diré que era muy considerado en la tertulia y que se apreciaban sus méritos y condiciones. Algo y aun algos a veces se transparentaba del antecedente de la tabla de carne; pero la cortesía de todos, el tufillo democrático de algunos tertuliantes, y

más que nada, la finura, corrección y caballerosidad de Peña, ponían las cosas en buen terreno. ¡Cosa rara!..., el que más parecía estimarnos a Peña y a mí era el cínico Cimarra, despreocupadísimo, apasionado, según decía, de la gente que vale. Era de estos que se burlan del saber y admiran a los que saben. Pero no me gustó que el mismo Cimarra fuese quien por primera vez dió en llamar a mi discípulo *Peñita*, diminutivo que le quedó fijo y estampado, y que, digan lo que quieran, siempre lleva en sí algo de desdén.

José María pasaba el día rumiando lo que por la noche se había dicho en la tertulia, y no se ocupaba más que de fortificar sus ideas y de organizarlas de modo que estuvieran conformes con el credo del partido.

—¿Qué te parece el partido?—me preguntaba con frecuencia.

Y yo le respondía que el partido era el mejor que hasta la fecha se había visto. A lo que él decía: «Yo quisiera que se organizase a lo inglés..., porque esto es lo verdaderamente práctico, ¿eh? Es verdaderamente lamentable que aquí no estudie nadie la política inglesa y que vivamos en un tejer y destejer verdaderamente estéril.»

Yo le oía, y, alabando a Dios, le daba cuerda para que siguiese adelante en sus apreciaciones y me mostrase, como asunto de estudio, la asombrosa variedad de las manías humanas.

Volviendo alguna vez los ojos a los asuntos de su casa y de sus hijos, me decía:

—Bueno será que des una vuelta por el cuarto de los chicos, ¿eh?..., a ver qué tal se porta esa institutriz verdaderamente notable.

Yo lo hacía de muy buen grado. Iba por un rato, y sin darme cuenta de ello, me pasaba allí un par de horas, inspeccionando las lecciones y contemplando como un tonto a la maestra, cuya belleza, talento y sobriedad me agradaban en extremo.

XIII

SIEMPRE ERA PÁLIDA

Tan pálida como en su niñez, de buen talle, muy esbelta, delgada de cintura, de lo demás proporcionadísima en todos sus contornos, admirable de forma, y con un aire... Sin ser belleza de primer orden, agradaba probablemente a cuantos la veían, y con seguridad me agradaba a mí, y aun me encantaba un poquillo, para decirlo de una vez. Bien se podían poner reparos a sus facciones; pero ¿qué rígido profesor de Estética se atrevería a criticar su expresión, aquella superficie temblorosa del alma, que se veía en toda ella y en ninguna parte de ella, siempre y nunca, en los ojos y en el eco de la voz, donde estaba y donde no estaba, aquel viso del aire en derredor suyo, aquel hueco que dejaba cuando partía?... Era, hablando más llanamente, todo lo que en ella revelaba el contento de su propia suerte, la serenidad y temple del ánimo. Formando como el núcleo de todos estos modos de expresión, veía yo su conciencia pura y la rectitud de sus principios morales. La persona tiene su fondo y su estilo; aquél se ve en el carácter y en las acciones, éste se observa no sólo en el lenguaje, sino en los modales, en el vestir. El traje de Irene era correcto, de moda y sin afectación, de una sencillez y limpieza que triunfaría de la crítica más rebuscona.

Desde mis primeras visitas de inspección, sorprendióme el sensato juicio de la maestra, su exacto golpe de vista para apreciar las cosas de esta vida, y poner a respetuosa distancia las que son de otra. Su aplomo declaraba una naturaleza superior compuesta de maravillosos equilibrios. Parecía una mujer del Norte, nacida y criada lejos de nuestro enervante clima y de este dañino ambiente moral.

Desde que los chicos se dormían, Irene se retiraba a la habitación que Lica le había destinado en la casa, y nadie volvía a verla hasta el día siguiente muy temprano. Por la mulata supe que parte de aquellas horas de la noche las empleaba en arreglar sus cosas y en reparar sus vestidos; de aquí que su persona se mantuviera siempre en aquel estado de compostura y aseo, que la realzaba del mismo modo que un cielo puro y diáfano realza un bello paisaje. Su honrada pobreza la obligaba a esto, y en verdad, ¿qué mejor escuela para llegar a la perfección? Este detalle me cautivaba y fué, en el trato, grande

motivo de la admiración que despertó en mí.

Otro encanto. Tenía finísimo tacto para tratar a los niños, que, aunque de buena índole, eran, antes de caer en sus manos, voluntariosos, díscolos, y estaban llenos de los más feos resabios. ¿Cómo llegó a domar a aquellas tres fierecillas? Con su penetración hizo milagros, con su innata sabiduría de las condiciones de la infancia, los pequeños, jamás castigados por ella corporalmente, la querían con delirio. La persuasión, la paciencia, la dulzura eran frutos naturales de aquella alma privilegiada.

Un día que hablábamos de varias cosas, concluída la lección, traje a la memoria los tiempos en que Irene iba a mi casa. Me parecía verla aún garabateando en mi mesa y revolviéndome libros y cuartillas. Pues aunque no hice mención de los infaustos papelitos de doña Cándida, este recuerdo fué muy poco agradable a la maestra. Lo conocí, y varié al punto la conversación.

Había yo cometido la torpeza de lastimar su dignidad, que aún debía de resentirse de las crueles heridas hechas en ella por la degradación postulante de su tía, por las escaseces de ambas y por el hambre de la pobre niña, mal calzada y peor vestida.

Más encantos. Noté que la imaginación tenía en ella lugar secundario. Su claro juicio sabía descartar las cosas triviales y de relumbrón, y no se pagaba de fantasmagorías como la mayor parte de los hombres. ¿Consistía esto en cualidades originales, o en las enseñanzas de la desgracia? Creo que en ambas cosas. Rara vez sorprendí en sus palabras el entusiasmo, y éste era siempre por cosas grandes, serias y nobles. He aquí la mujer perfecta, la mujer positiva, la mujer razón, contrapuesta a la mujer frivolidad, a la mujer capricho. Me encontraba en la situación de aquel que después de vagar solitario por desamparados y negros abismos, tropieza con una mina de oro, plata o piedras preciosas y se figura que la Naturaleza ha guardado aquel tesoro para que él lo goce, y lo coge, y a la calladita se lo lleva a su casa: primero lo disfruta y aprecia a solas: después publica su hallazgo para que todo el mundo lo alabe y sea motivo de general maravilla y contento. Y de esta situación mía nacieron pensamientos varios que a mí mismo me sorprendían poniéndome como fuera de mí y haciéndome como diferente a mí mismo, en términos que noté un brioso movimiento en mi voluntad, la cual se encabritó (no hallo otra palabra) como corcel no domado, y esparció por todo mi ser impulsos semejantes a los que en otro orden resultan de la plétora sanguínea, y...

XIV

¿PERO CÓMO, DIOS MÍO, NACIÓ EN MÍ AQUEL PROPÓSITO?

¿Nació del sentimiento o de la razón? Hoy mismo no lo sé, aunque trato de sondear el problema, ayudado de la serenidad de espíritu de que disfruto en este momento.

—Esta joven es un tesoro—dije a mi hermano y a Lica, que estaban muy contentos con los progresos de los niños.

En los días buenos, Irene y las tres criaturas salían a paseo. Yo cuidaba mucho de que no se alterara aquella costumbre, recomendada por la higiene, y me agregaba a tan buena compañía las más de las tardes, unas veces porque hacía propósito de ello, otras porque los encontraba—no sé si casualmente—en la calle. Estas casualidades ocurrían con orden tan infalible, que dejaron de serlo. Hablando con Irene, pude observar que no era mujer con pretensiones de sabia, sino que poseía la cultura apropiada a su sexo, y superior indisputablemente a toda la que pudieran mostrar las mujeres de nuestro tiempo. Tenía rudimentos de algunas ciencias, y siempre que hablaba de cosas de estudio lo hacía con tanto tino, que más se la admiraba por lo que no quería saber que por lo que no ignoraba.

Nuestras conversaciones en aquellos gratos paseos eran de asuntos generales, de aficiones, de gustos y, a veces, del grado de instrucción que se debe dar a las mujeres. Conformándose con mi opinión y apartándose del dictamen de tanto propagandista indigesto, manifestando antipatía a la sabiduría facultativa de las mujeres y a que anduviese en faldas el ejercicio de las profesiones propias del hombre; pero al mismo tiempo vituperaba la ignorancia, superstición y atraso en que viven la mayor parte de

las españolas, de lo que tanto ella como yo deducíamos que el toque está en hallar un buen término medio.

Y a medida que me iba mostrando su interior riquísimo, encontraba yo mayor consonancia y parentesco entre su alma y la mía. No le gustaban los toros, y aborrecía todo lo que tuviera visos de cosa chulesca. Era profunda y elevadamente religiosa; pero no rezona, ni gustaba de pasar más de un rato en las iglesias. Adoraba las bellas artes y se dolía de no tener aptitud para cultivarlas. Tenía afanes de decorar bien el recinto donde viviese y de labrarse el agradable y cómodo rincón doméstico que los ingleses llaman *home*. Sabía poner a raya el sentimentalismo huero que desnaturaliza las cosas y evocar el sano criterio para juzgarlas, pesarlas y medirlas como realmente son.

Cuando hubo adquirido más franqueza, me contaba algunas anécdotas de doña Cándida, que me hacían morir de risa. Comprendí cuánto debió de sufrir la pobre joven en compañía de persona tan contraria a su natural recto y a sus gustos delicados. Confianza tras confianza, fué contándome poco a poco, en sucesivos paseos y sesiones interesantes, cosas de su infancia y pormenores mil, que así revelaban su talento como su exquisita sensibilidad.

Y en esto se echaron encima las Pascuas. Lica había dado a luz el 15 de diciembre un enteco niño, de quien fuí padrino, y a quien pusimos por nombre Máximo. Mi hermano, gozoso del crecimiento de la familia, se extremó tanto en dar propinas y en hacer regalos, que yo estaba asustado y le aconsejé que se refrenara, porque los excesos de su liberalidad tocaban ya en el mal gusto. Pero él, con tal de oír las manifestaciones de gratitud y de que se alabara su desprendimiento, no vacilaba en exprimir sus bolsillos. Aquellos días hubo en casa una reunión magna de la *Sociedad para Socorro de los Inválidos de la Industria*, y se nombraron no sé cuántas comisiones y subcomisiones, las cuales eligieron sus respectivas ponencias para emitir pronto y luminoso dictamen sobre los gravísimos puntos de doctrina y aplicación que se habían de tratar. ¡Bienaventurados obreros, y qué felices iban a ser cuando aquella máquina, todavía no armada, echase a andar, llenando a España con su admirable movimiento y esparciendo rayos de beneficiencia por todas partes!

Las tardes de la semana de Navidad, que para algunos es tan alegre y para mí ha sido siempre muy sosa, las pasábamos acompañando a Lica. Doña Cándida no faltaba nunca, y demostraba a mi cuñada y a su niño una ternura idolátrica, cuya última nota era quedarse a comer. La admiración táctica de Calígula por el cocinero de la casa, si discreta, no era nada platónica.

Una tarde se les antojó a los chicos ir al teatro, y como el de Martín está tan cerca y daban *El Nacimiento del hijo de Dios* y *La degollación de los Inocentes*, tomé un palco y nos fuimos allá Irene, yo y la familia menuda. Chita, que se dispuso a ir también y llegó hasta la escalera con un sombrerote tan grande que no se le veía la cara, se volvió adentro porque se sentía muy *fluxionada*. Yo estaba alegre aquella tarde, y el aspecto del teatro, poblado de criaturas de todas edades y sexos, aumentaba mi regocijo, el cual no sé si provenía de una recóndita admiración de la fecundidad y aumento de la especie humana. Hacía bastante calor allí dentro, y las estrechas galerías, donde tanta gente se acomodaba, parecían guirnaldas de cabezas humanas entre las cuales descollaban las de los chiquillos. No he visto algazara como aquélla: arriba, uno pedía la teta: abajo, berraqueaba otro, y en palcos y butacas las pataditas, el palmoteo y aquel continuo mover de caras producían confusión, mareo y como un principio de demencia. Las luces rojizas del gas daban a aquel recinto, donde hervían ardientes apetitos de emociones, y tanta bulliciosa y febril impaciencia, no sé qué graciosa similitud con calderas infernales o con un infiernito de juego y miniatura, improvisado en el Limbo en una tarde de Carnaval.

Mucho terror causó a Pepito María ver salir al demonio luego que se alzó el telón. Era el más feo mamarracho que he visto en mi vida. El pobre niño escondía su cara para no verlo; sus hermanitas se reían, y él, excitado por todos para que perdiese el miedo, no se aventuraba más que a entreabrir un poquito de un ojo, hasta que viendo los horribles cuernos del actor que hacía de demonio, volvíalos a cerrar, y pedía que

le sacaran de allí. Felizmente, la salida de un ángel, armado de lanza y escudo, que con cuatro palabras supo acoquinar al diablo y darle media docena de patadas, tranquilizó a Pepito, el cual se animó mucho oyendo las exclamaciones de contento que de todos los puntos del teatro salían.

A medida que adelantaba la exposición del drama, Irene y yo nos admirábamos de que tan serio asunto, poético y respetable, se pusiera en indecente farsa. Sale allí un templo con una ceremonia del casamiento de la Virgen, que es lo que hay que ver y oír. El sacerdote, envuelto en una sábana con tiras de papel dorado, tenía todo el empaque de un mozo de cuerda que acabase de llegar de la esquina próxima. Vimos a San José, representado por un comiquejo de estos que lucen en los sainetes, y que allí era más ridículo por la enfática gravedad que quería dar al tipo incoloro y poco teatral del esposo de María; vimos a ésta, que era una actriz de fisonomía graciosa, con más de maja que de señora, y que se esforzaba en poner cara inocente y dulzona. Vestida impropiamente, no podía acomodar su desfigurado talle de modo que desapareciesen los indicios de próxima maternidad. Pero lo más repugnante de aquella farsa increíble era un pastor zafio y bestial, pretendiente a la mano de María, y que en la escena del templo y en el resto de la obra se permitía groseras libertades de lenguaje a propósito de la mansedumbre de San José. Irene opinaba, como yo, que tales espectáculos no debían permitirse, y hacía consideraciones bien tristes sobre los sentimientos religiosos de un pueblo que semejantes caricaturas tolera y aplaude.

Esto me llevó a decir algo del teatro en general, de su convencionalismo, de las falsedades que le informan, y hablaba de esto porque no se me ocurría la manera de introducir en la conversación otros temas más en armonía con el estado de mis sentimientos. Yo buscaba fórmulas de transición y hallaba en mí increíble torpeza. Creo que el calor, el bullicio de los entreactos y el tedio de aquel sacrílego sainetón ponían en mi mente un aturdimiento espantoso. No sé qué fatal y desconocida fuerza me llevaba a no poder tratar más que asuntos comunes, desabridos y áridos, como una lección de mi cátedra. La misma belleza y gracia de Irene, lejos de espolearme, ponía como un sello en mi boca, y en todo mi espíritu no sé qué misteriosas ligaduras.

Ignoro cómo rodó la conversación a cosas y hechos de su infancia. Irene me habló de su padre, que fué caballerizo: recordaba vagamente su uniforme con bordados, una pechera roja, un tricornio sobre una cara que se inclinaba hacia ella, chiquita, para darle besos. Recordaba que en los albores de su conocimiento todo respiraba junto a ella profundo respeto hacia la Casa Real. Una tía suya paterna, más humana que doña Cándida, la amaba entrañablemente. Esta señora recibía una pensión de la Casa Real, porque su esposo, sus padres, abuelos y tatarabuelos habían sido también caballerizos, sumilleres, guardamangieres o no sé qué. El entusiasmo de esta señora por la regia familia era una idolatría. Cuando sobrevino la revolución del 68, la tía de Irene perdió la pensión y el juicio, porque se volvió loca de pena, y al poco tiempo murió, dejando a su tierna sobrina en las garras de doña Cándida.

Verdaderamente, estas cosas tenían para mí un interés secundario, y más cuando mi espíritu me atormentaba con la idea de una urgente manifestación de sentimientos. Por natural simpatía, mi cabeza se asimilaba y hacía suyo aquel estado de congoja moral, y empezaba a molestarme con una obstrucción dolorosa. Y permanecí callado en un ángulo del palco, mientras los chicos miraban embobecidos el cuadro de la Anunciación, el del Empadronamiento y el viaje a Belén. Irene conoció en mi silencio que me dolía la cabeza, y me dijo que saliendo un poquito a la calle para que me diera el aire se me quitaría.

Pero no quise salir, y durante el segundo entreacto hablamos..., ¿de qué?; pues del caballerizo, de la tía de Irene, que padecía jaqueca de tres días, con vómito, delirio y síncope. Poco después, alzado otra vez el telón, vimos el monte, la cascada de *agua natural*, que caía de lo alto del escenario y escurría entre hojalata; los pastores y el rebaño vivo, compuesto de una docena de blancos borregos. En aquel momento parecía que se iba a hundir el teatro: tan loco entusiasmo suscitaban los chorros de agua

y los corderos. Yo, como artista, consideraba la índole de unos tiempos en que se hacen zarzuelas del Nuevo Testamento, y luego, mientras se presentaba a los admirados ojos de la chiquillería, de las criadas y nodrizas el bonito cuadro del Portal, dejéme ir a un orden de juicios que no eran totalmente distintos de los anteriores. Viendo en caricatura los hechos más sagrados y puesto en farsa lo que la religión llama misterio para hacerlo más respetable, se despertó en mí un prurito de crítica que, en cierto modo, no dejaba de relacionarse con el pícaro dolor de cabeza, pues parecía que éste lo estimulaba, dando a mi criterio pesimista la agudeza de aquel filo que me cortaba el cráneo. Y lo más raro fué que mi crítica implacable se cebaba en aquello que más admiraban mis ojos y que a mi espíritu traía tan risueñas esperanzas. Sin duda aquel feo demonio que tanto había asustado a Pepito se metió en mí, porque yo no cesaba de contemplar a Irene, no para saciarme en la vista de sus perfecciones, sino para buscarle defectos y encontrárselos en gran número, que esto era lo más grave. Su nariz me parecía de una incorrección escandalosa; sus cejas, demasiado tenues, no permitían que luciera bastante la proyección melancólica de sus ojos. ¿No era su boca, quizá o sin quizá, más grande de lo conveniente? Luego dejaba correr mi despiadada regla por el cuello abajo, y encontraba que en tal o cual parte hacía el vestido demasiados pliegues, que el corsé no acusaba perfiles estéticos, que la cintura se doblaba más de lo regular, y al mismo tiempo no había en su traje un corte muy esmerado, y sus guantes tenían una roturilla, y sus orejas estaban demasiado rojas, no sé si por el calor, y su sombrero era deforme, y sus cabellos... Pero ¿a qué seguir? Mi cruel observación no perdonaba nada, perseguía los defectos hasta en las regiones menos visibles, y al hallarlos, cierta complacencia impía daba descanso a mi espíritu y alivio a mi dolor de cabeza... ¡Tontería grande aquel trabajo mío, y cómo me reí de él más tarde! ¡Ni qué cosa humana habrá que a tal análisis resista! Pero es una desdicha conocer el amargo placer de la crítica y ser llevado por impulsos de la mente a deshojar la misma flor que admiramos. Vale más ser niño y mirar con loco asombro las imperfecciones de un rudo juguete, o sentar plaza para siempre en la infantería del vulgo. Esto me lleva a sospechar si el ideal estético será puro convencionalismo, nacido de la finitud o determinación individual, y si tendrán razón los tontos al reírse de nosotros, o lo que es lo mismo, si los tontos serán en definitiva los discretos.

—¡Pobrecito Máximo!—me dijo de improviso Irene, en el momento que caía el telón—. ¿No se alivia esa cabeza?

Estas palabras me hicieron el efecto de un disciplinazo. Diríase que me habían despertado de un letargo. La miré, parecióme entonces tan acabada como yo torpe, malicioso y zambo de cuerpo y alma.

—Me duele mucho... El calor..., el ruido...

En aquel momento llamaban al autor, que no era San Lucas.

—Pues vámonos—dijo Irene.

Fué preciso hacer creer a las niñas que se había acabado todo. Pero Belica, la mayor, estaba bien enterada del programa y nos decía muy afligida: «Si falta la degollación...»

Irene las convenció de que no faltaba nada, y salimos.

—Le pondré a usted paños de agua sedativa—me dijo la profesora al atravesar la calle de Santa Agueda.

¡Me pondría paños! Al oírla me pareció, no ya perfecta, sino puramente ideal, hermana o sobrina de los ángeles que asisten en el Cielo a los santos achacosos y les dan el brazo para andar, y vendan y curan a los que fueron mártires, cuando se les recrudecen sus heridas.

—El agua sedativa no me hace bien. Veremos si puedo dormir un poco.

—¿Se va usted a casa?

—No; me echaré en el sofá del despacho de José María.

Y así lo hice. Muy entrada la noche, cuando desperté y me dieron una taza de té, y despejada la cabeza, sentí vivos deseos de ver a Irene, pero no me atreví a preguntar por ella. Al salir para retirarme a mi casa, doña Jesusa, como si adivinara mi pensamiento, me dijo:

—Esa niña, esa Irenita vale un Perú. ¡Es más buena...! Hasta hace un rato ha estado cosiendo. Ya se encerró en su

cuarto. Pero ¿creerá usted que duerme? Está leyendo acostada.

Al pasar vi claridad en el montante de la puerta. ¡Luz en su cuarto! ¡Qué leería!

XV

¿QUÉ LEERÍA?

Este fué el objeto de mis profundas cavilaciones en el tiempo que tardé en llegar a mi casa, y aún me persiguió aquel enigma hasta que me dormí, después de leer yo también un rato. Y ¿cuál fué mi lectura? Abrí no sé qué libros de mi más ardiente devoción, y me harté de poesía y de idealidad.

Al despertar volví a preguntarme: «¿Qué leería?» Y en clase, cuando explicaba mi lección, veía por entre las cláusulas y pensamientos de ésta, como se ve la luz por entre las mallas de un tamiz, la cuestión de lo que Irene leía.

Cumplidos mis deberes profesionales, fuí a almorzar a casa de mi hermano; y ved aquí cómo llegó a serme agradable aquella mansión que al principio tantas antipatías despertaba en mí, por el trastorno que sus habitantes habían causado en mis costumbres. Pero yo empezaba a formarme una segunda rutina de vida, acomodándome al medio local y atmosférico; que es ley que el mundo sea nuestro molde y no nuestra hechura.

Favorecía mis visitas a la casa del hermano su proximidad a la mía, pues en seis minutos y con solo quinientos sesenta pasos salvaba la distancia, por un itinerario que parecía camino celestial, formado de las calles del Espíritu Santo, Corredera de San Pablo y calles de San Joaquín, San Mateo y San Lorenzo. Esto era pasearme por las páginas del *Año Cristiano*. ¡Y la casa me parecía tan bonita, con sus nueve balcones de antepecho corrido, que semejaban pentagrama de música! ¡Y eran tan interesantes la tienda, muestra y escaparates del estuquista que habitaba en el piso bajo...! La gran escalera blanquecina me acogía con paternal agasajo, y al entrar me recibía el huésped eterno y fijo de la casa, un fuerte olor de café retinto, que se asociaba entonces a todas las imágenes, ideas y sucesos de la familia, y aun hoy viene a formar en el fondo de mi memoria, siempre que repite aquellos días, como un ambiente sensorio que envuelve y perfuma mis recuerdos.

El primero que aparecía ante mí era Rupertico haciendo cabriolas, besándome la mano y llamándome *Taita*. Aquel día me dijo:

—Mi ama Lica se ha levantado hoy.

Entré a verla. Allí estaba doña Cándida, hecha un caramelo de amabilidad, atendiendo a Lica, arreglándole las almohadas en el sillón, cerrando las puertas para que no le diera aire, y al mismo tiempo poniendo sus cinco sentidos en la criatura y en el ama. Las reglas y preceptos que Calígula dictaba a cada momento para que el niño y la nodriza no sufrieran el menor percance, llenarían tantos volúmenes como la *Novísima recopilación*. Ella había buscado el ama y la había vestido, poniéndole más galones que a un feretro, collares rojos y todo lo demás que constituye el traje de pasiega; ella le había marcado el régimen y regulaba las hartazgas que tomaba aquella humana vaca, de cuya voracidad no puede darse idea. Ella corría con todo lo de ropitas, fajas y abrigos para mi tierno ahijado.

—Tiene toda la cara de tu madre—me decía—, y éste se me figura que va a ser un sabio como tú. ¿Pero has visto cosa más rica que este ángel?

A mí me parecía bastante feo. Tenía por nariz la trompeta que es característica de todos los Mansos, y un aire de mal humor, un gesto avinagrado, un mohín tan displicente, que me le figuraba echando pestes de los fastidiosos obsequios de doña Cándida.

Esta se multiplicaba para atender a todo; y como al muchacho se le ocurriese dar uno de esos estornudos de pájaro que dan los niños, ya estaba mi cínife con las manos en la cabeza, cerrando puertas y riñéndonos, porque decía que hacíamos aire al pasar. Cuando Maximín bostezaba abriendo su desmedida boca sin dientes, al punto gritaba ella: «¡Ama, la teta, la teta!»

Era el ama rolliza y montaraz, grande y hombruna, de color atezado, ojos grandes y terroríficos, que miraban absortos a las personas como si nunca hubieran visto más que animales. Se asombraba de todo, se expresaba con un como ladrido entre vascuence y castellano que sólo mi cínife entendía, y si algo revelaba su ruda carátula era la astucia y des-

confianza del salvaje. Cuando, obediente a la consigna de doña Cándida, tomaba al chiquillo para alimentarle y se sacaba del pecho con dificultad un enorme zurrón negro, creía yo que aquello iba a sonar como las gaitas de mi país. Lica estaba muy contenta del ama, y cuando ésta no podía oírlo, decía doña Cándida, radiante de orgullo:

—No hay mujer como ésta, no la hay... Le digo a usted, Lica, que ha sido una adquisición... ¡Gracias a mí, que la he buscado como pan bendito!... Hija, estas gangas no se encuentran a la vuelta de la esquina. ¡Qué leche más rica! Y ¡qué formalota!... Una cosa atroz, ¿ha visto usted? No dice esta boca es mía.

Débil, más indolente que nunca, pero risueña y feliz, mi cuñada manifestaba su gratitud con expresiones cariñosas, y Calígula le decía:

—¡Qué bien está usted!... ¡Qué bonito color! Vamos, está usted muy mona.

Y Lica me dijo, como siempre:

—Máximo, cuéntame cosas.

—¿Qué cosas ha de contar este sosón? —zumbó mi cínife con humor picaresco—. Que empiece a echar filosofías, y nos dormimos todas.

A pesar de esta sátira, yo contaba cosas a Lica, le hablaba de teatros, actualidades y de las noticias de Cuba.

La peinadora entró a peinar a Chita, que, mientras le arreglaban el pelo, me obligó a darle cuenta de todas las funciones que en la última quincena se habían dado en los teatros. Yo, que no había ido a ninguna, le decía lo que se me antojaba. Lo mismo Chita que mi cuñada tenían pasión por los dramas y horror a la música y a las comedias de costumbres. Para ellas no había goce en ningún espectáculo si no veían brillar espadas y lanzas, y si no salían los actores muy bien cargados de barbas y vestidos de verde, o forrados de hojalata imitando armaduras. Odiaban la llaneza de la prosa, y se dormían cuando los actores no declamaban cortando la frase con hipos y el sonajeo de las rimas. Compraba Chita todos los dramas del moderno repertorio, y ambas hermanas los leían con deleite entre sorbos de café. Después se los veía esparcidos sobre la chimenea y el velador, en las banquetas o en el suelo, a veces enteros, otras partidos en actos o en escenas, cada pliego por su lado, revuelta la catástrofe con la prótasis y la anagnórisis con la peripecia. Aquel día, además del desbarajuste dramático, observé en el gabinete los desórdenes que, por ser cotidianos, no me llamaban ya la atención. Sobre mesillas y taburetes se veían las tazas de café; unas, sucias, mostrando el sedimento de azúcar; otras, a medio beber y frías como el hielo; sobre tal silla, un sombrero de señora; un abrigo, en el suelo; sobre la chimenea, una bota; el devocionario encima de un plato, y cucharillas de café dentro de un florerito de porcelana.

El gabinete estaba adornado aprisa y por contrata, con objetos ricos y al mismo tiempo vulgares, pagados al doble de su natural. Doña Cándida se había encargado del cortinaje y de varias chucherías que sobre la chimenea estaban, ofreciéndolas como una de esas gangas que rara vez se presentan. Un día que yo no estaba allí, acudió—creo que llevado también por Calígula—un mercader de objetos de arte, y supo endosarle a Lica media docena de cuadros sin mérito, que a todos los de la casa parecieron admirables por el rabioso y brillante color de los trajes, pintados con cierta habilidad.

Había un reloj de música que a cada hora soltaba una tocata; pero a los ocho días se plantó, y no hubo forma humana de que tocase más ni de que diese hora. Y como los demás relojes de la casa marchaban en espantosa anarquía, allí no se tenían nunca datos del tiempo, y había huelga de horas e insurrección de minutos.

—Máximo, ¿qué hora es?... Chinito, llégate a ver qué hace José María. No le he visto hoy. Todita la mañana ha estado en el despacho con Sainz del Bardal. Verdad que es hoy correo de Cuba. Pero ya debe de ser hora de almorzar.

En el despacho encontré a José María, atareadísimo con el correo de Cuba. Ayudábale Sainz del Bardal, y entre los dos tenían escritas ya cantidad de cartas bastante a cargar un vapor correo.

—Ya sabes—me dijo mi hermano—que creo tener segura mi elección en uno de los distritos de la isla que están vacantes. El ministro se ha empeñado en ello. Me tiene verdaderamente acosado. Yo ¿qué he de hacer?... Luego, de allá me escriben... Mira todas las cartas de Sagua: entérate... Dicen que sólo yo les

inspiro confianza... Estoy verdaderamente agradecido a estos señores... Querido Sainz, descanse usted, y vámonos a almorzar. ¡Ea!, camaradas: a la mesa.

Almorzamos. Tan afanado estaba José María con su elección y con la política, que ni en la mesa descansaba, y apoyando el periódico en una copa, leía como a bocados y a sorbos la sesión del día anterior.

—Ese Cimarra—manifestó en su respiro—es hombre verdaderamente notable. Dicen que es inmoral... Mira, tú: yo no quiero meterme en la vida privada, ¿eh? En la pública, Cimarra es verdaderamente activo, hábil, muy amigo de sus amigos. Anoche estuvimos hasta las dos en el despacho del ministro... Y ahora que me acuerdo hablamos de ti. Ya es hora de que pases a una cátedra de Universidad, y bien podría ser que dentro de algún tiempo te calzaras la Dirección de Instrucción Pública... ¡Ea, ea!, no vengas con modestias ridículas. Eres, verdaderamente, una calamidad. Con ese genio nunca saldrás de tu pasito corto.

Y cuando mi hermano volvía a engolfarse en la lectura del periódico, que era uno de los del partido, el poeta me tomaba por su cuenta, para comunicarme, sin dejar de engullir, los progresos de la Sociedad filantrópica, de que era secretario. Ya había dado dictamen una de las comisiones. Los debates serían reñidísimos. Había voto particular, y los pareceres de los vocales estaban muy divididos.

Se trataba de un problema muy importante, sin cuya aclaración no tenía la Sociedad fundamento sólido en qué apoyarse; se trataba de establecer el grado de eficacia que podría alcanzar la campaña filantrópica, mientras no variasen las actuales relaciones entre el capital y el trabajo, y no hubiese una disposición legislativa que de una vez para siempre...

El condenado quería hacerme un resumen del dictamen, pero yo le corté la palabra; temía que me hiciera daño el almuerzo. Volvimos al despacho. Sainz del Bardal, que se había prestado a ser secretario de su protector, continuó escribiendo cartas, y José María, mientras fumaba, me dejó ver con más claridad las ambiciones y vanidades que se habían despertado en él. Aunque hacía alarde de sencillez y retraimiento, bien se le conocía su anhelo de notoriedad política. ¡Bendito José! Me lo figuraba en primera línea y a la cabeza de un partido, fracción o grupillo, que se llamaría de los *Mansistas*. Cuando yo así lo decía, él reía a carcajadas, demostrándome, a través de su jovialidad el gusto que esta suposición le causaba.

—Todo me lo dan hecho—dijo—, yo no me muevo, yo no pido nada... Pero se empeñan... Es verdaderamente honroso para mí, y estoy verdaderamente agradecido... Anoche recibí un besalamano del ministro... Ese señor no me deja a sol ni sombra... Yo no busco a nadie: me buscan. Yo quiero estar metido en mi casa, y no me dejan.

Estos alardes de modestia eran un nuevo síntoma de la intoxicación política que empezaba a padecer José, pues es muy propio de los ambiciosos hacer el papel de que no buscan, ni piden, ni quieren salir de las cuatro paredes, y siempre dan, como explicación de sus intrigas, la disculpa de que se les solicita y obliga a ser grandes hombres contra su voluntad. Con este síntoma notaba yo en mi hermano el no menos claro de usar constantemente ciertas formulillas y modos de decir de los políticos. La facilidad con que se había asimilado estos dicharachos probaba su vocación. Decía: *Estamos a ver venir; los señores que se sientan en aquellos bancos; esto se va; lo primero es hacer país; hay mar de fondo; las minorías tiran a dar,* etcétera. Llamaba *cogida* a los fracasos parlamentarios de un orador, y *enchiquerado* al ministro que estaba bajo la amenaza de una interpelación grave. Nuestro Congreso, que tan alto está en la oratoria, tiene también su estilo flamenco. A mi neófito no se le escapaba tampoco ninguno de los profundos apotegmas que son la única muestra intelectual de muchas celebridades, como por ejemplo: *Las cosas caen del lado a que se inclinan.*

En sus costumbres no se advertía menos su conversión rápida a un nuevo orden de ideas y de vida. Ya la pobre Lica había empezado a quejarse de las largas ausencias de su marido, el cual, siempre que no tenía convidados, comía fuera de casa, y entraba a las dos de la

noche. Se había vuelto un sí es no es áspero y gruñón dentro de casa, y exigentísimo en todo lo referente a menudencias sociales y al aparato doméstico. El menor descuido de la servidumbre traía sobre Lica agrias amonestaciones; y no digo nada de los malísimos ratos que sufrió la pobrecita para corregirse de su rusticidad y olvidar todas las palabras de la tierra, y no hablar ni pensar más que a la europea. Dócil y aplicada, la infeliz ponía tanta atención a las fraternas de su marido, que logró reformar sus modales y lenguaje, y ya no llamaba *túnico* al vestido, ni a las enaguas *sayuelas,* ni al polisón *bullarengue.* Por este mismo tiempo empezó a restituirse la dicción castellana en los nombres de todos, y ya no se le decía Lica, sino Manuela, y su hermana fué Mercedes, y la niña mayor, que se nombraba Isabel, como mi madre, no se llamó más Belica. Sólo la *niña Chucha* era refractaria a estas novedades, y no respondía cuando la llamaban doña Jesusa, porque dejar su lengua—decía—era arrojar a las calles de Madrid lo último que le quedaba de su querida patria.

Y aquella misma mañana observé en el despacho otros indicios de demencia que me dieron mucha tristeza, porque ya no me quedaba duda de que el mal de José María era fulminante y de que pronto se perdería la esperanza de su remedio. Sobre la mesa había muestras de garabatos heráldicos hechos en distintos colores. Esto, unido a ciertos rumores que habían llegado a mí y a las tonterías que escribió un revistero de periódico, confirmó mis sospechas, y no pudiendo resistir la curiosidad, pregunté:

—Pero ¿es cierto que vas a titularte?

—Yo no sé... Si he de decirte la verdad..., estas cosas me fastidian...—repuso, algo turbado—. Es empeño de ellos; yo me resisto. Luego, los del partido... lo han tomado como asunto propio... Es verdaderamente una tontería, pero ¿cómo les voy a decir que no? Sería verdaderamente ridículo... ¡Si me hicieras el favor de no quitarme el tiempo, camarada! Estamos verdaderamente sofocados con este dichoso correo de Cuba.

Dejéle con sus cartas y su poeta-secretario. Pronto sería yo hermano de un marqués de Casa-Manso o cosa tal. En verdad, esto me era de todo punto indiferente, y no debía preocuparme semejante cosa; pero pensaba en ella porque venía a confirmar el diagnóstico que hice de la creciente locura de mi hermano. Lo del título era un fenómeno infalible en el proceso psicológico, en la evolución mental de sus vanidades. José reproducía en su desenvolvimiento personal la serie de fenómenos generales que caracterizan a estas oligarquías eclécticas, producto de un estado de crisis intelectual y política que eslabona el mundo destruído con el que se está elaborando. Es curioso estudiar la filosofía de la Historia en el individuo, en el corpúsculo. en la célula. Como las ciencias naturales, aquélla exige también el uso del microscopio.

Indudablemente, estas democracias blasonadas; estas monarquías de transacción sostenidas en el cabello de un artificio legal; este sistema de responsabilidades y de poderes, colocado sobre una cuerda floja y sostenido a fuerza de balancines retóricos; esta sociedad que despedaza la aristocracia antigua y crea otra nueva con hombres que han pasado su juventud detrás de un mostrador; estos estados latinos que respiran a pulmón lleno el aire de la igualdad, llevando este principio no solo a las leyes, sino a la formación de los ejércitos más formidables que ha visto el mundo; estos días que vemos y en los cuales actuamos, siendo todos víctimas de resabios tiránicos y al mismo tiempo señores de algo, partícipes de una soberanía que lentamente se nos infiltra, todo, en fin, reclama y quizá anuncia un paso o transformación, que será la más grande que ha visto la Historia. Mi hermano, que había fregado platos, liado cigarrillos, azotado negros, vendido sombreros y zapatos, racionado tropas y traficado en estiércoles, iba a entrar en esa acogida falange de próceres, que son la imagen del poder histórico inamovible y como su garantía y permanencia y solidez. Digamos con el otro: «O el Universo se desquicia, o el Hijo de Dios perece.»

★

Pensando en estas cosas fuí al cuarto de Irene, y todo lo olvidé desde que la vi. Sin oír su respuesta a mi primer saludo, le pregunté:

XVI

¿QUÉ LEÍA USTED ANOCHE?

Y como quien ve descubierto un secreto querido, se turbó, no supo responder, vaciló un momento, dijo dos o tres frases evasivas, y a su vez me preguntó no sé qué cosa. Interpreté su turbación de un modo favorable a mi persona, y me dije: «Quizá leería algo mío.» Pero al punto pensé que no habiendo yo escrito ninguna obra de entretenimiento si algo mío leía, había de ser, o la *Memoria sobre la psicogénesis y la neurosis*, o los *Comentarios a Du Bois-Raymond*, o la *Traducción de Wundt*, o quizá los artículos refutando el *Transformismo* y las locuras de Hæckel. Precisamente la aridez de estas materias venía a dar una sutil explicación al rubor y disgusto que noté en el rostro de mi amiga, porque, «sin duda—calculé yo—no ha querido decirme que leía estas cosas por no aparecer ante mí como pedantesca o marisabidilla.»

Las dos niñas corrieron hacia mí. Eran monísimas, se llamaban mis novias y se disputaban mis besos. Pepito también corrió saltando a mi encuentro. Sólo tenía tres años, aún no estudiaba nada, y le tenían allí para que estuviera sujeto y no alborotase en la casa. Era un gracioso animalito que no pensaba más que en comer, y luchaba por la existencia de una manera furibunda. Cuando le preguntaba qué carrera quería seguir, respondía que la de confitero. Isabelita y Jesusita eran muy juiciosas; estudiaban sus lecciones con amor y hacían sus palotes con ese esfuerzo infantil que pone en ejercicio los músculos de la boca y de los ojos.

La habitación de estudio era la única de la casa en que había orden y al propio tiempo la menos clara, pues siempre se encendía luz en ella a las tres de la tarde. ¡Qué hermoso tinte de poesía y de serenidad marmórea tomaba a mis ojos, maestra pálida, a la compuesta luz de la lámpara y de la claridad expirante del día! Por ti salía mi espíritu de su normal centro para lanzarse a divagaciones pueriles y hacer cabriolas, impropias de todo ser bien educado. La estancia aquella había sido comedor y estaba forrado de papel imitando roble con listones negros claveteados. En un testero estaba el pupitre donde las niñas escribían; no lejos de allí, una mesa grande, un sofá de gutapercha y algunas sillas negras. En la pared había algunos mapas nuevos y dos viejísimos, de la Oceanía y de la Tierra Santa, que yo recordaba haber visto en la casa de doña Cándida. Es de suponer que mi cínife le endosaría aquellas dos piezas a Lica, haciéndolas pagar al precio de las demás gangas que a la casa llevaba.

—Vamos a ver, Isabel—decía Irene—, los verbos irregulares.

La ocasión y el sitio imponíanme la mayor seriedad; así, para aproximarme en espíritu a Irene, tenía que ayudarla en su tarea escolástica, facilitándole la conjugación y declinación, o compartiendo con ella las descripciones del mundo en la Geografía. La Historia Sagrada nos consumía mucha parte del tiempo, y la vida de José y sus hermanos, contada por mí, tenía vivísimo encanto para las niñas, y aun para la maestra. Luego venían las lecciones de francés, y en los temas les ayudaba un poco, así como en la Analogía y Sintaxis castellanas, partes del saber en que la misma profesora, dígase con imparcialidad, solía dormitar *aliquando*, como el buen Homero.

Mientras escribían, había un poco más de libertad. Isabel y Jesusa, al trazar sus letras, se embadurnaban los dedos de tinta. Pepito, a quien era preciso dar un lápiz y un papel para que se estuviera callado, hacía rayas y jeroglíficos en un rincón, y a cada momento venía a enseñarme sus obras, llamándolas caballos, burros y casas. Irene descansaba, y cogiendo su labor de *frivolité*, poníase a hacer nudos con la lanzadera, y yo a mirarle los dedos, que eran preciosos. Con aquel trabajillo se ayudaba, reforzando su mísero peculio. ¡Bendita laboriosidad, que era el remate o coronamiento glorioso de sus múltiples atractivos! Yo inspeccionaba las planas de las niñas, y decía a cada instante:

—Más delgado, niñas; más grueso; aprieta ahora...

De repente, un prurito irresistible del alma me hacía volver hacia Irene y decirle:

—¿Está usted contenta con esta vida?

Y ella alzaba los hombros, me miraba, sonreía, y... ¿por qué negarlo, si

quiero que la verdad más pura resplandezca en mi relato? Sí, me parecía sorprender en ella cansancio y aburrimiento. Pero sus palabras, llenas de profundo sentido, me revelaban cuán pronto triunfaba la voluntad de la flaqueza de ánimo.

—Es preciso tomar la vida como se presenta. Estoy contenta, Máximo; ¿qué más puedo desear por ahora?

—Usted está llamada a grandes destinos, Irene... Por Dios, Jesusita, no pintes, no pintes; haz el trazo con libertad, y salga lo que saliere. Si sale mal, se hace otro, y adelante... Las cualidades superiores que resplandecen en usted... Pero Isabel, ¿adónde vas con ese codo? ¿Lo quieres poner en el techo? Anda, anda; parece que vas a dar un abrazo a la mesa... No mojes tanto la pluma, criatura. Estás chorreando tinta... Ese codo, ese codo... Pues sí, las cualidades superiores...

Y aquí me detuve, porque, a semejanza de lo que la tarde anterior me había pasado en el teatro, sentí obstrucciones en mi mente, como si ciertas y determinadas ideas no quisieran prestarse a ser expresadas y se escondieran con vergüenza, huyendo de la palabra, que a tirones quería echarlas fuera. El requiebro vulgar repugnaba a mi espíritu, y no sé por qué intervenía cruelmente en ello mi gusto literario. Y como al mismo tiempo no hallaba una fórmula escogida, graciosa, de exquisita intención y originalidad que respondiese a mi pensamiento, estableciendo insuperable diferencia entre mi sensibilidad y la de los mozalbetes y estudiantes, no tuve más remedio que adoptar el grandioso estilo del silencio, poniendo de cuando en cuando en él la pincelada de un elogio.

—Usted, Irene, es de lo más perfecto que conozco.

Ella siguió haciendo nudos y más nudos, y no respondió a mis alabanzas sino echándome otras tan hiperbólicas que me ofendían. Según ella, yo era el hombre acabado, el hombre sin pero, el hombre único. ¡Y cuidado con los elogios que hacían de mí todas las personas que me trataban!... No, no podía existir tal perfección en la persona humana, y por fuerza habían de descubrir algún defectillo los que me trataran de cerca. Contestando a esto, creo que estuve oportuno y algo chispeante, decidiéndome a lanzar algunas ideas preparatorias, que ella, a mi parecer, comprendió perfectamente. Nuevos elogios de Irene, dirigidos en particular a lo que ella calificaba de originalidad en mi ingenio. «Es usted tremendo», me dijo, y a esta frase siguió prolongado silencio de ambos.

La tarde estaba hermosa, y salimos a paseo. No sé si fué aquella tarde u otra cuando me retiré a casa con la idea y el propósito de no precipitarme en la realización de mi plan, hasta que el tiempo y un largo trato no me revelaran con toda claridad las condiciones del suelo que pisaba.

«No me conviene ir demasiado aprisa—pensaba yo—. El hecho, el hecho me guiará y la serie de fenómenos observados me trazará seguro camino. Procedamos en este asunto gravísimo con el riguroso método que empleamos hasta en las cosas triviales. Así tendré la seguridad de no equivocarme. Poniendo un freno a mis afectos, que se dejarían llevar de impetuoso movimiento, conviene seguir observando. ¿Acaso la conozco bien? No; cada día noto que hay algo en ella que permanece velado a mis ojos. Lo que más claro veo es su prodigioso tacto para no decir sino aquello que bien le cuadra, ocultando lo demás. Demos tiempo al tiempo, que así como el trato ha de producir el descubrimiento de las regiones morales que aún están entre brumas, la amistad que del trato resulte y el coloquio frecuente han de traer espontaneidades que le revelen a ella mis propósitos y a mí su aquiescencia, sin necesidad de esa palabrería de mal gusto que tanto repugna a mi organización intelectual y estética.»

Tal como lo pensaba lo hice. Muchas mañanas asistí a las lecciones y muchas tardes a los paseos, mostrando indiferencia y aun sequedad. La digna reserva de ella me agradaba más cada vez. Un día nos cogió un chaparrón en el Retiro. Tomé un coche, y con la estrechez consiguiente nos metimos en él los cinco y nos fuimos a casa. Chorreábamos agua, y nuestras ropas estaban caladas. Yo tenía un gran disgusto; temía que ella y los niños se constipasen.

—Por mí no tema usted—me dijo Irene—. Jamás he estado mala. Yo tengo una salud... tremenda.

¡Bendita Providencia que a tantos dones eminentes añadió en aquella criatura el de la salud, para que respondiese mejor a los fines humanos en la familia! El que tuviese la dicha de ser esposo de aquella escogida entre las escogidas, no se vería en el caso de confiar la crianza de sus hijos a una madre postiza y mercenaria; no vería entronizado en su casa ese monstruo que llaman nodriza, vilipendio de la maternidad y del siglo.

—Cuídese usted, cuídese, Irene—le dije, con afán previsor—, para que su hermosa salud no se altere nunca.

Dos días estuve sin ir a casa de mi hermano. ¿Fué casualidad o plan astuto? Crea el lector lo que quiera. Mi metódico afecto tenía también sus tácticas, y algo se entendía de emboscadas amorosas. Cuando fuí, después de ausencia que tan larga me parecía, sorprendí en el rostro de Irene alegría muy viva.

—Me parece—repliqué yo—que hace dos siglos que no nos vemos... ¡He pensado tanto en usted!... Ayer hablamos... No nos vimos, y, sin embargo, le dije a usted estas y estas cosas.

—Es usted... tremendo.

—No quisiera equivocarme; pero me parece que noto en usted algo de tristeza... ¿Le ha pasado a usted algo desagradable?

—No, no, nada—respondió, con precipitación y un poco de sobresalto.

—Pues me parecía... No, no puede estar usted satisfecha de este género de vida, de esta rutina impropia de un alma superior.

—Ya se ve que no—dijo con vehemencia.

—Háblame usted con franqueza, revéleme todo lo que piense, y no me oculte nada... Esta vida...

—Es tremenda.

—Usted merece otra cosa, y lo que usted merece lo tendrá. No puede ser de otra manera.

—Pues qué, ¿había de pasar toda mi juventud enseñando a hacer palotes?

—¿Y cuidando chiquillos...?

—¿Y dando lecciones de lo que no entiendo bien...?

Echó sobre los libros que en la próxima mesa estaban una mirada tan desdeñosa, que me pareció verlos apenados y confundidos bajo el peso de la excomunion mayor.

—Usted se aburre, ¿no es verdad? Usted es demasiado inteligente, demasiado bella para vivir asalariada.

Me expresó con dulce mirada su gratitud por lo bien que había interpretado sus sentimientos.

—Esto se acabará, Irene. Yo respondo...

—Si no fuera por usted, Máximo—me dijo con acento de generosa amistad—, ya habría salido de aquí.

—¿Pero qué?..., ¿está usted descontenta de la familia?

—No..., es decir... Sí..., pero no, no... —murmuró, contradiciéndose cuatro veces en seis palabras.

—Algo hay...

—No, no; digo a usted que no.

—Tiempo hace que nos conocemos. ¿Será posible que no tenga usted conmigo la confianza que merezco?...

—Sí, la tengo, la tendré—replicó, animándose—. Usted es mi único amigo, mi protector... Usted...

¡Qué hermosa espontaneidad se pintaba en su rostro! La verdad retozaba en su boca.

—Me interesa tanto usted, y su felicidad y su porvenir, que...

—Porque lo conozco, así tendré que consultar con usted algunas cosas... tremendas...

—¡Tremendas!

No daba yo gran importancia a este adjetivo, porque Irene lo usaba para todo.

—Y yo le juro a usted—añadió, cruzando las manos y poniéndose bellísima, asombrosa de sentimiento, de candor y de piedad—, yo juro que no haré sino lo que usted me mande.

—Pues...

El corazón se me salía con aquel *pues*... No sé hasta dónde habría llegado yo si no abriera la puerta Lica en aquel momento.

—Máximo—dijo sin entrar—, llégate aquí, chinito...

Quería que yo le redactase las invitaciones de aquella noche. ¡Pobre Lica, cómo me contrarió con su inoportunidad! No volví a ver a Irene aquella tarde; pero yo estaba tan contento como si la tuviera delante y la oyese sin cesar. El discursillo del cual no dije sino

una palabra, sonaba en mí como si cien veces se hubiera pronunciado y otras ciento hubiera recibido de ella la hermosa aprobación que yo esperaba.

XVII

LA LLEVABA CONMIGO

Era como si la naturaleza de ella hubiera sido inoculada milagrosamente en la mía. La sentía compenetrada en mí, espíritu con espíritu; y esto me daba una alegría que se avivó por la noche, cuando fuí a la reunión de jueves; y esta alegría radiosa salía de mí como inspiración chispeante, brotando de los labios, de los ojos, y aun creo que de los poros. Entróme de súbito un optimismo, algo semejante al delirio que le entra al calenturiento, y todo me parecía hermoso y placentero, como proyección de mí mismo. Con todos hablé y todos se transfiguraban a mis ojos, que, cual los de Don Quijote, hacía de las ventas castillos. Mi hermano me pareció un Bismarck; Cimarra, se dejaba atrás a Catón; el poeta, eclipsaba a Homero; Pez era un Malthus por la estadística, un Stuart Mill por la política, y mi cuñada Manuela, la mujer más aristocrática, más fina, más elegante y distinguida que había pisado alfombras en el mundo. Para que se vea hasta qué aberraciones morbosas me condujo mi loco optimismo, diré que el poeta mismo oyó de mis labios frases de benevolencia, y que casi llegué a prometerle que me ocuparía de sus versos en un próximo trabajo crítico. Esto le puso como fuera de sí, y rodando la conversación de personalidad en personalidad, afirmó que yo me dejaba muy atrás a Kant, a Shelling y a todos los padres de la Filosofía. Sus indignas lisonjas me abrieron los ojos y fueron correctivos de mi debilidad optimista. Yo creo que había en mí un desorden físico, no sé qué reblandecimiento de los órganos que más relación tienen con la entereza de carácter. De mucho sirvió para restituirme a mi ser el interminable solo que me dió Sainz del Bardal a propósito de los inmensos progresos de la *Sociedad de Inválidos de la Industria*. En servicio de ella desplegaba el poeta secretario una actividad demente, febril, y se multiplicaba para organizar los trabajos, para aumentar el número de socios y alcanzar la protección del Gobierno. Había logrado meter en ella a tres ex ministros, y a otro personaje muy conocido en Madrid, propagandista infatigable que pronunciaba seis discursos por semana en distintas sociedades.

Todo marchaba admirablemente, y marcharía mejor cuando los planes de los caritativos fundadores tuvieran completo desarrollo. Por de pronto, se había acordado destinar los cuantiosos fondos reunidos a imprimir los notabilísimos discursos que se pronunciaran en las turbulentas sesiones. ¡Lástima grande que tan admirables piezas de elocuencia se perdieran! Ante todo, España es el país clásico de la oratoria. Los autores del voto particular y la mayoría de la Comisión no habían logrado ponerse de acuerdo sobre aquel sutil tema; mas para salir del paso se había nombrado una Comisión mixta, compuesta de individuos de la de Propaganda y de la de Aplicación, para que redactasen el tema de nuevo. Reunida esta Junta magna, acordó que lo primero que debía hacerse era abrir un certamen poético, para premiar la mejor *oda al trabajo*. El primer premio consistía en coliflor de oro e impresión de quinientos ejemplares; el *accésit*, en girasol de plata e impresión de doscientos. Ya vi venir el nublado al enterarme de estos planes funestos, y, en efecto, me nombraron presidente del Jurado. También se pensaba en una gran rifa, organizada por señoras, y en una soberbia y resonante velada, o quizá, *matinée*, en la cual, después de leída por Bardal la Memoria de los trabajos de la Sociedad, habría música, discursos y lectura de versos, que son la sal de estos festejos filantrópicos.

Como pude me sacudí de encima el moscón que me aturdía, di una vuelta por los salones, y de repente sentí un golpecito en el hombro y una simpática voz que me dijo:

—Hola, maestro... Le vi a usted con *el tifus* y no quise acercarme.

—¡Ay! Peña, el ataque ha sido tan fuerte, que creo tendré convalecencia para toda la noche... Sentémonos; siento una debilidad...

—Esa es la *febris carnis*... Yo no me

rindo a Sainz del Bardal. Cuando viene contra mí, le vuelvo la espalda. Si a pesar de esto me habla, le echo una rociada de ácido fénico, quiero decir que le llamo necio.

—Pero, hombre, ¿qué es de tu vida?

—Ya ve usted, maestro... Vámonos de aquí. *Achantémonos* en ese gabinete.

—¿Qué me cuentas?

—Nada de particular.

—¿Es cierto que no le haces la corte a Amalia Vendesol?

—¡Quia, maestro!... Si eso se acabó hace mil años. Es inaguantable. Unas exigencias, unas susceptibilidades... Verá usted: si un día dejaba de pasar a caballo por su casa, ¡María Santísima, la que se armaba! Si en el Retiro me distraía y miraba para alguien... En fin, tiene peor genio que su tía Rosaura, la que le sacó un ojo a su marido riñendo por celos. Yo he visto a Amalia morder un abanico y hacerlo en cincuenta pedazos...; ¿por qué creerá usted?... Porque una noche no pude tomar butaca impar en la Comedia, y tuve que ponerme en las pares. Y ¡qué educación la suya, amigo Manso! Escribe garabatos, dice *peãrominio,* y ¡tiene un cariño a las haches...!

—Como todas..., como la mayoría... ¿Y es cierto que te has dedicado a una de las De Pez?

—Ahí están las dos. ¿Las ha visto usted? Me entretengo con ellas, principalmente con la menor, que es graciosísima. Están bien educadas, es decir, tienen un barniz...

—Eso es, nada más que un barniz. Ignoran todo lo ignorable; pero se les ha pegado algo de lo que oyen, y parecen muñecas, de las que dicen *papá* y *mamá.*

—Pero éstas no dicen *papá* y *mamá,* sino *marido, marido.* La mayor, sobre todo, es muy despabilada. ¡Cuidado que sabe unas cosas...! Anoche me quedé aterrado oyéndola. Hablando con verdad, no sé si decirle a usted que son monísimas o muy cargantes. Hay en ellas algo de los visos del tornasol o de los reflejos metálicos de una mayólica. A veces marean, a veces deslumbran; cansan y enamoran. Dan alegría y amor. La mayor, Adela, es de una vanidad que no se concibe. Yo creo que si un príncipe se dirige a ella, aún será poca cosa.

—Verás como concluye por casarse con un distinguido teniente.

—Lo creo. Tiene un tupé la niña... Algo se le ha pegado a la pequeña. ¡Ya se ve! Con aquella tiesa mamá, que parece figura arrancada a una tabla de la Edad Media...

—Con aquel soplado papá, que es el sincretismo de las pretensiones más enfáticas...

—Pero ¿no le llama la atención el lujo de esa gente?

—A mí, en materia de estupidez humana, nada me llama ya la atención.

—Es un lujo inverosímil, misterioso. ¿Qué hay detrás de todo esto? Los cincuenta mil reales del señor De Pez, y pare usted de contar.

—Madrid es un valle de problemas.

—Yo creo que las pretensiones de las niñas dejan muy atrás a las de los papás. La ley de herencia se ha cumplido con exceso. Y no sé yo quién va a cargar con esos apuntes. El desgraciado que se case con cualquiera de ellas, ya puede hacer la cuenta que se casa con las modistas, con los tapiceros, con los empresarios de teatros, con Binder el de los coches, con Worth el de los trajes, y con todos los arruinadores de la Humanidad. Acostumbradas esas niñas al lujo, ¿dónde encontrarán capital bastante fuerte para sostenerlo? Maestro, esto está perdido, aquí va a venir un desquiciamiento. Hablan de la juventud masculina y de su corrupción, de su alejamiento de la familia, de la tendencia antidoméstica que determinan en nosotros el estudio, los cafés, los casinos... Pues, ¿y qué me dice usted de las niñas? La frivolidad, el lujo y cierta precocidad de mal gusto imposibilitan a la doncella de estos países latinos para la constitución de las familias futuras. ¿Qué vendrá aquí? ¿La destrucción de la familia, la organización de la sociedad sobre la base de un individualismo atomístico, el desenfreno de la variedad, sin unidad ni armonía, la patria potestad en la mujer...?

—Lo femenino eterno—dije yo gravemente—tiene leyes que no pueden dejar de cumplirse. No seas pesimista, ni generalices fundándote en hechos que, por múltiples que sean, no dejan de ser aislados.

—¡Aislados!

—Conoces poco el mundo. Eres un ni-

ño. Antes consistía la inocencia en el desconocimiento del mal; ahora, en plena edad de paradojas, suele ir unido el estado de inocencia al conocimiento de todos los males y a la ignorancia del bien, del bien que luce poco y se esconde, como todo lo que está en minoría. Créeme, créeme, te hablo con el corazón...

Y tomando entre mis dedos—¡cómo me acuerdo de esto!—el ojal de la solapa de su frac, proseguí hablándole de este modo:

—... Hay mucho tesoro, mucho bien, mucha ventura que tú no ves, porque te tapa los ojos la inocencia, porque te ciega el vivo resplandor del mal. Hay seres excepcionales, criaturas privilegiadas, dotadas de cuanto la Naturaleza puede crear de más perfecto, de cuanto la educación puede ofrecer de más refinado y exquisito. Flaquearía por su base el santo, el sólido principio de armonía si así no fuera, y sin armonía, adiós variedad, adiós unidad suprema...

—No digo que no...

Y distraído, pero atento a mis palabras, se metió la mano en el bolsillo del faldón y sacó una petaquilla.

—¡Ah!, ya no me acordaba de que usted no fuma... Yo tengo unas ganas rabiosas de fumar. Con su permiso, maestro, me voy por ahí adentro a echar un pitillo. ¿Viene usted?

No le seguí porque solicitaba mi curiosidad un grupo entusiástico que se había formado en torno de mi hermano. Parecíame oír felicitaciones, y el señor De Pez tenía un aire de protección tal que no sé cómo todo el género humano no se arrojaba contrito y agradecido a sus plantas.

El motivo de tantos plácemes y de bullanga tan estrepitosa era que se había recibido un telegrama de Cuba manifestando estar asegurada la elección de José María.

XVIII

VERDADERAMENTE, SEÑORES...

Dijo mi hermano; y atascado en su exordio por la obstrucción mental que padecía en los momentos críticos, repitió al poco rato:

«Verdaderamente...»

Pudo, al fin, formular un premioso discursejo, cuyas cláusulas iban saliendo a golpecitos, como el agua de una fuente en cuyo caño se hubiese atragantado una piedra. Acerquéme un poco y oí frases sueltas como: «Yo no quiero salir de mis cuatro paredes..., porque también se puede servir al país desde el rincón de una casa... Pero estos señores se empeñan... A la benevolencia de estos señores debo... En fin, esto es para mí un verdadero sacrificio; pero estoy verdaderamente dispuesto a defender los sagrados intereses...»

Desde entonces tomó el sarao un aspecto político que le daba extraordinario brillo. Había tres ex ministros y muchos diputados y periodistas, que hablaban por los codos. La sala del tresillo parecía un rinconcito del Salón de Conferencias. Los que más bulla metían eran los de la *democracia rampante,* partido tan joven como inquieto, al cual se había afiliado José, llevado de sus preferencias por todo lo que fuera transacción.

El espíritu reconciliatorio de José llega hasta el delirio, y sueña con acoplar y emparejar las cosas más heterogéneas. Esto, según él, es lo *verdaderamente inglés.* Lo de la *sucesiva serie de transacciones* no se le cae de la boca: es su *Padrenuestro* político, y así, todo lo transige y siempre halla modo de aplicar sus ideales casamenteros. No existe rivalidad histórica y fatal que él no se proponga resolver con un abrazo de Vergara. Eso es: abrácense como hermanos el separatismo y la nacionalidad, la insurrección y el ejército, la monarquía y la república, la Iglesia y el libre examen, la aristocracia y la igualdad. Toda idea pura es para él *una verdadera exageración,* y corta las cuestiones diciendo: *Basta de exclusivismos.* Para él no conviene que haya exclusivismos en el arte, ni en religión, ni en filosofía. Toda idea, toda teoría artística o moral debe ceder una parte de sus regios dominios a la teoría y a la idea contrarias. Lo bello deja de serlo si este fenómeno no cruza con lo vulgar el famoso abrazo de Vergara. Jesús y los Santos Padres son unos exagerados y exclusivistas por no haber intentado un arreglito con la herejía.

Las majaderías de aquella gente me aburrían tanto, que me alejé del salón

y me interné en la casa. Harto de poetas, periodistas y políticos, mi espíritu me pedía el descanso de un párrafo con doña Jesusa. En el lejano aposento donde residía, estaba aquella noche, fija en su butaca, envuelta en su mantón y acompañada de Rupertito, a quien contaba cuentos.

—No me quiero acostar—me dijo—, porque el *sambeque* del salón y esta bulla de criados que van y vienen no me dejan dormir. Esta casa parece un trapiche los jueves por la noche. ¡Jesús qué terremoto! A usted no le gusta esto; ya lo sé. ¡Y qué gente tan comilona! Con el té, los dulces, los fiambres, las pastas, los helados que se han comido ya, habría para mantener un Ejército. La pobre Lica no es para esto; si sigue así, va a perder la salud... Le contaré a usted lo de anoche, si me promete ser reservado... Pues tuvieron ella y José María una peleíta. ¡Jesús qué jarana!..., por si ella no sabía hacer los honores. Yo bien sé que Lica está muy *chiqueada*. Pero José ha echado un genio... No sé cuánta cosa sacaron: que él no piensa más que en sencilleces; que se pasa la noche en el Casino, y quién sabe si en otras partes peores... Parece que hay descubrimiento...

Acercó su sillón al mío y casi al oído me dijo:

—Faldicas, ¿eh?... José María es como todos. Esta vida de Madrid... Tenemos calaveradas... Ya se ve, un hombre que va a ser diputado y ministro... Hay en Madrid cada gancho... ¡Ay!, qué mujeres las de esta tierra; son capaces de pervertir al cordero de San Juan. Yo les diría si las viera: «Grandísimas *sinvergüenzas*, ¿para qué engatusáis a un padre de familia, a un sencillo, a un hombre tan bueno?... Porque José María ha sido muy bueno hasta ahora; pero, niño, de algún tiempo acá, no le conocemos.

Yo defendí a mi hermano como pude y tranquilicé a su suegra, tratando de hacerle comprender que la licencia de nuestras costumbres está más en la forma que en el fondo, y que no debía tomar como señales de pecado ciertos desenfados corrientes... Fué lo único que se me ocurrió.

—Yo—dijo ella, bajando más la voz—no me meto en nada. Allá se entiendan; allá se las hayan. No me muevo de este sillón, porque no tengo salud para nada. Aquí me acompaña Ruperto. Esta noche, mientras allá reían y alborotaban, Irene y yo hemos rezado el rosario y hemos hablado de cosas pasadas... Pero ¿dónde se ha ido ese ángel de Dios?

Miraba a todos los lados de la pieza.

—Pero ¿no se ha recogido aún?—pregunté—. Esto es contrario a sus costumbres.

—Calle, niño; si debe de andar por ahí. Algunos ratos se va al corredor a ver un poquito de la sala.

Ya iba yo a buscarla, cuando entró ella. Su fisonomía revelaba gozo y estaba menos pálida. Parecía agitada, con mucho brillo en los ojos y algo de ardor en las mejillas, como si volviese de una larga carrera.

—Irene, ¿qué tal? ¿Ha visto usted...?

—Un poquito..., desde el pasillo... ¡Qué lujo, qué trajes! Es cosa que deslumbra...

—Yo creí que a estas horas..., es la una, estaba usted recogida.

—Me he quedado aquí para acompañar un poco a doña Jesusa... Luego, es preciso ver algo, amigo Manso, ver algo de estas cosas que no conocemos.

—¡Oh!, es justo—dije, pensando en lo mucho que luciría Irene si penetrara en los círculos de la sociedad elegante, y en el valor que sus grandes atractivos tomarían, realzados por el lujo—. Pero es cuestión de carácter; ni a usted ni a mí nos agrada esto. Por fortuna, estamos conformados de manera que no echamos de menos estos ruidosos y brillantes placeres, y preferimos los goces tranquilos de la vida doméstica, el modesto pan de cada día con su natural mixtura de pena y felicidad, siempre dentro del inalterable círculo del orden.

—¡Jesús de mi alma! ¡Qué talento tiene este hombre, y qué bien dice las cosas!—exclamó doña Jesusa.

Irene se reía del entusiasmo de la *niña Chucha*, y con enérgicos movimientos de cabeza daba su aprobación a los elogios.

—Máximo—dijo de súbito la señora—, ¿por qué no se casa usted? ¿A cuándo espera, niño?

—Todavía hay tiempo, señora. Ya veremos...

Mirando a Irene, que atenta me miraba, le dije, por decir algo:

—¿Y las niñas?

—Han estado muy desveladas. Ya se ve..., con la bulla... También han querido ver algo. Después han estado jugando, de broma y fiesta, pasándose de una cama a otra y arrojándose las almohadas... Pero se han dormido.

—¿Y usted no tiene sueño?

—Ni chispa.

—Pero es muy tarde.

—Me voy a mi cuarto.

—¿Va usted a leer?—dije, siguiéndola y llevándole la luz.

—Es tardísimo... Veré si me duermo al momento. Mañana...

—¿Mañana, qué?

—Digo que mañana será otro día, y hablaremos de aquello...

—Hablaremos de aquello...—repetí sintiendo en mi pensamiento el estímulo que los novelistas llaman *un mundo de ideas*, y en mis labios cosquilleo de palabras impacientes.

Pero ella me quitó de las manos la luz, entró en su cuarto con una presteza que me parecía resbaladiza, dióme las buenas noches, y a poco sentí el ruido de la llave cerrando por dentro. Después dió un golpecito en la madera, como para llamarme, si me alejaba, y dijo:

—Tráigame usted lo que me prometió.

—¿Qué, criatura?—le pregunté, sospechando, en un momento de ansiedad, que le había prometido mi vida toda entera.

—¡Qué memoria! La Gramática inglesa de Ahn...

—¡Ah!, ya... Bueno...

—Y los dos lápices de Faber, números dos y tres.

—Vamos, acabe usted de pedir. Pida usted el sol y la luna...

—No sea usted tremendo... Abur.

—No se fatigue usted la imaginación con la lectura...

—Si me estoy durmiendo ya.

—Eso es, descansar..., buenas noches.

—Pero qué, ¿todavía está usted ahí, amigo Manso?

—Creí que ya estaba usted dormida.

—Hombre, si estoy rezando... Adiós.

Retiréme. Algo me daba que pensar aquel humorismo de Irene, un poquito disconforme con la seriedad y mesura que yo había observado en ella; pero reflexionando más, consideré que este fenómeno contingente no alteraba el hecho en sí, o mejor dicho, que un desentono pasajero y accidental no destruía la admirable armonía de su carácter.

Era ya hora de abandonar la reunión; pero Cimarra y mi hermano me entretuvieron, dando una batida en toda regla a mi modestia para que consintiese en ser hombre político y en lanzarme con ellos por la única senda que conduce a la prosperidad. Yo me resistí, alegando razones de carácter, de conveniencia y de ideas. Cimarra me aseguraba que era posible facilitarme la entrada en el Congreso, arreglándome uno de los distritos que estaban vacantes. Ya José había hecho algunas indicaciones al ministro, el cual había dicho: «¡Oh!, sí, verdaderamente...» Mi hermano se prestaba benévolo a arreglar la incompatibilidad de mis ideas con el régimen oligárquico que hoy priva, y me incitaba con empeño a ser hombre verdaderamente práctico y a abandonar de una vez para siempre las utopías y exageraciones, buscando en el ancho campo de mi saber una fórmula de transacción, una manera de reconciliar la teoría con el uso y el pensamiento con el hecho.

De la misma opinión era el marqués de Tellería, que se hallaba presente, encarnizado enemigo de las utopías, hombre esencialmente práctico, y tan práctico que vivía a costa del prójimo; santo varón que llamaba *logomaquias* a todo lo que no entendía. Este señor me dió, después, un solo, adulándome sin tasa y diciéndome, en conclusión, que los hombres como yo debían consagrarse a defender los intereses de las clases productoras contra las amenazas del proletariado, las creencias venerandas de nuestros mayores contra la irrupción de la barbarie librepensadora, y las buenas prácticas de gobierno contra los delirios de los teóricos. Yo ocultaba con frases de cortesía el desprecio que me merecía este sujeto, a quien de oídas conocía desde algunos años atrás por lo que me había contado su yerno y mi amigo León Roch. Al soltarme, me dijo:

—Le voy a mandar a usted un folletito en que he reproducido todos los discursos, todos los incidentes que motivó la proposición de ley que presenté al Senado sobre la vagancia. Me hará usted el favor de leerlo y decirme su opinión imparcial.

Manuela, que se enteró de que me que-

rían enjaretar la diputación, no me ocultaba su gozo. Pero no le cabía en la cabeza mi resistencia a entrar por las vías políticas, y riñéndome por mi carácter retraído y mi amor a la vida oscura, me decía:

—Pero, chinito, no seas *follullo*.

XIX

EL RELOJ DEL COMEDOR DIÓ LAS OCHO

Haciendo el cómputo que el desorden de los relojes de aquella casa exigía, resultaba que las ocho campanadas marcaban las tres. ¡Qué tarde! Retirarme yo a casa a tal hora me parecía un absurdo, una chanza, un criminal secuestro del tiempo. Me vi como figura de pesadilla, o como si yo fuera otro y con ese otro estuviera soñando en la plácida quietud de mi cama. Salí. La somnolencia me producía síntomas parecidos a los de la embriaguez. Cuando fuí al comedor para tomar un vaso de agua vi con asombro que aún había luz en el cuarto de Irene. El rectángulo de claridad sobre la puerta atrajo mis miradas, y breve rato estuve clavado en mitad del pasillo. «Pero ¿no me dijo usted hace dos horas que tenía mucho sueño y que se iba a dormir en seguida?» Esto no lo dije en voz alta. Hice la pregunta de espíritu a espíritu, porque dar voces a tal hora me parecía inconveniente. ¿Rezaba? ¿Qué hacía? ¿Leer novelas? ¿Devorar mis obras filosóficas?...

Bebiendo agua me tranquilicé sobre aquel punto. En verdad, yo era un impertinente exigiendo un método imposible en los actos de Irene. ¿Qué tenía de particular que apagase la luz dos horas más tarde de lo que había dicho? Podía ser que estuviera cosiendo sus vestidos, o preparando las lecciones del día siguiente... ¡Las tres y media!... ¿Cuántas horas dormía aquella criatura, que se levantaba a las siete? ¡Deplorable costumbre la de calentarse el cerebro en las horas de la noche! ¡Oh! Yo haría cumplir en mi familia con estricta rigidez los preceptos de la Higiene.

En el portal se me unió Peña. Embozados, acometimos el frío glacial de la calle.

—Maestro, ¿se va usted a su casa?

—Desalmado, ¿adónde he de ir? Y tú, ¿adónde vas?

—Yo no me acuesto todavía. Es temprano.

—¡Es temprano y van a dar las cuatro!

Andando aprisa, le eché una filípica sobre el desarreglo de sus costumbres y la antihigiénica de hacer de la noche día, motivo de tantas enfermedades y del raquitismo de la generación presente. El se reía.

—Por respeto a usted, maestro—me dijo—, voy a acompañarle hasta casa. Después me voy a la *Farmacia*.

—¡Y tu madre esperándote, desvelada y llena de temores! Manuel, no te conozco. Parece mentira que seas mi discípulo.

—Buen barbián está usted, maestro... ¿Pues no se retira usted tan tarde como yo? En un metafísico eso es imperdonable. ¡Si está usted hecho un gomoso!... Concluirá usted por ir a la cátedra antes de acostarse y presentarse de frac ante los alumnos. ¡Cómo cunde el mal ejemplo!

Sus bromitas me desconcertaron un poco, pero no quise ceder.

—Mira, perdido—le dije, tomándole por un brazo—. Que quieras que no, te llevo a casa. No irás a la *Farmacia*. Yo lo mando y tienes que obedecer a tu maestro.

—Transacción... Procuremos conciliarlo todo, como dice su hermano de usted. No iré a la *Farmacia;* pero no puedo acostarme sin tomar algo.

—Pero, gandul, ¿no has cenado en casa de José?

—Sí... Distingamos; no es precisamente porque tenga apetito. Es por aquello de ir a alguna parte.

—¿Y adónde quieres ir?

—Renuncio a la *Farmacia* con tal que usted me acompañe a tomar buñuelos.

—¿Dónde, libertino?

—Aquí, en la buñolería de la calle de San Joaquín. Está fría la noche, y una copita de aguardiente no viene mal.

—¿Estás loco? ¿Crees que yo...?

—Vamos, *magister*, sea usted amable. Ya ve usted que por complacerle renuncio a ir a mi círculo. Es cuestión de diez minutos. Luego nos iremos juntos a nuestra casita, como las personas más arregladas del mundo.

Y tirando de mi capa hizo tales es-

fuerzos por meterme consigo en aquel local innoble, que no pude resistirme, ni creí oportuno disputar más con él por un acto que, en verdad, era insignificante.

—¡Caprichoso!

—Sentémonos, maestro.

XX

¡ME PARECÍA MENTIRA!

¡Yo sentado en el banco de una buñolería, a las cuatro de la mañana, teniendo delante un plato de churros y una copa de aguardiente!... Vamos, era para echarse a reír, y así lo hice. ¿Quién se llamará dueño de sí, quién blasonará de informar con la idea la vida, que no se vea desmentido, cuando menos lo piense, por la despótica imposicion de la misma vida, y por mil fatalidades que salen a sorprendernos en las encrucijadas de la sociedad, o nos secuestran como cobardes ladrones? La pícara sociedad, blandamente y como quien no hace nada, me había estafado mi serenidad filosófica, y tiempo llegaría, si Dios no lo remediaba, en que yo no hallaría en mí nada de lo que formó mi vigorosa personalidad en días más venturosos.

Estas reflexiones hacía yo, mirando a dos parejas que en las mesillas de enfrente estaban, y asombrándome de verme en tal compañía. Eran cuatro artistas del género flamenco, dos machos y dos hembras que acababan de salir del café-teatro de la esquina, donde cantaban todas las noches. Ellas eran graciosas, insolentes; la una, gordiflona; espiritual, la otra; ambas, con mantones pardos, pañuelos a la cabeza, liados con desaliño y formando teja sobre la frente; las manos bonitas, los pies calzados con perfección. De capa, pavero y chaqueta peluda, afeitados como curas, peinados como toreros sin coleta, los hombres eran de lo más antipático que puede verse en la Creación. Las cuatro voces roncas sostenían un diálogo picado, zumbante y lleno de interjeccioner, del cual no se entendían más que las groserías y barbarismos. Era la primera vez que yo me veía tan cerca de semejantes tipos, y no les quitaba los ojos.

—¡Qué guapa es la gorda!—me dijo Manuel—. Maestro, veo que se entusiasma usted.

—¿Yo?...

—Si parece que quiere usted comérsela con los ojos...

—No seas necio.

—Y ella no lo lleva a mal, maestro. También le echa a usted los ojazos. Esto que allá por otras regiones se llama *flirtation*, se llama aquí *tomar varas*.

—¿Has acabado ya de beber tu aguardiente, vicioso?—le dije con vivos deseos de salir de allí.

—¿Y usted no toma?

—¿Yo? Quita allá este asco, este veneno...

—¿Sabe usted, maestro, que estoy esta noche así como excitado de nervios, enardecido de sangre, y parece que una electricidad se me pasea por todo el cuerpo?... Siento apetito de acción, de violencia; no sé lo que pasa en mí...

Yo le miraba atentamente y reflexionaba sobre aquel estado de mi discípulo, que era cosa nueva en él, y desagradable para mí, que tanto le quería.

—Porque, sí, señor—siguió—; hay ocasiones en que nos es necesario hacer cualquier barbaridad, como compensación de las tonterías y sosadas que informan nuestra vida habitual; algo violento, algo dramático. Suprima usted de la vida el elemento dramático, y adiós juventud. ¿No le parece a usted que nos divertiríamos si ahora armase yo camorra con esta gente?

—¡Con éstos!... Por Dios, Manuel, a ti te pasa algo. Tú estás loco, o has bebido...

—Después de todo, ¿qué pasaría? Nada. Esta es gente cobarde. Iríamos todos a la Prevención, y mañana, mejor dicho, hoy, faltaría usted a clase, y quizá tendrían que ir el rector y el decano a sacarle de las uñas de la Policía.

—Si tuviera aquí palmeta y disciplinas, te trataría como trata un maestro de escuela al más pillo de sus alumnos. No mereces otra cosa. Desde que no estás bajo mi dirección has variado tanto, que a veces me cuesta trabajo conocerte. Piensas y hablas tan bajamente, que me aflige considerar la esterilidad de lo que te enseñé.

—¡Oh!, no—exclamó Peña con vehemencia, dándose una puñada sobre el corazón y un palmetazo en la frente—. Algo queda. Mucho hay aquí y aquí,

maestro, que permanecerá por tiempo infinito. Esta luz no se extinguirá jamás, y mientras haya espacio, mientras haya tiempo...

Los cuatro flamencos se levantaron para marcharse. Viendo el entusiasmo de Manuel, ellos se miraron asombrados, ellas sofocaban la risa. Se me parecieron a las dos célebres mozas que estaban a la puerta de la venta cuando llegó Don Quijote y dijo aquellas retumbantes expresiones, que tanto disonaban del lugar y la ocasión. Yo vi el cielo abierto cuando se fueron los del *cante,* porque así no tenía Manuel con quien armar la trapisonda que deseaba.

La buñolería estaba pintada de rojo, a estilo de las tabernas de Madrid. Las paredes sucias, forradas de un papel con casetones repetidos, llenos de pastorcitas, ofrecían una superficie rameada y pringosa. Un mostrador chapeado de latón, varias sillas desvencijadas, un reloj y un calendario americano, que no sé para qué servían, formaban el moblaje, y el vaho de aceite frito espesaba la atmósfera.

—Vámonos, Manuel; esto es un escándalo.

—Un ratito más...

—Yo me caigo de sueño.

—Pues yo estoy tan desvelado, que se me figura no he de dormir más en mi vida.

—A ti te pasa algo.

—Lo que dije a usted: que me anda, no sé si por el cuerpo o por el alma, el prurito dramático, dándome cosquillas y picazones. Yo quiero hacer algo, *magister;* yo necesito acción. Esta vida de tiesura social y de pasividad sosa me cansa, me aburre. Estoy en la edad dramática, voy a ser pedante. en el momento histórico que no vacilo en llamar florentino, porque su determinación es arte, pasiones, violencia. Los Médicis se me han metido en el cuerpo y se han posesionado de él como los diablillos que atormentan al endemoniado.

No pude menos de reír.

—Vamos a ver, ¿qué lees ahora, en qué te ocupas?

—Leo a Maquiavelo. Su *Historia de Florencia,* su *Mandrágora,* sus *Comentarios a Tito Livio* y su *Tratado del Príncipe* son los libros más asombrosos que han salido de manos del hombre.

—Mala, perversa lectura si no va precedida de la preparación conveniente. Es mi tema, querido Manuel; si no haces caso de mí, tu inteligencia se llenará de vicios. Dedícate al estudio de los principios generales...

—¡Oh maestro, por favor, no siga usted! La Filosofía me apesta. La Metafísica no entra en mí. Es un juego de palabras. ¡La Ontología! Por Dios, aparte usted de mí ese cáliz emético. Cuando tomo una pócima de sustancia, ser y causa, estoy malo tres días. Me gustan los hechos, la vida, las particularidades. No me hable usted de teorías, háblame de sucesos; no me hable usted de sistema, háblame de hombres. Maquiavelo me presenta el panorama rico y verdadero de la naturaleza humana, y por él doy a todos los filosofistas habidos y por haber.

—Estamos haciendo el tonto, Peña; estamos discutiendo en una buñolería el tema radical y eterno. No profanemos la inteligencia, y vámonos a dormir... En otra ocasión discutiremos. Tú has variado mucho y has crecido lozano y vigoroso, pero algo torcido. Yo necesito enderezarte. Algo hay en ti que no me gusta, que no procede de mis lecciones. Quizá alguna pasajera florescencia del espíritu, de esas que marcan el período culminante de la juventud... En fin, sea lo que quiera, vámonos ya.

Al fin logré que se levantara del tabernario banquetillo.

—Voy a revelarle a usted un secreto —me dijo, cuando pasábamos junto al mercado, en cuyas galerías y puestos algún rumor, alguna lucecilla triste anunciaban los primeros desperezos de la faena del día—. Desde que estoy así...

—¿Cómo?

—Así, nervioso, excitado con estos estímulos musculares que me piden la violencia, la arbitrariedad, el drama... Pues desde que estoy así, mis antipatías son tan atroces, que al que me desagrada le aborrezco con toda mi alma. ¿Sabe usted quién es la persona que más me carga de cuantos hay sobre la Tierra?

—¿Quién?

—Su hermano de usted, nuestro anfitrión de esta noche, el señor don José María Manso, marqués presunto, según dicen.

Lastimado de esta cruel antipatía, defendí a mi hermano con calor, diciendo a Peña que si aquél tenía ciertas ridicu-

leces y manías, era bueno y leal. Pero mi defensa exasperó más al joven, el cual sostuvo que toda la rectitud y lealtad de José no valían dos pepinos. Sospeché que Manuel había oído en los corrillos políticos del salón de mi hermano algún comentario picante, alguna frase alusiva a su humildísimo origen, y que, mortificado por esto, confundía en un solo aborrecimiento al dueño de la casa y a los murmuradores. Así se lo dije, y me confesó que, en efecto, había oído cosillas que lastimaban su dignidad horriblemente; pero que en este orden de agravios, el delincuente era Leopoldito Tellería, marqués de Casa-Bojío, por lo cual mi buen amigo guardaba una coyuntura propicia para romperle el bautismo.

—¿Duelito tenemos?—dije, no pudiendo consentir que mi discípulo, a quien yo había inculcado las más severas nociones de moral, me viniese hablando de resolver sus asuntos de honor con el bárbaro e ineficaz procedimiento del desafío, herencia del vandalismo y de la ignorancia.

—Usted no vive en el mundo, maestro—replicó él—. Su sombra de usted se pasea por el salón de Manso; pero usted permanece en la grandiosa Babia del pensamiento, donde todo es ontológico, donde el hombre es un ser incorpóreo, sin sangre ni nervios, más hijo de la idea que de la Historia y de la Naturaleza; un ser que no tiene edad, ni patria, ni padres, ni novia. Diga usted lo que quiera; pero me parece que si yo no tuviera ocasión de ponerle la mano en la cara al marqués de Casa-Bojío, y de echarle al suelo y de pasearme luego por su cuerpo, llegaría a creer que el universo está desequilibrado y que el orden de la Naturaleza se ha destruído... ¿Y lo creerá usted? Hay otro sujeto que me encocora más que Leopoldito, y es el benemérito hermano de mi maestro.

—¿Y también quieres desafiarle? Pero ¿estás loco? Anda..., has declarado la guerra al género humano... Manuel, Manuel, niño, modera esos impulsitos, o será preciso ponerte un chaleco de fuerza. Estás hecho un pisaverde, un monstruo de alfeñique, un calaverilla de estos que se estilan hoy, verdaderos muñecos desvergonzados que representan el Don Juan con los trapos y la voz de Polichinela.

Cuando subíamos la escalera, la señora De Peña abrió la puerta. Nunca se acostaba hasta que volvía de la calle su hijo. Aquella noche, la célebre doña Javiera, soñolienta y malhumorada por la tardanza del nene, nos echó un mediano réspice a los dos.

—¡Ay, qué horas, qué horas de venir a casa!... Pero ¿también usted, amigo Manso, anda en estos pasos? ¿Usted, tan pacífico, tan casero, tan madrugador, se descuelga aquí a las cuatro y media de la mañana? ¡Vaya con el maestrito, con el padrote!...

—Este pillo, señora, este pillo es quien me pervierte.

—¡Ay!, hijo, qué palido estás... ¿Qué tienes? ¿Te ha pasado algo?

—Nada, mamá; no tengo nada.

—Pero ¿no entras a acostarte?

—Voy un momento arriba con el amigo Manso. Quiero que me deje unos libros que necesito.

—¡Libros tú!—le dije, entrando en mi casa.

—¿Para qué quieres libros?

—Para preparar mi discurso.

—¿Qué discurso? ¿Ahora sales con eso?

—Usted sí que está en Belén. ¿No le he dicho a usted que pienso hablar en la gran velada?

—¿Qué gran velada es ésa?

—La que dará la *Socidead para Socorro de los Inválidos de la Industria.*

—¡Ah!, es verdad. ¿Sobre qué tema vas a hablar? Toma los libros que quieras...

Yo me caía de sueño. Dejéle en el despacho y me fuí a mi alcoba, que era la pieza contigua. Desde mi cama le veía revolviendo en los estantes, tomando y dejando este o el otro libro.

Antes de dormirme, le dije:

—Mañana me contarás los motivos de ese resentimiento que sientes contra mi pobre hermano.

—No lo puedo decir, es un secreto... ¿Le parece a usted que me lleve a Spencer?

—Hombre, llévate al moro Muza y déjame descansar.

Ya desvanecido en el primer sueño, le oí decir:

—Es un canalla, es un canalla.

Y dormido profundamente, en mi cerebro no había más reminiscencias de

la vida exterior que aquellas palabras rielando en la superficie oscura y temblorosa de mi sueño, como el fulgor de las estrellas sobre el mar.

XXI

AL DÍA SIGUIENTE...

Pero antes quiero hacer una confidencia. El hecho que voy a declarar me favorece poco, me pintará quizá como hombre vulgar, insensible a los delicados gustos de nuestra sociedad reformista; pero pongo mi deber de historiador por delante de todo, y así se apreciará por esta franqueza la sinceridad de las demás partes de mi narración. Vamos a ello. Las buenas comidas y los platos selectos de la mesa de mi hermano llegaron a empacharme, y como transcurrían semanas enteras sin que pudiera librarme de comer allá, concluí por echar de menos mi habitual mesa humilde y el manjar preferente de ella, los garbanzos, que para mí, como he dicho antes, no tienen sustitución posible. El apetito de aquella legumbre me fué ganando, y llegó a ser irresistible. Estaba yo como el fumador vicioso, cuando por mucho tiempo se ve privado de tabaco. Siempre que pasaba por la Corredera de San Pablo y por la tienda de que soy parroquiano, titulada la Aduana en Comestibles, se me iban los ojos al gran saco de garbanzos colocado en la puerta, y no por verlos crudos se me antojaban menos sabrosos. No pudiendo refrenar más mi deseo, resistime un día a comer con Lica, y previne a Petra que me pusiera el cocido de reglamento. No tengo más que decir sino que me desquité bárbaramente de la privación que había sufrido. Y ahora, adelante.

Al día siguiente encontré a mi hermano en el cuarto de estudio. Quería enterarse personalmente de los adelantos de los niños. Festivo con la maestra, y afectando hacia los alumnos una severidad enfática, que me pareció fuera de lugar, el futuro marqués me estorbó para decir a Irene varias cosillas que pensadas llevaba. A ella la encontré cohibida y como atontada con la presencia, con las preguntas y con la amabilidad del amo de la casa. No daba pie con bola en las lecciones, y las alumnas corregían a la maestra. Para mayor desgracia, también me privó mi hermano de pasear, llevándome, que quieras que no, a ver al director de Instrucción Pública para un asunto que no me interesaba.

Por fin me convencí de que José María no era un modelo de maridos. Varias veces me había hecho Lica algunas indicaciones sobre este particular, pero me parecieron extravagancias y mimos. Una tarde, ¡ay!, dispuso mi cuñada que Irene, los niños y el ama salieran en el coche. Mercedes había salido con sus amigas. Yo permanecí en la casa, pues aunque mi gusto habría sido ir al Retiro con Irene, no tuve más remedio que quedarme acompañando a Manuela. Esta me manifestó vivos deseos de hablarme a solas, y yo dije para mí: «Prepárate, amigo Máximo; ya te cayó que hacer. Despabílate y refresca tus conocimientos de ornamentación doméstica y gastronomía suntuaria.»

Pero Lica se ocupó muy poco de estas cosas, y parecía haber tomado en aborrecimiento los saraos y los comistrajos, según el desprecio con que de ellos hablaba. Sus cuitas de esposa no le permitían atender a tonterías de vanidad, y apenas hubo tocado el delicado punto donde estaba su herida comenzó a llorar. Oía yo sus quejas y no acertaba a darle ningún consuelo eficaz. ¡Pobre Lica! Sus palabras exóticas, sus cláusulas truncadas, a las que el dolor y la verdad daban persuasiva elocuencia; sus hipérboles americanas no se me han olvidado ni se me olvidarán nunca. Estaba muy brava; tenía el alma abrasada y la vida en salmuera con las cosas de Pepe María. Ya no le valía quejarse y llorar, porque él no hacía maldito caso de sus quejas ni de sus lágrimas. Se había vuelto *muy guachinango,* muy pillo, y siempre encontraba palabras para escaparse y aun para probar que no rompía un plato. Tenía olvidada a su mujer, olvidados a sus hijos: todo el santo día se lo pasaba en la calle, y, por la noche, salía después de la reunión y ya no se le veía hasta el día siguiente a la hora de almorzar. Marido y mujer sólo cambiaban algunas palabras tocante a la invitación, al té, a la comida, y pare usted de contar...

Esto podría pasar si no hubiera otras

cosas peores, faltas graves. José María estaba echado a perder; la compañía y el trato de Cimarra le habían *enciguatado;* se había corrompido como la fruta sana al contacto de la podrida... Ya no le quedaba duda a la pobrecita de la atroz infidelidad de su esposo. Ella se sentía tan afrentada, que sólo de pensarlo se le salían los colores a la cara, y no encontraba palabras para contarlo... Pero a mí podría decírmelo todo. Sí; revolviendo una mañana los bolsillos de la ropa de José María, había encontrado una carta de una *sinvergüenza*... ¡Una carta pidiéndole dinero!... Se volvía loca pensando que la plata de sus hijos iba a manos de una...

Pero a la infeliz esposa no le importaba la plata, sino la *sinvergüencería*... ¡Ay! Estaba bramando. Con ser ella una persona decente, si cogiera delante a la bribona que le robaba a su marido, le había de dar una buena soba y un par de galletas bien dadas. ¡Ay qué Madrid, qué Madrid éste! Vale más andar en comisión por el monte, vivir en un bohío, comer vianda, jutía y naranjas cajeles, que peinar a la moda, arrastrar cola, hablar fino y comer con ministros... Mejor estaba ella en su bendita tierra que en Madrid. Allí era reina y señora del pueblo; aquí no le hacían caso más que los que venían a comerle los codos, y después de vivir a su costa se burlaban de ella. Luego esta vida, Señora, esta vida en que todo es forzarse una, fingir y ponerse en tormento para hacer todo a la moda de acá, y tener que olvidar las palabras cubanas para saber otras, y aprender a saludar, a recibir, a mil tontadas y boberías... No, no; esto no iba con ella. Si José no se enmendaba, ella se plantaba de un salto en su tierra, llevándose a sus hijos.

Yo la consolé diciéndole lo que tantas veces me había dicho ella a mí; a saber: que no fuera ponderativa. Su imaginación, hecha a las tintas y a las magnitudes tropicales, agrandaba las cosas. ¿No podría ser que la carta descubierta no tuviera la significación pecaminosa que ella quería darle?... A esto me respondió con ciertas aclaraciones y datos que no me dejaron dudas acerca de los malos pasos de mi hermano. Su amistad con Cimarra, que había llegado a ser muy íntima, me anunciaba desastres sin cuento y quizá rápidas mermas en el peculio del esposo de Lica. Esta no concluyó sus confidencias con lo que dejo escrito, sino que fué sacando a relucir otras grandes picardías del futuro marqués, que me dejaron absorto. En su propia casa se atrevía el indigno... a ciertas cosas que resultaban en desdoro de toda la familia, y, principalmente, de su digna esposa... ¿Pues no tenía el atrevimiento de galantear a Irene?...

¡A Irene!

¡Sí; el muy...! La pobre Lica se ponía fuera de sí al tocar este punto. No acertaba a expresar su furor sino a medias palabras... ¡En su propia casa, en su misma cara! Pues sí, era una persecución no bien disimulada... ¡Ultimamente lo hacía con un descaro...! Por las mañanas se metía en la salita de estudio y se estaba allí las horas muertas... Una noche entró en el cuarto de Irene, cuando ésta se retiraba. En fin, ¿para qué hablar más de una cosa tan desagradable?... La tarde anterior hubo una escena fuerte entre marido y mujer en la puerta misma... ¡Cómo se le atragantaban las palabras a la buena Lica!...; en la puerta misma del cuartito de la institutriz. Era indudable que ésta no alentaba ni poco ni mucho el indecoroso galanteo del dueño de la casa. Por el contrario, Irene no disimulaba su pena; era una muchacha honesta, dignísima, que no podía tener responsabilidad de los atrevimientos de un hombre tan... En fin, aquella misma mañana Irene había manifestado a la señora que deseaba salir de la casa. Ambas habían llorado... Era una buena de Dios...

Y para concluir, yo, Máximo Manso, el hombre recto, el hombre sin tacha, el pensamiento de la familia, el filósofo, el sabio, era llamado a arreglarlo todo, haciendo ver a José la fealdad y atroces consecuencias de su conducta inicua; pintándole..., yo no sé cuántas cosas dijo Lica que debía yo pintarle. La cuitada no guardaría rencor si su esposo se enmendaba, y estaba decidida a perdonarle, sí, a perdonarle de todo corazón, si volvía al buen camino, porque ella quería mucho a su marido, y era toda alma, sentimiento, cariño, mimito y dulzura... Y ya no me dijo más, ni era pre-

ciso que más dijera, porque bastante había sabido yo aquella tarde, y tenía materia sobrada para poner en ejercicio mis facultades de consejo.

XXII

ESTO MARCHA

«Esto se complica», pensé al retirarme. Henos aquí en plena evolución de los sucesos, asistiendo a su natural desarrollo y con el fatal deber de figurar en ellos, bien como simple testigo, lo cual no es muy agradable a veces, bien como víctima, lo que es menos agradable todavía. Ya tenemos que las energías morales, o llámense caracteres, actuando en la reducida escena de un círculo doméstico o de un grupo social, han concluído lo que podríamos llamar en términos dramáticos su período de prótasis, y ahora, maduradas y crecidas las tales energías, principian a estorbarse y se disputan el espacio, dando origen a razonamientos primero, a choques después y quizá a furiosas embestidas. Tengamos calma y ojo certero. Conservemos la serenidad de espíritu que tan útil es en medio de una batalla, y si la suerte o las sugestiones de los demás o el propio interés nos llevan a desempeñar el papel de general en jefe, procuremos llevar al terreno toda la táctica aprendida en el estudio y todo el golpe de vista adquirido en la topografía comparada del corazón humano.

Desveláronme aquella noche la idea de lo que pasaba y las presunciones de lo que pasaría. Al día siguiente corrí a casa de mi hermano y dije a Lica:

—Vigila tú a doña Cándida, que yo vigilaré a Irene.

Ella extrañó que yo recelase de Calígula, y me dijo que no sospechaba cosa mala de amiga tan cariñosa y servicial.

—Cuidado, cuidado con esa mujer... —le respondí, creyendo hallarme en lo firme—. A pesar de la protección que se le da en esta casa, mi cínife no ha variado de fortuna y se crea todos los días nuevas necesidades. Nada le basta, y mientras más tiene, más quiere. Se le ha matado el hambre, y ahora aspira a ciertas comodidades que antes no tenía. Proporciónale las comodidades, y aspirará al lujo. Dale lujo, y pretenderá la opulencia. Es insaciable. Sus apetitos adquieren con los años cierta ferocidad.

—Pero, ¿qué tiene que ver, chinito...?

—Vigila, te digo; observa sin decir una palabra.

—¿Y tú observarás a Irene?

—Sí. La creo buena, la tengo por excepcional entre las jóvenes del día. Es superior a cuanto conozco, es una maravilla; pero...

—A todo has de poner pero...

—¡Ay! Manuela, no sabes a qué tentaciones vive expuesta la virtud en nuestros días. Tú figúrate. Se dan casos de criaturas inocentes, angelicales, que en un momento de desfallecimiento han cedido a una sugestión de vanidad, y desde la altura de un mérito casi sobrehumano han descendido al abismo del pecado. La serpiente las ha mordido, inoculando en su sangre pura el virus de un loco apetito. ¿Sabes cuál? El lujo. El lujo es lo que antes se llamaba el demonio, la serpiente, el ángel caído, porque el lujo fué también querubín, fué arte, generosidad, realeza, y ahora es un maleficio mesocrático, al alcance de la burguesía, pues con la industra y las máquinas se han puesto en condiciones perfectas para corromper a todo el género humano, sin distinción de clases.

—*Aguaita,* Máximo; si quieres que te diga la verdad, no entiendo lo que has hablado; pero ello será cierto, pues tú lo dices... Bueno, cuidadito con la maestra...

Y en mi cerebro se estampó aquello de *cuidadito con la maestra,* de tal modo, que sólo la idea de mi papel de vigía aumentaba mi suspicacia.

Porque en mí habían surgido terribles desconfianzas, ¿a qué negarlo? Mi fe en Irene se había quebrantado un poco sin ningún motivo racional. Es que el procedimiento de duda que he cultivado en mis estudios como punto de apoyo para llegar al descubrimiento de la verdad sostiene en mi espíritu esta levadura de malicia, que es como el planteamiento de todos los problemas. Y en aquel caso, mientras más me mortificaba la duda, más quería yo dudar, seguro de la eficacia de este modo del pensamiento; y de la misma manera que éste ha realizado grandes progresos por el camino de

la duda, mi suspicacia sería precursora del triunfo moral de Irene, y tras de mi poca fe vendría la evidencia de su virtud, y tras de las pruebas rigurosas a que la sometería mi espíritu de hipótesis resultarían probadas racionalmente las perfecciones de su alma preciosa. Por otra parte, aquel desasosiego en que yo estaba desde que supe las acometidas de José, me revelaba el profundo interés, el amor, digámoslo de una vez, que Irene me inspiraba, y que hasta entonces podía haberse confundido ante mi conciencia con cualquier aberración caprichosa del sentimiento o de los sentidos. Yo tenía ardientes celos; luego yo quería con igual ardor a la persona que los motivaba.

Lo primero que resolví fué ocultar a Irene lo que sentía, mientras no fuera para mí claro como la luz del sol que la maestra resistiría las torpes asechanzas de mi hermano. Entré a verla. ¡Qué confusión se apoderó de mí al hallarla meditabunda, tristísima, más pálida que nunca, como si embargaran su alma graves y contradictorios pensamientos! ¿Qué le pasaba? Toda mi habilidad y mi charla capciosa no consiguieron abrir el sagrario de su alma, ni sorprender por una frase el misterio encerrado en ella. Aquel día funesto no la vi sonreír. Desmintió por completo la idea que yo tenía de su ecuanimidad y del reposo y sereno equilibrio de su carácter. No pude obtener de ella más que monosílabos. Fija su vista en la labor, hacía nudos y más nudos y yo me figuraba que cada uno de éstos era un *ergo* de la enmarañada dialéctica que había en su cabeza, porque indudablemente pensaba, y discutía, y ergotizaba, y hacía prodigios de sofística.

Muy mal impresionado me retiré a mi casa, y tan inquieto estuve, tan hostigado del recelo, de la curiosidad, que a la siguiente mañana, luego que concluyó la lección de los niños, abordé mi asunto y le dije:

—Ya sé todo lo que le pasa a usted. Manuela me ha contado las locuras de José María.

Oyóme tranquila y se sonrió un poco. Yo esperaba sorprender en ella turbación grande.

—Su hermanito de usted—me contestó—es muy particular. Qué poco se parece a usted, amigo Manso. Son ustedes el día y la noche.

Yo seguí hablando de mi hermano, de su carácter ligero y vanidoso; le disculpé un poco; puse en las nubes a Lica, y...

Irene me interrumpió, diciéndome:

—Aunque don José no ha vuelto a entrar aquí, ni me ha dirigido una palabra desde la escena aquella, me parece que no puedo seguir en esta casa.

No hice más que un signo de sorpresa, porque me atreví a contestarle negativamente. Comprendí que tenía razón. Preguntéle si el motivo de la tristeza que había notado en ella el día anterior tenía por causa las desagradables galanterías del amo de la casa, y me contestó:

—Sí y no... Sería largo de explicar, pues... sí y no.

¡Sí y no! Admirable fórmula para llegar al colmo de la confusión o la locura misma.

—Pero sea usted sincera conmigo. Usted me ha dicho que me consultaría no sé qué asunto grave, y aun creo que dijo: «Juro hacer lo que usted me mande.»

Entonces me miró muy atenta. Sus ojos penetraban en mi alma como una espada luminosa. Nunca me había parecido tan guapa, ni se me había revelado en ella, como entonces aquella hermosura inteligente que los más excelsos artistas han sabido remedar en esas pinturas alegóricas que representan la Teología o la Astronomía. Yo me sentí inferior a ella, tan inferior que casi temblaba cuando le oí decir:

—Usted ha dudado de mí... Luego no es usted digno de que yo le consulte nada.

Era verdad, era verdad. Mis preguntas capciosas, mis inquisitoriales averiguaciones del día anterior debieron de serle poco gratas. Su resentimiento me pareció bellísimo y dióme tanto placer, que no pude ocultarle cuánto me agradaba el noble tesón suyo. Hícele declaraciones de firme amistad; pero sin excederme ni dar a entender otra cosa, pues no era llegada la ocasión, ni había logrado yo la evidencia que buscaba, aunque tenía el presentimiento de ella.

Salimos a paseo. Mostróse apacible y cordial; pero en nuestra conversación, en nuestros escarceos y juegos de diálogo me manifestaba que algo había que no estaba dispuesta a revelarme, y ese

algo era lo que se me ponía a mí entre ceja y ceja, mortificándome mucho.

—Yo haré méritos—le dije—para ganar otra vez su confianza y oír las consultillas que quiere hacerme.

—Veremos. Por de pronto...

—¿Qué?

—Por de pronto no me ametralle usted a preguntas. Quien mucho pregunta poco averigua. Tenga usted más paciencia y confianza en mi espontaneidad. En esto soy tremenda; quiero decir que cuando no me chistan me entran a mí deseos de contar algo. Y en cuanto a las consultillas, pierden toda su sal si no se hacen en tiempo oportuno y, cuando ellas solas se salen del corazón.

Esto me hizo reír, y cuando nos despedimos en casa de Lica, me reí más con esta salida de Irene:

—Para que haga usted más méritos, le voy a pedir otro favor... ¡Cuánto le agradecería que me hiciera una notita, un resumen, pues, en un papelito así..., de la Historia de España! ¿Creerá usted que me confunden los once Alfonsos y no los distingo bien? Todos me parece que han hecho lo mismo. Luego se me forma en la cabeza una ensalada de Castilla con León que no sé lo que me pasa. ¿Hará usted la nota?...

—Pero, criatura, ¿la Historia de España en un papelito?

—Nada más que los once Alfonsos. De don Pedro el *Cruel* para acá ya me las manejo bien... ¡Qué cosa más aburrida! Aquellas guerras de moros, siempre lo mismo, y luego los casamientos del de acá con la de allí, y reinos que se juntan, y reinos que se separan, y tanto Alfonso para arriba y para abajo... Es tremendo. Le soy a usted franca, Si yo fuera el Gobierno, suprimiría todo eso.

—¿La Historia?

—Eso, eso que he dicho. No se enfade usted por estas herejías, y abur.

XXIII

¡LA HISTORIA EN UN PAPELITO!

¿Cuándo se ha visto extravagancia semejante? Me parece que menudean demasiado los antojos. Un día la Gramática de la Academia, que apenas entiende; otro día, lápices y dibujos que no usa; primero, las poesías en bable; después, la canción de Tosti, y ahora la historia de los Alfonsos en un papelito... Al demonio se le ocurre... Vaya, vaya, que no es tan grande en ella el dominio de la razón; que no hay en su espíritu la fijeza que imaginé ni aquel desprecio de las frivolidades y caprichos que tanto me agradaba cuando en ella lo suponía. Pero lo extraño es que no por perder a mis ojos alguna de las raras cualidades de que la creí dotada amengua la vivísima inclinación que siento hacia ella; al contrario... Parece que a medida que es menos perfecta es más mujer, y mientras más se altera y rebaja el ideal soñado, más la quiero y...

Esto pensaba yo aquella noche. Hondamente abstraído, no asistía a la reunión. Ocupóme completamente al otro día un asunto universitario, que me tuvo no sé cuántas horas de Herodes a Pilatos, desde el despacho del Rector a la Dirección de Instrucción Pública. Asistí a una comida dada por mis discípulos a tres catedráticos, y antes de retirarme a mi casa di una vuelta por la de mi hermano, donde encontré una gran novedad, que me refirió puntualmente Lica. La noche anterior había cruzado palabras bastante agrias Manuel Peña y el marqués de Casa-Bojío. Fué cuestión de etiqueta que trajo al punto la cuestión de clases, y prontamente la de personas; tres cuestiones que se encerraban en una, en la necesidad de que ambos jóvenes se descrismaran a sablazos o a tiros en lo que llaman el campo del honor. La dureza provocativa de las frases dichas por Peña en la malhadada disputa, y su resistencia a dar explicaciones, hacían inevitable el duelo.

Había querido José María arreglar el asunto hurgándose el caletre para buscar fórmulas de transacción, que tal era su fuerte; mas por aquella vez el abrazo de Vergara no vendría, como en 1839, sino después de la efusión de sangre, y ya estaba todo concertado para el día siguiente muy temprano. Cimarra y no sé qué otro caballerito eran padrinos de mi discípulo. El disgusto de Lica era grande, y yo deploraba con toda mi alma que un joven de talento claro y de sanas ideas, educado por mí en el aborrecimiento de la barbarie humana, incurriera en la estúpida flaqueza de desafiarse. Lo que yo hablé aquella noche sobre este particular no es para contado

aquí. Estuve casi elocuente, y Lica aprobaba con toda su alma mis ideas, y se admiraba de que un criterio tan sano no triunfara en la sociedad, anonadando el error y las preocupaciones.

Grande era la pena que yo sentía aquella noche para que no respondiera de malísimo gusto al insufrible y cada vez más pesado poeta, secretario de la *Sociedad de Inválidos*. Pero él, rechazado fuertemente por mi desvío, a la carga volvía con más empuje, y me acribillaba con sus inhumanas pretensiones. Quería, ni más ni menos, que yo tomase parte en la gran velada que se estaba organizando, y que echase también mi discursito, rivalizando con los demás oradores que ya estaban comprometidos, entre los cuales los había de primera fuerza. Resistíme a todo trance, me brindé con la razón de mi escaso poder oratorio; pero ni aun esto me valía, porque mi hermano, Pez y otros dos graves señores (uno de ellos ex ministro) que presentes estaban, me atacaron de flanco, diciéndome que no hacían falta discursos brillantes, sino sólidos y razonados; que con mi palabra tendría la solemne fiesta una autoridad que no le darían los cantorrios y los discursos floridos; y, por último, que la *Sociedad*, si yo la desairaba negándole mi *valioso concurso*, vería en mi ausencia de la velada un vacío imposible de llenar con otro discurso ni con poesías ni con música.

Estas lisonjas no hacían mella en mi rígido carácter, y obstinadamente negué mi concurso. Díjome mi hermanito que yo era una calamidad; llamóme Lica *jollullo*, y la *cabeza parlante* me agració con un juicio bastante duro acerca del poco sentido práctico de los filósofos y de la escasa ayuda que prestan al movimiento de la civilización. El párrafo que este señor me echó, como una rociada de sabiduría, algo semejante al vinagrillo aromático, parecía un artículo de periódico, de esos que se escriben por el vulgo y para el vulgo, y que constituyen la escuela diaria y constante de la vulgaridad. No hice caso y me marché a casa.

Deseaba saber si Manuel Peña estaba en la suya, y si doña Javiera se había enterado de las andanzas caballerescas de su niño. Buen sermón preparaba yo a mi discípulo, aunque en rigor de verdad, ya no había medio de retroceder en el lance, y la feroz preocupación social, verruga de la cultura moderna y escándalo de la Filosofía, sería inevitablemente respetada y cumplida. La idolatría del punto de honra me parece tan absurda hoy, como si a mis contemporáneos les diera de repente la humorada de restablecer los sacrificios humanos y de inmolar a sus semejantes en el altar de un muñeco de barro que presentase cualquier divinidad salvaje. Pero tal es la fuerza del medio social, que yo, con todo el rigor y pureza intolerante de mis ideas, no habría osado alejar a Peña del bárbaro terreno ni sugerirle la idea de faltar al emplazamiento. ¿Qué más? Siendo quien soy, creo que no podría ni sabría eximirme de acudir al llamado *campo del honor*, si me viera impulsado a ello por circunstancias excepcionales. No olvidemos nunca los grandes ejemplos de la debilidad humana, mejor dicho, de transacciones de la conciencia, determinadas por el medio ambiente. Sócrates sacrificó un gallo a Esculapio; San Pedro negó a Jesús.

Doña Javiera no sabía nada. Manuel había tenido el buen acuerdo de engañarla diciéndole que iba a Toledo con unos amigos, y que allí pasaría la noche.

Con esto, la pobre señora estaba tranquila. Yo no lo estaba, pues aunque en la generalidad de los casos los duelos del día son verdaderos sainetes, y éste es la tendencia de cuantos intervienen en ellos como padrinos o componedores, bien podría suceder que las leyes físicas, con su fatalidad profundamente seria y enemiga de bromitas, nos regalasen una tragedia.

Desde muy temprano salí, al siguiente día, para enterarme de lo ocurrido, mas nada pude averiguar. A las diez no había entrado Peña en su casa, lo que me puso en cuidado; pero doña Javiera, sin sospechar cosa mala, decía:

—Vendrá en el tren de la noche. Figúrese usted, en un día no tienen tiempo de ver nada, pues sólo en la Catedral dicen que hay para una semana.

Corrí a casa de José, donde Lica, atrozmente inmutada, me dió la tremenda noticia de que Peñita había matado al marqués de Casa-Bojío. Sentí pena y terror tan grandes que no acerté a comentar el lamentable suceso, prueba evidente de la injusticia y barbarie del

duelo. ¡Aquel joven, dotado de corazón noble, de inteligencia tan clara y simpática, interesantísimo y amable por su figura, por su trato, por las prendas todas de su alma, había quitado la vida a un infeliz inocente de todo delito que no fuera el ser tonto!... ¿Y por qué? Por unas palabras vanas, comunes y baldías, accidente de la voz y producto de la necedad; ¡palabras que no tenían valor bastante para que la Naturaleza permitiera, por causa de ellas, la muerte de un mosquito, ni el cambio más insignificante en el estado de los seres!

Pero, ¡qué demonio!, la noticia la había traído Sáinz del Bardal. ¿No era el conducto motivo bastante para dudar?...

—Sí, sí—me dijo Lica—. Corre a enterarte en casa de Cimarra. José María salió muy temprano. No lo he visto hoy. Dijo que no volvería hasta la noche.

★

¡Que todos los demonios juntos, si es que hay demonios, o todos los genios del mal, si es que existe genio del mal fuera del alma humana, carguen con Sáinz del Bardal, y le puncen y le rajen y le pinchen, y le corten, y le sajen y acribillen, y le arañen, y le acogoten, y le estrangulen, y le muelan, y le pulvericen, y le machaquen, hasta reducirle a pedacitos tan pequeños que no puedan juntarse otra vez, y hasta lograr la imposibilidad de que vuelvan a existir en el mundo poetas de su ralea!... ¡Valiente susto nos dió el maldito!... ¿De dónde sacaste, infernal criatura, que el escogido entre los escogidos, Manolo Peña, había quitado la preciosa vida al pobre Leopoldito, que por estar blindado de sandeces, como lo está de conchas un galápago, tiene en su inútil condición garantías sólidas de inmortalidad? ¿En qué fuente bebiste, poeta miasmático, peste del Parnaso y sarampión de las Musas? ¿Quién te engañó, quién te sopló, trompa de sandeces?

¡Si no pasó nada, si no hubo más sino que el filo del sable de Peña rozó la oreja derecha del espejo de los mentecatos y le hizo un rasguño, del cual brotaron obra de catorce gotas de sangre de Tellería!

Y como la cosa era *a primera sangre,* aquí paró el lance, y ambos caballeros se quedaron repletos de honor hasta reventar, y luego se dieron las manos, y el que hacía de médico sacó un pedacito de tafetán inglés y lo aplicó a la oreja de Leopoldito, dejándosela como nueva, y todo quedó así felizmente terminado para regocijo de la Humanidad y descrédito de las malditas ideas de la Edad Media que aún viven.

Me contó todo el mismo Cimarra, extremando los elogios de la serenidad y generosa bravura de Manuel Peña. Faltóme tiempo para llevar la buena noticia a Lica, que se había tomado ya cinco tazas de café para quitar el susto. Doña Jesusa dió gracias a Dios en voz alta, Mercedes cantó de alegría, y hasta el ama, Rupertico y la mulata se alegraron de que no hubiera pasado nada.

Después de almorzar entramos Manuela y yo en el cuarto de estudio para ver escribir a las niñas. Recibiónos Irene con vivo gozo. ¿Por qué estaba tan poco pálida que casi, casi eran sonrosadas sus mejillas? La observé inquieta, con no sé qué viveza infantil en sus bellos ojos, decidora y de humor más festivo, pronto y locuaz que de ordinario.

—Perdóneme usted—le dije—, pero he tenido muchas ocupaciones y no he podido traerle la *Historia en un papelito.*

—¡Ah, qué tontería! No se incomode usted... No merece la pena... La verdad, no sé cómo usted me aguanta... Soy de lo más impertinente... En fin, como usted es tan bueno y yo tan ignorante, me permito a veces molestarle con preguntas. Pero no haga caso de mí. ¿No es verdad, señora, que no debe hacer caso?

—¡Oh, no!, que trabaje, que le ayude, niña... Pues no faltaba más. ¿Para qué le sirve todo lo que sabe?

—Pero qué soso, ¡qué soso es!—dijo Irene, mirándome y riendo, fusilándome con el fuego de sus ojos y haciéndome temblar con escalofrío nervioso—. ¿Ve usted cómo no quiere tomar parte en la velada?... Lo que yo digo: es de lo más tremendo...

—*¡Jollullo!*

—Pues tiene usted que hablar, sí, señor. Mándeselo usted, señora; mándeselo usted, pues no hace caso de nadie...

—Pues sí, tienes que hablar, Máximo.

—Se deslucirá la fiesta si no habla —añadió Irene—. Ya le he dicho: «Si usted no abre el pico, amigo Manso, yo no voy», y la señora ha prometido llevarme a un palquito de los de arriba.

—Sí, iremos a un palquito de los altos, donde podamos estar con comodidad... Mamá dice que si hablas irá también.

Una voz gangosa, lánguida, que arrastraba perezosamente las sílabas, resonó en la puerta, murmurando:

—Tiene que hablar, sí, señó...

Era doña Jesusa que pasaba. Y al mismo tiempo Isabelita se abrazaba a mis piernas y se colgaba de mis manos, chillando también:

—Tienes que hablar, tiito.

Miróme Irene de un modo terrible y dulce... Debió de mirarme como siempre, pero mi espíritu, desencajado en aquellos días, estaba dispuesto a la poesía y a las hipérboles, y lo menos que vió en los ojos de la maestra fué toda la miel del monte Himeto mezclada a toda la amargura de las olas del mar... Y de estos océanos agridulces emergían, como náufragos que se salvan en una pastilla, estas palabras de acíbar y mazapán:

—Es preciso que hable..., tiene usted que hablar...

XXIV

¡TIENE USTED QUE HABLAR!

Pues tengo que hablar; no hay más remedio. Hay en sus palabras no sé qué de imperioso, de irresisitible, que corta la retirada a mi modestia, y me deja indefenso y solo ante los ataques de los organizadores de la velada. Al fin sucumbiré. Es necesario hablar. ¿Y sobre qué?

Esto pensaba al retirarme aquella noche, después de un paseo con Manuela, Irene y los niños, y cuando me acercaba a mi casa iba pensando qué orden de ideas elegiría para componer un bonito discurso. Lo mismo fué entrar en mi despacho y ver mis libros, que se encendió de súbito mi mente y de ella brotó inspiración esplendorosa. El saber archivado en mi biblioteca parecía venir a mí en rayos, como las voces celestes que algunos pintores ponen en sus cuadros, y yo sentí en mí aquellas voces, tonos y ecos distintos de la erudición, que me decían cada cual su idea o su frase. ¡Qué admirable discurso el mío! ¡Panorama inmenso, síntesis grandiosa, riqueza de particularidades! Ocurrióseme la exposición del concepto cristiano de la caridad, uno de los más bellos alcázares que ha construído el pensamiento humano.

Yo analizaría la definición dogmática de aquella virtud teologal y sobrenatural por la que amamos a Dios por sí mismo y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Después me metería con los Santos Padres... ¡Oh, mi memoria no me era fiel en este punto; sólo recordaba la gradación de San Francisco de Sales, que dice: «El hombre es la perfección del Universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor, la del espíritu, y la caridad, la del amor...» Después de apurar bien la caridad católica, yo, por medio de una transacción apoyada en la hermosa frase de Newton: «Sin la caridad, la virtud es un nombre vano», me pasaría al campo filosófico; establecería el principio de fraternidad, y pasito a pasito me iría al terreno económicopolítico, donde las teorías sobre asistencia pública y socorros mutuos me darían materia riquísima... Luego la Sociología... En fin, me sobraba asunto, tenía ideas con qué hacer siete discursos para siete veladas. La dificultad estaba en condensar. No hay nada más difícil que hablar poco de una cosa grande. Sólo los espíritus verdaderamente grandes tienen el secreto de encerrar en el término de escasas palabras espacios inmensurables. Yo estaba, pues, confuso; no sabía qué escoger entre tanta tesis, entre tan variadas riquezas. Después de reflexionar largo rato, vi claro, y consideré que sería el colmo de la pedantería sacar a relucir el dogmatismo cristiano, los Santos Padres, la Filosofía, la ciencia social, la fraternidad y la economía política. Parecióme ridícula la fiebre de erudición que me entró al ver mi biblioteca, y consideré a qué locos extravíos conduce la manía del hacinamiento de libros. La erudición es un vino que casi siempre embriaga. Librémonos de ella, mayormente en ciertos actos, y aprendamos el arte de llevar a cada sitio y a cada momento lo que sea propio de uno y de otro y encaje en ambos con maravillosa precisión. Volví la espalda a mi biblioteca y me dije: «Cuidado, amigo Manso, con lo que haces. Si en esa famosa velada te descuelgas como un mosaico de erudición tediosa o con un catafalco de filosofía trascendente, el público se reirá de ti. Considera que hablarás ante un senado

de señoras; que éstas y los pollos y todas las demás personas insustanciales que a tales fiestas asisten, estarán deseando que acabes pronto para oír tocar el violín o recitar una poesía. Prepara una oración breve, discreta, con su golpecito de sentimiento y su toque de galantería a las damas; es decir, que cuando se te escape alguna filosofía, eches luego una borlada de polvos de arroz. Di cosas claras, si puede ser, bonitas y sonoras. Proporciónate un par de metáforas, para lo cual no tienes más que hojear cualquier poeta de los buenos. Sé muy breve: ensalza mucho a las señoras que se desviven organizando funciones para los pobres; habla de generalidades fáciles de entender, y ten presente que si te apartas tanto así de la línea del vulgo bien vestido que ha de oírte, harás un mal papel, y los periódicos no te llamarán inspirado ni elocuente.»

Esto me dije, y dicho esto, me callé y me puse a comer, pues aquel día pude también evadirme, por rara suerte, de la comida oficial de mi hermano, para consagrarme con sabrosa tranquilidad a la olla doméstica.

La próxima velada y el compromiso que contraje me tenían preocupado. No han sido nunca de mi gusto estas ceremonias que con pretexto de un fin caritativo sirven para que se exhiban multitud de tipos ávidos de notoriedad. Si algún tiempo antes me hubieran dicho: «Hablarás en una velada caritativa», lo habría juzgado tan absurdo como si dijeran: «Volarás», y sin embargo, ¡oh Dios!, yo volé.

Pero un desasosiego mayor que éste de pensar en mi discurso me entristeció por aquellos días. Una tarde fuí a casa de José María con intención decidida de ver a Irene y de hablarle un poco más explícitamente, porque mi propia reserva empezó a enojarme, y me cansaba del papel de observador que yo mismo me había impuesto. La determinación de sentimiento iba tomando tal fuerza en mí de día en día, que andaba la razón algo desconcertada, como autoridad que pierde su prestigio ante la insolencia popular. Y doy por buena esta figura porque el sentimiento se expansionaba en mí al modo de un plebeyo instinto pidiendo libertad, vida, reformas y mostrándome la conciencia de su valer y las muestras de su pujanza, mientras la rutinaria y glacial razón hacía débiles concesiones, evocaba el pasado a cada instante, y no soltaba el códice de sus rancias pragmáticas. Yo estaba, pues, en plena revolución, motivada por ley fatal de mi historia íntima, por la tiranía de mí propio y por aquella manera especial de absolutismo o inquisición filosófica con que me había venido gobernando desde la niñez.

Aquel día, pues, el brío popular era terrible, se habían desbordado las masas, como suele decirse en lenguaje revolucionario, y la Bastilla de mis planes había sido tomada con estruendo y bullanga. Acordándome de Peña y de sus ideas sobre la necesidad de lo dramático en cierta parte de la vida, me parecía que tenía razón. Era preciso ser joven una vez y permitir al espíritu algo de ese inevitable proceso reformador y educativo que en Historia se llama revoluciones.

«Basta de sabidurías—me dije—; acábense los estudios de carácter, y las disecciones de palabras que me enredan en mil tormentosas suspicacias y cavilaciones. ¡Al hecho, a la cosa, al fin! Planteada la cuestión y manifestados mis deseos, toda la claridad que haya en mí se repetirá en ella, y la veré y apreciaré mejor. Así no se puede vivir. ¡Ay de aquel que en esto de mujeres imite al botánico que estudia una flor! ¡Necio! Aspira su fragancia, contempla sus colores; pero no cuentes sus pistilos, no midas sus pétalos ni analices su cáliz, porque así, mientras más sepas, más ignoras, y sabrás lo menos digno de saberse que guarda en sus inmensos talleres la Naturaleza.»

Así pensaba, y con estas ideas me fuí derecho a su cuarto. ¡Desilusión! Irene no estaba. Las niñas, tampoco. Lica salió a mi encuentro y me explicó el motivo de la ausencia de la maestra. Había ido a casa de su tía con la idea de arreglar sus cosas. Parece que estaban de mudanza. Doña Cándida había tomado un cuartito muy mono y recorría las almonedas para procurarse muebles baratos con que adecentarlo. Irene estaba en la antigua casa de mi cínife poniendo en orden los objetos para la mudanza, y ayudando a su tía.

Quise ir allá, pero Lica me detuvo.

Tenía que darme cuenta de los malos ratos que estaba pasando con el ama de cría, cuya bestial codicia, iracundo genio y feroces exigencias no se podían soportar. Todos los días armaba peloteras con la mulata, y se ponía tan furiosa, que la leche se le echaba a perder, y mi buen ahijado se envenenaba paulatinamente. Cuanto veía se le antojaba, y como Manuela le hacía el gusto en todo, llegó un momento en que ni con faldas de terciopelo, ni con joyas falsas o finas se la podía contentar. Cuando la contrariaban en algo ponía el hocico de a cuarta, y era preciso echarle memoriales para sacarle una palabra. No mostraba ningún cariño a su hijo postizo, y hablaba de marcharse a su casa con su *hombre y los sus mozucos*. Varios objetos de valor que habían desaparecido fueron descubiertos sigilosamente en el baúl de la bestia. Lica le tenía miedo, temblaba delante de ella, y no se atrevía a mostrarle carácter ni contrariarla en lo más ligero.

—Que se lleve todo—me decía, lloriqueando, a solas los dos—, con tal que críe al hijo de mis entrañas. Ella es el ama; yo, la criada: no me atrevo a resollar delante de ella por miedo de que haga una butalidad y me mate al hijo.

—¡Buen punto te ha traído doña Cándida! ¿Ves? De mi cínife no puede salir cosa buena.

—Y doña Cándida, ¿qué culpa tiene? ¡La pobre!... No seas ponderativo... ¡Si yo pudiera buscar otra criandera sin que ésta se maliciara, pues, y plantarla en la calle...! ¡Ay! Máximo, tú que eres tan bueno, ayúdame. No cuento para nada con José María. ¿Ese?, como si no existiera. No parece por aquí. Conque, Máximo, chinito...

—Pero, Lica..., y esa doña Cándida, ¿qué dice?

—Si apenas viene a casa... desde que ha vendido las tierras de Zamora y tiene moneda...

—¡Dinero doña Cándida!—exclamé, más asombrado que si me dijeran que Manzanedo pedía limosna—. ¡Dinero Calígula!

—Sí, está rica; pues si vieras, niño..., gasta unas fantasías...

—¡Ay Lica, Lica!, yo te encargué que vigilaras bien a mi cínife. ¿Lo has hecho?

—Pero ven acá, ponderativo.

Yo no sabía qué pensar. La necesidad de ver a Irene y no sé qué instinto suspicaz, que me impulsaba a observar de cerca los pasos de doña Cándida, lleváronme a la casa de ésta. Llegué: mi espíritu estaba preñado de temores y desconfianzas. Llamé repetidas veces tirando, hasta romperlo, del seboso cordón de aquella campanilla ronca; pero nadie me respondía. La portera gritó desde arriba que la señora y su sobrina estaban en la otra casa. Pero ¿dónde estaba esa casa? Ni la portera ni los vecinos lo sabían.

Volví junto a Lica. Irene llegó muy tarde, cansada, ojerosa, más pálida que nunca. La nueva casa de su tía estaba en la barriada moderna de Santa Bárbara, con vistas a las Salesas y al Saladero. Tía y sobrina habían trabajado mucho aquella tarde.

—¡He cogido tanto polvo!...—me dijo Irene—. Estoy rendida de sueño y cansancio. Hasta mañana, amigo Manso.

¡Hasta mañana! Y aquel mañana vino, y también desapareció Irene. Vivísima curiosidad me impelía hacia la nueva casa, alquilada y amueblada con el producto de aquellas tierras de Zamora que no existían más que en el siempre inspirado numen del fiero Calígula.

Salí, recorrí las nuevas calles del barrio de Santa Bárbara; pero no di con la casa. Según me había dicho Irene, ni el edificio tenía número todavía, ni la calle nombre; pregunté en varios portales, subí a varios pisos, y en ninguno me daban razón. Parecíame viajar por una ciudad humorística como las tierras de doña Cándida, y aun me ocurrió si el *cuartito muy mono* estaría en uno de los yermos solares en que no se había edificado todavía. Volví hacia el centro. En la calle de San Mateo, ya cerca de anochecer, me encontré a Manuel Peña, que me dijo: «Ahora van la de García Grande y su sobrina por la calle de Fuencarral.»

Nos separamos después de haber hablado un momento de su discurso y del mío. Me fuí a casa, volví a salir. Era de noche...

XXV

MIS PENSAMIENTOS ME ATORMENTABAN...

Me atormentaron toda la noche dentro y fuera de mi casa. No sé cómo vino a mí aquella imagen. La encontré, la vi pasar sola y acelerada delante de mí por la otra acera, por la acera del Tribunal de Cuentas. Yo estaba al amparo de una de las acacias que adornan la puerta del Hospicio, y ella no me vió. La seguí... Apresurada iba y como recelosa... A veces se detenía para ver los escaparates. Cuando se paró delante de uno muy iluminado, la miré bien, para cerciorarme de que era ella. Sí, ella era; llevaba el vestido azul marino, sombrero oscuro, como un gran cuervo disecado, que daba sombra a la cara. Su aire elegante y algo extranjero distinguíala de las demás mujeres que iban por la calle.

Pasó junto a la estererías, junto al estanco, entretúvose un momento viendo las telas en el *Comercio del Catalán*. Después acortó el paso, había descarrilado el tranvía, y un coche de plaza se había metido en la acera. El tumulto era grande. Irene miró un poco y pasó a la otra acera, alzándose ligeramente las faldas porque había mucho barro. Aquella tarde había llovido. Tomó la acera de los pares por junto a la botica dosimétrica y siguió luego con alguna prisa, como persona que no quiere hacer esperar a otra. Pasó junto a la capilla del Arco de Santa María, y mirando hacia adentro, se persignó. ¡También mojigata!... Siguió adelante. Crueles sospechas me mordían el corazón. Para observarla mejor, yo seguía por la acera contraria. Pasó por una esquina, luego por otra. Detúvose para reconocer una casa. En el ángulo se ve el pilastrón de un registro de agua, y arriba, una chapa verde de hierro con un letrero que dice: *Viaje de la Alcubilla. Registro núm. 6, B. Arca núm. 18, B.* Leyó el letrero, y yo también lo leí. Era el rótulo del infierno... Dió algunos pasos y se escurrió por el portal oscuro... Yo estaba anonadado, presa del más vivo terror, y sentía agonías de muerte. Clavado en la acera de enfrente, miraba al lóbrego, angosto y antipático portal, cuando llegó un coche y se paró también allí. Abrióse la portezuela, salió un hombre... ¡Era mi hermano!...

Concluiré esta febril jornada diciendo con la candidez de los autores de cuentos, después que se han despachado a su gusto narrando los más locos desatinos: «Entonces desperté. Todo había sido un sueño.»

Pero este atroz sueño mío que me atormentó a la mañana, fué nacido de mis hipótesis de la noche anterior, y llevaba en sí no sé qué probabilidad terrible. Me impresionó tanto, que después recordaba el soñado paseo por la calle de Fuencarral y me parecían tan claros sus accidentes como los de la misma verdad. No es puramente arbitrario y vano el mundo del sueño, y analizando con paciencia los fenómenos cerebrales que lo informan, se hallará quizá una lógica recóndita. Y despierto me di a escudriñar la relación que podría existir entre la realidad y la serie de impresiones que recibí. Si el sueño es el reposo intermitente del pensamiento y de los órganos sensorios, ¿cómo pensé y vi?... ¡Pero qué tontería! Me estaba yo tan fresco en la cama, interpretando sueños como un Faraón, y eran las nueve, y tenía que ir a clase, y después preparar mi discurso para la gran velada que habría de celebrarse aquella noche... Las cavilaciones de los dos pasados días no me habían permitido ocuparme de semejante cosa, y aún no tenía plan ni ideas claras sobre lo que había de decir. Como improvisador, siempre he sido detestable. No quedaba, pues, más recurso que enjaretar de cualquier modo una oracioncilla en los términos de fácil claridad y sencillez que me habían parecido más propios.

Tal empeño puse, que al anochecer estaba todo concluído satisfactoriamente. Había escrito todo mi discurso y lo había leído tres o cuatro veces en voz alta para fijar en mi espíritu, si no las frases todas, las partes principales de él y de su armónica estructura. Hecho esto, podía salir del paso, pues fijando bien las ideas, estaba seguro de que no se me rebelaría el lenguaje.

Cuando llegó la hora me vestí, y ¡al teatro con mi persona! Dígolo así, porque me llevé como quien lleva a un criminal que quiere escaparse. Yo era polizonte de mí mismo, y necesité toda la fuerza de mi dignidad para no evadirme

en mitad del camino y volverme a mi casa; pero el yo autoridad tenía tan fuertemente cogido y agarrotado al yo timidez, que éste no podía moverse. Bien se conocía, en la proximidad del teatro, que en éste había aquella noche solemnidad grande. Era aún temprano, y ya se agolpaba el público en las puertas. Aunque se habían tomado precauciones para evitar la reventa de billetes, diez o doce gandules con gorra galoneada entorpecían el paso, molestando a todo el mundo. Llegaban coches sin cesar, sonaban las portezuelas como disparos de armas de fuego, y cuando me venía al pensamiento que yo formaba parte del espectáculo que atraía tanta gente, se me paseaba por la espina dorsal un cosquilleo... El discurso se me borraba súbitamente del espíritu, y luego aparecía bien claro para eclipsarse de nuevo, como los letreros de gas encendidos sobre la puerta del teatro, y cuyas luces a intervalos barría el fuerte viento sin apagarlas.

No había dado dos pasos dentro del vestíbulo, cuando tropecé con un objeto duro y atrozmente movedizo. Era Sáinz del Bardal, que se multiplicaba aquella noche como nunca; tal era su actividad. En el espacio de un cuarto de hora le vi en diferentes partes del coliseo, y llegué a creer que las energías reproductoras del universo habían creado aquella noche una docena de Bardales para tormento y desesperación del humano linaje. El estaba en el escenario arreglando la decoración, los atriles, el piano; él, en el vestíbulo disponiendo los tiestos de plantas vivas que a última hora no habían sido bien colocados; él, en los palcos saludando a no sé cuántas familias; él, dentro, afuera, arriba y abajo, y aun creo que le vi colgado de la lucerna y saliendo por los agujeros de la caja de un contrabajo. Una de tantas veces que pasó junto a mí, como exhalación, me dijo:

—Arriba, en el palco segundo de proscenio, están Manuela, Mercedes, y... abur, abur.

Subí. Sorprendióme ver a Lica en lugar tan eminente, en un palco que lindaba con el paraíso. El público extrañaría seguramente no ver a la señora de Manso en uno de los proscenios bajos. Parecía aquello una deserción, harto chocante tratándose de la dama en cuya casa se había organizado la fiesta. Cuando entré, Irene estaba colgando los abrigos en el estrecho antepalco. Saludóme en voz baja, dulcísimamente, con algo como secreto o confidencia de amigo íntimo.

—Ya estaba yo con cuidado—dijo—, temiendo que usted...

—¿Qué?

—Nos hiciera una jugarreta, y a última hora no quisiera hablar.

—Pero ¿no prometí...?

XXVI

LLEVÓSE EL DEDO A LA BOCA IMPONIÉNDOME SILENCIO

Su discreción me pareció encantadora. Parecía decirme: «Ya hablaremos largamente de ello y de otras mil cosas agradables.»

—¿No sabes?—me dijo Lica—. José María se ha puesto muy bravo porque no he querido ir al palco proscenio. Dice que esto es una gansada... Mejor, que rabie. No me da la gana de ponerme en evidencia. Aquí estamos muy bien... *Aguaita*, chinito; hemos venido de bata. No te chancees. Aquí vemos todo y nadie nos ve... ¡Jesús, cómo está mi marido! Dice que no sirvo más que para vivir en un potrero... ¡Qué cosa! En fin, que rabie.

Mercedes miraba hacia las butacas, y aquel animado panorama a vista de pájaro la desconsolaba un poco, por no encontrarse en medio de tanto brillo y hermosura. También estaba doña Jesusa; inaudito fenómeno, tan contrario a sus costumbres sedentarias.

—No he venido más que a oírle, niño —me dijo con toda la bondad del mundo—. Pues si no fuera porque usted se va a lucir, no me sacarían de mi sillón ni toitas las Potencias celestiales.

Estaba la buena señora horriblemente vestida de día de fiesta, con gruesas y relumbrantes alhajas, y un medallón en el pecho con la fotografía de su difunto esposo, casi tan grande como un mediano plato. Yo no me había enterado hasta aquella noche de las facciones del papá de Lica, que era un señor muy bien barbado, vestido de voluntario de Cuba.

—Parece que hay solo de arpa—me di-

jo Mercedes, ilusionada con los misteriosos atractivos del programa.

—Creo que sí. Y también...

—¡Ah! ¡Los versos de Sáinz del Bardal son más lindos!...—indicó Manuela—. Me los leyó esta tarde. Hablan de Sócrates y de un tal... no sé cómo.

—¿Y quién más recita?

—Creo que recitarán los principales actores. Voy a que Sáinz del Bardal les mande a ustedes un programa.

Irene no despegaba los labios. Sentada tan lejos del antepecho como del fondo del palco, manteníase a decorosa distancia de Lica, acusando su inferioridad, pero sin dar a conocer ni sombra de servilismo. Modesta y digna, me habría cautivado en aquella ocasión, si entonces la hubiera visto por primera vez. Al salir vi en la penumbra roja del palco un objeto, una cosa negra, una cara... Me eché a reír, reconociendo a Rupertico, que me miraba y se apretaba la nariz con los dedos para contener sus carcajadas. Estaba sentado en una banqueta, tieso, estirado por la circunspección y el respeto, sin atreverse a mover brazo ni pierna. No había en él más señales de vida que los ímpetus de risa, y para sofocarlos se apretaba la boca con las palmas de las manos.

—No hemos tenido más remedio que traerle—me dijo la *niña Chucha*—. ¡Ay, qué enemigo! Toda la tarde llorando porque quería venir a oírle a usted.

—Yo creo que le da un accidente si no le traemos—añadió Lica—. Nos tenía locas. «Yo quiero oír a mi amo Máximo; yo quiero oír a mi amo Máximo...» Y llora que llora.

Al tirarle de la oreja vi que en el rincón había un bulto envuelto en un pañuelo rojo. El negrito, al observar que yo miraba el bulto, acudió con sus manos a acomodar el pañuelo y ocultarlo más. Reía convulsivamente, y Lica y Mercedes también reían...

—Fresco, *relambido*, márchate, márchate, que aquí no haces falta—me dijo Lica—. Después que hables vendrás a vernos.

En el escenario no se podía dar un paso. Sáinz del Bardal y los que le habían ayudado en la organización no supieron impedir que entrase allí el que quisiese, y todo era desorden y apreturas.

Periodistas que iban en busca de pormenores para redactar sus crónicas, oradores, los amigos de los oradores, músicos y todos los amigos de los músicos, actores que habían de recitar y poetas que iban a que les recitaran, individuos afiliados a la Sociedad y multitud de personas a quienes nadie conocía llenaban el escenario. Sáinz del Bardal, rojo como un cangrejo, y otro señor filántropo y discursista que tiene la especialidad de estas cosas, se esforzaban por imponer orden y expulsaban galantemente a los intrusos.

A todas éstas terminaba la sinfonía, el telón se había descorrido, y los individuos de la Junta ocupaban una fila de sillas, junto a pomposa mesa, tras la cual aparecía la imagen más grave de todas las imágenes imaginables, don Manuel María Pez. Este señor debía pronunciar breves palabras explicando el objeto de la ceremonia y dando las gracias a las distinguidísimas y eminentes personas que se habían dignado *cooperar a su esplendor en bien de la Humanidad y de los pobres*. Era la oratoria de este señor acabado ejemplo del género ampuloso, hueco y vacío, formado de pleonasmos y amplificaciones, revestido de hojarasca y matizado de pedacitos de talco, oratoria que sirve a las nulidades para hacer un breve papel parlamentario, fatigar a los taquígrafos y macizar esa inmensa pirámide papirácea que se llama el *Diario de las Sesiones*. Para descubrir una idea del señor Pez era preciso demoler a pico un paredón de palabras, y aún no había seguridad de encontrar cosa de provecho. Decía así:

«Es ciertamente laudable, es altamente consolador, es en sumo grado lisonjero para nuestra edad, para nuestro tiempo, para nuestra generación, que tantas personas eminentes, que tantos varones ilustres en las artes y en las letras, que tantas glorias de la patria, en uno y otro ramo del saber, se presten, se ofrezcan, se brinden a...» Todos estos miembros del discurso iban perfectamente espaciados con enfáticas pausas, entre graves compases, con cadencia pomposa y campanuda que fatigaba como las manos de un batán. No seguí prestándole atención, porque necesitaba enterarme aprisa del orden de la fiesta, para ver cuál era mi puesto y

en qué momento me tocaba, ¡ay Dios mío!, salir a las candilejas.

El programa era vasto, inmenso, vario y completo como ningún otro. A la legua se conocía que había andado en ello Sáinz del Bardal y su destornillada cabeza. Hablaríamos un célebre orador, Manuel Peña y yo; habría cuarteto por eminencias del Conservatorio; leerían versos de celebrados poetas tres actores de los mejorcitos. El único poeta que sería leído por sí mismo era Sáinz del Bardal, quien por condiciones especiales de carácter no confiaba a boca ajena las hechuras de su ingenio. Habría, además, concierto de piano, desempeñado por una señorita de doce años, que era un prodigio en teclas; habría gran solo de arpa por un célebre profesor italiano que había llegado a Madrid pocos días antes. Por último, cantaría un tenor del Real la célebre aria de Mozart *Al mio tesoro intanto*, y entre el tenor y el barítono despacharían el dúo *I marinari*... No sé si había algo más. Creo que no.

Sáinz del Bardal me notificó que mi puesto en el programa seguía inmediatamente al solo de arpa, lo que me desconcertó un poco, mucho más cuando acerté a ver al solista, que parecía sujeto de mala sombra. Estaba en el fondo del escenario, preparando su instrumento y rodeado de una nube de músicos y gente italiana del Real. Mirándole yo, consideré supersticiosamente que en la compañía de aquel maldito músico no podía haber cosa buena. Era bastante obeso, con cara de mujer gorda, el peinado en dos cuernecitos muy monos, el bigote pequeño y de moco retorcido, también en cuernecillos, y con dos chapitas en los carrillos que parecían de colorete.

Yo me paseaba solo, esperando mi turno. Un noticiero se me acercó y me dijo:

—¿Sobre qué va usted a hablar? ¿Quiere darme usted un extracto de su discurso?

—Cuatro generalidades...; en fin, ya lo verá usted.

—¡Qué poco feliz ha estado ese señor De Pez!

Otro llegó, y dijo:

—Ya se acabó el *Dies iræ*. Es un piporro ese señor De Pez... ¡Ah!, vea usted el arpa. ¡Qué figura, amigo Manso! Pues si eso sonara...

—Parece mentira—añadió un tercero, gomoso, discípulo mío por más señas, buen chico, ateneísta...—. ¡Qué escándalo con los revendedores! Esto no pasa más que en España. El gobernador ha mandado detener alguno. Sería curioso saber quién les había dado los billetes que no se han vendido en el despacho y son todos personales...

Poco a poco iban llegando conocidos, y se formaba animado corrillo junto a mí.

—Señor De Manso, ¿cuándo va usted?

—Después del arpa. ¡Lástima que mi discurso sea tan pobre de arpegios!

—Yo, a ser usted, hubiera pedido un lugar más adelantado.

—¿Qué más da? Antes o después, lo he de hacer bastante mal.

—¡Hombre, hombre, qué pillín es usted!... ¿Conque mal?

—¡Pchs!...

—Demasiado sabe usted que...

—¡Quia! Si ese buen señor no sabe lo que vale.

—Diga usted, señor De Manso: ¿le convendría a usted darme su discurso para la *Revista*?... Lo pondremos en el número quince, y después, si usted quiere, se le puede hacer una tirada corta..., pues un folletito...

—¡Quia, hombre! Es demasiado breve.

—¡Ah!, mejor... De todos modos, para la *Revista* ya me sirve.

—¿De qué trata?

—De nada, señores, de nada. ¿Se puede hablar de cosas serias delante de esta gente, entre un solo de arpa y una tirada de versos? Cuatro generalidades...

—Ya sale el actor a leer el poema treinta... Es soberbio. Me lo leyó su autor ayer tarde. Es un asombro...

—Sí; pero vean ustedes qué manera de leer.

—Ese hombre es un epiléptico. Se pone verde.

—Milagro será que no se le reviente una vena.

—Esa descripción del naufragio..., ¿eh?

—Es de primera fuerza...

—Y ahora el incendio de la cabaña... ¡Bravísimo!

—El poema es de barba de pato.

—¡Calzones, qué verso!

—Pero esta manera de declamar... ¡Ah!, los actores italianos...

—En las transiciones saca una voz de vieja...

—¡Muy bien, muy bien!

Todos aplaudimos al final, rompiéndonos las palmas de las manos. De las localidades venía un rumor de aplausos que parecía una tempestad. De pronto, en el círculo amistoso que se había formado en derredor de mí, apareció Manuel Peña con las manos en los bolsillos y el sombrero echado atrás. Parecía un libertino que salía de la ruleta.

—¡Hola, perdis!...

—Maestro, dichoso usted que está tranquilo.

—Y tú, ¿tienes miedo?

—¿Miedo?... Estoy como el reo en capilla.

—¿Sobre qué vas a hablar?

—Sobre lo primero que me ocurra...

—¿No has preparado nada?

—Este es lo más célebre...—indicó un amigo—. ¿Creerá usted, Manso, que esta mañana no tenía idea siquiera del discurso que va a pronunciar?

—Ni la tengo ahora... Veremos lo que sale. Yo me las arreglo de este modo. Esta tarde me he leído unos versos de Víctor Hugo y he tomado una docena de imágenes.

—De esas de patrón de mico..., ¿eh?

—Cada imagen como la copa de un pino. Y con esto me basta... Hablaré de las damas, de la influencia de la mujer en la Historia, del Cristianismo...

—De la mujer cristiana, ¿eh?...

—Eso, y de la caridad... A ver, señores, ¿quién dijo aquello de *la caridad corre a la desgracia como el agua al mar?*

—Chateaubriand.

—No hombre; me parece que es el padre Gratry.

—No, no. Usted, Manso, ¿sabe...?

—Pues no recuerdo...

—En fin, lo diré como mío.

—¡Ah!... Esa frase es de Víctor Cousin...

—Sea de quien fuere...; usted, maestro, pronto entra.

—Detrás del arpa... Ahí va.

El italiano y su comitiva italianesca pasaron junto a nosotros. Hacia mi benemérito predecesor gimnasia con los dedos, como si quisiera rasguñar el aire.

Hubo un silencio expectante que me impresionó, haciéndome pensar que pronto se abriría ante mí la cavidad muda y temerosa de un silencio semejante. Después oyéronse *pizzcatos*. Parecían pellizcos dados al aire, el cual cosquilloso, respondía con vibraciones de risa pueril. Luego oímos un rasgueado sonoro y firme como el romper de una tela; después, un caer de gotas tenues, lluvia de soniditos duros, puntiagudos, acerados, y al fin, una racha musical inmensa, flagelante, con armonías misteriosas.

—¡Caramba, que este hombre toca bien!

—¡Vaya!

—Ahora, ahora. ¡Qué melodía! Pero ¿de dónde es esto?

—Es una fantasía sobre *La Estrella del Norte*.

—¡Qué dedos!

—Si parecen patas de araña corriendo por los hilos.

—¡Y cómo se sofoca el buen señor!... Mire usted, Manso, cómo se le mueven los cuernecitos del pelo.

—Pero ¿han visto ustedes las cruces que tiene ese hombre?

—¿Qué es eso del hombre? Si es la mujer con barbas..., esa que estaba en la feria...

—¡Pchs!... Silencio, señores; esas risas...

Cuando concluyó el solo y sonaron los aplausos parecía que se me arrugaba el corazón y que se me desvanecía la vista. Mi hora había llegado. Di algunos pasos mecánicos.

—Todavía no. Va a repetir. Tocará otra pieza.

—¡Qué placer!... Cinco minutos de vida.

Para animarme afecté alegría, despreocupación y un valor que estaba muy lejos de tener. La reflexión de estos estímulos artificiales suele ser de momentánea eficacia. Y, por último, llegó el segundo fatal. El italiano entró, volvió a salir llamado por el público, y, al fin, retiróse definitivamente. Yo le vi limpiándose el sudor de su amoratado rostro, que parecía un lustroso tomate, y oí felicitaciones de los músicos que le rodeaban. Cuando rompí por medio de ellos para salir, las piernas me temblaban.

Y me vi delante del dragón, como

quien va a ser tragado, pues las candilejas eran como dentadura de fuego; las filas de butacas, surcos de una lengua replegada, y el cóncavo espacio rojo, cálido y halitoso de la sala, la capacidad de una horrenda boca. Pero la vista misma del peligro parecía restituirme mi valor y fortalecerme. «Verdaderamente —pensé—es una tontería tener miedo a esa buena gente. Ni lo he de hacer tan mal que me ponga en ridículo...»

Alcé la vista, y allá arriba, sobre el mal pintado celaje del techo, vi destacarse un grupo de cabezas.

XXVII

LA DE IRENE DOMINA A LAS OTRAS TRES

O, por lo menos, fué la que más claramente vi. Cuando principié, con voz no muy segura, me hacía visajes en los ojos el decorado seudomorisco de los palcos. La puntería de gemelos, así como el movimiento de tanto abanico, me distraían. En uno de los proscenios bajos había una bendita señora cuyo abanico, de colosal tamaño, se cerraba y se abría a cada momento con rasgueo impertinente. Parecía que me subrayaba algunas frases o que se reía de mí con carcajadas de trapo. ¡Maldito comentario! En el momento de concluir una frase, cuando yo la soltaba redonda y bien cortada, sonaba aquel *ras* que me ponía los nervios como alambres... Pero no había más remedio que tener paciencia y seguir adelante, porque yo no podía decirle a la dama del abanico, como a un alumno de mi clase: «¿Hace usted el favor de no enredar?...»

Y seguí, seguí. Un miembro tras otro, frase sobre frase, el discursito iba saliendo, limpio, claro, correcto, con aquella facilidad que me había costado tanto trabajo. Iba saliendo, sí, señor, y no a disgusto mío; y a medida que lo iba pronunciando, mi facultad crítica decía: «No voy mal, no, señor. Me estoy gustando: adelante...»

¿Qué diré de mi discurso? Copiarlo aquí sería impertinente. Una de las muchas revistas que tenemos, y que se distinguen por su vano empeño de hacer suscripciones, lo publicó íntegro, y allí puede verlo el curioso. No ofrecía gran novedad, no contenía ningún pensamiento de primer orden. Era una disertación breve y sencilla, a propósito para esto que llaman público, que es como si dijéramos una reunión de muchos, de cuya suma resulta un *nadie*. Todo se reducía a unas cuantas consideraciones sobre la indigencia, sus causas, sus relaciones con la ley, las costumbres y la industria. Luego seguía una reseña de las instituciones benéficas, deteniéndome principalmente en las que tienen por objeto la protección de la infancia. En esta parte logré poner en mi discurso una nota de sentimiento que levantó lisonjeros murmullos. Pero lo demás fué severo, correcto, frío y exacto. Cuanto dije era de lo que yo sabía, y sabía bien. Nada de conocimientos pegados con saliva y adquiridos la noche anterior. Todo ello era sólido; el orden lógico reinaba en las varias partes de mi obra, y no holgaban en ella frase ni vocablo. La precisión y la igualdad lo informaban, y las ampliaciones y golpes de efecto faltaban en absoluto.

Hago estos elogios de mí mismo sin reparo alguno, porque me autoriza a ello la franqueza con que declaro que no había en mi oración ni chispa de brillantez oratoria. Era como si leyese un sesudo y docto informe, o un dictamen fiscal. Y el efecto de este defecto lo notaba yo claramente en el público. Sí, al través de la urdimbre de mi discurso, como por los claros de una tela, veía yo al dragoncito de mil cabezas, y observaba que en muchos palcos las damas y caballeros charlaban olvidados de mí y haciendo tanto caso de lo que decía como de las nubes de antaño. En cambio, vi un par de catedráticos en primera fila de butacas que me flechaban con el reflejo de sus gafas, y con movimientos de cabeza apoyaban mis apreciaciones... Y el *ras* del dichoso abanico seguía rasguñando la limpidez de mi lengua como punta de diamante que raya la superficie del cristal.

Se acercaba el fin. Mis conclusiones eran que los institutos oficiales de beneficencia no resuelven la cuestión del pauperismo sino en grado insignificante; que la iniciativa personal, que esas agrupaciones que se forman al calor de la idea cristiana..., en fin, mis conclusiones ofrecían escasa novedad, y el lector las sabe lo mismo que yo. Baste por ahora decir que terminé, cosa que yo deseaba

ardientemente, y parte del público también. Un aplauso mecánico, oficial, sin entusiasmo, pero con bastante simpatía y respeto, me despidió. Había salido bien, como yo esperaba y deseaba. Por mi parte, discreción y verdad; por la del público, benevolencia y cortesía. Saludé satisfecho, y ya me retiraba cuando...

¿Qué era aquello que bajaba del techo volando y agitando cintas? Era un objeto de variados colores, un conjunto de ramos verdes, de cenefas rojas... ¡Una corona, cielos vengadores! Fué tan mal arrojada, que cayó sobre las candilejas.

No sé quién la cogió; no sé quién me entregó aquella descomunal pieza de hojas de trapo, de bellotas que parecían botones de librea, con más cintajos que la moña de un toro, claveles como girasoles, letras doradas, y qué sé yo... Recibí aquella ofrenda extemporánea, y no sé cómo la recibí. Me turbé tanto que no supe lo que hacía, y por poco pongo la corona en la cabeza calva del señor De Pez, que me dijo al pasar:

—Muy bien ganada, muy bien ganada.

Murmullos del público me declaraban que el dragoncillo, como yo, había considerado aquella demostración absolutamente impropia, inoportuna y ridícula. Luego la habían arrojado tan mal... Me dieron ganas de tirarla en medio de las butacas.

—Es obsequio de la familia—oí que decía no sé quién.

Quedé confuso, ¡y después me entró una ira...! ¡Ya comprendía lo que guardaba el pícaro negro dentro de aquel pañuelo! ¡Como si lo viera! Debió de ser idea de la *niña Chucha*...

Me interné en el escenario con mi fastidiosa carga de hojarasca de trapo. En verdad, lo mejor era tomarlo a risa, y así lo hice... Bien pronto, mientras continuaba el programa con la pieza de piano, se formó en torno mío el corrillo de amigos y oí las felicitaciones de unos, las sinceridades o malicias de otros.

—Muy bien, amigo Manso... Tales manos lo hilaron.

—Me ha gustado mucho..., pero mucho. No, no venga usted con modestias. Debe estar usted satisfecho.

—¡Orador laureado!..., nada menos.

—¡Qué lástima que no alzara usted un poco más la voz! Desde la fila once apenas se oía.

—Muy bien, muy bien... Mil enhorabuenas... Un poquito más de calor no hubiera estado mal.

—¡Pero qué bien dicho..., qué claridad!

—Vaya, vaya, y decía usted que era cosa ligera...

—Al pelo, Mansito, al pelo.

—Caballero Manso, bravísimo.

—Hombre, ya podías haber esforzado un poco la voz, y dar nervio, dar nervio...

—Mira, para otra vez mueve los brazos con más garbo... Pero ha gustado mucho tu discurso. Las señoras no lo han comprendido; pero les ha gustado...

—¿Conque coronita y todo...?

También vino el arpista a felicitarme, permitiéndose presentarse a sí mismo para tener *l'onore de stringere la mano d'un egregio professore.*

Estas lisonjas me obligaron, mal de mi grado, a dedicar algunas frases al panegírico del arpa, a sus bellos efectos y a sus dificultades, poniendo a los profesores de este instrumento por encima de todas las demás castas de músicos y danzantes.

Hablando con el italiano, con otros músicos, con algunos de mis amigos, me distraje de las partes siguientes del programa; pero hasta donde estábamos venían, como olores errantes de un próximo sahumerio, algunas emanaciones retóricas de los versos que leía Sáinz del Bardal. Su declamación hinchada iba lanzando al aire bolas de jabón que admiraban las mujeres y los necios. Las bombillas estallaban, resonando de diversos modos, ya en tono grave, ya en el plañidero y sermonario; y entre el rumor de la cháchara que en derredor mío zumbaba, oíamos: «Creed y esperad... inmensidad sublime..., místicos ensueños..., salve, creencia santa...» De varios vocablos sueltos y de frasecillas volantes colegimos que el señor Del Bardal se guarecía *bajo el manto de la religión; que bogaba en el mar de la vida;* que su alma *rasgaba pujante el velo del misterio,* y que el muy pillín iba a romper la cadena que le ataba a la *humana impureza.* También oímos mucho de *faros de esperanza,* de *puertos de refugio,* de *vientos bramadores* y del *golfo de la duda,* lo que no significaba

que Bardal se hubiera metido a patrón de lanchas, sino que le daba por ahí, por embarcarse en la nave de su inspiración sin rumbo, y todo era naufragios retóricos y chubascos retóricos.

—¡Si encallará de una vez este hombre!...

—Dejadle que le dé al remo... ¡Lástima que ya no tengamos galeras!

—Y ¡cómo me le aplauden!...

—Ya... Mientras exista el sexo femenino, las Musas cotorronas tendrán *alabarda* segura... El público aplaude más estas vulgaridades que los versos sublimes de treinta. Así es el mundo.

—Así es el Arte... Vámonos, que ya viene.

—¡Que viene Bardal! ¿Quién le aguanta ahora?

—Temo ponerme malo. Estoy perdido del estómago, y este poeta emético siempre me produce náuseas... Huyamos.

—¡Sálvese el que pueda!

Yo también me marché, temeroso de que me acometiera Bardal. Salí del escenario, y en el pasillo bajo encontré mucha gente que había salido a fumar, haciendo de la lectura del poeta un cómodo entreacto. Algunos me felicitaron con frialdad, otros me miraron curiosos. Allí supe que el célebre orador que debía tomar parte en la velada se había excusado a última hora por haber sido acometido de un cólico. Faltaban ya pocos números, y era indudable que parte del público se aburría soberanamente, y pensaba que a los autores de la velada no les venía mal su poquito de caridad, terminando la inhumana fiesta lo más pronto posible.

En la escalera encontré a mi hermano. Andaba visitando palcos, traía un ramito en un ojal y estrujaba en su mano *La Correspondencia*.

—Has estado verdaderamente filósofo—me dijo con pegadiza bondad—, pero con muchas metafísicas que no entendemos los tristes mortales. Lástima que no hicieras uso de los datos de mortalidad que te dió Pez a última hora, y del tanto por ciento de indigentes por mil habitantes que acusan las principales capitales de Europa. Yo he estudiado la cuestión, y resulta que las escuelas de instrucción primaria nos ofrecen cuatrocientos catorce niños, y tres cuartos de niño por cada...

—¿Has estado arriba, en el palco de la familia?—le pregunté para cortar el hilo funesto de su estadística.

—No; ni pienso ir. ¡Buena la han hecho! ¿Te parece?... ¡*Guindarse* en ese palcucho! ¡Qué inconveniencia, qué tontería y qué estupidez! Mi mujer me pone en ridículo cien veces al día... Pues digo, ¿y a ti?... ¿Qué te ha parecido lo de la coronita?

La carcajada que soltó mi hermano trajo a mi espíritu la imagen del malhadado obsequio que recibí, y no pude disimular el disgusto que esto me causaba.

—¡Si es la gente más tonta...! Apuesto que la idea fué de la *niña Chucha*. En cuanto a Manuela, es verdaderamente la terquedad en figura humana. Basta que yo desee una cosa...

Yo disculpé a Lica; él se incomodó; díjome que yo, con mis tonterías de sabio, fomentaba la terquedad y los mimos de su esposa.

—Pero, José...

—Tú eres otra calamidad, otra calamidad, entiéndelo bien. Nunca serás nada..., porque no estás nunca en situación. ¿Ves tu discurso de esta noche, que es práctico y filosófico y todo lo que quieras? Pues no ha gustado, ni entusiasmará nunca al público nada de lo que escribas, ni harás carrera, ni pasarás de triste catedrático, ni tendrás fama... Y tú, tú eres el que hace en mi casa propaganda de modestia ridícula, de ñoñerías filosóficas y de necedades metódicas.

—¡Ay José, José!...

—Lo dicho, camarada...

En esto estábamos, cuando nos sorprendió un estrépito que de la sala del teatro venía. Al pronto nos asustamos. ¡Pero quia!...; eran aplausos, aplausos furibundos que declaraban entusiasmo vivísimo.

—Pero ¿qué pasa?

Los pasillos se habían quedado vacíos. Todo el mundo acudía a su sitio para ver de qué provenía tal locura.

XXVIII

HABLA PEÑITA

Esto decían, y al punto, deseoso de oír a mi discípulo, dejé a mi hermano y subí al empinado palco donde es-

taba la familia. Entré; nadie volvió la cara para ver quién entraba; tan embebecidas estaban las cuatro damas en contemplar y oir al orador. Sólo el negro me miró, y acariciándome una mano, se pegó a mi costado. Acerquéme sin hacer ruido, y por encima de las cuatro cabezas miré al teatro. No he visto nunca gentío más atento, ni mayor grado de interés, totalmente dirigido a un punto. Verdad es que pocas veces he visto mayor ni más brillante ejemplo de la elocuencia humana.

Fascinado y sorprendido estaba el público. Un joven con su palabra arrebatadora, don semidivino en que concurrían la elegancia de los conceptos, la audacia de las imágenes y el encanto físico de la voz robusta y flexible, había cautivado y como prendido en una red de simpatía la heterogénea masa de personas diversas, y en una misma exclamación de gozo se confundían el necio y el sabio, la mujer y el hombre, los frívolos y los graves. Despertaba el orador, con la vibración celestial de las cuerdas de su noble espíritu, los sentimientos cardinales del alma humana, y no había un solo espectador que no respondiese a invocación tan admirable. Doña Jesusa se volvió hacia mí, y en su cara observé que estaba como lela. Hasta el pintado esposo que campeaba en el pecho de la señora me pareció que se había entusiasmado en su placa de marfil o porcelana. Mercedes me miró también, haciendo un gesto que quería decir: «Esto sí que es bueno.» Lica e Irene no movían la cabeza: la emoción las había convertido en estatuas.

Por mi parte, debo declarar que la admiración que Manuel me causaba y el regocijo de presenciar triunfo tan grande del que había sido mi discípulo, me ponían un nudo en la garganta. Sí; yo podía tomar para mí una parte, siquiera pequeña, de la gloria que el divino muchacho a manos llenas aquella noche recogía. Si recibió de la Naturaleza el extraordinario hechizo de la palabra, yo había logrado la pedrería de su grande ingenio, yo había dado a sus dones nativos la vestidura del arte, sin la cual habrían parecido desaliñados y toscos; yo le había enseñado lo que fueron y cómo se formaron los grandes modelos, y de mí procedían muchos de los medios técnicos y elementales de que se valía para obtener tan asombroso efecto. Así, cuando al terminar un párrafo estallaba en el público una tronada de aplausos, yo me rompía las manos y deseaba estar cerca del orador para estrecharle entre mis brazos.

¿Y de qué hablaba? No lo sé fijamente. Hablaba de todo y de nada. No concretaba, y sus elocuentes digresiones eran como una escapatoria del espíritu y un paseo por regiones fantásticas. Y, sin embargo, notábanse en él pujantes esfuerzos por encerrar su fantasía dentro de un plan lógico. Yo le veía sujetando con firme rienda el brioso caballo alado que en las alturas se encabritaba, insensible al freno y al látigo. Con estar yo tan fascinado como los demás oyentes, no dejaba de comprender que el brillante discurso, sometido a la lectura, habría de presentar algunos puntos vulnerables y tantas contradicciones como párrafos. Mi entusiasmo no embotaba en mí el don de análisis, y, temblando de gozo, hacía yo la disección del esqueleto lógico, vestido con la carne de tan opulentas galas...

Pero ¿qué importaba esto si el principal objeto del orador era conmover, y esto lo conseguía plenamente hasta el último grado? ¡Qué admirable estructura de frases, qué enumeraciones tan brillantes, qué manera de exponer, qué variedad de tonos y cadencias, qué secreto inimitable para someter la voz al sentido y obtener con la unión de ambos los más sorprendentes efectos, qué matices tan variados, y por último, qué accionar tan sobrio y elegante, qué dicción enérgica y dulce, sin descomponerse nunca, sin incurrir en la declamación, sin salmodiar la frase! Las imágenes sucedían a las imágenes, y aunque no todas eran de gran novedad, y aun había alguna que aparecía un poco mustia, como flor que ha sido muy manoseada, el público, y yo también, las encontrábamos admirables, frescas, bonitas. Algunas fueron de encantadora novedad.

Pero ¿de qué hablaba? De lo que él mismo había dicho, del Cristianismo, de la redención y enaltecimiento de la mujer, de la libertad y un poco de los ideales grandes del siglo XIX. Allí salieron a relucir Isabel la Católica dando sus alhajas; Colón *redondeando la civilización*, y Stephenson, que, con la locomotora, *ha emparentado las partes del mundo*...

Allí oí algo de las catacumbas, de Lincoln, el *Cristo del negro,* de las hermanas de la Caridad, del cielo de Andalucía, de Newton, de las Pirámides y de los Caprichos de Goya, todo enlazado y tejido con tal arte que el oyente le seguía de sorpresa en sorpresa, pasmado y hechizado, a veces con fatiga de tanta luz, de tan variados tonos y de transiciones tan gallardas.

Cuando concluyó, dijérase que se desplomaba el teatro, y que todo su maderamen crujía y se desarmaba con la vibración de las palmadas. Los más cercanos se abalanzaban hacia el escenario, como si quisieran abrazar al orador, y ls señoras se llevaban el pañuelo a los ojos para secarse alguna lágrima, por ser cosa corriente en ellas que toda emoción, y el entusiasmo mismo, las haga llorar. Manuel se retiraba, y los aplausos le hacían volver a salir tres, cuatro, qué sé yo cuántas veces. El señor De Pez, no queriendo dejar de hacer algún papel conspicuo en tan solemne ocasión, sacaba de la mano al joven y le presentaba al público con paternal solicitud. Alguien decía: «Es un niño»; otros: «¡Qué prodigio!», y yo gritaba a los vecinos del palco próximo:

—Es mi discípulo, señores; es mi discípulo.

Lica se volvió a mí y me dijo:

—¡Qué lástima que no haya venido su mamita a oírle!

Y doña Jesusa, suponiéndome desairado, me miró con benevolencia, y me dijo:

—También usted ha estado muy bien...

¡Y yo no me acordaba de mi discurso, ni de la funesta corona!

—¡Qué lástima que no hubiéramos traído dos guirnaldas!

—A propósito, Manuela, ¡qué inoportunas estuvisteis!...

—Calla, chinito; más mereces tú.

—Si es que Máximo—me dijo doña Jesusa, reforzando su benevolencia porque me suponía triste del bien ajeno—estuvo también muy bueno... Todos, todos han estado buenos...

Y la otra no decía nada. Cuando concluyeron los aplausos volvió a su asiento. La miré; tenía las mejillas encendidas..., también había llorado.

—¡Qué bueno, qué bueno!—exclamaba Lica sin cesar—. Este niño es un milagro. ¿Qué le ha parecido a usted, Irene?

Irene me miró, y tuvo una frase celestial.

—Hace honor a su maestro.

—Este muchacho—afirmé yo—será un gran orador. Ya lo es. Parece que en él ha querido la Naturaleza hacer el hombre tipo de la época presente. Está cortado y moldeado para su siglo, y encaja en éste como encaja en una máquina su pieza principal.

—Ahí, en el palco de al lado, decía un señor que Manuel será ministro antes de diez años.

—Lo creo; será todo lo que quiera; es el niño mimado del Destino. Todas las hadas le han visitado en su nacimiento...

—Me parece que debemos marcharnos. Yo estoy muy cansada, ¿Y usted, mamá?

—Por mí, vámonos.

—¿Y no oímos al tenor?—indicó Mercedes con desconsuelo.

—Niña, en el Real le oiremos.

Levantáronse. Irene estaba en el antepalco distribuyendo abrigos. Cuando todos se abrigaron, también ella tomó el suyo. Yo atendí primero a doña Jesusa, a Lica, a Mercedes; después a ella, que con su alfiler en la boca desdoblaba el mantón para ponérselo. Irene me dió las gracias. No sé por qué se me antojó que lloraba todavía. ¡Engaño de mis embusteros ojos!... Salimos. El negrito se colgó de mi brazo, obligándome a inclinarme del costado derecho. Todo era para alcanzar mi oído con su hociquillo y decirme con tímido secreto:

—Ninguno ha estado tan bien como *taita.* Mi amo Máximo les gana a todos, y si dicen que no...

—Calla, tonto.

—*Poque* no lo entienden.

La necesidad de acompañar a la familia me privó de ir al escenario para dar un estrecho abrazo a mi amado discípulo. Pero yo le vería pronto en su casa, y allí hablaríamos largamente del colosal éxito de aquella noche...

¡Y mi corona que se había quedado en el escenario! Mejor: *in mente* se la regalaba yo al arpista. No apoyaba esta idea Lica, que me dijo al subir al coche:

—Bien dice Irene que eres un sosón... ¿Por qué no has traído la corona? ¿Crees que no la mereces?... Pues sí que la mereces. Fué idea mía, ¿qué te parece?

—No, que fué idea mía—replicó prontamente la *niña Chucha.*

—No reñir, señoras; quedamos en que fué idea de las dos, lo cual no impide que sea una idea detestable.

—Mal agradecido.

—*Relambido.*

—Como no hubo tiempo, no pudimos escoger una cosa mejor. Lica escogió las flores.

—Y yo, las hojas verdes.

—Y yo, las cintas encarnadas.

—Pues todas, todas han tenido un gusto perverso.

—Bueno, bueno; no te obsequiaremos más.

—¡Ay, qué fantasioso!

Irene callaba. Iba junto a mí en el asiento delantero, y con el movimiento del coche su codo y el mío se frotaban ligeramente. Si fuera yo más inclinado a los retruécanos de pensamiento, diría que de aquel rozamiento brotaban chispas, y que estas chispas corrían hacia mi cerebro a producir combustiones ideológicas o ilusiones explosivas... Con el cuneo del coche se durmió doña Jesusa. Lica se echó a reír, y dijo:

—Ya mamá está en la Bienaventuranza. Y usted, Irene, ¿se ha dormido también?

—No, señora—replicó la maestra con cierta sequedad.

—Como está usted tan callada... Y tú, Máximo, ¿qué tienes que no hablas?

Advertí entonces que no había desplegado mis labios en un buen espacio de tiempo. No sé si dije algo para responder a Lica. Llegamos, por fin, a casa. Nada aconteció digno de ser contado. Aburrimiento general y desfile de cada persona hacia su habitación. Yo quise decir algo a Irene; la sentí detrás de mí cuando me despedía de doña Jesusa en el pasillo; volvíme, di algunos pasos, y ya había desaparecido. Fuí al comedor..., nada. En el gabinete de Manuela..., tampoco. Pregunté a la mulata... La señorita Irene se había encerrado en su cuarto... ¡Ay, qué prisa, Dios mío!... Bien, bien; yo también me retiro.

El negrito se me colgó del brazo para hacerme inclinar y hablarme al oído. Siempre me decía sus cosas en secreto, con un susurro cariñoso que parecía infiltrar en mi espíritu el extracto más puro de la inocencia humana. Sus palabras fueron breves y revelaban cándido orgullo:

—Yo *taje* la corona de la tienda.

—Bueno, hijo, que te aproveche. Adiós.

Antes de subir a casa quise felicitar a doña Javiera. La pobre señora estaba fuera de sí. También ella había ido al teatro, y presenciado desde el paraíso el grandioso triunfo de su querido hijo. Este le había llevado un palco; pero ella no quiso ocuparlo y lo cedió a unas amigas; temía que su amor maternal la arrastrase a demostraciones demasiado violentas, con lo que se pondría en ridículo. En el paraíso, acompañada tan sólo de la criada, había llorado a sus anchas, y cuando oyó los palmoteos y vió el loco entusiasmo del público, creyóse transportada al cielo. A la conclusión, la buena señora había perdido el conocimiento, y por poco no la llevan a la Casa de Socorro. Abrazóme con ardiente alegría, diciéndome que yo, como maestro de aquel milagro de la Naturaleza, tenía la mejor parte en su victoria.

—Por allí—prosiguió doña Javiera—no decían más sino: «Este muchacho va a hacer la gran carrera... El mejor día me lo ponen de diputado y de ministro. Vaya un hombrecito...» Figúrese usted, amigo Manso, si estaría yo hueca. Se me caía la baba y lloraba como una tonta. Me daban ganas de ponerme en pie y gritar desde la barandilla del paraíso: «¡Si es mi hijo! Yo le he parido y le he criado a mis pechos...» La suerte que me desmayé... En fin, yo estaba loca. El corazón se me había puesto en la garganta... Por cierto que le vi a usted en un palco alto con las señoras. Yo le miré muy mucho a ver si me columbraba para hacerle una seña, diciendo: «Aquí estamos todos.» Pero usted no miró... ¡Ah!, y ahora que me acuerdo. También usted habló muy requetebién. Allí, al lado mío, había un señor muy descontentadizo que dijo tonterías de usted... Casi nos pegamos él y yo, y cuando le echaron la corona las del palco, gritó: «A ese..., bien, bien...» Si he de decirle la verdad, desde arriba no se oyó nada de lo que usted dijo, porque como habla usted tan bajito... Es el caso que, como oía tan mal, me iba quedando dormida. Desperté asustada cuando le echaban a usted la corona, y entonces di la mar de palmotadas... Después vino el verso. ¡Y qué verso tan precioso! ¡A mí me daba un

gusto!... Esto de oír buenos versos es como si le hicieran a una cosquillas. Se ríe y se llora..., no sé si me explico.

Y por aquí siguió charlando. Yo estaba fatigadísimo y deseaba retirarme. Era muy tarde, y Manuel no venía. Deseaba yo verle aquella misma noche para felicitarle con toda la efusión de mi leal cariño; pero tardaba tanto, que me fuí a mi cuarto y me recogí, ávido de silencio, de quietud, de descanso.

XXIX

¡OH NEGRA TRISTEZA!

Fúnebre y pesado velo, ¿quién te echó sobre mí? ¿Por qué os elevasteis lentos y pavorosos sobre mi alma, pensamientos de muerte, como vapores que suben de la superficie de un lago caldeado? Y vosotras, horas de la noche, ¿qué agravio recibisteis de mí para que me martirizarais una tras otra, implacables, pinchándome el cerebro con vuestro compás de agudos minutos? Y tú, sueño, ¿por qué me mirabas con dorados ojos de buho haciendo cosquillas en los míos, y sin querer apagar con tu bendito soplo la antorcha que ardía en mi mente? Pero a nadie debo increpar como a vosotros, argumentos tenues de un raciocinio quisquilloso y sofístico...

Tú, imaginación, fuiste la causa de mis tormentos en aquella noche aciaga. Tú, haciendo pajaritas con una idea y enredando toda la noche; tú, la mal criada, la mimosa, la intrusa, fuiste quien recalentó mi cerebro, quien puso mis nervios como las cuerdas del arpa que oí tocar en la velada. Y cuando yo creía tenerte sujeta para siempre, cortaste el grillete, y juntándote con el recelo, con el amor propio, otros pillos como tú, me manteasteis sin compasión, me lanzasteis al aire. Así amaneció mi triste espíritu rendido, contuso, ofreciendo todo lo que en él pudiera valer algo por un poco de sueño...

La verdad es que no tenían explicación racional mi desvelo y mis tristezas. Se equivoca el que atribuya mi desazón a heridas del amor propio por el pasmoso éxito del discurso de Manuel Peña, comparado con el mío, que fué un éxito de benevolencia. Yo estaba, sí, muy arrepentido de haberme metido en veladas; pero no tenía celos de mi discípulo, a quien quería entrañablemente, ni había pensado nunca disputarle el premio en la oratoria brillante. La causa de mi hondísima pena era un presentimiento de desgracias que me dominaba, sobreponiéndose a toda la energía que mi espíritu posee contra la superstición; era un cálculo basado en datos muy vagos, pero seductores, y con lógica admirable llegaba a la más desconsoladora afirmación. En vano demostraba yo que los datos eran falsos; la imaginación me presentaba al instante otros nuevos, marcados con el sello de la evidencia. Al levantarme, me dije:

—Soy una especie de Leverrier de mi desdicha. Este célebre astrónomo descubrió el planeta Neptuno sin verlo, sólo por la fuerza del cálculo, porque las desviaciones de la órbita de Urano le anunciaban la existencia de un cuerpo celeste hasta entonces no visto por humanos ojos, y él, con su labor matemática, llegó a determinar la existencia de este lejano y misterioso viajero del espacio. Del mismo modo adivino yo que por mi cielo anda un cuerpo desconocido; no lo he visto, ni nadie me ha dado noticias de él; pero como el cálculo me dice que existe, ahora voy a poner en práctica todas mis matemáticas para descubrirlo. Y lo descubriré: me lo profetiza la irregular travectoria de Urano, el planeta querido; irregularidades que no pueden ser producidas sino por atracciones físicas. Esta pena profunda que siento consiste en que llega hasta mí la influencia de aquel cuerpo lejano y desconocido. Mi razón declara su existencia. Falta que mis sentidos lo comprueben, y lo comprobarán o me tendré por loco.

Esto dije, y me fuí a mi cátedra, donde varios alumnos me felicitaron. Yo estaba tan triste, que no expliqué aquel día. Hice preguntas, y no sé si me contestaron bien o mal. Impaciente por ir a casa de mi hermano, abandoné la clase antes que el bedel anunciara la hora. Cuando satisfice mi deseo, la primera persona a quien vi fué Manuela, que me dijo con misterio:

—Cosa nueva. ¿Sabes que doña Cándida está encerrada con José María en el despacho? Negocios...

—Pobre José, de ésta va a San Bernardino.

—Cállate, niño. ¡Si está más rica!... Ha vendido unas tierras...

—¡Tierras!... Será la que se le pegue a la suela de los zapatos. Lica, Lica, aquí hay algo... Voy a defender a José. Calígula es terrible; le habrá embestido con mil mentiras, y como es tan generoso...

—No, déjalos... Pero chitito; aquí viene la de García Grande.

Era ella, sí; entró en el gabinete como recelosa, acomodándose algo en el luengo bolsillo de su traje. ¡Ah!, sin duda acariciaba su presa, el pingüe esquilmo de sus últimas depradaciones. ¡Cómo revelaba su mirar verdoso la feroz codicia calmada, la reciente satisfacción de un rapaz apetito!... Nos miró con postiza dulzura, sentóse majestuosa, y volviéndose a tocar el bolsillo, se dejó decir:

—Ya, ya negocié esas letras... ¡Es tan bueno José!... ¡Hola!, ¿estás ahí, sosón? Me han dicho que anoche estuviste medianillo. Parece que se durmió el público en masa. Eso me han contado. El que parece que estuvo admirable fué ese Peñilla; ése, el hijo de la carnicera, tu vecina... Vamos a otra cosa, Manolita: ¿sabe usted que tengo que darle un disgusto?

—¿A mí? ¿Qué?—exclamó mi pobre cuñada, asustadísima.

—Hija, creo que tendré que llevarme a Irene. Ya ve usted... Estoy tan sola y tan delicadita de salud... Luego mi posición ha variado tanto, que, verdaderamente, no está bien que Irene..., me parece a mí..., sea institutriz asalariada, teniendo una tía...

—Rica.

—Rica, no; pero que tiene lo necesario para vivir cómodamente. ¿No cree usted lo mismo? ¿No cree usted que debo llevarla conmigo para que me acompañe, para que me cuide?...

—¡Claro!...

—Es mi única familia; yo la he criado, ella será mi heredera..., porque estoy tan mala, tan mala; Manuela, créalo usted...

Soltó una lágrima pequeñita que se disolvió en una arruga y no se supo más de ella.

—Esto no quiere decir—prosiguió—que yo me lleve a Irene de prisa y corriendo; sería una cosa atroz. Puede estar aquí algunos días, para que complete las lecciones..., o si quiere usted que se quede hasta que se le encuentre sucesora... Eso usted y ella lo decidirán. Está tan agradecida, que... ya, ya le costará algunas lágrimas salir de aquí. Adora a las niñas.

Manuela parecióme desorientada.

—¿Y el ama?—preguntó mi cínife, demostrando vivísimo interés—. ¿Siguen los antojos y las...?

—¡Ah!—exclamó Manuela—; no me hable usted, doña Cándida... Insoportable, insoportable. Es un demonio.

Dejélas hablando del ama, y corrí a donde me impelía mi ardiente curiosidad. Estaba Irene dando la lección de Gramática, y la sorprendí diciendo con voz dulcísima: «Hubieras, habrías y hubieseis amado.»

Mi ansiedad me quitaba el aliento, y apenas lo tuve para preguntarle:

XXX

¿CONQUE SE NOS VA USTED?

—Sí—me dijo en tono resuelto, mirándome de lleno, como si vaciara (así me parecía) todo el contenido luminoso de sus ojos sobre mí.

—¿De veras? ¿Y cuándo?

—Hoy mismo. Lo que ha de ser...

—¡Qué pícara!... Pero ¿tiene usted algún motivo de descontento en la casa?

—No diga usted tonterías. ¡Descontenta yo de la casa! Diga usted agradecidísima.

—Entonces...

—Pero es preciso, amigo Manso. No se ha de estar toda la vida así. Y si tengo que salir de la casa, ¿no vale más hacerlo de una vez? Cada día que pase ha de serme más penoso... Pues nada, hago un esfuerzo, tomo mi resolución...

—¡Es tremendo!—exclamé, hecho un tonto, y repitiendo su adjetivo favorito.

—Sí, señor; me corto la coleta... de maestra—replicó, echándose a reír.

¿No revelaba su rostro una alegría loca? O así era, o soy lo más torpe del mundo para leer tus signos, alma humana. Aquella alegría me desconcertó, porque habíamos llegado a un punto en que todo desconcertaba, y sólo le dije:

—¿Hay proyectos?

—Sí, señor; tengo mis proyectillos...,

¡y qué buenos! Pues qué, ¿creía usted que sólo los sabios tienen proyectos?

Las dos niñas, Isabel y Merceditas, nos miraban absortas, con sus abiertos libros en las manos y abandonadas éstas sobre las rodillas. Saboreaban quizá aquel descanso en la lección, y de seguro nos habrían agradecido mucho que nos estuviéramos charlando todo el día.

—No, no, no. Yo celebro que usted tenga proyectos y que deje esta vida... Mucho hay que hablar sobre el particular... Pero siga usted la lección, que después...

—¿Hablaremos?... Sí, señor; yo también deseo hablar con usted; pero es tanto lo que hay que decir...

—Luego..., aquí—dije, y en el momento que tal decía me acordaba de la solemnidad con que los actores suelen pronunciar aquellas palabras en la escena.

De la manera más natural del mundo yo me volvía melodramático. Creo que me puse pálido y que me temblaba la voz.

—Aquí, no...—indicó ella, respondiendo a mi turbación con la suya y mirando a los chicos y a la Gramática, como solicitada por la conciencia de sus deberes pedagógicos.

Y el *aquí, no,* salió de su labios timbrado con un dulce tono de precaución amorosa. Era el sutil instinto de prudencia, que ya en la primera travesura femenina suele aparecer tan desarrollado como si el uso de muchos años lo cultivara.

—Es verdad; aquí, no—repetí.

Yo no tenía iniciativa. Ella la tenía toda, y me dijo:

—En mi casa, en mi nueva casa. ¿Pero no ha de ir usted a visitarnos?

—Mañana mismo.

—Poquito a poco. Ya le avisaré a usted.

—Pero ¿será pronto?

—Creo que sí. Por ningún caso vaya usted antes que yo le avise.

Y me dió sus señas escritas con lápiz en un papelito. Sentí susurro de voces junto a la puerta, ¡y los cuatro empezamos a conjugar con un fervor...!

Lica entró de muy mal talante. Oímos la voz de José María que se alejaba, y comprendí que entre marido y mujer había chamusquina... Pero mi hermano se fué; almorzaba fuera, suspendiendo así las hostilidades, y cuando almorzábamos Manuela y yo, ésta, muy altanera, me dijo:

—Ya se largó doña Cándida. ¡Qué cosa!... Nunca he visto en ella tanta prisa para marcharse. Estaba deshecha. Con decirte que no ha querido quedarse a almorzar... Esto no se comprende; el mundo se acaba. No sé qué tengo, Máximo. Doña Cándida me ha dado que pensar hoy. Tenía tanta prisa... Yo le preguntaba sobre su nueva casa, y me respondía mudando la conversación y hablando de otras cosas. Vaya, vaya, como no salga verdad lo que tú dices, y resulte que es una fantasiosa...

Yo me callé. No, no me callé; pero sólo dije:

—Pronto lo sabremos.

Y ella, taciturna, siguió almorzando entre suspiros, y yo, meditabundo, apenas probé bocado.

José María volvió más tarde. Las ocupaciones que tenía en su despacho parecían un pretexto para estar en la casa a cierta hora. Mostróse complaciente conmigo y con Manuela; mas el artificio de su forzada bondad, a la legua se descubría... Nos dijo que el tiempo estaba magnífico, y enseñándonos billetes de invitación para no sé qué fiesta de caridad que había en los Jardines del Retiro, nos animó a que fuéramos. Manuela no quiso ir, ni yo tampoco.

—¿Y tú no vas?—preguntó a su marido.

—Ya ves. Tengo que hacer aquí.

Aparentemente tenía ocupaciones. En el recibimiento y en la sala había ración cumplida de pedigüeños de todas las categorías, los unos empleados cesantes, los otros pretendientes puros. Desde que mi hermano empezó a figurar, las nubes de la empleomanía descargaban diariamente sobre la casa abundosa lluvia de postulantes. Oficiales de intervención, guardas de montes, empleados de consumos, innumerables tipos que habían sido, que eran o querían ser algo, venían sin cesar en solicitud de recomendación. Quién traía tarjeta de un amigo, quién carta, quién se presentaba a sí mismo. José María, cuyo egoísmo sabía burlar toda clase de molestias siempre que no le impulsase a sobrellevarlas el amor propio, se quitaba de encima casi siempre, con mucho garbo, la enojosa nube de pretendientes, y salía dejándolos plantados en el recibimiento o mandán-

doles volver. Pero aquel día mi benéfico hermano quiso dar indubitables pruebas de su interés por las clases desheredadas, y fué recibiendo uno por uno a los sitiadores, dando a todos esperanzas y alentando su necesidad o su ambición.

«Está bien; déme usted una nota... He dado la nota al ministro... Vea usted lo que me contesta el director: me pide nota... ¡Pero si olvidó usted ayer darme la nota...! Creo que nos equivocamos al redactar la nota; de ahí viene que la Dirección... Lo mejor es que mande usted otra nota... Ya he tomado nota, hombre; ya he tomado nota.»

Y dando notas y pidiendo notas, y ofreciéndolas y transmitiéndolas, se pasó el muy ladino toda la tarde.

Entre tanto, Irene recogía sus cosas. Más de dos horas estuvo encerrada en su cuarto. Sólo las niñas la acompañaban, ayudándola a empaquetar y hacer diversos líos. Poco después vi su baúl mundo en el pasillo atado con cuerdas. Cuando se despidió de Manuela, las lágrimas humedecían su rostro, y su nariz y carrillos estaban rojos. Las dos niñas, medrosas de su propia pena, se habían refugiado en la clase, donde lloraban a moco y baba.

—¡Qué tontería!...—les dijo Irene, corriendo a darles el último beso—. Si vendré todos los días...

La despedida fué muy tierna; pero Manuela estaba algo atolondrada, y no se había dejado vencer de la emoción lacrimosa. Serena, despidió a la que había sido institutriz de sus hijas, y la acompañó hasta la puerta.

En aquel momento José María salió de su despacho. Acabáronse todas las ocupaciones y las notas todas como por encanto.

—Pero ¿ya se va usted?—dijo muy gozoso—. Yo también salgo. La llevaré a usted en mi coche.

—No, señor; gracias, no, de ninguna manera—replicó Irene echando a correr escaleras abajo—. Ruperto va conmigo.

José María bajó tras ella. Manuela y yo nos acercamos a los cristales del balcón del gabinete para ver...

En efecto, no pudiendo Irene evadir la galantería de mi hermano, entró en el coche, seguida de José; y al punto vimos partir a escape la berlina hacia la calle de San Mateo.

—¿Has visto, has visto?...—exclamó Lica clavando en mí sus ojos llenos de ira, y corriendo a echarse en una mecedora.

—¿Qué? No formes juicios temerarios... Todavía...

—¡Qué todavía!... Esto es horrible... ¡Qué fresco! La lleva en su coche... Por eso ha estado aquí toda la tarde... esperando... ¡Máximo, qué afrenta; Jesús, qué infamia!... Si no lo hubiera visto... No te chancees... Ya... Estoy brava, soy una loba...

Meciéndose, expresaba con paroxismo de indolencia su dolor, como otras lo expresan con violentas sacundidas.

—Yo me muero, yo no puedo vivir así —exclamó rompiendo en llanto—. Máximo, ¿qué te parece? En mi propia cara, delante de mí, estas finezas... Eso es no tener vergüenza, y la *sinvergüencería* no la perdono.

—Pero, mujer, si no tienes otro motivo que ése..., cálmate. Veremos lo que pasa después...

—Bobo, yo adivino, y mis celos tienen mil ojos—me dijo, meciéndose tan fuerte, que creí que se volcaba la mecedora—. Nada sé positivo, y, sin embargo, algo hay, algo hay... Te dije que Irene me parecía muy buena. ¡Guasa! Es que nos engañaba del modo más... Mira, yo he sorprendido en ella... ¡Ay!, yo soy tonta; pero sé conocer cuándo una mujer trae enredos consigo, por mucho que disimule. Irene nos engaña a todos. ¡Es una hipócrita!

XXXI

¡ES UNA HIPÓCRITA!

Esto caía sobre mi mente como recio martillazo sobre el yunque y hacía vibrar mi ser todo.

—Pero, Lica, cálmate, razona...

—Yo no calculo, tonto; yo siento, yo adivino, yo soy mujer.

—¿Qué has visto?

—Pues últimamente Irene daba muy mal las lecciones. Iba para atrás, como los cangrejos. Lo enseñaba todo al revés... Una tarde...—ahora doy más importancia a estas cosas—la pillé leyendo una carta. Cuando entré, la guardó precipitadamente. Tenía los ojos encendidos... Luego este afán de ir a casa de

su tía... ¡Qué fresca! Voy comprendiendo que también la tía es buena lámpara...

—¡Leía una carta! Pero esa carta, ¿por qué había de ser de tu marido?

—Yo no sé..., la vi de lejos, un momento... Fué como un relámpago... No vi las letras; pero, mira tú, me parecía ver aquellas *pes* y aquellas *haches* tan particulares que hace José María... Esa chica, esa... No, no, aquí hay algo, aquí hay algo. Esta noche hablaré clarito a mi marido. Me voy para Cuba. Si él quiere mantener queridas, y arruinarse, y tirar el pan de mis hijos, yo soy su madre, yo me voy a mi tierra, yo me ahogo en esta tierra, yo no quiero que la gente se ría de mí y que con mi dinero echen fantasía las bribonas... ¡Mamá, mamá!

Y a punto que aparecía doña Jesusa, pesada y jadeante, Lica, la buena y pacífica Manuela, cayó en un paroxismo de ira y celos tan violento, que allí nos vimos y deseamos para hacerla entrar en caja. Después de llorar copiosamente en brazos de su madre, la cual daba cada gemido que partía el corazón, perdió el conocimiento, y disparados sus nervios, empezó una zambra tal de convulsiones y estirar de brazos y encoger de piernas, que no podíamos sujetarla. Tan sólo el ama, con su poderosa fuerza, pudo domeñar los insubordinados músculos de la infeliz esposa, y al fin se tranquilizó ésta, y le administramos, por fin de fiesta, una taza de tila.

—Nos iremos, niña de mi alma—le decía doña Jesusa—; nos iremos para nuestra tierra, donde no hay estos *zambeques*.

Toda la tarde y parte de la noche tuve que estar allí, acompañándola. Cuando me retiré, José María no había venido aún. Pero a la mañana siguiente, cuando fuí, después de la clase, a ver si ocurría un nuevo desastre, encontré a Manuela muy sosegada. Su marido había entrado tarde, y, al verla tan afligida, le había dado explicaciones que debieron de ser muy satisfactorias, porque la infeliz estaba bastante desagraviada y casi alegre. Era la criatura más impresionable del mundo, y cedía con tal ímpetu a las sensaciones del último instante, que por nada se enardecía, y por menos que nada se desenojaba. El furor y el regocijo se sucedían en ella llevados por una palabra, como lucecillas que con un soplo se apagan. Su credulidad era siempre más fuerte que su suspicacia, y así no comprendo cómo el bruto de José María no acertaba a tenerla siempre contenta. Aquel día lo consiguió, porque en los momentos críticos de la vida sabía el futuro marqués emplear algún tacto, o más bien marrullería. El también estaba festivo, y cuando hablamos del asunto peligroso, me dijo: «Parece que todos sois tontos en esta casa. Porque se me haya antojado decir dos bromas a Irene y la llevara ayer tarde en mi coche, se ha de entender... Sois verdaderamente una calamidad, y tú, sabio, hombre profundo, analizador del corazón humano, ¿crees que si hubiera malicia en esto había de manifestarla yo tan a las claras?

—No, si yo no creo nada. Lo que de cierto haya, al fin se ha de saber, porque ninguna cosa mala se libra hoy del correctivo de la publicidad, correctivo ligero ciertamente y para algunos ilusorio, pero que tiene su valor, a falta de otros... Ya que de esto hablamos, ¿no podrías darme alguna luz en un asunto que me ha llenado de confusión? ¿No podrías decirme de dónde le ha venido a doña Cándida esa fortunilla que le permite poner casa y darse lustre?...

—Hombre, qué sé yo. Aquí me trajo unas letras a descontar... Le di el dinenero. No es gran cosa; una miseria. Sólo que ella pondera mucho, ya sabes, y cuenta las pesetas por duros, para gastarlas después como céntimos. Si he de decirte de dónde provenían esas letras, verdaderamente no lo sé. Tierras vendidas, o no sé si unos censos...; en fin, no lo sé ni me importa. Supongo que la casa que ha puesto será algún cuartito alto con cuatro pingos... ¡Pobre señora!... Vamos, ¿y qué dices de la sesión de ayer? ¡Si vieras! Salió el ministro con las manos en la cabeza, y el centro izquierdo quedó fundido con el ángulo derecho... ¿Te has enterado de las declaraciones de Cimarra? Nosotros...

—No me he enterado de nada.

—Y en el correo de pasado mañana debe venir mi acta. Si tú no fueras una calamidad, podrías aceptar los ofrecimientos que me ha hecho el ministro.

—Hombre, déjame en paz... Volviendo a doña Cándida...

—Déjame tú en paz con doña Cándida.

Conocí que no era de su agrado aquel tema y *tomé nota.*

—¡Ah!, aquí tienes los periódicos que se ocupan de la velada... Mira, éste te llama *concienzudo,* que es el adjetivo que se aplica a los actores medianos. Aquél te pone en las nubes. Váyase lo uno por lo otro. Con respecto a Peña, están divididos los pareceres; todos convienen en que tiene una gran palabra, pero hay quien dice que si se exprime lo que dijo no sale una gota de sustancia. ¿Quieres que te diga mi opinión? Pues el tal Peña me parece un papagayo. ¡Lo que vale aquí la oratoria brillante y esa facultad española de decir cosas bonitas que no significan nada práctico! Ya hablan de presentar diputado a Peñita y dispensarle la edad... Como si no tuviéramos aquí hombres graves, hombres encanecidos... Te lo digo con franqueza...; me revienta ese niño y su manera de hablar... Lo que es en el púlpito, no tendría igual para hacer llorar a las viejas...; pero en un Congreso... ¡Hombre, por amor de Dios! Es verdaderamente lamentable que se hagan reputaciones así. Después de todo, ¿qué dijo? Las Cruzadas, Cristóbal Colón, las hermanas de la Caridad con sus tocas blancas... ¡Por amor de Dios, hombre! Yo creo que concluiremos por hablar en verso, del verso se pasará a la música, y, por fin, las sesiones de nuestras Cámaras serán verdaderas óperas... Vete al Congreso de los Estados Unidos, oye y observa cómo se tratan allí las cuestiones. Hay orador que parece un borracho haciendo cuentas. Y, sin embargo, ve a ver los resultados prácticos... Es verdaderamente asombroso. Nada, nada; estos oradores de aquí, estas eminencias de veinte años, estos trovadores parlamentarios me atacan los nervios. Y lo que es el tal Peñita, me revienta. Pondríale yo a picar piedra en una carretera para que aprendiese a ser hombre práctico. Y, desde luego, a todo aquel que me hablase de ideales humanos, de evoluciones, de palingenesia, le mandaría a descargar sacos al muelle de la Habana, o arrancar mineral en Ríotinto, para que adquiriera un par de ideas sobre el trabajo humano. ¡Por amor de Dios, hombre, no digas que no! Háganme autócrata, denme mañana un poder arbitrario y facultades para hacer y deshacer a mi gusto. Pues mi primera disposición sería crear un presidio de oradorcitos, filósofos, poetas, novelistas y demás calamidades, con la cual dejaría verdaderamente limpia y boyante la sociedad.

—¡José!—exclamé con efusión humorística y hasta con entusiasmo—, eres el mayor bruto que conozco.

—Y tú la octava plaga de Egipto.

—Y tú la burra de Balaam.

Parecióme que se amoscaba... Pues yo también.

—Pues todos en presidio; veríais qué bien quedaba esto.

—Sí, la nación sería un pesebre.

—Eso... lo veríamos. Yo hablaría...

—Y dirías *mu.*

—Hombre, la vanidad, la suficiencia, el *tupé* de estos señores sabios es verdaderamente insoportable. Ellos no hacen nada, ellos no sirven para nada; son un rebaño de idiotas...

Y se amoscaba más.

—Pero la vanidad del ignorante—dije yo—, además de insoportable, es desastrosa, porque funda y perfecciona la escuela de la vulgaridad.

—Pues mira cómo estamos gobernados por tanto sabio.

—Mira cómo estamos gobernados por tanto necio.

—No, señor.

Se puso pálido.

—Pues sí, señor.

Me puse rojo.

—Eres lo más...

—Y tú...

Trémulo de ira, salió, cerrando la puerta con tan furioso golpe, que retembló toda la casa. Y cuando nos vimos luego, evitaba el dirigirme la palabra, y estaba muy serio conmigo. Por mi parte, no conservaba de aquella disputa pueril más que la desazón que su recuerdo me producía, unida a un poquillo de remordimiento. Deploraba que por cuatro tonterías se hubiera alterado la buena armonía y comunicación fraternal que entre los dos debía existir siempre, y si hubiera sorprendido en él la más ligera inclinación a olvidar la reyerta, habríame apresurado a celebrar cordiales y duraderas paces. Pero José estaba torvo, cejijunto, y al pasar junto a mí no se dignaba mirarme.

XXXII

ENTRE MI HERMANO Y YO FLUCTUABA UNA NUBE

¿Saldría de ella el rayo? Mi propósito era evitarlo a todo trance. Hablé de esto con Lica, que en el breve espacio de un día había vuelto a caer en sus inquietudes y tristezas. La reconciliación matrimonal había sido de tan menguados efectos, que no tardó el espectro de la discordia en anularla pronto, erigiéndose él mismo sobre el altar del destronado Himeneo. Durante todo el día que siguió a la trivial disputa, acompañé a mi hermana política, escuchando con paciencia sus quejas, que eran interminables... Sí; ya no la engañaría más, ya iba aprendiendo ella las picardías. Ya no volvería a embaucarla con cuatro palabras y dos cariñitos... Por fuerza había algo en la vida de su esposo que la sacaba de quicio. José no era el José de otros tiempos.

Con estas jeremiadas entreteníamos las horas de la tarde y de la noche, que eran largas y tristes, porque Lica había suprimido la reunión y a nadie recibía. José María no se presentaba en la casa sino breves momentos, porque había recibido su acta, habíala presentado al Congreso, había jurado, le habían elegido presidente de la Comisión de melazas, y el buen representante del país, consagrado en cuerpo y alma a los sagrados deberes del padrazgo parlamentario y político, no tenía tiempo para nada. En esto transcurrieron cuatro días, que fueron para mí pesados y fastidiosos, porque Irene no me había dado el prometido aviso para ir a su casa, y yo, con mis delicados escrúpulos, no quería infringir de ningún modo una indicación que me parecía mandato. Me pasaba la mayor parte del día acompañando a la olvidada y digna esposa de José María, la cual, entre las salmodias de su agravio, aprovechaba mi constante presencia en la casa para inclinarme a ser su pariente, casándome con su hermana. ¡Proyecto tan bondadoso como imposible! Reconociendo yo como el primero las excelentes cualidades de Mercedes, no sentía ni la más ligera inclinación amorosa hacia ella, y además se me figuraba que le hacía muy poca gracia para marido y menos para novio.

Rompían, por cierto muy desagradablemente, la monotonía de nuestros coloquios los malos ratos que nos daba el ama con su bestial codicia, sus fierezas y el peligro constante en que estaba Maximín de quedarse en ayunas. Yo maldecía a las nodrizas, y hubiera dado no sé qué por poder hacer justicia en aquélla, más animal que cuantas nos envían montes encartados y pasiegos, de todos los desafueros que cometen las de su oficio. Lica y yo temíamos una desgracia, y, en efecto, el golpe vino hallándonos desprevenidos para recibirlo.

Disponíame a salir una mañana para ir a clase, cuando se me presenta Ruperto sofocadísimo.

—Niña Lica, que vaya usted pronto allá. El ama de cría se ha marchado hace un rato. El niño no tiene de qué mamar...

—¿No lo dije?... Esto sí que es bueno... Y el señorito José María, ¿qué hace?

—Mi amo no fué esta noche a casa. El lacayo ha salido a buscarle... Mi ama, que vaya usted pronto... Para que le busque otra *criadera*.

—Yo... ¿Y adónde la busco yo?... ¡Pero vamos allá!... Y la señorita Manuela, ¿qué hace?

—Llorar. Le están dando al nene leche con una botella. Pero el nene no hace más que rabiar.

—Bueno, bueno... Ahora busque usted un ama...

Bajaba la escalera, cuando una muchacha que subía me dió una carta. ¡Fuerzas de la Naturaleza! Era de Irene. Rasgué, abrí, desdoblé..., leí, temblroso como la débil caña sobre la cual se desata el huracán:

«Venga usted hoy mismo, amigo Manso. Si usted no viene, no se lo perdonará nunca su amiga...

Irene.»

La escritura era indecisa, como hecha precipitadamente por una mano impulsada del miedo y del peligro.

¡Dios misericordioso! ¡Tantas cosas sobre un triste mortal en un solo momento! Buscar ama, ir al socorro de Irene..., porque, indudablemente, había que socorrerla... ¿Contra quién? Había peligro... ¿De qué?

—¿Qué tiene usted, Mansito?—me dijo doña Javiera, que volvía de misa.

—Pues poca cosa... Figúrese usted, señora... Buscar un ama... Volar en socorro de...

—¿Hay fuego?...

—No, señora; no hay más sino que el ama...

—¿El ama del niño de su hermano? No hay peste como esas mujeres. Yo, mire usted, aunque estaba muy delicada, no quise dejar de criar a mi Manolo. Y los médicos me decían que por ningún caso. Y mi marido me reñía. Pues bien saludable ha salido mi hijo, y yo..., ya usted ve.

—¿Usted no sabría de alguna...?

—Veremos, veremos; voy a echarme a la calle... Y a propósito, amigo Manso, ¿ha visto usted a Manuel anoche?

—¿Qué he de ver, señora?

—Esta es la hora que no ha venido a casa. Creo que tuvieron cena en Fornos... ¡Ay, qué chicos! Pero ¡qué afanado está usted!... Pobre don Máximo, ¡que sin comerlo ni beberlo...! Aprenda, aprenda usted para cuando sea padre.

—Señora, si usted tuviera la bondad de buscarme por ahí una de esas bestias feroces que llaman amas de cría...

—Sí, voy a ello... Espere usted: la vecina me dijo que conoce... Ya, sí..., es una chica primeriza, criada de servir, que se desgració. Estaba en casa de un concejal que hace la estadística de nacidos..., hombre viudo, y que debía de tener interés en que se aumentara la población... Voy allá... Creo que tiene la gran leche; es morenota fresconaza..., un poco ladrona. También sé de una muy sílfide, una traviatona que bailaba en Capellanes, casada, pero que no vive con su marido. Sabe muchos cantares para dormir a los niños y tiene aires de persona fina... Pues no me quito la mantilla y echo a correr. Vaya usted por otro lado. No deje usted de ir a la Concepción Jerónima, a casa de Matías, donde van a parar todas las burras de leche que vienen a buscar cría. Es aquello, según dicen, una fábrica de amas y un almacén de ganado. ¡Ea!, hombre, no se quede usted lelo; coja usted *La Correspondencia* y lea los anuncios. *Ama para casa de los padres.* ¿Ve usted? Váyase pronto al Gobierno Civil, donde está el reconocimiento... Si encuentra usted alguna, no se fíe de apariencias...; llévese un médico. Escójala cerril, fea y hombruna... Pechos negros y largos. Mucho cuidado con las bonitas, que suelen ser las peores... No dejen de examinar la leche, y fíjense en la buena dentadura. Yo voy por otro lado; avisaré lo que encuentre. Abur.

Dióme esperanzas la solicitud de aquella buena señora. Y yo, ¿adónde acudiría primero? No había que vacilar, y corrí a casa de Manuela, pensando en Irene, en su carta garabateada aprisa, y no cesaba de ver la trémula mano trazando los renglones, y me figuraba a la maestra amenazada de no sé qué fieros vestiglos. Y en tanto, mis alumnos se quedaban sin clase aquel día, que me tocaba explicar *El interior contenido del Bien.*

Encontré a Manuela desesperada. Con mi ahijado sobre las rodillas, rodeada de su madre y hermana, era la figura más lastimosa y patética de aquel cuadro de desolación. Maximín chillaba como un becerro; Lica se empeñaba en que chupara de la redoma; apartaba él con furiosos ademanes aquella cosa fría y desapacible, y, en tanto, las tres aturdidas mujeres invocaban a todos los santos de la Corte celestial. Se habían mandado recados a varias casas amigas para que diesen noticia de alguna nodriza; pero, ¡ay!, la familia confiaba principalmente en mí, en mi rara bondad y en mi corazón humanitario.

XXXIII

¡DICHOSO CORAZÓN HUMANITARIO!

Eras un adminículo de universal aplicación, maquinilla puesta al servicio de los demás; eras, más propiamente, un fiel sacerdote de lo que llamamos el *otroísmo*, religión harto desusada. Si dabas flores, te faltaba tiempo para ponerlas en el vaso de la generosidad, abierto a todo el mundo; si echabas espinas, te las metías en el bolsillo del egoísmo, y te pinchabas solo... Así pensaba camino del Gobierno de la provincia, lugar seguro para encontrar lo que hacía falta a mi ahijadito. Antes había tratado de ver a Augusto Miquis, joven y acreditado médico amigo mío. No le encontré; pero sus amigos me dijeron que quizá le hallaría en el Gobierno Civil. Afortunadamente, estaba encargado del reco-

nocimiento de amas. Esta feliz coincidencia me animó mucho: di por salvado a Maximín, y sin tardanza me personé en aquella paternal oficina, ejemplo que, con otros muchos, viene a confirmar la vigilancia omnímoda de nuestra Administración y lo desgraciados que seríamos si ella no cuidase de cuanto nos concierne, llevándonos en sus amorosos brazos desde la cuna al sepulcro. Baste decir que por darnos todo nos daba hasta la teta.

Yo había visto la administración-médico, la administración-maestro y otras muchas variantes de tan sabio instituto; pero no conocía la administración-nodriza. Quedéme pasmado al entrar en aquella gran pieza, nada clara ni pulcra, y ver el escuadrón mamífero, alineado en los bancos fijos en la pared, mientras dos facultativos, uno de los cuales era Augusto, hacían el reconocimiento. El antipático ganado inspiraba repulsión grande, y mi primer pensamiento fué para considerar la horrible desnaturalización y sordidez de aquella gente. Las que habían tomado por oficio semejante industria se distinguían al primer golpe de vista de las que, por una combinación de desgracia y pobreza, fueron a tan indignos tratos. Las había acompañadas de padres codiciosos; otras, de maridos o *arrimados*. Rarísimas eran las caras bonitas, y dominaba en las filas la fealdad sombreada de expresión de astucia. Era la escoria de las ciudades mezcladas con la hez de las aldeas. Vi pescuezos regordetes con sartas de coral, orejas negruzcas con pendientes de filigrana; mucho pañuelo rojo de indiana tapando mal la redondez de la mercancía; refajos de paño negro redondos, huecos, inflados como si ocultaran un bombo de lotería; medias negras, abarcas, zapatos cortos, botinas y pies descalzos. Faltaban en la pared los escudos de Pas, Santa María de Nieva, Ríofrío, Cabuérniga y Cebreros, como inscripción ornamental, el endecasílabo de aquel poeta culterano que, no teniendo otra cosa que cantar, cantó la nodriza y la llamó *lugarteniente del pezón materno.*

Entraban personas que, como yo, iban en busca del remedio de un niño, y se oían contrataciones y regateos. Había *lugarteniente* que elogiaba su género como un vinatero el contenido de sus pellejos. Había exploraciones de que en otro lugar se espantaría el recato, curioso de durezas para distinguir lo muscular de lo adiposo, y como en el mercado de caballos, se decía *veamos los dientes* y se observaban el aire, la andadura, el alzar y mover las patas. ¡Permitiera Dios que no os hubiera visto en tal cantidad, fláccidas ubres, aquí saliendo con vergüenza de entre bien puestos cendales, allí surgiendo de golpe como pelota de goma por la abertura de un pañuelo rojo, y que no os mirara estrujados por los dedos experimentadores del profesor o de la partera! En un lado el facultativo examinaba aréolas: en otro, Miquis, después de rebuscar vestigios y poniendo en él la preciosa sustancia de nuestra vida, miraba junto a la ventana, al trasluz, la delgadísima lámina líquida, entre cristales extendida.

—En ésta, toda es agua...—decía—: ésta, tal cual... mayor cantidad de glóbulos lácteos... Hola, amigo Manso, ¿qué busca usted por estos barrios?

—Vengo por una..., y pronto, amigo Miquis. Déme usted la mejor que haya y a cualquier precio.

—¿Se ha casado usted o se ha hecho padre de hijos ajenos?

—Más bien lo segundo... Tengo mucha prisa, Augusto; me están esperando...

—Esto no es cosa de juego; espere usted, amiguito.

Me miró, sin apartar de su ojo derecho el maldito instrumento, con tan picaresca malicia, que me hizo reír, aunque no tenía ganas de bromas.

Y cuando preparaba el adminículo para echar en él nuevo licor, me amenazó con rociarme, diciendo...

—Si no se quita usted de delante...

¡Maldito Miquis! Siempre había de estar de fiesta, sin tener en cuenta la gravedad de las circunstancias.

—Querido, que tengo prisa...

—Más tengo yo. ¿Le parece a usted que es agradable este viaje diario por la *vía láctea?*... Estoy deseando soltar los trastos y que venga otro. Luego nos queda el examen químico con el lactobutirómetro... Porque hay fabricaciones, amigo. ¿Ve usted? Las hay que son cartuchos de veneno, y aquí velamos por la infancia. Pero, a pesar de nuestros esfuerzos, tendrá que ver la generación futura, sí, señor; se van a divertir los

del siglo veinte, que será el siglo de las lagartijas.

—Pero, Miquis, que es tarde, y...

—A ver, Sánchez, Sánchez.

Sánchez, que era el otro médico, se acercó.

—A ver aquélla, la que vimos antes. Es la única res que vale algo. La segoviana... Ahí está, la que tiene una oreja menos, porque se la comió un cerdo cuando era niña.

—¿Es buena?

—Bastante buena, primeriza, inocentísima. Me ha contado que era pastora. No recuerda de dónde le vino la desgracia, ni sabe quién fué el Melibeo... Esta gente es así. Suele resultar que las ignorantonas saben más que Merlín. Allí está. Vea usted qué facciones, jamás lavadas... Creo que para salir del paso... ¿Es para un sobrinito de usted?

—Y ahijado, por más señas.

—A veces más vale un padrino que un padre... Diga usted, ¿es cierto que José María se ha hecho hombre de distracciones?... Ahora lo veo todos los días. Es vecino mío.

—¿Vecino de usted?

—Sí; vivo allá por Santa Bárbara. En el tercero de mi casa se nos ha metido hace tres días una señora...

—¡Doña Cándida!—murmuré sintiendo que la malicia de Miquis se infiltraba en mi corazón cual mortífera ponzoña.

—Mi mujer me ha contado que la vió subir con una joven. ¿Es hija suya?

—Sobrina.

—Bonita. Su hermano de usted va todas las tardes... Eso me han dicho. Cuando nos encontramos en la escalera, hace como que no me conoce, y no me saluda.

—Mi hermano es muy particular.

Y diciéndolo me puse torvo, y cayeron al suelo mis miradas con pesadez melancólica, y se quedó embargado mi espíritu de tal modo, que dejé de ver el reconocimiento, el antipático rebaño y los médicos...

—Aquí la tiene usted—me dijo aquel señor Sánchez, bondadosísimo, presentándome una humana fiera embutida en un refajo verdinegro que la asemejaba a una peonza dando vueltas—. Es buena. No haga usted caso de esto de la oreja. Es que se la comió un cerdo cuando niña. Por lo demás, buena sangre..., buena dentadura. A ver, chica, enseña las herramientas. No hay señales de mal infeccioso.

Y mirándola apenas, me dispuse a llevármela conmigo. Ella graznó algo, mas no lo entendí. Como aldeano que tira del ronzal para llevarse el animalito que ha comprado en la feria, así tiré de la manta de lana que la pastora llevaba sobre sus hombros, y dije: «Vamos.»

—Abur, Manso.

—Miquis, abur y mil gracias.

Al salir observé que el ronzal arrastraba, con la bestia, otras de la misma especie, a saber: un padre, involucrado también en paño pardo, como el oso en su lana, con sombrero redondo y abarcas de cuero; una madre, engastada en el eje de una esfera de refajos verdes, amarillos, negros, con rollos de pelo en las sienes; dos hermanitos de color de bellota seca, vestidos de estameña recamada de fango, sucios, salvajes, el uno con gorra de piel y el otro con una como banasta a la cabeza.

Y en la calle el venerable cafre que hacía de padre me paró y ladró así:

—Diga, caballero, ¿cuánto va a dar a la mocica?

—Porque somos gente honrada—regurgitó la mamá silvestre—. Mi Regustiana no va a cualquier parte.

—Señor—bramó uno de los muchachos—, ¿quiéreme por criado?

—Oiga, señor—añadió el autor de los días de Regustiana—: ¿es casa grande?

—Tan grande, que tiene nueve balcones y más de cuarenta puertas.

Cinco bocas se abrieron de par en par.

—¿Y adónde es? ¿Y cuánto le va a dar a la mocica?

—Se le pagará bien. Verán ustedes qué señora tan buena.

—¿Es buena la señora? Llévenos, llévenos pronto...

—Ahora mismo. Yo los voy a llevar en coche.

Abrí la portezuela. Consideré las fumigaciones a que debía someterse después el vehículo si llevaba todo aquel rústico cargamento...

—No, conmigo no van más que la chica y la madre. Los hombres que vayan a pie.

—No, señorito; llévenos a todos—exclamaron a coro, con el tono plañidero

de los mendigos que asaltan las diligencias.

—No, lo que es sin mí no va mi hija —manifestó el papá con aspavientos de dignidad.

—¡Llévenos a todos!... Yo me monto atrás—dijo uno de los chicos—. Diga, señor: ¿me tomará por criado?

—Y yo alante—gritó el otro.

—Diga, señor: ¿y cuánto me dará?

Me aturdían, estrujándome, porque hablaban más con las patas delanteras que con la boca; me sofocaban con sus preguntas, con sus gestos, y, al fin, deseando concluir pronto, cargué con todos y los llevé a casa de mi hermano.

Cuando entré, me reía de mí mismo y de la figura que hacía pastoreando aquel rebaño. Tuve intención de decir: «Ahí queda eso», y marcharme a donde me solicitaban mi curiosidad y mi afán; pero esto no hubiera sido muy conveniente, y me detuve hasta ver qué tal recibía Máximo a su nueva mamá y como se desenvolvía Manuela con los indómitos padres y hermanitos de la tal Robustiana. Atenta mi cuñada a la necesidad de su hijo, y a ver si tomaba bien el pecho, no se cuidaba de la cola que el ama traía. Sentado en el recibimiento, el padre aguardaba con tiesa compostura el resultado de la prueba: los chicos huían por los pasillos, aterrados de la vista de Ruperto, y la madre, sin separarse de su moza, examinaba todo lo que veía con miras de espanto y júbilo, y estaba como suspensa y encantada. Tan maravillosa era a sus ojos la casa, que, sin duda, se figura estar en los palacios del rey.

Y Maximin, ¡oh Virgen de la Buena Leche!, chupaba, y veíamos con gozo sus buenas disposiciones gastronómicas y aquella codicia egoísta con que se agarraba al negro seno, temeroso de que se lo quitaran. Lica lloraba de contento.

—Eres un ángel del cielo, Máximo. Si no es por ti... ¡Qué mujer me has traído! ¡Ya la quiero más...! Tiene ángel. En seguida la vamos a poner como una reina. ¿Y su madre?... ¡Qué buena es! ¿Y su padre? Un santo. ¿Y los hermanitos? ¡Unos pobrecillos! Ya he dicho que les den de almorzar a todos... ¡Los pobres...! ¡Me da una lástima...! Es preciso protegerlos bien, sí. Me dijo la madre que no tienen nada de comer, que no ha llovido nada, que no cogen nada y tienen que pedir limosna... ¡Gente mejor...!

Todo esto me parecía muy bien. Yo no hacía falta allí... Andando. Pasillos, escaleras, calle, ¡qué largos me parecíais!

XXXIV

¡Y AL FIN ENTRÉ POR TU PUERTA, CASA MISTERIOSA!

Y subí tu escalera, nuevecita, estucada, oliendo todavía a pintura, fresco el barniz de las puertas y del pasamanos. En el principal vi una placa de cobre que decía: *Doctor Miquis, consulta de 3 a 6;* más arriba encontré un carbonero que bajaba; luego, el panadero con su gran banasta, una oficiala de modista de sombreros con la caja de muestras, y a todos les preguntaba con el pensamiento: «¿Venís de allá?»

Y al fin tiré del botón de aquel timbre, que me asustó al sonar vibrante, y abrióme la puerta una criada desconocida que no me fué simpática y me pareció, no sé por qué, avechucho de mal agüero. Y heme aquí en una salita clara, tan nueva que parecía que yo la estrenaba en aquel momento. De muebles estaba tal cual, pues no había más que tres sillas y un sofá; pero en las paredes vi lujosas cortinas, y entre los dos balcones una bonita consola con candelabros y reloj de bronce. Se conocía que la instalación no estaba concluída, ni mucho menos. Así me lo manifestó doña Cándida, que majestuosa se dejó ver, acompañada de una sonrisa proteccionista, por la gran puerta del gabinete.

—Pero, chico..., me da vergüenza de recibirte así... ¡Si esto parece una escuela de danzantes! Estos tapiceros, ¡qué calmosos! Desde el diecisiete están con los muebles, y ya ves; que hoy, que mañana. Espera, hombre, espera; no te sientes en esa silla, que está rota... Cuidado, cuidadito; tampoco en esa otra, que está un poco derrengada.

Dirigíme a la tercera.

—Aguarda, aguarda. Esa también... Melchora te traerá una butaca del gabinete... ¡Melchora!...

Dios y Melchora quisieron que yo al fin me sentara.

—¿Irene...?—le pregunté.

—Quizá no puedas verla... Está algo delicada.

Toda mi atención, toda mi perspicacia, mi arte de leer en las fisonomías no me parecían bastante fuerza para descifrar el jeroglífico moral que con fruncimiento de músculos, cruzamiento de arrugas, pestañeo, pucherito de labios y una postiza sonrisilla se trazaba en el rostro egipcio de doña Cándida. O yo era un ser completamente idiota, o detrás de los oscuros renglones de aquel semblante antiguo había algún sublime sentido. ¡Desgraciado de mí que no podía entenderlo! Y ponía al rojo mis facultades todas, para que, llegando al último grado de su poder y sutileza, me dieran la clave que deseaba.

—Conque delicada...—murmuré, pasándome la mano por los ojos.

Mi cínife iba a decir algo, cuando Irene se presentó. ¡Qué admirable aparición!

—¿Qué tal te encuentras, hijita?—le preguntó su tía, en quien sorprendí disgusto.

—Bien—replicó secamente Irene—. Y usted, Máximo, ¡qué caro se vende!

¡Maldito Calígula! Sin género de duda, quería desviarme de mi objeto, distraerme, interponerse entre Irene y yo con pretextos rebuscados.

—¡Ah!—exclamó con aspavientos que me causaron frío—, ¿no has visto lo que dicen de ti los periódicos?... Te ponen en las nubes. Mira, Irene, trae *La Correspondencia* de la mañana. Allí está sobre mi cómoda.

Irene salió. Observé—yo lo observaba todo—que tardaba más tiempo del que se necesita para traer un papel que está sobre una cómoda. Vino al fin, trajo un periódico y me lo puso delante. Sobre el periódico había un papelito pequeño, y en él, escritas con lápiz y al parecer rápidamente, estas palabras: «Ha venido usted tarde. Nunca hace las cosas a tiempo. No puedo hablar delante de mi tía. Me pasan cosas tremendas. Despídase usted diciendo que no vuelve en una semana y vuelva después de las tres.»

Haciendo que leía *La Correspondencia* guardé con disimulo el papelejo. Irene me parecía desmejoradísima. Palidez suma y tristeza confirmaban, diluídas en la tinta suave de su semblante, la veracidad de aquellas cosas tremendas. Y yo, puesto en guardia con lo que el papel decía, hablé de lo que no me importaba, de lo alegre de la casa, de sus buenas vistas y...

—Pero ¿no sabes, Máximo—me dijo Calígula de improviso—, que anoche hemos tenido ladrones en casa? ¡Qué susto, Dios mío!

—¡Señora!

—Ladrones, sí, lo que oyes..., una cosa atroz. Esa Melchora, que duerme como un palo, dice que no oyó ni vió nada... Te contaré... Yo duermo ahora muy mal..., esos tunantes de nervios... Serían las dos de la madrugada, cuando sentí ruido en una puerta. Levantéme, llamé a Irene... Esta sostiene que dormía profundamente... ¡Yo tenía un miedo..., ya puedes figurarte! En fin, que alboroté toda la casa. Melchora dice que yo veo fantasmas... Podrá ser que mis nervios..., pero juraría que a la claridad de la luna..., porque no encontré los malditos fósforos..., a la claridad de la luna vi un hombre que escapaba...

—¿Por la ventana?

—No, por la puerta de la escalera.

—Han llamado, tía; creo que será la modista.

—Pero ¿no está Melchora?... Pues sí, Máximo, hemos pasado un susto... La pobre Irene, al oír mis gritos, salió despavorida. Busca los fósforos por aquí y por allí..., nada. Melchora se reía de nosotras y decía que estábamos locas...

—Pero ¿usted vió...?

—Hombre, que vi... La suerte es que no nos han robado nada. He registrado y ni una hilacha me falta..., cosa atroz.

—Resultado, que esos ladrones no robarían más que los fósforos.

Cuando esto dije, mi espíritu, espoleado por su pesimismo, se precipitaba en las más extravagantes cavilaciones. Despeñada mi mente, no conocía ningún camino derecho. ¿Sería verdad lo que doña Cándida contaba?... Y si no lo era, ¿qué interés, qué malicia, qué fin...?

Pero mi primer cuidado debía ser cumplir el programa consignado con lápiz trémulo por la mano de la institutriz. Retiréme diciendo que no volvería hasta dentro de una semana, y pasé las horas que para la misteriosa cita faltaban discurriendo por la Castellana, el barrio de Salamanca y Recoletos. A las tres y media tiraba otra vez del

timbre, y la misma Irene abría la puerta. Estábamos solos.

—¡Gracias a Dios!—le dije sentándome en el mismo sillón que horas antes había sacado Melchora para mí y que aún estaba en el mismo sitio...—. Al fin puede usted decirme qué tremendas cosas son ésas...

—¡Y tan tremendas!...

¡Qué temblor el de sus labios, qué falta de aire en sus pulmones, qué palidez mortal y qué timbre de pánico y duelo el de su voz al decirme!:

—¡Si usted no me salva, si usted no me prueba que se interesa por esta huérfana desgraciada...!

No sé, no sé lo que pasó en mi interior. La efusión de mi oculto cariño, que se expansionaba y se venía fuera, cual oprimido gas que encuentra de súbito mil puntos de salida, hallaba obstáculos en el temor de aquella soledad traicionera, en el comedimiento que creí exigido por las circunstancias; y así, cuando las más vulgares reglas de romanticismo pedían que me pusiera de rodillas y soltara uno de esos apasionados trenos que tanto efecto hacen en el teatro, mi timidez sólo supo decir del modo más soso posible:

—Veremos eso, veremos eso...

Y lo dije cerrando los ojos y moviendo la cabeza, mohín de cátedra, que la costumbre ha hecho más fuerte que mi voluntad.

—Pero ¿usted no lo adivina?... ¿Usted no comprende que mi tía me tiene aquí prisionera para venderme a don José? Esta es la cosa más tremenda que se ha visto. ¿Quién ha puesto esta casa? Don José. ¿Quién ha amueblado aquel gabinetito? Don José. ¿Quién viene aquí las tardes y las noches a ofrecerme veinte mil regalos, cositas, porvenires, qué sé yo, villas y castillos? Don José. ¿Quién me persigue con su amor empalagoso, quién me acosa sin dejarme respirar? Don José. He tenido la desgracia de que ese señor se enamore de mí como un loco, y aquí me tiene usted puesta entre lo que más odio, que es su hermanito de usted y la necesidad de matarme, porque estoy decidida a quitarme la vida, amigo Manso, y como hoy mismo no encuentre usted medio de librarme de esto, lo juro, sí, lo juro, me tiro a la calle por ese balcón.

Petrificado la oí; balbuciente le dije:

—Lo sospechaba. Si usted no me hubiera prohibido venir acá desde el primer día, quizá le habría evitado muchos disgustos.

—Es que yo...

Al argumentarme, había tropezado en una velada y misteriosa idea, quizá en la misma que a mí me faltaba para ver aquel asunto con completa claridad. Ocurrióseme entonces un argumento decisivo.

—Vamos a ver, Irene—le dije procurando tomar un tono muy paternal—. ¿Por qué tenía usted tanta prisa en salir de la casa, donde no debía temer las asechanzas de mi hermano? ¿No consideraba usted, en su buen juicio, que doña Cándida, al poner esta casita y traerla a usted, la trajo a una ratonera? Yo lo sospeché; mas no me era posible intervenir en asunto tan delicado... ¿Por qué le faltó a usted tiempo para abandonar aquella colocación honrada y tranquila?

—Allí también me perseguía.

—Pero allí precisamente tenía usted poderosas defensas contra él, mientras que aquí...

—Porque mi tía me engañó.

—Imposible. Doña Cándida no puede engañar a nadie. Es como las actrices viejas y en decadencia, que no consiguen producir ilusión ninguna en quien las ve representar. Por la atrocidad excesiva de sus embustes, esta infeliz señora se vende a sí misma, apenas empieza a desempeñar sus innobles papeles. Su loco apetito de dinero ha corrompido en ella hasta los sentimientos que más resisten a la corrupción. Yo creí que usted no caería en semejante lazo, tan torpemente preparado... Usted misma se ha lanzado al abismo... Y no se justifique ahora con razones rebuscadas; llénese usted de valor y dígame el motivo grande, capital, que ha tenido para abandonar aquella casa. Ese motivo no lo sé, pero lo sospecho. Venga esa declaración, o me faltará la fe en usted, que me es necesaria para salir a su defensa. Nada hay más erróneo, Irene, que la mitad de la verdad. Yo no puedo patrocinar la causa de una persona cuya conciencia no se me manifiesta sino por indicaciones incompletas y vagas. No quiero evitar un mal y proteger neciamente la caída en otro peor. Desde el momento en que usted llama a un abogado en su

defensa, muéstrele todas las fases de su asunto; no le oculte nada; infúndale con su franqueza el valor y la convicción que él, a causa de sus dudas, no tiene. Una persona que la ha tratado a usted de cerca me ha dicho: «No te fíes de ella, es una hipócrita.» Arránqueme usted las raicillas que estas palabras han hechado en mi pensamiento, y ya me tiene usted pronto a servirle como jamás hombre alguno ha servido a mujer desvalida.

Esto le dije; estuve elocuente, y un sí es no es sutil o caballeroso. A medida que hablaba, comprendí el grandísimo efecto que cada palabra hacía en su espíritu turbado, y antes de terminar, observéla desasosegada; luego, afligida; al fin, llena de temor.

Creía yo hallarme en terreno firme.

—Reconoce usted—le dije en tono de amigo—que antes de pedirme mi ayuda para salir de la ratonera, debe declararme alguna cosa, ¿no es eso?, alguna cosa que nada tiene que ver con mi hermano... Digamos, para mayor claridad, que es como un mundo aparte.

Humildemente dolorida, inclinó su cabeza, y como próxima a sucumbrir, respondió:

—Sí, señor.

Esta afirmación respetuosa me lastimó en el alma, como si me la hendieran de arriba abajo, con formidable sacudida. Sentí un hundimiento colosal dentro de mí, algo como el caer de la vida, la total ruina mía interior. Costóme trabajo sumo sobreponerme a la aflicción... No quería mirar a Irene, abatida delante de mí, con no sé qué decaimiento de suicida y resignación de culpable. Conté y medí las palabras para decirle:

—Puesto que eso que necesito saber no es ni puede ser vergonzoso, no me tenga usted en ascuas más tiempo.

¡Dios mío, nunca dijera yo tal cosa! La vi acometida repentinamente de horrible congoja... Su cara fué el dolor mismo, después la vergüenza, después el terror... Rompió a llorar como una Magdalena, levantóse del asiento, echó a correr, huyó despavorida y desapareció de la sala.

No supe qué hacer; quedéme perplejo y frío... Sentí sus gemidos en la habitación cercana. Dudé lo que haría, y al fin corrí allá. Encontréla arrojada con abandono en un sillón, apoyada la cabeza sobre el frío mármol de una consola, llorando a mares.

—No quiero verla a usted así..., no hay motivo para eso...—murmuré conteniéndome para no llorar como ella—. Usted se juzga quizá con más rigor del que debe... Desde luego yo...

Con la mano derecha se cubría el rostro, y con la izquierda hizo un movimiento para apartarme.

—Déjeme usted..., Manso; yo no merezco...

—¿Qué, criatura?

—Que usted me proteja... Soy la más desgraciada...

Y más llanto, y más.

—Pero sea usted juiciosa... Veamos la cuestión, examinémosla fríamente...

Esta tontería que dije no hizo, como es de suponer, ningún efecto. Y ella con la izquierda mano quiso alejarme.

—No, no me marcharé... No faltaba más... Ahora menos que nunca.

—Yo no merezco... Me he portado tan mal...

—Pero, hija mía...

No pudiendo calmar su horroroso duelo, ni arrancarle una palabra explícita, volví a la sala, donde estuve paseándome no sé cuánto tiempo. Al dar la vuelta me veía en el espejo con semblante tétrico, los brazos cruzados, y me causaba miedo. No sé las curvas que describí ni los pensamientos que revolví. Creo que anduve lo necesario para dar la vuelta al mundo y que pensé cuánto puede irradiar en su giro infinito la mente humana. Los gemidos no concluían, ni aquella tristísima situación parecía tener término. De pronto sonó el picaporte: alguien entraba.

Sentí la voz de Melchora ásperamente armonizada con la de doña Cándida. Al fin llegaba la maldita; ¡buena le esperaba!... Entró.

No sé pintar el asombro de la señora de García Grande al abrir la puerta de la sala y verme. Con rápido chispazo de su vista perspicua debió de conocer mi enojo y la tormenta que la amenazaba. Por mi parte, nunca me pareció más odiosa su faz de emperador romano, que, con la decadencia, tocaba en la caricatura, ni me enfadaron tanto su nariz de caballete, sus cejas rectilíneas, su acentuada boca, su barba redondita y su gruesa papada a lo Vitelio, que le colgaba ya demasiadamente, y con el ha-

blar le temblaba y parecía servirle de depósito de los embustes. Su primer pensamiento y palabra fueron:

—Pero qué... ¿se te olvidó algo?...

No le respondí. Mi cólera me puso una mordaza... La papada de doña Cándida temblaba y sus cejas culebrearon. Acercóse a la puerta del gabinete, abrióla, vió a su sobrina consternada, miróme después. Tuvo miedo, y de tanto temer, no pudo decirme nada. Yo seguía paseándome, y el silencio y las miradas suplían con ventaja entre los dos a cuanto la voz pudiera expresar... Pasado el primer momento de enojo, debió Calígula de pedir fuerzas a su malicia, porque me pareció que se envalentonaba. Después de gruñir, con artificio de cólera digna, sentóse, y sin mirarme se permitió decir:

—Me gusta... Como si cada cual no supiera lo que tiene que hacer en su casa, sin necesidad de que vengan los extraños a mangonear...

Entre ahogarla y afrontar su descaro con ventajosa actitud de ironía y desprecio, preferí esto último. Entróme una risa nerviosa, fácil desahogo de la cólera que me amargaba el corazón y los labios, y con todo el desdén del mundo dije a mi cínife:

XXXV

PROXENETES

—¿Qué, hombre?

—*Proxenetes*. Se lo digo a usted en griego para mayor claridad.

—¡Ay!, estos señores sabios ni siquiera para insultarnos saben hablar como la gente.

—Alguien vendrá que le hablará a usted más claro que el agua.

—¿Quién?

—El juez de primera instancia.

Ni con risitas ni con un gesto desdeñoso pudo disimular su terror. Yo seguía paseándome. Siguió larga pausa, durante la cual vi que el fiero Calígula batía compases con una mano sobre el brazo del sillón... Su ingenio debió de inspirarle el cómodo partido de desviar el asunto, injiriendo otro completamente extraño, en el cual podía hacer el papel de víctima.

—Tú siempre tan inoportuno y tan... filosófico. Vienes aquí cuando no se te llama, y haces aspavientos. Mejor te ocuparas de lo que más nos importa a todos, y no me pusieras en mal lugar, como lo has hecho hoy... Sí; porque de haber sabido lo que pasaba, de haber sabido que Maximín se quedó sin ama, ¿cómo no hubiera volado yo a casa de Lica para buscarle al instante otra? ¡Ay, qué apunte eres! Como si yo no existiera... Es hasta una falta de respeto, sí, señor. Bien sabes que tengo tanto interés como tú, como la misma Manuela... Francamente, este olvido me ha llegado al alma. ¡Y tú tan sabio como siempre! En vez de correr en busca mía y contarme lo que pasaba, te fuiste al Gobierno Civil para buscar por ti mismo... Ya, ya sé que llevaste a la casa una familia de cafres... Precisamente, conozco un ama que no tiene precio. Véase aquí lo que se saca de interesarse por los demás: desaires y más desaires.

Y yo, pasea que pasearás... La oía como quien oye llover sandeces.

—Luego se espantan de que se nos agrie el carácter, de que un disgusto tras otro, y por añadidura los achaques y males nerviosos, pongan a una infeliz mujer en el estado más triste del mundo. De aquí resultan cosas que parecen distintas de lo que son. Cada una en su casa hace lo que le acomoda, siempre dentro del límite de los deberes y de la dignidad a que las personas de cierta clase nos podemos faltar nunca. Viene luego cualquiera que no está en antecedentes, y por lo primero que ve, juzga y sentencia de plano sin enterarse. Una chica mimosa y llorona contribuye con sus tonterías a embrollar la cuestión; el sabio se acalora, hace papeles caballerescos..., y si mediara una explicación, todos quedarían en buen lugar...

Aquel zumbido me mortificaba de un modo indecible. No podía contenerme.

—Señora...

—¡Qué!

—¿Quiere usted hacer el favor de callarse?

—¡Qué falta de respeto! ¿Quieres tú hacerme el favor de marcharte? Estoy en mi casa... Mucho estimo a tu familia, mucho quise a tu madre, aquel ángel del cielo, aquella criatura sin igual... ¡Ah!, no os parecéis a ella, y si resucitara y se nos presentase aquí, me juz-

garía como merezco... Digo que mucho la quise, y mucho vale para mí su recuerdo al hallarme delante de tu descortesía; pero ésta puede llegar a ser tal que no pueda perdonarla... Porque esto es una iniquidad, Máximo; una cosa atroz. Lo que haces conmigo no tiene nombre. ¡Venir a insultarme a mi propia casa!..., sin reparar mis canas..., sin acordarte de aquella santa...

La papada se movía tanto, que parecían agitarse impacientes dentro de ella todas las farsas, todos los embustes y trampantojos almacenados para un año. Al mismo tiempo pugnaba por traer a su defensa un destacamento de lágrimas, que al fin, tras grandes esfuerzos, asomaron a sus ojos.

—Nunca—gimió, sonándose con estrépito para aumentar artificialmente el caudal lacrimatorio—, nunca hubiera creído tal cosa en ti. Me debes, si no otra cosa, respeto. Y antes de formar malos juicios de esta desgraciada, a quien podrías considerar como tu segunda madre, debes informarte bien, preguntarme... Yo estoy pronta a responder a todo, a sacarte de dudas... ¿Quieres saber por qué llora Irene? Pues no se lo preguntes a ella, pregúntamelo a mí, que te lo diré. Estas muchachas de hoy no son como las de mi tiempo, tan recogidas, tan sumisas. ¡Quia!, una cosa atroz... No hay vigilancia bastante para impedir que hagan mil coqueterías y enredos. ¿Quieres que te la pinte en dos palabras?... Pues es una mosquita muerta... No lo creerás, sé que no lo vas a creer y que descargarás tu furor contra mí. Pero mi deber es ante todo, y el interés que me tomo por ella. Allí, en la propia casa de Lica, donde la sujeción parecía ser tan grande como en un convento, la muy picarona, ¿lo creerás?, pues sí, tenía un novio. No hay como esas tontuelas para ocultar las cosas. Ni Lica, ni tú, ni yo, que allá iba todos los días, sospechábamos nada... ¿Qué habíamos de sospechar, viendo aquella modestia, aquella conformidad mansa, aquella cosita... así...? Pero estas mansas son de la piel de Barrabás para esconder sus líos. ¡Un novio! Cuando nos mudamos lo descubrí, y si quieres que te lo pruebe...

La ira que se escendió súbitamente en mí era tal, que me desconocí en aquel instante, pues en ninguna época de mi vida me había sentido transformado como entonces en un ser brutal, tosco y de vulgares inclinaciones a la venganza y a todo lo bajo y torpe. Cómo se levantaron en mi alma revuelta aquellos sedimentos, no lo sé.

—¿Quieres que te lo pruebe?—repitió doña Cándida a la manera de las hienas, sorprendiendo, con su feliz instinto, mi momentánea bajeza, y creyendo que la suya permanente podría hallar en mí fugaz acogida—. ¿Quieres que te lo pruebe?... Cuando nos mudamos, en aquel desorden de los baúles, sorprendí un paquete de cartas...; no tienen firma...; ¿conocerás tú...?

Afianzó las manos en los brazos del sillón para levantarse. Vacilé un momento... ¡Dios! ¡Descubrir el misterioso enigma, saber el fin...! ¡No, por aquel medio, jamás!

—Señora, no se mueva usted—grité con brío, ya repuesto en mi normal ser—. No quiero ver nada.

—Tú quizá sepas... Algún moscón de los muchos que entran en aquella casa... La pícara mulata era quien traía y llevaba las cartitas... Pero ¿cómo se las componen estas criaturas para envolver en gran misterio sus picardías?... Yo estoy aterrada, y de seguro voy a sucumbir a fuerza de disgustos... Esta criatura, a quien he consagrado mi vida... ¡Oh! Máximo, tú no comprendes este dolor atroz, este dolor de una madre, porque madre soy para ella, madre solícita y siempre sacrificada... Y ya ves qué pago...

Otra vez su cinismo agotaba mi paciencia.

Yo no la miraba, porque su semblante me hería. Eranme particularmente antipáticas la papada trémula y la despejada frente cesárica, en la cual ondulaban las arrugas de un modo raro, como se enroscan y se retuercen los gusanos al caer en el fuego.

—Señora, hágame usted el favor de callarse.

—Bien, lloraré sola, me lamentaré sola. ¿A ti qué te importa, caballero andante y filósofo aventurero?

Y en aquel punto los dolorosos gemidos de Irene se oyeron de nuevo... El corazón se me dividía ante aquella angustia secreta, apenas declarada, que a combinarse venía dentro de mí con otra angustia mayor. El honor mío se agita-

ba entre accidentes de despecho y enojo, como llama entre tizones. Me embargaba tanto, que daba perplejidades a mi voluntad, y yo no sabía qué hacer. Pensé acudir a Irene, que parecía sufrir gravísimo paroxismo; pero no sé qué repugnancia me alejaba de ella. Doña Cándida se levantó, diciendo con agridulce voz:

—La pobrecita está tan afligida... Es que la he reñido... No puedo contenerme. Es preciso darle una taza de tila.

Dejóme solo. Y yo pasea que pasearás. Me rodeaba una atmósfera de drama. Presentía la violencia, lo que en el mundo artificioso del teatro se llama la situación... ¡Tilín! ¡El timbre, la puerta!... ¡Mi hermano!...

XXXVI

¡ÉSTA ES LA MÍA!

Los segundos que tardó en aparecer en la sala, ¡cómo se deslizaron pavorosos!... Entró, y al verme... No, jamás ha sufrido un hombre desconcierto semejante. Yo me sentí fuerte y dueño de mis facultades para operar con ellas como me conviniera... Mereciera o no la mosquita muerta mi ardiente defensa, ¿qué mi importaba? Yo, caballero del bien, me disponía a dar una batalla a su enemigo, que era también el mío. A la carga, pues, y luego se vería...

La sorpresa pudo en José más que la turbación, y se le escapó decirme:

—¿Qué demonios buscas aquí?

Advertí en él esfuerzos inauditos para poner concierto en sus ideas, disimular su cogida y cubrir el flanco de su amor propio.

—¡Ah!—exclamó, fingiéndose asombrado—. ¡Qué casualidad! Los dos venimos de visita,... nos encontramos... Es verdad; te dije que pensaba venir.

Y el tunante no caía en la cuenta de que no nos hablábamos desde la disputilla, siendo, por tanto, imposible que me hubiera avisado su visita. Viéndose cogido en su red, cambió de táctica. Inició torpemente dos o tres temas de conversación (a punto que Melchora traía otra butaca, por no ser suficiente una para los dos); pero desde las primeras palabras se aturrullaba y confundía. Dejóse ver por la puerta del gabinete doña Cándida, tan turbada como mi hermano, y más con la papada que con la voz nos dijo:

—Dispénsenme los Mansitos; pero estoy tan ocupada... Vuelvo...

Y desapareció como espectro con pocas ganas de ser evocado. Las tenía tan grandes mi hermano de hacerme creer que a la casa venía por vez primera, que no quise esperar la segunda aparición del espectro para decirle a gritos:

—Al fin me tiene usted por aquí...

Pero notando mi empaque severo, me miró despacio. Estábamos sentados el uno frente al otro.

—Pues sí, es bonita la casa. No la había visto. ¿Habías estado tú aquí?

—Es la primera vez.

—Muy fría la sesión de esta tarde... La discusión de presupuestos, sumamente lánguida. Tres diputados en el salón de sesiones. Pero en las Secciones hemos tenido mar de fondo. Hay un tacto de codos que Dios tirita. Es verdaderamente escandaloso lo que pasa, y luego con la plancha que se tiró ayer el ministro de Gracia y Justicia... La Comisión de melazas no ha dado aún dictamen. Tendremos voto particular de Sánchez Alcudia, que se empeña en proteger los alfajores de su tierra...

Y yo callaba. El debía de estar sobre ascuas. Presagiaba, sin duda, una escena ruda, y quiso debilitarme anticipadamente con la lisonja.

—¡Ah, se me olvidaba!—dijo, tomando la más cara de la risa, que le sentaba como al Cristo las pistolas—. Tengo que darte las gracias. Ya me contó Manuela. El pobre Maximín, si no es por ti, se nos muere hoy. Anoche no pude ir en toda la noche a casa, porque..., es verdaderamente cargante. Hasta las dos y media estuve en la Comisión de melazas. Luego fuí con Bojío a cenar a casa de su padre, el marqués de Tellería. El pobre señor se agravó tanto anoche, que tuvimos que quedarnos allí varios amigos. ¡Cuánto sentí esta mañana, al ir a casa, lo que había pasado con la tunanta del ama! Parece que es buena la que llevaste... Pero mira: allí me encontré un familión... El padre me abordó con aire marrullero, y me dijo: «Ya sé que el señor marqués va para *menistro*. Si quisiera dar algo a estos *probecitos* de Dios...» Empezó a pedir. Figúrate, no quiere nada el angelito. Ve

contando: el estanco del pueblo y el sello para su hijo mayor; para el segundo la cartería, y para sí propio la cobranza de contribuciones, la vara de alcalde, el remate de Consumos y la administración de Obras pías... Yo me desternillaba de risa, y Sainz del Bardal le prometió proponerle para una mitra.

Con fuertes carcajadas celebraba José la gracia del cuento... Y yo siempre callado, serio. Estaba impaciente, deshecho, porque no quería romper el fuego hasta que estuviera delante el emperador Vitelio. Pero probablemente la taimada había hecho propósito de no presentarse, dejando que los Mansitos se despacharan a su gusto. De repente se levantó José. Le había entrado súbito afán de admirar las dos grandes láminas que doña Cándida había colgado en la pared de su salita.

—Pero ¿has visto esto? Es un grabado verdaderamente magnífico. *Naufragio del navío «Intrépido» delante de las rocas de Saint-Malo.* ¡Qué olas! Parece que le salpican a uno a la cara. ¿Y este otro? *Naufragio de la «Medusa»*, por Gericault... Pero aquí todo son naufragios.

En esto el reloj dió las once. Eran las cinco.

—Allá se va este reloj con los de mi casa—observó mi hermano, sentándose—. Todos padecen de reblandecimiento de la medula catalina... Pues, señor, me gusta este modo de recibir visitas. Si no se presenta pronto doña Cándida, me voy.

Farsa, pura farsa. Bien conocía él que en la casa pasaba algo grave. Mi inopinada presencia, mi silencio sombrío le causaban miedo, por lo que pensó en ponerse en salvo.

—¿Tú te quedas?

—Sí; y tú también.

—Hombre, eso es mucho decir.

—Tenemos que hablar.

—¿Tienes algo que decirme?

—Algo, sí.

—Pues mira, no se conoce. Hace un cuarto de hora que estoy aquí.

—Yo quería que estuviese presente doña Cándida; pero ya que esa señora tiene vergüenza de ponerse delante de los dos...

José palideció. Hice propósito de explanar mi interpelación con todo el comedimiento posible y de no hacer lógica con violencia ni manotadas. Mi enemigo era mi hermano. ¡Difícil y peligroso lance!

—Pues dímelo pronto—indicó él, festivo, a fuerza de contracciones de músculos.

—En dos palabras. Has estado haciendo la farsa de que venías aquí hoy por primera vez, cuando vienes todas las tardes y noches, desde que vive aquí doña Cándida. Entre esta señora, a quien voy a recomendar al juez del distrito, y tú, padre de familia y representante de la nación, habéis armado una trampa... poco digna, quiero ser prudente en las calificaciones..., una trampa contra esa pobre joven honrada, sin padres ni pariente alguno...

—No sigas, no, no sigas—dijo mi hermano, echándoselas de espíritu fuerte—. Pareces verdaderamente un caballero andante. ¿Eres tú padre, hermano, esposo o siquiera novio...? Y si no lo eres, ¿para qué te metes a juzgar lo que no conoces? ¿Vienes en calidad de filántropo?

—Vengo en calidad de indiferente. Soy el primero que pasa, un hombre que oye gritos de angustia y acude a prestar socorro a... quienquiera que sea. Hablo con el título de persona humana, el único que se necesita para entrar donde martirizan, y desempeñar las primeras diligencias de protección mientras llegan Dios y la justicia terrestre. No tengo más que decir sobre mi derecho a intervenir aquí.

—Pero vamos a ver..., es preciso poner las cosas...—balbució José, enredado en el laberinto de sus conceptos, sin saber por dónde salir—. Tú no puedes hacerte cargo... Lo primero que hay que tener en cuenta...

—Es que tu conducta ha sido impropia de un caballero y más impropia aún de un padre de familia. En tu misma casa trataste de pervertir a la que era maestra de tus hijos. No conseguiste nada... Pues qué, ¿creías, gran tonto, que no hay más que...? Pero tú necesitabas emplear ciertas perfidias. Allá no era posible. Te confabulaste con esta desgraciada mujer, te valiste de su feroz codicia, armasteis entre ambos el lazo... Pero ya ves, ni con tus visitas, ni con tus regalos, ni con tus promesas, ni con tus amabilidades, que son tan empalagosas como la Comisión de melazas, has con-

seguido tu objeto. Acosada por ti y maniatada por su señora tía, la víctima ha encontrado en su virtud fuerzas bastantes para defenderse...

—Pero, hombre, escúchame, déjame hablar un poco... Hay que presentar las cosas como son... Te diré... Tú te pones a filosofar, y abur... Cosa absurda... Aguarda... Oye.

—No proceden así los caballeros. Si tienes pasiones, véncelas; si no puedes vencerlas, con dignidad trampéalas. En resumidas cuentas...

—En resumidas cuentas, tú no te has enterado... Por Dios, Máximo, estás hablando ahí... y no es eso, no es eso...

—Pues ¿qué es?...

Tal era su atontamiento, que no acertaba a salir del ovillo de embustes en que se había envuelto. Tenía la boca seca, el rostro encendido, y fumaba cigarrillos con nerviosa presteza. Ofrecióme uno, y le dije:

—Pero, hombre, ¿ahora te enteras de que no fumo ni he fumado en mi vida?

—Es verdad; pues vamos a ver... Yo he venido aquí la otra tarde por casualidad, cuando salí de la Comisión... Pero no es eso. Lo primero es definir bien..., porque así, presentadas las cosas con ese aparato de moral... Aquí no hay lo que crees... Empezaré por decirte que Irene... No es que piense mal de ella... Tú no estás enterado... Y ya se ve; cuando sin estar en autos... En cuanto a caballerosidad, yo te aseguro que nadie me ha dado lecciones todavía. Y vamos al caso..., por amor de Dios...

—Al caso, sí. Oye, José María: descubierta la poco noble conspiración fraguada por ti y doña Cándida, y desarrollada con sus ideas y tu dinero...

—Poco a poco... De que yo ampare a los desvalidos, no se deduce... Ven a razones, hombre. Aquí no somos filósofos, pero sabemos razoñar... Porque tú... Entendámonos...

—Sí, entendámonos. Descubierto el plan poco noble, no puedes salir adelante, José. Dalo por frustrado. Haz cuenta que en una jugada de Bolsa perdiste el dinero que has dado a doña Cándida. Esto se acabó. No hay que hablar. En este juego prohibido se ha presentado la Policía, y poniendo el bastón sobre la mesa, ha dicho: «Ténganse a la Justicia.» La Policía soy yo. Estoy pronto a indultar, si esto se da por concluído. Estoy pronto a promover un escarmiento si esto sigue.

—Dale, dale... ¡Si no comprendes...! Eres verdaderamente testarudo... Déjame que te explique... No hay que tomar las cosas por tan lo alto..., ¡dale!...

—¿Sabes cuáles son mis armas? La publicidad, el escándalo, son espadas de dos filos que hieren a ti y a mi protegida. Pero no importa: es inocente. Dios cuidará de ella. Te amenazo, pues, con la publicidad, con el escándalo y, además, con el juez.

—Dale. Si no es eso...

—¿Cómo que no es eso?... Veremos. Ten presente lo que acabo de decir: el juez...

—Pero ¿qué juez ni qué niño muerto?...

—En cambio, si esto se queda así, si me prometes no volver a poner los pies en esta casa, habrá paz; tu mujer no sabrá nada, y puedes dedicarte tranquilamente a la vida pública.

—Hombre, te estoy oyendo—gritó mi hermano, envalentonándose mucho y cruzándose de brazos—, y no sé qué pensar... ¡Estamos bonitos!... ¿Qué significa esto? Te he oído con paciencia; pero ya se me acaba... ¿Conque, es decir, que yo soy un criminal, un no sé qué, un...? Tus filosofías me apestan... No habrá más remedio que tomarlo a risa... Y en último caso, ¿a qué se reduce todo?... A nada, a una bobada... Tanta bulla, tanta ponderación y tanta soflama por una cosa sin maldita importancia. Estos sabios son verdaderamente idiotas... Que se me haya antojado decir cuatro tonterías a Irene... ¡Por amor de Dios, hombre! Que aquí en esta casa le haya dicho también cuatro tonterías, o cinco..., ¡por amor de Dios! ¿Eso es motivo?... No sé cómo te escucho...

—Quedamos en que esto se acabó—dije, gozoso de verle batiéndose en retirada.

—Pero si no se ha empezado, si no hay nada, si todo es figuración tuya... Francamente, yo no sé cómo te aguantan tus amigos... Si te casaras, tu mujer se tiraría por el Viaducto, y tus hijos te maldecirían. Eres muy *plantillero*, el colmo de la impertinencia, de la pedantería y del entremetimiento. Vamos, que si no conociera tus buenas cualidades...

—Quedamos en que no volverás más aquí.

—Eres tonto... Como si yo tuviera algún interés en ello... Eso bien lo puedes creer, y si hay algo aquí que me ha costado el dinero, interprétalo con más caridad, hombre; atribúyelo a compasión de esta desgraciada familia. Dime tú: ¿los beneficios se hacen públicamente o con cierto recato? Al menos yo he aprendido que la caridad debe practicarse en silencio. Vosotros los filósofos lo entendéis de otro modo.

—Eres un santo... Vamos, ¿a que concluyes por pedirme que te canonicen...?

—Y cuando yo me intereso por los desvalidos, cuando les ayudo a vencer las dificultades de este mundo, hago las cosas completas, no me quedo a la mitad del camino. Poco me importa que después venga la calumnia a desfigurar mis acciones... Yo desprecio la calumnia. Cuando mi conciencia está tranquila...

No pude remediarlo; rompí a reír, viendo que el muy farsante, acalorándose más con el papel que representaba, pretendía nada menos que darme a mí la feísima parte de calumniador. Quería sacar partido de su falsa posición, y tornándose en juez, me decía:

—Y vamos a ver, camaradita, ¿quién me asegura que tú, con esos aires caballerescos y esas cosas sublimes, no vienes aquí con una intención sopalada?... Me parece que eres de los que las matan callando. Eso sería bueno: que quien sólo ha tenido propósitos benéficos y caritativos pase por hombre corrompido, tramposo y malo, y el señorito filósofo, sabio y profesor de Moral, sea el verdadero perseguidor de la honra de las doncellas puras... Verdaderamente...

Se puso delante de mí, y con su bastón iba marcando sus palabras más arriba de mi cabeza, sin tocarme, se entiende.

—Yo te he visto caracoleando en el cuarto de Irene, haciéndola la rueda en el paseo, como un pavito real, muy hueco y filosófico; yo te he visto relamido y sumamente pedante y travietesco junto a ella... Es verdad que nunca sospeché que te pudiera querer... Eres muy antipático...

Y fué a colocarse delante del espejo, a estirarse el cuello de la camisa y acomodarse la corbata, que andaba un poco descarriada.

—¡Si saldremos ahora con que un señor catedrático de Moral anda enamorado!... ¡Por amor de Dios, hombre!... Con esa cara de cura y esa respetable fisonomía, pues no parece sino que detrás de cada vidrio de tus gafas están Platón y Aristóteles..., y con esa cortedad de genio... Por María Santísima, Máximo, no hagas el oso... Tú no sirves para eso: nunca gustarás a las mujeres.

Aun siendo tan poco autorizado quien las hacía, aquellas burlas me mortificaban.

—Yo no comprendo el interés ridículo que te tomas por la pobrecita Irene, que de seguro se reirá de ti bajo aquella capita de bondad..., porque, eso sí, otra que tenga mejores modos y que sepa esconder tan bien sus picardías...

Se paseaba por la sala haciendo molinete con el bastón.

—Mira, José—le dije—, haz el favor de marcharte de una vez. Abandona el campo, y déjanos en paz. Si te empeñas en ser pesado, yo me empeñaré en ser inflexible. Te he cogido en tu propio lazo; no tienes defensa contra mí. Márchate: este disgustillo se acabó, y desde mañana seremos hermanos.

—No, no, si en mí no hay disgusto, ni despecho...—balbució, contradiciendo sus palabras con la expresión colérica de su semblante—. ¿Crees que doy importancia a tus majaderías? No, hombre, no hago caso; mi conciencia está tranquila... He sabido amparar a una familia desgraciada: veremos lo que haces tú ahora... Me marcharé...

—Pues de una vez...

—Te dejo en plena posesión de tu papel de desfacedor de agravios. Trabajo te mando, camaradita, porque no es oro todo lo que reluce. Y no es que yo quiera agraviar a la pobre Irene. Yo me he interesado por ella, no como un sabio filósofo, sino como un buen padre, como un hermano. Que viene doña Cándida a contarme que ha descubierto paquetes de cartas... Bueno, ¡cosas de chicas!, es natural que se enamoren de cualquier pelagatos..., es natural que lo disimulen, que hagan mil tapujos y tonterías.... Que doña Cándida me dice: «Irene llora; a Irene le pasa algo; Irene anda en malos pasos.» Bueno: la ju-

ventud, la ilusión..., cosas de niñas que leen novelas. No doy importancia a tales boberías... Que yo mismo observo a cierta persona rondando la casa por las tardes, por las noches... ¡Qué le hemos de hacer! Mientras haya coquetas, habrá gomosos. He tenido ganas de andar a galletas con uno, mejor dicho, de aplacarle el resuello. Pero eso tú lo harás ahora, tú, el señor de la protección caballeresca. Veremos si con rociadas de moral ahuyentas al enemiguito. Echales las gafas encima, y sácales el Cristo, o el Sócrates. O si no, otra cosa...

Se echó a reír como un condenado.

—...Otra cosa. Trae al juez, hombre; trae a ese juez con que me amenazas, y dile: «Señor juez, aquí tiene usted un novio de mi futura; métalo usted en la cárcel, y a mí mándeme a un tonticomio...» Eso es, eso. Aquí te quiero ver, escopeta.

Francamente..., iba yo a contestar algo; pero pensé que era más digno no contestarle nada.

—Y yo me marcho. Te obedezco, hermanito. Aquí te quedas. Ya me contarás y nos reiremos.

Le vi dispuesto a marcharse. Algo me ocurrió entonces que decir; pero me callé para que se fuera de una vez. Salió sin decirme nada, tarareando una musiquilla, pero con la rabia en el corazón. Alegréme de este resultado, porque mi objeto estaba conseguido, y conociendo a José María como le conocía yo, bien pude asegurar que daba por perdido el juego. Su miedo al escándalo me garantizaba su vencimiento y abandono de sus planes. Por el momento yo había triunfado, y lo mejor fué que conseguí mi objeto sin gritería ni violencia. No hubo drama, cosa en extremo lisonjera para todos.

José me conocía; debió de comprender que en caso de reincidencia yo daría el escándalo, intervendría la Justicia, se enteraría Manuela. Era probable que ésta pidiera la separación de bienes, y a Cuba se marchara... El marrullero, el hombre práctico no podía menos de detenerse ante la amenaza de estos peligros verdaderamente terribles. ¡Campaña ganada, y ganada sin batalla, por la prematura retirada del enemigo, antes convencido que derrotado! O esto es estrategia sublime, o no sé lo que es.

XXXVII

ANOCHECÍA

La propia doña Cándida trajo en sus venerables manos una luz con pantalla, y poniéndola sobre la mesa, me dijo con voz cascada y temerosa:

—Ya se ha ido..., ¡Jesús!, yo creí que íbamos a tener función gorda... Pero ambos sois muy prudentes, y entre buenos hermanos... La pobre niña...

—¿Qué?

—Le ha entrado fiebre; pero una fiebre atroz. Ya la hemos acostado. ¿Quieres pasar a verla?... Se ha calmado un poco; pero hace un rato deliraba y decía mil disparates.

—Que suba Miquis...

—Le hemos dado un cocimiento de flor de malva. Creo que le conviene sudar. Anoche debió de constiparse horriblemente cuando aquella alarma de los ladrones...

—Que suba Miquis...

—Creo que no será preciso. Siéntate. Parece que estás así como perplejo. Delirando hace un rato, Irene te nombraba.

—Pero que suba Miquis...

—Le llamaremos si es preciso... ¿Quieres entrar a verla? Parece que duerme ahora. Mañana le diré que pasaste a verla, y se alegrará mucho. ¡Qué sería de nosotras sin ti!

Tanta melosidad me ponía en ascuas. Pasé al gabinete, que se comunicaba con la alcoba por un gran hueco entre columnas de hierro pintadas de blanco y oro, manera arquitectónica que está muy en boga en las construcciones nuevas. En aquella entrada me detuve. La alcoba estaba casi a oscuras, pero pude ver el cuerpo de Irene modelado en esbozo por las ropas blancas del lecho. Era como una escultura cuya cabeza estuviese concluída y el tronco solamente desbastado. La vi de espaldas: se había vuelto hacia la pared, y de sus brazos no asomaba nada. Su respiración era fatigosa y febril, acompañada de un cuchicheo que más parecía rezo que delirio. Me hacía pensar en el rumorcillo de una fuente de poca agua que mana entre hierbas y rompe melancólicamente el silencio del bosque. Puse atención para entender alguna sílaba; pero, ¡cosa extraña!, siempre que yo sutilizaba mi atención y mi oído, ella callaba... Volvía; era im-

posible entender nada de aquella música del espíritu.

—La pobrecita tiene una gran pena —me dijo doña Cándida al oído—. El motivo ve a saberlo...

—Ya..., ¿le parece a usted poco?...

—No, no es sólo por la cuestión de tu hermano... ¡Qué delirio el suyo!... Nada menos que de puñales, de venenos y de revólveres hablaba, como herramientas para quitarse la vida.

Acerquéme un poco, paso a paso; la curiosidad me empujaba, la delicadeza me detenía... Al fin, la vi de cerca. Tenía el rostro encendido, la boca entreabierta, el cabello suelto, encrespado, anilloso y formando un gran nimbo negro, partido en dos, alrededor de la cabeza. De cerca, el cuchicheo era tan inteligible como de lejos; diálogo misterioso entre el alma y el sueño.

Me retiré alarmado, y en la sala puse cuatro letras a Miquis sobre una tarjeta, rogándole que subiera. Hecho esto, pensé en irme a comer a mi casa, con propósito de volver más tarde. Adivinó mi pensamiento Calígula, y muy obsequiosa y acaramelada me dijo:

—Si quieres, puedes quedarte a comer conmigo. No te daré las cosas ricas que hay en tu casa...

—Gracias.

—Mal agradecido... La culpa tiene quien te quiere y te obsequia. Bien sabes que para mí no hay mayor gusto que verte en mi casa...

Tanta finura me alarmó. No contaba con ella.

—Pero siéntate... ¿Qué prisa tienes?... No puedes figurarte cuánto me alegro de que tu dichoso hermano haya desfilado... Ahora te puedo hablar con franqueza, Máximo. ¡Ay!, nos tenía acosadas... Una cosa atroz.

La miré para recrearme en su cinismo, y ver con qué rasgos y matices se traduce en el rostro humano aquel excepcional modo de espíritu.

—Porque hazte cargo..., empeñado en que esa pobre criatura le ha de querer...; como si el querer fuera cosa de aquí me llego... Pero tú no puedes figurarte qué arrumacos, qué agonías, qué frenesí el suyo... Se pasaba las horas mirándola como un bobo, y echándole unas flores tan cursis... Luego venían los regalos; todas las tardes traía una cosa nueva; joyita, caprichito, baratija. Y a cada rato..., ¡tilín!, un dependiente de la tienda con dos vestidos...; ¡tilín!, un mozo con sombreros... Esto parecía la casa de San Antonio Abad, el de las tentaciones. La pobre Irene, firme y heroica, ha sufrido mucho, y yo también, porque... ya puedes suponer mi dificilísima situación. Yo no podía coger a José María por un brazo y ponerlo en la calle. Le debo favores..., es como de la familia. Te digo que hemos pasado la pena negra. Irenilla le ponía cara de hereje; últimamente hasta le insultaba. No sabes; tiene un genio de lo más atroz... En cuanto a los regalos, allí están todos tirados. Algunos se han roto. Por cierto que por empeño de José María..., es tan pesado..., se han traído algunas cosas, que vendrán a cobrar, y...

La miraba, la observaba con verdadero placer, cosa que parecerá imposible, pero que es verdad. Era yo como el naturalista que de improviso se encuentra, entre las hojarascas que pisa, con un desconocido tipo o especie de reptil, con feísimo coleóptero, con baboso y repugnante molusco. Poco afectado por la mala traza del hallazgo, no piensa más que en lo extraño del animalejo, se regocija viendo las ondulaciones que hace en el fango, o las materias fétidas que suelta, o los agudos rejos con que amenaza, y no sólo se complace en esto, sino en considerar la sorpresa de los demás sabios cuando él les muestre su descubrimiento. Así observaba yo a doña Cándida, con interés de psicólogo, y antes de horrorizarme de sus ondulaciones, rejos, antenas, babas, élitros, zancas, me asombraba del infinito poder, de la inagotable fecundidad de la Naturaleza. No sé si en esta crisis de admiración moví la mano con algo de instinto protector hacia mis bolsillos, porque la célebre papada se estremeció anunciando una fuerte emisión de risa. La señora, con bonísimo humor, me dijo:

—Hombre, no seas tonto... Pues qué, ¿creías que te iba a pedir dinero?... ¡Ay, qué gracioso!... No, tranquilízate. Que te vuelva el alma al cuerpo. No estamos ahora en ese caso. Es verdad que José María me debe un piquillo...

Al oír que mi hermano le debía un piquillo..., vamos, no rompí a reír con gana porque mi espíritu se hallaba en el estado más congojoso del mundo. Pero me hizo tanta gracia, que me reí un po-

co. Era motivo para alegrar un cementerio, o para hacer bailar a un carro fúnebre.

—Pues es preciso que le pague a usted..., no faltaba más.

—Hombre, no; no quiero cuestiones. Ya sabes que tratándose de los de la familia... Estoy acostumbrada a sacrificarme... No hablemos de eso. Además, no me hace falta por ahora. Sólo en el caso de que ésa siguiera enferma...

—Creo que esto pasará pronto—dije en voz alta; y para mis adentros: «Ya te siento zumbar, cínife.»

—¿Estará buena mañana? ¡Dios lo quiera! ¡Pobre niña! Cuando pasaban dos, tres días y no venias a vernos, la observaba yo tan triste... Eso sí, cuando habla de Máximo no acaba. Y a cualquiera se la doy yo. Un hombre como tú, una celebridad..., y luego con tus cualidades eminentes... Eres el número uno de los hombres...

—¡Oh! Gracias... Que me sonrojo...

—Te digo la verdad. Cuando Irene sepa el interés que te has tomado por ella, se va a volver loca, loca en toda la extensión de la palabra.

—En toda la extensión de la palabra nada menos... Será una cosa atroz...

—A buen seguro que si hubieras sido tú el de los obsequios...

¡Oh!, no podía oír más. Le corté la palabra. Una de dos: o ella se callaba o yo le pegaba. Fué preciso conseguir lo primero, y para esto el mejor medio era alejarme de la esfera de acción de su papada y salir al aire libre. ¡Terrible cosa el desear salir y el desear y necesitar volver! Irene me atraía, Calígula me alejaba. En un solo punto estaban mi interés más vivo y mi repugnancia más honda, mi Cielo y mi Purgatorio... Salí pensando en diversas cosas, todas a cuál más tristes; pasadas, presentes y futuras. Nunca había sentido en mi cabeza obstrucción semejante. Parecíame, usando un símil materialista, que las ideas no cabían en ella, y que se me salían por los ojos y los oídos. En este laberinto dominaba una evidencia muy desconsoladora, en la cual la verdad era luz que alumbraba mi espíritu y llama que me freía los sesos. Por primera vez en mi vida bendije la ilusión, indigna comedia del alma, que nos hace dichosos, y dije: «¡Bienaventurados los que padecen engaño de los sentidos o ceguera del entendimiento, porque ellos viven consolados...!»

Aquella evidencia había venido en su momento histórico fatal, cual modificación de anteriores estados del espíritu; yo la veía proceder de mis suspicacias, como viene la espiga del tallo y el tallo de la simiente. Del mismo modo el árbol de la duda suele dar la flor de la certeza. ¡Flor negra, amargo fruto, destinado al maldecido paladar del hombre de estudio! Otra vez hay que decir que sea mil veces bienaventurado el rústico que crece como una caña y vive meciéndose en el seno blando de la mentira... Indaguemos. Naturaleza pródiga ha puesto dificultades y peligros en la averiguación de sus leyes, y de mil modos da a conocer que no le gusta ser investigada por el hombre. Parece que desea la ignorancia, y con ella la felicidad de sus hijos. Pero éstos, es decir, los hombres, se empeñan en saber más de la cuenta; han inventado el progreso, la filosofía, la experimentación, el arte y otros instrumentos malignos, con los cuales se han puesto a roturar el mundo, y de lo que era un cómodo Limbo han hecho un Infierno de inquietudes y disputas... Por eso...

Iba yo por la calle muy engolfado en estas impuras filosofías pesimistas, impropias de mí, lo confieso, cuando tropecé... Fué como un choque violentísimo con duro y pesado objeto, choque puramente moral, pues no tuve contusión, ni mi cuerpo llegó a tocar al otro, que era el de un hombre más joven que yo, más alto que yo, de partes, calidades y preeminencias físicas superiores de todo en todo a las mías. Quedéme parado ante él y él ante mí, sin hablarnos, ambos algo cohibidos. La conmoción del choque había sido en él tan grande como en mí... Y de pronto subió a mis labios, del corazón, no sé qué hiel más amarga que la amargura, y la escupí en estas palabras:

—¡Manuel...! ¿Adónde vas por aquí?

Le traspasé con miradas, me sentí dotado de una lucidez sobrehumana, comprendí todo lo que se dice de los taumaturgos y de los seres privilegiados, a quienes un conjunto de hechos y circonstancias da el privilegio de la adivinación. Leí a mi hombre de una ojeada, le leí como si fuera un cartel de los que estaban pegados en la próxima esquina.

Y él, vacilando, como todo el que no está diestro en mentir, me contestó:

—Pues..., precisamente..., iba a casa de Miquis a consultarle.

—¿Estás enfermo?

—La garganta..., siempre la garganta.

—¿Conque la garganta?...

Le agarré un brazo con mi mano, que se me figuraba tenaza, y le dije:

—¡Farsa!; tú no ibas á consultar con Miquis. Esta no es hora de consulta.

—Pero como es amigo...

—¡Manuel, Manuel!...

Le atravesé de parte a parte otra vez con mis miradas. Después me ha contado que se quedó yerto. Ocurrióme decirle una cosa que le desconcertó sobre manera, y fué esto:

—Bien, yo también soy amigo de Miquis; iremos juntos, te esperaré, y después que consultes, saldremos, porque tengo que hablarte.

—No...; pero... bueno...; en fin, si usted quiere... ¿Tanta prisa tiene?... Vamos; no, no...

XXXVIII

¡AH TRAIDOR EMBUSTERO!

«¡Tú eres, tú, pollo maldito, orador gomoso, niño bonito de todos los demonios; tú eres, tú, el ladrón de mi esperanza; tú, el que pérfidamente me ha tomado la delantera; tú, el que está ya de vuelta cuando yo apenas empiezo a andar! Lo sospechaba, pero no lo creía; ahora lo creo, lo siento, lo veo, y aún me parece que lo dudo. ¡Has tronchado mi dicha, has cerrado mi camino, mozalbete infame, y quiero ahogarte, sí, te ahogo...!»

Esto que parece natural en el estado de mi ánimo, y que encajaba a maravilla en mi desolada situación, debí decirlo, sin duda, acomodándome a las conveniencias y tradiciones dramáticas del caso; pero no, no lo dije. Al ver que con su aturdimiento confirmaba Manuel sus mentiras, le traté con el mayor desprecio del mundo, diciéndole:

—No quiero molestarte. Ve solo.

Y seguí mi camino. A los pocos pasos le sentí venir detrás de mí, y oí su voz:

—Maestro, maestro...

—¿Qué quieres?

Esto pasaba en medio de la calle de Hortaleza, allí donde empalma con ella la del Barquillo, y por poco nos coge a los dos el tranvía que bajaba.

—¿Qué quieres?—repetí cuando pasó el peligro.

—Me voy con usted... Tengo que decirle...

Tomóme el brazo con su amable confianza de otros días. Yo no pude menos de exclamar:

—¡Hipócrita!...

—¿Por qué?...—me respondió con frescura—. Hablaremos... Yo sé dónde ha estado usted hoy dos veces; primero, por la mañana; después, toda la tarde.

¡Darle a conocer mi despecho, mi confusión, el estado tristísimo en que me había puesto la evidencia adquirida recientemente...!, imposible. Era preciso afectar dos cosas: conocimiento completo del asunto y poco interés en él. Como Catón cuando se desgarraba el vientre con las uñas, padecía horriblemente al decirle:

—Eres un calavera, un libertino. Mereces...

—Maestro, ha llegado la hora de la franqueza—manifestó él con desenvoltura—. ¿Por quién ha sabido usted esto?

Y con afectada serenidad, ¡Dios sabe lo que me costó afectarla!, le respondí:

—Necio, ¿por quién lo había de saber? Por ella misma.

—¡Ah, ya!... Habíamos convenido en revelar a usted nuestro secreto. Disputábamos sobre quién lo haría. Ella: «Díselo tú.» Yo: «Tú debes decírselo.»

Este tuteo, esta discusión en la intimidad amorosa me envenenaba la sangre. Tragué mucha saliva para poder replicar:

—Ella ha tenido conmigo una confianza nobilísima, y me ha declarado lo que yo sospechaba ya.

—Lo sospechaba usted... Es posible. Sin embargo, maestro, habíamos tomado toda clase de precauciones para que nadie descubriera nuestro secreto. Así es más sabroso...

—¡Mala cabeza!...

Tuve que violentarme horriblemente para no llenarle de vituperios... Ardorosa curiosidad se despertó en mí, y en vez de injurias dirigíle no sé cuántas interrogaciones... ¡Qué fúnebres, qué terribles fuisteis apareciendo ante mí, noticias, antecedentes y detalles de aquel hecho! Con temor os sospeché, con es-

panto os vi confirmados. Os oí en boca del traidor, como versículos del *Dies iræ*, y a medida que ibais formando el catafalco de mi juicio completo, mi alma se cubría de luto. Tú, idea de cómo principió aquella novela de amor; tú, noticia de lo que hicieron los muy pícaros para guardarla en profundo misterio; y tú, en fin, imagen de la viva pasión de ella, os presentasteis a mi espíritu como calaveras peladas y pavorosas, ya espantándome con el mirar profundo de vuestros huecos álveos, ya erizándome el cabello con vuestro reír seco y roce de mandíbulas... En estas cosas llegábamos a mi casa, entrábamos, subíamos. ¡Muerte y materialismo! Cuando Manuel me dijo: «Está loca por mí», yo apreté tan fuertemente el pasamanos de hierro, que me pareció sentirlo ceder como blanda cera entre mis dedos.

Y en mi cuarto miré a mi discípulo, que se había sentado en mi sillón, como esperando que yo le hiciera más preguntas. Le vi como el más odioso, como el más antipático, como el más aborrecible de los seres. ¡Arrojarle de mi casa!... ¡No!, esto me habría vendido, y yo quería conservar mi máscara de invulnerabilidad... Pero sí le arrojaría con buenos modos.

—Manuel—le dije—. Esta noche tengo mucho que hacer... Un maldito prólogo para esa traducción de Spencer... Tendré que velar... Te suplico que no me distraigas, porque si empezamos a charlar se nos iría la noche tontamente.

—¿Va usted a trabajar después de comer?

—Es preciso.

—¿No sale usted?

—No.

—Pues le dejaré a usted solo... Para concluir, amigo Manso, con lo que veníamos diciendo, esto traerá cola; quiero decir que esto no es un pasajero accidente en mi vida; esto no es una aventura; esto es serio, profundamente serio.

—De modo que también tú...—le pregunté, sintiendo cierto alivio.

Se sujetó la cabeza con ambas manos, apoyando los codos en la mesa, y miró un libro abierto que por casualidad estaba allí.

—También yo—murmuró—estoy loco por ella.

Dió un gran suspiro. La luz iluminaba ampliamente su rostro un tanto pálido y excesivamente abatido.

—Es preciso declararlo todo, querido maestro. Voy a necesitar de sus consejos, de su útil amistad. Esto, que al principio tomé por pasatiempo, ha venido rodando, rodando, a ser la cosa más grave del mundo... Tengo la conciencia alborotada y la imaginación hecha un volcán... Tengo que hablar de esto con mi madre...

—Harás bien.

Como de costumbre, el gato saltó a sus rodillas. Cuando se trata de decir una cosa difícil, de esas que se resisten a venir a los labios, nada es tan socorrido, nada ayuda tanto al premioso alumbramiento como la operación maquinal de acariciar un gato. Manuel le daba pases y más pases en el lomo, y el buen animalito, con el rabo tieso y los nervios excitados, se subía por el brazo izquierdo de mi discípulo hasta rozarle con su cuerpo la cara... Y yo, deseando disimular a todo trance mi profundo interés en aquel negocio, sentía que el gato no hubiese venido a jugar conmigo, porque también—creédmelo a pie juntillas—la mejor ayuda para ocultar la agitación de nuestro ánimo es el mecánico entretenimiento de hacer fiestas a un gato.

—Vea usted..., maestro... Parece mentira cómo se van eslabonando las cosas; cómo paso a paso, de tontería en tontería, se llega a lo que parecía más lejano, más imposible...

No sabiendo que hacer, me puse a hojear un libro, y después a revolver papeles, haciendo como que buscaba un objeto perdido; y daba manotadas sobre la mesa...

—Si me hallo más comprometido de lo que parece, maestro, la culpa la tiene su hermano de usted. Por algo me fué este señor tan antipático desde que usted me presentó en su casa...

—También tú tienes unas cosas... —gruñí, por aquello de que estar completamente mudo no era propio de un buen disimular.

Cogí un papel, y como si éste fuera lo que buscaba, me puse a leerlo con fingida atención. Era el prospecto de una zapatería que no sé cómo había ido allí.

—¡Su hermano de usted!... ¡Qué punto! Entre él y la García Grande, doña

Cosa Atroz... ¿Usted sabe la que tenían armada los dos...?

—Hombre, sí—dije con murmurio, que más debía parecer gemido—. Lo sé..., pero no debemos juzgar así las intenciones.

—¿Cómo que no?... A poco más la sitian por hambre... La suerte que yo... Hace tres noches salí de mi casa decidido a armar el escándalo hache... Estaba fuera de mí, querido Manso; deseaba hacer cualquier barbaridad...

—¡Drama, violencia!..., la pasión juvenil.

Estas palabras sueltas y sin sentido salían de mí como burbujas de un líquido que hierve. Mi semblante debía de parecer una mascarilla de yeso; pero yo me ponía delante el papelucho para que Manuel no me viera, y por delante de mis ojos pasaban, cual bufones cojos, unos rengloncillos diciendo: «Botinas de *chagrin,* para señora, 54 reales», o cosa por el estilo.

—Aquella noche llevé un revólver... Yo había comprado a Melchora, la criada. Me metí en la casa... Me escondí... Si llega a presentarse su hermano de usted..., le mato...

Volví a mirar a Manuel, en cuyo rostro vi la decisión juvenil, el brío del amor y cuanto de poético y romancesco puede encerrar el espíritu del hombre. Parecióme un caballero calderoniano con su espada, chambergo y ropilla; y yo a su lado... ¡Oh genios de la ilusión, apartad la vista de mí, la figura más triste y desabrida del mundo!

—Pero mi hermano no fué...—dije.

—Le esperamos. Todos dormían. La noche estaba hermosísima. Callandito salimos al balcón. ¡Qué noche, qué cielo estrellado! ¡Qué silencio en las alturas!..., y luego las sombras entrecortadas de las calles, y el roncar de Madrid, soñoliento, enroscándose en su suelo salpicado de luces de gas... Maestro, hay momentos en la vida que...

Di una vuelta sobre mí mismo, como veleta abofeteada por el viento... Inclinéme para recoger un papel que no se había caído...

—... Hay momentos, maestro... Parece mentira que toda la esencia de la vida, Dios, la inmortalidad, la belleza, el mundo moral todo entero, la idea pura, la forma acabada, quepan en un solo vaso y se puedan gustar de un sorbo...

Se me presentaba ocasión de decir algo humorístico que aliviara mi espíritu. Así lo hice, y de mi amargura brotó esta chanza:

—Metafísico estás... y poeta de redomilla...

Debí de reírme como los que suben al patíbulo. Y haciendo como que me picaba horriblemente el cuello, me volví y me hice un ovillo para aplacar con el roce de mis dedos la comezón. Creo que me hice sangre, mientras Manuel decía:

—A la mañana siguiente volví...

—¿Con revólver?

—Se me olvidó llevarlo... La pasión me trastornaba el juicio. Ni peligros, ni obstáculos veía yo...

Como una máquina de hablar, como el frío metal del teléfono que habla lo que le apunta la electricidad, así dije yo: «Romeo y Julieta», sin saber de dónde me habían venido aquellas palabras, porque mi cerebro se había quedado vacío.

—Estuve hasta la madrugada; todos dormían. Al escaparme, ya cuando aclaraba el día, hice un poco de ruido, y salió doña Cándida, gritando:

—¡Ladrones!

Esto lo oí desde mi alcoba, adonde fuí a buscar refugio, huyendo de un vengativo impulso que brotó en mí... Casi rompo a gritar y declaro... ¡Mengua insigne para mí vender un secreto que debe bajar al sepulcro conmigo! Sudé gotas enormes, frías y pesadas como las del Monte Olivete, y en la oscuridad de mi alcoba, donde seguí haciendo el papel de que buscaba algo, me apabullé con mis propias manos, y grité en silencio de agonía: «¡Aniquílate, alma, antes que descubrirte!» Creo que di dos o tres vueltas en la oscura habitación, y transcurrió un espacio de tiempo en el cual no sé a punto fijo lo que hice, porque positivamente perdí la razón y el conocimiento de mí mismo. Recuerdo tan sólo vocablos sueltos, ideas incompletas que me escarbaban la mente, y es probable que dijera: «Ladrones..., doña Cándida... No encontrar fósforos...», o bien otros disparates por el estilo.

Cuando recobré mi juicio aparecí en el despacho, miré a Manuel... Petra, mi ama de llaves, entraba en aquel momento...

—Travesuras de gravísimas consecuen-

cias—dije con voz campanuda—. Petra, la comida.

Manuel miró su reloj y yo miré el mío.

—Yo tengo las ocho y veinte; voy adelantado.

—Yo, las ocho y siete...; voy atrasado. ¿Quieres comer?

—Gracias. Y ¿qué me aconseja usted?

—La cosa es grave... Hay que pensarlo...

Sentí que me serenaba un tanto. Declaróme él entonces algo que no sé si me fué agradable o penoso en tan crítico momento. Mis ideas estaban trastrocadas, mis sentimientos barajados en desorden; unas y otros aparecían fuera de tiempo. Anarquía loca reinaba en mi espíritu, y mi razón, hecha un ovillo, se escondía donde nadie podía encontrarla. Alegréme de ver que Manuel tenía prisa; prometíle que hablaríamos del mismo asunto otro día, y se fué...

XXXIX

QUEDÉME SOLO DELANTE DE MI SOPA

Y vi desfilar en ordenado tropel, por delante de mí, los garbanzos redondos con su nariz de pico, y después una olorosa carne estofada, a quien siguieron pasas de Málaga, bollos de no sé dónde y mostillo de no sé qué parte. No puedo, al llegar aquí, ocultar un hecho que me pareció entonces, y aun hoy me lo parece, rarísimo, fenomenal y extraordinario. Bien quisiera yo, al contar que comí, ajustarme a lo que es uso y costumbre en estos casos, es decir, suponerme desganado y con más ánimos para vomitar el corazón que para comerme un garbanzo; pero mi amor a la verdad me impone el deber de manifestar que tuve apetito y que comí como todos los días. Fuese porque almorcé poco o por otra causa, lo cierto es que hice honor a los platos. Bien se me alcanza que esto resulta en contradicción con lo que afirman los autores más graves que han hablado de cosas de amor, y aun los fisiólogos que estudian el paralelismo de las funciones corporales con los fenómenos afectivos. Pero sea lo que quiera, como pasó lo cuento, y saque cada cual las consecuencias que guste. Lo único que revelaba mi trastorno era la distracción con que comí y aquello de no saber lo que entraba por mi boca. De donde deduzco que hay mucho que hablar sobre la parte que toma el espíritu en la digestión. Punto y aparte.

En mi despacho pasé luego horas tristísimas y pesadas. No podía hallar consuelo en la lectura, ni ningún autor, por grande que fuera, lograba cautivar mi alma, apartándola de la contemplación de su desdicha. A ella se apegaba con ardiente fervor, como el fanático al dogma que idolatra. Y no había medio de separarla. Si con esfuerzos de imaginación lograba entretenerla un poco, llevándola engañada a otras esferas, ella se escapaba bonitamente, y por misteriosos caminos se volvía a su objeto... Avanzaba la noche, y cuando parecía que las energías mismas del dolor se cansaban, entróme aplanamiento de nervios y marasmo mental. Todo era entonces sensaciones fúnebres, ideas de próxima muerte... A la madrugada, excitado mi cerebro con la falta de sueño, estas ideas de muerte llegaron a ser en mí verdadera manía con su convicción correspondiente. Antojóseme que iba a amanecer muerto, y me entretenía en considerar la sorpresa que recibirían mis amigos al saber la triste nueva y el duelo que harían las personas que verdaderamente me estimaban. ¡Y yo, tranquilo, observando este duelo y aquella sorpresa desde el ámbito misterioso de la muerte! Figurábame estar absolutamente ausente de todo lo conocido hasta ahora, pero continuando conocedor de mí mismo en una esfera, región o espacio completamente privado de las propiedades generales de la Física. ¡Meditación morbosa, fiebre del vacío, yo no sabía lo que era aquello!...

Pensaba luego en las frases que emplearían los periódicos para dar cuenta de mi inopinado fallecimiento. Entre otras cosas, y después de echarme ese incienso ordinario, corriente, de fórmula, y que parece traído de la tienda, como el espliego que usa el vulgo, dirían poco más o menos: «Este triste suceso sorprendió tanto más a los amigos del señor Manso, cuanto que éste se había dedicado el día anterior a sus habituales ocupaciones en perfecto estado de salud, se había retirado a su casa a la

hora de costumbre, había comido con apetito...»

Nada, nada: el apetito que por desgracia tuve desentonaba el lúgubre cuadro que mi fantasía trazaba en aquella hora de la madrugada, propicia al delirio y a la fiebre. Sobre mi mesa se encontrarían algunas cuartillas del prólogo a Spencer que había empezado a escribir... Mis panegiristas llamarían al incompleto escrito *el canto del cisne*... Cuando pensaba en esto, cuando pensaba también que se celebraría en mi honor una velada literaria con versos y discursos, me entraban vivas ganas de no morirme, o de resucitar, si es que ya muerto estaba, para que no dieran lustre a costa mía Sáinz del Bardal y los demás poetillas, oradorzuelos y muñidores de veladas... Nada, nada, ¡a vivir!

Con estas cosas me dormí profundamente. ¡Bendito sueño, y cómo reparó mis fuerzas físicas y morales, y cómo templó todo lo que en mí estaba destemplado, y qué equilibrios restableció, y qué frescura y aplomo concedió a mi ser todo! Levantéme algo tarde, pero sintiendo en mi cabeza despejo, lucidez y mucha energía moral. Usando una figura de género místico y muy bella, aunque algo gastada por el uso de tantas manos de poetas y teólogos, diré que algún ángel había descendido a mí y consoládome durante mi sueño. Y, no obstante, yo no recordaba haber soñado nada... Si acaso, si acaso, tuve ligerísima sensación de que se celebraban veladas en honor mío.

La energía moral, cierta robustez hercúlea que advertí en mi conciencia, dábanme fuerzas físicas, agilidad, actividad... Fuí a clase: tenía deseos de explicar, y subí a mi cátedra con secreta confianza en que lo haría bastante bien. Ideas mil, vigorosas y claras, acudían a mi mente como disputándose la primacía de la verbalización. Bien, bien. Quisiera conservar lo que expliqué aquel día. Me sentí fecundo y con una facilidad de expresión que me causaba asombro:

—El hombre es un microcosmos. Su naturaleza contiene en admirable compendio todo el organismo del universo en sus variados órdenes...

Y no sólo en el desarrollo total de la vida demuestra el hombre ser como una reducción del universo, sino que a veces se ve palpablemente esto en un acto solo, en uno de esos actos que ocurren diariamente y que por su aparente insignificancia apenas merecen atención...

Existe alianza perfecta entre la sociedad y la Filosofía. El filósofo actúa constantemente en la sociedad, y la Metafísica es el aire moral que respiran los espíritus sin conocerlo, como los pulmones respiran el atmosférico.

A veces el hecho aislado, corriente, ofrece, bien analizado, un reflejo de la síntesis universal, como cualquier espejillo retrata toda la grandeza del cielo. El filósofo actúa en la sociedad de un modo misterioso. Es el maquinista interior y recatado de este gran escenario. Su misión es el trabajo constante en la investigación de la verdad.

El filósofo descubre la verdad, pero no goza de ella. El Cristo es la imagen augusta y eterna de la Filosofía, que sufre persecución y muere, aunque sólo por tres días, para resucitar luego y seguir consagrada al gobierno del mundo.

El hombre de pensamiento descubre la verdad; pero quien goza de ella y utiliza sus celestiales dones es el hombre de acción, el hombre de mundo, que vive en las particularidades, en las contingencias y en el ajetreo de los hechos comunes.

Considerada en su conjunto y unidad, la Filosofía es el triunfo lento o rápido de la razón sobre el mal y la ignorancia.

Al fin, lo que debe ser es. La razón de las cosas triunfa de todo.

Desde su oscuro retiro, el sacerdote de la razón, privado de los encantos de la vida y de la juventud, lo gobierna todo con fuerza secreta. El sabe ceder al hombre de mundo, al frívolo, al perezoso de espíritu las riquezas superficiales y transitorias, y se queda en posesión de lo eterno y profundo. Se halla colocado entre dos esferas igualmente grandes: el mundo exterior y su conciencia.

La conciencia es creadora, atemperante y reparadora. Si se la compara a un árbol, debe decirse que da flores preciosísimas, cuya fragancia trasciende a todo lo exterior. Sus frutos no son la desabrida poma del egoismo, sino un rico manjar que se reparte a todo el que tiene hambre.

Estas flores y frutos suplen en la sociedad la falta de un principio de organización. Porque la sociedad actual sufre el mal del individualismo. No hay síntesis. La total ruina vendrá pronto si no existiese el principio reconstructivo y vigilante de la conciencia...

Y tanto hablé, que concluí por sufrir ligero aturdimiento. Observé que algunos chicos bostezaban; pero otros me oían con gran atención. Algunos de éstos pedantuelos que todo lo quieren saber en un día, y son harto pegajosos y marean al profesor con preguntillas, me dijeron al salir que no habían entendido bien; a lo que respondí entre bromas y veras que ya lo irían entendiendo a fuerza de cardenales, si eran escogidos, y si no, que muy bien se podían pasar sin entenderlo. Llamaba yo escogidos a los que tienen la piel delicada para apreciar bien los palmetazos, pellizcos y carrilladas que da el próvido maestro de escuela, pues a los señores que tienen sus almas forradas, con cuero semejante al del rinoceronte, ni con disciplinas les entra una sola letra.

XL

MENTIRA, MENTIRA

Dígolo porque ahora trae mi narración cosas tan estupendas, que no las creerá nadie. Y no porque en ellas entre ni un adarme de ingrediente maravilloso, ni tenga el artificio más parte que la necesaria para presentar agradable y bien ataviada la verdad, sino porque ésta, haciéndose tan juguetona como la loca de la casa, dispuso una serie de acontecimientos aparentemente contrarios a las propias leyes de ella, de la misma verdad, con la que padecí nuevas confusiones. Empezó la fiesta por aquello de tener apetito fuera de sazón, contraviniendo todo lo que ordenan la idealidad, la finura en cosas de comer y hasta el buen gusto; después vino lo de volverme yo elocuente en mi cátedra: luego pasó una cosa muy rara: doña Javiera se me presentó en mi casa a decirme que había roto toda clase de relaciones con aquel marido provisional y temporero que llamaban Ponce. Era, según ella decía, hombre ordinario, gastador, vicioso. Tiempo hacía que la señora estaba harta de él, y al fin todo acabó. Arrepentidísima de aquella larga distracción de mal género, la señora pensaba hacerla olvidar con una vida arregladísima, de intachables apariencias. El porvenir de su hijo, que entraba en el mundo rodeado de esperanzas, así lo exigía. Ya el negocio de carnes había sido traspasado, y tal es la fuerza reparatriz del olvido, que aun la misma doña Javiera no se acordaba de haber pesado chuletas en su vida. El mundo y las relaciones hacían lo mismo.

No hay cosa que tan pronto entre en la Historia como un pasado mercantil que al huir ha dejado dinero. Observé en mi amiga visibles esfuerzos por plegar la boca, hablar bajito, escoger vocablos finos y evitar un dejo demasiado popular. Su vestido respondía bien a este plan de regeneración, que había empezado por tormento de lengua y gimnasia de laringe. Todo ello me parecía muy bien.

La señora, sumamente expansiva conmigo, me dijo que parte de su capital había sido empleado en comprar una casa, hermosa finca, allá por los holgados barrios próximos al Retiro. Se reservaba el principal y las cocheras, y alquilaría lo demás.

Yo le daría un disgusto si no aceptaba un tercerito muy mono que me destinaba, y que me alquilaría en el mismo precio del de la calle del Espíritu Santo.

—Gracias, muchas gracias..., no sé cómo pagar...

Algo más tenía que decirme la señora.

Aquellos días, encontrándose muy sola, se había entretenido en hacer pantallas de plumas, cosa bonita y vistosa, y tenía el gusto de ofrecerme una.

—¡Oh!, gracias, gracias. Está preciosísima... Vaya, que tiene usted unas manos...

Aún había más. La señora, sentándose confiadamente en mi sillón, frente al estante coronado de *padrotes*, me manifestó que no tenía límites el agradecimiento que hacia mí sentía por haber abierto en su hijo con mi enseñanza la brillante senda...

—Señora..., por Dios..., yo... No hable usted más...

Y no parecía sino que cuantos conocían a Manuel se disputaban el enalte-

cerle y abrirle paso. Ni la misma envidia, con ser tan poderosa, podía nada contra él. Se le disputaban todas las academias y corporaciones; en lo sucesivo no habría velada que no contara con él para su completo lucimiento, y ya se hablaba de dispensarle la edad para admitirle en el Congreso. Pez y Cimarra le habían ofrecido un distrito; era seguro que Manuel sería pronto un orador parlamentaro *de p y p y doble h*, y al cabo de algunos años ministro. La señora pensaba poner su nueva casa en altísimo pie de elegancia y lujo, porque...

—Ya puede usted figurarse, amigo Manso, que mi hijo tendrá que dar tes, y el mejor día se me casa con alguna hija de un título... A mí no me gustan oropeles, ni sirvo para hacer el *randibú;* como soy tan llanota...; pero no tendré más remedio que violentarme para que mi hijo no desmerezca.

Todo me parecía muy bien, incluso la persona de doña Javiera, que estaba, como dicen los revisteros de salones, hablando de las damas entradas en edad, más hermosa cada día. Allí era cierta la hipérbole. Por doña Javiera parecía que no pasaban años, y los que pasaban eran, seguramente, años negativos que iban marchando al revés de los años de todo el mundo y la aproximaban a la juventud.

La señora, que no acababa nunca de exponerme sus confianzas, dióme el encargo de explorar a Manuel para ver si descubría el motivo de que anduviera tan ensimismado por aquellos días, de que pasaba fuera de casa gran parte de la noche, cuando no toda ella, y sus melancolías, inapetencia y desabrimiento de carácter.

—Por supuesto, a mí no me la da... Esto es enamoramiento, o soy tan pava que no entiendo... Me han dicho que en la casa de su hermano de usted y en otras adonde ha ido mi Manolo, todas las pollas se morían por él, empezando por las hijas de los duques y marqueses...

Todavía le quedaba a mi vecina algo por decir; y era que cualquier cosa que se me ofreciese...

—No tiene usted más que mandarme un recadito. La verdad es, amigo Manso, que está usted muy mal servido. Esa Petra es buena mujer, pero muy torpe, y no le cabe en la cabeza la casa de un caballero. Usted necesita mejor servicio, otro tren, otro..., no sé si me explico.

—Señora, mis medios...

—Qué medios ni medios... Usted merece más; un hombre tan notable, una gloria del país no debe vivir así...

Y temiendo, sin duda, ir demasiado lejos en su delicado y solícito interés por mí, se retiró, después de convidarme a comer para el día siguiente, que era domingo.

Esto que he referido entra en la lista de las cosas que entonces me parecieron tan inverosímiles como mi apetito de la noche anterior; pero aún hubo otro fenómeno más raro, y fué que en casa de José encontré a éste y a Manuela partiendo un piñón. Creeríase, ¡Dios del cielo!, que ni la más ligera nube había empañado nunca el sol de la concordia entre marido y mujer. Ella estaba contenta; él, festivo, aunque me pareció observarle receloso y como en expectativa bajo aquel capisayo de jovialidad. A mí me trató con una dulzura que nunca empleara conmigo. Corrió a cerrar una puerta por temor a que con el aire que violentamente entraba me constipase. Aquel día todo era plácemes. El ama se portaba bien.

El médico de la familia la declaraba excelente lechera, y aunque el familión continuaba en la casa viviendo a mesa y mantel, todavía no había ocurrido ningún disgusto. Ocupadas en vestir a Robustiana con la librea de pasiega, las tres damas no hacían más que revolver telas, escoger galones y disputar sobre si sería encarnado o azul. De cualquier modo que fuese, mi adquisición habría de asemejarse mucho, luego que la vistieran, a la engalanada vaca que ha obtenido el primer premio en la Exposición de ganados.

En el momento que estuvimos solos, díjome Lica:

—No sé qué le ha pasado a José María, que está hecho un guante conmigo. Todo es «mi mujercita por aquí y por allá». Ahora quiere que hagamos viaje a París. Mira, no me alegro de hacerlo sino por traerte algún regalo, por ejemplo, un ajuar completo de tocador de hombre, como uno que he visto ayer, en que todas las piezas tienen pintado el cuerno de la abundancia... No sé, no sé; algún buen ángel ha tocado el co-

razón a José María. ¡Qué complaciente, qué amable! Pero no me fío, y siempre estoy en ascuas cuando lo veo tan *cambambero*...

Después de tal inverosimilitud, viene la más grande y fenomenal de todas las de aquel día. Esta sí que es gorda. Estoy seguro que nadie que me lea tendrá tragaderas bastante anchas para ella; pero yo la digo, y protesto de la verdad de su mentira con toda mi energía.

Pásmese el que aún tenga fuerzas para pasmarse. El absurdo es que doña Cándida me sacó dinero. ¡Se comprende que su peregrino cacumen hallara trazas y su audacia valor para pedírmelo; pero que yo se lo diera!... ¡Si me resistía yo mismo a creerlo, aunque me lo comprobaban con su elocuente vaciedad mis apurados bolsillos!... Ello fué no sé cómo, una emboscada, un lazo, un secuestro. Las circunstancias hicieron gran parte, mi debilidad lo demás. Renuncio a detallar el hecho con pormenores que suplirá el buen juicio de los que al leer se espeluznen considerando que pueden verse trotes semejantes.

Al retirarme la noche anterior, la noche fatal, prometí volver. No lo hice porque después de las confianzas de Peña me había entrado cierta repugnancia de aquella casa y de sus habitadores. Fuí cuando fuí por un vivo ímpetu de mi conciencia. Padecí mucho cuando se me presentó Irene, cuya vista renovó en mí las turbaciones pasadas; pero ya entonces tenía yo en mi espíritu fuerza poderosa con que ocultarlas. Ella estaba completamente desmejorada, repuesta ya de la fiebre, pero sufriendo sus efectos, y yo me preguntaba confuso: ¿La debilidad y la pena aumentan su belleza, o la destruyen casi por completo? ¿Está interesantísima, tal como el convencionalismo plástico exige, o completamente despoetizada? Mi desquiciamiento espiritual era causa de que por momentos la viese en el primer concepto, por momentos en el segundo. Cuando me saludó, su voz temblaba tanto que casi no entendí lo que me dijo. Vergonzosa y cohibida se sentó junto a mí y se puso a revolver una cesta de costura mientras yo me informaba de si había subido Miquis y de lo que había prescrito. Doña Cándida caracoleaba junto a los dos ferozmente amable. Con la frescura que tan bien cuadraba contra ella, le dije:

—Ahora nos hará usted el favor de dejarnos solos. Irene y yo tenemos que hablar. Estése usted por ahí fuera todo el tiempo que guste, cuanto más mejor.

—¡Qué cosas tienes!... Abur, abur. No queréis estorbos...

Y se fué riendo. Irene y yo nos quedamos solos en el gabinetito donde había muchas cosas en desorden, y otras como arrinconadas en forma condenatoria. Miré todo aquello; después, alzando los ojos a la vidriera del balcón, vi un canario en bonita y pintoresca jaula.

—Ese es obsequio especial de don José a mi tía—me dijo Irene, buscando en la conversación corriente un fácil medio de hablar sin turbarse.

—¿Y usted, qué tal se encuentra?—le pregunté, como hacen esas preguntas los médicos.

—Regular..., perfectamente...

—¿Cómo entendemos eso? ¡Regular y perfectamente!

—Es bonito este canario..., si lo oyera usted cantar...

—Como si lo oyera... A quien quiero oír cantar es a usted... Si usted me hiciera el favor de sentarse en esa butaca y contestarme a dos o tres preguntas...

—Ahora mismo, amigo Manso. Déjeme usted buscar una cosa que estaba cosiendo para mi tía. Es una bata que deshizo y volvió a armar, y luego desbarató para hacerla de nuevo. Esta es la tercera edición de la bata. Aguarde usted..., aquí tengo ya mi costura.

XLI

LA PÍCARA SE SENTÓ CON LA ESPALDA A LA LUZ

Había entornado las maderas del balcón para atenuar la viva claridad del día, y de esta manera su rostro estaba en sombra. Todos estos procedimientos denotaban su práctica en el arte del disimulo.

—Vamos a ver: ¿cuándo vió usted por primera vez a Manuel Peña?

Inclinando el rostro sobre la costura, yo no podía verla bien mientras me contestaba con humilde voz de escolar:

—Una noche, cuando entró con usted en el comedor a tomar un refresco...

—¿Habló él con usted en aquellos días?

—No, señor... Una tarde... Yo entraba del paseo con las niñas, él salía, bajaba la escalera... No sé cómo tropecé y caí.

—Una tarde... Y yo, ¿dónde estaba esa tarde?

—Se había quedado usted en el portal hablando con un catedrático amigo suyo.

—Y, poco más o menos, ¿cuándo ocurrió eso?

—Antes de Navidad... Después le vi otra vez que salía con Ruperto. El me siguió, empeñándose en hablar conmigo. Me dijo muchas tonterías. Yo iba tan sofocada; no sabía qué hacer... Al día siguiente...

—Le escribió a usted una carta, que sin duda era larga. Se la mandó a usted con la mulata. ¡Estas razas mezcladas son terribles!... A medianoche usted leyó la carta, encerrada en su cuarto...

—Es cierto—respondió sin levantar los ojos de su costura—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Y otras noches también pasó usted largas horas leyendo cartas de Manuel y contestándolas. Se acostaba usted muy tarde...

Tardó mucho la contestación, que fué un humilde «sí, señor».

—Y en las noches de gran reunión solían ustedes verse a escape en el pasillo, por algunas partes no bien alumbradas...

Con leve sonrisa me contestó afirmativamente. Y vedme ahí convertido en el hombre más bondadoso y paternal del mundo, como esos viejos componedores que salen en añejas comedias, y cuya exclusiva misión es echar bendiciones y solucionar todos los conflictos. Sin saber bien qué razones espirituales me llevaban a desempeñar este papel, me dejé mover de mi bondad, y le dije:

—Se trata aquí de un buen amigo mío y discípulo a quien quiero mucho; pero no le perdono el secreto que ha guardado en esto. Quizá haya sido usted la más empeñada en rodear de sombras sus amores... Es usted muy secretera. Hace tiempo que lo he conocido. No he sido engañado por completo. Yo observaba en usted los síntomas del trastorno, y tenía por seguro que en su vida había algo más de lo que constituye la vida ordinaria. Y para prueba de que no me engañó la maestra, voy a ayudarla en su confesión, como hacen los curas viejos con los chicos tímidos que por primera vez van al confesonario. Usted vió a Manuel, que es de los chicos más simpáticos que pueden ofrecerse a la contemplación de una joven apasionada. Ambos se agradaron, se ofrecieron con mutuo placer el regalo de las miradas, se comunicaron después por cartas, y en este comercio epistolar en que se cambia alma por alma, la de usted, que es la de que ahora tratamos, se fué empapando en ese rocío de dulzura ideal que desciende del cielo... No dirá usted que no estoy poético. Sigo adelante. Las cartas, algún diálogo corto, y por lo corto más intenso; las miradas furtivas, por lo escasas más fulminantes, iban sosteniendo en ambos la pasión primera, en la cual, quiero y debo reconocerlo, todo era ternura, honestidad, nobleza, los fines más puros y legítimos del alma humana... Las cualidades de Manuel debían de producir en usted efectos de otro orden, porque siendo él un joven de gran porvenir, y que ya ocupa excelente posición en el mundo, usted debía de sentir halagado su amor propio, debía de sentir, además, algún estímulo de ambición... ¿Por qué no declararlo francamente? La enamorada gustaría de encuadrar sus sueños amorosos dentro de un marco de positivismo...; así, así, como suena..., las cosas claritas..., y añadir a lo ideal una cosa extremadamente hermosa también, cual es ser la mujer de un hombre notable, rico y rodeado de preeminencias mundanas...

La vi acercar más la cabeza a la costura, acercarla tanto que casi se iba a meter la aguja por los ojos. De éstos se deslizó una lágrima, que fué a refrescar la séptima edición de la bata de la Calígula. Ni una palabra dijo Irene; mas con su silencio yo me envalentonaba, y seguí:

—... Todavía su espíritu de usted no había adquirido fijeza; amaba, pero sin llegar a ese efecto exaltado que no admite contradicción, y que suele proponerse el dilema de la victoria o la muerte. Pasaban días, y con las cartitas, las miradas y alguna que otra palabreja se alimentaba esa pasión, sin llegar a mayores. Pero había de llegar la crisis, el momento en que usted perdiera la

chaveta, como se suele decir, y esa crisis, ese momento vinieron con la velada, aquella famosa noche en que vió usted a su ídolo rodeado de todo el prestigio de su talento, bañado en luz de gloria... Aquella noche firmó Manuel su pacto con la suerte, abrió de par en par las puertas de su brillante porvenir... ¡Qué hermosura, Irene, qué dicha infinita suponerse unida para siempre al héroe de aquella fiesta, al orador insigne, al que ha de ser pronto diputado, ministro...!

Esta vez herí tan en lo vivo, que no fué una lágrima, sino un torrente lo que bajó a inundar la metamorfoseada bata. Irene se llevó el pañuelo a los ojos, y con voz de ahogo me dijo:

—Sabe usted... más que Dios...

—Quedamos en que aquella noche perdió usted la chaveta—añadí, bromeando—. Sigamos ahora. Desde aquel momento le entró a mi amiga el desasosiego de un querer ya indomable y abrumador. Su alma aspiraba ya con sed furiosa a la satisfacción del más ardiente anhelo. La persona querida se salía ya de los términos de persona humana para ser criatura sobrenatural. Se interesaba igualmente su corazón de usted, su mente, su fantasía proyectista. Manuel era el ángel de sus sueños, el marido rico y célebre... Me parece que me explico... Parece que estoy leyendo un libro, y, sin embargo, no hago más que generalizar... Paciencia, y hablaré un momento más. Entonces nació en usted el deseo de salir de la casa de mi hermano... ¿Me equivoco? Usted necesitaba resolver pronto el problema de su destino. Manuel se declararía más amante después de la velada, y probablemente incitaría a su amada a procurarse independencia. Usted se sintió con bríos de actividad. Su instinto de mujer, su corazón, su talento no le permitían un triste papel pasivo. Era preciso dar algunos pasos y alargar la mano para coger los tesoros que ofrecía la Providencia... Pero ahora tenemos una cosa muy singular. ¿Es la Providencia o el Demonio quien, permitiendo la trampa armada por mi hermano, le facilita a usted lo que ardientemente desea, que es salir de la casa, adquirir libertad y comunicarse fácilmente con Manuel? Al fin y al cabo, los dos deben tener cierto agradecimiento a José María, que puso esta casa, y a doña Cándida, que trajo aquí a su sobrina para repetir, confabulados, el pasaje de las tentaciones de San Antón. Usted vino a la ratonera sin sospechar lo que había en ella; usted también creyó la patraña de que mi cínife había variado de fortuna... Bueno, consigue usted su objeto; se pone al habla con Manuel, que soborna a la criada y se mete aquí. Las sugestiones de mi hermano producen momentánea contrariedad. Para vencerla me llama usted a mí. Intervengo. Quito de en medio el gran estorbo. Manuel, entre bastidores, triunfa en toda la línea. Y ahora, ¿qué queda por hacer? Manuel y usted han de decidirlo.

Esto último que dije lo dije a gritos, porque el canario empezó a cantar tan fuerte que mi voz apenas se oía. Irene se levantó alterada; no sabía qué hacer... Volvióse al pájaro, le mandó callar, y viendo que no obedecía, me dijo:

—No callará mientras no cierre el balcón.

Y diciéndolo, entornó tanto las maderas que nos quedamos casi a oscuras. Lo que quería la muy pícara era estar en penumbra para que no se le viera la alteración ruborosa de su semblante... En vez de volver a tomar la costura, que era tan sólo un pretexto para no mirarme de frente, sentóse en una banqueta que en el ángulo de la pieza estaba, y siguió el lloriqueo.

No quise hacerle por el momento más preguntas. Mi procedimiento de confesión interrogatoria y deductiva no podía ser empleado delicadamente en lo que aún restaba por declarar. En realidad, nada quedaba oculto; yo vi tan clara la historia toda, cual si la hubiese leído en un libro. La historia tenía un final triste y embrollado; mejor dicho, no tenía final, y estaba como los pleitos pendientes de sentencia. Esta podía ser feliz o atrozmente desdichada. ¿Me correspondía intervenir en ella, o, por el contrario, debería yo evadirme lindamente, dejando que los criminales se arreglaran como pudieran?... ¡Pobre Manso! O yo no entendía nada de penas humanas, o Irene esperaba de mí un salvador y providencial auxilio. Mucho tiempo pasó hasta el momento en que me dijo, sin dejar de llorar:

—Usted lo sabe todo. Parece que adivina.

Este descomedido elogio me indujo una observación sobre mí mismo. No quiero guardármela, porque es de mucho interés, y quizá explique aparentes contradicciones de mi vida. Yo, que tan torpe había sido en aquel asunto de Irene, cuando ante mí no tenía más que hechos particulares y aislados, acababa de mostrar gran perspicacia escudriñando y apreciando aquellos mismos hechos desde la altura de la generalización. No supe conocer sino por vagas sospechas lo que pasaba entre Irene y mi discípulo, y en cambio, desde que tuve noticia cierta de una sola parte de aquel sucedido, lo vi y comprendí todo hasta en sus últimos detalles, y pude presentar a Irene un cuadro de sus propios sentimientos y aun denunciarle sus propios secretos. Aquella falta de habilidad mundana y esta sobra de destreza generalizadora provienen de la diferencia que hay entre mi razón práctica y mi razón pura; la una, incapaz como facultad de persona alejada del vivir activo; la otra, expeditísima, como don cultivado en el estudio.

Todo lo que dije a Irene al confesarla, y que tanto la pasmó, fué dicho en teoría, fundándome en conocimientos académicos del espíritu humano. ¡Ella me llamaba adivino, cuando, en realidad, no mostraba más que memoria y aprovechamiento! ¡Bonito espíritu de adivinación tenía este triste pensador de cosas pensadas antes por otros; este teórico que con sus sutilezas, sus métodos y sus timideces había estado haciendo charadas ideológicas alrededor de su ídolo, mientras el ser verdaderamente humano, desordenado en su espíritu, voluntarioso en sus afectos, desconocedor del método, pero dotado del instinto de los hechos, de corazón valeroso y alientos dramáticos, se iba derecho al objeto y lo acometía!... Ved en mí al estratégico de gabinete que en su vida ha olido la pólvora y que se consagra con metódica pachorra a estudiar las paralelas de la plaza que se propone tomar; y ved en Peñita al soldado raso que jamás ha cogido un libro de arte, y mientras el otro calcula, se lanza él espada en mano a la plaza, y la asalta y toma a degüello... Esto es de lo más triste...

Sacóme de mis reflexiones Irene, que dejó de llorar para obsequiarme con nuevas lisonjas. Helas aquí:

—Usted no tiene precio... Es la persona mejor del mundo... Manuel le respeta a usted tanto, que para él no hay autoridad como la del amigo Manso... Si ahora le dice usted que es de noche se lo creerá. No hace más que lo que usted le mande.

«Te veo venir, palomita—pensé, sonriendo en mi interior—. Ahora quieres que yo te case... Temes, y lo temes con razón, que haya inconvenientes... Primero, doña Javiera se opondrá; segundo, el mismo Manuel...—estos soldados rasos son así...—, después de su triunfo y de haber tomado la plaza con tanto brío, no tendrá gran empeño en conservarla. Es de la escuela de Bonaparte... Veo, Irenita, que no pierdes ripio... ¿Conque yo mediador, yo diplomático, yo componedor y casamentero...? Es lo que me faltaba.»

Díjele esto en espíritu, que es como se dicen ciertas cosas. Y en aquel punto parecióme oír ruido en la puerta que a la sala daba. Otra prueba de mis facultades adivinatorias. Doña Cándida estaba tras las frágiles maderas oyendo lo que decíamos. Para cerciorarme, abrí la puerta. Desconcertada al verse sorprendida, la señora hizo como que limpiaba la puerta con un gran zorro que en la mano traía.

—Hoy sí que no te nos escapas, Máximo—me dijo.

—Pues qué, señora, ¿me va usted a enjaular?

—No; es que hoy tienes que quedarte a comer con nosotros.

Desde el rincón en que estaba, Irene me hizo señales afirmativas con la cabeza.

—Bueno—respondí.

—No tendrás las cosas ricas de tu casa... Dime: ¿te gustan los pichones? Porque tengo pichones.

—A mí me gusta todo.

—Ayer me han regalado una anguila; ¿te gusta?

—¿Qué más anguila que usted?

No; esto también lo dije en espíritu... Luego se tocó el bolsillo, donde sonaban muchas llaves. Yo temblé como la espiga en el tallo.

—Tengo que salir a buscar algunas cosas... Mira, Irene, te haré un pastel que a ti te gusta mucho.

Miré a Irene, que se apretaba la boca con el pañuelo, muerta de risa y con las lágrimas corriendo todavía por sus pálidas mejillas. ¡Pastel de risa y llanto, qué amargo eras!

XLII

¡QUÉ AMARGO!

—Yo tengo que salir. Melchora vendrá pronto—dijo Calígula, entrando—. Pero ¿qué tienes, niña? ¿Por qué lloras? ¿La has reñido, Máximo?... Nada, nada, tonterías. Vete a la cocina y te distraerás. ¿Harás el pastel? Mira, Máximo te ayudará, que de todo entiende... ¿Sabes lo que puedes hacer también? Sacar la vajilla, mantel, servilletas; ahí está todo, en el baúl grande. Toma las llaves. Distráete, tonta... ¿Qué es eso? ¡Ay Máximo, en diciendo que vienes tú aquí, esta joven filosófica se desconcierta!... Por supuesto, Máximo, que a ti no te gusta el cocido. Te voy a dar de comer a la francesa. ¡Verás qué bien!, una cosa atroz... Oye, Irene, la lumbre está encendida. Todo va a ser frito, asado, y nada de cazuela ni guisotes. Vamos, que ya quedará acostumbrado el mocito para volver otro día. Abur, abur. Cuidado, Irene, que al volver me lo encuentre todo arreglado.

—¡Qué cosas tiene mi tía!—me dijo Irene cuando nos quedamos solos—. Le matará a usted de hambre. Aquí no hay nada, ni tenedores... Eso que mi tía llama la vajilla son unos cuantos platos desiguales que aún están en los baúles. ¡El comedor! Falta que haya mesa para los tres. Hasta ahora hemos comido en un veladorcito de hierro que tiene una pata menos y que hay que calzarlo con una caja de galletas... Se va usted a divertir... Le juro a usted que yo preferiría mil veces comer el rancho de un hospicio a vivir más tiempo con mi tía.

No olvidaré nunca la expresión de horror, de asco, que vi en su semblante.

—Pues usted ha venido aquí por su gusto... Vuelvo a mi tema.

—Sí; pero creí venir de paso—me respondió con una decisión que me parecía nueva en ella—. Vine como se va a una estación de ferrocarril para tomar el tren.

Y luego, arrogante, altiva, como no la había visto nunca, revelándome una energía que me pasmó, me dijo:

—Créalo usted, pronto saldré de aquí, o casada o muerta.

Me dejó frío...

—Pero, en fin, Irene, será preciso que ayudemos a doña Cándida. Si no, es fácil que al levantarnos de la mesa tengamos que ir a comer a una fonda.

Echóse a reír. Hízome seña de que la siguiera. Me enseñó el comedor, que era una pieza digna de estudio. Viejo estante de libros sin cristales y con cortinillas verdes hacía de aparador; pero no se vaya a creer que allí estaba la vajilla, a no ser que por tal se conceptuaran dos avecillas disecadas, dos tinteros de cobre, una cabeza de palo semejante a la que usan los peluqueros para exhibir sus trabajos, un perro de porcelana, dos o tres platos de dudoso mérito, una zapatilla mora, un puño de espada, una ratonera y otras baratijas, que eran lo que la señora no había podido vender de sus antiguos ajuares.

—Este es el museo de mi tía—dijo Irene, burlándose—. Ahora, explaye usted sus miradas por esta suntuosa *salle à manger*. Ella dice que es del gusto de la *Reinaissance* por esas dos arquitas talladas que tiene ahí y por aquel cuadro de la cacería. Ambas cosas se hallan en tal mal estado, que nada quieren darle por ellas... Vea qué estilo nuevo de moblaje. Es moda vieja esa de sentarse en sillas para comer. Aquí nos sentamos en baúles y cajas, y ponemos la mesa, ¿dónde dirá usted?... En días de gran ceremonia, en el veladorcillo que se trae del gabinete; en días comunes, sobre una tabla que se coloca encima de los brazos de aquel sillón. Hoy es día de demasiada suntuosidad, y voy a traer la mesa de la cocina. No tema usted que haga falta allí; la cocina funciona poco en esta casa, y hoy me parece que harán el gasto los fiambres. Esto está montado a la alta escuela, amigo Manso... Aprenda usted para cuando se case...

Bien comprendía yo el horror de Irene a la casa de su tía, y aquella enérgica frase: «O muerta o...» Ella me la quitó de la boca para remacharla así:

—¿Comprende usted ahora lo que le dije hace poco? ¿Vivir así es vivir?... Y si yo no me ocupo de salvarme, de abrirme un camino, ¿quién puede hacerlo?

—¡Es verdad, es verdad!

—¡Yo he pensado tanto en esto, he cavilado tanto...! Difícil es abrirse un camino en las circunstancias mías..., una pobre chica sola, sin padres, sin guía...

Complacíame mucho verla tan expansiva.

—Ahora, si usted quiere—añadió—, vamos a traer la mesa de la cocina. Amigo, es preciso trabajar. Si no...

Llevóme a la cocina, que me sorprendió por dos cosas: por su mucha limpieza y porque no veía allí, fuera del caldero que a la lumbre estaba y que despedía rumoroso vapor, ningún síntoma, señal ni indicio de cosa comestible.

—Eso sí—observó Irene—, hay que hacer justicia a mi tía. Todo el día se lo lleva fregoteando la cocina. A ver, Manso, coja usted por ahí.

—Yo la llevaré solo... Si puedo muy bien...

—No, no, que quiero hacer ejercicio. Me gusta esto. Obedezca usted..., coja por ese lado.

Levantamos la mesa y, andando yo hacia atrás, pasito a paso, ella riendo, yo también, llevamos nuestra carga al comedor.

—Bueno... Ahora, manteles, vajilla... Hay que abrir esos baúles... Pruebe usted las llaves, pues sólo mi tía entiende bien esto. Todavía no se han vaciado los baúles en que se trajo la mudanza.

—Vengan esas llaves...; abriremos.

Después de diversas y no fáciles probaturas, abrimos los tres baúles y dimos con aquel en que la loza estaba. Fué preciso para extraerla de lo profundo sacar antes el *Año Cristiano* en doce tomos, algunas colchas, un bastidor de bordar y no sé qué más.

—Vaya, vaya..., ya tenemos platos...; la sopera...; precisamente es lo que menos se necesita...; pero venga... En fin, no está del todo mal. En lo que hay escasez es en el ramo de cubiertos... Mi tía y yo, con un par de tenedores nos arreglamos; pero no sé si nuestro convidado... ¡Ah!, sí, en el otro baúl, allí donde están las escrituras de las fincas que fueron de mi tía, los papeles viejos y documentos, debe de haber un juego de cubiertos... Y si no, en el museo está una daga que dicen es de Toledo...

Yo no podía contener la risa... Y por fin, la mesa fué puesta, y no quedó mal. El mantel limpio, recién comprado, y alguna cristalería nueva dábanle excelente aspecto.

—Ahora falta lo principal—dijo Irene—. Veremos cómo sale del paso... Será una comedia graciosa, tremenda... Fíjese usted en lo que dirá al entrar... Como si lo oyera...

Fatigada del trabajo, se sentó en una de las dos sillas que yo traje de diferentes regiones de la casa, y apoyó el codo desnudo en la mesa y la sien en puño, dedicándose a observar las rayas del mantel. Yo, en pie al otro extremo, observaba las de la bata de ella, de color claro, veraniega y tan almidonada, que por dondequiera que iba la tela tiesa producía vibraciones extrañas y una música que... Dejemos esto.

—¿Le parece a usted, le parece si esta vida, si esta casa son para desear seguir en ella?... ¿No está justificado que yo, por cualquier medio, quiera emanciparme?... Y lo más particular es que así me he criado. Pero es tan distinto mi genio, soy tan contraria a este desorden, a esta miseria, como si hubiera estado toda mi vida en palacios...

—Medios tenía usted de sobra para emanciparse, como joven de mérito. Usted no debía dudar que se emanciparía, sin precipitarse por malos caminos.

—Los caminos, amigo Manso, se nos ponen delante, y hay que seguirlos. No sé si es Dios o quién es el que los abre. Vea usted, le voy a contar...

Y no ya un codo, sino los dos, puso sobre la mesa, y vuelta hacia mí, frente a frente, a manera de esfinge, me hizo estas revelaciones, que no olvidaré nunca:

—Pues mire usted, cuando yo era chiquita, cuando yo iba a la escuela, ¿sabe usted lo que pensaba y cuáles eran mis ilusiones?... No sé si esto dependía de ver la aplicación de otras niñas o de lo mucho que quería a mi maestra... Pues bien: mis ilusiones eran instruirme mucho, aprender de todas las cosas, saber lo que saben los hombres..., ¡qué tontería! Y me apliqué tanto que llegué a tomar un barniz... tremendo... La vocación de profesora duróme hasta que salí de la escuela de institutrices. Entonces me pareció que me asomaba a la puerta del mundo y que lo veía todo, y me decía: «¿Qué puedo yo hacer aquí

con mis sabidurías?...» No, yo no tenía vocación para maestra, aunque otra cosa pareciese. Cuando habló usted con mi tía para que fuera yo a educar a las niñas de don José, acepté con gozo, no porque me gustara el oficio, sino por salir de esta cárcel tremenda, por perder de vista esto y respirar otra atmósfera. Allí descansé; estaba al menos tranquila; pero mi imaginación no descansaba...

¡Error de los errores! ¡Y yo, que juzgándola por su apariencia, la creía dominada por la razón, pobre de fantasía; yo, que vi en ella la mujer del Norte, igual, equilibrada, estudiosa, seria, sin caprichos...! Pero atendamos ahora.

—... Yo he sido siempre muy metida en mí misma, amigo Manso. Así es que no se me conoce bien lo que pienso. ¡Me gusta tanto estar yo a solas conmigo, pensando mis cosas, sin que nadie se entremeta a averiguar lo que anda por mi cabeza...! En casa de don José, yo cumplía bien mis deberes de maestra, yo ganaba mi pan; pero, ¡ay!, si supiera usted, amigo, lo que padecía para vencer mi tristeza y mi resistencia a enseñar...; ¡qué cargante oficio! ¡Enseñar Gramática y Aritmética! Lidiar con chicos ajenos, aguantar sus pesadeces... Se necesita un heroísmo tremendo, y ese heroísmo yo lo he tenido... Pero estaba llena de esperanza, confiaba en Dios, y me decía: «Aguanta, aguanta un poco más, que Dios te sacará de esto y te llevará a donde debes estar...»

¡Error, crasa y estúpida equivocación! Y yo que la tenía por... Pero chitón y oigamos.

—... ¡Y qué agradecida estaba yo al interés que usted se tomaba por mí! Pero como yo me guardaba de contarle a usted mis pensamientos, usted no me comprendía bien... Usted veía y admiraba en mí a la maestra, mientras yo aborrecía los libros; no puede usted figurarse lo que los aborrecía y lo que ahora los aborrezco... Hablo de esas tremendas Gramáticas, Aritméticas y Geografías...

¡Y yo que creía...! ¡Y para esto, santo Dios, nos sirve el estudio! Para equivocarnos en todo lo que es individual y del corazón... Yo la oía y me pasmaba de la magnitud de mis errores. Pero no me gusta declararlos y confesar mis torpezas. Al contrario, en aquel momento mostrábame agudo, pues con los datos positivos y de verdad que acababa de obtener podía filosofar otra vez a mis anchas, como lo había hecho lucidamente horas antes.

—Mire usted, Irene—le dije, empleando ese acento, esa seguridad que nunca me falta cuando generalizo—. Lo que usted acaba de decirme no me sorprende mucho. Yo, sin comprender bien lo que usted pensaba, advertía que el fondo difería bastante de la superficie. Tenemos cierta práctica en estas cosas, ¿me entiende usted? Así es que a todos los engañaría usted menos a mí... El horror a los libros de enseñanza no estaba tan bien disimulado como otros secretillos de usted más o menos tremendos. Y tanto lo creo así, que me parece podría seguir y marcar sin equivocarme la evolución, así decimos, de su pensamiento. Usted nació con delicados gustos, con instintos de señora principal, con aptitudes de esas que llamo sociales, y que constituyen el arte de agradar, de vivir bien, de conversar, de hacer honores y de recibirlos, todo con exquisita gracia y delicadeza. Faltan las condiciones atmosféricas para desarrollar esos instintos y esas aptitudes; y por lo mismo que le faltan, usted las desea, a ellas aspira, sueña con ellas..., y véase por qué inesperado camino se las depara la Providencia. Cumple usted fatalmente la ley asignada a la juventud y a la belleza; usted cae en eso que antes se llamaba las redes del amor..., cosa muy natural; pero que, a más de natural, resulta ahora oportunísima, porque... Hablemos con claridad. Si Manuel se casa con Irene, como creo, y tal es su deber, tendrá Irene lo que desea; será..., vaya usted contando: esposa de un hombre notable; señora de una excelente casa, donde podrá darse toda la importancia que quiera; dueña de mil comodidades, coche, criados, palco...

—Cállese usted, cállese—me dijo, poniéndose roja y echándose a reír y escondiendo la cara.

—No, si esto no quiere decir que vaya usted por malos caminos. Al contrario, la mayor cultura trae, generalmente, mayores ventajas en el orden moral. Será usted una excelente madre de familia, una buena esposa, una señora be-

néfica, distinguidísima, que sirva de modelo... Lucirá usted...

—Cállese usted, cállese usted...

Y la perspicacia que en época anterior me había faltado para comprenderla, la tuve entonces para ver claramente toda la extensión de sus ambiciones burguesas, tan disconformes con el ideal que yo me había forjado. En el fondo de aquellos pruritos de sociabilidad ¡había tanto de común y rutinario!... Irene, tal como entonces se me revelaba, era una persona de esas que llamaríamos de distinción vulgar, una dama de tantas, hecha por el patrón corriente, formada según el modelo de mediocridad en el gusto y hasta en la honradez, que constituye el relleno de la sociedad actual. ¡Cuánto más alto y noble era el tipo mío! La Irene que yo había visto desde la cumbre de mis generalizaciones; aquel tipo que partía de una infancia consagrada a los estudios graves y terminaba en la mujer esencialmente práctica y educadora; aquella Minerva coetánea en que todo era comedimiento, aplomo, verdad, rectitud, razón, orden, higiene...

—Lo que yo aseguro a usted—me dijo—es que mis deseos han sido siempre los deseos más nobles del mundo. Yo quiero ser feliz como lo son otras... ¿Hay alguien que no desee ser feliz? No. Pues yo he visto a otras que se han casado con jóvenes de mérito y de buena posición. ¿Por qué no he de ser yo lo mismo? Yo se lo he pedido a Dios, Manso. Para que me concediera esto, ¡he rezado tanto a Dios y a la Virgen...!

¡También santurrona!... Era lo que me faltaba ya para el completo desengaño... Horror del estudio; ambición de figurar en la numerosa clase de la aristocracia ordinaria; secreto entusiasmo por cosas triviales; devoción insana que consiste en pedir a Dios carretelas, un hotelito y saneadas rentas; pasión exaltada, debilidad de espíritu y elasticidad de conciencia: he aquí lo que iba saliendo a medida que se descubría; y sobre todas estas imperfecciones descollaba, dominándolas y al mismo tiempo protegiéndolas de la curiosidad, un arte incomparable para el disimulo, arte con el cual supo mi amiga presentárseme con caracteres absolutamente contrarios a los que tenía.

¿Dónde estaba aquel contento de la propia suerte, la serenidad y temple de ánimo, la conciencia pura, el exacto golpe de vista para apreciar las cosas de la vida? ¿Dónde aquel reposo y los maravillosos equilibrios de mujer del Norte que en ella vi, y por cuyas cualidades, así como por otras, se me antojó la más perfecta criatura de cuantas había yo visto sobre la Tierra? ¡Ay!, aquellas prendas estaban en mis libros; producto fueron de mi facultad pensadora y sintetizante, de mi trato frecuente con la unidad y las grandes leyes, de aquel funesto don de apreciar arquetipos y no personas. ¡Y todo para que el muñeco fabricado por mí se rompiera más tarde en mis propias manos, dejándome en el mayor desconsuelo!... No sé adónde habría llegado yo con mis lamentaciones internas si no apareciera doña Cándida cuando menos la esperábamos...

—¡Ay!..., ¡angelitos! Veo que habéis trabajo bien...; la mesa puesta... ¡Jesús, qué lujo! Pero ¿es verdad, Máximo, que te quedas a comer? Yo creí... Como eres tan raro, nunca has querido sentarte a mi mesa...

Irene sofocaba la risa. Yo no sé lo que dije.

—No es que no tenga qué darte. Por si comías con nosotros he traído aquí...

De un pañuelo empezó a sacar varias cosas envueltas en papeles: un trozo de pavo trufado, un pastelón, lengua escarlata, cabeza de jabalí y otros fiambres... Cuando Calígula pasó a la cocina para traer platos en que poner su compra, Irene me dijo con expresión desdeñosa:

—Ahí tiene usted a mi tía... Cuando tiene algún dinero compra fiambres y no come otra cosa. Dice que no puede perder la costumbre de las buenas comidas, y sólo cuando está en la miseria pone una olla al fuego...

Un momento después nos asomábamos Irene y yo al balcón. Había que esperar algún tiempo para que la comida estuviese dispuesta, y no sabíamos cómo pasar el rato, porque ni ella ni yo teníamos muchas ganas de hablar.

—Dígame usted, Irene—le pregunté con interés profundo—. ¿Si Manuel tuviese ahora un mal pensamiento y...?

No me dejó concluir. Respondióme con una grandísima descomposición de su semblante que anunciaba dolor y vergüenza, y después me dijo:

—Me mata usted sólo con suponerlo...

Si Manuel, ¡ay!... Me moriría de pena...

—¿Y si no se moría usted?... Se dan casos...

—Me mataría...; tengo fuerzas para matarme y volverme a matar, si no quedaba bien muerta... Usted no me conoce...

¡Y qué verdad! Pero ya empezaba a conocerla, sí.

Doña Cándida nos desconcertó presentándose de improviso para decirme:

—Te tengo una botella de champaña que me regalaron el año pasado... ¡Verás qué buena! Ya pronto comemos. Melchora ha venido ya, y al momento va a freír la carne y hacer la tortilla.

—¡Tortilla para comer..., tía!

—¿Tú qué sabes, tonta? No me gustan bazofias...; aborrezco las ollas. ¿No eres de mi opinión, Máximo?

—Sí, señora; todo lo que usted quiera...

—Dentro de un momento ya podéis venir. ¿Qué hora es?

¡Qué banquete más triste! Faltaban en él las dos cosas que hacen agradable la mesa; es decir, alegría y comida. Nos sirvió primero Melchora una desabrida tortilla, que verdaderamente no sé cómo pude pasarla. Luego vino un plato de carne, escaso y seco, al cual dió doña Cándida el retumbante apodo de *filet à la Maréchale*.

—Es riquísimo, Máximo. Aquí tienes un plato que nadie sabe hacerlo ya en Madrid más que yo...

—¡Cuando digo que se van perdiendo las tradiciones culinarias!

Irene me hacía guiños, gestos y mohines graciosísimos para burlarse de la comida de su tía y de la menguada mesa, en la cual no aparecieron ni en efigie los pichones y la anguila anunciados.

—Aquí tienes un pavo trufado—declaró Calígula—, que lo ha hecho expresamente para mí el señor de Lhardy... Luego te daré un platito a la francesa, que te gustará mucho... Vamos, destapa la botella de champaña...

—Pero, señora, si esto es sidra, y no de la mejor...

—Te digo que es del propio *Duc de Montebello*. Tú entenderás de Filosofía, pero no de bebidas.

—Pero qué..., ¿vamos a comer otra tortilla?

—Es el platito de que te hablé..., *haricots à la sauce provençale*... Lo hace Melchora a maravilla.

—Si usted me permite una franqueza, señora, le diré que esto me parece una cataplasma...; pero, en fin, se puede pasar...

—¡Mal agradecido!... Prueba este pastel... Irene, ¿no comes?... Así es todos los días: se mantiene del aire, como los camaleones.

Y, en efecto, Irene apenas comía más que pan y un poco del famoso *filet à la Maréchale*. Considerando su sobriedad, pasé a reflexionar otra vez sobre el tema eterno.

«Quién sabe—me dije—si una crítica completamente sana y fría podría llevarte a declarar que aquellas supuestas, soñadas y rebuscadas perfecciones constituirían, caso de ser reales, el estado más imperfecto del mundo... Eso de la mujer-razón que tanto te entusiasmaba, ¿no será un necio juego del pensamiento? Hay retruécanos de ideas como los hay de palabras... Ponte en el terreno firme de la realidad, y haz un estudio serio de la mujer-mujer... Estos que ahora te parecen defectos, ¿no serán las manifestaciones naturales del temperamento, de la edad, del medio ambiente?... ¿De dónde sacaste aquel tipo septentrional más frío que el hielo, compuesto no de pasiones, virtudes, debilidades y prendas diferentes, sino de capítulos de libro y de hojas de Enciclopedia? Observa la verdad palpitante, y no vengas con refunfuños de una moral de cátedra a llamar graves defectos a los que en realidad son tan sólo accidentes humanos, partes y modos de la verdad natural que en todo se manifiesta. La pasión es propio fruto de la juventud, y el arte de disimular que tanto te espeluzna es una forma de carácter adquirida en el estado de soledad en que ha vivido esa criatura, sin padres, sin apoyo alguno. Un poderoso instinto de defensa le ha dado ese arte, con el cual sabe suplir la falta de amparo natural de la familia. Este disimulo ha sido su gran arma en la lucha por la vida. Se ha defendido del mundo con su reserva. Y esa ambición que tanto te desagrada no es más que un producto del mismo desamparo en que ha vivido. Ha sabido acostumbrarse a deberlo todo a sí misma, y de ahí el prurito de emprenderlo todo por sí misma. Arras-

trada por la pasión, ha tenido flaquezas lamentables. Su agudeza y su prudencia han sido vencidas por el temperamento... Hay que considerar lo extraordinario de las seducciones con que luchaba. Enamorada, la seducía el galán de sus sueños; pobre, la seducía el joven de posición. ¡Amor satisfecho y miseria remediada! Estos grandes imanes, ¿a quién no llevan tras sí? El espíritu utilitario de la actual sociedad no podía menos de hacer sentir su influjo en ella. He aquí una huérfana desamparada que se abre camino, y su pasión esconde un genio práctico de primer orden...»

¡No sé qué más pensé! Levantéme de aquella antipática mesa, hastiado de alimentos fríos e insustanciales, de las sillas que rechinaban amenazando desbaratarse, de los cuchillos que se desprendían del mango, y de aquella anfitrionisa insoportable, cuyas farsas rayaban ya en lo maravilloso.

Irene me acompañó a la sala, nos sentamos, pero no nos dijimos nada. Caía la tarde, y nos rodeaban sombras melancólicas. La tristeza de haber estado todo el día sin ver al objeto de su cariño la tenía muda y tétrica. Y a mí me ponía lo mismo un nuevo trastorno de que fuí acometido a consecuencia de lo que arriba dije. Consistía mi nuevo mal en que al representármela despojada de aquellas perfecciones con que la vistió mi pensamiento, me interesaba mucho más, la quería más, en una palabra, llegando a sentir por ella ferviente idolatría. ¡Contradicción extraña! Perfecta, la quise a la moda petrarquista, con fríos alientos sentimentales que habrían sido capaces de hacerme escribir sonetos. Imperfecta, la adoraba con nuevo y atropellado afecto, más fuerte que yo y que todas mis filosofías.

Aquella pasión suya terminaba en flaqueza; aquella reserva interesantísima que permitía suponer siempre un más allá en los horizontes de su alma; la decisión de triunfar o morir; el mismo resabio utilitario, todo me enamoraba. Hasta su graciosa muletilla, aquella pobreza de estilo por la cual llamaba *tremendas* a todas las cosas, me encantaba. ¡Oh, cuánto más valía ser lo que fué Manuel, ser hombre, ser Adán, que lo que yo había sido, el ángel armado con la espada del método defendiendo la puerta del paraíso de la razón!... Pero ya era tarde.

Y en aquella oscuridad, a la cual llegaban tímidas luces del crepúsculo y el amarillo resplandor de los faroles públicos, la vi tan soberanamente guapa, que tuve miedo de mí mismo, y me dije: «Urge que yo salga de aquí, no sea que mi sentimiento se sobreponga a mi razón y diga o haga las tonterías de que hasta ahora, a Dios gracias, me he visto libre.» Y, en efecto, peligros noté en mí de ponerme en ridículo, si echaba fuera de mí alguna parte de la procesión que por dentro andaba. Yo me sentía mozalbete, calaverilla y un sí es no es cursi... Dije tres o cuatro frases de fórmula y me marché..., porque si no me marchaba... Casos se han visto de caracteres profundamente serios que en un momento infeliz han caído de golpe en los sumideros de la tontería.

XLIII

DOÑA JAVIERA ME ACOMETIÓ CON FUROR

Hízome temblar de espanto, porque su cólera era para mí hasta entonces desconocida, y siempre había yo visto en ella mucho ángel, afabilidad y suma tolerancia. Lo mismo fué entrar yo en la casa, a las seis del domingo, que corrió hacia mí con gesto amenazador, tomóme de un brazo, llevóme a su gabinete, cerró...

—Pero, señora...

Yo no comprendía, ni en el primer momento supe dar a sus bruscos modos la interpretación más conveniente. Creí que quería sacarme los ojos; creí después que quería sacarse los suyos. Gesticulaba como actriz de la legua, y respirando con gran fatiga, no acertaba a expresarse sino con monosílabos y entrecortadas cláusulas:

—Estoy... volada... Me muero, me ahogo... Amigo Manso, ¿no sabe usted lo que me pasa?... No resisto, me muero... ¿No sabe usted? Manuel, ¡qué pillo, qué ingrato hijo!...

—Pero, señora...

—¿Le parece a usted lo que ha hecho?... Es para matarle... Pues se quiere casar con una maestra de escuela...

Y al decir *maestra de escuela* alzaba

la voz con alarido de agonía, como el que recibe el golpe de gracia.

—... Alguna pazpuerca muerta de hambre..., ¡qué afrenta, Virgen, re-Virgen!... Parece mentira, un chico como él, tan listo, de tanto mérito... Vamos, esto es cosa de Barrabás..., o castigo, castigo de Dios... Señor De Manso, ¿no se indigna usted, no salta bufando? Hombre, usted es de piedra, usted no siente... Pero ¿usted se ha hecho cargo...? ¡Una maestra de escuela!..., de esas que enseñan a los mocosos el *pe a pa*... Si le digo a usted que estoy volada...; a mí me va a dar algo...: no sé cómo no le hice así... y le retorcí el pescuezo cuando me dijo... Ahí tiene usted un hombre perdido...: adiós carrera, adiós porvenir... ¡Jesús, Jesús! Y usted no se sulfura, usted tan tranquilo...

—Señora, vamos a comer. Serénese usted, y después hablaremos.

El criado anunció que la comida estaba dispuesta. Antes de pasar al comedor, mi vecina me dijo del modo más solemne del mundo:

—En el señor De Manso confío. Usted es mi esperanza, mi salvación.

—Yo...

—Nada, nada. Usted es para mi hijo lo que llaman un oráculo. ¿No se dice así?

—Así se dice.

—Pues si usted no le quita de la cabeza esa gansada, perderemos las amistades.

Estaba escrito que todo lo malo y desagradable de aquellos días me pasara al tiempo de comer en mesa ajena. Y la de doña Javiera se parecía bien poco a la de doña Cándida en la riqueza de los manjares y régimen del servicio. Contraste mayor no se podía ver. La mesa de mi vecina ofrecía variedad de manjares sabrosos y recargados, servidos en vajilla nueva y de relumbrón. Era festín más propio de gigantes glotones que de gastrónomos delicados. Y las consecuencias del berrinche no se conocían ni poco ni mucho en el apetito de la señora de Peña, a quien observé aquel día tan bien dispuesta como los demás del año a no dejarse morir de hambre. Lo poco que habló fué para incitarme a que me atracase, diciéndome que no comía nada, para elogiar a su cocinera y para reprender a Manuel porque hablaba demasiado alto y a todos nos aturdía. Este entró cuando ya habíamos tomado la sopa. Venía sumamente jovial. Le conocí que había visto a su víctima; mas no pude suponer dónde ni cómo. Probablemente habría sido en la misma casa caligulense, pues no era difícil para Manuel embaucar a doña Cándida y aun prescindir completamente de ella. Durante toda la comida, doña Javiera no perdía ripio para reñir a su hijo, fulminando contra él los rayos de sus bellos ojos o los de sus frases agudas y mortificantes. A mí me traía en palmitas: quería que de todo comiese, cosa imposible, y me atendía y me obsequiaba con cariñosa finura. Cuando me despedí, después de hablar un poco sobre el consabido conflicto, le dije:

—Déjelo de mi cuenta..., yo lo arreglaré.

Y ella:

—En usted confío. Dios le bendiga por su buena obra... Cada vez que lo pienso... ¡Una maestra de escuela! Estoy abochornada. ¡Qué dirá la gente!... Será cosa de no poder salir a la calle.

Y cuando al salir vi a Manuel que entraba en su cuarto, le indiqué que le esperaba en mi casa. Doña Javiera salió conmigo a la escalera, y en voz bajita, con semblante esperanzado y risueño, me dijo:

—Eso es; póngale usted las peras a cuarto. Duro con él... Dígale usted que no quiero maestras ni literatas en mi casa, y que mire por su porvenir, por su carrera... Como si no tuviera hijas de marqueses para elegir... Y lo que es yo, me muero si se casa con esa... A mí que no me venga con mimos, porque no le perdono...

—Yo lo arreglaré, yo lo arreglaré.

XLIV

MI VENGANZA

Cuando Manuel se presentó ante mí parece que tenía gran impaciencia por decirme:

—¿Ha hablado usted con mamá?

—Sí, tu mamá está furiosa. No le entra en la cabeza que te cases con Irene; y la verdad es que no le falta razón. Ahora parece que os vais a poner en pie de aristócratas, y te convendría una buena boda. Ya ves que la pobre Irene...

—Es pobre y humilde..., y yo la quiero.

El gato saltó a mis rodillas. ¡Con qué gusto lo acariciaba...!, y al compás de aquellos pases por el lomo del nervioso animal, ¡qué de pensamientos brotaban en mí, todos luminosos y cargados de razón!... Formé un plan y lo puse en práctica al instante.

—Dime con franqueza lo que piensas... Pero no me ocultes nada; la verdad, la verdad pura quiero.

—Déme usted consejos.

—¿Consejos? Venga primero lo que tú sientes, lo que deseas...

—Pues yo, querido maestro, si usted me pregunta lo que siento, le diré con toda franqueza que estoy como fuera de mí de enamorado y de ilusionado; pero si usted me pregunta si he hecho propósito de casarme, le contestaré con la misma sinceridad que no he podido adquirir todavía una idea fija sobre esto. Es una cosa grave. Por todas partes no se oye otra cosa que diatribas contra el matrimonio. Luego, tan jóvenes ambos... Hay que pensarlo y medirlo todo, amigo Manso.

—¿Tienes algún recelo—le dije, violentándome para aparecer sereno—de que Irene, esposa tuya, no corresponda a tus ilusiones, a ese tu entusiasmo de hoy?...

—Eso no, no tengo recelo... O porque la quiero mucho y me ciega la pasión, o porque ella es de lo más perfecto que existe, me parece que he de ser feliz con ella...

—Entonces...

—Además, ya ve usted..., la oposición de mi madre. Usted conoce a Irene, la ha tratado en casa de don José. ¿Qué idea tiene usted de ella?

—La misma que tú.

—¡Es tan buena, tiene tanto talento...! Nada, nada, amigo Manso, yo me embarco con ella.

—¿Crees que no te pesará?

—Me hace usted dudar.... Por Dios. Pregunta usted de un modo y da unos flechazos con esos ojos... ¡Qué sé yo si me pesará o no...! Considere usted la época en que vivimos, las mudanzas grandísimas que ocurren en la vida. Las ideas, los sentimientos, las leyes mismas, todo está en revolución. No vivimos en época estable. Los fenómenos sociales, a cuál más inesperado y sorprendente, se suceden sin tregua. Diré que la sociedad es un barco. Vienen vientos de donde menos se espera, y se levanta cada ola...

Yo meditaba.

—¡Casarme! ¿Qué me aconseja usted?...

—¿Serás capaz de hacer lo que yo te mande?

—Juro que sí—me dijo con entereza—. No hay nadie en el mundo que tenga sobre mí dominio tan grande como el que tiene mi maestro.

—¿Y si te digo que no te cases?...

—Si me dice usted que no me case —murmuró, muy confuso, mirando al suelo y poniendo punto a su perplejidad con un suspiro—, también lo haré...

—¿Y si, además de decirte que no te cases, te mando que rompas absolutamente con ella y no la veas más?

—Eso ya...

—Pues eso, eso. No te aconsejaré términos medios. No esperes de mí sino determinaciones radicales. De no casarte, rompimiento definitivo. Aconsejar otra cosa sería en mí predicar la ignominia y autorizar el vicio.

—Pero ya ve usted que eso... Renunciar, abandonar... Usted no puede inspirarme una villanía.

—Pues cásate.

—Si realmente...

—Yo concedo que por circunstancias especiales te resistas a unirte a ella con lazos que duran toda la vida. Yo convengo en que podrías considerar este cásorio como un entorpecimiento en tu carrera... Podrías aguardar a que dentro de algún tiempo, cuando tu notoriedad fuera mayor, se te presentara un partido brillantísimo, una de estas ricas herederas que se pirran porque las llamen ministras... Eres medianamente rico; pero tu fortuna no es tan considerable que puedas aspirar a satisfacer las exigencias, mayores cada día, de la vida moderna. La riqueza general crece como espuma, y las competencias de lujo llegan a lo increíble. Dentro de diez o quince años quizá te consideres pobre, y quién sabe, quién sabe si las posiciones oficiales que ocupas ofrezcan un peligro a tu moralidad. Piénsalo bien, Manuel, mira o lo futuro, y no te dejes arrastrar de un capricho que dura unas cuantas semanas. Ten por seguro que, si te dispensan la edad, entrarás en el Congreso antes de tres

meses. Al año, ya tus grandes facultades de orador te habrán proporcionado algunos triunfos. Te lucirás en las Comisiones y en los grandes debates políticos. Puede ser que a los dos años de aprendizaje seas lugarteniente de un jefe de partido o coronel de un batalloncito de dragones. De seguro acaudillarás pronto uno de esos puñados de valientes que son la desesperación del Gobierno. Te veo subsecretario a los veintiséis años, y ministro antes de los treinta. Entonces..., figúrate: un matrimonio con cualquier rica heredera española o americana remachará tu fortuna, y... no te quiero decir lo que esto valdrá para ti...

El me miraba atento y pasmado. Yo, firme en mi propósito, continué así:

—... Ahora examinemos el otro término de la cuestión. La pobre Irene... Es una buena chica, un ángel; pero no nos dejemos arrastrar del sentimentalismo. De estos casos de desdicha está lleno el mundo. La que cae, cae, y adivina quién te dió... Supongamos que tú, inspirándote ahora en ideas de positivismo, das por terminada la novela de tus amores, la rematas de golpe y porrazo, como el escritor cansado que no tiene ganas de pensar un desenlace. La víctima llorará, llorará; pero los ríos de lágrimas son los que al fin resisten menos a las grandes sequías. Al dolor más vivo dale un buen verano, y verás... Todo pasa, y el consuelo es ley del mundo moral. ¿Qué es el Universo? Una sucesión de endurecimientos, de enfriamientos, de transformaciones que obedecen a la suprema ley del olvido. Pues bien: la joven se oculta, se desmejora: pasa un año, pasan dos, y ya es otra mujer. Está más guapa, tiene más talento y seducciones mayores. ¿Qué sucede? Que ni ella se acuerda de ti, ni tú de ella. Es verdad que su pobreza la impulsaría quizá a la degradación; pero no te importe, que la Providencia vela por los menesterosos, y esa discreta y bonita joven encontrará un hombre honrado y bueno que la ampare, uno de esos solterones que se acomodan a la calladita con los restos del naufragio...

—Por vida de las ánimas—gritó Peña con ímpetu, sin dejarme acabar—, que si no le tuviera a usted por el hombre más formal del mundo creería que está hablando en broma. Es imposible que usted...

Lo que yo decía hubiera sido insigne perfidia si no fuera táctica, que mi discípulo descubrió antes de tiempo. Anticipándose a mi estratagema, me descubría lo que yo quería descubrir. No me quedaba duda de la rectitud de su corazón...

—No siga usted—exclamó, levantándose—. Yo me marcho; no puedo oír ciertas cosas...

Y yo, entonces, me fuí derecho a él, le puse ambas manos sobre los hombros, hícele caer en el asiento. Cada cual quedó en su lugar con estas palabras mías:

—Manuel, esperaba de ti lo que me has manifestado. Al suponer que yo bromeaba, veo que sabes juzgarme. No estaba seguro de tu modo de pensar, y te armé una argumentación capciosa. Ahora me toca a mí hablar con el corazón... ¿Quieres un consejo? Pues allá va... No sé cómo has esperado a pedírmelo, ni sé cómo has creído que fuera de tu conciencia hallarías la norma de conducta. Para concluir: si no te casas, pierdes mi amistad; tu maestro acabó para ti. Toda la estimación que te tengo será menosprecio, y no me acordaré de ti sino para maldecir el tiempo en que te tuve por amigo...

Me dió un abrazo. En su efusión no dijo más que esto:

XLV

MI MADRE...

—Déjala de mi cuenta... Yo la aplacaré, haciéndole ver... Ella no conoce a Irene, no sabe su mérito. Le diré que la memoria de mi madre me impone la obligación de tomar bajo mi amparo a esa pobre huérfana, de cuya familia tiene la mía antiguas deudas de gratitud... Sí, lo declaro: sépanlo tú y tu madre. La maestra de escuela es ahora mi hermana; su desgracia me mueve a darle este título, y con él, mi protección declarada, que irá hasta donde lo exijan el honor de un hombre y el decoro de una familia.

Yo me entusiasmaba, y a cada palabra me ocurrían otras más enérgicas.

—Las preocupaciones de tu madre son ridículas. Dejémonos de abolengos, pues

si a ellos fuéramos, cuán malparados quedaríais tú, tu madre y todos los Peñas de Candelario.

—Sí—gritó él con entusiasmo—, ¡abajo los abolengos!

—Y no hablemos de entorpecimientos en tu carrera... ¡Si te llevas un tesoro; si es tu futura capaz de empujarte hasta donde no podrías llegar quizá con tu talento...! Sí. ¡Que tiene ella pocos bríos en gracia de Dios! Manuel, no hagas caso de tu mamá; ten mucha flema. Doña Javiera cederá; déjala de mi cuenta.

Lo que después hablamos no tiene importancia. Quedéme solo y entre triste y alegre. Vi que lo que había hecho era bueno, y esto me daba una satisfacción bastante grande para sofocar a ratos mis penas pensando en ellas.

Y aunque doña Javiera subió aquella misma noche a preguntarme el resultado de la conferencia, no quise hablar explícitamente.

—Convencido, señora, convencido—fué lo único que le dije.

Ella insistía en que yo estaba mal cuidado en mi habitación de soltero con ama de llaves, a manera de presbítero.

—Usted no quiere seguir mi consejo, y lo va a pasar mal, amigo Manso... Esto no parece la casa de un profesor eminente. ¿Qué le pone de comer esa Petra? Bodrios y fruslerías; alimentos pobres que no dan sustancia al cerebro... ¡Si tendré que venir yo todos los días a ponerle de comer!... Luego necesita usted una casa mejor. ¡Ah!, señor mío, en la calle de Alfonso Doce estaremos bien. Yo me encargo de arreglarle a usted su cuartito y ponérselo como un primor. No, no venga usted dando las gracias... Soy muy llanota, y usted se lo merece. No faltaba más...

Estas finezas se repitieron dos o tres veces, hasta que un día, sabedora mi vecina de la resolución de su hijo y de mi consejo, se me presentó cual pantera africana, y, después de alborotar con retahila de espantables imprecaciones, se me puso delante, gesticuló mucho, pasando una y otra vez sus manos muy cerca de mis ojos, y al fin pude entender lo siguiente:

—Conque usted... Miren el falsillo, el tramposo; en vez de predicar a Manuel para quitarle de la cabeza su barbaridad, le predica para que me traiga a casa la maestra... Señor De Manso, es usted un mamarracho.

Y con la confianza que solía tomarme, correspondiendo a las suyas, me atreví a responderle:

—El mamarracho ha sido usted, señora doña Javiera, al suponer que yo podría aconsejar a su hijo cosa contraria a su honor.

—No hable usted así, que estoy volada...

—Vuele usted todo lo que quiera, pero en este asunto no me oirá usted hablar de otra manera.

—Pero, señor don Máximo..., ¿qué se ha figurado usted, que mi hijo está ahí para que me lo atrape la primera esguízara...?

—Poco a poco, señora. Por mucha que sea la nobleza de usted, no logrará hacer pasar por cualquiera cosa a mi protegida, porque sepa usted que Irene es mi protegida, hija de un caballero principalísimo que prestó a mi padre grandes servicios. Soy agradecido, y esa señorita huérfana no sufrirá desaires de ningún mocoso mientras yo viva.

—¡Eh, eh! Aquí tenemos al caballero quijotero... ¿Sabe usted que se va volviendo cargante? Mi hijo...

—Vale menos que ella.

—Vale más, más; oígalo usted: más.

Y a cada sílaba alzaba la poderosa voz. Su gritos me ponían nervioso.

—Bonito servicio me ha hecho usted... Y lo que es ahora..., de verano, amigo Manso.

—Por mi parte, de la estación que usted guste. Los chicos se casarán, y en paz.

—No le doy la licencia—exclamó doña Javiera, puesta en jarras.

—Se la dará usted.

Y, a pesar del furor de mi amiga y vecina, yo, sereno ante ella, no podía vencer cierta inclinación a tratar humorísticamente aquel grave tema.

—¡Vaya, vaya... con los humos de esta señora!... ¿Es su hijo de usted algún Coburgo Gotha?..

—No ponga usted motes, caballero. Si somos gotas o no somos gotas, a usted no le importa. Y por lo que valga, sepa que de muchas gotitas se compone el mar. No hay orgullo en mi casa, pero sí honradez.

—Pues también la hay en la mía... ¡Vaya, vaya! Cuando se lleva el niño

una verdadera joya, una mujer sin igual, un prodigio de talento, de belleza, de virtud..., hija de un caballerizo...

—¡Hija de un caballerizo!...—repitió la ex carnicera con cierto aturdimiento—, de esos monigotes que van al lado del coche real..., brincando sobre la silla... Si digo... Vivir para ver...

—Y el mejor día, sépalo usted, señora de Peña, me voy al Ministerio de Estado, revuelvo el archivo de la Cancillería y le saco a mi protegida un título de baronesa como una casa... Chúpate ésa.

—¿De veras, hombre?—dijo ella, mezclando a la cólera un grano de risa—. Conque baronesa... Algo tendrá el agua cuando la bendicen...

—Sí, señora...

—Ella será todo lo baronesa que usted quiera: pero si apuesta a fea, no hay quien la gane. No la he visto más que una vez después que es profesora... ¡Qué alones, bendito Dios! Es un palo vestido. Cosa más sin gracia no se ha visto. Parece una de esas traviatonas... No sé cómo mi niño ha tenido el antojo...

—Ha tenido muy buen gusto. La que lo tiene perverso es usted.

—No me gustan las personas sabias... ¡Una licenciada, qué asco! La sabiduría es para los hombres; la sal, para las mujeres.

Diciendo esto, parecíame algo desenojada.

—Siga usted, siga usted—me dijo—elogiando a su ahijada. Es de las que destetaron con vinagre... Si la veo entrar en mi casa, creo que me da un repelón...

—No será usted tan fiera... La admitirá usted, y al poco tiempo la querrá muchísimo.

—¿De veras?...—exclamó con dejo chulesco—. Voy viendo que el señor catedrático no ha inventado la pólvora y es primo hermano del que asó la manteca.

—Qué le hemos de hacer... Por de pronto, me hará usted el favor de mandar a su criada que me planche dos camisas. Petra está mala...

—¡Ay!, sí, señor—respondió con oficiosa solicitud, levantándose.

—Otro favorcito..., aquí tengo mi americana, a la cual le faltan botones...

—Sí, sí, sí. Venga.

Empezó a dar vueltas por la habitación como buscando quehaceres.

—Más favorcitos. Aquí tengo unas camisas que no recibirían mal un cuello nuevo.

—¡Ya lo creo! Venga.

—Y aquí me tiene usted hoy, sin saber lo que he de comer...

—¡Virgen, no faltaba más! Baje usted..., o le mandaré lo que guste...

—Bajaré... Hoy no me vendría mal que subiera una chica y arreglara un poco esto... La pobre Petra...

—Subiré yo misma. ¿Qué más?

—Que es preciso dar licencia a Manuel.

La risa, la complacencia, su deseo anhelante de servirme, luchaban con su inexplicable orgullo; pero me hacía gracia oírle decir, entre risueña y enojada:

—No me da la gana... ¡Pues me gusta!...

—Vaya, que sí lo hará usted.

—Me llevo esto.

Recogía mi ropa con diligencia y la examinaba con ojos de mujer hacendosa

—Subiré en seguida... Traeré una de las chicas para que me ayude. ¡Virgen, cómo está esta casa! Pero verá usted, verá usted qué pronto la ponemos como el lucero del alba.

Y desde la puerta me miró de un modo particular.

—Aquello..., aquello—le grité.

—Que no me da la gana... Usted tiene ganas de oírme. El buen señor es pesadito...

XLVI

¿SE CASARON?

¡Pues ya lo creo! ¿No habían de casarse, si esto era la solución lógica y necesaria? Conciencia y naturaleza lo pedían con diversos gritos. Yo tuve empeño particular en conseguirlo. Agradecida a mí debía de vivir la tórtola profesora toda su vida, pues sin el pronto auxilio del buenazo de Manso es seguro que no hubiera podido realizarse el salvamento que se deseaba. Porque, indudablemente, Manuel Peña estaba indeciso aquella noche que le amonesté, y si era poderosa su pasión, también lo eran sus perplejidades, sus preocupaciones y la influencia que sobre él tenían amigotes casquivanos y su amante mamá. Así, tengo el orgullo de haber resuelto, en sentido del bien y con sólo cuatro

palabras apuntadas al corazón, aquel difícil pleito. No me gusta elogiarme, y sigo mi narración... Pero como no quiero atropellar los acontecimientos, retrocedo un poco para decir que no habían pasado veinte minutos desde que partió mi vecina, diciendo aquello de *pesadito,* etc., cuando sonó la campanilla.

Una criada.—La señora, que baje usted a ver unos muebles.

—Bueno, allá voy, que me estoy vistiendo.

Al poco rato, tilín...

—La señora, que haga usted el favor de bajar a ver unas cortinas.

Era que la de Peña, ocupada en hacer compras para arreglar su nueva casa, no se decidía en la elección de cosa alguna sin previa consulta conmigo. Yo era para ella el resumen de toda la humana sabiduría en cuanto Dios crió y dejó de criar. Mayormente en cuestiones de gusto, mis caprichos eran leyes.

Bajé. Toda la sala estaba llena de muebles de lujo, comprados en famosas tiendas, y un francés tapicero presentaba muestras de cortinajes, portieres y telas diversas.

—¿Qué le parece, señor De Manso? A ver, decida usted... Estas sillotas, ¿no son demasiado grandes? Esto para el Papa será bueno. ¡Qué cosas inventan! ¿Pues y estas otras que parecen de alambre? Si me siento en ellas, ¡adiós mi dinero!... Y todo desigual; cada pieza es de diferente forma y color. A mí me gustan cosas que hagan juego... Estas cortinas, señor De Manso, parecen de tela de casullas; pero la moda lo manda...

Sobre todo di mi opinión, y la señora, muy complacida, renunció a comprar algunos objetos de dudoso gusto, a los cuales puse mi veto.

—Si quiere usted darse una vuelta por la nueva casa, amigo don Máximo... —me dijo más tarde—. Porque yo no sé lo que harán los pintores si no hay una persona de gusto que les diga..., pues... Yo mandé que en el comedor me pintaran muchas liebres, codornices muertas y algún ciervo difunto. No sé lo que harán. Dicen que ahora se adornan los comedores con platos pegados en el techo. Antes, los platos se usaban para comer. No entiendo esas modas nuevas. Usted me aconsejará. Lo mejor es que se plante usted en la casa y lo dirija todo a su gusto... Eso; resuelva a su antojo y quite y ponga lo que le parezca... Me figuro que en los salones será moda también colgar las sillas del techo..., y poner las arañas en el suelo... Mire usted, señor De Manso, se me ocurre una cosa. Esta tarde no tiene usted nada que hacer. ¿Vámonos a la casa nueva? Ahora me van a traer el coche que he comprado. Lo estreno hoy, lo estrenaremos; usted me dirá si es de buen gusto, si tiene los muelles blanditos y si los caballos son guapetones... Verá usted qué casa, aunque aquello está todo revuelto y lleno de yeso y basura. Virgen, ¡qué calma la de esos pintores y estuquistas! Ya ve usted: aquí he tenido que meter todos los muebles, y está la sala tan atestada, que no se puede dar un paso en ella. ¿Conque vamos allá?

A todo accedí. La señora fué a vestirse. Al poco rato me mandó llamar para que viese una bata que le probaba la modista.

—Me parece muy bien, señora. Le cae a usted que ni...

—Que ni pintada. Eso ya lo sabía yo... A mí todo me cae bien. ¿No es verdad, Mansito? Todavía doy yo quince y raya a más de cuatro farolonas que van por ahí.

Y al quitarse la bata probada, quedó la señora un poco menos vestida de lo que es uso y costumbre, sobre todo delante de caballeros extraños.

—¡Eh! No se vaya usted, hombre: confianza, confianza. Ya saben todos que no soy gazmoña. ¿Qué se me ve? Nada. Ya estaba usted enterado de que por mis barrios...

Al decir *por mis barrios,* se pasaba suavemente las manos por los hermosos, blancos y redondos hombros. Y continuó la frase así:

—... no se usan almacenes de hueso... Eso se deja para ciertas sílfides que yo me sé... ¡Qué alones! En fin, no quiero enfadarme.

Vistióse prontamente.

—Lo que es sombrero—me dijo, mirándome como si se mirara al espejo—, no pienso ponérmelo. Mi cara no pide teja..., ¿no es verdad?... Venga la mantilla, Andrea... Date prisa, mujer, que está el señor catedrático esperando.

Decidido a complacerla, la acompañé,

estrenando coche y dándonos mucho tono por aquellas calles de Dios. Yo me reía, y ella también. Por el camino, la conversación ofrecióme oportunidad para decirle algo de la famosa licencia, y al oírme se enfadó, aunque no tanto como antes, alzando demasiado la voz.

—Vamos, que me está usted buscando el genio... Pues le tengo fuertecillo. Si vuelvo a oír hablar de la maestra... ¿A que mando parar el coche y le pongo a usted en medio del arroyo?...

En la casa vi horrores. Había puertas pintadas de azul, techos por donde corrían ciervos, angelitos dorados en los zócalos, vidrios de colores por todas partes, papeles de follaje verde con cenefa de amaranto, bellotas de plata en las jambas, rosetones con ninfas tísicas o hidrópicas, cisnes nadando en sulfato de hierro, y otras mil herejías. Para la extirpación general de ellos habría sido preciso un gran auto de fe. Era tarde ya, y sólo pude disponer algo que remendara y corrigiera el daño, pero sin dejar de hacer a mi vecina cumplidos elogios del decorado de su suntuosa vivienda.

También estuvimos a ver la que me destinaba, que me pareció muy bonita. Doña Javiera hizo la distribución previa, anticipándose a mis gustos y deseos.

—Aquí, el despacho; la librería, en este testero; allí, la cama del señor De Manso, bien resguardada del aire y lejos del ruido de la escalera; acá, el lavabo. Voy a ponerle tubería con grifo, para más comodidad... Asomémonos. Estas sí que son vistas. Cuando usted sienta la cabeza pesada de tanto estudiar, se asoma al mirador y se traga con los ojos todo el Retiro. Desde aquí puede mi señor catedrático hacer el amor a la ermita de los Angeles, que se ve allá lejos, y discutirá a bramidos con el león del Retiro.

En verdad, yo estaba profundamente agradecido a mi cariñosa providente vecina. No pude menos de manifestárselo así... Pero en cuanto tocaba, aunque de soslayo, la temida cuestión, ya estaba la señora hecha un basilisco. No obstante, al día siguiente encontréla más amansada. Ya no decía *la maestra de escuela*, sino *esa pobre joven*... Por la tarde, cuando la señora y sus criadas estaban arreglando mi cuarto, volví a la carga; y me dijo, sin irritarse:

—Es usted más sobón... ¡Lo que usted no consiga con su machaca, machaca, no lo consigue nadie!... Pero no, no me dejo engatusar... No hablemos más de ello. Si sigue usted, me vuelo...

—Pero, señora...

—Callarse la boca. Si me enfado, cojo el zorro..., y por la puerta se va a la calle.

Me amenazaba con echarme de mi propia casa. Y parecía que había tomado posesión de ella, mirándola como suya, y disponiendo de todo a su antojo. No podía quejarme, porque, con pretexto de la enfermedad de Petra, que estaba medio baldada, doña Javiera y sus criadas habían puesto mi casa como el oro. Nunca había visto en derredor mío tanto arreglo y limpieza. Daba gusto ver mi ropa y mis modestos ajuares. En varias partes de la casa, sobre la chimenea y en mi lavabo, sorprendí algunos objetos de lujo y de utilidad que no me pertenecían. La señora de Peña los había subido de su casa, obsequiándome discretamente con ellos.

A medida que su amabilidad me proporcionaba nuevas ocasiones de complacerla, disminuían sus *voladuras* con motivo de la licencia, y al fin tuve tal maña para agradarla y complacerla, ora dándole dictamen sobre sus aprestos de lujo, ora dejándome cuidar y atender, que una tarde me dijo:

—Para no oírle más, Mansito..., que se casen... Lo que usted no consiga de mí... Tiene usted la sombra de Dios para proteger niñas.

XLVII

NO ME DEJABA A SOL NI A SOMBRA

Bendiciones mil a mi cariñosa vecina, que, sin duda, se había propuesto hacerme agradable la vida y reconciliarme con lo humano. ¡Ley de las compensaciones, te desconocerán los que arrastran una vida árida en las estepas del estudio; pero los que una vez entraron en las frescas vegas de la realidad...! Abajo las metafísicas, y sigamos.

Fatigadillo estaba yo una mañana, cuando... tilín. Era Ruperto, que me pareció más negro que la misma usura.

—Mi ama, que vaya luego...

—Ya me cayó que hacer. ¿Qué ocurre? Voy al instante.

Hallé a Lica muy alarmada porque en el largo espacio de tres días no había ido yo a su casa. En verdad era caso extraño; me disculpé con mis quehaceres, y ella me puso de ingrato y descastado que no había por donde cogerme.

—Pues verás para lo que te he llamado, chinito. Es preciso que acompañes a don Pedro...

—¿Y quién es don Pedro?

—¡Ay, qué fresco! Es el padre de Robustiana, ese señor tan bueno... Es preciso que le busques papeleta para ver la Historia Natural.

—¡Qué más Historia Natural que él y toda su familia!

—No seas sencillo. Es un buen sujeto Acompáñale a ver Madrid, pues el buen señor no ha visto nada. A uno de los chicos hay que colocarlo...

—A todos los colocaremos... en medio de la calle.

—¡Chinchoso! El ama es muy buena. Máximo, buena mano tuviste... ¡Si no hay otro como tú!...

—¿Y José María?

—¿Ese? Otra vez en lo mismo. Ya no se le ve por aquí. Parece que lo del marquesado está ya hecho.

—Saludo a la *señá* marquesa.

—A mí..., esas cosas...

No obstante su modestia y bondad, lo de la corona le gustaba. La Humanidad es como la han hecho, o como se ha hecho ella misma. No hay nada que la tuerza.

—Yo quiero mi tranquilidad—añadió—. José María está cada vez más *relambido*...; pero con unas ausencias, chinito... Ya se acabó lo de la Comisión de melazas, y ahora entra lo de la Comisión de mascabados.

A poco vimos aparecer a mi hermano, y lo primero que me dijo, de muy mal talante, fué esto:

—Mira, Máximo, tú, que has traído aquí esa tribu salvaje, a ver cómo nos libras de ella. Esto es la langosta, la filoxera; no sé ya qué hacer. Me vuelven loco. También tú tienes unas cosas... El uno pide papeletas, y me va a buscar al Congreso; la otra pide destinos para sus dos lobatos... En fin, encárgate tú, que los trajiste, de sacudir de aquí esta plaga.

—Los pobres—murmuró Lica—, son tan buenos...

—Pues ponedlos en la calle—indiqué yo.

—¡No, no, que se le retira la leche! —exclamó, con espanto, Manuela—. Habla bajo, por Dios... Pueden oír...

Hablando bajito, quise dar una noticia de sensación, y anuncié la boda de Manuel Peña. Manuela se persignó diferentes veces. Mi hermano, atrozmente inmutado, no dijo más que:

—Ya lo sabía.

Disimulaba medianamente su ira tomando un periódico, dejándolo, encendiendo cigarrillos. Después, como al ir a su despacho tropezara en el pasillo con el célebre don Pedro, que, sombrero en mano, le pedía no sé qué gollería, montó en súbita cólera, sin poder contenerse...

—Oiga usted, don Espantajo, ¿cree usted que estoy yo aquí para aguantar sus necedades? A la calle todo el mundo; váyase usted al momento de mi casa, y llévese toda su recua...

¡Dios mío, la que se armó! El titulado don Pedro o tío Pedro, pues sólo mi cuñada le daba el *don*, dijo que a él no le faltaba nadie; su digna esposa se atrevió a sostener que ella era tan señora como la señora; los chicos salieron escapados por la escalera abajo, y Robustiana empezó a llorar a lágrima viva. Muerta de miedo estaba Lica, que casi de rodillas me pidió que pusiera paz en aquella gente, y librara a mi ahijado de un nuevo y grandísimo peligro. En tanto, sentíamos a José María dando patadas en su cuarto, en compañía de Sáinz del Bardal, a quien llamaba idiota por no sé qué descuido en la redacción de una carta.

«Al fin se le hace justicia», pensé, y no tuve más remedio que amansar a don Pedro y a su mujer, diciéndoles mil cosas blandas y corteses, y llevándoles aquella misma tarde a ver la Historia Natural. A los chicos tuve que comprarles botas, sombreros, petacas y bollos. Lica hizo un buen regalo a la madre del ama. Yo llevé al café, por la noche, al hotentote del papá; y por fin, al día siguiente, con obsequios y mercedes sin número, buenas palabras y mi promesa formal de conseguir la cartería y estanco del pueblo para el hijo mayor, logramos empaquetarlos en el tren, pagándo-

les el viaje y dándoles opulenta merienda para el camino.

¡Cuándo acabarían mis dolorosos esfuerzos en pro de los demás!

«Esto es una cosa atroz—dije para mí, parodiando a doña Cándida—. Bienaventurado el que enciende una vela a la caridad y otra al egoísmo.»

XLVIII

LA BODA SE CELEBRÓ

Era un martes... Como me agrada poco hablar de esto, lo dejaré por ahora. Algo hay, anterior al acto de la boda, que no merece el olvido. Por ejemplo: doña Cándida, enterada de los proyectos de Manuel por éste mismo, vió los cielos abiertos, y en ellos, un delicioso porvenir de parasitismo en casa de los Peñas. Con todo, no podía contravenir mi cínife la ley de su carácter, que exigía farsas extraordinarias en aquella ocasión culminante, y así, había que verla y oírla el día en que fué a casa de Lica «a desahogar su pena, a buscar consuelos en el seno de la amistad...»

Porque la sola idea de que iba a vivir separada de la inocente criatura la llenaba de congoja. ¿Qué sería de ella ya, a su edad, privada de la dulce compañía de su queridísima sobrina..., única persona que de los García Grande quedaba ya en el mundo? Pero el Señor sabía lo que se hacía al quitarle aquel gusto, aquel apoyo moral... Nacemos para padecer, y padeciendo, morimos... Por supuesto, ella sabía dominar su pena y aun atenuarla, considerando la buena suerte de la chica. ¡Oh!, sí, lo principal era que Irene se casara bien, aunque su tía se muriera de dolor al perder la compañía... ¡Y que no lloraría poco la pobre niña al separarse de ella para irse a vivir con un hombre!... Era tan tímida, tan apocadita... Una cosa no le gustaba a mi cínife, y era el origen poco hidalgo de Peña. Reconocía las buenas prendas de Manuel, su talento, su brillante porvenir; pero, ¡ay!, la carne, la carne... Irene se casaba con uno de los tres enemigos del alma. No se puede una acostumbrar a ciertas cosas, por más que hablen de las luces del siglo, de la igualdad y de la aristocracia del talento... En fin, una cosa atroz, y la señora, que por bondad y tolerancia trataría a Manuel como un hijo, estaba resuelta a no tragar a doña Javiera, porque, realmente, hay cosas que están por encima de las fuerzas humanas... Ella transigía con el chico; pero con la mamá..., ¡imposible! ¡Si al menos no fuera tan ordinaria...! ¡Quia! No podía, no podía vencer Calígula sus escrúpulos..., o, si se quiere, dígase preocupaciones. Tenía los nervios muy delicados, la sensibilidad muy exquisita para poder sufrir el roce con ciertas personas... No, cada uno en su casa, y Dios en la de todos...

Por lo demás, excusado es decir que todo cuanto la señora de García Grande tenía era para su sobrina. Hasta las preciosidades y objetos raros y artísticos, que conservaba como recuerdo de la familia, pensaba cedérselos... ¿Para qué quería ella nada ya?... Maravillas tenía aún en sus cofres, que harían gran papel en la casa de los jóvenes esposos... Y el sobrante de sus rentas..., también para ellos. ¡Válgame Dios!, su sobrina necesitaría de ella más que ella de su sobrina, y ocasión había de llegar en que la señora sacara a Irene de algunos apuritos.

Oyendo esto, Lica se puso triste, y la *niña Chucha* se secó una lágrima. Quedóse a almorzar doña Cándida, y desde aquel día reanudó la serie de sus visitas diarias a la casa, entrando en una era de parasitismo, que no acabará ya sino con la funesta existencia de aquel monstruo de los enredos y cocodrilo de las bolsas.

Yo me había propuesto no ver más a Irene, porque, no viéndola, estaba más tranquilo; pero un día se empeñó Manuel en llevarme allá, y no pude evitarlo. La que fué maestra de niños y después lo había sido mía en ciertas cosas, se alegró mucho de verme, y no lo disimulaba. Pero su gozo era de orden de los sentimientos fraternales, y no podía ser sospechoso al joven Peñita, que, a su modo, también participaba de él. Hablamos largo rato de diversas cosas: ella me mostraba la variedad y extensión de sus imperfecciones, encendiendo más en mí, al apreciar cada defecto, el vivo desconsuelo que llenaba mi alma... Habló de mil tonterías graciosas, y cada una de éstas era como afilada saeta que me traspasaba. Su frívolo gozo recaía go-

ta a gota sobre mi corazón como ponzoña...

Un gran escozor sentía yo en mí desde el famoso descubrimiento; sospechaba y temía que Irene, dotada, indudablemente, de mucha perspicacia, conociese el apasionamiento y desvarío que tuve por ella en secreto, con lo cual y con mi desaire, recibido en la sombra, debía de estar yo a sus ojos en la situación más ridícula del mundo. Esto me acongojaba, me ponía nervioso. A ratos me decía: «¿Qué haré yo para quitarle de la cabeza esa idea? Y de que tiene tal idea no me cabe duda... Es más lista que Cardona, y sabe más que todos los tragadores de bibliotecas que existimos en el mundo. Imposible, imposible que dejara de comprender mi... Y si lo comprendió, ¡cómo se reirá del pobre Manso, cómo se reirán los dos en la intimidad de sus soledades deliciosas! Si me fuese posible arrancarle ese pensamiento, o al menos sembrar en su mente otros que, al crecer, lo ahogaran y comprimieran...»

Y ella, cuando hablaba conmigo, bondadosa hasta no más, me miraba con ojos que a mí me parecían llegar hasta lo más lejano y escondido de mi ser. Luego tenían sus labios una sonrisita irónica que confirmaba mi temor y me inquietaba más. Cuando me miraba de aquel modo, yo creía oírla hablar así en su interior: «Te leo, Manso; te leo como si fueras un libro escrito en la más clara de las lenguas. Y así como te leo ahora, te leí cuando me hacías el amor a estilo filosófico, pobre hombre...»

Pensar esto y sentir que subía toda la sangre a mi cerebro, era todo uno. Buscaba coyuntura de destruir, aunque fuera con sofismas, la *tremenda* idea de mi amiga, y al fin... No sé cómo vino rodando la conversación. Creo que Peñita dijo que yo debía casarme. Ella lo apoyó. Vi el único cabello de una feliz ocasión; me agarré a él.

—¡Casarme yo!... No he pensado nunca en tal cosa... Los que nos consagramos al estudio vamos adquiriendo desde la niñez el endurecimiento... Quiero decir, que nos encontramos curas sin sospecharlo... La rutina del celibato acaba por crear un estado permanente de indiferencia hacia todo lo que no sea los goces calmosos de la amistad.

Poco seguro de la idea, yo no podía encontrar bien tampoco las frases.

—Porque... llegamos a no conocer otro sentimiento que el de la amistad... Es que el estudio toma para sí todas las fuerzas afectivas, y nos apasionamos de una teoría, de un problema... La mujer pasa a nuestro lado como un problema que pertenece a otro mundo, a otra rama del saber y que no nos interesa. He intentado a veces cambiar la constitución de mi espíritu, incitándole a beber en los manantiales de donde para otros afluyen tantas corrientes de vida, y no he podido conseguirlo... Ni quiero ni me hace falta. Me considero en la falange del sacerdocio eterno y humano. También el celibato es humano, y ha servido en todos los siglos para demostrar las excelencias del espíritu.

¿Conseguí algo con estas paparruchas? Buscando mayor efecto, hablé con Irene del tiempo en que ella daba lecciones a mis sobrinitas y del cariño paternal que me había inspirado. Ya se ve..., la semejanza de nuestras profesiones, el compañerismo... Nada, nada, no pasaba.

Yo la veía mirarme, y podía jurar que decía para sí: «No cuela, Mansito, no cuela. Conste que perdiste la chaveta como el último de los estudiantes, y ahora, ni con toda la filosofía del mundo me has de hacer creer otra cosa. Las maestras de escuela sabemos más que los metafísicos, y éstos no engañan ya a nadie más que a sí mismos.»

XLIX

AQUEL DÍA ME PUSE MALO

¡Qué casualidad! Me refiero al día de la boda. Yo no quise ir... Convengamos en que me entró un fuerte pasmo que me retuvo en cama. Llovía mucho. Del cielo caía una tristeza gris en hilos fríos que susurraban, azotando el suelo. Por doña Javiera, que subió a verme, cuando concluyó todo, supe que no había ocurrido nada de particular, más que la obligada ceremonia, los latines, la curiosidad de los concurrentes, el almuerzo en la casa nueva y la partida de los dichosos para no sé dónde... Creo que para Biarritz, o para Burgos, o Burdeos. Ello era cosa que empezaba con B. La paradita no hace al caso. Me levanté

en seguida, completamente restablecido, con asombro de doña Javiera, que me notificó su resolución de vivir desde el siguiente día en la nueva casa. Hablamos de Irene, y mi vecina me confesó que empezaba a serle agradable, que yo tenía quizá razón al elogiarla, y que, si su hijo era feliz, poco le importaba lo demás. Contóme que a Manolo le miraban todas las chicas con envidia... ¡Vanidad materna que no hacía daño a nadie! Después de almorzar se habían ido los dos solos a la estación, en su coche, tan bien agasajaditos, entre pieles... ¡Manolo estaba tan guapo!... Valía infinitamente más que ella. *Manolo daba la hora*. La pícara maestra debía de tener más talento que Merlín, porque había sabido pescar al muchacho más bonito y de más mérito de todas las Españas.

¡Virgen, y cuánto lloró doña Cándida!... Mi hermano José también había cogido un pasmo aquel día, y no pudo ir. Estaba la *señá* marquesa, Lica por otro nombre, con su mamá y hermana y, además, otras muchas personas notables. Lo de la notabilidad no se me alcanzaba, y así lo manifesté con mal humor a mi vecina. Ella insistió en designar como eminencias a todos los concurrentes; discutimos, y yo concluí diciéndole:

—¿Apostamos a que estaba también el negro Ruperto?

—Y bien guapo; parecía una persona servida en tinta de calamares... Eso; búrlese usted...; ya verá, don Máximo, ir gente grande a mi casa, cuando Manolo empieze a figurar, y demos *tees*... Será aquello un pueblo...

No recuerdo cuánto más charló su expedita, incansable lengua. Para consolarse de su soledad, empezó a disponer la mudanza desde aquel día. Aprovechando dos que estuve de expedición en Toledo con varios amigos, la misma doña Javiera hizo la mudanza de todos mis muebles, libros y demás enseres, con tanta diligencia y esmero, que al volver encontré realizada la instalación y ocupé sin molestia de ningún género mi nueva vivienda. En realidad, yo no tenía con qué pagar tantos beneficios y aquella creciente adhesión, que parecía salirse ya de los comunes términos de la amistad. Y como, por desgracia, mi antigua sirvienta seguía paralizada de una pierna y de la otra no muy sana, mi casa continuaba en manos de la señora de Peña, que a todo atendía con extremada solicitud, dando motivo a murmuraciones de maliciosos amigos y vecinos. Yo me reía de estas picardihuelas, y un día hablé francamente de ellas.

—Déjeles usted que hablen—me dijo con menos desparpajo del que solía tener, antes bien algo turbada—. Riámonos del mundo. A usted no le hacen los honores que merece, ni le aprecian en lo que vale... Pues a mí me da la gana de hacerlo y de traer a mi señor don Máximo a qué quieres boca. Es justicia, nada más que justicia, y estoy por decir que es indemnización...; ¿se dice así? Estas palabras finas me ponen siempre en cuidado por temor de soltar una barbaridad...

Lo que mi vecina me dijo me afectó mucho, hízome pensar y sentir, y ha quedado por siempre grabado en mi memoria. ¿Provenía su afecto de esa admiración secreta, inexplicable, que suele despertar en la gente ordinaria el hombre dedicado al estudio? He visto raros y notabilísimos ejemplos de esto. Doña Javiera había puesto en circulación un extraño apotegma: *La sabiduría es la sal de los hombres*. Cualquiera que fuese el sentido de tal dicharacho, yo atribuía los obsequios de mi vecina a su temperamento un tanto acalorado, a su sensibilidad caprichosa, que tomaba vigor de la renovación de los afectos. Por eso me decía yo: «Le pasará esto, y llegará un día en que no se acuerde de mí.» Pero no pasaba, no; por el contrario, la veía yo buscando la intimidad, y apropiándose cada vez mayor parte de todo lo mío, principalmente en los órdenes moral y doméstico, que son la llave de la familiaridad. Y acostumbrado a su blanda compañía, a su diligente cooperación en todo lo más importante de mi vida, llegué a considerar que si me faltaba la amistad fervorosa de mi vecina, había de echarla muy de menos. Por eso, insensiblemente arrastrado, me dejaba llevar por la pendiente, sin ocuparme de calcular adónde llegaría.

No quiero dejar de contar ahora el regreso de Manuel y su esposa, después de haberse divertido de lo lindo en su excursión de amor. Según me dijo doña Javiera, no se les podía aguantar de empalagosos y amartelados. Tanto se ha-

bían hartado de la famosa miel. En conciencia, yo deseaba que les durara aquel dulce estado lo más posible. Irene me pareció más guapa, más gruesa, de buen color y excelente salud. Doña Javiera, que todo lo confiaba, me dijo un día:

—Parece que hay nietos por la costa. En cuanto yo vea que los menudea, pongo casa aparte. No quiero hospicios en la mía.

Irene me trataba siempre con la consideración más fina. Aunque nada debía sorprenderme, yo me admiraba de verla tan conforme al tipo de la muchedumbre, de verla cada vez más distinta, ¡Dios mío!, del ideal... Pues ¿no se dió a organizar, con otras señoras, rifas benéficas y funciones y veladas para sacar dinero y emplearlo en hospitalitos que no se acaban nunca? También la vi presidiendo una Junta de señoras postulantes, y su marido me dijo que le gastaba algún dinero en novenas y festejos eclesiásticos. Para que nada faltase, un domingo por la tarde la vi graciosamente ataviada de negra mantilla, peina y claveles. Iba a los toros, y, preguntándole yo si se divertía en esa fiesta salvaje, me contestó que le había tomado afición y que, si no fuera por el triste espectáculo de los caballos heridos, se entusiasmaría en la plaza como en ninguna parte...

Sentencia final: era como todas. Los tiempos, la raza, el ambiente, no se desmentían en ella. Como si lo viera...: desde que se casó no había vuelto a coger un libro.

Pero hagámosle justicia. En su casa desplegaba la que fué maestra cualidades eminentes. No sólo había introducido en la mansión de los Peñas un gusto desconocido, teniendo que sostener más de una controversia con su suegra, sino que también supo mostrarse altamente dotada como una señora de gobierno. Con esto y su tacto exquisito, unas veces cediendo, otras resistiendo, supo conquistar poco a poco el afecto de su mamá política. Tenía, sin género de duda, grandes dotes de manejo social y arte maravilloso de tratar a las personas. Manuel empezó a recibir en su salón, por las noches, a varias personas de viso y a otras que aspiraban a serlo.

Cómo trataba Irene a los distintos personajes; cómo atraía a los de importancia; cómo embaucaba a los necios; cómo sacaba partido de todo en provecho de su marido, era cosa que maravillaba. Yo veía esto con pasmo, y doña Javiera estaba asustada.

—Es de la piel del diablo—me dijo un día—. Sabe más que usted.

¡Verdad más grande que un templo y que todos los templos del mundo! Lo más gracioso es que doña Javiera, que siempre había dominado a cuantos con ella vivían, fué poco a poco dominada por su nuera... Casi, casi le tenía cierto respeto parecido al miedo. A solas, la señora y yo hablábamos de las recepciones de Irene, y nos hacíamos cruces.

—Esta nació para hacer un buen papel.

—Buena adquisición la de Manolito, ¿no lo dije?

—Como siga así y no se tuerza...

—¡Oh! Si ella es buena, es un ángel...

Y a veces nos consolábamos mutuamente con tímidas murmuraciones.

—Veremos lo que dura. No me gustan tantos tes, tanto recibir, tanto exhibirse.

—Pues ni a mí tampoco... Quiera Dios...

—Se ven unas cosas...

¡Execrable ligereza la nuestra! Ella y él se amaban tiernamente. El amor, la juventud, la atmósfera social cargada de apetitos, lisonjas y vanidades, criaban en aquellas almas felices la ambición, desarrollándola conforme al uso moderno de este pecado, es decir, con las limitaciones de la moral casera y de las conveniencias. Esto era natural, como la salida del sol, y yo haría muy bien en guardar para otra ocasión mis refunfuños profesionales, porque ni venían al caso, ni hubieran producido más resultado que hacerme pasar por impertinente y pedante. Las purezas y refinamientos de moral caen en la vida de toda esta gente con una impropiedad cómica. Y no digo nada tratándose de la vida política, en la cual entró Manuel con pie derecho desde que recibió de sus electores el acta de diputado. Mi discípulo, con gran beneplácito de sus enemigos y secreto entusiasmo de su esposa, entraba en una esfera en la cual el devoto del bien, o se hace inmune, cubriéndose con máscara de hipócrita, o cae redondo al suelo, muerto de asfixia.

I

¡QUE VIVAN, QUE GOCEN! YO ME VOY

Para ellos vida, juventud, riquezas, contento, amigos, aplausos, goces, delirio, éxito...; para mí, vejez prematura, monotonía, tristeza, soledad, indiferencia, tormento y olvido. Cada día me alejaba más de aquel centro de alegrías, que para mí era como ambiente impropio de mi espíritu enfermo. Me ahogaba en él. Además de esto, cada vez que veía delante de mí a la joven señora de Peña, mujer de mi discípulo, aunque no discípula, sino más bien maestra mía, me entraba tal congoja y abatimiento que no podía vivir. Y si por acaso la conversación me hacía encontrar en ella un nuevo defectillo, el descubrimiento era combustible añadido a mi llama interior. Cuanto menos perfecta, más humana, y cuanto más humana, más divinizada por mi loco espíritu, al cual había descuiciado para siempre de sus fijos polos aquel fanatismo idolátrico, bárbara adoración hacia un fetiche con alma. Todos los días buscaba mil pretextos para no bajar a comer, para no asistir a las reuniones, para no acompañarlos a paseo, porque verla y sentirme cambiado y lleno de tonterías y debilidades era una misma cosa. El influjo de estos trastornos llegó a formar en mí una nueva modalidad. Yo no era yo, o por lo menos, yo no me parecía a mí mismo. Era, a ratos, sombra desfigurada del señor Manso, como las que hace el sol a la caída de la tarde, estirando los cuerpos cual se estira una cuerda de goma.

—¿Pero qué tiene usted?—me dijo un día doña Javiera.

—Nada, señora; yo no tengo nada. Por eso precisamente me voy. Entre dos vacíos, prefiero el otro.

—Se queda usted como una vela.

—Esto quiere decir que ha llegado la hora de mi desaparición de entre los vivos. He dado mi fruto y estoy de más. Todo lo que ha cumplido su ley desaparece.

—Pues el fruto de usted no lo veo, amigo Manso.

—Es posible. Lo que se ve, señora doña Javiera, es la parte menos importante de lo que existe. Invisible es todo lo grande, toda ley, toda causa, todo elemento activo. Nuestros ojos, ¿qué son más que microscopios?

—¿Quiere usted que llame a un médico?—me dijo la señora muy alarmada.

—Es como si cuando una flor se deshoja y se pudre llamara usted al jardinero. Coja usted unas tijeras y córteme. Ya la luz, el agua, el aire, no rezan conmigo. Pertenezco a los insectos.

—Vaya usted a tomar baños.

—De eternidad los tomaré pronto.

—Nada, nada; yo llamo a un médico.

—No es preciso; ya siento los efectos del gran narcótico; voy a tomar postura...

Doña Javiera se echó a llorar. ¡Me quería tanto! Aquel mismo día vino Miquis, acompañado de un célebre alienista, que me hizo varias preguntas a que no contesté. Cuando los vi salir, me reí tanto, que doña Javiera se asustó más y me manifestó de un modo franco el vivísimo afecto con que me honraba. Yo la oía cual si oyera un elogio fúnebre pronunciado en lo alto de un púlpito y enfrente de mi catafalco... Y tal era mi anhelo de descanso, que no me levanté más. Prodigóme sin tasa mi vecina los cuidados más tiernos, y una mañana, solitos los dos, rodeados de gran silencio ella aterrada, yo sereno, me morí como un pájaro.

El mismo perverso amigo que me había llevado al mundo sacóme de él, repitiendo el conjuro de marras y las hechicerías diablescas de la redoma, la gota de tinta y el papel quemado, que habían precedido a mi encarnación.

—Hombre de Dios—le dije—, ¿quiere usted acabar de una vez conmigo y recoger esta carne mortal en que, para divertirse, me ha metido? ¡Cosa más sin gracia...!

Al deslizarse de entre sus dedos, envuelto en llamarada roja, el sosiego me dió a entender que había dejado de ser hombre.

Los alaridos de pena que dió mi amiga al ver que yo había partido para siempre, despertaron a todos los de la casa; subieron algunos vecinos, entre ellos Manuel, y todos convinieron en que era una lástima que yo hubiera dejado de figurar entre los vivos... Y también me iba en mi nuevo ser, que tuve más lástima de ellos que ellos de mí, y hasta me reí viéndolos tan afanados por mi ausencia. ¡Pobre gente! Me lloraban fa-

milia y amigos, y algunos de éstos fueron a las redacciones de los periódicos a dedicarme *sentidas frases*. En cuanto lo supo Sáinz del Bardal, agarró la pluma y me enjaretó, ¡ay!, una elegía, con la cual yo y mis colegas del Limbo nos hemos divertido mucho. Aquí llegan todas estas cosas y se aprecian en su verdadero valor.

A mi hermano, Lica, Mercedes, doña Jesusa y Ruperto les duró la aflicción que sé yo cuántos días. Manuel se puso tan amarillo, que parecía estar malo; Irene derramó algunas lágrimas y estuvo dos semanas como asustada, creyendo que asomar me veía por las puertas, levantar las cortinas y pasar como sombra por todos los sitios oscuros de la casa. Ni que la mataran, entraba de noche sola en su cuarto. ¡También supersticiosa!

Pero todos se fueron consolando. Quien se quedó la última fué mi doña Javiera del alma, tan buena, tan llanota, tan espontánea. Según datos que han llegado a mi noticia, más de una vez fué a visitar el sitio donde está enterrado el que fué mi cuerpo, con una piedra encima y un rótulo que decía que yo había sido muy sabio.

De doña Cándida sé que oyó algunos centenares de misas, y que siempre que entraba en casa de Peña, donde diariamente desempeñaba el papel de langosta en los feraces campos, me había de nombrar, suspirando, para mantener vivo el recuerdo de mis virtudes. A mi noticia ha llegado, por no sé qué chismografía de serafines, que no se puede calcular el dinero que le han dado para misas por mi reposo, el cual dinero suma tanto, que si se aplicara por los demás, ya estaría vacío el Purgatorio. De las casas de mi hermano y de Peña saca la señora, con estos giros de ultratumba, mediana rentilla para ayudarse. No necesito decir que todos los que estamos aquí celebramos el fecundo ingenio de Calígula.

Y a medida que el tiempo pasa se van olvidando todos de mí, que es un gusto. Lo más particular es que de cuanto escribí y enseñé apenas quedan huellas, y es cosa de graciosísimo efecto en estas regiones el ver que, mientras un devoto amigo o ferviente discípulo nos llama en plena sesión de cualquier academia el *inolvidable Manso*, si se va a indagar dónde está la memoria de nuestro saber, no se encuentra rastro ni sombra de ella. El olvido es completo y real, aunque el uso inconsiderado de las frases de molde dé ocasión a creer lo contrario. Diferentes veces he descendido a los cerebros—pues nos está concedida la preciosa facultad de visitar el pensamiento de los que viven—, y, metiéndome en las entendederas de muchos que fueron alumnos míos, he buscado en ellos mis ideas. Poco, y no de lo mejor, ha sido lo descubierto en estas inspecciones encefálicas y para llegar a encontrar ese poco y malo, ha sido preciso levantar, con ayuda de otros espíritus entremetidos, los nuevos depósitos de ideas más originales, más recientes, traídas un día y otro por la lectura, el estudio o la experiencia.

De conocimientos experimentales he hallado grandísima copia en Manuel Peña. Lo que yo le enseñé apenas se distingue bajo el espeso fárrago de adquisiciones tan luminosas como prácticas obtenidas en el Congreso y en los combates de la vida política, que es la vida de la acción pura y de la gimnástica volitiva. Manuel hace prodigios en el arte que podríamos llamar de mecánica civil, pues no hay otro que le aventaje en conocer y manejar fuerzas, en buscar hábiles resultantes, en vencer pesos, en combinar materiales, en dar saltos arriesgados y estupendos. También he dado una vuelta por el vasto interior de cierta persona, sin encontrar nada de particular, más que el desarrollo y madurez de lo que ya conocía. En cierta ocasión sorprendí una huella de pensamiento mío, de algo mío, no sé lo que era, y me entró tal susto y congoja, que huí como alimaña sorprendida en inhabitados desvanes. Después vine a entender que era un simple recuerdo frío, mezclado de cálculo aritmético. Por el teléfono que tenemos me enteré de esta frase:

—No, tía; ya no más misas. Decididamente borro ese renglón.

Rara vez hacía excursiones hacia la parte donde está el pensar de mi hermano José. No encontraba allí más que ideas vulgares, rutinarias y convencionales. Todo tenía el sello de adquisición fresca y pegadiza, pronta a desaparecer cuando llegara nueva remesa, producto insípido de la conversación o lectura de

la noche precedente. Como etiqueta de un frasco, estaba allí el lema de *Moralidad y economías*. José no pensaba más, ni sabía hablar de otra cosa.

Como si hubiera encontrado la piedra filosofal, se detiene aún en aquel punto supremo de la humana sabiduría. ¡Moralidad y economías! Con esta receta ha reunido en torno suyo un grupo de somnámbulos que le tienen por eminencia, y lo más gracioso es que entre el público que se ocupa de estas cosas sin entenderlas ha ganado mi hermano simpatías ardientes y un prestigio que le encamina derecho al Poder. ¿Será ministro? Me lo temo. Para llegar más pronto, ha fundado un periodicazo, que le cuesta mucho dinero y que no tiene más lectores que los individuos del grupo somnambulesco. Sáinz del Bardal lo dirige y se lo escribe casi todo, con lo cual está dicho que es el tal diario de lo más enfadoso, pesado y amodorrante que puede concebirse. De los grandes atracones que ha tomado el miasmático poeta para cumplir su tarea, contrajo una enfermedad que le puso en la frontera de estos espacios. Cuando lo supimos se armó gran alboroto aquí y nos amotinamos todos los huéspedes, conjurándonos para impedirle la entrada por cuantos medios estuvieran en nuestro poder. Dios, bondadosísimo, dispuso alargarle la vida terrestre, con lo que se aplacó nuestra furia y los de por allá se alegraron. Propio de la omnipotente sabiduría es saber contentar a todos.

Un día que me quedé dormido en una nube, soñé que vivía y que estaba comiendo en casa de doña Cándida. ¡Aberración morbosa de mi espíritu, que aún no está libre de influencias terrestres! Desperté acongojadísimo, y hubo de pasar algún tiempo antes de recobrar el plácido reposo de esta bendita existencia, en la cual se adquiere lentamente, hasta llegar a poseerlo en absoluto, un desdén soberano hacia todas las acciones, pasos y afanes de los seres que todavía no han concluído el gran *plantón* del vivir terrestre, y hacen, con no poca molestia, la antesala del nuestro.

¡Dichoso estado y regiones dichosas estas en que puedo mirar a Irene, a mi hermano, a Peña, a doña Javiera, a Calígula, a Lica y demás desgraciadas figurillas con el mismo desdén con que el hombre maduro ve los juguetes que le entretuvieron cuando era niño!

FIN DE
«EL AMIGO MANSO»

EL DOCTOR CENTENO

(1883)

NOTA PRELIMINAR

CADA *vida es una novela. El dicho es antiguo y muy vulgar. Cada vida es una novela. Cada persona es el protagonista de su vida. La vida tiene su división en capítulos—años o peripecias—. Cuando se inicia no se sospecha su desenlace. Por ello el interés de las vidas es novelesco. Creemos, sin embargo, falso el dicho. La verdad es que cada vida es una serie* de esbozos de novelas. *Esbozos sin conexión muchos de ellos. Esbozos abortados unos, otros malogrados, algunos incongruentes. Cuando leemos una obra de una vida, la realidad no es sino la narración de uno de esos esbozos. Pero de esa vida quedan muchos cabos sueltos que el más ingenioso autor no logra anudar artísticamente al hilo escogido como más interesante. Esos cabos sueltos son otros tantos esbozos que pudieron, cada uno de ellos, servir de hilo esencial. El mayor mérito del creador estriba en que el lector olvide, interesado en seguir ese hilo elegido a capricho, los otros hilos abandonados caprichosamente. Lo cual es empresa ardua, casi nunca llevada con éxito absoluto.*

Viene esta disquisición a combatir a cuantos críticos han observado—recalcando la observación como falta flagrante de Galdós narrador—que El doctor Centeno *no es una novela propiamente dicha. Porque en la obra se apuntan—se esbozan—varias novelas, ninguna de las cuales se concluye* de manera redonda, *según aconseja la preceptiva. En puridad, en* El doctor Centeno *los esbozos de novela son tres: las peripecias de* Celipín—*que sirven de pespunte más bien de las otras dos—, las andanzas del canónigo Polo y las malaventuras del soñador Alejandro Miquis.*

No comprendemos el grave reparo de la crítica. Si nos atenemos a la admirable definición que de la novela de Stendhal—«es un espejo paseado a lo largo de un camino»—, es fácil comprender que la novela—sin dejar de serlo—recoge, como el espejo, algo continuado, o una sucesión de cosas, a voluntad de la mente o de la mano. Pero cualquier aspecto que recoja... será de vida. Vida inexorable. Lo que cabe admitir es que la crítica afirme de El doctor Centeno *que es una serie de esbozos de novela. Y en verdad, eso es. Con cada esbozo pudo tramarse una narración que mereciera el título de novela íntegra. Galdós, por una vez, creyó oportuno escribir acerca de la Vida lo que la Vida tiene: vidas, es decir, conjuntos de esbozos de novelas. Por ello, creemos nosotros que de* El doctor Centeno *fluyen la realidad y el realismo con mayor naturalidad, con gracia más genuina. Y es que el autor no ha tenido que encauzarlos* en un sentido único, *con miras* a un único efecto. *Dejándolos saltar aquí y allá y desbordarse por cualquier parte, lo que pierden de su fuerza de emoción lo ganan con la falta de todo artificio o amaño. Leyendo* El doctor Centeno *podremos exclamar: Nada se reduce ni se concreta. Pero nos será preciso reconocer que lo mismo pasa en cualquier vida; en la*

nuestra, sin ir a fijarnos en otra. Y no por eso cada vida pierde su inmenso interés novelesco. Porque casi es más importante dejar colgado a cada lector de mil interrogantes o enmarañado en mil conjeturas, a no que cierre el libro sabiendo a qué atenerse por completo *y despojado de todo linaje de apuros.*

A Celipín Centeno *le conocemos de otra novela de Galdós:* Marianela. *Chico despejado, audaz, hijo de los obreros de* Socartes *que recogieran a la infeliz Marianela, decidió largarse de su lugar a la conquista del mundo, con la mira puesta en instruirse y por ese medio elevarse en la escala social. A* Celipín, *para iniciar su hombrada, Marianela le dió las pocas pesetas que guardaba en su hucha. Con ellas pudo llegar a su Villa y Corte, Eldorado entrevisto en sueños, Pizarro él capaz de descubrirlo y explotarlo a conciencia. Pero en Madrid el dinero no está al alcance de cualquier mano. Y, además, todo hay que aclararlo, no hay mucho. Y para el poco que hay, las manos que se lo disputan ya son garras unguladas, impías.* Celipín *es un niño. La suerte—la mala—le zarandea, le zancadillea, le estruja. Cuando empieza a instruirse en la escuela regentada por el inflexible pedagogo Ido del Sagrario—militante en la eficacia del viejo aforismo* «La letra con sangre entra»—, *más que la afición a la sabiduría le llega el resquemor de la palmeta, que le pone las nalgas como tomates, los carrillos como pimientos, los ojos con llamaradas, la frente mojada de un sudor de agonía... y todo él—mísero y miserable—picazón, escozor, cosquilleo, latidos precipitados, ardor, suplicio de carne y huesos. Cuando empieza a maliciarse en la escuela de costumbres que es la existencia dura del desamparado, los vicios y malicias de los demás se le adelantan en la acción y suben el corazón a la boca y le bajan el alma a los pies.* Celipín *no encuentra la piedra lisa de arroyo para poner en la honda con que David niño tiró patas arriba al gigante Goliat. Y, claro está, el gigante le trinca y le tunde. ¡Pobre* Celipín! *Los pocos seres que le protegen son, como él, si no de edad, niños de alma, infelices a fin de cuenta, impotentes por cualquier lado que se los mire... El poeta Alejandro Miquis, lleno de ilusiones por un drama suyo:* El grande Osuna, *que no se estrenará nunca; don Florencio Morales y Temprado, conserje del Observatorio Astronómico; el monomaníaco don Jesús Delgado, el* autoepistológrafo; *Cienfuegos, el eterno aspirante a médico; don Leopoldo Montes, andaluz, medio empleado, medio pretendiente... Con tales protectores* Celipín *se aleja poco a poco, tristemente, de sus sueños de sabiduría. Se convierte en el escudero de Miquis, en el recadero de todos. Entra... Sale... Va... Viene... De prisa... Con prisas... Aperreado. Y andrajoso. Hambriento. ¡Pobre* Celipín, *el doctorcillo de* pega! *Aun cuando, a su pesar, lo vaya siendo con notas sobresalientes en la añagaza, en la trapisondilla, en la trapatiesta...*

Imposible mayor ternura que aquella con que Galdós toca a su desdichada criatura. Cabe preguntar: Si tanto teme herirla, ¿cómo la deja en trabajos tan lamentables? Pero..., ¡bah!, esta misma pregunta podríamos hacérsela a Dios cuando mueve con los dedos de seda de su misericordia el sino trágico de sus criaturas. ¡Dejemos libres a los creadores, de interrogaciones, cuando menos impertinentes! ¡Si sabrán ellos lo que se traen entre manos!

PRIMERA PARTE

I

INTRODUCCIÓN A LA PEDAGOGÍA

I

Con paso decidido acomete el héroe la empinada cuesta del Observatorio. Es, para decirlo pronto, un héroe chiquito, paliducho, mal dotado de carnes y peor vestido con que cubrirlas; tan insignificante, que ningún transeúnte, de estos que llaman personas, puede creer, al verle, que es de heroico linaje y de casta de inmortales, aunque no esté destinado a arrojar un nombre más en el enorme y ya sofocante inventario de las celebridades humanas. Porque hay, ciertamente, héroes más o menos talludos que, mirados con los ojos que sirven para ver las cosas usuales, se confunden con la primera mosca que pasa o con el silencioso, común e incoloro insectillo que a nadie molesta y ni siquiera merece que el buscador de alimañas lo coja para engalanar su colección entomológica... Es un héroe más oscuro que las historias de sucesos que aún no se han derivado de la fermentación de los humanos propósitos; más inédito que las sabidurías de una Academia, cuyos cuarenta señores andan a gatas todavía, con el dedo en la boca, y cuyos sillones no han sido arrancados aún al tronco duro de las caobas americanas.

Esto no impide que ocupe ya sobre el regazo de la madre Naturaleza el lugar que le corresponde, y que respire, ande y desempeñe una y otra función vital con el alborozo y brío de todo ser que estrena sus órganos. Y así, al llegar al promedio de la cuesta, a trozos escalera, a trozos senda mal empedrada y herbosa, incitado sin duda por los estímulos del aire fresco y por el sabroso picor del sol, da un par de volteretas, poniendo las manos en el suelo, y luego media docena de saltos, agitando a compás los brazos como si quisiera levantar el vuelo. Desvíase pronto a la derecha y se mete por los altibajos del cerrillo de San Blas; vuelve a los pocos pasos, vacila, mira en redondo, compara, escoge sitio, se sienta...

Es un señor como de trece o catorce años, en cuyo rostro la miseria y la salud, la abstinencia y el apetito, la risa y el llanto han confundido de tal modo sus diversas marcas y cifras, que no se sabe a cuál de estos dueños pertenece. La nariz es de estas que llaman socráticas; la boca, no pequeña; los ojos, tirando a grandes; el conjunto de las facciones, poco limpio, revelando escasas comodidades domésticas y ausencia completa de platos y manteles para comer; las manos son duras y ásperas como piedra. Ostenta chaqueta rota y ventilada por mil partes, coturno sin suela, calzón a la borgoñona, todo lleno de cuchilladas, y sobre la cabeza greñosa, morrión o cimera sin forma, que es el más lastimoso desperdicio de sombrero que ha visto en sus tenderetes el Rastro.

De aquellos incomprensibles bolsillos del chaquetón saca mi hombre, a una mano y otra, diversas cosas. Por este agujero aparece un pedazo de chocolate; por aquella hendidura asoma un puro de estanco; por el otro repliegue déjanse ver sucesivamente dos zoquetes de empedernido pan; de aquel jirón, que el héroe sacude, caen o llueven seis bellotas y algunos ochavos y cuartos; más abajo se descubre un papelillo de fósforos; por entre hilachas salen tres plumas de acero, un trozo de lápiz, higos pasados, un periódico doblado, con los dobleces rotos y ennegrecidos... Aparta con diligente mano aquellos objetos que hasta ahora no se consideran digestivos, desenvuelve y tiende sobre el suelo el periódico a modo de mantel, y sobre él va poniendo los varios artículos de comer y fumar. Se coloca bien, echando una pierna a cada lado del papel; quita, pone, clasifica, ordena, se recrea en su banquete y lo despacha en dos credos.

No se meterá el historiador en la vida

privada, inquiriendo y arrojando a la publicidad pormenores indiscretos. Si el héroe usa una de las plumas de acero, como tenedor, para pinchar un higo; si se lleva a la boca con gravedad el pedazo de pan, mordiendo en él con limpieza y buena crianza; si hay, en suma, en su alborozado espíritu un gracioso prurito de *comer como los señores*, ¿por qué se ha de perder el tiempo en tales niñerías? Más importante es que el historiador, con toda la tiesura, con toda la pompa intelectual que pide su oficio, se remonte ahora a los orígenes de aquella propiedad y escudriñe de dónde proceden las bellotas, de dónde el fiero cigarrote, los higos, el pan y demás provisiones, con lo cual, si sale airoso de su empresa y lo descubre todito, se acreditará de sabio averiguante, que es lo mejor para tener crédtio y laureles sin fin. Llevado de su noble anhelo, baraja papeles, abofetea libros, estropea códices, destripa legajos, y al fin ofrece a la admiración de sus colegas los siguientes datos, preciosa conquista de la sabiduría española:

A 10 de febrero de 1863, entre diez y once de la mañana, en la Ronda de Embajadores, fué mi hombre obsequiado con bellotas por una vendedora de aquel artículo, de otro que llaman cacahuete, de papelillos de fósforos y avellanas. Veintitrés mil razones se emplean para demostrar la probabilidad de que esta esplendidez fuera recompensa de uno o de varios servicios, quizá recados a la vecina, ir a comprar dos libras de jabón o traer un saco de ropa desde el lavadero de las Injurias. Y de igual modo aparecen sacadas de la oscuridad de los tiempos pretéritos la procedencia de las demás vituallas y del cigarro, si bien en esto último hay dos versiones, igualmente remachadas con poderosa lógica. ¿Se lo encontró en la calle? ¿Se lo dió Mateo del Olmo, sargento primero de artillería montada?... Basta. Esta sutil erudición no es para todos, por lo cual la suprimimos. Adelante.

Después de comer como los señores, piensa mi hombre que fumarse ricamente un puro es cosa también muy conforme con el señorío. ¡Lástima no tener fósforos de *velita* para echar al viento la llama y encender, a estilo de caballero, en el hueco de la mano! El héroe coge el cigarro, lo examina sonriendo, le da vueltas, observa la rígida consistencia de las venas de su capa, admira su dureza, el color verdoso de la retorcida hierba, toda llena de ráfagas negras y de costumbres y cicatrices como piel de veterano. Parece, por partes, un pedazo de cobre oxidado, y por partes longaniza hecha con distintas sustancias y despojos vegetales Y ¡cómo pesa! El héroe lo balancea en la mano. Es soberbia pieza de a tres... ¡Fuego!

Un papelillo entero de mixto se consume en la empresa incendiaria; pero al fin el héroe tiene el gusto de ver quemada y humeante la cola del monstruo. Este se defiende con ferocidad de las quijadas, que remedan los fuelles de Vulcano. Lucha desesperada, horrible, titánica. El fuego, penetrando por los huecos de la apretada tripa, abre largas minas y galerías, por donde el aire se escapa con imponentes bufidos. Otras partes del monstruo, carbonizadas lentamente, se retuercen, se esparranclan, se dividen en cortecillas foliáceas. Durísima vena negra se defiende de la combustión y asoma fiera por entre tantas cenizas y lavas... Pero el intrépido fumador no se acobarda y sus quijadas sudan, pero no se rinden. ¡Plaf! Allá te va una nube parda, asfixiante, cargada de mortíferos gases. Al insecto que coge me lo deja en el sitio. Síguele otra que el héroe despide hacia el cielo como la humareda de un volcán; otra que manda con fuerza hacia el Este. El Ocaso, el Norte son infestados después. ¡Con qué viril orgullo mira el valiente las espirales que se retuercen en el aire limpio! Luego le cautiva y embelesa el fondo de país suburbano que se extiende ante su vista, el cual comprende el Hospital, la Estación, fábricas y talleres remotos, y, por fin, los áridos oteros de los términos de Getafe y Leganés. No lejos de las últimas construcciones se nota algo que brilla a trechos entre los pelados chopos, como pedazos de un espejillo que se acaba de romper en las manos de cualquier ninfa ribereña. Es el río, que debe su celebridad a su pequeñez, y su existencia a una lágrima que derramó, sin duda, San Isidro al saber que estos arenales iban a ser corte y cabeza de las Españas. El héroe mira todo con alegría, y después escupe.

Contempla la mole del Hospital. ¡Vaya que es grandote! La Estación se ve como un gran juguete de trenes de los que hay en los bazares para uso de los niños ricos. Los polvorosos muelles parece que no tienen término. Las negras máquinas maniobran sin cesar, trayendo y llevando largos rosarios de coches verdes con números dorados. Sale un tren. ¿Adónde irá? Puede que a Rusia o al *mesmo* Santander... ¡Qué *tie* que ver esto con la estación de Villamojada! Allá va echando demonios por aquella escañada... Sin *ponderancia*, esto parece la gloria eterna. ¡Válgate Dios, Madrid! ¡Qué risa!... Al héroe le entra una risa franca y ruidosa, y vuelve a escupir.

Pues ¿y la casona grande que está allí arriba, con aquella rueda de *columnas?*... ¡Ah!, ya, ya lo sabe. Paquito el ciego se lo ha dicho. Ya se va *destruyendo*. ¡Sabe más cosas...! En aquella casa se ponen los que cuentan las estrellas y *desaminan* el sol para saber esto de los días que corren y si hay truenos y agua por arriba... Paquito le ha dicho también que tienen aquellos señores unas antiparras tan grandes como cañones, con las cuales... Otra salivita.

Pero ¿qué pasa? ¿Los orbes se desquician y ruedan sin concierto? El Hospital empieza a tambalearse, y por fin da graciosas volteretas, poniendo las tejas en el suelo y echando al aire los cimientos descalzos. La Estación y sus máquinas se echan a volar, y el río salpica sus charcos por el cielo. Este se cae como un telón al que se le rompen las cuerdas, y el Observatorio se le pone por montera a nuestro sabio fumador, que siente malestar indecible, dolor agudísimo en las sienes, náuseas, desvanecimientos, repugnancia... El monstruo, vencedor y no quemado por entero, cae de sus manos; quiere el otro dominarse, lucha con su mal, se levanta, da vueltas, cae atontado, pierde el color, el conocimiento y rueda al fin como cuerpo muerto por rápida pendiente como de tres varas, hasta dar en un hoyo.

Silencio: nadie pasa... Transcurren segundos, minutos...

II

Alejandro Miquis (1), estudiante de leyes, natural del Toboso, de veintiún años, y Juan Antonio de Cienfuegos, médico en cierne, alavés, subían al filo de mediodía por las rampas del Observatorio. Eran dos guapos chicos, alegría de las aulas, ornamento de los cafés, esperanza de la ciencia, martirio de las patronas. Llevaban capa y sombrero de copa, aquellas culminantes chisteras de hace veinte años, que parecían aparatos de calefacción o salida de los humos de la cabeza. Todavía no se habían generalizado los hongos, y la severidad de continente, heredada de la generación anterior, imponía a todo madrileño fino el deber de añadir a su cabeza, a todas horas, el inconcebible tubo de fieltro, al cual la época presente, por dicha nuestra, ha quitado importancia, reduciendo su tamaño y limitando su uso. Cienfuegos llevaba en la mano el número de la edición pequeña de *La Iberia*—fijaos bien en la fecha, que era por febrero de 1863—, y a ratos leía, a ratos peroraba. Miquis, con la capa terciada, el brazo enfático, la mano expresiva, tan pronto cantaba como tiraba al sable sin sable. Cienfuegos leyó en voz alta una frase parlamentaria; Miquis, sin oírle, dijo en tono de teatro aquellos atamados versos de Quevedo:

> Faltar pudo su patria al grande Osuna.
> pero no a su defensa sus hazañas...

Iba a seguir; pero, sorprendido, gritó:

—¡Un muerto!—y fué corriendo hacia donde estaba el héroe.

—Quita, hombre, si es un chico... Duerme...

Ambos le tocaron con la punta del pie. Después, Cienfuegos, arrodillándose, le observó de cerca. Le sacudieron, le incorporaron. Nada: como un saco.

—Parece desmayado... ¡Eh!, chico, despabílate. ¿Tienes hambre, frío?... A ver, Cienfuegos, mediquillo, lúcete. ¿Qué es esto?

—¿Qué ha de ser? Borrachera... Es un pillete. Mira cómo abre los ojos... ¡Eh!, mequetrefe, ¿te estás burlando de nosotros? Si hubiera por ahí un jarro

(1) Hermano de Augusto Miquis *(La desheredada)*.

de agua, se lo echaríamos por la cabeza... ¡Eh!, perdis, levántate.

—Hombre, no le pegues.

—Enséñale dos cuartos y verás cómo salta...

El héroe abrió los ojos... Pero como si la impresión de la luz renovara su mal, apretó los párpados, quedándose otra vez como muerto.

—¿Has bebido más de la cuenta? ¿Tienes frío? Si no respondes, te echaremos a rodar por el cerrillo abajo...

Uno le cogió por los hombros, otro por los pies y le balancearon un rato. Se divertían de veras. Pusiéronle después en mejor sitio, y Miquis, con seriedad filantrópica, dijo a su compañero:

—Hay que ver lo que tiene. No seamos bárbaros... Si yo fuera médico... Porque se dan casos de muerte por hambre. ¿Qué se te ocurre, qué dices? Hombre, receta.

—Al momento. Pero para este mal la botica es la panadería.

El héroe, sin abrir los ojos, empezó a temblar. Pero ¡qué temblor de agonía!

—Si lo que tiene es frío..

—Puede ser. En tal caso, no hay mejor boticario que un sastre.

Miquis se quitó al punto la capa. El otro, que le conocía bien, echóse a reír.

—Bonita te la pondrá... Deja, hombre, deja. Ahora me acuerdo: tengo un gabán, que no me sirve, con más ventanas que la catedral de Toledo... ¡Mequetrefe, despierta, abre los ojos, responde!: ¿te pondrías tú mi gabán?

Ni respuesta ni señales de haber oído dió el infeliz, que sólo parecía tener vida para sus violentos temblores. Miquis le echó encima su capa, y procuraba envolverle en ella, cosa no fácil estando el otro tendido en tierra. Fué preciso liarle, dándole sucesivas vueltas sobre sí mismo. Cienfuegos se moría de risa viendo a su compañero en aquella faena, no menos humanitaria que cómica. En aquel punto y ocasión pasó un señor, hombre respetable por su edad y figura, alto, afable, y que en todo se revelaba como persona de esa clase intermedia en que suavemente se verifica la transición del estado humilde al acomodado. Iba decentemente vestido. Según se mirase a esta o a la otra parte de su empaque, debía de variar la calificación que de él se hiciera, pues por el gabán correcto y cepillado parecía más, por la gorra de paño menos de lo que realmente era. Por su corbata de seda negra, traspasada con alfiler de cabecita de oro y menudas perlas, figuraba más; menos por el cesto de provisiones que colgado del brazo llevaba. Los que no le conociesen como conserje del Observatorio, creeríanle algo a manera de caballero sirviente. Paróse a ver la curiosa escena y a dar un palmetazo en el hombro de Cienfuegos, el cual se volvió y dijo con énfasis el nombre de aquel sujeto, cortándolo con la cadencia y número de un endecasílabo:

—Don Floren...cio Mora...les y Temprado.

—Se saluda a la pareja... ¿Vienen ustedes a tomar café con el señor de Ruiz? Estará haciendo la observación de las doce... Pasen ustedes... ¿Y qué es esto? Ya: un borrachillo. ¡Se ven por aquí unos puntos...! El señor director trabaja para que el ministro nos mande cerrar estos terrenos, a ver si nos vemos libres de la gentuza que viene aquí a tomar el sol... o a tomar la luna, que de todo hay... ¡Oh!, Miquis, le ha puesto usted su capa. ¡Vaya con usted!

—Lo que tiene este caballero es hambre.

—Pues por un pedazo de pan no ha de quedar.

—Allá iremos todos, señor de Morales y Temprado—dijo Miquis, mientras el buen señor seguía con paso lento hacia su domicilio.

El héroe empezó a dar señales de vida. Agasajábase poco a poco en la pañosa, cogiendo por aquí un pliegue, por allí otro, y manifestando gran confortamiento y gozo con aquel inesperado abrigo.

—Como me la rompas, verás...—le dijo Miquis amenazándole—. Vamos a cuentas. ¿Te tomarías tú un café?

Creyérase que estas palabras tenían la preciosa virtud de resucitar a los muertos, según se despabiló nuestro hombre.

—No le digas tal cosa, porque pega un brinco y te rompe la capa.

—¿Te comerías tú una chuleta?

El muchacho miraba con espanto a su favorecedor. Estaba atónito de puro incrédulo. Sin duda le parecía burla lo que oía.

—Si es idiota... ¿Pero no lo ves?

—Dime: ¿eres idiota?

El otro contestó con la cabeza negativamente. La energía de su muda réplica quitaba toda duda.

—No, tú no eres memo; pero eres un grandísimo pillo.

Otra negativa del héroe; pero tan enérgica, que a poco más se le cae la cabeza de los hombros.

—Ya... Lo que no tiene duda es que eres mudo.

El héroe sonrió un poco, y con trémula, pero muy clara voz, dijo así:

—No, hombre, que sé hablar.

Desde la puerta del Observatorio viejo, otro joven, bastante menos joven que Miquis y Cienfuegos, dió dos o tres gritos de esta manera:

—¡Eh, perdidos! ¡Juan Antonio!..., caballeros, ¡que estoy aquí!

Cienfuegos corrió hacia arriba, y cuando estuvo junto a Ruiz, que así se llamaba el auxiliar de astrónomo, el primer saludo fué:

—Mira ese tonto de Miquis.

—¿Qué hace? ¿Con quién habla?

—Pero ¿has visto qué célebre?...

—¿Quién está ahí en el suelo?... ¿Una chica?

—Un gandul que hemos encontrado como muerto. Le ha dado su capa.

—¡Alejandro!... ¡Otro como éste...!

Miquis subía paso a paso, frotándose las manos. Con zumba y chacota le acogieron sus dos amigos.

—Tú no aprendes nunca—le dijo el registrador del firmamento—. Dale bola..., que te vas a quedar sin capa... Y van dos.

—No lo creas. Es una persona honrada...

Ruiz se partía de risa.

—Este pobre Miquis es de lo más inocente.

Los tres fueron hacia el Observatorio nuevo, donde está la gran ecuatorial y las habitaciones de los astrónomos. Entraron; pero al poco tiempo salió Alejandro y bajó hacia donde había dejado su capa. Conviene decir que el llamado hérose se hallaba muy bien dentro de su inesperado sayo y empezaba a mirarlo como cosa propia. Poquito a poquito se fué acomodando en la sabrosa amplitud pegadiza del paño, y al fin, como quien no hace nada, se embozó hasta los ojos. ¡Qué gusto!... ¡Y qué bien comprendía la felicidad de los escogidos mortales que poseen una capa! En su vida había probado él las delicias de prenda tan amorosa. Así, cuando se vió solo, aliviado del respeto que le imponía su favorecedor, se familiarizó más con la hermosa tela, y se envolvió mejor y la apretó contra sí. Lentamente se desvanecía el horrible malestar que le había privado de conocimiento; pero el maldito frío no se le quitaba. Sus fuerzas eran escasas, y cuando probó a ponerse en pie tuvo que dejarse caer de nuevo, porque las piernas no querían sostenerle. Como sabandija herida, se fué arrastrando hasta un lugar más seco y abrigado. Buscando apoyo en el tronco de un árbol, se sentó en cuclillas, se colgó la capa sobre la cabeza y se tapó con ella todo, no dejando abierto más que un triángulo, por el cual le asomaban solamente ojos y nariz.

Era tan estrafalaria figura, que sería preciso buscarle semejante en las momias egipcias o en salvajes y feos ídolos africanos. Como había cambiado de sitio, Miquis no le encontró al tornar a la rampa. «¡Ah!, pillo», murmuraba, volviendo a un lado y otro los ojos, hasta que llegó hasta él la voz débil del héroe con estas palabras:

—Señor..., que no me he ido..., que estoy aquí.

—Pues te vas haciendo confianzudo... ¡Qué fresco!...—le dijo el estudiante de leyes, sentándose frente a él—. Si creerás que te voy a dar la capa... No seas tonto, tápate, tápate más. Eso se llama cogerlo con gana. No, no te entrarán moscas.

—Señor, tengo mucho frío... Luego se la daré.

—Me gusta la franqueza... Parece que no eres corto de genio.

El otro se reía, dando diente con diente. El frío y cierto gozo que cosquilleaba en su espíritu se expresaban juntamente en un solo fenómeno.

—Vamos a ver. Has de responderme sin mentira..., porque tú eres muy mentiroso... ¿Cómo te llamas?

—*Celipe.*

—¿Y qué más?

—Celipe Centeno.

—¿De dónde eres?

—De Socartes.

—¿Y adónde está eso?

—Al lado de Villamojada..., ya lo sabrá usted. Donde están las minas...

—Pero ¿qué minas, hombre, qué minas?

—Las minas de Socartes... Aquí está el río, aquí Villamojada, aquí mis minas...

—Enterados... ¿Y tienes padre y madre?

—Sí, señor. Pero como no querían que yo *desaprendiese...*, me tomé la carretera y me vine acá.

—Anda, pillete... A buena cosa habrás venido tú... Conque a *desaprender*... ¿En qué has venido? ¿En tren, en carromato...?

—Re-córch... A patita limpia, señor... Siete *desemanas* y dos días.

—¿Y qué haces aquí? Pedir limosna, vagabundear, merodear...

El héroe no entendía esta última palabra; que, si la entendiera, habría protestado severamente. Tan sólo dijo:

—Busco un *desacomodo.*

No hay medio de averiguar de dónde había sacado el entendimiento de mi hombre aquel barbarismo de anteponer a ciertas palabras la sílaba *des.* Sin duda creería que con ello ganaban en finura y expresión y que se acreditaba de esmerado pronunciador de vocablos.

—Buscas un *des...*? ¿Qué dices, muchacho?...

—Digo que estoy buscando... de ver cómo encuentro... de que poniéndome a servir a un señor me deje tiempo para *destruirme.*

—Hombre, sí, destrúyete, porque eres el bárbaro mayor que he visto... Pero explícame, ¿cómo te las arreglas? ¿Cómo y dónde vives? ¿Quién te mantiene?

El héroe dió un gran suspiro, un suspirote que no cabía dentro de la rotonda del Observatorio.

—Una noche dormí en aquella casa.

Señalaba al Museo.

—¿En el Museo?... ¿Dentro?

—No, señor. ¿Ha visto usted unos *ujeros* que hay por *desalante* donde están unas figuras muy guapas?... Pues allí. Otra noche dormí en la puerta de esa *fraica...*

—¿Qué?

—De esa *fraica* que hay allá..., donde hacen el *desalumbrado* de las calles.

—El gas... ¿Y cómo hiciste el viaje?... ¿Pidiendo limosna?

—¡Re-có...! ¿No le digo?... Pues yo traía dinero... Cuando llegué a este pueblo no me quedaba nada... El primer día me dieron medio pan... Yo gano también haciendo recados a las lavanderas, y en la Estación un señor me dió a llevar el *desequipaje...*

—¿Y qué enfermedad tienes?... ¿Por qué estabas desmayado?

—Porque me fumé un cigarro que me dió ayer Mateo del Olmo, sargento de la *desartillería.* Es de mi pueblo, trabajó en mis minas y fué novio de mi hermana Pepina... *Desencendia* mi cigarro, y cuando tan siquiera di seis chupadas, todo me daba vueltas.

—¿Y dónde vives ahora?

—En un tejar que hay allá abajo... ¿Ve usted aquella chimenea grande, grande? ¿Ve usted aquella pared blanca, muy blanca? Tiene unas letras que dicen: *Calenturón.*

—¿Cómo?

—*Calenturón.* Allí al lado, en un cobertizo, vivimos muchos pobres. Nos da de comer la mujer del guarda del almacén.

—¿De qué almacén?

—Del almacén de *Calenturón.*

—¿Qué es eso?

—Venden cal-en-terrón.

—¿Sabes leer?

—Cuando estuve en casa de la tía Soplada... Me tomó de criado para que le hiciera recados. Tiene puesto de ropas *desusadas* en el Rastro. No me daba salario, sino la comida, y me puso en la escuela de la calle del Peñón. Estuve un mes y días. *Desaprendía* las letras pegué al *Catón,* y cuando iba a entrarle al *Juanito,* me salí de casa de las Soplada, porque tiene un hijo muy malo que me zurraba. No he vuelto a la escuela; pero me leo todos los letreros de las tiendas, y cuando cojo en la calle un pedazo de *Correspondencia,* me lo paso todo.

—Bien, hombre, bien. Casi, casi eres un sabio.

—¿Quiere tomarme por criado?—dijo el rapaz prontamente.

—Yo no necesito criado.

—Sí, señor; tómeme, tómeme.

—Por de pronto, vete desprendiendo de la capa, que ya noto su falta, y todos somos de carne y hueso.

Como el caracol se asoma tímidamente al boquete de su choza calcárea y luego poco a poco, halagado del sol, va saliendo y alargándose, así Felipe iba sacando, por sucesivos avances, prime-

ro una mano, luego el cuello, los brazos y, al fin, medio cuerpo. Probó a levantarse; pero el mareo y lo mucho que había hablado le tenían muy débil.

—¿Qué has comido hoy?

—Bellotas...

—¿Y ayer?

—Bellotas... Pan...

—No sigas, hombre. Me da dolor de estómago oirte. ¿Comerías tú alguna cosita caliente?

Echando el alma por los ojos, contestó Felipe mejor que lo habría hecho con palabras.

—Ven conmigo. A ver si echas una carrera de aquí a aquella casa grande.

—Sí que podré—repitió el héroe, midiendo con ansiosas miradas la distancia.

—Allí hay convitazo... ¿Viste aquel buen señor que pasó por aquí? Es el conserje. Celebra los días de su esposa. Le voy a decir que te convide. Verás. Anda, valiente... No, no te quites la capa. Embózate en ella... Vamos, hombre, con gracia, con aire.

El otro se reía, probando a embozarse, y sin poderlo conseguir.

—Así, bien, así..., a la macarena. Eres un zascandil... Me gusta ese garbo. Adelante, paso firme. Bien.

La risa que le entró al héroe impedíale andar, pues tan extremada era su debilidad.

—¡Cómo se ríe!... Vaya, que es usted tonto de veras, señor de Centeno.

El, que se oyó llamar *señor*, tuvo una tan fuerte acometida de hilaridad, que se cayó al suelo, temblando de brazos y piernas como un epiléptico.

—¡Ay mi capa, ay mi capita de mi alma!

—No, señor, no..., no se la *destropeo* —dijo ahogadísimo Felipe, poniéndose primero de rodillas, luego a cuatro pies y por último...

—¡Aúpa, hombre valiente! ¡Ya estás en pie! ¡Gracias a Dios! Ni que fueras de algodón... Pues tú puedes andar. ¡Ah chiquilicuatro!, lo que tú tienes es mucha marrullería.

—¿Yo?...

—Hipócrita.

Felipe no entendía; mas creyendo era cosa de gracia, siguió riendo. Miquis le daba empujones y pellizcos, le tiraba de un brazo...

—Que me hace cosquillas, señor.

—¡Pillo, granuja!

—¡Ay, ay!

—Si usted sigue con sus bromas, señor don Felipe, le doy a usted una puntera, que del salto va usted a su pueblo, allí donde están sus minas.

Llegaron así a la puerta del Observatorio nuevo.

—Entra, hombre... No gastes cumplidos.

Es circular aquel vestíbulo, y con cierto aderezo arquitectónico a la griega. En el centro, cual decorativa estatua representando la vigilancia a la entrada del palacio del estudio, estaba don Florencio Mora... les y Temprado. No pudo contener una observación bondadosa, que salió de sus respetables labios en esta forma:

—Tan chiquillo es el uno como el otro.

—Señor Morales, me tomo la libertad de...

—Es usted muy dueño, señor de Miquis—dijo el bendito Morales, ocultando discretamente un bostezo de hambre tras la palma de la mano.

—De recomendarle a usted al señor de Centeno, que no ha comido hoy nada caliente. Puesto que tiene usted convidados...

—Es verdad, y si usted gusta de honrarnos, señor de Miquis...

—Gracias... Yo voy arriba. Ruiz nos va a leer una comedia. Conque...

—Queda de mi cuenta...—dijo Morales, disimulando otro bostezo—. Y la hora de comer se alarga... Entre paréntesis, amigo: como hoy tenemos algo extraordinario... ¡Qué tareas en esa cocina!...

De las cuatro puertas pequeñas que hay en el vestíbulo, una de las de la izquierda, entrando por el Mediodía, conducía a las habitaciones particulares de don Florencio. Por allí entraron éste y Felipe, mientras Alejandro Miquis subía solo por la escalera de la izquierda en busca de sus amigos, que en lo más alto del edificio estaban.

—¡Ea!, siéntate aquí—dijo a Felipe, señalándole un banquillo, el buen sujeto, a quien el héroe conceptuaba dueño y manipulador de cuanto existía en aquellos edificios para andar en tratos con la luna y las estrellas—. Suelta la capa, que se la vas a poner perdida a don Alejandro. Aquí no hace frío. ¿Qué tenías?

Y sin esperar respuesta, luego que puso la capa bien doblada sobre una silla, empezó a pasearse por la habitación, golpeando duramente con uno y otro pie sobre la estera. Una voz de mujer dijo desde la estancia interna que con aquélla se comunicaba:

—Florencio, ¿todavía no se te han calentado los pies?

—Todavía... Vamos, vamos, prisita, prisita... ¡Qué horas de comer...!

III

Desde el ángulo en que Felipín estaba, quietecito, cohibido, con los pies colgando del alto banco y la gorra en la mano, no se veía sino un extremo de la pieza inmediata, que debía de ser como salón o estancia principal del domicilio florentino. Allí estaban reunidos los convidados, esperando el momento. Se oía gente y gozosa algazara; voces de muchachas, ruido de platos, risas de niños. Felipe veía una de las cabeceras de la mesa, y deliciosos olores de cocina le anunciaban lo que iba a pasar. El observaba todo, callado y circunspecto. Nada perdía su activa penetración; a su instintivo examen de las cosas, nada se escapaba. De todo, imágenes y olores, iba tomando acta, así como de la figura grande y paternal de don Florencio, comedido, solemne; de aquella cejas negras y espesas que parecían dos tiras de terciopelo; de aquel bigote blanquecino, recortado y punzante como los pelos de un cepillo; de la gorra de seda que usaba para dentro de casa; de sus botas, tan relucientes como grandes; de la exactitud de su andar y ademanes, que le daban cierto parentesco con los péndulos de la casa. Tampoco perdía Felipe detalle alguno de los preparativos, aun sin verlos. Seguíalos con atención discreta, paso a paso, en su rápido progresar, y decía para sí: «Ya ponen las sillas, ya traen la sopa, ya se sientan, ya echan agua en las copas, ya empiezan.»

Don Florentino vió con marcada satisfacción que la comida empezaba, y dió su último paseo. Su mujer salió a recibirle.

—Todavía el izquierdo está como hielo—dijo él, dando una gran patada con la aludida extremidad—. ¿Vamos a la mesa? Gracias a Dios. Ya era hora.

Felipe notó entonces aumento y difusión de los diversos vapores de comida. Tan pronto olía a cosas fritas, tan pronto a guisados, todo suculento, delicado y confortativo. El miraba, afectando cierta indiferencia mezclada de compostura, con disimulos muy trabajosos de su verdadero anhelo, y veía que don Florencio, sentado a la cabecera de la mesa, que justamente caía delante de la puerta, le vigilaba desde su asiento. A los otros comensales no los veía Felipe: pero los oía, y podía distinguir, por el metal de cada voz, las varias personas que estaban en la mesa. El habla de la señora con ninguna otra podía confundirse; había dos voces que parecían de señorita fina, dos o tres de niño, y a todas las dominaba una varonil, sonora, grave, al mismo tiempo decidora y chispeante, pues no pronunciaba palabra alguna que no fuera seguida de generales risas y alabanzas.

Lelo, embobado, como esos músicos fanáticos que cuelgan su alma de un hilo de notas, oía Felipe aquel enorme concierto de voces, sorbos, risas, cucharetazos, cuchilladas sobre la loza, toqueteo de platos, esgrima de tenedores, chocar de copas y esos chupetones de labios que son los besos de la gula. Todas las conversaciones giraban sobre lo que bebía o dejaba de beber el de la voz hermosa, que era el gracioso de la mesa y seguramente el convidado más atendido. Felipe oyó hablar de jerez, de empanadas de anguilas, de capones cebados, de escabechadas truchas, con infinitos comentarios y opiniones sobre cada una de estas cosas. Así pasó tiempo, un lapso indefinido, y por fin los párpados le temblaban, la vista se le iba de puro débil, la piel se le enfriaba, las cavidades de su cuerpo parecían comprimirse y arrugarse, cual odres que nunca más se habían de volver a llenar. ¡Cansancio infinito! Eran ya para él como un peso inútil sus propias miradas, y no sabiendo adónde arrojarlas, las echó sobre una estampa de Cristo crucificado que delante de él estaba en la pared. Miró los chorros de sangre que al Señor le corrían por el santo cuerpo abajo, y la ferocidad del judiote que le daba el lanzazo, y las tinieblas y flamígeros celajes del fondo, todo lo cual puso espanto en su sensible corazón, llevándole hasta el absurdo convencimiento de que

él—Felipito—era tan digno de lástima como nuestro Redentor.

¡Súbito cambio en su situación! ¡En la mesa hablaban de él! Lo observó sin saber cómo, por la vibración de una palabra en el aire, por milagrosa adivinación de su amor propio. Estremecióse todo al ver que el señor de Morales desde su asiento presidencial, le miraba de una manera afectuosa. Después..., ¡visión celeste! En el luminoso cuadro que la puerta formaba apareció, saliendo de uno de los lados, una cara de mujer que más bien parecía de serafín. Era que una de las señoritas sentadas a la mesa alargaba el cuello y se inclinaba para poderle ver. El murmullo de compasión que del aposento venía embriagó el espíritu del héroe, y hasta se turbó su cerebro como al influjo de fuerte y desusado aroma. No sabía cómo ponerse ni para dónde mirar. Si miraba al comedor, creerían que pedía; si no miraba, le olvidarían otra vez... Cortó estas angustiosas dudas un niño gracioso y rubio que apareció... casi puede decirse que entre nubes, desnudillo y con rosadas alas... Apareció, como digo, el niño con un plato en la mano, y se lo puso delante, diciéndole: «*Pa ti.*»

Y el plato, ¡ay!, contenía diversos manjares, bonitos, gustosos, calientes. Decir que el héroe hizo ceremonias o melindres para empezar a consumir el contenido del plato sería contar patrañas. Se le alegró el alma de tal modo, que no sabía por dónde empezar, y esto le parecía bien, aquello mejor y todo venido del cielo. Absorbido como estaba su ser enteramente por tan principal función, aún podía distraer el sentido de la vista para echar una mirada al Santísimo Crucifijo, que ya, sin saber cómo, tenía rostro de contento. Era más bien el Señor Resucitado que volaba hacia el cielo, rodeado de gloria. Lo más gracioso era que seguían aún hablando de él en la mesa. Quizá decían alguna broma inconveniente; quizá le comparaban a los gatos, cuando cogen un bocado sabroso y se van a un rincón a comérselo. En efecto..., maquinalmente se había vuelto Felipe de cara hacia la pared, con el plato en las rodillas, y así despachaba su regalo. ¡Vaya unas cosas ricas! ¡Qué gran persona era don Florencio! ¡Y el señor de la voz hermosa, qué gracioso!... Pues aquellas tajadas parecían gloria o pedazos desprendidos de la bienaventuranza eterna. Sin duda eran de la misma carne de las mejillas de la niña bonita que alargaba el cuello para mirarle desde su asiento... ¡Buen queso, bueno! No había niña mejor que aquella doña tal. ¡Y el niño, qué bonito, y las aceitunas, qué sabrosas...! Desde el rincón miraba él por el rabillo del ojo hacia la puerta, sin atreverse a arrostrar la curiosidad de los comensales. Se reían, y la niña bonita se había levantado para verle mejor.

Por fin, el plato se quedó vacío, y el mismo niño rubio le trajo pasas, almendras y una golosina amarilla, redonda, lustrosa como cristal, por de fuera dura y quebradiza como caramelo, por dentro blanda y más dulce y rica que todas las mieles posibles... Los de la mesa dejaron de fijar su atención en el héroe. Allí no se pensaba ya más que en beber. El de la voz hermosa debía de ser una humana bodega, según lo que podía almacenar dentro de su cuerpo; las niñas hacían melindres: el otro las llamaba cobardes y ñoñas. Risas y más risas, apremios, protestas, carcajadas; mucho de «No, por Dios»; repetición incesante del «Vamos, Amparo, esta copita»; luego otra voz: «Ay, no, no, don Pedro, por Dios.» Y después: «Jesús, qué melindrosa...» «¿Pero usted me quiere emborrachar?...» «Vamos..., así, valiente...» «¡Ay, cómo pica!»

Don Florencio, fanático por las aguas de Madrid, apenas probaba el valdepeñas. El héroe le oyó abominar con sesudas razones del ardiente jerez y, sobre todo, de los vinos compuestos, licores y demás brebajes extranjeros.

—¿Te gustan los oscuritos y manchados, o los rubios y flojos?—le oyó decir Felipe, aludiendo sin duda a los cigarros, que mostraba en una envoltura de papel—. Son de estanco, pero bien escogiditos.

—A ver éste qué le parece a usted—dijo el otro sacando un manojo de brevas negras y olorosas.

—Hombre, eso es más fuerte que la pez. Yo no salgo de mis coraceros. Gracias...

Restallaron las cerillas... Humo.

Y al poco rato vió Centeno asomar por la puerta un señor no muy alto, doblado y potente, todo vestido de negro. El rostro hacía juego con el traje,

pues era muy moreno. Bien afeitada la barba, los cañones negros sobre la cárdena piel, cruelmente tundida por la navaja, dábanle como aspecto de figura de bronce. Traía en la boca un desmedido puro, del cual debía de sacar mucho gusto, según la fe con que lo chupaba.

Bastaba mirarle una vez para ver cómo a la superficie de aquella constitución sanguínea salía la conciencia fisiológica, el yo animal, que en aquel caso estaba recogido en sí mismo con indolencia, meditando en los términos de una digestión satisfactoria. Paso a paso llegó hasta el héroe y le miró de pies a cabeza sin decir nada. Felipe, sobrecogido de respeto que casi rayaba en terror, se puso en pie y esperó... ¡Qué ojos los de aquel hombre!

IV

Aquella casa de recogimiento y estudio, aquel monasterio de la ciencia, se parece a una casa de vecindad de las más vulgares. Los que allí entran con el espíritu abrasado en esa fe de la ciencia, que escala real y verdaderamente los cielos, creen percibir ecos misteriosos de las altas armonías sidéreas. (Es que la poesía se mete en todas partes, aun donde parece que no la llaman, y así, cuando se cree encontrarla en los arroyuelos, aparece en las matemáticas. ¡Cuántas veces, en un bosque de versos, no se encuentran ni rastros de ella, y se la ve callada, discreta, vestida con túnica de verdad en la zarza luminosa de una fórmula, enteramente contraria a las formas del Arte!...) Pero los que entran en aquel recinto como se entra en la oficina del Estado donde se hace el Almanaque, no oyen cosa alguna, como no sea la voz casi sublime de don Florencio Mora...les y Temprado, ni ven más que la arquitectura pobre y sin majestad, las dos escaleras, en cuyos descansos se abren las puertas de las habitaciones de los astrónomos, los farolillos de aceite destinados al alumbrado nocturno, verdes, con una montera corva que parece morrión de coracero.

Concluída la observación, Ruiz echó la llave a la sala de la ecuatorial y bajó a su habitación. Miquis y Cienfuegos le oyeron leer su comedia y la encontraron muy buena, como pasa siempre en estas lecturas de familia. Parecerá extraño que un astrónomo haga comedias; pero ya se sabe que aquí servimos para todo. ¿No fué director del Observatorio un célebre poeta? Anda con Dios, que por algo son hermanas las Musas. Hombre de imaginación, Ruiz volvía sus ojos, cansados de escudriñar el cielo, hacia el aparatoso arte del teatro, único que da fama y provecho. Creía él que se puede sobresalir igualmente en labores tan distintas; su espíritu fluctuaba entre el Arte y la Ciencia, víctima de esa perplejidad puramente española cuyo origen hay que buscar en las condiciones indecisas de nuestro organismo social, que es un organismo vacilante y como interino. El escaso sueldo, la inseguridad, el poco estímulo, entibiaban el ardor científico de Federico Ruiz. ¿Para qué se metía a descubrir asteroides, si nadie se lo había de agradecer como no fuera el asteroide mismo?... España es un país de romance. Todo sale conforme a la savia versificante que corre por las venas del cuerpo social. Se pone un hombre a cualquier trabajo duro y prosaico y, sin saber cómo, le sale una comedia.

Después que Federico Ruiz leyó la suya, empezaron las disputas. Los tres se habrían creído indignos de tener opinión, si no la manifestaran bien adornada de manotadas, aspavientos y porrazos sobre la mesa. Las ideas democráticas, que aún no habían perdido la timidez de la virginidad; el viejo romanticismo; la música clásica, recién venida, gemían en el yunque de aquella disputa, y la sintaxis lloraba lágrimas de solecismos al verse en tales trotes. La lógica, descoyuntada en potro, daba chillidos de sofismas y se vengaba de sus verdugos, aparentando probar las cosas más absurdas, y, por último, los conceptos convencionales, disfrazados de axiomas, salían por encima de todo, soberbios e insolentes, embozados en la mala fe. Pasó mucho tiempo en estas controversias ociosas, que eran como la esgrima de los entendimientos, ávidos de ensayarse para el presagiado combate. Hubo mucho de: «Pues yo sostengo que hoy por hoy...», y aquello de: «Dígase lo que se quiera, la verdad es...» Oyóse más de una vez el «Porque yo soy

muy lógico...», y no faltó el «Yo tengo muy estudiada esa cuestión...»

Los instantes volaban. Los minutos corrían con cierta familiaridad juguetona que no está fuera de lugar en la casa del tiempo. De pronto vieron los disputadores que entraba en la habitación don Florencio, con una bandeja de dulces, copas y una botella. Recibiéronle con alegría, y él, gozoso y lleno de bondad, les dijo al ver su sorpresa:

—Pues qué, señores, ¿no sabían que hoy, once de febrero, celebro los días de mi mujer, que se llama Saturna?

—¡Qué gracioso!...—observó Miquis—. Por el nombre de su señora de usted, parece que es esposa de un astro.

—Se llama Saturnina, señor de Miquis.

—Por muchos años.

No estuvieron reacios los tres amigos en la aceptación del obsequio. Don Florencio, escanciando el jerez, habló un poco de asuntos de la casa... El señor director volvería pronto de Alemania... Se iban a emprender algunas obras en la meridiana y en la biblioteca... Había llegado un gran cajón con el nuevo barometrógrafo encargado a Londres... Luego, volviéndose a Miquis, le dijo:

—¡Cuánto nos hemos reído con su amigo!

—¿Qué amigo?

—El de la capa, ese infeliz... Le hemos dado de comer y nos ha contado su historia... ¡Cómo se han reído las chicas...! ¡A Perico le ha caído tan en gracia...! Le hemos hecho mil preguntas. Dice que ha venido de su pueblo a patita para *meterse* de médico. ¡No, no reírse, señores! Hay casos, hay casos. Yo soy viejo, y he conocido a don Lorenzo Arrazola empollando las lecciones de noche, a la luz de los portales de las casas... Este apenas sabe leer; pero tiene una viveza... Dice que estaba en unas minas, que es de la familia de las piedras y que a él se le ha puesto en la cabeza curar. Todo su empeño es que le tomen de criado y que le dejen aprender. A mi primo le ha entrado por el ojo derecho... Entre paréntesis, creo que conocen ustedes a don Pedro Polo y Cortés, capellán de las monjas de San Fernando. Pero no sabrán que tiene una escuela muy bien montada en el hermoso local que le han cedido las señoras a espaldas del convento.

—Le conozco—dijo Miquis con malicia—. Es un cura muy guapetón. Le he visto muchas noches por esas calles embozado en su capa...

—Alto allá, niño. No haga usted suposiciones injuriosas...

—Le he visto en el café...

—Alto...

—Pero don Florencio, ¿esto es suponer mal? Esto significa que el padre Polo no es hipócrita.

—Como simpático—dijo Cienfuegos, usando un giro popular—, lo es.

—Hombre que no gasta remilgos, pero que sabe como pocos su obligación de sacerdote... Yo lo puedo asegurar así a los señores que me escuchan—dijo con voz altisonante don Florencio, que admiraba mucho a Olózaga y tenía de cuando en cuando sus dejos y sonsonetes oratorios—. Es Pedro de la mejor pasta de hombres que conozco. Nada de hipocresías: no es él de esos que dicen una cosa y hacen otra. Lleva el corazón en la mano, y todo cuanto tiene es para los necesitados. Hay quien le critica porque gusta vestir bien de paisano. ¿Y qué, señores? Para ser bueno, ¿es preciso andar cubierto de andrajos? Muchos conozco, señores, que andan por ahí como anacoretas y luego en el hogar doméstico... Me callo.

—He oído que el padre Polo es furibundo gastrónomo.

—Alto ahí... Sobre eso también hay pareceres—añadió Morales tomando asiento—. ¿Que le gusta comer bien en días señalados? Y entre paréntesis, señores, mi mujer nos ha dado hoy una comida...; francamente, creo que ni en Palacio... Volviendo al punto que se debate, diré que sí, ciertamente, a Perico le gustan los buenos platos... Y entre paréntesis, ¿saben ustedes que poquito a poco se ha ido haciendo predicador y es uno de los mejores que tiene Madrid? Yo soy viejo, he oído muchos oradores en las Cortes, en la Cátedra del Espíritu Santo, y cábeme la satisfacción...

—Muy bien—clamaron los tres aplaudiendo.

—...cábeme la satisfacción...

—No se corte usted en lo mejor... Adelante.

—Entre paréntesis—dijo Cienfuegos con viveza—. También ha tenido usted hoy a su mesa dos chicas preciosas.

—Son hijas de un pariente, el conser-

je de la Escuela de Farmacia: Amparo y Refugio, dos ángeles, señor de Cienfuegos; trabajadorcitas, modestas. ¡Cómo se han reído con las cosas de Pedro! Porque Pedro es hombre de mucha sal... ¡Y qué corazón, señores! Un ejemplo: vió a ese chico, le encontró simpático y listo. A todos nos daba mucha lastima. Al instante Pedro se volvió a mí y me dijo: «Don Florencio, éste es un hombre: le tomo por mi cuenta.» Y yo le dije: «Llévale de criado y enséñale en tu escuela...» Entre paréntesis, señores, los hombres que, como Pedro Polo, se lo deben todo a sí mismos; los hombres que han trabajado para subir desde la nada de su origen al todo de su posición actual...; los hombres, en una palabra...

Esta era ya demasiada oratoria para don Florencio. La plétora de sus ideas le congestionó y no pudo concluir bien aquel brillante rosario de conceptos.

—Quiero decir—prosiguió—, que estos hombres son los que mejor pueden apreciar el mérito y las disposiciones... Volviendo al importante asunto que nos ocupa, diré a los señores que me escuchan que Pedro va a ser nombrado capellán honorario de su majestad. Esto no es paja...

—¿Qué ha de ser?...

—Pastor Díaz me le tuvo entre ceja y ceja por una canonjía. El padre Cirilo no le deja vivir..., siempre con recaditos. Y no es porque el primo de mi mujer sea de los aduladores de su eminencia ilustrísima. Al contrario, Pedro tiene pocos amigos entre la gente eclesiástica. Entre paréntesis, no falta quien le critica por su, por su, por su...

Don Florencio no encontraba la palabra; mas la suplía con un vivo ademán que quería decir algo como franqueza, aires distinguidos, soltura...

—Y, finalmente, señores, yo soy tan religioso como el primero; pero no me gustan curas retrógrados, sino que vivan con el siglo...

—¡Que se resbala, don Florencio!

Ruiz no podía contener la risa.

—¡Si es un progresistón como una casa!—gritó Miquis, echando el brazo por los hombros al bendito conserje.

—Alto allá, señores; atención...—manifestó gallardamente—. Vamos por partes.

—Está suscrito a *Las Novedades* y a *La Iberia*, y es el gran amigote de Calvo Asensio.

—Alto, alto... Orden, señores, orden. Respétese el sagrado de las opiniones. Que Calvo y yo nos tuteemos, sólo quiere decir que ambos somos de la Mota del Marqués, y que le conocí tamañito así.

—Vamos, que este señor Morales y Temprado, bajo su capita de santo—dijo Miquis—, es el revolucionario más atroz que hay en Madrid.

—Señor de Miquis...

—Va disfrazado a la Tertulia progresista.

—Señores, si no tuviera el convencimiento—declamó don Florencio, levantándose un poquito enojado—, si no tuviera el convencimiento de que las palabras dichas por mi *particular* amigo el señor don Alejandro Miquis...

Era orador sin pensarlo aquel buen señor. Con qué majestad prosiguió la cláusula, después de una pausa de efecto, diciendo:

—...son pura broma, creería que ya la juventud española había perdido el respeto a las canas.

—No, don Florencio. ¡Viva don Florencio!

—Por Dios...

—Aquí, entre amigos...

En pie, con la botella vacía en la mano, libre la otra para describir lentos y pomposos círculos en el aire, la gorra un poco echada hacia atrás, el bigote más tieso y las mejillas un tanto encendidas, el insigne don Florencio fué soltando de sus autorizados labios estas palabras, que ni de los de Solón salieran con más gravedad:

—Porque, vamos a ver, señores: establezcamos *bajo* seguras bases esta cuestión. De que a uno le guste la libertad, no se deduce, no se puede deducir..., de ningún modo se deduce...

—Pero ¿qué es lo que no se deduce?... —preguntó Alejandro, impaciente.

—No interrumpir. ¡Silencio en las tribunas!

—Entre paréntesis, señores, los que hemos andado a tiros con los montemolinistas de Zaldívar y Estella... Pero no, no quiero tocar esta cuestión personal. Mis méritos son escasos, y los dejo aparte. *Reasumiendo:* yo he sido siempre un hombre de orden, muy español, muy enemigo de lo extranjero y de la tiranía;

pero... Entre paréntesis, ahora me acuerdo de cuando el pobre Bartolo Gallardo me decía: «Mientras haya curas, no nos curaremos.» Eramos muy amigos. Tenía la cabeza del revés... Yo no fuí ni soy de su parecer, y por eso digo: «Mucha libertad, mucha religión, para que el mundo ande derecho.» De otro modo no es posible, no, señor, lo sostengo... ¡Libertad, religión!... Y no me sacan de ahí. Olózaga, en las Constituyentes del cincuenta y cinco, pensaba lo mismo. ¿Para qué sirve la libertad de cultos? Absolutamente para nada. Para que los demagogos, señores, insulten a los ministros del altar... Veo que se ríen. Bueno, ríanse todo lo que quieran. Ustedes son unos polluelos que no tienen mundo. Leen muchos libros que yo no leo; pero no crean que por eso saben más. ¡El mundo, la experiencia, los años! Esos, ésos, señor de Miquis, ésos son mis libros. Cuando uno tiene la cabeza llena de canas, puede reírse de las ilusiones y desvaríos de la juventud... Y veo que la juventud está hoy muy echada a perder. ¡Esas democracias extranjeras!... ¡Si aquí tuviéramos juicio...! Pero no; con eso de *todo o nada* nos están pervirtiendo... Yo conozco gente de Palacio que me ha asegurado que no hay tales obstáculos tradicionales... Aquí' se habla más de la cuenta.

—Como que el mejor día llaman al duque.

—No digo yo que al duque precisamente—manifestó don Florencio de una manera augusta—; pero...

—Más vale que no nos lo diga usted...

—Que lo diga...

Don Florencio dió algunos pasos hacia la puerta, y de improviso volvió acompañado de esta soberana idea:

—Yo digo que en *la* Europa hay tres hombres grandes, tres hombres de talento macho..., y son: Napoleón Tercero, el cardenal Antonelli y don Salustiano de Olózaga.

Y sin esperar respuesta, cual hombre convencido de que no merecían escucharse los comentarios que se hicieran a su afirmación, dió otra media vuelta a lo militar, y se fué diciendo:

—Señores, que haya salud y que les aproveche.

Desapareció. Los tres amigos tuvieron la consideración de esperar a que estuviera lejos para soltar la risa, y tras la risa las agudezas que a competencia descargaron sobre el bendito señor, hasta que le dejaron bien acribillado... Era un progresista platónico y vergonzante que se iba callandito a la Tertulia algunas noches, y desde el rincón donde se sentaba no perdía sílaba de los discursos. Pero sólo gustaba de aquellos que fuesen templados y juiciosos, y si le seducía la sencillez elegante y la diplomática malicia de Olózaga, o la pedestre claridad de Madoz, desde que algún orador fogoso se salía con embozadas invectivas o con palabritas y donaires contrarios a la religión, ya estaba mi hombre desasosegado y fuera de su centro. Se escabullía con disimulo y abandonaba el local, diciendo para sí:

«Estos señores matarán al partido con su imprudencia... La exageración es causa de todos los contratiempos del partido... Nada, no conocen que todo se puede conciliar: el triunfo del partido y la religión de nuestros mayores.»

Su inteligencia, según decía Ruiz, era una petrificación, en la cual se veían hasta tres ideas perfectamente conservadas, duras e inmutables como las formas fósiles que en un tiempo fueron seres vivos. No tenía vanidad sino para suponerse amigo de célebres personajes, y decía: «Cuando Fermín Caballero y yo nos conocimos en Barajas de Melo...» o bien: «Don Martín me contó tal o cual cosa...» «Don Antonio González me quiso llevar a Londres cuando fué a la Embajada...»

Era hombre de gran sobriedad, enemigo de las bebidas espirituosas y aun de la horchata de cepas; muy inteligente en aguas; de estos catadores de manantiales que distinguen con admirable paladar el agua de la fuente del Berro de la de Alcubilla y encuentran diferencias notables entre la de la Encarnación y la del Retiro. Así, en días señalados, se le veía descender al Prado y tomar asiento en el banquillo de una aguadora, de quien era parroquiano, y allí hacerse servir un gran vaso de Cibeles o el Berro, el cual iba bebiendo a sorbos, paladeándolo y gustándolo con más chasqueteo de lengua que si fuera manzanilla de Sanlúcar o amontillado de treinta años. Su pericia en esta materia, con doctas aplicaciones a la Geografía, se mostraba siempre que en su presencia se hablaba de viaje por pueblos o ciudades

famosas. El ilustraba las discusiones, diciendo: «¡Oh Bustarviejo!... ¡Pueblo de excelentes aguas!», y otras veces su desdén de todo lo extranjero encontraba ocasión de enaltecer la patria de este modo: «¡Bah, París!... ¡Pueblo donde no se puede beber un triste vaso de agua!...»

Desde su edición pequeña de *Las Novedades* observaba el movimiento político, sin comprender de él más que la superficie bullanguera y la palabrería rutinaria. A veces hallaba en su diario algunas cosas ininteligibles, algo que era como los escalofríos y el amargor de boca del cuerpo social y síntoma de su escondida fiebre. Entonces se llevaba el dedo a la frente, afectaba penetración, y, risueño, borracho de agua, decía a su consorte:

—Saturna, ¡qué cosas escriben estos haraganes para hacer reír a la gente!

V

Las cuatro serían cuando Miquis bajó, y con él sus amigos. Ya no estaba su protegido en el lugar donde le había dejado, sino junto al pórtico norte del edificio, viendo cómo discurrían con algazara, por entre los setos de evónimos y aligustre, las dos niñas bonitas y el reverendo primo de la esposa de Morales. Esta y el propio Mora... les y Temprado gozaban de los últimos rayos del sol en la columnata del Observatorio viejo, dando palique a una señora mayor que los acompañaba. Dos niños jugaban en la explanada meridional, oprimiendo alternativamente los lomos de un caballo de palo.

—Mire, señor—dijo Felipe a su protector agarrándole de un faldón—, mire aquel caballero que allí está con esas señoritucas... Me va a desasnar.

—Buena falta tienes...

—Me toma de criado... Tiene *discuela*... Mañana me voy...

Ruiz y Cienfuegos se decían disimuladamente cosas picantes sobre las dos agradabilísimas niñas del conserje de la Escuela de Farmacia... Mas no se entienda que de esta murmuración saliese concepto alguno contrario a la buena fama de las tales, siendo todo referente a recuerdos de Ruiz, a la hermosura de ellas y al gusto que ambos tendrían en tratarlas con la mayor confianza. Cienfuegos las había visto en el paraíso del Real y casi había hablado algunas palabras con la menor, que era la menos bonita y tenía un defecto. Faltábale un diente. A la mayor se le podía decir como a Dulcinea: *alta de pechos y ademán brioso*. Tenía lo que llaman *ángel*, expresión de dulzura y tristeza, y un hermosísimo pelo castaño que podría figurar allá arriba, allá en la constelación del León, o junto a la cabellera de Berenice.

¡Lástima grande que se notara en su cuerpo cierta tendencia a engrosar más de lo que pedían la justa proporción y repartimiento de las formas humanas! Era, no obstante, ágil y airosa. Pusiéranle una túnica griega, y bien podría pasar por Diana la cazadora, que, según dice Pausanias, era de formas redonditas, o por Cibeles, la que dió vida a tantísimos dioses. Luego, aquel cuello blanco, torneado!...

¡Adiós!, desaparecieron las dos y don Pedro tras aquellos arbolitos, y ya no se les vió más. La tarde caía.

—Vamos—dijo Miquis, poniéndose su capa, que le entregó Felipe.

Aún estuvieron mucho tiempo allí, porque don Florencio pegó la hebra con Cienfuegos, y entre hablar de tal o cual cosa, y despedirse y volverse a despedir, y ofrecimiento por acá, congratulación por allá, se vino el crepúsculo encima quedamente. Fresquecillo picante convidó a todos a marcharse. Ruiz se volvió a su casa. Cuando Cienfuegos y Miquis bajaban la cuesta, éste se sintió detenido por una tímida fuerza que le atenazaba el borde de la capa; volvióse y vió al más humilde de los héroes, que con gran consternación le dijo:

—Señor, ¿se van sin decirme nada?

—Es verdad; ¡ya no me acordaba de ti! Ven con nosotros.

Ligerísimo, expresando su afecto con saltos, como un perrillo, emprendió Felipe la marcha al lado de su protector. No puede formarse idea de lo que padeció su dignidad al oír decir a Cienfuegos:

—¿Estás loco? ¿Adónde vas con ese espantajo?

—A casa. Le voy a dar ropa.

—¡Ropa!... Mañana voy con aquel caballero... A las ocho, a las ocho... Me toma de criado, y me enseña todo lo que sabe—dijo Felipe brincando.

—¿Te pondrías tú unas botas mías?

—¿Qué hacer?...

—Pues yo le voy a regalar una corbata verde—indicó Cienfuegos.

—Y yo tengo una levita que se la podría poner un duque.

Oyendo tales cosas, veía el bueno de Felipe delante de sí un mundo risueño de comodidades, glorias, grandezas y regalo. El cielo se abría plegando su azul, como las cortinas de un guardarropa, y mostraba una y otra prenda: ésta para invierno, aquélla para verano; y tras la ropa, mil objetos de lujo y opulencia, como por ejemplo: varias cajas de cerillas, un bastoncito, un reloj con tres varas de cadena, anillos, una cartera con su lapicito para apuntar, paraguas, etcétera.

—Y dos camisetas viejas, ¿qué tal te vendrían?

—Vamos, que tengo yo un cinturón de gimnasia que no me sirve para nada...

—Y yo un sombrero número tres. ¿Te lo pondrás?

Felipe brincaba. Su gratitud no podía ser elocuente de otro modo.

—Es tarde—dijo Cienfuegos avivando el paso—. Doña Virginia se va a poner furiosa porque tardamos.

—Valiente cuidado me da a mí de doña Virginia. Di, Felipe: ¿dormirías tú en una cama de colchones si te pusieran en ella?

Felipe, atacado de un gozo convulsivo, echó a correr, desapareció. Al poco rato, Miquis le sintió a su espalda, imitando con donosura infantil el ladrar de un cachorrillo.

A trechos con prisa, a trechos lentamente, disputando en cada esquina y pasando repetidas veces de una acera a otra, llegaron los dos amigos y su protegido al centro de Madrid. Por cualquier motivo fútil, cuando no lo había de importancia, habían de estar siempre cuestionando y riñendo Miquis y Cienfuegos. En ellos la amistad no había tenido goces despojada de la irritación de la controversia y de aquel dramático interés que provenía de las frecuentes embestidas entre uno y otro temperamento. Lo que hablaron, lo que argumentaron, lo que por aquella simpleza de ir aprisa o ir despacio dijeron, no se puede contar. A poco más pasan de las palabras a las obras.

—Es que no me gusta que esperen por mí.

—Mira no te vaya a comer doña Virginia...

—No es sino que...

—No me vengas a mí con...

—Bruto, no es eso...

—Animal, no se puede tratar contigo...

Llegaron por fin a su casa, que era de las que llamamos de huéspedes, y estaba, según cuenta quien lo sabe, en una mala calle, situada en un barrio peor, la cual, si llevara nombre de macho como lo lleva de hembra, se llamaría del Rinoceronte. Subieron al cuarto, que era segundo con entresuelo, por la mal pintada, peor barrida y mucho peor alumbrada escalera, y antes que llamaran abrió con estruendo la puerta una hermosa arpía, que con tono iracundo los increpó de esta manera:

—¿Son estas horas de venir a comer? ¡Qué señores estos! No se puede con ellos. Usted, don Alejandro, tiene la culpa.

—Señora, ¿quiere usted irse a.....?

—¿Adónde, adónde?

—A donde usted quiera.

Acobardado Felipe por el destemplado lenguaje de la matrona, se detuvo en el último escalón, mirando con ansiedad a la puerta que se iba a cerrar ante él. Retrocedió Alejandro para llamarle: mas cuando la señora, tan guapa como furiosa, oyó que Miquis decía: «Entra, muchacho», se arrebató más, cerró de golpe, y he aquí sus dramáticos acentos, conservados por un erudito averiguador:

—Pero qué... ¿Habráse visto? ¿Otra vez me trae enfermos de la calle?... No faltaba más...

—Señora—dijo Miquis con zalamería—, si no me deja usted hablar, no hay medio de entendernos. Yo sólo quería pedir a usted tuviese la bondad de dejar dormir a ese chico en la guardilla.

Oír esto y volarse fué todo uno. Los demás huéspedes acudieron al ruido, curiosos de ver lo que pasaba.

—¿Qué les parece a ustedes este don Alejandro?...—prosiguió la dueña de la casa, pasando ya del furor a las burlas—. Niño, ¿es esto una hermandad para coger pobres?... El mes pasado me trajo un italiano de esos que tocan el arpa; hace días un viejo ciego con joroba y clarinete, y hoy... ¡Vaya unos amigos que se echa el tal don Alejandro! Y no pide nada..., que les ponga cama en la guardilla, que les dé de

comer... Vaya, señores, a la mesa, a la mesa.

Entre tanto, Miquis acercaba su rostro al ventanillo y por el enrejado de cobre decía:

—Felipito, Felipito...

—Señor...

—Espérate ahí un momentito...

Los compañeros de hospedaje se burlaban, y la misma doña Virginia, pasado aquel primer chispazo de ira, se reía también, diciendo:

—¡Pobre don Alejandro!... Es un buenazo.

Y no paró en esto su desenojo, sino que, mientras se servía la sopa, fué adentro y sacó pedazos de pan, queso y golosinas, y poniéndolo todo en un papel, salió a la escalera. Al poco rato volvió al comedor asustada, con las manos en la cabeza y riendo a todo reír.

—Pero ¡qué loco, Virgen madre, qué loco!... Allá está dando el chaqué azul, que no se ha puesto más que tres veces..., y dos camisas y unas botas enteramente nuevas... ¡Jesús, Jesús!

En el extremo de la mesa sonó una voz campanuda, dictatorial, que, separando con pausa las sílabas, promulgó esta sesuda frase:

—Acabará en San Bernardino.

II

PEDAGOGÍA

I

Dice Clio, entre otras cosas de menor importancia, que don Pedro Polo y Cortés se levantaba al amanecer, bajaba a la iglesia de las monjas, decía su misa, se desayunaba en la sacristía, fumaba un cigarrillo, volvía después a su casa, charlaba con su madre por espacio de un cuarto de hora, cambiaba de ropa, daba un suspiro... Todo esto ocurría invariablemente día por día, sin que nada faltase, ni el chocolate, ni el suspiro. Esto último era como la señal para entrar en el local de la escuela, cuyas puertas se abrían a las ocho en verano y a las nueve en invierno.

Hemos dicho que se abrían las puertas. ¡María Santísima, qué ruido, qué pataditas, qué empujones! La vetusta casa temblaba como en amenaza de desplomarse. Y el estruendo duraba hasta que aparecía don Pedro, no diré repartiendo bofetones, sino sembrándolos con gesto semejante al del labrador que arroja en tierra la semilla. Luego daba una gran voz. ¡Vaya un silencio, camaradas! Creo que se podría oír el ruido que hiciera una mosca frotándose la trompa con las patas... Después, poquito a poquito, saltaba un murmullo, una sílaba, una palabra, y de esto se iba formando susurro hondo y creciente que no se sabe adónde llegaría si don Pedro con su potente *quos ego* no lo atajara.

Había un pasante a quien llamaban don José Ido, hombre aplicadísimo a su deber, pálido como un cirio y con ciertos lóbulos o verrugones que parecían gotas de cera que le escurrían por la cara: de expresión llorosa y mística, flaco, exangüe, espiritado; manifestando en todo las congojas de una de esas vidas de abnegación y sacrificio heroicamente consagradas a la infancia. Tenía en la frente un mechón de negros y espeluznantes cabellos que parecía un pabilo humeante, y en sus ojos, siempre mojados, chisporroteaban, con la humedad y el pestañeo, desgarradoras elegías. Era el mártir oscuro y sin fama de la instrucción, el padre de las generaciones, el fundamento de infinitas glorias, la piedra angular de tantas fortunas y de preclaros hechos. Políticos que habéis firmado sabias leyes; ministros que con un meneo de rúbrica lleváis diariamente la felicidad al corazón de vuestros amigos; negociantes que autorizáis un crédito; notarios que dais fe; poetas que conmovéis la muchedumbre; jurisconsultos que lucháis por el derecho; médicos que curáis, y periodistas que escribís y amantes que fatigáis el correo, acordaos de don José Ido, que al poner una pluma en vuestra mano torpe y al administraros el bautismo de tinta, iniciándoos en la religión de la escritura, os dió diploma y título de cristianos civilizados...

Porque el fuerte, o mejor dicho, el sacerdocio de nuestro don José Ido, era la caligrafía. Enseñaba por el Evangelio de Iturzaeta una forma redonda, armónicamente compuesta de trazos gordos y finos, con cada rasgo para arriba y para abajo que daba gloria, y un golpe de mayúsculas que podría competir con lo mejor de los tiempos be-

nedictinos. Cuando por encargo especial acometía un trabajo de felicitación o cosa semejante, para implorar por cuenta propia o ajena la benevolencia de cualquier magnate, eran de ver aquellas emes iniciales con el cabello erizado de entusiasmo, aquellas haches que arrastraban más cola que un pavo real, aquellas erres que hacían cortesías, aquellas efes con más peluca que Luis XIV, aquellas eses minúsculas que parecían saltar de gozo, aquellas eles a caballo sobre las íes, aquellas jotas con morrión, y otras infinitas maravillas que producían a la vista ilusión de pirotecnia, todo rematado con unas *etcéteras* que a la cola de esta procesión pendolística iban con plumachos, blandiendo alabardas y banderolas. El resto lo hacían mil vaivenes de rúbrica, como flechas disparadas o laberinto arácnido, en el centro del cual aparecía lánguido, indolente, cual si cayera marcado en medio de tanto círculo, el claro nombre de *José Ido del Sagrario*.

La clase duraba horas y más horas. Era la vida perdurable, un lapso secular, sueño del tiempo y embriaguez de las horas. Nunca se vió más antipática pesadilla, formada de horripilantes aberraciones de Aritmética, Gramática o Historia Sagrada, de números ensartados, de cláusulas rotas. Sobre el eje del fastidio giraban los graves problemas de sintaxis, la regla de tres, los hijos de Jacob, todo confundido en el común matiz del dolor, todo teñido de repugnancias, trazado al modo de espirales, que corrían premiosas, ásperas, gemebundas. Era una rueda de tormento, máquina crudelísima, en la cual los bárbaros artífices arrancaban con tenazas una idea del cerebro, sujeto con cien tornillos, y metían otra a martillazos, y estiraban conceptos e incrustaban reglas, todo con violencia, con golpe, espasmo y rechinar de dientes por una y otra parte.

En la cavidad ancha, triste, pesada, jaquecosa de la escuela, se veían cuadros terroríficos: allá un Nazareno puesto en cruz; aquí dos o tres mártires de rodillas con los calzones rotos; a esta parte, otro condenado pálido, cadavérico, todo lleno de congojas y trasudores, porque se le había atragantado una suma; más lejos otro con un cachirulo de papel en la cabeza y orejas de burro, porque sin querer se había comido una definición. Como el sol reverbera sobre el rocío, así, por toda la extensión de la clase, las sonrisas abrillantaban las lágrimas, cuando no las secaba el ardor de las mejillas. Los números y rayas trazados en los encerados daban frío, y mareaban los grandes letreros y las máximas morales escritas en los carteles. Las negras carpetas, al abrirse, bostezaban, y los tinteros, ávidos de manchar, hacían todo lo posible por encontrar ocasión de volcarse... Daba grima ver tanto dedo torpe y rígido agarrando una pluma para trazar palotes, que más se torcían cuanto mayor era el empeño de enderezarlos. Las bocas, nerviositas, hacían muecas con el difícil rasgueo de la pluma... A lo mejor, un cráneo sonaba seco al golpe de un puño cerrado y duro. Restallaban mejillas sacudidas por carnosa mano. Los pellizcos no cesaban, y a cada segundo se oía un ¡ay! Se confundían las voces de *bruto, acémila,* con lamentos, las protestas y el lastimoso y terrorífico *yo no he sido*. La palmeta iba cayendo de mano en mano, incansable, celosa de su misión educatriz, aporreando sin piedad a todo el que cogía. La quemazón de la sangre, el cosquilleo, el dolor agudísimo, daban entendimiento al torpe, mesura al travieso, diligencia al indolente, silencio al lenguaraz, reposo al inquieto. Y como auxiliares de aquel docto instrumento, una caña y, a veces, flexible vara de mimbre sacudían el polvo. Había nalgas como tomates, carrillos como pimientos, ojos con llamaradas, frentes mojadas de sudor de agonía, y todo era picazones, escozor, cosquilleo, latidos, ardor y suplicio de carnes y huesos.

Salvas las contadas ocasiones en que se veía cruzar por el aire una mosca con rabo de papel, sucediendo a esto la algazara propia del caso, el aburrimiento llenaba las horas de la clase, aquellas horas que avanzaban arrastrándose como las babosas sobre una peña. Los miembros se entumecían, y no había fuerza humana capaz de impedir las patadas, los desperezos, el acosar la cabeza sobre los brazos cruzados, el cuchicheo, la inquietud... Una autoridad férrea, despótica, a quien la conciencia del deber daba algo de la crueldad sublime que enalteció a Junio Bruto. Jef-

té y Guzmán el Bueno, recorría los bancos, desde que se notaban los primeros síntomas de la rebelión del fastidio. A la manera que el cómitre de una galera iba sacudiendo con duro látigo la pereza de los infelices condenados al remo, así don Pedro ponía rápido correctivo con su vara o su mano al arrastrar de suelas, a las pandiculaciones, al cuchicheo, al mirar, al reír. ¡Pobres orejas! ¡Cuántas veces se veía la mano del maestro levantar muy alto una cabeza suspendida de una oreja, o empujar otra sobre la carpeta con tal fuerza que a poco más se incrusta la nariz en la tabla!... Su máxima era: «Siembra coscorrones y recogerás sabios.»

II

Don Pedro Polo y Cortés era de Medellín; por tanto, tenía con el conquistador de Méjico la doble conexión del apellido y de la cuna. ¿Había parentesco? Dice Clío que no sabe jota de esto. Doña Claudia, madre de nuestro extremeño, sostenía que sí; mas para probarlo se vale del sentimiento antes que de las razones. El padre, hombre que gozó la más pura y noble fama de honradez, murió desastrosamente en la cárcel veinte años antes de estos sucesos que ahora referimos. Perseguido con saña por graves delitos ajenos, de que su buena fe le hizo en apariencia responsable, fué mártir del honor; fué, como suele decirse, un carácter elevado y glorioso, de esos que, si no abundan, no faltan tampoco en cada edad, para que conste, conforme al plan del mundo, que éste no es patrimonio de los malos. Murió como un santo, y muchos están con menos motivo en los altares.

La familia no había vivido nunca con holgura, y muerto el jefe de ella, quedó en triste miseria. A Pedro Polo le correspondía llevarla sobre sí, cosa en extremo difícil, pues se encontraba con veinticuatro años a la espalda, sin haber estudiado cosa alguna, sin oficio, carrera ni habilidad que pudiera serle provechosa. Sólo sabía leer, escribir, contar y un poco de latín más macarrónico que erudito. Había pasado la niñez y lo mejor de su juventud dedicado a divertimientos corporales y al saludable ejercicio de la caza. De su complexión atlética, ¿qué beneficio podía sacar como no fuera un jornal mísero? A las ciencias no les tenía maldita afición. La milicia le seducía, pero ya era tarde para pensar en ella. Ir a cualquier parte de las próvidas Américas en busca de fortuna, cuadraba a su natural aventurero y a su atrevido espíritu; pero mientras parecía la fortuna, que allí como en todas partes no se alcanza sin trabajo y paciencia, ¿de qué vivirían su madre y su hermana? El comercio no le desagradaba; pero no tenía más capital que su escopeta y un poco de pólvora. Cualquier profesión, por breve y fácil que fuese, requería tiempo y libros, y la necesidad de familia no admitía espera. Una sola carrera o profesión existía que pudiera acometer y lograr en poco tiempo el joven Polo. Apretábale a seguirla un tío suyo materno en tercer grado, canónigo de la catedral de Coria; hubo lucha, sugestiones, lágrimas femeninas, dimes y diretes; el tío ofreció pensionar a la madre y hermana mientras durasen los estudios, y por fin, todos estos estímulos, y más que ninguno el agudísimo de la necesidad, vencieron la repugnancia de Polo, le fingieron una vocación que no tenía, y...

Cantó misa, y la familia tuvo un apoyo. Cinco años pasó Polo y Cortés en Medellín, viviendo con estrechez, pero viviendo. Con sus misas, sus funerales y bautizos, desempeñando la coadjutoría de la parroquia, pudo pagar deudas onerosas que abrumaban a la familia. Disentimientos y rivalidades de sacristía le obligaron a salir de su pueblo. Vivió algún tiempo en Trujillo; desempeñó más tarde un curato en Puente del Arzobispo, y luego residió seis años en Toledo, siempre con grandísima penuria, mortificado por la pena de no poder sacar a su madre y hermana de aquella triste vida, llena de incomodidades y pobreza. Tuvo esto feliz término cuando se estableció en Madrid. ¡Gracias a Dios que le sonreía la fortuna! Desde que una azafata de la reina, extremeña, solicitó y obtuvo para Pedro Polo el capellanazgo de las monjas mercedarias calzadas de San Fernando, la vida de aquellas tres personas tomó cariz más risueño y un rumbo enteramente dichoso. ¡Las monjas eran tan buenas, tan cariñosas, tan seño-

ras...! Ellas mismas sugirieron a su bizarro capellán la idea de poner una escuela donde recibieran instrucción cristiana y yugo social los muchachos más díscolos; y para realizar este noble pensamiento, le ofrecieron el local que tenían en el callejón de San Marcos, en la casa del marquesado de Aquila-Fuente, tronco de aquella piadosa fundación.

Era el edificio tan viejo que sólo por respeto a su origen glorioso se conservaba en pie. La planta principal servía para habitación de don Pedro y su familia, y la baja, con espaciosas cuadras, para albergar la escuela y toda la chiquillería consiguiente. Hermoso plan, tan pronto pensado como hecho. Así como el tío canónigo—a quien don Pedro en sus ratos de jovialidad solía llamar *el bobo de Coria*—había dicho: «Hágote sacerdote», las monjas habían dicho a su vez: «Hágote maestro.» Para su sotana pensaba Polo así: «¿Clérigo dijiste? Pues a ello. ¿Profesor dijiste? Pues conforme.» Dichosa edad esta en que el hombre recibe su destino hecho y ajustado como tomaría un vestido de manos del sastre, y en que lo más fácil y provechoso para él es bailar al son que le tocan. Música, música y viva la Providencia.

El éxito de la escuela fué grande. Centenares de hijos del hombre acudieron de todas las partes del barrio, atraídos por la fama de docto, juicioso y paternal que había adquirido Polo sin saber cómo. El caudal de la familia engrosaba lentamente, y vierais por fin cómo se dulcificaba la hasta entonces amarga vida de aquella buena gente; cómo podía gozar doña Claudia de comodidades que hasta entonces no conociera, y Marcelina Polo decorar su persona con severa compostura. No faltaban ya en la casa los alimentos sanos y abundantes, ni el abrigo en invierno, ni los honrados esparcimientos en verano. Aunque la mayor de las satisfacciones de don Pedro Polo era el bienestar de su madre y hermana, a quienes amaba tiernamente, no le disgustaba tomar para sí una parte de los dones de la Fortuna, y al año de establecida la escuela se le podía ver y admirar vestido de seglar o de cura, según los casos, con la pulcritud y el lujo de los sacerdotes más distinguidos.

Aquel nobilísimo oficio le daba mucho que hacer en sus comienzos, porque tenía que aprender por las noches lo que había de enseñar al día siguiente; trabajo ingrato y penoso que fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento. Todo lo enseñaba Polo según el método que él empleara en aprenderlo; mejor dicho, Polo no enseñaba nada: lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operación que podríamos llamar *inyectocerebral,* cantidad de fórmulas, definiciones, reglas, generalidades y recetas científicas, que luego se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darle un átomo de sustancia ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de una fuente. De aquí viene que generaciones enteras padezcan enfermedad dolorosísima, que no es otra cosa que el mal de piedra del cerebro.

III

También dice la chismosa Clío que el temperamento de don Pedro Polo era sanguíneo, tirando a bilioso, de donde los conocedores del cuerpo humano podrían sacar razones bastantes para suponerle hostigado de grandes ansias, ambicioso y emprendedor, como lo fueron César, Napoleón y Cromwell. Sobre esto de los temperamentos hay mucho que hablar, por lo cual mejor será no decir nada. Quédese para otros el fundar en el predominio de la acción del hígado el genio violentísimo de nuestro capellán, y en el desarrollo del sistema vascular, así como en la superioridad de las funciones de nutrición sobre las de relación, la intensidad de sus anhelos, su fuerza de voluntad incontrastable. Cierto es que si se dedicara, como su paisano, a conquistar imperios, los habría ganado con rapidez. Habiéndose metido, por la fatalidad de los tiempos y de las circunstancias, a instruir muchachos, los instruía por los modos y estilo que el otro empleó en domar naciones. Y no comprendía Polo la enseñanza de otra manera. Se le representaba el entendimiento de un niño como castillo que debía ser embestido y tomado a viva fuerza, y a veces por sorpresa. La máxima antigua de *la letra con sangre entra,* tenía dentro del magín de

Polo la fijeza de uno de esos preceptos intuitivos y primordiales del genio militar, que en otro orden de cosas han producido hechos tan sublimes. Así, cuando, movido de su convicción profundísima, descargaba los nudillos sobre el cráneo de un alumno rebelde, esta cruel enseñanza iba acompañada de la idea de abrir un agujero por donde a la fuerza había de entrar el tarugo intelectual que allí dentro faltaba. Los pellizcos de sus acerados dedos eran como punciones por las cuales se hacían, al través de la piel, inyecciones de la sabiduría alcaloide de los libros de texto.

Gran auxilio a don Pedro prestaba el pasante don José Ido, mayormente en el arte de escribir. Polo escribía mal, y su ortografía era muy descuidada. Ido le ayudaba también en las lecciones, y hacía leer a los pequeñuelos, mas con tan delgada voz y entonación tan embarazosa, que para articular una sílaba parecía pedir prestado el aliento al que estaba más próximo. Los chicos, desde el mayor al más pequeño, respetaban y temían tanto a don Pedro, que ni aun fuera de la clase se atrevían a hacer burla de él: pero al pobre Ido le trataban con familiaridad casi irreverente. Las paredes del callejón de San Marcos estaban de punta a punta ilustradas con el retrato del señor de Ido en diferentes actitudes, y eran de ver lo parecido del semblante y la gracia de la expresión en aquellos toscos diseños. No faltaban explicaciones y leyendas que decían: «Ido *diendo* a los toros»; y por otro lado: «Ido del Sagrario *calléndosele* los calzones.» Porque este pobre calígrafo tenía las carnes tan fláccidas que toda su ropa parecía escurrirse, y que cada pieza, desde la corbata a los pantalones, estaba más baja del sitio que le correspondía. Otra cosa que daba motivo así a las cuchufletas como a las ilustraciones, era el cartílago laríngeo, o la nuez del pasante, la cual era grandísima. Entre las pinturas murales, que representaban casi siempre escenas de toros, había una cuyo letrero decía: «El toro, perdone *ustez—me lo enganchó de la nuez...*»

A este hombre probo, trabajador, honrado como los ángeles, inocente como los serafines, esclavo, mártir, héroe, santo, apóstol, pescador de hombres, padre de las generaciones, le trataba don Pedro delante de los chicos con frialdad y sequedad; mas cuando estaban solos le abrumaba a cortesanías y piropos como éste: «Es usted más tonto que el cerato simple», dicho con desenfado y sin mala voluntad. O bien le saludaba así: «Cierre usted esa boca, hombre, que se le va por ella el alma.» Y era verdad que parecía que el alma estaba acechando una ocasión para echársele fuera y correr en busca de mejor acomodo.

Los capones y pellizcos, los palmetazos y nalgadas, las ampliaciones de orejas, aplastamiento de carrillos, vapuleo de huesos y maceración de carnes, no completaban el código penitenciario de Polo. Además de la pena infamante de las orejas de burro, había la de dejar sin comer, aplicada con tanta frecuencia, que si las familias no sacaban de ella grandes ahorros era porque no querían. Todos los días, al sonar las doce, se quedaban en la clase, con el libro delante y las piernas colgando, tres o cuatro individuos que se habían equivocado en una suma o confundido a Jeroboam con Abimelech, o levantado algún falso testimonio a los pronombres relativos. Los autores de estos crímenes no debían alcanzar de nuestro Eterno Padre el pan de cada día, que todos piden, pero que se da sólo a quien lo merece. Bostezos que parecían suspiros y suspiros como puños llenaban la grande y trágica sala. Isaías no habría desdeñado llorar tan dolorosas penas, y hubiera sacado de su boca algún sublime acento con que pintar aquellos desperezos tan fuertes, que no parecía sino que cada brazo iba a caer por su lado. A menudo las páginas sucias, dobladas, rotas, de los aborrecidos libros se veían visitadas por un lagrimón que resbalaba de línea en línea. Pero esta forma de luto infantil no era la más común. La inquietud, la rebeldía, el mareo, la invención de peregrinas diabluras eran lo frecuente y lo más propio de estómagos vacíos. Quién gastaba su poca saliva en mascar y amasar papel para tirarlo al techo; quién dibujaba más monos que vieron selvas africanas; quién se pintaba las manos de tinta a estilo de salvajes...

Cuando la clase concluía, allá sobre las cinco de la tarde, después de diez horas mortales de banco duro, de carpeta negra, de letras horribles, de ence-

rado fúnebre, el enjambre salía con ardiente fiebre de actividad. Era como un furor de batallas, cual voladura de todas las malicias, inspiración rápida y calurosa de hacer en un momento lo que no se había podido hacer en tantas horas. Una tarde de enero, un chico que había estado preso, sin comer y sin moverse en todo el día, salió disparado, ebrio, con alegría rabiosa. Sus carcajadas eran como un restallido de cohetes; sus saltos, de gato perseguido; sus contorsiones, de epiléptico; la distensión de sus músculos, como el blandir de aceros toledanos; su carrera, como la de la saeta despedida del arco. Por la calle de San Bartolomé pasaba una mujer cargada con enorme cántaro de leche. El chico, ciego, la embistió con aquel movimiento de testuz que usan cuando juegan al toro. El piso estaba helado. La mujer cayó de golpe, dando con la sien en el mismo filo del encintado de la calle, y quedó muerta en el acto.

IV

Es forzoso repetir que la crueldad de don Pedro era convicción, y su barbarie, fruto áspero, pero madurísimo, de la conciencia. No era un maestro severo, sino un honrado vándalo. Entraba a saco los entendimientos, y arrasaba cuanto se le ponía delante. Era el evangelista de la aridez, que iba arrancando toda flor que encontrase, y asolando las amenidades que embelesan el campo de la infancia, para plantar luego las estacas de un saber disecado y sin jugo. Pisoteaba rosas y plantaba cañas. Su aliento de exterminio ponía la desolación allí donde estaban las gracias; destruía la vida propia de la inteligencia para erigir en su lugar muñecos vestidos de trapos pedantescos. Segaba, impío, la espontaneidad, arrancaba cuanto retoño brotaba de la savia natural y del sabio esfuerzo de la Naturaleza y luego aquí y allí ponía flores de papel inodoras, pintorreadas, muertas. Por uno de esos errores que no se comprenden en hombre tan bueno, estaba muy satisfecho de su trabajo, y veía con gozo que sus discípulos se lucían en los Institutos, sacando a espuertas las notas de *sobresaliente*. Don Pedro decía: «Ellos llevan el cuerpo bien punteado de cardenales, pero bien sabidos van.»

A los tres años de esta ordenada vida capellanesca, escolástica y cardenalicia, la familia se encontraba en un pie de comodidades que nunca había conocido. Doña Claudia Cortés se trataba con azafatas, alabarderas, tal cual camarista y otras personas bien puestas en Palacio. Marcelina Polo, que llevaba el peso de la casa, había logrado decorar ésta, con cierta elegancia relativa. En el reducido círculo de las relaciones de la familia pasaba ya por dogma que en ningún cacareado colegio de Madrid recibían los muchachos educación tan sólida, cristiana y de machacamartillo como en el del padre Polo. Llegó día en que eran necesarias las recomendaciones para admitir una nueva víctima en el presidio escolar. Desgraciadamente para la familia, los ingresos, aunque regularcitos, no correspondían a la fama del llamado colegio, por tener don Pedro una cualidad excelsa en el terreno moral, pero muy desastrosa en el económico; era una extremada y nunca vista delicadeza en cuestiones de dinero. Aquella voluntad de hierro, aquel carácter duro se trocaban en timidez siempre que era preciso reclamar de algún chico o de sus padres el pago de los honorarios. Así es que muchos no le pagaban maldita cosa, y él antes se cortara una mano que despedirlos. Este sublime desinterés lo tuvo también el padre de don Pedro, de donde le vino, al decir de sus contemporáneos, que muriera en afrentosa cárcel. La economía política debe llamar a esta virtud *voto de pobreza*, y es evidente que estorba para todo negocio que no sea el importantísimo de la salvación.

Pero bueno es decir que los fallidos ocasionados en la caja por los efectos de esta santidad los compensaba Polo y Cortés con otros ingresos que le sobrevinieron cuando menos pensaba. Alentado por varios amigos, se metió a predicador. Hizo una tentativa: le salió regular; animóse; fué entrando en calor, y al año se lo disputaban las cofradías. El no era por sí elocuente; pero le favorecían su voz grave, llena, hermosa, a veces dulce, a veces patética, y su facilidad de dicción. En tres o cuatro leídas se apropiaba un sermón de cualquiera de las colecciones que existen. De su propia cosecha ponía muy poco. Había

tenido también el talento de asimilarse el énfasis declamatorio y la mímica del púlpito, que tan grande parte tienen en el éxito. Cada perorata le valía una onza, y a su madre le daba con cada sermón diez años de vida, porque, según ella, los ángeles mismos no dirían cosas más sublimes y cristianas como las que su hijo echaba por aquel pico de oro. No se desvanecía don Pedro con estas lisonjas, flores preciosas del amor materno, y a solas con su conciencia literaria, cuando bajaba del púlpito, iba diciendo: «Dios me perdone las tontadas que he dicho.»

Muchas amistades cultivaba don Pedro en Madrid. Eran principales amigos un empleado de Hacienda que conoció en Toledo, y un fotógrafo, excelente persona, extremeño, y también Cortés de nombre y genio. Las señoras de ambos visitaban a doña Claudia, y tomaban participación en sus jugadas de lotería. Porque es bueno saber que a la madre de don Pedro le había entrado pasión tan ardiente por la Lotería Nacional, que en todas las extracciones probaba fortuna, y se pasaba la vida discurriendo y combinando números. Este era bonito, aquél feo, tal otro había sido afortunado, cuál refractario a la suerte; pero la suya era con todos tan mala, como incorregible su manía de probarla dos o tres veces al mes. El empleado de Hacienda paseaba con don Pedro algunas tardes, y las de día de fiesta infaliblemente. Se ponían los dos muy guapos, de guante y gabán, y medían todo el Retiro, hablando de la cosa pública, del reconocimiento del reino de Italia y de la guerra de Santo Domingo. El fotógrafo no había encontrado manera mejor de corresponder a la amistad de los Polos que retratándolos a todos con profusa variedad. Por esto se veían las paredes de la salita salpicadas de diferentes imágenes en cuantas formas se pueden idear: don Pedro, de hábitos, sentado; don Pedro, de paisano, con un libro en la mano; Marcelina, de mantilla, ante un fondo de ruinas y lago con barquilla; don Pedro y su madre, sobre telón de selva con cascada, ella sentada y estupefacta; él en pie, mirándola, y otros muchos...

Dos parentescos tenían los Polos en Madrid, ambos con venerables conserjes de establecimientos científicos. El de la Escuela de Farmacia, padre de las dos guapas chicas que vimos aquel día en donde queda dicho, se declaraba primo de don Pedro en tercer grado. Su apellido era Sánchez y Emperador; pero a las niñas se las llamaba comúnmente *las de* o *las del Emperador*. Doña Saturna, esposa de aquel don Florencio Morales que se emborrachaba con agua, era sobrina de doña Claudia. A estos parientes consideraban más que a nadie los Polos, no sólo por sus cualidades y virtudes, sino porque doña Saturna poseía entre éstas una de grandísimo valor para don Pedro. Era la tal señora la más eminente cocinera que se ha visto, doctora por lo que sabía, genio por lo que inventaba y artista por su exquisito gusto. Cuenta que en su juventud había vivido con monjas y servido después en casas de gran rumbo. Todo lo dominaba: la cocina rancia española y la extranjera, la confitería caliente y fría. De aquí que don Pedro la trajera en palmitas, porque el buen señor, al pasar de su primitiva vida miserable a la regalona en que entonces estaba, se pasó también gradualmente, y sin darse cuenta de ello, de la sobriedad del cazador a la glotonería del cortesano. Le acometían punzantes apetitos, y mientras más rarezas coquinarias probaba, más se relamía con todas y más deseaba las nuevas y aún no conocidas. Su gusto se refinó grandemente, y sin aborrecer los platos nacionales adoraba algunos de los extranjeros connaturalizados en España. Su madre alentaba esto mimándole y engolosinándole sin tasa, discurriendo las cosas más aperitivas y confabulándose con doña Saturna para proporcionarle un día y otro esta novedad, aquella sorpresa.

Siempre que los Polos invitaban a algún amigo a comer, doña Saturna se personaba en la casa muy tempranito, y cuando Morales celebraba sus días o los de su esposa, el primer convidado era Polo. Las de Emperador iban a una y otra parte, y en ambas eran muy agasajadas por sus méritos, por su índole modesta, por ser huérfanas de madre y por su mansedumbre graciosa y un tanto sentimental.

Marcelina Polo las quería entrañablemente, y hacía para ellas laborcillas de gancho, corbatas y mil enredos y regalitos. Ya que hemos nombrado a la her-

mana del capellán, conviene decir que esta señora, de más edad que don Pedro, era lo que en toda la amplitud de la palabra se llama una mujer fea. Su cara se salía ya de los términos de la estética, y era verdaderamente una cara ilícita, esto es, que quedaba debajo del fuero del poder judicial. Debía, por consiguiente, recaer sobre ella la prohibición de mostrarse en público. Así lo conocía la dueña de aquel monumento azteca, y ni tenía en su habitación espejos que se lo reprodujeran, ni salía más que para ir a la iglesia, o a visitar amigas de confianza. Era una persona insignificante, pero que tratada de cerca inspiraba algunas simpatías. Ocupábase de cuidar la casa, de hacer obras de mano, generalmente de poco mérito, y de rezar, escribir cartitas a las monjas o enredar un poco en la sacristía de la iglesia. Resumiendo todo lo que nos dice Clío respecto a estas tres personas, resulta que se avenían y ajustaban maravillosamente, viviendo bajo un mismo techo y amándose con ardor, tres diferentes pasiones: Gula, Religión, Lotería.

V

—¡No, si no te ha de pasar nada; si te he de brear y batanear y curtir, hasta que seas otro y no te parezcas a lo que fuiste!... Haz cuenta de que naces. ¿Dices que quieres aprender y ser hombre? Pues ahora te las verás conmigo.

Esto decía Polo a su nuevo alumno, recogido por caridad un domingo por la tarde, en momentos de satisfacción digesta. Se vieron, se hablaron, se comprendieron, simpatizaron, y de la simpatía salió el siguiente contrato: don Pedro sería maestro de su criado, y el criado sería discípulo de su amo. Perfectamente... A la familia le hacía falta un chiquilín que desempeñase recados, barriese casa y escuela, que a veces no podían con más polvo, y prestara además otros servicios. Doña Claudia se veía negra muchas veces para poder repartir a domicilio los papelitos en que hacía constar las participaciones que esta o la otra persona tenían en sus jugadas. Marcelina recibió a Felipe con benevolencia. ¡Cuántas veces había dejado de mandar a las monjas un recado importante por no tener quien lo llevara! Agradó a todos el muchacho, y como llevaba la buena ropa que le había dado Miquis, casi, casi parecía un paje, un caballerito... Señaláronle para su vivienda un cuarto, o más bien una garita, en los deshabitados desvanes de la casa, los cuales, aunque llenos de trastos y polvo y telarañas, fueron para él mejores que cuantos palacios puede soñar la fantasía.

Hasta aquí muy bien. Grande, inesperada fortuna del héroe, que decía gozoso: «¡Ahora no hay quien me tosa! ¡Si la Nela me viera en medio de tantos santos, blandones, *murumentos* y animales!...» Y era verdad que en compañía de todo esto se hallaba, porque los sotabancos del caserón de Aguila-Fuente servían a las monjas para depósito de objetos inútiles, o de otros que no tenían hueco en la sacristía, y allí había cantidad de imágenes: las unas, rotas; las otras, desnudas; aparejos de funeral y diversas piezas del monumento de Semana Santa en cartón y madera. Los animales eran los que acompañan y simbolizan a tres de los Evangelistas, piezas enormes y algo pavorosas, cuya vista daría miedo a quien no tuviera corazón tan esforzado como el de Felipe.

Los primeros días pasaron bien. En la escuela, la torpeza del neófito no causaba sorpresa al maestro ni a don José Ido, por estar el chico en estado completamente cerril o primitivo. Ni en el servicio doméstico había tiempo aún de juzgarle, porque su ignorancia de todas las cosas le disculpaba de su inhabilidad. Si no sabía el destino de los objetos más usuales, como una bandeja, la badila, el molinillo de café, ¿cómo se le podía inculpar equitativamente de no traer lo que se pedía, de equivocarse casi siempre y aun de romper alguna cosa? Marcelina llevaba con cierta resignación sus desaliños, le aleccionaba con paciencia y le alentaba con discretos plácemes cuando era puntual. Menos tolerante doña Claudia, exageraba las faltas de él y ponía las manos a la altura de sus anteojos siempre que la criada, muerta de risa, venía contando alguna fechoría o gansada del pobre Felipe. Porque Maritornes, preciso es decirlo para que cada cual tenga su verdadero puesto, le había declarado guerra a muerte desde el principio, y muchas cosas que él hubiera hecho bien las hacía

mal porque ella le confundía con sus gritos y le atropellaba con sus lenguarajos. No habían pasado tres semanas cuando doña Claudia decía a todo el que la quisiera oír:

—¡Qué cosas tiene mi hijo!... Habernos traído aquí este muñeco... Lo que digo, es un número sin premio.

Una cualidad buena reconocían todos en Felipe, y era que jamás contestaba a las reprimendas, ni se daba por aludido de los pellizcos, coscorrones y demás argumentos en vivo que en la escuela y en la cocina se le hacían. Todo lo llevaba con paciencia aquel estoico, pequeño de cuerpo. Si no llega a decir, como el otro, que el dolor es bueno, en su interior lo disputaba justo y merecido, y a solas lloraba de rabia, encolerizado contra sí mismo, o se ponía de hoja de perejil, encareciendo su torpeza y brutalidad... ¡Si aquello parecía arte del demonio! El procuraba salir airoso en sus obligaciones, y todo le salía lo peor posible. ¿De qué le valía poner en cada faena sus cinco sentidos y aun alguno más? Notaba en sus manos una tosquedad que las hacía ineptas para todo lo que no fuera cargar espuertas de tierra. Mal o bien, ya se iba haciendo a manejar platos y tazas; pero cuando le ponían una pluma entre sus tiesos y duros dedos; cuando le sentaban delante de un papel rayado y le mandaban trazar... ¡Dios de los pequeños, Dios de los débiles! ¡Qué sudores, qué congojas, qué doloroso esfuerzo! La mano se le ponía rígida y trémula; era una mano de cartón que, en vez de sangre, estaba llena de cosquillas. Para someterla a la voluntad, el angustiado alumno alargaba el hocico, hacía trompeta de sus labios, distendía todos los músculos de su cuerpo, contraía los dedos de los pies... Ni por ésas: sólo conseguía mancharse de tinta hasta el codo, y en tanto el infame palote no salía. Daba grima ver aquel trazo curvo, erizado de púas como un cardo... Y cuando, al fin, parecía que iba saliendo un poquito más derecho..., ¡cataplum!, un coscorrón del pasante que le hacía soltar el papel para llevarse la mano a la parte dolorida, y rascársela cuanto permitieran las iracundas miradas de don Pedro... Nueva tentativa, nuevo fracaso acompañado de esta lluvia de flores:

—Burro, eso no es escribir; eso es dar coces...

En lectura iba bien. Pero cuando, pasado algún tiempo, le pusieron a desflorar los elementos de las artes y las ciencias... ¡Dios misericordioso, amparo de la ignorancia!... Nada, nada: Polo y don José Ido convinieron unánimes en que carecía absolutamente de memoria y entendimiento. No había fuerza humana que pudiera hacerle decir bien ninguna de aquellas sabias definiciones que compendian la sabiduría de nuestros libros escolares. No son para contados los testimonios que levantaba y los trastruecues que hacía al intentar decir que «el participio es una parte de la oración que participa en la índole del verbo y del adjetivo». En otras definiciones se trabucaba más por no conocer el valor y significado de las palabras. ¡Flojita cosa era para él saber lo que es *Gramática!* ¡Re-córcholis, si no sabía lo que es *arte*..., si no sabía lo que quiere decir *correctamente!*... Por algo, sí, por algo, Dios de justicia, pensaba el pobre Centeno que fabricar ciertas definiciones y asar la manteca eran cosas harto semejantes.

Luego venía la Historia Sagrada con sus cáfilas de nombres, sus genealogías, sus guerras, sus episodios patéticos y trágicos. Aquello era otra cosa. Aun en insulso extracto, la historia de Israel ofrece interés a la infancia. Pero el entendimiento del pobre Centeno no estaba hecho, no, para retener tanto y tanto nombre de individuos y pueblos. Deploraba la fecundidad de Jacob, y las tribus le traían a mal traer, porque confundía una con otra, o le colgaba un parentesco al más pintado. El no sabía de linajes, ¡contra!, y lo mismo daba Juan que Pedro. Un día cometió un desliz bíblico-mitológico achacando a Nabucodonosor excesos y desmanes del señor de Júpiter; y al ver que todos se reían, dijo con mucho desenfado:

—Lo mismo da: tan pillo era el uno como el otro.

La algazara que produjo esta observación fué tan grande, que don Pedro tuvo que dar zurribanda general para imponer silencio, aunque él mismo no contenía la risa.

Venía luego la Doctrina Cristiana. Al fin, al fin se iba a lucir. Como que ya sabía él algo, y aun algos, de cosa tan

buena, santa y admirable, de que se deriva la máquina toda del humano saber. Pero a las primeras de cambio, ¡Dios de los tontos!, empezó mi sabio a desbarrar. Erale imposible retener en la memoria las respuestas que comprenden y definen los altos principios del Cristianismo. Cuando las cláusulas eran breves y sencillas, menos mal: mi hombre las espetaba de corrido; pero, ¡ay!, cuando venía una de aquellas cosas hondas, largas, enrevesadas y oscuras que guardaba el librito en sus últimas hojas, ya era Felipe hombre perdido... Allá iban proposiciones que harían estremecer de espanto a los santos padres. ¡Risas, escándalo y patadas en la clase! No se ha visto ni verá más atrevido heresiarca. ¡Decir que la gracia «es un ser divino que nos hace esclavos del demonio!...» ¡Ciérrate, boca nefanda!

Un día, que fué de los más infelices que tuvo Centeno en la casa de don Pedro, a los tres meses de haber entrado en ella; un día en que todo lo dijo mal y lo hizo peor, y echó por aquella boca los más horribles despropósitos que pueden oírse, don Pedro tuvo una idea entre humorística y sanguinaria que al punto quiso poner por obra como saludable escarmiento y visible lección de sus alumnos. Porque cuando el tal don Pedro, siempre tan serio y ceñudo, con aquella cara de juez inexorable y aquella expresión de patíbulo, tenía humoradas, eran éstas ferozmente irónicas, verdaderas caricias de puñal, como los epigramas de Shakespeare. Cogió a Felipe, me le puso de rodillas sobre un banco, le encasquetó en la cabeza el bochornoso y orejudo casco de papel que servía para la coronación de los desaplicados. Luego, en el airoso pico de esta mitra, colgó un papel que decía con letras gordas, trazadas gallardamente por don José Ido: EL DOCTOR CENTENO.

¡Dios de Dios, qué risa, qué estruendo, qué ovación! Aquel día tuvo don Pedro humor burlesco. Su alma de pedernal echaba chispas, y de su verbosidad chancera brotaban cuchillos. De sus chistes resultaba el escarnio. Paseándose delante de la víctima, con palmeta en la mano, decía:

—Este señor vino a Madrid para ser médico. Como es tan aprovechado, tan sabio, tan eminente, pronto le veremos con la borla en la cabeza... Animo, hombre, no llores... No hay carrera sin trabajos... Ya estás a medio camino. Si sabes más que ese tintero... Serás médico: tómale el pulso a la pata de la mesa.

¡Risas, confusión, aplausos, bramidos! Don Pedro era el maestro más gracioso...

VI

Por desgracia de Centeno, la antipatía que inspiró a doña Claudia, en vez de disminuir con el tiempo, iba creciendo fomentada por el carácter seco y desabrido de aquella señora. Era la roca árida en que había nacido la negra encina que llamamos don Pedro Polo. Luego la maldita criada agravaba la situación de Felipe con sus enredosos chismes. De todo lo malo que en casa pasaba había de tener la culpa el sin ventura hijo de Socartes. Si algo traía, traíalo tarde; si se le confiaba cualquier faena de la cocina, echábala a perder; si redoblaba su esmero, resultaba que, por atropellar las cosas, salían mal; si al ir a comprar algo lo hacía con poco dinero, lo que había traído era detestable; si resultaba caro, era un sisón; si hablaba, era entremetido; si se callaba, sin duda estaba meditando picardías; si se limpiaba la ropa, era un presumido: si no, era un Adán. En resumidas cuentas, habría deseado el *Doctor*—pues dieron en llamarle de este modo, y también el *Doctorcillo*—tener la sabiduría de aquel señor tan despejado de que habla la Historia Sagrada, Salomón, para poder complacer a la doméstica y a la señora. Los regaños de ésta, importunos y soeces, le ponían en tal tristeza, que le entraban deseos de marcharse de la casa. Viendo que sus leales esfuerzos no tenían estímulo ni recompensa, desmayaba su valeroso ánimo, y lo mismo le importaba cumplir que no. Así, cuando iba a recados, se detenía en las calles mirando los escaparates o añadiéndose al corro que por cualquier motivo se formara, o entablando sabroso palique con este o el otro amigo.

En tanto, las horas de servicio crecían de lo lindo y las de enseñanza mermaban. Viéndole cada día más torpe, apenas se le tomaba lección de aquellas condenadas materias que tan poca gra-

cia le hacían, y el gran don José Ido, al llegar a él, decía:

—Mira, *Doctor*, más vale que te vayas a subir agua, que estas cosas no son para ti.

Y él veía el cielo abierto, porque más le gustaba y más le instruía sacar agua del pozo y cargar una cuba que repetir aquello de que «el artículo sirve para entresacar el nombre de la masa común de su especie».

De las enseñanzas de la escuela, lo único que le agradaba era la Geografía. Cierto día, teniendo delante un mapa muy bonito, donde se veían los países pintados con rayas y masas de colores, y el mar azul y las islas de extraña forma, sintió una tentación que sin duda debía de ser mala. ¡Diablos de chicos, no hay cosa que no inventen!... Pues se le ocurrió nada menos que dejar a un lado los palotes, como se arroja fatigosa carga, y ponerse con toda su alma a *retratar* el mapa, imitando los contornos y perfiles que allí parecían el propio rostro de las naciones. ¡Qué lástima no tener caja de pinturas, o al menos lápices de colores! Así, así debían ser enseñadas todas las cosas. ¿Por qué no se han de pintar la Gramática y la Doctrina?... Manos a la obra y venga papel. Sacó del bolsillo un pedazo de lápiz, y aquí te quiero ver, talento. Raya por allí, raya por allá; aquí un pico, más allá un hueco, todito iba saliendo a maravilla; la Inglaterra, que es una isluca con muchas púas; Suecia, que parece una gran pieza de bacalao; Franciota, con luengas narices; Portugalito, con la boca risueña, que es la del Tajo; Italia, como una bota; Grecia, cual manojo de pueblecitos, y Rusia, grandísima, informe, esteparia, soñolienta, sin fisonomía... Muy bien. La cosa prometía. El retrato estaba hablando, y aunque a algunas de las naciones no las conocería ni la mala mujer que las inventó, si el artista tuviera goma con que borrar para rehacer su trabajo..., ¡recontra!... Tan engolfado estaba en sus golfos, y tan aislado dentro de sus islas, que no vió venir a don Pedro, el cual se acercó por detrás pasito a pasito... ¡Ay Dios mío! Del primer cosque poco faltó para que los nudillos del maestro penetraran hasta la masa cerebral del geógrafo pintor, y detrás otro y otro, dados al compás de estas cariñosas frases:

—¡Animal, siempre de juego, pum!... ¡Si te voy a freír! ¿De esa manera, ¡pum!..., correspondes al bien que te he hecho recogiéndote..., ¡pum!, de las calles? No se puede..., ¡pum!, sacar partido de ti. Anda, anda arriba...

El resto de tan cristiano discurso fué, más que pronunciado, escrito con las manos del maestro sobre las mejillas rojas del criminal y sobre otras partes de su cuerpo. Cada lagrimón que le caía abultaba más que un garbanzo. La suerte es que se los iba bebiendo a medida que llegaban a la boca; que si los dejara rodar, seguramente le mojarían la ropa. Al subir, se tentaba el cráneo para indagar cuántos y de qué calibre eran los agujeros que en él, a su parecer, tenía.

Por tres motivos estaba de malísimo talante aquel día doña Claudia. Primeramente le dolía la cabeza, como atestiguaba la venda que se la oprimía, sujetando dos ruedas de patata sobre las sienes. Añadid a esto el disgusto que le ocasionaba la lista grande, que acababa de leer, en cuyo documento, por uno de esos descuidos tan propios de nuestra mala administración, no aparecía premiado ningún número de los que la señora tenía. Seguramente la lista estaba equivocada. Por último, doña Claudia había descubierto en la criada cosas de que no se podía echar la culpa a Felipe. Así, cuando éste se presentó y le dijo llorando: «El señor me ha mandado que suba», doña Claudia se puso en pie, dió al aire las dos aspas de sus brazos, y con voz desabrida le contestó: «Di a mi hijo que aquí no hacen falta monigotes.» Felipe tornó al piso bajo; mas no tuvo ánimo para entrar en la clase, y sentóse junto a la puerta de ella, esperando a que don Pedro saliera y le dijese algo.

Allí estuvo largo rato, oyendo el rumor hondo del aula, tan semejante al del mar, y como éste, músico y peregrino. Lo componen un vagido constante de cláusulas que vienen y van, salpicar de letras, restallido de palmetazos y aquel fondo mugidor de la murmuración infantil, que es como el constante silbar de la brisa. Este fenómeno, sobre que entristecía el alma del buen *Doctor*, le convidaba a mecerse en meditaciones... ¡Qué desfallecimiento el suyo!

No podía ya dudar que era el más bruto, el más torpe y necio de la escuela.

El lo comprendía bien, por virtud de su propio entendimiento, en que cada esfuerzo era un fracaso, y, además, cierto debía de ser, porque lo aseguraban personas como Polo y don José Ido, que eran dos templos de sabiduría. Verdaderamente, el *Doctor* Centeno no estaba en su lugar sino en Socartes, rodeado de sus iguales, las piedras, y de sus dignos prójimos, las mulas. ¿Por qué algunos chicos decían tan bien sus lecciones, y él no daba pie con bola?... ¡Qué cosa más triste! ¡Toda la vida sería un animal!... Sí; tan médico sería él como puede serlo una calabaza. ¡Qué desengaño! Y no era por falta de voluntad, que si la voluntad hiciera sabios, él se reiría del mismo Salomón. Era porque le faltaba algo en aquella condenada y cien veces maldita cabeza... Pero no, no lo podía remediar, ni estaba en su mano corregir su natural barbarie. Había hecho fatigosos y titánicos esfuerzos por retener las sabias respuestas de los libros, y las palabras se le salían de la memoria como se saldrían las moscas si se las quisiera encerrar en una jaula de pájaros... El *Doctor* Centeno para nada servía, absolutamente para nada. ¡Malditos libros, y cómo los odiaba! Y era tan bobo Felipe, que se le había ocurrido aprender muchas cosas preguntándolas al pasante. Porque en los cansados libros no se mentaba nada de lo que, a él le ponía tan pensativo, nada de tanto y tanto problema constantemente ofrecido a su curiosidad ansiosa. ¡Oh!, si el doctísimo don José le respondiese a sus preguntas, ¡cuánto aprendería! Adquiriría infinitos saberes, verbigracia: por qué las cosas, cuando se sueltan en el aire, caen al suelo; por qué el agua corre y no se está quieta; qué es el llover; qué es el arder una cosa; qué virtud tiene una pajita para dejarse quemar, y por qué no la tiene un clavo; por qué se quita el frío cuando uno se abriga, y por qué el aceite nada sobre el agua; qué parentesco tiene el cristal con el hielo, que el uno se hace agua y el otro no; por qué una rueda da vueltas; qué es esto de echar agua por los ojos cuando uno llora; qué significa el morirse, etc., etc.

Pensando en estas simplezas, dieron las doce y terminó la clase de la mañana. ¡Momento feliz! Creeríase que el día, perezoso, daba un salto y se ponía en pie... Iban saliendo los escolares a escape y atropelladamente: el último quería ser el primero. Todos, al pasar por donde Centeno estaba, le decían alguna cosa. Este le daba con el pie; el otro le incitaba a que saliera también para jugar en la calle, y unos con desvío, los más con afecto, todos tenían para él palabra, pellizco o arrechucho. Don Pedro le vió en la puerta, y, ceñudo, le dijo:

—Hoy estás sin comer.

Ni asombro ni pena causó esto a Felipe, por lo acostumbrado que estaba a tales penitencias. De los seis días de labor de cada semana, tres por lo menos se los pasaba a la buena de Dios. Es forzoso repetir que Polo hacía estas justiciadas a toda conciencia, creyendo poner en práctica el más juicioso y eficaz sistema docente; no lo hacía por ruindad, ni por la sórdida idea de ahorrar la comida de su *Doctor* sirviente.

Los condenados al ayuno se quedaban en la clase. Se les obligaba a estudiar en aquella triste hora, vigilados por el pasante, a quien una mujer andrajosa llevaba la comida en dos cazuelillos. Mientras ellos leían o charlaban, él comía sus sopas y un guisote de salsa. A veces, cuando los veía muy desconsolados, dábales algo. Después hacía traer un café, y repartía el azúcar que sobraba; siendo tal su bondad, que, generalmente, tomaba el brebaje muy amargo para que no faltara a los hambrientos la golosina. Alguno había tan mal agradecido, que cuando Ido se distraía reprendiendo a otro, echábale bonitamente dentro del vaso un pedazo de tiza de la que servía para escribir en el encerado.

Centeno, por estar privado de comida, no dejaba de servir la de sus amos en el comedor. Luego, cuando la criada ponía la mesa en la cocina, se le mandaba bajar a clase con el estómago más vacío que las arcas del Tesoro. Era tan desgraciado, que siempre llegaba después que el seráfico don José había repartido los terroncillos. Pero algún alma tolerante y cristiana se acordaba de él, hay que decirlo claro; sí: Marcelina le guardaba siempre alguna cosita, para dársela al anochecer, a escondidas de su hermano y de doña Claudia, que decía: «¿Sabes lo que haces con esos mi-

mos? Pues consentirle y echarle a perder más.»

Y, a pesar de tantos y tan variados rigores, Felipe tenia cariño a don Pedro: le quería, le respetaba y se desvivía por agradarle. Las reprimendas que su amo le echaba herianle en lo más vivo de su alma, y ésta se le inundaba de contento cuando sorprendía en el semblante de él señales o vislumbres, por débiles que fueran, de aprobación. Le miraba como a un ser eminente y escogido, instrumento de la Providencia, grande y terrorífico como aquel Moisés que hacía tan vistoso papel en las Escrituras. Algunos domingos, el terrible don Pedro tenía un arranque de generosidad, digno de su alma varonil. Aquella rigidez se doblaba; aquella dureza se fundía; aquel bronce se hacía carne. Llamaba a Felipe, y, echando mano al bolsillo, le daba un par de cuartos, diciéndole:

—Toma, hombre; vete por ahí de paseo y compra alguna golosina.

VII

Frente a la casa de don Pedro, por el callejón de San Marcos, se veía, en muestra negra, con letras blancas, el título de un periódico. En el piso bajo estaban instaladas la Redacción y la Administración, y en el sótano, la imprenta y máquinas del mismo. Felipe, siempre que salía, se paraba delante de las ventanas, mirando por los cristales a los señores que escribían en el diario, reunidos alrededor de una mesa con tapete verde, en el cual había papeles cortados, manojos de cuartillas, grandes tijeras y obleas rojas. Los tales eran, según Felipe, los hombres más sabios de la Tierra, porque inventaban todas aquellas cosas saladísimas que salían en el papel al día siguiente. Los miraba él desde fuera con supersticioso respeto, y se admiraba de que, siendo todos tan sabios, no tuvieran mejor pelaje. Disputaban, reían, y mientras el uno escribía, otro daba grandes tijeretazos, sin piedad, en distintos papeles más grandes que sábanas. De todos aquellos simpáticos señores, el que más atraía la atención de Felipe era uno que siempre se sentaba frente a la ventana, y por eso se le veía mejor desde la calle. No era joven; tenía la cara redonda, la nariz muy chica y picuda, la expresión avinagrada, el mirar soberano, y grande, espaciosa y reluciente calva, por la cual se pasaba suavemente la mano para acariciar sus ideas. Vaya, que si toda aquella cabeza estaba llena de talento, aquél debía de ser el hombre del siglo. ¡Con qué gravedad tomaba, ora las tijeras, ora la pluma, y con qué aire se acomodaba a cada momento los anteojos sobre la nariz!... Observando estas cosas, Felipe se detenía en la calle más de lo regular; los recados tardaban eternidades, y luego doña Claudia o Marcelina ponían el grito en el cielo y llovían bofetadas. Mayores fueron aún las distracciones de Centeno cuando se hizo amigo de otro chico de la misma edad, poco más o menos, que era hijo del mozo de la Redacción y servía en ésta y en la imprenta para hacer recados y llevar pruebas. No salía nunca el *Doctor* a un mandado sin asomar las narices a la puerta de la Redacción para ver si estaba su amigo. Este también le buscaba, y como se encontraban, ambos se pasaban las horas jugando, olvidados de su deber. Desde que se vieron simpatizaron, y desde que se hablaron, su afecto apareció tan vivo como si fuera antiguo. El primer cambio de palabras fué para enterarse de los nombres.

—¿Cómo te llamas tú?

—¿Yo? Felipe Centeno. ¿Y tú?

—Yo me llamo Juanito del Socorro.

En figura y en genio no tenían semejanza, pues Socorro representaba menos edad de la verdadera; era delgado, flexible y escurridizo como una lagartija. Parecía tener alas en los pies, porque no andaba sino a saltos, y hablaba haciendo mil contorsiones y monerías. Era más embustero que el inventor de las mentiras, que, según parece, fué la serpiente del Paraíso, y, además, vanidoso y lleno de las más graciosas y ridículas presunciones. Se comía la mitad de las palabras, y dándose aires de protector, llamaba a su amigo *hijito*, con un retintín que habría hecho reír a la rueda de una noria. Por Socorro supo Felipe que el señor de la calva y de los espejuelos sobre la nariz chica era el que escribía los artículos y sueltos de Hacienda.

—¡De Hacienda!—exclamó Centeno,

abriendo la boca todo lo que se puede abrir.

—Hiji..., tú no sabes: es un señor que siempre está muy enfadado, y cuando escribe, dice que la Deuda..., ¡bum!, la Hacienda, ¡bum!; el *Porsupuesto*, ¡bum!, y echa unas carretadas de números que te quedas bizco.

Felipe le oía con la boca abierta, lleno de admiración.

—¡Vaya un hombre! ¡Cór...!

—Pues mira, hiji..., cuando no está en la casa, los otros *relatores* se ríen de él, y dicen que es más tonto que el cepillo de las ánimas. Voy a comprarle cigarros... Que se espere.

En estas conversaciones pasaba el tiempo, y se acompañaban el uno al otro en sus recados. A menudo, Juanito hacía ponderaciones de su estado y familia, diciendo:

—Hiji..., cuando menos lo pienses, te he de colocar..., porque, mira, mi padre tiene muchas haciendas, y aunque está sirviendo, es porque van a subir los de acá, y lo menos le hacen *comendante*. Yo como todos los días gallina y jamón, porque mamá tiene una amiga que es duquesa y le manda regalos... Un día de éstos verás el caballo que me va a comprar papá. Lo van a traer de las haciendas, ¿estás?

Otras veces, Juanito, que era listo y conservaba en su memoria lo que oía en la Redacción, decía a su amigo, con misterioso acento:

—Hiji..., hiji..., ¿no sabes? *Esto se va*... Vamos al decir, que viene revolución. Los señores lo dicen. Ya está la tropa apalabrada. Se arma, se arma.

Centeno, al oír esto, sentía en su espíritu el pasmo que ocasiona todo anuncio de cosas insólitas, sobrehumanas y jamás vistas ni comprendidas.

—Sí, hiji..., cuando yo te lo digo... Esto anda mal, y los curas tienen la culpa de todo... Mi padre, que sabe mucho y es amigo de los peces gordos, dice que, cuando venga la cosa, hay que ahorcar a mucho pillo. A un hermano de papá le mataron en otra trifulca, y papá dice que se la han de pagar..., porque cuando venga la cosa habrá lo que llaman *melicia*.

—Pues algo va a pasar—manifestó Felipe, dándose importancia—, porque ayer don Pedro, en la mesa, dijo que esto se pone feo..., ¿oyes?, y habló del Gobierno, de la tropa, del *Porsupuesto*... El también lee por las mañanas un papel, y el otro día contaba que..., pues, no me acuerdo. Tú que sabes estas cosucas, di, ¿qué quiere decir *las turbas?*

—¿Las turbas?... Pues las turbas... Hiji..., eso está claro. Las turbas somos nosotros.

Alguna vez los sorprendía don Pedro, al salir de noche, en estas conferencias, sentados en la puerta de la Redacción o en otra más allá, fumando entre los dos, a turno, un roto cigarrillo. El maestro no se contentaba con reprender y castigar a Felipe, sino que a los dos les sacudía algunos pescozones, diciéndoles:

—Tunantes, id a vuestra obligación.

Don Pedro salía todas o las más de las noches. Aquel hombre, consagrado a rudo trabajo, necesitaba esparcimiento y ejercicio. En los primeros años de su vida escolástica solía tertuliar con su madre y hermana después de la cena, hasta la hora de acostarse. Pero llegaron días de mayor cansancio; las digestiones no eran tan fáciles, y sobre este malestar vinieron unas melancolías tan negras, que no era posible hacer salir de la boca del capellán una sola palabra. Se paseaba por el comedor mirando al suelo; luego se metía en su cuarto y se estaba allí larguísimo rato solo y a oscuras... De repente, sentíasele revolviendo en la habitación, y, al fin, aparecía de paisano, envuelto en su capa.

—Sí—le decía, en un bostezo, doña Claudia—. Bueno es que hagas ejercicio.

Marcelina le miraba, sin decir nada; pero sus miradas traducían tímidamente esta observación: «Ya le entró a mi hermano la calentura.»

Don Pedro decía: «Voy a dar una vuelta», y se iba. Regresaba a las once, cuando ya su madre dormía. Su hermana le esperaba siempre, y le alumbraba hasta llegar a la alcoba. Don Pedro sólo decía algunas frases referentes al tiempo.

Vino después larga temporada en que parecía luchar consigo mismo para evitar la salida. Después de comer se entregaba a la lectura. Compró muchos libros, y otros se los prestaba el fotógrafo, que tenía gran copia de ellos. El leer más grato a su espíritu varonil era el de cosas heroicas y fuera de lo

común, historias de bravas conquistas o descubrimientos.

También se entretenía con novelas, prefiriendo las de mucho enredo, llenas de pasos y lances estupendos. Los viajes arriesgados por islas y tierras de bárbaros le deleitaban, y todo aquello en que hubiera lucha con feroces bestias y con los elementos; dificultades, trabajos y el siempre sublime sacrificio del hombre por la cruz y la civilización. Su temperamento se empapaba en esto y se condimentaba, dirémoslo así, como ciertos manjares se guisan en su propio jugo.

Jamás se le vió leer libro místico; y cuando tenía que preparar un sermón, cogía la *Cadena de Oro de Predicadores,* el *Alivio de Párrocos,* o bien el socorrido *Troncoso,* únicos libros religiosos que guardaba, y entresacando de aquí y de allí, esto quiero, esto no quiero, una de cal y otra de arena, componía sus enfáticas oraciones; y, aprendidas de memoria, las soltaba como un seráfico papagayo, del mismo modo que sus venturosos discípulos decían las definiciones. ¡Y qué pico de oro!

VIII

La mesa de don Pedro había ido ganando, día por día, en variedad y riqueza. Modestísima en los comienzos de la vida capellanesca, era últimamente casi suntuosa. Sobre los regalos que le hacían las monjas, tenía los de sus discípulos, que no eran cualquier cosa. El 29 de junio se renovaba allí el espectáculo eructante de las bodas de Camacho. En tal día y en otros marcados, convidaban los Polos a parientes o amigos, no faltando nunca don Florencio ni el fotógrafo. Doña Saturna iba puntual a sus primores, y desde muy temprano, ella y doña Claudia se metían en la cocina y pasaban todo el día machacando especias, haciendo salsas y picadillos, revolviendo peroles. Generalmente, por ser casi todos los comensales extremeños, las dos señoras hacían el *frite,* guiso de cordero a la extremeña, que era recibido en la mesa con aclamaciones patrióticas.

Cuando iban a comer las dos chicas de Sánchez Emperador, don Pedro estaba en sus glorias, y se esmeraba en ser fino y galante con ellas, especialmente con la mayor, que era la hermosa.

Profesaba Polo la teoría, por cierto muy razonable, de que se puede ser a un tiempo buen sacerdote y atendedor de las damas, con lo cual se reverencia de dos maneras al Supremo Artífice de todas las cosas. Por esto, cuando las de Emperador eran convidados, vierais al señor capellán y maestro salir de su cuarto muy almidonado, muy peinado y oloroso, en correcto y limpio traje de paisano. Luego, durante el curso de la comida, no cesaba de echar donaires por aquella boca, y galanas flores retóricas del mejor gusto y sin chispa de malicia. Todos lo alababan y reían, no siendo las dos chicas indiferentes a los elogios que se hacían de su mérito.

Después de uno de estos días de honesta jarana, solía estar don Pedro muy taciturno y displicente. Notaban los alumnos en él refinamientos de rigor y exigencias inquisitoriales al tomar la lección. No perdonaba ni una mota. Aun con la familia estaba el buen señor muy enojado; economizaba con avaricia las palabras; ponía defectos a la comida diaria; quejábase de inexactitudes en los servicios a su hermana; a cualquier descuido, como un botón por pegar o un cuello mal planchado, daba importancia extrema. Se paseaba silencioso de un ángulo a otro de su cuarto, y Felipe se asustaba oyéndole dar unos suspiros tan grandes, que eran como si por el resuello quisiera descargarse de un pesadísimo tormento interior. Unicamente salía de sus labios la frase rutinaria: «Voy a dar una vuelta» en el momento de ponerse la capa.

Tal estado de misantropía se iba desvaneciendo, y el personaje, cual pieza forjada que se enfría y recobra su temple y dureza, volvía lentamente a su carácter normal: pacífico y tierno con la familia, afable y cariñoso con todos, menos con los alumnos.

Cuando don Pedro se iba a dar la famosa vuelta, doña Claudia, que cenaba sola y más tarde con su hijo, se comía el salpicón o la ensalada con el cortadillo de vino, y luego se daba a la endiablada tarea de combinar sus números y recorrer las listas pasadas para hacer un cálculo de probabilidades que no entenderían los matemáticos de más tino. El sueño le cogía de súbito en sus afanes, y se dormía sobre sus laureles arit-

méticos. Después de dar mil cabezadas ibase a la cama, arrastrándose, y poco después sus ronquidos daban fe de la tranquilidad de su conciencia.

Marcelina y Felipe se quedaban en vela,. esperando a don Pedro, junto a la lámpara del comedor: ella, ocupada en costura o laborcilla de *crochet;* él, estudiando las lecciones del día siguiente. Muy a menudo, el *Doctor* inclinaba la cabeza sobre la Gramática y se quedaba dormido, como esos Niños Jesús a quienes pintan durmiendo sobre el libro de los Evangelios. La fea de las feas tenía la bondad de respetar a veces aquel descanso, y no lo interrumpía en media hora. Cuando el chico estaba despierto, la señora le sermoneaba, echándole en cara su poco amor al estudio, sus descuidos en el servicio y, principalmente, su pícara afición a vagabundear por las calles y a detenerse las horas muertas en los recodos. Bien conocía Centeno la justicia de estas observaciones; pero en cuanto a su gusto a callejear, se sentía cobarde para reprimirlo, porque la amistad de Juanito del Socorro, que le contaba cosas tan interesantes de política y revoluciones, era el único bálsamo de su vida miserable.

Triste era para él la casa; triste su habitación; tristísima la escuela, el pasante y los libros; más tristes aún doña Claudia, la cocinera y la cocina. La calle y Juanito eran todo lo contrario de aquel marco sombrío y de aquellas figuras regañonas y lúgubres; lo contrario de los coscorrones, de las bofetadas, de los gritos, del estirar de orejas, de la Gramática—¡el impío y bárbaro estudio!—, de la bestial Maritornes, de aquel rudo trabajo sin recompensa moral ni estímulo. Sin un poquito de calle cada día, luz de la oscuridad, lenitivo de su pena y descanso de su entumecido físico y moral, la vida le habría sido imposible.

—Lee, hombre, lee—le decía, por las noches, Marcelina, sin quitar los ojos de su obra, cuando a Felipe sorprendía jugando con sus propios dedos o atendiendo a los ruidos de la calle—. Eres malo de veras. No aprenderás nunca palotada. Mi hermano dice que él ha conocido muchos brutos, pero ninguno como tú... ¿No te da vergüenza, hombre, de ver a otros niños tan aplicaditos...?

Reconociendo el *Doctor* que la señora hablaba como la misma sabiduría, no le hacía gran caso, y con el alma más que con los ojos miraba a la calle, oyendo los silbidos con que le llamara el del Socorro. ¡Inmenso dolor!... ¡No poder acudir a tan dulce reclamo! Sin duda, tenía que contarle aquella noche cosas muy buenas: por ejemplo, que los regimientos se iban a echar a la calle, que la cosa estaba en un tris, y los curas con el alma en un hilo... No había más remedio que tener paciencia y entretener de cualquier modo las pesadas horas, ya mirando los movimientos que con sus dedos hacía Marcelina, metiendo y sacando el gancho, ya contando los hoyos que aquella excelente señora tenía en la nariz, o los erizados pelos de su verruga..., porque pensar que él había de leer en la fementida Gramática era pensar en lo imposible.

Un sistema de distracción encontró Centeno, a fuerza de aburrirse, y era observar los distintos ruidos que hacían las puertas mohosas de la casa cuando las abría y cerraba la cocinera, la cual andaba trasteando, hasta más de las diez, de la cocina a la despensa y de la despensa al comedor. Las puertas, como toda la casa, tenían dos siglos de fecha, y en tan largo tiempo nadie se había tomado el trabajo de acariciar con aceite sus gastados, secos y polvorientos goznes. Así es que daban unos gemidos que parecían de seres vivientes, y su lamentar producía los más extraños efectos musicales. En la soledad y hastío de su espíritu, Felipe no hallaba mejor entretenimiento que observar la diversa tesitura y acento de cada uno de aquellos ruidos. Tal puerta imitaba el mugido de un buey; tal otra, el llanto de un niño; alguna sonaba con voz gangosa que pronunciara el principio de un padrenuestro; la de más allá parecía la matraca de Viernes Santo, y otra decía siempre: *Mira que te cojo.* Amenizaba estas sonatas el lejano roncar de doña Claudia, que a ratos era silbido tenue, a ratos fabordón que decía con toda claridad: *Sursum Coor...da.*

Cuando las puertas callaban, cual si se durmieran, Felipe buscaba impresiones del mismo orden en las vidrieras. Eran éstas, como las ventanas, grandísimas, desvencijadas. Se componían de vidrios pequeños, verdosos, que retrasaban la luz y eran como aduaneros de

ella, pues no le permitían pasar sin cogerse una parte. La madera estaba pintada de azul, al temple, según el uso antiguo; el plomo era negro, y de puro viejo apenas sujetaba los vidrios. Estos, siempre que los pesados bastidores se abrían, bailaban en sus endebles junturas, cual si quisieran saltar y echarse fuera. Cuando pasaba un coche por la mal empedrada calle, era tanto el temblor y tanta la chillería de los vidrios, que las personas tenían que dar fuertes gritos para hacerse oír.

Tal era la ocupación del *Doctor:* atender el paso de los coches. Desde que sentía su rodar lejano, ponía alerta el oído para observar cómo lentamente empezaba el retintín de los vidrios; cómo iba en rápido *crescendo*, hasta ser algarabía estruendosa. Antojábasele comparar la casa con un cuerpo humano al que se hacían cosquillas, y con los cosquillas se disparaba en convulsivas risotadas.

De todo esto era preciso tomar nota, y con su pedacito de lápiz iba marcando disimuladamente con rayas, en el margen del libro, los coches que pasaban. Pero algunas veces era vencedor de la atención el fastidio. Felipe hacía almohada de la Gramática y se cuajaba dulcemente como un ángel. Viéraisle despertar pavorido a la entrada de don Pedro, que, por tener llavín, no llamaba nunca. A veces, una mano vigorosa le extraía, suspendido de la oreja, de aquel seno placentero de su sueño, y oía una voz de trompeta del Juicio Final, diciendo: «A acostarse.»

Andaba dormido, tropezando, los sentidos abotagados, sin enterarse de lo que charlaban el amo y su hermana antes de recogerse. A tientas subía, por fin, a sus elevados aposentos, y... A medianoche todo dormía en la casa: personas, goznes y vidrios. Sólo don Pedro, algunas veces, tenía el sueño tan difícil, que el alba y aun el claro día le encontraban como un lince; y gracias que pudiera aletargarse y dar breve descanso a sus potencias cerebrales a hora inoportuna, cuando ya el esquilón monjil le avisaba que era llegada la de la misa.

IX

En la calle de la Libertad, más allá de la esquina de la casa donde la Redacción estaba, había un solar vacío, separado de la calle por una cerca de desiguales y viejas tablas. Dentro sólo se veían montones de escombros, media docena de escobas y otras tantas carretillas que dejaban allí los encargados de la limpieza urbana. Tenía la tal valla una puerta que estaba cerrada casi siempre; pero Juanito del Socorro y otros chicos de la vecindad, asistentes a la escuela de don Pedro, habían hallado medio de colarse dentro, arrancando una tabla y apartando otra; y, posesionados del terreno, lo dedicaron a plaza para hacer en él sus corridas.

Habiendo sido admitido un día Felipe a esta diversión infantil, halló tanto gusto en ella, que se hubiera estado todo el santo día en la plaza, sin acordarse para nada de sus deberes escolares y domésticos, ni de don Pedro, ni del santo de su nombre. Mientras más el juego se repetía, más su afición le cobraba, y los domingos por la tarde, si sus amos le permitían salir, entregábase con frenesí a las alegrías del toreo. Saltar, correr, montarse sobre otro; ser, alternativamente, picador, caballo, banderillero, mula, toro y diestro, era la delicia de las delicias, exigencia del cuerpo y del alma, prurito que declaraba perentorias necesidades de la naturaleza. Días enteros pasaba pensando en el ratito que podía dedicar a la función, o representándose los entretenidos episodios y pasos de ella. Y tanto repitieron los chicos aquel juego, que llegaron a organizarlo en regla, para lo cual tenía especial tino el gran Juanito del Socorro, sujeto de mucho tacto y autoridad. Era empresario y presidente, acomodador y naranjero. Dirigía las suertes, y a cada cual asignaba su papel, reservando para sí el de primer espada. A Felipe le tocaba siempre ser toro.

Quisieron proporcionarse una de esas cabezotas de mimbres que adornan las puertas de las cesterías; pero no lograron pasar del deseo al hecho, porque no había ningún rico en la cuadrilla, ni aunque se juntaran los capittales de todos podrían llegar a la suma necesaria. Se servían de una banasta, donde Felipe metía la cabeza. ¡Con qué furor salía él del toril, bramando, repartiendo testarazos, muertes y exterminio por dondequiera que pasaba! A éste derribaba, al otro le metía el cuerno por la

barriga, al de más allá levantaba en vilo. Víctimas de su arrojo, muchos caían por el suelo, hasta que Juanito del Socorro, alias *Redator,* lo remataba gallarda y valerosamente, dejándole tendido con media lengua fuera de la boca.

Cada cual contribuía con sus recursos y con su inventiva a dar todo el esplendor y propiedad posibles a la hermosa fiesta. No había detalle que no tuvieran presente, ni oportunidad que no aprovecharan aquellas imaginaciones llenas de viveza y lozanía. Blas Torres, hijo de un prendero, se proporcionó una capa de seda con galoncillos de plata. Algunos llevaban capa de percal, y otros se equipaban con un pedazo de cualquier tela. Perico Sáez, hijo del carnicero, presentó a la cuadrilla una adquisición admirable y de grandísimo precio: un rabo de buey, que Felipe se ataba en semejante parte para imitar la trasera del feroz animal. Con aquello y la banasta en la cabeza, y los bramidos que daba, parecía acabadito de venir de la ganadería. Fuenmayor llevaba las banderillas de papel, y Gázquez, hijo del estanquero, llevaba una cosa muy necesaria en juego tan peligroso, a saber: tiras de papel engomado de los sellos para aplicarlo a las heridas, rozaduras y contusiones. El chico de la prestamista se había proporcionado una corneta para hacer las señales, y algunos cascabeles para las mulas; Alonso Pasaron, el de la tienda de ultramarinos, que era artista, pintor, y tenía una caja de colores para hacer láminas, llevaba los carteles con una suerte pintada en verde y rojo, grandes letras y garabatos en que no faltaba palabra, ni fecha, ni detalle de los que en tales rótulos se usan. Pero de cuanto aquellos benditos inventaron para imitar al vivo las corridas, nada tan ingenioso como lo que se le ocurrió a Nicomedes, hijo del dueño de una tienda de sedas de la calle de Hortaleza. Este condenado reunió en su casa muchas varas de cinta encarnada: con ellas hacía un revuelto lío; se lo metía en la camisa, junto a la barriga, y cuando en lo mejor de la lidia desempeñaba con admirable verdad, vendado un ojo, el papel de caballo, y venía el toro y le daba el tremendo topetazo en el cuerpo, empezaba a soltar cinta y más cinta y a cojear y dar relinchos y hacer piruetas de dolor, con tal arte, que parecía que se le salían las tripas y que se las pisaba, como suele suceder a los caballos de verdad en la sangrienta arena de la plaza. Para que nada les faltara, también se habían adjudicado unos a otros sus *alias* en sustitución de los nombres verdaderos. A Nicomedes se le llamaba *Lengüita,* sin duda, por lo mucho que hablaba. Blas Torre, ilustre hijo de una prendera, tenía por mote *Trapillos.* Felipe respondía por el *Iscuelero,* y Juanito del Socorro tenía un apodo a la vez popular y respetuoso, nombre peregrino, que declaraba en cierto modo su origen literario. Se le llamaba *Redator.*

En lo mejor de la pelea se presentaba un individuo de Policía o el guarda del solar, y los echaba a la calle... Porque, verdaderamente, ¿qué cosa más contraria a la dignidad de una población que esta batahola de chicos en un solar cerrado, en día festivo, y cuando los mayores se entregan con delirio a las ardientes emociones del toreo verdadero? Los guindillas o polizontes municipales demostraban un celo digno de todo encomio en la corrección de estos abusos infantiles, y el guarda, enojadísimo porque profanaban la virginidad de su solar, la emprendía a escobazos con los lidiadores y..., Dios nos libre de que alguno se le rebelara... Por la calle adelante salía corriendo la partida, perseguida activamente por la fuerza pública, y al fin se disolvía, sin más consecuencias y sin ninguna desgracia personal.

Por lo mismo que Felipe no podía disfrutar de estos juegos sino en breves y angustiosos momentos, robados a cualquier obligación, sus goces eran grandísimos, inefables, y no los trocaría por la gloria eterna. Los sofiones que se llevó por su tardanza en un recado o por sus escapatorias cuando el deber le llamaba a la casa, no son para contados. Pero llegó a familiarizarse de tal modo con el sermoneo y los golpes, que ya no le hacían efecto. Estaba, al fin, como curtido, y su cuerpo se le figuraba forrado de duras conchas, como las del galápago. Moralmente, su atrofia corría parejas con la insensibilidad dérmica, y el convencimiento de que era malo, incorregible, llevábale a sentir altivo desprecio de los mandamientos de todos los Polos nacidos y por nacer.

Cuando se retiraba de noche a su ma-

driguera, renovaba en su mente, con claridad y frescura, las gratas sensaciones de la última corrida, y a la memoria traía los puyazos que le dieron, los jinetes que echó a rodar por el suelo, los caballos que destripó y los diestros que hizo pedazos. Oía la bélica trompeta y los gritos de la multitud. Hasta el recuerdo del despejo final, hecho a escobazos por el guarda, y aquel desalado correr por la calle, insultando desde la esquina al mismo guarda, tenía dejos gratísimos en su memoria. ¡Oh!, divinas horas, ¿por qué pasáis?

Pronto le ganaba el sueño y se dormía profundamente, rendido de cansancio. No le permitían usar luz por temor a que prendiera fuego a los trastos almacenados en el desván, y cuando no había luna que le iluminara el paso por aquel tenebroso y fantástico recinto, a tientas buscaba su rincón, y ya se trompicaba en el cáliz de la Fe, ya iba a parar a los brazos de una virgen, o rodaba entre las columnas del monumento.

Si por acaso despertaba a medianoche o de madrugada, y era tiempo de luna, le entraba miedo de verse entre tantos señores de cartón, los unos en pie, los otros arrumbados, casi todos muy barbudos y con luengos trajes blancos o negros. Por allí salía un brazo con dorada custodia; por aquí, la cabeza melenuda de un león; por allá, judíos feroces con los brazos en alto y las manos armadas de disciplinas; caras lívidas y afligidas, y lienzos negros con calaveras pintadas y canillas en cruz. Las primeras noches pasó Felipe momentos de agonía, y los escalofríos y congojas no le dejaban dormir. El terror le apretaba los párpados, y la curiosidad se los abría... Abría un poquito, y luego al punto cerraba prontamente para no ver más. Poco a poco se fué acostumbrando a ver sin miedo las figuras que poblaban su vivienda, y de tal modo se connaturalizó con ellas, que llegaron a parecerle individuos de la familia, algo como parientes mudos o callados amigos. No obstante, le desagradaba despertar a medianoche en tiempo de luna, porque, o él era tonto y veía visiones, o la Fe soltaba el cáliz y se quitaba la venda de los ojos para mirarle a él, a Felipe, que no osaba moverse ni el espacio de un dedo.

También le puso al principio en gran zozobra un ruido que sentía tras las paredes, así como roce y vibración de una soga, rumor seguido de lejanos tañidos de campana. No tardó en comprender que un tabique le separaba de la parte alta del convento, y que por allí pendía la cuerda con que la señoras monjas tocaban a maitines a desusadas horas de la noche. Sentía también Felipe ruido de pasos. Eran las esposas de Jesucristo que bajaban al coro. Una de ellas debía de ser coja, porque claramente se sentía el acompasado toqueteo de dos muletas.

Tempranito despertaba nuestro *Doctor*. Generalmente no era preciso llamarle; pero a veces, si su cansancio le emperezaba un poco, subía la criada, y, tirándole del cabello, le ponía más despabilado que una ardilla. Se levantaba mi hombre renegando de las criadas madrugadoras, y antes de bajar se daba un paseo por entre sus inmóviles compañeros de domicilio, observando las variaciones que el tiempo y el olvido ponían en la catadura de cada cual. A una santa le habían comido los ratones media cabeza. Las telarañas que abrigaban como toquilla el vendado rostro de la Fe crecían atrozmente, y rostros que fueron lampiños echaban barbas de polvo; rodaban por el suelo torneados brazos, alas de ángeles, manos de judíos que, aun desprendidas, no habían soltado el látigo. Había rostros apolillados que, de tristes, habíanse vuelto cómicos y alegres.

Pero lo más interesante para el gran Felipe era un San Lucas tamaño como dos hombres bien conservados, y que estaba, no enteramente a plomo, sino algo arrumbado sobre San Marcos, el cual, oprimido del peso de su compañero, tenía bastante ajadas las ropas. A los pies del primero había un magnífico toro, del cual no se veían más que los cuartos delanteros y la cabeza, tan grande y hermosa como la de los que salen en la plaza. El escultor que lo hizo había sabido imitar a la Naturaleza con tan exquisito arte, que al animal no le faltaba más que mugir. Tenía los cuernos relucientes, corvos y agudísimos; los ojos negros y vivos; la piel oscura...; en fin, daba gozo el verle.

De cuanto en el desván había, esta cabeza taurina era lo que principalmente merecía la admiración, mejor dicho, los amores de Felipe. La quería con toda

su alma. Todos los días le quitaba el polvo, y, por fin, la limpió con agua, dejándola tan reluciente, que era una maravilla de aseo. Un día, mientras la limpiaba, notó en el cuello del animal una grande y profunda hendidura. Sí: la cabeza estaba casi separada del tronco, y bastaba tirar un poco para desprenderla completamente. ¿Se atrevería?... Sí: Felipe tiró cuidadosamente y con cierto respeto, y el apolillado cartón se rasgó como un papel.

La cabeza era hueca, cual muchas de carne y hueso puestas sobre humanos hombros. En la mente de Felipe nació una idea..., ¡qué idea! Pronto fué luz y norte de su alma... ¡Qué soberbia pieza para jugar al toro! El *Doctor* metió su cabeza dentro de la del animal, y vió que le venía como el mejor de los sombreros... Pero no veía nada. Los ojos no tenían agujeros... Tanto le dominó y subyugó su idea, que aquel mismo día hubo de subir con disimulo el cuchillo de la cocina y le sacó los ojos al toro. Hizo dos agujeros, con los cuales la cabeza quedó convertida en admirable careta. ¡Bien, muy bien!

¡Si él se atreviera!... Pero no, no se atrevería. Pues si se atreviera, ¡qué golpe!... ¡Si cuando estuviesen los chicos en lo mejor de la corrida se presentara de repente con su cabeza puesta... De fijo creerían que había entrado en la plaza un toro de verdad... ¡Qué sensación, qué efecto, qué delirio! ¡Con qué envidia le mirarían!... Porque él primero se dejaría desollar que ceder su cabeza a nadie... Pero no se atrevía, no...

Gran batalla surgió en su alma, turbándola espantosamente. Aquella idea tenía poder bastante para interrumpir su pesado sueño infantil. A medianoche despertaba creyendo estar en la plaza, haciendo lo que por el día había pensado. De día, y dando la lección, soñaba lo mismo, y no se volvía su espíritu a ninguna parte sin llevar consigo la idea tentadora, gozo y tormento de su existencia. Ya, en los breves ratos sustraídos a su obligación, no salía a la calle en busca de Juanito del Socorro—*Redator*—, sino que en dos trancazos se encaramaba en el desván, y, poniéndose la cabeza, arremetía al mismo San Lucas, a la Fe, a los rotos telones, y en todo ello, con las repetidas cornadas, abrió mil agujeros y desgarraduras. Por el boquete que el santo Evangelista tenía en su vientre se le verían las entrañas, si algunas hubiera.

Cuando se cansaba de este ejercicio, se divertía de otro modo. Tenía el desván un vetanillo alto que daba a los tejados y buhardillones de la vecindad. Con ayuda de un banco, Felipe subía hasta alcanzar con su cabeza el hueco, se ponía la del toro y se asomaba para ofrecer inusitado espectáculo a los chicos y a las mujeres de la buharda frontera. El se reía lo increíble, viendo por los agujeros, que eran los ojos del animal, el estupor y miedo de los espectadores; y para dar más carácter a la broma, lanzaba desde el interior de su máscara un prolongado y terrorífico *muú...*, imitando el bramar de la fiera. Los chicos de la vecindad que tal veían se alborotaban; las vecinas se asomaban también, y todo era curiosidad, cuchicheos, asombro y dudas. De pronto desapareció el toro... Expectación. Presentábase de nuevo, llenando el marco del ventanucho; y como no se viera rastro de persona, ni se tenía noticia de que allí habitase nadie, crecía la sorpresa de aquella gente y la felicidad del *Iscuelero*.

Si se atreviera, ¡ay!...; pero ¿cómo atreverse? Don Pedro le mataría.

X

En estas y otras cosas pasaba el verano, época dichosa para algunos de los alumnos del capellán; mas no para Felipe y las demás víctimas, porque don José Ido siguió funcionando durante la canícula, y don Pedro administrando coscorrones. A tantas diversidades de tormentos uníase la asfixia, porque el infierno de Polo tenía exposición meridional, y si por una ventana salían lamentos, por otra entraban llamaradas. Se podía decir que en aquel caldeado altar de la instrucción se ofrecían a la bárbara diosa entendimientos cochifritos... Pero esto se queda aquí, pues lo que nos importa ahora es hablar de la solemnísima fiesta religiosa que celebraron las monjas, no se sabe bien, si el 15 de agosto o el 8 de septiembre, por haber cierta oscuridad en los documentos que de esto tratan. Mas como la fecha no es

cosa esencial, y ambas festividades son igualmente grandes, queda libre este punto para que cada cual lo interprete o aplique a su gusto.

Consta, sin género alguno de duda, que ofició el obispo de Caupolicán, prelado de excelsa virtud y humildad, y que dijo el panegírico nuestro buen don Pedro Polo, el cual supo salir muy airoso de su empeño, que consideraba el más arriesgado de su vida por ser alto y sutil el asunto, la función muy aparatosa, el auditorio escogidísimo. Su varonil presencia en la cátedra, así como su hermosa voz, le aseguraban las tres cuartas partes del éxito. Gustó mucho el sermón, y de uno a otro confín de la iglesia, cuando don Pedro bajaba del púlpito, se oían esos murmullos de aprobación que equivalen a los aplausos que en otros sitios manifiestan el contento del público. Doña Claudia y Marcelina habían mojado entre las dos, de tanto llorar, una docena de pañuelos. No faltaba ninguno de los amigos de la casa: Morales y su esposa, don José Ido, el fotógrafo y el empleado de Hacienda, con sus señoras respectivas, y Sánchez Emperador con sus dos guapas niñas: Amparo y Refugio.

Felipe y Juanito del Socorro se habían subido al coro para ver mejor y estar al lado de la música y oírla de cerca. Pegados al que tocaba el contrabajo, estorbaban sus gallardos movimientos en tal manera, que el buen músico, un anciano de mucha paciencia y cortesía, les dijo alguna vez, apartándolos:

—Si me hicieran ustedes el favor...

Felipe estaba lelo, mirando cómo vibraban las cuerdas de aquel formidable instrumento; luego observaba embelesado cómo abrían la boca los cantores; y él y Juanito agradecían mucho que se les mandara tener algún papel de música o traer un vaso de agua al señor director, el cual era un hombre con mucha hormiguilla en el cuerpo, según se movía y dislocaba para conducir la orquesta y toda la balumba de voces.

Durante el panegírico, ambos, aburridísimos, se fueron a la calle y se metieron en la Redacción, que estaba desierta por ser día festivo. Revolvieron los pupitres de los redactores, comieron obleas rojas, cortaron pedazos de periódico, escribieron en las cuartillas. En un momento de entusiasmo, Juanito se subió a una mesa y empezó a repetir frases que antes oyera y que se habían grabado en su memoria. El condenado imitaba la voz y gesto de alguno de los periodistas ausentes, diciendo:

—Señores, esto se va..., los dioses se van... Esto matará a aquello...

Después subieron al campanario del convento. Juanito, siempre fatuo y vanidoso, contaba a Felipe las grandezas de su casa. ¡Qué cosas le dijo! Su madre tenía una silla dorada, y su padre era amigo de un marqués. El iba a estudiar para *redator*, y su padre no esperaba sino que llegara la jarana para ponerse un uniforme de capitán de la milicia. Como en estas conversaciones siempre sacaba a relucir el del Socorro los términos que oía, habló a Felipe del pueblo soberano, de la revolución próxima, de los curas, de la tropa y de ahorcar mucha y diversa gente. Esto, dicho en las alturas del campanario y bajo los ardientes rayos del sol, le puso a mi Felipe la cabeza toda exaltada y como en ebullición, llena de ideas sediciosas y disolventes. Cuando bajaban a saltos por la angosta escalera, le dijo Socorro:

—Aquel obispote que está en el altar mayor es el capitán general de los curas... ¡Vaya un peje!... ¡Cuando se arme!...

Concluída la función, hubo refresco en casa de don Pedro. Las monjas enviaron dulces y bartolillos, y el predicador laureado sacó de un misterioso armario de su cuarto botellas de vino añejo que le había regalado el padre de uno de sus alumnos. Brindó el fotógrafo por el *primero de nuestros oradores sagrados*, cuyo elogio recibió don Pedro con carcajadas de modestia. El oficial de Hacienda, frotándose las manos, no cesaba de decir:

—Bien, señor de Polo; muy bien.

Doña Claudia se reía como si no tuviera bien sentado el juicio, y el majestuosísimo don Florencio Mora...les y Temprado daba fuertes palmadas en el hombro del héroe del día, promulgando estas observaciones, que merecen ser entregadas a la posteridad:

—Vas a dejar atrás al célebre Troncoso y a ese que llaman *Bordalúo*... Estuviste muy propio. Así da gusto oír predicar. Esto es religión, porque, francamente y entre paréntesis, querido, cuando suben a la cátedra del Espíritu

Santo, o, pongamos el caso, a la tribuna de un Congreso, algunos que...

Amparo y Refugio miraban a Polo con cierta veneración. Refugio, que era un tanto desenvuelta, sin menoscabo de su inocencia y purísimas costumbres, dijo así, con risa y donaire:

—Don Pedro, estaba usted muy guapo en el púlpito.

Amparo, que era muy callada, tendiendo siempre a la melancolía, no decía nada.

Obsequiaba Polo a sus amigos con exquisita urbanidad. Vestía, no sin elegancia, su negra sotana limpia, y más que rancio y descuidado cura español, parecía uno de esos italianos de la Nunciatura, hechos al roce del mnudo y al trato de gentes cortesanas. Cuando se suscitó aquella cuestión de si estaba más o menos guapo en el púlpito, echóse a reír, y dijo con mucha sorna:

—Pero, Refugio, si tú no me has visto... Yo te vi, y me parece que te dormías.

—¡Don Pedro!

—¿No es verdad, Amparo? Esta lo dirá. ¿Es cierto o no que Refugio estaba dando cabezadas?

—¡Quién las daba era ella!—exclamó Refugio, señalando a su hermana.

—¿Yo?... ¡Si no quitaba los ojos de don Pedro!... Que lo diga él.

—Bien, bien. ¿Esas tenemos? ¡Don Pedro!... ¡Amparo!—exclamó el fotógrafo, riendo y envolviéndose una mano en otra, pues era hombre que no sabía decir sus bromas sin amasarse las manos con tanta fuerza como si de las dos quisiera hacer una sola.

—¿Y cuándo predicamos en Palacio? —preguntó, en tono de excelsitud, el señor de Morales, ávido de cortar, con una proposición seria, aquel tema tan baladí.

Don Pedro dió media vuelta para contestar a Sánchez Emperador, que le daba su parecer sobre el vino que bebían. Este señor y el empleado de Hacienda no gastaban cumplidos para aceptar copa tras copa, y se reían de Morales, considerándole el estómago lleno de ranas, sapos, anguilas y otras diversas alimañas acuáticas. Pero él, sin darse por vencido, antes bien orgulloso de su pasión por las aguas, gritaba, cogiendo el vaso lleno hasta los bordes del licor de Lozoya:

—Estas son mis bodegas. Vaya una cosa rica... No me harto nunca.

Felipe bajaba a cada instante al torno de las monjas para traer cestas llenas y llevarlas vacías.

Bizcochos, mojicones, bartolillos, pasteles, mazapanes y otras menudencias ocupaban toda la mesa, pasando fugaces desde las bandejas a las tragaderas del fotógrafo, de Sánchez Emperador y del hacendista, que eran los principales consumidores. Bienaventuradas bocas, ¡para eso os cría Dios! En poco tiempo descubrióse el fondo de las bandejas. Había, entre los felicitantes, ropas polvoreadas, dedos untados de pegajoso caramelo y barbas con canela.

Doña Claudia, que estaba en todo, dijo a Felipe:

—Vete corriendo al locutorio y di a las señoras monjas que no se olviden de mandarnos el pebre para la salsa del cabrito.

Volviendo luego a la hermosa Amparo, que a su lado estaba, le dijo:

—Es el pebre picante de que hablábamos ayer, fuertecito, como a ti te gusta. ¡Verás qué cosa tan rica!

Don Pedro, que no cesaba de mirar a todos lados, repartiendo por igual sus finezas y ofrecimientos, alcanzó a ver, allá junto a la puerta, lejos del animado grupo, ¿a quién?, al propio don José Ido, humilde y modestísimo en todas las ocasiones, y más en aquélla, pues tanta era su timidez, que, habiendo entrado de los primeros, hacía media hora que estaba allí, sin que nadie reparase en él, y ni avanzar quería ni retirarse por miedo a llamar la atención. Estaba el pobre sin saber qué hacer, inmóvil y pestañeando, parado y atónito, cual si le estuvieran dando una mala noticia. Don Pedro, con aquella generosidad rumbosa que era la flor tardía, pero lozana, de un honrado carácter, llegóse al pasante, le trajo por el brazo al círculo de amigos y, con cariñoso modo, le dijo:

—No tenga usted miedo, Ido. Tomará usted una copita.

Ido refunfuñó no se sabe qué excusas; pero negarse a recibir la copa y tomarla, todo fué uno.

—Un bollito, don José.

—Gracias..., si acabo de comer...

Para aquel bendito, haber comido en julio era acabar de comer. En un solo instante rechazaba el bollo y se lo en-

gullía. El fotógrafo, que quieras que no, le hizo tomar otra copa; y, después de beber, don José sacó un pañuelo para limpiarse la boca y enjugarse las lágrimas, pues aquel hombre, más que hombre, era una sensitiva. Cualquier incidente común le producía emoción vivísima, y cualquier emoción abría la esclusa de sus lágrimas. Balbuciendo gratitudes y dando un cordial apretón de manos a don Pedro, se marchó veloz, bajando la escalera como si le fueran a prender.

—Este señor—dijo el fotógrafo—es más blando que la manteca.

Entre tanto, se oía ruido de almireces que alegraría el corazón menos sensible a los halagos de un buen comer. La cocina repicaba a convite con más ruido que la iglesia repicando a procesión. Allí estaba doña Saturna, afanada con tanto tráfago. La cocinera y Marcelina la ayudaban. Grandes palmadas y bravos resonaron en la sala cuando Refugito, la del diente menos, se presentó, poniéndose un delantal y diciendo:

—Voy a ayudar también.

—¡Bien, bravo! ¡Viva la cocinera de la sal!

—¿Qué nos va usted a hacer?

—La salsa picona.

—Haga usted la olla gorda.

—¿Y usted, Amparito?—preguntó, con urbanidad, el empleado de Hacienda.

—Esta no puede ir a la cocina—dijo don Pedro—. Le dan vahidos.

—Y se pone las manos perdidas—añadió doña Claudia, haciendo observar y admirar a todos los presentes las hermosas, blancas y finísimas manos de la joven.

—Que nos las sirvan estofadas—indicó el fotógrafo, riendo él su propia gracia antes que la rieran los demás.

Don Pedro, que no olvidaba nada y sabía, en ocasiones como aquélla, hacer caer sobre todos, grandes y pequeños, el rocío de su liberalidad, llamó a Felipe, que entraba y salía inquietísimo, arrojando sobre las bandejas más miradas que echó Escipión sobre Cartago, y le dió dos bartolillos de los mayores, uno para él y otro para Juanito del Socorro, que estaba en el portal.

Cuando los dos amigos se sentaron en el primer peldaño de la escalera a comerse los pasteles, el *Doctor,* lleno de orgullo por los triunfos oratorios de su amo y por los plácemes que le daban los amigos, empezó a enumerar las elevadas personas que había en la casa.

—Está ese que saca los retratos, ¿oyes?, que no hace más que verte y te pone clavado. Está ese otro señor gordo, del gabán color de barquillo, que cuando entra da voces y respira como un fuelle. Doña Claudia dice que le hizo la boca un fraile, por lo mucho que come. Está también aquella señora guapa, ¿oyes?, aquella que parece una reina y que mira como las imágenes... Si la ves y te dice algo, te caes redondo. Una tarde me pasó la mano por la cara, ¿oyes?, y por poco me desmayo de gusto. Una noche estaba en la sala con don Pedro; entré yo, y oí que don Pedro le decía que había bajado del cielo..., ella, ella... Yo la llamo la *Emperadora;* la otra noche soñé que estaba yo en la iglesia, y ella, bajando de un altar con una estrella en la frente y muchas flores por aquí y por allí... Sus dedos son azucenas.

—Hiji..., no digas bobadas.

—Cuando viene acá y come en casa, me quedo un rato como lelo mirándola.

Juanito, que era la misma soberbia, no consentía que delante de él se hablase de las grandezas de otras casas sin sacar a relucir al instante las de la suya y las visitas que recibía su madre el día de su santo. En aquella ocasión solemne, su madre se sentaba en la silla dorada y empezaba a recibir gente. Iba un alabardero con su sombrero atravesado, un alférez, muchos señores de sombrero de copa, y uno que va a caballo al lado de la reina cuando ésta sale de paseo.

—Tiene mi madre dos amigas tan guapas, tan guapas, pero tan guapas—indicó para concluir—, que cuando las ves te entra un frío..., ¿estás? Son señoras de unos grandes pejes y llevan vestidos de seda verde con mucho arrumaco. Una de ellas tiene los pechos así...

Y hacía Juanito con los brazos un grande y bien arqueado círculo delante de su pecho para dar idea, siquiera fuese aproximada, de la delantera de aquella señora desconocida.

—¡Pues lo que es ésta...!—murmuró Felipe.

Agria y destemplada voz, gritando desde lo alto de la escalera *pillo, tunante,* llamó al *Doctor* a su obligación. Subió y entró en la sala a recoger copas, vasos y bandejas. Cuando los señores fumaban,

doña Claudia entró con varios papelitos en la mano, diciendo:

—En el cinco mil quinientos cinco lleva dos reales Enriqueta. Señor de Lomo, guárdese usted el apuntito. ¡Qué número! Es el mío. Lo soñé hace dos años y le tengo una ley... Ya me lleva ganados más de mil reales. El que va a salir ahora es el de los tres patitos: el doscientos veintidós. En éste te he puesto la peseta, Amparo. Toma la papeleta. Mira que si la pierdes no pago. Hace cuarenta y tres extracciones que este número no sale. Ahora, ahora... A la cuarenta y cuatro te toca; es decir, al doble de dos de sus tres números. Esto es claro como el agua.

Don Pedro, el fotógrafo y Morales convinieron en que era preciso dar un buen paseo para hacer ganas de comer, y salieron, llevando consigo a Amparo. Los demás se fueron poco más tarde, dejando concertada la hora en que se habían de reunir por la noche para comer. Ninguno faltó a la cita; celebróse el festín; lucióse doña Saturnina; dijo muchas agudezas algo libres el fotógrafo, y oportunidades sin número, llenas de donaire y finura, el insigne don Pedro; rieron mucho Amparo y Refugio; se le fué el santo al cielo al empleado de Hacienda; también a Sánchez Emperador, y aun hay ciertos indicios de que doña Claudia no conservó en toda la comida la plenitud y claridad de su juicioso entendimiento. Por último, don Florencio se puso como una cuba, y no de vino, hasta el punto de que, al decir del fotógrafo, podía navegar una fragata dentro de su estómago.

Por la noche, Felipe estuvo indigesto; don Pedro, ¡ay!, muy triste.

XI

Algunos días después de aquel por tantos conceptos memorable, doña Claudia notaba con asombro y pena que su hijo había perdido el apetito. Era cosa de llamar al médico; pero don Pedro, con malísimo talante, se opuso a tan descabellada idea, diciendo: «Si las ganas de comer están ahora de menos, váyase por cuando han estado de sobra.» Por las noches, no obstante su inapetencia, daba prisa para que le sirvieran la cena; despachábala en un santiamén, picando con el tenedor en este y el otro plato, probando más bien que comiendo, y parecía que le faltaba tiempo para echarse a la calle.

—Estoy abotagado—decía—, y necesito mucho, mucho ejercicio.

Más que pletórico, estaba nuestro capellán desmedrado y flatulento, como quien padece desgana o insomnios. Y era verdad que dormía poco, no cuidándose él ciertamente de halagar el sueño sino más bien espantándolo con sus lecturas a deshora, las cuales a veces duraban hasta el amanecer. Habíase impuesto, con rigor de anacoreta, la prohibición de leer historias de guerras y conquistas, novelas, viajes y demás cosas incitativas de su espíritu activo; ayunaba de aquel pasto heroico, y para dominarse y flagelarse y someterse, apechugaba valeroso con los alimentos más desabridos de la literatura eclesiástica. Por desgracia suya, pronto le faltaron las fuerzas para esta crudelísima penitencia. Ni *La rosa mística desplegada,* ni el *Imán de la gracia,* ni el *Mes de San José,* ni otras obras inspiradas que tenía en su biblioteca, sin saber bien cómo habían ido a ella, privaron por mucho tiempo en su espíritu. Hastiadísimo, las confinó a un hueco de su estante, donde probablemente estarían intactas hasta la consumación de los siglos.

Los grandes místicos se acordaban mal de su viril temperamento, hostigado de inclinaciones humanas. No los comprendía bien. Las sutilezas admirables de que tales libros están llenos no le cabían a él en su tosco cacumen, molde de resueltas acciones más bien que de alambicados pensamientos; ni tampoco tenía gusto literario bastante fino para poder saborear el gallardo y elegante estilo de aquellos buenos señores. Los poetas sagrados se le sentaban en el estómago —pase esta frase vulgar, que él usaba con frecuencia—, y los versos de monjas le daban náuseas. No hallando adónde volver los ojos en el terreno de las lecturas, se amparó en la Biblia. El *Antiguo Testamento,* sobre ser cosa muy santa, es poema, historia, geografía, novela, poesía, drama, y la riquísima serie de sus relatos enciende la imaginación, aviva el entusiasmo, embelesa, suspende y anonada. Para llenar aquellos tristes vacíos de sus insomnios, Polo cogía el

Génesis, el *Exodo*, los *Números*, los *Jueces*, y se deleitaba con lo mucho que allí hay de trágico y sublime, con las guerras, las intrigas, las conspiraciones, las conquistas, las batallas, los grandes sacrificios, las violencias, los hechos inmensos, los colosales crímenes y virtudes que allí se cuentan. Aquel estilo sobrio, en que la frase parece producto inmediato del hecho que la motiva, estaba en armonía preciosa con el genio esencialmente activo de Polo. Porque él tenía en su espíritu el germen de los hechos, lo que podríamos llamar impulso histórico, impulso y germen que, aunque comprimidos por las contingencias de tiempo y lugar, tenían cierta vida sofocada y dolorosa en el fondo de su alma.

Refiere Felipe Centeno que uno de aquellos días, hallándose en el comedor limpiando cubiertos, doña Marcelina contaba con misterio a la señora del fotógrafo una cosa estupenda y un sí es no es horripilante. A medianoche, la señora había sentido la voz de su hermano, que gritaba con palabras descompuestas. Creyó al principio que hablaba dormido; mas como sintiera los pasos de él, sospechando que estaba enfermo, se levantó. Despavorido, cual si se viera rodeado de fantasmas, salió el mísero capellán del cuarto, los ojos invectados, el habla torpe, los brazos trémulos, inseguro y vacilante el pie. La vista de su hermana le serenó un tanto, volviendo al cauce normal su razón desbordada; dejóse conducir al lecho, y al sentarse sobre él, después de un breve espasmo, durante el cual pareció resolverse la crisis, dió un suspiro, se pasó la mano por la frente, y entre fosco y risueño, dijo estas palabras: «El león dormido cayó en la ratonera; despierta, y al desperezarse rompe su cárcel de alambre.» Marcelina contaba a su amiga estos disparates, vacilando entre reírlos como ocurrencias o lamentarlos como señales de extravío mental. La digna esposa del fotógrafo, que tenía sus puntas y recortes de médica, tranquilizó a Marcelina con estas sesudas palabras:

—Eso no vale nada. Pero conviene prevenir... Créeme: tu hemano debe sangrarse.

Precisamente en la mañana que siguió a la noche de referencia fué cuando el *Doctor* se espantó al ver a su amo: ¡tan desfigurado estaba! Era su rostro verde, como oxidado bronce. Sus ojos, que tenían matices amarillos y ráfagas rojas, recordaban a Centeno la bandera española, y sus labios eran de color de la tela con que se visten los obispos. Tuvo tanto miedo Felipe, que no se atrevió a ponérsele delante. Aquella mañana don Pedro no quiso celebrar la misa. Mandó un recado a las monjas diciendo que estaba malo, y malo debía de estar, pues no probó bocado en todo el día, desairando las fruslerías selectas que para engolosinarle inventó doña Claudia.

Pero no obstante su enfermedad, si alguna había, bajó a la clase y fué más cruel y exigente que nunca. ¡Día de luto, día de ira! Las lágrimas que corrieron fueron tantas, que con ellas se podrían haber llenado todos los tinteros si alguien intentara escribir con llanto la historia de la desventurada escuela. Hasta los ojos de don José Ido contribuyeron con algo al crecimiento de aquel caudal tristísimo. Los chichones que se levantaban en esta y la otra cabeza fueron tantos, que era una erupción de cráneos. Las orejas crecían por pulgadas, y poco faltó para que hubiera piernas rotas y espinas dorsales quebradas por la mitad. Don Pedro, aquel constructor de jorobas intelectuales, quería desfigurar también los cuerpos. Tenía como un furor de odio y venganza. Creeríase que los muchachos le habían jugado una mala pasada teniéndole por maestro. Doce o catorce se quedaron sin comer. Felipe estuvo aterradísimo todo el día, y evitaba el mirar a su amo y maestro. También él se quedó en ayunas, y en su mísero cuerpo no hubiera sido posible poner un cardenal más; tan bien ocupado y distribuído estaba todo.

Por la noche, cuando se acostó, después de haber jugado un poco al toro, dando testarazos a las imágenes, soñó diversas cosas terroríficas. Primero, que don Pedro era el león de San Marcos y se paseaba por la clase fiero, ardiente, melenudo, echando la zarpa a los niños y comiéndoselos crudos, con ropa, libros y todo; segundo, que don Pedro, no ya león, sino hombre, iba al convento y castigaba a las monjas, cual hacía diariamente con los alumnos, dándoles palmetazos, pellizcos, nalgadas, sopapos, bofetones y porrazos, poniéndoles la coroza y arrastrándolas de rodillas.

Otra mañana, cuando limpiaba el cuarto del señor, vió en el suelo pedacitos de papel. Sin duda don Pedro había pasado la noche escribiendo cartas. Alguna le salió mal, y la había roto; pero los trozos eran tan chiquirrititos, que apenas contenían un par de sílabas. La vela estaba apurada, señal de haber pasado el señor capellán la noche de claro en claro... Para que todo fuera extraño, llegó también un día en que don Pedro estuvo tolerante y hasta benignísimo con los muchachos. No solamente dejó de pegar y tuvo en paz las manos en aquel venturoso día, sino que a cada momento amenizaba las lecciones con chuscadas y agudezas. ¡Qué risas! Nunca fueron humanas gracias más aplaudidas ni con mayor plenitud de corazón celebradas. Aún no había abierto la boca el maestro, y ya estaban todos muertos de risa. Humanizada la fiera, perdonaba las faltas, alentaba con vocablos festivos a los más torpes, y los aplicados recibían de él sinceros plácemes. Hasta don José Ido se permitió unir su delgada voz al coro de los chistes, diciendo algunos que no carecían de oportunidad.

Para que en todo fuera dichosa aquella fecha, don Pedro comió vorazmente; pero estaba tan distraído en la mesa, que no contestaba con acierto a nada de lo que su madre y su hermana le decían. Cuando se levantó para fumar, puso, bondadoso, la mano sobre la despeinada cabeza de Felipe, y dijo estas palabras, que el *Doctor* oyó con arrobamiento:

—Es preciso hacer a Felipe algo de ropa blanca.

Centeno, que mejor que nadie sabía cuán grande era su necesidad en ramo tan importante del vestir, no tuvo palabras para dar las gracias. ¡La gratitud le volvía mudo!

—¡Se le hará, se le hará!—afirmó doña Claudia, mirando embobada a su hijo, pues desde que empezaron aquellos desórdenes orgánicos la madre no cesaba de leer atentamente a todas horas en la fisonomía del capellán, buscando la cifra de sus misteriosos males.

—Es preciso que te sangres, Pedro —dijo Marcelina, mirándole también con perspicaz cariño.

—Sí, hijo; sángrate, sángrate.

XII

De cuantos recados hacía Felipe, ninguno para él tan grato como ir a la Cava Baja a recoger los encargos que traía para doña Claudia el ordinario de Trujillo. Esto se verificaba dos veces cada trimestre, y apenas la señora recibía la carta en que se le anunciaba la remesa de chacina, ya estaba mi *Doctor* pensando en los deliciosos paseos que tenía que dar. Porque doña Claudia era muy impaciente y le mandaba cuando aún no había llegado el ordinario, con lo que la caminata se repetía dos y hasta tres veces. Díjole, pues, una mañana:

—Esta noche, después de cenar, te vas corriendito a la Cava Baja, ya sabes. Cuidado cómo tardas.

Lo de tardar sería lo que Dios quisiera. Pues a fe que la tal calle estaba a la vuelta de la esquina. Ya tenía Felipe para dos o tres horitas, porque la detención se justificaba con la enorme distancia y con una mentirilla que parecía la propia verdad, a saber: que el ordinario de Trujillo estaba en la taberna; que tuvo que ir a buscarle, y volver y esperar...

Las nueve serían cuando partió, acompañado de Juanito del Socorro, que fiel le esperaba en la puerta. En la Redacción le habían mandado a entregar unas pruebas en la calle de la Farmacia, recado urgentísimo que él se apresuraba a desempeñar dando antes la vuelta grande a Madrid. Lo que gozaban ambos en sus nocturnos paseos no es para referido. Empezaron aquella noche por pasar revista a los escaparates de la calle de la Montera, haciendo atinadas observaciones sobre cada objeto que veían. Mirando las joyerías, Felipe, cuyo espíritu generoso se inclinaba siempre al optimismo, sostenía que todo era de ley. Mas para Juanito—alias *Redator*—, que, cual hombre de mundo, se había contaminado del moderno pesimismo, todo era falso.

Esta diferencia de criterio revelábase a cada instante. Pasaban junto a un coche descubierto que llevaba hermosas señoras, y el *Doctor*, pasmado y respetuoso, decía:

—¡Buenas personas!... ¡Gente grande!

—Pillos, hiji... Tú no tienes mundo... Eso es gentecilla. ¿Crees que porque van

bien vestidos...? Mamá, allí donde la ves, tiene vestidos muy majos, y no se los pone nunca para que no la tomen por esas... Cuando va a pasar el verano a las haciendas, se pone uno azul, ¿estás?

Siguieron por la calle del Arenal adelante, despacito para ver bien todo, estorbando el paso a las señoras y quitando la acera a todo transeúnte. El descarado Juanito no se privaba, cuando había oportunidad para ello, de echar un piropo a cualquier mujer hermosa que encontrase, ya fuera de clase humilde, ya de la más elevada.

—Hombre, que te van a pegar—le decía el *Doctor*.

—Déjame a mí, hiji..., que yo soy muy largo—contestaba el otro—. ¡Yo he corrido más!... Tú no entiendes... ¡Si vieras a papá! Es un buen peje para mujeres... En casa no hay criada que dure, porque les dice cosas y les hace el amor... Mi madre se pone volada y las despide. Cuando mi padre y mi madre riñen, sale aquello de que papá quiso a la *señá* marquesa. Porque cuando era soltero..., tú no sabes..., todas las marquesas se volvían locas por papá y por su hermano, que era torero, y lo mataron en una revolución. Mi tío era un gran hombre, un peje gordo..., y se echó a la calle a matar tropa por la Libertad; pero le vendieron, y ese pillo de O'Donnell le mató a él... Papá tiene su retrato en la sala, pintado de tamaño de las personas, y a tantos días de tal mes, que es el *universario*, ¿estás, hiji...?, le pone dos velas encendidas y un letrero que dice: *Imitaz a este mártir*.

Absorto, oía Felipe estas maravillosas historias, no sin reírse interiormente de la fatuidad de su amigo. En cuanto al legendario tío de Juanito, torero, miliciano y mártir de la Libertad, constábale ser cierto lo del retrato de *tamaño de las personas*, porque lo había visto con el mencionado letrero... En estos dimes y diretes, pasaban junto al Palacio Real. Mudos contemplaron los dos un instante su mole oscura y misteriosa, tanto balcón cerrado, tanta pilastra robusta, las ingentes paredes, aquel aspecto de tallada montaña con la triple expresión de majestad, grandeza y pesadumbre. Felipe miraba el edificio en el imponente reposo de la noche, y como la primera observación que hace el espíritu humano en presencia de estos materiales simbólicos del poder es siempre la observación egoísta, no desmintió él este fenómeno, y dijo con toda su alma:

—Juanito, ¡si esto fuera mío...!

El otro, siempre tocado de un escepticismo postizo, le contestó con desdén:

—Pues yo... para nada lo querría... Como no me lo dieran lleno de dinero...

—¡Lleno de dinero!

Felipe se mareaba.

—¿Pues qué crees tú? Los sótanos están llenos de sacos de oro y de barricas de billetes.

—¿Lo has visto tú?

—Lo ha visto papá...—afirmó el del Socorro, después de vacilar un rato—. Papá conoce al..., ¿cómo se llama?, al *cntendiente*, y algunos días viene a ayudarle a hacer cuentas.

—Yo quisiera ver esto por dentro, ¿oyes? Será bonito.

—Hiji..., no tienes más que decírmelo el día que quieras. Mamá conoce a la gran *zafata*..., ¿estás?, la que gobierna todo, y cuida de la ropa blanca y tiene las llaves. ¡Yo he venido más veces...! ¿Que si es bonito dices?... Así, así...: de todo hay... Tiene un salón más grande que Madrid, con alfombras doradas, de tela como las de las casullas, ¿estás? El coche de la reina sube hasta la propia alcoba... Yo lo he visto. Aquí todo está lleno de resortes. Calcula tú: tocas un resorte y sale la mesa puesta; tocas otro y salen el altar y el cura que dice la misa a la reina...; tocas otro...

Felipe, riendo, daba a entender que, si tocaba más resortes, las mentiras de su amigo no tendrían término. Pero, acobardado *Redator* por la incredulidad de Centeno, dejó correr sin tasa la inagotable vena de sus embustes. Pasando calles, llegaron por fin a la Cava Baja, donde Felipe no pudo cumplir su encargo, porque el ordinario de Trujillo no había parecido aún. Bien: ya tenía para otra noche. Era ya tan tarde, que los amigos sintieron un poquito de recogimiento y estrechura en las respectivas conciencias, aunque la de Juanito del Socorro era más ancha que la puerta de Alcalá, y por ella cabían las más grandes faltas sin doblarse ni romperse. Emplear dos horas en un recado urgentísimo, para el cual le habían señalado veinte minutos, era cosa muy

adecuada a un carácter tan entero como el suyo. Ya sabía que cada minuto de más le valía igual número de golpes de su papá; pero tenía la piel curtida y el espíritu fortificado por las contrariedades.

—Vamos, vamos—dijo Felipe inquieto—. Es muy tarde.

Apresuradamente corrieron hacia los barrios del Norte, y aunque Juanito quería detenerse a oír los cantos de Perico el ciego, el *Doctor* tiraba de él y aprisa le llevaba. Llegaron por fin a la calle de la Farmacia, donde *Redator* debía entregar su encargo, y mientras éste subía al piso tercero del número 6, vivienda del infelicísimo escritor que desde las nueve estaba esperando sus pruebas, Felipe se paseó en la acera de enfrente, entre la Escuela y la esquina de San Antón. Como en todo se fijaba, observó que junto a una de las rejas bajas del edificio había un bulto, un hombre con las solapas del gabán negro de verano levantadas... Al pasar, Felipe notó un cuchicheo... miró... Aunque la noche estaba oscura..., ¡sí, sí, era él...! Felipe se estremeció, embargado de grandísima sensación de pavor y vergüenza. Sintió el ardor de la sangre en su cara hasta la raíz del cabello... ¡Era, era don Pedro!

Siguió adelante, y pronto hubo de unírsele Juanito, a quien comunicó sus impresiones. Su amigo le dijo:

—Vamos a pasar otra vez.

Lleno de terror, Felipe se agarró al brazo de su amigo para detenerle, y le decía:

—¡No, no, no; pasar, no!

Pero más pudo la maliciosa sugestión del pícaro que el miedo del *Doctor*, y pasaron otra vez. En el momento mismo, el bulto se apartó de la reja. Felipe y él se encontraron frente a frente y se vieron... ¡Era, era!

La vacilación de don Pedro fué instantánea. Siguió su camino. Tras él, a mucha distancia, iban Felipe y su amigo; aquél, tan turbado, que no sabía por dónde caminaba; éste, haciendo comentarios sobre lo que habían visto.

—¿Te parece que le tiremos una piedra?—propuso Socorro a su compañero, el cual, indignado, repuso:

—Si tiras, te pego... ¡No es broma, te mato!

Y más adelante, dominado siempre por inexplicable vergüenza y terror, decía Centeno:

—¡Me ha visto, me ha visto!

Cuando llegó a la casa, ya don Pedro había entrado. Felipe pensaba de este modo: «Ahora, por lo que he visto y por lo que he tardado, me desuella vivo.» Pero no fué así. Doña Claudia dormía ya, y Marcelina, que no quería alborotar a deshora la casa, tan sólo le dijo:

—Mañana, mañana te ajustará mamá las cuentas...

¡Siniestra y misteriosa figura! Don Pedro se paseaba en el comedor, meditabundo. Felipe deseaba que le tragase la tierra o que el señor se quedase ciego para que no le pudiese mirar. Fingiendo hacer alguna cosa, evitaba los ojos de su amo; pero, al fin, en una vuelta que dió, encontrólos inesperadamente... ¿Qué expresión era aquélla? ¿Qué decían aquellos ojos?

Turbóse más Felipe, observando que los ojos del capellán, al mirarle, no echaban llamas de ira. Expresaban algo que él no entendía, una perplejidad terrorífica, el estupor del calenturiento. ¡Ah! Felipín era muy chico y no sabía leer en las fisonomías: apenas deletreaba. No podía entender bien la zozobra del grande ante el pequeño, el despecho formidable del vendido por el acaso, el temblor del león delante de la hormiga, la humillación trágica del poder ante la debilidad.

Don Pedro no dijo nada, y se metió en su cuarto.

XIII

En la clase, al día siguiente, Felipe temblaba más que de ordinario. Pero, contra su creencia, Polo no le tomó lección ni le aplicó ningún castigo. Podría creerse que se proponía no mirarle, y como figurarse que no existía. Estaba el señor triste, fosco, entenebrecido y como avergozado. Lo poco que tenía que decir decíalo en voz baja, y desparramaba miradas sombrías y recelosas por todo el aula. De rato en rato veíasele apretar los dientes y juntar uno contra otro los labios, cual si quisiera hacer de los dos uno solo. Aun de lejos podían observarse en la piel de su cara movimientos y latidos enérgicos, ocasionados por la contracción de los músculos

maxilares. Pensaría cualquiera que el buen capellán se mascaba a sí mismo.

Por último, llegó Felipe a sentirse lastimado del poco caso que su amo y maestro hacía de él. Aunque le tirase de las orejas y le diera alguna bofetada, habría preferido que don Pedro le tomase lección y que le mirara y atendiera. Tan marcado desdén era quizá una forma extraña y traicionera de la ira. Felipe tenía presentimientos y sentía en su alma un desasosiego inexplicable. Pero aún le quedaba mucho que ver. Ocurrían casos con los cuales había de llegar al último grado su sorpresa. Por la noche, doña Claudia, mientras se comía su salpicón, reprendíale por haber dejado de hacer no sé qué. El, callado, oía la terrible plática sin contradecirla. Considerad su asombro cuando vió que don Pedro a su defensa salía. ¡Cosa fenomenal, inaudita y tan peregrina como la alteración de las órbitas celestiales!... Don Pedro, ya dispuesto para salir, bastón en mano, paróse ante su madre, y dijo estas benévolas y santas palabras:

—¡Qué diantre! Si no lo ha hecho, será porque no habrá tenido lugar.

Después le miró, ¿Era indulgencia, era temor lo que en el rayo de su mirada resplandecía? ¿Era el más terrible de los odios, o traición, debilidad, cobardía, el agacharse de la fiera herida? Fuese lo que quiera, Felipe, inocente, lo interpretó como señal de amistad. Púsose muy contento y diéronle ganas de contestar de mala manera a doña Claudia, mandándola a paseo.

También aquella noche salió a la calle a traer de la botica aceite de beleño que la señora usaba para combatir el ruido de oídos. Dice Clío que por las noches le zumbaban a doña Claudia en el órgano auditivo los números de la Lotería, y que para aliviarse de esta molestia se ponía algodones mojados en cualquier droga narcótica. Cuando Felipe salió, dijo la Cortés a su hija:

—Parece chanza; pero lo podría jurar. En los oídos me suena el doscientos veintidós... Créelo que me suena.

Felipe no pudo ver sino breves instantes a Juanito; pero éste tuvo tiempo para hablarle del encuentro de la noche anterior, y añadió esta observación maligna:

—A mamá le conté lo que vimos. Hiji..., ¿sabes lo que dice mamá? Que tu amo es un buen peje, y las chicas esas, unas *cursis*.

Indignadísimo y avergonzado Felipe, sólo contestó a su amigo dándole un empujón hasta ponerle en medio del arroyo. Que no se pegaran aquella noche, fué prueba evidente de su cordial y sólida amistad. Felipe no podía pensar nada malo de su maestro, a quien tenía por el mejor y más completo de los hombres, sin que alteraran esta opinión la crueldad y saña de que eran víctimas los alumnos. Y tan gratamente impresionado estaba el ánimo del buen *Doctor* con las palabras que en su defensa había dicho don Pedro aquella noche, que subió al desván pensando en él y representándose una escena, un lance en que los dos, maestro y discípulo, eran muy amigos y se contaban cariñosamente sus respectivas cuitas y aventuras.

Antes de acostarse, se puso la cabeza del toro y jugó larguísimo rato. Algunas figuras quedaron en disposición de ir a la enfermería. «¡Oh!—pensaba él—. Si me atreviera... Si me vieran entrar con mi cabeza de animal... ¡María Santísima!... ¡Pues sí me atreveré! Don Pedro no me dirá nada. Es mi amigo y me quiere mucho... Si sabe que llevo allá mi cabeza, se reirá, y... Claro, hoy por ti y mañana por mí... Todos pecamos.»

Al día siguiente, doña Claudia dió un grito, ¡ay!, y con tanto énfasis señaló un punto de la *Lista Grande*, que hizo en ella un agujero, pasando su dedo a la otra parte. El 222 había tenido un premio pequeño, tan pequeño que no valía la pena de celebrarlo con grande algazara. No obstante, el feliz suceso era tan raro que la señora alborotó la casa.

—Anda, corre, vuela—dijo a Felipe después de comer—. Lleva la lista a doña Enriqueta (la fotógrafa) y a Amparo. Pobre Amparo, ¡cuánto me alegro!, le han tocado seis pesetas. Diles que mañana se cobrará y que vengan a recoger su parte.

La mañana en que debía cobrarse el capital ganado (obra de ciento sesenta reales) llegó con la puntualidad de todas las mañanas que se convierten en hoy, haya o no en ellas cantidades que ganar o perder. Era jueves, día de medio asueto en la temporada de verano. Por la tarde los chicos se iban de paseo, y don José Ido descansaba de sus

hercúleas tareas... Era jueves, y Andrés Pasarón, el hijo del tendero de ultramarinos, había pegado en una tabla del solar el cartel risueño de azul y oro que decía: *Corría extralinaria a munificio de la Munificencia*, con toda la relación de los toros, diestros, ganadería, divisas, suertes y demás pormenores cornúpetas... Era juves, y toda la clase se había dado cita en el solar. El día era espléndido, risueño como el cartel, y también de azul y oro. El alma de Felipe despedía centelleos de esperanza, de temor, de miedo, de alegría. Andaba por la casa afanadísimo, desplegando una actividad febril para desempeñar en poco tiempo todos los servicios que le correspondían aquella tarde.

Había formado propósito de escaparse si no le dejaban salir. Estaba frenético. Su anhelo era más fuerte que su conciencia. ¡Ay!, tarde de aquel día, ¡qué hermosa eras! Eras un pedazo de día, rosado y nuevecito, lo más bello que se había visto hasta entonces salir de las manos laboriosas del tiempo... Creyó Felipe que el cielo se le abría de par en par cuando don Pedro llegó a él y le dijo, sin mirarle de frente:

—Felipe, ya has trabajado bastante. Toma dos cuartos y vete a dar un paseo.

¡Estupor!... Felipe creyó que el Angel de la Guarda se encarnaba en la persona tremebunda y leonina del señor de Polo... Echó a correr, temiendo que su maestro se arrepintiera de tanta benevolencia. Subió como un rayo al desván... ¡Oh toro!, bendito sea el padre que te engendró, el escultor que te hizo y San Lucas divino, que te tuvo a sus pies. ¡Pobre San Lucas! Por el boquete que tenías en tu cuerpo cabía ya todo el de Felipe. La Fe estaba acribillada. ¡Pobre Fe!, no contabas con la acometida de este *Doctor* maldito, cuyos agudos y formidables cuernos podrían llamarse Martín Lutero el uno y Calvino el otro. Para ensayarse, Centeno hizo gran destrozo aquella tarde: derribó, apabulló, destripó, tendió, aplastó. No quedó títere con cabeza, como se dice comúnmente, ni barriga sana, ni cuerpo incólume, ni ojos en su sitio, ni boca de su natural tamaño y forma. Daba compasión mirar tanto estrago. El, mientras mayor destrozo hacía, más se encalabrinaba. Se volvía feroz, brutal. Después..., ¡a la calle!

Bajó pasito a paso a la casa, queriendo ver quién estaba allí y si podía salir sin que lo notaran. Desde la puerta de la cocina vió a doña Claudia y a Marcelina, ambas de manto, que hablaban con don Pedro. ¡Iban a salir! Doña Claudia daba dinero a su hijo y le decía: «Seis pesetas para Amparo, que vendrá a recogerlas; lo demás, para doña Enriqueta... Nos iremos a ver a las de Torres. Parece que la pobre doña Asunción está expirando...» Don Pedro no decía nada, y dejaba las pesetas sobre la mesa del comedor. Pausada y lúgubremente, cual sombras que se desvanecían, salieron la madre y la hija.

No se sabe la hora ni el momento preciso en que hizo su aparición en el redondel aquella novedad inesperada, admirable, verdadera. Imposibles de pintar el asombro, la suspensión, el alarido de salvaje y frenética alegría con que Felipe fué recibido... Hubo delirante juego, pasión, gozo infinito, vértigo... Después, cuando menos se pensaba, policía, guarda, escoba, caídas, dispersión, persecución, golpes... Así acababan las humanas glorias. Vióse una víctima por el suelo hecha trizas: una cabeza partida en dos, en tres, en veinte fragmentos. Por aquí un cuerno, por allí un pedazo de cráneo, más lejos medio hocico. El guarda recogió los diversos trozos en un pañuelo, y, tomándolo cuidadosamente con la mano izquierda, con la derecha agarró al criminal y se dispuso a llevarle a la presencia del maestro para que éste hiciera ejemplar justicia. La partida se dispersaba por la calle de la Libertad, dando gritos, silbidos y alilíes. Felipe, sobrecogido y aterrado, no podía con el peso de su conciencia.

Cuando el guarda llegó a la casa-escuela, encontró al fotógrafo en la puerta, y le dijo:

—He llamado tres veces y no abren. Parece que no hay nadie.

Enterado inmediatamente de la fechoría de Felipe, dijo aquel gran hombre las cosas más sesudas acerca de la moral pública y privada.

—Ahora recuerdo—añadió—que te vi salir a las tres con un bulto envuelto en un pañuelo, y dije para mí: «¡Si habrá robado algo ese perillán!...» Ahora, ahora, amiguito, te las verás con tu amo.

Subieron y llamaron. Transcurrido un largo rato, el mismo don Pedro abrió la puerta... ¡Tremenda escena! Felipe rompió a llorar con vivísimo desconsuelo. El guarda hablaba, el fotógrafo hablaba, don Pedro hablaba. Todos, todos le abrumaban a gritos, apóstrofes y acusaciones; pero él no podía responder. El fotógrafo se permitió estirarle una oreja, diciendo:

—Principias mal..., mal. ¿Adónde llegarás tú con estas mañas?

Lo peor del caso fué que en éstas llegaron doña Claudia y Marcelina. Pronto se informaron las dos del nefando suceso, y por poco descuartizan allí mismo al pobre *Doctor*, pues si ésta le tiraba de un brazo, aquélla le sacudía el otro con furor de justicia.

Don Pedro estaba grave y patético. No le decía injurias, pero no le disculpaba; no le llamaba *ladrón sacrílego*, como Marcelina, pero tampoco profería una sílaba en su defensa.

Por último, se atrevió Felipe a balbucir alguna excusa. Más que defenderse, lo que intentaba era pedir perdón. Pero aún no había abierto la boca, cuando las dos mujeres clamaron a una:

—No se le puede creer nada de lo que diga; no abre la boca más que para decir mentiras.

Felipe se calló, y he aquí que don Pedro afirmó con prontitud:

—Es cierto: no dice más que mentiras, y nada de lo que hable se le puede creer.

Parecía que el formidable maestro revolvía en su mente una determinación grave. De repente dijo con sequedad:

—Felipe, ahora mismo te vas de mi casa.

—¡Ahora mismo!—repitió doña Claudia.

—¡Antes ahora que después!—regurgitó la fea de las feas, que, habiendo subido al desván, volvía espantada de los destrozos que en las cosas santas hiciera Felipe.

Y más pronto que la vista volvió a subir y tornó a bajar con un lío de ropa, que entregó al criminal, diciéndole:

—Aquí tienes tus pingajos.

—Ni un momento más.

Felipe lloraba tan copiosamente, que las lágrimas le llegaban a la cintura. El retratista dijo estas atinadas palabras:

—Con las cosas santas no se juega.

Y se marchó. El *Doctor* salió a la antesala o recibimiento, donde estaba la puerta de la escalera, y se dejó caer en el suelo. No podía tenerse en pie, pues con tantas lágrimas parecía que se le echaban fuera todas las energías de la vida. Desde allí veía parte de la sala donde estaban sus amos, enfurecidos contra él y haciendo comentarios sobre su horrible crimen. De pronto oyó una voz dulce, amorosa, celestial, voz que sin duda venía a la Tierra por un hueco abierto en la mejor parte del Cielo. La voz decía:

—Don Pedro, don Pedro, perdónele usted.

—No puede ser, no puede ser.

Protestas de las dos señoras, acusaciones y recargadas pinturas del feo delito... Pero la voz, constante y no vencida, repitió:

—Perdónele usted... Cosas de chicos.

Felipe estaba tan agradecido, que hubiera adorado a la voz indulgente como se adora a las imágenes puestas en los altares. El condenado a muerte no mira al Crucifijo con más esperanza, con más unción, con más gratitud que miró él a la persona que palabras tan cristianas decía.

Polo, cuyo semblante expresaba inexplicable desasosiego, salió a donde él estaba, y le dijo con estudiada entereza:

—No hay perdón, no puede haber perdón. Vete pronto.

Y se volvió adentro... Silencio. Felipe oyó un suspiro, expresión lacónica y hermosísima de un alma que se sentía impotente para hacer el bien que deseaba... Otra gran pausa... Parecía que se retiraban todos a las habitaciones interiores. Desplomábase con lenta caída el día sobre la tarde, la tarde sobre la noche, y la casa se oscurecía gradualmente.

Esperó Centeno un rato. En la soledad era su pena más acerba, su contrición más honda. No tenía fuerzas para marcharse. Quería morir abrazado al suelo y besando los ladrillos de la casa en que había hallado un asilo, sustento y el pan del alma, que es la instrucción... Sintió pasos. Vió aparecer una hermosa y celestial figura, la *Emperadora*, la de la voz que pedía misericordia por él... Fuese o no la tal una

beldad perfecta, a él, en tan crítico instante, se le representó como superior a cuanto en la Tierra había visto, hermosura de mundos soñados y de sobrenaturales regiones. Por la ventana entraba la luz del crepúsculo. Sobre ella se destacaba la soberana belleza de aquella mujer, rodeada de rayos de oro, echando de su frente fulgores de estrellas. Su ropaje, que sin duda era de lo más vulgar, se le representó a Felipe compuesto de arreboles o centelleo de pedrerías y teñido de tintas irisadas, todo sublime, imaginativo, conforme al extraño y admirable caso. La *Emperadora* le miró sonriendo, y le dijo con voz de serafines:

—No quieren perdonarte... ¡Pobrecito!... ¿En dónde pasarás la noche?... Hijo, ten paciencia, y Dios te amparará.

En sus manos blancas y hermosas traía manzanas, pedazos de pan, pasteles y otras cosas dulcísimas de comer.

—Toma esto—le dijo—. No llores tanto. Ten paciencia... Con esto puedes remediarte esta noche.

Después le pasó sus dedos finísimos y frescos por la barba. El estaba tan ardoroso, que aquellos dedos le parecían de mármol. Aún hizo ella más. Con su pañuelo, que a delicadas esencias olía, le limpió las lágrimas. Después...

Felipe la vió retroceder, mirar hacia la sala, como temerosa de que la espiaran. Volvió junto a él. Metió la mano en el bolsillo, sacó una cosa que relucía y sonaba. De sus dedos salían rayos de plata. Centeno estaba absorto, pasmado, y de su alma se amparaba lentamente un consuelo inefable, paz deliciosa y gratitud, que, sobreponiéndose a los demás sentimientos, los sofocaban, y al fin triunfaban de su honda pena.

La *Emperadora* dió un gran suspiro. Era un alma abrumada que no podía echar de sí esta idea: «¡Qué mal hacen en no perdonarte!»

Y luego le tomó una mano, que él tenía cerrada; abriósela no sin esfuerzo: le puso en el hueco una cosa, cerrándosela luego y apretando los dedos de él, y al concluir le dijo:

—Con esas seis pesetas te arreglarás por ahora... No puedo darte más.

Felipe se fué.

III

QUIROMANCÍA

I

Federico Ruiz... ¡Singular hombre, dado a la ciencia, al arte; el astrónomo que más entendía de versos, el poeta más sabedor de cosas del cielo! Diez años hacía que su espíritu navegaba jadeante por los espacios del saber buscando una vocación, y de ensayo en ensayo, de una en otra tentativa, el entusiasmo se le enfriaba y su voluntad padecía desmayos. Era español puro en la inconstancia, en los afectos repentinos y en el deseo de renombre. Primero fué músico, después cursó la Facultad de Ciencias y obtuvo la plaza del Observatorio, en la cual no estaba contento. Su espíritu tenía un desasosiego y escozor semejantes a la inquietud del enfermo que busca su alivio en los cambios de postura.

Era de costumbres apacibles, un tanto egoísta y un tantico avaro. Carecía de entusiasmo profesional; pero desempeñaba a conciencia, si no de buena gana, los servicios del Observatorio. Soñaba con triunfos en el teatro, ¡demencia española!, y se creía, como tantos otros, un ingenio no comprendido y sacado de su natural asiento, víctima de la fatalidad y de las perversas contingencias locales. Todo ecléctico es triste: la perplejidad del espíritu hace displicentes humores. Y el bueno de Ruiz, en las melancolías que le ocasionaba una profesión considerada como interina, decía: «¡Qué país este!... ¡Desgracia grande vivir aquí! ¡Si yo hubiera nacido en Inglaterra o en Francia...!» Muchos, ¡ay!, que dicen esto, revelan grande ingratitud hacia el suelo en que viven, pues si en realidad hubieran nacido en otros países, estarían quizá haciendo zapatos o barriendo las calles. De todo esto se desprende que Federico Ruiz, astrónomo sin sustancia, debía de ser adocenado poeta. Incapaz de dar direcciones nuevas al arte, no sabía más que trillar los viejos caminos donde ya ni flor había ni hierba que no estuviesen cien veces holladas y aun pisoteadas.

Era el eternamente descontento, el plañidor de su suerte, el incansable arbitrista de su propio destino. Segura-

mente, desde que una obra suya pasara de las musas al teatro, le entrarían ganas de dar nueva ocupación a su espíritu. Un hombre tan sin centro y de pensamientos tan variables, no podía ser gordo. En efecto, Federico Ruiz era flaco, tan flaco, que los carrillos se le besaban por dentro, y cuando se sentaba, tomando extrañas posturas, sin las cuales no demostraba comodidad, todo él se volvía ángulos. Era un zigzag... Por extraña armonía, su pensamiento era lo mismo, y hablando variaba de dirección rápidamente y describía con la palabra un vaivén mareante. Nada había derecho en él, ni el cuerpo ni el juicio. Andaba con cierta vacilacion, semejante a la de los que han bebido más de la cuenta, y su voz era desentonada.

Ultimo toque. Era ferviente católico, o al menos así lo decía él. Con su mejor amigo era capaz de pegarse si le hurgaba un tantico, sacando a relucir divergencias entre la Fe y la Ciencia. Casamentero de las ideas, hacía singulares contubernios, y para ello tenía caudal copioso de oportunas y originales razones. Con su verbosidad errática y un sí es no es elocuente, defendía todo lo defendible, logrando encontrar tales armonías entre el *Génesis* y el telescopio, que al fin sus contendientes no tenían más remedio que callarse.

En el Observatorio su trabajo era más bien meteorológico que astronómico. Desempeñaba una plaza de auxiliar. Por ausencia o enfermedad de algún astrónomo, hacía las observaciones corrientes y algunos estudios matemáticos. Aunque no lo hacía mal, sus jefes no le confiaban ningún trabajo delicado. Tardaba mucho, se fatigaba, y además... Entre fórmula y fórmula, ¿cómo no dar descanso y consuelo al ánimo con un par de versitos?

En los tiempos aquellos en que le conocimos estaba el hombre muy encariñado con una idea católicoastronómica que confiaba a sus amigos. Hay motivos para creer que la tenía formulada en diversos papelotes. La cosa era muy original, y hasta útil, filosófica y como simbólica de la deseada concordia entre la Ciencia y la Religión. He aquí la idea de Federico Ruiz:

¿Por qué los planetas y las constelaciones, todas las unidades, familias o grupos sidéreos han de tener nombres mitológicos? ¿Qué significación ni sentido podemos dar en nuestra edad cristiana a los nombres y a las aventuras amorosas o criminales de tanto dios adúltero y brutal, de tanto semidiós canalla, de tanta ninfa sin vergüenza, de tanto animal absurdo? ¿Por ventura no tenemos, en lo espiritual, nuestro magnífico Cielo cristiano poblado de santos patriarcas, ángeles, profetas, vírgenes, mártires y serafines? Y si lo tenemos, ¿por qué no hemos de concordarlo y emparejarlo con el Cielo invisible, dando a los astros los excelsos nombres del Cristianismo? Así tendríamos el Almanaque práctico, religioso y una como cifra exacta de la presencia de los bienaventurados en el Cielo, lo mismo que están esas hermosas luces en el vacío infinito. ¿Qué inconveniente hay en que ese grandioso planeta llamado hasta aquí *Júpiter,* dios de una falsa doctrina, se llame ahora San José? Y los demás planetas de nuestro sistema, ¿por qué no habían de tener el nombre de otros patriarcas, Adán, Noé, Abraham...? Esto se cae de su peso. Pues siguiendo este trabajo de bautizar el firmamento, las doce partes del Zodíaco vienen que ni de molde para los doce Apóstoles. Todas las constelaciones boreales y australes tendrían su santo correspondiente, y las grandes estrellas representarían los santos más famosos. *Arcturus,* por ejemplo, sería San Francisco de Asís; *Aldebarán,* San Ignacio de Loyola; el *Alpha del Centauro,* Santiago; la *Cabra,* San Gregorio Magno; *Vega,* San Agustín; *Rigel,* San Luis Gonzaga... La *Cabellera de Berenice* tomaría el nombre de la Magdalena; las *Pléyades* serían las once mil Vírgenes; la *Espiga* o *Alpha de la Virgen,* Santa Teresa de Jesús, y *Antarés,* la Verónica... *Sirius,* la mayor maravilla del cielo, tendría la representación de la Madre de Dios más propiamente que la Polar. Al hacer las denominaciones, se tendrían además presentes los días en que la Iglesia celebra las festividades de los santos; de modo que al paso del sol por cada región zodiacal determinara las fiestas de los Apóstoles, y así no se diría *sol en Piscis,* sino *sol en San Pedro*... En cuanto a los cometas...

—¡Ja, ja, ja!—estas carcajadas eran de Alejandro Miquis, a quien Ruiz explicaba sus nomenclaturas una mañana, que debió de ser la del domingo,

diecinueve de septiembre de aquel año.

—No te rías... Esto es muy serio. Tengo todo preparado para escribir una Memoria. Sin ir más lejos, el Almanaque sería entonces una verdad, y, apurando la cosa, no se necesitarían ya ni altares ni iglesias. ¿Qué mejor imagen de un bienaventurado que esas magníficas luces nocturnas que nos embelesan y anonadan? ¿Qué mejor catedral que la aparente bóveda del cielo? Los hombres adorarían a la entidad San José, San Juan en la imagen luminosa de éste o del otro astro, y como la celebración de la festividad por la Iglesia coincidiría con un fenómeno astronómico, he aquí establecida simbólicamente una armonía sublime entre la religión y las matemáticas...

—¡Ja, ja, ja!—Miquis mordía el ala de su sombrero: tan dichoso era con lo que oía.

Cienfuegos dijo así:

—Querido Ruiz, no te metas en poner motes... Deja que conserven por allá arriba los bonitos nombres paganos de Casiopea, Ofluco, Júpiter... Como las beatas sepan la jugada que les preparas, poniendo el nombre de cualquier santo a una señora que se ha llamado Venus, te van a sacar los ojos.

Esto lo hablaban en la gran sala cuyo techo y muros están hendidos, formando una línea en la dirección ideal del meridiano. Esta hendidura tiene puertas que se abren con cuerdas semejantes a las que mueven las velas de un buque, y se descubre así la parte del cielo que se desea observar. El telescopio, montado en una especie de cureña, tiene aspecto de cañón aéreo. Lo sostienen postes de granito; sólo gira en un plano vertical, y hay un sinfín de ruedas y palancas de dorado bronce para mover el gran tubo y colocarlo en el ángulo que exige la observación. Montado sobre carriles, un gran sillón sirve para que el astrónomo se tienda en posición cómoda y pueda, aplicando el ojo al catalejo, escrudriñar cómodamente el espacio y ver todo transeúnte del meridiano, sea chico, sea grande: de día, el padre Sol; de noche, esta o la otra res del inmenso rebaño de estrellas, ora una clarísima, fulmínea, ora las que vacilantes hormiguean entre la muchedumbre infinita. Se las ve atravesar, impacientes y como perseguidas, el campo del objetivo, dándonos a entender con su aparente carrera la marcha que llevamos nosotros por los insondables derroteros del vacío. El cristal está dividido en cuarteles por hilos de araña cogidos en los árboles para este fin, y que tienen, ¡quién lo diría!, aplicación tan sabia y útil. ¡Venturosos animalejos las arañas que, sin saberlo, son tejedoras de las cuerdas, casi invisibles de puro tenues, con que se toma la medida a las proporciones billonarias del firmamento!

El péndulo sidéreo, colocado a la derecha, parece la imagen de la discreción y de la mesura. Su pulsación suave, el juego de sus manecillas, que tan calladas van marcando los segundos y minutos, embelesan al que lo mira. Se le ve como si fuera una persona, un ser vivo, de madre nacido, con facciones de números y entrañas de animado metal, palpitantes y en ejercicio como nuestras entrañas. Por el mismo estilo que el péndulo, el barómetro registrador parece también un personaje; sólo que el primero es de lo más serio y reposado que se puede imaginar, mientras el segundo, organismo admirable que sabe redactar sus impresiones sobre la pesadez atmosférica, tiene no sé qué de festivo y pueril. Es un geniezuelo, un antropoide cuyo origen no sabe el profano si atribuir a la invención de la leyenda o a los cálculos del mecánico; es prodigioso cuerpecillo, juguete que parece que tiene alma y hace ruidos graciosos y extraños, cual si a media voz cantara misteriosas endechas. Hace toda la gracia un escape que juega con la palanca; siguen a esto ruedas silenciosas y graves, y en el término del mecanismo tiene el endiablado instrumento su pedacito de lápiz, con el cual escribe sobre un cilindro de papel... Cuando hay tempestad es cuando tiene que ver. Entonces, agitado el mercurio, que es su sangre, actúa sobre todos sus miembros, y se le ve febril, echando sobre el papel unas rúbricas que son fehaciente expresión del variable peso de la atmósfera.

II

Ruiz, taciturno y atento sólo a su deber, hizo la observación del paso del sol por el meridiano. No se efectuó el acto sin cierta solemnidad como religiosa,

con silencio, sosiego y un algo de poesía, por cuya circunstancia, y por ser operación diaria, decía Moisés que aquello era la *misa astronómica*. Cinco minutos antes del momento en que el péndulo sidéreo marcara el paso de Su Majestad, manipuló Ruiz en el telégrafo para subir la bola de la Puerta del Sol. Estuvo luego atento, callado, observando el mesurado latir del péndulo; preparó el anteojo con cristal opaco, se puso en el sillón, abrió las compuertas, miró. Una sección del globo inmenso entraba en el campo del objetivo, y su tangencia en los hilos de araña permitía determinar, por cálculo, el mediodía medio, por donde regulamos y medimos estas divisiones convencionales del tiempo, a las cuales acomodamos nuestro vivir. Luego manipuló otra vez para hacer caer la bola de la Puerta del Sol, y, cerradas las compuertas y tapado el anteojo, registró los cronómetros y apuntó su observación en un cuaderno. Cienfuegos y Miquis, que habían visto esto muchas veces, permanecieron indiferentes, como los sacristanes ante los sagrados ritos. El uno leía un periódico, el otro se paseaba inquieto a lo largo de la sala.

Pensar que tres españoles, dos de ellos de poca edad, pueden estar en el lugar más solemne sin sacar de este lugar motivo de alguna broma, es pensar lo imposible. A la iglesia van muchos a pasar ratos divertidos, cuanto más a una sala meridiana, donde no hay más respeto que el de la ciencia, donde se entra con el sombrero puesto y aun se fumaría si la susceptibilidad de los instrumentos lo permitiera. No había concluído Ruiz sus apuntes, cuando Miquis se echó atrás el sombrero, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—A ver, tú..., ¿por qué no me sacas mi horóscopo?

Era el mismo demonio aquel Miquis. ¡Y qué cosas se le ocurrían! Si Ruiz no fuera un sí es no es guasón y maleante, se habría escandalizado de aquella proposición sacrílega. Pero como no tenía entusiasmo por la ciencia, no tenía tampoco ese respeto fanático que impone deberes de compostura en ciertos sitios. ¡Oh! Sin ir más lejos..., si él hubiera nacido en Inglaterra o en Francia, habría tenido aquel y otros respetos, sí, señor, porque seguramente ganaría mucho dinero con la ciencia; ¡pero aquí, en este perro país!... Como español (y gato de Madrid, por más señas), no podía hacer mofa de todo. Manos a la obra. ¿Horóscopo dijiste? Bien; ¿y de qué se trataba?

Cienfuegos, que sentado en una silla leía *La Iberia*, alzó los ojos del papel para decir:

—Ya los astros no dicen nada del destino humano. No quieren meterse en vidas ajenas... Desde que se ha empezado a decir de ellos que tienen miseria en sus cabelleras luminosas, es a saber, que están habitados, se han amoscado y no quieren cuentas con nosotros... ¡Oh, si hablaran, Miquis lo agradecería!... Está el pobre que no le llega la camisa al cuerpo, pendiente de una resolución, de una sentencia...

Ambos le miraron. Miquis se paseaba a lo largo de la sala, con las manos en los bolsillos, arrastrando sus miradas por el suelo.

—¿Qué es eso, Alejandrito?... ¿Amores?

—¡No, no; valiente tontería! ¡Mejor dicho, vida o muerte para mí!—dijo el estudiante de Derecho parándose ante el astrónomo—. Figúrate que con esta vida jamás está uno en fondos, y, la verdad..., mejor sería no carecer de nada.

—Eso, aunque no lo digan los astros, es matemático.

—Yo te diré lo que hay—manifestó Cienfuegos—. Alejandro tiene una tía que le ha prometido darle trigo..., pero trigo... en gordo... Pasan días y días, y el recadito de la tía no parece.

—Me dijo que a mitad de la semana, y la semana ha concluído.

—Un día más o menos...

—Es que tengo un desasosiego...—suspiró Miquis, mostrando bien en su voz y en su gesto lo que decía—. Temo que si pasa tiempo, recobre mi tía el juicio.

—Que lo pierda, querrás decir.

—No, hombre, no; porque mi tía está loca, y al darme lo que ha prometido, si es que me lo da, se acreditará de rematada... Estoy agonizando... ¿Se habrá arrepentido? ¿Habrá entrado en aquel cerebro un rayo de esa luz del sentido común que anda esparcida por el mundo, sin que la vean muchos de los que tienen ojos? Porque se dan casos de que la vean, antes que nadie, los topos.

—Pues vete a su casa, tonto, y pre-

gúntale, y dile: «Señora tía, ¿me da usted o no lo que me ha prometido?»

—Es tan nervioso y tan pusilánime —observó Cienfuegos—, que no se atreve a ir, porque si la señora le dice que no hay nada, se desmaya.

—¡Yo no voy, yo no voy!—declaró el manchego volviendo a pasearse—. Si después de haberme consentido dice *nones*, creo que cojo una enfermedad.

Ruiz se frotaba las manos, riendo con aquella expresión burlona que tenía para todo, para lo grave y lo cómico.

—Te voy a sacar el horóscopo, Alejandrito. Vamos a ver. Hay que principiar por saber la fecha del nacimiento de tu querida tía.

—¡La fecha del nacimiento!—exclamó Cienfuegos—. Debió de ser el año de la Nanita.

—Eso lo sabrá la diosa Isis. Creo que mi tía no tiene fecha. Debe de proceder del antiguo Egipto. ¡La pobre es tan buena...! Es lo mismo que los chiquillos, ¡y me quiere tanto...! No nos burlemos..., señores.

—¡No, no nos burlemos!—declaró Ruiz, remedando la tiesura de un sacerdote de ópera—. Siento no tener aquí una sotana de ala de mosca y un cucurucho lleno de sapos y culebras. Cuando te digo que te voy a sacar el gran horóscopo y a adivinarte lo que deseas... Sin ir más lejos: en este momento, ¿qué hora es? Las doce y veintidós minutos y tres segundos. Al pelo, chico. Mira: el sol está saliendo de la constelación del León, a quien yo llamaría San Marcos, y entra en Virgo... ¡La Virgen! Tu tía... Luego viene la Balanza..., ¡dinero!... Esto es más claro que el agua. Tenemos también a Mercurio sobre nuestras cabezas. Este caballero representa el comercio, las jugadas de Bolsa, el papel-moneda. Lo dicho, dicho: el encuentro de Mercurio y a Virgen puede considerarse como felicísimo augurio. Y si añadimos que al entrar en la Balanza pasa junto al Centauro, que yo llamaría San Ignacio de Loyola, resulta lo siguiente: ¿Qué representa Mercurio? El comercio, las transacciones, el correo. Por algo le representan aquellos brutos con aladas zapatillas. El correo, fíjate bien. De todo se desprende que debes escribir una carta a tu tía prehistórica, preguntándole qué vuelta llevan esos dinerillos que te prometió y que no has visto todavía.

—Pues eso no me parece mal—dijo Miquis meditando—. ¿Y si me contesta que no?

—Pues si te contesta que no, te metes las manos en los bolsillos vacíos, y te quedas fresquecito, de verano...

Alejandro volvió a pasearse, y Cienfuegos a leer su periódico. De repente, el manchego, con la súbita vehemencia del que tras vacilaciones dolorosas se decide a tomar un partido, gritó:

—¡Pluma, papel, tinta!... Voy a escribir la carta a la diosa Isis...

—Calma, calma: iremos a la Biblioteca. No hay que alborotar en esta santa casa.

—¿Y quién llevará la carta? ¡Es tan lejos!...

—No faltará quien la lleve. No te apures. Irá el Centauro, o mandaremos al mismo Mercurio. Vamos a la Biblioteca.

Pasaron a donde decía Ruiz, y Miquis se puso a escribir. ¡Dios mío, qué premioso estaba aquel día! No sabía cómo empezar, ni en qué forma y con qué materiales construir la deseada epístola. Tres o cuatro empezó y las tuvo que romper, porque ninguna de ellas respondía bien a su pensamiento. La una decía:

«Querida tiita Isabel: Tengo que ir esta noche al baile de la Embajada austríaca, de frac; y como usted comprenderá...»

Esta no servía. Ras... Empezó otra así:

«Estoy enfermo en cama. Me visitan siete médicos, y con tanta visita y gastos de botica, se me acabó el dinero que tenía. Como usted me prometió...»

Ras, ras..., tampoco valía...

Otra:

«Estoy en casa de los catedráticos haciendo un trabajo...»

Fuera.

Por último, encontró la fórmula y la carta quedó escrita. Dió un suspiro al cerrarla y repitió su queja:

—No vamos a tener quien la lleve.

—¡Qué pesadez! —dijo Cienfuegos, suspendiendo otra vez su lectura—. Cuando éste coge un tema... La llevaré yo, si es preciso.

—Si es en los quintos infiernos..., allá, donde Cristo dió las tres voces.

—Sea donde fuere... Ese es atroz cuando da en encontrar dificultades y en echar lamentos.

—Vamos a casa—dijo Ruiz—. Veremos si hay algún ordenanza. Don Florencio nos sacará del paso...

Salieron, y lo primero que vió Miquis fué el famoso héroe de aquel otro domingo, que gozoso y algo conmovido se acercó a saludarle, gorra en mano.

—Hola, mequetrefe, ¿tú por aquí otra vez? ¿Qué es de tu vida?

Felipe, confuso, no sabía qué contestar, pues érale muy difícil exponer en breves palabras los motivos de su salida de la paternal casa de don Pedro. Temía que su protector, por falta de explicaciones circunstanciadas, atribuyera la expulsión a cualquier falta denigrante y odiosa.

—Te has civilizado... ¡Pero qué bonita has puesto mi ropa! Es verdad que lleva tiempo... Y hablas ya como la gente. Lo que menos creías tú era verme aquí.

—Señor, estoy viniendo todos los días a ver si le veo...

—Pues mira, hoy caes aquí como agua de mayo. Nunca podrías ser más oportuno. Me vas a hacer un recado.

—¡Un recado!...—exclamó el *Doctor* con alegría—. Si los señoritos me buscaran una colocación...

—Sí, para colocaciones estamos—dijo Cienfuegos.

—Como me traigas buenas noticias —indicó Miquis—te prometo...

—¡Adiós!, ya está éste tocando el violón... No prometas nada, Alejandro, no prometas.

—Vas a llevarme esta carta.

—Sí, señor.

—A la calle del Almendro. Entérate bien o te pego. ¿Sabes dónde está?

Felipe vacilaba.

—Entras por Puerta Cerrada...

—Sí, sí..., démela, démela.

—Bien claritas he puesto las señas. Número once, cuarto segundo. ¿Sabes leer?

—¡Pues ya!...

—Preguntas por doña Isabel... Esperas contestación, te la da, y me la traes aquí.

Llegó, cuando menos se le esperaba, don Florencio, muy peripuesto, vestido de negro, con el rostro enmascarado de cierta tristeza fúnebre, y saludó a los tres amigos.

—Ya sabemos adónde va usted, señor Morales y Tempra... do, don Florencio

Con solemnidad luctuosa, haciendo con ambas manos una elocuente mímica de ese dolor mesurado y correcto que es propio de las tragedias clásicas, el señor don Florencio dejó caer de su boca esta frase:

—Voy al entierro del gran hombre.

—¡Pobre Calvo Asensio!

En tal día enterraban con gran aparato de gente y público luto al atleta de las rudas polémicas, al luchador que había caído en lo más recio del combate, herido de mortal cansancio y de fiebre; hombre tosco y valiente, inteligencia ruda, que no servía para esclarecer, sino para empujar; voluntad de acero, sin temple de espada, pero con fortaleza de palanca; palabra áspera y macerante; temperamento organizador de la demolición. Reventó como culebrina atacada con excesiva carga, y su muerte fué una prórroga de las catástrofes que la Historia preparaba. Don Florencio, que era su amigo, hacía aspavientos de dolor comedido y decía:

—Entre paréntesis, si no hubiera cambiado su farmacia por esta condenada política, todavía viviría. Era un mocetón... Vamos a echarle un puñado de tierra.

Después, fijándose en Felipe, que oía con el mayor respeto aquellas elegíacas razones, le consagró también a él, pequeñito, una frase llena de socrático sentido:

—Doctor Centeno, ¿qué haces por aquí? ¿Sirves a estos señores? Como te portes bien, medrarás. Si no... Ya me contó Pedro que tienes mañas sacrílegas y dices muchas mentiras... Ojo, señores, ojo...

Ofendido y malhumorado oyó Felipe estos conceptos; mas nada quiso contestar. Apremiado por Miquis para que fuera pronto al recado de la cartita, echó a correr por la rampa abajo, dejando atrás muy pronto a Morales, que iba con su metódico paso de procesión cívica.

III

Quince días habían pasado desde que el buen *Doctor* dejó con tan mala ventura la casa de don Pedro Polo... Cayó,

como el cabello que cortado se arroja, a los rincones y vertederos urbanos, allá donde las escobas parece que arrastran, con los restos de todo lo útil, algo que es como desperdicio vivo, lo que sobra, lo que está de más, lo que no tiene otra aplicación que descomponerse moralmente y volver a la barbarie y al vicio. ¿Quién le seguirá por esta zona, adonde llegan arrastrados todos los despojos de la eliminación social en uno y otro orden? ¿Quién le seguirá a las casas de dormir, a las compañías del Rastro, a los bodegones y tabernas, a los tejares y chozas de la Arganzuela o las Yeserías, a la vagancia, a las rondas del Sur, inundadas de estiércol, miseria y malicia? La historia del héroe ofrece aquí un gran vacío que es como reticencia hecha en lo mejor de una confesión. Sólo se sabe que a los dos días de su salida de la casa de Polo se extinguió el último ochavo de las seis pesetas que le diera la cristiana y al mismo tiempo pagana *Emperadora*, figura hermosísima que él había visto en alguna parte, sí: en esta o la otra página de sus estudios, en la Doctrina Cristiana y en la Mitología. ¡Misterios de la óptica moral! Fuera lo que Dios quisiere, él se había prometido no olvidar a aquella señora en todo el tiempo que durase su vida...

Se sabe también que algunas noches durmió en lo que vulgarmente se llama la *posada de la estrella*, o sea al aire libre; que pasó grandes y tormentosas escaseces; que iba todos los días a la subida del Observatorio con esperanza de encontrar al que le protegió, le amparó y le dió ánimos en aquella feliz ocasión; que al fin su puntual fidelidad obtuvo recompensa, como se ha visto deparándole Dios el encuentro de Alejandro Miquis, prólogo de los importantes acontecimientos que vienen ahora, y paso primero en el nuevo rumbo que toma la vida del héroe, como verán los que no se hayan aburrido de esta lectura y quieran seguir adelante.

Emprendió, pues, la marcha el *Doctor* para desempeñar su recado, y en la Puerta del Sol, ¡inesperado estorbo!, se encontró con que no podía pasar, porque todo estaba lleno y apelmazado de gente. El, no obstante, había de penetrar entre la multitud para ver por qué motivo se reunían tantas personas. Metióse por las grietas que en la humana masa se abrían; navegó con trabajo por entre codos, piernas, espaldas, y pudo ganar, al fin, la esquina de la calle de Carretas. Felizmente, había allí un farol que no estaba ocupado, y se subió a él, guardando cuidadosamente la carta en el pecho. ¡Qué bien se veía todo desde aquella altura! «¡Ya..., entierrito tenemos.» Y que el muerto era persona grande lo manifestaba la muchedumbre de acompañantes y de curiosos. Vió Felipe el carro mortuorio, tirado por caballos negros y flacos, con penachos que parecían haber servido para limpiar el polvo de los cementerios; vió el armatoste donde el difunto venía, balanceándose como una lancha negra en medio de las olas de un mar de sombreros de copa; vió los asilados, los lacayos fúnebres, de malísima catadura, y el lucido acompañamiento, ejército sin fin de personas diversas, elevadas y humildes, todo oscuro, triste y hosco. Iba detrás, en primer término, un señor alto y gordo, de presencia majestuosa; a su lado, otros muchos, gruesos o flacos, y detrás, un río de levitas y chaquetas. ¡Cómo serpenteaba la fatídica procesión, cómo se detenía de trecho en trecho, cómo empujaba! Era cuña que en las plazas abría la masa de curiosos, y en las calles se dejaba oprimir a su vez por aquélla... Felipe se unió a la comitiva. Tan pronto iba delante con los incluseros, tan pronto iba atrás, cerca de aquellos señores tan guapotes. Pero él se mantenía siempre a respetuosa distancia: miraba, y nada más. No era como el intruso y farsante Juanito del Socorro, a quien Felipe vió delante de los caballos apartando al gentío con ridículos y oficiosos aspavientos. «¡Fantasioso!», pensó el *Doctor;* y poco después, allá, cuando iban por la calle de la Concepción Jerónima, vióle atrás, pegado a los faldones del respetabilísimo caballero obeso y de blancas patillas que presidía... «¡Otro más entremetido que Juanito!»

Por la calle de Toledo, *Redator* distinguió a su amigo entre la multitud y se fué derecho a él. ¡Qué facha la de Juanito! Llevaba las mismas alpargatas o babuchas de orillo que usaba siempre, una chaqueta de papá y una corbata negra que su mamá le había hecho para aquella lúgubre ocasión. Se saludaron

con un par de estrujones, y Juanito dijo al otro:

—Estoy rendido... Yo fuí a avisar a la parroquia para que llevaran los *Oles*... Después, recado por arriba y por abajo... llevar aquí mucha papeleta, y ahora traer coches... Voy aquí con don Salustiano. Hiji..., éste sí que es peje.

Al decir esto, señalaba al señor grueso, persona de tan admirable presencia que a Felipe le parecía, si no rey, un dedito menos. En efecto, el *Doctor* vió a su amigo meterse entre los señores que iban en la delantera del acompañamiento, estrujándoles la ropa y estorbándoles el paso. Alguien le daba empellones para echarle fuera; pero él a meterse volvía. Al fin de la calle de Toledo muchos empezaron a ocupar los coches... Felipe entonces, satisfecho de haber visto bastante, acordóse de su deber, y retrocedió para buscar la calle del Almendro.

La cola del inmenso cortejo estaba aún por San Isidro. Allí se apartó Felipe; dió varias vueltas por Puerta Cerrada, mirando letreros, y, por fin, se internó en la calle del Nuncio. Estaba en camino. Los lacayos de la Nunciatura excitaron su curiosidad, y perdió un ratito admirando tanto galón y tan buenas aposturas. Algunos pasos más, y ya estaba mi hombre en el fin de su viaje. ¡Qué silencio, qué sepulcral quietud la de aquellos lugares! Eran más fúnebres que el entierro y más solitarios que la soledad. Después del bullicio, de la confusión y gentío que había presenciado, verse allí era como caer en un pozo. Y la tal calle se enroscaba marcando una vuelta tan brusca que no se veía ni el principio ni el fin de ella. Parecía una trampa armada al descuidado transeúnte; y todo el que entrase en ella, no como Felipe, sin ver, por ser niño, el sentido de las cosas, creeríase más en Toledo que en Madrid, o bajo la dominación de los reyes austríacos, amenazado de las uñas de Rinconete. Hoy es la calle del Almendro recogida y silenciosa; júzguese cómo sería hace veinte años, cuando aún la ley de las transformaciones municipales no la habían comunicado, derribando casas, con la Cava Baja. Entonces, nadie pasaba por allí que no fuera habitante de la misma calle. Componían gran parte de su caserío las cocheras de la casa de Aransis; la casa de Vargas, sola, misteriosa, abandonada, pues al parecer sólo mora en ella el espíritu de San Isidro. No se conocía en ella ninguna industria, como no fuera la de un colchonero que tenía por muestra un colchoncito de media vara. Había escudos sobre puertas que jamás se abrían, y balcones de hierro que a pedazos, corroídos por el orín, se desbarataban. Dos o tres casas de alquiler, relativamente modernas, existían en la tortuosa longitud de la calle. Una de ellas, la del número 11, que era la que buscaba Felipe, estaba en la rinconada que ha desaparecido para establecer la comunicación de aquel embudo con la Cava Baja. De modo que la casa de la tía de Miquis no existe ya. Hay que figurarla; pero como no faltan memoria y datos, puede decirse que era un edificio del siglo XVII, ordinario, vulgarísimo, feo, con dos pisos altos, puerta de piedra, en cuyo clave se veía grabada la común inscripción *Jesús, María y José*, y lo demás de revoco.

Nos hallamos en el rincón más interesante quizá de este Madrid que tantas curiosidades encierra, y que hoy presenta revueltas, en algunas zonas, las primicias de la civilización y los restos agonizantes del mundo antiguo. Dos huecos tenía cada piso de la casa vetusta, que Felipe comparó, *in mente*, con un seis de copas. En la ventana baja, inmediata a la puerta, no había señal de vivienda humana. Rotos estaban los vidrios y cerradas las maderas. Era el depósito de una cofradía caducada, y ya se ignoraba quién tenía las llaves. En los dos balcones del principal había muchos tiestos, descollando entre ellos una grande y bien florecida adelfa que daba alegría a la casa y aun a la calle toda. No tengamos reparo en decir, aunque sea indiscreto y prematuro, que allí vivía una mujer o señora que *echaba las cartas* y tenía gran parroquia, muy tapadamente, en todo Madrid.

Si los balcones del principal eran alegritos con tanta hierba y verdura, los del segundo éranlo mucho más, porque en ellos el follaje se desbordaba por los hierros, subía y aun daba grata sombra. Era ya una vegetación arborescente, impropia de balcones y que traía a la memoria lo que de Babilonia se cuenta. Los tiestos de diversa forma estaban unos sobre otros: había pucheros, cajones, tibores, medias tinajas y barriletes,

todo admirablemente cultivado y lleno de variedad gratísima de plantas. Descollaban una higuera con higos, un manzano con manzanas, un níspero también con fruto, un albaricoquero y hasta una parra que ofrecía en sus ya pintados racimos abundante esquilmo de octubre. Y entre estas familias mayores, las capuchinas de doradas florecillas subían por la jamba, agarrándose a cuerdas muy bien colocadas; lo mismo hacían las campánulas, el guisante de olor y otras trepadoras. Achaparrados y asomando por entre los hierros, veíanse los claveles, el sándalo, la hierbabuena, la medicinal ruda, la balsamina, el perejil de la reina, el geranio de pluma y otras especies domésticas. Colgadas a un lado y otro de los balcones había hasta media docena de jaulas chiquitas con verderones y jilgueros presos; pero tan cantantes, que no cesaban un momento de arrojar sobre la calle sus deliciosos trinos.

Al reconocer el número, avanzó Felipe hasta el centro del arroyo y se quedó como lelo, mirando la casa. Era para él tan misteriosa, emblemática e incomprensible como una de aquellas páginas de la Gramática o de la Aritmética, llenas de definiciones y guarismos que no había entendido nunca. Miraba y miraba, descifrando con el incipiente prurito de su mente investigadora... Hacía lo menos quince minutos que duraba este contemplativo examen, cuando observó que se abrían los cristales de uno de los balcones del segundo. Por entre el follaje distinguió una mano delgadísima que apretaba los higos de la higuera como para ver si estaban maduros. Luego acariciaba los racimitos de la frondosa parra... Mirando más, y cambiando de sitio, pudo distinguir una cara... Era blanca, fina y lustrosa, como las caras de las muñecas de barniz que se ven en las tiendas de juguetes, con ojos negros y vivos. En la cabeza tenía un lío amarillo, al modo de turbante... Felipe se vió mirado y examinado por los ojos de la muñeca, pero con tal fijeza, que hubo de turbarse y no supo qué hacer. Aquélla era la tía del señor de Miquis. ¿Por qué le tenía miedo? ¿Por qué se quedaba absorto y como fascinado delante de la casa...? Es preciso entrar. Atrévete, hombre.

IV

Cuando la criada de la tiita Isabel abría la puerta, lo primero que se veía... Hablemos con claridad: allí no se veía nada hasta que el visitante se iba acostumbrando a la oscuridad; hasta que sus ojos, ávidos de ver, no pescaban, digámoslo de este modo, en el fondo de las tinieblas, este o el otro objeto para sacarlo al espacio visible. Antes que ocurriera tal fenomeno, y no ocurría jamás sin gran trabajo y paciencia de la retina, el visitante percibía gratísimos olores de plantas aromáticas, tomillo, mejorana y orégano, de tal manera fuertes, que se creía en un establecimiento de herbolario... Después que había olido bien, empezaba la percepción visual, y lo primerito era una pareja de gatos grandes, gordos, manchados, saltones. Se daban a conocer primeramente por sus dorados ojos, alguna vez con reflejos verdosos como los del fondo del mar, y luego se distinguían sus blandas piruetas y sus escurridizos rabos. En la sala, repentino contraste: mucha luz esparcida y un no sé qué de regocijo. Allí aparecía de nuevo la familia gatesca, aumentada con dos o tres chiquitos y muy monos, y reforzada con vivaracho perrillo, el cual no cesaba de ladrar o de rezongar, debajo de un mueble, todo el tiempo que duraba la visita.

La sala tiene que ver. El que no sepa guardar las formas respetuosas que exigen ciertos lugares consagrados por el tiempo y la virtud, que se vaya a la calle y me deje solo. Solo y extático contemplaré el nogal de aquellos sillones y mesas, bruñido por la edad y el aseo; nogal que salió de los primeros árboles que dieron cosecha de nueces en el mundo. Admiraré aquella madera tan fregoteada, que algunas cosas de mérito se hallan deslucidas y feas de puro limpias.

¿Quien no hace una reverencia ante el paleontológico sofá, interesantísimo, pintado que fué de rojo y oro, con patas curvas y dos respaldos tiesos con cojincillos de tela encarnada; pieza de tal forma, que el que se apoyara sin estudio en cualquiera de sus costados corría peligro de romperse un codo? Bargueño y tablas que en esta pared estáis, ¿quién os lavó tanto que os quitó la mitad de la pintura y casi todo el dorado, deján-

doos en los huesos? Los candeleros de oro echan chispas de sus repulidas facetas, y hasta la estera de junco, amarillosa con golpes rojos, parece que se compone de varillas metálicas, según lo lustrosa que está... Veamos esas láminas. Sus rótulos nos dirán lo que representan: «Diana, hallándose con sus ninfas en el baño, sorprende y descubre el estado interesante de la ninfa Calipso... Juno convierte a Calipso en osa... Matilde, hermana de Ricardo Corazón de León, desembarca vestida de monja en la Tierra Santa... Matilde ve a Malek-Adhel... Malek-Adhel roba a Matilde, y echa a correr con ella por los desiertos campos.» A esta otra parte hallamos algo más que admirar: «Vista de Mahón y sus fortalezas...» Muy bien. Pero lo que más nos cautiva es una miniatura sobre marfil, monísima, graciosa de contornos, transparente y fina de color. Es retrato de esbelta y delicada joven, cómo de quince años, de negros ojos y ensortijado cabello. Su talle es alto, muy alto; su cuerpo enjuto, enjutísimo. Con su mano derecha nos muestra una rosa, tamaña como un cañamón, y en la izquierda tiene un abanico semiabierto, en el cual se lee su bonito nombre: «Isabel Godoy de la Hinojosa...» La fecha está borrada.

El gabinete que con la sala se comunica podría llamarse bien *el museo de las cómodas*, porque hay tres..., ¿qué tres? Al entrar vemos que son cuatro, de diferente forma y edad, siendo la más notable una panzuda, estilo Luis XV, pintada de rojo y oro. Su vecina es de taracea, y ambas ostentan encima cofrecillos y algún santo vestido con ropita limpia, búcaros con flores y tocador de aquellos que tienen espejo montado a pivote sobre dos columnas. Almohadilla con muchos alfileres y agujas no faltaba en otra de las cómodas, la cual sostenía también un camello de porcelana cargado de un montón de botellitas y copas de limpio cristal.

Brasero de cobre sobre claveteada tarima ocupaba el centro del gabinete; pero no le veríais lleno de frías cenizas ni de brasas ardientes, pues jamás, ni en invierno ni en verano, sirvió para calentar la habitación, sino que hacía diariamente el papel de búcaro, ostentando un gran ramo de hierbas olorosas y algunas flores. Era pebetero más que estufa. En vez de calentarse con fuego, sin duda la habitación de aquel recinto se confortaba con aromas y se templaba con poesía.

Ya llega; vedla salir por la puerta de su alcoba, y venir afable y obsequiosa a nuestro lado... ¡Admirable figura! Sólo el que en absoluto esté privado de memoria podría dejar de recordarla. Tenía el cabello enteramente blanco y rizado; los ojos oscuros, alegres y amorosos; era delgada, derecha como un huso, ágil, dispuesta, y más que dispuesta, inquieta y con hormiguilla. Su edad, ¿quién la sabe? Decía Alejandro que su tiita era contemporánea del protoplasma, para expresar así la más larga fecha que cabe imaginar. Puede decirse, en corroboración de esto, que la señora era una de esas naturalezas escogidas que han celebrado tregua o armisticio con el tiempo, y que tienen el don de prolongarse y conservarse momificadas en vida para dar qué decir y qué envidiar a dos o tres generaciones. Quién le echaba noventa años, quién sólo le contaba setenta y seis, y no faltaba algún computador que ponía ciento y un pico. Cualquiera que fuese su edad, era gran maravilla cómo sabía conservar su salud y sus bríos. Mujeres hay de veinte años que si se sentaran y se levantaran y dieran las vueltas por la casa que daba esta señora al cabo del día, caerían rendidas de cansancio. No le hablaran a ella de estarse quieta. Sin movimiento y vaivén constante no podía aquella señora vivir. Tenía la ligereza de la ardilla, y algo de lo impalpable y escurridizo de la salamanquesa. Entraba y salía por aquellas puertas sin hacer ruido alguno. Sus pasos no se sentían. Calzaba zapatillas con suela de fieltro, y su cuerpo, más que compuesto de huesos y músculos, parecía un apretado y enjuto lío de algodón en rama. Su cara, como observó muy bien Felipe, era cual las de las muñecas de barniz, con un rosicler intenso y extraordinario lustre. Por don especial de su naturaleza, aquel lustre purísimo le disimulaba las arrugas, y su estirada piel se había endurecido, tomando aspecto de porcelana. Atribuía ella esta virtud a la costumbre de lavarse y fregotearse bien con agua fría y jabón de Castilla todas las mañanas, y darse luego unos restregones que la ponían como un tomate. Se envolvía la ca-

beza con un pañuelo de hierbas, cruzándolo y anudándolo con cierto arte a estilo vizcaíno, dejando ver parte de sus cabellos blancos y ensortijados como el vellón del Cordero Pascual.

Tenía un fanatismo que la avasallaba: el de la limpieza. Su vida se distribuía en dos clases de ocupaciones, correspondiendo a una división metódica del día en dos partes. Por la mañana, consagraba tres horas a la parroquia de San Pedro, donde oía cuatro o cinco misas. Desde que tornaba a su casa hasta la noche, pasaba invariablemente el tiempo limpiando todo, frotando el nogal de los muebles, lavando con un trapito las imágenes de madera y los cristales de los cuadros, persiguiendo el polvo hasta los más recónditos huequecillos, dando sustento a los pájaros y limpiándoles los comederos, las jaulas, los palitos en que se posan, regando las flores de sus amenos balcones. Esto no había tenido variación en muchísimos años ni lo tendría hasta el acabamiento de doña Isabel Godoy de la Hinojosa. La limpieza general se hacía diariamente. Ya no era costumbre, era un dogma. Tenía doña Isabel una criada, de edad madura, de toda confianza, y entre ambas se repartían el trabajo por igual. Doña Isabel barría también, sacudía, estropajeaba, llevaba muebles de aquí para allí, y metía sus activas manos en todo.

¡Comer!... Aquí viene uno de los aspectos—para hablar el lenguaje de la Historia—más notables del carácter de la Godoy. El aseo, llevado al frenesí, se manifestaba en ella paralelamente a los escrúpulos en materia de alimento, de tal modo, que no entraba por la boca de la dama cosa alguna que no aderezarara ella misma; pues ni de su criada, más que criada, amiga, se fiaba para esto. No comía carne de vaca, porque siendo este artículo de muy poco o ningún uso en la Mancha, su patria, siempre lo miró con repugnancia. Cuando se dignaba admitir en su cocina medio cabrito o recental, o bien gorda gallina, lo lavaba tanto y en tantas aguas, que le hacía perder toda sustancia. El vino no lo probaba por ser de las cosas más sucias que existen. El pan de las tahonas... *vade retro*. El ordinario de Quintanar le traía mensualmente hogazas duras, y bollos y tortas, con otras cosas de que se hablará más adelante. En el chocolate ponía doña Isabel todo su esmero, por ser lo que le gustaba más y lo único que tomaba con deleite. No compraba nunca el de los molinos y fábricas, que se compone de mil ingredientes nocivos o asquerosos: llevaba un mozo a la casa para que le elaborara la tarea de cuatro meses, y ella le inspeccionaba, sin quitarle la vista de encima, por si se atravesaba una mosca o se le caía al buen hombre de la trabajadora frente alguna gota de sudor... Luego hacía ella misma la onza de cada mañana en una cocinilla de espíritu, y ponía en esta operación un cuidado, un esmero, que ni los del sacerdote, manejando el pan eucarístico, se le igualara. Acompañaba el chocolate, no de mojicones, ni de bizcochos traídos de las tiendas, sino de unos como piruétanos o cachirulos que le mandaban las monjas franciscas del Toboso.

Delicadísima y llena de ascos en materias de comer, doña Isabel no podía pasarse sin los manjares y golosinas de su tierra. Era de esas personas refractarias a la adaptación alimenticia, y que por doquiera que van han de llevar el bocado con que las criaron. Su olla era enteramente castellana por los cuatro costados, y en vez de sopas, comía todos los días gachas, preparadas según el más puro rito manchego. No las hacía de harina de trigo, sino de titos, que es un guisante pequeño, y en los días grandes añadíales tocino, el hígado de cerdo bien machacado y siempre bastante pimienta y orégano. Esta olorosa especia sazonaba y aromatizaba todos los guisos de la cocina de doña Isabel. Su aroma, juntamente con el de otras hierbas, llenaba la atmósfera de la casa. Conviene añadir, para que no pierdan las gachas su carácter, que doña Isabel, fiel a los manchegos usos, no las comía con cuchara, sino con rebanadas de pan y en la misma sartén.

El ordinario de Quintanar, que paraba en la posada de Ocaña, surtía mensualmente a la Godoy de diferentes artículos del país, sin los cuales infaliblemente la señora se habría dejado morir de inanición. ¡Ella comer cosas de este Madrid puerquísimo!... Además de la harina de titos, el ordinario le traía las indígenas tortas de manteca, hojaldradas, con sabrosos chicharros dentro; traíale también grandes cántaros de

mostillo y arrope del mejor que se hace en Miguel Esteban, queso del Campo de Criptana, bizcochos de Villanueva del Gardete, bañados y ternísimos, que tienen fama en toda España. Pero lo más importante que recibía la Godoy era el lomo, frito y en manteca, de modo que con él se improvisaba un principio en un decir Jesús. También se lo mandaban en la forma que llaman rollos, envuelto en masa de harina y aceite, y acompañado interiormente de huevos, chorizos y jamón.

Con estos elementos aderezaba diariamente la señora su comida. En Cuaresma hacía lo que llaman por allá un *ajillo de patatas*, y el día del Corpus, por ser costumbre inmemorial e infalible en la tierra, no podía faltar en su mesa cordero con arroz. Hasta los postres venían del Toboso o de Quintanar por mano de aquel bendito ordinario. Consistían en el manjar más inocente del mundo, que de ordinario sirve para sustento de los pajarillos: cañamones tostados. A la señora le gustaban mucho, y ningún día, a no ser los de gran ayuno, dejaba de comerse una docena. Las franciscas del Toboso solían mandarle almendras garapiñadas, que eran su especialidad. Con ser manchega de pura raza y tener sus propiedades arrendadas para el cultivo del azafrán, doña Isabel no usaba nunca esta droga tintórea. Por las infusiones teínas de diferentes hierbas tenía verdadera pasión, y un surtido y acopio tan abundantes, que le faltaba poco a la casa para ser la más completa herbolería. No se acostaba sin tomarse un tazón de salvia o de manzanilla, según los casos; a veces, de hierbaluisa. Jamás probó té chinesco, y el café no lo conocía más que de nombre.

La criada, que desde luengos años la servía, era una mujer de bastante edad, toda cargada de refajos verdes y amarillos, y con gran moño de trenza, atado con cordón que terminaba en el huesecillo que llaman *higa*, para librarse del mal de ojo. La comunidad de vida con doña Isabel la asimiló pasmosamente con ésta. Pegáronsele, primero, los escrúpulos; luego, los gustos, las costumbres, y, por último, el modo de hablar y hasta la fisonomía... Ultimamente todo era en ellas común: el trabajo, la comida, los rezos y hasta los pensamientos.

Sólo el que frecuentara la casa habría podido separar bien aquellos dos rostros y caracteres, destruyendo la aparente combinación o cambio molecular que entre ellas había, y dar a cada una lo suyo, presentando a Teresa cual mujer sesuda, grave y de bien sentados razonamientos; haciendo ver, por el contrario, en doña Isabel un cerebro soliviantado, dentro del cual parecía que trinaban con más gusto que en sus jaulas todos los verderones y jilgueros que en la casa había.

V

Historia. Doña Isabel Godoy de la Hinojosa era tía de la madre de nuestros amigos Augusto y Alejandro Miquis.

No atendáis al olor de privanza que aquel apellido tiene, para suponer parentesco entre esta familia y el Príncipe de la Paz. Aunque de procedencia extremeña, estos Godoyes nada tenían que ver con aquel por tantas razones famosísimo y más desgraciado que perverso. Desde el siglo pasado aparece prepotente en Almagro, y poco después, en el Toboso y en Quintanar, la estirpe de doña Isabel, consagrada a la propiedad territorial y a la caza. Y fué tan fecunda en segundones, que dió al Estado más de un consejero de Indias, muchos guardias de Corps al Ejército, a la Iglesia regular y secular doctos definidores y capellanes de reyes nuevos.

Doña Isabel y su hermana, llamada doña Piedad, fueron la única sucesión de don Gaspar Godoy, uno de los más frondosos y enhiestos ramos de aquel tronco de los Godoyes manchegos. Eran ambas hermanas discretas, bonitas, instruiditas, bien educadas y tirando a lo sentimental, conforme a las costumbres y a la literatura de aquellos tiempos. Dígase también que la tradición las designaba como las personas más leídas de toda la Mancha. Se sabían casi de memoria la *Casandra*, novela de tanto sentimiento, que el que la leía se estaba llorando a moco y baba tres meses. Conocían también otras obras, muy en boga entonces, como *Ipsiboe* y *El Solitario*, del vizconde D'Arlincourt, llenas de desmayos, lloros, pucheros y ternezas. Pero la lectura que más particularmente había afectado a Isabel Godoy era la de aquella dramática y espasmódica novela

de Madame Cottin *Matilde* o *Las Cruzadas*, la comidilla más sabrosa de aquella generación archisensible. Por mucho tiempo duró en el espíritu de la joven la influencia de tales lecturas, suministrándole, casi hasta nuestros días, motivos de comparaciones. Así, decía: «Es un moreno atrevidísimo, como Malek-Adhel», o bien: «Celoso y fiero como un Guido de Lusignan.» Las anticuadas láminas de Epinal que su sala ostentaba habían tenido ya su período de éxito en la casa paterna.

No faltaba, veinte o treinta años ha, entre los desocupados del Toboso, algún viejo que contase algo de remotos sucesos acaecidos cuando le hicieron a doña Isabel la preciosa miniatura que hemos visto en su sala. Según rezaba la tal crónica viva, hubo por aquellas calendas en el Quintanar un galán de hermosa presencia, tan notable por su gallardía como por sus modales y educación, hombre peregrino en aquellas tierras, a las que fué con hastío de la corte buscando un descanso a sus viajes y a las fatigas de la moda y del mundo. Doña Isabel se apasionó locamente del tal, que era de gran familia, los Herreras, de Almagro, y tenía tíos y primos en el Toboso. El le correspondía; eran públicos y honestos sus amores: parecía natural que la solución y término de esto fuera el matrimonio...; mas no sucedió así. De la noche a la mañana, con pasmo y hablilla de todo el pueblo, Herrera se casó, no con doña Isabel, sino con su hermana.

Guardó la ofendida las apariencias de conformidad, y ni en su rostro ni en su lenguaje revelaba el dolor de la tremenda herida, que sólo cicatrizaron los años, muchos años, y un sosiego y régimen de vida muy reparadores. Las dos hermanas se querían entrañablemente, lo mismo antes que después del repentino inexplicable cambalache. Piedad tuvo una niña, y murió al año de casada; murió, ¡ay!, según se dice, de ignorada y misteriosa pesadumbre; de una tristeza que le entró de súbito y la fué secando, secando, hasta que, no teniendo más que los huesos y el alma, ésta se partió sin dolor, porque nada había ya en aquel cuerpo que pudiera doler. Poco tiempo después del fallecimiento de su mujer, Herrera se fué a América, en donde hizo dos cosas igualmente desatinadas: se volvió a casar y se murió de la fiebre.

A la niña que nació de Herrera y de Piedad Godoy pusiéronle también Piedad, por ser este nombre el de la patrona de aquellas tierras, y tan común allí, que no hay familia donde no haya un par de Piedades. Crióla con extremado mimo doña Isabel, que a ella se consagró, haciendo voto de soltería eterna. No se consideraba tía, sino verdadera madre, por exaltación de su espíritu y maniobra sutilísima de su entendimiento. Consumada idealista, empapando, sin cesar, su espíritu en la memoria de su hermana, había logrado realizar el fenómeno psicológico de la transustanciación. En sus soledades y abstracciones había llegado a decir casi sin pensarlo: «Yo soy Piedad..., yo soy mi hermana...» Y otra vez se le escaparon estas palabras: «La que se murió fué Isabelita.»

La Piedad pequeña creció al lado de su tía y otros parientes. Mimáronla mucho y la querían con delirio. Todo iba bien, todo fué regocijo y paces hasta que llegó a ser mujer. Aquí viene el punto capital de esta historia retrospectiva y el motivo del singularísimo aspecto con que se nos presenta doña Isabel. La adorada, la mimada, la enaltecida hija-sobrina de esta señora, la heredera de los claros nombres de Herrera y Godoy, se enamoriscó de un tal Pedro Miquis; resistió tenaz y heroicamente la oposición de su familia; se dejó depositar y se casó con él... ¡Abominación! Los Miquis habían sido criados de los Godoyes.

¡Pobrecita doña Isabel! El espanto y dolor que el caso produjo en ella no son para referidos. Parecía increíble que este nuevo traspaso de su corazón, añadido a las llagas pasadas, no le quitara la vida. Decía con toda su alma: «Mi niña ha muerto.» Porque pensar que ella había de transigir con tal ignominia, era pensar en las nubes de antaño... Llena de tesón, hizo la cruz al Toboso, a Quintanar, a toda la Mancha; escribió en su corazón un segundo epitafio, y se vino a Madrid. Su odio a los Miquis era tan profundo, estaba tan entretejido con sus convicciones, que en cuanto se tocaba este punto rompía en una charla de tarabilla, y su interlocutor, aburrido, tenía que marcharse y dejarla hablando sola. Nombrar a los Miquis era nombrar lo

más bajo de la Humanidad. Los Miquis del Toboso eran escoria, desperdicios de nuestro linaje. En semejante muladar había caído aquella temprana rosa. No era posible sacarla; y, aunque se la sacara con pinzas, ¿de qué serviría ya?

Los años suavizaron un tanto estas asperezas. Después de escribir muchas cartas cariñosísimas y humildes a su tía-madre, la Miquis consiguió obtener una contestación, aunque muy desabrida. De allá le enviaban regalitos de arrope, lomo en manteca, bollos y cañamones tostados, sin conseguir que aceptara. Por fin, aceptó algo, y las relaciones se restablecieron fríamente, por escrito. Pasados quince años, el lenguaje epistolar de la tiita Isabel despedía cierto calor. El tiempo, que tantas maravillas había obrado en ella, hacía nueva conquista de paz en su indomable espíritu. La reconciliación con Piedad llegó a ser un hecho; pero en ninguna de sus cartas dejaba de poner la Godoy una frase desdeñosa para su yerno y toda su aborrecida parentela.

Cuando el primogénito de Piedad, Alejandrito, hecho ya un hombre y con lisonjeras esperanzas de serlo de provecho, fué a estudiar a Madrid, llevó encargo de visitar a su tiita. ¡Cuánto le aleccionó su madre sobre esto, y qué de advertencias le hizo, previniéndole lo que le había de decir, lo que debía callar!... En la primera visita, doña Isabel hubo de recibir al muchacho con circunspección y recelo. Le miró mucho, y de pronto lanzó una exclamación de lástima y amor, diciendo:

—¡Eres el vivo retrato de mi niña!

Al instante se le descompuso la estudiada severidad, echóse a llorar, y estuvo besándole sin tregua, más de una hora, en los cabellos, en las sienes, en las mejillas.

—Vente por aquí todas las semanas —le dijo—. Creo que no podré estar muchos días sin verte. Siempre que quieras comerás conmigo.

Pero Alejandro, no bien probo una vez la extraña comida de su tiita, hizo firme propósito de no volver más. Porque, verdaderamente, los piruétanos, las gachas, el ajillo, y, sobre todo, aquel postre ornitológico de cañamones, no eran, no, para estómagos de cristianos. Luego, la señora le hacía tomar de sobremesa un tazón de salvia que le ponía enfermo. En dos días no apartaba de su olfato aquel maldito olor de orégano y anís, que eran inseparables de la imagen de su tía, del recuerdo de la casa de los pájaros y del camello que estaba sobre la cómoda.

Otro motivo de disgusto para Alejandro era que la tiita no se recataba de manifestar descaradamente ante él su desprecio de los Miquis, de su padre y tíos, tan queridos y respetados en toda la Mancha, y les daba nombres chabacanos, como los Micifuces, los *Mengues*, los Micomicones.

—Tu abuelo—le decía—fué mozo de mulas en mi casa, cuando yo levantaba tanto así. Era un bruto. Me parece que le veo con su gorro de pelo y su manta al hombro. Sus hijos se engrandecieron como se engrandecen todos los brutos en estos tiempos de faramalla y de equivocaciones. Uno compró bienes del clero por un pedazo de pan, y se hizo rico negociando con la fortuna de la Iglesia, con lo que es de Dios y de sus ministros. Gumersindo Miquis y tu padre también han hecho mil picardías para enriquecerse. ¡Qué manera de juntar dinero! Con la contrata del fielato, vejando y martirizando a los pobres paletos que entraban dos docenas de huevos... Una vez desnudaron a una pobre mujer que entraba media sarta de chorizos en el refajo. Eran odiados en toda la Mancha... Gaspar Miquis ya sabemos que contratando carreteras ha hecho un capital. Así están aquellos caminos. Donde debía poner piedra ponía barro, y el puente sobre el Jigüela creo que lo hicieron de papel... En las Casas Consistoriales de Quintanar hay cada expediente... Pero ellos, ya se sabe, sacando votos para los diputados han hecho lo que han querido y se han burlado de la Justicia... En mi tiempo, hijo, había, sí, ladrones de caminos, gentuza mala, es verdad; pero no había caciques, no había estos salteadores públicos que hacen lo que les da la gana: oprimen al pobre, roban al rico, amparados de la política. ¿No es un horror ver a Gaspar Miquis repartiendo las contribuciones y echando a algunos tantísima cuota, mientras él, que es el primer propietario de Criptana, no paga nada? Tu papaíto también es buena pieza. Compra el azafrán a seis duros, valiéndose de la miseria de los pobres labradores, y luego lo vende a catorce... Así se han hecho

poderosos. Yo me acuerdo de haber visto al padre de tu abuelo, a tu bisabuelito, sí, venir a casa todos los sábados a recoger las limosnas que daba papá, Aquel viejo, con ser mendigo, era más decente que todos sus hijos y nietos. Ultimamente se entregó a la bebida; pero cuando estaba bueno, tenía mucho arte para coger cangrejos del Jigüela, por Cuaresma, y le traía espuertas llenas a papá, que gustaba mucho de ellos...

Don Pedro Miquis no participaba de esta inquina, y en las cartas a su hijo solía poner un párrafo como éste: «No dejes de visitar con frecuencia a la tiita Isabel, y aguántale sus rarezas.» Otras veces le decía: «Cuidado con la tiita. No te incomodes si la oyes decir algún disparate. Esta buena señora tiene la cabeza como Dios quiere. Siempre fué lo mismo. No hay que llevarle la contraria, sino decirle a todo amén, aunque luego no se haga lo que mande.» Ya hacía tres años que Alejandro estudiaba, cuando en una carta de su padre halló esto: «Ha llegado don Santiago Quijano y me ha dicho que la pobre está rematadamente loca. ¡Pobre señora! Visítala; sírvela en todo lo que puedas, y trátala con tacto y estudio para no ofenderla.»

Casi en los mismos días en que Alejandro recibía esta carta, su tía, hablando con él de cosas de la Mancha y de antepasados, que era la conversación más de su gusto, dijo así:

—¡Ay! Qué trastada le voy a jugar a los Micifúces.

Y el regocijo ponía extrañas claridades en sus ojos; se reía y daba palmadas, aplaudiéndose a sí misma, como los niños cuando están contentos o proyectando alguna travesura. Alejandro nunca le pidió explicaciones de estas rarezas, porque siempre que la Godoy ponía de oro y azul a sus enemigos, él, entre avergonzado y colérico, no chistaba. En otra ocasión dijo la señora:

—¡Cómo me voy a reír! Me parece que estoy viendo a tu padre furioso, echando espumarajos por aquella boca... ¡Que reviente..., mejor! Digan lo que quieran, todos los *Mengues*, uno tras otro, han de tener su castigo en este mundo.

Alejandro no daba gran importancia a estas razones, porque tenía en muy poco el juicio de doña Isabel, y las juzgaba rarezas y tonterías. Por otra parte, si la tiita arrojaba diariamente a los caciques del Toboso toda clase de invectivas, con Alejandro—ella le decía siempre Alejandro Herrera—estaba siempre a partir un piñón. Le recibía gozosa, y alguna vez, después de hacerle mil preguntas sobre sus estudios, sus relaciones y pasatiempos, abría un cajón de la cómoda panzuda, y de un bolsillo muy mono sacaba una moneda de dos duros.

—¿Ves? ¡Qué rica!—le decía, mostrándosela entre dos dedos—. ¿Te gusta esta golosina? Es para que vayas al teatro a ver una función honesta y entretenida.

Más de un sermón le echó sobre la bajeza y grosería de la juventud de estos tiempos.

—Los chicos de hoy—le decía—sabrán más que los de mi tiempo: en eso no me meto. Y no sé, no sé; si de lo que aprenden hoy se quitan las herejías y maldades, poco ha de quedar. Pero, sea lo que quiera, si en ciencia valen más, lo que es en urbanidad y en modales están muy por debajo. Y si no, dime tú: ¿conoces entre tus amigos alguno que sepa trinchar un ave en una mesa de cumplimiento? ¿Cuál habrá que sepa sentarse derecho en una silla, decir finuras a una dama, y sostener con ella conversación amena, cortés y escogida? Ninguno. Todos son unos ordinarios, que sólo saben decir palabrotas, recostarse en los asientos de los cafés, disputar a gritos, escupir en el suelo y ponerlo como una estercolera, fumar y expresarse como los javanes y matachines. Poco del mundo actual conozco, porque no salgo de mi casa; pero lo poco que he visto me da mucho asco... Es menester que tú no te parezcas a esos gandules de los cafés; es preciso que adquieras buenos modales, que seas fino, que frecuentes la sociedad, que te hagas presentar en alguna honesta reunión, y que huyas de las tertulias hombrunas, donde no se aprenden más que groserías.

Para tenerla contenta, y siguiendo el consejo de su padre, que le ordenaba llevar en todo el genio a la tiita, Alejandro le llenaba la cabeza con estos y otros inocentes embustes:

—Pues, tiita, yo voy todas las noches a una tertulia de señoras finas, donde no se habla más que de cosas honradas... Me van a llevar a los bailes de la

Embajada de Austria, para lo cual me he encargado ya el frac... Tengo pensado ir a Palacio. Un amigo quiere presentarme a su majestad.

Entusiasmábase con esto doña Isabel, y decía:

—¡Así, así te quiero!... Lo de ir a Palacio a besar la mano de esa perla de las reinas, me enamora. Yo, si no estuviera tan vieja, iría también... Tengo prometida una visita a su majestad; pero ¿para qué quiere la señora ver vejestorios en su real casa? Yo rezo por ella y por la felicidad de su reinado, así como por todos los príncipes cristianos... ¡Viva Isabel, y muera la cobarde facción!

VI

Para concluir. Doña Isabel Godoy era supersticiosa en grado extremo; fenómeno que, si se examina bien, no es incompatible con la devoción maniática, ni con los rezos de papagayo. Con ser una de las principales ostras de los bancos parroquiales de San Pedro y San Andrés, más raíces tenían en el espíritu de esta señora ciertas creencias y temores vulgares que la pura idea religiosa. Cierto que ella defendía con rutinario tesón los dogmas de la Fe; pero les añadía innúmeros suplementos, fundados en todo lo vano, pueril y ñoño que ha imaginado el miedo y la ignorancia del pueblo. Creía en las fatalidades del número 13, de la sal vertida y de los espejos rotos; sentía horror del murciélago, por suponerlo emisario del demonio; atribuía mil ridiculeces al erizo o puerco espín; creía, como el Evangelio, que las culebras maman y que hablan las cigüeñas; que hay gallos que ponen huevos, y que el pelícano se saca la sangre para alimentar a sus polluelos; sostenía la existencia de dragones, salamandras y basiliscos, con sus propiedades mitológicas; creía también en el ave fénix y en la influencia de los astros benignos o adversos y de los cabelludos cometas, precursores de calamidades; daba fe a la influencia de la imaginación materna sobre el crío y a los antojos; prestaba crédito a las buenaventuras de los gitanos, y era para ella artículo dogmático la existencia de los zahoríes, personas que, por haber nacido en Jueves Santo, tienen la virtud de ver lo que hay bajo tierra. Como la propia doña Isabel había nacido en Jueves Santo, se tenía por zahorí de lo más sutil y agudo que pudiera existir. Igualmente daba oídos a los saludadores, que todo lo curan con saliva, y a los embrujados. No había quien le quitara de la cabeza que hay personas que aojan, es decir, que hacen mal de ojo, y matan o resecan a los niños con sólo mirarlos. Los sueños eran para ella revelaciones de incontrovertibles verdades. Si oía por la noche el aullido de un perro, ya tenía por seguro un mal caso; si entraba en la sala una mariposa negra o moscardón, señal era de inevitable desdicha; si alguno hacía girar una silla sobre una pata, indicio era de contiendas. Al salir a la calle, cuidaba de sacar primero el pie derecho que el izquierdo, pues, de otro modo, no volvería a casa sin dar un mal paso.

Quiso su mala suerte, para acabar de rematarla, que tuviera por vecina en Madrid a una de estas sacerdotisas de la magia, que, contra todo el fuero de la verdad y la civilización, existen aún para explotar la inocencia y barbarie de la gente. Y no son las más humildes, que jamás vieron el abecedario, las que estos tugurios de la magia frecuentan, sino que allá van alguna vez damas principales a que les echen las cartas. Esto parece mentira; ¡pero qué verdad es!

Doña Isabel trabó amistad con su vecina; hizo la prueba de un oráculo, y quedó tan complacida, que le entró descomunal afición a tales patrañas. No había semana que no bajase un par de veces a consultar la filosofía hermética en el libro de las cuarenta y ocho hojas, y de cada consulta le salían admirables predicciones y avisos que escrupulosamente seguía. La vecina de doña Isabel gozó en aquellos años de mucho auge y prosperidad. Tenía para sus trabajos de cartomancía un aposento con muchas imágenes de santos, alumbrados con velas verdes, y sobre una mesa bonitísima hacía sus juegos y arrumacos. Según lo que se le pagaba, así eran largos o breves los aspavientos y el quita y pon de naipes, todo acompañado de palabras oscuras.

Doña Isabel se iba siempre a lo más gordo, haciéndose aplicar la tarifa máxima, que le aseguraba misterios muy hondos y desconocidos. ¡Eterno anhelo

de ciertas almas, ver lo distante, conocer lo que no ha pasado aún, robar al tiempo sus secretos planes, plagiar a Dios, y hacer una escapada y meterse en lo infinito! Doña Isabel había consultado últimamente un negocio de la mayor importancia. Cortada la baraja con la mano izquierda, y divididos los naipes de cinco en cinco, la pitonisa había contado de derecha a izquierda —uso oriental—, explicando la significación de los que aparecían en la séptima y sus múltiplos. Veamos: el *tres de copas* anunciaba un negocio próspero; el *rey de espadas,* que un letrado se mezclaría en el asunto; el *caballo de copas,* o sea el diablo, procuraría echarlo a perder; finalmente, el *as de oros* decía clarito, como tres y dos son cinco, que todo saldría por maravilla, y que el maldito renegado *caballo de copas*—léase don Pedro Miquis—quedaría confundido, maltrecho y hecho pedazos.

Vivía doña Isabel de la renta de sus tierras, que no eran valiosas. Casi toda su fortuna estaba en fragmentos o piezas muy pequeñas, diseminadas por los términos de Miguel Esteban, el Toboso y Villanueva del Cardete. Junto a las lagunas de Ruidera poseía unas estepas salitrosas de más de dos leguas, que no le daban veinte duros al año. Las piezas de valor teníalas arrendadas a los labradores pobres de la comarca, que cultivan el azafrán, esa droga que debiera llamarse oro vegetal, porque vale tanto como el más fino de la Arabia o el de los peruanos montes. No obstante, los que crían y peinan las doradas hebras de esta rica florecilla son los más pobres de la Mancha, porque el cultivo del azafrán es muy costoso y el mucho esmero que exige embebe todas las ganancias. Doña Isabel vivía, pues, de esa pintura de las comidas españolas; droga, además, de valor en la farmacia y en la industra tintórea. Sus tierras daban los menudos hilillos de oro que el mercader coge con respeto en las puntas de los dedos para pesarlo. Se cotizaba antes a onza la onza, es decir, oro por oro. Hoy vale doce duros y aun menos. El administrador de la señora en el Toboso se entendía con Muñoz y Nones, notario de Madrid, manchego, y éste entregaba mensualmente a doña Isabel una cantidad no grande, pero sobrada para sus necesidades. Todos los años, al dar cuenta, recogía los ahorros de la señora para ponerlos a interés.

Vamos al negocio. En la Dirección de la Deuda tenía doña Isabel un expediente de liquidación y conversión de juros. El origen de este papel era un préstamo hecho por Godoy a la Real Hacienda, allá en tiempos remotísimos, con la garantía de las alcabalas de Almagro. Solicitó la señora la conversión, con arreglo a la ley del 55; pero lo que pasa...; el expediente se eternizaba en el encantado laberinto de nuestras oficinas. Por dicha, desde que lo tomó por su cuenta Muñoz y Nones, el expediente empezó a despertar de su letargo, dió señales de vida, fué de aquí para allá, de mesa en mesa, de departamento en departamento, y ahora me le echan una firma, después dos, ya le añadían papelotes, ya le agregaban números, hasta que, por fin, se le señaló día para salir de aquel purgatorio, y fué un hecho la conversión de la antigua deuda por renta perpetua del 3 por 100.

Es incalculable lo que pierde el dinero en estos traspasos y caídas al través de la tortuosa Historia nacional. Los 900.000 reales que los Godoyes, con patriótica candidez, prestaron al rey, quedaban reducidos, a causa de los rozamientos financieros, a 48.636 reales. La tercera parte era, según convenio, para Muñoz y Nones. Doña Isabel percibió 32.424 reales. ¿A quién pertenecía este capital? A doña Isabel y a su hermana Piedad. No existiendo ésta jurídicamente, si bien su espíritu existía, compenetrado en la propia alma de doña Isabel, la mitad de los dinerillos correspondía, en rigor de derecho (porque el *jus* no entiende de transustanciaciones), correspondía, decimos, a los herederos de Piedad, a su hija única, Piedad también, esposa de *Micomicón*... ¡Dar a Miquis los 16.212 reales que a su mujer pertenecían! ¡Jesús, qué absurdo! Antes se partiría el mundo en dos pedazos... Porque si el dinero se lo entregaba a Piedad, lo cogería Miquis, administrador de los bienes matrimoniales. No, y mil veces no.

El encono profundísimo que la Godoy sentía contra aquella nefanda estirpe de plebeyos groserísimos, avarientos y sin ley, sugirióle los razonamientos que puntualmente se copian aquí:

«Si doy el dinero a mi sobrina, se lo

doy al cafre de los cafres, que bastante ha tragado ya, prestando dinero a mi familia al dieciocho por ciento. No, no, Dios de justicia; con tu santo permiso, voy a jugarle una trastada... ¡Pero qué linda y pesada jugarreta! Me la aconseja San Antonio bendito, y la he visto clara en el frío lenguaje de las cartas, movidas y barajadas por los mismos ángeles... Pero si me guardo ese dinero, es pecado. ¿Lo daré a mi hija encargándole...? No, no puede ser... El salvaje metería sus uñas al instante... No, no; digo que no. Veamos: ¿cuál es el pecado de aquel bárbaro entre los bárbaros? La avaricia. ¿Cuál es el castigo del avaro? La forzada liberalidad. Pues yo hago forzosamente generoso al *Micifut*, y le doy grandísima desazón entregando el dinero a su hijo y mi nieto, no para que lo gaste en golosinas, no para que lo tire con amigotes soeces, sino para que lo emplee en buenos libros, para que emprenda algún instructivo viaje, para que se haga ropas muy majas con que ir a las Embajadas y al Real Palacio, para que se afine y decore, viva como un caballero y sepa ilustrar el hermosísimo nombre de Herrera.»

Esto pensó, esto dijo, y se estuvo riendo tres horas seguidas. Aquella noche soñó con la venganza que de los aborrecidos *Mengues* tomaba, y vió a don Pedro zumbar en torno a su cabeza, en forma de caballito del diablo. Pero ella, valerosa, le decía: «Rabia, rabia, que el dinero no es para ti. Revienta, Judas; muérete, Holofernes.»

VII

Desde que Muñoz y Nones le dijo: «La cosa es hecha: esto es claro como la luz del mediodía: la semana que entra le traigo a usted su dinero», doña Isabel creyó oportuno comunicar su vengativo pensamiento al bueno de Alejandro, el cual lo tuvo, justo es decirlo, por el más disparatado que podía nacer en humano cerebro. Ya tenía él vislumbres de que, en el de su tiita, la cantidad de seso iba mermando rápidamente. Pero al llegar aquella ocasión, lo juzgó completamente vacío. Cosa más inverosímil y absurda no había él oído jamás. Se avenía bien con la casa de su tía y con la persona de ésta; persona, casa, trato y aliños en que todo semejaba embrujamiento y hechicerías. Mas como era tan en provecho suyo la locura que la dama cometía; como en aquellos días estaba escasísimo de dinero y sólo abundante de compromisos, deudas y necesidades, no tuvo nada que decir contra la generosa oferta. Eso sí: cuando la Godoy le puso por condición el honrado y juicioso empleo del dinero, hizo él votos solemnes de consagrarlo a su mejoramiento social y educativo... ¡Pues a fe que era poco formal! En la vida más entraría en un café: todo el que quisiera verle, que le buscara en las bibliotecas, en las cátedras, y por las noches, en algún salón de Embajada o en cualquiera palaciega tertulia, donde el trato de finísimas damas perfilara sus modales.

—Eso, eso, eso—dijo la tiita, con crédulo alborozo—. Si no lo haces así, perderemos las amistades. Ya ves, sería un cargo de conciencia... Bueno, pues la semana que entra... ¡Caballito del diablo, arre.... arre!

Al decir esto, la aristocrática manchega no se estaba quieta, sino que iba de un paraje a otro de la sala, sin dirección ni tino, trémula y como picada de la tarántula. Sus brazos hacían la mímica de apartar algo que revolaba en su alrededor, y sus ojos echaban unos reflejos plateados y verdosos que habrían dado a Miquis mucho miedo si éste no hubiese visto repetidas veces a su tiita en tan lastimoso estado.

Ahora se comprende el desasosiego de Alejandro en los días que mediaron desde la promesa de su tía hasta la realización del donativo. Estaba el infeliz muchacho como el que padece obsesión, pensando siempre en la fortuna que se le ofrecía, lleno de dudas y congojas. Porque el dinero le venía como aguas de abril. ¿Y si después de prometérselo resultaba que todo era un estrafalario juego de los derretidos sesos de su tía...? Si el metal entraba en su bolsa, creeríase el más venturoso de los nacidos; si todo era una burla, ¡qué horrendo desengaño! Por esto, en la noche del sábado no se le podía sufrir: tan caviloso y pesado estaba. Sin explicar el motivo de su pena, a todos sus amigos nos pedía que le tomáramos el pulso... Tenía fiebre.

—Y quién sabe—decía—. Puede ser

que la semana que entra no me cambie por el duque de Osuna.

Vino el domingo, memorable por el entierro de Calvo Asensio, y en la mañana de aquel día fué con Cienfuegos al Observatorio, y ocurrió aquello del horóscopo, el encuentro de Centeno y el recado que éste llevó... Volviendo a la casa de la calle del Almendro, se dirá que el sábado recibió doña Isabel, de Muñoz y Nones, la suma producida por la venta del papel que la Hacienda reintegraba en pago de la secular deuda. Llevóse el notario su parte, y de lo restante hizo doña Isabel dos, que, bien separaditas, guardó en el lugar de los secretos, tabernáculo de dulces memorias, que era un cajoncillo situado en la tercera gaveta de la cómoda panzuda. El domingo por la tarde, cuando abrió su balcón para ver qué tal iba la cosecha de higos, vió un desalmado chico que desde media calle la miraba. ¡Insolente!... A poco rato llamaron. La señora leyó la carta de su sobrino, en la cual, con expresivas y francas razones, inspiradas en la verdad, le hacía ver que la pingüe oferta nunca como en aquella ocasión sería tan feliz y oportuna si se realizaba. La misma doña Isabel salió al recibimiento a decir a Felipe:

—Di a mi sobrino que sí, ¿entiendes?, que sí, y que puede venir cuando quiera.

Como exhalación corrió Centeno al Observatorio, donde estaba Alejandro, más muerto que vivo, cual en día de examen, lleno de ansias y sobresalto. Sus dos amigos se habían ido al entierro, y él se quedó solo, paseando de una casa a otra. Dióle Felipe el recado, y el estudiante, que con las nuevas verbales sentía en el alma los turbulentos halagos de la esperanza sin perder sus dudas, hizo propósito de salir de ellas al momento, corriendo a casa de su tía.

—No puedo pasar la noche en esta incertidumbre—afirmó resueltamente—. Vamos allá.

Al decir «Vamos», Felipe se cosió a los faldones del manchego, y éste, en un rapto de amistad, de generosidad, de benevolencia, que eran el destellar más común de su alma, le dijo así, cuando iban por la rampa abajo:

—Te tomo de criado... Si esto me sale bien, serás mi criado..., mi escudero, porque, verdaderamente, necesito... ¡Qué lejos está esa calle del Almendro!

El otro, de puro asombrado y agradecido, no decía nada. En su alma se había metido también una desusada grandeza, una esperanza embargante, un pedazo de cielo que entró en su cuerpo con el aliento y se le atravesaba al respirar. Ambos tenían una suerte de inspiración, de Dios interior que los agitaba y les hacía pensar, si no decir, cosas admirables... ¡Y cómo corrían! La noche estaba próxima, y Alejandro anhelaba llegar de día, porque la Godoy tenía la costumbre de echar todos los cerrojos de su casa a la hora en que se acuestan las gallinas. ¡Ay!, a todo término, por lejano que sea, llegamos al fin, y ambos muchachos entraron en la calle del Almendro. ¡Qué soledad, qué paz! Y ellos dos, ¡qué palpitación de corazones, qué latido de arterias! Llevaban en sí toda la vida que faltaba al dormido barrio, y podrían derramarla a raudales sobre aquel vacío escenario de las aventuras matritenses de otros siglos.

VIII

La casa del *seis de copas* estaba aún abierta... Adentro. Llamaron a la puerta de aquel templo de la quiromancía. La mente de Alejandro ardía con vagarosa luz, desparramada y flotante como la llama que baila sobre el alcohol. Sorprendida quedó doña Isabel de verse visitada por su sobrino a hora tan intempestiva, pues nunca lo había visto en su casa de noche. También mostró la señora alguna extrañeza al ver a Felipe.

—Es un chico que me acompaña y me hace recados—dijo Alejandro con voz trémula.

Permaneció Felipe en el recibimiento, sentado sobre un cajón, y al punto rodeáronle los gatos y el perrillo, con tantas pruebas de amistad, que él les estaba muy agradecido. Doña Isabel entró con Alejandro en el gabinete de las cuatro cómodas, alumbrado por un candil de cuatro mecheros, de aquellos bien labrados y pesadísimos que van desapareciendo con la industria española. Lo primero que hizo la señora fué tomar una mano de su sobrino y acercarla a la luz para mirarla bien, diciendo:

—¡Qué uñas!... ¡Pero, hijo!...

Alejandro sintió vivamente haber olvidado aquel detalle, pues la primera condición para agradar a su tía era el aseo.

—Es que... estuve toda la tarde revolviendo libros muy empolvados...

—Pero di—prosiguió ella, observándole la ropa—, ¿no tienes cepillo en casa? Pues ¿y esa cabeza? Parece que te has peinado con una escoba... ¡Qué niños estos del día!... Luego queréis agradar a las damas. No sé cómo hay mujer que os mire... Verdad que ellas están buenas también. Muy emperejiladas por fuera, y luego, si se va a mirar... Veremos si te modificas, ahora que no te faltará dinero...

Al oír esta última palabra, Alejandro se estremeció de íntimo placer. Los dedos de una divinidad escondida y misteriosa le acariciaban las entrañas.

—¿Pero qué?...—dijo la tiita con vacilación, acercando sus manos de torneado marfil a la cómoda—. ¿Te vas a llevar eso esta noche?... ¿No tienes miedo a los ladrones?

No queriendo mostrar Alejandro, por delicadeza, los abrasadores deseos que tenía de poseer aquel tesoro, murmuró estas palabras:

—Como usted quiera, tiita...

—Mañana...

Aquel mañana le parecía a Alejandro inesperado alejamiento de un día grande, la inmisión antipática de lo infinito entre el hoy y su felicidad. ¡Mañana!..., ¡el siglo que viene!

—Por los ladrones no sea... ¿Cree usted que me voy a dejar robar?... Pero si usted no quiere...

—Pues de una vez—dijo la Godoy, tirando del tercer cajón de la cómoda, que hizo un ruido músico y dulce como de puerta celestial de áureos goznes.

Y tornando a vacilar:

—La cosa es que...

En lo íntimo de su ser, Miquis se sublevaba contra la prórroga de su dicha. Tenía los labios secos... Le ocurrió una idea.

—La cosa es—observó—que mañana quizá no pueda venir.

—Ya que estás aquí...—indicó la señora, sacando, al fin, el pesado cajón.

Alejandro echó sus ansiosas miradas dentro de aquella cavidad, de la cual salía fortísimo aroma de flores secas, de rosas seculares y como embalsamadas. Los dedos de la señora abrieron la tapa de una caja, que tenía encima una bonita pintura de Adonis herido y expirando en brazos de Venus. Dentro vió Alejandro las que fueron rosas y eran ya una masa seca, pero aún olorosa, cual momia que conservara también momificada el alma... Después apareció un retrato, preciosa miniatura. Era un joven muy guapo, pálido, con los cabellos encrespados y revueltos... Alejandro se inclinó, movido de curiosidad, para ver aquella imagen, que al pronto creyó la de su abuelo; mas doña Isabel, con movimiento rapidísimo y airado, le apartó, diciendo:

—Quita de aquí tus ojos puercos...

El se apartó con discreción, no sin atisbar algún paquete de cartas de color amarillo, atadas con cintita roja, de las que sirven de marca en los devocionarios. De debajo del paquete sacó, al fin, la tiita una cartera de terciopelo, y de la cartera..., ¡ay!...

—Aquí tienes tu parte...

Al decir esto, despedían sus ojos los mismos fulgores plateados y verdosos que Alejandro había observado otras veces en el extraño mirar de su tía. Y otra vez hacía la Godoy el consabido gesto en el aire con la nerviosa mano, diciendo:

—¡Arre, arre, caballito del diablo...! ¡Esto no es tuyo, no es tuyo!

Sintió Miquis como un gran temor, y, alargando la mano para tomar lo que se le daba, apenas a tocarlo se atrevía. Pero ella, cerrada de un golpe la cómoda, se sentó, y, extendiendo sobre su regazo los billetes de Banco, puso las cosas en la realidad con esta salmodia aritmética:

—Entérate... Quinientos y quinientos, mil... Dos mil, cuatro, ocho..., doce, dieciséis... El pico aquí está: diez duros y tres pesetas.

¿Qué pensaba y qué sentía el estudiante al ver aquel sueño hecho vida, aquella mentira verdad, aquella fiebre de su alma resuelta en oro, ni más ni menos que todo el movimiento del universo, según dicen, se resuelve en calor? Pues su mente poderosa, aunque infantil, no sabía descender a la realidad desde el firmamento de las leyendas; cerníase arriba, en las preñadas nubes de donde llueven la magia, la quiromancía y los sortilegios. No podía bajar a la verdad terrestre; y como por la mañana

había entretenido su afán con aquellas quimeras de los astros que hablan y del horóscopo, creíase en lo más tenebroso y poético de la Edad Media, entre magos y nigromantes. Conociendo la afición de su tía a echar las cartas, todos los pormenores de aquel suceso estaban muy en su lugar: era la casa laboratorio de alquimista, al cual sólo faltaban las telarañas para estar en perfecto carácter. Sí; aquel dinero había venido a sus manos por arte de alquimia o por dictamen de estrellas, coluros o melenudos cometas. Quizá eran figurados los billetes, en realidad engañosos naipes egipcios, que se iban a deshacer en sus manos tan pronto como los tocara.

—Cuéntalos tú ahora...

—No, si está bien... No faltaba más.

—Hazme el favor de contarlos... No quiero que...

—Por Dios, tiita...—balbució Miquis con gran torpeza de lengua y manos.

Los billetes eran billetes... Al tomarlos, sensación dulce y placentera se extendió por su cuerpo, partiendo de las yemas de los dedos. Contarlos no le parecía bien. Además, en su febril dicha, no le importaba recibir un billete de menos.

—Como quieras...

Y él los recogía, los doblaba... ¡Ay, qué momento! Si se hubiera puesto a contar el dinero, de seguro lo habría contado mal. Su espíritu, súbitamente atacado de una exaltación loca, no estaba para cuentas; era insensible al orden y a la fría disciplina de los números... Perdía la noción de la cantidad que representaban aquellos sobados papeles verdes y azules, y no veía más que un caudal abrupto, una suma tan grande como sus sueños, suficiente a todas las necesidades del momento y de mucha parte de su juventud; una suma que duraría eternidades... Se lo metió todo en el bolsillo del pecho, y a cada instante, con disimulo, tocaba a la parte donde su corazón y su ventura estaban, juntitos, como amantes en la luna de miel...

Y en tanto, doña Isabel, atacada de la verbosidad, que era uno de los caracteres de su mental dolencia, hablaba, hablaba... ¿De qué? Alejandro la oía sin entender nada. Hacía que escuchaba, moviendo afirmativamente la cabeza, cual muñeco que tiene por pescuezo un resorte; pero estaba su espíritu en otras regiones, y sólo llegaban hasta él palabras sueltas, una cantilena monstruosa: los Herreras, los Miquis, el fielato, la subasta de bienes del clero, la juventud ordinaria del día, las tierras plantadas de anís, el precio del azafrán, la Virgen de la Piedad...

Como se oye una campanada lúgubre, oyó Alejandro, al fin de la cancamurria, esta horripilante cláusula:

—Te quedarás a cenar conmigo.

¡Alquimia y cartomancía! Cenar con la tía era permanecer allí dos horas más, oyendo la cansada cantilena; era, igualmente, el mal paso de tener que comer gachas, piruétanos, cañamones, y beberse, a la postre, un jarro de aguas cocidas; era oír una salmodia antiestomacal, impregnada de orégano; estar bajo la presión y entre las garras de un desordenado y misterioso genio de ojos plateados y verdes; caer bajo el oscuro poder de la magia; era beber, con la salvia, el jugo de la locura, y comer, con los cañamones, el tuétano y sustancia de todos los desvaríos posibles.

—¡Cenar con usted!—murmuró, vacilante, entre el horror y la cortesía—. ¡Qué más quisiera yo que cenar con usted, tiita..., qué más quisiera yo!... Pero es el caso que en mi casa me esperan, y los demás compañeros se estarán sin comer hasta que yo vaya... ¡Gastan en mi casa unos cumplidos...!

Al decir esto, Miquis sentía que en su cuerpo le habían nacido alas. Su impaciencia por echar a correr era, no ya febril, sino como desazón epiléptica. Le quemaba el asiento, y en pies y manos tenía hormigueo abrasador.

—Entonces—indicó doña Isabel con el más dulce tono de su bondad tolerante—, más vale que te vayas.

Por poco da Miquis un salto al oír el *vayas;* pero no le faltó fuerza de voluntad para reportarse, y, levantándose con estudiada lentitud, dijo en un tono que parecía el de la mayor naturalidad:

—¡Qué tarde se ha hecho!

—Sí. Ya los días son nada.

—¡Cosa tan rara!... A las seis de la tarde, noche.

—El tiempo vuela.

Alejandro le alargaba su mano, cuando la señora, resistiéndose a estrecharla con la suya, le dijo:

—No, grandísimo gorrino; no juntarás tu mano asquerosa con la de una dama... Es preciso que te civilices. Ven acá y lávate.

Llevóle a su cuarto, y, echando agua en la jofaina, le obligó a darse una buena fregadura en las manos. Ella misma le ayudaba con tanta fuerza, que por poco le despelleja. Esto lo hacía casi siempre que el estudiante iba a su casa. Mientras se lavaba, la Godoy decía:

—Así, así. ¡Oh! ¡Qué niños estos! ¡Cuándo se había de ver en mi tiempo un joven con esas manazas de cavador!... Otra cosa hay que me estomaga, y es esas barbas que han dado en usar ahora todos los hombres.

Alejandro tenía en su cara un vello, ya muy crecido para bozos, si bien corto aún para ser barba, en el cual nunca había entrado la navaja, por tener su dueño el propósito de ser con el tiempo un sujeto barbudo, conforme a la moda corriente. Doña Isabel, mientras él purificaba sus manos, tirábale de aquellos miserables pelos, diciéndole:

—¡Qué bonito! Pero ¿qué hermosura encontráis en esta suciedad? Por fuerza los espejos de hoy no son como los de mi tiempo, y hacen ver las cosas de otro modo. Pareces un chivo. Si quieres que te quiera, échate abajo ese perejil mal sembrado.

A todo se mostraba él conforme, y más cuando ella pronunció, con tono de familiar amenaza, estas palabras:

—Cuidadito con el comportamiento... Cuidadito con la manera de gastar el dinero... Mira que yo lo sé todo; mira, Alejandro, que nada se me oculta, y que sin salir nunca de este rincón puedo enterarme de todo lo que haces. ¡Mira, Alejandrito, que yo he nacido en Jueves Santo!... Tú no seas malo... Mira que te estoy mirando siempre...

El prometió ser todo lo bueno, juicioso y arreglado que en lo humano cabe. Pues no faltaba más... Al prometerlo así, hablaba como una máquina: su entendimiento seguía en rebelión, arrastrado en el velocísimo giro de un vértice de disparates. Su tía, cuando concluyó de amonestarle, se sintió tocada otra vez de aquel prurito de recorrer la habitación y apartar un insecto... Vestía la Godoy traje blanco, y el pañuelo se le había desatado y le caía como toca flotante. Alejandro no pudo menos de representársela semejante a la imagen de la novelesca Matilde, vestida de blanquísimo hábito monjil, y los aspavientos de la buena señora eran lo más adecuado a los ademanes de la heroína cuando Malek-Adhel la roba y se la lleva en brazos, a caballo, por los polvorosos desiertos.

—Adiós, tía.

Arrojóse la señora en brazos de su sobrino y le dió un cariñoso beso... ¡Plata y verde relucieron en su mirada! A los ojos de Miquis, todo se transformaba. Por momentos, doña Isabel parecía volver al prístino estado que representaba su retrato en galana y fresca miniatura; la estera amarilla y roja tomaba las sucias tintas azuladas y los garabatos de los billetes de Banco; el camello echaba bendiciones; al santo le salía una joroba, y él mismo, Alejandro...

¡A la calle!

IX

Entre tanto, a Felipe le pasaban en el recibimiento cosas muy peregrinas. Allí no había más luz que las extrañas claridades de los gatunos ojos, y alumbrado por ellas, aguardaba el escudero a su señor, pidiendo a Dios que saliese pronto, porque se aburría, acompañado tan sólo de los mansos animales, que se le subían por brazos y piernas y se le sentaban en los hombros, produciéndole estremecimientos el roce de sus blandas patas frías. De pronto, al pasar la mano por el lomo de uno de ellos, vió con asombro que el animal echaba chispas..., chispas azuladas, lívidas... ¿Qué podía ser?... Pasaba, pasaba la mano, y las gotas de luz salían de entre los pelos. ¡Pavoroso, inexplicable suceso! Probó en otros gatos, y en todos ocurría lo mismo. Esto y la oscuridad de la casa infundíanle mucho miedo... Quieto se estuvo en el durísimo asiento, hasta que se le ocurrió, para distraerse, asomar el hocico por una ventanilla que al patio daba. Nunca tal hiciera. Desde aquella ventana veíase otra, situada más abajo y correspondiente al piso principal. En este segundo hueco había claridad; pero ¡qué cosa tan horrible! Aquella claridad dábanla unas velas verdes encendidas delante de un altarejo lleno de santicos y otras figurillas, las cuales

eran, sin duda, imágenes de diablos y criaturas infernales. También vió Felipe una mesa llena de naipes, y junto a ella una figura siniestra y horripilante: una mujer con mantón negro por la cabeza, haciendo arrumacos y garatusas.

Retiróse de la ventana el muchacho asustadísimo, diciendo para sí: «Esta ha de ser la casa del demonio... Yo también, como los gatos, echaré chispas.» Se pasaba las manos por sus propios hombros, a ver si él también chispeaba; pero nada: frota que frotarás, no podía sacar de sí ni una sola centella. Por fortuna suya, salió Miquis de la sala, y ambos se fueron a la calle. Doña Isabel dió a Felipe, al despedirle, un puñado de cañamones tostados, que él tomó con ánimo de tirarlos en cuanto salieran, como lo hizo, murmurando:

—Aquí todo es brujería... por fuerza... Quieren que yo me coma esto para que me vuelva pájaro...

Y le faltó tiempo para contar a su amo lo de las chispas gatunas y lo de las velas verdes. Miquis, al poner el pie en la calle, como que descendió a la atmósfera real de la vida, dejando atrás y arriba la quiromancía con sus mentirosos embolismos, reíase a carcajadas de los terrores de Felipe, al cual desde aquel momento designó y consagró por sirviente, espolique o secretario, diciéndole:

—Pues no hay más que hablar, chiquilín. La cosa salió bien. Eres mi criado. Yo necesito ahora de un ayuda de cámara, porque...

Sus ideas no eran claras, y el correr de su mente tan veloz, que las ideas no tenían tiempo de esperar la expresión de los labios. Se desvanecían al nacer, dejando tras sí otras y otras.

—¿Te parece que tomemos un coche? —preguntó a Felipe.

La imaginación de éste se encendió en pintorescas ilusiones al pensar que iba a andar sobre ruedas. Tomaron el vehículo en la calle de Tintoreros. Alejandro le dijo al cochero: «Por horas; las nueve están dando.» Y ambos se metieron adentro. El cochero preguntó:

—¿Adónde vamos?

—¡Ah!—exclamó el estudiante—. Es verdad... A donde quieras... No, no; a la calle del Rubio.

Al sentirse rodado, Felipe, que jamás se había visto en semejantes trotes, se reía como un bobo. Alejandro le miraba a él y se reía también. Felipe iba en la bigotera, asomado a la ventanilla. Cuando pasaban junto a un farol, ambos se miraban y como que se regocijaban más, contemplando respectivamente su dicha propia, reflejada en el semblante del otro.

—¡Cuánta tienda!—observó Miquis, y empezó a cantar a gritos.

Alentado por el ejemplo, soltó también Felipe la voz infantil. Cantaba lo único que sabía, el himno de Garibaldi, que dice: «Si somos chiquititos...» La gente, al pasar el coche, se detenía a mirarlos pasmada de aquel extraño júbilo. Los cantos de Alejandro eran en retumbante italiano de ópera: *in mia mano al fin tu sei...*, o cosa por el estilo.

Pasaron por una casa de cambio. Miquis gritó al cochero que parase, porque se le ocurrió cambiar al punto un billete. En su delirio de acción, en su afán de realizar en breve término añejos deseos y propósitos, no quería esperar al día siguiente para pagar ciertas deudas apojosas. Cambió su billete en un momento, y Felipe, que le aguardaba en el coche, vióle llegar con los bolsillos repletos de duros y pesetas. Los billetes pequeños agregábalos al paquete de los grandes.

—Sigue, cochero.

Eran las nueve y cuarto. Aunque era domingo, muchas tiendas estaban abiertas. Pasaron por una zapatería, cuyo iluminado escaparate contenía variedad de calzado para uno y otro sexo.

—Para, cochero—gritó Alejandro—, y tú, Felipe, baja. Te voy a comprar unas botas, porque me da vergüenza de que te vea la gente con esas lanchas que tienes, que parece fueron de tu señor tatarabuelo.

Felipe bajó gozoso; entró en la tienda. Al poco rato volvió a decir a su amo:

—Me he puesto unos... Pide cincuenta y seis reales.

—Toma el dinero, paga y ven al momento.

Al poco rato volvió a aparecer el gran Felipe muy bien calzado y con las botas viejas en la mano.

—¿Qué hago con éstas?

—Tira eso; tíralas...

Felipe las tiró en medio de la calle, no sin cierto desconsuelo, porque las

botas, aunque feas, todavía servían, y era él sujeto arreglado y aprovechador, que no gustaba de tirar cosa alguna.

—Adelante, cochero.

Felipe levantaba los pies del suelo, y se reía de verse tan majas las extremidades inferiores. Eran las nueve y media.

—¡Cochero, cochero!—volvió a gritar Miquis.

Detúvose el vehículo a la entrada de la calle de la Montera, y Alejandro, desde el ventanillo, llamó a un amigo a quien había visto pasar.

—¡Arias, Arias!

El llamado Arias acudió, y ambos amigos dialogaron un instante, con entrecortado estilo, en la ventanilla.

MIQUIS.—¿Vas al café?

ARIAS.—Sí. ¿Por qué no has ido a comer?

MIQUIS.—He tenido que hacer... Ya contaré.

ARIAS.—*(Con intuición.)* Tienes cara de contento... ¡Tú posees vil metal!... ¿Adónde vas ahora?

MIQUIS.—A casa del famoso Gobseck. Quiero pagarle un pico esta misma noche.

ARIAS.—*(Lleno de júbilo.)* Estás en fondos. Ni llovido, chico, ni llovido me vendrías mejor. Si hicieras el favor de prestarme cuatro duros... Tengo un compromiso.

MIQUIS.—*(Con efusión.)* Toma ocho... ¡Cochero, arre!

Eran las nueve y cuarenta.

Pasaron por una tienda de tabacos habanos... «¡Cochero...!» Miquis había pensado que no tenía tabaco, y que el habano es muchísimo mejor que el llamado vulgarmente *estanquífero*. Aunque no se había acostumbrado a fumar puros sino rara vez, quiso proveerse de todo, y además adquirir tres o cuatro boquillas, porque, en verdad, la absorción de la nicotina por los labios y lengua es cosa muy mala. Adelante. Eran las nueve y cincuenta.

—Calle del Rubio, cuarenta y uno.

Subió Alejandro como una exhalación al piso tercero, y bajó al poco rato un tanto desconsolado. El prestamista no estaba. La ilusión del pagar tiene también sus desengaños, como la del recibir, y Miquis se entristeció de no poder abrumar al usurero aquella noche con el bello espectáculo de su solvencia.

MIQUIS.—Cocherito, a mi casa.

COCHERO.—¿Y dónde es su casa de usted?

MIQUIS.—Es verdad... ¡Qué tonto! No vaya usted a mi casa: aún es temprano. ¿Adónde vamos, ilustrísimo Centeno?

Felipe, que se había vuelto un tanto taciturno a causa de la grandísima necesidad que tenía, respondió con desenvoltura:

—A donde se coma.

—Pero ¿tú tienes ganas de comer? Yo, no. Quisiera ir antes a comprar unos libros.

—Si están las tiendas cerradas... ¡Qué hombre este!...

—Vamos a casa de don Alonso Gómez... Auriga: Sordo, catorce.

Alonso Gómez era un acreedor de Miquis, estudiante y buen amigo. Tuvo la suerte de encontrarle aquel excelente pagador, y después de darle veinte duros que le debía, le prestó encima otro tanto, viniendo a ser inglés el que antes estaba bajo el nefando peso de una deuda. Eran las diez y diez.

—Quiero desempeñar esta noche misma mi reloj—pensó Alejandro—. ¡No puedo estar sin saber la hora! Automedonte: Montera, dieciocho... ¡Ah! No, tengo que ir antes a casa a por la papeleta.

Y el coche siguió su laberíntico viaje por las calles y callejuelas. El bienaventurado manchego subió a su casa. De sus compañeros de hospedaje, algunos estaban en el café, otros estudiaban. Cienfuegos le salió al encuentro. Vióle exaltado y como delirante.

CIENFUEGOS.—Chico, acuéstate; tú no estás bueno.

MIQUIS.—*(Delirando.)* Tiita..., cañamones..., horóscopo..., papeleta..., juros..., coche abajo..., reloj..., buenas noches.

CIENFUEGOS.—Que no estás bueno, hombre... Pero ¿qué hay? ¿Y aquello?

MIQUIS.—*(Más dueño de sus ideas.)* Todo a maravilla. ¿Y tú?

CIENFUEGOS.—*(Estrujando un libro.)* Yo, desolado... Pensaba vender mi esqueleto..., calavera..., doce duros... Quiero decir, el esqueleto que compré para estudiar... ¡Horror de los horrores! Doña Virginia esta noche...

MIQUIS.—*(Impaciente, sin sosiego.)* ¿Qué? ¿Habráse atrevido...?

CIENFUEGOS.—*(Casi llorando.)* Me ha armado un escándalo... delante de todos... Que si no le pago...

MIQUIS.—*(Echando fuego por los ojos.)* No te apures.

CIENFUEGOS.—*(Con el alma en un hilo.)* ¿Y tú podrás...?

MIQUIS.—*(Sacando con gallardía un puñado de rayos de oro y otro puñado de hojas sobadas y mugrientas, que son las plumas de los ángeles.)* Mira...: cuatrocientos, quinientos, seiscientos... ¿Es bastante?

CIENFUEGOS.—*(A punto de desfallecer de emoción.)* Sí... ¡Oh! *(Canturriando.)* «Del commendatore non è quella statua.»

MIQUIS.—*(Echando música, luz y espíritu por todos sus poros.)* Abur, abur... «Bel raggio lusinghier...»

Recogida la papeleta, volvió al coche, y sin pérdida de tiempo redimió su reloj cautivo. Cuando bajó con él al coche eran las diez y treinta y cinco. Encontró a Felipe desfallecido. El pobre muchacho le dijo con desmayado acento y mucha cortedad que él no podía aguantar más; que si tenía su amo la bondad de darle real y medio, se iría a cualquier taberna y se tomaría unas judías o media ración de cocido.

—Ya verás, ya verás qué bien vas a comer hoy—le dijo su amo—. Mayoral, a una fonda.

—¿A cuál?

—A la primera que encuentres... Ahí, en la calle del Carmen.

X

Llegaron, salieron del coche, pagaron y viéraisles a los dos en el cuartito estrecho, pero cómodo, de una fonda o restaurante. Miquis, exaltado y como demente; Centeno, muerto de hambre y al mismo tiempo encogidísimo de verse allí frente a un espejo, bajo los mecheros de gas y en mesa para él tan rica y elegante. Pidió Alejandro dos cubiertos de los más caros, y mientras preparaban el servicio, Felipe se iba atracando con la vista. Algo había ya en la mesa a que hubiera echado mano, como las ruedas de salchichón, los rabanitos, el pan y la mantequilla; pero su respeto puso frenos al salvaje apetito que tenía, y no tocó nada hasta que trajeron la sopa. Al pobre *Doctor* le parecía mentira que había de venir la tal sopa, y cuando llegó y tomó él la primera cucharada, pasóle lo que al héroe de Quevedo, esto es, que hubo de poner luminarias en el estómago para celebrar la entrada del primer alimento que tras de tan larga dieta entraba. Y razón había para ello, porque estaba con un triste pedazo de pan duro que había tomado por la mañana.

Miquis no acertó a comer: estaba impaciente, inquietísimo, hablaba solo... A ratos miraba a su protegido, y se reía paternalmente de verle tan aplicado a la obra de reparar sus fuerzas.

—Come, hombre: come sin reparo. No te dé vergüenza de comer todo lo que tengas gana, que harto has ayunado.

Felipe seguía estos saludables consejos al pie de la letra, y la emprendió con los manjares que el mozo iba trayendo, sin perdonar ninguno. Aplacada su necesidad, quedóle tiempo a su espíritu para maravillarse de todo, así de los gustosos platos como del servicio. Nunca había visto él mesa tan bien puesta y servida. Después de observar tanta elegancia, la transparencia de las copas, la limpieza de las servilletas y manteles, la abundancia de golosinas, la esplendidez de tanto y tanto plato de carne, sustanciosos y exquisitos, la claridad del gas que tales maravillas iluminaba; después de observar esto, digo, y el primor de la habitación con su mullida alfombra y su gran espejo, se dirigía recelosamente miradas a sí mismo, y comparaba la riqueza del local y de la comida con su estampa miserable. Su ropa..., ¡vaya una porquería! Sin ser andrajosa, más era de mendigo que de caballero... Su facha, sus manos..., ¡qué vergüenza! Por eso el mozo le miraba y parecía burlarse de él... Otros mozos cuchicheaban en la puerta, como pasmados de ver allí semejante tipo. ¡Gracias que tenía las grandes botas del siglo!... ¡Ay, si don Pedro y don José Ido le vieran en aquellas opulencias..., delante de tanto plato fino y bebiendo en aquellas copas y comiendo todo lo que quería!... Cosas le sirvieron que no sabía cómo se habían de comer, por lo cual creyó prudente no tocarlas y afectar que no tenía más gana. Lo que no perdonó fué el sorbete, golosina que él ya conocía, aunque no ha-

bía probado de ella más que porción mínima, cuando una señora, en el café de Zaragoza, le dió a lamer la copa en que la había tomado.

Y ya, Jesús divino, no era sólo lamer la dulzura pegada a un frío cristal, sino que se lo envasaba todo entero, desde el pico hasta el fondo, y no sólo devoraba el suyo, sino también el de su amo, que, gozoso de ver tan hermoso apetito, le dijo: «¡Tómate también éste!...» Luego, pastas, dulces, frutas...

O aquello era sueño, o ya no hay sueños en el mundo. Pero él, sin entender de Calderón ni haberlo oído mentar en su vida, decía rudamente y a su modo lo que significan las famosas palabras: *soñemos, alma, soñemos.* Interesante grupo formaban los dos, el uno come que come, y el otro piensa que piensa, soñando de otra manera que Felipe y gastando anticipadamente la vida de los días sucesivos; lanzando su espíritu al porvenir, sus sentidos a las emociones esperadas, empeñando su voluntad en grandes lides y altísimos propósitos. Ideales de arte y gloria, pruritos de goces, ahora sublimes, ahora sensuales, caldeaban su mente. Parecíale pesado y cojo el tiempo, que no traía pronto aquellos *mañanas*... El, con la labor de su fantasía, estaba ya gozando y viviendo antes que llegaran. Para no esperar más, aquella misma noche había de procurarse emociones y dulzuras de las que tan hambrienta estaba su alma.

Felipe, regocijado ante su inexplicable suerte, decía: «Ya me vino Dios a ver.» Pero no acertaba a figurarse lo que detrás de aquel espléndido cambio vendría. Como que apenas conocía a su amo, y aún no las tenía todas consigo respecto al acomodo que le ofreciera. Alejandro, soñador de empuje y que en todas las ocasiones iba más allá de la realidad presente, no veía con vaguedad el porvenir; veíalo claro y distinto, cual hermosísimo paisaje alumbrado por el más puro sol. Todo se presentaba a sus despabilados ojos con fortísimas tintas y limpios contornos. La gloria artística, el triunfo del más atrevido de los dramas, dichosos lances de amor y fortuna, degustación de placeres desconocidos, poesía y realidad, todo lo sentía vivo, corpóreo, de carne, de sangre y de hueso, encarnado en seres humanos, con voz y figura que él plasmaba en su imaginación creadora.

En los capítulos siguientes se contarán las hazañas de estos dos niños. En vez de un héroe, ya tenemos dos.

SEGUNDA PARTE

I

EN AQUELLA CASA

I

Acuérdate, lectorcillo, de cuando tú y yo y otras personas de cuenta vivíamos en casa de doña Virginia, y considera cómo el rodar de los tiempos, dando la vuelta de veinte años, ha cambiado cosas y personas. La casa ya no existe: doña Virginia y su marido, o lo que fuera, Dios sabe dónde andan. Ni he vuelto a verlos, ni tengo ganas de encontrármelos por ahí. Aquellos guapos chicos, aquellos otros señores de diversa condición que allí vimos entrar, permanecer y salir, en un período de dos años, ¿qué se hicieron? ¿Qué fué de tanto bullicioso estudiante, qué de tan variada gente?

En la marejada de estos veinte años, muchos se han ido al fondo, ahogados en el olvido o muertos de veras. Los pocos que sobrenadan son: Zalamero, que ha llegado a ser ministro, cosa que entonces nos habría parecido inconcebible; Poleró, que estudiaba para Caminos y después pasó a la Armada, en la que ocupa excelente puesto; Arias Ortiz, que hoy es ingeniero jefe de una gran empresa minera y tiene canas y cuatro hijos, de los cuales uno es nada menos que bachiller; Cienfuegos, que es médico de un pueblo... En cambio, el pobre Sánchez de Guevara, que estudiaba Estado Mayor, pereció, siendo comandante del Cuerpo, en las calles de Valencia, combatiendo una sublevación. Pues, y el bendito Miquis, ¿qué se hizo? ¿Y el *señor de los prismas*, de misteriosa condición y oficio no comprendido? ¿Y el in-

felicísimo *eautepistológrafos?*... ¿Y el sesudo don Basilio Andrés de la Caña, a quien nunca humanos ojos vieron en otro estado que en el de la formalidad y seriedad más imponentes? Estos y otros que no nombro, ¿dó están? ¿Viven? ¿Se salvaron, o se sumergieron para siempre?

Detente, memoria; deja a un lado las tristezas y prueba a referir lo pasado y pintar el teatro de tan grandes sucesos y notables personas, sin interrumpir tu narración con aves lastimeros. Procura reproducir, si para ello tienes poder bastante, aquel largo pasillo, con tres vueltas, parecido a una conciencia llena de malicias y traiciones; aquella estera rota, tan peligrosa para el que andaba un poco de prisa; aquellos cuartos que al angosto pasillo se abrían; aquella sala y gabinete donde se aposentaban los huéspedes de campanillas; aquel olor de fritanga que desde la cocina se esparcía por toda la casa, saliendo hasta la escalera para dar el *quién vive* a todo el que entraba.

Repite, memoria, la persona y hermosura de la gallarda Virginia, ama de tal cotarro; ayúdate, si es posible, de algún histórico papel para que puedas decir ahora qué casta de pájaro era la tal, de dónde había venido, por qué andaba en aquellos trotes hospederiles, y, en fin, cuál era su verdadero estado... No olvides al buen señor, marido suyo o cosa así, pintor de heráldica, holgazán de profesión todos los días, y los más de ellos consumado borracho, a quien llamábamos Alberique, sin más nombre de pila; ten presente aquel perro humilde que nunca ladraba y que a la hora de comer iba de cuarto en cuarto avisando a los huéspedes; animal comedido, modesto y meditabundo, a quien llamaban, no sé por qué, *Julián de Capadocia.*

De los antecedentes de Virginia nada debemos decir. Todo es oscuridad en esta parte de la historia patria, y las distintas versiones que corrían en lenguas de los estudiantes no tienen la suficiente autoridad para ser estampadas como verdades inconcusas. Algún atrevido sostenía haberla visto, años atrás, en tratos peores que los de Argel; pero ¿con qué pruebas corrobora esta declaración impertinente? Con ninguna. Mucho cuidado con las indiscreciones en lo que atañe a la buena fama de las personas, y antes se ha de romper la pluma que usarla para llevar al papel versiones maliciosas, no depuradas por una crítica severísima. Sobre que era guapetona, no cabe vacilación. Y más lo fuera si el constante trabajar y lo mal que vestía no disimularan un tanto su belleza. Representaba más de treinta años, y tenía el cutis blanquísimo, los dientes perfectos, el seno alto, el pelo negro, el genio irascible y pronto, las manos perdidas del trabajo, el habla dulce y castellana fina; el corazón, ya duro, ya fundente, según las circunstancias; la voluntad, fuerte y activa. No se explicaba su unión con aquel tagarote de Alberique, que se pasaba la vida en el comedor, delante de una *chica* o *grande* de Baviera, leyendo papeles políticos, y que las rarísimas veces que trabajaba, más era tormento que alivio de su mujer, porque no se le podía sufrir y estaba todo el día riñendo con la criada, con *Julián de Capadocia,* con los huéspedes. Y todo ¿por qué? Porque le echaban a perder sus trabajos, porque le ensuciaban las vitelas, porque le habían perdido el rojo, porque le habían quitado la tinta china. Hombre más inaguantable no ha existido en el mundo. Siempre con su gorro turco o fez, la negra pipa en la boca, pletórico, harto y un poco asmático, parecía la imagen del sensualismo y de la brutalidad. Se pasaba el día enredando, haciendo y deshaciendo, echando pestes y pintando aquellas monerías insustanciales y desabridas de la heráldica. Por aquí, cuartelillos; animalejos, por allá. Sus trabajos no se acababan nunca. Su taller era la mesa del comedor, y cuando, llegada la noche, había necesidad de quitar los chismes pictóricos para poner los manteles, tenía que oír... Todo era echar maldiciones y decir a cada instante su interjección favorita: «¡Verbo!...» Allí, ¡Verbo!, no entendían trabajos tan delicados. El señor de Alberique, ¡Verbo!, se marcharía de la casa y se iría a donde supieran apreciar el mérito de los artistas. Era de tierras de Levante: un morazo, un cartaginés o sabe Dios qué, resultado de la mezcolanza de razas africanas o de la degeneración arábiga. Tenía facha berberisca, y no le faltaba más que el alquicel para estar con toda propiedad. Eran sus facciones bastas; su color, retinto; su fuerza muscular,

cual la de un caballo; su ánimo, cobarde, como no fuera para echar maldiciones. Y, sin embargo, las manos de aquel bárbaro tenían delicadeza y pulso para hacer miniaturas y pequeñeces que se debían mirar con microscopio. El oso es un animal hábil.

II

Puesta la mesa y llegada la hora, iban entrando los huéspedes, y cada cual ocupaba su sitio. Temporada hubo en que se reunieron veinte, la mayor parte jóvenes. Siempre había tres o cuatro señores graves que daban respetabilidad a la mesa y a la casa. Entre los jóvenes distinguíanse los estudiantes, y no faltaba algún empleado o pretendiente. De los señores que se denominaban *fijos*, merece principal mención uno que habitaba la casa desde que la estableciera doña Virginia. Su fijeza era ya proverbial; su persona y circunstancias, dignas de estudio. Había, sin duda, misterio en aquel señor tan circunspecto y prudente, que nunca decía esta boca es mía, sequito, canoso, correcto y urbano. No molestaba a nadie, y se pasaba la vida en su cuarto escribiendo y leyendo cartas; no salía jamás, como no fuera para ir al correo; ni recibía más visitas que la de un cierto sujeto, apoderado de la familia, que venía una vez al mes a pagar el hospedaje y a enterarse de sus necesidades. Se llamaba don Jesús Delgado, y cuando decían: «A comer», era el primero que franqueaba la puerta del comedor y se paseaba un rato esperando a que vinieran los demás. Rara vez se le oía el metal de voz, y cuando éste sonaba era para preguntar a la criada o a Virginia si había venido el cartero.

Contrastaba con este señor, en lenguaje y modales, un don Leopoldo Montes, andaluz, medio empleado y medio pretendiente, medio literato, medio propietario, medio agradable y medio antipático, hombre que de todo hacía un poco y de todo nada, que a veces parecía acomodado, a veces más pobre que las ratas, fachendoso, verboso, ampuloso y que, por contera de su hueco carácter, tenía la flaqueza de suponerse amigo de cuantos personajes crió Dios. También observábamos en la vida de don Leopoldo algo de misterio, pues no se le conoció empleo. Sin embargo, solía decir: «Hoy, al salir de la oficina...», y otras cosas que ponían en grande confusión a los que le escuchábamos. A éste le llamaban el *señor de los prismas*, porque en su lenguaje petulante, hablando de cuanto hay que hablar, usaba de continuo la frase: «Mirando tal o cual cosa *bajo el prisma*...» En toda discusión política de las que un día y otro se trataban en la mesa salían a relucir tantos prismas, que a poco más se vuelven prismáticos la mesa y los huéspedes...

Merece otro lugar aquí don Basilio Andrés de la Caña, persona mayor, de suma importancia, de un peso tal que se podría creer que a todos les hacía favor en estar allí y que, por descuido de la fortuna, no se sentaba en la poltrona de un ministerio. Lo que decía en las disputas de la mesa considerábalo él mismo como la cifra y resumen de la sabiduría, y no debía ser puesto en duda. Era hombre de edad y sin familia o apartado de ella, redactor de un periódico en la parte más difícil y áspera de cuanto contiene la Prensa, que es el ramo de Hacienda. Para atar cabos, conviene decir que este señor era el mismo a quien Felipe Centeno había visto por la ventana de la Redacción, admirándole como a un ser superior, comprensivo de toda la humana ciencia. Era el mismo que en la memorable noche de febrero, cuando Alejandro Miquis trajo a Felipe a su casa y le dió ropas y comida, había pronunciado las palabras aquellas sentenciosas y solemnísimas, que no sé si recordarán los que esto han leído: «Concluirá en San Bernardino.»

Había otro de fisonomía moral y física menos caracterizada, y que, además, no tenía residencia constante en la casa. Cierto sujeto, que estuvo bastantes años en Filipinas, ocupaba un gabinete sólo por temporadas, pues su residencia habitual era Illescas. Había dos propietarios de la Alcarria que venían alternativamente a negocios y se alojaban en la sala, y, además, otros que se han desvanecido en mi memoria, y si quisiéramos traerlos aquí, ocuparían término muy lejano en esta galería de verdad, presidida por la excelsa doña Virginia, teniendo a sus pies la modesta imagen canina de *Julián de Capadocia*.

Vamos ahora con la juventud que daba carácter, ruido, alegría y ser y espíritu a la casa. Entre éstos descollaba Zalamero, ofreciendo la singularidad de ser un estudiante ordenadísimo, puntual en todo, lo mismo en asistir a clase que en pagar su hospedaje. Estudiaba Leyes, y sólo con su asistencia se ganaba las notas de sobresaliente que era un primor. Su cuarto era el más arreglado de la casa. Tenía la ropa muy bien cepillada, distribuída en perchas o cajones de cómoda: no conocía deudas, iba a misa los domingos, no alborotaba, no entraba tarde, ni se estaba las mañanas durmiendo, como tantos gandules. Observad ahora las pasmosas armonías que hay en la naturaleza humana. Era Zalamero un buen mozo, de facciones bonitas y correctas, rubio, el pelo ensortijado, dividido en dos desde el occipucio a la frente por una raya que parecía pintada. Tenía barbita dorada, rubia, muy mona. En su hablar era el mismo comedimiento.

Sánchez de Guevara, el de Estado Mayor, era bastante parecido a Miquis en el carácter pronto y resuelto, pero más desordenado aún que el joven manchego. El cuarto del cadete tenía que ver. Por el suelo yacía el uniforme abrazado con la toalla. Se acostaba a dormir, en las noches de invierno, con el ros puesto, y después de leer un rato en la cama, apagaba la luz con la espada. Era guapo chico, pundonoroso; se pasaba las noches en vela, engolfado en las matemáticas, haciendo funcionar a muy alta presión esa energía intelectual y volitiva que los alumnos de estas carreras difíciles han llamado *potencia empollatriz*.

Poleró, catalán tan castellanizado que apenas se le traslucía el acento, era también bravo joven, estudiante de Caminos, con poca afición a la carrera; de buena figura, atlético, estudioso por pundonor más que por gusto. A menudo se distraía del estudio, pasándose las horas muertas en los cuartos de sus compañeros charlando de teatros, chicas, política y música. En la mesa se divertía buscando camorra al *de los prismas* y tomándole las vueltas para que se enredase en sus propios embustes. Se burlaba con frecuencia de don Basilio Andrés de la Caña, haciéndole creer que todos respetaban su opinión y que le conceptuaban hombre de gran seso, cuando en realidad le tenían por el mayor majadero del mundo. Era agresivo, pendenciero; gustaba de llevar la contraria; y si, por ejemplo, se hacía en la mesa política progresista, que era lo más común, salía él, como un rehilete, defendiendo el espadón de Narváez. Si, por el contrario, alguien abominaba de la revolución, ya le teníamos sacando a relucir las famosas llagas y el padre Claret o *Clarinete*, que eran la comidilla más salada y gustosa de aquellos días. Espíritu activo, indagador, controversista, Poleró estaba destinado a ser hombre de provecho, como, en efecto, lo ha sido.

Arias Ortiz, alumno de Minas, era un andaluz serio (ave rara), apasionado de su carrera y de la metalurgia: mas con cierto desorden y falta de método, que felizmente han ido desapareciendo más tarde. Le faltaba una rueda, como suele decirse; pero el tiempo y el estudio han completado la máquina de su cerebro, y hoy no tiene más desvarío que el inocente de cultivar la música en sus ratos perdidos, que son pocos. Por las noches compone polcas y toca el piano, como recurso contra la soledad en que vive. Era en aquellos tiempos tan enfermizo, que se retrasaba en sus estudios más de lo que él quisiera; ahora, con los aires de Barruelo, con el polvo, el humo y las polcas se ha fortalecido tanto, que da gusto verle.

A Cienfuegos ya le conocemos. Era hijo de viuda, y seguía la carrera de médico con grandes escaseces y humillaciones. Lo que el infeliz padecía y la hiel que tragaba por esta nefanda ley de relación entre las necesidades y el dinero, no se puede contar brevemente. A veces desmayaba y hacía propósito de ahorcar los libros y ponerse a cavar en Barajas de Melo, su patria; pero secreta energía le aguijaba, y el remo del estudio volvía, despreciando obstáculos y arrostrando los vejámenes de la pobreza con ánimo estoico. Llegó a adquirir con esto cierta rudeza glacial que algunos tomaban por cinismo. Su sereno desdén de ciertas conveniencias era más bien como una actitud de defensa contra la desgracia, o bien el egoísmo del combatiente que en nada repara para evitar un golpe. No condenemos a este gladiador de la vida sin admirar antes su

fortaleza y sufrimiento, y aquella calma solapada tras la cual se escondía pasmosa agilidad de espíritu.

III

Sentados a la mesa, cual hemos dicho, los quince o más huéspedes, y servida la sopa de arroz, siempre tan igual a sí propia que la de hoy parecía la misma de ayer, empezaba el alboroto. Tal como se ponía aquel comedor algunas noches, la torre de Babel resultaría, en parangón suyo, lugar de recogimiento y devoción. En pocas épocas históricas se ha hablado tanto de política como en aquélla, y en ninguna con tanta pasión. Jamás tuvieron parte tan principal en las conversaciones populares los chismes palaciegos y las anécdotas domésticas de altas personas. No gozando de libertad de Prensa para la controversia, se la tomaba el pueblo para la difamación. No se ponen puertas al campo ni mordazas a la malicia humana. La opinión tiene muchas bocas a cuál más fieras. Cuando se le tapa la del lenguaje impreso, abre la de las hablillas. Si con la primera hiere, con la segunda asesina. Estaba muy en la infancia la política española para conocer que nada adelantaba con suprimir las cortadoras espadas del periodismo, cuyos filos se embotan pronto cuando se les permite el constante uso. En tanto los cuentecillos envenenaban la atmósfera, haciéndola irrespirable, y lo que se quería conservar y defender se moría más pronto. De fuertes y seculares imperios se cuenta que, habiendo podido defenderse de terribles discursos y escritos fogosos, han caído destrozados por los cuchicheos.

¿Quién podrá repetir la algazara de aquel comedor virginiesco? ¡Ay Miquis, quién tuviera tu retentiva para intentarlo! Pero si tal lograra, el lector se volvería loco; conque más vale que se quede inédita esta parte tan principal de la historia de Centeno. Tan sólo retazos y frases sueltas que el héroe conservó en su memoria saldrán al descaro de las letras de molde. El recordaba perfectamente haber oído a su amo una frase provocativa.

—O la Señora los llama, o esto se lo lleva el demonio... Yo lo digo muy alto: esto repugna, esto abochorna. ¿Qué gente le queda? Veamos: O'Donnell...

—O'Donnell es un pillo.

—Pues ¿y Narváez? ¡Hombre de Dios...!

—Señores, calma, calma. Es porque aquí se han de mirar siempre todas las cosas *bajo el prisma* democrático... No, no es eso.

—¿A mí qué me viene usted con historias...?

—Permítanme ustedes, señores...

—Dejemos a un lado la vida privada. Yo sostengo que...

—Permítame usted...; pero permítanme ustedes...

El que esto decía, sin poder hacer silencio en la mesa para dejar oír su campanuda opinión, era don Basilio Andrés de la Caña, la voz más autorizada de la casa. Se ponía furioso cuando no le dejaban hablar...

—Silencio, que quiere hablar don Basilio.

—Permítanme, señores...

—Lo sé, lo sé de buena tinta por uno que va a Palacio. A O'Donnell le desprecian allá, y sólo se aguarda una ocasión...

—Historias... ¿A mí qué me viene usted con cuentos?... Esas son pamplinas.

—Verdad. ¡Pero si se cae de su peso!

—Permítanme...

—¡Silencio!

—Yo, francamente, no lo veo así; qué quiere usted... Seré torpe. Siempre miro las cosas *bajo el prisma* de la lógica.

—Ya esto no tiene soldadura. Ya el partido ha declarado que va a la revolución.

—Al pesebre.

—Al presupuesto... Pero óigame usted... Así no se puede discutir.

—Permítanme ustedes, señores...

—Si tergiversamos las cuestiones...

—Permítanme...

Por fin, tanto trabajó, tanto sudó, tantas manotadas repartió a un lado y otro en ademán neptuniano de aplacar tempestades; tanto hizo aquel bendito don Basilio para que emergiera su personalidad en el proceloso mar de las disputas, que al fin se callaron. Silencio imponente.

—Están ustedes fuera de la cuestión —dijo con reposado lenguaje—. Se ocupan aquí de si la situación tiene esta o la otra herida, cuando está comida por

un cáncer interior que la devorará antes que la maten las armas y la política. ¿Y cuál es este cáncer?

Pasmo expectante. Sólo se oye el ruido de los tenedores picando garbanzos.

—Ese cáncer es la Hacienda, ese cáncer es la cuestión económica, ese cáncer es el estado del Tesoro, ese cáncer es el *déficit*... Porque, señores, lo he dicho y no me cansaré de repetirlo, con los números no se juega. Para los conflictos de número no tiene solución la espada ni la oratoria. El país, entregado por una parte a los chismes y por otra a las conspiraciones, no se ocupa de esto. Los que estudiamos día y noche estas áridas cuestiones sabemos que el mal es grave, y lo que es peor, señores, que el mal no tiene remedio.

Terror. Doña Virginia oculta la cabeza detrás del hombro de su marido para poder reír a sus anchas. Cáusale más risa que el discurso de don Basilio la seriedad con que le oye Poleró.

—El *déficit*, señores, sube ya a la aterradora cifra de ochenta y cinco millones, y no hay que fiarse de lo que diga el ministro, presentando las cosas...

—Bajo un falso *prisma*...

—Permítanme ustedes... A esto hay que añadir la deuda del Tesoro..., los compromisos que traerá la última operación con la casa Laffitte, las resultas del empréstito Mirés...

—La verdad, señor De la Caña, nosotros no entendemos de eso...—dijo Arias, interpretando el cansancio de algunos—. En lo que usted cuenta habrá, sin duda, mucho de fantasmagórico...

—Permítame usted...

—Tiene razón don Basilio—gritó Poleró, saliendo a su defensa y enredando la cuestión, a ver si se sulfuraba el hacendista, que era el paso más cómico que podían desear—. Así no se puede discutir. Los que no conocen bien la Hacienda...

—Eso es música.

—Por Dios, Caña, no nos hable usted de jeroglíficos.

—Para ustedes lo que no sea traer y llevar a sor Patrocinio y a... Que les aproveche.

—No es eso, no es eso.

—Cállate, Poleró.

—Cállate tú, Cienfuegos.

—Dejar hablar, hombre, dejar hablar. Cuando vuelva Narváez...

—Si no ha de volver.

—Lo dijiste tú... Nada: estos señores, después que han planteado su fórmula de *todo o nada*...

—No se les puede sufrir.

—Permítanme ustedes...

—Y, sobre todo, ¿de qué se trata?

—A mí no me embaucan esos señores con tanto discurso, con su retraimiento estúpido...

—Más estúpido es quien no ve venir la tormenta y se empeña en...

—¿Qué dices tú? Eso es comulgar con ruedas de molino.

—Poleró, que le va a hacer a usted daño la comida...

Para mofarse de don Basilio, Poleró le decía cualquier día con énfasis y misterio: «¿No sabe usted, amigo Caña? Ya se habla de otro empréstito...» Oyendo lo cual, el eximio Necker se llevaba las manos a la cabeza y murmuraba: «Perdición, ruina... ¡Pobre país!... Yo lo digo un día y otro; no me canso de predicar... Pero no hacen caso... Al freír será el reír.»

Y al de los prismas le decían siempre: «A ver, don Leopoldo, ¿a que no cuenta dónde ha estado usted hoy?... ¿Cuántas conquistas lleva esta semana? Porque usted las mata callando. ¿Ha sido marquesa o qué ha sido?»

El tal Montes se reía, dando por ciertas, con su silencio, las indicaciones de Cienfuegos y Poleró. Luego contaba historias de mujeres, en las que, a ser verdaderas, se dejaba atrás a Don Juan, a Lovelace y a cuantos conquistadores de este linaje ha tenido el mundo. Una vez, en Sevilla..., aquél sí que fué lance... Otra vez, en Valencia..., ¡oh..., cosa más dramática! Lo extraño era que él no las buscaba, y se le venían a las manos las aventuras ya bien amasadas y cocidas. Pues cuando estuvo en París, a negocios de la casa... (por cierto que nunca se pudo averiguar qué casa era aquélla). En fin, si lo iba a contar todo, no acabaría nunca... Precisamente aquella mañana, cuando salía de la oficina... (nadie sabía nunca cuál oficina era), vió una moza de buen trapío que pasó a la acera de enfrente y le miró... ¿Para qué seguir? Era la historia de siempre. Después había estado en el café con Miláns del Bosch, y al poco rato entró Sagasta, el cual le dijo... Pero ¿a qué referirlo? ¡Qué máquina de embustes! El no se

ocupaba más que de sus negocios, y cuando volviera a Sevilla lo haría sin que se enterase nadie, porque con sigilo es como se llevan adelante las grandes empresas. Bien querían los progresistas conquistarle; pero el no les hacía caso, porque veía las cosas *bajo el prisma* de la serena razón, y... a buena parte iban...

Concluído el comer, la única persona que no había despegado sus labios en toda la noche, el taciturno y comedido don Jesús Delgado, era quien primero se levantaba, y dando tímidamente las buenas noches, íbase tranquilo a su cuarto, donde le aguardaba la interrumpida obra de sus cartas. Los demás salían en tropel o separadamente. Unos corrían presurosos al café; los más aplicados se encerraban a *empollar* las lecciones del día siguiente, y en el comedor sólo quedaban al fin Virginia y su berberisco esposo, el cual, a tal hora, siempre había de tener reyerta con ella, unas veces en bárbaro tono, otras humorísticamente, siendo el motivo y término de tales disputas que Virginia le diera algún dinero para irse al café y al billar. Cuando ella sacaba, generosa, su portamonedas, más mugriento que su conciencia, paz y risotadas; cuando no, mugidos y un soliloquio de *verbos* y amenazas que duraba hasta la medianoche... Comparada con él, era Virginia una hembra superior, heroína de virtud, abnegación y trabajo. La explicación de que una mujer de mérito (relativo) estuviese unida a un bárbaro semejante y que trabajase para mantenerle, no se encuentra, no, en la superficie de la humana Naturaleza; hay que ir a buscarla a los senos más hondos y secretos de ella. Pero Virginia se vengaba de su gigante, aborreciéndole y despreciándole en gran parte de las ocasiones de su vida, de tal manera que le ponía en el postrer lugar de sus afectos y le consideraba menos que al último de los huéspedes, menos que a la criada, menos que a *Julián de Capadocia*.

IV

A vivir en esta sociedad y entre tales personas quiso la Providencia llevar a Felipe, después de pasarle por la escuela y familia de don Pedro Polo. Ella se sabrá por qué lo hacía. Hubo dimes y diretes entre Virginia y el manchego Alejandro sobre la admisión de Felipe en la casa. Era muy desusado, en verdad, que los huéspedes tuvieran sirvientes, y un estudiante con escudero no lo había visto Virginia en todos los días de su vida. Pero a Miquis no había quien le quitara de la cabeza el proteger a su querido *Doctor* y facilitarle medios de aprender alguna cosa. Tocado de una como demencia filantrópica, estaba decidido a pagarle hospedaje, como lo hizo, celebrando formal convenio con su patrona... No le faltaba en la guardilla un huequecito, ni en mesa de la cocina un plato más o menos lleno. Convenido y realizado. Siempre que aprontase un diario de seis reales por cabeza de criado, don Alejandro podría llevar a la casa todos los *doctores* que quisiera.

Por lo pronto, Centeno estaba contentísimo, y no se habría cambiado por los mortales más dichosos, ni por los que se hartan de honores y ganancias en elevados puestos, ni por los que vuelven de América cargados de caudales. ¡Verse entre tanto señorito listo, entre estudiantes que hablaban y contendían a todas horas sobre cosas de sabiduría. y, además de esto, comer bien, no recibir porrazos, no ver a doña Claudia...! Esto era como vivir en la gloria y ver colmadas las ambiciones más atrevidas.

Fuera de Cienfuegos, ninguno de los compañeros de Miquis sabía el origen del repentino engrandecimiento de éste. Quién lo atribuía a inesperada herencia, quién a lotería o hallazgo. Y que la cosa era gorda no podía ponerse en duda, porque las liberalidades del manchego casi rayaban en sardanapalescas. Por mañana y tarde no cesaba de convidar a los amigos en el café; había saldado las cuentas con el mozo y con cierto usurero a quien Arias llamaba *Golseck*, y se puso en paz con otros *británicos* de menor cuantía. Entre los del cotarro que se formaba en un rincón del café se hizo corriente y como proverbial, siempre que se proyectaba teatro, diversión o merienda, la locución: «Miquis paga.»

Y para no ser el último en gozar del provecho de su opulencia, el manchego se lanzaba, ¡oh sibaritismo!, a la vida de gran señor, proporcionándose unos lujos señores; unas tan grandes pompas

mundanas... ¿Qué hizo nuestro hombre? Pues tomar para su vivienda exclusiva el gabinete de la esquina, que no se daba sino a dos o tres que vivieran juntos y pagaran el máximo de pupilaje. ¡Qué gusto vivir él solo en aquella habitación regia, donde había una cama semidorada, alfombra mosaico hecha de distintos pedazos de fieltro y de moqueta, consola de caoba, cajas que fueron de dulces, un espejo de los de ver visiones, y dos grandes láminas compuestas de retratitos fotográficos de todos los alumnos de un curso final de Medicina o Derecho! Para rematar dignamente su señorío, conveníale tener un servidor, ayuda de cámara o, si se quiere, secretario particular y del despacho, y para todos estos menesteres le venía de molde el insigne Felipe, que era listo, activo, obediente y le manifestaba un afecto rayano en la idolatría.

Con esto cumple Alejandro dos fines: el egoísmo de ser amo de alguien y el nobilísimo y cristiano de amparar al chico y ponerle al estudio. Convinieron en que le daría libros y le matricularía en un Instituto. ¡Qué gustazo tener un paje a quien mandar, a quien dar gritos, a quien decir a toda hora: «Felipe, tráeme esto..., ven acá, corre allá..., muévete...! Lo peor del caso era que, pasados dos días de la entrada de Felipe en la casa, éste resultó ser criado de todos, y todos eran sus amos, porque sin cesar le mandaban a la calle con este o el otro recadillo. No era la última en aprovecharle Virginia, que vió en el chico una buena ayuda de su negocio. Cuando no le ponía a limpiar cubiertos, le mandaba por carbón; ya le llevaba consigo a la compra; ya, en fin, le hacía barrer la casa. No tenía, en verdad, Felipe un momento de sosiego. Era, pues, muy común que Alejandro llamase a su criado y que éste no respondiese. El impetuoso amo se ponía furioso, y sus gritos y aspavientos casi se oían desde la calle: «Le voy a matar... Esto no se puede sufrir.» Pero todo concluía cuando entraba don Basilio Andrés de la Caña diciendo:

—Permítame usted, señor de Miquis. Me tomé la libertad de mandar a Felipe por una cajetilla.

O bien era Alberique, que decía:

—¡Si fué a traerme tinta china y cerveza...!

A esta comunidad de los servicios de Felipe correspondía la comunidad del lujoso gabinete de Miquis, pues los huéspedes amigos lo tomaron por suyo. Era el casino de la casa, el disputadero, Atenas, Bolsa, club, salón de conferencias, el Prado y el Conservatorio, porque allí se charlaba, se fumaba, se discutían cosas hondas, se leían los autores sublimes, se contaban aventuras, se escribían versos, se leían cartas de novias, se tiraba el sable, se hacían contratos y se cantaban óperas. Contentísimo estuvo Alejandro algún tiempo en medio de aquel bullicio; pero al fin, tan larga y fastidiosa era la invasión en su cuarto, que llegó a cansarse. Algunos días se encerraba con llave y se estaba solo largas horas. Poleró y Zalamero, acercándose a la puerta, tocaban suavemente. «¿Cómo va esa escena?», le decían. Desde fuera le oían recitar versos, y daban palmadas, gritando: «¡Bien, bravo; que salga el autor!»

No está de más decir que tanto Poleró como Arias y Sánchez de Guevara se permitían bromas, a veces pesadas, con Felipe; pero éste lo llevaba todo con paciencia. Lo que no parecía era el estudio, ni las prometidas matrículas.

—Tiempo tienes todavía—le decía el bueno de Arias, viéndole impaciente—. A tu edad yo no sabía ni leer. Estás aventajadísimo, y casi, casi eres un pozo de ciencia.

Hacíanle preguntas de Historia Sagrada y profana, de Aritmética y Gramática, para reírse con lo que contestaba. Era, en efecto, divertidísimo oírle.

—Tiene tinturas de todo este *Doctor* —indicaba Zalamero, riendo—. A poco más estará en disposición de hacer oposiciones a alguna plaza de tintorero.

—Lo que es éste—decía Arias—, va a ser algo.

—Donde ustedes lo ven, éste hará dinero... Formal.

Pero octubre corría y se pasaba la mejor sazón para sentar plaza de soldado raso en los ejércitos del bachillerato. Cienfuegos y Arias fueron los que un día decidieron a Miquis a matricular a su escudero... Gracias a Dios, ya tenemos a mi señor don Felipe en el Noviciado metiéndole el diente al latín. La enseñanza primaria era en él tan incompleta como se ha visto. Pero ¿qué importaba? Mejor.

Para lo que allí había de aprender, más valía que entrara limpito de toda ciencia, pues que limpio había de salir. Vedle cómo apechuga con su latín y con la abominable Gramática, de la cual maldijéralo Dios si entendía una sola palabra. Al dichoso latín debiera llamársele griego por lo oscuro. Ni él se explicaba para qué servía, ni a qué cuento venía en el problema de su educación. Y confuso, lleno de dudas, osaba, en su rudeza, protestar contra la mal enseñada y peor aprendida jerga, diciendo:

—Yo quiero que me enseñen cosas, no esto.

¡Cómo se reían sus amos con esos disparates! Pero él se esforzaba en cumplir sus deberes académicos, aprendiéndose de memoria el traqueteo de sílabas que componen la declinación, y pensaba así:

—Vamos a ver en qué para esto.

Apenas le dejaba Virginia el vagar necesario para ir diariamente tres horas al Instituto. Estudiaba un poco por las noches, pero de muy mala gana, porque, francamente... Vamos, que se le indigestaba el latín... Era un narcótico... Le bastaba coger el libro para caerse de sueño.

Como Alejandro, desde que era rico, entraba a hora avanzadísima de la noche, Felipe pasaba el tiempo durmiéndose en una silla, o visitando y acompañando a los amigos de su amo en sus respectivos aposentos. Cuando estaban en el café, gozaba el *Doctor* lo indecible yendo de cuarto en cuarto y examinando y registrando libros y apuntes de clase. Los libros de Sánchez de Guevara le producían pasmo, mareo, vértigo. Ver sus páginas era como asomarse a insondable y misterioso abismo. ¡Re... contra! ¿Qué querían decir aquellas letras separadas por palitos, comas y tanto rabillo por acá y por allá? Luego había unos números montados sobre otros números, y letritas chicas por arriba, encima de palitroques que parecían grúas. El miraba, miraba, volvía páginas, y luego observaba los apuntes que el cadete hacía con lápiz, en los cuales había los mismos signos, la propia mezcolanza de guarismos y letras. A, *palito*, B; y todo por el estilo. ¿Y aquello era la matemática? ¿Y para qué servía la matemática? Felipe alargaba el hocico husmeando el aire... ¡Vaya con Dios! ¿Para qué ha de servir, re-contracórcholis, sino para saber todo lo que se sabe?

Pasaba luego al cuarto de Cienfuegos, y de todos los libros que sobre la mesa había, se iba derecho a uno lleno de láminas; ¡pero qué láminas! Inspiraban a Felipe una especie de horror sagrado y curiosidad febril. ¡Ave María Purísima! Allí había vientres abiertos, tripas sanguinolentas, cráneos levantados como se levanta la tapa de una fosforera. Era algo como lo que cuelga en los ganchos de las carnicerías... Con el alma en los ojos, Felipe leía los letreritos... *Páncreas...*, *estómago...* Más adelante: *bronquios.* «Sopla, pues esto es los *gofes.*» *Músculo ciático.* Y se tentaba el cuerpo diciendo: «Aquí está. Estas figuras son lo propio de nuestro cuerpo.» Se pasaba allí las horas muertas, absorto, hasta que entraba Cienfuegos y le sorprendía: se enfadaba un poco; pero desenojándose pronto, decíale:

—Ve a ver si Guevara tiene cigarrillos.

Los libros de don Basilio no ofrecían maldito interés, y Felipe los habría arrojado al fuego si le dejaran. *La Deuda del Tesoro y el déficit.* Este folletito estaba encima de un voluminoso libro. ¿A ver? *Presupuestos de 1862-63...* ¡Vaya unas papas! *El señor de los prismas* no tenía en su cuarto más que un Calendario del Zaragozano y una novela de a peseta, cuya mugrienta cubierta estaba llena de redondeles de sebo, señal de que Montes apagaba la luz con el libro. Muchos volúmenes y apuntes tenía Zalamero; pero ¡qué cosas tan insulsas! Nunca pudo Felipe sacar sustancia de aquello. *La Cuarta Falcidia... Los Testamentos.* ¿Qué le importaban a él los testamentos?... La mesa de su amo contenía revuelta colección de obras diferentes; pero había un sinfín de libracos en francés... ¿A ver? Balzac, Scribe... ¿De qué trataría aquello? *Le pè...re Gori... Gori... Mémo... moires,* memorias de *Deux jeunes...*, de Diógenes querría decir... El demonio que lo entendiera. Centeno no acertaba a comprender para qué leía su amo aquellas tonterías... *Don Víctor Hugo... Ruy Blas...*, esto sí era claro. *Schiller... Don Carlos...*, también clarito. Seguían muchas comedias o dramas en verso castellano. Aquello ya era más claro. Leía mi *Doctor* las primeras escenas; pero luego se

cansaba, porque, a su parecer, todas decían lo mismo.

Poleró, que le tenía cariño, le llamaba:

—Ponte a estudiar, Felipe. No le revuelvas los papeles a tu amo. Ven a mi cuarto... Siéntate aquí, a mi lado. Coge tu libro.

Y él se ponía a estudiar Analítica y Mecánica. El *Doctor* leía también un poco; pero aburrido muy pronto, salía y entraba para matar el fastidio.

—Estate quieto. Me estás distrayendo. Mira que te pego... ¿Quién anda ahora por el pasillo?

—El señor de Zalamero.

—Pero ¿estaba en casa Zalamero?

—Sí, señor. Ahora salía del cuarto de la patrona.

Poleró rompió a reír. Endeble tabique separaba su cuarto del de Zalamero, y en él daba algunos golpes el maligno catalán, diciendo:

—Zalamerín, ¿estabas en casa?

No respondía el otro. Mas Poleró, saliendo al pasillo, se ponía a toser fuerte.

—¡Ejem, ejem!

Y Sánchez de Guevara respondía desde su cuarto con iguales toses. Arias aparecía también tosiendo.

—Vete al comedor—decían a Felipe—, y mira a ver si está Alberique.

—¿Qué ha de estar? La señora le dió dinero para que se fuera al café...

Cuchicheos, risas, reunión de los tres en el cuarto de Poleró, y redobles en el tabique, sin lograr que Zalamero responda. Felipe, mensajero de Cienfuegos, entra de súbito.

—Dice don Juan que si alguno de ustedes tiene cigarrillos.

—Toma dos... ¿Ha entrado don Leopoldo?

—Sí, señor. Está en su cuarto remendando la levita y pegándose botones.

—¿Y don Basilio?

—Ahora entra.

Oíase el resoplido de aquel señor, que hasta en el respirar revelaba autoridad. Salía Poleró al pasillo, para trastearlo un poco:

—¿Qué ha habido hoy, don Basilio?

—Nada. Siguen con el delirium tremens. De Santo Domingo hay muy malas noticias. Esto no tiene atadero. A todos lo digo y no me hacen caso. Con su pan se lo coman. Yo no sé lo que va a venir aquí..., no sé. Me asusto, créalo usted... Ahora tengo entre manos un trabajo, que me parece ha de meter ruido. Pruebo con números..., porque todo lo que no sea números es música... Pase usted a mi cuarto y le enseñaré...

—Otra noche... Estamos aquí con mucho cuidado. ¿Sabe usted que Zalamero se nos ha puesto malo?

—¿Sí? ¿Y qué es?

—No sabemos. Entre usted en su cuarto... A nosotros no nos quiere decir lo que tiene.

Entra don Basilio en el cuarto de Zalamero, y al poco rato sale y hace este diagnóstico:

—Está delirando... Me ha despedido a cajas destempladas... ¿No llaman ustedes un médico?

—Cienfuegos dirá.

—Porque... Buenas noches, jóvenes. Con permiso de ustedes, me voy a mis habitaciones.

Las habitaciones de don Basilio eran el cuarto más oscuro y estrecho de la casa. No era mejor el de don Leopoldo Montes, que, al decir de Felipe, estaba disimulando los deterioros de su ropa para poder salir bien compuestito y reluciente al otro día. Poleró y Cienfuegos le visitaban a tal hora para sorprenderle y avergonzarle; pero él, siempre en su papel, escondía rápidamente los chismes de costura y afectaba ocuparse de ordenar papeles.

—¿Cuándo es ese viaje a París?

Aquel viaje era la muletilla de todos los días, porque Montes lo estaba anunciando siempre.

—Creo que no pasará del jueves. Aquí tengo dos partes que he recibido esta mañana... El jueves o el viernes a más tardar.

Después que le mareaban un rato, se iban a la puerta del cuarto de don Jesús Delgado, anhelosos de descubrir el misterio de sus ocupaciones epistolares. El huésped taciturno trabajaba aún: se oía el rasguear de su pluma y los suspiros que daba.

De pronto salía Guevara al pasillo:

—A ver si dejan estudiar. ¡Qué ruido!

Reuníanse los tres en el cuarto de Arias, que se estaba acostando, y hablaban de Zalamero:

—Vaya con el moderadito. Un hombre que defiende a los Paúles...

—El año pasado había aquí un huésped..., ¿le alcanzaste tú, Guevara? Aquel Romero, andaluz. Daba de palos a Vir-

ginia y a Alberique..., ¡qué escenas!... ¡Felipe!

—Señor.

—¿Ha entrado Alberique?

—Ahora llega. Voy a abrirle la puerta.

Oíanse pasos de elefante.

—Hola, amigo Alberique..., ¿no sabe usted lo que hemos tenido aquí?

—¿Qué?... ¡Verbo! ¿Qué?

—Fuego. Por poco nos quemamos todos.

—¿En dónde, verbo?

—Ya está apagado...

—Váyanse ustedes a... ¿En dónde está mi cuarto? ¡Felipe, condenado, verbo!..., trae luz; no se ve.

—¡Arre!—murmuraba Felipe, empujándole hacia el gabinete matrimonial.

Abrían la puerta, le empujaban dentro y... buenas noches.

—Pero ese Miquis, ¿no viene todavía? Es la una.

—¡Pobre Alejandro! Ya sé dónde está. Nada, nada: se lo beben, se lo sorben...

—Acabará mal.

Y quebrando el diálogo, subdividiéndolo hasta llegar a frases y palabras sueltas pronunciadas en este o el otro cuarto, se iban retirando, cada cual al suyo. Uno se acostaba y seguía leyendo; otro, después de cumplir con las matemáticas, hacía rezos de Balzac y se encomendaba a Víctor Hugo; todos tenían aficiones literarias. Por último, reinaba el silencio del sueño en la casa, y muy tarde, sobre las dos o las tres, entraba Alejandro. Sus primeras palabras eran siempre: «Felipe, acuéstate.»

Y él permanecía en vela, leyendo o escribiendo. Se acostaba de día, y casi nunca se levantaba antes de las cuatro. La hora de sus trabajos era la madrugada, hora febril, hora de caldeamiento cerebral y de emancipación del espíritu. Dormíase Felipe en el sofá, y a lo mejor despertaba asustado oyendo a su amo declamar:

> Vive Dios, que es tal hazaña
> digna de un Téllez Girón...

Como ecos, repercutían en su cerebro las rimas de la redondilla: *galardón... España.* Y volvía a dormirse para despertar de nuevo alarmado con estos gritos:

> ¡Hola!... ¡Prendedle!... ¡Traición!
> ¡Necio, atrás!... ¡Italia es mía!

V

Porque Alejandro era autor dramático. Tenía tres dramas, ya desechados por su propio criterio, y uno flamante, nuevecito, que era su sueño, su gloria, su ambición, sus amores. Tan cierto estaba él de que se había de representar como de su propia existencia, y tan seguro y patente consideraba el éxito, cual si lo estuviera viendo con los ojos de la cara... Ideas para otros dramas, planes brillantísimos, ¡oh!, teníalos por docenas y se le ocurrían a cada momento: al levantarse, al salir, al tomar café; mas érale forzoso apartarlos de sí para que no le atormentaran apoderándose antes de tiempo de los ricos moldes de su cerebro. Convenía que tanto verbo fecundo aguardase la oportunidad de su encarnación, y que tanta vida nueva tuviera calor interno antes de ser sometida al trabajo de forja. Después que se representara *El Grande Osuna,* vendrían otras obras y éxitos más colosales. ¡Misión altísima la suya! Iba a reformar el Teatro; a resucitar, con el estro de Calderón, las energías poderosas del arte nacional. Como los más puros místicos o los mártires más exaltados creen en Dios, así creía él en sí mismo y en su ingenio, con fe ardentísima, sin mezcla de duda alguna, y mayor dicha suya, sin pizca de vanidad.

¿Y por qué no había de tener razón? Entre sus compañeros y amigos no eran unánimes los pareceres respecto al superior ingenio de Miquis. Unos le tenían en mucho; otros, en poco; quién, por un visionario; quién, por tonto o algo menos. Los compañeros de casa le amaban por sus prendas morales, entre las cuales descollaba el corazón más generoso, más expansivo, más copioso de afectos que puede imaginarse; pero en lo tocante al numen, también variaban las opiniones. Poleró, sin conocer el drama, sostenía que era un hatajo de inocentadas, y que el mayor favor que se podía hacer al joven manchego era quitarle de la cabeza sus pretensiones de autor dramático. Cienfuegos no pensaba lo mismo y veía en Alejandro, mejor dicho, columbraba en aquel espíritu algo misterioso y grande que no existía en los demás.

Físicamente era raquítico y de constitución muy pobre, con la fatalidad de

ser dado a derrochar sus escasas fuerzas vitales. Sus nervios se hallaban siempre en grado muy alto de tensión, y todo él vibraba constantemente, como cuerda de templado metal, sin cesar herida por el divino plectro de las ideas. La fiebre era en él fisiológica, y el organismo del cerebro constitucional y normal. Era un enfermo sin dolor, quizá loco, quizá poeta. En otro tiempo se habría dicho que tenía los demonios en el cuerpo. Hoy sería una víctima de la neurosis.

Desde la infancia se había distinguido por su precocidad. Era un niño de estos que son la admiración del pueblo en que nacieron, del cura, del médico y del boticario. A los cuatro años sabía leer; a los seis, hacía prosa; a los siete, versos; a los diez, entendía de Calderón, Balzac, Víctor Hugo, Schiller y conocía los nombres de infinitas celebridades. A los doce había leído más que muchos que a los cincuenta pasan por eruditos. Su feliz retentiva le había familiarizado con la historia de los libros de texto. A los catorce abriles, varones graves del país le consultaban sobre materias de Historia, Mitología y Lenguaje. Era general allí la creencia de que el Toboso, ya tan célebre en el mundo por imaginario personaje, lo iba a ser por uno de carne y hueso. Destinaronle a estudiar Leyes. Los amigos de su papá decían:

—Este, que empieza por literato y poeta, acabará, como todos, por orador político y ministro de cuenta. El Toboso tendrá, al fin, su prohombre.

Le hemos conocido cuando llevaba tres años en Madrid y veintiuno de existencia... ¡Pobre Miquis, trabajador incansable de lo ideal, aprendiz de creador! Merecería ingresar en las familias mitológicas y que le representaran en figura de un forjador maravilloso, alumno de Vulcano, o ladrón de sagrado fuego como Prometeo. ¡Desgraciado Miquis, siempre devorado del afán del arte; perseguidor con fiebre y congoja de la forma fugaz, y rara vez aprehensible; atormentado por feroces apetitos mentales; ávido del goce estético, de esa inmaterial cópula con la cual verdad y belleza se reproducen y hacen familias, generaciones, razas! También las ideas son una especie inmortal que habla con briosos instintos en las entrañas del artista, diciéndole: «Propágame, aumentame.»

Hombre dado a los demonios, o en otros términos, consagrado al peligrosísimo ejercicio de la imaginación, odiaba el Derecho. Para él, la Humanidad inteligente no había echado de sí cosa más antipática que aquel *jus*, idea suspicaz, prosaica y reglamentadora de la vida; idea enemiga de la pasión, de lo ideal, destructora de la personalidad libre y de la poesía. El *jus* no era otra cosa que *el eterno Sancho Panza*... Iba Alejandro a clase lo menos posible, y siempre de mala gana. Pero había sabido ganar sus cursos y aun obtener con poco trabajo regulares notas. Nunca fuiste tirano, amigo Sancho.

En los primeros años de la vida de este jovenzuelo en Madrid, era su carácter jovial, exaltado, bullicioso. Amenizaba el círculo del café con su peregrino ingenio. Las metáforas, símiles y paradojas brotaban de sus labios como de un manantial inagotable. Cuando él no iba, faltaba el espíritu de la tertulia, el sentido cómico y trascendente de todo lo que allí se hablaba... Pero al tercer año empezó a determinarse en Miquis una transformación que había de ser pronto mudanza profundísima o paso orgánico, precursor de otro paso moral. Su humor festivo se trocó en melancólico; cada día le eran menos simpáticos el bullicio y la gárrula palabrería del café, y si bien quería con leal cariño a todos sus amigos, muchos de éstos le molestaban. La gran batahola que se hacía en su cuarto érale ya insoportable. No teniendo carácter para expulsar a los intrusos, pues era incapaz de ofender a sus compañeros, esperaba las horas silenciosas para aislarse. De día paseaba por lugares solitarios, buscando la dulce impresión que traen al alma los objetos extraños y no vistos constantemente. De noche y a la hora en que nadie podía turbarle, leía y escribía, protegido del silencio y paz de la madrugada.

El drama, aquel pedazo de cielo caído sobre la frente de un hombre, estaba ya terminado. ¡Feliz suceso que dejaba una marca indeleble en el tiempo! El solo bastaba para hacer rosadas las auroras, suaves y poéticas las noches y las tardes, hermosas las horas todas. Alejandro lo había leído a un autor mediano, pero muy corrido en la escena, hombre de estos que llaman prácticos en el arte,

el cual, callándose su opinión sobre el mérito real de la obra, hizo observaciones que dejaron helado al pobre Miquis. La división en cinco actos era inadmisible. Habían de ser tres solamente, porque nuestro público no aguanta más. Pues, y aquella lista de treinta personajes, ¿cómo podía ajustarse al exiguo personal de nuestras compañías? El Schiller hispano había explanado sus ideas, como el tudesco, en un escenario inmenso, lleno de diversas figuras, con pueblo y todo. ¡Qué inocencia! Forzoso era cortar por lo sano, no dejando más que el cogollo de la obra. ¡Fuera aquel cardenal Borja, el *gonfalonier*, los cuatro capitanes o arraeces de galeras, los dos *lazzoroni*, el príncipe Colonna! ¡Fuera también el jefe de los *uscoques*, los dos frailes camaldulenses y otras figuras que más eran decorativas que esenciales! Resumen: hacer de cinco actos tres, sin que ninguno subiera de mil o mil cien versos; quitar quince personajes lo menos; simplificar mucho, y hacer decoraciones fáciles, pues la que decía: *Ribera de Chiaja, con varias galeras atracadas a la derecha, el palacio vicerreal a la izquierda y al fondo el Vesubio,* era para hacer morir de espanto al pintor y maquinista.

Con grandísimo dolor emprendió el manchego la refundición de su obra. A cada miembro cortado, echaba sangre su corazón de padre; pero no había remedio, ¡zas! Más que trabajo de reducción, debía serlo de comprensión. Era necesario coger al gigante y comprimirlo hasta poder encerrarlo en un frasco de alcohol, como los fetos. Mucho padeció el poeta; pero al fin triunfó de sí mismo. Sólo que no pudo reducir los cinco actos a tres, y la obra quedó en cuatro. Había quitado trece personajes, y entresacado casi la mitad de los versos.

¡Gracias a Dios! El director de un teatro leyó la obra y la encontró excepcional. Estaba el hombre entusiasmado; pero al expresar su regocijo a Miquis y al felicitarle, indicóle la necesidad de nuevas modificaciones. Todavía era forzoso comprimir más. La obra cabía ya en un frasco: era menester que cupiera dentro de un dedal. ¡Nuevo trabajo, nuevos afanes! En esto se ocupaba Alejandro en aquellas madrugadas, viviendo solo en el gabinete de la esquina, después de su cambio de fortuna. A tales horas, excitado por su labor, sentía febril entusiasmo; había algo de convulsivo y epiléptico en la onda de vibraciones nerviosas que de su cerebro salía, viniendo a morir en su epidermis. Su sangre era lumbre; el pulso se aceleraba, corría, como viajero impaciente. Su fantasía poderosa encendíase a la acción magnética de aquel estilo ampuloso y calderoniano. Los personajes del drama tomaban a sus ojos figura y realidad teatral; vivían, si no la vida del mundo, la oropelesca y convencional del teatro, cubierta de vistosos remedos vitales. Veía, tan claramente cual si lo tuviese delante, a don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, virrey de Nápoles, insigne caudillo de mar y tierra, político, diplomático y muy galán, figura que el poeta soñaba como la más gallarda muestra del ánimo español, de la ambición sublime y del desorden caballeresco; veía también al solapado veneciano Angelo Barbarigo, figura sombría y trágica con olor y color de sangre; al aventurero normando Jacques Pierre; el sarcástico y honradísimo Quevedo, secretario del duque, y, por último, a la enamorada Catalina Paoli, la *Carniola*, robada a los *usoques* por Jacques Pierre, como verían bien los que la obra conocieran. El lugar de la escena igualmente revivía en la fantasía del poeta, y poco le faltaba para ver con los ojos mortales al propio Nápoles con su Vesubio ardiente, su pintoresco mercado, su mar y su cielo más azules que lo azul, la delirante alegría de su pueblo, su naturaleza a la vez florida y plutónica, llena de hierbas y lavas, prodigio de la Naturaleza, arca del paganismo, compendio de toda hermosura terrestre.

Sentir este entusiasmo vidente y no poder comunicarlo a otro ser, era el mayor de los tormentos. Sus amigotes no le comprendían y algunos de sus compañeros de casa se burlaban de él. Ya el maligno Poleró, hablando del drama, lo había llamado *El gran cerco de Viena*, y Cienfuegos, el mejor amigo de Alejandro, no le mostraba un afecto muy vivo sino cuando necesitaba de él para salir de sus apuros. No podía comunicarse más que con Felipe, el cual era un inocente y no entendía palotada de Teatro, ni de Arte, ni de Historia;

pero tenía un alma cariñosa entusiástica, que respondía siempre con dulces vibraciones de amor a toda acción o ideas procedentes del alma idolatrada de su amo.

Dormíase Felipe algunas noches en el sofá del gabinete. Su sueño era profundo; pero bastaba que Alejandro le llamase para que se despertara, como. él excitado, como él dispuesto a las alucinaciones. Sin duda, por la simpatía y parentesco de ambas almas, la pasión artística de la una se comunicaba a la otra, venciendo su rudeza.

Entre serio y burlón, Alejandro le decía:

—El célebre Molière le leía sus comedias a la criada. Yo te voy a leer a ti algunos pasajes...

Felipe no había visto nunca una verdadera función de teatro. El origen de sus conocimientos en el arte dramático no podía ser más humilde. Una tarde de Navidad se había colado con Juanito del Socorro en un teatrucho donde representaban el Nacimiento con figuras, no con actores; y aún no habían tenido tiempo de reír las gracias del pastor Bato y de la tía Gila, cuando los echaron a la calle. Esto y los cosmoramas o *tutilimundis* instalados en la vía pública, diéronle la noción primera del arte de fingir sucesos y personas. Desde que su amo empezó a leer, comprendió Centeno que aquello pertenecía a un orden más elevado, al teatro grande que él no había visto, aunque lo soñaba y como que lo presentía. Así, el efecto de la lectura en su atento espíritu era extraordinario, colosal. Sin entender la mayor parte de las cosas, parecía como que se las apropiaba por el sentimiento, extrayendo, del seno de un lenguaje no bien comprendido, el espíritu y esencia de ellas. La armonía de versos, ahora floridos, ahora graves; la música de las rimas, el relumbrar de las imágenes, el énfasis de los apóstrofes, producían en él efectos de vértigo y desmayo. Era como el influjo, en los sentidos, de multiplicadas luces giratorias o de aromas muy fuertes. Se aturdía y se mareaba... En cuanto a la acción, la realidad misma no tuviera poder más grande que aquella mentira para cautivar el espíritu del buen Centeno. Cuando llegaba Alejandro a una escena dramática en que había choque de espadas, uno que se cae, otro que grita, o cosa así, ya estaba Felipe con los pelos de punta, lo mismo que si presenciara el lance entre personas de carne y hueso. Pues digo..., si el poeta leía una escena de amor, con terneza y sentimientos expresados a lo vivo, ya estaba Felipe soltando de sus ojos lagrimones como garbanzos.

La aurora los sorprendía en esta exaltación, ambos gozando lo increíble: el uno por lo sabio, el otro por lo ignorante. Siendo tan diferentes, algo les era común: el entusiasmo, quizá la inocencia. La excitación cerebral de Miquis concluía en enfermizo marasmo. Se acostaba rendido de fatiga, y le entraba delirio, con escalofríos muy penosos. Felipe le arropaba, echándole encima hasta el tapete de la mesa y parte de la ropa, pues el abrigo de la cama no era suficiente, y apagaba la luz, a quien hacía lúgubre la claridad del día. Cerraba las maderas para fingir la noche, y acostábase vestido en el sofá. Por un rato, oía el canto de los machos de perdiz, colgados en el balcón del vecino, y los pasos de los madrugadores, que sonaban secos en la calle aún casi desierta; al fin se dormía profundamente para soñar con magnates, con príncipes vestidos de tela como la de las casullas, con *venecianos forrados de hierro*, con las *galeras* del duque, que él creía eran carromatos; con el Vesubio, que es un monte encendido, y con aquellas frases tan bonitas, tan finas y amorosas que la *Carniola* decía siempre que hablaba.

Levantábase Alejandro muy tarde, cada día más tarde; sentía, al despertar, un embrutecimiento invencible. La pereza le dominaba y no podía vencerla. Su cuerpo era de plomo... Felipe iba a clase, si había tiempo, generalmente sin saber palotada de la lección, y a su regreso, ya doña Virginia le tenía preparadas diversas faenas. Como pudiera, no hacía nada, y se metía en el cuarto de su amo a arreglar la desordenada mesa y limpiar un poco. Andaba de puntillas, por no despertar a Miquis, y movía con mucho cuidado los muebles. Si el drama había quedado en la mesa, cogía uno a uno los cuadernos y les quitaba el polvo con su mano con un respeto tal, que no le empleara mayor el cura para coger la Hostia consagrada. A veces aventurábase a leer un poquito, con cuidado.

se entiende, por ver en qué paraba tal o cual lance que su amo en la lectura había dejado a la mitad. Después ponía los cuadernos uno sobre otro, a un lado, muy bien colocaditos por orden de actos: los libros a otra parte, el tintero en medio, las plumas en su sitio; en fin, todo como Dios mandaba. Los malignos huéspedes, que se enteraron de que leía Miquis al criado sus composiciones, hicieron la burla que puede imaginarse. Uno de ellos dijo a Felipe con mucha sorna:

—Y ¿qué opina del drama el *Doctor* Centeno, hombre inteligente?

El muchacho se ruborizaba y no respondía nada. Pero en su fuero interno, decía con rabia:

«¡Valiente ganso estás tú!... Mejor te pusieras a estudiar...»

Para Felipe, las obras más perfectas, las creaciones más sublimes del humano entendimiento, en lo antiguo y en lo moderno, eran las de su amo.

VI

El hidalguete manchego, cuya primera hazaña fué arrancar a la Historia la figura de *El Grande Osuna* para vaciarla en un molde dramático, estaba cada día más triste, por motivos que no eran de arte. A medida que iba gastando lo que le diera su tía, más se aplanaba su ánimo, y no por la idea de que el tesoro se acabase, sino por los remordimientos que el gastarlo tan sin sustancia le causaba. Pasado algún tiempo desde la famosa noche de la calle del Almendro, parecía que se enfriaba su caldeado cerebro, permitiéndole ver la verdad de aquel caso peregrino. Su tiita estaba loca, y él, recibidos los dineros, debió ponerlos a disposición de su padre. No lo había hecho, por afán de satisfacer gustos y deseos irresistibles de la niñez y de la juventud... Había dispuesto de lo que casi no era suyo, de un caudal venido a sus manos por caminos torcidos. Pero el hervor de su sangre y el iluminismo de su mente habían podido más que su conciencia. Poseer dinero era para él como la razón del vivir, como la florescencia, el fruto y flor de la vida. Carecer de ello se asemejaba a un árbol que tiene raíces, leña y hojas: pero nunca se viste de flores ni se engalana de fruto alguno. ¡Disponer, pues, de aquella savia social y no nutrirse de ella, no cubrirse de la hermosa gala de la vida, pudiendo hacerlo; no dar a los labios el auténtico sabor de humanidad, teniéndolo tan a la mano...! ¡Oh!, esto era superior a su conciencia de hombre, a su respeto de hijo. En el estado actual del mundo, la vida sin moneda es una vida teórica, un mecanismo fisiológico, que hace de los hombres muñecos para divertir a los verdaderos hombres, a los que están provistos de aquel jugo vital. Hemos de remontarnos a la época del pastoreo para imaginar al hombre indiferente a las ideas de *tuyo* y *mío*, y considerarlo como tal hombre a pesar de la mutilación de esa víscera que se llama bolsillo. Esto pensaba Miquis, y añadía Cienfuegos que no era mutilación la voz propia, sino que aquella entraña estuvo mucho tiempo en forma rudimentaria, y así siguió hasta que el uso hizo de un elemento orgánico un verdadero órgano.

¡Pobre Miquis, qué cosas pensaba para disculparse a sí mismo y atenuar la falta que le atormentaba! Y derretía de lo lindo el dinero más en el prójimo que en sí mismo. Era en esto secuaz ardiente del Evangelio. Desde que un amigo se veía en apuro, lo que pasaba un día sí y otro no, ya le faltaba tiempo a Miquis para volar a socorrerle. Muchos—¡tales traiciones tiene la amistad!—fingían penurias para sacarle dinero y gastarlo en francachelas. En la cómoda tenía los billetes, y conforme iba necesitando jugo, iba sacando de aquel depósito, sin enterarse de lo que salía ni de lo que daba.

Porque Miquis, dirémoslo claro, era refractario a la cantidad. Así como el aceite sobrenada en el agua sin penetrar jamás en ella, así la idea de cantidad flotaba sobre el espíritu de Alejandro, saturado de poesía, de ideales. Si teóricamente distinguía bien la idea de 100 de la de 10, en el tráfago del vivir, cuando aquellas cifras eran cosa monetaria, venían a resultar indistintas, cual los tamaños y forma de las nubes. ¡Ay, cómo resbalan en vuestras rosadas manos, ¡oh Musas locas!, estos pedazos de papel, hechura de los modernos bancos, y que llevan impresos, como signo de andar aprisa, los alados borceguíes de vuestro hermanito Mercurio!

Porque habíais de ver al célebre manchego entrando en una y otra tienda para comprar cosas que, a su parecer, necesitaba, y metiéndose en las librerías para adquirir todo lo nuevo y bonito, obras de lujo que maldita falta le hacían, y que vistas una vez no servían para nada. En los puestos de libros dejó también puñados de dinero, porque no había autor clásico o romántico, español o extranjero, que él no quisiera poseer. Para enterarse bien de todo lo que compraba, necesitaría la vida eterna.

Pero la mayor parte de sus caudales no tomaban el camino de las librerías. Iban presurosos hacia otra parte, llevados por magnética o nerviosa corriente... ¡Pobre Alejandro! Sus compañeros de casa conocían bien el género de vida que llevaba, y los unos con interés y lástima, los otros con desdén y mofa, hacían comentarios mil y tristísimos augurios.

—Es un perdido. ¡Lástima de talento!... Corazón demasiado grande y jamás harto de sensaciones... ¡Pobre Alejandro! Se consume en su propio fuego.

—Es un tontaina... Cualquiera le engaña... Pero de ésta las pagará todas juntas, porque me parece que se lo sorben.

El bondadoso Zalamero le disculpaba diciendo: «Se detendrá a tiempo.» Poleró le zahería, Arias y Guevara le desollaban. El informal Cienfuegos afectaba un interés fraternal por Alejandro, y lo expresaba así: «Le voy a coger de una oreja y a sujetarle... ¡Vicioso! Yo le quiero mucho: impediré que corra al abismo... Verán, verán ustedes...» Pero con tanto hablar no hacía nada, y era el primero que, a solas con él, disculpaba sus errores.

Por su parte, Miquis se mostraba cada vez más esquivo con sus compañeros. No iba de tertulia al cuarto de ninguno de ellos; había cerrado el suyo a las reuniones tumultuosas de las tardes, y muchos días faltaba a comer, lo que ponía en gran confusión y sobresalto al ama de la casa.

—Este don Dulcineo del Toboso arruinará a su padre—decía—. No estudia, y gasta el dinero que es un primor. ¡Pobre padre!

Más de una vez, cuando le pillaba solo y en buena ocasión, se permitía sermonearle cariñosa. Era buena Virginia y gustaba de hacer de madre con los huéspedes.

—Pero don Alejandro..., está usted muy echadito a perder. Su papá haciendo tanto sacrificio, y usted aquí gastándole el dinero, y lo que es peor, sin estudiar... Porque dicen que no coge un libro de los de clase, y es lástima .. Dice don Basilio que usted es el de más talento que hay en la casa. Y ¿de qué le sirve? Porque eso de las comedias... desengáñese usted, niño: eso no da de comer... Y, sobre todo, no sea usted perdido, no gaste su salud. En Madrid hay mucha perdición. ¡Pobres chicos, y cómo caen en las trampas que les arman por ahí! ¡Qué bribonadas! Crea usted que me pongo furiosa. ¡Cuándo habrá un Gobierno, Señor, un Gobierno que haga una buena limpia de gentuza, echando una red en que ningún pájaro se escape...! Los padres lo agradecerían. Anoche estábamos hablando de esto, y el señor Caña dijo que tengo razón... Conque, don Dulcineo, no sea malo. ¿Se va usted a enmendar? ¿Me lo promete usted?... Dice que sí, y después como si tal cosa... A ver, sea usted franco conmigo: ¿qué gusto encuentra en ser malo? ¿No se cansa, no se aburre?... Porque a otros engañará usted, haciéndose pasar por un santito; pero a mí, no. A ver, dígame, confiese, tenga conmigo franqueza..., yo no lo he de decir a nadie. ¿En dónde se pasa las noches? ¿Por qué viene a casa a las tantas de la mañana? ¡Ah!, Si fuera usted hijo mío, a bofetones de cuello vuelto le enderezaba.

Atendía sonriendo el estudiante a estas razones y parecía conforme con ellas. Sin duda había en su alma propósitos de enmienda... Y en prueba de ello, viósele algunos días bastante corregido: entraba temprano, iba a clase; pero lentamente a las andadas volvía y a su vida miserable.

Su capital mermaba rápidamente, creciendo en igual grado sus remordimientos. Cuando pensaba en la ira de su padre, entrábanle congojas. Era don Pedro Miquis de carácter violento, y como llegara a entender el uso que había hecho su hijo del dinero recibido de una loca, bueno se pondría. Falta grave, delito más bien, había cometido Alejandro. Con ninguna argucia podía disculparse ni acallar su conciencia; y cuando el

dinero se acababa, cuando anunciadas por síntomas lúgubres volvían las escaseces, iba faltando ya el atenuador de los remordimientos, que era el dinero mismo y los goces que proporcionaba.

Una carta de su padre le puso en gran zozobra. «Me han asegurado—le decía—que te estás dando vida de príncipe. Haz el favor de explicarme esto.» Cobarde para afrontar la verdad, negó, y a poco le escribía su padre: «Trata de averiguar con buenos modos si la tiita ha realizado una cierta cantidad de juros, etcétera... Es lástima que intereses de cuantía estén en manos de una demente...»

Para ahogar la pena que esto le causaba érale preciso engolfarse en el arte, sumergirse en sus ondas purísimas y engañar la imaginación con soñados triunfos y delicias. Como otros lo están de vanidad, estaba él hinchado de optimismo. *El Grande Osuna* se presentaría en aquella temporada. Dudar esto era como no ver la luz del sol. Teníalo Alejandro por tan seguro como si viera la obra en los carteles. ¿Qué más? Siempre que leía un periódico se asombraba de que las gacetillas no anunciaran ya el estreno, y deploraba lo mal montado que está el servicio de noticias teatrales. Siempre que sonaba la campanilla de la casa salía presuroso, creyendo que venía recado del empresario llamándole. El curso de uno y otro día sin cartas, sin gacetillas, sin recado, no le quitaba su dulce ilusión... Sentía lástima de los que no eran autores de *El Grande Osuna*, y de Madrid por lo mucho que tardaba en gozarlo.

Pues bien: representada la obra, había de tener éxito colosal. Esto era como el Evangelio. Le daría mucho, muchísimo dinero... Con este capital tendría lo bastante para reintegrar a su padre el dinero de la loca... ¡Hermoso plan! Y podría hacerlo sin que su padre se enterase de nada. ¡Vaya una cartita que le pondría! «Mi querido papá: Ayer me entregó la tiita dieciséis mil doscientos doce reales..., etc. Usted me dirá cómo se los envío, o si los entrego a...» Lo más bonito era que, después de este rasgo de honradez y respeto filial, aún le había de quedar abundante moneda para seguir divirtiéndose... ¡Y luego...! Tenía ya pensada otra obra que al teatro llevaría en cuanto se representara *El Grande Osuna*... ¡Vaya una obrita! Se había de llamar *El condenado por confiado*, y era cosa sublime: un señor de horca y cuchillo que se hacía fraile, y, después de hecho fraile, se enamoraba de una monja... En fin, había tela, y honda materia dramática, religiosa y hasta filosófica. Con los inefables placeres mentales de la gestación se consolaba el infeliz de sus dolores morales y físicos.

Físicos, sí, porque empezaba a padecer cruelmente de una como debilidad general con desvanecimientos de cabeza. La tos, penosísima, le quitaba el sueño; no apetecía más que golosinas, y se alimentaba con caramelos, café y fruta. Para que la depravación de su paladar fuera completa, hasta llegó a aceptar invitaciones de su tía, y se hartaba de gachas, cañamones, y bebía tazones de salvia. Por grandes que fueran sus sufrimientos, nunca tuvo aprensión ni miedo a la muerte. Su optimismo le llevaba hasta creerse poco menos que exento del fuero de la Parca; y el hábito de mirar cara a cara a la inmortalidad, inspirábale confianza en su existencia carnal, y con la confianza, el deseo de comprometerla a cada instante. Por esto dijo tantas veces: «La pulmonía que a mí me ha de matar no se ha fundido aún.»

VII

La tertulia que se había formado en el gabinete de Alejandro pasó, a causa de los desvíos de éste, al cuarto de Arias Ortiz. Este era muy devoto de Balzac, lo tenía casi completo, y a los personajes de la *Comedia humana* conocía como si los hubiera tratado. Rastignac, el barón Nucingen, Ronquerolles, Vautrin, Adjuda Pinto, Grandet, Gobseck, Chabert, el primo Pons y los demás, éranle tan familiares como sus amigos. Locamente aficionado a la música, era el más inteligente de todos en este arte. Como la reunión era en su cuarto, decía que *daba el té* y que *se quedaba en casa*. Era un salón literario y artístico. La parte de concierto corría a cargo del mismo Arias, que tenía prodigiosa memoria musical.

Formóse, pues, una sociedad comanditaria para tomar café mañana y tarde. Poleró había trazado un plan, ¡oh

grandeza de los principios económicos!, y resultaba que, haciendo el café en una maquinilla, salía a cuatro cuartos por barba y taza. Además, era mejor que el del café. Por las noches, a primera hora, aquello era una Babel. Poca gracia le hacían a doña Virginia los planes económicos de Poleró, por el gran estrépito que de ellos resultaba: y Alberique, que en casos tales la echaba muy de bravo, decía que los iba a tirar a todos por el balcón. Una noche que daba gritos en el comedor, salió Poleró del cuarto, y, con serenidad burlona, le dijo:

—Señor Alberique..., parece que está usted incomodado, y que me ha nombrado usted... Repítalo delante de mí, porque quiero enterarme.

Amedrentado el berberisco, respondió con gruñido de lisonja:

—Nada, señor Poleró... Sostenía que tiene usted mucho talento.

Pero el catalán, por seguir la camorra, decía:

—Y usted ¿qué sabe si yo tengo talento o no?...

Virginia, deseando paz, daba algún dinero a su fornido esposo para que se fuese a correrla al café o al billar. Ya se sabía que el morazo no había de volver hasta la madrugada.

Volvió Poleró al cuarto-casino a referir la escena. Felipe no descansaba un momento en la noble tarea de hacer el café. Salía y entraba con éste o el otro recado del comedor al cuarto, del cuarto a la cocina.

—Doña Virginia, que si quiere usted café.

—No, hijo; que les aproveche.

—Doña Virginia, que me dé usted otra taza.

—Que manden por ella a la cacharrería.

En el cuarto crecía el barullo y se espesaba la atmósfera.

—No eches todavía el agua caliente.

—¡Pero si esta taza está sucia!... ¡Felipe!...

—Falta una cucharilla... *¡Doctor!*...

—¡Alguien se ha comido el azúcar!... ¡Centeno!

—Si ya hierve.

—No hacerlo muy fuerte, que quita el sueño.

—¡Eh!, cuidado, que se come un terrón *Julián de Capadocia*...

—¡Felipe!... Pero ¿dónde se mete éste?

—Si ha ido por cigarros.

—*El de los prismas* está aún en su cuarto, de punta en blanco, con el mondadientes de plata en la boca. Está haciendo tiempo a ver si le convidamos.

—No convidarle.

—Dádselo sin azúcar... ¡Eh..., Felipe...!

—Y Zalamero, ¿dónde está?

—Ahora viene.

El señor de los prismas, antes de partir para la calle, llegábase a la puerta y saludaba cortésmente a todos.

—¿Usted gusta?

—Gracias...

—Y ¿cuándo...?

—Si quieren ustedes algo para París...

Risas generales y sofocadas.

—Aguarde usted y le daremos una taza de café.

—Son ustedes muy amables...

—Y don Basilio, ¿ha salido?... Felipe, llama a don Basilio.

—Permítanme ustedes, señores—decía el redactor de Hacienda, asomándose a la puerta—. Hace tiempo que he renunciado al café, porque me quita el sueño. Si me hicieran el favor de un poco de azúcar para un vaso de agua...

—Oro molido que fuera...

—Pues muchas gracias... Permítanme ustedes que me retire. Me toca hacer artículo esta noche.

—Don Leopoldo, nos va usted a traer de París una buena maquinilla de café... ¡Felipe!

—No tienen más que darme una notita... No: lo apuntaré en mi cartera.

—Apunte usted... Maquinilla de hacer café, para... doce tazas.

—Bien, bien; no se me olvida ya...

—Tome usted... vea si tiene poco azúcar...

—Si no tiene ninguno.

—¡Felipe..., condenado..., el azúcar!

—¡Un terrón!

—Pero ¿dónde está el azúcar?

—Se lo ha comido *Julián de Capadocia*.

—Todos están concluyendo su ración, y no ha sobrado nada de azúcar... Qué descuido!

—Señores, si esto es veneno...

—Perdone usted, don Leopoldo...

—Abajo con él... Aunque sea amargo...

—Así es más estomacal.

—Muchas gracias, señores...

—Que usted se divierta mucho, y haga muchas conquistas estas noches.

Sale Montes. Jaleo, risas, música... Oyese aquello de *Don Basilio, giungete a tempo... La calumnia cos'è, voi non sapete?... Se don Basilio venessi a ricercarni, ditelli ch'aspetti,* y otras frases en que sonaba el venerable nombre de aquel buen sujeto que estaba no lejos de allí, sacando de su seco caletre el tremendo artículo sobre el *déficit,* todo números y cálculos; artículo que si alguno lo leyera se quedaría yerto de patriótico espanto.

Lo mismo Poleró que Arias y el propio Miquis tenían, de tiempo atrás, vivísimos deseos de entablar conversación con el taciturno huésped don Jesús Delgado, para del coloquio pasar a la confianza y poder con ella penetrar el misterio de aquel hombre y sus inexplicables quehaceres epistolares. Todo era inútil. Sucesivas noches le enviaron con Felipe un recado invitándole a tomar café. Pero respondía siempre con mucha finura, dando las gracias y declinando el honor que se le hacía.

Poleró, con ardiente curiosidad, no perdía ocasión de hablarle. Si le encontraba por acaso en el pasillo, le detenía:

—Muy ocupado, ¿eh?...

—¡Ah!... Eso siempre, figúrese usted. ¡Oh!...—respondía el otro, haciendo visajes, pues los nervios de su cara estaban siempre tan alborotados, que ninguna facción quería estar en su sitio.

Otra vez le decía el catalán:

—¿Estuvo usted malo anoche? Me parece que le sentí levantarse...

—No, señor... ¡Oh!, trabajando hasta la madrugada... Figúrese usted..., a lo mejor recibo trece, catorce, quince cartas, y a todas, ¡ah!, he de contestar, Buenas noches.

Poleró vivía en el cuarto próximo al de don Jesús Delgado, y algunas noches, subiéndose en una silla, se asomaba a un tragaluz abierto en lo alto del tabique. Había observado que el bendito señor, cuando no se paseaba de largo a largo por la habitación, escribía cartas en su pupitre.

Conforme iba despachando epístolas, les ponía los sobres; luego, los sellos, de que tenía buen acopio, y las agrupaba a un lado, y con las contestadas hacía gruesos paquetes que guardaba en un arcón. Como nunca salía a la calle sino para ir al Correo, y al salir echaba la llave a su cuarto, no había medio de penetrar en la misteriosa oficina. Receloso hasta lo sumo y atento siempre a su secreto, si secreto había, don Jesús no evacuaba la plaza ni en el acto de la limpieza, y se tragaba todo el polvo del barrido antes que dejar expuestos sus papeles a un ataque de los huéspedes.

Arias sostenía que Delgado, hombre ya próximo a los cincuenta, tenía una novia perpetua, relaciones de esas que no terminan ni en el matrimonio ni en el olvido; pero este caso de platonismo de toda la vida, verosímil en el melancólico personaje, no explicaba las catorce cartas, a no ser que tuviera don Jesús catorce novias platónicas, todas poseídas de epistolaria demencia.

Aportó Zalamero algunos antecedentes del señor Delgado. Pertenecía éste a una familia bastante acomodada; era soltero, y había servido veinte años en la Dirección de Instrucción Pública, desempeñando uno de los mejores destinos. Le apoyaban eminencias del partido moderado. Zalamero no recordaba bien qué clase de disgustos, qué contrariedades oficinescas obligaron a tan apreciable sujeto a dejar su destino. Tiempo hacía que estaba cesante, y la familia le trataba como a loco pacífico, sin tener con él relaciones directas.

Una noche, aguijoneados por su ardiente curiosidad, hicieron propósito los huéspedes de sacarle del cuarto, valiéndose de cualquier ardid, aunque no fuese prudente ni delicado. Invitáronle a tomar café, y como contestara negativamente, dando las gracias, imaginaron atacarle con una burla de gran aparato. Miquis redactó al instante un mensaje, y se encargaron de llevarlo Poleró y Sánchez de Guevara, para cuyo acto solemne el primero se puso un frac viejo de don Basilio y el segundo su uniforme. Entraron con toda ceremonia en el aposento, y, sin preámbulo alguno, sacó Poleró su papel y empezó a leer con enfática entonación lo que sigue:

«Excelentísimo señor don Jesús Delgado: Los que suscriben, hospedados en esta su casa, se atreven a interrumpir las graves ocupaciones de usted para rogarle se digne aceptar una taza de negro café en el humilde albergue en que

la amistad los reúne. Aunque la fraternidad que informa los actos de personas aposentadas bajo un mismo techo justifica por sí este acto, los que suscriben, excelentísimo señor, quieren dar a la presente manifestación un móvil y origen superiores a los que tendría si fuese un simple arranque de urbanidad; quieren, ¡oh!, derivarla de los sentimientos de admiración y respeto hacia la augusta persona que ha prestado tan eminentes servicios al país y al mundo entero en el importante y florido ramo de la Instrucción Pública.

»Siendo los que suscriben, señor Delgado, escolares que aspiran a la posesión del saber en diferentes artes y ciencias, no pueden menos de sentirse orgullosísimos de vivir junto al insigne estadista que en doctas y previsoras leyes ha sabido trazar el camino por donde la juvuentud marcha a la conquista del Vellocino de Hierro de los modernos tiempos, señor don Jesús, que es la Instrucción.

»Los que suscriben, excelentísimo señor, esperan que usted, con la modestia del verdadero mérito, aceptará esta humildísima prueba del respeto, de la consideración, del entusiasmo de sus compañeros de casa; y si tal honra merecer, tendrán por feliz y gloriosa, entre todas las noches, la noche del 4 de noviembre de 1863...»

Seguían las firmas.

La seriedad del acto, el tono grave y ampuloso de Poleró, pusieron a don Jesús Delgado como quien ve visiones. No supo qué contestar: todo se le volvía inclinarse y balbucir gratitudes... Cuando dijo Poleró lo de los servicios a la Instrucción Pública y del florido ramo, medio se enterneció el hombre y estuvo a punto de llorar.

Fué, mejor dicho, le llevaron casi a rastras; y cuando entró en el cuarto, precedido de la Comisión, recibiéronle todos con ruidosos aplausos. El bienaventurado don Jesús estaba perplejo, conmovido y tan creído de la verdad de lo que pasaba, que no se daba cuenta de la burla. Mientras tomaba café, los otros le abrumaron a cumplidos, lisonjas y felicitaciones de celebérrimos trabajos. Poleró era el único que faltaba, porque se había encargado de examinar las cartas y descubrir el secreto; acción que no consideraron villana, tratándose de un loco.

Diríase que a don Jesús le quemaba el asiento. Apenas apuró la taza, ya quería irse. Su turbación y cortedad eran grandes.

—Un momento más—le decían, deteniéndole casi a la fuerza.

—Si ustedes, ¡oh!, me permitieran retirarme...—respondía él con timidez—. Apenas he empezado mi tarea...

Por fin le soltaron. Una comisión había de acompañarle hasta su domicilio. Todo se hizo con aparato y cortesana pompa. Cuando el infeliz se encerró de nuevo, vierais a Poleró entrar en el cuarto tapándose la boca para contener la risa. Se tiró en una cama, porque su hilaridad y los esfuerzos que hacía para sofocarla y no meter ruido, le daban convulsiones...

—Pero qué, pero ¿qué es?...

—No podéis figuraros.

—¿Qué cartas son ésas?

—La locura más graciosa que se puede hallar.

—¿Quién le escribe? ¿A quién escribe?

—¡Si no lo hubiera visto...!

—¿A la reina?

—No.

—¿Al Papa?

—No... Asombraos todos. Se escribe las cartas a sí mismo...

—¿Y las recibe?

—De sí mismo. Todas las cartas están encabezadas: «Señor don Jesús Delgado: Muy señor mío...», y todas concluyen así: «Su seguro y atento servidor, Jesús Delgado.»

¡Qué risas, qué algazaras!

—¿Se le da un bromazo, sí o no?

—Hombre, ¿mayor que el de esta noche?...

—Mayor, sí; mayor.

Poleró contó, en breves términos, lo que decían algunas cartas. Todo era referente a extraños planes de Instrucción Pública. En algunas despachaba consultas sobre delicadísimos puntos de la misma materia. No estaban mal escritas, pero sí salpimentadas con las exclamaciones «¡Ah!, ¡Oh!», que usaba también hablando.

—Sí; de la Dirección le echaron por loco—indicó Zalamero—. Ahora recuerdo: empezaron a notar rarezas en sus informes, y extrañísimas teorías traducidas del alemán. Por tales ideas estram-

bóticas tuvo el director un gran disgusto con el arzobispo de Toledo.

—¿Conque se le da el bromazo?

—¿Cómo? ¡Ah!, ya... Escribiéndole una carta firmada por él mismo.

—Eso, eso...—clamó Poleró—. A ver quién imita su letra. Le he quitado una carta.

—Venga—manifestó Cienfuegos, que se creía con aptitud para el caso—. Yo la imitaré.

—Que ponga Miquis el borrador. Entérate, Alejandro, de las tonterías que dice, y no omitas las interjecciones.

—Mañana... Es preciso sustraerle un poco de esta hermosa tinta violada que usa... Felipe, mañana, cuando limpie la chica el cuarto, entras a ayudar, y...

—Convenido. ¡Qué lance!...

—Señores, las diez...—gritó Sánchez de Guevara, blandiendo el espadín—. Es hora de estudiar. Se levanta la broma.

—Hasta mañana.

VIII

El sábado, por la noche, casi todos los huéspedes fueron al paraíso del teatro Real. Miquis llevó a Felipe, que no había estado nunca, y se quedó medio atontado ante lo que veía y oía, cual si estuviera en un mundo distinto del que habitamos. Cosas y personas se le representaban engrandecidas y sublimadas por ignorado poder de magia. Aquello no era natural: era sueño, ocio de los sentidos y mentira del alma. Tanta señora guapa en los palcos; el deslumbrador abismo de rojo y oro, de hermosura y luces, que desde arriba presenta la cavidad del teatro; la escena grandísima, con aquellos señores que salían a cantar, ahora solos, ahora en bandadas; la muchedumbre de músicos que en aquel andén tocaban tanto instrumento; los deformes contrabajos, las doradas arpas, los aplausos, el canto, el silencio, el ruido, la atmósfera espesa..., todo causaba al *Doctor* suspensión del ánimo y cierto embarazo de la palabra. Se reían los demás de verle con la boca abierta, atento, lelo, y sin responder cuando le decían: «¿Qué tal, *Doctor*; qué te parece esto?» El miedo de decir alguna barbaridad le tenía mudo.

Zalamero y Virginia estaban en una de las filas más altas; abajito, junto a la escalera de la derecha, en apretada falange, todos los demás huéspedes, alborotando más de lo regular y dando broma a don Leopoldo Montes, que acompañaba, no lejos de allí, a unas cursis de mal pelaje. Aplaudían furiosamente a Mario, que aquella noche cantaba. En los entreactos, Montes, por darse humos de una opinión musical, mostrábase partidario de lo pasado, y, alzando la voz en su defensa, decía:

—¡Si hubieran oído ustedes al célebre Moriani, el tenor de la *bella morte!* Yo le oí en París... Aquél sí lo reunía todo: voz y canto; no era como este ídolo de ustedes, a quien sólo se puede admirar *bajo el prisma* del estilo.

En pie, para dejarse ver y oír, el tal Montes, tieso y bigotudo, con la ropa muy ceñida para lucir las formas, llamaba la atención de medio paraíso por su arrogancia cursilona, su cabeza llena de bandolina, sus aires pedantescos y sus ridículas pretensiones de hombre de mundo... Poleró estimulaba la fatuidad de Montes con chanceras lisonjas, y todos se divertían atrozmente con la buena música, los bandos musicales, las cursis, las apreturas y las bromas y agudezas propias de aquella caldeada región.

En la casa de huéspedes reinaba silencio gratísimo, en cuyo seno, como pez en el agua, la mente prolífica de don Basilio Andrés de la Caña escribía su centésimo artículo sobre el eterno tema, y era de ver cómo aquella máquina de guerra salía erizada de explosivas sumas y de cortantes guarismos. Cada vez que el redactor se pasaba la mano izquierda por la cabeza brotaba de la pluma, rápidamente meneada por la derecha, una chorretada de números que... ¡Pues si aquello lo leyera alguien, Dios poderoso!

Dos personas más había en la casa, igualmente silenciosas: la Bernardina, que se había puesto a coser junto a la mesa del comedor y dormitaba más que cosía, y don Jesús Delgado, que trabajaba en su cuarto con la constancia y fe de todas las noches. Antes de ponerse a escribir, leyó cuidadosamente el bendito señor en diversos libritos ingleses y alemanes; paseó un rato por la habitación, como discurriendo lo que iba a contestar; y, haciendo visajes y contorsiones, tomó luego la pluma, que no porque

fuera de estas de acero que ahora se usan, dejaremos llamar *bien cortada*. Le acompañaba un discreto y grave amigo, *Julián de Capadocia,* dormitando no lejos de la mesa, y a ratos levantaba la cabeza y le dirigía miradas cariñosas. Expresivo era el rostro del apacible can, y si hubiera tenido palabra le habría dicho: «¿Cómo va eso, señor Delgado?» Pero se lo decía con los ojos, y con los ojos también respondíale don Jesús: «Difícil tema es éste, ¡oh!, amigo *Capadocia*; allá veremos lo que sale.»

¿Era verdad lo que Poleró había dicho? Sí: toda la correspondencia que Delgado contestaba habíala escrito él mismo un día antes. El desgraciado huésped, cuya vida se nos presenta en tan raro misterio, así como los orígenes de su pacífico desorden mental, merecía bien el mote que le puso Arias Ortiz, ramplón helenista: le llamaba el *eautepistológrafos,* o sea, el que se escribe cartas a sí propio.

De las doce o catorce que había recibido aquella tarde, tomaba don Jesús una, la leía con atención cuidadosa, meditaba un rato sobre ella y luego la contestaba. Sucesivamente hacía lo mismo con las otras, alternando el leer y el escribir, hasta despachar la mitad del trabajo, quedándose la otra mitad para la mañana siguiente. He aquí una, tomada al azar del repleto archivo del arcón:

«Señor don Jesús Delgado.

»Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Recibí su atenta, fecha 28 de octubre, y me apresuro a contestarle que su admirable plan de la *Educación Completa* no es ni será comprendido por esta caterva rutinaria de la Dirección, incapaz de salir, ¡oh!, de los antiguos moldes. Pasarán años: será preciso que todo el régimen del Estado varíe; que la sociedad se conmueva para sacudir su modorra; que pensamientos nuevos y nueva luz entren en el cerebro narcotizado y tenebroso de la nación; y aun así, ¡oh!, la reforma que usted quiere implantar no será un hecho si no dedica usted un siglo más al ensayo y tanteo de su difícil aplicación. Vino usted al mundo, ¡oh!, antes de tiempo, amigo mío. Lo mejor que puede hacer ahora, para no aburrirse aquí con tan larga espera, es darse una vuelta por la Eternidad y volver dentro de un siglo y medio, año menos, año más.

»Entonces el Gobierno pensará de otra manera, y habrá caído en total descrédito la educación de adorno que ahora prevalece, compuesta de conocimientos necios, baldíos y de relumbrón, como las pinturas ridículas con que se engalanan los salvajes.

»Cuando usted vuelva, la sociedad habrá comprendido que en todo el curso de la vida lo importante, ¡ah!, no es *parecer,* sino *ser,* y que a este principio debe sujetarse la educación.

»Deseo que usted explane sus ideas sobre esto demostrando que el fin educativo es *prepararnos a vivir con vida completa.* Espero en su próxima carta una *clasificación de las principales direcciones de la actividad que constituyen la vida humana,* para deducir, ¡oh!, cuál es la educación que debe preferirse, según la condición y fines de aquellas direcciones de la actividad.

»Entre tanto llega su deseada carta, se repite de usted, ¡oh!, atento servidor, q. b. s. m.,

Jesús Delgado.»

Este tono grave no lo empleaba en todas sus cartas; las escribía también familiares, como la muestra:

«Querido Jesús: Por la tuya del 7 veo lo atareado que estás en esa oficina de la *Educación Completa,* establecida en el séptimo cielo, círculo tercero a mano derecha. ¡Pobrecito, tener que contestar tanta carta, venida de remotos países!... Veo que los amigos Froebel y Pestalozzi no te ayudan en nada. ¡Qué pícaros!

»La familia, buena. Estamos ensayando en los niños tu sistema de educación recreativa, ¡oh!, que forma parte de la completa. Esto de enseñarles jugando es invención, como tuya, donosísima. Hemos tirado a la basura todos los librotes indigestos que los chicos tenían, y en su lugar les hemos dado herramientas de fácil manejo, lápices y colores, cartón para hacer casitas, y otras menudencias dispuestas conforme a lo que mandas.

»Sofía está otra vez en estado interesante y muy avanzada... ¡Cómo ha de ser!... Mi *sabiduría* me da un hijo cada año. Venga, y le educaremos jugando. Nos harán falta pronto tus ideas sobre

la lactancia. Escríbenos sin dilación, que quizá mañana empecemos a necesitar tus teorías lactatorias. ¿qué digo, mañana?, ahora mismo...; me avisan que Sofía..., ¡ah!, ¡oh!, no puedo seguir. Adiós.

Jesús.»

Aquella noche, como dije, despachaba tranquilamente Delgado su correspondencia, cuando de pronto, al abrir una de las cartas y leerla, se quedó turbado, frío, y empezó a hacer tales visajes y contorsiones, que la cara se le desbaratada, cual si quisiera protestar contra las leyes anatómicas; a leer volvía, no dando crédito a sus ojos, y saltaba en el duro asiento. Sin duda, le acometió el mal de San Vito. Levantóse, dió varios paseos, leyó de nuevo... ¿Qué carta era aquella que tanto le trastornaba? ¡Su letra, su tinta! ¡Eran el encabezamiento y firma como los de todas las suyas!

Leída por séptima vez, vió que decía:

«Señor Don Jesús Delgado.

»Mi estimado amigo: El contenido de su gratísima del 2 de noviembre, en que se manifiesta desesperanzado del éxito de su grandioso plan de *Educación Completa,* me ha producido, ¡oh!, dolorosa impresión. Pues qué, varón insigne, filósofo eximio, genio sin segundo, ¿será posible que desmaye usted cuando llega el momento de dar cima a su alta empresa y coronar con triunfo y galardón admirable sus gloriosísimos, sus inmortales estudios? No, amigo; hemos llegado a la cima, hemos escrito el *omega*, y la frente del santo reformador, del Jesús, del Cristo de la Educación, aparecerá coronada de las estrellas de la práctica en el trono refulgente de la realidad.

»Usted, mi sabio amigo, engolfado en el tumultuoso piélago de las cartas que de apartadas regiones, playas y continentes le dirigen, no ha apreciado el veloz paso del tiempo. *¡Han transcurrido veinte años sin que usted se dé cuenta de ello!* Ya no existen aquellos rutinarios moldes que se oponían a la *Educación Completa.* Todo ha variado, egregio hierofante: la sociedad ha vencido su letal modorra, y despabiladísima aguarda las ideas del legislador de la enseñanza.

»En este lapso, ¿no sabe usted que, al fin, ha sido derrocado el trono secular, y con él han desaparecido las prácticas añosas y las ideas rancias? Cual generosa espada cubierta de orín, que en un momento es limpiada y recobra su hermosura, temple y brillo, así la nación se ha limpiado su mugre. Nuevas instituciones tenemos ya, ¡oh!, y nuevos caracteres y principios. La hora de que el gran reformador salga de su escondite y manifieste al mundo, atónito, sus planes, ha llegado, señor don Jesús. ¡Viva el Mesías de la *Educación Completa*, base de la *Completa Vida!*

»Con ferviente entusiasmo le saluda y abraza su afectísimo,

Jesús Delgado.»

Mientras más el infeliz leía, mayor era su desasosiego. Estaba el pobre como fuera de sí, con grandísima zozobra en su alma. Pero mucho más se alteró cuando, al fijarse en la fecha de la carta, vió que claramente decía: «8 de noviembre de 1883...» Se le erizaba el cabello mirando estos guarismos. Tal efecto le hicieron, que sus nervios se desataron en vibración loca, y, empezando por dar vueltas en la habitación, luego salió disparado al pasillo.

Julián, ¡cosa extraña y rara vez acontecida!, ladraba tras él... Pero ¡cómo ladraba el bueno de *Capadocia!* Era el canino lenguaje un aullar lastimero que más tenía de exhortación de amigo que de amenazas de guardián. Asustado del ruido salió don Basilio, y con cariño puso la mano en el hombro del *eautepistológrafos*, y el dijo:

—¿Qué le pasa al buen amigo? El tiempo Sur es malo, ¿eh?

Pero Delgado se metió bruscamente en su cuarto, sin responder nada al de la Caña, lo que sorprendió mucho a éste, por ser don Jesús la misma cortesía. Bernardina salió también, y entre los dos hicieron callar a *Julián.*

—¡Este maldito tiempo Sur!...—repetía don Basilio, acompañando a la Bernardina hasta el comedor y sentándose a su lado.

—Esta noche le da fuerte. ¿Dice que es el viento? Hasta *Julián* se encalabrina...—observó la moza; y don Basilio, recreándose en contemplar los torneados brazos de ella, repetía:

—Este maldito viento Sur no sé lo que tiene. También a mí me pone la cabeza... y los nervios... no sé cómo.

IX

Al siguiente día, doña Virginia, malhumorada con los huéspedes, les hablaba así:

—¡Alguna picardía me le han hecho ustedes a ese bendito don Jesús! Como yo lo descubra, van todos a la calle. Cuidado con echármele a perder, que él con nadie se mete, y es el hombre más calladito, más respetuoso que se puede ver... ¡Ay de aquel que me lo trastorne con bromas pesadas!... Me parece que voy a dar azotes... Porque si yo tuviera muchos huéspedes como don Jesús, no quería más. El no dice esta boca es mía; jamás me ha roto un plato; no alborota ni es tragón... Todos los meses viene un señor de la familia y me pregunta: «¿Cómo está? ¿Sigue pacífico?», y yo le digo: «Está como un ángel, y de buen color...» El encargado abre una *miajita* de la puerta para verle... Siempre en su faena de las cartas, ¡pobre ángel!... Después me paga el hospedaje en bonitos napoleones, y hasta otro mes...

Estas exhortaciones de la hermosa Virginia no hacían efecto. Los muy tunos idearon otra broma aquella misma noche (que fué la del lunes), y al punto la pusieron por obra. Escribieron al *eautepistológrafos* una carta con su imitada letra y tinta; pero, para confundirle más, la firmaron así: «Su afectísimo amigo y capellán, *Julián de Capadocia.*»

Y, dando las señas de la casa, rogaban al señor don Jesús pronta contestación a un difícil punto que el firmante se permitía someter al elevado criterio de nuestro reformador pacífico. Pasaron dos días, y la contestación no llegaba. Pero una tarde, hallándose todos en casa en expectativa de la anhelada respuesta, llamó el cartero del interior, el cual, después de entregar la diaria remesa de don Jesús, enseñó otra carta, diciendo:

—¿Don Julián de Capadocia?

—¡Aquí es, aquí es...!

Con febril alegría y curiosidad se reunieron a leer, y, puestos todos en rueda, leyó Alejandro en voz baja lo siguiente:

«Señor don Julián de Capadocia.

»Muy respetable señor mío y capellán: Por su atenta del 4 me he enterado del delicadísimo problema que se sirve someter a mi humilde criterio, esto es, cuáles serían los medios más adecuados para que usted pudiera reintegrarse a su ser total, y si los procedimientos de la *Educación Completa,* que tengo el honor de defender y propalar, serían eficaces para aquel alto fin.

»¡Ah!..., señor de Capadocia, diga usted a los mal educados jóvenes que le han dirigido a mí que no es de corazones nobles hacer escarnio de principios que no se comprenden; dígales que mis planes no son para perros ni para gandules que padecen, entre otros males, la mutilación del rudimento cristiano del respeto a los semejantes. Excluídos están, ¡ah!, todos ellos, por su grosería, por su falta de sentimiento social y caritativo, de los beneficios de la *Educación Completa.* Y pues el señor don Julián ha de tener sobre ellos alguna influencia, siquiera por el parentesco patológico o la comunidad de dolencia, convénzales de su triste situación, y hágales ver que están llenos de vicios físicos, morales e intelectuales. A los que heredaron de sus padres y maestros, reúnen los que ellos adquieren todos los días con su vida disipada y antihigiénica, así como en el estudiar vicioso. ¡Oh!, son enfermos que me dan lástima, porque veo mejor que nadie sus llagas horrorosas. Esos pobres tontos no comprenden que la adquisición de todo conocimiento tiene dos valores: uno como *saber,* y otro como *disciplina.* Este último, ¡ah!, lo desconocen, como el ciego de nacimiento desconoce la luz, estando rodeado de ella.

»Repítales usted estas palabras a todos, y particularmente a ese caballerito, autor de dramas, que le ha escrito a usted la carta. Ese es el más enfermo y el que más necesita de mejores aires. Es el más lisiado, ¡ah!, el más leproso, el más cojo, manco y ciego de la cuadrilla. Desconoce la moralidad física: el culto de la salud, tan respetable como el de la conciencia, como el de la inteligencia. Es un triple suicida; se está matando por tres partes a la vez, ¡pobre niño! A éste es al que más compadezco, por lo cual debe usted decirle, de mi parte, que lo mejor que puede hacer es morirse, para que resucite purificado.

»Esto dirá usted a sus amigos y con-

sejeros. Y usted, señor capellán, reciba una puntera de su afectísimo.

Jesús Delgado.»

Pasmados quedaron los muchachos del contenido de la epístola, en la cual, junto a los despropósitos, se veían razones y frases que demostraban agudo entendimiento. Por de pronto, don Jesús había comprendido la mofa que se le hacía, lo que probaba cierta limitación en su locura. Los burladores no sabían qué juicio formar de aquel hecho, y hubo pareceres distintos. Quién le tuvo por hombre superior, extraviado; quién, por un humano alambique de frases extraídas de doctos libros extranjeros, entonces desconocidos en España. Unos sentían lástima y aun algo de respeto, por lo cual no querían llevar adelante la jarana; otros, más audaces y atentos sólo a divertirse, sostuvieron que la carta era un hatajo de desatinos, y proponían escribirle más. Contra todos se desató en dicterios Virginia, porque le alborotaban su huésped más querido. Estaba furiosa y con ganas de poner a alguno en la calle. No lo hubiera hecho, sin embargo, si no le apretaran a ello otros sucesos peregrinos que contaremos sin pérdida de tiempo.

Alberique, moro de Cocentaina, tenía el genio repentino, irascible, fanfarrón, siempre que fuera pequeño el motivo que lo provocara. Contar los improperios que le decía a una pobre mosca que cometiera la irreverencia de posarse sobre sus dibujos, sin saber lo que hacía, fuera reunir aquí lo más atrabiliario y soez del idioma. Su mujer y Bernardina eran torpes, idiotas, bestias y acémilas con faldas. El solo tenía las manos delicadas; él solo sabía poner cada cosa en su sitio, sin manchar nada... La casa era *el puerto de arrebatacapas*. Allí no se podía tener nada. Tan pronto le cogían un lápiz para apuntar la ropa; tan pronto le quitaban el cazuelillo del agua para hacer guisotes. No se podía trabajar, no se podía vivir allí.

—¡Verbo! ¿Dónde están mis pinceles? ¡Verbísimo!, ya me han cogido la lámina con los dedos manchados de petróleo.

Esta era la música de todo el día cuando Alberique trabajaba. A la sazón traía entre manos una hermosa ejecutoria en vitela para cierto sujeto que había sido hecho marqués. El trabajo no carecía en mérito artístico ni de limpieza y minuciosidad benedictinas. Todo se volvía escudos tajados y tronchados, con sinople, rojo, blea, y mucha banda, lambeles, losanges, mallas y rustros.

Serían las once de aquel infausto día, cuando en toda la casa se oyó la terrorífica voz del berberisco, que así gritaba:

—¡Verbo! ¿Quién me echó esta gota de tinta encima del dragón de gules? Me recopilo en la re-espantadísima madre de Reus...

—Habrás sido tú, sin pensar...—murmuró Virginia, que, al estruendo, salió de la cocina con una sartén en la mano.

—¡Verbo!... Esto es un presidio... Si supiera quién fué el re-indecentísimo que me hizo esta cochinada, ahora mismo, ahora mismo le hacía una tortilla contra la pared.

Felipe entraba. Verle el morazo y lanzarse sobre él, como tigre hambriento sobre la espantada res, todo fué uno.

—¡Tú fuiste, perro; tú!

Sin darle tiempo a disculparse, le tendió de una bofetada en el suelo. Doña Virginia dudaba si salir o no a la defensa del chico. No lo hizo, porque le tenía cierta ojeriza a causa de los modos un tanto desenvueltos que había adquirido el *Doctor*, alentado por su amo y por los demás huéspedes, que le tenían cariño. La verdad en su lugar: Felipe había echado ciertas ínfulas que desdecían de su humilde condición. A la señora patrona respondía con malos modos, y no respetaba a los mayores. Para nombrar a Montes, solía decir el *tío prismas*, y al señor de Alberique le mostraba antipatía y menosprecio.

A los gritos que el muchacho daba acudieron Poleró y don Basilio. En el mismo instante, Felipe, revolviéndose iracundo, como cachorrillo herido, se levantó y buscó con sus trémulas manos un objeto sobre la mesa. No hubo de encontrar más que el cacharro con agua negruzca y dos o tres pinceles, y, cogiéndolo todo con prontitud, lo disparó contra la cabeza del moro. Este fué hacia él con ánimo de despachurrarle. Dios sabe lo que habría hecho si no se hubiera interpuesto Poleró.

—No sea usted bárbaro... No trate usted así a un pobre chico.

—Permítame usted, señor Alberique...

¿Está usted seguro de que ha sido él?...

—Y ustedes ¿qué tienen que ver aquí? —gritó el bárbaro...—Métanse en sus cosas, que yo me recopilo en la espantadísima...

—¡Eh!, no sea usted animal... No le aguanto a usted sus coces...

—¡Si cojo a uno...!—gruñía el moro acobardado.

—Le digo a usted—gritó Poleró con repentina cólera—, que no tiene usted que tocar a Felipe. Vaya usted noramala.

Corrió Centeno al cuarto de su amo. Alberique balbucía con estropajosa lengua excusas, blasfemias y amenazas. En esto, Virginia, que quería poner paz y evitar un escándalo, se llegó a él, diciéndole:

—No seas bestia... ¿A qué tanto grito para nada, por una gota...? ¡Qué hombre! No sé cómo...

El berberisco de Cocentaina, manso con los fuertes, tremendo con los humildes, halló en la oposición de su mujer buena coyuntura para mostrarse valeroso. Aquel león no era tal león si no tenía un cordero en que cebarse. Le habían quitado a Felipe; pues echaba la zarpa a su mujer. Como arma de fuego que se dispara, así soltó estas palabras:

—¿Y tú?... Mejor te callaras, grandísima...

¡Ay Dios mío, lo que salió de aquella boca! Abochornada la buena mujer de oírse calificar tan indignamente por su propio marido, estuvo un momento vacilante entre el llanto y el furor. Su espíritu enérgico decidióse al fin por lo último, y se fué derecha a él gritando:

—La culpa tengo yo que mantengo animales...

Palabrita tras palabrita, pronto vinieron los hechos. Ven, Homero, y canta esta colosal pelea. Virginia descargó de plano la sartén sobre la nefanda cabeza del moro, y éste agarró con su mano hercúlea el moño de ella... Gracias que los huéspedes acudieron todos a la defensa de la señora, que si no... En aquel punto entró Zalamero, y, sin decir nada, acometió furioso al berberisco, agarrándole por el pescuezo... Momento trágico con sus vislumbres humorísticas. Don Ramón de la Cruz, ¿en dónde estabas, que no fuiste a verlo? Cayóse el fez de Alberique, y a Zalamero se le abrió la camisa por el cuello...

—Señores... ¿qué es esto?

—Atrás...

—No faltaba más...

Don Basilio, que se empeñaba en sujetar a Alberique, sufrió la extirpación violenta de un callo, y todo se le volvía renegar de la pendencia y de los contendientes. Arias entró también. Poleró, pasado el peligro, reía de ver al relamido y moderadísimo Zalamero tan descompuesto y fuera de sí. Llorando, cual Magdalena, Virginia decía:

—¡Si no fuera por...! ¡Y que yo tenga en mi casa a semejante...!

—¿Qué escándalo es éste?—gritaba Arias.

Y Montes se presentaba también con aspavientos de dignidad, diciendo:

—Será preciso llamar una pareja de la veterana... Francamente, yo creí que en una casa como ésta...

Hasta el pacífico don Jesús Delgado compareció lleno de susto y alarma, pálido, en el lugar de la escena, mas no para aplacar a los combatientes.

—¿Qué es esto? ¡Oh!... Hace una hora que están llamando a la puerta, ¡ah!, y nadie va a abrir. Debe de ser el cartero.

Risas... Aún faltaba lo mejor. Entró Alejandro de improviso, y, sin más ni más, fuése derecho a Alberique y le cogió de la solapa. Atención:

—Oiga usted, cafre: me han dicho que ha pegado usted a mi criado...

—¡Verbo!... Yo... diré...

—Y todo, ¿por qué? Por estos mamarrachos—gritó Alejandro echando una ojeada a las pinturas heráldicas—. Mejor se ocupara usted de cavar, holgazán, y no en hacer estos adefesios.

Diciéndolo, cogió las láminas, hizo con ellas una pelota, vertió la tinta, esparció los pinceles. Furor, nuevo alboroto, risas, protestas.

—Me recopilo en el reputadísimo verbo y en la reputadísima madre...

—¡Eh!, poco a poco.

—Cállese usted...

—Váyase usted a hacer gárgaras...

—¡Le cojo y le...!

—Cuidado, don Alejandro.

—¡Perdido!...

—¡Si esta casa es un...!

—Permítanme ustedes, señores...

—¡Silencio!

—Nada; yo llamo a la pareja, porque, francamente, aunque la cosa no merece

la pena, si se mira *bajo el prisma* de la decencia...

—Don Alejandro, usted es un acá y un allá.

—Señores...

—Bruto...

—Paz, Paz... No es para tanto...

—¡Mis láminas... las tiene que pagar!

—Vaya usted a donde fué el padre Padilla.

Basta... Aquella tarde, cuando ya los ánimos de aplacaron, Virginia entró con altiva arrogancia patronil en el cuarto de Miquis. Considerando que la permanencia del manchego en la casa renovaría la escena lamentable de aquella mañana; considerando, además, que Alejandro había escrito las cartas que soliviantaron el pacífico ánimo de don Jesús Delgado, venía en sentenciar y sentenciaba que el don Alejandro no podía seguir más tiempo en tan ilustre casa. La notificación fué breve y expresiva:

—Don Alejandro, vengo a decir que hoy mismo me hará usted el favor de marcharse con su criado, sus dramas y sus literaturas.

II

PRINCIPIO DEL FIN

I

Oída la sentencia, se quedó el manchego un tanto perplejo y triste. Después de larga pausa, abrió meditabundo el cajón de la cómoda, donde guardaba su tesoro; sacó los restos de él, contó... ¡Tristísimo caso! Del pingüe caudal que le diera su tía no le quedaba ya cantidad suficiente para liquidar cuentas con Virginia. ¡Qué trágicas sorpresas ofrece el Destino a los hombres ricos!... Pero ¿por qué había de acobardarse? ¿Por ventura el crédito no equivale a dinero? Alejandro tenía crédito, y al punto, en caso tan apurado, iba a hacer uso de él. Salió con prisa, volvió más tarde con dos mil realejos en cuatro billetes muy lindos de a quinientos. No necesitaba tanto; pero bueno era estar preparado para las contingencias de un cambio de domicilio.

Hay días terribles, hay horas que debían ser borradas de la tabla del tiempo. ¡Por dónde se le antojó aquella tarde al bueno de Cienfuegos entrar en la casa con cara de ajusticiado, ponerse delante de su amigo, y endilgarle palabras que, por lo cavernosas y lúgubres, bien podrían salir del frío hueco de una tumba!

Nada, nada: el sinventura Cienfuegos había formado propósito nada menos que de pegarse un tiro aquella misma tarde. Que sí, que se lo pegaba. No tenía más remedio; era cuestión de honra. El era muy pundonoroso, y no podía sobrevivir a su deshonra... Porque como su familia no le mandaba nunca un cuarto, había hecho uso de cierta suma que le confiaran..., del dinerillo perteneciente a unos huérfanos... En fin, llegaba el momento de entregar aquella cantidad. ¡Eran las cinco..., las cinco..., y desde las cuatro le esperaban en el café. ¿Quién? Los papás de los huérfanos; los papás no, los tíos... Total: él se pegaba un tiro, tan fresco, y... Nada, que se lo pegaba. Cosa muy triste, en verdad, renunciar a la vida por cuarenta y ocho duros, tres onzas!... Pero como ningún amigo quería darle nada, por lo mucho que a todos debía... ¡Y qué casualidad y qué desconsuelo!, el mes próximo tendría tres mil reales... pero seguros, seguros como si los llevara en la mano. Su tío, el boticario de Barajas, le había comprado su tanto de hijuela... Lo malo era que como se iba a pegar aquel tirito, no podía disfrutar de los tres mil reales...

ALEJANDRO.—*(Con hidalgo movimiento del ánimo y de la mano.)* Toma.

CIENFUEGOS.—*(Balbuciente, pálido y tocando con las puntas de los dedos lo que le daban.)* Puedes estar seguro de que el mes que entra... ¿Qué mes es? ¡Ah! Diciembre... Sí, sí seguro. No será en los primeros días, ¿sabes?, sino allá del diez al doce...

Eran las cinco y media. Arregladas las cuentas con Virginia, salió Miquis de la casa. Trajo Felipe al mozo que había de cargar el baúl, y él mismo llevó a la espalda su petate, que, a la verdad, le pesaba poco. La casa adonde fueron a parar era conocida de Alejandro, por haber visitado muchas veces en ella a un estudiante manchego, su amigo. No quiso la nueva patrona admitir a Felipe, porque allí, dijo, no se necesitaban criados, ni habían visto nunca que ningún huésped los tuviese.

Sólo en calidad de tal, y pagando como su señorito, podía el *Doctor* ser admitido. Pero ni él tenía un solo real, ni su amo, ya caído de la cumbre de la prosperidad a la sima de la escasez, podía atender al pago de dos hospedajes. Con todo, el generoso tobosino, en la breve conferencia que amo y criado tuvieron a solas, dijo: «Sí, yo te pago; creo que tendré dinero.» Prudente y previsor Centeno, adivinó con su instintiva perspicacia las dificultades de lo por venir.

—No—dijo—, yo me voy a vivir a una posada que conozco en la calle de las Velas... Es donde van los mieleros de la Alcarria.

La casa en que se hospedó Miquis era barata y detestable. Vivían allí estudiantes pobrísimos de Medicina, Farmacia y Veterinaria. Las habitaciones parecían madrigueras, y la comida rancho.

«Me estaré aquí unos pocos días —pensó el joven—, hasta encontrar cosa mejor.»

Tan mal le supo la comida el primer día, que determinó pagar solo el cuarto y comer fuera. Esta vida libre, nómada, irregular, le enamoraba. Según estuviese el bolsillo, así comían él y Felipe, regalada o miserablemente: un día en la fonda, otro en un ventorrillo de las afueras, a veces en inmunda taberna de la calle del Grafal o en alguna pastelería de Puerta Cerrada. No había mayor delicia para uno y otro que ver caras distintas, gustar distintos sabores y aliños de comida. ¡Libertad, variedad, sorpresa! Este era el principal goce de aquella errante vida.

Inseparables de la vagancia fueron, ¡ay!, los apuros. Alejandro vivía del crédito y de combinaciones. Cuando se le acabó el crédito, cada vez que necesitaba dinero, empeñaba una pieza de ropa, y las tenía muy buenas. Felipe era el encargado de estas comisiones, y las hacía con diligencia y hasta con inocente alegría. Llegó a tener conocimiento con todos los prestamistas de Madrid, y ya sabía dónde daban más.

Desde que adoptó la vida libre, no volvió Alejandro a poner los pies en la Universidad. Agotadas las ropas, empezó a malvender, en los puestos de libros, todos los que había comprado. La grande y la pequeña literatura, Víctor Hugo y Paul de Kock, Balzac y Pagault Lebrun, Manzoni..., todos, en suma, fueron saliendo en lúgubre procesión, marchando a los desvencijados estantes de los baratillos, donde los recibían por la tercera parte de lo que allí mismo costaran. Tras esta familia simpática, fueron displicentes los libros de Derecho, rotos y sucios, con los pliegos revueltos, liándose a bofetones unos con otros. Ultimamente, no le quedaban a Alejandro más que un par de volúmenes de que no quería separarse, y la ropa que tenía puesta.

Levantábase siempre muy tarde; iba al café, donde estaba charlando hasta cerca de la noche. Esperábale Felipe en la Puerta del Sol, y se iban juntos a buscar dónde habían de comer. Separábanse luego, porque Alejandro iba solo a sus visitas nocturnas. En la casa, ya muy tarde, le aguardaba Centeno; hablaban del drama que se iba a representar, y luego, el amo se dormía. A veces Centeno se iba a su domicilio, a veces se quedaba en el de su amo, durmiendo en el suelo sobre una veterana alfombra.

Por la mañana, lo primero que hacía Miquis, antes de pensar en levantarse, era deplorar su falta de fondos. La pobreza aumentaba de un modo alarmante, acompañada de terribles compromisos y sofocos. Felipe consideraba con espanto aquella penuria, y no comprendía cómo habiendo Miquis recibido de su casa algún dinero, estaba ya tan esquilmado. ¿En qué gastaba los duros?... Hacía tímidas preguntas sin obtener respuesta... Miquis, sin decidirse a abandonar el lecho, se devanaba los sesos discurriendo a qué amigo pediría, y qué argumentos eran más fuertes para apoyar su petición. Por último, daba en el quid y escribía su esquela, que Felipe se encargaba de llevar. ¡Cuánto desengaño! ¡Qué horripilantes negativas! Alguna vez, entre ciento, se daban casos de resultado satisfactorio. Entonces volvía Felipe lleno de gozo, que se le traslucía en el semblante.

Llegó, por fin, un tiempo en que Alejandro tenía que esquivar la presencia de sus amigos, que empezaban a mirarle de mal modo. El infeliz no se presentaba en parte alguna donde no viera cara de ingleses. Los que no lo eran le tenían en poco por su desordenada vida, y el aspecto de miseria y abandono que iba tomando en su vestido. El estado rentístico empeoraba rápidamente: sus deu-

das eran tantas, y tan perentorios los vencimientos y compromisos, que el dinero que le enviaba su padre se le desvanecía en las manos, apenas cobrado, como cosa de encantamiento.

Tuvo Alejandro que guardar cama ocho días de diciembre, porque un fuerte catarro de pecho, que le acometía todos los meses, le atacó aquél con tanta fuerza, que a poco más degenera en pulmonía. Felipe le acompañaba día y noche procurando distraerle y apartar su ánimo de toda tristeza. Para Alejandro, verse sepultado en una cama, sin poder vagar por las calles, ir a los cafés o a otros lugares que de noche frecuentaba, era grandísimo tormento. Hasta su exaltado optimismo se enfriaba entonces; casi, casi tenía dudas de la próxima representación del drama, y se le reproducían con dolorosas punzadas los remordimientos por haber gastado el dinero de los juros.

Impaciente por curar, echóse a la calle antes de tiempo, cuando apenas podía tenerse en pie. No quiso presentarse en ningún círculo de amigos, por vergüenza de que le vieran en lastimoso estado de ropa y con las botas descosidas. Al ver de lejos a cualquiera de sus antiguos compañeros, se apartaba para no encontrarle, o retrocedía, o se metía en un portal.

II

Felipe era su único amigo y el más leal y condescendiente de todos. Era un chiquillo, es verdad, incapaz de sostener conversación seria sobre cosa alguna; pero tenía tal entusiasmo por su amo, que no hacía diferencia en ninguna acción ni palabra de éste, y todas las tenía por acertadas, hermosas y sublimes. Era el adulador sempiterno, si esto puede decirse de una adhesión inflexible, fundada en el agradecimiento y en un vivísimo afecto que a la vez era fraternal, filial y amistoso.

Cuando salían a sus excursiones diurnas y nocturnas, había que verlos. Como tuvieran abundante dinero, se hartaban en un bodegón; si no, compraban alguna vianda ligera y se la comían a campo raso. Daban grandes paseos por las afueras, observando la diversidad de tipos y asuntos que se encuentran a cada momento; estudiaban en el gran libro de la Humanidad transeúnte, cuyas páginas, llámense sorpresas, encuentros o casualidades, ofrecen pasto riquísimo a la fantasía y a la inteligencia. Avidos, sin darse de ello cuenta, de los goces mentales que proporcionan los panoramas populares con paisaje y figuras, bajaban al río y entraban en vivos altercados con las lavanderas; daban la vuelta luego por las Injurias y las Yeserías; subían fatigados a Madrid después de cuestionar con los gitanos en la Ronda de Embajadores, y, por último, algo tenían aún que hacer a las puertas de los cuarteles, oyendo conversaciones picantes entre mujeres y soldados.

Se metían también en las iglesias a oír sermones, a ver a las beatas y oír cantorrios y salmodias. En la puerta no faltaba un poco de palique con los mendigos. Hasta se atrevieron a colarse una tarde en la sacristía, de donde les echaron poco menos que a puntapiés.

Por el centro de Madrid y paseos principales andaban poco; mas cuando lo hacían, eran sus excursiones muy instructivas. Felipe se detenía con vivo anhelo en los escaparates de libreros o fotógrafos, allí donde hubiese retratos de personajes célebres. Gozoso Alejandro de verlos también, informaba al otro de los nombres, diciéndole: «Ese de la cara menuda, nariz en punta y antiparras es Hartzenbusch; aquel joven de rostro triste, es Eguílaz; el de anteojos y bigote cano, García Gutiérrez; el que está al lado, Aguilera, y el otro de cara risueña y maliciosa, Mesonero Romanos.

Cuando con alguno de éstos se topaban, no en retrato, sino de carne y hueso, en la calle, no se hartaban de mirarle, y aun le seguían largo trecho. De sus contemporáneos, el que mayor entusiasmo despertaba en Alejandro era Ayala, poeta insigne, recién laureado por su célebre obra *El tanto por ciento*, de la cual decía nuestro manchego: «La primera vez que la vi representar me hizo tal efecto, que estuve en cama tres días.» Y con su *Grande Osuna* había querido hacer gala de remedar la dicción admirable, limpia y sonora de *El hombre de Estado*. No va cariño, sino veneración idolátrica era lo que a Miquis inspiraba el poeta extremeño, por la perfección escultórica de sus obras, por la energía de sus versos, y aun por su hermosa figura calderoniana.

Cuando le veían de lejos, Miquis, sin poderse contener, gritaba: «¡Ayala, Ayala!», y le seguían por toda la calle, adelantándose a él, a trechos, para mirarle de frente.

Al Museo fueron alguna vez. Contemplaba Felipe, con la boca abierta, aquellas figuras tan guapas, y tenía como una sospecha del gran mérito de todas ellas. En presencia de la perfección artística, no hay persona, por ruda, por ineducada que sea, que no sienta, ya que no otra cosa, el secreto orgullo de su afinidad con la esencia divina que inspiró aquella belleza y de su parentesco corpóreo con las manos que la ejecutaron.

—¿Esto lo hizo un hombre?—preguntaba Felipe en el colmo del candor.

—Sí; Murillo.

—¿Y aquellos ángeles, los sacó de su cabeza?

—Ahí verás tú.

Un domingo, en la puerta ya muy entusiasmados, no les fué permitido entrar por el malísimo pelaje que tenían. Avergonzado Alejandro, estuvo todo el día mudo, atento sólo a sus botas usadísimas, a su raída levita y al sombrero, que parecía comprado en los bazares del Rastro. En cuanto a Felipe, más nos valdría no descubrirle ni aun mirarle. Su calzado era un par de chanclas viejas, rotas y deformes, que había adquirido no se sabe dónde, con más barro que cuero. La chaqueta que le cubría el cuerpo no era ya de color conocido, y por mil bocas pedía que le llevaran a una tina de trapos viejos para convertirse en papel. También los pantalones querían ser papel, aunque fuera de estraza. No se sabe cómo fué a parar a la cabeza del insigne *Doctor* aquella boina encarnada con un agujero por donde le salían erizados mechones de pelo.

Del balance de caja más que del estado del tiempo, dependía el empleo que daban a las horas de la noche. Si Alejandro tenía dinero, ya procediese de su mesada, ya de la incauta generosidad de un amigo, se iba solo a sus correrías. «Mira, Felipe—le decía después de comer—, ahora te vas a casa; te pones a estudiar... Aunque no puedes ir al Instituto, por tu mala ropa, conviene que aprendas las lecciones. Yo tengo que hacer. Abur.»

Cierta noche siguióle Centeno, y vió que entró en una casa..., pero nada más supo ni averiguó. Casa era de apariencia vulgar, y la ruín fachada no decía qué clase de amistades allí solicitaban al asendereado manchego. Felipe aprovechaba las noches en que su amo le dejaba solo para trabajar *pro domo sua*. Tenía instintos prácticos, vocación latente de buscarse la vida, y aunque no era maestro en las artes del pedigüeño, se dió tales mañas, que a las pocas noches de haber visitado a Zalamero y a doña Virginia, consiguió una levita vieja, que a él le venía de perlas si encontraba quien se la arreglase; un hongo, y botas magníficas con caña de tela. Bien, bien.

Cuando Alejandro estaba limpio de dinero; cuando entre los dos no reunían más que la peseta o los cinco reales con que atracarse de judías o de una mala sopa, no se separaban por las noches. Miquis suspiraba desconsolado y tristísimo; pero en cuanto empezaban a recorrer calles, como que se distraía y se olvidaba de su penuria. Gustaba de recorrer los barrios bajos, viendo riñas, escenas y extravagancias populares; o bien, hastiados de bullicio, se metían por el solitario arrabal de la Mancebía, calles de la Redondilla y del Toro, plazuelas del Alamillo y de la Paja. Miquis necesitaba poco para transportarse con el vuelo de su imaginación al siglo diecisiete, y excitado por lo extraño de la escena, contaba a su amigo aventuras, episodios históricos, y le describía sucesos y caracteres.

También gustaban de recorrer la calle del Almendro, y se detenían ante la cerrada casa de la tiita. Una noche de limpio cielo y clarísima luna, se sentaron a descansar en el pretil de Santisteban. Aquel sitio era perfecto escenario de aventuras de antaño. El caserón de Santisteban, el desnivelado suelo, el pretil, la casa de los Vargas con la barroca puerta de la capilla, la torre mudéjar de San Pedro, la soledad, la escasa luz, el silencio, todo era propiamente decorativo y romántico. No faltaba más que la humanidad con golilla y tizona. Miquis, inspirado, se terció su capa, dió varias vueltas, ocultóse en el hueco de una puerta, y salió de improviso gritando:

—¡Teneos..., atrás! ¡Traidor!

Ponte tú en medio de la calle y responde con brío:

¡Qué escucho! ¡Cielos, valedme!

Y yo te doy la estocada:

¡Válgate el infierno!

Tú dices entonces con angustia:

Aguarda.
Oye una palabra..., advierte...

Y yo te remato así:

¿Palabras yo? ¡Toma hierro!

Y caes bañado en sangre gritando:

Yo muero... ¡Jesús mil veces!

Sofocado por su mímica tumultuosa, se sentó en el pretil.

—¡Qué gigantesca figura la de ese duque!—exclamó con profundo desconsuelo—. ¡Y que esto no se haya representado todavía...!

Cual si hablara con quien pudiera apreciar su erudición, dijo así:

—Yo presento al duque como la figura más genuinamente española del siglo diecisiete. Su época está retratada en él, con todo lo que contiene de grande y viciada. El insigne caballero aquel don Pedro Téllez Girón, libertino, justiciero, cruel con los malos, generoso con los buenos; gobernando el reino de Nápoles, más que con juicios reposados, con ímpetus repentinos que casi siempre le salían bien; perseguidor de los usureros, de los curiales y de todos los que oprimen al pueblo; frenético por las mujeres y enamorado de todas las que veía; ambicioso de gloria, de popularidad; liberalísimo, manirroto, lleno de deudas; en diplomacias agudo, en moral indulgente...

Tantas vueltas había dado en su espíritu al famoso y noble virrey, que concluyó por identificarse con él y hacerlo suyo, fundiendo el carácter soñado en el real. En sus soliloquios decía: «Soy lo mismito que el *Grande Osuna*.» ¡Oh!, pues si Alejandro tuviera medios de manifestar lo que en sí llevaba; si los tiempos y las circunstancias le permitieran exteriorizarse, sin duda admiraríamos en él al gallardo tipo del prócer dadivoso, caballeresco, justiciero, duro con los malos, blando con los buenos, enamorado hasta el frenesí de toda mujer guapa...

Dando en el hombro de Centeno una palmada tan fuerte que a poco más le hace caer del pretil, díjole estas enfáticas palabras:

—Tú eres mi secretario, el gran don Francisco de Quevedo.

Verse comparado con el hombre más gracioso que ha existido en el mundo, hacía reír a Felipe de gozo y orgullo.

Si pasaba un transeúnte, Miquis decía al oído de su secretario:

—Ese es Jacques Pierre, que acude a la conjuración de los *uscoques*. *Uscoques* son unos bandidos que habitan en las playas del Adriático. Ya sabes que el Adriático es...

—Un mar—replicaba Felipe, hinchado de erudición.

—Pues supón que aquella es la casa donde se reúnen misteriosamente los *uscoques*... ¿Ves aquel cura que pasa? Es fray Domenico Caracciolo, camaldulense, que ha jurado acabar con el duque por ciertas cuestiones... ¿Recuerdas el acto primero...?

—Sí... Fué porque los camaldulenses querían oprimir a los pobres, y el duque cogió un día en Palacio a uno de los tales frailucos, cuando fueron a pedirle dinero... y le tiró de las orejas...

—Era un hombre terrible... En la casa donde están reunidos los *uscoques* se mete, disfrazado, don Francisco de Quevedo...

—Yo...

—Y lo descubre todito. Gracias que la *Carniola*, amante del duque, previno a éste; que si no... Querían nada menos que asesinarle...

—¡Pillos!

—La *Carniola* es también hermosa figura—afirmó el poeta, desvanecido de entusiasmo—. Yo veo aquellos dientes de perlas; aquellos ojos lánguidos, perezosos, traicioneros, aquel perfil de helénica estatua, la tez pálida, el arrogante talle... No concibe la imaginación mujer que la supere ni aun que la iguale. Respira amores; su mirada acaricia quemando...

Diciendo esto, rompió a toser con tanta fuerza que parecía que se le desgarraba el pecho y que se le salían las entrañas por la boca. Calmado aquel violento espasmo, quedóse como desmayado y sin fuerzas. Su resuello era un áspe-

ro silbido; su frente estaba empapada en tibio sudor.

—Vámonos—dijo Felipe, asustadísimo—. Hace aquí mucho frío.

Bien cubierto con su capa, mas tiritando, andaba el manchego, apoyado en su fiel secretario. Al llegar a la casa se acostó. La fiebre era intensísima... Deliraba.

III

El mal comenzado, o más bien recrudecido aquella noche, tenía trazas de no concluir fácilmente. Con modorra y pesadez durante el día, con desasosiego por las noches, pasó Alejandro más de una semana, sin adelantar en su restablecimiento, antes bien decayendo y debilitándose por grados. Una mañana le encontró Felipe despierto a la hora en que por lo general dormía. Palidez mortal cubría su rostro, y sus ojos, engrandecidos enormemente, expresaban estupefacción y terror. ¡Qué noche había pasado!... Después de largas horas de inquietud y ardor tan grandes, que creyó revolcarse en un lecho de púas y brasas, había sentido dolorosísima obstrucción en el pecho... No se le quitó hasta que hubo arrojado enorme cantidad de sangre por la boca. Felipe no sabía que hacer. Su amo, cerrando los ojos, cual si no tuviera fuerzas ni para soportar el peso de los párpados, le dijo:

—Corre, Felipe, y llámate a Cienfuegos...

Cienfuegos, asustadísimo, disimulaba su disgusto. Tenía ya diplomacia médica, antes de tener la ciencia y el título.

—Esto no es nada...—manifestó con énfasis doctoral—. Te voy a dar el *percloruro de hierro líquido*. Tendrás un poco de paciencia..., y sobre todo mucha tranquilidad. No te ocupes de nada... Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estamos... Volveré esta tarde, y mañana, y todos los días.

Los ofrecimientos de Cienfuegos no tenían término. Cuando Alejandro movió sus labios para murmurar: «Hablaremos...», el novel médico creyó que iba a recordarle ciertas cuentas atrasadas, y, presuroso, en tono de cariño, le dijo:

—¡Eh... eh! Calladito. En esta enfermedad el uso de la voz puede ser funesto. Conque punto en boca. A la noche veremos. Que vaya Felipe al momento por la medicina. Me voy a clase.

Durante el curso de la dolencia, asistíale Cienfuegos con irregularidad, conforme al espíritu de desarreglo que informaba su naturaleza. Algunos días iba cuatro o cinco veces, y se estaba allí largas horas; otros no se le veía el pelo. Cuando era más necesaria su presencia; cuando había dicho: «Descuida, que vendré sin falta», no parecía. En cambio, se presentaba inesperadamente a horas desusadas. Y no perdía ocasión de proponer a su paciente el préstamo de un napoleón o dos, animándole a ello con lisonjeros augurios de un pronto restablecimiento.

Pero el mal era hondo y la herida grande. Un mes estuvo Alejandro postrado en la cama y devorado al mismo tiempo de tristezas roedoras. En mitad de su enfermedad adquirió el convencimiento de que su *Grande Osuna* no se representaría ya en aquella temporada. A pesar de que ésta avanzaba bastante, él no perdía la esperanza; pero se la quitó una carta del director del teatro, diciéndole en resumen: «La obra es tan buena, que necesita mucho estudio, y como nos falta tiempo, la dejamos para la temporada próxima.»

El abatimiento que esto causó al poeta prolongó el tormentoso trabajo de su naturaleza, que luchaba por reparar la pérdida sufrida. Sobrevino otra hemorragia, aunque mucho más débil que la primera; pasó el infeliz toda la Semana Santa, la Pascua y muchos días más sin ver cercano el término de su esclavitud y postración. Agravaban su tristeza los airados sermones que por escrito le echaba su padre, sabedor de que no estudiaba y de su vida vagabunda. ¡Y aún ignoraba el buen señor la travesura del dinero de la Godoy!... ¡Pues el día que lo supiese, bueno se iba a poner! Cuando Alejandro pensaba en esto, sentía que se le recargaba la fiebre y aun que se le abrían huecos dolorosísimos en la región torácica. Persuadido estaba de que su padre conocía ya el delito, porque ciertas frases displicentes y amenazadoras de sus cartas no podían tener otra explicación.

El iluminado manchego se pasaba las lentas y cansadas horas de su enfermedad pensando en la ira de don Pedro y en el grandioso cuanto infortunado dra-

ma. Este era la causa de sus males todos; pero también de aquellas resurrecciones súbitas y vigorosas de su espíritu, que compensaban las molestias físicas. Porque el arte, dominando con imperio en su alma, era la fuerza que le alentaba, el resorte de la vida y el secreto germen de ideas salvadoras. ¡La antiquísima fábula del Ave Fénix qué verdad tan profunda encierra, qué hermoso símbolo es de las formidables fuerzas restauradoras que el alma humana lleva en sí misma, y con las cuales ella propia es su remedio, y de su mal saca su bien; de su caída, su elevación; de su dolor, su alegría!...

Poco tiempo pasó desde el abatimiento traído por las cuitas teatrales hasta una grande y alborozada transfiguración del ánimo, esclarecido de proyectos hermosos, alumbrado por ideas y visiones optimistas. No importaba que el drama no se hubiese representado. Mejor, mucho mejor era dejarlo para la temporada próxima, porque así podía el autor restablecerlo en el esplendor y grandeza con que fué primeramente escrito. Sí, sí: se representaría íntegro, con sus cinco actos, sus treinta personajes y su ancho horizonte histórico y teatral. Honda alegría de su alma, resurgiendo del seno oscuro de la tristeza de Alejandro, como el día de la noche, le anunciaba los triunfos de la temporada próxima. No podía dudarlo, porque la divinidad lo secreteaba en su espíritu con profética voz. La excitación cerebral, produciendo aquella vez estímulos provechosos en todo el organismo, dióle fuerzas y aun apariencias de restablecimiento. No hay tónico como la felicidad. Levantóse del lecho, y aunque se caía, los bríos del espíritu dábanle alientos para poder exclamar:

—Si estoy bien... Gracias a Dios que me levanto de este maldito potro. Dentro de tres días, a la calle.

Hizo traer del teatro la copia limpia del drama, y empezó a leerlo despacio, cotejándolo con la versión primitiva para ver dónde se amplificaba y dónde no. Quería hacer un trabajo admirable y nunca visto. Por las noches, al acostarse, ponía el manuscrito debajo de la almohada, durmiendo así en familiaridad espiritual con el duque, Jacques Pierre y la *Carniola*.

Aumentaron los motivos de su alegría, bienhechora del cuerpo y del alma, ciertos dineros que le mandó su madre. Aunque Alejandro, en sus cartas, disimulaba la enfermedad para no causar alarma en la familia, ésta supo la importancia del mal. Felizmente, ya estaba bueno y sano. Así lo decía él, y así se lo creyeron. ¡Pobrecito, había gastado en médicos y medicinas tantísimo dinero...! Su madre, pródiga siempre en estos casos, le envió una bonita libranza. ¡Qué bien venía! Jamás escritura comercial fué tan grata a humanos ojos como aquella que decía en caracteres de letra inglesa: «Por esta primera de cambio», etc....

—Lo primero es pagar—dijo Miquis con honradez candorosa—. Habrá para todo.

¡Cielos! Si no se detiene a tiempo en aquella virtud de pagar, pronto se queda sin un maravedí. La mitad se lo llevó un tal Torquemada, hombre feroz y frío, con facha de sacristán, que prestaba a los estudiantes. Sólo por réditos le comió al manchego la mejor parte de lo que éste había recibido de su mamá... Después vino Cienfuegos... ¡Pobre mártir! ¿Cómo no ayudarle a salir de aquel nuevo apuro?... Socorrido el médico, se fué tan agradecido que casi lloraba al despedirse. Y véase cómo ampara Dios a los caritativos. Aquel mismo día fué Arias Ortiz a ver a Miquis, y le pagó seiscientos realse que le debía. Gozoso éste, determinó desempeñar alguna ropa, de la que estaba tan necesitado... Al fin, al fin podía salir otra vez a la calle con decencia.

Su gran debilidad no le permitía trabajar en el drama; pero con el despierto pensamiento, aguzado como cincel de acero, sin cesar acariciaba su obra. ¡Goces puros los de modelar mentalmente la creación artística, ablandándola y conformándola como la cera entre los dedos!

—Voy a restablecer la figura de la *Carniola*—decía una noche, ya metido en el lecho, a Felipe, que le acompañaba—; voy a restablecerla tal como la concebí y como está en el manuscrito primero; figura grande y compleja... (tú eres un pobre bruto y no entiendes de esto)..., figura que... Ya verás, ya verás el furor que ha de hacer en el público. Dirán que es cosa muy buena, y todos los críticos me aplaudirán. Catalina es una mujer del pueblo, sí, créelo:

mujer vigorosamente poética, criada sin melindres, hija directa de la Naturaleza. Nacida en las inmediaciones de Ragusa, pertenece a la raza de los *uscoques*, de origen helénico, los implacables enemigos del turco, los guerrilleros del Adriático, medio piratas, medio comerciantes, pescadores y cazadores, veloces peces, pájaros dotados de agilidad portentosa... ¿Entiendes lo que te voy diciendo?...

Todo ojos y oídos, Felipe no apartaba un ápice su espíritu de esta febril elocuencia.

—...Pues Catalina es robada de la casa paterna por un *uscoque*. Este muere en una reyerta con los venecianos. Pasa a ser presa y querida de un corsario, hasta que en un combate que éstos tienen con las galeras del duque, la coge Jacques Pierre... ¿De qué te ríes? ¿De los muchos maridos que va teniendo esta señora?... Llámanla entre ellos la *Carniola*, porque la aprisionaron en el golfo así nombrado. Jacques Pierre la viste de riquísimas galas y joyas de Oriente, cogidas a los turcos, y la lleva a Nápoles, donde la tiene oculta, porque... ¡figúrate si será celoso, siendo ella tan guapa, y...! Para abreviar, te diré que la *Carniola* no puede ver a Jacques Pierre: le detesta, chico, y diera por librarse de él..., no sé yo lo que diera... Pues verás ahora: en uno de aquellos paseos nocturnos que daba el duque por la ciudad, acompañado de Quevedo, vió a la tal mujer...

—¡Y que era tonto mi señor duque para enamorarse!—dijo Centeno—. Eso es en aquel pasaje que cuenta:

Vi en Posilipo una mujer tan bella,
no digo bien mujer, yo vi una diosa...

—Justamente. Pero aunque recuerdes la letra y situación, no comprendes el espíritu; no penetras tú el carácter de la *Carniola*. Esta hermosa mujer se enamora también del duque, fascinada de su generosidad, de su hidalguía, de su gallarda presencia. Y tomando en mayor aborrecimiento a los corsarios rudos, con quienes había andado en tan malos tratos, le entran ambiciones de ser señora y de merecer el amor del virrey, más que por la hermosura, por la principalidad. Aquí es donde dice:

Subiendo a la cumbre voy
del monte de mi fortuna.
A su extremo soberano
sólo falta un escalón;
dame la mano, ambición;
lisonja, dame la mano (1).

En el duque..., para que lo comprendas mejor..., no ama al amante, sino al caballero, al gran señor, al futuro soberano de la Italia toda... ¡Y qué figura la de Catalina! ¡No habrá actriz que me la interprete, no la habrá! Yo la estoy viendo como te veo a ti: es alta, esbeltísima, morena, de tez descolorida, con unos ojos negros en los cuales centellea una dulzura incandescente y derretida, que te embelesa abrasándote... En fin, no hay actriz que me la represente... Yo me duermo, tengo mucho sueño. Me parece que estoy bueno ya... ¿No crees...?

IV

¡Y qué bien durmió aquella noche! Las doce del día serían cuando Felipe se aventuró a despertarle. Toda la tarde estuvo charla que charla, y habría salido a la calle si Cienfuegos no se lo prohibiera por estar el tiempo frío y amenazando lluvia. Como no carecía de dineros, mandó traer comida de la fonda. ¡Lástima grande que el apetito le faltara! Era muy extraño que apeteciera este y el otro plato, y que en el momento de verlos delante le entraran invencibles repugnancias. Esto le ponía triste, y decía:

—¿Sabes tú, Felipe, una cosa que yo creo que comería con gana? Pues cañamones. Si mi tía me los mandara... Creo que con esto me volverían las ganas de comer y me pondría bueno.

Benditos platos traídos de la fonda. no os podríais quejar del desaire que el amo os hacía, porque, en cambio, el criado os trataba con extremados miramientos. Así estaba él de nutrido y saludable y así echaba aquellos colores, pregoneros de su naturaleza vigorosa y de un organismo admirablemente regularizado.

Al anochecer quejóse Alejandro de frío, y se acostó. No había acabado de hacerlo, cuando alguien llegó a la casa preguntando por él. Felipe salió a enterarse. Era una mujer...

(1) Estos versos y los precedentes son de Calderón.

—¡Ya, ya sé!—dijo Miquis turbadísimo cuando Felipe le dió cuenta de la visita—. Enciende luz, di a esa persona que entre, y vete en seguida.

Felipe vió el demacrado rostro de su amo encenderse con llamarada de rubor, cual hoja seca que arde. Los ojos del enfermo chisporrotearon gozosos.

Al punto entró la mujer, señora o lo que fuese. Pero la puerta quedó entreabierta, y Centeno atisbó desde el pasillo... ¡Vaya que era arrogante y hermosa! No se la debía diputar por señora, porque ninguna que tal nombre merezca se presentaría en visita con aquel mantón pardo, de un color como café con leche, y con un pañuelo de seda negro y rojo por la cabeza, puesto con donaire, haciendo como un cucurucho prolongado sobre la frente. A la sombra de este pañuelo brillaban con expresión de acecho los ojos de aquella ninfa, amorosos y traicioneros, como en verso decía Miquis, hablando del mirar de la *Carniola*. Lo de las flechas que tanto usan los poetas, venía bien allí; mas eran flechas untadas de caramelo envenenado. ¡Bonito aire el de la Tal, y qué bien calzada!

Todo esto lo observó Felipe en un instante, asombrado, primero de la hermosura, luego de la voz de aquella mujer. ¿Qué lenguaje hablaba? Ya... se comía la mitad de las palabras, y las otras las remataba con un dejo..., ¡ay! Era andaluza... El metal de la voz sonaba un poquito ronco; pero la dicción no por eso resultaba menos lánguida y suspirante.

¡Felipe, oído! La Tal se acercaba al lecho de Miquis y le tomaba la mano. El, turbado, sin duda, de la alegría de verla, le decía que se sentara, lo que ella hizo de muy buena gana, porque estaba harto cansina. Hablando, hablando, ella le llamaba *niño*, cosa que a Felipe le pareció muy razonable, porque su amo estaba física y moralmente en situación de ser llevado en brazos, y aun de que le dieran biberón.

¡Oído, Felipe!... La Tal charlaba, charlaba en su graciosa lengua andaluza... ¡Tanto tiempo sin verle! No hacía más que pensar en él..., ¡pobrecito! Era menester que se pusiera pronto bueno... Ella estaba muy disgustada. ¡Le pasaban unas cosas..., pero unas cosas...! No podía vivir. Aún creyó entender Felipe que lloriqueaba algo. Lo que su amo decía no llegó a los sutiles oídos de Centeno, porque la voz de Alejandro, a consecuencia del mal que padecía, era como un soplo fugaz, imperceptible para todo el que no estuviera a su lado.

Media hora larga duró la conferencia. La Tal se fué. La patrona, el marido de la patrona y algunos huéspedes salieron al pasillo y la despidieron con cuchicheos. Felipe, al volver junto a su amo, vióle un tanto caviloso, pero no triste. De repente le entró una gran locuacidad, y como si hablara con persona que tuviese antecedentes del asunto en que él pensaba, dijo a Centeno:

—La pobre sigue en poder de aquel bárbaro, que la atormenta y la tiene pereciendo.

—Hay que traer azúcar—dijo Felipe, atento al cuidado del enfermo.

—Es verdad.

—¿Cuántos...?

—Busca por ahí. ¿No habrá en mis bolsillos?

Felipe, sabedor de que en la mesa de noche tenía su amo un gran paquete de duros y pesetas, fué a buscar allí lo que necesitaba; pero Alejandro le detuvo con estas palabras:

—No, si ya no hay nada. Busca en los bolsillos del pantalón...

El *Doctor*, sin dejar de pensar en la vuelta que había tomado la plata depositada en la mesa de noche, empezó a buscar en todos los huecos de la ropa.

—No hay ni un sacramento.

—Pídelo a doña Pepa. Tráete también caramelos... Oye, y cigarros. Por más que diga Cienfuegos, no puedo dejar de fumar.

Al poco rato volvió Felipe con lo pedido, y, además, *La Correspondencia*. Su amo dormitaba; luego se despabiló y estuvo despierto casi toda la noche. Hablaba, entre tos y tos, del drama, de las cosas atrevidas y justicieras que hacía el duque, y de las atroces llamaradas que echaba el Vesubio. Entre el follaje de esta verbosidad, puso Felipe la flor de una observación que hizo sonreir a Alejandro.

—Esa que ha estado aquí esta tarde —dijo—es la *Carniola*. ¡Y que está padeciendo las mayores amarguras bajo el poder de un Jacques Pierre...!

—¡Qué pillo! Y puede que le pegue...

—Es un salvaje... ¡Si yo no estuviera clavado en esta maldita cama...!

No dijo más sobre el particular... Como el tiempo seguía malo, continuó prisionero algunos días. La Tal volvió a visitarle, y en aquella segunda entrevista, que fué también de noche, el enfermo estaba levantado. Hablaron larguísimo rato con animación y mutuas expresiones de afecto. Ella contaba suplicios, sofocos y privaciones horribles. El la consolaba y anunciaba mejores días... ¡Oh!, pues si él no estuviera enfermo, todo iría bien. La Tal echó de sus bonitos ojos un par de lágrimas, y dijo mil pestes de Jacques Pierre. Al manchego se le partía el corazón. Lo peor de todo era que la Tal no podría venir más a verle... Para salir a la calle necesitaba decir mil mentiras... ¡Y luego venía con un miedo...! Pues si el bárbaro llegaba a descubrir que ella... De seguro que le cortaría la cara, y era lástima que una cara tan linda... ¡Lástima también, ¡ay Dios mío!, que Alejandro no tuviera salud y mucha guita para poner eficaz y pronto remedio a tamaños males!... En fin, adiós, adiós...

Aún hubo una tercera visita, corta y de pocas palabras. Después de ella, Miquis escribió una carta a Torquemada pidiéndole dinero. El maldito prestamista no se lo mandó. ¡Paciencia! Cuando pudiera salir a la calle, Alejandro se lo pediría de palabra con razones persuasivas que no podía expresar la pluma de un poeta.

A Felipe, justo es decirlo, no le eran indiferentes las gracias y gentileza de la desconocida amiga de su amo, a la cual daba, por no saber otro, el nombre de la *Carniola*. Esta, al salir, le echaba siempre un par de miradas, y al entrar casi tres. Grabáronse en la memoria del muchacho las facciones de ella, su andar arrogante y la expresión indefinible que se asociaba, por mágico contacto de las ideas, a los poéticos lances del drama de Miquis.

Cierto que Felipe no era hombre todavía; pero lo sería pronto, y él, con su imaginación se anticipaba a la edad. Estaba, pues, como poseído de cierta idealidad contemplativa y platónica, que se recrudecía al ver a la Tal. Una noche, mientras su amo dormía, estaba él desvelado y pensando en ella, viéndola claramente con todas sus gracias y perfecciones. Encendida su fantasía, y lleno su corazón de un gozoso entusiasmo, se le ocurrió a mi hombre la cosa más extraña... Pero no, no califiquemos así lo que es producto natural de infantiles caletres, y confesemos que lo que discurrió Centeno era muy adecuado a su edad de transición y a su escogido espíritu.

Veamos. ¿Por qué no había de ser él también poeta? ¿Por qué no había de componer también sus versos, como todos los chicos en llegando a su edad? ¡Y quién sabe si estaba destinado a ser autor notable, como su señor, y aún a escribir un drama tan hermoso como *El Grande Osuna*, que sería el asombro del mundo! Era menester probarlo. Notaba como una llamarada dentro de su cabeza, y siempre que se acordaba de la hechicera y arrogante *Carniola*, oía susurro de rimas en sus orejas, y sentía dentro algo como ganas de llorar, ganas de reír... Manos a la obra. Estaba inspiradillo, y muy tonto había de ser si no conseguía enjaretar dos docenas de versos y cantar en ellos la preciosidad de aquella mujer. Ya, ya sabía él que todo estaba reducido a barajar unas cuantas palabras bonitas, y a ponerlas bien puestas aquí y allá, haciéndolas sonar como cascabeles.

Su amo dormía; sentóse Felipe, cogió la pluma y ¡zas!... Allá te van renglones. ¡Quia!, esto no suena. Otra vez; borra y vuelve a escribir. No sale... Ahora... «Gentil señora, de beldad bella y hechicera...» ¡Oh!, esto no sonaba. A ver ahora. «Cuando las auras...» Esto de las auras era de lo más majo que usan los poetas. «Cuando las auras gimen, ¡ay!, y gimen...» ¡Magnífico! Lo malo era que no podía seguir adelante hasta ver qué salía de tanto gemido. Otro esfuerzo: «Al mirar esos ojos cual luceros...» Bien, bien: ¡qué bien sonaba el *cual!*... «Echando rayos hechiceros... Que me queman cual encendidos...» ¿Qué pondría para rimar? «¿Carniceros?» No: esto no parecía palabra de poesía. Además debía ser cosa que quemara, que ardiera, como, por ejemplo, «braseros», y mejor «pebeteros», cosa de lumbre y de buen olor a un tiempo.

A las doce quedó terminada la composición. Felipe se reía a cada verso escrito o borrado. A veces juzgábase hábil poeta, a veces absolutamente inepto para

el áspero arte de la versificación. Por último, la idea de que su amo pudiera ver al día siguiente aquellos disparates, llevóle a considerar sus versos como los más chabacanos que se podían imaginar, y avergonzado los hizo pedazos, dejando para más adelante, y cuando supiera algo de retórica, el hacer nuevo ensayo de sus facultades imaginativas.

Al día siguiente de esto repitióse la visita de la que inspiraba secretamente al *Doctor* sus ardientes pruritos de emular a Petrarca.

¡Oído, Felipe!, que aquel día la conferencia fué más acalorada que nunca. El manchego sin ventura deploraba la vaciedad de sus cajas que le ponían en el desairado trance de no poder atender a las cuitas pecuniarias de la hermosa *Carniola* y librarla de la feroz tiranía de aquel Jacques Pierre a quien los turcos debían hacer picadillo... Mostrábase ella muy alarmada de que el aventurero descubriese las visitas recatadas al duque, y recelaba que no pudieran verse más... Para remediar esto, se le había ocurrido un plan. ¡Qué acertado pensamiento! Bien para él y bien para ella.

¡Oído, Felipe!, que va a decir el plan. La Tal tenía una hermana, casada con el mayoral de una ganadería. Vivía este matrimonio en casa humilde, pero aseada, y le vendría bien tener un huésped para ayudarse. ¿Por qué no se iba Alejandro a vivir con aquella feliz pareja? Estaría solito y mejor asistido que en aquella casa, que parecía escuela de danzantes; en aquella leonera, donde le robaban y no le cuidaban bien. No sería huésped, sería el amo, y la bendita hermana de la *Carniola* no sería su patrona, sino su ama de llaves. ¡Qué comodidad y qué proporción! El mejor resultado de esto sería que la Tal podría siempre que quisiera visitar a su hermana, sin oposición del caribe, y ver a Alejandro diariamente y aun cuidarle en su enfermedad...

¡Oído, Felipe!, que tu amo se arrebata, y aprueba el plan, y reniega de doña Pepa, y hace depender el mejoramiento de su salud de un cambio de domicilio. ¡Si en aquel cuarto no hay aire que respirar! Sí, sí; y la Tal se entusiasma también, y dice que la casa de su hermana *cae* a unos jardines que parecen los cármenes de su tierra, llenos de pajarillos. ¡Y cómo entra el sol por aquellas ventanas! El piso es altito, eso sí, ciento diez escalones; pero una vez arriba...

Quiso la suerte o la desdicha de nuestro héroe tobosino que a sus proyectos se anticipara la llamada doña Pepa, hembra de mal genio y peor catadura. Tiempo hacía que estaba disgustada de tener en su casa un huésped herido, según ella, de enfermedad funesta y pegadiza. La casa perdía mucho con esto, en su opinión de saludable, y ya algunos señores alumnos de Veterinaria habían lanzado la peligrosa especie de marcharse. Teniendo ciertos puntos y ribetes de humanitaria la doña Pepa, no quería decir a Miquis, desabrida y secamente: «Le echo a usted por enfermo.» Discurría un hábil pretexto, y vinieron a dárselo las visitas de aquella Tal, a quien lo mismo ella que su marido diputaron por una cualquiera. ¡Vaya unas amistades que tenía el don Alejandro! No, en casa tan honrada no se querían visitas de tal naturaleza, ni la opinión de la escogida pléyade de huéspedes podía ser expuesta a las calumnias y dicharachos de la vecindad. En estos o parecidos términos manifestó a Miquis doña Pepa sus propósitos, corteses, pero claritos.

—Yo pensaba marcharme—dijo él—. En esta casa no hay aire respirable.

Y sin pérdida de tiempo, empezó a disponer todo para la mudanza, apretándole a ello el deseo de gozar pronto de la vista de aquellos jardines, de la alegría de tanta luz y aires tan puros. ¡Qué suerte tenía y qué motivos de alabar a la Providencia!

V

Habiendo mejorado el tiempo, pudo, al fin, salir a la calle. La primera vez, apenas anduvo cien pasos, tuvo que volverse a casa; pero su fuerza de voluntad y el anhelo de callejear pudieron más que su quebranto, y en los días siguientes tornó a salir y estuvo en el café. Era su aspecto como el de un difunto. Cuantos le veían, o manifestaban el mayor asombro, o tenían que hacer disimulos muy violentos de la mala impresión que les causaba el rostro amarillo, la afilada nariz, la fatigosa voz del pobre estudiante. Y él, siempre optimista, y engañándose a sí mismo, se

anticipaba a las observaciones de los que le compadecían, diciéndoles:

—No estoy ya tan malo como crees... Es porque me ves el primer día que salgo a la calle, y la verdad..., me he quedado en los huesos. Pero me voy reponiendo..., siento que mejoro rápidamente...

—Y ¿dónde vives ahora?

—Te diré... No vayas a verme, porque estoy como de paso en una casa que no es de huéspedes..., casa con jardines; quiero decir, que tiene vistas a un jardín... Pero no vayas por allí; hay mucha escalera, y lo probable es que no me encuentres.

El verdadero motivo de que Alejandro alejara a sus amigos del nuevo domicilio era cierto disgusto o vergüenza de que le vieran allí, pues en verdad (¡desvaneceos, ilusiones locas!), no pudo el enfermo haber ido a peor sitio, aunque lo rebuscara entre todo lo malo que hay en Madrid. Estaba la tal casa en la calle de Cervantes; mas no bastaban las leyendas gloriosas del barrio a hacerla simpática. A dicha vivienda se subía por una escalera interior, casi tan larga como la del Cielo. Aquello no acababa nunca, y nuestro poeta tenía que sentarse dos o tres veces en los peldaños para poder seguir. Cerca ya de los sotabancos, muchedumbre de sucios chiquillos a todas horas invadía la escalera, estorbando el paso, haciendo infernal ruido que ni un momento se interrumpía de la mañana a la noche. En los descansos altos había un tufo que viciaba el aire y lo hacía irrespirable, porque las vecinas sacaban sus anafes y braseros para encenderlos y pasarlos en la escalera. Abiertas casi todas las puertas, sentíase allí hormigueo de gente que, por no tener espacio bastante, rebosaba de sus domicilios, y el murmullo mareaba tanto como el tufo del carbón. Las paredes, de abajo arriba, y dondequiera que no faltaba el yeso, aparecían llenas de letreros, mamarrachos y de mil suciedades diferentes.

La primera impresión de Alejandro al estrenar su domicilio fué penosísima... Creyó que entraba en una carbonería, porque paredes más negras que las de aquel pasillo no las había visto él en toda su vida. Por el suelo de polvorosos ladrillos rojos se arrastraban chicos entecos y miserables, otros gateaban, aquéllos corrían como en una plaza, éstos hacían procesiones y paradas militares. En las puertas, numeradas, no había cordón de campanilla, y las más estaban abiertas. Para llamar en las cerradas, se hacía uso de los nudillos. Una vez dentro de su cuarto, que era el número 7, enseñáronle una salita, lo mejor, casi lo único de la casa, de regular tamaño, paredes sin papel, aplanado techo y buenas luces. Eso sí, en vistas, no le ganara ni la torre de Santa Cruz.

Por la cuadrada ventana se veía grandioso país de nubes y tejados; se dominaba toda la parte oriental de Madrid, que es la más hermosa: el Retiro, la aguja del Dos de Mayo, el techo plomizo del Congreso, la mole de Buenavista, las chimeneas de la flamante Casa de la Moneda, y detrás el árido campo donde pronto se había de levantar el barrio de Salamanca. En cúpulas y tejados veíanse las formas más extrañas y las variedades más caprichosas. Ofrecía el conjunto una crestería chabacana, de recortados picos, aleros, palomares y sinfín de chimeneas, como negro ejército en desorden, las unas empenachadas de humo, las otras no, muchas torcidas y con el capacete ladeado. Era preciso mirar verticalmente, como se mira al fondo de un pozo, para alcanzar a ver aquellos jardines de que hablaba la Tal. Pertenecían a lujosas casas de la calle del Prado, y estaban tan hondos, que las más altas ramas de las acacias apenas llegaban al segundo piso. Con esmero y mimo cultivados, aquellos profundos vergeles se componían de afeitado césped, setos tijereteados, de algunas coníferas y acacias, todo raquítico y achacoso. Era como un hospital de árboles. Los había variolosos, todos llenos de verrugas; los había reumáticos, mancos de ramas; habíalos atacados de alopecia, por lo cual tenían calvicie de hojas, y todos, calenturientos, revelaban en su amarillez el paludismo en que vivían. No faltaba tampoco una marmórea fuente que a ciertas horas se emperifollaba con un juego de agua para recreo de los pececillos rojos prisioneros en el pilón.

No disgustó a Alejandro la estancia aquella, desde la cual se veía tanta nube, tanta chimenea, y, con buena voluntad, el sepultado jardín. Los muebles habían sido muy buenos; pero estaban

estropeadísimos y pidiendo a gritos plumero, agua y estropajo. No había silla que no estuviera coja, ni pieza en que no faltara algo. Todo revelaba la adquisición de lance, en el desplome de una fugaz fortuna, de esas que nacen y se liquidan en una semana. Todo era de acarreo, de baratillo: todo procedía de esa industria prendera que sirve para poner casas provisionales o para la improvisación de los ajuares domésticos.

La gente aquella, marido y mujer, no parecía mala. Ella habría sido hermosa, si no estuviera picoteada por las viruelas; él, atravesado y de semblante duro, revelaba conexiones con gente tolera. La estudiada afabilidad de ambos cautivó al manchego, que no veía más que el aspecto bueno de las cosas. Todo quedó convenido, y se instaló en la sala. Allí estaría como en su casa. Para mayor comodidad del ínclito joven, no se fijaría un diario, al uso de las casas de huéspedes, sino que él diría por las mañanas a Cirila: «Cirila, quiero comer esto, quiero lo otro», y Cirila le diría: «Pues, señor don Alejandro, déme usted tanto más cuanto...» ¿Que el señorito no quería aquel día comer...? Pues, «Cirila, hoy no como en casa.» ¿Que quería un extraordinario...? «Cirila, mañana comeremos aquí cuatro amigos.» Y ella entonces haría las cuentas, y le diría: «Porque mire usted, señorito: la ternera está a tanto, la merluza a cuanto...»

Todo iba bien. Los primeros días estuvo Alejandro bastante mejorado, y claro es que pasaba en la calle la mayor parte del tiempo. Felizmente, no carecía de dinero, juntando lo que pudo arrancar a Torquemada con lo poco que le envió su padre. Iba viviendo: su pensamiento, ávido de las cumbres, no sabía descender a los llanos de la vida material, ni enterarse de lo mucho que habían encarecido los artículos de comer desde que él hiciera sus convenios con Cirila: ni advertía que le estaban costando un ojo de la cara su frugal almuerzo y su nada abundante comida.

Había dicho a Felipe que abandonara la posada de los mieleros y se viniese a habitar con él, lo que llevaron a mal Cirila y su marido, porque era Felipe, según ellos, fisgón, entremetido y amigo de curiosear lo que no le importaba. Todo lo había de intervenir, y sabía el precio de los comestibles, del carbón y de los artículos más usuales... ¡Oh, a él no se la daban! ¿Quién había visto que cuatro huevos costaran una peseta? Sólo aquel visionario de don Alejandro, con su cabeza llena de dramas, *Carniolas*, ideales y filosofías, podía ver imposible tan grande atrocidad económica.

En un momento de mal humor había dicho Cirila: «Ya sabía yo que el señorito era muy aficionado a mantener vagos», frase que al *Doctor* se le atravesó y no pudo digerirla en mucho tiempo. Pero mientras más le crecían las uñas a ella, más se esmeraba él en fiscalizar y discutir todo.

Desgraciadamente para el soñador del Toboso, pronto faltaron ocasiones de regatear sobre el precio de las comidas. El 1 de mayo, a consecuencia de haberse mojado con una llovizna, al anochecer, recayó con síntomas muy desconsoladores. Francamente, en la noche del 2 creyó que se moría. Vino Cienfuegos, y no fiándose de su ciencia para un mal tan grave, trajo consigo a un médico amigo, joven y afectuoso. La debilidad de Alejandro era tan grande como su inapetencia. Hubo que recurrir a la carne cruda, al extracto de Liebig, y con ninguna de estas cosas se atajaba el rápido desmoronamiento de aquella naturaleza, ávida de pulverizarse y perderse en lo inorgánico. La combustión crecía; las pérdidas eran enormes; el espíritu se iba quedando cada vez más solo, tan solo, que los desmayos eran simulacros de muerte. Peor estaba el infeliz que en casa de doña Pepa, y más hundido, más clavado y sepultado en aquella odiosa cama de tormento. Para que éste fuera mayor, su ánimo abatido negábase a buscar en sí mismo, en su propia arrogancia y fecundidad, las fuerzas reparatrices. Callaban los estímulos mentales del arte, y enmudecían los pruritos íntimos del ideal y el amor. Todo dormía en él, menos el enfermo; todo, menos la fatiga, el calor, el frío, la cefalalgia, el negro cansancio y la pesadez de sus huesos de plomo... ¡Inexplicable desvío el de la Tal, que no había ido a verle más que dos veces desde que allí estaba, y estas dos veces con mucha prisa, porque tenía que hacer, porque sólo disponía de un par de ratitos!... No vienen nunca solos los males. A los referidos, juntóse uno que

era en todas circunstancias dolorosísimo para el pobre estudiante, y en aquella terrible casa el mayor de los infortunios. ¡Se le había concluído esa cosa tonta y divina, esa farándula indispensable, esa nonada omnipotente que llaman dinero!... ¡Qué afanes, qué fatigas para procurarse algunas cantidades! Felipe no cesaba de salir con cartitas y recados. Volvía casi siempre con las manos vacías. «Es que ya abusamos —pensaba él—. Razón tienen en no darnos nada.»

VI

Tuvo Cirila no se sabe qué cuestiones con su marido, y éste desapareció. Se fué derecho a la ganadería, de donde no debió nunca salir. Ella no se había ido también, según dijo, por estar cerca de su hermana y cuidar al señorito; pero si el señorito no aprontaba lo necesario para el diario, no podía ella darle ni una miga de pan, porque—y mostraba las palmas de las manos vacías—no tenía nada. Para dar al señorito la última tajada de carne, le fué menester empeñar su mantón y las sábanas de la cama... Por manera que si el señorito quería una chuleta, una taza de caldo, huevo pasado, rebanada de pan, ya podía ir pensando de dónde lo sacaba, porque ella...

En tal extremidad, y hallándose como ejército famélico en plaza estrechamente sitiada, discurrió Alejandro pedir socorro a su tía, que era la última palabra del credo en casos tales. Acudió volando Felipe con la esquelita, y a la hora volvió desconcertado y afligidísimo. La señora le había recibido con risas muy extrañas y llevándole a la sala, donde tenía—espanto y confusión de Felipe—una mesa con tapete encarnado, y encima dos velas verdes y sinfín de cartas de barajas revueltas... A Centeno se le comprimió el corazón viendo cómo la señora, después de espantar un zángano invisible, se puso a revolver cartas sin hacer caso de él para nada... La criada entraba y salía, viendo todo como la cosa más natural del mundo... Por fuerza la mujerona sirvienta estaba también tocada. Y ¿qué hizo la señora con la carta de su sobrino? Pues la colocó abierta sobre la mesa, y empezó a correr naipes, diciendo unos latines o romances que el demonio que los entendiera. Después trajo un puñado de cañamones, y haciendo un cucurucho se lo dió a Felipe para que lo llevara al sobrino sin ventura... Que Felipe salió escapado de la casa, no hay para qué decirlo. Felizmente, encontró en la calle de Toledo a su paisano y amigo Mateo del Olmo, de quien obtuvo, no sin esfuerzos de elocuencia, el anticipo de una peseta. Con ella compró pan, dos huevos y una chuleta, y guardó el resto para lo que ocurriese. Todavía había Providencia.

La misma noche tuvo un feliz encuentro en el pasillo de la casa, que era el Foro o Parlamento en que se ventilaban las cuestiones de aquella federación de familias. Habiendo dejado a su amo dormido, salió a ver si podía hacer callar a unos chiquillos que alborotaban. Vió pasar a un hombre, que miraba al suelo, rozando su cuerpo contra la pared, al mismo tiempo que andaba vacilante. Reconocióle al punto, y tirando del faldón de una especie de levita, que del cuerpo de aquel fantasma pendía, le dijo:

—¡Don José!... ¿Ya no me conoce?

El otro se detuvo y le miró. Sus ojos, cual si acabaran de verter copiosísimo llanto, estaban húmedos. Sus erizados pelos bermejos se querían echar fuera sediciosamente del abollado sombrero que los oprimía y avasallaba. De su rostro emanaba una tristeza sepulcral, como de los anafes de las vecinas el pesado tufo, y así como en éstos, por los agujerillos, se ven las brasas quemadoras, así en el entenebrecido rostro de Ido se veían brillar ascuas de un mirar famélico. Más con el alma atenta que con el oído, enteróse Felipe de los conceptos de aquella voz, que dijo:

—¡Ah!... Tú eres aquel *Doctorcillo* Centeno, el que estaba en casa de don Pedro... ¿Vives aquí?

Hubo mutuas explicaciones y ofrecimiento de domicilio. Ido, tomando a Felipe por un brazo, retrocedió a la escalera, y se sentó en el último peldaño de ella.

—Siéntate aquí y hablaremos—dijo con voz desvanecida y vagarosa, cual si las palabras, medrosas del aire en que vibraban, quisieran retroceder para volverse a la boca—. Sabrás, Felipe, cómo estoy sin colocación desde hace tres me-

ses. Y por más que busco, y aro la tierra para encontrarla, no puedo conseguirlo. He visitado a todos los maestros, y nada. He ido a todos los colegios, y en ninguno hay vacante. Lecciones particulares, ¡Dios las dé!... De modo que estoy, hijo, a la cuarta pregunta..., con mi señora enferma y cuatro hijos, cada uno con su boca correspondiente.

Preguntóle discretamente Felipe los motivos de su salida de la casa de Polo, a lo que el pendolista contestó de este modo:

—¡Ay!, hijo, tú te marchaste antes que en el bueno de don Pedro se iniciaran las grandes locuras que hemos visto... Ya conoces su genio de Barrabás y sabes cómo nos trataba... El genio se le podía llevar, anda con Dios; pero hay cosas, amigo Felipe, que ofenden a un hombre digno. Yo a nadie falto. ¿Por qué no se me ha de tratar con miramiento y buena crianza? Ya, cuando tú estabas, el maestro me decía palabras malsonantes; pero como él mismo se reía, pasaban por bromas. «Es usted más tonto que el cerato simple.» Esto era a cada momento. Bien: pase como un desahogo... Pero cuando un concepto se repite y se repite... Yo paso una broma; pero que me pongan motes no me gusta. Don Pedro, últimamente, ya no me llamaba por mi nombre, sino que decía: «*Cerato simple*, haga usted esto o lo otro. *Calamidad*, esto o aquello...» Los chicos se reían y no me respetaban nada. También entre ellos no faltaba quien dijera: «*Cerato*, vete al acá o al allá.» Francamente, naturalmente, amigo Felipe, esto ya es por demás. Porque si un chico me falta una vez, se lo paso; pero que me tomen como cuento de risa... Si a uno le mandaba una cosa, me respondía: «*Dido*, no me da la gana»... «*Dido*, vete a donde quieras...» Francamente, naturalmente..., yo estaba ya trinando en mi interior, y con un aquél que me revolvía las tripas. Don Pedro no hacía más que disparatar cuando tomaba las lecciones: todo lo decía al revés, y echaba la culpa a los chicos y a mí. Un día se puso como un león, echando lumbre por aquellos ojazos, con espuma en la boca; y empezó a tirarnos los libros, los tinteros, plumas, pizarras. Nos apedreaba. A algunos alumnos les hizo heridas... Todos estábamos aterrados. Cogió al chico de Pasarón y le tiró al aire. A todas éstas, renegaba de la escuela y decía maldiciones impropias de un sacerdote... Francamente, naturalmente, esto no se podía aguantar. Aquel día se retiraron de la escuela no pocos niños, y el padre de Nicomedes vino hecho una fiera, se trabó de palabras con don Pedro, y por poco se pegan. Otro día el maestro estaba como un idiota: no decía palabra; tenía una especie de modorra, y hasta parece que se le caía la baba... No te rías; sí: al tal don Pedro le pasa algo... Enfermo está no sé de qué... Pues como te decía, sin más ni más, salió con la pitada de que yo le quitaba los discípulos, y que soy un acá y un allá. Yo le dije... «Francamente, naturalmente, señor don Pedro...» Y él me contestó: «Porque usted, bajo esa capita de santo, es capaz de asesinar a su padre...» Francamente, naturalmente, yo..., ¿qué había de hacer?... Total, que me marché. Aquí me tienes, pues, sin colocación, pasando las de Caín para mantener a tanta familia. ¿Vives tú con un señor que parece está enfermo, y que, según dijo doña Cirila, es algo poeta?

—¿Qué es eso de algo?—replicó Felipe, ofendido de que se escatimaran así las facultades literarias de su señor—. Mi amo es de lo que no hay en eso del drama y la poesía.

—Pues, hijo—manifestó don José, alzando un poco la abatida voz por los bríos que le daba la esperanza—, a ver si me proporcionas algún trabajo. Quizá tenga tu amo borradores que copiar.

—Por ahora, señor don José, no sé si habrá algo; pero no está mi amo muy en fondos para encargar ese trabajo... Más adelante puede..., porque tenemos unos dramas que el señorito va a poner en limpio.

—¡Dramas! Pues venga. Que me dé lo que pueda a cuenta... Yo también hice un drama en mi juventud; y en esta miseria de ahora se me ha ocurrido retocarlo, a ver si alguna compañía me lo quiere representar. Es cosa del conde Fernán González, y todo, todito, me lo hice en sonetos... Francamente, naturalmente, creo que no sirve para nada.

—Me voy, no sea que se despierte—dijo Centeno, cansado de las confidencias de Ido.

Este le detuvo, y, con voz más alentada, que declaraba el esfuerzo de su cobarde espíritu, le dijo estas palabras:

—Felipe, tú no sabes lo triste que es volver a casa a estas horas con las manos vacías, y cuando a uno le están esperando desde media tarde, creyendo que lleva los imposibles... Si algún día eres padre de familia, sabrás lo que esto es. Francamente, hijo, yo no sé si me habrás comprendido; si no, te diré que me hagas el favor de prestarme dos reales, si los tienes, y dispensa mi atrevimiento..., que, francamente, naturalmente, nunca creí que un hombre como yo, dedicado a la enseñanza...

Aquel apóstol de las gentes, aquel faro de las sociedades, aquel portero de la inmortalidad, el santo, el evangelista de la civilización, el pescador de hombres, sacó de su bolsillo una cosa que, por las trazas debía de ser pañuelo, y lo aproximó a las fuentes de ternura que tenía por ojos. Felipe, hasta lo más hondo de sus entrañas conmovido, se registró bien los bolsillos, y todo lo que había en ellos se lo dió.

Miquis y su criado hablaron un rato de aquel infeliz vecino y de su triste situación.

—Coge todo lo que haya—dijo el manchego—y llévaselo. ¿Qué nos importa el día de mañana? De alguna parte ha de venir. Nuestra miseria es contingente, accidental y temporal; la suya es intrínseca y permanente. ¿No hay allí, sobre la mesa, dos huevos? Pues ofréceselos. Y las tres onzas de chocolate y el pan... Dale todos los cuartos que tengas en el bolsillo. ¡Pobre hombre! En cuanto me ponga bueno he de buscarle una colocación.

Siempre el mismo Alejandro. Ansioso de dinero cuando no lo tenía, y capaz, por adquirirlo, hasta de olvidar los buenos principios, como sucedió en el caso de la tiita, desde que tenía algo, fuese poco o mucho. ya le faltaba tiempo para desprenderse de ello y acudir a cuantas necesidades, verdaderas o falsas, se manifestaran a su lado. Su generosidad era tan incorregible como su ambición. Y no escarmentaba nunca. Repetidas veces se había visto en grandes aprietos por haber acudido con demasiada prisa al socorro de los ajenos. Ejemplo de ello, que pocas horas después de su liberalidad con el pobre Ido, al amanecer del siguiente día, la Naturaleza le pidió cuentas de su falta de caridad consigo mismo. ¡De qué buena gana se habría tomado una taza de té con leche, o leche sola caliente... Pero no había leche ni azúcar, ni dinero con que comprarla. Como Felipe se quejaba del pernicioso desprendimiento de su amo, éste le dijo:

—Qué quieres... yo soy así, y no puedo ser de otro modo. Por más que me empeñe en ello no consigo ser egoísta. Mi yo es un yo ajeno.

Y ambos permanecieron silenciosos, mirándose a ratos; y cuando no se miraban, el uno fijaba sus ojos en el techo y el otro en el suelo. ¡Peregrina divergencia, que en cierto modo venía como a simbolizar la contraria organización de cada uno! Y ¿qué descubría Miquis en el techo? Nada. ¿Qué sacaba Felipe del suelo? Nada. Ni arriba ni abajo había para ellos socorro alguno.

Daba dolor ver al infeliz joven postrado en aquel lecho, y considerarle favorecido por Dios, si no de una constitución robusta, de bríos morales y mentales que debieran tener virtud suficiente para compensar, en cierto modo, la pobreza física. Pero ¿no podría creerse que la misma tensión y crecimiento del contenido habían roto el frágil vaso, que ya, ¡fatalidad!, no tenía soldadura? ¿Quién que le viera no le compadecería? ¿Quién que observara la expresión de aquel rostro, en que se pintaban con magistral sello del martirio y la exaltación de las ideas, no había de extender la mano y decir, con arrebato de piedad: «Detente, muerte, y no le toques»?

Era la perfecta imagen de un Nazareno, a quien se le quitaran diez años. Su barba mosaica le había crecido algo después de la enfermedad; pero aún no pasaba de la condición de vello largo, fino y sedoso. Era más bien como una sombra dibujada con blando carboncillo: se creería que iba a desaparecer si la soplaban con fuerza. Su perfecta nariz, afilada, tenía transparencias de ópalo, y las tintas gelatinosas de sus mejillas y sienes hacían que éstas parecieran más deprimidas de lo que estaban. El tinte cárdeno de las cuencas de sus ojos agrandaba éstos, haciéndolos más negros, luminosos y profundos. Cuando eran intérpretes de la esperanza o del entusiasmo, el espíritu como que no cabía en ellos y se derramaba en borbotones de

luz. Tristes, parecían la propia mirada de la muerte; alegres, traían resurrección o apariencias de salud a todo el descompuesto organismo.

Día y noche se le veía en aquella postura de paciencia, incorporado en el lecho, porque no podía respirar de otra manera; rodeado de almohadas, mal cubierto, de frente a la luz, con la mirada perdida en el techo, o en el cuadrado trozo de cielo que por la ventana se veía.

VII

Sacólos de la perplejidad en que ambos estaban una voz, precedida de discretos golpes en la puerta. La voz dijo: «¿Dan su permiso?», y la persona que entró fué don José Ido, que a preguntar venía por el enfermo y a dar las gracias por los auxilios de la noche anterior. Alejandro, como de costumbre, dijo que se sentía mucho mejor, y entabló un ameno coloquio con aquel excelente sujeto, mártir de la instrucción, fanal de las generaciones, accidentalmente apagado por falta de aceite. Los tiempos estaban malos, y, francamente, naturalmente, el bueno de Ido no había de coger una espuerta de tierra en las obras del Ayuntamiento... ¡Y pensar que había en España diez millones de seres, con ojos y manos, que no sabían escribir!... ¡Y que él, hombre capaz de enseñar a escribir al pilón de la Puerta del Sol, no tuviese qué comer!... ¡Qué anomalía, y qué absurdos, y qué contrasentido tan desconsolador! Pero ¿esto era una nación o una horda? Ido se inclinaba a creer que fuera una gavilla de empleados, una manada de cesantes y una piara de pretendientes... Por todas partes no se oían más que anuncios de revolución, y don José..., francamente..., le pedía a Dios que se armara la gorda lo más pronto posible, que todo se volviese patas arriba, y que viéramos a los generales y ministros yendo a esperar a los reyes, y a los aguadores, sentados en las poltronas..., ¡ajajá! Porque la vuelta tenía que ser grande para que el país se desasnara.

Felipe, mientras hablaba su amigo, había encendido la cocinilla económica, y calentaba agua. Las retorcidas hojas del té estaban allí, en un papelejo; pero faltaba el azúcar.

—Si tuviera usted un poco de azúcar, don José...

—Precisamente—replicó el pendolista, con generoso arranque—, ése es un artículo de que no carecemos nunca. Mi mujer tiene un primo confitero, que nos da el caramelo de desecho, el almíbar que se quema y toda la confitería que se pasa de punto... Al momento.

Fuése, y volvió con un gran paquete de aquellas materias sacarinas que había dicho. De los pedazos de caramelo llenó Alejandro un cucurucho para ponerlo debajo de la almohada, y al instante empezó a chupar. Aunque algo quemados, estaban buenos, y a él le sabían a gloria.

—Pues si tuviera usted un poco de leche, don José...

—Voy a ver... Puede...

Al poco rato volvió mi hombre con un vasito que contenía un dedo de leche.

—Si se pudiera arreglar el señor con esto...

—Basta; muchas gracias.

Despidióse don José para ir a sus quehaceres, que eran recorrer todo Madrid en busca de colocación, y afanar al mismo tiempo, por los medios que la Providencia le sugiriera, el sustento para el día, tarea cruel, áspera y abrumadora que al pobre hombre le consumía y le resecaba hasta dejarle en los puros nuesos. Bien copiando algún escrito, bien apelando a los sentimientos caritativos de los amigos, o ya felicitando a cualquier prócer con un mensaje ornado de rasgos y primores caligráficos, lograba reunir miserable suma. Pero ¡las necesidades eran tantas...! ¡Luego la enfermedad de su señora, el médico, las medicinas...! Francamente, naturalmente, don José Ido del Sagrario dudaba de la Divina Providencia.

Cuando Alejandro se tomó su té, que le supo muy bien, dijo a Felipe:

—Así no podemos estar... Esto es horrible. ¡Vaya un día! Hijito, es preciso que busques algo. Vete a ver a Cienfuegos. Que te dé siquiera dos duros. Si no los tiene, habla con Arias y con Zalamero, y píntales la situación.

A media tarde volvía Felpe de su caminata. En aquel largo espacio de tiempo no había estado Miquis en completo abandono. Cirila, que no era un ángel ni mucho menos, pero sí un ser humano,

había entrado a las once y le había dicho esto:

—He puesto un pucherito. Le traeré a usted una taza de caldo, o unas sopas claras si las quiere. Ya me debe usted seis duros, y si me da algo a cuenta, no le faltará nada.

No volvió Felipe con las manos vacías. Oigámosle:

—Cienfuegos no tiene un ochavo, Arias dice que si usted le da cinco duros le hará un gran favor. Sí: para dar estamos. Poleró dice que vendrá a verle a usted esta noche, y Sánchez de Guevara me dió esa peseta para mí..., ¡para mí! Bueno. El *tío Prisma* salió muy tieso del comedor, con el mondadientes de plata en la boca; el señor *Completo* salió a echar sus cartas, y me preguntó si estaba usted mejor. Le dije que sí, y echó un suspiro. *Prisma* dijo que... memorias..., y que si se ofrece algo para París... ¡Ah!..., Zalamero, que vendrá también por acá... Bueno... ¡Ah!, memorias de *Julián*, que salió conmigo a la calle, y ha venido acompañándome hasta la puerta. No quiso entrar... Bueno... Ahora viene lo gordo...—metiendo la mano en el bolsillo y sacando un objeto—. ¿A que no sabe usted quién me ha dado este duro? Si lo acierta..., ¿a que no acierta? Pues me lo ha dado doña Virginia. Dice que le va a mandar a usted chuletas..., que eso que usted tiene no es más que hambre, y que se cura con carne y jamón.

— ¡Pobre Virginia! Es una buena mujer . Mira, dale el duro enterito a Cirila. Hay que tener presente que se le debe más. Hoy me ha dado sopas.

— ¡Ah!..., don Basilio me dió este real. . ¡para mí!..., y que expresiones, y que no se acoquine usted.

Por la noche tuvieron de visita a Zalamero, Poleró y Arias. Hablaron tanto, que Alejandro se aturdió con el ruido; pero disimulaba su malestar por no privarse del gusto que tenía en la conversación. Lo único que dijo fué que hicieran el favor de no fumar mucho.

Poleró, con su vehemencia de costumbre, le decía:

—Anímate, hombre. Sal de esa cama. Hace ahora un tiempo hermosísimo. Si no fuera porque están cerca los exámenes y hay que empollar, te acompañaríamos más. ¿Y el drama? ¿Se representará la temporada que viene?

—Eso, seguro.

—Creo que esta semana se pone en escena la comedia de Federico Ruiz. Me han dicho que es mala adrede.

Y Arias, fuerte en literatura, hablaba de *Los miserables*, obra que por tales días cautivaba y embelesaba a tantos lectores. ¡Aquella Cosette!... ¡Aquella Fantina!... ¡Aquel Juan Valjean!... Aquel capítulo: *La tempestad bajo un cráneo!*... ¡Aquel polizonte Javert!... ¡Aquel capítulo de las cloacas!... Aquel Fauchelevant!... ¡Aquellas monjas del pequeño Picpus!... ¡Aquella frase: «No hay que confundir las estrellas del cielo con las que imprimen en el fango las patas de los gansos!...» ¡Aquel Gavroche!... En fin, todo, todo...

Con estas conversaciones, poníase Alejandro excitadísimo y le entraba ardorosa fiebre. ¡Qué mala noche iba a pasar! Más valía que se fueran. Los muchachos, compadecidos de la horrible situación de su amigo, convinieron en hacerle un anticipo. No eran ricos; pero entre todos echaron un guante, dejando sobre la mesa de noche tres duros y dos pesetas.

—Adiós, adiós. A ver si te sacudes.

—Adiós, y gracias. Ya os lo mandaré con Felipe, cuando reciba lo que me enviará mi padre.

Por la escalera abajo, los tres jóvenes hacían comentarios sobre lo que acababan de ver.

—Yo le tengo lástima; pero hay que confesar que es un suicida. El se ha matado.

—¡Pobre chico!... Y lo que es ése no se levanta más. Yo se lo decía: Mira, que te estás matando.»

—La casa es una perrera. ¿Qué idea le dió de venirse aquí?

—Pero ¿tú has visto a Miquis hacer alguna cosa derecha y con sentido común?

—Si no hay quien le entienda...

—Es un desgraciado, un loco... Bien merecido le está.

Poco después entró Cienfuegos. Ver el dinero que sobre la mesa de noche estaba y hacia él írsele con avidez los ojos, fué todo uno.

—Chico, me debes dos pesetas del percloruro de hierro. ¿A ver ese pulso? Algo excitado. ¿Han estado aquí ésos? ¿Ha habido conversación? Se conoce. Y ¿qué tal? ¿Has comido? Doña Virginia te mandará mañana unas chuletitas.

Terminado el interrogatorio médico, se le escaparon estas palabras sacramentales:

—Veo que estás en fondos... No, lo que es este duro me lo llevo. Recuerda que me debes... Es decir, yo te debo más; pero me refiero a lo accidental. Chico, la lucha por la existencia es la más cruel de las leyes. ¡Eh!... tú, Felipe, trae esta noche cloral. ¿Has perdido la receta? Si a las diez no duerme, se lo das. Avisa a cualquier hora de la noche si hay novedad.

Incomodó a Felipe la franqueza con que el médico expoliaba el tesoro del enfermo; pero no se atrevió a decir nada. Cuando se fué Juan Antonio, hablaron un ratito amo y criado de la necesidad de llamar a otro médico, el mismo que había venido al principio... Días pasaron sin ninguna novedad. Ido los acompañaba no pocos ratos, y ambas familias se favorecían mutuamente en sus tribulaciones. A lo mejor tocaban a la puerta, y se veía asomar por ella el rostro agraciado de una niña de diez años, bonita, rubia con la cara sucia y el vestir andrajoso:

—Don Felipe...

—¿Qué quieres, muchacha?—preguntaba él, asustado del *don*.

—Dice mi mamá que si por casualidad tiene usted una libreta.

—Sí, sí—respondía Miquis, al punto—. Felipe, dásela.

—Don Felipe, que si hace usted el favor de darme una peseta, que cuando venga papá a la noche se la dará.

—Toma.

—Don Felipe, que si hace el favor de un huevo...

—Toma.

Gran regocijo y distracción tenía el enfermo cuando los dos chicos mayores de Ido y otros de la vecindad entraban en su cuarto, con gorros de papel y cañas al hombro, haciendo maniobras y juegos militares. Si no fuera por el ruido que metían, no les dejaría salir del cuarto en toda la tarde; pero a veces era menester darles algo para que callaran o para que hicieran sus evoluciones en el pasillo con el menor estrépito posible. Rosa Ido, la que a pedir venía de parte de su mamá, era muy juiciosa, y a ratos los acompañaba, contándoles cosas de la vecindad y diabluras que hizo el gato. Su papá había ido a casa del ministro *para ver si lo quería colocar...*; ¡pero quia!, el ministro era un pillo... Decía su papá que iba a venir *la gorda*, y que él se alegraba, porque eso de que unos coman y otros no, francamente... Algunas tardes iba con su muñeca, que tenía toda la cara comida, y se ocupaba en vestirla y desnudarla con trapos y cintajos, para que Alejandro se riera. La sentaba en una silla, diciéndole con fe: «Ahora te quedas aquí, acompañando a este caballero.» Lo mismo hacía con el gato; pero éste no era tan obediente como la muñeca, y se marchaba detrás de su ama. Por Felipe tenía verdadera pasión, y no se separaba de él como pudiese. A veces atormentábale con preguntas y largas charlatanerías sobre cualquier insulso tema.

—¿Por qué te llaman *Doctor*?—le dijo un día—. ¿Es que eres médico? Pues cúrame el gato, que está malito.

III

FIN

I

Todo el mes de mayo se pasó en alternativas de engañosa mejoría y de recrudecimiento del mal, resultando un alza y baja sintomatológico, con oscilaciones no menos bruscas que las de los fondos del enfermo. Días hubo en que, cubiertas con esplendidez las principales atenciones, aún sobró lo bastante para poner un duro en la mano fría y flaca del apóstol de la escritura; pero otros, teñidos en todas sus horas de un lúgubre color de tristeza, no traían consigo más que necesidades, disgustos con Cirila, apuros y carencias de lo más preciso. Fué por San Isidro cuando recibió Alejandro carta de su padre, en la cual se manifestaba ya el buen señor enterado de la vuelta que habían tomado los dineros de la tiita. Vivísimo enojo resultaba en cada renglón de la epístola. El iracundo padre, pidiendo cuentas del uso de aquel capital, declaraba al niño su resolución de no mandarle un cuarto más en todo el año. Al Toboso habían llegado noticias de la desaparición del estudiante dramaturgo, de su vida errática, de sus costumbres equívocas e indecorosas, por todo lo cual estaba el

buen don Pedro echando chispas. Concluía la tremebunda carta diciendo al rebelde hijo que, en vista de que no estudiaba, de que era un perdido, no se gastaría más dinero en su carrera; que después de los exámenes de junio, si es que se examinaba, tomara el camino del Toboso, donde se le tenía preparada una hoz para segar, una azada para romper tierra y un bielgo para aventar, únicos instrumentos adecuados a la corrección de su holgazanería.

Consternado, leyó el joven la filípica, siendo cada palabra de ella puñal que le abría las entrañas, agravando su profunda dolencia. ¿Qué contestaría? Optó aquella vez por el mejor partido, que era confesar su falta y pedir perdón. Se disculpó diciendo que había tenido una larga enfermedad; pero a renglón seguido incurrió en la torpeza, ya muchas veces cometida, de ocultar su verdadero estado por no disgustar a su madre. Anunció que se había restablecido, que ya iba a clase y que esperaba examinarse y salir bien. Así lo creyó el pobrecito, que antes perdería la vida que la esperanza. Era tan ciego, que hacía proyectos para la semana próxima, contando con restablecerse; prepararse en cuatro días, como lo había hecho otros años; examinarse, y después irse tan alegre a su pueblo... *a acabar de ponerse bueno.*

Para mayor tormento suyo, presentóse un día Torquemada, el prestamista a quien Arias llamaba *Gobseck*, y con buenos modos, mas con perversa intención, le exigió el pago de cierta suma. Alejandro sintió un dogal que le estrangulaba. No supo qué contestar, y a cada momento se contradecía. «La semana que entra... Precisamente estaba esperando... No tuviera cuidado el señor Torquemada...» Este embozaba con taimadas razones su exigencia. Aquel dinero no era suyo, sino de un señor que se lo había confiado, para emplearlo, y el señor lo necesitaba para ir a tomar baños de ola. Volvería al día siguiente; volvería todos los días, mañana y tarde... ¡Poder de Dios, qué hombre! Si no se le pagaba, pondría dos letritas al señor don Pedro Miquis *a ver qué determinaba...* Al buen Alejandro se le congeló el sudor sobre la frente, y se le apretó el lazo corredizo que en el cuello sentía.

—Felipe, chiquillo—dijo a su criado cuando el buitre les dejó solos—. Es preciso hacer un esfuerzo. Abre la cómoda, saca toda mi ropa, empéñala, que por ahora no la necesito, y para cuando pueda levantarme ya tendré con qué sacarla... A ver si te dan aunque no sea más que lo bastante para pagarle a Torquemada los intereses.

Centeno obedeció en silencio; pero, al pasar revista a la ropa, observaba que faltaban muchas piezas; preguntaba por ellas a Cirila; pero ésta se hacía de nuevas, y hasta se sorprendía de ser interrogada sobre cosas con las cuales nada tenía que ver.

—Allá tú—dijo a Felipe con lacónica malicia.

La ropa blanca estaba reducida a la mitad. Felipe hacía recuentos y comentarios; pero Miquis, impaciente por terminar, cortaba las cuestiones, diciendo:

—No me marees. Me duele horriblemente la cabeza. Lleva lo que haya y saca todo lo que puedas.

Y cargaba Felipe el lío, y salía y tornaba, y, sin dar tiempo a que Alejandro dispusiese del dinero allegado por tan fatal medio, se presentaba Torquemada para llevárselo todo, lamentándose de que la cantidad no fuera mayor, y anunciando su grata visita para dentro de cuatro días. ¡Dios grande, qué hombre!

Apartado este peligro, se presentaban, amenazadores, otros muchos, y entre ellos el de no tener para las medicinas, ni para lo poco que allí se comía. Cirila, impasible, dijo una mañana:

—Como no me vuelva yo dinero... Hoy sí que no puedo hacer nada, señorito de mis pecados. Ni la lumbre puedo encender. ¡Bonito genio tiene el carbonero! ¿Oyó usted el escándalo que armó esta mañana por lo mucho que se le debe?...

—Felipe...

—Señor.

—Hijito, por Dios... Haz un esfuerzo. Echate a la calle... Hoy tendrás suerte; me lo dice el corazón.

Salió Felipe desalentado y triste aquel día. Sentía un cansancio moral que le abrumaba. Aquella escuela de iniciativa y de voluntad era superior a sus años, y de vez en vez la naturaleza, juguetona y pueril, se rebelaba contra los quehaceres graves y contra la pesada carga de deberes, más propios de hombre que de niño. Salió a mediodía, y vagando estuvo por las calles más de una hora, discurriendo qué camino tomaría y a qué

amigos embestir en tal ocasión con la cortante arma de sus peticiones: no se le ocurría nada; se reconocía torpísimo, con desmayo muy grande en sus alientos; pasaba revista mental de personas, sin hallar en ninguna probabilidades de un feliz resultado... Si tuviera la suerte de encontrarse en la calle un bolsillo de dinero...! Miraba a las baldosas; pero no vió en ellas ningún bolsillo ni cartera con billetes. ¡Si encontrara quien le diera trabajo, pagándole sus servicios...!

Pensó en Mateo del Olmo: pero éste le había dicho que si volvía otra vez a su casa haciéndose el tonto para pedir cuartos, le tiraría por la ventana a la calle. ¡Doña Virginia!... ¡Sí, buena estaba la señora!... Cuando fué ella misma a llevar las chuletas a don Alejandro, había encontrado en el cuarto de éste a una..., ¡a la Tal!..., y se retiró escandalizada. Tenía que oír doña Virginia... «El don Alejandro era un perdido y no había que acordarse más de él. Está rodeado de gente de mal vivir, y lo que se le daba era para mantener... ¡cállate, boca!»

A pesar de esta mala disposición de la excelsa patrona. Centeno fué allá. Podría ser que alguno de los señoritos... ¡María Santísima, cómo se puso Virginia cuando le vió entrar! No le echó por la escalera abajo porque no dijeran... Día más desgraciado que aquél no lo había visto Felipe en su vida. ¡Vaya unas caras que ponían los huéspedes! Verdaderamente, estaban cansados de tanta y tanta postulancia. Cienfuegos, desde que Miquis había llamado a otro médico, no iba por allá, y, además, estaba, como siempre, en malísima situación. Los demás no tenían voluntad de dar o carecían de dinero.

—Esto ya es vicio—dijo Poleró—. Si su padre no le mandara, vamos...; pero él tiene sus mesadas... Aunque le diéramos millones, lo mismo que nada. Aquello es un tonel sin fondo. Felipe, vete a la Casa de la Moneda, única que puede surtir a tu amo. En la tuya hay por fuerza muchas bocas de chupópteros... ¡Pobre Alejandro! ¡Pobre chico! Al fin, ha de ir al hosiptal, y será lo mejor para él.

Casi lo mismo dijeron los demás. De la mano de ninguno de ellos se desprendió, ay!, el rocío de un solo cuarto.

Fuése a la calle muy descorazonado, y dió, durante media hora, vueltas y más vueltas por el barrio, pensando, discurriendo, cavilando... ¿Sobre quién dejaría caer el filo de su tajante sable?... ¡Ah!, qué idea si se atreviera... Si se atreviera a dar un ataque a don Pedro Polo... Pero ¡quia!, con el genio tremebundo de este señor...A buena parte iba... Con todo, ¿por qué no había de probar? Si don Pedro le decía que no, bueno; si, por el contrario, se hallaba en situación favorable, en uno de aquellos momentos en que parecía que se ablandaba y se derretía la masa durísima de su genio... ¡Nada, a él! Quien no se atreve no pasa la mar. ¡A don Pedro, y salga lo que saliere! Dirigióse a la calle de la Libertad; pero tan poca confianza tenía y tanto miedo de presentarse a su antiguo amo y maestro, que moderaba el paso, y ya en la puerta, volvió atrás y se entretuvo, dando tiempo al tiempo, asustado del momento que anhelaba... ¡Cobarde! Sintiendo, al fin, arranques de energía, afrontó la terrible situación. ¡Adentro! ¡Cómo le temblaban las manos, cómo le palpitaba el corazón! Subió y llamó. Era la hora en que don Pedro, ya bien comido y bebido, acostumbraba entretenerse un rato en su cuarto. fumando y hojeando algún libro de clase... Desde que la criada abrió la puerta, sintió Felipe la voz de Marcelina, y esto le fué de tal mal augurio, que se habría vuelto a la calle si al mismo tiempo no se oyera la voz del maestro, diciendo:

—¿Quién es?

El mismo Polo salió al recibimiento. ¡Sorpresa! Felipe, como un muerto... ¡Con qué ganas se precipitaría por la escalera abajo!

—¡Felipe!... ¿Tú por aquí? Pasa, hombre... ¡Jesús!, derrotadillo estás...

Estas palabras, dichas con benevolencia, le volvieron el alma al cuerpo.

—Que entres, hombre. Parece que me tienes miedo. ¿Qué es de tu vida?

Don Pedro le llevó a su cuarto. Felipe le miraba, regocijándose de haberle encontrado de buen temple. Daba gracias a Dios de que no estuvieran delante, mientras él hacía su petición, ni la madre ni la hermana del cura, pues de ambas tenía desfavorables informes... ¡Vaya, que estaba aquel día de buenas el león! Para que todo fuera lisonjero.

don Pedro le facilitaba la penosa exposición de su cuita, saliéndole al encuentro con esta hidalga y familiar frase:

—Ya, tú estás mal y vienes a que te socorra.

Felipe dió un gran suspiro. Bien comprendía que ninguna palabra sería más elocuente. En pie, la roja boina en la mano, no apartaba los ojos del suelo. El rubor le quemaba el rostro.

—No me coge de nuevas que estés tan mal. Desde que saliste de mi casa no habrás hecho más que vegabundear. Eres un perdido, un pillete de esas calles, y no teniendo ya quien te dé, no encontrando ya en dónde merodear, vienes a que yo te ampare...

Felipe sintió que, materialmente, se le desprendía la cara y al suelo se le caía. Hizo con ambas manos un movimiento encaminado a evitar esta catástrofe anatómica. Comprendió que era preciso decir algo. El silencio le acusaba.

—No, señor...—murmuró—; yo no soy vago... Estoy sirviendo a un caballero...

—Y ese caballeho, ¿no te da salario, no te da ni siquiera de comer?

—Sí, señor...; pero...—balbució Felipe, aturdidísimo y sin saber cómo explicar el extraño y nunca visto caso de su miseria.

—A ver, explícame eso.

—Es que mi amo no tiene nada..., está pobre...

—¿Quién es?

—Un estudiante.

—Nunca he visto estudiantes que tengan sirvientes. ¿Es, por ventura, hijo de reyes?

Felipe se cortó. Su garganta, oprimida, no daba paso a la voz ni al resuello. Las ideas se le escapaban por un gran boquete abierto en su cráneo. Empezó a hacer pucheros.

—No, con llántico no me convences... Mientras no me expliques bien qué amo es ése, y por qué está tan miserable... Y tú ¿para quién pides?, ¿para ti o para él?

—Para él.

Don Pedro rompió en franca risa. Haciendo juego con él, en contrario, Felipe lloraba como una Magdalena.

—Si usted no quiere creerme...—decía entre sollozo y sollozo.

—Pero si no me has explicado nada...

Y seguía llorando, llorando. Cada ojo era un río inagotable. Don Pedro, mejor dicho, el caimán de la escuela, le miraba sonriendo con cierta ferocidad escudriñadora, detrás de la cual quién sabe si se escondía la compasión.

Limpiándose las lágrimas con ambas manos a puñados, Felipe suspiró estas palabras:

—Adiós, señor don Pedro—y dió media vuelta y salió del cuarto, encaminándose a buen paso hacia la puerta de la escalera.

Por el recibimiento iba, cuando la voz del maestro, iracunda, gritó:

—*¡Doctorcillo!*

Este retrocedió.

—Demuéstrame tu necesidad—le indicó, entre ceñudo y compasivo; hazme ver que no pides para vicios y para entretener tu vagancia, y entonces te daré...

Felipe no respondía nada. Ya no lloraba.

—Pruébame...

Y ¿cómo lo había de probar el desventurado? Pensó decir a Polo que se diera una vuelta por la malhadada casa de la calle de Cervantes, para que se convenciera, por el testimonio de sus ojos, de la verdad del lastimoso cuadro; pero esto le pareció ineficaz. Don Pedro no había de ir allá.

—A ver, habla...

—Adiós, señor don Pedro—volvió a decir el *Doctor*, dando otra vez la media vuelta para retirarse.

—Haz lo que quieras... Bueno, hombre, abur. Y ¿adónde vas con tu cantilena?

Felipe se detuvo y le miró bien.

—Voy a ver si me quiere socorrer—dijo—una persona que ya otra vez me socorrió.

—¿Quién?

—La señorita doña Amparo.

Don Pedro, súbitamente, se volvió para la pared. Así no pudo ver Felipe su palidez, que era como la del bronce que quiere ser plata.

Haciendo que miraba una mapa, Polo exhaló estas palabras:

—¿Cómo fué eso?... ¿Cuándo?

—El día que me marché de aquí, la señorita doña Amparo, que tiene tan buen corazón, me dió seis pesetas que se había sacado a la lotería.

Don Pedro empezó a revolver papeles sobre la mesa, quitando cosas de su si-

tio para llevarlas a otro. Se hacía el distraído, refunfuñando:

—¿Es eso verdad?... ¡Qué cosas te pasan, hombre¡ Conque seis pesetas...?

No miraba a Felipe, ni éste podía advertir en el rostro de su maestro señales de interior borrasca. El caimán se metió la mano en el bolsillo. Sonó dinero. Era como el roce y frotamiento de metálicas escamas. Felipe fué todo ojos. Una de las manos de don Pedro contaba sobre la otra, pasando y repasando monedas.

—Toma siete—le dijo la domada fiera, poniendo un montoncillo sobre la mesa.

—Dios se lo pague, don Pedro, y le dé mucha salud a usted y a toda su familia.

II

La satisfacción, la ufanía que llenaban el alma del *Doctor* al salir de la casa de don Pedro, no son para descritas. Se asombraba de que un hombre tan atroz, que había tenido la crueldad de dejar sin pan al infeliz Ido, se ablandase hasta el punto de darle a él un auxilio mayor de lo supuesto. No alcanzando la rudimentaria agudeza de Felipe a penetrar el motivo del brusco enternecimiento del monstruo, forjaba en su mente una pueril explicación del caso. «Es que el señor don Pedro—decía—tiene dentro una lucecita que se enciende en cuanto le tocan un botón, como el de las campanillas eléctricas que se usan ahora. El que acierta con el botón y enciende la luz, hace de él lo que quiere. El que no, se *amuela*.»

Tan grande éxito le envalentonó, despertando su codicia. Preciso era trabajar más aquel día, para obtener una colecta considerable con que sorprender a Alejandro y alegrar su espíritu. ¿A quién más acudiría?... ¡Ah! ¡Don Federico Ruiz debía de estar rico!... ¡A él! De paso, ¿por qué no tocar los registros a don Florencio Morales, por si quería dar alguna cosa? ¡Al Observatorio como un rayo!... Recordó, no obstante, que su amo había dicho alguna vez, a propósito de la liberalidad del astrónomo: «Antes dará aceite un ladrillo.» Pero no importaba..., ¡adelante! Podría ser que también Ruiz tuviera botón, y que él, sin saber cómo, por inspiración del Cielo, lo tocara. En cuanto a don Florencio, bien presentes tenía los ofrecimientos que le hizo una tarde que le encontró en el Prado, tomándose con gran deleite un vaso de clarísima agua de Cibeles. ¡A ellos! ¿Quién dijo miedo?

¡Qué contrariedad! Don Federico no estaba en la casa. Había ido a los ensayos de su comedia, que a la noche siguiente se estrenaría. El que sí estaba era el gran Morales; mas no fueron sus primeras palabras muy lisonjeras:

—Sí, te veo..., te veo venir... Me traes la monserga de la otra tarde. Sí: que tu amo está malo, que ni tú ni él tenéis qué comer. Yo he visto mucho mundo, amiguito. Si fuéramos a dar a todo el que tiene necesidad, andaríamos desnudos y abriríamos la boca al viento.

Felipe, desconcertado, se esforzó en la réplica, diciendo con quejumbroso y dolorido estilo que si no se fiaba de él, fuera pronto a la calle de Cervantes para ver con sus ojos la verdad de tan terribles apuros; a lo que don Florencio contestó, lleno de entereza:

—Sí, justo: no tengo yo más que hacer que subir escaleras... Y, entre paréntesis, lo que a tu amo le pasa le está bien merecido, porque es un libertino, una mala cabeza. Lo sé por Ruiz, que está al tanto de todo... No me vengas con cuentos. Yo no soy de piedra. Si tienes hambre, vente a la hora de comer, y no faltará con qué la mates. Pero lo que es metálico, no lo esperes. Está la patria oprimida, hijo, y hay mucho pobre y mucha boca que tapar. Pasa, entra, siéntate un rato, y veremos si Saturna tiene algo que darte. Creo que se le han echado a perder unos hojaldres... ¡Saturna! ¡Saturna!

Empezó a dar gritos, y luego, encarándose otra vez con Felipe, que había ya perdido toda esperanza de recoger algo sonante, le dijo:

—Tienes suerte, chiquillo. Parece que lo hueles. Y, entre paréntesis, ¿quieres que te diga en qué consiste el mal de tu amo, y por qué está tan miserable?

Centeno era todo oídos y no quitaba sus ojos de don Florencio, mientras éste, que acababa de subir la rampa, se limpiaba el sudor de la frente y cráneo, natural desahogo y salida de tan gran hervidero de ideas.

—Pues te diré, para que tú también vayas aprendiendo. Tu amo es un loco.

es uno de estos jovenzuelos que se han empozoñado con las ideas extranjeras. ¿Qué nos traen las ideas extranjeras? El ateísmo, la demagogia y todos los males que padecen los países que no quieren o no saben hermanar la Libertad con la Religión. ¿Qué dicen por allá? Pues dicen: «Fuera Papa, fuera catolicismo y venga república; hacer cada uno lo que le dé la gana.» ¿Es esto prudente? ¡No, señor! Y lo que es en Francia, hijo, lo que es en Franica, te digo que Napoleón *Tres* les sentará las costuras. ¿Tengo o no tengo razón?

Compenetrado Felipe de tan sabias ideas, mostraba su asentimiento con grandes cabezadas afirmativas.

—Pues esas ideas, ese ateísmo, ese desbarajuste es lo que nos quieren meter aquí—prosiguió el insigne conserje, haciendo el orador y paseándose en un espacio como de tres varas—. Hay unos cuantos..., todos muchachos, chiquillos, estudiantejos, que leen libros franchutes y no saben palotada de nada...; hay unas cuantas cabezas ligeras, y tu amo es de ellos..., que nos quieren traer aquí todas esas andróminas forasteras. ¿Sabes lo que están diciendo?

Espanto de Felipe, que no sabía nada, pero sospechaba que era cosa gorda y coruscante.

—Pues ahora se salen mis amigos con eso de *todo o nada*. En resumidas cuentas: que quieren nada menos que destronar a su majestad la reina. Ya les he dicho que no los sigo por ese camino, y me he borrado de la tertulia... Porque Dios sabe lo que va a venir aquí. Tú, figúrate... Se van a desbordar las masas...

Felipe creyó por un momento que aquellas masas eran los hojaldres que le habían prometido, y tembló por ellos.

—A ti, vamos a ver, ¿no se te ponen los pelos de punta al pensar...?

—Sí, señor; sí, señor, que se me ponen.

—Ese empeño de que todo ha de ser extranjero... Yo soy español por los cuatro costados. ¡Señor, si aquí nos entendemos muy bien, si aquí sabemos hacer las cosas!... Póngannos la Milicia, la Constitución del doce, y basta. El clero, en su puesto; la Milicia, para defender el orden; el Ejército, para caso de guerra; Cortes todo el año, buenos seminarios, mucha discusión, mucha libertad, mucha religión, y venga paz. ¡Si esto es claro y sencillo...! Pues no ha de ser así, sino ateísmo, demagogia y filosofía alemana... Yo los veo venir, y me callo... Ya veremos la que se arma. Aquí me estoy achantadito, esperando a ver por dónde salen. Una tarde discutimos aquí tu amo y yo... Se quedó turulato... Sí, pregúntale. Callado le dejé, y pegado a la pared. El, defendiendo lo extranjero, me sacó poetas y descubrimientos..., qué se yo... ¡La ciencia y la industria! A mí no me vengan con solfas. Yo he viajado, yo sé lo que hay... Concedo, sí, señor, concedo que la Inglaterra nos aventaje en ciertas cosillas; pero en otras estamos por encima de todos. Fíjate tú en los productos de nuestro suelo, y dime si hay algo que los iguale. Aquí tenemos para todo lo que nos hace falta, y nos sobra para mantener a tanto hambriento de extranjis... Castilla es el granero del orbe terráqueo. Nuestros vinos van por todo el mapa. Pues el día que queramos poner en un apuro a los inglesotes, no hay más que decirles: «Caballeros, ya no hay más jerez.» Y en cada localidad tenemos un producto excelente, sin rival en el mundo. Y si no, dime: dónde hay otra Málaga para pasas, otra Artorga para mantecados, otra Jijona para turrón, otra Soria para mantequilla y otro Madrid para un buen vaso de agua. En industria, ahí están Cataluña con sus hilados, y Toledo con sus armas. En buques, no te digo nada. Cada marino nuestro vale por ocho extranjeros, y con un cachucho cualquiera nos ponemos delante de la mejor escuadra. Nuestro Ejército ya se sabe que es el primero del mundo. Yo querría ver correr a ingleses, franchutes y austríacos en una batalla en que se dijera: «¡Cazadores de Madrid, adelante!...» Y todo, hombre, todo. Si aquí no necesitamos de lo forastero para nada. En generales, ¿qué nación tiene un Espartero y un O'Donnell? En abogados..., habías tú de ver un escrito puesto por don Manuel Cortina o don Joaquín Francisco Pacheco... ¿Y aquella palabra de Olózaga en el Congreso? Atrás la Europa toda. Hasta en cómicas estamos por encima. Pues a donde llega la Matilde, ¿quién llegó? ¿Tú la has visto? Aquel modo de llorar es cosa que parte el corazón. Pues te digo que en papeles de gracia vale

tanto como en los de ahogo y sentimiento... Poetas los tenemos por fanegas, mejores que todos los extranjeros; y si vamos a pintores, ya quisieran ellos... Nada, nada, no le des vueltas: aquí no necesitamos para nada de esos países. Díselo así a tú amo, y que se vaya curando de sus manías, y se haga rancio español y católico a machamartillo, y se deje de patrañas ateas y de locuras demagógicas... Saturna, los hojaldres... ¿No los ibas a tirar? Aquí está Felipe, que los aprovechará.

Cuando don Florencio puso punto final en su recitado, que a Felipe le pareció discurso por lo elocuente, sermón por lo largo, el muchacho, admirando tan soberano talento y facundia, no comprendía la oportunidad de la lección que con tales alegatos daba el conserje a Miquis, ni el provecho que éste había de sacar de ella para remediar su desdicha. Hizo propósito de retener en su fiel memoria lo más que pudiese de aquel discurso para repetírselo a su amo, cláusula por cláusula, seguro de que éste se había de reír. Tomando sus hojaldres, que envolvió cuidadosamente en un número de *Las Novedades*, despidióse del matrimonio y echó a correr hacia su casa.

III

Frente al Botánico detúvole una voz conocida, una voz amistosa, que durante algún tiempo no había regalado sus oídos. Era Juanito del Socorro, que le llamaba desde la verja del Botánico, en cuyo escalón estaba sentado con otro amigo.

—Hola..., *Redator*...

—*Miále, el Iscuelero.*

Entablóse franco y alegre coloquio. Juanito y su amigo habían salido del taller, porque aquel día estaban allá de obra y no se trabajaba... El insigne Socorro era aprendiz de dorador. ¿Qué ganaba? Un sentido. El principal le quería mucho y le iba a poner en el *estofado*. «Vente a este oficio, hombre, y ganarás lo que quieras.» El tal Juanito entró en aquel arte por gusto de su madre, y de allí pasaría a ingeniero. Iba por las noches a la escuela gratuita de dibujo, y pintaba hojas de *coluna*, narices y toda la pirámide de la Geometría. Le iban a poner en el *adorno* y a pintar una *comotora*. Ya sabías las cuatro órdenes de la arquitectura, y a poco más, si le dejaban, hacía *otra como El Escorial*. La *corintia* era de este modo, y la *jónica* de aquel otro. En su taller, era él capaz de dorar el gallo de la Pasión, y en aquellos días estaban *refrescando un altar*. Su principal doraba también con *galvana*, en un pilón con agua muy agria, que quema... Como que él tenía la blusa agujereada porque le cayeron gotas. Era el oficio más bonito que se podía ver. ¡Nada, que coges una cosa de palo o de hierro, y en un momento la pones dorada!... En fin, hijí..., si te descuidas se te doran los dedos, y hasta el resuello es oro. ¡Ganar! Lo que quieras. Todos los días encargos, y «que vaya a *sacarle lustre al Padro Eterno de la Iglesia*»... En medio día se despachaba él cuatro espejos. Primero hacía la pasta, luego iba pegando molduras... Ahora venga barniz, brocha de pelos de león y panes de oro. Un momento, un suspiro. Da gusto ver que todo se va poniendo como un sol... Con los panes que sobraban hacía maravillas en su casa, y hasta los vasares de la cocina y la espuerta de la basura los había dorado.

Felipe, rebajando gran parte de lo que oía, conceptuaba feliz a su amigo con aquel oficio regio. ¡Dorar! Poner en todas las cosas la risa del sol, vestir de luz los objetos, endiosar la ruin madera, fingiéndole la facha del más fino y valioso metal... ¡Dichoso el que en tal industria se ocupaba!... Daría él cualquier cosa por poder disponer de los elementos de aquel arte y dorar la cama, los libros y hasta las botas de su amo. Subió de punto su admiración cuando Juanito le enseñó sus uñas doradas.

—¿Qué es eso que llevas ahí?... Pastelitos...

—Me los han regalado. No sirven...

—*Miá éste*... ¡Qué no sirven! Nos los comeremos.

—Es que... son para...

—Te los compraremos, hombre... Si creerás tú... Te vamos a convidar a café... Fúmate un cigarro.

Sacó Juanito una cajetilla y repartió. El otro amigo encendió tres cerillas.

—¿*Onde* vamos? A Diana, que dan mucho azúcar... Café y copas, Felipe...

Ya era de noche, y Centeno no quería detenerse; pero la obsequiosa finura de

aquellos dos caballeros le cautivaba, y también, dígase con franqueza, no dejaba de sentir en su ánimo cierto apetito de libertad, instintivo afán de hacer algo que rompiese la triste y tediosa vida que llevaba .¿Su esclavitud no tendría algún descanso, y su trabajo el alivio de un ratito de cafe?... ¡Adelante!

—¡Mozo..., café y copas... y un periódico!...

Centeno se recreaba en el fácil uso de su albedrío, en aquel desembarazo que le hacía hombre; y cuando se acordaba de la soledad de su amo, sintiendo, con el recuerdo, asomos de pena, se consolaba mirando al mucho azúcar que sobraba y haciendo propósito de guardarlo todo para el enfermo. Tomaba el café despacio, porque estaba muy caliente, y entre sorbo y sorbo corría de la boca de Juanito, como del caño de abundosa fuente, un chorro de hipérboles. No tenía Felipe su espíritu muy gozoso; pero desde el malaventurado instante en que llevó a sus labios la copa de ron, sintió que se transformaba y se volvía muy otro de lo que era. El maldito licor picaba como un demonio, producíale llamaradas en todo el cuerpo, y en la cabeza un levantamiento, un tumulto, una insurrección de todas las energías, un motín de ideas, bullanga y trapatiesta extraordinarias... Pero él, impávido, seguía bebiendo para que no le dijeran memo, y, por fin, no quedó nada en la copa...

¿Qué alegría era aquella que le entraba? ¿Qué prurito de moverse, de reír, de alzar la voz, de hacer ruido y dar saltos sobre el asiento cual muñeco que tuviera en cada nalga un bien templado resorte? Juanito y su amigo se reían de verle en tal estado y le incitaban a seguir bebiendo; pero él, con seguro instinto, se negó a dar un paso más por camino tan peligroso.

Era el tal café de los que llaman cantantes. A cierta hora un melenudo artista sentóse en la banqueta próxima al piano y aporreó las teclas de éste. A su lado un hombre flaco y pequeño cogió el violín, y rasca que te rasca, se estuvo media hora tocando. El efecto que la música hacía en Felipe era como si se le levantara dentro del alma un remolino de júbilo, el cual corriera haciendo giros, con delicioso yértigo, desde lo más bajo del pecho a lo más alto de la cabeza. Pues digo... Cuando cesó el del violín y subió a la tarima una tarasca que cantaba romanzas de zarzuela y jotas y fandangos... Felipe, entusiasmado, no cesaba de dar palmadas, y a la conclusión de cada estrofa le faltaban pies y manos para hacer sobre la mesa y en el suelo toda la bulla que podía. Juanito, con más calma, tenía fijos sus ojos en la cantatriz, y admiraba sus dedos, sus gorjeos, sus ayes picantes y todo lo demás que salía por aquella salada boca. El no decía más sino: «¡Qué boca, qué boca!...» ¡Y con qué entusiasmo la contemplaba!... Se la doraría.

Otros efectos, a más de la inquietud y el gozo, produjeron en el alma de Felipe aquellos dos agentes: alcohol y música. Fueron la pérdida de toda noción del tiempo transcurrido y unos arranques de generosidad que habían de serle muy nocivos. Viendo que Juanito se registraba sus bolsillos sin lograr sacar de ellos cosa de provecho, Felipe se llenó de punto y de vanidad caballeresca, sacó sus siete pesetas y las desparramó sobre la mesa con gallardo movimiento.

—Yo pago, yo pago...—gritó con cierto frenesí.

Parte del dinero cayó al suelo. Mientras el amigo de Juanito lo recogía, Felipe, atento sólo a batir palmas en celebración de la cantatriz, llegó a perder hasta el verdadero conocimiento del sitio en que estaba. Veía diferentes personas a su lado y delante; mas no se hizo cargo de nada. Por un momento creyó distinguir en una de las mesas próximas un semblante conocido, mujer hermosa, rodeada de hombres; asaltóle sobre esto un pensamiento, hizo una observación; pero imagen, ideas, apreciaciones, todo se desvaneció en su mente, dejándole otra vez en el aturdimiento deleitoso. No vió al mozo que cobraba y devolvía cuartos, ni supo él lo que de sus propios bolsillos había salido, ni lo que a ellos restituyera.

Tampoco supo cómo y cuándo salió del café, ni dónde se separaron de él sus amigos... Oyó la campana del reloj de la Puerta del Sol. Atento y como volviendo en sí, con la facultad de apreciar el tiempo, contó las once..., ¡las once! Llevóse la mano con ardiente ansiedad al bolsillo... Nada; bolsillo más limpio no se había visto nunca. En rápido giro pasaron por su mente todos los sucesos de aquel día... ¡Don Pedro, las siete

pesetas; don Florencio, los hojaldres!... ¿Y dónde estaban los hojaldres? Como se recuerda una pesadilla, con indistintos contornos y matices, recordó Centeno la descomunal boca del amigo de Juanito abriéndose de par en par para comerse los hojaldres... Y el dinero, ¿qué vuelta había tomado?... Y su amo, ¿qué pensaría de su tardanza? ¿Qué le habría pasado en aquel largo día de soledad y escasez?...

Recobró Felipe sus facultades instantáneamente. Entraron como de golpe y con tumultosa sorpresa, cual guerreros que acometen airados el puesto de que les expulsó la perfidia. De todo lo que entró en el cerebro del hijo de Socartes, lo primero y lo que más ruido hizo fué la vergüenza... Esta era tan fuerte y le dominaba tanto, que no sabía si apresurar o detener su vuelta a casa. ¿Qué le diría don Alejandro? ¿Qué diría él para disculparse?

Llegó, al fin, temblando. Le horrorizaba el pensar que encontraría muerto a su señor. Si muerto no, de fijo le hallaría muy enojado. Seguramente habría carecido de alimento, de asistencia, de compañía... Y lo peor de todo era que al volver a la casa después de doce horas de ausencia, no llevaba ni un real, ni siquiera un par de cuartos. Ganas le daban a Felipe de estrellarse la cabeza contra la pared de la escalera... Bribón mayor que él no había nacido de madre. ¿Qué cara pondría su amo al verle, qué le diría? Entró por el pasillo adelante más muerto que vivo; y cuando a la puerta se acercaba diéronle ganas de retroceder y volverse a la calle. Cirila le abrió diciendo: «Me gustan las horas de venir.» Vió Felipe luz en el cuarto de su amo, y oyó una voz que le parecía ser el propio órgano parlante de don José Ido. Esto le dió ánimos para empujar la puerta...

Grandísimo consuelo tuvo al ver que su amo conversaba tranquilamente con el calígrafo. Hablaban de política, y don José decía con soberana perspicacia:

—Lo que es Narváez, señor don Alejandro, lo que es Narváez...

Apartó su atención Miquis de aquella importante declaración para increpar a su criado:

—Perdido, ¿ya estás aquí? Más valía que no hubieras vuelto más.

Centeno no supo qué responder. En medio de la vergüenza y pena que sentía, observaba que su amo no estaba colérico. Reñía sonriendo.

—A ver, cuenta... ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho en tanto tiempo?

—Vaya..., pues con el permiso de usted...—indicó don José, dispuesto a retirarse—. Ya tiene el señor compañía...

Quedáronse solos... ¡Con qué arte se disculpaba Felipe, y qué vueltas y revueltas tomaba su pensamiento para evadir la dialéctica de su amo, que implacable la perseguía! ¡Qué de mentiras dijo, y cuántas combinaciones de lugares y horas hizo para encontrar atenuación cumplida a su tardanza!

—Para que veas cómo no te valen conmigo tus embrollos—le dijo Miquis riendo—, te voy a probar que soy adivino. Sin moverme de mi cama sé dónde has estado: te he visto, Felipe, te he visto, aunque no nací en Jueves Santo, como mi señora tía. Has estado en el café de Diana tomando copas; te has emborrachado... No hacías más que aplaudir a la tiple y decir barbaridades. Y seguramente eres un hombre rico, porque allí sacaste muchas pesetas... A ver, hombre, enseña esos tesoros... Abre esos bolsillos...

Desconcertado se quedó Felipe al oír esto. Su amo se reía, y él no sabía si enfurruñarse o reír también. ¡Otro caso extraño, muy extraño! En la mesa de noche había dinero, pesetas... ¡Fenómeno más extraño aún y verdaderamente maravilloso!... Las pesetas eran siete.

No pudo Alejandro obtener de él una confidencia explícita, y al fin se durmió... Felipe cayó también sobre el sofá rendido de sueño y cansancio.

IV

El médico que a Miquis asistía era un joven simpático, aplicadísimo y que se encariñaba con los enfermos, mirándolos como amigos y como libros, cual materia de afecto y de enseñanza. Y al decirle por las mañanas: «¿Qué tal, cómo va ese valor?», leía en su cara, en su lengua, en su pulso, renglones de dolor. Hombre compasivo y afanoso de aprender, Moreno Rubio sentía en su corazón pena y lástima de cristiano; pero este dolor lo atenuaba con la caricia de sus dedos de rosa, con el goce científico, o

sea el estudio de aquel hermoso caso. Observar la marcha metódica de la enfermedad, conforme en cada uno de sus terribles pasos con el diagnóstico que él había hecho; ver y oír cada síntoma; examinar las turgencias, las morbideces, los ruidos torácicos, las eliminaciones..., ¡qué cosa tan entretenida! Esto y los cantos de un bello poema venían a ser cosas muy semejantes. Principalmente la auscultación, en la cual Moreno Rubio empleara todos los días un largo rato, enamoraba su espíritu. Las cosas que dice el aire en los pulmones son en verdad estupendas. Esta música no es igualmente seductora para todos; pero su expresión sublime nadie la negará. La resonancia sibilante, la cavernosa, los ecos, los golpes, los trémolos, las sonoridades indistintas y apianadas, que ya no parecen voces del cuerpo, sino soliloquios del alma, constituyen una gama interesantísima. ¡Lástima que la letra de esta música sea casi siempre una endecha de muerte! Los oídos del médico se regalan con los suspiros del moribundo.

Aquella mañana—no sabemos bien qué día era—el médico y Cienfuegos conferenciaron en la escalera, por no poder hacerlo en la casa. Cara triste tenía Moreno Rubio cuando dijo:

—Se va por la posta... ¡pobre chico! Los tubérculos han destruído casi todo el parénquima. Han empezado de una manera alarmante el reblandecimiento y expulsión de tubérculos. Va esto con una rapidez que me sorprende, porque al principio noté cierta lentitud en el desarrollo de los tubérculos y creí que nuestro dramaturgo tiraría hasta el otoño.

—La voz—dijo Cienfuegos, no menos triste—se le transformó desde ayer por la mañana. Me espanté cuando le oí.

—La broncofonía nos indica la formación súbita de grandes cavernas... Mañana auscultaremos, y observará usted el curioso fenómeno de la pectoriloquia... En fin, seguir con la digital, y de noche los calmantes.

★

Oyó Felipe esta conferencia, y su terror fué grande. Quedóse como quien se cae de muy alto, atontado. No creía él que la enfermedad de su amo fuera tan grave, ni temía una tan próxima catástrofe; pero, pues aquel señor lo dijo, cierto debía de ser. Lo primero que hizo fué echarse a llorar; mas pronto comprendió la necesidad de contenerse y envalentonarse para que su amo no se acobardara viéndole tan afligido. Compuso su semblante lo mejor que pudo y entró en el cuarto. Felizmente, estaba el enfermo tan aferrado al bello engaño de su pronta curación, que no era preciso fingir alegría para darle ánimos. Desde el día anterior no cesaba de hacer proyectos, los unos de arte y de trabajos para el año próximo, los otros bucólicos y de vida regalona.

—¡Qué buenos días voy a pasar en la Mancha este verano!—decía—, pues yo creo que allá para el quince o el veinte de junio podré marcharme. Esto no es más que una fuerte irritación que ya va cediendo, a mi parecer... Porque yo me siento mejor, sí, señor; y aunque no tengo fuerzas, ellas vendrán. En todo el verano no haré más que pasear, comer y dormir. Estaré allá para la siega y me divertiré mucho. Para que veas si soy bueno. Felipe, te voy a llevar. Verás cómo te diviertes. Iremos de caza. ¿Tú tiras?... Si no tiras, yo te enseñaré... Es un gusto ir a codornices... Mi padre tiene un monte... Ya se me hace la boca agua pensando en el apetito que allí se me abrirá de par en par... Me comeré hasta los platos... Mira tú: nos salimos de madrugada y nos llevamos el almuerzo en una cesta... Creo que hasta la cesta nos la tragaremos... A las diez ya no podremos tenernos de hambre.

Felipe, al oír, esto, hacía dismiulos muy penosos de su congoja, y tan bien fingía, que el otro se entusiasmaba más. Necesitaba poco para ponerse en aquel estado, por ser su alma genuinamente arrebatada y soñadora. Pero Centeno, sin olvidar sus papeles, estaba muy inquieto con ciertas ideas referentes a lo que en la escalera había oído. Entrando p saliendo a sus quehaceres, ni por un momento se apartaba de su alma aquella pena, y a la pena se unía un prurito de rebelión contra el dictamen de Moreno Rubio. No: su amo no podía estar tan malo como el médico decía; su amo no se moriría..., ¡pues no faltaba más! Sin duda Moreno Rubio era un bruto que no entendía el oficio, y soltaba tales paparruchas para darse importancia. ¡Morirse tan joven, morirse habiendo

hecho *El Grande Osuna!* Esto no podía ser. Si Felipe fuera ya médico, si él supiera ya todo lo que trataban los libros de Cienfuegos, de fijo pondría a su amo más sano que una manzana.

«Los médicos de ahora no sirven—pensó—. Para médicos, los de mañana, los que van a venir.»

Cienfuegos pasaba otra vez allí largas horas, y como era tiempo de exámenes, allí tenía sus libros para darse alguno que otro atracón tarde y noche. Cuando salía, Felipe hojeaba aquellas obras tan sabias, ávido de encontrar en ellas noticias de la enfermedad de Alejandro. ¡Inútil y desesperante trabajo! No entendía ni jota, y como todo eran terminachos oscuros, más se desesperaba cuanto más leía. Por último encontró una palabra que Moreno Rubio había pronunciado en la escalera. *Parénquima*, decía en el libro. Allí estaba el busilis... ¡Oh!, si él hubiera aprendido siquiera alguna cosita; pero no, no sabía nada; era más bruto que Moreno Rubio y que el mismo Cienfuegos... Se golpeaba Felipe su respetable cráneo, esperando que por este medio brotara en él alguna chispa de sabiduría médica; pero nada, nada..., todo era cerrazón, dureza, ignorancia... Después buscaba las láminas de los libros, con esperanza de encontrar en ellas alguna idea. Las láminas tampoco le decían lo que él anhelaba saber. Ninguna halló que dijera: «Estado de los pulmones del señorito Alejandro.»

Su avidez le quitó el sueño aquella noche; nada le distraía, nada le consolaba. Ocupado en distintos menesteres, su pensamiento seguía embebecido en las mismas ideas y devorado por el mismo afán, ¡ay!, afán de amor y curiosidad. ¿Cuál era su antojo? Nada menos que averiguar cómo era su amo *por adentro:* meter sus miradas en aquel dichoso parénquima, en aquellas cavernas y tubérculos, para ver en qué consistía el daño, y por qué se había de morir su amo. Mentalmente le abría en canal con un grande y cortante instrumento que no causaba daño, y luego instroducía con sutileza sus manos para extraer el mal... Lo dicho, dicho: Moreno Rubio era un pobre hombre que no sabía el oficio.

Aquellos días tenía Miquis, a ratos, la compañía de Ruiz, y por las noches la de don José Ido. Felipe se había hecho muy amigo de la familia de éste. Eran los cuatro hijos de Ido una generación lucidísima, propia para dar lustre y perpetuidad a la raza de maestros de escuela. El uno de ellos cojeaba, el otro tenía las piernas torcidas en forma de paréntesis, el tercero ostentaba labio leporino, y la mayor y primogénita era algo cargada de espaldas, por no decir otra cosa. Además, estaban pálidos, cacoquimios, llenos de manifestaciones escrofulosas. ¡Pluguiera Dios que no representara tal familia el porvenir de la enseñanza en España! Era, sí, dechado tristísimo de la caquexia popular, mal grande de nuestra raza, mal terrible en Madrid, que, de mil modos, reclama higiene, escuela, gimnasia, aire, urbanización.

Rosa Ido, con ser raquítica, no carecía de belleza y gracia. Era sumamente redicha, y en un certamen de hablar mucho se habría ganado todos los premios. Tenía los ojos azules, el pelo de color de esponja y enmarañado; la boca grande, sin duda de tanto charlar; los modales desenvueltos. Andaba a saltos, comía devorando. Era el tipo de los salvajes de buhardilla, que se extienden por la línea de tejados de Madrid, cerniéndose sobre la población como bandada famélica. Devoran los desperdicios que llegan hasta ellos, y piden sin cesar. Descienden rara vez, porque no tienen ropa con que presentarse. Viven en aquella altísima capa urbana, situada entre el cielo y los ricos.

Grandes y cordiales amistades se entablaron entre ella y Felipe. Mañana y tarde oíase la argentina voz de Rosa Ido en la puerta: *¿Dan ustedes su primiso?* Y sin esperar respuesta se metía dentro. Charlaba un rato con Alejandro, contándole chismes de la vecindad. Cuando Felipe iba a un recado le acompañaba hasta media escalera, y cuando volvía se la encontraba en el mismo sitio con su harapienta muñeca en brazos. Centeno, a su vez, si su amo tenía visita, íbase a la casa de Ido, cuya esposa, algo mejorada de sus acerbos males, le hacía los honores con regaños.

El lugar de tertulia de Rosa y Felipe era una escalerilla conducente a los tejados y por la pequeña azotea, donde las vecinas tendían la ropa. En los escalones ponían los chicos sus juguetes, que eran pedazos de pucheros rotos, palitroques y carretes sin hilo, con los cuales

hacían trenes de artillería. Allíí instalaba Rosa su *boudoir*, consistente en un espejo roto, dos flores de trapo, acerico, medio peine, varios frascos vacíos, y allí desnudaba y vestía a la muñeca, asistida de su amigo, que para estas cosas no carecía de habilidad. Cuando estaban solos eran las grandes confianzas. Vaya de muestra:

ROSA IDO.—Felipe, la otra noche, cuando estuviste fuera todo el día y volviste bebido, vino la Tal... ¡Qué enfado me dió!... Me la hubiera comido. Mamá dice que es una mujer mala, y que señá Cirila es otra mala mujer. Dice que si la hermana parece tan guapa es porque se da pintura. Mamá y papá no se tratan con esta gente, porque ellos, aunque pobres, son de buena familia... El papá de mi mamá era lo que llaman *cabrerizo* de Palacio, de esos señores que van montados al lado de la reina.

FELIPE.—*(Con autoridad.)* Se dice *caballerizo* y no *cabrerizo*.

ROSA.—Qué más da... Bien dice papá que tú tienes talento... Pues, sí vino la Tal. Entró hecha una faratona, y me dijo: «Chiquilla, vete.» ¿Hábrase visto...? Yo me salí; pero me quedé en la puerta para pescar algo... A don Alejandro, cuando la vió, se le pusieron los ojos más relumbrones... ¡Ella no se acercó a la cama; se puso *alejos*..., ¿te enteras?..., y le miraba con una lástima...! ¿Cómo le dijo? No me acuerdo. Ello fué una cosa *mu* tierna, *mu* tierna. ¿Sabes lo que dice mamá? Que esa mujerona es quien ha matado a tu amo... *Dimpués* que hablaron dale que te pego, contó ella que te había visto con una gran turca en el café...

FELIPE.—*(Avergonzado.)* Es mentira... Si la cojo...

ROSA.—Aguarda. Los dos se rieron, y *aluego* hablaron de otra cosa. ¡Qué ojos tiene tan rebonitos! Don Alejandro la miraba como un bobo, y parecía que se ponía bueno. Se sentó en la cama. Ella se *prosimó* entonces y le dió la mano. *Dimpués* sacó ella pesetas y las puso en la mesa de noche. Dice mamá que esa mujer le ha sacado mucho dinero a tu amo, y que ahora es un bochorno para él que ella le dé limosna.

FELIPE.—¡Quita allá! ¿Qué le ha de dar...? Será casualidad...

ROSA.—*(Bajando la voz.)* ¿Sabes lo que dice mamá? Que Cirila es una ladrona, y que está vendiendo la ropa de tu amo. Yo estoy volada. Me dan ganas de decirle: «So tía...» Es que tengo yo un genio... ¡Conmigo no jugaba esa tiburona! Si yo fuera tú, la ponía en la calle..., así..., clarito, y le decía: «Señora, ¿usted qué se ha llegado a figurar?» Dice papá que tu amo es un santo y que sabe hacer funciones del teatro, y que ganará mucho dinero; pero que antes se ha de morir..., que no llega al mes que viene...

FELIPE.—*(Dando un suspiro.)* Cállate, mujer.

V

Otra vez la conversación recela sobre el gato. Estaba enfermo, y doña Rosa Ido, inconsolable. Felipe se brindó con gravedad facultativa a asistirle; le tomó el pulso, le auscultó, le examinó, pronunciando hinchadas frases de hipocrático sentido, como: «Este señor es muy aprensivo... ¿Ha comido este señor algo más de lo que tiene por costumbre?... Hay fiebre... Esperaremos la remisión de la mañana... Debe de ser cosa del *parénquima*... ¿Sabes tú lo que es el *parénquima*?... Pues es donde están los tubérculos, unos cosas muy malas, muy malas.

—¿Y qué le damos para esos *tabernáculos?*—preguntó Rosa, consternada, teniendo sobre su regazo al animal paciente, tieso y, al parecer, expirante.

—En vista de que las funciones tal y cual—dijo Centeno, ni serio ni festivo—no van como es debido; y en vista de que la inflamación de la pulmonía de la clavícula interesa al hueso palomo del infarto de la glándula estomacal mocosa...

—Tú estás de broma..., y el pobre animalito se muere... ¿Ha venido el señor de Moreno Rubio? Cuando llegue ha de ver al michito bonito... Verás tú cómo con algo de la botica se pone bueno.

—Yo pondré la receta. Oído... Del extracto de chuleta: tres grados centígrados. Del jarabe de cordilla oficinal: cuatro cuartos. Mézclese, agítese, platéese y dórese...

—¡Qué gracioso!...

—Veamos ese pulso. Está durillo... Un sopicaldo de ratón; después, un poco de merluza.

—¿Merluza? Dios la de... ¿Te parece que le demos unas friegas?

—No está mal, no está mal. Esa medicina sí que es baratita. Frótale hasta mañana. ¿Qué edad tiene el enfermo? ¿Es anciano?

—Quita..., si es un jovencito..., si nació el año pasado.

—¡Ah!..., abusos de la juventud... Le conviene el cambio de aires... Panticosa.

—¡Qué chusco...!

Alejandro llamó a su criado, y la señorita de Ido quedóse sola con su enfermo, a quien administraba cariño, suaves y amorosas friegas y pases de lomo. Poco después amo y criado oyeron el *dan ustedes su primiso,* y he aquí que aparece Rosita hecha un mar de lágrimas. El gato había concluído su existencia. ¡Cosa tremenda! Estaba ella dándole una miguita de pan mojada en leche, cuando el pobre animal estiró una pata, luego otra, quedándose yerto, con los ojos vidriados y el hocico entreabierto... No pudiendo soportar el espectáculo tristísimo del cadáver de *Michín,* Rosita lo había puesto en la azotea, entre dos tiestos de flores que allí vió, y se había bajado a su casa y al pasillo para llorar más a sus anchas. Alejandro la consolaba prometiéndole comprarle en la plaza de Santa Ana uno de Angora, bonitísimo, con el rabo como una pluma, y el pelo largo y fino como seda.

Desde que tuvo un rato libre, corrió Felipe al tejado, donde estaba el frío cuerpo del animal difunto. Rosita le seguía, sin atreverse a rebasar la escalerilla, y desde el último peldaño observaba lo que el otro hacía. Vióle acercarse al gato, cogerlo, llevarlo a un ángulo protegido de los rayos del sol por los tejados, sentarse allí...

—¿Qué haces, Felipe?

—Lárgate de aquí... Tu madre te está llamando: desde aquí oigo sus gritos. Te va a pegar. Corre, vete.

Desde donde estaba pudo, torciendo el cuerpo, arrojarle una piedrecilla que le dió en la cabeza.

—¡Qué bruto eres!

—Pues vete. Si no bajas, te pego.

—¡Qué bromas tienes!

—No es broma.

Rosa se fué. Felipe estaba serio, tan serio que parecía un señor mayor. Hasta entonces no se vieron en sus rasgos infantiles los firmes lineamentos del hombre. Detrás de su travesura asomaban los cuarenta años, con máscara grave de paciencia. Hallábase tan poseído de un ardiente anhelo y de curiosidad tan abrasadora, que ni la voz de su amo le habría distraído en aquel momento. Sentado en la azotea con el tieso animal entre las rodillas, sacó una navaja del bolsillo, y ¡zas!... Ambrosio Paré, Servet, Andrés Vesale, ¿qué decís a esto? El cuchillo estaba bien afilado. Empezó Felipe con tacto y maestría: su ardiente afán no le alteraba el pulso, y supo desprender con serenidad la piel. Había en su espíritu misteriosas intuiciones de cómo había de proceder; antojábasele que ya lo había hecho otra vez... No, no eran enteramente nuevos para él los goces de aquel sangriento juego... Si jamás lo hizo, sin duda lo había soñado...

Corta por aquí y por allí. Antes de profundizar, quiere reconocer la boca. ¡Treinta dientes! ¡Y qué extraña la inserción de la lengua, y qué áspera y picona toda ella! Como que está erizada de púas... Ahora veamos ese dichoso parénquima. Abrete, cuello. Por aquí será... Ve el *Doctor* la cavidad laringea y dice: «Aquí es donde tienen los maullidos.» Con la punta de su navaja reconoce durezas, discierne el cartílago del hueso, aparta tegumentos y músculos. Pone especial cuidado en no mancharse de sangre, y sabe respetar las arterias.

—Hola, hola, aquí tenemos los pulmones: son estas esponjas, estas cosas llenas de huequecillos... Me parece que este caballero y mi amo tienen la misma enfermedad. Pero no veo nada... ¿Y el parénquima? Será esto que está detrás. Pues ¿y esta canal? Por aquí va lo que comemos. Me parece que el corazón está por aquí. Por estos caños entra y sale la sangre... Sigamos la canal abajo. ¡El estómago! Abrete, perro, ábrete. ¡Zas!... ¿De qué has muerto, gato? La sangre no corre: apelmazada aquí, en el corazón, y el estómago lo tienes negro... Tú no has comido en muchos días... Y el solomillo, ¿dónde está? ¡Zas!... Ahora con finura, para sacar el buche entero. ¿Qué es esto? Las *asaúras* serán. ¿Y para qué sirven?... Por estas cuerdas que aquí veo, tirabas y aflojabas para correr... Pero ese condenado parénquima, ¿dónde anda? Los *bofes* son éstos. Esto es el respirar y el toser y el soplar. Por aquí arriba va la voz,

el canto, el enfadarse... Corazón, échate a un lado: tú eres el querer, el llorar, el arrepentirse...

La voz de Rosita sonó en lo bajo de la escalera.

—Felipe, tu amo te llama. ¿Qué haces?

—Aguarda, mujer..., no subas. Di al señorito que espere.

—Felipe.

—Dale.

—Felipe, que no seas majadero, que bajes.

Y él, sin hacer caso de nada, seguía su investigación ardiente; con curiosidad que le abrasaba el cerebro... ¡Si tuviera tiempo de abrir la cabeza para ver *la crisma,* donde está todo el intringulis del pensar...!

—¡Felipe!

—¡Que allá voy!

—Tú estás haciendo alguna cosa mala.

Apresuradamente trataba Centeno de arreglar el deshecho cuerpo del animal, poniendo cada cosa en su sitio y tapándolo con la piel. Si allí tuviera hilo y una aguja, de seguro, ¡recontra!, lo dejaría en tal estado, que no se conociera la carnicería que había hecho... Tantas veces le llamó su amo, que al fin echó a correr...

—Dame agua para lavarme las manos—dijo, precipitadamente, a Rosa.

—¡Ah pillo!... ¿Qué has hecho? Has descuartizado al pobre animalito.

—Agua.

—¡Verdugo!... Vaya una gracia...

—¡Mujer!..., para saber lo que tenía... Agua.

—Le has hecho la *utosia.*

—No se dice *utosia,* sino *utopia*... Agua.

—Ven acá. Tu amo está furioso.

—¡Allá voy!

—¿Y de qué se ha muerto?

—Lo que te dije..., del parénquima... Todo está allí clarito. El estómago se le había subido a la nuez.

—¡Pobrecito!

—Y tenía las *jieles* metidas en la cabeza.

—¡Ay!

—Y la sangre, cuajada, con cada tuberculo que daba miedo... ¡Allá voy!

¡Vaya un réspice que le echó su amo por la tardanza! Era un holgazán, que no hacía más que jugar, olvidado de sus obligaciones. ¡Oh, si él no se viera amarrado en aquella cama! En cuanto se levantara le iba a despedir, sí, señor; porque ya estaba cansado de sus torpezas, de sus travesuras y de su charlatanería.

Felizmente, estos accesos de ira eran pasajeros. Felipe callaba, dejando correr el nublado. Bien sabía él que pasaría, y que lo normal del genio de Miquis era la condescendencia y bondad apacible. Y si no, ya tenía él recursos habilísimos para desenojarle, arbitrios de grandísima eficacia, aunque su amo estuviera en una de las grandes crisis metálicas que le ponían de tan mal talante. Por la tarde, al volver de un recado, le dijo Centeno:

—¡Cuánta gente por esas calles! ¡Oh!, ahora que me acuerdo: he visto al señor de Ayala, aquel poeta de los bigotes largos...

—¿Sí?

—Y me dió memorias para usted.

—¿Qué dices, hombre?

—No..., no... Me equivocaba: no me dió memorias, ni me dijo nada. Es que me miró de un modo particular, y a mí me pareció que me daba expresiones para mi amo.

Con estas cosas se reía el enfermo, y se disipaba su mal humor. Tras del enojo con Felipe, venía siempre entrañable amistad. El gozo de verle y tenerle a su lado era en tal manera vivo, que cuando el *Doctor* estaba ausente, creíase Miquis privado de álgo necesario a su existencia. Hacía elogios de su destreza, de su puntualidad, de su adhesión, y los vituperios de por la mañana eran a la tarde alabanzas sin término.

—Bien, bien, Felipe, te portas. Todo lo haces bien. Así me gusta. Si me muriera, te nombraría mi heredero; pero no me moriré... Eres un sabio y debías llamarte Aristóteles.

Y desde esta ocasión no le nombraba de otro modo. A cada momento se oía: «Aristóteles, dame agua con azúcar... Aristóteles, frótame un poquito aquí, a ver si se me pasa este dolor de la espalda.»

VI

—Aristóteles...

—Señor...

—¿Tienes dinero?

—¿Yo?... Como no me vuelva moneda...

—Pero ¿de veras que no hay nada? Busca bien. ¿No habrá algún duro trasconejado por ahí en cualquier rincón?

—¡Duros trasconejados!... Este hombre está viendo visiones... Nada, señor: no tiene más remedio que cambiar un billete.

Alejandro se calló y se puso a mirar al techo, con expresión de duda y pesadumbre. También Felipe miraba al cielo raso, creyendo por un momento que había en él nubarrones de billetes de Banco. Después de larga y tristísima pausa, dejó oír Alejandro, con lo más cavernoso de su voz broncófona, estas fúnebres palabras:

—No hay billetes.

Lo que, oído por Aristóteles, púsole en gran confusión, pues el día anterior había recibido su amo, en letra del Giro Mutuo que le cobró un amigo empleado en el Ministerio, treinta duros cabales. ¿Adónde habían ido a parar? El filósofo, movido de un prurito indagatorio y correccional que apuntaba en su alma, adiestrada en aquella vida de iniciativa, se aventuró a preguntar a su amo por el paradero de los billetes. Alejandro, con expansiva y noble confianza, estuvo a punto de satisfacer la curiosidad de su secretario peripatético... Pero no tenía ganas de conversación; estaba sombrío, abatidísimo y sólo pudo murmurar:

—Anoche...

Felipe echó sus miradas al suelo, y parecía que las pisoteaba. «Anoche..., ya...» Era una desesperación vivir en tan gran desarreglo y no poder contar con nada, por la liberalidad furibunda de aquel pobre loco. Allí no estaba seguro ni el triste pedazo de pan de cada día, porque a lo mejor arramblaba por él el primer advenedizo. ¿Y qué iban a comer aquel día? No había nada, ni un ochavo en metálico ni en especie. Era preciso traer azúcar, chocolate, leche, carne, medicinas, limón y otras menudencias. ¿A quién pedir? ¡Si, por milagro de Dios Omnipotente, don José Ido tuviese algo...!

Un rato después de aquel «anoche» que dijo Miquis, éste, tomando fuerzas, pudo expresarse así:

—Me quedaba un billete de cinco duros. Esta mañana, cuando fuiste a casa de la tiita a llevarle la carta que mamá mandó dentro de la mía, sentí un gran alboroto... ¿Qué crees que era? Pues ese señor que vive en el cuarto número seis, ese que tiene prendería y ropa vieja..., chico..., no sabes qué escándalo le armó al pobre Ido. ¡Qué gritos! Las mujeres de ambos salieron al pasillo, y hubo lloros y desmayos. Todo porque Ido no le puede pagar a ese..., creo que le llaman don Francisco Resplandor..., unos dineros que le debe. Se pusieron como ropa de Pascuas. De repente me veo entrar a don José. Los ojos se le saltaban de las órbitas: tenía el pescuezo un palmo más largo. Créelo, me causó miedo. Se me puso de rodillas y cruzó las manos; yo saqué mi billete...

Felipe no quiso oír más. Comprendía bien, demasiado bien lo que había pasado. Se representaba la luctuosa escena, cual si la hubiera visto. En esto estaban, cuando se oyó en la puerta la voz argentina y dulce:

—Dan ustedes su *primiso?*

—Adelante.

—Dice mi mamá que si le hacen el favor de prestarle un huevo...

—Lo que es hoy, hija, ni siquiera medio.

Al poco rato volvió:

—Dice mi mamá que si por casualidad tienen un pedazo de pan o bien cuatro cuartos.

—¡Ay! ¡Pan, cuartos!, los quisiéramos para nosotros.

Salió Felipe en busca de Cirila. En el pasillo vió un fantasma siniestro paseando de largo a largo. Era don José Ido del Sagrario, que vagaba, cual ánima del otro mundo. Creeríase que su cuerpo impalpable era llevado y traído por el viento, sin ruido, en la longitud oscura de aquel túnel, y que sus pantuflas de orillo resbalaban sobre el piso, silenciosas, como patines de lana sobre hielo de algodón... Felipe nada le dijo, y entró en la cocina buscando a Cirila... Estaba apagado el hogar, todo en desorden. Cirila, sentada en el suelo, entre revueltos montones de ropa vieja, descosía algunas prendas para aprovechar los pedazos buenos.

—Estoy con media onza de chocolate crudo que me dió doña Angela Resplandor. Si tú no traes hoy carbón, tu amo lo pasará mal. El tiene la culpa.

Felipe le preguntó si tenía por casua-

lidad algunos ochavitos morunos, o bien algo que empeñar.

—¿Yo? A buena parte vienes. Si no fuera porque doña Angela me ha dado esta tarea ofreciendo pagarme con la comida en su casa, no sé qué sería de mí. En otra como ésta no me he visto. Yo sé bien quién me ha traído a estos andares..., esa, esa...

Soltó Cirila, una tras otra, varias palabras no bien sonantes; y como Centeno le pidiera explicaciones, no se mordió ella la lengua para decir:

—Me tiene ya hasta los pelos. Anoche vino, y en un dos por tres limpió a tu amo. Ya se ve..., nada le basta. El otro no le da nada: vive a su costa... Estoy quemada, Felipe; estoy requemada, frita, estofada y vuelta a freír... Vete por ahí y pide, pide hasta que encuentres. No tengo costumbre, no, de verme tan montada al aire. ¡Y todo por esa serpentona!...

Felipe no perdía el tiempo en comentarios. Las necesidades apretaban, y era menester tomar determinaciones, buscar, revolver el mundo y allegar dinero. Su amo le dijo: «Echate a la calle, corre..., pide. ¿A quién? Tú sabrás, Aristóteles. Arréglatelas como puedas... ¡Ay Dios mío!... Así no se puede vivir... Me muero, Flip, me muero si no veo esta noche duros y pesetas... Es cosa tremenda esto del dinero... A mí, créelo, me resucita... Vete por ahí, chico, y no vuelvas con las manos vacías. Yo me quedo aquí solo: no me importa, solito, pensando una escena, ¡qué escena! Luego te la contaré. Es tan hermosa, que yo mismo me admiro de que se me haya ocurrido... Adiós; buena suerte. Ven pronto.»

En la escalera encontró Centeno a Rosa, que subía fatigadísima. Sus mejillas pálidas, sus ojos tristes decían: «Hoy no ha entrado nada por esta boca de donde salen tantas palabras»; pero su apetito de charla podia más que la necesidad, y si Felipe no llevara prisa, allí me le tendría media hora, dándole matraca.

—Vengo de casa de unas amigas de mamá... Han ido de campo... Y tú, ¿adónde vas?... Papá está como los locos, dando vueltas. ¡Ay, cómo se quedará cuando me vea entrar con las manos vacías!... ¡Pobrecito! Dice que si cae el Ministerio le colocarán... Lo que es yo no subo. Aquí me estoy, a ver si pasa un alma caritativa... ¡Ah!..., se me olvidaba. Anoche, cuando tú saliste, estuvo la *chubasca*... ¡Qué guapetona venía! ¿Tú no la has visto llorar? Yo, sí... Don Alejandro la consoló con un papel verde. Después ella y la *señá* Cirila regañaron por el papel verde. Se dijeron cosas puercas y de *más eres tú*. Mamá salió a la puerta, y se persignaba oyéndolas. Dice que las dos son un buen par de *chubascas*... Si no las aparta la mujer de Resplandor, se arrancan los pelos... ¡Ay, qué comedia! ¡Lo que te perdiste!...

En la calle, corrió Felipe largo trecho sin dirección determinada. No sabía adónde iba, ni a qué parte del universo encaminar su actividad buscadora y pedigüeña. En los señoritos de la casa de doña Virginia no había que pensar, porque dos días antes, cansados ya de tanta socaliña, le habían dicho que no volviera a parecer por allí... ¿Don Pedro Polo? Esta era la única esperanza. Felipe, recordando la buena suerte de aquel famoso día, confiaba en la repetición de ella. ¡Qué error! Recibióle el capellán con malísimos modos. Notó Centeno en él mudanza y desfiguración muy grandes. Parecía enfermo, desalentado y con cierto extravío en sus ideas. Su color era ya de puro bronce oxidado, verde, como el de un busto romano que ha estado siglos debajo de tierra. Lo blanco de sus ojos amarilleaba. Temblábale la voz, pulverizando saliva al hablar. La ola de su cólera, estrellándose en los morados labios, salpicaba al oyente. Al desorden de la persona del extremeño, añadió la observación de Felipe un singular desbarajuste en toda la casa. Doña Claudia estaba en la cama; su hija, en la iglesia, aunque no era hora ni de dormir ni de rezar. En todos los aposentos, el abandono y el desaseo indicaban que allí había causas hondas de malestar y perturbación. Entró de súbito Marcelina, y don Pedro y ella empezaron a disputar. ¡Jesús, qué cosas le dijo el bendito capellán! ¿Se había vuelto carretero? Marcelina, iracunda y biliosa, no demostraba gran humildad. Después... ¡Oh!, después, don Pedro dijo al insigne Aristóteles que se pusiera inmediatamente en la calle, si no quería ir rodando por la escalera o volar por un balcón.

Salió más ligero que el viento. ¿Adónde iría, Santo Dios, con su dolorosísima cuita? ¿Recurriría a don Florencio Morales?... Imposible. Morales le había echado los tiempos la semana anterior. ¿Y Ruiz? ¡Nombre sin sentido en las páginas de la generosidad!... Además, estaba muy soplado con el éxito de su comedia y no hacía caso de nadie.

Divagó Centeno por las calles, pensando y repensando en lo que hacer debía. ¡Pedir! ¿A quién? Todas las puertas, todas, estaban cerradas, y la Providencia se había tapado los oídos. Dios, ceñudo, volvía la espalda infinita mirando a otra parte de las tribulaciones humanas.

En un momento de desesperación, hostigado Aristóteles por el malestar de su amo, por sus propias necesidades y por el devorador apetito que sentía, pues no era cuerpo de santo el suyo, ni mucho menos, fué asaltado de una idea terrible... Iba sin sosiego de una acera a otra de la calle, mirando con ojos de codicia y recelo a una tienda que en su puerta misma ostentaba panecillos, y debajo, una cesta de huevos. El se atrevía, sí..., atreveríase a pasar corriendo y coger, como al vuelo, una panecillo y llevárselo sin que le vieran...; se atrevía también a volver a arrebatar dos huevos con ejemplar ligereza. La mujer de la tienda estaba dentro, entretenida en conversación con diversas personas, y los que pasaban por la calle iban distraídos, o pensando en sus propias cuitas. Sólo un zapatero, situado en el portal de enfrente, podía ser testigo... Pero el zapatero no vería nada... ¡Animo!

Pasó Felipe con rápida carrera, en la cual la velocidad constituía el disimulo; pero sus dedos, que casi tocaron el pan, no se atrevieron a cogerlo. «No sirvo, no sirvo para esto», pensaba, y sudor muy frío corría por su frente. Después pensó de esta manera:

«No cogeré el pan, que es para mí... Pero los huevos, que son para dar de comer a mi amo, sí los cogeré.»

Pasó decidido; pero tampoco en aquella segunda prueba pudo hacerlo... Nada: cuando iba a tocar el codiciado objeto, lo dejaba en su sitio.

Desesperado de sí propio y con la mente trastornada, echó a correr por aquellas calles sin saber adónde iba. Su amo no se le apartaba del pensamiento. Se lo imaginaba dando las boqueadas, no por la fuerza de la enfermedad, sino por falta de alimento... Deteníase Felipe, resuelto a volver a la tienda de huevos y panecillos; pero a los pocos pasos se alejaba otra vez, corriendo en dirección contraria.

De este modo llegó a la calle de Alcalá, que por ser tarde de toros estaba animadísima. Era la hora del regreso; el cielo se oscurecía; la multitud se apiñaba, rodaban miles de coches de diferentes formas, y se veían ya algunos faroles encendidos. ¡Bullicio de fiesta y alegría, vértigo de infinitos pies pulverizando el granito de las baldosas! Cortaba Felipe la masa de gente, andando en dirección contraria. Sus codos funcionaban como las aletas de un pez... Allí fué donde se le ocurrió esta otra idea que podía salvarle: si todas las personas que por la calle subían le dieran la centésima parte de un ochavo, tendría lo que necesitaba. Infundióle este descubrimiento grandísima alegría, y siguió bajando hasta llegar a la Cibeles.

La noche avanzaba, seria y cariñosa, y cada vez se veían más faroles con luz. El farolero corría de candelabro en candelabro, y metiendo su palo largo en cada farol, iba estrellando el suelo de Madrid. En Recoletos, las luces reververaban entre los árboles, y de los macizos emanaba tibieza húmeda y fragancia de minutisas. Por la acera venía mucha gente elegante, pollas y galanes, señores con gabán, damas de sombrero. «Esta es la mía», pensó Felipe, y echó una mirada a su propio traje para cerciorarse de que era adecuado al papel que iba a desempeñar. ¡A maravilla! Otro más derrotado no había por aquellos contornos. Empezó Felipe su postulación con plañideras exclamaciones. ¡María Santísima, qué cosas decía! Tenía a su madre baldada en cama, y a su padre le había cogido un carro y le había partido por la mitad. Ochavos y cuartos caían en sus manos, y él, animado por el éxito, más plañía cada vez, y más pegajoso y molesto a las personas seguía, sin darles respiro, y machacando, machacando, hasta que soltaban la limosna. Era implacable.

Recoletos y la calle de Alcalá se despejaban. Era ya de noche, y pasaban menos coches y menos señores.

Frente a la Inspeción de Milicias vió

Felipe un espectro que iba como llevado por el viento, de árbol en árbol. La cabeza caíale sobre el pecho, cual si estuviera colgada de un gancho, que tal parecía el cuello, y llevaba las manos sepultadas en los bolsillos. Cuando Felipe dijo: «Don José, señor don José», detúvose, y empleó un mediano rato en enderezar la cabeza. Daba miedo verle; pero Felipe, no lo podía remediar, se echó a reír.

—¡Qué vergüenza, qué bochorno! —murmuró Ido, cual si confiara un secreto—. Felipe, nunca habría creído llegar a lo que he llegado esta tarde. No verás lágrimas en mi cara, aunque he derramado muchas, porque el ardor de la vergüenza las ha secado... ¡Ay!, hijo, ¿qué dirás si te lo cuento?... Pero no dirás sino que soy un mártir, y que iré derechito al cielo cuando me muera... Salí de casa desesperado, loco; no sabía adónde volver los ojos. Todas las puertas cerradas... Me vine por estos paseos. ¡Oh!, si no tuviera familia, el estanque chinesco del Retiro me hubiera visto esta tarde en sus profundidades... Pero, francamente, naturalmente, tengo hijos, ¡ay!... Y que me digan a mí que esto es un país, que esto es un pueblo civilizado. Felipe, ¿sabes lo que he visto?... Si te lo digo, te horrorizarás, y te temblarán las carnes.

—¿Qué?

—Pues he visto en esa Castellana pasar por delante de mí, en sus soberbios coches, a muchos personajes, a dos o tres ministros, a más de cincuenta diputados...

Don José no pudo seguir. Expiró en su reseca garganta la voz, convertida en un sollozo inmenso, trágico. Aristóteles, sobrecogido de pavor, no sabía qué pensar.

—¿Y qué?

—¡Que a todos esos les enseñé yo a escribir!—exclamó Ido prorrumpiendo en lágrimas, que se apresuró a recoger en su pañuelo.

Felipe callaba. El otro seguía sollozando.

—Sí, hijo. Yo enseñé a escribir... Y estuve seis años en el colegio de Masarnáu, y allí, todos ésos fueron mis discípulos, y otros muchos a quienes no he visto esta tarde... ¡Por mí saben coger la pluma en la mano, y de aquellos palotes míos salieron estas firmas, y este poder, y estos coches, y toda la grandeza de la Nación. ¡Oh Dios, Dios, Dios!... Pero Dios lo quiere así, suframos y aguantemos; que en la otra vida, hijo, tendré mi premio. Esa es mi confianza, ése mi consuelo. Yo lo digo a Nicanora, y Nicanora, que es una pólvora, se impacienta y me dice: «Si tan largo me lo fías...» Pues bien: volviendo a mi vergüenza, te diré en confianza que esta tarde... ¡Qué barbaridad, chico! No lo creerás, pero es cierto: la necesidad me ha obligado a ello. ¡He pedido limosna!

—¡Jesús!

—Aún estoy espantado de mí mismo... Pero ¿qué había de hacer? Yo dije: «¡Que el Señor me lo tome en cuenta!...» Habías de oírme. En estos casos, hijo, es preciso exagerar algo. Yo decía que tengo diez hijos... Y mucho de *la Virgen del Carmen le acompañe*, etcétera... ¡Que no me vea en otra, Señor! Y no he dejado de tener suerte, Felipe... Sólo me faltan cuatro cuartos para los seis reales.

—Tómelos—dijo Felipe, espléndido, haciendo sonar su bolsillo lleno de calderilla.

—Gracias... ¿Estás rico?

—Tal cual... He cobrado un pico que me debían.

—Tú tienes suerte. En mi vida he podido cobrar nada de lo que me deben.

—Porque no tiene usted carácter, don José. Vamos a casa, que por esta noche...

—Sí, por esta noche nos hemos remediado. No te des por entendido con Nicanora, que es muy apersonada, y siempre se acuerda de que su abuelo fué caballerizo de la reina. Le diré también que he cobrado un piquillo...

VII

Cuando volvieron a la casa, ambos estaban satisfechos de sí mismos. Cada cual en su vivienda atendió a sus urgentes necesidades. A Miquis le habían acompañado por la tarde Rosita y su muñeca. Cirila entraba de vez en vez para preguntar al enfermo si se le ofrecía algo; y como los sentimientos caritativos no están excluídos en absoluto de ninguna persona humana, la que respondía al nombre de Cirila tuvo, en aquel día de escasez, decaimientos de

su rigor característico; quiero decir que se desmintió a sí propia, descolgándose, como suele decirse en modo vulgar, con una taza de caldo y otras frioleras, traídas de la bien provista cocina de Resplandor. Véase por dónde no hay maldad completa, ni seres homogéneos y redondeados como piezas que acaban de salir de manos del tornero. Aquel Miquis, optimista furibundo que a todos aplicaba la medida de sus propios sentimientos, tuvo arranques de gratitud tales, que de ellos a la apoteosis no había más que un paso. «¡Qué buena es esta mujer!—decía—. Ese maldito Aristóteles, que de todo piensa mal, no comprende su mérito.»

Por la noche le dió una fuerte congoja. Iniciado aquel síntoma algunos días antes, no se había presentado aún de manera tan grave. Era realmente como un simulacro de agonía... El aliento le faltaba. ¿No había aire en el cuarto? Las doloridas cavidades de su pecho se contraían con ansioso esfuerzo, anhelando funcionar, sin conseguirlo. La atmósfera se detenía en su boca, y dentro del tronco, fugaces sensaciones de cuerpos extraños atravesados le producían malestar dolorosísimo. No podía hablar: sólo podía quejarse; y cuando su breve aliento le concedía el goce de un par de palabras, era para extraer alguna idea del inagotable depósito de su bendito optimismo, que en él hacía las veces de vida, las veces también de la salud ausente.

—La suerte es...—murmuraba como quien expira—, la suerte es que esto no vale nada, según dice Moreno. Es la resolución de un fuerte catarro... También consiste mi ahogo en que no hay aire en la habitación. Aristo..., dame aire, hijo, aire.

A tan penosos trances seguía un estado comático, en el cual, si sus sentidos estaban desacordes, descansaban sus pulmones, funcionando con relativa facilidad. Faltábale en absoluto la palabra: disfrutaba de la vista y oído; sus percepciones eran vivaces, aunque falsas: sus ideas, las ideas de todos los momentos de su vida, pero engrandecidas por un sentido hiperbólico, deformadas por la amplificación romántica; sus imágenes, las reales, pero coloridas de vigorosas tintas, todo metafórico y trasladado a los patrones del ensueño, conservando, no obstante, sus originales elementos de verdad. Sus entreabiertos párpados daban paso a un mirar vago, soñoliento; veía claramente la habitación, grande, riquísima, llena de luz y alegría, con gallardas columnas de pórfido, techo a lo pompeyano, pavimento de lustrosos mármoles de colores. Por la gran ventana del fondo, que daba a una desahogada logia, se veían techumbres, cúpulas, miradores y campanarios; en el fondo, el Vesubio con su cima humeante y sus laderas de negra lava. Pebetero del cielo, exhalaba aromas de poesía, perfumando el espacio y la mar, desde las costas mauritanas hasta las de Provenza. El Tirreno y el Adriático se llenaban también de aquella emanación hermosa, y, a lo lejos, humareda semejante a una nube anunciaba el Mongibelo. ¡Qué cielo azul, y qué mar, más propio de tritones que de barcos! Blancas velas brillaban en su inmensidad cerúlea, renovando en su elegante ligereza los ramilletes con alas, los pájaros nadantes y los peces emplumados de la fantasía calderoniana. Eran las galeras del duque que volvían cargadas de despojos de venecianos y de orientales riquezas...

La lujosa estancia estuvo desierta hasta que entró una mujer. ¡Qué guapa!... Morena, de gentil presencia, ojos garzos. Sus miradas eran lenguaje oscuro para el que no entendiese de amor apasionado y febricitante; no tenían sentido sino para quien supiera mirar del mismo modo, y tener algo de inmortalidad que llevar del alma a los ojos; eran miradas en que centelleaba ese fulgor divino, que dejaría de serlo si pudieran verlo los topos... Iba vestida la tal señora, no al uso napolitano ni al oriental, ni con la abigarrada pompa croata o albanesa, sino a la moda de Madrid de 1864, y con afectada elegancia... ¡Qué bien la vió Alejandro, y qué claramente comprendía su situación!... Era la escena undécima del acto cuarto. El virrey acababa de ser preso por los emisarios secretos del duque de Uceda. Aquel excelso ambicioso que había tenido el sueño sublime de alzarse con el reino de Nápoles, de domar a Venecia, de conquistar y unificar todas las tierras de la hermosa Italia, anticipándose en dos siglos y medio a los planes de Cavour, había sido vendido por los mismos que le

ayudaron. Bedmar, su cómplice en Venecia, retrocedía espantado; don Pedro de Toledo, gobernador de Milán, le denunciaba a la Corte de España; ésta enviaba al cardenal Borja para hacerse cargo del mando, y exoneraba al Grande Osuna, cargándole de cadenas para llevarle a España como reo de lesa majestad. Sólo era fiel el bromista Quevedo. Fiel era también la *Carniola*.

En la escena undécima, Catalina entra en requerimiento del duque; ha oído ruido de voces y armas, viene aterrada y pavorida, presagiando desdichas... Dice con admirable calor los versos:

¿Dónde iré de esta suerte,
tropezando en la sombra de mi muerte!

Va de un lado a otro de la escena, combatida de contrarios pensamientos. Quiere matarse, quiere seguir al duque... También ella sueña locamente despierta, y por momentos se ha creído próxima a ser reina y señora de la Italia toda. Guarda interesantes papeles del virrey, en los cuales está toda la máquina de la conjuración. Rara vez hay trama teatral sin un paquete de documentos en que está la clave del enredo, y de estos papelitos, si son o no descubiertos, depende que los personajes se salven o se pierdan. El nudo de toda combinación dramática está en *salvar* a alguíen. Este sistema ya interesa poco y ha pasado a las óperas.

Alejandro ve a la Tal indecisa, expresando su perplejidad en resonantes versos. Lo particular es que ella le mira a él; le mira, sí, con lástima profunda, y sus ojos parece que arrojan toda la compasión necesaria al consuelo del género humano, por siglos de siglos. Se acerca a su lecho, le mira más de cerca. El no puede moverse, ni decir nada. ¡Oh!, si pudiera, le diría dos o tres endecasílabos de poética elocuencia. Por el fondo de la habitación ve Alejandro discurrir, inquieto, a su secretario el gran Quevedo, que también se llama Aristóteles, Centeno, Flip. El secretario no chista, y prepara en silencio una cocinilla de latón... En tanto, la *Carniola*, después de mirar al poeta con dulcísima piedad, tira del cajón de la mesa que está junto a la cama, y examina con atento estudio lo que hay dentro. No hay nada: recetas, algún botecillo, dos o tres piezas de cobre. Ciérralo, y vuelve a mirar a su duque. Este la ve alejarse. Es el ideal, que le ha visitado en mortal carne un momento, y después se desvanece, dejándole consolado. Desde la puerta le mira otra vez con la misma lástima, con el mismo sentimiento de amor inefable... ¡Adiós!

Quevedo sale con ella al pasillo, y secretean las siguientes palabras:

—Dice el médico que en una de éstas se quedará. Si le dan tres o cuatro congojas más, no las resiste.

Por las mejillas del gracioso Quevedo corrían lágrimas, y la *Carniola*, la hermosura ideal, dió un gran suspiro. Cirila hubo de llegar en el mismo instante, y ambas entraron en la cocina, donde la ideal buscó y halló al fin una silla rota en que sentarse. Estaba cansada: ¡qué escalera!

—¡Pobrecito!—murmuró—. ¡Parte el corazón verle!

—Si tira una semana, será mucho tirar.

—Lástima de chico..., ¡es tan bueno!..., es un alma de Dios...

—Hija, qué le vamos a hacer... La voluntad de Dios...

—Tanto pillo con salud, y este pobrecito ángel...

—¡Qué guapa estás!...—exclamó, de improviso, Cirila, ávida de hablar de otra cosa—. ¿Vas a los Campos?

La Tal hizo un mohín de disgusto...

Luego empezaron a disputar sobre cuál de las dos debía dar a la otra ciertas cantidades. Felipe oyó desde el pasillo estas cláusulas: «Tú me prometiste para hoy... Esto no se puede aguantar... Tú a mí... Pero ¿este hombre?... ¿Has visto al duque?... Está tronado... Todo me lo juega... Es un perdido... Estoy abochornada.»

En tanto, el enfermo, pasado un rato de turbación, se daba cuenta de la salida de su gallarda heroína. Ya sabía él dónde estaba. Había ido a recoger los famosos papeles de la conjuración..., pero ¡qué terrible lance!, se los había sustraído, bonitamente, el traidor veneciano, Barbarigo... El duque estaba perdido, más que perdido. Puesto ya en este trabajo de rumiar su obra, repitió Miquis clara y distintamente todo el trágico final de ella.

La *Carniola* halla medio de introducirse en el calabozo, donde aquellos enemi-

gos, los secuaces del cardenal, han encerrado al Grande Osuna. Este, por una serie de coincidencias que en el curso de la obra están muy bien justificadas, cree que la *Carniola* le ha vendido, entregado al duque de Uceda su secreto de soberanía italiana, y cuando la ve entrar en la prisión, la increpa y le dice mil herejías. Ella se defiende. Todo lo que dice contribuye a condenarla más en el ánimo de Téllez Girón, que acusa con la misma rabia a Jacques Pierre, primitivo amante de Catalina. Furiosa como leona, la guapa hembra pone por testigos de su inocencia a Dios y a San Jenaro, patrono de Nápoles... Preséntase Jacques Pierre, que está preso en otro calabozo, dispuesto ya para la horca. Este caballerete se la tiene jurada a la *Carniola,* por la trastada que le hizo abandonándole por el duque, y ve en aquel momento la más bonita coyuntura de su venganza. A él le ahorcan. ¿Qué le importa un pecado más? Dice mil mentiras al virrey, y él presenta una carta que en cierta ocasión (allá en el primer acto) escribió la buena moza a Barbarigo. La carta es un testimonio de culpabilidad aparente... Pasa aquí algo semejante al pañuelo de Otelo y a la carta de Desdémona a Casio. El duque se ciega, saca su daga y la mata... Ella muere gozosa, bendiciéndole, declarando que le adora, y que en la otra vida reconocerá él su error y se unirán en indisoluble lazo, con otras cosas dulces, tiernas y poéticas, que hacían estremecer de estético goce las entrañas del poeta. El tal Jacques dice lo que viene tan a pelo en casos semejantes, y es: «¡Estoy vengado!...» Cuando aparecen los que han de llevarle al patíbulo, el duque les dice que lo maten pronto; después se inclina sobre el cadáver de la Tal para darle besos y decir que la mató para que no pueda ser de otro, y añade que le harían también un favor en quitarle a él de ensima el peso de la vida, y el agonioso fardo de su itálico sueño.

Cuando Miquis volvió en sí de aquel estado, dijo con toda su alma:

—¡Qué terceto de ópera! Me parece que lo estoy oyendo, con música de Verdi... ¡Y se hará; tarde o temprano se hará!... Habrá *Il Magno Ossuna,* como hay *Il Trovatore* y *Simone Bocanegra.*

VIII

El sotabanco en que Miquis vivía—si era aquello vivir—merecía de tal modo en verano los honores de estufa, que allí se podrían criar plantas tropicales. Admirable sitio para observaciones meteorológicas y para estudiar lo irregular de nuestro delicioso clima, pues las temperaturas oscilaban a principios de junio entre los 30 grados y una mínima de 8. Más tarde se obsevarían allí las de 40, y algo más, que nos trae julio para que tengamos una idea de Zanzíbar y otros amenos lugares del Africa. Cuando el sol tomaba por su cuenta la delgada pared de la sala, dorándola por fuera con sus rayos, caldeándola por dentro, resecando el yeso, derritiendo la resina del pino, la respiración se hacía difícil, aun para aquellos que tuvieran sanos sus pulmones. Poníase la tal salita como un horno. Su ventana, que era puerta del Cielo, a ciertas horas parecía serlo del Infierno. No sólo sofocaba el calor, sino el espectáculo de aquel panorama supraurbano estival, porque verlo era añadir la opresión del espíritu a los sofocos del cuerpo.

Según cuenta el bueno de Aristóteles, cuando se asomaba a la ventana, quemábale el rostro el inflamado aire. El polvo de un cercano derribo traía sobre la asfixia la ceguera, y ofendía los ojos aquella bóveda azul sin el regalo de nubes, la cual, con la vivísima luz, resultaba de un celeste clarucho y caliginoso. También parecía calor el silencio mismo de aquellas techumbres, apenas turbado por los lejanos ruidos que de los patios subían. La renovación de las capas atmosféricas sobre las caldeadas tejas, las unas viejas y negruzcas, las otras pardas y terrosas, producía ese temblor del aire que tanto molesta. Pocas chimeneas, de las infinitas que se veían, echaban humo. Rarísimos pájaros pasaban, cual merodeadores vagabundos, en dirección del Retiro. Gatos no parecían por ninguna parte, y sólo en tal cual rincón de sombra se distinguía uno que otro, pensativo y amodorrado. Los ventanuchos por donde respiran las altas viviendas de los pobres estaban cerrados. Esteras que hacían de cortinas y lonas sucias, defendían de los rayos del sol los humildes hogares. Alguna planta medio marchita se defendía en su tiesto, atado a los hierros de un buhardillón, y abajo,

en el jardín hondo, los cuatro árboles que lo componían, como que se agachaban para estar más hondos todavía. La fuente dormía la siesta, y apenas exteriorizaba un ligero chorrillo, más bien roncando que corriendo. Desde su observatorio, veía Felipe movibles ráfagas rojas en el verdoso pilón de la fuente. Eran los pececillos, ciertamente, dignos de envidia, porque no necesitaban ir a baños.

—Quítate de esa ventana, Aristóteles —le decía su amo—. Me sofoco de verte.

—Es que estoy viendo el calor y mirando como tiembla el aire. ¡Vaya un día!... Señor, es preciso que busquemos otra casa.

—¿Y para qué? En cuanto me ponga bien, que será dentro de unos días, nos iremos a la Mancha. Es preciso, Flip, ver cómo se desempeña toda la ropa de verano. Encárgate tú de esto. Allá para el diez o el quince de este mes (junio) tomo el tren para Quero, adonde irá mi padre a esperarnos con el coche. Nada, nada: te llevo... Quisiera antes despabilar las primeras escenas de ese nuevo drama, *El condenado por confiado*. ¡Vaya una obra! Es mejor, mucho mejor que *El Grande Osuna*. No te digo más.

Inquieto, exaltado, abandonada la actitud indolente que tenía en el sillón —pues ya no pasaba el día en el lecho por la gran molestia del calor y el decúbito—, y gesticulaba, hostigado de ardiente comezón declamatoria. Felipe se afligía de verle así, porque los períodos de excitación, de optimismo y de proyectos eran seguidos generalmente del desmayo y de los violentísimos ataques de tos que le ponían a morir. Su demacración era ya espantosa; su cuello, un haz de cuerdas revestidas de verdosa cera; los huesos salían con deforme y repulsivo aspecto; sus mejillas, cubiertas de granulaciones, se teñían a veces del vinoso color de las rosas marchitas. ¡Pero qué luz echaba de sus ojos en momentos de fiebre y locuacidad! Aquel destello era la cifra de sus proyectos locos y de su parentesco con doña Isabel de Godoy. Miquis echaba de sus pupilas el mismo fulgor de plata y verde que tan extraños efectos hacía en el mirar de aquella insigne señora, dada a la cartomancia.

De buena gana le mandaría Felipe que se callara, porque sabía el daño que le causaba tanta charla; pero ¿por qué privarle de aquel gusto, si el silencio no le había de dar la vida? Centeno le oía con gusto, y aun le daba cuerda para que desahogase su alma, llena de tantísima idea y atestaba de riquezas morales.

—Porque en ese drama—decía el enfermo acentuando con brioso gesto la palabra—, voy a presentar una idea nueva, una idea que no se ha llevado nunca al teatro: la idea religiosa... Mira, Aristóteles, si supiera que no había de poder escribir esa obra, créelo, del disgusto me moriría...

—Este verano—dijo Centeno—, cuando vayamos a la Mancha, yo me dedicaré a la caza y usted a escribir su obra. Me parece que ya estoy..., ¡pim!..., matando conejos, y usted, pim!..., echando escenas y más escenas...

—Poco a poco..., yo también necesito de saludable ejercicio... Podemos cazar todo lo que queramos durante el día, y andar por el campo. Siempre me queda libre la noche. Yo lo mismo trabajo de noche que de día: me es igual. De aquí llevaré compuestas algunas escenas, las de la exposición... Mañana, lo primero que has de hacer es traerme papel, que no tengo, y tinta, pues la que hay aquí es como agua. No te olvides.

—No me olvidaré... La semana que entra puede ponerse a trabajar. Ganitas tengo ya de ver ese drama... ¡Pero quia! No será mejor que el *Osuna*. ¡Otro como ése...!

Siguió el manchego perorando hasta muy tarde. Acometióle por fin la tos y luego la congoja con tanta fuerza, que hubieron de administrarle calmantes muy enérgicos para hacerle descansar. Pero con tanto padecer no se abatía su ánimo; antes bien, salía de aquella crisis más vanaglorioso y atrevido. Generalmente hablaba más, echando a volar por las alturas su imaginación, cuando estaba solo con Felipe.

—Aristóteles.

—¿Qué?

—Di algo, hombre. ¿Qué haces?

—Buscando estas condenadas papeletas de empeños, que no sé qué vuelta han llevado. Verdad que como no tenemos dinero para sacar tanta cosa...

—¡Dinero...!, ya vendrá, hombre. No hay que apurarse. Mamá me mandará otra letra. La espero todos los días... El

dinero viene siempre; a veces, tarda: es un viajante que no se queda nunca a mitad del camino. Cuando no se le espera, es mucho más grata su aparición. Ahora estamos pobres; pero tenemos lo preciso... Afanarse por dinero es tontería, y guardarlo, tontería mayor. Yo creo que el dinero se ha hecho para esperarlo. La posesión, cópula breve del esperarlo y el ofrecerlo, es un momento de placer fugaz, que vale mucho menos que las delicias prolongadas de la esperanza y la generosidad... ¡Dinero!... Cuando lo tengo, me considero administrador de los que lo necesitan. El placer de los placeres es dar, y varío pedestremente los versos de Quevedo, diciendo:

Sólo a un dar yo me acomodo,
que es el dar de darlo todo.

FELIPE.—Pues en eso de dar, creo que hay sus más y sus menos, porque es cosa mala no tener qué comer, mientras otros se hartan con nuestro dinero.

ALEJANDRO.—*(Con iluminismo.)* Yo miro al tiempo y la inmortalidad, como dijo el otro. Esos comineros que están siempre haciendo cuentas y contando los pasos que dan, no gozan de la vida. Son inquilinos del mundo y no dueños de él. Un solo bien positivo hay en la Tierra: el amor... ¿En dónde está? Hay que buscarlo. Decir buscarlo es lo mismo que proclamar su existencia. Es parte principal del destino humano, si no es el destino todo entero... Te encuentras en mitad de la vida. Por un lado, te ves rodeado de conveniencias y trabas sociales; por otro, te ves solicitado del amor. ¿Qué haces? Yo lo dejo todo y me voy tras el ideal. Es verdad que no lo encuentro nunca completo y tal como lo he soñado; pero voy en pos de él sin cansarme nunca, para entretener, con el dulce afán de poseerlo, la tristeza que resulta de no gozarlo jamás por entero y con dominio de su total belleza. ¿Oíste lo que hablábamos anoche Arias y yo?

ARISTÓTELES.—*(Con malicia.)* Sí, señor. El señorito Arias le decía que usted se ha hecho mucho daño con eso de querer tan fuerte a las señoras... Todos dicen lo mismo. A usted le da muy fuerte, y no repara...

ALEJANDRO.—Tonterías, hijo, tonterías. Si he de confesarte la verdad, tiene el alma necesidades tan imperiosas como las tiene el cuerpo. Negarle la satisfacción de ellas, es algo semejante al suicidio; es como el no comer... Y que no me venga Arias con músicas tratando de persuadirme de que no debo querer a persona indigna de mí por estos o los otros defectos. *(Con creciente exaltación.)* No: los defectos no existen en la Naturaleza; son hechura convencional de las costumbres, y errores de estos instrumentos de óptica que llamamos ojos. El que ve las cosas como aparecen, tiene más de cristal azogado que de hombre, y es el propagandista natural de todo lo ruin, pedestre y brutal que hay en las sombras de la vida... Yo me enamoro de lo que yo veo, no de lo que ven los demás; yo purifico con mi entendimiento lo que aparece tachado de impureza. Cada cual arroja las proyecciones de su espíritu sobre el mundo exterior. *(Disparatando.)* Hay quien empequeñece lo que mira, yo lo agrando; hay quien ensucia lo que toca, yo lo limpio. Otros buscan siempre la imperfección, yo lo perfecto y lo acabado; para otros todo es malo, para mí todo es bueno, y mis esfuerzos tienden a pulir, engalanar y purificar lo que se aleja un tanto del excelso y bien concertado organismo de las ideas. Yo voy siempre tras de lo absoluto. Los seres, las acciones, las formas todas las cojo y, a la fuerza, las llevo hacia aquella meta gloriosa donde está la idea, y las acomodo al canon de la idea misma... Acostúmbrate a hacer esto, y serás feliz. Si no, serás siempre un vulgarote, un practicón, un espejo con sentidos, un hombre pasivo, y te llevará de aquí para allí el impulso de las ideas y de las pasiones de los demás... ¡Oh Dios!... ¡Qué tos!... ¡Me ahogo!

A su locuacidad, que era como un síntoma morboso, sucedieron las manifestaciones propias de su grave mal. Pasó la noche en malísimo estado, y Felipe creyó que se moría. A la mañana siguiente, Alejandro no hacía más que preguntar:

—¿No ha venido?

Ya sabía Centeno por quién preguntaba, aunque a nadie nombrara, y por consolarle le decía:

—De esta tarde no pasa. Verá usted cómo viene.

El perseguidor de lo ideal estaba tristísimo con aquel desvío, pues cuatro días pasaron sin que la Tal dejase ver su lindo rostro. Aventuróse Felipe a preguntar a Cirila, la cual, con mucho misterio, le manifestó su parecer de este modo:

—No me la nombres, *Arestótilis*... Ahora no vendrá en muchos días. Está en grande... Aquí donde me ves, ni yo misma sé dónde para. ¿Está con el duque o con ese condenado?... No lo sé, hijo... Averígualo tú si puedes.

—¿Yo?... ¡Que carguen los demonios con ella!

Aquella misma noche, al volver de la calle, dijo el filósofo griego a la sin par Cirila:

—La he visto, *señá* Cirila. ¡Iba más guapa...! ¡Qué mujer! Le digo a usted que me quedé como un poste. Llevaba un traje todo de seda muy hueco, y un sombrero con largas plumas. La gente se paraba a mirarla. ¿Lo creerá usted?

—¿Pues no lo he de creer?... ¡Anda, anda, si cuando se pone de gala hay que alquilar balcones!... Y no creas..., es de buena pasta; sólo que tiene la cabeza del revés. ¡Si vieras cómo llora cuando habla de tu amo y de lo que tu amo ha hecho por ella! Parte el corazón. Si pudiera ser formal, lo sería, pues ¿qué duda tiene? Sólo que uno la quiere llevar por aquí, otro por allá, y ella no sabe qué hacer... Cuantos la ven, hijo, se enamoran de ella...

—Es una diosa...—murmuró con éxtasis Felipe, acordándose de un verso de *El Grande Osuna*.

IV

FIN DEL FIN

I

Algunos de los amigos de Miquis se habían examinado hacia el 10 de junio, y le acompañaban y asistían algunos ratos. Otros iban poco por allí. Cuando supo que los días de Alejandro estaban contados, acudió Ruiz quejándose de que no se le hubiera avisado antes, y haciendo oficiosos extremos de pena. Entre él y Poleró, después de oído el lúgubre dictamen de Moreno Rubio, acordaron escribir a la familia y avisar al único pariente que en Madrid tenía el manchego, la tiita Isabel. Desempeñaron esta comisión Arias y Poleró, yendo a la casa de la calle del Almendro, llenos de curiosidad, porque habían oído contar a Miquis las rarezas de su tía. Esta los recibió con urbanidad; pero súbitamente cambió de tono y de modales, y rompiendo en denuestos contra la juventud del día, les llamó gandules y les dijo que se pusieran en la calle. Acentuando ellos su cortesía, hablaron del triste asunto que los llevara allí; pero la señora les interrumpió de este modo:

—No es Miquis, es Herrera; no es sobrino, es segunda vez nieto mío. Y a ustedes, ¿quién les mete en esto? ¿Vienen de parte de algún Micifut a extraviar mi buena razón, y a trastornarme el clarísimo juicio de que, a Dios Gracias, gozo?

Poco le faltó a Poleró para soltar la carcajada; pero él y Arias se contuvieron.

—Bien, bien—manifestó la señora, señalando la puerta—. Yo me enteraré de la verdad. Sin salir de mi casa, puedo yo saber el estado de aquel ángel..., porque yo lo sé todo; yo nací en Jueves Santo. Y si quieren una prueba de ello, diréles lo que ha hecho Alejandro en el tiempo en que no le he visto con estos ojos.

Los dos amigos, que ya salían, retrocedieron.

—...A mí nada se me oculta; para mí nada hay secreto, ni aun lo que se esconde en las entrañas de la tierra. Ustedes, que son compañeros de Alejandro y le han ayudado a gastar mi dinero, verán si me equivoco... ¡Ah!, el muy pícaro no ha cumplido su palabra; no supo o no quiso emplear aquel dinero en instruirse y afinarse, gastólo en francachelas, con damas y galanes de la Embajada de Austria... Se entregó a los desvaríos y excesos de la pasión amorosa... Una princesa garrida le arrastró a las mayores locuras, llevándole a vivir consigo y gastándole bonitamente los millones que le di. Hoy, él y la bella princesa viven en arruinado palacio, pasando mil molestias y privaciones... ¿Es o no cierto? Desmiéntanme si se atreven.

Los ojos de la tiita despedían fulgores de fósforo. Arias miraba con lástima y cierto terror supersticioso. Ambos se es-

meraron en ser corteses, manifestándose pasmados de la adivinación de la señora y de lo bien que sabía todo cuanto en el mundo pasaba. Era, por lo mismo, conveniente que la dama zahorí visitase a su sobrino, que estaba en peligro de muerte, y ellos se brindaron a llevarla en coche al arruinado palacio. A lo que contestó doña Isabel que ella sabía ir sola, y que no necesitaba de tal compañía... Después, mirando al suelo, se lamentó de la suciedad que ambos jóvenes habían traído en sus botas.

—¡Bueno, buena me han puesto la estera con el barro de las calles!... Váyanse de una vez, que vamos a empezar la limpieza... ¡A la calle, a la calle!...

Lo que ellos rieron en todo el camino desde aquel barrio a la calle de Cervantes, no es para contado. Nunca habían visto tipo que al de doña Isabel se asemejara. Debía ser puesta dentro de un fanal en cualquier Museo para que todo el mundo fuera a verla y admirarla. Dijéronle a Miquis:

—Chico, si quieres hacer negocio, no tienes más que enseñar a tu tía a tanto la entrada.

El se reía, no sin esfuerzo, porque ya la risa, como esos servidores que toman siempre la delantera, se había anticipado a su señor, la vida. Los preparativos del viaje de ésta seguían con actividad. Sensaciones había ya inactivas, y partes desalojadas. Por momentos creeríase que el señor, con todo su séquito de funciones, se echaba fuera desordenada y furiosamente. Por las ventanas de los ojos, las fuerzas vitales parecían medir el salto que habían de dar para emprender la fuga. En algunos aposentos, como el cerebro, tumulto y bulla; en otros, marasmo, silencio... El pulso a veces se dormía, a vese saltaba alborotado tropezando en sí mismo. La sangre, ardiente y espesa, corría por sus angostos cauces buscando salida, deseosa de inundar regiones que por el fuero fisiológico le están vedadas. Su ardor, aumentado por la carrera, difundía el espanto aquí y acullá. Era mal recibida en todas partes, porque no traía nada nutritivo, sino descomposición. Los órganos, desmayados, no querían funcionar más. Unos decían: «¡Que me rompo!» Otros: «¡Bastante hemos trabajado!» Pero la anarquía, el desbarajuste principal estaban en la parte de los nervios, que ya no reconocían ley, ni se dejaban gobernar por ningún centro, ni hacían caso de nada. Cual desmoralizado ejército, que al saber el abandono de la plaza se niega a combatir y a la crápula y el desorden se entrega, aquellos condenados discurrían ebrios, haciendo como un carnaval de sensaciones. Ya fingían el dolor de cabeza, ya remedaban el traqueteo epiléptico, ya jugaban al histerismo, a la litiasis, a la difteria, a la artritis. Para que su escarnio fuera mayor, hacían hipocresías de salud, difundiendo por toda la casa un bienestar engañoso. Todo era allí jácara, diversión, horrible huelga. Si entraba algún alimento, lo recibían a golpes, con alboroto de dolores y escándalo de náuseas. Siempre que la sangre traía alguna sustancia medicamentosa, si era tónica, la arrojaban con desprecio; si era calmante, la cogían y hacían burla y chacota de ella. Todos se confabulaban contra el sueño, que quería entrar. Apenas éste se presentaba, tales empujones recibía, y tales picotazos y pellizcos le daban, que el pobre salía más que de prisa... En el cerebro, las funciones más notables, desoyendo aquel tumulto soez de la sangre y los nervios, se despedían del aposento en una larga y solemne sesión. Quién hacía discursos, quién explanaba proyectos luminosos y vastos. La forma artística se ataviaba con galas vistosísimas: la crítica pedanteaba, y hablando todas de un glorioso más allá, parecían, no en vías de concluir, sino de empezar. La comunicación de esta importante bóveda, llena de armonías y de celestiales ecos, con la oficina laríngea era perfecta, porque el Señor había querido que hasta el último instante estuviese expedita, y corrientes los nunca gastados hilos de la palabra...

—¡Hola, chico...! ¿Qué tal? ¡Venga un abrazo!

—Ruiz... ¡Cuánto me alegro de verte!

—¿Y qué tal estás hoy?

—Pues así, así. No me encuentro muy mal. La noche fué horrible. Pero hoy parece que esta gran irritación va cesando. Si sigo así, la semana que viene podré marcharme.

—Pero hace aquí un calor horroroso. Esto es un horno. No sé cómo no te ahogas.

El astrónomo, hombre indolentísimo, de temperamento desmedrado, ensayó

diversas posturas para sentarse. Era problema más difícil de lo que parecía. Al fin se acomodó en una silla echada hacia atrás, el brazo derecho montado en el respaldo de otra, la pierna izquierda sobre la mesa, formando una tan recortada y angulosa caricatura, que bien se le podría retratar si estuviera quieto y no variase a cada instante, buscando una comodidad que no lograba nunca.

Poco después se puso en mangas de camisa. Se le conocía que acababa de cortarse el pelo, porque tenía el pescuezo y las orejas llenas de trocitos de cabello, y en la cabeza un olor de peluquería barata que daba el quién vive.

—No hemos tenido tiempo de hablar de tu comedia—le dijo Alejandro—. El otro día no hiciste más que entrar y salir... Es magnífica. Me la leí de un tirón. ¡Qué escenas tan bonitas! Tienes gran talento para ese género, y debes emprender otra obra para el año que viene.

Con este lisonjero juicio, flor natural de la frondosísima indulgencia de Alejandro, demostraba éste, más que un criterio recto, el apasionado entusiasmo que sentía por los méritos de sus amigos. Incapaz de envidia, su boca se deleitaba en las alabanzas. En todo lo que hacían sus amigos veía grandes bellezas, y a Ruiz le diputaba por uno de los mayores talentos. La comedia era sosa y a él le pareció salada; era roma, y le pareció aguda. Pertenecía al género moral papaveráceo, y sus efectos eran admirables si al teatro fuéramos a dormir. Era un alegato en favor del matrimonio, y Ruiz hacía ver allí lo desgraciados que son los solteros, y las felicidades sin fin que cosechan en la vida los que se casan. Para esto, los personajes, cuidándose bien de no hacer nada, hablaban, quién en favor del matrimonio, quién en contra. Al final quedaba la virtud triunfante y el vicio rudamente castigado. El éxito fué regular, y los amigos llamaron al autor al final de cada acto. Los periódicos dijeron que aquel Ruiz astrónomo era un genio, un tal y un cual... Pero a los ocho días la obra desapareció de los carteles, y cayó en la sima del olvido.

Ruiz no se forjaba ilusiones vanas. El Teatro ofrecía poco estímulo. ¿Qué le habían dado por derechos de representación? Una miseria. Si él hubiera nacido en otro país, se dedicaría seguramente al Teatro; ¡pero aquí...! En Francia habría ganado diez o doce mil duros con una sola obra. En España todo es miseria. Y de que su obra gustó al público, ninguna duda podía tener. ¡Lástima grande que se hubiera representado al fin de temporada! Toda la Prensa había puesto en el mismo cuerno de la luna la excelente versificación y copiado algunas redondillas de las más resonantes. Pero lo que el autor estimaba más en su obra era el pensamiento. ¡Ah! ¡Qué cosa tan moral y edificante!

A pesar de su éxito, Ruiz no escribiría más para el Teatro. Este empezaba a fastidiarle, como le habían fastidiado antes la Astronomía y la Música... Y siendo su pensamiento refractario a la holganza, de las cenizas de su amor al Teatro nació, polluelo de ave Fénix, un amor nuevo, una vehemente afición a otro linaje de estudios: a la Filosofía... Burla burlando, ya tenía escrito un estudio sobre Hegel, y había empezado a estudiar varios sistemas desconocidos en España, a saber: los de Spencer, Hartmann. Aquí no salían del krausismo, que en pocas partes tiene adeptos, como no sea en Bélgica. Se comprende que él estudiaba todo esto para combatirlo, porque le daba el naipe por Santo Tomás. Aquí no hay filósofos. El acometía con tanto afán la empresa de probarlo, que en el curso próximo había de hablar en el Ateneo. No; ninguna ocupación de la mente era más bonita que aquélla. Recomendaba a su amigo Miquis que tan pronto como entrara en la convalecencia, se diese un buen atracón de filósofos y se dejara de dramas... Tanto, tanto habló sobre esto, acompañando su perorata de extravagantes cambios de postura, que al fin Cienfuegos creyó prudente poner un dique al raudal de la filosofía oratoria, y le dijo:

—Vete callando ya. Mira que éste se marea. No te lo dice porque éste es así. Antes se dejará desollar que ofender a un amigo... Con tu filosofía y el calor que hace aquí, este cuarto parece, no el Infierno, sino el manicomio del Infierno, el lugar donde ponen a los condenados que se vuelven locos.

II

Vino la noche. El enfermo la veía con espanto llegar, y sentía el avanzar frío

de las primeras oscuridades, como angustiosa niebla cayendo sobre su alma. Traía por compañero al horrible insomnio, con sus ojos como ascuas, su aliento embargante, fantasma siniestro que no escondía en toda la noche su amarilla faz... ¡Si fuera posible ahogarlo entre las almohadas! Pero cuando el fatigado sentido parecía aletargarse un tanto; cuando una modorra de tres minutos atenuaba el sufrimiento, el fantasma pinchaba por esta o la otra parte, y decía: «Mírame.»

Poleró y Ruiz se quedaron aquella noche velando a Miquis; no así Cienfuegos, que tenía que acompañar a un tío suyo, recién venido del pueblo. Estaba comprometidísimo por falta de dinero, y se veía en las de Caín para obsequiar al egregio pariente. Aquella tarde se rieron todos oyéndole contar los apuros que pasó en el café, y las mentiras que había endilgado al buen señor para hacerle ver los grandes peligros que resultan de ir a un teatro. Pudo convencerle de que lo más higiénico y elegante es pasear por el Prado hasta medianoche, regalándose con un buen vaso de agua de Cibeles. En un puesto de agua habían encontrado a don Florencio Morales, y Cienfuegos se apresuró a presentarle a su tío, que simpatizó mucho con él, por ser ambos progresistas templados, hidráfagos y españoles rancios.

Moreno Rubio, al retirarse, ya de noche, hizo muy malos augurios. No prescribía más que calmantes, en dosis heroicas, para hacer descansar al enfermo. Encargó a Poleró la regularidad y puntualidad de las tomas, manifestándole que si, como amigo del enfermo, quería proponer a éste que cumpliera con su conciencia y con la Religión, lo hiciese cuanto antes, porque pronto sería tarde. Cuando se fué Moreno, Poleró consultó con Ruiz el delicado punto, y no pudieron ponerse de acuerdo, porque mientras Poleró se negaba resueltamente a hablar al enfermo de semejante cosa, el otro, exponiéndole razones de fe y decoro, decía:

—Pues no habrá más remedio que indicárselo. Creo que estamos en el deber...

Felipe no se daba punto de reposo. Sinfín de veces hubo de bajar a la botica, y arriba no faltaba trabajo. El paciente pedía sin cesar esta o la otra cosa, buscando en la variedad distracción, ensayando contra la violentísima tos extraños remedios e increíbles posturas. Cirila ayudaba poco. A cada instante iba Felipe a la cocina en busca de agua tibia o fría, de un limón, leche, azúcar, té... Cuando no encontraba a mano lo que necesitaba, iba a pedirlo a cualquier vecino. Al entrar en casa de Ido, halló a éste sentado en mitad de su humilde salita, junto a una mesilla con luz. Rodeábanle su familia y dos vecinas que solían ir allí de tertulia. Parecía que el buen *Cerato simple* estaba enternecido, y que de sus ojos manaba mayor caudal lacrimatorio que de ordinario. Un sobado cuaderno tenía en su mano, y desde que vió a Centeno, corrió a darle un abrazo.

—Supongo que no te enfadarás por lo que he hecho—le dijo—. Tenía tantas ganas de conocer el drama de tu amo, que no pude vencer la tentación esta mañana... Lo vi sobre la mesa, y cogí un acto para leerlo aquí, en familia... Francamente, naturalmente, yo no creía que fuera tan bueno. Te digo que estamos entusiasmados... ¡Qué versos! ¡Qué pensamientos! A mí se me saltan las lágrimas y se me corta el resuello. Nicanora, que es inteligente, dice que otra obra como ésta no se ha hecho desde el tiempo de Gil y Zárate... Si esto se representa..., acuérdate de lo que te digo..., se vendrá el teatro abajo.

Agradecido a este lenguaje, Felipe no podía entretenerse en comentarios sobre la soberana obra. Necesitaba un huevo que a su amo se le había antojado comer.

—¡Ay hijo!—exclamó doña Nicanora afligidísima—. Cuánto siento no poder dártelo.

Una mujer vieja, arrugada, vivaracha, que estaba en el ruedo de la tertulia y que había oído leer el drama con delectación, se levantó prontamente, diciendo:

—Yo te daré, no uno, sino tres huevos, para que se los coma ese caballerito que ha escrito cosas tan buenas... Hemos llorado a moco y baba. Al oír ese verso que dice que el pueblo español es el más valiente de la Tierra, me entraron ganas de salir gritando al pasillo, y meterme en el cuarto del enfermo para darle un abrazo. Bien, bien, requetebién... Ven a mi casa, y te daré los huevos.

—Si el señor don José me quisiera dejar el drama—dijo otra de las presentes cuando Felipe salía—, para que lo lea mi marido... El lo entiende; es oficial de pintor de decoraciones, y todo lo tocante a teatro lo sabe al dedillo.

Muy mal pasó la noche Miquis; pero tuvo en ella un gusto no flojo. Su mamá le había anunciado el envío de cierta cantidad a escondidas de su padre. No venía en letra, sino en oro, y la traía el ordinario de Quintanar. Durante dos días fué Centeno repetidas veces a la Cava Baja, en busca del precioso encargo; mas el ordinario no parecía. Las diez eran de aquella noche, cuando se presentó en la casa un hombre de malas trazas que entregó a Alejandro el lacrado paquetito. Venía como rocío del cielo, porque la patria estaba sumamente oprimida, y otra vez, para que no se desmintiera el destino del gran manchego, carecía de lo más necesario. Rompiendo impaciente la envoltura del regalo, dijo a Poleró:

—Creo que te debo algo. ¿Son ocho duros?

—Ocho, sí; pero déjalo. Ya me lo darás otra vez.

—No, ahora. Lo primero es pagar. Yo soy así. Y a ti, Federico, ¿te debo algo?

—¿A mí? Nada, hijo.

Era verdad que no le debía nada, porque Ruiz, hombre previsor y hormiguita, no había jamás abierto la bolsa para su desordenado y rumboso amigo. Era hombre aquel Ruiz que, cuando se le pedía algo, respondía invariablemente: «Chico, estoy a cero. Acabo de pagar una cuenta que me ha baldado.»

Después de un breve descanso, al amanecer, Miquis llamó a Felipe:

—Aristóteles..., me vas a hacer un favor... En toda la noche he podido apartar de mi pensamiento al pobre Cienfuegos. ¡Qué tormentos habrá pasado con su forastero, a quien no puede obsequiar ni con un triste vaso de agua clara!... Ve corriendo a llevarle tres duros... Tómalos del cajón.

Cuando Felipe salió a la calle para desempeñar este caritativo encargo, pensaba, con admirable madurez de juicio, que mucho más cuerdo era emplear aquel dinero en unas botas de que tenía muchísima falta, que en socorrer al aprendiz de médico. Sanguijuela insaciable, mientras más le daban, más pedía, sin hartarse nunca. ¡Al diablo Cienfuegos y su forastero! Si no podía convidarle, que le diera morcilla. ¿No era un desorden que el otro se gastara en pitos y flautas aquellos tres duros tan bonitos, mientras él, Aristóteles, que tanto trabajaba, salía a la calle casi descalzo?

Después de mil vacilaciones, el valiente *Doctor* se dirigió a una zapatería. Cuando su amo le preguntó, una hora después, si había hecho el encargo, Aristóteles, fiado en la gran familiaridad que con él tenía, adelantó un pie, y riendo le dijo:

—¿Los duros para Cienfuegos? En ellos andamos.

—¡Ah pillo!—replicó Alejandro, riendo también—. Bien es verdad que tenías falta, y no se me ocurrió... Pero, a Dios gracias, hay para todo... Coge otros tres duros y ve a socorrer el pobre Cienfuegos.

III

Aquel día no tuvo Alejandro un instante de sosiego. Tan pronto le acometía el prurito de verbosidad, tan pronto el desmayo. Si dolorosa era la crisis, no lo era menos la sedación de ella. Por la tarde, Moreno anunció que la noche sería funesta. Grandísimo, cortante y brusco fué el dolor de Felipe, cuando Poleró y Arias, que estaba en la cocina, le dijeron, cerca ya del anochecer:

—A ver, *Doctor*, ¿qué vas a hacer ahora? Porque esta noche, hijo, nos quedamos sin tu amo.

La garganta se le apretó y no pudo dar contestación. Ni llorar tampoco podía, porque, a su juicio, la obligación de trabajar y atender a todo en aquellas tremendas horas le cerraba la salida de las lágrimas.

Tenía la casa dos aposentos grandes: la sala en que estaba Miquis, y la cocina, donde se reunían los amigos cuando no acompañaban al enfermo. En esta sala, ornamentada de fogón y fregadero, con espejos de hollín y tapicerías de mugre, eran recibidos los visitantes, y allí se hablaba del paciente, de su probable muerte y de todo lo que es propio en tales circunstancias. Había dos habitaciones pequeñas y oscuras, en una de las cuales sólo entraba Cirila, y la otra estaba llena de baúles y trastos.

Ruiz fué de los más asiduos en acom-

pañar y atender al manchego. Estuvo todo aquel día, y después de una breve ausencia para comer, volvió decidido a quedarse toda la noche.

—Me parece que hago falta—decía con petulancia—, porque esta casa es un pandemónium. Aquí no hay quien tenga iniciativa. Los momentos son preciosos, y alguien ha de representar a la familia. Nuestro amigo Poleró y usted, Arias, no se atreven a nada, y es urgente tomar ciertas determinaciones. Grave es la cosa, y por mi parte no quiero responsabilidades. Se diría mañana que por nuestra culpa no murió este buen amigo como católico cristiano; y si ustedes insisten en que no se hable sobre el particular, yo me lavo las manos, yo me retiro...

Aquel hombre indolente se crecía y transformaba desde que le atacaba la oficiosidad, y la oficiosidad aparecía infaliblemente con las ocasiones de hacer un papel de hombre serio y atareado. Así, era de ver cómo su pereza se trocaba en actividad, cómo entraba y salía, dando proporciones gigantescas a su trabajo, buscando dificultades, haciéndose el hombre necesario, el hombre de acción y de recursos. A cada momento se le veía entrar en la cocina, y encarándose con Poleró o con Arias, les espetaba una proposición como ésta:

—A ver qué se determina. Yo me admiro de verlos a ustedes tan tranquilos..., señores. En estas circunstancias se conocen los amigos. ¡Hay tanto a que atender...! Sin ir más lejos, creo que será preciso hacer suscripción para el entierro. A ver, ¿qué se decide, qué se resuelve? Están ustedes ahí con las manos cruzadas...

Y en otra ocasión vino con este mensaje:

—Lo primero que hay que hacer aquí es restablecer el imperio de la moralidad. ¿Qué casa es ésta? Nuestro pobre amigo no supo dónde se metía. Es necesario que alguien represente a la familia: yo la representaré si ustedes no quieren o no saben hacerlo. Por de pronto, estoy decidido a impedir que entre aquí esa mujer, esa cuyo nombre no sé, ni quiero saberlo... ¡Porque sería un escándalo, una profanación, un sacrilegio...! Como tenga la osadía de venir, yo seré quien salga a la defensa de los principios morales; sí, señores, yo seré quien la ponga en la puerta...

Arias disimulaba el enojo que las ínfulas de este señor y sus oficiosas pretensiones de mando le causaban. Poleró decía:

—No hay que precipitarse. Calma, amigo Ruiz. Le vamos a poner a usted *Don Urgente* si sigue atosigándonos de ese modo... Quizá Alejandro salga de esta noche. Ahora parece que está mejor.

—Sí, buena mejoría nos dé Dios... Eso es: esténse ustedes con esa calma. Y ¿qué se hace en la cuestión de Sacramentos?... Señores, yo tengo creencias y no puedo consentir que un amigo se muera como los animales. Y también Alejandro tiene creencias. Es poeta, y basta. No quiero que la familia me pida cuentas mañana... Conque decidamos ahora mismo quién le dice al infeliz el estado en que se halla y la urgencia de atender a su alma.

—Yo no se lo digo.

—Ni yo...

—Pues yo se lo diré—afirmó Ruiz con énfasis—. No son ustedes hombres para casos de seriedad. Siempre con bromitas... No, señores; hay que hacer frente a las circunstancias, y saber colocarse a la altura de las circunstancias, y acometer las circunstancias... Voy a hablar con Miquis.

Este permanecía en el sillón. Don José Ido le daba aire con un grande abanico, y Felipe, sentado cerca, le miraba y hacía por distraerle. Las facultades mentales de Alejandro subsistían perfectamente claras, y aun si se quiere sutilizadas, recibiendo su fuerza final del recogimiento de toda la vida en el cerebro.

—¿Qué tal te encuentras?—le dijo Federico, acariciándole la barba.

—Ahora, bien—replicó el tobosino con cierta facilidad de respiración y palabra que antes no había tenido—: ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Qué días tan largos! Encended luz. Ya es de noche. ¡Qué oscuro está el cuarto! Felipe, abre toda la ventana. Mira, Ruiz: ya empiezan a verse tus estrellas. El cielo católico enciende las luces de su santoral nocturno. Lámparas infinitas alumbran a la Piedad y a la Ciencia. ¿Qué santos son aquéllos, según tu sistema?

—Por allí veo a *Escorpión*. Aquella

hermosa estrella es la llamada *Antarés*, que para mí es Santo Domingo de Guzmán. La constelación correspondiente a este mes es el *Toro*, San Marcos, porque el sol entra en sus dominios, y en ellos está *Aldebarán*, San Juan Bautista, que se celebra el veinticuatro de este mes...

—¿Y estamos a...?

—A dieciocho... Te encuentro muy bien esta noche.

—Sí—dijo el paciente con animación—. Respiro sin trabajo. Se me figura que de esta vez la mejoría va de veras. Ya es tiempo. Hay conciencia física, como decía el bendito don Jesús Delgado, y la mía me está dando avisos de salud... Esta noche me dijo Moreno que ya la semana que entra podré marcharme. El ordinario me ha dicho que está hermosísimo el campo de la Mancha, por lo mucho que ha llovido... ¡Qué ganas tengo de verlo!...

—Estás mejor; pero por lo mismo que estás mejor, ¿me entiendes?, debes ocuparte, debes pensar... No quiere esto decir que haya peligro... Los hombres deben hallarse siempre preparados para todo lo que pueda venir. Tú eres persona seria y de creencias; así es que...

Poleró, que desde la puerta oía esto, adelantóse prontamente, diciendo:

—Ruiz, que le llaman a usted...

Don Urgente salió.

—Este pobre Ruiz—observó Miquis con penetración admirable—, porque me ve un poco malo, me quiere poner en paz con Dios... ¡Ya se ve..., él es tan religioso!... Respeto sus ideas y sus temores, nacidos de una conciencia recta y noble. En ello prueba lo mucho que me quiere... ¡Y qué talento tiene! ¿No es verdad, Arias? ¿Viste su comedia? Es preciosísima... Lástima que no se dedique al Teatro. Ahora le da por la filosofía de Santo Tomás... Querido don José, estará usted cansado. Dé usted el abanico a Felipe. La verdad es que cada vez parece que hay menos aire y más calor.

En la cocina, Poleró y Ruiz sostenían agria contienda, a la que también aportó sus razones Cienfuegos, que acababa de llegar, poniéndose de parte del catalán.

—No te metas en eso—le dijo el aprendiz de médico—. El pobrecito está tranquilo y lleno de ilusiones. ¡Si él se ha de ir al Limbo, allá con los Santos Inocentes!...

—Se me está usted pareciendo a Montes, que todo lo ve *bajo un prisma*—decía Poleró.

—Ante esa singular manera de juzgar los asuntos de conciencia—manifestó el astrónomo con cierta pompa—, yo me lavo las manos. La responsabilidad, la gravísima responsabilidad, es de usted, no mía.

Y un tanto atufado, salió al pasillo, volvió a meterse en la cocina y se puso a leer. ¿Qué leía? El cuaderno del tercer acto, que había tomado de la mesa de Alejandro. A ratos iba por allí don José Ido, a ratos Arias, conforme se relevaban de la guardia y compañía del moribundo.

—¿Qué tal está ahora, amigo Arias?

—Lo mismo... Se ha desvanecido un momento, y parece que duerme.

—Yo no pienso acostarme en toda la noche, porque sabe Dios lo que se podrá ofrecer.

—¿Qué lee usted?

—Un acto de *El Grande Osuna*. Ya lo conocía; pero veo que hay modificaciones.

—Yo intentaré descabezar un sueño —murmuró Arias, tendiéndose en un catre de tijera que Cirila había puesto en aquel estrambótico departamento—. ¡Hace un calor!...

—Indudablemente este pobre Miquis valía—declaró Ruiz, dejando la lectura con aires de indulgencia crítica—. No lo digo por este drama, que, a la verdad, me gusta poco. Es un ensayo infantil, una inocentada. Esto no pasa; esto no tiene atadero. Figúrese usted que la verdad histórica anda aquí a la greña con el plan dramático. El pobre Alejandro se quitó de cuentos, y haciendo de su capa un sayo, permitióse levantar testimonios a la verdad. Sin ir más lejos, el pensamiento ambicioso que se atribuye al duque de Osuna de levantarse con el reino de Italia no es hecho histórico probado. Se cree que fueron más bien conjeturas y recelos del Gobierno de Madrid; envidiosa trama del duque de Uceda para hundir al virrey. En cambio, de lo que es un hecho positivo, la terrible conjuración contra Venecia, urdida por el marqués de Bedmar, con ayuda de Osuna y de don Pedro de Toledo, gobernador de Milán, no saca ningún partido Miquis. Verdad que la cosa no es dramática, y que los misteriosos pro-

yectos de Osuna lo son. Pero, lo repito, no hay pruebas, y el drama histórico no debe ser una calumnia en verso. Además, ¿de dónde saca este niño que Osuna quisiera unificar la Italia y hacer un gran reino, como el que mucho después soñó Cavour, contra los fueros de las dinastías reinantes y de la Iglesia? Osuna, si alguna idea tuvo de ser rey, fué contando sólo con la soberanía de Nápoles y Sicilia. Pero este pobre soñador le supone propósitos de derrocar a Venecia y hacerla suya, de someter a Florencia, de barrer los estados pequeños, y, por último (y esto es ridículo), de quitar al Papa su reino. ¿Qué le parece a usted? El duque para este niño es un precursor de Víctor Manuel y un émulo de Garibaldi. Resulta de todo un dramón progresista y populachero que no hay quien lo aguante. Y si esto se representara, que no se representará, el público tiraría las butacas al escenario... La versificación tiene algunos trozos bonitos; pero hay hinchazón, culteranismo. El plan y desarrollo son abominables: no creo que hay un adefesio mayor. Sin ir más lejos, fíjese usted en la catástrofe, que es un hatajo de absurdos. El teatro parece una carnicería, y el apuntador se salva por milagro. Luego, no resulta de aquí la menor idea de moralidad... Aquí los buenos reciben el palo, y los malos triunfan y se quedan tan frescos... En fin, horrores, disparates, cosas de chiquillos...

Don José Ido, que presente estaba, sentía violentas ganas de alzar la voz protestando contra tal crítica; pero no se atrevió a hacerlo, por ser un hombre en quien la timidez podía más que todas las fuerzas del alma. En su interior se dijo y se repitió, con verdadero fervor, que aquel aristarco no estaba en lo cierto, y que el drama era magnífico, sorprendente, excepcional. Prueba de ello eran las lágrimas que, oyéndolo leer, habían vertido Nicanora y las vecinas, y la emoción grandísima que él había sentido.

IV

Iba a salir don José, cuando una figura singular interceptó la puerta. El y los dos muchachos se asustaron, porque la persona que entraba, si no era alma del otro mundo, lo parecía. Iluminada de frente por la luz de la cocina, brillaba su rostro de barnizada muñeca; eran sus ojos como cuentas de vidrio, y su delgado cuerpo rígido, con la blanca falda y el negro mantón, tenía fúnebres apariencias.

—¿En dónde está mi sobrino?—preguntó sin dirigirse a ninguno—. Me llevaron un recado diciendo que está gravísimo. ¿Se le puede ver?...

Y sin esperar respuesta, dando algunos pasos hacia dentro, prosiguió así:

—Y la dueña de este palacio, ¿dónde está? ¿No hay escobas aquí? Está esa escalera que da asco. Pues las paredes de la sala, también tienen que ver.

—Señora—le dijo Arias, ofreciéndole una de las dos sillas—, tenga usted la bondad de sentarse...

—Gracias... Estoy horripilada... No puedo ver tanta suciedad.

Entró Cirila en aquel momento.

—¿Es usted, señora—le dijo doña Isabel, pasando sus vidriosas miradas por las cenefas de papel que adornaban los vasares—, la dueña de este palacio?...

—¿Palacio?... Señora, por fuerza está usted tocada.

—Y dígame usted..., ¿no hay por aquí escoba, ni estropajo, ni jabón?... Diga usted, grandísima puerca, ¿no le da vergüenza de que la gente entre aquí y vea esta falta de pulcritud?

Atónita un momento Cirila, no sabía qué contestar... Las circunstancias no eran propicias a una discusión sobre el uso del estropajo. Venía del cuarto del enfermo, que estaba muy malito... Quizá faltaban pocos minutos para la conclusión de sus padecimientos...

—Señora—balbució Cirila—, ocúpese usted de su sobrino..., que está..., ¡pobrecito!, en las últimas...

—Tengo mucho horror a esta enfermedad. ¿En dónde está mi ángel?... Le veré un momento... ¡Infeliz niño!... Estoy furiosa con el desaseo de esta casa. ¡Qué inmundicia! Esto es el alcázar de la grosería. Vean ustedes cómo me figuro yo que ha de ser el Infierno: un lugar infinitamente privado de agua.

Poleró entró muy alarmado, diciendo:

—No conviene que la señora pase en este momento...

Ruiz entró en el cuarto. El pobre Miquis, acometido de un fuerte paroxismo, parecía que agonizaba. Felipe no se movía de su lado.

—No hay nada que hacer—observó Cienfuegos sollozando—. ¿A qué martirizarle, si no se ha de conseguir nada...?

Entre tanto Poleró y Cirila entretenían a la señora. La criada de ésta, que la acompañaba, había entrado también en la cocina; mas tampoco quería sentarse...

—Grande horror tengo de esa enfermedad—volvió a decir la Godoy—; pero yo quiero verle... ¡Oh!, si asearan la casa, si lavaran esto, si limpiaran tanto polvo y tanta mugre, y tanta basura, el pobre angelito sanaría.

Querían detenerla; pero salió al pasillo y acercóse a la puerta de la sala. Allí se detuvo aterrada, vacilante entre el deseo de entrar y el temor o escrúpulo que sentía del contacto del enfermo. Poleró acudió junto a ella, temiendo que se desmayara... Desde la puerta miró la tiita el lastimoso cuadro, y todo su amor no fué bastante a vencer su repugnancia. En la mano derecha tenía un finísimo pañuelo que se llevaba a los ojos para secar sus lágrimas.

—Hace años y años que no lloro—dijo a Poleró—. Esto que ahora veo me desmenuza el corazón—, y no es mi corazón de carne, es de hierro que late. Los desengaños me lo endurecieron; pero el dolor se quedó dentro...

Y en la mano izquierda tenía otro pañuelo mojado en vinagre que acercaba a la nariz...

—Si no fuera por esta precaución, me infestaría, ¿no es verdad, caballero?... No puedo ver lo que veo... ¡Pobre Alejandro, pobre niño mío, pobre ángel de mis entrañas!...

Lágrimas y vinagre se confundían en su rostro.

—Retírese usted, señora—indicó Arias.

—Pase usted aquí..., al salón de embajadores—dijo Poleró, no queriendo destruir la idea de palacio que tan encajada estaba en la mente de la Godoy.

—¡Oh! Sí... Me retiro... Que Dios le sane pronto y le vuelva la robustez y la alegría. Ya sabía yo que pasaría esto. Lo supe hace tiempo. Yo lo sé todo.

Ruiz, cuando volvió a la cocina, se acercó a ella y con gravedad insufrible le dijo:

—Señora, en ausencia de la familia, yo me atreví a disponer que nuestro pobre amigo recibiera los consuelos de la Fe... Mi opinión, no obstante, no tuvo apoyo en los demás señores aquí presentes, y yo, no queriendo tampoco insistir en ello, por no ser de la familia, me lavé las manos...

—¿Se lavó usted las manos?—dijo la tiita reparando en las extremidades del astrónomo—. Pues no se conoce. Las tiene usted que parecen manos de gañán. ¡Jesús!, ¿no le da vergüenza de enseñar esas uñas?... ¡Ay!, ¡qué horror! Se me revuelve el estómago. ¿Y se atreverá usted a dar esa mano a una señora?... Quiten para allá. Todos son unos bigardos... ¡Qué chicos los de hoy! No se los puede mirar, ni sentir, ni tocar... ¡Qué manazas, qué greñas sin peinar, qué barbas de chivo! Quiten para allá...

A cada frase aplicaba a su nariz el pañuelo de vinagre... El de las lágrimas se lo había metido en el bolsillo.

—¿Por qué no se sienta usted, señora?

—Estoy bien...—replicó, recogiéndose el vestido para no rozarse con ningún mueble ni objeto de los que en la pieza había—. No me siento, no. Sabe Dios lo que habrá en esas sillas... Habrá aquí poblaciones...

—Si la señora quiere pasar a mi casa —manifestó don José Ido con urbanidad—, allí encontrará un asiento más cómodo. Tenemos una butaca...

—Buena estará también... ¡Ay, qué palacios estos!... Hay salones que parecen cocinas inmundas... Prefiero mi choza... ¿Es usted el médico que asiste a mi sobrino?

—No, señora—replicó Ido del Sagrario con un registro de voz que parecía el aleteo de una mosca—. Soy profesor de Instrucción primaria, con título y...

—Porque si fuera usted el médico, le diría que puede estar tranquilo. Alejandrito no se morirá: yo lo sé; yo lo he visto... Alejandrito no tiene más que un fuerte mal de amores: así lo dicen *las acepciones de amor, desvío, mudanza, mujer morena*... Conque no se aflijan, señores; lo digo yo, que he nacido en Jueves Santo.

Mirábanse Poleró y Arias aguantando la risa, y a pesar del dolor que los embargaba, casi no podían contenerla.

—Pero siéntese usted, señora...

—Que no me siento... Y si pudiera no tocar el suelo con mis pies... Es muy tarde; Teresa y yo no tenemos costumbre de andar de noche por esas calles. Nos retiramos.

—Uno de nosotros la acompañará a usted.

—¡Oh!..., no..., gracias. No se molesten... Cuiden bien al pobrecito enfermo, y denme aviso mañana de su mejoría... Aseo, aseo, agua y jabón es lo que hace aquí falta.

En aquel mismo momento, cuando ya la Godoy estaba casi en la puerta de la cocina para marcharse, oyóse en el pasillo rumor de agitado coloquio. Dos mujeres disputaban en voz baja: la una era Cirila; la otra, su hermana. La primera, que había salido con una luz para buscar algo en uno de los cuartos oscuros, decía:

—No entres: está muy mal. Estos señores no permiten... Más vale que te vayas.

Federico Ruis, desde que oyera estos cuchicheos, vió llegada la coyuntura más bonita para el acto de ejemplaridad que anhelaba realizar. Por fin, gracias a él, los buenos principios iban a tener cumplida satisfacción en aquella casa; por fin, la malicia y la impureza sufrirían rudo escarmiento en la más solemne de las ocasiones. Salió prontamente, y encarándose con la Tal, echóle de buenas a primeras esta indirecta:

—Oigame, señora: haga usted el favor de salir de aquí. En nombre de la familia, yo...

—¡Eh!—dijo Poleró—, no hacer ruido. Ruiz, no se acalore usted: le tengo más miedo a su celo que a un cañón Krupp.

Del estrecho pasillo de la casa salieron todos al larguísimo y no muy ancho que era ingreso común de los diversos cuartos. Allí la claridad competía con las tinieblas; pero Cirila, que también salió, ganosa de aplacar a don Federico, llevaba la luz y alumbraba las figuras movibles y agitadas, cuyas sombras se extendían a lo largo de las paredes y salían hasta la escalera.

—No se puede tolerar—dijo Ruiz, con acento de calurosa honradez—que en estos momentos críticos, en este trance aflictivo, venga usted a escarnecer con su presencia...

—Señor de Ruiz—observó Cirila incomodándose, pero sin atreverse a alzar la voz—, es mi hermana; y esta casa...

—No hay casa que valga, no hay hermana que valga...—clamó el astrónomo poniéndose furioso, o simulando el enojo por el gusto que tenía de darse importancia—. Si usted me levanta el gallo, ahora mismo llamo a una pareja. Y esta señora se va a la calle. Pronto... ¿Pues qué? ¿Después que ha sido la causa de la perdición de nuestro desgraciado amigo, ha de venir a turbar la paz de sus últimos momentos, y a insultarnos a todos...?

—No alborotar, no hacer ruido—volvió a decir Poleró, creyendo que la expulsión se debía verificar con menos bambolla...—. Está con la moralidad como chiquillo con zapatos nuevos.

Pero Ruiz, que se pirraba por el aparato escénico, siguió perorando de esta suerte:

—¡Representamos a la familia..., y en nombre de la familia..., en nombre de lo más sagrado...!

¡Con qué énfasis señalaba su dedo la escalera! La Tal no dijo una palabra. Dirigióle una mirada que lo mismo era de enojo que de burla. Pero no se movía; no parecía dispuesta a obedecer.

—Para evitar cuestiones—gruñó Cirila, empujando suavemente a su hermana—, más vale que...

En esto llegó doña Isabel. Su sombra pasó por encima de las sombras de los demás. Paróse, miró a todos, uno por uno, después a la Tal... La admiración túvola suspensa un instante, y sus ojos de muñeca de porcelana y vidrio no se hartaban de contemplar la otra muñeca, de carne y hermosura, torneada con gallardía y barnizada de expresión melancólica.

—Esta señora—dijo Ruiz—es la perdición de nuestro amigo... ¡Preséntase aquí en estos críticos momentos! O ella o nosotros...

Con espontaneidad que resultaba muy donosa, se escaparon de los labios de la Godoy estas palabras:

—María Santísima, ¡qué mujer tan guapa!

Tomando la luz de manos de Cirila, acercóla al hermoso rostro de la mujer de vida libre, el cual, iluminado, resplandeció como sol de belleza dentro de aquel círculo de semblantes vulgares. Desdén y burla, contenida pena y amargura echaba de sus fulmíneos ojos la Tal. De sus labios, ni una sola sílaba... Dejando la luz, doña Isabel lanzó un gran suspiro. Siguió observando:

—¡Gracias a Dios que veo aquí una persona limpia...! Y eso que las manos

no están muy lavadas que digamos... Usted es de las que no cuidan más que el palmito...

Bruscamente tomó un tono como de alborozo infantil para exclamar:

—Princesa..., no me le dejes morir.

Absortos los presentes, no observaron que sus ojos brillaban como esmeraldas sobre rieles de plata. La Tal seguía muda; mas la expresión de su cara variaba... Casi, casi sonreía.

—La señora es de la familia—dijo Cirila señalando a la Godoy y mirando a Ruiz—, y ya ve usted cómo no hace esos aspavientos.

—Pero la señora—objetó Ruiz—se ha escapado de un manicomio.

Doña Isabel, perdido ya hasta el último asomo de claro discurso, dió tres vueltas sobre sí misma, y en cada una tocaba el brazo de la Tal, repitiendo:

—No le dejes morir, no le dejes morir.

Aterrado de aquella escena, Arias tomó la mano de la señora para encaminarla a la escalera. La criada quiso también llevársela... ¡Adiós, Isabel Godoy, adiós, pitonisa, burladora del tiempo, émula de la Eternidad, cuyos senos mides, cuyos secretos exploras; virgen madre de todos los desatinos; maga, sibila, vestal, momia llena de gracia, archivo de la superstición y sacerdotisa del estropajo! Llévante unos demonios inocentes, infantiles, muy limpios, parecidos a los ángeles, como te pareces tú a una pura ninfa de los tiempos que no volverán.

Al poner el primer pie en el peldaño de la angosta escalera, acompañada de Arias, le dijo al oído, en el tono vulgar de una observación corriente:

—Al pobrecito enfermo le sentará bien la presencia de tan hermosa medicina. Los ojos matan, ¡ay!, los ojos también curan... y resucitan. Que la vea... Se pondrá bueno al instante: lo sé, lo leo bien claro en las *acepciones de reconciliación, cariño mutuo, castidad.*

Bajaba precedida de su sombra, que iba reconociendo los escalones, por si no estaban seguros... Desapareció en la espiral tenebrosa como si se la tragara la tierra.

En el pasillo largo continuaba la escena, cuyos actores eran: Ruiz, en el foro de los principios morales; la Tal, en el de la pasiva resistencia a los dichos principios. Poleró, en segundo término, murmurando:

—No hay cosa más cargante que un moralista que no sabe dónde pone el púlpito.

—Ya, ya se está usted marchando de aquí—decía Ruiz—. No tengo que añadir una palabra más.

Y ella no hacía más que retorcer las puntas de su pañuelo. Cuando el moralista alzaba mucho la voz, los ojos de ella fulguraban desprecio y cólera. Después, cansada de enredar con el pañuelo, se puso una punta de él en la boca, y tirando fuerte se aplastaba el labio inferior, mostrando sus blancos dientes y sus encías rojas.

—Más vale que te vayas—le dijo Cirila—. Así no tendremos cuestiones.

—¡Que traigo una pareja!

—Sosiéguese usted, hombre de Dios.

—¡Que la traigo!..

La Tal tiraba tan fuerte de su pañuelo que sacó de él una tira con los dientes. Sólo con mirar a Ruiz, sin proferir una palabra, sabe Dios las perrerías que le dijo.

—Vaya, vaya—dijo Poleró, empujándola con suavidad y llevándola consigo—. Ahora no puede usted verle... Acábese esto de una vez.

Cirila se retiró, dejando la luz a Ruiz. Cienfuegos alejóse también. La inflexible figura del astrónomo permaneció en medio del pasillo, con la luz en una mano, señalando con la otra la salida y término de aquel luengo conducto. Era la estatua de la moral pública alumbrando el mundo y expulsando al vicio del cenáculo de las buenas costumbres. La consabida le echó unas tan atroces rociadas de desprecio, todo con el mirar, nada con la palabra, que casi, casi, hicieron conmover en su firme asiento a la iracunda estatua, y se fué despacio, con irrisorios alardes de dignidad. Daba pataditas, y en la escalera marcaba los peldaños con cadencia insolente... ¡Abur, espanto de las edades, viruela de los corazones, epidemia social, brújula del Infierno, carril de perdición, vaso de deshonra, rosa mustia, torre de vanidades, hijastra de Eva, tempestad de males, hidra corruptorísima! ¡Carguen contigo los diablos feos y llévente, con tu séquito y corte de pecados, a donde no te volvamos a ver!

V

A las diez, Alejandro, dando un suspiro, pareció que salía de aquel espasmo congojoso. Cienfuegos y Felipe no se movían de su lado. Poleró y Arias, que entraban y salían de puntillas en la sala, callaban atentos, y en la cocina se comunicaban sus tristes impresiones; y Ruiz, satisfecho de sus rasgos de carácter, sintiendo la gloriosa fatiga del que ha trabajado enormemente por la Humanidad, se echó a dormir en el camastro situado en uno de los cuartos oscuros. Cirila había ido a buscar cháchara a la puerta de la casa de Resplandor. Don José Ido, instalado en la cocina, esperaba las órdenes que se le quisieran dar, como salir en busca de los Santos Oleos o de algún heroico remedio. Rosita se dejaba ver por allí alguna vez soñolienta, deseando que le mandaran traer algo, o prestar cualquier servicio.

—Hija, ¿por qué no te acuestas?—le decía su padre.

La infeliz no perdía ocasión de entrar en el cuarto del moribundo y coger con disimulo cortezas de pan, de las que había sobre la mesa, para comérselas y llevar algo a sus hermanos, acostados ya, pero despiertos, los tres juntos en un desvencijado catre.

Al despertar Alejandro de su pesado sopor, asombróse de ver a Felipe, y le dijo:

—¡Oh!... Flip... Ahora que te veo, comprendo que todo ha sido sueño... Creía estar en mi casa... Me pareció que vi entrar aquí a mi madre, y que me cuidaba... ¿De veras no ha estado aquí mi madre?

—¡Qué cosas se le ocurren! ¿Y para qué ha de venir su mamá si nosotros nos vamos a ir para la semana que entra?

—Dices bien... Pero yo, aun despierto, juraría que la vi entrar con su vestido de rayas blancas y negras. También juraría que andaba por aquí mi hermanillo Augusto enredando con un palo largo y un carretoncillo.

—Era Rosita Ido, que entra, como los pájaros, a buscar migas de pan.

—Dale todo lo que haya. Dinero no nos hace falta. Mi madre ha mandado mucho. ¿Sabes que me encuentro ahora muy bien? ¡Respiro con facilidad y me dan ganas de conversación!... Puede que podamos largarnos dentro de dos o tres días. A ver, probaré a levantarme. Cógeme por aquí... Y tú, Cienfuegos, por este otro lado. ¡Arriba, guapo!

Entre los dos le levantaron, dió dos pasos, y al instante volvió a caer en el sillón.

—Perfectamente. Aunque no puedo moverme, reconozco que estoy ágil, relativamente... Y no me duelen las piernas cuando las estiro, ni los brazos... Esta tarde he padecido horriblemente. Deseaba morirme, ¡qué disparate!, y decía para mí que siendo la vida un suplicio, la muerte es la convalecencia de la vida, y que morir es sanar. ¿Qué te parece, Cienfuegos?

—Que no pienses en eso. Pronto estarás hecho un roble. Duérmete ahora.

—¡Si no tengo sueño, hombre de Dios!—replicó el enfermo, respirando claramente las palabras una a una—. ¿Sabes lo que haría yo ahora de buena gana? Pues me pondría a escribir. Siento cierta frescura en el entendimiento. Esta tarde, en aquel padecer horrible, estaba viendo clarita, verso por verso, toda una escena de *El condenado por confiado*.

—La escribirás en la Mancha. ¿Tienes sed?

—Ni pizca... ¡Ah, sí! Felipe, dame agua... ¿Conque no lo he soñado, o es cierto que viene mi madre a buscarme?

—Es cierto que viene—manifestó Cienfuegos—. Ya te dije que la espero mañana.

Cienfuegos y Poleró habían puesto un parte a la familia y esperaban que alguien viniese. Pero al enfermo no habían dicho nada de esto por no alarmarle.

—¿Pusisteis telegrama?

—No, hombre. ¿A qué venía eso, si tú no tienes gravedad?

Los amigos habían recibido el día anterior una carta de don Pedro Miquis, en la cual decía que él o su señora irían a Madrid en caso de recibir aviso telegráfico de la importancia del mal.

—¿De modo que tú crees que vendrá mi madre?

—Mañana la tendrás aquí.

El gozo que esto le produjo le animó extraordinariamente.

—O me engaño mucho, o sólo con ver-

la entrar creo que me restableceré por completo.

—Como si lo viera... Procura serenarte ahora, y duerme. Voy a ver si se han dormido esos chavales y a echar un cigarro con ellos si están despiertos.

Sale Cienfuegos.

—Aristóteles.

—Señor...

—¿Estás aquí? No te veo bien.

—Sí, estoy aquí...—dijo Centeno, acariciándole las manos, que tenía entre las suyas.

—¿Hay luz en el cuarto?

—Sí.

—Me pareció que estaba esto muy oscuro. Pues lo que es mis ojos bien claro ven. A ti te distingo como un bulto. ¿Sabes una cosa...?

—¿Qué?—preguntó Centeno con ansiedad, notando en la voz de su amo y en su manera de decir un sentimiento y dulzura inexplicables.

—Que me han entrado fuertes deseos de...

—¿De qué?

—Te vas a reír—murmuró Alejandro, riendo a su vez; pero su jovialidad era triste como flor nacida en grietas de sepulcro.

—No, no me río.

—Pues me han entrado ganas de darte un apretado abrazo... Yo no puedo, porque tengo los brazos como si fueran de algodón. ¡Cosa más particular!... Dámelo tú a mí.

Tan aturdido estaba Felipe, que no acertó a satisfacer el deseo de su amo. Fué preciso que éste repitiera su mandato para que el *Doctor* se pusiese en pie, y acercándose a Miquis todo lo más que podía, le estrechara en sus brazos.

—No, no aprietes tanto, que me ahogas... Así. Ya ves qué antojos me entran. ¿Qué dices a esto?

Aristóteles no podía decir nada. Invisible mano le estrangulaba. Retiróse un instante para disimular su pena y sofocarla.

—¿Qué haces, Felipe? ¿Lloras?

—No, señor—replicó el otro con risa convulsiva—; es que me he dado un golpe en este codo.

—Ven acá; no te separes de mí...

—Aquí estoy.

—Pero te pones a diez leguas... Más cerca... ¡Qué alegría me da cuando pienso que vamos a estar juntos en el Toboso!... Mañana llega mi madre, y cuando te conozca, me dirá que de dónde he sacado esta alhaja... Toda tu vida me la tienes que consagrar y estar siempre conmigo, hasta que los dos nos caigamos de viejos.

—Eso sí.

—Otras veces, cuando he estado tan malo, he pensado qué sería de ti si yo muriera; ahora que estoy mejorando a pasos de gigante, pienso que los dos hemos de llegar a viejos... Con todo, me parece que hace tiempo que no te he visto, o que voy a estar mucho tiempo sin verte... No sé por qué. Se me antoja ahora..., mira tú qué tontería..., se me antoja que vamos a separarnos.

—¡Vaya un desatino!... ¡Qué bro...-mitas!

—Chico, es que esta noche estoy lleno de manías. ¿Sabes la que me ha entrado ahora? Pues verás. Como mi madre llega mañana y trae dinero, no necesito del que tengo ahora. Se me ha ocurrido darle una parte a Cienfuegos, otra a don José Ido, y lo demás a esa pobre Cirila... ¿Qué opinas?

El reparto de capitales no le parecía bien a Felipe; mas en la situación de congoja en que estaba no quiso contradecir a su amo.

—Me parece muy bien.

—Llámale a Cienfuegos. ¡El pobre...! Quiero darle una sorpresa. Verás qué alegre se pone.

Felipe salió. Deseaba estar un momento fuera para dar expansión a la pena que le ahogaba. Cuando se presentó en la cocina con un puño en cada ojo, los amigos, alarmadísimos, sospecharon un mal suceso.

—Que vaya usted, señor de Cienfuegos—fué lo único que dijo Felipe.

Y él se quedó allí, llorando con gran desconsuelo. Don José Ido no estaba presente; pero sí Rosita, la cual creyó muy del caso consolar a su amigo con las frases propias de la ocasión, entremezcladas de suspiritos:

—Hijo, es preciso conformarnos con la voluntad de Dios. ¡Ay Jesús, qué mundo este!... No hay más que penas.

El *Doctor* se limpió las lágrimas, y serenándose un tanto, habló así con su amiga:

—Chiquilla, ¿por qué no vas a acostarte? ¿Qué haces tú por aquí a esta hora?

—Puede ofrecerse algo... Ya ves... Hasta que papá no se acueste... Vaya un escándalo que hubo esta noche, ¿lo oíste?, cuando vino la señora aquella loca... Dicen que esa señora lava la sal antes de echarla en el puchero... ¿Pues y la *chubasca?*... ¡Lo que te perdiste! Ella no se quería marchar; pero tanto le dijo el señor de Ruiz... ¡Ay hijo!, el señor Ruiz es como un predicador. Dice mamá que para obispo no tiene precio. Ahora está durmiendo. ¿No oyes sus ronquidos?... Pues la Tal salió hecha un veneno. Yo subía la escalera cuando ella iba para abajo. En cada descanso se paraba y volvía los ojos para arriba. Daba miedo verla. El señorito Poleró bajó con ella, y el señorito Arias también. Los dos se reían y le decían cosas... «Mujer, no te enfades... No hagas caso de ese farsante de Ruiz...» El señorito Poleró la pellizcaba. ¡Qué pillos!..., ¿eh?, y ella tan seriota...

—Rosa—dijo don José, presentándose de improviso en la puerta de la cocina—, acuéstate al momento. Es muy tarde.

Notó Felipe en su amigo una exaltación, un extraño júbilo que hacía, sobre su apenado semblante, efecto parecido al de los fuegos fatuos. Sus mechones bermejos parece que tendían a engalanarle el rostro como guirnalda de triunfo.

—¿No sabes lo que ocurre?—dijo a Felipe, mostrando en la palma de la mano dos monedas de oro—. Pues verás: me llama ese bendito don Alejandro... Entro, hijo, y me da estos doblones... Dice que no le hacen falta; que tiene el mayor gusto de atender a mis necesidades. Francamente, naturalmente, yo lo agradezco mucho, yo estoy conmovido... Ese joven es un santo..., pero si mañana hiciera falta este dinero para el entierro...

Diciendo esto, guardaba las monedas.

—Si quieres completar el rasgo de generosidad de tu noble amo—añadió retrocediendo—, amigo Felipe, liberal joven, digno Panza de aquel bravo Don Quijote, ¿por qué no me das uno de los dos panecillos que tienes allí? Creo que no te harán falta. Tu amo está rico. Estos pobres niños no quieren dormirse por la gran necesidad que tienen...

Centeno le dió sin vacilar lo que deseaba. Partió el pendolista un pedazo para darlo a su hija, y el resto destinólo a los chicos, no sin coger para sí un bocado que se comió con muchísima gana.

—Yo no me acuesto esta noche. Pienso que he de hacer falta. Y, además, ¿para qué dormir? ¿Para soñar que soy director de un colegio y luego despertar lleno de desconsuelo y amargura? Mejor es velar, velar...

Poleró entró afligido en la cocina, diciendo:

—Parece mentira... Está despejadísimo; pero cree Cienfuegos que durará pocas horas... Felipe, te llama.

Cuando Centeno entró, su amo callaba. De pronto murmuró estas palabras:

—Que me dejen solo con Felipe.

Arias salió; pero Cienfuegos quedóse oculto tras el sillón.

—Aristóteles...

—Aquí estoy.

—Ponte más cerca.

Felipe hizo reclinatorio de las rodillas de su amo.

—Así... Ahora siento una languidez, un sueño... No me duele nada. Parece que me voy a dormir, y que estaré durmiendo días y días. Ya es tiempo, porque estoy fatigadísimo con tanta mala noche como he pasado. Un encargo te voy a hacer. ¿Lo cumplirás?

—Pues ya...

—Cuidado, Felipe, cómo te descuidas... Si me duermo esta noche, y mañana sigo durmiendo con ese sueño pesado, con ese sueño profundísimo que siento venir, ¿entiendes?..., en cuanto llegue mi madre, me despiertas. Me llamas, y si no te respondo, me sacudes el cuerpo bien sacudido...

—Descuide usted—dijo Felipe, con el corazón traspasado.

—En ti confío, Aristóteles..., y así podré dormir tranquilo... Aunque si mi madre llega, creo que el corazón, saltando, me despertará por muy dormido que esté.

Dejó caer los párpados... Murmullo lento y hondo salía de entre sus entreabiertos labios. Cienfuegos se adelantó para observarle de cerca. Como el desmemoriado que retrocede, se agitó Alejandro, abrió los ojos...

—Aristó...

—Señor.

—Hace tiempo que pensaba preguntarte una cosa, y esta maldita memoria

mía... Se me escapan las ideas... Dime si en estos últimos días ha venido a verme...

Felipe, comprendiendo al instante, creyó oportuno consolarle en aquella ocasión...

—Ya lo creo que ha venido, sí, señor... Sólo que no hemos querido dejar entrar a nadie... Como estaba usted durmiendo...

—Ha venido...—balbució Miquis, y en aquel mismo instante apareció tan descompuesto su rostro, que Cienfuegos y Felipe se espantaron. Era otro, era un muerto.

—Sí, señor—dijo Felipe, hablando junto al oído de su amo—; ha venido... siempre tan... cariñosa... Llorando por no poder verle, y diciendo que...

—Cállate—dijo bruscamente Cienfuegos.

Pasó un rato. De repente oyóse otra vez:

—Aristó...

—Señor...

—Duermo..., ¡qué sueño!... Despiértame mañana, que quiero hacer una cosa...

—¿Qué?

—Quemar *El Grande Osuna*...—murmuró Alejandro con visible esfuerzo, que parecía un tanto doloroso—. Es detestable... Es feo y repugnante como mi enfermedad. Todo lo que contiene resulta vulgar al lado de la excelsa hermosura artística que ahora veo, al lado de esta creación de las creaciones, que titulo *El condenado por confiado*... Es la salud, es el vivir sin dolor... Aquí veo otra figura, otra belleza suprema... A su lado aquélla es fealdad, impureza..., podredumbre..., consunción...

—¡Quemar *el Osuna!*...; no, señor... ¡Qué dirá la señorita *Carniola!*...

Miquis, ya con los ojos cerrados, hizo contracciones de disgusto. Creeríase que tragaba una cosa muy amarga, muy amarga... Más que habladas, fueron estertorizadas estas palabras:

—La aborrezco...

Felipe le observaba... Cienfuegos le puso la mano en la frente... Momento de terror... Inmenso sueño aquel.

—Se ha dormido—murmuró Felipe, atónito.

—¡Qué muerte tan dulce!—dijo Cienfuegos.

VI

La escena representa el interior de un coche de alquiler. En el fondo, ARISTÓTELES y DON JOSÉ IDO ocupan el asiento principal; a izquierda y derecha, cerradas portezuelas con ventanillas, cuyas cortinas verdes agita el aire. Veterano corcel tira con trabajo de la escena, a la cual preceden otros cinco vehículos de igual aspecto mísero, con sus cortinillas, su dormilón cochero y su caballo claudicante. La fila marcha, perezosa, por calles y caminos, siguiendo a otro armatoste poco agradable de ver, cosa negra y desapacible, sobrecargada de tristeza y de duelo.

IDO.—*(Acariciando el hombro de su amigo.)* Pues esto no tiene ya remedio, amigo Felipe, bueno es que te vayas conformando con la voluntad de Dios, y pongas ya término a tus lágrimas, ayes y suspiros. Empiezas a vivir; tienes mucho mundo por delante; estás en edad en que los duelos pasan pronto, sin dejar huella. No quieras hacerte superior a tus años, prolongando tu dolor más de lo que corresponde y desmintiendo tu niñez florida. Animo, hijo, y considera que estos trances aflictivos son los mejores maestros que podrías desear para instruirte en el gobierno de ti mismo y en todo el saber de la vida. *(Sintiéndose inspirado.)* Considera que esto es para ti ventajoso, pues entras en los combates del vivir, no desnudo y sin armas, cual entran los más, sino ya vestido con cota de dolor y resguardado tras el durísimo broquel de la experiencia; y, francamente, naturalmente..., yo, en tu lugar, me alegraría de haber visto lo que has visto, de haber pasado lo que pasaste... No seas tonto: encontrarás ahora colocación mejor y amos generosos que te protejan...

ARISTÓTELES.—*(Dando un gran suspiro.)* No encontraré otro amo como el que se me ha muerto, señor don José... Hombre de mejores entrañas no creo haya nacido. Era tan bueno, tan bueno, que no hacía más que disparates. Yo no sé qué pensar... Si los buenos son así...

IDO.—*(Con agudeza filosófica.)* Es que, según dice un libro que leí anoche, no debemos ser buenos, buenos, buenos, sino buenos a secas, con algo que tire a lo mediano, y cierto ten con ten de bondad y picardía.

ARISTO.—Yo creo que si mi amo no

hubiera sido tan..., tan... Poleró le llamaba el *goloso de las damas*, y Arias decía que había hecho voto de... lo contrario de castidad... Pero creo que si mi amo no hubiera tenido esta falta, habría sido santo... ¿No lo cree usted...?

IDO.—*(Con penetración, que es forzoso atribuir a que algún espíritu le sopla lo que dice, o a que se ha encarnado en él, por milagroso modo, la misma sabiduría.)* Todos, todos los humanos, si no fuéramos lo que somos, seríamos santos; es decir, que si no tuviéramos esta maldita carne mortal, por la cual somos hombres, seríamos ángeles... Estamos encarnados en nuestras flaquezas, y de ellas recibimos nuestro ser visible. Por esto se dice: «Somos fragilidad y podredumbre.» De ellas se derivan todos nuestros males, y ellas mismas son penitencia a la par que son pecados.

ARISTO.—Bien lo ha pagado él, ¡pobrecito! La suerte que se consolaba con sus dramas y con las cosas bonitas que estaba siempre sacando de su cabeza. Decía Sánchez de Guevara que mi amo era un *hombre en verso*, y yo creo lo mismo. Todo en él era verso, todo música. Mi amo sonaba, sí, sonaba como las panderetas.

IDO.—*(Grave, solemne, emulando a Confucio y a los profetas.)* Mal terrible es ser *hombre-poema* en esta edad prosaica. El mundo elimina y echa de sí a los que no le sirven. Nada es tan funesto como la vocación de ruiseñor en una familia de castores.

ARISTO.—Ya, ya pagó bien mi amo su falta. El verso no le valió de nada más que de consuelo y distracción. No tuvo un solo día de tranquilidad..., siempre pobre... Perdió la salud y la vida. ¡Maldita tisis! Yo me consumía la sangre viendo que todo el dinero que tenía se lo arrebataban. Entre las dos Tales le pelaron: la una se llevaba todo el dinero; la otra, toda la ropa...

IDO.—*(Enternecido.)* Sí, sí; triste cosa es que a un joven de tales prendas, hijo de padres ricos, hubiera que amortajarle con ropa de los amigos. Y no lo digo por vanagloriarme de la parte que tuve en esta obra de caridad, pues sólo di la corbata negra, que no vale un ochavo, y aún me quedó esta otra cinta oscura y algo deshilachada que me puse para venir dignamente al entierro.

ARISTO.—*(Afligidísimo.)* ¡Ay! Usted no sabe, don José, lo que pasó. Si se lo cuento, se horrorizará, porque ello es tan infame, que parece mentira. Pero es verdad, es verdad como Dios que nos está mirando.

IDO.—*(Desperezándose.)* Cuenta, hombre, cuenta esos horrores, que, francamente, naturalmente, este viaje es harto pesado y con el fuerte calor no sabe uno cómo ponerse, ni adónde echar piernas y brazos, ni de qué modo entretener el tiempo.

ARISTO.—Pues ya sabe usted que le pusimos el pantalón negro del señorito Cienfuegos, las botas de Alberique, que me dió doña Virginia y que le venían tan grandes; el chaleco de Arias y la levita de Cienfuegos. Esta prenda era la única decente; las demás no valían nada... Pues oiga usted: anoche me estuve toda la noche velándole, y nada pasó; pero esta mañana, cuando salí a llevar los recados a los amigos para que vinieran al entierro..., esa sirvergüenza, esa Cirila de mil demonios, más mala que la langosta y más ladrona que el robar; esa Iscariota, esa judía, esa loba con cara de mujer...

IDO.—*(Aterrado.)* ¿Qué hizo? Me parece que lo adivino. ¡Esa hembra sin entrañas, esa mujer sin hijos, esa madre del robo, ese monstruo rapaz, profanó el cuerpo de tu amo, desnudándole de alguna prenda valiosa!...

ARISTO.—*(Llorando con rabia.)* Le quitó la levita. Cuando entré y lo vi, me dió una cosa, señor don José, me corrió un fuego por todo el cuerpo... Volé a la cocina; allí estaba, fingiendo sentimiento... Me fuí derecho a ella, y le dije todo lo que había callado en tanto tiempo... Yo estaba como un león. No sentía más que no ser hombre para dejarla seca allí mismo. Me la hubiera comido a bocados... Ella agarró una escoba y las tenazas de la cocina. Si no me coge Resplandor por la cintura y me sujeta, hay allí la del Dos de Mayo. Todavía me dura el sofoco... Me la ha de pagar... No se la perdono, no se la perdono.

IDO.—*(Con apacible serenidad y con unción que no parece suya, sino de los espíritus de santos o filósofos que andan por dentro de su cuerpo.)* Modérate, ¡oh Felipe!, y templa tus excesivos arrebatos, impropios de estas fúnebres circunstancias. Elévate por cima de las

miserias humanas, y considera que esa indigna mujer tendrá el castigo en su propia conciencia. Dios se encargará de ella. Déjala tú... El hombre no es buen justiciero del hombre. Además, nunca menos que en esta ocasión ha necesitado tu bendito amo del abrigo y confortamiento de una levita. ¿No nos dice la Religión que el cuerpo es polvo y ceniza? El polvo, digo yo, ¿para qué necesita el auxilio de los sastres? Cierto que el acto..., llamémosle acto..., de esa mujer, es una horrible profanación: pero esto que acompañamos no es más que un despojo miserable que vamos a entregar con solemnidad convencional a la tierra. No le quitará Cirila a tu amo su glorioso vestido de inmortalidad, ni el espíritu excelso de Miquis padecerá de frío en las regiones invisibles, intangibles e inmensurables. Y sin traspasar con el pensamiento las fronteras que de tu amo nos separan, podrás hallar consuelo considerando que la rapacidad de una vil patrona no despojará a tu amo de la gloria mundana que envolverá su nombre, cuando sea conocido ese portento literario, ese drama de los dramas...

ARISTO.—*(Con hondísima pena.)* Esa es otra.... señor don José de mi alma... ¡Usted no sabe!...

IDO.—¿Qué?... No cuentas hoy más que desdichas... Apenas abres la boca, ya tiemblo.

ARISTO.—Pues tiemble usted todo lo que quiera..., pero sepa que el drama ya no existe. Esta mañana, cuando fuí a casa de Resplandor en busca de un poco de agua para lavarme, vi que doña Angela (¡mal demonio se la chupe!) tenía el acto primero, y le estaba arrancando las hojas para hacer papillotes con que sujetar los rizos de las niñas... Al ver esto me volé. Ella dijo: «Pues, tonto, ¿para qué sirve esto? Los chicos lo han traído. Yo no sabía lo que era...» Recogí algunas hojas. Después vi que Ruiz se llevaba otro acto. El tercero le sirvió a Cirila para encender la lumbre. Con el quinto hacían pajaritas los muchachos. El cuarto lo pude salvar y lo guardaré toda mi vida...

IDO.—*(Meditando.)* ¡Gran desastre es que obra tan supina haya caído en manos de gente indocta! Yo que tú procuraría restaurar toda la obra, recordando algunos paisajes y añadiendo de mi cosecha lo que se me hubiera ido de la memoria.

ARISTO.—*(Prontamente.)* Usted es bobo... por fuerza... ¡Qué cosas se le ocurren!

IDO.—Siento de veras la pérdida de ese precioso manuscrito... ¡Obra más hermosa!... Si se representara, daría mucho dinero... Y no me has dicho una cosa que deseaba saber. ¿Cómo se han arreglado para los gastos del entierro?

ARISTO.—Como saben que don Pedro Miquis ha de mandar lo necesario, echaron un guante entre todos para anticipar la cantidad. Poleró dió ocho duros; Arias, cinco; Cienfuegos devolvió la cantidad que mi amo le había dado, menos treinta y dos reales. Doña Virginia también dió algo, y Ruiz ni una mota, porque dice que tuvo que pagar una cuenta. Ese es de lo más farsante que hay. No sirve más que para dar órdenes, meterse en todo y hacer pamemas. Estaba durmiendo cuando el señorito expiró. Al entrar en el cuarto, no hacía más que lamentarse de que no se le hubiera avisado. Echó una voz muy hueca, y dijo: «Señores, el romanticismo ha muerto.» Y luego: «¿Qué hacemos, pero qué hacemos?...» Yo no sabía lo que me pasaba. No quería creer que don Alejandro estaba muerto, porque un momento antes me había dicho cosas... Se murió en mitad de un suspiro, con medio sollozo dentro y medio fuera. El alma se le salió sin darle ni una chispa de padecer... Se quedó tan sereno, que parecía que estaba durmiendo y soñando las cosas bonitas que él sabía soñar... Cienfuegos, que no tiene más falta que ser tramposo, lloraba como un chiquillo; le abrazaba y le besaba la mano... Yo también...

IDO.—Sosiégate..., no llores, repitiendo la escena luctuosa. Tu edad juvenil es propicia al olvido, y la energía reparatriz derramará pronto en tu ánimo su bálsamo consolador.

ARISTO.—*(Cortando la relación con suspiros.)* Poleró también lloraba, porque es buen chico, y Arias, pálido y muy triste, decía: «Yo no sirvo para esto.» Se quitaba y se ponía los lentes sin parar. Mirando a mi amo, echaba suspiros. Ruiz era el que no dejaba de hablar, y siempre a gritos. Salía al pasillo, diciendo a todo el que pasaba: «Ya expiró, ¡pobre amigo!» Y luego entraba otra vez, y, cruzándose de brazos, de-

cía: «Pero ¿qué hacemos? ¿Están ustedes lelos o qué...? Hay que determinar algo.» ¡Cansado hombre, qué ruido hacía para nada!... Después se quejó de que don Alejandro se hubiera muerto sin religión, y dale otra vez con aquello de «Yo me lavo las manos, yo no tuve la culpa...» Un rato larguísimo estuvieron tratando del parte que habían de poner a la familia..., si lo pondrían así o asado. Por fin, salió el parte, y yo fuí al telégrafo. Ruiz bajó por la mañana a la estación por si llegaba doña Piedad..., pues..., para prepararla, y enterarla poquito a poquito de la defunción del hijo. Pero doña Piedad no vino. Como al Toboso no va el telégrafo, creen que el parte puesto ayer al Quintanar no se habrá recibido hasta hoy... Después que se arregló lo del telégrafo empezaron a ocuparse de cómo le vestían. Yo buscaba ropa..., nada; revuelvo todo, y... nada. ¡Aquella ladrona, aquella Caifasa...! ¡Ay!, don José, yo tengo envenenada la sangre... Por fin, le vestimos, como usted sabe mejor que nadie, porque me ayudó en ello... Los señoritos, reunidos en la cocina, hicieron cuentas de lo que costaba el entierro, y luego echaron un guante..., y con el dinero que sobró compró Cienfuegos una corbata negra. Los coches los pagan ellos también a escote, para lo cual pidieron a todos los amigos, y éste una peseta, aquél dos, se juntó la cantidad. En el primer coche va Ruiz con un señor manchego que conoce a la familia. Don Federico preside, porque si le quitan el presidir y el ponerse delante de todos, creo que le da un soponcio... A mí no me querían llevar... Yo hubiera ido a pie...; pero el señorito Arias fué el primero que dijo: «Felipe no puede faltar.» Total, seis coches y catorce personas.

IDO.—*(Patéticamente.)* ¡Tales desengaños encierran los designios de los hombres! El que estaba designado a ser fanal de gloria, muere oscuro; el que parecía llamado a conmover y entusiasmar a las muchedumbres, es conducido a su última morada en pobre convoy, sin más compañía que la de unos cuantos amigos. *(Mostrándose tan inspirado que, sin duda, no es él, sino Salomón, el que habla.)* ¿De qué valen las glorias humanas? ¡Ay!, humo son y polvo de los caminos. Para combatir la aflicción, seamos buenos y echemos de nuestros corazones la vanidad. La memoria del justo será bendita; mas el nombre de los impíos se pudrirá... Ten confianza en Dios, Felipe, que si con tu amo ha sido justiciero, lo será también contigo, dándote alientos para seguir por el derrotero de la vida. Y no te aflijas porque estés algunos días sin colocación. En mi casa, hijo, ya sabes que no reina la abundancia; pero lo poco que hay será partido alegremente contigo, mientras no halles acomodo... No, no tienes que agradecernos nada. *(Con iluminismo.)* Bien dijo el otro: «Bienaventurado quien piensa en el pobre; en el día malo lo librará Jehová...» Y ahora que me acuerdo, voy a proponerte una colocación decorosa. Es más de lo que podías soñar.

ARISTO.—*(Con vivo interés.)* Dígamelo pronto.

IDO.—Pues un amigo tengo, persona respetabilísima..., no vayas a creer que es un cualquiera..., que se dedica a especulaciones mercantiles y al comercio ambulante de petróleo, quiero decir, que es de esos que van por las calles con un caballo cargado de cántaras de aquel inflamable líquido. A un chico, de tu edad, poco más o menos, que era su dependiente, le despidió hace pocos días por ciertas desazones, y ayer me dijo: «Señor de Ido, búsqueme usted un buen muchacho de estas y estas circunstancias para que me ayude en mi trajín.» Al pronto no me acordé de ti; pero ahora caigo en la cuenta de que te ha venido Dios a ver con esta proporción... Todo se reduce a conducir el caballo; el trabajo no es grande; paseas de lo lindo, y hasta es un gusto ir por esas calles tocando la corneta para que bajen las criadas. Parecerás el ángel del Juicio Final. ¿Te conviene? Di sí o no.

ARISTO.—Lo pensaré, señor de Ido, y la cosa está en saber lo que su amigo ha de darme por ese trajín de estar todo el santo día en la calle dando trompetazos.

IDO.—Creo que los emolumentos no serán flojos. Y, en todo caso, más vale siempre algo que nada. *(Repítese el fenómeno de que la sabiduría se le pasea por el cuerpo y sale a sus labios.)* El hombre, en toda ocasión, debe aprovechar lo que encuentra, y, sin perjuicio de sus aspiraciones a lo mejor, coger lo bueno y lo posible que a su lado vea.

Sí: cuando no tienes nada y te ofrecen medio, no te impida tomarlo la idea de poseer uno entero. Y, sobre todo, hijo, lo mejor es contentarse con poco, para esperar siempre más, pues si alimentaras aspiraciones desmedidas, al satisfacerlas, creerías tener menos de lo deseado. El que es humilde es rico, y bien dijo quien dijo: «¿Hallaste la miel? Come lo que te baste, no sea que te hartes de ella y la revieses.»

ARISTO.—*(Mirando con malicia a don José, pues no comprendiendo que Salomón es el que habla, sospecha que el pobre maestro está algo bebido.)* Don José, usted está hoy muy sabio.

IDO.—Cosas son éstas, amigo Felipe, que leí anoche y se me han quedado fijas en la memoria. Yo me animo con la lectura, y una frase feliz, un pensamiento agudo parece que me regeneran y dan nuevo ser a mi espíritu. No olvides aquello de «El cuidado congojoso en el corazón lo abate; mas la buena palabra lo alegra.» Yo, además, tengo motivos para no estar tan triste como otras veces. Sabrás, caro Felipe, que me han salido dos discípulos.

ARISTO.—¿De veras? Eso sí que es favor de Dios.

IDO.—Sí, dos discípulos. ¡Y qué buenos chicos! Estaban en casa de don Pedro, y como allí no aprendían jota, los han sacado sus padres, y desde mañana voy a la casa a darles lección privada... Hijo, son cinco duros al mes que me caen como el maná... Y ahora que nombro a don Pedro, diréte que ya ese hombre no es hombre: es una bestia. La familia está desorganizada; cada cual tira por su lado; la madre parece que ha caído poquito a poco en la mala costumbre de echar unas siestas muy largas después de comer... Ya en mis tiempos gustaba de lo añejo. Marcelina, entregada a la embriaguez del fanatismo, pasa todo el día en la iglesia, borracha de rezos, y don Pedro... ¡Oh! Ese merece capítulo aparte, y si tenemos un rato libre, te he de contar los horrores que sé, y hacerte ver los pasos del incierto camino por donde marcha nuestro maestro sin ventura... ¡Oh, aquí de tu amo! Con aquella imaginación suya, aquel arte, bien hubiera podido coger la pluma y endilgar un drama que sería el *non plus* por lo terrible y lo verdadero... Ya hablaremos de esto más despacio. Yo, no sintiéndome con fuerzas para tan alto asunto, puede que agarre la de ganso y enjarete una media resma para echar también mi cuarto a espadas en literatura, porque, francamente, naturalmente, los tiempos son malos; todos servimos para todo, quién más, quién menos, y como se trate de ganar un real, no hay cosa que me espante ni escrúpulos que me arredren. *(Con exaltación.)* José Ido del Sagrario es hombre para todo; José Ido del Sagrario tiene alientos de poeta, bríos de inventor y un correr de pluma que ya...

ARISTO.—*(Asustado y sospechando otra vez, viendo la animación y el brillo de los ojos de su amigo, que ha tenido alguna debilidad anacreóntica.)* Don José, ¿pero va usted a volverse literato?

IDO.—*(Con marrullería.)* No te diré que sí ni que no... Puede ser, puede no ser. Ello es que hace días se me ha clavado aquí una idea, y no puedo echarla de mí... *(Con cierto misterio.)* Ya sabes que hay ahora una literatura harto fácil de componer y más fácil de colocar: hablo de las novelas que se publican por entregas a cuartillo de real, y que gozan el favor de miles de miles de lectores. Editorcillo hay que da una onza por cada reparto al forjador de tales composiciones; otros dan diez duros, otros siete, según la correa de invención que saca de su cabeza cada autor. Pues bien: un amigo mío que trabaja en estas cosas, y que ha ganado mucho dinero, me aconsejó no ha mucho que me meta yo también a novelador... Francamente, naturalmente, al pronto me pareció absurdo; después lo he pensado, hijo... Es cosa facilísima idear, componer y emborronar una de esas máquinas de atropellados sucesos que no tienen término, y salen enredados unos en otros, como los hilos de una madeja... Yo he de probarlo, Felipe; yo he de hacer un ensayo en esta cosa bonita y cómoda del novelar. Ya tengo pensado un principio, que es lo que importa; y cuando menos lo piense, verás mi nombre por esas esquinas de Dios, y te echarán por debajo de la puerta un cuaderno con láminas muy majas y un poquito de texto para que caigas en la tentación de suscribirte.

ARISTO.—*(Con inocencia.)* Pues, hom-

bre de Dios, si quiere componer libros para entretener a la gente y hacerla reír y llorar, no tiene más que llamarme; yo le cuento todo lo que nos ha pasado a mi amo y a mí, y conforme yo se lo vaya contando, usted lo va poniendo en escritura.

IDO.—*(Con suficiencia.)* ¡Cómo se conoce que eres un chiquillo y no estás fuerte en letras! Las cosas comunes y que están pasando todos los días no tienen el gustoso saborete que es propio de las inventadas, extraídas de la imaginación. La pluma del poeta se ha de mojar en la ambrosía de la mentira hermosa, y no en el caldo de la horrible verdad.

ARISTO.—Pues ponga todo eso de don Pedro Polo, que, según dice, es tan bueno.

IDO.—No, hombre, no; yo no voy a escribir para que se duerman los lectores... Pienso desarrollar un estupendo plan moral: enaltecer la virtud y condenar el vicio... ¡Buena zurra les daré a los pícaros!... Pondré como ropa de Pascuas a los perdularios y jugadores, y a las mujeres levantadas de cascos que faltan a sus maridos, y a todas esas bribonazas que corrompen a la sociedad... Algo, naturalmente, francamente, he de tomar del mundo visible; y, por ejemplo, al pintar un empedernido avaro, me acordaré de Resplandor; si pongo hembras malas, tendré presente a Cirila y su hermana; al ocuparme de los hombres oprimidos del peso de su condición social, sacaré a relucir a nuestro don Pedro Polo, si bien cuidaré de presentarlos a todos en fantasía y de hacerles hablar un lenguaje escogido, sutil, y que no sea como el lenguaje que hablamos en el mundo. Ya he principiado a revolver mis libros, leyendo esta o la otra página, para que se me vayan pegando las frases bonitas y voces refinadas que debo usar. Tipos no han de faltarme: para el de la mujer virtuosa tengo a Nicanora, a quien veo como ángel de fidelidad, dulzura y belleza; y para modelo de muchachos leales, tú... Pero ya llegamos. El vehículo mortuorio se detiene ya en la puerta del descanso eterno; los convidados bajan, y vamos todos a cumplir este deber triste con los fríos despojos que nuestro desventurado amigo nos dejó al partir para la Gloria Eterna.

FIN DE
«EL DOCTOR CENTENO»

TORMENTO

(1884)

NOTA PRELIMINAR

En Tormento, *novela escrita en enero de 1884—quizá empezada en los últimos meses del año anterior—, se continúa y amplifica uno de los bocetos de novela apuntados en la anterior obra galdosiana,* El doctor Centeno. *El boceto más interesante para el lector y el más sugestivo para el autor; aquel en que se narra la pasión violenta de don Pedro Polo por Amparo, la hija de Sánchez Emperador, el conserje de la Escuela de Farmacia. El tema de la pasión sacrílega ha tentado a casi todos los grandes novelistas del siglo XIX. A Víctor Hugo, a Stendhal, a Zola, a Eça de Queiroz... Y entre los españoles, a* Clarín, *a Palacio Valdés, a Galdós...*

En pleno dominio del naturalismo, parece ser que la pasión sacrílega era como el ápice en el que se afilaba y se agotaba la tendencia. ¿Puede haber algo más fuerte y más áspero de relatar que el amor humano de quien hizo votos solemnes e irrevocables de no buscar sino el divino amor? Sin embargo de lo peliagudo del tema, los grandes novelistas del siglo XIX catalogados como realistas *no lo han abordado con una misma intensidad, no lo han desarrollado de la misma manera. Para Zola, para Eça de Queiroz, para* Clarín, *el sacerdocio es el punto de arranque de la emoción. En Galdós, el sacerdocio es... un incidente lamentable. Y es que Galdós no sigue a nadie. Y si es un escritor naturalista, lo es* a posteriori. *El no busca los problemas hondos y terriblemente humanos antes de crear los personajes que han de vivirlo. Galdós crea primero a sus criaturas. Y como las crea inmensamente humanas, pues... ¡claro está!, en cuanto ellas se lanzan al mundo a desarrollar y a desgastar sus energías, se encuentran enredadas, aprisionadas, revoltijeadas en la malla de los sucesos, de los actos y de las cosas reales. Unos buenos, otros medianos, bastantes malos, algunos pésimos... Galdós no es naturalista. Galdós* resulta *naturalista. Como* resultan *Cervantes y los autores de la picaresca española en una época en que* aún no se había inventado el naturalismo. *Como resultan el Arcipreste de Hita y Boccaccio, y Chaucer, y cuantos escribieron y escriben* creando seres de carne y hueso. *Porque el naturalismo no está en la invención, sino en la acción. Por ahí triunfan a docenas, en el género de la novela y del teatro, los autores que pasan por grandes naturalistas—los temas que tocan lo son con exceso—, sin que sus producciones tengan vida alguna, ya que los personajes que crearon para su desarrollo no pasan de ser figurones de cartón piedra. ¿Cabe nada menos natural que un problema natural que carezca de vida?*

A Galdós, en Tormento—*como en las restantes novelas—, le fué suficiente* crear—*re-creándose—los personajes, hacerlos de carne que chilla y de alma que sufre, para que sus propios personajes le trajeran a los puntos de la pluma los problemas diarios de la Vida desarrollados en cada vida, esto es, a través de cada sensibilidad y de cada temperamento. Problemas,* como es natural, *dul-*

cemente o duramente o brutalmente naturales. Salvo alguna rara excepción, los novelistas españoles han dado en el realismo porque sí, *en fuerza de andar entre las vidas...* Los que inventaron el naturalismo *no fueron sino unos masturbadores cerebrales, incapaces de engendrar normalmente, alegremente... Los críticos señalan a* Tormento *un grave reparo:* Tormento *¿tiene protagonista? En toda novela ha de haber un protagonista en torno del cual se mueven las figuras secundarias sin oscurecerle, sin mermarle su valor. En las novelas, como en los cuadros, el protagonista ha de ocupar el centro, le ha de dar bien la luz. Es imprescindible que el espíritu más romo, ante un cuadro, leyendo una novela, no titubee en señalar, en nombrar al protagonista. Héroe... Heroína... Parece que el interés general fluye de ellos. De su simpatía o antipatía depende la calificación del libro. Heroína... Héroe... Ellos, casi siempre, son los que dejan en el recuerdo huella imperecedera. Manón Lescaut, Margarita Gautier, la hermana San Sulpicio, Pepita Jiménez, Raskolnikov, Dorian Gray, el padre Amaro... De cuantos con ellos viven y se afanan, casi ninguno se salva de nuestro olvido absoluto, de nuestra vaga memoranza. Para los graves críticos, esto es lo ideal. Los graves críticos señalan en* Tormento, *unos, esta falta de protagonistas; otros, el que varios personajes disputen a la pretensa protagonista el interés, el centro de la composición, la luz. Así, en* Tormento *adquieren tanta fuerza humana o más que Amparo*—tormento, *patíbulo, inquisición suya la llama el mal sacerdote en sus cartas, y de ahí el título de la obra*—, *don Agustín Caballero, el indiano comprensivo y un poco quijote; don Pedro Polo, el temperamento fogoso, el pecador por* instinto; *Rosalía Pipaón de Bringas, el paradigma de la mujer* del quiero y no puedo, *tan repetido en la clase media.*

Pero cabe oponer: ¿es que el héroe o la heroína han de ser únicos? *¿No son perfectamente admisibles tres o cuatro héroes con parecida sugestión y con distintas características? ¿No puede ser el héroe* hasta un grupo? *En* Las tres Gracias, *de Rubens, ¿cuál de las tres cede a las restantes? Son las tres las que atraen* al mismo encanto. *Y no digamos los recuerdos similares de admiración que guardamos hacia los innumerables protagonistas de los poemas homéricos: Aquiles, Ulises, Helena, Ayax, Menelao... En* Tormento *existen—previven—cuatro protagonistas. Sin que ninguno de los cuatro se quite la luz ni se merme el valor individual. Y en* Tormento *se aborda, por vez primera en la novela española—y con toda su intención—, el problema, que denominaba certeramente* Clarín, de los interiores ahumados. *Interiores de almas. Interiores de hogares. Interiores de clases. Interiores de instituciones. Lo que está más dentro de la epidermis y del gesto y de la palabra. Lo que cada quisque da en enterrar o esconder bajo siete estados de tierra o bajo siete llaves de hermetismo. Cuanto, como el miserable—y el mísero—Caín, por mucho que se meta en sus entrañas más profundas, siempre se asusta de ver el ojo de Dios.* ¡Interiores ahumados! *Lo que remuerde. Lo que reconoce. ¡Con qué maestría Galdós enseña a los lectores de* Tormento *sus criaturas* vueltas del revés, *desnudas de todos los prejuicios sociales, delirando las propias miserias en un estado febril de cuarenta y dos grados! ¡Con qué infinita ternura piadosa nos hace comprender Galdós, a cuantos leemos* Tormento, *que él nada puede hacer porque Polo venza a su naturaleza, porque Amparo se decida a revolver su vida hacia una paz de amor suave, porque Rosalía Pipaón se resigne a su mediano pasar!... Sus criaturas son así. Cada una de ellas tiene, como auténtica criatura que es, el destino que se va buscando con su libertad. La* gracia *que le concede, a cada una, el novelista, no lo puede hacer todo. Son ellas, son ellas, las que deben vencer sus pasiones, y, si no, pecar, sufrir, aborrecer, desesperarse... Como pasa en* Tormento, *naturalmente.*

TORMENTO

I

Esquina de las Descalzas. Dos embozados, que entran en escena por opuesto lado, tropiezan uno con otro. Es de noche.

EMBOZADO 1.º—¡Bruto!

EMBOZADO 2.º—El bruto será él.

EMBOZADO 1.º—¿No ve usted el camino?

EMBOZADO 2.º—¿Y usted no tiene ojos? Por poco me tira al suelo.

EMBOZADO 1.º—Yo voy por mi camino.

EMBOZADO 2.º—Y yo por el mío.

EMBOZADO 1.º—¡Vaya enhoramala! *(Siguiendo hacia la derecha.)*

EMBOZADO 2.º—¡Qué tío!

EMBOZADO 1.º—¡Si te cojo, chiquillo... *(Deteniéndose, amenazador.)*, te enseñaré a hablar con las personas mayores. *(Observa atento al Embozado 2.º)* Pero yo conozco esa cara. ¡Con cien mil de a caballo!... ¿No eres tú...?

EMBOZADO 2.º—Pues a usted le conozco yo. Esa cara, si no es la del demonio, es la de don José Ido del Sagrario.

EMBOZADO 1.º—¡Felipe de mis entretelas! *(Dejando caer el embozo y abriendo los brazos.)* ¿Quién te había de conocer tan entapujado? Eres el mismísimo Aristóteles. ¡Dame otro abrazo..., otro!

EMBOZADO 2.º—¡Vaya un encuentro! Créame, don José: me alegro de verle más que si me hubiera encontrado un bolsón de dinero.

EMBOZADO 1.º—Pero ¿dónde te metes, hijo? ¿Qué es de tu vida?

EMBOZADO 2.º—Es largo de contar. Y usted, ¿qué hace?

EMBOZADO 1.º—¡Oh!... Déjame tomar respiro. ¿Tienes prisa?

EMBOZADO 2.º—No mucha.

EMBOZADO 1.º—Pues echemos un párrafo. La noche está fresca, y no es cosa de que hagamos tertulia en esta desamparada plazuela. Vámonos al café de Lepanto, que no está lejos. Te convido.

EMBOZADO 2.º—Convidaré yo.

EMBOZADO 1.º—Hola, hola... Parece que hay fondos.

EMBOZADO 2.º—Así, así... Y usted, ¿qué tal?

EMBOZADO 1.º—¿Yo? Francamente, naturalmente, si te digo que ahora estoy echando el mejor pelo que se me ha visto, puede que no lo creas.

EMBOZADO 2.º—Bien, señor de Ido. Yo había preguntado varias veces por usted, y como nadie me daba razón, decía: «¿Qué habrá sido de aquel bendito?» *(Entran en el café de Lepanto, triste, pobre y desmantelado establecimiento que ha desaparecido ya de la plazuela de Santo Domingo, sin dejar sombra ni huella de sus pasadas glorias. Instálanse en una mesa y piden café y copas.)*

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con solemnidad, poniendo sobre la mesa sus dos codos como objetos que habrían estorbado en otra parte.)* Tan deseosos estamos los dos de contar nuestras cuitas, y de dar rienda suelta al relato de nuestras andanzas y felicidades, que no sé si tomar yo la delantera o dejar que empieces tú.

ARISTO.—*(Quitándose la capa y poniéndola, muy bien doblada, en una banqueta próxima a la suya.)* Como usted quiera.

IDO DEL SAGRARIO.—Veo que tienes buena capa... Y corbata con alfiler, como la de un señorito... Y ropa muy decente... Chico, tú has heredado. ¿Con quién andas? ¿Te ha salido algún tío de Indias?

ARISTO.—Es que tengo ahora, para decirlo de una vez, el mejor amo del mundo. Debajo del sol no hay otro.

IDO DEL SAGRARIO.—¡Bien, bravo! Un aplauso para ese espejo de los amos. Pero ¿es tan desordenado como aquel don Alejandro Miquis?

ARISTO.—Todo lo contrario.

IDO DEL SAGRARIO.—¿Estudiante?

ARISTO.—*(Con orgullo.)* ¡Capitalista!

IDO DEL SAGRARIO.—Chico..., me dejas con la boca abierta. ¿Es muy rico?

ARISTO.—Lo que tiene... *(Expresando con voz y gesto de inmensidad.)* no se puede contar.

IDO DEL SAGRARIO.—¡Otra que tal! ¿No te dije que Dios se había de acordar de ti algún día?... Y dime ahora con franqueza: ¿cómo me encuentras?

ARISTO.—*(Sin disimular sus ganas de reír.)* Pues le encuentro a usted...

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con alborozo y soltando del inferior labio hilos de transparente baba.)* Dilo, hombrecito, dilo.

ARISTO.—Pues le encuentro a usted... gordo.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con inefable regocijo.)* Sí, sí: otros me lo han dicho también. Asegura Nicanora que aumento dos libras por mes... Es que la feliz mudanza de mi oficio, de mi carrera, de mi arte de vivir, ha de expresarse en estas míseras carnes. Ya no soy desbravador de chicos; ya no me ocupo en trocar las bestias en hombres, que es lo mismo que fabricar ingratos. ¿No te anuncié que pensaba cambiar aquel menguado trabajo por otro más honroso y lucrativo? Tomóme de escribiente un autor de novelas por entregas. El dictaba, yo escribía... Mi mano, un rayo... Hombre, contentísimo... Cada reparto, una onza. Cae mi autor enfermo, y me dice: «Ido, acabe ese capítulo.» Cojo mi pluma y, ¡ras!, lo acabo y enjareto otro y otro. Chico, yo mismo me asustaba. Mi principal dice: «Ido, colaborador...» Emprendimos tres novelas a la vez. El dictaba los comienzos; luego yo cogía la hebra, y allá te van capítulos y más capítulos. Todo es cosa de Felipe Segundo, ya sabes: hombres embozados, alguaciles, caballeros flamencos y unas damas, chico, más quebradizas que el vidrio y más combustibles que la yesca; El Escorial, el Alcázar de Madrid, judíos, moriscos, renegados, el tal Antoñito Pérez, que para enredos se pinta solo, y la muy tunanta de la princesa de Eboli, que con un ojo solo ve más que cuatro; el cardenal Granvela, la Inquisición, el príncipe don Carlos; mucha falda, mucho hábito frailuno, mucho de arrojar bolsones de dinero por cualquier servicio; subterráneos, monjas levantadas de cascos, líos y trapisondas, chiquillos naturales a cada instante, y mi don Felipe, lleno de ungüentos... En fin, chico, allá salen pliegos y más pliegos... Ganancias partidas: mitad él, mitad yo... Capa nueva, hijos bien comidos, Nicanora curada... *(Deteniéndose, sofocado.)* Yo, harto y contentísimo, trabajando más que el obispo y cobrando mucha pecunia.

ARISTO.—¡Precioso oficio!

IDO DEL SAGRARIO.—*(Tomando aliento.)* No creas: se necesita cabeza, porque es una *liornia* de mil demonios la que armamos. El editor dice: «Ido, imaginación volcánica: tres cabezas en una.» Y es verdad. Al acostarme, hijo, siento en mi cerebro ruidos como los de una olla puesta al fuego... Y por la calle, cuando salgo a distraerme, voy pensando en mis escenas y en mis personajes. Todas las iglesias se me antojan Escoriales, y los serenos, corchetes, y las capas, ferreruelos. Cuando me enfado, suelto de la boca los *pardieces* sin saber lo que digo, y en vez de un *carape,* se me escapa aquello de «¡Con cien mil de a caballo!» A lo mejor, a mi Nicanora la llamó doña Sol o doña Mencía. Me duermo tarde; despierto riéndome, y digo: «Ya, ya sé por dónde va a salir el que se hundió en la trampa.» *(Con exaltación, que pone en cuidado a Felipe.)* Porque has de saber, amiguito, que hay una mina muy larga, hecha por los moros, la cual pone en comunicación la casa del Platero (vivienda de Antonio Pérez) con el convento de religiosas carmelitas calzadas de la Santísima Pasión de Pinto.

ARISTO.—¡Vaya que es larga de veras!... *(Disimulando la risa.)* ¡Qué cosas! ¡En qué enredos se ha metido usted! Pero lo que importa es ganar dinero.

IDO DEL SAGRARIO.—¡Moneda! Toda la que quiero. Ahora me sale a ocho duros por reparto. Despabilo mi parte en dos días. Pronto trabajaré por mi cuenta, luego que despachemos la nueva tarea que se nos ha encargado ahora. El editor es hombre que conoce el paño, y nos dice: «Quiero una obra de mucho sentimiento, que haga llorar a la gente y que esté bien cargada de moralidad.» Oír esto yo y sentir que mi cerebro arde, es todo uno. Mi compañero me consulta... le contesto leyéndole el primer capítulo que compuse la noche antes en casa... ¡Hombre entusiasmado! Francamente, la cosa es buena. Figuro que, rebuscando en unas ruinas, me encuentro una arqueta. Abrola con cuidado, ¿y qué creerás que hallo? Un manuscrito. Leo. ¿Y qué es? Una historia ternísima, un libro de memorias, un diario. Porque..., o se tiene chispa o no se tiene... Puestos los dos en el telar, ya llevamos catorce repartos, y la cosa no acabará hasta que el editor nos diga: «¡Ras, a cortar!» *(Apurando la copa de coñac.)* Francamente, este licor da la vida.

ARISTO.—*(Mirando el reloj del café.)* El tiempo vuela, y aunque mi amo es

muy bueno, no quiero que me riña por entretenerme cuando llevo un recado.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Excitadísimo y sin atender a lo que habla Felipe.)* Como te decía, he puesto en tal obra dos niñas bonitas, pobres, se entiende, muy pobres, y que viven con más apuro que el último día de mes... Pero son más honradas que el Cordero Pascual. Ahí está la moralidad, ahí está, porque esas pollas huerfanitas que, solicitadas de tanto goloso, resisten, valientes, y son tan ariscas con todo el que les habla de pecar, sirven de ejemplo a las mozas del día. Mis heroínas tienen los dedos pelados de tanto coser, y mientras más les aprieta el hambre, más se encastillan ellas en su virtud. El cuartito en que viven es una tacita de plata. Allí flores vivas y de trapo, porque la una riega los tiestos de minutisa, y la otra se dedica a claveles artificiales. Por las mañanas, cuando abren la ventanita que da al tejado... Quisiera leértelo... Dice: «Era una hermosa mañana del mes de mayo. Parecía que la Naturaleza...» *(Con desvarío.)* En esto tocan a la puerta. Es un lacayo con una carta llena de billetes de Banco. Las dos niñas bonitas se ponen furiosas; le escriben al marqués en perfumado pliego..., y me le ponen que no hay por dónde cogerlo. Total: que ellas quieren más la palma que el dinero. ¡Ah!, me olvidaba de decirte que hay una duquesa más mala que la liendre, la cual quiere perder a las chicas por la envidia que tiene de lo guapas que son... También hay un banquero que no repara en nada. El cree que todo se arregla con puñados de billetes. ¡Patarata! Yo me inspiro en la realidad. ¿Dónde está la honradez? En el pobre, en el obrero, en el mendigo. ¿Dónde está la picardía? En el rico, en el noble, en el ministro, en el general, en el cortesano... Aquéllos trabajan, éstos gastan. Aquéllos pagan, éstos chupan. Nosotros lloramos, y ellos maman. Es preciso que el mundo... Pero ¿qué haces, Felipe: te duermes?

ARISTO.—*(Despabilándose y sacudiéndose.)* Perdone usted, señor don José querido. No es falta de respeto: es que con lo poco que bebí de ese maldito aguardiente, parece que la cabeza se me ha llenado de piedras.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con creciente desazón febril, que rompe el último dique puesto a su locuacidad.)* ¡Si esto da la vida..., si con este calorcillo que corre por mi cuerpo tengo yo numen para toda la noche, y ahora me voy a casa, y de un tirón despacho sesenta cuartillas...! *(Saltando de su asiento.)* Eres un verdadero Juan Lanas. Bebe más.

ARISTO.—*(Frotándose los ojos.)* Ni por pienso. Me caería en la calle. Vámonos, don José.

IDO DEL SAGRARIO.—Aguarda, hombre. No seas tan vivo de genio. ¿Qué prisa tienes?

ARISTO.—*(Metiéndose la mano en el bolsillo del pecho.)* Voy a llevar esta carta.

IDO DEL SAGRARIO.—¿A quién?

ARISTO.—A dos señoritas que viven solas.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Pasmado.)* ¡Felipe!... ¡A dos niñas guapas, solas, honradas! Sin duda, la carta va llena de dinero. Tu amo es banquero, un pillo que quiere deshonrarlas.

ARISTO.—Poco a poco... Usted ha bebido demasiado.

IDO DEL SAGRARIO.—¿Lo ves, lo ves? *(Echando los ojos fuera del casco.)* ¿Ves cómo por mucho que invente la fantasía, mucho más inventa la realidad?... Chicas huérfanas, apetitosas, tentación, carta, millones, virtud triunfante. *(Gesticulando enfáticamente con el derecho brazo.)* Fíjate en lo que te digo. ¿Qué apuestas a que te dan con la puerta en los hocicos? ¿Qué apuestas a que vas a ir rodando por la escalera? Capítulo: «De cómo el emisario del marqués le toma la medida a la escalera.»

ARISTO.—¡Si mi amo no es marqués!... Mi amo es don Agustín Caballero, a quien usted conocerá.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con penetración.)* Sea lo que quiera, la carta que llevas encierra un instrumento de inmoralidad, de corrupción. La carta contiene billetes.

ARISTO.—Sí; pero son de teatro para la función de mañana, domingo, por la tarde. Es que los primos de mi amo, los señores de Bringas, no pueden ir, porque tienen un niño malo.

IDO DEL SAGRARIO.—¡Bringas, Bringas...! *(Recordando.)* Amigo Aristóteles, déjame ver el sobre de la carta...

ARISTO.—Véalo.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Leyendo el sobrescrito, lanza formidable monosílabo de asombro y se lleva las manos a la cabe-*

za.) «Señoritas Amparo y Refugio.» Si son mis vecinas, si son las dos niñas huérfanas de Sánchez Emperador...

ARISTO.—¿Las conoce usted?

IDO DEL SAGRARIO.—¡Si vivimos en la misma casa: Beatas, cuatro; yo, tercero; ellas, cuarto! ¡Si en esa parejita me inspiro para lo que escribo!... ¿Ves, ves? La realidad nos persigue. Yo escribo maravillas; la realidad me las plagia.

ARISTO.—Son guapas y buenas chicas.

IDO DEL SAGRARIO.—Te diré... *(Meditabundo.)* Nada dan que decir a la vecindad; pero...

ARISTO.—Pero ¿qué...?

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con profundo misterio.)* La realidad, si bien imita alguna vez a los que sabemos más que ella, inventa también cosas que no nos atrevemos ni a soñar los que tenemos tres cabezas en una.

ARISTO.—Pues ponga usted en sus novelas esas cosas.

IDO DEL SAGRARIO.—No, porque no tienen poesía. *(Frunciendo el ceño.)* Tú no entiendes de arte. Cosas pasan estupendas que no pueden asomarse a las ventanas de un libro, porque la gente se escandalizaría... ¡Prosas horribles, hijo; prosas nefandas, que estarán siempre proscritas en esta honrada república de las letras! Vamos, que si yo te contara...

ARISTO.—Cuénteme usted esas prosas.

IDO DEL SAGRARIO.—¡Si tú supieras guardar un secretillo!...

ARISTO.—Sí que sé.

IDO DEL SAGRARIO.—¿De veras?

ARISTO.—Echelo, hombre.

IDO DEL SAGRARIO.—Pues... *(Después de mirar a todos lados, acerca sus labios al oído de Felipe, y le habla un ratito en voz baja.)*

ARISTO.—*(Oyendo, entristecido.)* Ya... ¡Qué cosas!

IDO DEL SAGRARIO.—Esto no se debe decir.

ARISTO.—No, no se debe decir.

IDO DEL SAGRARIO.—Ni se debe escribir. ¡Qué vil prosa!

ARISTO.—*(Reflexionando.)* A menos que usted, con sus tres cabezas en una, no la convierta en poesía.

IDO DEL SAGRARIO.—*(Con enérgica denegación.)* Tú no entiendes de arte. *(Intentando horadarse la frente con la punta del dedo índice.)* La poesía la saco yo de esta mina.

ARISTO.—Vámonos, don José.

IDO DEL SAGRARIO.—Vamos; y pues tú y yo llevamos el derrotero de mi casa..., hablaremos..., camino. Luego que desempeñes... comisión, entrarás en mi cuarto. Nicanora se alegrará mucho de verte. Apretón de manos..., tertulia, recuerdos, explicaciones... *(Con lenguaje cada vez más incoherente y torpe.)* Yo... hablarte Emperadoras...; tú..., de ese amo insigne..., preclaro..., opulentísimo...

II

Don Francisco de Bringas y Caballero, oficial segundo de la Real Comisaría de los Santos Lugares, era en 1867 un excelente sujeto que confesaba cincuenta años. Todavía goza de días, que el Señor le conserve. Pero ya no es aquel hombre ágil y fuerte, aquel temperamento sociable, aquel decir ameno, aquella voluntad obsequiosa, aquella cortesanía servicial. Los que le tratamos entonces, apenas le reconocemos hoy cuando en la calle se nos aparece, dando el brazo a un criado, arrastrando los pies, hecho una curva, con media cara dentro de una bufanda, casi sin vista, tembloroso, baboso, y tan torpe de palabra como de andadura. ¡Pobre señor! Dieciséis años ha se jactaba de poseer la mejor salud de su tiempo, desempeñaba su destino con puntualidad inverosímil en nuestras oficinas, y llevando sus asuntos domésticos con intachable régimen, cumplía como el primero sus obligaciones en la familia y en la sociedad. No sabía lo que era una deuda; tenía dos religiones, la de Dios y la del ahorro, y para que todo en tan bendito varón fuera perfecto, dedicaba muchos de sus ratos libres a diversos menesteres domésticos de indudable provecho, que demostraban así la claridad de su inteligencia como la destreza de sus manos.

Empleado fué desde sus verdes años; empleados fueron sus padres y abuelos, y aun se cree que sus tatarabuelos y los ascendientes de éstos sirvieron en la administración de ambos mundos. No tiene conexiones este señor con la conocida familia comercial de Madrid que llevaba el mismo nombre y lo dió también a unos muy afamados soportales. Los Bringas de este don Francisco, amigo nuestro queridísimo, procedían de la Man-

cha, y el segundo apellido venía de aquellos Caballeros gaditanos, familia opulenta del pasado siglo, la cual se arruinó después de la guerra. Había hecho el bueno de don Francisco su carrera con paso tardo, pero seguro, en dependencias a las cuales rara vez llegaban entonces la inconstancia y tumulto de la política. Asido a los mejores faldones que había en su época, no vió nunca Bringas la pálida faz de la cesantía, y era ciertamente el empleado más venturoso de españolas oficinas.

Asegurado estaba don Francisco en la nómina como la ostra que yace en profundísimo banco adonde no pueden llegar los pescadores: suerte peregrina en la burocracia de Madrid, que, perturbada constantemente por la política, la ambición, la envidia, la holganza y los vicios, es campo de infinitos dolores.

No era político Bringas, ni lo había sido nunca, aunque tenía sus ideas, como todo español, por cierto muy moderadas. No sentía ambición, y por no tener vicios, ni siquiera fumaba. Era tan trabajador, que sin esfuerzo y contentísimo desempeñaba su trabajo y el de su jefe, un solemne haragán. En su casa no perdía el tiempo, y sus habilidades mecánicas eran tantas, que no nos será fácil contarlas todas. Naturaleza puso en él útiles y variados talentos para componer toda suerte de objetos rotos. Cualquier desvencijada silla que cayera en sus manos quedaba como nueva, y sus dedos poseían secreta virtud para pegar una pieza de fina porcelana que se hubiera hecho pedazos. Atrevíase hasta con los relojes que no querían andar, y con los juguetes que en manos de los chicos perdieran la virtud de su mecanismo. Restauraba libros cuya encuadernación se deteriorase, y barnizaba un mueble a quien el tiempo y el uso hubieran gastado el lustre. Lo mismo remozaba un abanico de cabritilla o peineta de concha, que la más innoble pieza de la cocina. Hacía nacimientos de corcho para Navidad, y palillos de dientes para todo el año. En su casa no hacían falta carpinteros. Bringas sabía mejor que nadie clavar, unir, tapizar, descerrajar, y le obedecían el hierro y la madera, la chapa ebúrnea y el pedazo de suela, la cola y el engrudo, el tornillo y la punta de París. Tenía herramientas de todas clases, y provisiones y pertrechos mil; y, si se ofrecía manejar una aguja de las gruesas para empalmar piezas de la alfombra, tampoco se quedaba atrás. Forraba soberanamente un mueble con telas viejas de otro mueble inválido ya y deshuesado. Al mismo tiempo, era hombre que no se desdeñaba, en día de apuro y convidados, de ponerse en mangas de camisa y limpiar los cubiertos. Hacía el café en la cocina a estilo de gastrónomo, y si le apuraban comprometíase a poner un arroz a la valenciana que superase a las mejores obras de su digna esposa y de la cocinera de la casa.

Era nuestro buen señor excelente y aun excelentísimo padre de familia. Su mujer, doña Rosalía Pipaón, le había dado tres hijos. El primogénito, de quince años, era ya un bachillerazo muy engreído de su ciencia, y se le destinaba a estudiar Leyes, para seguir, de un modo glorioso, las huellas burocráticas de su señor padre. Completaban la familia una niña de diez años y un niño de nueve, herederos de las gracias maternas. Porque la señora de Bringas era una dama hermosa, mucho más joven que su marido, que en edad aventajábala como unos tres lustros. Su flaco era cierta manía nobiliaria, pues aunque los Pipaones no descendían de Iñigo Arista, el apellido materno de Rosalía, Calderón de la Barca, la autorizaba en cierto modo para construir, aunque sólo fuese con la fantasía, un frondosísimo árbol genealógico. Observaciones precisas nos dan a conocer que Rosalía no carecía de títulos para afiliarse, por la línea materna, en esa nobleza pobre y servil que ha brillado en los cargos palatinos de poca importancia. Al sacar a relucir su abolengo, no recordaba la señora de Bringas timbres gloriosos de la política o las armas, sino aquellos más bajos, ganados en el servicio inmediato y oscuro de la real persona. Su madre había sido azafata; su tío, alabardero; su abuelo, guardamangier; otros tíos segundos y terceros, caballerizos, pajes, correos, monteros, administradores de la cabaña de Aranjuez, etc.

Se explica que Rosalía añadiese a su segundo apellido la apostilla *de la Barca;* pero toda la ciencia heráldica del mundo no justifica que se llamase, con sonoridad rotunda, Rosalía Pipaón de la Barca. Esto lo pronunciaba dando a su bonita y pequeña nariz una hinchazón

enfática, rasgo físico que marcaba con infalible precisión lo mismo sus accesos de soberbia que las resoluciones de su bien templada voluntad.

Para esta señora había dos cosas divinas: el Cielo, o mansión de los elegidos, y lo que en el mundo conocemos con el lacónico sustantivo de *Palacio*. En Palacio estaba su historia, y también su ideal, pues aspiraba a que Bringas ocupase un alto puesto en la administración del Patrimonio y a tener casa en el piso segundo del regio alcázar. Cualquier frase, palabrilla o pensamiento contrarios a la superioridad omnímoda y permanente de la Casa Real entre todo lo creado por Dios y los hombres, ponía a la buena señora tan fuera de sí, que hasta su hermosura parecía como que se eclipsaba y oscurecía: tanto era el ahuecamiento de la nariz bonita, tal la descomposición que la ira daba a sus propios labios. Era Rosalía, para decirlo de una vez, una de esas hermosuras gordas, con su semblante animado y facciones menudas, labradas y graciosas, que prevalecen contra el tiempo y las penas de la vida. Su vigorosa salud, defendiéndola de los años, dábale una frescura que le envidiarían otras que, a los veinticinco y con un solo parto, parece que han sido madres de un regimiento. Se había oído comparar tantas veces con los tipos de Rubens, que por un fenómeno de costumbre y de asimilación, siempre que se nombraba al insigne flamenco, creía que mentaban a alguno de la familia... Entiéndase bien, de la familia de Pipaón de la Barca.

A principios de noviembre, obligado Bringas, por las crecientes necesidades de la familia, a un aumento de local, se mudó de la casa de la calle de Silva, en que había vivido durante dieciséis años, a otra en lo más angosto de la Costanilla de los Angeles. La mudanza de una casa en que había tan diversos objetos, algunos de mérito, dos o tres cuadros buenos, bronces, espejos, guardabrisas y cortinajes riquísimos, que eran despojos de la ornamentación de Palacio, no se hizo sin quebranto ni dificultades. Con mucha razón repetía Bringas la exacta frase de Franklin: «Tres mudanzas equivalen a un incendio.» Y se ponía nervioso y airado viendo tanta rotura, tanta rozadura y deterioros graves. La suerte era que allí estaba él para componerlo todo. Los carros estuvieron transportando objetos desde las seis de la mañana hasta muy avanzada la noche. Los zafios y torpísimos ganapanes que hacen este servicio trataban los muebles sin piedad, y todo era gritos, esfuerzos, brutalidades de palabra y de obra. Mientras se efectuaba la mudanza, Bringas desempeñaba por sí mismo funciones augustas, propias de un amo hacendoso. Ayudado de dos personas de su confianza, esteraba y alfombraba la casa. No se fiaba de los estereros asalariados, que todo lo echan a perder y no van más que a salir del paso, haciendo mangas y capirotes. Después de bien sentadas las alfombras—ocupación que tiene la poca gracia de presentarnos a este dignísimo personaje andando en cuatro pies—, se proponía colocar por sí mismo todos los muebles en su sitio, armar las camas de hierro, colgar lo que debía estar en las paredes, fijar lo útil, distribuir con arte y gracia lo decorativo. Tarea tan cansada y desesperante no se realiza nunca por completo en dos días ni en tres, pues aun después de que parece terminada, quedan restos insignificantes, que son tormento del aposentador en las jornadas sucesivas, y al fin de la fiesta siempre queda algo que no acaba de colocarse.

Es quizá gran contrariedad que la primera vez que nos encaramos con este interesante matrimonio sea en día tan tumultuoso como el de una mudanza, en medio del desorden de una casa sin instalar y en el seno sofocante de polvorosa nube. No es culpa nuestra que la persona respetabilísima de don Francisco Bringas resulte un tanto cómica al presentársenos dentro de un chaquetón viejo, con un gorro más viejo aún encasquetado hasta cubrir las orejas; la fisonomía, desfigurada por el polvo; los pies, en holgados pantuflos; a veces, andando a gatas por encima de las alfombras para medir, cortar, ajustar; a veces, subiéndose con agilidad a una silla, martillo en mano; ya corriendo por los pasillos en busca de un clavo, ya dando gritos para que le tuvieran la escalera.

Bringas usaba gafas de oro y se afeitaba totalmente. Una coincidencia feliz nos exime de hacer un retrato, pues bastan dos palabras para que todos los que esto lean se le figuren y puedan verle

vivo, palpable y luminoso cual si le tuvieran delante. Era la imagen exacta de Thiers, el grande historiador y político de Francia. ¡Qué semejanza tan peregrina! Era la misma cara redonda; la misma nariz corva; el pelo gris, espeso y con su copete piriforme; la misma frente ancha y simpática; la misma expresión irónica, que no se sabe si proviene de la boca o de los ojos o del copete; el mismísimo perfil de romano abolengo. Era también el propio talle, la estatura rechoncha y firme. No faltaba en Bringas más que el mirar profundo y todo lo que es de la peculiar fisonomía del espíritu; faltábale lo que distingue al hombre superior, que sabe hacer la historia y escribirla, del hombre común que ha nacido para componer una cerradura y clavar una alfombra.

III

Rosalía, por su parte, rivalizó aquel día en fecunda actividad con su sin par marido. Con un pañuelo liado a la cabeza, cubierto el cuerpo de ajadísima bata, trabajaba sin descanso ayudada de una amiga y de la criada de la casa. Implacables perseguían las tres el polvo, y mientras una la emprendía a escobazos con el suelo, la otra flagelaba los trastos con el zorro. La nube las envolvía y cegaba como el humo de la pólvora envuelve a los héroes de una batalla; mas ellas, con indomable bravura, despreciando al enemigo que se les introducía en los pulmones, se proponían no desmayar hasta expulsarlo de la casa. Funcionaba después lo que un aficionado a las frases podría llamar la artillería del aseo, el agua, y contra esto no tenía defensa el sofocador enemigo.

La moza convirtió en lago la cocina, y era de ver cómo la vadeaba Rosalía, recogidas las faldas, calzada con unas botas viejas de su marido. Maritornes, de rodillas, lavaba los baldosines, recogiendo con trapos el agua terrosa y espesa para exprimirla dentro de un cubo, mientras las otras dos fregoteaban los cacharros, con un ruido de cencerrada que era la música de aquel áspero combate. La señora metía todo el brazo dentro de la tinaja para acicalar bien su cavidad oscura, y la amiga sacaba lustre al latón y al cobre con segoviana tierra y estropajo. Ver cómo del fondo general de la suciedad iban saliendo en una y otra pieza el brillo y fineza del aseo, era el mayor gusto de las tres hembras. El éxito les encalabrinaba los nervios, y las hacía trabajar con más ahinco y fe más exaltada. El agua negra del cubo arrastraba todo a lo profundo. Así el polvo envuelve a la tierra después de haber usurpado en los aires el imperio de la luz; pero, ¡ay!, la tierra lo envía de nuevo, desafiando las energías poderosas que lo persiguen, y esta alternativa de infección y purificación es emblema del combate humano contra el mal y de los avances invasores de la materia sobre el hombre, eterna y elemental batalla en que el espíritu sucumbe sin morir o triunfa sin rematar a su enemigo.

Por inveterada costumbre de dar órdenes, Rosalía no cerraba el pico durante el trabajo, aunque el de las otras dos mujeres fuera tal que no necesitase ninguna suerte de estímulo. La diligente amiga oía su nombre cada medio minuto.

—Amparo, pero ¿qué haces? Te tengo dicho que no empieces una cosa antes de acabar otra. Más fuerza, hija, más fuerza. Parece que no tienes alma... Vamos, vivo... Yo quisiera que todas tuvieran este genio mío... Pero ¿qué haces, criatura? ¿No tienes ojos?

A la criada, mujer seca y musculosa, no la dejaba tampoco en paz ni un solo momento.

—Por Dios, Prudencia, mueve esos remos... ¡Qué posma!... Es una desesperación... ¡Que siempre he de estar yo rodeada de gente inútil!

En tanto, el gran Thiers, digo Bringas, allá en otra región de la descompuesta casa, no paraba ni callaba un solo instante.

—Felipe, el martillo... Pero, hombre, te quedas como un bobo mirando los retratos, y no atiendes a lo que te digo... Dame la tuerca... Mira, allí está. Todo lo pierdes, todo se te olvida... ¡Qué cabeza, hijo, te ha dado Dios! Se lo contaré todo a tu amo para que te tire de las orejas y te despabile... ¿Qué se te ha perdido en la cómoda para que mires tanto a ella? ¡Ah!, las figuritas de porcelana... Vamos, hijo, formalidad. Aguanta ahora la escalera... ¡Eh!, chiquillo, trae las tenazas, el destornillador..., pronto, menéate.

Un viejo, protegido de la casa, ayudaba también; pero a éste no se le permitía poner las manos en nada, como no fuera para levantar grandes pesos, porque era muy torpe, y en todas partes dejaba huella tristísima de su inhabilidad destructora.

Muy a menudo, uno de los consortes necesitaba del autorizado dictamen del otro para colocar cualquier objeto, y se oían a lo largo de aquel pasillo gritos y llamamientos como de quien pide socorro.

—Bringas, ven, ven acá. No podemos colocar esta percha.

O bien entraba Amparo sofocadísima en la sala, diciendo:

—Don Francisco, que a estos clavos se les han torcido las puntas.

—Hija, yo no puedo estar en todo. Esperad un poco.

A pesar de la superioridad del criterio decorativo de Bringas, éste no se fiaba de sí mismo, y quería consultar con su mujer peliagudos problemas.

—Rosalía..., ven acá, hija... A ver dónde te parece que coloque estos cuadros. Creo que el Cristo de la Caña debe de ir al centro.

—Poco a poco. Al centro va el retrato de su majestad...

—Es verdad. Vamos a ello.

—Se me figura que su majestad está muy caída. Levántala un poquito, un par de dedos.

—¿Así?

—Bien.

—¿En dónde pongo a O'Donnell?

—A ése le pondría yo en otra parte... por indecente.

—¡Mujer...!

—Ponlo donde quieras.

—Ahora colgaremos a Narváez... Por este lado irá el retrato de don Juan de Pipaón. ¡Felipe!... ¿En dónde está ese condenado chico?

Un momento después:

—Bringas, Bringas, acude acá.

—¿Qué hay?

—¡Que se nos viene encima la percha!

—Allá voy.

—Bringas, entre las tres no podemos con la piedra del lavabo.

—Que vaya el señor Canencia. Cuidado, cuidado... Canencia, eche usted allá una mano con mil demonios... ¡Cómo me rompan la piedra...!

En presencia de estas dificultades, Bringas decía como Napoleón cuando supo que se había perdido la batalla de Trafalgar: «Yo no puedo estar en todas partes.»

Felipe Centeno, servidor de un pariente de don Francisco, estaba allí aquel día como prestado para ayudar a los señores en su grande faena. Ni un momento de respiro le daban aquel señor tan activo y aquella dama que era la misma pólvora. Si hubiera tenido tres cuerpos, no le bastaban para atender a todo.

—Felipe, coge con mucho cuidado el florero y ponlo sobre el entredós. Ahora vamos a colocar los guardabrisas... Felipe, vete a la cocina y trae agua... ¡Eh, Juanenreda!, ven aquí: lleva la escalera a la alcoba, que vamos a emprenderla con la corona de la colgadura de la cama.

¡Qué fatigas! Pero al mismo tiempo, ¡qué triunfos...! Llegada la noche, satisfechos y envanecidos los dos esposos de su obra, se sentaban estropeadísimos, y la contemplaban lisonjeándose mutuamente con encomiásticas apreciaciones.

—La sala ha quedado muy bien. ¡Lástima que no cupiera el árbol genealógico de los Pipaones y el Santo Tomás Apóstol, copia de Mengs!... ¿No estará un poco alta la lámpara...? Para mañana quedarán algunos perfiles. La verdad es, hija, que tenemos una casa magnífica. ¡Vaya un golpe de gabinete! Mirado desde aquí, con toda la puerta abierta, tiene algo de regio. ¿No te parece que estás viendo la sala Gasparini? Será ilusión; pero se podría jurar que tu abuelo está más guapo y que luce más aquí con su uniforme de alabardero, haciendo juego con el manto rojo del Cristo de la Caña. La alfombra no deja nada que desear. Yo empalmé tan bien el pedazo que te dieron hace dos años en Palacio con el que lograste hace un mes, y casé con tanto cuidado las piezas, que no se conoce la diferencia de dibujo... Ya te podían haber dado la pareja completa de los candelabros de bronce..., pero en aquella casa todo se hace con el mayor desorden... Las velas de colores dentro de los guardabrisas hacen un efecto mágico. Si se encendieran, parecería cosa de *Las mil y una noches.*

La comida se trajo aquel día de la fonda más cercana, y los niños, que ha-

bían pasado todo el día en la casa de Caballero, vinieron por la noche. Enredaban tanto con la novedad de la casa y de su cuarto, que Rosalía tuvo que administrarles algunos azotes para que entraran en razon, y de esta suerte no concluyó sin lágrimas un día de tantas satisfacciones.

En los sucesivos, el gozo, el orgullo, la hinchazón de los Bringas por las ventajas de su nuevo domicilio, se manifestaban en el acto de enseñarlo y ofrecerlo a los amigos que los visitaban. Don Francisco y su señora acompañaban las visitas por toda la casa, mostrando pieza por pieza, sin omitir ninguna, y encareciendo la holgura, la capacidad y adecuada aplicacion de cada una.

—Es la mejor casa de Madrid—decía, con la nariz ahuecada, Rosalía, guiando por aquellos laberintos a la señora de García Grande, su amiga cariñosa—. Yo digo que si la hubiéramos fabricado nosotras, no habríamos repartido mejor todas las piezas.

Uno y otro consorte se quitaban alternativamente la palabra de la boca para encomiar su casa, que era única y sin segunda al decir de ambas; pues en este matrimonio, y particularmente en ella, habíase arraigado la creencia de que los bienes propios eran siempre muy superiores a los que disfrutaban los demás tristes mortales.

—Vea usted la alcoba, Cándida... ¡Qué hermosa pieza y qué abrigadita! No entra aquí el aire por ninguna parte.

—Note usted... Rara vez se ve un estucado más bien puesto.

—En este otro cuartito es donde yo me lavo. ¿Ve usted qué mono? Es pequeñín, pero sobra espacio.

—Ya lo creo que sobra. Note usted estos pasillos. Si esto parece la plaza de toros... Lo menos tienen vara y media de ancho.

—Aquí podrían correr caballos. En este cuarto es donde tengo mi costura, y aquí estaremos todo el día Amparo y yo. Sigue la habitación de Paquito, con luces al patio. Ahí tiene sus libros tan bien puestecitos, su mesa para escribir los apuntes de la clase, su cama y su percha...

—Note usted, Cándida, qué hermosas luces. Aquí, en verano, se ve leer hasta las cuatro de la tarde.

—Ahora, vea usted qué comedor, qué desahogo. Cabe perfectamente la mesa de ocho personas. En la otra casa estabamos tan estrechos, que el aparador parecía venírsenos encima, y cuando la criada pasaba con los platos, Bringas tenía que levantarse.

—Note usted, Cándida, este papel imitando roble... Cada día inventan esos extranjeros cosas más bonitas...

—En este otro cuartito, que da también al patio, es donde Bringas tiene todo su instrumental... Esto es un taller en regla. Ha de ver usted también la cocina. Es quizá...

—Y sin quizá la más hermosa que hay en Madrid... Ahora, el cuarto de la muchacha... Oscurito, sí; pero ella, ¿para qué quiere luces?

Volviendo a la sala, después de esta excursión apologética y triunfal, la Pipaón de la Barca, nunca saciada de alabar su vivienda y de felicitarse por ella, no daba paz a la lengua.

—Porque a mí, querida Cándida, que no me saquen de estos barrios. Todo lo que no sea este trocito no me parece Madrid. Nací en la plazuela de Navalón, y hemos vivido muchos años en la calle de Silva. Cuando paso dos días sin ver la plaza de Oriente, Santo Domingo el Real, la Encarnación y el Senado, me parece que no he vivido. Creo que no me aprovecha la misa cuando no la oigo en Santa Catalina de los Donados, en la capilla Real o en la Buena Dicha. Es verdad que esta parte de la Costanilla de los Angeles es algo estrecha; pero a mí me gusta así. Parece que estamos más acompañados viendo al vecino de enfrente tan cerca, que se le puede dar la mano. Yo quiero vecindad por todos lados. Me gusta sentir de noche al inquilino que sube; me agrada sentir aliento de personas arriba y abajo. La soledad me causa espanto, y cuando oigo hablar de las familias que se han ido a vivir a ese barrio, a esa Sacramental que está haciendo Salamanca más allá de la plaza de toros, me da escalofrío. ¡Jesús, qué miedo! Luego, este sitio es un coche parado. ¡Qué animación! A todas horas pasa gente. Toda, todita la noche está usted oyendo hablar a los que pasan, y hasta se entiende lo que dicen. Créalo usted, esto acompaña. Como nuestro cuarto es principal, parece que estamos en la calle. Luego, todo tan a la mano... Debajo, la

carnicería; al lado, ultramarinos; a dos pasos, puesto de pescado; en la plazuela, botica, confitería, molino de chocolate, casa de vacas, tienda de sedas, droguería; en fin, con decir que todo... No podemos quejarnos. Estamos en sitio tan céntrico, que apenas tenemos que andar para ir a tal o cual parte. Vivimos cerca de Palacio, cerca del Ministerio de Estado, cerca de la oficina de Bringas, cerca de la capilla Real, cerca de Caballerizas, cerca de la Armería, cerca de la plaza de Oriente..., cerca de usted, de las de Pez, de mi primo Agustín...

En el momento de nombrar a esta persona sonó la campanilla de la puerta: alguien entró en la casa.

—Es él—dijo Bringas—; pero se ha ido adentro, pasito a paso para que no se le sienta.

—Ha comprendido que hay visita—indicó Rosalía, riendo—, y ni a tres tiros le harán entrar en la sala. Es tan raro...

IV

Difícil es fijar el escalón social que en la casa de Bringas ocupaba Amparo, la Amparo, Amparito, la señorita Amparo, pues de estas cuatro maneras era nombrada. Hallábase en el punto en que se confunden las relaciones de amistad con las de servidumbre, y no podía decir si la subyugaba una dulce amiga o si la protegía un ama despótica. Las obligaciones de esta joven en la casa eran tantas, y la retribución de afecto tan tasada y regateada, que desde luego se puede asegurar que entraba allí en calidad de pariente pobre y modesto. Este es el parentesco más lejano que se conoce, y conviene declarar que el de sangre, entre las familias de Sánchez Emperador y Pipaón, era de aquellos que no coge el galgo más corredor. La madre de Amparo era Calderón, como la madre de Rosalía, pero de ramas muy apartadas, cuyo entronque se hubiera encontrado—si algún desocupado lo buscara—en un montero de Palacio que pasó al servicio de la Villabriga y del infante don Luis.

Poco trato tenía Bringas con Sánchez Emperador; pero aquél había recibido antaño del padre de Rosalía inestimable servicio, y fué constante en el agradecimiento. Poco antes de morir llamó a don Francisco el desgraciado conserje de la Escuela de Farmacia, y le dijo: «Todos mis ahorros los he gastado en mi enfermedad. No dejo a mis pobres hijas más que los treinta días del mes. Si usted me promete hacer por ellas todo lo que pueda, me moriré tranquilo.» Bringas, que era hombre de buen corazón, prometió ampararlas según la medida de su modesto pasar, y supo cumplir su promesa.

Luego que a su padre dieron tierra, instaláronse las dos huérfanas en la casa más reducida y más barata que encontraron, e hicieron ese voto de heroísmo que se llama *vivir de su trabajo*. El de la mujer sola, soltera y honrada, era y es una como patente de ayuno perpetuo; pero aquellas bien criadas chicas tenían fe, y los primeros desengaños no las desalentaron. Muy a mal lo hubieran pasado sin la protección manifiesta de Bringas, y la más o menos encubierta de otros amigos y deudos de Sánchez Emperador.

La posición social de Rosalía Pipaón de la Barca de Bringas no era, a pesar de su contacto con Palacio y con familias de viso, la más a propósito para fomentar en ella pretensiones aristocráticas de alto vuelo; pero tenía un orgullete cursi, que le inspiraba a menudo, con ahuecamiento de nariz, evocaciones declamatorias de los méritos y calidad de sus antepasados. Gustaba, asimismo, de nombrar títulos, de describir uniformes palaciegos y de encarecer sus buenas relaciones. En una sociedad como aquélla, o como ésta, pues la variación en dieciséis años no ha sido muy grande; en esta sociedad, digo, no vigorizada por el trabajo, y en la cual tienen más valor que en otra parte los parentescos, las recomendaciones, los compadrazgos y amistades, la iniciativa individual es sustituída por la fe en las relaciones. Los bien relacionados lo esperan todo del pariente, a quien adulan o del cacique a quien sirven, y rara vez esperan de sí mismos el bien que desean. En esto de vivir *bien relacionada*, la señora de Bringas no cedía a ningún nacido ni por nacer, y desde tan sólida base se remontaba a la excelsitud de su orgullete español, el cual vicio tiene por fundamento la inveterada pereza del espíritu, la ociosidad de muchas gene-

raciones y la falta de educación intelectual y moral. Y si aquella sociedad anterior al 68 difería bastante de la nuestra, consistía la diferencia en que era más puntillosa y más linfática, en que era aún más vana y perezosa, y en que estaba más desmedrada por los cambios políticos y por la empleomanía; era una sociedad que se conmovía toda por media docena de destinos mal retribuídos, y que dejaba entrever cierto desprecio estúpido hacia el que no figuraba en las altas nóminas del Estado o en las de Palacio, siquiera fuesen de las más bajas.

Por eso Rosalía no podía perdonar a las hijas de Emperador que fuesen ramas de arbusto tan humilde como el conserje de un establecimiento de enseñanza: ¡un portero! Además, Sánchez Emperador había sido colocado en la Farmacia por don Martín de los Heros, y su filiación progresista bastaba para que Rosalía abriera mentalmente un abismo entre las libreas del Estado y las de Palacio.

Cuando Amparo y Refugio se sentaban a la mesa de Rosalía, lo que acontecía tres o cuatro veces al mes, no perdía ésta ocasión de mostrarles de un modo significativo la superioridad suya. Mas no sabía hacerlo con la delicadeza y el fino tacto de las personas marcadas de ese sello de nobleza que está juntamente en la sangre y en la educación; no sabía hacerlo de modo que al inferior no le doliese la herida de su inferioridad: hacíalo con formas afectadas, que ocultaban mal la grosería de su intención. Al propio tiempo, solía tener Rosalía con ellas rasgos de impensada crueldad, que brotaban de su corazón como la mala hierba de un campo sin cultivo. Este detalle pinta a la señora de Bringas y da completa idea de su limitada inteligencia, así como de su perversa educación moral, vicio histórico y castizo, pues no lo anula, ni aun lo disimula, el barniz de urbanidad con que resplandecen, a la luz de las relaciones superficiales, muchas personas de levita y mantilla. Además, la lucha por la existencia es aquí más ruda que en otras partes; reviste caracteres de ferocidad en el reparto de las mercedes políticas, y en la esfera común tiene por expresión la envidia en variadas formas y en peregrinas manifestaciones. Se da el caso extraño de que el superior tenga envidia del inferior, y ocurre que los que comen a dos carrillos defienden con ira y anhelo una triste migaja. Todo esto, que es general, puede servir de base para un conocimiento exacto de las humillaciones que aquella señora impuso a sus protegidas y de la sequedad con que les hacía sentir el peso de su mano al darles la limosna.

Bringas no era así. Cuando Amparo llegaba muerta de cansancio a la casa, y la de Pipaón con desabrido tono le decía: «Amparo, vete ahora mismo a la calle de la Concepción Jerónima y tráeme los delantalitos de niño que dejé apartados»; cuando, después de hacerle recorrer distancias enormes, la mandaba a la cocina, y luego por cualquier motivo trivial la reprendía con aspereza, el bueno de don Francisco sacaba la cara en defensa de la huérfana, pidiendo a su mujer tolerancia y benignidad.

—Déjala que trabaje—contestaba Rosalía—. ¡Si al fin ha de vivir de sus obras! ¿Crees tú que le va a caer alguna herencia? Acostúmbrala a los mimos, y verás de qué se mantiene cuando nosotros, por cualquier motivo, le faltemos. Están muy consentidas esas muchachas... Es preciso, Bringas, que cada cual viva según sus circunstancias.

Refugio, la más pequeña de las dos, se cansó pronto de la protección de su vanidosa pariente. Era su carácter algo bravío y amaba la independencia. El tono, el aire de su protectora, así como los trabajos que imponía, la irritaban tanto, que renunció al arrimo de la casa y despidióse un día para no volver más. Amparo, humildísima y de carácter débil, continuó amarrada al yugo de aquella gravosa protección. Tuvo, además, bastante buen sentido para comprender que la libertad era más triste y más peligrosa que la esclavitud en aquel singular caso.

Cuando se retiraba por las noches a su domicilio, después de hacer recados penosos, algunos muy impropios de una señorita; después de coser hasta marearse, y de dar mil vueltas ocupada en todo lo que la señora ordenaba, ésta le solía dar nueces picadas, o bien pasas que estaban a punto de fermentar, carne fiambre, pedazos de salchichón y mazapán, dos o tres peras y algún postre de cocina que se había echado a

perder. En ropa de uso, rarísimas eran las liberalidades de Rosalía, porque ella la apuraba tanto, que al dejarla no servía para maldita cosa. Pero no faltaba algún jirón sobrante, pedazo de faya deshilachada o de paño sucio, los recortes de un vestido, retazos de cinta, botones viejos. Bringas, por su parte, no regateaba a su protegida las mercedes de su habilidad generosa, y estaba siempre dispuesto a componerle el paraguas, a poner clavo nuevo al abanico, o nuevas bisagras al cajoncito de la costura. Fuera de esto (conviene decirlo en letras de molde para que lo sepa el público), Amparo recibía semanalmente de su protector una cantidad en metálico que variaba según las fluctuaciones del tesoro de aquel hombre ahorrativo y económico en altísimo grado. Bringas tenía en el cajón de la derecha de su mesa (que era de las que llaman de ministro) varios apartadijos de monedas. De allí salía lo necesario para los diferentes gastos de la casa, con una puntualidad y un método que quisiéramos fuese imitado por el Tesoro público. Allí lo superfluo no existía mientras no estuvieran cubiertas todas las atenciones. En esto era Bringas inexorable, y gracias a tan saludable rigor, en aquella casa no se debía un maravedí ni al *Sursum Corda* (expresión del propio Thiers).

Los restos de lo necesario pasaban semanalmente a la partida y al cestillo de lo superfluo, y aún había otro hueco adonde afluía lo sobrante de lo superfluo, que era ya, como se ve, una quinta esencia del numerario y la última palabra del orden doméstico. De esta tercera categoría rentística procedían los alambicados emolumentos de Amparo, que generalmente eran pesetas ya muy gastadas y los cuartos más borrosos. Todo lo apuntaba don Francisco en su libro, hecho por él mismo con papel de la oficina y muy bien cosido con hilo rojo. El bendito hombre tenía la meritoria debilidad de engañar a su mujer cuando le pedía cuentas de aquellos despilfarros semanales, y si había dado catorce, decía en tono tranquilizador, guardando el libro:

—Sosiégate, mujer. No le he dado más que nueve reales... Ni sé yo cómo se arreglará la pobre para pagar la casa este mes, porque la gandulona de su hermana no le ayudará nada... Pero no podemos hacer más por ella. Y milagro parece que vayamos saliendo adelante con tantas atenciones. Este mes, el calzado de los niños nos desequilibra un poco. Espero que Agustín se acuerde de lo que prometió respecto al pago del colegio y del piano de Isabelita. Si lo hace, vamos bien. Si no, renunciaré a gabán nuevo para este invierno. Y lo mismo digo de tu sombrero, hijita... Ya ves: el tonto de mi primo podría regalarte uno de alto precio; pero él no se hace cargo de las verdaderas necesidades, y no conviene darle a entender que confiamos en su generosidad. Mucho tacto con él, que estos caracteres huraños suelen ser en extremo perspicaces y desconfiados.

V

Como no tuviera quehaceres de consideración, o algún trabajo extraordinario bien retribuído, lo que sucedía muy contadas veces, Amparo acudía puntualmente todos los días al principal de la Costanilla de los Angeles. Allí la vemos siempre la misma, de humor y genio inalterables; grave, sin tocar en el desabrimiento, callada, sufrida, imagen viva de la paciencia, si ésta, como parece, es una imagen hermosa; trabajadora, dispuesta a todo, económica de palabras hasta la avaricia, ligeramente risueña si Rosalía estaba alegre, sumergida en profundísima tristeza si la señora manifestaba pesadumbre o enojo.

Oigamos la cantilena de todos los días:

—Amparo, ¿has traído la seda verde? ¿No? Pues deja la costura y ponte el manto: ahora mismo vas por ella. Pásate por la droguería y trae unas hojas de sanguinaria. ¡Ah!, se me olvidaba: tráeme dos tapaderas de a cuarto... ¿Ya estás de regreso? Bien: dame la vuelta de la peseta. Ahora vete a la cocina, a ver qué hace Prudencia. Si está muy afanada, ayúdala a lavar la ropa. Después vienes a concluirme este cuello.

Y con espíritu de protección, se remontaba otras veces a las alturas del patriarcalismo, como un globo henchido de gas se eleva al empíreo, y decía en tono muy cordial:

—Amparo, a la sombra nuestra puedes encontrar, si te portas bien, una regu-

lar posición, porque tenemos buenas relaciones y... ¡Ah!... ¿No sabes lo que me ocurre en este momento? Una idea felicísima. Pues sencillamente que debías meterte monja. Con tu carácter y tus pocas ganas de novios, tú no has de casarte, y, sobre todo, no te has de casar bien. Conque piénsalo; mira que te conviene. Yo haré por conseguirte el dote. Creo que si se le habla a su majestad, ella te lo dará. Es tan caritativa, que si estuviera en su mano, todo el dinero de la nación (que no es mucho, no creas) lo emplearía en limosnas.

Y otro día es fama que dijo:

—Oye, tú... Se me ha ocurrido otra idea feliz... Hoy estoy de vena. Si te decides por el monjío, me parece que no necesitamos molestar a *la Señora,* que hartas pretensiones y memoriales de necesitados recibe cada día, y la pobrecita se aflige por no poder atender a todos. ¿Sabes quién puede darte el dote? ¿No se te ocurre? ¿No caes?... El primo Agustín, que está siempre discurriendo en qué emplear los dinerales que ha traído de América. Yo se lo he de decir con maña, a ver qué tal lo toma. Es la flor y nata de los hombres buenos; pero como tiene esas rarezas, hay que saberle tratar. Siendo tan dadivoso, no se le puede pedir nada a derechas. Es desconfiado como todos los huraños, y a lo mejor te sale con unas candideces que parece una criatura. Hay que ser, como yo, buena templadora de gaitas para sacar partido de él... Ya ves, ayer me regaló un magnífico sombrero... Todo porque me vió afanadísima arreglando el viejo, y me oyó renegar de mis pocos recursos... Como tú ayudes, tendrás la dote... Me parece que es él quien llama. Hoy quedó en traerme billetes para el Príncipe... Y esa calamidad de Prudencia no oye... ¡Prudencia...! Tendrás que salir tú... No, ya abre esa acémila... Es él... ¿No lo dije? Buenos días, Agustín. Pasa, da la vuelta por allí. Pégale un puntapié a la cesta de la ropa. Ahora una bofetada a la puerta. Aproxima el baúl vacío. Aparta ese mantón que está sobre la silla... No te quites el sombrero, que aquí no hace calor.

Esto pasaba en el cuartito de la costura, el cual era, además, guardarropa de Rosalía y estaba lleno de armarios y perchas, con cortinas de percal que defendían del polvo las faldas y vestidos. Baúles enormes ocupaban el resto, dejando tan poco sitio para las personas, que éstas, al entrar y al salir, tenían que buscarse un itinerario y muchas veces no lo encontraban.

—¿Y qué es de tu vida?—le preguntó Rosalía—. ¿Has dado ya tu paseo a caballo?... Mira, ponte bien la corbata, que al paso que lleva, el lazo llegará pronto al cogote... ¡Ay, qué desgarbado eres! Si te dejases gobernar, qué pronto serías otro. Tú mismo no te habías de conocer.

—Ya estoy viejo para reformas—replicó Caballero, sonriendo—. Déjame como soy. ¿Está bien así la corbata? Vaya unos melindres. Pásmate de lo que te digo: he vivido quince años sin ver un espejo, o lo que es lo mismo, sin verme la fisonomía y sin saber cómo soy.

—¡Jesús!, qué hombre... Y un día por fin te miraste y dijiste, como el de Caspe: «Otra que Dios, yo conozco esa cara...» ¿Oyes, Amparo?

Las dos se reían. Agustín Caballero no era ya mozo; pero, sin duda, el cansancio y los afanes de una penosa vida tenían más parte que los años en la decadencia física que expresaba su rostro. En su barba negra brillaban hilos de plata, distribuídos desigualmente, pues debajo de las sienes dominaban las canas casi por entero, mientras el bigote y todo lo que caía bajo el labio inferior era negro. El pelo, cortado a punta de tijera, ofrecía también caprichoso reparto de aquellos infalibles signos del cansancio vital: en los temporales, escarcha; en los demás, intensa negrura ligeramente salpicada de rayitas argénteas. El color de su rostro era malísimo: color de América, tinte de fiebre y fatiga en las ardientes humedades del golfo mejicano, la insignia o marca del apostolado colonizador que, con la vida y la salud de tantos nobles obreros, labra las potentes civilizaciones del mundo hispanoamericano.

Siempre vi en Caballero una vigorosa constitución física, medio vencida en ásperas luchas con la Naturaleza y los hombres; una fuerte salud gastada en mil pruebas; una hermosura tostada al sol.

Aquella cabeza y aquel cuerpo, bien cuidados por peluqueros y sastres, ha-

brían sido algo más que medianamente hermosos. Pero el retraimiento social y un trabajo de Hércules quitaron para siempre a una y otro toda fineza y elegancia, y hasta la posibilidad de adquirirlas. Por esto, Caballero, con muy buen sentido, había comprendido que era peor afectar lo que no tenía que afrontar tal cual eran las vulgares apreciaciones de la afeminada sociedad en que vivía. En verdad, aquel hombre, que había prestado a la civilización de América servicios positivos, si no brillantes, era tosco y desmañado, y parecía muy fuera de lugar en una capital burocrática donde hay personas que han hecho brillantes carreras por saber hacerse el lazo de la corbata. No es ésta la primera vez que, trasplantando aquí el yanqui rudo, ha tenido que huir aburridísimo y sin ganas de volver más. Caballero permaneció algo más tiempo que otros, y desafiaba lo que podríamos llamar su impopularidad. Había hecho sonreír con trivial malicia a muchas personas; era torpe para saludar, e incapaz de sostener una conversación sobre motivos ligeros y agradables. En medio de las expansiones de alegría, se mantenía seriote y taciturno. Si no ignoraba las fórmulas elementales del vivir social, era lego en otras muchas de segundo orden, que son producto del refinamiento de costumbres y de las continuas innovaciones suntuarias.

Su despreocupación no era tanta que le permtiese mirar con indiferencia la ridiculez que caía sobre él en ocasiones; y para evitarla, atento a su dignidad, que en mucho estimaba, huía del trato de las personas bulliciosas. Hacía vida retirada, y no sostenía relaciones constantes más que con sus primos los Bringas y con dos o tres amigos del comercio y banca de Madrid, a quienes conoceremos más adelante.

En octubre de aquel año, cansado Agustín de la para él tediosa vida de Madrid, marchó a Burdeos, donde tenía algunos negocios. Pero inopinadamente volvió, sin explicar el motivo de su pronto regreso. Tan sólo dijo a Bringas:

—Allí me aburría más. Pero pienso volver si Dios me da vida y me sale un proyecto que tengo.

Cuando Rosalía, con vivas instancias, le retenía en su casa después de comer, y casi por fuerza le introducía en la modesta tertulia de su sala, se pasaba toda la noche en un rincón, más callado que si estuviera en misa, o bien aguantando la verbosidad de algún señor mayor o señora entrada en años, de las que hablan a borbotones. Respecto a su fortuna, nadie sabía la verdad. Quién la suponía colosal, quién regularcita y muy saneada; pero el propio misterio en que esta circunstancia estaba envuelta, hacíale más interesante a los ojos de muchos. Familia hubo, entre las relaciones de los Bringas, que le puso con bélico ardor las paralelas de la estrategia social para conquistarle. Pero él, revelando sutil agudeza, más propia del salvaje que del cortesano, resistía tan valerosamente, que los sitiadores levantaban el asedio. No hay que decir que todo se le dispensaba por la idea que tenían de su desmedida riqueza y de su noble y elevado carácter. Verdaderamente, si él hubiera querido ceder a tantas asechanzas amables, sus rudezas habrían pasado como donaires, y su sequedad, por la más cumplida elegancia.

—Puedes fumar si quieres—le dijo Rosalía—. Ni a Amparo ni a mí nos molesta el humo del cigarro. Repítenos eso del espejo para que nos riamos otro poco. ¡Quince años sin verte la cara!

—Es cierto... Y durante dos años y medio estuvimos un amigo y yo en un monte de la Sierra Madre sin tener el disgusto de ver lo que llamamos una persona.

—Esto no necesitas jurarlo para que lo crea. Bien se te conoce. Y cuando llegaste a ver un ser humano, echaste a correr, ¿verdad? Esas mañas te han quedado, primo. La otra tarde, cuando estabas en la sala y entraron las de Pez, pegaste un brinco, y te faltaba tierra por donde huir. Yo creí que te tirabas por el balcón. ¿Por qué eres así, por qué tienes miedo a la gente? Haces mal, muy mal. Sin duda crees que no gustas, que se ríen de ti. ¡Ay bobo, no, no! Todos te respetan y te alaban. Yo sé que no eres desagradable, ni mucho menos. Gustas, chico; gustas, yo te lo digo. Eres simpático a muchas que yo me sé, y si tú no fueras tan encogido...

—No me fío, no me fío—murmuró Caballero, como quien sigue una broma.

—¡Qué timidez la tuya...! ¡Cuidado

que con cuarenta y cinco años...! ¿Me equivoco en la cuenta?

—Por ahí...

—Con cuarenta y cinco años no saber..., no gustar de los placeres de la sociedad...

—Cada hombre—manifestó Agustín—es hechura de su propia vida. El hombre nace, y la Naturaleza y la vida lo hacen. El mismo derecho que tiene esta sociedad para decirme: «¿Por qué no eres igual a mí?», tengo yo para decirle a ella: «¿Por qué no eres como yo?» A mí me han hecho como soy el trabajo, la soledad, la fiebre, la constancia, los descalabros, el miedo y el arrojo, el caballo y el libro mayor, la sierra de Monterrey, el río del Norte y la pútrida costa de Matamoros... ¡Ay! Cuando se ha endurecido el carácter, como los huesos: cuando a uno se le ha pintado su historia en la cara, es imposible volver atrás. Yo soy así: la verdad, no tengo maldita gana de ser de otra manera.

—Ya comprendo, sí... Pero no se te pide que hagas el pollo; lo que se te pide es...

Rosalía, que con grandísimo contento se metía en las honduras de este tema sabroso, por la autoridad y tino que en él sabía revelar, interrumpía con no menor disgusto a cada momento sus observaciones para atender a cosas domésticas. No pasaban cinco minutos sin que entrase Prudencia con un recado tan enojoso como importante:

—Señora, el mielero.

—Que hoy no tomo.

—Señora, el del arrope... Señora, el carbonero... Señora, el panadero... ¿Cuánto tomo?... Señora, haga el favor de sacar la sopa... Señora, el vinatero... Señora, un recado de las señoras de Pez preguntando si van al teatro esta noche... Señora, jabón... Señora, ¿voy por mineral?

Y la atormentada dama contestaba sin confundirse, y tenía que salir y entrar, y sacar cuartos, y dar órdenes, y pasar a la despensa, y dale y vuelve, y otra vez, y torna y vira... Pero no soltaba, en medio del laberinto casero, el hilo de su tema, y en un respiro siguió de este modo:

—Lo que se te pide es que seas amable, atento..., y que no eches a correr cuando entran visitas...

—Basta, prima—dijo Caballero, fatigado ya del sermón...—. Hablemos de otra cosa. Aquí tienes las butacas para la función de esta noche en el Príncipe.

—¡Oh!, gracias... Eso sí, a obsequioso no te gana nadie. ¿Pero qué?... ¿Has traído tres?... ¿Vas tú?

—Yo no pienso... La tercera es para que vaya también...

Hizo un gesto mostrando a Amparo, pues su timidez era tal que a veces no osaba nombrar a las personas que tenía delante.

—¿Esta?... Por los clavos de Cristo, Agustín. Si ella no va, ni quiere, ni le gusta, ni puede—manifestó Rosalía, dando a las ventanillas de su nariz toda la dilatación posible.

La sola idea de presentarse en el teatro con la chica de Sánchez, cuyo humilde guardarropa era incompatible con toda exhibición mundana, puso a la señora de Bringas en un estado de vivísima irritación. Ni comprendía que a su primo se le ocurriera tal dislate. Bastaba esta salida de tono, si no hubiera otras, para que Caballero mereciera la borla de doctor en ignorancia social.

Amparo se reía sin decir nada, mirando a Caballero con indulgente desaprobación, como se mira a un niño merecedor por su buena índole de que se le perdonen las tonterías propias de la edad.

—Pues a oportuno no te gana nadie —dijo la Pipaón, ensañándose un poco con su primo—. Buena cosa le propones a ésta. La ofendes..., sin mala intención... Le das una puñalada proponiéndole ir al teatro. ¿De qué crees que hablábamos las dos ahora, y no sólo ahora, sino otras veces? ¿Cuál es la afición, el deseo de esta infeliz? ¿No sabes? Tú qué has de saber, si siempre estás en Babia. No tienes penetración. Otro cualquiera habría comprendido que Amparo está demente por hacerse monja... Eso se cae de su peso, porque, verdaderamente, no puede, no debe, no está en circunstancias de aspirar... ¡Si no hablamos en casa de otra cosa!...

—Poco a poco, señora mía—observó Caballero, sonriendo—. A mí no me han dicho nada.

—Pero eso se comprende, eso se adivina—replicó ella con la vehemencia que ponía siempre en sus apreciaciones sobre la cosa más absurda—. El hombre de sociedad caza las ideas al vuelo.

Tú, si no te ponen las cosas delante, así, en la punta de la nariz, no las ves.

—Acabáramos.

—Otro hombre listo habría conocido la dificultad que hay para realizar este pensamiento, la dificultad de la dote... Esto se cae de su peso. Amparo es pobre. Nosotros somos ricos de buena voluntad nada más. Es verdad que tenemos buenas relaciones, y las buenas relaciones allanan los peores caminos. Nosotros tenemos muchos amigos, entre ellos algunos que son poderosos. ¿Seremos tan desgraciados que no encontremos algún solterón rico que tenga un arranque de generosidad y diga: «Yo doy la dote para esa señorita monja?»

Rosalía miró a su primo revelando la seguridad de obtener respuesta categórica y feliz de la indirecta que acababa de dirigirle. Agustín, herido en su sensible corazón, respondería infaliblemente: «Aquí está el hombre.» Pero la de Bringas vió fracasado por aquella vez su astuto plan, porque el primo, sin revelar haberlo comprendido, se levantó de súbito y dijo:

—Pues yo, prima, tengo que marcharme.

Con mal disimulado despecho, Rosalía no pudo menos de exclamar:

—Eso es..., siempre tan brutote... Abur, hijo, que te vaya bien; expresiones en Ilegando.

VI

Caballero dió un paso hacia la puerta. Pero en aquel instante entraron los dos niños pequeños de Rosalía, que venían del colegio. Corrieron ambos a abrazar a su mamá, y después a Amparo.

—Un besito al primo.

—Ven acá, mona—dijo Caballero, que tenía pasión por los niños.

—La merienda, mamá—clamaron los dos a un tiempo.

—La merienda, mamá—repitió Caballero, tomando a cada uno de una mano y saliendo con ellos hacia el comedor.

Isabelita, cubierta la cabeza con una toquilla roja, calzados los pies de zapatillas bordadas, andaba a saltos, colgándose del brazo de Agustín. El pequeño, fajado en una especie de *carrik* que le arrastraba, con la cara mocosa y enrojecida por el frío, andaba como un viejo, haciéndose el cojo y jorobado. Pero de repente daba unos brincos tales y tan fuertes estirones al brazo de su tío, que éste no podía menos de quejarse.

—Juicio, muchachos, juicio.

Un momento después, cada uno de los Bringas del porvenir atacaba con furia un pedazo de pan seco. Caballero se sentó en una silla junto a la mesa del comedor, y los miraba embelesado, considerando y envidiando aquel soberano apetito, aquella alegría que rebosaba de ellos como del tazón de una fuente el agua henchida y ruborosa. Alfonsito, que había ido el domingo anterior con su tío al Circo de Price, dedicaba todas las horas libres al ejercicio de volatines. Sintiéndose con furiosas ganas de ser *clown*, quería imitar los lucidos ejercicios que había visto. Sin quitarse el *carrik* que le ahogaba, hacía difíciles cabriolas en los respaldos de las sillas.

—Niño, que te caes... Este pillo se va a matar el mejor día... Como le vuelvas a llevar al Circo, verás—decía su madre, corriendo tras él.

Isabelita, sentada sobre las piernas de su tío, y cogiendo el pan con la mano izquierda, enseñábale con la derecha un sobado librejo, donde tenía varias calcomanías.

La Pipaón de la Barca, luego que le quitó el abrigo a Alfonsito, y los calzones y los zapatos, para que no destrozara la ropa con su endiablado furor acrobático, volvió a donde estaban su hija y el primo.

—¿Quieres tomar alguna cosa, Agustín? ¿Quieres una copita de manzanilla?... Es de la misma que nos has regalado. Así es que de lo tuyo bebes.

—Gracias, no tomo nada.

—Supongo que no lo harás de corto...

Desde el otro lado de la mesa, la dama contempló largo rato en silencio el bonito grupo que hacían el salvaje y la niña, y fué acometida de un pensamiento muy suyo, muy propio de las circunstancias y que se había hecho consuetudinario y como elemental en ella. Era un desconsuelo que se había constituído en atormentador y en perseguidor de la buena señora, y como tal se le ponía delante muchas veces al día. Helo aquí:

«Si yo tuviera poder para quitarle al primo diez años y ponérselos a mi niña..., ¡qué boda, santo Dios, qué boda y qué partido! Ya lo arreglaría yo por encima de todo, y domaría al cafre, que,

bajo la corteza, esconde el mejor corazón que hay en el mundo. ¡Ay! Isabelita, niña mía, lo que te pierdes por no haber nacido antes... ¡Y tú tan inocente sobre esas salvajes rodillas, sin comprender tu desgracia!... ¡Tan inocente sobre ese monte de oro, sin darte cuenta de lo que pierdes!... ¡Oh!, si hubieras nacido a los nueve meses de haberme casado yo con Bringas, ya tendrías dieciséis años. ¡Pobre hija mía, ya es tarde! Cuando tú seas casadera, el pobre Agustín estará hecho un arco... ¡Qué cosas hace Dios! ¡Ay Bringas, Bringas!... ¡Por qué no nació nuestra hija en el otoño del ciencuenta y uno!... ¡Una renta de veinte, treinta mil duritos!... Lo bastante para ser una de las primeras casas de Madrid... Me mareo pensándolo... Y ahora, ¿adónde irán a parar los dinerales de este pedazo de bárbaro?...»

Era tan enérgico, tan vivo, este pensamiento, que la ambiciosa dama lo veía fuera de sí misma, cual si tomase forma y consistencia corpóreas. La tarde caía, el comedor estaba oscuro. El pensamiento revoloteaba por lo alto de la sombría pieza, chocando en las paredes y en el techo, como un murciélago aturdido que no sabe encontrar la salida. La de Pipaón, a causa de la creciente oscuridad, no veía ya al grupo. Oía tan sólo los besos que daba Caballero a la niña, y las risas y chillidos de ésta cuando el salvaje le mordía ligeramente el cuello y las mejillas.

Otro pensamiento distinto del antes expuesto, aunque algo pariente de él, surgía en ocasiones del cerebro de la esposa de Bringas, sin darse a conocer al exterior más que por ligerísimo fruncimiento de cejas y por la indispensable hinchazón de las ventanillas de la nariz. Este pensamiento estaba tan agazapado en la última y más recóndita célula del cerebro, que la misma Rosalía apenas se daba cuenta de él claramente. Helo aquí, sacado con la punta de un escalpelo más fino que otro pensamiento, como se podria sacar de un lagrimal un grano de arena con el poder quirúrgico de una mirada:

«Si por disposición del Señor Omnipotente, Bringas llegase a faltar..., y sólo de pensarlo me horripilo, porque es mi esposo querido...; pero supongamos que Dios quisiese llamar a sí a este ángel... Yo lo sentiría mucho; tendría una pena tan grande, tan grande, que no hay palabras con qué decirlo... Pero al año y medio, o a los dos años, me casaría con este animal... Yo le desbastaría, yo le afinaría, y así mis hijos, los hijos de Bringas, tendrían una gran posición, y creo, sí..., lo digo con fe y sinceridad, creo que su padre me bendeciría desde el Cielo.»

—Luz, luz—dijo de pronto una fuerte voz.

Era Bringas, que volvía de su paseo vespertino. Todas las tardes, al salir de la oficina, iba al Ministerio de Hacienda, donde se le reunían don Ramón Pez y el oficial mayor del Tesoro. Los tres daban la vuelta de la Castellana o del Retiro, y regresaban a sus respectivos domicilios al punto de las seis o seis y media.

—Hola..., ¿estás aquí?—preguntó don Francisco, tropezando con Caballero.

—¿Sabes que vamos al teatro esta noche? Agustín nos ha traído butacas.

—Lo siento—manifestó Bringas—; pensaba trabajar esta noche... ¡Ah!, gracias a Dios que traen luz... Mira, mirad qué bisagras tan bonitas he comprado para componer la arqueta de la marquesa de Tellería. Quedará como nueva... Pero oye tú: si vamos al teatro, hay que comer temprano. Hija, son las siete menos cuarto.

Rosalía, atenta a activar la comida, fué en busca de Amparo, y con aquel cariño que desbordaba en ella siempre que a engalanarse se disponía para ir de fiesta, le dijo:

—Hijita, no trabajes más... Pon esta luz en mi tocador, que voy a empezar a arreglarme, y date una vuelta por la cocina a ver si esa calamidad de Prudencia ha hecho la comida... Lo mejor es que pongas tú la mesa... ¿Qué vestido crees que debo llevar?

—Lleve usted el de color de caramelo.

—Eso es, el de color de caramelo.

Amparo pasó a la cocina.

—Luz, luz a mi cuarto—repitió Bringas.

El señorito, que estaba en su cuarto estudiando con Joaquinito Pez, pidió también luz. Porque su aplicado hijo no se quedase a oscuras, don Francisco renunció a alumbrar su cuarto, y con paternal abnegación dijo así:

—Yo me vestiré a oscuras... Agustín, ¿por qué no te quedas a comer con nos-

otros? Comeremos más y comeremos menos.

Rosalía, que en aquel momento pasaba con un gran jarro para ir a la cocina en busca de agua, dió un disimulado golpe en el brazo de su marido. Bien entendió Bringas aquel mudo lenguaje que quería decir: «No convides hoy, hombre.»

—Señores—dijo Amparo, sonriendo—, apartarse. Voy a poner la mesa.

Y mientras extendía el mantel, Caballero, mirándola, contestaba maquinalmente:

—Hoy no puedo. Me quedaré otro día

En esto llegaba al comedor un rumorcillo oratorio, procedente del inmediato cuarto en que encerrados estaban el estudioso hijo de Bringas y el no menos despierto niño de Pez. Ambos habían principiado la carrera de Leyes, y se adiestraban en el pugilato de la palabra espoleados desde tan temprana edad por la ambicioncilla puramente española de ser notabilidades en el Foro y en el Parlamento. Paquito Bringas no sabía Gramática, ni Aritmética, ni Geometría. Un día, hablando con su tío Agustín, se dejó decir que Méjico lindaba con la Patagonia, y que las Canarias estaban en el mar de las Antillas. Y no obstante, esta lumbrera escribía memorias sobre la *Cuestión social,* que eran pasmo de sus compañeritos. La tal criatura se sentía con bríos parlamentarios, y como Joaquinito Pez no le iba en zaga, ambos imaginaron ejercitarse en el arte de los discursos, para lo cual instituyeron infantil academia en el cuarto del primero, lo mismo que podrían establecer un nacimiento o un altarito. Pasábanse las horas de la tarde echando peroratas, y mientras el uno hacía de orador, el otro hacía de presidente y de público. Algunas veces concurrían a aquel juego otros amigos, el chico de Cimarra, el de Tellería, y mejor repartidos entonces los papeles, no se daba el caso de que uno mismo tocara la campanilla y aplaudiera.

Agustín y don Francisco se acercaron a la puerta y oyeron de la propia boca de Joaquinito estas altisonantes palabras: «Señores, volvamos los ojos a Roma; volvamos a Roma los ojos, señores, ¿y qué veremos? Veremos consagradas por primera vez la propiedad y las libertades personales...»

—Estos chicos de ahora son el demonio...—dijo el padre sin disimular su gozo—. A los quince años saben más que nosotros cuando llegamos a viejos... Y lo que es éste hará carrera. Pez me ha prometido que en cuanto el niño sea licenciado le dará una placita de la clase de quintos... A poco más que se ejercite, hablará mejor que muchos diputados...

—A estos condenados chicos—observó Agustín—, parece que los ha traído al mundo la diosa, el hada o la bruja de las tarabillas...

—Y en la manera de educarlos, querido—indicó Bringas, frotándose las manos—, no soy de tu parecer. Lo que tantas veces me has dicho de enviarle a una casa de Buenos Aires o de Veracruz con buenas recomendaciones sería malograr su brillante porvenir burocrático y político... ¡Ea!, niños—añadió abriendo la puerta del cuarto—. Se levanta la sesioncita. Venga esa luz...

Joaquinito, saliendo del cuarto con un rimero de libros debajo del brazo, despidióse de don Francisco, y el primogénito de Bringas entregó la luz a su padre, que se dirigió al despacho. Este tenía una como alcobilla que le servía de taller y de vestuario. Allí estaban sus herramientas, su lavabo y su ropa.

—Ven para acá, Agustín—decía, luz en mano, marchando con grave paso hacia su cuarto.

Iluminado de lleno aquel semblante, que pertenecía también a una de las más insignes personalidades del siglo, semejaba mi don Francisco el faro de la Historia derramando claridad sobre los sucesos. Luego que llegaron, puesto el humoso quinqué sobre la mesa, Thiers dijo a su primo:

—Paquito será un funcionario inteligente, y después..., sabe Dios qué. Ahora, lo que más me preocupa es la educación de Isabelita, que dentro de algunos años será una mujer. Es preciso ponerle maestro de piano..., de francés. La música y los idiomas son indispensables en la buena sociedad.

Caballero debía de pensar en las musarañas, porque no respondió cosa alguna.

En tanto, Rosalía tan pronto reclamaba el auxilio de Amparo para algún servicio de tocador, como la mandaba a la cocina para que la comida no se retra-

sase. Por no tener dos cuerpos, atendía la joven difícilmente a cosas tan diversas. La señora, después de arreglarse el pelo, se había restregado muy bien el cuello y los hombros con una toalla mojada, y luego empezó con esmero el aliño de su rostro, que, en verdad, no necesitaba de mucho arte para ser hermoso.

—Por Dios, hija, da una vuelta por allá... No, alcánzame antes ese lazo azul... Ve, corre pronto. Ya pueden poner la sopa. Comerás con nosotros; luego acuestas a los chicos, y te vas.

Poco después Prudencia ponía la sopera humeante en la mesa del comedor, y los pequeños daban voces por toda la casa llamando a comer. Ellos fueron los primeros que tomaron asiento, metiendo mucha bulla; vino luego don Francisco vestido ya y muy limpio, mas con el chaquetón de casa en vez de levita; siguióle Paquito leyendo un librejo, y, por último, apareció Rosalía.

—¡Qué guapa estás, mamá!

—Silencio..., os voy a dar azotes.

—¡Qué blanquita estás, mamá!... ¡Y qué rebonita!

Y era verdad. Rosalía, compuesta y emperifollada, no parecía la misma que tan al desgaire veíamos diariamente consagrada al trajín doméstico, a veces cubierta de una inválida bata, hecha jirones, a veces calzada con botas viejas de Bringas, casi siempre sin corsé, y el pelo como si la hubiera peinado el gato de la casa. Mas en noches de teatro se transformaba con un poco de agua, no mucha, con el contenido de los botecillos de su tocador y con las galas y adornos que sabía poner artísticamente sobre su agraciada persona. Tenía en tales casos más blanco el cutis, los ojos con cierta languidez, y lucía su bonito cuello carnoso. Fuertemente oprimida dentro de un buen corsé, su cuerpo, ordinariamente fláccido y de formas caídas, se transfiguraba también, adquiriendo una tiesura de figurín que era su tormento por unas cuantas horas, pero tormento delicioso, si es permitido decirlo así. Presentóse en el comedor con su peinador parecido a sobrepelliz, y no le faltaba más que el vestido de color de caramelo para igualar a una duquesa.

—¿Llegaremos tarde?...—dijo, haciendo atropelladamente las cortas raciones de sus hijos y de Amparo.

—Creo que estaremos allí a la mitad del primer acto. Echan *Dar tiempo al tiempo.*

—De Pipaón de la Barca..., digo, de Calderón. ¡Cómo tengo la cabeza! Aprisa, aprisa; comed aprisa... ¿Y Agustín?

—Se fué... Estábamos hablando de poner maestro de piano a la niña, cuando de repente, sin mirarme, dice: «Yo le compraré el piano a tu niña y le pagaré el maestro», y sin darme las buenas noches salió como una saeta. Yo creo que Agustín no tiene la cabeza buena.

La comida era escasa, mal hecha, y el comer, presuroso y sin amenidad. Antes de concluir, Rosalía se levantó de la mesa para darse la última mano, y tras ella corrió Amparo, que, casi, casi, no había comido nada. Se miraba y se remiraba la dama en el espejo de su tocador, manejando con nerviosa presteza la borla de los polvos. Luego se puso el vestido, y concluída esta difícil operación, siempre quedaba un epílogo de alfileres y lazos que no tenía fin.

—Ahora—dijo a la parásita—acuestas a los niños y te vas a tu casa. No se te haga tarde... ¡Ah! Mañana me traes dos manojos de trencilla encarnada, y no te olvides del *cold-cream* de casa de Trasviña... Te traes también cuatro cuartos de raíz de lirio, y luego te pasas por la pollería y me compras media docena de huevos... Vaya, no más.

Los chicos seguían enredando en el comedor.

—¿Qué ruido es ése? Paco, diles que si voy allá... A ver: el abrigo, los guantes, el abanico. Bringas, ¿te has arreglado?

—Ya estoy pronto—dijo el padre de familia, que se acababa de enfundar en un gabán color de café con leche... ¿Será cosa de llevar el paraguas? Lo llevaremos por si acaso.

—Vamos, vamos... ¡Qué tarde es...! ¿Se olvida algo?

Y desde la puerta volvía presurosa.

—¡Jesús!, ya me dejaba los gemelos... Vamos... Abur, abur...

VII

Iban a pie, porque los gastos de coche habrían desequilibrado el rigurosísimo presupuesto de don Francisco, que a su cachazudo método debía la ventaja de

atender a tantas cosas con su sueldo de veinte mil reales. En el teatro pasaba Rosalía momentos muy felices, gozando, más que en la función, en ver quién entraba en los palcos y quién salía de ellos, si había mucha o poca concurrencia, si estaban las de A o las de B y qué vestidos y adornos llevaban, si la marquesa o la condesa habían cambiado de turno. En los entreactos, leía Bringas *La Correspondencia;* luego subía a éste o el otro palco para saludar a tal o cual señora, y Rosalía, desde su butaca, cambiaba sonrisas con sus amigas. Era ella dama de buenas vistas, sin que llegara a ser contada entre las celebridades de la hermosura: era simplemente *la de Bringas*, una persona conocidísima entre vulgar y distinguida, a quien jamás la maledicencia había hecho ningún agravio. Madrid, sin ser pequeño, lo parece a veces (entonces lo parecía más), por la escasa renovación del personal en paseos y teatros. Siempre se ven las mismas caras, y cualquier persona que concurra con asiduidad a los sitios de pública diversión, concluye por conocer en tiempo breve a todo el mundo.

A Rosalía le gustaba, sobre todas las cosas, figurar, verse entre personas tituladas o notables por su posición política y riqueza aparente o real; ir a donde hubiese animación, bulla, trato falaz y cortesano, alardes de bienestar, aunque como en el caso suyo estos alardes fueran esforzados disimulos de la vergonzante miseria de nuestras clases burocráticas. Era hermosa, y le gustaba ser admirada. Era honrada, y le gustaba que esto también se supiera.

Merece ser notado el heroísmo de los Bringas para presentarse en la sociedad de los teatros con aquel viso de posición social y aquel aire de contento, como personas que no están en el mundo más que para divertirse. Todo el sueldo del oficial segundo de la Comisaría de los Santos Lugares no habría bastado al derroche de butacas, si éstas se hubieran comprado en el despacho. Sobre que don Francisco era hombre de probidad intachable, la índole de su destino no le habría permitido manipularse un sobresueldo, como es fama que hacían los Peces y otros funcionarios de la casta ictiológica. No: los Bringas iban al teatro, digámoslo clarito, de limosna. Aquellos esclavos de la *áurea miseria* no se permitían tales lujos sino cuando esta o la otra amiga de Rosalía les mandaba las butacas de turno, por no poder ir aquella noche; cuando el señor de Pez o cualquier otro empleado pisciforme les cedía el palquito principal. Pero eran tantas y tan buenas las relaciones de la venturosa familia, que los obsequios se repetían muy a menudo. Luego la liberalidad del primo Caballero aumentó estos zarandeos teatrales.

El desnivel chocante que se observa hoy entre las apariencias fastuosas de muchas familias y su presupuesto oficial, emana quizá de un sistema económico menos inocente que la maña y el arte ahorrativo del angélico Thiers y que la habilidad de Rosalía para explotar sus relaciones. Hoy el parasitismo tiene otro carácter y causas más dañadas y vergonzosas. Existen todavía ejemplos como el de Bringas, pero son los menos. No se trate de probar que la mucha economía y la mucha adulación hacen tales prodigios, porque nadie lo creerá.

Cuando algún extranjero desconocedor de nuestras costumbres públicas y privadas admira en los teatros a tantas personas que revelan en su cara desdeñosa una gran posición, a tantas damas lujosamente adornadas; cuando oye decir que a la mayor parte de estas familias no se les conoce más renta que un triste y deslucido sueldo, queda sentado un principio económico de nuestra exclusiva pertenencia, al cual se ha de aplicar pronto una voz puramente española, como el vocablo *pronunciamiento*, que está dando la vuelta al mundo y anda ya por los antípodas.

Esto no va con los pobres y menguados Bringas, que, por no bajar un ápice de la línea social en que estaban, sabían imponerse sacrificios domésticos muy dolorosos. En el verano del 65, recién abierto el ferrocarril del Norte, la familia no consideró decoroso dejar de ir a San Sebastián. Para esto, don Francisco suprimió el principio en las comidas durante tres meses, y el viaje se realizó en agosto, por supuesto consiguiendo billetes gratuitos. Por no poder sostener dos criadas, el santo varón se embetunaba todas las mañanas sus propias botas, y aun es fama que se atrevió a componerlas alguna vez, demostrando así su prurito económico como su saber en toda clase de artes. Rosalía barría y arreglaba su

cuarto. Cuando Amparo dió en ir a la casa, ésta la peinaba, pues Bringas declaró la guerra a muerte a los gastos de peinadora. Las comidas eran, por lo general, de una escasez calagurritana, por cuyo motivo estaban los chicos tan pálidos y desmedrados.

Don Francisco era hombre que si veía en la calle un tapón de corcho, o un clavo en buen estado, se bajaba a cogerlo. Las hojas blancas de las cartas que recibía servíanle las más de las veces para escribir las suyas. Tenía un cajón que era la sucursal del Rastro, y no había cosa vieja y útil que allí no se encontrara. No estaba suscrito a ningún periódico, ni en su vida había comprado un libro, pues cuando Rosalía quería leer alguna novela, no faltaba quien se la prestase. Y la misma escuela económica era tan bien aplicada al tiempo, que a Bringas nunca le faltaba el necesario para cepillar su ropa y quitarle el lodo a los pantalones. Cuando Prudencia estaba muy afanada con la comida y el lavado de la ropa, el jefe de la familia, acudiendo a la cocina en mangas de camisa, no se desdeñaba de aviar las luces de petróleo o de hacer la ensalada; y en días de limpieza, él mismo ponía las cenefas de papel picado en la cocina. Saca a relucir indiscretamente estas cosillas el narrador para que se vea que si aquella pareja sabía explotar a la sociedad, no dejaba de hacerse merecedora, por su arreglo sublime, de las gangas que disfrutaba.

VIII

Tres noches después, el primo repitió el obsequio de las butacas; pero Rosalía vaciló en aceptarlas, porque al pequeñuelo le había entrado una tos muy fuerte y parecía tener algo de fiebre. A todo el que a la casa llegaba, decía la señora: «¿Qué le parece a usted, tendrá destemplanza?» Y a su marido le preguntaba sin cesar: «¿Qué hacemos, vamos o no al teatro?» El amor a las pompas mundanas no excluía en la descendiente de los Pipaones el sentimiento materno, por lo cual, después de muchas dudas, resolvió no salir aquella noche. Pero después de las seis estaba el chiquitín tan despejado, que ganó terreno la opinión contraria, y con ingeniosas razones Rosalía la hizo prevalecer al fin.

—Bien, iremos, aunque no tengo ganas de salir de casa—dijo, preparando sus atavíos—. Pero tú, Amparo, te quedas aquí esta noche. No me fío de Calamidad. Quedándote tú, voy tranquila. Se te arreglará tu cama en el sofá del comedor, donde dormirás muy ricamente como aquellas noches, ¿te acuerdas?..., cuando Isabelita estuvo con anginas. Fíjate bien en lo que te digo. Le das el jarabe antes que se duerma, y si despierta, otra cucharadita.

No dejemos pasar, ya que se habla de medicinas, un detalle de bastante valor que puede añadirse a los innúmeros ejemplos de la sabiduría vividora de los Bringas. Aquella feliz familia traía gratis los medicamentos de la botica de Palacio, por gracia de la inagotable munificencia de la reina. Sin más gasto que un bien cebado pavo por Navidad, los visitaba en sus indisposiciones uno de los médicos asalariados de la servidumbre de la Casa Real.

Los chicos se durmieron después de mucha bulla y jarana, y a las nueve y media de la noche todo era silencio y paz en la casa. Cansada del trabajo de aquel día, sentóse Amparo junto a la mesa del comedor, donde había quedado la lámpara encendida, y se entretuvo en hojear un voluminoso libro. Era la Biblia, edición de Gaspar y Roig, con láminas. Habíala regalado a nuestro don Francisco un amigo que se fué a Cuba, y constituía, con el Diccionario de Madoz, toda la riqueza bibliográfica de la casa, fuera de los libros de Paquito el orador. A las láminas más que al texto atendía la fatigada joven; pasaba hojas y más hojas con perezoso movimiento, y así transcurrió algún tiempo hasta que la campanilla de la puerta anunció una visita... Amparo pensaba quién pudiera ser, cuando se presentó Caballero dándole las buenas noches en tono muy afectuoso.

—¿Fueron al teatro?—preguntó con sorpresa sentida o estudiada, que esto no se puede saber bien—. Esta tarde los vi inclinados a no ir. Por eso he venido ¿Y el nene?

—Sigue bien; no tiene nada... Me he quedado aquí para que Rosalía pudiera salir tranquila.

—Más vale así. Pues, señor...—murmuró Agustín, dejando capa y sombre-

ro—. Este comedor está abrigadito. ¿Qué lee usted?

Amparo alargó sonriendo el libro.

—¡Ah!..., buena cosa... Yo tengo una edición mejor... ¿A ver esa lámina? Un ángel entre dos columnas rodeado de luz... ¿Qué dice? «Y he aquí un varón cuyo aspecto era como el de un bronce.» Bien, eso está bien.

La fisonomía del salvaje era poco accesible generalmente a las interpretaciones del observador: pero el observador en aquel caso y momento pudo haberse arriesgado a dar a la expresión de aquel rostro la versión siguiente: «Ya sabía yo que esos majaderos estaban en el teatro, y que la encontraría a usted solita.»

—Pues, señor...

Y no salía de esto; si bien tenía fuerte apetito de hablar, de decir algo. Solo ante ella, sin temor de indiscretos testigos, el hombre más tímido del mundo iba a ser locuaz y comunicativo. Pero las burbujas de la elocuencia estallaban sin ruido en sus morados labios, y...

—¿A ver esa lámina?... Dice: «¿Quién es éste que viene de Edón?...» Pues, señor...

La dificultad en estos casos es hallar un buen principio, dar con la clave y fórmula del exordio. ¡Ah!, ya la había encontrado. Los negros ojos de Caballero despidieron fugitivo rayo, semejante al que precede a la inspiración del artista y del orador. Ya tenía la primera sílaba de su boca, cuando Amparo, con franco y natural lenguaje que él no habría podido imitar en aquel caso, le mató la inspiración.

—Diga usted, don Agustín, ¿cuántos años estuvo usted en América?

—Treinta años—replicó el tal, descansando de sus esfuerzos de iniciativa parlante, porque es dulce para el hombre de pocas palabras contestar y seguir el fácil curso de la conversación que se le impone—. Fuí a los quince, más pobre que la pobreza. Mi tío estaba establecido en el estado de Tamaulipas, cerca de la frontera de Tejas. Pasé primero diez años en una hacienda donde no había más que caballos y algunos indios. Después me fijé en Nuevo León; hice algunos viajes a la costa del Pacífico, atravesando la Sierra Madre. Cuando murió mi tío me establecí en Brownville, junto al río del Norte, y fundé una casa introductora con mis primos los Bustamantes, que ahora se han quedado solos al frente del negocio. Yo he venido a Europa por falta de salud y tristeza... ¡Oh!, es largo de contar, muy largo; y si usted tuviera paciencia...

—Pues sí que la tendré... Habrá usted pasado muchos trabajos y también grandes sustos, porque yo he oído que hay allá culebras venenosas y otros animaluchos, tigres, elefantes...

—Elefantes, no.

—Leopardos, dragones o no sé qué, y, sobre todo, unas serpientes de muchas varas que se enroscan y aprietan, aprietan... Jesús, ¡qué horror!... ¿Y piensa usted volver allá?—prosiguió, sin dar tiempo a que Caballero diera explicaciones sobre la verdadera fauna de aquellos países.

—Eso no depende de mí—contestó el indiano mirando al hule que cubría la mesa.

—Pues ¿de quién ha de depender, don Agustín?—indicó Amparo, quizá con demasiada familiaridad—. ¿No es usted libre?

Caballero la miró un momento, ¡pero de qué manera! Parecía que la abrasaba con sus ojos y la suspendía sacándola del asiento. Después repitió con visible embarazo el *no depende de mí,* tan quedo, tan inarticulado, que antes fué sentido que dicho.

—¿Es cierto que se va usted a meter monja?—preguntó luego.

—Eso dice Rosalía—replicó ella con gracia—. Tanto lo dirá, que al fin quizá salga cierto. ¡Ay!, don Agustín, dichoso el que es dueño de sí mismo, como usted. ¡En qué condición tan triste estamos las pobres mujeres que no tenemos padres, ni medios de ganar la vida, ni familia que nos ampare, ni seguridad de cosa alguna como no sea de que al fin, al fin, habrá un hoyo para enterrarnos!... Eso del monjío, qué quiere usted que le diga, al principio no me gustaba; pero va entrando poquito a poco en mi cabeza, y acabaré por decidirme...

En el cerebro del tímido surgió bullicioso tumulto de ideas; palabras mil acudieron atropelladas a sus secos labios. Iba a decir admirables y vehementes cosas; sí, las diría... O las decía, o estallaba como una bomba. Pero los nervios se le encabritaron; aquel maldito freno que su ser íntimo ponía fatalmente a su palabra, le apretó de súbito con sobera-

na fuerza, y de sus labios, como espuma que salpica de los del epiléptico, salpicaron estas dos palabras:

—Vaya, vaya.

Amparo, con su penetración natural, comprendió que Agustín tenía dentro algo más que aquel *vaya, vaya* tan frío, tan incoloro y tan insulso, y se atrevió a estimularle así:

—Y usted, ¿qué me aconseja?

Antes que el consabido freno pudiera funcionar, la espontaneidad, adelantándose a todo en el alma de Caballero, dió esta respuesta:

—Yo digo que es un disparate que usted se haga monja. ¡Qué lástima! Es que no se lo consentiremos...

Arrojado este atrevido concepto, Agustín sintió que el rubor, ¡cosa extraña!, subía a su rostro caldeado y seco. Era como un árbol muerto que milagrosamente se llena de poderosa savia y echa luego en su más alta rama una flor efímera. El corazón le latía con fuerza, y tras aquellas palabras vinieron éstas:

—¡Hacerse monja! Eso es de países muertos. ¡Mendigos, curas, empleados; la pobreza instituída y reglamentada!... Pero no: usted está llamada a un destino mejor, usted tiene mucho mérito.

—¡Don Agustín!

—Sí; lo digo, lo vuelvo a decir..., usted es pobre, pero de altas, de altísimas prendas.

—Don Agustín, que se remonta usted mucho—murmuró ella hojeando el libro.

—¡Y tan guapa!...—exclamó Caballero con cierto éxtasis, como si tales palabras se hubieran dicho solas, sin intervención de la voluntad.

—¡Jesús!

—Sí, señora; sí.

—Gracias, gracias. Si usted se empeña, no es cosa de que riñamos. Es usted amable.

—No, no—dijo el cobarde envalentonándose—. Yo no soy amable, yo no soy fino, no, no soy galante. Yo soy un hombre tosco y rudo que he pasado años y más años metido en mí mismo, al pie de enormes volcanes, junto a ríos como mares trabajando como se trabaja en América. Yo desconozco las mentiras sociales, porque no he tenido tiempo de aprenderlas. Así, cuando hablo, digo la verdad pura.

Amparo, sin dejar de aparentar un mediano interés por las láminas de la Biblia, pareció querer variar la conversación, diciendo:

—Por nada del mundo iría yo a esas tierras.

—¿De veras?... ¡Quién sabe! Mucho se pierde en la soledad; pero también mucho se gana. Las asperezas de esa vida primitiva entorpecen los modales del hombre; pero le labran por dentro.

—¡Ay!, no. No me hable usted de esa vida. A mí lo que me gusta es la tranquilidad, el orden, estarme quietecita en mi casa, ver poca gente, tener una familia a quien querer y que me quiera a mí, gozar de un bienestar medianito y no pasar tantísimo susto por correr tras una fortuna que al fin se encuentra, sí, pero ya un poco tarde y cuando no se puede disfrutar de ella.

¡Qué buen sentido! Caballero estaba encantado. La conformidad de las ideas de Amparo con sus ideas debía darle ánimo para abrir de golpe y sin cuidado el arca misteriosa de sus secretos. El soberano momento llegaba.

—Pues, señor...—murmuró recogiendo sus ideas y auxiliándose de la memoria.

Porque, al venir a la casa, había preparado su declaración; traía un magnífico plan con oportunas frases y razonamientos. Los mudos suelen ser elocuentísimos cuando se dicen las cosas a sí mismos.

IX

Lo que había pensado Caballero era esto: «Llego, como los primos se han ido al teatro, me la encuentro sola. Mejor coyuntura no se me presentará jamás. Debo tener valor y romper este maldito freno. Entro, saludo, me siento frente a ella en el comedor, hablamos primero de cosas indiferentes. Ella estará cosiendo. Le diré que por qué trabaja tanto. Contestará, como si lo oyera, que le gusta el trabajo y que se fastidia cuando no hace nada. Diréle entonces que eso es muy meritorio, y que...» Adelante: de buenas a primeras le suelto esto: «Amparo, usted debe aspirar a una posición mejor; usted no está bien donde está, en esta servidumbre mal disimulada; usted tiene mérito, usted...» Y ella, como si lo oyera, llena de modestia y gracia, se echará a reír y contestará: «Don Agustín, no me diga esas cosas.» Hablaré otra vez del trabajo, que es pa-

ra mí una necesidad, y diré que hallándome sin ocupación en Madrid y aburridísimo, me marché a Burdeos para establecer allí el negocio de banca. Al oír esto, es indudable, es infalible, como si lo viera, que se echará a reír otra vez y mirándome muy de frente dirá: «Pero, don Agustín, ¿cómo es que al mes de estar en Burdeos se volvió usted a Madrid a aburrirse más y a no hacer nada?» Oída por mí esta pregunta, ya tengo el terreno preparado. La respuesta es tan fácil, que no tengo que hacer más que abrir la boca y dejar salir estas palabras, sin que el miedo me sofoque ni la cortedad me embargue la voz. Hilo a hilo afluirán corriendo las frases de mis labios, y le diré: «Ya que usted me habla de ese modo, voy a contestarle con franqueza, descubriendo todo lo que hay dentro de mí. Usted me comprenderá..., el tedio de Madrid me siguió a Burdeos, y mi espíritu era allí tan incapaz de ordenar un negocio como aquí lo fué. Usted no lo entenderá, y voy a explicárselo. Pasé lo mejor de mi vida trabajando como se trabaja en América, en un mundo que se forma. La soledad fué mi compañera, y en la soledad se nutrían mis tristezas a medida que crecía el montón frío de mis caudales. Amigos, pocos; familia, ninguna. ¡Ay!, niña, usted no sabe lo que es vivir tantos años, lo mejor de la vida, privado del calor de los sentimientos más necesarios al hombre, habitando una casa vacía, viendo como extraños a todos los que nos rodean, sin sentir otro cariño que el que inspira el cajón del dinero, sin otra intimidad que la de las armas que nos sirven para defendernos de los ladrones, durmiendo con un rifle, despertando al gemir de las carretillas en que se llevan y traen los fardos... Para abreviar: yo me vine a Europa seguro de tener un capital con que pasar la vida, y por el viaje me decía: «¿Pero tú has vivido en todo este tiempo? ¿Has sido un hombre o una máquina de carne para acuñar dinero?» Cuando yo esté diciendo esto me oirá con toda su alma, fijos en mí sus bellos ojos. Yo me animaré más, y libre ya de todo miedo, continuaré así: «No debo ocultar nada de lo que encierra mi corazón, lleno del tristísimo desconsuelo de su virginidad. Yo no he vivido en la capital de Méjico, donde seguramente habría conocido mujeres que me hubieran interesado. Aquella ciudad de pesadilla, aquella Brownville, que no es mejicana ni inglesa; donde se oyen mezcladas las dos lenguas formando una jerga horrible, y donde no se vive más que para los negocios; pueblo cosmopolita, promiscuidad de razas; aquella ciudad de fiebre y combate no podría ofrecerme lo que yo necesitaba. La corrupción de costumbres, propia de un pueblo donde el furor de los cambios lo llena todo, hace imposible la vida en familia. Las grandes fortunas que en aquel maldito suelo se improvisaron tuvieron por origen la cruel guerra de Secesión, el abastecimiento de las tropas del Sur y el contrabando de efectos militares. Por las vicisitudes de la guerra, que hacían variar cada día el rumbo del negocio, los especuladores no podíamos tener residencia fija. Tan pronto estábamos en Matamoros como en Brownville. A veces teníamos que embarcar víveres atropelladamente y remontar el río Grande del Norte hasta cerca de Laredo. Y ¡qué confusión de intereses, qué desorden moral y social! Americanos, franceses, indios, mejicanos, hombres y mujeres de todas castas, envueltos y confundidos, odiándose por lo común, estimándose muy rara vez... Aquello era un infierno. Allí el amancebamiento y la poligamia y la polivirilia estaban a la orden del día. Allí no había religión, ni ley moral, ni familia, ni afectos puros; no había más que comercio, fraudes de género y de sentimientos... ¿Cómo encontrar en semejante vida lo que yo ansiaba tanto? Cuando me vi rico, dije: «Ahora, ellos», y me embarqué para Europa. Por la travesía pensaba así: «Ahora, en la vieja España, pobre y ordenada, encontraré lo que me falta, sabré redondear mi existencia, labrándome una vejez tranquila y feliz...» Llegué a España. En Cádiz no quedaba nadie de la un tiempo numerosa familia de Caballero. Quise ver a Bringas, hermano de mi madre. Vine a Madrid, y Madrid me gustó, créalo usted. Este pueblo, donde es una ocupación el pasearse, me agrada a mí, que me había resecado el alma y la vida en un trabajo semejante a las empresas de los héroes y caballeros, si se las desnuda de poesía y se las reviste de egoísmo. Las relaciones entre las personas son aquí dulces y fáciles. Se ven mujeres bonitas, graciosas y finas por

todas partes. Donde tanto abunda el género (perdóneme usted este vocablo comercial), fácil es encontrar lo bueno. A los pocos días de estar aquí, vi a una...» Al llegar a este punto tan delicado, debo reunir todas las fuerzas de mi espíritu para no decir una tontería. Adelante... «Vi a una mujer que me pareció reunir todas las cualidades que durante mi anterior vida solitaria atribuía yo a la soñada, a la grande, hermosa, escogida, única, que brillaba dentro de mi alma por su ausencia y vivía dentro de mí con parte de mi vida. Cuando lo que se ha pensado durante mucho tiempo aparece fuera de uno, en carne mortal, llega la hora de creer en la Providencia y de hallar justificada la vida. Tuve grandísima alegría al ver a la tal mujer, y desde el primer momento me gustó tanto, tanto... Diré las cosas claras, con toda la llaneza de mi carácter. Pues oiga usted: la vi un sábado, y me hubiera casado con ella el domingo. Parecíame haberla visto y conocido y tratado desde muchos años antes, casi desde que ella era tamañita así y apenas alcanzaba a poner las manos sobre esta mesa. Figurábame que poseía yo todos sus secretos y que ninguna particularidad de su vida me era desconocida. No sé por qué su semblante y sus ojos eran su alma, su historia, y tenían una diafanidad admirable y como milagrosa. Cosa rara, ¿verdad? Todo lo que de ella necesitaba yo saber, lo sabía sólo con mirarla. Sospechas de engaño, de doblez, de mentira... ¡Oh!, nada de esto cabía en mí viéndola. El amor y la confianza eran un mismo sentimiento, como en otros casos lo son el amor y el recelo. No necesitaba yo de rebuscados antecedentes para saber que era virtuosa, prudente, modesta, sencilla, discreta, como no necesitaba de ojos ajenos para saber que era hermosa. Y créalo usted: por ser ella de cuna humilde, me gustaba más; por ser pobre, muchísimo más. Aborrezco esas niñas llenas de pretensiones y de vanidad que contrastan con el mediano pasar de sus padres; aborrezco las redichas, las compuestas, las noveleras, las que llevan en su frivolidad la ruina de sus futuros maridos... Bien, adelante... Quise decirle lo que sentía, y no tuve ocasión ni lugar adecuados a mi objeto. Mi timidez me impedía buscar aquella ocasión, y apartar los testigos... Soy poco hablador; me falta el don, mejor dicho, la iniciativa de la palabra. Mi corazón se espanta del ruido, y se sobrecoge azorado cuando la voz se esfuerza en sacarlo a la vergüenza pública. Pensé escribir una larga carta; pero esto me parecía ridículo. No, no; era preciso hacer un esfuerzo, y encararme con ella, y plantear la cuestión en estos términos tan enérgicos como breves: «Yo me quiero casar con usted. Dígame usted pronto sí o no.» Esta resolución la tomé en Burdeos, y sin pérdida de tiempo me vine escapado. Allá estaba más triste que aquí, y cada día que pasaba sin realizar aquel sueño érame la vida más insoportable. No se apartaba de mi imaginación la imagen querida. La veía tan clara, tan clara cual si la tuviera delante, con sus ojos hermosísimos, mañana y tarde de mi vida, su cabello castaño, su expresión dulce y triste, y aquella graciosa conformidad con su estado pobre, que tanto la enaltece en el concepto mío... Por el tren pensaba yo: «Llego, se lo digo, acepta, me caso y nos vamos a Burdeos a vivir, a vivir y a vivir.» Pero llegué, la vi..., ¡demonio de freno!, y no le dije nada. Al llegar a esto, Amparo habrá comprendido perfectamente. Me oirá toda turbada, sin saber qué decir. Casi, casi no necesitaré añadir una sola palabra, ni pronunciar las frases sacramentales y cursis: «Yo la amo a usted», no usadas ya más que en las novelas. Concluiré con estas sustanciosas palabras: «Si le soy poco agradable, dígamelo con franqueza. Un pormenor añado que no creo esté de más. Soy rico, y si usted se quiere casar conmigo, nos estableceremos donde a usted le agrade. ¿En Burdeos? Pues en Burdeos. ¿En la Meca? Sea. ¿Quiere usted vivir en Madrid? Me es igual. Le dejo a usted la elección de patria, pues hoy por hoy me considero desterrado... ¿He dicho algo? ¡Ay!, los mudos que rompen a hablar son terribles. Lo que falta le toca a usted.»

Esta era la estudiada declaración de Caballero; éste era el discurso que en la memoria traía, *mutatis mutandis*, como orador que va al Congreso, pronto a consumir turno parlamentario. Pero cuando llegó el momento de empezar, fuéle tan difícil a nuestro buen indiano dar con el principio, que se le embaru-

llaron en el cerebro todas las partes y conceptos de su bien dispuesta oración, y no supo por dónde romper. Todo, ideas y palabras, se evaporó, se fué, dejándole tan sólo una congoja profunda y el sentimiento tristísimo de su propio silencio. El tiempo, no se sabe cuánto, se deslizó entre aquellas dos figuras mudas; y mientras Caballero miraba a la lámpara cual si de su luz quisiera extraer el remedio de tan gran confusión, Amparo dejaba caer perezosamente sus ojos sobre los renglones del libro y leía frases como ésta de los Salmos: «Estoy hundido en cieno profundo donde no hay pie; he venido a abismos de agua, y la corriente me ha anegado.»

Cerró bruscamente el libro, y como prosiguiendo un coloquio interrumpido, dijo así:

—Y ¿piensa usted volver a Burdeos?

¡Dios de los mudos, qué feliz ocasión! La respuesta era tan natural, tan fácil, tan humana, que si Agustín no hablaba merecía perder para toda su vida el uso de la palabra. Por su cerebro pasó un relámpago. Era una breve, ingeniosa y transparente contestación. Al sentirla en su mente, se conmovió su ser todo, punzado por sobrehumano estímulo. Como habla el teléfono articulando palabras transmitidas por órgano lejano, dejó oír el bueno de Caballero esta gallarda respuesta:

—Sí..., pienso retirarme a Burdeos cuando pierda toda esperanza..., cuando usted se haga monja...

Amparo lo oyó espantada; púsose muy pálida; después, encendida. No sabía qué decir... Y él, tan tranquilo, como el que ha consumado con brusco esfuerzo una obra titánica. Lanzado ya, sin duda iba a decir cosas más concretas. Y ella, ¿qué respondería?... Pero de improviso oyeron un metálico y desapacible son...

¡Tilín!..., la campanilla de la puerta. Bringas y consorte volvían del teatro.

X

No sorprendió a Rosalía hallar a su primo en la casa tan a deshora. Habría ido a ver cómo seguía el pequeñuelo. ¿Qué cosa más natural? Agustín quería tanto a los niños, que cuando estaban enfermitos se acongojaba como si fueran hijos suyos, y se aturdía, y quería llamar a todos los médicos de Madrid. ¡Qué padrazo sería si se casara!... Demasiado aprensivo y meticuloso quizá, pues no había que tomar tan a pecho las ronqueras, las fiebrecillas y otras desazones sin importancia propias de la edad tierna.

El sábado de aquella semana, hallándose Amparo y Rosalía en el cuarto de la costura, la dama habló así con su protegida:

—¿Sabes lo que nos ha dicho hoy Agustín? Que no tengamos cuidado, que él te dotará..., que él te dotará. ¿Oyes? Ahora, decídete.

Amparito no dijo nada, y su silencio turbó tanto el espíritu de la buena señora, que ésta no pudo menos de enojarse un poco.

—Parece que lo tomas con poco calor. Pues mira, para ti haces. Yo he conocido mujeres tontas e irresolutas, pero como tú ninguna. Como no quieras que te salga por ahí un marqués... ¡A fe que están buenos los tiempos!

Amparito, deseando llevar el sosiego al alma de su protectora, dijo que lo pensaría.

—Sí, pensándolo puedes estar toda la vida. Entre tanto, sabe Dios lo que podrá pasar... Madrid está lleno de asechanzas. Déjate ir, déjate ir y verás...

Llegada la hora de marcharse, recogió Amparo su costura, se puso su velo y se despidió.

—Toma—le dijo Rosalía saliendo de la despensa y entregándole con ademán espléndido dos mantecadas de Astorga que por las muchas hormigas que tenían creyérase que iban a andar solas—. Están muy buenas... ¡Ah!, espera. Llevas estas botas viejas de Paquito al zapatero de tu portal para que les ponga palas. Líalas en el pañuelo grande. El lunes, no te olvides de pasar por la tienda de sombreros. Luego vas a la peluquería, y me traes el *crêpé* y el pelo, que Bringas me hace los añadidos, y también hará uno para ti.

Un ratito se detuvo aún, dando vueltas por la casa con disimulo. Esperaba a que Bringas le diera la corta cantidad que acostumbraba poner en sus manos todos los sábados; pero con gran sorpresa y aflicción vió que don Francisco no le daba aquella noche más que un afectuoso «adiós, hija», pronunciado en

la puerta de su despacho. Como ella expresara de un modo muy discreto la sospecha de que su digno patrono padecía un olvido, Bringas se vió en el duro caso, con gran dolor de su corazón, de formular categóricamente la negativa, diciendo, como se dice a los pedigüeños de las calles:

—Por hoy, hija, no hay nada. Otra vez será.

Don Francisco se ajustaba las gafas con la mano derecha, y con la izquierda sostenía la cortina de la puerta de su despacho. Por el corto hueco que resultaba, vió Amparo, al salir, al señor de Caballero, sentado en un sillón y más atento a la descrita escena que al periódico que en su mano tenía.

Aquel día estaba Agustín convidado a comer en la casa, y ocioso es decir que sus agradecidos primos se desvivían en casos tales por obsequiarle y atenderle. Angustiosos sacrificios, consumados sin gloria en el foro interno del hogar, conducían a tal resultado; y en ellos podría encontrarse la explicación de la imposibilidad en que estuvo Bringas aquel sábado de ser tan caritativo como lo fuera otros. Sí; la adición de un plato de pescado, o de un ave flaca, a la comida de diario, perturbaba horrorosamente el presupuesto de la familia, y obligaba a don Francisco a hacer transferencias de un capítulo a otro, hasta que la cuestión aritmética se resolvía castigando el capítulo último, que era el de beneficencia.

Mientras la dichosa familia sentábase alegre a la mesa bien provista, entre la risueña algazara de los niños, Amparito subía lentamente, abrumada de tristeza —que me digan que esto no es sentimental—, la escalera de su casa. Abrió la puerta su hermana, en traje y facha que declaraban hallarse ocupada en vestirse para salir a la calle, esto es, en enaguas, con los hombros descubiertos, bien fajada en un corsé viejo, con el peine en una mano y la luz en la otra.

La salita en que entraron, pequeña y nada elegante, contenía parte de los muebles del difunto Sánchez Emperador: un sofá que por diversas bocas padecía vómitos de lana, dos sillones reumáticos, y un espejo con el azogue viciado y señales variolosas en toda su superficie. El tocador ocupaba lugar preferente en la sala, por no haber en la casa sitio mejor, y sobre el mármol de él puso Refugio el anciano quinqué, para continuar su obra. Se hacía rizos y sortijillas, y a cada rato mojaba el peine en bandolina, como pluma en el tintero, para escribir sobre su frente aquellos caracteres de pelo que no carecían de gracia.

Frontero al tocador estaba el retrato, en fotografía de gran tamaño, del papá de las susodichas niñas, con su gorra galoneada y el semblante más bonachón que se podía ver. Le hacían la corte otros retratos de graduados de la Facultad en medallones combinados dentro de una orla, que debía de estar compuesta con medicinales hierbas y atributos de Farmacia. Sobre la cómoda pesaba descomunal angelote de yeso en actitud de sustentar alguna cosa con la mano derecha, si bien ya no se le daba más trabajo que tener la pantalla del quinqué cuando ésta no se hallaba en su verdadero sitio.

Sentóse Amparo en uno de aquellos sillones de 1840, cuyo terciopelo era del que había sobrado cuando se hicieron los divanes del decanato; y respirando fuerte, a causa del cansancio de subir tantos escalones, no cesaba de mirar a su hermana. Esta, alzando los brazos, seguía consagrada con alma y vida a la obra de su pelo, que era lo mejor de su persona: una masa de dulce sombra que daba valor a su rostro blanco y diminuto. La falta de un diente en la encía superior era la nota desafinada de aquel rostro; pero aun este desentono dábale cierta gracia picante, parecida, en otro orden de sensaciones, al estímulo de la pimienta en el paladar. Con burlesca vivacidad miraban sus ojos picaruelos, y su nariz ligeramente chafada tenía la fealdad más bonita y risueña que puede imaginarse. Cuando se reía, todos los diablillos del Infierno de la malicia serpenteaban en su rostro con un temblor reo como el de los infusorios en el líquido. De sus sienes bajaban unas patillas negras que se perdían difuminadas sobre la piel blanca, y el labio superior ostentaba una dedada de bozo más fuerte de lo que en buena ley estética corresponde a la mujer. Pero lo más llamativo en esta joven era su seno harto abultado, sin guardar proporciones con su talle y estatura. La ligereza de su traje en aquella ocasión acusaba otras

desproporciones de imponente interés para la escultura, semejantes a las que dieron nombre a la Venus Calípije.

Con tales encantos, Refugio no podía sostener comparación con su hermana, cuya hermosura grave, a la vez clásica y romántica, llena de melancolía y de dulzura, habría podido inspirar las odas más remontadas, idilios ternísimos, dramas patéticos, mientras que la otra era un agraciado tema de anacreónticas o de invenciones picarescas. Decía doña Nicanora, la esposa del vecino don José Ido, hablando de Amparito, que si a ésta la cogiesen por su cuenta las buenas modistas, si la ataviaran de pies a cabeza y la presentasen en un salón, no habría duquesas ni princesas que se le pusieran delante.

—¡Y qué cuerpo tan perfecto!—añadió la señora de Ido poniendo, según su costumbre, los ojos en blanco—. He tenido ocasión de verla cuando íbamos juntas a los baños de los Jerónimos... Me río yo de las estatuas que están en el Museo.

Refugio fué la primera que habló, diciendo:

—¿Cuánto traes hoy?

—Nada—replicó Amparo sin despecho.

—Anda, anda a casa de los parientes... Sírvelos. Yo te lo digo y no me haces caso. A ti te gusta ser criada, a mí no. Ahí tienes el pago.

Volvióse hacia su hermana, y articulando mal las palabras, porque tenía dos alfileres sujetos entre los dientes, siguió la filípica:

—Humíllate más, sírvelos, arrástrate a los pies de la fantasmona, límpiale la baba a los niños. ¿Qué esperas? Tonta, tontaína, si en aquella casa no hay más que miseria, una miseria mal charolada... Parecen gente, ¿y qué son? Unos pobretones como nosotras. Quítales aquel barniz, quítales las relaciones, ¿y qué les queda? Hambre, cursilería. Van de gorra a los teatros, recogen los pedazos de tela que tiran en Palacio, piden limosna con buenas formas... No, lo que es yo no los adulo. En mí no machaca la señora doña Rosalía, con sus humos de marquesa. Por eso le dije aquel día cuatro verdades, y no he vuelto allí ni pienso volver... Ella no me puede ver, ni el bobo de su marido tampoco, que parece un pisahormigas... Ya sé que dice herejías de mí... Me lo ha contado la criada... ¡Ay!... Vamos, me sofoco hablando de esa gente... A poco más me trago un alfiler.

Amparo no contestó nada.

—¿Qué traes ahí?—prosiguió Refugio, explorando el lío que Amparo conservaba aún en la mano derecha—. Lo menos un potosí... ¿A ver? Medio panecillo, dos mantecadas de Astorga, tres pedazos de cinta... ¿Te parece que tiremos todo esto al tejado?

Amparo hizo un movimiento como para defender su lío.

—Ya ves lo que sacas del arrimo de esos hambrones... Mírate y mírame. Tú parece que acabas de salir de un hospital; yo voy sin lujo, pero apañadita; tú llevas las botas rotas, y... Mira las que estreno hoy.

Alzó un pie para que su hermana examinara las bonitas botas con que estaba calzada.

—¿Con qué dinero las has comprado?—dijo Amparo, cogiendo la bota y ladeándola como si no hubiera dentro de ella un pie.

Refugio tardó mucho en contestar.

—Que me haces daño... Vaya—dijo, al fin, volviéndose al tocador.

—¿Cuánto te han costado? ¿De dónde has sacado el dinero?

Al cabo de un rato, Refugio dió esta respuesta:

—Vendí aquella falda de raso..., ¿sabes?... Además, yo tenía unos cuartos...

—¿Tú?... ¿Qué tiempo hace que no das una puntada? ¿Has vuelto por la tienda? ¿Te han dado trabajo?

—No hay ahora nada. Está Madrid muy malo—replicó la joven, queriendo esquivar el asunto—. Como la gente no habla más que de revolución dice Cordero que no entra una peseta...

Amparo, quitándose su velo, lo doblaba cuidadosamente para guardarlo en la cómoda. La otra se lavaba los brazos con verdadero furor.

—Ahora, si te parece, comeremos.

Amparo salió al pasillo y fué a la cocina. Al poco rato, volvió diciendo con enfado:

—Cada vez que entro en mi casa se me caen las alas del corazón. ¡Qué desorden! Esto parece una leonera. Ninguna cosa en su sitio. Eres una desastrada... Dios mío, ¡qué cocina! Tú no piensas más que en componerte. ¿Qué has puesto para comer?

—¡Oh!, no te apures... El cocidito de siempre. ¡Ah!... Doña Nicanora me prestó tres huevos.

—Y aquí noto alguna variación. Siempre estás llevando los trastos de un lado para otro. ¿En dónde has puesto las planchas?

—¿Las planchas?...—balbució Refugio un poco turbada—. Te diré..., no queda más que una. Las otras dos las he vendido. ¿Para qué las necesitábamos? Ya sabes que ayer vino el carbonero hecho un demonio... El casero..., hoy... No te enfades, hermanita—añadió, pasándole la mano por la cara con zalamería—. He tenido que empeñar tu mantón...

Amparo se enojó de veras; pero la otra no halló para aplacarla mejores razones que éstas:

—Para evitarlo, hijita, tráete muchos miles de casa de los señores de Bringas... Abre la boquirrita preciosa y pide, pide... Para ellos lo querrían... Dime una cosa: si no hubiera hecho lo que hice, ¿qué comeríamos hoy? ¿Nos mantendríamos con tus mantecadas de Astorga y tu vara y media de cinta?

Amparo, silenciosa y abrumada de pena, había extendido un mantel sobre el hule de una mesa con faldas. Encima puso algunos platos desportillados, cucharas con el mango roto y dos tenedores cuyos mangos de hueso parecían teclas arrancadas de un piano viejo. Al poco rato apareció Refugio con un puchero de cuya boca salía humo, y cuya panza, cubierta de ceniza, conservaba algunas ascuas que se extinguían rápidamente. Lo volcó sobre una fuente, y se lo llevó en seguida. Poco tardó en volver a sentarse: de un cesto sacó varios pedazos de pan, y a medida que los iba poniendo sobre la mesa, decía con sorna:

—Pastel de *fuagrá*..., jamón en dulce..., pavo en galantina.

Con estas tonterías, hasta la hermana mayor, que no estaba para bromas, se sonrió un instante, diciendo:

—Siempre has de ser tonta.

—¡Pues si una se va a poner triste...!

Amparo comía poco de aquel pobre, insustancial e incoloro cocido. Refugio, que había estado en la calle casi todo el día y hecho mucho ejercicio, tenía buen apetito.

—Todos los días no son iguales—dijo la menor—. Puede que cuando menos lo pensemos se nos entre la fortuna por las puertas... ¡Ah!, verás qué sueño tuve anoche... Antes te diré que ayer por la tarde estuve más de una hora en casa de Ido. El buen señor, muy entusiasmado y con los pelos tiesos, se empeñó en leerme un poco de las novelas que está escribiendo. ¡Qué risa!... Vaya unos disparates... Yo le decía: «Don José, sabe usted más que Salomón», y él se ponía tan hueco. Dice que sus heroínas somos nosotras, dos huérfanas pobres, pobres y honradas, se entiende... Resulta que somos hijas de un señor muy empingorotado... y cosemos, cosemos para ganar la vida..., ¡ah!, y hacemos flores. Tú, que eres la más romántica y hablas por lo fino, diciendo unas cosas muy *superfirolíticas*, te entretienes por la noche en escribir tus memorias... ¡Qué risa! Y vas poniendo en tu diario lo que te pasa y todo lo que piensas y se te ocurre. El figura que copia párrafos, párrafos de tu diario... Nunca me he reído más... El hombre me puso la cabeza como un farol... Por la noche, como tenía el entendimiento lleno de aquellas papas, soñé unos desatinos... ¡Qué cosas, chica!, soñé que te había salido un novio millonario.

Amparo, que oía la relación con indiferencia, al llegar a lo del sueño se sonrió de improviso con la mayor espontaneidad. Aquella sonrisa le salía del fondo del alma. Su hermana expresaba su buen humor con sonoras carcajadas.

—Es tarde...—dijo, levantándose impaciente—. Acabaré de vestirme en seguida.

—¿Adónde vas?

—¿Que adónde voy?—replicó Refugio sin saber qué contestar o tomándose tiempo para urdir la contestación—. Ya te lo dije... ¿No te lo dije?... Pues creí que te lo había dicho.

—¿Vas al teatro?

—Justamente. Me han convidado las de Rufete. Después vamos al café, donde hay un cursi que nos convida a chocolate.

—¿A qué teatro vas?

—A la Zarzuela... Entramos en el escenario. Una de las de Rufete es corista.

—Esa gente no me gusta—indicó Amparo de malísimo humor—. Siempre hago propósito de no permitirte ir a ninguna parte, y mucho menos de noche.

Pero no tengo carácter. Soy tan débil...

Ya Refugio se había puesto la falda y se estaba poniendo el cuerpo, estirando la tela con esfuerzo de brazo y manos para poder enganchar los broches. Así resultaba un cuerpo tan fajado y ceñido, que parecía hecho a torno.

—Para sujetarme—dijo la del diente menos, con cierto tonillo de soberbia—sería preciso que atendieras a mis necesidades. Tú puedes vivir de cañamones, como los pájaros, y vestirte con los pingajos que te da la Rosaliona; pero yo... Francamente, naturalmente, como dice Ido...

Se retorcía el cuerpo, cual si tuviera un pivote en la cintura, para verse los hombros y parte de la espalda. El vestido era bonito, nuevo, cortado con elegancia y de forma y adornos un poco llamativos. Otra vez, con alfileres en la boca, dijo a su hermana:

—Y si quieres que te hable clarito, no me gusta que me mandes como si yo fuera una chiquilla. ¿Soy yo mala? No. Me preguntas que cómo he comprado las botas y he arreglado mi vestido. Pues te lo diré. Estoy sirviendo de modelo a tres pintores... Modelo vestido, se entiende. Gano mi dinero honradamente...

—Mejor sería que cosieras y estuvieras en casa. ¡Ay!, hermana, tú acabarás mal...

—Pues tú..., ¿sabes lo que te digo? Tú acabarás en patrona de casa de huéspedes... No iré yo por ese camino. Yo me porto bien.

—No te portas bien; yo he de enderezarte—dijo Amparo, venciendo su debilidad y mostrando energía.

—¿Y con qué autoridad?...

—Con la de hermana mayor.

—¡Valiente bobada!... Si fueras mejor que yo, pase—observó la díscola Refugio, revolviéndose provocativa, irritada, blandiendo su argumento, cual si fuera una espada, ante el pecho indefenso de su hermana—; pero como no lo eres...

Y untando luego la punta de su arma con veneno de ironía, siguió diciendo:

—Paso a la señorita honrada, al serafín de la casa... ¡Ah!, no quiero hablar, no quiero avergonzarte; pero conste que yo no soy hipócrita, señora hermana. Aunque estamos solas, no quiero decir más..., no quiero que se te ponga la cara del color del terciopelo de ese sillón... Abur.

Amparo quedóse fría, y Refugio se fué. Iba tan elegantita, tan bien arreglada, que daba gusto verla. Tenía el culto de su persona, el orgullo de ponerse bien y de ser vista y admirada. Decía de ella doña Nicanora en son de menosprecio:

—Esta que emplea tanto tiempo en lavarse, no puede ser cosa buena... Digan lo que quieran, la mujer honesta no necesita de tanta agua.

XI

Quedóse Amparo sola, sentada en el sillón, apoyado el brazo en el velador y la mejilla en la palma de la mano. En esta postura dejaba ir el tiempo en lenta corrida, y la meditación era en ella como somnolencia. Por su mente discurrían cosas presentes y pretéritas, las unas, agradables; las otras, terriblemente feas, y daban vueltas en infalible serie, como las horas en el círculo del reloj. Cada idea y cada imagen perseguían a las que pasaron primero y eran acosadas de otras. Variaba el color y el sentido de ellas; pero el maldito círculo no se rompía. A ciertos intervalos se presentaba una sombra negra, y entonces la pensadora abría los ojos como espantada, buscando la luz. Y la claridad hacía su efecto; la sombra huía, mas con engañosa retirada, porque el solemne y terrorífico movimiento del círculo la traía de nuevo. Abría Amparo los ojos y sacudía un poco la cabeza. Hay ocasiones en que puede uno llegar a figurarse que las ideas se escapan por los cabellos cual si fueran un flúido emparentado con la electricidad. Por esto tiene la raza humana un movimiento instintivo de cabeza, que es como decir: «Márchate, recuerdo; escúrrete, pensamiento.»

No podía apreciar bien la pensadora el tiempo que pasaba. Sólo hacía de rato en rato la vaga apreciación de que debía de ser muy tarde. Y el sueño estaba tan lejos de ella, que en lo profundo de su cerebro, detrás del fruncido entrecejo, le quemaba una idea extraña...: el convencimiento de que nunca más había de dormir.

Dió un salto de repente, y su corazón vibró con súbito golpe. Había sona-

do la cámpanilla de la puerta. ¿Quién podía ser a tal hora? Porque ya habían dado las diez y, quizá, las diez y media. Tuvo miedo, un miedo a nada comparable, y se figuró si sería... ¡Oh!, si era, ella se arrojaría por la ventana a la calle. Sin decidirse a abrir, estuvo atenta breve rato, figurándose de quién era la mano que había cogido aquel verde cordón de la campanilla, nada limpio por cierto. El cordón era tal, que siempre que llamaba se envolvía ella los dedos en su pañuelo. La campana sonó otra vez... Decidióse a mirar por el ventanillo, que tenía dos barrotes en cruz.

—¡Ah!..., es Felipe.

—Buenas noches. Vengo a traerle a usted una carta de mi amo—dijo el muchacho, cuando la puerta se le abrió de par en par y vió ante sí la hermosa y para él siempre agradabilísima figura de la Emperadora.

—Entra, Felipe—murmuró ella con la dificultad de voz que resulta cuando el corazón parece que sube a la laringe.

—¿Cómo lo pasa usted?

—Bien... ¿Y tú?

—Vamos pasando. Tome usted.

—¿No te sientas?

Tomó Amparo la carta. No sabía cómo abrirla, y el corazón le dijo que no contenía, como otras veces, billetes de teatro. Luego venía tan pegado el sobre, que le fué preciso meter la uña por uno de los picos para abrir brecha y rasgar después... ¡Jesús!... Si no acertaba tampoco a sacar lo que dentro había... ¡Dedos más torpes!... Por fin salió un papel azul finísimo, y dentro de aquel papel dejáronse ver otros papeles verdes y rojos y no muy aseados. Eran billetes del Banco de España. Amparo vió la palabra *escudos*, ninfas con emblemas industriales y de comercio, muchos numeritos... Le entró tal estupidez, que no supo qué hacer ni qué decir. Tuvo la idea de meter los papeles otra vez dentro del sobre y devolverlo. ¿Pero se enfadaría?... Puso la carta y su contenido en la mesa, y sobre todo apoyó el brazo. Tanta era su emoción, que necesitaba tomarse tiempo para adoptar el mejor partido.

—Siéntate, hombre... A ver, cuéntame qué es de tu vida...

Hablando, hablando, quizá se restablecería el orden en su cabeza trastornada.

—Dime: ¿qué tal te va con tu amo?

—Tan bien que no sé lo que me pasa. Yo digo que estoy durmiendo.

—¿Tan bueno es?

—¿Bueno? No, señora; es más que bueno, es un santo—afirmó Centeno, con énfasis.

—Ya, ya. Bien se conoce que estás en grande. Pareces un señorito. Ropa nueva, sombrerito nuevo.

—Es un santo, un santo del cielo—repitió el *Doctor* con cierto arrobamiento.

—¿Y estudias?

—Ya lo creo... Tengo poco trabajo y voy al Instituto... Le digo a usted que me vino Dios a ver.

—¡Cuánto me alegro!

Por un instante se apartó la mente de Amparo del interés de lo que oía para pensar así:

«¿Qué cantidad será ésta? Me da vergüenza de mirarlo ahora delante del muchacho.»

Mientras esto pensaba ella, Centeno se entretenía en contemplar a su sabor la perfecta cara, las acabadas manos y brazos de la Emperadora. Era Felipe uno de los admiradores más fervientes que ella tenía, y se habría estado mirándola sin pestañear tres semanas seguidas.

—Pero cuéntame, ¿cómo tuviste la suerte de conocer a ese señor?

—¡Ah!... Vea usted... Yo estaba el año pasado en un oficio muy perro.

—Sí; tocando la trompeta con el del petróleo.

—Después entré en la tienda de la calle Ancha, ya sabe usted, el número diecisiete, donde dice: *Ultramarinos de Hipólito Cipérez.* No me iba mal allí. Don Agustín era amigo de mi amo; le había conocido en las Américas... Cuando se ponían a hablar, no concluían. Don Agustín registraba toda la tienda, y como es tan entendido en comercio, preguntaba: «¿A cuánto sube el arroz sobre vagón en Valencia? ¿Cómo se detalla aquí el azúcar? ¿A cuánto sale la galleta inglesa? ¿Son buen negocio las conservas de Rioja?» Y Cipérez le enteraba de todo. Muchos días comían juntos en la trastienda, y siempre que mi amo mandaba un recado a don Agustín, iba yo a llevarlo. Me gustaba mucho aquel caballero, y decía él que yo le había caído en gracia. Oiga usted lo mejor. Un día entró don Agustín en la tienda y dijo: «Caramba, estoy tan aburrido, que una de tres: o me pego un

tiro, o me caso, o me pongo a trabajar; es decir, una de tres: o me mato, o me alegro, o me embrutezco para no sentir nada... Lo primero es pecado; lo segundo es difícil; vamos a lo tercero. Tengo ganas de hacer algo; déjeme usted que le ayude.» Y poniéndose en mangas de camisa, se fué al almacén, ¡qué salero!, y empezó a pesar sacos, a apartar cajas de pasas y a confrontar facturas para sacar los precios. El otro chico y yo no podíamos menos de echarnos a reír; pero don Agustín no se enfadaba. Al otro día, que era domingo, nos dió para que fuéramos al teatro. Una noche, hablando con Cipérez de las cosas de su casa, dijo que necesitaba un criado y que yo le gustaba, y me fuí con él. Yo dije: «Aquí es la mía», y le enseñé mis libros y le pedí que me dejara libre algunas horas para volver al Noviciado. Se puso muy contento. «Hombre, sí; hombre, sí...» Poco trabajo tengo, porque hay dos criadas. Una de ellas, que es la que manda, hermana de la mujer de Cipérez, es muy buena señora, muy buena señora. Y allí ha de ver usted abundancia, sin que se pueda decir que hay derroche. La casa es un palacio. No crea usted..., cortinas de seda, alfombras y candeleros de plata... En la cocina hay máquina para hacer helado, y en el comedor un servicio de huevos pasados que es una gallina con pollos, todo de plata. La gallina se destapa, y allí se ponen los huevos pasados. A los pollos se les levanta la cabeza, y son las hueveras, y en el pico se pone la sal. ¡Oh!, pues si usted viera... En uno de los cuartos hay una pila de mármol con dos llaves, una de agua fría, otra de agua caliente. Da gusto ver aquello... La cocina es de hierro, con muchas puertas, tubos, hornillas, y horno, y demonios... ¡Vaya, que ha gastado el amo dinerales en arreglar la casa! Es suya; pues ¿qué cree usted?, la compró por tantos miles de miles de duros. Vivimos en el principal. ¡Si usted la viera! El amo tiene cama grande, muy grande. Dicen que se quiere casar... Y luego hay muchas alcobas, muchas, que, según doña Marta, serán para los niños... Hay un armario de tres espejos para ropa de señora. Está vacío. Yo meto en él la cabeza para oler el cedro, que huele muy bien... Síguele otro armario, lleno de montones de ropa blanca, que el señor trajo de París. Aquello no se toca. Hay allí mantelerías y otras cosas muy ricas, pero muy ricas; telas con mucho encaje, ¿sabe?... Es cosa para que no la toquen manos... Pues también tenemos un cajón de cubiertos de plata que no se usan nunca, y vajillas que están todavía metidas dentro de paja. Dice doña Marta que hay allí avíos para una casa de cuarenta de familia. Y todos los días están trayendo cosas nuevas. Don Agustín, como no tiene nada que hacer, se entretiene en ir a las tiendas a comprar cosas. El otro día llevaron una lámpara grande de metal. Parece de oro y plata, y tiene la mar de figuras y ganchos para luces... ¡Ah!, si viera usted una licorera que es un barco con sus velas, y está cargado de copas... En fin, monísimo. En el cuarto que va a ser de la señora hay muchos, muchísimos monigotitos de porcelana. No pasa día sin que el amo traiga algo nuevo, y lo va poniendo allí con un cuidado... ¡Y qué sofá, qué sillas de seda ha puesto en el tal cuarto! Nosotros decimos: «Aquí tiene que venir una emperatriz...» ¡Ah!, también hay en el cuarto de la señora una jaula de pájaros, todo figurado, con música, y cuando se le da al botón que está por abajo, *tiriquitiplín*..., empiezan a sonar las tocatas dentro, y los pájaros mueven las alas y abren el pico...

Centeno se reía; Amparo se echó a reír también, y al mismo tiempo sus ojos se humedecieron.

—Y tu amo, ¿qué hace?... ¿En qué se ocupa?

—Madruga mucho, escribe sus cartas para América, y después sale a dar un paseo a caballo. Monta muy bien. ¿Le ha visto usted? Es un gran jinete. Después que vuelve de pasear lee el correo... Suele ir por las tardes a casa de los señores Bringas. Algunos días le entra la murria y no sale de casa. Se está todo el santo día dando vueltas en su despacho y en el cuarto de la señora.

—Y ¿tiene mal genio?

—¿Qué está usted diciendo, señora? ¿Mal genio? Lo dicho: o mi amo es santo, o no creo en santo ninguno. Conmigo tiene bromas. No me riñe sino así. «Hombre, hombre, ¿qué es eso?» Otras veces viene y me dice: «Felipe, formalidad.» Y punto... Yo me porto bien, aunque me esté mal el decirlo.

Cuando estoy estudiando en mi cuarto, porque tengo mi cuarto, suele entrar de repente, y coge mis libros y los lee... Como ha estado tantos años trabajando, no sabe mucho si no es de cosas de comercio, quiero decir, que no ha tenido tiempo de leer. A mí me pregunta de cuando en cuando alguna cosa, y si la sé le contesto; pero casi siempre da la condenada casualidad de que yo también me pego, y nos quedamos los dos mirándonos el uno al otro.

—¿Van muchos amigos a su casa?

—¡Quia!, no, señora. Constantes no van más que tres; el señor de Arnáiz, el señor de Trujillo y el señor de Mompou. Toman café en casa y juegan al billar con el amo. Son buenas personas. Lo que no falta nunca allí a todas horas del día es gente que va a pedir limosna, porque el señor es muy caritativo. ¡Ay Dios mío, qué júbilos! Unos van con cartitas; éstos, con un papel lleno de nombres, y otros se presentan llorando. Van viudas, huérfanos, cesantes, enfermos. Este pide para sí, aquél para unos niños mocosos. Dice doña Marta que la casa parece un valle de lágrimas. Y el amo es tan buenazo, que a todos les da más o menos. Las monjas van así..., en bandadas. Unas piden para los viejos; otras, para los niños; éstas, para los incurables; aquéllas, para los locos, para los ciegos, para los lisiados, para los tiñosos y para las arrepentidas. Van artistas que se han estropeado una mano, y bailarinas que se han descoyuntado un pie; cantantes que se quedaron roncos y albañiles que se cayeron de los andamios. Van clérigos de la parroquia que piden para las monjas pobres, y señoras que juntan para los clérigos imposibilitados. Algunos piden con la pamema de una rifa, y llevan una fragata dentro de su fanal, colchas bordadas o una catedral hecha de mimbres. Ciertos sujetos clamorean para el beneficio de un cómico pobre, o para redimir del servicio militar a un joven honrado. Hay mujer que va pidiendo para una misa que ofreció, o para una enferma que necesita tales baños. Las murgas están siempre soplando a la puerta de casa, y, en fin, mi amo, como dice doña Marta, es el segundo Dios de los necesitados... ¡Y como es tan rico...! Porque usted no sabe bien lo rico que es mi amo. ¡Tiene más millones, más millones...!—al llegar aquí, Felipe se había entusiasmado tanto que se levantó y gesticulaba como un orador—. ¿Qué cree usted? El Banco le debe mucho, y cuando quiere dinero, pone su firma en un papelito y se lo da al cobrador de Arnáiz, el cual le trae luego una espuerta de billetes...

Ambos reían con natural y expansivo gozo.

—Me parece, amigo Felipe, que exageras mucho.

—¿Qué está usted diciendo?... Si es más que millonario. Al Gobierno le ha prestado la mar de dinero; sí, señora, al Gobierno. En Londres, en Burdeos y en América tiene... No se puede contar.

Centeno expresó con indescriptible gesto la imposibilidad en que estaba de apreciar por medio de la aritmética los fabulosos caudales de su amo.

Por grande que fuera el interés con que Amparo oía las maravillas contadas por Felipe, mayor era su curiosidad por examinar a solas el contenido de la carta y ver si aquel bendito hombre había escrito algo en ella. Abrasada de impaciencia, dijo al muchacho:

—Mira, Felipe, es tarde. ¿No te reñirá tu amo si te entretienes? Creo que debes retirarte.

—Las nueve menos cuarto—dijo el *Doctor*, sacando del bolsillo, con cierta afectación, un bonito *remontoir* americano.

—¡Hola, hola!, ¿tienes reloj? ¡Chico!...

—Y de plata. Me lo dió el amo el día de San Agustín... Tiene razón la señorita. Debo marcharme. Don José Ido me dijo que al bajar entrara en su cuarto para charlar un poquito; pero es tarde...

—Sí, más vale que te vayas a tu casa —indicó Amparo, temerosa de que Ido y su mujer, que eran muy chismosos, se enteraran del recado que Felipe había traído—. Pórtate bien con tu amo y no le des disgustos, entreteniéndote fuera de la casa. No encontrarás otro arrimo como ése. Debes traerle en palmitas, debes ponerle sobre tu corazón...

—En mis propias entretelas, señorita... Conque...

—Adiós, hijo.

—Que usted lo pase bien... Que usted se conserve siempre tan buena...

—Adiós, hombre.

—Y tan guapa—añadió el *Doctor*, que ya iba aprendiendo a ser galante.

XII

En cuanto Amparo se quedó sola, faltóle tiempo para ver y examinar lo que había recibido. En blanco estaba el papel que envolvía los billetes, los cuales, ¡oh prodigio!, representaban suma doscientas veces mayor que la que Bringas acostumbraba darle todos los sábados. Ella miraba el papel azul, creyendo encontrar algún signo, alguna cifra que fuesen expresión de la magnanimidad de aquel hombre santo, angelical, único; pero no había nada, ni un rasgo de pluma. Tal laconismo superaba en elocuencia a los mejores párrafos. Amparo le trajo a su memoria con vivo esfuerzo del espíritu, y creía estarle viendo, al través de la puerta del despacho, sentado y con un periódico en la mano, mientras Bringas la despedía con las desabridas palabras: «¡Hija, otra vez será!»

Grandísima fué la confusión de la joven al pensar qué haría con aquel dinero. Devolverlo era un acto orgulloso que ofendería al donador. ¡Y verdaderamente le hacía tanta, tantísima falta!... El casero la acosaba, y no la dejaban vivir acreedores igualmente feroces. Sí, sí; lo mejor que podía hacer era humillarse ante la majestad de aquella alma grande, y aceptar el socorro para atender a sus congojosas necesidades. El no lo hacía por vanidad de hombre rico; hacíalo por puro anhelo de caridad y amor. ¿Cómo desairar estos dos sentimientos que, según la religión, son uno solo?

Esta consideración llevó sus ideas por otro camino. Lo que Agustín le había dicho algunas noches antes era de gran valor. Antes de oír aquella sustanciosa frase, ya ella había comprendido, con femenil penetración, que el señor de Caballero no la miraba como se mira a las personas que nos son indiferentes. Había sabido ella interpretar, con seguro tino, aquella frialdad de estatua, aquel silencio grave. Luego, él, de improviso, había dicho: «Me volveré a Burdeos cuando pierda la esperanza, cuando usted...» ¡Oh!, no, no; no podía ser; caso tan feliz salía fuera de los justos términos de la ambición humana... Pero ¿qué significa entonces aquel regalo, que, si a primera vista no parecía delicado, revelaba franqueza noble y el deseo de atemperarse a las circunstancias? Y siendo ella pobre, pobrísima, ¿por qué no había de auxiliarla quien aspiraba nada menos que a...? Sueño, delirio; esto no podía ser... No obstante, un secreto instinto le decía que sí. Bien claro habían hablado aquellos ojos negros. Y el consabido socorro debía entenderse como un intento de ponerla en condiciones de igualarse a él... Otra confusión: siendo indudable que Caballero la quería para sí, ¿en qué condiciones sería esto? ¿Quería hacerla su esposa o su...? El había dicho varias veces que deseaba casarse. A más de esto, aquella frase que dijo a Rosalía, aquel *yo la dotaré*, encerraba un sentido enteramente matrimonial.

Más se confundía Amparo al pensar lo que debía decir a su protector cuando le viera en la casa de Bringas. ¿Le daría las gracias, lo mismo que si hubiera recibido la butaca de un teatro o una caja de dulces? No... ¿Se callaría? Tampoco. ¿Le endilgaría un largo y bien estudiado discurso? Menos. No era caso de decir: «¡Ave María! Don Agustín, ¡qué cosas tiene usted!» La respuesta al gallardo obsequio era tan difícil y compleja, que lo mejor sería confiarla al papel. ¡Una carta! Feliz idea. Amparo tomó papel y pluma... Pero las dificultades fueron tales desde la primera palabra, que arrojó la pluma, convencida de su incapacidad para obra tan delicada. Todo cuanto se le ocurría resultaba pálido, insulso y afectado, como si hablara por ella un personaje de las novelas de don José Ido. Nada, nada de papeles escritos. El estilo es la mentira. La verdad mira y calla.

Las cosas que bullían en su cabeza, los proyectos que acariciaba, los desfallecimientos que sentía de pronto, pusiéronla en tal estado de sobreexcitación, que si no era la misma locura, poco le faltaba para llegar a ella. Añadíanse a tantos motivos de frenesí las maravillas contadas por Felipe, que no parecían sino *Las mil y una noches*, refundidas a estilo casero. En el rebullicio que tenía en su cabeza, vió Amparo los grifos del baño, la cocina con tantas puertas y hornillos, los montones de ropa y de vajilla, las figuritas de porcelana y los pájaros de

la caja de música. Ya se paseaba por la salita, dando aire y espacio a todo aquel efluvio de pensamientos vanos; ya se sentaba para mirar atentamente a la luz, ya iba de una parte a otra de la casa. La una sonó en el reloj de la Universidad, y Amparo no pensaba en pedir reposo al sueño.

Refugio entró. Sorprendida de ver a su hermana levantada, tembló, esperando una reprimenda por llegar tan tarde. Tenía el rostro encendido, y de sus ojos brotaban resplandores de fiebre o de alegría.

—¿Qué hay?—preguntó Refugio, antes de quitarse la toquilla con que se abrigaba.

Tan poco imperaba el egoísmo en el alma de la mayor de las Emperadoras, que hizo entonces, como otras muchas veces, lo más contrario a su conveniencia personal. ¡Era tan débil! Dejándose arrastrar de su índole generosa, mostró los billetes.

Refugio abrió los ojos, enseñó los dientes en un reír vesánico, y dijo con toda su voz, enronquecida por el frío de la noche:

—¡Chica, chica!

—¡Ah! Poco a poco—dijo Amparo, guardándose en el seno su tesoro con rápido movimiento—. Esto ha venido para mí. Que yo, como buena hermana. lo parta contigo, no quiere decir que tengas derecho...

—¿Pero quién...?

—Eso no te lo puedo decir... Lo sabrás más adelante... Pero te juro que es el dinero más honrado del mundo. Se pagarán todas las deudas. Y si te portas bien, si haces lo que te mande, si me prometes trabajar y no salir de noche, te daré algo... Acuéstate, estarás cansada.

Refugio, sin decir nada, entró en la alcoba. Desde la sala se la podía ver colgando su ropa en una percha. Amparo se acostó también. En la oscuridad, de cama a cama, las dos hermanas hablaban.

—Se entiende que has de portarte bien..., hacer todo lo que yo te mande. Tu decoro es mi decoro; y si tú eres mala, mi opinión ha de padecer tanto como la tuya.

—Es que para que yo sea buena—replicó la otra desde el hueco de sus sábanas—lo primero que has de hacer es suprimir los sermones. No prediques, que eso no conduce a nada. ¿Por qué es mala una mujer? Por la pobreza... Tú has dicho: «Si trabajas...» ¿Pues no he trabajado bastante? ¿De qué son mis dedos? Se han vuelto de palo de tanto coser. ¿Y qué he ganado? Miseria y mas miseria... Asegúrame la comida, la ropa, y nada tendrás que decir de mí. ¿Qué ha de hacer una mujer sola, huérfana, sin socorro ninguno, sin parientes y criada con cierta delicadeza? ¿Se va una a casar con un mozo de cuerda? ¿Qué muchacho decente se acerca a nosotras viéndonos pobres?... Y ya sabes: desde que la ven a una tronada y sola, ya no vienen a cosa buena... La costura, ¿para qué sirve? Para matarse. ¿Ese dinero lo has ganado tú haciendo camisas, bordando, o poniendo cintas a los sombreros?... ¡Qué risa! ¿Te lo han dado los Bringas?... ¡Tendría sal! Pues ¿de dónde lo has sacado? ¿Hay debajo de las tejas quien dé dinero por darlo, por hacer favor, por caridad pura?... No, hija: a mí no me vengas con hipocresías... ¿Es que puede suceder que lluevan billetes de Banco? Tampoco. Pues entonces habla claro... Chica, yo necesito treinta duros; pero los necesito mañana mismo. Es que los debo, hija, los debo, y yo tengo mucha conducta.

Poco a poco se fueron entrecortando las palabras de Refugio. Estaba tan fatigada, que la excitación cerebral, producida por la vista de aquel inexplicable tesoro, fué vencida del cansancio. Se durmió profundamente, como ella dormía, con la tranquilidad del justo, resultado de una fácil conciencia. Por la mañana, Amparo, que estaba despierta, sintió que su hermana se levantaba despacito, procurando no hacer ruido, y metía con sigilo y cautela la mano entre las almohadas...

—Chica, no enredes—dijo la Emperadora mayor, aplicándole ligera bofetada—. Estoy despierta. No he dormido en toda la noche. ¿Buscas el dinero? Sí, para ti estaba...

Refugio volvió a su cama, riendo. Toda la mañana, ya después de levantadas, estuvieron cuestionando, a ratos en broma, a ratos con seriedad. Negábase Amparo a dar dinero a su hermana si no prometía variar de costumbres, y Refugio, para conseguir su objeto sin renunciar a su libertad, empleaba toda

suerte de halagos y carantoñas, o bien de tiempo en tiempo las amenazas, revolviéndolas con mentiras muy bien urdidas. Tenía un gran compromiso con las de Rufete, y cuando le pagaran los pintores a quienes servía de modelo, devolvería a su hermana la cantidad que le anticipase. De este enredo pasó a otro, y luego a otro, hasta que Amparo, cansada de oírla, la mandó callar; pero, irritada la pequeña, dejóse arrebatar de la ira, y con la voz de sus ya indomables pasiones increpó a su hermana de esta manera:

—Guarda tu dinero, hipocritona... No lo quiero... Me quemaría las manos. Es de pie de altar.

Tanta impresión hicieron en el ánimo de la otra estas palabras, que estuvo a punto de caer al suelo sin sentido. Sin responder nada, corrió a la alcoba y se reclinó sobre la cama, rompiendo a llorar. En la salita, Refugio, desbocada, prosiguió así:

—Tiempo hacía que no parecían por aquí dineritos de la lotería del diablo...

Después de una pausa lúgubre, Refugio vió que por entre las cortinillas de la alcoba asomaba el brazo de su hermana. La mano de aquel brazo arrojó dos billetes en medio de la sala.

—Toma, perdida—dijo una voz, ahogada por los sollozos.

Refugio tomó el dinero. Manejando un hábil resorte de vergüenza y terror, conseguía de su hermana todo lo que deseaba. Amparo no había sabido sustraerse a este execrable dominio.

Aplacado su furor con la posesión de lo que apetecía, la hermana menor sintió en su alma cosquilleos de arrepentimiento. Era su carácter pronto y como explosivo, y tan fácilmente se remontaba a las cumbres de la ira como caía deshecho en el llano de la compasión. Había ofendido a su hermana, habíale dado terrible golpe en la herida sangrienta y dolorosa; y, afligida del recuerdo de esta mala acción, esperó a que la agraviada saliese para decirle alguna palabra conciliadora. Pero no salía: sin duda, no quería verla, y Refugio, al cabo, más vencida de su impaciencia que de la compasión, salió a la calle.

Aquel día, por ser domingo, no fué Amparo a la casa de los Bringas. Entretúvose en arreglar la suya y coser su ropa, y después de una breve excursión a la calle para comprar varias cosillas que le hacían mucha falta, volvió a su trabajo doméstico con verdadero afán. Hizo propósito de establecer el mayor arreglo y limpieza en su estrecha vivienda. Pero, ¡ay!, con aquella loca de su hermana no era posible el orden. «¿Qué saco de comprar nada—pensó—, si el mejor día me lo vende o me lo empeña todo?»

Comió sola, porque la andariega no pareció en todo el día. Entró de noche, ya muy tarde; pero las dos hermanas no se hablaron una palabra Amparo estaba muy seria; Refugio parecía sumisa y deseosa de perdón. Viendo que su hermana no se daba a partido, bajó a casa de don José y estuvo charla que charla toda la noche. Estas tertulias en casa de los vecinos desagradaban mucho a su hermana mayor.

XIII

Al día siguiente, lunes, se presentó Amparo a Rosalía, después de cumplir diferentes encargos de ésta. Una de las primeras conversaciones que tuvieron fué horriblemente antipática, en términos que Amparo, de buena gana, habría puesto una mordaza en la boca de su excelsa protectora.

—Hoy estuve en San Marcos—le dijo ésta—, y me encontré a doña Marcelina Polo... ¡Qué desmejorada está la pobre señora! Será por los disgustos que le ha dado su hermano, que, según dicen, es una fiera con hábitos... Me preguntó por ti, y le dije que estabas buena, que quizá entrarías en un convento. ¿Sabes cómo me contestó?

Amparo aguardaba, más muerta que viva.

—Pues no me dijo nada; no hizo más que persignarse. Entró ella en la sacristía, y oí yo mi misa.

Llegada la hora en que acostumbraba ir Caballero, la joven no sabía si era temor o deseo de verle lo que embargaba su ánimo... Pero el generoso no fué, ¡cosa extraña!, y Amparo no se explicaba la falta sino suponiendo en él algo de lo que ella misma sentía: temor, cortedad, timidez. El también era débil, sobre todo en asuntos del corazón, y afrontar no sabía las situaciones apuradas. En vez

de Caballero, fué aquel día un señor, amigo de la casa, el hombre más cargante que Amparo recordaba haber visto en todos los días de su vida. Era un presumido que se tenía por acabado tipo de guapeza y buena apostura, y se las echaba de muy pillín, agudo y gran conocedor de mujeres. Mientras estuvo allí no apartó de Amparo sus ojos, que eran grandísimos, al modo de huevos duros y con expresión de moribundo carnero. La vecindad de una nariz pequeñísima daba proporciones desmesuradas a los ojos, que, en opinión del propio individuo, su dueño, eran las más terribles armas de amorosas conquistas. Dos chapitas de carmín en las mejillas contribuían al estrago que tales armas sabían hacer. Sonrisa con pretensión irónica acompañaba siempre al despotrique de miradas que aquel señor echaba sobre la joven; y sus expresiones eran tan enfatuadas, reventantes y estúpidas como su modo de mirar. Llamábase Torres, y era un cesante que se buscaba la vida sabe Dios cómo. La impresión que este individuo y sus miradas hacían en la huérfana quedan expresadas diciendo que ésta le tenía sentado en la boca del estómago.

Fuera de este suplicio de ojeadas y sandeces, nada ocurrió aquel día digno de contarse; mas cuando la joven volvió a su casa, ya entrada la noche, recibió de la portera una carta, y al ver la letra del sobre sintió temor, ira, rabia; estrujóla, y, al subir a su vivienda, la rompió en menudos pedazos, sin abrirla. Los trozos de la carta, metidos unos dentro de los fragmentos del sobre y otros sueltos, estuvieron algún tiempo en el suelo, y cada vez que Amparo pasaba cerca de ellos parecía que solicitaban su atención. Hasta se podía sospechar que sobrenatural mano los dispuso sobre la estera de modo que expresasen algo y fueran signo de alguna muda, pero elocuente, solicitud. Mirábalos ella y pasaba, pisándolos; pero los pedacitos blancos le decían: «Por Dios, léenos.» Para borrar todo rastro de la malhadada epístola, Amparo trajo una escoba, que, si es emblema del aseo, también lo es del menosprecio. Pero a los primeros golpes pudo la curiosidad más que el desdén. Inclinóse, y de entre el polvo tomó un papel que decía: *moribundo*. Después vió otro que rezaba: *pecado*. Un tercero tenía escrito: *olvido que asesina*. Barrió más fuerte, y bien pronto desapareció todo.

Mas concluída la barredura, el desasosiego de la Emperadora fué tan grande, que no pudo comer con tranquilidad. A media comida levantóse de la insegura silla; no podía estar en reposo; sus nervios iban a estallar como cuerdas demasiado tirantes. Levantó manteles; púsose las botas, el velo, y se dirigió a la puerta; pero desde la escalera retrocedió asustada, y vuelta a descalzarse y a guardar el velo. Aunque estaba sola y con nadie podía hablar, la viveza de su pensamiento era tal que arrojó a la faz de la tristeza y de la penumbra reinantes en su casa estas extravagantes cláusulas:

—No, no voy... Que se muera.

Más tarde debieron de nacer nuevamente en su espíritu propósitos de salir. Suspiros lanzaba que harían estremecer la compasión al que presente estuviera. Después lloraba. ¿Era de rabia, de piedad, de qué...? Acostóse al fin y durmió con intranquilo sueño, entrecortado de negras, horripilantes pesadillas. Medio dormida, medio despierta, oyéronse en la angosta alcoba ayes de dolor, quejidos lastimeros, cual si la infeliz estuviese en una máquina de tormento y le quebrantaran los huesos y le atenazaran las carnes, aquella carne y aquellos huesos que componían, según doña Nicanora, la más acabada estatua viva que produjera el cincel divino. Despierta antes del día, en su cerebro, como luz pendiente de una bóveda, estaba encendida esta palabra: «Iré.» Y la oscilación y el balanceo de esta palabra encendida eran así: «Debo ir; mi conciencia me dice que vaya, y mi conveniencia también, para evitar mayores males. Voy como si fuera al cadalso.»

Lo primero que tuvo que hacer fué inventar la explicación de su ausencia de la casa de Bringas. Cuando no las pensaba con tiempo, estas mentirijillas le salían mal, y en el momento preciso se confundía, dando a conocer que ocultaba la verdad. Inventado el pretexto, se dispuso a salir, no efectuándolo hasta que se hubo marchado su hermana. Las diez serían cuando se echó a la calle, digámoslo en términos revolucionarios, y tan medrosa iba, que se consideraba ob-

servada y aun seguida por todos los transeúntes.

«Parece que todos saben adónde voy —pensaba andando más que de prisa—. ¡Qué vergüenza!»

Y la idea de que pudiera encontrar personas conocidas, haciala pasar bruscamente de una acera a otra y tomar las calles más apartadas. Habría deseado, para ir tranquila, ponerse una careta; y si aquellos días fueran los de Carnaval, seguramente lo habría hecho. Atravesó todo Madrid, de Norte a Sur. Las once serían cuando entraba en la calle de la Fe, que conduce a la parroquia de San Lorenzo, y reconoció desde lejos el término de su viaje por una alambrera colgada junto a una puerta, como insignia del tráfico de trapo y cachivaches. *Se compra trapo, lana, pan duro y muebles,* decía un sucio cartelito colgado en la pared. El portal no tenía número. Amparo, que no había estado allí más que una vez, cuatro meses antes, no podía distinguirlo de los demás portales sino por aquel emblema de la alambrera y del rótulo. Ya tan cerca del fin de su carrera, vacilaba; pasando junto a la mampara de un memorialista, penetró en feísimo patio, por el cual corría un arroyo de agua verde, uniéndose luego a un riachuelo de líquido rojo. Eran los residuos de un taller de tintorería de paja de sillas establecido en aquellos bajos.

Atravesó la joven apresuradamente el patio de un ángulo a otro. Temió que unas mujeres que estaban allí le dijesen alguna insolencia; pero no hubo nada de esto. En un rincón del patio había una puerta que daba paso a la escalera, cuyo barandal era de fábrica. Paredes, escalones y antepechos debieron de ser blanqueados en tiempos de Calomarde; mas ya era todo suciedad y mugre lustrado por el roce de tantos cuerpos y faldas que habían subido por allí. Silencio triste reinaba en la escalera, que parecía una cisterna del revés. Se subía por ella al abismo, porque mientras más alta, más oscura. Por fin llegó Amparo a donde pendía un cordón de cáñamo. Era menos limpio que el de su casa, por lo que hubo de cogerlo también con el pañuelo. Llamó quedito, y no tardó en abrirse la puerta, pintada de azul al temple, dejando ver colosal figura de mujer anciana, cuya cara morena, lustrosa y curtida, parecía una vieja talla de nogal. Sus cabellos, de color de estopa sin cardar, salían por debajo de un pañuelo negro, y era también negro el vestido con visos de ala de mosca que declaraban antecedentes de sotana. La voz cascada de aquella mujer dijo estas palabras, acompañadas de un reír menudo, semejante al rumor de un sonajero:

—¡Gracias a Dios! Que repiquen las campanas... Poco contento se va a poner.

—¿Hay alguien, Celedonia? ¿Hay alguna visita?—dijo Amparo con muchísimo recelo.

—Aquí no viene nadie, hija... Está solo y dado a los demonios. Adelante. No tiene nada, nada más que soledad y tristeza. Le digo que pase y no quiere... Pase, pase. ¿A qué viene ese miedo? Ahora que tiene compañía, me voy a casa del tintorero.

Amparo entró en una sala no muy grande, cuyas dos ventanas daban al patio. Contenía esta pieza el moblaje de otra que había sido mayor, y de aquí su aspecto de prendería. El polvo dominaba absolutamente todo, envolviendo en repugnante gasa los objetos. Parecía un domicilio cuyos dueños estuvieran ausentes, dejándolo encomendado al cuidado de las arañas y los ratones. En el rincón opuesto a la puerta, detrás de una mesilla de salomónicas patas, colocada junto a la ventana, había un sillón de hule negro y roto. En el sillón estaba un hombre, más bien que sentado, hundido en él, cubierto de la cintura abajo con una manta.

Al verle, la Emperadora fué hacia él, ligera. La fisonomía del hombre enfermo era todo dolor físico, ansiedad, turbación. Ella, turbada también, le alargó su mano, que él la tuvo entre las suyas mientras decía:

—Alabado sea Dios... ¡Tantos meses sin parecer por aquí! Me hubiera muerto..., quería morirme. ¡Ah Tormento, Tormento!... ¡Abandonarme así, como a un perro; dejarme perecer en esta soledad...!

—Yo no debía venir... Había hecho propósito de no venir más... Pecado horrible que no puede tener perdón.

Diciendo esto, parecía que se ahogaba. Rompió a llorar, ¡y de qué manera!... Vertía lágrimas antiguas, lágrimas pertenecientes a otros días y que no habían brotado en tiempo oportuno. Por eso te-

nían salobridad intensa, y le amargaban horriblemente cuando se las bebía. Vuelta la espalda al enfermo, estaba inmóvil y en pie, como una de esas bonitas imágenes que, vestidas de terciopelo, barnizada la cara y con un pañuelo en la mano, representan con su llanto eterno la salvación por el arrepentimiento.

Mirábale él con torvos y asustados ojos. También él lloraba quizá, pero por dentro. Su cara era cual mascarilla fundida en verdoso bronce, y lo blanco de sus ojos amarilleaba el envejecido marfil. Queriendo dominar la situación, el enfermo desechaba con violento esfuerzo la tristeza y duelo del caso. Oídle decir, en tono de impaciencia:

—Tormentito, deja eso por ahora. Estoy muy mal y me afecto mucho. La alegría de verte después de tanto tiempo se sobrepone a todo. Siéntate.

—Sí—dijo, volviéndose, la que el doliente llamaba con nombre tan extraño—. He venido por cumplir una obra de misericordia: he venido a visitar a un amigo enfermo, y nada mas. Se acabaron para siempre aquellas locuras...

—Bueno, bueno: se acabaron. Pero sosiégate ahora y siéntate.

Tormento miró a todos lados con rápido y atento examen. Sus ojos encendidos pestañeaban, y el pañuelo no había secado todo el llanto que abrasaba sus mejillas. Sonrisa ligeramente burlona animó sus labios, y dijo así:

—Que me siente... ¿Y donde? Si todo está lleno de polvo. Si aquí parece que no se ha barrido en tres meses. Esto es un horror.

—Yo no he permitido que se barra ni se toque nada...—replicó el misántropo—hasta que tú vinieras.

—¡Hasta que yo viniera!... ¡Jesús!

—De modo que si no vienes... me dejo morir en este abandono. Ya ves cuánta falta me haces.

Tormento buscó con qué limpiar una silla, y, hecho esto, se sentó en ella frente al enfermo.

—¿Y qué dice el médico?

—¡El médico!... Celedonia ha querido traer uno; pero yo le he dicho siempre que si le trae le echaré por la ventana. Mi médico es otro; mi medicina es que me mire una persona que conozco, que venga a verme, que no se olvide de mí.

Decía esto como un niño quejumbrón, a quien la enfermedad da derecho a ser mimoso.

—Basta, basta... Todo pasó, pasó, pasó—dijo Tormento, pugnando por arrojar el peso que sobre su alma tenía.

—No me riñas...

—Es que me marcharé.

—Eso no... Seré bueno. Pero es tan verdad lo que te he dicho, es tan verdad que, alejándote, eres mi mal y volviendo mi salud, que hoy, sólo con verte, parece que estoy bueno, y que me vuelven las fuerzas. ¡Qué días, qué noches! Hace un mes que apenas tomo alimento. Paso semanas enteras sin dormir... Dice Celedonia que esto es cosa del hígado, y yo le digo: «Que me la traigan, que me la traigan..., y verás cómo resucito...» ¡Y tú, tan inhumana, tan olvidadiza!... ¿Cuántas cartas te escribí hace tres meses? ¡Qué sé yo! Viendo que no me respondías ni me visitabas, me resigné. Pero hace días, creyendo morirme, no pude resistir más, y te puse cuatro letras.

—¡Por Dios!...—exclamó Tormento, sin fuerzas para resistir el peso de su conciencia—. Que no me arrepienta de haber venido. Aquello paso, se borro, es como si no hubiera sucedido... Y la vida entera dedicada al arrepentimiento, ¿bastará, digo yo, bastará para que Dios perdone?...

Su espanto la obligaba a decirlo todo en impersonal, porque las palabras *yo, tú, vosotros,* le quemaban los labios.

—Si los padecimientos purifican, si el dolor sana—manifestó el enfermo, dándose fuerte golpe en la cabeza con la palma de la mano—, si el dolor sana el alma, más puro estoy que un ángel... Ahora, si es preciso el propósito de ahogar sentimientos ya muy arraigados, si no basta con hacer como si no se quisiera y es necesario dejar de querer realmente, entonces no hay remisión para mí. Ni puedo ni quiero salvarme.

Tormentito no tuvo fuerzas para decir nada contra esto. Su carácter débil sucumbía ante resolución tan categórica. Bajó los ojos, inclinando la cabeza. El peso aquel se hizo tan grande, que no podía soportarlo. Un minuto después, en el tono más sencillo y pedestre del mundo, el hombre dijo:

—¿Sabes? Me he puesto tan bien desde que te vi, que me alegraría de tener algo que almorzar.

—Pero qué..., ¿no hay...?

—¡Oh!, hija, estoy tan pobre, pero tan pobre... Vivo, si esto es vivir, de limosna. Hace algunos días que se acabaron todos mis recursos. Cobré algo de las cantidades que me debía Pizarro, el fotógrafo, ¿te acuerdas? Parte empleé en socorrer a esa desgraciada familia del sillero que vive arriba; el resto lo he ido gastando. Aún debo cobrar tres mil y pico reales que me debe Juárez, y, además, tendré lo que produzca la venta de los muebles y material de la escuela. Me lo ha tomado el Ayuntamiento; pero ésta es la hora en que no me ha dado un ochavo. Si no fuera por el padre Nones, ya me habría ido a un hospital.

Amparo se internó en la casa, y al poco rato volvió, diciendo:

—Si no hay nada, ni siquiera carbón.

—Nada, nada, ni siquiera carbón—repitió él, cruzando las manos.

Volvió Tormento a desaparecer. Sintióla el enfermo trasteando en la cocina, y oyó la simpática voz que decía:

—Esto es un horror.

—¿Qué haces?

—Limpiar un poco—replicó ella desde lejos, confundiendo su voz con el sonido de calderos y loza.

Poco después entró en la sala, diligente. Se había quitado el velo y mantón, y la mujer de gobierno se revelaba en ella.

—Pero esa Celedonia, ¿dónde está? —preguntó con mucha impaciencia.

—¿Celedonia? Echale un galgo... Como haya encontrado con quién charlar... ¿Para qué la quieres?

—Para mandarla a la compra, avisar al carbonero, al aguador... No puedo ver la casa tal como está, ni que, pudiendo yo remediarlo, esté sin comer una persona que...

—Que te quiere tanto... Has hablado como el Evangelio... No, no te arrepientas.

—Una persona que nos ha socorrido a mí y a mi hermana en días de miseria...

—¡Bah!... No cuentes con Celedonia. Esa pobre mujer es muy buena para mí, pero no sirve más que para comerme lo poco que tengo. Cuando le dan los ataques de reuma y se tumba y se pone ella a gritar por un lado mientras yo gimoteo por otro, sin podernos consolar ni ayudar, esta casa es un Purgatorio... Mira, hija, más vale que vayas tú misma a comprar lo que desees darme. De tus manos comería yo piedras pasadas por agua... Ve...

—¿Y si me conocen?—dijo ella, temerosa.

Meditó un instante. Variando después de parecer y poniéndose el mantón por los hombros y en la cabeza un pañuelo que antes tenía al cuello, tomó la cesta de la compra y se dispuso a salir.

—Me atreveré—afirmó, sonriendo con tristeza—. Hago con esto otra obra de misericordia, y Dios me protegerá.

«¡Divina y salada!—pensó el infeliz señor, viéndola salir—. Se me parece a las seráficas majas que gozan un puesto en el Cielo..., digo, en el techo de San Antonio de la Florida.»

Y el suspiro que echó fué tal, que hubo de resonar en Roma.

XIV

¿Qué se hizo de la brillante posición de don Pedro Polo bajo los auspicios de las señoras monjas de San Fernando? ¿Qué fué de su escuela famosa, donde eran desbravados todos los chicos de aquel barrio? ¿Adónde fueron a parar sus relaciones eclesiásticas y civiles, el lucro de sus hinchados sermones, el regalo de su casa y su excelene mesa? Todo desapareció; llevóselo la trampa en el breve espacio de un año, quedando sólo, de tantas grandezas, ruinas lastimosas. ¡Enseñanza triste que debieran tener muy en cuenta los que han subido prontamente al catafalco de la fortuna! Porque si rápido fué el encumbramiento de aquel señor, más rápida fué su caída. Se desquició casi de golpe todo aquel mal trabajado edificio, y bien pronto, ni rastro, ni ruido, ni polvo de él quedaron, siendo muy de notar que no se debió esta catástrofe a lo que tontamente llama el vulgo *mala suerte*, sino a las asperezas del carácter del caído, a su soberbia, a sus desbocadas pasiones, absolutamente incompatibles con su estado. Pereció como Sansón entre los escombros de un edificio, cuyas columnas derribara él mismo con su estúpida fuerza.

Está averiguado que antes de la muerte de doña Claudia empezó el desprestigio de la escuela. El contingente de chicos disminuía de semana en semana. Alarmados los padres por los malos tratos de que eran objeto aquellos pedazos

de su corazón, los retiraban de la clase, poniéndolos en otra de procedimientos más benignos. Y en la misma calle se estableció un maestro que propalaba voces absurdas sobre los horrores que hacía Polo con sus alumnos, descoyuntándoles los brazos, hendiéndoles el cráneo, despegándoles las orejas y sacándoles tiras de pellejo. Más tarde los transeúntes vieron que por una de las ventanas bajas salía volando una criatura, como proyectil disparado por una catapulta. Otras cosas se referían igualmente espantables; pero no todo lo que se dijo merece crédito. Los pasantes contaban que algunos días estaba el maestro como loco furioso, dando gritos y echando de su boca juramentos y vocablos impropios de un señor sacerdote.

La muerte de doña Claudia, acaecida inopinadamente, fué como una prolongación de aquel sueño pesadísimo que le entraba después de comer y de cenar. Sobre esto se hablaba más de lo regular. El tabernero de enfrente parece que vió con disgusto el acabamiento de aquella dama, por la buena parroquiana que perdía. Desde que sucedió esta desgracia, las *señoras* y don Pedro empezaron a ponerse de punta, como dos sustancias que rechazan la combinación. Todos los días, cuestiones, razonamientos, recados importunos, disgustos aquí y allá; ellas, muy tiesas; él, más estirado aún. Cuenta la mandadera, mujer de gran locuacidad, digna de ser llevada a un Parlamento, que un día tuvieron las señoras y don Pedro un coranvobis en el locutorio, del cual resultó, tras muchos dimes y diretes, que el capellán mandó a las monjas al... (infierno debió de ser), en las propias barbas de la madre abadesa. Con esto y otras cosas, vióse obligado don Pedro a desocupar la casa y dejar el capellanazgo a otro clérigo de temperamento más dócil. El había nacido para domar salvajes, para mandar aventureros; quizá, quizá para conquistar un imperio, como su paisano Cortés. ¿Cómo había de servir para *afeitar ranas*, que esto y no otra cosa era aquel menguado oficio?... Se marchó contento y renegando de las monjas, a las cuales ponía de tal manera, que no había en verdad por dónde cogerlas.

Instalóse en casa propia, hacia la calle de Leganitos, y allí la incompatibilidad de su carácter con el de su hermana empezó a ser de tal naturaleza, que la existencia común se hizo difícil. Marcelina Polo, que en vida de su madre había tenido paciencia, mucha paciencia, y desprecio de sí misma, se hizo cargo de que, pudiendo ganar el Cielo con la oración, no había necesidad de conquistarlo con el martirio. Cuenta la criada que por entonces tuvieron, segoviana astuta y chismosa, que el hallazgo de no sé qué papeles hizo descubrir a doña Marcelina debilidades graves de su hermano, y que, enzarzados los dos en agria disputa, sobrevino la ruptura. «Todo lo paso—decía—; paso que me tire los platos a la cabeza; paso que me diga palabras malsonantes; pero un pecado tan atroz y sacrílego, eso sí que no se lo paso.» Y se fué a vivir con una tal doña Teófila, señora mayor, que se le parecía como una gota a otra gota. Poco después embaucaron a doña Isabel Godoy (que había perdido a su fiel criada), y la trajeron a vivir consigo, instalándose en una casita de la calle de la Estrella. Cada una de las tres tenía su especial demencia: la Godoy consagraba sus horas todas a las prácticas de un aseo frenético; el desvarío de doña Teófila era la usura, y el de Marcelina, la devoción contemplativa, con más un cierto furor por la lotería, que heredó de su madre.

Las relaciones de esta señora con su hermano fueron desde entonces harto frías. Rara vez le visitaba para informarse de su salud, y no le prestaba servicio alguno doméstico ni le cuidaba en sus enfermedades. Creía, sin duda, cumplir con su conciencia rezando por él a troche y moche, pidiendo a Dios que le apartase de los malos caminos. Casi todo el día se lo pasaba en las iglesias, asimilándose su polvo, impregnándose de su olor de incienso y cera. Don Pedro, cuando recibía la visita de ella, ponía muy mala cara, diciendo: «Hermana, hueles a sacristía. Hazme el favor de apartarte un poco.»

Desde que se malquistó con su hermana, fuése a vivir Polo a los barrios del Sur. Era ya tan visible su decadencia, que no lograba disimularla. Ya no había parroquia ni cofradía que le encargasen un triste sermón, ni tampoco él, aunque se lo encargaran, tenía ganas de predicarlo, porque sus pocas ideas teológicas que un día extrajo, sin entusiasmo ni

calor, de la mina de sus libros, se le habían ido de la cabeza, donde parece que estaban como desterradas, para volverse a las páginas de que se salieron. Polo, en verdad, no las echaba de menos, ni tuvo intento de volver a cogerlas. Su mente, ávida de la sencillez y rusticidad primitivas, había perdido el molde de aquellos hinchados y vacíos discursos, y hasta se le habían olvidado las mímicas teatrales del púlpito. Era un hombre que no podía prolongar más tiempo la falsificación de su ser, y que corría derecho a reconstituirse en su natural forma y sentido, a restablecer su propio imperio personal, a efectuar la revolución de sí mismo, y derrocar y destruir todo lo que en sí hallara de artificial y postizo.

Cuentan que en las sacristías de las iglesias adonde solía ir a celebrar misa armaba reyerta con los demás curas, y que un día él y otro de carácter poco sufrido hablaron más de la cuenta y por poco se pegan. Hubo de manifestar en cierta ocasión ideas tan impropias de aquellos lugares santos, que, según dicen, hasta las imágenes, mudas e insensibles, se ruborizaron oyéndole. El rector de San Pedro de Naturales le dijo que no volviera a poner allí los pies. Algún tiempo rodó de sacristía en sacristía, malquistándose con toda la sociedad eclesiástica y dando motivo a maliciosas hablillas. Su peculio, que ya venía sufriendo considerables mermas, entró en un período de verdadero ahogo. La pobreza enseñóle su cara triste, anunciándole la miseria, más triste aún que detrás venía. Aún pudo haber encontrado su salvación; pero su alma no tenía fortaleza para arrancar de raíz la causa de trastorno tan grave y profundo. Las grandes energías que su alma atesoraba y que le habrían valido para ganar épicos laureles en otros días, lugares y circunstancias, no le valieron nada contra su desvarío. Todas las armas se embotaban en la dureza de aquella sangre y vida petrificadas, que protegían su pasión como una coraza inmortal a prueba de razones morales y sociales.

Sobrevinieron entonces el desaliento, el malestar, la despreocupación y una pereza invencible. Levantábase tarde; espantado, se alejaba de la iglesia, que creía profanar con su sola presencia; pasaba semanas enteras encerrado como un criminal que a sí mismo se condenara a reclusión perpetua. Otras veces salía esquivando a sus pocos amigos, y se pasaba el día solo vagando por las afueras, mal vestido de paisano, con empaque tal, que se le habría tomado por presidiario que acaba de romper sus cadenas.

En la clase eclesiástica no conservaba más que un amigo: el padre Nones, quien, con dulzura, le exhortaba a enmendarse y restablecer la vida normal. La querencia de este buen sacerdote llevóle a vivir a la humilde casa de la calle de la Fe, y por algún tiempo hizo tímidos esfuerzos para regularizar sus costumbres. Entonces le fueron retiradas las licencias, y, roto el débil lazo que aún sujetaba su voluntad al cuerpo robusto de la Iglesia, se desprendió absolutamente de ella y cayó en abismos de perdición, ruina, miseria. Vivía estrechamente, apurando sus escasos dinerillos, haciendo esfuerzos por cobrar lo que le adeudaban algunas personas desde los tiempos de su prosperidad. Repartiendo cartitas y recados, iba cobrando lentamente de sus deudores sumas mezquinas. Concertó la venta del material de la escuela, que era suyo, con el Ayuntamiento; pero si éste tuvo prisa para posesionarse de lo comprado, no la tuvo para pagar.

Por ser desgraciado en todo, fuélo también don Pedro en la elección del ama de llaves que le servía, una mujer de mucha edad, bondadosa y sin malicia, pero que no sabía gobernar ni su casa ni la ajena. Era madre de sacristanes, tía y abuela de monaguillos, y había desempeñado la portería de la rectoral de San Lorenzo durante luengos años. Sabía de liturgias más que muchos curas, y el almanaque eclesiástico lo tenía en la punta de la uña. Sabía tocar a fuego, a funeral, repique de misa mayor, y era autoridad de peso en asuntos religiosos. Pero con tanta ciencia, no sabía hacer una taza de café, ni cuidar un enfermo, ni aderezar los guisos más comunes. Su gusto era callejear y hacer tertulia en casa de las vecinas.

Estos hechos y circunstancias, el extravío de Polo, su falta de dinero, la incapacidad doméstica de Celedonia, llevaron la tal casa al grado último de tristeza y desorden. Pero cierto día entró inopinadamente en ella alguien que parecía celestial emisario, y aquel recinto

muerto y lóbrego tomó vida, luz. Pronto se vió aparecer sobre todo esa sonrisa de las cosas que anuncia la acción de una mano inteligente y gobernosa, y quien con más júbilo se alzaba del polvo para gozar de aquella dulce caricia era el doliente, aterido, desgarrado y maltrecho don Pedro Polo.

XV

Al cual le retozaba el alma en el cuerpo cuando vió entrar a Tormento con el cesto de la compra bien repleto de víveres.

—¡Qué opulencia!—exclamó con alegres fulguraciones en sus ojos—. Parece que entra en mi choza la bendición de Dios en figura de una santa.

Detúvose aquí, cortando el hilo de aquel concepto que se le salía del alma. Tormento nada dijo y se internó en la casa. Pronto se sintieron los fatigados pasos de Celedonia, y luego los del carbonero y del aguador. Movimiento y vida, delicioso bullicio del trajín doméstico, reinaban en la poco antes lúgubre vivienda. Era agradable oír el rumor del agua, el repique del almirez, el freír del aceite en la sartén. Siguió a esto un estruendo de limpieza general: choque de pucheros y cacharros, azote de zorro y castigo del polvo. De improviso entró Tormento en la sala con un pañuelo liado a la cabeza, cubierta con un delantal y con la escoba en la mano. Ordenó al enfermo que se metiese en la pieza inmediata, lo que él hizo de muy buena gana, y abiertas de par en par las ventanas de la sala, vióse salir en sofocante nube, traspasada por los rayos del sol, la suciedad de tantos días. Infatigable, no permitía Tormento que la ayudase Celedonia, la cual entró renqueando para ofrecer su débil cooperación.

—No es preciso—dijo la otra—. Váyase usted a la cocina a cuidar del almuerzo.

—Para todo hay lugar—replicó la vieja—. Voy a llevarle agua tibia a ver si quiere afeitarse. Dos semanas hace que no lo hace, y está que parece el Buen Ladrón.

Cuando la sala quedó arreglada, volvió Tormento a la cocina, y entonces se oyó el tumulto del agua revolcándose en el fregadero entre montones de platos. Con los brazos desnudos hasta cerca de los hombros, la joven desempeñaba aquella ruda función, deleitándose con el frío del agua y con el brillo de la loza mojada. Sin descansar un momento, en todo estaba y no abría los labios más que para reprender a Celedonia por su pesadez. La reumática sacristana más bien servía de estorbo que de ayuda. Luego acudió Tormento a poner la mesa en la sala. El sol entraba de lleno, haciendo brotar chispas de las recién lavadas copas. Los platos habrían lucido como nuevos si no tuvieran los bordes desportillados y en todas sus partes señales de la mala vida que llevaban en manos de Celedonia.

Don Pedro, bien afeitado y vestido de limpio, volvió a ocupar su sillón, y se reía, se reía, atacado de un contento nervioso que le hacía parecer hombre distinto del que poco antes ocupara el mismo lugar.

—Me parece—decía, tamboreando con los dedos sobre la mesa—que de golpe se me ha renovado el apetito de aquellos tiempos... ¡Poder de Dios! ¡Qué día tan dichoso! He aquí los domingos del alma.

Tormento entraba y salía sin descanso. Hablaba poco y no participaba de la alegría del buen Polo. En la cocina faltaba aún mucho por hacer, por causa del abandono en que había encontrado todo. Así, pues, el almuerzo que pudo quedar dispuesto a las once, tardó aun tres cuartos de hora más. Don Pedro se asomaba de cuando en cuando a la puerta de la cocina para dar broma y prisa. Contraste duro y extraño hacía su semblante tosco y amarillo, de color de bilis, de color de drama, con su reír de comedia y el júbilo pueril que le dominaba. Sus bromas inocentes eran así:

—Pero ¿no se almuerza en esta casa? Señora fondista, ¿en qué piensa, que así deja morir de hambre a los huéspedes?

Y luego prorrumpía en triviales carcajadas, que sólo hallaban eco en la candidez de Celedonia. Terminados los preparativos del almuerzo, quitóse Tormento el pañuelo de la cabeza y el delantal, diciendo:

—Vamos, ya es hora.

Cuando empezó a comer, Polo parecía el mismo de marras, con la diferencia del peor color y de la pérdida de carnes. Pero su espíritu discretamente jovial, su cortesía un poco seca a estilo castellano,

su mirar expresivo y su apetito, reproducían los dichosos días pasados. Tormento comía en el otro lado de la mesa, y ya era comensal, ya sirvienta, atendiendo unas veces a su plato, otras al servicio del amigo, para lo cual se levantaba, salía y entraba con diligencia. Incapaz de prestar ayuda, Celedonia no hacía más que charlar de la función religiosa del día, del Oficio Parvo que se preparaba para el siguiente, y de lo mal que cantaba el padre Nones, a quien remedó con bastante fidelidad. Don Pedro la mandó varias veces a la cocina, sin ser obedecido.

Quería Polo entablar con la joven conversación larga; pero ella se defendía contra este empeño cortando la palabra del misántropo con su brusco levantarse para traer alguna cosa. No quería de ningún modo entrar en materia; se consideraba como visita, como persona extraña a la casa, que había entrado en ella con propósito semejante a los de la Beneficencia Domiciliaria. Batallaba en su mente por convencerse de que había ido a socorrer a un enfermo, a consolar a un triste, a dar de comer a un hambriento, y compenetrándose del espíritu que dictó las Obras de Misericordia, se atrevió a crear una nueva: *Limpiar el polvo y barrer la casa de los que lo hayan menester...* Agregaba a esta idea, para tranquilidad completa de su conciencia por el momento, el propósito de que tal visita sería la última, y un adiós definitivo y absoluto a la nefanda amistad, que era el mayor tropiezo y la única mancha de su vida.

Sabía Tormento hacer muy bien el café. Aprendió este arte difícil con su tía Saturna, la mujer de Morales, y aquel día puso gran esmero en ello. Cuando Polo miraba delante de sí la taza de negro y ardiente licor, la joven, acordándose de algo muy importante, sacó un paquetito del bolsillo de su traje:

—¡Ah! También he traído cigarros. Me había olvidado de sacarlos. Puede que se hayan roto. Peseta de escogidos... Este de las pintitas me parece bueno.

Cuando mostraba el abierto envoltorio de papel con los puros, don Pedro, traspasado el corazón de un dardo de gratitud inefable, no sabía qué decir. Si fuera hombre capaz de llorar con lágrimas, las habría derramado ante aquel ejemplar de previsión, de dulzura y delicadeza. Volvió a pensar en la Providencia, de quien él antaño había dicho cosas muy buenas en el púlpito: pero no gustando de asociar ninguna idea religiosa al orden de ideas que entonces reinaba en su espíritu, creyó más del caso acordarse de las hadas, ninfas o entidades invisibles que tenían el poder de fabricar en un segundo encantados palacios y de improvisar comidas suculentas, como él había leído en profanos libros.

Con grandísima tristeza vió, cuando aún no había concluído de apurar la taza, que Tormento se levantaba, cogía su mantón y su velo, disponiéndose para marchar. De este modo se desvanecen en el aire y en el sueño las ninfas engendradas por la fantasía o por la fiebre.

—¡Cómo!... ¿Qué es eso?...—balbució, angustiado.

—Me voy. Nada tengo ya que hacer aquí. Hago falta en mi casa.

—¡En tu casa! ¿Y cuál es tu casa? —murmuró severamente, no atreviéndose a decir: «Tu casa es ésta.»

—¡Por Dios!... Esa no es la mejor manera de agradecerme el haber venido.

—Siéntate—ordenó el misántropo imperiosamente, hablando conforme a su carácter.

—Me voy.

—¿Que te vas? Es temprano. La una y media. Si insistes, saldré contigo, ¡ea!... ¿Vas para arriba? Yo, detrás. ¿Vas para abajo? Detrás, yo... No te dejaré a sol ni sombra.

Tormento, asustadísima, no tuvo fuerzas para protestar contra aquella persecución. El peso que sentía sobre su alma debía de ser bastante grande para gravitar también sobre su cuerpo, porque se desplomó sobre la silla con los brazos flojos, la cabeza aturdida.

—No creas que harás lo que se te antoje—manifestó Polo, entre festivo y brutal—. Aquí mando yo.

—Hay personas con quienes no valen los propósitos buenos...—replicó ella, tratando de mostrar carácter—. Yo recibí una carta que decía: «Moribundo», y vine... Yo quería consolar a un pobre enfermo, y lo que hago es resucitar a un muerto, que me persigue ahora y quiere enterrarme con él... Por débil me pasó lo que me pasó. Esto de la debilidad no se cura nunca. Hoy mismo, al

querer venir, una voz aquí dentro me decía: «No vayas, no vayas.» Dichosos los que han nacido crueles, porque ellos sabrán salir de todos los malos trances... Dios castiga a las personas cuando son malas y también cuando son tontas, y a mí me castiga por las dos cosas, sí: por mala y por necia... ¡Cuántos delitos hay que, bien mirados, son una tontería tras otra! Haber venido aquí, ¿qué es?... Sospecho que Dios me ha de castigar mucho más todavía. Yo vivo en medio de la mayor congoja. Mi vida es una zozobra, un susto, un temblor continuo, y cuando veo una mosca me parece que la mosca viene a mí y me dice...

No pudo seguir. El llanto la sofocaba otra vez.

—No llores, no llores—dijo Polo, un poco aturdido, mirando al mantel—. Cuando te veo tan afligida, no sé qué me da. Verdaderamente, sobre nosotros pesa una maldición.

Y echando de su pecho un suspiro tan grande que parecía resoplido de león, meditó breve rato, apoyando la cabeza en la mano. Tanto le pesaba una idea.

XVI

—Tengo una idea, Tormento; tengo una idea—murmuró con voz semejante a un quejido—. Te la diré, y no te rías de ella. Es una idea nacida en mi soledad, criada en mi tristeza y, por tanto, te parecerá un poco salvaje... Es que... como no hay remedio para mí en esta sociedad; como soy menos fuerte que mis pasiones y he tomado en tan grandísimo horror mi estado, se me ha venido a las mientes poner tierra, pero mucha tierra, entre mi persona y este país: se me ha ocurrido dar con mis huesos allá en lo último del mundo, en una isla del Asia, o bien en la California, o en alguna colonia inglesa... Hay tierras hermosas por allá; tierras que son paraísos, donde todo es inocencia de costumbres y verdadera igualdad; tierras sin historia, donde a nadie se le pregunta lo que piensa; campos feraces, donde hay cada cosecha que tiembla el misterio; tierras patriarcales, sociedades que empiezan y que se parecen a las que nos pinta la Biblia. Sueño con romper con todo y marcharme allá, olvidando lo que he sido y matando de raíz el gran error de mi vida, que es haberme metido donde no me llamaban y haber engañado a la sociedad y a Dios, poniéndome una máscara para hacer el bu a la gente.

Al oír esto, relámpago de alegría brilló en los ojos de Tormento, que en aquel propósito de emigrar veía solución fácil al terrible problema que entorpecía su vida y su porvenir. Mas pronto se trocó su alegría en repugnancia cuando Polo añadió esto:

—Sí, ésa es mi idea..., irme allá; pero llevándote conmigo... ¿Qué? ¿Te asustas? ¡Pusilánime! Miras demasiado las cosas que están cerca y tienes miedo hasta de las moscas. El mundo es muy grande, y Dios es más grande que el mundo... ¿Vendrás?

—¡Yo!—exclamó la joven, haciendo esfuerzos por disimular su horror y negando con la cabeza.

—Dame una razón.

—Que no.

—Pero una razón...

—Que no.

—Yo te contestaré con mil argumentos que de fijo te convencerán. ¡He pensado tanto en esto!... ¡He visto tan clara la pequeñez de lo que nos rodea...! Instituciones que nos parecen tan enormes, tan terribles, tan universales, se hacen granos de arena cuando con el pensamiento rodamos por esta bola y nos vamos a donde ahora está siendo de noche. ¡Cuidado que es grande el planeta, cuidado que es grande y hay en él variedad de cosas, de gente!... Echate a pensar...

Tormento no se echó a pensar nada, y si algo pensaba, no lo quería decir. Silenciosa, miraba sus propias manos, cruzadas sobre las rodillas.

—Dame alguna razón—repitió Polo—; dime algo que a ti se te haya ocurrido. ¿No tienes tú una idea?... ¿Cuál es?

—Arrepentimiento...

—Sí; pero... ¿nada más?

—Arrepentimiento—volvió a decir la Emperadora sin mirarle ni moverse.

—Pero di una cosa. ¿A ti no te molesta esta sociedad, no te ahoga esta atmósfera, no se te cae el cielo encima, no tienes ganas de respirar libremente?

—Lo que me ahoga es otra cosa...

—La conciencia, sí... Pero la conciencia..., te diré..., también se ensancha

saliendo a un círculo de vida mayor...

—La mía, no.

—Me parece—dijo don Pedro en un arrebato de mal humor, cercano a la ira—, me parece que eres algo egoísta.

—¿Quién lo será más?

—Bueno, soy egoísta..., y tú, una piedra—manifestó él, exaltándose—. Sí: eres una piedra, un pedazo de hielo. Vale más ser criminal que insensible, y de mí te puedo decir que prefiero el Infierno al Limbo.

La joven discurría los medios de llevar la conversación a otro terreno. Su espíritu se compartía entre el arrepentimiento de la visita—achacando este mal paso a su debilidad bondadosa—y el propósito de decir a Polo: «Sí, váyase, váyase en buen hora a esa isla del Africa y déjeme en paz.» Pero su misma falta de carácter le impedía ser tan cruel y explícita... ¡Problema insoluble, dado el temple tenaz y vehemente de aquel hombre!... Los sentimientos de Amparito hacia él habían venido a ser los más contrarios a la incomprensible fragilidad de que provenía su desdicha: eran sentimientos de horror hacia la persona, extrañamente mezclados con respeto a la desgracia; eran lástimas confundidas con la repugnancia.

En el corazón tenía la desventurada joven tantas dosis de arrepentimiento como en la conciencia, y no podía explicarse bien el error de sus sentidos ni el desvarío que la arrastró a una falta con persona que al poco tiempo le fué tan aborrecible... Mas no osaba expresarlo así por miedo a las consecuencias de su franqueza, siendo de notar que si la caridad tuvo alguna parte en su visita, grande la tuvo también aquel mismo miedo, el recelo de que su desvío exacerbara al hombre y le impulsase por caminos de publicidad y escándalo. Sobre todas las consideraciones ponía ella el interés de encubrir su terrible secreto. Pero ya que estos motivos la llevaron a la casa funesta, era urgente pensar cómo salía de ella.

—Para muchos días—dijo—he dejado provisiones en la casa.

—¡Qué buena eres!—repitió Polo, volviendo a ser benigno y humilde, cual si le acometiera de nuevo la enfermedad—. Te vas, y ya me estoy yo muriendo. El mejor día, si no emigro, me verás pidiendo limosna por esas calles. Mi pobreza, hija, se va acumulando a interés compuesto... La suerte será que me moriré mucho antes.

Amparo tuvo ya entre sus labios esta observación: «¿Por qué no enmendarse y procurar recibir otra vez las licencias para ganarse la vida en la Iglesia?» Pero tanto le repugnaba la intromisión de cualquier idea religiosa en aquel tristísimo orden de ideas, que se tragó la frase. Todo recuerdo de cosas eclesiásticas, toda alusión a ellas, la hacían temblar con escalofríos, como si le pusieran un cilicio de hierro. Entonces era cuando su conciencia se alborotaba más, cuando su sangre ardía y cuando el corazón parecía subírsele a la garganta, cortándole el aliento. Apartando aquellas ideas, habló así:

—No hay que ver las cosas tan negras. Y ahora me acuerdo..., usted...

Hasta entonces había hablado en impersonal; mas obligada a emplear un pronombre, antes se hubiera cortado la lengua que pronunciar un *tú*.

—Usted tiene deudores...

—Sí..., y de ellos voy cobrando poco a poco. Pero ya se agota esa mina.

—Yo conozco a un deudor que podrá socorrerle a usted, devolviéndole una mínima parte de los beneficios que ha recibido.

Lo decía de tal manera, que Polo comprendió al instante.

—No seas tonta. Me enfadaré contigo...

—Es el caso que...—dijo Tormento, revolviendo en el hueco del manguito—. Yo había pensado al venir aquí... No es esto pagar una deuda, pues si fuéramos a pagar...

La infeliz no sabía encontrar la fórmula, que deseaba fuese muy delicada, y por querer emplear la más sutil y discreta, usó la más necia de todas, diciendo, al poner un billete sobre la mesa:

—Si más tuviera, más daría.

—¡Dios mío, qué tonta eres!...

—Vamos, que no está usted tan sobrado de recursos... Y me enfadaré de veras si se empeña en ser quijote.

A don Pedro le repugnaba el recibir una limosna; pero lo que ésta tenía de prueba de confianza acalló sus escrúpulos.

—Si yo pudiera ser tan generosa como deseo—indicó ella, dando un gran suspiro y acordándose, con nuevas an-

gustias, de la procedencia de aquel dinero—, no consentiría que pasara escaseces ninguna persona que a mí me ha favorecido en días muy malos. Cuando murió mi padre, ¿quién nos socorrió? ¿Quién costeó el entierro? Y después, cuando nos vimos tan mal, ¿quién vendió su ropa para que no nos faltara que comer?

—Cállate, tonta: eso no hace al caso. Cuando tengo la suerte de hacer un beneficio, no quiero que me lo recuerden, no quiero que me lo nombren..., y mira tú lo que soy, me gustaría que la persona favorecida lo olvidase. Yo soy así.

Mientras esto decía él, ella sentía dudas, turbaciones y escrúpulos horribles. Sus sentimientos humanitarios no podían manifestarse tranquilos, temerosos de hacer traición a otros muy respetables que habían llegado a tener lugar de preferencia en su alma.

¡Extrañas simpatías del espíritu! Como se comunica el fuego de un cuerpo combustible a otro cercano, las zozobras anímicas prenden y se propagan fácilmente si encuentran materia preparada en que cebarse. Así, la turbación que removía el espíritu de la Emperadora se propagó, como incendio que corre, al de don Pedro, el cual se vió súbitamente acometido de punzantes sospechas. Púsose de un color tal, que no habría pincel que no reprodujera, como no se empapase en la tinta lívida del relámpago; y mascando una cosa amarga, dijo lentamente esta frase:

—Muy rica estás...

Bien sabía ella interpretar la ironía que el ex capellán empleaba alguna vez para manifestar sus ideas. Comprendió la sospecha, supo leer aquella coloración de luz eléctrica y aquel mirar indagador, y se hizo la distraída, afectando recoger y limpiar el manguito, que se había caído al suelo. Tan amante de la verdad era ella, que habría dado días de vida por poderla decir claramente; pero ¿cómo decirla, Santo Dios? Y la verdad se removía cariñosa en su interior, diciéndole: *dime*... Pero ¿cómo y con qué palabras? Por todo lo que encierra el mundo no saldría de su boca la verdad oculta. Y siéndole tan aborrecible la mentira, no había más remedio que soltar una v gorda. Polo le facilitó el embuste, diciendo:

—¿Trabajáis mucho?

—Sí, sí... Hemos hecho una obra... Hace un mes que vengo ahorrando y guardando todo lo que puedo, escondiendo el dinero, porque Refugio, si lo coge, me lo gasta todo.

Y se levantó, decidida a marcharse, más que por el deseo de salir, porque no se volviese a hablar del asunto... Otra mentira. Dijo que Rosalía de Bringas le había encargado ir sin falta aquella tarde para sacar los niños a paseo. ¡Pues se pondría poco furiosa la señora..., con aquel genio!...

Inútiles fueron los esfuerzos de él por retenerla. Por fin se escapó. Bajando la escalera, sentía un descanso, un alivio tan grande, como cuando se despierta de un sueño febril.

«Ya no me llamo Tormento, ya recobro mi nombre—decía para sí, andando muy aprisa—. No volveré más, aunque se hunda el firmamento. Procuraré no volver a ser débil; sí, débil, porque ésa es mi culpa mayor: ser buena y tener mucho miedo... Esto se acabó. Suceda lo que quiera, no le veré más... Pero si se irrita y me escribe cartas, y me persigue y descubre... ¡Señor, Señor, déjalo ir a esa isla de los antípodas, o llévame a mí de este mundo!»

XVII

Al encontrarse solo, entregóse don Pedro, con abandono de hombre desocupado y sin salud, a las meditaciones propias de su tristeza sedentaria, figurándose ser otro de lo que era, tener distinta condición y estado, o por lo menos llevar vida muy diferente de la que llevaba. Este ideal trabajo de reconstruirse a sí propio, conservando su peculiar ser, como metal que se derrite para buscar nueva forma en molde nuevo, ocupaba las tres cuartas partes de los días solitarios de Polo y de sus noches sin sueño, y en rigor de verdad, le tonificaba el espíritu, beneficiando también un poco el cuerpo, porque activaba las funciones vitales. Aunque forzada y artificiosa, aquella vida, vida era.

Sepultado en el sillón, las manos cruzadas en la frente, formando como una visera sobre los ojos, éstos cerrados, se dejaba ir, se dejaba ir... de la idea a la ilusión, de la ilusión a la alucinación...

Ya no era el desdichado señor, enfermo y triste, sino otro de muy diferente aspecto, aunque en sustancia el mismo. A caballo iba, tenía barbas en el rostro, en la mano espada; era, en suma, un valiente y afortunado caudillo. ¿De quién y de qué? Esto sí que no era fácil de averiguar; sólo tenía sospechas de estar conquistando un grandísimo imperio. Todo le era muy fácil; ganaba con un puñado de hombres batallas formidables, y ¡qué batallas! A Hernán Cortés y a Napoleón les podría tratar de tú.

Después se veía festejado, aplaudido, aclamado y puesto en el cuerno de la luna. Sus ojos fieros infundían espanto al enemigo, respeto y entusiasmo a las muchedumbres, otro sentimiento más dulce a las damas. Era, en fin, el hombre más considerable de su época. A decir verdad, no sabía si el traje que llevaba era férrea armadura, o el uniforme moderno con botones de cobre. Sobre punto tan importante ofrecía la imagen, en el propio pensamiento, invencible confusión. Lo que sí sabía de cierto era que no estaba forrado su cuerpo con aquella horrible funda negra, más odiosa para él que la hopa del ajusticiado.

Y dejándose llevar, dejándose llevar, dió con su fantasía en otra parte. Mutación fué aquélla que parecía cosa de teatro. Ya no era el truculento guerrero que andaba a caballo por barranqueras y vericuetos, azuzando soldados al combate; era, por el contrario, un señor muy pacífico que vivía en medio de sus haciendas, acaudillando tropas de segadores y vendimiadores, visitando sus trojes, haciendo reparaciones en sus bodegas, viendo trasquilar sus ganados y preocupándose mucho de si la vaca pariría en abril o en mayo. Veíase en aquella facha campesina tan lleno de contento, que le entraba duda de si sería él efectivamente o falsificación de sí mismo. Se recreaba oyendo cómo resonaban sus propias carcajadas dentro de aquella sala rústica, con anchísimo hogar de leña ardiendo, poblado el techo de chorizos y morcillas, y viendo entrar y salir muy afanada a una guapísima y fresca señora... No se confundían, no, aquellas facciones con las de otra. ¡Y qué manera de conservarse, mejorando en vez de perder! A cada pimpollo que daba de sí, aumentando con dichosa fecundidad la familia humana, parecía que el Cielo agradecido le concedía un aumento de belleza. Era una diosa, la señora Cibeles, madraza eterna y eternamente bella... Porque nuestro visionario se veía rodeado de tan bullicioso enjambre de criaturas, que a veces no le dejaban tiempo para consagrarse a sus ocupaciones, y se pasaba el día enredando con ellas...

—¿En qué piensa?—le dijo de golpe, con palabra punzante y fría, cual si le metiera una barrena por los oídos, la señora Celedonia, que se apareció delante de la mesa con las manos en la cintura—. ¿En qué piensa, pobre señor? ¿No ve que se está secando los sesos? ¿Por qué no pasea, si está bueno y sano, y su mal es mal de cavilaciones?

El soñador la miró, sobresaltado.

—¿Qué?... ¿Estaba durmiendo? ¿No ve que si duerme de día estará en vela por las noches? Echese a la calle, y váyase a cualquier parte, hombre de Dios; distráigase, aunque sea montando en el tiovivo, comiendo caracoles, bailando con las criadas o jugando a la rayuela. Está como los chiquillos, y como a los chiquillos hay que tratarle.

Don Pedro la miró con odio. La tarde avanzaba. El rayo de sol que entraba en la habitación al mediodía había descrito ya su círculo de costumbre alrededor de la mesa, y se había retirado escurriéndose a lo largo de la pared del patio, hasta desvanecerse en las techumbres. La sala se iba quedando oscura y fría. Destacábase Celedonia en su capacidad como la parodia de una fantasma de tragedia: tan vulgar era su estampa.

—¿Quieres irte con doscientos mil demonios y dejarme en paz, vieja horrible?—le dijo Polo con toda su alma.

—Vaya unos modos—replicó la sacristana, riendo entre burlas y veras—. ¡Qué modo de tratar a las señoras!... Aquí donde me ve, yo también he tenido mis quince...

—¿Tú?... ¿Cuándo?

—Cuando me dió la gana... Conque a ver. ¿Qué quiere que le traiga? ¿Quiere cenar? ¿Le traigo el periódico?

Hechas estas preguntas, que no tuvieron contestación, la fantasma salió despacio, cojeando y echando de su boca dolorosos ayes a cada paso que daba. Don Pedro se arrojó otra vez en el lago

verdoso y cristalino, en cuyo fondo se veían cosas tan bellas. Bastábale dar dos o tres chapuzones para transfigurarse... Vedle converttido en un señor que se paseaba con las manos en los bolsillos por sitios muy extraños. Era aquello campo y ciudad al mismo tiempo, país de inmensos talleres y de extensos llanos surcados por arados de vapor; país tan distante del nuestro que a las doce del día dijo el buen hombre: «Ahora serán las doce de la noche en aquel Madrid tan antipático.» Sentado luego con joviales amigos alrededor de una mesilla, echaba tragos de espumosa cerveza; cogía un periódico tan grande como una sábana... ¿En qué lengua estaba escrito? Debía de ser en inglés. Fuera inglés o no, él lo entendía perfectamente, leyendo esto: «Gran revolución en España: caída de la Monarquía: abolición del Estado eclesiástico; libertad de cultos...»

—El periódico, el periódico—gritó la espectral Celedonia, poniéndole delante un papel húmedo con olor muy acre de tinta de imprimir.

—¡Qué casualidad!—exclamó él encandilado, porque la luz que puso Celedonia sobre la mesa le hería vivamente los ojos.

—Pero ¿no ve que se va a consumir en ese sillón?—observó el ama de llaves—. ¿No vale más que se vaya a un café, aunque sea de los que se llaman cantantes? ¿No vale más que se ponga a bailar el zapateado? Lo primero es vivir. Márchese de jaleo y diviértase, que para lo del alma tiempo habrá. Hombre bobo y sin sustancia, ya le podía dar Dios mi reuma para que supiera lo que es bueno.

Empezó el tal a leer su periódico con mucha atención. Desgraciadamente para él, la Prensa, amordazada por la previa censura, no podía ya dar al público noticias alarmantes, ni hablar de las partidas de Aragón, acaudilladas por Prim, ni hacer presagios de próximos trastornos. Pero aquel periódico sabía poner entre líneas todo el ardor revolucionario que al país abrasaba, y Polo sabía leerlo y se encantaba con la idea de un cataclismo que volviera la cosa del revés. Si él pudiese arrimar el hombro a obra tan grande, ¡con qué gusto lo haría!

Pasó la noche mejor que otras veces, y al día siguiente, en vez de permanecer clavado en el sillón, paseaba muy dispuesto por la sala, como hombre que acaricia el sabroso proyecto de echarse a la calle, en el sentido pacífico de la frase. Poco después del mediodía le visitó el mejor de sus amigos, don Juan Manuel Nones, presbítero, hombre bondadosísimo, ya muy viejo, del cual es forzoso decir algunas palabras.

Era este señor tío carnal de nuestro amigo el notario Muñoz y Nones, por cuien le conocí en época más reciente. En la que corresponde a esta relación, era ecónomo de San Lorenzo, y vivía, si no me engaña la memoria, en la calle de la Primavera, acompañado de un hermano seglar y de dos sobrinas, una de las cuales era casada. Tengo muy presente la fisonomía del clérigo, a quien vi muchas veces paseando por la Ronda de Valencia con los hijos de su sobrina, y algunas cargado de una voluminosa y pesada capa pluvial en no recuerdo qué procesiones. Era delgado y enjuto, como la fruta del algarrobo; la cara tan reseca y los carrillos tan vacíos, que cuando chupaba un cigarro creeríase que los flácciclos labios se le metían hasta la laringe; los ojos de ardilla, vivísimos y saltones; la estatura muy alta, con harta energía física: ágil y dispuesto para todo; de trato llano y festivo y costumbres tan puras como pueden serlo las de un ángel. Sabía cuentos y anécdotas mil, reales o inventadas; dicharachos de frailes, de soldados, de monjas, de cazadore, de navegantes, y de todo ello solía esmaltar su conversación, sin excluir el género picante, siempre que no lo fuera con exceso. Tocaba la guitarra, pero rarísima vez cogía en sus benditas manos el profano instrumento, a no ser en un arranque de inocente jovialidad para dar gusto a sus sobrinas cuando tenían convidados de confianza. Este hombre tan bueno revestía comúnmente su ser de formas tan originales en la conversación y en las maneras, que muchos no sabían distinguir en él la verdad de la extravagancia, y le tenían por menos perfecto de lo que realmente era. *Un santo chiflado,* llamábale su sobrino.

Era extremeño. Su padre fué pastelero, y él había sido soldado en su mocedad. Estaba de guarnición en Sevilla cuando el alzamiento de Riego, y contaba este suceso con todos sus pelos y

señales. Después formó en el cuadro cuando fusilaron a Torrijos. Había sido también un poquito calavera, hasta que, tocado en el corazón por Dios, tomó en aborrecimiento el mundo, y convencido de que todo es humo y vanidad, se ordenó. Nunca tuvo ambición en la carrera eclesiástica, y siendo ministro de Gracia y Justicia el marqués de Gerona, despreció el arcedianato de Orihuela. Curtido en humanas desdichas, sabía presenciar impávido las más atroces, y auxiliaba a los condenados a muerte acompañándolos al cadalso. El cura Merino, los carboneros de la calle de la Esperancilla, la Bernaola, Montero, Vicenta Sobrino y otros criminales pasaron de sus manos a las del verdugo. En sus tiempos había sido gran cazador; pero ya no le quedaba más que el compás. En suma: había visto Nones mucho mundo, se sabía de memoria el gran libro de la vida, no se asustaba de nada.

Sobre Polo tenía tal ascendiente, que era quizá el único hombre que podía sojuzgarle, como se verá en lo que sigue. Había sido Nones amigo de su padre; a Pedro le conoció tamañito, y se permitía tutearle y echarle ásperas reprimendas, que el desgraciado ex capellán oía con respeto. Luego que éste le vió aquel día, y se estrecharon las manos con extremada cordialidad, entróle al misántropo una ansiedad vivísima; deseo repentino, apremiante y avasallador de vaciar de una vez todas la congojas de su alma en el pecho de un buen amigo. Este anhelo no lo había sentido nunca Polo; pero aquel día, sin saber por qué, no pudo ni quiso dejar de satisfacerlo al instante. Y no se confesaba al sacerdote; se confiaba al amigo para pedirle no la absolución, sino un sano y salvador consejo...

—Don Juan, ¿tiene usted que hacer?... ¿No? Pues voy a retenerle toda la tarde, porque le quiero contar una cosa..., una cosa muy larga...

Decía esto con decisión inquebrantable. Su afán de descubrirse era más fuerte que él. Había en su alma algo que se desbordaba.

—Pues a ello—replicó Nones, sentándose y sacando la petaca—. Empecemos por echar un cigarrito.

Polo declaró todo con sinceridad absoluta, no ocultando nada que le pudiera desfavorecer; habló con sencillez, con desnuda verdad, como se habla con la propia conciencia. Oyó Nones tranquilo y severo, con atención profunda, sin aspavientos, sin mostrar sorpresa, como quien tiene por oficio oír y perdonar los mayores pecados; y luego que el otro echó la última palabra, apoyándola en un angustioso suspiro, volvió Nones a sacar la petaca y dijo con inalterable sosiego:

—Bueno, ahora me toca hablar a mí. Otro cigarrito.

XVIII

Mediano rato empleó el clérigo en dar fuego al cigarrito, en chuparlo, en soplar la ceniza...

Después, sin mirar a su amigo, empezó a exponer ampliamente su pensamiento.

—La verdad más grande que se ha dicho en el mundo es ésta: *Nihil novum sub sole*. Por donde se expresa que ninguna aberración humana deja de tener su precedente. El hombre es siempre el mismo, y no hay más pecados hoy que ayer. La inventiva de la perversidad es nula, hijo, y si tuviéramos a mano el libro de entradas del Infierno, nos aburriríamos de leerlo: tan monótono es. Quien como yo ha estado barajando por tantos años conciencias de criminales y extraviados, no se asusta de nada. Y dicho esto, vamos al remedio.

Dos males veo en ti: el pecado enorme y la enfermedad del ánimo que has contraído por él. El uno daña la conciencia; el otro, la salud. A entrambos hay que atacar con medicina fuerte y sencilla. Sí, Perico, sí *(Voz alta y robusta.)*: es indispensable cortar por lo sano, buscar el daño en su raíz, y ¡zas!..., echarlo fuera. Si no, estás perdido. ¿Que esto te dará un gran dolor?... *(Voz aflautada y blanda.)* Pues no hay más remedio que sufrirlo. Luego vendrán los días a cicatrizarlo; los días, sí, que pasarán uno tras otro sus dedos suaves y amorosos, y cada uno te quitará un poco de dolor, hasta que se te cierre la herida. Si tienes miedo, y en vez de cortar por lo sano quieres curarte con cataplasmas, el mal te vencerá, llegarás a convertirte en una bestia, y serás el escándalo de la sociedad y de nuestra clase.

Porque mira tú *(Voz insinuante.)*,

esas cosas, si bien se las mira, son niñerías para el que tenga un poco de fuerza de voluntad y aprenda a dominarse. Sucumbir a una borrasca de ésas es vergonzoso para cualquiera, y más aún para quien lleva encima siete varas de merino negro. Y no hay aquello de decir *(Voz alta y estrepitosa.)*, llevándose las manos a la cabeza: «¡Dios mío, qué desgraciado soy! ¡Cómo erré la vocación!...» Pues haberlo pensado antes, porque harto se sabe *(Voz muy familiar.)* que en este nuestra estado no hay que pensar en niñerías. ¡Adónde iríamos a parar si el Sacramento se pudiera romper cuando se le antoja a un bocuirrubio, y volver al mundo, y dale con *hoy digo misa, y mañana me caso!*... Nada, nada: aquel a quien le toca la china se tiene que aguantar. Es lo mismo que cuando se pone a clamar al Cielo un malcasado. «Pues, amigo, qué quiere usted..., hubiéralo pensado antes...» ¿Y los que después de elegir una profesión encuentran que no les va bien en ella? El mundo está lleno de equivocaciones. Pues si acertáramos siempre, seríamos ángeles. Lo que digo: al que le toca la china *(Voz sumamente pedestre y familiar.)*, rásquese y aguante. Conque, amigo, fastidiarse, resignarse y volverse a fastidiar y a resignar...

Dijo esto enfáticamente, acompañando el gesto a la palabra. Después, inspirándose con otro par de chupadas, prosiguió su sermón:

—... Aquí estamos dos amigos, uno frente a otro. Hablemos de hombre a hombre primero. Hay cosas que parecen dificilísimas y peliagudas cuando no se las mira de cerca; hay sacrificios que parecen imposibles cuando no se los prueba. Pero cuando una voluntad resuelta apechuga con ellos, se ve que no son un arco de iglesia. Amigo *(Voz terrible.)*, batallas más bravas y espantosas que las que te aconsejo han ganado otros. ¿Y cómo? Con paciencia, nada más que con paciencia. Esta virtud se cultiva, como todas, con auxilio de la fe y de la razón. Y tú puedes volver sobre ti mismo y decir: «Pues, hombre, yo estoy faltando, pero faltando gravemente. Yo tengo que mirar por mi decoro, por mi salud, por mi salvación; yo no soy un chiquillo.» Créeme, una vez que hagas propósito de vencerte, llamando en tu auxilio a Dios y ayudándote de tu entendimiento, empezarás a sentir fuerzas para la gran obra, y esas fuerzas crecerán como la espuma. En eso, como en lo contrario, hijo, todo es empezar. Luego que digas «esto se acabó» *(Voz formidable.)*, si lo dices con propósito valiente, verás cómo cada día te nace en el alma una ligadura con que atarte, y vas poco a poco sujetando las innúmeras extremidades de la bestia que te patalea en las entrañas. Y no te digo que te des disciplinazos ni que te abras las carnes, no. Eso es una bobada. Confíate a la fe, a la voluntad y al tiempo. ¡Ah!..., ¡el tiempo!... *(Voz patética.)* ¡No sabes bien los milagros que hace este caballero! Y con los que coge talludos como tú, hace mejores y más radicales curas. Porque no vengas echándotelas de pollo... *(Voz festiva.)* No tienes canas, pero el día menos pensado te llenas de ellas, y vendrá este achaque, luego el otro, hoy se cae un diente, mañana la mitad del pelo; que hoy el reuma, que mañana el estómago... Y éstas, amiguito, son las farmacias que usa el gran médico. Las enfermedades del cuerpo son las medicinas de los males de la mocedad en el espíritu. Te lo dice quien ha visto mucho mundo y chubascos más grandes que el tuyo y trapisondas más horrorosas. Resumiendo mi consejo, amigo Perico, oye mi receta: primero, cortar por lo sano, sacrificio completo, extirpación de la maleza en su origen; después, horas, días, meses, el agua tibia del tiempo, amigo querido. Cuando pasen algunos años, todo habrá terminado, y te encontrarás con que ha caído sobre tu cabeza la bendición de Dios, esta lluvia blanca, esta nevada que todo lo tapa, emblema del olvido y de la paz...

Polo, sin decir cosa alguna, extendió sus miradas por la venerable cabeza de Nones, blanquísima y pura como el vellón del cordero de la Pascua.

—... Y ya que hemos hablado de hombre a hombre—prosiguió el cura en tono más severo—, voy a despacharme a mi gusto como sacerdote. Pero antes de entrar en ello, hazme el favor de decir a esa tarasca de Celedonia que traiga una copita de vino; eso es si lo tienes, que si no, venga de agua para refrescar las predicaderas.

Traído el vino, don Juan Manuel se fortificó los espíritus para seguir su plática:

—... El papel ignominioso que haces ante el mundo, pues los curas te despreciarán por perdido, y los perdidos, por cura; el atentado contra tu salud, y los demás perjuicios temporales, son niñadas en comparación de la ofensa que haces a Dios, a quien has querido engañar como a un chino..., permite este modo vulgar de expresarme. Estás en pecado mortal, y si ahora te murieras, te irías al Infierno tan derechito como ha entrado en mi estómago este vino que acabo de beber. En eso sí que no hay escape, hijo; en eso sí que no hay *tus-tus;* en eso sí que no hay quita y pon. Es solución redonda, terminante, brutal. Demasiado lo comprendes. Pues bien, desgraciado Periquillo *(Voz afectuosa.):* hablándote como amigo, como sacerdote, como ex cazador, como extremeño, como lo que gustes, te pregunto: «¿Quieres salvarte de la deshonra, de la muerte y de las llamas eternas?»

—Sí.

—¿Respondes con sinceridad?

—Sí.

—Pues si quieres curarte y salvarte, lo primero que tienes que hacer es ponerte a mi disposición, abdicar tu voluntad en la mía y hacer puntualmente todo lo que yo te mande.

—Estoy conforme.

—Bueno. Pues vas a empezar por salir de Madrid. Mi sobrino político, el marido de Felisa, la mayor de mis sobrinas, ha comprado una gran dehesa en la provincia de Toledo, entre el Castañar y Menasalbas. Allí está él: quiere que yo vaya; pero mis huesos no están ya para traqueteos. Tú eres el que vas a empaquetarte para allá, antes hoy que mañana. Te mando, como primer remedio, al yermo: ¡pero qué yermo delicioso! Hay sembradura, ganado, un poco de viña, y para que nada falte, hay también un monte que ahora están descuajando en parte. Tú les ayudarás, porque el manejo del hacha es la mejor receta que se podría inventar contra melindres. En esa finca, en ese paraíso te estarás hasta que yo te dé de alta. Y cuidadito con las escapadas *(Voz familiar y expresiva: admonición con el dedo índice.),* cuidadito con las epístolas. Debes hacer cuenta de que la tal persona no existe, de que se la ha llevado Dios... Y no te mando que estés allí mano sobre mano mirando a las estrellas, que holganza y pecado son dos palabras que expresan una misma idea. Haras toda la penitencia que puedas, y fíjate bien en el plan de mortificaciones que te impongo: levantarte muy temprano, y cazar todo lo que encuentres; andar de ceca en meca por llanos, breñas y matorrales; comer cuanto puedas, mientras más magras mejor; beber buen vino de Yepes; ayudar a Suárez en sus tareas; tomar el arado cuando sea menester, o bien la azada y el hacha; llevar el ganado al monte, y cargar un haz de leña si es preciso; en fin, trabajar, alimentarte, fortalecer ese corpachón desmedrado. Quiero que empieces por ponerte en estado salvaje; y si sigues mi plan, serás tal que al poco tiempo de estar allí, si te varean, soltarás bellotas... Desde que logres esta felicidad, serás otro hombre; y si no se te quitan todas esas murrias del espíritu, me dejo cortar la mano. Cuando pase cierto tiempo, iré a verte o me escribirás diciéndome cómo te encuentras. Te someteré a un examen, y si estás bien limpio de calentura, se te devolverán las licencias, y con ellas... *(Voz muy cariñosa.)* Aquí viene la segunda parte de mi plan curativo. Atención. Mientras tú estás allá..., *civilizándote,* yo en Madrid me ocupo de ti, y te consigo, por mediación de don Ramón Pez, mi amigo, un curato de Filipinas.

Don Pedro hizo un movimiento de sorpresa, de sobresalto.

—...Qué..., ¿te encabritas? Es que no confío yo en tu salvación si no ponemos mucha tierra y mucha agua de por medio. Patillas es listo... Las recaídas son siempre mortales, hijo. Ultima palabra: si no aceptas mi plan completo, te abandono a tus desgraciada suerte. ¿Qué tienes que decir? ¿Vacilas?

En efecto, el enfermo vacilaba, dejando ver la irresolución en su semblante. Levantóse entonces bruscamente don Juan Manuel, cruzó el manteo, tomó con aire decidido la teja, y poniéndosela de golpe, como un militar se pone el sombrero de tres picos, dijo así:

—¡Ea!..., bastante hemos hablado. Quédate con todos los demonios, y no cuentes conmigo para nada.

Alzando la voz, que de afectuosa se trocó en severa, sacudió por un brazo a Polo, diciéndole:

—De mí no se ríe nadie... Ya sabes que tengo malas pulgas, y si me apuras, todavía soy hombre para cogerte por un brazo y hacerte cumplir, que quieras que no, con tu obligación, badulaque, mal hombre, clérigo danzante.

Tembló éste al oír tan airadas palabras, y retuvo a su amigo, agarrándole por el manteo. De esta manera quería indicarle que se sentara para seguir hablando. Así lo hizo el célebre Nones, y tales cosas humildes y compungidas le dijo el penitente, que el anciano se aplacó, y ambos celebraron su concordia con otro cigarrito.

Al día siguiente, don Pedro se fué a El Castañar.

XIX

Cuando Amparo llegó a su casa, era ya tan tarde que no quiso ir a la de Bringas. Intentó recordar el pretexto con que, según lo convenido consigo misma, debía explicar al día siguiente su falta de asistencia: mas la mal preparada disculpa se le había ido del magín. Era preciso inventar otra, y a ello consagró por la noche los breves ratos que le dejaban libre sus cavilaciones sobre asunto más grave. «Seguramente —pensaba al acostarse—, hoy, que yo he faltado, habrá ido él. Volverá mañana.»

Así fué. Agustín se personó en la casa de sus primos muy temprano, a la matutina hora en que la viva imagen de Thiers recorría en mangas de camisa los pasillos, con la jofaina en las manos para transportar a su cuartito el agua con que había de lavarse, en aquella hora en que Rosalía, no bien dejaba las perezosas plumas, dedicábase a menesteres y trabajos impropios de quien la noche antes había estado en la tertulia de la Tellería hecha un brazo de mar, respirando aires de protección por las infladas ventanillas de su nariz. Como en Madrid todo el mundo se conoce y no había forastero en la reunión, a nadie se le ocurrió decir: «Pero esta señora de tantos humos, tan elegantona y tan perdonavidas, será esposa de algún prócer considerable o de cualquier cico bolsista.» En la eterna mascarada hispanomatritense no hay engaño, y hasta la careta se ha hecho casi innecesaria.

Estaba la de Bringas en tal facha aquella mañana, que se la hubiera tomado por una patrona de huéspedes de las más humildes. ¡Qué fatiga la suya, y qué andrajos llevaba sobre sí! La criada fué a la compra, y la señora, después de dar muchas vueltas por la cocina, arreglaba a los niños para mandarlos al colegio.

—¡Hola, Agustín!... ¿Por aquí tan temprano?—dijo a su primo, cuando éste entró en el comedor—. Anoche, en casa de Tellería, alguien, no recuerdo quién, habló de ti... Dijeron que eres de los que las matan callando... ¡Si tendrás tú algún trapicheo por ahí...! Todavía, todavía hemos de buscarte una novia, y el mejor día te casamos.

Diciéndolo, Rosalía miraba con tristeza a su niña, mientras le ataba el delantalito y le ponía el sombrero. Hubiera querido la ambiciosa mamá que, por la sola virtud de sus amantes miradas, diera Isabelita milagroso estirón y llegase a casadera antes que Agustín se pusiera viejo.

—Mira tú, primo—díjole en una variante del mismo pensamiento—, no es por adularte: pero cada día parece que estás más joven y de mejor ver. Aunque esperaras cinco o seis años más, no perderías nada.

—No, Rosalía. Si me caso, ha de ser al año que viene.

—¿De veras?

—Digo que podrá ser. No lo aseguro.

Bringas llamó a su primo para hacerle leer un suelto del periódico que acababa de llegar.

—Mal, muy mal va esto—observó con tristeza don Francisco, empeñado en la faena de dar lustre a sus botas—. Otra vez partidas en el Alto Aragón... Esa pobre doña Isabel...

Amparo entró: entraron el carbonero, el panadero, la criada, el alcarreño de las castañas y nueces, y la estrecha morada, con el tráfago matutino, convidaba a huir de ella. Don Francisco, cuando dejó sus botas como espejos, echándoles el vaho y frotándolas después, se las puso.

—¡Qué vida más trabajosa!—dijo a su primo, mientras sacaba del cajoncillo los mezquinos dineros para la casa—. Y ahora tenemos un compromiso ma-

yúsculo. Hemos de ir al baile de Palacio, y un baile de Palacio nos desnivela para tres meses. Pero su majestad se empeña en que vayamos, y quítaselo de la cabeza a Rosalía. Es preciso ir. Quien vive de la nómina no puede hacer un desaire al Poder Supremo.

No se sabe lo que a esto dijo Caballero; pero, sin duda, debió de hacer observaciones sobre los infortunios de la clase burocrática en España. Luego que almorzó Bringas, salieron ambos primos, y Rosalía fué a consultar con su modista el estudio económico que tenía que hacer para procurarse un bonito vestido de baile. Aunque contaba con los regalitos de la reina, que quizá le mandaría alguna falda en buen uso, el arreglo de ella siempre ocasionaría gastos, y era preciso reducirlo todo lo más posible para alivio del espejo de los comineros, el santo don Francisco Bringas.

Caballero volvió a la casa por la tarde, cuando contaba encontrarla vacía de importunos testigos. Y sucedió como él lo pensaba, porque los niños no habían vuelto aún de la escuela, la criada había salido y los oradorcillos estaban tan enfrascados en su retórico juego dentro de la reducida asamblea de Paquito, que no ofrecían estorbo. Entró, pues, Agustín en el cuarto de la costura, seguro de encontrar allí lo que buscaba. Así fué. Callada y medrosa cuando le vió entrar, Amparo se puso pálida. El se sonrió y palideció también. Era ya un poco tarde, y uno y otro no se veían lo bastante para observar su emoción respectiva. Pensaba ella que no debía desperdiciar ocasión tan buena de dar las gracias por la merced recibida; pero no encontraba la forma. ¡Pues si la encontrara, qué cosas diría! Todo lo que su mente daba de sí, cruelmente exprimida por la voluntad, resultaba frío, trivial, tonto y cursi. Cuando él dijo: «No creí que estaba usted aquí», a ella no se le ocurrió más que: «Sí, señor; aquí estaba.»

—¿Para qué cose usted más? Ya no se ve.

—Todavía se ve un poquito...

Estos sublimes conceptos eran el único producto de aquellos dos cerebros henchidos de ideas, y de aquellos corazones en que el sentimiento rebosaba. Mas Caballero, sintiéndose espoleado por la impaciencia, pensó: «Ahora o nunca»; y una frase brilló en su mente, una frase de esas que o se dicen o revienta el oprimido molde que las encierra. Más fuerte era el concepto contenido que la timidez del continente, y de aquella discreta boca salieron estas palabras, como sale un disparo por la boca del cañón:

—Tengo que hablar con usted...

—Sí, sí, ¡estoy tan agradecida!... —balbució ella con un nudo en la garganta.

—No, no es eso. Es que esta mañana hablamos Rosalía y yo de usted, y de si entra o no en el convento. Yo estoy en darle la dote; pero entendámonos, con una condición: que no se ha de casar usted con Jesucristo, sino conmigo.

¡Ah pillín!, bien preparado lo traías, que si no, cómo había de salir tan redondo. Caballero, en horrible batalla con su timidez, había pensado al entrar: «O lo digo palabra por palabra o abro la ventana y me tiro al patio.» Siguió a la frase triunfal un silencio... ¡Chas!, a Amparito se le rompió la aguja. Las miradas del indiano observando el bulto de su amada en la penumbra bastarían a suplir la luz solar que rápidamente mermaba. Sonó la campanilla.

—Perdóneme usted—dijo ella, levantándose casi de un salto—. Voy a abrir... Es Prudencia, que salió por mineral.

Pero Agustín le interceptó la puerta, y tomándole las manos, se las apretó con fuerza.

—¿No me contesta usted nada?

—Perdóneme un momento... Tocan otra vez.

La Emperadora salió a abrir. Prudencia pasó hacia la cocina con duro pisar de corcel no domado. Poco después, Amparo y Caballero se encontraban en el pasillo, junto al ángulo del recibimiento, oscuro como caverna. Las manos del tímido tropezaron en las tinieblas con las manos de la medrosa, y volvió a cazarlas al vuelo. Apoyándose en la pared, ella no decía nada.

—¿Qué es eso?... ¿Llora usted?—preguntó el americano, oyendo una respiración fuerte—. ¿No me contesta usted a lo que he dicho?

Ni una palabra: gemidos nada más.

Oyó Caballero las siguientes palabras que sonaban con gradual rapidez, como

primeras gotas de una lluvia que amenaza ser fuerte:

—Sí..., yo..., yo..., sí; no...; veré...; usted...

—Háblame con toda franqueza. Si le desagrada...

—No..., no..., diré... Usted es muy bueno... Yo, agradecida.

—Pero esos lloros, ¿por qué son?

Parecía que se calmaba un tanto, enjugándose las lágrimas rápidamente con el pañuelo. Después se dirigió al cuarto de la costura, haciendo una seña al indiano para que la siguiera.

—¡Si Rosalía entra y me ve llorando...!—manifestó la joven con mucho miedo, ya dentro del cuarto.

—No se cuide de Rosalía y responda.

—Usted es muy bueno; usted es un santo.

—Pero se puede ser santo y no gustar...

—¡Oh!..., no..., sí..., estoy muy agradecida... Pero tengo que pensarlo..., desde luego, yo...

—Vamos—dijo Agustín con cierta amargura—, no le gusto a usted...

—¡Oh!, sí... Mucho, muchísimo—replicó ella con expansivo arranque—. Pero...

—Pero ¿qué...? Usted no tiene parientes que se puedan oponer...

—No..., pero...

—Usted es libre. Ahora, si hay algún compromiso...

—Yo..., sí...; no..., no..., no es eso. No tengo nada que oponer—repuso ella con vivacidad—. Soy una pobre, soy libre, y usted, el hombre más generoso del mundo por haberse fijado en mí, que no tengo posición ni familia, que no soy nada... Esto parece un sueño. No quiero creerlo... Pienso si estará usted alucinado, si se arrepentirá cuando lo medite.

El respetuoso, el encogido Caballero, le habría contestado con un abrazo, expresando así, mejor que con frías palabras, la ternura de sus afectos, tan contrarios al arrepentimiento que ella suponía. Pero en aquel instante entró en la habitación un testigo indiscreto. Era una claridad movible que venía del pasillo. Prudencia pasaba con la luz del recibimiento en la mano para ponerla en su sitio. Ambos esperaron. La claridad entró, creció, disminuyendo luego hasta extinguirse, remedo de un día de medio minuto limitado dentro de sus dos crepúsculos. Callaban los amantes, esperando a que fuera otra vez de noche; pero como Amparo sospechase que la moza había mirado hacia el interior de la oscura estancia, salió y le dijo:

—¡Cuánto tarda la señora!

—¿Enciendo la del comedor?—preguntó la tarasca.

—Todavía... Es muy temprano.

Cuando Prudencia volvió a la cocina, acercóse la Emperadora a la puerta del cuarto de costura, y el tímido oyó este susurro, que sonaba con timbre de dulce confianza:

—¡Pchs!..., venga usted para acá, caballero. Caballero.

Uno tras otro llegaron al comedor, débilmente alumbrado por dos claridades: la que venía de la cercana cocina y la que asomaba por el tragaluz de la asamblea-parlamento infantil. Se oía muy bien la voz de Joaquinito Pez, profiriendo estas precoces bobadas:

—Yo digo a los señores que me escuchan que la revolución se acerca con su tea incendiaria y su piqueta demoledora.

—¡Aprieta!—murmuró Agustín.

—Siéntese usted aquí—le dijo Amparo, señalándole una silla y abriendo los cajones del aparador para sacar los aprestos de poner la mesa.

—Yo soy hombre que cuando resuelvo una cosa gusto de llevarla adelante contra viento y marea.

—Pues yo digo que no sea usted tan precipitado y que medite mucho esas cosas tan graves—replicó la medrosa en voz baja, para que no se enterara la criada.

La vivísima alegría que llenaba su alma no era turbada en aquel momento por ningún pensamiento doloroso.

—Todo está muy meditado—afirmó él, gozándose en mirarla y remirarla—. Y además, lo que se siente no se calcula, porque el sentir y el calcular no son buenos amigos. Hace tiempo que dije: «Esta mujer será para mí, y por encima de todo será.» Los enamorados de veras tenemos doble vista; y sin haberla conocido a usted antes, me consta, sí, me consta que estoy hablando ahora con la virtud más pura, con la lealtad más... Y no me habla usted sólo al corazón y a la cabeza, sino también a los ojos, porque es usted... más guapa que una diosa.

Era ésta la primera flor de galantería que el huraño había arrojado en toda su vida a los pies de una mujer honesta. Con tanta facilidad lo dijo, y tan satisfecho se quedó, que gozaba reteniendo en su memoria el concepto que acababa de emitir.

—¡Por Dios, don Agustín!—observó Amparo, disimulando el gozo con la jovialidad—. Que voy a romper los platos si usted sigue diciendo esas cosas...

—Romperá usted toda la vajilla, porque aún me queda mucho que decir.

Otra vez sonó la cansada campanilla de la puerta.

—Debe de ser don Francisco—indicó la joven, saliendo a abrir.

El era, en efecto, y se le conocía en la manera de llamar, pues tan extremado era su espíritu ahorrativo, que economizaba hasta el sonido de la campanilla. Metióse Bringas en su cuarto y a oscuras cambiaba su ropa, cuando entró, después de llamar con estrépito, su cara mitad. Venía muy sofocada, pues desde el obrador de la modista había ido a Palacio, sin lograr ver a su majestad, por ser día de consejo y audiencia. No bien puso el pie en el comedor, empezó a soltar regaños por aquella boca: había tufo en la luz del recibimiento; estaba el comedor oscuro como boca de lobo: de la cocina venía olor a quemado. Amparo encendió la lámpara del comedor. Ver la de Bringas a su primo y desenojarse, todo fué uno.

—No sabía que estabas aquí. Se te encuentra siempre saliendo de la oscuridad, como una comadreja Di una cosa: ¿Por qué no te vienes esta noche? Reunión de confianza..., poca gente, doña Cándida, las pollas de Pez... ¿Vendrás? No seas tan corto, por amor de Dios. Suéltate de una vez. Yo te respondo de que con poco esfuerzo has de hacer alguna conquista. Las chicas de Pez no cesan de preguntar por ti... Que qué haces..., que cómo vives..., que por qué no te casas..., que montas muy bien a caballo... Si es lo que te digo: tienes partido, tienes partido, y tú no lo quieres creer.

—Pues di a las niñas de Pez que me esperen sentaditas. Son muy antipáticas, muy mal educadas, presumidas, y desde ahora compadezco al desgraciado que se haya de casar con ellas.

—¡Vaya que estás parlanchín esta noche! Parece que el galápago quiere salir de su concha. Bien, Agustín, bien.

—Felices—dijo Bringas, entrando de súbito envuelto en su bata del año cuarenta, la cual ni de balde se habría podido vender en el Rastro.

Caballero se despedía dando un apretón de manos a su primo y embozándose.

—Pero ¿te vas tan pronto?

—¡Ah!..., se me olvidaba. Mañana os traerán el piano para la niña. Yo le pagaré al maestro de música. El colegio de ella y su hermanito, corre también de mi cuenta.

—Eres de lo que no hay...—manifestó Bringas, abrazando a su primo con emoción—. Que Dios te dé toda la vida y salud que mereces...

Rosalía, dando un suspiro, abrazó tiernamente a su hija, que acababa de venir del colegio.

—¿Te vas tan pronto?—repitió don Francisco.

—Tengo que escribir algunas cartas.

—A propósito: mira, Agustín, no gastes dinero en tinta. Pasado mañana, domingo, voy a hacer algunas azumbres para mí y para la oficina Te mandaré un botellón grande. Yo tengo la mejor receta que se conoce, y ya he traído los ingredientes... Conque no compres más tinta, ¿estás? Abur... y gracias, gracias.

Con estas cariñosas palabras y la oferta que había hecho, expresión sincera, si bien negra, de su inmensa gratitud, despidió en la puerta a su primo el señor de Bringas. Cuando volvió al comedor, restregándose las manos con tanta fuerza que a poco más echarían chispas, su mujer, meditabunda, perdida la vista en el suelo, parecía hallarse en éxtasis. A las observaciones entusiásticas del esposo, sólo contestaba con arrobo de admiración:

—¡Qué hombre!... ¡Pero qué hombre!...

XX

Poco más tarde despedíase Amparo, recibiendo de Rosalía los siguientes encargos:

—Mañana me traes media docena de tubos. Se acaba de romper el del recibimiento. Te pasas por la Cava Baja y das un recado al de los huevos. Tráete

dos docenas de botones como éste y ven temprano para que me peines, porque he de ir a Palacio antes de la una.

En la calle, Amparo vió que se le ponía al lado un bulto, una persona, un fantasma embozado. Dióle saltos el corazón al reconocer las vueltas rojas y grises de la capa.

—No se me escapa usted—dijo Agustín, echando la fisonomía fuera del embozo.

—¡Ay!

—No hay motivo para asustarse. Es preciso que esto acabe pronto. Es preciso que hablemos cuando nos plazca. Ni espiar los ratitos en que usted se halle sola en la casa del primo, ni esperarla a la puerta, como se espera a las modistas, me gusta.

—Tiene mucha razón—dijo ella, dejándose llevar de sus sentimientos.

—Por consiguiente, usted me dará permiso para ir a su casa. Desde hoy entra usted en una vida nueva. La que va a ser mi mujer..., y hasta ahora no ha dicho usted nada en contrario.

En la pausa que él hizo, Amparo, confundida, buscaba frases más convincentes para contestar; pero aquel bálsamo suave que caía sobre las heridas de su corazón aletargaba su entendimiento.

—La que va a ser mi mujer—prosiguió Caballero—, no puede vivir de esta manera, sirviendo en una casa..., porque esto es peor que servir... Ya es tiempo, además, de que usted vaya arreglando sus cosas...

Música celeste era lo que Amparo escuchaba. Tal era su éxtasis, que no sabía por dónde andaba ni de qué modo expresar sus sentimientos. La contestación rotundamente afirmativa tropezaba en sus labios con algo asfixiante, amargo y obstructivo que salía de su conciencia cuando menos lo pensaba. Pero era tanta la debilidad de su carácter, que ni la conciencia ni el afecto acertaban a declararse, y el *si* y *no*, pasado un rato de dolorosas tartamudeces, tornaban adentro... Rechazar de plano tanta felicidad, érale imposible; aceptarla, le parecía poco delicado. Creía salir del paso con la expresión de su agradecimiento, que, a su modo de ver, era como una aquiescencia parabólica.

—No sé cómo agradecerle a usted..., don Agustín. Yo no valgo lo que usted cree.

Sin hacer caso de esto, Caballero añadía:

—Desde mañana usted mudará de vida. Eso corre de mi cuenta. Y es preciso que Bringas y Rosalía lo sepan, porque a nada conduce el misterio.

Iban por la calle Ancha, sin separarse para dar paso a nadie. A ratos se miraban y sonreían. Idilio más inocente y más soso no se puede ver a la luz del gas y en la poblada soledad de una fea calle, donde todos los que pasan son desconocidos. En los sucesivos accidentes de aquel coloquio de tan poco interés dramático y cuyo sabor sólo podían gustar ellos mismos, la voz de Amparo decía:

—Sí..., lo había comprendido; pero tenía miedo de que usted me dijera algo. Yo no valgo tanto como usted se figura.

—¿Usted qué ha de decir, si es la misma modestia?

Iban despacio, y a cada frase se paraban, deseosos de hacer muy largo el camino. Los ojos de ella brillaban en la noche con dulce y poética luz, y estaba tan orgulloso y enternecido Caballero mirándolos, que no se habría cambiado por los ángeles que están tocando el arpa en las gradas del trono del Creador...

—Otra cosa...—dijo temblando dentro de su capa—. ¿No le parece a usted que nos tuteemos?

Este brusco proyecto de confianza asustó tanto a la Emperadora, que... se echó a reír.

—Me parece—observó—que me será difícil acostumbrarme.

—Pues por mi parte...—manifestó el tímido—, creo que no tendré dificultad. Verdad que esto es ya en mí pasión antigua, y tanto me he acostumbrado a tal idea, que cuando estoy solo y aburrido en casa me parece que la veo entrar a usted, digo a ti; me parece que te veo entrar, y que te oigo, dando órdenes a los criados y gobernando la casa... Si ahora estas esperanzas de tanto tiempo se desvanecieran, créalo usted..., créelo, me enterrarían.

Amparito, confusa, se dejó estrechar la mano por la vigorosa y ardiente de su amigo. Miraba a otra parte, a ninguna parte. Tenía la vista extraviada. Había visto pasar una sombra negra.

—Ese gran suspiro—preguntó Caballero en tono pueril—, ¿es por mí?

Ella le miró. Iba a decir que sí; pero sólo dijo esto:

—Con cien mil vidas que tuviera no le pagaría a usted...

—Yo no quiero cien mil vidas; me basta con una, a cambio de la que yo doy. Lo que ofrezco no es gran cosa. Todos dicen que soy un bruto, un salvaje. Bien comprendo que no tengo atractivos, que mis modales son algo toscos y mi conversación seca. Me he criado en la soledad, y no es extraño que esa segunda madre mía me haya sacado un tanto parecido a ella. Quizá en la vida íntima me encontrarían aceptable los que me tachan de soso en la sociedad: pero esto no lo saben los que ven de lejos...

—Lo que a los demás no gusta—afirmó la joven, resuelta, inspirada—, a mí me gusta.

Estaba tan guapita, que al más severo se le podía perdonar que se enamorase locamente de ella, sólo con verla una vez. Ojos de una expresión acariciante, un poco tristes y luminosos, como el crepúsculo de la tarde: tez finísima y blanca; cabello castaño, abundante y rizado, con suaves ondas naturales; cuerpo esbelto y bien dotado de carnes; boca deliciosa e incomparables dientes, como pedacitos iguales de bien pulido mármol blanco: cierta emanación de bondad y modestia, y otros y otros encantos, hacían de ella la más acabada estampa de mujer que se pudiera imaginar. ¡Lástima grande que no llevara más gala que el aseo, y que estuviera su vestido tan entrado en días! El velo pedía sustituto, el mantón lo mismo, y sus botas aparentaban, a fuerza de composturas, una juventud que no tenían. Pero todos aquellos desperfectos, y aun otros menos visibles, tendrían remedio bien pronto. Entonces, ¿qué imagen se compararía a la suya? Pensando rápidamente en esto, todo su ser vibraba con ansiedad muy viva. Porque Amparito, dígase claro, no tenía ambición de lujo, sino de decencia; aspiraba a una vida ordenada, cómoda y sin aparato, y aquella fortuna que se le acercaba, diciéndole: «Aquí estoy, cógeme», la enloquecía. Y, no obstante, valor le faltaba para cogerla, porque de su interior turbadísimo salían reparos terribles que clamaban: «Detente...; eso no es para ti.»

Algo más de lo transcrito hablaron, frases sin sustancia para los demás, para ellos interesantísimas. En la puerta de la casa, cuando mutuamente se recreaban en sus miradas, recibiéndolas y devolviéndolas en agradable juego, Caballero deslizó estas palabras:

—¿Subo?

—Creo que no es prudente.

Ambos estaban serios.

—Me parece muy bien—dijo Agustín, que siempre era razonable—. Mañana... ¡Qué feliz soy! ¿Y usted..., y tú?

—Yo también.

—Sube. Aguardaré hasta que te vea dar la primera vuelta por la escalera.

XXI

Aquel buen hombre, que se había pasado lo mejor de su vida en un trabajo árido, siendo en él una misma persona el comerciante y aventurero, tenía, al entregarse al descanso, la pasión del orden, la manía de las comodidades y de cuanto pudiera hacer placentera y acompasada la vida. Le mortificaba lo que era irregular, todo lo que traía desentono a las metódicas costumbres que tan fácilmente adquiría. Había establecido en su casa un régimen por el cual todo se hacía a horas fijas. Las comidas se le habían de servir a punto... Ver cualquier objeto fuera de su sitio, en el despacho o en el gabinete, le mortificaba. Si en cualquier mueble notaba polvo; si por alguna parte se echaban de ver negligencias de Felipe, se incomodaba, aunque con templanza.

—Felipe, mira cómo está ese candelabro... Felipe, ¿te parece que es ése el sitio de la caja de puros? Felipe, veo que te distraes más de la cuenta... Te has dejado aquí tus apuntes de clase. Hazme el favor de no ponerme aquí papeles que no sean míos.

Este prurito de orden y regularidad se manifestaba más en las cosas de alto interés. Por lo mismo que había pasado lo mejor de su vida en medio del desorden, al llegar a la edad madura sentía vehemente anhelo de rodearse de paz, y de asegurarla arrimándose a las instituciones y a las ideas que la llevan consigo. Por esto aspiraba a la familia, al matrimonio, y quería que fuese su casa firmísimo asiento de las leyes morales. La religión, como elemento de orden, también le seducía, y un hombre que en América no se había acordado de adorar a Dios con ningún rito, declará-

base en España sincero católico; iba a misa, y hallaba muy inconvenientes los ataques de los demócratas a la fe de nuestros padres. La política, otro fundamento de la permanencia social, penetró asimismo en su alma, y vedle aplaudiendo a los que querían reconciliar las instituciones históricas con las novedades revolucionarias. A Caballero le mortificaba todo lo que fuera una excepción en la calma y rutina del mundo, toda voz desafinada, todo lo que anunciara discordia y violencia, lo mismo en la esfera privada que en la pública. Era un extenuado caminante que quiere le dejen descansar allí donde ha encontrado quietud, paz y silencio.

Había comprado una casa nueva, hermosísima, en la calle del Arenal, cuyo primer piso ocupaba por entero. Parte de ella estaba amueblada ya, atendiendo más a la disposición cómoda, según el uso inglés, que a ese lujo de la gente latina, que sacrifica su propio bienestar a vanas apariencias. Allí, sin que faltara lo que recrea la vista, prevalecía todo lo necesario para vivir bien holgadamente. Aún no estaba completo el ajuar de algunas habitaciones, particularmente de las destinadas a la señora y a la futura prole de Caballero; pero cada día llegaban nuevas maravillas. La casa era tal, que solo contadas familias de reconocida opulencia podían tenerla semejante en aquellos tiempos matritenses, cuando sobre la vulgaridad del gran villorrio empezaba a despuntar la capital moderna. Los amigos de Caballero vieron asombrados el magnífico cuarto de baño que supo instalar aquel hombre extravagante venido de América; se pasmaron de aquella cocina monstruo que, además de guisar para un ejército, daba agua caliente para toda la casa; admiraron las anchas alcobas trasladadas de los recónditos cuchitriles a las luces y al aire directo de la calle; advirtieron que las salas de puro ornato no robaban la exposición de Mediodía a las habitaciones vivideras, y se asustaron de ver el gas en los pasillos, cocina, baño, billar y comedor; y otras muchas cosas vieron y alabaron que omitimos por no incurrir en prolijidad.

Desdeñando la rutina de los tapiceros, puso Agustín su despacho a estilo de comerciante rico, y lo primero que al entrar en él se veía era el copiador de cartas con su prensa de hierro y demás adminículos. Dentro de lujosa vitrina, había una linda colección de figurillas mejicanas, tipos populares expresados con verdad y gracia admirable en cera y trapo. Nada existe más bonito que estas creaciones de un arte no aprendido, en el cual la imitación de la Naturaleza llega a extremos increíbles, demostrando la aptitud observadora del indio y la habilidad de sus dedos para dar espíritu a la forma. Sólo en el arte japonés encontramos algo de valor semejante a la paciencia y gusto de los escultores aztecas.

Dos estantes, uno repleto de libros de comercio y otro de literatura, hacían juego con la exhibición de figurillas, mas la literatura era toda de obras decorativas, si bien entre ellas las había tan notables por su contenido como por sus pastas. Un calendario americano, género de novedad entonces, ocupaba uno de los sitios más visibles. El reloj de la chimenea era un hermoso bronce parisiense, de estilo egipcio, con golpes de oro y cardenillo; y en la misma chimenea, así como en la mesa, había variedad grande de objetos fabricados con ese jaspe mejicano que, por la viveza de sus colores, no tiene igual en el mundo. Eran jarroncillos y pisapapeles, la mayor parte de éstos imitando frutas, siendo en algunas piezas casi perfecto el engaño de la piedra, haciéndose pasar por vegetal. Completaba el ajuar del despacho sillería de *reps* verde claveteada, que a Caballero se le antojaba de un gusto detestable; mas había hecho propósito de regalarla a sus primos cuando llegara la remesa de muebles que estaba esperando.

Allí trabajaba el indiano, todos los días, dos o tres horas. Escribía cartas larguísimas a su primo, que había quedado al frente de la casa de Brownville, y también seguía correspondencia tirada con sus agentes de Burdeos, Londres, París y Nueva York. Su letra clara, comercial, bien rasgueada y limpia, era un encanto: mas su estilo, ajeno a toda pretensión literaria y aun a veces desligado de todo compromiso gramatical, no merece, ciertamente, que por él se rompa el respetable secreto del correo. Aquel día, no obstante, introdujo en su epístola novedades tan ajenas al comercio, que no es posible dejar de lla-

mar la atención sobre ellas. En un párrafo decía: «Me he enamorado de una pobre»; y más adelante: «Si tú la vieras, me envidiarías. La conocí en casa del primo Bringas. Su hermosura, que es mucha, no es lo que principalmente me flechó, sino sus virtudes y su inocencia... Querido Claudio, pongo en tu conocimiento que el señorito de esta tierra me revienta. Las niñas estas, cuanto más pobres, más soberbias. Su educación es nula: son chalatanas, gastadoras, y no piensan más que en divertirse y en ponerse perifollos. En los teatros ves damas que parecen duquesas, y resulta que son esposas de tristes empleados que no ganan para zapatos. Mujeres guapas hay: pero muchas se blanquean con cualquier droga, comen mal y están todas pálidas y medio tísicas: mas antes de ir al baile se dan de bofetadas para que les salgan los colores... Las pollas no saben hablar más que de noviazgos, de pollos, de trajes, del tenor H, del baile X, de álbumes y de la última moda de sombreros... Una señorita que ha estado seis años en el mejor colegio de aquí, me dijo hace días que Méjico está al lado de Filipinas. No saben hacer unas sopas, ni pegar un triste botón, ni sumar dos cantidades; aunque hay excepciones, Claudio, hay excepciones...»

Y en otra carta decía: «La mía es una joya. La conocí trabajando día y noche, con la cabeza baja, sin decir *esta boca es mía*... La he conocido con las botas rotas, ¡ella, tan hermosísima, que con mirar a cualquier hombre habría tenido millones a sus pies!... Pero es una inocente, y tan apocada como yo. Somos el uno para el otro, y mejor pareja no creo que pueda existir. En fin, Claudio, estoy contentísimo, y paso a decirte que la partida de cueros la guardes hasta que pase el verano y sean más escasos los arribos de Buenos Aires. He tenido aviso de la remesa de pesos a Burdeos y de otra más pequeña a Santander. Ambas te las dejo abonadas en cuenta»

Es de advertir que el afán de orden y de legalidad que al buen Caballero dominaba desde su llegada a Europa, se extendía, por abarcarlo todo, hasta lo que pertenece al fuero del lenguaje. Deseando no faltar a ninguna regla, se había comprado el Diccionario y Gramática de la Academia, y no los perdía de vista, mientras escribía, para llegar a vencer, con el trabajo de oportunas consultas, las dificultades de ortografía que le salían al paso a cada momento. Tanto bregó, que sus epístolas veíanse cada día más limpias de las gárrulas imperfecciones que las afearan antaño cuando las trazaba en el inmundo y desordenado escritorio de su casa de Brownville.

Todas las tardes salía a dar un paseo a caballo. Era diestro y seguro jinete, de esa escuela mejicana, única, que parece fundir en una sola pieza el corcel y el hombre. Lo mismo en sus correrías por las afueras que en la soledad y sosiego de su casa, no se desmentía jamás en él su condición de enamorado, es decir, que ni un instante dejaba de pensar en su ídolo, contemplándolo en el espejo de su mente y acariciándolo de una y otra manera. A veces, tan clara la veía, como si viva la tuviera enfrente de sí. Otras se enturbiaba de un modo extraño su imaginación, y tenía que hacer un esfuerzo para saber cómo era y reconstruir las lindas facciones. ¡Fenómeno singular este desvanecimiento de la imagen en el mismo cerebro que la agasajaba! Por fortuna, no tardaba en presentarse otra vez tan clara y tan viva como la realidad. Aquellos hoyuelos, cuando ella reía, ¡qué bonitos! Aquella manera particular de decir *gracias*, ¿cómo se podía borrar de la fantasía del enamorado? ¿Ni cómo olvidar la muequecilla antes de decir *no*, el repentino y gracioso movimiento de la cabeza al afirmar, la buena compañía que hacían los cabellos a los ojos, aquel tono de inocencia, de sencillez, de insignificancia con que hablaba de sí misma? ¡Qué manera de mirar cuando se le decía una cosa grave! Pues ¿y aquel modo de cruzar el manto sobre el pecho, con la mano derecha forrada en él y tapando la boca...?

Al día siguiente de la entrevista en la calle fría (y en dicha entrevista fué donde Caballero observó el accidente de la mano forrada que tan bien conservara en la memoria), escribióle una larga carta. En ella, más que las palabras amorosas, abundaban las frialdades positivas. Empezando por señalarle cuantiosa pensión mensual mientras llegase el feliz día del casorio, le proponía vi-

vir en casa de Bringas. Si los primos se negaban a esto, él la visitaría en casa de ella. Amparo debía disponer con prontitud sus ajuares de ropa para entrar triunfal y decorosamente en su nuevo estado.

XXII

A sus amigos, que eran pocos y bien escogidos, había anunciado Caballero de un modo vago sus proyectos matrimoniales. Pero como no le conocían novia, todo se volvían cálculos, acertijos y conjeturas. Bien sabían ellos que Caballero no frecuentaba la sociedad. Jamás le vieron en los paseos haciendo el oso, rarísimas veces en los teatros, y no frecuentaba reuniones de señoras, como no fuese la de Bringas, donde brillaba por su frialdad y lo seco y esquivo de su conversación. Todos convenían en que era Agustín el más raro de los hombres; pero le querían tanto, que no le faltaban al respeto ni aun en la inocente crítica de sus rarezas.

Entre los tales amigos descollaban tres, que eran los propiamente íntimos. Helos aquí: Arnáiz, ya viejo, dueño de un antiguo y acreditado almacén de paños al por mayor, importaba géneros de Nottingham y tomaba aquí letras sobre Londres. Había labrado con su honrada constancia una bonita fortuna, y a la sazón, apartado del tráfico activo, había cedido la casa a los hijos de su hermano, que la conservaban con la afamada razón de *Sobrinos de Arnáiz.*—Trujillo y Fernández, que había casado con la hija única de Sampelayo, hallábase al frente de la antigua y respetable casa de Banca de Madrid *G. de Sampelayo Fernández y Compañía,* que data del siglo pasado.—Mompous y Bruil, corredor de cambios, primero, había hecho después un buen caudal comprando terrenos para venderlos por solares. Los tres eran personas de exquisita formalidad, de excelentes costumbres y con crédito firmísimo en la plaza.

Trujillo, que tenía varias hijas casaderas y bonitas, intentó agasajar a Caballero desde que le conoció, y ¡no eran esfuerzos los que hacía para atraerle a su casa! Una noche estuvo Agustín en ella, pero no volvió más que en la visita de ordenanza, cada tres meses, la cual duraba un cuarto de hora, y en ella estaba el hombre violento y cohibido, hablando del tiempo y contando los minutos que le separaban del bendito momento de ponerse en la calle. Trujillo, emperrado en su idea, invitábale a comer para tal o cual día; pero Caballero buscaba siempre un medio de excusarse y huir el bulto, pretextando enfermedad u ocupaciones. Por fin, hubo de renunciar el honrado banquero a tenerle por yerno, sin que por eso disminuyese el noble afecto que a entrambos unía. Por su parte, Mompous acariciaba en su mente de arbitrista iguales proyectos. Tenía un solar, es decir, una hija única y hermosa, y sobre ella pensó construir, con la ayuda de Agustín, el gallardo edificio de la perpetuidad de su raza... «Caballero, mi mujer me ha dicho que vaya usted a comer el domingo.» Tanto repitió esto el ambicioso catalán, que un día Caballero no tuvo más remedio que ir. ¡Qué mal rato pasó el pobre, deseando que volara el tiempo! La chica, que era vaporosa y linda, no le gustaba. Mas no existía habilidad femenina que ella no tuviese, incluso la de tocar el piano y cantar acompañándose. Delante de él lució la variada multiplicidad de sus talentos, mientras a boca llena alababa la mamá el buen natural de aquel espejo de las niñas. Pero Agustín no supo o no quiso dirigirle más galantrerías que aquellas que, por lo comunes, caen de todos los labios y no son sentidas ni verdaderas. «Este hombre es un oso.» Tal apreciación se hizo proverbial en casa de Mompous. El oso, o lo que fuera, no volvió más a aparecer por allí, a pesar de las ardientes insinuaciones de su amigo. La señora de éste, con su charlar meloso y sus rebuscadas expresiones de naturalidad, encocoraba enormemente a Caballero. Así, cuando a la casa iba éste para hablar con Mompous de algún negocio, se metía de rondón en el despacho y estaba el menor tiempo posible. Si sentía ruido de faldas, entrábale de repente una gran prisa, y se marchaba, dejando el negocio a medio tratar.

Hablando del misterio que envolvía los planes matrimoniales de Caballero, decía Trujillo:

—Verán ustedes cómo este hombre trae a su casa una tarasca.

Mompous opinaba lo mismo; pero Arnáiz, que veía más claro, por no tener más niñas disponibles que las de sus

ojos, salía prontamente a la defensa de su amigo:

—Se equivocan ustedes. Este hombre de escasas palabras tiene muy buen sentido. Habla poco y sabe lo que hace.

Los domingos esta ilustre trinidad reuníase puntual en la casa del rico indiano a tomar café, porque verdaderamente, no había café en Madrid como el que allí se hacía. También solía entrometerse aquel Torres, pazguato y mirón que vimos en casa de Bringas, y era un cesante a quien Mompous daba de tiempo en tiempo trabajillos de corretaje y comisiones de venta o compra de inmuebles. En días de trabajo iban los tres amigos por la noche a jugar al billar con Caballero, y a tertuliar, apurando los temas políticos de la época, por punto general muy candentes. Arnáiz y Trujillo eran progresistas templados: Mompous y Caballero defendían a la Unión Liberal como el gobierno más práctico y eficaz, y todos vituperaban a la situación dominante, que, con sus imprudencias, lanzaba al país a buscarse remedio en la revolución. Pero las discusiones no se acaloraban sino al tocar los temas de política comercial, pues siendo Caballero librecambista furioso, y Mompous, como fiel catalán, partidario de un arancel prohibitivo, nunca llegaban a entenderse. Arnáiz y Trujillo se inclinaban a las ideas de Agustín, pero protestando de que en la práctica se debían plantear poquito a poco. No traspasaban nunca estas contiendas el límite de la urbanidad. Caballero hablaba siempre muy bajo, cual si tuviera miedo de su propio acento, y sus conceptos eran siempre muy comedidos. A menudo sus tertulios, no oyendo bien sus palabras, decían: «¿Qué?» Y él entonces alzaba un poco la voz, que su timidez hacía temblorosa. En cambio, Arnáiz, hombre obeso y pletórico, decía con voz de trueno, precedido de violentas toses, los conceptos más triviales. *Júpiter tonante* llamábale Trujillo, y era cosa de taparse los oídos cuando decía: «Hoy he pagado el Londres a 47,90.»

Los domingos, al caer de la tarde, solía tener Caballero la visita de su prima, que pasaba siempre por allí con los niños al volver de paseo.

Una tarde observó que la casa se había enriquecido con valiosos objetos de capricho y elegantísimos muebles que Agustín, insaciable comprador, había adquirido días antes. Espejos de tallados chaflanes, bronces, porcelanas y cuadritos, amén de una galana sillería de raso rosa, ornaban lo que había de ser gabinete de la desconocida y mitológica señora de Caballero. Quedóse pasmada la de Bringas ante estos primores, y no halló mejor modo de dar alivio a su disgusto que estrenar un hermoso sillón de inaudita comodidad y amplitud. Arrellanándose en él, con ambas manos en el manguito, echada hacia atrás la cachemira que su majestad le había regalado el año anterior, disparó a su primo miradas inquisitoriales. Agustín estaba sentado frente a ella, con Isabelita sobre las rodillas.

—Esto está perdido, Agustín—le dijo—. Tienes aquí un lujo insultante y revolucionario... Ya no me queda duda de que piensas casarte. Pero ¿con quién? Eres un topo, y todo lo has de hacer a la chita callando. Arnáiz le dijo ayer a Bringas que sí, que te casabas: pero que nadie sabía con quién. ¡Por Dios!—terminó con mal disimulada ira—, sé franco, sé comunicativo, sé persona tratable.

Esperando la contestación del primo, que había de ser tardía y oscura, Rosalía contemplaba a la niña, tan chiquitita aún. ¡Ah!, maldito Bringas, ¡por qué no nació Isabel cinco años antes!

—Pues sí—manifestó Caballero—, me caso.

La Pipaón de la Barca oyó, espantada, estas palabras terroríficas.

—Pégale, hija; pégale, sí—dijo a la niña—. Tírale de esas barbas. Es muy malo, muy malo.

Isabelita, lejos de hacer lo que su madre le mandaba, mirábale dudosa y como suspensa. Tenía de él concepto elevadísimo; considerábale como un ser a todos superior, y la acusación de maldad lanzada por su mamá poníala en gran confusión. Enlazaba con sus brazos el cuello de Agustín y le decía secretos al oído.

—Tu hija no te hace caso—observó Caballero, riendo—. Dice que me quiere mucho y que no soy malo.

—Hija, no sobes... Vete con tu hermano, que está jugando con Felipe... Conque a ver, hombre, explícate. Tú no vas a ninguna parte, no se te conocen relaciones... ¿Adónde demonios has ido a buscar esa mujer? ¿La has encargado a

una fábrica de muñecas? ¿Vas a traer aquí una salvaje de América, con los brazos pintados y con una argolla en la nariz? Porque tú eres capaz de cualquier extravagancia.

Diciendo esto, por la mente de la dama pasó una sospecha, una idea que la espeluznaba como presentimiento de muerte y tragedias. Aquel resplandor lívido pasó pronto, cual relámpago, dejando la mente pipaónica en la oscuridad de las anteriores dudas.

—Hija, no sobes...

—Dice Isabel que no quiere jugar con Felipe, que prefiere jugar conmigo.

—¿Conque te descubres o no, mascarita? No sé a qué vienen esos tapujos...

—Pronto te lo diré.

—Pues no sé... Ni que fuera delito —manifestó, con repentina vehemencia, la Bringas, levantándose—. Yo he visto hombres topos, he visto hombres pesados, hombres inaguantables; pero ninguno, ninguno como tú. Hija, vámonos de aquí: llama a tu hermano. Esta casa me apesta con tanto chirimbolo inútil. No, no me huele esto a cosa buena. Y, en resumidas cuentas, ¿a mí qué me importa? Ya puedes casarte con una fuencarralera o con alguna *loreta* de París... Abur. Eso, eso: guarda bien el secreto, no sea que te lo roben. Así, callandito, se hacen las cosas.

Y el más reservado de los hombres, al despedirla en la puerta, le dijo dos o tres veces:

—¡Mañana, mañana te lo diré!

Y, en efecto, a la mañana siguiente se lo dijo.

Por espacio de algunos minutos, Rosalía se quedó como si le administraran una ducha con la catarata del Niágara.

—¡Con Amp...!

No tenía aliento para concluir de pronunciar la palabra. Representóse a la hija de Sánchez Emperador disfrutando de los tesoros de aquella casa sin igual, y consideraba esto tan absurdo como si los bueyes volaran en bandadas por encima de los tejados, y los gorriones, uncidos en parejas, tiraran de los carros. Sus confusiones no se disiparon en todo aquel día; se le subió el color, cual si le hubiera entrado erisipela, y llevaba frecuentemente la mano a su cabeza, diciendo: «Parece que los tengo aquí a los dos convertidos en plomo.» Mas reflexionando sobre el peregrino caso, no acertaba a explicarse el motivo de su despecho. «Porque a mí, ¿qué me va ni me viene en esto?... Conmigo no se había de casar, porque soy casada; ni con Isabelita tampoco, porque es muy niña.»

No veía la hora de que viniese Bringas para dispararle a boca de jarro la tremenda nueva. También fué grande el asombro de don Francisco. Su esposa, encolerizada, dirigíase a él con impertinentes modos, como si aquel santo varón tuviera la culpa, y le decía:

—Pero ¿has visto, has visto qué atrocidad?

—Pero, mujer, ¿qué...?

—La verdad, yo contaba con que Agustín esperase siquiera seis años... Isabel tiene diez..., ya ves... Pero a ti no se te ocurre nada.

—¡Ave María Purísima!...

—Y pretende que la traigamos a casa mientras llega el día del bodorrio... Sí, aquí estamos para tapadera.

Bringas, hombre de sano juicio, que siempre trataba de ver las cosas con calma y como eran realmente, intentó aplacar a su exaltada cónyuge con las razones más filosóficas que de labios humanos pudieran salir. Según él, antes que ofenderse, debían alegrarse de la elección de su primo, porque Amparo era una buena muchacha y no tenía más defecto que ser pobre. Agustín deseaba mujer modesta y virtuosa y sin pretensiones... No era tonto el tal, y bien sabía gobernarse. Convenía, pues, celebrar la elección como feliz suceso, y no mostrar contrariedad, ni menos enojo. Si Agustín quería que su futura viviese con ellos una corta temporada, muy santo y muy bueno.

—Porque, mira tú—añadió con centelleos de perspicacia en sus ojos—, más cuenta nos tendrá siempre estar bien con el primo y su esposa que estar mal. Si ahora los desairamos, quizá después de casados nos tomen ojeriza, y... no te quiero decir quién perderá más. Agustín es muy bueno para nosotros, y no creo que Amparo se oponga a que lo siga siendo. Le debemos obsequios y favores sin fin, y nosotros, ¿qué le hemos dado a él? Una triste botella de tinta, hija... Tengamos calma, calma, y aplaudámosle ahora como siempre. Probablemente seremos padrinos, y habrá que correrse con un buen regalo. No importa; se sacará como se pueda. Ya sabes que él no

se queda nunca atrás. Nuestra situación hoy, hija de mi alma, es apretadilla. Si me encargo el gabán, que tanta falta me hace; si vamos al baile de Palacio, tendremos que imponernos privaciones crueles: eso contando siempre con que la *Señora* te dé el vestido de color melocotón que te tiene ofrecido; que si no, ¡adónde iríamos a parar!... Pero la economía y un mal pasar dentro de casa harán este milagro y el del regalo para Agustín. Conque mucha prudencia y cara de Pascua.

Este sustancioso discursillo tuvo eco tan sonoro en el egoísmo de Rosalía, que se amansó su bravura y conoció lo impertinente de su oposición al casorio. Deseaba que Amparo llegase para hablarle del asunto y saber más de lo que sabía. ¡La muy pícara no había ido desde el sábado!... Estaba endiosada. Hacer quería ya papeles de humilladora, por venganza de haber sido tantas veces humillada.

XXIII

La increíble fortuna no llevó al ánimo de Amparo franca alegría, sino alternadas torturas de esperanza y temor. Porque si negarse era muy triste y doloroso, consentir era felonía. El miedo a la delación hacíala estremecer; la idea de engañar a tan generoso y leal hombre la ponía como loca; mas la renuncia de la corona que se le ofrecía era virtud superior a sus débiles fuerzas. ¡Oh egoísmo, raíz de la vida, como dueles cuando la mano del deber trata de arrancarte!... No tenía la Emperadora perversidad para cometer el fraude, ni abnegación bastante para evitarlo. No le parecía bien atropellarlo todo y dejarse conducir por los sucesos; ni su endeble voluntad le daba alientos para decir: «Señor Caballero, yo no puedo casarme con usted..., por esto, por esto y por esto.»

Pasaban las horas del día y de la noche pensando en los rudos términos de su problema, perseguida por la imagen de su generoso pretendiente, en quien veía un hombre sin igual, avalorado por méritos rarísimos en el mundo. Aun antes de tener sospechas del enamoramiento de Caballero, había sentido Amparo simpatías vivísimas hacia él. Lo que los demás tenían por defectuoso en el carácter del indiano, conceptuábalo ella perfecciones. Adivinaba cierta armonía y parentesco entre su propio carácter y el de aquel señor tan callado y temeroso de todo; y cuando Agustín se le acercó, movido de un afecto amoroso, ella le esperaba, preparada también con un afecto semejante.

Desde que se trataron un poco, vió la medrosa en el tímido, como se ve la imagen propia en un espejo, sentimientos y gustos que eran también los de ella. Sí; ambos estaban, como suele decirse, vaciados en la misma turquesa. Agustín, como ella, tenía la pasión del bienestar sosegado y sin ruido; como ella, odiaba los dicharachos, la palabrería insustancial y las vanidades de la generación presente; como ella, tenía el sentimiento intenso de la familia, la ambición de la comodidad oscura y sin aparato, de los afectos tranquilos y de la vida ordenada y legal. Sin duda, él había sabido leer cumplidamente en ella; pero Dios quiso que, al repasar las páginas de su alma, viese tan sólo las blancas y puras, no la negra. Estaba tan escondida, que ella sola podía y debía enseñarla, consumando un acto de valor sublime. El único medio de arrancar la tal página era llegarse a Caballero y decirle: «No me puedo casar con usted..., por esto, por esto y por esto.»

Cuando la infeliz llegaba a esta conclusión, que aunque tardía daba, por ser conclusión, algún descanso a sus torturas, parecía que una sierpe le silbaba en el oído estos conceptos:

«Oiga usted, señorita: Si está decidida a no aceptar la mano de ese sujeto, ¿qué papel hace usted tomando su dinero? Al día siguiente de aquella noche en que su novio la acompañó hasta la puerta, usted recibió una carta con billetes de Banco. No eran los primeros que venían, pero sí los más comprometedores. En esa carta decía, niña sin juicio, que ya la consideraba a usted como su esposa, y que, por tanto, debía existir entre ambos franqueza y comunidad de intereses. Le enviaba a usted una cantidad, y anunciaba repetir el obsequio todos los meses hasta que se casara. Y el objeto de auxilios era que su novia se preparase dignamente al matrimonio. Si el pensamiento de usted era negarse, ¿por qué no devolvió el dinero en el mismo sobre que lo trajo?...»

¡Qué voz aquella! ¡Argumento doloroso como llaga, que no podía tener el alivio de una contestación! Sin duda, la infeliz, al recibir los dineros, no vió el compromiso que la aceptación le traía: estaba como tonta, embriagada con la ilusión de la espléndida suerte que Dios le deparaba, con la idea de su magnífica casa y de la venturosa familia que iba a fundar.

Cuando echó de ver la inconveniencia grande de aceptar el dinero, ya parte de éste se había ido en seguimiento del pago de unas deudas antiguas, ya la indigente novia se había encargado dos pares de botas y dos vestidos. ¡Ay Dios mío! ¡Qué situación tan equívoca! ¿A quién pediría consejo? ¿Qué debía hacer?

Despertando asustada, en lo mejor de su sueño, Amparo daba vueltas en el cerebro a esta idea: «Lo mejor es dejar correr, dejar pasar, callarme, por repugnante que a mi conciencia sea este silencio.» Entonces, la culebra, deslizándose entre las almohadas, silbaba en su oído así: «Si tú callas, no faltará quien hable. Si tú no se lo dices, otro se lo dirá. Si él lo sabe antes de la boda, te apartará de sí con desprecio, y si lo sabe después, figúrate la que se armará...» Oyendo esto, lloró en silencio, mojando con lágrimas sus almohadas, y se durmió sobre la tibia humedad de ellas... A las tres o cuatro horas despertó de nuevo cual si oyera un grito. Era, sí, un grito que de su interior salía, diciendo: «Si lo sabe antes o después, me perdonará... Como ha comprendido otras cosas que hay en mí, comprenderá mi arrepentimiento.»

Levantóse de prisa. Ya el día penetraba por las ventanas. Vistióse, y el agua fresca aclaró sus ideas... Estremecida de frío, y después confortada por la reacción, decía: «Me perdonará..., lo estoy viendo.»

Púsose al arreglo de la casa con nerviosa actividad. Se habían duplicado sus aptitudes domésticas, y sentía verdadero frenesí de limpieza, de poner todo en orden. Cogiendo la escoba, la manejó casi, casi con inspiración. Había en sus manos algo de la convulsiva fuerza de la mano del violinista en el arco. Nubecillas de polvo rastreaban por el suelo. Saliendo luego a la ventana, que daba a un panorama de tejados, la joven respiró con gusto el aire glacial de la mañana.

Luego pensó en los vestidos que le traería la modista. Además, tenía otro, no nuevo, sino arreglado por ella misma, y pensaba estrenarlo al día siguiente. No era esto presunción, sino el ardiente afán de la decencia que en su alma tenía firme asiento. Su pasión por la vida regular se manifestaba también, prefiriendo lo útil a lo brillante, y dando la importancia debida al bien parecer de las personas...

Hizo un poco de chocolate y se lo tomó con pan duro. Era preciso poner la casa como el oro, pues aquel día vendría Caballero a visitarla. Diera ella cualquier cosa por tener arte de encantamiento para remendar los vetustos muebles, para darles barniz, para tapar los agujeros de los forros y poner todo, no lujoso, sino presentable. Fija en su mente la visita, consideró los peligros que la rodeaban, y de esta meditación salía otra vez triunfante la idea grande y activa, la necesidad de abrir su alma al que tan digno era de verla toda.

Mientras preparaba su comida, dióse a discurrir los términos más adecuados para esta declaración espeluznante. Pensó, primero, que necesitaba muchas, muchas palabras; estar hablando todo un día... Imaginó después que valía más decirlo en pocas. Pero ¿cuáles serían estas pocas palabras? Seguramente, cuando hiciera su confesión, se le habrían de saltar las lágrimas. Diría, por ejemplo: «Mire usted, Caballero, antes de pasar adelante, es preciso que yo le revele a usted un secreto... Yo no valgo lo que usted cree, yo soy una mujer infame, yo he cometido...» No, no; esto, no; esto era un disparate. Mejor era: «Yo he sido víctima...» Esto le parecía cursi. Se acordó de las novelas de don José Ido. Diría: «Yo he tenido la desgracia... Esas cosas que no se sabe como pasan, esas alucinaciones, esos extravíos, esas cosas inexplicables...» El, al oír esto, sería todo curiosidad. ¡Qué preguntas le haría, qué afán el suyo por saber hasta lo más escondido, aquello que ni a la propia conciencia se le dice sin temor!... La gran dificultad estaba en empezar. ¿Tendría ella el valor del principio? Sí, lo tendría; se proponía tenerlo, aunque muriera en las angustias de aquella revelación semejante al suicidio.

Sintió a su hermana levantándose. Re-

fugio entró también en la cocina, y, después de cambiar con Amparo palabras insignificantes, se metió en su cuarto para vestirse y acicalarse, operación en que empleaba mucho tiempo. Deseaba Amparo que la pequeña saliera pronto, para que no estuviese allí cuando el otro llegara. Refugio estaba irritada, y se transformaba rápidamente, por la ligereza de sus costumbres, en una mujer trapacera, envidiosa, chismosa. Amparo temía indiscreciones de ella. Siempre la reñía por sus salidas a la calle y por su desamor al trabajo. Aquel día no le dijo una palabra. Después que almorzaron, viendo que la otra se detenía, le habló así:

—Si sales, sal de una vez, porque yo también me voy, y quiero llevarme la llave.

Impertinente estaba aquel día la hermana menor. Comprendiendo Amparo que con cierto talismán se aplacaría, le dió dinero.

—Estás rica...

—Vete de una vez y déjame en paz.

Cuando estuvo sola, dió otra mano de limpieza a los muebles, y se arregló a sí misma lo mejor que pudo con lo poquito que tenía. La idea de la confesión no se apartaba de su pensamiento... Sentíase interiormente acariciada por fuerza pujante nacida al calor de su conciencia, y fortificada después por un no sé qué de religioso y sublime que llenaba su alma. Figurábase tener delante al que iba a ser compañero de su vida, y ella, valerosa, sin turbarse, acometía la santa empresa de confesar la más grande falta que mujer alguna podría cometer. Y no se turbaba con las miradas de él; antes bien, parecía que la honradez pintada en el austero semblante de Agustín le daba más ánimos...

Pero, ¡ay!, estos ardores heroicos se apagaron cuando el amante se presentó ante ella realmente. Salió Amparo a abrirle la puerta, y, al verle, ¡ay Dios mío!, la cobardía más angustiosa se apoderó de su ánimo. Ante la mirada de aquellos leales ojos, la penitente estaba yerta, y la confesión era tan imposible como darse una puñalada... Olvidáronsele las palabras que había estudiado para empezar. Agustín habló de cosas comunes; ella le contestaba turbadísima. Se le había olvidado hasta el modo de respirar. Y ¡qué torpeza la de su entendimiento! Para contestar a varias preguntas que Caballero el hizo, tuvo que pensarlo mucho tiempo.

Lentamente fué disipándose su turbación. El coloquio era discreto, quizá demasiado discreto y frío para ser amoroso. Caballero estaba también cohibido al verse solo con su amada. Allí contó dramáticos pasajes de su existencia; hizo una ingeniosa y delicada crítica de los Bringas. Luego tornaron a hablar de sí propios. El estaba contentísimo: iba a realizar su deseo más vivo; la quería con tranquilo amor, puestos los ojos del alma, más en los encantos del vivir casero, siempre ocupado y afectuoso, que en la desigual inquietud de la pasión. Su edad pasaba ya de los cuarenta, y su mayor afán era tener una familia y vivir vida legal en todo, rodeándose de honradez, de comodidad, de paz, saboreando el cumplimiento de los deberes en compañía de personas que le amaran y le honrasen. Dios le había deparado la mujer que más le convenía, y tan perfecta la encontraba, que si la hubieran encargado al Cielo no viniera mejor... Ella, por su parte, le miraba a él como la Providencia hecha hombre. Sin saber por qué, desde que le vió consideróle como un hombre modelo, y si él no tuviera mil motivos para hacerse querer, bastaríale para ello la bondad con que descendió hasta una pobre muchacha huérfana y humilde.

Mientras tales sosadas decía, si no con éstas, con equivalentes palabras, Amparo, dentro de sí, razonaba de otro modo. «Dios mío, no sé adónde voy a parar... Me dejo ir, me dejo ir, y cada vez soy más criminal callando lo que callo. Mientras más tarde yo en confesarme, menos derecho tendré a perdón.»

—Cuéntame algo de tu niñez, de tu vida pasada.

Al oír esto, la novia pasó de la duda al espanto. ¿Habría Caballero adivinado algo?

—¡Ay!, he sido muy desgraciada.

—Pero ahora serás feliz. Cuéntame algo.

Recordó ella entonces algunas de las expresiones que había pensado, y con espontaneidad suma, cual si cediera a incontrastable fuerza, se dejó decir:

—Antes de pasar adelante...

—¿Qué?

—Digo que..., nada... Es que me acor-

daba de cuando murió mi pobre padre...

—¿Es este su retrato?—preguntó Caballero, levantándose para mirarle cerca.

Entre tanto, Amparo decía: «Primero me degüellan. Yo me muero, pero callo.»

La tarde avanzaba. Dos horas estuvo allí Agustín, y al despedirse no se permitió más rapto de amor que besar la mano de su novia. Era hombre a quien las rudezas de un áspero combate vital dieron dominio grande sobre sí mismo. Pero aun con el poder que tenía, no eran innecesarios de cuando en cuando algunos esfuerzos para sostener el austero papel de persona intachablemente legal, rueda perfecta, limpia y corriente en el triple mecanismo del Estado, la Religión y la Familia. Aquel propietario que se había enojado con Mompous porque éste quiso ponerle, en el reparto de contribuciones, un poco menos de lo que le correspondía; aquel hombre que, por no desentonar en el concierto religioso de su época, había dado algún dinero para el Papa, no podía, en manera alguna, ir a la posesión de su amoroso bien por caminos que no fueran derechos. «Todo con orden—decía—: o no viviré, o viviré con los principios.»

XXIV

Después de tres días de ausencia, disculpada con pretexto de ocupaciones graves en su casa, fué Amparo a la de Bringas. Subiendo la escalera, temía que los escalones se acabasen. ¿Cómo la recibiría Rosalía, sabedora ya de su noviazgo? Porque la huérfana no amaba a su excelsa amiga, y el respeto que le tenía será mejor calificado si le damos el nombre de miedo. El señor don Francisco sí le inspiraba afecto. Pensando en los dos y en lo que le dirían, entró en la casa. Sin saber por qué, dióle vergüenza de verse allí con su vestido recientemente arreglado, sus botas nuevas, su velo nuevo también. Creía faltar al pudor de su pobreza.

Rosalía salió a su encuentro en el pasillo, riendo, y luego la abrazó con afectados aspavientos de cariño. Tales vehemencias, por lo excesivas, debían de ser algo sospechosas; pero Amparo, cortada como una colegiala a quien sorprendieran en brazos de un sargento, las admitió como buenas. A las vehemencias siguieron ironías de muy mal gusto.

—Vaya, mujer, gracias a Dios que pareces por aquí. Como estás tan encumbrada, ya no te acuerdas de estos pobres... ¡Buena lotería te ha caído! No, no la mereces tú, aunque reconozco que eres buena... ¡Suerte mejor!... Siéntate... Quiere Agustín que vivas con nosotros, y no nos oponemos a ello... Al contrario, tenemos mucho gusto. No sé si te podrás acomodar en esta estrechura, porque como ya tienes la idea de vivir en aquellos palacios, te parecerá esto una cabaña.

Recobrándose, contestó la novia que lo agradecía mucho; pero que, no pudiendo dejar sola a su hermana, seguiría viviendo en su casa, sin perjuicio de ir a la de Rosalía, como siempre, para ayudarla en lo que pudiera.

—¡Vaya con Agustín, y qué callado lo tuvo! Este hombre es todo misterio. Mira tú, yo no me fiaría mucho... Pues sí, puedes estar aquí todo el día; comerás con nosotros, lo poco que haya. Después te irás a tu alcázar, y nosotros nos quedaremos en nuestra choza. A buen seguro que os molestemos... ¡Mira que haciendo yo ahora la mamá contigo!... Pero por Agustín y por ti, ¿qué no haré yo? Siéntate... Me coserás estas mangas... ¡Ah!, no, ¡qué atrevimiento! Perdona.

—Sí, sí, vengan... Pues no faltaba más...

Bringas, que se acababa de afeitar en su cuarto, salió sin gafas al comedor, enjugándose la carita sonrosada y muy pulida.

—Amparito, ¿cómo estás? Yo, bien. ¡Ah bribonaza, qué suerte has tenido!... A mí me lo debes. Buenas cosas le he dicho de ti al primo... Te he puesto de hoja de perejil, como puedes suponer. La verdad, le tienes encantado... Esto se podría titular *El premio de la virtud*. Es lo que yo digo: el mérito siempre halla recompensa.

Poco después de esto, Bringas y su mujer secreteaban en el despacho.

—Agustín tendrá carruaje. Ya lo ha encargado a París.

—¡Ah!...—exclamó la dama, esponjándose, pues ya le parecía que se arrellanaba en el blando coche de sus amigos.

—Es preciso que la trates muy bien. Tendrán abono en todos los teatros.

—Amparo—decía poco después la Pi-

paón a su protegida—, mira, no te canses la vista en ese punto tan menudo. Mañana o pasado irás conmigo a las tiendas. Agustín me ha encargado que le haga varias compras, y ya ves..., conviene que des tu parecer y escojas lo que más te guste, puesto que todo es para ti. También yo tengo que comprarme algunas fruslerías, porque es indispensable que vayamos al baile de Palacio... Ven a mi cuarto: verás el vestido de color de melocotón que me ha mandado la *Señora*.

Esto de la indispensable asistencia al baile traía muy pensativo a Thiers, pues aunque los gastos no eran muchos, superaba su cifra a las de todo el capítulo de lo superfluo, correspondiente a tres meses. Mas con valeroso rigor, Bringas echó abajo partidas afectas a la misma exigencia vital, y la familia fué condenada a no tener en sus yantares, durante un mes, más que lo preciso para no morirse de hambre. Y como él no podía ya presentarse decorosamente con el gabán de seis años, hubo de encargarse uno, valiéndose de un sastre que le debía favores y que se lo hacía por el coste del paño. Se corrieron las órdenes para que los chicos tiraran hasta febrero con los zapatos que tenían, y quedaron suprimidas la luz del recibimiento, la propina del sereno y otras cosas. Rosalía, siempre atormentada por la creciente escasez, veía negro el porvenir, más entenebrecido aún con los anuncios de revolución que salían de todas las bocas. Una cosa la consolaba: su hija tenía ya piano y maestro, y recibiría aquella parte de la educación tan necesaria en una joven de buena familia. Y era la niña tan aplicadita, que toda la santa tarde y parte de la noche estaba toqueteando sus fáciles estudios, novedad que encontró Amparo en la casa aquel día. La enojosa música y la soporífera conversación del señor de Torres llevaron su espíritu a un gran aburrimiento. Caballero fué al caer de la tarde, y después de un rato de agradable tertulia la acompañó hasta su casa. Aquella vez, Rosalía no le hizo ya ningún encargo de tubos, ovillos de algodón, ni botones o varas de cinta, y la despidió, lo mismo que Bringas, con melosas palabrejas.

Recogida en la soledad de su casa, Amparo tuvo aquella noche un feliz pensamiento. No supo cómo se le había ocurrido cosa tan acertada, y juzgó que el mismo Espíritu Santo se había tomado el trabajo de inspirársela. La feliz ocurrencia era llamar en su auxilio a la religión. Confesando su pecado ante Dios, ¿no le daría Este valor bastante para declararlo ante un hombre? Claro que sí. Nunca había ella descargado su conciencia de aquel peso en la forma que ordena Jesucristo. Su devoción era tibia y rutinaria. No iba a la iglesia sino para oír misa, y si bien más de una vez pensó que acercarse debía al tribunal de la Penitencia, tuvo gran miedo de hacerlo. Su pecado era enorme y no cabía por los agujerillos de la reja de un confesonario, grandes para la humana voz, chicos, a su parecer, para el paso de ciertos delitos. «Nada, nada—pensó, confortándose mucho con esto y llena de alborozo—: un día cualquiera, luego que me prepare bien, me confieso a Dios, y después..., seguramente, tendré un valor muy grande.»

¡Qué acertado proyecto!... ¡Acogerse a la religión, que no sería nada si no fuera el pan de los afligidos, de los pecadores, de los que padecen hambre de paz! ¡Y a ella, la muy tonta, no le había pasado por las mientes proceder tan sencillo, tan natural!... Iría, sí, resuelta y animosa, al Tribunal divino. Si ya sentía robustez de espíritu sólo con el intento, ¿qué sería cuando al intento siguiera la realización? El temor que siempre tuvo de un acto tan grave, disipóse: y si el sacerdote, viéndola hondamente arrepentida, la perdonaba, ya tenía su alma vigor bastante para presentarse al hombre amado y decirle: «Cometí enorme falta: pero estoy arrepentida. Dios me ha perdonado. Si tú me perdonas, bien. Si no, adiós... Cada uno en su casa.»

Todo cuanto veía, todo, aprobaba su cristiana idea. El Cielo y la Tierra, y aun los objetos más rebeldes a la personificación, se trocaban en seres animados para aplaudirla y festejarla. El retrato de su padre la felicitaba con sus honrados ojos, diciéndole: «Pero, tonta, si te lo vengo diciendo hace tanto tiempo, y tú sin querer entender...»

Gozosa, pasó Amparo la noche. ¡Oh ventajas de un buen propósito! En las enfermedades de la conciencia, el deseo de medicina es ya la mitad del remedio.

Pensó mucho en cómo sería el cura, cómo tendría el semblante y la voz. Por grande que fuera su vergüenza ante Dios, más fácil le sería verter su pecado en todos los confesonarios de la cristiandad que en los oídos de su confiado amante. Pero estaba segura de que, una vez dado aquel paso, lo demás se le facilitaría grandemente.

Dejó pasar tres días, y al cuarto, levantándose muy temprano, se fué a la Buena Dicha. Entró temblando. Figurábase que allí dentro tenían ya noticia de lo que iba a contar y que alguien había de decirle: «Ya estamos enterados, niña.» Mas la apacible solemnidad de la iglesia le devolvió el sosiego, y pudo apreciar juiciosamente el acto que realizar se proponía. Y por Dios, que duró bastante tiempo. Las beatas que esperaban de rodillas a conveniente distancia, y eran de esas que van todos los días a consultar escrúpulos y a marear a los confesores, se impacientaban de la tardanza, renegando de la pesadez de aquella señora, que debía de ser un pozo de culpas.

Cuando se retiró del confesonario sentía gran alivio y espirituales fuerzas antes desconocidas. Cómo se habían deslizado sus tenues palabras por los huequecillos de la reja, ni ella misma lo sabía. Fué encantamiento, o, hablando en cristiano, fué milagro. Asombrábase ella de que sus labios hubieran dicho lo que dijeron, y aun después de hecha la confesión, sospechó que se habían quedado atravesadas en la reja expresiones que no eran bastante compungidas, bastante delgadas para poder entrar. El confesor, a quien la pecadora no vió, era muy bondadoso; habíale dicho cosas tremendas, seguidas de otras dulces y consoladoras. ¡Oh penitencia, amargor balsámico, dolor que cura! Fué como un suicidio cuando la pecadora se rasgó el pecho y enseñó su conciencia para que se viera todo lo que había en ella. Mostrando lo corrupto, mostraba también lo sano. El sacerdote le había prometido perdonarla, pero aplazando la absolución para cuando la penitente hubiese revelado su culpa al hombre que quería tomarla por esposa. Amparo creía esto tan razonable como si fuera dicho por el mismo Dios, y prometió con toda su alma obedecer ciegamente.

Antes de salir de la iglesia, una visión desagradable turbó la paz de su espíritu. Allá, en el extremo de la nave, vió a una mujer vestida de negro, sentada en un banco, la cual no le quitaba los ojos. Era doña Marcelina Polo. La joven penitente se cubría la cara con el velo de la mantilla, deseando no ser conocida: pero ni por ésas... La otra no la dejaba descansar ni un punto del martirio de sus miradas. Para abreviarlo, Amparo, que pensaba oír dos misas, se fué después de oír una. Al regresar a su casa midió las fuerzas que le habían nacido y se asombró de lo grandes que eran.

«Ahora sí que se lo digo—pensaba—, ahora sí. No me faltan palabras, como no me falta valor Tan cierto es que hablaré, como ahora es de día... Veamos; empiezo así: «¡Hoy me confesé!...» De esto a lo demás es llano el camino. Le diré: «Tenía un gran pecado.» «¿Cuál es? ¿Lo puedo saber yo?» «No sólo puedes, sino que debes saberlo, pues antes que lo sepas, no debo pensar en casarme.» Palabra tras palabra, va saliendo, va saliendo la cosa como salió en el confesonario. Si después de saber mi arrepentimiento, insiste, le pondré por condición irnos a vivir a un país extranjero para evitar complicaciones.»

Segura y animosa, deseaba ardientemente que Caballero viniese pronto para plantear la cuestión desde que entrara. Aquel día no podía faltar. Habían concertado que ella no saliera los martes y viernes, y que Caballero la visitaría en tales días para hablar con más libertad que en la casa de Bringas. Era viernes.

Refugio estaba aquel día muy risueña

—Ya sé—le dijo—que tienes visitas. Me lo ha contado doña Nicanora. Chica, estás de enhorabuena.

Eludió Amparo conversación tan peligrosa, y como no quería dar todavía explicaciones a su indiscreta hermana, la invitó a que se marchara de una vez. No se hizo rogar la otra. Su pintor la esperaba para modelar la figura de una maja Calipije ayudando a enterrar a las víctimas del 2 de mayo. Engullendo a toda prisa su breve almuerzo, salió.

Poco después llamaron a la puerta. ¿Sería él? Aún era temprano... ¡Jesús mil veces, el cartero!... De manos de aquel hombre recibió Amparo una carta, y verla y temblar de pies a cabeza,

todo fué uno. Mirábala, sin atreverse a abrirla. Conocía la odiada letra del sobre. Por Celedonia, que días antes fué a pedirle limosna, sabía que su enemigo estaba en el campo: pero no sospechaba la infeliz que tuviera el antojo de escribirle. ¿Abriría la epístola, o la arrojaría al fuego sin leerla? Y ¡en qué momentos venía Satanás a turbar su espíritu, cuando se había puesto en paz con Dios, cuando había fortalecido su conciencia!

—Pero la leeré—dijo—; la leeré, porque lo que diga aumentará mi santo horror, y me dará fuerzas mayores aún. Hoy no puede enviarme Dios una nueva pena, sino el alivio de las antiguas.

XXV

La carta estaba escrita con lápiz, y decía así:

«El Castañar, a 19 diciembre 1867.

»Tormento mío, Patíbulo, Inquisición: Aunque no desees saber de este pobre, yo quiero que lleguen a ti noticias mías. Mandóme aquí a hacer vida rústica y penitente este santote de Nones, y aunque me prohibió, entre otras cosas, el juego de cartitas, no puedo resistir a la tentación de escribirte ésta, que seguramente será la última. Y ¡por Dios que acertó mi amigo! Tan bueno estoy, que no me conozco. El ejercicio, la caza, el aire puro, el continuo pasear, el trabajo saludable, me han puesto en diez días como nuevo. Estoy hecho un salvaje, un verdadero hombre primitivo, un troglodita sin cuevas y un anacoreta sin cilicio. Vivo entre bueyes, perros, conejos, perdices, cuervos, cerdos, mulos, gallinas y alguno que otro ser en figura humana, que me recuerda más aún la inocencia y tosquedad de los tiempos patriarcales. Me figuro ser el papá Adán, solo en medio del Paraíso, antes que le trajeran a Eva, o se la sacaran de la costilla, como dice el señor de Moisés. Llevo un pañuelo liado a la cabeza, gorra de pelo y un chaquetón de paño pardo que me ha prestado el leñador. He recobrado mi agilidad de otros días y un voraz apetito, que me dice que aún soy hombre para mucho tiempo. Lo que no vuelve es la alegría ni la paz de mi espíritu. Estoy expulsado de la vida y confinado a un rústico limbo, del cual creo saldré sano, pero idiota. La bestia vive, el ser delicado muere; pero ¿qué importa, ¡oh rabiosa ironía!, si se han salvado los principios?

»Te escribo con un pedazo de lápiz romo, sentado sobre un montón de paja de cuadra y de dorado estiércol, que a los rayos del sol parece, no te rías, hacinamiento de hilachas de oro. Rodéame una movible corte de gallinas, cuyas crestas rojas, saltando sobre el estiércol de paja, parecen baile de coral sobre tapiz de rayos: no te rías... ¡Vaya unos disparates!... También andan por aquí dos señores pavos que, sin cesar, hacen a mi lado la rueda como si quisieran expresarme el alto desprecio que les inspiro. Un cerdito está hozando a mi espalda, y un perro de campo se pasea por delante, melancólico, pensando quizá en la inestabilidad de las cosas perrunas.

»Hombres no se ven ahora por aquí. Los de este lugar, con su sencillez ingenua, son lección viva y permanente de la superioridad de la Naturaleza sobre todo. ¡Malditos los que en el laberinto artificioso de las sociedades han derrocado la Naturaleza para poner en su lugar la pedantería, y han fundado la ciudadela de la mentira sobre un montón de libros amazacotados de sandeces!... No te rías...»

«Está loco», pensó Amparo, y siguió leyendo:

«Mi buen amigo se ha empeñado en curarme por completo. La primera parte de la medicina no ha sido ineficaz; pero ahora viene la segunda, Tormento mío, la segunda y más fiera y amarga parte. Pero he jurado obedecer, y por mí no ha de quedar. Estoy decidido a llegar hasta el fin, a entregarme cruzado de brazos al idiotismo, a ver si de él, como dice Nones, nace mi salvación social y espiritual. Atiende bien a lo que sigue, y alégrate, pues deseas perderme de vista. Nones me escribe que ha conseguido ya mi placita para Filipinas y que me disponga al dilatado viaje, que me parece un viaje al otro mundo. Si acompañado fuera, ¡cuán feliz! Pero voy solo... Muérame de una vez.

»No sé aún cuándo saldré; pero será pronto. Entre mi hermana y Nones me arreglan el gasto de pasaje y lo demás que necesite. De aquí me planto en Ali-

cante para ir luego a Marsella. Esto es forzoso, definitivo, irrevocable. Es también como darse una puñalada; pero me la doy, y veremos dónde y cómo resucito. Cometo la imprudencia de desobedecer a mi amigo en esto de darte la despedida. Nada le digas si lo ves, y recibe mi adiós último. Tenme compasión, ya que no otro sentimiento. Si te metes monja, reza por mí: conságrame dos o tres lágrimas, contándome entre los muertos, y pide a Dios que me perdone.»

La carta no decía más. Entre aquel desordenado fárrago de conceptos, propios de un loco, con mezcla de bufonadas y de alguna idea juiciosa, se destacaba un hecho feliz. Amparo prescindía de todo para no ver más que el hecho. ¡Se iba, se iba para siempre! «Reza por mí, contándome entre los muertos», decía la carta. Esta frase declaraba roto y hundido para siempre aquel horrible pasado, y el grave problema se resolvía llana y naturalmente, sin escándalo... Gozo vivísimo inundó el alma de la Emperadora. Daba gracias a Dios por aquel inesperado suceso, diciendo para sí: «¡Se va, se acabó todo! Dios me allana el camino, y nada tengo que hacer por mí.»

La idea del alejamiento del peligro enfrió su ánimo envalentonado por la confesión y dispuesto para una confesión nueva. La debilidad, recobrando su imperio, momentáneamente perdido, se asentó con orgullo en aquel blando ser, no nacido para acometer la vida, sino para recibirla como se la dieran las circunstancias. El aplazamiento del peligro traía la no urgencia del remedio, y, tal vez, tal vez su inutilidad. La entereza de la penitente desmayó y el sinsabor y las dificultades de declararse a su futuro amargaron su espíritu. Aceptaba con descanso aquella solución transitoria que le ofreció la Providencia, y resistíase a procurarla terminante y segura por sí misma.

«Que se lo he de decir es indudable —pensó—: pero me parece que ya no corre tanta prisa.»

Entregaba la carta a las ascuas del fogón, cuando la campanilla anunció a Caballero. Entró, y se sentaron el uno frente al otro. Miraba la Emperadora a su novio, y sólo con el pensamiento de que había de confesarse a él, se ruborizaba. ¡Qué vergüenza! Los bríos de aquella mañana, ¿dónde estaban? Y dejándose llevar del curso fácil de una desabrida conversación de amores, se fué olvidando del mandato del buen sacerdote. A ratos bullía su conciencia; pero pronto la misma conciencia, emperezada, se arrellanaba en un lecho de rosas. Es de notar que, por el temperamento de ambos amantes, en su coloquio se entrelazaba el espiritualismo propio de tal ocasión con ideas prácticas y apreciaciones sobre lo más rutinario de la vida.

La mayor felicidad del mundo consistía, según Caballero, en que dos caracteres saborearan su propia armonía y en poder decir cada uno: «¡Qué igual soy a ti!...» Cuando él—Agustín—la conoció, hubo de sentir grandísima tristeza pensando que tan hermoso tesoro no sería para él... Cuando ella le conoció diéronle ganas de llorar, pensando que un hombre de tales prendas no pudiese ser su dueño... Porque ella—Amparo—no valía nada; era una pobre muchacha que si algún mérito tenía era el de poseer un corazón inclinado a todo lo bueno, y grande amor al trabajo... Las cosas del mundo, que a veces parecen dispuestas para que todo salga al revés de lo natural y contra el anhelo de los corazones, se habían arreglado aquella vez para el bien, para la armonía... ¡Qué bueno era Dios! También él tenía afición al trabajo: y si no le distrajeran el amor y los preparativos de la boda, estaría aburridísimo. En cuanto se casara, habría de emprender algún negocio. No podía vivir sin escritorio, y el libro Mayor y el Diario eran el quitapesares mejor que apetecer pudiera... Con esto y el amor de la familia, sería el más feliz de los hombres... Tendrían pocos, pero buenos amigos; no darían comilonas. Cada cual que comiera en su casa. Pero sabrían agasajar a los menesterosos y socorrer muchas necesidades... A él le gustaba que todo se hiciera con régimen, a la hora: así no habría barullo en la casa. Para eso ella se pintaba sola; todo lo dispondría con la anticipación conveniente para que en el instante preciso no faltase. ¡Y que ya andarían listos los criados, ya, ya!... Ella no les perdonaría ningún descuido... A él le gustaba mucho, para almorzar, los huevos con arroz y frijoles.

El fríjole de América era muy escaso aquí; pero Cipérez solía tenerlo... Ella se ejercitaría en la administración, llevando su libro de cuentas, donde apuntara el gasto de la casa. Cuando no se hace así, todo es enredo, y se anda siempre a oscuras... Irían a los teatros cuando hubiera funciones buenas; pero no se abonarían, porque eso de que el teatro fuese una obligación no agradaba ni a uno ni a otro. Tal obligación sólo existía en Madrid, pueblo callejero, vicioso, que tiene la industria de fabricar tiempo. En Londres, en Nueva York, no se ve un alma por las calles a las diez de la noche, como no sea los borrachos y gente perdida. Aquí la noche es día, y todos hacen vida de holgazanes o farsantes. Los abonos a los teatros, como necesidad de las familias, es una inmoralidad, la negación del hogar... Nada, nada; ellos se abonarían a estar en su casita. Otra cosa: a ella no le gustaba dar dinerales a las modistas, y aunque tuviera todos los millones de Rothschild, no emplearía en trapos sino una cantidad prudente... Además, sabría arreglarse sus vestidos... Otra cosa: tendrían coche, pues ya estaba encargado a la casa Binder un landó sin lujo para pasear cómodamente, no para hacer la rueda en la Castellana, como tanto bobo. Siempre que salieran en carruaje, convidarían a Rosalía, que se pirraba por zarandearse. Ambos concordaban en el generoso pensamiento de ayudar a la honesta familia de don Francisco, obsequiando sin cesar a marido y mujer, discurriendo una manera delicada de socorrer su indigencia sobredorada... Agustín pensaba señalarle un sobresueldo para vestir, calzar, educar a los pequeños y llevarlos a baños. Pero ¿cómo proponérselo? ¡Ah! Amparo se encargaría de comisión tan agradable. Por de pronto, los invitarían a comer dos veces por semana... A él le daba por tener buenos vinos en su bodega. Sobre todo, de las famosas marcas de Burdeos no se le escaparía ninguna. ¿Y era Burdeos bonito? ¡Oh!, precioso. (Descripción de los *Quincoces*, del puerto, de la *Cour de l'Intendence*, de la *Croix Blanche* y de los amenos contornos, poblados de hermosas viñas.) A esta ciudad tranquila, que parece corte por la suntuosidad de sus edificios, sin que haya en ella el tumulto ni las locuras de París, irían los esposos a pasar una temporadita. Otra cosa: a él no le disgustaban las comidas francesas...; bien, bien: ella había aprendido con su tía Saturna a hacer un bistec y otras cosillas extranjeras... De las comidas españolas, algunas no le hacían feliz, otras sí... Por fortuna, Amparo aprendería diversas maneras de guisar, porque habían de ir también a Londres... Pasados años y años, se querrían lo mismo que entonces, porque su cariño no era una exaltación de esas que en su propia intensidad llevan el germen de su corta duración; no era obra de la fantasía ni capricho de los sentidos; era todo sentimiento, y como tal se robustecería con el curso del tiempo. Era un amor a la inglesa, hondo, seguro y convencido, firmemente asentado en la base de las ideas domésticas...

Con esta música que de los labios de uno y otro afluía en alternadas estrofas, a veces tranquilamente, a veces juntándose y sobreponiéndose como los miembros de un dúo, Amparo se olvidaba de todo. Volviendo de improviso sobre sí misma, sentía escozores de la antigua herida, y su dolor agudo la obligaba a contener el vuelo por aquellas regiones de dicha... Pero ella misma trataba de suavizar la llaga con remedios sacados de su imaginación. Veía un hombre bárbaro navegando en veloz canoa con otros salvajes por un río de lejanas e inexploradas tierras, como las que traía en sus estampas el libro de *La vuelta al mundo*. Era un misionero que había ido a cristianizar cafres en aquellas tierras que están a la otra parte del mundo, redondo como una naranja, allá donde es de noche cuando aquí es de día.

Hacia el término de la visita, ya sobre las seis, entró Refugio, lo que mortificó a Amparo, por temor de que su hermana no tuviese en presencia de Agustín el necesario comedimiento. Refugio se había desenvuelto mucho y podía dar a conocer con una palabra la diferencia que existía entre ella y una señorita decente. En honor de la verdad, la muchacha se portó bien, y como no carecía de ciertos principios, supo aparecer juiciosa sin serlo. Pero la otra no tenía sosiego, y deseaba que Caballero se marchase. Siempre que veía junto a su amigo a cualquier sujeto, conocedor de los secretos de ella, temblaba de pa-

ror, y el azoramiento ponía en su semblante, ora llamas, ora mortal palidez. Por fin retiróse Agustín y su futura respiró.

¡Refugio lo sabía!... Refugio era, por su indiscreción, un peligro constante... Sofocadísima con esta idea, la novia hizo propósito de inclinar el ánimo de su marido, luego que lo fuese, a establecerse en un lugar muy distante de Madrid. Quería dejar aquí todo: relaciones, parentescos, memorias, lo pasado y lo presente. Hasta el aire que respiraba en Madrid parecíale tener en su vaga sustancia algo que la denunciaba, algo de indiscreto y revelador, y ansiaba respirar ambiente nuevo en un mundo y bajo un cielo distinto de éste, a los cuales pudiese decir: «Ni tú, aire, me conoces, ni tú, cielo, me has visto nunca, ni tú, tierra, sabes quién soy.»

XXVI

Su hermana le dió bromitas aquella noche.

—Buen pájaro te ha caído en la red. Asegúrale, chica, todo el tiempo que puedas, que de éstos no caen todos los días. Pero Dios te hizo tan sosa, que le dejarás escapar... Si fuera mía esa presa, primero me desollaban viva que soltarla yo de las garras. Pero tú, como si lo viera, eres tan pava, tan *silfidona*, que por una palabra de más o menos te lo dejarás quitar. Como le sueltes es para mí.

Esta desenvoltura y este ordinario modo de hablar mortificaban tanto a la mayor de las Emperadoras, que amonestó a su hermana con aspereza.

—¿Sermoncito tenemos?—decía la otra—. Cierra el pico si no quieres que me marche y no vuelva a aparecer por aquí. Para lo que me das...

Siguió charlando cual cotorra que ha tomado sopas de vino. Amparo, disgustadísima, hubo de pensar que más fácilmente dominaría a su basilisco por buenas que por malas, y no quiso contestar a tanto disparate. Acostáronse, y de cama a cama, empeñadas en fácil charla, la mayor reveló a la pequeña la verdadera situación. Aquel señor no era su amante, era su novio, y se iba a casar con ella. Reíase la otra; mas al fin hubo de creer lo que veía. Y ¡qué bien se explicó Amparito!... Si Refugio se enmendaba, si era juiciosa, si no la entorpecía con sus genialidades, su hermana le daría cuanto necesitase... Eso sí: era indispensable poner término a las locurillas. La cuñada de un sujeto tan principal tenía que ser muy decente... ¡Vaya! Si no, no la reconocería por hermana. Ante las dos se abría un porvenir brillante. Convenía que ambas se hiciesen dignas de la fortuna que el Señor les deparaba.

Estas revelaciones hicieron efecto en el ánimo de Refugio, que se durmió alegre y soñó que habitaba un palacio, con otras mil tontunas. Al día siguiente estaba muy razonable y sumisa.

—La honradez—pensó Amparo con innata filosofía—depende de los medios de poderla conservar. Ha bastado que yo le diga a esta loca: «Tendremos qué comer», para que empiece a corregirse.

Dióle regular suma de dinero para tenerla contenta, y se despidió de ella.

—Hoy iré a la Costanilla. El desea que viva allí, y Rosalía también; pero yo no puedo abandonarte. Vendré todas las noches a casa y te daré lo que necesites, con tal que me prometas romper absolutamente con las de Rufete y no servir de modelo a pintores... Esa vida se acabó, y también las saliditas de noche, los viajes al escenario del teatro y al café. Desde mañana te daré trabajo... Lo que había de ganarse una modista, ¿por qué no has de ganártelo tú? Verás, verás... Ropa blanca a montones, algunas batas y arreglo de tus vestidos y de los míos. Cuenta con uno nuevo para ti... Pero tenlo muy presente, Refugio: como no trabajes, como vuelvas a las andadas, no cuentes para nada conmigo... ¡Ah!, me olvidaba de otra cosa importante; te prohibo que bajes a conversar con Ido y su mujer, que tienen la lengua demasiado suelta. No me gustan ciertas vecindades. Reserva, formalidad, honradez, conducta, es lo que deseo.

—Sí, sí—replicó la otra con evidente deseo entonces de obedecer, por la cuenta que le tenía.

Refugio salió, y Amparo fué, como de costumbre, a la Costanilla. Los sucesivos días se dedicaron a compras, de que estaba encargada Rosalía, con plenos poderes de su primo. Creo inútil declarar lo que la de Pipaón gozaba con es-

tas cosas y la importancia que se daba en las tiendas. Amparo, con ser la parte interesada, no podía vencer su tristeza, y la conciencia se le alborotaba cada vez que Rosalía, después de regatear telas riquísimas, encajes, abanicos y joyas, cerraba el trato con los comerciantes diciendo que mandaran la cuenta al señor Caballero. Cuando se trataba de escoger un color o una forma, la novia caía en las mayores perplejidades, y su espíritu, atento a más graves empeños, no acertaba en la elección. La de Bringas elegía siempre con tanta seguridad y aplomo, como si los objetos comprados fueran para ella.

—Tú no tienes gusto—decía—. Déjame a mí, que sabré equiparte con elegancia. Parece que estás lela, y miras todo con esos ojazos... ¿Por qué tienes tanto horror al color negro, que no te fijas sino en colorines? Parece que has venido de un pueblo. Si no fuera por mí, te vestirías de mamarracho. Como seas tan lista para gobernar tu casa, el pobre Agustín se va a divertir.

Algunas tardes, si el tiempo estaba bueno, Caballero traía una carretela cerrada, y los tres se iban de paseo a la Castellana. Rosalía aceptaba este obsequio con una satisfacción rayana en júbilo: pero a la novia le hacía muy poca gracia la exhibición por las calles. Creía que todos los transeúntes se fijaban en ella, haciendo picantes observaciones. Mientras Rosalía trataba de ser vista y se desvivía por saludar a cuantas personas conocidas pasasen, también en coche, Amparo deseaba ardientemente que cayeran las sombras nocturnas sobre Madrid, el paseo y el carruaje. Cuando a su casa se retiraba, a la hora de costumbre, Caballero iba en su compañía hasta la puerta, hablando del tema eterno y de la inacabable serie de planes domésticos. Hombre más venturoso no había existido nunca.

La novia, por el contrario, tenía que emplear trabajosos disimulos para que la creyeran contenta; mas por dentro de ella iba la fúnebre procesión de sus dudas y temores. Vivía en continuo sobresalto; temblaba de todo, y los accidentes más triviales eran para ella motivo de angustiosa inquietud. Como alguien entrara en la casa de Bringas, la infeliz sospechaba que aquella persona, fuera quien fuese, iba con algún cuento. En cualquier frase baladí de Rosalía o de su marido creía entender sospecha o alusión cruel a cosas que ella sola podía pensar. A Caballero encontrábale a veces un poco triste. ¿Le habrían dicho algo?... Hasta la llegada del cartero a la casa le producía escalofríos. ¿Traería algún anónimo? Esto de los anónimos se fijó en su mente de tal modo, que sólo de ver un cartero en la calle temblaba, y la vista de cualquiera carta cerrada con sobre para don Francisco la sumía en cavilaciones. Aquel antipático señor de Torres, que iba a la casa algunas tardes, dábale miedo sin saber por qué. No se hastiaba nunca de mirarla el condenado hombre con maliciosa sonrisa, sobándose sin cesar la barba; y ante estas miradas sentía ella pavor inmenso, cual si en despoblado se le apareciera un toro jarameño amenazándola con su horrible cornamenta.

Llegó a tal extremo la susceptibilidad nerviosa de la Emperadora, que hasta cuando oía leer un periódico creía que en aquellos impresos renglones la iban a nombrar. Si Paquito entraba diciendo: «¿No sabéis lo que pasa?», esta sola frase dábale a ella un violentísimo golpe en el corazón. ¿Qué más? La criada misma, la inofensiva Prudencia, la miraba sonriendo a veces, cual si poseyera un secreto nefando.

Cuando Agustín y ella se arrullaban en sus honestos coloquios, sobrevenía el alivio de aquella tortura. Pero a lo mejor se presentaba Rosalía inopinadamente, como persona que se reconoce nacida para estorbar la felicidad ajena, y, echándole miradas inquisitoriales, decía:

—Y, sin embargo, Agustín, tu novia no está contenta... Mira qué cara de ajusticiado pone cuando lo digo... Algo le pasa; pero si ella no es sincera contigo, ¿con quién lo será?

Tales bromas, que no lo parecían, torturaban a la novia más que si la pusieran en un potro para descoyuntarla. En su casa no dejaba de pensar en estas cosas, repitiéndolas y comentándolas para descubrir la intención que entrañar pudieran; y como nada acontecía a su lado que no le trajese nuevas formas de martirio, ved aquí un hecho insignificante que aumentó sus zozobras:

El más simple de los mortales, don José Ido del Sagrario, la visitó una noche. Aunque Amparo tenía de él concep-

to inmejorable, su presencia le inspiraba siempre repugnancia y temor. Al verle, sintió tanto frío como si la envolvieran en sábanas de hielo. Aquel hombre refrescaba sin duda en la memoria de la infeliz joven escenas y pasos de que ella no quisiera acordarse más. Por eso, la compungida fisonomía del antiguo profesor de escritura se le representaba con los rasgos espantables, feísimos, de un emisario de Satanás.

¿Qué deseaba el buen Ido? ¿En qué podía ella servirle? La cosa era bien clara. El egregio novelista había reñido con su editor, el cual no quería tomarle ya sus manuscritos aunque se los diera de balde y con dinero encima. Viéndose a punto de caer otra vez en la miseria, aquel hombre, poseedor de tan varios talentos, discurrió buscarse una placita estable al lado de cualquier persona de su posición y arraigo. Por su amigo Felipe sabía que el señor don Agustín Caballero pensaba tomar un dependiente que le llevase los libros y la correspondencia...

—Nadie mejor que usted—dijo el calígrafo con acaramelado rostro—puede proporcionarme esa plaza, si lo toma con interés, si se apiada de este pobre padre de familia. Con que usted diga dos palabras nada más al señor de Caballero, hará mi felicidad, porque yo sé que ese señor la quiere a usted más que a las niñas de sus ojos, y con justicia, con razón que le sobra, porque usted...—acaramelándose hasta lo increíble—es un ángel, un ángel, sí, de hermosura y bondad.

Amparo cortó el panegírico. Deseaba concluir y que aquel monstruo se marchase. No le podía ver, reconociendo que era inocentísimo. Como comprobante de su aptitud para el cargo que pretendía, Ido del Sagrario llevaba consigo aquella noche una cuartilla de papel.

—Puede usted mostrarle esta cuartilla—dijo, alargándola con timidez—, y ahí verá mi letra que, aunque me esté mal el decirlo, es tal, que seguramente no la hallará mejor. Eso lo escribí *calamo currente,* y es parte de la última novela...

Por perderle de vista, ella le ofreció apoyar su pretensión, y el pobrecillo se fué muy agradecido y satisfecho, amenazando volver por la respuesta dentro de un par de días. Al quedarse sola, pasó Amparo rápidamente su vista por la novelesca cuartilla, y leyó salteadas palabras que la aterraron. *Crimen...*, *tormento...*, *sacrilegio...*, *engaño* y otros términos espeluznantes hirieron sus ojos y repercutieron con horrible son en su cerebro. Rompiendo la cuartilla, arrojó los pedazos al fuego.

El espanto que aquel hombre le causaba aumentó con los recuerdos tristes de otras épocas. El buen *Cerato Simple* estuvo una vez en la Farmacia a llevarle una cartita... Habían hablado de la escuela, de las travesuras de los chicos, del sermón... ¡Qué punzantes espinas!... ¡Ido del Sagrario conocía el secreto! ¡Y semejante hombre pretendía una plaza en la futura casa de ella!... Sin duda, Dios la abandonaba, entregándola a Satán.

XXVII

Torturada por estas y otras cavilaciones toda la noche, determinó volver a la mañana siguiente al confesonario de la Buena Dicha. Hízolo así. No iba a confesar, sino a decir simplemente: «Me ha faltado valor, padre, para hacer lo que usted me mandó.» Echóle el cura una peluca muy severa, dándole luego ánimos y asegurándole un éxito feliz si se determinaba. También aquel día vió de lejos a doña Marcelina Polo, toda negra, la cara de color de caoba, fija en su banco cual si estuviera tallada en él. Volvió la penitente más tranquila a su casa; pero mirando a su interior no encontraba la fuerza que el sacerdote había querido infundirle.

«Si yo me atreviera...—pensaba después en casa de Bringas—. Pero no: segura estoy de que no me atreveré. Ahora sé lo que he de decirle, y cuando le veo delante, adiós idea; adiós propósito. Soy tan débil, que sin duda me hizo Dios de alguna sustancia que no servía para nada.»

¡Y ya era tarde para la confesión! ¿No disfrutaba ya de la posición de casada? ¿No vivía a costa de él? ¿No había empleado el novio cuantiosas sumas en prepararla para la boda? El podía, con justicia, llamarse a engaño, acusarla de deslealtad, y ver en ella perversión mayor de la que había, un fraude de mujer, una embaucadora, una tramposa, una...

Y con el trato había llegado Agustín a formar de su novia idea tan alta, que la confesión sería como un escopetazo para el buen hombre. La miraba como a un ser superior, de inaudita pureza y virtud. ¿Cómo permitió ella que su futuro tuviese opinión tan mentirosa? ¿Con qué cara le diría ahora: «No, yo no soy así; yo tengo una mancha horrenda: yo hice esto, esto y esto...»? Caballero se moriría de pena cuando la oyese, porque declaración tan atroz era para matar a un hombre, y la despreciaría, la arrojaría lejos de sí con horror, con asco... Varias veces había dicho: «La mejor parte de mi dicha está en saber que a nadie has querido antes que a mí...»

Y ella, insensata, sin medir sus palabras, le había contestado: «A nadie, a nadie.» Era verdad, sin duda, en la esfera del sentimiento, porque lo de marras fué alucinación, desvarío, algo de inconsciente, irresponsable y estúpido, como lo que se hace en estado de somnambulismo, o bajo la acción de un narcótico... Pero tales argumentos, amontonados hasta formar como una torre, no destruían el hecho, y el hecho venía brutal y terrible a encender la luz de su clara lógica en el vértice de aquel obelisco de distingos... ¡Maldito faro que alumbraba sus tropiezos!... Olvido, olvido era lo que hacía falta; que cayera tierra, mucha tierra sobre aquello, hasta que sepultado quedase para siempre y arrancado de la memoria humana.

Aquella tarde, Caballero la encontró muy ensimismada y le preguntó varias veces el motivo:

—Disgustos que me ha dado mi hermana—contestó.

Y se representaba la cara que pondría Agustín si ella empezase a contarle... Y el sonido que tendrían sus palabras le comunicaba pavor tan fuerte, que decía para sí: «Me mataré antes que confesarlo.»

Además, ni él ni nadie la comprenderían si hablara. Sólo Dios descifraba misterio tan grande. Creía conservar ella pureza y rectitud en su corazón; pero ¿cómo hacerlo entender a los demás, y menos a un celoso? Nada: callar, callar, callar. Dios la sacaría del pantano.

Era verdad que su hermana le daba disgustos. Ido, que a menudo subía para informarse del giro de sus pretensiones a la plaza de tenedor de libros, le dijo que por dos veces seguidas había venido un hombre; que Refugio trajo platos y botellas de la fonda, y que habían escandalizado la casa. Esto la disgustó en extremo. Por la noche riñeron las dos hermanas. Refugio, soberbia, acusaba a la otra con palabras insolentes. Aún intentó Amparo someterla con maña, ofreciéndola dinero. Pero Refugio se había disparado y sin freno por la pendiente abajo, y ya no era posible contenerla.

—No quiero nada contigo—le dijo—. Tú en tu casa, y yo en la mía. No me faltará un señor como a ti. Pero a mí no me engañan ofreciéndome un casorio imposible. ¡Casarte tú! Bueno va. Será con un ciego. No te pongas pálida. Yo no diré nada. Ni soy hipocritona, ni tampoco me gusta acusar. Allá te las arregles. Abur.

Recogió su ropa y se fué sin hablar más. Al quedarse sola, Amparito compartía su fatigado espíritu entre dos modos de sufrimiento dolorosos por igual. Era el uno la deshonra de su hermana; el otro esta consideración tenaz, fija como candente espina en su cerebro, donde ya había otras: «¡Refugio lo sabe!»

A la madrugada, en agitadísimo sueño, la novia confesó todo a su amante, el cual, oyéndola, había sacado un cuchillo y le había cortado la cabeza... ¿Adónde fué a parar la cabeza? Allá, en tierra de salvajes, un hombre atezado la tenía entre sus manos, besándola... Despierta y levantada, no sabía qué hacer ni qué pensar. Como viene una pesadilla, así vino Ido del Sagrario a punto de las nueve.

—Señorita...

—¿Qué hay, don José?

—Ayer, viendo que usted no se acordaba de mí, resolví presentarme al señor, el cual, en cuanto le dije que la conocía a usted, me puso muy buena cara. La letra le gustó mucho. Me mandó que volviera. Creo que tengo plaza.

También aquel simple la miraba de un modo particular. ¿Era sencillez o malicia, era bondad o traición lo que en aquellos ojos llorones lucía? Amparo deseaba que la tierra se tragara al tal don José.

—¡Vaya una casa que va usted a tener, señorita! Cuando fuí, el señor no estaba, y Felipe me enseñó todo. Es un palacio. Pero, francamente, usted se lo merece... Allí estaban los carpinteros

clavando cortinas bordadas. Luego trajeron unas sillas que parecen de oro puro...

—Don José—dijo ella bajando con humildad los ojos ante las miradas de aquel infeliz, que a ella le parecían las de un juez inexorable—. Si usted se porta bien, yo le protegeré.

Al pobre Ido se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh!, señorita, ¿podremos esperar...? ¿Será usted tan buena que...? No me atrevía a importunarla: pero viendo que usted se interesa por nosotros, ¿tendré valor para decirlo...? ¡Oh!, señorita. Nicanora plancha como pocas. Desea que usted le dé el planchado de su nueva casa.

—Veremos.

—Y el niño mayor... Usted le conoce. Jaimito, el mayorcito... Pues si usted quisiera tomarle de lacayín... Está que ni pintado para que le pongan su uniformito con muchos botones en la pechera y su gorra galoneada.

—Veremos, veremos...

—No sé si sabrá usted que mi mujer es una de las mejores peinadoras que hay en Madrid. Dígalo la cabeza de la ministra de Fomento del bienio, y otras cabezas, señorita, otras muchas. Conocí a Nicanora en casa de su excelencia. Yo daba lección a los niños. Uno de ellos ha sido ya diputado. Pero esto no hace al caso... ¿Nos tendrá usted presentes?... La niña mayor, Rosa, cose a maravilla...

—Bien: veremos, veremos...—repitió Amparo atosigada.

Porque se fuera pronto, no quiso destruir sus risueñas esperanzas de colocar a toda la familia.

En estas y otras cosas, que no merecen referirse, pasaron los pocos días que faltaban para concluir el año 67. No quiero hablar del Nacimiento que Bringas *armó* a los pequeños, ni de la bulla que metía Alfonsito con el tambor que le regaló su tío. Hubo cena, que por la fuerza rutinaria de la frase hemos de llamar opípara, y asistieron a ella Caballero y su novia. La boda se había fijado para fin de febrero o principios de marzo. En los preparativos y en otros sucesos se pasó casi todo enero del 68. Los recién casados se irían a Burdeos por una temporada.

Cuando Rosalía y Amparo estaban solas, aquélla no perdonaba ocasión de hacer ver a la que fué su protegida las atenciones que merecía del generoso primo.

—Agustín me ha regalado este abanico—le dijo un día, mostrándole una de las mejores compras que hicieron—. Hija, todo no ha de ser para ti. Los pobres hemos de alcanzar alguna cosita. Y alguna de las manteletas parece que será también para mi humilde persona. Ayer dijo: «Puedes quedarte con ella, si tanto te gusta.» Y yo le contesté: «¡Oh!, no, de ninguna manera.» Pero quizá la tome. Pues qué, ¿mi trabajo no vale nada?... ¡Todo el día en la calle, olvidando mis atenciones!... Cosas hay aquí, hija, que a ti te han de estar muy mal, porque no tienes aire, vamos, no te cae bien más que el vestidito de merino. ¡Lástima de dinerales que ha gastado Agustín, para que no los luzcas! Lo que es el vestido de faya azul marino, créelo, de buena gana me quedaría con él, aunque fuera dando a mi primo el dinero que le ha costado. Se lo he de proponer. A ti no te va bien ese color, ni sabes tú llevar esas cosas. Parecerá que te han traído de un pueblo y te han puesto lo que no te corresponde. La costumbre, hija, la costumbre es el todo en cuestión de vestir. Ponle a una paleta una falda de raso, y no sabrá mover los pies dentro de ella... Luego que te cases, me has de cambiar este alfiler de brillantes por aquel que yo tengo con dos coralitos y ocho perlitas. Es de menos valor que el tuyo, pero a ti te irá mejor. Déjame a mí, que te arreglaré de modo que luzcas algo, y sacaré de tu sosería todo el partido que pueda.

Mostrábase la joven conforme con todo; pero en su interior hacía propósito de tener a raya, y luego que se casase, los entremetimientos y las ínfulas despóticas de la Pipaón de la Barca. Había observado Amparo ciertas novedades en el carácter de Rosalía, y era que se le había desarrollado el gusto en las galas, y despuntaban en ella coqueterías y pruritos de embellecerse, que antes sólo tenía cuando se presentaba en público. Dentro de casa, no estaba ya nunca la vanidosa dama tan desgarbada ni con tanto deraliño vestida como antes. Ella misma se había hecho dos batas bastante bonitas: usaba casi siempre el corsé, y en todo se echaba de ver que no quería parecer desagradable. Pero la novia se guardaba bien de manifestar.

ni aun en broma, sus observaciones, por el gran miedo que a su protectora tenía; miedo que aumentaba con las reticencias de la dama, y aquel modo de mirar, aquella expresión de cavilosa sospecha...

«Si Rosalía no sabe nada—pensaba Amparo—, desea saber, y acaricia las sospechas como se acaricia una esperanza. Tiene la ilusión de mi falta. Yo pido a Dios olvido, y ella pide descubrimiento.»

—¿Sabes tú dónde vive doña Marcelina Polo?—preguntóle un día bruscamente Rosalía—. Ha venido a verme varias veces, y tengo que pagarle la visita.

Amparo se turbó tanto, que no supo dar las señas. Por disimular, nombró varias calles, diciendo al fin la verdadera. ¡Después le pesó tanto haberlo dicho! Pero ¿cómo mentir, si la de Bringas le introducía hasta el fondo del alma sus miradas, que, cual anzuelos, tenían gancho para sacar lo que encontraran?

—Estás tan nerviosa—le dijo en otra ocasión—con la novelería de tu casamiento, que parece que te han aplicado la electricidad. A lo mejor se me figura que das un salto y que vas a volar. ¿Es que no te gusta mi primo? ¿Le encuentras viejo? Hija, de mal agradecidos está lleno el Infierno. De todos modos, no te cases a disgusto. Si prefieres un apreciable barbero de veinte años o un distinguido hortera, un oficial de obra prima o cosa así, habla con franqueza.

Amparo no podía contestar a estos disparates sino tomándolos a risa. Y ¡qué trabajo le costaba reír! Para variar la conversación, hablaba del próximo baile de Palacio, y en tal tema la descendiente de los Pipaones se explayaba a su antojo. El arreglo de su vestido, cuya falda procedía de las inagotables mercedes de la reina, le ocupaba todo su tiempo disponible. En adornarlo trabajaban las dos con flores, encajes y cintas que pertenecían a lo que se había comprado para los regalos de la novia. Pensaba ponerse Rosalía en la noche del baile el gran aderezo de casa de Samper que Agustín había adquirido para su futura, y decía a este propósito:

—Supongo que darás tu permiso para que se luzca alguna vez el pobre aderezo.

En tan solemne función llevaría don Francisco su encomienda de Carlos III, cuyas insignias le había regalado Agustín. El gabán nuevo lo estrenaría también la misma noche, pues aunque esta prenda no se había de lucir en el baile, convenía exhibirla en la escalera y vestíbulo, donde había mucha luz. Y ¡qué apuros los del económico Thiers para atender al gabán, a las botas de charol, a las dos batas que Rosalía se había hecho, a la cena de Navidad, al calzado de los niños, que ya daba lástima verlo, y a otras menudencias! ¡Gracias que hubo doble paga en diciembre, es decir, propina oficial, que si no...! Así y todo, expuesto anduvo el tesoro bringuístico a caer en el horroroso abismo de la insolvencia. Para evitarlo, don Francisco había empezado por suprimir el café, y concluyó por prescindir del vino en las comidas. Y ¡qué chasco se llevan las personas serviciales! Esperaba mi don Francisco que la marquesa de Tellería, a quien hizo el favor de componerle una arqueta antigua, dejándosela como nueva, le enviara un buen regalo por Navidad. Tanta era su confianza, que cada vez que sonaba la campanilla en aquellos días, decía: «Ya está ahí», saliendo con una peseta en la mano para darla al criado portador del regalo. Pero la marquesa no se cuidaba de semejante cosa. «Trabaje usted, trabaje usted para los poderosos...», decía Thiers, ajustándose las gafas sobre la nariz romana.

Quiso mostrar su casa Caballero, ya casi completamente arreglada, a sus primos y a la novia, y una tarde fueron todos allá. Esto debió de ser hacia los últimos días de enero. La de García Grande unióse a la partida, anhelosa de dar su dictamen sobre las maravillas de tan encantadora vivienda. Por el camino, Bringas dijo a su mujer: «Parece que la dota en cincuenta mil duros.» Oído lo cual, puso Rosalía tan mala cara, como si fuera ella quien había de dar el dinero.

—Te he dicho—contestó desabridamente a su esposo—que a nosotros nos deben tener sin cuidado los disparates que haga ese pobre hombre. Nos lavamos las manos.

Amparo y doña Cándida iban delante, a bastante distancia, y no podían oír. Orgulloso enseñaba Caballero su casa, en la cual había reunido comodidades hasta entonces poco usadas en

Madrid. Doña Cándida, como persona inteligente, era la que llevaba la voz en los elogios. Rosalía, abatida y triste, sentía con toda su alma que la urbanidad le impidiese poner faltas. ¡Vaya, que estaba todo bien recargadito! La novia paseaba por las primorosas estancias, dudando un poco de la realidad de lo que veía, y teniéndolo a veces por creación de su cerebro calenturiento. Porque pensar que todo aquello iba a ser suyo dentro de pocos días, y que ella gobernaría tan hermoso imperio, más era para enloquecerla que para alegrarla. Le entró como un mareo de ver tanta cosa buena y apropiada a su objeto, y pensó cuán grandes son las necesidades humanas y qué esfuerzos ha hecho la industria para responder a ellas. Consideró que las invenciones del hombre, produciendo objetos de varia y útil aplicación, crean y aumentan las necesidades, entreteniendo la vida y haciéndola más placentera. El gozo que sentía al mirar tanta riqueza casi en su mano, al verse envidiada y enaltecida, y, sobre todo, al considerarse tan tiernamente amada por el señor y dueño de todo, le ponía en el pecho opresión vivísima, que no se hubiera calmado sino llorando un poco.

Vieron la alcoba nupcial; el tocador, que, según opinión de doña Cándida, era un *museíto muy mono;* se recrearon en el gabinete color de rosa, que parecía todo él una gran flor muy abierta; vieron el comedor con sillas y aparadores de nogal imitando las artes antiguas; admiraron las vitrinas, en cuyo seno oscuro lucían, con suaves cambiantes, la plata y el metal Christofle. Pero lo que más entretuvo a las señoras fué la cocina, un grandísimo armatoste de hierro, de pura industria inglesa, con diversas chapas, puertas y compartimientos. Era una máquina portentosa. «No le faltan más que las ruedas para parecer una locomotora», decía el entendido Bringas abriendo una y otra puerta para ver por dentro aquel prodigio.

Hizo entonces la de García Grande una crítica donosísima del sistema antiguo de nuestras cocinas de carbón vegetal, y habló de los pucheritos agrupados como si se estuvieran diciendo un secreto, del cacillo, de los asados en cazuela, de las hornillas y otras cosas. Rosalía defendió, no sólo con elocuencia, sino con enfado, el primitivo sistema; mas doña Cándida se echó a reír a carcajadas, comparando las cocinas indígenas con las trébedes y la sartén que usan los pastores para freír unas migas. Pasaron luego al cuarto de baño, otra maravilla de la casa, con su hermosa pila de mármol y su aparato de ducha circular y de regadera. Rosalía dió un chillido sólo de pensar que debajo de aquel rayo se ponía una persona sin ropa, y que al instante salía el agua. Cuando Caballero dió a la llave y corrieron con ímpetu los menudos hilos de agua, todas las mujeres, incluso doña Cándida, y también Bringas, gritaron en coro.

—Quita, quita—dijo Rosalía—; esto da horror.

—Es una cosa atroz, una cosa atroz —afirmó repetidas veces la de García Grande.

En el salón también había mucho que aplaudir. No se oían más que las expresiones «bonito», «precioso», «artístico». Amparo, más que cuadros, bronces y muebles, admiraba la grave figura de su futuro marido, en cuyo rostro daba de lleno la luz que él mismo sostenía para alumbrar los objetos. En su barba negra brillaban las manchas canosas como hilada plata, y su tez amarillenta, bañada en viva luz, tomaba un caliente tono de *terracotta,* comparable a cosas indias, egipcias o aztecas. No sabía ella completar la comparación; pero sí que resultaba característico. Bien mirado, era Agustín un hombre guapo, con su mirar noble y leal, y aquella expresión tan suya, como de persona que está disimulando un dolor. Amparo no se hartaba de mirarle, considerándole como el más cabal, el más simpático y el más perfecto de los hombres en todos sentidos. De buena gana se le hubiera colgado al cuello, expresando con una flexión muy apretada de sus brazos la admiración, el cariño y la gratitud que hacia él sentía. Pero esto era imposible aún, y se contentaba con añadir al coro general de alabanzas las frías palabras: «¡Qué bonito! ¡Qué buen gusto! ¡Qué bien escogido todo!»

La exposición doméstica terminó al fin, y se retiraron las visitas. Rosalía se quejaba de dolor de cabeza y de quebranto de huesos. Temía que le entrase erisipela. Amparo, al recogerse a su ca-

sa, acompañada por Caballero hasta la puerta de la calle, parecía embriagada. La visita de su futura vivienda había tenido la virtud de despejarle el cerebro, ahuyentando sus dudas y temores. Asombrábase de ser tan feliz, y se recreaba en aquel olvido de sus penas que le había caído sobre el corazón gota a gota como un bálsamo celestial. Pero este descanso era sólo burla horrorosa de su destino que le preparaba un rudo golpe. Doña Nicanora le entregó una carta del interior que había traído el cartero.

XXVIII

¡Otra carta! Amparo creyó que se caía de lo alto de una gran torre, al ver la aborrecida letra del sobre. Mirando y remirando su nombre, dudaba del testimonio de sus ojos. Padecía su espíritu tan raros trastornos, que fácil era sospechar que le daban pesadillas despierta. ¿Leería la carta? Sí, sí, porque bien podía anunciar algo feliz como el definitivo alejamiento del enemigo: y si traía malas nuevas..., ¡también, también leerla para evitar el peligro y parar los golpes! La carta era breve:

«¡Ah!, pícara Tormento, ¿conque te casas?... Mi hermana me lo escribió a El Castañar. Enterarme, perder todo lo que había ganado en salud y en juicio, fué una misma cosa. Si te digo que el cielo se me cayó encima, te digo poco. Todo lo olvidé, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, me vine a Madrid, donde estoy dispuesto a hacer todas las barbaridades posibles.»

No pudo acabar de leer y cayó en un largo paroxismo de ira y terror, del cual hubo de salir sin más idea que la del suicidio. «Me mataré—pensó—, y así concluirá este suplicio.» Pugnando luego por encender en su pecho la esperanza, como cuando se quiere hacer revivir un moribundo fuego y se soplan las ascuas para levantar llama, empezó a discurrir argumentos favorables y a quitar al hecho toda la importancia que tenía. «¡Quién sabe—dijo—, si por buenas conseguiré que me deje en paz!» Con la idea de que su enemigo iría a verla a su casa, cayó otra vez en la desesperación. ¡Qué horrible trance!... El entrando por la puerta, y ella arrojándose por la ventana... Se mudaría, se escondería en el último rincón de Madrid... ¡Qué simpleza! Si él no la encontraba allí; si don José Ido no le daba razón de su paradero, la buscaría en casa de Bringas... Pensar que le veía entrar en la casa de la Costanilla de los Angeles, era mil veces peor que pensar en el Infierno con todos sus horrores... ¿Qué haría entonces? Pues muy sencillo: salirle al encuentro; ir en busca de él, decidida a vencer o morir. O conseguía que la dejase libre, o se quitaba la vida. Esta resolución, valerosamente tomada, la sosegó un tanto, aunque la idea de ir a la antipática vivienda de la calle de la Fe le repugnaba como el recuerdo de haber bebido una pócima muy amarga. ¡Pero qué remedio...! Iría, sí; daría aquel paso peligroso, el último paso para salvarse o morir. El corazón le dijo: «Tú misma, con maña y arte, puedes hacerle comprender su estúpida obstinación y apartarle del camino de las barbaridades. Tú, si no te aturdes, vencerás al monstruo, porque eres el único ser que en la Tierra tiene poder para ello. Mas es necesario que estudies tu papel; es indispensable que midas bien tus fuerzas y sepas utilizarlas en el momento propicio. Esa fiera, que nadie puede encadenar, sucumbirá bajo tu hábil mano; la atarás con una hebra de seda, y la rendirás hasta el punto de que se someta en todo y por todo a tu voluntad.» Aunque el corazón le dijera estas cosas consoladoras, todavía dudaba ella si salir o no al encuentro de la bestia. Miraba al retrato de su padre, cuyos ojos parecían decirle: «¡Tonta, si desde que entraste te estoy aconsejando que vayas, y no quieres comprenderlo...!» Las caras de todos los estudiantes de Farmacia retratados en el cuadro grande le decían lo mismo.

Otras soluciones se le ocurrieron: dar parte a la Justicia, huir de Madrid, confesarse a Caballero... ¡Oh si ella tuviera pecho para esto último...! Lo demás era patraña. Sobre todas las soluciones descollaba la de matarse: ésta sí que era buena; pero antes de acometerla, ¿no era conveniente tratar de amansar al dragón y alcanzar de él, con buenas palabras y algo de astucia, que se fuera a otras tierras y la dejara tranquila?

Decidido esto, quedaba la cuestión de oportunidad. ¿Iría aquella misma noche, o al día siguiente, que era domingo? Prevaleció lo segundo, y se dió a pensar la mentira con que disculparía su ausencia de la casa de Bringas. No era hablar de enfermedad porque entonces vendría Caballero a verla. Ocurrióle decir que su hermana había desaparecido... ¿Y cómo dejar de averiguar su paradero? Lo primero era verdad; lo segundo mentira. Por mucho que durase su visita, estaría de vuelta por la tarde, pues tenía que vestirse para ir al teatro. Caballero había quedado en venir a buscarla a las ocho.

Por fin llegó aquella mañana tan temible, y se puso en marcha después de almorzar, vestida a lo pobre decente, con velo y guantes. No quería aparentar riqueza ni tampoco abandono. Para ir pronto y evitar ser vista, tomó un coche. Por el camino estudiaba su difícil papel y las súplicas y razones con que se proponía domar al indomable y convencerle del gravísimo daño que le causaba. La base de su argumentación era: «O esto concluye para siempre, o me mato esta noche misma..., lo he jurado... Es hecho... Paz o muerte.»

Llegó. ¡Quién le había de decir que vería otra vez la horrible alambrera y el patio surcado de arroyos verdes y rojos!... Cuando subía la escalera, dos mujeres bajaban, diciendo:

—No sale de la noche. Se muere sin remedio...

¿De quién hablaban? ¿Sería él quien agonizaba? Hay muertes que parecen resurrecciones por la esperanza que entrañan en su fúnebre horror... La puerta estaba abierta. Entró Amparo paso a paso, temiendo encontrar caras extrañas, y llegó hasta la sala, antes atestada de muebles y ahora casi vacía... A primera vista se echaba de ver que por allí habían pasado los prenderos.

Dió la joven algunos pasos dentro de la sala y se detuvo esperando que saliese alguien. Sentía movimiento y voces en lo interior de la casa. De repente apareció él. Estaba tan transformado que casi no le conocía al primer golpe de vista, pues se había dejado la barba, que era espesa, fuerte y rizada, y la vida del campo había sido eficaz y rápido agente de salud en aquella ruda naturaleza. El semblante rebosaba vigor, y sus miradas tenían todo el brillo de los mejores tiempos. Vestía chaquetón de paño pardo y llevaba en la cabeza gorra de piel. Ambas prendas le caían tan bien, que casi le hermoseaban. Antes que hombre disfrazado era un hombre que había soltado el disfraz, apareciendo en su propio y adecuado aspecto. La visita de Amparito le regocijó; pero algo ocurría, sin duda, que le estorbaba expresar su contento.

—¿Ya estás aquí?—le dijo en voz baja—. Te esperaba... Contento me tienes... La culpa es tuya. Hablaremos ahora y me explicarás tú... ¿Qué? ¿Te asombras de mi figura? Mi facha es la del bárbaro más atroz que has visto en tu vida. ¿Me tienes miedo?

—Miedo precisamente, no...; pero...

—Si estás temblando... Sosiégate; no me como la gente... Siéntate y aguárdame.

Salió de prisa y volvió a entrar al poco rato para revolver en uno de los cajones de la cómoda. Tres o cuatro veces le vió Amparo entrar y salir llevando o trayendo alguna cosa, y no acertaba a explicarse el motivo de estos viajes.

—Dispénsame—dijo en una de aquellas apariciones, sacando una sábana y rasgándola en tiras—. Al venir aquí me he encontrado a la pobre Celedonia tan perdida de su reuma, que me parece que se nos va...

Oyéronse entonces claramente quejidos humanos, que anunciaban dolores muy vivos.

—¡Pobre mujer!—dijo Polo—. No he querido mandarla al hospital. ¿Quién ha de cuidar de ella si yo no la cuido?

En el rato que estuvo sola, Amparo creyó prudente cerrar la puerta de la casa, pues con ella abierta considerábase vendida en aquella mansión de tristeza, miedo y dolor.

—Aquí estoy otra vez—dijo el tal reapareciendo en la sala con un puñado de algodón en rama que dejó sobre la cómoda—. No se puede mover. He tenido que mudarla de postura en la cama. Yo le doy las medicinas... Se resiste a tomar cosa alguna, como yo no se las dé. También le pongo las vendas en las rodillas, y unturas y cataplasmas.. Anoche no he pegado los ojos. Ni un momento dejó de gritar y llamarme. Dos días hace que llegué, y aquí me

tienes sin un momento de descanso. Pero estoy fuerte, muy fuerte... Verás...

Para demostrar su fuerza, cogió a Amparo por la cintura, antes que ella pudiera evitarlo; y la levantó como una pluma.

—¡Av!—gritó ella al verse más cerca del techo que del suelo.

El atleta, con airoso movimiento de sus fortísimos brazos, la sentó sobre su hombro derecho y dió algunos pasos por la habitación con tan preciosa carga.

—No chilles, no hagas ahora la melindrosa, pues no es la primera vez.

—¡Que me caigo!...

—Tonta: caer, no...—dijo el bruto, depositándola con cuidado sobre el sofá—. Ahora vengan las explicaciones. Estoy enojado, furioso. Cuando lo supe me entraron ganas de venir a..., no lo sé explicar, de venir a comerte. Después me he serenado un poco, y el amigo Nones me espetó anoche un sermón tan por lo hondo y me dijo tales razones, que casi estoy inclinado a conformarme con esta horrible lección que recibo de la Divina Providencia.

Amparo, al oír esto, sintió en su alma grandísimo consuelo. La cosa iba por buen camino.

—Debo confesar—añadió el bárbaro, sentándose junto a ella—, aunque el alma se me despedace al decirlo, que el partido que se te presenta es tal..., que despreciarlo sería... Vamos, no lo digo.

¡Y ella tan azarada! Creía que todo lo que hablara había de resultar inconveniente. No tenía diplomacia; no era bastante maestra en la conversación para saber decir lo ventajoso y callar lo que le perjudicara. Polo siguió así:

—Cuando me pasó aquel primer arrebato de ira, tuve un pensamiento que me sirve para consolarme y al mismo tiempo para disculparte. Te lo explicaré. De tal modo me identifico contigo, que he pensado lo mismo que has pensado tú al aceptar ese buen partido. Verás si acierto. Se te presenta un hombre honrado y riquísimo, y tú, apreciando la cuestión con el criterio corriente y vulgar, has dicho: «¿Yo qué puedo esperar del mundo? Miseria y esclavitud. Pues me caso y tendré bienestar y libertad.» Caballero, por lo que tiene y lo que no tiene, por su riqueza y su hombría de bien, por su bondad y su candidez, es todo lo que podías desear. Te casas con él sin quererle...

Tormento tuvo ya las palabras en la boca para protestar con toda su alma; pero el miedo la hizo enmudecer y se tragó la protesta.

—Esta es mi idea—prosguió él—, idea que me consuela y que te disculpa a mis ojos. Háblame con franqueza. Confiésame que no le quieres ni pizca.

Indignada, habría respondido ella con vehemencia lo que su corazón la dictaba; pero su pánico la cohibía y aplastaba cual si se transfiriera al orden material por enorme carga de hierro puesta sobre su cuerpo. Al propio tiempo, hizo este raciocinio: «Si digo la verdad; si digo que quiero mucho al que ha de ser mi marido, este bárbaro se pondrá furioso. Lo más prudente será echarle una mentira muy gorda, muy gorda: una mentira que me desgarra las entrañas, pero que podrá salvarme.»

—¿Le quieres, sí o no?—preguntó la fiera, impaciente y con brutal curiosidad.

Tormento dijo:

—No.

Y lo dijo con la boca y con la cabeza, enérgicamente, como los niños que hacen sus primeros ensayos en la humana farsa. Al decirlo, todo su ser se revelaba contra tan atroz falsedad, y los labios que tal pronunciaron habían quedado sensiblemente amargos. Acercó más el bruto su silla. Amparo no podía retirarse, porque estaba en el sofá, sentada de espaldas a la ventana. De buena gana se habría incrustado en la pared para huír de la amenaza cariñosa de aquella rural figura, que le era ya tan repulsiva. Ver acercarse el paño pardo, la barba bronca y la gorra de piel de conejo, era como ver al demonio.

—Ya lo decía yo—afirmó Polo, tomándole una mano, que ella quiso y no pudo retirar—. Conozco al consabido: le he visto una vez. Es un pobre hombre, de buen natural, pero de cortos alcances. Le manejarás como quieras si eres lista; le gobernarás como se gobierna a un niño y harás en todo tu santísima voluntad.

La intención que estas palabras revelaban no se ocultó a la infeliz joven, que tuvo más miedo. Pero en las naturalezas sometidas a rudísimas pruebas acontece que el peligro sugiere el recurso de la salvación, y que del exceso de pavura

surge el rapto de valor, por la ley de las reacciones. Comprendiendo, pues, Tormento, por aquel indicio de las ideas y palabras de su enemigo, que éste quería conducirla a una solución criminal y repugnante, sintió estremecimientos de su dignidad y protestas de la innata honradez de su alma. Miró al bruto, y tan odioso le parecía, que entre morir luchando y el suplicio de verle y tratarle, prefirió lo primero. Herida de su propio instinto como de un látigo, se levantó bruscamente, y sin disimular su ira, habló así:

—En fin..., ¿esto se acaba o no? He venido para saber si me dejas tranquila o quieres concluir conmigo.

—Calma, calma, niña—murmuró Polo, palideciendo—. Ya sabes que de mí no consigues nada por malas. Por buenas, todo lo que quieras...

Tormento trató de acumular prudencia, tacto, habilidad. Enjugándose las lágrimas que acudieron a sus ojos, dijo:

—Tú no puedes querer que yo sea una desgraciada; debes desear que yo sea una mujer buena, honrada, digna. Has hecho maldades, pero no tienes mal corazón; debes dejarme en paz, no perseguirme más, marcharte a Filipinas y no acordarte nunca del santo de mi nombre.

—¡Oh!, pobre Tormento—exclamó él con honda amargura—. Si eso pudiera ser tan fácilmente como lo dices... Has dicho que no soy un perverso. ¡Qué equivocada estás! Allá, en las soledades del monte, estuve tentado de ahorcarme como Judas, porque yo también he vendido a Cristo. A veces me desprecio tanto que digo: «¿No habrá un cualquiera, un desconocido, un transeúnte, que al pasar junto a mí me abofetee?» Y te hablaré con franqueza. Mientras fuí hipócrita y religioso histrión, no tuve ni pizca de fe. Después que arrojé la careta, creo más en Dios, porque mi conciencia alborotada me lo revela más que mi conciencia pacífica. Antes predicaba sobre el Infierno sin creer en él; ahora que no lo nombro, me parece que, si no existe, Dios tiene que hacerlo expresamente para mí. No, no; yo no soy bueno. Tú no me conoces bien. ¿Y qué me pides ahora? Que te deje en paz... ¿Para qué me mirabas cuando me mirabas?

Ante esta pregunta, el espanto de la medrosa subió un punto más. Las cosas que por su mente pasaron habríanle producido una muerte fulminante si el cerebro humano no estuviese construído a prueba de explosiones, como el corazón a prueba de remordimientos.

—¿Para qué me miraste?—repitió el bruto con la energía de la pasión, sostenida por la lógica—. Tu boca preciosa, ¿qué me dijo? ¿No lo recuerdas? Yo sí. ¿Para qué lo dijiste?

Ante esta lógica de hachazo, la mujer sin arranque sucumbía.

—Las cosas que entonces oí no se oyen sin desquiciamiento del alma. Y ahora, ¿lo que tú desquiciaste quieres que yo lo vuelva a poner como estaba?

Echóse a llorar Amparo como un niño cuando le pegan. Durante un rato no se oyeron más que sus sollozos y los lejanos ayes de Celedonia. Polo corrió al lado de la enferma.

—Pero yo—dijo, volviendo poco después, apresurado—recojo para mí toda la culpa. Tengo, sin duda, la peor parte; pero me la tomo toda. Yo falté más que tú, porque engañé a los hombres y a Dios.

Tormento le miró más suplicante que airada; le miró como el cordero al matarife armado de cuchillo, y con lenguaje mudo, con los ojos nada más, le dijo: «¡Suéltame, verdugo!»

Y él, interpretando este lenguaje rápida y exactamente, respondió, no con miradas sólo, sino con palabras enérgicas:

—No, no te suelto.

Poseída ya de un vértigo, la infeliz se lanzó al pasillo para buscar la puerta y huir. ¡Horrible pánico el suyo! Pero si corrió como una saeta, más corrió Polo, y antes que ella pudiera evadirse, cerró la puerta con llave y guardó ésta. Amparo dió un chillido.

—Suéltame, suéltame—gritó, oprimiéndose contra la pared, cual si quisiera abrir un hueco con la presión de su cuerpo y escapar por él.

Polo la tomó por un brazo para llevarla otra vez adentro. Desasiéndose, corrió ella hacia la sala. Ciega y desesperada, iba derecha hacia la entreabierta ventana para arrojarse al patio. El cerró la ventana.

—¡Aquí!... ¡Prisionera!—murmuró con rugido.

Dejóse caer Amparito en el sofá, y

hundiendo la cara en un cojincillo que en él había, se clavó los dedos de ambas manos en la cabeza.

XXIX

Largo rato transcurrió sin que se moviera. De pronto oyó estas palabras, pronunciadas muy cerca de su oído:

—Ya sabes que por malas, nada; por buenas, todo. Quieres tratarme como a perro forastero, y eso no es justo... Aunque procure contenerme, no podré evitar un arrebato y haré cualquier barbaridad.

La situación peligrosa en que la joven se hallaba y el temor a la catástrofe trabajaron en su espíritu, infundiéndole algo de lo que no tenía: travesura, tacto. La vida hace los caracteres con su acción laboriosa, y también los modifica temporalmente, o los desfigura con la acción explosiva de un caso terrible y anormal. Un cobarde puede llegar hasta el heroísmo en momentos dados, y un avaro a la generosidad. Del mismo modo, aquella medrosa, aguijada por el compromiso en que estaba, adquirió por breve tiempo cierta flexibilidad de ideas y astucias que antes no existían en su carácter franco y sincero. «Por este camino—pensó—no conseguiré nada... ¡Si yo supiera lo que otras muchas saben; si yo acertara a engañarle, prometiendo sin dar y embaucándole hasta rendirle!... Haremos un ensayo.»

—¡Qué manera más extraña de querer!—dijo, incorporándose—. Parece natural que a los que queremos, deseemos verlos felices..., digo tranquilos. No comprendo que se me quiera así, haciéndome desgraciada, indigna, miserable, para que me desprecie todo el mundo. ¡Pobre de mí!... No puedo alzar mis ojos delante de gente, porque me parece que todos me han de decir: «Te conozco, sé lo que has hecho.» Quiero salir de esta situación, y este egoísta no me deja.

Don Pedro dió un gran suspiro.

—¿Egoísta yo? Y lo que tú haces, ¿es abnegación? Yo soy pobre, él es rico. ¿No es eso lo mismo que decir: «Yo, yo y siempre yo»? Bueno es que nos sacrifiquemos los dos; pero ¡que me sacrifique yo solo y tú triunfes...! Bien veo lo que tú quieres: casarte y ser poderosa, y que el mismo día de la boda yo me pegue un tiro para que todo quede en secreto.

—No, no quiero eso.

Amparo sintió que se afinaban más sus agudezas y aquel saber de comedianta que había adquirido. Comprendió que un lenguaje ligeramente cariñoso sería muy propio del caso.

—No, no quiero que te mates. Eso me daría mucha pena... Pero sí quiero que te vayas lejos, como pensabas y te aconsejó el padre Nones. No puede haber nada entre nosotros, ni siquiera amistad. Alejándote, el tiempo te irá curando poco a poco; sentirás arrepentimiento sincero, y Dios te perdonará, nos perdonará a los dos.

Profundamente conmovido, el bárbaro miraba al suelo. Creyendo en probabilidades de triunfo, la cuitada reforzó su argumento..., llegó hasta ponerle la mano en el hombro, cosa que no hubiera hecho poco antes.

—Hazlo por mí, por Dios, por tu alma —le dijo con dulce acento.

—Eso, eso—murmuró Polo, lúgubremente, sin mirarla—. Yo, todos los sacrificios; tú, todos los triunfos... ¿Sabes lo que te digo? Que ese hombre me envenena la sangre..., le tengo atragantado. Se me figura que le vas a querer mucho en cuanto vivas con él; y esto me subleva, me quita el valor de marcharme; esto me pone furioso, y me incita a ser más malo todavía.

Levantóse, y dando paseos de un ángulo a otro de la sala, exclamó con angustiada voz:

—Dios, Dios, ¿por qué me diste las fuerzas de un gigante y me negaste la fortaleza de un hombre? Soy un muñeco indigno, forrado en la musculatura de un Hércules.

Y parándose ante ella, le dijo en tono más familiar:

—Te juro, Tormentito, que si me marcho, como deseas, a Filipinas, y me voy sin retorcerle el pescuezo a ese tu marido, debes tenerme por santo, pues victoria mayor sobre sí mismo no la alcanzó jamás ningún hombre. Y yo quisiera hacerte el gusto en esto, quisiera dejarte a tus anchas; pero ni tú con tus ruegos, ni Nones con sus consejos, lo conseguirán de mí. De bárbaro a santo hay mucho camino que andar, y yo... empiezo bien; pero a la mitad me faltan fuerzas, y..., ¡atrás, bárbaro, atrás!

Amparo sintió frío sudor en su rostro. No había remedio para ella, y la solución negativa y terminante se apoderó de su mente.

—Estoy decidida, decidida... Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué?

—No puedo casarme... ¡Imposible, imposible!... Pues qué, ¿así se pasa por encima de una falta tan grave? Mi conciencia no me permite engañar a ese hombre de bien... Ya sé lo que tengo que hacer. Ahora mismo voy a mi casa; le escribo una carta, una carta muy meditada, diciéndole: «No puedo casarme con usted... por esto, por esto y por esto.»

—Siempre se te ocurre lo peor—indicó Polo con aparente tranquilidad—. Me parece tu plan muy absurdo... No, ya no tienes más remedio que apechugar con él. Negarte ahora, después de haber consentido y de haber callado por tanto tiempo tus escrúpulos, sería una deshonra. No, no; cásate, cásate... No demos ahora un escándalo.

La relajación que se desprendía de este plural, *no demos*, hirió tanto a la joven, que, desconcertada y transida de horror, no supo qué decir. El no le dió tiempo a reflexionar sobre aquel mal cubierto propósito, siguiendo así:

—Comprendo que esto debe concluir, comprendo que yo debo sacrificarme..., porque soy el más criminal. Pero ¿tú no te sacrificarás también un poquito?

—¿Yo? ¿Cómo?—preguntó ella sin comprender.

—No despidiéndome como se despide a un perro. Hace poco dijiste que no quieres a tu novio. Si deseas que yo te obedezca en esto de quitarme de en medio, no me hagas creer que tampoco me quieres a mí, porque entonces lo echaré todo a rodar. Si te conviene que yo tenga fuerzas para ese acto heroico que me exiges, dámelas tú.

—¿Yo? ¿Cómo?

Amparo le habría dado un bofetón de muy buena gana.

—¡Así!...—gritó el bruto con salvaje ímpetu de amor, estrechándola en sus brazos—. Si me dices que quieres a ese pelele más que a mí..., ahora mismo, ahora mismo, ¿ves?, te voy apretando, apretando, hasta ahogarte. Te arranco el último suspiro y me lo bebo.

Y conforme lo decía, lo iba haciendo: oprimía más y más, hasta que Tormento, sofocada y sin respiración, dió un grito:

—¡Ay..., que me ahogas!...

—Concédeme un día, un día nada más. Yo te doy una vida entera de tranquilidad y no te pido más que un día.

Pero ella, sofocadísima, sacaba los últimos restos de su aliento para decir:

—¡No!

—¡Sí!—gritaba él con brutal anhelo.

—Que no.

—¡Un día!

—Ni un minuto.

—¡Ah..., perra!

Frenético, aflojó los brazos... Fué como un ataque de insano furor espasmódico... Amparo saltó despavorida, buscando la salida otra vez. No hallándola y recorriendo toda la casa, llegó al cuarto donde estaba la enferma. Aquel sitio le pareció lugar sagrado, donde podía disfrutar el derecho de asilo. Arrimóse al único rincón libre que en la habitación había y esperó. Los labios de la enferma balbucieron algo, entre queja y queja y curiosidad. Pero Tormento nada decía; se había quedado sin palabra. Poco después entró él.

—¿Qué tal, Celedonia?

—Ahora dormía un poquito; pero me ha despertado el ruido... ¡Qué cosas!... ¡Retozando aquí!...—tartamudeó la enferma, despabilándose y mirando a las dos personas que en su presencia estaban—. ¡Retozando aquí!... ¡Dónde y cuándo se les ocurre pecar!... ¡A la vera de una moribunda!...

—Si no pecamos, tonta, viejecilla—dijo Polo con cariño—. ¿Quieres tomar algo?

—Quiero pensar en mi salvación... Condénense ustedes si gustan; pero yo he de salvarme... Me muero, me muero... Mande recado al padre Nones y déjese de retozos.

—Ya vendrá Nones, ya vendrá. Pero no estás tan mal. El médico dijo esta tarde que eso se te pasará.

—Tan lila es el médico como usted... Perdido, sinvergüenza... Quite allá; no me toque... Me parece ver al demonio que quiere llevarme...

—¿Bromitas tenemos?—dijo Polo, arropándola—. Pues mira, te voy a poner otra vez las bayetas calientes. ¿Tienes dolores?

—Horr...rrorosos...

—Tormentito, vete a la cocina y calienta las bayetas. Debe de haber lumbre. Viejecilla, no seas mal agradecida; ya ves que esta pobre viene a cuidarte. ¿No ves que es un ángel?

—¿Angel?—murmuró la anciana, mirando a entrambos con extraviados ojos—. De las tinieblas, sí. Buenos están los dos. Pero no me llevarán, no me llevarán... Que venga el padre Nones, que venga pronto.

Amparo fué a la cocina. No podía negarse a prestar un servicio tan fácil y tan cristiano al mismo tiempo. Entre tanto, el bruto atendía a remover el dolorido cuerpo de la enferma, a mudarle los trapos y vendas que envolvían sus hinchadas piernas. Mostraba en ello una delicadeza y una habilidad como sólo las tienen las madres y los enfermeros que se habitúan a tan meritorio oficio.

—Ahora voy a darte una taza de caldo—le dijo; y corriendo hacia la cocina, mandó a Tormento que lo calentase.

Aplicadas sobre aquel pobre cuerpo las bayetas, amén de unturas varias y algodones, el bárbaro le dió el caldo, acompañando su acción de palabras muy tiernas:

—Vamos, poco mal y bien quejado. Ahora te vas a dormir tan ricamente... ¿No tienes ganas? Haz un esfuerzo; estás muy débil. Este caldito lo tomarás a nuestra salud, a la salud mía y de la señorita Amparo, que ha venido a cuidarte. Conque..., ¡a pecho!... Bien, bien. Descansa ahora. No te doy más cloral esta noche, porque te puede hacer daño.

La vieja, delirando, mezclaba las risas con los lamentos, y acariciaba con sus torpes manos una cruz pendiente de su cuello.

—¡Ay..., ay!... ¿Quieren llevarme?... Sí, para ustedes estaba. Este, Este que está en la Cruz me defenderá.

Cuando la enferma se aletargó, Polo dijo por señas a Amparo que saliera. Ambos volvieron a la sala. Durante aquel triste paréntesis, que de un modo tan extraño interrumpiera su angustiosa lucha con el monstruo, la medrosa había pensado que no debía esperar nada de él por medio de conferencias y explicaciones. Grandísima simpleza había sido visitarle. No tenía ella diplomacia, ni sabía sortear las dificultades por medio de palabras mañosas. No le quedaba ya más recurso que escapar de la casa como pudiera y entregarse a su mísero destino. Ya conceptuaba imposible la boda; ya no podía dudar que aquel caribe daría un escándalo... La deshonra era inevitable. Tendría que escoger entre darse la muerte o soportar la ignominia, que pronto la cubriría como una lepra moral, incurable y asquerosa. Todo era preferible a tratar con semejante fiera y a sufrir sus bárbaros golpes o sus repugnantes caricias. Desesperada, luego que estuvieron en la sala, le dijo con serenidad:

—Nada más tenemos que hablar. ¿Me dejas salir?

—Antes encenderemos una luz. Casi es de noche. Hazme el favor...

Le señaló la bujía que sobre la cómoda estaba, juntamente con la caja de cerillas.

—La llave de la puerta, la llave—gritó Tormento luego que encendió la luz—. Quiero salir, me ahogo aquí.

—Calma, calma. Hazme el favor de cerrar las maderas de las ventanas... Y no me vendría mal que cogieras ahora una agujita y me cosieras este chaleco... ¡Holgazana! Quiero hacerme por un momento la ilusión de que eres el ama de la casa. Debieras prepararme la cena y cenar conmigo.

—No estoy para bromas... ¡La llave!

Su respuesta fué un abrazo, apretando, apretando...

—Dime que me quieres como antes y te dejo salir—declaró en aquel infernal nudo—. Si no, te ahogo...

—Mejor... Prefiero que me mates—murmuró la infeliz, llegando a tener idea de las horribles contracciones del boa constrictor.

—¿Bromitas tenemos?... ¿Conque matarte, reina y emperatriz del mundo?... Vaya, di que me quieres...

—Bueno, pues sí—replicó la medrosa, sintiendo otra vez la necesidad de ser diplomática.

—Dilo más claro.

—Te... quiero—declaró, cerrando los ojos.

—No; lo has dicho de mala gana. Pronúncialo con calor y mirándome.

Ya Tormento no tenía paciencia para más. Iba a gritar con brío: «Te aborrezco, bestia feroz»; pero aún supo contenerse, midiendo las consecuencias de una frase tan terminante. Hizo un des-

medido esfuerzo, y pudo expresarse de este modo:

—¿Cómo quieres que... te quiera con estas brutalidades?... Para quererte sería preciso... que te portaras de otra manera.

—Dime tú cómo.

En esto la soltó.

—Primero, no dándome sofocos, y tratándome razonablemente.

—Acompáñame esta noche—dijo Polo con brutalidad.

—No, no mil veces—replicó Tormento con toda su alma.

—Déjame concluir... Te juro que mañana eres libre y que no te molestaré más.

Amparo meditó un rato. El extremo de gravedad a que habían llegado las cosas la ponía en el triste caso de tomar en consideración la infernal propuesta. Pero su conciencia triunfó pronto de su vacilante debilidad, inspirándole estas palabras, que revelaban tanto asco como valentía:

—De ninguna manera. Prefiero morirme aquí mismo.

—Mañana serás libre.

—Prefiero ser cadáver.

Y volviendo a dudar y a pesar en la balanza de la razón el nefando trato, dijo:

—¿Y quién me asegura que cumples tu palabra...?

Mas volviendo a triunfar de sus dudas, exclamó con énfasis:

—¡Oh!, no y mil veces no. Es una vergüenza peor que la que ya tengo encima. No quiero, no quiero. No tengo más salida que la muerte, y estoy decidida a dármela yo misma, yo misma con mis manos; ¡sí, salvaje, demonio de los infiernos...!

Transfigurada, la cordera tomaba aspecto de leona. Jamás había visto Polo nada semejante al sublime ardimiento de la que era toda paz, mansedumbre y cobardía.

—¡Si no tienes ya ni tanto así de conciencia! Yo no soy así—añadió ella con ardiente expresión—. Yo soy cristiana, yo sé lo que es el arrepentimiento; sé morirme de pena, deshonrada, antes que caer en el lodazal adonde quieres arrastrarme.

El bárbaro pestañeaba como quien en sus ojos adormecidos recibe de improviso luz muy viva. Tuvo en su alma uno de aquellos arranques expansivos que de tarde en tarde le disparaban, ya en dirección del bien, ya en la del mal, y entregando la llave a su víctima, le dijo con cavernoso acento:

—Puedes salir cuando quieras.

El primer impulso de la prisionera fué echar a correr, y después de dudar un instante, así lo hizo. Pero no había dado un paso en la escalera cuando la voz de su conveniencia la detuvo una vez más. Era la vacilación misma. Pensó que aquel generoso rapto de su enemigo no bastaba a ultimar la temida cuestión. No quería irse sin la seguridad de que todo había concluído y de que recobraba la ansiada paz. Movida de estos escrúpulos del egoísmo, tornó adentro, padeciendo el descuido de dejar abierta la puerta.

—Pero ¿no me perseguirás, no darás un escándalo, no harás nada en contra mía?

Polo, que estaba en pie, le volvió la espalda; pero ella dió una vuelta hasta ponérsele delante. En su delirio, llegó hasta tomarle una mano, inclinándose ante él...

—Por Dios y la Virgen..., no me deshonres, no me pierdas, no reveles nada de este secreto, que es mi muerte. No veas a nadie... Que lo pasado sea como si hubiera sucedido hace mil años; que ningún nacido lo sepa... Tú no eres malo; no eres capaz de cometer una infamia... Lo que debes hacer...

—Sí, ya sé, ya sé—murmuró él, dando otra vuelta para ocultar su rostro—. Lo que tengo que hacer es... echarme a rodar lejos, lejos...

Con rápido movimiento apartóse de ella y entró en la alcoba. Amparo no quiso seguirle. Desde la sala vió allá dentro un bulto, arrojado en negro sillón, la cabeza escondida entre los brazos y éstos apoyados en un lecho revuelto, y oyó bramidos, como de bestia herida que se refugia en su cueva.

XXX

Dudaba Tormento si entrar o retirarse. «Creo que le he vencido—pensaba—; pero aún no estoy segura. Lo que me da esperanzas es que él no hace nunca las cosas a medias. Si hace maldades, no se para hasta lo último; si le da por el

bien, capaz es de llegar a donde llegan pocos.» La fiera reapareció súbitamente, demudado el rostro, las manos trémulas.

—¡Ah perra!—le dijo—, si no te quisiera como te quiero... Todavía, todavía sé valer más que tú, y ponerme en donde tú no te pondrás nunca. ¡Hablas de matarte!... ¿Qué sabes tú de eso, tonta, que te asustas de la picada de un alfiler?...

En esto estaban cuando sintieron ruido en la escalera, y después el áspero chillido de la puerta, que se abría. Ambos pusieron atención. Amparo, llena de miedo, notó que los que habían entrado avanzaban ya por el pasillo.

—¡Mi hermana!—murmuró don Pedro.

Al oír este nombre, la medrosa no supo lo que le pasaba. En su azaramiento y consternación, no tuvo tiempo más que para esconderse precipitadamente en la alcoba. ¡Ay!, si tarda dos segundos más en huir, la cogen allí. Los visitantes eran doña Marcelina y el padre Nones. Amparo oyó con espanto la voz de aquella señora, y temiendo que también entrase en la alcoba, hizo propósito de esconderse en un armario. Felizmente había en el fondo de la pieza un cuartito triangular muy estrecho, atestado de cosas viejas, en el cual se ocultaría en caso de necesidad.

El escueto y rechupado clérigo, la señora con cara de caoba y vestido negro, tomaron asiento en la sala. El primero parecía haberse escapado de un cuadro del *Greco*. La segunda estaba emparentada con los *Caprichos*, de Goya.

—Pero di, caribe, ¿todavía no te has quitado esas barbazas de Simeón Cirineo?—dijo la hermana al hermano—. ¿No te da vergüenza que la gente te vea en esa facha?

—Es que se está equipando de misionero, señora—observó el indulgente y jovial padre Nones, sacando su petaca—. ¿Y cómo está esa pobre?

—Muy mal. Ahora parece que duerme un poco.

—Vamos a cuentas—dijo Marcelina, clavándose en un extremo del sofá—. El señor don Juan Manuel y yo hemos arreglado todo. Por la calle me venía diciendo este bendito: «Es preciso tener mucho cuidado con ese pedazo de bárbaro. Se me escapó de la dehesa para volver a las andadas. Cada día que pasa sin que le empaquetemos para los antípodas, corre más peligro de perderse y darnos a todos muchos disgustos.» ¿Es verdad esto, padre?

—Es el Evangelio—replicó Nones, risueño.

—Bueno, bueno—añadió la consabida—. Ya hemos arreglado tu viaje. Gracias a una señora que vive conmigo, he reunido lo del billete. Con lo que te dieron esta mañana los prenderos por aquellos trastos y lo que te facilita este señor de Nones..., anticipándote lo que te debe el Ayuntamiento...; dale las gracias, hombre; con todo eso, digo, tienes para lo que se te puede ofrecer por el camino. Te he buscado cartas de recomendación.

—Y yo le doy una que es como pan bendito—interrumpió don Juan Manuel.

—En cuanto llegues, tomas posesión de tu destino, que es, según dicen, una ganga. Ahora, contesta. ¿Estás decidido a marcharte?

—Sí—afirmó Polo con resolución.

—Mira que el vapor sale de Marsella el día ocho, y si quieres alcanzarlo tienes que echar a correr mañana mismo.

—Pues mañana mismo.

—Así me gustan a mí los hombres —declaró Nones, dando afectuosa palmada en el hombro de su amigo.

—Gracias, gracias infinitas doy al Señor—expresó la piadosa hermana con vehemencia—por esta determinación tuya. A ver si allá vuelves a ser lo que eras, y te enmiendas y te purificas. No te faltarán modos de hacerte bueno y meritorio, porque hay por allá mucho salvaje por convertir.

—Lo primero—dijo Nones con sorna—es que se nos convierta él y se nos formalice, que a los demás salvajes, señora mía, no faltará quien los meta en cintura.

—De suerte, querido y desgraciado hermano, que ya no te veré más—manifestó ella, conmoviéndose y elevando un poco su mano en dirección de sus ojos, los cuales de fijo habrían llorado si no fueran de madera—. ¡Oh!, todo acabó para mí. Gracias que me consuelo con mis ideas. Hágome la cuenta de que estoy en un convento muy grande, que las calles de Madrid son los claustros, que mi casa es mi celda... Voy y vengo, entro y salgo, aisladita en medio del tumulto, callada entre tanto bu-

llicio... En esta vida solitaria, los afectos de familia siempre viven en mí... Por mucho que piense en Dios, no puedo dejar de querer a mi hermano, y la idea de los trabajos que le esperan en aquellas tierras me hará pasar muy malas noches... Oyendo misa esta mañana, me decía yo: «Pero, Señor, ¿este hombre no podrá corregir sus pasiones, no podrá enfrenarse a sí mismo, como han hecho otros que han llegado a ser santos? ¿Tan débil es, tan poca cosa, que se dejará dominar por un vicio asqueroso?» ¡Ay!, hermano, no cabe el odio en mi corazón; pero hay momentos en que peco, sin poderlo remediar; peco acordándome de la buena pieza que te ha trastornado la cabeza, apartándote de tus deberes; sí, peco, peco... Peco porque me da rabia...

—Señora—dijo el simpático Nones—, no nos aflija usted ahora, que hartos motivos de duelo tenemos. Mi amigo Perico se nos va mañana. El rato que de su compañía nos queda empleémoslo en agasajarle y en mostrarle nuestro cariño.

—Es que no me fío de él, no me fío —añadió la excelente señora, mirándole como se mira a un niño de quien se sospechan travesuras—. Usted le conoce tan bien como yo y no ignora sus mañas. Por Celedonia supe que antes de ir a El Castañar recibió aquí a esa... Señor de Nones, no sea usted tan santo, no se haga usted bobito. Bien sabe que hace un rato, cuando subíamos esa cansada escalera, dije yo que me parecía haber sentido voz de mujer, y usted se echó a reír y..., recuerde bien sus palabras: «Todo podrá ser... Nada hay nuevo debajo del sol... En efecto, me huele a fémina.»

—¡Qué disparate!—balbució Polo, a quien un sudor se le iba y otro le venía.

—Podrá ser disparate; pero tú das lugar a que de ti se piense siempre mal. ¡Ay!, hermano mío, la idea de que puedas condenarte me pone enferma. Hace pocas noches soñé que te habías ido y que allá en unas tierras de indios, donde hay árboles muy grandes y olor a canela, clavo y alcanfor, estabas tú, ¡ay!, en una choza, y que te morías, sí; te morías de horribles calenturas. Pero lo que a mí me espantaba era que te morías pensando en esa maldita mujer, con lo cual dicho se está que Dios no te podía perdonar... Créeme, hermano: desperté acongojada, con fríos sudores... En mi vida he sentido angustia mayor...

—¡Qué disparate!—volvió a decir Polo, fatigadísimo y consternado.

—Señora—indicó el simpático Nones—, que nos hará usted llorar.

—Pues si estuviera llorando este pecador tres días seguidos, nada perdería... Vuelvo a lo que estaba diciendo... ¡Ah! Ya sabrás que el mes que entra se casa la niña. Todas las malas personas tienen suerte. ¡Chasco como el que se lleva ese bobalicón...!

—Señora, no se habla mal del prójimo.

—Déjeme usted seguir... ¡Y qué regalos! Rosalía Bringas me los ha enseñado todos. Esta mañana la encontré en la Buena Dicha y se empeñó en que había de ir con ella a su casa. No pude desairarla, y allí nos estuvimos charla que charla lo menos dos horas. Obsequióme con una copita y bizcochos...

—Señora, eso de las copitas me parece peligroso, y ocasionado a hablar más de la cuenta.

—Siento mucho—dijo Polo—que esa señora y tú hablarais de lo que no os importa...

Al llegar aquí, Marcelina, que fijamente miraba al suelo, inclinóse, y sin hacer aspavientos de sorpresa, recogió un objeto arrojado y como perdido sobre la estera. Era un guante. Tomándolo por un dedo, lo mostró a su hermano, y dijo con frialdad inquisitorial:

—¿De quién es este guante?

Polo se turbó.

—¡Ah!..., no sé... Será de... Sin duda es de una persona que estuvo aquí esta mañana, la hermana de Francisco Rosales, el tintorero.

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó Nones, dando fuerte palmetazo en el hombro de su amigo.

—Yo conozco esta mano—afirmó Marcelina, examinando el cuerpo del delito, pendiente de un dedo.

Después lo sopló para hincharlo con aire y ver la forma de la mano.

—Toma, guárdalo; yo no quiero estas pruebas materiales de tus infamias, porque no he de utilizarlas para nada. Pues si yo fuera mala, si yo quisiera hacer daño a esa joven...

—Basta, señora—dijo, expansivamente.

don Juan Manuel—; todos sabemos que es usted un ángel.

—Sí que lo soy—replicó ella, castigando la rodilla del clérigo con su abanico—. Todas las ocasiones no son para bromitas, señor de Nones. No soy yo ángel ni serafín; pero sí mejor que muchos... ¡Si yo quisiera hacer daño...! ¡Ah!, dos cartas poseo de esa casquivana, dos papelitos que te envió y que te quité cuando reñimos y nos separamos. Los conservo como oro en paño; pero mientras yo viva, no los verán ojos nacidos. Pues si yo quisiera dárselos a Rosalía Bringas, ¿qué perjuicios no podría causar...? Mas no soy vengativa. Tú y la dichosa niña podéis estar tranquilos.

—Así me gusta a mí la gente—dijo Nones—. Por ahí se va al Cielo, señora.

—Pero de eso a ser tonta, va mucha diferencia—prosiguió la dama, encarándose, enojadísima, con su hermano—. A mí no me engañas tú ni nadie... Esa..., no quiero decir una mala palabra, ha estado hoy aquí.

—No digas absurdos—respondió Polo en el colmo de la zozobra.

—Señora, señora—gritó Nones—, que nos pone usted a todos en un compromiso.

—Y es más, y digo más—añadió la hermana, irritadísima, husmeando el aire—. Sostengo que está aquí todavía.

Diciendo esto, fijaba sus apagados ojos en la puerta de la alcoba.

—Juraría que he sentido ahí *run-run* de faldas que se escabullen...

—Tú estás delirando, mujer.

—Pues abre.

Resueltamente, fué Nones hacia la alcoba y abrió la puerta, diciendo:

—Pronto vamos a salir de dudas.

Polo tenía la luz, y dió algunos pasos dentro de la estancia. Marcelina miró con ávida curiosidad a todos lados. Humillóse hasta arrastrar sus miradas por debajo de la cama, tras de los muebles, tras de la percha cargada de ropa.

—Allí hay una puerta—dijo, señalando a la del cuartito—. Juraría que oí...

—Es una puerta que está condenada. Da a la casa inmediata.

Marcelina miró a su hermano con severa incredulidad.

—Abrela.

—Pero, señora, si está clavada—afirmó Nones, poniendo los brazos en cruz—. ¿También quiere usted echar abajo el edificio?

—Registra toda la casa si quieres... —indicó don Pedro.

Volvieron a la sala.

—¿No pasas a ver a Celedonia? Se alegrará la pobre mujer.

—Sí; entraré un momento, pero no largo, porque no tengo corazón para ver padecer a nadie.

—Ahora me parece que descansa un poco.

—Es realmente un mérito tu caridad con esa mujer... Pero no creas que vas a borrar tus pecados: méritos pequeños no limpian culpas grandes... Por mi parte, me gustaría mucho asistir enfermos, revolver llagados y variolosos, limpiar heridos..., pero no tengo estómago. Cuando lo he intentado, me he puesto mala. También se auxilia a los desgraciados rezando por ellos.

Polo no dijo nada sobre esta opinión. Sintieron los gemidos de Celedonia. Los tres fueron allá. Al entrar en el angosto cuarto, la pobre mujer padecía horriblemente. A la incierta luz de la lamparilla, su semblante lívido, acariciado por la muerte, era la fría máscara del dolor, que casi infundía más espanto que compasión. Su cerebro estaba trastornado.

—¿Qué tiene la viejecita?—le dijo el bárbaro con cariñosa lástima—. ¿Quieres un poco de cloral?

—¡Ay!...—gritó ella, mirando a todos con extraviados ojos—; parece mentira que aquí, en este hospital... Pero ¿todavía están los dos tórtolos retozando?... ¡Qué modo de pecar!... Yo me muero; pero no me llevaréis, no. Que venga Nones.

—Sí está aquí; pero ¿no le ves?

—¿Es de veras el padre Nones?—balbució la enferma, abriendo mucho los ojos.

—Sí, yo soy, pendón... Qué, ¿te quieres morir?—dijo el buen clérigo—. Eso no puede ser sin mi permiso.

—Retozando...—repetía Marcelina, atormentada por su idea fija.

—¿Es usted don Juan Manuel...? Ya le veo..., ya le veo...—tartamudeó la enferma con súbito despejo—. Gracias a Dios que me viene a ver. ¿Quiere confesarme?

—¿Ahora? Déjalo para mañana.

—Ahora mismo...

—¡Qué prisa! Lo mismo da un día que otro.

La infeliz parecía un tanto aliviada con la alegría de ver al cura.

—¡Ea!—dijo Nones con mucho gracejo a los dos hermanos—, váyanse ustedes dos a retozar por ahí fuera, que Celedonia y yo tenemos que hablar. Se le ha despejado la cabeza: aprovechémoslo.

XXXI

Los dos hermanos salieron para volver a la sala. Cuando en ella entraron, la dama delante, él detrás, mudo y con las manos cruzadas a la espalda, la mujer de caoba hizo un movimiento de susto y sorpresa, diciendo en el tono más desabrido que se puede oír:

—No me lo niegues ahora. He sentido bien clarito el ruido de faldas, como de una mujer que corre a esconderse.

—¡Ea!, no tengo ganas de oírte... Déjame en paz...

—Te digo que está aquí.

No hallándose presente el padre Nones, que tanto le cohibía, el ex capellán contestó a su hermana con gesto y expresiones de menosprecio.

—Bueno. Pues que esté... No se te puede sufrir... Le acabas la paciencia a un santo.

Viendo que Marcelina se sentaba tranquilamente en el sofá, como persona dispuesta a permanecer allí mucho tiempo, el endemoniado don Pedro se amostazó, y con aquella prontitud de genio que le había sido tan perjudicial en su vida, agarró a la dama por un brazo y se lo sacudió, gritándole:

—Mira, hermana, plántate en la calle... ¡Ea!, ya se me subió la sangre a la cabeza y no puedo aguantarte más.

—Me plantaré, sí, señor, me plantaré—replicó la figura de caoba, levantándose tiesa—. Me plantaré de centinela hasta verla salir y cerciorarme de tus pecados.

Don Pedro le había vuelto la espalda. Ella le seguía con los ojos. Su cara, aquella tabla tallada por toscas manos, aquel bajo relieve sin arte ni gracia, no tenía expresión de odio, ni de cariño, ni de nada, cuando los labios de madera terminaron la visita con estas palabras:

—No me retiraré a mi casa hasta no saber a punto fijo si eres un perverso o si yo me equivoco. Busco la verdad, bruto, y por la verdad, ¿qué no haría yo? No quiero vivir en el error. Puesto que me echas de aquí, en la calle me apostaré, y una de dos: o sale, en cuyo caso la veré, o no sale, en cuyo caso no estará en su casa a las ocho, hora en que ha de ir a visitarla una persona que yo me sé... Como eres tan mal pensado, crees que tengo la intención de llevar cuentos... ¡Oh, qué mal me conoces! De mi boca no saldrá una palabra que pueda ofender a nadie, ni aun a los más indignos, pecaminosos y desalmados. No digo que sí ni que no; no quito ni doy reputaciones. Pero quiero saber, quiero saber, quiero saber...

Repitiendo doce veces, o más, esta última frase, en la cual sintetizaba su feroz curiosidad, especie de concupiscencia compatible con sus prácticas piadosas, salió pausadamente.

Cuando se oyó el golpe de la puerta, violentamente cerrada tras ella, Amparo salió de su escondite. Tenía los ojos extraviados, y su palidez era sepulcral.

—No tengo salvación—murmuró, dejándose caer en el sofá.

El bárbaro la miró compasivo.

—¿Oíste lo último que dijo?

—Sí..., o no saldré, o me verá salir.

—Es capaz Marcelina de darse un plantón de toda la noche. La conozco. ¡Si es de palo!... Si allí no hay alma; no hay más que curiosidad rabiosa. Se cortará una mano por verte salir. No la acobardarán el frío ni la lluvia, ni tu desesperación ni mi vergüenza.

Aquella casa irregular tenía una sola habitación con vistas a la calle de la Fe. Era un cuartucho, situado al extremo del anguloso pasillo, la cual pieza servía de comedor durante el verano, por ser lo más fresco de la casa. En invierno estaba abandonada y vacía. Amparo y Polo fueron allá, recorriendo a pasitos muy quedos el pasillo, para que no los sintiera Nones, y por la estrecha ventana miraron a la calle. Hallábanse los vidrios empañados a causa del frío, y Amparo los limpió con su pañuelo. En la acera de enfrente, y en el hueco de una cerrada puerta, junto a la botica, estaba Marcelina sentada, como los mendigos que acechan al transeúnte.

—¡Qué horrible centinela!

—Ahí se estará hasta mañana—dijo Polo—. Dios la hizo así.

Volvieron a la sala. Al recorrer el pasillo, con paso de ladrones, oyeron el susurro de la voz de don Juan Manuel y ahogados monosílabos de la enferma. Pasaron con grandísima cautela para no hacer ruido, él tratando de impedir que chillaran sus botas, ella recogiendo las faldas para evitar el menor roce.

En la sala sentáronse el uno frente al otro, igualmente desalentados y abatidos. No acertaba Amparo a tomar una resolución, ni él a proponerla. La sucesión atropellada de contrariedades habíala puesto a ella como idiota, y Polo únicamente daba señales de vida en la tenacidad con que la miraba... ¡Tan hermosa y para él perdida! Los juicios del desgraciado varón oscilaban con movimiento de péndulo, entre el bien que perdía y aquel largo viaje que iba a emprender irrevocablemente.

—¿Qué hora es?—preguntó Amparo, cortando aquel silencio tristísimo.

—Las siete y media..., casi las ocho menos veinte. Estás presa.

—¡No, por Dios!—exclamó ella, levantándose inquieta—. Me voy. Que me vea... Tengo mi conciencia tranquila.

Pero se volvió a sentar. Su falta de resolución nunca se manifestó como entonces. Pasó otro rato, todo silencio y ansiedad muda. De improviso apareciόse en el marco de la puerta una figura altísima y venerable, gran funda negra, cabellos blancos, mirada luminosa... Era el padre Nones, que por gastar zapatos con suela de cáñamo andaba sin que los pasos se le sintieran. La visita de este fantasma no les causó gran impresión. Estaba ella tan agobiada, que casi, casi entrevió en la presencia del buen sacerdote un medio de salvación. El bruto no hizo movimiento alguno y esperó la acometida de su amigo, el cual, llegándose a él despacio, le puso la mano en el hombro y se lo oprimió. Imposible decir si fueron de terrible severidad o de familiar broma estas palabras de Nones:

—Tunante, así te portas...

El flexible espíritu del clérigo nos autoriza a dudar del sentido de sus frases. Sin esperar respuesta, añadió:

—No me la pegarás otra vez.

Pero la más particular fué que, soltándole el cuello, se puso delante de él, y haciendo con sus dos brazos un amenazador movimiento parecido al de los boxeadores, le echó este réspice:

—Todavía, con mis años, yo tan viejo y tú con esa facha de matón...; todavía, gandul, soy muy capaz de meterte el resuello en el cuerpo.

Nada de cuanto se diga del buen Nones en punto a formas extravagantes y a geniales raptos parecerá inverosímil. Los que han tenido la dicha de conocerle, saben bien de lo que era capaz. Al verle hacer cosas tan extrañas y al oírle, fué cuando Amparo tuvo el mayor miedo de su vida, pensando así: «Ahora vuelve contra mí y me anonada.»

Pero Nones se contentó con mirarla, como dicen que miraba Martínez de la Rosa, con la diferencia de que Nones no usaba lentes.

Tomó Polo a su amigo por un brazo, y sin decirle nada, llevóle al interior de la casa. Amparo comprendió que iban a mirar a la calle. Siguiéndolos de lejos por el pasillo, oyó las risas de don Juan Manuel. Después charlaron ambos largo rato. El que más hablaba era Polo, con desmayado y triste acento; pero no pudo la joven oír lo que decían. Cerca de media hora duró aquel coloquio, y ella, ahogada por la impaciencia, sentía permanecer allí y a salir no se determinaba. En aquel largo intervalo llamaron a la puerta, y Amparo, en quien el miedo de los males grandes había ahogado el de los pequeños, abrió. Eran dos vecinas que venían a ver a Celedonia. Las tales pasaron, metiendo mucha bulla, al cuarto de la enferma.

Desde la sala oyó Amparo luego la voz de Nones. Había vuelto al cuarto de Celedonia, y decía:

—A ver cómo se arregla aquí un altarito, que le vamos a traer a Dios esta noche... Aunque no se ha de morir, ni mucho menos, ella quiere recibir a Dios, y eso nunca está de más.

Cuando el ecónomo y su colega entraron de nuevo en la sala, éste dijo que la centinela no se había movido de su sitio. Tormento los miró a entrambos, revelando en sus ojos toda la irresolución, toda la timidez y flaqueza de su alma, que no había venido al mundo para las dificultades.

—¡A la calle, a la calle!—le dijo Nones, tomando su enorme sombrero—.

Aquí no hace usted falta maldita. Saldremos juntos; no tenga miedo.

Decía esto en el tono más natural del mundo; y volviéndose a Polo:

—Ten presente, badulaque, lo que va a entrar aquí esta noche. Mucho juicio, ¿estamos? Volveré dentro de media hora. ¡Y usted!...

Al decir con tan bronca voz aquel *y usted...*, encarándose con la medrosa, ésta creyó que se le caía el cielo encima; rompió a llorar como una tonta.

—En fin, me callo—gruñó Nones, indicando a la joven que le siguiera—. Ya sé que hay arrepentimiento... ¡Y tú!...

Al decir *y tú...* se encaró con Polo, echándole miradas tan severas que éste retrocedió.

—En fin, tampoco digo nada ahora —añadió con calma el clérigo, masculllando las sílabas—. De ti me encargo yo... Vamos.

Nones y Amparo iban delante; detrás, Polo alumbrando, porque la escalera era como boca de lobo. La idea de que no la vería más puso al bárbaro a dos dedos de hacer o decir cualquier disparate. Pero tuvo energía para contenerse. La medrosa no volvió la cabeza ni una sola vez para ver lo que detrás dejaba. Al llegar al primer peldaño, Nones echó miradas recelosas a la empinada escalera. Viendo que la joven quería ir delante para sostenerle, le dijo:

—No; puede usted agarrarse a mi brazo si quiere... Yo no me asusto de nada.

Pero ella, atenta y respetuosa con la vejez, se puso a su lado, diciéndole:

—No; usted sí que se apoyará en mí... Cuidado.

Y Nones, volviéndose para ver a su amigo, que alumbraba, se echó a reír y no tuvo reparo en hacer esta observación:

—¡Vaya un cuadro!... Estamos bonitos, ¿eh?... Como que vamos ahora a Capellanes.

La risita hueca y zumbona se oyó hasta lo profundo de la escalera.

Cuando llegaron al portal, don Juan Manuel dijo en baja voz a su acompañante:

—Allí está; no haga usted caso, no mire. Viniendo conmigo, no se atreverá a decirle una palabra.

Y, en efecto, el pavoroso vigía no se movió; no hacía más que mirar.

Cuando dieron los primeros pasos en la calle, Nones, soltando toda su voz áspera y ronca, echó una fuerte tos burlesca, y luego esta frase:

—¡Vaya unos postes que se usan ahora!...

En medio de su grandísimo sobresalto, Amparo no pudo menos de sonreír. Dió al clérigo la acera; pero éste, con galantería, no la quiso tomar. Después habló en tono naturalísimo de cosas también muy naturales, como si aquella compañía que llevaba fuera lo más corriente del mundo.

—¡Esa pobre Celedonia, qué mala está!... Ya se ve: con setenta y ocho años... Yo también me voy preparando, y cada día que amanece se me antoja que ha de ser el último... ¡Dichoso aquel que ve venir la muerte con tranquilidad, y no tiene en su alma ni en sus negocios ningún cabo suelto de que se pueda agarrar ese pillete de Satanás! Trate usted de arreglar su vida para su muerte... Abríguese bien, que hace frío... La acompañaré a usted hasta que encontremos un coche. Sí: lo mejor es que se meta en un simón... ¿Tiene usted dinero? Porque si no, le ofrezco una peseta que traigo...

—¡Oh!, muchas gracias; tengo dinero. Por allí viene un coche.

—¡Cochero!... ¡Ea!, con Dios. Salud, pesetas y buena conducta. Me voy a la parroquia para llevar el Viático a esa pobre... Buenas noches.

XXXII

Cuando la Emperadora llegó a su casa, díjole doña Nicanora que a las ocho había estado un señor..., aquel señor, y que, cansado de tirar de la campanilla, se había marchado. A la joven no le cogió esto de nuevo: lo temía; mas no fué por eso menor su disgusto. ¿Qué pensaría de ella su novio? En aquel momento, quizá Agustín y Rosalía estarían hablando de ella en el palco del teatro. ¿Qué dirían? Felizmente, podría explicar su ausencia con la mentira de perseguir sin descanso a su hermana para traerla al buen camino. Toda la noche la pasó en un estado de agitación que no pueden apreciar sino los que se hallan en trance parecido. Ya no le quedaba duda de que sobrevendrían catás-

trofes, y de que el asunto de su casamiento tendría un mal desenlace. Pero no se le ocurría medio alguno para evitarlo. El gran recurso de la explicación franca con Caballero parecíale no solo más difícil cada vez, sino tardío, y como tal, ocasionado a traer sobre ella el desprecio antes que el perdón.

Lo que había oído a doña Marcelina era motivo para enloquecer. En su delirio, pensaba que, al día siguiente, la tal señora de palo saldría por las calles pregonando un papel con la verídica historia de Amparito, como los que, cantando, venden los ciegos con relatos de crímenes y robos.

Ya era de día cuando la venció el sueño. Durmió algunas horas, y mientras arregló su casa y se dispuso para salir, dieron las once de la mañana. Había hecho propósito de ir a la Costanilla de los Angeles, porque, si no iba, las sospechas de la Pipaón serían mayores... ¿Encontraría a Caballero en la casa?... ¿Encontraría a doña Marcelina, que ya estuvo el día anterior tomando vino y bizcochos? Estos pensamientos le quitaban las ganas de ir; pero..., Dios poderoso..., valor y adelante.

Cuando entró en la casa, estaba como los somnámbulos, a causa del intenso padecer y el poco dormir. No se enteraba de lo que oía; sus movimientos eran cual los de un autómata.

—Chica—le dijo Rosalía—, estás hoy más seria que un ajusticiado. Parece que no has dormido en toda la noche. Y qué..., ¿encontraste, al fin, a la buena pieza de tu hermana? Como no estabas en tu casa cuando Agustín fué a buscarte, supongo que la correría de anoche ha sido larguita.

Estas frases podían ser dichas sin mala intención; pero a la joven le parecieron astutas y picarescas. Disculpóse como pudo, embarullándose, y explicando de un modo incoherente su malestar y los motivos de su insomnio. Lo que más le sorprendía era que la señora no estaba enojada; antes bien, de muy buen humor, casi gozosa.

—Pues yo me levanté muy temprano —dijo Rosalía con la satisfacción íntima de quien da felices noticias—. He estado toda la mañana en la Buena Dicha... Mira, haz el favor de ir a la cocina y lavarme prontito estos dos pañuelos.

Tiempo hacía que a la Emperadora no se le mandaban tales cosas. Cuando volvió de desempeñar aquel encargo, díjole la Bringas:

—Hoy tengo costura larga. Estoy decidida a reformar la falda del vestido de baile... Veo que estás como asustada... Sosiégate, mujer; no correrá la sangre al río.

Cada una de estas oscuras frases era para la medrosa como puñalada. Almorzaron en silencio, pues aunque Rosalía intentaba amenizar el acto con las agudezas que le sugería su inexplicable regocijo, don Francisco estaba más serio que un funeral de primera. Amparo observó en la fisonomía de su bondadoso protector una tristeza que la aterraba. Varias veces hubo de dirigirle ella la palabra, sin obtener de don Francisco una contestación. Ni siquiera la miró una sola vez. Esto llegábale al alma, confirmándola en la idea de que se acercaba la hora de su desventura.

—Estos días—declaró Rosalía, cuando se quedaron solas—tenemos que apretar de firme. Toda la falda ha de quedar adornada mañana... No te distraigas, no hagas la preciosita. Hoy no viene Agustín. Hija, como te cree tan ocupada por esas calles buscando con candil a tu hermana, él también se va de paseo. Es natural.

Más tarde la mandó de nuevo a la cocina, y ella, dando ejemplo de humildísima sumisión, obedecía sin chistar. Una de las muchas órdenes que le dió fué ésta:

—Haz una taza de tila, y traétela para acá.

Cuando Amparo trajo la taza y la presentó a la dama, ésta, sonriendo con malicia, le dijo:

—Si es para ti.

—¡Para mí!

—Sí. Tómatela para que se te aplaquen esos nervios... Me parece que no debes andar con misterios conmigo... Haremos todo lo posible para que el buenazo de Agustín no sepa nada. Esto, como cosa pasada y muy vergonzosa, debe quedar en el secreto de la familia.

—¿Qué?—murmuró la Emperadora como un muerto que habla...

—No querrás que te lo cuente yo, bobona... Pero si te empeñas en ello...

Amparo cayó redonda al suelo, como si recibiera en la sien un tiro de re-

vólver. La taza se hizo pedazos, y el agua de tila se vertió sobre la bata de Rosalía.

—¿Ataquitos de nervios?—dijo ésta—. Mira cómo me has puesto la bata. ¿Te desmayas de veras, o es comedia? Amparo, Amparito, Amparito, por Dios, hija, no nos des un disgusto... Yo no he de decir nada... ¡Niña, por Dios!

La joven, recobrándose, se incorporó. Su tribulación se resolvía en un llorar seco y convulsivo. Sollozos y ayes la sofocaban; pero sus ojos permanecían secos.

—Esto se te pasará llorando. Expláyate, desahógate—le dijo Rosalía—. Vale más que te levantes, hija, y pases al gabinete. Te echarás en el sofá...

La ayudó a levantarse, y ambas pasaron al gabinete.

—Acuéstate, descansa un ratito, y llora todo lo que quieras. Pondré esta toalla en la cabecera del sofá para que no me lo mojes con tus lágrimas... ¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor?... Ya no se usan síncopes. Es de mal gusto... ¿Quieres que te deje sola un momento? ¿Quieres un poco de agua?

Le prodigaba, justo es decirlo, los mayores cuidados. Después la dejó sola, porque había entrado alguien. Lo que Amparo pensó y sintió en aquel rato en que estuvo sola, no es para contado. Toda su alma era vergüenza: vergüenza sus ideas, y el horrible calor de su piel y de su rostro, vergüenza también. Desde el gabinete oía las voces confusas de la Bringas y del visitante, que sonaban en la inmediata sala. Era el señor de Torres. ¿De qué hablarían? De ella quizá.

Cuando la dama volvió, el estado moral de Amparo era el mismo. Creeríase que después de aquella crisis se había quedado paralítica y con el juicio nublado. No se movía del sofá; no daba señales de entender lo que se le decía, y sólo contestaba con miradas ansiosas.

—¿Te ha pasado ya el sofoco?—le dijo Rosalía, inclinándose ante ella—. Comprendo que el caso no es para menos. Debiste tener valor para decir la verdad a ese ángel y sacarle de su engaño. Ahora sería muy expuesto que hablaras con él de esos horrores. No le conoces bien. Es hombre rigorista, muy enemigo de enredos... Para él, todo ha de ser en regla, todo muy conforme a la moral. Y como está ciego por ti, si hablas y le quitas la venda, creo que será como si le dieras un pistoletazo.

Ninguna contestación, como no fuera con los ojos.

—¿Por qué me miras así?... ¿Has perdido el uso de la palabra?... ¿Te encuentras mejor?... Conque fíjate bien en lo que te digo. Lo mejor que puedes hacer ahora es callar. Nosotros procuraremos que ese inocentón no sepa nada... ¿Qué se va a remediar con el escándalo?... Y no temas que doña Marcelina te venda. Es una señora excelente y muy piadosa, incapaz de hacer daño a nadie, ni aun a sus enemigos. Y si quisiera, hija, bien podría hundirte..., porque..., no te alteres otra vez: si te sofocas, me callo.

Las miradas de Amparo revelaban pavor semejante al de aquel a quien apuntan con un arma de fuego.

—No me mires así, que me causas miedo... ¿Quieres, al fin, la taza de tila?... Pues te decía que doña Marcelina tiene dos cartas, dos papelucos que escribiste a cierto sujeto... Pero puedes estar segura de que a nadie los mostrará. Es señora de mucha delicadeza. ¿Por qué cierras los ojos, apretando los párpados?... No seas así; no temas nada. Para que lo sepas, la misma señora de Polo me ha dicho a mí que antes se dejará hacer trizas que enseñar a nadie los tales documentos... Y lo creo. No le gusta a ella indisponer a las personas... ¿Qué, se te ocurre llorar ahora? Eso, eso te sentará bien.

La infeliz derramaba pocas y ardientes lágrimas, que con dificultad salían de sus ojos enrojecidos. Rosalía llevó su bondad hasta tomarle una mano y acariciársela. En aquella hora de angustias, tuvo la pecadora momentos de cruel desesperación, y otros en que, como distraída de su pena, se fijaba en cosas extrañas a ella o cuya relación con ella era muy remota y confusa. Esta discontinuidad de la fuerza o vehemencia es condición del humano dolor, pues si así no fuera, ningún temperamento lo resistiría. Observó a ratos Amparo lo guapa y bien puesta que estaba Rosalía dentro de casa. Este fenómeno iba en aumento cada día, y en aquél, el peinado, la bata, el ajuste del cuerpo y todo lo demás revelaban un esmero rayano en la presunción. Como en esto del ob-

servar se va siempre lejos, sin pensarlo, la desdichada notó también, a través de aquel velo espeso y ardiente de su aflicción, que sobre la persona de Rosalía lucían algunos objetos adquiridos por Caballero para su novia.

—¿Qué miras?—preguntó la de Bringas—. ¿Te has fijado en esta sortija que Agustín compró para ti?... No creas que soy yo de las que se apropian lo ajeno. El primo me dijo ayer que podía tomarla para mí...

La novia no respondió nada. Accidentes de tan poca importancia no solicitaban su atención sino en momentos brevísimos. La dama no se apartaba de ella, temerosa de que le acometiese otro desmayo. Cuando menos lo pensaba, Amparo se incorporó, diciendo:

—Quiero irme a mi casa.

—Gracias a Dios que recobras la palabra. Pensé que te habías vuelto muda... No creas, se han dado casos de perder las personas la voz, cuando no el juicio, por un bochorno grande. ¿De veras quieres irte?... No me parece mal. Eso es: te vas a tu casita y te metes en la cama, a ver si descansas. Tendrás quizá un poco de fiebre.

Amparo se levantó con dificultad.

—¿Quieres que vaya Prudencia contigo?

—No... Puedo andar sola...

—¡Bah!... Todo ello es mimo... ¿Necesitas algo?

—No, gracias...

—De seguro irá Agustín a verte en cuanto sepa que estás mala... Veremos cómo me arreglo yo sola para acabar mi vestido. No te preocupes de esto, ni hagas un esfuerzo para venir mañana si no te encuentras bien. Traeré una costurera.

Ayudóla a ponerse el mantón y el velo y parecía que la empujaba, cual si quisiera verla salir lo más pronto posible.

—Sal por la sala—le dijo, cariñosa—. Naturalmente, no querrás que te vea Prudencia, ni Paquito y Joaquín, que andan por los pasillos... Adiós.

Bajó Amparo, paso a paso, la escalera. No le faltaban fuerzas para andar; pero temía caerse en la calle, y no se separaba de las casas para sostenerse en la pared en caso de que se le mareara la cabeza.

«Si este malestar que siento—pensaba—, si este horrible frío, si este acíbar que tengo en la boca fueran principio de una enfermedad de la cual me muriera, me alegraría... Pero no quiero morirme sin poder decirle: «No soy tan mala como parece.»

Encerrada en su casa, acostóse vestida en su lecho, y se arropó con todo lo que halló a mano. ¡Qué frío y qué calor al mismo tiempo!... No le quedaba duda de que Rosalía, de una manera o de otra, habría de procurar que alguien llevara el cuento a Caballero. Aunque sencilla y bastante cándida, no lo era tanto que creyese en las taimadas zalamerías de la orgullosa señora. Que el ignominioso escándalo venía era cosa evidente. Pero si él la visitaba, si le pedía explicaciones, si ella se las daba y a su dolorido arrepentimiento correspondía con la indulgencia precursora del perdón... ¡Oh, qué cosa tan difícil era ésta! Aquel hombre, con ser tan bueno, no podría leer en su alma, porque para estas lecturas los únicos ojos que ven claro son los de Dios.

Amparo tenía ya pocas esperanzas de remedio; pero aún contaba con que Caballero viniese a verla... Seguramente, en presencia de él, no podría disimular más, y la verdad se le saldría de la boca. Si, por el contrario, Agustín no iba, era señal de que le habrían dicho cualquier atrocidad, y... Toda aquella tarde aguardó la infeliz Emperadora, contando el tiempo. Pero llegó la noche, y Agustín no fué.

«Sin duda, ha estado esta tarde en casa de Rosalía—pensaba ella, tiritando, la cabeza desvanecida—. Si no viene, será porque no quiere verme más.»

XXXIII

«Porque no quiere verme más...—repetía con dolor vivísimo—. ¡Qué vergüenza! No hay para mí otro remedio que morir.»

Pasó la noche en febril insomnio, sin tomar alimento, llorando a ratos, a ratos lanzando su imaginación a los mayores extravíos. Al día siguiente, su alma acarició de nuevo las esperanzas de que Agustín viniera. Contando las horas, se dispuso para recibirle. Pero las horas no se daban a partido y con pausa lúgubre transcurrieron, sin que nadie llegase a la pobre casa. Ni el señor con

su respetuoso cariño; ni el criado con alguna cartita; nadie, ni siquiera un recado de Rosalía para ver cómo estaba... Cada vez que sentía ruido en la escalera temblaba de esperanza. Pero la fúnebre soledad de la humilde casa no se interrumpió en aquel tristísimo día. Para que fuera más triste, ni un momento dejó de llover. Amparo creía que el sol se había nublado para siempre, y en la mortaja líquida que envolvía la Naturaleza, veía como una ampliación de la misma lobreguez de su alma.

Por la tarde, ya no discurría, sino deliraba. Ya no sentía frío, sino ardor intensísimo en todo su cuerpo. Iba de una parte a otra de la casa con morbosa inquietud, y en ocasiones veía los objetos del revés, invertidos. Hasta el retrato de su padre tenía la cabeza hacia abajo. Las líneas todas temblaban ante sus ojos doloridos y secos, y la lluvia misma era como un subir de hilos de agua en dirección del cielo. Vistióse entonces con lo mejor que tenía, comió pan seco y se mojó repetidas veces la cabeza para calmar aquel fuego. Perdida toda esperanza y segura de su vergüenza, pensó que era gran tontería conservar la vida, y que ninguna solución mejor que arrancársela por cualquiera de los medios que para ello se conocen. Paso revista a las diferentes suertes de suicidio: el hierro, el veneno, el carbón, arrojarse por la ventana. ¡Oh!, no tenía valor para darse una puñalada y ver salir su propia sangre. Tampoco se encontraba con fuerzas para dispararse una pistola en las sienes. Los efectos infalibles y fáciles del carbón la seducían más. Según había oído decir, la persona que a la acción de aquel veneno se sometía, encerrándose con un brasero sin pasar y cuidando de que no entrara aire, se dormía dulcemente, y en aquel sueño delicioso pasaba al otro mundo, sin agonía... Bien: elegía resueltamente el carbón... Pero muy pronto variaron sus pensamientos. La desesperada tenía un arma eficaz y de fácil manejo... Acordóse de ella mirando el retrato de su padre, que se había vuelto a poner derecho. Cuando el buen portero de la Farmacia estuvo enfermo del mal que le acabó, fué molestado de una tenaz neuralgia que ni a la belladona ni a la morfina cedía. Para calmar sus horribles dolores y proporcionarle descanso, Moreno Rubio recetó un medicamento muy enérgico, de uso externo y que se administraba en paños empapados sobre la frente. Al dar la receta, el médico había dicho a Amparo: «Mucho cuidado con esto. La persona que beba una pequeña porción de lo que contiene el frasco, se irá sin chistar al otro mundo en cinco minutos.» No conservaba la huérfana esta terrible droga; pero sí la receta, y en cuanto se acordó de ella, buscóla en un cajón de la cómoda donde guardaba varios recuerdos de su padre. Al desdoblar el papel no pudo reprimir cierto espanto. El suicida más empedernido no mira con completa calma las tijeras que ha robado a la Parca. La receta decía:

Cianuro potásico, 2 gramos.
Agua destilada, 200 gramos.
Uso externo.

«En cinco minutos..., sin chistar..., es decir, sin dolor ninguno—pensó Amparo, extraviada hasta el punto de mirar el papel como un amigo triste—. No pasaré de mañana.»

Lo guardó en el bolsillo de su traje haciendo el firme propósito de ir ella misma a la botica en busca de su remedio. Pero ¿cuándo?... Aquella tarde, no; por la noche, tampoco. Sería prematuro. Al día siguiente..., sin fijar hora.

La soledad de su pobre vivienda continuó toda la tarde, más siniestra y pavorosa a cada hora que transcurría. Vino la noche, y se entenebreció aquel cielo húmedo, semejante a un lodazal. Creeríase que los tejados iban a criar hierba; desde arriba se sentía el chapoteo de los pies de los transeúntes en el fango de las calles.

Dieron las seis, las siete, las ocho. Ni un alma viviente se llegó a la puerta de aquella casa para tirar del verde cordón de la campanilla. ¡Las nueve, y no venía nadie! A las diez, pasos; pero los pasos se perdieron en otro piso. A las once, dudas, inquietud, delirio. Las doce contaron dos veces, en el reloj de la Universidad, el plazo último que la esperanza se había dado a sí misma. La una pasó breve y esquiva, confundiéndose con las doce y media. Oyendo las dos, la mente de la Emperadora repitió, alucinada, el concepto de aquel borracho, que dijo: *¿Dos veces la una? Ese reloj anda mal.* Las tres fueron acompañadas

de lejanos cantos de gallo, y las cuatro siguieron tan de cerca a las tres, que ambas parecían descuido del tiempo, o que eran horas gemelas. Breve letargo ocultó a Amparo el son de las cinco. Pero de repente vió el techo de su casa. El día empezaba a entrar en ella, es decir, otro día, el continuador de aquel otro que pasó. ¡Cosa más tonta...! Pues en aquel día se había de matar irremisiblemente. Amaneció lloviendo también, la tierra bebiendo lágrimas del cielo.

No tuvo Amparo que vestirse, porque se había acostado vestida en el sofá. Ella misma notó que no podía hacer cosa alguna sin equivocarse. Por tomar una toalla cogía la palmatoria. Trató de hacer chocolate, y no recordaba cómo se hacía. En vez de entrar en la cocina, entraba en la alcoba, y queriendo ponerse las botas bonitas, con caña gris perla, sólo después de mucho andar por la casa, buscándolas, echó de ver que las tenía puestas.

Por fin, se desayunó con chocolate crudo y agua. No tenía cerillas: habíalas arrojado por la ventana, creyendo arrojar la caja vacía.

«Ahora—pensaba, recordando los sucedidos que leyera otra vez en *La Correspondencia*—, cuando vean los vecinos que pasan días y que no se abre la puerta, darán parte a la Justicia... Vendrá mucha gente, descerrajarán la puerta y me encontrarán..., ahí..., tendida en el sofá..., blanca como el papel..., yerta.»

Mirándose al espejo, añadió: «Me pondré el vestido negro de seda..., que no he estrenado todavía.»

¡Las ocho, las nueve!... Aquel maldito reloj de la Universidad no perdonaba hora... A las diez se había puesto la suicida el traje de seda negro, después de arreglarse un poco el pelo..., aunque bien mirado, ¿para qué?

«Iré a la botica de la calle Ancha... No; mejor será a la de la calle del Pez.»

¡Jesús... Creyó saltar hasta el techo, del susto... ¡Había sonado la campanilla de la puerta!... Abrir, abrir en seguida. Era don Francisco Bringas. Nunca había estado allí el gran Thiers, y como era tan bueno, cuando Amparo le vió, díjole el corazón que no podía venir a cosa mala. No pudiendo reprimir su gozo, corrió a abrazarle. Figurábasele que habían transcurrido años sin ver un rostro de persona amiga. Algo importantísimo pasaba cuando don Francisco se permitía visitarla.

—Hija mía—le dijo el bendito señor, dejándose abrazar—, yo sostengo que todo es calumnia... Si al principio la misma sorpresa me desconcertó, luego he dicho: «Mentira, mentira...» Hay cosas tan horribles, que no se pueden creer.

—No se pueden creer—repitió Amparo, entristeciéndose otra vez.

—Y como no has parecido por casa, he venido para decirte que te apresures a sincerarte, a disculparte, a probar tu inocencia. ¡Ah hija mía, no sabes cómo está el pobre Agustín!

Amparo se quedó como muerta... Con un gemido pronunció las dos palabras:

—¡Lo sabe!...

—Sí... Cree..., le han hecho creer... ¡Qué infame cuento! Rosalía, como es tan crédula, como es tan inocente, también te acusa, aunque disculpándote; pero yo no me doy a partido; yo no creo nada; yo rechazo todo, absolutamente todo.

Decíalo subrayando en el aire, con su enérgico dedo, las palabras. ¡Cuánto le agradeció la pecadora esta terquedad indulgente!

—Pues sí: el pobre Agustín está que se le puede ahorcar con un cabello... Entre unos y otros le han llenado la cabeza de viento. Creo que fué Torres quien llevó el chisme a Mompous, y Mompous debió de decirlo a mi primo, como pretendiendo hacerle un favor. Te juro que esto me pone furioso. Rosalía niega que haya tenido participación en ello, y lo creo: es incapaz... Ayer estuvo Agustín en casa todo el día..., empeñado en que Rosalía le contara... Mi mujer no podía decirle nada contra ti... Al contrario, te defendía... Está el pobre que da lástima verle. Ahora mismo vengo de su casa, y si acudes pronto, si no pierdes tiempo, puedes librarle de un gran suplicio... Ven.

—¡Yo!—murmuró Amparo, como idiota, resistiendo al cariñoso esfuerzo de Bringas, que la quería llevar tirándole de un brazo.

—¿No quieres venir?... ¿En qué quedamos? ¿Permites que te calumnien así? ¡Y tú, tan tranquila!

—Tranquila, no...

—¡Porque es calumnia..., calumnia!... —exclamó Thiers, clavando en ella el

rayo de sus ojos, que parecía que se aguzaba al pasar por las gafas.

—Sí..., calumnia..., quiero decir..., no..., es preciso explicar..., parece...

Amparito se enredaba en sus propias palabras.

—¿Vienes o no?—le dijo Bringas, caviloso, tratando de llevarla casi por fuerza.

—¿Ahora?—replicó ella, poniéndose del color de la más blanca cera—. Tengo que ir a la botica...

—Verdad que estás enferma... Hija, después te curarás... Te encuentro pálida... Es preciso que hagas un esfuerzo. ¿Qué, tu deshonra no te afecta? ¿Puedes ver con calma que se digan de ti tales horrores?...

—¡Oh, no!... Si son horrores, no son verdad.

—Pues ven... Por ti, por mi primo, deseo yo que esto se aclare. Si no vienes pronto, quizá la cosa se complique. Hay moros por la costa, hija de mi alma. Si no acudes pronto, Agustín, que está como demente, se pondrá al habla con tu enemiga, y figúrate si ésta le llenará la cabeza de viento...; aún es tiempo... Corre, acude pronto. Agustín está en su casa. Le he dejado yo allí en tal estado de abatimiento, que parece un colegial que ha perdido curso... Llegas..., te arrojas a sus pies, lloras, le suplicas que te escuche y que no haga caso de la maledicencia; le cuentas lo que haya, si es que hay alguna cosilla un poco más libre de lo regular... Todo podría ser, cosas del mundo... Oye bien: háblale con el corazón; dile cosas tiernas, bien sentidas, y así le sujetas, le contienes...

Amparo miraba a su protector como persona que no tiene ninguna idea favorable ni contraria que oponer a lo que oye.

—Pero ¿te has vuelto tonta?—clamó él, impaciente, alzando la voz como cuando se habla con un sordo—. Mira, tú te lo pierdes... Te he dicho que sólo tú puedes volverle el sentido, dándole explicaciones, si las hay; poniéndole delante tu linda cara para que se encandile... Como no te decidas, no sé lo que pasará. Le han dicho, y Rosalía me jura que no ha sido ella..., le han dicho que doña Marcelina Polo posee dos cartas tuyas, dirigidas no sé a quién, y héteme aquí al hombre rabiando por verlas, por tener una prueba de tu... Yo sostengo que es calumnia... Pero, ¡ay!, sabe Dios si esa bendita señora que no te quiere bien le hará ver lo blanco negro.

Maquinalmente, dijo Amparo estas palabras:

—Ha ido a ver a doña Marcelina...

—No, mujer; no, no—gritó Bringas, creyendo siempre que hablaba con un sordo—; pero irá. Mandó recado con Felipe esta mañana, preguntando la hora en que podría ver a esa señora, y han contestado que a las doce... Ya son las once y cuarto. Ponte el manto y no pierdas un minuto. He almorzado con él. El pobre no comía nada...

Sin esperar a más razones, Bringas tomó el velo y el mantón que en una silla estaban, y se los puso a ella. Amparo, cada vez más privada de voluntad, de discernimiento y de resolución, dejaba hacer a don Francisco. Este la cogió por un brazo, la llevó hacia la puerta. Salieron, cerraron.

—Porque es tontería—dijo Bringas, bajando la escalera—que te acoquines así, cuando quizá con una palabra... Todavía le encontrarás allí si no nos descuidamos... Ya sabes: le hablas al corazón. Si hay algo, si hay algún reparillo antiguo, la verdad. Amparo, la verdad siempre por delante. Fíjate bien en el carácter de Agustín, en su rectitud, en el aborrecimiento que tiene a los enredos. La idea de ser engañado le saca de quicio... Perdonará el mayor delito confesado antes que una trivial falta encubierta. Fíjate bien, y ten alma, ten arranque...

Oía esto la joven como se oyen zumbidos de tempestad lejana. Iba por la calle como un autómata. Creía que los transeúntes participaban de aquel su afán, que, por lo excesivo, rayaba en imbecilidad.

—Más prisa, hija, más prisa...—decía Thiers—. Son las doce menos veinte. Tomaremos un coche. Te dejaré en la puerta. No subo contigo, porque para esta entrevista delicada conviene que los dos estéis solitos. Yo me voy a mi oficina.

Durante la breve travesía en coche, repitióle las mismas exhortaciones una y otra vez. «Cuidado, hija, cuidado..., sentimiento y sinceridad... No te aturrulles..., no te contradigas. Si hay algo, apechuga con ello. Si no hay nada,

cébate en los calumniadores: duro en ellos, leña en ellos, firme...»

Llegaron a la calle del Arenal y ambos salieron del coche. En la puerta, Bringas no creyó preciso volver a amonestarla, y cuando la vió subir, se fué al Ministerio.

XXXIV

Amparo subió. Viendo aquella puerta de caoba, ancha, barnizada, hermosísima, imaginó la escena que detrás de ella iba a pasar, y las cosas que allí se dirían. Puerta más venerable no había visto nunca. No se le igualaban las de una santa catedral, ni las del palacio del Papa, ni casi, casi las del Cielo. ¡Dios misericordioso! ¿Sería, al fin, aquélla la puerta de su casa?

Puso la mano en el tirador de reluciente metal.

«¿Será ésta—pensó—la primera y última vez que yo llame aquí?»

No tuvo tiempo de hacer más consideraciones. Felipe abrió la puerta.

—¿Tu amo?...

—No está... Pero pase usted...

Amparo entró. ¡Y no estaba!... El Destino fruncía el entrecejo, anunciando un desastre.

Estas bromas del Acaso, ¡qué pesadas son! Estas aparentes discrepancias del reloj eterno, haciendo coincidir unas veces los pasos de las personas; otras, no; contrariando siempre los deseos humanos, ya para nuestro provecho, ya en daño nuestro, son la parte más fácilmente visible de la gran realidad del tiempo. No apreciaríamos bien la idea de continuidad sin estos frecuentes desengranajes de nuestros pasos con la dentada rueda infinita que no se gasta nunca. El Arte, abusando del Acaso para sus fines, no ha podido desacreditar esta lógica escondida, sobre cuyos términos descansa la máquina de los acontecimientos privados y públicos, así como éstos vienen a ser pedestal del organismo que llamamos Historia.

—¿Sabes adónde ha ido?—dijo la Emperadora, pasando al salón.

—A la casa de doña Marcelina Polo, calle de la Estrella. Esta mañana fuí yo a pedir hora, y me dijeron que a las doce.

—¡A las doce!...

—Sí, señora... No sé cómo no le ha encontrado usted. No hace diez minutos que salió. Debe de ir ahora por la calle de Hita o por el callejón del Perro. ¿Ha venido usted por la Costanilla?

—Sí, y en coche...

—Aguárdele usted... No tardará en volver.

Pasó del salón al gabinete, y luego a otro que era... el suyo. ¡Ironías del hado! Centeno se alejaba...

—Felipe...

—Señorita...

—Nada, nada. Es que...

Diéronle impulsos de salir otra vez y de volverse corriendo a su casa. Se le representaron, en su aturdida mente, dos papeles escritos por ella mucho tiempo antes; dos cartas breves, llenas de estupideces y de la mayor vergüenza que se podía concebir... Su corazón no era corazón: era maquinilla loca que corría disparada y se iba a romper de un momento a otro... ¡Adiós, esperanza! En aquel momento, Caballero entraba en el aposento de la mujer de caoba; ambos hablaban...

—Felipe...

—Señorita...

—Me voy... Enséñame la salida. No acierto a andar en este laberinto.

Dió algunos pasos. Las fuerzas le faltaron y dejóse caer en un sillón. Temía perder el conocimiento.

—¿Está usted mala?... ¿Quiere que llame a doña Marta?

—No, por Dios; no llames a nadie. Mira, hazme el favor de traerme un vasito de agua.

—Al momento.

En el breve rato que Felipe estuvo fuera, Amparo esparció sus miradas por la lujosa habitación en que se hallaba. «Aquí... iba yo a vivir—pensó, mientras la pena fiera rechazaba en el fondo de su alma el gozo salvaje que quería entrar en ella—. Aquí dijeron que viviría yo... Pues aquí quiero que se acabe mi vida.»

—Gracias—dijo a Felipe, tomando el vaso de agua y poniéndolo sobre la mesa—. Ahora me harás otro favor.

—Lo que usted me mande.

—Pues tendrás la bondad—dijo lentamente la Emperadora, registrando su bolsita y sacando un papel—de ir a la botica, que está en esta misma calle, dos puertas más abajo... Toma la receta: me traes esta medicina... Es una

cosa que tomo todos los días para los nervios, ¿sabes?... Aguarda; ten el dinero... Corre, aquí te espero...

—Voy al momento.

Desde el pasillo volvió Centeno, apurado, y dijo:

—Para que usted no se aburra...

—¿Qué?

—Nada: voy a darle cuerda a la caja de música de los pajarucos. Así se entretendrá usted mientras esté sola.

Rompió en sonidos tenues la orquesta minúscula, y los pájaros, abriendo sus piquitos y batiendo las alas, parecía que cantaban en aquella floresta encerrada dentro de un fanal. Muy satisfecho de su ocurrencia, Felipe salió.

La desventurada puso su atención en las avecillas durante cortísimo rato. Luego se dió a pensar en su resolución, que era inquebrantable. En cinco minutos concluía todo. Cuando Agustín volviera, la encontraría muerta. ¿Qué diría? ¿Qué haría?... Sin duda, vendría furioso, decidido a matarla o a decirle cosas terribles, lo que era mucho peor que la muerte. ¿Cómo soportar bochorno tan grande?... Imposible, imposible. Matándose, todo acababa pronto. En la preocupación del suicidio no dejó de ocurrírsele la semejanza que aquella tenía con pasos de novela o teatro, y de este modo se enfriaba momentáneamente su entusiasmo homicida. Aborrecía la afectación. Pero, acordándose de las cartas, era tal su horror a la existencia, que no deseaba sino que Felipe volviera pronto para concluir de una vez.

«Cuando Agustín entre, me encontrará muerta.» Esta idea le daba cierto gozo íntimo, indescifrable. Era la última ilusión que, surgiendo de la vida, iba a tener su término y florescencia en los negros reinos de la muerte, como los cohetes que salen echando chispas de la tierra y estallan en el cielo.

«¿Y qué dirá, qué pensará cuando me vea muerta?... ¿Llorará, lo sentirá, se alegrará?... Porque, de seguro, a estas horas ya lo sabe todo, y me despreciará como se desprecia al gusano repugnante cuando se le pone el pie encima para aplastarlo... Ahora estará viendo las malditas cartas... ¡Virgen de los Dolores, perdóname lo que voy a hacer!»

Los pájaros de cartón, animados por diabólico mecanismo, ponían a esto comentarios estrepitosos con su cantar metálico y aleteaban sobre las ramas de trapo. Era como vibración de aceradas agujas o alfileres, música chillona que rasgaba el cerebro. Amparo creía tener todos los pájaros dentro de su cabeza. Por un instante, la monomanía del suicidio se suavizó, permitiéndole contemplar la bonita habitación. ¡Qué sillería, qué espejos, qué alfombra!... Morirse allí era una delicia... relativa... ¡Oh María Santísima, si no fuera por aquellas dos cartas...! ¿Por qué no se murió antes de escribirlas?...

En esto llegó Felipe. Traía un frasquito con agua blanquecina y lechosa. Púsole en la mesa, donde estaba aún el vaso de agua con azucarillo y una cuchara de plata.

—¿Se le ofrece algo más?—preguntó alzando un poco la voz, porque la algazara de los pajarillos así lo exigía.

—Haz el favor de traerme un papel y un sobre. Tengo que escribir una carta.

—¿Y tinta?

—O, si no, lápiz; es lo mismo.

—¿Quiere usted otra cosa?—preguntó Centeno al traer lo que se le había pedido.

—Nada más. Gracias.

El sabio Aristóteles se fué.

Cuando se encontró sola, Amparo tuvo momentos de vacilación; pero la idea del suicidio la acometió tras uno de ellos con tanto brío, que quiso poner la muerte entre su vida y su vergüenza. ¡Doña Marcelina..., las cartas!... Pensando en esto, paseó agitadamente por la estancia tapándose ya los ojos, ya los oídos. No veía nada; perdió el conocimiento de todo lo que no fuera su perversa idea; en su cerebro estalló el cataclismo. Sobre el barullo de su razón desconcertada fluctuaba, triunfante, la monomanía del morir, dueña ya del espíritu y de los nervios.

¡Momentos de solemne estupor salpicado de aquellas punzantes notas de los pájaros cantores! La demente vertió el agua que estaba en el vaso, y, echando en él la mitad del contenido del frasco, se lo bebió... ¡Gusto más raro! ¡Parecía... así como aguardiente! Dentro de cinco minutos estaría en el reino de las sombras eternas, con nueva vida, desligada del grillete de sus penas, con todo el deshonor a la espalda, arrojado en el mundo que abandonaba como se arroja un vestido al entrar en el lecho.

Ocúrrele pasar a la habitación vecina. Es su alcoba. ¡Soberbio, espléndido tálamo! Hay también un sofá comodo. No bien da cuatro pasos en aquella pieza, advierte en sus entrañas como una pena, como una descomposición general. Cree que se desmaya, que pierde el conocimiento; pero no, no lo pierde. Ha pasado un minuto no más... Pero siente luego un miedo horrible, la defensa de la Naturaleza, el potente instinto de conservación. Para animarse, dice: «Si no tenía más remedio; si no debía vivir.» La flojedad y el desconcierto de su cuerpo crecen tanto, que se desploma en el sofá, boca abajo. Nota opresión grande, ganas de llorar... Con su pañuelo se aprieta la boca y cierra fuertemente los ojos... Se asombra de no sentir agudos dolores ni bascas. ¡Ah!, sí; ya siente como unas cosquillas en el estómago... ¿Padecerá mucho? Empieza el malestar; pero es un malestar ligero. ¡Qué veneno tan bueno aquel que mata tranquilamente! De pronto se le nubla la vista. Abre los ojos y lo ve todo negro. Tampoco oye: los pájaros cantan lejos, como si estuvieran en la Puerta del Sol... Y entonces el pánico la acomete tan fuertemente, que se incorpora y dice: «¿Llamaré? ¿Pediré socorro? Es horrible..., ¡morirme así!... ¡Qué pena! ¡Y también pecado!...» Escondiendo el rostro entre las manos, hace firme propósito de no llamar. Pues qué, ¿es su muerte acaso una comedia? Después se siente desvanecer..., se le van las ideas, se le va el pensamiento, se le va el latir de la sangre, la vida entera, el dolor y el conocimiento, la sensación y el miedo; se desmaya, se duerme, se muere... «¡Virgen del Carmen—piensa con el último pensamiento que se escapa—, acógeme...!»

XXXV

No se sabe a punto fijo por qué conducto entraron en el espíritu del buen Caballero las sospechas, y tras las sospechas, algo que las confirmaba: noticias, datos y referencias. Créese que el llamado Torres fué quien llevó el cuento desde la Costanilla al escritorio de Monpous, y que el Mompous lo transportó luego, con acento catalán, a los propios oídos de Agustín, justificándose con las razones adecuadas al caso... Lo hacía movido de amistad, para ponerle en guardia. Quizá era calumnia; pero como la especie corría, conveniente era notificarla al más interesado en ello por el honor de su nombre, etcétera... La impresión que estas revelaciones hicieron en el confiado amante pueden suponerla cuantos le conozcan por estas páginas, o porque realmente le hayan tratado. Aquel hombre de tan sosegada apariencia pasaba fácilmente de un abatimiento sombrío a un furor pueril. Rosalía le tuvo miedo cuando le vió entrar aquella tarde, tres horas después de haberse ido Amparo a su casa, pasada la escena del desmayo. Fué la tarde del lunes.

En breves palabras contó Agustín a su prima lo que le habían dicho, y, poniéndose de un color increíble, apretados los dientes y crispadas las manos, dijo:

—Si es mentira, el perro que lo inventó me la ha de pagar.

—Vamos, vamos, cálmate, por amor de Dios...—le dijo Rosalía—. Si te pones así..., si te ofuscas, quizá veas las cosas más negras de lo que son. En estos casos graves, cada cual debe portarse como quien es, y tú eres un caballero decente y juicioso.

—Por tu modo de hablar—dijo Agustín sin aplacarse—vengo a comprender que tú también lo sabías..., y esta es la hora en que ni tú ni Bringas me habíais dicho una palabra, al menos para ponerme sobre aviso.

—Nosotros—replicó la dama con dignidad altanera—no tenemos por costumbre hablar de lo que no nos interesa, ni dar consejos a quien no nos los pide. ¿Cómo querías que nos arriesgáramos a desconceptuar a una persona de nuestra familia, cuando con ello te dábamos un golpe mortal, y cuando no teníamos tampoco seguridad del hecho, ni podríamos darte pruebas?... Comprende, hijo, que esto es grave... Y di una cosa: al fijarte en ella para hacerla tu mujer, ¿nos consultaste a nosotros sobre punto tan delicado, como parecía natural? Nada de eso. Allá tú lo arreglaste solo, y cuando nos percatamos de ello ya lo tenías muy bien guisado y comido.

Al decir esto y lo que siguió, cualquiera que atentamente observara a Rosalía podría haber sorprendido en ella, junto con el deseo de convencer a su primo, el no menos vivo de hacer patente su hermosura, realzada en aquella ocasión

por el esmero del vestir y por los aliños y adornos de buscada oportunidad. Cómo enseñaba sus blancos dientes, cómo contorneaba su cuello, cómo se erguía para dar a su bien fajada cintura esbeltez momentánea, eran detalles que tú y yo, lector amigo, habríamos reparado, mas no Caballero, por la situación en que su espíritu se hallaba.

—Y no creas—añadió Rosalía con semblante triste—, nos ha llegado al alma que no consultaras con nosotros un asunto en que podría comprometerse tu honor... No has tenido presente lo que te queremos, lo que nos interesamos por ti.

—Voy a verla—dijo Agustín con repentino arranque, y sin hacer caso de las ternuras de su prima—. Será conveniente oírla a ella...

—Creo que pierdes el tiempo si vas a su casa—manifestó Rosalía, acudiendo diligente a contener aquel natural impulso—. No la encontrarás. Yo sé que no la encontrarás...

Caballero la miraba como lelo.

—Tengo motivos para saberlo, y no te digo más—añadió, con estudiada frialdad, la de Bringas—. Vete a tu casa y no te muevas de allí, que la misma Amparo irá a verte y a pedirte perdón... Así, al menos, me lo ha prometido. ¡Pobrecilla! Esta mañana la he tenido aquí, y te juro que peor rato no he pasado en mi vida. Daba compasión verla y oírla. ¡Dios mío, qué lágrimas, qué suspiros! Se me desmayó en el cuarto de labor y tuve que traerla aquí. Era una Magdalena, una infeliz arrepentida... Lo que más le duele, hijo, es haberte engañado. No debes tratarla mal; no debes ensañarte con ella, porque su dolor es muy grande... Cree que la vas a matar... Ya le dije que no eras un Otelo y que no te dará tan fuerte. Me ha prometido ir a tu casa y darte leales satisfacciones. Bien sabe la pobre que ya no puede ser tu mujer; pero el desprecio tuyo la enloquece... Es una desgraciada que, en medio de sus desvaríos, conserva cierto pudor...

Agustín dió dos vueltas sobre sí mismo, síntoma de horrible desesperación, como lo es de la embriaguez. Se fué, sin añadir una palabra más, y se metió en su casa. Arnáiz y Mompous fueron aquella noche a jugar al billar, y durante el juego afectaba el indiano gran tranquilidad. Hasta se le vió más comunicativo que de ordinario.

Al día siguiente, martes, día de lluvia y tristeza, Agustín pasó toda la mañana dando vueltas en su despacho. Esperaba alguna visita de interés, sin duda; pero la que recibió fué la de Rosalía, muy guapetona, muy remozada, muy fresca y tan bien puesta como cuando iba al teatro.

—Tú no estás bueno—le dijo con afectuosa confianza—. Lo comprendo, porque estas cosas impresionan. Creo que debes serenarte y procurar dar todo al olvido... ¡Un hombre como tú!... Sí, encontrarás mujeres a millares..., y mil veces más guapas, mil veces más interesantes... ¿Y qué? ¿Ha venido? Presumo que no, porque mandé recado a casa y no está allí ni sabe nadie su paradero. Te juro que me causa una pena... ¡Pobrecilla!... Después de todo, no tiene mal fondo. Entre estas desgraciadas, las hay con excelente natural y hasta con asomos de dignidad. Lo que es a guardar las apariencias no hay quien gane a ésta.

Como él no le contestara nada, pues parecía más atento a las flores de la alfombra que a los dichos de su prima, ésta hubo de dar otra dirección a su afectuosidad.

—Repito que no estás bueno. Tienes color de cardenillo... ¿A ver el pulso? Ardiendo... Reposo, hijito, reposo es lo que te conviene. No recibas a nadie, no hables, no escribas. Echate en el sofá y abrígate con la manta de viaje. Yo te cuidaré, pues por tu salud bien puedo dejar todas mis obligaciones. Te haré refrescos; me estaré aquí todo el día, y si te pones verdaderamente malo, me quedaré también toda la noche.

Agustín rechazaba la idea de enfermedad. Entre una y otra pausa, deslizaba Rosalía advertencias y amonestaciones llenas de dulzura y amistad... «No lo tomes tan fuerte... ¡Si hubieras consultado a tiempo conmigo!... Lo mejor es que te acuestes... Tienes frío.»

Más tarde, mucho más tarde, Agustín, interpretando sin reserva lo más espontáneo y natural que en su alma existía, se dejó decir estas graves palabras:

—Esa mujer se me ha clavado en el corazón, y no puedo arrancármela.

Al oír esto, Rosalía se quitó la cachemira y quedóse en cuerpo. Hacía calor.

Para consolar a su primo, echó retahilas de frases, llenas de cariñosas y bien pensadas expresiones. En medio de ellas salió a relucir doña Marcelina Polo, única persona que podía dar noticias irrecusables del hecho, como poseedora de testimonios escritos.

—¿En dónde vive esa señora?—dijo Caballero con ímpetu—. Ahora mismo voy allá.

—Es muy tarde. Por Dios, no te pongas así. Pareces un personaje de novela. Esa señora y las que viven con ella se acuestan a la hora de las gallinas. Mañana podrás ir, pero no muy temprano, porque desde el alba se van las tres a la iglesia. Lo mejor es que le mandes un recado con Felipe para que te fije hora.

Entró don Francisco, que venía de su paseo.

—¿Qué tal?...

—Le digo que se meta en la cama, y no quiere hacerme caso.

—¿Apostamos a que todo es calumnia?—indicó el bondadoso Thiers.

Agustín les rogó que se quedaran a comer, lo que ellos aceptaron de buen grado. Centeno fué a la Costanilla a decir a Prudencia (alias *Calamidad)* que diera de comer a los pequeños, porque los papás no volverían a su casa hasta muy tarde.

XXXVI

¡Miércoles!... Digno sucesor del día precedente, fué todo humedad y penumbra, el cielo llorando, la tierra convertida en lago sucio y espeso. Creeríase que una gran masa de chocolate gris se había derramado sobre las calles. Las móviles bandadas de paraguas iban por las aceras, cediéndose el paso con dificultad y cubriendo mal a las personas. Los chorros de los canalones tocaban sobre ellos redobles de tambor, y unos y otros se embestían, se picoteaban, se arañaban. Veíanse sombreros parecidos a manantiales, y caras semejantes a las de los tritones y náyades de mármol que desempeñan el más húmedo de los papeles en las fuentes públicas... Miraba esto Agustín tras los cristales del balcón de su cuarto, y al compás de aquella tristeza del tiempo se cantaba a sí mismo esta elegía sin música:

«¿Por qué no te quedaste en Brownsville, bruto? ¿Quién te mete a ti en la civilización? Ya lo ves..., a las primeras de cambio, ya te han engañado. Juegan todos contigo, como con un rapaz o con un salvaje. Cuando desconfías, te equivocas. Cuando crees, te equivocas también. Este mundo no es para ti. Tu mundo es el Río Grande del Norte y la Sierra Madre; tu sociedad, las turbas de indios bravos y de aventureros feroces; tu trato social, el rifle; tu ideal, el dinero. ¿Quién te mete en estos andares?»

—Señor—dijo Felipe entrando en la habitación—, doña Marcelina está en la iglesia. Otra señora que vive con ella, y a quien yo conozco, me ha dicho que puede usted ir a las doce.

Don Francisco no tardó en aparecer, la cara risueña, el *carrik* mojado. Su esposa estaba atareadísima con el vestido de baile, y no podía venir hasta después de mediodía. Hablando luego de lo que tanto perturbaba al indiano, Thiers sacó a relucir lo más atenuante y conciliador que le sugería su bondad. Todo era calumnia, y más valía que Agustín no se metiese en averiguaciones. Mucho le entristeció lo que le dijo su primo: «Una de dos: o me vuelvo a Brownsville, o me pongo el mundo por montera.»

Almorzaron juntos, y antes que el almuerzo concluyera, Bringas se levantó de la mesa con impaciente afán. Tenía una idea y se apresuró a realizarla, confiado en la seguridad del éxito. Salió presuroso para ir a donde sabemos. Aunque Rosalía aseguraba que Amparito no estaba en su casa, bien podía haber vuelto ya. Quizá los vecinos sabían el paradero de ambas hermanas. Adelante, corazón noble, y no temas.

Caballero salió más tarde, y por las Descalzas, el Postigo, la calle de Hita, el callejón del Perro, etc., se dirigió a la calle de la Estrella. Fácil es suponer que tenía un humor de mil demonios y que no sabía escoger entre la duda y la certidumbre de su desgracia. Aquella tal doña Marcelina, ¿qué casta de pájaro sería? Esto pensaba al subir la escalera de la casa, más vieja que el mal hablar. Llamó, y una criada le dijo que la señora no había vuelto aún, pero que no tardaría ni cinco minutos. Le pasaron a la sala, y cuando allí esperaba presentósele una dama de muy singular aspecto, blanca, fina, limpia y como va-

porosa; una anciana que parecía una gatita, con dos esmeraldas por ojos, y que andaba con pies de lana sin que se le sintieran los pasos.

—Caballero—le dijo aquella humana reliquia, mirándole con dulzura—, ¿es usted por casualidad del Toboso?

—No, señora—replicó él—; no soy del Toboso ni de la Mancha.

—¡Ay!, perdone usted...

Y se escabulló, mirando con recelo las ligeras manchas de lodo que el visitante había dejado sobre la estera. Agustín reparó en la sala, que contenía unas siete cómodas y otros muebles anticuadísimos, pero muy bien conservados; cuatro crucifijos, dos Niños Jesús, y obra de cuatro docenas de láminas de santos, con ramos de siemprevivas, lazos y cintas. No tardó en aparecer un semblante de talla de caoba detrás de un velo negro.

—¿Es usted el señor de Caballero?

—Servidor de usted... Yo deseaba...

Doña Marcelina hizo pasar al visitante a un gabinete inmediato. Después de ver la sala, parecía que ya no había más cómodas en el mundo. Sin embargo, en aquel gabinete había tres. Un brasero con mucha lumbre daba calor a la desamparada pieza. Agustín y la de Polo se sentaron en sendos sillones.

—¿Ha visto usted qué día?—indicó la señora, alzando su velo y publicando el bajo relieve de su cara, que no había cristiano que lo entendiera.

—Sí, señora; muy mal día... Pues yo vengo a suplicar a usted que tenga la bondad de darme noticias...

—Ya sé, ya sé—replicó la de Polo con severidad—. ¿Me pide usted informes, antecedentes de esa desgraciada? Si usted me lo permite, guardaré la mayor reserva, porque no está en mis principios esto de llevar cuentos y ocuparme de acciones ajenas. Yo, aunque me está mal el decirlo, no acostumbro perjudicar ni aun a mis mayores enemigos... No es por alabarme; pero a muchos que me han aborrecido los he colmado de beneficios.

—En el caso presente—dijo Caballero con afán—usted puede hacer una excepción en favor mío, contándome...

—Alto allá—interrumpió la austera dama—. Yo no cuento nada, yo no sé nada, yo no he visto nada, absolutamente nada. ¿Que viene alguien y me dice que Amparo es una santa? Yo, callada. ¿Que viene usted y me dice que se quiere casar con ella? Yo, callada. Callar y callar es mi tema... Hoy he recibido a Dios, y si no tuviera bastantes fuerzas para seguir en mis trece, esto solo me las daría.

—Pero, señora, ¡por las Once mil vírgenes!—exclamó Agustín, en la mayor confusión—. La verdad es antes que todo.

—Precisamente hay verdades que no son para dichas... No me pregunte usted nada... Mi boca es un broche... Unicamente le diré, y esto no porque a usted le pueda interesar, sino por mi propia satisfacción, que mi hermano se ha salvado; mi hermano está ya en camino de Marsella, de donde saldrá dentro de tres días para Filipinas; mi hermano no tiene mal fondo, y allá en aquellas tierras de salvajes mi hermano volverá en sí. ¿Sabe usted dónde está la isla de Zamboanga? Porque me han dicho que usted también viene de tierras de caribes. Pues allí, en aquella dichosa Zamboanga, desembarcará mi hermano dentro de dos meses, y allí tendrá ocasión de cristianar herejes y hacer grandes méritos. No es esto decir que yo confíe absolutamente en su salvación, pues como la cabra tira al monte, el vicioso tira siempre... a lo que tira. ¡Oh! ¡Qué esfuerzos tuvimos que hacer a última hora! ¡Si hubiera usted visto...! ¡Qué hombrazo! En la estación nos decía que allá será un Nabucodonosor con sotana. Que sea lo que quiera con tal que no vuelva a las andadas ni parezca más por acá... Y no crea usted... ¡Tengo un susto...! Se me figura que de Barcelona o de Marsella se nos vuelve a Madrid y se me entra por la puerta cuando menos lo espere... Usted no le conoce bien. Y mienten los que le suponen mal natural, pues si no le hubieran embrujado, si no le hubieran sorbido los sesos, otro gallo le cantara.

En estado de contrariedad y de irritación indescriptibles, Caballero tuvo que contenerse para no hacer un disparate. La verdad, sentía ganas de darle a doña Marcelina un par de bofetadas.

—¡Ah!—exclamó la mujer de madera—, ¿sabe usted que no se ha muerto la pobre Celedonia? La llevamos al hospital al día siguiente del escándalo... Y aunque le digan a usted otra cosa, yo no vi nada, yo no sé nada.

—Señora, yo no sé quién es Celedonia, ni me importa. Vamos a lo mío. Sé, me consta, que usted posee dos cartas...

Su irritación le impulsaba a prescindir de todo miramiento y delicadeza. Planteó la cuestión en términos descorteses, diciendo:

—Necesito que usted me entregue esas dos cartas. Las compro, óigalo usted bien, las compro. Usted dirá.

—¡Ah!, ya no me acordaba de eso —declaró Marcelina, dirigiéndose a una de las cómodas.

—Las compro—repitió Agustín, saboreando la amargura de su curiosidad satisfecha.

La de Polo revolvió un momento en el cajon superior. Estaba de espaldas a Caballero, a bastante distancia. Agustín sintió roce de papeles. Después de una pausa, la voz de Marcelina dijo así:

—Pues ha de saber usted que aquí no hay nada, nada de lo que desea... Toque usted a otra puerta, que yo no comprometo la reputación de ninguna persona, buena o mala. Si algún rengloncillo parece por estos escondrijos, seguiré el consejo del padre Nones, que me ha dicho: «O entregarlo a su dueño, o a las llamas.»

Volvióse de frente a Caballero, las manos a la espalda.

—No hay nada, señor; no hay nada. Sigo en mis trece. Yo no hago mal a nadie, ni a mis mayores enemigos. Antes me moriré que dejar de cumplir lo que me manda don Juan Manuel; y como no he de ver a la interesada, ni tengo ganas de ello, atienda usted...

Destapando el brasero con movimiento rápido, arrojó en él lo que en la mano tenía. Corrió Caballero a salvar del fuego lo que arrojara la endemoniada hembra; mas no llegó a tiempo. Las ascuas eran vivas, y el curioso no vió sino un papel que se retorcía y abarquillaba levantando tenue llama... Nada pudo leer sino un nombre que era la firma y decía: *Tormento*. Con la *o* final se enlazaba un garabatito... Sí; era un garabatito, su persona autografiada en aquel rasgo que parecía un pelo rizado.

Colérico y sin poder guardar las formas de la buena educación, por ser él hombre más perteneciente a la Naturaleza que a la sociedad, en la cual se hallaba como cosa prestada, se encaró con la efigie de madera, y le dijo del modo más brutal:

—Me ha fastidiado usted... Quede usted con Dios, o con el diablo, que ya tiene en el cuerpo, y me alegraré de que reviente pronto...

Salió escapado, iracundo... Tomó la dirección de su casa; pero no había dado veinte pasos, cuando tuvo una inspiración, verdadero rayo celestial que entró en su mente. La calle de las Beatas estaba muy cerca... Secreto instinto le decía que allí podría obtener la enfermedad ardorosa de sus dudas mejor remedio que en otra parte. «¡Quién sabe! —pensó, despeñando su espíritu de una confusión a otra—. Cuando todos me engañan y se divierten conmigo, puede ser que ella misma me diga la verdad... ¡Vaya, que si ahora saliéramos con que es inocente!... Pero ¿dónde está? ¿Por qué se oculta?... Será que la esconden para que yo no la vea... ¡Maldita sea mi ceguera, mi inexperiencia del mundo!... Me engaña Rosalía, me engañan mis amigos, y todos juegan con este pobre hombre, que no entiende de quisicosas... ¿Quién me dice la verdad?... ¿Qué voz escucharé de las que suenen en mi alma? ¿La que dice: *mátala*, o la que dice: *perdónala?* Bruto, desgraciado salvaje, que no debías haber salido de tus bosques, júrate que si te dice la verdad la perdonarás... Sí que la perdonaré... Me da la gana de perdonarla, señora sociedad... Si es culpable y está arrepentida, la perdonaré, señora sociedad de mil demonios, y me la paso a usted por las narices.»

—La señorita Amparo—le dijo la portera—ha salido hace media hora con un señor...

—¿Con un señor?

—Sí, de gafas..., pequeñito; lleva un *carrik* color de higos pasados.

—¡Ah!, mi primo... Abur...

Parece que lo hacía el demonio. Nunca había andado por las calles con tanta prisa y nunca tuvo tantos entorpecimientos. El paraguas se le trababa a cada instante con los de las personas que venían en contraria dirección. Creyérase que querían morderse y echarse unos a otros el agua que los inundaba. Luego no cesaba de encontrar a cada instante personas conocidas que le detenían para preguntarle por su salud y decirle: «¿Ha visto usted qué tiempo?»

Llegó a pensar que se habían dado cita en su camino sin otro fin que mortificarle. ¡Y para esto, Señor, había tenido él empeño en que fuese limitado el número de sus amigos!

—Don Agustín, ¡qué tiempo! Mañana es luna nueva y puede que cambie—le dijo en el callejón del Perro un dependiente de Trujillo.

—Abur, abur...

Por fin llegó a su casa... Al abrirle la puerta, díjole Felipe:

—La señorita Amparo le espera a usted...

Y él, oyéndolo, tembló de sobresalto y de pena, de curiosidad y de miedo de satisfacerla... ¿Qué cara pondría ella? ¿Qué le diría?

—Y mi primo Bringas, ¿está también?

—No, señor; la señorita vino sola.

Atravesó Caballero las habitaciones. En la primera no estaba, en la segunda tampoco. Lo que más le sorprendió fué oír la musiquilla de los pájaros. Pero en el momento de poner su pie en el segundo gabinete, calló de repente la música. Se le había concluído la cuerda. El silencio que siguió a la suspendida tocata era tan respetuoso y lúgubre, que Agustín tuvo miedo... Pues allí tampoco estaba. Vió sobre la mesa un vaso, un frasquito. Entonces, nuestro insigne amigo levantó con cierto temor la cortina de la alcoba y vió un pie... Espantado se detuvo, mirando mejor, porque el balcón de la alcoba estaba cerrado y había muy poca luz... Vió una falda negra..., un brazo que colgaba, tocando la mano al suelo...; una rosada oreja..., un pañuelo que cubría la cara... Acercóse con la horrible sospecha de que no había en aquel cuerpo señales de vida: tan inmóvil estaba... Miró de cerca... La tocó, la llamó... Sí, vivía... Respiraba con ansia, cual si padeciera una fuerte congoja. Los ojos los tenía cerrados, secos...

Saliendo otra vez al gabinete, vió Caballero la receta... Leyó brevemente, corrió hacia fuera... Felipe vino a su encuentro en el salón...

—Que llamen a un médico—le dijo el amo—. Di: ¿la señorita vino sola? ¿La viste tú tomar...?

—Una medicina, sí, señor. Me mandó traerla de la botica.

—¡Tú!... ¡Condenado!—exclamó Agustín, arremetiendo al sirviente con tanto furor, que éste creyó llegado el fin de sus días.

—Señor...—balbució llorando Felipe—, la medicina la hice yo...

—¿Con qué..., perro... asesino?

—No tenga cuidado... El boticario me dijo que era veneno, y entonces yo..., ¡ay, no me pegue!..., me vine a casa, cogí un frasco vacío, lo llené de agua del grifo... y en el agua eché...

—¿Qué echaste, verdugo?

—Le eché un poco de tintura de guayaco..., de la que trajo doña Marta cuando le dolieron las muelas.

—Llama a doña Marta... No avises todavía al médico.

Volvió Caballero al gabinete. En la mesa había también una carta. Rompiendo el sobre, leyó estas torcidas letras escritas con lápiz: «Todo es verdad. No merezco perdón, sino lástima.» Después seguía el nombre de *Amparo*, y tras de la *o*, el garabatito... ¡Infame garabatito!... Corrió hacia ella, porque la había sentido gemir... La suicida miróle con ojos extraviados y pronunció medias palabras, muy incoherentes y sin ningún sentido.

—Esto es delirio..., ataque a la cabeza—dijo doña Marta, que acudió presurosa.

—Que llamen a un médico; no, no, que no lo llamen. Esperar, esperar...

Y volvió al gabinete. O el señor estaba demente o le faltaba muy poco.

—Doña Marta.

—Señor...

—¿Qué hacemos?

—Esto es grave. Dice disparates y tiene un rescoldo en la cabeza...

—Llevadla a su casa... Llevadla a su casa inmediatamente, a su casita—dijo Caballero sacando de su confusión un propósito claro—. Encárguese usted, doña Marta, de que vaya bien, y váyase usted con ella. Tú, Felipe, trae un coche; pero un coche decente, un coche bueno... No: mejor será que traigas el primero que encuentres... Doña Marta, encárguese usted de llevarla, y cuide de que nada le falte... Luego, Felipe, avisas al médico, un buen médico, ¿estás?, y le dices que vaya corriendo allá, a su casa... Arropádmela, digo arropadla bien..., que no se enfríe... Pronto, al avío... Eso no será nada.

Dadas estas órdenes, miró aún desde el gabinete el lastimoso, aunque be-

llo cuadro: el pie descubierto, el brazo colgante, el oval rostro descolorido, la entreabierta boca... ¡Oh dulces prendas...! Con el corazón despedazado se encerró mi hombre en su despacho... Si no lloraba era porque no podía, que ganas no le faltaban.

XXXVII

Cuatro días después, según datos seguros, suministrados por la diligente observación de Centeno, estaba don Agustín Caballero en el propio ser y estado que un convaleciente de enfermedad grave. Su mal color anunciaba insomnios y dietas, y su mal genio trastorno del ánimo, una manifestación hepática tal vez, complicada con melancolías o sentimientos depresivos. Y es muy de notar que pocas veces había estado nuestro buen amigo tan locuaz; sólo que las cosas estupendas que hablaba, a sí propio se las decía. En el reparto de aquella comedia habíale tocado un monólogo larguísimo que llevaba ya cuatro días de tirada y no tenía visos de concluir; de modo que si el tal parlamento se oyera, el público estaría, como quien dice, tirando piedras. Por la repetición febril de ideas y conceptos, era el soliloquio indigno de la reproducción. De tiempo en tiempo, una idea desprendida de aquel íntimo discurso brotaba fuera, condensándose en frase pronunciada. Esta frase, al resonar en el gabinete, tenía un eco, una respuesta emitida por los autorizados labios de Rosalía Bringas.

—Tienes razón; me parece muy bien pensado. Lo de marcharte a América es un rasgo de tontería mimosa. Vete unos días a Burdeos, y allí te distraerás. Después vuelves aquí, donde tienes tantos amigos, donde eres tan querido y respetado... Y ya cuidaremos de que no des más tropezones.

Estaban en el gabinete de los pájaros cantores, los cuales no abrieron más el pico desde aquel triste lance. Habíase aventurado la Bringas a variar el lugar y colocación de algunos objetos por puro afán de mangonear. Impensadamente tal vez tomaba ciertos aires de ama de casa y daba disposiciones con soberanos modos. La noche anterior, Caballero, cuyo irritado genio se manifestaba en las cosas más triviales, había dicho con altanería: «No quiero que se toque nada... Cada cosa en el sitio que ocupa...» Al oír esto, la señora había respondido, algo desconcertada: «Bien, hombre... No creas que voy a desarmar el altarito... Ahí lo tienes todo... No me llevo nada.»

Aquel día, después de aprobar con toda su alma la resolución del viajecito a Burdeos, la dama hizo crónica verbal de la fiesta celebrada en Palacio la noche antes. Recién entrada de la calle, se apoltronaba en el sofá, con su cachemira, manguito y velo. En un sillón yacía indolente la discreta humanidad del gran Thiers, mudo y melancólico, contra su costumbre, a causa de un gravísimo percance que le ocurriera en el baile, y que no se apartaba ni un segundo, ¡ay!, de su mente.

Caballero iba y venía con las manos en los bolsillos. Sin oír las encomiásticas descripciones que del sarao hacía su prima, paróse ante un espejo, y mirándose... He aquí un trozo tomado al azar de su interminable monólogo, con traducción un tanto libre:

«Bruto, necio, simple, o no sé qué nombre darte..., ¿para qué te metiste en la civilización? ¿Quién te manda a ti salir de tu terreno, que es la comarca fronteriza, donde los hombres viven pegados al remo de un trabajo tosco? Me estoy riendo de tu extravagante prurito de sentar plaza en medio del orden, de ser una rueda perfecta en estos mecanismos regulares de Europa... ¡Vaya un fiasco, amiguito!... Háblate de la familia; pondérate el Estado; recréate en la Fe... A las primeras de cambio, la civilización asentada sobre estas bases como un caldero sobre sus trébedes, se cae y te da un trastazo en la nariz y te descalabra y te tizna todo, poniéndote perdido de vergüenza y de ridiculez...

»Vida regular, ley, régimen, método, concierto, armonía..., no existís para el oso. El oso se retira a sus soledades: el oso no puede ser padre de familia; el oso no puede ser ciudadano; el oso no puede ser católico; el oso no puede ser nada, y recobra su salvaje albedrío... Sí, rústico, aventurero, ¿no ves qué triste y tonto ha sido tu ensayo? ¿No ves que todos se ríen de ti? ¿No conoces que cada paso que das es un traspié? Eres como el que no ha pisado nunca mármoles, y al primer paso se cae. Eres co-

mo el cavador que se pone guantes, y desde que se los pone pierde el tacto, y es como si no tuviera manos... Vete, huye, lárgate pronto diciendo: Zapato de la sociedad, me aprietas y te quito de mis pies. Orden, política, religión, moral, familia, monsergas, me fastidiáis; me reviento dentro de vosotros como dentro de un vestido estrecho... Os arrojo lejos de mí, y os mando con doscientos mil demonios...»

Don Francisco dió un gran suspiro, con el cual parecía que se le arrancaba el alma. Díjole su mujer frases consoladoras; pero él, como los que padecen gran tribulación, no conocía más alivio de su dolor que el dolor mismo, y apacentaba su alma con el recuerdo de su desdicha. ¿Cuál era ésta? Digámoslo pronto. ¡¡¡Le habían robado el gabán en el guardarropa de Palacio!!! Este siniestro, horripilante caso, no era nuevo en las fiestas palatinas, ni había baile en que no desaparecieran tres o cuatro capas o gabanes. El desalmado que sustrajo aquella rica prenda dejó en su lugar un pingajo astroso y mugriento que no se podía mirar. De la caldeada fantasía de don Francisco no se apartaba la imagen de su gabán nuevecito, con aquel paño claro y limpio que parecía la purísima epidermis velluda de un albaricoque, con aquel forro de seda que era un encanto... En su desesperación, el digno funcionario pensó dar parte a los Tribunales, contar el caso a su majestad, llevar el asunto a la Prensa; pero el decoro de Palacio le detenía... ¡Si cogiera al pícaro, canalla, que...! ¡Parece mentira que cierta clase de gente se meta en esas solemnidades augustas...! Un país donde tales cosas pasan, donde se cometen tales desmanes junto a las gradas del trono, era un país perdido... Por distraerse, cogió don Francisco un periódico.

—Ya no puede quedar duda—dijo con fúnebre acento después de leer—: la revolución viene; viene la revolución.

—¡Me alegro!... ¡Que venga!—exclamó Agustín, parándose ante su primo.

—Esto ya no lo arregla nadie... El espíritu demagógico se ha desbocado... La nación se estrella, se descalabra. ¡Pobre España!... ¡Dios salve al país! ¡Dios salve a la reina!

—Me alegro...

—Porque... basta leer cualquier papelucho para ver que esto se desquicia... ¡Qué desorden de ideas, qué osadías, qué falta de pudor, de vergüenza!... Ya no se respeta nada, ni el sagrado del hogar ni la familia. La Religión es escarnecida, y los derechos del Estado son cosa de risa. La turbamulta avanza, la asquerosa plebe asoma las narices...

—Me alegro...

—Oyense ruidos subterráneos: el trono se tambalea... Pronto vendrá la catástrofe... Los descamisados harán de Madrid un lago de sangre, y lo del noventa y tres de Francia será una fiesta pastoril en comparación de lo que tendremos aquí... Adiós propiedad, adiós familia, adiós religión de nuestros mayores. La piqueta demoledora, la tea incendiaria... ¡Oh!, vendrá también el comunismo, el ateísmo, la diosa Razón, el amor libre...

—Me alegro...

—¡Parece mentira—dijo de improviso el gran Thiers, no pudiendo disimular, a pesar de su blanda condición, el enfado que sentía—, parece mentira que de estas desdichas *se alegre* un hombre como tú, afiliado al partido del orden; un propietario rico, un íntegro ciudadano que se enojó porque le señalaron corta contribución; un católico que ha socorrido al Papa en sus penurias; un sujeto que ofreció sus respetos a la reina; un hombre, en fin, que blasonaba de ser todo ley, todo justicia, todo exactitud en el mecanismo social!... Ya verás... cuando llegue el día y entren aquí los tales y te despojen de tu propiedad y te corten la cabeza en la guillotina que se armará en la Puerta del Sol; ya verás si entonces dices *me alegro*... Quiero ver qué carita pones cuando veamos rodando por esos suelos el trono y el altar..., cuando veamos... ¡Oh Dios mío!

Tanta elocuencia no era para la menguada humanidad de don Francisco. Atragantóse de improviso, y tuvo que guardar el resto para mejor ocasión. Pero amoscóse más al ver que Agustín le contestaba con sonora carcajada, la más franca, la más espontánea que le había oído en su vida.

—Para entonces estaré ya lejos—dijo el primo—. Allá voy a mis fronteras, donde reina la pólvora y la santísima voluntad de cada cual. Alumno de la anarquía, en ella me crié y a ella debo volver.

—No, no, no—declaró Rosalía con vehemencia, levantándose y poniendo su mano protectora sobre el hombro del primo—. No hables de volver al páramo. Aquí has de vivir, aquí, con nosotros, que tanto te queremos. No hagas caso de mi marido, que está hoy excitado con el robo del gabán y todo lo ve negro. Aquí no pasará nada. Esos horrores sólo están en el entendimiento de mi pobrecito Bringas.

—Mira, Francisco—replicó Agustín, echándose a reír otra vez—: no te apures por tan poca cosa. Te regalo cuatro gabanes. Encárgatelos, y di a tu sastre que me mande la cuenta. Mejor será que se los encargues al sastre mío.

Rosalía empezó a dar palmadas, como si estuviera en un teatro, y su alborozo era tan vivo que no acertaba a expresar su júbilo de otra manera. Más tarde, camino de su humilde morada, soñaba despierta por las calles. «Es nuestro —pensaba—, es nuestro...» Y después de recebar su imaginación en las hermosuras de la casa de la calle del Arenal, vivienda de ricacho soltero, veía montones de rasos, terciopelos, sedas, encajes, pieles, joyas sin fin, colores y gracias mil, los sombreros más elegantes, las últimas novedades parisienses, todo muy bien lucido en teatros, paseos, tertulias. Y esta grandiosa visión, estimulando dormidos apetitos de lujo, le mareaba el cerebro y hacía de ella otra mujer, la misma señora de Bringas retocada y adulterada, si bien consolándose de su falsificación con las ardientes borracheras del triunfo.

XXXVIII

El amo estaba desconocido; era otro hombre, según contó Felipe. A la dulzura habían sucedido displicencias. Reñía por cualquier motivo; no se le podía hablar, porque saltaba con cualquier disparate. Una mañana que al bueno de Ido se le ocurrió dirigirse a él, cuando estaba dando vueltas en el gabinete, y pedirle órdenes sobre unos asientos en el Mayor, el amo volvióse a él furioso y...

—Creo—decía don José al contarlo—, creo que si no echo a correr, me tira por el balcón.

A Felipe le dió también algunos repelones. Pero éste sabía trastearle, y cuando estaba con aquellas murrias no se le acercaba. Una noche entró Centeno más satisfecho que de costumbre, y sin miedo fuése corriendo hacia el amo para darle el siguiente parte:

—Dice el médico que la señorita está fuera de peligro..., que no ha sido nada, y que hoy le ha mandado que se levante.

—Bien—dijo secamente el amo. Y un momento después—: Felipillo..., oye... Puedes irte al teatro esta tarde, que es domingo. No te necesito... Oye, oye. Si viene el cochero por la orden, no le digas, como otros días, que se retire..., sino me avisas.

Monólogo:

«La tengo clavada en mi corazón y no puedo arrancármela. ¡Maldita espina, cómo acaricias hundida, y arrancada, cuánto dueles! Te has lucido, hombre insociable, topo que sólo ves en las tinieblas de la barbarie, y en la claridad de la civilización te encandilas y no sabes por dónde andas. La manzana que cogí parecióme buena. Abrese y la veo dañada. ¡Me da más rabia cuando pienso que la parte que aún conserva sana ha de ser para otro...! Porque yo concluí para ella y ella para mí. Su conducta ha sido tan incorrecta que no puedo perdonarla... Me voy, huyendo de ella y de esta sombra mía, de este yo falsificado y postizo que quiso amoldarse a la cultura viciosa de por acá... El matrimonio me da náuseas. Lo aborrezco como se aborrece la cisterna en que hemos estado a punto de caernos... Echo a correr de esta tierra y de esta atmósfera; pero no me marcharé sin ver con estos ojos la manzana podrida, y mirar bien aquellos pedazos sanos que otro ha de morder, no yo, desgraciado y miserable, que, por no saber andar en estos suelos finos, llego siempre tarde... Y si el decoro social me prohibe que la vea, yo digo a la sociedad que toda ella y sus arrumacos me importan cuatro pitos, y me plantaré en medio de la calle, si es preciso, gritando: ¡Viva la inmoralidad, viva la anarquía!»

Y fué al séptimo día, según Felipe, cuando el amo dispuso todo para marcharse a Francia en el tren expreso de la tarde. Desde muy temprano le acompañaban sus primos. Rosalía se desvivía por ser útil, buscando ocasiones en que mostrar su actividad. Estaba aquel día

muy vistosa, y seguramente había echado el resto en la obra de su compostura.

—Cuidado, Agustín—decía entre sentimental y risueña—; que nos escribas, al menos una vez por semana. Mira que no podemos vivir sin saber de ti a menudo. Nos quedamos inconsolables. Yo contestaré a todas tus cartas, porque Bringas está muy ocupado y no puede hacerlo... Y que no te nos entretengas mucho por allá; que vengas prontito. No nos dejes mucho tiempo en esta tristeza... Con quince días de descanso tienes bastante.

A eso de la una avisaron el coche, y Agustín salió sin saber adónde iba. En el cuarto que precedía al despacho, Ido y Centeno se comunicaban sus impresiones sobre los sucesos.

IDO.—*(Con la pluma entre los dientes, trazando líneas en un papel con lápiz y regla.)* Gracias a Dios que vemos al amo contento. ¿Sabes lo que me ha dicho? Que por ahora no tengo que hacer más que poner en todas las cartas que vengan las señas de Burdeos.

CENTENO.—*(Haciendo bocina con su mano para que lleguen al oído de don José las palabras dichas en secreto.)* Ya sé adónde ha ido el amo. Yo entraba cuando él se metía en el coche, y dijo al cochero: «Beatas, cuatro.»

IDO.—*(Con sorpresa.)* Quiere despedirse de ella... Aquí en confianza, Felipe: creo que el amo no mira por su decoro al dar este paso. Porque, francamente, hijo, naturalmente, el honor...

CENTENO.—El médico ha dicho que está fuera de peligro...

IDO.—Poco a poco... Nicanora, que la asiste por encargo del señor, y supongo que nos ha de pagar bien la asistencia, Nicanora sostiene...

CENTENO.—*(Impaciente.)* ¿Qué dice?

IDO.—Déjame hacer estas rayas con regla... Pues dice... Antes te diré lo que pienso yo.

CENTENO.—¿Qué ha pensado?

IDO.—Te lo confiaré... reservadamente. Pues pienso que a la señorita Amparo no le queda más que una solución para regenerarse... ¿Cuál es? Te la comunicaré... con la mayor reserva. Grande ha sido la falta..., pues la expiación, chico, la expiación...

CENTENO.—Acabe de una vez...

IDO.—*(Con presuntuosa suficiencia.)* En fin, no le queda más recurso que hacerse hermana de la Caridad... Esto, sobre ser poético, es un medio de regeneración... No te digo nada... Curar enfermos y heridos en hospitales y campamentos... Pasar grandes trabajos... Figúrate si estará guapa con aquellas tocas blancas...

CENTENO.—*(Alelado.)* Estará de rechupete.

IDO.—Je, je... Hermana de la Caridad. No tiene otro camino.

CENTENO.—*(Con perspicacia burlona.)* Don José..., siempre ha de ser usted novelista...

IDO.—De veras te digo que en estos días de vagancia he de escribir una titulada *Del lupanar al claustro*... Se me ha ocurrido ahora, presenciando estos desaforados sucesos... ¡Ah!, ya me olvidaba de decirte que, según Nicanora, la niña, aunque parece curada ya de aquel arrechucho, no lo está. Se levanta, come algo: pero su alma está profundamente herida, y cuando menos se piense nos dará un susto... Quién sabe, chico: puede que cuando el amo llegue allá, la encuentra muerta.

CENTENO.—¡Jesús!

IDO.—Digo que podrá ser... Sería para ella un fin poético, y si al verle entrar le quedase un resto de vida para conocerle y poderle decir dos palabrillas tiernas de arrepentimiento, de amor; un «¡Ay Jesús!», un «¡Te amo!» o cosa semejante, creo que se moriría contenta...

CENTENO.—Usted cree que las cosas han de pasar según usted se las imagina... No sea memo... Todo sucede al revés de lo que se piensa...

IDO.—*(Vanidosamente.)* Lo que es a mí, chico, la realidad me da siempre la razón... Pero no te entretengas... Me parece que doña Rosalía te llama.

CENTENO.—Que espere esa fantasmona. No se la puede aguantar... Y ahora le da por mandarnos, como si fuera el ama de la casa. ¡Qué humos tan cargantes! Ayer me tiró de esta oreja... Por poco echo sangre... Me llamó mequetrefe y me dijo: «Te estás haciendo muy señorito, y yo te voy a leer la cartilla...» Pues no es entremetida que digamos; *y ainda mais*, amigo Ido. Anoche cogió los dos jarritos finos que tienen flores de porcelana por arriba y por abajo,

¿sabe?, y se los llevó la muy... Dijo que aquí no hacían falta para nada. Anteayer cargó con una docena de servilletas que no se habían estrenado y con tres manteles... En fin, esto es el puerto de arrebatacapas. A mí me dan ganas de echarle el alto cuando veo tales frescuras.

IDO.—*(Con malicia.)* No te metas en eso, amigo Aristóteles, que el amo es el amo, y bien ve lo que hace la tal..., y cuando lo ve y calla, por algo será... Esta mañana entró en el despacho diciendo: «¿Hay por aquí un *pedacito* de papel?», y cargó con tres resmas del timbrado y con unos trescientos sobres. Ahí tienes los pedacitos que gasta esa señora... Silencio; me parece que...

ROSALÍA.—*(Desde la puerta, enojadísima y en tono muy despótico.)* ¡Felipe!, te estoy llamando hace una hora... Eres la calamidad mayor que he visto. No sé cómo Agustín te tolera, grandísimo haragán... A ver..., las camisas de tu amo, mequetrefe, ¿dónde las has puesto?

XXXIX

Cuando Agustín se acercaba, ganando escalones, a la alta vivienda de Amparito, doña Nicanora descendía.

—¡Ah! ¿Es usted?—dijo sorprendida la esposa de Ido—. Está mejor. Ayer se levantó. Hace un rato ha comido muy bien... No necesita el señor llamar. He dejado la puerta abierta, porque vuelvo en seguida.

Estaba Amparo en un sillón, bien arropada, tapándose la boca con la mano derecha, envuelta en un pliegue del mantón. Por los vidrios de la estrecha ventana miraba los gorriones que en el tejado vecino hacían mil monerías, y luego volaban en grupos, perdiéndose en el cielo azul. El día era espléndido, y mirando aquel cielo no se comprendía que existiera el fenómeno de la lluvia. Cuando sintió rechinar la puerta y miró y vió quién entraba, estuvo a punto de perder el sentido. No pronunció una palabra; entróle aquel idiotismo de los días anteriores. Agustín, muy cortés, se sonrió, y, traspasado de emoción, preguntóle que cómo estaba. No se puede asegurar si dijo *bien* o *mal*, ni aun si dijo algo. El que había sido su novio tomó una silla y se sentó junto a la enferma.

—¿Qué tal?—dijo después de una pausa, comiéndosela con los ojos—. ¿Has tomado alimento? ¿Cómo estamos de fuerzas?

—Hace un momento..., regular..., bien.

Juez el uno, delincuente la otra, ambos parecían criminales.

—Vengo a despedirme—indicó Agustín tras otra larga pausa—. Esta tarde me voy para Francia.

Amparo pestañeaba, mirándole. Sus párpados eran el movimiento continuo...

—No llores, no te sofoques—dijo el ex novio—. Todo se acabó entre nosotros; pero no te guardo rencor. Tu poca sinceridad me ha herido tanto como tu falta, de la cual nada concreto sé todavía, porque nadie me ha dado las pruebas que deseo... Pero, sea lo que quiera, tú misma me has dicho lo bastante para que no puedas ser mi mujer. No necesito saber más, no quiero saber más... No me mereces. Reconoce que no me mereces... Al marcharme te dejaré a salvo de la miseria por algún tiempo..., porque he de irme lejos y es seguro que no has de volver a verme ni yo a ti tampoco.

La entereza que mostraba se le iba concluyendo, por lo que creyó prudente retirarse, a fin de que su dignidad no padeciera. Levantábase para salir, cuando se sintió sujeto por una mano. Tiró fuerte; pero no se desprendía. La mano ajena que agarraba la suya tenía fuerzas sobrenaturales. Y, en verdad, ¿cómo dejarle partir sin una explicación? Aquél sí que era oportuno momento. Pasada la primera vergüenza, la confesión se salía de la boca, libre, flúida, sin tropiezo, con pedazos del alma, toda verdad y sentimiento.

Cuenta doña Nicanora que al abrir la puerta de la sala los vió sentaditos el uno junto al otro, las caras bastante aproximadas, ella susurrando, él atendiendo con sus cinco sentidos, como los curas en el confesonario. La inteligente vecina, viendo que aquel secreto debía ser respetado, no quiso entrar, y entornando la puerta, quedóse en el pasillo. Bien quería ella pescar algo de lo que la penitente decía; pero hablaba tan quedito, que ni una palabra llegó a las anhelantes orejas de la señora de Ido.

Cuando el misterioso coloquio hubo

terminado, Amparo tenía la cara radiante, los ojos despidiendo luz, las mejillas encendidas, y en su mirar y en todo su ser un no sé qué de triunfal e inspirado que la embellecía extraordinariamente.

—Nunca la he visto tan guapa—decía la discretísima vecina.

Nuestro respetable amigo, dando dos o tres supiros muy fuertes, se paseó por la habitación mirando al suelo.

Monólogo:

«Mi mujer, no... Pero pasará el tiempo, el tiempo indulgente, y será mujer de otro. Otro morderá en lo sano, pues mucho hay sano todavía, mucho que convida, mucho que está diciendo: «Comedme...» Ello es hecho: adelante, y que digan de mí lo que quieran. ¡Escándalo! ¿Y qué? ¡Inmoralidad! ¿A mí qué? Llega uno a los cuarenta y cinco años, ¿y ha de mirar tan cerca la vejez sin vivir algo antes de entrar en ella? ¡Morirse sin conocer más que una vida de perros, es triste cosa!... ¿No reparas, tonto, que estás haciendo todo lo contrario de lo que pensaste al inaugurar tu vida europea? Recréate, hombre sin mundo, en tu contradicción horrible, y no la llames desafuero, sino ley; porque la vida te la impone, y no hacemos nosotros la vida, sino la vida quién nos hace... Y a ti ¿qué te importa el *qué dirán,* de que has sido esclavo? Te criaste en la anarquía, y a ella, por sino fatal, tienes que volver. Se acabó el artificio. ¿Qué te importa a ti el orden de las sociedades, la religión, ni nada de eso? Quisistes ser el más ordenado de los cuidadanos, y fué todo mentíra. Quisiste ser ortodoxo: mentira también, porque no tienes fe. Quisiste tener por esposa a la misma virtud: mentira, mentira, mentira. Sal ahora por el ancho camino de tu instinto, y encomiéndate al Dios libre y grande de las circunstancias. No te fíes de la majestad convencional de los principios, y arrodíllate delante del resplandeciente altar de los hechos... Si esto es desatino, que lo sea.»

Concluído el soliloquio con otro gran suspiro, Agustín se acercó a la joven, y sobre la cabeza de ella puso su mano en actitud parecida a la de los sacerdotes de teatro cuando figuran atraer sobre algún virtuoso personaje, mártir, neófito o cosa semejante, las bendiciones del Cielo. Y no paró aquí su intento, sino que dijo a la que fué su novia:

—¿Tienes tú por casualidad un baulito?...

—¡Un baulito!—repitió Amparo, hablando como los tontos.

—Sí; es que me hace falta. Llevo tantas cosas...

—En aquel cuarto hay uno bastante grande—manifestó con oficiosidad doña Nicanora, que presente estaba.

—Tráigalo usted.

Dicho y hecho. Un instante después mostraba en medio de la sala su capacidad, forrada de papel verde, un baúl mundo de mediano tamaño. Agustín miró su reloj.

—Son las dos y media—dijo gravemente—. Pues ahora, Amparito, vas poniendo aquí toda tu ropa.

Incrédula, la joven miraba al que había sido su novio, al que por fin iba a ser su...

—No hay tiempo que perder. Tengo que hablar contigo; pero como no puedo retrasar mi viaje, vas a hacer el favor de venirte conmigo a Burdeos. Oye bien lo que te digo. Procura estar dispuesta a las cuatro lo más tarde. A esa hora vendrá Felipe en mi coche o en otro. El te llevará a la estación.

XL

A las cinco menos cuarto, don Francisco buscaba en el andén del Norte a su primo para darle un cariñoso adiós y media docena de abrazos muy fuertes.

—Allí están, en aquel coche reservado—le dijo Felipe, a quien encontró con una cesta, una sombrerera y varias otras cosillas propias de viaje.

El *están* sorprendió un poco al insigne Thiers; pero Agustín no le dió tiempo a discurrir mucho sobre aquel extraño plural.

—Mira a quién me llevo conmigo—le dijo, señalando al fondo del coche.

Desconcertado, Thiers masculló algunas palabras; pero luego se repuso, y como no estaba en su ánimo hallar censurable nada de lo que su poderoso primo hacía, concluyó por sonreírse y mirar el asunto por el cristal de la indulgencia.

—¿Qué tal, hija; estás mejor? ¿Vas bien?... Cuida de abrigarte, porque aún

no estás fuerte del todo. En el puerto hay mucha nieve. Por Dios, Agustín, que se abrigue bien. Y tú ten cuidado, que tampoco estás muy bueno que digamos. Creo que os pondrán caloríferos... Amparito, que te tapes bien, hija.

—No hay cuidado. Hará el viaje con toda felicidad—dijo Caballero—, y el cambio de aires le sentará admirablemente.

—También yo lo creo así. ¿Lleváis merienda? Si lo hubieras dicho, te habríamos preparado en casa una botella de buen caldo.

Después los dos primos hablaron un poco, sin que nadie se enterase de lo que dijeron. Amparito, en el opuesto ángulo del coche, atendía a las maniobras de la estación y observaba sin chistar los viajeros que, afanados, corrían a buscar puestos; los vendedores de refrescos, de libros y periódicos, las carretillas que transportaban equipajes y el ir y venir presuroso del jefe y los empleados. Deseaba que el tren echase a correr pronto. La inmensa dicha que sentía pareciale una felicidad provisional, mientras la máquina estuviese parada.

—Adiós..., adiós..., que os divertáis mucho..., que escribas, Agustín... Cierra, cierra la portezuela... Y no os estéis mucho por allá... Adiós..., buen viaje. Cuidado cómo dejas de escribir. Estaremos con muchísima pena mientras no sepamos... Adiós, adiós.

Un tren que parte es la cosa del mundo más semejante a un libro que se acaba. Cuando los trenes vuelvan, abríos, páginas nuevas.

XLI

Gabinete en la casa de Bringas. Anochece.

ROSALÍA.—*(Consternada, dándose aire con un abanico, con un pañuelo, con un periódico y con todo lo que encuentra a mano.)* A mí me va a dar algo. Parece que se me arrebata la sangre y que se me sube toda a la cabeza... No me cuentes más, hombre; por los clavos de Cristo, no sigas... Tan atroz inmoralidad me aturde, me anonada, me enloquece... ¿Y la viste tú? ¿Sería ilusión tuya...?

THIERS.—¡Pues no había de verla! En el vagón reservado estaba, bien abrigadita, sin decir *esta boca es mía,* y tan contenta que echaba lumbre por los ojos...

ROSALÍA.—¿Y tú tuviste paciencia para presenciar tal escándalo?... ¡Conque no puede hacerla su mujer porque es una... y la hace su querida...! Estoy volada... Ignominia tan grande en nuestra familia, en esta familia honrada y ejemplar como pocas, me saca de quicio... *(Mirándole con fiereza.)* Y tú, ¿no dijiste nada? ¿Aguantaste que en tus barbas...?

THIERS.—*(Preparándose a soltar una mentirijilla.)* Fué tanta mi indignación cuando Agustín me lo declaró..., porque tuvo la poca vergüenza de confesarme su debilidad..., pues me indigné tanto que le dije cuatro cosas y le volví la espalda y me salí de la estación.

ROSALÍA.—*(Satisfecha.)* ¿Así lo hiciste? Muy bien: no pudiste refrenar tu ira. Le volviste la espalda, le dejaste con la palabra en la boca...

THIERS.—*(Pidiendo mentalmente a Dios perdón de su embuste.)* Como te lo cuento. La verdad es que no podremos tratarnos más con mi primo. ¡Quién lo había de decir! El hombre mesurado, que todo lo quería llevar a punta de lanza, ¡faltar así a los buenos principios, dando un puntapié a la sociedad, a la religión, a la familia, a todo lo venerando, en una palabra!... Si es lo que te digo: el desquiciamiento se aproxima. La revolución no tarda; vendrá el despojo de los ricos, el ateísmo, el amor libre...

ROSALÍA.—Vendrá, vendrá; ya lo creo que vendrá eso, y mucho más... Cuando se ven horrores tan increíbles, todo se puede esperar. *(Sofocadísima.)* No habrá ya cataclismo que me coja de nuevo.

THIERS.—*(Melancólico.)* Basta tener ojos para ver que esta sociedad pierde rápidamente el respeto a los principios. Se hace público escarnio del trono y el altar; la gangrena de la desmoralización cunde, y cuando veo que los míos están libres de la podredumbre, me parece milagro.

ROSALÍA.—*(Pensativa.)* ¿Y no te dijo si volvería con la preciosa carga de su manceba?

THIERS.—Sí, volverán, volverán...

ROSALÍA.—*(Con extraordinaria hinchazón de la nariz.)* Porque no quiero que se me queden en el cuerpo cuatro verdades que pienso decirles al uno y a la

otra. ¡Oh!, no, no se me quedarán. Seré capaz de ir a Francia, a Pekín por desahogar mi cólera...

THIERS.—El mejor día los tenemos aquí tan campantes..., y vivirán como casados, insultando a la honradez, a la virtud... ¡Hemos de ver cada barbaridad...! Bien claro lo decían Joaquín y Paquito la otra tarde: «La piqueta demoledora y la tea incendiaria están preparadas. ¡La demagogia...!» ¡Ah!, me olvidaba de una cosa importante. Algo vamos ganando. Díjome ese tonto que podías disponer de todo lo que se compró para la boda.

PRUDENCIA.—*(Desde la puerta.)* Señora, la sopa.

ROSALÍA.—*(Aparte, perdiendo sus miradas en el retrato de don Juan de Pipaón, que está representado con un rollo de papeles en la mano.)* Volverán... ¡Aquí la quiero tener, aquí...! Sanguijuela de aquel bendito, nos veremos las caras.

FIN DE
«TORMENTO»

LA DE BRINGAS

(1884)

NOTA PRELIMINAR

Si en Tormento se desarrolla—ampliándolo—uno de los tres bocetos de novela—el más sugestivo—apuntados en El doctor Centeno, en La de Bringas—escrita en los meses de abril y mayo—, casi a continuación de la primera obra mencionada, se desarrolla —en su apariencia y en su predisposición—uno de los tipos abocetados con fuerza en Tormento, con tanto vigor que casi, casi llegó a eclipsar a su protagonista: el de Rosalía Pipaón de la Barca de Bringas. Es ésta una de las creaciones más felices de Galdós. Porque es la humanización de un anhelo con una inmensa valoración realista femenina: el anhelo de aparentar. Vestir como la que mejor. Variar mucho de atuendo. Ir a compás de las exigencias apremiantes de la moda. Dejar un aura de perfume caro. Resplandecer de piedras preciosas. Utilizar con gracia y garbo del costoso arte cosmético. Una mujer como Rosalía Pipaón es de todas las épocas y de todos los climas. Se dan las Rosalías arias, las Rosalías semíticas, las Rosalías amarillas, las Rosalías cobrizas y las negras. En un porcentaje más o menos desfavorable para su reputación, todas las mujeres que se saben codiciadas llevan una cantidad de este apuro impresionante e impresionable: ¡aparentar! Cuando la cantidad es pequeña, la inmunizan el talento, el buen gusto, la propia estimación, el decoro natural. Cuando la cantidad es grande, hace estériles todos estos eméticos. Por desgracia para Rosalía Pipaón, la cantidad que la envenena es enorme. Como el alcoholizado, como el morfinómano, Rosalía Pipaón ya no tiene remedio. Está perdida. Y acabará siendo una perdida. Los medios económicos son escasísimos. Se ha buscado unas amistades de superior categoría social a la suya. Estas gentes, títulos y grandes fortunas, la tolerarán entre ellos mientras no desdiga la apariencia. Y por ir ésta acompañada de la belleza física. Y por delatar esta belleza física una moral llena de grietas, de cuyo derrumbamiento agradable podrá beneficiarse el que más o el que menos.

Don Francisco de Bringas y Caballero es un pobre hombre. Oficial primero de la Intendencia del Real Patrimonio, con treinta mil reales de sueldo, casa, médico, botica, agua, leña, luz y demás zarandajas inherentes a la vecindad regia, vive en el piso alto del Palacio Real, verdadera ciudad poblada por un enjambre de empleados de todas las categorías, con sus galerías, rellanos, saledizos, rincones y convergencias que pueden imitar a la perfección las calles, plazas, pasadizos, cruces, rondas y costanillas de Madrid.

Don Francisco de Bringas es el hombre con una máquina de relojería. Más que hombre metódico, un hombre método. ¡Mucho orden! ¡Mucho equilibrio! ¡Mucha dignidad! ¡Nada de trampas! ¡Nada de martingalas sociales! Seriedad. Sobriedad. Don Francisco de Bringas administra su casa. El cuenta los garbanzos que se echan al puchero. El decide el límite posible a las prendas de vestir. El se preocupa de que no sise la criadilla. El sabe las tiendas donde los

géneros se expenden unos céntimos más baratos. El se preocupa de que en su casa no se tire nada, porque todo sirve, si bien se aprovecha, para algo. Previsor, ahorrativo, cominero sumo y consumado, él lo mismo pone lañas a un lebrillo roto, que tapas a unos botines, que arregla relojes, teje alfombrillas o pergeña con pelos de varios tonos una obra de arte, con aspecto de cenotafio, dedicada a la memoria de la hija de un amigo suyo fallecida un año antes...

Con este marido chinche, con este marido plepa, con este marido monserga, puede el lector figurarse el martirio que pasa, y la diplomacia que ejerce, y la habilidad que desarrolla la infeliz Rosalía Pipaón para poder—como vulgarmente se dice—vivir su vida. ¡Con qué minuciosidad y acierto se regodea Galdós en ir contando ce por be las incidencias, lances y efectos de su desordenada pasión, siempre a espaldas de su buenazo, pero terrible esposo! Napoleón de la estrategia, César en la decisión, Alejandro en la audacia..., Rosalía Pipaón va, día tras día, consiguiendo su afán insaciable: ¡aparentar! Pero, como es lógico, día tras día, inexorablemente, las deudas, las mentiras, los sinsabores, las patrañas y los trucos de la infeliz mujer se van enredando, anudando. Acabarán por trenzar un dogal en el que se ahorque su honestidad. Para cuando esta resolución desesperada llegue, siempre habrá uno de esos cazadores a la espera *que sabrá aprovecharse—con poco riesgo y menor coste—de la coyuntura.*

De esta primorosa novela dice el crítico Gutiérrez Gamero: «La pintura y descripción de la familia de Bringas, perteneciente a la pequeña burguesía que, sin medios de fortuna ni otros recursos que el exiguo sueldo de su jefe —era oficial segundo de la Real Comisaría de los Santos Lugares—, frecuenta teatros, asiste a reuniones y logra, a fuerza de equilibrios y de estrecheces, presentarse en público con apariencias de elegancia, están hechas de mano maestra. En aquella casa se comerá mal y poco; pero, en cambio, Rosalía tiene vestidos—nunca nuevos ni frescos, sino retocados y arreglados por las habilidosas manos de una modista ingeniosa— que le permiten figurar sin desdoro en los turnos de moda o en algún baile de Palacio, ya que para ella ese alto lugar es la cifra y compendio de sus ambiciones, pues entre sus paredes está encerrada la preclara historia de los suyos, formada por los leales servicios prestados, bien desde el puesto de azafata, que ocupó su madre; ya desde el de alabardero, que desempeñó su tío; en concepto de guardamangier, *que fué su abuelo, o como caballerizos, pajes, correos, administradores de la cabaña de Aranjuez, importantes cargos ejercidos por primos y otros parientes más o menos señoritos.»*

Rosalía Pipaón, magnífico ejemplar de la pequeña burguesía madrileña, víctima del quiero y no puedo, que no se resigna a la humildad de su clase, es un ser tan estupendamente humano que nos la encontramos todos los días en la butaca de un cine selecto, ante la mesita de un salón de té, curioseando en una tienda de modas, anhelante sobre una pista de baile, enardecida en un aparte equívoco con un hombre rico o guapo. No por ser su tragedia íntima la tragedia oscura de un alma entre millones de almas deja de tener una grandeza indiscutible: la grandeza—por contraste—de las insignificancias a las que nadie creyó oportuno concedérsela. De esas pequeñeces que, cuando caemos en la cuenta, nos hacen saber que el destino más extraordinario del más extraordinario de los seres no es sino la suma correctamente llevada de mil nonadas, de mil imperceptibilidades, de mil imponderables vividos con conciencia y con consciencia. Rosalía Pipaón se desvive cada día viviendo con ardor cada uno de los impulsos de su espíritu.

Es La de Bringas *una de las pocas novelas en que Galdós, como un personaje más de la acción novelesca, interviene en su desarrollo. Al principio, para describirnos con gran conocimiento el laberinto de los pisos altos de Palacio—escenario originalísimo de la novela—y para ir presentándonos, como* gran *amigo de ellos, al gran pejc del hipocritón don Manuel María José del Pez, el cominero y latoso Bringas, a la mema viuda de García Grande y a su sobrina Irene, a la empingorotada y manirrota marquesa de Tellería, a la desgarrada Refugio Sánchez Emperador, hermana de la mi-*

sera Tormento, y a otros personajes que ya conocíamos de novelas anteriores: la Lantigua, el amigo Manso, el marqués de Fúcar, a Federico Cimarra, a León Roch... Y, al final de la obra, haciéndose encargado, por la junta de Madrid, luego de destronada Isabel II (1868), para inspeccionar y administrar los bienes del Real Patrimonio; y decidido él —Galdós—a desahuciar a los morosos, a desterrar las intriguillas, a sanear *los ambientes—y los ámbitos—, a entronar* la seriedad burocrática *en aquel mundillo casi de tejas arriba.*

LA DE BRINGAS

I

Era aquello..., ¿cómo lo diré yo?..., un gallardo artificio sepulcral de atrevidísima arquitectura, grandioso de traza, en ornamentos rico, por una parte severo y rectilíneo a la manera viñolesca, por otra movido, ondulante y quebradizo, a la usanza gótica, con ciertos atisbos platerescos donde menos se pensaba, y, por fin, cresterías semejantes a las del estilo tirolés que prevalece en los quioscos. Tenía piramidal escalinata, zócalos grecorromanos, y luego machones y paramentos ojivales, con pináculos, gárgolas y doseletes. Por arriba y por abajo, a izquierda y derecha, cantidad de antorchas, urnas, murciélagos, ánforas, buhos, coronas de siemprevivas, aladas clepsidras, guadañas, palmas, anguilas enroscadas y otros emblemas del morir y del vivir eterno. Estos objetos se encaramaban unos sobre otros, cual si se disputasen, pulgada a pulgada, el sitio que habían de ocupar. En el centro del mausoleo, un angelón de buen talle y mejores carnes se inclinaba sobre una lápida, en actitud atribulada y luctuosa, tapándose los ojos con la mano como avergonzado de llorar, de cuya vergüenza se podía colegir que era varón. Tenía este caballerito ala y media de rizadas y finísimas plumas, que le caían por la trasera con desmayada gentileza, y calzaba sus pies de mujer con botitos, coturnos o alpargatas; que de todo había un poco en aquella elegantísima interpretación de la zapatería angelical. Por la cabeza le corría una como guirnalda con cintas, que se enredaban después en su brazo derecho. Si a primera vista se podía sospechar que el tal gimoteaba por la molestia de llevar tanta cosa sobre sí: alas, flores, cintajos y plumas, amén de un relojito de arena, bien pronto se caía en la cuenta de que el motivo del duelo era la triste memoria de las virginales criaturas encerradas dentro del sarcófago. Publicaban desconsoladamente sus nombres diversas letras compungidas, de cuyos trazos inferiores salían unos lagrimones que figuraban resbalar por el mármol al modo de babas escurridizas. Por tal modo de expresión, las afligidas letras contribuían al melancólico efecto del monumento.

Pero lo más bonito era quizá el sauce, ese arbolito sentimental que de antiguo nombran *llorón,* y que desde la llegada de la Retórica al mundo viene teniendo una participación más o menos criminal en toda elegía que se comete. Su ondulado tronco elevábase junto al cenotafio, y de las altas esparcidas ramas caía la lluvia de hojitas tenues, desmayadas, agonizantes. Daban ganas de hacerle oler algún fuerte alcaloide para que se despabilase y volviera en sí de un poético síncope. El tal sauce era irreemplazable en una época en que aún no se hacía leña de los árboles del romanticismo. El suelo estaba sembrado de graciosas plantas y flores, que se erguían sobre tallos de diversos tamaños. Había margaritas, pensamientos, pasionarias, girasoles, lirios y tulipanes enormes, todos respetuosamente inclinados en señal de tristeza... El fondo o perspectiva consistía en el progresivo alejamiento de otros sauces de menos talla que se iban a llorar a moco y baba camino del horizonte. Más allá veíanse suaves contornos de montañas que ondulaban cayéndose como si estuvieran bebidas; luego había un poco de mar, otro poco de río, el confuso perfil de una ciudad con góticas torres y almenas; y arriba, en el espacio destinado al cielo, una oblea que debía de

ser la Luna, a juzgar por los blancos reflejos de ella que esmaltaban las aguas y los montes.

El color de esta bella obra de arte era castaño, negro y rubio. La gradación del oscuro al claro servía para producir ilusiones de perspectiva aérea. Estaba encerrada en un óvalo que podría tener media vara en su diámetro mayor, y el aspecto de ella no era de mancha, sino de dibujo, hallándose expresado todo por medio de trazos o puntos. ¿Era talla dulce, aguafuerte, plancha de acero, boj o pacienzuda obra ejecutada a punta de lápiz duro o con pluma a la tinta china?... Reparad en lo nimio, escrupuloso y firme de tan difícil trabajo. Las hojas del sauce se podrían contar una por una. El artista había querido expresar el conjunto, no por el conjunto mismo, sino por la suma de pormenores, copiando indoctamente a la Naturaleza, y para obtener el follaje tuvo la santa calma de calzarse las hojitas todas una después de otra. Habíalas tan diminutas, que no se podían ver sino con microscopio. Todo el claroscuro del sepulcro consistía en menudos órdenes de bien agrupadas líneas, formando peine y enrejados más o menos ligeros, según la diferente intensidad de los valores. En el modelado del angelote había tintas tan delicadas, que sólo se formaban de una nebulosa de puntos pequeñísimos. Parecía que había caído arenilla sobre el fondo blanco. Los tales puntos, imitando el estilo de la talla dulce, se espesaban en los oscuros, se rarificaban y desvanecían en los claros, dando de sí, con esta alterna y bien distribuída masa, la ilusión del relieve... Era, en fin, el tal cenotafio un trabajo de pelo o en pelo, género de arte que tuvo cierta boga, y su autor, don Francisco Bringas, demostraba en él habilidad benedictina, una limpieza de manos y una seguridad de vista que rayaban en lo maravilloso, si no un poquito más allá.

II

Era un delicado obsequio con el cual quería nuestro buen Thiers pagar diferentes deudas de gratitud a su insigne amigo don Manuel María José del Pez. Este próvido sujeto administrativo había dado a la familia Bringas en marzo de aquel año (1868) nuevas pruebas de su generosidad. Sin aguardar a que Paquito se hiciera licenciado en dos o tres Derechos, habíale adjudicado un empleíllo en Hacienda con cinco mil realetes, lo que no es mal principio de carrera burocrática a los dieciséis años mal cumplidos. Toda la sal de este nombramiento, que por lo temprano parecía el agua del bautismo, estaba en que mi niño, atareado con sus clases de la Universidad y con aquellas lecturas de Filosofía, de la Historia y de Derecho de gentes a que se entregaba con furor, no ponía los pies en la oficina más que para cobrar los cuatrocientos dieciséis reales y pico que le regalábamos cada mes por su linda cara.

Aunque en el engreído meollo de Rosalía Bringas se había incrustado la idea de que la credencial aquella no era favor, sino el cumplimiento de un deber del Estado para con los españoles precoces, estaba agradecidísima a la diligencia con que Pez hizo entender y cumplir a la patria sus obligaciones. El reconocimiento de don Francisco, mucho más fervoroso, no acertaba a encontrar, para manifestarse, medios proporcionados a su intensidad. Un regalo, si había de ser correspondiente a la magnitud del favor, no cabía dentro de los estrechos posibles de la familia. Había que pensar en algo original, admirable y valioso que al bendito señor no le costara dinero, algo que brotase de su fecunda cabeza y tomara cuerpo y vida en sus plasmantes manos de artista. Dios, que a todo atiende, arregló la cosa conforme a los nobles deseos de mi amigo. Un año antes se había llevado de este mundo, para adornar con ella su gloria, a la mayor de las hijas de Pez, interesante señorita de quince años. La desconsolada madre conservaba los hermosos cabellos de Juanita y andaba buscando un habilidoso que hiciera con ellos una obra conmemorativa y ornamental de esas que ya solo se ven marchitas y sucias, en el escaparate de anticuados peluqueros o en algunos nichos de campo santo. Lo que la señora de Pez quería era... algo como poner en verso una cosa poética que está en prosa. No tenía ella, sin duda, por bastante elocuentes las espesas guedejas, olorosas aún, entre cuya maraña creyérase escondida parte del alma de la pobre niña. Quería la madre que aquello fuera bonito y que hablara lenguaje semejante al que hablan los versos co-

munes, la escayola, las flores de trapo, la purpurina y los *Nocturnos* fáciles para piano. Enterado Bringas de este antojo de Carolina, lanzó con todo el vigor de su espíritu el grito de un ¡eureka! El iba a ser el versificador.

—Yo, señora, yo...—tartamudeó, conteniendo a duras penas el fervor artístico que llenaba su alma.

—Es verdad... Usted sabrá hacer eso como otras muchas cosas. Es usted tan hábil...

—¿De qué color es el cabello?

—Ahora mismo lo verá usted—dijo la mamá, abriendo, no sin emoción, una cajita que había sido de dulces, y era ya depósito azul y rosa de fúnebres memorias—. Vea usted qué trenza... Es de un castaño hermosísimo.

—¡Oh, sí, soberbio!—profirió Bringas temblando de gozo—. Pero nos hacía falta un poco de rubio.

—¿Rubio?... Yo tengo de todos colores. Vea usted estos rizos de mi Arturín, que se me murió a los tres años.

—Delicioso todo. Es oro puro... ¿Y este rubio claro?

—¡Ah!, la cabellera de Joaquín. Se la cortamos a los diez años. ¡Qué lástima! Parecía una pintura. Fué un dolor meter la tijera en aquella cabeza incomparable..., pero el médico no quiso transigir. Joaquín estaba convaleciente de un tabardillo, y su cara ahilada apenas se veía dentro de aquel sol de pelos.

—Bien, bien; tenemos castaño y dos tonos de rubio. Para entonar no vendría mal un poco de negro...

—Utilizaremos el pelo de Rosa. Hija, tráeme uno de tus añadidos.

Don Francisco tomó, no ya entusiasmado, sino extático, la guedeja que se le ofreció.

—Ahora...—dijo, algo balbuciente—. Porque verá usted, Carolina..., tengo una idea..., la estoy viendo. Es un cenotafio en campo funeral, con sauces, muchas flores... Es de noche.

—¿De noche?

—Quiero decir, que para dar melancolía al paisaje del fondo, conviene ponerlo todo en cierta penumbra... Habrá agua allá, allá, muy lejos; una superficia tranquiiiila, un bruñido espeeeeejo... ¿Me comprende usted?...

—¿Qué es ello? ¿Agua, cristal...?

—Un lago, señora, una especie de bahía. Fíjese utsed: los sauces extienden las ramas así..., como si gotearan. Por entre el follaje se alcanza a ver el disco de la luna, cuya luz pálida platea las cumbres de los cerros lejanos, y produce un temblorcito..., ¿está usted?, un temblorcito sobre la superficie...

—¡Oh!, sí..., del agua. Comprendido, comprendido. ¡Lo que a usted se le ocurre...!

—Pues bien, señora, para este bonito efecto me harían falta algunas canas.

—¡Jesús!, ¡canas!... Me río tontamente del apuro de usted por una cosa que tenemos tan de sobra... Vea usted mi cosecha, señor don Francisco. No quisiera yo poder proporcionar a usted en tanta abundancia esos rayos de luna que le hacen falta... con este añadido *(Sacando uno largo y copioso.)*; no llorará usted por canas...

Tomó Bringas el blanco mechón, y juntándolo a los demás, oprimiólo todo contra su pecho con espasmo de artista. Tenía, ¡oh dicha!, oro de dos tonos, nítida y reluciente plata, ébano y aquel castaño sienoso y romántico que había de ser la nota dominante.

—Lo que sí espero de la rectitud de usted—dijo Carolina, disimulando la desconfianza con la cortesía—, es que por ningún caso introduzca en la obra cabello que no sea nuestro. Todo se ha de hacer con pelo de la familia.

—Señora, ¡por los clavos de Cristo!... ¿Me cree usted capaz de adulterar...?

—No..., no, si no digo... Es que los artistas, cuando se dejan llevar de la inspiración *(Riendo.)* pierden toda idea de moralidad, y con tal de lograr un efecto...

—¡Carolina!...

Salió de la casa el buen amigo, febril y temblequeante. Tenía la enfermedad epiléptica de la gestación artística. La obra, recién encarnada en su mente, anunciaba ya con íntimos rebullicios que era un ser vivo, y se desarrollaba potentísima oprimiendo las paredes del cerebro y excitando los pares nerviosos, que llevaban inexplicables sensaciones de ahogo a la respiración, a la epidermis hormiguilla, a las extremidades desasosiego, y al ser todo impaciencia, temores, no sé qué más... Al mismo tiempo, su fantasía se regalaba de antemano con la imagen de la obra, figurándosela ya parida y palpitante, completa, acabada, con la forma del molde en que es-

tuviera. Otras veces veíala nacer por partes, asomando ahora un miembro, luego otro, hasta que toda entera aparecía en el reino de la luz. Veía mi enfermo idealista el cenotafio de entremezclados órdenes de arquitectura, el ángel llorón, el sauce compungido con sus ramas colgantes, como babas que se le caen al cielo, las flores que por todas partes esmaltaban el piso, los términos lejanos con toda aquella tristeza lacustre y lunática... Interrumpiendo esta hermosa visión de la obra nonata, llameaban en el cerebro del artista, al modo de fuegos fatuos (natural complemento de una cosa tan funeraria), ciertas ideas atañederas al presupuesto de la obra. Bringas las acariciaba, prestándoles aquella atención de hombre práctico que no excluía en él las desazones espasmódicas de la creación genial. Contando mentalmente, decía:

III

«Goma laca, *dos reales y medio*. A todo tirar gastaré *cinco reales*... Unas tenacillas de florista, pues las que tengo son un poco gruesas, *tres reales*. Un cristal bien limpio, *real y medio*. Cuatro docenas de pistilos muy menudos, a no ser que pueda hacerlos de pelo, que lo he de intentar, *dos y medio*. Total: *quince reales*. Luego viene lo más costoso, que es el cristal convexo y el marco; pero pienso utilizar el del perrito bordado de mi prima Josefa, dándole una mano de purpurina. En fin, con purpurina, cristal convexo, colgadero e imprevistos..., vendrá a importar todo unos veintiocho a treinta reales.»

Al día siguiente, que era domingo, puso manos a la obra. No gustándole ninguno de los dibujos de monumento fúnebre que en su colección tenía, resolvió hacer uno; mas como no le daba el naipe por la invención, compuso, con partes tomadas de obras diferentes, el bien trabado conjunto que antes describí. Procedía el sauce de *La tumba de Napoleón en Santa Elena;* el ángel que hacía pucheros había venido del túmulo que pusieron en El Escorial para los funerales de una de las mujeres de Fernando VII, y la lontananza fué tomada de un grabadito de no sé qué librote lamartinesco que era todo un puro jarabe. Finalmente, las flores las cosechó Bringas en el jardín de un libro ilustrado sobre el *Lenguaje* de las tales que provenía de la biblioteca de doña Cándida.

Este trabajo previo del dibujo ocupó al artista como media semana, y quedó tan satisfecho de él, que hubo de otorgarse a sí mismo, en el silencio de la falsa modestia, ardientes plácemes. «Está todo tan propio—decía la Pipaón con entusiasmo inteligente—, que parece se está viendo el agua mansa y los rayos de la luna haciendo en ella como unas cosquillas de luz...»

Pegó Bringas su dibujo sobre un tablero, y puso encima el cristal, adaptándolo y fijándolo de tal modo que no se pudiese mover. Hecho esto, lo demás era puro trabajo de habilidad, paciencia y pulcritud. Consistía en ir expresando con pelos pegados en la superficie superior del cristal todas las líneas del dibujo que debajo estaba, tarea verdaderamente peliaguda, por la dificultad de manejar cosa tan sutil y escurridiza como es el humano cabello. En las grandes líneas, menos mal; pero cuando había que representar sombras, por medio de rayados más o menos finos, el artista empleaba series de pelos cortados del tamaño necesario, los cuales iba pegando cuidadosamente con goma laca, en caliente, hasta imitar el rayado del buril en la plancha de acero o en el boj. En las tintas muy finas, Bringas había extremado y sutilizado su arte hasta llegar a lo microscópico. Era un innovador. Ningún capilífice había discurrido hasta entonces hacer puntos de pelo, picando éste con tijeras hasta obtener cuerpecillos que parecían moléculas, y pegar luego estos puntos uno cerca de otro, jamás unidos, de modo que imitasen el punteado de la talla dulce. Usaba para esto finísimos pinceles, y aun plumas de pajaritos afiladas con saliva; y después de bien picado el cabello sobre un cristal, iba cogiendo cada punto para ponerlo en su sitio, previamente untado de laca. La combinación de tonos aumentaba la enredosa prolijidad de esta obra, pues para que resultase armónica, convenía poner aquí castaño, allá negro, por esta otra parte rubio, oro en los cabellos del ángel, plata en todo lo que estuviera debajo del fuero de la claridad lunar. Pero de todo triunfaba aquel bendito. ¿Y cómo no, si sus manos parecía que no to-

caban las cosas; si su vista era como la de un lince, y sus dedos debían de ser dedos del céfiro que acaricia las flores sin ajarlas?... ¡Qué diablo de hombre! Habría sido capaz de hacer un rosario de granos de arena, si se pone a ello, o de reproducir la catedral de Tolero en una cáscara de avellana.

Todo el mes de marzo se lo llevó en el cenotafio y en el sauce, cuyas hojas fueron brotando una por una, y a mediados de abril tenía el ángel brazos y cabeza. Cuantos veían esta maravilla quedábanse prendados de la originalidad y hermosura de ella y ponían a don Francisco entre los más eximios artistas, asegurando que si viese tal obra algún extranjerazo, algún inglesote rico de esos que suelen venir a España en busca de cosas buenas, darían por ella una porrada de dinero y se la llevarían a los países que saben apreciar las obras de ingenio. Tenía Bringas su taller en el enorme hueco de una ventana que daba al Campo del Moro...

Porque la familia vivía en Palacio en una de las habitaciones del piso segundo que sirven de albergue a los empleados de la Casa Real.

Embelesado con la obra de pelo, se me olvidó decir que allá por febrero del 68 don Francisco fué nombrado oficial primero de la Intendencia del Real Patrimonio, con treinta mil reales de sueldo, casa, médico, botica, agua, leña y demás ventajas inherentes a la vecindad regia. Tal canonjía realizaba las aspiraciones de toda su vida, y no cambiara Thiers aquel su puesto tan alto, seguro y respetuoso, por la silla del Primado de las Españas. Amargaban su contento las voces que corrían en aquel condenado año 68 sobre si habría o no trastornos horrorosos, y el temor de que la llamada revolución estallara al fin con estruendo. Aunque la idea del acabamiento de la monarquía sonaba siempre en el cerebro del buen hombre como una idea absurda, algo así como el desequilibrio de los orbes planetarios, siempre que en un café o tertulia oía vaticinios de jarana, anuncios de la *gorda*, o comentarios lúgubres de lo mal que iban el Gobierno y la reina, le entraba un cierto escalofrío, y el corazón se le contraía hasta ponérsele, a su parecer, del tamaño de una bellota.

Ciento veinticuatro escalones tenía que subir don Francisco por la escalera de Damas para llegar desde el patio al piso segundo de Palacio, piso que constituye con el tercero una verdadera ciudad, asentada sobre los espléndidos techos de la regia morada. Esta ciudad, donde alternan pacíficamente aristocracia, clase media y pueblo, es una real república que los monarcas se han puesto por corona, y engarzadas en su inmenso círculo, guarda muestras diversas de toda clase de personas. La primera vez que don Manuel Pez y yo fuimos a visitar a Bringas en su nuevo domicilio, nos perdimos en aquel dédalo donde ni él ni yo habíamos entrado nunca. Al pisar su primer recinto, entrando por la escalera de Damas, un cancerbero con sombrero de tres picos, después de tomarnos la filiación, indicónos el camino que habíamos de seguir para dar con la casa de nuestro amigo. «Tuercen ustedes a la izquierda, después a la derecha... Hay una escalerita. Después se baja otra vez... Número sesenta y siete.»

IV

¡Que si quieres!... Echamos a andar por aquel pasillo de baldosines rojos, al cual yo llamaría calle o callejón por su magnitud, por estar alumbrado en algunas partes con mecheros de gas y por los ángulos y vueltas que hace. De trecho en trecho encontrábamos espacios, que no dudo en llamar plazoletas, inundados de luz solar, la cual entraba por grandes huecos abiertos al patio. La claridad del día, reflejada por las paredes blancas, penetraba a lo largo de los pasadizos, callejones, túneles o como quiera llamárselos, se perdía y se desmayaba en ellos, hasta morir completamente a la vista de los rojizos abanicos del gas, que se agitaban temblando dentro de un ahumado círculo y bajo un doselete de latón.

En todas partes hallábamos puertas de cuarterones, unas recién pintadas, descoloridas y apolilladas otras, numeradas todas; mas en ninguna descubrimos el guarismo que buscábamos. En ésta veíamos pendiente un lujoso cordón de seda, despojo de la tapicería palaciega; en aquélla un deshilachado cordel. Con tal signo, algunas viviendas acusaban arreglo y limpieza; otras, desorden o escasez.

y los trozos de estera o alfombra que asomaban por bajo de las puertas también nos decían algo de la especial aposentación de cada interior. Hallábamos domicilios deshabitados, con puertas telarañosas, rejas enmohecidas, y por algunos huecos tapados con rotas alambreras soplaba el aire trayéndonos el vaho frío de estancias solitarias. Por ciertos lugares anduvimos que parecían barrios abandonados, y las bóvedas de desigual altura devolvían con eco triste el sonar de nuestros pasos. Subimos una escalera, bajamos otra, y creo que tornamos a subir, pues resueltos a buscar por nosotros mismos el dichoso número, no preguntábamos a ningún transeúnte, prefiriendo el grato afán de la exploración por lugares tan misteriosos. La idea de perdernos no nos contrariaba mucho, porque saboreábamos de antemano el gusto de salir al fin a puerto sin auxilio de práctico y por virtud de nuestro propio instinto topográfico. El laberinto nos atraía, y adelante, adelante siempre seguíamos tan pronto alumbrados por el sol como por el gas, describiendo ángulos y más ángulos. De trecho en trecho algún ventanón abierto sobre la terraza nos corregía los defectos de nuestra derrota, y mirando a la cúpula de la capilla, nos orientábamos y fijábamos nuestra verdadera posición.

—Aquí—dijo Pez, algo impaciente—no se puede venir sin un plano y aguja de marear. Esto debe de ser el ala del Mediodía. Mire usted los techos del salón de Columnas y de la escalera... ¡Qué moles!

En efecto, grandes formas piramidales forradas de plomo nos indicaban las grandes techumbres en cuya superficie inferior hacen volatines los angelones de Bayéu.

A lo mejor, andando siempre, nos encontrábamos en un espacio cerrado que recibía la luz de claraboyas abiertas en el techo, y teníamos que regresar en busca de salida. Viendo por fuera la correcta mole del alcázar, no se comprenden las irregularidades de aquel pueblo fabricado en sus pisos altos. Es que durante un siglo no se ha hecho allí más que modificar a troche y moche la distribución primitiva, tapiando por aquí, abriendo por allá, condenando escaleras, ensanchando unas habitaciones a costa de otras, convirtiendo la calle en vivienda y la vivienda en calle, agujereando paredes y cerrando huecos. Hay escaleras que empiezan y no acaban; vestíbulos o plazoletas en que se ven blanqueadas techumbres que fueron de habitaciones inferiores. Hay palomares donde antes hubo salones, y salas que un tiempo fueron caja de una gallarda escalera. Las de caracol se encuentran en varios puntos, sin que se sepa adónde van a parar, y puertas tabicadas, huecos con alambrera, tras los cuales no se ve más que soledad, polvo y tinieblas.

A un sitio llegamos donde Pez dijo: «Esto es un barrio popular.» Vimos media docena de chicos que jugaban a los soldados con gorros de papel, espadas y fusiles de caña. Más allá, en un espacio ancho y alumbrado por enorme ventana con reja, las cuerdas de ropa puesta a secar nos obligaban a bajar la cabeza para seguir andando. En las paredes no faltaban muñecos pintados ni inscripciones indecorosas. No pocas puertas de las viviendas estaban abiertas, y por ellas veíamos cocinas con sus pucheros humeantes y los vasares orlados de cenefas de papel. Algunas mujeres lavaban ropa en grandes artesones, otras se estaban peinando fuera de las puertas, como si dijéramos, en medio de la calle.

—Van ustedes perdidos—nos dijo una que tenía en brazos un muchachón forrado en bayetas amarillas.

—Buscamos la casa de don Francisco Bringas.

—¿Bringas?..., ya, ya sé—dijo una anciana que estaba sentada junto a la gran reja—. Aquí cerca. No tienen ustedes más que bajar por la primera escalera de caracol, y luego dar media vuelta... Bringas, sí, es el sacristán de la capilla.

—¿Qué está usted diciendo, señora? Buscamos al oficial primero de la Intendencia.

—Entonces será abajo, en la terraza. ¿Saben ustedes ir a la fuente?

—No.

—¿Saben la escalera de Cáceres?

—Tampoco.

—¿Saben el oratorio?

—No sabemos nada.

—¿Y el coro del oratorio? ¿Y los palomares?

Resultado: que no conocíamos ninguna parte de aquel laberíntico pueblo formado de recovecos, burladeros y sorpre-

sas, capricho de la arquitectura y mofa de la simetría. Pero nuestra impericia no se daba por vencida, y rechazamos las ofertas de un muchacho que quiso ser nuestro guía.

—Estamos en el ala de la plaza de Oriente, es a saber, en el hemisferio opuesto al que habita nuestro amigo —dijo Pez con cierto énfasis geográfico de personaje de Julio Verne—. Propongámonos trasladarnos al ala de Poniente, para lo cual nos ofrecen seguro medio de orientación la cúpula de la capilla y los techos de la escalera. Una vez posesionados del cuerpo de Occidente, hemos de ser tontos si no damos con la casa de Bringas. Yo no vuelvo más aquí sin un buen plano, brújula... y provisiones de boca.

Antes de partir para aquella segunda etapa de nuestro viaje, miramos por el ventanón el hermoso panorama de la plaza de Oriente y la parte de Madrid que desde allí se descubre, con más de cincuenta cúpulas, espadañas y campanarios. El caballo de Felipe IV nos parecía un juguete, el teatro Real una barraca y el plano superior del cornisamento de Palacio un ancho puente sobre el precipicio, por donde podría correr con holgura quien no padeciera vértigos. Más abajo por donde estábamos tenían sus nidos las palomas, a quienes veíamos precipitarse en el hondo abismo de la plaza, en parejas o en grupos, y subir luego en velocísima curva a posarse en los capiteles y en las molduras. Sus arrullos parecen tan inherentes al edificio como las piedras que lo componen. En los infinitos huecos de aquella fabricada montaña habita la salvaje república de palomas, ocupándola con regio y no disputado señorío. Son los parásitos que viven entre las arrugas de la epidermis del coloso. Es fama que no les importan nada las revoluciones; ni en aquel libre aire, ni en aquella secular roca hay nada que turbe el augusto dominio de estas reinas indiscutidas e indiscutibles.

Andando. Pez había adquirido en los libritos de Verne nociones geográficas; se las echaba de práctico y a cada paso me decía: «Ahora vamos por el Mediodía... Forzosamente hemos de encontrar el paso de Poniente a nuestra derecha... Podemos bajar sin miedo al piso segundo por esta escalera de caracol... Bien...» ¿En dónde estamos? Ya no se ve la cúpula, ni un triste pararrayos. Estamos en los sombríos reinos del gas... Pues, volvamos arriba por esta obra escalera que se nos viene a la mano... ¿Qué es esto? ¿Nos hallamos otra vez en el ala de Oriente? Sí, porque mirando al patio por esta ventana, la cúpula está a nuestra derecha... Crea usted que ese bosque de chimeneas me causa mareo. Parécenme que navego y que toda esta mole da tumbos como un barco. A este lado parece que está la fuente, porque van y vienen mujeres con cántaros... ¡Ea!, yo me rindo, yo pido práctico, yo no doy un paso más... Hemos andado más de media legua y no puedo con mi cuerpo... Un guía, un guía, y que me saquen pronto de aquí.

La Providencia deparónos nuestra salvación de la considerable persona de la viuda de García Grande, que se nos pareció de improviso saliendo de una de las más feas y más roñosas puertas que a nuestro lado veíamos.

V

Cuánto nos alegramos de aquel encuentro, no hay para qué decirlo. Ella, por el contrario, parecióme sorprendida desagradablemente, como persona que no quiere ser vista en lugares impropios de su jerarquía. Sus primeras palabras, dichas a tropezones y entremezcladas con las fórmulas del saludo, confirmaron aquel mi modo de pensar.

—No les ruego que pasen, porque ésta no es mi casa... Me he instalado aquí provisionalmente, mientras se arregla la habitación de abajo, donde estaba la generala. Es esto un horror, una cosa atroz... Su majestad se empeñó en que había de aposentarme en Palacio y no he podido negarme a ello... «Candidita, no puedo vivir lejos de ti... Candidita, vente conmigo... Candidita, dispón de todo lo que esté desocupado arriba...» Nada, nada, pues a Palacio. Meto mis muebles en siete carros de mudanza, y me encuentro con que el cuarto de la generala está lleno de albañiles... ¡Es un horror!..., se cae un tabique..., el estuco perdido..., los baldosines teclean bajo los pies... En fin, que tengo que meter mis queridos trastos en este aposento, bastante grande, sí,

pero incapaz para mí... Verían ustedes las dos tablas de Rafael tiradas por el suelo, revueltas con la vajilla; el gran lienzo de Tristán contra la pared; las porcelanas metidas en paja todavía; las mesas patas arriba; las lámparas y los biombos y otras muchas cosas en desorden, esperando sitio, todo hecho una atrocidad, un horror... Créanlo, estoy nerviosa. Acostumbrada a ver mis cosas arregladas, me abruma la estrechez, la falta de espacio... Y esta vecindad de mozas de retrete, de porteros de banda, pinches y casilleres me enfada lo que ustedes no pueden figurarse. Su majestad me perdone; pero bien me podía haber dejado en mi casa de la calle de la Cruzada, grandona, friota, eso sí; pero de una comodidad... No me faltaba sitio para nada, y todos los tapices estaban colgados. Aquí no sé, no sé... Creo que en la habitación que voy a ocupar ha de faltarme también sitio para todo... ¡Qué hemos de hacer!..., allá van leyes do quieren reyes.

Dijo esto en tono de jovial conformidad, cual persona que sacrifica sus gustos y su bienestar al amistoso capricho de una reina. Guiábanos por el corredor, y cuando salimos a la terraza para acortar camino, señaló con aire imponente a una fila de puertas diciendo:

—Esta parte es la que voy a ocupar. La de Porta se mudó al lado de allá para dejarme sitio... Derribo tabiques para unir dos habitaciones y ponerme en comunicación con la escalera de Cáceres, por la cual puedo bajar fácilmente a la galería principal y entrar en la Cámara... Mando poner tres chimenas más y una serie de mamparas...

Don Manuel, como hombre muy político, apoyaba estas razones; pero demasiado sabía con quién hablaba y el caso que debía hacer de aquellas cacareadas grandezas. Por mi parte, como la viuda de García Grande me era aún punto menos que desconocida, pues mi familiar trato con ella se verificó más tarde, en los tiempos de Máximo Manso, mi amigo, todo cuanto aquella señora dijo me lo tragué, y lo menos que me ocurría era que estaba hablando con el más próximo pariente de su majestad. Aquel derribar de tabiques y aquel disponer obras y mudanzas, hicieron en mi candidez el efecto de un lenguaje regio hablado desde la penúltima grada de un trono. El respeto me impedía desplegar los labios.

Llegamos por fin a la habitación de Bringas. Comprendimos que habíamos pasado por ella sin conocerla, por estar borrado el número. Era una hermosa y amplia vivienda, de pocos pero tan grandes aposentos, que la capacidad suplía al número de ellos. Los muebles de nuestro amigo holgaban en la vasta sala de abovedado techo; pero el retrato de Juan de Pipaón, suspendido frente a la puerta de entrada, decía con sus sagaces ojos a todo visitante: «Aquí sí que estamos bien.» Por las ventanas que caían al Campo del Moro entraban torrentes de luz y alegría. No tenía despacho la casa; pero Bringas se había arreglado uno muy bonito en el hueco de la ventana del gabinete principal, separándolo de la pieza con un cortinón de fieltro. Allí cabían muy bien su mesa de trabajo, dos o tres sillas, y en la pared los estantillos de las herramientas con otros mil cachivaches de sus variadas industrias. En la ventana del gabinete de la izquierda se había instalado Paquito con todo el fárrago de su biblioteca, papelotes y el copioso archivo de sus apuntes de clase, que iban en camino de abultar tanto como el de Simancas. Estos dos gabinetes eran anchos y de bóveda, y en la pared del fondo tenían, como la sala, sendas alcobas de capacidad catedralesca, sin estuco, blanqueadas, cubiertos los pisos de estera de cordoncillo. Las tres alcobas recibían luz de la puerta y de claraboyas con reja de alambre que se abrían al gran corredor-calle de la ciudad palatina. Por algunos de estos tragaluces entraba en pleno día resplandor de gas. En la alcoba del gabinete de la derecha se instaló el lecho matrimonial; la de la sala, que era mayor y más clara, servía a Rosalía de guardarropa y de cuarto de labor; la del gabinete de la izquierda se convirtió en comedor por su proximidad a la cocina. En dos piezas interiores dormían los hijos.

Ignoro si partió de la fértil fantasía de Bringas o de la pedantesca asimilación de Paquito la idea de poner a los aposentos de la humilde morada nombres de famosas estancias del piso principal. Al mes de habitar allí, todos los Bringas, chicos y grandes, llamaban a la sala Salón de Embajadores, por ser

destinada a visitas de cumplido y ceremonia. Al gabinete de la derecha, donde estaba el despacho de Thiers y la alcoba conyugal, se le llamaba Gasparini, sin duda por ser lo más bonito de la casa. El otro gabinete fué bautizado con el nombre de la Saleta. El comedor-alcoba fué Salón de Columnas; la alcoba-guardarropa recibió por mote el Camón, de una estancia de Palacio que sirve de sala de guardias, y a la pieza interior donde se planchaba, se la llamó la Furriela.

Para ir a su oficina, don Francisco no tenía que salir a la calle. O bien bajaba la escalera de Cáceres, atravesando luego el patio, o bien, si el tiempo estaba lluvioso, recorría la ciudad alta hasta la escalera de Damas, dirigiéndose por las arcadas al Real Patrimonio. Como salía poco a la calle, hasta el paraguas había dejado de serle necesario en aquella feliz vivienda, complemento de todos sus gustos y deseos.

En la vecindad había familias a quienes Rosalía, con todo su orgullete, no tenía más remedio que conceptuar superiores. Otras estaban muy por bajo de su grandeza pipaónica; pero con todas se trataba y a todas devolvió la ceremoniosa visita inaugural de su residencia en la población superpalatina. Doña Cándida...

VI

Pero antes de seguir, quiero quitar de esta relación el estorbo de mi personalidad, lo que lograré explicando en breves palabras el objeto de mi visita al señor de Bringas. Había yo rematado un lote de leñas y otro de hierbas en Riofrío; y como ocurrieran informalidades graves en la adjudicación, tuve ciertos dimes y diretes con un administradorcillo de la Casa Real, de donde me vino el peligro de un pleito. Ya empezaba a sentir las pesadas caricias del procurador, cuando resolví matar la cuestión en su origen. Don Manuel Pez, el arreglador de todas las cosas, el recomendador sempiterno, el hombre de los volantitos y de las noticias, brindóse a sacarme del paso. Yo le debía algunos favores; pero los que él me debía a mí eran de mayor importancia y cuantía. Quiso, pues, nivelar mi agradecimiento con el suyo, llevándome en persona a ver al oficial primero del Patrimonio para que fuera así la recomendación más expresiva y eficaz. Todo salió según el deseo de entrambos. Tan servicial y diligente se mostró el buen don Francisco, que a los dos días de haberle visto, mi asunto estaba zanjado. Dos capones de Bayona y una docena de botellas de vino de mi propia cosecha le regalé el 4 de octubre, día de su santo, y aún no me pareció esta fineza proporcionada al servicio que me había hecho.

Prosigo ahora con doña Cándida. ¡Oh, qué mujer! ¡Qué jarabe de pico el suyo! Era frecuente oírle esta frase: «Me voy, me voy, que ha de venir a verme *mi administrador,* y no quiero hacerle esperar. Es hombre ocupadísimo.» O bien ésta: «Anda algo atrasada ahora la cobranza de los alquileres de mis casas.» Máximo Manso, cuando se pone a contar cosas de ella, empieza y no concluye. En 1868 esta señora conservaba aún mucha parte de su ser antiguo y de las grandezas de su reinado social durante los cinco años de O'Donnell. Por aquel tiempo se comía precipitadamente los restos del caudal que allegó su marido, y no había día en que no saliese de la casa una joya, un cuadrito, un mueble con la misión de traer dineros para atender a las necesidades domésticas. De los conflictos con su casero, a quien debía medio año de alquileres, me ocuparía si tuviese espacio para ello. La reina la salvó de estos apurillos, pagándole los atrasos de casa y ofreciéndole una habitación en los altos de Palacio, que la infeliz no vaciló en aceptar... «Me he metido en ese cuchitril por complacer a su majestad y estar cerca de ella, mientras me arreglan las piezas de la terraza... ¡Ay, qué posma de arquitecto!... Le voy a calentar las orejas...» Así se expresaba constantemente, y transcurrieron muchos meses sin que la ilustre viuda abandonara su choza provisional. Cuando la encontramos Pez y yo, y tuvimos el honor de que nos guiara a la morada de Bringas, ya llevaban más de un año de abandono y podredumbre las famosas tablas de Rafael, el cuadro de Tristán y las otras mil preciosidades que por milagro de Dios no estaban en los museos.

Era Cándida una de las más constan-

tes visitas de los Bringas. Rosalía sentía hacia ella respetuoso afecto y la oía siempre con sumisión, conceptuándola como gran autoridad en materias sociales y en toda suerte de elegancias. A los ojos de la señora de Thiers, el brillantísimo pasado de Cándida había dejado, al borrarse del tiempo, resplandores de prestigio y nobleza en torno al busto romano y al tieso empaque de la ilustre viuda. Esta aureola fascinaba a Rosalía, quien, extremando su respeto a las majestades caídas, aparentaba tomar en serio aquello de *mi administrador, mis casas...* Se expresaba en todas las ocasiones con un desparpajo y una seguridad y un *boca abajo todo el mundo* que no daban lugar a réplica. Vivía en el ala de Oriente, el barrio más humilde de lo que hemos convenido en llamar ciudad; pero ningún otro vecino de ésta hacía más visitas ni estaba más tiempo fuera de su domicilio. Todo el santo día lo pasaba de casa en casa, llamando a distintas puertas, visitando, charlando, recorriendo todas las partes del coloso, desde las cocinas a los palomares; y por las noches, sin haber salido a la calle, llegaba a su choza provisional tan rendida como si hubiera corrido medio Madrid. No tenía más familia que una sobrinita llamada Irene, de unos nueve o diez años, huérfana de un hermano de García Grande que había sido caballerizo de su majestad. Esta era la inseparable amiguita de la niña de Bringas, y por las tardes se las veía, muñeca en mano y merienda en boca, jugando en la terraza o en las partes más claras de aquellas luengas calles cubiertas.

La persona de más vis[illegible]e cuantas allí vivían, y que en concep[illegible] de Rosalía ocupaba el lugar inmediatamente inferior al de la familia real, era la viuda del general Minio, camarera mayor de su majestad, persona distinguidísima y sin tacha, por cualquier lado que se la mirase. En la ciudad llamábanla todos por el cariñoso y popular nombre de doña Tula; pero Rosalía jamás le apeaba el título, y todo era: «*Condesa,* esto; *condesa,* lo otro y lo de más allá.» Esta bondadosa y noble señora era hermana de la condesa de Tellería y de Alejandro Sánchez Botín, que ha sido diputado tantas veces y ha figurado ya en media docena de partidos. Los Sánchez Botín son de buena familia, creo que de un alcurniado solar del Bierzo, y tienen parentesco, aunque remoto, con la familia de Aransis. En un mismo día se casaron las dos hermanas: Milagros, con el marqués de Tellería, y Gertrudis, que era la mayor, con el coronel Minio, que rápidamente ascendió a general, ganando batallas cortesanas en las antecámaras palatinas. No había día de cumpleaños de reyes o príncipes en que él no pescara una cruz o grado. Cuando ya no le podían dar nada superior, en orden de milicia, a los dos entorchados, me le agraciaron con el título de conde de Santa Bárbara (de una finca que tenía en Navarra), nombre que por tener cierto olorcillo de pólvora cuadraba bien a su oficio, aunque se decía de él que nunca había olido más que la que gastamos en salvas. La fama de valiente que gozaba debió de fundarse en que era muy bruto. En el desorden de nuestras ideas fácilmente convertimos en héroes a los que apenas saben escribir su nombre. Lo cierto es que *don Pedro Minio,* conde de Santa Bárbara, era persona imponente en una parada, o pasando revista de inspección en los cuarteles, o dando militares gritos en las varias Direcciones que desempeñó. Salvo algunas escaramuzas sin importancia en que tomó parte durante la primera guerra civil, la historia militar de nuestro país no le dijo nunca: «Esta boca es mía.» Pero pasará a la posteridad por los célebres dichos de la *espada de Demóstenes, la tela de Pentecostés* y el *alma de Garibaldi,* por aquello de ir a la Habana haciendo escala en Filipinas, con otras cosillas que, coleccionadas por sus subalternos, forman un delicioso centón de disparates. La reina los sabía de corrido y los contaba con mucha sal. Pero no revolvamos las cenizas de esta nulidad, de quien la condesa decía, en el más escondido pliegue de la confianza, que era una bestia condecorada, y ocupémonos de su viuda.

VII

Era en todo tan distinta de la marquesa de Tellería, que no parecían hijas de la misma madre. Tampoco tenía semejanza, ni en la condición ni en la

figura, con su célebre hermano Alejandro Sánchez Botín, hombre de grandes arbitrios. Las raras prendas de que estaba adornada parece que tenían su complemento en otra forma de la distinción humana, la desgracia, privilegio de los seres que se avecinan a lo perfecto. Los dos hijos que heredaron el nombre, la rudeza y los solecismos del general eran dos buenas alhajas. Lo que pasó aquella madre mártir para hacerles seguir la carrera de Caballería no es para contado. Fueron cinco o seis años de cruel lucha con la barbarie y desaplicación de los muchachos, de un pugilato fatigoso con los profesores; y gracias al nombre que llevaban y a las cartitas que escribía en cada curso la reina, salieron adelante. Ya eran oficiales y estaban colocados, cuando una nueva serie de disgustos amargaba la existencia de doña Tula. No pasaba mes sin que uno de sus pimpollos hiciera alguna barbaridad. Cuestiones, desafíos, borracheras, sumarias, timbas, trampas, eran la historia de todos los días, y la mamá tenía que poner remedio a ello con las recomendaciones y con los desembolsos. Llegó a sentirse tan fatigada, que cuando el mayor, que también se llamaba *Pedro Minio,* le manifestó el deseo de irse a Cuba, no tuvo fuerzas para contrariarle. El otro se quería casar con una mujer de malos antecedentes. Nueva batalla de la madre, que empleó, para evitarlo, cuantos recursos le permitían su conocimiento del mundo y su alta posición. Esta señora dijo una frase que se quedó grabada en la mente de cuantos la oímos, grito absurdo y dolorido del egoísmo contra la maternidad, y que si no fuera una paradoja, sería blasfemia contra la Naturaleza y la especie humana. Hablaban de hijos y de las madres que deseaban tenerlos, así como de las que los tenían en excesivo número. «¡Ah, los hijos!—dijo doña Tula con tristísimo acento—. Son una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida.»

Si los hijos de aquella señora eran idiotas, raquíticos y feos como demonios, en cambio su hermana Milagros había dado al mundo cuatro ángeles, marcados desde su edad tierna con el sello de la hermosura, la gracia y la discreción. Aquel Leopoldito, tan travieso y mono; aquel Gustavito, tan precoz, tan sabidillo y sentado; aquel Luisito, tan místico, que parecía un aprendiz de santo, y, principalmente, aquella María, de ojos verdes y perfil helénico, Venus extraída de las ruinas de Grecia, soberana escultura viva, ¿a qué madre no envanecerían? Doña Tula adoraba a sus sobrinos. Eran para ella hijos que no le habían causado ningún dolor; hijos de otra para las molestias y suyos para las gracias. A María, que por entonces cumpliera quince años, la adoraba con pasión de abuela, o sea dos veces madre, y la tenía un tanto consentida y mimosa. Iba la hermosa niña los domingos y jueves a pasar con doña Tula todo el día; también solía ir los martes y los viernes, y a veces los lunes y sábados. Los días de fiesta reuníanse allí varias amiguitas de la generala, entre ellas las niñas de don Buenaventura de Lantigua, y una prima de éstas, hija del célebre jurisconsulto de don Juan da Lantigua, la cual, si no estoy equivocado, se llamaba Gloria.

¡María Santísima, lo que parecía aquella terraza! Había ninfas de traje alto que muy pronto iba a descender hasta el suelo, y otras de vestido bajo que dos semanas antes había sido alto. Las que acababan de recibir la investidura de mujeres se paseaban en grupos, cogidas del brazo, haciendo ensayos de formalidad y de conversación sosegada y discreta. Las más pequeñas corrían, enseñando hasta media pierna, y no es aventurado decir que Isabelita Bringas y la sobrina de doña Cándida eran las que más alborotaban. Cuando por aquellas galerías conseguía deslizarse, con furtivo atrevimiento, algún novio agridulce, algún pollanco pretendiente, de bastoncito, corbata de color, hongo claro y tal vez pitillo en boquilla de ámbar..., ¡ay Dios mío!, ¿quién podría contar las risas, los escondites, las sosadas, el juego inocente, la tontería deliciosa de aquellas frescas almas que acababan de abrir sus corolas al sol de la vida? Las breves cláusulas que ligeras se cruzaban eran, por un lado, lo más insulso del perfeccionado lenguaje social, y, por otro, el ingenuo balbucir de las sociedades primitivas. En todos estos casos se repite incesantemente el principio del Mundo, esto es, los pruritos de la Creación, el *querer ser.*

La juguetona bandada de mujeres a medio formar invadía el domicilio de Bringas. Rosalía, gozosa de tratarse con doña Tula, con los Tellerías, con los Lantiguas, recibíalas con los brazos abiertos, y las obsequiaba con dulces, que se hacía traer previamente de la repostería de Palacio.

—Jueguen, enreden, griten y alboroten, que a mí no me incomodan—les decía Bringas, festivamente, desde el hueco de la ventana, donde estaba sumergido en el piélago inmenso de sus pelos.

Y ellas no se hacían de rogar; abrían el piano; una de ellas aporreaba una polca o vals, y las otras, abrazándose en parejas, bailaban, volteaban alegres, riendo, chillando y besándose.

—Bailen, corran; la casa es de ustedes, niñas queridas—decía Thiers, sin apartar la vista de los átomos que pegaba sobre el vidrio.

Y ellas lo tomaban tan al pie de la letra, que corrían danzando de Gasparini a la Saleta y a saltos se metían en el Camón y en Columnas. Pues digo..., cuando les daba por revolverle a Isabelita sus muñecas, era lo de empezar y no concluir. Precisamente las más talludas eran las que con más furor se entretenían en este graciosísimo simulacro de la vida doméstica, vistiendo y desnudando mujercitas de porcelana y estopa, arrojando bebés con ojos de vidrio y moviendo los trastos de una cocina de hojalata o de un gabinete de cartón. Lo que embargaba el ánimo de todas, llegando hasta producir rivalidades, era una muñeca enorme que don Agustín Caballero le había mandado a Isabelita desde Burdeos, la cual era una buena pieza; movía los ojos, decía *papá* y *mamá* y tenía articulaciones para ser colocada en todas las posturas. De aquello a una criatura no había más que un paso: padecer. Vistiéronla aquella tarde de chula, y cuando un cierto rumorcillo petulante indicaba la proximidad de los polluelos en el pasillo; cuando se oían sus risotadas a estilo de calaveras y sonaban muy cerca sus voces, que el mes anterior habían adquirido la ronquera de la virilidad, las niñas asomaban la muñeca a la alta reja del Camón, y aquí eran las boberías de ellos y la inocente diversión de ellas.

Por más que don Francisco protestase del gusto que tenía en ver su casa llena de serafines, alguna vez le molestaban. Cuando se les ocurría admirar la obra peluda y se enracimaban en torno a la mesa, el gran artista, sin poder respirar dentro de aquella corona de preciosas cabezas, les decía riendo:

—Niñas, por amor de Dios, echaos un poco atrás. Para ver no necesitan ahogarme..., ni verterme la laca. Cuidado, Gloria, que te me llevas esos pelos pegados en la manga. Son el tronco del sauce. Cuidadito, María, que con tu aliento se echan al aire estas canas... Atrás, atrás; hacedme el favor...

VIII

Y ellas:

—¡Qué boniiito, qué precioooso...! ¡Alabaaado Dios.... qué dedos de ángel! Don Francisco, se va usted a quedar ciego...

Lo que cuento ocurría en la primavera del 68, y el Jueves Santo de aquel año fué uno de los días en que más alborotaron. Don Francisco, santificador de las fiestas, asistió de gran etiqueta, con su cruz y todo, a la solemnidad religiosa en la capilla. Rosalía también se personó en la regla morada, juzgando que era indispensable su presencia para que las ceremonias tuviesen todo el brillo y pompa convenientes. Cándida no bajó, aparentemente, «porque estaba cansada de ceremoniales»; en realidad, porque no tenía vestido. Las chicas de Lantigua y la Sudre invadieron, desde muy temprano, la habitación de doña Tula, que por razón de su cargo bajó muy emperejilada, dejando el gracioso rebaño a cargo de una señora que la acompañaba. ¡Cuánto se divirtieron aquel día, y cuánto hicieron rabiar a los pollos Leoncito, Federiquito Cimarra, el de Horro y otros no menos guapos y bien aprovechados! Los invitaron a subir con engaño a un palomar alto, diciéndoles que desde allí se veía el interior de la capilla, y luego me los encerraron hasta media tarde.

Como eran amigas del sacristán, vecino de Cándida, pudieron colocarse en la escalera de la capilla hasta vislumzón del techo. En cambio, las flores de mitra del patriarca y dos velas apagadas del tenebrario, un altar cubierto de tela morada, algunas calvas de capellanes y algunos pechos de gentileshombres

cargados de cruces y bandas; pero nada más. Poco más tarde lograron ver algo de la hermosa ceremonia de dar la comida a los pobres después del lavatorio. Hay en el ala meridional de la terraza unas grandes claraboyas de cristales, protegidos por redes de alambre. Corresponden a la escalera principal, al Salón de guardias y al de Columnas. Asomándose por ellas, se ve tan de cerca el curvo techo, que resultan monstruosas y groseramente pintadas las figuras que lo decoran. Angelones y ninfas extienden por la escocia sus piernas enormes, cabalgando sobre nubes que semejan pacas de algodón gris. De otras figuras creeríase que con el esfuerzo de su colosal musculatura levantan en vilo la armazón del techo. En cambio, las flores de la alfombra, que se ve en lo profundo, tomaríanse por miniaturas.

Multitud de personas de todas clases, habitantes en la ciudad, acudieron tempranito a coger puesto en las claraboyas del Salón de Columnas para ver la comida de los pobres. Se enracimaban las mujeres junto a los grandes círculos de cristales, y como no faltaban agujeros, las que podían colocarse en la delantera, aunque fuera repartiendo codazos, gozaban de aquel pomposo acto de humildad regia que cada cual interpretará como quiera. No faltaba quien cortara el vidrio con el diamante de una sortija para practicar huequecillos allí donde no los había. ¡Qué desorden, qué rumor de gentío impaciente y dicharachero! Las personas extrañas, que habían ido en calidad de invitadas, eran tan impertinentes que querían para sí todos los miraderos. Mas Cándida, con aquella autoridad de que sabía revestirse en toda ocasión grave, mandó despejar una de las claraboyas para que tomaran libre posesión de ella las niñas de Tellería, Lantigua y Bringas. ¡Demontre de señora! Amenazó con poner en la calle a toda la gente forastera si no se la obedecía.

Curioso espectáculo era el del Salón de Columnas visto desde el techo. La mesa de los doce pobres no se veía muy bien; pero la de las doce ancianas estaba enfrente y ni un detalle se perdía. ¡Qué avergonzadas las infelices con sus vestidos de merino, sus mantones nuevos y sus pañuelos por la cabeza! ¡Verse entre tanta pompa, servidas por la misma reina, ellas, que el día antes pedían un triste ochavo en la puerta de una iglesia!... No alzaban sus ojos de la mesa más que para mirar atónitas a las personas que las servían. Algunas derramaban lágrimas de azaramiento más que de gratitud, porque su situación entre los poderosos de la Tierra y ante la caridad de etiqueta que las favorecía, más era para humillar que para engreír. Si todos los esfuerzos de la imaginación no bastarían a representarnos a Cristo de frac, tampoco hay razonamiento que nos pueda convencer de que esta comedia palaciega tiene nada que ver con el Evangelio.

Los platos eran tomados en la puerta, de manos de los criados, por las estiradas personas que hacían de camareros en tan piadosa ocasión. Formando cadena, las damas y gentileshombres los iban pasando hasta las propias manos de los Reyes, quienes los presentaban a los pobres con cierto aire de benevolencia y cortesía, única nota simpática en la farsa de aquel cuadro teatral. Pero los infelices no comían, que si de comer se tratara, muy apurados se habían de ver. Seguramente sus torpes manos no recordaban cómo se lleva la comida a la boca. Puestas las raciones sobre la mesa, un criado las cogía y las iba poniendo en sendos cestos que tenía cada pobre detrás de su asiento. Poco después, cuando las personas reales y la grandeza abandonaron el salón, salieron aquéllos con su canasto, y en los aposentos de la repostería los esperaban los fondistas de Madrid o bien otros singulares negociantes para comprarles todo por unos cuantos duros.

Mientras duró la comida, las graciosas espectadoras no cesaban en su charla picotera. María Egipcíaca habría deseado estar abajo, con gran vestido de cola, pasando bandejas. Una de las de Lantigua se aventuraba a sostener que aquello era una comedia mal representada, y otra sólo se fijaba en el lujo de los trajes y uniformes.

—Mira, mira mi mamá. ¿La ves con su vestido melocotón? Está junto al señor de Pez, conversando con él.

—Sí..., ahora miran al techo... Bien sabe que estamos aquí. Y a don Francisco también le veo, allí..., junto al mayordomo de semana. A su lado, mi mamá...

—¡Qué hermosa está la marquesa con

su falda de color malva y su manto!... ¡Ah!, doña Tula, doña Tula..., si mirara para arriba, si nos viera... Aquí estamos...

—Cada ceremonia de éstas le cuesta a mi tía muchas jaquecas y muchos disgustos, porque no sabéis las recomendaciones que recibe... Para veinticuatro pobres hay unas trescientas recomendaciones. Todos los días, cartas y recaditos de la marquesa o la condesa. ¡Hija...!, parece que les van a dar un destino gordo.

—Dímelo a mí, niña—manifestó con soberano hastío Cándida—, que ayer y hoy no me han dejado vivir. Tomasa, la moza de cámara, vecina mía, fué la encargada de lavar a las tales doce ancianas pobres y cambiarles sus pingajos por los olorosos vestidos que se han puesto hoy. ¡Pobres mujeres! Es la segunda agua que les cae en su vida, y sería la primera si no se hubieran bautizado. ¡Ay hijas!... ¡Qué escena la de esta mañana! Créanlo, han gastado una tinaja de agua de colonia... Yo quise ayudar un poco, porque así me parecía cumplir algo de lo que nos ordena Nuestro Señor Jesucristo. Si no es por mí, el fregado no se acaba en toda la mañana... Hablando con verdad, si yo fuera pobre y me trajeran a esta ceremonia, no lo había de agradecer nada, porque, francamente, el susto que pasan y la molestia de verse tan lavados no se compensa con lo que les dan.

Las graciosas pollas, en cuya tierna edad tanto valor tenían lo espiritual e imaginativo, no comprendían estas razones prácticas de la experimentada doña Cándida, y todo lo encontraban propio, bonito y adecuado a la doble majestad de la Religión y del Trono...

Isabelita Bringas era una niña raquítica, débil, espiritada, y se observaban en ella predisposiciones epilépticas. Su sueño era muy a menudo turbado por angustiosas pesadillas, seguidas de vómito y convulsiones, y, a veces, faltando este síntoma, el precoz mal se manifestaba de un modo más alarmante. Se ponía como lela y tardaba mucho en comprender las cosas, perdiendo completamente la vivacidad infantil. No se la podía regañar, y en el colegio la maestra tenía orden de no imponerle ningún castigo ni exigir de ella aplicación y trabajo. Si durante el día presenciaba algo que excitase su sensibilidad o se contaban delante de ella casos lastimosos, por la noche lo reproducía todo en su agitado sueño. Esto se agravaba cuando, por exceso en las comidas o por malas condiciones de ésta, el trabajo digestivo del estómago de la pobre niña era superior a sus escasas fuerzas. Aquel jueves, doña Tula dió de comer espléndidamente a sus amiguitas. La niña de Bringas se atracó de un plato de leche, que le gustaba mucho; pero bien caro lo pago la pobre, pues no hacía un cuarto de hora que se había acostado cuando fué acometida de fiebre y delirio, y empezó a ver y sentir, entre horribles disparates, todos los incidentes, personas y cosas de aquel día tan bullicioso en que se había divertido tanto. Repetía los juegos por la terraza; veía a las chicas todas, enormemente desfiguradas, y a Cándida como una gran pastora negra que guardaba el rebaño; asistía nuevamente a la ceremonia de la comida de los pobres, asomada por un hueco de la claraboya, y las figuras del techo se animaban, sacando fuera sus manazas para asustar a los curiosos... Después oyó tocar la marcha real. ¿Era que la reina subía a la terraza? No; aparecían por la puerta de la escalera de Damas su mamá, asida al brazo de Pez, y su papá, dando el suyo a la marquesa de Tellería. ¡Qué guapas venían arrastrando aquellas colas que, sin duda, tenían más de una legua!... Y ellos, ¡qué bien empaquetados y qué tiesos!... Venían a descansar y tomar un refrigerio en casa de doña Tula, para acompañar más tarde a la *Señora* y a toda la Corte en la visita de sagrarios... Por todas las puertas de la parte alta de Palacio aparecían libreas varias, mucho trapo azul y rojo, mucho galón de oro y plata, infinitos tricornios... Delirando más, veía la ciudad resplandeciente y esmaltada de mil colorines. Seguramente era una ciudad de muñecas; ¡pero qué muñecas!... Por diversos lados salían blancas pelucas, y ninguna puerta se abría en los huecos del piso segundo sin dar paso a una bonita figura de cera, estopa o porcelana; y todas corrían por los pasadizos gritando: «Ya es la hora...» En las escaleras se cruzaban galones que subían con galones que bajaban... Todos los muñecos tenían prisa. A éste se le olvidaba una cosa, a aquél otra, una he-

billa, una pluma, un cordón. Unos llamaban a sus mujeres para que les alcanzasen algo, y todos repetían: «¡La hora!...» Después se arremolinaban abajo, en la escalera principal. En el patio, los alabarderos se revolvían con los cocheros y lacayos, y era como una gran cazuela en que hirvieran miembros humanos de muchos colores, retorciéndose a la acción del calor... Su mamá y su papá volvieron a aparecer... ¡Vaya, que iban hermosotes! Pero mucho más bonito estaría su papá cuando se hiciese caballero del Santo Sepulcro. El rey tenía empeño en ello, y le había prometido regalarle el uniforme con todos los accesorios de espada, espuelas y demás. ¡Qué guapín estaría su papá con su casaca blanca, toda blanca!... Al llegar aquí, la pobre niña sentía empapado enteramente su ser en una idea de blancura; al propio tiempo una obstrucción terrible la embarazaba, cual si las cosas que reproducía su cerebro, muñecos y Palacio, estuvieran contenidas dentro de su estómago chiquito. Con angustiosas convulsiones lo arrojaba todo fuera y se contenía el delirar, ¡y sentía un alivio...! Su mamá había saltado del lecho para acudir a socorrerla. Isabelita oía claramente, ya despierta, la cariñosa voz que le decía:

—Ya pasó, alma mía; eso no es nada.

IX

La belleza de Milagros no había llegado aún al ocaso en que se nos aparece en la triste historia de su yerno, por los años de 75 a 78; pero se alejaba ya bastante del meridiano de la vida. El procedimiento de restauración que empleaba con rara habilidad no se denunciaba aún a sí mismo, como esos revocos deslucidos por las malas condiciones del edificio a que se aplican. La defendían del tiempo su ingenio, su elegancia, su refinado gusto en artes de vestimenta y la simpatía que sabía inspirar a cuantos no la trataban de cerca.

Todas estas cualidades subyugaban por igual el espíritu de Rosalía Bringas; pero la que descollaba entre ellas como la más tiránica era el exquisito gusto en materia de trapos y modas. Este don de su amiga era para la de Bringas como un sol resplandeciente al cual no se podía mirar cara a cara sin deslumbrarse. Porque en tal estimación tenía la autoridad de la marquesa en estos tratados, que no se atrevía a tener opinion que no fuera un reflejo de las augustas verdades proclamadas por ella. Todas las dudas sobre un color o forma de vestido quedaban cortadas con una palabra de Milagros. Lo que ésta decía era ya cuerpo jurídico para toda cuestión que ocurriera después, y como no sólo legislaba, sino que autorizaba su doctrina con el buen ejemplo, vistiéndose de una manera intachable, la de Bringas, que en esta época de nuestra historia se había apasionado grandemente por los vestidos, elevó a Milagros en su alma un verdadero altar. La viuda de García Grande cautivaba a Rosalía con su prestigio de figura histórica. Respetábala ésta como a los dioses de una religión muerta; mas a Milagros la tenía en el predicamento de los dogmas vivos y de los dioses en ejercicio. Nadie en el mundo, ni aun Bringas, tenía sobre la Pipaón ascendiente tan grande como Milagros. Aquella mujer, autoritaria y algo descortés con los iguales e inferiores, se volvía tímida en presencia de su ídolo, que era también su maestro.

Los regalitos de Agustín Caballero y la cesión de todas las galas que había comprado para su boda, despertaron en Rosalía aquella pasión del vestir. Su antigua modestia, que más tenía de necesidad que de virtud, fué sometida a una prueba de la que no salió victoriosa. En otro tiempo, la prudencia de Thiers pudo poner un freno a los apetitos de lujo, haciéndonos creer a todos que no existían, cuando lo único positivo en esto era la imposibilidad de satisfacerlos. Es el incidente primordial de la historia humana, y el caso eterno, el caso de los casos en orden de fragilidad. Mientras no se probó la fruta, prohibida por aquel Dios doméstico, todo marchaba muy bien. Pero la manzana fué mordida, sin que el Demonio tomara aquí forma de serpiente ni de otro animal ruin, y adiós mi modestia. Después de haber estrenado tantos y tan hermosos trajes, ¿cómo resignarse a volver a los trapitos antiguos y a no variar nunca de moda? Esto no podía ser. Aquel bendito Agustín había sido, generosamente y sin pensarlo, el corruptor de su prima; había sido la serpiente de bue-

na fe que le metió en la cabeza las más peligrosas vanidades que pueden ahuecar el cerebro de una mujer. Los regalitos fueron la fruta cuya dulzura le quitó la inocencia, y por culpa de ellos un ángel con espada de raso me la echó de aquel Paraíso en que su Bringas la tenía tan sujeta. Nada, nada..., cuesta trabajo creer que aquello de doña Eva sea tan remoto. Digan lo que quieran, debió de pasar ayer, según está de fresquito y palpitante el tal suceso. Parece que lo han traído los periódicos de anoche.

Como Bringas reprobaba que su mujer variase de vestidos y gastase en galas y adornos, ella afectaba despreciar las novedades; pero a cencerros tapados estaba siempre haciendo reformas, combinando trapos e interpretando más o menos libremente los que traían los figurines. Cuando Milagros iba a pasar un rato con ella, si Bringas estaba en la oficina, charlaban a sus anchas, desahogando cada cual a su modo la pasión que a entrambas dominaba.

X

Pero si el santo varón estaba en su hueco de ventana, zambullido en el microcosmos de la obra de pelo, las dos damas se encerraban en el Camón, y allí se despachaban a su gusto sin testigos. Tiraba Rosalía de los cajones de la cómoda suavemente para no hacer ruido; sacaba faldas, cuerpos pendientes de reforma, pedazos de tela cortada o por cortar, tiras de terciopelo y seda; y poniéndolo todo sobre un sofá, sobre sillas, baúles o en el suelo si era necesario, empezaba un febril consejo sobre lo que se debía hacer para lograr el efecto mejor y más llamativo dentro de la distinción. Estos consejos no tenían término, y si se tomara acta de ellos ofrecerían un curioso registro enciclopédico de esta pasión mujeril que hace en el mundo más estragos que las revoluciones. Las dos hablaban en voz baja para que no se enterase Bringas, y era su cuchicheo rápido, ahogado, vehemente, a veces indicando indecisión y sobresalto, a veces el entusiasmo de una idea feliz. Los términos franceses que matizaban este coloquio se despegaban del tejido de nuestra lengua; pero aunque sea clavándolos con alfileres los he de sujetar para que el exótico idioma de los trapos no pierda su genialidad castiza.

ROSALÍA.—*(Mirando un figurín.)* Si he de decir la verdad, yo no entiendo esto. No sé cómo se han de unir atrás los faldones de la *casaca de guardia francesa.*

MILAGROS.—*(Con cierto aturdimiento, al cual se sobrepone poco a poco su gran juicio.)* Dejemos a un lado los figurines. Seguirlos servilmente lleva a lo afectado y *estrepitoso.* Empecemos por la elección de tela. ¿Elige usted la muselina blanca con viso de *foulard?* Pues entonces no puede adoptarse la casaca.

ROSALÍA.—*(Con decisión.)* No; escojo resueltamente el *gros glacé,* color *cenizas de rosa.* Sobrino me ha dicho que le devuelva el que me sobre. El *gros glacé* me lo pone a veinticuatro reales.

MILAGROS.—*(Meditando.)* Bueno, pues si nos fijamos en el *gros glacé,* yo haría la falda adornada con cuatro volantes de unas cuatro pulgadas. ¿A ver? No; de cinco o seis, poniéndole al borde un *bies* estrecho de *glacé verde naciente...* ¿Eh?

ROSALÍA.—*(Contemplando en éxtasis lo que aún no es más que una abstracción.)* Muy bien... ¿Y el cuerpo?

MILAGROS.—*(Tomando un cuerpo a medio hacer y modelando con sus hábiles manos en la tela las solapas y los faldones.)* La *casaca guardia francesa* va abierta en el corazón, con solapas, y se cierra al costado sobre el talle con tres o cuatro botones verdes... Aquí. Los faldones..., ¿me comprende usted?, se abren por delante... Así..., mostrando el forro, que es verde, como la solapa; y esas vueltas se unen atrás con ahuecador... *(La dama, echando atrás sus manos, ahueca su propio vestido en aquella parte prominentísima donde se han de reunir las vueltas de los faldones de la casaca.)* ¿Se entera usted?... Resulta monísimo. Ya he dicho que el forro de esta casaca es de *gros* verde y lleva al borde de las vueltas un *ruche* de cinta igual a la de los volantes... ¿Qué tal? ¡Ah!, no olvide usted que para este traje hace falta comiseta de batista bien plegadita, con encaje *valenciennes* plegado en el cuello..., los puños holgaditos, holgaditos; que caigan sobre las muñecas.

ROSALÍA.—¡Oh!..., camisetas tengo de dos o tres clases...

MILAGROS.—He visto la que le ha venido de París a Pilar San Salomó con el traje para comida y teatro... *(Con emoción estética, poniendo los ojos en blanco.)* ¡Qué traje! ¡Cosa más divina...!

ROSALÍA.—*(Con ansioso interés.)* ¿Cómo es?

MILAGROS.—Falda de raso rosa, tocando al suelo, adornada con un volante cubierto de encaje. ¡Qué cosa más *chic!* Sobre el mismo van ocho cintas de terciopelo negro...

ROSALÍA.—¿Y bullones?

MILAGROS.—Cuatro órdenes. Luego, sobre la falda, se ajusta a la cintura *(Uniendo a la palabra la mímica descriptiva de las manos en su propio talle.)*, ¿comprende usted?... Se ajusta a la cintura un manto de Corte... Viene así, y cae por acá, formando atrás un *cogido*, un gran *pouff*. *(Con entusiasmo.)* ¡Qué original! Por debajo del cogido se prolongan en gran cola los mismos bullones que en la falda. ¡Pero qué bien ideado! ¡Es de lo sublime!... Vea usted..., así..., por aquí..., en semejante forma..., correspondiendo con ellos solamente por un *retroussé*... Es decir, que el manto tiene una solapa cuyos picos vienen aquí..., bajo el *pouff*... ¿Entiende usted, querida?

ROSALÍA.—*(Embebecida.)* Sí..., entiendo..., lo veo... Será precioso...

MILAGROS.—*(Expresando soberbiamente con un gesto la acertada colocación de lo que describe.)* Lazo grande de raso sobre los bullones... Es de un efecto maravilloso.

ROSALÍA.—*(Asimilándose todo lo que oye.)* ¿Y el cuerpo?

MILAGROS.—Muy bajo, con tirantes sujetos a los hombros por medio de lazos... Pero cuidado, estos lazos no tienen caídas... ¡La camiseta es de una novedad...!, de seda bullonada con cintas estrechitas de terciopelo pasadas entre puntos. Las mangas largas...

ROSALÍA.—*(Quitando y poniendo telas y retazos para comparar mejor.)* Se me ocurre una idea para la camiseta de este traje. Si escojo, al fin, el color *cenizas de rosa... (Deteniéndose, meditabunda.)* ¡Qué torpe soy para decidirme! El figurín... *(Recogiendo todo con susto y rapidez.)* Me parece que siento a Bringas. Son un suplicio estos tapujos...

MILAGROS.—*(Ayudándola a guardar todo atropelladamente.)* Sí, siento su tosecilla. ¡Ay amiga!, su marido de usted parece la Aduana, por lo que persigue los trapos... Escondamos el contrabando.

Ratos felices eran para Rosalía estos que pasaba con la marquesa discutiendo la forma y manera de arreglar sus vestidos. Pero el gozo mayor de ella era acompañar a su amiga a las tiendas, aunque pasaba desconsuelos por no poder comprar las muchísimas cosas buenas que veía. El tiempo se les iba sin sentirlo. Milagros se hacía mostrar todo lo de la tienda, revolvía, comparando; pasaba del brusco antojo al frío desdén; regateaba y concluía por adquirir diferentes cosas, cuyo importe cargábanle en su cuenta. Rosalía, si algo compraba, después de pensarlo mucho y dar mil vueltas al dinero, pagaba siempre a tocateja. Sus compras no eran, generalmente, más que de retales, pedacitos o alguna tela anticuada, para hacer combinaciones con lo bueno que ella tenía en su casa, y refundir lo viejo dándole viso y representación de novedad.

Pero un día vió en casa de Sobrino Hermanos una manteleta... ¡Qué pieza, que manzana de Eva! La pasión del coleccionista en presencia de un ejemplar raro, el entusiasmo del cazador a la vista de una brava y corpulenta res no nos dan idea de esta formidable querencia del trapo en ciertas mujeres. A Rosalía se le iban los ojos tras la soberbia prenda, cuando el amable dependiente del comercio enseñaba un surtido de ellas, amontonándolas sobre el mostrador como si fueran sacos vacíos. Preguntó con timidez el precio y no se atrevió a regatearla. La enormidad del coste la aterraba casi tanto como la seducía lo espléndido de la pieza, en la cual el terciopelo, el paño y la brillante cordonería se combianaban peregrinamente. En su casa no pudo apartar de la imaginación todo aquel día y toda la noche la dichosa manteleta, y de tal modo arrebataba su sangre el ardor del deseo, que temió un ataquillo de erisipela si no lo saciaba. Volvió con Milagros a tiendas al día siguiente, con ánimo de no entrar en la de Sobrino, donde la gran tentación estaba; pero el

demonio arregló las cosas para que fueran, y he aquí me aparecen otra vez sobre el mostrador las cajas blancas, aquellas arcas de satinado cartón, donde se archivan los sueños de las damas. El dependiente las sacaba una por una, formando negra pila. La preferida apareció con su forma elegante y su lujosa pasamanería, en la cual las centellicas negras del abalorio, temblando entre felpas, confirmaban todo lo que los poetas han dicho del manto de la noche. Rosalía hubo de sentir frío en el pecho, ardor en las sienes, y en sus hombros los nervios le sugirieron tan al vivo la sensación del contacto y peso de la manteleta, que creyó llevarla ya puesta.

—¡Cómprela usted..., por Dios!—dijo Milagros a su amiga de un modo tan insinuante que los dependientes y el mismo Sobrino no pudieron menos de apoyar un concepto tan juicioso—. ¿Por qué ha de privarse de una prenda que le cae tan bien?

Y cuando los tenderos se alejaron un poco en dirección a otro grupo de parroquianas, la marquesa siguió catequizando a su amiga con este susurro:

—No se prive usted en comprarle si le gusta..., y en verdad, es muy barata... Basta que venga usted conmigo para que no tenga necesidad de pagarla ahora. Yo tengo aquí mucho crédito. No le pasarán a usted la cuenta hasta dentro de algunos meses, a la entrada del verano, y quizá a fin de año.

La idea del largo plazo hizo titubear a Rosalía, inclinando todo su espíritu del lado de la compra... La verdad, mil setecientos rales no eran suma exorbitante para ella, y fácil le sería reunirlos, si la prendera le vendía algunas cosas que ya no quería ponerse; sí, además, economizaba, escatimando con paciencia y tesón el gasto diario de la casa. Lo peor era que Bringas no había de autorizar un gasto tan considerable en cosa que no era de necesidad absoluta.

Otras veces había hecho ella misma sus *polkas* y manteletas, pidiendo prestado una para modelo. Comprando los avíos en la subida de Santa Cruz, empalmando pedazos, disimulando remiendos, obtenía un resultado satisfactorio con mucho trabajo y poco dinero. Pero ¿cómo podían compararse las *pobreterías* hechas por ella con aquel brillante modelo venido de París?... Bringas no autorizaría aquel lujo que, sin duda, le había de parecer *asiático*, y para que la cosa pasara, era necesario engañarle... No, no; no se determinaba. El hecho era grave, y aquel despilfarro rompería de un modo harto brusco las tradiciones de la familia. ¡Mas era tan hermosa la manteleta...! Los parisienses la habían hecho para ella... Se determinaba, ¿sí o no?

XI

Se determinó, sí, y para explicar la posesión de tan soberbia gala, tuvo que apelar al recursillo, un tanto gastado ya, de la munificencia de su majestad. Aquí de las casualidades Hallándose Rosalía en la Cámara Real en el momento que destapaban unas cajas recién llegadas de París, la reina se probó un canesú que le venía estrecho, un cuerpo que le estaba ancho. La real modista, allí presente, hacía observaciones sobre la manera de arreglar aquellas prendas. Luego, de una caja preciosa forrada de cretona por dentro y por fuera..., una tela que parecía rasete..., sacaron tres manteletas. Una de ellas le caía maravillosamente a su majestad; las otras dos, no. «Ponte ésa, Rosaliita... ¿Qué tal? Ni pintada.» En efecto, ni con medida estuviera mejor. «¡Qué bien, qué bien!... A ver, vuélvete... ¿Sabes que me da no sé qué de quitártela? No, no te la quites...» «Pero, señora, por amor de Dios...» «No, déjala. Es tuya por derecho de conquista. ¡Es que tienes un cuerpo...! Usala en mi nombre, y no se hable más de ello.» De esta manera tan gallarda obsequiaba a sus amigas le graciosa soberana... Faltó poco para que a mi buen Thiers se le saltaran las lágrimas oyendo el bien contado relato.

Si no estoy equivocado, la deglución de esta gran bola por el ancho tragadero de don Francisco acaeció en abril. Tranquila descansaba Rosalía en la idea de lo remoto del pago, creyendo poder reunir la suma en un par de meses, cuando allá por los primeros días de mayo..., ¡zas!, la cuenta. Por entonces fué el casamiento de la infanta Isabel, y estaba la Pipaón muy entretenida, sin acordarse de su compromiso ni de la cuenta de Sobrino. Quedóse yerta al recibirla, y miraba con alelados ojos el

papel sin acertar a salir del paso con una respuesta u observación cualquiera, porque pensar que saldría con dinero era pensar lo imposible... Nunca se había visto en trance igual, porque Bringas tenía por sistema no comprar nada sin *el dinero por delante*. Al fin, tartamudeando, dijo al condenado hombre de la cuenta que ella pasaría a pagarla «mañana... no, al otro día; en fin, un día de éstos».

Por fortuna, Bringas no estaba en casa. Dos o tres días vivió Rosalía en grande incertidumbre. Cada vez que sonaba la campanilla, parecíale que llegaba otra vez el dichoso hombre aquel con el antipático papelito... ¡Si Bringas se enteraba...! Pensando en esto, su zozobra era verdadero terror, y empezó a discurrir el modo de salir del paso. Pocos días antes había tenido casi la mitad del dinero; pero confiada en que no le pasarían la cuenta, habíalo gastado en cosillas para los niños. No gustaba de componerse ella sola, sino que tenía vanidad de emperejilar bien a sus hijos para que alternaran dignamente con los niños de otras familias o de la ciudad. En estos pitos y flautas, a saber: unos cuellitos, un arreglo de sombrero, medias azules, guantes encarnados, una gorra de marino que decía en letras de oro *Numancia* y dos cinturones de cuero, se le habían ido la semana anterior más de setecientos reales, los cuales no hubieran podido reunirse en su bolsillo sin sustituir, durante larga temporada, el principio de falda de ternera por un plato de sesos altos, que se ponían un día sí y otro no, alternando con tortilla de escabeche.

El arqueo de su caja no arrojó más de ciento doce reales, y en la tienda había una trampita de que Bringas no tenía noticia. ¿Qué hacer, Señor? Era preciso buscar dinero a todo trance. Pero ¿dónde, cómo? Hizo discretas insinuaciones a Milagros, pero la marquesa estaba afectada aquel día de una sordera intelectual tan persistente, que no comprendió nada. Las distracciones e incongruencias de la de Tellería podían traducirse así: «Querida amiga, llame usted a otra puerta.» ¿A qué puerta? ¿A la de Cándida? Intentólo Rosalía, hallando en la ilustre viuda los mejores deseos; pero daba la maldita casualidad de que su administrador no le había traído aún la recaudación de las casas... Luego se había metido en unos gantos de reparaciones... En fin, que no había salvación por aquella parte. Al cabo, la Providencia deparó a Rosalía el suspirado auxilio por medio de aquel Gonzalo Torres, amigo constante de la familia, el cual los visitaba tan a menudo en Palacio como en la casa de la Costanilla.

Solía manejar Torres dineros ajenos, y a veces tenía en su poder cantidades no pequeñas, de las cuales sacaba algún beneficio durante la breve posesión de ellas. Aprovechando la ausencia de su marido, declaróle Rosalía con tanto énfasis como sinceridad su apuro, y el bueno de Gonzalo la tranquilizó al momento. ¡Qué pronto volvieron las rosas, para hablar a lo poético, al demudado rostro de la dama!... Felizmente, Torres tenía en su poder una cantidad que era de Mompous y Bruil; pero sin cuidado ninguno podía dilatar la entrega un mes. Si la de Bringas se comprometía a decolverle los mil y setecientos reales en el plazo de treinta días, ningún inconveniente había en facilitárselos. Al contrario: él tenía muchísimo gusto... ¡Un mes! ¡Qué dicha! Ni tanto tiempo necesitaba ella para reunir la cantidad, bien exprimiendo con implacables ahorros el presupuesto ordinario, bien vendiendo algunas prendas que ya habían pasado de moda... ¡Ah!, cuidadito..., secreto absoluto con Bringas...

Segura ya de poder cumplir con Sobrino Hermanos, se descargaba su conciencia de un peso horrible. Ya no le cortaría la respiración el miedo de que apareciese el funesto cobrador de la tienda cuando Bringas estaba en la casa. Recobró el apetito, que había perdido, y sus nervios se tranquilizaron. Es que, la verdad, hallábase por aquellos días bajo la acción de un trastorno espasmódico que simulaba una desazón grave, y le costó trabajo impedir que su marido llamara al médico de *familia*.

Se estaba poniendo el mantón para ir a pagar (pues Torres le trajo el dinero aquella misma tarde), cuando entró Milagros. ¡Qué guapa venía y qué elegante!... «Mire usted..., he tomado esta cinta azul para el canesú. Es de un tono muy nuevo y con un tornasol verde que... ¿Ve usted cómo cambia?... Descansaré un momento, y luego saldremos juntas.

Traigo mi coche... ¡Ah! ¡Si viera usted qué sombreros tan preciosos han recibido las *Toscanas!* Hay uno que es para modelo, divino, originalísimo, sobrenatural. Figúrese usted..., un *Florián* de paja de Italia, adornado de flores del campo y terciopelo negro... Aquí, a un ladito, tiene un *aigrette* con pie negro colocada así, así... Por detrás, velo negro, que cae sobre la espalda... Pero piden por él un ojo de la cara.»

ROSALÍA.—*(Sintiendo un bulle-bulle en su cabeza y representándose, con admirable poder de alucinación, el conjunto y las partes todas del bien descrito sombrero.)* Aunque no lo hemos de comprar, pasaremos por allí para verlo.

Salieron juntas y entraron en el coche, que esperaba en la puerta del Príncipe. Milagros charlaba sin fatiga. Ocupóse de las cosas que había visto, de las telas para verano que habían llegado a la tienda de Sobrino Hermanos y de las obras que proyectaba, en orden de vestimenta, contando con los no muy abundantes recursos a que la tenía reducida su marido. Repentinamente acordóse de que debía pagar la compostura y reforma de un alfiler en casa del diamantista... ¡Qué diablura! Se le había olvidado el portamonedas, y en aquella casa ni le daban crédito ni quería solicitarlo, por cierta cuestión desabrida que tuvo en otro tiempo con el dueño de ella... No había que apurarse por tan poca cosa. Rosalía llevaba dinero.

—¡Ah! Bueno..., es lo mismo. Se lo daré a usted mañana o pasado... En fin, cuando nos veamos.

Por un instante quedóse perpleja y desconcertada la señora del buen Thiers, no sabiendo si arrepentirse del ofrecimiento que había hecho, o si congratularse del servicio que gallardamente prestaba a su amiga. Pero el alma humana es manantial inagotable de remedios para sus propios males, y la turbación de Rosalía curóse con un raciocinio que en su mollera brotó muy oportunamente, el cual hubo de desenvolverse así: «Pago la mitad de la cuenta a Sobrino, asegurándole que la otra mitad será, sin falta, el mes que viene. Doy a Milagros los treinta duros que necesita, ¡la pobre!, y aún me queda algo para el pedazo de *foulard,* para las dos o tres plumas del sombrero de Isabelita y los botones de nácar. La verdad, no me puedo pasar sin ellos.» Todo se cumplió al pie de la letra, conforme al programa de aquel raciocinio nacido en el zarandeo de un coche, corriendo de tienda en tienda, bajo la acción intoxicante de una embriaguez de trapos.

XII

Don Francisco, absorto en el interés de su obra, no se apartaba ni un punto de ella, aprovechando todo el tiempo que le dejaba libre su descansado empleo. Con mal acuerdo, había suprimido el pasear por las tardes, costumbre en él antigua; y su amigo don Manuel María José Pez, viéndose privado de quien le hacía la pareja en aquella hora de higiénico solaz, se iba tan campante a Palacio para no perder la costumbre de la compañía bringuística.

El trayecto desde el Ministerio a Palacio, la nada corta escalera de Damas, eran campo suficiente de un saludable ejercicio; y si, además, salía con don Francisco o su mujer a dar cuatro vueltas por la magnífica terraza que rodea el patio grande, ya tenía asegurado un mediano apetito para la hora de comer. Las amonestaciones más cariñosas eran siempre ineficaces para apartar a Bringas de su faena mientras duraba la luz solar. Ni que le rogaran, ni que le reprendieran, ni que augurasen mareos, cefalalgia o ceguera, se conseguía que parase en la febril, aunque ordenada marcha de su trabajo. Pez charlaba con él algunos ratos de los sucesos políticos; pero, comúnmente, iba con Rosalía a dar una vuelta por la terraza. Aquel paseo era sosegado y gratísimo, porque la cavidad del edificio defiende a la terraza de los embates del aire, sin perjuicio de la ventilación. El más puro y rico aire de la sierra es para Palacio y para su ciudad doméstica, situada lejos del espeso aliento de la villa y en altura tal, que ni las palomas y gorriones gozan de atmósfera más sana y más prontamente renovada. El paseo por sitio tan monumental halagaba la fantasía de la dama, trayéndole reminiscencias de aquellos fondos arquitectónicos que Rubens, Veronés, Vanloo y otros pintores ponen en sus cuadros, con lo que magnifican las figuras y les dan un aire muy aristocrático. Pez y Rosalía se suponían destaca-

dos elegantemente sobre aquel fondo de balaustradas, molduras, archivoltas y jarrones, suposición que, sin pensarlo, los compelía a armonizar su apostura y aun su paso con la majestad de la escena.

Era este Pez el hombre más correcto que se podía ver, modelo excelente del empleado que llaman *alto* porque le toca ración grande en el repartimiento de limosnas que hace el Estado; hombre que en su persona y estilo llevaba como simbolizadas la soberanía del Gobierno y las venerables muletillas de la Administración. Era de trato muy amable y cultísimo, de conversación insustancial y amena, capaz de hacer sobre cualquier asunto, por extraño que fuese a su entender oficinesco, una observación paradójica. Había pasado toda su vida al retortero de los hombres políticos, y tenía conocimientos prolijos de la historia contemporánea, que en sus labios componíase de un sinfín de anécdotas personales. Poseía la erudición de los chascarrillos políticos, y manejaba el caudal de frases parlamentarias con pasmosa facilidad. Bajo este follaje se escondía un árido descreímiento, el ateísmo de los principios y la fe de los hechos consumados, achaque muy común en los que se han criado a los pechos de la política española, gobernada por el acaso. Hombre curtido por dentro y por fuera, incapaz de entusiasmo por nada, revelaba Pez en su cara un reposo semejante, aunque parezca extraño, al de tantos santos que gozan la bienaventuranza eterna. Sí, el rostro de Pez decía: «He llegado a la plenitud de los tiempos cómodos. Estoy en mi centro.» Era la cara del que se ha propuesto no alterarse por nada ni tomar las cosas muy en serio, que es lo mismo que resolver el gran problema de la vida. Para él, la Administración era una tapadera de fórmulas baldías, creada para encubrir el sistema práctico del favor personal, cuya clave está en el cohecho y las recomendaciones. Nadie sabía servir a los amigos con tanta eficacia como Pez, de donde le vino la opinión de *buena persona*. Nadie como él sabía agradar a todos, y aun entre los revolucionarios tenía muchos devotos.

Su carácter salía sin estorbo a su cara simpática, sin arrugas, admirablemente conservada, como ciertas caras inglesas curtidas por el aire libre y el ejercicio. Eran cincuenta años que parecían poco más de cuarenta; medio siglo decorado con patillas y bigote de oro oscuro con ligera mezcla de plata, limpios, relucientes, declarando en su brillo que se les consagraba un buen ratito en el tocador. Sus ojos eran españoles netos, de una serenidad y dulzura tales, que recordaban los que Murillo supo pintar interpretando a San José. Si Pez no se afeitara el mentón, y en vez de levita llevara túnica y vara, sería la imagen viva del santo Patriarca, tal como nos le han transmitido los pintores. Aquellos ojos decían a todo el que los miraba: «Soy la expresión de esa España dormida, beatífica, que se goza en ser juguete de los sucesos y en nada se mete con tal que la dejen comer tranquila; que no anda, que nada espera y vive de la ilusión del presente, mirando al cielo, con una vara florecida en la mano; que se somete a todo el que la quiere mandar, venga de donde viniere, y profesa el socialismo manso; que no entiende de ideas, ni de acción, ni de nada que no sea soñar y digerir.»

Vestía este caballero casi, casi como un figurín. Daba gozo ver su extraordinaria pulcritud. Su ropa tenía la virtud de no ajarse ni empolvarse nunca, y le caía sobre el cuerpo como pintada. Mañana y tarde, Pez vestía de la misma manera, con levita cerrada de paño, pantalón que parecía estrenado el mismo día y chistera reluciente, sin que ese esmero pareciese afectado ni revelara esfuerzo o molestia en él. Así como en los grandes estilistas la excesiva lima parece naturalidad fácil, en él la corrección era como un desgaire bien aprendido. Llevaba a todas partes el empaque de la oficina, y creeríase que levita, pantalón y sombrero eran parte integrante de la oficina misma, de la Dirección, de la Administración, como en otro orden lo eran los volantes con membrete, el retrato de la reina, los sillones forrados de terciopelo y los legajos atados con cintas rojas.

Cuando hablaba se le oía con gusto, y él gustaba también de oírse, porque recorría con las miradas el rostro de sus oyentes para sorprender el efecto que en ellos producía. Su lenguaje habíase adaptado al estilo político creado entre nosotros por la Prensa y la tribuna. Nutrido aquel ingenio de las propias fuentes

de la amplificación, no acertaba a expresar ningún concepto en términos justos y precisos, sino que los daba siempre por triplicado.

Va de ejemplo:

THIERS.—*(Sin apartar la vista de su obra.)* ¿Qué hay de destierro de generales?

PEZ.—Al punto a que han llegado las cosas, amigo don Francisco, es imposible, es muy difícil, es arriesgadísimo aventurar juicio alguno. La revolución, de que tanto nos hemos reído, de que tanto nos hemos burlado, de que tanto nos hemos mofado, va avanzando, va minando, va labrando su camino y lo único que debemos desear, lo único que debemos pedir, es que no se declare verdadera incompatibilidad, verdadera lucha, verdadera guerra a muerte entre esa misma revolución y las instituciones, entre las nuevas ideas y el Trono, entre las reformas indispensables y la persona de su majestad.

XIII

Pez y Rosalía, como he dicho, salían a dar vueltas por la terraza. La ninfa de Rubens, carnosa y redonda, y el espiritual San José, de levita y sin vara de azucenas, se sublimaban sobre aquel fondo arquitectónico de piedra blanca que parece tosco marfil. Ella arrastraba la cola de su elegante bata por las limpias baldosas unidas con asfalto, y él, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, recogido el borde de la levita, accionaba levemente con la derecha, empuñando un junco por la mitad. A veces, los ruidos del patio atraían la atención de ambos, y se asomaban a la balaustrada. Era el coche de las infantitas, que iban de paseo, o el del ministro de Estado, que entraba. Detenían se a ratos delante de los cristales de la habitación de doña Tula, porque desde dentro personas conocidas los saludaban con expresivo mover de manos. Ya se paraban a hablar con doña Antonia, la guardarropa, que corría las persianas y regaba sus tiestos; ya se les unía alguna distinguida persona de la vecindad, la señora del secretario del rey, la hermana del mayordomo segundo, el inspector general con su hija, y paseaban juntos, conversando frívolamente. Cuando estaban enteramente solos, el digno funcionario solía confiar a Rosalía sus disgustos domésticos, que últimamente habían llegado a turbar la venturosa serenidad de su carácter.

¡Oh! El gran Pez no era feliz en su vida conyugal. La señora de Pez, por nombre Carolina, prima de los Lantiguas (aunque equivocadamente, se ha dicho en otra historia que descendía del frondoso árbol pipaónico), se había entregado a la devoción. La que en otro tiempo fué la misma dulzura, habíase vuelto arisca e intratable. Todo la enfadaba y estaba siempre riñendo. Con tantos alardes de perfección moral y aquella monomanía de prácticas religiosas, no se podían sufrir sus rasgos de genio endemoniado, su fiscalización inquisitorial, ni menos sus ásperas censuras de las acciones ajenas. Pasaban meses sin que ella y su marido cambiasen una sola palabra. Era la casa como un club por el disputar constante y las reyertas fundadas en cualquier bobería. «Si la batalla fuera exclusivamente entre ella y yo —decía Pez—, lo llevaría con paciencia; pero de poco tiempo acá intervienen con calor nuestros hijos.» Las pobres niñas no se mostraban deseosas de seguir a su mamá por aquel camino de salvación... Naturalmente, eran jóvenes y gustaban de ir al teatro y frecuentar la sociedad. ¡Qué escándalos, qué sofocos, qué lloriqueos por esta incompatibilidad del solaz mundano y de los deberes religiosos! No pasaba día sin que hubiese alguna tremolina y también síncopes, por los cuales era preciso llamar al médico y traer estas y las otras drogas... Pez procuraba transigir, concordar voluntades; pero no conseguía nada. En último caso, siempre se inclinaba del lado de las pobres chicas, porque le mortificaba verlas rezando más de la cuenta y haciendo estúpidas penitencias. Si ellas eran muy cristianas y católicas, ¿a qué conducía el volverlas santas y mártires a quema ropa? Por su parte, don Manuel conceptuaba indispensable el freno religioso para el sostenimiento de la sociedad y el orden. Siempre había defendido la religión, y le parecía muy bien que los gobiernos la protegieran, persiguiendo a los difamadores de ella. Llegaba hasta admitir, como indispensable en el régimen político de su tiempo, la mojigate-

ría del Estado, pero la mojigatería privada le reventaba.

Lo más grave de todo era la lucha de Carolina con sus hijos varones. El pequeño no podía librarse aún de la tutela materna, y estaba todo el día en la iglesia con su librito en la mano. Pero Joaquín, que ya tenía veintidós años, abogado, filósofo, economista, literato, revisterio, historiógrafo, poeta, teogonista, ateneísta, ¿cómo se podía someter a confesar y comulgar todos los domingos? Federico también era muy precoz, y hacía articulejos sobre el *Majabarata*. El trueno gordo estallaba cuando uno u otro decían algo que a su mamá le parecía sacrilegio. ¡Cristo, la que se armaba! Un día, comiendo, tiró Carolina del mantel, rompió los platos, derramó el contenido de ellos y la sal y el vino y se encerró en su cuarto, donde estuvo llorando tres horas. A las pobrecitas Rosa y Josefa que hasta el otoño anterior habían vestido de corto, las obligaba a confesar todos los meses. ¡Inocentes! ¿Qué pecados podían tener, si ni siquiera tenían novio?

Lo peor era que la displicente señora echaba a Pez la culpa de la irreligiosidad de la prole. Sí: él era un ateo enmascarado, un herejote, un racionalista, pues se contentaba con oír misa sólo los domingos casi desde la puerta, charlando de política con don Francisco Cucúrbitas. Creía que con hacer genuflexión cuando alzaban, arrodillarse sobre el pañuelo y garabatearse en el pecho y en la fretne la señal de la cruz, bastaba. Para eso valía más ser protestante. En todo el tiempo que llevaba de casada no le había visto acercarse ni una sola vez al tribunal de la Penitencia. Sus devociones habían sido puramente decorativas, como llevar hacha en una procesión o sentarse en los bancos de preferidos cuando se consagraba un obispo... En fin, con estas tonterías de su mujer estaba el pobre Pez, no en el agua, sino sofocado y aburridísimo. Bien sabía él quién había metido a Carolina en este fregado del misticismo, y no era otra que su prima Serafinita de Lantigua, que gozaba de opinión de santa. Hablando en plata, la tal prima era una calamidad. En la iglesia veíanse diariamente a las seis de la mañana, Carolina y Serafinita, y allí se despachaban a su gusto. En casa, la señora de Pez, cambiando a veces el estilo conminatorio por el comparativo, ponía por modelo a sus hijos la virtud de Luisito Sudre, el de Tellería, que era un santo en leche, y ya se daba zurriagazos en sus rosadas carnes. Al pobre Pez le decía constantemente que se mirase en el espejo de don Juan de Lantigua, el gran católico, el gran letrado y escritor, tan piadoso en la teoría como en la práctica, pues no hacía nada contrario al dogma; ni su cristianidad era de fórmula, sino sincera y real; hombre valiente y recto, que no se avergonzaba de cumplir con la Iglesia y de estarse tres horas de rodillas al lado de las beatas. No era como Pez, como toda la caterva moderada, que hace de la religión una escalera para subir a los altos puestos; no era como esos hombres que se enriquecen con los bienes del clero y luego predican el catolicismo en el Congreso para engañar a los bobos; como esos hombres que llevan a Cristo en los labios y a Luzbel en el corazón, y que creen que dando algunos cuartitos para el Papa ya han cumplido. ¡Farsa, comedia, abominación!

En fin, don Manuel había tomado en aborrecimiento su domicilio, y estaba en él lo menos posible. La tranquilidad no existía para él más que en la oficina, donde no hacía más que fumar y recibir a los amigos, y en casa de alguno de éstos, como Bringas, por ejemplo. ¡Oh, cuánto envidiaba la paz del hogar de don Francisco y aquella dulce armonía entre los caracteres de uno y otro cónyuge! El había sido feliz en sus tiempos, pero ya no. *Et in Arcadia ego*. Era un paria, un desterrado, y pedía por favor que le tuvieran cariño y aun que le mimaran, para consolarle de la tormentosa vida que llevaba en casa.

Contaba Pez estas cosas a Rosalía con gran vehemencia, y ella le oía con interés vivísimo y con lástima. Charlando, charlando apenas sentían el correr de las horas, y cuando del hondo patio salía la sombra lenta, mezclada de un fresquecillo húmedo; cuando la luz solar se dilataba en las alturas y empezaban a clavetear el cielo las pálidas estrellas, don Francisco, dejando los laboriosos pelos, aparecía frotándose los ojos y tomaba parte en la conversación.

XIV

Desde que el primo Agustín emigró a Burdeos, los de Bringas no iban al teatro sino de tarde en tarde, ocupando localidades de amigos enfermos o de aquellos que se aburrían de la repetición excesiva de una pieza dramática. No recuerdo si eran los lunes o los martes cuando Milagros hacía la gracia de *quedarse en casa*. Don Francisco iba a estas reuniones con su mujer; pero últimamente se sentía tan fatigado, que Rosalía tuvo que ir sola con Paquito. En mayo, la proximidad de los exámenes obligaba al discreto joven a no desamparar sus estudios, y entonces acompañaba a su mamá hasta el portal de la casa de Tellería, volviéndose a la suya y a la fatiga de sus libros. Pez era el encargado de llevar a la señora de Bringas al domicilio conyugal, a las doce o la una de la noche, y por el camino, que desde el primer trozo de la calle de Atocha a Palacio no es muy largo, rara vez dejaba don Manuel de entonar la jeremíada de sus disturbios domésticos. Cada noche relataba episodios más lastimosos, y conseguía mover borrascas de compasión en el pecho de Rosalía.

Cuando ésta llegaba a su vivienda, ya con Francisco, fatigadas vista y cabeza después del trabajo del cenotafio, se había metido en la cama y dormitaba, tosiendo unos ratos y roncando otros. Después de dar una vuelta por el cuarto de los niños para ver si estaban desabrigados o si Isabelita tenía pesadilla, Rosalía charlaba un poco con su marido, mientras iba soltando, una por una, sus galas, sus faldas y aquella máquina del corsé, donde su carne prisionera reclamaba con muy visibles modos la libertad. Aunque tenía mucho gusto en ir a las tertulias de Milagros, la rutina de adular a su marido inspirábale conceptos algo contrarios a la verdad; pero bien se le pueden perdonar en gracia de los juicios maravillosamente exactos que hacía sobre cosas y personas observadas por ella en los salones de Tellería.

—Hijito, si tú no vuelves, yo no voy más allá. Me fastidia la tertulia de Milagros lo que no puedes figurarte... Aquello no es para mí. ¡Se ven unas cosas...! ¡Por cierto que me río más!... La pobre Milagros, como tiene tanta confianza conmigo, todo me lo cuenta, y sé sus apuros como si los pasara yo misma. Es una sofocación, y yo no sé cómo esa mujer tiene alma para recibir gente sin poseer medios para nada. Esta noche no ha dado más que cuatro melindres, cuatro porquerías... ¡Qué vergüenza! Figúrate lo que saldrán diciendo los gorrones que no van a esas casas más que para que les den de cenar... En mi vida he visto mujer de más pecho. Habían dado las siete, y aún no sabía cómo arreglar el *buffet*. Mandó a la confitería..., es para morirse de risa..., y no quisieron fiarle veinte libras de pastas. No sé de dónde sacó aquel jamón en dulce que era todo recortes y sobras, ni aquella cabeza de jabalí que olía a desperdicios... En fin, un asco... Tenía buenos vinos, eso sí... Vete a saber de dónde los ha sacado, y quién es el incauto que se los dió... Estaba la pobre apuradísima; ¡pero cómo lo disimulaba!... No creas, tan campante, sonriendo a todo el mundo; y cuando iba para adentro se transformaba y parecía un capitán de barco mandando la maniobra en caso de naufragio. *(Indignándose.)* ¡Ah! Ese badulaque, ese zanganote del marqués tiene la culpa. Está empeñado hasta los ojos, y el día en que los acreedores se echen encima, no tendrá camisa que ponerse. La pobre Milagros es muy buena, es un alma de Dios; pero hay que reconocer que es muy gastadora. Si le ponen mil duros en la mano, se los gasta en un día como si fueran cien reales. Yo le doy consejos, le predico, le trazo un plan, un método; pero, ¡quia!, es inútil. A veces parece reformada; pero sale, pasa por una tienda, ve cualquier trapo y *adiós mi dinero...*, pierde el seso, le entra la fiebre... Yo le digo, cuando la veo comprar: «Ya se le saltó a usted un tornillo de la cabeza...» ¡Y si vieras...! Los hijos dan lástima. Esta noche entré en el cuarto de Leopoldito, y te digo que parece un biombo de una zapatería de portal; la pared, llena de mamarrachos pegados con obleas, escenas de toros, caricaturas de periódicos...; en fin, indecentísimo, y cada cosa por su lado, todo revuelto; mucho olor a potingue de botica, porque el chico es una lacería; noveluchas de a peseta en vez de libros de estudio; látigos y bastones en tal número, que habría para poner tienda de ello; la cama, deshecha, porque

se había levantado a las seis de la tarde... Por allí andaba cojeando con las botas rotas, pidiendo de comer y atisbando los dulces y fiambres que traían, para abalanzarse a ellos como un hambriento... Gustavo ya es otra cosa. ¡Qué formalito y qué bien educado! Allí andaba discutiendo con los hombres y echando mucha palabra retumbante... Se me figura un muñeco de Scropp con su frasquito sietemesino, y cuando habla, lo mismo que cuando anda, parece que le han dado cuerda con una llave... María es la que se está poniendo hermosísima. La marquesa no la presenta aún para que no la envejezca, y da dolor ver aquella mujercita tan desarrollada ya..., no creas: tiene más delantera que su mamá...; da dolor verla metida allá dentro, jugando con las muñecas, enredando con las criadas o copiando temas del francés. Bastante tenía que hacer la pobre esta noche con vigilar al hermanito para que no se metiese con las manos sucias en todo y no sobase los dulces y no lamiera los helados... Yo tomé una yema que apestaba a aceite de hígado de bacalao, y de fijo anduvieron por allí los dedos de Leopoldito. *(Indignada otra vez.)* Pero el marqués..., ¡vaya un apunte! Quien le oye y no le conoce cree que es el hombre más juicioso del mundo. No habla más que del Senado y de las cosas que ha dicho o va a decir allí. ¡Qué pico de oro! El arreglaría todos los asuntos de España si le dejaran... Pero como no le dejan, eso se pierde el país. Según dice, las Comisiones le absorben todo el tiempo... Dictamen acá, dictamen allá... Me ha dicho Milagros que de algunos meses a esta parte se dedica a las criadas, y que no puede entrar en la casa ninguna que no sea un espanto de fea. En fin, que el marqués, bajo aquella capita de caballero, es una sentina. A mí no me puede ver, porque le suelto cada indirecta... Es que me da asco, y la pobre Milagros me causa mucha pena. ¡Pobre mujer, pobre mártir! Figúrate que su *mariducho,* como ella dice, le tiene siempre a la cuarta pregunta, y la infeliz pasa la pena negra para salir adelante con el gasto de la casa. Así, no extraño que la pobrecita haya tenido algunas distracciones... No soy yo quien lo dice; lo dicen otros, y aunque lo repito en confianza, no significa esto que lo crea, porque a saber si...

Don Francisco, dormido ya profundamente, estaba tan distante de todas aquellas miserias que su mujer contaba como lo está el Cielo de la Tierra.

XV

No versaban todas las confidencias sobre el mismo tema; que la fértil imaginación de Rosalía buscaba instintivamente la variedad en aquellas nocturnas raciones de jarabe de pico con que arrullaba a su buen esposo. Atenta a sostener siempre el papel que representaba y que desde algún tiempo exigía de ella mucho esmero, por apartarse cada día más de la expresión sincera de su carácter, mostrábase disgustada de cosas que, en realidad, le producían más agrado que pena; verbigracia:

—¡Ay hijito! Yo creí que nuestro amigo Pez no acababa esta noche de contarme sus trapisondas domésticas. De veras, le tengo lástima... Pero ¡qué mareo de hombre y qué organillo de lamentaciones! Carolina no tiene perdón de Dios, y bien podía enmendarse, al menos para evitarnos las jaquecas que nos da su marido...

Don Francisco se dormía antes que ella. A veces, Rosalía estaba desvelada e inquieta hasta muy tarde, envidiando el dulcísimo descanso de aquel bendito, que reposaba sobre su conciencia blanda como un ángel sobre las nubes de la Gloria. La ingeniosa dama no hallaba blanduras semejantes, sino algo duro y con picos que la tenía en desasosiego toda la noche. Porque su pasión de lujo la había llevado, insensiblemente, a un terreno erizado de peligros, y tenía que ocultar las adquisiciones que hacía de continuo por los medios más contrarios a la tradición económica de Bringas. Tenía los cajones de la cómoda atestados de pedazos de tela: éstos cortados, aquéllos por cortar. Enorme baúl mundo guardaba, con sospechosa discreción, mil especies de arreos diversos, los unos antiguos, retocados o nuevos los otros, todo a medio hacer, revelando la súbita interrupción del trabajo por la presencia de testigos importunos. Era preciso ocultar esto a la vigilancia fiscal de don Francisco, que en todo se metía,

que interpelaba hasta por un carrete de algodón no presupuesto en su plan de gastos. Rosalía se desvelaba pensando en los embustes que habían de servirle de descargo en caso de sorpresa. ¿Con qué patrañas explicaría el crecimiento grande de la riqueza y variedad de su guardarropa? Porque la muletilla de los regalos de la reina estaba ya muy gastada y no podía usarse más tiempo sin peligro.

Un día, don Francisco volvió de la oficina antes de lo que acostumbraba, y sorprendió a Rosalía en lo más entretenido de su trabajo, funcionando en el Camón, como si éste fuera un taller de modista, y asistida de una costurera que había llevado a casa. Más que taller, parecía el Camón la sucursal de Sobrino Hermanos.

—Peeero, mujer, ¿qué es esto?—dijo Thiers, absorto, como quien ve cosas sobrenaturales o mágicas y no da crédito a sus ojos.

Había allí como unas veinticuatro varas de *Mozambique* del de a dos pesetas vara, a cuadros, bonita y vaporosa tela que la Pipaón, en sueños, veía todas las noches sobre sus carnes. La enorme tira de trapo se arrastraba por la habitación, se encaramaba a las sillas, se colgaba de los brazos del sofá y se extendía en el suelo, para ser dividida en pedazos por la tijera de la oficiala, que, de rodillas, consultaba con patrones de papel antes de cortar. Tiras y recortes de *glacé,* de las más extrañas secciones geométricas, cortadas al *bies,* veíanse sobre el baúl esperando la mano hábil que los combinase con el *Mozambique.* Trozos de brillante raso, de colores vivos, eran los toques calientes, aún no salidos de la paleta, que el bueno de Bringas vió diseminados por toda la pieza, entre mal enroscadas cintas y fragmentos de encaje. Las dos mujeres no podían andar por allí sin que sus faldas se enredaran en el *Mozambique* y en unas veinte varas de *popeline* azul marino que se había caído de una silla y se entrelazaba con las tiras de *foulard.* De aquel bonito desorden salía ese olor especialísimo de tiendas de ropas, que es resto de los olores del tinte fabril, mezclado con los del papel y la madera de los embalajes. Sobre el sofá, media docena de figurines ostentaban en mentirosos colores esas damas imposibles, delgadas como juncos, tiesas como palos, cuyos pies son del tamaño de los dedos de la mano; damas que tienen por boca una oblea encarnada, que parecen vestidas de papel y se miran unas a otras con fisonomía de imbecilidad.

Al verse cogida en flagrante, el primer impulso de Rosalía fué recoger todo; pero le faltó tiempo, y el vapor mismo sugirióle una pronta salida, rasgo genial de aquel sutilísimo entendimiento.

—Calla, hombre, por Dios—le dijo, pasándole el brazo por la espalda y sacándole suavemente del Camón para que no se enterase la modista... Es que..., yo creí que te lo había contado anoche. Esos vestidos son de Milagros. Ayer, ¡si vieras!, tuvo la pobre una espantosa reyerta con ese caribe del marqués. Que si él era el que gastaba, que si gastaba más ella, que si tú, que si yo... Por poco hay una tragedia. Yo estaba presente..., y te digo que ya estaba pensando en mandar que trajeran árnica... Milagros, que ahora no puede encargarle nada a Eponina porque su marido no le pagaba las cuentas, compró las telas y llevó a su casa una modista para hacerse un par de trajes de verano... ¿Qué cosa más natural? La pobre se arreglaba con veinticuatro varas de *Mozambique,* a dos pesetas vara, y veintidós de *poplín,* a catorce... Ya ves qué economía. Pues nada: entra aquel tagarote, que, sin duda, venía de perder cientos de duros a una sota, y lo mismo fué ver las telas y la modista, empieza a echar por aquella boca unas herejías... ¡Santo Cristo! Yo me quedé... Nada: todo se le volvía pisotear la tela y dar con el pie a los figurines, diciendo: «¡Brrr!», qué sé yo. Que la pobre Milagros le ha arruinado con sus pingajos. ¿Has visto qué borricadas? Luego se quitó de cuentos, y, cogiendo a la pobre modista por un brazo, la plantó en la calle, sin darle tiempo a que se pusiera la mantilla. ¿Has visto qué pedazo de bárbaro?... Milagros se desmayó. Tuvimos que aplicarle éter y qué sé yo qué más cosas... En fin, por sacarla de este compromiso, he tenido que traerme a casa las telas y la modista para hacer aquí la labor. Ella vendrá luego a dirigirla, porque yo, francamente, entiendo poco de estas cosas tan historiadas y tan recargaditas. Emilia, esa chica, es muy hábil y trabaja por poco dinero... Es una infeliz sin

pretensiones, pero le da palmetazo al célebre Worth, no te creas...

Con estas ingeniosidades, aquel buen cristiano se aplacó, y como al poco rato vino la marquesa, se encerraron las tres en el Camón y estuvieron picoteando todo el día, cortando, midiendo, probando, deshaciendo y volviendo a probar, lo dicho por Rosalía resultó tan verosímil como la verdad. Preocupábase, a todas éstas, la dama de las insuperables dificultades que sobrevendrían cuando estrenase aquellos vestidos, pues en tal caso, y contra la evidencia, no valdrían los bien trabados enredos que sabía imaginar. Se consolaba con la esperanza de un hecho que sería solución muy fácil y segura. González Bravo había ofrecido a don Francisco un Gobierno de provincia. Pez le instaba para que aceptase, seguro de que se luciría y de que la provincia a quien le cayese un gobernador tan honrado y respetable, habría de saltar de gozo. Pero a él le repugnaba lo espinoso del cargo, y no quería abandonar su tranquilidad y aquel vivir oscuro en que era tan feliz. Si, al fin, aceptaba Bringas, se iría solo a su ínsula, y la desconsolada esposa se quedaría en Madrid con libertad de estrenar cuantos vestidos quisiera. Pero siendo lo más probable que el gran economista no aceptase, Rosalía se calentaba los sesos discurriendo la salida de su compromiso, y, al fin, halló una fórmula que, mucho antes de la ocasión de emplearla, revolvía y ensayaba en su mente.

XVI

«Ya ves, hijito—decía para sí un mes antes que el hecho fuera real—, lo que ha pasado... No te lo quise decir para que no te disgustaras, porque, al fin, nuestra amiga es, y en casa se ha hecho este trabajo. Emilia le exigió el pago adelantado... Pura terquedad. ¡De repente, cañonazo!... Sobrino le pasó la cuenta. Ni a una cosa ni a otra pudo atender la pobre Milagros... No tienes idea de las trapisondas... Ya te contaré. En fin, que he tenido que quedarme con los vestidos por menos de la tercera parte de su valor, y me los he arreglado yo misma para no gastar... Es regalado, es una verdadera ganga... Emilia se ha empeñado en ello, y dice que le pague cuando yo quiera... Ya ves...»

Bien preparada estaba la comedia para cuando llegase el caso de representarla. Entre tanto, se trabajaba sin descanso en el Camón, con asistencia de Milagros, que cada día llevaba una novedad, ideas felices, la inspiración más reciente de su genio fecundísimo; verbigracia:

—Yo no puedo ser muy espléndida este verano. Verá usted cómo me arreglo. En casa de los Hijos de Rotondo me han dado unas veinticinco varas de *Bareges*, muy arregladito... Me ha dicho la de San Salomó que el *Bareges* se llevará mucho este verano. Francamente, los *Mozambiques* me apestan ya... Pues sí..., arreglaré ese vestido con una sencillez verdaderamente pastoril. Verá usted...: tres volantes y adorno de sedas delgadas. El volantito, estrecho, guarnecido de encaje, y el entredós, bordado, formando hombrera a lo *jockey*... Cinturón color lila, cerrado por delante con una escarapelita... ¿Sabe usted que aquel sombrero me parece algo estrepitoso?... Tengo otro en proyecto. Verá usted. Con un casquete que guardo del año pasado y las cintas aquellas de terciopelo... No me faltan más que un *penacho* y un *marabout* de novedad que le pondré al lado derecho, así...

A principios de mayo, Rosalía tuvo que sustraerse, no sin pena, a aquel delicioso trabajo. El médico había ordenado que Isabelita fuera sacada a paseo todas las mañanas. El tiempo estaba hermosísimo y convidaba a gozar de la apacible amenidad del Retiro. Empezó la dama sus paseos matutinos con Isabelita y el pequeñuelo, y desde el segundo día se le agregó el señor de Pez, que padecía de rebeldes inapetencias. Moreno Rubio le había prescrito que madrugara, que se pusiera entre pecho y espalda un vaso grande de agua de la fuente Egipcia o de la Salud, y que la paseara después por espacio de dos horas antes de la hora del almuerzo.

¡Qué contentos iban los cuatro a lo Reservado, cuya entrada se les franqueaba por ser Rosalía *de la casa!* Y ¡cuánto gozaban los chicos viendo la Casita del Pobre, la del Contrabandista y la Persa, echando migas a los patitos de la casa del Pescador, subiendo a la carrera por las espirales de la *Montaña*

artificial, que es, en verdad, el colmo del artificio! Todos aquellos regios caprichos, así como la Casa de Fieras, declaran la época de Fernando VII, que, si en política fué brutalidad, en artes fué tontería pura.

Rosalía y don Manuel, influídos favorablemente por la gala de la vegetación, la frescura del aire y el picor del sol de mayo, se reverdecían, y a ratos casi eran tan chiquillos como los chiquillos, es decir, que charlaban atolondradamente, y su andar no era siempre todo lo mesurado que corresponde a personas graves, pues ya lo precipitaban, ya lo contenían más de la cuenta, mientras los niños jugaban al escondite entre las espesas matas. El vaso de agua, obrando maravillosamente sobre la mucosa y todo el aparato digestivo del funcionario, producía efectos maravillosos. Activadas sus funciones vitales, recobraba su alegría y verbosidad ampulosa: los instintos galantes no se quedaban atrás en aquella resurrección matutina. Parece mentira que un vaso de agua produzca tales efectos. ¡Cuántas veces tenemos en la mano, sin percatarnos de ello, el remedio de inveterados males!... La fácil palabra de Pez, saltando de un concepto a otro, llegó al capítulo de las lisonjas, que en aquel caso eran muy fundadas, y allí fué el ponderar la frescura y gracia de la dama. ¡Qué bien le sentaba todo lo que se ponía, y qué majestad en su porte! Pocas personas poseían como ella el arte de vestirse y el secreto de hacer elegante cuanto usara... Estas bocanadas de incienso ahogaban a Rosalía, quiero decir, que el depósito de la vanidad (cierta vejiga que los fatuos tienen en el pecho) se le inflaba extraordinariamente y apenas le permitía respirar. También a ella le cosquilleaba en el interior el deseo de hacer algunas confidencias; pero el respeto de su marido le ponía un freno. Por fin, tanto extremó Pez los panegíricos de ella, que la indiscreción se sobrepuso a la prudencia. Los vi varias veces cuando regresaban, ella cargada con un ramo de lilas, el velo un poco echado atrás, cual si sacrificara la compostura a la libertad de la vida campestre, el rostro algo encendido por la agitación del paseo y la vehemencia del discurso; él cargado con otro ramo suplementario, hecho un pollastro, con diez años quitados por ensalmo de encima de su cuerpo; los niños, revoloteando ora delante, ora detrás, ensuciándose de tierra y azotándose con varitas, sacudiendo los árboles tiernos y saltando las acequias salidas de madre. Rosalía hablaba; pero ¿quién, sino el mismo Pez, podría recoger sus palabras, impregnadas de un cierto desconsuelo y melancolía dulce?

La pobrecita no podía lucir nada, porque su marido... Ante todo, no se cansaría de repetir que era un ángel, un ser de perfección... Pero esto no quitaba que fuera muy tacaño y que la tuviese sujeta a un mal traer, deslucida y olvidada. Y no era ciertamente porque careciese de medios, pues Bringas tenía sus ahorros, reunidos cuarto a cuarto. ¿Y para qué? Para maldita la cosa, por el simple gusto de juntar monedas en un cajoncillo y contarlas y remirarlas de cuando en cuando... Sin duda, aquel hombre..., que era muy bueno, eso sí, esposo sin pero y padre excelente..., no sabía colocar a su mujer en el rango que por su posición correspondía a entrambos. Porque ella tenía que alternar con las personas de más viso, con títulos y con la misma reina; y Bringas, no viendo las cosas más que con ojos de miseria, se empeñaba en reducirla al vestidito de merino y a cuatro harapos anticuados y feos. ¡Oh!, lo que ella sufría, lo que penaba para adecentarse era cosa increíble. ¡Sólo Dios y ella lo sabían!... Porque su marido llevaba cuenta y razón de todo, y hasta el perejil que se gastaba en la cocina se traducía en guarismos en su libro de apuntes... La pobre esposa, atenta a la dignidad de su posición social, era un puro Newton, por las matemáticas que tenía que revolver en su caletre para procurarse algún sobrante del gasto de la casa y estirar las mezquinas cantidades que Bringas le daba para vestirse. La cuitada se pelaba los dedos cosiendo y arreglándose sus vestidos; y la minuciosidad de él en la cuenta y razón era tan extremada, que se veía y se deseaba para poder filtrar un día tres reales, otro dos y medio; y a veces nada podía hacer. La continuidad de estas molestias constituía una vida de martirio, y no es que quisiese tener lujo, no; mas juzgaba que su decoro y el contacto con altas personas le imponían deberes ineludibles, creía que ella

y los niños no debían hacer mal papel en las casas adonde iban, ni le gustaba que las amigas la mirasen de reojo y cuchichearan entre sí, observando en ella una falda de taracea o una prenda cursi y anticuada... No obstante, quería entrañablemente a su marido, porque fuera de aquello de las miserias, era un hombre completo, un ser de elección, bueno y cariñoso, honrado como pocos o como ninguno, hombre que jamás había tenido trapicheos ni tratado con mujerzuelas, ni puesto un duro a una carta, y por fin, de genio tan pacífico, que como no le tocaran a sus presupuestos, se hacía de él lo que se quería... Considerando esto, la infeliz llevaba con paciencia lo otro, es decir, los apurillos para vestirse, y se manejaba como podía para no desmerecer de su elevada clase... De donde resultaba que ambos, el señor De Pez y la señora De Bringas, tenían respectivamente sus motivos de disentimiento conyugal; él, por causa de las furibundas santidades de su esposa; ella, por las sordideces de su marido; lo cual prueba que nadie encuentra completa dicha en este mísero mundo, y que es rarísimo hallar dos caracteres en completo acomodo y compenetración dentro de la jaula del matrimonio, pues el diablo o la sociedad o Dios mismo desconciertan y cambian las parejas para que todos rabien, y todos, cada cual en su jaula, hagan méritos para la gloria eterna.

XVII

Cuando la conversación recayó en estas filosofías, iban saliendo por la puerta de la Glorieta. Ya estaban descuajadas las famosas alamedas de castaños de Indias, quitada la verja y puestos a la venta los terrenos, operación que se llamó *rasgo*. Esta palabra fué muy funesta para la Monarquía, árbol a quien no le valió ser más antiguo que los castaños, porque también me lo descuajaron e hicieron leña de él.

Al pasar del Retiro a las calles, los paseantes recobraban su compostura. Iban delante los niños dándose las manos. Los mayores, a la vista de la población regular, cesaban en aquellas confidencias que parecían fruto sabroso de la amenidad campesina. Era como pasar de un país libre a otro donde todo es correcto y reglamentario. En su casa, cuando trabajaba en el Camón sola o con Emilia, la Bringas solía rumiar las expansiones de la mañana, añadiéndoles conceptillos que no se atrevían a traspasar las fronteras del pensamiento. Sin desatender los trapos, la soñadora dama se iba por esos mundos, ejercitando el derecho de revisión y rectificación de las cosas sociales, concedido en el reino de la mente a todos los que se creen fuera de su lugar o mal apareados.

«Ese Pez sí que es un hombre. Al lado suyo sí que podría lucir cualquier mujer de entendimiento, de buena presencia, de aristocrático porte. Pero como todo anda trocado le tocó esa mula rezona de Carolina... ¡Todo al revés! ¿Qué mujer de mérito no se empequeñece y anula al lado de este poquitacosa de Bringas, que no ve más que menudencias y es incapaz de hacer una brillante carrera y de calzarse una posición ilustre?... Ya, ¿qué se puede esperar de un hombre que, cuando le ofrecen un gobierno, en vez de saltar de gozo se pone a dar suspiros y a decir: «Más que el bastón me gustan mis herramientas»?.. ¡Oh Pez, aquél sí que es hombre! Ya sé yo qué mujer le correspondería si las cosas del mundo estuvieran al derecho y cada persona en su sitio. Para tal hombre, una mujer de principios, de mucha labia, señora de finísimos modales, y que supiera honrar a su marido honrándose a sí propia; que supiera darle lucimiento luciéndose ella misma; una dama que se creciera cada día haciéndole crecer, porque el secreto de las brillantes carreras de algunos hombres está en el talento de sus mujeres. Paquito decía ayer que Napoleón no hubiera sido nada sin Josefina. Si en vez de esa beata viviera al lado de Pez una dama que reuniera en sus salones lo más selecto de la política, ya Pez sería ministro... De veras... ¡Si yo tuviera a mi lado un sujeto semejante...! Pero vaya usted a hacer ministro a Bringas, un hombre que se pone de mal humor cuando hay que dar agua con azucarillo a cualquiera que viene a casa; un hombre que quiere que me vista de hábito y lleve a los niños con alpargatas. ¡Ah!, roñoso, menguado, nunca será nada... ¡Oh Pez!, si tuvieras por espo-

sa a la mujer que te corresponde, ¿cómo habías de consentir que saliera a la calle hecha un adefesio para ponerte en ridículo?... Aprende tú, bobo, de quien con cincuenta mil reales de sueldo vive con la apariencia de doce mil duros de renta y paga veinticuatro mil reales de casa. Y no es que tenga deudas, es que sabe agenciarse y saca partido de su posición. Esto no lo sabrá nunca un pocacosa, un pisahormigas que me está predicando tres horas porque puse o no puse siete garbanzos más en el cocido; esto no lo entiende quien no ve más allá de su sueldo mezquino, y está temblando de que le den una cruz por no comprar las insignias; quien no quiere ser gobernador de una provincia; quien se opone a que el aguador me suba dos cubas más de agua, porque, según él, con mojarse el palmito ya basta; quien sostiene que no necesito más que dieciocho varas de tela para un vestido, y me recomienda que adorne los sombreros de los niños con cinta damascada de la que usan los licenciados del Ejército para colgarse el cañuto; quien sostiene que el pelo de cabra es más bonito que el gro, y llama cargazón a las capotas sólo porque no son baratas; quien no me deja arreglar la bata con cintas otomanas y se atrevió a proponerme que utilizara las cintas amarillas de los mazos de cigarros del primo Agustín...»

Algunas tardes, cuando Pez y Rosalía no podían salir a la terraza a causa del mal tiempo, los tres tertuliaban en Gasparini. Tenían que oír los elogios que don Manuel hacía de la estupenda obra de su amigo. En pie junto a él, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, mascándose el bigote, dejaba caer miradas de crítico sobre el maravilloso cristal tan poblado de pelos como humana cabeza, en algunas partes cabelludo, en otros claro, en todas como recién afeitado, gomoso, pegajoso, con brillo semejante al de las perfumadas pringues de tocador.

—Es una maravilla... ¡Qué manos! ¡Qué paciencia! Esta obra debiera ir a un Museo.

Y para sí, mascando más fuerte y metiendo más la mano en el bolsillo: «Vaya una mamarrachada... Es como salida de esa cabeza de corcho. Sólo tú, grandísimo tonto, haces tales esperpentos, y sólo a mi mujer le gustan... Sois el uno para el otro.»

Retiróse aquel día del trabajo don Francisco más fatigado que nunca. Veía los objetos dobles y tenía la cabeza tan mareada como si estuviese a bordo de un buque. Pero él confiaba en que tal desazón sería pasajera, y se felicitaba del adelanto y bonito efecto de la obra. El ángel estaba completamente modelado ya con aquellos increíbles puntos de pelo. El sauce protegía con sus llorosas ramas la tumba, y era lástima que no hubiese cabellos verdes, pues si tal existiera la ilusión sería completa. Al fondo nada le faltaba ya; era un modelo de perspectiva melancólica, hasta tal punto, que sólo quien tuviese corazón de peña podía verlo sin sentir gana de hacer pucheros. Faltaban aún las flores del piso y todo el primer término, donde Bringas discurrió a última hora poner unas columnas rotas y caídas, así como de templo en ruinas, con lo cual la idea de la desolación era representada del modo más perfecto.

A principios de junio vimos parte de este trabajo concluído; pero aún restaban varias cosillas, girasoles chiquitos, pensamientos grandes, amén de unas cuantas mariposas sentimentales de negras alas, posadas aquí y allí, libando el dulce *macasar* en los cálices de aquella flora piriforme. Por los mismos días ocurrieron sucesos a los cuales el digno artista era completamente extraño; mas por este motivo mismo no deben ser aquí olvidados. Y fué que cuando se aproximaba el día señalado para devolver a Torres su dinero, estaba Rosalía tan cabizbaja, que se podría creer, viéndola, que le habían robado algo o inferido alguna descomunal ofensa. Cálculos y más cálculos hizo, desbaratándose el seso, sin llegar a la solución del temido problema, y los números negábanse a complacerla, dándole la cifra que necesitaba... ¡Qué idea! ¿Acudiría al señor de Pez? ¡Oh!, si llamara a esta puerta seguramente sería oída, pero no se atrevía. Además, don Manuel se marchaba a la sazón para los baños de Archena (pues sin un par de carenas anuales era hombre perdido), y no volvería hasta el 20. El 12 se presentó Torres con sus ojos de huevos duros impregnados de una dulzura atónita. Era la imagen de la amabilidad, en el su-

puesto de que le están dando garrote. Su sonreír empalagoso hizo a Rosalía el efecto de un flúido miasmático que se filtraba en ella y la ponía enferma. Y ¡cuán impertinente su nariz chica, y cuán cargante la maña de resobarse la barba, como si quisiera extraer de ella alguna sustancia! Aquel hombre guapín, que siempre fué a Rosalía indiferente, parecióle entonces un bonito verdugo que se le presentaba con la cuerda y la hopa.

XVIII

¡Y que no venía poco apremiante el tal!... ¡Vaya un apunte! Para el día 14 sin falta necesitaba eso. Pero sin que pudiera retrasarse ni un día, ni una hora, porque su honor estaba comprometido en casa de Mompous, y en caso de que Rosalía no pudiera cumplir, se vería precisado a pedir el dinero a don Francisco.

—Por Dios..., no diga usted tal disparate. ¡Jesús!... Usted se ha vuelto loco—tartamudeó la de Bringas con temblor y sobresalto.

Volvió a echar su cuentas por centésima vez. Ni aun vendiendo cosas que no deseaba vender, podría reunir la suma. La prendera le había traído algunas cantidades; pero parte de ellas las había gastado mi buena señora en comprar cuatro fruslerías para componer a sus niños. ¡Si Milagros le hubiera devuelto aquellos seiscientos reales que le anticipó para pagar al joyero...! Pues sí, era preciso que se los devolviera. Se los pediría terminantemente. ¡Si por arte del demonio, o más bien por milagro de Su Divina Majestad, tuviera Cándida algún dinero...! Cándida le debía cinco duros que Rosalía le prestó para dar la vuelta de un billete de cien escudos. También aquellos extraviados reales debían volver al redil. Haciendo propósito de energía, fué a ver a la marquesa. ¡Casualidad funesta! La marquesa estaba en una función religiosa, que costeaba con otras señoras. Era una Novena dedicada a no sé qué santo titular, con Manifiesto, Estación, Rosario, Sermón, Novena, Gozos del Santo, *Santo Dios* y Reserva. Acudió allá Rosalía, deseosa de ver a su amiga aquella misma tarde. La calle estaba llena de coches elegantes. En la iglesia, hecha un ascua de oro, con cortinas de terciopelo del barato, cenefas de papel dorado, candilejas mil, enormes ramilletes de trapo y unos pabellones que parecían de teatro de tercer orden, había tal concurrencia, que era muy difícil penetrar en ella. Rosalía logró abrirse camino por entre el elegante gentío; pero no pudo llegar hasta donde estaba la marquesa, que se había encaramado en el presbiterio, cerca de los curas. Pasó tiempo, mucho tiempo, durante el cual Rosalía oyó medio sermón patético, aflautado, un guisote de lugares comunes con salsa de gestos de teatro; oyó cantorrios más o menos gangosos, y por último se hizo tan tarde, pero tan tarde, que desesperando ver el fin de la dilatada función, tuvo que marcharse sin hablar con Milagros. La pobre señora era una mártir de los insufribles métodos de su marido, y no podía retrasar su vuelta a la casa, porque si la comida no estaba puesta en la mesa a la hora precisa, don Francisco bufaba y decía cosas muy desagradables, como por ejemplo: «Hijita, me tienes muerto de debilidad. Otra vez avisa, y comeremos solos.»

La noche la pasó muy intranquila, y al día siguiente, 13 de junio, a eso de las doce, cuando se disponía a visitar a su amiga, he aquí que se presenta ésta, sobresaltada, manifestando en la expresión de su rostro que algo extraordinario le ocurría; y lo declaraban así, no sólo el descuido plástico del mismo, sino la turbación de la voz y otros síntomas espasmódicos. Rosalía participó de aquel sobresalto cuando le oyó decir:

—¡Ay! ¡Amiga de mi alma, en qué conflicto me veo! Si usted no me saca en bien...

—¿Yo?—dijo la Bringas apartándose, pues comprendió que se trataba de un problema monetario como el suyo—. Precisamente viene usted a buena hora... Si usted supiera... Allá iba yo.

—¿A casa?... Le diré a usted lo que sucede para que me tenga lástima, mucha lástima. Mañana tengo baile y cena, una solemnidad de familia, absolutamente indispensable. Ya he repartido las invitaciones..., ¡verá usted qué chasco! Hija, déme usted, por Dios, un vaso de agua, porque no puedo hablar. Tengo algo aquí que me corta la respiración... *(Después de tragar algunos buches de agua.)* Para evitarme quebrade-

ros de cabeza, encargo la cena a Bonelli. Ayer le mando llamar. Creo arreglarlo fácilmente; pero el tal, con todo su descaro, me exige que le he de pagar las tres cenas que se le deben. Yo bien quisiera; figúrese usted si me gustará deber... ¡Ay!, créalo usted, mi maridu-cho tiene la culpa de que vivamos de esta manera... Pero vamos a lo que decía. ¿Qué estaba yo diciendo? No sabe usted cómo está mi cabeza. ¡Ah! En vista de la exigencia de Bonelli, mando llamar esta mañana a Trouchin, el de la calle del Arenal, que nunca me ha servido nada; le propongo servirme la cena de mañana, la ajusto, nos convenimos; pero el condenado, ¿creerá usted?, con muchas cortesías y mucha labia me dice que si no le pago anticipadamente no hay cena... Esto ya es un insulto. Jamás me ha pasado cosa igual... Le diré a usted. Es que los reposteros todos son unos. Sin duda, Bonelli fué a prevenir a Trouchin y a llevarle el cuento de que yo le debía tres cenas. Es una conspiración contra mí, un complot... Si bien se mira, no les falta razón, querida; pero yo ¿qué culpa tengo? ¡Ese hombre incapaz, mi maridillo...! Cuanto se diga de él es poco. Es propiamente incalumniable... He tenido que pagarle ayer una cuenta de su sastre, que se había colgado de la campanilla de la puerta de casa... Conque ya ve usted mi situación; aconséjeme, indíqueme alguna salida.

Rosalía, con humildes razones, se declaró incapaz de brujulear a su amiga por aquel laberinto, mayormente cuando ella estaba en un aprieto semejante, y contaba con recobrar aquel día los..., aquellos seiscientos reales...

—¡Oh!, sí; me acuerdo perfectamente... Anteayer me los eché en el portamonedas para traérselos a usted..., dispénseme..., pero antes de salir de casa, se presentó el cobrador de la Congregación con el recibo de mi cuota para la función de ayer y... Hija de mi alma, no tuve más remedio que aflojar... Por cierto que ayer la vi a usted en la iglesia, y sentí que no estuviera a mi lado para hacerle observar algunas cosas. La función, bonitísima; pero ¿no vió usted cuánto mamarracho? La de Cucúrbitas se fué a la iglesia con aquel estrepitoso vestido color de tabaco que parece un hábito de la orden de Estancadas. El uniforme de la casa. La de San Salomó estaba también muy estrepitosa. No he visto en mi vida mayor *pouff*, y aunque dicen que la tendencia de la moda es aumentarlo, creo que la Iglesia pide moderación en esto. Nada quiero decir del bullonado tan estupendo que llevaba... Pues ¿y la cola?... En cuanto a mí..., ¿usted me miró bien? No se podía pedir más sencillez... Pero vuelvo a mi pleito, querida mía. ¿No me aconseja usted algo? Discurra por mí; pues yo me he vuelto como tonta. Si de aquí a mañana no resuelvo la cuestión, estoy perdida... Crea usted que es para suicidarse.

Por curiosidad preguntó Rosalía a su amiga lo que necesitaba, y oyéndole decir que unos nueve o más bien diez mil reales, puso una cara de mal humor que aumentó la tribulación de la ya tan atribulada Milagros.

—¡Ay!, qué pocos alientos me da usted... Y para colmo de desdicha, ayer tarde me hizo Eponina un escándalo. Si lo que a mí me pasa no le pasa a nadie... Me ha puesto unas cuentas... de lo más estrepitoso... Por una hechura, ¡dos mil reales!; por avíos de aquella bata, sólo por avíos, ¡mil quinientos!... Es para matarla...

—¡Diez mil reales!—murmuró Rosalía mirando al suelo y contando las sílabas como si fueran monedas—. Con la quinta parte tendría yo bastante.

—Diga usted; don Francisco...—indicó Milagros con animación, dando a entender que el bendito Bringas debía de tener ahorros.

—¡Cállese usted, por Dios! Si mi marido supiera...—replicó la otra aterrorizada—. Estas cosas le sacan de quicio.

—¿Y Cándida?...

—¡Ave María Purísima!

—Podía darse el caso... Olvidé decirle a usted que, empeñando tres o cuatro cosillas, podré reunir cuatro mil reales. Sólo necesito seis.

—Imposible de toda imposibilidad.

—Ese Torres...—murmuró Milagros con la boca tan seca, que la lengua se le pegaba al paladar.

—¡Jesús! ¡Torres!... ¡Qué disparate!...—exclamó Rosalía viendo alzarse ante ella, como una aparición fantástica, la imagen de su acreedor—. No sé si he dicho a usted que mañana antes de las doce... ¡Ay!, fué una locura la

compra de aquella manteleta. Ya ve usted..., ¿qué necesidad tenía yo de estos ahogos?

—Es una bicoca, hija—manifestó la marquesa con aquel tono y aire de superioridad indulgente que sabía tomar cuando le convenía—. Si salgo de mi conflicto, esa futesa por que usted se apura tanto, corre de mi cuenta. *(Acercándose más a su amiga y oprimiéndole el brazo.)* Don Francisco debe de tener mucho *parné* guardado, dinero improductivo, onza sobre onza, a estilo de paleto. ¡Qué atraso tan grande! Así está el país como está, porque el capital no circula, porque todo el metálico está en las arcas, sin beneficio para nadie, ni para el que lo posee. Don Francisco es de los que piensan que el dinero debe criar telarañas. En esto su apreciable marido de usted es como los lugareños ricos. ¿Por qué no le propone usted una cosa?: que me preste lo que necesito..., se entiende, con el interés debido, y mediante una obligación formal. ¡Yo no quiero...!

—Dudo yo que Bringas...

—*(Con calor.)* Pues hija, alguna influencia ha de tener usted sobre él... Pues no faltaba más. ¿Es usted tonta? Con decirle: «Hombre, por amor de Dios, ese dinero no nos produce nada.» Y duro, duro, para que aprenda. ¿O es que no tenemos carácter...? Yo creí que él le consultaba a usted todo, y se dejaba dominar por quien le gana en inteligencia y gobierno... A ver, decídase a proponérselo. Lo dicho, dicho: en caso de que nos arreglemos, el piquillo de usted corre de mi cuenta. *(Riendo.)* Lo consideraremos como corretaje.

—Dudo yo que mi marido... ¡Quia, imposible...!

Pero, aun creyendo imposible lo que se le había ocurrido a su ingeniosa amiga, Rosalía meditaba sobre ello. La misma dificultad insuperable del asunto atraía su espíritu, como los grandes problemas embelesan y fascinan los entendimientos superiores. Durante un rato no se oyó en Gasparini más ruido que los suspiros de la Pipaón y algunas tosecillas de la marquesa, que no tenía sus bronquios en el mejor estado. Como las dos amigas estaban solas en la casa, pues Bringas no había vuelto de la oficina, ni del colegio los niños, podían hablar con toda libertad de sus cuitas sin hacer misterio de ellas. Volvió la de Tellería a explanar su proposición, robusteciéndola con razones de gran peso (¡Oh! ¡El dinero de manos muertas es la causa del atraso de la nación!) y con zalamerías muy cucas; mas la de Bringas persistía en considerar la propuesta como una de las cuestiones más arduas y escabrosas que podían ofrecer a la voluntad humana. Acometerla sólo era como encaramarse a las cimas del heroísmo. En el propio estado seguían las dos cuando se les apareció Cándida, muy risueña y oronda. Venía de ver a su majestad y a doña Tula, y después había estado en las cocinas, donde el cocinero jefe se empeñó en hacerle aceptar tres *entrocôtes* y un par de perdices. «Cosas de Galland...» Era un hombre que no se cansaba de obsequiarla, y por no desairarle, ella había dicho: «Pues que me lo suban a casa.»

—Luego le mandaré a usted una perdiz y dos *entrecôtes*—dijo a Rosalía, azotándola con su abanico—. No, no me lo agradezca... Si yo no lo he de probar. A mí me sobra carne... Ayer he repartido entre los vecinos un solomillo magnífico que mandé traer de la plaza del Carmen, esperando tener convidados... ¡Si viera usted aquella pobre gente qué agradecida...! Mi casa es la Beneficencia. El día que yo me mude de aquel cuarto han de correr por allí muchas lágrimas.

XIX

Y luego, llevando sus ideas a un terreno muy distinto del de la caridad, aunque también muy interesante, se dejó decir lo que a la letra se copia:

—¿Me podrán decir ustedes dónde y cómo y de qué manera podría yo colocar un poco de dinero, una cantidad que me sobra?... Que sea cosa segura y con un producto moderado...

El efecto que estas cláusulas hicieron en las dos amigas no fué tan grande como debía esperarse. En la cara de Rosalía se pintaba una incredulidad indiferente, que poco después se resolvió en alarma, recordando que el préstamo de cinco duros solicitado un mes antes por Cándida había tenido un preámbulo parecido al que acababa de oír. Milagros, sin tener confianza en lo que la García Grande decía, sospechaba que

hubiese algo de verdad en ello, o lo que es lo mismo, se amparaba en lo absurdo como el desesperado que se agarra al clavo ardiendo.

—Pero diga usted, Cándida..., ¿ese dinero lo tiene usted?

—Hija mía, no sea usted material... No lo tengo precisamente en el bolsillo, pero como si lo tuviera... Un día de éstos me lo ha de traer Muñoz y Nones...

—*(Con desaliento.)* Un día de éstos..., ya...

—Y acostumbro pensar las cosas con tiempo... Francamente, no me gusta tener gruesas sumas en casa, porque aun en esta vecindad palaciega hay mala gente...

Sin dar importancia a los proyectos rentísticos de Cándida, Milagros observaba el vestido. Por aquella época, la ilustre viuda empezaba a declinar ostensiblemente en su porte y en la limpieza y compostura de su vestimenta, si bien no había llegado, ni con mucho, al lastimoso extremo de abandono en que la hemos conocido más tarde.

Los niños entraron del colegio, y Rosalía fué a darles la merienda.

—¡Qué mona está Isabelita!—dijo Cándida a Milagros; y a poco de decirlo, se dirigió hacia Columnas, dejando sola con su acerba pena a mi señora la marquesa. Esta oyó el gorjear de los pequeños, la voz de la mamá riñéndoles por su impaciencia y el chasquido de los besos que Cándida les daba. Al poco rato apareció Rosalía en Gasparini, y Milagros la vió ceñuda y risueña a un tiempo mismo, como cuando no podemos sustraernos a los efectos de uno de esos lances cómicos que suelen ocurrir en las ocasiones más tristes.

—Vea usted qué gracia—dijo Rosalía al oído de su amiga—. Me ha dicho en el comedor, con mucho secreto, que le haga el favor de adelantarle otros cinco duros.

Milagros se sonrió, como un enfermo que hace esfuerzos por distraerse. Pronto volvió a caer en aquella honda tristeza que la aplanaba como una fiebre consuntiva. Por su mente pasaba el terrible lance de la noche próxima, los convidados que llegaban, los salones llenándose, ella vestida con su gran falda de raso rosa, de enorme *pouff* y larguísima cola, afectando alegría, y el problema de la cena sin resolver aún. Porque en tal noche no podía salir del paso con cuatro frioleras... ¡Qué bochorno!... Rosalía vió los ojos de su amiga humedecidos por las lágrimas, y quiso consolarla.

—Ese perdulario sin conciencia, esa inutilidad...—fué lo único que se le ocurrió.

Don Francisco entró al poco rato, menos vivaracho y humorístico de lo que solía. Milagros le saludó de la manera más afectuosa, quejándose luego de su desgraciada suerte y de lo inexorable que Dios era con ella, no dándole más que penas sobre penas. Bringas la confortaba con razones cristianas, aunque le tenía cierta ojeriza, ya inveterada, por no haber recibido de ella el regalo de Pascua que creyera merecer cuando le compuso la arqueta de marfil. Pero casi, casi había llegado mi amigo al perdón de la ofensa, aunque sin olvidarla; y si se ha de decir verdad, no le agradaba mucho las intimidades de su mujer con aquella señora, aun considerándola puramente circunscritas a lo concerniente al ramo de vestidos.

—¿No tendré el gusto de verle a usted mañana en mi casa?—dijo la marquesa.

Don Francisco se excusó con galantería, aprestándose a poner las manos en su magna obra. Empezaba a notar que le eran perjudiciales las salidas de noche... Su cabeza no estaba buena. El lo atribuía a los nervios, y quizá fuese efecto del tiempo, del nublado, pues parecía como si quisiera desgajarse el cielo en agua, y nunca acababa de romper. Aquella mañana se había sentido muy mal en la oficina... El jefe opinaba que todo era cosa del estómago, recomendándole una pildorita de acíbar en cada comida. Pero él era tan poco amigo de las botiquerías, que no se determinaba a tomar nada... Por esta desazón se privaba de asistir a la *soirée* de Milagros, y se contentaría con leer la relación que trajeran los periódicos.

—Todavía, todavía—dijo la cuitada con lúgubre tristeza—, no sé, no sé... Quizá no haya nada... Me pasan cosas horrorosas... No me pregunte usted. Eso se queda para mí, para mí sola. Permítame usted que no diga una palabra más. Mi buen maridito es una alhaja..., pero no me corresponde a mí contar sus proezas... Demasiado públicas son, por

desgracia... No se ría usted de mí si me ve llorar. Ciertas cosas...

Bringas no sabía qué decirle. Despidióse ella con un fuerte apretón de manos, y un afectuoso «hasta mañana».

En la sala y en el pasillo las dos amigas se secretearon un ratito.

—He preparado el terreno—dijo Milagros con agonía—. Ahora aventúrese usted..., sin miedo. De seguro...

—¡Ay!, hija mía, usted delira, usted sueña despierta. Si sabré yo...

—Entonces..., quiere decir que no hay solución para mí—murmuró la afligida señora abrazando a su amiga, y apretándose contra ella.

Rosalía, conmovidísima, no le dijo nada.

—Al menos—tartamudeó la marquesa—, cuéntele usted lo que me pasa... Puede ser que Dios le toque al corazón.

—Se lo contaré en cuanto se vaya Cándida. ¡Pero si viera usted qué pocas esperanzas tengo...! Mejor dicho, no tengo ninguna... ¡Y yo! ¿Y yo, que me veo en un conflicto igual? ¿Qué inventaré yo de aquí a mañana?... Y ahora que me ocurre, ¿por qué no acude usted a su hermana?

—Por Dios, hija, no sé cómo dice usted eso. ¡Mi hermana!... ¡Me ha salvado ya tantas veces! ¡He abusado tanto!... No puede ser. No nos hablamos ahora. Hace días tuvimos una cuestión. En fin, antes que acudir a mi hermana, iré a su majestad, me echaré a sus pies...

—Sí, sí, seguramente...; es lo mejor.

—No, no, no... Creo que de aquí a mañana me moriré de dolor. ¿Está abierta la capilla? Voy a rezar un rato, a ver si el Señor me ilumina... Adiós, adiós... Volveré mañana, a ver, a ver si hay alguna esperanza.

El abatido rostro de Rosalía revelaba bien que tal esperanza no era más que un sueño de aquella mente arbitrista. Debe hacerse constar que la pena de nuestra muy alta señora de Bringas era motivada por sus propias dificultades, no por la de su apreciable amiga. Confiaba tanto en las peregrinas dotes de Milagros, que decía para sí: «No sé cómo será, pero ella saldrá del paso.» Cuando la marquesa le dió el último apretón de manos, Rosalía le dijo:

—Ya me contará usted mañana cómo lo ha arreglado.

Y cuando fué hacia el nicho de Bringas para contarle el caso, él le tomó la delantera con estas acerbas palabras:

—¿Qué enredos trae ahora la Tellería? Lo de siempre: apuritos. Ya no hay incautos que fíen a esa gente el valor de dos reales. La casta de bobos se va acabando a fuerza de recibir chascos.

La boca de Rosalía tenía un sello. No osaba pronunciar una sola palabra. Clavados en su mente, como un *Inri*, tenía la imagen de Torres y los funestos guarismos de la suma que era indispensable pagarle. Confesar a su marido el aprieto en que se veía era declarar una serie de atentados clandestinos contra la economía doméstica, que era la segunda religión de Bringas. Pero si Dios no le deparaba una solución, érale forzoso apechugar con aquel doloroso remedio de confesarse y con sus consecuencias, que debían de ser muy malas. No, Cristo Padre; era preciso inventar algo, buscar, revolver medio mundo, ahondar en las entrañas oscurísimas del problema para dar con la clave de él. Antes que vender al economista el secreto de sus compras, que eran tal vez el principal hechizo de su vida sosa y rutinaria, optaba por hacer el sacrificio de sus galas, por arrancarse aquellos pedazos de su corazón que se manifestaban en el mundo real en forma de telas, encajes y cintas, y arrojarlos a la voracidad de la prendera para que se los vendiese por poco más de nada. Heroísmo hacía falta, no lágrimas.

Pensando en esto retiróse al Camón para pensar mejor, pues allí tenían siempre sus ideas más claridad. Cándida, después de enredar un rato con los niños, fué a dar conversación a Bringas. Rosalía la oía desde su taller, sin distinguir más palabras que *administrador y papel del Estado... Consolidado... Revolución... Generales Canarias... Montpensier... Dios nos asista...* Hablaban de negocios altos y de política baja. De repente la dama oyó violentísimo estrépito, como de un mueble que viene a tierra y de loza que se rompe. Al fuerte golpe siguió un grito de Bringas, mas tan agudo y doloroso, que Rosalía se quedó sin aliento, fría, parada... ¿Qué era? ¿Se había caído la bóveda y cogido debajo al mejor de los maridos?

XX

Pasado el breve estupor que tan insólitos ruidos le produjeron, Rosalía corrió hacia Gasparini, y allí, ¡Santo Dios!, vió un espectáculo incomprensible. Bringas estaba en medio de la habitación, el rostro descompuesto, de una palidez aterradora, las manos crispadas, los ojos muy abiertos, muy abiertos... Un mueblecito, que al lado de la mesa tenía con el cacharro de goma laca y la lamparilla de alcohol para calentarla, había caído empujado por el artista cuando éste se levantó atropelladamente de su sillón. El espíritu derramado ardía sobre la alfombra con vagarosa llama. Cándida se ocupaba con presteza en apagarlo, pisándolo, para lo cual tuvo que alzarse las faldas hasta muy cerca de la rodilla. Daba saltos y acudía con el peso de su pie a donde la llama era más viva; mas como también corría por el suelo la goma laca líquida y caliente, que es sustancia muy pegajosa, las suelas del calzado de la respetable señora se adherían tan fuertemente al piso, que no podía, sin un mediano esfuerzo, levantarlas.

Rosalía fué derecha a su marido, el cual, sintiéndola cerca, se agarró a ella con ansiedad convulsiva, y volviendo a todos lados sus ojos, parecía buscar algo que se le escapaba. Su rostro expresaba terror tan vivo, que su mujer no recordaba haber visto en él nada semejante.

—¿Qué?...—fué lo único que ella, en su consternación, pudo decir.

Bringas se frotó los ojos, los volvió a abrir, y moviendo mucho los párpados, como los poetas cuando leen sus versos, exclamó con acento que desgarraba:

—¡No veo!... ¡No veo!

Rosalía no pudo añadir nada; tal era su espanto. La de García Grande, que había logrado dominar el fuego, aunque no evitar completamente la adherencia de sus botas al piso, acudió al lastimoso grupo...

—Eso no será nada—dijo observando aquel extraño mirar de don Francisco.

—¿En dónde está la ventana, la ventana?...—gimió el infeliz en la mayor desesperación.

—Ahí, ahí, ¿no la ves?...—gritó Rosalía, volviéndole hacia la luz.

—No, no la veo, no te veo, no veo nada... Oscuridad completa, absoluta... Todo negro...

—¡Ay!, ese maldito trabajo... Bien te lo dije, bien te lo decían todos... Pero eso pasará...

Rosalía estaba más muerta que viva... No se le ocurría nada. La pena la ahogaba. Cándida, procediendo con más calma, empezó a tomar disposiciones.

—Sentémosle en el sofá... Ahora convendría llamar al médico.

Le acercaron al sofá, y en él se desplomó el enfermo con desesperación, como si se dejara caer en su ataúd. Palpaba los objetos, palpaba a su mujer, que ni un punto se separó de él.

—Bien te lo decíamos—repitió, ahogándose en lágrimas y disimulando el desentono de la voz—. Esta condenada obra de pelo..., trabajando todo el día... Si notabas cansancio de la vista, ¿para qué seguir?

—Mis hijos, ¿dónde están?—murmuró Bringas.

Junto a la puerta estaban Isabelita y Alfonsín, aterrados, mudos, sin atreverse a dar un paso, el pequeño con el pan de la merienda en la mano, masticándolo lentamente; la niña, seria, con las manos a la espalda, mirando el triste grupo de sus padres consternados. Rosalía les mandó acercarse. Bringas los palpó, dióles mil besos lamentándose de no poderlos ver, y augurando que ya no los vería nunca. Más lágrimas derramó el pobrecito en aquel cuarto de hora que en toda su vida anterior, y la Pipaón, considerando aquella súbita desgracia que Dios le enviaba, la conceptuó castigo de las faltas que había cometido. Fué preciso, al fin, sacar de allí a los pequeñuelos. Prudencia se encargó de retenerlos en la Furriela y de no dejarlos pasar. Inspiraba cuidado Isabelita por el temor de que la fuerte impresión recibida le produjese un trastorno espasmódico más grave que los anteriores. Entre tanto, la señora de García Grande, más obsequiosa y servicial con los amigos en las ocasiones críticas, se desvivía por ser útil.

—Yo misma iré en busca del médico. Verán ustedes cómo nos dice que esto no es nada. Yo tuve una cosa semejante cuando aprendí el punto de Flandes. Sentí de repente una perturbación rarísima en la vista; luego empecé a ver los

objetos partidos por la mitad. Todo paró en un fuerte dolor de cabeza. Jaqueca oftálmica llaman a eso. Recuerdo haber oído decir a mi médico que en algunos casos se pierde completamente la vista por unas horas, por un día... Serénese usted, mi amigo don Francisco, y tómese un vasito de agua con un poco de vino. Pronto vuelvo.

Salió diligente, con ganas sinceras de servir, y no hallando al médico que vivía en la casa, fué a buscar al de guardia. Mientras estuvieron solos, Bringas y su mujer apenas hablaron. Ella no cesaba de mirarle, con la esperanza de que, cuando menos se pensase, recobraran aquellos ojos atónitos el don preciosísimo para que fueron criados; él empezaba a ejercitar el sentido peculiar de los ciegos, el tacto, y la veía con las manos, ya estrechando las de ella, ya palpándola cariñosa y detenidamente. Alguna palabra suelta, suspiros y lamentaciones del pobre enfermo, eran la única expresión verbal de aquella triste escena, más elocuente cuanto más callada.

El médico vino al fin. Cándida no quiso dejarle de la mano hasta entrar con él en casa. Era un viejo afable, de la escuela antigua, excelente diagnosticador, tímido para prescribir, y, según se decía, poco afortunado. Enterándose de los antecedentes del caso, calificó el mal de *congestión retiniana.*

—De la retina—apoyó Cándida—. Eso pasa. Pronto recobrará la vista; pero ese trabajo de los pelos, amiguito, délo usted por terminado.

—Si yo lo decía, si yo lo anunciaba —exclamó briosamente la de Bringas, reanimada con las esperanzas que daba el médico—. ¿Y ahora...?

El doctor prescribió reposo absoluto, dieta, y para el día próximo un derivativo. Ordenó también un vendaje negro, un calmante ligero para el caso de insomnio, y ofreció venir temprano a la mañana siguiente para examinar con detención los ojos del enfermo. Era ya tarde, y la última luz solar se retiraba lúgubremente de la habitación. Cuando el bondadoso anciano se retiró, Bringas y su mujer estaban más animados.

—Nada, hijos míos, no hay que apurarse—les dijo Cándida, cuya útil oficiosidad a entrambos servía de gran consuelo—. Ahora acostarse... y dormir si se puede. Nada de miedo, ni de pensar en lo que no ha de ser. Serenidad y un poquito de paciencia. Es cuestión de horas o de un par de días todo lo más. Yo me encargo de traer las medicinas y cuanto haga falta. Los acompañaré también toda la noche, si fuere preciso...

Cuando la servicial señora volvió de la botica, ya Rosalía había acostado a su marido, después de vendarle con un gran pedazo de tafetán negro. Como todo ciego incipiente, Bringas afectaba no necesitar de extraña ayuda para desnudarse, y conociendo la tribulación de su mujer, tenía el heroísmo de reanimarla con expresiones cariñosas, como si él fuera el sano y ella la enferma.

—Probablemente esto pasará... Pero es cargante. Ni en broma me gusta esto de no ver. Tranquilízate, que yo lo llevaré con paciencia, y casi, casi principio ya a acostumbrarme... Me alegraré mucho de no tener que llamar a un oculista, pues éstos, aunque curen, siempre cuestan un ojo de la cara.

Pasó la noche sin suceso alguno notable; Bringas, harto inquieto, con agudísimo dolor cefalálgico y en los ojos; Rosalía, en vela, compartiendo su cuidado y vigilancia entre el marido ciego y la niña epiléptica que fué acometida de pesadillas más alarmantes que las de ordinario, pues las escenas de aquella tarde la excitaron vivísimamente. Por dicha de todos, Cándida acompañó a su atribulada amiga la noche entera, consolándola con su sola presencia y prestándole auxilios muy eficaces. Era muy propia para casos tales y sabía mil cosillas útiles de medicina doméstica. A lo más difícil encontraba pronta solución; jamás se acobardaba, ni sus baqueteados huesos conocían el cansancio.

Al alba, poco más o menos, Rosalía, vencida de sueño, se adormeció en un sillón frente al lecho conyugal, donde el bueno de Thiers reposaba, aletargado ya; y lo mismo fué caer la señora en aquella modorra que empezar a ver al Torres y su barba y nariz famosas. También se ofreció a su vista la suma que corría pieza tras pieza, desarrollando sus unidades en dilatado espacio, y vió la apremiante hora de aquel día, que despuntaba amenazador... Recobróse la infeliz súbitamente, abriendo los ojos. Creyó haber oído un ¡ay! de Bringas; pero

debió de ser ilusión suya, pues el santo varón parecía muy tranquilo, y su mesurado aliento indicaba que, al fin, se había dormido de veras.

«¡Torres..., el dinero!—pensó Rosalía sacudiendo la cabeza para ahuyentar aquella idea, como si ésta fuera un moscón que se le posara en la frente. ¡Y en qué circunstancias, Dios mío!...»

XXI

Pero casi al mismo tiempo que tal decía vínole rápidamente al pensamiento, como esos rayos celestes de que nos habla el misticismo, una idea salvadora, una solución fácil, eficacísima, derivada, ¡oh rarezas de la vida!, de la misma situación aflictiva en que la familia se encontraba. ¡Qué cosas hace Dios! El sabrá por qué las hace.

Levantóse del sillón quedamente y con mucha pausa para no despertar al enfermo. Ya sabía lo que tenía que hacer. La cosa era clara y fácil. Lo que no pudo hacerse el día anterior, se haría en aquel tan funesto. Había pensado ella varias veces en los candelabros de plata, pero ¿cómo empeñarlos sin que don Francisco, hombre de tan buen ojo, se enterase?... ¡Ya podía ser, ya podía ser!... Ella tendría buen cuidado de reponerlos en su sitio, juntando muy pronto el dinero para el desempeño, y así su marido no se percataría de nada cuando recobrase la vista. ¡Pluguiera a Dios y a Santa Lucía que esto fuera pronto! No siendo quizá bastante el producto de los candelabros para allegar la cantidad que necesitaba, pues además del dinero de Torres le hacía falta el del segundo plazo de Sobrino Hermanos, dispuso unir a las mencionadas piezas de plata los tornillos de brillantes que en las orejas llevaba, donativo de Agustín Caballero. Bringas no podía notar la falta, y si por acaso la notaba al pasarle la mano por la cara, ella le diría cualquier cosa, le diría que...

Que se los había quitado en señal de duelo.

Doña Cándida le venía como de molde para la operación de crédito que proyectaba. Encontróla en el comedor, tan campante, tan despabilada, tan despierta como si no hubiera pasado una mala noche. Al punto sacó Rosalía el chocolate, para que su amiga se hiciese a su gusto el que había de tomar. Mientras la respetable señora se ocupaba de esto con la prolijidad que siempre ponía en tan grata operación, su amiga le participó sus proyectos. Oyéronse durante un ratito cuchicheos íntimos, y vióse la cabeza de Cándida haciendo movimientos afirmativos, bastantes a dar seguridad a la misma duda.

—Antes de las doce estará todo hecho. Tranquilícese usted... Para estas cosas me valgo yo de un amigo que es un lince... Sigilo, actividad, entendimiento, todo lo tiene; y despacha estos encargos en un decir Jesús.

Hay motivos para creer que ya por aquella época, la segunda etapa de su decadencia, principiaba Cándida a visitar en persona el Monte de Piedad y las casas de préstamos, bien para asuntos de su propia conveniencia, bien para prestar un delicado servicio a cualquier amiga de mucha confianza. A esto llamaba Máximo Manso la *segunda manera de doña Cándida,* y debo hacer constar que aún hubo una *tercera manera* mucho más lastimosa.

Todo se arregló, pues, aquella mañana tan fácil y prontamente como la de García Grande había dicho, pues no eran las once y media cuando ya estaba ella de vuelta con el dinero. Tomólo Rosalía con ansia y se alegró de poseer lo bastante para cumplir con Torres y con Sobrino, conservando un resto para atencioncillas de poco más o menos.

—No sé cómo agradecerle a usted... —dijo con vehemencia a su insigne amiga, estrechándole las manos—. Pronto volverá todo a casa, pues no me gusta que mis alhajas hagan estas excursiones; y sólo por una gran necesidad...

No se sabe cómo rodó la conversación hacia un cierto apurillo que había, por la mucha calma de un pícaro administrador... Cuestión de dos o tres días... ¿Cómo negar este favor a quien se había portado tan bien? Rosalía creyó que se arrancaba un pedazo de sus entrañas cuando se le fueron de entre las manos aquellos diez duros con que apagó la sed metálica de su amiga. Pero no había más remedio. Muy gozosa pasó doña Cándida a ver a Bringas, el cual dijo que se sentía mejor, aunque muy débil de la cabeza. El médico le había exami-

nado por la mañana, y su pronóstico fué bastante favorable. Recobraría pronto la vista..., y... Aun creía ver algo cuando se apartaba la venda... Lo que hacía falta era mucho reposo, paciencia y tomar con método y puntualidad las medicinas prescritas.

—¿Quién ha entrado?—preguntó Bringas vivamente.

—Me parece que el señor de Torres —replicó Cándida—, que ha venido a preguntar por usted.

—Tengo la cabeza tan débil, y al mismo tiempo tan trastornada, que me parece oír contar dinero... Aunque no quiera, y aunque el médico me ordena que no me ocupe de nada, no puedo menos que prestar atención a todo lo que pasa en la casa. No lo puedo remediar. Tengo el oído siempre alerta, y hasta cuando me duermo paréceme que no se me escapa ningún rumor.

Díjole ella cuerdamente que todo cerebro enfermo pide inacción; que le convenía entregar sus sentidos a la indiferencia y al descanso; que mientras estuviese en la cama no se le había de dar conversación, y que ni aun sus hijos debían entrar en la alcoba. Con esto se manifestó él conforme, dando un gran suspiro, y sostuvo que para lo que necesitaba más paciencia y fuerza de voluntad era para reprimir su afán de enterarse de todo y de dar órdenes.

Mientras esto se hablaba en la oscura alcoba, Rosalía cuchicheaba con Torres en la Saleta. Por grandes que fueron las precauciones tomadas para no hacer ruido de dinero al contar veinte duros en plata, algún leve *tin tin* hubo de vibrar en la habitación y extenderse por la casa en ondas tenues hasta llegar al sutil oído de Bringas. Torres, muy afectado por la dolencia de su amigo, expresó la esperanza de que no fuera cosa grave... El tenedor de libros de Mompous había tenido un ataque semejante a la vista.

—Nada; que estando un día escribiendo, se quedó ciego... Creyeron al principio que era gota serena; pero con diez días de venda y algunas medicinas se puso bueno, aunque siempre delicado. En los baños de Quinto se acabó de curar...

Despidióse el susodicho tan contento por llevarse su dinero como afligido por el percance de don Francisco.

A Isabelita, que estaba triste, afectada y sin ganas de comer, la mandaron a casa de Cándida para que pasara allí todo el día jugando con Irene y otras niñas de la vecindad. Alfonsín fué al colegio, y Paquito, a quien la enfermedad de su papá tenía muy melancólico, no salió de la casa ni quiso probar bocado en el almuerzo. Cándida fué la única persona que allí mostró un regular apetito.

—Es preciso alimentarse, aunque sea haciendo un esfuerzo—decía a la de Bringas—. No se deje usted ir así. Hay que tomar fuerzas para poder velar y trabajar y atender a todo... Yo tampoco tengo ganas; pero me domino, hija, y como por obligación, porque es preciso.

Poco después recibió nuestra amiga una esquelita de Milagros en que le decía que todo se había arreglado al fin satisfactoriamente, y que la esperaba por la noche. La carta respiraba alegría y satisfacción.

—Esta pobre Milagros no sabe lo que nos pasa...—dijo Rosalía rompiendo la carta—. La pobre me suplica que no falte esta noche. Hijo, vete un momento allá y dale cuenta de esta desgracia... Mira, al regreso te pasas por casa de Pez y enteras también a Carolina... ¡Ah!, ella tiene la culpa, con sus obras de pelo. ¡Qué esperpento de mujer!

La modista fué aquel día; pero la señora la despidió diciéndole que no estaba la Magdalena para tafetanes; que volviera la próxima semana. Por la tarde fué también Milagros, que sentía mucho no haber sabido antes el suceso para *ir volando* a consolar a su amiga. Su pena sincera no era parte a ocultar la satisfacción que la embargaba por el feliz arreglo de su conflicto metálico en aquel día crítico. Cómo y de qué manera se había hecho el arreglo, ya lo diría más adelante, pues no era ocasión de importunarla con cosas que no le importaban...

—Y el médico, ¿qué dice?

La excelente señora esperaba que la ceguera fuese una desazón de pocos días. Pediría a Dios que curase a aquel hombre tan bueno, a aquel modelo de padres de familia...

—¡Cuánto siento que no pueda usted venir esta noche a mi casa!... De seguro estará la reunión muy brillante, y en

cuanto al *buffet*, será de lo más espléndido... Ya, ya le contaré a usted cómo... Hay para rato.

Despidiéndose junto a la puerta, no pudo reprimir algunos desahogos muy espontáneos de su pasión dominante. Como quien dice un secreto de importancia, declaró a su amiga que se pondría aquella noche el vestido de muselina blanca con viso de *foulard*, color lila, al cual había hecho poner un entredós y casaca Watteau... A última hora se había podido arreglar una camiseta como la que le mandaron de París a la de San Salomó... Pensaba peinarse con el cabello levantado, ondulado, gran trenza alrededor de la cabeza y largos bucles por detrás...

—En fin, no está usted de humor para oír tanta tontería... Adiós, adiós... Mañana vendré a saber cómo sigue nuestro don Francisco y a contar, a contar...

Bringas, que de todo se enteraba, dijo a su esposa:

—Ya oí tus secreteos con la Tellería en la puerta. ¿Y qué tal? ¿Ha caído algún bobo?... ¡Pobre mujer! De veras te digo que más vale comer en paz un pedazo de pan con cebolla, que vivir como esa gente, entre grandezas revestidas de agonía... ¡Y esta noche, gran jaleo!... Te juro que les tengo lástima.

XXII

Animábase mucho, porque cuando se alzaba un poquito la venda, contraviniendo las órdenes del médico, percibía la luz, aunque con impresión turbada y dolorosa. Como quiera que fuese, tenía el convencimiento de que el órgano no estaba perdido y de que más tarde o más temprano recobraría el uso de aquella función preciosísima. El cosquilleo le molestaba mucho y también la visión calenturienta de millares de puntos luminosos o tenues rayos metálicos movibles, fugaces, imágenes de los malditos y nunca bien execrados pelos que conservaba la enferma retina. Con todo, llevaba mi hombre su mal resignadamente, y lo que pedía por Dios era que le sacaran del lecho; pues era para él grandísimo suplicio estar tendido boca arriba, revuelto entre las sábanas ardientes. Permitióle el médico levantarse de la cama a los tres días, mas con orden terminante de no moverse de un sillón y estarse quieto y mudo, indiferente a todo y sin recibir visitas ni ocuparse de cosa alguna, siempre vendado rigurosamente. Levantóse, y le instalaron en Gasparini, en cómodo sillón con almohadas. No se permitía que nadie entrara a darle conversación, ni se le obedecía cuando suplicaba a Paquito por las noches que le leyese algún diario. Respecto a su apartamiento de los asuntos domésticos, poco pudo lograr Rosalía, pues aunque él se preciaba de dejar al cuidado de ella todas las cosas, no podía contener su anhelo de autoridad, de aquella autoridad tan bien ejercida durante largos años; y a cada momento se acordaba del buen uso que había hecho de sus funciones.

—Rosalía...

—¿Qué quieres, hijito?

—¿Qué principios has puesto hoy?

—¿Para qué te ocupas...?

—Me ha olido a estofado de vaca... No me lo niegues... Ahora más que nunca, hay que apelar a las tortillas de patatas, a las alcachofas rellenas, a la longaniza, y si me apuras, a asadura de carnero, sin olvidar las carrilladas. Si te fías de Cándida y le encargas la compra, pronto nos dejará por puertas. Ya sabes que esa señora derrochó dos fortunas en comistrajos... Di una cosa: ayer pusiste para almorzar merluza frita.

—Es que creí que el médico te mandaría tomarla. Por eso se trajo. Después resultó que no.

—Oye una cosa... ¿Dónde está ahora Cándida?

—Está en la Furriela. No temas que te oiga.

—¿Por qué no haces, con buen modo, que se vaya a comer a su casa? No me gustan convidados perpetuos. Un día, dos, pase...

—Pero, hombre... ¡Si supieras cuánto me ha ayudado la pobre!... Mañana veremos. No puedo decirle de buenas a primeras que se vaya...

—¿Qué te ha traído Prudencia de la plaza de la Cebada?

—Las tres arrobas de patatas.

—¿A cómo?

—A seis reales.

—Mira, hijita, no olvides de apuntar todo, para que cuando yo esté bueno pue-

da seguir llevando la cuenta del mes. ¿Has traído aceite? No traigas vino, pues ya sabes que yo no lo gasto por ahora. El médico me dice que tome un dedito de jerez; pero no lo compres. Si doña Tula te manda las dos botellas que te prometió, lo tomaré; si no, no. Si Candidita sigue viniendo por las mañanas y es forzoso darle la jicarita de chocolate... ¿Me podrá oír?

—No, no hay nadie.

—Pues digo que traigas para ella del de cuatro reales, que sin duda le sabrá a gloria; yo dudo que en su casa cate ella otra cosa que el de tres... Estoy pensando en el regalo que tenemos que hacer al médico, y en eso se nos van a ir todos nuestros ahorros. Y gracias que no me traiga acá un oculista, que si lo llega a traer, apaga y vámonos. Dios querrá no sea preciso... Ayer habló de tomar baños. Tiemblo de pensarlo. Esto de los baños es una monserga que los médicos han inventado ahora para acabar de exprimir el jugo a los pobres enfermos. En mi tiempo no había tales baños, y por eso no había más enfermedades. Al contrario, creo que moría menos gente. Si habla de baños, te lo recomiendo, hija, ponle mala cara, como se la pongo yo.

Lo más singular era que ni en aquel estado mísero hubo de abandonar mi buen Thiers la contabilidad de su casa. Mientras estuvo en el lecho, dió a su mujer las llaves de la gaveta donde tenía el dinero; pero desde que se levantó quiso empuñar de nuevo las riendas del gobierno y ejercer aquella soberana función, que es el atributo más claro de la autoridad doméstica. No acobardado por su ceguera y sobreponiendo su activo espíritu a la dolencia corporal, levantábase de su asiento, acercábase a la mesa, palpaba los muebles para no tropezar y abría la gaveta para sacar el cajoncito donde estaba el dinero. Había adquirido ya su tacto en tan corto período educativo, la finura que poseen en el suyo los privados de la vista, y conocía las monedas sólo con sopesarlas y sobarlas un poco. Con la arqueta sobre las rodillas, iba sacando y contando hasta poner la regateada cantidad en las manos de su mujer. Esta hacía alguna observación tímida:

—Ya ves, hijito; el gasto es mayor en estos días.

—Pues que no lo sea. Arréglate... ¡Ah! Hoy es sábado: los veinticuatro reales del carbonero... En cuanto al maestro de baile, si insiste en subir más cubas, que yo no pago más que lo de costumbre; lo demás es por su cuenta. No me pongas más caldo de gallina, a no ser que el cocinero jefe te mande alguna. Suprimido el cuarto de gallina o el medio pollo. Felizmente, me he acostumbrado a no ser hombre de melindres. El caldo del cocido, con su buen hueso y tuétano, vale más que nada.

Rosalía, por no contrariarle, a todo decía *amén*. Después de sacar el dinero del gasto cotidiano, quedábase Bringas un rato con la arqueta sobre las rodillas; y levantando un falso fondo que el mueblecillo tenía, sacaba una vieja y sobada cartera, entre cuyos dobleces iban apareciendo algunos billetes del Banco. Con exquisito tacto los repasaba, los desdoblaba, los volvía a doblar cuidadosamente, diciendo:

—Este es el de quinientos; estos dos, de cuatro mil...

Conocíalos por el orden en que estaban colocados... Luego ponía todo en su sitio con respetuosa pausa, guardaba el arca, y echando la llave, depositaba ésta en el bolsillo izquierdo de su chaleco. La señora le guiaba hasta volverle a poner en el sillón. Esto se hacía siempre a puerta cerrada; pues antes de escudriñar su tesoro mandaba a Rosalía que echase el pasador a la puerta para que no entrara nadie.

Una semana transcurrió desde el día de San Antonio, tristísima fecha en la casa, sin que el enfermo adelantara gran cosa. No estaba mejor; bien es verdad que tampoco había empeorado, lo cual, al fin y al cabo, siempre es un consuelo. No había duda alguna de que las funciones ópticas se conservaban intactas; es decir, que don Francisco veía; mas era tan penosa la impresión de la luz en sus ojos, que si por un instante se levantaba la venda, los crueles dolores y el ardor vivísimo que sentía obligábanle a ponérsela otra vez. Su mujer le cuidaba con un esmero y atención dignos del mayor elogio. Ella le ponía las compresas de belladona sobre los párpados cuando los dolores eran grandes, y le frotaba las sienes con belladona y láudano. Dábale todas las noches el calomelano con lige-

ra dosis de opio cuando había insomnio; pero en nada ponía tanto cuidado la solícita esposa como en amonestarle para que no se levantase nunca la venda; pues era el pobre señor tan vivo de genio, que desde que se sentía un poquito mejor ya le faltaba tiempo para *echar una miradita* al mundo, como decía.

—Por Dios, hombre, no seas así... Mira que te perjudicas. Eres como los chiquillos. No sé de qué te valen la razón y los años. Te dice el médico que por nada del mundo te descubras, y tú empeñado en que sí... De ese modo no adelantas nada. Ten paciencia, que día llegará en que te quites ese trapajo negro y puedas mirar directamente al sol. Pero ahora, por algún tiempo, cieguecito y nada más que cieguecito. Conque mucha formalidad, que si das en *abrir la ventanita*, como dices, te amarraré las manos.

—Es que esta maldita venda—dijo Bringas dando un suspiro—me agobia, me pesa como si fuera el bastión de una muralla... Es verdad que padezco mucho cuando me hiere la luz; pero también la impaciencia, y sobre todo la oscuridad, me mortifican horriblemente... Es un consuelo ver de rato en rato alguna cosilla, aunque sólo sea la cavidad de la habitación, con los objetos confusos y como borrados; es consuelo verte, y por cierto que si no me engaña esta pícara retina enferma, tienes puesta una bata de seda... La que te dió Agustín ¿no la habías deshecho para cortar un vestido a la niña? *Ainda mais*, la que llevas ahora es de un color así como grosella...

XXIII

Rosalía oyó esto desde la puerta. Desconcertada al pronto, no tardó en recobrar su serenidad, y dijo riendo:

—¿Pues no dice que llevo bata de seda?... Sí, para batas de seda estamos... Ahí tienes lo que te vale asomarte a la ventanita. Todo lo ves cambiado, todo lo ves equivocado; el tartán se te antoja seda, y este color pardo, sucio, te parece grosella...

—Pues yo juraría...

—No jures, hijito, que es pecado... ¡Batas de seda...! Qué más quisiera yo...

Y salió prontamente. En el Camón mudó la bata que tenía puesta por otra muy vieja, que era la que generalmente usaba...

—¿Estás aquí?—preguntó Bringas después de aguardar un rato, durante el cual hubo de dudar si su esposa estaba presente o no.

—Aquí estoy..., sí—respondió Rosalía, contestando apresurada—. El panadero... Hoy no he tomado más que tres libras...

—Pues yo juraría... ¿Será que todo lo veo trastornado?

—¿Todavía estás con lo de la bata?... —dijo Rosalía, acercándose a él y haciéndole caricias...

El ciego tocó la tela estrujándola entre sus dedos.

—Lo que es al tacto lana es, y muy señora lana.

Y después de otra pausa, durante la cual ella no dijo nada, Bringas, azuzado por su ingénita suspicacia, añadió:

—Como no te la mudaras en el ratito que estuviste fuera... Me pareció haber sentido ruido y frotamiento de tela...

—¡Jesús!... Oír es. Puede que sí. Está ahí la modista arreglando los vestidos de Milagros...

Paquito, que acababa de entrar de la calle, se sentó junto a su padre para contarle algunas anécdotas de las que corrían y leerle sueltos de periódico. Aquella tarde fué Milagros, que también había ido las anteriores, demostrando por la salud del señor don Francisco un interés verdaderamente fraternal. Algunos ratitos le acompañaba; pero pronto se dirigían ella y su colega al aposento más lejano, que era la Furriela.

Nunca explicó claramente la marquesa a su amiga cómo había sido aquel feliz arreglo de la famosa apertura del día 14; pero ello debió de ser un préstamo a cortísimo plazo, por lo que se verá más adelante. Lo cierto es que la cena fué esplendidísima, y un célebre cronista de salones, con aquel estilo eunuco que les es peculiar, la ponderó y ensalzó hasta las nubes, usando frases entre españolas y francesas que no repito por temor a que, leyéndolas, sientan mis buenos lectores en su estómago efectos parecidos a los del tártaro emético. Cuando le leyeron a don Francisco la relación de la lucida fiesta, el buen señor no cesaba de repetir: «¡Quién sería el bobo, quién sería el bobo!»

Los primeros días después del sarao,

Milagros parecía muy satisfecha. Paulatinamente, su contento amenguaba, y hacia el 20 podríais notar en ella súbitos ataques de tristeza. No pasó el 22 sin que a ratos revelara con hondos suspiros una aprensión muy grave. Por San Juan, ya los ratos de tranquilidad eran los menos, y la marquesa anunció a su amiga confidencias muy desagradables. Esta se asustaba oyendo tales augurios, y veía venir una nube más negra y tempestuosa que la pasada. Entre tanto, los cariños de Milagros eran tan extremados, que Rosalía no sabía cómo agradecerlos. A menudo hablaban de trajes y modas, aunque la de Bringas no tenía gusto para nada mientras su esposo estuviese enfermo. Por fortuna, el médico anunciaba una curación pronta, y con este pronóstico feliz tomaba tales alientos la dama, que su espíritu empezó a reservar un hueco no pequeño para todo lo concerniente al orden de la indumentaria elegante. Los regalitos de Milagros en aquella ocasión triste le llegaban al alma. Y cuenta que no eran bicoca estos obsequios. Una tarde, al despedirse, le dijo:

—¿Sabe usted que el sombrero Florian no me va bien? A usted le caería perfectamente. Se lo voy a mandar.

Y se lo mandó. Otro día hablaron de vestidos, con más calor.

—El de pelo de cabra, que tengo a medio hacer, no me gusta. Se lo enviaré mañana... Como usted ha de ir forzosamente a baños con su marido, puede usarlo allá... No, no me lo agradezca usted. Si no me sirve... También le traeré el *fichú* con cinta de terciopelo verde y un casquete de fieltro para que usted se lo arregle fácilmente. Para baños, delicioso. Le mandaré, igualmente, flores, plumas, *aigrettes*... Tengo seis cajones llenos de estas cosas... Hoy me llevó la modista la bata grosella... ¿Sabe usted que no me va muy bien? Ese color sólo sienta bien a las gruesas, a las caras frescas... ¿La quiere usted? Puede hacerle algunas variaciones, ensancharla un poquito, y le servirá... La tela es riquísima.

He aquí cómo entraron en la casa todas esas ricas prendas. Rosalía, como hemos dicho, no tenía gusto para nada, y las iba almacenando en el Camón. Alguna vez, cuando su espíritu estaba sosegado, por las buenas esperanzas que daba el médico, solía encerrarse en la citada pieza para probarse la bata, el vestido, el sombrero... Sin poder resistir la tentación, dispuso con Emilia varios arreglos, alargando unas cosas, reformando completamente otras A veces, dejándose llevar de su apasionado afán, salía del Camón y daba dos o tres vueltas por la casa con todos aquellos arreos sobre su cuerpo. Para esto esperaba a que la criada y los niños estuvieran fuera y don Francisco encerrado en Gasparini con Paquito. Más de una vez se mostró engalanada a la admiración de Cándida, solicitando del criterio de ésta una aprobación o censura juiciosas. La viuda siempre se sentía tocada del furor del aplauso, y para que no lo diese con aspavientos ruidosos, Rosalía se llegaba a ella con el dedo en la boca, incitándola a reprimir toda manifestación de pasmo y sorpresa, no fuera que algún sutil oído percibiese lo que en la Saleta ocurría. Luego tornaba, melancólica, al recatado Camón, y allí se despojaba de aquellas galas, diciendo con pena:

—No tengo gusto para nada, no está mi espíritu para estas bromas.

El 26 fué cuando la de Tellería, no pudiendo ya contener la ola de tristeza que se desbordaba en su afligido pecho, la vertió sobre el de su buena amiga, previo este exordio patético que nos ha conservado la Historia:

—También le mandaré a usted el vestido de muselina con visos violeta... y todos mis encajes de Valenciennes, punto de Alençon y *guipure*. ¿Para qué quiero nada ya? Las pocas joyas que me quedan tal vez sean algún día para usted... Yo estoy perdida; no tengo más remedio que esconderme, entrar en un convento, huir, o qué sé yo... Si pudiera entrar en un convento, sería lo mejor... Y si Dios me quisiera llevar, ¡qué servicio me haría!... Pero no sé lo que me digo... Se pasmará usted de verme tan aturdida, tan trastornada, que no parezco la misma... ¡Cuando usted sepa...! Es que llueven sobre mí las calamidades como si el Señor quisiera probarme. Dicen que así se hacen méritos para la otra vida, y tiene que ser, tiene que ser, porque, si no, amiga mía, ¿qué cosa más triste que penar aquí y penar allá?... Yo nací con mala estrella... Hasta ahora,

los conflictos en que me ha puesto mi mariducho han sido tales, que los he ido sorteando con maña... Dios sabe el mérito grande, ¿qué digo mérito?, el heroísmo de estos últimos años. ¡Qué sofocaciones para sostener la dignidad de la casa, para que a los hijos no les faltase nada!... ¡Y algunos días, qué afán horroroso para que los criados pudieran decir: «La sopa está en la mesa...»! ¡Cuánta humillación, cuánto padecer, y qué lucha, amiguita, qué lucha con acreedores, con gente ordinaria y con toda clase de pedigüeños!... Pero cuando se van acumulando las dificultades, cuando se prolonga mucho el sistema de abrir un hueco para tapar otro y prorrogar y aplazar, llega un día en que todo se ve de través; es como un barco ya muy viejo y remendado que de repente se abre..., ¡plum!... y...

Al llegar a esto del barco averiado, el lenguaje de la pobre señora, más que lenguaje era un sollozo continuo. Rosalía, casi tan apenada como ella, la incitó a que explicara el motivo de tanta desdicha, para ver si, conocido de una manera clara y concreta, era fácil buscarle remedio. Mas la marquesa no supo o no quiso exponer su conflicto en términos categóricos. Ello era cosa de reunir para fin de mes una cantidad no pequeña. Si no la tenía, veríase en el mayor y más grave compromiso de su vida, y quizá, o sin quizá, expuesta al vilipendio de ser llevada a los tribunales de Justicia. Pero ¿qué era...? ¿Tal vez que un amigo se había comprometido por sacarla del difícil paso, y ella había puesto su malhadada firma...? ¡La muy tonta! ¿Por qué no se cortó la mano antes?... Es verdad que si se hubiera cortado la manecita, no habría tenido cena en la mil veces malhadada noche del 14.

Rosalía, que sabía de lógica más que la marquesa, díjole que por qué no escribía a su administrador de Almendralejo para que le anticipase la renta del trimestre, aunque fuera por descuento. A lo que Milagros contestó, entre suspiros, que ya esta probable solución se había tanteado y no podía contar con la renta hasta el 15 de julio... Eso sí: la renta era segura, y a la persona que le hiciera el anticipo le pagaría puntualmente en dicha fecha.

—Pero ¿no puede usted aplazar...?

—Imposible, hija, imposible... Tan imposible como que vuelen los bueyes o que mi marido tenga sentido común.

—¿Y su hermana de usted, Tula?...

—Más absurdo aún...

Rosalía alzó los hombros. No veía salvación. Pero Milagros, que iba tras el *quid* de que su amiga la sacase de aquel profundo atolladero en que estaba, echóle los brazos al cuello, y con ahogada voz le deletreó en el oído estas palabras, más lacrimosas que el cenotafio en que don Francisco había trabajado con tan mala fortuna:

—Usted..., usted, amiga del alma, puede salvarme...

Dicho esto, le entró una congoja y una convulsioncilla de estas que las mujeres llaman ataque de nervios, por llamarlo de alguna manera, seguida de un espasmo de los que reciben el bonito nombre de síncope.

XXIV

Fué preciso traerle un vasito de agua, desabrocharle el corsé y no sé qué más.

—Pero yo..., ¿cómo?—exclamaba Rosalía, mucho después, espantada—. ¿Cómo puedo yo...?

—Pidiéndolo a don Francisco. Le daré interés, el rédito que quiera y un pagaré en toda regla... Traeré la carta de mi administrador para que la vea. Dice que cuente con la renta para el quince. No es mi administrador, como el de doña Cándida, un vano fantasma, sino un ser de carne y hueso. Bien se conoce esto en que sus anticipos son siempre al veinte por ciento.

Rosalía denegaba enérgicamente con la cabeza y con la voz:

—Hija mía, usted se hace ilusiones. Mi marido no tiene un cuarto. Y si lo tuviera, no lo daría. Usted no le conoce...

A esta razón terminante opuso la angustiada señora otras que denotaban su perspicacia y los infinitos recursos de su ingenio. Que don Francisco tenía, era un punto inconcuso, superior a todas las dudas. Sentado este principio, la cuestión quedaba reducida a ver cómo se vaciaba el misterioso tesoro en las necesitadas manos de Milagros. Si una esposa fiel tomaba a su cargo esta empre-

sa, que no era un arco de iglesia, bien podía efectuarse la transferencia sin contar con Bringas para nada. La fiel esposa no debía tener escrúpulos de conciencia por esta acción un tanto incorrecta y temeraria, porque la cantidad sería repuesta antes que el buen señor se hallara en estado de advertir la falta.

—Pues qué, ¿cree usted que don Francisco verá antes del día quince de julio?

Esta pregunta, hecha por Milagros en el calor de la improvisación, lastimó bastante a Rosalía.

—Yo espero que sí, y si así no fuera, como lo deseo tanto, quiero suponer que no tardará en recobrar la vista.

—Perdóneme usted, amiga querida, si soy poco delicada. A veces digo unos disparates... Usted no sabe lo que es una situación como esta en que yo me veo. Vive usted en la gloria y no comprende cómo nos retorcemos y nos achicharramos y aun blasfemamos los condenados en este infierno de Madrid... ¡Las cosas que a mí se me ocurren!... En un caso como éste, no se asuste usted y créame lo que le digo...; en un caso como éste me figuro que sería capaz hasta de apropiarme lo ajeno..., se entiende, con propósito de devolver. ¡Ay! Cuando entro en mi casa y veo al portero en su cuartito bajo, comiéndose unas sopas de ajo con la portera, ¡me da una envidia!... Quisiera mandarle a mi principal y quedarme yo en la portería, aunque tuviera que barrer el portal todas las mañanas, limpiar los metales y lavar la escalera de arriba abajo. Si es lo que digo: me vendría bien encerrarme en un convento y no acordarme más del mundo. Pero mis hijos, mis pobres hijos..., ¿qué sería de ellos entonces?... Cuando case a María, ¡quién sabe!..., puede ser, puede ser que me decida a buscar descanso en la vida religiosa... Por lo menos renunciaré al mundo y haré vida recogida en mi propia casa; no tendré más vestido que un hábito del Carmen, y aquí paz... Por las mañanas, mi misa; por las tardes, visitar a alguna amiga, y por la noche, a casa... Acostarme tempranito, que es lo más saludable, y... ¡Ay, qué rica vida!...

Después que volvió a insinuar su pretensión, no obteniendo de Rosalía sino frías negativas, dijo súbitamente:

—A ver cómo nos arreglamos para ir juntas a baños. Yo siento mucho retrasarme, pero antes de principios de agosto creo que podrá ser. ¿No ha dicho el médico aún qué aguas va a tomar Bringas? Yo iré a donde usted vaya, pues para mis males lo mismo son unas aguas que otras... Todo está en zarandearse un poco y salir de este horno.

En esto del viajecito a baños era Rosalía más comunicativa que en el anterior tema. Bien deseaba veranear, pero aún no había dicho el médico nada terminante. Bringas no quería ir, por no hacer gastos; pero si el médico se lo mandaba, ¿cómo negarse a ello?... A la señora misma no le sentaría mal un poco de expansión y movimiento, pues estaba delicadita y algo desmejorada... De este palique de los baños pasaron a los vestidos, y tras las observaciones vinieron las probaturas... Rosalía se puso el de *mozambique* ya casi concluído, y su amiga la felicitó tan calurosamente por el buen aire que con él tenía que a poco revienta de vanidad la hija de cien Pipaones.

—Si es usted elegantísima..., si cuanto usted se pone resulta maravilloso. La verdad, no es porque sea usted mi amiga... A todo el mundo lo digo: si usted quisiera no tendría rival. ¡Qué cuerpo, qué caída de hombros! Francamente, usted, siempre que se quiere vestir, oscurece cuanto se le pone al lado.

Que a Rosalía se le caía la baba con esta adulación no hay para qué decirlo. Era una estupidez que persona de tal mérito tuviera que esconder su buena ropa, ponérsela a hurtadillas e inventar mil mentiras para justificar el uso de diversas prendas que parecían ajustadas a su hermoso cuerpo por los mismos ángeles de la moda. Al quitarse aquellas galas delante de su amiga, pensaba en el tremendo problema de explicar al marido la adquisición de ellas, cuando no tuviera más remedio que lucirlas ante sus ojos o no lucirlas.

Milagros no se despidió sin repetir con amaneramiento compungido sus ahogos y el remedio que solicitaba. Por fin, Rosalía confortó su espíritu con un *veremos,* y el rostro de la Tellería iluminóse con un chispazo de alegría.

—Mañana—dijo ya en la puerta—le mandaré aquella blonda que le gustaba a usted tanto... No, no me lo agradez-

ca... Yo soy la que tiene que agradecer, y si usted me saca del pantano... *(Estampándole dos sonoros y sentimentales besos.)*, gratitud eterna... Adiós.

Por aquellos días volvió de Archena don Manuel Pez, contento de lo bien que le habían sentado las aguas, con buen color, mejor apetito y ánimos para todo. Su primera visita fué para Bringas, de cuya enfermedad había tenido noticias en los baños, y le animó mucho y se brindó a acompañarle por mañana, tarde y noche, dedicándole todo el tiempo que sus quehaceres le dejaban libre. Cumplió esto al pie de la letra, y su presencia en la casa llegó a ser tan reglamentaria, que cuando no iba parecía que faltaba algo. A ratos entretenía al enfermo con los sucesos políticos, contándole mil chuscadas; pero tenía cuidado de no ponderar los peligros del Trono ni el mal curso que tomaban las cosas, pues mi don Francisco, en cuanto oía hablar de *la llamada* revolución, se ponía tristísimo y daba unos suspiros que partían el alma. Cuando había otros acompañantes en Gasparini, o cuando se consideraba perjudicial la conversación muy prolongada, Pez se iba a la Caleta o a Embajadores, donde Rosalía, hallándole al paso, cambiaba algunas palabras con él. Notaba la dama en su amigo un mudo y ceremonioso respeto, y las galanterías con que la obsequiaba eran siempre caballerescas y de estilo un tanto rebuscado. Ella le correspondía con sentimiento de admiración, de una pureza intachable, porque Pez se agigantaba más cada día a sus ojos, como tipo del personaje oficial, del alto empleado, fastuoso y cortesano. En la mente de la Pipaón, ningún ideal de hombre podía ser completo sin estar bañado en la dorada atmósfera de una nómina. Si Pez no hubiera sido empleado, habría perdido mucho a sus ojos, acostumbrados a ver el mundo como si todo él fuera una oficina y no se conocieran otros medios de vivir que los del presupuesto. Luego aquel aire elegante, aquella levita negra cerrada, sin una mota, planchada, estirada, cual si hubiera nacido en la misma piel del sujeto; aquellos cuellos como el ampo de la nieve, altos, tiesos; aquel pantalón que parecía estrenado el mismo día; aquellas manos de mujer, cuidadas con esmero...

XXV

Y aquel modo de peinarse, tan sencillo y tan señor al mismo tiempo; aquel discreto uso de finos perfumes, aquella olorosa cartera de cuero de Rusia, aquellos modales finos y aquel hablar pomposo, diciendo las cosas de dos o tres maneras para que fueran mejor comprendidas... Ni una sola vez, siempre que le decía algo, dejaba de emplear alguna frase de sentido ingenioso y un poco doble. Rosalía no las hubiera oído quizá con gusto si no le inspirara indulgencia la consideración de que las merecía muy bien y de que, en cierto modo, la sociedad tenía con ella deudas de homenaje, que hasta entonces no le habían sido pagadas en ninguna forma. Venía a ser Pez, en buena ley, el desagraviador de ella, el que, en nombre de la sociedad, le pagaba olvidados tributos.

Como apretaba bastante el calor, principalmente por la tarde, a causa de estar la casa al Poniente, la familia buscaba desahogo en la terraza. Una tarde, con permiso del médico, salió el mismo don Francisco, apoyado en el brazo de Pez, y dió un par de vueltas; mas no le sentó bien, y se dejaron los paseos hasta que el enfermo se hallase en mejores condiciones. Pero por verse privado de aquel esparcimiento, no gustaba que los demás se privasen, y con frecuencia instaba a su mujer para que saliese a tomar el aire.

—Hijita, no sé qué me da de verte encerrada en esta cazuela. Yo no siento el calor; pero tú, que no cesas de andar de aquí para allí, estarás abrasada. Salte a la terraza.

Las más de las veces negábase Rosalía.

—No estoy yo para paseos... Déjame...

Pero algunas tardes salía. El señor de Pez la acompañaba. Un día que él salió primero, porque verdaderamente se ahogaba en el caldeado gabinete, la vió aparecer con su bata grosella, adornada de encajes, abanicándose. Estaba elegantísima, algo estrepitosa, como diría Milagros; pero muy bien, muy bien. Contar los piropos que le echó Pez sería convertir este libro en un largo madrigal. Sin saber cómo, dejóse ir la dama al impulso de una espontaneidad violenta que en su espíritu bullía, y contó a su amigo

el incidente de la bata, sorprendida por el esposo en un momento en que se alzó la venda.

—¡Pobrecito! No le gusta ver en mí cosas que le parecen de un lujo excesivo..., y quizá tenga razón...

De aquí pasó la Pipaón a consideraciones generales. Para Bringas no había más que los cuatro trapos de siempre, bien *apañaditos,* y las metamorfosis de un mismo vestido hasta lo infinito... Por cierto que ella no sabía cómo arreglarse. De una parte la solicitaba la obediencia que debía a su marido; de otra, el deseo de presentarse decentemente, con dignidad..., ¡por decoro de él mismo!

—Si se tratara de mí sola, me importaría poco. Pero es por él, por él..., para que no digan por ahí que me visto de tarasca.

Todo esto lo aprobaba Pez con frase, no ya decidida, sino vehemente, y llegó a indignarse, increpando duramente a su amigo por mezquindad tan contraria a las exigencias sociales.

—Ese hombre no conoce que su propia dignidad, que su propio decoro, que su propio interés... ¿Cómo ha de hacer carrera un hombre semejante, un hombre que así discurre, un hombre que de este modo procede?...

Rosalía se extendió aún más en el terreno de las confidencias, no callando las agonías que pasaba para ocultar a Bringas las pequeñas compras que se veía obligada a hacer.

—A veces, no sabe usted lo que padezco; tengo que mentir, tengo que inventar historias...

Tan caballero era Pez y tan noble, que, después de compadecer a su amiga con toda el alma, se brindó a prestarle su desinteresada ayuda si por las incalificables sordideces de Bringas se veía ella en cualquier situación difícil.

—O hay amistad entre los dos, o no la hay; o hay franqueza, o no. Ello quedaría entre usted y yo... ¡Cómo consentir que usted..., con tanto valer, tanto mérito, con una figura como hay pocas, deje de lucir...!

Y siguió tal diluvio de elogios, que Rosalía se abanicaba más para atenuar el vivísimo calor que a su epidermis salía. Su bonita nariz de facetas se hinchaba, se hinchaba hasta reventar.

—Voy a darle el refresco...; son las siete—dijo de súbito.

También ella debía tomarlo, que bien lo necesitaba.

Con las seguridades que dió el médico al siguiente día, se pusieron todos muy contentos. Oyéronse de nuevo risas en la casa, y el paciente mismo, recobrando sus ánimos, despedía chispas de impaciencia y vivacidad. «La semana que entra—había dicho el doctor—le quitaremos a usted el trapo. Eso va muy bien. Para la otra semana no tendrá usted sino ligeras alteraciones en la visión, y podrá salir a la calle con espejuelos oscuros. Absteniéndose durante el verano de todo trabajo en que se canse la vista, para el otoño volverá usted a su oficina y a las ocupaciones ordinarias, renunciando para siempre a jugar con pelos... Los trabajos mecánicos que afectan al sistema muscular le sentarán bien, como la carpintería, por ejemplo; la tornería, labores campestres... Pero nada de menudencias.» Muy mal gesto puso Bringas cuando el médico agregó a esto la indicación de tomar las aguas de Cestona. Hubo aquello de «patraña; en otros tiempos nadie tomaba baños, y moría menos gente», y lo de que «los baños son un pretexto para gastar dinero y lucir las señoras sus arrumacos...» A lo que el viejo galeno contestó con una apología vehemente de la medicación hidropática.

—Sea lo que quiera, hijito—declaró Rosalía, con más elocuencia en las ventanillas de la nariz que en los labios—. El médico lo manda, y basta... ¿Que es patraña?... Eso no es cuenta tuya. En estos casos debe hacerse todo para que no quede el desconsuelo de no haberlo hecho si te pones peor... El clima de las provincias, en verano, te acabará de reponer. ¡Oh!, lo que es por mí, aquí me quedaría, pues el viajar, más es molestia que otra cosa; pero los niños *(Acentuando la afirmación con enfáticos ademanes.)* no pueden pasarse un año más sin los baños de mar.

A pesar de que lastimaba su espíritu aquella perspectiva de viaje, con las molestias consiguientes, el mucho gastar, el pedir billetes gratuitos y demás chinchorrerías, don Francisco estaba tan contento que le rebosaba la alegría en

los labios, y no podía estar callado ni un minuto.

—En cuanto me ponga bien voy a emprender un trabajo de carpintería. Te voy a hacer un armario para la ropa, tan bueno y tan famoso, que la gente pedirá papeleta para verlo, como la Historia Natural y Caballerizas. El arrendatario de las cortas de Balsaín me da cuanta madera de pino me haga falta... En los sótanos de esta casa hay un depósito de caobas que se están pudriendo, y su majestad me permitirá sacar una piececita... El contratista del panteón de Infantes, de El Escorial, me ha ofrecido todo el mármol que quiera. Te haré un armario de mármol..., digo, un panteón para la ropa...; no, haré un magnífico lavabo y una consola... Y a Candidita le voy a hacer también un mueble... De herramientas estoy tal cual... Pero me procuraré otras..., o me las prestará el contratista de las obras de La Granja.

Hablando de esto, metió su cucharada la viuda, diciendo al artista que ella le podría suministrar para su trabajo los modelos más suntuosos y elegantes. Tenía una consola con incrustaciones que perteneció al mismísimo Grimaldi, y un ropero traído de París por la de los Ursinos. En cuanto al taller que don Francisco necesitaba, fácil le sería conseguir de su majestad que le cediera un local de los muchos que estaban inhabitados y vacíos en el piso tercero. Precisamente, junto al oratorio, había una gran sala con excelentes luces, en otro tiempo palomar, que ni hecha adrede sería mejor para aquel objeto. Con tanto brío se restregaba las manos Bringas, que poco faltó, sin duda, para echar chispas de ellas. «Vamos bien, bien. Vea yo, y verán todos mis obras...», era lo que, sin cesar, decía.

Inútil creo decir que Rosalía estaba también muy alegre. Su querido esposo recobraría la salud, la vista, que es la mejor parte de ella y de la vida, y volvería a desempeñar en aquella casa sus funciones de soberanía paterna. Mas como ninguna dicha es completa en este detestable mundo, sino que los sucesos prósperos han de llevar siempre consigo su proyección triste, como llevan los cuerpos todos su sombra, aquel placer de la Bringas tenía por uno de sus lados una oscuridad desapacible. Era que por aquella región de su mente se extendía el recuerdo de los candelabros empeñados y del forzoso compromiso de redimirlos antes que Bringas recobrase la vista y, con ella, el mirar vigilante, la observación entremetida, la curiosidad implacable, policíaca, ratonil. Seguramente, si llegaba el día feliz y los candelabros no estaban en la consola ni los tornillos en las bonitas orejas de la dama, lo primero que notaría aquel lince sería la falta de estos objetos... ¡Horror daba el pensarlo!... Ved por dónde la propia felicidad engendraba una punzante pena, de tal suerte, que la infeliz dama se hallaba en una perplejidad harto dolorosa. La expresaba diciéndose que tal vez se alegraría de no estar tan alegre.

La impaciencia y vivacidad de Bringas se manifestaban en una fiebre de intervención doméstica, en un como delirio de administración, vigilando sin ver y dirigiendo todo lo mismo que si viera. Ni un instante dejaba de promulgar disposiciones varias, y él mismo se contestaba a las preguntas que hacía. Su mujer, justo es decirlo, tenía la cabeza loca con tal tarabilla.

XXVI

—Hijita, oye lo que te digo... Si vamos, al fin, a esos condenados baños, te arreglarás con los vestidos que tienes. Los mudas, los cambias, le quitas a uno una cosa para ponérsela a otro..., y como nuevo. Todos dirán que te los ha mandado Worth. No creas, así lo hacen hasta las duquesas... Cuento con que su majestad le ponga dos letritas al jefe del Movimiento para que nos dé billetes gratis para todos... Otra cosa: si tú lo tomas a tu cargo y lo sabes hacer, podrás conseguir que la Señora ordene a la Intendencia que se me den dos pagas el mes de julio... ¿Y por qué no julio y agosto? Todo será que lo sepas hacer, y que al hablarle de nuestro viaje te aflijas y digas que no podemos por falta de... Ello depende de que la cojas de temple benéfico, y fácil será, porque casi siempre está en ese templè... A tu maña lo dejo... Los niños no necesitan vestidos... Si acaso, algún sombrerito

chico... No hagas nada hasta que yo lo vea. Capaz eres de gastar un sentido y ponerlos muy llamativos, con unos canastos en la cabeza que les hagan sudar el quilo. Yo me pondré el jipijapa que Agustín se dejó olvidado, y con mi *levisac* de lanilla, el que me hice hace seis años, y mi traje mahón, que siempre parece nuevo..., tan campante. Haré que nos den un coche reservado para poder llevar comida, cocinilla en que hacer chocolate, un colchón, almohadas, botijo de agua y alguna otra cosa útil... En fin, se realizará el viaje como se pueda.

Continúa la tarabilla:

—¿Qué ruido es ese que he sentido? ¿Qué me han roto? Desde que no veo, llevo la cuenta de los platos y copas que he sentido caer, y no bajan de docena y media. Cuando vea, ¡Dios mío!, voy a encontrar la casa hecha una lástima. No me digas que no. Me parece que estoy viendo el desorden de todo y mil gastos inútiles. No me explico ese consumo enorme de petróleo, ahora que no necesito luz. Y a Prudencia, ¿se le toma bien la cuenta? Apostaría que no. Con aquello de que el amo no ve, todo es barullo. Dices que de limones veinticuatro reales. Pero ¿tú has mandado traer acá toda la huerta de Valencia? Pues si las medicinas nos costaran dinero, tendríamos que pedir limosna. En fin, póngame yo bueno, y todo irá bien. Me parece que desde que estoy así no se hacen muchas cosas que tengo ordenadas... Ya, como el amo no ve... Ni se trae la carne de falda, ni he vuelto a tener noticia del señor escabeche de rueda, que es un señor plato muy arreglado; ni se me ha dicho si siguen viniendo los mostachones de a cuarto para el postre... En la distribución del tiempo no sé lo que se hará. Dices que no puedes estar en todo, y yo pregunto que por qué razón no ha de limpiar Paquito los cubiertos cuando viene de la clase. Pues qué, ¿un señor licenciado desmerece por esto? Pues su padre lo ha hecho y lo hará cuando recobre la vista... También estoy seguro de que no haces quitar a los niños los zapatos cuando vienen del colegio y ponerse los viejos. En el ruido de las pisadas conozco que andan correteando con el calzado de salir a la calle. Bien podría habérsete ocurrido traerles unas alpargatitas, que para este tiempo son lo mejor... Pero yo veré, yo veré, y todo volverá a aquel tole-tole sin el cual no podemos vivir... Y se me figura que Prudencia no lava todo lo que debiera. No será por falta de jabón, del cual se ha gastado más de la cuenta en estos días en que me he mudado tan pocas veces, sin haber usado cuellos ni puños... Apostaría a que cuando Candidita ha tomado café no se lo has hecho con el mismo del día anterior, sino que lo has colado de nuevo. Por el tufillo que despide lo he conocido. Bien, bien, fomentar vicios; para eso estamos.

Esta cantilena no sonaba bien en los oídos de Rosalía, y menos entonces. Trataba de volver todas las cosas al estado en que se hallaran antes, y de obedecer puntualmente las prolijas reglas que afluían sin cesar de aquel inagotable manantial de legislación doméstica. Trajo las alpargatas de los chicos, y Bringas dispuso que no fueran ya a la escuela, porque el excesivo calor les era nocivo, y el asueto, sobre ser una economía, era muy higiénico. Ellos lo agradecieron mucho, y todo el santo día se lo pasaban corriendo y jugando en los corredores con amplios ropones de dril, o bien se iban al piso tercero en busca de otros niños y de Irene. Eran los seres más felices de la casa, casi tanto como las palomas que anidan en los huecos de la arquitectura y envuelven todo el grandioso edificio en una atmósfera de arrullos.

Por aquellos días tuvieron una visita, que a entrambos esposos causó extrañeza y un sentimiento algo distante de la satisfacción. Una persona, de cuyo nombre no querían acordarse, Refugio Sánchez Emperador, presentóse en la casa cuando menos la esperaban. Venía muy cohibida, por lo cual creyó Rosalía que disimulaba su desparpajo para poder alternar, siquiera un momento, con personas decentes. Bien pronto dijo el motivo de su visita. Su hermana Amparo le había escrito desde Burdeos..., ¡ay!, muy dolorida por la enfermedad de don Francisco... «Dice que desde que lo supo no piensa en otra cosa.» Le encargaba que inmediatamente fuese a visitar a los señores, se enterase de cómo seguía el enfermo, y se lo escribiera a correo

vuelto. Quería saber de él dos o tres veces por semana, lo menos... Don Agustín también estaba con mucho cuidado y deseando saber noticias...

Bringas se mostró muy agradecido, y tanto encareció su mejoría, que Refugio hubo de creer que sólo por capricho llevaba aquella enorme venda. «Diles que ya estoy bien y que les agradezco mucho su atención...» Rosalía sintió ganas de decir cuatro frescas a la que tenía el atrevimiento de profanar la honrada casa entrando en ella; pero la compostura que guardaba don Francisco y los buenos modos de la chica la contuvieron. No pudo, sin embargo, guardar las fórmulas sociales con ella, y apenas la saludó, sin darle la mano. Mientras la joven hablaba con Bringas, la Pipaón de la Barca entraba y salía como si tal visita no tuviera en la casa. Fijándose en ella al paso, hubo de advertir algo que disminuyó sus antipatías. No fué el comedimiento y gravedad que mostraba; no fueron las cosas razonables y bien medidas que dijo; fué su vestido, que era elegantísimo, de novedad, admirablemente cortado, hecho y adornado. Rosalía la miraba de soslayo, y no pudo menos de pasmarse de aquel *pelo de cabra,* de un color tan original y bonito, y del aspecto decentísimo de la joven, bien enguantada y mejor calzada. «Es graciosilla», dijo para sí; y se quedó con ganas de preguntarle dónde había comprado el *pelo de cabra*... Quizá Amparito se lo había mandado de Burdeos. ¡Luego llevaba un alfiler de pecho tan *chic!*... ¡Cómo se le fueron los ojos tras él a Rosalía!

—Y tú, ¿qué te haces?—le preguntó don Francisco, volviendo hacia ella el rostro, cual si la pudiera ver al través de la negra venda.

—¿Yo?...—replicó la Sánchez, un poco desconcertada al pronto, pero recobrándose con la mayor viveza—. Pues nada: ahora no trabajo. Estoy un poco delicada; me duele el pecho; a veces me cuesta trabajo respirar, y paso algunas noches sin dormir. ¿Sabe usted?, desde que me acuesto parece que se me pone una piedra aquí... Mi hermana me manda lo que necesito para pasarlo desahogadamente y con descanso. Vivo con unas señoras muy decentes, que me quieren mucho. Hago una vida muy retirada... Pues como iba diciendo a usted, mi hermana quiere que me ocupe en algo. Como no puedo trabajar de aguja ni en máquina, Amparo se empeña en que ponga un establecimiento de modas, y para empezar me han mandado un cajón grandísimo de sombreros, fichús, pamelas, lazos, corbatitas, camisetitas..., preciosidades. En Madrid no se han visto nunca cosas de tanta novedad y buen gusto. También he recibido casquetes de paja y tela, cintas de mil clases, plumas, *marabús, egretas,* penachos, amazonas, *toques, alones, colibrises, espris* y cuanto Dios crió. Estoy haciendo ensayos a ver qué tal me compongo... Ya he buscado algunas parroquianas de la grandeza, y han ido a mi casa muchas señoras... Todas encantadas de lo que tengo. He mandado hacer unas tarjetitas...

Diciéndolo, sacó del bolsillo una para darla a Rosalía, quien, con mal desarrugado ceño, la tomó, dignándose agraciar a la joven con una sonrisa benévola, la primera que Refugio había visto en aquellos desdeñosos labios. Y mientras la joven *calipiga* continuaba encareciendo los primores de aquella industria en que se había metido, la Bringas oíala con algún interés, perdonando quizá el vilipendio de la persona por la excelsitud del asunto que trataba. Así como el Espíritu Santo, bajando a los labios del pecador arrepentido, puede santificar a éste, Refugio, a los ojos de su ilustre pariente, se redimía por la divinidad de su discurso.

—¿Conque modista?—dijo don Francisco, chanceándose—. ¡Bonito negocio! ¡Vaya unos micos que te van a dar tus parroquianas! Aquí el lujo está en razón inversa del dinero con que pagarlo. Mucho ojo, niña... Se me figura que si tu hermanita no te manda con qué vivir, lo que es con el trapo nuevo te comerás los codos de hambre... ¿Y vienes a sonsacarnos para que seamos tus parroquianos? Chica, por Dios, toca, toca a otra puerta... Tu industria es la ruina de las familias y el noviciado de San Bernardino. Pero te deseo buena suerte, y te recomiendo que no tengas entrañas, si quieres defenderte de la miseria. ¡Duro en ellas! Por lo que vale doce, cobra cuarenta, y así, con el exceso de las que paguen, cubres la falta

de las que no te den un cuarto... ¡Ay, qué gracia!...

Un buen rato le duró la risa, de la que participaron todos los presentes, incluso la señora, que tuvo la increíble bondad de acompañar a Refugio hasta la puerta y obsequiarla con algunas frases amables.

XXVII

—¿No le preguntaste si se han casado?—dijo Rosalía a su esposo cuando volvió apresuradamente al lado de él.

—Tuve la palabra en la boca más de una vez para preguntárselo; pero no me atreví por temor a que me dijese que no, y tomase yo un berrenchín.

—He tenido que contenerme para no ponerla en la calle—declaró la dama, haciendo todo lo necesario para mostrarse poseída de un furor sacro, hijo legítimo del sentimiento de la dignidad—. Es osadía metérsenos aquí y venir con recados estúpidos de la buena pieza de su hermanita..., otra que tal. ¡Ni qué nos importa que Amparo se interese o no por nosotros!... Pues los sentimientos de Agustín también me hacen gracia... Una gente para quien el Catecismo es como los pliegos de aleluyas... Yo estaba volada oyéndola. No sé cómo tú tenías paciencia para aguantar tal retahila de mentiras y sandeces..., y ahora se sale con vender novedades... ¡Qué porquerías serán ésas! Te aseguro que me da un asco...

La entrada del señor de Pez cortó la serie de observaciones que, sin duda, habían de ilustrar el asunto. Poco después, Bringas, que no se cansaba nunca de dar órdenes, dispuso que de allí en adelante se comiese a la una o una y media, a usanza española, cenando a las nueve de la noche. Esto no sólo era más cómodo en la estación calurosa, sino más económico, porque se gastaba menos carbón. La cena debía de ser de cosa ligera. Recomendó mi hombre las lentejas, menestras de acelgas y guisantes, aunque fueran de caldo negro; las sopas de ajo, y abstinencia de carne por las noches. Este plan no tenía más inconveniente que la necesidad de añadir a los estómagos, de tarde, el peso de un chocolatito, cuya carga, por la circunstancia de haberse pegado doña Cándida a la familia como una lapa, se hacía punto menos que insoportable. Verdad es que Dios iba siempre en ayuda de Thiers, porque doña Tula, que en verano adoptaba el mismo sistema de comidas, hacía todas las tardes un chocolate riquísimo, y casi siempre mandaba una jícara, bien custodiada de mojicón y bizcochos.

—Esta doña Tula—decía Bringas cuando sentía entrar a la criada de su vecina—es una persona muy atenta.

Rosalía pasaba a la vivienda de doña Tula, y rara vez faltaba Pez al chocolate de las seis y media. Allí se encontraban otras personas muy calificadas de la ciudad, como la hermana del intendente, un señor capellán a veces, el oficial segundo de la Mayordomía, el inspector general, el médico y otros. Milagros no ponía nunca los pies en la casa de su hermana, pues hacía algún tiempo que no se trataban. Hablando de la marquesa, solía doña Tula designarla con alguna reticencia; pero sin pasar de aquí. María estaba casi siempre, y todos se encantaban con ella, mimándola. La de Bringas hacía allí público alarde de su vestido *mozambique*, y Cándida lucía el suyo de gro negro, único que conservaba en buen estado. Ocioso será decir que, hallándose presente el señor de Pez, ningún otro mortal podía atreverse a levantar el gallo en una conversación de política o sobre cualquier asunto de sustancia. Por mi parte, confieso que el modo de hablar de aquel señor tan guapín y de palabras tan bien medidas ejercía no sé qué acción narcótica sobre mis nervios. Lo mismo era ponerse él a explicar el porqué de su consecuencia con el partido moderado, ya me parecía que un dulce beleño se derramaba en mi cerebro, y el sillón de doña Tula, acariciándome en sus calientes brazos, me convidaba a dormir la siesta. La cortesía, no obstante, obligábame a luchar con el maldito sueño, de lo que resultaba un estado semejante al que los médicos llaman *coma vigil*, un ver sin ver, transición de imagen a fantasmas, un oír sin oír, mezcla de son y zumbido. La pintoresca habitación, que, a causa del calor, estaba medio cerrada y en la sombra; la luz que entraba, filtrada por la tela de los transparentes, iluminando

con tropical coloración las enormes flores de éstos; el tono bajo de tapiz descolorido que tenían todas las cosas en aquella soñolienta claridad; los ligeros carraspeos de doña Cándida y sus bostezos, discretamente tapados con la palma de la mano; la hermosura de María Sudre, que no parecía cosa de este mundo; el *mozambique* de Rosalía, con pintitas que mareaban la vista, y, finalmente, el lento arrullo de las mecedoras y el *chis chas* de los abanicos de cinco o seis damas, eran otros tantos agentes letárgicos en mi cerebro. Como brillaban las lentejuelas de algunos abanicos, así relucían los conceptos uno tras otro... El verano se anticipaba aquel año y sería muy cruel... Los generales habían llegado a Canarias... Prim estaba en Vichy... La reina iría a La Granja y después a Lequeitio... Se empezaban a llevar las colas algo recogidas, y para baños, las colas estaban ya proscritas... González Bravo estaba malo del estómago... Cabrera había ido a ver al *Niño Terso*...

Ultimamente se destacaba la voz de Pez, de un tono íntimamente relacionado con su áureo bigote, que, por la igualdad de los pelos, parecía artificial, y el efecto narcótico crecía... El tal no podía ver sin amarga tristeza la situación a que habían llegado las cosas por culpa de unos y otros... La revolución, con su *todo o nada*, y los moderados, con su *non possumus*, ponían al país al borde de la pendiente, al borde del abismo, al borde del precipicio. Estaba el buen señor desilusionado, y no creía que hubiera ya remedio para el mal. Este era un país de perdición, un país de aventuras, un país dividido entre la conspiración y la resistencia. Así no podía haber progreso, ni adelanto, ni mejoras, ni tampoco administración. El lo estaba diciendo siempre: «Más administración, más administración.» Pero era predicar en desierto. Todos los servicios públicos estaban en mantillas. Tenía Pez un ideal que acariciaba su mente organizadora; pero ¿cómo realizarlo? Su ideal era montar un sistema administrativo perfecto, con ochenta o noventa direcciones generales. Que no hubiera manifestación alguna de la vida nacional que se escapara a la tutela sabia del Estado. Así andaría todo bien. El país no pensaba, el país no obraba, el país era idiota. Era preciso, pues, que el Estado pensase y obrase por él, porque sólo el Estado era inteligente. Como esto no podía realizarse, Pez se recogía en su espíritu, siempre triste, y afectaba aquella soberana indiferencia de todas las cosas. Considerábase superior a sus contemporáneos, al menos veía más, columbraba otra cosa mejor, y como no lograra llevarla a la realidad, de aquí su flemática calma.

Se consolaba acariciando mentalmente sus principios, en medio del general desconcierto. Para contemplar en su fantasía la regeneración de España, apartaba los ojos de la corrupción de las costumbres, de aquel desprecio de todas las leyes que iba cundiendo... ¡Oh! Pez se conceptuaba dichoso con el depósito de principios que tenía en su cuerpo. Adoraba la moral pura, la rectitud inflexible, y su conciencia le indemnizaba de las infamias que veía por doquier... Quisiera Dios que aquel ideal no se apartase de su alma..., pues, que no se le desvaneciera al contacto de tanta pillería; quisiera Dios...

No sé el tiempo que transcurrió entre aquel segundo *quisiera* y un discreto golpecito que me dió doña Cándida en la rodilla...

—Está usted distraído—me dijo.

—No, no; ¡quia!, señora... Estaba oyendo a don Manuel, que...

—Si don Manuel ha salido a la terraza. Es Serafinita de Lantigua que cuenta la muerte de su marido. Estoy horripilada...

—¡Ah! Yo también..., horripiladísimo.

XXVIII

Vagaban indolentes por la terraza, como si hicieran tiempo, Pez, Rosalía y la hermana del intendente. Esta fué a la vivienda del sumiller, y la elegante pareja se quedó sola... El pobre don Manuel era, en verdad, digno de lástima. La monomanía religiosa de su mujer llegaba ya a tan enfadoso extremo, que no era posible soportarla.

—¿Qué cree usted? Me encocoraba tanto oír a Serafinita el cuento, ya tan viejo y resobado, de sus penalidades, que estaba deseando echar a correr...

Aquella voz de canturria de coro y aquellos suspiros de funeral me atacan los nervios... Yo soy religioso, y creo cuanto la Iglesia manda creer; pero esta gente que *se acuesta con Dios y con Dios se levanta*, se me sienta en la boca del estómago. Esa Serafinita es la que le ha sorbido los sesos a mi pobre Carolina, es la autora de mi desgracia y del aborrecimiento que tengo a mi propio domicilio... ¡Oh amiga mía, no sabe usted qué enfermedad tan triste es esa del horror a la casa!... Felizmente, no la conoce usted... Yo quisiera estar fuera todo el día, y no parecer por allí... Insensiblemente me acostumbro a considerar como casa propia la casa de mi amigo, y ni un instante se me va del pensamiento la comparación entre el calor cordial de aquí y la frialdad seca de allá... Soy hombre que no puede vivir sin cariño. Es para mí tan necesario como el aire. Sin él, me asfixio, me muero. Allí donde lo encuentro, armo tienda, y allí me quedo...

Isabelita y Alfonsín pasaron corriendo. Iban sofocados, sudorosos, de tanto como habían bregado en la galería del piso tercero con Irene y las chicas del jefe de cocinas.

—¡Hija, cómo estás!...—dijo Rosalía, deteniendo a la niña—. Tienes la cara como un cangrejo cocido... Ahora corre aire... Métete en casa; no te constipes... ¿Y este granuja...? ¿Ve usted cómo viene? Todo roto y hecho un Adán. Mire usted qué rodillas... Si se pusiera traje de hierro, lo mismo lo rompería...

—¡Qué gracioso barbián! Es de la piel del diablo... Este será un hombre —indicó Pez, besándole y besando también a la niña.

—Dame cuartos—dijo el pequeño con descaro.

—¿Ve usted qué pillete?... ¡Chico!.. ¿Qué es eso?... No haga usted caso. Tiene la mala costumbre de pedir cuartos a todo el mundo. No sé dónde habrá aprendido tales mañas. Es una risa... Una tarde que los llevé a que los viera su majestad..., ¡bochorno mayor no he pasado en mi vida! No había medio de hacerles hablar una palabra; de repente, este bribón se planta, mira a la reina con la mayor desvergüenza del mundo y, alargando su manecita..., «Dame cuartos», su majestad rompió a reír.

—Bien, señorito precoz, toma cuartos.

—¿Qué hace usted? Si los quiere para comprar porquerías... Esta tonta no pide; pero cuando se los dan, los toma. No crea usted que es gastadora. ¡Quia! Todo lo va guardando en su hucha, y tiene ya un capital. Esta sale...

—Sale a papá...

—Vaya, a casa, que os enfriáis aquí... ¡Cómo sudas, hija!... Allá voy en seguida.

De cuatro brincos se pusieron en la puerta de la escalera de Cáceres, y por allí pasaron a su casa. Pez dió un suspiro. Rosalía llevaba en su mano una rosa medio estrujada, olorosísima, en cuyo cáliz introducía la nariz de rato en rato, cual si quisiera aspirar de una vez todo el aroma contenido en ella. Tal flor era digna funda de nariz tan bonita.

—Porque usted—dijo Pez, volviendo a su tema quejumbrón—tendrá al fin que echarme de su casa..., tan pegajoso e impertinente soy.

Ella debió de contestar que no había para qué expulsar a nadie, y él, animándose, pidió perdón de su apego a la familia Bringas... Privarle del consuelo de tales afecciones habría sido una crueldad, y, hablando en plata, el foco de atracción..., sí, ésta era la palabra, el foco de atracción..., «no encuentro que esté tanto en mi buen amigo como en mi amiga incomparable. Usted me comprende mejor que él y que nadie. Es particular; el día en que no puedo cambiar dos palabras con usted parece que me falta algo, parece que no tienen jugo que beber las raíces de la vida, parece que se seca la savia del ser»... Tiraba Pez hacia lo poético y filosófico, y Rosalía, oyéndole con henchimiento de vanidad y de nariz, aplastaba contra ésta la rosa, cuya fragancia los envolvía a entrambos.

—Esta simpatía irresistible es más fuerte que yo. Prohíbame usted venir, y verá cómo se extingue una vida consagrada en otro tiempo a la familia, y siempre al servicio del país... Hará usted el mayor daño que se puede hacer a un hombre... sin provecho de nadie...

No debió ella de mostrarse muy arisca, porque el otro expresó su deseo de que se vieran más a menudo... Cuando el pobrecito Bringas se curase, ¿por qué

no habían de verse con frecuencia y de modo que pudieran hablar con alguna libertad...?

Aún había mucho que decir; pero no era posible prolongar el paseíto. Al llegar a la puerta de la casa, salió Isabelita al encuentro de su mamá gritando con inocente júbilo:

—¡Papá ve, papá ve!

Entraron apresuradamente Rosalía y Pez, poseídos de gozo por tan buena nueva, y vieron a don Francisco que se paseaba de largo a largo en Gasparini con la venda alzada, gesticulando, tan nervioso y excitado que parecía demente.

—Nada más que un poco de escozor, una penita... Pero todo lo veo... A usted, querido Pez, le encuentro más joven... Pues mi mujer se ha quitado quince años... ¡Por vida del sayo de las once mil vírgenes...! Estoy loco de alegría... Nada más que un borde rojizo en los objetos, nada más... La claridad me ofende un poco... Cuestión de algunos días... Abrázame, mujer; abrazadme todos...

—No cantes victoria, no cantes victoria tan pronto—indicó Rosalía, flechada súbitamente por un pensamiento triste en medio de su alegría—. Hay que temer la recaída... A ser tú, yo no me quitaría la venda.

—¿Qué es esto?—dijo el médico, que entró sin anunciarse—. ¿Jarana tenemos? ¿Qué correrías son ésas, amigo Bringas? La venda... No hay que fiar todavía.

—Claro es que no conviene... Un poco más de paciencia, hombre. Luego, los baños...

—¿Qué baños?... Yo no voy a baños —aseguró Thiers. dejándose poner la venda por las autorizadas manos del médico—. No los necesito. No me vengan con papas.

—Eso lo veremos—manifestó el doctor con bondad—. Ahora, a la cárcel otra vez. No se me escape usted antes de tiempo, que podría suceder que la prisión se alargase más de lo regular. Vamos muy bien, vamos muy bien, y llegaremos si seguimos despacio.

La luz crepuscular, con la cual nuestro querido Thiers había tenido el gusto inmenso de probar el restablecimiento de sus funciones ópticas, se desvanecía lentamente. Por fin, la habitación se alumbraba sólo con el resplandor que el sol había dejado en el cielo detrás de la Casa de Campo, y aquél era tan fuerte como el llamear de un incendio. Rosalía quiso encender luz; pero Bringas saltó vivamente con la observación de que la luz no hacía falta para nada...

—Eso es, lamparita para que nos asemos de calor... Dispense usted, señor don Manuel; pero me parece que estamos mejor a oscuras... Paquito, abre toda la ventana. Que entre el aire, aire, aire...

Poco después, Bringas, cansado de oír las anécdotas universitarias que su hijito le contaba, dijo en voz alta:

—Señor de Pez... ¿No está?

—No está—observó Paquito.

—¡Rosalía!

—¡Mamá!—gritó el joven, llamando.

Poco después apareció Rosalía. Su majestuosa figura, fantasma blanco en medio de la sombra, traía como un misterio teatral a la solitaria habitación en que el padre y el hijo estaban, rodeados de tinieblas e invisibles.

—¿Se ha marchado don Manuel?

—No, está en el balcón de la Saleta, contemplando..., siento que no lo puedas ver..., contemplando el resplandor que ha dejado el sol hacia Poniente... Es como si se estuviera quemando medio mundo.

—Ve, no le dejes solo... Hoy le hice una pequeña indicación acerca del ascenso del niño, y me parece que no lo ha tomado mal. Dijo un *veremos* que me ha olido a *sí*... ¡Ah! No olvides que a las nueve menos cuarto hemos de cenar.

A dicha hora despidióse Pez, y Rosalía, trocando su galana bata por otra de trapillo, y sus zapatos bajos por unas zapatillas de suela de cáñamo, empezó a disponer la cena. Quejábase de un fuerte dolor de cabeza, y no tomaría más que un poco de menestra. Su marido le rogaba que se recogiera; mas ella tenía harto que hacer para acostarse tan temprano... ¡Ay! La tertulia de doña Tula y aquel charla que te charla de Pez y Serafinita, habíanle puesto su cabeza como un bombo... Luego, el don Manuel era capaz de dar jaqueca al gallo de la Pasión con la cantilena de sus lamentaciones. Ya eran tantas sus calamidades, que Job se quedaba tamañito.

—En fin, hija, acuéstate, para que des-

canses de toda esa monserga... Es preciso oír con paciencia todo lo que Pez nos quiera contar, porque... ya ves lo que dice. Somos su paño de lágrimas, y aquí viene el pobre a desahogar sus penas.

Hizo, al fin, Rosalía lo que su esposo le ordenaba. Levantados los manteles, se apagaron las luces, y encargado Paquito de dar a su papá las medicinas que tomaba más tarde, la cabeza de la ilustre dama buscó descanso en las almohadas. El sueño, no obstante, vino tarde, tras un largo rato de cavilación congestiva.

XXIX

Los candelabros de plata, el peligro de que su marido descubriese pronto que habían hecho un viaje a Peñaranda de Bracamonte..., el medio de evitar esto..., el señor de Pez, su ideal... ¡Oh, qué hombre tan extraordinario y fascinador! ¡Qué elevación de miras, qué superioridad!... Con decir que era capaz, si le dejaban, de organizar un sistema administrativo con ochenta y cuatro direcciones generales, está dicho lo que podía dar de sí aquella soberana cabeza... ¡Y qué finura y distinción de modales, qué generosidad caballeresca!... Seguramente, si ella se veía en cualquier ahogo, acudiría Pez a auxiliarla con aquella delicadeza galante que Bringas no conocía ni había mostrado jamás en ningún tiempo, ni aun cuando fué su pretendiente, ni en los días de la luna de miel, pasados en Navalcarnero... ¡Qué tinte tan ordinario había tenido siempre su vida toda! Hasta el pueblo elegido para la inauguración matrimonial era horriblemente inculto, antipático y contrario a toda idea de buen tono... Bien se acordaba la dama de aquel lugarón, de aquella posada en que no había ni una silla cómoda en que sentarse, de aquel olor a ganado y a paja, de aquel vino sabiendo a pez y aquellas chuletas sabiendo a cuero... Luego, el pedestre Bringas no le hablaba más que de cosas vulgares. En Madrid, el día antes de casarse, no fué hombre para gastarse seis cuartos en un ramo de rositas de olor... En Navalcarnero le había regalado un botijito, y la llevaba a pasear por los trigos, permitiéndose coger amapolas, que se deshojaban en seguida. A ella le gustaba muy poco el campo, y lo único que se lo habría hecho tolerable era la caza; pero Bringas se asustaba de los tiros, y habiéndole llevado en cierta ocasión el alcalde a una campaña venatoria, por poco mata al propio alcalde. Era hombre de tan mala puntería que no daba ni al viento... De vuelta en Madrid, había empezado aquella vida matrimonial reglamentada, oprimida, compuesta de estrecheces y fingimientos, una comedia doméstica de día y de noche, entre el metódico y rutinario correr de los ochavos y las horas. Ella, sometida a hombre tan vulgar, había llegado a aprender su frío papel, y lo representaba como una máquina, sin darse cuenta de lo que hacía. Aquel muñeco hízola madre de cuatro hijos, uno de los cuales había muerto en la lactancia. Ella los quería entrañablemente, y gracias a esto, iba creciendo el vivo aprecio que el muñeco había llegado a inspirarle... Deseaba que el tal viviese y tuviera salud; la esposa fiel seguiría a su lado, haciendo su papel con aquella destreza que le habían dado tantos años de hipocresía Pero para sí anhelaba ardientemente algo más que vida y salud: deseaba un poco, un poquito siquiera de lo que nunca había tenido, libertad, y salir, aunque sólo fuera por modo figurado, de aquella estrechez vergonzante. Porque, lo decía con sinceridad, envidiaba a los mendigos, pues éstos, el ochavo que tienen lo gozan con libertad, mientras que ella...

Vencióla el sueño. Ni aun sintió el peso de Bringas inclinando el colchón. Al despertar, el primer pensamiento de la ilustre dama fué para los candelabros prisioneros.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me parece—dijo el esposo, dando un gran suspiro—que no voy tan bien como esperaba. Estoy desvelado desde las cuatro. He oído todas las horas, las medias y los cuartos. Siento escozor, dolor, y la idea de recibir la luz en los ojos me horroriza.

Pasóse la mañana en gran incertidumbre hasta que vino el doctor. Este se mostró descorazonado y un tanto perplejo, titubeando en las razones médicas con que explicar el retroceso de la enfer-

medad del pobre Thiers. ¿Era resultado de un poco de exceso en la comida...? ¿Era un efecto de la belladona, y desaparecería atenuando la medicación? ¿Era...? En una palabra, convenía volver al reposo, no impacientarse, resguardar absolutamente los ojos de la luz, y ya que no se resignaba a permanecer en la cama, no debía moverse del sillón, ni ocuparse de nada, ni tener tertulia en el cuarto... La tristeza con que mi buen amigo oyó estas prescripciones no es para dicha.

—¿Ves, ves?—le dijo su esposa, hinchando desmedidamente la nariz—. Ahí tienes lo que sacas de hacer gracias, de querer curarte en dos días. Te lo vengo diciendo, y tú... Si eres un chiquillo...

Abatidísimo, el desdichado señor no decía una palabra. Todo el día estuvo en el sillón, con las manos cruzadas, volteando los pulgares uno sobre otro. Su mujer y su hijo le confortaban con palabras cariñosas, mas él no se daba a partido, y su dolor como que se exacerbaba con los paliativos verbales. Por la tarde, el inteligente Pez, hablando con Rosalía del asunto, dijo con mucho tino:

—Yo no sé cómo desde el primer día no llamaron ustedes a un oculista... Este buen señor (por el médico) me parece a mí que entiende tanto de ojos como un topo.

—Lo mismo he dicho yo—replicó la dama, queriendo expresar con elocuente mohín y alzamiento de hombros la sordidez de su marido—. Pero váyale usted a Bringas con esas ideas. Dice que no, que los oculistas no van más que a coger dinero... Y no es que a él le falte. Tiene sus economías...; pero no se decidirá a gastarlas por su salud sino en el último trance, cuando ya la enfermedad le diga: «La bolsa o la vista.»

Mucha gracia le hizo a don Manuel esta interpretación pintoresca de la avaricia de su amigo, y hablando con él después, le insinuó la idea de consultar a un especialista en enfermedades de los ojos. Esta vez no recibió mal el enfermo la indicación. Descorazonado e impaciente, consideraba que sus economías valían bien un rayo de luz, y sólo dijo: «Hágase lo que ustedes quieran.»

Por la noche, Milagros fué a acompañar a su correligionaria en trapos. Esta, como no se habían visto desde la semana anterior, creía resuelto ya el problema financiero que puso a la marquesa tan angustiada en los últimos días de junio. Francamente, yo también lo creí. Pero tanto Rosalía como el que tiene el honor de escribir estos renglones, advertíamos con sorpresa que en el rostro de la aristócrata no brillaban aquellos resplandores de contento que son segura expresión de reciente victoria. En efecto, la Tellería no tardó en declarar que su asuntillo no estaba resuelto, sino aplazado. A fuerza de ruegos había conseguido una prórroga hasta el día 10. Corría el 7 de julio, y sólo faltaban tres días. ¡Por todos los santos del cielo, por lo que más amase su amiga, le rogaba que...!

Rosalía se puso el dedo en la boca, recomendando la discreción. Andaba por allí Isabelita, y esta niña tenía la fea maña de contar todo lo que oía. Era un reloj de repetición, y en su presencia era forzoso andar con mucho cuidado, porque en seguida le faltaba tiempo para ir con el cuento a su papá. Días antes había hecho reír al buen señor con esta delación inocente: «Papá, dice don Manuel que yo salgo a ti..., en que guardo todos los cuartos que me dan.»

XXX

Lo que le valió un cariñoso estrujón y un beso de su papá querido.

Y aquella noche, sintiéndola entrar en su cuarto, llamóla y la sentó en sus rodillas.

—¿Tu mamá...?

—Está en la Saleta con la marquesa —replicó la niña, que hablaba con claridad y rapidez—. Me dijo que me viniera para acá. La marquesa estaba llorando porque estamos a siete.

—Estamos a siete—había dicho Milagros a la Pipaón, cruzando las manos y hecha una lástima—, y si para el día diez no he podido reunir... A mí me va a dar un ataque cerebral... Usted no sabe cómo está mi cabeza.

Se habían encerrado, y en la soledad de la habitación, sin luz, porque el amo de la casa era partidario frenético del oscurantismo en todas sus manifestaciones, la dolorida señora se explayaba, y derrochaba a sus anchas el tesoro de su

dolor, manifestándolo de mil modos con florida inspiración elegíaca... El día le era antipático. Gustaba de la noche para cebarse en la contemplación de su pena. Mirando a las estrellas, creía sentir inexplicable consuelo... Las estrellas como que le prometían algo lisonjero, o bien lanzaban a lo interior de su alma un cierto destello metálico... Es muy peregrino el parentesco de los astros con el oro acuñado... La infeliz no tenía ya esperanza en nada ni en nadie más que en su amiguita... Había contado con que ella la salvaría... ¿Cómo? Eso sí que no sabía decirlo. Se le había aparecido en sueños con aquella su sonrisa angélica y aquel aire distinguidísimo...

—Por María Santísima—dijo Rosalía—, no se haga usted ilusiones, querida; yo no puedo, no puedo, no puedo...

—Que sí puede, que sí puede—replicó Milagros con una insistencia que ejercía cierta fascinación en el ánimo de la otra—. Basta querer... La cosa no es desmesurada. He podido reunir cinco mil reales: me faltan sólo otros cinco mil, Bringas...

—No sé con qué palabras he de decir a usted que es más fácil que nos bebamos toda el agua del mar.

—Olvidaba decirle que traigo aquí la carta de mi administrador, asegurando que del quince al veinte... No sé qué mejor garantía podría dar. Además, no faltará una obligación formal... Si esto no se arregla, no podré soportar la vergüenza que me aguarda... De seguro que me van a buscar y me encuentran muerta. A veces digo: «¿No habrá un cataclismo, un terremoto o cosa así antes del día diez?» Pienso en la revolución, y créalo usted..., desearía que hubiese algo... Me basta con una semana de jarana y tiros, durante la cual no pueda salir la gente a la calle... Pero ni eso, querida. ¿Sabe usted que a los generales Serrano, Dulce y Caballero de Rodas los han puesto presos, y dicen que los mandarán a Canarias y que también destierran al duque de Montpensier? Con estas precauciones, ¡ay!, no habrá quien levante el gallo.

—¿A Canarias? ¡A los quintos infiernos!—exclamó la Pipaón con júbilo—. Eso me gusta: que los pongan lejos, y se acabaron los sustos. Que conspiren ahora. ¿Y también al infante me le dan aire?... Voy a decírselo a Bringas, que esto para él es oro molido.

Corrió la dama a llevar a su esposo las felices nuevas, y éste se regocijó como si le cayera la lotería (tanto no, pero sí un poquito menos), celebrando el hecho con las expresiones más ardientes.

—Bien, bien, bien. Eso es gobernar. Luego dicen que Ibrahim Clarete está ido: lo que está es más despabilado que nunca, grandísimos pillos. ¡Ea!, conspirad ahora contra la mejor de las reinas... ¿Conque a la sombra? ¡Hombre más bravo que ese presidente del Consejo...! Le daría yo dos abrazos bien apretados... ¡A Canarias con ellos, como si dijéramos, a Ultramar! Y si se pierde el barco que los lleva, mejor... No lo puedo remediar, me dan ganas de salir a la terraza y dar un *¡viva la reina!* muy fuerte, muy fuerte.

Poco faltó para que lo hiciera como lo decía. Un rato después, Milagros lisonjeaba con charla pintoresca la pasión dinástica de Bringas, y pedía para los generales, no una muerte, sino cien muertes, y para todos los que conspirasen el cadalso. Con estas cosas se animaba mucho el enfermo; pero, ¡ay!, que el día siguiente había de ser de los más negros de su vida. ¡Pobre señor! Después de haber pasado la noche muy inquieto, observó por la mañana una pérdida casi absoluta de la facultad de ver. El médico estaba tan aturdido, que ni aun acertó con las fórmulas escurridizas que ellos emplean cuando no quieren confesarse vencidos. Pero hombre de conciencia, supo al fin abdicar su autoridad antes de producir mayores males, diciendo: «Es preciso que le vea a usted un oculista. Que le vea a usted Golfín.»

Don Francisco creyó que se le caía el cielo encima. Sin duda, su mal era grave. Vencida por el temor la avaricia, no pensó en poner reparo al dictamen de su médico y de toda la familia. Consternados todos, fiaban en la prodigiosa ciencia del más afamado curador de ojos que tenía España. Acordóse no dilatar la consulta ni un solo día, ni una hora.

¡Ah Golfín!... Bringas le conocía. Era hombre del cual se contaban maravillas. A mucho ciegos desahuciados había dado vista. En América del Sur y del Norte había ganado dinerales, y en España no se descuidaba tampoco en esto. ¡Va-

ya una hormiga! Por batir unas cataratas al marqués de Castro había llevado dieciocho mil reales, y por la cura de una conjuntivitis del niño de Cucúrbitas había puesto una cuenta tal, que los Cucúrbitas, para pagarla, se empeñaron por seis años. «Pero, en fin, Dios nos asista, y salgamos con bien de ésta. Cúreme el tal Golfín, y que me deje en los puros cueros...» Discurrióse luego sobre si iría el enfermo a la consulta o harían venir a casa al oculista, decidiéndose Bringas por lo primero, que era lo más barato.

—Paquito y yo nos metemos en un coche, y allá...

—No, que no estás para salir a la calle. El vendrá.

—Que no viene, mujer. Estos potentados de la ciencia no se mueven de su casa más que para visitar a príncipes o gente de muchísimo dinero.

—Te digo que vendrá. Voy abajo. Su majestad le pondrá cuatro letras...

—Eso me parece acertadísimo. Y si la Señora quiere añadir que se trata de un pobre..., mejor que mejor. Dios te bendiga, hijita.

Y vino Golfín y le vió, y con su ruda bondad infundióle ánimos y la esperanza que comenzaba a perder. La dolencia no era grave; pero la curación sería lenta. «Paciencia, muchísima paciencia, y cumplimiento exacto, escrupulosísimo de lo que yo prescriba. Hay un poco de conjuntivitis, que es preciso combatir con prontitud y energía.»

¡Pobre, desgraciado Bringas! Por de pronto, cama, dieta, quietud, atropina.

Inauguróse con esto una vida tristísima para el infeliz Thiers. Ya no le valió quitarse la venda, pues apenas veía gota, y le daba tanta pena, que se volvió a las tinieblas, en las cuales su único consuelo era recordar las palabras de Golfín y aquella promesa celestial con que se despedía: «Usted verá lo que nunca ha visto», queriendo ponderar así la plenitud de la facultad preciosa que estimamos sobre todas las demás de nuestro cuerpo. ¡Ver!... Pero ¿cuándo, Dios poderoso; cuándo, Santa Lucía bendita? Paciencia no le faltaba al pobre hombre, que en aquella situación inclinó con ardor su espíritu hacia la contemplación religiosa, y se pasaba parte de las solitarias horas rezando. Su mujer no se separaba de él sino cuando alguna visita importuna la obligaba a ello, cuando Milagros entraba con aire afligido, y llamándola aparte, me la obsequiaba con un par de lágrimas o de zalameras caricias... Ya no había que pensar en baños, a menos que no se restableciese Bringas para los primeros días de agosto, lo cual no parecía probable.

Pez era de los amigos más constantes en aquella tribulación de la honrada familia. Una tarde que pudo hablar a solas con Rosalía en Gasparini, ésta le dijo: «Entramos ahora en una época de dificultades, de la cual no sé cómo vamos a salir.» A lo que don Manuel contestó con un arranque quijotesco, ofreciéndose a ayudarla en todas aquellas dificultades, de cualquier clase que fuesen. Este noble pensamiento penetraba en el espíritu de la dama como un rayo de luz celestial. Ya podía contar con algún sostén en las borrascas que su vida ulterior le trajese. Ya había tras ella un lugar de retirada, una reserva para cualquier caso crítico... Ya veía cerca de sí un brazo, un escudo... La vida se le ofrecía más llana, más abierta... «Yo cuidaré—pensaba—de que esta amistad y mi honradez no sean incompatibles.»

XXXI

Viendo a su esposo tan decaído y maltrecho, se reverdeció en Rosalía el cariño de otros tiempos; y el aprecio en que siempre le tenía depurábase de caprichosas malquerencias para resurgir grande y cordial, tocando en veneración. Agasajaba en su pensamiento la vanidosa dama al buen compañero de su vida durante tantos años, el cual, si no le había proporcionado satisfacciones muy vivas del amor propio, tampoco le había dado disgustos. Recordaba entonces aquella existencia matrimonial prosaica y tranquila, llena de escaseces y de goces sencillos, que si aisladamente parecían de poco valor, apreciados en total ofrecían a la memoria un conjunto agradable. Al lado de Bringas no había gozado ella ni comodidades, ni representación, ni placeres, ni grandeza, ni lujo, nada de lo que le correspondía por derecho de su hermosura y de su ser genuinamente

aristocrático; pero, en cambio, ¡qué sosiego y qué dulce correr de los días, sin ahogos, ni trampas, ni acreedores! No deber nada a nadie era el gran principio de aquel hombre pedestre, y con él fueron tan cursis como honrados y tan pobretes como felices. Seguramente, si a ella le hubiera tocado un hombre como Pez, estaría en posición más brillante... «Pero Dios sabe—pensó, muy cuerdamente—las agonías que se pasan en esas casas donde se gasta siempre más de lo que se tiene. Eso hay que verlo de cerca y pasarlo y sentirlo para conocerlo bien.»

Ello es que Rosalía, con la agravación del mal de su marido, se acercaba moral y mentalmente a él, apretando los lazos matrimoniales. La atracción de la desgracia obraba este prodigio, y el hábito de compartir todo el contingente de la vida, así en lo adverso como en lo venturoso. ¡Y con qué celo le cuidaba! ¡Qué manos las suyas tan sutiles para curar! ¡Con qué gracia y arte derramaba el bálsamo de palabras tiernas sobre el espíritu del enfermo! El estaba tan agradecido, que no cesaba de alabar a Dios por el bien que le concedía, inspirando a su compañera aquel admirable sentimiento del deber conyugal. Alegrías íntimas endulzaban su pena, y penetrado de religioso ardor, consideraba que los cuidados de su mujer eran fiel expresión de la asistencia divina. Sólo estaba abatido cuando ella, por razón de sus quehaceres, se apartaba de su lado; y a cada instante la llamaba para la menor cosa, rogándole que abreviase lo más posible sus ocupaciones para consagrarse a él.

En todo este tiempo, Rosalía dió de mano a las galas suntuarias. No tenía tiempo ni tranquilidad de espíritu para pensar en trapos. Estos yacían sepultos en los cajones de las cómodas, esperando ocasión más propicia de mostrarse. Ni se le ocurría a ella componerse... ¡Buenos estaban los tiempos para pensar en perifollos! ¿Era hastío verdadero del lujo o abnegación? Algo había de una y de otra cosa. Si era abnegación, ésta llegaba al extremo de presentarse delante del señor de Pez con el empaque casero más prosaico que se podría imaginar. La única presunción que conservaba era la de llevar siempre su mejor corsé para que no se le desbaratase el cuerpo. Pero su peinado era primitivo, y en su bata se podían estudiar por inducción todas las incidencias del gobierno de una casa pobre. Una tarde había dicho a don Manuel: «No me mire usted. Estoy hecha un espantajo.» Y él le había contestado: «Así y de todas maneras, siempre está usted preciosa.» Galantería que ella agradeció mucho.

La debilidad del cuerpo trae necesariamente flojedades lamentables al carácter más entero. Una enfermedad prolongada remeda en el hombre los efectos de la vejez, asimilándose a los niños, y el buen Bringas no se libró de este achaque físicomoral. El abatimiento encendía en él ardores de ternura, y la ternura se traducía en cierto entusiasmo mimoso.

—Hijita, no me digas que eres mujer. Yo te digo que eres un ángel... Mira, hasta ahora no se ha hecho en la casa más voluntad que la mía. Has sido una esclava. De hoy en adelante no se hará más que tu voluntad. El esclavo seré yo.

El primer día de lo que llamaremos el reinado de Golfín, don Francisco se hizo traer a la cama la caja del dinero, para sacar por sí mismo, como de costumbre, el del gasto diario. Pero bien pronto aquella ternura mimosa, o más bien pueril pasividad de que antes hablé, le inspiró confianzas que nunca había tenido. «No es preciso, hijita, que traigas el cajoncillo. Toma la llave y saca lo que te parezca prudente.» La señora así lo hacía. En lo que no se descuidaba después Bringas era en pedir las llaves y guardarlas debajo de su almohada, porque todos los entusiasmos y aun la flaqueza senil o infantil tienen su límite.

De este modo pudo Rosalía explorar libremente el tesoro secreto. Revolvió, contó y recontó todo lo que había en el doble fondo, pasmándose del caudal allí guardado. Su marido tenía mucho más de lo que ella sospechaba; era un capitalista. Había cinco billetes de cuatro mil reales, que componían mil duros, y después un pico en billetes pequeños que sumaban tres mil setecientos. Los cinco billetes grandes formaban el más elegante cuadernillo que la dama había visto en su vida. Al examinar aquello, renacieron los rencorcillos y las quejas que diferentes veces habían perturbado su

espíritu... ¡Quien tal poseía la privaba de ponerse un vestido nuevo! ¡El dueño de aquella suma se empeñaba en vestir a su mujer como un ama de cura!... ¡Oh, qué hombre tan ñoño!... Sí, como él decía, en lo sucesivo iba a ser ella verdadera señora de la casa, precisábale variar de temperamento, mostrarse más exigente, y dar a las economías de la familia un empleo más adecuado a la dignidad de la misma... Guardar dinero de aquel modo, sin obtener de él ningún producto, ¿no era una tontería? ¡Si al menos lo diera a interés o lo emplease en cualquiera de las sociedades que reparten dividendos...!

El descubrimiento del tesoro sacó las ideas de Rosalía de aquel círculo de modestia y abnegación en que las había encerrado la enfermedad de su marido. Este le dijo en un rapto de entusiasmo: «Cuando me ponga bueno, te compraré un vestido de gro, y para el invierno, si sigo bien, tendrás uno de terciopelo. Es preciso que te luzcas alguna vez, no con los regalos de la reina y de las amigas, sino con el producto de mi economía y de mi honrado trabajo.»

Y ella empezó a considerar que si el tesoro no le pertenecía por entero, la mayor parte de él debía estar en sus manos. «Bastante me he privado, bastantes escaseces he sufrido para que ahora, teniéndolo, pase los ahogos que paso. Si no quiere dármelo, ya le haré entender la consideración que me debe.» En esta situación de espíritu la cogió una mañana Milagros, con tan buena suerte, que parecía que la Providencia lo había preparado todo para satisfacción de la dichosísima marquesa. Sucedió que aún no había ésta concluído de anunciar con suspiros y ayes la inminencia de su catástrofe, cuando Rosalía, con decidido tono, le dijo:

—¿Usted me firma un pagaré comprometiéndose a devolverme dentro de un mes la cantidad que yo le dé ahora? Porque mientras más amigas, más formalidad. ¿Usted me da un interés de dos por ciento al mes? ¿Usted añade al pagaré los seiscientos reales aquellos?... Porque una cosa es la amistad, amiga mía, y el negocio... Yo creo que usted no se ofenderá...

No hay para qué añadir que la Tellería dijo a todo que sí con expresiones sinceras y ardorosas. No creerla habría sido como poner en duda la luz del día.

—Pues con esas condiciones le daré a usted cuatro mil realitos—declaró Rosalía con ínfulas de prestamista.

Los que han tenido la dicha de ver, ora realmente, ora en extática figuración, el cielo abierto, y en él las cohortes de ángeles voladores cantando las alabanzas del Señor, no ponen, de seguro, una cara más radiante que la que puso Milagros al oír aquel venturoso anuncio. Pero...

XXXII

No hay felicidad que no tenga su *pero*, y el de la felicidad de la marquesa era que para completar la suma hacían falta unos cinco mil... Porque sí; estaba pendiente una cuentecilla... Esto no venía al caso. En lo relativo a interés, lo mismo le daba dos, que cuatro, que seis. «Esto es material, hija, y mientras más provecho para usted, mayor será mi satisfacción.» Dudó Rosalía un ratito; pero al fin todo fué arreglado a gusto de entrambas, y aquella misma tarde se extendió y firmó el contrato en la Furriela, con todas las precauciones necesarias para que Isabelita, que andaba husmeando por allí, no se enterase de nada.

Milagros se despidió de don Francisco con las frases más cordiales y caramelosas que había pronunciado en su vida. «¡Oh! ¡Qué mujer tiene usted! Dios le ha mandado uno de los arcángeles predilectos. No se queje usted de su mal, querido amigo, pues eso no vale nada, y pronto sanará. Dé gracias a Dios, pues los que tienen a su lado personas como Rosalía, ya pueden recibir calamidades y soportarlas con valor...» Don Francisco le alargó la mano conmovidísimo, mientras oía el chasquido de los frenéticos besos que la marquesa daba al ángel predilecto.

A diferentes impulsos había obedecido ésta al hacer lo que hizo. Primero, el deseo de complacer a su amiga la estimulaba grandemente. En segundo lugar, la idea, tantas veces expresada por Bringas, de que ella podía disponer de todo se había posesionado de su entendimiento, engendrando en él otras ideas de dominio y autoridad. Era preciso mostrar con hechos, aunque traspasaran algo los límites de la prudencia, que había dejado de ser esclava y que asu-

mía su parte de soberanía en la distribución de la fortuna conyugal. No sólo con esto se tranquilizaba su conciencia, sino con la consideración de que al disponer del dinero lo hacía para colocarlo a rédito. El poquitacosa no tendría razón para quejarse si los cinco mil volvían a la caja con el aumento correspondiente. Y por último, todo lo expuesto no habría bastado quizá a determinar en ella la temeraria acción del préstamo, si no contara con la retirada segura, en el caso extremo de que Bringas lo descubriera y lo desaprobase; si no contara con los ofrecimientos que la tarde anterior le había hecho el amigo de la casa. El cual, llevándola a la ventana, a la hora del crepúsculo, para admirar la gala y melancolía del horizonte, habíale dicho en términos muy claros lo que a la letra se copia:

—Si por algún motivo, sea por los gastos de la enfermedad de *este señor,* o porque usted no pueda nivelar bien su presupuesto; si por algún motivo, digo, se ve usted envuelta en dificultades, no tiene más que hacerme una indicación, bien verbalmente, bien por medio de una esquela, y al instante yo... No, si esto no tiene nada de particular... Perdone usted que lo manifieste de una manera cruda, de una manera brutal, de una manera quizá poco delicada. Tales cosas no pueden tratarse de otro modo. Esto queda de usted para mí, y el primero que lo ha de ignorar es Bringas... En el seno de la confianza, de la amistad honrada y pura, yo puedo ofrecer lo que me sobra, y usted aceptar lo que le falta sin menoscabo de la dignidad de ninguno de los dos.

Siguieron a esto frases de un orden más romántico que financiero, en las cuales el desgraciado señor expresó una vez más el consuelo que experimentaba su alma dolorida respirando la atmósfera de aquella casa, y descargando el fardo de sus penas en la indulgente persona que ocupaba ya el primer lugar en su corazón y en sus pensamientos. Rosalía se retiró de la ventana con la cabeza trastornada. De buena gana se habría estado allí un par de horas más oyendo aquellas retóricas que, a su juicio, eran como atrasadas deudas de homenaje que el mundo tenía que saldar con ella.

Algunos días transcurrieron sin que Bringas advirtiera mudanza sensible en su dolencia. Golfín le martirizaba cruelmente tres veces por semana, pasándole por los párpados un pincel mojado en nitrato de plata, después otro pincel humedecido en una solución de sal común. Nuestro amigo veía las estrellas con esto, y necesitaba de todas las fuerzas de su espíritu y de toda su dignidad de hombre para no ponerse a berrear como un chiquillo. Con la aplicación de unas compresas de agua fría, su dolor se calmaba. Algún tiempo después de la quema sentía relativo bienestar, y se creía mejor y alababa a Golfín ampulosamente. Pasados diez o doce días con este sistema, el sabio oculista aseguraba que en todo agosto estaría el buen señor muy mejorado, y que en septiembre la curación sería completa y radical. Tanta fe tenía el enfermo en las palabras de aquel insigne maestro, que no dudaba de la veracidad del pronóstico. Después del 20, la cauterización, que se hacía ya con sulfato de cobre, era menos dolorosa, y el enfermo podía estar algunos ratos sin venda en la habitación más oscura, pero sin fijar la atención en objeto alguno.

Las hiperbólicas alabanzas que don Francisco hacía de Golfín le llevaban como por la mano a otro orden de ideas, y arrugando el ceño, ponía cara de pocos amigos.

—Cuando pienso en la cuentecita que me va a poner esta Santa Lucía con gabán—decía—, me tiemblan las carnes. El me curará los de la cara, pero me sacará un ojo del bolsillo... No es que yo escatime, tratándose del precioso tesoro de la vista; no es que yo sienta dar todos mis ahorros, si preciso fuera; pero ello es, hijita, que este portento nos va a dejar sin camisa.

Bien se les alcanzaba a entrambos, marido y mujer, que los especialistas célebres tienen siempre en cuenta, al pedir sus honorarios, la fortuna del enfermo. A un rico, a un potentado, le abren en canal, eso sí; pero cuando se trata de un triste empleado o de cualquier persona de humilde posición, se humanizan, y saben adaptarse a la realidad. Rosalía supo de una familia (las de la Caña, precisamente), a quien Golfín había llevado muy poco por la extirpación de un quiste, seguida de una cura lenta y difícil. Firme en estas ideas de justi-

cia distributiva, aplicada a la Humanidad dolorida, el gran Thiers, cuando Golfín estaba presente, no cesaba de aturdirle con bien estudiadas lamentaciones de su suerte. El buen señor se lloraba tanto, que casi, casi era como pedir una limosna:

—¡Ay señor don Teodoro; toda mi vida le bendeciré a usted por el bien que me hace, y más le bendigo a usted por mis hijos que por mí, pues los pobrecitos no tendrán qué comer si yo no tengo ojos con que ver!... ¡Ay don Teodoro de mi alma..., cúreme pronto para que pueda ponerme a trabajar, pues si esto dura, adiós familia!... Estamos en un atraso horrible a causa de mi enfermedad. En la Intendencia me han rebajado el sueldo a la mitad, y como yo no vea pronto..., ¡qué porvenir!... Y no lo digo por mí. Poco me importa acabar mis días en un hospital; pero estos pobres niños..., estos pedazos de mi corazón...

XXXIII

Mal concordaban éstas ideas con las que Golfín tenía de la posición y arraigo de los señores de Bringas, pues como había visto tantas veces a la feliz pareja en los teatros, en los paseos y sitios públicos, muy bien vestidos uno y otra; como, además, había visto a Rosalía paseando en coche en la Castellana con la marquesa de Tellería, la de Fúcar o la de Santa Bárbara, y aún creía haberla encontrado en alguna reunión elegante, compitiendo en gala y tiesura con las personas de más alta alcurnia, suponía, dando valor a estos signos sociales, que don Francisco era hombre de rentas, o, por lo menos, uno de esos funcionarios que saben extraer de la política el jugo que en vano quieren otros sacar de la dura y seca materia del trabajo. Pero aquel Golfín era un poco inocente en cosas del mundo, y como había pasado la mayor parte de su vida en el extranjero, conocía mal nuestras costumbres y esta especialidad del vivir madrileño, que en otra parte se llamarían *misterios*, pero que aquí no son misterio para nadie.

A medida que Bringas iba entrando en caja, advertía su mujer que se debilitaban aquellos raptos de cariño conyugal que tan vivamente le atacaron en los días lúgubres de su enfermedad. Observaba ella que tales exageraciones de cariño se avenían mal con la esperanza de remedio, y que cuando ésta llevaba la ventaja sobre el desánimo, el niño senil, llorón y soboncito recobraba las condiciones viriles de su carácter real. Por de contado, aquello de *tú serás la señora de la casa, y yo, el esclavo,* resultó ser jarabe de pico, mimitos de enfermo impertinente. Desde que mi hombre pudo gobernarse solo y pasar las horas sin sufrimiento, aunque privado de la vista, en su sillón de Gasparini, ya le había entrado como una hormiguilla de inspeccionar todo y de disponer y enterarse de las menudencias de la casa... Rosalía, por no oírle, le dejaba solo con Paquito o con Isabelita la mayor parte del día, y pretextando ocupaciones, se daba largas encerronas en el Camón, donde nuevamente empezó a funcionar Emilia en medio de un mar de trapos y cintas, cuyas encrespadas olas llegaban hasta la puerta.

Pero el economista, impaciente por mostrar a cada instante su autoridad, mandábala venir a su presencia, y allí, con ademanes, ya que no con miradas de juez inexorable, hacía pública ostentación (solía estar presente Torres o algún otro amigo) de su soberanía doméstica.

—Me huele a guisote de azúcar. ¿Qué es esto? La niña me ha dicho que vió esta mañana un gran paquete traído de la tienda... ¿Por qué no se me ha dado cuenta de esto?...

Rosalía contestaba torpemente que aquel día comería en la casa del señor De Pez, y que este huésped no debía ser tratado como Candidita, a quien se le daba de postre medio bollo y dos higos pasados.

—Pero, hija, tú debes de haber echado al fuego una arroba de canela... Está la casa apestada... Si yo estuviera bueno, no se harían estas cosas así. Seguramente habrás hecho natillas para un ejército... No se te ocurre nada. Con preguntar al cocinero cómo se hacía tal o cual cosa, él te lo hubiera mandado hecho... Y vamos a ver, ¿qué ruido de tijeretazos es ese que he sentido hoy todo el día?... Quisiera yo ver eso, y qué faenas trae aquí esa holgazana de Emilia... ¿De qué se trata, de vestidos para la marquesa? Es mucho cuento

este que tengamos aquí taller de modista para su señoría... Y dime una cosa, ¿qué vestidos les has hecho a los niños, que ayer llamaban la atención en la plaza de Oriente?

—¡Llamando la atención!

—Sí, llamando la atención... por bien vestidos... Menos mal que sea por eso. Golfín me dijo esta mañana: «He visto ayer en el Prado a sus niños de usted *tan elegantes*...» ¡Fíjate bien, tan elegantes! Créelo, hija mía, esta palabrilla me ha sabido muy mal y la tengo atravesada. ¿Qué pensará de nosotros ese buen señor, cuando ve que nuestros hijos salen por ahí hechos unos corderos de rifa, como los de las personas más ricas?... Pensará cualquier disparate... Algo de esto me figuraba yo, porque ayer, en un ratito que desvendado estuve, vi que la niña tenía puestas unas medias encarnadas muy finas. ¿De dónde ha salido eso?... Y ya que las tiene, ¿por qué no se las quita al entrar en casa?... ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?... De ello nos ocuparemos cuando yo vea claro y sin dolor, que Dios quiera sea muy pronto.

Con estas andróminas, Rosalía estaba, fácil es suponerlo, dada a los demonios. Procuraba apaciguarle con sutiles explicaciones de todo; mas su ingenio no llegaba a alcanzar por completo el deseado fin, por ser extraordinaria la suspicacia del buen economista y muy grande su saber en cosas y artes domésticas. A solas desahogaba la dama su oprimido corazón, pronunciando mudamente alguna frase iracunda, rencorosa:

—Maldito cominero, ¿cuándo te probaré yo que no me mereces?... ¿No comprenderás nunca que una mujer como yo ha de costar algo más que un ama de llaves?... ¿No lo comprendes, bobito, ñoñito, ratoncito Pérez? Pues yo te lo haré comprender.

Hacía planes de emancipación gradual, y estudiaba frases con que pronto debía manifestar su firme intento de romper aquella tonta y ridícula esclavitud; pero todos sus ánimos venían a tierra cuando consideraba el gran bochorno que caería sobre ella, si el *bobito* descubría la exploración hecha en el doble fondo del arca del tesoro. ¡Cristo Padre, cómo se iba a poner!... Grandísima falta había ella cometido al sustraer aquella porción de la fortuna conyugal, pues aunque la conceptuaba muy suya, no debió tomarla sin consentimiento del propio ratoncito Pérez... Pero mayor había sido su yerro al creer que con semejante hombre se podían tener bromas de tal naturaleza. Las disculpas que en la ocasión del acto había conceptuado tan razonables, parecíanle ya vanas e impropias de una persona seria. Los móviles a que obedeció antojáronsele sin fundamento alguno, y su conciencia le arguyó poderosamente. No, no podía esperar a que su marido advirtiese la falta. Dábale una fuerte congoja sólo de pensar que la descubría; y era indispensable reponer en su sitio la malhadada cantidad, seis mil reales, pues había tomado cinco mil para Milagros y mil para desempeñar los candelabros y otras menudencias.

La necesidad de esta devolución se impuso de tal modo a su espíritu, que ya no pensaba en otra cosa. Contaba con la fuerza del pagaré y con la palabra de la marquesa. Esta la tranquilizó el día 2, diciéndole:

—Todo está arreglado. Puede usted descuidar.

Pero entre tanto, Rosalía pasaba la pena negra, temiendo a cada instante una catástrofe y discurriendo toda clase de industrias y maquinaciones para evitarla. Hasta entonces el bobito persistía en la buena costumbre de dar a su mujer las llaves para que ella sacase de la arqueta el dinero. Pero una tarde antojósele volver a las andadas y sacar el funesto cajoncillo, y lo abre y empieza a manosear lo que dentro había... ¡Ay Dios mío, qué trance, qué momento! A la Pipaón, un color se le iba y otro se le venía. Estaba lela, y su terror impedíale tomar una resolución.

—Tú... siempre enredando... No haces caso de lo que dice don Teodoro... ¡Qué hombre!... Dame acá la caja.

—Quita allá, calamidad—dijo Bringas, defendiendo su tesoro con ademán enérgico.

Contó los centenes de oro uno por uno; tocó las dos onzas, el reloj viejo que había sido de su padre, una cadena y medallón antiquísimos... Como no faltaba nada, no había peligro mientras no fuese alzado el doble fondo... Rosalía sintió impulsos de gritar: «¡Que se quema la casa!», u otra barbaridad semejante; pero no se atrevió porque es-

taba presente Paquito. Ya las flexibles manos del cominero acariciaban la parte por donde la tapa del doble fondo se levantaba. Rosalía invocó a todos los santos, a todas las Vírgenes, a la Santísima Trinidad, y aun se cree que hizo alguna promesa a Santa Rita si la sacaba en bien de aquel apuro. Pero cuando ya don Francisco metía la uña en el huequecillo de la madera, hubo en su espíritu un cambio de intención que debió de ser milagroso... Retirando sus dedos cerró la arqueta. A Rosalía le volvió el alma al cuerpo, y sus pulmones respiraron de nuevo. Había estado en un tris... Sin duda no le pasaba por la imaginación a su marido la idea ni aun la sospecha del desfalco, y aunque solía repasar los billetes sólo por gusto, en aquella ocasión no lo hizo sabe Dios por qué. Quizá todas aquellas invocaciones que la señora hizo a los santos obtuvieron buena acogida, y algún ángel inspiró al ratoncito Pérez la idea de dejar para otra vez el recuento de sus ahorros.

XXXIV

Pero la Pipaón no las tuvo todas consigo hasta que no le vió guardar la arqueta, ponerla en su sitio cuidadosamente, como se pone en la cuna un niño dormido, y echar la llave a la gaveta. Sólo entonces elevó su mente al Cielo en acción de gracias por el gran favor que acababa de otorgarle. Pero lo que no sucedió aquel día por especial intervención de la divinidad, podía muy bien ocurrir en otro. No siempre están los santos del mismo humor. Por si segunda vez se le antojaba registrar el doble fondo, discurrió la industriosa señora un arbitrio que, a su parecer, aplazaría el conflicto mientras llegaba el momento de conjurarlo resueltamente reponiendo el dinero. Imaginó, pues, colocar en la caja unos pedacitos de papel del tamaño de los billetes, y si lograba encontrar papel igual en la calidad de la pasta, de modo que no resultase diferencia al tacto, el engaño era fácil, porque su marido no había de verlos sino con los dedos... Púsose a la obra, y rebuscó y examinó cuanto papel había en la casa. Por fin, en la mesa de Paquito halló uno que parecióle muy semejante, por su flexibilidad y consistencia, al que empleaba el Banco en sus billetes. Obtuvo esta certidumbre después de un detenido trabajo de comparación entre las distintas clases de papel y un billete de doscientos reales que conservaba. Para refinar la imitación, faltaba darle la pátina del uso, aquella suavidad pegajosa que resulta del paso por tantas manos de cajeros y cobradores, por las de los pródigos, así como por las de los avaros. Rosalía sometió los trozos a una serie de operaciones equivalentes al traqueteo de los billetes en la circulación pública.

—¿Qué buscas aquí, niña?—dijo con enfado a Isabelita, que iba, como de costumbre, a meter su hocico en todo—. Vete a acompañar a papá, que está solito.

Encerróse en el Camón para evitar indiscreciones, y allí arrugaba el papel, dejándolo como una bola. Luego lo estiraba, lo planchaba con la palma de la mano, hasta que los repetidos estrujones le daban la deseada flexibilidad. Echaba de menos aquella epidermis pringosa que los verdaderos billetes tienen; pero ¿cómo obtener esto? Parecióle imposible, aunque sus manos estaban muy bien preparadas para el objeto. Acababa de hacer unas croquetas en la cocina, y había tenido cuidado de no lavarse las manos para que pudieran imprimir sobre el papel algo de aquella suciedad a la cual ningún idealista, que yo sepa, ha hecho ascos todavía.

Cuando creyó haber trabajado bastante, quiso hacer prueba de su obra. Entrábale desconfianza, y decía:

—No sé qué tiene este papel que ningún otro se le iguala. Me parece que no le engaño.

Y sus dedos hacían un estudio de tacto sobre el billete verdadero y los fingidos.

—Supongamos que no veo... Supongamos que me ponen éste delante y que trato de diferenciar el legítimo de los... ¡Oh!, no hay duda posible. Se conoce en seguida.

Y dando un suspiro se desanimaba tanto, que casi, casi hubo de renunciar a la superchería... «No, no—pensó después—. Cuando se está en el secreto, se nota más la diferencia; pero no estando en el secreto... Los pondré en el doble fondo, y Dios dirá. Allá veremos.»

Al anochecer de aquel día, cuando Bringas sacó la arqueta, la dama tenía sus papeles preparados para hacerlos actuar convenientemente en caso de que el cominero abriese el doble fondo. Pero no lo abrió. Entonces Rosalía, como para impedirle la molestia de ir a la mesa, le quitó de las manos el cajoncillo, y en el breve tiempo que empleara para colocarlo en su sitio, supo introducir los papeluchos que, cuando se pasase revista de presente, debían responder por los que se habían ido a otra parte. Por supuesto, aquella solución provisional era muy peligrosa, y convenía acelerar la definitiva exigiendo de Milagros el pago del préstamo.

Al día siguiente, que fué el 25 de julio, día de Santiago, apretó el calor de una manera horrible. Bringas estaba en mangas de camisa, y Rosalía, con una bata de percal muy ligero, no cesaba de abanicarse, renegando a cada instante del clima de Madrid y de aquella exposición a Poniente que había elegido Bringas para su vivienda. ¡Y el cominero tenía la desfachatez de decir que el calor le gustaba, que era muy sano y que compadecía a los *tontos que se iban fuera!* Aquel mismo día de Santiago, el gran economista había anunciado solemne y decididamente a toda la familia que no irían a baños, con lo cual estaba Rosalía más sulfurada que con el calor. ¡Prisionera en Madrid durante la canícula, cuando todas sus relaciones habían emigrado! La alta ciudad palatina estaba ya casi desierta. La reina se había ido a Lequeitio, y con ella doña Tula, doña Antonia, la mayor y más lucida parte de la alta servidumbre. Milagros y el señor De Pez también estaban preparando su viaje. Se quedaría, pues, sola la pobrecita, sin más amistad que Torres, Cándida y los empleadillos y gente menuda que vivían en el piso tercero... Su excitación era tal, que en todo el día no dijo una palabra sosegada, y todas las que de su augusta boca salían eran ásperas, desapacibles, amenazadoras. Paquito estaba tendido sobre una estera leyendo novelas y periódicos. Alfonsín enredaba como de costumbre, insensible al calor, mas con los calzones abiertos por delante y por detrás, mostrando la carne sonrosada y sacando al fresco todo lo que quisiera salir. Isabelita no soportaba la temperatura tan bien como su hermano. Pálida, ojerosa y sin fuerzas para nada, se arrojaba sobre las sillas y en el suelo, con una modorra calenturienta, desperezándose sin cesar y buscando los cuerpor duros y fríos para restregarse contra ellos. Olvidada de sus muñecas, no tenía gusto para nada; no hacía más que observar lo que en casa pasaba, que fué bastante singular aquel día. Don Francisco dispuso que se hiciera un gazpacho para la cena. El lo sabía hacer mejor que nadie, y en otros tiempos se personaba en la cocina con las mangas de la camisa recogidas, y hacía un gazpacho tal que era cosa de chuparse los dedos. Mas no pudiendo en aquella ocasión ir a la cocina, daba sus disposiciones desde el gabinete. Isabelita era el telégrafo que las transmitía, perezosa, y a cada instante iba y venía con estos partes culinarios: «Dice que piquéis dos cebollas en la ensaladera..., que no pongáis más que un tomate, bien limpio de sus pepitas... Dice que cortéis bien los pedacitos de pan..., y que pongáis poco ajo... Dice que no echéis mucha agua y que haya más vinagre que aceite... Que pongáis dos pepinos si son pequeños, y que le echéis también pimienta, así como medio dedal.»

Por la noche la pobre niña tenía un apetito voraz, y aunque su papá decía que el gazpacho no había quedado bien, a ella le gustó mucho, y tomóse la ración más grande que pudo. Cuando se acostó, la pesadez del sueño infantil impedíale sentir las dificultades de la digestión de aquel fárrago que había introducido en su estómago. Sus nervios se insubordinaron y su cerebro, cual si estuviera comprimido entre dos fuerzas, la acción congestiva del sueño y la acción nerviosa, empezó a funcionar con extravagante viveza, reproduciendo todo lo que durante el día había actuado en él por conducto directo de los sentidos. En su horrorosa pesadilla, Isabel vió entrar a Milagros y hablar en secreto con su mamá. Las dos se metieron en el Camón, y allí estuvieron contando dinero y charlando. Después vino el señor De Pez, que era un señor antipático, así como un diablo con patillas de azafrán y unos calzones verdes. El y su papá hablaron de política, diciendo que unos pícaros muy grandes iban a cortarles la cabeza a todas las

personas, y que correría por Madrid un río de sangre. El mismo río de sangre envolvía poco después en ondas rojas a su mamá y al propio señor De Pez, cuando hablaban en la Saleta, ella diciendo que no iban ya a los baños, y él:

—Yo no puedo ya detenerme más, porque mis chicas están muy impacientes.

Después el señor De Pez se ponía todo azul y echaba llamas por los ojos, y al darle a la niña un beso la quemaba. Luego había cogido a Alfonsín y puéstole sobre sus rodillas, diciéndole:

—Pero, hombre, no te da vergüenza de ir enseñando...

A lo que Alfonsín contestara pidiendo cuartos, según su costumbre... Más tarde, cuando ningún extraño quedaba en la casa, su papá se había puesto furioso por unas cosas que le contestó su mamá. Su papá le había dicho: «Eres una gastadora», y ella, muy enfadada, se había metido en el Camón... Después había entrado otra visita. Era el señor de Vargas, el cajero de la Intendencia, la oficina de su papá. Hablando, hablando, Vargas había dicho a su papá:

—Mi querido don Francisco, el intendente ha mandado que desde el mes que entra no se le abone a usted más que la mitad del sueldo.

Al oír esto, su papito se había quedado más blanco que el papel, más blanco que la leche, más blanco todavía, y daba unos suspiros... Hablando, hablando, Vargas y su papá dijeron también que iban a correr ríos de sangre, y que *la llamada* revolución venía sin remedio. Su mamá entró en el gabinete cuando se despedía el tal Vargas, que era un señor pequeño, tan pequeño como una pulga, y parecía que andaba a saltitos. Su mamá y su papá habían vuelto a decirse cosas así como de enfado y a ponerse de vuelta y media... El daba golpes en los brazos del sillón, y ella daba vueltas por Gasparini. Nunca había visto ella a sus papás tan enfurruñados.

—Eres una gastadora...

—Y tú, un mezquino.

—Contigo no es posible la economía ni el orden...

—Pues contigo no se puede vivir...

—Qué sería de ti sin mí...

—Pues a mí no me mereces tú...

¡Válgame Dios! Su mamá se había metido en el Camón llorando. Ella fué detrás y entró también para consolarla; quería subírsele a las rodillas, pero no podía. Su mamá era tan grande como todo el Palacio Real, más grande aún. Su mamá le había dado besos. Después, desenfadándose, había sacado un vestido, y luego otro, y otro, y muchas telas y cintas. En esto entra su papá de repente en el Camón, sin venda, y su mamá da un grito de miedo.

—Ya veo, señora, ya veo—dice su papá muy atufado—que me ha traído usted aquí una tienda de trapos...

Y su mamá, azarada, con la cara muy encendida, no decía más que:

—Yo..., yo..., verás...

En esto, la pobre niña, llegando al período culminante de su delirio, sintió que dentro de su cuerpo se oprimían extraños objetos y personas. Todo lo tenía ella en sí misma, cual si se hubiera tragado medio mundo. En su estómago chiquito se asentaban, teñidos de repugnantes y espesos colores, obstruyéndola y apretándole horriblemente las entrañas, su papá, su mamá, los vestidos de su mamá, el Camón, el Palacio, el señor De Pez, Milagros, Alfonsito, Vargas, Torres... Retorcióse doloridamente su cuerpo para desocuparse de aquella carga de cosas y personas que lo oprimía, y ¡bruumm...!, allá fué todo fuera como un torrente.

XXXV

Se sintió aliviada..., libre de aquel espantoso hervor de su cerebro. Su mamá le limpiaba el sudor de su frente, llamándola con palabras cariñosas. Había sentido Rosalía sus quejidos, síntoma indudable de la pesadilla, y saltó de la cama para correr en su socorro. Eran las doce. Hízole después una taza de té, y ayudada de Prudencia le mudó las sábanas. A la media hora la pobre niña descansaba tranquila, y su mamá se fué a dormir al sofá del gabinete, porque la cama despedía fuego. Antes quiso dar parte a su marido de la desazón de la niña.

—¿Lo de siempre?—preguntó él desde el embozo de la única sábana con que se cubría.

—Sí, lo de siempre: pesadilla, convulsiones; ha sido de los ataques más fuertes. Por fin se ha tranquilizado. ¡Pobre ángel! Tú te empeñas en que a nuestra niña se le arraigue esta propensión a la

epilepsia..., sabiendo que se corrige con los baños de mar...

—Lo mismo son los de los Jerónimos..., digo, son mejores.

La voz de Rosalía, objetando algo, se perdió en los aposentos inmediatos. Bringas, después de toser un poco, envolvió en las nubes del sueño su opinión sobre la superioridad de los baños del Manzanares ante todos los baños del mundo...

La mejoría de nuestro amigo se acentuaba tanto, que Golfín, desde mediados de julio, dejó de ir a la casa. Don Francisco, acompañado de Paquito, iba a la consulta dos veces por semana. Como el doctor tenía su casa en la calle del Arenal, poco trecho había que recorrer. Los oscuros cristales de unas gafas oftálmicas, amén de una gran visera verde, resguardaban sus ojos de la luz. Golfín, siempre amabilísimo con el recomendado de su majestad, le despachaba pronto. Estaba muy satisfecho de su cura, y elogiaba la excelente naturaleza del enfermo, vencedora del mal en pocas semanas. En la última de julio, anunció el oculista a su cliente que se marchaba a principios de agosto a dar una vuelta por Alemania.

—Pero ya no necesita usted que yo le vea. Le doy de alta, y por lo que pueda ocurrir, uno de mis ayudantes pasará por aquí tres o cuatro veces mientras yo esté fuera.

Bringas oyó con júbilo esta despedida del concienzudo médico, indicio cierto de que el mal estaba vencido. Llevado de su honradez y delicadeza, rogó al doctor que antes de partir le pasase...

—Ya usted me entiende..., la cuentecita de sus honorarios.

Golfín se deshizo en cumplidos.

—Tiempo habrá..., ¿qué prisa tiene usted?... En fin, como usted quiera...

Y el gran economista, al salir con su hijo, pesaba en la balanza de su mente los términos de aquel enigma aritmético que pronto se había de revelar. ¿Qué tipo regulador o qué tarifa le aplicaría? ¿Le consideraría como pobre de solemnidad, como empleado alto, como rentista bajo o como burgués vergonzante y pordiosero? A todas horas del día y de la noche pensaba Thiers en esto, y deseaba que la cuenta llegase para salir de su angustiosa duda.

Desde que don Francisco anunció a su esposa que a principios de agosto era necesario pagar al médico, la pobre señora creyó más urgente la reposición de los billetes sustraídos de la arqueta. Felizmente, Milagros le había dado poco más de la mitad de lo que su deuda importaba, con promesa de entregar el resto antes de marcharse a Biarritz.

—Las cosas se me van arreglando bien —le dijo—. Seguramente tendré lo bastante para los compromisos de estos días, y aún creo poder dejar a usted algo si lo necesita... No, no hay que agradecer... Es que no me hace falta, y más seguro está en esas manos que en las mías.

Con estas promesas y ofrecimientos, la Pipaón veía próximo el término de su ahogo. Contentas ambas, aunque la de Thiers tenía los espíritus algo abatidos por no poder ir a baños, pasaban ratos deliciosos hablando de modas. La Tellería, con aquel arte tan admirable y tan suyo, se las compuso muy bien para volver a tomar algunas de las cosillas que regaló a Rosalía en aquellos raptos de cariño precursores del empréstito.

—Puesto que usted no sale, maldita la falta que le hará esta *pamela*..., ni esta forma de paja... Veré cómo la arreglo yo para mí... Aquí no podrá usted usar el *pelo de cabra*. Es tela muy impropia de estos calores. Como allá se siente fresco algunos días, me la llevo. Yo he de traerle a usted cosas mejores... ¡Ah!, le dejaré unas varas de crudillo para vestidos de los pequeñuelos, y unos pedazos de crespón que me han sobrado.

Con todo se conformaba la Bringas. No pudiendo ella lucirse en las provincias del Norte, quería vengarse de su destino engalanando a su prole; ya se había provisto de figurines, y proyectaba cosas no vistas para que Isabelita y Alfonso publicaran en la plaza de Oriente, entre la festiva república de niños, el buen gusto de su opulenta mamá.

—Tiene Sobrino unos abrigos de verano—decía Milagros—que me entusiasman. No me voy sin tomar uno. Ya sabe usted..., medios pañuelos de imitación a Chantilly, con *guipure*.

—Los he visto, hija; los he visto ayer —replicó la otra dando un gran suspiro.

—No se desconsuele usted, querida—dijo Milagros acariciándola—. En Bayona se compran estas cosas por la mitad, y luego se introducen sin pagar derechos. Yo le traeré a usted uno de estos

medios pañuelos, más bonito que los que tiene Sobrino... ¿Quiere usted para los niños un poco de *piel del diablo*, a cuadritos, que no me hace falta? Se la mandaré. En cambio, me llevo estos *fichús* que no son propios para Madrid... ¿Irá usted al Prado? Allí, con el velito y la camiseta, basta. Los sombreros parece que se despegan de la cabeza en el verano de Madrid. Esta armadura de *linó* que mandé a usted para nada le servirá. Usaréla yo. Se la devolveré en el otoño, adornada con algo, de mucha novedad, que no se conozca todavía por aquí... ¡Ah!, le recomiendo para los niños unos sombreros marineros que ha traído Sempere y unas como gorras o boinas. Son monísimas... Y no haga usted más compras: le mandaré un par de medias azules para cada uno, y creo tener un buen pedazo de *piqué* que podrá usted utilizar.

En cambio de las cosas que con tanta sandunga iba recuperando, envióle un lío compuesto de informes retazos, cintas y recortes que, en puridad, no servían para nada. Gracias que saliese de allí una corbata para Paquito y otra para el excelso pescuezo del ratoncito Pérez.

Una mañana que la Pipaón estaba sola, pues Thiers había ido a la consulta, presentóse inopinadamente Pez. Vestido de verano, con el ligero y elegante traje de alpaca de color, parecía un pollo. Veíale siempre Rosalía con gusto, y en aquella ocasión le vió con mayor agrado, por lo terso y remozado que estaba. Cada vez se crecía más en el espíritu de la noble señora la imagen de aquel sujeto, y se afianzaba más en los dominios de su pensamiento. Y antes que los atractivos exteriores de él, antes que sus modales y su señorío, la cautivaban los propósitos que hizo de protegerla en cualquier circunstancia aflictiva. Hubiérase rendido al protector antes que al amante; quiero decir que si Pez no hubiera puesto aquellas paralelas del ofrecimiento positivo, el terreno ganado habría sido mucho menos grande. El, no obstante ser muy experto, contaba más con la fuerza de sus gracias personales que con aquel otro medio de combate. Pero a muy pocos es dado conocer todas las variedades de la flaqueza humana. Aquel bélico artificio usado simplemente como auxiliar, resultó más eficaz que los disparos de Cupido.

Y aquel día estuvo Pez tan expresivo desde los primeros momentos, tan atrevidillo y despabilado, que Rosalía, considerándose sola con él en la casa (pues también los niños y Prudencia habían salido), se vió en grandísima turbación. Cuanto en su alma había de recto y pudoroso, así lo ingénito como lo educado por Bringas en tantos años de intachable vida conyugal, se sublevó y se puso en guardia. Pez resultaba ser un muchacho casquivano en aquella hora crítica; transfiguróse en un romántico de los que se decoran con desesperación y se engalanan con un bonito anhelo de morirse. Su lenguaje y sus modos, perfectamente adaptados al ardoroso temple de la canícula, aterraron a Rosalía, primeriza en aquella desazón de las amistades culpables. Dígase y repítase en honor suyo. Halló mi calaverón una virtuosa resistencia que no esperaba, pues según su frase, que le oí más de una vez, había creído que, por su excesiva madurez, aquella fruta se caía del árbol por sí sola.

XXXVI

El análisis de la virtud de la Pipaón arroja un singularísimo resultado. Pez no había tenido la habilidad o la suerte de sorprenderla en una de aquellos infelices momentos en que la satisfacción de un capricho o las apreturas de un compromiso movían en su alma poderosos apetitos de poseer cantidades, que variaban según las circunstancias. En tales momentos, su pasión de los perifollos o el anhelo de cubrir las apariencias y de tapar sus trampas, la cegaban hasta el punto de que no vacilara en comprar el triunfo con la moneda de su honor... Así se explica el enigma de la derrota de Pez. Cuando quiso expugnar la plaza, ésta se hallaba bien abastecida. La Bringas tenía dinero en aquellos días. Milagros habíale pagado más de la mitad de su deuda, y el resto se lo daría seguramente el domingo próximo, con más algo que deseaba dejar en su poder como reserva. Segura de salir bien del compromiso más urgente, aquella señora tan frescota y lozana se creía en el caso de hacer gala de su entereza, de una virtud menos sensible al amor que al interés. Con una frase que conservo en la

memoria, calificó Pez aquel carácter vanidoso, aquel temperamento inaccesible a toda pasión que no fuera la de vestir bien. Dijo este gran observador que era como los toros, que acuden más al trapo que al hombre.

Insistía en sus románticas vehemencias mi amigo, y quién sabe si al fin habría tenido la contienda un término funesto... Pero la entrada de los niños fué como intervención de la divina Providencia en el asunto. Poco después llegó don Francisco, y ambos señores hablaron un poco de política, de aquella obcecada política de González Bravo, que en boca de Pez, por especial disposición de su ánimo, tomaba un tinte muy pesimista. Don Francisco se espeluznaba oyéndole. La prisión de los generales y del duque de Montpensier era una torpeza. Los revolucionarios habían dicho su *última palabra* en *La Iberia* de aquellos días, y el Gobierno había lanzado su último reto. El Ejército simpatizaba con la revolución, y hasta se decía que la Marina...

—¡Por Dios, señor De Pez, no hable usted barbaridad semejante!—exclamaba Thiers llevándose ambas manos a la cabeza y olvidándose de retirarlas durante un rato.

—Yo me lavo las manos—dijo el otro—. Yo estoy viendo venir un cataclismo, y, francamente, cuando he sabido que la Unión Liberal, que es un partido de gobierno, que es un partido de orden, que es un partido serio, ayuda a los revolucionarios, qué quiere usted..., no veo la cosa tan negra...

A punto estuvo Thiers de incomodarse, pues la benevolencia de su amigo parecía como el preludio de una defección. Siguió Bringas desfogando su ira contra los progresistas, la Milicia Nacional, Espartero, sin olvidar el *chascás;* contra el *titulado* Himno de Riego, contra los *llamados* demócratas y todo bicho viviente, hasta que Pez, hastiado, llevó la conversación al asunto de su viaje. El no tenía impaciencia ni creía que fuese absolutamente necesario para su salud abandonar los Madriles; pero sus niñas le acosaban tanto para que las llevase pronto a San Sebastián, que ya no podía dilatar más la expedición. Querían las pobrecillas lucir en la Concha y en la Zurriola los perendengues de la estación, y tal era su entusiasmo por esto, que si no las llevaba pronto reventarían de tristeza. Su mamá se quedaba aquí, prosternada delante del altar de las Animas y comadreando en las sacristías con otras beatonas de su misma estofa. Descanso y libertad era para las pobres niñas el viaje al Norte, y en este concepto no podía menos de ser provechoso a la endeble salud de ambas. Para el papá, más era molestia que esparcimiento el tal viajecito, porque sus hijas le mareaban con las frecuentes excursiones a Bayona para comprar trapos y pasarlos de contrabando. Y no necesitaban Josefina y Rosita hacer lo que hacen otras, que se visten lo comprado y meten en los baúles lo de uso; ni necesitaban ponerse dos abrigos de invierno, uno sobre otro, y seis pares de medias y dos faldas y cuatro manteletas. La circunstancia feliz de ser su papá director en Hacienda las eximía de aquella sofocante manera de contrabandear. El administrador de la Aduana de Irún debía el puesto que ocupaba a nuestro Pez, y también él era Pez por el costado materno, con lo cual dicho se está que las niñas se traían a España media Francia.

—Es para mí una ocasión de infinitos compromisos este viaje—agregaba don Manuel finalmente—, porque no puedo asomar la nariz en Bayona y en Biarritz sin que me vea acosado por las señoras de alta y media categoría, pidiendo la consabida tarjeta o volantito para el primo de Irún... Las más de las veces no puedo negarlo... Está ya en nuestras costumbres y parece una quijotería el mirar por la Renta. Es genuinamente español esto de ver en el Estado el ladrón legal, el ladrón permanente, el ladrón histórico... Entre otros adagios de inmoral filosofía, hay aquel de *tiene cien años de perdón,* etcétera... Es mi tema; esto es un país perdido... Y vaya usted a echársela de moralista. El año pasado, una marquesa bastante acomodada, a quien no quise facilitar el paso de un cargamento de vestidos, por poco me saca los ojos. Se puso hecha una leona y clamaba por la revolución y los demagogos. Una duquesa, demasiado lista, se dió el gusto de pasar, en mis barbas y en las barbas del primo de Irún..., ¡pásmese usted!..., ¡cincuenta y cuatro baúles llenos de novedades!

Dicho esto, retiróse, y al día siguiente

volvió para despedirse, pues aquella misma tarde se marchaba. Un ratito pudo hablar a solas con Rosalía, y se mostró tan llagado del corazón y tan herido de punta de despecho amoroso, que la honesta señora no pudo menos de compadecerle, sintiendo al propio tiempo dos clases de vanidad: la del triunfo de su virtud y la no menos grande de ser objeto de pasión tan formidable. Grandes debían de ser su mérito y su belleza cuando se postraba ante ella, como un chicuelo, varón tan serio y sosegado, cuando hombres de aquel temple se chiflaban ante ella y *habrían comprado con su vida* (textual) cualquier favorcillo.

Milagros no salió hasta el 29. ¡Cuántas ocupaciones tuvo aquellos últimos días, y qué angustias pasaba para preparar su viaje!

—Queridísima amiga—dijo a Rosalía, a solas con ella en el Camón—; usted me ha de dispensar que no le entregue, antes de irme, aquel resto que falta. Supongo que podrá usted esperar unos días. Al apoderado de casa dejo encargo de poner en sus manos esa cantidad el cinco o el seis del próximo, pues para entonces he de cobrar ciertas cantidades de unos censos de Zafra. Descuide usted, que no le faltará. Es lo primero que he puesto en la lista de encargos que dejo a Enríquez, y para que no se le olvide, siempre que le veo machaco en lo mismo: «Cuidado cómo deja usted de entregar..., cuidado, Enríquez... El pico de mi amiga es lo primero.»

Muy mal le supo a ésta tal dilación; pero como la promesa parecía tan solemne y no era mucho esperar al 5 de agosto, hubo de tranquilizarse. Su amiga prosiguió aturdiéndola con su estrepitoso cariño y perjurando que le había de traer de Francia mil regalitos de *altísima* novedad.

—Supongo que allí tropezaremos con Pez, para que nos libre del mareo de la Aduana, que es insoportable con aquellos empleados tan ordinarios. Si se les deja, capaces son de abrir todos los baúles..., y yo llevo la friolera de catorce. De allá siempre traigo tres o cuatro más. No puede usted figurarse cómo estoy de rendida con el trabajo de estos días. Mi maridillo no me ayuda a nada. Todo se lo han de dar hecho. Este año ni siquiera se ha tomado la molestia de pedir los billetes gratis. Yo lo he tenido que hacer, poniendo cartitas al presidente del Comité ejecutivo, y al fin, a regañadientes, me los han dado. Pero no he podido conseguir que nos den dos reservados como otros años, sino uno solo. ¡Qué injusticia!... Yo le digo a Sudre que éste es el pago que le dan por defender en el Senado a la Compañía como él la defiende, contra viento y marea. Me pongo nerviosísima los días de viaje. Me parece que siempre se queda algo, que no vamos a alcanzar el tren, que me van a hacer pagar un sentido por exceso de peso... ¡Ya ve usted, catorce baúles! Es un laberinto de mil demonios. Leopoldito lleva su perro. María, su gatita de Angora, y Gustavo, una jaula de pájaros para un amigo. Hay que pensar hasta en lo que han de comer por el camino esos irracionales... ¡Y todo esto en un solo departamento, que parecerá un arca de Noé! Felizmente conocemos al conductor, y María y yo, después que cenemos en Avila, nos pasaremos a una berlina-cama... Llevo a Asunción... No puedo vivir sin mi doncella. Los bultos de mano, creo que no bajarán de veinticuatro. Yo no duermo nada si no llevo mis almohadas. A Agustín no hay quien le quite de la cabeza el llevar una jofaina para lavarse dos o tres veces en el camino. Mi maletita-tocador no se puede quedar atrás, porque no me gusta llegar a las estaciones hecha una facha. Leopoldito lleva su tablero de damas, el *bilboquet*, la *cuestión romana*, su pistolita de salón, y una cartera donde apunta todos los túneles y la hora que es en todas las estaciones. Gustavo carga con media docena de librotes para ir leyendo por el camino; y el maula de mi marido, que sólo piensa en su comodidad, se enfurece si le faltan las zapatillas, el gran gorro de seda, el cojín de viento... A todo tengo que atender, porque no podemos tener un criado para cada uno. Esos tiempos pasaron, ¡ay!, y se me figura que no han de volver.

XXXVII

Un fuerte abrazo dió la marquesa a don Francisco, deseándole con toda el alma completo restablecimiento; besó a los niños, y, por último, se despidió de

su amiga en la puerta con toda suerte de mimos y caricias.

Triste y desconsolada se quedó Rosalía, no sólo por la ausencia de la amiga más querida, sino por su propio confinamiento, por aquel no salir, que era como un destierro. ¡Bonito verano la aguardaba, sola, aburrida, achicharrándose, sufriendo al más impertinente y cócora de los maridos, pasando, en suma, el sonrojo de permanecer en Madrid cuando veraneaban hasta los porteros y patronas de huéspedes! Tener que decir: «No hemos salido este verano», era una declaración de pobreza y cursilería que se negaban a formular los aristocráticos labios de la hija de los Pipaones y Calderones de la Barca, de aquella ilustre representante de una dinastía de criados palatinos. ¡Si al menos fueran unos días a La Granja, donde su majestad les proporcionaría algún desván en que meterse y donde podrían darse un poco de lustre, aunque sólo llevaran por equipaje unas alforjas con ración de tocino y bacalao, como los paletos cuando van a baños...! Pero no, aquel califa doméstico rechazaba indignado toda idea de perder de vista la villa y corte, hablando pestes de los tontos y perdidos que veranean con dinero prestado, y de los que se pasan aquí meses a cuarto de pitanza por el gusto de vivir unos días en fondas y darse importancia poniendo faltas a lo que dan de comer en ellas.

Aquella aspereza matrimonial de que se hizo mención más arriba se fué poco a poco suavizando. Ni era Bringas intolerante en un grado superlativo, y aunque lo fuese, sabía sacrificar a la paz conyugal alguna parte de sus dogmas económicos. Las explicaciones que Rosalía dió de aquel improvisado lujo no le satisfacían completamente; pero con un esfuerzo de buena voluntad supo admitir el gran economista algunas de ellas. La fe de su religión matrimonial le mandaba creer algo inexplicable, y lo creyó. Si Rosalía no hubiera pasado de allí, la paz, después de aquella alteración pasajera, habría vuelto a reinar sólidamente en aquella casa; mas la Pipaón no sabía ya contenerse, y el hábito de eludir secretamente las reglas de la Orden bringuística estaba ya muy arraigado en su alma. Proporcionábale este hábito, además de las satisfacciones de la vanidad, un placer recóndito. Quien por tanto tiempo había sido esclava, ¿por qué alguna vez no había de hacer su gusto? Cada una de aquellas acciones incorrectas y clandestinas le acariciaba el alma antes y después de consumada. La conciencia sabía sacar, no se sabe de dónde, mil sofisterías con que justificar todo plenamente. «Bastantes privaciones he tenido... Pues ¿acaso no merezco yo otra posición?... Se tendrá que acostumbrar a verme un poco más emancipada... Y, al fin y al cabo, yo miro por el decoro de la familia...»

Lo que más conturbaba su espíritu en aquellos primeros días de soledad y calor era la necesidad de volver a poner el dinero en la arqueta. Milagros no le había dado todo. ¿De dónde sacar lo que faltaba? Al instante se acordó de Torres, y desde que tuvo ocasión de ello, hízole una indicación discreta. «El no tenía; ¡qué lástima! Si algún amigo suyo tuviera... En fin, al día siguiente la contestación.», A nuestra amiga no se le cocía el pan hasta saber la respuesta de Torres, porque a cada momento creía próxima la catástrofe, la cual sería grande, fuerte e inevitable, desde que Bringas registrase su tesoro. Por fortuna o por especial intervención de los santos y santas a quienes la Pipaón invocaba, aún no se le había ocurrido al buen hombre levantar la tapa del doble fondo. ¡Pero cuando lo hiciera...! Y ya no valía el arbitrio de los papeles que imitaban con grosero arte los billetes, porque el ratoncito veía, aunque mal, y no era posible que se fiase sólo del tacto para hacer el arqueo de su caja. Sobre ascuas estuvo la dama todo el día 31 y parte del inmediato, hasta que Torres le dió esperanzas de remedio. Empezó poniendo dificultades, ponderando lo que había trabajado para hacer comprender la conveniencia del préstamo a su amigo. El cual era un tal Torquemada, hombre que no daba su dinero sin garantía. En aquella ocasión, no obstante, en obsequio de Torres, no exigía la firma del marido en el contrato, pues la de la señora bastaba... No podía hacer el empréstito más que por un mes, con fecha improrrogable, y dando cuatro mil reales se haría el pagaré de cuatro mil quinientos. ¡Ah!, de los cuatro mil se deducirían doscientos reales de corretaje...

Los cielos abiertos vió Rosalía cuando Torres le dió estas noticias, y todo parecióle poco, rédito y corretaje, para el gran favor que se le hacía. Con los tres mil ochocientos reales tendría bastante para su objeto, y aún le sobrarían unos seis duros para algo imprevisto que ocurriese. Todo quedaría arreglado al siguiente día 2 de agosto.

Y el tiempo apremiaba, y el peligro era inminente, como se verá por esta frase de Bringas textualmente copiada:

—Hijita, mañana me manda Golfín la cuenta y habrá que pagársela pasado mañana, tres. El se marcha el cuatro, según me ha dicho hoy. Me tiemblan las carnes cuando pienso que ese señor me va a tomar por hombre de posibles. ¿Cuánto me pondrá? ¿Se te ocurre a ti? Yo he pensado en eso toda la noche, y he tenido pesadillas como las de Isabelita... Y hoy me dijo Golfín una frase que me dió escalofríos... Lo que te digo: me estás perdiendo con el lustre *estrepitoso* que te das... Pues mira que me haces gracia..., cuando no sé si quedaremos mal con el doctor, que éste me diga..., así con ese tonillo impertinente...: «Señor don Francisco: ayer vi a su señora salir de misa de doce en San Ginés... ¡Siempre tan elegante!...» Pues tu dichosa elegancia va a ser el cuchillo con que ese hombre me va a segar el cuello.

A las diez y media del otro día, mientras don Francisco y toda la familia menuda estaban de paseo en la Cuesta de la Vega, quedó realizada la operación. Aparecieron con usurera exactitud, a la hora fija, Torres y Torquemada. Este era un hombre de mediana edad, canoso, la barba afeitada de cuatro días, moreno y con un cierto aire clerical. Era en él costumbre invariable preguntar por la familia al hacer el saludo, y hablaba separando las palabras y poniendo entre los párrafos asmáticas pausas, de modo que el que le escuchaba no podía menos de sentirse contaminado de entorpecimientos en la emisión del aliento. Acompañaba sus fatigosos discursos de una lenta elevación del brazo derecho, formando con los dedos índice y pulgar una especie de rosquilla para ponérsela a su interlocutor delante de los ojos, como un objeto de veneración. La visita fué breve. La única parte del contrato a que Rosalía puso reparo fué la referente al plazo de un mes, que le parecía demasiado corto; pero Torquemada aseguró que no le era posible alargarlo. «A principios de septiembre tenía que... dar una fianza en la Diputación... Provincial, porque se presentaba a la subasta de la... carne para los hospitales. Pensáralo bien la... señora, pues si creía no *tener posibles* para... reembolsarle en la fecha... convenida, el préstamo... no se verificaría.» A todo se avino la dama, atenta sólo a salir del conflicto del día; tomó el dinero, firmó, y los dos amigos se despidieron, dejando expresiones para el dueño de la casa, a quien uno de ellos no conocía. Contentísima se quedó la Pipaón, y no pensaba más que en el modo de introducir en la arqueta los dineros. Una pequeña dificultad ocurría, y era que no teniendo un billete de 400 escudos, sino varios de los pequeños, había de procurarse uno de aquéllos. Si los billetes eran de otra clase, aunque la cantidad fuese la misma, el cominero se llamaría a engaño. Con el pretexto de hacer una visita salió por la tarde, asustadísima, sospechando siempre que a su marido se le antojase, mientras ella estaba fuera, registrar el erario. Pero un ángel bueno velaba por ella; nada ocurrió durante el tiempo que empleara en hacer el desusado cambio de billetes pequeños por uno grande. El cambista de la calle del Carmen la miró con cierto asombro. Por la noche, la delicada operación de reponer la cantidad sustraída fué hecha con toda felicidad.

Pocas veces se había sentido mi amigo Bringas tan nervioso como en los ratos que precedieron a la llegada de la cuenta de Golfín. A eso de las diez del día 3, mandó a Paquito con un recado verbal, suplicando al doctor le remitiese sin tardanza la nota de los honorarios de su asistencia médica, y serían las once y media cuando el joven regresó a la casa, trayendo una carta. Bringas no respiraba mientras su mano trémula rompía el sobre y desdoblaba el papel. Rosalía aguardaba también con anhelosa curiosidad... ¡Ocho mil reales! Leyendo esta suma Bringas se quedó perplejo, vacilante entre la alegría y la pena, pues si la cantidad le parecía excesiva, por otra parte, sus temores de que fuera disparatadamente grande, se calmaban ante la cifra verdadera. Había creído a veces que no bajaría la cuenta de doce o dieciséis mil reales, y esta sospecha le po-

nía fuera de sí; otras no la conceptuaba superior a cuatro mil. La realidad había partido la diferencia entre estas dos sumas ilusorias, y, por fin, el economista vino a consolarse con razonamientos de la escuela de don Hermógenes, diciendo que si ocho mil reales eran mucho dinero en comparación de cuatro, eran poca cosa, relativamente, a dieciséis... Un razonar más suyo que de don Hermógenes dominaba el tumulto de ideas aritméticas que en aquel momento hervía en su cerebro; y era que Golfín, por ser el enfermo recomendado de la reina, no debía haberle llevado nada...

XXXVIII

—Pero, en fin, me conformo. No he salido mal, pues he salido con ojos. Lo primero es la salud, y lo primero de la salud, la vista. Y la verdad es que ese asesino me ha curado bien. ¡Ocho mil realitos! Es muy posible—añadió dando un suspiro e incomodándose levemente—, que si no hubiera sido por sus elegancias, el escopetazo no habría pasado de cuatro mil...

Sacó el dinero, hizo poner una carta muy fina y muy cortés, dando las gracias al sabio doctor por su admirable asistencia, y todo, carta y billetes, ¡oh dulces prendas de su alma!, lo introdujo en un sobre magnífico, de los de la oficina. Paquito fué a llevar este segundo recado. Si Bringas veía con tristeza la expatriación de sus queridos billetes, por otra parte experimentaba la satisfacción honda y viva de pagar. Este placer sólo es dado a las personas de mucho arreglo, que, al economizar el dinero, economizan las sensaciones que produce, y de éstas, se contentan con gozar las más puras y espirituales.

Deslizábanse después de este día, con lentitud tediosa, los del mes de agosto, el mes en que Madrid no es Madrid, sino una sartén solitaria. En aquellos tiempos no había más teatro de verano que el circo de Price, con sus insufribles caballitos y sus *clowns*, que hacían todas las noches las mismas gracias. El histórico Prado era el único sitio de solaz, y en su penumbra, los grupos amorosos y las tertulias pasaban el tiempo en conversaciones más o menos aburridas, defendiéndose del calor con los abanicazos y los sorbos de agua fresca. Los madrileños que pasan el verano en la villa son los verdaderos desterrados, los proscritos, y su único consuelo es decir que beben la mejor agua del mundo.

En su horrible hastío no gustaba la Pipaón de ir al Prado, porque era esto como pasar revista de miseria y cursilería. Había empleado ya muchas veces la enojosa fórmula-explicación de su destierro: «Teníamos tomada casa en San Sebastián, pero con la enfermedad de Bringas...»; y, cansada de ella, esquivaba las ocasiones de repetirla. Por la noche, los Bringas y algunas personas de las pocas que en la ciudad habían quedado, solían sacar sillas a la terraza, y formaban en el lado del Norte un grupo que no carecía de animación. Cándida no faltaba nunca. Completaba la pandilla la señora de un Montero de Espinosa, las de dos jefes de oficio, la de un oficial de la Secretaría Particular, la del director de las Reales Mesas, la del jefe del Guardarropa del rey. Del sexo masculino asistían los poquísimos que en Madrid estaban, y eran de la clase más baja; pero es el verano muy democratizante, y mis queridos Bringas, anhelosos de sociedad, no se desdeñaban de alternar, en una tertulia al raso, con porteros de Banda y de Vidriera, con el encargado del Guardamuebles, con el ayudante de Platería, con dos casilleros, gente toda de seis mil reales para abajo. A éstos solía unirse algún ayudante de cocina, que gozaba de catorce mil, y algún ujier de Saleta, que percibía nueve mil. En dichas tertulias se hablaba del calor que había hecho por el día, de la Corte, que ya había salido de La Granja para Lequeitio, y de otras menudencias del personal y de la casa. En el piso tercero, y en los espacios que al modo de plazoletas cortan la longitud de los pasillos-calles, había también tertulias formadas por mozos de oficio, doncellas, barrenderos y gente que subía de Caballerizas. En el sitio correspondiente a las grandes rejas que dan a la plaza de Oriente, sobre la cornisa, la huelga duraba toda la noche, con gran animación, risas, guitarreo y algún refresco de horchata de cepas. Doña Cándida trinaba contra estos desórdenes, porque no podía pegar los ojos en toda la noche, y amenazaba a los transgresores con denunciarlos al inspector general.

Por las mañanas, toda la familia bajaba al Manzanares, donde Isabelita y Alfonsín se bañaban. El papá había sacado nuevamente a luz su traje de mahón, y con esto y el sombrero de paja, parecía que acababa de venir de la Habana. Resguardados de la luz por espejuelos muy oscuros, sus ojos sanaban rápidamente, gracias al puntual cumplimiento del plan curativo que le había dejado Golfín. El aire de la mañana y la alegría del balneario le ponían de muy buen humor, y sin cesar aseguraba que si los *tontos que se van fuera* conocieran los establecimientos de Los Jerónimos, Los Cipreses, El Arco Iris, La Esmeralda y El Andaluz, de fijo no tendrían ganas de emigrar. También Paquito se arrojaba, intrépido, a las ondas de aquellos pequeños mares sucios, metidos entre esteras, y nadaba que era un primor, en pie sobre el fondo. A Alfonsín era preciso pegarle para hacerle salir, y la niña no entraba sino a la fuerza. Regresaban los cinco lentamente, los pequeños con apetito de avestruces; don Francisco, muy contento y también con propósito de no desairar el almuerzo. Para bajar al río, la Bringas tenía que vencer la repugnancia que aquello le inspiraba. Sólo por amor de sus hijos era ella capaz de hacer tal sacrificio. Le daban asco el agua y los bañistas, todos gente de poco más o menos. No podía mirar sin horror los tabiques de esteras, más propios para atentar a la decencia que para resguardarla, y el vocerío de tanta chiquillería ordinaria le atacaba los nervios.

Por las tardes, casi al anochecer, solía bajar a Madrid para visitar a alguna amiga o dar una vuelta por las tiendas conocidas. En éstas había poquísima gente. Luenga cortina mantenía en el local una atmósfera menos calurosa que la de la calle, y esta penumbra, como la ociosidad, convidaba a los dependientes a dormir sobre las piezas de tela. De cuando en cuando encontraba en casa de Sobrino Hermanos a alguna señora rezagada, a alguna proscrita como ella. Nueva edición de la famosa fórmula: «Teníamos tomada casa en San Sebastián; pero...» La otra solía decir con laudable franqueza: «Nosotros esperamos a los trenes baratos de septiembre.»

Como en aquellos días los tenderos estaban mano sobre mano, entreteníanse en mostrar a la señora telas diversas y cositas de capricho. «Esto se llevará mucho en el otoño... De esto viene ahora surtido, porque será la moda de la estación.» Tales frases parecían salir de los pliegues de las piezas al ser desdobladas. El principal, que se estaba disponiendo para hacer el acostumbrado viaje a París, la incitaba a comprar algo, y ella caía en la tentación, unas veces porque se le presentaban verdaderas gangas, otras porque el género le entraba por el ojo derecho, encendiendo todos los fuegos de su pasión trapística, y no podía menos de satisfacer, so pena de padecer mucho, el deseo de adquirirlo. ¡Oh! Del martirio de aquel verano se había de resarcir en el próximo otoño, vistiéndose como Dios mandaba, quisiéralo o no su marido. Tenía propósito de hacerse un vestido nuevo de terciopelo para el invierno y una capota de las más airosas, nuevas y elegantes. A sus niños pequeños los vestiría como principitos. Ya, ya vería el bobillo con quién trataba... Pensando en estos y otros planes, recorría despacio las calles para volver a su casa; deteníase ante los escaparates de modas y de joyería, y hacía mil cálculos sobre la probabilidad más o menos remota de poseer algo de lo mucho valioso y rico que veía. La tristeza de Madrid en tal época aumentaba su tristeza. El sosiego de algunas calles a las horas de más calor, el melancólico alarido de los que pregonan horchatas y limonadas, el paso tardo de los caballos jadeantes, las puertas de las tiendas encapuchadas con luengos toldos, más son para abatir que para regocijar el ánimo de quien también siente en su epidermis el efecto de una alta temperatura y en su espíritu la nostalgia de las playas. Las tormentas precedidas de viento y sucia polvareda le excitaban horriblemente los nervios, y su único gusto al presenciarlas era ver desmentidos los pronósticos meteorológicos de Bringas, el cual, desde que el cielo se nublaba, decía: «Verás cómo esta tarde refresca.» ¡Qué había de refrescar!... Al contrario, duplicaba el calor.

Si alguna vez salía por la noche, la atmósfera pesada y sofocante de las primeras horas de ésta la ponía de un humor endiablado, y más aún el pensar cuán felices eran los que en aquel momento se paseaban en la Zurriola. Todo

Madrid le parecía ordinario, soez, un lugarón poblado de la gente más zafia y puerca del mundo. Cuando veía a los habitantes de los barrios más populares posesionados de las aceras: ellos, en mangas de camisa; ellas, muy a la ligera; los chiquillos, medio desnudos, enredando en el arroyo, creía hallarse en un pueblo de moros, según la idea que tenía de las ciudades africanas. Levantábase temprano y se bañaba en su propia casa, por no querer rebajarse a ser náyade de un río tan pedestre y cursi como el señor de Manzanares. En las primeras horas del día, abiertos de par en par los balcones de la casa, que daban a Poniente, entraba un poco de fresco, y el cuerpo y el espíritu de la dama recibían algún consuelo. Cuando iba a dar una vueltecita por las tiendas, la mortificaban los olores que por diversas puertas salían en las calles más populosas, olor de humanidad y de guisotes. Las rejas de los sótanos despedían en algunos sitios una onda de frescura que la convidaba a detenerse; mas en aquellos sótanos donde había cocinas, el vaho era tan repugnante que la empujaba hacia el arroyo. Veía con delicia las mangas de riego, sintiendo ganas de recibir la ducha en sus propias carnes; pero luego se desprendía del suelo un vapor asfixiante, mezclado de emanaciones nada balsámicas, que la obligaba a avivar el paso. Los perros bebían en los charcos sucios formados por los chorros del riego, y después refugiábanse a la sombra, como los vendedores ambulantes, cansados de pregonar zapatillas de cabra, tubos, *todo a real*, puntillas, guías de ferrocarril, pitos y *pucheros artificiales para economía de carbón*... En aquellas horas, en aquella horrible y molesta estación, sólo las moscas y Bringas eran felices.

XXXIX

Fué, sí, el día de San Lorenzo cuando recibieron una carta que a entrambos los dejó perplejos y así como atontados. ¿A quién no le sale al paso alguna vez lo maravilloso, ese elemento de vida que los antiguos representan por apariciones de ángeles, dioses y genios? En nuestra edad, lo maravilloso existe lo mismo que en las pasadas, sólo que los ángeles han variado de nombre y figura, y no entran nunca por el agujero de la llave. Lo extraordinario que a mis queridos amigos sorprendió en su soledad fué una carta de Agustín Caballero. Uno y otra creyeron que el propio fantasma del generoso indiano se les ponía delante. Expresándose en plural, les decían que habían tomado una casa en Arcachón, y sabedores de que a Bringas y a los niños les convenía respirar aires frescos y salinos, les invitaban a pasar un mes allá. El ofrecimiento era tan cordial como explícito. La casa era muy grande, con jardín y mil comodidades. Los señores de Bringas serían hospedados a lo grande y tratados a cuerpo de rey, sin que tuvieran que hacer gasto de ninguna clase... «Amparo y yo—decía la carta, en conclusión—nos alegraremos mucho de que aceptéis.»

El primer impulso de Rosalía fué de odio y despecho... ¡Atreverse a invitar a una familia honrada!... «Eso es para darse lustre alternando con nosotros... Eso es para poder pasar por personas decentes, presentándose en nuestra compañía... En una palabra: quieren que seamos el pabellón honrado que cubra la mercancía de contrabando... ¿No te da ira? Porque esto es una injuria.»

Don Francisco estaba tan ocupado en desenredar el espantoso lío de ideas que la carta armó en su mente, que aún no había tenido tiempo de indignarse. Ella siguió rumiando su despecho, y en la tempestad de nubarrones que se desató en su cerebro, brillaban relámpagos que decían: «¡Arcachón!» En el retumbante son de esta palabra, más *chic* y simpática aún si era emitida por la nariz, iba como envuelto un mundo de satisfacciones elegantes. Ir a Francia, encontrar en la estación de San Sebastián o San Juan de Luz a algunas familias españolas conocidas y decirles, después de los primeros saludos: «Voy a Arcachón», era como confesarse emparentada con el Padre Eterno. Al pensar esto, una bocanada de humo balsámico salía del corazón de la dama, llenaba todo su tórax y se le subía hasta la nariz, dándole un picor muy vivo y ahuecándola considerablemente. Por fin, el cerebro de Bringas, tras un laboriosísimo parto, dió a luz esta idea:

—¿Se habrán casado?...

—¡Casarse!... No lo creas... Pues poco

lo habrían cacareado... Nada, viven como los animales... Es una indecencia que nos inviten a vivir en su compañía. Pues qué, ¿no hay ya distinciones entre las personas, no hay moralidad? ¡Creen que nosotros tenemos tan poca vergüenza como ellos!...

—¡Qué lástima que no estén casados! —murmuró el economista, mirando a sus pulgares, que estaban quietos, uno frente a otro, como recelosos de unirse—. Porque si vivieran como Dios manda... Ya ves qué proporción. ¡Billetes gratis, casa gratis, comida gratis!...

La idea de humillarse a Amparo y ser su huésped y deberle un favor grande sublevó el orgullo de la Pipaón...

—Tú serías capaz de aceptar—dijo—. Yo no puedo rebajarme a tanto.

—No; yo, no... Es que decía... Pongo por caso—tartamudeó Bringas, más perplejo aún—. Y no tenemos motivos para asegurar que no se hayan casado.

—Cásense o no... ¿Te parece que es digno?... Esa tonta, a quien hemos dado de comer las sobras en nuestra casa...

—¡Ay hija mía! No te remontes. ¿Quién se acuerda ya de eso? El mundo olvida pronto esas cosas. Al que tiene dinero no se pregunta nunca si ha comido la sopa boba. Figúrate tú: en Arcachón nadie nos conocerá, ni a ellos ni a nosotros..., no es que yo quiera ir. Al contrario. Le contestaré dándole las gracias...

Tal negativa puso nuevamente ante los ojos de la dama la ideal perspectiva de un viaje a aquel famoso sitio de recreo. «Arcachón.» ¡Con qué música deliciosa sonaría en las visitas de otoño esta frase que, de puro aristocrática, tenía algo del crujir de la seda! «Hemos estado en Arcachón.» Bastaba esta chispa para hacer estallar otra vez la tormenta en aquel ahuecado cerebro, mientras el de Bringas hervía en consideraciones económicas. «¡Pasar una temporadita en Francia sin gastar un real!...» Los dos esposos estuvieron durante largo rato contemplando y revolviendo sus propias ideas, sin comunicárselas ni cambiar una palabra. A veces se miraban en silencio. Cada cual esperaba, sin duda, que el otro dijera algo, proponiendo una fórmula de conciliación... Por la tarde se volvió a hablar del asunto; mas Rosalía, henchida de soberbia, persistió en sus repugnancias y en poner a Agustín y a Amparo por los suelos... Por la noche, la ilusión del viaje ganó en su espíritu tanto terreno que se aventuró a hacerse una pregunta en el sentido recto de las cosas: «Y a mí ¿qué me importa que se casen o se dejen de casar, o que ella sea como Dios quiere?» Su alma se inundaba de tolerancia; pero no quería dar su brazo a torcer ni manifestarse vencida, por lo cual esperaba que su marido cediera antes para hacerlo después ella, afectando obediencia y resignación. El gran Thiers, en tanto, después de pesar en su mente las ventajas del viaje, miraba a su esposa como deseando que de ella partiese la iniciativa de conciliación. Era como cuando dos están enojados y ninguno quiere ser el primero en romper el hielo y hablar de paces.

Rosalía se acostó, segura de que Bringas, a la mañana siguiente, se mostraría inclinado a aceptar la invitación de su primo. Ya sabía ella lo que tenía que decir. Primero, mucha ira, mucha protesta de dignidad, mucha palabrería contra Amparo y Agustín; después, una serie de modulaciones de transición. Ella (Rosalía) acostumbraba no hacer caso de sí propia y sacrificar su gusto al gusto de los demás... Por sus hijos estaba dispuesta a hacer todo género de sacrificios y a pasar sonrojos y humillaciones. Era evidente que Isabelita necesitaba baños de mar y Alfonsito también... Ante esta necesidad, los gustos de ella, sus escrúpulos, no tenían ningún valor. En una palabra: si Bringas opinaba que debían ir, ella cerraría los ojos y...

Pero, contra lo que esperaba, el cominero no habló una palabra de viaje a la mañana siguiente. Levantóse tarareando y parecía olvidado del asunto. En vano Rosalía le pinchaba, echando pestes contra los baños de Los Jerónimos y quejándose de un calor mortífero. El no decía más sino: «Para lo que queda ya... Desde el quince empezará a refrescar.» Con esto se desesperaba Rosalía.

Aguardó hasta la tarde, impaciente y llena de ansiedad, y viendo que el ratoncito Pérez no mentaba para nada al tal Arcachón, aventuróse a decir:

—Pero en fin, ¿qué contestas a Agustín? Yo te diré que, por mi parte, aunque me repugna vivir con esa gente..., ya ves, por los niños...

—¡Qué niños ni qué ocho cuartos! Es-

tán muy buenos...—exclamó Bringas, agitando el sombrero de paja como si fuera a dar un viva—. Si los baños del Manzanares son los mejores del mundo... Mira qué colores ha echado la niña. Alfonsito parece un roble... Cada vez me río más de los *tontos que se van fuera*... Y no creas, anoche he estado pensando en eso... Digan lo que quieran, siempre hay gastos. Tendríamos billetes gratis hasta la frontera; pero ¿de la frontera para allá?

—Si no son más que doscientos treinta kilómetros—dijo, con gran espontaneidad, Rosalía, que había alimentado su ilusión leyendo la Guía de ferrocarriles.

—Sean pocos o muchos, esos kilómetros nos habrían de salir caros. Además, ¿cómo ir sin llevarles un regalo? ¿Te parece bien entrar en la casa con las manos vacías?... Luego, otros gastos... Resueltamente, no vamos. Desde el quince ya refresca. Observa cómo van achicando los días. Anoche ya la temperatura fué más suave... No nos movamos, hija, que bien nos va en Madrid.

Oyó esto Rosalía con vivo enojo; pero su misma soberbia le vedaba contradecirlo. Callóse; y en el pecho le hacían revoltijos las culebrillas de su ilusión desvanecida. Ya se había acostumbrado a la idea de encontrar a las amigas en la estación de San Sebastián y darles con Arcachón en los hocicos, de poner en sus cartas la data de Arcachón, y por fin, de arcachonizarse para todo el otoño e invierno próximos.

XL

En la tristeza de su destierro, una sola cosa alegraba el alma de la infeliz señora, y era que sus niños gozaban de inmejorable salud. Isabelita, cuyas desazones tenían siempre a su mamá muy sobre ascuas, no había sufrido, durante el verano, ninguno de aquellos trastornos espasmódicos que marchitaban su infancia. Fueran o no buenos los baños de los Jerónimos, ello es que la niña había ganado, tomándolos, carnes y colores, amén de un apetito excelente. En cuanto al pequeño excuso decir que con las aguas del Manzanares se puso a reventar de sano. Su robustez era tal, que no cesaba de probarse a sí misma y de cultivarse para llegar a ser más grande y poderosa. El instinto de desarrollo le impulsaba incesantemente a los ejercicios corporales y a ensayar y aprender actos de trabajosa energía. Subir a las mayores alturas que pudiera trepar por una pilastra, hacer cabriolas, cargar pesos, arrastrar muebles, verter y distribuir agua, jugar con fuego y, si podía, con pólvora, eran los divertimientos que más le encantaban. No revelaba aptitudes de habilidad mecánica como su papá. Era más bien un hábil destructor de cuanto caía en sus manos. Durante aquellas tareas de fuerza, echaba de su boquita blasfemias y ternos aprendidos en la calle. Cuando la melindrosa de su hermanita los oía, ¡santo Dios!, en seguida iba corriendo a llevar el cuento a su padre. «Papá, Alfonsito está diciendo cosas...» Y don Francisco, que aborrecía los lenguarajos, gritaba: «Niño, ven aquí pronto. Que me traigan de la cocina una guindilla.» Ya con la guindilla en la mano, y teniendo al criminal cogido por el pescuezo, hacía ademán de querer restregarle con ella los hocicos; pero le miraba ceñudo, diciendo: «Por esta vez, pase; pero como repitas esas porquerías, te quemo la boca, y se te cae la lengua, y luego, en vez de hablar como las personas, rebuznarás como los burros.»

Alfonsito tenía pasión por los carros de mudanza. Ver uno de éstos en la calle era su mayor delicia. Todo le entusiasmaba: los forzudos caballos, aquel cajón donde iba una casa, los espejos colgados debajo, y, por último, aquellos gandules de blusa azul que iban sentados arriba, dormitando al lento vaivén de la máquina. Su ilusión era ser como aquellos tíos, dirigir un carro, cargarlo, descargarlo, y se imaginaba uno tan grande, tan grande, que cupieran en él todos los muebles de Palacio. En su delirio de imitación, ejercitando el espíritu y los músculos, se entretenía horas enteras en dar a su pensamiento el mayor grado de realidad posible. Como Don Quijote soñaba aventuras y las hacía reales hasta donde podía, así Alfonsín imaginaba descomunales mudanzas y trataba de realizarlas. Don Francisco, que estaba en Gasparini con Isabelita, oía ruido de trastos, chasquidos de látigo y estas palabrotas: «¡Hala..., arriba..., upa..., ajo..., arre, caballo!» En

medio del cuarto apilaba sillas, y entre los huecos de ellas ponía cacharros, trebejos, la piedra de machacar carne, la mano del almirez, líos de trapo, escobas y cuanto encontraba a mano. El gato iba encima de todo. Después empezaba a descargar latigazos sobre el montón, y si alguna cosa se caía, allí eran los gritos y el patear. Encendido el rostro y sudoroso, el bravo chico no paraba hasta que Isabelita iba a informarse, de parte de su papá, del motivo de tal estrépito.

—Si vieras, papaíto—decía la niña, muerta de risa—; ha puesto unas sillas sobre otras, y está dando latigazos y diciendo unas borricadas...

—Dile a ese *gallegote* que si voy allá le pondré cada nalga como un tomate...

(Bringas tenía la mala costumbre de llamar *gallegos* a los brutos, costumbre muy generalizada en Madrid y que acusa tanta grosería como ignorancia.)

Isabelita tenía gustos e inclinaciones muy distintos de los de su hermano. Más que la diferencia de sexo, la de temperamento era causa de que los dos hermanos jugasen casi siempre aparte uno del otro. No miremos con indiferencia el retoñar de los caracteres humanos en estos bosquejos de personas que llamamos niños. Ellos son nuestras premisas; nosotros, ¿qué somos sino sus consecuencias?

Digo que Isabelita, si alguna vez jugaba con muñecas, no tenía en esto gusto tan grande como en reunir y coleccionar y guardar cosillas. Tenía la manía coleccionista. Cuanta baratija inútil caía en sus manos, cuanto objeto rodaba sin dueño por la casa, iba a parar a unas cajitas que ella tenía en un rincón a los pies de su cama. ¡Y cuidado que tocara nadie aquel depósito sagrado!... Si Alfonsín se atrevía a poner sus profanas manos en él, ya tenía la niña motivo para estar gimoteando y suspirando una semana entera... Estos hábitos de urraca parecía que se exacerbaban cuando estaba más delicada de salud. Su único contento era entonces revolver su tesoro, ordenar y distribuir los objetos, que eran de una variedad extraordinaria y, por lo común, de una inutilidad absoluta. Los pedacitos de lana de bordar y de sedas y trapo llenaban un cajón. Los botones, las etiquetas de perfumería, las cintas de cigarros, los sellos de correo, las plumas de acero usadas, las cajas de cerillas vacías, las mil cosas informes, fragmentos sin uso ni aplicación, rayaban en lo incalculable. Pero el montón más querido lo componían las estampitas francesas dadas como premio en la escuela, los cromitos del Sagrado Corazón, del Amor Hermoso, de María Alacoque y de Bernadette, pinturillas en que el arte parisiense representa las cosas santas con el mismo estilo de los figurines de modas. También había lo que ella llamaba papel de encaje, que son las hojuelas estampadas que cubren las cajas de tabacos. Aquello era de los cigarros de Agustín, y se lo había dado Felipe. No contaré los papelillos de agujas vacíos, los guantes viejos, los tornillos, las flores de trapo, los pitos de San Isidro, los muñequillos, restos de un nacimiento, las mil menudencias allí hacinadas. En otra parte tenía Isabel, muy bien guardada, su hucha, dentro de la cual, al agitarla, sonaba una música deliciosa de cuartos. Estaba ya tan llena, que pesaba así como un quintal. No le costaba a ella poco trabajo vigilarla y esconderla de las codiciosas miradas y rapaces manos de Alfonsín, que, si lo dejaran, la rompería para coger el dinero y gastarlo todo en triquitraques..., o comprar un carro de mudanzas con caballos de verdad.

Tan enamorada estaba Isabelita de su tesoro de cachivaches, que lo reservaba de todo el mundo, hasta de su mamá; pues ésta se lo descomponía, se lo desordenaba, y parecía tenerlo en poca estima, pues alguna vez le dijo:

—No seas cominera, hija. ¡Qué gusto tienes en guardar tanta porquería!

La única persona a quien ella consentía poner las manos en el tesoro era su papá; pues éste admiraba la paciencia de la niña y le alababa el hábito de guardar. En aquellos largos días de verano, don Francisco, que no podía leer ni trabajar, ni ocuparse en nada, se hubiera aburrido de lo lindo si no tuviese el recurso de jugar con su hija a revolver, ordenar y distribuir cosillas.

—Angel—decía, después de dormir su siesta—, tráete las cajitas y nos entretendremos.

Los dos, en Gasparini, sin testigos, se pasaban toda la tarde sentados en el suelo, sacando los objetos y clasifi-

cándolos, para volver a guardarlos después con mucho cuidado.

—Algunas de estas cosas sirven todavía—decía el economista—. Pongamos los huesos de albaricoques juntitos aquí. Vamos a contarlos; son veintitrés. Ahora se pone encima un papel, ¿estás? Primero se mete en medio la cajita de plumas, con las cuentas dentro, para que no se corran los huesos de albaricoque... ¡Ajajá! Venga otro papel. Veme dando ahora las cajas de fósforos; dos, dos..., dos..., dos. ¿Ves? Se cubre todo, y así no se pueden rodar. Siguen los cacharritos... No pongamos los botones de hueso al lado de los de metal; separemos igualmente los de hueso de los de madera, no sea que riñan. En todas partes hay clases, hija mía... Así... Ahora coloquemos estos líos de trapos a un ladito, para que no se junten con las flores artificiales, no sea que tengan envidia de ellas y se echen a reñir. En todas partes hay malas pasiones... Las obras de arte por separado. Este es el museo adonde vienen los ingleses, que son estos pitos del Santo... Veme dando cosas...

Frecuentemente, después de puesto todo, se volvía a sacar para meterlo de nuevo, colocado de otra manera. También jugaban ambos a las muñecas, vistiéndolas y desnudándolas, recibiendo y pagando visitas. En tanto, el otro bruto de Alfonsín arreaba las caballerías y cargaba su carro hasta que no podía más. En todos los contratiempos, el pequeñuelo iba a buscar refugio en las faldas de su querida mamá, así como la niña siempre se arrimaba a don Francisco para buscar mimo o pedir justicia en algún pleito con su hermano. Alfonso sabía engolosinar a su madre con caricias astutas cuando quería obtener de ella algunos ochavos, y la besuqueaba y hacía mil zalamerías.

—Un secreto, mamá—decía, subiéndosele al regazo y abrazándola y aplicándole su boca al oído—. Un secreto...

—Ya, ya. ¡Ay qué rico! Lo que mi ángel quiere es un cuartito, ¿verdad?

Y el muy pillo silabeaba en el oído de su mamá estas palabras, más tenues que el aleteo de una mosca:

—Dice papá que yo salgo a ti, que soy un loco.

XLI

Con terror vió la ingeniosa señora que pasaban, uno tras otro, los días de la segunda quincena de agosto, porque, según todas las señales, tras ellos debían venir los primeros de septiembre. Torres, a quien hizo una indicación de prórroga, se puso pálido y dijo que Torquemada no podía esperar por esto y lo otro y lo de más allá... Bien claro se lo habían dicho ambos el día de la celebración del contrato. Era la cláusula principal, y, seguramente, el señor de Torquemada lo contaba como seguro...

Y, oyendo esto, sopesaba la dama en su mente las dificultades del caso, más graves entonces que lo habían sido en otros análogos. Ocioso es decir, pues ciertas cosas se dicen por sí mismas, que el apoderado de Milagros no llevó a Rosalía, ni el 4 ni el 5, ni ningún otro día de agosto, lo que aquélla le había prometido. De Cándida no debía esperar más que fantasías. ¿A quién volver los ojos? Los de Bringas veían, y era locura pensar en sustraer otra vez cantidad alguna del tesoro doméstico. Hablar a su marido con franqueza y confesarle su fragilidad, habría sido quizá lo mejor; pero también era lo más difícil. ¡Bueno se pondría!... Sería cosa de alquilar balcones para oírle. ¡Desde que Bringas se enterase de sus enredos vendría un período de represión fuerte que aterraba más a Rosalía que los apuros que pasaba. Su plan era emanciparse poco a poco; de ningún modo atarse a la autoridad con lazos más apretados... Se las arreglaría sola, como Dios le diese a entender. Dios no la abandonaría, pues otras veces no la había abandonado.

Después que pasó el 25, notaba en todo su ser comezón, fiebre, recelo, y sus labios gustaban hiel amarguísima. La idea del compromiso en que se iba a ver no la dejaba libre un momento, y ningún cálculo la llevaba a la probabilidad de una solución conveniente... ¡Si Pez volviera pronto!... ¡El, que tantas veces la había ofrecido!... Pero, acordándose de lo arisca que con él estuvo en la ocasión de marras, recelaba que, al regresar a Madrid, su insigne amigo no se hallara dispuesto a la munificencia... «¡Oh, no!—decía luego—. Le he vuelto loco. Haré de él lo que quiera.» Al pen-

sar en esto, recordaba la escena de aquel día, concluyendo por acusarse de excesivamente melindrosa... Si ella no hubiera sido tan..., tan..., tan tonta, no habría tenido necesidad de pedir dinero al cafre de Torquemada. ¡Una mujer de su condición verse en tales agonías!... ¿Y por qué? Por una miserable cantidad... Bien podría tener miles de duros si quisiera. Ocho años antes, el marqués de Fúcar, que con frecuencia la veía en casa de Milagros, le había hecho la corte. ¿Y ella?..., un puerco espín. Y no era sólo el marqués de Fúcar su único admirador. Otros muchos, y todos ricos, habíanle manifestado con insistente galantería que estaban dispuestos a hacer cualquier disparate. Pero ella, siempre, permaneció inflexible en su esquiva honradez. Ni sospechara nunca que esta inflexibilidad alta y firme como una torre, pudiera algún día sentirse vacilar en sus cimientos, y hubo de parecerle tan extraño lo que a la sazón pensaba que se creyó muy otra de lo que había sido. «La necesidad—se dijo—es la que hace los caracteres.» Ella tiene la culpa de muchas desgracias, y considerando esto, debemos ser indulgentes con las personas que no se portan como Dios manda. Antes de acusarlas, debemos decir: «Toma lo que necesitas; cómprate de comer; tápate esas carnes... ¿Estás bien comida, bien vestida? Pues ahora... venga moralidad.»

Discurriendo así, Rosalía se admiraba a sí misma, quiero decir, que admiraba a la Rosalía de la época anterior a los trampantojos que a la sazón la traían tan desconcertada; y si por una parte no podía ver sin cierto rubor lo cursi que era en dicha época, por otra se enorgullecía de verse tan honrada y tan conforme con su vida miserable. El alcázar de su felicidad ramplona permanecía aún en pie; pero ya estaba hecha y cargada la mina para volarlo. Antes de dar fuego, la que aún era intachable, de hecho, lo contemplaba melancólica para poder recordarlo bien cuando se sentara sobre sus ruinas.

En las últimas noches de agosto iba alguna vez al Prado, donde se reunía con las Cucúrbitas, y aunque horriblemente atormentada por la idea del compromiso inminente, tomaba parte en las conversaciones ligeras de la tertulia. Se formaba un grupo bastante animado, al que concurrían algunos caballeros. La Bringas pasábales mentalmente revista de inspección, examinando las condiciones pecuniarias de cada uno. «Este—pensaba—es más pobre que nosotros; todo facha, todo apariencia, y debajo de tanto oropel, un triste sueldo de veinte mil reales. No sé cómo se las arregla para mantener aquel familión...» «Este no tiene más que trampas y mucho jarabe de pico...» «¡Ah! Este sí que es hombre: le suponen doce mil duros de renta; pero se dice que no le gustan las mujeres...» «¡Oh! Este sí que es enamorado; pero va a que ellas le mantengan... ¡Y qué ajadito está!...» «Este no tiene sobre qué caerse muerto..., es un libertino de mal gusto que no hace calaveradas más que con las mujeres de mala vida...» «He aquí uno a quien yo debo gustar mucho, según la cara que me pone y las cosas que me dice...; pero sé por Torres que Torquemada le prestó dos mil reales para llevar a baños a su mujer, que está baldada... ¡Pobrecita!...» De esta revista resultaba que casi todos eran pobretones más o menos vergonzantes, que escondían su miseria debajo de una levita comprada con mil ahogos, y los pocos que tenían algún dinero eran de temperamento reposado y frío... Veíase la dama encerrada en un doble círculo infranqueable. Pobretería era el uno, honradez el otro. Si los saltaba, ¿adónde iría a caer?...

Observando en la semioscuridad del Prado la procesional marea de paseantes, veía pasar algunas personas, muy contadas, que atraían la atención de su exaltado espíritu. El farol más próximo las iluminaba lo bastante para reconocerlas; después se perdían en la sombra polvorosa. Vió al marqués de Fúcar, que había vuelto ya de Biarritz, orondo, craso, todo forrado de billetes de Banco; a Onésimo, que solía mirar como suyo el Tesoro Público; a Trujillo, el banquero; a Mompous, al gente de Bolsa don Buenaventura de Lantigua, y otros. De estos poderosos, unos la conocían; otros, no; algunos de ellos habíanle dirigido tal cual vez miradas que debían de ser amorosas. Otros eran de intachables costumbres dentro y fuera de su casa...

Retiróse Rosalía a la suya, con la cabeza llena de todo aquel personal matritense, y le veía pasar por la región

más encendida de su cerebro, yendo y viniendo como en el Prado. Ahora los pobres, luego los ricos, después los honrados..., y vuelta a empezar. Para mayor confusión suya, Bringas parecía que estaba aquellos días más amable, más cariñoso; pero en lo referente a gastos, mostrábase inflexible como nunca.

—Hijita—le dijo al acostarse—, desde el primero de septiembre volveré a la oficina. Es preciso trabajar, y, sobre todo, economizar. Nos hemos atrasado considerablemente, y hay que recobrar, a fuerza de privaciones, el terreno perdido. Cuento contigo hoy como he contado siempre; cuento con tu economía, con tu docilidad y con tu buen sentido. Si hemos de salir adelante, conviene que en un año, por lo menos, no se gaste ni un real en pingajos. Veo que con lo que tienes podrás estar elegante por espacio de seis años por lo menos. Y si vendieras algo para poder hacerme yo un trajecito, bien te lo agradecerían estos pobres huesos... Perdóname si alguna vez he sido un poco duro contigo y con ciertas mañas que sacabas... Me parecía que te salías algo de nuestro régimen tradicional. Pero teniendo en cuenta tus virtudes, cierro mis ojos a aquella disparatada ostentación y espero que tú me correspondas, volviendo a tu modestia y no poniéndome en el caso de hacer una justiciada. De este modo, nuestros hijos tendrán pan que llevar a la boca y zapatos con que calzarse, y yo podré esperar tranquilo la vejez.

Estas severas y razonables expresiones, por una parte, la conmovían; por otra, la aterraba. Volver al rancio sistema de *un trapito atrás y otro delante,* y a las infinitas metamorfosis del vestido melocotón, érale ya imposible; engañar a aquel infeliz dábale mucha pena. En esta perplejidad entregábase al Acaso, a la Providencia, diciendo: «Dios me ayudará. Los acontecimientos me dirán lo que debo hacer.»

Si el gran Pez volviera pronto, la sacaría de aquel atolladero. Estudiaba ella el medio de explotar su liberalidad sin venderse. Consiguiendo esto, sería la mujer más lista del orbe... Pero faltaba que don Manuel regresara de aquellos cansados baños. Carolina había dicho que vendría a principios de septiembre, sin fijar fecha. ¡Qué ansiedad! ¡Y el día 2...!

Lo primero que tenía que hacer la afanada señora era detener el golpe del prestamista, o aplazarlo por unos días al menos, hasta que Pez viniera. A pesar de las consideraciones pesimistas de Torres, ella esperaba obtener algún éxito presentándose a Torquemada, y el día 31 se aventuró a ir a casa de éste, paso desagradable, pero necesario, en cuyo buen resultado fiaba. Vivía el tal en la travesía de Moriana, en un cuarto grande, polvoriento, tenebroso, lleno enteramente de muebles y cuadrotes de vario gusto y precio, despojo de su enorme clientela. Museo del lujo imposible, del despilfarro, de las glorias de un día, aquella casa era todo lágrimas y tristezas. Rosalía sintió secreto pavor al entrar en ella, y cuando Torquemada se le apareció, saliendo de entre aquellos trastos con un gorro turco y un chaquetón de paño de ala de mosca, le entraron ganas de llorar.

XLII

—¿Y la familia?—le preguntó Torquemada al saludarla.

—No tiene novedad. Gracias...—replicó la dama, sentándose en la silla que se le ofreció.

Al instante, expuso su pretensión de prórroga, empleando sonrisas amables y los términos más dulces que podía imaginar. Pero Torquemada oyó la proposición con fría seriedad, y luego, ofreciendo a las miradas de Rosalía la rosca formada con sus dedos, como se ofrece la Hostia a la adoración de los fieles, le dijo estas fatídicas palabras:

—Señora, ya dije a usted que no... puedo, no puedo de ninguna manera. Es de todo punto im... posible.

Y viendo que la víctima se negaba a creer tanta crueldad, echó el último argumento en esta forma:

—Si mi padre me pidiera... esa prórroga, no se la concedería. Usted no sabe lo apurado que estoy. Tengo forzosamente que hacer... un depósito. Va en ello mi honor.

La repetición de la súplica, hasta llegar a la pesadez, no quebrantaba aquella roca.

—Diez días nada más—decía ella, con el pagaré atravesado en la garganta.

—Ni diez minutos, señora; no puede...

ser. Mucho... lo siento; pero si el día dos...

—Por Dios, hombre; por su madre...

—Me veré obligado a presentar... el pagaré al señor de Bringas, que tiene dinero..., me consta...

A pesar de esto, la pobre señora, que pasó aquella noche atormentada por el insomnio y la zozobra, volvió al día siguiente a visitar a su acreedor.

—¿Y la familia?—le preguntó él después del saludo.

Rosalía suplicó con más vehemencia que el día anterior, y Torquemada negaba y negaba y negaba, acentuando su crueldad con la pavorosa aparición de la rosquilla en el espacio comprendido entre las miradas de los dos interlocutores.

La Pipaón confió a las lágrimas lo que no habían podido conseguir los suspiros. El prestamista, creyendo que se desmayaba, hizo traer un vaso de agua, que ella no quiso probar, porque le daba asco. El poder de una mujer que llora se vió en aquel caso; pues la peña de Torquemada se ablandó al fin, y la prórroga fué otorgada.

—Pero le juro a usted, señora, que si el día siete...

—El siete, no; el diez...

—El ocho. Verdad es que el ocho es fiesta, la Virgen de... septiembre. Para que vea usted que la quiero complacer pongo el nueve. Pero si el nueve no se realiza el pago, me veré en la precisión... El señor don Francisco tiene dinero..., me consta.

—¡Ay, gracias a Dios! Hasta el diez.

Rosalía se conceptuaba dichosa al ver delante de sí aquellos días de respiro. En este tiempo vendría Pez quizá. Trajérale Dios pronto.

Desde el primero de septiembre, Bringas empezó a ir a la oficina, aunque trabajaba muy poco, y se pasaba todo el tiempo hablando con el segundo jefe. Era una picardía que le hubieran cercenado el sueldo en el mes de agosto, y en cuanto la Señora viniera, pensaba él interesarla en su favor para subsanar un despropósito tan sin gracia. Mientras Thiers estaba en su oficina, su mujer pasaba las horas casi sola. Rara vez iban visitas a la casa; pues la mayor parte de sus amigas, a excepción de las de Cucúrbitas, no habían vuelto aún de baños. Dos o tres veces fué a verla Refugio, y charlaron de modas y de los artículos que había recibido de Burdeos. La Pipaón no la trataba ya con tanta altivez, aunque cuidando siempre de establecer la diferencia que existe entre una señora honrada y una mujer de conducta misteriosa y equívoca.

Desde que aquellos ahogos financieros empezaron a sofocarla, Rosalía había adquirido la costumbre de calcular, siempre que hablaba con cualquier persona, el dinero que la tal persona podía tener. «Esta perra tiene dinero», se dijo cierto día mirando a la de Sánchez y oyendo la descripción ampulosa del comercio que iba a establecer.

Al verla salir de la casa, ocurrióle a Rosalía la atrevidísima idea de acudir a ella... ¡Qué horror! Esta idea fué al punto rechazada por ignominiosa. No, antes de humillarse tanto y perder tan en absoluto su dignidad, la Bringas prefería que su marido le diera el gran escándalo y le dijese cuanto había que decir... ¡Buena pieza era la tal Refugio! Roja de vergüenza se ponía nuestra amiga sólo de pensar que se rebajaba a pedirle favores de cierta clase. Precisamente el día antes le había contestado Torres que la dichosa niña era el escándalo de la vecindad, y que estaba enredada con tres o cuatro hombres a la vez.

El día 5, un dependiente de Sobrino Hermanos fué a avisar a Rosalía que empezaba a llegar de París el género nuevo de la estación. Eran maravillas. Quería Sobrino que su distinguida parroquiana viese todo y diera su parecer sobre algunas telas de una novedad algo estrepitosa. Acudió ella al reclamo; pero lo mucho y nuevo y rico que vió no fué parte a distraerla de la pena que llenaba su alma. Habría deseado comprar todo o siquiera algo; pero ¿cómo, ¡santo Dios!, en la situación apuradísima en que estaba, amenazada de un grave cataclismo doméstico? «Esto lo he traído para usted», le decía Sobrino con infernal amabilidad. Pero ella, poniendo una cara desconsoladísima y quejándose de dolor de cabeza, negábase a comprar, aunque los ojos se le iban tras de las originales telas, y más aún tras de los admirables modelos colocados en los maniquíes. En *fichús*, encajes, manteletas, camisetas, pellizas, estaban allí *Las mil y una noches* de los trapos. El día 6, ya

con el dogal al cuello, triste y apenas sin esperanza, con ganas de echarse a llorar y sintiendo en su alma como un secreto anhelo de confesarse a su marido, Rosalía volvió a casa de Sobrino Hermanos. Iba por distraerse nada más y arrancar de su cerebro, durante un rato, la temerosa imagen de Torquemada. Por la calle del Arenal encontró a Joaquinito Pez, el cual, muy gozoso, le dijo:

—Hemos tenido parte. Mañana llegan.

Oír esto Rosalía y ver el cielo abierto, la cerrazón de su alma despejada, la cuestión del día 9 resuelta, y el mundo mejorado, y la Humanidad redimida de sus añejos dolores, fué todo uno. Siguió por la calle adelante, despidiendo alegría de su rostro fresco; y, entrando en la tienda de Sobrino, empezó a ver cosas y a dar sobre todas ellas su parecer, encareciendo unas, desdeñando otras, no harta nunca de ver y de comentar. «Que me lleven esto a casa... Vaya, señor Sobrino, al fin se sale usted con la suya; me quedo con el *fichú*.» Estas y otras frases, todas referentes a adquisiciones, matizaban el charlar loco de aquel día.

XLIII

Llegó el gran hombre. Rosalía no se equivocaba al suponer que la primera visita de él, después de quitarse el polvo del camino, sería para sus amigos de Palacio. Y desde que Bringas se fué a la oficina, emperejilóse para recibir al que, mientras estuvo ausente, había llenado su pensamiento en las horas de mayor tristeza. Porque, de fijo, don Manuel vendría de los baños más avispado, más caballeresco y más liberal que antes lo fuera, y lo fué mucho. La dama conoció sus pasos cuando se acercaba a la puerta, y le entró un temblor..., luego una vergüenza... ¡Animo, mujer! Echó un vistazo en el espejo a su aspecto personal, que era inmejorable, y después de hacerle aguardar un poquito, salió a Embajadores... La emoción debía entorpecerla un poco al saludarle. Apenas se dió cuenta de que confundía unas palabras con otras y de que se embarullaba un poco al hablar de la completa mejoría de Bringas. ¡Y qué bueno estaba Pez! Parecía que se había quitado diez años más de encima, y que se hallaba en la plenitud de los tiempos pisciformes. Su amabilidad, su distinción, no habían cambiado nada; pero algo observó Rosalía desde el principio en la visita, que le hubo de parecer tan extraño como desconsolador. Ella había creído que Pez, desde el primer momento, se mostraría tan vivo de genio como el día de marras, y en esto se llevó un solemne chasco. Mi amigo se presentaba juicioso, reservadísimo, y no tenía para ella sino las consideraciones discretas y comedidas que se deben a una señora. ¿Era que se había verificado un cambio radical en sus sentimientos? Pues no sería porque ella no estuviera bien guapa, que, en realidad, había echado el resto aquel día... Pasaba tiempo, y la de Bringas no volvía de su asombro, el cual se iba resolviendo en despecho a medida que Pez agotaba todos los temas de conversación; el tiempo, el calor de Madrid, la salud de todos, las conspiraciones, sin tocar, ni por incidencia, el que ella estimaba más oportuno. El laconismo de las respuestas de ella y el énfasis nervioso con que se abanicaba eran indicios de su contrariedad. Y Pez, cada vez más frío, con un cierto airecillo de persona superior a las miserias humanas, continuaba hablando de cosas indiferentes con admirable seso, sin perder la brújula, sin decir nada que anunciase una conciencia vacilante o una virtud en peligro. Habíase convertido, por gracia de los aires del Norte, en un varón ejemplar, modelo de rectitud y templanza. Su parecido con el Santo Patriarca antojósele a Rosalía más vivo que nunca; pero consideró aquella belleza rubia como la más sosa perfección del mundo. No le faltaba más que la vara de azucenas para pasar a figurar en la cartulina de los cromos de a peseta que se venden por las calles. A Rosalía empezó a repugnarle tanta circunspección, y ya estaba reuniendo todo su desprecio para dedicárselo por entero, cuando la idea de los compromisos del día 9 la acometió con furia. Pez, leyendo en su cara, le dijo:

—Está usted pálida.

Rosalía no le contestó. Estaba embebecida en su pena, diciendo: «Pecar, llámote necesidad y digo la mayor verdad del mundo... Pues no necesitando, ¿qué mujer habrá tan tonta que no desprecie a toda esta canalla de hombres?»

Pez, un poco más tierno, díjole que notaba en ella algo de extraño, tristeza, quizá preocupaciones graves. Esta indicación la consideró ella como una feliz coyuntura para decir algo. Iba a probar si Pez era el mismo caballero vivaracho y rumboso de antes, o si se había trocado en un empedernido egoísta. La dama, haciendo también graciosos alardes de reserva, replicó:

—Cosas mías. Lo que a mí me pasa, ¿a quién interesa más que a mí sola?

Lentamente mi amigo descendía de aquellas cimas de virtud en que se había encaramado. Inclinóse más hacia ella y le habló de ingratitud en tono de queja amorosa. Rosalía vislumbró horizontes de salvación que alumbraban con débil luz las tinieblas de aquel funesto día 9, ya tan próximo. Como llamaron de súbito a la puerta y entraron los pequeños, no pudo la de Bringas ser más explícita, ni Pez tampoco; únicamente tuvo ella tiempo de hacer constar una cosa:

—Deseaba mucho que usted volviese. Tengo que hablarle...

Los besuqueos de los niños interrumpieron esta grata conferencia, que iba tan conforme al plan de la Pipaón. Pero más tarde, después del regreso de Bringas y del largo párrafo que él y Pez echaron sobre las cosas políticas, Rosalía tuvo ocasión de cambiar con su amigo más de una palabra en la Saleta, secretamente, con lo que él puso punto a la visita y se retiró.

Más bien triste que alegre estuvo la Pipaón toda aquella tarde y noche. Su esposo advirtió en ella una sobriedad verbal que rayaba en el mutismo, y, según su costumbre, no hizo esfuerzo alguno por corregirla. En toda casa es preferible siempre la concisión de una mujer a su locuacidad, y Thiers no tenía gran empeño en alterar esta regla. En la mañana del día 8 Rosalía, vestida con pulcra sencillez, se despidió de su marido. Iba a misa, como lo demostraba el devocionario con tapas de nácar que llevara en la mano... Su marido no debía extrañar que tardase algo, pues iba a ver a la de Cucúrbitas, que estaba en peligro de muerte.

—Oí que le daban hoy los Sacramentos—dijo Bringas con verdadera pena.

Salió después de dar sus disposiciones para el almuerzo, en la presunción de tardar algo, y Thiers se quedó en manos del barbero, pues desde la enfermedad no confiaba en su vista lo bastante para afeitarse solo. A su lado estaba Paquito de Asís, a quien el papá echaba una reprimenda amistosa por varios motivos; era el uno que mi niño, no pudiendo sustraerse de la influencia que sobre la juventud ejerce toda idea expansiva, se había dejado contaminar en la Universidad de mal de simpatías por la *llamada* revolución. Entre sus compañeros tremolaba el estandarte del oscurantismo; pero de poco acá había en su pensamiento reservas, condescendencias, debilidades...; en fin, que el angelito estaba algo tocado del virus... «Del virus revolucionario—repitió Bringas dos o tres veces, mientras le rapaban—, y es preciso que eso se te cure de raíz. Ya verás, ya verás la que se arma si triunfa esa canalla. Los horrores de la Revolución francesa van a ser sainetes en comparación de las tragedias que aquí tendremos.» Otra maña del mozalbete traía muy quemado a don Francisco, y era que empezaba a dañar su espíritu el maleficio de una perversa doctrina titulada *krausista*. Bringas la había oído calificar de *pestilente* a un sabio capellán amigo suyo. De algún tiempo acá, Paquito de Asís andaba con unas enredosas monsergas del *yo*, el *no yo*, el otro y el de más allá, que sacaban de quicio al buen don Francisco. Este le dijo, en resumidas cuentas, que si no echaba de su cabeza aquellas filosofías, le iba a quitar de la Universidad y a ponerle de hortera en una tienda.

Transcurrió toda la mañana, y, cansados de esperar a Rosalía, almorzaron. La señora llegó a eso de la una, un poco sofocada. «Muy malita la pobre», dijo, adelantándose a su marido, que ya tenía la boca abierta para preguntarle por la hermana de Cucúrbitas. Y se encerró en el Camón para quitarse el velo y cambiar de vestido. Por la tarde salieron todos a paseo con los trapitos de cristianar, en correcta formación, los pequeños muy compuestitos, mamá y papá tan graves y apersonados como siempre. Bueno será decir que nunca, en tiempo alguno, había la Pipaón de la Barca tenido a su esposo por más respetable que aquel día... Le miraba y le oía con cierta veneración, y se conceptuaba extraordinariamente inferior a él, pero

tan inferior, que casi, casi no merecía fijar sus ojos en él. Atontada y distraída estuvo en el paseo, y en su casa, por la noche, más aún. Su espíritu, apartado de las sencillas escenas domésticas y de cuanto allí se hizo y se dijo, vivía en región distinta, atento a cosas remotas y desconocidas absolutamente para los demás. «Vaya, que estás en Babia esta noche», dijo Bringas algo enojado al notar la tercera o cuarta de sus equivocaciones.

Y ella no se atrevió a chistar. Después, mientras el padre y los pequeños jugaban a la lotería, encerróse ella en el Camón, y allí, cruzados los brazos, la barba sobre el pecho, se entregó a las meditaciones que querían devorar su entendimiento como la llama devora la arista seca.

XLIV

«¡Qué cara puso!... Aunque lo disimulaba, conocí que le había sabido mal... *Este viaje me ha arruinado... A las niñas se les antojaba todo lo que veían en Bayona... He gastado la renta de un año... A pesar de esto, veremos, yo lo arreglaré..., lo buscaré...* ¡Oh Virgen! Venderse y no cobrar nuestro precio, es tremenda cosa... Pero, no; él hará un esfuerzo por no quedar conmigo en una situación desairada y ridícula... *(Exhalando tres suspiros seguidos, que formaban como un rosario o congoja.)* Mañana lo veremos. Mañana a las diez recibiré la contestación definitiva de lo que puede hacer... ¡Oh! El reventará antes que ponerse en ridículo... Si no lo tiene, que lo busque. Es su deber. ¿No valgo yo más, muchísimo más? ¿No le doy un tesoro por una miseria? ¿Qué es esto en comparación de las fortunas que han consumido otras? Vergüenza da nombrar tal cantidad delante de un caballero... Tengo en mi boca todas las hieles que una boca puede sentir...»

En dolorosa incertidumbre pasó la noche, despertando a cada instante al aguijonazo de su idea candente y aguda. El cuerpo dormía y la idea velaba. No podía la esposa mirar sin envidia la dulce paz de aquella conciencia que a su lado yacía. El dormir de don Francisco era como el de un mozo de cuerda que ha tenido mucho trabajo durante el día y que al cerrar los ojos se quita de encima también todas las cargas del espíritu. ¡Dichoso hombre! El no tenía necesidades, y era feliz con su traje mahón. No veía más allá de su corbata cursi y barata, de aquellas que venden los tenderos al aire libre instalados en la esquina de la Casa de Correos. «Dime tus necesidades y te diré si eres honrado o no.» Este refrán le salía a Rosalía del cerebro sin que ella se diera cuenta de ser maestra en filosofía popular.

«Porque los santos, ¿qué fueron?—decía—. Personas a quienes no se les importaba nada salir a la calle hechos unos adefesios. Indudablemente, no tengo yo esta despreocupación, que es la base de la virtud. Digan lo que quieran, el santo nace. No se adquiere este mérito con la voluntad, ni hay quien lo posea si no lo ha traído consigo del otro mundo. Mi marido nació para cursi y morirá en olor de santidad.» Esto no quitaba que le envidiase, pues iba viendo los sinsabores que trae y lo caro que cuesta el no querer ser cursi. La infeliz estaba rodeada de peligros, llena de zozobras y remordimientos, mientras su esposo dormía tranquilo al lado del abismo.

Dormía como si tuviera muy lejos la vergüenza que tan próxima estaba realmente. Y por más que la vanidosa quisiera aplacar su conciencia con sofismas, la conciencia no se dejaba embaucar y se revolvía inquieta. Su aspecto, horriblemente acusador, no podía ser visto por Rosalía mientras a ésta no se le quitaran de delante de los ojos, primero, el conflicto del día 9, cuya solución exigía sacrificios grandes, sin exceptuar el de la honra; segundo, ciertas telarañas de seda que le envolvían la cara, pues en la inquietud febril de aquella noche, todas sus ideas, sus remordimientos mismos, pasaban, como la luz por un tamiz, al través de un confuso imaginar de galas y perendengues de otoño.

Por la mañana, cuando llevó el chocolate a Bringas, hallóle alegre y decidor, tarareando canciones. Ella, por el contrario, se acobardaba considerablemente. Más tarde, Cándida, que era la encargada de traerle de casa de Sobrino las compras, para no infundir sospechas al ratoncito Pérez, le llevó varias cosas. Tan abstraída estaba la dama, considerando los peligros de aquel día, que no tuvo espíritu más que para con-

templar el organdí y la felpilla durante breves minutos, y lo guardó todo precipitadamente en una de las cómodas... A las once recibiría lo que esperaba de Pez. Sobre las diez y media iba Bringas invariablemente a su oficina. Aquel día fué menos puntual que de costumbre, y mientras almorzaba, todo aquel regocijo con que despertara se desvaneció, porque Paquito le leyó unos papeles clandestinos que corrían por Madrid amenazando a la reina y asegurando la proximidad de su caída. «Si me vuelves a traer aquí esas asquerosidades—dijo Thiers, bufando de ira—, te quito de la Universidad y te pongo de hortera en una tienda de la calle de Toledo.»

Se fué trinando, y al poco rato recibió Rosalía el papel que esperaba con tanta ansia. «Abulta poco», pensó, con el alma en un hilo, metiéndose en el Camón para abrir el sobre a solas, pues andaba por allí Cándida con cada ojo como una saeta. «Abulta poco—repitió, sacando del sobre un papel—; aquí no viene nada.» Y, en efecto, no era más que una carta, escrita con la limpia y correcta letra del director de Hacienda. La cólera que invadió el alma de la Pipaón al ver que la carta no traía consigo compañía de otros papeles, le impedía leer. En su mano temblaba el pliego, escrito por tres carillas. Leía a saltos, buscando las cláusulas terminantes y positivas. En pocos segundos recorrió la dichosa epístola... Cada frase de ella le desgarraba las entrañas como si las palabras fueran garfios... «Estaba afligidísimo, desolado, por no poder complacerla aquel día...» «Erale imposible de todo punto...» «Se había encontrado la casa en un atraso lamentable, con un cúmulo enorme de cuentas por pagar...» «Su situación era angustiosa y muy otra de lo que al exterior parecía...» «Declaraba sin rebozo, en el seno de la confianza, que todo el boato de su casa no era más que apariencia...» «A pesar de esto, él hubiera acudido presurosísimo en auxilio de su amiga, si casualmente en aquel mismo día no tuviera un vencimiento ineludible...» «Pero más adelante...»

Rosalía no pudo acabar de leer. La ira, la vergüenza la cegaron... Rompió la carta y estrujó los pedazos. ¡Si pudiera hacer lo mismo con el vil!... Sí, era un vil, pues bien le había dicho ella que se trataba de una cuestión de honra y de la paz de su casa... ¡Qué hombres! Ella había tenido la ilusión de figurarse a algunos con proporciones caballerescas... ¡Qué error y qué desilusión! ¡Y para eso se había envilecido como se envileció! Merecía que alguien le diera de bofetadas y su marido la echara de aquel honrado hogar... Ignominia grande era venderse; ¡pero darse de balde...! Al llegar a esto, lágrimas de ira y dolor corrieron por sus mejillas. Eran las primeras que derramaba después de casada, pues las que había vertido cuando sus hijos tenían alguna enfermedad grave eran lágrimas de otra clase.

Y lo peor de todo era que estaba perdida... Si a las tres de la tarde no entraba en casa del inquisidor, dinero en mano... El tal la esperaría hasta las tres, hasta las tres, ni un minuto más. Pensando esto, Rosalía sentía un volcán en su cabeza. ¿Y a quién, Virgen del Carmen, volvería sus ojos, a quién?... Ni para encomendarse a todos los santos y a todas las vírgenes tenía ya serenidad su espíritu. En él no cabía más que la desesperación... Pero cuando se entregaba a ella, sin defensa, un rayo de esperanza cruzó por la atmósfera tempestuosa de aquel cerebro... Refugio...

Sí, Torres le dijo pocos días antes que Refugio había cobrado en casa de Trujillo diez mil reales que su hermana le mandaba para poner el establecimiento.

XLV

El tiempo ahogaba; la situación no admitía espera. Sin detenerse a meditar la conveniencia de aquel paso, se aventuró a darlo. Eran las doce. «Antes que Bringas me descubra—decía, poniéndose precipitadamente la mantilla—, prefiero pasar por todo, prefiero rebajarme a pedir este favor a una...»

Refugio vivía en la calle de Bordadores, frente a la plazoleta de San Ginés, en una casa de buena apariencia. Sorprendió a Rosalía el aspecto decente de la escalera. Creía encontrar una entrada inmunda y vecindad malísima, y era todo lo contrario. La vecindad no podía ser más respetable: en el bajo, una tienda de objetos de bronce para el culto eclesiástico; en el entresuelo, un gran

almacén de paños de Béjar, con placa de cobre en la mampara; en el principal, la Redacción de un periódico religioso. Esto dió a la de Bringas muchos ánimos, y bien los necesitaba la infeliz, pues iba como al matadero, considerando lo que aquel paso la degradaba. «¡Lo que puede la necesidad!—pensó al tirar de la campanilla del segundo—. Y quién me había de decir que yo bebería de esta agua. Ahora sólo falta que me eche a cajas destempladas, para que sea mayor mi vergüenza y mi castigo completo.»

La misma Refugio le abrió la puerta, y sorprendióse mucho de verla. Rosalía, turbadísima, vacilaba entre la risa y la seriedad; no sabía si aplicar a la de Sánchez el trato familiar o el trato fino. El caso era muy extraño y encerraba un problema de sociabilidad de muy difícil solución. Desde la puerta a la sala no hubo más que medias palabras, frases cortadas, monosílabos.

—Pase usted por aquí—dijo Refugio a la señora de Bringas, indicándole la puerta del gabinete—. Celestina, ayúdame a desocupar estos sillones.

La que respondía al nombre de Celestina debía de ser criada. Así lo pensó nuestra amiga en los primeros momentos; mas luego hubo de rectificar este juicio. El aspecto de Celestina era tan extraño como el de Refugio, y al mismo tiempo tan semejante al de ésta, que no se podría fácilmente decir cuál de las dos era la señora. «Lo probable —pensó la de Bringas, sentándose en el primer sillón que desocupó—es que ninguna de las dos lo sea.»

La de Sánchez tenía su hermoso cabello en el mayor desorden. No se había peinado aún. Cubría su busto ligera chambra, tan mal cerrada, que enseñaba parte del seno ubérrimo. Arrastraba unos zapatos de presillas puestos en chancleta, y los tacones iban marcando sobre el piso de baldosín un compás de pasos harto estrepitoso.

—Iba a echarme la bata—dijo Refugio, después de revolver en un montón de ropas que estaba sobre el sofá—; pero como usted es de confianza...

—Sí, hija, no te molestes—replicó la de Bringas, afirmándose en la necesidad de ser amable—. Con este calor...

Mientras esto decía, observó la pieza en que estaba. Nunca había visto desbarajuste semejante ni tan estrafalaria mezcla de cosas buenas y malas. La sala, cuya puerta de comunicación con el gabinete estaba abierta, parecía una trastienda, y encima de todas las sillas no se veía otra cosa que sombreros armados y por armar, piezas de cinta, recortes, hilachas. Destapadas cajas de cartón mostraban manojos de flores de trapo, finísimas, todas revueltas, ajadas en lo que cabe, tratándose de flores contrahechas. Algunas, aunque parezca mentira, pedían que las rociaran con un poco de agua. También había *fichús* de azabache y felpilla, camisetas de hilo y algunas piezas de encaje. Esta masa caótica de objetos de moda extendíase hasta el gabinete, invadiendo algunas de las sillas y parte del sofá, confundiéndose con las ropas de uso, como si una mano revolucionaria se hubiera empeñado en evitar allí hasta las probabilidades de arreglo. Dos o tres vestidos de la Sánchez, enseñando el forro, con el cuerpo al revés y las mangas estiradas, bostezaban sobre los sillones. Una bota de piel bronceada andaba por debajo de la mesa, mientras su pareja se había subido a la consola. Un libro de cuenta de lavandera estaba abierto sobre el velador, mostrando apuntes de letra de mujer: *Chumbras, 6; enaguas, 14,* etc... El velador era de hierro con barniz negro y flores pintadas. Sobre la chimenea, un reloj de bronce muy elegante alternaba indignamente con dos perros de porcelana dorados de malísimo gusto, con las orejas rotas. Las láminas de las paredes estaban torcidas, y una de las cortinas desgarrada; el piso, lleno de manchas; la lámpara colgante, con el tubo ahumadísimo. Por la mal entornada puerta de la alcoba se veía un lecho grande, dorado, de armadura imperial, sin deshacer y con las ropas en desorden, como si alguien hubiera acabado de levantarse.

Refugio creía que la señora de Bringas la visitaba, cediendo al fin a sus instancias, para ver los artículos de su industria.

—Ha venido usted un poco tarde—le dijo—. ¿Sabe usted que estoy vendiendo todo? Yo no sirvo para esto. No sé en qué estaba pensando mi hermana cuando se le ocurrió que yo podía meterme a comerciante... Para que usted se haga cargo... Desde que estoy en esto, no he hecho más que perder dinero: pocos pa-

gan, y no tengo genio para importunar... Así, cuanto más pronto salga de estos pingajos, mejor. Muchas señoras han venido y se van llevando lo poco que me queda.

—Sin embargo—dijo Rosalía, sacando de una caja varios *marabouts* y *aigrettes* y de otra lazos y cordones—, aún hay aquí cosas muy bonitas.

—¿Le gustan a usted esas *aigrettes?*... —manifestó Refugio, gozosa de poder ser rumbosa con ella—. Puede llevárselas... Se las regalo.

—¡Oh! No... No faltaba más.

—Sí, sí, que tengo mucho gusto en ello... Para que alguna me lo compre y no lo pague, vale más... Mire usted—añadió, pasando a la sala—, también le doy este sombrero; está sin arreglar; pero puede usted llevarse la cinta que quiera.

Rosalía, asombrada de esta generosidad, y un tanto dispuesta a mirar a Refugio con ojos más benévolos, insistía en rechazar los obsequios.

—¿Me desaira usted porque soy pobre?—le dijo con acerada reconvención.

Si Rosalía no hubiera ido a verla con el objeto que sabemos; si su afán de proporcionarse dinero no fuera tal que la obligaba a pasar por todo, seguramente habría rechazado las finezas con que aquella mujer, tan inferior a ella por todos conceptos, quería subir hasta su elevada esfera; pero no quiso mostrarle esquivez en el momento de pedir un favor... ¡Y qué favor tan denigrante! Cuando le venía al pensamiento la idea de formular su petición, se empapaba todo su ser en repugnancia, como si por los poros le entrara un licor asqueroso y amargo y corriese por sus venas y le subiera al paladar. Varias veces quiso hacer su demanda y faltáronle fuerzas para ello. Hasta pensó no decir nada y huir de aquella casa. Pero la lógica inflexible de su necesidad la amarraba allí, y no viendo a su compromiso otro remedio, érale forzoso apechugar con aquel cáliz. «Ya que he hecho el sacrificio de venir—pensaba—, no me voy sin probar fortuna.» El tiempo apremiaba; ya había dado la una... Dos o tres veces trajo las palabras de la mente a la boca, y allí se le quedaron revueltas con una saliva que era hiel pura. «¡Qué tonta soy!—pensaba—. ¡Tener reparo delante de esta chiquilla...!» Por fin, tanto luchó, que las palabras salieron tropezando. La infeliz se abanicaba, fingiendo poco interés en el asunto, y hacía esfuerzos para aparecer serena y ahuyentar de sus mejillas el borbotón de sangre.

—Bueno... Pues ahora, Refugio, vamos a hablar de otra cosa. Yo he venido a pedirte un favor.

—¿Un favor?—dijo la otra con vivísima curiosidad.

—Un favor, sí—añadió la de Bringas, a quien aquella curiosidad desconcertó un poco—. Es decir, si puedes; que si no, no hay que hablar.

—Usted dirá...

—Pues..., es decir, si puedes—prosiguió la dama, tragándose la hiel que tanto le estorbaba—. Yo necesito una cantidad. Me consta que tú tienes... Sé que has cobrado en casa de Trujillo no sé cuánto... Pues bien, si quieres prestarme por unos días cinco mil reales, te lo agradeceré mucho... Se entiende, si puedes; si no, no.

XLVI

¡Qué descansada se quedó cuando lo dijo! Parecía que el gran peso que en su pecho tenía se aligeraba. Refugio la oyó con calma, no pareciendo sorprendida. Después hizo con la boca unos mimos muy particulares. Su contestación no tardó mucho.

—Le diré a usted... Dinero tengo; pero no sé si podré disponer de él. Me traerán mañana unas cuentas muy gordas...

Mirábala a los ojos con impertinente fijeza. Rosalía hubiera deseado que no la mirase tanto y que le diese pronto el dinero. Después de una pausa en que Refugio parecía hacer estudios de cálculo en el entrecejo de la Bringas, tornó a decir:

—Lo que es el dinero..., lo tengo, vea usted.

Revolvió un cajoncillo que parecía costurero, y del fondo de él sacó un puñado de cosas. Eran trapos, hilos desmadejados y billetes de Banco, formando todo una masa.

—Vea usted... No me falta. Pero...

A Rosalía se le encendieron los espíritus cuando vió los billetes. Pero se le llenaron de tinieblas cuando la condenada chica de Sánchez volvió a meter

el dinero en lo profundo, y moviendo la cabeza, le dijo:

—¡Ay!, no puedo, señora, no puedo...

La Pipaón pensó así: «Lo que quiere esta bribona es que yo me humille más, que yo le ruegue y le suplique y haga algún puchero delante de ella... Quiere que me arrastre a sus pies para pisotearme... ¡Ah!, cochinísima, si yo no estuviera como estoy, ¿sabes lo que haría? Pues levantarte la falda y coger el palo de una escoba y llenarte de cardenales ese promontorio de carne que tienes... Grandísima loca, ¿qué más honra quieres que prestar tu dinero a una persona como yo?»

Como es natural, nada de esto que pensaba la dama fué dicho. Al contrario, hubo de recurrir a expresiones melosas y apropiadas a lo crítico del caso.

—Piénsalo bien, hija. Quizá puedas... Lo que tienes que pagar tal vez pueda aplazarse por unos días, mientras que lo mío...

—Qué más quisiera yo—dijo la otra con afectada conmiseración—. Bastante siento que se vaya usted con las manos vacías...

El sentido altamente protector de esta frase humilló a Rosalía más de lo que estaba. La hubiera cogido por aquellos pelos tan abundantes para restregarle el hocico contra el suelo.

—¿No podrías hacer un esfuerzo...? —indicó, sacando valor de lo íntimo de su pecho.

—¡Qué más quisiera yo!... Me da tristeza de no poder socorrer a usted. Crea que lo siento muy de veras. Yo haría cualquier cosa en obsequio de usted y de don Francisco...

—No—dijo Rosalía con viveza, lastimada de oír el nombre de su marido—. Esto es cosa mía exclusivamente. Ni hay para qué enterar a Bringas de nada... ¡Oh!, es cosa mía, mía...

—¡Ah!..., ya—murmuró Refugio, mirándola otra vez fijamente en el entrecejo.

Rosalía advirtió que, después de observarla, la maldita revolvía de nuevo en el costurero... ¿Se ablandaba al fin y sacaba los billetes? No... Hizo un gesto como de persona que se esfuerza en tener carácter para vencer su debilidad, y repitió:

—No puedo, no puedo... Y lo que usted no consiga de mí, ¿quién lo conseguiría? Por usted o por don Francisco haría los imposibles, y me quitaría el pan de la boca. Crea usted que tengo miedo a mi falta de carácter; yo soy muy tonta, y si usted me llora mucho, puede que me ablande y caiga en la tontería de prestarle el dinero; la tontería, sí, porque me hace muchísima falta.

«Nada—pensó Rosalía hecha un basilisco—. Esta sinvergüenza quiere que me ponga de rodillas delante... No lo verá ella.»

En alta voz, afectando una calma que estaba muy lejos de tener, le dijo:

—Si tanta extorsión te causa, no hay nada de lo dicho.

—No puedo, no puedo. Es un compromiso tan grande el que tengo...—manifestó la Sánchez en el tono de quien corta una cuestión.

—Bueno, no te apures...

—Conque... y ¿cómo no han ido ustedes a baños?

Este cambio completo en la conversación puso a Rosalía sobre ascuas. Se doblaba la hoja. No había que pensar en el préstamo. A la estúpida pregunta del veraneo contestó la señora con la primera sandez que se le vino a la cabeza. En aquel momento sentía tanto calor, que se habría echado en remojo para impedir la combustión completa de su cuerpo todo.

—Hija, hace aquí un bochorno horrible.

—Espere usted; entornaré las maderas para que entre menos luz.

Durante un rato, la Pipaón, con el alma en un hilo, miró las estampas de toreros que adornaban la pared. Veíalas confundidas con la desazón angustiosa de su alma. Aquel afán sojuzgaba su dignidad de tal modo, que no vaciló en humillarse un poco más. Dando con su abanico un golpecito en la rodilla de Refugio, pronunció estas palabras, a las cuales hubo de dar, no sin esfuerzo, un tonillo ligeramente cariñoso:

—Vaya, mujer; préstame ese dinero.

—¿Qué?—preguntó Refugio sorprendida—. ¡Ah! El dinero. Crea usted que no me acordaba ya de semejante cosa... Pero qué, ¿tanta falta le hace? ¿Es tan fuerte el sofoco? Francamente, yo creí que usted daba a rédito, no que tomaba.

A esta maliciosa observación, habría contestado Rosalía tirándole de aquellas greñas despeinadas. Pero ¿qué había de

hacer? Tragar acíbar y someterse a todo.

—Sí, hija, el compromiso es fuertecillo. Si quieres, se te dará interés... Como te convenga.

—¡Jesús!, no me ofenda usted. Si yo le prestara a usted lo que desea, y siento mucho no estar en situación, lo haría sin interés. Entre personas *de la familia* no debe ser de otra manera.

Cuando oyó la de Pipaón que aquella buena pieza se contaba entre los *de la familia,* estuvo a punto de perder los estribos... Era demasiado suplicio aquél para resistirlo sin estallar. Rosalía apretaba los dientes, haciendo cuantas muecas fueron necesarias para imitar sonrisas. «Debo de estar echando espuma por la boca—pensaba—. Si no me voy pronto de aquí, creo que me da algo.»

Refugio volvió a meter su mano en el costurero y sacó el envoltorio de los billetes. ¡Jesús divino! ¡Si al fin se resolvería...! La de Bringas la vió, con disimulada ansia, sobar y repasar los billetes como si los contara. Después, moviendo la cabeza en señal de desconsuelo, dijo la muy...

—Si no me queda ya nada... ¡Ay señora, no es posible, no es posible!

Pero no guardó el envoltorio en donde estaba, sino que lo puso sobre la chimenea. Este detalle avivó las muertas esperanzas de Rosalía.

—Porque, mire usted—agregó la otra, estirándose en el sillón como si fuera una cama, y tocando casi con sus pies las rodillas de la dama—, aquí donde me ve, estoy arruinada. Me metí en un negocio que no entiendo, y como no tengo carácter, todos se han aprovechado de mi *pavisosería* para explotarme. Al principio, muy bien; la mar salada y sus arenas... Yo recibía el género, venían las señoras y se lo llevaban como la espuma. Como que era todo de lo mejor, y nada caro por cierto. Pero cuando tocaban a pagar..., aquí te quiero ver. «Que me espere a la semana que entra...» «Que pasaré por allí...» «Que vuelva...» «Que no tengo...» «Que torna, que vira», y al fin de fiesta, miseria y trampas. ¡Ay, qué Madrid este, todo apariencia! Dice un caballero que yo conozco, que esto es un Carnaval de todos los días, en que los pobres se visten de ricos. Y aquí, salvo media docena, todos son pobres. Facha, señora, y nada más que facha. Esta gente no entiende de comodidades dentro de casa. Viven en la calle, y por vestirse bien y poder ir al teatro, hay familia que se mantiene todo el año con tortillas de patatas... Conozco señoras de empleados que están cesantes la mitad del año, y da gusto verlas tan guapetonas. Parecen duquesas, y los niños, principitos. ¿Cómo es eso? Yo no lo sé. Dice un caballero que yo conozco, que de esos misterios está lleno Madrid. Muchas no comen para poder vestirse; pero algunas se las arreglan de otro modo... Yo sé historias, ¡ah!, yo he visto mundo... Las tales se buscan la vida, se negocian el trapo como pueden, y luego hablan de otras, como si ellas no fueran peores... Total, que de lo que vendí no he cobrado más que la mitad; la otra mitad anda suelta por ahí, y no hay cristiano que la cobre. ¡Soplaollas, fantasmonas! Y luego venían aquí dándose un pisto... «Grandísimas... (les digo para mí), yo no engaño a nadie; yo vivo de mi trabajo. Pero vosotras engañáis a medio mundo y queréis hacer vestidos de seda con el pan del pobre.» Y óigalas usted echar humo por aquellas bocas criticando y despreciando a otras pobres. Alguna ha habido que después de mirarme por encima del hombro y de hacer mil enredos para no pagarme, ha venido aquí a pedirme dinero... ¿Y para qué sería?... Tal vez para dárselo a su querido.

Al soltar esta retahila con un énfasis y un calor que declaraban hallarse muy poseída de su asunto, echaba sobre la infeliz postulante miradas ardientes. Esta, hinchando enormemente las ventanillas de la nariz, los ojos bajos, el resuello fatigoso, oía y se amordazaba y contenía sus ganas furibundas de hacer o decir cualquier disparate.

XLVII

«Por ese descaro—le hubiera dicho ella—, por ese cinismo con que tú hablas de señoras cuyo zapato no mereces descalzar, se te debía arrancar esa lengua de víbora y luego azotarte públicamente por las calles, desnuda de medio cuerpo arriba, así, así, así...»

En su mente le daba los azotes y la ponía en carne viva. Tan volada estaba ya la Bringas y tan grande esfuerzo tenía que hacer para contenerse, que ha-

lló preferible cualquier catástrofe doméstica al tormento horroroso que padecía. «Me voy—pensaba—, no puedo aguantar. Prefiero que mi marido me desprecie y me esclavice a que esta miserable me escupa la cara como me la está escupiendo.»

Pero al pensar esto figurábase ver al señor de Torquemada exponiendo a don Francisco, con la rosquilla por delante, la obligación de satisfacer la deuda; representábase luego al irritado esposo... No, con todo el poder de su imaginación, no podía representarse la noble ira de aquel santo hombre, tan enemigo de enredos. «Antes que eso—concluyó por decir—, todo, todo, incluso que esta frutilla temprana me pisotee... Yo sola paso la vergüenza: nadie me lo sabe, ni nadie me lo ha de sacar a la cara.»

—Un caballero amigo mío—dijo Refugio, pasando de aquel tono convencido al de la jovial ligereza—me ha dicho que aquí todo es pobretería, que aquí no hay aristocracia verdadera, y que la gran mayoría de los que pasan por ricos y calaveras no son más que unos cursis... Porque vea usted... ¿En qué país del mundo se ve que una señora con título, como la Tellería, ande pidiendo mil reales prestados, como me los ha pedido a mí? Aquí ha habido quien se ha pegado un tiro por haber perdido seiscientos reales a una carta. Y cuando un señorito se gasta cien duretes con una mujer, dicen que ha arruinado a la familia. Pues no quiero hablar de los que viven de gorra, como muchitos a quienes yo conozco, que van a los teatros con billetes regalados, que viajan gratis y hasta se ponen vestidos usados ya por otras personas... ¡Todo por aparentar!... Cuando veo a estos tales, me pongo yo muy hueca, porque no debo a nadie, y si lo debo lo pago; vivo de mi trabajo, y nadie tiene que ver con mis acciones, y lo primero que digo es que no engaño a nadie, que el que no me quiera así, que me deje, ¿está usted?, porque de lo mío como... Celestina, vete a Levante y di que nos traigan café. ¿Quiere usted café?

—Gracias—replicó Rosalía con desabrimiento, ya gastadas las fuerzas.

Levantóse para retirarse. Aquella mujer le repugnaba tanto y hería de tal modo su orgullo con lo ordinario de aquellas expresiones y la ruindad de aquellos pensamientos, que no quiso humillarse más. Refugio la detuvo por el brazo, diciéndole en una carcajada:

—¿De veras no quiere usted tomar café con nosotras? Espérese, que se me está ocurriendo darle el dinero.

Rosalía se sentó, y alegrósele el alma con estas palabras. Aquel diablillo que tenía delante y que le hacía mil muecas indecentes, tornóse humano y aun agradable.

—Son las dos y cuarto—suspiró la de Bringas sin poder dejar de sonreír, y encontrando una gracia particular en la boca grande y en la dentadura mellada de Refugio.

—¿A qué hora tiene que pagar?

—A las tres—se dejó decir la otra con gran espontaneidad.

—Aún sobra tiempo.

Oyóse el ruido de la puerta que Celestina había cerrado de golpe al salir en busca del café. La del diente menos, estirándose más y tomando una actitud, más que perezosa, chabacana, le dijo entre risas muy descorteses:

—Si estuviera aquí la *Señora*, no pasaría usted esos apurillos, porque con echarse a sus pies y llorarle un poco... Dicen que la *Señora* consuela a todas las amigas que le van con historias y que tienen maridos tacaños o perdularios. Ya se ve: si yo tuviera en mi mano, como ella, todo el dinero de la nación, también lo haría. Pero déjese usted estar, que ya le ajustarán las cuentas. Dice un caballero que viene a casa, que ahora sí que se arma de veras.

«Pero ¿cuántos caballeros conoces tú, grandísimo apunte?—le habría dicho Rosalía, si hubiera estado en situación de ser severa—. Tú tratas con todos los caballeros del género humano. ¿No habrá uno que te tire, de una bofetada, todos los dientes que te quedan, y que, por cierto, son muy bonitos?»

—Sí, lo que es ahora—añadió Refugio con desparpajo—cambiaremos de aires... Vayan con Dios. Habrá libertad, libertades...

Esta falta de respeto, esta manera de hablar de su majestad, enfadó tanto a la dama, que estuvo a punto de dar al traste con toda su circunspección y llegarse a la infame y decirle: «Para que aprendas a hablar como se debe, toma este arañazo...» Contentóse con dos o tres monosílabos de reprobación. Su ca-

ra estaba ya como un pimiento. En una de aquellas manotadas que daba la Sánchez, tiró un cestito que sobre la chimenea estaba, y de él cayó una cajetilla de cigarros.

«¿También fumas, cochinaza», habríale preguntado Rosalía, si hubiera podido hablar con espontaneidad; pero miró a la otra recoger del suelo la cajetilla, y no dijo nada.

Al poco rato entró el mozo con el café y dejó el servicio sobre el velador. Fué preciso quitar muchas cosas para hacerle sitio. Refugio y Celestina, después de repetir su invitación a la de Bringas, se prepararon a tomarlo. Ambas se daban respectivamente el mismo tratamiento y se tuteaban con igual franqueza. Lo dicho, no se sabía cuál de las dos era la criada y cuál la señora, aunque realmente Celestina estaba un poco más derrotada que la otra.

«¡Virgen del Carmen!—exclamó para sí Rosalía—. ¡Con qué gente me he metido!... Si el Señor me saca en bien de este mal paso, nunca más volveré a dar otro semejante.»

—Celestina—dijo la mellada en tono amistoso—, ¿y yo no me peino hoy?

La otra explicó su tardanza con lo mucho que tenía que hacer. Todo estaba aún sin arreglar; el gabinete, como una leonera; la alcoba, lo mismo... Cuando Refugio acabó de tomar su café y Celestina empezaba a poner algún orden en el gabinete, Rosalía, no pudiendo refrenar su impaciencia, cerró con estrépito el abanico...

—Debe de ser muy tarde. Las tres menos cuarto quizá.

—Lo peor de todo—dijo Refugio, jugando con su víctima—es que... Ahora me acuerdo... Si no puedo, no puedo darle a usted nada. Ya se me había olvidado que hoy mismo, esta tarde misma, tengo que pagar dos mil y pico de reales.

Rosalía creyó firmemente que una culebra se le enroscaba en el pecho, apretándola hasta ahogarla. No tuvo fuerzas para decir nada. Hubiérase abalanzado a la miserable para clavarle en aquella cara diablesca las diez uñas de sus extremidades superiores. Pero esto que algunas veces se piensa y se desea, rara vez se hace. Levantóse... Sólo pudo articular un sonido gutural, débil expresión de su ira, atenazada por la dignidad.

«Está jugando conmigo como un gato con una bola de papel...—pensó—. Me voy; si no, la ahogo...»

—Aguarde usted—dijo Refugio—. Se me ocurre una cosa. Basta que haya prometido socorrer a usted, para que no me vuelva atrás. La palabra de una Sánchez Emperador es palabra imperial... Y, sobre todo, tratándose de la *familia*...

«Suelta la familia de tu boca asquerosa», le hubiera dicho Rosalía.

—Pues se me ocurre que puedo pedir eso a una amiga.

—Pero ¿te haces cargo de la hora que es?—dijo la de Bringas, recobrando la esperanza.

—Si vive muy cerca de aquí, en la calle de la Sal...

—Pero ¿te estás con esa calma?

—¡Quia!... Tendré tiempo de peinarme. ¡Celestina!

—Mujer..., no tienes tiempo.

Refugio se levantó Rosalía, dando algunos pasos hacia ella, cogió el vestido y lo ahuecó, haciendo ademán de ponérselo...

—Echate este vestido... Te pones un manto, un pañuelo por la cabeza...

Refugio pasó a la alcoba. Desde ella dijo: «¿Mi corsé?», y la de Bringas corrió a llevárselo y le ayudó a ceñírselo. Cuando estaban en tal operación, la taimada se dejó decir esto:

—Bien podía el señor De Pez librarla a usted de esta crujías... Pero no siempre se le coge con dinero. Tronadillo anda el pobre ahora...

Rosalía no dijo nada. La vergüenza le quemaba el rostro y le oprimía el corazón. Lo que hizo fué apretar el corsé y tirar furiosamente del cordón, como si quisiera partir en dos mitades el cuerpo de la diablesa.

—Señora, por Dios, que me divide usted... Yo no me aprieto tanto. Eso se deja para las gordonas que quieren ponerse un tallecito de sílfide... Qué le parece, ¿me peinaré?

—No... Recógete el pelo con una redecilla, con una cinta... Así estás muy bien..., estás mejor... con esa melena alborotada... Pareces una Herodías que hay en un cuadro de Palacio... Vamos, avíate... Súbete esos pelos... Mira que es muy tarde... A ver, yo te ayudaré.

Sentóse Refugio, y la de Bringas le arregló la abundante cabellera en un periquete.

—Vaya una doncella que me he echado...—dijo la de Sánchez, riendo—. ¡Tanto honor...!

Y luego, cuando parecía dispuesta a salir, se puso a cantar y a dar vueltas por el gabinete. Rosalía vió con terror que se sentaba en un sillón con mucha calma.

—¡Pero mujer!...—exclamó la de Bringas sulfurada...

Había en su cerebro un rebullicio como el de los relojes de pared momentos antes de dar la hora. Y la otra, con refinada calma, dijo así:

—Hace mucho calor; no tengo ganas de salir.

—Pero tú..., ¿juegas... o qué...?

—No se apure usted, señora, no se encabrite, no se encumbre—replicó la Sánchez—. Si se me viene con sofoquinas y con aquello de *ordeno y mando*, no hemos hecho nada. Usted en su casa y yo en la mía. Los cinco mil reales... Mírelos usted; aquí están. Por no salir se los voy a dar, y yo buscaré lo que necesito.

XLVIII

Como, a pesar de esto, no se los ponía en la mano, Rosalía estaba en ascuas.

—Y le voy a dar un consejo—prosiguió la miserable—, un buen consejo, para que vea que me intereso por la familia. Y es que no ande en líos con doña Milagros, que es capaz de volver del revés a la más sentada. Métase en su rincón, *a la vera* del pisahormigas, y déjese de historias... No vaya más a casa de Sobrino y créame. Es mucho Madrid éste. No se fíe de los cariñitos de la Tellería, que es muy ladina y muy cuca.

Rosalía daba cabezadas de aquiescencia. Por fin, la Sánchez puso en su mano los billetes... ¡Oh!, qué descanso sintió en su alma la desdichada señora... Por si a la diablesa se le ocurría quitárselos, decidió marcharse sin tardanza.

—Qué, ¿se va usted?

—Es muy tarde. No puedo perder ni un minuto. Ya sabes que te lo agradezco mucho. ¡Ah!... ¿Quieres que hagamos un recibito?

—No hace falta—dijo Refugio con arranque, echándoselas de noble y desprendida—. Entre personas de la *familia*... ¡Ah!, esta tarde le mandaré el sombrero y las demás cosillas.

—Como quieras.

—Aguarde un momento, que le voy a decir una cosa.

—¿Qué?—preguntó Rosalía, aterrada otra vez.

—Le voy a contar lo que dijo de usted la marquesa de Tellería.

—¿De mí?

—De usted... Ahí, sentadita en ese mismo sillón. Me parece que la estoy oyendo. Fué el día antes de marcharse a baños. Vino a comprarme unas flores artificiales. Habló de usted y dijo..., ¡qué risa!..., dijo que era usted ¡una cursi!

Rosalía se quedó petrificada. Aquella frase la hería en lo más vivo de su alma. Puñalada igual no había recibido nunca. Y cuando bajaba presurosa la escalera, el dolor de aquella herida del amor propio la atormentaba más que las que había recibido en su honra. *¡Una cursi!* El espantoso anatema se fijó en su mente, donde debía quedar como un letrero eterno estampado a fuego sobre la carne.

«Dios mío, lo que he padecido hoy sólo Tú lo sabes... Creo que me han salido canas—pensaba al ir en coche a casa de Torquemada—. ¡Qué Gólgota!...»

Y fué y subió anhelante, porque ya habían dado las tres. Pero tuvo la suerte de encontrar al inquisidor, ya impaciente y dispuesto para ir a Palacio. La recibió sonriendo y preguntóle por la salud de la familia. La adoración de la rosquilla formada con los dedos no la mortificó tanto como otros días. El gusto de conjurar aquel gran peligro y de librarse de acreedor tan antipático, no le permitía fijarse en exterioridades más o menos cargantes. Abreviando la sesión lo más posible, se despidió. Las humillaciones de aquel día la tenían tan nerviosa...

«No puede ser que Milagros haya dicho eso de mí—pensaba, camino de Palacio, atormentada por aquella inscripción horrible que le quemaba la frente—. Es mentira de esa bribona... ¡Qué día! Cuando llegue a casa, lo primero que he de ver es si me he llenado de canas. La cosa no ha sido para menos.»

Y lo primero que hizo fué mirarse al

espejo. Digámoslo para tranquilidad de las damas que en situación semejante se pudieran ver. No le había salido ninguna cana. Y si le salieron, no se le conocían. Y si se le conocieran, ya habría ella buscado el medio de taparlas.

Lo que sí está fuera de toda duda es que, a consecuencia de los contratiempos de aquellos días, estaba la señora tan aplanada y con los espíritus tan decaídos, que su esposo llegó a figurarse que había perdido la salud. «Tú tienes algo; no me lo niegues. ¿Quieres que venga el médico?... Ya ves, si hubieras tomado los baños de los Jerónimos, otro gallo te cantara.» Pero ella aseguraba no tener nada, y si no se opuso a que viniera el médico, tampoco declaró a éste ninguna dolencia terminante. Todo era cosa de los pícaros nervios, esos diablillos que se divierten en molestar a las señoras distinguidas cuando no las ayudan en sus disimulos. Lo positivo en la desazón de la de Bringas era su tristeza, temores de todo y por la menor causa, inapetencia, y principalmente una manera especial y novísima de considerar a su marido. Si en la estimación que por él sentía había una baja considerable, las formas externas del respeto acusaban cierto refinamiento y estudio. A diversos juicios se presta esto; pero en la imposibilidad de poner en luz de evidencia las causas de tal sibaritismo de afectos exteriores, hay que recurrir a la hipótesis y ver en ellos algo semejante a las zalamerías que se emplean para catequizar a un empleado de Aduanas cuando se quiere pasar contrabando. Rosalía probaba el sistema pacífico y venal para el alijo de sus trapos. Poco a poco iba exhibiéndolos. Cada día reparaba don Francisco algo nuevo, trabándose una discusión que ella intentaba aplacar con graciosos embustes y con caricias y términos dulzones. Pero no siempre lo conseguía, y el honrado señor llegó a preocuparse seriamente de aquellos lujos que salían por escotillón, como las sorpresas de teatros. Más de una vez se manifestó inflexible en la demanda de explicaciones, preparándose a oírlas con un arsenal de lógica, ante cuyo aparato temblaba la esposa como un criminal ante las pruebas. Pero ya ella se iba curtiendo poco a poco, o, mejor dicho, blindándose contra aquella fiscalización impertinente. Empezó por no tomarla muy a pechos y por no importársele mucho que el ratoncito Pérez creyera o no lo que ella decía. Ya estaba resuelta a explicar sus irregularidades con la incontrovertible lógica del *porque sí,* cuando un acontecimiento gravísimo vino a librarla de aquella pena, porque el aduanero se volvió como tonto y olvidó completamente sus papeles. Aquel trastorno moral y mental de Bringas fué de la manera siguiente:

Una mañana bajó a la oficina tan tranquilo como de costumbre, y todavía no había puesto los codos sobre la mesa, cuando uno de los compañeros, el señor Vargas, se llegó a él y le dijo al oído: «Se ha sublevado la Marina.» Parecióle a Bringas tan absurda la noticia, que se echó a reír. Pero Vargas insistía, daba detalles, recitaba el texto de los telegramas... Don Francisco estuvo largo rato aturdido, como el que recibe un canto en la cabeza. Ni aun podía respirar... El otro añadió, para acabar de desconcertarle, palabras más lúgubres: «El diluvio, amigo Bringas... Ahora sí que es de veras.» Recobrado un tanto nuestro economista, fué con su amigo y otros empleados al cuarto del subintendente (el intendente estaba en San Sebastián), y allí vió a otros individuos de la casa, todos consternadísimos. «La cosa es muy seria... ¡Qué infamia! ¡La Marina española!... Pero ¿cómo? Ya se ve; en cuanto ha tenido buques... Si parece cuento... Y el Gobierno, ¿qué hará?... Mandar un ejército inmediatamente... Pero ¡quia!, si es un torrente... Cádiz sublevada, Sevilla sublevada, toda Andalucía ardiendo... Pobre *Señora*... Bien se lo decían, y ella sin hacer caso... ¿Y los generales que estaban en Canarias?... Pues en Cádiz. ¿Y Prim? Navegando hacia Barcelona. En fin, la de acabóse.»

Esto ocurría el 19. Bringas subió a su casa más muerto que vivo. Todo el día y los siguientes estuvo como lelo; no comía, no dormía, no hacía más que pedir noticias, abrazar casi llorando a los que las traían favorables, despedir a cajas destempladas a los que las referían adversas. El pobre señor, abstraído de todo, se olvidó hasta de la administración de su casa. Si en aquellos días se viste su mujer de emperatriz de Golconda, la mira y se queda tan fresco.

Con la pérdida del apetito trastornóse

su naturaleza. Francamente, había motivo para temer en él una perturbación grave. Andaba con dificultad, pronunciaba torpemente algunas palabras, y el órgano de la visión había vuelto a sus antiguas mañas, alterando y coloreando de un modo extraño los objetos. ¡Qué lástima, estropearse así cuando iba tan bien a la vista, que determinó concluir la obra de pelo, de la cual faltaba muy poco! «Nada, nada—solía decir—, si esta gran infamia prevalece, yo me muero.»

Rosalía y Paquito de Asís también estaban muy alicaídos, si bien la primera tenía momentos en que la curiosidad podía más que la pena.

La revolución era cosa mala, según decían todos; pero también era lo desconocido, y lo desconocido atrae las imaginaciones exaltadas, y seduce a los que se han creado en su vida una situación irregular. Vendrían otros tiempos, otro modo de ser, algo nuevo, estupendo y que diera juego. «En fin—pensaba ella—, veremos eso.»

Pez continuaba yendo a la casa; mas ella le había tomado tal aversión, que apenas le dirigía la palabra. Con respecto a esto, los pensamientos de la orgullosa dama eran tantos y tan varios, que no acertaré a reproducirlos. Hacía propósito de no volver a pescar alimañas de tan poca sustancia, y se figuraba estar tendiendo sus redes en mares anchos y batidos, por cuyas aguas cruzaran gallardos tiburones, pomposos ballenatos y pejes de verdadero fuste. Su mente soñadora la llevaba a los días del próximo invierno, en los cuales pensaba inaugurar una campaña social tan entretenida como fructífera. Esquivando el trato de Peces, Tellerías y gente de poco más o menos, buscaría más sólidos y eficaces apoyos en los Fúcares, los Trujillos, los Cimarras y otras familias de la aristocracia positiva.

XLIX

Era el acabamiento del mundo... Don Francisco oyó, gimiendo, que también se pronunciaban Béjar, Santoña, Santander y otras plazas El señor De Pez, con una crueldad sin ejemplo, dijo a su amigo que no pensara en que tal derrumbamiento se podía componer, pues la reina estaba perdida y no tenía más remedio que meterse en Francia... Bien había dicho él, bien había anunciado, bien había pronosticado y vaticinado lo que estaba pasando.

Cándida, por el contrario, traía buenas noticias... «Novaliches sale con un ejército atroz, pero muy atroz... Verá usted cómo los desbarata en un decir Jesús... Cuentan que en algunos pueblos de Andalucía han rechazado a los rebeldes... Aquí hay mucha gente que quiere alarmar, y pinta las cosas con colores demasiado vivos. Yo he oído que no es tanto como se dice.»

Bringas le dió un abrazo.

—Y el titulado Prim, ¿dónde está? —preguntó.

—Oí que le habían dado un tiro... Y si no, se lo darán más tarde... Yo sostengo que si la reina tuviera ánimo para venirse acá y presentarse y echar una arenga diciendo: «Todos sois mis hijos», se arreglaría esto fácilmente.

Lo mismo pensaba Bringas; pero él hubiera preferido que resucitara Narváez, cosa un poco difícil. «¡Oh!, si don Ramón viviera... Pues como esto no se resuelva pronto, vamos a tener en Madrid una degollina, porque, como aquí hay poca tropa, los llamados demócratas o demagogos se echaran a la calle. Tendremos una guillotina en cada plazuela.» Cada día estaba el pobre señor más enfermo. Se admiraba de la tranquilidad de sus compañeros, que habían tomado con calma la catástrofe, y no creían imposible colocarse en cualquier otra oficina si la revolución hacía tabla rasa del Patrimonio Real. Y tan indecorosa hallaba la idea de la defección, que aseguraba estar dispuesto a pedir una limosna por las calles antes que una credencial a los titulados revolucionarios.

—Pero, hombre, no te apures—le decía su mujer—. Volverás a los *santos lugares*.

—Pero ¿tú crees, tonta, que van a quedar *lugares santos*? Todos serán lugares pecadores. Verás la que se arma: guillotina, sangre, ateísmo, desvergüenza, y, por fin, vendrán las naciones...; no te creas, ya puede que estén viniendo..., en socorro de la reina; vendrán las naciones y se repartirán nuestra pobre España.

Casi le da al buen señor un ataque apoplético el día 29, cuando se supo en Madrid lo de Alcolea. Madrid se pronun-

ciaba también. Llevó la noticia Paquito, que había pasado por la Puerta del Sol y visto mucha gente... Un general arengaba a la muchedumbre, y otro se quitaba las hombreras del uniforme. Después de esto, la gente corría por las calles con más señales de júbilo que de pánico. Grupos diversos recorrían las calles dando vivas a la Revolución, a la Marina, al Ejército y diciendo que Isabel II no era ya reina. Algunos llevaban banderas con diferentes lemas, y otros quitaban las reales coronas de las tiendas. Todo esto lo contó Paquito de Asis a su papá, atenuando lo que le parecía que había de serle desagradable. El pobre chico tenía que disimular, porque, si bien su entendimiento se amoldaba a las ideas de su padre, era niño, y no podía sustraerse a la fascinación que la libertad ejerce sobre todo espíritu despierto que empieza a enredar con los juguetes del saber histórico y social. Contando aquellas cosas en tono de duelo y consternación, un gozo extraño, incomprensible, le retozaba por todo el cuerpo. No acertaba a comprender la causa de ello; pero era, sin duda, que su alma no había podido precaverse contra el alborozo expansivo de la capital, y lo había respirado como los pulmones respiran el aire en que los demás viven.

—Ya no hay remedio—dijo Bringas, sacando fuerzas de su extremado abatimiento—. Ahora preparémonos. Que sea lo que Dios quiera. Resignación. Las turbas no tardarán en invadir esta casa para saquearla... No perdonarán a nadie. Mostrémonos dignos, aceptemos el martirio...

Se le atravesaba algo en la garganta... Callaron todos, atendiendo a los ruidos que en los pasillos de la ciudad sonaban y en el patio. Gran zozobra reinaba en toda la casa. Los vecinos salían a las puertas a saber noticias y a comunicarse sus impresiones. Bajaban algunos, ansiosos de saber si ocurrían novedades...; pero en el patio había gran silencio, y aunque las puertas permanecían abiertas, no entraba bicho viviente. Cuando menos se la esperaba, entró Cándida, turbadísima, diciendo entre ahogados gemidos:

—Ya..., ya...

—Qué, señora, ¿qué hay?

—El saqueo... ¡Ay don Francisco de mi alma!... Por la calle de Lepanto hemos visto bajar las turbas. Pero ¡qué fachas, qué rostros patibularios, qué barbas sin peinar, qué manos puercas!... Nada, que ahora nos degüellan.

—Pero la guardia de Palacio..., los alabarderos...

—Si deben de andar sublevados también... Todos son unos. ¡El Señor nos asista!

Hubo un rato de pánico en la casa; mas no fué de larga duración, porque los Bringas, saliendo al pasillo, vieron que por allí discurrían algunos vecinos de la ciudad, tan sosegados como si nada pasara.

—Pero ¿qué hay?

—Nada: unos cuantos chiquillos que están alborotando en el portal; pero no hay cuidado. Del Ayuntamiento han mandado una guardia.

Paquito de Asís bajó, contra la opinión de su padre, que temía cualquier catástrofe inesperada, y a la media hora subió contando lo que ocurría:

—Abajo hay una guardia de paisanos.

—¿Con armas?

—Sí, de las que cogieron esta tarde en el Parque... Pero es gente pacífica. Unos llevan sombrero; otros, gorra; éste, montera, y aquél, boina. Parece que están de broma.

—Sí, para bromitas estamos... ¿Y la tropa?

—Se ha retirado al cuartel.

—De modo, ¡Santo Cristo del Perdón!, que estamos en poder de la canalla, de los descamisados, de *las llamadas* masas...

—Han puesto un cartel que dice: «Palacio de la Nación, custodiado por el Pueblo.»

—Sí, buena cuenta darán...—dijo Bringas con dolor vivísimo—. No va a quedar en Palacio ni una hilacha. La suerte es que antes de llegar aquí tienen mucho en que cebarse, y cuando suban a estos barrios, ya estarán tan hartos que...

Continuó durante la noche la intranquilidad. Bringas y otros muchos vecinos no se acostaron e hicieron traer provisiones para muchos días. A cada instante temían verse acometidos por las turbas. Pero, con gran sorpresa, observaron que ningún ruido turbaba la paz augusta del alcázar. Parecía que la institución monárquica dormía aún en él,

tranquila y sosegada, como en los buenos tiempos.

En la mañana del 30 Cándida entró muy sofocada.

—¿No saben lo que pasa?—dijo antes de saludar.

—¿Qué, señora, qué?—preguntaron todos con la mayor ansiedad, creyendo que algo muy estupendo había ocurrido.

—Pues que esa pobre gente que custodia a Palacio no ha cenado en toda la noche. Desde media tarde de ayer están ahí, y nadie se ha acordado de mandarles algo con que alimentarse. Yo no sé en qué piensa la Junta, porque han de saber que hay una Junta que llaman revolucionaria; ni el Ayuntamiento. Crea usted que da lástima verlos. Yo bajé esta mañana y estuve hablando con ellos. No crea usted, señor don Francisco, unos pobrecillos, almas de Dios... Como no nos manden acá otros descamisados que ésos, ya podemos echarnos a dormir. Algunos se subieron a las habitaciones reales, y andaban por allí hechos unos bobos, mirando a los techos. Otros preguntaban por las cocinas. ¡Era un dolor, una cosa atroz, hijo, verlos muertecitos de hambre! Me daba una lástima, que no puede usted figurarse. Mis vecinas y otras muchas personas del tercero les han bajado al fin alguna cosilla, y en el portal grande están sentados en grupos. Para una tortilla hay treinta bocas; para una botella de vino, cincuenta. En fin, es una risa. Baje usted y verá, verá. No hay miedo; son unos angelotes. ¿Robar? Ni una hebra. ¿Matar? Si acaso, alguna paloma. Dos o tres de ellos se han entretenido en cazar a nuestras inocentes vecinas; pero con muy mala fortuna. Los revolucionarios tienen mala puntería.

—¡Pobres palomas!... En efecto—dijo Bringas— ya he sentido tiros esta mañana.

—Pocas han caído. A mí me han regalado tres, gordísimas... Le digo a usted que esos infelices son la mejor gente del mundo.

—A mí que no me digan—exclamó Bringas, amostazado—. Eso no cuela, eso es patraña. Aquí hay algún intríngulis. Y si es verdad lo que usted dice, ésa no es canalla, lo repito, ésa no es canalla; son caballeros... disfrazados.

L

Cuando las cosas marcharon con regularidad y se aseguró en Madrid el orden, apenas turbado, y la Junta se apoderó de Palacio en toda regla, nombrando quien lo custodiase, y estableciendo en él una guardia del ejército, los habitantes del barrio palatino se tranquilizaron por completo respecto de su seguridad personal; mas otra especie de inquietud los embargaba, y era que no tardarían en ser expulsados de lo que había venido a ser el *Palacio de la Nación*. Muchos empezaron a hacer sus cábalas para quedarse. Otros, como Bringas, querían manifestar a la revolución su desprecio, desalojando en seguida la vivienda que no les pertenecía. Tuve ocasión de conocer y apreciar los sentimientos de cada uno de los habitantes de la ciudad en este particular, porque mi suerte o mi desgracia quiso que fuese yo el designado por la Junta para custodiar el coloso y administrar todo lo que había pertenecido a la Corona. Desde que me instalé en mi oficina faltábame tiempo para oír a los vecinos angustiados de la ciudad. A algunos, por razón de su cargo, no había más remedio que dejarlos, pues ellos solos conocían ciertos pormenores administrativos que debían conservarse. En este caso estaban los guardamuebles y la guardarropa. Otros exponían sutiles razones para no salir, y no faltó quien alegase méritos revolucionarios para ser inquilino de la Nación, como antes lo había sido de la Monarquía. Todos traían cartas de recomendación de diferentes personajes caídos o por caer, levantados o por levantar, pidiendo con ellas, o bien alojamiento perpetuo, o bien prórroga para mudarse. La viuda de García Grande trájome una carga tan espantosa de tarjetas y cartas, que, por no leerlas, le permití que ocupara su cuarto todo el tiempo que quisiera.

Yo sabía que Bringas deseaba salir inmediatamente. Pero su esposa fué a verme para suplicarme que les permitiese estar un mes en Palacio, mientras buscaban casa, a lo que accedí de muy buen grado. Hablando de aquellos extraordinarios y nunca vistos sucesos, díjome la distinguida señora que ella no miraba la revolución con ojos tan implacables como su marido; que confiaba en la vuel-

ta de la reina, porque los españoles no se podían pasar sin ella, y que, en tanto, había que esperar los sucesos para juzgarlos. Vendrían seguramente tiempos distintos, otra manera de ser, otras costumbres; la riqueza se iría de una parte a otra: habría grandes trastornos, caídas y elevaciones repentinas, sorpresas, prodigios y ese movimiento desordenado e irreflexivo de toda sociedad que ha vivido mucho tiempo impaciente de una transformación. Por lo que la Bringas dijo, fuera en estos términos o en otros que no recuerdo, vine a comprender que la imaginación de la insigne señora se dejaba ilusionar por lo desconocido.

Quise tener con Bringas la consideración de subir a notificarle personalmente que podía permanecer en la vivienda todo el tiempo que quisiera. Pero él, dándome las gracias, aseguró que no quería deber favores a la titulada Nación y que no veía las santas horas de salir de allí. Pez estaba presente, y hablamos todos de los sucesos de aquellos días y de la Junta y del Gobierno provisional que se acababa de formar. A Bringas le sacaba de quicio que Pez no estuviese tan indignado como debía esperarse de sus antecedentes. Pero éste, con reposado lenguaje y juicioso sentido, se defendía enalteciendo la teoría de los hechos consumados, que son la clave de la Política y de la Historia. «Pues qué, ¿vamos a derramar torrentes de sangre?—decía—. ¿Qué ha pasado? Lo que yo venía diciendo, lo que yo venía profetizando, lo que yo venía anunciando. Hay que doblar la cabeza ante los hechos, y esperar, esperar a ver qué dan de sí estos señores.» Además, el gran Pez creía que la Unión Liberal en la revolución era una garantía de que ésta no iría por caminos peligrosos. El esperaba tranquilo y cesante, y había dicho a los septembrinos: «Ahora veremos qué tal se portan ustedes. Yo creo que lo harán lo mismo que nosotros, porque el país no los ha de ayudar...» ¡Y qué feliz casualidad! Casi todos los individuos que compusieron la Junta eran amigos suyos. Algunos tenían con él parentesco, es decir, que eran algo Peces. En el Gobierno provisional tampoco le faltaban amistades y parentescos, y dondequiera que volvía mi amigo sus ojos, veía caras pisciformes. Y antes que casualidad, llamemos a esto Filosofía de la Historia.

Mil reiteradas instancias no hicieron desistir a Bringas de su propósito de desalojar la casa. Su señora, que entró en mi despacho a darme gracias el día mismo de la mudanza, díjome que había tomado una casa muy modesta, pero que tomaría otra mejor, pues ella no podía vivir en un tugurio estrecho y más alto que la torre de Santa Cruz. ¡Bringas, cesante; Paquito, cesante! Esta situación era verdaderamente un cataclismo económicobringuístico, y no inducía a pensar en grandezas. Pero de un modo o de otro, la familia tenía que hacer esfuerzos para no desmerecer de su dignidad tradicional y mostrarse siempre en el mismo pie decoroso. «En estas críticas circunstancias—me dijo después de una larga conferencia en que me agració con miradas un tanto flamígeras—, la suerte de la familia depende de mí. Yo la sacaré adelante.»

Cómo se las compondría para este fin es cosa que no cae dentro de este relato. Las nuevas trazas de esta señora no están aún en nuestro tintero. Lo que sí puede asegurarse, por referencias bien comprobadas, es que en lo sucesivo supo la de Bringas triunfar fácilmente y con cierto donaire de las situaciones penosas que le creaban sus irregularidades. Es punto incontrovertible que, para saldar sus cuentas con Refugio y quitarse de encima esta repugnante mosca, no tuvo que afanarse tanto como en ocasiones parecidas, descritas en este libro. Y es que tales ocasiones, lances, dramas mansos, o como quiera llamárselos, fueron los ensayos de aquella mudanza moral, y debieron de cogerla inexperta y como novicia.

Francamente, naturalmente, los vi salir con pena. El día que salieron, la ciudad alta parecía una plaza amenazada de bombardeo. No había en toda ella más que mudanzas, atropellado movimiento de personas y un trasiego colosal de muebles y trastos diversos. Por las oscuras calles no se podía transitar. Gozaba extraordinariamente con aquel espectáculo Alfonsito Bringas, que habría deseado encargarse del transporte de todo en carros de su propiedad.

Al ratoncito Pérez daba lástima verle. Apoyado en el brazo de su señora, andaba con lentitud, la vista perturbada, in-

decisa el habla. Serena y un tanto majestuosa, Rosalía no dijo una palabra en todo el trayecto desde la casa a la plaza de Oriente, mas de sus ojos elocuentes se desprendía una convicción orgullosa, la conciencia de su papel de piedra angular de la casa en tan aflictivas circunstancias.

En términos precisos oí esto mismo de sus propios labios más adelante, en recatada entrevista. Estábamos en plena época revolucionaria. Quiso repetir las pruebas de su ruinosa amistad, mas yo me apresuré a ponerles punto, pues si parecía natural que ella fuese el sostén de la cesante familia, no me creía yo en el caso de serlo, contra todos los fueros de la moral y de la economía doméstica.

FIN DE
«LA DE BRINGAS»

LO PROHIBIDO

(1884-1885)

NOTA PRELIMINAR

Poco a poco, *Galdós jué paseando su finísima perspicacia y su observación minuciosa sobre los distintos planos de la sociedad española. En* La Desheredada *y en* El doctor Centeno *se enfrentó con la plebe, con la horda, con los desharrapados, con los que necesitan de todo porque nada poseen. Galdós se metió en los chamizos y en los sotabancos, y se entremetió en las pasiones primigenias y sucintas por ende, y se sometió al lenguaje áspero, a la idea roma y al sentimiento balbuciente. ¡Y nos pareció Galdós un bohemio más empedernido, un hampón auténtico! Nos parecía verle rebozado en su propia salsa. En* Tormento *y en* La de Bringas *sube unos escalones, se encara con otras categorías sociales más selectas: la clase media cursiloncilla y pobretona, la pequeña burguesía, aún no suficientemente afirmada en sus conquistadas posiciones; los seres del quiero y no puedo del todo, los de la lucha diaria, titánica, para avanzar a paso lento y pesado de tortuga; las almas admirables que no desilusionan por empezar a trepar una montaña ingente. ¡Y nos pareció Galdós un empleadillo más de unos miles de reales con descuento, un horterilla adocenado y casi pudiente de la frase relamida! ¡Tan admirablemente conocía las casas de huéspedes de tres pesetas, las oficinas y covachuelas oficiales, los secretillos del escaparate, del mostrador y de la trastienda; los* paraísos *de los teatros de barrio, los compases de los bailes de costanilla! Con* El amigo Manso *y con* Lo prohibido, *Galdós, más audaz, aborda a la clase media adinerada, a los nobles* un poco venidos a menos, *a los hombres de negocios bursátiles, al clero de los aledaños de la prelatura, a los políticos cuya cima es una Dirección General y cuya mínima conformidad es un Gobierno Civil... ¿Acierta Galdós a moverse en este ambiente de din y don recalificados o recalcados?*

A todos los grandes novelistas los ha tentado la aristocracia, el copete, la espuma. Casi todos han intentado escribir su novela de la clase alta. Así el padre Coloma, y la condesa de Pardo Bazán, y Palacio Valdés, y Alarcón, y Valera... Y justo es afirmar que, con la excepción del insigne jesuita, todos han atinado menos cuando se anduvieron por las ramas más altas.

De cuantos reparos se le han hecho a Galdós por la crítica adversa, es quizá el más exacto la afirmación de su falta de espontaneidad y acierto para tratar a los aristócratas. A los marqueses, a los condes de Galdós se les ve demasiado lo linfático y lo estudiado; carecen de solera. En una palabra: no han mamado su sangre azul. Después de dos o tres generaciones pasadas a conciencia por el alambique, los nobles de Galdós lo parecerán por completo. Cuando el genial novelista atina—y afina—más, recuérdese su formidable conde de Albrit, es porque hizo del aristócrata un señor medieval brioso, bravo, patético, poco amigo de requilorios y de finustiquerías, con pasiones enteras y crudas.

En Lo prohibido *hace Galdós el estudio de una familia* distinguida *de neuróticos: la de Bueno de Guzmán, con solera gaditana muy antigua y bien catada, que ya* madrea *su aristocracia debidamente. Don Rafael Bueno de Guzmán, padre de Raimundo, María Juana, Eloísa y Camila, «padece manía de creer, de cuando en cuando, que anda como colgado, como suspendido, que le falta tierra sólida en la que apoyarse». Raimundo es un enfermo «de hidropesía imaginativa»; es un abúlico, no hace nada a derechas, cree sufrir un comienzo de reblandecimiento cerebral, cuyo progreso mide por la limpieza o turbiedad de la dicción de cierta fórmula—trabalenguas—que ha inventado: «En el triple trapecio de Trípoli trabajan trigonométricamente trastrocados...» María Juana padece cefalalgias, acedías, misantropías... y la impresión obsesionante, a veces, de tener entre los dientes un trozo de paño que debe triturar, deshilachar, tragar... Eloísa sufre la sensación de tener una pluma de ave atravesada en la garganta. Camila, que,* al parecer, *se ha librado de estos motivos obsesivos, no está, sin embargo, limpia de venales, de instintos anormales. Ella, tan bella, tan delicada, siente una pasión puramente sexual por un zopenco ordinario, sucio, feo... Y el primo rico, soltero, guapo, José María, es un erótico insaciable, más cerebral que genital. José María es el único, ¡extraña conclusión!, que se mueve impulsado por su anormalidad. Todo su tiempo, todo su dinero, toda su salud, toda su voluntad, los emplea en conquistar, en conseguir mujeres, sin que le detengan los valladares del parentesco, del honor ajeno, de la propia estimación. Pero sus primos, su tío... No creemos que las taras neuróticas tengan nada que ver con sus actos. Ni los originan. Ni los influyen. Ni los disculpan. ¿Qué relación guarda una pluma de ave atravesada en la garganta de Eloísa con sus afanes de lujos, con sus costumbres suntuarias, con su condición voluptuosa, con su desdén por la moral social y aun casera? ¿Qué paridad se encontrará entre el trozo de paño que María Juana piensa tener entre los dientes y su silencioso deseo morboso de adulterio, al que si no sucumbe es porque el galán amado no insiste en el cerco? ¿Qué semejanza existe entre la* hidropesía imaginativa *de Raimundo y su cuquería de vivir de* prestado, *de no trabajar, de divertirse de lo lindo? Al mismo grave varón don Rafael, su sentimiento de levedad, de levitación, no le impide huir de cuanto pueda ser causa de enojo o disgusto; hace como que no se entera de nada, y con esta ya rancia filosofía vive lo mejor que sabe y puede.*

Indudablemente, creyó Galdós que era imprescindible, para justificar las acciones de sus criaturas, aquejarlas de males hereditarios; de esos males fatales *de los que ni los dioses, semidioses o héroes pudieron librarse.* Lo prohibido *es una de las más bellas e intensas novelas que se han escrito en castellano. Para* Clarín, *la más profunda, la más humana,* la más novela, *sobre todo, que se publicó el año 1884, fecundísimo en hermosas novelas, entre ellas la archifamosa de Pereda,* Sotileza. Lo prohibido *no es, desde luego, felizmente, esa obra acabadita, redondeadita, que tanto gusta a esa gente aficionada a definir con* lo bonito *y* lo feo, *con el* está bien *o con el* está mal. Lo prohibido *deja, como la Vida en las vidas, muchos cabos sueltos. El lector, luego de saborearla, tendrá que seguir pensando en ella, que cavilar acerca de muchos de sus interrogantes y de sus puntos suspensivos. Como cada vida en la Vida. ¡Lo natural! ¡Lo lógico! En* Lo prohibido, *lo aparente es bien poca cosa; así lo asevera la grave crítica. En lo* no aparente, *¡qué sucesión de notas emocionantes!, ¡qué derroche de sugestivas entonaciones sentimentales!, ¡qué fuerza tan enorme de espiritual trascendencia!* Lo prohibido *es un estudio sutil, y muy aproximado a la exactitud, de la mísera vida, holganza, viciosa y enfermiza, de un sector de la pobretería espiritual española encopetada.* Lo prohibido *es una diatriba elocuente contra el dinero mal conseguido y mal gastado «en tonterías y en locuras, en sobornar a la virtud y en levantar templos a la prostitución».* Lo prohibido *es una repulsa insobornable de la vanidad antipática e irracional de ciertas clases; de esas que fingen fortunas, que gastan como si las tuvieran, que venden cuerpos y honras por trapos y muebles y joyas, que* hacen *frases que ellos creen ingeniosas y graciosas.*

En Lo prohibido, *los personajes son algo excepcional. «Camila es, sin duda, la*

mujer más hembra, más graciosa, más viva y fuerte que ha pintado hasta ahora ningún novelista español moderno. La historia de la virtud sencilla, natural, mitad virtud, mitad salud, poética hasta lo sublime, con apariencias prosaicas, es lo más interesante y lo más bello del libro.» (CLARÍN.) *José María Bueno de Guzmán, caprichoso, vago, erótico hasta la exageración, rico, tiene un empague tan acusado y saliente, que, pese a que le vemos morir en la novela, sabemos que no morirá nunca, que anda por ahí, cada día, a la caza de la hembra prohibida. Pues ¿y ese Pepito, niño, hijo de Eloísa y Pepe Carrillo? ¡Qué terriblemente doloroso y humano es ese amor que siente por José María, el amante de su madre! Le mira y le escucha embobado. Le recuerda con ternura. Le obedece con idolatría. María Juana es la hembra pagana que no pecará mientras la ocasión no se le presente. Tiene la humana divina mentalidad—afectada impunemente por el sexo—de una Artemisa o de una Juno...*

PRIMERA PARTE

I

REFIERO MI APARICIÓN EN MADRID, Y HABLO LARGAMENTE DE MI TÍO RAFAEL Y DE MIS PRIMAS MARÍA JUANA, ELOÍSA Y CAMILA

I

En septiembre del 80, pocos meses después del fallecimiento de mi padre, resolví apartarme de los negocios, cediéndolos a otra casa extractora de Jerez tan acreditada como la mía; realicé los créditos que pude, arrendé los predios, traspasé las bodegas y sus existencias y me fuí a vivir a Madrid. Mi tío (primo carnal de mi padre), don Rafael Bueno de Guzmán y Ataide, quiso albergarme en su casa; mas yo me resistí a ello, por no perder mi independencia. Por fin supe hallar un término de conciliación, combinando mi cómoda libertad con el hospitalario deseo de mi pariente; y alquilando un cuarto próximo a su vivienda, me puse en la situación más propia para estar solo cuando quisiese o gozar del calor de la familia cuando lo hubiese menester. Vivía el buen señor, quiero decir, vivíamos en el barrio que se ha construído donde antes estuvo el Pósito. El cuarto de mi tío era un principal de dieciocho mil reales, hermoso y alegre, si bien no muy holgado para tanta familia. Yo tomé el bajo, poco menos grande que el principal, pero sobradamente espacioso para mí solo, y lo decoré con lujo, y puse en él todas las comodidades a que estaba acostumbrado. Mi fortuna, gracias a Dios, me lo permitía con exceso.

Mis primeras impresiones fueron de grata sorpresa en lo referente al aspecto de Madrid, donde yo no había estado desde los tiempos de González Bravo. Causábanme asombro la hermosura y amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de las personas; los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas, no inferiores, por lo que desde la calle se ve, a las de París o Londres, y, por fin, los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas. Esto y otras cosas que observé después en sociedad hiciéronme comprender los bruscos adelantos que nuestra capital había realizado desde el 68, adelantos más parecidos a saltos caprichosos que al andar progresivo y firme de los que saben adónde van; mas no eran por eso menos reales. En una palabra, me daba en la nariz cierto tufillo de cultura europea, de bienestar y aun de riqueza y trabajo.

Mi tío es un agente de negocios muy conocido en Madrid. En otros tiempos desempeñó cargos de importancia en la Administración: fué primero cónsul; después, agregado de Embajada; más tarde, el matrimonio le obligó a fijarse en la corte; sirvió algún tiempo en Hacienda, protegido y alentado por Bravo Murillo, y al fin las necesidades de su

familia le estimularon a trocar la mezquina seguridad de un sueldo por las aventuras y esperanzas del trabajo libre. Tenía moderada ambición, rectitud, actividad, inteligencia, muchas relaciones; dedicóse a agenciar asuntos diversos, y al poco tiempo de andar en estos trotes se felicitaba de ello y de haber dado carpetazo a los expedientes. De ellos vivía, no obstante, despertando los que dormían en los archivos, impulsando a los que se estacionaban en las mesas, enderezando como podía el camino de algunos que iban algo descarriados. Favorecíanle sus amistades con gente de este y el otro partido y la vara alta que tenía en todas las dependencias del Estado. No había puerta cerrada para él. Podría creerse que los porteros de los ministerios le debían el destino, pues le saludaban con cierto afecto filial y le franqueaban las entradas considerándole como de casa. Oí contar que, en ciertas épocas, había ganado mucho dinero poniendo su mano activa en afamados expedientes de minas y ferrocarriles; pero que en otras su tímida honradez le había sido desfavorable. Cuando me establecí en Madrid, su posición debía de ser, por las apariencias, holgada sin sobrantes. No carecía de nada, pero no tenía ahorros, lo que en verdad era poco lisonjero para un hombre que, después de trabajar tanto, se acercaba al término de la vida y apenas tenía tiempo ya de ganar el terreno perdido.

Era entonces un señor menos viejo de lo que parecía, vestido siempre como los jóvenes elegantes, pulcro y distinguidísimo. Se afeitaba toda la cara, siendo esto como un alarde de fidelidad a la generación anterior, de la que procedía. Su finura y jovialidad, sostenidas en el fiel de balanza, jamás caían del lado de la familiaridad impertinente ni del de la petulancia. En la conversación estaba su principal mérito y también su defecto, pues sabiendo lo que valía hablando, dejábase vencer del prurito de dar pormenores y de diluir fatigosamente sus relatos. Alguna vez los tomaba tan desde el principio, y adornábalos con tan pueriles minuciosidades, que era preciso suplicarle por Dios que fuese breve. Cuando refería un incidente de caza (ejercicio por el cual tenía gran pasión), pasaba tanto tiempo desde el exordio hasta el momento de salir el tiro, que al oyente se le iba el santo al cielo distrayéndose del asunto, y en sonando el *pum*, llevábase un mediano susto. No sé si apuntar como defecto físico su irritación crónica del aparato lagrimal, que a veces, principalmente en invierno, le ponía los ojos tan húmedos y encendidos como si estuviera llorando a moco y baba. No he conocido hombre que tuviera mayor ni más rico surtido de pañuelos de hilo. Por esto y su costumbre de ostentar a cada instante el blanco lienzo en la mano derecha o en ambas manos, un amigo mío, andaluz, zumbón y buena persona, de quien hablaré después, llamaba a mi tío la *Verónica*.

Mostrábame afecto sincero, y en los primeros días de mi residencia en Madrid no se apartaba de mí, para asesorarme en todo lo relativo a mi instalación y ayudarme en mil cosas. Cuando hablábamos de la familia y sacaba yo a relucir recuerdos de mi infancia o anécdotas de mi padre, entrábale al buen tío como una desazón nerviosa, un entusiasmo febril por las grandes personalidades que ilustraron el apellido de Bueno de Guzmán, y sacando el pañuelo, me refería historias que no tenían término. Conceptuábame como el último representante masculino de una raza fecunda en caracteres, y me acariciaba y mimaba como a un chiquillo, a pesar de mis treinta y seis años. ¡Pobre tío! En estas demostraciones afectuosas, que aumentaban considerablemente el manantial de sus ojos, descubría yo una pena secreta y agudísima, espina clavada en el corazón de aquel excelente hombre. No sé cómo pude hacer este descubrimiento; pero tenía certidumbre de la disimulada herida cual si la hubiera visto con mis ojos y tocado con mis dedos. Era un desconsuelo profundo, abrumador, el sentimiento de no verme casado con una de sus tres hijas; contrariedad irremediable, porque sus tres hijas, ¡ay dolor!, estaban ya casadas.

II

En la primera ocasión que se presentó, mi tío habló de sus tres yernos con muy poco miramiento. El uno era egoísta; el otro pobre y vanidoso; el tercero, una mala persona. De confidencia en confidencia llegó hasta las más íntimas y delicadas, acusando a su esposa de preci-

pitación en el casorio de las hijas. De esto colegí que mi tía Pilar, señora indolentísima y de cortos alcances, por quedarse libre y descansar del enfadoso papel de mamá casamentera, había entregado sus niñas al primer hombre que se presentó, llovido en paseos y teatros. También pudo ser que ellas se sobrepusieran a la disciplina paterna, apegándose al primer novio que les deparó la ilusión juvenil.

No habían pasado quince días de mi instalación cuando me puse malo. Desde niño padecía yo ciertos achaquillos de hipocondría, desórdenes nerviosos, que con los años habían perdido algo de su intensidad. Consistían en la ausencia completa del apetito y del sueño, en una perturbación inexplicable que más parecía moral que física, y cuyo principal síntoma era el terror angustioso, como cuando nos hallamos en presencia de inevitable y cercano peligro. Con intervalos de descanso melancólico, mi espíritu experimentaba aquel acceso de miedo inmenso que la razón no podía atenuar, ni la realidad visible combatir; miedo semejante al que sentiría el que, cayéndose sobre la vía férrea y no pudiendo levantarse, viera que el pesado tren se acercaba, le iba a pasar por encima... Cuando me ponía así, la vista de personas extrañas me excitaba más. Dábanmes ganas de pegar a alguien o de injuriar por lo menos a los que me visitaban, y padecía mucho conteniéndome. Por esta razón no quería recibir a nadie, y mi criado, que ya conoce bien este flaco mío y otros, no dejaba que llegase a mi presencia ni una mosca. Difícil era en Madrid extremar la consigna. Ni valían estos rigores con mi tío, el cual, atropellando la guardia, se colaba de rondón en mi gabinete. Y era que creía de buena fe llevarme en sus largos discursos la mejor medicina de mi mal; jactábase de conocerlo a fondo, y en vez de hablarme de cosas que engañosamente llevaran mi espíritu a esfera distinta de mi padecer, estimaba más eficaz encararlo con éste, hacerle meter la cabeza en él valientemente, como se corrige a los caballos espantadizos, acercándolos a los mismos objetos de que huyen. Díjome primero en su festivo exordio que aquello era el mal del siglo, el cual, forzando la actividad cerebral, creaba una diátesis neuropática constitutiva en toda la Humanidad. Esto se lo había dicho Augusto Miquis la noche antes. Por eso lo sabía y lo repetía como papagayo, sin entender una jota de Medicina. En lo que principalmente hacía hincapié mi tío Rafael era en dar a mi dolencia la importancia histórica de un mal de familia, que se perpetuaba y transmitía en ella como en otras el herpetismo o la tisis hereditaria.

—Todos padecemos, en mayor o menor grado—me dijo, amplificando mucho la relación que voy a extractar—, los efectos de una imperfeccioncilla nerviosa, cuyo origen se pierde en la crónica oscura de los primeros Buenos de Guzmán de que tengo noticia. En nuestra familia ha habido individuos dotados de cualidades eminentes, hombres de gran talento y virtudes; pero todos han tenido una flaqueza; llámala, si quieres, chifladura; bien pasión invencible que les ha descarriado la vida, bien manía más o menos rara que no afectaba a la conducta. A unos les ha tocado el daño en el cerebro, a otros en el corazón. En algunos se ha visto que tenían una organización admirable, pero que les faltaba, como se suele decir, la catalina. Por esto, abundando tanto en nuestra familia las altas prendas de entendimiento y de carácter, ha habido en ella tantos hombres desgraciados. No han faltado en la raza tragedias lastimosas, ni enfermedades crónicas graves, ni los manicomios han carecido en sus listas del apellido que llevamos. En cuanto a las mujeres, las ha habido ilustrísimas por la virtud, algunas heroicas; pero también las hemos tenido de temperamentos tan exaltados, que más vale no hablar de ellas.

Parecíame algo fantástico lo que me contaba aquel hablador sempiterno, que, por lucir el ingenio, era capaz de alimentar su facundia con materiales de invención.

—Usted hubiera sido un gran novelador—le dije; y él, acercándose más a mí, prosiguió de este modo:

—Recorre la historia de la familia en los individuos más cercanos, y verás cómo hay en ella una singularidad constitutiva que viene reproduciéndose de generación en generación, debilitándose al fin, pero sin extinguirse nunca. ¡Ah!, nosotros, los Buenos de Guzmán, somos muy *célebres*. Si contara lo que sé de

todos, no acabaría en tres meses. Sólo diré que mi abuelo, bisabuelo tuyo, era un hombre que a lo mejor se envolvía en una sábana y andaba de noche por las calles de Ronda, haciendo de fantasma para asustar al pueblo.

Tu abuelo, hermano de mi padre, se hizo construir un panteón magnífico para él solo, quiero decir, que ninguna otra persona de la familia se había de enterrar en él. Pero en el testamento dispuso que le fueran poniendo al lado los cuerpos de todos los niños pobres que se murieran en Ronda. Y así se hizo. En treinta años fueron sepultados allí más de doscientos cadáveres de ángeles. El tal tenía pasión por los niños ajenos. Acusábasele de haber aumentado considerablemente la raza humana, pues fué el primer galanteador de su tiempo.

Tu tío Paco, hermano también de mi padre, no tuvo otra manía que criar gallinas y encuadernar. Coleccionaba papeletas de entierro, y hacía libros con ellas.

Tu papito, hijo del del panteón, merece capítulo aparte. Fué el hombre más guapo de Andalucía. A él has salido tú, y llevas su retrato en la cara. Fué también el primer enamorado de su tiempo, y jamás puso defecto a ninguna mujer, porque le gustaban todas, y en todas encontraba algún *incitativo melindre,* que dijo el otro. Cuando se casó con la inglesa, tu madre, creímos que se corregiría; pero ¡quia!, tu mamá pasó muchas amarguras. Demasiado lo sabes.

Vamos ahora a mi rama. Mi padre se sabía el *Quijote* de memoria, y hacía con aquel texto incomparable las citas más oportunas. No había refrán de Sancho ni sentencia de su ilustre amo que él no sacase a relucir oportuna y gallardamente, poniéndolos en la conversación, como ponen los pintores un toque de luz en sus cuadros. Cito esto porque también corrobora lo que voy contando. Hacía excelentes cometas, y compuso una obra sobre los alfajores de la tierra.

De mis hermanos algo sabes tú; pero algo puedo añadir a tus noticias. Javier fué la esperanza de mi padre. Era precocísimo; tuvo, como tú, esas melancolías, ese temor de que se le caía encima un monte. De pronto le entró la manía mística, dando en la flor de tener éxtasis y visiones. Mi padre, que quería que fuese marino, se disgustó. No había más remedio que meterle en la Iglesia. Estudió en el Seminario de Baeza, cuatro años, hasta que... Ya sabes que se fugó del Seminario y se casó con una aldeana. Fué dichoso, tuvo después mucha salud y no padecía más que unos fuertes ataques de dentera, que le hacían sufrir mucho. Su mujer paría siempre gemelos.

Mi hermano Enrique tenía un carácter grave, prodigiosa habilidad mecánica, delicadezas de mujer y un horror invencible a las aceitunas. Sólo de verlas se ponía malo. Hizo, de corcho, el famoso Tajo y el puente de Ronda. Mi padre quería que fuese a estudiar a Sevilla, pero repugnábanle los libros. Enamoróse perdidamente de una joven de buena familia. Eran novios, y no había inconveniente en que se casaran. Pero de la noche a la mañana, Enrique empezó a caer en melancolías. Le acometió la idea de que no podía casarse, por carecer de facultades varoniles. ¡Pobre Enrique! Acabó en el manicomio de Sevilla a fines del cincuenta y cuatro.

Mi hermana Rosario no dió más señales de la infección hereditaria que el tener toda su vida violentísimo odio a los perros. No los podía ver, y lo mismo era oír un ladrido que ponerse a temblar. Casó con Delgado, y en su hijo Jesús aparece pujante el mal. Tú no le has visto. Es un ser inocentísimo, que se pasa la vida escribiéndose cartas a sí mismo.

De mis hermanos sólo quedamos Serafín y yo. Serafín fué siempre el más robusto de todos. Era un mocetón, la gala de Ronda y el primer alborotador de sus calles de noche y de día. Por su vigorosa salud y su constante buen humor, parecía tener completos los tornillos de la cabeza. Pusiéronle a estudiar Marina en San Fernando, y se distinguió por su aplicación y laboriosidad. Salió a oficial el cuarenta y tres, y su carrera ha sido muy brillante. Estuvo en Abtao, en el desembarco de Africa, en el Pacífico. Hoy es brigadier retirado y vive en Madrid, donde no hace más que pasearse. Tú le conoces. Pero ¿a que no sabes todavía en qué consiste y de qué manera tan extraña se ha manifestado en él, al cabo de la vejez, esa maldita quisicosa que no ha perdonado a ningún Bueno de Guzmán? Te lo diré en confianza. Cuando le trates más, verás en

Serafín el hombre más completo que puedes figurarte, el tipo del caballero atento, discreto y cumplido, el veterano valiente y pundonoroso, y seguirás teniéndole en el más elevado concepto hasta que descubras su flaco, el cual es de tal naturaleza, que casi me da vergüenza hablar de él. Pues Serafín ha adquirido la maña..., no me atrevo a llamarla de otro modo..., de coger con disimulo tal o cual objeto que ve en las casas de visita, metérselo en el bolsillo... ¡y llevárselo! No sabes los disgustos que hemos tenido... Nada; no te lo explicas, ni yo tampoco, ni él mismo sabe dar cuenta de cómo lo hace y por qué lo hace Es un misterio de la Naturaleza, una aberración cerebral... Veo que te pasmas... Pues, nada: entra mi hombre en una librería, acecha el momento en que los dependientes están distraídos, agarra un libro, se lo guarda en el bolsillo del *carrik*, y abur. En varias casas ha cogido chucherías de esas que ahora se estila poner sobre los muebles, y hasta perillas de picaportes, aldabas de puertas, tapones de botellas. Me ha confesado que siente un placer inmenso en esto; que no sabe por qué lo hace; que es cosa de las manos..., qué sé yo..., mil desatinos que no entiendo.

Bien podría ser la relación de mi tío, como he dicho antes, puramente fantástica, una de esas improvisaciones que acreditan el numen de los grandes habladores; pero fuese verdad o mentira, a mí me entretenía y agradaba en extremo. Pendiente de sus palabras, sentía yo que éstas se acabasen, y con ellas, la historia, cuyos pormenores referentes a dolencias ajenas eran eficaz bálsamo de la mía. Parecíame que faltaba aún lo más interesante, esto es, saber en qué grado estaban mi propio tío y su descendencia tocados del mal de familia, o si por ventura se habían librado ya de tan pertinaz enemigo. Echóse a reír llorando cuando le manifesté esta curiosidad, y prosiguió de este modo:

III

—Me parece, querido, que yo soy, entre todos los Buenos de Guzmán, el que menor lote ha sacado de esa condenada maleza. La actividad de mi vida, el afán diario de los negocios, la aplicación constante del espíritu a cosas reales, me han preservado de graves desórdenes. Sin embargo, sin embargo, no ha sido todo rosas. En ciertas ocasiones críticas, a raíz de un trabajo excesivo o de un disgusto, he sentido..., así como si me suspendieran en el aire. No lo entenderás, ni lo entiende nadie más que yo. Voy por la calle, y se me figura que no veo el suelo por donde ando; pongo los pies en el vacío... Al mismo tiempo experimento la ansiedad del que busca una base sin encontrarla... Pero ando, ando, y aunque creo a cada instante que me voy a caer, ello es que no me caigo. La *suspensión*, como yo llamo a esto, me dura tres o cuatro días, durante los cuales no como ni duermo; luego pasa, y como si tal cosa.

En mis hijos he observado fenómenos diferentes. Raimundo tiene indudablemente un gran desequilibrio en su organismo. No puedo menos de relacionar su carácter con el de otros Buenos de Guzmán, que habiendo tenido, como él, imaginación vivísima, gran aptitud teórica para todas las ramas del saber humano, no han servido para maldita cosa ni supieron hacer nada de provecho. Así es mi hijo Raimundo: un pasmoso talento improductivo, un árbol hermosísimo, cuya pingüe cosecha de flores se pudre antes de ser fruto. De niño era el prodigio de la casa. Híceme la ilusión de tener un hijo que llegaría a los puestos más altos de la Nación. Pero creció, y me encontré con un soñador, con un enfermo de hidropesía imaginativa. No le falta un tornillo: yo creo que le sobra. En aquella cabeza hay algo de más. Tres o cuatro cerebros dentro de un cráneo no pueden funcionar sin estorbarse y producir un zipizape de todos los demonios.

Paso a mis tres hijas. En ellas observo el maleficio de familia tan gastado ya, que es como un agente químico, cuyas propiedades se extinguen y acaban con el mucho uso. Y eso que son mujeres, y en opinión mía (que será un disparate fisiológico, pero es una opinión) las mujeres tienen más nervio que los hombres. Ninguna de las tres ha presentado hasta ahora desconciertos nerviosos que me pongan en cuidado, a excepción de aquellos que vienen a ser como de rúbrica en el bello sexo, y

sin los cuales hasta parece que perdería parte de sus encantos. María Juana, mi primogénita, es una mujer como hay pocas. ¡Qué buen juicio, qué seriedad de carácter, qué vigor de creencias y opiniones! Te digo que me tiene orgulloso. De cuando en cuando le entran misantropías, cefalalgias, y sufre la inexplicable molestia de cerrar fuertemente la boca por un movimiento instintivo que no puede vencer. Ha tratado de dar explicaciones de lo que siente; pero lo único que le he podido entender es que se figura tener un pedazo de paño entre los dientes, y que se ve obligada, por una fuerza superior a su voluntad, a masticarlo y triturarlo hasta deshacer el tejido y tragarse la lana. Fíjate bien, y verás que es un suplicio horrible. Desde que se casó, estos ataques son poco frecuentes.

La complexión de Eloísa es menos vigorosa que la de su hermana mayor. Guapa como pocas, cariñosísima, dulce, sensible hasta no más, por la menor cosa se altera. Se apasiona pronto y con vehemencia, y en sus afectos no hay nunca tibieza. Era de niña tan accesible al entusiasmo, que no la llevábamos nunca al teatro, porque siempre la traíamos a casa con fiebre. Gustaba de coleccionar cachivaches, y cuando un objeto cualquiera caía en sus manos, lo guardaba bajo siete llaves. Reunía trapos de colores, estampitas, juguetes. Cuando ambicionaba poseer alguna chuchería y no se la dábamos, por la noche le entraba delirio. Sufría la privación en silencio; pero el anhelo de su pobre almita se pintaba en sus lánguidos ojos. De mujer nos ha sorprendido con una simpleza que a veces me parece ridícula, a veces digna de la más viva compasión. Tiene horror a las plumas, no a las de escribir, sino a las de las aves, y, por tanto, horror a todo lo volátil. Pregúntale sobre esto, y te dirá que la acompaña casi constantemente, pero unos días más que otros, la penosa sensación de tener una pluma atravesada en la garganta sin poder tragarla ni expulsarla. Es terrible, ¿verdad? Se pone nerviosísima a la vista de un canario. En la mesa no hay quien le haga comer un ave, por bien asada que esté. Hasta las plumas con que se adornan los sombreros le hacen mal efecto, y como pueda las destierra de su cabeza... A veces nos reímos de ella por esto, a veces la compadecemos. Es un ángel de bondad, y su marido (a ti te lo digo en confianza) no merece tal joya.

Por último, mi hija Camila, la menor de las tres, es la menos favorecida en dotes morales. No es esto decir que sea mala. ¡Oh!, no, no la juzgues por la apariencia. Como era la más pequeña, la hemos mimado más de la cuenta, y nos ha salido mal educada. Parece una loca, parece más bien casquivana y superficial; pero yo sé que hay en ella un gran fondo de rectitud. No puedes figurarte la pena que siento cuando oigo decir que Camila acabará en un manicomio. ¡Qué injusticia! Los que tal dicen no la conocen como la conozco yo. Esas prontitudes suyas, esas extravagancias, esas sinceridades tan chocantes y a veces de tan mal gusto, no son más que chiquilladas que se irán curando con la edad. Tres meses ha que se nos casó. Creo que este matrimonio ha sido algo prematuro; pero se puso la niña en tales términos, que una mañana me espeluznó Pilar contándome que la había sorprendido preparando una toma de fósforos disueltos en agua... Ya sentará la cabeza. Si es forzoso que también descubra y señale en Camila una puntada de neurosis, no encuentro otra más merecedora de tal nombre que querer a ese bruto...

Al llegar aquí, la facundia de aquel gran hablador, engolosinada por la sangre de uno de sus yernos, a quien acababa de morder, la emprendió con los tres a un tiempo, dejándolos al fin bastante magullados. Hizo luego de mí, sin venir a cuento, elogios que me avergonzaron. Yo era, según él, un hombre como se ven pocos en el mundo, por las dotes físicas y por las morales. De todo este panegírico saqué otra vez en limpio, leyendo en la intención y en el desconsuelo de mi tío, que éste habría deseado que sus tres hijas fuesen una sola, y que esta hija única suya hubiera sido mi mujer.

Fenómeno singular, que recomiendo a los médicos para que se acuerden de él cuando les caiga un caso de neurosis; lo mismo fué acabar mi tío aquel prolijo cuento, historia o pliego de aleluyas de la calamidad que te aflige, ¡oh perinclita raza de los Buenos de Guzmán!,

me sentí aliviadísimo de la parte que me correspondía por fuero de familia, y este alivio fué creciendo en términos que un rato después me encontraba completamente bien. El ataque había pasado como nube arrastrada por el viento.

IV

Ratos muy buenos pasaba yo en casa de mi tío, donde nunca faltaba animación. Eloísa vivía con sus padres; Camila, en un tercero de la misma casa, pero todo el santo día lo pasaba en el principal; María Juana, que habitaba en el barrio de Salamanca, hacía largas visitas a la casa de Recoletos. Viéndolas allí a todas horas alrededor de su madre, charla que charla, unas veces riendo, otras disputando sobre cualquier tema de actualidad, se habría podido creer que eran solteras si la presencia de los respectivos maridos no lo desmintiese.

Pocas mujeres he visto más arrogantes que María Juana. Era una belleza estatuaria, diosa falsificada, clasicismo vestido, si los mármoles admitieran el corsé de ballenas y las telas modernas. Desde que la conocí, inspiróme más admiración que estima, pues algo va de escultura a persona. Su airecillo presuntuoso no fué nunca de mi agrado. Por aquellos días no había empezado a engordar todavía, y así su engreimiento no tenía la encarnación monumental que ha tomado después. Su marido me fué más simpático. Parecióme un hombre de gran rectitud, veraz, sencillo, con cierta tosquedad no bien tapada por el barniz que le daba su riqueza; callado, prudente, modesto en todo, y muy principalmente en la estatura, pues era uno de los hombres más pequeños que yo había visto. Cuando paseaba con su mujer, por cada dos pasos que ella daba, él tenía que dar tres. Después supe que no era ambicioso, que no aspiraba a ser padre de la patria, ni a fatigar a los órganos de la publicidad con la repetición de su nombre; lo que me sorprendió, pues es de hombres chicos el apetecer cosas altas. Gustaba de la vida oscura, arreglada y cómoda, y sus ideas, poco brillantes, giraban dentro del círculo estrecho del ya anticuado criterio progresista; pero siendo el tal una de las personas que con más sinceridad deploraban los males del país, no tenía la petulancia de creerse llamado, como otros campeones de vulgo, a remediarlos por sí mismo. Contáronme que su origen era humilde. Su padre, que había hecho mucho dinero con los transportes en la primera guerra civil, usaba siempre en Madrid el pintoresco traje de Astorga.

Muerto su padre, Cristóbal Medina heredó con sus dos hermanos una pingüe fortuna. Casó con mi prima dos años antes de mi venida a Madrid, y hasta entonces no habían tenido sucesión, ni después la han tenido tampoco. Viviendo en plácida armonía, en su casa todo era orden y método. Gastaban mucho menos de lo que tenían, y no se señalaban por su generosidad. Así llegó la malicia a tacharlos de sordidez y del prurito de alambicar, apurar y retorcer demasiadamente los números. No sé si era ésta u otra la causa de que tuvieran algunos enemigos, gente quizá desgobernada y maldiciente que persigue con sátiras de mal gusto a los que no tiran el dinero por la ventana. Una señora muy conocida, que fué compañera de colegio de mi prima, y después, por ciertas cuestiones, ha trocado su cariño en odio implacable, le puso un apodo que por suerte no ha prevalecido sino en el círculo de los envidiosos. Recordando que al padre de Cristóbal se le conocía hace cuarenta años por *el ordinario de Astorga,* dió aquella mala lengua en llamar a María Juana *la ordinaria de Medina.*

En cuanto al mérito intelectual de ésta, bastaba tratarla un poco para descubrir en ella ideas muy juiciosas; por ejemplo: dar más valor a las satisfacciones de una conducta honrada que a los vanos éxitos de la vida oficial; preferir los moderados goces de una fortuna bien distribuída a los regocijos escandalosos con que algunas casas ocultan sus trampas y su ruina. De sus conversaciones se desprendía un tufillo puritano, una filosófica reprobación de las farsas sociales, guerra sorda a los que suponen más de lo que son y gastan más de lo que tienen. Pagaba su tributo a la sátira corriente, que se ha hecho amanerada de tanto pasar y repasar por labios españoles, quiero decir, que daba curso a esas resobadas frases que pare-

cen un fenómeno atmosférico, porque las hallamos diluídas en el aire de nuestro aliento y en las ondas sonoras que nos rodean: «¡Oh!, si aquí se trabajara; si no hubiera tanto vago, tanto noble arruinado que vive del juego, tanto abogadillo cesante o ambicioso que vive de las intrigas políticas...» Debo añadir que María Juana había adquirido, no sé si en libros o en algún periódico, ciertas menudencias de saber político, religioso y literario, que eran la admiración mayor de todas las admiraciones que su marido tenía por ella. El amor de Medina principiaba en ternura y acababa en veneración, motivada, sin duda, por la superioridad de ella en todos los terrenos. Tenía este matrimonio muchas y buenas relaciones. ¿Cómo no tenerlas si eran ricos, cuando hasta los más necesitados y humildes se codean aquí con los poderosos, con tal que sepan envolver su miseria en el paño negro de una levita?

V

Mi prima Eloísa era tan guapa como su hermana mayor, y mucho, pero mucho más linda. María Juana era una belleza marmórea; mas Eloísa parecióme obra maestra de la carne mortal, pues en su perfección física creí ver impresos los signos más hermosos del alma humana: sentimiento, piedad, querer y soñar. Desde que la vi me gustó mucho, y la tuve por mujer sin par, lo que todos soñamos y no poseemos nunca, el bien que encontramos tarde y cuando ya no podemos cogerlo en una vuelta inesperada del camino. Cuando vi aquella fruta sabrosa, otro la tenía ya en la mano y le había hincado el diente.

Al poco tiempo de tratarla, mis simpatías se avivaron, y me confirmé en la idea de que sus hechizos personales eran simplemente el engaste de mil galas inestimables del orden espiritual. Figuréme hallar en su cara no sé qué expresión de dolor tranquilo, o bien cierto desconsuelo por verse condenada a la existencia terrestre. Parecía estar diciendo con los ojos: «¡Qué lástima que yo sea mortal!» Al menos así me lo hacía ver mi exaltada admiración. Pronto creí notar en ella un gusto exquisito, un discernimiento admirable para juzgar casi todas las cosas, sin pedantería ni sabiduría, tan natural y peregrinamente como cantan los pájaros, no entendiendo de música. Igual admiración me produjo el sentido práctico que a mi parecer mostraba en las cuestiones y disputas con su mamá y hermanas. Quizá estaba yo alucinado al creer que Eloísa tenía siempre razón.

La diligencia con que sabía atender al aseo, al arreglo y a la apropiada colocación de todas las cosas, me cautivaba más. A medida que iba yo teniendo más confianza con ella, mostrábame nuevas notas de su carácter, en consonancia con las armonías del mío. En su ropero y en una hermosa cómoda antigua tenía colecciones bonitísimas de encajes, de abanicos, de estampas y algunas alhajas de mérito artístico. Al enseñarme aquellos tesoros con tanto amor guardados, solía dejar entrever desconsuelo de que no fueran mejores y de no tener objetos sobresalientes por la riqueza del material y el primor de la obra. El «si yo fuera rica». esa expresión, esa queja universal que sale de los labios de toda persona de nuestros días (y de estos alientos se forma la atmósfera moral que respiramos), brotaba de los suyos con entonación tan patética, que me causaba pena. Por otras conversaciones que tuvimos, hube de atribuirle notable aptitud para apreciar el valor de las acciones humanas, teniendo, por tanto, andada la mitad del camino de la virtud. Todo esto pensaba yo en mi entusiasmo caballeresco y silencioso por aquella perla de las primas. Habríame parecido un ideal humanado, criatura superior a las realidades terrestres, si éstas no estuvieran por aquellos meses inscritas y como estampadas en su contextura mortal. Cuando aquella divinidad me fué conocida, se hallaba en estado interesante. No sé decir si me parecía que ganaba o perdía en ello su carácter ideal. Creo que a ratos la rebajaba a mis ojos, y a ratos la enaltecía, aquella prueba evidente de la reproducción de sus gracias en otro ser.

Una mañana, a los cuatro meses de vivir yo en Madrid, mi criado, al despertarme, díjome que aquella noche la señorita Eloísa había dado a luz un robusto niño con toda felicidad. Grande alegría en la casa. Yo también me alegré mucho. Sentía hacia la que ya era mamá un cariño leal y respetuoso, ver-

dadero cariño de familia, sin mezcla de maldad alguna.

El marido de mi prima Eloísa era noble, quiero decir, aristócrata. Pertenecía a una de esas familias históricas que con los dispendios de tres generaciones han concluído en punta. Pepe Carrillo (Carrillo de Albornoz) había venido haciendo monos a mi primita desde que ella estaba en el colegio, y él en la Universidad. Si se amaron o no formalmente, no lo sabía yo entonces. Sólo me consta que fueron novios más o menos entusiasmados como unos ocho años, y que cumplieron todo el programa de cartitas, soserías y de telegrafía pavisosa en teatros y paseos. Carrillo era pobre por sí; pero tenía en perspectiva la herencia de su tía materna, Angelita Caballero, marquesa de Cicero, que era muy anciana y estaba ciega y medio baldada. Esta condición de presunto heredero de un título y de un capital le hizo interesante a los ojos de mis tíos. Casó con Eloísa cuando ésta había cumplido veinticuatro años. Cuando le conocí estaba el infeliz atenido a un triste sueldo en el Ministerio de Estado; pero la esperanza de la herencia le daba alientos para conllevar su vida oscura.

Tenía buena estampa, fisonomía agradable, maneras distinguidísimas; pero una salud tan delicada y una naturaleza tan quebradiza, que la mitad del año estaba enfermo. Respecto a su saber intelectual y moral, debo decir que mis primeras impresiones le fueron muy favorables. Carrillo era un joven estudioso, discreto, y que anhelaba sin duda honrar la clase a que pertenecía. Quería contarse entre esa docena de personas tituladas que, no satisfechas con saber leer y escribir, aspiran a reconstituir la nobleza como una fuerza social y a rehacer esta importante rueda para engranarla en la mecánica política de la nación. Carrillo, en sus horas de soledad doliente, leía a Erskine May y a Macaulay, deseando saciar en tan ricas fuentes su sed del conocimiento de un sistema admirable, que entre nosotros es pura comedia. Su conversación me declaraba un juicio claro, con pocas ideas propias, pero con aprovechada asimilación de las ajenas.

Pronto hube de observar contraste chocante entre aquel marido de una de mis primas y el marido de la otra, Cristóbal Medina. Este mostraba simpatías hacia instituciones contrarias en absoluto a la humildad de su origen, y dejaba entrever exagerados respetos hacia las clases históricas y castizamente conservadoras, mientras que Carrillo, aristócrata de sangre, no ocultaba su querencia a los sistemas cuyo verbo es la sanción popular. Su mujer le daba alas para esto, poniendo el sello simpático de la aprobación femenina a un orden de ideas que, aun fundadas más bien en lecturas recientes que en añeja convicción, siempre son generosas. Alguien afirmaba que aquel liberalismo del buen Carrillo era un fenómeno de pobreza y señal de lo mucho que tardaba en morirse la marquesa de Cicero, siendo muy probable que todo cambiaría cuando hubiera cuartos que conservar. En aquellos días yo no había podido juzgar aún por mí mismo de asunto tan importante.

VI

Voy ahora con mi prima Camila, la más joven de las tres. Desde que la vi me fué muy antipática. Creo que ella lo conocía y me pagaba en la misma moneda. A veces parecía una chiquilla sin pizca de juicio, a veces una mala mujer. Serían tal vez inocentes sus desfachateces, pero no lo parecían, y el parecer dicen que en achaque de moral no es menos importante que la moral misma. Era una escandalosa, una mal educada, llena de mimos y resabios. No debo ocultar que a veces me hacía reír, no sólo porque tenía gracia, sino porque todo lo que sentía lo expresaba con la sinceridad más cruda. El disimulo, que es el pudor del espíritu, era para ella desconocido; y en cuanto a las leyes del otro pudor, venían a ser, si no enteramente letra muerta, poco menos. No podré pintar el asombro que me causó verla correr por los pasillos de su casa con el más ligero vestido que es posible imaginar. Un día se llegó a mí en paños, no diré menores, sino mínimos, y me estuvo hablando de su marido en los términos más irrespetuosos. A veces, después de correr tras las criadas y hacer mil travesuras, impropias de una mujer casada, se ponía a tocar el piano y a cantar canciones francesas y españolas, algunas tan picantes, que, la verdad, yo hacía como

que no las entendía. A lo mejor, cuando parecía sosegada, se oía un gran estrépito. Estaba en la cocina jugando con las criadas. Su mamá la reñía sin enfadarse, consintiéndolo todo, y aseguraba que era aquello pura inocencia y desconocimiento absoluto del mal. Otras veces dábale por ponerse triste y llorar sin motivo y decir cosas muy duras a su marido, a sus padres mismos, a sus hermanas, a mí, quejándose de que no la queríamos, de que la despreciábamos. Mi tía Pilar, alarmándose al verla así, mandaba preparar abundante ración de tila. Eran los nervios, los pícaros nervios.

Tenía la mala costumbre de hacer desaires a respetables amigos de la casa. Era por esto muy temible, y sus padres pasaron sonrojos por causa de ella. Tenía flexible talento de imitación; remedaba graciosamente la voz y el gesto de todos los de la casa, y de los parientes, amigos y allegados; sabía hablar como las chulas más descocadas y como las beatas más compungidas. Cuando estaba de vena, era una comedia oírla.

Era la menos guapa de las tres hermanas, bastante morena, esbeltísima, vigorosa, saludable como una aldeana, y se jactaba de que jamás un médico le había tomado el pulso. Su agilidad era tan notable como aquella coloración caliente, sanguínea, de su piel limpia y tostada, indicio de un gran poder físico. Sus ojos eran grandes, profundamente negros y flechadores, como algunos que solemos ver cuando visitamos un manicomio. Francamente, me pareció que si no era loca le faltaba muy poco. Yo sentía miedo al oírle conceptos y reticencias que nunca están bien en boca de una señora. No podía soportar aquel carácter, que era la negación de todo lo que constituye el encanto de la mujer. La discreción, la dulzura, el tacto social, el reposo del ánimo, el culto de las formas, éranle extraños. Considerábala como la mayor calamidad de una familia, y al hombre condenado a cargar semejante cruz, teníale por el más infeliz de los seres nacidos.

El nazareno de aquella cruz era un joven oficial de Caballería, llamado Constantino Miquis, de familia manchega, hermano de Augusto Miquis, médico de fama. A tal le consideré, desde que le vi, destituído de todo mérito, de toda prenda seductora y de todo atractivo personal que pudieran encender el cariño de una joven. Por no tener nada, no tenía ni dinero, pues habiéndose casado a disgusto de su familia, ésta no le daba socorro alguno. Matrimonio más disparatado no creí yo que pudiera existir. Sin duda, en aquella extravagante prima mía las acciones debían de ser tan absurdas como las palabras y los modos. No podía explicarme su casamiento sino por un desvarío cerebral, por la falta absoluta del tornillo o tornillos que tan importante papel hacían, según mi tío, en la existencia de los Buenos de Guzmán. A poco de ver y oír al oficialete, preguntábame yo con asombro: «Pero esta condenada, ¿qué encontró en tal hombre para enamorarse de él?» Porque Constantino era feo, torpe, desmañado, grosero, puerco, holgazán, vicioso, pendenciero, brutal. Lo único que podía yo alegar en favor suyo, dudando mucho de que fuese un mérito, era su constitución, no menos vigorosa que la de mi prima, y la humildad con que se sometía a todos los caprichos de ella. No sabía nada de nada; sólo entendía de hacer planchas gimnásticas, tirar al florete y montar a caballo. El deseo que yo tenía de ver justificada de algún modo la ilusión de Camila, llevábame a dar a aquellas habilidades físicas más valor del que tienen como adorno de la persona; pero ni aun poniendo a los acróbatas y gandules de circo sobre todos los demás hombres, lograba yo motivar razonablemente la inclinación de mi prima. ¡Misterios del cariño humano, que a menudo va por sendas tan contrarias a las de la razón! Contáronme que mis tíos se opusieron al casamiento; pero que la niña manejó con tal arte el resorte de sus nervios, mimos, y de sus temibles espontaneidades, que los papás hubieron de ceder por miedo a que llegara el caso de llamar al doctor Ezquerdo. Cuando tuve confianza con ella, le decía yo:

—Vamos a ver, Camila, sé franca conmigo. ¿Por qué te enamoraste de Constantino? ¿Qué viste, qué hallaste, qué te gustó en él para distinguirle entre los demás y entregarle tu corazón?

Y ella, con naturalidad que me confundía, replicaba:

—Pues le quise porque me quiso, y le quiero porque me quiere.

Dijéronme que, después de casada, las

rarezas de mi prima habían tenido alguna ligera modificación. «¡Pues buena sería antes!», pensaba yo. A su marido le trataba, delante de todo el mundo, con extremos y modales chocantes. Unas veces le daba besos y abrazos públicamente; otras le decía mil perrerías, tirábale del pelo y aun le pegaba, gritando:

—Quiero separarme de este bruto... ¡Que me lo quiten!...

Pero el estado pacífico era el más común, y las breves riñas paraban pronto en reconciliaciones empalagosas, con besuqueo y tonterías poco decentes a mi ver.

El oficialete era una alhaja. Quejábase con insolente amargura de estar muy atrasado en su carrera.

—Pero usted—le preguntaba yo—, ¿qué ha hecho? ¿En qué acciones de guerra se ha encontrado? ¿Cuáles son sus servicios?

Al oír esto un día, miróme de tal modo que pensé iba a sacar el sable y a pegarnos a todos los presentes. Pero lo que hizo fué soltar una andanada de groseras injurias contra toda la plana mayor del Ejército. Francamente, me daba tanto asco, que le volví la espalda sin decirle nada. No le creía merecedor ni aun de la impugnación de sus estupideces. María Juana, que estaba allí, díjome aparte, con mal contenida ira:

—Siento no ser hombre..., para darle dos bofetadas.

II

INDISPENSABLES NOTICIAS DE MI FORTUNA, CON ALGUNAS PARTICULARIDADES ACERCA DE LA FAMILIA DE MI TÍO Y DE LAS CUATRO PAREDES DE ELOÍSA

I

Voy a hacer la declaración exacta de la fortuna que yo poseía cuando me establecí en Madrid. Este es un dato importante por todos conceptos y que debo exponer con la mayor claridad, aunque no sea sino para desmentir las absurdas consejas que corrían como dogma evangélico acerca de mi capital, y según las cuales (obra de la excitada fantasía de tanto hambriento), yo era puesto en la misma categoría rentística de los Larios, de Málaga; López, de Barcelona; Misas, de Jerez; Céspedes, Murgas y Urquijos, de Madrid.

Vais a ver lo que yo tenía.

Al desaparecer del mundo comercial la casa que giraba con mi firma, celebré un convenio con los Hijos de Nefas, que se hicieron cargo de todos mis negocios mercantiles, para unirlos a los de su casa, quedando, además, encargados de liquidar los asuntos pendientes. Según mi cuenta, la liquidación arrojaría unos cuarenta mil duros a mi favor, que los referidos Hijos de Nefas se reservarían, puesto que yo entraba a formar parte de la casa como socio comanditario.

Las viñas arrendadas podían capitalizarse en otros cuarenta mil duros. Lo que obtuve de las vendidas, de las existencias cedidas a diferentes casas y de créditos realizados, subía a más de cien mil, que iría recibiendo en Madrid, según convenio, en los plazos trimestrales y en letras sobre Londres. Pensaba emplear este dinero, conforme lo fuera cobrando, en valores públicos o en inmuebles urbanos.

Producto de ventas anteriores y de la legítima de mi madre, tenía yo en Londres diecisiete mil libras, parte situadas en casa de Mildred Goyeneche, parte empleadas en renta inglesa del tres por ciento. Estos setenta y cinco mil duros, unidos a lo anterior, hacen ya doscientos cincuenta y cinco mil. Debo añadir un pico que tenía en París en poder de Mitjans, y que le ordené empleara en renta francesa del cuatro y medio por ciento, con el cual pico mi cuenta anda muy cerca ya de los seis millones de reales.

Aún había más. En obligaciones de Banco y Tesoro, tres por ciento consolidado, *Ferros*, obligaciones sobre Aduanas, Resguardos al portador de la Caja de Depósitos, tenía más de ochenta mil duros efectivos. Toda esta diversidad de papeles la había comprado mi padre, y yo la conservaba, esperando que se realizase la feliz unificación que me había anunciado mi tío, y con la cual cesaría el mareo que me producía tal balumba de títulos y la desigualdad laberíntica de sus valores.

Item: Cuarenta acciones del Banco de España que mi padre había comprado, por dicha mía, cuando estaban a tres mil reales, y que al fin del 80 valían cuatrocientos cincuenta duros, dándome

un capital efectivo de dieciocho mil duros. Añadiendo a lo expuesto varios créditos pequeños de seguro cobro y existencias en metálico, salían, en cifras más o menos redondas, unos nueve millones de reales, que bien manejados podían darme de treinta a treinta y cinco mil duros de renta. Esta es la verdad de mi tan cacareada riqueza, que algunos, especialmente los que deliran con el dinero ajeno, no pudiendo delirar con el propio, hacían subir a un par de millones de pesos. En esto de apreciar el caudal de los ricos que viven con holgura, he notado siempre una tendencia a la hipérbole que produce grandes perturbaciones en la vida económica de la capital, por los grandes chascos que suelen llevarse las industrias y los comercios nacidos al calor de tan necio optimismo. No necesito encarecer lo bien recibido que fuí en toda clase de círculos. Los que esto lean comprenderán al punto que teniendo yo lo que en claros números queda dicho, y suponiéndome el vulgo mucho más aún, no me habían de faltar relaciones. No necesitaba, ciertamente, buscarlas; ellas venían solas, me perseguían, me acosaban con descargas de saludos, invitaciones y cortesanías. Prendas personales de que no quiero hablar afianzaron y remataron mi éxito. Las amistades formaron pronto en derredor mío espesa red, contribuyendo no poco a ello la familia de mi tío, muy conocida en la corte y relacionada con lo mejor, así por el parentesco que mi tía Pilar tenía con familias ilustres, como por el roce constante de su marido con personas y personajes de todas las clases sociales.

II

En el principal de mi casa no reinaba siempre una paz perfecta. No pocas veces, al subir a casa del tío, asistí contra mi voluntad a escenas dramáticas. Un día vi a Eloísa llorando cual si le ocurriera una gran desgracia, y a su mamá tratando de calmarla con la aplicación simultánea de varios antiespasmódicos. Estaba en meses mayores y podría sobrevenir una catástrofe No pude conseguir que me enterasen del motivo de semejante duelo: ¡tan afanadas parecían ambas! Pero Camila, que estaba en el comedor besando al gato y arañando a su marido, púsome al corriente de los trágicos sucesos. La noche antes, María Juana, Camila y el esposo de Eloísa habían tenido una discusión un poco agria sobre cosas políticas... Hubo algunas expresiones acaloradas... Pero el prudente Medina cortó la disputa con discretas y conciliadoras razones. Lo malo fué que al día siguiente la renovaron las dos mujeres. Palabra tras palabra, ambas hermanas se encendieron poco a poco en ira, y oyéronse conceptos un tanto vivos... «Los Carrillos eran unos hambrones aduladores...» «Los Medinas, unos tíos ordinarios de la Cava Baja...» «La marquesa de Cicero había sido una acá y una allá...» «Los maragatos, en cambio, vendían pescado...» «Los Carrillos eran revolucionarios porque no tenían una peseta...» «Los Medinas no eran nada porque no tenían entendimiento...» En fin, mil tonterías. Eloísa, menos fuerte que su hermana en la polémica, se embarullaba, tenía rasgos de ira infantil, concluyendo por echarse a llorar. Sentí mucho haber perdido la escena, pues llegué cuando la tempestad había pasado y sólo se oían truenos lejanos. En el gabinete de la derecha de la sala, la pobre Eloísa daba respiro a su corazón oprimido, diciendo entre sollozos:

—Me alegraría de que viniese una revolución... grande, grande, para ver patas arriba a tanto... idiota.

En el gabinete de la izquierda, María Juana, mal sentada en una silla, el manguito en una mano, el devocionario en otra, la cachemira cogida con imperdible y abierta como una cortina para mostrar su bien formado pecho, el velo echado atrás, las mejillas pálidas, la nariz un poco encendida a causa del frío, los quevedos (que empezaba a usar por ser algo miope) calados y temblorosos sobre la ternilla, los pies inquietos estrujando la lana de una piel de carnero, hacía constar la urgente necesidad de una revolución... grande, grande, que acabara de una vez para siempre con los..., me parece que dijo «los *mamalones* que viven a costa del prójimo».

—Pero, señoras—dije yo, interviniendo y pasando de un gabinete a otro para ponerlas en paz—, ¿qué piropos son ésos y qué furor de revoluciones ha entrado en esta casa?...

Por fin, después que las aplaqué bur-

lándome de sus antojillos demagógicos, les dije:

—Hoy es mi cumpleaños. Convido... Todo el mundo a almorzar en Lhardy.

(Gran sensación, tumulto, preparativos, sonrisas que brillaban tras un velo de lágrimas, gorjeos de Camila, alegría y reconciliaciones.)

Los móviles de estas domésticas jaranas no eran siempre políticos. Otro día Camila, después de llamar hipócrita a su hermana mayor, rompió a chillar como un ternero, jurando que no volvería a poner los pies en aquella casa. Averiguada la razón de este tumulto y de las contorsiones que mi primita hacía, resultaba ser celillos del papá. Sí; mi tío, al decir de Camila, quería más a María Juana que a sus demás hijos, distinguiendo comúnmente a aquélla con mil cariñosas preferencias; de donde se deducía que mi tío no era un modelo de imparcialidad paterna, como hasta entonces habíamos venido creyendo. Siempre que las hermanas altercaban sobre cualquier asunto, por nimio que fuera, como, por ejemplo, la elección de un color para vestido, cuál teatro era más bonito, si había llovido este año más que el pasado, el padre apoyaba ciegamente el partido de María Juana.

—Un padre debe querer a sus hijos por igual—decía Camila aquel día entre sollozos y lágrimas.

Más tarde vine a saber que todo aquel alboroto fué por un paquete de caramelos de La Pajarita. Otras veces la grave causa era «si tú me quitaste el periódico cuando yo lo estaba leyendo», o bien «que yo no fuí quien dejó la puerta abierta, sino tú», o cosa por el estilo.

Debo decir, en honor de la verdad, que pasaban también semanas enteras sin que la paz se turbase, viviendo todos, padres, hijos, hermanas y yernos, en aparente concordia. Siempre habría sido lo mismo si mis tíos hubieran establecido en la casa, antes que la prole creciera, una estrecha disciplina. Mas no lo hicieron así. Era mi tía Pilar una excelente señora; pero de tan flojo carácter, que sus hijos, y aun los criados, y hasta el gato, hacían de ella lo que querían. Mi tío no se cuidó nunca de sus hijos más que para comprarles dulces y llevarles un palco para que fueran al teatro algún domingo por la tarde. Todo el día estaba en la calle, y los festivos solía ir de caza al coto que en sociedad con varios amigos tenía arrendado.

Mi primo Raimundo, de quien no he hablado aún, vivía en completa paz con mis tres primas, pues había adoptado en todos los asuntos domésticos un temperamento flemático; y aunque su mamá tenía marcadas preferencias por su único varón, éste, que era insigne filósofo, como se verá más adelante, cuidaba de no hacerlas patentes delante de sus hermanas para aprovecharlas mejor.

III

He dicho que en enero del 81 dió a luz Eloísa el primer nieto que tuvieron mis tíos. El tal absorbía por completo la atención de toda la familia. Abuelos, tías y madre eran pocos para mimarle. Las funciones de su organismo nuevecito, al estrenar la vida y ensayarse en los procederes elementales del egoísmo humano, preocupaban hondamente a todos los de casa.

A las inocentes brutalidades de aquel cachorro de hombre se les daba la importancia de verdaderas acciones humanas. No hay para qué hablar de la fama que tenía. Había corrido la voz de que era *un rollo de manteca,* y, además, muy mala persona, es decir, que ya tenía sus malicias, y se valía de ingeniosas tretas para hacer su gusto. Todos los recién nacidos gozan de esta opinión desde que respiran; todos son guapos, robustos y muy pillos. Y, sin embargo, todos son lo mismo, feos, fláccidos, colorados, más torpes que los hijos de los animales y siempre mucho menos graciosos. Del de Eloísa se contaban maravillas. Era un granuja. A los dos meses ya protestaba contra las horas metódicas a que le daba el pecho el ama, y quería atracarse sin orden ni tasa. Era, pues, un gastrónomo y un libertino. A los cuatro meses mostraba su desagrado a algunas personas, y pataleaba cuando quería que le paseasen. Tenía la poca vergüenza de reírse de todo, y cuando le ponían un reloj en la oreja, se la echaba de listo, como diciendo: «Ya, ya sé lo que es eso: a mí no me la dan ustedes.» A los cinco meses era realmente una preciosidad. Se parecía a su mamá. Salía a los Buenos de Guzmán en la figura y en el

carácter. El ama relataba mil incidentes y malicias que indicaban el talento que iba a sacar. Algunas noches había conciertos, a que felizmente no asistía yo. Para impedirle que durmiera de día, le paseaban por la casa, le bajaban alguna que otra vez a la mía y procuraban entretenerle haciéndole fijar la vista en objetos de colores vivos. Cuando se cansaba, restregábase el hocico con los puños cerrados, que parecían dos rosas sin abrir, y a veces me obsequiaba con una sonata de las mejores suyas. Alguna vez le cogía yo en mis brazos y le paseaba, procurando que se fijara en una lámpara colgante, objeto al cual repetidas veces consagraba una atención profunda, como de persona inteligente. Parecía decir: «Vean ustedes..., éstas son las cosas que a mí me gustan...» No sé en qué consistía que en mis brazos se tranquilizaba casi siempre. Sin duda sentía hacia mí una respetuosa estimación que no le inspiraba el ama. Mirábame con atónita dulzura, mascando sosegadamente un aro de goma y arrojando sobre mi pecho las babas que no podía recoger su babero. Con aquella muda saliva me decía, sin duda: «Estoy pensando, aquí para mis babas, que usted y yo vamos a ser muy buenos amigos.»

Todos le querían mucho, y yo también, correspondiendo a la confianza y consideración que le merecía. Ved aquí cuán fácilmente me asimilaba los sentimientos de la familia, porque mi carácter fué siempre, salvo en las ocasiones de mal nervioso, refractario a la soledad. No me gustaba vivir en lo interior de aquella república, pero sí en sus agradables cercanías. Poco a poco fuí acostumbrándome al calor lejano de aquel hogar. Así lo quería yo: bastante cerca para matar el frío, bastante lejos para que no me sofocara. Mis tíos, mis primas, los maridos de mis primas y el retoño aquel baboso me interesaban ya y eran necesarios en cierto grado a mi existencia.

Pero he de confesar que Eloísa era, de todos ellos, la que se llevaba la mejor parte de mis afectos. Solía consultarme sobre cosas de su exclusivo interés; y yo, que todo el invierno lo empleé en instalarme bien y cómodamente, pues era muy tardo y dificultoso en elegir los muebles, le pedía un día y otro el concurso de su buen juicio y de su gusto supremo para aquel fin. Entre paréntesis, diré que yo decoraba mi casa con lujo, adquiriendo todo lo bonito y elegante que encontraba en las tiendas, y haciendo traer directamente algunos objetos de París y Londres. Soltero, rico y sin obligaciones, bien podía darme el gusto de engalanar suntuosamente mi vivienda y ser, conforme lo exigía mi posición social, amparo de las artes y de la industria. Desconfiando siempre de mí mismo en materia de gusto artístico, me sometía al parecer de Eloísa, y nada se ponía en las paredes de mi casa sin que antes pasase por la prueba de su entendida crítica. Comprendí que ella gozaba extraordinariamente en ello, y como había tela de donde cortar, yo adquiría, adquiría cada vez mejores y más escogidas cosas.

Mi afecto hacia ella era de una pureza intachable; tan así, que gozaba oyéndola elogiar a su marido. Díjome un día:

—El pobre Pepe vale bastante más de lo que creen papá... y los amigos de casa. Tiene inteligencia, pero la pobreza y su poca salud le acobardan mucho.

Otro día me dijo con acento bastante triste que estaba hastiada de vivir en casa de sus padres; que además de la idea de serles gravosa, la mortificaba la falta de independencia; que deseaba ardientemente tener su casa, casa propia, *sus cuatro paredes,* para vivir solita con su marido y con su hijo. Con la renta de Pepe no había que contar para este propósito tan honrado y tan legítimo, pues la paga del ministerio y el producto de unos foros gallegos que además disfrutaba, apenas eran suficientes para vestirse ambos y para el ama y algunas menudencias.

—Oye lo que ocurre—me dijo otro día, en ocasión que subí a su casa para que me hiciera el favor de elegirme unas alfombras—. A ver qué opinas. El ministro de Ultramar, que es muy amigo nuestro..., anoche comieron él y papá en casa de la de San Salomó..., ha ofrecido a Pepe un buen destino en Cuba. Dice papá que si tiene arreglo puede sacar en un par de años cien mil duros..., sin hacer cosas malas, se entiende. Otros han traído más en mucho menos tiempo. ¿Te parece que debe aceptar? En toda la noche he podido dormir

pensando en esto, pues si por un lado quisiera resolver este acertijo de nuestro modo de vivir, por otro no me haría maldita la gracia separarme de mi marido... Y lo que es irme yo a América..., al pensarlo, no son plumas, sino nidos de avestruces lo que siento en mi garganta. El pobre Pepe no tiene salud para aquellos climas..., y al mismo tiempo no sé... ¡La idea de verle entrar en casa acompañado de cien mil duros!... Es terrible alternativa ésta, ¿no es verdad? Parece que la marquesa de Cicero está ahora muy fuerte. ¿Qué opinas tú? ¿Debemos aceptar el destino?

Esta inesperada consulta me puso en gran perplejidad. Pero mi buen juicio y mi conciencia, que, teóricamente al menos, estaba llena de rectitud, inspiráronme pronto la respuesta. No: Pepe no debía exponerse a los peligros de la fiebre amarilla..., no faltaba más. ¡Qué sería de su pobrecita mujer, sola y muerta de pena en Madrid!... Por ningún caso. Estaría siempre en un puro afán, pensando si le daba o no le daba el vómito, y de correo en correo su vida sería un martirio de incertidumbre... Y todo ¿por qué? Por una riqueza ilusoria... Pepe era decente y honrado, y no sabría centuplicar, como otros, los gajes de su empleo.

—Ríete—le dije—de esas ganancias, sin hacer cosas malas. Pepe se volverá a España con las manos tan limpias como su conciencia, y los bolsillos más limpios aún...

Añadí que la Providencia se encargaría de arreglar aquel asunto mejor que el ministro de Ultramar. Por más que dijeran, Angelita Caballero no podía ya vivir mucho. Yo la había visto el día antes en su carruaje, hecha una hoz, tan encorvada que parecía estar besándose las rodillas... Paciencia, paciencia y calma.

Esto ocurría en mayo: lo recuerdo porque después de aquella conferencia fuimos todos, Camila inclusive, a casa de María Juana, a ver pasar la gran procesión del Centenario de Calderón. Los prudentes consejos que di a Eloísa fueron bien acogidos por ella y aceptados con alma. Aquel día y los siguientes estuve pensando cuán fácil me sería realizar el noble sueño de mi prima, pues con parte de lo que yo gastaba en superfluidades, habría bastado para que ella tuviese aquellas *cuatro paredes suyas* que la traían tan desazonada. Pero esto era tan irregular y contravenía de tal modo las leyes sociales, que no era posible expresarlo ni aun como un ofrecimiento de pura fórmula, de esos que previamente sabemos no serán aceptados. Hablar de tal cosa habría sido imperdonable falta de delicadeza. Calléme, pues, repitiendo para mi sayo una cosa que más de una vez había oído de labios de la propia Eloísa en sus horas de tristeza, y era que los bienes de la tierra están muy mal repartidos.

III

MI PRIMO RAIMUNDO, MI TÍO SERAFÍN Y MIS AMIGOS

I

Con este Bueno de Guzmán había tenido yo trato anteriormente, por haber pasado conmigo una larga temporada en Jerez y Cádiz. Pocas personas poseen como mi primo Raimundo el don envidiable de cautivar y agradar de primera intención, porque a pocos seres concedió la Naturaleza tal caudal de prendas brillantes, calidades de esas que podríamos llamar ornamentales, porque no dan valor positivo a la persona, sino que lo fingen. Cuando le conocí en Andalucía, estaba Raimundo en todo su esplendor y en el apogeo de su deslumbradora originalidad. En Madrid ya le encontré algo decaído. Se me parecía a los artistas que, abusando de sus facultades, caen en el amaneramiento. En ocasiones, lo que antes hacía en él tanta gracia, principiaba a ser enfadoso. Sus excentricidades y paradojas, sus ráfagas de ingenio, eran para un rato nada más. Comenzaba a tener manías estrambóticas y a padecer lamentables descuidos en su conducta social y privada. No era ya el hombre entretenidísimo, ameno y simpático de otros tiempos; mejor dicho, tenía temporadas, días muy buenos, horas felices, a las que seguían períodos en que se hacía de todo punto imposible.

En España son comunes los tipos como este primo mío. Creeríase que son producto del garbanzo, y que este vegetal ha injerido en la raza los talentos decorativos. He conocido muchos que se

le parecen, aunque en pocos he visto combinarse tan marcadamente como en él lo brillante con lo insustancial. Había tenido Raimundo una educación muy incompleta; había leído poco, muy poco, y, no obstante, hablaba de todas las cosas, desde las más frívolas a las más serias, con un aplomo, con una facundia, con un espíritu que pasmaban. Los que por primera vez le oían y no le conocían se quedaban turulatos.

A este don de tratar bien de todo reunía mi primo otros muchos. Hablaba francés e italiano con rara perfección. El inglés no lo hablaba, pero lo traducía, y de alemán se le alcanzaba algo. Aprendía las lenguas con facilidad suma, sin esfuerzo, no se sabe cómo. Su memoria estupenda descollaba también en la música. Repetía las óperas del repertorio moderno, con recitados, coros y orquesta, y trozos difíciles de música sinfónica y de cámara. Cantaba lo mismito que Tamberlick y declamaba como Rossi, imitando también a los actores cómicos más en boga. En esto de remedar voces y de asimilarse todos los acentos humanos, superaba con mucho a su hermana Camila, que, igualmente, tenía dotes de actriz y habría lucido en las tablas si a ello se dedicara.

Mi primo no era pintor porque no se había puesto a pintar; pero buena prueba era de su aptitud lo que hacía con lápiz o pluma cuando, por entretenimiento, dibujaba cualquier figura. Hacía caricaturas deliciosas, frescas, fáciles, y a veces le vi trazar en serio, observando el natural, contornos de una verdad y elegancia que me pasmaban. «¿Por qué no te has dedicado a la pintura?», le preguntaba yo a veces; y él alzaba los hombros, como diciendo: «Si me hubiera dedicado a todo aquello para que tengo disposición, no me habrían bastado la vida ni el tiempo.»

Porque también hacía versos, y tan buenos como los de otro cualquiera. Los componía serios y epigramáticos, burlescos y trágicos, según le daba. En la prosa también hacía primores. La escribía de todas las castas posibles; académica y periodística, atildada y pedestre, declamatoria y picaresca. Cuando estaba de humor literario, cogía la pluma y decía: «Voy a imitar a Víctor Hugo.» Pues escribía un trozo que parecía arrancado de *Los miserables*. Otras veces imitaba a los clásicos de un modo que no había más que pedir, y como cogiera por su cuenta el estilo parlamentario y oficial que aquí priva, hacía cosas muy divertidas. También se las daba de crítico, y tenía un golpe de vista admirable para juzgar de todas las artes y descubrir en cada obra aspectos y fases que se ocultan a la generalidad.

Pues con tales disposiciones, las pocas veces que se vió en letras de molde no fué con lucimiento, porque pensar que hiciera y consumara un trabajo completo, regular, con principio y fin, era pensar lo imposible. A menudo, sus tareas literarias, empezadas con febril entusiasmo, se quedaban sin concluir. Cuando se le reprendía por su inconstancia, disculpábase con la carencia de estímulo, que es la asfixia del escritor en nuestro país: con la falta de editores. ¡Oh, si aquí se cobrara por escribir!... Esta era su muletilla, que iba siempre acompañada de amarguísima exclamación de Larra: «El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.»

Estoy convencido de que si hubiéramos tenido un editor espléndido y sabio detrás de cada esquina, Raimundo no habría compuesto libro alguno ni aun del tamaño de una lenteja. Es más: llegué a comprender que mi primo, dotado de aptitudes tan varias, no habría sido jamás poeta eminente, ni pintor de nota, ni músico, ni orador, ni cómico, ni crítico, aunque se dedicara exclusivamente a alguna de estas artes, porque carecía de fondo propio, de fuerza íntima, de esa impulsión moral, que es tan indispensable para los actos de creación artística como para las obras de la voluntad.

Elogiado desde la niñez por su feliz talento, mirado como gloria de la familia, defraudó las esperanzas de su padre, que no pudo sacar partido de él. A once carreras se aplicó. Empezaba con mucho brío; pero en el primer año se plantaba. Habíase preparado para Estado Mayor, Minas, Montes, Medicina, Telégrafos, Ayudante de Obras públicas, y para no sé qué más. Oírle hablar de sus carreras y de sus estudios era como hojear una enciclopedia. Por fin, hízose abogado a fuerza de recomendaciones. «Mi camino al través de la Universidad —decía—ha sido una senda de tarjetas.»

En los días de esta narración, Rai-

mundo debía de tener treinta años (era el segundo hijo de mi tío) y representaba más de cuarenta. Su naturaleza febrilmente activa parecía haber burlado la ley del tiempo, madurándose con demasiada prisa. Vivía en un constante esfuerzo por huir de lo presente, hipotecando el porvenir y nutriéndose hoy por adelantado con la savia de mañana. Pródigo de su sangre, de todas las energías de su espíritu y de su cuerpo, devoraba el capital vital, como si la juventud fuera un estado que le estorbase y padeciera nostalgias de la vejez. Cuando le vi en Madrid, me asustó la extraordinaria flaqueza de su rostro. Comprendí que en aquella lámpara había ya poco aceite, por haber sido encendida muy pronto y atizada constantemente; pero no le dije nada, porque supe que se había vuelto aprensivo. Su cara de hombre guapo era como la de un Cristo viejo, muy despintado, muy averiado de la carcoma y profanado por las moscas. Tenía la voz cavernosa, la mirada mortecina, los movimientos perezosos. Un día que estábamos solos en mi cuarto, le vi acomodarse en una butaca, estirar las piernas sobre otra, buscar postura, hacer muecas de dolor y hastío como el que padece gran quebranto de huesos, cerrar luego los ojos y respirar fatigosamente. A mis inquietas preguntas, respondió levantándose de un salto, dando paseos por la habitación con las manos a la espalda y la barba sobre el pecho.

—La inacción es lo que me mata—decía sin detenerse—. Me estoy atrofiando, me estoy enmoheciendo...

Luego se paró ante mí, y, mirándome con aquellos ojazos que parecían muertos, díjome entre carraspeos:

—Tengo un principio de enfermedad grave. ¿Sabes lo que es? Reblandecimiento de la medula.

—¿Has consultado algún médico?

—No; no es preciso. He estudiado esa enfermedad, y conozco bien su proceso, sus síntomas y su tratamiento.

Dióme una lección de fisiología, en la cual habló de la *piamáter*, del *canal raquídeo*, de la *sustancia gris*, de las perturbaciones *vasomotoras*, con otros terminachos que no recuerdo. Debía de ser su atropellado discurso un tejido de disparates; pero tenía todo el aparato de lucubración científica, y para los legos en Medicina, como yo, era un asombro. Sentóse luego, y tras aquellas sabidurías, dió en afirmar vulgaridades de curandero. Después le oí pronunciar en voz baja y con precipitación maniática sílabas oscuras.

—¿Sabes—me dijo de súbito, contestando a mis preguntas—cuál es uno de los principales síntomas del reblandecimiento? La *afasia*, o sea pérdida de la palabra. Empieza por inseguridad, por torpeza en la emisión de algunas sílabas. Las que primero se resisten a ser pronunciadas fácilmente y de un golpe son las de *r* líquida después de *t*, es decir, las sílabas *tra, tre, tri, tro, tru...*

Observé que Raimundo, haciendo visajes como los tartamudos, se expresaba con dificultad. Tenía su rostro palidez cadavérica. De súbito se marchó sin decirme adiós, pronunciando entre dientes no sé qué conceptos oscuros de una jerga ininteligible. Acostumbrado ya a sus extravagancias, no me ocupé más de él. Al día siguiente entró en mi cuarto con apariencia de estar muy gozoso. Se frotaba las manos y su semblante tenía mucha animación.

—Hoy estoy muy bien, muy bien..., al pelo—me dijo—. Mira, para probar el estado de los músculos de mi lengua y cerciorarme de que funcionan bien, he compuesto un trozo gimnásticolingüístico. Recitándolo, puedo sintomatizar la *afasia*, y también prevenirla, porque fortalezco el órgano con el ejercicio. Si lo digo con dificultad, es que estoy malo; si lo digo bien... Escucha.

Y con la seriedad más cómica del mundo, con asombrosa rapidez y seguridad de dicción, cual si estuviera imitando el chisporroteo de una rueda de fuegos artificiales, me lanzó de un tirón, de un resuello, este incalificable trozo literario:

—Sobre el triple trapecio de Trípoli trabajan trigonométricamente trastrocados tres tristes triunviros trogloditas tropezando atribulados contra trípodes triclinios y otros trastos triturados por el tremendo Tetrarca trapense.

Y lo volvió a decir una vez y otra, sin poner punto ni coma, hasta que, cansado de reírme y de oír aquel traqueteo insufrible, le rogué, por Dios, que se callara.

Raimundo se apegó a mi persona con tenacidad cariñosa. Era mi primer ami-

go y me acompañaba y entretenía mucho. Había en él algo del parásito que adula a los ricos por recoger sus sobras, y un poquillo del bufón que divierte a los poderosos. Me hacía pasar ratos agradables, charlando de cosas diferentes, ya por lo campanudo, ya por lo familiar; hacía la crítica de la obra que habíamos visto estrenar la noche antes y remedaba a los oradores del Congreso, y me contaba anécdotas políticas y sociales de las que jamás, por su índole personal, trascienden a la Prensa. Todo iba bien mientras no le entraba la murria del reblandecimiento, pues entonces no se le podía aguantar. Así, desde que empezaba con el *triple trapecio de Trípoli*, ya estaba yo tomando mis medidas para echarle de mi cuarto.

No sólo era mi amigo, sino mi huésped, pues desde el parto de Eloísa se bajó a dormir a mi casa.

—Arriba no se cabe—me dijo un día—. Me han ido acorralando poco a poco, y por fin me han metido en un *triclinio*, en que estoy *trigonométricamente trastrocado*. Si quieres, puesto que tienes casa de sobra, me vengo a vivir contigo, y así estaré más divertido y tú más acompañado.

Tomóse para sí la holgada habitación interior que yo no necesitaba, y en las últimas horas de la noche, como en las primeras de la mañana, le tenía siempre junto a mí, como mi sombra.

Desde que perdió la esperanza de hacer carrera de él, su padre le proporcionó un empleíllo en Fomento, el cual respetaban todos los gobiernos, considerándolo como sagrado tributo que la patria pagaba a mi tío. Raimundo no iba al Ministerio más que el día de cobrar. «Yo —decía—no reconozco más jefes que el habilitado.» Desde el 20 del mes, o antes, se le acababan los fondos, fenómeno que se traducía al punto en síntomas de reblandecimiento y en la matraca insufrible de los *triunviros trogloditas*.

—No me marees—le decía yo—. Si no tienes dinero, pídelo en castellano.

A él se le encendían los espíritus con esto.

—¿Es verdad o no que no hay *guita*?... ¡Oh, si tengo yo un ojo médico!...

—Puesto que me pones una pistola al pecho para que lo confiese—exclamaba con solemnidad cómica—, cierto es.

—¿Por qué no te clareabas?

—¡Ah! Porque yo digo como Fontenelle, que si tuviera la mano llena de verdades, no las soltaría sino una a una.

II

De los amigos de fuera de casa, los más fieles y constantes y los que más quería yo eran Severiano Rodríguez y Jacinto María Villalonga, el primero andaluz neto, el segundo, casado con una parienta mía, ambos excelentes muchachos de buena posición, muy cariñosos conmigo. A Severiano Rodríguez le trataba yo desde la niñez; a Villalonga le conocí en Madrid. El primero era diputado ministerial, y el segundo, de oposición, lo cual no impedía que viviesen en armonía perfecta, y que en la confianza de los coloquios privados se riesen de las batallas del Congreso y de los antagonismos de partido. Representantes ambos de una misma provincia, habían celebrado un pacto muy ingenioso: cuando el uno estaba en la oposición, el otro estaba en el Poder, y, alternando de este modo, aseguraban y perpetuaban de mancomún su influencia en los distritos. Su rivalidad política era sólo aparente, una fácil comedia para esclavizar y tener por suya la provincia, que si se ha de decir la verdad, no salía mal librada de esta tutela, pues para conseguir carreteras, repartir bien los destinos y hacer que no se examinara la gestión municipal, no había otros más pillines. Ellos aseguraban que la provincia era feliz bajo su combinado feudalismo.

Por supuesto, el pobrecito que cogían en medio, ya podría encomendarse a Dios... A mí me metieron más adelante en aquel fregado, y, sin saber cómo, hiciéronme también padre de la patria por otro distrito de la misma dichosa región. Para esto no tuve que ocuparme de nada, ni de decir una palabra a mis desconocidos electores. Mis amigos lo arreglaron todo en Gobernación, y yo, con decir *sí* o *no* en el Congreso, según lo que ellos me indicaban, cumplía.

Manolito Peña, diputado también, muy decidor e inquieto, fué uno de mis íntimos. Por la amistad que tenía con mi tío y por haberle tratado con motivo de un pequeño negocio, vino también a ser mi amigo el marqués de Fúcar, viejo que tenía el prurito de remozarse y re-

verdecerse más de lo que consentían sus años y su respetabilidad. Raro era el día que no almorzaban conmigo Severiano Rodríguez y mi primo Raimundo. Los domingos almorzaban los que he citado, y también Pepe Carrillo, el marido de Eloísa. Luego solíamos ir todos a los toros, donde yo tenía palco y Fúcar también. De otros amigos hablaré más adelante.

No quiero dejar de decir algo de mi excelso pariente el tío Serafín, brigadier de Marina retirado, que me visitaba con frecuencia. Era un solterón viejo que se pasaba la vida paseando. Todas las mañanas, infaliblemente, lloviera o venteara, iba al relevo de la guardia de Palacio; después daba un vistazo a los mercados y se corría hacia la calle de Sevilla para arreglar su *remontoir* por la hora del reloj de Ganter; daba dos o tres vueltas a la Puerta del Sol, iba a almorzar a su casa, tomaba café en el Suizo nuevo, y por la tarde, después de andar un poco a pie, inspeccionando las obras de las casas en contrucción, hacía en cualquier tranvía un recorrido de diez o doce kilómetros, en pie en la plataforma delantera. Por las noches iba al Círculo de la Juventud, del cual era socio, y después se le veía invariablemente en la primera o segunda pieza de Eslava.

Pocos hombres existen de presencia más noble que mi tío Serafín, de un aspecto más venerable y al mismo tiempo más simpático. Conserva admirablemente la urbanidad atildada de la generación anterior, y tiene cierto empeño en inculcar los preceptos de ella a los jóvenes con quienes trata. Es enemigo declarado de la grosería y de las malas formas. Es muy pulcro, pero un poco anticuado en el vestir. La moda no ha tenido influjo en él para hacerle abandonar un inmenso y pesado *carrik* que le acompaña desde noviembre a mayo, ni la bufanda espesa que le da dos vueltas al cuello, sirviendo de base a aquella hermosísima cabeza de Cristóbal Colón, siempre echada atrás, cual si el hábito de mirar al cielo, para tomar alturas con el sextante, le hubiera deformado el pescuezo.

Las visitas de mi tío fueron al principio muy gratas. Tenía unos modos tan afables, respiraba todo él tanta nobleza y caballerosidad, que habría deseado tenerle siempre en mi casa. Pero cuando empecé a advertir el pícaro defecto de aquel excelente hombre, ya me daba tristeza verle entrar. Su hermano Rafael me había dado noticias de aquella maña feísima de sustraer disimuladamente los objetos que le gustaban y guardárselos en los bolsillos del *carrik*. Creo que él mismo no se daba cuenta de lo que hacía; que sus hurtos eran un fenómeno neuropático, un acto irresponsable, independiente de toda idea moral. En la época en que le daba por visitarme, cada día echaba yo de menos algo: bien un libro, bien un pequeño bronce, un cenicero, arandela o cualquier otra frusleria. Por nada del mundo le hubiera yo dado a entender que conocía al ladrón. Lo que hacía era vigilarle y estar muy atento a sus manos, pues él, cuando se sentía observado, no hacía de las suyas. ¡Pobre don Serafín Bueno de Guzmán! ¡Qué así se envileciera un hombre que había realizado actos de heroísmo en la vida militar, y en la privada otros no menos dignos de alabanza; un hombre que tenía ideas tan puras y hermosas sobre la justicia, sobre el derecho, y que había sabido darlas a conocer con algo más que con palabras! Otras chifladuras de mi tío no me maravillaban por ser propias de solterones viejos. El que en edad madura había sido un galanteador de alto vuelo, en la vejez perseguía a las criadas bonitas, o que a él le parecían tales, pues debemos creer que las aberraciones del gusto andarían a la par con la afición senil. Sus paseos matinales y crepusculares eran una cacería activa, febril, casi siempre infructuosa. Decía Raimundo que cuando se lo encontraba en la calle, al anochecer, camino de su casa, tarareando entre dientes y con las manos a la espalda, era señal de que la jornada había sido mala y de que el incansable ojeador no había descubierto ninguna de aquellas reses bravas que perseguía.

IV

DEBILIDAD

I

Llegó el verano, y con él, la desbandada. Yo me fuí al extranjero. Estuve en Hamburgo con el marqués de Fúcar,

que iba a hacer contratas de tabacos, y después en Londres, con Jacinto María Villalonga, a quien el ministro de Fomento había encargado la compra de algunas máquinas de agricultura y de caballos para mejorar las castas de la Península. En Inglaterra recibía yo frecuentes noticias de la familia, que veraneaba en Biarritz, ya por el tío, que me escribía algunas veces, ya por Raimundo, que lo hacía casi todas las semanas. Sus cartas eran muy divertidas; escribíalas en estilo espeluznante cuando me contaba alguna trivialidad, y en el más ligero cuando me transmitía noticias de importancia. Usaba en unas la forma víctorhuguesca, y en otras el tosco lenguaje de los cuentos de baturros. «Me ha salido un grano en la nariz—decía—. ¿Qué es esto? Es la madurez de lo insondable. Es el alerta de la sangre, la espuma roja del naufragio interior. Hay tempestades en las venas.» No escribía así por burla del gran poeta, sino como una especial manera suya de admirarle. A la semana siguiente me decía en una postdata: «¡Otra que Dios! Chico, ya los Carrillos heredaron. Reventó la tía Cicero...» Esta noticia dióme que pensar.

Creí encontrar a la familia en Biarritz cuando pasé por allí a mediados de septiembre; pero habían apresurado su regreso a Madrid con motivo de la herencia de Carrillo. Comprendí la impaciencia de Eloísa, y, francamente, alegrábame de verla ya en posesión de un bienestar al cual me parecía tan acreedora. Sobre la dichosa herencia corrían en la colonia de Biarritz voces que me parecieron absurdas. Algunos la hacían subir a un caudal fabuloso. Angelita Caballero había dejado a su sobrino catorce dehesas, veinticinco casas y gruesas sumas en valores del Estado. Se decía que en un cuarto inmediato a la alcoba de la buena señora se habían encontrado enormes sacos llenos de metálico acuñado, en plata y oro, consolidación avariciosa de las rentas de los últimos años. La plata labrada era también de una riqueza fenomenal. Oía yo estas cosas, y en mi mente quitaba dehesas, quitaba casas, reducía a su mínima expresión los sacos de dinero, seguro de no equivocarme. Ya he dicho algo del afán concupiscente con que agrandan e hiperbolizan la riqueza ajena los que no tienen ninguna. Creeríase que se meten algo en el bolsillo, o que se les vuelve dinero la saliva que gastan en aumentar el de los demás.

En Madrid, la verdad confirmó mis conjeturas. Por mi tío y el padre de Jacinto Villalonga, ambos testamentarios, supe que la herencia no era, ni con mucho, fabulosa. Lo de los talegos (y en esto se aferraba más que en ningún otro detalle el crédulo vulgo) era pura fantasía; la plata labrada, escasísima y de baja ley, y los predios y valores públicos suponían, descontados los gastos de traslación de dominio, un capital de ciento veinte mil duros. Con esto bien podrían Pepe y Eloísa ser felices, y vivir, no sólo con desahogo, sino con cierta esplendidez. Tal fortuna era lo que llena y sacia las ambiciones del hombre modesto, apartándole tanto de la escasez como de los desvanecimientos y peligros de la opulencia; era la fortuna discreta y templada que invita a disfrutar algo de los placeres del lujo, sazonándolos con los de la sobriedad, y combinando dos cosas tan opuestas y al mismo tiempo tan solubles la una en la otra, como son el goce y la continencia.

Llegué a Madrid a principios de octubre. ¡Qué gusto ver mi casa, el semblante amigo de mis muebles y entregarme a la rutina de aquellas comodidades adquiridas con mi dinero, y que tanta parte tenían en mis propias costumbres! Eran las costras, digámoslo así, de mi carácter. Como a ciertos moluscos, se nos puede clasificar a los humanos por el hueco de nuestras viviendas, molde infalible de nuestras personas.

Nada nuevo encontré en la familia, como no lo fuera la febril diligencia de Eloísa por instalarse en la casa que fué de Angelita Caballero. Entre paréntesis, diré que el título no estaba comprendido en la herencia. Pasaba a un señor, tío también de Pepe, a quien yo no trataba todavía; pero como después le conocí y traté bastante, he de traerle a este relato, agarrado por sus grandes bigotes, cuando sea ocasión de hacerlo. Hasta el fallecimiento del tal no disfrutaría Pepe, según el testamento de la anciana, el título de marqués de Cicero. Eloísa no parecía dar importancia a esto; y en cuanto a Carrillo, si tenía pesadumbre por el marquesado, lo disimulaba con buen juicio.

Pues decía que hallé a mi prima en-

tregada en cuerpo y alma a la faena deliciosa de poner su casa. Al fin le había deparado Dios aquellas cuatro paredes tan honradamente deseadas. Radicaban en la calle del Olmo, que no es alegre, ni vistosa, ni céntrica; pero ¿qué importaba? Por allí cerca vivían familias de la más empingorotada alcurnia, y el edificio era espacioso. En repararlo y modernizarlo ponía mi prima sus cinco sentidos, con aquella habilidad organizadora, aquel altísimo ingenio suntuario y artístico que la distinguía. Diariamente se asesoraba de mí sobre el color de una alfombra, sobre la forma de un juego de cortinas, sobre la elección de un cuadro de tal o cual artista. ¡Ella, que era la propia musa del Buen Gusto, si me es permitido decirlo así, consultaba conmigo, el más lego de los hombres en estas materias, y que no sabía sino lo que ella me había enseñado! Pero, en fin, como Dios me daba a entender, yo la aconsejaba, distinguiéndome particularmente en lo tocante a precios y en fijarle límites prudentes a los gastos que hacía.

II

Pronto hube de suspender estas funciones de asesor, porque caí enfermo... No sé qué fué aquello. Mi médico sostenía que había en mi mal algo de paludismo, y que ya lo traía de los Pirineos. Pero la fiebre fué poco intensa, si bien tan rebelde a la quinina, que hubo de pasar un mes antes que el termómetro me indicara la temperatura normal. La convalecencia fué el cuento de nunca acabar. A los días de alivio sucedían otros de alarmante recaída; pero Moreno Rubio estaba tranquilo y me recetaba dosis de paciencia. Según Raimundo, que en todo metía su cuchara, las lentitudes de mi restablecimiento eran lo mismo que mi enfermedad, una manifestación del estado *adinámico*, carácter patológico del siglo XIX en las grandes poblaciones. Poca fuerza febril, primero; poca fuerza reparatriz, después; debilidad siempre; tal era mi naturaleza en la enfermedad y en la convalecencia. Molestábame, sobre todo, al recobrar a sorbos la salud, mi lamentable estado nervioso, la pícara desazón crónica, que apareció con sus síntomas castizos. ¡Otra vez en mí aquel terror inexplicable, aquel azaramiento, aquella previsión fatigosa de peligros irremediables! ¡Qué esfuerzos hacían mi voluntad y mi razón para vencer esta tontería! «Pero ¿a qué tengo yo miedo, a qué, vamos a ver?», me decía, tratando de corregirme y aun de avergonzarme como si hablara con un chiquillo. Nada conseguía con este sermoneo de maestro de escuela. No era la razón, según el médico, sino la nutrición, la que debía equilibrarme. No discurriendo, sino digiriendo, debía recobrar yo mi estado normal: mas el berrante de mi estómago se había declarado en huelga y hacía todo lo que le daba su real gana. Casi tanto como aquel indefinible temor, me mortificaba otro fenómeno, una tontería también: pero tontería que me sacaba de quicio, llevándome al abatimiento, a la desesperación. Era un pertinaz ruido de oídos que no me dejaba un momento y que resistía a toda medicación. Dijéronme que era efecto de la quinina; mas yo no lo creía, pues de muy antiguo había observado en mí aquel zumbar del cerebro, unas veces a consecuencia de debilitación, otras sin causa conocida. Es en mí un mal constitutivo que aparece, caprichosa y traidoramente, para mi martirio, y que yo juzgaba entonces compensación de los muchos beneficios que me había concedido el Cielo. En cuanto me siento atacado de esta desazón insoportable, me entra un desasosiego tal, que no sé lo que me pasa. En aquella ocasión padecí tanto, que necesitaba del auxilio de mi dignidad para no llorar. El zumbido no cesaba un instante, haciendo tristísimas mis horas todas del día y de la noche. En mi cerebro se anidaba un insecto que batía sus alas sin descansar un punto, y si algunos ratos parecía más tranquilo, pronto volvía a su trabajo infame. A veces, el rumor formidable crecía hasta tal punto, que se me figuraba estar junto al mar irritado. Otras veces era el estridente, insufrible ruido que se arma en un muelle donde están descargando carriles, vibración monstruosa de las grandes piezas de acero, en cierto modo semejante al vértigo acústico que produce en nuestros oídos una racha del Nordeste frío, continuo y penetrante. Creía librarme de aquel martirio poniéndome un turbante a lo moro y rodeándome de almohadas; pero cuanto más me tapaba, más oía. El

insomnio era la consecuencia de semejante estado, y pasaba unas noches crueles, oyendo, oyendo sin cesar. Por fin, no eran runrunes de insectos ni ecos del profundo mar, sino voces humanas, a veces un extraño coro, del cual nada podía sacar en claro; a veces, un solo acento, tan limpio, sonoro y expresivo, que llegaba a producirme alucinación de la realidad.

Excuso decir que en las horas tristes de aquella larga convalecencia me acompañaban mis amigos y la familia de mi tío. Mi estado débil habíame llevado a aquel grado de impertinencia en el cual recibimos de un modo parcial y caprichoso las atenciones de nuestros íntimos, quiero decir, que no todas las personas que iban a hacerme compañía me eran igualmente gratas. Sin saber por qué, algunas despertaban en mi vehemencia antipatías que procuraba disimular. Su presencia irritaba mis males. Ni Camila ni María Juana me hacían maldita la gracia, y lo mismo digo de mi amigo Manolito Peña, cuya suficiencia y desparpajo me encocoraban. Pero la persona cuya presencia me molestaba más era Carrillo, el marido de Eloísa. Y no porque él fuese poco amable o enfadoso. Al contrario, mostrándose cariñosísimo, atento y grandemente interesado por mi salud, parecía recomendarse más que ningún otro a mi benevolencia. Y, sin embargo, yo no le podía sufrir. No era antipatía, era algo más: era como un respeto cargante. Me cohibía, me azaraba. Lo mismo era verle entrar, que se agravaban considerablemente los fenómenos de mi dolencia. Aumentaba el ruido, aquel pavor estúpido, y el estruendo de mi tímpano crecía de un modo desesperante.

Raimundo y Severiano me entretenían mucho: éste contándome realidades graciosas, aquél con los juegos malabares de su ingenio. Imitaba a Martos y a Castelar con tal perfección, que no cabía más. Después nos contaba, con deliciosa ingenuidad, los grandes consuelos que obtenía de la fuerza de su imaginación y de la vida artificial que por este medio se labraba, contrarrestando así las miserias de la vida afectiva.

—Cada noche—nos decía—me acuesto pensando en una cosa con tanta energía, y me caldeo tanto el cerebro, que llego a figurarme que es verdad lo que pienso. Gracias que me duermo, que si no, haría mil disparates. Anteanoche me acosté pensando que era presidente del Consejo de Ministros. A eso de la una ya había resuelto en el Congreso, charla que te charla, una cuestión grave. Los decretos me salían a docenas... Y conferencia va, conferencia viene, con el Nuncio, con el embajador de Francia, con el gobernador, con mis compañeros de Gabinete... Luego iba a la firma con su majestad, mandaba sueltos a los periódicos, y... Por fin, me dormí cuando estaba hablando por teléfono con el ministro de la Guerra para ver de sofocar una sublevación militar. Anoche me dió por ser director de orquesta del teatro Real. Cuando me quitaba la ropa para acostarme, estaban los oboes comenzando detrás de mí el preludio de *Los hugonotes,* el gran *coral* protestante. A mi izquierda, los primeros violines; a mi derecha, los segundos; a un extremo, el metal; a otro, las arpas... *Ñi, ñi...* ¡Qué bien! En aquel rifirrafe de la cuerda no se me escapó una nota... En fin, que dijeron el preludio admirablemente. Luego, al arrebujarme en las sábanas, tiré del timbre, empezó a subir lento y majestuoso el telón. Nevers y el coro aparecieron delante de mí...; después, Raúl, que, por ser debutante, venía muy turbado. Pusimos gran cuidado en la romanza... Más tarde, cuando me dormía, ya no era yo el director: yo era Marcello, y estaba cantando el *pif-paf*... El director era el señor de Meyerbeer, buena persona, que había resucitado para oírme cantar...

Y por aquí seguía. ¡Pobre Raimundo!

III

Mi tío me acompañaba poco, porque sus ocupaciones se lo impedían; pero siempre, al entrar y salir, pasaba a decirme alguna palabra consoladora. Mi tía Pilar bajaba algunas veces a inspeccionar mi casa y criados, cuidando de que no me faltase nada. Mas como la pobre señora estaba bastante obesa y bastante torpe de las piernas, sus visitas fueron menos frecuentes en el período de mi convalecencia, y su hija Eloísa la sustituía en aquella cariñosa obligación, que tan vivamente agradecía yo. Aún no había mi prima arreglado su casa y conti-

nuaba viviendo en la de sus padres: érale, pues, fácil vigilar la mía, mantener en ella el orden y la limpieza y no perder de vista a mis criados. La casa de un soltero enfermo exige solicitudes y vigilancias extremadas para que no se convierta en una leonera, y gracias a Eloísa, todo marchaba en la mía con el orden más perfecto. Verdad que mi prima tenía, a mi parecer, dotes singulares para disponer y arreglar todo lo concerniente a una casa en las circunstancias difíciles como en las ordinarias. Ella era quien gobernaba la morada de sus padres. Desde el salón a la cocina, todo estaba bajo su mando; era, si así puede decirse, el alma de la casa, la autoridad, el poder ejecutivo, y lo mismo en lo referente a la compra y a los ínfimos detalles de la cocina y despensa, que a las más altas determinaciones de la etiqueta y del moblaje.

—El día en que yo falte de aquí—me decía—, ya se conocerá mi ausencia.

La compañía de Eloísa era la más agradable de todas para mí; digo mal, érame en altísimo grado consoladora. Por las noches, cuando mis amigos estaban presentes, yo les decía: «Me voy a dormir», para que se fueran y me dejaran solo con la familia, generalmente representada por mi prima, su madre y el pequeñuelo con el ama. Eloísa me animaba con su sola presencia, y, hablándome seriamente de cualquier asunto trivial, me hacía más feliz que Raimundo con sus agudezas. Gracias también a su bondad y a su saber doméstico, mi rebelde estómago iba poco a poco entrando en caja. Valíase ella para esto de esas mañas que sólo puede usar quien posee secretos culinarios y la suficiente delicadeza de paladar para entender el caprichoso apetito de un enfermo. Del principal me enviaban cositas raras, sabrosas y, al mismo tiempo, sanas, de cuya invención no era capaz el talento rutinario, aunque sólido, de mi cocinera. Otras veces, las frioleras se condimentaban en mi propia casa, entre risas y discusiones de cocina. Bastaba que Eloísa tomase parte en ellas y pusiera sus manos en la obra, para que a mí me pareciese de perlas, y me gustaba más aún si era ella quien me lo servía.

Aún me parece estar en aquel mi gabinete bajo, con ventana al paseo. No me apartaba del sillón, colocado junto a los cristales, y cuando no tenía visitas, leía periódicos y novelas. Los ruidos de la calle, lejos de molestarme, me distraían, apagando en cierto modo la música doliente de mi propio cerebro. Me agradaba ver pasar, cada cinco minutos, el tranvía, siempre de derecha a izquierda, con las plataformas llenas de gente; me gustaba ver las hojas secas arrancadas de los árboles por el viento y esparcidas por todo el paseo, barridas luego por los operarios de la Villa y hacinadas en el hueco de los alcorques. Me acompañaban los carros que a todas horas pasaban, y el grito de los carreteros, aquel incomprensible *¡ues... que!*, de extraño acento y significación desconocida. Me entretenían los simones, la gente dominguera que por las tardes invadía la acera de enfrente, pollería de uno y otro sexo, alquiladores varios de las sillas de hierro. Pasaba ratos buenos observando el público especial de los puestos de agua; público sobrio, compuesto de los bebedores más inofensivos, y las tertulias que se forman en aquellos bancos, colocados a manera de estrado entre los evónimos del paseo. Observaba también las conjunciones de personas diversas en las distintas horas del día, la aguadora y el barrendero de la Villa, el manguero y la beata que sale de la iglesia, el sargento y el ama de cría, la niñera y el mozo de tienda, y otros grupos de difícil clasificación. Las fiestas religiosas de San Pascual animaban por las tardes el paseo. Al mediodía, la comida de los albañiles que trabajaban en diferentes obras en un pintoresco cuadro. Yo envidiaba su apetito, y habría dado quizá mi posición por poder comer con ellos, sentado al sol, aquel cocido de color de canario y aquel racimo de tintillo aragonés.

Por las noches disminuía el bullicio. Desde las cinco estaba yo esperando al que enciende los faroles para verle dar luz a los mecheros, corriendo de uno a otro y tocándolos con un palo. Poco a poco se iba estrellando el suelo, formando una constelación, cuyo hormigueo lejano se perdía en la polvorosa soledad del Prado. Los ruidos eran menos variados que por el día. Cada cinco minutos, trepidación sorda anunciaba el tranvía, y toda la noche, un monólogo de vapor, con resoplidos de válvula y vértigo de volante, acusaba la máquina instalada

en el Ministerio de la Guerra para producir la luz eléctrica. Los toques canónicos de las monjas rompían a ciertas horas este uniforme canto llano de la noche con notas metálicas, claras, frías, que agujereaban el oído como un estilete de acero. Un pobre hombre que pregonaba café hasta muy tarde con perezosa y oscura voz, me hacía pensar en la enorme diversidad de los destinos humanos.

Mi tía Pilar tenía la bendita costumbre de apoltronarse en un sillón y quedarse dormida, después de protestar enérgicamente contra la suposición de que pudiera tener algo de sueño. Elosía tomaba el *barbián* (yo le llamaba así) de manos del ama (la cual se iba adentro a charlar con Juliana, mi cocinera, y con Ramón, mi ayuda de cámara), y, poniéndomelo delante, le excitaba a repetir en mi presencia todas las gracias que sabía. Estas eran muchas. La más mona era estornudar. Pero cuando se le mandaba hacer el estornudito, no había medio de que obedeciera. Verdadero artista, no quería quitar al arte su condición primera, que es la espontaneidad. Por el mismo principio negábase a saludar con la mano, a repetir los *cinco lobitos* y la pandereta. No hacía más que asombrarse de todo, besarme, llenarme de hilos de saliva, abrazarse a mi cuello, cogerme de la nariz, tirarme de la barba y echar una carcajadas locas, mostrándome su bocaza encendida, húmeda, gelatinosa, y sus tumefactas encías, en las cuales empezaban a retoñar esos huesos que, al decir de un chusco, son como los cuernos, pues *duelen cuando nacen y después se come con ellos.*

IV

El *barbián* solía dormirse, y el ama se lo llevaba. Acostábanle a veces en mi lecho, y lo cubrían con mi tapabocas. Con ser tan pequeño en la superficie de mi ancha cama, parecía que llenaba la casa, pues todas las miradas fijábanse con respeto y cariño en aquel bulto que respiraba. Se le sentía como se siente un reloj, y en el momento de despertar parecía que iba a dar la hora.

Eloísa me hablaba de sus proyectos, de lo que pensaba hacer en su nueva casa, de las personas a quienes recibiría, de sus criados, de sus coches, de su servicio, montado con tanta inteligencia como orden. Dábame por admirar cuanto decía, fuera lo que fuese, y por buscar nuevos aspectos al tema de nuestra conversación para ver cómo los trataba y hasta dónde iban los vuelos de un talento que se me antojaba superior. Empezando por hablar de una sillería o del presupuesto de cocheras, de lo que cuesta una buena planchadora, o de lo que valen doce docenas de botellas de Château-Lafite, concluíamos por tratar de cosas hondas, como política, religión. Eloísa hablaba con sencillez, sin pretensiones ni aun de buen sentido, pues el buen sentido, cuando quiere aguzarse mucho, tiene pedanterías tan insufribles como las de la erudición; expresaba lo que sentía, claro, sincero y con gracia. Y lo que ella decía parecíame trasunto fiel del sentimiento general; no chocaba por su originalidad ni por su vulgaridad. Observé que sus ideas religiosas venían a ser, poco más o menos, como las mías: débiles, tornadizas, convencionales y completamente adaptadas al temperamento tolerante, a este pacto provisional en que vivimos para poder vivir. Sobre otros temas mostróme pensamientos más originales, de los cuales hablaré a su tiempo.

Una noche me pasó una cosa muy rara, digo mal, no fué cosa rara; antes bien lo considero natural, atendidas las circunstancias. Es el caso que aquel maldito Raimundo me contaba todos los días un nuevo desenfreno de su imaginación violentada. Su vida artificial y somnambulesca le ofrecía a cada momento ratos de soñado placer y aun satisfacciones de amor propio.

—Mira, chico, anoche me acosté pensando que era alcalde de Madrid, no un alcaldillo del tres al cuarto, sino un auténtico barón Haussmann. Me quité de cuentos. Madrid necesita grandes reformas. Como disponía de mucha guita, mandé abrir la Gran Vía de Norte a Sur, que está reclamando hace tiempo esta apelmazada villa. ¿Ves lo que se ha hecho en la calle de Sevilla? Pues lo mismito se hizo en la calle del Príncipe, es decir, demolición completa de todo el lado de los pares. Después, rompimiento de la misma calle hasta la de Atocha..., hasta la de la Magdalena... Por el otro lado varié la dirección de la

calle de Sevilla, y enfrente, en la casa donde está el Veloz-Club, hice otro rompimiento hasta la Red de San Luis. El desnivel es muy poca cosa... Siguieron luego los derribos: ¡qué nube de polvo! Siete mil obreros..., aire, luz, higiene... En fin, cuando me dormí ya estaba abierta la magnífica vía de treinta metros de anchura, desde la calle del Avemaría hasta el Hospicio...

Y cuando no entraba con esta monserga de la urbanización, venía con otra semejante.

—Mira, chico, anoche me acosté pensando que era yo Sullivan. Venía del teatro, de verlo representar.

O bien:

—Me acosté pensando que había descubierto la dirección de los globos...

En mi estado de debilidad, nada tenía de extraño que estos ajetreos de la mente, este vivir imaginativo fuera contagioso; es decir, que se me pegó la maña de pensar y de figurarme cosas y sucesos ideales, si bien nunca completamente absurdos. Yo no estaba, como el pobre Raimundo, *trigonométricamente trastrocado;* quiero decir, que mi imaginación no iba, ni con mucho, tan lejos como la de mi primo, en quien el imaginar era una especie de vicio solitario, nacido de la flojera orgánica, fomentado por la holganza y convertido, por la costumbre, en imperiosa necesidad. Las tonterías que yo pensaba, las acciones y fábulas que forjaba mi mente, harto parecidas a los argumentos de las novelas más sosas, aburrirían al que esto lee, si tuviera yo la humorada de contarlas aquí. Carecían de aquel encanto pintoresco y de aquel viso de realidad que tenían las volteretas cerebrales de mi primo, atleta eminente, trabajando sin cesar en el *triple trapecio* del vacío.

Como una media hora estuve aquella noche hablando con Eloísa. Después creo que me quedé aletargado en el sillón. Escasa luz había en mi gabinete, no sé por qué. Paréceme recordar que llevaron la lámpara a la alcoba, donde estaba el pequeñuelo. Medio dormido, oí la voz del ama y la de Juliana. Eloísa hablaba también, siendo el tono de las tres como de personas que tenían muchas ganas de reírse. Creí comprender que estaban mudando la ropa de mi cama, mojada por el *barbián,* y alguna de ellas le reprendió graciosamente por su falta de respeto al lugar en que reposaba. A mi lado, una respiración arrastrada y penosa hacíame comprender que mi tía Pilar estaba más profundamente dorda que yo.

Veía yo la alcoba iluminada y mi cama de nogal, grande como las de matrimonio; oía las voces de las tres mujeres, que se reían quedito como si me supusieran dormido; luego los rebullicios y cacareos del chiquillo, protestando contra las malas intenciones que se le atribuían. Por último, el ama le tapaba la boca con el biberón vivo, y se oían sus chupitos... Después, silencio profundo. Todo esto se presentaba en mi mente como la cosa más natural del mundo, sin causarle ninguna extrañeza, cual si fuera un suceso común y rutinario que había ocurrido el día anterior y que ocurriría también en el venidero. Del fondo de mi alma salían dos fenómenos espirituales: aprobación afectuosa de lo que veía y certidumbre de que lo que pasaba debía pasar y no podía ser de otra manera. Cada persona estaba en su sitio, y yo también en el mío.

Un ratito después, creo que me hundí un poco en el sueño. Pero resurgí pronto viendo a Eloísa que entraba por la puerta de la alcoba. Vestía de color claro, bata de seda o no sé qué. Acercábase acompañada de un rumorcillo muy bonito, de un *tin-tin* gracioso que me daba en el corazón, causándome embriaguez de júbilo. Traía en la mano izquierda una taza de té y en la derecha una cucharilla, con la cual agitaba el líquido caliente para disolver el azúcar. Ved aquí el origen de tan linda música. Avanzó, pues, a lo largo de mi gabinete, que estaba, como he dicho, medio a oscuras, y se acercó a mi persona, inclinándose para ver si dormía... Pues bien: en aquel instante, hallándome tan despierto como ahora y en el pleno uso de mis facultades, creí firmemente que Eloísa era mi mujer.

Y no fué tan corto aquel momento. El craso error tardó algún tiempo en desvanecerse, y la desilusión me hizo lanzar una queja. Eloísa se reía de mi aturdimiento y de mi torpeza para coger la taza y beber el contenido de ella. A mí me embargaba el temor de haber dicho alguna tontería en el medio minuto de mi engaño. Temía que el poder de la idea hubiera sido bastante grande para

mover la lengua, y que ésta, sin encomendarse a Dios ni al diablo, hubiera pronunciado dos o tres palabras contrarias a todo razonable discurso. Dudaba yo de mi propia discreción en aquel breve lapso de irresponsabilidad, y me atormentaba la sospecha de haberme puesto en ridículo o de haber ofendido a mi prima en su dignidad, que conceptuaba quisquillosa. Y como la veía reírse de mí, le preguntaba azarado, al tomar de sus manos la taza:

—Pero ¿he dicho algo, he dicho algo?

—Pero ¿qué tienes, qué te pasa? Eres como mamá, que se enfada cuando suponemos que tiene sueño.

—No, no es eso. Háblame con franqueza. ¿He dicho algún disparate?... Es que, la verdad, temo haber dicho alguna majadería, alguna estupidez hace un momento, cuando...

—No has hecho más que dar un suspiro tan grande, que... (¡cómo se reía!), tan grande, que creí caerme de espaldas. En cuanto a la majadería, no dudo que la habrás pensado; pero ten por cierto que no la has dicho.

V

A la noche siguiente fué también Camila, y cantó para entretenerme peteneras, malagueñas, la canción de la bata y, por último, trozos de ópera. Todo lo desempeñaba a la perfección, con gracia inimitable en la música nacional, con patético acento en la dramática. Su voz era bonita y robusta. Con igual maestría tocaba el piano y la guitarra. Del mango de ésta colgaba espesa moña de cintas rojas y amarillas que parecía un trofeo, la melena del león de España convertida en emblema de la dulzura indolente de nuestros cantos populares. La figura morena, esbelta y gigantesca de Camila era digna de ser pintada en aquella facha de cantadora, con estremecimientos epilépticos, ojos en blanco, gemidos de placer que duele y mil visajes y donaires en su boca grande, fresca y sinvergüenza. En el piano (un mediacola de Pleyel con caja de palisandro y meple), Camila sabía tomar luego la actitud elegante y sentimental de una concertista inglesa, hasta el momento en que, rompiendo la etiqueta y dejándose llevar de su natural bullanguero, empezaba a hacer los mayores desatinos y a mezclar lo clásico con lo flamento. Mi pobre piano la obedecía estremecido, y ella, más loca a cada instante, hería las teclas con una furia, sacando del instrumento expresiones de ternura profunda o carcajadas picantes.

Su marido la contemplaba embobado, y era como el director del concierto. No quería que ninguna habilidad de su mujer fuese desconocida, y sin dejarla descansar, decía: «Ahora, Camililla, tócanos el *Testamento*, el *Vorrei morir*, de Tosti; los *couplets* de *Boccaccio* y del *Petit Duc*.» Todos los presentes estaban admirados y entretenidísimos; pero yo, aunque en mi obsequio se hacían tales gracias, me aburría, me aburría sin poderlo manifestar. No se me ocultaba el mérito de Camila, y agradecía mucho su buena intención. Mas, aplaudiéndola sin cesar, deseaba con toda mi alma que se callara y se fuera a su casa. Sus amables aptitudes no me la hacían simpática.

Aquel descaro con que besaba en presencia nuestra al feo, al gaznápiro de Constantino, me atacaba los nervios. Cuando se ponía a jugar a la *bésigue* con Carrillo y con mi tía Pilar y Severiano, armaba unos líos, enredaba de tal modo el juego y hacía tales trampas, que ninguno de los cuatro se entendía. Era este motivo de diversión para todos, menos para mí, pues tanta informalidad me enfadaba lo que no es decible. Casi prefería oírla tocar y cantar, aunque me molestara. Realmente, el principal fastidio para mí era tener que aclamar y palmotear a la artista a cada momento, mientras hacía votos en mi interior porque se fuera con su música a otra parte. Era que mi espíritu estaba en una situación muy particular, y la música lo chapuzaba en un mar de tristezas. Más me alegraba el *tin-tin* de Eloísa, la cucharilla de plata cantando en la taza de té, que cuantas maravillas hacía su hermana con el gran Beethoven, crucificado sobre el atril.

A última hora, cuando las mujeres se retiraban con sus respectivos esposos, entraba mi tío. Dábame un ratito de tertulia en mi alcoba, cuando ya me entregaba yo al brazo secular de Ramón, mi ayuda de cámara. Principiaba por decirme dónde había comido, lo que se había hablado...

Cánovas había dicho tal o cual frase ingeniosa, afilada como una navaja de afeitar... Pero en lo que don Rafael Bueno de Guzmán tenía particular empeño por aquellos días, poniendo en ello todos los recursos persuasivos de su locuacidad inagotable, era en informarme de la famosa conversión de nuestra Deuda. Por enero del 82 me daba unos solos que me partían. Al fin teníamos un ministro de Hacienda de pensamientos altos; al fin había planes verdaderos y profundos en la casa de la calle de Alcalá; al fin iba a pasar a la Historia la multiplicidad laberíntica de nuestros valores. Y con prolijos detalles me enteraba mi tío de aquellos asuntos, que no dejaban de interesarme por mi afición a los negocios. La turbamulta de papeles diversos llamados Obligaciones del Banco y Tesoro, de Aduanas, Bonos, resguardos al portador de la Caja de Depósitos, Acciones de carreteras, Títulos del 2 por 100 amortizable. Deuda del personal, se estaban convirtiendo en un 4 por 100 amortizable en cuarenta años por sorteos trimestrales, y emitido al tipo de 85. Se habían fijado las bases, entre el ministro y los comisionados de la Deuda, para el arreglo de los otros valores. El 3 por 100 y los *Ferros* se convertirían en un 4 por 100 Perpetuo. El tipo de emisión del primero sería de 43,75, y el de los segundos, de 87,50, y los nuevos títulos saldrían al mercado en mayo. Jamás en un cerebro de ministro español se engendró y realizó proyecto tan vasto... Las *Cubas* no se convertían... ¡Ah! Si quería yo emplear en acciones del Banco de España el dinero que tenía en papel inglés sin más producto que un escuálido 2 por 100, bien podía apresurarme, pues las acciones andaban alrededor de 495. Mi tío creía firmemente que se plantarían en 500, tipo del cual no era fácil que pasaran... Yo oía estas cosas con bastante interés al principio; mas tanta charla, exacerbando al fin el ruido en mis oídos, producíame aturdimientos y unas ganas vivísimas de que el buen señor se retirara.

Dejábame al fin medio dormido, delirando en cosas de amor y proyectos bursátiles, viendo cómo los viejos *Ferros* y las obligaciones de Aduanas se despedían del mundo financiero, con lágrimas y jipidos, antes de ser absorbidos por los novísimos títulos; viendo al veterano y decrépito Consolidado expirar sobre un lecho de números, para dar vida, de sus cenizas, al flamante 4 Perpetuo. Los Bonos del Tesoro protestaban de aquella muerte airada y amenazaban al señor Camacho con una pistola cargada de cupones. Las acciones del Banco de España se paseaban orgullosas, diciendo a todo el que las quisiera oír que ellas treparían a 500, a 600, ¡a 1.000...! La idea de que subían y subían siempre no me abandonaba en toda la noche. Yo les tiraba de los pies para que no subieran tanto.

V

HABLO DE OTRA DOLENCIA PEOR QUE LA PASADA Y DE LA POBRE KITTY

I

Mi enfermedad había empezado en noviembre, cuando los alcarreños, vestidos de paño pardo, pregonaban por Madrid *buena castaña, buena nuez*. No estuve en situación de salir de casa hasta los días precursores de la Pascua, cuando el mazapán atarugaba las tiendas y andaban ya los niños tocando tambores por las calles. Navidad, la familiar, alegre y cristiana fiesta, se acercaba. Pasé buenos ratos discurriendo los regalos que haría. Hice tantos, que sólo en dulces y vinos gasté un dineral. Yo quería que todos participasen de la dicha de mi restablecimiento, y la mejor manera de conseguirlo era hacer emisarios de mi buena nueva a los respetables pavos, enviándolos a todas partes para que los sacrificaran en honor mío. María Juana nos dió una excelente cena en la noche del 25. Eramos unos quince, todos de la familia de Bueno de Guzmán y de Medina. Los dueños de la casa estuvieron muy amables conmigo, prodigándome los cuidados que mi endeble estómago exigía. Todo lo que sirvieron parecióme excelente; pero Eloísa, que era un tanto criticona, me habló en confianza al día siguiente de la *abundancia ordinaria* que reinaba en la mesa y de las maneras excesivamente campechanas de Cristóbal Medina, en quien ella no podía menos de ver el tipo de castellano viejo que puso Larra en uno de sus admirables artículos de costumbres. Nada ocurrió en la cena digno de contarse, como

no sea que Carrillo se puso malo y tuvo su mujer que llevársele a casa antes de concluir. Venía padeciendo el infeliz de una enfermedad no bien diagnosticada por los médicos. Debía de ser alguna perturbación nutritiva, algo como albuminuria, diabetes o cosa tal. Sufría horribles cólicos nefríticos. Al día siguiente, cuando fuí a verle, ya estaba mejor, y me dió un solo de política sobre la feliz aproximación de la Democracia a la Monarquía, cosa que, en verdad, como otras muchas de este jaez, me tenían a mí sin cuidado. Carrillo parecía vivir en cuerpo y alma para fin tan glorioso; había entrado en relaciones estrechas con diferentes hombres políticos de medianas vitolas, y probablemente sería senador muy pronto. Gustaba de trabajar y de leer autores ingleses, traducidos al francés, porque era de los que se entusiasman con las instituciones británicas, creyendo que las vamos a imitar de sopetón y a implantarlas aquí en menos que canta un gallo.

Eloísa, en confianza, me había manifestado cierto disgusto pocos días antes, porque lo primerito que se le había ocurrido a su marido, al tener dinero, era contribuir a la fundación de un periodicazo que iba a salir pronto. ¿No era esto una tontería? Las cosas que Carrillo me hablaba, su manía anglopolítica, la creación del diario destinado a casamentar la Democracia con el Trono y fundir en el molde de las ideas lo tradicional y lo revolucionario, hiciéronme comprender que tenía ambición. Confieso que lo sentí. Parece que la ambición implica facultades, y siempre que Pepe me manifestaba tenerlas, bien por su conversación, bien por sus acciones, yo me entristecía. Habría deseado que aquel hombre careciese de mérito. Y, sin embargo, este anhelo mío era defraudado a cada instante, porque el marido de Eloísa me revelaba un día y otro, a' mostrarme sus pensamientos, calidades que yo no creía tener. Cuando hablaba de asuntos políticos; cuando diagnosticaba las lepras de nuestra Nación, y los remedios (ingleses se entiende) que a gritos pide nuestra sociedad política, hallábale yo tan elocuente, tan razonable, tan talentudo, que me llenaba de tristeza. ¿Valía o no valía? Severiano sostenía que no. Yo, triste, me figuraba que sí. En mi mente le daba valor, sólo por el hecho de envidiarle, y razonaba así: «Es imposible que el dueño de Eloísa haya llegado a la posesión de ella.»

Yo..., ¿para qué andar con rodeos?, válgame mi sinceridad..., yo estaba enamorado de mi prima. Entróme aquella desazón de espíritu, aquella enfermedad terrible, no sé cómo, por su belleza, por su gracia, por mi flaqueza; ello es que me atacó de firme, embargándome de tal modo que no me dejaba vivir. Se apoderó de mis sentidos, de mi espíritu y de mis pensamientos con fuerza irresistible. No había razón ni voluntad contra mal tan grande. Lo hacían doblemente grave lo criminal del objeto y lo divino del origen. Diré las cosas claras, así es mejor. Aquella prima mía me gustaba tanto, tanto, que por el simple hecho de gustarme extraordinariamente la consideraba mía. El ser de otro era un desafuero, una equivocación de los hombres, nacida de una trastada del tiempo. ¿Por qué no vine yo a Madrid dos años antes? ¿Por qué no se podía deshacer lo hecho atropellada y neciamente? Con este modo de razonar cohonestaba yo mi criminal inclinación, apoyándola en el fuego de la Naturaleza y dando de lado a las leyes sociales y eclesiásticas.

Desde que el diente aquel invisible empezó a roerme las entrañas, el objeto principal de mis cavilaciones era el siguiente: «¿Valía Carrillo más que yo? ¿Valía yo más que él?» Para mayor desgracia mía, cuando movido de un cierto espíritu de reparación, le consideraba yo adornado de grandes méritos y, por ende superior a mí por los cuatro costados, los demás se inclinaban a la opinión contraria, de lo que resultaba que, enalteciendo mi bondad, estimulaban mi maldad. ¡Qué espantosa confusión!

Y debo decirlo sin inmodestia. La opinión de la familia era unánime en favor mío. La misma Eloísa, hablando conmigo una noche, me había llenado el alma de fatuidad. Medio en serio, medio en burla, tratábamos del carácter de diversas personas, y el mío no se quedó en el tintero. Parecía que había un empeño particular en acribillarme con chanzas inocentes. Por fin, en un tonillo de broma, de esa broma que es la quinta esencia de la seriedad. Eloísa me dijo:

—Pues mira: si hubiera en casa una hermana soltera, te la endosaríamos...

No tendrías más remedio que cargar con ella.

Mi tía Pilar, sin faltar a la discreción, me había hecho comprender varias veces, hablando conmigo de asuntos de familia, que el casamiento de su hija con Carrillo había sido una precipitación, uno de esos desaciertos que no se explican. La herencia era una mezquindad, y Eloísa merecía más. Mi tío había sido, como se recordará, algo más explícito, y echaba la culpa de tal precipitación a su mujer. En resumen: la opinión más favorable a Carrillo en aquella casa era siempre la mía.

Lo que no estorbaba que yo estuviese prendado de mi prima con una vehemencia romántica, con una ilusión de mozalbete y de principiante que decía mal de mis treinta y siete años. Yo pensaba lo que es de cajón pensar en tales casos, es decir, que ella y yo éramos el uno para el otro; que habíamos nacido para unirnos, para ser dos piezas inseparables de un solo instrumento, y que la disgregación fatal en que vivíamos era uno de los mayores absurdos del universo, un tropiezo en la marcha de la sociedad. Y al mismo tiempo que esto pensaba, la idea de tener relaciones ilícitas con ella me causaba pena, porque de este modo habría descendido del trono de nubes en que mi loca imaginación la ponía. Si yo hubiera manifestado estos escrúpulos a cualquiera de mis amigos, a Severiano Rodríguez, por ejemplo, se habría estado riendo de mí dos semanas seguidas, pues no merecía otra cosa un quijotismo tan contrario a mi época y al medio ambiente en que vivíamos. Mi ilusión era vivir con ella en vida regular, legal y religiosa. De otra manera, tanto ella como yo valdríamos menos de lo que valíamos. Por esto se verá que yo tenía buenas ideas, o, lo que es lo mismo, que yo era moral en principio. Serlo de hecho es lo difícil, que teóricamente todos lo somos.

Este quijotismo, esta moral de catecismo había sido uno de los principales ornatos de mi juventud, cuando la vida serena, regular, pacífica, no me había presentado ocasiones de desplegar mis energías iniciales propias. Yo era, pues, como un soldado que ha estado sirviendo mucho tiempo sin ver jamás un campo de batalla, y para quien el valor es aún fórmula consignada en la hoja de servicios, persuasión vaga de la dignidad, no comprobada aún por los hechos. Por fin, cuando menos lo pensaba, el humo de la batalla me envolvía. Pronto se vería quién era yo y cuál era el valor de mi valor, o, dejando a un lado el símil, qué realidad tenían mis convicciones.

Para mejor inteligencia de estas páginas, dictadas por la sinceridad, quiero referir ciertos antecedentes de mi persona. Alguno de los que esto leen los habrá echado de menos, y no quiero que se diga que no me manifiesto de cuerpo entero, tal cual soy en todas mis partes y tiempos.

II

Nací en Cádiz. Mi madre era inglesa católica, perteneciente a una de esas familias anglomalagueñas, tan conocidas en el comercio de vinos, de pasas y en la importación de hilados y de hierros. El apellido de mi madre había sido una de las primeras firmas de Gibraltar, plaza inglesa con tierra y luz españolas, donde se hermanan y confunden, aunque parezca imposible, el cecear andaluz y los chicheos de la pronunciación inglesa. Pasé mi niñez en un colegio de Gibraltar, dirigido por el obispo católico. Después me llevaron a otro en las inmediaciones de Londres. Cuando vine a España, a los quince años, tuve que aprender el castellano, que había olvidado completamente. Más tarde volví a Inglaterra con mi madre, y viví con la familia de ésta en un sitio muy ameno que llaman Forest Hill, a poca distancia de Sydenham y del Palacio de Cristal. La familia de mi madre era muy rigorista. Dondequiera que volvía yo los ojos, lo mismo dentro de la casa que en nuestras relaciones, no hallaba más que ejemplos de intachable rectitud, la *propiedad* más pura en todas las acciones, la regularidad, la urbanidad y las buenas formas casi erigidas en religión. El que no conozca la vida inglesa, apenas entenderá esto. Murió mi buena madre cuando yo tenía veinticinco años, y entonces me vine a Jerez, donde estaba establecido mi padre.

Era yo, pues, intachable en cuanto a principios. Los ejemplos que había visto en Inglaterra, aquella rigidez sajona que se traduce en los escrúpulos de la con-

versación y en los repulgos de un idioma riquísimo, cual ninguno, en fórmulas de buena crianza; aquel puritanismo en las costumbres, la sencillez cultísima, la libertad basada en el respeto mutuo, hicieron de mí uno de los jóvenes más juiciosos y comedidos que era posible hallar. Tenía yo cierta timidez que en España era tomada por hipocresía.

Mi padre era un hombre de pasiones caprichosas, todo sinceridad, indiscreto a veces, de genio vivísimo y bastante opuesto a lo que él llamaba los *remilgos británicos*. Se reía de la perífrasis de la conversación inglesa, y hacía alarde de soltar las franquezas crudas del idioma español en medio de una tertulia de gente de Albión. A veces sus palabras eran como un petardo, y las señoras salían despavoridas. Al poco tiempo de vivir con él noté que sus costumbres distaban mucho de acomodarse a mis principios. Mi padre tenía una querida en la propia vivienda. Un año después tenía tres: una en casa, otra en la ciudad y la tercera en Cádiz, adonde iba dos veces por semana. Debo decir que en vida de mi madre había sido muy hábil y decoroso mi padre en sus trapicheos, y por esta razón los disgustos que dió a su señora no fueron extremados.

Sin faltarle al respeto, emprendí una campaña contra aquellos desafueros paternos. Si no logré todo lo que pretendía, al menos conseguí que rindiera culto a las apariencias. La mujer que vivía en casa se trasladó a otra parte. Esto era un principio de reforma. Lo demás lo trajeron la vejez del delincuente y su invalidez para la galantería. En tanto, yo daba viajes a Inglaterra, haciendo allí vida de soltero por espacio de tres o cuatro meses. Sólo dos veces por semana iba a comer a Forest Hill, donde seguían viviendo las hermanas y sobrinas de mi madre, y el resto del tiempo lo pasaba bonitamente entre los amigos que tenía en la City y en el West. Me alojaba en Langham Hotel y pasaba los días y las noches muy entretenido. Frecuentaba la sociedad ligera, sin abandonar la regular, y al volver a mi patria notaba en mí síntomas de decadencia física que me alarmaban. Puesto que mis ideas eran siempre buenas, hacía propósito firme de practicarlas fundando una familia y volviendo la hoja a aquella soltería estéril, infructuosa y malsana.

Cuando mi padre se retiró de los negocios, dejando todo a mi cargo, mis viajes a Inglaterra fueron menos frecuentes y muy breves. En quince días o veinte entraba por Dover y salía por Liverpool o viceversa. Murió repentinamente mi padre cuando ya empezaba a curarse de sus funestas manías mujeriegas, y entonces, falto de todo calor en Jerez, sin familia, con pocos amigos, y viendo también que entraba en un período de gran decadencia el tráfico de vinos, realicé, como he dicho al principio, y me establecí en Madrid.

Pero aún falta un dato que, por ser muy principal, he dejado para lo último. Tuve una novia. Acaeció esto en la época en que, por cansancio de mi padre, estaba yo al frente de la casa. Era también de raza mestiza, como yo; española por el lado materno, inglesa católica por su padre, el cual había tenido comercio en Tánger y a la sazón era dueño de los grandes depósitos de carbón de Gibraltar. Además, recibía órdenes de casas de Málaga y trabajaba en la Banca. Llamábase mi novia Catalina. Le decían Kitty. Habíase criado en Inglaterra, con lo cual dicho se está que su educación era perfecta, sus maneras distinguidísimas. Prendéme de ella rápida y calurosamente un día en que, hallándome de paso en Gibraltar, me convidó a comer su padre. Su belleza no era notable; pero tenía una dulzura, una tristeza angelical que me enamoraban. La pedí y me la concedieron. Mi padre y el suyo se congratulaban de nuestra unión...

¡Maldita sea mi suerte! Aquel verano, cuando Kitty volvió con su padre de una breve excursión a Londres, la encontré desmejorada. La pobrecilla luchaba con un mal profundo que el régimen y la ciencia disimulaban sin curarlo. Octubre la vió decaer día por día. Noviembre la llamaba a la fría tierra con susurro de hojas caídas y secas. Yo iba todas las semanas a Gibraltar. Un lunes, cuando más descuidado estaba, porque el viernes precedente la había visto mejor, recibí un telegrama alarmante. Corrí a Cádiz; el vapor había salido; fleté uno, y cuando me dirigía al muelle para embarcarme, un amigo de la casa salióme al encuentro en Puerta de Mar y, echándome su brazo por encima del hombro, me dijo, con mucho cariño y tono muy lúgubre, que no fuera a Gibraltar. Com-

prendí que la pobre Kitty había muerto. Se me representó fría y marmórea, su mirar triste, apagado para siempre. Mi dolor fué inmenso. Tuve horribles tristezas, dolencias que me agobiaron, ruidos de oídos que me enloquecieron. El tiempo me fué curando con la pausada sucesión de los días, con el rodar de las ocupaciones y de los negocios. Cuando vine a Madrid habían pasado cinco años de esta desgracia, que truncó mis soberbios planes domésticos, dió a mi vida giros inesperados y a mi conciencia direcciones nuevas.

Eloísa no se parecía nada a Kitty. La pobre inglesa difunta era graciosa, modesta, descolorida, de voz tenue y ojos claros que revelaban ingenuidad y delicadeza; mi prima era arrogante, hermosa, tenía coloración enérgica de la tez y el cabello y sus ojos quemaban. No obstante esta radical diferencia, yo había dado en creer que el alma de Kitty se había colado en el cuerpo de Eloísa y se asomaba a los ojos de ésta para mirarme. ¡Qué simpleza la mía! Era esto quizá una nueva manifestación de las manías de nuestra raza, tan bien monografiadas por mi tío, porque bien me sabía yo que las almas no juegan a la gallina ciega, y mis ideas respecto a la transmigración eran tan juiciosas como las de cualquier contemporáneo. Pero no lo podía remediar. Echaba la vista sobre Eloísa y veía en sus ojos el cariño apacible y confiado de Kitty. Era ella, la mismísima, reencarnada, como las diosas a quien los antiguos suponían persiguiendo un fin humano entre los mortales, y asomada a la expresión de aquel semblante y de aquellos ojos, me decía: «Aquí estoy otra vez: soy yo, tu pobrecita Kitty. Pero ahora tampoco me tendrás. Antes te lo vedó la muerte; ahora la ley.»

VI

LAS CUATRO PAREDES DE ELOÍSA

I

De tal modo se fijaron en mi mente los peligros de aquella inclinación, que pensé en marcharme de Madrid. Es lo que se le ocurre a cualquiera en casos como aquél. Pero una cosa tan lógica y razonable ¡era tan difícil de ejecutar!... ¿Cuándo me iba? ¿Mañana, la semana que entra, el mes próximo? En mi pensamiento estaba acordada la partida con esa seguridad pedantesca que tiene todo lo que se acuerda... en principio. Tal determinación era prueba admirable de las energías de mi conciencia. Pero faltaba un detalle, el cuándo, y este detalle era el que me hacía cosquillas en el cerebro, no dejándose coger. Se me escapaba, se me deslizaba, como un reptil de piel viscosa resbala entre los dedos.

La cosa no era tan baladí. Levantar casa; deshacer aquel hermoso domicilio que representaba tantos quebraderos de cabeza, tanto dinero y los puros goces de las compras pagadas... ¿Y adónde demonios me iba? ¿A Jerez? La situación comercial y agraria de aquel país era muy alarmante. Bueno estaría que me cogieran los de la Mano Negra y me degollaran. ¿A Londres? Sólo el recuerdo de las nieblas y de aquel sol como una oblea amarilla, me causaba tristeza y escalofríos... Nada: la necesidad de huir de Madrid era tan imperiosa, estaba tan claramente indicada por la moral, por las conveniencias sociales, que poquito a poco, sin darme cuenta de ello, fuí tomando la heroica resolución de quedarme. Aquí de mis sofismas. Era una cobardía huir del peligro; se me presentaba la ocasión de vencer o morir. O yo tenía principios o no los tenía.

Diferentes veces había contado a mi prima lo de Kitty, y cada vez lo hacía en términos más patéticos y recargando el cuadro todo lo posible. Un día de enero que paseábamos a pie por el Retiro con Carrillo, una tía de éste y Raimundo, dije a Eloísa (en un rato que nos adelantamos como unos cuarenta pasos) que por motivos reservados había pensado marcharme de Madrid. A lo que respondió ella con risas y burlas, diciendo que lo de la marcha o era locura romántica o santidad hipócrita. Otra tarde, en su casa, hablábamos de tristezas mías, y sin saber cómo, se me vinieron a la boca sinceridades que la hicieron palidecer. Ella me dijo que alguien me tenía trastornado el seso, y entonces, quitándome de cuentos, respondíle que quien me trastornaba el sentido era ella... Tomándolo a broma, trajo al *barbián* y se puso a saltarle delante de mí y a decirle: «Llámale tonto, llámale

majadero.» Con sus risas inocentes creo que me lo llamaba.

Seguía viviendo mi prima en la casa de sus padres; pues aunque estaban casi terminadas las reformas de la suya, como habían derribado tabiques y hecho obra de albañilería, temía la humedad. Diariamente iba a inspeccionar la obra, acompañada de su madre o de Camila. Usaba para esta excursión el hermoso landó de cinco luces que había adquirido; mas algunas tardes, para no privar a Carrillo del paseo que daba por el Retiro y Atocha, le prestaba yo mi berlina.

La casa en que había vivido y muerto Angelita Caballero era grandísima, tristona y estaba enclavada en un barrio mísero y antipático. Su aspecto exterior era muy feo; pero interiormente revelaba ya el soberano arreglo de su nueva dueña. Contóme Eloísa que lo primero que tuvo que hacer fué despejar el terreno, deshacerse de aquellas horribles sillerías *botón de oro* y esconder los *biscuits* y los entredoses de bazar y las arañas de pedacitos de vidrio donde nadie los viera. Porque la tal Angelita era notable por la perversidad de su gusto. Fuera de un buen bargueño y de un Cristo de bronce, no tenía en su casa ninguna antigüedad notable: todo el ajuar era moderno, de la época del 40 al 60, y se componía de artículos de exportación francesa de la peor calidad. «Calcula —me dijo Eloísa—si habrá sido difícil el despejo.» La transformación del palacio era, en verdad, grandiosa. Sorprendióme ver en su gabinete dos países de un artista que acostumbra cobrar bien sus obras. En el salón vi además un cuadrito de Palmaroli; una acuarela de Morelli, preciosísima; un cardenal, de Villegas, también hermoso, y en el tocador de mi prima había tres lienzos que me parecieron de subidísimo precio: una cabeza inglesa, de De Nittis; otra, holandesa, de Román Ribera, y una graciosa vista de azoteas granadinas, de Martín Rico. Pregunté a Eloísa cuánto le había costado aquel principio de museo, y díjome, en tono vacilante, que muy poco, por haber adquirido los cuadros en la almoneda de un hotel que acababa de desmoronarse.

Cada día que visitábamos la casa, hallaba yo algo nuevo y de valor. En la antesala vi dos enormes vasos japoneses de Imaris, hermosísimos, los mejores que había visto en mi vida. Las parejas de platos Hissen y Kiotto no valían menos. Vi también tapices franceses, imitación de gobelinos viejos, que debían de haber costado bastante. Dos terracotas, firmadas la una Maubach y la otra Carpeaux, acabaron de pasmarme. Bronces parisienses no faltaban, ni esos muebles ingleses de capricho que sirven para hacer exhibición de preciosas chucherías y que tienen algo de los antiguos chineros y de los modernos aparadores. Eloísa gozaba con mi sorpresa y con mis alabanzas tanto como con la posesión de aquellas preciosidades. Júbilo vanidoso animaba su semblante; sus ojos brillaban; entrábale inquietud espasmódica, y su charlar rápido, sus observaciones, los términos atropellados con que encomiaba todo, señalándolo a mi admiración, decíanme bien claro el dominio que tales cosas tenían en su alma. Poníase al cabo tan nerviosa, que creía sentir amenazas de la diátesis de familia en el cosquilleo de garganta producido por la interposición imaginaria de una pluma. Tragando mucha saliva, procuraba serenarse.

Solos ella y yo, mientras su mamá ordenaba en el comedor los montones de manteles y servilletas aún sin estrenar, recorríamos el salón primero, el segundo, la sala grande, los dos gabinetes, el tocador, la alcoba, el despacho, el cuarto del niño y todas las piezas de la casa. Aquí, colgándose de mi brazo, me detenía cuando no quería que fuese tan aprisa, y me incitaba con cierto tono de queja a ver las cosas más atentamente. Allí me empujaba, atrayéndome hacia un objeto oscurecido entre las vitrinas. En otra parte me oprimía el cuello suavemente para que me inclinara y pudiera mirar de cerca un cuadrito de estilo muy concluído. A veces su alegría se expresaba humorísticamente. Estaba yo contemplando un delicado estantillo japonés, de esos que no parecen hechos por manos de hombres, y ella, repentina y graciosamente, sacaba su pañuelo y me lo pasaba por la boca.

—¿Qué?—decía yo, sorprendido de este movimiento.

—Es que se te cae la baba.

Al fin, cansados de andar, nos sentábamos.

—Una casa bien puesta—me decía—es para mí la mayor delicia del mundo. Siempre tuve el mismo gusto. Cuando

era chiquitina, más que las muñecas, me gustaban los muebles de muñecas. Si alguna vez los tenía, me entraba fiebre por las noches, pensando en cómo los había de colocar al día siguiente. Todavía no era yo polla, y me atontaba delante de los escaparates de Baudevin y de Prevost. Cuando íbamos a paseo con papá y pasábamos por allí, me pegaba al cristal y como se empañaba con mi aliento, habías de verme limpiándolo con el pañuelo para poder mirar. Papá tenía que tirarme del brazo y llevarme a la fuerza. Gracias a Dios, hoy puedo proporcionarme algunas satisfacciones que de niña me parecían realizables, porque sí... Yo soñaba que sería muy rica y que tendría una casa como la que ves, mejor aún, mucho mejor... Pero no vayas a creerte; en medio de estas satisfacciones soy razonable. Dios ha querido que antes de ser rica fuera pobre, y esto me ha valido de mucho; he aprendido a contener los deseos, a estirar los cuartitos y a defenderlos contra esta pícara imaginación, que es la que se entusiasma. Sí, hay que tener mucho cuidado con esto... Porque yo lo he dicho siempre: el infierno está empedrado de entusiasmos... ¡Qué lástima no poseer muchísimos millones para comprar todo lo que me gusta! Se ha dado el caso de tener, durante tres o cuatro días, el pensamiento fijo, clavado en un par de vasos japoneses o en un medallón Capo di Monte, y sentir dentro de mí una verdadera batalla por si lo compraba o no lo compraba... Gracias a Dios, he sabido refrenarme, ir despacito, hacer muchos números, y decir al fin: «No, no más; bastante tengo ya...» Los números son la mejor agua bendita para exorcizar estas tentaciones; convéncete... Yo sumaba, restaba y... vencía. No vayas a figurarte: también he pasado malos ratos. Después de comprar en casa de Bach un bronce, veía otro en casa de Eguía que me gustaba más... ¡Qué marimorena entonces en mi cabeza! ¿Lo compro también? Sí... No... Sí otra vez... Pues no... Que dale, que torna, que vira. Nada, hijo, que he tenido que vencerme. A poco más, me doy disciplinazos. Por las noches me acostaba pensando en la soberbia pieza. ¿Qué crees? He pasado noches crueles, delirando con un tapiz chino, con un cofrecito de bronce esmaltado, con una colección de mayólicas... Pero me decía yo: «Todas las cosas han de tener un límite. Pues bueno fuera que... Me conformo con lo que poseo, que es bonito, variado, elegante, rico, hasta cierto punto.» ¿No es verdad? ¿No crees lo mismo?

Díjele que su casa era preciosa; que debía detenerse allí y no aspirar a más, pues si se dejaba llevar del fanatismo de las compras, podría comprometer su fortuna y quedarse por puertas. En números tenía yo mucha más experiencia que ella, y la imaginación no me engañaba jamás, mixtificándome el valor de las cifras. «Yo te dirigiré—añadí—. Prométeme no entrar en una tienda sin previa consulta conmigo, y marcharás bien.» Eloísa se entusiasmó con esto, dió palmadas, hizo mil monerías, y entre ellas expresó conceptos muy sensatos, mezclados con otros que revelaban ciertas extravagancias del espíritu.

—Porque verás—me dijo, juntando los dedos de entrambas manos como quien se pone en oración—: yo sé contenerme, sé consolarme cuando esas bribonas de la aritmética me privan de hacer mi gusto. ¿Sabes lo que me consuela? Pues lo mismo que me atormenta: la imaginación. Nada, que cuando me siento tocada, dejo a esa loca que salte y brinque todo lo que quiera, la suelto, le doy cuerda, y ella, al fin, acaba por hacerme ver todo lo que poseo como superior, muy superior a lo que es realmente. Soy como mi hermano, que se acuesta pensando que es presidente del Consejo, y al fin se lo cree... Yo me acuesto pensando que soy la señora de Rothschild. Vas a ver... ¿Tengo un cuadrito cualquiera, antiguo, de mediano mérito? Pues, sin saber cómo, llego a persuadirme de que es del propio Velázquez. ¿Tengo un tapiz de imitación? Pues lo miro como si fuera un ejemplar sustraído a las colecciones de Palacio... ¿Un cacharrito? Pues no creas; es del propio Palissy... ¿Tal mueble? Me lo hizo el señor de Berruguete. Y así me voy engañando, así me voy entreteniendo, así voy narcotizando el vicio..., el vicio, sí. ¿Para qué darle otro nombre?

II

Yo me reí; pero en mi interior estaba triste. Quince años de trabajo en un escritorio me habían dado la costumbre de

apreciar fácilmente las cantidades, y con esta experiencia y mi saber del precio de las cosas, pude hacer una cuenta mental. Los señores de Carrillo se habían gastado en poner casa la cuarta parte, y quizá el tercio de lo que habían heredado. Tal desproporción debía traer sus consecuencias más o menos tarde. Amonesté segunda vez a Eloísa, quien se mostró asombrada primero, ensimismada después, y me prometió ser, en lo sucesivo, no ya económica, sino cicatera... «Vas a ver...»

Carrillo fué a buscarnos al volver de su paseo. Antes de ir a casa hicimos escala en la tienda de Eguía, donde Pepe tenía en trato un busto de Shakespeare para su despacho. ¡Qué lástima no encontrar el de Macaulay! Pero éste, por más que lo buscó afanosamente, en ninguna parte lo había. Su apetito angloparlamentario no pudo saciarse sino con un velador muy cursi, maqueado, chillón, que ostentaba la vista del palacio y puente de Westminster. Eloísa me indicó, cuando recorríamos la tienda, que había hecho juramento de no entrar más allí, porque se le iba la cabeza. Vimos muchos objetos de mérito y alto precio.

—Hay aquí una cosa—me dijo después mi prima en voz baja, tapándose la boca con el manguito—que la semana pasada me produjo dos noches de fiebre, con escalofríos, amargor de boca, calambres, cefalalgia y cuantos males nerviosos te puedes figurar. No era pluma lo que yo tenía en mi garganta, sino un palomar entero y verdadero.

Señalaba con la mano y el manguito a uno de los extremos de la tienda. Carrillo y su suegra examinaban una vajilla. Yo miré.

—No mires, no mires. Esto trastorna, esto deslumbra, esto ciega. No es para nosotros. Este señor Eguía se ha figurado que aquí hay lores ingleses, y trae cosas que no venderá nunca.

Era un espejo horizontal, biselado, grande, como de metro y medio, con soberbio marco de porcelana barroca imitando grupos y trenzado de flores que eran una maravilla. Quedéme absorto contemplando obra tan bella, digna de que la describiera Calderón de la Barca. Las flores, interpretadas decorativamente, eran más hermosas que si fueran copia de la realidad. Había capullos que concluían en ángeles; ninfas que salían de los tallos, perdiendo sus brazos en retorceduras de mariscos; ramilletes que se confundían con los crustáceos, y corolas que acababan en rejos de pulpo. En el color dominaban los esmaltes metálicos de rosa y verde nacarino, multiplicándose en los declivios del puro cristal. Hacían juego con esta soberana pieza dos candelabros que eran los monstruos más arrogantes, más hermosos que se podían ver; grifos que parecían producto de la flora animalizada, pues tenían uñas y guedejas como pistilos de oro; enroscadas, lenguas de plata. Un reloj...

—Vamos—ordenó Eloísa, impaciente, desconcertada, sin dejarme acabar de ver aquello.

Y agarrando el brazo de su marido, se lo llevó hacia el coche, diciendo:

—¿Has tomado el *Séspir?*...

—La vajilla es preciosa—declaró mi tía Pilar, como queriendo que yo me convenciera de ello por mis propios ojos.

Pero Eloísa, ya en la puerta, repetía:

—Vámonos, vámonos; no más compras. Esta tienda es la sucursal del infierno.

A su imperioso deseo nadie pudo resistir, y nos fuimos a casa. Al día siguiente volví a la sucursal, y compré las cuatro piezas aquellas: espejo, pareja de candelabros y reloj. Costáronme unos cuarenta y cinco mil reales. Pero ¿qué significaba esto para mí? Yo tenía a la sazón en caja unos cuantos miles de duros, producto de letras que inopinadamente recibí de Jerez, y no sabía qué hacer de ellos. Había estado dudando si incorporar aquel dinero a mi cuenta corriente del Banco o reservármelo para caprichos y gastos imprevistos. Opté, al fin, por dejarlo en casa, pues la cuenta corriente me garantizaba todos mis gastos del semestre, por excesivos que fuesen. Pocas veces he hecho una compra más a mi gusto. Pensaba en la sorpresa que tendría Eloísa al recibir aquel presente. Mandé que se lo llevaran a su palacio, y esperé a que ella misma me diese cuenta de la impresión que le causaba.

Cuando la vi entrar en mi casa, temblaba de emoción. Venía con su hermana Camila, la cual, hablando del espejo y elogiándolo con reservas, se mostró celosa. Era ella tan prima mía como Eloí-

sa, y tenía el mismo derecho a mis obsequios de pariente ricacho. Sí: yo era un ricacho sin conciencia, un vulgarote que no me acordaba de los pobres. Ella tenía su casa muy mal puesta, y a mí, al primo millonario, no se me había ocurrido mandar allá ni aun media docena de sillas de madera encorvada. Esta filípica, dicha con el desparpajo que usaba siempre aquella mujer inconveniente, me llegó al alma. No tuve reparo en reconocer y lamentar la preterición, y prometí que los señores de Miquis tendrían pronto noticias mías.

A Eloísa, contra lo que esperaba, la encontré triste. Puso cara de Dolorosa, y dió a sus ojos la expresión de dulce reprimenda para decirme:

—¡Qué tonterías haces!... ¡Un gasto tan enorme! Vaya, que ahora se han trocado los papeles: yo soy la aritmética, y tú, el entusiasmo... De veras te lo digo: si repites esas calaveradas, no te volveré a dirigir la palabra.

Camila y yo nos reíamos. Eloísa no hacía más que mirarnos con tristeza.

—Tu boca será medida. Cuenta con la media docenita de sillas—manifesté a Camila, que me respondió a gritos:

—Ha sido una broma. No me hacen falta tus obsequios. Formal, formal, te lo digo formalmente. Si me mandas las sillas, te las devuelvo.

Estaba rabiosa. Por la tarde, siguiendo la chanza en casa de mi tío, le dije:

—¿Las quieres blancas o negras? Elígelas a tu gusto y que me manden la cuenta.

Me tiró a la cara su manguito, diciéndome:

—¡Toma..., cochino!

Mi tía Pilar, secreteando en mi oído, hízome la pintura más lastimosa de la casa de su hija Camila. Tenían una salita regular, alcoba decente; pero comedor..., Dios lo diera. Ponían los platos encima de un velador, y como Constantino tenía la mala costumbre de empinar las sillas para sentarse, descargando todo el peso sobre las dos patas de atrás, de la media docena que compraron no quedaban útiles más que dos. Esta pintura hizo desbordar en mi corazón los sentimiento caritativos. Regalé a Camila un comedor completo de nogal, con aparador, trinchero, doce sillas y mesa, todo bonito, de medio lujo, sólido y elegante.

Vino a darme las gracias una mañana. Detrás de su máscara de risa y burla, advertí mal encubierta la emoción. Le temblaban los labios. Hizo mil muecas, me dió las gracias, me pegó con un bastón mío, me llamó generoso, pillo, grande hombre y gatera, demostrando en todo su incorregible extravagancia. Era, más que una cabeza destornillada, una salvaje, una fierecilla indócil criada dentro de la sociedad como para ofrecernos una muestra de todo lo incivil que la civilización contiene. Concluyó diciendo que su marido y ella habían acordado dar un banquete en honor mío y como inauguración del comedor... «Una gran comida, no te creas: verás qué cosa más buena y más *chic*... Rigurosa etiqueta, ya sabes. Habrá diplomáticos, algún ministro, toda la *jilife*... Mi cuñado Augusto, el primo de Constantino, que estudia Farmacia, Veterinaria o no sé qué; en fin, lo más escogido... Frac y condecoraciones. Mi marido estará en mangas de camisa; pero eso no importa. El amo de la casa, ya ves... Te daremos nidos de avestruz, fideos escarchados, pechugas de rinoceronte, jabalí en su tinta y *Chauteau-Peleón*.»

Nunca oí más disparates.

Eloísa, Raimundo y Pepe éramos los invitados. Fuí con mi primo poco antes de la hora señalada. Los señores de Carrillo no habían llegado aún.

VII

LA COMIDA EN CASA DE CAMILA

La casa de Camila era digna de estudio por el desorden que en ella reinaba. *Sicut domus homo*, se podía decir allí con más razón que en parte alguna. Todas las cosas, en aquella vivienda, estaban fuera de su sitio; todo revelaba manos iocas, entendimientos caprichosos. Para honrar mis muebles habían hecho de la sala comedor; en la alcoba, a más de la cama de matrimonio, había una pajarera, y lo que antes había sido comedor estaba convertido en balneario, pues Camila, que aun en invierno tenía calor, se chapuzaba todos los días. La sala había sido llevada a un cuartucho

insignificante, próximo a la entrada; arreglo que por excepción me parecía laudable, pues contravenía la mala costumbre de adornar suntuosamente para visitas lo mejor de la casa, reservando para vivir lo más estrecho, lóbrego y malsano. Fuera de este rasgo de buen sentido, el conjunto de aquel domicilio no tenía pies ni cabeza. Lo más culminante en la sala era una mesa de caoba de las que llaman de ministro, y una cómoda antigua que Constantino había heredado de su tía doña Isabel Godoy. El piano se había ido a la alcoba, creyérase que por su pie, pues no se concebía que ninguna ama de casa dispusiera los muebles tan mal.

En los pasillos, Constantino había tapizado la pared con enormes y abigarrados carteles de las corridas de toros de Zaragoza y San Sebastián, y en el gabinete ocupaba lugar muy conspicuo un trofeo de esgrima compuesto de floretes, caretas, manoplas, con más una espada de torero y una cabeza de toro perfectamente disecada. Veíase por allí, así como en el comedor, algún otro mamotreto procedente de la testamentaría de la señora Godoy. Constantino tenía en su casa todas las cómodas que no cabían en la de su hermano Augusto. Los muebles regalados por mí hacían papel brillantísimo en medio de tanta fealdad y confusión, y cuando, después de recorrer la casa, se entraba en el comedor, parecía que se visitaba una ciudad europea después de viajar por pueblos de salvajes. Lo único que hablaba en favor de Camila era la limpieza, pues todo lo demás la condenaba. Algunas de las láminas de la historia de Matilde y Malek-Adhel tenían el cristal roto. No vi una silla que no cojeara, ni mueble que no tuviera la chapa de caoba saltada en diferentes partes. Muchos de estos siniestros lastimosos, así como la decapitación de una ninfa de porcelana, y las excoriaciones de la nariz que afeaban el retrato del abuelo de Constantino, eran triste resultado de la afición de éste a la esgrima y de los asaltos que daba un día sí y otro no, yéndose a fondo y acalorándose, sin reparar que su contrario era indefenso mueble o bien un cuadro al óleo, al cual no se podía acusar de crimen alguno, como no fuera artístico.

Y a propósito de láminas, alcancé a ver, no recuerdo bien dónde, una buena fotografía de Constantino, retratado como suelen hacerlo los que presumen de atletas, esto es, con sencillez estatuaria, el cuerpo a lo gimnasta, con almilla y grueso cinturón, cruzados los brazos para que se le viera bien el desarrollo del bíceps y de los músculos del tórax, y con un empaque y mirar arrogante que movían a risa. Camila estaba retratada de cuerpo entero, y se había puesto ante la máquina, violentando su temperamento para *salir formal;* de modo que, a más de salir fea, no tenía el retrato ningún parecido.

—Habías de ver esta casa—me dijo Raimundo al oído—cuando mi hermanita se pone a tocar frenéticamente el piano, en camisa, y el mulo de su marido a dar estocadas en todo lo que encuentra al paso.

Yo no había visto nada de esto, pero lo comprendía por los efectos.

Camila nos había recibido muy al desgaire, vistiendo una batita ligera, el pelo medio suelto, el pecho tan mal cubierto que recordaba la inocencia de los tiempos bíblicos, los pies arrastrando zapatillas bordadas de oro. Nos acompañó un momento para enseñarnos la casa, diciéndonos:

—Acabo de bañarme. No los esperaba a ustedes tan pronto.

—Esta hermana mía—indicó Raimundo, tiritando—siempre tiene calor. Se baña en agua fría en pleno invierno. Jamás enciende una chimenea, y es la vestal encargada de conservar el frío sagrado... ¡Demonio! La casa es una sorbetera... ¡Que me voy!

Camila nos empujó a Raimundo y a mí fuera de la alcoba, donde a la sazón estábamos, y dijo a su marido:

—Entretenme a esos tipos un rato, que me voy a arreglar.

Nos llevó Miquis al comedor, donde al punto se personaron dos perros: el uno, grande, de lanas; el otro, pequeño y tan feo como su amo. Ambos hicieron diferentes habilidades, distinguiéndose el feo, que marchaba en dos pies con un bastón cogido al modo de fusil, y hacía también el cojito. De repente veíamos a mi prima pasar, medio vestida, como exhalación. Iba a la cocina. Oíamos su voz, en vivo altercado con la criada... Después la sentíamos regresar a su cuar-

to... Llamaba a su marido con gritos que atronaban la casa.

—Será para que le alcance algo...—decía él sin mostrar mal humor—. Esto de no tener más que una criada es cargante. Si al menos estuviera yo en activo, me darían un asistente... ¡Allá voy!

Camila volvía corriendo a la cocina. Necesitaba estar en todo. Aun así, temía que aquella jirafa de Gurmesinda echase a perder la comida. Al poco rato, vuelta a correr hacia la alcoba. Ya estaba peinada; pero aún no se había puesto el vestido ni las botas. De pronto oímos la argentina voz de la señora de la casa, que decía con cierto acento trágico:

—Constantino, traidor..., qué, ¿no pones la mesa?

El tal, dándome una prueba de confianza, me rogó que le auxiliara en el desempeño de aquella obligación doméstica. «Amigo José María, así irá usted aprendiendo para cuando se case...»

Risueño y compadecido, le ayudé de buena gana. Antes había solicitado Constantino el auxilio de mi primo; pero éste, agobiado por el frío, no se apartaba del balcón, por donde entraban los rayos del sol. Pronto quedó puesta la dichosa mesa. En la loza y cristalería no vi dos piezas iguales. Parecía un museo, en el cual ninguna muestra de la industria cerámica dejaba de tener representación. El mantel y las servilletas, regalo de la tía Pilar, eran lo único en que resplandecía el principio de unidad. No así los cubiertos, en cuyos mangos se echaba de ver que cada uno procedía de fábrica distinta.

No habíamos concluído, cuando entró Eloísa. Al sonar la campanilla díjome el corazón que era ella. Raimundo abrió la puerta, y antes que mi prima llegara al comedor le oí estas gratas palabras:

—Pepe no puede venir. Ha tenido miedo al frío... Yo me alegro de que no salga en un día tan malo, porque puede coger un pasmo.

—Yo sí que voy a pillar una pulmonía en esta maldita casa, donde no se encienden chimeneas—dijo Raimundo, cogiendo su capa y embozándose en ella.

—No viene Pepe—repitió Eloísa, mirándome a los ojos; y al reparar en mi ocupación, echóse a reir—. Eso, eso te conviene... ¿Y esa loca...?

—Su majestad está en sus habitaciones—dijo el manchego—, con la camarera mayor, que es ella misma.

—Constantino—gritó Camila, asomándose a la puerta—, traidor, ¿en dónde me has puesto mi alfiler?

—¡Ah!, perdona, hija; me lo puse en la corbata; tómalo y no te enfades.

—¡Que siempre has de ser loca!—dijo Eloísa, pasando al cuarto de su hermana para dejar abrigo y sombrero.

Al poco rato vimos aparecer a la señora de la casa vestida con elegante traje de raso negro, bastante guapa, luciendo su hermosa garganta por el cuadrado escote. Su pecho, alto y redondo; su cintura, delgada; sus anchas caderas, dábanle airosa estampa. Podría parecer bella; pero nunca parecería una señora.

—¡Mujer, cómo te pones!...—exclamó Eloísa, aludiendo sin duda a la escasez de tela en la región torácica—. Pero ¿estás tonta? ¿A qué viene ese escote? No he visto cabeza más destornillada. Y lo que es hoy, no llorarás por polvos.

Lo más característico de Camila era su tez morena. Tenía a veces el mal gusto de corregir torpemente con polvos y otras drogas aquel aire gitanesco que daba tan salada gracia a su persona. Y fué tan sin tasa en aquel día la carga de polvos, que a todos nos pareció estatua de yeso; y como teníamos confianza con ella, se lo dijimos en coro.

—Pero, Camila..., pareces una tahonera.

—¿Sí?—replicó ella, riendo con nosotros—. Ahora veréis.

Desapareció, y al poco rato presentósenos en su color y tez naturales. Sólo las orejas quedaron un poco empolvadas.

—Si me quieren negruzca, aquí estoy con toda mi poca vergüenza.

Sin esperar a oír nuestros aplausos, pegó un brinco y echó a correr otra vez hacia lo interior de la casa. Pronto reapareció para decir a su marido:

—Nos sobra el cubierto de Pepe. ¿Por qué no avisas a tu hermano Augusto, de paso que vas por el postre?

—Yo, no... Ya sabes que no puede venir—replicó el marido, tomando su capa para salir.

—Pues déjalo: así tocaremos a más.

Después, vuelta a la cocina, donde la oímos disputar a gritos con la jirafa. Constantino no tardó en regresar, tra-

yendo el postre en un papel que se engrasó de la bollería a la casa. Mientras yo le abría la puerta, oí la voz de Camila, que desde la cocina clamaba:

—Váyanse sentando... Allá va la sopa.

El convite fué digno de los anfitriones. Por la hora debía de ser almuerzo; por la calidad de los platos era almuerzo y comida; por la manera de estar condimentados y el desorden e incongruencia que reinaban en todo, no tenía clasificación posible. Sirviéronnos un asado, el cual para ser tal debió permanecer media hora más en el fuego. «Ustedes dispensarán que esto esté un poco crudo», nos decía Camila. En cambio, el pescado *al gratin* se había tostado y estaba seco y amargo. A los riñones habían echado tal cantidad de sal, que no se podían comer. Por vía de compensación, otro plato que apenas probé no tenía ni pizca...

—Pero, hija—dijo Eloísa, riendo—, tu cocinera es una alhaja.

—Dispensa por hoy...—replicaba la hermana—. Se hace lo que se puede. No me critiquen, porque no los volveré a convidar.

—Descuida, que ya tendremos nosotros buen cuidado de no caer en la red otra vez—le contestó Raimundo.

Se había sentado a la mesa embozado en su capa, quejándose de un frío mortal, renegando de los dueños de la casa y jurando que no volvería a poner los pies en ella sin hacerse preceder de una carga de leña. Al servir el segundo plato, se cayó en la cuenta de que no había vino en la mesa, de cuyo descubrimiento resultó un gran altercado entre Constantino y su mujer.

—Tú tienes la culpa... Tú..., que tú... Siempre eres lo mismo. Así salen las cosas cuando tú te encargas de ellas... ¡Tonta!... ¡Cabeza de chorlito!

—¡Ni fuego ni vino!—exclamó mi primo, subiéndose el embozo y poniendo una cara que daba compasión. Parecía que iba a llorar.

—Que salga inmediatamente Gumersinda a buscarlo.

—No, ve tú.

—Como no vaya yo... Hubiéraslo dicho antes.

—¡Ay! ¡Qué hombre tan inútil...!

—¡Qué tempestad de mujer!

—Lo mejor—dijo la señora de la casa, serenándose después de meditar un rato—es que Gumersinda vaya al cuarto de al lado a pedir dos botellas prestadas a los señores de Torres. Son muy amables, y no las negarán.

Por fin trajeron el vino, y con él templó sus espíritus y su cuerpo mi primo Raimundo, decidiéndose a soltar la capa.

Camila, a cuya derecha estaba yo, me obsequiaba, valga la verdad, todo lo que permitía lo estrafalario de la comida. Su amabilidad echaba un velo, como suelen decir, sobre los innúmeros defectos del servicio. Repetidas veces tuvo que levantarse para sacar de un mal paso a la que servía, que era una chiquilla muy torpe, hermana de la cocinera. Había venido aquel día con tal objeto, y más valiera que se quedara en su casa, pues no hacía más que disparates. En los breves intervalos de sosiego, Camila nos hablaba de lo feliz que era, ¡cosa singular! ¡Feliz en aquel desbarajuste, en compañía del más inútil de los hombres! Indudablemente, Dios hace milagros todavía. Para ponderarnos su dicha, mi primita no cesaba de hacer alusiones a un cierto estado en que ella creía encontrarse, y por cierto que sus indicaciones traspasaban a veces los límites de la decencia. Ya nos contaba que pronto tendría que ensanchar los vestidos; ya que había sentido pataditas... Luego rompía a reir con carcajadas locas, infantiles. Yo me confirmaba en mi opinión. No tenía seso ni tampoco decoro.

Debo decir con toda imparcialidad que Constantino me pareció un poco reformado en la tosquedad de sus modos y palabras. Ya no hablaba de sus superiores jerárquicos con tan poco respeto; ya no decía, como cuando le conocí: «Me parece que pronto la armamos...» Creyérase que había sentado la cabeza y adquirido cierto aplomo y discreción que no se avenían mal con su creciente robustez corpórea. Parecióme que su mujer le dominaba, cosa en verdad extraña, pues quien no tuvo ninguna clase de educación, ¿cómo podía educar y domar a un gaznápiro semejante? La Naturaleza permite, sin duda, que dos energías negativas se amparen y beneficien mutuamente.

Al fin de la comida, Raimundo bebía más de la cuenta: bien claro lo denotaba, no sólo la merma del contenido de

las botellas, sino la verbosidad alarmante de mi buen primo. Constantino, no queriendo ser menos, se había desatado de lengua más de lo regular. El uno contaba anécdotas, pronunciaba discursos, repetía versos y tartamudeaba penosamente las sílabas *tra, tro, tru,* mientras el otro decía cosas saladas y amorosas a su mujer, echándole requiebros en ese lenguaje flamenco que tiene picor de cebolla y tufo de cuadra. La discreción relativa, de que hablé antes, se la había llevado la trampa. Tal espectáculo empezaba a disgustarme.

El café, hecho por la cocinera, era tan malo, que se decidió mandarlo traer de fuera. Vino, pues, el café, mal colado, frío, oliendo a cocimiento; pero nos lo tomamos porque no había otro. Raimundo y Constantino se pusieron a tirar al florete. Mi primo no podía tenerse. La casa parecía un manicomio. Eloísa, su hermana y yo nos fuimos a la alcoba, donde Camila, sentada junto a mí, hacía mil monerías, que llamaba nerviosidades. Se recostaba, cerraba los ojos, dejaba ver la mejor parte de su seno; luego se erguía de un salto, cantaba escalas y vocalizaciones difíciles, nos azotaba a su hermana y a mí, y concluía por sacar a relucir aquel su estado que la hacía tan dichosa.

—Ahora sí que va de veras—nos decía—. ¡Y este bruto se ríe, y no lo quiere creer!

De pronto le entraba como una exaltación o más bien delirio de tonterías, y cruzando las manos, gritaba: «¡Ay! ¡Qué hijín tan rico voy a tener!... Más mono que el tuyo, más, más. Me parece que le estoy viendo... No os riáis... ¡Qué sabes tú lo que es esto, egoísta! Si fueras padre, verías. Y di: ¿por qué no te casas? ¿Para qué quieres esos millones? Para gastarlos con cualquier querindanga... ¡Qué hombres! Francamente, eres asqueroso. Eso, eso, da tu dinero a las tías. Me alegraré de que te desplumen.»

De aquí volvía la conversación a las dulces esperanzas maternas. Hasta me parecía que lloraba de satisfacción.

—Vaya, ¿a que no me prometes ser padrino?

—Sí que te lo prometo.

Y se rompía las manos en un aplauso.

—¿Y le harás un regalo como de millonario? ¿Me dejas escoger lo que yo quiera en casa de *Capdeville?*

—Sí; puedes empezar.

—Bien, bien... *¡Currí..., Currí!*

El perro pequeño entró, obedeciendo a las voces de su ama. Puso las patas en su falda, luego en la cintura, por fin en aquel seno hermosísimo. Ella le daba besos, le agasajaba, dejábase lamer por él.

—Ven acá, tesoro de tu madre, rico, alegría de la casa.

—Yo no puedo ver esto—decía Eloísa con enfado, levantándose para retirarse—. Me voy.

—No, no, hermanita; no te vayas... Lárgate, *Currí, Currí...* Largo, y no parezcas más por aquí.

—No, no me beses—chillaba Eloísa, apartando su cara—; no pongas sobre mí esa boca con que has estado hociqueando al perro. Tonta, loca, ¿cuándo sentarás la cabeza?... José María está estupefacto de verte hacer tonterías.

—José María no se enfada, ¿verdad? Y ahoga que caigo en ello, ¿por qué no me convidas esta noche al teatro?

—Otra más fresca...

—Pues ¿por qué no? Después que hemos echado la casa por la ventana para obsequiarle... El día de hoy nos arruina para todo el mes. Sí, dile que sí. José María, esta noche...

—Te mandaré un palco para el teatro que quieras. Elige tú.

—Constantino—gritó Camila, cantando la Marcha Real—, esta noche vamos al teatro. Mira, tú, mi maridito irá por el palco. Dame a mí los cuartitos.

Yo decía para mí: «No tiene decoro, ni vergüenza, ni delicadeza tampoco. Es completa. Si me obligaran a vivir con un tipo así, al tercer día me enterraban.»

Eloísa estaba disgustada y deseaba marcharse. Yo también. Busqué a Raimundo para salir con él; pero mi primo se había dormido profundamente sobre el sofá de gutapercha del comedor... Camila le cubrió con la capa para que no se enfriase.

—Ve pronto por el palco—decía la señora de Miquis a su marido—, que es noche de moda, y si tardas no habrá localidades. Vamos..., menea esas zancas. ¿A qué aguardas?

El manchego no se hizo de rogar. Pronto le sentimos bajar la escalera, sal-

tando los escalones de cuatro en cuatro.

—Iré luego a casa de mamá—dijo Camila, poniendo a su hermana el sombrero y el abrigo—. Adiós, *comparito.*

Le di la mano, y ella me la apretó mucho.

VIII

EN QUE SE ACLARAN COSAS EXPUESTAS EN EL ANTERIOR

Cuando bajábamos, Eloísa me dijo: «¿Vas a venir a acompañarme?» En el tono con que esto fué dicho, conocí su deseo de que no la acompañara. Aquel recelo de no aparecer juntos en público al mismo tiempo nos acometía a entrambos, revelando no sólo la conformidad, sino también la poca rectitud de nuestros pensamientos. Ella entró en su coche y fué a la calle del Olmo; yo me bajé a pie a la Castellana para dar una vuelta. Volví a la casa al anochecer, y a poco sentía llegar el carruaje de mi prima. Obedeciendo a instintivo movimiento y a una curiosidad tonta, salí a mi puerta. Tuve el pueril antojo de atisbar por el ventanillo para verla subir sin que ella me viese. Siéndome fácil hablar con ella a todas horas, ¿qué significaba aquel acecho? Nada más que el ansia del misterio, la necesidad de poner en mi pasión la sal del incidente. Aquel mirar furtivo por la rejilla de cobre era ya un paso interesante y que rompía los términos rutinarios de la vida formal para ponernos en la esfera de las travesuras, más sabrosas cuanto más anormales... La vi subir. Noté que al pasar por mi puerta la miró como deseando que estuviese abierta, o que el azar le proporcionase un pretexto para colarse dentro. El lacayo subía tras ella con un montón de paquetes de compras.

Nos vimos aquella noche en su casa. Hablé con todo el mundo menos con ella. Ambos temíamos dar a conocer nuestra conciencia, no turbada aún más que por pensamientos. Presagiábamos las peligrosas resultas de ellos; mas no se nos ocurría extirparlos, sino simplemente evitar que nos salieran a la cara. Con Carrillo, que había cogido un pasmo, hablé de todas las clases de constipaciones posibles; describí el proceso patológico de los míos y de los de mi padre, y mi tía Pilar vino en buena hora a dar nuevos horizontes a mi erudición con preciosos datos catarrales referentes a otras personas de la familia. Hicimos luego una ensalada inglesa. Hablé de los *whigs* y los *tories,* de la reforma electoral de 1834, del *Habeas corpus,* de la Liga de Manchester y del *bill* de cereales. Sir Roberto Peel quedó hecho trizas de tanto como le manoseamos Carrillo y yo, y no salieron mejor librados lord Chatam, Cobden, Russell, Palmerston y los modernos Disraeli y Gladstone. Nos volvíamos ingleses sin saberlo, y esto precisamente cuando mi sangre andaluza, y la savia paterna, oscurecía y anonadaba en mí lo que yo había recibido del ser británico de mi madre.

Cuando me retiré, despedíme de todos menos de Eloísa, que al verme en pie se marchó al cuarto de su hijo. Y me la llevaba conmigo a mi casa, *in mente;* la robaba como hacía mi tío Serafín con las baratijas de su gusto, y me la guardaba en mi corazón, como en un bolsillo, reducida a impalpable esencia, cuando no la subía al entrecejo para darle allí vida febril, haciéndola compañera de mis soledades. Las noches de insomnio, las madrugadas de inquieto sueño, los días tristes alambicaban mi querencia poniéndome en estado de hacer tonterías de mozalbete si se hubiera presentado ocasión de ello. No las hice, porque Dios no quiso. Pero estaba dispuesto a todo, hasta a volverme romántico y *wertheriano,* a pesar de que los tiempos son tan poco propicios para que un hombre se ponga en semejante estado.

Una tarde del mes de marzo nos encontramos casualmente en la calle. Ambos nos turbamos. Nos veíamos diariamente en la casa sin experimentar turbación, y en la calle, solos, al darnos las manos, parecía que temblábamos por tal encuentro y que habríamos deseado evitarlo. Iba yo hacia el Banco de España; ella, a casa de una amiga. Nos separamos. Sin darnos cuenta de ello, por medio de una sencilla pregunta semejante a esas que se hacen por decir algo y de una respuesta más sencilla aún, nos dimos cita para aquella tarde en la casa de la calle del Olmo. Vinieron los sucesos impensada y tontamente, con ese canon fatal que equipara en el orden de la realidad las cosas más triviales a las

más graves y de más peligrosa trascendencia. Las cuatro serían cuando entré en la casa. No había nadie de la familia más que Eloísa. No tuve que llamar. La puerta estaba abierta, y un operario arreglaba la entrada del gas. Sentí martilleo en las habitaciones interiores, y al pasar junto a una puerta, oí la conversación de unas mujeres que, sentadas en el suelo, estaban cosiendo alfombras. Parecióme que yo me introducía invisible, como el gas, pasando por escondidos, angostos y callados tubos.

Avancé. Bien sabía yo adónde iba. Tan seguro estaba de encontrarla como de la luz del día. Después de atravesar dos salones, vi a Eloísa de espaldas. Estaba repasando una colección de estampas puestas en voluminosa carpeta. Acerquéme a ella de puntillas; mas aún no estaba a dos pasos de su hermosa figura, cuando sin volverse dijo esto: «Sí, ya te siento; no creas que me asustas...»

IX

MUCHO AMOR (¡OH PARÍS, PARÍS!), MUCHOS NÚMEROS Y LA LEYENDA DE LAS CUENTAS DE VIDRIO

I

A la semana siguiente instalóse mi prima en su nueva casa. Un día antes de mudarse, estuvo en la mía por la tarde, en ocasión que yo me encontraba solo: Hablamos atropellada y nerviosamente de las dificultades que nos cercaban; ella temía el escándalo, parecía muy cuidadosa de su reputación y aun dispuesta a sacrificar el amor que me tenía por el decoro de la familia. Manifestaba también escrúpulos religiosos y de conciencia, que yo acallé como pude con los argumentos socorridos que nunca faltan para casos tales. En ninguna de las conversaciones de aquellos días nombrábamos jamás a Carrillo. Unicamente hizo Eloísa alguna tímida referencia a la equivocación lamentable de su casamiento. Fué, más que una ceguera de ella, terquedad de su mamá y tontería de su papá... No tenía ella, no, toda la culpa de su falta. ¡Pícaro mundo! ¿Por qué no vine yo antes a Madrid? Y ya que no vine antes, cuando hubiera sido ocasión de casarnos, ¿por qué vine después, cuando ya el conocerme la había de hacer tan desgraciada? En resumidas cuentas, yo tenía toda la culpa... Pero ya, ¿qué remedio...? La atracción que a entrambos nos había unido era más fuerte que todas las demás cosas del alma. Imposible luchar contra ella... ¡Pero el escándalo, la pérdida de la reputación, el murmullo de la gente, su hijo..., el pobre *barbián,* que cuando creciera oiría decir que su mamita no había sido buena, como deben serlo todas las mamás!... Las delicias de amar por vez primera y única eran acibaradas por aquella zozobra punzante, por aquel miedo al qué dirán, por el presentimiento de catástrofes y desventuras que es la sombra fatídica que se hace a sí misma la vida ilegal.

Y otra cosa... ¿Cómo, dónde y cuándo nos veríamos?... Porque pensar que podría transcurrir una semana sin vernos a solas, era pensar en la eternidad de la desdicha humana. Sobre esto hablamos largamente y con cierto ahogo, sin que yo pueda precisar ahora cuáles conceptos salieron de su boca, cuáles de la mía, cuáles de entrambas a la vez y como en un solo aliento. «Nos veríamos en su casa...» «No, no; en la mía...» «No, no; en otra...» «¿Dónde?...» «Pues nos daríamos cita en tal o cual parte...» «Yo arreglaría una casita muy cuca...»

La felicidad que me embargaba, y que juntamente significaba amor, idealismo y satisfacción del amor propio, era demasiado grande para que yo pudiera encerrarla en el secreto de mi alma. No quería yo el escándalo; mi moral era aún bastante remilgada para enseñarme lo que debemos al decoro; la publicidad érame antipática; pero, con todo, mi ventura me ahogaba, hinchándome el pecho, sin duda por la parte que la vanidad tenía en ella. Erame forzoso mostrar a alguien mis bien ganados laureles; yo buscaba tal vez, sin darme cuenta de ello, un aplauso a la secreta aventura. Con nadie podía tener una confianza delicada como con Severiano Rodríguez, amigo mío muy querido de toda la vida. Conocía su discreción. El me guardaría mi secreto como yo le guardaba los suyos. También Severiano estaba enredado con una señora casada; sólo que esto era tan público en Madrid como la Bula. Contéle, pues, todo,

y no se sorprendió. Se lo temía el muy pillo. Díjome, con aquel su estilo figurativo y genuinamente andaluz, que era inútil quisiera yo hacer el *niño del mérito*, guardando una reserva que era lo mismo que poner persianas al viento; que no intentara trastear al público, que es animal de mucho *quinqué*, y, por fin, que los tiempos de notoriedad que corremos hacen imposible el tapujito, lo que viene a ser una ventaja de nuestra edad sobre las precedentes.

Razón tenía mi amigo. Dos meses después advertí que mi secreto había dejado de serlo para muchas personas, aunque las conveniencias seguían guardándose con la mayor escrupulosidad. El amor por una parte, con la dulzura de sus goces prohibidos; la vanidad victoriosa por otra, mantenían mi espíritu en estado de tensión incesante. Yo no cabía en mí de gozo. Me sentía ya capaz no sólo de locuras románticas, sino aun de las mayores violencias, si alguien osara disputarme aquel bien que consideraba eternamente mío. Eloísa me esclavizaba con fuerza irresistible. Su tenaz cariño era pagado liberalmente por mí con exaltada pasión, con estimación, hasta con respeto, con todo lo que el corazón humano puede dar de sí en su variada florescencia afectiva. Y en cierto modo me recreaba en ella como si fuera algo, no sólo perteneciente a mí, sino hechura de mi propia pasión. Porque sí: Eloísa era más hermosa desde que estaba en relaciones conmigo; como mujer valía más, mucho más que antes. Su elegancia superaba a los encomios que hacía de ella la lisonja. Desde que se instaló en su nueva y primorosa vivienda, parecía que había subido de golpe al último grado de esa nobleza del vestir, que no tiene nombre en castellano. Todas las seducciones se reunían en ella. Y yo..., ¡para que vean ustedes cómo me puse!..., la miraba como miraría el artista su obra maestra. No es esto, no, lo que quiero decir: mirábala como una planta que yo había regado con mi aliento, abrigado con mi calor y fertilizado con mi dinero, criándola para goce mío y recreo de la vista de los demás.

Francamente, en mi cerebro había algo anormal, un tornillo roto, como gráficamente decía mi tío al descubrir las variadas chifladuras de la familia. Yo no estaba en mí en aquella época; yo andaba desquiciado, ido, con movimientos irregulares y violentos, como una máquina a la cual se le ha caído una pieza importante. De tal modo estaba alterado mi equilibrio, que a cada momento lo daba a conocer. Si no hacía cosas ridículas, era porque conservaba muy vivo el respeto exterior de mí mismo; pero decía majaderías, como las que antes, en boca de otros, me habían hecho reír mucho.

Con la familia me hallaba algo cohibido. Temía que el tío se enfadase, que mi tía Pilar me echase los tiempos por la situación indecorosa en que yo había puesto a su hija. Pero ninguno se dió por entendido. O no lo sabían, o lo disimulaban. Raimundo y María Juana tampoco chistaban. Sólo Camila se permitió algunas reticencias, de que no hice caso. Toda la familia me trataba de la misma manera, con el mismo afecto y cortesía, y yo, agradecido a esta condescendencia natural o estudiada, les correspondía redoblando con respecto a ellos mi generosidad. Era ésta en mí como una corruptela para comprar su tolerancia, o subvención otorgada a su silencio. No cesaba, pues, de hacer regalitos a mi tía, algunos de consideración; daba cigarros y dinero a Raimundo; compré un piano a Camila, pues el que tenía estaba ya asmático, y a todos los obsequiaba un día y otro con palcos o butacas en los principales teatros.

Pero mis arranques más costosos eran para Eloísa, a quien constantemente daba sorpresas, añadiendo a sus colecciones objetos diversos, ya un cuadrito de buena firma, ya un caprichoso mueble, antigüedad de mérito o primorosa alhaja de moda. Grande era mi gozo cuando observaba el suyo al recibir el presente. A veces me reñía, ponía morros por aquel afán mío de gastar el dinero tan sin sustancia. Nunca me pedía nada; pero muy a menudo la observé como atontada pensando en algún objeto recientemente exhibido en las tiendas de lujo. Tenía momentos de entusiasmo suponiéndose poseedora de él, ratos de tristeza considerándose incapaz de poseerlo. Precisaba calmar esta exaltación con la única medicina eficaz, la compra del pícaro objeto. Este era, bien un jarrón japonés de la fábrica imperial, con la pátina antigua, o un par de tibores de Sachsuma. Era a veces el motivo de

sus ansias una delicada pieza de Wedgwood o una credencia de ébano y marfil. A esto añadí, por mayo, una berlina de Binder y un piano mediacola de Erard; pero ningún capítulo subía tanto como el de alhajas, pues por el collar de perlas, la *rivière* de brillantes, una pulsera de *ojos* de gato, una rosa suelta y varias chucherías, me dejé en casa de Marabini quince mil duritos.

II

Llegó el verano. La familia de mi tío tenía casa tomada en San Juan de Luz. Eloísa fué con su marido a Biarritz, de donde pasarían a París a consulta de médicos. En París me planté yo, para esperarlos, y no tuve tiempo de impacientarme, pues mi prima acudió puntual a la cita. El pobre Pepe estaba delicadísimo y no podía invertir su tiempo más que en dejarse ver y examinar de las eminencias médicas, en someterse a tratamientos fastidiosos y en pasear algún rato, absteniéndose de salir de noche y de todo regalo en las comidas. Vivían en el hotel de la calle de Scribe. Yo estaba, como siempre, en el de Heider. Fácil nos era a mi prima y a mí vernos y citarnos en la ilimitada libertad parisiense y aun hacer algunas excursiones cortas a las inmediaciones. En los cuatro días que Carrillo estuvo sin más compañía que la de un camarero, en los baños de Enghien, disfrutamos los pecadores de una independencia que hasta entonces no habíamos conocido. Eloísa iba a mi hotel. Estábamos como en nuestra casa, libres, solos, haciendo lo que se nos antojaba, almorzando en la mesilla de mi gabinete, ella sin peinarse, a medio vestir; yo vestido también con el mayor abandono; ambos irreflexivos, indolentes, gozando de la vida como los seres más autónomos y más enamorados de la creación. En nuestros coloquios, amenizados por constante reír, nos comparábamos con las dichosas parejas del barrio Latino, el estudiante y la griseta, el pintor y su modelo, viviendo al día con dos o tres francos y una ración inmensa de amor sin cuidados. Nosotros éramos mucho más felices porque teníamos dinero y podríamos paladear mejor tanta dicha. Para gozar a nuestras anchas de la libertad parisiense, tomábamos el tren en San Lázaro y nos íbamos a San Germán, almorzábamos en la terraza, paseábamos por el bosque, corríamos, nos acostábamos sobre la hierba... ¡Qué horas tan dulces! Como quien se contempla en un espejo, nos recreábamos en las muchas parejas que veíamos semejantes a nosotros. Componíanse de algún extranjero, ávido de echar una cana al aire, y de alguna *bulevardista*, por lo general de buen parecer y modales un tanto desenvueltos. En otras parejas se advertía una confianza, una intimidad que no son propias de las relaciones de un día. Eran amantes, como nosotros, que hacían una escapatoria como la nuestra, para burlar con delirante satisfacción la insoportable vigilancia de las leyes divinas y humanas. Veíamos hombres de semblante inquieto y fatigado; mujeres guapas, guapísimas, vestidas con una elegancia que cautivaba a Eloísa. Esta se fijaba en la manera de vestir de aquella gente y en la originalidad de sus atavíos. Eran como anuncio vivo de los modistos, que por tal procedimiento hacían público reclamo de las novedades de la estación próxima.

Por la noche nos metíamos en los teatros y cafés cantantes más depravados. Era preciso verlo todo, sin perjuicio de ir por la mañana a las misas aristocráticas de la Magdalena y de la Capilla Expiatoria... El resto del día lo empleábamos en las tiendas. Eloísa quería surtirse con tiempo de muchas cosas que en Madrid habían de costarle el doble. Compraba, pues, por economía. Los grandes almacenes y los establecimientos más de moda recibían nuestra visita. También solía llevarme a casa de los célebres anticuarios de la calle Real, y a los depósitos de artículos de China, Persia, Japón y Siam. Lo japonés abundaba poco en Madrid todavía, mientras que en París estaba al alcance de todas las fortunas. ¿Cómo no apresurarse a llevar un surtido de telas, vasos, estantillos, dos o tres biombos, lacas, y hasta las ínfimas baratijas de papel y cartón que declaran el maravilloso sentimiento artístico de aquella gente asiática, sólo igualada por la clásica Grecia? Al propio tiempo, la señora de Carrillo no podía, ya que felizmente estaba en la capital de la moda, dejar de equiparse para el próximo invierno. Su

amor propio pedíale no ser de las últimas en la introducción de las novedades, mejor dicho, la incitaba a ser la primera. En casa de Wort se encontró a la de San Salomó; dondequiera que iba, tropezaba con la siempre inquieta y bulliciosa marquesa, y esto mismo estimulaba en mi prima los deseos de superarla. Cada una quería hacer pinitos sobre la otra, anticipándose a llevar a Madrid lo mejor, lo más bonito y nuevo... Pronto perdí la cuenta de las cajas que mi primita expidió para Irún en los últimos días de septiembre.

Pero a falta de este dato, otros más exactos me permitían apreciar numéricamente los entusiasmos de Eloísa. En la primavera anterior había ordenado yo a mi banquero de París que me vendiera los títulos de cuatro y medio por ciento que tenía en su poder, cuyo valor ascendía próximamente a unos ciento setenta y cinco mil francos. Era mi intención traer a España aquel dinero para emplearlo, con otras sumas, en inmuebles urbanos o en los títulos creados por Camacho. Cuando fuí a París, Mitjáns había hecho la venta, y tenía en su caja, a disposición mía, el líquido de la realización. Díjele que lo retuviese en su casa, que yo tomaría para mis gastos lo que necesitara, y el resto me lo daría en letras sobre Madrid a la conclusión de la temporada. Tales sangrías di a aquel depósito, que cuando fuí a liquidar, sólo me restaban siete mil francos, que Mitjáns me dió en una carta-orden. Y no paró aquí mi desgracia, pues el día de la marcha sobrevinieron no sé qué olvidadas cuentas de mi prima Eloísa, y tuve que ir a última hora, echando los bofes, a casa de Mitjáns a pedirle un préstamo de cuatro mil francos para poder volver a España.

Este acontecimiento causóme sobresalto. Era la primera vez en mi vida que me sorprendía en flagrante delito contra las augustas leyes de la Aritmética. Hasta entonces mi mente no había sufrido una distracción tan profunda y sostenida. En las ocasiones de mayor ceguera había percibido siempre la salvadora claridad de los números; que de algo, ¡vive Dios!, habían de valerme los quince años pasados en el saludable ejercicio mental de un escritorio. ¿Y unos cuantos meses de loco desatino podían destruir los efectos de mi educación económica? No, seguramente, no. Mi espíritu, habituado a la contabilidad, resurgía valiente, sacudía la modorra, trataba de romper la nube de la ofuscación que lo envolvía con efectos semejantes a los de un narcótico. Vi la clara imagen de la diosa Cantidad, alta, severa, con una luz en la mano que, al modo de faro, me alumbraba para que no naufragase.

Fuí educado en los negocios, y respiré en mi niñez el aire espeso, sombrío de la práctica Inglaterra, que con el humo que introduce en nuestros pulmones parece que nos inflitra en el cuerpo la costumbre de la exactitud en todas las cosas. Mi juventud desarrollóse también en la gimnasia de la cantidad, así como la de otros crece en los placeres frívolos. Yo tenía, pues, en mí una virtualidad redentora, el *tanto*, el verbo inglés, dócil a las órdenes de mi razón; el número, sí, no menos grande y fecundo que la idea, como energía anímica. Al verificarse en mí aquel despertamiento, halléme en terreno firme, y dije con resolución: «No, niña mía, esto no puede seguir así.»

III

En Madrid traté de poner orden en mis asuntos. A fines de octubre pasóme el Banco el extracto de mi cuenta corriente, y vi que apenas me quedaban unas dos mil pesetas. Había gastado ya toda mi renta del año, cuando en los precedentes apenas había llegado a la mitad, y con la otra mitad aumentaba mi capital. En aquellos días recibí de Jerez varias letras y algún papel de Londres.

Eran el tercer plazo anual de mis arrendamientos y un residuo de la venta de existencias. Había pensado yo destinar este dinero a consolidación del capital; pero no pudo ser, porque tuve que enviarlo a mi cuenta corriente del Banco para los gastos del último trimestre del 82. Una breve operación me dió a conocer que mi fortuna había disminuído aquel año en muy cerca de noventa mil duros. ¡Cosa singular! Yo tenía durante las embriagueces de aquel año vagas nociones de esta cifra negativa; pero no me causó temor hasta que la vi salir de la punta de la pluma en infalibles guarismos. Me parecía men-

tira que tal suma hubiera sido espolvoreada por mí en diversas tiendas de París y Madrid; y no obstante, bien cierto era. Lo hice sin darme cuenta de ello, ciego y alucinado, olvidando esa admirable función del espíritu que llamamos sumar, y atento sólo a los aguijonazos de la voluptuosidad y del amor propio.

A lo hecho, pecho Aunque felizmente había abierto los ojos al *tanto*, reintegrándome en el equilibrio de mi ser, por un lado concupiscente, por otro positivista, mi desvarío por Eloísa no había mermado en lo más leve. Más prendado de ella cada día, pensé en llevar procedimientos de regularidad económica a lo que moralmente era tan irregular. El orden parecíame digno de ser implantado en los dominios del vicio, y yo me imponía el deber de intentarlo, y me hacía la dulce ilusión de conseguirlo. Cavilaciones numéricas entristecían mis noches y mis mañanas, pues el hondo interés que me inspiraba Eloísa hacíame ver nubes muy negras en el porvenir de la casa de Carrillo. En cuanto a mi fortuna, que hasta entonces había sido pingüe, sólida y muy saneada, hice propósito firmísimo de defenderla a todo trance de los lazos que mi propia pasión le tendía. A pesar de lo firme del propósito, vivas inquietudes me atormentaban en presencia de aquel querido edificio económico, al cual se le acababan de abrir grietas muy profundas.

Pensando siempre en mi prima, no cesaba de hacer cálculos sobre el presupuesto de su casa, que me parecía muy desconcertado. Con aquella exactitud que debía a mis hábitos de contabilidad, aprecié lo que había importado la instalación, los ricos muebles y costosos caprichos de Eloísa. Sin escribir un guarismo, calculé el gasto aproximado de la casa, alimentación, cocheras, servidumbre, teatros, modistas, viajes de verano, menudencias e imprevistos. No, no: no cabía estar dentro de la cifra de veinte mil duros anuales. Para cerciorarme, levanté columnas de números, y no, no salía. El pasivo del primer año era enorme, abrumador, y unido a la instalación, me daba el resultado tristísimo de que los señores de Carrillo se habían comido ya la cuarta parte del capital heredado. Por mucho que estirara yo los ingresos sobre el papel, forzando los productos de la dehesa de Navalagamella y Barco de Avila, engrosando los alquileres de las tres casas de Madrid, y añadiendo a todo el cupón de las obligaciones de Banco y Tesoro, no podía pasar de tristes siete mil duros. ¡Y tan tristes!... Como que lloraban por los míos, y me los querían llevar.

Lo peor de todo fué que en aquel otoño, Eloísa montó la casa con más lujo, tomó más criados, hizo reformas en el edificio, anunciando que iba a dar comidas todos los jueves. Era preciso hablarle claramente y arrancar aquella mordaza que el amor me ponía. Una tarde, solos en nuestro escondite, le hablé el lenguaje sincero y leal de los números. ¡Cómo esquivaba el tema la muy pícara; cómo se escapaba culebrosa y resbaladiza, cuando ya la creía tener bien cogida! Por fin se mostró conforme con mis ideas, y penetrada del buen sentido de las cosas. Sí; era preciso moderarse, porque el porvenir... Invirtióse la tarde en cálculos, en proyectos de economía y reducción de inútiles gastos. A los pocos días volví a mi fiscalización con nuevo empeño. No pude obtener que me expusiera en términos exactos su presupuesto. Siempre embrollaba las cifras y las desfiguraba, haciendo un lamentable abuso de la aplicación de los ceros. Por fin, tras pesadas insinuaciones mías, me confesó que tenía algunas deudas.

—Te las pago todas—le dije con efusión—si me juras que no volverás a contraerlas y que serás juiciosa y arreglada.

Y el juramento se hacía poniendo por testigo a Dios; y se celebraba el convenio con abrazos y ternuras; y las deudas se pagaban y se volvían a contraer, como árbol que más vigorosamente retoña cuanto más se le poda.

—Ahora no me echarás la culpa a mí—me dijo una tarde—. Es Pepe el que gasta. Ayer he tenido que sacarle de un gran apuro. Sin que yo lo supiera, ha tomado seis mil duros, dando en fianza la casa de la calle de Relatores... No, no me mires así, con esos ojos de terror... Pepe es muy bueno, y no le puedo contrariar. Desde que es senador no ha vuelto a poner los pies en el Veloz. No tiene ningún vicio, no juega, no mantiene queridas; ni siquiera fuma. Pocos hombres hay tan ejemplares como él. Preguntarás que en qué se le va tanto dinero; voy a contestarte inme-

diatamente. Primero, el periódico, ese dichoso órgano del partido, que yo leo para combatir los insomnios. No sé cómo Pepe, que tiene talento, emplea su dinero en hacer de Galeoto entre la Democracia y el Trono, sabiendo que esa señora y ese caballero no se han de casar, y lo más, lo más, harán lo que hacemos nosotros, quererse a espaldas de la ley... Segundo, Pepe se me ha vuelto tan benéfico, que no sabes lo que me gasta en socorro de emigrados, en la Sociedad de Niños. Te aseguro que es un dolor...

Para mí lo era, y no flojo, pues por la concatenación de las cosas me dolían horriblemente los bolsillos cada vez que el marido de aquella señora ganaba un nuevo título para la bienaventuranza eterna.

Otras veces, en las horas de criminal soledad, nuestras lucubraciones económicas tomaban un giro fantástico y extravagante. Como el líquido puesto al fuego hierve y crece, yo, sometido a las altas temperaturas del amor, deliraba. Pero no era mi delirio como el de los poetas, visión de flores, nubecillas y formas helénicas. Era más bien una fermentación de los números que tenía metidos en la cabeza. Las cifras de reales, francos y libras que pasaron por mi mente en quince años volvían todas juntas, agrupándose como en las cerradas columnas de los libros de partida doble, separándose y revolviéndose como las cantidades desgarradas en la cesta de papeles rotos. ¡Poseer millones de millones!... ¡Que mis reales se me volvieran libras esterlinas de la noche a la mañana!... ¡Que los ceros se agruparan junto a las unidades formando esas filas nutridas, cuya vista ensancha el alma! «Entonces, gata bonita, tendrías un palacio mejor que el de Fernán-Núñez y el de Anglade juntos; tendrías un lecho de plata, como el de la esposa de un rajá; tendrías un yate para viajar por el Mediterráneo y un tren *pullman* para recorrer el Continente. Te compraría el Rembrandt, el Murillo, el Veronés que salieran a la venta al deshacerse la galería de algún principote alemán; y para ti trabajarían Meissonier, Pradilla, Alma Tadema, Domingo, Muncaksy y lo más granadito de Europa. Aprovechando las buenas ocasiones, te compraría los vestigios de las grandes casas, la armadura que llevó el duque de Alba, la espada de Boabdil, los tapices de los Reyes Católicos con el *tanto monta,* y los yugos y flechas, y esas casullas de catedral que van a parar en forros de sillas, y esos libros de vitela cuyas hojas se convierten en abanicos, y cajas de oro, y Cristos de marfil como el que tiene Rothschild, y el jarrón de Fortuny, y la espada de Bernardo, y la Biblia de María Estuardo, y el vaso de plata de Napoleón. El arte más sublime, la industria más hábil y los objetos de valor histórico, despojos que se le caen a la Historia en su marcha, serían para que tú jugaras con ellos y te relamieras de gusto mirándolos... Serías más rica que la duquesa de Westminster, la cual lo es más que la reina Victoria, emperatriz de las Indias.»

Como en esta dirección el desvarío no podía ir más allá, Eloísa, para hacer juego, deliraba en sentido contrario. ¡Ser pobre! No tener nada; vivir juntos y solos, completamente exentos de necesidades sociales, en un país apartado, fértil, bonito, donde no hubiese frío ni calor, ni ciudades, ni civilización... No tener más que un albergue rústico, y que nuestra despensa estuviera colgada de los árboles... No beber más que agua clara... Vestirse sencillamente, tan sencillamente que todo el guardarropa quedara reducido a un simple túnico talar... Nada de calzado, nada de sombrero, nada de esos horrores que llaman guantes, corbatas y alfileres... No gozar de más espectáculos que los del cielo y la vegetación; no oír más música que la de los pájaros; no ver más espejos que la corriente de los ríos; no tener idea de lo que es un coche, ni una tarjeta de visita, ni una esquela de invitación, ni una cuenta de modista... Desconocer la escritura y la lectura; y en cuanto a religión, celebrar la misa con una hoguera, un par de cánticos, un haz de flores, delante de los panoramas preciosísimos de la Naturaleza... Y en medio de esto, el amor, mucho amor, muchísimo amor; ella y yo siempre juntos, siempre solos, siempre jóvenes y nunca cansados de mirarnos y de querernos...

Creo que mis carcajadas se oían desde la calle. El delirio de Eloísa, que era el rebote del mío, me produjo una hilaridad tal, que ella se apresuró a taparme la bóca, alarmada de mis gritos.

—Calla, tonto... No escandalices.

No sé si lo soñé o lo pensé. Debí de quedarme dormido, y ver a Eloísa en aquel pergeño rústico y salvaje, hecha una señora Eva, en el país del abanico más relamido que se podía imaginar. Ella era feliz con su túnica, no sé si de verdes lampazos o de alguna tela inconsútil. No conocía la ambición ni el lujo; era toda inocencia, salud, dicha. Sus diamantes eran las estrellas; sus galas, las flores; sus espejos, los lagos; su palacio, la bóveda azul de los cielos... Pero un día la señora Eva alcanza a ver a un ser extraño y desconocido que se aparece en aquel delicioso rincón del mundo donde sólo habitamos ella y yo. Esta tercera persona es el demonio, la tentación, el elemento dramático que viene a emporcar nuestro idilio. No se ofrece a las miradas de la señora Eva en forma de serpiente, ni usa para perderle el ardid aquel de la manzana. ¡Quia! Es un viajero, un náufrago que acaba de arribar a aquellas playas, y para trastornar el seso a mi mujer, le muestra una sarta de cuentas de vidrio. Las ganas de adornarse con ella desarrollan en su alma formidable apetito, y se conmueve, se ofusca, se vuelve toda nervios; pierde su ser inocente, como si dijéramos, la chaveta, y adiós idilio, adios Naturaleza, adiós sencillez, adiós paz sabrosa, adiós festín de hierbas, adiós enaguas de hojas, adiós amor... Cae mi Eva en la tentación, se vende por las cuentas de vidrio, y el demonio carga con ella.

X

CARRILLO VALÍA MÁS QUE YO

Aquel hombre, que me inspiraba una compasión profunda y un temor supersticioso; aquel Carrillo, amigo vendido, pariente vilipendiado, valía más que yo. Al menos así lo promulgaba a todas horas mi pensamiento en los soliloquios de su confusión constante. Idea fija era esto de mi inferioridad, y ni con sofismas ni con razones la podía echar de mí. Quizá yo me equivocaba; quizá las sombras de mi conducta me permitían ver en aquel desgraciado una luz que no tenía, o dicha luz era un simple fenómeno retiniano. Sí; yo era un ser negativo, un vago, una carga de la sociedad, mientras el otro parecíame una de las personas más útiles y laboriosas que se podían ver. Sobreponiéndose a sus dolencias, siempre estaba ocupado. No entré una vez en su despacho que no le hallara trabajando, afanadísimo, poniendo su alma toda y su poca salud al servicio de una idea o de una institución. Dábase por entero a diversos objetos benéficos, políticos y morales, y su vehemencia era tal, que si la empleara en sus asuntos propios habría sido el hombre modelo y la más perfecta encarnación del ciudadano y del jefe de familia.

Carrillo era presidente de una Sociedad formada para amparar niños desvalidos, recogerlos de la vía pública y emanciparlos de la mendicidad y de la miseria. Tan a pechos había tomado su cargo, y tan humanitario ardor ponía en desempeñarlo, que a él se le debían los eficaces triunfos alcanzados por la Sociedad. Más de quinientas criaturas le debían pan y abrigo. Inocentes niñas se habían salvado de la prostitución; chiquillos graciosos habían sido curados de las precocidades del crimen al dar el primer paso en la senda que conduce al presidio. La Sociedad hacía ya mucho; pero su ilustre presidente aspiraba siempre a más. Todos los esfuerzos eran pocos en pro de los párvulos indigentes. No bastaba recogerlos en las calles; era preciso ir a buscarlos en los tugurios de la mendicidad emparentada con el crimen, y arrancarlos al poder de crueles padres que los martirizan o de infames madres postizas que los envilecen. Y Pepe, imprimiendo a esta caritativa obra impulso colosal, pasaba largas horas en su despacho con el secretario, revisando notas, coordinando informes, extendiendo y firmando recibos de suscripción de socios, poniendo cartas al cardenal, al patriarca, a la infanta Isabel, al primer ministro, a los presidentes del Ayuntamiento y de la Diputación para allegar el auxilio de todo lo valioso y útil. Ningún recurso se desperdiciaba, ninguna ocasión se perdía. A este trabajo titánico había que añadir el de organizar fiestas y funciones teatrales para aumentar los fondos de la *Sociedad*. ¡Qué laberinto, y qué entrar y salir de empresarios y concertistas y cómicos! No se eximían de esta febril contradanza los poetas, a los cuales se les rogaba que leyeran versos; ni los ora-

dores, a quienes se pedía óbolo de sus floreados discursos.

Mientras Carrillo empleaba en servicio de la Humanidad su inteligencia, yo ¿qué hacía? Corromper la familia, abrir escuela de escándalo y dar malos ejemplos. Aún podía llevar mucho más lejos la comparación, siempre en perjuicio mío. Yo era diputado cunero, y no me cuidaba ni poco ni mucho de cumplir los deberes de mi cargo. Jamás hablaba en las Cortes, asistía poco a las sesiones, no formaba parte de ninguna Comisión de importancia, no servía más que para sumarme con la mayoría en las ocasiones de apuro. Tenía nociones geográficas muy incompletas acerca de mi distrito, y hacía el mismo caso de mis electores que de los negros de Angora. Ellos gruñían, escribianme cartas llenas de quejas; pero yo las arrojaba a la cesta de los papeles rotos, diciendo: «A mí me ha hecho diputado el ministro de la Gobernación, nadie más. Vayan ustedes muy enhoramala.» Francamente, el Congreso me parecía una comedia, y no tenía ganas de mezclarme en ella. En cambio, Pepe, que era senador, tomaba muy en serio su cargo, se debía al país, miraba a la patria con ojos paternales, considerándola como uno de aquellos infelices niños que la Sociedad recogía en las calles. Asistía puntualmente a la Cámara, y figuraba en muchas comisiones. Con frecuencia se levantaba de su banco, sin aliento, ahogándose, y pronunciaba pequeños discursos discretísimos en pro de los intereses generales. La enseñanza primaria, la extinción de la langosta, la necesidad de dar salida a *nuestros caldos,* el establecimiento de gimnasios en los colegios, los bancos agrícolas, la supresión de la Lotería, de los toros y del cuarto del cartero; las cajas de previsión, la conducción de presos por ferrocarril, los talleres de los presidios y otras muchas reformas, le tenían por órgano valiente, aunque asmático, en los rojos asientos del Senado. El *Diario de las Sesiones* estaba por aquella época salpicado de breves piezas oratorias en que se abogaba con entusiasmo por todas aquellas menudencias, por todos aquellos pasitos del progreso que, realizados, habrían equivalido a un salto grande hacia la cultura.

Era verdaderamente infatigable, pues además de esto, había fundado, con otros señores que no nombro, el periódico órgano de un partidillo que se acababa de formar. Como el tal partido era muy tierno y recién cortado del tronco, necesitaba prolijos cuidados para aclimatarse, echar raíces y crecer. Y crecía, convocando bajo sus débiles ramas a muchos cesantes, a no pocos descontentos y a algunos que no están bien si no se separan de alguien. No sólo ayudaba Carrillo con su dinero al sostenimiento del diario, sino que escribía en él artículitos sanos y juiciosos, defendiendo siempre la buena fe en política, el respeto de la opinión, la sencillez administrativa, las economías, la moralidad, y, sobre todo, la independencia electoral, raíz y fundamento de todo bien político.

Por fin, también llevaba Pepe su cooperación a las grandes campañas de caridad pública, y lo hacía con modestia, por impulsos del alma Así, desde que ocurrían estas catástrofes que excitan profundamente el sentimiento general, ya se apresuraba él a organizar cuestaciones, a buscar auxilios por todos los medios que permiten los varios recursos de nuestra época. Volviendo a la comparación, repito que cualquiera que sea el valor que se dé a esta manera de practicar el bien, siempre resultaba el otro superior a mí. Mientras él empleaba tan bien y con tanto fruto su tiempo, yo ¿qué hacía? Vivir alegremente, gozar de la vida, divertirme, gastar mi dinero sin socorrer a nadie, y otras cosas peores. Yo era un egoísta, mientras Carrillo tenía la manía del *otroismo,* y consagraba toda su actividad al bien ajeno. Precisamente en la falta de egoísmo, que era su gran cualidad, estaba el quid del defecto que en parte oscurecía aquellas prendas eminentes, pues siempre se cuidaba mucho más de lo ajeno que de lo propio, y poniendo desmedida atención en la Humanidad y en la patria, apartaba sus ojos de la familia y del gobierno de su casa. Dueña y directora de todo era Eloísa. Pepe ignoraba los detalles más importantes del régimen doméstito, y no daba jamás una disposición. Tanto celo fuera, y tanta indolencia y descuido dentro, eran, indudablemente, falta muy grande. Cuánto me complacía yo en considerarlo así, no hay para decirlo. Aquella superioridad que me mortificaba no era, quizá, más que figuración mía, y el pobre Carrillo, al remon-

tarse a lo que yo estimaba perfecciones, caía por tierra, poniéndose al nivel mío, que era el de la vulgar muchedumbre.

Por su poca salud excitaba el tal la compasión de todos. Sus males se repetían y se complicaban, presentando cada año nuevos y temibles aspectos, ofreciendo como un campo clínico a los ensayos de la Medicina. Para los médicos era ya, más que un enfermo, un tratado de Patología interna escrito en lengua que no podían traducir. Los síntomas de hoy desmentían los de ayer, y los tratamientos variaban cada mes. Ya, suponiendo desórdenes en la nutrición, se combatían en él los principios de una diabetes; ya, observando graves fenómenos cardíacos, se atacaba el mal en el terreno de la circulación. Declaróse luego la nefritis, y más tarde vino a manifestarse la hemoptisis con lesión grave en el vértice del pulmón derecho. Cualquiera que la causa fuese, ello es que Pepe se desmejoraba de día en día. Su rostro era terroso; sus fuerzas, inferiores a las de un niño; su voz, cavernosa; las manos le temblaban, y se fatigaba extraordinariamnte al andar. En él sólo tenía vigor el espíritu, siempre despierto, ágil y diligente en las varias faenas a que se entregaba. Bien podíamos creer que el mismo entusiasmo de que se poseía prestábale vida artificial, sosteniendo y enderazando su cansado organismo, como si lo embalsamaran en vida.

Fáltame contar lo más importante, lo más extraordinario y anómalo en el carácter de aquel hombre. Lo que voy a decir era una aberración moral, indefinible excepción de cuanto han instituído la Naturaleza y la sociedad, pero tan cierto, tan evidente como es sol éste que me alumbra. Carrillo me mostraba un afecto cordial. La confusión que esto producía en mis ideas no puede ser expresada por mí. No sé si agradecía su estimación o si me repugnaba; no sé si me apoyaba en ella como una salvaguardia de mi falta, o si la maldecía como indigna de los dos, y como si a entrambos nos degradara de la misma manera.

Ignoro por qué me quería tanto Carrillo, qué motivos de simpatía encontró en mí. Algo debía de influir en ello la insistencia benévola con que yo acaloraba su manía anglopolítica, refiriéndole anécdotas parlamentarias, describiéndole las sesiones de los Pares y Comunes, el local, las costumbres, la manera especial de discutir de aquella gente; hablándole de la peluca del *speaker*, del modo de votar, del familiar tono que usan, y haciéndole, por fin, semblanzas tan exactas como podía de lord Beaconsfield, Brigth y otros afamados oradores. ¡Cuántas veces, después de una crisis de dolores horribles, extenuado de fatiga, mas sin poder dormir, no tenía el infeliz otro consuelo que conversar conmigo de aquellas cosas tan de su gusto! Su mano en mi mano, sus ojos en mi cara, hacíame preguntas, y jamás se hartaba de mis respuestas. Yo hacía un gran sacrificio de tiempo y de humor por agradarle, y me estaba las horas muertas, charla que te charla, viéndome obligado a sacar algo de mi cabeza, pues la verdad se me iba agotando. ¡Cómo saboreaba él las preciosas noticias! El banquete del lord corregidor fué de las cosas que le conté con todos sus pelos y señales, pues tuve el honor de asistir al de 1877. Y después, ¡cuánto detalle! Gladstone, en la sesión de los Comunes, se sonaba con estrépito en un gran pañuelo de colores. Disraeli no cesaba de meterse pastillas en la boca. Parnell usaba siempre un gabán color de pasa y sombrero blanco de castor... Luego tirábamos a lo sublime. ¡Qué país aquel! ¡Y pensar que allí no había Constitución escrita, en forma una y doctrinal, sino leyes sueltas y usajes, algunos del tiempo de los normandos! En cambio aquí salimos a Constitución por barba, y somos casi salvajes, parlamentariamente hablando... Yo me cansaba al fin de tanto anglicanismo; pero él no, y me retenía con dulzura siempre que hacía propósito de marcharme.

Hablando con toda la verdad, diré que yo no deseaba su muerte. No sé lo que habría ocurrido si su existencia me hubiera ofrecido verdaderos obstáculos. Pero si no deseaba su muerte, contaba con ella, teníala por inevitable dentro de un plazo más o menos largo. Cuando Eloísa y yo, en el rodar vagabundo de nuestras conversaciones íntimas, nos encontrábamos enfrente de los males de Pepe, pasábamos, como sobre ascuas, sobre tema tan delicado. Inquietos ambos, nos evadíamos en busca de otro asunto, cada cual por su lado. Ninguno de los dos habló nunca de su muerte, aunque la con-

siderábamos indudable. Y le compadecíamos con toda sinceridad por su sufrimiento, y si hubiera estado en nuestra mano darle salud y robustez, quizá se la habríamos dado.

Pero la idea de la disolución del matrimonio por muerte del marido estaba fija en la mente de uno y otro, aunque ninguno de los dos lo declarase. Tal idea salía a relucir de improviso cuando hablábamos de alguna cosa completamente extraña a la dolencia de Carrillo. Más de una vez se le escaparon a Eloísa frases en las cuales, refiriéndose a días venideros, iba envuelta la persuasión de ser para entonces mi mujer. Hablando una noche de reformas en la casa, se dejó decir:

—Porque, mira, yo te podré hacer una gran habitación en el piso bajo, comunicándolo con el alto por medio de una magnífica escalera de nogal como la que hay en casa de Fernán-Núñez para bajar al cuarto del duque y a la famosa estufa.

XI

LOS JUEVES DE ELOÍSA

I

Una vez por semana, Eloísa daba gran comida, a la que asistían dieciocho o veinte personas, pocas señoras, generalmente dos o tres nada más, a veces ninguna. No gustaba mi prima de que a sus gracias hicieran sombra las gracias de otra mujer, inocente aprensión de la hermosura, pues la competencia que temía era muy difícil. La etiqueta que en los llamados *jueves de Eloísa* reinaba, era un eclecticismo, una transacción entre el ceremonioso trato importado y esta franqueza nacional que tanto nos envanece, no sé si con fundamento. Eran más distinguidas las maneras que las palabras. El ingenio resplandecía en los dichos; mas a veces, con ser copioso y chispeante, no bastaba a encubrir la grosería de la intención. Allí se podían observar, con respecto a lenguaje, los esfuerzos de un idioma que, careciendo de propiedades para la conversación escogida, se atormenta por buscarlas, exprime y retuerce las delicadas fórmulas de la cortesía francesa, y no adelantando mucho por este lado, se refugia en los elementos castizos de la confianza castellana, limándoles, en lo posible, las asperezas que le dan carácter. Esta admirable lengua nuestra, órgano de una raza de poetas, oradores y pícaros, sólo por estos tres grupos o estamentos ha sido hablada con absoluta propiedad y elegancia. Las remesas de ideas que anualmente traemos en nuestro afán de igualarnos a las nacionalidades maduras, no han encontrado todavía fácil expresión en aquel instrumento armoniosísimo, pero que no tiene más que tres cuerdas.

Hice esta observación en casa de mi prima, oyendo hablar de tan distintas maneras, pues unos arrastraban y descoyuntaban las frases de estirpe francesa, impotentes para darles vida dentro de la sintaxis castellana; otros, despreocupados, lanzaban a boca llena las picantes frases castizas, que, por arte incomprensible, nacen hoy en el populacho y se aristocratizan mañana. Ciertas bocas las pulen, las redondean, como hace el mar con los pedazos de roca; otras las endulzan o confitan, y ya parecen menos rudas sin haber perdido su gracia. De este lento trabajo se va formando en el arpa de nuestra lengua la cuarta cuerda, o sea la de la conversación fina, que hoy suena un poco ronca, pero que sonará bien cuando el tiempo y el uso la templen.

Tengo tan presentes los detalles todos de aquellas reuniones, que bien podría describirlos minuciosamente si quisiera. Pero por no aburrir a mis lectores con lo que no les importa, seré breve, escogiendo, entre todo lo que revive en mi mente, lo más adecuado a la inteligencia de los casos que refiero. De las comidas, retengo todo con pasmosa frescura. Paréceme que respiro aquella atmósfera tibia, en la cual fluctuaban las miradas de la mujer querida y sus movimientos y el timbre de su voz seductora, fenómenos que hasta el otro día se prolongaban en mi espíritu como la sensación grata de un sueño feliz. Paréceme estar viendo las paredes y las personas y la alfombra y las luces en el rato aquel de impaciencia y expectación en que es la hora y faltan aún cuatro o cinco convidados. Carrillo, mirando impaciente su reloj, deja escapar alguna frase con la cual al mismo tiempo recrimina suavemente a los que tardan y pide excusas a los que esperan.

«Este general siempre se atrasa media hora... Sánchez Botín no puede tardar. Se separó de mí a las siete para subir un momento a casa de su suegra.» Eloísa, sentada junto a la chimenea del primer salón, atisba fácilmente a los que van llegando, sin interrumpir su palique con el marqués de Fúcar o con la marquesa de San Salomó. Como la puerta que va del primer salón a la sala de juego está enfrente de la que comunica ésta con la antesala, siempre que se oye el suave gemido de la mampara de cristales con visillos rojos mi prima echa ligeramente hacia atrás el cuerpo contra el respaldo del sillón, vuelve la cabeza y ve quién entra.

Por fin, Carrillo transmite sus órdenes por el timbre eléctrico. Al poco rato aparece en la puerta del comedor, poniéndose con oficiosidad los guantes de hilo, el maestresala monsieur Petir, aquel ingenioso francés, que después de haber rodado durante el verano por las fondas de todos los establecimientos balnearios y de haber lucido su estampa en el mostrador de algún comedero de ferrocarril, se pasa el invierno sirviendo temporalmente en las grandes comidas de las casas ricas de Madrid, o que lo aparentan, y pronunciando el sacramental *madame est servie,* comienza el desfile. Eloísa se agarra al brazo del marqués de Fúcar (por ejemplo) y rompe plaza...

Se me figura estar oyendo el bullebulle de las ochenta patas de sillas rascando ligeramente la alfombra gris perla, y ver a los criados ajustarse apresuradamente los guantes, mientras desfilamos y ocupamos nuestros asientos. Aquel primer envite de la comida, que se acerca como un monstruo que viene a apoderarse de nuestro organismo; aquel vaho de la sopa *bisque,* picante como un demonio, ¡qué felices anuncios traen de la sesión gastronómica! Presentes tengo los incidentes de la conversación, que empieza grave, se anima, se fracciona, es a cada instante más viva, menos culta y aseñorada; aspiro la fragancia de los ramos y ramitos que adornan la mesa y nuestras solapas, olor de vegetal fláccido que se aja por momentos entre el vapor de la comida y bajo aquella lluvia de luz que desciende de los mecheros de gas; oigo a mi espalda el chillar de las botas de los criados que nos sirven, y me mareo de aquel escamoteo de platos delante de mí, del rielar de copas, de lo que hablamos, de las bromas, ya cultas e inocentes, ya galanas en la forma y groserísimas en el fondo. Las caras aquellas de dieciocho o veinte cabezas, ¿cómo se pueden olvidar? Figúrome que las veo todavía en su inquietud discreta, ojos que nos miran y se vuelven y llevan la idea de una persona a otra, el hilo de la conversación rompiéndose y anudándose a cada instante, las sonrisas disimulando las contracciones de la gula. Respecto a los dichos, yo no cesaba de recordar la rigidez de las comidas inglesas, en las cuales todo lo que se habla podía figurar en el Catecismo. En los festines que refiero, mi primo Raimundo hallaba medio de contar cuentos indecentes, con una delicadeza de forma y unas perífrasis que hacen de él un verdadero maestro en arte tan difícil.

En lo que sí se parecen estas comidas a las inglesas es en que las señoras hacen del pleonasmo del escote una pragmática indispensable. Eloísa, en sus jueves famosos, no se paraba en barras, quiero decir, en carne de más o de menos. Generalmente, vestía con sencillez, siempre que por sencillez se entienda poca tela de medio cuerpo para arriba. La originalidad era su fuerte. Un jueves me sorprendió a mí y a todos con el traje más lindo, más caprichoso y temerario que se podría imaginar... Pero recuerdo ahora que no fué en su casa, sino en un gran sarao del palacio de Gravelinas, donde se nos presentó vestida totalmente de encarnado, el cuerpo de terciopelo, la falda de raso, medias y zapatos también de color de sangre fresca, y para que nada faltara, mitones de púrpura. Sólo una belleza de primer orden, de esas que dominan todo lo que se ponen, habría podido salir triunfante de tal prueba, envolviéndose en ascuas de los pies a la cabeza. Fué general la admiración, y yo no fuí el menos sorprendido, porque aquella misma mañana me había dicho que no pensaba estrenar más vestidos ni inventar rarezas. Dejando a un lado esta contradicción, diré que Eloísa deslumbraba: no se la podía mirar sin plegar ligeramente los ojos. Su hermosura, sometida a la prueba de aquella calcinación en crisol ardiente, triunfaba de las llamaradas del rojo y

aparecía sublimada y purificada. Su mirar era como un extracto sutil, alcohol dulcísimo que se subía a la cabeza y hacía en ella mil diabluras. No quiero decir nada del escote, a quien la colocación chillona del rojo daba más realce. En su ridículo entusiasmo, un revistero de salones me decía que aquella carne de Paros, aquel mármol vivo, no tenía semejante, y que Fidias y el Hacedor Supremo habrían disputado sobre cuál de los dos lo había hecho. Vamos, que reñían y se tiraban a la cabeza los trastos de crear... Yo, como dueño de aquella carnicería marmórea, no la veía con gusto tan publicada. Pero el maldito revistero no cesaba de hacer paradojas, que al día siguiente ponía en los periódicos: «Era un demonio celestial, el *ángel del asesinato,* serafín que había encargado a Worth un vestido hecho con brasas del Infierno... ¿Para qué? Para divertir a los santos en el Carnaval del Cielo... Su cuello ostentaba una constelación...» A esto de la constelación démosle su nombre verdadero. Era una hermosa *rivière* de treinta y seis *chatones* que yo había regalado a Elosía, y que me ocasionó (todo se ha de decir) una disminución de cinco mil duros en mi cuenta corriente del Banco de España.

Volvamos a mis jueves, quiero decir a los jueves de la otra. Todos los amigos de la casa admiraban a Eloísa, y aun diré que se pirriaban por ella. La atmósfera caldeada de la galantería que todos, hombres y mujeres, respiran en tal género de vida; el constante incitativo del mucho y refinado comer y beber; el efecto de narcotización que en el espíritu van produciendo a la larga las mentiras de la cortesía, todas estas causas, y aun la obsesión material de la seda y el oro y el arte suntuario, embotan el sentido moral del individuo y le inutilizan para apreciar clara y derechamente el valor de las acciones humanas. En tal ambiente, hasta los más sanos concluyen por acomodarse al principio de que las buenas formas redimen los malos actos. No había, pues, entre los amigos de la casa, uno solo que no codiciara lo que me pertenecía de hecho. No había uno tal vez que no soñara con el ideal delicioso de pegársela al amigo y suplantarle. Robar lo robado nunca se consideró delito. Eloísa y yo no teníamos derecho a quejarnos de este asalto general de intenciones que nos amenazaba sin tregua. La falsedad de mi terreno me tenía en ascuas. Inquieto y receloso, vigilaba con cien ojos, y tomaba acta de las más leves cosas, suponiéndolas indicios de que alguien ganaba un palmo de terreno que yo perdía.

Pero, en realidad, no tenía motivos de queja. Mi prima, entre aquella turba de amigos entusiásticos y apasionados, guardábame una fidelidad que habría sido virtud muy hermosa, si la tal fidelidad no viniera a ser una medalla en cuyo reverso estaba la traición.

Eloísa los trataba con arte admirable, siempre dulce y cariñosa, empleando reservas delicadas que olían a virtud, imitándola, como los artículos de perfumería imitan la fragancia de las flores. Para todos tenía una palabra bonita; era jovial o seria, según los casos; compadecía al enamorado, paraba los pies al atrevido, mostrando constantemente cierta dignidad y señorío que me encantaban.

II

Ningún día de gran comida dejó Eloísa de sorprendernos con alguna novedad, añadida a las riquezas de su bien puesta casa. Aquella noche (una de tantas), al entrar en el segundo salón, vi dos personas, cuyo rostro, facha y traje parecían completamente anómalos en tal sitio. Eran dos pinturas: la una de Domingo, la otra de Sala. Mi prima las había adquirido aquella semana, y no me había dicho nada para darme la gran sorpresa en la noche del jueves. Habíalas colocado a los dos lados de la puerta que comunicaba el salón con su gabinete, y puso ante cada una un reflector con vivísima luz, que, iluminando de lleno las figuras, las hacía parecer verdaderas personas. Ambas eran de tamaño natural y de más de medio cuerpo. La de Domingo era un viejo, un pobre, quizá un cesante, vestido de tela gris, arrugado el rostro, plegados los ojos. Creeríase que la luz del reflector ofendía su cansada vista, y que nos miraba con displicente miopía, ofendido y cargado de nuestro asombro. Porque no vi jamás pintura moderna en que el Arte suplantara a la Naturaleza con más gallardía. El toque era allí perfecto

símil de la superficie de las cosas, y se veía que sin esfuerzo alguno, el pincel, convertido en poder fisiológico, había hecho la carne, la epidermis, el músculo, los cañones de la mal rapada barba, el pelo inerte, y, por fin, el destello y la intención de la mirada. Aquel mismo toque habilísimo era luego la lana y el algodón de la ropa, la seda mugrienta del fondo.

—Esto ya no es pintar—decía Eloísa, sacando las cosas de quicio—: es hacer milagros.

La figura de Sala era una chula. Contemplándola, todos nos reíamos, y a todos se nos avispaban los ojos. Los suyos parecé que bebían de un sorbo la luz del reflector y nos la devolvían en una mirada dulce y llena, significando con ella un *atrévanse ustedes*. Su tez pura, su entrecejo irónico, indicaban tal vez que era una gran señora disfrazada. El traje, el pañuelo por la cabeza y mantón de Manila podrían suponerse antojo de un momento para *encaprichar* la hermosura noble, revistiéndola de las gracias populares. No era una ficción, era la vida misma. Sin duda iba a dirigirnos la palabra. Nos sonreíamos con su sonrisa; nos sentíamos mirados por ella, la conocíamos y la tratábamos. ¡Que una superficie cubierta de colores viva y aliente así!... Eloísa no cesaba de decir, gozando en nuestra admiración:

—¡Qué alma tiene!

La dama enchulada y el viejo pobre fueron el éxito de aquel jueves, como en el precedente lo habían sido dos tapices antiguos, cartones de Brueghel, que decoraban el comedor. Pero dejemos las cosas que parecían personas, y vamos a las personas que parecían cosas. Uno de los principales devotos de mi prima era el marqués de Fúcar. A cada lado de la chimenea del segundo salón había tres sillones, uno de los cuales ocupaba Eloísa. El inmediato se le reservaba al marqués, y respetando este derecho consuetudinario, cualquiera que lo ocupara se lo cedía en cuanto él entraba. Era Fúcar bastante viejo; pero se defendía bien de los años y los disimulaba con todo el arte posible. Era abotagado, patilludo, de cuello corto, y parecía un cuerpo relleno de paja por su tiesura y la rigidez de sus movimientos. Se teñía las barbas; y como los tiempos no consienten la ridiculez de la peluca, lucía una calva pontifical. Demostraba Fúcar a la señora de Carrillo una como adhesión caballeresca. A veces, la edad caduca pesaba en su ánimo lo bastante para convertir aquella devoción en una especie de cariño paternal, traduciéndose en consejos galantes antes que en galanterías. Muy a menudo y cuando parecían más interesados en una conversación frívola, trataban de negocios. Eloísa, que empezaba a pensar mucho en los fabulosos aumentos que ciertos hombres de pesquis dan a su capital en poco tiempo, arrastraba la conversación de Fúcar hacia aquel terreno.

—Diga usted, marqués, ¿venderé las *Cubas* para comprar ese amortizable que ha inventado Camacho?

Esta y otras cláusulas parecidas sorprendí más de una vez al acercarme al grupo.

Fúcar se reía, y después de bromear un poco le aconsejaba lo que creía más conveniente.

—Oiga usted, marqués: ¿quiere usted hacerme *dobles* por cinco o seis millones nominales? ¿Quién es su agente de Bolsa?... Este tonto—dirigiéndose a mí—no quiere ir a la Bolsa. Quita allá... No tienes iniciativa, no tienes ambición. Podrías duplicar tu capital en poco tiempo si fueras otro.

El marqués echábase a reír, y mirándome...

—Aprenda usted, niño—me decía—. Esto se llama navegar en los golfos mayores.

—Marqués—proseguía ella—, me voy a tomar la libertad de hacerme su socio. ¿Quiere usted que le dé diez mil duritos para que me los ponga en las contratas de tabacos? ¿Qué réditos me dará?

—¡María Santísima! ¡Qué mujer! —exclamaba Fúcar con alarma jocosa—. Eloísa, me compromete usted...

—O si no, me lo pone en un préstamo del Tesoro.

—Si el Tesoro no pide ya prestado, hija mía. Eso cuando tengamos otra guerra civil.

—Pues en las contratas de tabacos. A ver, ¿qué rédito?

—Creerá usted que las contratas... —gruñía el marqués fluctuando entre las bromas y las veras.

—No haga usted caso, marqués—indiqué yo—. Estas mujeres ven todo con la

imaginación. Desconocen la Aritmética: lo único que saben de ella es multiplicar.

—Sí: las contratas dan muchos millones.

—¿Qué le parece a usted?—decíame Fúcar, sin poder contener la risa—. Me va a descubrir. Me saca los colores a la cara. Aprenda usted, niño, aprenda. ¡Contratas de tabacos!... Corriente: al año le devuelvo a usted los diez mil duritos duplicados... Pero me ha de prometer usted que con ese dinero fundará un Hospital para fumadores desahuciados.

La risa del prócer llenaba el salón. Aun los que no podían oír lo que decía celebraban su gracia. Fúcar era allí muy popular; y envanecido de ello, gustaba de oírse, hablando, y se enojaba cuando le contradecían. Conmigo tenía deferencias cariñosas. Una noche, apartándome de un corrillo de los que allí se formaban, me acorraló contra un mueble para decirme en secreto:

—*Traviatito,* es preciso que se dedique usted a los negocios para tener contenta a la señora. No fíe usted amor puro. La señora tiene los espíritus muy metalizados. Me ha preguntado lo que es *comprar a plazo,* en *voluntad* y en *firme.* He tenido que darle una lección de cosas de Bolsa, sin olvidar las triquiñuelas del oficio... Mucho ojo, que la señora piensa demasiado en el dinero. No se envanezca usted, y créame: aumente su capital, si puede, no sea que alguno le desbanque. Usted vale mucho; pero no hay que fiarse, pues se dan casos...

Otro de los asiduos era el general Morla, hombre muy ameno, verdadera enciclopedia historicoanecdótica de Madrid desde el año 34 hasta nuestros días. Tenía la memoria más prodigiosa que cabe en lo humano: recordaba la primera guerra civil, toda la historia política y parlamentaria y toda la chismografía del siglo. Había sido ayudante del general don Luis de Córdova, luego compañero íntimo de Narváez, y por fin inseparable amigo de don José Salamanca, cuyos arranques geniales elogiaba a cada instante. Los motivos secretos de los cambios políticos en el anterior reinado los sabía al dedillo, y las paredes de Palacio eran para él de una transparencia absoluta. De las infinitas trapisondas privadas que amenizan la vida de Madrid, ninguna se le había escapado. No necesitaba esforzarse para satisfacer todas las dudas, pues el archivo de su memoria, admirablemente catalogado, le suministraba sin demora el dato, la noticia o enredo que se le pedía. Cuando nos contaba algún lío, hacía mención de la calle, el número de la casa, el piso; nombraba a las personas todas de la familia, y si no le cortaban el hilo, refería los belenes del padre o de la madre en la generación anterior. Era narrador entretenidísimo; era quizá el maestro más grande del arte de la conversación que he visto en España. Cuando se muera no quedará nada de él, pues jamás ha escrito cosa alguna. Le incitamos a escribir sus memorias, que serían el más sabroso y quizá el más instructivo libro de la época presente; pero él se excusa de hacerlo con la pereza y con su poca habilidad de escritor. En efecto, los grandes conversacionistas rara vez aciertan a interesar cuando escriben.

Eloísa atendía y agasajaba mucho al anciano general, uno de los primeros favoritos de la casa. El jueves que faltaba era un jueves soso y desgraciado. A menudo se formaba en torno a él, en la sala de juego, corrillo de hombres solos, que era un verdadero festín de la más alta comidilla. Salía uno de allí con la cabeza dulcemente mareada, como cuando se ha bebido mucho y bueno, y se adquiría de la Humanidad idea semejante a la que tenemos de la salud después de haber hojeado un diccionario de Medicina.

La chismografía del general Morla era puramente histórica. Rara vez despellejaba a las personas que estaban aún en activo. Otro amigo de la casa, a quien no nombro, tenía la especialidad de cebarse en la carne viva, prefiriendo la de los allegados y presentes. Severiano Rodríguez le llamaba el *Sacamantecas,* porque se sorbía las reputaciones crudas. Era persona de intachables formas. En la conversación general, bromeando con Eloísa o sus amigas, daba mucho juego. Su galantería exquisita y refinada encantaba a las damas. Había tenido buena figura, y aún conservaba restos de ella, presumiendo de ojos vivaces, de un busto airoso y de pie pequeño. Sin duda daba mucha importancia a su bigote y su mosca, que, con las canas, habían venido a ser de un rubio ceniciento. Lo que más me cargaba de aquel hombre era

que, al entrar en cualquier local, echaba miradas furtivas a los espejos para verse y admirarse. Gozaba fama de afortunado en faldas; pero tenía ya un par de desventajas casi insuperables: su edad, que frisaba en la vejez, y su falta de dinero. Era uno de los hombres más entrampados de la Creación, y vivía perseguido sin tregua por diferentes espectros en forma de cobradores de tiendas. Oí contar que sólo en el ramo de perfumería debía sumas fabulosas.

Cuando hacía corrillo no perdonaba nada. Más de una vez hizo disección horrorosa de la pobre marquesa de San Salomó, que no distaba veinte pasos del lugar de la hecatombe. De Eloísa y de mí, ¿qué no diría? Severiano me contaba horrores, vomitados por el *Sacamantecas* a poca distancia de nosotros. Tales cosas, por la exagerada malicia y la mentira que entrañaban, no ofendían como cualquier verdad secreteada con palabras ambiguas. «Que yo estaba ya tronado; que Fúcar era el que pagaba; que Manolito Peña estaba en camino de ser mi sucesor en la plaza de amante de corazón...» Tales majaderías sólo merecían desprecio. Lo más gracioso era que el *Sacamantecas* había hecho el amor a Eloísa; habíala acosado, durante una temporadilla, con declaraciones ardientes, en las cuales lo rebuscado de las cláusulas no ocultaba lo repugnante del desvarío senil. Ultimamente, el despecho le había vuelto un tanto fosco. Se hacía el interesante, presentándose con cara de hastío. Saludaba ceremoniosamente a Eloísa, al entrar, dándole la mano con brazo muy corto. Jugaba al juego del desdén el muy mamarracho. Bien lo conocía ella y bien se reía de él. Cuando Severiano o algún otro amigo interrogaban al *Sacamantecas* sobre su actitud displicente, respondía, inflándose mucho:

—Es que yo me he vuelto ya antidinástico.

¡Y para dar lugar a tales anomalías, para vivir constantemente acechada, escarnecida, solicitada y requerida, se sacrificaba mi prima a una etiqueta que no vacilo en llamar cursi, pues era una mala imitación de la ceremoniosa, natural y no estudiada etiqueta de las pocas grandes casas que tenemos! ¡Y se gastaba tontamente su caudal, aparentando un bienestar que no poseía, ostentando un lujo prestado y mentiroso! ¡Y todo por tener una corte de aduladores y parásitos! ¡Comedia, o mejor aristocrático sainete! Yo lo presenciaba aquellos días, y aún no me daba cuenta, por la embriaguez que narcotizaba mi espíritu, de lo absurdo, de lo peligroso, de lo infame que era.

He dado a conocer algunas de las principales figuras de aquellos dichosos jueves. Aún faltan bastantes. Entre éstas no merece preterición una que, como sombra errante, iba de aquí para allí, atendiendo a todos, diciendo a cada cual una palabra agradable, jovial con éste, con aquél grave, tocando las distintas cuerdas de la conversación según el diferente ritmo de cada uno. Era un hombre enfermo, consumido, lastimoso; era Carrillo, el dueño de la casa, tan atento a sus deberes y tan esclavo de las reglas de la etiqueta, que se le veía luchando angustiado con su debilidad para estar en todo y cumplir correctamente hasta la hora del desfile. Y tan rápida era su decadencia, que cada jueves parecía estar peor que el jueves precedente. Daba lástima verle. Un sudor se le iba y otro se le venía. Sin voz ni aun fuerzas para tenerse en pie, quería obsequiar a Fúcar con un dicho de negocios, a otro con una frase política, a éste con una indicación literaria, a aquél con un tema de deporte. Sus propias aficiones no se le quedaban en el tintero, y le veíamos sacar del pecho con fatiga jirones de aliento para explicar los triunfos de la Sociedad de Niños.

Cuando ya era tarde y se le veía, ¡pobrecito!, haciendo los imposibles por sostenerse en su terreno, Eloísa se iba hacia él, cariñosa, y le hacía mimos de mamá, incitándole al descanso.

—Retírate, Pepe, no te fatigues. Estás haciéndote el valiente, y no puedes, hijo mío, no puedes. El calor te hace daño, la conversación te marea. Te conozco que tienes dolor de cabeza y que lo disimulas. ¿Por qué eres así? A mí no me engañas: tú padeces y callas. Retírate. José María y yo iremos después a hacerte compañía si estás desvelado.

Pepe no obedecía. Aún se enojaba un poco, no queriendo que su mujer ni nadie dudasen de las fuerzas que no tenía. Era como los ciegos que se empeñan en ver y se amoscan cuando alguien sospecha que ven poco. Era como los sordos que no confiesan nunca que oyen mal y

equivocan todas las palabras. Contra las advertencias de Eloísa, quería estar en su puesto hasta el fin, ser obsequioso con todos y oponerse enérgicamente a que alguno se aburriera. Siempre estaba dispuesto a hacer la partida de *whist* o tresillo, o bien a aguantar el chorretazo de ciencias sociales con que se desahogaba un sabio impertinente de quien todo el mundo huía como de la peste.

Una noche Fúcar me tocó en ambos brazos, y acorralándome, como de costumbre, contra la pared, me dijo:

—Hola, *Traviatito*. Escúcheme usted un momento. ¿Sabe usted que el pobre Pepe está muy malo? Ese hombre no llega al verano... Pero voy a otra cosa. Temo mucho que el *crac* de esta casa venga más pronto de lo que creíamos... Lo he sabido hoy por una casualidad. Han tomado dinero, no sé bien la cifra, hipotecando La Encomienda, esa hermosa finca de Barco de Avila. No podía ser de otra manera. Esta gente no ha podido apartarse de la corriente general, y gasta el doble o triple de lo que tiene. Es el eterno *quiero y no puedo*, el lema de Madrid, que no sé cómo no lo graban en el escudo, para explicar la postura del oso, sí, del pobre oso que *quiere* comerse los madroños, y por más que se estira, no *puede*, ¿qué ha de poder?... Porque verá usted. Estas juergas de los jueves cuestan mucho dinero. Ojo al oso, niño, que, al paso que vamos, la *débâcle* no tardará.

Sentí escalofríos al oír esto. Yo lo sospechaba, mejor dicho, lo sabía; pero en el atontamiento estúpido en que me tenían el amor y la vanidad, no paraba mientes en ello. La idea de que Eloísa hablase más o menos afablemente con el general Chapa (otro tipo de quien hablaré pronto) absorbía por entero mi atención. Mucho extrañaba que la pícara no me hubiera dicho nada del préstamo con hipoteca de La Encomienda. Era preciso hablar de esto...; pero sigamos con los jueves.

III

Al siguiente nos sorprendió Eloísa con otra novedad (pues cada uno, de estos interesantes días traía su sorpresa): un proyecto hermoso, una colosal reforma que iba a emprender en su palacio para ensancharlo y mejorarlo. Por los planos que enseñaba a todos los amigos, se veía que la obra era tan sencilla como grandiosa. Vais a verla. Consistía en poner al patio una cubierta de cristales, haciendo de él un salón espléndido, algo como la famosa estufa de Fernán-Núñez. La imitación de las grandes casas y el afán de rivalizar con ellas era la demencia de mi prima... Sigamos con la reforma. Cubierto de cristales el patio, lo llenaría de plantas soberbias, latanias, rododendros, azaleas, araucarias, helechos arborescentes; cubriría las paredes con tapices, y para remate y coronamiento de tan bella obra, había discurrido llamar en su auxilio a uno de nuestros artistas más ingeniosos y originales. Sí: Arturo Mélida le pintaría la escocia, una escocia monumental, una obra no vista, lo más elegante, lo más inspirado que se podría imaginar. Eloísa daba cuenta de ella como si la estuviera viendo. El día anterior había convidado a comer al célebre arquitecto, pintor, escultor y dibujante, el cual le había explicado su idea. Sería una procesión de figuras helénicas representando todos los ideales del mundo antiguo y los prodigios del moderno: la Filosofía peripatética y el Teléfono de Edison, las Matemáticas de Euclides y la Educación física de Spencer, el Osirios egipcio y la Vacuna de Jenner, la Geografía de Herodoto y el Cosmos de Humboldt, el barco de Jason y el acorazado de Zamuda, los Vedas y el Darvinismo, Euterpe y Wagner...

Eloísa daba cuenta de la obra cual si la estuviese viendo, aunque equivocaba las citas por no ser muy fuerte su erudición. Se me figuró que echaba chispas como un cuerpo electrizado. Le tomé el pulso, y..., pueden creerme, tenía calentura. La pluma misteriosa se le atravesaba en la garganta, haciéndole tragar mucha saliva. En toda la noche no habló de otra cosa. Hubiera deseado hacer la reforma en un día, y que el gran artista se la pintara en unas cuantas horas por arte mágico.

—Será una maravilla—dijo Manolito Peña—. Veremos aquí *Las mil y pico de noches*.

Este Manolito Peña era de los constantes. Al principio llevaba a su mujer; pero después iba solo. Bien sabéis que es muy listo, charlatán y que con su palabra fácil se ha hecho un puesto en la política, porque sabe hablar de todo.

y saca unas figurillas y unas monadas retóricas que entusiasman a las señoras de la tribuna de ídem. El y Gustavo Telleria eran los dos oradores de la reunión, los que hablaban más alto, cediéndose el turno de los párrafos estrepitosos y afectados.

Gustavo, militante en el partido católico, no estaba tan adelantado en su carrera política como Peña; pero, al fin, harto de desgañitarse platónicamente, empezaba a mirar la consecuencia como una virtud que no da de comer. Ya con un pie metido en el partido conservador, estaba resuelto a meter los dos cuando Cánovas volviese al Poder. Había reñido con la marquesa de San Salomó, cada vez más intransigente y más encastillada en la ingratitud de su ideal católicomonárquico; pero se trataban como amigos. Manuel Peña tenía ideas políticas más radicales que las que profesara en su propio partido, y no las ocultaba en su conversación. Esto no impedía que la de San Salomó tuviera por él preferencias que hacían poner el paño en el púlpito al *Sacamantecas*.

El general Chapa era muy joven. ¡Dos entorchados antes de los cuarenta años! Para desvanecer la confusión que esto pudiera ocasionar, me apresuro a decir que era general en el campo y corte de don Carlos; entre los españoles, caballero particular, capitán de ejército en 1870, prófugo después, y afortunadísimo en la guerra civil. Gozaba fama de muy valiente y arrojado. Era simpático, bella persona, guapo, caballeresco, alegre, instruído, de mucho mundo, mucha labia y de muy buena sombra en amores. Hablaba pestes de los curas, y sostenía que por culpa de ellos no había triunfado la causa. Sus proezas militares no eran tan famosas como las mujeriles. Se le señaló durante algún tiempo como amante de la duquesa de Gravelinas; pero él, procediendo con delicadeza, nos lo negaba hasta a los más íntimos. De otras conquistas no hacía misterio. Yo le quería mucho; solíamos pasear, ir al teatro y almorzar juntos. Por unos días me molestaron ciertas aproximaciones que noté: tuve celos; él los desvaneció con lealtad; nos explicamos, e hicimos el trato de respetarnos mutuamente nuestros dominios, pues a su vez él tenía de mí la infundada queja de que yo obsequiaba demasiado a la marquesita de Casa-Bojío.

El gracioso de la reunión era mi primo Raimundo, que no faltaba ningún jueves. Su hermana subvencionaba su puntualidad, atendiendo a veces a sus gastos menudos. No todas las noches estaba de humor para divertir a la gente, y cuando la aprensión del reblandecimiento dominaba en su espíritu, no había medio de sacarle una palabra. Mas por lo general, la vanidad y el gusto de verse aplaudido podían en él más que todo. Sus teorías ingeniosas amenizaban las comidas: la atención sonriente de su escogido público le inspiraba, y aguzaba el ingenio para que las paradojas salieran cada vez más sutiles y enrevesadas. En medio de aquel fárrago de ideas sacadas de quicio, brillaba comúnmente un rayo de perspicacia que, penetrando en lo más oscuro del cuerpo social, lo esclarecía con luz muy parecida a la de la verdad. Su inteligencia despedía una claridad fosforescente, que fantaseaba las cosas, sí; pero con ella se veía siempre algo, a veces mucho.

Dábale por las vindicaciones. Gustaba de ir contra la corriente general, defendiendo lo que todo el mundo atacaba, redimiendo el sentido común de la cautividad filosófica y retórica. Hacía el panegírico de Nerón, de los Borgias y de Mesalina; levantaba a Felipe II y a Enrique VIII de Inglaterra; sostenía que don Opas fué una buena persona, y hasta para Caín tenía una frase de indulgencia. Una noche hizo la defensa de lo más calumniado, de lo más escarnecido y vilipendiado en los siglos que llevamos de civilización: el dinero. ¡María Santísima, las pestes que se habían dicho del dinero desde los principios, desde el balbucir de la literatura y de la Historia! Sólo con lo que los poetas han escrito en escarnio del más precioso de los metales, había para llenar una biblioteca. Es que los poetas tenían al dinero una ojeriza especial de raza. ¡Ah! Sí: al contrario de ciertos perros, que enseñan los dientes al mendigo harapiento, los poetas ladran siempre a los ricos. ¡Llamar vil al oro!... El orador pasó revista a las comedias en que se pone de vuelta y media a los que tienen cuartos, ensalzando a los pobres.

—Porque, fijarse bien—decía—: en la

conciencia general se asocian las ideas de pobreza y honradez. Vamos a ver: si yo hiciera una comedia en que probara, y lo probaría, que los que tienen dinero, sea por herencia, sea por ganancia, están en situación de ser más honrados que el pobre, me la patearían, ¿no es cierto? ¡Buena pita me esperaba! Por eso no la quiero escribir...

Después ponía la cuestión en un terreno en que la manejaba a su antojo con la destreza de un jugador malabar. Atención: la causa de nuestro decaimiento nacional era el falso idealismo y el desprecio de las cosas terrenas. El misticismo nos mató en la fuente de la vida, que es el estómago. Después que el comer se consideró función despreciable, la mala alimentación trajo la degeneración de la raza. El estómago es la base de la pirámide en cuya cúspide está el pensamiento. Sobre base liviana no puede elevarse un edificio sólido. Desde el siglo XIII viene haciéndose entre nosotros una propaganda cargantísima contra el comer. La caballería andante, primero, y el misticismo, después, ha sido la religión del ayuno, el desprecio de los intereses materiales. Ya tenéis aquí un principio de muerte; ya tenéis atrofiado uno de los principales nervios del poder de una nación: la propiedad. No dicen *la propiedad es un robo*, como los socialistas modernos; pero les falta poco para decir que es pecado. La caballería funda la gloria en no tener camisa, y el misticismo dice al hombre: «La mayor riqueza es ser pobre... Desnúdate, y yo te vestiré de luz.» En fin, estupideces, y, por añadidura, guerra sin cuartel al agua. Lo que entonces se llamaba el *demonio*, es lo que nosotros llamamos *jabón*. Todos los desprecios acumulados sobre la propiedad, sobre el buen comer y la cómoda satisfacción de las necesidades de la vida, vienen a reunirse sobre la infeliz moneda, a quien se mira como el origen de todos los males. Los que, durante una vida de trabajo, se han hecho ricos, concluyen por arrepentirse, y dedican su dinero a fundaciones pías. El orgullo está en vivir a la cuarta pregunta y en pedir limosna. Jamás se ofrecen como ejemplo ni el ingenio ni el trabajo, sino la miseria, el desaseo y la sarna. No hay un santo en los altares que no haya ido allí por haber cambiado el oro por las chinches.

—Por Dios, Raimundo, ¡qué figuras tan naturalistas!

Risas, escándalo, movimiento de asco en el selecto auditorio.

—Sí, es la verdad. No hallo otra manera de decirlo. Durante siglos, los sobresalientes de una raza noble han estado educándola en la suciedad, en la pobreza, en el ayuno. Y, claro, ¿cómo ha de haber agricultura, cómo ha de haber industria en un país así? En una palabra: comparemos la raza que ha tenido por maestros a Dominguito de Guzmán y a Teresita de Avila con la que ha seguido a los dos Bacones, Rogerio y el Verulano... Sí, señoras: los dos Bacones... ¿Ustedes no saben quiénes son estos caballeros? Lo explicaré otra noche. En cambio, conocen la vida de San Pedro Regalado y de otros tales que están en el cielo por predicar que no debíamos comer más que tronchos de berza y algún pedazo de suela mojada en vinagre. Así estamos; así hemos venido a ser una raza de medula blanda, sin iniciativa, sin originalidad, sin energía moral, ni intelectual, ni física; una raza ingobernable... Claro, con la tan ponderada sobriedad hemos llegado a no poder tenernos en pie. Nuestro imperio era grande: lo hemos ido perdiendo, y nosotros tan frescos. Despreciando el dinero, llamándolo vil, tomando el pelo a los ricos y arrojando sobre ellos tantas ignominias en verso y prosa, hemos dejado perder nuestras colonias. Viviendo en un mundo de fantasmas, perversa hechura de la caballería y la falsa santidad, hemos visto la extinción de nuestra industria. Por fin, al despertar en pleno siglo XIX, después de haber dormido la mona mística, nos encontramos con que los demás se nos han puesto por delante. Ellos viven bien; nosotros, mal. Viendo lo que ellos son hemos caído en la cuenta de que el dinero es bueno, de que la propiedad es buena, de que el lavarse no es malo, de que el comer es excelente, y de que las materialidades de la vida son excelentísimas. Queremos seguir tras ellos, queremos comer también; pero ¡quia!... ¡Si no tenemos dientes, si hemos perdido la fuerza digestiva!... Cinco siglos de sobriedad han despoblado nuestras encías y atrofiado nuestro estómago. Tanto empeño tenemos en mascar y digerir como los demás, que al fin y al cabo..., como esto no exige lar-

go aprendizaje, logramos vencer las dificultades. Nos nace la dentadura, se nos arregla el estómago; pero resulta que no tenemos qué llevar a la boca, porque no trabajamos. Este hábito es algo más difícil de adquirir. Tanto nos dijeron: «No te cuides de las cosas terrenas», que llegamos a creerlo, y la ociosidad dió a nuestras manos una torpeza que ya no podemos vencer. Claro, sin el estímulo del oro, ¿qué aliciente tiene el trabajo? Echen maldiciones al dinero, santifiquen la mendicidad, y verán lo que sale. Una raza mal alimentada, no me canso de repetirlo; mal alimentada, que sólo digiere vegetales..., y ahora voy a probar que la causa de todos nuestros males está en el cocido...

Nuevo movimiento de horror festivo en el auditorio.

—Pero, Raimundo, ¡qué cosas saca usted!

—¡Naturalismo!

—Sí: se ha hecho tan naturalista, que a veces hay que coger con tenazas lo que dice.

Y otra noche, el infatigable divagador tomaba otro tema y lo esclarecía con aquella lumbre de su cerebro tan parecida a una llama de alcohol, vagorosa, azulada, juguetona, y concluía porque se levantara contra él protesta unánime de risas y escándalo. «¡Naturalismos! Dios, ¡qué naturalista, qué pornográfico se ha vuelto!» Estos socorridos anatemas sirven para todo.

IV

Mi tío Rafael iba todos los jueves; pero no estaba a sus anchas, porque, haciendo gala de conversacionista, la competencia del general Morla, que hablaba más que él y era oído con más atención, le abrumaba. Cuando aquellas dos aptitudes se ponían frente a frente, era gracioso ver cómo se disputaban la palabra, cómo discretamente corregía el uno las narraciones del otro. Cada cual se jactaba de saber más que su contrario y de poder añadir un detalle estupendo a su relación. Mi tío Serafín fué, al principio, algunas veces. A menudo se le encontraba dormido en el gabinete de Eloísa. Se aburría, y, no teniendo allí el amparo de su *carrik,* no podía hacer de las suyas. Como había adquirido el hábito de levantarse temprano para ir al relevo de la guardia, el buen señor no podía prolongar sus veladas. Retirábase casi siempre, a cosa de las once, a su casa de la calle de Capellanes, vivienda misteriosa y desconocida donde jamás había entrado ninguno de la familia, porque él no recibía a nadie ni se dejaba sorprender en su intimidad doméstica.

Puntual en las comidas era don Alejandro Sánchez Botín, persona antipática, entremetida y de una vanidad pedantesca. Decíase de él que no iba allí más que a comer, y que tenía distribuídos los días de la semana entre siete casas acreditadas por la habilidad de sus cocineros. De este gastrónomo se contaban mil historias ridículas. Llevaba en los faldones del frac bolsillos de hule para almacenar allí dulces, jamón, fiambre y otras golosinas. Decían que jamás almorzaba; que al levantarse se tomaba un gran tazón de agua de malvas, preparándose así para el gran hartazgo de la noche. A nadie he visto comer con más estudio, ni poner en la comida una atención más respetuosa. Para él, la mesa era verdadera *misa,* el holocausto del estómago. Llegaba en esto hasta la mayor grosería, y cuando no ponía *menu* escrito, preguntaba a los criados qué había, con objeto de reservarse para lo más de su gusto. Muchas veces que le tuve a mi lado, me anticipé a su curiosidad, diciéndole, con afectada importancia:

—Hoy estamos de enhorabuena. Tenemos el famoso *poulard à la Regence* y las *bouchées à la Montglass.*

Era un vicioso, al decir de la gente; mujeriego de la peor especie, de un paladar sensorio tan estragado como lleno de caprichos. Vivía separado de su mujer y tenía muchos cuartos. Tres veces había desempeñado en Cuba pingües destinos, y cada vez que volvía con media isla entre las uñas, repetía la sagrada fórmula: «España derramará hasta la última gota de su sangre en defensa, etcétera...»

Me repugnaba aquel hombre, y más aún desde que Eloísa me dijo que le hacía el amor con hipócrita misterio y groseras ofertas de dádivas. Por no escandalizar, no le puse en la calle cuando tal supe. No se me ocultaba el desprecio y el asco que mi prima sentía

hacia un sujeto tan abominable por todos conceptos, y que se hacía, además, ridículo con sus pretensiones de guapeza. Era un viejo verde, que, después de comer, aparecía abotagado, pletórico; y sus ojos vidriosos, grandes, muy parecidos a los de los besugos, y tan miopes que los corregía con cristales de número muy alto, decían que allí no había más que apetitos, usurpando el lugar del alma. Lo mismo Eloísa que yo, resolvimos echarle, eliminándole con maña de las reuniones; pero él no entendía de indirectas, y se pegaba a la casa como una ostra.

Mi tía Pilar no iba nunca los jueves por la noche a casa de su hija. Su indolencia crecía diariamente con su torpeza muscular; aborrecía las ceremonias, y no se encontraba bien sino en su casa, después de haberse zarandeado dos o tres horas en coche. En su comedor pasaba las veladas, dormitando, cuando no iban a hacerle compañía las amigas vecinas: bien la de Torres, que vivía en el tercero; bien la de Bringas, que habitaba en la inmediata calle de Olózaga.

María Juana tampoco iba a las comidas ni a las tertulias de su hermana. No armonizaban aquellas dos cuerdas de son y ritmo tan diferente. A Medina sí le vi algunas noches, no en la comida, sino en la recepción. Jugaba al tresillo con mi tío, o charlaba con Sánchez Botín de cosas de política, de asuntos de ultramar y del poco dinero que iba quedando en la famosa Perla de las Antillas. Generalmente, se le hacía poco caso, y su modestia y cortedad de genio eran tales, que más parecía agradecerlo que sentirlo. Hablando conmigo una noche en confianza, en un rincón donde nadie nos oía, la cabeza muy alzada para que las palabras franquearan mejor el gran espacio entre su pequeñez y mi buena estatura, los dos pulgares escondidos bajo las solapas del frac, y tocando el piano sobre el pecho con los ocho dedos restantes, el buen *ordinario de Medina* me dijo que no tenía palabras para hacerme comprender lo que le cargaban aquellas reuniones: que iba a ellas simplemente por hacer el gusto a María Juana, quien le mandaba asistir para que le contara todo lo que viese. Sí: al volver a casa, tenía que repetir cuanto había oído y hacer descripción circunstanciada de personas y cosas, y si se le olvidaba algo o lo confundía, su mujer se impacientaba. Erale odiosísima aquella vida de lisonja y mentira; aborrecía las comedias sociales, y adoraba lo positivo, el bienestar seguro y sin zozobra. Siendo su sistema gastar siempre menos de lo que se tiene, le daba rabia la ceguera estúpida de los que hacen todo lo contrario. Nunca le gustó a él darse pisto, ni aparecer como sabio o como elegante sin serlo, y se encontraba mal entre personas que están, sin cesar, representando lo que no son y haciendo un papel que no les corresponde. Por todas estas razones, pensaba decir a su mujer que, si quería saber lo que allí pasaba, fuera ella en persona, pues él se daba de baja, y no volvería a poner sus pies en los salones de Eloísa. Aquel hombre juicioso y modesto dejó de favorecernos desde el segundo o tercer jueves.

La pobre Camila no concurría a las fiestas de su hermana por varias razones. Importantísima era la de no tener vestidos; es decir, tenía uno; pero no era cosa de presentarse todos los jueves con los mismos trapitos de cristianar. Otra razón de peso era que, cumplidos los vaticinios que indecorosamente nos hiciera el día de la célebre comida, allá por octubre había dado a luz un muchachón, del cual fuí padrino, y que tenía todas las trazas de ser tan bruto como su padre. Este fué dos o tres noches a casa de Carrillo; pero se encontraba tan fuera de su centro, se parecía tan poco aquel recinto al grosero café donde él solía concurrir, que le faltó tiempo para desertar. Era un tagarote que no sabía dónde ponerse, ni hallaba con quién hablar, ni él hacía más que ir de un lado para otro, aburrido y desconcertado. Sólo en el marqués de Cicero hallaba de cuando en cuando un punto de apoyo, por ser ambos manchegos, cazadores y tener más ancho el círculo de los perdigones que el de las ideas.

—¿Y tu mujer?—le preguntaba yo todas las noches.

—Bien—me respondía—. Sigue empeñada en no poner ama. Lo cría ella misma.

Yo sabía que estaban bastante mal de metálico. Aunque era medio loca. Camila me inspiraba algún interés y lástima, y, habiendo notado en su casa ciertas

privaciones, supe valerme de medios delicados para socorrer sus faltas y para que mi buen ahijado no estrenase la vida en medio dei desamparo y la desnudez.

Réstame hablar del marqués de Cicero, tío de Carrillo. Era primo de Angelita Caballero, quien le había dejado dos casas y la corona, la cual, a su muerte, pasaría a exornar la frente de Pepe y sus herederos. Como figura decorativa, pocos hombres he visto más notables que don Antonio Alvarez Tuñón y Caballero. Era lo que antes se llamaba un real mozo. Mas se podría ofrecer un buen premio a quien probase que existía un ser humano de menos sal en la mollera que aquel bendito marqués, a quien jamás sorprendió nadie en posesión de una idea. Lo más que hacía era repetir mal las ajenas y desfigurarlas. Las suyas versaban siempre sobre la adoración de su persona como hombre guapo, y se parecía al *Sacamantecas* en la fea maña de echar ojeadas a los espejos para gozarse y ponerse muy hueco. Tenía largos y lucidos bigotes, como los del general León, a quien, sin duda, tomaba por modelo. No he visto nunca una cabeza más hermosa. Era digna del cincel de Benvenuto y de las fábulas de Esopo, por su belleza y su falta de seso. Decía Severiano Rodríguez que cuando el marqués hablaba de algo que no fuera caza, *le crujía el cerebro:* tan violento esfuerzo tenía que hacer. En distintas épocas de su vida le dió por hacerse magníficos retratos que repartía a los amigos. En unos estaba con un vestido de caza muy majo; en otros, de caballero del tiempo de Felipe IV, también de caza, con el lebrel a un lado. En los escaparates de un célebre fotógrafo andaba en gran tarjeta iluminada y en traje de caballero de Calatrava, con birrete y catorce varas de manto blanco. Ultimamente se retrató con un león a los pies. No hay que decir que el león era disecado. A todos los amigos dió un ejemplar, y recibí el mío con una expresiva dedicatoria. Mucho tiempo conservé en mi poder la imagen del prócer cinegético, con el fiero león a los pies, hasta que tuve la suerte de que mi tío Serafín me librara de ella. Fué la única expoliación de que me he fecilitado siempre.

Lo bueno que tenía el marqués era que no murmuraba de nadie. Es que no se le ocurría nada que no fuera conversación de perros y de monterías antiguas y modernas. Mi tío, él y otro que tal hacían a veces una insufrible trinca. Desde tiempos remotos gozaba de un empleo en el Ministerio de Estado. Hasta la muerte de la Caballero había sido pobre y oscuro, uno de esos aristócratas trasconejados que vegetan en una oficina y no molestan a nadie, ni dan que hacer a los políticos, ni meten ruido, ni alardean de linajudos, ni envidian, ni son envidiados. Aquel bendito debía su insignificancia a la carencia absoluta de ideas, a su aspecto agradable y a no tener más pasiones que las inofensivas de vestirse bien, cazar y retratarse.

Era muy puntual en las comidas, y no lo hacía mal. Comía y callaba. ¿Qué diré de los demás aún no designados? Fáltanme espacio y ganas, aunque no memoria. ¿Hablaré de Pepito Trastamara, un hominicaco a quien yo ponía por ejemplo cuando quería demostrar a Carrillo el vivo contraste de nuestra aristocracia con la inglesa. ¡Y sobre el cimiento de Pepito Trastamara quería edificar aquel soñador el organismo de los lores españoles, el sólido estamento que, enlazado al poder popular, forma el más admirable de los sistemas! Allá por el cuarto o quinto jueves llevó Carrillo a un joven redactor del periódico de su partido. Era un muchacho listo, que pronto sería diputado y metería ruido. Hablaba por los codos siempre que encontraba quien le oyera, y se sabía al dedillo, casi tan bien como Pepe, todo lo concerniente al *Parlamento largo*, al *Bill de derechos,* a las picardías que hizo Titus Oates y otras muchas cosas que traen siempre a mal traer los anglómanos.

Después de la comida iban tantos, tantos, que no acertaría a contarlos. Vi literatos de varias castas, políticos muy grandes, de cola entera, como los pianos, de media cola y *piccolos.* Vi académicos que habían escrito cosas bellas, y otros que no habían escrito maldita cosa; militares en diferentes situaciones, varios artistas, algún diplomático extranjero, ministros en activo, entre ellos el de Fomento, amigo y paisano mío; vi a Cimarra, que se había reconciliado con su suegro, el marqués de Fúcar, y resignádose a que su mujer vi-

viera materialmente en Pau con León Roch; vi tal cantidad de personas y alimañas, que era aquello un museo matritense, mejor para apreciado en conjunto que para reproducido en sus múltiples, varias y pintorescas partes.

V

Supongo que los que esto lean estarán ya fatigados y aburridos de tanto y tanto jueves. Pues sepan que mucho más lo estaba yo. Dirélo con franqueza: los tales jueves me iban cargando. Aquel sacrificio continuo de la intimidad doméstica, de los afectos y la comodidad en aras de una farsa ceremoniosa, no se conformaba con mis ideas. Me gustaba el trato de mis amigos, la buena mesa en compañía de los escogidos de mi corazón, la sociabilidad compuesta de un poco de confianza amable y de un poco también de etiqueta, o sea lo familiar combinado con las buenas formas; pero aquel culto frío de la vanidad, quemando incienso en el altar del mundo, me lastimaba y aburría ya. Todo era viento, humo, y la estéril satisfacción de que se hablara de la casa y del trato de ella. En fin, a las diez o doce semanas, ya tenía yo los jueves atravesados en el gaznate sin poderlos pasar.

Eloísa también se me manifestó algo cansada; pero el respeto al maldito *qué dirán* impedíale suspender repentinamente las grandes comidas. La idea de que se susurrase *que estaba tronada* la ponía en ascuas, quitándole el sueño. Y si mi orgullo se sentía halagado por la fidelidad suya, que en tal género de vida tenía un mérito mayor, de esta misma satisfacción se derivaba mi zozobra por el temor de sorprenderla infiel algún día. La idea de que Eloísa me suplantara a lo mejor con alguno de aquellos tipos que la rodeaban, incensándola como a un ídolo, me enardecía la sangre, me agriaba el carácter, me ponía de un humor de mil diablos, desequilibrando mi ser y quitándome el dominio de mí mismo y las dotes de buen sentido que me transmitió mi madre. Pensando esto, yo descubría en mí no sé qué instintos de violencia y la disposición a ciertos actos que no sabía si calificar de locuras o de majaderías.

Ningún motivo real tenía yo para sospechar que Eloísa se aficionara a otro hombre, y, no obstante, la vida aquella de galantería y de lisonja era para mí una vida de alarma angustiosa. Desgraciadamente, no podía apoyarme en el terreno de ningún derecho; no podía llamar en mi auxilio a la moral, y mis celos, impersonalizados todavía, debían luchar solos e inermes cuando el caso llegara. Ninguno de los amigos de la casa me inspiraba temores en particular; inspirábanmelos todos. La colectividad era mi aprensión, y aquel coro de aduladores, mosca que me zumbaba en los oídos, era mi pesadilla. Obedeciendo algunas veces a esa instintiva necesidad de atormentarnos que sentimos cuando el sistema nervioso se sale de sus casillas, me entretenía en concretar mi inquietud, suponiendo cómo sería lo que aún no era, imaginando lo verosímil y convirtiendo los fantasmas en personas. La juventud fogosa de Manolito Peña, la opulenta vejez de Fúcar, la virilidad legendaria de Chapa, la osadía del *Sacamantecas*, la fealdad misma de Botín, la insignificancia de otros, me eran igualmente sospechosas. Habría deseado perderlos a todos de vista, y que Eloísa, por amor a mí, se asimilase las antipatías que su corte me inspiraba y acabase por despedirla.

Verdaderamente, de ella no podía tener queja. Nunca fué más amante que en la época en que a mí se me despertó el santo horror a los malditos jueves. Su cariño se sutilizaba, se hacía más ardiente y hasta quisquilloso y suspicaz. ¡Cosa rara! También ella tenía celos. Nunca me he reído más que un día que se me enojó porque..., ¡vaya una simpleza!, «porque yo visitaba muy a menudo a su hermana Camila». Poco trabajo me costó desvanecer sus inquietudes mimosas. Nos desagraviábamos fácil y agradablemente, firmando paces que debían de ser eternas por lo apasionadas. ¡Qué mujer, qué vértigo, qué abismo de ilusión, dorado y sin fondo! Nuestras entrevistas nos parecían siempre cortas, y expresábamos el afán de no separarnos nunca, de empalmar las horas felices, pues cada fracción del tiempo que pasaba, marcando una pausa en nuestros goces, nos parecía algo que se nos había robado. La publicidad escandalosa de aquel enredo y la ausen-

cia de todo peligro habíannos quitado la máscara. Ya no nos recatábamos: ya se nos importaba un bledo la opinión de la gente, que, por otra parte, no era severa con nosotros, pues nadie nos miraba mal, nadie extrañaba nuestra conducta, ni jamás oímos palabra o reticencia que nos acusase. Se nos veía juntos en público; dábamos paseos matinales; yo iba a su casa por mañana, tarde y noche, y entraba y salía y andaba por todos los aposentos de ella como si fuera mi propia vivienda.

En aquel período de embriaguez, mi salud se resintió algo. Zumbáronme los oídos, como siempre que mis nervios se encalabrinaban, y esta mortificación me entristecía lo que no es decible. Eloísa, siempre llena de ternura, trataba de alegrarme con su sonrisa franca y cariñosa. Su jovialidad, que tenía por órgano la boca más fresca que era posible ver, declaraba la juventud y lozanía de su temperamento, el cual se hallaba en su plenitud, sin asomos de decadencia como el mío. Se burlaba de mis males nerviosos y hacía propósitos de curármelos; pero lo que hacían sus medicinas era ponerme peor.

Excuso decir que en esta temporada, que no sé si fué dicha o tormento, o ambas cosas combinadas, la aptitud de los números se eclipsó en mí. Mi dualismo estaba desequilibrado; mi madre dormía, y la sangre andaluza de mi padre era la que mangoneaba entonces en mí. El pícaro vicio había acorralado en oscuro rincón del cerebro la energía educatriz de mis quince años de escritorio.

De tiempo en tiempo había como una tentativa de emancipación de la tal aptitud; pero el ruido de oídos la sofocaba en medio del entumecimiento cerebral. Cierto que hice más de una vez apreciaciones mentales acerca de lo que debía de costar el estrepitoso boato de Eloísa y la gala de sus celebrados jueves. Cierto que Fúcar me hizo ver que en la casa de Carrillo se gastaba más del triple de la renta del capital. Varias noches, al retirarme a casa, iba pensando en esto; pero la excitación me impedía pensarlo con claridad y energía, y la sedación venía luego a adormecerlo todo, números y alarmas. Había, además, otra circunstancia digna de tenerse en cuenta para explicar mi pereza aritmética. Transcurría el tiempo; llegaba febrero del 83, y Eloísa no me pedía nunca dinero. No parecía tener apuros ni ninguna clase de dificultades monetarias. Fuera del desembolso mensual de los regalitos, yo no tenía que dar tijeretazos en el talonario de mi cuenta corriente.

Ni ella me hablaba de intereses, ni yo a ella tampoco. Había quizá en ambos el temor de despertar un problema que dormía debajo de nuestras almohadas. Lo único que me permití fué hablar perrerías de los jueves, criticarlos bajo el doble aspecto moral y económico, y pedir que desapareciesen de la serie del tiempo.

—Pienso como tú—me dijo la muy mona—; pero yo digo lo que el Gobierno. Es preciso estudiar la reforma, porque si se hace de golpe y porrazo, podría ser inconveniente.

—Cuando los gobiernos no quieren hacer una reforma—le respondí—, dicen que la están estudiando. Pero si la reforma no consiste en establecer, sino en suprimir, el mejor estudio es obrar con valentía... Tú temes que te saquen alguna tira de epidermis. Mira, de todos modos, con jueves o sin ellos, te la han de sacar. Conque así, no te esclavices.

Y esto lo decíamos media hora antes de la señalada para la comida. Aquel jueves, el pobre Carrillo estaba bastante mal y no se presentaría. Le vi en su cuarto, y la profundísima lástima que me inspiró estuvo por mucho tiempo como estampada en mi alma. Aún hacía el pobrecito violentos esfuerzos por vestirse; aún mandó a Celedonio, su ayuda de cámara, que le trajese el frac; pero no pudo ni meter el brazo derecho en la manga. Se desplomaba. En su lastimoso estado, lo que principalmente sentía era no poder hacer los honores de la casa aquella noche, como todas, y encargaba a su mujer que atendiese a los invitados y no hiciera caso de él. Eloísa estaba aturdidísima. De buena gana habría despedido a sus comensales. Mas no: era preciso hacer un esfuerzo supremo, presidir la mesa, estar en todo y recibir luego a cien o doscientas personas. ¡Tormento mayor!...

No tardaron en entrar Chapa, el *Sacamantecas*, Peña, el secretario de la Legación de Holanda; después, el ministro

de Fomento; luego, Botín y el general Morla. Todos, conforme iban llegando, se creían en el deber de poner una cara muy atribulada al enterarse de la indisposición del amo de la casa. Eloísa estaba realmente triste. Su situación en lo que llamaré el terreno aflictivo era bastante delicada; pues si aparecía muy afligida, podrían dudar de su sinceridad, y si, por el contrario, se presentaba serena, las críticas serían más acerbas. Comprendí, oyéndola hablar del enfermo con los convidados, que hacía esfuerzos para hallar el justo medio, sin poderlo conseguir. A veces iba muy lejos en el camino del dolor, y, conociéndolo, la reacción en el sentido de la calma era demasiado fuerte. Nunca vi lucha más horrible con las conveniencias sociales; y si las palabras de los amigos eran perfectamente discretas, sus miradas, al menos a mí me lo parecía, revelaban una ironía despiadada. Y Eloísa estaba triste en realidad. Sólo que a veces se le antojaba que debía estar más triste, y a veces que debía estarlo menos, resultando de aquí que nunca acertaba con el tono exacto de la nota que quería afinar.

La de San Salomó llegó a última hora. Era la única señora que teníamos aquella noche. La comida empezó silenciosa, y por una de esas fatalidades de la conversación, que no es posible vencer, sólo se hablaba de enfermedades, de médicos, de aguas minerales. De rato en rato, un criado traía noticias del señor para tranquilizar a la señora. Estaba mejor, se le iba pasando el ataque. Con esto se sosegaba Eloísa, y todos hacíamos el papel de que se nos transmitía por arte mágico su contento. Pepe estaba en su habitación, acompañado del médico y de su ayuda de cámara. Sólo el marqués de Cicero, como de la familia, había entrado a verle. Después ocupó en la mesa la cabecera que al enfermo correspondía, y entreveraba los bocados con suspiros. El general Morla me tocó al lado, y hablamos de la enfermedad de Pepe con la misma calma que si se tratara de lo buenas que estaban las codornices trufadas.

—Este hombre se va—me dijo—. He visto morir a muchos de ese mismo mal, que debe de ser cosa de hígado. Cuando menos lo piense, Eloísa se queda viuda. Tal vez esta misma noche.

Después me contó la muerte de Narváez, la de Pastor Díaz, la del general Manso, la de Carlos Latorre, la del marqués de Valdegamas. Aún no había dado fin a esta fúnebre crónica, cuando se sintió en lo interior de la casa un ruido extraño. Algo muy grave ocurría. Todos nos quedamos fríos. Los tenedores, suspendidos sobre los platos con el pedazo *de fond d'artichauts au suprême,* aguardaban que se aclarase el angustioso misterio para seguir hacia su destino. Sólo Botín oía mascando. Levantóse Eloísa bruscamente y fué a la puerta antes que entrase el ayuda de cámara, a quien sentimos venir a la carrrea. Oímos cuchicheos de zozobra y ansiedad. Eloísa corrió hacia adentro; Celedonio también.

VI

Gran silencio en la mesa. Rompiólo, al fin, el general con estas palabras:

—Cuando digo yo... Oye, Santiaguito, sírveme jerez.

Sánchez Botín no sabía disimular el furor que le dominaba por causa del maldito monsieur Petit, que no puso aquel día en la mesa la lista de platos. Resultado de esta preterición (que parecía una estratagema traidora) fué que mi hombre se atracó de rosbif a la inglesa, y cuando aparecieron las codornices ya no le quedaba para ellas todo el hueco estomacal que merecían. Se podían leer en las serosidades lobulosas de su frente sus irritados pensamientos. Estaba verde, y sus gruesos labios engrasados se estremecían como los labios de los perros cuando van a ladrar. «Esto no pasa más que aquí. Vale más ir a un mal restaurante», de seguro diría. Al través de las gafas de oro, sus ojos inyectados y como queriendo salirse del casco, arrojaban destellos de odio contra el pobre monsieur Petit.

Poco a poco volvió a sonar el metal de cuchillos y tenedores sobre la porcelana. Ligera oleada de animación, corriendo de una punta a otra de la mesa, agitó la doble fila de cabezas. Cada cual comunicó a su vecino sus observaciones, unos en voz baja, otros en alta voz. En aquella mesa, rara vez se hablaba sin doble sentido. Debajo de la conversación verbal, serpenteaba la intencional, como la víbora entre hojas. Interpretarla y

devolverla era el encanto de los comensales. Las circunstancias no pudieron hacer que aquella conversación nuestra fuese lúgubre, aunque sólo se hablaba de enfermedades y de la aterradora muerte. La marquesa de San Salomó iba preguntando a todos, uno por uno, si tenían miedo a la muerte y en qué forma se les presentaba al espíritu. Cada cual respondía cosas diferentes, la mayor parte poco ingeniosas. Fué la misma Pilar quien dijo:

—Yo soy cristiana católica, y vivo preparada. A pesar de esto, no me gusta ver entierros...

—Es que no tiene usted la conciencia tranquila—dijo no sé quién, derivándose de esto un tiroteo de frases, esmaltadas de discretas risas.

—Me parece que les estoy viendo a todos ustedes—dijo Pilar—bajando de patitas al Infierno...

—Como la llevemos a usted por delante...

—¡A mí! Usted está mal de la cabeza. ¡A mí!...

—Sí, señora. Y si usted se empeña en no ir, elevaríamos una sentida exposición a Dios, pidiendo que la destinara a usted a nuestro departamento...

—¡Aunque sólo fuera una comisión de servicio!

Siguió a esto un gran debate sobre si hay o no Infierno, si el Limbo es verdad o figuración teológica, y, por último, hacia qué parte cae el Purgatorio.

Me parecía mentira que la comida se había de concluir. Cuando acabó, fuí a enterarme por mí mismo del estado de Carrillo. El ayuda de cámara, a quien encontré en el pasillo, díjome que habían metido al señor en un baño caliente, y que ya estaba mejor. Parecióme, en verdad, muy aliviado cuando le vi. Regresé al salón donde estaban tomando té y café bajo los auspicios de la marquesa. Esta debió de conocer en mi cara que llevaba noticias buenas, y me preguntó con mucho interés por el enfermo. Díjele lo que sabía, y ella, tomando tonos de intimidad y de secreteo, habló-me así:

—¡Qué noche para la pobre Eloísa! Dígale usted que no se apure, que se esté por allá. Yo entretendré a esta gente como pueda.

—Precisamente, me acaba de encargar dé a usted un recado semejante.

—¿Y está mejor, es cierto?—me preguntó, mirándome de un modo que era nueva apelación a mi confianza.

—Diré a usted. Yo creo que esto es una remisión pasajera. El pobre Pepe está muy malo: hace tiempo que lo vengo diciendo...

—Yo también... Cuidado que pasarán ustedes malos ratos. Eloísa no es para cuidar enfermos. Usted tampoco... Y, la verdad, no hay cosa más triste que estar viendo padecer a una persona de la familia sin poder aliviarla. Vale más, mucho más, que acabe de una vez...

—Sin duda alguna—le contesté, por contestar algo.

—Dígame usted—añadió, arrimándose más a mí y acentuando el tono de confianza—, ¿Carrillo ha dejado intacta la fortuna que heredó de la marquesa de Cicero?...

—Señora, habla usted como si ya... —respondí, espantado.

—¡Qué tonta!... Quiero decir *dejará*... Es verdad que todavía no ha concluído... ¡Pobrecillo!

—Creo que sí—contesté, mintiendo, porque decirle la verdad era como mandar un comunicado a la Prensa—. Sí; su capital permanece intacto.

—¿Sí?... ¿De veras?—dijo, sonriendo y dando al *de veras* ese dejo de burla que es tan elocuente en el lenguaje popular—. O usted se ha caído de un nido, o piensa que me he caído yo. Voy a darle una taza de té para que se le aclaren las ideas.

—Gracias... Pues decía que el capital permanece intacto... Carrillo es un hombre prudente.

—Lo que es eso... Se pasa de prudente. Pero vamos al caso. Si lo que usted me ha dicho es cierto, seguramente ha hecho usted muchos números.

—Algunos he hecho.

—Con franqueza... Respóndame usted a lo que le pregunto. Cuando pase el luto, ¿seguirán los grandes jueves?

Esta pregunta me enfrió la sangre. Pero pronto supe amoldarme a la situación y a las conveniencias, y contesté decidido, como la cosa más natural del mundo:

—¡Quia!... ¿Por quién me toma usted, señora? Creo que el presente es el último de los jueves habidos y por haber.

—Así, así; energía... Me gustan a mí las personas de carácter... Pero el hombre propone y... nosotras disponemos. A Eloísa le gusta esto, y si pudiera, todos los días de la semana los volvería jueves... ¡Qué disparates digo..., ahora que está la pobre tan afligida! Me cortaría esta pícara lengua. Usted tiene la culpa, usted...

En aquel instante, el marqués de Fúcar, que no había venido a comer, ocupó su puesto frente a la marquesa. Seis personas más formaban la corte de ésta. Los que entraban a saludarla oían de su boca frases apropiadas al papel que hacía. Daba excusas por la ausencia de Eloísa, pintando, con melancólicos colores, las circunstancias en que estaba la casa. Su voz tomaba un tono patético, que habría hecho llorar a un cerrojo. Y cada persona que llegaba decía la indispensable formulilla de lástima y desconsuelo, echándola en el corrillo como se arroja la moneda de compromiso en la bandeja de plata de un petitorio. Suspiraba Pilar y daba las gracias en nombre de su amiga, añadiendo con religioso acento y expresivo arquear de cejas un *Sea lo que Dios quiera.*

Fué hacia donde estaban los fumadores, y después a la sala de juego, que parecía un verdadero casino. Algunos hablaban del suceso con entera libertad, y otros jugaban o reían, sin acordarse para nada del pobre amo de la casa. Severiano, que entró de los últimos, me dijo:

—En el Casino corrió la voz de que Pepe había muerto de repente en la mesa, cayendo sobre ti y derrumbándote un hombro.

De pronto vi pasar a Eloísa, que venía de las habitaciones de Pepe. Todos se abalanzaron a saludarla. Su cara revelaba contrariedad y tristeza, y el traje de color rosa té, de sencillez arcadiana, le sentaba tan a maravilla, que parecía una elegante pastora del pequeño Trianón llorando ausencias de algún pastor de peluca. Dió afables excusas por su ausencia... Gracias a Dios, el pobrecito Pepe estaba mejor. Un coro de pésames por la enfermedad y de felicitaciones por la mejoría, demostró cuánto la querían sus amigos. Oía mi prima el coro con aturdimiento de actriz que no está muy fuerte en su papel. La desconcertaba el temor de parecer demasiado triste o demasiado consolada. Aprovechando una ocasión propicia, me dijo al oído:

—Ve allá... Quiere verte... No hace más que preguntar por ti.

Aunque tal visita me disgustaba, corrí al aposento de Carrillo, y al alejarme del tumulto de los salones sentí como un secreto miedo supersticioso. Fuerte olor de láudano denunciaba la pasada batalla entre la química y el dolor. Era el olor de la pólvora. Celedonio y el médico, dos combatientes valerosos, estaban en pie junto al lecho. Vi en éste el rostro amarillo de Pepe que me recordaba el *San Francisco,* de Alonso Cano, macerado, febril y exangüe. Su nariz era como el filo de un cuchillo. Sus ojos tenían un cerco morado, y las pupilas, atónitas, un no sé qué de espiritual, de soñador, avidez de martirios y apetitos de inmortalidad. Fija en las almohadas, aquella cabeza de santo no tenía vida más que en los ojos y en las arqueadas cejas. La boca, inmóvil y entreabierta, parecía endurecida por el pasado suplicio. Su corta barba, de un color sienoso, y el cabello negro, partido con natural elegancia en gruesas guedejas, daban al total de la cabeza el aspecto de antigua escultura en madera con la pátina del tiempo. En mitad de la pieza, el baño despedía un vapor tibio que me sofocaba, como si el dolor que se había disuelto en el agua se exhalara en ondas y viniera a mugir en mis oídos y a acariciarme la piel. En un ángulo, sobre el velador, decorado con la vista del parlamento inglés, estaba la encendida lámpara de bronce, en figura de candilón, despidiendo, al través de la bomba esmerilada, claridad blanda y lechosa. El médico, con el sombrero puesto ya, se estaba envolviendo el cuello en un tapabocas, pronunciando las fórmulas de despedida:

—Ya no hago falta por esta noche. Mañana veremos. No hay cuidado.

Y llegándose a Pepe, le dirigió frases de cariño:

—Mucha quietud, que eso no es nada. Dentro de unos días volverá usted a su vida habitual.

Fuí con él hasta la habitación próxima, y al despedirme, me dió a entender con un mohín de su expresiva cara que, si por el momento no había peligro, la enfermedad marchaba a pasos de gigante.

VII

Fuíme entonces derecho a Pepe, que me recibió con sus ojos fijos en la puerta por donde yo debía entrar. Como no se le veía más que la cabeza, hízome ésta el efecto de la de San Juan Bautista, la cabeza cortada que el arte religioso presenta siempre servida en bandeja como un manjar. Luego que me miró bien, sacó de entre las sábanas su mano, que era toda huesos, y en la cual la imaginación, a poco que lo intentara, podía ver una de las llagas del Seráfico, y buscó la mía. Cuando estrechó mi carne con aquel alicate de hueso, me corrió por el cuerpo un hielo mortal.

—¿Qué tal vamos?—le dije, inclinándome para verle mejor

—Caro te vendes, hijo. Se muere uno aquí sin que los amigos vengan a echarle un vistazo.

—No quería molestarte. ¿Y cómo estás ahora?

—He pasado un rato muy malo—replicó, sacando difícilmente las palabras del pecho—. Pero después del baño me encuentro muy bien. Eloísa se ha asustado mucho. Estos trances no son para ella... ¿Quién ha venido?

Dile cuenta de todas las personas que había en la casa.

—Que no parezca que estoy enfermo —añadió con brío—; que se diviertan como si no ocurriera nada de particular. Y, verdaderamente, no estoy tan mal. Todo ha sido un cólido nefrítico, el paso de las arenillas de los riñones a la vejiga. Dolores espantosos; pero, en fin, nada más... Todavía...

Miróme con cierta intención compasiva, ¡extraña compasión!, y, haciendo un gran esfuerzo por emitir con toda claridad la voz, dijo:

—Todavía te has de morir tú primero que yo... Lo veo, lo conozco, no sé por qué... Me dijo mi mujer que estabas muy malo, que habías tenido vómitos de sangre.

—¿Sí?... ¿Te lo dijo?

Creí prudente no negarlo. Eloísa tenía la costumbre, cuando le veía muy malo, de contarle imaginarias enfermedades de otros. Le consolaba como se consuela a los niños.

—Y que todos los días tenías fiebre.

—Es verdad—afirmé—. No estoy bueno, ni mucho menos.

—Cuídate..., cuídate. Sentiría mucho que en lo mejor de la edad...

—Sí, sí, estoy decidido a curarme.

—Yo estaré en pie la semana que entra—añadió, galvanizándose con su espiritual fuerza—, y volveré a mis quehaceres de siempre. Tengo un gran proyecto. Pienso construir un edificio para albergue de huérfanos pobres: gran pensamiento, magnífico plan. Habrá hospital, clínica, consulta, talleres, escuelas, gimnasio. Se necesitan seis millones de reales. Cuento con tu cooperación, si no te perdemos antes. Eloísa se encargará de organizar, con sus amigas, funciones en los principales teatros. Yo solicitaré el auxilio del Gobierno y de la familia real. Tú harás lo que puedas entre tus amigos...

No sé hasta dónde habría llegado este coloquio si felizmente no entrara mi prima.

—¡Eh..., basta de conversación!—dijo poniendo su mano derecha en mi hombro y la izquierda sobre la frente ardorosa de Carrillo—. Lo primero que ha ordenado el médico es el reposo, y... punto en boca.

—Sí, hija; ya me callo, ya no diré una palabra más. Estábamos hablando de mi hospital de San Rafael. Llevará el nombre de mi hijo.

—Más vale que te duermas ahora. No pienses, no te acalores. Ya haremos un hospital, y dos si es necesario... José María y yo te ayudaremos... ¿Verdad? Los tres vamos a ocuparnos mucho de eso desde mañana. Vaya, basta de conversación. José María, aquí estás ya de más.

En la habitación que precedía a la alcoba volví a ver a Eloísa, que me habló así:

—¡Qué malos augurios ha hecho el médico! ¡Pobre Pepe!... La convalecencia de este ataque será cruel. ¡Qué días me esperan! ¿Vendrás mañana a acompañarme?

—¡Qué pregunta!

—¿Y no has visto al pequeño? Pasa —me dijo cariñosamente, empujándome hacia una puerta—. El pobrecito se despertó con los gritos de su padre; pero debe de haberse dormido otra vez... Pasa... Vengo al instante. ¡Cuánto deseo que se marche esa gente!

El pequeño dormía. Preguntóme el aya por el señor, y le dije lo que me pare-

ció. De buena gana me habría quedado allí un buen rato, sin hacer otra cosa que contemplar el envidiable sueño de aquel ángel. Pero Eloísa entró a ver a su hijo, sacóme del éxtasis en que yo estaba, dejando volar mi pensamiento a las alturas de contemplaciones muy espirituales. La mano de mi prima se posó sobre mi hombro, y oí estas blandas palabras:

—Ve al salón. ¡Qué gente, qué pesadez! Extrañarán que no estés allí. El pobre Pepe está aletargado. Creo que pasará bien el resto de la noche.

Salimos juntos, y en el pasillo nos separamos. Echóme una mirada de tristeza, diciéndome con severidad dulce:

—Ya sé que ha habido mucho secreteo con Pilar. No puedo descuidarme un momento.

—Pero ¿eres tan tonta que...?

Celos tan inoportunos me causaban hastío.

—Ni afirmo ni niego nada. No hago más que hacer constar un hecho—replicó, apretándome ligeramente el brazo con sus dedos.

En la reunión tuve que sostener conversaciones que me aburrían, contestar a preguntas que me incomodaban y resistir una lluvia de frases de doble sentido. Poco a poco se fueron aclarando los salones. La de San Salomó salió de las últimas, llevándose, como de costumbre, al general, que vivía cerca de su casa.

—¿Usted se queda aquí?—me dijo—. Velará usted. Cada cual, a su puesto de honor.

A última hora fuí a enterarme del estado del enfermo. Eloísa me salió al encuentro en el pasillo. Se había quitado su vestido de sociedad y puéstose la bata de raso blanco. Como se apareció con una luz, creí ver a lady Macbeth cuando el paso aquel de las manos manchadas. Llevándose el dedo a la boca, dióme a entender que Carrillo dormía, y en palabras muy quedas me dijo:

—Está tranquilo. Mas, por lo que pueda suceder, me quedaré en el sofá de su cuarto. Voy al despacho a buscar una novela, porque de fijo no podré dormir.

Contesté que yo velaría; pero se opuso tenazmente, alegando lo quebrantado de mi salud, mis pocas fuerzas...

—Necesitas descansar—me dijo con el mayor cariño—. Duerme ocho horas si puedes... Aquí no haces falta. Celedonio y yo nos entenderemos. Esta noche, caballero, se va usted a su casita.

Empujóme suavemente hacia la antesala, después de susurrarme esto:

—¿Vendrás mañana? Mira que no faltes. Ven a almorzar. ¿Te espero? No me hagas rabiar. Si a las diez no estás aquí te mando siete recados. Esta soledad es horrible. Esta noche, si duermo, voy a soñar veinte mil disparates.

Ella misma me lió el pañuelo a la garganta y alzóme el cuello del gabán:

—Abrígate bien, por Dios... Haz el favor de no constiparte ahora. ¿Hay ruidito de oídos? Voy a soñar que es verdad lo que te dijo Pepe, que arrojas sangre por la boca y tienes fiebre...

Cariñosa y amante me despidió, y yo salí pensativo.

XII

ESPASMOS DE ARITMÉTICA QUE ACABAN CON CUENTAS DE AMOR

I

Carrillo mejoró en los días sucesivos. Aquella vida desplomada se sostenía con un esfuerzo prestado por el espíritu para engañarse a sí mismo y a los demás. Salió de la terrible crisis por tregua de la muerte, y desde que pudo sentarse puso atención ardiente en las ocupaciones que tanto le entretenían. Admiraba yo aquel tesón, aquella esclavitud del deber, que en el heroísmo rayaba, y la indiferencia con que, pasada la fuerza del mal, miraba Carrillo sus insufribles martirios. No tenía aprensión ni afán de medicinarse. Figurábaseme ver en él, a veces, uno de esos hombres de temple superior y escogido que se desligan de todo lo que pertenece a la carne y sus miserias, para vivir sólo con interior vida, toda energía y llamas. A los ocho días atendía a sus múltiples tareas benéficas, sin salir de su alcoba, con la puntualidad de costumbre, y Eloísa estaba tranquila en lo concerniente a la enfermedad de su marido, si bien por otros motivos parecía haber perdido completamente todo sosiego. Una mañana me la encontré en un gabinete muy afanosa, con un lapicero en la mano, haciendo números y fijando alternativamente los ojos en el papel y en el techo, que era

un cielo azul con sus indispensables ninfas en paños menores.

—¿Estás contando las estrellas?—le pregunté, sospechando lo que en realidad contaba.

—No; es que estoy calculando...—replicó algo turbada—. Me vuelvo loca, y esta pícara cuenta no sale. No te lo quería decir por no disgustarte; pero me pasan cosas graves.

Yo me senté, abrumado por el pensamiento de los desastres aritméticos que Eloísa me iba a revelar. Ella se sentó tan cerca de mí, que la mitad de su no muy ligera persona gravitaba sobre la otra mitad de la mía.

—¿A ver ese papel?—dije, tomándole la mano en que lo mostraba.

Pero no entendí nada. Era un mosaico de sumas y restas, del cual no se podía sacar nada en claro.

—¿Y quién entiende este *mare magnum*?—indiqué con desabrimiento.

El dulce peso, como suele decirse, cargó más sobre mí, y la preciosa boca empezó a chorrear notas terroríficas, mejor diré, conceptos erizados de cantidades. La oí asustado. Expresábase con timidez, tendiendo a menguar las cifras, comiéndose algunos ceros, señalando el remedio antes de mostrar la herida y respondiendo de antemano a las exclamaciones severas con que yo la interrumpía. La estimulé a presenciar el problema tal como era, en toda su desnudez abrumadora, porque desfigurarlo era impedir su solución.

—Claridad, completa claridad es lo que quiero—le dije—. Muéstrame hasta el fondo del cántaro vacío.

Animada con esto, fué más explícita, y desarrolló a mis ojos el panorama completo de su situación económica, el cual era para poner miedo en el ánimo más esforzado.

Los gastos enormes de los jueves, los de su guardarropa, las frecuentes compras de cuadros, porcelanas, tapices y baratijas de arte, y, por otro lado, los dispendios inagotables de Carrillo en sus obras humanitarias, llevaban la casa velozmente a una completa ruina. El dinero que había tomado sobre la hipoteca de La Encomienda se les había ido en pago de varias facturas de Eguía y en abonar los brutales intereses de la cantidad que Eloísa había tomado antes de un tal Torquemada, que prestaba a las señoras ricas. Después había necesitado tomar más dinero, más, más. Las rentas, apenas cobradas, se diluían en el mar inmenso de aquel presupuesto de príncipes... No me lo quiso decir antes, porque la idea de serme gravosa la aterraba. No me quería por mi riqueza; me quería por amor, y no le gustaba recibir dinero de mis manos. Había pensado salir adelante, hacer economías, ir trampeando; pero la situación se agravaba repentinamente. Tenía que pagar algunas cuentas considerables... Luego la enfermedad de Pepe... Cerró la oración con oportunas lágrimas, y dejóse caer más sobre mí. Yo estaba sofocadísimo.

Poco después le manifesté mi opinión de un modo bastante enérgico. A sus caricias, a sus ruegos de que no la abandonase en aquel trance, contesté con retahilas de números despiadados. Erame forzoso ser cruel para evitar mayores males. Yo la sacaría del pantano; pero estableciendo un nuevo plan y presupuesto rigurosísimo, de modo que no se repitiera el conflicto.

Aún había tiempo de salvar parte del capital de la casa y de asegurar el porvenir de Rafael. Lo más urgente era reducir los gastos. A esto me contestó que por ella no había inconveniente. Estaba decidida a vestirse de hábito de la Soledad, como una cursi, si yo lo creía necesario. Pero ¿cómo privar a Carrillo de lo único que alegraba sus últimos días, de aquel inocente consuelo de su vida, próxima a concluir? ¿Cómo cercenarle los fondos para la Sociedad de Niños y otras empresas humanitarias, que eran, para la casa, verdaderas calamidades?

—No enredes las cosas—le dije—; tus gastos son los que te hunden, no los de él. Yo haré un presupuesto en que pueda subsistir el entretenimiento de tu marido... Después, oye bien, se venderán todos los cuadros de buenas firmas, aunque sea por menos dinero del que han costado. No será difícil encontrar compradores.

Eloísa hizo signos afirmativos con la cabeza. Volviendo la vista, vi sobre la chimenea un rollo de papeles. Eran los planos de la gran reforma para convertir el patio en salón, con techo de cristales, escocia de Mélida... Lo agarré con mano colérica y lo hice veinte mil pedazos.

—Mira qué pronto se ha hecho la obra

—exclamé—: te he regalado cinco mil duros.

Ella se echó a reír, y no hablamos más del asunto, porque entró Raimundo. Fuimos a almorzar, y en la mesa, Eloísa parecía más tranquila. Raimundo, hablando del completo hundimiento de la casa de Tellería, hubo de contar cosas muy chuscas, de las cuales se rió mucho su hermana, aunque a mí me hacían poca gracia. Según dijo mi primo, en los últimos años la familia se mantenía con lo que Gustavo sacaba de las queridas ricas: ¡Abominación! Leopoldito, marqués de Casa-Bojío, estaba también en las últimas, porque las fortunas cubanas habían bajado a cero. León Roch había suspendido la pensión que pasaba a Milagros. Esta y el pobre marqués vivían separados y en la mayor miseria, cada cual dando sablazos y explotando al pobre que cogían debajo. Don Agustín de Sudre había dado en la flor de ir a contarle al rey mismo sus miserias, logrando algunas veces pingües limosnas. Pero la regia munificencia se había agotado ya, y... «la semana pasada —concluyó Raimundo—fué el pobre señor a Palacio con el cuento de siempre. El rey sacó cinco duros y, poniéndoselos en la mano, le volvió la espalda. ¡Y luego se espantan de que haya antidinásticos!»

Todo aquel día tuve un humor de mil diablos. En el teatro Real, oyendo no recuerdo qué ópera, ni por un momento dejé de pensar en las cuentas de Eloísa. Retiréme a casa antes que terminara la función y me acosté buscando en el sueño lenitivo a la pesadumbre que me abrumaba. Pero no podía dormir. Entróme fiebre, me zumbaban horriblemente los oídos y me tostaba en mi lecho como en una parrilla. La apreciación de los números despertaba en mí con fiera energía, proporcionada al largo tiempo de eclipse que había sufrido. En mí renacía de súbito el hijo de mi madre, el inglés, que llevaba en su cerebro, desde la cuna, gérmenes de la cantidad y los había cultivado más tarde en la práctica del comercio. Mi padre huía de mí como en el teatro echa a correr el diablo cuando se presenta el ángel. Y las benditas cifras, ahogadas temporalmente por la pasión, se sublevaban, vencían y se posesionaban de mí con un bullicio, con un jaleo que me tenían como loco. Salté de la cama a la madrugada, y vistiéndome aprisa, corrí hacia un mueble *secreter* que en mi alcoba tengo, y en el cual suelo escribir cartas. Cogí un papel, empecé a desgastar la fiebre que me devoraba, sumando y dividiendo. Sí; Eloísa, con haber dicho tanto, no me había dicho la verdad. Hice el cálculo aproximado de los gastos de la casa en el invierno último; comidas, coches, criados, extraordinarios. No resultaba que la casa hubiese consumido el tercio de su capital. Había consumido más..., ¡tal vez la mitad!... Y para apuntalar aquel edificio que se venía a tierra, ¿qué era preciso hacer?... ¡Ah!, guarismos y más guarismos. La mañana me sorprendió en aquel trabajo calenturiento, semejante a la faena espantosa de las almas de los negociantes que vienen a penar a sus desiertos escritorios y se vuelven a sus tumbas cuando suena el canto del gallo. Así me volví yo a mi cama.

II

Continué por muchos días sintiendo en mí al inglés. Y no se circunscribía esta fecunda energía materna a la esfera de la economía doméstica, sino que penetraba impávida en el terreno moral, y allí me rebullía y alborotaba, ordenándome afrontar un cambio de vida, un rompimiento que resolviera de una vez para siempre todos los problemas del corazón y la Aritmética. Mas tan tímida era esta energía en lo moral, que no pudo acallar el tumulto de mi sensual egoísmo. ¡Eloísa, perteneciente a otro! ¡Otras manos amasando aquella pasta suave y amorosa! ¡Otro paladar gustándola, y otra boca comiéndosela...! No, esto no sería, aunque lo pidiese y ordenara con su prosaica voz el enflaquecido bolsillo. Y de apoyar esta negativa se encargaba mi perturbada razón con sofismas tomados de aquel falso idealismo que Raimundo ponía en ridículo con tanta saña. La caballería, o, si se quiere, la caballerosidad, me vedaba aquel rompimiento. No era delicado ni decente que yo abandonase, por una mísera cuestión de dinero, a la que me había dado a mí su vida y su honor. El *todo por la dama* se metía en mi alma por la puerta falsa de la sensualidad y, una vez dentro, hacía un

estrépito de mil demonios, echando unas retahilas calderonianas y volviéndome más loco de lo que estaba. ¡Abandonarla, cuando tal vez la causa de su ruina era agradarme; cuando su lujo no era quizá otra cosa que el afán de hacerme más envidiable a los demás y de dorar y engalanar el trono en que me había puesto! No, *¡todo por la dama!* Ante sus lágrimas, ante la ley que me tenía, superior y anterior a todas las contingencias, ¿qué significaba un *puñado de monedas?*

Verdad que el puñado, después de emborronar mucho papel, resultaba ser una friolerita así como sesenta mil duros, más bien más que menos. Era un trago demasiado fuerte para que pasase por el estrecho gaznate de la caballería; pero al fin pasó. Hice que la traidora me llevase a casa todos los datos del desastre, todos los papeles, apuntes y cuentas, y al fin logré poner orden en aquel caos de empréstitos para pagar intereses, de intereses acumulados al capital, de cuentas pendientes y facturas no abonadas. Era absolutamente indispensable quitar de en medio la voraz langosta de prestamistas, que en poco tiempo habrían devorado todo. Con esto, el puñado engrosaba más. ¡Dios misericordioso! Me salían ochenta mil duros casi en cifra redonda. ¡Oh, con cuanto horror se me representaron entonces las superfluidades que no podía menos de asociar a la leyenda aquella de las cuentas de vidrio! Con el poder de mi mente pulverizaba yo todo el personal de los jueves famosos; los vestidos renovados tan a menudo; aquel monsieur Petit, farsante, ladrón, que se embolsaba cada semana tres o cuatro mil reales para gastos de comedor; aquel cocinero jefe, a quien se daban veinte mil reales al mes para el gasto de la plaza; los tres pinches, los cuatro lacayos..., ¡ladrones, asesinos, secuestradores! ¿A qué cuento venían el portero de estrados, la doncella extranjera, la berlina de doble suspensión y otros mil y mil despilfarros, ya del personal, ya del material de la casa?... Tarde era ya: mas era tiempo. Degüello general y adelante.

Una vez decretado el degüello, quedéme más tranquilo. El pellizco dado a mi fortuna era un pellizco de padre y muy señor mío; pero aún me dejaba rico. Todo iría bien si Eloísa entraba con pie resuelto por la senda de las economías. Eso sí, yo estaba decidido a hacerla entrar de grado o por fuerza. Para esto me sentía con ánimos. Por encima de todo, del amor mismo y de la vanidad, había de estar en lo sucesivo el arreglo.

Perplejo estuve durante dos días sin saber qué vendería para salir del paso. ¿Me desprendería del Amortizable, de las acciones del Banco de España o de las *Cubas?* Mi tío me decía que no me deshiciera del Amortizable, cuya alza veía segura. Si continuaba en el Ministerio nuestro amigo y paisano señor Camacho, veríamos dicho papel a 65. Las acciones del Banco, después del aumento de capital, andaban alrededor de 270. Mi padre las había comprado a 479. Aun contando con el dicho aumento, la venta me traía pérdida. Por fin, después de pensarlo mucho, resolví sacrificar las acciones y las *Cubas*. Este papel, según mi tío, iba en camino de valer muy poco, y con el reciente pánico de la Bolsa de Barcelona, se había iniciado en él un descenso que sería mayor cada día. Vendí, pues, con pérdida, pues no podía ser de otra manera. Por aquellos días se estrecharon mis relaciones con Gonzalo Torres, amigo de mi tío y vecino de toda la familia. Vivía en el tercero de mi casa, en el cuarto inmediato al de Camila. Era jugador afortunadísimo, y a menudo me proponía que me asociara a sus operaciones. Hícelo algunas veces, y siempre con tal éxito que no me faltaban ganas de tomar más a pechos aquel negocio, y lo habría hecho seguramente si el amor no me tuviera preso y como secuestrado, incapaz para todo lo que fuese extraño a sus ardientes goces.

El agente de quien Torres y mi tío eran clientes, después que realizó mi operación de venta de títulos, propúsome la compra de una casa. Torres también me lo había indicado, pues las condiciones en que se vendía la finca eran realmente buenas. Procedía de un embargo de bienes y vendíase judicialmente, con tasación demasiado baja. Hice mis cuentas y no me pareció mal negocio. Deseaba afincarme, colocando en sólido una parte de mi capital. Di órdenes de vender más Amortizable, y el producto lo dividí en dos partes. Una, ¡ay dolor agudísimo, no inferior a los del cólico nefrítico!, era el destinado a poner a flote la concha de Venus, que estaba a

punto de naufragar. Con la otra parte compré la casa, que estaba en la calle de Zurbano y era nueva y bonita. Me daría una renta de 4 por 100, menos que el papel seguramente; pero si he de decir verdad, la renta del Estado empezaba a inquietarme por la inseguridad de las cosas políticas, el malestar de Cuba y la anunciada operación de crédito del Banco de España, el cual, habiendo tomado sobre sus hombros la inmensa carga de la colocación de los nuevos valores, comprometía quizá un poco su porvenir.

El año 83 hallóme, pues, con una merma considerable en mi fortuna y con cierta tendencia a trocar la condición de rentista por la de propietario. Mi cuenta corriente no me recordaba, ni con mucho, el apólogo de las vacas gordas, pues tanto las ordeñé, que hubo de terminar el año en los puros huesos. No sólo contribuyeron a esto mis frecuentes regalos a Eloísa en cachivaches o joyas y la pasión que le entró por coleccionar *ojos de gato* de todos los matices, sino otras obligaciones enfadosas de que no pude librarme. Entre éstas no fué la menos cargante el padrinazgo del chiquillo de Camila. Habiéndome brindado a ser su compadre, cuando lo del embarazo me parecía ridícula farsa, la muy loca se dió prisa en cogerme por la palabra, y allá por octubre del 82, como he dicho, descolgóse con un ternero, a quien todos celebraron por robusto y bonito, pero que a mí me pareció dechado perfecto de la fealdad de los Miquis. Le tuve en la pila bautismal mientras el cura le lavaba la mancha que traía por el pecado de nuestros primeros padres, y después, como padrino generoso, tuve que darme yo un lavatorio de bolsillo, cuyo postrer chorretazo vino a fin de año con las cuentas de Capdeville. En verdad, no me pesaron estos derrames, porque los señores de Miquis no nadaban en la abundancia y ganaban mis afectos por el recogimiento en que vivían. Al chico le pusimos de nombre Alejandro, por un hermano de Constantino que había muerto en Madrid algunos años antes.

Sigamos. El día en que ultimé el arreglo de la deuda de mi prima, ésta se presentó en mi casa a las once de la mañana. Ya habían sido pagadas las cuentas; habíanse recogido los pagarés que estaban en poder de Torquemada. Sólo faltaban algunas menudencias, para las cuales destiné cierta suma que recogería la propia Eloísa. La cantidad aguardaba sobre la mesa en un paquete de billetes pequeños, y junto la misma mesa estaba yo, algo fatigado de tanto sumar y restar, aunque sin otra molestia, gracias a Dios. Aún tenía en la mano la pluma, plectro infeliz de aquel poema de garabatos, cuando Eloísa llegó a mí pasito a pasito por la espalda, echóme los brazos al cuello, cruzó sus manos sobre mi corbata, oprimiéndome la garganta hasta cortarme la respiración, alborotándome el pelo y echándome atrás la cabeza para lavarme la frente con sus labios húmedos; a todas éstas, riendo, diciendo tonterías, llenándome de saliva los párpados y las mejillas y vertiendo en mi oído un filtro, un veneno de palabras cariñosas, que después, por maldita ley física, se había de convertir en zumbidos insoportables.

Dejé la pluma y me volví hacia ella. Nunca la vi vestida con más sencillez y al mismo tiempo con más elegancia. Venía en traje matutino y traía en la mano el libro de misa. Era domingo, y antes de ir a misa había entrado en las Calatravas. Sin duda prevalecían en su espíritu las ideas religiosas, porque me dijo que yo era un ángel, y, diciéndolo, arrojó sobre mi mesa el libro con tapas de nácar.

—¿Qué mujer no haría locuras por ti? —añadió luego—. Por ti, no digo locuras, sino verdaderas diabluras haría yo.

Ya me disponía a hablarle del contrato bilateral que habíamos celebrado, cuando ella, adelantándose a mi pensamiento con zalamera iniciativa y flexibilidad, me dijo:

—No, no tienes que predicarme. Ya lo sé, ya tengo la lección bien aprendida. Seré arreglada, económica; cambiaré de costumbres; haré desmoches espantosos, pero espantosos... En mí se ha verificado estos días una mudanza tal, que no me conozco. Tendrás que reñirme por las muchas vueltas que he de dar a un duro antes de cambiarlo. Te has de enfadar conmigo por los excesos, por las barbaridades que he de hacer en esto del gastar poco.

—Por Dios—indiqué asustado—, nada de celo excesivo.

—Déjame a mí. Tú me has abierto los ojos con tu talento de comerciante, y luego me has salvado con tu generosidad. Sería indigna de mirarte a la cara si no tuviera estos propósitos que tengo. ¡Si digo que te has de asustar cuando me veas hecha una pobre cursi, defendiendo el ochavo y apartada de todas esas farándulas que me han sido tan agradables y que han estado a punto de perderme...!

Tanto entusiasmo me alarmaba.

—No creas—prosiguió—, también hay algo de sacrificio; pero estos sacrificios y aun otros mayores se hacen con gusto, cuando median... lo mucho que te quiero y el porvenir de mi hijo... Verás, verás.

Y contando por los dedos, hizo un bosquejo de las estupendas economías que había de realizar. «Fuera los jueves. Que cada cual vaya a comer a su casa... Fuera monsieur Petit, fuera el jefe de cocina, que son capaces de tragarse el presupuesto de una nación... Fuera todos los criados, a quienes he estado dando doce duros y dos trajes... Abajo el portero de estrados, que no sirve más que para enamorar a las doncellas... Abajo la doncella-costurera... Las cocheras y cuadras quedan en la cuarta parte... El ramo de vestidos y novedades, suprimido por ahora... Vendo todos los zafiros, todos... Vendo la *rivière,* los cuadros de Sala y Domingo, el de Nittis, el Morelli, los cuatro grandes tapices, etcétera, etcétera... Liquidación del arte... Y para concluir, reduciré a su mínima expresión las beneficencias de mi marido, y haré por que se suprima la Sociedad de Ninos...»

—¡Alto allá!—dije yo, lastimado de ver cómo hería con su furibunda hacha económica la rama más sagrada del árbol de sus gastos—. Eso me parece una crueldad. Extremas mucho el programa. Al pobre Carrillo le quedan pocos días de vida, y es una infamia que se los amarguemos privándole de un entretenimiento que, por otra parte, es tan meritorio. Le anticiparíamos la muerte, le asesinaríamos. Señora, yo defiendo ese capítulo del antiguo presupuesto. Mis remordimientos votan porque subsista, y aun me atrevo a suponer que los de usted harán lo mismo.

Dije esto entre bromas y veras, y ella, comprendiendo mi delicadeza y asimilándosela, alabó muchísimo lo que acababa de oír y contribuyó al triunfo de mi enmienda, no tanto con el voto de sus remordimientos como con el de sus caricias.

III

Empezó a dar vueltas por mi cuarto como si estuviera en su casa, quitóse el manto y la cachemira y los tiró sobre el sofá. Luego, viendo que allí no estaban bien, pasó a mi alcoba para ponerlos sobre la cama. Se miró al espejo, y llevándose ambas manos a la cabeza, hizo un ligero arreglo de su peinado. Después volvió hacia mí.

—¿Y cómo está hoy Pepe?—le pregunté.

—Está muy animadito—replicó—. Tiene compañía para todo el día. No pienso volver hoy por allá. ¿Y tú?

Díjele que no tenía ganas de salir.

—Pues te acompañaré. Mando un recado a casa diciendo que almuerzo con mamá. Pero ¿vas a tener visitas de amigos? Entonces, señor mío, que usted se divierta... Lo mejor será que no recibas hoy a nadie.

Anticipándose a mis deseos y a mi pereza, llamó a mi criado y le dió órdenes. Yo no estaba en casa. El señorito no recibía a nadie..., ni al lucero del alba. Corriendo otra vez hacia mí, me dijo:

—¡Oh, si esto fuera París, qué buen día de campo pasaríamos juntos, solos, libres!... Pero ¿adónde iríamos en Madrid? ¡Si aquí se pudiera guardar el incógnito!... Créelo, tengo un capricho, un antojo de mujer pobre y humilde. Me gustaría que tú y yo pudiéramos ir solitos, de incógnito, de riguroso *inepto*, como dijo el del cuento, al Puente de Vallecas, y ponernos a retozar allí con las criadas y los artilleros, almorzando en un merendero y dando muchas vueltas en el tiovivo, muchas vueltas, muchas vueltas...

—No des tantas vueltas, que me mareo. Si quieres ir, por mí no hay inconveniente. Mira almorzaremos aquí. Da tus órdenes a Juliana... Después, más tarde, a las cuatro o cuatro y media, nos iremos en mi coche a un teatro popular, a Madrid o a Novedades; tomaremos un palco y veremos representar un disparatón...

—Sí, sí—gritó, dando palmadas con júbilo infantil—. ¡Y cómo me gustan a mí los disparatones! Echarán *Candelas,* o quizá *El terremoto de la Martinica.*

—O *El pastor de Florencia,* o *Los perros del monte de San Bernardo.*

Echó a correr hacia lo interior de la casa para hablar con Juliana y darle órdenes referentes a nuestro almuerzo. Después subió al principal para dar un vistazo a su mamá y mandar desde allí el recado a su marido. Al volver a mi lado encontróme de un humor alegre, dispuesto a saborear las delicias de un día de libertad. Repetí a mi criado las órdenes. No estaba en casa absolutamente para nadie, ni para el Sunsuncorda. Felizmente, mi tío y Raimundo, con quien no rezaban nunca estas pragmáticas, estaban aquel día fuera de Madrid en una partida de caza.

Almorzamos. Híceme la ilusión de estar en París y en un hotel. Nadie nos turbaba. De la puerta afuera, estaba la sociedad ignorante de nuestras fechorías. Nosotros, de puertas adentro, nos creíamos seguros de su fiscalización, y veíamos en la débil pared de la casa una muralla chinesca que nos garantizaba la independencia. ¡Con qué desprecio oíamos, desde mi gabinete, el rumor del tranvía, las voces de personas y el rodar de coches! Y más tarde, cuando la turba dominguera se posesionó de la acera de Recoletos, nos divertimos arrojando sobre aquella considerable porción del mundo que nos parecía cursi frases de burla y de desdén. ¡Valiente cuidado nos daba que toda aquella gente viniera a rondarnos! Lo que hacía la sociedad con aquel ruido de pasos, voces y ruedas era arrullarnos en nuestro nido.

Y atisbando detrás de la persiana de madera, veíamos pasar a muchos conocidos. Algunos iban por la acera de enfrente. Por la de mi casa vimos grupos de amigos: el general Morla, el *Sacamantecas* y Jacinto Villalonga, que andaban a buen paso y no pararían hasta el Hipódromo.

—Mira *la ordinaria de Medina*—me dijo Eloísa, llamándome la atención hacia su hermana, que pasó con su marido—. ¡Qué gorda se está poniendo! Han dejado el carruaje en la casa de Murga, y no podrá ir más allá de la Biblioteca.

Vimos también a Pepito Trastamara en un cochecillo que parecía una araña, y él era otra araña. Fuera de los caballos, que tenían aire de nobleza, y del lacayo, que era un hombre, todo lo demás era risible, grotesco. Chapa apareció en el coche de Casa-Bojío, y Severiano a caballo. Poco antes había pasado su señora, que era legalmente señora de otro. ¡Qué lejos estaban todos de sospechar que los mirábamos desde aquella escondida atalaya, que nos reíamos de ellos y que los compadecíamos por no ser libres y felices como lo éramos nosotros!

La idea de ir al teatro perdió terreno. La pereza nos clavaba en donde estábamos. Mejor estaríamos allí que viendo los disparatones de los teatros populares. ¿Qué disparatón más grato y entretenido que el nuestro? El tiempo y nuestra languidez nos mecían y nos engañaban, dándonos nociones muy oscuras acerca de la duración de aquellos diálogos vivos o de los ratos de sopor que los seguían.

En medio de tanta indolencia, una idea me inquietaba de cuando en cuando, haciendo correr por mi cuerpo vibraciones nerviosas. Era la idea de que el buen rato que yo pasaba lo pudiera pasar otra persona; pues aquel ramillete de gracias que me deleitaba era más hermoso cada año, y con su creciente lozanía indicábame que resistiría sin ajarse las caricias de muchas manos. El mismo derecho que yo tuve teníanlo otros. Todo estaba en que ella quisiese dejarse coger. Aunque ya no me sentía tan entusiasmado como al principio, la idea de que no fuese exclusiva para mí y sagrada para los demás helábame la sangre. Pero ya, ya lo sería, porque en un plazo que pudiera ser breve nos casaríamos y... ¿Y si después, cuando estuviese bien pertrechado de derechos, algún mortal, tan afortunado como yo lo era entonces, me robaba lo que yo robaba?... ¡Ah, buen cuidado tendría yo!... ¿Para qué servían la energía y la autoridad?... Estos recelos no se calmaban ni aun con el juramento dado entre mil ternezas y tonterías, de una lealtad a prueba del tiempo, de una fidelidad que rayaba en el romanticismo pedantesco por su elevación sobre todas las cosas humanas. Nuestro cuchicheo variaba de asunto y de tono. No tratábamos de cosas exclusivamente ideales y voluptuosas. La viva imaginación de Eloísa

trajo al altar de Cupido expresiones que no encajaban bien entre las medias palabras del amor y prosaísmos que no se entreveraban bien con las rosas; pero todo cuanto venía de ella, si bien no ahondaba ya tanto en mi corazón, me entretenía, me seducía, me deleitaba.

—Si tú quisieras—me dijo, después de un largo silencio—, lograrías ser mucho más rico de lo que eres. Con el capital que tienes y tu experiencia de los negocios, podrías, trabajando... Quiero decir, que aquí el que no dobla el capital en pocos años es porque no quiere. Fúcar me lo ha dicho. ¿Te ríes? ¿Me preguntas el secreto? No es secreto: demasiado lo sabes. El inconveniente que hay ahora es que el Tesoro está desahogado y no hace ya empréstitos. Durante la guerra, Fúcar y otros como él triplicaron su fortuna en un par de años. No te rías, no abras esa bocaza. Yo siento en mí arrebatos de genio financiero. Me parece que sería un Pereire, un Salamanca si me dejaran... Vamos a ver: ¿por qué tú, que tienes dinero y sabes manejarlo, no vas a la Bolsa a hacer *dobles?* ¿Por qué no te haces amigo, muy amigo, de los ministros, para ver si cae un empréstito de Cuba, ya que en la Península no se hacen ahora? Con que el ministro de Ultramar te encargara de hacer la suscripción, dándote el uno por ciento de comisión, o siquiera el medio, ganarías una millonada. De este modo ha ganado Sánchez Botín muchos cuartos... Lo sé... Me lo contó Fúcar. Di que eres un perezoso, que no quieres molestarte. Eres diputado y no sabes sacar partido de tu posición. ¿Por qué no te quedas con una línea de ferrocarril, la construyes y después la traspasas a algún primo que cargue con la explotación? Te admiras de lo que sé. Qué quieres... Me gustan estas cosas. Fúcar me habla galanterías, y yo le digo que la mejor flor con que me puede obsequiar es contarme cositas de éstas y decirme cómo se hacen los negocios. Si tú tuvieras empeño en ello, Fúcar te daría participación en sus contratas de tabaco. Lástima que no hubiera guerra civil, pues si la hubiera, o te hacías contratista de víveres o perdíamos las amistades.

Cuando tan repentinamente saltó Eloísa con aquella perorata, quedéme perplejo, absorto, dudando de lo que oía; pero, pasada la primera impresión, me eché a reír, sí; me reía con toda mi alma, no comprendiendo aún la gravedad que entrañaba aquel insano entusiasmo por cosas tan contrarias a la condición espiritual de la mujer. Mirábalo yo como una gracia más, como un hechizo nuevo, hijo de la moda. Lejos de asustarme, mi ceguera era tal, que me reía viendo los incipientes resoplidos del volcán en cuyo cráter dormía yo tan descuidado.

—¡Ah!, esto de las contratas es mi fuerte—proseguía ella con vehemencia humorística—. Fúcar me ha contado cosas que pasman. Pregúntale a Cristóbal Medina lo que hacía su padre. Pues muy sencillo. Como el Gobierno no tenía medios de transporte, el maragato se iba al Ministerio de la Guerra y decía: «Yo pongo a disposición del Gobierno dos mil carros, en tanto tiempo, a razón de tanto.» Luego no ponía más que mil quinientos, y cuando se moría una mula vieja, o veinte o doscientas (y no valía cada una diez duros), el veterinario certificaba... «mula de primera», lo que quiere decir cuatro mil reales por cadáver de mula. Después, la Administración militar liquidaba, y allá te van millones... Si digo que tú eres simple. Yo, a ser tú, me daría mis trazas para saber cuándo iba a subir el Amortizable y... ¡a comprar se ha dicho! Si yo pudiera seguir en mi tren de antes, invitaría al ministro de Hacienda, a todos los ministros, y los embobaría con cuatro palabras amables, y me haría dueña de todos los secretos de la alta Banca... Y ¿quién te dice, bobo, que no podrías tú correr con el pago del cupón en Londres, negociando letras?... También se procuraría que el Gobierno comprara acorazados para que tú, como quien hace un favor, te encargaras de hacer los pagos... Porque sí, hay que fomentar nuestra Marina de guerra. O, si no, búscate comisiones en Fomento. ¿Con qué crees que ha pagado Villalonga sus trampas sino con lo que va sacando de las compras de máquinas en Inglaterra? ¡Oh!, yo sé mucho... Esa isla de Cuba es todavía, aun de capa caída como está, una verdadera mina que no se explota bien. ¡Ah!, se me ocurre ahora que lo que debe hacer España es venderla. Y mira, nadie mejor que tú se podría encargar de las negociaciones en los Estados Unidos, en Alemania o en el infier-

no. Con que te dieran el medio por ciento de corretaje...

Estaba yo tan alucinado, que tomaba estas cosas por jovialidades sin sustancia... Con tales tonterías se pasaba el tiempo, y por fin la adusta hora de la separación llegó. Hubo parodias grotescas de *Romeo y Julieta.*

—Esa claridad mortecina no es, como dices, la del gas, sino la del crepúsculo. El cielo, teñido de rojo, celebra con siniestro esplendor las exequias del día. Es la *seudoaurora* que este año da tanto que hablar a la gente supersticiosa...

—No; es el gas, el gas. Ya el mensajero de la noche, corriendo de farol en farol con un palo en la mano, va colgando luces en las ramas de los árboles...

—Te digo que es la tarde...

—Te digo que es la noche...

—Un rato más...

—¡Horror de los horrores: las siete!

La vi disponerse aprisa, arreglarse el cabello ante el espejo. Su coche había venido a buscarla. Más tarde nos volveríamos a ver en su casa. Aunque parezca extraño y en contraposición a todas las leyes del sentimentalismo, yo deseaba ya que me dejase solo, pues me entraba súbitamente un tedio, un cansancio contra los cuales no podía lo espiritual que en mí iba quedando.

—Abur, abur. ¡Qué tarde!

—¡Que se te olvida el libro de misa!

—¡Qué cabeza! No faltes esta noche. Hablaremos de negocios... El mejor negocio es ser pobre, no tener nada, no esperar nada. Déjame que me mire otra vez. ¿Qué tal cara tengo?...

—Así, así...

—Abur, abur. ¡Ay!, que se me traba la cachemira en la silla. Parece que los muebles me retienen y no quieren dejarme salir. Pillo, no faltes. Si no vas, te sacaré los ojos... Pues he de mirarme otra vez. Se me figura que llevo escrito en mi cara... Jesús, ¡qué tarde es!... ¿Y el otro guante?...

—Aquí está, sobre la silla...

—¡Ah!, mira, me llevaba tu pañuelo... El cuerpo del delito. ¡Cómo nos delatamos los grandes criminales! Merezco la horca. Bueno, me colgaré de tu cuello, así... ¿A que no me levantas? No puedes, no tienes fuerza. Abur, abur; tengo un hambre atroz. En cuanto llegue a casa, me haré servir la comida... Caballero...

—Señora...

—Encantada de conocer a usted... Me parece usted algo tímido. No se decide...

—Señora, usted se me antoja una sílfide, un hada sin consistencia corpórea, sin realidad física...

—¡Burlón!, otro abrazo. Tu amor o la muerte... Que te espero...

—¡Eh!, sinvergüenza, no pellizques.

—Te dejo ese cardenal para que te acuerdes de mí cuando miras a otra. Al fin me voy. ¿Por qué no vienes conmigo?...

—Tengo que vestirme...

—Si parece que has salido de un hospital... ¿Qué tal? ¿Estás malito?...

—Abur, abur... Largo de aquí...

—Feo, apunte, mamarracho, adiós.

XIII

VENTAJAS DE VIVIR EN CASA PROPIA. LA NOCHE TERRIBLE

I

Considerando que era una tontería vivir en casa alquilada teniéndola propia, arreglé el principal de mi finca y me mudé a él. No me disgustaba alejarme del domicilio de mi señor tío, porque la familia empezaba a serme gravosa en una u otra forma. Aunque Raimundo volvió a dormir en casa de sus padres, en realidad no me despedí de él, porque por mañana y noche le tenía a mi lado. Era una adherencia sistemática, lealtad canina que a veces me causaba molestias. Cuando la manía del reblandecimiento no le permitía pronunciar la *tr*, se ponía el tal primo fastidioso, y era más pegadizo que en tiempos normales. Si estaba yo lavándome, él allí, describiendo con lúgubre tono los síntomas de su mal. Si almorzaba, él enfrente, bien participando del almuerzo, bien amenizándolo con un comentario de las palpitaciones cardíacas o de las sensaciones reflejas, todo ello en forma y estilo de *Dies iræ* y con una cara patibularia que daba compasión. Si estaba yo en mi gabinete escribiendo cartas, él allí, arrojado sobre el sofá, como un perro vigilante y amigo, callado hasta que yo le decía algo. Si le encargaba algún pe-

queño trabajo, como copiarme una minuta, sumarme varias partidas, cortarme cupones y sacar nota de ellos, lo hacía venciendo su indolencia, dando a entender que el gusto de complacerme podía más que su enfermedad. Estas crisis de languidez solían parar en raptos espasmódicos. No sólo pronunciaba entonces con facilidad y rapidez el condenado ejercicio que le servía de gimnasia vocal, sino que su lenguaje todo era febril y de carretilla, cortado de trecho en trecho por pausas, en las cuales se quedaba el oyente más atento, esperando lo que había de venir después. Tales son las pausas que hace el ruido del viento en una mala noche. Durante ellas la expectación del ruido nos molesta más que el ruido mismo.

En semejante estado, la calenturienta habladuría de mi primo se refería siempre a cuestiones de dinero. Sin duda, éste se había condensado en el cerebro del pobre Raimundo, constituyendo su idea fija, que al mismo tiempo le espoleaba y atormentaba. Sus temas eran éstos: ¡si en Madrid se gasta más dinero del que existe; si la sociedad matritense está en perpetuo déficit, en perpetua bancarrota; si no se verifica una transacción, grande o pequeña, desde el gran negocio de Bolsa a la insignificante compra en una tiendecilla, sin que en dicha transacción haya alguien que sea chasqueado...! Le ocurrían cosas bastante originales en la forma, otras muy extravagantes, pero que escondían algo de verdad.

—Sostengo—decía—que no existen, contantes y sonantes, más que veinte mil reales. Cuando uno los tiene, los demás están a cero. Pasan de mano en mano haciendo felices, sucesivamente, a éste, al otro, al de más allá. Lo que llaman *un buen año* es aquel en que los tales mil duros corren, corren, enriqueciendo momentáneamente a una larguísima serie de personas. Cuando se habla de paralización, de crisis metálica; cuando los tenderos se quejan, y los industriales chillan, y los bolsistas murmuran, y los banqueros trinan, es que los milagrosos mil duros corren poco, estando mucho tiempo en una sola caja. La sociedad entonces se pone de mal humor. Lo bonito es verlos andar de una parte a otra, despertando el contento general. Creeríase que es el gracioso juego del *corre, corre, vivito te lo doy.* Viendo pasar por sus dedos el talismán, se creen dichosos, y lo son por un momento, el empleado, el tendero, el almacenista, el banquero, el agente de Bolsa, el prestamista, el propietario, el contratista, el habilitado, el casero. La piedra filosofal, por correrlo todo, hállase también en las manos del jugador; pasa rozando por los dedos de la entretenida; sube a las grandes casas de negocios; baja a las arcas apolilladas del usurero; taladra las cajas del regimiento; se mete en la Delegación de Contribuciones; sale bramando para ir al Tesoro; la arrebata de cien manos una; va a ser el encanto de la noche de festín; vuelve al comercio menudo, donde parece que se subdivide para juntarse al momento; la agarra otra vez la usura; la coge el propietario hipotecando una finca; vuelve a la Bolsa; la gana un afortunado bajista; la pierde por la noche a la ruleta un sietemesino; va a parar luego a un contratista; le echa el guante uno que suministra postes de telégrafos o cajas para tabacos; va de sopetón a servir de fianza en la Caja de Depósitos; la envían rápidamente de aquí para allí como una pelota de las distintas oficinas del Estado; corre, gira, pasa, rueda, y en este movimiento infinito va haciendo ricos a los que la poseen. ¡Venturosos los que, siquiera por un momento, se jactan de echarle el guante!... Ahora bien, queridísimo primo: pues los hechos han querido que en el actual minuto histórico la consabida pelota esté en tus manos, haz el favor de compartir conmigo tu felicidad prestándome dos mil reales.

Así concluían siempre sus humoradas económicas. Mientras viví en Recoletos, estos sablazos de familia se repetían mensualmente, y, la verdad, yo los llevaba con paciencia y sin contrariedad grave. Mi buen primo no tenía más que su mezquino sueldo y alguna cosilla que su padre le daba. Yo era rico, y poco perdía, relativamente a mi fortuna, con los ataques de aquella divertida mendicidad. La compasión, el parentesco, la admiración del ingenio de Raimundo, obraban en mí para determinar mi liberalidad. Gozaba en su júbilo al tomar el dinero, y me parecía que echaba combustible a su temperamento para encenderlo y verle despedir las chispas de gra-

cia con que me divertía tanto. ¡Pobre Raimundo! Si a él le denigraban sus sablazos, en mí eran medio indirecto de gratificar el bufón de mi opulencia, de pagarle la tertulia que me hacía y las adulaciones con que halagaba mi vanidad.

Pero las cosas cambiaron. Cuando me fuí a vivir a mi casa de la calle de Zurbano, llevé conmigo, por razones que se comprenderán fácilmente, la idea de mirar mucho el dinero que salía de mi caja. Ya los golpes duros de aquel compañero de mis horas tristes empezaban a dolerme. Aquella fué la primera vez que Raimundo, al pedirme limosna, no vió la indulgencia y la generosidad pintadas en mi semblante.

—Toma mil reales—le dije, arrojándoselos desde lejos—; lárgate a la calle con viento fresco, y tarda todo el tiempo que puedas en gastarlos.

Generalmente, la recepción de las sumas que me pedía obraba con maravilloso poder terapéutico sobre la raquis de aquel hombre infeliz, porque su languidez cesaba al instante, su palabra era más expedita y clara, resplandecían sus ojos; en fin, era otro hombre. No tardaba en tomar calle y, por lo común, al día del sablazo sucedían mañanas y tardes que no parecía por mi casa. Estos eclipses me gustaban, pero no eran baratos. Poco a poco se iba gastando la virtud medicatriz de mi bálsamo, y el hombre volvía a desmayar y a decaer como planta de tiesto a la que se le va secando la tierra; la lengua se le entorpecía, el temblor nervioso le hacía parecer tocado de idiotismo, hasta que su crisis tenía nuevamente alivio y término en otra sangría a mi bolsillo. Contra lo que manda la ciencia, el enfermo era la sanguijuela y el médico se la ponía.

Francamente, en aquellos días empezaron mis hombros a sentirse cansados bajo el peso de mi familia. Una mañana estaba yo vistiéndome, cuando entró el portero muy afanado y me dijo que la señorita Camila se estaba mudando al cuarto tercero de la derecha, el único que no se había alquilado todavía. Ni mi prima me había dicho una palabra acerca de tomar el cuarto, ni había cumplido con el portero. que me representaba para aquel caso, ninguna de las formalidades que la ley y la costumbre establecen para ocupar una casa ajena.

—No me he atrevido a decirle nada —manifestó el portero, sofocadísimo—. Arriba está colocando los muebles con un bulla de cien mil demonios, y en el portal han parado dos carros de mudanza. Yo hice presente a la señorita que el señor no había dicho nada, ni se ha hecho contrato, y me respondió que me fuera enhoramala, que ella se entendería con el señor y... que yo no soy nadie. Conque venga a ver...

No quise tomar una determinación ruidosa, y dejé que mi prima ocupase el cuarto, resuelto a cantar muy claro al feo de Miquis las obligaciones que contraía por el hecho de ocupar mi propiedad. Más tarde se personó en mi presencia la propia Camila, y me dijo:

—Perdona, primito, *comparito,* que hayamos tomado tu casa por asalto. La vi ayer tarde, y me gustó tanto, que no he querido que pasase el día de hoy sin estar en ella. No creas, te pagaremos religiosamente, te daremos dos meses en fianza. ¿No bajas nada de los siete mil? En fin, por ser compadre, te daremos seis mil quinientos, y no resuelles, porque será peor. Te pagaremos cuando tengamos dinero, que ojalá sea pronto... Y calla, hombre, calla; ya sé lo que me vas a decir. Tienes razón, esto es un abuso; pero por algo somos compadres. Nosotros, los Buenos de Guzmán, tenemos así este genio pronto. Me voy, que tengo que dar una mamada a mi cachorro. ¡Ah!, nuestra casa está a tu disposición. Puedes subir cuando quieras, y nos acompañaremos mutuamente. Estás muy solito, y te aburrirás en este caserón. Nosotros no salimos, no vamos a ninguna parte. Estoy consagrada a darte un ahijado gordo y rollizo. Sube y lo verás.

Subí aquella tarde. Camila, sin reparo alguno, sacó el pecho en mi presencia y se puso a dar de mamar al inocente. Mi ahijado no era bonito, ni robusto, ni sano. Cuando no tenía el pezón en la boca, estaba consagrado exclusivamente a la ejecución de un interminable solo de clarinete que atronaba la casa. En ésta no se podía dar un paso. Ningún mueble estaba aún en su sitio, y el gañán de Constantino no hacía más que clavar clavos por todas partes, rasgándome el papel, descascarándome el estuco y dando tanto porrazo, que pare-

cía haberse propuesto destrozarme todos los tabiques.

—La casa me gusta—díjome Camila, obligándome a sentarme en una silla a su lado, después que me acercó a los labios la carátula roja de su feo muñeco para que le besase—, me gusta mucho; pero tiene grandes defectos, sí; defectos que me harás el favor de corregir inmediatamente.

—Conque inmediatamente... ¡Qué ejecutivo está el tiempo!

—Chitito, callando, y obedecer. Mira que tengo malas pulgas... Pues sí, es preciso que mandes acá tus albañiles mañana mismo. Necesito que me abras una puerta de comunicación en este tabique que está a mi espalda. No sé en qué estaba pensando el arquitecto cuando trazó la casa. No se les ocurre a esos tipos que todas las habitaciones de una crujía deben estar comunicadas. Necesito, además, que des luz al cuarto de la muchacha, bien por el patio, bien por la cocina, poniendo una vidriera alta, ¿entiendes? Fíjate bien; parece que no haces caso de lo que se te dice... Otra cosa: es preciso que me pongas una cañería desde el grifo de la cocina al cuarto del baño, para llenar cómodamente la tina. Y de paso me abrirán otra puerta de comunicación entre dicho cuartito del baño y el comedor. Harás que me pongan campanillas en todas las piezas, pues sólo dos las tienen, y en la sala quiero chimenea. Voy a hacer de la sala gabinete, y aunque yo no tengo frío, las visitas..., ya ves. Voy a dar *tes danzantes*.

—Di de una vez que mande construir de nuevo la finca—repuse, tomando a broma sus reformas.

—No te hagas el tontito. ¡Ah!, desde que eres casero te has vuelto tacaño, antipático... Ya no eres el caballero de antes; ya no piensas más que en sacarle el jugo al pobre... Pues mira, tú te lo pierdes. Si no haces las obras que te he dicho, nos mudaremos, y se te quedará el cuarto vacío. Conque a ver qué te conviene más.

Iba a contestarle que prefería el vacío a un inquilino tan exigente y que tenía todas las trazas de ser improductivo; pero en aquel instante mi ahijado, dejando el pecho de su madre, me miró, ¡pobrecillo!, con una singular expresión de súplica. Parecía que impetraba mi indulgencia en pro de sus estrafalarios y míseros papás. Aquel infeliz niño, tan gordifión que parecía hinchado, me inspiraba mucha lástima. Con su debilidad, con su inocencia y con aquel modo de mirar, atento y pasmado, ganaba mi voluntad, reconciliándome con mis inquilinos. En Camila me interesaba la solicitud con que se desvivía por el cuidado y la crianza de su hijo, sin hacer caso de nada que no fuera este fin alto y noble, alejada de la sociedad y de las diversiones. Por esta exaltación del sentimiento materno, que en ella surgía con los caracteres de una virtud sólida, le perdonaba yo sus desfachateces y tonterías, la falta de recato y formalidad, que siempre era lo más distintivo y visible de su extraño carácter. Pero me quedaba la duda de que el sentimiento materno fuera también caprichoso, como todas las vehemencias maniáticas que sucesivamente privaban en su espíritu. El tiempo me diría si aquello, que parecía mérito muy grande, resultaría después, como sus acciones todas, un entusiasmo efímero. Por fin, después de reírme mucho, contesté con un *veremos* a las peticiones de reforma en la casa.

¡Cuál no sería mi sorpresa dos días después, cuando Constantino, entrando inopinadamente en mi despacho, me puso en la mano el importe de un mes adelantado y dos meses de fianza!

—Dispense usted, señor casero—me dijo—, la demora. Esperaba yo que mi mamá me mandase los cuartos. En la Mancha ha habido malas cosechas, y por esta razón... De aquí en adelante cumpliremos mejor. Me dijo ayer Camila que usted creía que no le íbamos a pagar y que nos habíamos metido en su casa para habitarla de balde... ¿Apostamos a que se lo pensó así?

—No, hombre; no creí tal. Ideas de esa loca. No hagas caso... Sois las personas más formales que conozco. A entrambos os aprecio mucho. Seré con vosotros un casero indulgente. Seréis para mí los inquilinos más considerados y los vecinos más queridos. Y cuando me encuentre aburrido en esta soledad, subiré a haceros compañía, a buscar un poco de calor en el fuego de vuestra felicidad.

El me instó a que subiera todas las noches para darnos mutuamente tertu-

lia. Camila no iba a ninguna parte: la obligación de la teta y el cuidado del crío, que no parecía estar bueno, la retenían constantemente en casa. El tampoco salía ya de noche, porque Camila, a fuerza de predicarle y de reñirle, unas veces tratándole por buenas, otras por malas, había conseguido quitarle la mala costumbre de ir al café.

—Como somos pobres—añadió—, tenemos pocas visitas. Mi hermano y su mujer suelen ir algunas noches. Suba usted, y jugaremos al tute, a la brisca, al burro y a las siete y media, que son los únicos juegos que Camila consiente. Ella, si usted sube, tocará el piano y cantará alguna cosa bonita de las muchas que sabe.

Di las gracias a aquel honrado cafre, que me pareció haberse domesticado algo desde el tiempo en que nos conocimos, e hice propósito de no desperdiciar su invitación.

II

Porque en aquellos días tenía yo muy pocas ganas de andar por el mundo; sentía no sé qué secreto abrumador hastío y un indefinible anhelo de la vida de familia, de reposo moral y físico. No pudiendo satisfacerlo cumplidamente, compartía mi tiempo entre la casa de Eloísa y la de Camila, huyendo de círculos, teatros y reuniones mundanas o políticas que me aburrían soberanamente. En la primera de aquellas casas alternaban para mí las horas tristes con las horas entretenidas, pues si bien la fatiga y cierta tibieza del corazón hacíanme padecer, pasaba ratos agradables charlando con Eloísa de aquellos proyectos de pobreza que tanta gracia tenían en su boca, o poniendo en vigor con rigurosa actividad el plan de economías que debía salvarla. Yo mandaba allí como si fuera el amo, y disponía a mi antojo de todo. Hice un desmoche horrible de criados, y tuve el gusto de plantar en la calle al danzante de monsieur Petit y al jefe de cocina, con sus tres pinches. Una mujer bastante hábil, asistida de una *pincha,* se encargó de hacer de comer. Despedí también a la doncella-camarera, que me parecía mujer de muchos enredos. Era italiana, de buen ver; llamábase Quinquina, y había venido a España al servicio de una célebre artista del Real. Supe que había dado escándalos en la casa, dejándose requerir por los cocheros y lacayos, y que Pepito Trastamara la perseguía por los pasillos. Semejante trapisondista no debía seguir allí, y salió pitando, aunque Eloísa lo sintió porque la servía muy bien. De los mozos que lucían frac o librea en los grandes jueves, no quedó más que Evaristo, criado mío muy leal, a quien coloqué en la servidumbre de mi prima. Parecía estar en honestas relaciones con Micaela, la doncella de Rafaelito. Eloísa me aseguró que se casaban y que seguirían sirviéndola después de la boda. Agradábame que Evaristo permaneciera, porque me constaba de un modo absoluto su adhesión, y me convenía tener un perro de presa, un vigilante, un espía dentro de aquellos muros.

Entre tanto, las cuadras y cocheras se reducían a un tiro nada más. Los lienzos gustaban al ministro de Holanda, que probablemente se quedaría con ellos por una cantidad alzada. Eloísa daba a su prendera los zafiros para que los *corriera,* y todo iba bien, perfectamente bien. Para descansar de estas tareas de gobierno, solía pasar algunos ratos con Rafaelito, el más mono y salado chiquitín que podría imaginarse. Tenía ya dos años, y los disparates de su preciosa boca me encantaban más que todas las cosas admirables que han dicho los poetas desde que hay poesía. Sus agudezas, feliz ensayo de malicia humana, eran mi mayor diversión. Para gozar de aquel hermoso oriente de una vida provocaba yo y movía las manifestaciones rudas de su naciente carácter; le hurgaba para que se me mostrara tal cual era, ya riendo como un loco, ya colérico; le sacaba de un modo capcioso las marrullerías, las astucias y los impulsos nobles del ánimo. Las horas muertas me pasaba a su lado, a veces tan chiquillo como él, a veces tan hombre él como yo. Componíale yo los juguetes, después que entre los dos los habíamos roto.

También empleaba algunos ratos en acompañar al pobre Carrillo, que apenas salía de su cuarto. Figurándome que tenía con él una deuda enorme, se la pagaba con buenas palabras y con atenciones cariñosas. Nada agradecía él tanto como que se le diera cuerda en cual-

quier tema de los suyos y en su fervoroso entusiasmo por la política inglesa. Yo sabía herir siempre las fibras más sensibles de su amor propio de propagandista y de anglómano. Con mi conversación se animaba, ponía en olvido sus crueles dolores y lanzaba su fantasía al espacio inmenso de los grandes proyectos. Mientras platicábamos, solía estar con nosotros el pequeñuelo. Pero ocurría un caso muy particular, que a mí no me causaba asombro, por estar ya muy hecho a las cosas contrarias a la Naturaleza y a la razón. El pequeño se divertía poco con su papá, y esquivaba el estar en sus brazos. Pronto conocí que le tenía miedo, y que el rostro demacrado de Carrillo, con su amarillez azafranosa, producía en el pobre niño un terror que no sabía disimular. La verdad era que hasta entonces el infeliz padre, harto ocupado con los hijos ajenos, se había entretenido poco con el suyo. Rafael no hallaba calor en los brazos de Pepe, y venía a buscarlo en los míos. Ni dejaba perder ocasión el muy inocente de preferirme al otro. Carrillo dijo un día con amarguísima tristeza: «Te quiere más que a mí», frase que se clavó en mi conciencia como un dardo. Hubiérame agradado que el pequeño no me acibarase el espíritu con sus preferencias; trataba yo de volver por los fueros de la Naturaleza ofendida; pero no lo podía conseguir. El chiquillo me adoraba. Viéndole desasirse con gesto desabrido de los brazos de su padre, sentía yo en mi alma un peso que me aplanaba. Le habría dado de azotes, si no temiera que este remedio trivial agravase el daño. Y Carrillo me miraba como con envidia, y me hacía volver los ojos a otra parte, sobrecogido de inexplicable turbación. La imagen de aquel resto de hombre, fijo en su asiento, inmóvil de medio cuerpo abajo, flaco y consumido, de un color de cera virgen, con las manos temblonas y el aliento difícil, me perseguía en todas partes de noche y de día. Imposible, imposible expresar el sentimiento que me inspiraba, mezcla imponente de lástima y miedo, de desdén y respeto.

En casa de Camila pasaba yo algunos ratos por las mañanas antes de almorzar. Confieso que la loca de la familia me iba siendo menos antipática, y que en su endiablado carácter empezaba yo a descubrir cualidades no despreciables, que habrían lucido más entresacadas de aquella broza que las envolvía. El cariño ardiente y sincero que parecía tener al simplín de su marido, era, para mí, una de las cosas más dignas de admiración que había visto en mi vida. La sencillez de sus costumbres y su alejamiento de las ostentaciones de la vanidad, también me agradaban. Pero estas dotes, recién descubiertas, creía yo que no debían estimarse como positivas hasta que las circunstancias no las pusieran a prueba. Era cosa de verlo. Con quien yo no congeniaba era con mi ahijado, el más ruidoso y malhumorado cachorro que mamaba leche en el mundo. Muchas veces tuve que huir de la casa porque su clarinete me volvía loco. Era el tal de una robustez sospechosa, gordiflón, amoratado. No había equilibrio en aquella naturaleza, y su sangre, quizá viciada, se manifestaba en la epidermis con florescencias alarmantes. En vano, Camila tomaba grandes tragos de zarzaparrilla y otros depurativos. El pequeñuelo mostraba rubicundeces y granulaciones que parecían retoños vegetales. No debía de estar sano, porque su inquietud crecía con su sospechosa robustez. Lo peor de todo era que Camila bajaba con él a mi casa cuandos menos falta tenía yo de música, y la una con sus cantos, y el otro con sus chillidos, me daban unos conciertos matutinos y nocturnos que me aburrían.

Vuelvo a la otra casa, donde, inopinadamente, ocurrieron sucesos en el breve espacio de una noche que dejaron indeleble recuerdo en mí. Si mil años vivo, no olvidaré aquellas horas terribles. Eloísa, que por instigación mía había dejado de renovar su abono en los teatros, fué invitada aquella noche por una de sus amigas a un estreno en la Comedia. Dudó si iría; pero Carrillo se encontraba mejor que nunca: él y yo la instamos a que fuera. No eran aún las nueve cuando Pepe se nos puso muy mal. Estábamos allí el ayuda de cámara Villalonga y yo. Al punto comprendimos que el enfermo sufría una crisis de las más graves. Mandé inmediatamente por el médico, y también quise mandar a buscar a Eloísa; pero Carrillo, en aquel paroxismo que parecía la agonía de la muerte, tuvo una palabra para oponerse a mi deseo, diciendo: «No, no: déjala

que se divierta la pobre.» En esta frase creí sorprender un desdén supremo; pero seguramente me equivocaba, y lo que había era un espíritu de condescendencia llevado a lo último.

El infeliz sufría horribles dolores. El cólico nefrítico se presentaba más espantoso que nunca, complicado con un gran aplanamiento. El médico auguró mal, y se negó a administrar, como inútiles, las inyecciones hipodérmicas. El marqués de Cicero, a quien avisé, vino prontamente acompañado de su respetable y también insignificante hermana, y después de echar un vistazo al enfermo, salió de la alcoba, porque, según dijo, no tenía corazón para ver padecer. Fuése a las habitaciones más distantes, donde estuvo largo rato hablando con los criados, y después pasó al despacho. Le vi luego vagar por la antesala, echando ojeadas de admiración a los espejos y azotándose la pierna derecha con un bastoncillo. Cuando me tropezaba con él, pedíame noticias de su sobrino. Después se pasaba la mano por aquella frente hermosa, digna de encerrar talento; se la frotaba como quien acaricia una gran idea que le cosquillea debajo del cráneo, y decía con el tono misterioso que se da a los descubrimientos: «¿Sabe usted, amigo, que ya van creciendo mucho los días? Hoy, a las cinco, era completamente claro.» Aquella noche, afortunadamente, no llevó ninguno de los perros que solían acompañarle. A veces me llamaba con gran aparato de manotadas y chicheos para decirme al oído: «La pobre Angelita no sospechaba que Pepe viviría menos que yo. Estoy muy fuerte. Si Pepe hubiera seguido yendo al monte conmigo todos los sábados para volver los lunes, no se vería como se ve.»

Me lastimaba mucho, no puedo ocultarlo, que el marqués y su hermana advirtieran la ausencia de Eloísa en ocasión tan crítica. Ya me disponía a mandarle un recado... cuando la vi entrar. Eran las diez y media. ¿Cómo tan pronto si la función no podía haber concluído? No se ocupó ella de darme explicaciones, porque en el portal los criados la habían enterado de la gravedad del enfermo. Entró anhelante en la alcoba de éste, y pasándole la mano por la frente, díjole algunas palabras consoladoras y afectuosas. Después corrió a quitarse el vestido de sociedad, que era un sarcasmo en tan lastimosa escena. Fuí tras ella a su tocador, y mientras se mudaba de traje, contóme en palabras breves el motivo de su temprana salida del teatro. La obra que se estrenó era muy inmoral, y todas las personas decentes se habían escandalizado; las señoras se salían, horrorizadas, de los palcos, y el público de butacas protestaba en murmullos. «Figúrate que el autor ha sacado allí unas *tías* elegantes, caracteres enteramente nuevos en nuestro teatro... Es un escándalo, una desvergüenza; es cosa que da asco... Lo único bueno de la obra son los trajes preciosísimos que han sacado las tales... ¡Qué lujo, qué novedad de telas, y qué cortes tan admirables!» La gravedad de lo que nos rodeaba no le permitió darme más pormenores. «Pobre Pepe, ¡cuánto padece esta noche!—exclamó, abrochándose la bata y mirándose en mi tristeza como en un espejo—. ¡Si le pudiéramos aliviar! Maldita Medicina, que para nada sirve. Esta noche no nos abandonarás. ¡Me espanta la idea de quedarme aquí sola!... Siento que pases estos malos ratos; pero no hay más remedio, hijito. Hazlo por mí, por él, por todos. En estos casos se conocen los buenos amigos. Presumo que vamos a tener una noche muy mala, muy mala.»

Volví antes que ella al lado de Carrillo. Encontrémele acometido de espantosos dolores, doblándose por la cintura como si quisiera partirse en dos, profiriendo ayes profundos, roncos y guturales, que causaban horror. Parecía haber perdido el juicio. Sus gritos eran la exclamación de la animalidad herida y en peligro, sin ideas, sin nada de lo que distingue al hombre de la fiera. Eloísa se puso a su lado; pero él no reparó en ella; en mí, sí, pues habiéndole rodeado el cuello con mi brazo para sostenerle en la postura que me parecía menos penosa, se aferró con ambas manos a mi cuerpo, y me tuvo sujeto largo rato. Agarrábase a mí como si al asegurarse bien, clavándome las uñas, se sintiese aliviado. Ultimamente reclinó la cabeza sobre mi pecho. dando un suspiro muy hondo. Mi prima se aterró creyendo que se moría; pero tranquilizónos el médico asegurando que la sedación comenzaba y que las arenillas habían pasado ya. El doctor no era una notabili-

dad de la ciencia, a mi modo de ver, aunque muy zalamero en su trato, razón por la cual muchas familias de viso le preferían a otros. Si la misión del facultativo es entretener a los enfermos y alegrar su espíritu con ingeniosas palabras y aun con metáforas, Zayas no tiene quien le eche el pie adelante. Por lo demás, ni él curaba a nadie, ni Cristo que lo fundó. Eloísa propuso aquella misma noche convocar junta de médicos para el día siguiente, y el de cabecera citó tres o cuatro nombres de los más ilustres. Después de haber recetado un calmante, arrepintióse y recetó otro, y por fin, le vimos decidido a darle bromuro potásico.

—Debe de haber en esto una complicación grave—le dije, razonando con el sentido común—. ¿Habrá derrame cerebral?

—Quizá—replicó, lleno de dudas—. Lo indudable es la completa atonía del aparato vesical, y tal vez paralización de los centros nerviosos. Me temo mucho que haya bolsas arteriales, cuya rotura sería el desenlace funesto. Al principio se quejaba de frío en la espalda, y las fricciones le pusieron peor. El pulso acusa una circulación sumamente irregular.

Nada concreto nos decía aquel sabio, que había estado tres años estudiando al paciente y aún no le conocía. Entre Celedonio y yo, con ayuda de Villalonga, acostamos a Pepe en su cama, vestido para no molestarle. No parecía sufrir dolores agudos; pero su cerebro estaba profundísimamente trastornado. Hablaba sin cesar con torpe lengua, entrecortando las frases con risas que nos causaban espanto. Sentóse mi prima por un lado del lecho, y yo, por otro. Zayas le contemplaba desde enfrente sin decir nada. Miraba Pepe a su mujer con estúpidos ojos: no la reconocía; tomábala por una persona extraña; se volvía a mí, y confundiéndome con Celedonio, decía: «Tú, Celedonio, y José María sois las únicas personas que me quieren y me cuidan en esta casa.» Eloísa y yo nos mirábamos con azarosa inquietud, sin pronunciar palabra.

—¿Se ha ido José María?—preguntaba después el infeliz.

—Aquí estoy, ¿no me ves?...

—¡Ah!, sí; como estás vestido de sacerdote, no te había conocido... ¿De cuándo acá...?

De este modo llegó medianoche. El delirio disminuía. El marido de mi prime parecía entrar lentamente en un período comático. Calló al fin, y su respiración anunciaba sosiego, quizá un sueño reparador. Por fin, el médico, asegurando que no había peligro inmediato, se despidió hasta la mañana siguiente. Villalonga se fué también. El marqués de Cicero, que estaba en el despacho leyendo periódicos delante del busto de Shakespeare, díjome que no tenía sueño; que se quedaría hasta las tres o las cuatro, si me quedaba yo, y poco después Eloísa invitaba a él y a su señora hermana a tomar un emparedado, un poco de burdeos y una taza de té. En el comedor los vi a eso de la una cenando silenciosos. Yo no tomé nada.

III

A pesar de las seguridades que dió el bueno de Zayas, yo no las tenía todas conmigo. Temía, más que la renovación del ataque de nefritis, un brusco estallido de las complicaciones vasculares y encefálicas. Aunque Eloísa me instó a que me acostase, no quise hacerlo. Ella también estaba inquieta. Acordamos velar ambos, cargando juntos aquella espantosa cruz, como nos lo ordenaba la fatalidad de los hechos. El marqués y su hermana se fueron al despacho, donde se entretenían, ella rezando el rosario, y él leyendo. Sería la una y media cuando Eloísa y yo volvimos a ponernos en triste centinela, cada cual a un lado del lecho del enfermo. Así estuvimos largo rato oyendo sólo el rumorcillo del reloj de la chimenea, que arrojaba los desmenuzados espacios de tiempo como la clepsidra chorrea las arenas que caen para siempre. Observábamos el cadencioso, reposado aliento de Pepe, y al menor sonido que se pareciese a la emisión de una sílaba, nos entraba sobresalto y azaramiento. Creíamos que nos iba a decir algo aterrador con la solemnidad que es propia de labios moribundos. De improviso abrió el infeliz los ojos; miró a su mujer cual si no estuviera seguro de quién era; volvióse después hacia mí, y en tono tranquilo que revelaba completa posesión de sus facultades intelectuales, me dijo estas palabras: «Haz el favor de mandar que

venga un cura. Quiero confesarme.» Dijímosle que su estado no era para tanto, y él insistió en que sí lo era con tal energía, que no quisimos contrariarle.

—Esta noche me moriré—exclamó con una serenidad que nos dejó pasmados—. Esta noche se acabará esta vida que he deseado fuese útil, sin poderlo conseguir. Y no creáis que estoy afligido. Me muero resignado. ¿Qué soy yo en el mundo? Nada. Soy un cero que padece, y nada más. La mayor parte de los que vivimos, ceros somos, y mientras más pronto se nos borre, mejor.

Le respondimos a dúo las primeras simplezas que se nos ocurrieron.

—¡Qué cosas tienes! No digas tonterías. Si estás bien...

—Que se te quite eso de la cabeza.

Y siempre más atento a mí que a los demás, ¡preferencia increíble!, repitió su demanda:

—José María, tú que eres tan amable, tan complaciente, tréeme un cura. Mira que esto va de veras, y tengo en mi conciencia cosas que quisiera dejar aquí. Si no me confieso, sobre tu conciencia va; y si me condeno, carga con la responsabilidad... Soy cristiano, deseo cumplir; José María, Eloísa, sed amables, traedme un confesor.

Estas palabras tenían una solemnidad que en vano queríamos quitarle, atribuyéndolas a delirio de enfermo. En las miradas de Eloísa conocí que ésta las interpretaba como desvarío de un cerebro alterado. A su vez, ella debió de conocer en las mías que yo entendía aquellos conceptos de otro modo, y pronto cambió la expresión de su rostro. La vi queriendo disimular alguna lágrima que se le saltaba de los ojos; el marido, notando esta emoción, le dijo: «Ni tú, pobrecita, ni Celedonio, servís para estos lances. Más vale que os retiréis.» Insistió luego en que le trajésemos al confesor; dijímosle que al día siguiente, y él contestó con cierto énfasis: «No, no: ahora mismo. Mañana ya no habrá tiempo.» Serían las dos cuando enviamos recado a la parroquia de San Lorenzo.

El cura tardó una hora en venir, y en este tiempo Carrillo siguió en el mismo estado, más bien con apariencias de mejoría. Hablaba alternativamente con su mujer, con Celedonio y conmigo, mostrándonos a los tres un cariño fraternal que, por la parte que me tocaba, no he podido explicarme nunca. La confesión fué larga. Mientras se verificaba, Eloísa y yo convinimos en que la ceremonia del Viático se celebraría al día siguiente con gran pompa, con asistencia de toda la familia y de los parientes y amigos de la casa. Acordamos en breve discusión algunos detalles. Se haría un bonito altar y se traería la mayor cantidad posible de hachas y plantas de salón. Tanto ella como yo queríamos que este acto piadoso tuviera muchísimo lucimiento. Ocurriósenos también impetrar la bendición papal, y yo indiqué que por mediación de mi tío y del general Chapa, que eran amigos del Nuncio, se podía conseguir, costara lo que costase.

Cuando salió el cura de la alcoba, le acompañé al comedor, donde estaba dispuesto un chocolate, que no quiso aceptar. Tenía que decir misa a las ocho. Fumamos un cigarrillo, y él, fijando en mí sus ojuelos sagaces (era viejo y muy curtido en aquellos lances), pronunció estas palabras que me parecieron impertinentes:

—Ese buen señor es un mártir...

—¡Un mártir, sí!—dije yo, como si dijera *amén*.

Aún me parecía poco, y lo remaché:

—¡Es un santo!

Entonces el clérigo, echándome una rociada de humo, y mirándome como si me atravesara de parte a parte con sus ojos, exclamó:

—¡Dichosos los que no temen la muerte, porque están puros!

Iba yo a soltar una sentencia análoga; pero creí más correcto no decir nada, y le devolví su humo mezclado con el mío. Después de una pausa, los ojuelos volvieron a flecharme. Creí sorprender no sé qué tremenda ironía en aquel intruso forrado de negro, cuando me dijo:

—¿Es usted hermano de la señora?

De buena gana le habría respondido: «¿Y a ti qué te importa, tontín, que yo sea hermano de la señora o lo que se me antoje ser de la señora?» Pero este terrible disparate no salió de mis labios.

—No, señor—le respondí, tragándome el humo—. Soy... de la familia.

Pronunció luego el dichoso clérigo algunas palabras consoladoras, de las de rúbrica, y se despidió. Le acompañé has-

ta la puerta. Ya tenía yo muchas ganas de perderle de vista.

Carrillo me mandó llamar. Estaba impaciente por tenerme a su lado, y tal vez quería decirme algo importante. En el gabinete que precedía a la alcoba vi a Eloísa sentada en una butaca, inclinada la cabeza y el rostro entre las manos. Lloraba en silencio. Creí de pronto que, durante el tiempo que yo estuve con el cura, mi prima y su marido habían cambiado algunas palabras; pero después supe por ella que no. La solemnidad y gravedad de las circunstancias, la compasión, el temor religioso, la importancia del acto que su marido acababa de realizar, habíanla impresionado enormemente. No se atrevía a franquear la puerta de la alcoba. Sentía pavor, respeto, vergüenza, no sabía qué.

Entré, y acercándome al lecho, advertí que el enfermo estaba sereno; sólo que tenía la voz tomada, y alrededor de los ojos, un cerco oscuro, muy oscuro.

—Si vieras qué tranquilo estoy ahora —me dijo con cariño—. Tú no lo creerás, porque eres irreligioso. Tampoco creerás que tal como estoy no me cambiaría por ti.

Le contesté, después de mucho vacilar y confundirme, que, en efecto, la vida humana era una broma pesada, y que cuanto más pronto se libra uno de ella, mejor. El dijo que una hora de conciencia pura vale más que mil años de salud y de ventura, con lo que me mostré conforme, aunque sobre ello parecíame que había mucho que hablar. Le insté a que descansara, dejando las reflexiones morales para el día siguiente; pero él no quiso, y siguió hablándome del estado felicísimo en que se encontraba.

—Créeme, José María—me dijo dos o tres veces—, te tengo lástima, como se la tengo a todos los que viven sin fe. Enmiéndate, corrígete. No des importancia a lo que no la tiene.

Y mirando al techo, exclamó después con expresión de indescriptible júbilo:

—¡Qué gusto poder decir ahora: «No he hecho mal a nadie»!

No le respondí. Pero los pensamientos me congestionaban el cerebro. Ocurriéronme tantas cosas, que habría necesitado una resma de papel si intentara escribirlas. Si por instantes admiraba aquella conformidad hermosa, a veces me ocurría que Carrillo faltaba a la verdad al sostener que nunca hizo mal a nadie, pues se lo había causado a sí mismo en grado máximo; jamás tuvo la estimación de su propio ser, fundamento de la vida social: había sido un suicida civil, y no se redimía, no, echándoselas de místico a última hora. Protestaba yo de aquel estado de perfección en que se suponía, y me venían al pensamiento ideas crueles, despiadadas, absurdas quizá, en las cuales algo había de envidia, algo de venganza; pero que entonces me parecían fundadas en el criterio de la eterna justicia. «No—decía yo para mí, inquieto y trastornado—, no te hagas el santo. No lo eres, porque no has combatido, porque no es virtud la falta absoluta de energía, tanto para el mal como para el bien. No nos hables de gozar la bienaventuranza eterna. Sí: para ti estaba el Cielo. Si quieres salvarte, di que me has aborrecido y que me perdonas... Matándome, nos habríamos condenado juntos. Pero no has tenido ni siquiera la intención de ello, y me estrechas la mano, y me llamas amigo... ¡Ah!, miserable cero; no me llevarás contigo al Limbo, que va a ser tu morada... ¿Qué casta de hombre eres? ¿Son así los ángeles? Pues reniego de ellos...»

Estos y otros desatinos me bullían en la mente. Para acabar de marearme, Carrillo me dijo: «Procura conducirte de modo que, cuando te mueras, estés tranquilo como yo ahora.»

No pude vencerme, y se me escapó una sonrisa. Quise recogerla; pero las sonrisas, como las palabras, no se pueden recoger. El la tomó por expresión de lástima, y afirmó que se sentía muy bien, mejor que yo, y, sobre todo, mucho más tranquilo. No le respondí sino con el pensamiento, diciéndole: «Esa tranquilidad desabrida para nada la quiero. ¡Morirse sin haber querido o sin haber odiado a alguien! ¡Morir sin despedirse de una pasión, sin tener alguien a quien perdonar, algo de que arrepentirse! ¡Sosa, incolora y tristísima muerte!»

Después pareció que escuchaba. Ponía su atención en los sollozos de Eloísa.

—Esa pobre—murmuró con afabilidad que me causaba pena—está pasando sin necesidad una mala noche. Dile que se acueste. Acompáñala, consuélala; no la dejes que se entregue al dolor.

Salí para cumplir este encargo. Pero ella no me hizo caso, y continuaba en el

mismo sitio. Al poco rato, Carrillo empezó a mostrar gran inquietud. Me alarmé. Entre Celedonio y yo le incorporamos en el lecho. Quiso hablar y no pudo; llevóse una mano a los ojos... Gemidos roncos salían de su garganta. Acudió su mujer, afanada, secando sus lágrimas. Entonces, de la boca del desdichado vi salir alguna sangre; después, más, más. Ni él hacía esfuerzos para lanzarla fuera, ni parecía experimentar dolor. No la arrojaba él; ella se salía serenamente, como el agua que afluye hilo a hilo del manantial. ¡Momento de consternación en las tres personas que presenciábamos aquel fin de una vida! Fué tan rápida y tan grande la descomposición del rostro de Pepe, que Eloísa se impresionó mucho. La vi aterrada, próxima a perder el conocimiento. «Vete —le dije—, vete de aquí.» Pero su propio terror la clavaba en aquel triste lugar. Entró Micaela, y le ordené que se llevara a su señora. La doncella le rodeó la cintura con su brazo, y la que muy pronto iba a ser viuda salió, tapándose los ojos. El marqués de Cicero, que había entrado de puntillas, huyó despavorido, con las manos en la cabeza.

Cuando Celedonio y yo nos quedamos solos con el moribundo, éste me echó los brazos, uno al cuello, otro por delante del pecho, y apretóme tan fuertemente que me sentí mal. Me hacía daño. ¿Qué fuerza era aquella que le entraba en el instante último, al extinguirse la vida?... Pasó por mi mente una idea, como pasan las estrellas volantes por el cielo. «¡Ah!—pensé—, aquí está al fin ese odio que te rehabilita a mis ojos. La última contracción del organismo que se desploma es para expresarme que eres, que debes ser mi enemigo...» Luego oprimió su rostro contra mí, y de su boca salió un bramido fuerte, profundo, que parecía tener filo como una espada... Creí sentir un dardo que me atravesaba el pecho. Con aquel gemido se acabó su desdichada vida... Le miré la cara, y en sus ojos vidriosos vi cuajada y congelada la misma expresión de amistad leal que me había mostrado siempre... No, ¡pobre cordero!, no me odiaba... Costóme trabajo desasirme del brazo de aquel inocente que quería, sin duda, llevarme, consigo al Limbo.

IV

¡Qué noche! Cuando todo concluyó, salí de la alcoba, deseando quitarme pronto la ropa, que estaba manchada de sangre. En el pasillo me vi a la claridad del día, que entraba ya por las ventanas del patio, y sentí un horror de mí mismo que no puedo explicar ahora. Parecía un asesino, un carnicero, qué sé yo... Salióme al encuentro Micaela, la doncella de Rafael, que me tuvo miedo, y echó a correr dando gritos. La llamé; preguntéle por su ama. Díjome que estaba en el cuarto del niño. En tanto, Celedonio, los ojos llenos de lágrimas, me hacía señas para que volviese al gabinete, y me dijo entre sollozos que me sacaría ropa de su amo para que me mudase. La idea de ponerme sus vestidos me causaba un sentimiento muy extraño: no sé qué era; mas hallábame tan horrible con la mía, que acepté. Púseme a toda prisa una camisa, un chaleco de abrigo y una bata corta del muerto. Pero deseando vestirme con mi ropa, mandé a Evaristo a casa para que me la trajera.

Dejando a Celedonio con los restos aún no fríos de su amo, fuí en busca de Eloísa, cuya situación de ánimo me alarmaba. No la encontré en el cuarto del niño, que dormía profundamente, sino en el suyo, acometida de un fuerte trastorno nervioso, manifestando, ya sentimiento, ya terror. Al verme con el traje de su marido se puso tan mal, que creí que se desvanecía. Fijábansele los síntomas espasmódicos en la garganta, como de costumbre, y con sus manos hacía un dogal para oprimírsela. «La pluma, la pluma—murmuraba con cierto desvarío—. ¡No la puedo pasar!» Le rogué que se acostara; pero negábase a ello. Micaela y yo quisimos acostarla a la fuerza; pero nos hizo resistencia. Estaba convulsa, fría y húmeda la piel; los ojos, muy abiertos. «No vayas tú a ponerte mala también—dije con la mayor naturalidad del mundo—. Recógete y descansa. No has de poder remediar nada dándote malos ratos.» Tuve que hacer uso de mi autoridad, de aquella autoridad efectiva, aunque usurpada: hube de ordenarle imperiosamente que se acostara para que se decidiera a hacerlo. Noté en su obediencia como un reconocimiento tácito de la autoridad que yo

ejercía. Micaela empezó a quitarle la ropa; la ayudé, porque mi prima, después del traqueteo nervioso, hallábase como exánime y sin movimiento. La metimos en la cama y la arropamos. ¡Ay!, sentíame tan fatigado, que caí en un sillón, e incliné mi cabeza sobre el lecho. Allí me hubiera quedado toda la mañana, si no tuviera deberes que cumplir fuera de aquella habitación. En tal postura, y hallándome postrado y como aturdido, sentí la voz de la viuda que me llamaba. Alcé la cabeza. Sus palabras y sus miradas eran tan afectuosas como siempre. Sin nombrar al muerto, suplicóme que atendiese a las obligaciones que traía el suceso, pues ella no tenía fuerzas para nada. Díjele que no se ocupara más que de su descanso, y le prometí que todo se haría de un modo conveniente. Vivo agradecimiento se pintaba en su rostro, y además, la confianza absoluta que en mí tenía. Le arreglé la ropa de la cama, le di a beber agua de azahar, le entorné las maderas, corrí las cortinas para atenuar la luz del día, y poniendo a Micaela de centinela de vista para que me avisase si la señora se sentía muy molestada por la pluma en la garganta, salí, no sin promesa de volver pronto, pues ésta fué condición precisa para que Eloísa se tranquilizara... «Por Dios, no tardes: tengo miedo—díjome al despedirme, con ahogada voz—, mucho miedo, y la pluma no pasa...»

Trajéronme mi ropa, y me vestí con ella. ¡Ay!, qué peso se me quitó de encima cuando solté la de Carrillo, que además me venía algo estrecha. A eso de las ocho llegaron mi tío, Medina, María Juana, y más tarde, el marqués de Cicero. Atento a todo, daba yo las disposiciones propias del caso, y recibía a los parientes y amigos que se iban presentando. En lo concerniente al servicio fúnebre, allá se entendían Celedonio y los empleados de la funeraria, pues yo me sentí como atemorizado de intervenir en ello. Recogí las llaves de la mesa de despacho y del mueble donde el pobre Pepe tenía sus papeles, y las guardé hasta que pudiera entregarlas a Eloísa, que al fin parecía vencida del cansancio, y dormía con los dedos clavados en el cuello.

Camila recaló por allí a eso de las diez, acompañada de Constantino; mas como tenía que dar de mamar a su nene, lo llevó consigo, y el lúgubre silencio de la casa se vió turbado por el clarinetazo de Alejandrito. Almorzamos mi tío, Raimundo y yo de mala gana, y luego nos encerramos los tres en el despacho para redactar la papeleta fúnebre y poner los sobres. Sentado donde Pepe se sentaba, no sé qué sentía yo al ver en torno mío aquellas prendas suyas, ¡amargas prendas!, en las cuales parecía que estaba adherido y como suspenso su espíritu. Allí vi estados de recaudación de fondos filantrópicos, circulares solicitando auxilios de corporaciones y particulares, cuentas de suministro y víveres y otros documentos que acreditaban la caritativa actividad de aquel desventurado. Cuidamos mucho de que en la redacción de la papeleta no se nos olvidara ningún título, detalle ni fórmula de las que la etiqueta mortuoria ha hecho indispensables. «El excelentísimo señor don José Carrillo de Albornoz y Caballero, Maestrante de Sevilla, Caballero de la Orden de Montesa, etc., etc. Su desconsolada viuda, la excelentísima, etcétera, etc.» No se nos quedó nada en el tintero; y en las direcciones que pusimos a los sobres, ninguna de nuestras amistades pudo escaparse.

La señora, por razón de su estado, no podía dar órdenes, y los criados se dirigían a cada instante a mí, como si yo fuera el amo, como si lo hubiera sido siempre, y me consultaban sobre todas las dudas que ocurrían. Y aquella autoridad mía era uno de esos absurdos que, por haber venido lentamente en la serie de los sucesos, ya no lo parecía. Ved, pues, cómo lo más contrario a la razón y al orden de la sociedad llega a ser natural y corriente cuando, de un hecho en otro, la excepción va subiendo, subiendo, hasta usurpar el trono de la regla. Y cosas que vistas de pronto nos sorprenden, cuando llegamos a ellas por lenta gradación nos parecen naturales.

Rogóme Eloísa que no saliese de la casa hasta que no se verificara el entierro. Así tenía que ser, pues si yo no estaba en todo, las cosas salían mal. El marqués de Cicero, que se ofrecía constantemente a ayudarme, no servía más que de estorbo, y mi tío tenía ocupaciones indispensables aquel día. Sólo Constantino y Raimundo prestaban algún servicio, aunque sólo fuera el de hacerme compañía. La viuda no recibía a nadie,

ni a sus más íntimas amigas. Acompañábanla su madre y hermanas, y sin llorar, consagraban alguna palabra tierna y compasiva al pobre difunto.

Por fin vi concluído todo aquel tétrico ceremonial, y respiré cual si me hubiera quitado de encima del corazón un peso horrible. No quise ir al entierro, y Eloísa aplaudió con un movimiento de cabeza esta resolución mía. Cuando se extinguió en las piedras de la calle el ruido del último coche, mis trastornados sentidos querían volver a la apreciación clara de las cosas. Pero la imagen del infeliz hombre que había despedido su último aliento sobre mi pecho, clavándomelo como un puñal, no se me apartaba del pensamiento. ¿Cómo explicarme sus sentimientos respecto a mí? ¿Qué noción moral era la suya, cuál su idea del honor y del derecho? Ni aun viendo en él lo que en lenguaje recio se llama *un santo,* podía yo entenderle. ¡Misterio insondable del alma humana! Ante él no hay que hacer otra cosa que cruzarse de brazos y contemplar la confusión como se contempla el mar. Querer hallar el sentido de ciertas cosas es como pretender que ese mismo mar, desmintiendo la ley de su eterna inquietud, nos muestre una superficie enteramente plana.

¿Por qué me tenía cariño aquel hombre? Si era un santo, yo me resistía a venerarlo; si era un pobre hombre, algo había dentro de mí que no me permitía el desprecio. ¿Le despreciaba yo en el ardor de mi compasión, o le admiraba entre los hielos de mi desdén? Toda mi vida, ¡ay!, estará delante de mí, como pensativa esfinge, la imagen de Carrillo, sin que me sea dado descifrarla. Antes será medido el espacio infinito que encerrada en una fórmula la debilidad humana.

A estas meditaciones me entregaba la tarde del entierro, encerrado en el despacho, sin otra compañía que la del busto de Shakespeare. El gran dramático me miraba con sus ojos de bronce, y yo no podía apartar los míos de aquella calva hermosa, cuya severa redondez semeja el molde de un mundo; de aquella frente que piensa; de aquella boca que habla; de aquella barba y nariz tan firmes que parece estar en ellas la emisión de la voluntad. Me daban ganas de rezarle, como los devotos rezan delante de un Cristo, y de interesarle en las confusiones que me agitaban, rogándole que pusiera alguna claridad en mi alma.

Al anochecer, cuando aún no habían vuelto del entierro los que fueron a él, me dirigí al cuarto de la viuda, a quien acompañaban su madre y hermanas. En los susurros de su conversación queda, me pareció entender que hablaban de modas de luto. Eloísa tenía en su regazo, dormido, al niño de Camila, y con ésta jugaba Rafael. Pero más tarde, cuando mi primo Raimundo y el marqués de Cicero volvieron del cementerio, ostentando este último una aflicción decorativa, que tenía tanta propiedad como el león disecado con que se retrataba, me alejé del gabinete para no oír las fórmulas de duelo que se cruzaban allí, como los tiroteos alambicados de un certamen retórico cuyo tema fuera la muerte del pajarillo de Lesbia. Cuando iba hacia el despacho, sentí tras de mí unos pasitos que siempre me alegraban, y una vocecita que me llamaba por mi nombre. Era el chiquillo de Eloísa que corría tras de mí. Le cogí en brazos, y sentándome, le coloqué sobre mis rodillas. El se puso al instante a caballo sobre mi muslo, y me echó los brazos al cuello. Su inocencia no había permanecido extraña a la tristeza que en la casa reinaba, y en sus mejillas frescas, en su frente coronada de rizos negros advertí una seriedad precoz, fenómeno pasajero sin duda, pero que anunciaba la formación del hombre y los rudimentos de la reflexión humana. Después de hacerme varias preguntas, a que no pude contestarle por lo muy conmovido que estaba, me cogió con sus manos la cara. Era de estos que quieren que se les hable mirándolos frente a frente, y que se incomodan cuando no se les presta una atención absoluta. Para satisfacer su egoísmo, tiran de las barbas como si fueran las riendas de un caballo, para que les pongáis la cara bien recta delante de la suya. Lo que me tenía que comunicar era esto:

—Dice *Quela* que ahora..., tú, no te vas más a tu casa..., que te quedas aquí.

Varié la conversación, dándole muchos besos; pero él, aferrado a su tema, ni me dejaba evadir, ni consentía que yo moviese la cara.

—Dice *Quela* que tú... vas a ser mi *papa*...

Este inocente lenguaje me lastimaba.

No pude contestar categóricamente a las cosas más graves que yo había oído en mi vida. Porque sí: jamás de labios humanos brotaron, para venir sobre mí, como espada cortante, palabras que entrañaran problemas como el que formulaban aquellos labios de rosa.

Dejéle en poder de su criada, que vino a buscarle, y me retiré. La casa, como vulgarmente se dice, se me desplomaba encima. Sin despedirme de nadie me marché a la mía.

XIV

HIELO

I

Sentía imperiosa necesidad de estar solo. La tristeza reclamaba todo mi ser, y tenía que dárselo, aislándome. Conocí que venía sobre mí un ataque de aquel mal de familia que de tiempo en tiempo reclamaba su tributo en la forma de pasión de ánimo y de huraña soledad. Y lo que había visto y sentido en tales días era más que suficiente motivo para que el maldito achaque constitutivo se acordara de mí. En la soledad de aquella noche y de todo el día siguiente tuve un compañero, Carrillo, cuya imagen no me dejó dormir. El ruido de oídos, que me martirizaba, era su voz, y mi sombra, al pasearme por la habitación, su persona. Le sentía a mi lado y tras de mí, sin que inspirara el temor que llevan consigo los aparecidos. Es más: me hacía compañía, y creo que sin tal obsesión habría estado más melancólico. Mi afán mayor, mi idea fija era querer penetrar, ya que antes no pude hacerlo, las propiedades íntimas de aquel carácter, y descifrar la increíble amistad que me mostró siempre, mayormente en sus últimos instantes. ¡Era para volverme estúpido! Cuando dicho afecto me parecía un sentimiento elevadísimo y sublime, comprendido dentro de la santidad, mi juicio daba un vuelco, y venía a considerarlo como lo más deplorable de la miseria humana. Yo me secaba los sesos pensando en esto, traspasado de lástima por él, a veces sintiendo menosprecio, a ratos admiración.

Los días se sucedían lentos y tristes, sin que yo quebrantara mi clausura. No recibía a nadie, y si mis íntimos amigos o mi tío o Raimundo iban a acompañarme, hacía lo posible porque me dejasen solo lo más pronto posible. Pasados tres días, Carrillo se borraba, poco a poco, de mi pensamiento; le veía bajo tierra confundiéndose con ésta y disolviéndose en el reino del olvido. Lo que en primer término ocupaba ya mi espíritu era la casa de Eloísa, todo lo material de ella. Los muebles, las paredes cargadas de objetos de lujo, el ambiente, el color, la luz que entraba por las ventanas del patio, componían un conjunto que me era horriblemente antipático y aborrecible. La idea de ser habitante de tal casa y de mandar en ella me producía el mismo terror angustioso que en otros ataques la idea de sentir un tren viniendo sobre mí. No: yo no quería ir allá; yo no iría allá por nada del mundo. El recuerdo sólo de las afectadas pompas de aquellos jueves poníame en gran turbación, acompañada de un trastorno físico que me aceleraba el pulso y me revolvía el estómago... Pero lo que me confundía más y me llenaba de estupor era notar en mí una mudanza extraordinaria en los sentimientos que fueron la base de mi vida toda en los últimos años. A veces creía que era ficción de mi cerebro, y para cerciorarme de ello, ahondaba, ahondaba en mí. Mientras más iba a lo profundo, mayor certidumbre adquiría de aquel increíble cambio. Sí, sí: la muerte de Pepe había sido como uno de esos giros del teatro que destruyen todo encanto y trastornan la magia de la escena. Lo que en vida de él me enorgullecía, ahora me hastiaba; lo que en vida de él era plenitud de amor propio, era ya recelos, suspicacia con vagos asomos de vergüenza. Si robarle fué mi vanidad, y mi placer, heredarle era mi martirio. La idea de ser otro Carrillo me envenenaba la sangre. La desilusión, agrandándose y abriéndose como una caverna, hizo en mi alma un vacío espantoso. No era posible engañarme sobre esto.

Pero aún dudaba yo de la realidad del fenómeno, y decía: «Falta comprobarlo. No me fiaré de los lúgubres espejismos de mi tristeza. Vendrán días alegres, y la mujer que fué mi dicha seguirá siéndolo hasta el fin de mi vida.»

Dos semanas estuve encerrado. Eloísa me mandaba recados todos los días. Yo

exageraba mi enfermedad, fundando en ella mil pretextos para no salir de casa. Por fin, una mañana la viuda de Carrillo fué a verme. Era la primera vez que salía después de la desgracia. Venía vestida con todo el rigor del luto y de la moda, más hermosa que nunca. Al verla no sé lo que pasó en mí. Sentí un frío mortal, un miedo como el que inspiran los animales dañinos. Sus afectuosas caricias me dejaron yerto. Observé entonces la autenticidad del fenómeno de mi desilusión, pues mi alma, ante ella, estaba llena de una indiferencia que la anonadaba. La miré y la volví a mirar; hablamos, y me asombraba de que sus encantos me hicieran menos efecto que otras veces, aunque no me parecieran vulgares. Era un doble hastío, un empacho moral y físico lo que se había metido en mí; arte del demonio, sin duda, pues yo no lo podía explicar. «Será la enfermedad—me decía yo para consolarme—. Esto pasará.» Cierto que yo venía sintiendo cansancio; pero ella me interesaba el corazón. ¿Cómo ya no me hiere adentro? ¿De qué modo la quería yo? ¿Qué casta de locura era la mía?... Nada, nada: esto tiene que pasar.

Seguíamos hablando: ella, muy cariñosa; yo, muy frío. Nuestra conversación, que al principio versó sobre temas de salud, recayó en cuestiones de arreglo doméstico. Sin saber cómo fué a parar al funeral de su marido. Ella quería que fuese de lo más espléndido, con muchos cantores, orquesta y un túmulo que llegase hasta el techo. Yo me opuse resueltamente a esta dispendiosa estupidez. Sin saber cómo, me irrité, corrióme un calofrío por la espalda, subióme calor a la cabeza, y, palabra tras palabra, me salió de la boca una sarta de recriminaciones por su afán de gastar lo que no tenía.

—Te has empeñado en arruinarte, y lo conseguirás. No cuentes conmigo. Ahógate tú sola, y déjame a mí. Si crees que voy a tolerarte y a mimarte, te equivocas... No puedo más...

Ella se quedó lívida oyéndome. Jamás la había tratado yo con tanta dureza. En vez de contestarme con otras palabras igualmente duras, pidióme perdón; le faltó la voz; empezó a llorar. Sus lágrimas espontáneas hicieron efecto en mí. Reconocí que había estado ridículamente brutal. Pero no me excusé, pues en mi interior había una ira secreta que me aconsejaba no ceder. Eloísa me miraba con sus ojos llenos de lágrimas, y en tono de víctima me dijo:

—¿Yo qué he hecho para que me trates así?

Empecé a pasearme por la habitación. Sentía un vivísimo, inexplicable anhelo de contradecirla y de sostener que era blanco lo que ella decía que era negro.

—Es que estoy notando en ti una cosa rara—prosiguió—. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿En qué te he ofendido? Porque desde que entré apenas me has mirado, y tienes un ceño que da miedo... Hoy esperaba encontrarte más cariñoso que nunca, y estás hecho una fiera. Eres un ingrato. ¡Así me pagas lo mucho que te he querido, los disparates que he hecho por ti y el haber arrojado a la calle mi honor por ti, por ti...! Algo te pasa, confiésalo, y no me mates con medias palabras. ¿Me habrá calumniado alguien...?

Con un gesto expresivo le di a entender que no había calumnia. Secó ella sus lágrimas, y en tono más sereno me dijo:

—Estas noches he soñado que ya no me querías. Figúrate si habré estado triste.

Comprendí que mi conducta era poco noble, y me dulcifiqué. Hice esfuerzos por aparecer más contento de lo que estaba, y le rogué que no hiciera caso de palabras dictadas por mi tristeza, por el mal de familia. Insistí, no obstante, en que el funeral fuera modesto, y ella convino razonablemente en que así había de ser. No quiso dejarme hasta que no le prometí ir todos los días a su casa, desde el siguiente, para arreglar las cuentas, ordenar papeles y ver los recursos ciertos con que contaba. Cuando se fué, halléme más sereno, la veía con ojos de amistad y cariño; pero no encontraba ya en mí el interés profundo que antes me inspiraba. ¿Qué me había pasado? ¿Qué era aquello? ¿Acaso las raíces de aquel amor no eran hondas? Sin duda no, y él mismo se me arrancaba sin remover lo íntimo de mi ser. Era pasión de sentidos, pasión de vanidad, pasión de fantasía la que me había tenido cautivo por espacio de dos años largos, y alimentada por la ilegalidad, se debilitaba desde que la ilegalidad desaparecía. ¿Es tan perversa la naturaleza humana que no desea sino lo que le niegan y desdeña lo que le permiten poseer? Des-

pués de dar mil vueltas a estos raciocinios, me consolaba otra vez atribuyendo mi desvarío a los pícaros nervios y a la diátesis de familia... Volverían, pues, mis afectos a ser lo que fueron, cuando se restableciese mi equilibrio.

II

Era mi deber ir a casa de Eloísa, y fuí desde el día siguiente. Ocupando en el despacho de Carrillo el mismo lugar que él ocupó, con el propio escribiente cerca de mí, rodeado de papeles y objetos que me recordaban la persona del difunto, di principio a mi tarea. Para penetrar hasta donde estaba lo importante, tuve que desmontar una capa enorme de apuntes y notas sobre la Sociedad de Niños y otros asuntos que no venían al caso. Todo lo que había sobre la administración de la casa era incompleto. Gracias que el amanuense, conocedor de los hábitos de su antiguo señor, me esclarecía sobre puntos muy oscuros. Poco a poco fuimos allegando datos, y por fin, llegué a dominar el enredo, que era ciertamente aterrador. La casa esaba desquiciada, y al declararme Eloísa dos meses antes sus apuros, no había dicho más que la mitad de la verdad. Me había ocultado algunos detalles sumamente graves, como, por ejemplo, que el administrador de Navalagamella les había adelantado dos años de las rentas de esta finca, descontándose el 20 por 100; que había una deuda que yo no conocía, importando unos seis mil duros; que se tomaron, para atender a necesidades de la casa, parte de unos fondos pertenecientes a la Sociedad de Niños, y era forzoso restituirlos.

Sin rodeos pinté a mi prima la situación.

—Estás arruinada—dije—. Si no se acude pronto a salvar lo poco que aún queda a tu hijo, éste no tendrá con qué seguir una carrera, como alguien no se la dé por caridad.

Ella me oyó atónita. Su poca práctica en el manejo de la hacienda propia disculpaba el error en que estaba. Después de meditar mucho, díjome entre suspiros:

—Viviremos con la mayor economía, con pobreza si es preciso. Dispón tú lo que quieras.

Empecé a desarrollar mi plan. Se suprimirían todos los coches; se despedirían casi todos los criados que quedaban; se procuraría alquilar la casa, lo cual era difícil, como no la tomase alguna Embajada. Se venderían los cuadros de primera, los de segunda y todas las porcelanas y objetos de arte, las joyas, los encajes ricos, aunque fuera por el tercio de su valor o por lo que quisieran dar; y como fin de fiesta, la familia se sometería a un presupuesto de sesenta o setenta mil reales todo lo más.

—¡Almoneda total!—exclamó la viuda con su mirar hosco clavado en el suelo.

No necesito decir que una parte de este presupuesto recaería sobre mí, pues la testamentaría, tal como estaba, no podía contar con nada en un período de tres o cuatro años, necesario para desempeñar las rentas. Y seguí trabajando para desenredar por completo la madeja económica. ¡Cuántas noches pasé en aquel triste despacho! Me causaba hastío y pesadumbre el verme allí. Iba notando no sé qué extraña semejanza entre mi ser y el de Carrillo; y cuando vagaba de noche por los vacíos salones para ir al cuarto de Eloísa, donde estaban de tertulia Camila y María Juana, parecíame que mis pasos eran los del pobre Pepe, y que los criados, al verme pasar, recibían la misma impresión que si yo fuera su difunto amo.

Para rematchar la bancarrota, el médico nos presentó una cuenta horrorosa. No había curado al enfermo, ni había hecho más que ensayar en él diferentes sistemas terapéuticos, sin que ninguno diese resultado; pero pretendía cobrar quince mil duros por su asistencia de un año. ¡Escándalo mayor...! Yo estaba volado. Le escribí, en nombre de Eloísa, negándome a pagarle. El se encabritó y amenazó con los tribunales. Por fin, después de pensarlo mucho y de consultar el caso con personas prácticas, llegamos a una transacción. Se le darían ocho mil duros, y en paz. Esta cantidad y otras que fueron necesarias para que la casa pudiera hacer su transformación, pues hasta el economizar cuesta dinero, tuve que abonarlas yo. Pero lo hice en calidad de adelanto sin interés, para reintegrarme conforme entrara en orden la testamentaría.

Y Eloísa me decía con efusión:

—En tus manos me pongo. Sálvame y salva a mi hijo de la ruina.

¿Cómo resistirme a este deseo, cuando ella había sacrificado su honor a mi orgullo? Y su honor valía bastante más que mis auxilios administrativos y pecuniarios. Al mismo tiempo, yo quería tanto al pequeño, que por él solo habría hecho tal sacrificio, aunque no estuviese de por medio su madre.

Obligáronme, pues, mis quehaceres en la casa a una intimidad que verdaderamente no me era ya grata. Cada día surgían cuestiones y rozamientos... Mi prima y yo estábamos siempre de acuerdo, en principio; pero en la práctica discrepábamos lastimosamente. Entonces vi más clara que nunca una de las notas fundamentales del carácter de Eloísa, y era que cuando se le proponía algo, contestaba con dulzura, conformándose; pero después hacía lo que le daba la gana. Sus palabras eran siempre dóciles, y sus acciones, tercas. Sin oponer nunca resistencia directa ni dar la cara en su sistemática autonomía, llevaba adelante el cumplimiento de su voluntad con acción lenta, sorda, astuta, resbaladiza. Esto se vió en aquel caso importantísimo de las economías. Cuando se trataba de ellas verbalmente, todo era conformidad, palabras suaves y zalameras. «¡Oh! Sí, es preciso... Estoy a tus órdenes... Me haré un vestido de hábito para todo el año...» Pero en la práctica, todo esto era un mito, y las economías se quedaban en *veremos*... Siempre había aplazamiento; surgían dificultades inesperadas... Ni la casa se desocupaba para alquilarla, ni se reducía el gasto doméstico a la mínima expresión. No aparecía comprador para los cuadros. Al fin se vendieron los zafiros; pero con el producto de ellos Eloísa adquiría perlas. Lo supe por una casualidad, y cambiamos palabras duras. Ella me dió la razón..., ¡siempre lo mismo!; pero las perlas compradas se quedaron... «El mes que entra dejo la casa, y se hará la almoneda. Seré obediente... Soy tu esclava.» Tantas veces había oído esto, que ya no lo creía.

Ya no se invitaba a nadie a comer; pero poco a poco iba naciendo un poquito de tertulia de confianza en el gabinete de Eloísa, a la cual concurrían Peña, Fúcar y Carlos Chapa. Entre tanto, los aflojados lazos se apretaron, trayéndome la triste evidencia de que mi frialdad no era obra de los malditos nervios, sino que tenía su origen en regiones más profundas de mi ser. Se manifestaba principalmente en la falta de estimación y en que mis entusiasmos eran breves, siempre seguidos de aburrimiento y de amargores indefinidos. Por algún tiempo llegué a creer que este fenómeno mío se repetiría en ella; pero no fué así. La viudita me mostraba el cariño de siempre; hasta se me figuró advertir en aquel cariño pretensiones de depuración, de hacerse más fino, más ideal, por lo mismo que se acercaba la ocasión de legitimarlo. Esto me daba pena. Diferentes veces había hecho ella referencia a nuestro casamiento, dándolo por cosa corriente. No se hablaba de él en términos concretos, como no se habla de lo que es seguro e inevitable. Yo, ¡ay de mí!, pasaba sobre este asunto como sobre ascuas, y cuando Eloísa aludía al tal matrimonio, hacíame el tonto: no comprendía una palabra. Me entusiasmaba poco aquella idea; mejor dicho, no me entusiasmaba nada; quiero decirlo más claro, me repugnaba, porque bien podían mis apetitos y mi vanidad inducirme a conquistar lo prohibido; pero ser yo la prohibición..., ¡jamás!

XV

REFIERO CÓMO SE ME MURIÓ MI AHIJADO Y LAS COSAS QUE PASARON DESPUÉS

I

Durante una semana estuve distraído por pesares que no vacilo en llamar domésticos. El niño de Camila, mi vecina, se puso tan malito, que daba dolor verle y oírle. Cubrióselo el cuerpo de pústulas. Todo él se hizo llaga lastimosa. Martirio tan grande habría abatido la naturaleza de un hombre, cuanto más la de una tierna criatura que no podía valerse. Admiré entonces la perseverancia del cariño materno de Camila, y, además, una cualidad que yo no sospechaba existiese en ella: el valor; esa energía inflexible en el cumplimiento de las acciones pequeñas y oscuras, que, sumadas, dan una resultante de que no sería capaz tal vez cualquiera de los héroes públicos que yacen debajo de un epitafio.

El mundo me había dado a mí muchas sorpresas; pero ninguna como aquélla. Francamente, no creí que una mujer que me pareció tan imperfecta y llena de feos resabios desplegase tales dotes. Siete noches seguidas pasó la infeliz sin acostarse, con el pequeñuelo sobre su regazo, amamantándole, arrullándole, curándole las ulceraciones de su epidermis con un esmero y una paciencia que sólo las madres de buen temple saben tener. Constantino y yo veíamos con pena tanta abnegación, temiendo que enfermara; pero su potente organismo triunfaba de todo. Eloísa y su madre la instaban a que buscara un ama para que el chico no la extenuase, pues en sus postrimerías Alejandrito era voraz y no se hartaba nunca. Pero Camila esquivaba disputar sobre este punto, y no quería que le hablaran de nodrizas. Estaba decidida a salvarle o sucumbir con él. Ella era así: o todo o nada. Tenía el capricho de ser heroína. Quería saltar de mujer sin seso a mujer grande. «O sacarle adelante, o morirme con él», repetía; pero Dios no quiso que ninguno de los términos de este dilema se cumpliese, y al sexto día Alejandrito fué atacado de horribles convulsiones, que le repitieron a menudo, hasta que el séptimo, una más fuerte que las demás se lo llevó. Aquel día funesto, Camila me pareció más madre que nunca. La flexibilidad pasmosa de su carácter y su desenvoltura quedaban oscurecidas bajo aquel tesón grave. No creí, no, que entre tal hojarasca existiese joya tan hermosa. A ratos se le conocía el genio por la rapidez febril con que tomaba las resoluciones y por la inconstancia de sus juicios. Sólo el sentimiento era en ella duradero y profundo. Añadiré una circunstancia que me llegaba al alma, y era que consultaba conmigo toda dificultad que ocurriese, aun en cosas de que yo no entendía una palabra. Por corresponder a esta noble confianza, daba yo mi parecer al tirón, sin detenerme a considerar lo que saldría de juicios tan atropellados. «José María, ¿te parece que haga calentar esta ropa antes de ponérsela?... José María, ¿te parece que le dé dos cucharadas de jarabe en vez de una?... José María, ¿me hará daño café puro para no dormir? ¿Me irritará?...» A todo contestaba yo lo primero que se me ocurría, después de mirar a Constatino en una especie de deliberación muda. Rara vez aventuraba Miquis opinión concreta, y cuando la emitía, de seguro era un gran disparate. Yo era el oráculo de la casa en todo.

Por fin, el nene dejó de padecer. Bien hizo Dios en llevárselo, abreviando su martirio. Se fué de la vida sin conocer de ella más que el apetito y el dolor. Fué un glotón y un mártir. Se quedó yerto en el regazo de su madre, y nos costó trabajo apartar de los brazos y de la vista de ella aquel lastimoso cuerpecito, que parecía picoteado por avecillas de rapiña. Con sus besos quería Camila infundirle vida nueva, dándole la que a ella le sobraba. La separamos al fin, llevándola a que descansara. La Camila normal reapareció al cabo; la muchacha sin juicio que en otro tiempo había querido tomar fósforos porque la privaban de su novio. Hubo convulsiones, llanto, risa nerviosa; habló de matarse; deliró cantando; nos dijo que le habíamos robado a su niño... Por último, se calmó: cesaron las extravagancias, y la loca, que tan bien había sabido cumplir sus deberes, se encastillaba al fin en la conformidad cristiana; invocaba a Dios, y llorando hilo a hilo, sin espasmos ni alboroto, tenía el valor de la resignación, más meritorio que el del combate.

Mientras la mujer de Augusto Miquis y María Juana amortajaban al niño, yo dije a Constantino:

—Quiero hacerle un entierro de primera. Corre de mi cuenta, y no tenéis que ocuparos de nada.

En efecto, al día siguiente piafaban a la puerta de casa seis caballos hermosos, con rojos caparazones recamados de plata, tirando de la carroza fúnebre-carnavalesca más bonita que había en Madrid. Llevamos el cuerpo al cementerio con la mayor pompa posible. Yo tenía cierto orgullo en esto, y me complacía en asomarme por la portezuela de mi coche y ver delante el movible catafalco, el meneo de los penachos de los caballos y el tricornio y peluca del cochero. Yo pensaba que si los niños difuntos abrieran sus ojos y vieran aquello, les parecería que los llevaban a la tienda de Scropp. Cuando regresamos después de cumplida la triste obligación, Camila estaba en su cuarto acostada en un sofá, envuelta en espeso mantón, los puños cerrados, apretando fuertemente un pa-

ñuelo contra los ojos. Su madre le había repetido hasta la saciedad todas las variantes posibles del *angelitos al cielo*. Acerquéme a ella para preguntarle cómo estaba, y me expresó su gratitud con ardor y cordialidad grandes, entre lágrimas y suspiros, estrechándome una y otra vez las manos. ¿Y por qué tantos extremos? Por un entierrillo de primera. Verdaderamente, no había motivo para tanto, y así se lo dije; pero una secreta satisfacción llenaba mi alma.

En los días sucesivos la calma se fué restableciendo poco a poco, y el consuelo introduciéndose lentamente en el espíritu de todos. Camila era la más rebelde, y defendió por algunos días su dolor. El vacío no se quería llenar. La soledad misma en que había quedado érale más grata que la compañía que le hacíamos los parientes, y huía de nuestro lado para volver sobre su pena a solas. Por fin los días hicieron su efecto. La veíamos ocupada y distraída con los menesteres de la casa, y al cabo atendiendo con cierto esmero a engalanar su persona. Este síntoma anunciaba el restablecimiento. La vi con placer recobrar su gallardía, su agilidad pasmosa y el vivo tono moreno y sanguíneo de sus mejillas. La salud vigorosa tornaba a ser uno de sus hechizos, volviendo acompañada de aquel humor caprichoso y voluble que era la parte más característica de su persona. Resucitaba con sus defectos enormes; pero se engalanaba a mis ojos con una diadema de altas cualidades que, a más de hacerse amables por sí mismas, arrojaban no sé qué fulgor de gracia sobre aquellos defectos.

Tratábame con familiaridad jovial, exenta de toda malicia. La afectación, esa naturaleza sobrepuesta que tan gran papel hace en la comedia humana, no existía en ella. Todo lo que hacía y decía, bueno o malo, era inspiración directa de la naturaleza auténtica... Su trato conmigo era de extremada confianza, y solía contarme cosas que ninguna mujer cuenta, como no sea a su amante. Cualquiera que nos hubiese oído hablar en ciertas ocasiones, habría adquirido el convencimiento de que nos unía algo más que amistad y parentesco. Y, no obstante, no cabía mayor pureza en nuestras relaciones.

Mil veces, conociendo su penuria, hícele ofrecimientos pecuniarios; pero ella nunca aceptaba.

—No quiero abusar—decía—; bastante es que no te hayamos pagado la casa este mes, y que probablemente no te la pagaremos tampoco el próximo. Pero el trimestre caerá junto. Para entonces me sobrará dinero. No te creas, me he vuelto económica. Tú mismo me has visto haciendo números por las noches y estrujando cantidades para sacarme un vestidillo.

Y era verdad esto. Algunas noches me la había encontrado garabateando en una hoja de la *Agenda de la cocinera*, destinada a los cálculos. Por cierto que las apuntaciones de la tal hoja no las entendía ni Cristo. Eran un caos de vacilantes trazos de lápiz. Examinando aquellas cuentas, me reí más... Noté que los treses que hacía parecían nueves, y los infelices cuatros no tenían figura de números corrientes. Yo iba en su auxilio porque comprendí, tras brevísimo examen, que Camila no sabía sumar.

—Pero ¿qué educación te han dado, chiquilla?

Y ella me contestaba candorosamente:

—Ahora me la estoy dando yo misma. La necesidad obliga.

A veces me llamaba, me hacía sentar junto a la mesa del comedor y rogábame fuera apuntando las cantidades que ella me decía para sumarlas después. Con cuánto gusto lo hacía yo, no hay para qué decirlo. Cuando era ella quien trazaba los números, hacía muecas con los labios como los chiquillos cuando están aprendiendo palotes.

—Ya, ya me voy *jaciendo*—decía con gracia.

Por fin salía del paso y hallaba la suma exacta. Los progresos, bajo el espoleo de la necesidad, eran rápidos y seguros. Eloísa también era poco fuerte en cuentas gráficas, enfilaba mal las columnas, sacaba unas sumas disparatadas; pero de memoria hacía prodigios. Más de una vez me quedé absorto viéndola sumar cifras enormes sin equivocarse ni en una unidad. Había adquirido el hábito de calcular de memoria. Camila, en cambio, no daba pie con bola sin ayuda del lapicito, un sobado pedazo de madera negra que apenas tenía punta.

—Ya me podías regalar un lápiz—me dijo un día.

Le llevé un lapicero de oro.

Y volví a rogarle me confiara su situación económica, que, por ciertos indicios, conceptuaba poco desahogada. Doña Piedad, su suegra, se había reconciliado con Constantino; pero las remesas metálicas eran escasas, y las en especie, como arrope, cecina, queso y azafrán, no suplían ciertas necesidades. Camila mostrábase siempre muy reservada conmigo en este capítulo de sus apuros. Un día, no obstante, debió de causarle apreturas tan grandes la insuficiencia de su presupuesto, que se resolvió a hacer uso de la generosidad que yo le ofrecía. Observéla aquella tarde un poco seria, inquieta; pero no hice alto en ello. Estaba yo leyendo el periódico militar de Constantino, cuando se acercó a mí despacito por detrás de la butaca. Inclinóse y sentí en mi rostro el calor del suyo. Híceme el distraído y oí como un susurro. Bien podía creer que mi ruido de oídos me fingía esta frase: «José María, me vas a hacer el favor de prestarme dos mil realitos.» Pero no era un moscón de mi cerebro: era ella la que me hablaba. Luego soltó una carcajada, repitiendo la petición en tono más adecuado a su temperamento normal.

—Nada, nada, que me los tienes que prestar. Si no, por la puerta se va a la calle... No te creas, te los devolveré el mes que entra.

Me supo tan bien el sablazo que casi, casi lo consideré como una fineza, como una galantería. La verdad, si no hubiera andado por allí, entrando y saliendo a cada rato, el gaznápiro de Miquis, le doy un abrazo. Faltóme tiempo para complacerla. Si conforme me pidió cien duros me pide mil, se los entrego en el acto.

II

Mi prima salía poco de su casa. Siempre que yo iba allí, la encontraba ocupada en algo: bien subida en una escalera lavando cristales, bien quitando el polvo a los muebles, a veces limpiando la poca plata que tenía o los objetos de metal blanco. Cuando yo le decía algo que no le gustaba, solía responderme:

—Cállate, o te tiro esta palmatoria a la cabeza.

Y lo peor era que lo hacía. Por poco un día me descalabra. Un mes después de la muerte del chiquitín, aún su charla voluble y bromista era interrumpida por suspiros y por algún recuerdo del pobre ángel ausente

—¡Ay mi nene!—exclamaba, conteniendo el aliento y cerrando los ojos.

Después se ponía a trabajar con más fuerza, pues pensaba que así se le iba pasando mejor la pena. Notaba que planchar era muy eficaz y que echarle un forro nuevo a la levita militar de Constantino le despejaba la cabeza. Otras veces decía con íntima convicción:

—Para mí no hay más consuelo que tener otro nene. Y lo tendré, lo tendré. Anoche hemos andado a la greña Constantino y yo. ¿Sabes por qué? Porque sostengo que le debemos poner también el nombre de Alejandro, en memoria del que se nos ha muerto. Pero él se empeña en que se ha de seguir el orden alfabético; de modo que al primero que venga le toca la be. A mi Alejandrín se le llamó así por el hermano mayor de Constantino; pero da la casualidad de que Alejandro es nombre de un gran capitán antiguo, y ahora quiere mi marido que todos los hijos que tengamos lleven nombre de héroes. ¿Has visto qué simpleza?

—No hagas caso de ese majadero—le respondí con toda mi alma—. ¿Pues no sostenía ayer que habías de llegar a la zeda?... ¡Veintiocho hijos, según la Academia! ¡Qué asquerosidad! Te pondrías bonita.

—Llegaremos siquiera a la eme—afirmó ella, dándome a conocer en el brillo de sus ojos un sentimiento extraño, una especie de entusiasmo al que no puedo dar otro nombre que el de *fanatismo de la maternidad*—. Sí: llegaremos a la eme, quizá a la ene... Y el de la ene dice Constantino que se ha de llamar Napoleón.

—¡Qué estupidez! No pienses en tener más muchachos. Mejor estás así, más guapa, más saludable, más libre de cuidados.

—Pero mucho más triste... Anoche soñé que había tenido dos gemelos.

—¡Qué tonta eres! Siempre has de ser chiquilla—respondí—. Parece que consideras a los hijos como juguetes... Si tuvieras tantos como deseas, puede que no fueras tan buena madre como lo has sido en este primer ensayo. Porque a ti te pasan pronto esos entusiasmos. Lo que

hoy te enloquece de amor, mañana te hastía.

—¿Te quieres callar?—gritó, llegándose a mí y amenazando sacarme los ojos con una aguja de media—. Tú no me conoces.

—¡Oh!, sí, demasiado te conozco. Eres una mala cabeza. Pero hay que declarar que tienes algún mérito. Has domesticado a Constantino. Hay casos de esto: dos fieras juntas se doman mutuamente. Y Constantino parece otro hombre. Es más persona; sabe tratar con la gente; no tira ya aquellas coces; no habla de pronunciarse como si hablara de fumarse un pitillo; no juega, no bebe, no disputa...

—Todo eso es obra mía, caballero—observó Camila con acento de inmenso orgullo—. Es que esta tonta tiene mucho de aquí, mucho talento.

Volvió sus ojos hacia el retrato de Miquis, desnudo de medio cuerpo arriba.

—Pero ¿no te da vergüenza—le dije—de que la gente entre aquí y vea ese mamarracho? Mil veces te he dicho que lo eches al fuego, y tú sin hacer caso. Tienes un gusto perverso. Es que da asco ver ahí ese zángano de circo enseñando sus bellas formas, con esos brazos de mozo de cordel y esa cabeza de bruto.

—¿Te quieres ir a paseo? Vaya con el señorito éste... Pues ¿qué tiene de feo ese retrato? Bien guapo que está. ¿Qué querías tú? ¿Que mi marido fuera como esos tísicos que se van cayendo por la calle porque no tienen fuerzas para andar?... ¿Como esos palillos de dientes en figura de personas? Francamente, no me gustaría un marido a quien yo pudiera retorcer el pescuezo o arrancarle un brazo de una mordida. Constantino es hombre para cogerte como una pluma y tirarte al techo.

—¡Angelito! Tirando de un carro quisiera verle yo.

—Pues no es tan bruto como crees —declaró enojándose—. Yo podía probártelo... Pero no quiero probarte nada. Donde le ves es un ángel de Dios, que me quiere más que a las niñas de sus ojos. Si le mando que se eche por mí en una caldera hirviendo, créelo, lo hace.

—Buen provecho a los dos... No te digo que no le quieras, Camila; pero, mira, haz el favor de no tener más chiquillos: te vas a poner fea; no te acuerdes más de las letras del alfabeto.

—Pues sí que los tendré—dijo, poniendo una cara monísima de niña mal criada y machacando con el puño de una mano en la palma de la otra—; los tendré... ¡Y rabia! Y llegaré a la ene... ¡Y rabia! ¡Y tendré a Napoleón..., y toma, toma, toma hijos!

A la sazón entró el padre de aquella esperada generación de gloriosos capitanes, y Camila le recibió, como suele decirse, con dos piedras en la mano.

—¿En dónde has estado, pillo? ¿Qué horas son éstas de venir a casa? Como yo sepa que has ido al café, te voy a poner verde.

Después se abrazaron y se besaron delante de mí.

—¡Ea!, señores, divertirse—dije tomando mi sombrero.

—Espera, tontín, y comerás con nosotros. No tenemos principio; pero, en obsequio a ti, abriremos una lata de langosta.

Y los dos me instaron tanto, que me quedé y comí con ellos, embelesado con su felicidad, que me parecía un fenómeno de inocencia pastoril. De sobremesa, Camila volvió a hablar de lo que tanto la preocupaba, y riñeron por aquello del alfabeto. Ella no quería nombres de capitanes herejes, sino de santos cristianos.

—Nada, nada—decía Miquis—: el primero que venga se ha de llamar Belisario.

Yo me reía; pero en mi interior me indignaba aquel inmoderado afán de cargarse de familia, aquel apetito de hijos, y esperaba que la Naturaleza no se mostrara condescendiente con mi prima, al menos tan pronto como ella deseaba. Seré claro: la loca de la familia, la de más dañado cerebro entre todos los Buenos de Guzmán; la extravagante, la indomesticada Camila, se iba metiendo en mi corazón. Cuando lo noté, ya una buena parte de ella estaba dentro. Una noche, hallándome en casa, eché de ver que llevaba en mí el germen de una pasión nueva, la cual se me presentaba con caracteres distintos de la que había muerto en mí o estaba a punto de morir. Las tonterías de Camila, que antes me fueron antipáticas, encantábanme ya, y sus imperfecciones me parecían lindezas. Tal es el movible cur-

so de nuestra opinión en materias de amor. Sus particularidades físicas se me transformaron del mismo modo, y lo que principalmente me seducía en ella era su salud, la santa salud, que viene a ser belleza en cierto modo. Aquella complexión de hierro, aquel gallardo desprecio de la intemperie, aquella incansable actividad, aquella resistencia al agua fría en todo tiempo, su coloración sanguínea y caliente, su vida espléndida, su apetito mismo, emblema de las asimilaciones de la Naturaleza y garantía de la fecundidad, me enamoraban más que su talle esbelto, sus ojos de fuego y la gracia picante de su rostro. Uno de sus principales encantos, la dentadura, de piezas iguales, medidas, duras, limpias como el sol, blancas como leche que se hubiera hecho hueso, me perseguía en sueños, mordiéndome el corazón.

La conquista me parecía fácil. ¿Cómo no, si la confianza me daba terreno y armas? Consideraba a Constantino como un obstáculo harto débil, y, comparándome con él personal, moral e intelectualmente, las notorias ventajas mías asegurábanme el triunfo. ¿Qué interés fuera del que le imponía el lazo religioso podía inspirar a Camila aquel hombre de conservación pedestre, de figura tosca, aunque atlética, y que sólo se ocupaba de cultivar la fuerza muscular? ¡El lazo religioso! ¡Valiente caso hacía de él la descreída Camila, que rara vez iba a la iglesia y se burlaba un tantico de los curas!... Nada, nada: cosa hecha.

Por aquellos días invitóme Constantino a ir con él a la sala de armas. Mucho tiempo hacía que yo no tiraba, y diez años antes no lo había hecho mal. Comprendí que me convenía el ejercicio para contrarrestar los malos efectos de la vida sedentaria y regalona. Al poco tiempo, el recobrado vigor muscular me ponía de buen temple y me daba disposición para todo. ¡Bendita salud, que es la única felicidad positiva, o el fundamento de estados que llamamos dichosos por una elasticidad del lenguaje! En los asaltos en que Constantino y yo nos entreteníamos por las tardes, aquel pedazo de bárbaro llevaba la mejor parte. Tenía más destreza que yo, muchísima más fuerza y un brazo de acero. Su agilidad y fuerza me pasmaban. Arrimábame buenas palizas; pero yo, al darle la mano quitándome la careta, le decía con el pensamiento: «Pega todo lo que quieras, acebuche. Ya verás qué pronto y qué bien te pego yo a ti.»

SEGUNDA PARTE

I

DE CÓMO AL FIN NOS PELEAMOS DE VERDAD

I

Una tarde del mes de mayo fuí a ver a Eloísa con firme propósito de hablarle enérgicamente. No la encontré. Estaba en no sé qué iglesia, pues por aquel tiempo se le desarrolló la manía filantrópico-religioso-teatral, y se consagraba con mucha alma, en compañía de otras damas, a reunir fondos para las víctimas de la inundación. Lo mismo manipulaba funciones de ópera y zarzuela que lucidas festividades católicas, en las cuales las mesas de tapete rojo, sustentando la bandejona llena de monedas, hacían el principal papel. También inventaba rifas o tómbolas que producían mucho dinero. Se me figuró que había transmigrado a ella el ánima propagandista del desventurado Carrillo. Casi todos los días había en su casa junta de señoras para distribuir dinero y disponer nuevos arbitrios con que aliviar la suerte de las pobres víctimas. Por eso aquel día no la pude ver: de tarde, porque estaba en el petitorio; de noche, porque había junta, y, francamente, no tenía yo maldita gana de asistir a un femenino congreso ni oír a las oradoras. La junta terminaba a las doce, y de esta hora en adelante bien podía ver a Eloísa; pero no me gustaba pasar allí la noche, y me iba con más gusto a la soledad de mi casa.

Al día siguiente creí no encontrarla

tampoco; pero sí la encontré. Hízose la enojada por mis ausencias; púsome cara de mimos, de resentimiento y celos. ¡Desdichada! ¡Venirme a mí con tales músicas!... «Tengo que hablarte», le dije de buenas a primeras, encerrándome con ella en su gabinete, lleno de preciosidades que valían una fortuna. Allí estaba escrito, con caracteres de porcelana y seda, el funesto caso de la disminución de mi capital.

Comprendió ella que yo estaba serio y que le llevaba aquel día las firmezas de carácter que rara vez le mostraba. Preparóse al ataque con sentimientos favorables a mi persona, los cuales, según afirmó, rayaban en veneración, en idolatría. Cuando me tocó hablar, le presenté la cuestión descarnada y en seco. La reforma de vida que me prometiera no se había realizado sino en pequeña parte. Las ventas de cuadros y objetos de lujo continuaban en proyecto. No se quería convencer de que el estado de su casa era muy precario y que no podía vivir en aquel pie de grandeza y lujo. Entre ella y su marido habían derrochado la fortuna que les dejó Angelita Caballero. Si no se variaba de sistema pronto, no quedarían más que los escombros, y el inocente niño, destinado más adelante a poseer el título de marqués de Cicero, no tendría qué comer. Si ella se obstinaba en hundirse, hundiérase sola y no tratara de arrastrarme en su catástrofe. Yo, por sus locuras, había perdido una parte de mi fortuna. No perdería, no, lo que me restaba. No me cegaba la pasión hasta ese punto.

Sentándose junto a la ventana, díjome con tono displicente:

—Te pones cargante cuando tratas cuestiones de dinero. Haz el favor de no hacer el inglés conmigo. Me enfadan los ingleses... de cualquier clase que sean.

Y, luego, echándolo a broma:

—Déjame en paz, hombre prosaico, prendero. Todo lo que hay aquí te pertenece. Trae mercachifles, vende, malbarata, realiza, hártate de dinero. Cogeré a mi hijito por un brazo y me iré a vivir a una casa de huéspedes...

—Con bromas no resolveremos nada. Si no quieres seguir el plan que te tracé, dilo con nobleza y yo sabré lo que debo hacer.

—Si lo que debes hacer es no quererme—respondió, sin abandonar las bromas—, *humilla la cerviz*... Te hablaré con franqueza. Dos cosas me gustan: tu *individuo* y mucho *parné:* tu señor *individuo* y mi casa tal como la tengo ahora. Si me dan a escoger, no tengo más remedio que quedarme contigo. Dispón tú.

—Pues dispongo que busquemos en la medianía el arreglo de todas las cuestiones, la de amor y la de intereses.

Dió un salto hacia donde yo estaba, y cayendo sobre mí con impulso fogoso, me estrujó la cara con la suya, me hizo mil monerías, y luego, sujetándome por los hombres, miróme de hito en hito, sus ojos en mis ojos, increpándome así:

—¿Te casas conmigo, mala persona? ¿De esto no se habla? De esto, que es el *caballo de batalla,* ¿no se dice nada? Para ti no hay más que dinero, y el estado, la representación social, no significan nada.

No sé qué medias palabras dije. Como yo no jugaba limpio; como lo que yo quería era romper con ella, no me esforzaba mucho por traerla a la razón...

—¡Ah!—exclamó seriamente, leyendo en mí—, tú no me quieres como antes. Te asusta casarte conmigo, lo he conocido. El *santo yugo* te da miedo. No quieres tener por mujer a la que ya faltó a su primer marido y ha adquirido hábitos de lujo. Dudas de mí, dudas de poderme sujetar. La fiera está ya muy crecida, y no se presta a que la enjaulen. Dímelo, dímelo con sinceridad, o te saco los ojos, pillo.

Su mano derecha estaba delante de mis ojos, amenazándolos como una garra. La obligué a sentarse a mi lado.

—Yo leo en ti—prosiguió—; me meto en tu interior, y veo lo que en él pasa. Tú dices: «Esta mujer no puede ser ya la esposa de un hombre honrado; esta mujer no puede hacerme un hogar, una familia, que es lo que yo quiero. Esta *tía*..., porque así me llamarás, lo sé, caballero; esta *tía* no se somete, es demasiado autónoma...» Dime si no es ésta la pura verdad. Háblame con tanta franqueza como yo te hablo.

La verdad que ella descubría, desbordándose en mí, salió caudalosa a mis labios. No la pude contener, y le dije:

—Lo que has hablado es el Evangelio, mujer.

—¿Ves, ves cómo acerté?

Daba palmadas como si estuviéramos tratando de un asunto baladí. Yo me esforzaba en traerla a la seriedad, sin poderlo conseguir. Iba ella adquiriendo la costumbre de emplear a troche y moche expresiones de gusto dudoso, empleándolas también groseras cuando hablaba con personas de toda confianza.

—¿Quieres que nos arreglemos? Pues *escucha* y *tiembla*. Dame palabra de casamiento y no seas sinvergüenza... Me parece que ya es hora. Prométeme que habrá *coyunda* en cuanto pase el luto, y yo empezaré mi reforma de vida, me haré cursi de golpe y porrazo. Si ya lo estoy deseando... Si no quiero otra cosa... Tú, editor responsable; yo, señora que ha venido a menos: toma y daca, negocio concluído. ¿Te conviene? ¿Aceptas?

—¿Qué he de aceptar tus disparates? Lo primero es que te pongas en disposición de ser mi mujer. Tal como eres, no te tomo, no te tomaría aunque me trajeras un potosí en cada dedo.

Abalanzóse a mí como una leona humorística. Su rodilla me oprimió la región del hígado, lastimándome, y sus brazos me acogotaron después de sacudirme con violencia. Con burlesco furor exclamaba:

—¿Pues no dice este mequetrefe que no me toma? ¿Soy acaso algún vomitivo? ¿Soy la ipecacuana? ¡Qué has de hacer sino tomarme, *tomador!*... Y sin regatear, ¿entiendes? Y sin hacer muequecitas. Aquí donde usted me ve, señor honrado, soy capaz de llegar a donde usted no llegaría con sus miramientos ridículos de última hora. Soy capaz de rayar en el heroísmo, de ponerme el hábito del Carmen con su cordón y todo, de vivir en un sotabanco y de coser para fuera.

Mientras dijo esto y otras cosas, abarcaba yo con mi pensamiento, a saltos, el largo período de mis relaciones con ella, y notaba la enorme distancia recorrida desde que la conocí hasta aquel momento. ¡Cuán variada en dos años y medio! ¿Dónde habían ido a parar aquellas hermosuras morales que vi en ella? O era una hipócrita, o yo era un necio, un entusiasta sin juicio, de estos que no ven más que la superficie de las cosas. Asimismo, pensaba que aquella transformación de su carácter era obra mía, pues yo fuí el descarrilador de su vida. Sus tratos irregulares conmigo, escuela fueron en que aprendió a hacer aquellas comedias de liviandad, de enredos, de palabras artificiosas y de sentimientos alambicados. ¿Por qué la admiré tanto en otro tiempo y después no? La inconsecuencia no estaba en ella, sino en mí, en ambos quizá, y si hubiéramos sido personajes de teatro, en vez de ser personas vivas, se nos habría tachado de falsos sin tener en cuenta la complejidad de los caracteres humanos. Yo la oía, la miraba, diciendo para mí: «¿Eres tú la que me pareció un ángel? ¡Qué cosas vemos los hombres cuando nos atonta y alumbra el amor! ¡Y qué verdad tan grande dice Fúcar cuando afirma que el mundo es un valle de equivocaciones!»

Viendo que yo callaba, repitió, exagerándolo, lo del hábito del Carmen, el sotabanco y otras tonterías.

—Como no es eso lo que te pido—observé al fin—; como eso es un disparate, no hay que pensar en ello. Es un recurso estratégico tuyo. Te pido lo razonable y te escapas por lo absurdo. Si yo no quiero que seas cursi, sino que vivas con modestia, como vivo yo.

—¡Ah!—exclamó, sosegada—, si no fuera este pícaro luto, pronto se resolvería la cuestión. La semana que entra nos casábamos, y el mismo día empezaba la reforma... Pero tú quieres invertir el orden, y yo, te lo diré clarito, temo que me engañes; temo que después de hacerme pasar por el sonrojo de una almoneda y de un cambio de posición, me des un lindo quiebro y me dejes plantada. Porque sí: detrás de ese entrecejo está escondida una traición, la estoy viendo... ¡Ah!, no me la das a mí... Yo veo mucho. Y si sale verdad lo que sospecho, ¿qué me hago yo? ¿Qué es de mí, con cuatro trastos, ún pañolito de batista y sin otro porvenir que el de convertirme en patrona de huéspedes?

No pude menos de reírme, y ella, viéndome risueño, se puso a cantar la tonadilla de la *Mascotte*, con aquello de *yo tus pavos cuidaré*. Pasó la música, y, sin saber cómo, nos hallamos frente a frente hablando con completa seriedad. Repitió entonces lo de «matrimonio es lo primero», y yo dije: «No, lo primero es lo otro.» Puesta su mano amistosamente en la mía, y mirándome con

aquella dulzura que me había esclavizado por tanto tiempo, hablóme con el tono sincero y un poco doliente que había sido la música más cara de mi alma.

—Chiquillo, si quieres sacar partido de mí, trátame con maña; quiéreme y dómame. Pero lo que es domarme sin quererme, no lo verás tú. Estoy muy encariñada ya con mi manera de vivir, muy hecha a ella, para que en un día, en una hora, puedas tú volverme del revés poniéndome delante de un papelito con números. ¡Ah los números! ¡Maldito sea quien los inventó!... Qué quieres, soy una mujer enviciada en el lujo... No pongas esa cara de juez, después de haber sido mi Mefistófeles. Los placeres de la sociedad me son tan necesarios como el respirar. Un poco que yo tengo en mí desde que nací y otro poco que me han enseñado... los amigos, tú, tú, tú; no vengas ahora haciéndote el *apóstol*... Sí; eres como los que todo lo quieren curar con agua... o con números, que es lo mismo. Aquí tenemos al señor don Perfiles, que viene a que yo sea una santa porque sí, porque él ha caído ahora en la cuenta de que la santidad es barata... Antes mucho amor, mucha idolatría, abrir mucho la mano para que yo gastara... Ahora todo lo contrario, y vengan economías. Ya no soy ángel, ya no se me dan nombres bonitos, ya no se me adora en un altar, ya no se dice que por verme contenta se puede dar todo el dinero del mundo... Ahora se me dice que dos y tres no son más que cinco, ¡demasiado lo sé!, y se me impone el sacrificio de una pasión sin compensarme con otra. ¿Sabes lo que te digo muy formal? Que si me quieres, todo se arregla: si te casas conmigo, cedo; pero si no, no. ¿Me quitas el lujo? Pues dame el nombre.

Después de echarme esta andanada, salió sin aguardar mi contestación, dejándome solo. Llamada por su doncella, pasó al guardarropa a probarse un vestido. Entre paréntesis, diré que vi con sorpresa en la persona de la sirviente la misma Quiquina, la italiana trapisondista a quien yo había despedido meses antes. ¡Y Eloísa la había admitido otra vez contrariándome de un modo tan notorio! Era burlarse de mí, como cuando compraba perlas con el producto de las zafiros.

II

Y en aquel rato que estuve solo hice mental comparación entre el proceder de mi prima y el mío. Sí: por muy censurable que yo quisiese suponer su conducta, aventajaba moralmente a la del narrador de estos verídicos sucesos. Porque ella, al menos, obraba con lealtad, declaraba que el sacrificio de su lujo le era penoso; pero que lo haría si yo le cumplía solemnes promesas. Yo, en cambio, pedía la reforma de vida, reservándome mi libertad de acción; más claro, yo no la quería ya o la quería muy poco, y al decirle: «Primero la mudanza de vida, después el casamiento», procedía con perfidia, porque ni sin economías ni con ellas pensaba casarme. Esta es la verdad pura: yo reconocí en mí esta falta de nobleza; pero ya no la pude remediar; no estaba en mis facultades ni en mis sentimientos obrar de otra manera. Deseaba el rompimiento a todo trance, y para que éste apareciese motivado por ella antes que por mí, gustábame verla en el camino de la obstinación.

Al reaparecer, abrochándose la bata, prosiguió desde la puerta el sermón interrumpido:

—No soy una fiera. Tú puedes domarme, pero no con el látigo de las cuentas. Amor a cambio de lujo. Pero si le quitas todo de una vez a esta infeliz, figúrate qué será de mí... Sigo en mis trece. ¿Me vas a dar tu *blanca mano?* ¿Te *arrancas* al fin, te *arrancas?*

—¿Qué estás diciendo ahí, loca? ¡Yo tu marido!—exclamé, sin poder contenerme—. ¡Tu marido después de la confesión que acabas de hacerme..., después que has dicho que cuatro trapos y cuatro cacharros te apasionan más que yo!

—Déjame concluir... Eres un egoísta.

—Egoísta tú.

—¿Sabes lo que pienso?—dijo, poniéndose grave, pues colérica no se ponía nunca—. ¿Sabes lo que me ocurre? Pues como no me quieres ya... ¡Ah!, no me engañas, no. Bien lo conozco. No quisiera más sino saber quién es el *pendoncito* que me ha robado el corazón que era todo mío... Pero yo lo averiguaré... Estate sin cuidado... Déjame seguir. Como no me quieres, todo tu afán por mis economías no tendrá quizá más objeto

que salvar el anticipo que hiciste a la administración de mi casa, cuando perdimos al pobre Carrillo, que era un ángel, sí, señor, un ángel, un santo..., para que lo sepas... Déjame seguir: con la venta salvarás tu dinero; mi señor inglés se frotará las manos de gusto, y después yo..., no te sulfures..., yo me quedaré pobre, y me abandonarás. Podrá esto no ser la verdad, ¡pero qué verosímil es!

—Nunca hubiera creído en ti pensamientos tan viles—le dije.

Y la glacial mirada que advertí en ella irritóme de tal modo, que estallé en frases de ira.

—Tú no eres ya la misma. Has variado mucho. ¿Es esto culpa mía? Quizá. Tienes ideas groseras y un positivismo brutal... ¡Valiente papel haría yo si me casara contigo! No, no seré yo esa víctima infeliz. Con los resabios que has adquirido, ¿qué confianza puedes inspirar? Porque si no me parece bien vender el honor de un marido por el amor de otro hombre, ¡cuánto peor es venderlo por un aderezo de brillantes!... Y a eso vas tú, no me lo niegues; a eso vas sin que tú misma te des cuenta de ello. Ahí has de parar. Reconozco que tengo una parte de culpa, pues te he enseñado a arrastrar tu fidelidad conyugal por los mostradores de las tiendas de lujo... Y para que veas que haces mal en juzgarme a mí por ti; para que veas que, aunque hago números, no estoy metalizado como tú, que no sabes hacerlos, te diré que puedes quedarte con lo que te anticipé a la administración de tu casa para que los usureros no profanaran el duelo del pobre Pepe, aquel ángel, aquel santo a quien no quiero parecerme, ¿sabes?, a quien no quiero parecerme. Te regalo esos cuartos para que los gastes con tus nuevos amigos. Me felicito de esta nueva pérdida, que me libra de ti para siempre; lo dicho, para siempre. *(Cogiendo mi sombrero.)* En la vida más vuelvo a poner los pies en esta casa. Quédate con Dios.

Me levanté para salir. Contra lo que esperaba, Eloísa permaneció muda y fría. O creyó que mi determinación era fingimiento y táctica para volver luego más amante, o había perdido la ilusión de mí como yo la había perdido de ella. Salí al gabinete próximo, y mis pasos hacia la antesala fueron detenidos por una vocecita que siempre me llegaba al alma. Era la de Rafael, que, montado en un caballo de palo, lo espoleaba con un furor inocente. No me era posible salir sin darle cuatro besos. ¡Pobrecito niño! De buena gana me lo habría llevado conmigo... Fuí a donde sonaba la voz, y... ¡otra interesante sorpresa!... Camila, con la mantilla puesta, como acabada de llegar de la calle, tiraba del caballo, que se movía al fin con rechinar áspero de sus mohosas ruedas. En el mismo instante entró Eloísa, que dijo a su hermana:

—Quédate a almorzar.

Y a mí también me dijo con acento firme:

—José María, quédate. Espero al *Sacamantecas* y nos reiremos mucho.

La idea de estar junto a Camila me hizo dudar. Por un instante mi debilidad andaluza estuvo a punto de dar al traste con mi entereza inglesa; pero venció ésta y rehusé.

Camila se fué cantando. Iba a quitarse la mantilla y a dar un recado a Micaela. Nos quedamos solos Eloísa y yo con el pequeño, a quien besé con ardor.

—¡Pobre niño!—dije, mientras él, apeándose, subía la silla, que se había corrido a la barriga del caballo—. Aunque no nos hemos de ver más, me comprometo, con juramento que hago sobre la cabeza de este clavileño, a hacerme cargo de su educación y a costearle una carrera cuando su desdichada mamá esté en la miseria.

Eloísa volvió al otro lado la cara y no dijo nada. Con inquieta presteza, se puso Rafael a horcajadas. Yo le volví a besar... Entonces su madre, ella misma, sí, ¡cuán presente tengo esto!, llegóse a él y, poniéndose de rodillas y rodeándole la cintura con su brazo, le dijo:

—Vamos a ver, Rafael, estate quieto un momento y contéstanos a lo que te vamos a preguntar. José María y yo nos vamos ahora de Madrid, nos vamos... él por un lado y yo por otro. *(El chico miraba a su madre con profunda atención, y después me miraba a mí.)* Tú no puedes ir a un tiempo con él y conmigo, porque no te vamos a partir por la mitad. ¿Qué te parece a ti? ¿Debemos partirte con un cuchillo? Claro que no... Has de ir enterito con uno de los dos. Vamos a ver, decide tú con quién vas a ir: ¿con José María o conmigo?

Sin vacilar un instante, el niño me echó los brazos al cuello, hocicándome primero y recostando después su cabeza en mi hombro como en una almohada. Cuando quise mirar a Eloísa, ya no estaba allí. Huyó la pícara. Oí el roce de su bata de seda, y nada más... Dejando al pequeñuelo en poder de Camila, que había vuelto a entrar, salí a la calle con vivísima opresión en el pecho.

II

SIGO NARRANDO COSAS QUE VIENEN MUY A CUENTO CON ESTA VERDADERA HISTORIA

I

Parecerá quizá muy extraño que en una ocasión como aquélla mi primer pensamiento, al verme en la calle, fuera esperar a Camila para hacerme el encontradizo con ella e invitarla a dar un paseíto. La ingenuidad guía mi pluma, y nada he de decir contrario a ella, aunque me favorezca poco. Mientras entretenía el tiempo en la calle, alargándome hasta la plazuela de Antón Martín, o dando la vuelta a la primera manzana de la calle de la Magdalena, reflexioné sobre lo que acababa de pasarme. La verdad, yo no podía estar orgulloso de mi conducta, pues si bien el rompimiento y el acto aquel de perdonar el dinero me honraban a primera vista (aun quitando de ellos lo que tenían de teatral), en rigor, yo era tan vituperable como Eloísa. Así lo reconocí, aunque sin propósito de enmienda. Mi razón echaba luz, eso sí, sobre los errores de mi vida; mas no daba fuerza a mi voluntad para ponerles remedio: «Está muy bueno—me decía yo—que le exija virtudes que estoy muy lejos de tener... Pero los hombres somos así: creemos que todo nos lo merecemos, y que las mujeres han de ser heroínas para nosotros, mientras nosotros hacemos siempre lo que nos da la gana. Aquí lo natural y lógico sería que yo siguiera queriéndola como la quise, y que, combinando hábilmente la disciplina del amor con la de la autoridad, la apartara poquito a poco de su camino para llevarla al mío. Esto es lo humanitario, lo digno, lo decente. Además, creo que no sería muy difícil. Pero no, yo me planto y digo: has de cambiar de vida de la noche a la mañana, porque yo lo mando, porque así debe ser, porque no quiero gastar dinero; y yo, en tanto, hija mía, si te he visto no me acuerdo, y aunque siga haciendo contigo la comedia de la consecuencia, en el fondo de mi alma te desprecio.»

¡Y aquella tunanta de Camila no parecía!... Ya me sabía de memoria todos los escaparates de la zona por donde andaba; ya había visto cien veces las abigarradas muestras del molino de chocolate, los pañuelos y piezas de tela de la tienda de ropas, los carteles de Variedades, los puestos de verdura y pescado de la calle de Santa Isabel. Oí en el reloj de San Juan de Dios las doce, las doce y media, la una... Yo no había almorzado y empezaba a tener apetito. No podía entretener el tedio de aquel plantón sino echando sondas a mi espíritu. ¡Ay qué cosas hallé en tales profundidades! Navegando por entre el gentío de la calle, hallábame tan solo como en alta mar, y oía el murmullo sordo que me agitaba como el inextinguible mugido del viento y las olas. Siento desengañar a los que quisieran ver en mí algo que me diferencie de la multitud. Aunque me duela el confesarlo, no soy más que uno de tantos, un cualquiera. Quizá los que no conocen bien el proceso individual de las acciones humanas, y lo juzgan por lo que han leído en la Historia o en las novelas de antiguo cuño, creen que yo soy lo que, en lenguaje retórico, se llama un *héroe,* y que, en calidad de tal, estoy llamado a hacer cosas inauditas y a tomar grandes resoluciones. ¡Como si el tomar resoluciones fuera lo mismo que tomar pastillas para la tos! No: yo no soy *héroe;* yo, producto de mi edad y de mi raza, y hallándome en fatal armonía con el medio en que vivo, tengo en mí los componentes que corresponden al origen y al espacio. En mí se hallarán los caracteres de la familia a que pertenezco y el aire que respiro. De mi madre saqué un cierto espíritu de rectitud, ideas de orden; de mi padre, fragilidad, propensión a lo que mi tío Serafín llama *entusiasmos faldamentarios.* Lo demás me lo hicieron, primero, mi residencia en Inglaterra; luego, mi largo aprendizaje comercial, y, por fin, mi navegación por este

mar de Madrid, aguas turbias y traicioneras que a ningunas otras se parecen. Carezco de base religiosa en mis sentimientos; filosofía, Dios la dé; por donde saco en consecuencia que mi ser moral se funda más en la arena de las circunstancias que en la roca de un sentir puro, superior y anterior a toda contingencia. No domino yo las situaciones en que me ponen los sucesos y mi debilidad, no. Ellas me dominan a mí. Por esto, tal vez, muchos que buscan lo extraordinario y dramático no hallen *interesantes* estas memorias mías. ¡Pero cómo va a ser! La antigua literatura novelesca y, sobre todo, la literatura dramática, han dado vida a un tipo especial de hombres y mujeres, los llamados *héroes* y las llamadas *heroínas,* que justifican su gallarda existencia realizando actos morales de grandísimo poder y eficacia, inspirados en una lógica de encargo: la lógica del mecanismo teatral en la Comedia, la lógica del mecanismo narrativo en la Novela. Nada de esto reza conmigo. Yo no soy personaje *esencialmente activo,* como, al decir de los retóricos, han de ser todos los que se encarnan en las figuras de arte; yo soy pasivo: las olas de la vida no se estrellan en mí, sacudiéndome, sin arrancarme de mi base; yo no soy peña: yo floto, soy madera de naufragio que sobrenada en el mar de los acontecimientos. Las pasiones pueden más que yo. ¡Dios sabe que bien quisiera yo poder más que ellas y meterlas en un puño!

II

Pero ¿qué veo?... Ella, al fin. Hacia mí la vi venir, alzando un poco su falda para apartarla de la suciedad de la calle de Santa Isabel.

—¡Camililla!... ¿Tú por aquí? ¡Qué sorpresa!...

—Y tú, ¿adónde vas? ¿Vuelves a casa de Eloísa?

—No. Iba a... ¡Pero qué encuentro tan feliz!

De fijo, los que quieren que yo sea *héroe* se asombrarán de que, viviendo en la misma casa que Camila y pudiendo hablar con ella cuanto me diera la gana, espiara sus pasos en la calle. Pero de estas rarezas e inconsecuencias están llenos el mundo y el alma humana. Tenía sed de lo imprevisto, y me lo procuraba como podía, es decir, *previéndolo.* Era, pues, un imprevisto artificial, ya que no podía ser del genuino, de aquel que tiene a la Providencia por *propio cosechero.* Porque aquella condenada pasión nueva nacía en mí con rebullicios estudiantiles, haciéndome cosquilleos románticos. La vanidad no tenía tanta parte en ella como en la que inspiró Eloísa. Ya me estaba yo recreando con la idea de que mi triunfo, si al fin lo lograba, permaneciese en dulce secreto, y que sólo ella y yo lo paladeáramos, pues si en otra ocasión el escándalo me había sido grato, en ésta el misterio era mi ilusión. Púseme en aquellos días un tanto novelesco y un sí es no es tonto, y mi fantasía no se ocupaba más que en imaginar bonitos encuentros con la mujer de Miquis, peligros vencidos, líos desenredados, tapujos, sorpresas, escenas teatrales en que el goce se sazonara con la salsa de lo furtivo y con esa pimienta dramática que rara vez aparece fuera de los bastidores de lienzo pintado. En fin, válgame la franqueza, yo estaba hecho un cadete, un seminarista, a quien acaban de quitar la sotana para lanzarle al mundo. Pensaba cosas que luego he reconocido eran puras boberías. ¿Qué más que seguir los pasos de Camila en la calle, ver que entraba en alguna tienda, entrar yo también, fingir sorpresa por verla allí, hacer el papel de que iba a comprar cualquier cosa, comprarla, efectivamente, y después pagarle a ella su gasto? Y cuando creía encontrarla en un sitio y me llevaba chasco, ¡María Santísima, la que se armaba entre pecho y espalda! ¡Cuántas veces, a prima noche, le tomé las medidas a la calle del Caballero de Gracia, desde la del Clavel a la Red de San Luis, esperando a que Camila saliera de casa de su cuñado Augusto, que vivía en el 13! Y la muy bribona no parecía. Sin duda, yo me había equivocado creyendo que estaba allí. Observaba con disimulado afán la multitud, sorprendiéndome de que ninguna de aquellas caras fuera la que yo deseaba ver. El no interrumpido curso de semblantes, a trechos iluminados por el gas de las tiendas, a trechos embozados en tinieblas, me mareaba; y yo, impávido, mira que te mira.

De repente, me salta el corazón. Veo

a lo lejos una esbelta figura entre los bultos que vienen hacia mí. Un coche me la oculta; yo..., ¡zas!, a la otra acera... Acércome, pensando en que es conveniente disimular la expresión ansiosa y fingir que voy tranquilamente por la calle... ¡Cristo de la Sangre! No es ella. Es una tarasca, que, al pasar, me mira, como si conociera el gran chasco que me ha dado. Entre tanto, me aprendo de memoria los escaparates de Bach y de Matute, y puedo dar cuenta de todo lo que hay en la pastelería, de todos los abanicos de Sierra y de todas las drogas, ortopedias y específicos de la botica de la esquina.

Fatigado de aquel ridículo trabajo, hago por fin propósito de retirarme. Aquello, verdaderamente, es impropio de un hombre como yo. Pero cuando me retiro ocúrreme una idea desconsoladora: «¿Y si precisamente en aquel momento de mi retirada sale ella de la casa de Augusto?...» Vuelta a la cantilena; vuelta a engancharme al árbol de aquella noria estúpida, de la que no saco ni un hilo de agua; vuelta a pasear, a ver caras antipáticas, a ver los aparatos de gas echando toda su luz sobre las tiendas, menos algún reflejo que cae sobre el piso lustroso y húmedo de la calle; vuelta a oír el estrépito de los coches sobre las cuñas de pedernal. Al fin, rendido de cansancio y sin esperanzas de encontrar *casualmente* a Camila, me marcho...

Bien podía verla en su casa; ¡pero si allí estaba siempre el moscón de su marido, pegajoso, insufrible!... Y se pasaba toda la velada junto a ella, como un bobo. Solían ir algunos amigos, y charlaban mil tontadas, o jugaban a la brisca y a la lotería. ¡Cosa más necia no he visto en mi vida! Lo simpático de tal reunión era Camila, alma, centro y núcleo de ella. Cosía con atención tenaz, canturriando entre dientes; decía a cada instante gracias y agudezas; se burlaba de todo bicho viviente, siempre fija en su obra y echándoselas de muy entusiasmada con el trabajo, que era una montaña de tela blanca, de trapos, recortes y cosas medio concluídas y vueltas a empezar. Le había entrado el capricho de las ocupaciones, y renegaba de no tener tiempo para nada. ¡Qué le duraría esta pasión! En aquella época se hacía de rogar mucho para ponerse al piano y divertirnos un rato con la música. Constantino inventaba cosas raras para entretener el tiempo: anticuados juegos de prendas, prestidigitaciones de las más inocentes, y, por fin, se ponía a imitar el maullido de los gatos y a representar una escena de riñas y galanteos gatunos, con lo que todos se morían de risa, menos yo, que no encontraba la tostada de tales sandeces.

Vuelvo a mi aventura. Aquel día que topé con Camila en la calle de Santa Isabel, la invité a dar un paseo.

—A pie, en coche, como quieras—le dije—. Siento que hayas almorzado. Si no, nos iremos a un restaurante, al Retiro, a las Ventas, donde gustes. Está un día delicioso...

—Quita allá, *tísico*. ¿En qué estás pensando? ¡Yo a un restaurante! Por mí no me importaba; pero Constantino se pondría hecho un demonio... ¡Estaría bueno que, después de haberle quitado el vicio de ir al café, lo adquiriera yo!

Y seguimos hablando.

—¿Vas de tiendas? Te acompañaré.

—Voy a comprar telas para hacerle camisas a mi mamarracho. Pero cuidado: si vienes conmigo, no te empeñes en pagarme como otras veces... No lo consentiré. Mira todo el dinero que traigo.

Enseñóme su portamonedas, en que había mucha plata, algún oro y un billete muy sobadito, doblado en ocho dobleces.

—Estás hecha un capitalista. ¿A ver? ¡Chica...!

—Tengo para prestarte, si te ves en un apuro—me dijo, cerrándolo de golpe y acentuando el chasquido del muelle con un mohín muy gracioso de su hociquillo—. ¡Ajajá!... ¡Tengo yo más *guita*...! Si te hace falta, no seas corto de genio, y tu boca será medida.

—Tengo yo mucho más dinero que tú, tonta—dije con un candor que me habría hecho ridículo a mis propios ojos, si no tuviera en éstos las cataratas de la chifladura amorosa—. Y te quiero pagar la tela. Déjame a mí, tonta.

—No; que no..., ¡por Dios!

—Si es un obsequio que quiero hacer a Constantino. Mira, compraremos más tela, y me harás a mí media docena de camisas.

—¡Oh! Sí, sí—exclamó, riendo y dando palmadas en plena plazuela del Matute—. Oye: mi asnito sostiene que no

sé hacer camisas, que no sé cortar el cuello, y que la pechera la dejo con más picos que un candilón. ¡Ya verá él si sé!

—Si es un tonto... ¿Qué entiende él de eso?

—Constantino es abrutado, macizote; pero, creéme, es un ángel.

—De cornisa.

—No te rías.

—Si no me río.

—Me quiere muchísimo, me idolatra.

—Ya estás exaltada. Todo lo abultas, todo lo amplificas. Así eres tú.

—Es que tú eres un *tísico*, y no comprendes esto. Por muy alta idea que tengas del amor de un hombre, no sabes cómo me quiere Constantino. Se dejaría matar cien veces por su mujer. Jamás me dice una mentira, y tiene tal fe en mí, que si le dijeran que yo era mala, no lo creería.

Sin poner gran atención a estos elogios del asnito, seguimos avanzando hasta llegar a la mitad de la calle del Príncipe. Entramos en la tienda, que era una camisería elegante, llena de chucherías preciosas y de novedades parisienses; veinte mil monadas de cerámica, metal y hueso que sirven para regalos y se pagan a elevados precios. Camila pidió telas, y mientras en el mostrador le medían y cortaban, yo estaba mirando aquellas bagatelas elegantes. De pronto mi prima se puso a mi lado para ver y admirar conmigo los caprichos. Comprendí que se le iban los ojos; pero que se contenía para que yo no gastara dinero. Todo lo encontraba carísimo. Empecé a hacer compras, y me llené los bolsillos de paquetitos.

—Por Dios, ¡qué disparates haces! En la vida más vuelvo a entrar contigo en una tienda.

Quise pagar la tela; pero ella la había pagado ya. Me enfadé de veras.

—¡Qué cosas tienes! Tú sí que estás tonto.

Al salir, miróme seria, muy seria. Entró en La Palma a comprar unas cintas de color. Aquella segunda parada fué breve. Salimos pronto.

—¿Quieres que tomemos un simón?

—No—me respondió, poniéndose más bien grave y quizá algo enojada—. Los de La Palma te han mirado mucho y me miraban a mí. Nada, no vuelvo contigo a las tiendas. Y no lo hago porque Constantino piense mal de mí. El pobrecito creerá que el sol sale de noche; pero que yo sea mala no le cabe en la cabeza... Lo dicho, no quiero nada contigo... Y todas esas chucherías que has comprado guárdalas para las querindangas que tengas por ahí, que yo no las tomo.

—Vaya si las tomarás.

Entramos en la calle de Sevilla.

—Es que...—me dijo echándose a reír con espontaneidad candorosa—. Es que parece que me haces el amor, que me quieres conquistar.

—¿Y qué?

—Cualquiera diría que te has enamorado de mí—dijo, columpiando su mirada entre la gravedad y la risa.

—Pues diría la verdad.

—¡Vaya con lo que sales ahora!—exclamó, decidiéndose por la risa—. Tú estás chocho.

Y empezó a hablar de Constantino, de las paces que había hecho con su suegra doña Piedad, del proyectado viaje a la Mancha, de cómo sería El Toboso, sin dejarme meter baza ni salir por donde yo quería. En esto llegamos a casa, y subí con ella al tercero. Constantino no estaba. Yo tenía una debilidad horrible, pues eran las dos y media y no había almorzado. Sobrepúsose en mí la necesidad de alimento a todo lo demás, y se lo manifesté con franqueza.

—Si te contentas con una tortilla y una chuleta, ahora mismo...

—¿Pues no me he de contentar? Y servida por tales manos...

—Pues ya estás sentado.

Salió para dar órdenes a su criada; pronto la vi poniéndose un delantal blanco y azul. La casa no era ya lo que fué meses antes. Había más arreglo, y, sin perder el sello especial de la personalidad tumultuosa de su alma, parecíame más casa, menos manicomio. Ya no había en ella perros sabios, ni otro animal que Miquis. En cuanto a Camila, si lo esencial de ella permanecía, había perdido muchas mañas muy feas, como el pedir billetes de teatros y otros excesos. En aquel curso educativo que se daba a sí misma, aprendió delicadezas que antes no conocía.

—No, no acepto tus regalos—me dijo bruscamente, como si reanudara la disputa interrumpida, o más bien dando una vuelta a la idea que se había fijado en

ella—. ¡Vaya con tus regalitos...! Ya pasan de la raya. Dilo con toda tu alma: ¿es que me haces el amor?

Rompió a reír, pegó un brinco, le cogí al vuelo una mano; pero se me escapó y salió, enfilando una carcajada. Yo sentía, en mi felicidad expansiva, ganas de reírme también. La tortilla que me sirvió estaba abrasando. Me la comí, voraz, quemándome todo el gaznate; pero no hacía caso: el hambre, el amor, no me permitían pararme en ello.

—Pues sí, Camila... Tú lo has dicho.

Y vuelta a reír.

—Me alegro, me alegro—dijo, cuando yo creía que se enfadaba—. Para que sepa Constantino el tesoro que tiene en su casa, para que vea cuánto valgo, él que me adora, creyendo que ni él ni yo valemos un comino.

—Pero no me dejas concluir...—observé, tartamudeando y abrasándome vivo—. Es que... me tienes loco... ¡Jesús, qué fuego!... Me tienes fa... natizado.

Pegó otro brinco. Salió como un pájaro que levanta el vuelo. Al poco rato la oí gritar desde la puerta del gabinete:

—Pues no te queda más recurso que éste.

Me apuntaba con un revólver de Constantino, diciendo:

—No creas, está cargado. Si quieres, ahora puedes curarte esa pasión con una píldora.

—No pienso usar tal medicina, porque tú, al fin, me has de querer, aunque sólo sea por lástima. Mira: haz el favor de no jugar con ese chisme. No me gusta ver armas cargadas.

Poco tardó en aparecer, desarmada.

—¿Conque apasionadísimo..., ísimo?... —declaró con afectación burlesca, apoyando ambas manos sobre la mesa, enfrente de mí—. En cuanto venga mi asnito se lo he de decir. Verás cómo se ríe.

—Mira, más vale que no le digas nada.

—Pero tú eres memo—dijo, volviéndose hacia donde estaba el trofeo de toros—. ¡Yo cargar de cuernos a mi querido Constantino!... ¡Yo decorar su noble frente con esos indecentísimos atributos!... ¡Yo faltar a mi mozo de cordel, como tú dices, y exponerlo a las rechiflas de los tontos con todas esas mitras en la cabeza!... ¡Ay!, no te canses en seducirme, porque no me seducirás, perdis... La cornamenta no es para él, sino para ti, para tu hermosa cabeza de tísico. Lo menos que piensas es que, cuando tú quieres plantarle cuernecitos a otros, se te carga la cabeza de ellos sin que tú lo sepas, tontín...

Paréceme que me puse verde al oír esto. No sé lo que habría dicho en contestación a aquellas extrañas palabras si no hubiera entrado a la sazón el propio Constantino.

—Mira si será tonta tu mujer—le dije—. Nos encontramos en una tienda, le compré unas baratijas, y no las quiere aceptar. Entérate: esta corbata y estos gemelos son para ti. ¿Ves qué bonito?

—¿Acepto?—preguntó ella con ojos de cicha, bebiéndose en una mirada las miradas de él.

—Sí. ¿Por qué no?—contestó Miquis, acariciándole la barba—. Acéptalo, chiquilla.

Ella le dió un abrazo.

—¡Patrona!—gritó el muy bruto en seguida, sentándose frente a mí—. Háganos café... al momento: venga la maquinilla. Y tráigame usted la botella de ron de Jamaica.

—No me da la gana—fué la réplica de ella.

—¿Cómo es eso?

—No se hace ahora café. No saco el ron... Aquí no se fomentan vicios.

—Si es un obsequio al primo de la patrona...

—No hay obsequio que valga. Si quiere mi primo emborracharse, que se vaya a la taberna.

—¡Patrona, el ron!—repetí yo.

—No me da la real gana. Noramala todos. A la calle, a la calle. Y desocuparme prontito la mesa, que la necesito para cortar.

—Bueno, mujer; no te enfades—gruñó Miquis, desocupando la mesa—. Lo tomaremos en el café.

—Lo tomará él si quiere—declaró Camila con autoridad—. ¡Usted, señor mío, aquí!

—Vaya, ¿tampoco me dejas salir?

—Tampoco. Este José María es un perdido, y quiere pervertirte.

—Es que vamos a la sala de armas.

—Aquí, y chitito callando.

—¿Ha visto usted qué tarasca?

—A callar. Quítese usted al momento

la levita... y los pantalones nuevos... Así me rompes la ropa, condenado. Eso, eso: restriega los coditos sobre la mesa.

—Pero, vamos a ver, ¿tengo yo que hacer algo en casa?—preguntó él, mirando embobado a su mujer.

—Pues nadita que digamos... Escribir a tu mamá. Ahora que la tenemos como un confite, ¿vamos a enojarla por no escribirle? Desde el domingo te estoy diciendo: «Escribe, hombre; escribe a tu mamá...»

—Bueno, ¿y qué más?

—Ayudarme a cortar.

—Yo ¿qué sé de cortes?

—Y hacer de maniquí para probar los cuellos y pecheras.

—¡Yo maniquí! Pero, señora, ¿usted qué se ha llegado a figurar?

—Y clavarme clavos en el pasillo para colgar la ropa.

—Y yo ¿qué tengo que hacer?—le pregunté a mi vez.

—Usted, señor tísico, lo que tiene que hacer es plantarse ahora mismo en la calle. Aquí no nos sirve más que de estorbo. ¿No le hemos llenado ya la tripa?

—Di que me has abrasado vivo. ¡Vaya un modo de despedir a los amigos! No, hija: lo que es los clavos te los he de clavar yo, mientras Constantino escribe a su mamá. Es que me opongo a que nadie más que yo ponga clavos en mi finca.

—¡A ponerse la ropa vieja!—gritó Camila a su marido—. Y tú...

—Los clavos, hija, los clavos. Déjame...

—Bueno, consiento. Trabajando se quitan las malas ideas.

Y me trajo un martillo y unas puntas de París tomadas, torcidas y roñosas.

—Pero, hija, lo primero que tengo que hacer es enderezar esto.

—Enderézalos con los dientes.

Y me puse a trabajar con fe, haciendo yunque de la barandilla de hierro del balcón. No pasaban diez minutos sin que Constantino y yo fuéramos a consultar con la patrona.

—¿Y qué le digo de nuestro viaje a la Mancha?—preguntaba él, ya vestido con los trapitos más usados que tenía.

—¡Qué burro! Pues que sí; a todo se le dice siempre que sí.

—Camililla de mis entretelas, la mayor parte de estos clavos no tienen punta.

—Pues sácasela como puedas... No me vengas con cuentos. A trabajar. Aquí no se quieren vagos. Después me vas a poner argollas a esos marcos que están por el suelo.

—Bueno, bueno. También las argollas.

—Y callarse la boca. Cada uno a su obligación.

Era aquello una comedia.

—Constantino, ¿ya has escrito? Trae la carta. Quiero leerla. De fijo has puesto algún disparate. Hay que mirar mucho lo que se dice a esa gente de pueblo, que es muy desconfiada. Y tú, ¿qué haces ahí como un papamoscas?

—Esperando a que me digas dónde van los clavos.

—¡Ay, qué hombre! Tengo que discurrir por todos... No hay aquí más talento que el mío. Pero ¿dónde han de ir?... Ven acá, mastuerzo...

Y me señaló los puntos donde se debían poner las cuerdas; y empecé a golpear con tanta furia, que se podía creer que deseaba derribar mi casa y hacerla polvo.

—Y yo ¿qué hago ahora?

—¡Ea!, ya están los clavos. ¿Y ahora?

—Pues entre los dos... Di, bandido, ¿te has puesto los pantalones viejos?... ¡Ah!, sí. Pues entre los dos me vais a apartar esta cómoda para buscar unas tijeras que deben de haberse caído por detrás... Después, Constantino, a sacar la máquina, limpiarla, engrasarla, ponerle las canillas... Y el tísico, que se prepare a fijar las argollas... ¡Ea!, mover esas manazas y esas patazas. Adelante con la cómoda.

Y todo lo que nos mandaba lo hacíamos gozosos, riendo y bromeando, y me pasé allí la tarde, encantado, embelesado, respirando a todo pulmón el delicioso ambiente de aquel paraíso terrestre y casero, en el cual yo quería hacer el papel de culebra.

III

DE LOS DIFERENTES PROCEDIMIENTOS USADOS POR LOS MADRILEÑOS PARA SALIR A VERANEAR

I

Estaba yo en la firme creencia de que Eloísa se presentaría en mi casa a pedirme perdón y a buscar las paces con-

migo. Sin mi ayuda, su ruina era inmediata. Pero no acerté por aquella vez. Pasaban días, y la viuda no iba a verme. Dos o tres veces, en la calle, la vi pasar en su carruaje, y su mirada dulce y amistosa me decía que no sólo no me guardaba rencor, sino que deseaba una reconciliación. Pero yo quería evitarla a todo trance, impulsado por dos fuerzas igualmente poderosas: el hastío de ella y el temor de que acabara de arruinarme. Huía de todos los sitios donde pudiera encontrarla, pues si me venía con lagrimitas era muy de temer que la delicadeza y la compasión torciesen mi firme propósito.

Ya se acercaba el verano, y yo tenía curiosidad de ver cómo se las arreglaba Eloísa para hacer aquel año su excursión de costumbre; pues de una manera u otra, empeñando sus muebles o vendiendo sus alhajas, ella no se había de quedar en Madrid. Lo que entonces pasó causóme viva pena, sin que la pudiera calmar apelando a mi razón. Súpelo por un amigo oficioso, el que designé antes por el *Sacamantecas*, por no decir su verdadero nombre. Aquel condenado fué a verme una mañana, y se convidó a almorzar conmigo so pretexto de hablarme de un asunto que tenía en Fomento aguardando la resolución del ministro. Pero su verdadero objeto era llevarme un cuento, un cuento horrible que adiviné desde las primeras reticencias con que lo anunció. Tenía aquel hombre el entusiasmo de la difamación, y, sin embargo, lo que me iba a decir era, no sólo verosímil, sino verdadero, y las palabras del infame arrojaban de cada sílaba destellos de verdad. En mi conciencia estaban las pruebas auténticas de aquella delación, y yo no tenía que hacer esfuerzo alguno para admitirla como el Evangelio. No se valió el *Sacamantecas* de parábolas, sino que de buenas a primeras me dijo:

—Mucho dinero tiene Fúcar, querido; pero como se descuide se quedará por puertas... En buenas manos ha caído... Supongo que estará usted al tanto de lo que pasa, y que esta observación no es un trabucazo a boca de jarro.

—Enterado, enterado...—dije con no sé qué niebla parda delante de mis ojos.

Yo no había oído nada, no lo *sabía*, en el rigor de la palabra; pero lo sospechaba: tenía de ello un presagio muy vivo, equivalente en mi espíritu a la certidumbre del suceso. Entróme entonces fuerte curiosidad de saber más, y, fingiendo estar enterado de lo esencial, hice por sacarle más concretos informes.

—Esto no lo sabemos todavía en Madrid más que los íntimos, usted, yo, dos o tres más—añadió—; pero cundirá pronto, cundirá. Hasta ayer tenía yo mis dudas. Lo sospechaba por ciertos síntomas. Como no me gusta que me escarben dentro las dudas, me fuí a ver a Fúcar... Yo soy así: me agrada beber en los manantiales. Encaréme con él y le puse los puntos sobre las íes. «A ver, don Pedro, ¿es cierto esto?» El se echó a reír, y me dijo que como las cosas caen del lado a que se inclinan... En fin, que hay tales carneros. No crea usted: Fúcar, en su depravación, es hombre muy práctico. Me dijo que no piensa hacer locuras más que hasta cierto punto; que gastará con su cuenta y razón; en una palabra: que va muy prevenido, por conocer las mañas de la prójima.

Irritóme que aquel tipo hablara de Eloísa con tanta desconsideración. Sospechando por un instante que la calumniaba, pensé poner correctivo a la calumnia; pero algo clamaba dentro de mí, apoyando el aserto, y me callé. Era verdad; era verdad. La tremenda lógica de la fragilidad humana lo escribía en letras de fuego en mi cerebro. Lo que me causaba extrañeza era sentirme contrariado, lastimado, herido por la noticia. ¿Qué me importaba a mí la conducta de aquella *prójima*, si yo no la quería ya...? No sé si era despecho o injuria del amor propio lo que yo sentía; pero, fuera lo que fuese, me mortificaba bastante. Al propio tiempo, me dolía ver en el camino de la degradación a la que me fué tan cara, y alguna parte debieron tener también en mi pena los remordimientos por haberla puesto yo en semejante sendero.

Pero disimulé y supe afectar indiferencia o el interés superficial que es propio, entre caballeros, de las relaciones mujeriles entabladas por la tarde, a la mañana rotas. Creo que me reí, que declaré no tener con ella ya ningún trato; y el maldito *Sacamantecas* se entusiasmó tanto con esto hacia la mitad aproximadamente del almuerzo, que dijo más, mucho más... Su lengua era como el hierro afilado de un cepillo de carpin-

tero, y, pasando sobre mí, me sacaba virutas de carne del corazón.

—Es monísima, pero no se harta nunca de dinero. Como usted no va por las noches, no sabe que ha puesto mesas de monte. La otra noche decía con terror: «Si José María viera esto, me pegaría.» Los tresillistas le teníamos un miedo de mil demonios. Pregúntele usted a Cicero y a Carlos Chapa. Es de las que dicen: «Cobra y no pagues, que somos mortales...»

¡Qué trabajo me costó disimular mi rabia! Pero con cabezadas, ya que no con palabras, daba yo a entender que todo lo sabía, que todo aquello era historia vieja.

—Es monísima—volvió a decir el *Sacamantecas,* echando una ojeada a las paredes por ver si hallaba un espejo en que mirarse—; pero ¡ay del que caiga en sus garras!... Cuando está tronada, se queja mucho de tener la pluma en la garganta. Sí, querido, sí; en ciertas mujeres esos estados nerviosos no son más que anemia de bolsillo... Al principio me pareció que la consabida no era como todas. Pero sí, querido, sí: es como todas. Gracias que lo tomamos con calma, y nos quedamos tan frescos cuando un Fúcar nos desbanca.

El miserable, en su vanidad ridícula, quería presentarse también como víctima. Se preciaba de haber recibido favores de Eloísa; pero esto era una falsedad, de que yo no tenía, no podía tener duda alguna. Aquélla era la ocasión de haberle soltado cuatro frescas; pero si lo hubiera hecho, habría entregado la carta y denunciado mi despecho. Preferí contenerme con violentísimos esfuerzos, y dejarme cepillar, cepillar.

—No he conocido mujer de más imaginación—prosiguió—para discurrir modos de gastar. Ella es persona de gusto, eso sí, querido, sí...; pero con nada se conforma. La otra noche le alabamos su casa, ¡y nos puso una carita de ascos...! Se lamentó de no tener más que porquerías; de que todos sus muebles, sus porcelanas y bronces son industriales; de que se encuentran idénticos en todas las tiendas y en las casas de Fulano y Zutano; de que no posee cosas de verdadero mérito ni de verdadero *chic.* «Este lujo, al alcance de todas las *fortunas*—nos dijo—, me carga; esto de que no pueda usted tener nada que no tengan los demás, me aburre. A veces me dan ganas de coger un palo y empezar a romper cacharros...» Le ponderamos sus cuadros modernos... ¡Pero si se cansa de todo!... Tiene la pretensión de vender estos lienzos para comprar Velázquez y Rembrandts. Hipa por lo grande esta prójima. Cuando se pone triste, dice: «Aquí no hay más que pobretería, imitación.» En fin, que quiere más, más todavía. Siempre que se habla de casas, para ella no hay más que la de Fernán-Núñez. Es su ilusión. Asegura que se pone mala cuando la ve, y que sueña con tener aquella estufa, el Otelo, las latanias plantadas en el suelo, la escalera de nogal, la galería, los cuadros y tapices, la montura de Almanzor y la *Flora,* de Casado. Patrañas, querido. Estas mujeres son el diablo con nervios. A nosotros no nos cogen ya, ¿verdad? Somos perros viejos. ¡Qué Madrid este! Todo es una figuración. Vaya usted entre bastidores si quiere ver cosas buenas. La mayoría de las casas en que dan fiestas están devoradas por los prestamistas. En otras no se come más que el día en que hay convidados. Los cocineros son los que hacen su agosto. Un detalle que sé por monsieur Petit: el cocinero de Eloísa, en el tiempo de los célebres jueves, sacó más de seis mil duros. Se ha establecido. Ha tomado la fonda de los baños de Guetaria. ¡Así prospera la industria! En cambio, cuando usted implantó las economías en casa de Carrillo, los criados se marcharon porque no les daban de comer.

—Eso sí que es falso—dije, sin poderme contener—. ¡Hambre! Eso no lo ha habido allí nunca.

—Perdone usted, querido—replicó muy serio—. Me lo ha contado Quiquina.

—¿Esa italiana...?

—Una mujer deliciosa... Cuando la despidió Eloísa, se fué con la Peri... ¿Sabe usted quién es la Peri? Esa que Pepito Trastamara recogió en Eslava. Mujer hermosísima, pero muy animal. Trastamara la llevó a París para desasnarla; pero ¡quia! Siempre tan cerril. Dice que le gustan los *merecotones* en vino. Dice también que su padre murió de una *heroísma.* Come con los dedos y hace mil groserías. Pero Pepito y sus amigotes están muy entusiasmados con ella, y sostienen que es la primera *medio-mundana* que hemos tenido. Se pre-

cian ellos de la incubación del tipo. La verdad es que son unos pobres mamarrachos. Yo me divierto con ellos. Pues bien: Quiquina se refugió en casa de la Peri. Allí nos ha contado intimidades de Eloísa... No, no ponga usted esa cara feroz; no ha sido nada de infidelidades. Cosas de los apurillos de la señora, de sus trazas para procurarse dinero. A Quiquina le hizo sacar del Monte sus ahorros, y aún no se los ha devuelto. Nos hablaba también del pobre Carrillo, ¡que le quería a usted tanto!; de las carantoñas que le hacía su mujer, con otros mil detalles graciosos.

Yo no podía aguantar más. Aquello colmaba el vaso. Las confidencias del *Sacamantecas* me revolvían de tal modo el estómago, que poco me faltaba para vomitar el almuerzo. Supliqué que variara la conversación, y él se echó a reír. Empecé a encolerizarme; se me subió la mostaza a la nariz... Por fortuna, entró Jacinto María Villalonga, y se volvió la hoja. Los tres debíamos ir juntos al Ministerio de Fomento, y tomamos café aprisa.

II

Y en la Trinidad, ocupándome de lo que no me importaba, no podía apartar de mi mente las virutas que me había sacado aquel cepillador, las cuales subían, enroscándose, desde mi corazón a mi cerebro. Lo que íbamos a solicitar era que el Ministerio le comprara al *Sacamantecas* unos papeles o pergaminos viejos que, al decir de un informe académico, interesaban grandemente a la historia patria. Con estos auxilios oficiales trampeaba mi amigo. Tiempo hacía que chupaba del Estado en una u otra forma, ya so color de comisiones en el extranjero, para estudiar cualquier cosa de que él entendía tanto como de afeitar ranas, ya con aquel de las excavaciones arqueológicas que se hacían en una finca suya, allá por donde Cristo dió las tres voces.

El ministro nos recibió a los tres con toda la cordialidad de su temperamento andaluz y maleante. Era un hombre de palabras flamencas y de pensamientos elevados, iniciador de más osadía que perseverancia. Aquel día estaba de buenas. Después de ponerse a nuestras órdenes, añadiendo que nos daría el copón si se lo pedíamos, llevóme aparte y me dijo mil perrerías. Yo era un acá y un allá. Cuando se desvergonzaba en broma, me parecía un gran talento que necesita abonarse constantemente, con palabras estercoleras, todas las materias de lenguaje en descomposición que manchan, apestan y fecundan. Por fin, en términos comedidos, me reprendio amistosamente por mi apatía política. Yo no me cuidaba de nada; no hacía caso de las quejas de mis electores, y éstos tenían que valerse de otros diputados para impetrar el favor oficial. Yo era, en suma, un padrastro de la patria. Contestéle que dejaría gustoso un cargo que me aburría soberanamente. Insistí mucho en esto de mi fastidio político; pero durante aquella misma conversación, en que intervino también Villalonga, se posesionó de mí una idea. Quizá me convenía variar de conducta, mirar a la política con ojos más amantes, pues, con ayuda de este útil instrumento, podía ir reparando mi agrietada fortuna. Salí de la Trinidad, dejando al *Sacamantecas* con Villalonga en la habitación. Deseaba averiguar a todo trance por qué capítulo cobraría, y cuándo le daban el libramiento, pues le hacía mucha falta.

Lo mismo fué verme solo en la calle que volver a pensar en Eloísa. Las virutas se enroscaban más... No sé si aquella mujer me inspiraba compasión tan sólo o un sentimiento de despecho y envidia, que podría considerarse como reincidencia de la antigua pasión. Lo que había dicho el *Sacamantecas* me hería en lo vivo, y ansiaba tener la evidencia de ello. Al instante me acordé de Evaristo, mi criado antiguo, aquel perro fiel que yo había colocado en casa de Carrillo. Hícele venir a mi casa, y me contó cosas que me sacaron los colores a la cara.

Tuve que mandarle callar. Cuando me quedé solo, estaba nerviosísimo, me zumbaban horriblemente los oídos. Pasé una noche muy aburrida, porque Camila y su esposo fueron al teatro, y no tuve con quién entretener la velada. Me cansaba el teatro, me fastidiaba la sociedad. «Mañana—pensé—, o voy a casa de ésa..., a decirle cuatro cosas, o reviento.» No tenía derecho a pedirle cuentas de su conducta; pero se las pedía porque sí, porque me daba la gana, porque aquel Fúcar se me había atragantado, y eso

de que bebiera en la copa que yo bebí, me sacaba de quicio. Mi egoísmo había de resollar por alguna parte para que no estallara dentro. «La voy a poner buena—pensaba—. ¡Venderse por dinero! Es una ignominia en la familia que no debo consentir.»

Fuí por la tarde. Estaba furioso, deseando llegar para desahogar mi ira. ¿Qué cara pondría delante de mí? ¿Se disculparía?... Quedéme frío al entrar, cuando advertí cierta soledad en la casa.

El mismo Evaristo fué quien me dijo:

—La señora ha salido para Francia en el expreso de las cinco de la tarde.

¡Ah miserable! Huía de mí, de mi severa corrección, de la voz que le iba a ajustar las cuentas por su liviandad y por haber pisoteado el honor de la familia. ¡Qué vergüenza!... ¡Y yo, qué necio!

A la tarde siguiente bajé a la estación a despedir a la familia de Severiano Rodríguez, y me encontré a Fúcar que se acomodaba en un departamento del *sleeping-car*.

—Hola, *traviatito*—me dijo, abrazándome—. ¿Manda usted algo para París?

—Que usted se divierta—le respondí, afectando no sólo serenidad, sino contento hasta donde me fué posible.

Algo más hablé, dándole a entender que no me inspiraba envidia, sino compasión, y nos despedimos hasta la vuelta.

—Yo no pienso salir de España—añadí—. No quiero hacer gastos. Necesito tapar ciertas brechas y reedificar ciertas ruinas...

Y como él se riera, concluí con esto:

—Los convalecientes compadecemos a los enfermos... Adiós, adiós... Deje usted mandado... Divertirse.

III

Cuando Camila me dijo: «Nosotros no tenemos dinero para veranear y nos quedamos en Madrid», sentí una gran aflicción. ¿De qué trazas me valdría para costearles el viaje y llevármelos conmigo? Dije sencillamente a mi prima:

—Tú no has estado nunca en París. ¿Quieres ir a dar un vistazo?

Pero se escandalizó de mi proposición, echándome mil injurias graciosas. Yo estaba dispuesto a pagarles el viaje a San Sebastián o a donde quisieran, y con más gusto lo habría hecho llevándomela a ella sola; pero como no había medio de separarla del antipático apéndice de su maridillo, los invité a los dos.

—Gracias—me dijo Constantino—. Si mi mamá Piedad me manda lo que me ha prometido, nos iremos unos días a San Sebastián o a Santander en el tren de recreo.

—¡En el tren de recreo! Pero ¿estáis locos?

—Sí, en el tren de botijos—afirmó Camila, batiendo palmas—. Así nos divertiremos más. ¿Qué importa la molestia? Tenemos salud. La mujer de Augusto vendrá también.

—¡Qué cosas se os ocurren! Iréis como sardinas en banasta. Eres una cursi...

—Di que somos pobres.

—Vaya... Me han ofrecido habitaciones en una magnífica casa en San Sebastián. Viviremos todos juntos en ella. Id en el tren que queráis, aunque sea en un tren de mercancías.

Yo me regocijaba secretamente con la perspectiva de aquel viaje. «Allí caerás —pensé—; no tienes más remedio que caer.»

A la noche siguiente, el tontín de Constantino entró diciendo que irían a Pozuelo, lo que desconcertó mis planes. Marido y mujer discutieron, y yo combatí el proyecto con calor y hasta con elocuencia. Por fin, apelé a las aficiones taurómacas de Miquis, hablándole de las corridas de San Sebastián. ¡Ya vería él qué toros, qué animación! Vaciló, cayó, al fin, en la red. Quedó, pues, concertado el viaje; pero ellos no podían ir hasta agosto, y yo, muerto de impaciencia, agobiado por los calores de Madrid, tuve que estarme en la villa todo el mes de junio, viendo defraudados cada día mis ardientes anhelos. Aquella dichosa mujer era un enviada de Satanás para martirizarme y conducirme a la perdición. Como el badulaque de Constantino seguía de reemplazo, casi nunca salía de la casa. Las pocas veces que encontraba sola a Camila, convertíase para mí en una verdadera ortiga; no se dejaba tocar, suspiraba por su marido ausente y acababa de helarme hablándome de aquel Belisario que no venía, que no quería venir, que se empeñaba en seguir en la mente de Dios.

—Si no vas a tener más chiquillos... —decíale yo—; y da gracias a Dios para que no perpetúe la raza de ese animal manchego.

Al oír esto me pegaba con lo que quiera que tuviese en la mano. Y no se crea..., pegaba fuerte; tenía la mano pronta y dura. Me hizo un cardenal en la muñeca que me dolió muchos días.

—Si sigues haciéndome el amor—me chilló una tarde—, le canto todo al manchego para que te sacuda. Puede más que tú.

—Sí, ya sé que es un peón. Pero ven acá, ¿cómo es posible que le quieras tanto? ¿Qué hallas en él que te enamore?

—¡Qué risa!... Que es mi marido, que me quiere... Y tú no vienes más que a divertirte conmigo y a hacer de mí una mujer mala...

Y no había medio de sacarla de este orden de argumentos. «¡Que me quiere, que es mi marido!»

Un día, que la encontré sola, llegóse a mí con cierta oficiosidad, y, dándome un billete de quinientas pesetas, me dijo:

—Ahí tienes lo que me prestaste. Puede que ya no te acuerdes.

—En efecto, ya no me acordaba. Chica, no me avergüences... Guarda esa porquería de billete, y perdonada la deuda. Por algo somos primos.

—No, no quiero tu dinero. He pasado mil apuritos para reunirlo, y ahí lo tienes. Antes te lo pensaba dar; pero tuve que renovar el abono de la barrera de Constantino. ¡Pobrecito mío! ¡Cuánto he penado porque no se prive de la diversión que más le gusta! Para esto he tenido que dejar de comprarme algunas cosillas que me hacían falta, y no comer postre en muchos días. Me habrás oído decir que no tenía gana. Ganitas no me faltaban. Pero es preciso economizar. ¡Economizar! ¡Qué cosa más cargante! Discurre por aquí, discurre por allá; aquí pongo, aquí quito... Créete que me hacía cosquillas el cerebro... Pero todo se aprende con voluntad... Conque ahí tienes tus cuartos, y gracias.

—Que no lo tomo. Quita allá.

—Te echaré de mi casa.

—No me marcharé... Mira, ya me devolverás los dos mil reales cuando estés más desahogada. Debes suponer que no me hacen falta.

—Eso, ¿a mí qué?...

¡Pobrecilla! Toda mi terquedad fué inútil. Tan pesada se puso, que no tuve más remedio que tomar el dinero, temeroso de que se enojara de veras.

—Bien—le dije—. Guardo el billete; pero lo guardo para ti. Soy tu caja de ahorros. Esto y todo lo que necesites está a tu disposición. No tienes más que abrir esa bocaza y... enseñarme esos dientazos tan feos... Todo lo que poseo es para ti, para ti sola, gitana negra, loba.

Lo dije con tanto ardor, alargando mis manos hacia ella, que me tuvo miedo, y de un salto se puso al otro lado de la mesa.

—Si no te callas, tísico pasado—gritó—, te tiro este plato a la cabeza. Mira que te lo tiro.

—Tíralo y descalábrame—le contesté, fuera de mí—; pero, descalabrado y chorreando sangre, te diré que te idolatro; que todo lo que poseo es para ti, para esa bocaza, para la lumbre que tienes en esos ojos; todo para ti, fiera con más alma que Dios.

Sus carcajadas me desconcertaron. Se reía de mi entusiasmo, poniéndolo en solfa y apabullándome con estas palabras:

—Sí, para ti estaba. ¿Ves esta bocaza? No beberás en este jarro. ¿Ves estos faroles? (los ojos). Otro se encandila con ellos. Emborráchate tú con las tías de las calles, perdido. ¿Ves este cuerpecito? Es para que nazcan de él los hijos que voy a tener, para agasajarlos, para darles de mamar. ¡Y rabia, rabia, rabia..., y púdrete y requémate!

Constantino entró. Su aborrecida cara me trajo a la realidad. Le habría dado de palos hasta matarle. Pero en mis secretos berrinches, decía siempre para mí con invariable constancia: «Caerá, caerá; no tiene más remedio que caer.»

Otro día los hallé retozando con libertad enteramente pastoril. Ella, que tenía calor hasta en invierno, estaba vestida a la griega. El andaba por allí con babuchas turcas, en mangas de camisa, alegre, respirando salud. Ambos se me representaban como la misma inocencia. Parecía aquello la Edad de Oro, o las sociedades primitivas. Camila se bañaba una o dos veces al día. Era fanática por el agua fresca, y salía del baño más ágil, más colorada, más hermosa y gitana. El

no era tan aficionado a las abluciones; pero su mujer, unas veces con suavidad, otras con rigor, le inculcaba sus preceptos higiénicos, asimilándole al modo de ser de ella. ¡Una mañana presencié la escena más graciosa!... Me reí de veras. Mi prima, vestida como una ninfa, daba a su marido una lección de hidroterapia. Desnudo de medio cuerpo arriba, mostrando aquella potente musculatura de gladiador, estaba Miquis de rodillas, inclinado delante de una gran bañera de latón. Su actitud era la del reo que se inclina ante el tajo en que le han de cortar la cabeza. El verdugo era ella, toda remangada, con la falda cogida y sujeta entre las piernas para mojarse lo menos posible. El hacha que esgrimía era una regadera. Pero había que oírlos. Ella: «Restriégate, cochino; frótate bien; toma el jabón.» El: «Socorro, que me mata esta perra; que me hielo; que se me sube la sangre a la cabeza.» Ella: «Lo que se te sube es la mugre; ráspate bien, hasta que te despellejes. Grandísimo gorrino, lávate bien las orejas, que parecen... no se qué.» Y no teniendo paciencia para aguardar a que él lo hiciese, soltaba la regadera, y con sus flexibles dedos le lavaba el pabellón auricular con tanta fuerza como si estuviera lavando una cosa muerta. «Que me duele, mujer...» «Lo que te duele es la porquería», respondía ella, pegándole un sopapo. Parecía meterle los dedos hasta el cerebro.

Después le frotaba con jabón la cabeza, la cara, el pescuezo, y él, apartando los párpados, cubiertos de jabón, gritaba como los chiquillos: «¡No más, no más!...» En seguida volvía Camila a tomar la regadera y a dejar caer la lluvia, y él a pedir socorro y a echar ternos y maldiciones. El agua invadía toda la habitación. Se formaban lagos y ríos que venían corriendo en busca de los pies de los que presenciábamos la escena (mi tía Pilar y yo). Era preciso andar a saltos.

—Hija—dijo mi tía—, vas a inundar el piso y a pudrir las maderas. Mira qué cara pone éste, porque le estropeas su casa.

—Para eso la pago

Y salía sin esquivar los charcos, metiendo los pies en el agua. Llevaba zapatillas de baño, de esparto, bordadas con cintas de colores; pero a lo mejor se le caían, y seguía descalza, como si tal cosa, sobre los fríos ladrillos

Su mamá se reía como yo. Díjome después:

—Es increíble cómo esta cabeza de chorlito ha transformado a su marido. En esto del aseo, ha hecho una verdadera doma. Era Constantino uno de los hombres más puercos que se podían ver ¡Qué manos, qué orejas, qué cogote! Y míralo ahora. Da gusto estar a su lado. Parece un acero de limpio. Verdad que mi hija se toma todas las mañanas el trabajo de lavarlo como lavaba al *Curri*, cuando tenían perros en la casa.

Poco después Camila se presentó más vestida. Miquis llegó al comedor, colorado, frescote, con los pelos tiesos, riendo como un niño grande y abrochándose los botones de la camisa.

—Estas lejías no las aguanta nadie más que yo... ¿Ha visto usted qué hiena es mi mujer?

Corría Camila a hacer el almuerzo, pues estaban sin criada, pienso que por economizar.

—Patrona, que tengo gana..., que le como a usted un codo si no me trae pronto el rancho.

Y sentíamos rumor de fritangas en la cocina, y estrellamiento y batir de huevos.

—Ahora—me dijo Miquis con beatitud—nos pasamos con una tortillita y café. Hemos suprimido la carne como artículo de lujo. Y tan ricamente... A todo se *jace* uno. Esta Camila es el mismo demonio. ¿Pues no dice que va a reunir dinero para comprarme un caballo?... ¡No sé qué me da de sólo pensarlo!... ¿Será capaz?

Miré a Constantino y advertí en su rostro una emoción particular. O yo no entendía de rostros humanos, o se humedecían con lágrimas sus ojos. «Dios mío, Dios mío—pensé en un paroxismo de aflicción—, ¿por qué no he de poseer yo una felicidad semejante a la de este par de fieras?»

IV

—Aquí tienes el pienso—dijo Camila trayendo la tortilla de jamón—. Esto de ser a un tiempo ayuda de cámara del señorito, señora y doncella de la señora, cocinera y criada, es cargante, ¿verdad?

¡Ay! Quién fuera rica para estar todo el día abanicándome en mi butaca.

¡Y qué apetito, Dios inmortal! Los dos lo tenían bueno, y a mí se me iban los ojos tras los pedazos que metían en la boca. Observé que ella se reservaba para que a él le tocase más de la mitad de la tortilla. El también, dirélo en honor suyo, porque es verdad, fingía estar harto para que a su mujer le tocase más. Por fin quedaba un pedazo que ninguno de los dos quería tomar.

—Para ti, hija...

—No; para ti, nenito.

—Vamos—decía yo—, no se sabe cuál de los dos tiene más gana. Echar suertes... No, yo decidiré. Que se lo coma la hiena.

Y echándose a reír, se lo comía, y él se mostraba más feliz. Hacían el café en una maquinilla rusa. Al mismo tiempo devoraban pan a discreción y queso manchego, de que tenían repuesto abundante. Sin saber cómo, la conversación iba rodando a las esperanzas de prole. ¡Oh! Belisario vendría. Hacían proyectos contando con él como si lo tuvieran allí en una silla alta, con su babero al pescuezo.

—Vendrá, vendrá el señor Belisario —decía ella, encendiendo el alcohol—. Verán ustedes cómo con los baños de mar...

—Eso, eso; los baños de mar.

Para realizar aquel viaje, todo se volvía economías y arreglos.

—Pero si os pago el viaje... Dejaos de cálculos—les decía yo.

Constantino se incomodaba cuando yo hablaba de pagar. No quería, por ningún caso.

¡Oh cien mil veces dichoso! Lo poco que tenían lo disfrutaban y lo gozaban con inefables delicias. El día que recibieron ciertos dineros de doña Piedad con los cuales contaban para ayuda del verano, estaban los dos como locos. Camila se había hecho ya su sombrero de viaje, comprando el casco y los avíos y armándolo ella misma por un modelo que le prestó Eloísa. El vestido y el *pardessus* eran desechos de su hermana arreglados por la misma Camila. Se vestía, ¡ay dolor!, aquella imponderable virtud con los despojos del vicio.

Mientras hacían ellos sus preparativos, yo no sabía cómo matar el aburrimiento. Fuí algunos días a la Bolsa y al Bolsín, acompañado de Torres, y me entretuve haciendo operaciones de poca importancia. Consagraba también algunos ratos a mi tío, que estuvo todo el mes de junio metido en casa, muy aplanado, con cierta propensión al silencio, síntoma funesto en el más grande hablador de la Tierra. El pañuelo de hilo no se apartaba de sus ojos húmedos; el continuado suspirar producíale una especie de hipo. Pensando que se había metido en algún mal negocio, le supliqué que se clareara conmigo. No era mal negocio, pues hacía tiempo que estaba mi hombre retirado del trabajo. Ya no podía; le faltaban fuerzas; había dado un bajón muy grande. La causa de su trastorno era el mal de familia, que le atacaba en forma de un fenómeno de *suspensión*. Parecíale que le faltaba suelo, base; que se iba a caer... Pero pronto pasaría, sí... Procuraba vencer el achaque fingiéndose alegre. Sin saber por qué, se me antojó que detrás del síntoma nervioso de la *suspensión* había otra causa. Estos jaleos espasmódicos suelen provenir de lo que menos se piensa, y lo difícil es descubrir el punto vulnerado y atacar allí el mal. Hablé a mi tío con cariño, incitándole a que tuviera franqueza, espontaneidad. ¡Pobre señor! Se aferraba en su misterio y no quería decirme la verdad. Pero con un gancho se la saqué al fin. En una palabra, mi buen tío había tenido pérdidas considerables; no podía veranear y no sabía de qué fórmula valerse para decir a su esposa: «Por este año no hay viaje.» Solicitar de Medina un anticipo era lo natural; mas él no se llevaba bien con su yerno, a causa de una cuestión de que me hablaría más adelante.

—Pero, tío, por Dios, ¿es posible que usted se ahogue en tan poca agua? ¡Estando yo aquí...! ¡Ni que fuéramos...!

Todo se arregló, y por la tarde estaba aquel excelente sujeto tan curado de su *ruinera* como si en su vida la hubiera padecido.

A Raimundo se lo llevaron mis tíos consigo a Asturias, lo que agradecí mucho, pues cargar con aquel apéndice en San Sebastián me habría sabido muy mal. Al partir me dijo con oficioso misterio que iba decidido a emprender un gran trabajo. Llevaba el plan de una obra, y en el sosiego y frescura de Gijón se pondría a trabajar en ella con ahinco. ¡Ya vería yo, vería el mundo ab-

sorto lo que iba a salir! No quiso decirme lo que era para darme la sorpresa *hache*. Francamente, experimenté vivísima satisfacción al perderle de vista.

Pensé marcharme yo también; pero tuve que detenerme una semana más en Madrid, porque acertaron a pasar por la corte dos señoras amigas mías, respetabilísimas, de casta mestiza anglohispana, como yo, y a las cuales no podía menos de tratar con las mayores consideraciones. Eran las de Morris, mejor dicho, una de ellas era Morris y Pastor, la otra Pastor y Morris, tía y sobrina, ambas solteronas, distinguidísimas y ricas. La de Morris debía de tener setenta años; pero se conservaba bien: era algo pariente de mi madre, y siempre me hablaba del tiempo en que me había tenido sobre sus rodillas, fajándome, limpiándome los mocos y dándome cucharadas de maicena. La Pastor, su sobrina, era más joven; ambas parecían de cera, pulcras como el armiño; sus ojos eran cuatro cuentas azules, enteramente iguales y simétricas. La concordancia de sus miradas y de sus movimientos era tal, que a veces parecía que la una movía las manos de la otra y que la Morris estornudaba o tosía con la boca de la Pastor. La tía leía mucho, así en inglés como en español, y tenía sus puntas de literata; trataba a Spencer y a George Eliot. La sobrina pintaba, como pintan las inglesas, haciendo habilidades más bien que obras artísticas, embadurnando placas de porcelana, trozos de papel de arroz y ahumando platos para rascarlos con un punzón. Sus acuarelas tenían frescura sosa, y siempre expresaba en ellas alguna idea moral. Aunque no pintara más que un riachuelo reflejando un álamo, yo no sé cómo se las componía, que siempre salía la moral. Eran ambas las personas más agradables, más buenas, más finas, más delicadas que se podían ver en el mundo.

La cuna de la Morris había sido Gibraltar; la de la Pastor, Jerez. Fueron íntimas de *Fernán Caballero*, y por ella adoraban a Andalucía. Vivieron mucho tiempo en Londres; pero tuvieron desgracias de familia; se habían quedado casi solas, y su fortuna disminuyó con la quiebra del Scotland Bank. Total, que acordaron terminar sus nobles días en la tierra de María Santísima.

Detuviéronse en Madrid para verme, porque la Morris me quería mucho, me besaba como a un niño y lloraba acordándose de mi madre.

—Si me parece que fué ayer cuando naciste... Me acuerdo muy bien. Fué una noche en que hubo muchos truenos y relámpagos. Tu madre se asustó, echóse en la cama y... te tuvo. Paréceme que te estoy viendo ya grandecito, pero no tanto que levantes del suelo más que esta mesa. Eras humilde, delicadito de salud y caprichosillo.

Tuve, pues, que acompañarlas en Madrid, llevarlas al Museo y servirles de cicerone. Mary (la pintora) tenía locos deseos de verlo. ¡Había oído hablar tanto de él! Con muchísimo gusto desempeñé yo aquella noble misión. No me separé de ellas mientras estuvieron en Madrid, y había que verme a mí con mis *Pastoras* (Camila dió en llamarlas así) siempre a remolque, ambas forradas con sus luengos y severos sobretodos de dril y ostentando en la cabeza unos sombrerotes no muy conformes con lo que por aquí se usa, anchos, ahuecados hacia dentro y con mucha espiga, mucha amapola y otras silvestres florecillas. Camila decía que no podían haber escogido sombreros más propios unas damas que se llamaban las *Pastoras*. Guardéme bien de presentarlas a mi prima, pues de seguro habría oído de personas tan recatadas el terrible *shoking*.

Para darme más que hacer, mis ilustres amigas me rogaron que me hiciera cargo de sus intereses. Tenían ciega confianza en mí. Endosáronme varias letras que traían; ordenáronme cobrar por cuenta suya ciertas sumas en casa de Weissweiller y Baüer, y se fueron. Despedílas en la estación del Mediodía, después de haber telegrafiado a Cádiz para que las fueran a recibir. Ambas lloraban cuando se separaron de mí.

Desempeñados con la mayor prontitud posible los encargos que me dejaron, pensé en salir de este horno. Estábamos a mitad de julio. Los señores de Miquis no irían a San Sebastián hasta el 10 o el 12 de agosto. Los últimos días que vi a Camila estuve tan excitado, tan majadero, que dije muchas tonterías. Pintéle mi desesperación en términos sombríos y románticos, porque me salía de dentro así. Le decía:

—Me mato, te juro que me mato si no me quieres.

Y ella, riendo al principio, me miraba luego con un poco de lástima, exhortábame a ser razonable y reía, reía siempre. También ella, en la *edad del pavo*, había querido matarse, y nada menos que con fósforos. ¡Cuánto se había reído de esto después!... ¿Acaso estaba yo en la *edad del pavo?* Seguramente así lo pensaba ella. Por fin vine a comprender que esta táctica era mala, porque no me daba buen resultado. En Camila no aparecían ni ligeros indicios de ser contaminada de mi romanticismo; al contrario, lo repelía, como rechaza el organismo las sustancias de imposible asimilación.

La mañana del último día que pasé en Madrid hablamos Constantino y yo de esgrima, de caza y de caballos. Aquellas conversaciones de deportes me entretenían, y a él le entusiasmaban. De repente se me ocurrió decir:

—Cuando volvamos de San Sebastián le voy a regalar a usted un buen caballo de paseo.

El se puso encarnado y miró a su cara mitad como miran los niños a sus madres cuando temen que éstas no les han de permitir aceptar un juguete.

—¡Un caballo!—repitió el manchego con éxtasis.

—¿Lo quiere usted andaluz, inglés o árabe?

—No, si no... Pero ¿de verdad?... Usted...

La boca se le hacía agua. Camila le miraba con amor entrañable, y luego se dejó decir:

—Acéptalo, no seas tonto. Si te lo quiere regalar...

—Es que yo me enfadaría si no lo aceptara.

Constantino me dió un abrazo tan apretado, que creí que me ahogaba.

—Puesto que Camila no se opone, que sea andaluz, bravío, de estampa, de mucha cabezada, y que ande así..., así...

Remedaba con la cabeza y las manos el empaque de uno de esos caballos petulantes que, cuando andan, parecen estar mirándose en un espejo. Luego imitaba el galope: *tra-ca-trán, tra-ca-trán.*

Poco después advertí en Camila sentimientos de la más pura gratitud por mi ofrecimiento del caballo.

—¡Qué bueno eres!—me dijo, dejándose besar las manos, favor que hasta entonces no me había permitido. Y yo dije para mí: «Hola, hola, ¿qué es esto?» Francamente, era para maravillarse. Mil veces le hice ofertas valiosas sin conseguir que me las agradeciera. Habíale dicho:

—Camila, te regalaré un hotel, te pondré coche, te pasaré seil mil duros de renta.

Y ella, ¿cómo me contestaba? Riendo, injuriándome o tirando aquellas lindas coces de borriquita enojada que eran mi encanto... En cambio, aceptaba y agradecía obsequios hechos a su marido. ¿Por qué? Ella se atormentaba con la idea fija de comprar un caballo a Constantino; pensaba en esto a todas horas y tenía una hucha en la cual reunía dinero para aquel fin. ¡Pobrecilla! El regalo del caballo entrañaba una gran conquista para mí, la conquista del tiempo, porque Miquis se iría a pasear en él todas las tardes. Además, Camila se había entusiasmado con mi oferta, se había conmovido... A veces, por donde menos se piensa se abre una brecha. ¿Sería aquella la brecha de la inexpugnable plaza, la juntura invisible de una cota que parecía milagrosa?... Lo veríamos. Me marché gozoso a San Sebastián, diciendo para mí: «Lo que es ahora, borriquita, no te escapas.»

IV

IDILIO CAMPESTRE, PISCATORIO, NADANTE, MAREANTE Y TRAPÍSTICO.—MALA SOMBRA DE TODOS LOS IDILIOS, DE CUALQUIER CLASE QUE SEAN

I

Sin desconocer los encantos de la capital veraniega de las Españas, no me inspiraba simpatías aquel pueblo, que me parecía Madrid trasplantado al Norte. En él, los madrileños no buscan descanso, aire, rusticación, sino el mismo ajetreo de su bulliciosa metrópoli, y los mismos goces urbanos, remojados y refrescados por el agua y brisa cantábricas. Me fastidiaba ver por todas partes las mismas caras de Madrid, la propia vida de paseo y café, los mismos grupos de políticos hablando del tema de siempre. El paseo de la Zurriola, en que dábamos vueltas de noria, me aburría y

me mareaba. Si no hubiera sido porque esperaba a Camila, habría echado a correr de aquella tierra. Y como Camila tardara aún quince días o más en ir, dime a buscar un entretenimiento para ir conllevando las lentitudes del plantón.

¿A que no aciertan lo que se me ocurrió para pasar el rato? Pues emprender un trabajo que a la vez me entretuviera y aleccionara. Sí: de aquel anhelo de distracción nacieron estas Memorias, que, empezadas como pasatiempo, pararon pronto en verdadera lección que me daba a mí mismo. Quise, pues, consignar por escrito todo lo que me había sucedido desde que me establecí en Madrid en septiembre del 80, y pensarlo y dar principio a la tarea, fué todo uno. Proponíame hacer un esfuerzo de sinceridad y contar todo como realmente era, sin esconder ni disimular lo desfavorable, ni omitir nada, pues así podía ser mi confesión, no sólo provechosa para mí, sino también para los demás, de modo que los reflejos de mi conciencia a mí me iluminaran, y algo de claridad echasen también sobre los que se vieran en situación semejante a la mía. Empecé con bríos; tuve especial empeño en describir las falsas apreciaciones que hice de Eloísa, alucinado por la criminal pasión que me inspiró; di a conocer el pueril entusiasmo, el desatino con que me representaba todas las cosas, viéndolas distintas de como efectivamente eran; y poco a poco las fuí trayendo a su ser natural, descubriendo su formación íntima conforme los hechos las iban descarnando. Nada se me escapó: describí mi enfermedad, las gracias del niño de Eloísa, la caída de ésta, la casa, los jueves famosos y aborrecidos. Ya entraba a ocuparme de la muerte del bendito Carrillo, cuando llegaron Camila y su marido. Di carpetazo a mis cuartillas, dejando la continuación del trabajo para otros días Con la llegada de mis amigos tenía yo distracción de sobra y materia abundantísima para sentir y pensar más de lo que quisiera.

No he visto persona más dispuesta que Camila a gozar de los encantos lícitos de la vida y a apurarlos hasta el fondo. Su marido le hacía pareja en esto. Ambos tortoleaban en mis barbas, haciéndome rabiar interiormente y exclamar desesperado: «Pero, Señor, ¿será posible que yo me muera sin conocer y saborear esta alegría inocente, esta puericia de la edad madura, estos respingos candorosos del amor legitimado y estas zapatetas de la conciencia tranquila, que salta y brinca como los niños?»

Todos los días inventaba yo alguna cosa para que ellos se divirtieran, para divertirme yo si podía y para alcanzar mi objeto. Unas veces era expedición a Pasajes; otras, caminata por el campo, excursión en coche a Loyola, pesca en bote, etc. Por todas partes y en todos los terrenos buscaba yo el idilio, y se me figuraba que lo había de encontrar si no estuviera pegado siempre a nosotros aquel odioso monigote de Constantino. Pero su bendita mujer no se divertía sin él, y él era, sin duda, quien daba la nota delirante de la alegría en nuestros paseos. Cuando salíamos al campo, Camila se embriagaba de aire puro y de luz, corría por las praderas como una loca, se tendía en el césped, saltaba zanjas, apaleaba los bardales, hacía pinitos para coger madreselvas, hablaba con todos los labriegos que encontraba, quería que yo me subiera a un árbol a ver si había nidos de pájaros, perseguía mariposas, aplastaba babosas, reunía caracoles para apedrearnos con ellos y se ponía guirnaldas de flores silvestres. He dicho que se embriagaba, y es poco. Era más: se emborrachaba, perdía completamente el tino con la irradiación de su dicha. Si la única felicidad verdadera consiste en contemplar felices a los que amamos, yo no debía cambiarme por ningún mortal; pero la felicidad no es tal cosa, y el filósofo que lo dijo debió de ser un majadero de esos que fabrican frases para vendérnoslas por verdades.

Nunca había visto a mi borriquita dar tanto y tanto brinco. En su frenesí llegó a decir, tirándose al suelo:

—Me dan ganas de comer hierba.

Por su parte, Constantino hacía los mismos disparates, acomodándolos a su natural rudo y atlético. Daba vueltas de carnero y saltos mortales, hacía flexiones y planchas en la rama de un roble, andaba con las palmas de las manos, cantaba a gritos, relinchaba. Ambos concluían por abrazarse en medio del campo y jurarse amor eterno ante el altar azul del cielo.

Cuando iba con nosotros Augusto Mi-

quis, éste y yo filosofábamos mientras los otros se hacían caricias, o nos reíamos de ellos; pero yo rabiaba.

Nuestros recreos marítimos no eran menos deliciosos para aquella pareja de enamorados, que más parecían niños que personas mayores. Nos embarcábamos en segura y cómoda lancha, y emprendíamos nuestra pesca. La primera paletada de remos era una declaración de guerra sin cuartel a toda alimaña habitante en la mar salada. Un marinerillo nos ponía la carnada en los anzuelos para no ensuciarnos las manos. ¡Qué ansiedades las de los primeros momentos, cuando los aparejos entraban en el agua! ¿Habría o no habría pesca en aquel sitio? ¿Sería mejor ir más allá, donde no hubiera tantas algas? Por fin nos fijábamos, y aquí de las emociones. ¿Quién sería el primero que sacaría algo? En nada como en esto se manifiesta el humano egoísmo. Ninguno quiere ser el segundo. Yo, sin embargo, deseaba que fuese Camila la preferida del Destino para gozar viendo su triunfo y los extremos que hacía.

—Cómo pican, cómo pican...

Pero muchas veces picaban y se iban, llevándose el cebo. Es que en las profundidades hay mucha pillería, y van aprendiendo, sí. Camila se impacientaba, estaba nerviosa; cuando sentía picar tiraba con tanta fuerza, que el pez se largaba, dejándola chasqueada. Entonces a la pescadora se le iba la lengua y se le ponía la cara encendida, los ojos echando lumbre. Pero si al fin, al tirar de la cuerda, sentía peso y estremecimiento, ¡María Santísima, qué alboroto, qué gritos! Su imaginación le abultaba la pesca.

—Es grandísimo... ¡Cómo pesa...! Es una merluza lo que traigo. Mirad, mirad.

Por fin brillaba el agua con fulgores de plata, y salía un triste pancho enganchado por la mandíbula. El botín de julias, porredanas, cabras, monjas y chaparrudos aumentaba, y los íbamos echando en un balde, donde su horrible agonía les hacía dar saltos repentinos. Poníase mi prima febril cuando pasaba mucho tiempo sin pescar nada; nos hacía variar de sitio, cambiaba de aparejo, lo metía y lo sacaba, sacudiéndolo. Insultaba a los peces invisibles que no querían picar, llamándolos *tísicos, petroleros, carcundas* y no sé cuánto disparate más. Cuando sacábamos algún pancho muy pequeño, un tierno infante que había sido robado por el anzuelo al volver del colegio, Camila imploraba la clemencia de todos los expedicionarios, y, reunidos en consejo, votábamos unánimemente que se le diera libertad. Ella misma le sacaba el anzuelo, procurando no lastimarlo, y devolvía el pez al agua, riéndose mucho de la prontitud y del meneo con que el muy pillo se iba a lo profundo.

—Este ya va enseñado—decía—. No se dejará coger otra vez.

¡Qué horas tan dulces para todos, porque yo también me divertía y, además, el contento de aquellos seres se me comunicaba, reflejándose en mi alma! Pero, por más vueltas que daba, la tostada del idilio no parecía para mí. Apenas pude deslizar en el oído de Camila alguna palabra, frase o símil de la pesca aplicado a mi situación y a mis pretensiones. Ella se hacía la desentendida y aprovechaba las ocasiones para hacerme cualquier perrería, como salpicarme de agua, pasarme por la cara la barriga viscosa o el cerro punzante de algún pez.

Mi fantasía enferma, mi contrariada pasión, buscaban refugio en la idealidad. Lo que los hechos reales me negaban asimilábamelo yo con el pensamiento. En otra forma, yo era también chiquillo como ellos. Di en pensar que la mar traidora nos podía jugar repentinamente una mala pasada. La embarcación se anegaba, se hundía. ¡Naufragio! En este caso yo, que sabía nadar muy bien, salvaba a mi heroína, disputándola a las olas y a la horrorosa muerte... Vamos, que el triunfito no era malo. Y ¡qué placer tan grande! Dominado por esta idea, una tarde que se levantó un poco de noroeste y que volvíamos a la vela, dando unos tumbos muy regulares, le dije, señalando las imponentes masas de agua verdosa:

—Oye, borriquita: si se nos volcara la lancha y te cayeras al agua..., ¿no te aterra pensar que te ahogarías?

—¿Yo? No tengo miedo—me respondió serena, contemplando las olas—. Al contrario, me gustaría que se levantara ahora una tempestad de padre y muy señor mío. Quiero ver eso...

—¿Y si te cayeras al agua?

—No me ahogaría.

—Claro que no, porque te sacaría yo, con riesgo de mi propia vida.

—¡Qué me habías de sacar, hombre! Me sacaría Constantino. ¿No es verdad, asno de mi corazón, que me salvarías tú?

—Si éste apenas sabe nadar...

—¡Que me sacaría, digo; que me sacaría, vaya!—gritaba con fe ciega.

II

Nada, nada, que el dichoso idilio no parecía por ninguna parte, ni en la calma ni en la tempestad. Aquel naufragio de novela con que yo soñaba no quería venir tampoco, y eso que una tarde... Veréis lo que nos pasó. A lo mejor apareció se por allí un barco de guerra, una de esas carracas que sostenemos y tripulamos con grandes dispendios para hacernos creer a nosotros mismos que poseemos Marina militar. Erase el tal un vapor de ruedas, que tenía en buen tiempo la vertiginosa andadura de cuatro nudos por hora. No servía para nada; pero era novedad estupenda para estos pobres madrileños que nada saben de las cosas del mar. Toda la colonia quiso verlo, y la Concha se llenó de lanchas que iban hacia donde estaba fondeada la *petaca*. Los *gatos* de Madrid se quedaban con medio palmo de boca abierta admirando la limpieza y el orden de a bordo, la gallarda arboladura, que no es más que un adorno; la presteza con que los marineros suben como ratones por la jarcia, la comodidad de las cámaras, el reluciente y limpio acero de la artillería, la abundancia de los pañoles de galleta. Era un jubileo. Nosotros fuimos también. ¡Pues no habíamos de ir...! Tomé un bote y nos metimos en él los tres, con más Augusto Miquis, su mujer y su cuñada. Más de una hora estuvimos a bordo, subiendo y bajando escaleras, registrando todo, acompañados de un oficial. Cuando, terminada la visita, volvimos a nuestro bote, nos sucedió un percance. El mar estaba algo picado. Con los balances que hacía el bote al entrar las personas, por poco zozobramos; después el marinero encargado de que aquél arrimara bien a la escala del vapor se descuidó, y la pequeña embarcación, ya llena de gente, metióse debajo de la escala. El vapor entonces, en un balance, dió un fuerte golpe en nuestra proa con el pico de la escala. Fué como si levantara el pie y nos diera una patada. Por pronto que quisimos desatracar no pudimos, y al siguiente balance el pico de la escala entró en el bote, oprimiéndolo. ¡Que nos hundíamos!... Fué un momento de pánico horrible. Grito de espanto salió de todas las bocas... Nada, que nos íbamos a pique. Un bulto, una mujer, estuvo casi dentro del agua por el costado de estribor. Ciego, me incliné para sostenerla. ¿Era Camila? Yo no vi nada: duró aquello lo que un relámpago, y pasóme fugaz por la cabeza la idea de que yo iba a realizar un acto heroico. ¡Confusión, gritos, agua!... La humana forma que sostuve en mi brazo no era Camila, era la cuñadita de Augusto Miquis. Gracias que al echarle mano me agarré al bote con la izquierda, que, si no, ¡sabe Dios...! Los brazos de la niña se me pegaron al pescuezo como un pulpo, sofocándome de tal manera, que me habría sido muy difícil ser héroe. Quien hizo una verdadera hombrada fué Constantino, que en el momento aquel del peligro rapidísimo, cogió a su mujer, enlazándola con el brazo izquierdo, mientras echaba la zarpa derecha a la escala del vapor. Se necesitaba para esto una agilidad y una fuerza que sólo él tenía. Quedaron ambos suspendidos, y, auxiliados por dos marineros del buque, pronto volvieron a nuestro bote. ¡Ni siquiera se habían mojado...! En fin, que todo quedó reducido a unas cuantas magulladuras, remojones y un grandísimo susto. Pero convinimos en que podía haber ocurrido una gran catástrofe. Pronto nos serenamos, y remando hacia el muelle, nos pusimos todos de buen humor y no hacíamos más que recordar los pormenores del lance, relatando cada cual sus impresiones. Camila reventaba de satisfacción. ¡No se había mojado nada! Apenas había cuatro gotas en su vestido.

Y refería cómo la cogió el bárbaro con aquella fuerza de Hércules, y cómo se vieron suspendidos un instante a la escala, mientras el bote se iba a lo hondo. En toda la noche no habló mi prima de otra cosa, ni quedó persona conocida en San Sebastián a quien no refiriese el tremendo conflicto, abultándolo con gallardas hipérboles... «El bote parecía

tragado por la mar... La escala subía... Constantino la cogió como una pluma y no le dijo más que: «Agárrate bien...» El vapor se los quería llevar... Vió los picos de los palos rayando las nubes... Se les fué la vista... El agua verde causaba espanto, haciendo un gorgoteo de mil demonios...»

Ya estaba yo arrepentido de haberme metido en aquel pueblo, donde jamás se me arreglaban las cosas para pillar sola a Camila. Si ella hubiera querido, no habrían faltado ocasiones; pero como las esquivaba por todos los medios, de nada me valía que yo las buscase.

Descubrió el manchego una sala de armas en la ciudad vieja, y nos íbamos todos los días allá. El ejercicio de la esgrima debía de ser muy saludable combinado con los baños. Augusto nos acompañaba casi siempre para presenciar nuestros asaltos. Su salvaje hermanito, en quien era necesidad orgánica poner en variadas flexiones y contracciones los poderosos músculos, hacía antes o después de tirar al florete, ejercicios gimnásticos de los más rudimentarios. Se subía por una cuerda, se colgaba de una barra, andaba largo rato en cuclillas. Contemplábale yo con la admiración que inspira todo bruto incansable. Quizá mi odio me hacía tenerle por más bruto de lo que era en realidad.

Pero sí: era un gañán, sin género alguno de duda. Si no lo probaran otras cosas, lo probaría su maldita maña de divertirse con los juegos de fuerza o de manos, que, según dice el refrán, son juegos de villanos. Sí: villanía es dar puñetazos sin venir a cuento, agarrarle a uno la mano y apretársela hasta hacerle dar un grito, cogerle a uno descuidado por la cintura y suspenderle en el aire, con otras gansadas sin maldita la gracia. Tales juegos me cargaban. Yo le decía: «Estate quieto, no me busques.» (La confianza en que vivíamos nos había llevado a tutearnos sin saber cómo.) Le tenía ganas: habría gozado mucho dándole un buen porrazo, ya que el matarle no estaba en mis sentimientos ni en las costumbres suaves de la época. A ratos eché yo de menos las edades románticas en que se destripaba a cualquier rival por un quítame allá esas pajas.

Un día concluímos nuestro asalto, yo rendido de fatiga, él tan campante como si nada hubiera hecho. De repente empezó con las gracias villanas que antes mencioné.

—Constantino, que te estés quieto.

Yo estaba nervioso, de muy mal humor y con ganas de darle una zurra.

—Que no me busques, Constantino; que no quiero bromas...

Pero él dale que dale, tan pesadote que no se le podía aguantar. De improviso, viéndome sobado y golpeado estúpidamente, nació en mí un ardiente apetito de brutalidad; cegué, perdí el tino, no supe lo que me pasaba y, echándole ambas manos a su pescuezo robusto, caímos, rodamos... El tenía más fuerza muscular que yo; pero el odio, según creo, centuplicó las mías. La verdad es que le tuve un instante acogotado, y gocé ferozmente en la extinción de su aliento. Recordando después aquella escena, heme avergonzado y espantado de que los hombres más pacíficos se conviertan tan fácilmente en fieras.

—Es demasiado—dijo Augusto, que empezaba a alarmarse—. Para juego basta.

Mi fuerza, puramente nerviosa, por lo mismo que fué tan grande, duró poco. El manchego se repuso, y, desasiéndose, ganó pronto ventaja. No tardé en estar debajo. Cogióme las manos, sujetándome los brazos con el peso de su cuerpo; dejóme sin movimiento ni respiración, hecho un lío, una momia. ¡Cómo ostentaba su poder ante mi debilidad! Así me tuvo un rato, dueño de mí, mirándome y escarneciéndome como si yo fuera un muñeco con apariencias de hombre.

—Muévete ahora—me decía, apretando más las argollas de hierro de sus dedos.

Y tras esto soltó una carcajada de jayán vencedor, estúpida, mas no rencorosa. Cuando aflojó, yo apenas respiraba. No tenía fuerzas ni para despegarme del cuerpo la camisa. El continuaba riendo, de un modo franco y leal, que por esta misma cualidad me era más odioso.

—Bromas pesadas—repitió Augusto.

—Eres un bruto, Constantino...

Nos serenamos al fin. El se reía y yo disimulaba mi encono, figurando tener también ganas de reírme. Todo había si-

do chanza, juego, gimnasia de capricho... Declaro que le guardé rencor, y para mí decía con gozosa esperanza: «En el mar nos veremos, gandul.»

Sí; en la mar era yo más fuerte, mucho más, porque nadaba muy bien y Constantino apenas se mantenía sobre el agua. Siempre nos bañábamos juntos; era yo su maestro; enseñábale a mover los brazos; jugábamos y saltábamos, cabalgando en las olas. Cuando Camila estaba en el baño, hacía yo más, ¡oh!, entonces hacía verdaderas proezas. Orgulloso de aquella habilidad que aprendí en la niñez, alumno de la marítima Inglaterra, esperaba a que mi borriquita estuviese presente para irme muy afuera, muy afuera, hasta que ya no podía más. Decíanme todos, al volver, que perdieron de vista mi sombrero de palma, lo que me llenaba de satisfacción. Todas las personas reunidas en la playa estaban con gran ansiedad y corrían murmullos de alarma. A mi triunfal regreso, dando brazadas a las olas y abofeteando la espuma, era recibido con vítores y plácemes. Yo me ponía muy hueco si Camila estaba presente; si no, no. No veía más que a ella, saliendo de su caseta ya vestida, colorada, fresca, y me decía con amable reprensión:

—¡Qué susto nos has dado! Creí que no volvías más. A ver si te dejas de gracias.

Pues un día, el que sucedió a la escena de la sala de armas, nos bañábamos, como siempre, todos a la vez. Entrambos Miquis hacían sus pinitos sobre las olas. Constantino se me montó encima, hundiéndome un rato en el mar. Salí furioso. Había llegado mi ocasión. Cegué otra vez, y agarrándole por el cogote, me sumergí con él, diciendo entre dientes:

—Traga agua, perro; trágala.

Un instante nos balanceamos en el agua; dimos contra la arena. Sentí la sacudida hercúlea de mi víctima, que procuraba echarme la zarpa en los apuros de la asfixia. Cuando salí a la superficie pensé por un momento que Constantino se había ahogado, y sentí terror. Camila, que estaba lejos, empezó a chillar. Pero su marido salió de repente, atontado, pataleando, escupiendo agua, vomitándola... Su aparición fué acogida con carcajadas por los circunstantes. Yo me reí también, y braceando agujereé una ola. Creí que no me seguiría; pero, impávido, me siguió, haciendo gestos de ira cómica, la única ira que en él cabía. Y me acometió, saltóme a los hombros, y sus poderosas manos me hundieron a su vez. Dentro del agua oí una voz que llegaba a mis oídos con esa vibración penetrante con que el mar transmite los sonidos. Camila gritaba:

—Constantino, ahógale.

Estas palabras, rasgando la masa verde y movible del mar, parecían el ras del diamante al cortar el vidrio... Y en verdad que al oírlas tuve miedo y creí que, en efecto, me ahogaba. Por suerte, ambos volvimos pronto a la superficie, y nos acogieron las mismas carcajadas de antes. Tuve que reportarme y disimular. Augusto decía:

—Juegos pesados y de mal género, que pueden ser peligrosos.

Camila reía también; pero yo no podía apartar de mi mente aquel *ahógale,* que me parecía dicho con toda el alma: se me quedó dentro de los oídos como cuando nos entra agua en ellos y no la podemos extraer ni atenuar la gran molestia que produce. Salí del baño aturdido y con despecho, que no excluía la vergüenza de haber sido tonto y brutal.

Después, al abandonar la caseta, donde permanecí largo rato, procurando serenarme, vi a los dos esposos correteando por la playa y recogiendo conchas como dos inocentes. Nunca había estado mi prima tan hermosa. Los baños de mar habían puesto el sello a su robustez gallarda. Hablando de su apetito, lo pintaba con las hipérboles más graciosas. «Se desayunaría con un cabrito si no fuera de mal tono... Sentía que las chuletas no tuvieran izquierda y derecha para comérselas dos veces... Por punto no devoraba una langosta entera.» Su asnito no le iba en zaga en esto. Ambos tenían coloración tostada y encendida, por efecto del sol, del agua de mar y de aquel apetito de la Edad de Oro. Ambos revelaban el apogeo de la salud y del vigor físico, así como el grado culminante de la alegría, que es consecuencia de aquel feliz estado. El indiferente que los veía y los escuchaba no podía menos de alabar a Dios ante una pareja tan bien dispuesta para los goces y los trabajos humanos, ante aquel admirable tronco que arrastraba sin esfuerzo alguno, relinchando de gusto, el carro de la vida.

III

¿Por qué Camila no era mía? Vamos a ver, ¿por qué? Antojábaseme que habría sido el más feliz de los mortales teniéndola por esposa. No me contentaba con robarla al hogar y al tálamo de otro hombre; quería ganármela legítimamente y tomar posesión de ella ante el mundo y ante Dios. Sí; tal era la mujer que me convenía; Camila, sí, y no otra, pues cuando uno se liga a una mujer para toda la vida, es preciso que ésta lleve en su temperamento aquellos raudales de dicha, aquel reír inefable y aquella santa salud. ¡Qué fatalidad, llegar siempre tarde! La interposición del marmolillo de Miquis me parecía una mala pasada de mi destino. ¡Dios me quería mal, me estaba trasteando y *quedándose conmigo!* ¡Cuánto disparate! También pensaba mucho en la primera impresión que me causó la señora de Miquis cuando la conocí. ¿Por qué me fué antipática? ¿Por qué la juzgué tan severamente? ¡Ah! Porque en aquellos días yo era idiota; no me quedaba duda de que era el mayor majadero del mundo, pues la misma equivocación que padecí con Camila la tuve con respecto a Eloísa, a quien estimé adornada de mil virtudes, sin adivinar su diabólica pasión por el lujo. ¿Y si después de ganar y poseer a Camila me salía con un defecto semejante? Porque equivocado una vez, equivocado mil y quinientas... No, no; ésta no tenía ninguna chispa del Infierno dentro de sí, como la otra; ésta era la alegría, alma del mundo; la rectitud guardada en el vaso de la jovialidad... Tenía que ser mía en una forma u otra, y después era indispensable que el marmolillo reventara o que se le llevaran los demonios para legitimar mi victoria.

Faltábame aún ensayar otro idilio, puesto que el piscatorio y el campestre no me habían servido de maldita cosa. Les convidé, pues, a dar un paseo por Bayona y Biarritz. Augusto y su mujer y cuñada vendrían también. Brindéles con un viajecito hasta Burdeos; pero no aceptaron. Mi idea era pasarle a Camila por delante de los ojos las tiendas francesas de novedades, y observar, al menos, qué cara ponía, y si era su ánimo completamente inaccesible a cierto género de tentaciones. Cuando íbamos en ferrocarril camino de la frontera, dije a mi borriquita que se comprara lo que quisiese, un par de abrigos de invierno, tres sombreros, media docena de corbatas, dos o tres vestidos de alta novedad; en fin, que aprovechara la ocasión surtiéndose para todo el año.

—No me lo digas dos veces—contestaba entre carcajadas—: mira que te arruino.

¡Ojalá que quisiera arruinarme! Con secreta satisfacción observé que el aspecto de las tiendas de Bayona la puso seria, que miraba mucho y con atención profunda, que ella y la mujer de Augusto discutían sobre lo que veían. A ruego mío entraban en algunas tiendas, pero sin escoger nada. Augusto hizo algunas compras insignificantes. Yo intenté hacerlas considerables; pero Camila no quería tomar nada, sino de acuerdo con su manchego, que a cada paso consultaba el portamonedas y hacía cuentas tácitas. No pude conseguir que aceptasen nada de lo que les ofrecí. Para obtener alguna ventaja en este terreno tuve que hacer un regalo general, obsequiando a cada uno de los que formaban la partida.

—Pero, vamos a ver, tonta, ¿por qué no te compras este abrigo...? Yo te adelanto el dinero. Ya me lo pagarás cuando puedas. Constantino, ¿no es verdad?

Constantino decía que nones.

—Y este sombrero..., ¿ves qué bonito?

—Vamos, vamos—decía Camila muy seca—. Me carga este pueblo. Esto es una *farsantería.*

—Al menos—insistía yo—, que acepte tu marido este paraguas, y tú... No me desaires. Me enfadaré si no aceptas este *pardessus.*

—Quita allá... Voy a parecer una de esas tías... No quiero, no quiero.

Fuimos a Biarritz y almorzamos en el hotel de Embajadores. Felizmente, Miquis se encontró un amigo que le invitó a jugar una partida de billar en el Casino. Paseamos en tanto los demás por los alrededores de la Villa Eugenia, por las playas de los Locos, de los Vascos y por los vericuetos del Puerto Viejo. Augusto y su mujer y cuñada se entretuvieron hablando con una familia conocida. Solo ya con Camila, la llevé por los senderos rocosos de La Chinaougue, cerca del Casino y del Puerto de los Pescadores. ¡Qué gusto verme solo con ella! Aquel ratito me parecía la gloria. Tuve

el tacto de no hablarle directamente de amor. Observé en ella cierta indolencia, menos alegría que de ordinario, y una atención particular y compasiva a lo que yo decía, y a las quejas que exhalé sobre mi suerte y la soledad de mi vida. De pronto dijo:

—Estoy en ascuas. Ese individuo con quien ha tropezado Constantino es una mala persona, uno de sus amigotes de Valladolid. Temo que me lo pervierta.

Yo le respondí que no se cuidara de su esposo, que era la persona más formal del mundo.

—Ese granuja le invitó a echar una mesa, y temo que me lo arrastre al *baccara* que hay en el Casino... No creo que mi marido caiga en la tentación. Bien sabe él que le arrancaría las orejas... Me tiene miedo, y no es capaz ni de decirme una mentirijilla. ¡Ah!, mi asnito es muy bueno. Y no te creas, cuando se casó conmigo tenía todos los vicios. Jugaba, bebía aguardiente, se estaba todo el día en el café diciendo gansadas, hablaba de sus jefes con poco respeto, contaba los grados que iba a ganar sublevándose, decía mil tontunas, era sucio y ordinariote. Pues ya ves: poco a poco le he ido quitando todos esos vicios. No te creas... Unas veces con blandura, otras con porrazos. Un día le hice sangre..., porque yo, cuando pego, no reparo... Figúrate que le mandé apartar un baúl y se escupió las manos para agarrarlo y hacer fuerza. ¡Ay, cómo me puse! ¡Me volé...!

Ved mi tontería... Estaba yo embelesado oyéndole estos cuentos de su intimidad doméstica.

—Poquito a poco—prosiguió—, le he hecho romper con todos sus amigotes. Los he ido degollando uno a uno... Hoy es un niño, un angelón, y me quiere más que cuando nos casamos. Si me preguntas que por qué nos casamos, no te sabré contestar. Nos entró muy fuerte a los dos. Nos vimos por vez primera una tarde que fuí a merendar de campo en El Pardo con las de Muñoz y Nones, y al día siguiente, que era martes, nos hablamos otra vez en el Retiro. El miércoles nos dijimos cuatro sandeces por el ventanillo de casa; el jueves, miraditas en la Comedia; el viernes, carta canta... contestación; el sábado nos volvimos a hablar y juramos morirnos o casarnos; el domingo quise yo almorzar fósforos, y el lunes entró Constantino en casa con permiso de mamá. Nos casamos contra viento y marea. La mamá de él, doña Piedad, se puso hecha un veneno, y en El Toboso se dijo que yo era una sinvergüenza, que había tenido que ver con muchos hombres. Llegaron hasta decir que..., a ti te lo contaré en confianza..., que yo había tenido un chiquillo. Ya ves que no me muerdo la lengua. Constantino me ha contado después todas estas tonterías de pueblo, y nos hemos reído. Su madre tenía el proyecto de casarle con una paleta rica, y él dejó todo, palurda y millones, por mí. Ya ves qué mérito tengo. Después mi suegra se ha querido reconciliar conmigo, y yo le he escrito varias cartas. Soy yo muy cuca. ¿Sabes lo que dice ahora? Que tiene ganas de conocerme. Pero yo me estoy dando lustre y no quiero ir a la Mancha. Iremos más adelante... Y aquí termina la presente historia. Nos queremos como Adán y Eva. Le domino y me tiene dominada. No te creas... Si Constantino no hubiera tenido tantos vicios y no me hubiese yo calentado tanto los cascos para quitárselos, a estas horas nos habríamos tirado los platos a la cabeza.

No quise apartarla de aquel tema, en que tan espontáneamente se explayaba. Los recelos por la tardanza del otro la inquietaron de nuevo. Por fin lo vimos aparecer solo, dando zancajos.

—¿Has jugado?—le preguntó ella, impaciente.

—Jugar, ¿a qué?

—Al *baccara*.

—¿Yo?... Tú estás loca. Puedes creer que no.

—Lo creo, lo creo—dijo ella, rebosando de confianza—. No hay más que hablar. Pero hazme el favor de no volverte a juntar con ese lipendi. Es un perdido, que no ha tenido una fiera que le dome... Mira, mira qué bonito te has puesto.

—Si es la tiza, mujer; la tiza que se da a los tacos.

—No estás tú mal taco. En cuanto te separas de mí, ya no hay por dónde cogerte.

Augusto y su familia se nos reunieron, y nos volvimos a San Sebastián, ellos contentísimos, yo triste. Pero al día siguiente creí notar en Camila cierta tendencia a pensar demasiado en los vestidos y adornos de mujer que había visto.

La esposa de Augusto y ella discutían con desusado calor sobre manteletas, *pardessus*, capotas y faralaes. ¡Si habría hecho el idilio trapístico más efecto que los otros! Porque yo la notaba un poco menos alegre, algo más atenta a cosas de vestir. ¿Se conmovería al fin aquella torre? «Quizá, quizá—pensaba yo—. Al fin tiene que ser de una manera o de otra. Tú caerás cuando menos lo pienses.»

IV

Pero un día resolvieron marcharse, y con mis ruegos no los pude detener. A Constantino se le acababan los dineros. Dije a mi querida prima que no se apurase por esto y que mi bolsa estaba a su disposición; pero ni por ésas. «Tú empeñado en arruinarte, y yo en que has de ser rico. ¡Si al fin tendré que ser tu administradora...!» Ojalá lo fuera. Me causó maravilla verle hacer sus cuentas al céntimo y alambicar las cantidades. Unas veces de memoria, otras con ininteligibles garabatos, presuponía todos sus gastos y se sujetaba a un plan con toda firmeza. Se había vuelto avariciosa, y no se sabe las vueltas que daba a un duro antes de cambiarlo. Se fueron, ¡ay de mí!, dejándome en espantosa soledad.

De buenas a primeras, encontréme un día con María Juana y su marido, que después de pasar la temporada en San Juan de Luz, se detenían dos semanas en San Sebastián antes de la *rentrée*. Dígolo así, porque noté en la mayor de mis primas cierto prurito de decir las cosas en francés. Habían estado en Lourdes a cumplir una promesa. Rabiaban por tener sucesión, lo que Dios no les quería conceder, sin duda por haber decretado la extinción de los *ordinarios de Medina* por los siglos de los siglos.

Contra lo que esperaba, María Juana estuvo obsequiosísima conmigo. De confianza en confianza, se aventuró a hablarme de Eloísa, a quien puso cual no digan dueñas. Su conducta la tenía avergonzada. Era un escándalo. Al menos, cuando tuvo la debilidad de quererme, la vergüenza se quedaba en la familia. Y lo peor era que no se sabía adónde iba a parar su dichosa hermana con aquella vida y su pasión del lujo. Estaba en la pendiente: ¿dónde se detendría? Hablamos luego de la Virgen de Lourdes, de lo bien arreglado que está aquello, de lo conveniente que sería que en España hubiera algo parecido para que no fuese el dinero de los devotos a Francia, y para que la piedad y el negocio marcharan en perfecto acuerdo. Díjome que en Madrid iba a hacer propaganda para que a la más popular de las vírgenes se le dedicaran peregrinaciones y jubileos, a fin de llevar dinero a Zaragoza. Había patriotismo o no lo había. Yo me mostré conforme con todo. Volviendo a Eloísa, dióme pruebas de mayor confianza. Comprendía que una mujer, en momentos de alucinación, faltase a sus deberes por un hombre como yo, de buena figura (movimiento de gratitud en mí); pero no comprendía que hubiera mujer capaz de echarse a pechos (textual) al carcamal asqueroso del marqués de Fúcar, sólo por estar forrado de oro; un adefesio que había sido negrero en Cuba y contrabandista por alto en España, y que, por añadidura, se teñía la barba.

En tanto, Medina estaba afligidísimo. Los sucesos de Badajoz le habían llegado al alma. «¡Qué horror!, cuando creíamos que ese cáncer de los pronunciamientos estaba cauterizado... Así es el cáncer. Se le cree cortado y retoña.» El buen señor no hablaba de otra cosa. Su patriotismo sano y leal había sentido la injuria como un ser delicado que recibe una coz. ¡Y el mulo que la daba era el Ejército, nuestro valiente Ejército! «Dios salve al país», exclamaba Medina con olozaguista concisión, juntando las manos.

El afán de saber noticias llevábale a él, y a mí también, a los círculos políticos de San Sebastián, a aquellos famosos ruedos de habladores, en cuyo centro suele verse un ex ministro, y cuya circunferencia está formada de ex directores y cesantes más o menos famélicos. Cansados al fin de círculos, nos marchamos todos a Madrid. Por el camino, María Juana me manifestó que pensaba organizar su casa de otro modo; que había hecho algunas compras para renovar el moblaje, y que fijaría un día de la semana para quedarse en casa. Esto me pareció muy bien. De concepto en concepto, llegó hasta indicarme que yo debía de ser muy desgraciado en mi celibato, y que me convenía casarme. «Déjalo de mi cuenta—me dijo con cierto entusiasmo—. Yo te buscaré la novia.»

Apenas llegué a Madrid y a mi casa,

subí a ver a Camila, a quien hallé contenta, como siempre. El manchego estaba haciendo café en la cocinilla rusa, y ella cosiendo en una máquina nueva de Singer, que había adquirido con parte de los ahorros destinados al caballo. Esto me recordó mi promesa, que sería cumplida sin pérdida de tiempo. Constantino elegiría a su gusto.

Dijo mi prima que iba a emprender la grande obra de las camisas. Ya veríamos quién era Calleja. No quiso aguardar a otro día para tomarme las medidas, y se puso a ello con entusiasmo, dando tales pases con la cinta de cuero, que me avispé un tanto. «Pero estas camisas van a tener más medidas que la catedral de Toledo...» ¡Qué mona estaba y qué gitana!... ¡Ira de Dios! ¡Casarme yo mientras aquella mujer existiera!... Jamás de los jamases. Loca estaba la que ideó tal cosa.

¡Y que no estuviéramos en los tiempos legendarios para robarla y echar a correr con ella en brazos, sobre alado caballo que nos llevase a cien leguas de allí!

¿Por qué, Dios poderoso, se me había antojado aquélla, y no ninguna otra? Pollas guapísimas, de honradas familias, conocía yo, que se habrían dado con un canto en los dientes porque las requiriera de amores; muchachas de mérito que me habrían convenido para casarme, algunas de mucho talento, otras muy ricas, y, no obstante, ninguna me gustaba.

Había de ser precisamente aquélla, la borriquita que ya estaba uncida al asno del Toboso. Aquélla, forzosamente aquélla era la que se me antojaba para mujer propia y fija, para recibir mis homenajes de amor en lo que me restara de vida; aquélla nada más, y aquélla había de ser, pesara a todas las potencias infernales y celestiales.

Cómo llegaría a ser mi querida, no se me alcanzaba; pero ella vendría al fin. Aunque me hallaba un poco mal de salud, no paraba en casa. Habíame entrado febril desasosiego y curiosidad por averiguar lo que hacía Constantino fuera de la suya cuando salía, y si era tan formal como su mujer pensaba. Porque descubriéndole algún enredo, me alegraría seguramente. No era mi ánimo delatarle, sino simplemente tomar acta y fundar en algo mis esperanzas de triunfo. Durante algunas tardes y noches le seguí los pasos, hecho un polizonte. ¡Qué papel el mío! Me habría parecido risible e infame en otras circunstancias; pero tal como yo estaba, completamente ofuscado y fuera de mí, parecíame la cosa más natural del mundo. Siguiendo a mi amigo, deseaba ardientemente verle entrar en donde su entrada me probase su ligereza y el olvido de aquella fidelidad ejemplar de que Camila hacía tanta gala. Mi desesperación era grande al ver que mi celosa suspicacia no podía sorprender ningún acto ni aun indicio en que apoyarse. Alguna vez nos tropezamos de noche cerca de alguna calle sospechosa. Yo le cogía por la solapa, y con afectado enojo le decía: «¡Ah!, tunante, tú andas en malos pasos. Tú vienes de picos pardos.» Y él se reía como un bendito bruto. Tan seguro estaba en su conciencia, que no me contestaba sino con una afirmación rotunda y tranquila. «¡Parece mentira—insistía yo—que teniendo una mujer como la que tienes...! No te la mereces.» Y él se reía, se reía. La honradez pintada en su cara tosca me declaraba su inocencia, pero yo volvía a la carga: «Se lo contaré a Camila.»

Y él, sin mostrar contrariedad, no decía más que estas breves palabras, con sencillez grandiosa, que era toda una conciencia sacada a los labios:

—No te creerá.

Y era verdad que no me creía, pues cuando alguna vez, en la mesa, aventuraba yo alguna indicación, más bien con carácter de broma, Camila se reía y bromeaba un poco también, diciendo: «¿Conque en malos pasos..., la otra noche...? Me parece que el que andaba en malos pasos eras tú.»

¡El la miraba! ¡Qué mirada aquella de rectitud sublime! Era como la mirada profundamente leal y honrada de un perrazo de Terranova. Camila le cogía la cara entre sus dedos flexibles, bonitos, encallecidos por la costura, y estrujándosela, decía: «Déjate de bobadas, José María. Este animal no quiere a nadie más que a mí.»

Aquella fe ciega que tenían el uno en el otro era lo que me desesperaba... ¡Que no vinieran los tiempos en que un hombre podía evocar al diablo, y previa donación o hipoteca del alma, celebrar con él un convenio para obtener las cosas estimadas imposibles! Yo quizá no hu-

biera cedido mi alma sino a retroventa, para pagarla después de algún modo, o redimirme con oraciones, y recobrar la que Shakespeare llama *eternal joya*... Pero ya no hay diablos que presten estos servicios; tiene uno que arreglarse como pueda.

V

DOY CUENTA DE LA AGRAVACIÓN DE MIS MALES Y DEL REMEDIO QUE LES APLICO. GONZALO TORRES

I

Una mañana, ¡plaf...!, Raimundo. Caía sobre mí cuando menos le esperaba, y comúnmente cuando menos ganas tenía de oírle. Entró aquel día con cara risueña y un rollo de papeles en la mano. «Veremos por dónde la toma hoy—pensé—, aunque bien sé adónde ha de ir a parar.» Díjome que estaba muy mejorado de su reblandecimiento; que las palabras se le salían de la boca fáciles y correctas, sin que la lengua tuviera que hacer contorsiones, y que se sentía dispuesto, ágil y con el entendimiento lleno de claridad y hasta de inspiración.

—Hombre, ¡cuánto me alegro!—exclamé, echando ojeadas de inquietud al rollo de papeles—. ¿Y qué traes ahí? ¿Esa es la obra de que me hablaste? ¿Has hecho algo en Asturias?

—¡Ah!, no..., aquello fué una tontería..., un drama, una idea nueva... Hice dos o tres escenas; pero lo abandoné pronto. La cosa no salía. Después se me ocurrió esta gran obra.

Con sonrisa triunfal mostróme el rollo de papeles, que yo miré como se puede mirar el cañón de escopeta del cual ha de salir la bala que nos ha de herir.

—Algún dibujillo—indiqué, deseando que acabase pronto, pues tenía que hacer—. Dispara, dispara de una vez.

Desenvolviendo lentamente el rollo, dijo:

—A ti solo te lo enseño, porque no quiero que se divulgue la idea. Me la podrían robar. Es muy original. Figúrate: esto se llama *Mapa moral gráfico de España;* va acompañado de una Memoria, y su objeto es...

Cortó la frase para extender el papel sobre una mesa, sujetándolo por los bordes con objetos de peso. Vi muy bien dibujado el contorno de nuestra Península, con indicaciones de cordilleras, ríos y ciudades. Los nombres de éstas se hallaban encerrados dentro de círculos concéntricos de colores de muy diverso matiz.

—¿Qué demonios es esto?... El mapa está muy bien dibujado.

—Pues esto—afirmó con exaltación de artista—es una representación gráfica del estado moral de nuestro país. La intensidad de los colores indica la intensidad de los vicios, y éstos los he dividido en cinco grandes categorías: *Inmoralidad matrimonial, adulterio, belenes,* color rojo. *Inmoralidad política y administrativa, ilegalidad, arbitrariedad, cohechos,* color azul. *Inmoralidad pecuniaria, usura, disipación,* color amarillo. *Inmoralidad física, embriaguez,* verde. *Inmoralidad religiosa, descreimiento,* violeta... He recogido la mar de datos de tribunales, otros de la Prensa... Ya ves que ésta es una estadística nueva, cuyos elementos no se pueden buscar en los archivos: ello es cuestión de perspicacia, de conocimientos generales y de mucho mundo. Casi todas las apreciaciones son a ojo de buen cubero. En la Memoria desarrollo la idea, y justifico con razonamientos y con baterías de cifras lo que se expresa aquí en aros de varios colores. Echa una ojeada y te harás cargo; podrás ver de golpe la España moral, que, entre paréntesis, no es un país de cuáqueros... Cuando esto se publique, y se publicará, ha de llamar mucho la atención que aparezca Madrid como el punto donde hay más moralidad en todos los órdenes. Y lo pruebo, lo pruebo, chico, como tres y dos son cinco. Pásmate: hasta en política lleva ventaja Madrid a las provincias, y las capitales de éstas, a las cabezas de partido. En la Memoria pruebo que los políticos de aquí, tan calumniados, son corderos en parangón de los caciques del pueblo, y que el ministro más concusionario es un ángel comparado con el secretario de Ayuntamiento de cualquiera de esas arcadias infernales que llamamos aldeas. El color rojo lo verás distribuído casi en partes iguales por toda la Península. Las provincias gallegas son las más favorecidas en todo, así como en inmoralidad física lleva la mejor parte Barcelona, donde apenas se conoce un borracho. El violeta más intenso lo verás en Madrid, eso sí: es donde hay me-

nos beatos y donde menos se oye ese tintín del reloj del fanatismo que llaman golpes de pecho. He formado estadísticas de misas. Madrid da el promedio diario de una misa por cada trescientos veinticinco habitantes, mientras que León me da una misa por cada dieciséis. El tanto por ciento de mojigatos es en Madrid, cifra mínima, de dos y medio, mientras que en la Seo de Urgel salen cuarenta y siete carcas por cada cien personas.

Cuando a esto llegaba, se iba excitando tanto, que empezó a entorpecérsele la lengua y a pronunciar mal ciertas sílabas. Echéme a reír, y sabiendo en lo que habían de parar aquellas misas, pensé cuánto le daría.

—Tú estás reblandecido—le dije—. Las cosas que a ti se te ocurren, ni al mismo demonio se le ocurrirían... Otro día me explicarás mejor esa monserga. Y por de pronto...

Le miré como le miraba siempre que quería socorrerle. El me comprendió al punto con aquella infalible perspicacia de mendigo, y enrollando con nerviosa presteza el cartel de nuestras miserias, se dejó decir:

—Es que..., precisamente... Ahora viene lo principal, que es ponerlo en limpio, en vitela, con colores finos... Chico, tú vas a ser mi Mecenas. Te dedico la obra...

—No, no..., hazme el favor de dedicársela a otro.

—Bueno, bueno; como quieras.

Hacía algún tiempo que yo había adoptado el sistema de negar y conceder alternativamente sus pedidos, es decir, que le daba una vez sí y otra no, y en los casos afirmativos, siempre le daba la mitad. Aquella vez no tocaba; pero ya porque el mapa me hiciera gracia, ya porque me inspiró su destornillado autor más lástima que nunca, me di a partido y le puse en la mano un billete de dos mil reales. ¡Cómo se le alegraron los ojos y qué excitado y chispo se puso! Dándole a entender que me alegraría mucho de quedarme solo, y mostrándome poco deseoso de conocer *hasta en sus menores detalles* la gran obra de estadística moral, conseguí alejarle. Ocho días estuvo sin parecer por casa.

Una tarde me hallaba enteramente solo, entretenido en extender las cartas-compromisos que debía pasar a las personas con quienes había hecho operaciones de 4 por 100 Perpetuo *a voluntad*, cuando sentí abrir quedamente la puerta de mi gabinete. Miré, y vi asomar por el borde de la cortina el rostro de Camila. Dióme un vuelco el corazón. Dejé la escritura, alegréme mucho... Mas por no sé qué ruidos que oí, parecióme que no venía sola.

—Buenos días, tísico—me dijo sin entrar y retirándose otra vez.

—¿Ha venido alguien contigo? ¿Ha entrado alguien?—le pregunté.

Y desde la sala gritó:

—No, estoy sola.

Pero sentí algo que me inquietaba. Camila reapareció levantando la cortina, y entró al fin en mi gabinete. Mostraba cierta emoción.

—Pero ¿qué escondites son ésos? Tú no has venido sola.

—Es que—me dijo, después de vacilar un rato—tienes ahí una visita.

—Pues que pase—repliqué, levantándome.

—Dice que no se atreve... Tiene vergüenza...

Me asomé a la puerta. Era Eloísa la que allí estaba. En el mismo instante en que la vi, Camila echó a correr y se subió a su casa.

Entró la otra al fin en mi gabinete, tan cohibida, tan turbada, que yo también me turbé. Durante un rato, no muy corto, estuvo delante de mí sin saber qué cara ponerme ni qué palabras dirigirme. La sonrisa y el llanto luchaban por prevalecer en la expresión de su cara. Por último, lloró sonriendo y me echó los brazos al cuello.

—Haces mal en estar enfadado conmigo—me dijo, hocicándome—. Yo siempre te quiero. No me he olvidado de ti ni un solo día.

Diéronme ganas, primero, de echarla de mi casa. Pero aquel catonismo se me representó luego como una crueldad injusta, pues yo, si no era peor que ella, tampoco era mejor. Fuí indulgente; acordéme de aquello de *la primera piedra;* hícela sentar a mi lado, y hablamos. Noté que estaba vestida con extrema elegancia, de luto, y que se verificaba en ella, entonces como siempre, el fenómeno de conservar su tipo de *señora española,* a pesar de la asimilación de la moda pa-

risiense. Eloísa adoptaba la moda a su manera de ser; era siempre la misma, y sabía imprimirse el sello de la distinción decente. Así había sido antes, y así se había mantenido después, aun en épocas de gran desvarío; quiero decir que nunca ha dejado de parecer dama la que nunca lo fué, ni por las costumbres, ni por la superioridad de inteligencia, ni por esa elegancia espiritual que tan diferente es de las que trazan las tijeras de las modistas.

Quise mortificarla diciéndole lo contrario de lo que estaba pensando acerca de su cariz de señora española:

—Estás hecha una francesa.

Esto le supo muy mal. Levantóse, miróse al espejo, y dando vueltas sobre sí misma para verse de espaldas, me dijo:

—¿Es verdad eso? Mira, lo sentiría mucho. Creo que te equivocas. No, no parezco una francesa. No me lo digas otra vez.

Sentándose de nuevo, prosiguió así:

—Ya estaba de París hasta la corona... He ido también a Lieja, a Spa, a Aix-la-Chapelle, y después a Colonia, a ver la catedral, que es muy grande, pero muy grande. Si te he de decir la verdad, no me he divertido nada.

Inclinándose zalamera, apoyó su hombro sobre el mío; dejóse ir hasta que su cabeza vino a apoyarse en la mía. Estos signos de reblandecimiento amoroso me desagradaron. En mí no despertaba ilusión, como no fuera ilusión momentánea, de las que sólo afectan a la superficie de nuestro ser. No quise alentar aquellos pujitos de cariño, y permanecí como un leño. Irguióse ella de súbito, despechada, y pasándose el pañuelo por los ojos, me dijo:

—Sé que vas a subir al púlpito a echarme los tiempos, a ponerme de vuelta y media... Suprime los sermones. Todo lo que tú pudieras decirme lo sé; yo misma me lo he dicho, con palabras tuyas, sí; con palabras que me has enseñado a usar y que me parecía estar oyéndote... Sé que soy una mala mujer; pero qué quieres..., el mundo, locuras, ambiciones, las cosas que se van enredando, enredando... Que hay muchas necesidades y poco dinero... Fué un remolino que me arrastró, fué lo que llaman los marinos un ciclón: di muchas vueltas, sin poder luchar con él. Conque ya estás enterado, y lo mejor es que te tragues la píldora, y seamos amigos.

El efecto que me causaba era el de una infeliz hermosa, muy hermosa, sí, pero muy traída y llevada. Repugnábame unas veces; otras, me bullían deseos de no ser tan insensible a sus carantoñas.

—¡Ah!—exclamé de pronto—, no me has dicho nada de lo único tuyo que me interesa. ¿Y tu hijo?

—Guapísimo; rabiando por verte y preguntándome por ti. Mañana te lo mandaré para que le tengas aquí todo el día. Has dicho «lo único tuyo que me interesa...» ¡Qué ingrato eres! Pues yo..., siempre acordándome de ti, siempre diciendo: «¿Qué estará haciendo ahora?...» Ni qué tiene que ver el corazón con... lo demás.

—Estoy admirado de tus ideas. ¡Vaya, que tienes una manera de ver las cosas...! Lo que digo, estás hecha una parisiense... A mí no me vengas con historias...

—Y a mí no me llames tú parisiense; ya sé lo que quieres significar con esos motes. Esperaba de ti consideración, por lo menos.

—La tendrás, aunque no sea sino por memoria de lo mucho que te he querido...

—¡Ah!... ¡Tiempo pasado!—murmuró, retirando el cuerpo para mirarme en actitud un poquito teatral.

—¡Y tan pasado...!

—Mira, canalla—gritó con repentino calor, tirándome del pelo—, no me digas que no me quieres ya, porque te corto la cabeza.

—Estás tú a propósito para que yo te quiera—respondí, esforzándome en mostrarle menos desdén del que sentía—. Ciertas locuras no se hacen más que una vez en la vida.

II

Salióme a los labios una pregunta amarga y cortante; mas a la mitad de la frase, sentimientos de delicadeza me hicieron callar. No dije más que esto:

—¿Y qué me cuentas de tu...?

Ella comprendió que le preguntaba por Fúcar, y se puso encendida. Su vergüenza despertó compasión en mí, y corté el concepto en el punto que he dicho. Inmutóse la prójima un rato, y levantán-

dose, dió varias vueltas por la habitación, como si quisiera enterarse de las novedades que había en ella. No quise mortificarla, y seguí la conversación en el terreno en que ella tácitamente la ponía.

—Dime: habrás traído de París maravillas.

—Algunas chucherías, poca cosa—replicó, mirándome otra vez y serenándose—. Ya lo verás. Quiero saber tu opinión. Algo he traído para ti.

—Gracias.

—Si no hay por qué dar gracias. Repito que todo lo he traído para que tú lo veas y digas si es bonito. Siempre que compraba algo, me decía: «¿Le gustará esto?» Y cuando se me figuraba que no te había de gustar, ni regalado lo quería.

Empapándome entonces en moral, como esponja sumergida en un cubo de agua, en esa moral de librito de escuela que nos sirve de mucho para echar discursos y de muy poco para regular las acciones, le dije que no se acordara más del santo de mi nombre; que yo no pensaba poner los pies en su casa, etc. Ni un niño acabadito de salir del colegio, con toda la *Doctrina*, el *Juanito* y el *Fleury* metidos en la cabeza, se habría expresado mejor.

—Eso lo veremos—replicó Eloísa, en pie delante de mí—. Vamos, no hagas el honradito de comedia. Ven a mi casa, sin malicia, con buen fin, como un amigo, y te enseñaré mis compras de París. No te preparo ninguna emboscada... Conque ¿vendrás? Tú podrás hacer lo que quieras; pero si no vas a verme, vendré yo aquí, te marearé, te perseguiré. ¿Serás capaz de echarme de tu casa?

—¡Quién sabe!...

—¿A que no? Todavía me atrevería yo a apostar una cosa.

—¿Qué?

—Vamos a ver: una apuesta... ¿A que te chiflas otra vez por mí?

—A que no.

—A que sí.

—Apuesto todo lo que quieras.

Ambos nos echamos a reír, y concluyó por besarme la mano, como hacen los chicos con los curas que encuentran en la calle.

—Quedamos en que mañana te mando a Rafael—me dijo, arreglándose la cabeza delante del espejo.

—Sí; tengo muchos deseos de verle.

—Vamos a ver, con franqueza. ¿Qué tal me encuentras?

—Según lo que quieras decir. Distingo.

—Sin distinciones.

—Te encuentro muy francesa—repetí, faltando a la verdad por molestarla.

—¡Dale!... Me enfada eso más que si me dijeras una mala palabra. Si quieres decir la mala palabra, suéltala, ten valor, ponme la cara como un tomate; pero no me insultes con rodeos.

—Como quiera que sea, estás hermosísima—declaré, mostrándome más sensible a sus pruebas de cariño—. Las locuras que yo hice las hacen otros; mejor dicho, otros harán locuras más locas... ¡Qué dramas leo en tu cara, hija, y también tragedias, que ahora están en borrador! Te voy a llamar *Madame Catastrophe*. ¡Pobrecito del que...! En fin, hemos de ver horrores.

—¡Ah! Tengo que contarte—dijo, tras una explosión de risa—. Tengo que contarte... ¿Sabes que Pepito Trastamara está loco por mí y quiere casarse conmigo?

—Péscale, no seas tonta. Hazte cargo de que tienes por marido a un galguito o a un *King Charles*. Serás duquesa, y libre como el aire. Pero la cuestión de cuartos creo que no anda bien en esa casa. La Peri está liquidando lo poco que resta. Mucho ojo, Eloísa.

—¿Ves? Sin querer, te estás tomando interés por mí; me estás dando consejos—replicó con mucha monería—. Si no puedes, hombre, si no puedes desligarte de mí; si te intereso sin que lo eches de ver... ¿Conque no me conviene Pepito Trastamara?... ¿Y ser duquesa? Pepito heredará al marqués de Armada-Invencible: fíjate en esto.

—También Manolo Armada-Invencible está a la cuarta pregunta. No tienes idea de lo arrancada que anda la aristocracia. Pídele detalles a tu cuñado Cristóbal Medina, que le lleva las cuentas al céntimo.

—Voy creyendo, como mi hermano Raimundo, que aquí no hay más que mil duros, que un día los tiene éste y después el otro...

—Ni más ni menos. Te profetizo que pasarás las de Caín. Hay poco dinero.

—Y muchos a gastar, lo sé.

Seguimos hablando de esto festiva-

mente, riéndonos mucho y procurando yo esquivar los recuerdos, que a cada paso hacía ella, de nuestros pasados delirios. Por fin se fué, asegurando que nos volveríamos a ver pronto en su casa o en la mía. Su hermosura, que, realmente, era para deslumbrar al más pintado, no despertaba en mí sentimiento alguno de cariño; sólo inquietaba mi superficie, dejándome en paz el fondo.

El día siguiente lo pasé muy entretenido con Rafaelito. Era un niño preciosísimo, angelical, que o nada sabía de travesuras, o no las hacía delante de mí por el respeto que yo le inspiraba. Su media lengua me encantaba, y su cortedad de genio me le hacía más interesante. Era muy formalito, y se pegaba, se cosía a mi persona, no dejándome a sol ni a sombra. Cuando le sentaba sobre mis rodillas para acariciarle, me pasaba la mano por la cara, tocándome con veneración, cual si quisiera cerciorarse de que yo era una persona viva y no imagen figurada por su deseo. Si entrábamos en conversación, iba soltando por grados su media lengua graciosa, dábame cuenta de los juguetes que tenía y de los que esperaba tener. Su manía entonces eran los globos. Si yo cogía un lápiz en la mano, pedíame que le pintara globos; quería hacerlos con el pañuelo, con un papel, y se le figuraba que la cosa más estupenda del mundo era andar por el aire colgado de una bola que sube. Había visto en París un aeronauta, y tal espectáculo se le estampó en el alma. Hícele varias preguntas capciosas por ver si tenía alguna idea respecto a Fúcar; pero nada pude sacarle: sin duda, Eloísa le había mantenido a distancia del marqués, porque el niño sólo tenía nociones confusas de aquel humano globo.

Dondequiera que yo iba por la casa, me seguía Rafael. Se agarraba a mi mano y no quería jugar solo; no se divertía sin mí. En las mesas y credencias de mi gabinete había varios cachivaches de porcelana, entre ellos perritos, gatos, muñecos... Rafael los miraba con cada ojo como un puño; pero no se atrevía a cogerlos, ni siquiera a tocarlos con la yema del dedo índice. Yo le permití que jugara con aquellas baratijas, y él las cogía con más veneración que el sacerdote la Hostia. Cuando yo envolvía en papeles los perros y gatos uno por uno para que se los llevara, la emoción no le dejaba respirar. Al abrazarle, noté que su corazón palpitaba como si se quisiera romper.

Por la tarde, muy a disgusto suyo, le mandé a su casa con Evaristo, que le había traído. Despedíase de mí con resignación, preguntándome si su mamá le dejaría volver otro día. En los siguientes, Eloísa no cesaba de mandarme recados, informándose de mi salud, que no era buena, y con los recados solían ir cartitas rogándome que pasara a su casa. Viendo que yo no me daba a partido, fué ella misma a verme varias tardes. Por fin, una mañana me envió con el pequeñuelo una cartita, diciendo que estaba mala y deseaba «verme a todo trance». Bien comprendí que lo de la enfermedad era un ardid; pero las flaquezas propias de la naturaleza humana en general y de la mía en particular me impulsaron a acudir a la cita. Toda aquella moral mía se la llevó la trampa.

Y no sólo fuí aquel día, sino otro y otros. La prójima parecía quererme como antaño; mas yo no veía en ella sino un pasatiempo, un entretenimiento breve, que endulzaba algunos instantes de mi vida amarga; y mientras más caía en aquellas embriagueces fugaces, sin interés alguno espiritual, mayor y más alta era la idealidad de mi pasión por Camila. Aquella loca afición no correspondida se alambicaba y se extendía, cogiéndome todo el ánimo y la vida toda, en la cual era un estado permanente. Sentía desarrollarse en mí dotes poéticas, inspiración flúida y crónica a estilo de la de Petrarca, porque a todas horas me sugería pensamientos sutiles, de los cuales podrían salir sonetos a poco que me ayudase la retórica. Camila no se me apartaba del magín ni un solo rato, y tanto más presente la tenía cuanto más cerca de Eloísa estaba, o, si se quiere, en el mayor grado de proximidad posible. La idea de que eran hermanas me cosquilleaba en la mente, violentando la fantasía para que llegase a la figuración de que eran una misma persona. ¡Y, sin embargo, cuán distintas! El aire de familia me engañaba tan sólo breves momentos.

Sí he de decir verdad, me agradaba el poquito de misterio y reserva que era forzoso emplear en mis entrevistas con Eloísa. Sin esta salsa, quizá aquellas cra-

situdes dulzonas y sin temple me habrían empalagado más pronto. Quiquina y Evaristo me introducían con muchos tapujos. Nunca mentí a Fúcar, porque conocí que le repugnaba nombrarle. Pero un día en que hablábamos de las precauciones tomadas para aquellas entrevistas, se puso rabiosa, y, señalando con el dedo índice la parte más alta de su cabello en desorden, se dejó decir:

—Estoy... de viejo pintado hasta... aquí.

No quiero pasar en silencio el cariño, el entusiasmo con que me enseñaba lo que había traído de París. En piezas de Choisy-le-Roi y de *barbotine* tenía maravillas; jarrones inmensos sobre columnas, un grifo con una cartela enroscada que *daba el opio,* y mil chucherías de todos tamaños, en tal número, que apenas había ya en la casa sitio donde ponerlas. Enseñóme también ricos encajes de Malinas, Bruselas y Alençon, comprados por ella misma a las *Beguinas* de Gante, y otras mil cosas. No cesaba de preguntarme: «¿Te gusta?», y si respondía que sí, poníase muy alegre. En aquella época jamás me pidió dinero, ni lo necesitaba. (¡Pobres fumadores!) Por el contrario, advertía yo en ella un tácito deseo de que se le presentase ocasión de sacarme de un apuro. Un día, no sé si de los últimos de octubre o noviembre, que me oyó hablar de ciertas dificultades para la liquidación, sacóme una cajita llena de billetes de Banco, de la cual aparté con horror la vista.

Acerca de ella corrían mil versiones infamantes. En París había desplumado a un francés, dando un lindo esquinazo a aquel esperpento de Fúcar; en Madrid mismo, sus favores habían recaído, sucesivamente, en un malagueño rico de apellido inglés, en un ex ministro y célebre abogado. Todo esto era falso y prematuro, puedo decirlo en honor suyo; relativo, sin temor de equivocarme. La calumnia, que más tarde dejaría de serlo, la perseguía por adelantado, como persigue a todos los que se portan mal, resultando que hay en ella un fondo de justicia. Reaparecieron los jueves, en los cuales había más confianza que durante mi reinado. Díjome el *Sacamantecas* que se jugaba descaradamente. No iba ninguna señora, ni aun la de San Salomó, que era persona de manga muy ancha. Quiquina y monsieur Petit volvieron a la casa, y nuevos criados, y las mismas costumbres irregulares del año anterior.

Sabía Eloísa, eso sí, tomar en público los aires de una señora distinguidísima, y, lo que es más raro, conservaba parte no pequeña de sus relaciones; hacía visitas, iba a misa, era saludada por lo más selecto de Madrid. Oyéndola hablar, cualquier incauto la habría creído el espejo de las viudas. Parecía que no rompía un plato. Afanábase por la educación de su hijo, y le había puesto un aya francesa, de quien me dijo Evaristo que era más fea que el hambre. Su solicitud materna era quizá lo único que yo podía estimar en la prójima; pues por todo lo demás, sólo me inspiraba lo que es propio de las prójimas: lástima, interés nominal y desdén efectivo.

III

De la propia crudeza de mis males físicos y morales brotó súbitamente la idea del remedio. Así es la Naturaleza, genuinamente reparadora y medicatriz. La idea que me abrió horizontes de salud fué la idea del trabajo. «Si yo tuviera mi escritorio, como lo tenía en Jerez, y, además, mis viñas y mis bodegas, estaría muy entretenido todo el año, y no pensaría las mil locuras que ahora pienso, tendría salud y buen humor.» Así me hablaba una mañana, y tras la idea, vino la resolución de practicarla. Pero ¿en qué trabajaría? Ocurriéronme de pronto varias clases de ocupaciones comerciales, de las cuales me había hablado la noche antes Jacinto María Villalonga. El traía no sé qué belenes en Fomento. Había tirado ediciones sin fin de libritos agrícolas para que el Estado los hiciera comprar a los Ayuntamientos. Se presentaba a todas las subastas, ya fueran de carreteras, ya de obras de reforma en los museos, bien de impresión de Memorias o de los revocos que constantemente se están haciendo en el vetusto edificio de la Trinidad. Luego Villalonga cedía el negocio con prima, si había quien se lo tomase. Pero con esto y otros muchos enredijos que en el Ministerio traía, y por los cuales le vi sacar muy a menudo libramientos y órdenes de pago, nunca salía de trampas. Tan arruinado y lleno de líos estaba, que, sin duda, por sus desordenados gastos y vicios no había mes que no necesitase dinero. A mí

me debía más de ocho mil duros, y esta deuda empezaba a inquietarme.

Los negocios de que me habló y que me interesaron eran más amplios que sus oscuros manejos burocráticos. «Traer trigo de los Estados Unidos y establecer un depósito en Barcelona; instalar máquinas para el descascarado del arroz de la India, obteniendo previamente del Gobierno la admisión temporal; llevar los vinos de la Rioja directamente a París por la vía de Ruán, y a Bélgica por la de Amberes...» Esto me parece bien, sobre todo el negocio de vinos, en el cual algo y aun algos se me alcanzaba a mí.

Levantéme una mañana dispuesto a hacer un viaje a Haro y dar una vuelta por Elciego, Casalarreina, Cenicero, Cuzcurrita y demás centros de producción... Pero esto era meterme en faenas penosas. Nada, nada; más valía que, quietecito en Madrid, buscara un modo de trabajar. El negocio de Banca con Londres y París me seducía; pero está muy acaparado. Hablando con mi tío, éste me hizo ver que el estado de la Bolsa era muy a propósito para zamparse en ella *hasta la cintura*. La persistente baja, motivada por los sucesos de Badajoz, y el azaramiento de los tenedores extranjeros, convidaba a meterse en danza, teniendo serenidad y empuje.

Pues decidido. Pensando en esto, activáronse mis fuerzas y recobré la alegría. Por el trabajo, que trabajo era y de los buenos, obtendría yo dos beneficios: evitar los males que causa la holganza y restablecer mi fortuna en su primitiva integridad. Desde el día siguiente me puse al habla con mi amigote Gonzalo Torres, de quien he hablado antes un poco. Ahora tengo que hablar mucho de él, pues bien lo merece este tipo esencialmente madrileño, el más madrileño quizá que encontré en los años que en la corte estuve. Aquel *gato* se había enriquecido en pocos años con atrevidos agios; tenía coche, estaba edificando una casa magnífica en la ronda de Recoletos y vivía muy bien, sin gran boato externo. Su facha era ordinaria, su estatura menos que mediana, la nariz pequeña y los ojos enormes, huevudos, con ceja muy negra. Presumía de guapo, y miraba a todas las mujeres que encontraba en la calle como perdonándoles la injusticia de que no le miraban a él. En este terreno era insufrible. Cuando le daba por relatar sus conquistas, no se le podía oír, porque decía muchas mentiras, revelando un pesimismo depravado. Ninguna a quien él había puesto los puntos había dejado de caer. No es, por tanto, de extrañar que llegara mi hombre a adquirir, por su propia experiencia, el convencimiento de que todas eran unas... tales.

En el terreno de los negocios sí que me gustaba oírle. Allí se descubría el hombre tal como era, con sus lados malos y sus lados buenos; el español agudo, vividor, de trastienda, que se mete por el ojo de una aguja y va en pos de su interés, saltando por encima de cuanto se le opone; tipo perfecto del que no ve en la humana vida más ideal que *hacer dinero*, y hacia él marcha con los ojos cerrados, digo, abiertos y bien abiertos. Nos veíamos muy a menudo en mi casa y en la Bolsa; a veces almorzábamos juntos, y me contaba diferentes episodios de su vida. Esta me pareció digna de estudio, como ejemplo de constancia y temeridad, de desvergüenza por una parte, de tesón por otra. Según me dijo, había pasado su niñez en un comercio de la calle de la Montera, midiendo percales y bayetas, soñando siempre con ser rico y despreciando a su principal, un hombre apocado que tomaba el género en los almacenes de la plazuela de Pontejos para revenderlos, siempre con miseria y apuros, y sudando la gota gorda en cada vencimiento. Contaba Torres que él, confinado en su mostrador, tenía los ojos del espíritu fijos constantemente en los célebres banqueros Urquijo y Ortueta, que vivían en la misma calle, y tenía cuidado de que no se le escaparan cuando pasaban por delante de la puerta de su tienda en hora determinada para ir a la Bolsa o de regreso de ella. Ninguno de los dos tenía coche. Aquellos hombres eran sus ideales; ser como ellos, su ambición. A veces poníase a mirar desde la calle a las ventanas de los respectivos escritorios, y soñaba con verse en local semejante, escribiendo facturas, firmando letras, cortando cupones; echándose después gravemente a la calle para ir a la Bolsa, y rompiendo a codazo limpio las manadas de transeúntes.

Regañóle un día su principal, y se plantó en la calle. Como no tenía una peseta, pasaba mil agonías para vivir. Todos los días, cualesquiera que fuesen sus ocupaciones, pasaba por la calle de la Montera dos o tres veces, y si encontraba a Urquijo

o a Ortueta, se quitaba el sombrero y hacía una reverencia, como si pasara el Viático. Tuvo que dedicarse a viajante de comercio para poder vivir; recorrió toda España en segunda, con muestras de chocolate de la Colonial, zapatos de Soldevilla y otros muchos artículos. Pero sus ganancias eran escasas, y se fijó en Madrid, al amparo de Mompous, que le daba algunos corretajes de venta y compra de terrenos. Sin que lo supiera Mompous, se asoció a un tal Torquemada, que hacía préstamos con usura. Torres buscaba víctimas, y las descueraban entre los dos. Hacían pingües negocios, *facilitando* dinero secretamente a las señoras que gastan más de lo que les dan sus maridos para trapos; y con la amenaza del escándalo, las ponían en el disparadero y las desplumaban. Bien relacionado el tal Torres con muchos tenderos de Madrid, se hacía cargo, mediante una prima de cincuenta por ciento, de realizar los créditos incobrables. El apandaba las cuentas que habían ido cien veces a casa del deudor, encontrándose siempre con cara de palo, y previo el endoso del crédito en virtud de una ficción legal, en que él (Torres) pasaba por *inglés* del tendero, se ponía en combinación con Torquemada, que era curial y tocaba pito en todos los Juzgados, y apretando a la víctima con citaciones y embargos, por fin la hacían vomitar en conjunto o a plazos lo que debía.

Con estas socaliñas empezó a reunir su capital. Por una serie de trapisondas y de enredos que serían largos de contar, Torquemada y Torres se adjudicaron una carnicería, propiedad de un deudor insolvente. La cosa no habría tenido lances si a Torquemada no se le hubiera ocurrido que, tras aquel negocio, podía emprender el de suministro de carne y caldo para los enfermos del Hospital Provincial. Puso la puntería en la Diputación, y aquel año hubo locas ganancias. Los moribundos les hicieron a ellos el caldo gordo.

Pero los parroquianos insolventes eran la pesadilla de entrambos. Había entre éstos un respetable sujeto, cesante, ex director, que tenía una familia numerosa y anémica, a la cual recetaban los médicos *carne a la inglesa* o, lo que es lo mismo, cruda. Consumían mucho, pero no pagaban jamás, y la cuenta crecía como espuma. Cuando pasó de mil reales y trataron de hacerla efectiva, vieron que la casa del señor aquel era un abismo sin fondo. Al huevero se le debían dos mil reales; al de ultramarinos, seis mil, y al carbonero, unos mil y pico. El del pan cogía el cielo con las manos; y, congregados todos un día en la puerta de la casa, armaron una chamusquina de todos los demonios. Lo que decía el señor aquel, ex director y caballero gran cruz de Carlos III: «Más le valía no haber nacido.» Puestos todos los *ingleses* de acuerdo, quisieron hacer un *Trafalgar* en la infeliz familia; pero nada lograron. La familia insolvente y carnívora cambió de domicilio, dejando a los acreedores con dos palmos de narices. Sólo Torres, que era más listo que el huevero, el tendero y el carbonero juntos, olfateó el rastro, metió la cabeza, amenazó, y, valiéndose de mil trazas ingeniosas, ya que no pudo sacar dinero, puesto que no lo había, obtuvo, en pago de la carne, un piano. Era el dulce instrumento en que tecleaba una de las niñas anémicas. Torres cargó con su presa, y...

—De esta adquisición inesperada—me dijo—arranca el negocio de alquiler y compostura de pianos que tuve durante tres años y medio. ¡Cómo se enlazan las cosas de la vida! De carnicero a músico. Torquemada siguió con el arbitrio de carnes, y yo acaparé el de almacén de pianos. Llegué a tener más de trescientas matracas, que alquilaba por tres, cuatro o cinco duros al mes a las alumnas del Conservatorio que soñaban con ser la Patti; a los compositores jóvenes que se creían unos *Méyerbeers*, y para hacer boca, pergeñaban una zarzuelita; a las familias honradas y buenas parroquianas que querían educar a las pollas para señoritas finas, aunque, al fin y a la postre, vinieran a parar, como todas, en ser unas... tales.

Luego proseguía contándome cómo, al fin, reunidos unos seis mil duros, dejó los pianos para meterse de hoz y coz en la Bolsa, que era su ideal, por suponerse con aptitud nativa para el tráfico de papel. A los ocho días ya sabía tanto como los viejos; adquirió pronto el golpe de vista, la audacia serena y el don de abarcar rápidamente las operaciones más complejas. Su éxito fué grande. Empezó el 73, cuando la renuncia de don Amadeo, y las bajas considerables en los años de guerra civil le pusieron en las nubes. Era pesimista incorregible. Para él, la campaña iba siempre mal, y los carlistas da-

ban cada golpe que cantaba el misterio. Aquellos mismos seres venerables a quienes tenía por semidivinos, Urquijo y Ortueta, los banqueros de la calle de la Montera, fueron sus amigos, y tan iguales a él que le daban ganas de tutearlos. El 77 era ya el espantapájaros de la Bolsa. Todos observaban lo que él hacía para seguirle la correa. Recibía diariamente despachos telegráficos cifrados de sus agentes de Londres y París, para jugar en combinación con aquellas plazas.

—Y aquí me tiene usted—añadía—: hoy soy rico; pero me gusta vivir a la pata la llana, y si tengo carruaje, no es porque me haga falta, que yo gusto de andar en el caballo de San Francisco; únicamente lo uso para que esos brutos de la Bolsa me lo vean, y para que mi señora se pasee.

Oí decir que la señora de Torres fué criada de servicio, y que no sabía leer ni escribir; mejor dicho, que había adquirido con maestro estas indispensables enseñanzas después que la fortuna de su marido le dió títulos y fuero de persona decente. Yo la conocí más adelante, en casa de María Juana, y me pareció una mujer excelente, modesta y sencilla. Moralmente, valía más que su marido, y en figura le llevaba también no poca ventaja.

Pues bien: este Torres fué mi iniciador en aquella vida de trabajo bursátil. Lo primero que hice al meterme en danzas con él fué ponerle los puntos sobre las íes. Yo no haría ninguna operación grande ni chica sino con intervención de un agente colegiado, porque no quería meterme en aventuras peligrosas. Torres operaba en grande con un desparpajo que me pasmaba, comprando y vendiendo a fin de mes, por sí y ante sí, sin ninguna seguridad legal, sumas fabulosas. Yo, por el contrario, resuelto a andar con pies de plomo por terreno tan peligroso, daba y tomaba mis *dobles*, compraba y vendía *en voluntad* o *a fin de mes*, siempre con la garantía de la publicación y de la firma del agente en la póliza, el cual agente era persona de respetabilidad, amigo de mi tío. Torres era muy listo; pero a mí no me faltaba trastienda para aquel negocio, y en todo diciembre, así como en enero y febrero del año siguiente, vi coronados mis esfuerzos con éxitos no despreciables. Así me satisfacían más, teniendo por mejor sistema aquel *tole-tole*, que los atropellos en que se metía el hortera y carnicero y músico y bolsista Gonzalo Torres.

VI

LOS LUNES DE MARÍA JUANA

I

Vamos con calma y método, que hay aquí mucho que contar.

María Juana me dijo que pensaba fijar los lunes para invitar a su mesa a seis o siete personas, y recibir después a los amigos. Deseaba ella que en estas reuniones reinase una media etiqueta, con lo cual contrariaba al bueno de Cristóbal, que renegaba de las farsas y enaltecía la confianza como flor verdadera de la amistad. Gustábale a él la abundancia de las comidas españolas, y ponía el grito en el cielo en tratándose de las fruslerías de la cocina francesa. Su mujer, habilidosa como pocas, logró encontrar el justo medio, o, mejor, componendas hipócritas, con las cuales aparentaba llevarle el genio, y, en realidad, no hacía sino su santísimo gusto. El adorno de la casa era un campo de maniobras, en que lo elegante y lo cursi andaban a la greña. Había cosas muy buenas, compradas recientemente en casa de Ruiz de Velasco, y otras del gusto fiambre, caobas y palisandros barnizados, papeles horribles con vivos de negro y oro. Porque Cristóbal era de los que se empeñan en que todo se ha de adornar con *medias cañas;* tenía fanatismo por este sistema decorativo, y si lo dejaran, pondría tales *medias cañas* hasta en la Biblia. Mi prima iba desterrando poco a poco antiguallas e introduciendo el contrabando de los muebles de arte y gusto; y como Medina la quería tanto, no le era difícil a ella triunfar en cuanto se le antojaba, aunque hubo casos en que el esposo se mostró inflexible. Tenían un portero leal, honradísimo, que llevaba veinte años comiendo el pan de los Medinas; hombre que, al decir de Cristóbal, *no se pagaba con dinero*. Pero aquel espejo de los porteros tenía un gran defecto. No vayáis a creer que se emborracha-za. ¡Era que usaba patillas, unas enormes zaleas negras, revueltas y despeinadas, que caían tan mal con la librea...! La señora les había declarado la guera, las

odiaba como si fuese ella propia quien tuviera aquellos pelos en la cara. De buena gana habría acercado un fósforo a la de su leal servidor, para incendiar aquel matorral indecente. Pero Medina se opuso siempre a que se le hablara al tal de raparse. Le parecía un ataque al libre albedrío y una burla de la personalidad humana. Además, lo de las caras afeitadas, tratándose de criados, le parecía farsa, comedia, «moda francesa, hija; mariconadas que me revientan». Defendido por su amo, el portero continuó y aún continúa tan hirsuto como siempre. La casa era una de las fundadoras del barrio de Salamanca. La compró Medina al Crédito Comercial, y, después de echarle mil remiendos y composturas, porque estaba derrengada como todas las de su tanda, la pintó muy bien por fuera, imitando ladrillo descubierto con ménsulas y jambas, figurando piedra de Novelda, y en el portal y escalera púsole cuantas *medias cañas* cupieron. Arregló para sí el principal, que era hermosísimo, con vistas a la calle de Serrano y al jardín interior de la manzana. Las tales casas, mal construídas, tienen una distribución admirable, un ancho de crujía y un puntal de techos que me gusta mucho. Su única imperfección, para mí, es la curva de las escaleras, defecto que también tenía mi finca de la calle de Zurbano.

María Juana había engrosado bastante; pero siempre estaba guapa. La gordura y los quevedos aumentábanle un poco la edad; pero al propio tiempo dábanle aires de persona sentada y de buen juicio, y hasta de mujer instruída con ribetes de filósofa. Eralo ralmente. Más de una vez la sorprendí bajando de su coche en las librerías para comprar lo más nuevo de por acá, o bien lo bueno y nuevo de Francia. No tenía escrúpulos monjiles, y se echaba al coleto las obras de que más pestes se dicen ahora. Estaba, pues, al tanto de nuestra literatura y de la francesa; leía también a los italianos Amicis, Farina y Carducci; apechugaba sin melindres con Renán y otros de cáscara muy amarga, y algo se le alcanzaba de Spencer, traducido.

Mostrábame la señora de Medina (líbreme Dios de llamarla *ordinaria)*, desde que nos vimos en San Sebastián, grandísima consideración. Fuí el primero con quien contó para sus comidas; iba también algunas tardes, y hablábamos largamente. Descubrí a poco, tras un tejido de subterfugios muy discretos, un sentimiento vivo de curiosidad, deseo ardentísimo de conocer todo lo que había pasado entre Eloísa y un servidor de ustedes. Se trataba poco con su hermana; sus relaciones eran pura etiqueta de familia en casos de enfermedad; de modo que yo sólo podía ponerla al tanto de lo que saber quería. Dirigíame pregunta tras pregunta. Y yo no me paraba en barras. ¿Para qué? Si saciando aquella curiosidad sedienta y mal disimulada la hacía feliz, ¿por qué privarla de un gusto tan arraigado en su naturaleza? Preguntábame asimismo mil pormenores de la casa que ella tenía por el *non plus ultra* de la elegancia. ¿Cómo era el servicio del comedor? ¿Conservaba yo algunos *menus* de las comidas? ¿Cuántas veces se vestía Eloísa al día? ¿Se vestía por completo, de ropa interior, o nada más que cambiar de traje? ¿Usaba esas camisas de seda que ahora han dado en usarlas...? ¿Sus camisas de hilo eran abiertas por delante y ajustadas como batas? ¿Cuántas docenas de pares de medias de seda de color tenía? ¿A qué hora se peinaba? ¿Era cierto que se daba baños de leche de burras para conservar la tersura terciopelosa del cutis? ¿Traía el calzado de París? Los jueves, ¿cuántos vinos servían? ¿Compraba champaña de Reus, haciéndole poner etiquetas de la *Viuda Cliquot?* ¿Era cierto que debía a Prats más de seis mil duros? ¿Y a qué jugaban en la casa, al *whist,* a la *bésique* o al monte limpio? ¿Era verdad que no pagaba nunca cuando perdía? ¿Era cierto que anunciaba a los amigos con quince días de anticipación el día de su santo para que fueran preparando los regalos?... A este bombardeo contestaba yo como Dios me daba a entender, unas veces categórica, otras ambiguamente, cuidando de no poner en ridículo a la que me había sido tan cara... en todos los terrenos.

Por supuesto, María Juana no perdonaba ocasión de echarme en cara la más grave de mis faltas. ¡Oh! No me la perdonaba fácilmente, porque yo había envilecido a su hermana y a toda la familia. Verdad que si no hubiera sido conmigo, habría sido con otro, pues Eloísa tenía en su naturaleza el instinto de la disipación. Tratando de esto a menudo, dióme a conocer María Juana que no

eran un misterio para ella las flaquezas de mi carácter; hablóme como hablan los médicos con los enfermos a quienes de veras quieren curar, y concluía con exhortaciones cariñosas, inspiradas en sus lecturas; todo muy discreto, juicioso y hasta un tantillo erudito. ¡Vaya si tenía talento mi prima! Varias veces promulgó cosas muy sabias sobre los males que nos produce el no vencer nuestras pasiones. «Somos débiles en general; pero vosotros, los hombres, sois más débiles que nosotras, las mujeres, y os chifláis más pronto y con caracteres más graves. Así vemos que personas de talento hacen mil locuras por dejarse ilusionar de una *cualquier cosa*... Tú, que en tus negocios, según dicen Medina, eres una cabeza firme, ¿cómo es que se te va el santo al cielo por unas faldas? Enigmas del hombre de nuestros días; mejor dicho, del hombre de todos los días.» Por fin, una noche, después de larga conferencia, antes de comer, espetó la siguiente conclusión: Yo estaba enfermo, yo estaba desquiciado. Para ponerme bueno, era preciso administrarme una medicina, en la cual se combinaran dos salutíferos ingredientes: el trabajo y el himeneo. Agradecí mucho la intención y admiré el talento de María Juana; pero no podía mostrarme conforme con la segunda de las drogas recomendadas por ella. El trabajo me convenía realmente, y ya me había metido en él, ¡pero el matrimonio!... Mi alma estaba tan llena de Camila, que ni una hilacha, ni una fibra de otra mujer podían entrar en ella.

Hubiérame guardado bien de revelar a María Juana la pasión que Camila me inspiraba, porque, de fijo, le habría dado un mal rato. Debo hacer constar que aquella señora miraba a su hermana menor con cierta indiferencia parecida al menosprecio, y teníala por mujer vulgar y sin mérito alguno. Firme en sus trece, es decir, en que yo debía trabajar y casarme, la *ordinaria* (sin querer, se me escapa este mote) me dijo aquella misma noche, con gracia mezclada de protección:

—Estate sin cuidado, que yo te buscaré la novia; mejor dicho, ya te la tengo buscada. Verás qué joya.

—No, prima; no te molestes—repliqué—. No hay mujer para mí. Es una desgracia; pero no lo puedo remediar. No creas, también yo he pensado en esto, y sólo saco en claro una cosa: y es que no tengo media naranja. Si me fijo en una que tiene buena planta, resulta con una educación deplorable. La bien educada es fea como un mico, y la bonita y lista me sale con perversidades y resabios que me aterran. Si es pobre, me parece que me quiere por el dinero; si es rica, tiene un orgullo que no hay quien la aguante. Por más vueltas que le des, la tostada no parece... Y, por fin, si quieres que te diga la verdad, en mí hay un vicio fisiológico, una aberración del gusto, que no puedo vencer, porque ha echado ya sus raíces muy adentro, confabulándose con estos pícaros nervios para atormentarme. Es, te reirás, es que no me agradan más que las cosas prohibidas, las que no debieran ser para mí. Si alguna que no esté en estas condiciones me gusta, al punto la idea de que sea yo quien la prohiba a ella me quita toda la ilusión. Ríete todo lo que quieras; llámame loco, enfermo, despreciable y hasta ridículo; pero no me digas que me case.

Mirábame riendo con majestad, como segura de vencer aquella manía tonta. El gesto de su mano acompañaba admirablemente la frase cuando me decía: «Estate sin cuidado, que yo te quitaré esas telarañas de los ojos; mejor dicho, esos cristales, porque son falsos prismas. Eres un vicioso. Déjate estar, que cuando conozcas a la *candidata*...»

II

Erame grata aquella casa porque en ella respiraba una atmósfera de negocios a que yo había cobrado bastante afición. Los primeros lunes eran comensales fijos Trujillo, Arnáiz, Torres y también Samaniego, nuestro agente de Bolsa. No se hablaba más que del estado de los cambios, de si se haría bien o mal la liquidación de fin de mes, y de otros particulares relacionados con la economía social. De cuanto hablaba Medina se desprendía siempre lo que llamaré el endiosamiento del arreglo, la devoción de la solidez económica. No comprendía él que nadie gastase más de lo que tiene. Odiaba la farsa, el aparentar lo que no existe y el boato ruinoso de los aristócratas. ¡Cuánto más vale un buen pasar, la comodidad, y, sobre todo, la satisfacción profunda de no deber nada a nadie! Porque él quería que por todo el orbe se divul-

gase que jamás de los jamases había tenido una deuda, y que en su casa todo se compraba con dinero en mano. Por esto vivían él y su señora tan tranquilos. ¿Podrían otros decir lo mismo? Seguramente que no.

Muchas veces concertábamos allí, de sobremesa, operaciones para el día siguiente. La casa era nuestro Bolsín. Andando los días, allá por febrero, cuando las reuniones se animaron con la introducción de nuevas personas, este fondo de tertulia económica era siempre el mismo, y en los corrillos de hombres solos reinaba la chismografía financiera, con vislumbres de social. En ninguna parte había oído yo sátiras tan despiadadas como las que allí escuché, referentes al lujo estúpido de muchos que no tienen sobre qué caerse muertos. Y era que en ninguna parte se tenía un conocimiento más completo de las intimidades pecuniarias de toda la gente que pasa por rica en Madrid. Torres, como hombre que había andado en tratos de préstamos menudos; Medina, como prestamista hipotecario de algunas casas grandes; Arnáiz, en su calidad de patriarca del comercio de Madrid; Trujillo, expertísimo banquero, conocían al dedillo, cada cual bajo aspecto distinto, todas las trapisondas económicas de la sociedad matritense. Cuando se tiraban a contar cosas y a ponerles comentarios, yo me encantaba oyéndolos.

¿Qué tenían que ver las anécdotas del general Morla con aquella verdad palpitante, toda números, toda vida? Las agudezas de los conversacionistas más ingeniosos palidecían junto a aquel cuento de cuentas. Y que no se mordían la lengua los tales. «La casa de Trastamara estaba ya tambaleándose. Había tomado Pepito diez mil duros el mes anterior, y ya andaba poniendo los puntos a otros diez mil, si bien no era fácil encontrara un primo que se los diera. Sobre el palacio gravaban tres hipotecas. De las fincas históricas sólo quedaba la ganadería de toros bravos. Hasta las cargas de justicia las tenía empeñadas el anémico prócer...» «El duque de Armada-Invencible tenía un pasivo de veintitrés millones de reales. Su activo no llegaba seguramente a diecinueve, comprendido el caserón, que, por estar situado en sitio céntrico, valdría mucho para solares. Se susurraba que los cuadros y las armaduras habían salido para París con objeto de venderse en el hotel Drouot. Que el duque estaba con el agua al cuello, lo probaba el hecho de haberse dejado protestar una letra de Burdeos por valor de veintitantas mil pesetas...» «Medina sabía de muy buena tinta que los de Casa-Bojío habían llegado a la extremidad de vivir con lo que les quería fiar el tendero de la esquina, y, sin embargo, daban bailes, metían mucho ruido, salían por esas calles, desempedrándolas con las ruedas de su coche y poniendo perdidos de barro a los pobres transeúntes que han pagado al sastre la levita que llevan. El no comprendía esto; no le cabía en la cabeza tal manera de vivir. ¡Dar bailes y comilonas, y deber la escarola! Nada, que este Madrid es muy particular...» «Arnáiz sabía que Sobrino Hermanos tenían una cartera de sesenta mil duros incobrables. Así no era de extrañar que elevaran el valor de los géneros. Parecía mentira que el frenesí de los trapos ocasionara estos desequilibrios en la riqueza. Y lo peor es que han de seguir surtiendo a las que no les pagan, pues si les negaran el género, los desacreditarían sólo con decir que no traen más que cursilería. Así es que cuando las insolventes van a la tienda, las tienen que recibir con los brazos abiertos, y mimarlas mucho, y sacarles hasta el *fondo del cofre,* para que lo revuelvan todo, regateen, mareen a Cristo, carguen con lo que gusten, y después vayan pagando a pijotadas, si es que pagan algo...» «Ultimamente se había animado algo el comercio de Madrid con el cambio político. Siempre que sube un partido que ha estado a ver venir mucho tiempo, con los dientes largos y medio palmo de lengua fuera, se animan las ventas. Muchas señoras se emperejilan entonces de nuevo; algunas echan la casa por la ventana. En estas épocas suele cobrarse algún crédito de tres o cuatro años, que ya se tenía por muerto...» «Pero si los políticos estaban tan alicaídos como los aristócratas, en cambio, desde que se regularizó el presupuesto y el Tesoro dejó de trampear, se notaba una cierta tendencia al reposo, al orden general. Es una vulgaridad la creencia de que los políticos viven a costa del país y se regalan como príncipes. La mayoría de ellos están a la cuarta pregunta, unos porque gastan sin ton ni son, otros porque la ley de Contabilidad

los tiene metidos en un puño. Hailos también que son honrados a machamartillo. Trujillo conocía a uno de gran importancia, que se veía perseguido por los acreedores poco después de haber estado en situación de hacerse poderoso. Verdad que todos no eran así. Algunos arruinados con mujeres y habiendo abandonado el bufete que les daba mucho dinero, tenían que buscar en la misma política socorros de momento, consiguiendo destinillos para Cuba y Filipinas para que el agraciado les mandase algo de sus ahorros.»

Y por aquí seguían. Medina era implacable: no carecía de autoridad para dirigir aquella campaña satírica, porque su casa era el templo de la exactitud financiera, y en ella no se conocía la farsa. Torres, que en su afán de criticar no perdonaba ni a su mejor amigo, me decía una noche, solos él y yo:

—No crea usted, Cristóbal tiene motivos para saber cómo andan las cajas de la grandeza. Las mermas de aquellas casas son los crecimientos de ésta. Figúrese usted que Cristóbal tiene una pajita en la boca; el otro extremo cae en la contaduría de Pepito Trastamara. Cristóbal hace así..., *aliquis chupatur,* y se va tragando todo.

Después sacó del bolsillo del faldón de su levita un folleto, y, hojeándolo, añadió:

—Esta es la Memoria del Banco, con la lista de los accionistas que tienen voto en el Consejo. Mire usted a Cristóbal Medina figurando aquí con mil doscientas cincuenta acciones, cuando en la lista del año pasado no tenía más que seiscientas cincuenta.

III

—¿Qué te enseñaba Torres?—me preguntó María Juana un momento después.

—La lista de accionistas del Banco, en la cual figuras con mil...

—Mil doscientas cincuenta, si no lo llevas a mal. Nosotros sólo gastamos la tercera parte de nuestra renta. Mírate en este espejo, y compara.

Me lo dijo con gracia. En efecto, yo me miraba en el espejo y me comparaba, no pudiendo menos de señalar, en mi interior, a tal casa y familia como dignas de imitación. María Juana tenía un vestido oscuro, con preciosísima delantera de tela brochada, de un tono de oro viejo; el cuerpo, admirablemente ajustado y ostentando encajes de valor. Estaba, en realidad, muy elegante, y nada tenían que envidiarle las de aquel otro mundo matritense tan cruelmente flagelado por Medina. En su persona sabía María Juana convertir en letra muerta las teorías del *castellano viejo* preconizadas por su marido. Muy santo y muy bueno que el portero no se rapara las barbas; que se conservasen en las comidas ciertos platos de saborete español, llegando el amor de lo castizo hasta servir de cuando en cuando el cabrito asado *a* la *Granullaque* de Toledo; muy santo y muy bueno que se hiciese una religión del pago de las cuentas, que en el teatro Real no bajasen nunca de los palcos principales a los entresuelos, que no hubiera en la casa *boato estúpido,* ni se diera de comer a troche y moche a tanto y tanto hambrón; muy santo y muy bueno que no pusiera allí los pies Pepito Trastamara, y que se evitase por todos los medios que la casa pareciese, ni aun remotamente, a otras donde, con mucho bombo, mucho platillo y mucho de *high-life,* quejábanse los criados de que los mataban de hambre; muy santo y muy bueno todo esto; pero ella, la señora de la casa, se vestiría siempre a la última, y del modo más rico y elegante, viniera o no de *extranjis* la moda, y trajera o no entre sus pliegues el pecado de la farsa y de las mariconadas francesas.

Nada más injusto que el dictado de *ordinaria de Medina* que la de San Salomó continuaba aplicándole. Verdad que mi prima se desquitaba muy bien y no tomaba en su boca a la maliciosa marquesa sin ponerla buena. Cuando la soltaba, no había por dónde cogerla.

—Si viene esta noche tu amigo Severiano—indicó mi prima—, le diré que venga a comer pasado mañana. Si no viene y le ves tú, díselo. La otra noche se divirtió mucho con Barragán, y como pasado mañana vuelve éste con su señora, quiero que tú y tu amigo no faltéis. Pero prométeme formalidad. Severiano es demasiado malicioso, y tú también. Le tomáis el pelo al pobre Barragán, que es, para que lo sepas, un excelente sujeto. Sus dos chicas son muy monas.

Me entraron fuertes ganas de reír, y le dije:

—Ya caigo, ya... ¿Apostamos a que la novia que me tienes destinada es la hija mayor de Barragán? Tú te has vuelto loca, María Juana. Aunque Esperancita me gustara, que no me gusta; aunque estuviera bien educada, que no lo está, y aunque me la diera Barragán forrada en todas sus acciones del Banco, no la tomaría, hija, porque, además de las razones que tengo para no querer casarme, eso de ser yerno de *No Cabe Más* excede a cuantos suplicios pueda inventar la imaginación.

—Cállate la boca, tonto—me contestó, riendo también—. No es ésa, no, la que te tengo destinada. La tuya es otra, y no la has visto todavía, al menos en casa...

La inopinada aparición de don Isidro Barragán, que, después de saludar a mi prima, estuvo hablando un ratito con ella, nos impidió apurar el tema.

—Bárbara y Esperanza se nos han puesto malas esta tarde—dijo Barragán, dando resoplidos.

—¡Pobrecitas! ¿Y qué ha sido?

—Nada, cosa del estómago... Las comidas de viernes no les caen bien... Pero Bárbara no quiere que en casa se falte a lo que manda la Iglesia, y yo le digo: «*Partiendo del principio* de que sea santidad eso de comer pescado en vez de carne, y yo lo pongo en duda; pero, en fin, lo admito; *parto del principio* de que... Yo digo: las personas delicadas, ¿no deben estar exentas de cumplir esas reglas? Y no crea usted, tuvimos que llamar a Zayas. Dolores en la boca del estómago, vómitos. Al fin *paulatinamente* se ha ido serenando. Bien merecido le está. Yo, como no creo en esas teologías, comí en casa del amigo Lhardy buen pavo trufado, buenas salchichas y unos bistecques como ruedas de carro... Hola, Cristóbal. Pero ¿ha visto usted hoy...? Queda el Perpetuo por debajo de cincuenta y nueve. ¿Qué dice Torres? ¿Ha habido malas noticias? Lo que ya sabíamos: otra sublevacioncita militar. Esto da vergüenza. Aquí no hay más que pillería, aquí no hay quien sepa gobernar. Yo fusilaría media España, y veríamos si la otra mitad andaba derecha. Porque vea usted—añadía, tocándome ambas solapas y haciéndome retirar un poco, pues tenía la mala costumbre de echársele a uno encima—, si los hombres de negocios nos pusiéramos un día de acuerdo, todos *compatos*, y dijéramos: «¡Ea!, se acabó la farsa. Desde hoy, abajo la política de personas y arriba la de los grandes intereses del país...»

—Seguramente que...

—Porque vea usted—prosiguió él, sin dejarme meter baza—. Yo, que tengo dos mil doscientas cincuenta acciones del Banco; usted, que tiene quinientas, es un suponer; otro, que tiene mil, y otro y otro con tanto y cuanto, y Trujillo, que gira diez millones de reales al año, y tal y cual, cada uno con su negocio... Suponga usted que nos reunimos todos y decimos: «Hasta aquí llegó la farsa.» Se me dirá que es difícil que tantos intereses se pongan de acuerdo; pero yo, *partiendo del principio* de que no hay ningún hombre político que tenga dos dedos de frente, sostengo...

—No tiene duda...

Felizmente se apareció Severiano, y se lo endosé. Mi amigo se divertía con semejante mostrenco; yo, no. Me atacaba los nervios aquel pedazo de bárbaro, que, por el hecho de haberse enriquecido de la noche a la mañana, se lo quería saber todo, disputaba a gritos, quería imponer su opinión, se conceptuaba más rico que nadie, y más listo y más agudo y más caballero y rumboso, cuando, en realidad, era una baldosa con figura humana, grosero, ignorante y sin pizca de hidalguía ni delicadeza. La fortuna de Barragán ha sido uno de los grandes misterios de Madrid. Era, si no estoy equivocado, de tierra de Albacete. El 60 tenía una tenducha de géneros de punto en la Plaza Mayor. Metióse en no sé qué contratas; hizo préstamos al Tesoro; empezó a crecer como la espuma. El 77 se le citaba como un gran tenedor de valores del Estado. El 80 eclipsaba, con su recargado lujo, a muchos que siempre pasaron por muy ricos. El 83 no había ya quien le aguantara. Estaba en el apogeo de la presunción ridícula y de la suficiencia cargante. Si se trataba de una construcción pública o privada, él entendía más que los ingenieros; si de enfermedades, para él todos los médicos eran unos idiotas; si de política, él miraba de arriba abajo a las personas más eminentes. Cuestionando sobre Derecho, se atrevía a corregir a un jurisconsulto encanecido en los tribunales. Hasta en literatura se las tenía tiesas con el más

pintado. En fin, que las coces de aquel burro de oro eran el providencial castigo de la sociedad por el crimen de haberle erigido.

Contóme Villalonga que un día le encontró en Recoletos disputando con Castelar. Ello era algo de política, de religión o cosa tal, muy sublime. Barragán manoteaba y alzaba la voz delante del rey de los oradores, escupiendo a la faz del cielo los mayores disparates que de humana boca pueden salir. El otro se reía, y le hacía el honor increíble de contestar a sus gansadas. Cuando se separaron, don Isidro dijo a Villalonga:

—Se va porque no puede conmigo. Le he apabullado. Estos señores de las palabras bonitas se vuelven tarumba en cuanto se les ataca con razones...

En Bolsa era a veces insolente. Tenía pocos amigos, y miraba a la muchedumbre perdonándola la vida. Solía hablar del Tesoro como si fuera la faltriquera de su chaleco, y al Banco de España lo trataba de tú. Pero no tenía el valor del aventurero, ni veía los contratiempos con la serenidad del agiotista de raza. Contóme Torres que un día de gran pánico y baja de valores daba risa ver la cara que ponía Barragán oyendo publicar las últimas cotizaciones. Fué una diversión su facha, y todos iban a verle, inmóvil, despatarrado, con el hocico más estúpido que de ordinario. Los chorros de sudor le corrían por la cara abajo; él se limpiaba y mugía.

María Juana, que era bastante maliciosa, hízome reír contándome los solecismos que el tal decía a cada instante. Oíamos su risa explosiva que estallaba en el salón inmediato como un petardo, y a poco se nos acercó Severiano.

—¿Qué barbaridades ha dicho?—le preguntó María Juana.

—Muchísimas. *Ha partido del principio* como unas cincuenta veces en quince minutos. Ha dicho que en la cacería del lunes comió *fiambre frío,* y que ha puesto una *pipa* en Flandes. Tengo que apuntarlo, porque es oro molido. He de hacer un diccionario de este hombre, como el que Paco Morla hizo de las barbaridades del general Minio.

—Ayer—refirió María Juana, tapándose discretamente la risa con su abanico—estábamos hablando de una mala compra que hice. El quiso decir que me habían dado un *timo;* pero no pareciéndole fina la palabra, dijo que me habían dado un *mito*...

—Es divino ese hombre...

—No se paga con dinero.

—Lo que es eso... Ya se ha cobrado él de antemano las gracias que dice.

—Severiano—añadió mi prima—no conoce todavía a la señora de Barragán. Esa sí que es tipo. Verá usted... Yo la llamo *No Cabe Más,* porque esta frase no se le cae de la boca siempre que elogia algo; y ha de saber usted que no habla sino para ponderar sus cosas. *No cabe nada más* rico que las cortinas de su sala; *no cabe nada más* ligero que su berlina de doble suspensión; *no cabe nada más* elegante que el vestido que le ha hecho a Esperancita...

Vimos a la señora de Barragán dos noches después. Yo la conocía; mi amigo, no. Con ser bastante antipática, valía mucho más que su marido, y en parangón de él, era un prodigio de talento y finura. Componíase de un gran montón de carne blanca y blanducha, de una boca enorme, de unos ojos fríos y claros. A duras penas podía el corsé contener aquellos pedazos tan exuberantes. Desde este punto de vista, *no cabía más:* estaba todo lleno, y parecía que toda aquella oprimida máquina iba a reventar como una bomba, haciendo destrozos entre los circunstantes. Como era de pequeña estatura, y, además, se había tragado el palo del molinillo, el mote que le había puesto mi prima no podía ser más adecuado, porque, en efecto, parecía estar diciendo en un resoplido angustioso: «*No cabe más,* y este palo del molinillo es excesivamente largo y lo voy a vomitar.»

Pero ¿qué había de vomitarlo? Lo que salía de la boca era un sinfín de palabras exprimidas, estudiadas, relamidas, queriendo que fuesen finas y sin poderlo conseguir. Esperancita era graciosa, vivaracha y bonita; pero tenía en el semblante un cierto aire de familia: el aire *reventativo* de su papá, según decía Severiano. Este le daba muchas bromas, y ella se pirraba por que se las diera.

—Me parece—dije en secreto a María Juana—que limitas mucho tus invitaciones. Es preciso que animes esto. Aquí faltan mujeres. Esperancita y su hermana, *No Cabe Más,* la señora de Mompous, la de Torres y la de Bringas dan

poco juego para tanto hombre... Es preciso que renueves el personal y traigas gente alegre y de partido... ¿Por qué no traes a Camila?

—Si no quiere venir... Y, verdaderamente, no es para sentirlo. A Medina no le gustan los aires un tanto libres de mi hermana. Dice que, si no es mala, lo parece. Con todo, haré por que venga. Pero estate tranquilo, que no piarás por mujeres. ¡Ay, qué sorpresa te tengo preparada!...

—¿Sabes que estoy con mucha curiosidad...?

—Vente mañana por la tarde. La convidaré a pasear conmigo, y antes que salgamos la verás. Nada, que de ésta te caso. Y no pongas peros: traga el anzuelo y dame las gracias.

IV

Por fin, aquel misterio se aclaró. La joven que me proponía mi prima era la hija segunda de Trujillo. Yo la había visto alguna vez, no sé si en la calle o en el teatro; pero no me había fijado en ella. Llamábase Victoria. El nombre parecía simbólico. Era, para decirlo de una vez, una de las chicas más bonitas de Madrid. ¡Oh! ¡Qué Victoria aquella, y cuán feliz yo si hubiera sabido ganarla dejándome vencer! Fuí presentado a ella el jueves y nos vimos y hablamos en casa de María Juana los días siguientes, sin que sus gracias, que reconocí, ni sus buenas prendas, que me parecían indudables, lograran triunfar de mi desamor. Tenía los ojos azules, el pelo castaño y rizoso, un corte de cara de los más simpáticos y agradables, boca fresca, un metal de voz que parecía música, un cierto aire de timidez y candor que no excluía la soltura de lengua y modales. Encontrábale parecido remoto con aquella pobre Kitty que aún vivía como sombra mal borrada en mis recuerdos; pero le ganaba en hermosura. Aun con esta ventaja y con aquel parecido, no lograba penetrar en mi corazón enfermo. Un lunes por la noche, después de haber bromeado mucho, noté un fenómeno extraño: Victoria empezaba a interesarme. Sentí en mi corazón algo semejante al primer picotazo que da el pollo al huevo para abrirlo y echarse fuera. Sólo que en aquel caso el pollo no picaba para salir, sino para entrar. Repetíle las mismas tonterías de siempre; pero con un poquito más de intención, y con cierto acento de verdad que antes no había dado yo a mis palabras. Respondíame la pobrecita con ecos de dulcísima simpatía. A poco que yo me cayera de aquel lado, vendría ella sobre mí de golpe.

Pero cuando menos lo esperaba yo, me veo entrar a Camila, y adiós mi formalidad. La miré de lejos, y su presencia, como a Macbeth las manchas de las manos, me *arrancaba los ojos*. Estaba yo hablando con Victoria, y Victoria se borraba delante de mí. Las palabras salían de mí como de una máquina. Mi vida toda estaba en Camila, y no veía nada que a ésta no perteneciese. Y ¡cuidado que estaba elegante la borriquita! Yo la había visto confeccionando por sí propia aquel vestidillo de color metálico con adornos azules, y me admiraba de lo bien que le caía. Su hermana mirábala con cierta envidia. Debió írseme el santo al cielo, porque la otra me puso unos hociquitos muy mimosos, y, sin darse cuenta del motivo de mi distracción, me dió a entender que se sentía humillada. Aún había de ocurrir algo que me desconcertaría más. María Juana significó a Camila sus planes de casarme. Poco después, en un ratito en que Victoria no estaba presente, llegóse a mí Camila para darme broma sobre el particular.

—¡Qué calladito me lo tenías!

Creí notar en su acento algo como despecho, algo que trascendía a recriminación. Esto, que tal vez era un nuevo desvarío de mis ideas, levantó en mi pecho grandísimo tumulto. Díjele que no hiciera caso de su hermana; que Victoria me era indiferente; que yo no podía mirar a ninguna mujer, ni tenía alma y ojos más que para comerme a mi gitana, a mi negra, a mi borriquita de mis entretelas. Pagóme este ardor con las burlas de siempre, y me dejó. Volví al lado de mi *candidata,* a quien vi como la criatura más vulgar y sosa del mundo. ¡Injusticia mayor...! Pero no lo podía remediar. Yo era más bruto que Constantino, más tonto que Barragán, más simple que *No Cabe Más;* pero Dios me había hecho así y no podía ser de otro modo.

Al otro día hice presente a María Jua-

na lo inútil de sus esfuerzos y de los míos. Victoria no me gustaba; mejor dicho, lo que no me gustaba era casarme. Vamos, que no había que pensar en tal cosa. La chica de Trujillo valía mucho; yo no era, sin duda, digno de ella; la pobre niña merecía un hombre sano y virtuoso, no un desquiciado como yo.

Después de meditar buen rato, díjome mi prima que yo era más tonto de lo que ella se había figurado. Sin duda, Trujillo y su mujer me recibirían con palio si fuera a pedirles la chica; y en cuanto a ésta, a la legua se le conocía que estaba hecha un merengue por mí.

—Cásate, hombre, y ya la irás queriendo poco a poco. Si te conviene por todos conceptos...

Defendíme como pude de aquellas lógicas, ocultando la verdadera causa de mi distracción. María Juana la adivinaba, sin darse cuenta del sujeto.

—Tú tienes algo por ahí; tú estás chiflado por alguna... Y puede que sea una buena pieza, en cuyo caso no me tomaría yo interés por ti, dejándote entregado a las miserias de tu temperamento.

Otras veces, mostrándome una piedad que yo no merecía, sin duda, se manifestaba dispuesta a hacer generosos esfuerzos en pro de mi regeneración moral y física.

—Es preciso curarte a todo trance—me decía—. Estás muy malito, muy malito. Si fueras ingenuo conmigo, y empezaras por hacerme confesión general de tus culpas...; pero eres arca cerrada y todo te lo tragas. Que a ti te pasa algo, que no estás en tu centro, se conoce a la legua.

Y a mí se me venía la verdad a la boca; mas la volvía a echar para adentro, temeroso de que mi ilustre consejera me tirara los trastos a la cabeza. En otros terrenos que no eran los de la moral, mostrábame mi prima una benevolencia digna de la mayor gratitud. Muchas noches, aprovechando un momento favorable, me obsequiaba con estas o parecidas palabras:

—No vayas a la alza mañana. Vendrá de París una fuerte baja. Hay muy malas noticias. Torres se lo ha dicho a Cristóbal.

Estas confidencias, por ser hechas muy cerca de Barragán y del mismo Medina, necesitaban del amparo del abanico, tapando las cotizaciones como si protegieran una sonrisa aleve.

Fiada del ascendiente que tenía sobre su marido, mi curandera iba desvirtuando poco a poco los programas de éste en lo tocante a las etiquetas ramplonas y castellanas. En sus vestidos, daba ella a conocer su anhelo de elegancia y variedad. De su mesa había desterrado, paulatinamente, los asados de cazuela, los salmorejos, las paellas y otros platos castizos, y, por fin, introdujo en la casa, con carácter de temporero, mas con idea de que fuese de plantilla, a uno de los mejores mozos de comedor que había en Madrid. Yo se lo proporcioné, a instancia suya, e hizo el papel de que creaba la plaza por favorecer a un honrado padre de familia.

—Ahora—me susurró—estoy batallando con Medina para que me ponga gas en el comedor.

—No hagas tal—le respondí—. El gas ha pasado de moda. Ahora el *chic* es que en los comedores haya poca luz, pues así se come mejor sin que se sofoque la gente. La *jilife*, como dice Camila, ha inventado ahora el alumbrar las mesas con bujías de pantalla verde. Parecen escritorios de casa de Banca.

Al lunes siguiente, el comedor se iluminó con bujías de pantalla verde; pero había tantas, que hube de aconsejar a María Juana que acortase las luminarias.

—Es preciso—me indicó una noche—que me traigas a otros amigos tuyos; al general Morla, por ejemplo, que es tan divertido.

Y llevé al general, y habría llevado también al propio *Sacamantecas*, si tanto mi prima como yo no temiéramos que era un pez demasiado gordo para que Medina lo tragase.

V

Como me aficioné tanto a la casa de Medina, concurría casi todas las noches, después de dar una vuelta por el Bolsín. A éste iba alguna que otra mañana, y después a la Bolsa, hasta las tres. Mi coche me esperaba a la salida para llevarme al Retiro, donde me juntaba con Chapa y Severiano cuando ellos no paseaban a caballo. El general Morla me acompañaba a veces, para lo cual yo le

recogía en su casa, en la calle del Prado, y otros días almorzábamos juntos, bien en mi casa, bien en la suya, siendo para mí muy grata tal amistad. Tenía colecciones preciosísimas y mil rarezas que me mostraba con amor, amenizando la exhibición con la sal de sus incomparables cuentos.

Visitaba menos que antes, en aquellos días, la casa de mi borriquita, porque me parecía prudente un cambio de táctica. Hacíame el interesante y afectaba enfriamientos de mi pasión, mostrándome ante ella menos triste de lo que realmente estaba. Y quizá nunca fué tan grande mi desatino. Camila era mi idea fija, el tornillo roto de mi cerebro. Me acostaba pensando en ella y con ella me levantaba, espiritualizándola y suponiéndome vencedor de su obstinado desvío. A veces no me era fácil mi papel, y me clareaba demasiado con ella.

—Si enviudaras, Camila, si enviudaras —le decía—, al año eras mi parienta. ¿Sabes por qué trabajo ahora tanto? Pues porque quiero ser muy rico, muy rico, para cuando llegue ese día feliz. Y, no lo dudes, llegará: el corazón me lo dice.

—Pues lo que a mí me dice—replicaba ella, impávida—es que si Constantino se me muriera, me moriría yo también. Yo soy así. Cuando quiero, quiero de verdad.

—Esas cosas se dicen, pero luego resulta que... viene el tiempo y consuela.

—Mira, mira, no me hables a mí de enviudar—respondía, poniéndose colérica—, porque te echo por las escaleras abajo. Constantino está bien fuerte; es un roble. Ya quisieras tú, tísico pasado, parecerte a él.

—¡Oh! Verdaderamente, no resisto la comparación, sobre todo en el terreno físico...

—Ni en ningún terreno, vamos; ni en ningún terreno. ¡Vaya con el señorito este!...

A lo mejor me la encontraba con una cara de Pascuas que me hacía feliz.

—Me parece—decía, secreteando y despidiendo chispas de alegría de los dos braseros de sus ojos—que ahora va de veras... Tenemos aquello...

¡Pobrecilla! Era feliz esperando y viendo venir a Belisardo, su segundo-génito, a quien yo aborrecía cordialmente antes de su dudosa concepción. Pero las esperanzas de Camila se frustraban. La Providencia se ponía de mi parte, y el tal Belisardo se quedaba por allá.

Poco a poco me había apartado de Eloísa. Mis visitas a ella fueron muy raras en enero, y en todo febrero no fuí una sola vez. Enviábame cartas y recados, que también iban escaseando lentamente. Creíme desprendido para siempre de aquella amistad que ya era para mí tediosa y repulsiva; mas ocurrieron sucesos que la resucitaron de improviso en mi pensamiento, dándome muy malos ratos. Un lunes de aquellos de María Juana; un lunes, sí, no recuerdo cuál, me enteré del caso, que era gravísimo, aunque no inesperado. La discreta *ordinaria de Medina* estaba aquella noche disgustadísima. Desde que entré, conocí el trago amargo que acababa de pasar.

—Ahora mismo me han dado una noticia funesta—me dijo—. ¿No sabes nada? La pobre Eloísa..., trueno completo. Está la infeliz en medio del arroyo. Bien sabía yo que esto tenía que venir; y lo siento, más que por ella, pues bien merecido lo tiene, por la vergüenza que cae sobre toda la familia. En una palabra: Fúcar—añadió, deslizando las palabras con muchísima cautela—, Fúcar, hace un mes, se declaró huído.

—Eso ya lo sabía.

—Después, uno de esos malagueños ricos, no sé cuál...

—También lo sabía.

—Pero el malagueño se ha cansado también, y estos días la pobre se ha visto acometida de toda la *Inglaterra* con verdadera furia. Parece que tomó dinero empeñando el mobiliario, y si no hay quien lo remedie, la dejarán sin una astilla. Los cuadros, tapices y cacharros también se los llevan. Bien sé que es muy mala, que apenas merece compasión; pero estoy disgustadísima, no lo puedo remediar. ¡Pobre mujer! ¡Si pudiéramos hacer algo por evitarle esa vergüenza!... He consultado con Cristóbal, y él, como es tan bueno, no tiene inconveniente en facilitar alguna cantidad para evitar el embargo. Nos quedaríamos con algunos muebles. Me gusta el espejo horizontal que tú le compraste, y no me parece mal la sillería de raso del gabinete. Tú podías encargarte de arreglar esto.

Respondí que no quería meterme en tales enredos, y que allá se entendieran como quisiesen; que si los prenderos le

vendían hasta la última silla, ella tenía la culpa; que si se la sacaba del atolladero, inmediatamente se metería en otro, porque era mujer para quien nada valía la experiencia. María Juana convino en esto, y no hablamos más del asunto, aunque bien se le conocía a mi prima que no podía pensar en otra cosa. A última hora díjome que se sentía afectada de su dolencia constitucional; aquella insufrible sensación de tener entre los dientes un pedazo de paño y verse obligada a mascarlo y tragarse los pedazos. Debía de ser cosa horrible. Estaba pálida y se quejaba de un fuerte dolor de cabeza, por lo cual su cariñoso marido la obligó a retirarse.

Medina, Torres y yo hablamos luego del triste asunto con más conocimiento de causa, pues Torres tenía algunos datos numéricos sobre el desastre de la Carrillo, y nos contó horrores. Medina se llevaba las manos a la cabeza, diciendo:

—Pero esa loca, ¿en qué gastaba tanto dinero? Fúcar le daba, el malagueño le daba, y siempre más, más. ¡Oh Madrid, Madrid! Yo me aturdo pensando en esto. Por el decoro de mi familia, estoy dispuesto a hacer un sacrificio y evitar el escándalo; sacrificio completamente desinteresado, pues no quiero adjudicarme nigún mueble. No; lo he dicho a mi mujer y lo repito: por la puerta de esta casa no quiero que me entre ningún trasto de los de allá. Creería que se me metía en casa un maleficio... Soy algo supersticioso. Doy con gusto alguna cantidad, con tal de evitar una vergüenza; pero conste que ese dinero lo tiro por la ventana... No quiero espejitos, no quiero monigotes de tierra cocida ni por cocer, no quiero cacharrería...

También yo, viendo la generosidad de Medina, me brindé a contribuir al mismo fin para decoro de los Buenos de Guzmán, y Torres ofreció encargarse de entrar en negociaciones con los acreedores. No hallándose en el caso de tener escrúpulos, se quedaría con algunos objetos de mérito artístico. Luego tuvimos que callarnos, porque se nos acercó mi tío Rafael, que sabía también la catástrofe; pero no hablaba de ella. Tiempo hacía que el pobre señor estaba muy cambiado, triste, pensativo, con tendencias a la taciturnidad, fenómeno muy raro en él; pero aquella noche le vi completamente agobiado por secreta pesadumbre. Apenas hablaba, se distraía con frecuencia y daba unos suspiros que partían el alma.

—Usted debiera irse al monte por dos o tres días—le dije.

Y él me contestó, mirando al suelo, que aquello no se remediaba con montes. Su estado físico corría parejas con su abatimiento moral, y la humedad de sus párpados era tan grande, que ni un momento soltaba el pañuelo de la mano.

Encontré a María Juana bastante mejorada al día siguiente, mas no completamente bien. ¡Todavía el maldito paño!... Y apretaba los dientes y reclinaba la cabeza en el sofá, mirándome con cierto desvanecimiento en los ojos.

—Por supuesto—decía de improviso—, he comprendido que Cristóbal tiene razón al no querer que entre aquí ningún trasto de aquella casa. Cristóbal sabe ser generoso. Así se portan los hombres. No harían todos otro tanto.

Y un día después, ya completamente sosegada de los pícaros nervios, me dijo con desabrimiento:

—Al fin creo que Torres se queda con el espejo horizontal y con el cuadro de Sala. Seguramente los tomará por un pedazo de pan, porque esa gente es así. ¡Quién le había de decir a Paca, hace doce años, cuando era doncella de servicio, que iba a tener en su casa tales preciosidades! Es un escándalo cómo sube esta gentuza y cómo se va apoderando de lo que no les corresponde por su falta de educación.

Paca era la mujer de Torres, y aunque amiga de mi prima, la amistad no obstaba para que ésta la tratase como la trató en aquella ocasión: con increíble menosprecio. Hízome de ella y de sus escasas dotes una pintura cruel: apenas sabía leer; era mucho más ordinaria que *No Cabe Más*, y únicamente se recomendaba por su falta de pretensiones y lo bien que cuidaba de sus hijos. No tardé en comprender que María Juana le perdonaba a Paca Torres su escasa educación; pero no aquella desvergüenza de acaparar los objetos de gran lujo que habían pertenecido a Eloísa. La mayor de las groserías es la improvisación de la fortuna, y poner las manos sucias, mojadas aún con el agua de un fregadero, en los emblemas de nobleza, perteneciente por natural derecho a las personas bien nacidas.

VI

Aquel buen *ordinario de Medina*, en quien yo descubría poco a poco, dicho sea sin vislumbre de malicia, estimables prendas; aquel hombre que era honrado a carta cabal y hacía sus negocios con limpieza, sin ser un acaparador despiadado, como susurraba Torres, empezó a inspirarme una gran antipatía. Esto debió de consistir en que yo se la inspiré a él antes, y, al conocerlo, las leyes de equilibrio me impulsaron a pagarle en la misma moneda. Pues sí: Medina no me tragaba, y aunque era bastante prudente para no manifestarlo de un modo muy claro, estas cosas siempre salen a la superficie, y es preciso ser tonto para no verlas. Medina encontraba absurdas todas las opiniones mías sobre cualquier punto que discutiéramos, y me contraponía hasta los disparates del propio Barragán. Entre los dos, el uno con su malquerencia, el otro con el candor del asno que no sabe lo que hace, intentaban apabullarme con su desdén... Yo no tenía nunca razón, aunque defendiese el criterio más puro y diáfano; yo *estaba ido;* veía las cosas *bajo el prisma* de las preocupaciones, y apoyaba mis argumentos *bajo la base* de los errores... ¡del materialismo! En fin, que no se abría esta boca ante ellos sin soltar una barbaridad. Llegué a tenerles miedo, francamente, porque Barragán era hombre que increpaba en voz alta y no se mordía la lengua para decir:

—Pero, hijo, usted está en Babia: valiente *plancha* se ha *tirado* usted. Al que le enseñó eso, dígale que le devuelva el dinero.

No había más remedio que llamarlos burros o aguantar estos chubascos. Habría sido yo muy injusto si hubiera tratado mal a Medina, pues su malquerencia, justificada tal vez, no era motivo bastante para que yo desvirtuara su mérito, que no se me ocultaba. Lo repito sin pizca de ironía: Cristóbal Medina era un hombre que, fuera de aquellas ridiculeces de las *medias cañas,* de su infame gusto literario y artístico y de sus modales poco finos, no merecía más que sinceros elogios y la estimación de todo el que le tratase. Aquel Torres, cuya lengua venenosa no perdonaba ni al Padre Eterno, habíame dicho que Medina absorbía, por medio de préstamos usurarios, el dinero que les quedaba a los aristócratas. Pronto hube de saber a ciencia cierta que esto era una falsedad. Todos los préstamos que Medina había hecho con hipoteca eran con moderado interés. Además, el buen *ordinario* no sofocaba a sus deudores: concedíales plazos y respiros; les perdonaba picos, renunciando a algunas ganancias por no exponerlos a la vergüenza pública. Era también hombre capaz de tener generosidades de esas tanto más meritorias cuanto más secretas, y bien claro se ha visto su buena ley en el asunto de Eloísa. Para evitarle un bochorno, puso a disposición de ella cierta suma, y aunque lo hizo en calidad de préstamo, bien sabía que aquel dinero era ya perdido para siempre. Y negándose a tomar en cambio ni un alfiler, desagradó a su esposa; pero se acreditó de hombre recto y compasivo.

Gozaba fama de avaricia; pero esta fama la tienen en Madrid todos los que no tiran su dinero a los cuatro vientos, y no hay que hacer caso de ella. Esta opinión la hacen los pródigos parásitos y los que se gozan en ver rodar el dinero ajeno después que han desparramado el propio. ¿Saben ustedes quién había propalado la sordidez de Medina? Pues, entre otros, el pillete de Raimundo, que nunca pudo dar más que un sablazo a su cuñado, el cual hubo de pararle los pies cuando intentó descargarle el segundo. Eso sí: Medina no gustaba que nadie le cogiese de primo; era en esto mucho más inglés que yo, y muchísimo más práctico. Mi tío Rafael también era algo responsable de aquella falsa opinión de avaricia. Ignoro si mediaron disgustillos entre uno y otro por cuestión parecida a la que motivó la mala voluntad que Raimundo tenía a su cuñado. Sólo sé que en cierta ocasión Medina sacó a mi tío de un gran apuro, y que si no se repitió el milagro fué porque el tal llevaba en su escudo económico el lema de *non bis in iden.* Cristóbal era generoso cuando veía una lástima y el lastimado no le pedía nada. Si otorgaba favores de todo corazón a algún prójimo, hacíalo por una vez; pero si el tal repetía, negábase resueltamente. He oído contar esta misma costumbre del barón Rotschild y de don José Salamanca, y me parece, con perdón de los pedigüeños, que está basada

en un sólido principio de moral financiera.

Pues bien: como lo cortés no quita lo valiente, repito que este hombre en quien yo reconocía cualidades apreciabilísimas, empezó a serme antipático, y yo a él lo mismo. Noté que siempre que hablábamos María Juana y yo apartados de la conversación general, venía él como a interrumpirnos. Sus modos eran un tanto secos, sus palabras bastante agrias.

—Se empeña en ser desgraciado—decía la taimada de mi prima—y en despreciar a la Trujillita, que es su salvación.

—Déjale, mujer, déjale—replicaba él con desabrimiento, sin dignarse mirarme—. ¿Quién te mete a ti a redentora? Es mayor de edad y debe saber cuántas son cinco.

Aquella noche, hablando de tabacos, Barragán me dijo que yo no había inventado la pólvora. Y a propósito, Medina fumaba muy bien. Si en el comer y en los demás goces suntuarios su religión era la medianía, en aquel maldito vicio picaba muy alto. Tenía vegueros riquísimos, marcas de primera, y todas las vitolas conocidas, desde el menudo entreacto a las regalías imperiales y cazadores más exquisitos. Recibía de la Habana, en remesas de cuatro mil, lo mejor de aquellas fábricas, y obsequiaba a sus amigos con largueza; quiero decir que daba cigarros para que los fumásemos allí; pero no regalaba nunca mazos enteros, ni menos cajas. A su casa iban muchos por fumar bien, como van a otras por comer. Algunos que se pasan el día tirando de los peninsulares de estanco, con ayuda de una boquilla de cerezo, acudían allí por las noches a regalarse con un *Henry Clay* o un *predilecto* de Julián Alvarez.

Observé que casi siempre reservaba para mí piezas infumables, que parecían veneno por lo amargas y caoba por lo incombustibles. Dábamelos como cosa buena, elogiándolos mucho; mas yo le devolvía la broma, si es que lo era, llevando preparada en mi petaca alguna tagarnina capaz de hacer reventar a un bronce. A veces, este doble juego terminaba en risas, sin más consecuencias. Al cuarto de fumar lo llamábamos la *sala de contratación*, pues venía a ser en cierto modo nuestro Bolsín. Sobre la mesa estaba el *Boletín* con las cotizaciones del día, y entre chupada y chupada solíamos decir algo de que resultaba al siguiente una operación formal.

—Mañana—decía Torres—tomaré a noventa todo lo que me quieran dar.

—Doy a noventa y cinco.

—Guárdeselo usted...

Otras veces Torres se levantaba de su asiento y exclamaba:

—Hechas.

Como aquel maldito explotaba el pesimismo, nos llevaba siempre cuentos lúgubres de sediciones militares y de trapisondas y crisis de mil demonios. El Ministerio estaba dando las boqueadas; el rey, enfermo, y los republicanos, en puerta. Siempre tenía dos o tres telegramas de París que enseñarnos anunciando depreciación; pero los de verdadero interés para él se los guardaba donde nadie los viese. Era un bajista temible, y no parecía prudente aventurarse en contra suya, porque, confabulado con un Sindicato de jugadores, franceses, dominaba nuestra Bolsa. Medina y yo le seguíamos, unas veces juntos, otras no. Cuando mi liquidación de fin de mes, después de casar cifras, arrojaba algo en favor de Cristóbal, éste me decía:

—Mañana me tiene usted que aflojar cien mil pesetitas.

Decíamelo con tal complacencia y regodeo, que me lastimaba. No era costumbre entre jugadores hablar así. Indudablemente, tiraba a dar de veras, y hacía las combinaciones con saña y deseo de herirme en lo vivo. Esto y lo de los cigarros y sus interrupciones cuando María Juana y yo hablábamos, y otras señales evidentes de su recóndita inquina, movieron en mi ánimo deseos vivísimos de jugarle una mala pasada. Este sentimiento nació en mí débil, y fué tomando cuerpo, alentado por sucesos que he de referir a su tiempo, amén de otras causas inherentes a la naturaleza humana. Al principio rechazó mi conciencia la idea de la mala pasada; pero poco a poco la idea se extendió y echó raíces, concluyendo por posesionarse de mí con fuerza irresistible. ¡Vaya si se la jugaría! Y no buscaba yo la mala pasada, sino que ella venía hacia mí, solicitándome para que la jugase; yo no tenía más que alargar la mano... Nada, nada, que aquel hombre íntegro y juicioso me pagaría juntas todas sus groserías.

VII

VARIAS COSILLAS QUE NO DEBO DEJAR EN EL TINTERO Y LA ENFERMEDAD DE ELOÍSA

I

Un domingo por la mañana, cuando menos lo esperaba yo, presentóseme en mi casa María Juana. Venía de oír misa en las Salesas. No habíamos acabado aún de saludarnos cuando..., ¡tilín!, la señorita Camila. Esta no venía de misa, sino de dar un paseo por el Retiro con Miquis, porque la mañana estaba hermosa.

—¿Y las camisas?—me preguntó desde la puerta del gabinete—. ¿Te has puesto alguna?

A oír la pregunta, María Juana y yo soltamos la risa. Precisamente la noche antes habíamos hablado de las tales camisas y de lo mal que estaban. Camililla las hizo con toda la mejor voluntad posible, muy bien cosidas; pero en los cortes demostraba que no es tan fácil dominar aquel arte.

—Pues te diré... Siéntate primero.

—Salud—refunfuñó Miquis, entrando.

—Te diré... Las camisas...

—¿Qué? ¿Vas a salir ahora con que no están bien?—gritó la autora con la prontitud de su genio impetuoso.

—No, mujer... Escucha...

—Ya me lo figuraba. Hícelas yo, pues por fuerza habían de estar mal. Nada, lo que digo. Todo ha de ser francés; si no, no gusta. ¡Ay, qué españoles estos! Desprecian lo de aquí y se les cae la baba con cualquier mamarracho que venga de Francia.

—Pero ¿adónde vas a parar?

—Sí, sí—añadió alzando más la voz y manoteando—. Si hubiera hecho las camisas algún franchute, ¡oh!, entonces serían magníficas; pero las he hecho yo... Vamos a ver, ¿qué defecto les has encontrado?

—Si no me dejas hablar; si iba a decir que están muy bien...

—No están sino muy mal—declaró María Juana con la seriedad de quien acostumbra poner la justicia por cima de todas las cosas.

—¡Muy mal!... Y tú ¿qué sabes?

—Lo sé, porque él me lo ha dicho anoche.

—No te enfades, Camila—indiqué yo tratando de templar aquellas gaitas—. El corte de camisas es difícil: se necesita mucha práctica...

—Pues Constantino no usa más que las cortadas por mí, y no se queja. ¿Verdad, tú?

Constantino estaba entretenido viendo unas fotografías de caballos, y no hizo caso de la pregunta.

—En rigor, no están mal—añadí—. El cuello no encaja bien, se sube un poco por delante, y la pechera se abulta, se abomba, figurando algo así como delantera de un ama de cría...

Las risas de María Juana desconcertaron más a la otra, que dió algunas pataditas.

—La culpa tengo yo por meterme a generosa. ¡Mal agradecido! Quita allá. No vuelvo a dar una puntada por ti. Permita Dios que cada puntada que he dado en las seis camisas sea un picotazo en tu corazón y se te vaya agujereando como si te lo comieran los pájaros.

—¡Jesús, qué barbaridad!—exclamó la hermana mayor.

—Y nada más... ¡Vaya con el señor de los pechos planchados...!, que le han de hacer las camisas los ángeles, y no han de tener ni una arruga... ¡Y quéme yo las cejas para esto!

—Vamos, Camililla, no te enfades. No es extraño que el primer ensayo... Ahora te compraré más tela, y me harás otra media docena.

—¡Yo!... Que los dedos se me pudran si vuelvo a dar una puntada por ti. Te desprecio... altamente.

—Y nada menos que altamente.

—Y en prueba de ello, mira lo que voy a hacer. ¡Ramón!

Empezó a dar voces llamando a mi criado. Constantino le dijo:

—No alborotes, chica. ¡Que siempre has de ser así...!

Y como mi criado tardase en venir, fué ella a buscarle. Oímos su voz diciendo:

—Ramón, tráeme las seis camisas que le he regalado a tu amo.

—¡Qué torbellino!—murmuró María Juana—. No sé cómo la aguantas.

Pronto apareció Camila con las camisas.

—Falta una.

—Es la que me puse ayer... Salí con ella y tuve que volver a casa a quitármela, porque por la calle iba haciendo

gestos como si tuviera el pescuezo lleno de pulgas.

—Ya te daré yo pulgas, tontín. Verás, verás. Pues, señor, estas cinco camisas, digo, seis, porque la otra también la apando cuando esté lavada, me las llevo a mi casita, y haciéndoles una pequeña reforma, ensanchándolas un poquito de hombros y de cuello, se las arreglo a este animal. Mira tú por dónde he salido ganando... Chúpate ésa y vuelve por otra... Constantino, hijo de mi alma, vámonos de esta casa de mal agradecidos. Ya tienes seis albardas más. Tú no les pondrás peros. ¿Qué has de poner?

—No le hagan ustedes caso. Hoy le ha dado por alborotar. En fin, tiro del ronzal y me la llevo para que os deje en paz.

Cuando salieron díjome la otra:

—¡Qué vecindad tan molesta debe de ser para ti! Estarás harto.

—No lo creas. Me divierto con esas tonterías.

—¿Y qué tal? ¿Hay sablazos?

—No lo creas. Viven con arreglo. Es que tenemos de Camila una idea muy equivocada.

—Ya sé que no se gobierna del todo mal. Pero el día menos pensado la pega. No hay fondo en ella.

—Pues se me figura que lo hay. La Humanidad, como la Naturaleza geográfica, nos ofrece cada día nuevos motivos de sorpresa y asombro. Donde menos lo pensamos, aparecen las maravillas humanas y tesoros que estaban ocultos, como los continentes antes que un Colón les echara la vista encima.

—Vaya, que te remontas.

—Y a cada territorio que descubrimos en el planeta moral, parece que se ensancha el alma total del mundo y, por ende, la nuestra crece y...

—Chico, chico, te quiebras de sutil. El demonio que te entienda—me dijo, echándose a reír—. Baja de esos espacios y escúchame. Tengo que irme en seguida.

—Soy todo oídos.

—Anoche estuvo la pobre Victoria en casa. Cada ojo así, por ver si entrabas. Como no fuiste, la pobre se secaba mirando a la puerta del salón. Cuando se marchó, creo que le faltaba poco para hacer pucheros.

Tras ese exordio, vino una larga amonestación sobre el mismo tema. Yo debía casarme a ojos cerrados con aquella joven.

—Mira, prima, ya te he demostrado...

—Sé lo que me vas a decir; conozco tus argumentos como si fueran míos... No todas las personas se casan enamoradas, y las que se casan sin amor no son las más infelices. Hay mil casos... Bien sé que Victoria no es una mujer superior, tal y como a ti te conviene, pero ven acá; esa mujer superior, ¿dónde la vas a encontrar? Hallarás la bonita, la graciosa, la cariñosa, la trabajadora, la rica, la discreta; pero la que reúna estas cualidades todas y a ellas añada ese talento femenino que es tan hermoso, por lo mismo que es tan raro, el talento de encadenar al hombre pareciendo que es ella la que se encadena, esa divinidad, ese milagro, ¿dónde está?

—¿Dónde? Qué se yo... ¿Y qué saco de descubrir esa maravilla, si no ha de ser para mí? Soy un desdichado que siempre llega tarde, y voy volteando por el mundo, de equivocación en equivocación, queriendo siempre lo que no puedo tener. No doy un paso sin tropezar con una ley que me dice: «¡Alto!» Mi dicha está siempre en manos ajenas.

—No alambiques, no alambiques—dijo un poco turbada; y se levantó de su asiento para ver los cacharros que tenía yo en una vitrina.

No quiso darme a conocer cierta confusión que a su rostro salía.

—Vaya, que tienes aquí cosas divinas. Y a propósito: ¿sabes adónde han ido a parar los cuatro grandes tapices de Eloísa? A casa de esa que llaman la Peri. ¡Qué escándalo! A esto llaman vueltas del mundo; yo lo llamo volteretas. El espejo horizontal y otras piezas están en casa de Torres. Se mirará Paca en él para peinarse las greñas. Todo el comedor ha ido a poder de Sánchez Botín. El empezó por comerse los manjares y ha concluído por tragarse la mesa de roble y las hermosísimas sillas talladas. Y las dos credencias inglesas, ¿las has visto en alguna parte?

—Como que las tengo en mi casa.

—¿Aquí?

—Sí, en mi segundo—afirmé, señalando al techo—, vive la querida del director de no sé qué ramo, una tal Felisa, que llaman la *Chocolatera*... La habrás oído nombrar; la habrás visto alguna vez. Es guapa, un poquito ajada.

—¡Ah!, sí, estaba en San Juan de

Luz... ¿Esa ha comprado las credencias?

—Ayer estaba yo en casa y vi a media docena de mozos de cuerda que las subían. Puedes creer que me lastimó ver aquellos hermosos muebles que fueron míos... ¡Volteretas del mundo!

—¡Saltos mortales!

—Y parece que me persiguen estas visiones tristes. Anteayer pasé por la calle de Hortaleza y vi el busto de Shakespeare en el escaparate de la Juana, rodeado de mil chucherías. Entré en la tienda y lo compré sin reparar el precio.

—Es verdad, aquí está. ¡Qué hermoso es! ¡Y cómo nos mira!

Estuvo un momento abstraída. De pronto, como quien vuelve en sí, me miró fijamente, diciendo:

—Vaya..., te dejo... Tengo que marcharme.

La insté a que prolongara la visita; pero se resistió a ello.

—Bueno, pues te acompañaré hasta tu casa.

—No, no te molestes... Es que no quiero que me acompañes. Te lo prohibo terminantemente.

De pronto hizo un movimiento expresivo, como si se acordara de algo importante, y lanzó una exclamación de desprecio de sí misma.

—Vaya, si parece que estoy tonta. ¡Qué cabeza esta mía! ¿Pues no me iba sin decirte aquello precisamente por que he venido?

—¿Sí? ¿Me tenías que decir...?

—Una cosa, sí..., lo que más presente tenía.

Se sentó, y yo también, lo más cerquita de ella que pude.

—Pero no—indicó de súbito, mostrando gran confusión y perplejidad y volviéndose a levantar—. Dije que me marchaba y no me retracto. Coge el sombrero, y por el camino te diré lo que te tenía que decir.

Y calle de Zurbano adelante, pensaba yo así: «Te veo venir. En fin, tú resollarás.»

Lo que me tenía que decir salió ya en lo más bajo de la ronda de Recoletos. Era que Medina había dado a entender que no le gustaba la frecuencia de mis visitas. No quería esto decir que hubiera malicia en mí. Pero en la vida hay que dejar hacer a veces las cosas más inocentes para evitar malas interpretaciones. Era imposible que una persona tan sabia, tan filósofa, si es permitido decirlo así, como María Juana, tratase de un punto relacionado con cosas de moral, sin dejar de exponer alguna bonita doctrina.

—Nada hay tan sabroso para el alma —declaró—como obligarse a hacer cosas contrarias a nuestro gusto, y recrearse, después de hechas, en ver cuán fácil era lo que nos parecía difícil.

Mostréme conforme con esto, y me volví tan filósofo, que no había más que pedir. Sí: yo también me vencía; yo también batallaba día y noche; yo era un atleta que me robustecía moralmente con la gimnasia aquella de dar bofetadas al pícaro gusto y acoquinarlo y meterlo en un puño... ¡Como que mi prima y yo éramos un par de santos que, a poco que nos esforzáramos, íbamos derechos a la canonización! Díjele que admiraba su virtud y su fortaleza como las cosas más peregrinas que había visto en mi vida, y que..., en fin, dije muchas cosas, con las cuales me parecía que estaba envolviendo en paja la verdad de mis sentimientos con respecto a ella, para remitirlos en gran velocidad. Yo era el embalador del desprecio que me inspiraba.

Firme en aquel pedestal de filosofía, hablóme de Medina, llamándole *el mejor de los hombres*. Con cien vidas de abnegación no le pagaría ella el cariño inmenso que él le tenía. Y dispuesta estaba a hacer todos los sacrificios posibles, pues se sentía con fuerzas íntimas capaces de levantar montañas... Por mi parte, yo no me podía quedar atrás en aquello de sojuzgar las pasioncillas. También tenía yo estímulos de virtud tan grandes como la copa de un pino; yo era hombre capaz hasta del heroísmo... Total: que nos despedimos en la calle de Goya, acordando que me convidaría el lunes próximo, y que yo no iría; al otro lunes debía ir, retirándome un ratito después de comer. Algunas tardes podía visitarla, siempre a las horas en que Medina estaba, y nada más, nada más... Esto se llamaba cortar por lo sano.

—Piensa mucho en Victoria—me dijo en el último apretón de manos— y decídete de una vez. Es lo que te conviene, es tu salvación, y por eso es lo que yo quiero.

«Lo que tú quieres bien lo veo—me dije para mi sayo al volverme a mi casa—. Pues te saldrás con la tuya.»

II

Aquel mismo día, no sé dónde, oí decir que Eloísa estaba enferma. Era cosa de la garganta, indisposición pasajera, tal vez la neurosis de la pluma. No hice caso ni pensé en ir a verla. El general Morla me entretuvo toda la tarde, enseñándome las armas que había adquirido recientemente, y sus variadas colecciones, que no se acababan de ver nunca: tal era su riqueza. Tenía una de clavos arrancados de las puertas de Toledo, otra de bacías de barbero y otra de muestras de escritura, la cosa más galana y famosa que se podía ver. Habíalas hechas con las dos manos a la vez, que eran una maravilla de destreza caligráfica. Vi también botones militares, espuelas, estribos y mil herrajes diversos, todo muy limpio y admirablemente clasificado por épocas. De mañanita se iba mi hombre al Rastro, en cuyos revueltos tenderetes había encontrado verdaderas joyas arqueológicas.

Comimos juntos aquella noche, y recayendo la conversación sobre intereses, indicóme el deseo de poner en mis manos parte de sus economías para que yo se las colocara en mis negocios, dándole la renta que me pareciese bien. El no entendía ni jota de compra y venta de papeles. Su Bolsa era el Rastro, donde parece que reviven las anécdotas de cien generaciones en los desechos de barreduras de las mismas. No me gustaba encargarme de intereses ajenos; pero por ser Morla quien era, y por la confianza ciega que en mí tenía, consentí en ser su depositario.

Y ya que hablo de negocios, diré que había logrado con ellos lo que me propuse, a saber: distraerme y ganar algún dinero. A estas ventajas debo añadir la actividad física que por necesidad era inherente a tal género de vida, y aunque tenía coche, resolví usarlo poco para que el ejercicio me desentumeciera. De noche me imponía la obligación de visitar a mis amigos en los distintos círculos a que concurrían. Por charlar un poco con el amigo Arnáiz, iba al Círculo de la Unión Mercantil, de que él era presidente; por ver a Severiano y a Chapa, iba un rato al Casino, y Morla y Villalonga me llamaban hacia el Ateneo. De estos círculos era yo socio, aunque calentaba poco los divanes en ellos. Al Bolsín no iba sino cuando tenía que ver necesariamente a Torres, o a Samaniego, que siempre estaba allí de una a dos, la hora de liquidar, llamada propiamente de *Bolsín*. Aquel círculo me era muy antipático, dicho sea sin ofender a nadie. A la sala de liquidación no le faltaba más que el vino para parecerse a una taberna. Por las noches la invadían los cobradores y zurupetos, jugando al tresillo en las mismas mesas donde por el día se *mataban y se casaban* las diferencias; y los escuetos salones eran para mí lo más aburrido del mundo, salvo cuando corrían noticias de bulto. En estos casos el Bolsín era el centro de las palpitaciones comerciales, el *gran simpático* que reflejaba la excitación de todo el Madrid financiero. Pero en noches normales parecíame un casino soso, no exento de grosería. El gallito de él era Torres, que todo lo animaba con sus dicharachos crudos, con su costumbre de tutear a todo el mundo y aquella risa repentina, entre marrullera y soez, que desde la escalera se oía, y a la cual algunos daban toda la importancia de un signo de lenguaje y presumían de saberlo traducir.

A la Bolsa iba yo entonces todos los días, unas veces decidido a hacer algo, sin meterme muy a fondo; otras, por tomar el pulso al juego. Corriéndome hacia la derecha, me encontraba con la alta Banca, entre cuyos individuos tenía yo buenos amigos. Solía tropezar con *Partiendo del Principio,* que en dos palabras me daba a conocer la excelsitud de sus conocimientos y no perdonaba ocasión de hacerme saber que yo era un inocente y que la Humanidad toda *pasaba desapercibida* para un sujeto tan perspicuo como él. Medina no faltaba ningún día y se paseaba de largo a largo en el espacio aquel de la derecha conforme entramos, sin pararse un momento. Andando, daba sus órdenes a Samaniego, que bajaba del *parquet* con frecuencia y se ponía de acuerdo con Torres. Este no iba todos los días: se había crecido mucho para prodigarse. Cuando se aparecía por allí, toda aquella gente de los corros le miraba con cierta veneración, y él se inflaba lo indecible. En el murmullo del local, tan semejante al zumbido de la colmena, sonaban sus risas prontas, ásperas y estridentes, parecidas al rasgar de telas que se oye pasando por la calle de Postas a las horas

de más venta. Comúnmente se venía hacia mí, y concertábamos una operación modesta. En aquel local siempre me tuteaba: era costumbre arraigada en él, de la cual sólo se eximían Ortueta, Urquijo y otros pocos por quienes tenía adoración. Era un asombro ver cómo se lanzaba a mayores, haciendo operaciones arriesgadísimas, por sumas fabulosas, con mediación de Samaniego, pero sin publicar.

Torres no salía del local sin que le anunciara el coche un lacayo cargado de pieles. Daba compasión ver al pobrecito muchacho sudando cada gota como un puño. Pero el agiotista creía sin duda pregonar mejor su riqueza por medio de las zaleas que ahogaban a aquel infeliz mancebo, y no se las quitaba hasta muy entrado el tiempo en calor. En esto no imitaba a sus patriarcas Ortueta y Urquijo, que hacían gala de retirarse siempre a pie. *Partiendo del Principio*, después de despatarrarse un momento delante del *parquet*, limpiarse el sudor de la frente con cierta pausa, a que él quería dar aires de gravedad, y decir cuatro sandeces, se iba en su victoria camino del Retiro, donde le esperaba *No Cabe Más*, siempre de tiros largos, siempre estrenando, siempre en perpetuo domingo o Corpus o Jueves Santo, por lo chillón y nuevecito y llamativo de cuantos perendengues llevaba.

Un día me dijo Medina, sin detener el paso, por lo cual tuve que dejarme ir con él:

—¿Sabe usted que Eloísa está mal?

—¿Mal de intereses? Ya me lo suponía.

—No, de salud... Debe de ser cosa de cuidado.

Como en seguida hablamos de un tema en extremo interesante, la liquidación del siguiente día, fin de mes, se me fué del magín Eloísa y su mal.

—Esta liquidación va a dar algunos disgustos—gruñó Medina—. Sainz me tiene que aflojar diez mil pesetas; Cecilio, setenta y cinco mil. ¿Quién liquida por ese Cañizares de los espejuelos verdes? Creo que lo hará Paco Rojas. ¿Y usted, qué tal? Ya, ya sé que tengo que aflojar a usted doce mil pesetas; pero las casaremos si Rojas tiene algo a favor de usted.

Aquella noche, en su casa, sacamos nuestras notas de liquidación, y matando y casando, obtuvimos nuestros respectivos totales. El y yo quedábamos casi a la par. Un tal Sainz, con quien yo había hecho muchas *dobles*, y que en aquel mes hizo conmigo una operación alta, nos tenía que entregar a Torres, a Medina y a mí, por diferencias, unos noventa mil duros. La liquidación fué algo penosa, porque Sainz estuvo al ras de presentarse en quiebra. Nos tragamos nuestro susto, pues aunque la operación había sido pública y con todas las formalidades, si el tal no tenía, era forzoso tomar lo que quisiera darnos. Por fin, el 2 de marzo Sainz se presentó en el Bolsín a proponernos saldar sus compromisos con una partida de *Cubas* y otra de obligaciones de Osuna.

—Si usted no quiere las Osunas—me dijo Medina—, yo las tomo todas.

—Me es igual—respondí.

Y concertamos que Cristóbal tomaría las *Cubas* y yo todas las Osunas. Aquel mismo día, en el Bolsín, salió del corro de contratación una voz gangosa que me dijo:

—Doña Eloísa está muy mal.

Era la voz del cobrador de Medina, amigo y protegido de mi tío.

—Pero, hombre, si la señorita María Juana me ha dicho anoche que ya estaba bien...

Por la tarde subí a ver a Camila. No estaba.

—La señorita—me dijo la criada—ha ido a casa de su hermana, que está muy malita...

—¿Y el señorito Constantino?...

—Ha salido a caballo, como todas las tardes.

«Conque sigue mal la infeliz...—pensé al retirarme—. Bueno: mañana iré a verla.»

Y llegó mañana y no fuí tampoco. Se necesitaba un espolazo mayor para decidirme. Hallábame en la Bolsa. Poco interés aquel día. Acerquéme a los distintos corros, que estaban muy desanimados. Generalmente, en estos pelmazos humanos dominan los hongos número dos y las americanas de mal traer; hay algunas capas, y por lo común formas no muy exquisitas. Hay corro que parece de apreciables tenderos de ultramarinos: el del Perpetuo, enracimado en la barandilla, es el más bullicioso. Pero aquel día sólo había un poco de vida en el de los *Aguadores*, o sea los que ope-

ran en Cubas. Del de los *Negritos*, que es el más modesto, salió una destemplada voz que me dijo:

—Don José María, el señor Trujillo estaba preguntando hace un rato si había venido usted.

Pertenecía esta voz a un individuo que imitaba a Torres en la manera de reír y en la costumbre de tutear; dedicábase a comprar picos y operaba en chinchorrerías. Su especialidad era estar siempre de capa hasta el *cuarenta de mayo* lo menos; se llamaba Mazarredo, y cuando hacía un buen negocio expresaba su gozo imitando el canto de la codorniz, con gran escándalo y risa de todos los concurrentes a la Bolsa.

Al oír que Trujillo quería hablarme, corrí al ángulo segundo de la derecha. Aquél no era el Trujillo que yo conocía, sino su primo Manolo, joven muy simpático, rico, soltero, elegante, de buena figura. Desde el año anterior había empezado a padecer de la vista, y perdiéndola gradual y rápidamente, a la fecha de lo que escribo estaba ciego del todo. Era un dolor verle, con los ojos cuajados y fijos, la cara pálida, ansiosa, queriendo ver y no viendo nada. El pobrecito se hacía la ilusión de que veía algo, y los amigos cuidábamos de no quitársela por completo.

—¿Qué tal, Manolo?...

—Mejor, mejor—respondía infaliblemente, pasándose una mano por delante de los ojos—. Principia a aclarar el derecho... Me veo perfectamente los dedos.

Todos los días, como quiera que estuviese el tiempo, se vestía correctamente y un criado le llevaba a la Bolsa a eso de las dos y cuarto y le sentaba en aquel ángulo, de donde no se movía, hasta que a las tres y media volvía el mismo criado a recogerle. Aunque era joven, se había estrenado en los negocios, para los que tenía gran capacidad, y no podía vivir sin respirar durante un rato aquella atmósfera picante, en la cual no se sabe qué es más espeso, si el aire cargado de humo o el ambiente aquel de las cotizaciones saturado de números. Hay gustos muy raros.

Sentéme junto a él, y aún no le había estrechado la mano cuando, dando un gran suspiro, me disparó estas palabras:

—¿Conque Eloísa se muere?...

Dejóme frío la noticia y la puse en duda.

—No, no es cuento. Anoche he estado allí... Muy mala, muy mala la pobre. Es cosa de la garganta, del cuello, no sé qué. Dicen que está horriblemente desfigurada. Yo, como no la puedo ver, siempre la *veo hermosa*.

Manolo Trujillo había sido, antes de perder la vista, uno de los más fervientes y al mismo tiempo más discretos admiradores de Eloísa. Después de su ceguera, la visitaba de cuando en cuando, haciendo gala de una especie de inclinación alambicada y platónica, sentimiento muy propio de un caballero que ha visto mucho y ya no ve nada. No esperé a que acabara de contarlo, y, deplorando mi descuido, corrí a la calle del Olmo.

III

Al entrar en la casa, todo cuanto en ella vi me anunciaba desolación, ruina, tristeza. Evaristo, sin librea, estaba encendiendo un brasero en el patio, asistido del cochero, en mangas de camisa y con chaleco rojo. Soplaba aquel día, que lo era a principios de marzo, un vientecillo norte que afeitaba. Los dos criados me saludaron y les pregunté por su señora. Enseñándome la lista, pusieron muy mala cara los dos. La escalera estaba glacial, y el pasamanos empolvadísimo. No sé cómo me entró aquella indignación que no pude reprimir.

—Evaristo—grité—, ¿no os da vergüenza de que las personas que entran vean esta escalera? Mira cómo me he puesto las manos. ¿En qué estáis pensando?

Y salió a decirme, gorra en mano, que no podían atender a todo y que la casa era muy grande. Seguí subiendo. A mí qué me importaba que limpiaran o no, ni qué tenía yo que ver con semejante cosa...

Desde la antesala me interné en los pasillos; mas por la mampara de cristales alcancé a ver la sala de juego con las paredes desnudas. Vi sillas en montón, patas arriba, como dispuestas para que se las llevaran, y flecos de riquísimas cortinas que arrastraban por el suelo. La primera persona que me encontré fué Micaela, que estaba en el gabinete de Eloísa, partiendo en tiras una sábana de hilo. Antes que yo le preguntara, la don-

cella, leyendo en mi cara el deseo de saber, me dijo:

—Yo creo que hoy está mejor; pero anoche, por poco...

Daba dolor ver el gabinete desmantelado, casi vacío de las admirables porcelanas de Sèvres, Sajonia y *barbotine* que antes lo adornaban, conservando sólo dos o tres acuarelas de escaso mérito. Los clavos indicaban dónde estuvieron las obras superiores. Agujeros horribles en la pared, mostrando el yeso y la tapicería desgarrada, marcaban el sitio del espejo biselado que había ido a parar a casa de Torres. En cambio, quedaban begonias de trapo caídas de sus jardineras y llenas de polvo, fotografías apiladas sobre la chimenea, un caballete de nogal y oro sirviendo de percha para colgar cajas de sombreros, ropas y corsés de raso negro pendientes de sus cordones. Camila no tardó en entrar. Traía su delantalillo azul, y un puchero del cual salía vaho repugnante. Agitaba el contenido con una cuchara y lo hacía caer de alto para que se enfriase.

—¿Ya estás aquí?—me dijo en voz baja, sin mirarme.

—No sabía nada hasta este momento. Me lo dijo Manuel Trujillo.

—Hazte el bobito... Demasiado lo sabías.

—Pero creí que era alguna desazón ligera.

—No está mala desazón. Anoche creímos que se nos iba. ¡Pobrecita! Y siempre preguntando: «¿Ha venido?» No quería mandarte llamar, sino que vinieras tú por ti mismo.

—Hija, no sabía...

—Francamente—afirmó, mirándome cara a cara—, lo que has hecho es una *indecentada*... Porque, sea lo que quiera, pórtese bien o mal, en eso no me meto, cuando una persona se muere... todo se perdona. Y tú la has querido, tú la has hecho pecar...

—Pero ¿cómo está, cómo está? ¿Es cierto que hay mucha gravedad?—le pregunté, sintiendo un dogal en mi garganta.

—Mucha. Pero hoy está mejor que ayer. La hinchazón ha bajado algo. Ya no padece tanto. Dices que no sabías... ¡Tonto! ¿Pues no te dijo Ramón que anoche me quedé aquí?

—No me ha dicho nada.

Y dale que le darás al mejunje aquel, que era espeso, viscoso, almidonáceo y parecía tener leche, a juzgar por su blancura.

—Esto es una cataplasma...—me dijo Camila, bajando más la voz—. ¡Pobre Eloísa! Si entras a verla, ten cuidado de no dejar conocer la impresión que te ha de causar. Está horrible, espantosa. No la conocerás. Haz como que no encuentras en ella nada de particular. Más que el dolor y la fiebre, la mortifica la idea de lo fea que se ha puesto. No hace más que llorar y pedir a Dios que se la lleve antes de dejarla así.

Me acuerdo de haber dado un gran suspiro al oír esto. Camila y Micaela empezaron a extender aquella pasta sobre los trapos, soplando a la vez para que se enfriase. Después pasaron las dos a la alcoba, en la cual, al abrirse la puerta, noté que había completa oscuridad. Sentí lamentos que me traspasaron, con los cuales se confundían las voces cariñosas de las dos enfermeras.

—Si no te lastimamos; si es aprensión tuya...

—No tenga usted cuidado, señorita. La cataplasma está muy pegada y la vamos sacando poquito a poco...

Y seguían los quejidos y ayes de angustia, con invocaciones a la Virgen y a toda la corte celestial.

Cuando Camila volvió al gabinete, me susurró al oído estas palabras:

—Ya sabe que estás ahí. Se ha excitado un poco. Dice que no entres todavía: espérate. Ha mandado cerrar bien las maderas para que no entre ninguna luz. Cuidadito con lo que te he advertido.

Transcurrió bastante rato, y al fin Micaela apareció en el umbral, haciéndome señas de que pasara. Entré con vivísima emoción. No veía absolutamente nada. La atmósfera de la alcoba era espesa, repugnante; ambiente de enfermería que se hace irrespirable para todo el que no lo acometa con el desinfectante de la abnegación y del amor. A mí me tiraba a matar, oprimiéndome los pulmones. Micaela salió. Acerquéme al lecho, y, palpando, hallé el respaldo de una silla. Al sentarme, dije palabras cariñosas, de fórmula, no sé cuáles. Oí entonces la voz aquella, apagadísima y desentonada por la fiebre, pronunciar estas palabras:

—Por fin... pareciste... Tú habrás dicho: «Que se muera como un perro...»

Con las palabras salía del lecho un vaho infecto y pesado.

—¡Qué cosas tienes! Es que no sabía... Ya me ha dicho Camila que estás mejor.

—¡Ay, mejor!—exclamó la voz con desaliento—. Si me muero, si estoy hecha una miseria, una asquerosidad... No quiero que me veas. Estoy horrible.

—No te sofoques, hija. Eso pasará. Y no estás tan desfigurada como crees.

—¡Ay!, chiquillo, tú no me has visto. Si me vieras, te espantarías; te parecería mentira que me quisieras.

Me incliné hacia ella.

—No, no te acerques, por Dios... Estoy rodeada de miseria humana. Pase el morirse; pero morirse así, apestando...

—No te agites. Me marcho, si no eres razonable.

—No, quédate otro poquito... Pero no me mires. Si ves algo, mandaré a Micaela que eche la cortina y que tape hasta la última rendija. No quiero que veas este adefesio que te gustó tanto cuando era de otra manera.

—Pero ¿qué es al fin? Aún no sé lo que tienes.

Contóme en palabras breves su enfermedad. Empezó por un recrudecimiento de aquella sensación de la pluma. Pronto se determinó una angina, con fiebre intensísima. El médico dijo que era una angina maligna. No podía tragar; se ahogaba. De pronto empezó a hinchársele el cuello..., un bulto horrible que crecía por horas, y la fiebre subiendo, y el cerebro trastornado..., delirio, inquietud. La noche última, por fin, cuando ya creía que se ahogaba, empezó la resolución... ¿Para qué hablar más de aquello? Era un horror.

—¿Qué tal la calentura?—le pregunté—. Dame acá una mano.

Sentí la mano que venía a buscarme. La busqué y nos encontramos. ¡Oh!, ardía.

—Tienes muy poca fiebre—le dije, observando que tenía mucha y que las pulsaciones eran muy irregulares.

Le besé la mano una, dos, tres veces, conociendo cuánto gusto le daba con ello.

—Puedes besarla sin cuidado—afirmó con acento de cariño, que era como un alfilerazo en mi corazón—. Cuando supe que estabas aquí hice que Micaela me las lavara... Es el único gusto que tengo ahora, en medio de esta suciedad, en medio de este pánico de la pestilencia que me mata más que el dolor.

—Esto no es nada, hija—repetí, traspasado de lástima—. Dentro de ocho días verás qué buena te pones. Un poco de molestia y nada más. Te acompañaremos, te cuidaremos mucho. ¿Te asiste Moreno Rubio?... Pues pierde cuidado. Eso no vale nada. Es un desahogo de la Naturaleza. Te vas a quedar luego más buena... y más guapa que antes.

—¡Ay!, tú no sabes como estoy. Ocho días de fiebre muy alta me han dejado en los huesos... Entra tu mano y toca, chiquillo.

Metí la mano por entre las sábanas tibias, húmedas y pegajosas, y allá, en lo más calleado, tropecé con su mano, que me guiaba, mientras la quejumbrosa voz decía:

—¿Ves? ¿Ves qué pellejos?... Soy la muerte, la muerte.

Advertí que lloraba, y le dije, por consolarla, cuanto me parecía propio del caso.

—¡Oh!, no, no; no me pondré bien —exclamó ella con amargura hondísima—. He sido muy mala, y Dios me está castigando. Pero por mala que una mujer haya sido, verse una entre esta inmundicia, verse así, en los huesos...

—No te apures por las carnes, hija —le respondí, haciendo un esfuerzo por reírme—. Verás qué pronto las echas: te pondrás gorda.

—¡Gorda yo!... ¡Jesús! No volveré a ser lo que fuí. ¡Y este cuello, Dios mío; esta monstruosidad!...

—Vaya, estate tranquila. La conversación y esas sofoquinas te perjudican mucho. Te voy a dejar... No, si vuelvo, no te apures.

—He sido mala, lo reconozco...; pero bien merezco que me vengas a ver, por lo mucho que me acuerdo de ti. Lo que yo digo: si tuvieras un perro y se pusiese enfermo de muerte, ¿no bajarías a verlo al sótano, y lo rascarías con un palo? Pues eso, eso... Yo no pretendo que te intereses mucho por mí; pero llegar, darme un vistazo...

En esto comencé a ver algo en la lóbrega habitación. Fuera porque mis ojos se habituasen a la oscuridad, o que entrara una luz por las rendijas del balcón, lo cierto es que vi, y más deseara no ver. De la oscuridad, amasada con el vaho del lecho en términos que ambos

fenómenos parecían uno solo, destacóse una forma confusa, de contornos tan extraños, que al pronto la creí determinación engañosa del bulto de las almohadas. Miré más, avivando el poder de mi retina cuanto pude, y causóme indecible terror la certidumbre de que aquella monstruosidad era la cara que conocí en la plenitud de la gracia y la hermosura. Parecióme enorme calabaza, cuya parte superior era lo único que declaraba parentesco con la fisonomía humana. Mas en la inferior la deformidad era tal, que había que recurrir a las especies zoológicas más feas para encontrarle semenjanza. ¡Pobre Eloísa! La impresión que sentí fué de tal manera penosa, que cerré los ojos para no ver más. Dios mío, ¿por qué me permitiste ver aquella máscara horrible? Nunca la olvidaré. Parecíame ver expresadas en un solo visaje todas las ironías humanas.

—Nada, hija; te dejo sola para que descanses. No, no me voy de la casa, y entraré más tarde si te sientes bien. Descuida, que te sacaremos adelante.

—Bueno, hijito—replicó, declarando en el tono su alegría—. Me haré la ilusión de que me quieres, a ver si de este modo me animo un poco.

Hice un gran esfuerzo para besarla en la frente. Para ello cerré bien los ojos. Cuando salí de la sofocante alcoba, iba pensando qué cruz tan pesada y espantosa es ser enfermero en frío, o sea cuidar a enfermos a quienes no se ama.

IV

Salí a mis quehaceres y volví sobre las cinco. ¿Por qué he de ocultar una cosa que me desfavorece? La compasión por Eloísa me atraía verdaderamente; mas el deseo de encontrarme con la otra no me impulsaba menos hacia la calle del Olmo. Dicho en plata, me ilusionaba el ver allí a Camila, hecha una interesante enfermera, y si, al acordarme de su infeliz hermana, se aplacaban los fuegos de mi querencia, cuando suponía a la enferma salvada y mejorada no podía menos de recrear mi espíritu en la idea de tropezarme con Camila en los rincones y callejuelas de aquel solitario caserón que tan bien conocía yo. Debo decir que mi locura, bien por no ser correspondida hasta entonces, bien por la depuración de mi espíritu en el trabajo, se había vuelto platónica. Siempre que podía hablar con Camila a solas, pintábame como un enamorado entusiasta, pero tranquilo, admirador frenético de sus eminentes virtudes y de la misma resistencia que me había puesto en tal estado. Y era verdad esto que le decía: la tal borriquita se me había subido a lo más alto de la cabeza, allí donde se mece, a manera de nube, lo puramente ideal, lo que es y no es, lo que nos habla de otros mundos y de Dios, haciéndonos a todos un poco poetas, religiosos o filósofos, según los casos.

Yo no me alegraba de que Eloísa se pusiese peor; al contrario, lo sentía mucho; pero deseando que se mejorase, sentía que Camila no estuviese allí todo el día y toda la noche con su delantal azul, aunque sus manos olieran a cataplasma. Cómo compaginaba y conciliaba mi espíritu estos dos deseos, no lo sé decir. Pero es el espíritu tan buen componedor, que sin duda resultaría un arreglito en mi concienca, escarbando mucho en ella para buscarlo.

Dejo esto por ahora y sigo con la otra infeliz. Moreno Rubio, después que la vió al anochecer, me dijo que, aunque la mejoría se había iniciado, no las tenía todas consigo. Explicóme lo que era aquello con todos sus pelos y señales, dándome a conocer la resolución posible, el proceso reparador en caso favorable, la complicación en el caso contrario. Pero no repito las palabras de aquel observador eminente por no cansar a mis lectores ni entristecerlos con estos pormenores tristísimos de la desdicha humana. Digamos sólo, con la religión, que somos polvo, inmundicia, y que, siendo tan mala cosa, todavía ha de haber quien quiera regalarse con nosotros, y estos golosos de nuestra podredumbre son los gusanos.

Yo no pasé a ver a Eloísa porque no se excitara; pero a eso de la diez se puso tan inquieta, que nos alarmamos. Estábamos allí mi tía Pilar, Camila, Constantino y yo. Raimundo se había marchado a las nueve y el tío Rafael vendría más tarde. Empezó la enferma a hablar como una tarabilla; a ratos lloraba, a ratos anunciaba su muerte. Pedía que yo entrase; después, que no. Quería estar a oscuras; luego la oscuridad le daba miedo y era forzoso encen-

der luz. Desde la puerta la oí decir llorando:

—Me muero, conozco que me muero. Es terrible morirse así, en este muladar... Dios me perdonará. ¿Está ahí José María? A él le encargo que no entre aquí ningún cura. ¡No, no quiero ver curas...! Ya me las arreglaré sola con Dios.

La fiebre era más alta aquella noche, y estaba la pobre agitadísima.

—No quiero luz. ¿No he dicho que quería estar a oscuras? ¿Es que me quieren mortificar?—gritó moviendo mucho los brazos.

La alcoba quedó en tinieblas, y entonces me llamó para que le pusiera el termómetro y le observara la temperatura.

—Constantino me engaña siempre—me dijo—. Para él nunca paso de treinta y nueve, y yo conozco, por este fuego de mi cuerpo, que debo de tener cuarenta y uno o cuarenta y dos, cincuenta...

María Santísima, ¡qué volcán!

Le puse el termómetro debajo del brazo y esperé sentado junto a la cama.

—¡Oh! ¡Qué mal me siento! La cabeza se me abre; se me desvanece, se me va; se me arranca la vida... Me muero esta noche. ¿Estarás aquí cuando dé las boqueadas?... ¿Me cerrarás los ojos? ¿Te dará horror verme tan fea y echarás a correr? Sí; lo estoy viendo, lo estoy viendo. Dios mío, yo he sido mala; pero no para tanto... Nada, lo que yo digo: si tú te hubieras casado conmigo, yo habría sido menos loca: pero no quisiste, y me dejaste en medio del arroyo.

Esta febril locuacidad me lastimaba, oprimiéndome el corazón. No cesaba de decirle:

—Serénate, cállate la boca, procura dormir. Estás un poco excitada de los nervios, y nada más.

—Mira ya el termómetro y no me engañes.

Salí del gabinete para observarlo a la luz. Marcaba cuarenta y tres décimas. ¡Qué mala cara debí de poner cuando lo estaba mirando!

—¿Ves?... No hay motivo para que te inquietes—declaré, volviendo a su lado y guardando el termómetro—. Tienes treinta y ocho y unas décimas.

—¿Es de veras?

—¿Quieres verlo?

—¿No me engañas?

—Ya sabes que yo...

Pues se lo creyó; mas no por eso estuvo más tranquila en las horas que siguieron.

—Nada, nada; yo me muero esta noche. Siento que me desquicio, que la vida se me quiere escapar. ¡Qué espanto me da...! No, Señor, Dios mío; yo no quiero morir, yo soy joven, yo no he sido mala... Si yo misma te lo he dicho, rezando: es que me he calumniado.

Tras larga pausa, en que la sentí murmurar vocablos ininteligibles, como si rezara, volvió a expresarse con la misma agitación.

—No te digo que me perdones, porque sé que me perdonarás de todo corazón. Y a ti, grandísimo pillo, ¿quién te perdona? Porque tú eres tan malo como yo, quizá peor. A ver, hazte el valiente, confiésame en este momento solemne tus picardías. ¿A que no las confiesas? ¿No ves que me muero? Dame ese gusto. ¿Quieres que te dé el ejemplo? Pues te voy a confesar todo lo malo que he hecho, absolutamente todo.

Rebeléme contra aquel propósito, más bien nacido del desvarío febril que de un vigoroso móvil de conciencia.

—Si te pones así me enfado: es que me enfado de veras. Me marcharé.

—No; eso, nunca—exclamó, rompiendo a llorar—. Quiero que estés aquí, que me veas cuando expire... ¿Llorarás? Dime si llorarás.

—Pero, mujer..., ¡qué tonterías!

—Dime si llorarás... Es que quiero saberlo.

—Bueno, pues sí: lloraré, y mucho.

—¿Y me besarás las manos?..., las manos nada más, porque la cara... Se me quita la contrición cuando pienso en lo horrible que estaré. Pero acuérdate de cuando estuve guapa; acuérdate y cierra los ojos... ¿Me harás una caricia?... ¡Mira que si no, resucito y te...!

Hacía extraños gestos con los brazos. Yo se los metía entre las sábanas, recomendándole la tranquilidad en los términos más cariñosos.

—Hija mía, no hagas locuras. Vas a pasar una noche infernal.

—Es que no me quiero morir, es que no me da la gana—clamó, ahogándose en llanto copioso—. Pues ¿por qué me pongo así sino por el miedo que tengo?...

—No seas tonta y no tengas miedo. Si estás bien; si apenas tienes fiebre; si Moreno me ha dicho que no hay cuidado... Vaya, no hables más de muerte.

—¿Pues no he de hablar, si la veo, si la siento venir?...

—Patrañas, hija; aprensión...

—¡Y morir así, como arrojada en una pocilga, revolcándome en miserias y como si los propios pecados me estuvieran comiendo por todas partes! Yo he visto una estampa en las prenderías, en la cual hay uno que agoniza, y salen de debajo de las almohadas bichos muy feos y asquerosos, lagartos y demonios horribles que lo roen y se lo comen. Así estoy yo, así me muero yo.

Pensé que las bromas harían mejor efecto en su espíritu que la seriedad, y tomándole una mano y besándosela con el mayor calor posible, le dije:

—Pues ¿qué querías tú? ¿Morirte como la *Traviata*, con mucho amor, tosecitas y besuqueo? Si eso pretendes, se puede hacer. Por mí no ha de quedar.

Parecióme que se sonreía, y esto me animó a seguir por aquel camino.

—Bien sabes tú que no va de veras; que, si lo sospecharas, no estarías tan charlatana. Esos son mimos, no terror de la muerte. Tú buscas lo que los franceses llaman una *pose*, y la *postura* no parece.

—¡Ay hijo, no te rías de mí! ¿Cómo puedes pensar que yo tenga esas ideas en medio de estas prosas?... Porque éstas sí son prosas, chico. Si no hay mayor castigo para una mujer que tener asco de sí misma, yo estoy bien castigada. Acepto la muerte si la considero como una gran lejía en la cual me voy a chapuzar...

Y como si su espíritu tomara de improviso con esto una dirección de consuelo, me estrechó mucho la mano, diciéndome:

—Joselito..., si por casualidad me salvo, ¿me volverás a querer...?

—¡Sí...! De ti depende que te pongas buena pronto, no sofocándote sin motivo.

—Agua; me muero de sed.

Se la dió Camila, y cuando nos quedamos de nuevo solos, díjome que se sentía mejor. Su piel estaba húmeda.

—Ahora te vas a dormir.

—Si soñara que me volvías a querer, creo que despertaría muy mejorada.

Respondíle que podía soñar lo que fuera más de su gusto, y desde aquel momento empezó a calmarse. Quejóse de vivos dolores en la cara; pero no debieron de ser muy fuertes, porque a eso de las dos ya dormía, si bien con inseguro sueño. Salí de la alcoba, rendido de cansancio, y me encontré a mi tía Pilar, profundamente dormida, y a Camila despierta, aunque con mucho sueño. Disputamos, como era natural, sobre quién había de descansar... Que ella, que yo. El reposo de la enferma fué breve, y pronto la oímos que nos llamaba. Micaela y Camila estuvieron más de una hora con ella, dándole medicinas, curándola y mudándole hilas y trapos. Mala noche pasó la infeliz. A la madrugada descabecé un sueño en el despacho de Carrillo, sobre el sofá de cuero, frío y desapacible.

Despertóme, ya entrado el día, una voz que al pronto no conocí. Era la de Constantino, y poco a poco surgió en mitad de mi campo visual la figura de éste, abrutada, tosca y respirando honradez.

—¿Cómo está Eloísa?—le pregunté con susto, sospechando que me iba a dar una mala noticia.

—Ahora duerme—replicó de muy mal talante, paseándose en la habitación con las manos en los bolsillos—. Va mejor.

«Pero ¿qué tiene este bruto para estar tan malhumorado?», me dije para mi sayo.

Sacóme pronto de dudas, pues era Constantino tan rudo como inocente, incapaz de guardar secretos.

—¿Has visto a Camila?—me preguntó.

—Anoche, sí.

—¿Sabes que hemos reñido?... Anteanoche..., aquí... Una bobería..., un soplo, chismes, calumnia. Le dijeron que me habían visto ir de picos pardos...

—¿Qué me cuentas?

—Todo es paparrucha—añadió, dando un gran suspiro y alargando más el hocico—. Camila se la ha tragado, y no la he podido desengañar. No nos hablamos. Anoche no pude dormir pensando en ella. Me parecía mi casa tan vacía, chico... Me figuraba que mi mujer se me había muerto; no, que se había ido con otro, y...

—Eres un *bebé*... ¡Ja, ja, ja!

—Créelo..., por poco me echo a llorar...

—¡Ay Dios mío, qué célebre!... Constantino, eres un niño de teta...

—Y ahora—prosiguió, haciéndose el fuerte, mas sin poderlo conseguir—he venido acá con unas ganitas de verla... ¡Qué afán! Si me figuro que no he visto en cuatro años su cara. Pues llego; me dicen que está en el cuarto de Rafaelín durmiendo; voy allá, empujo la puerta, y ella salta y me la tira a los

hocicos, y se cierra por dentro, y me grita: «¡Vete a los infiernos, perdido, gatera, chulapo!»

—Bien, hombre, bien. Anda, vuelve a picos pardos... Me alegro...—le dije, sintiéndome inspirado y locuaz—. ¡Ah!, perillán. ¿Crees tú que el matrimonio es cosa de quita y pon? ¡El matrimonio, la cosa más santa, la institución más respetable, más augusta, más...!

—¡Quítate allá y no me vengas a mí con retumbancias!

—Estos pilletes se figuran que el tálamo es trampolín... y profanan la santidad de la familia, y hacen burla de la virtud de una intachable esposa...

—¿Te quieres callar?...

—No, señor, no me callaré... Tu conciencia no se subleva, no se te levanta como un fantasma para decirte: «Constantino, ¿qué has hecho de la paz del hogar?»

—¿Pero todo eso es cháchara o qué?...

—¡Qué ha de ser broma, hombre, qué ha de ser broma! Ya ves que estoy indignado.

—Que me caiga muerto aquí mismo, que me mate un rayo—juró con vehemencia salvaje—, si he ido a picos pardos. Que me vuelva buey ahora mismo si he tocado, desde que me casé, más mujer que la mía. ¡Mírala, por ésta!

—Valiente hipócrita estás tú... ¡Con esa jeta de lealtad y esas inocencias, me parece...! Y lo que es ahora, no la convences. Buena estará.

—Se me figura que quien le llevó el cuento fué el marqués de Cicero... ¡Ay si le cojo! Le arranco los higotes, y después se los hago tragar... ¡Decir que yo...! Cuando el que venía de picos pardos era él, él..., el muy monigote, pinturero...!

V

Hablando pasamos a la estancia que había sido de Carrillo. Quise lavarme; pero no encontré agua.

—Yo te la traigo—me dijo Constantino cogiendo el jarro.

A poco volvió, y cuando me llenaba la jofaina, díjome en el tono más cordial:

—Quítale eso de la cabeza.

—¿Qué le he de quitar de la cabeza? ¿Los adornos que le has puesto?

—No, hombre: la idea...

—¿Conque la idea?... Lo intentaremos, lo intentaremos.

El se reía y no cesaba de amenazar al marqués de Cicero. Le iba a freír, a abrirle un tragaluz en la barriga, a untarle de petróleo y pegarle fuego...

—¡Qué buen ayuda de cámara me he echado! Ya que eres tan amable, ten la bondad de decir a Micaela que haga café y me lo traiga aquí.

No había pasado un cuarto de hora cuando sentí abrir la puerta. Hallábame en elástica, con la toalla sobre los ojos, la cabeza toda mojada, y no vi quién entró.

—Déjelo usted ahí—dije, creyendo que era Micaela; mas no tardé en ver a Camila poniendo el café sobre la mesa.

—Hola, borriquita—exclamé, dejando salir de mi alma la alegría que la llenaba—. Di una cosa: ¿y tu hermana?

—Durmiendo. Me parece que va bien.

—¡Contento está tu marido!... Pero ¿qué prisa tienes? ¿Adónde irás que más valgas? Oye...

Quise proceder con buena fe, pero no podía; la malignidad salía culebreando, como centella eléctrica, desde el corazón a la punta de mi lengua.

—Las mujeres prudentes no ponen esos hociquitos por un desliz del marido. ¡Pues tendría que ver! No seas inocente, no seas ridícula, no seas pueril. ¿Tú no has leído aquello de *La perfecta casada* que dice...?

—Yo no he leído nada ni me da la gana de leer papas—exclamó a gritos, hecha una leona.

—Sosiégate... Lo que yo digo es que eres una tonta si crees que el marido de hoy puede ser un formalito de estos de *aquí me ponen, aquí me quedo*. Sería hasta ridículo, sería...

No me dejó acabar. En un tris estuvo que me tirara a la cabeza la cafetera. Con sacudida de violenta cólera se puso a gritar:

—No estás tú mal... sinvergüenza!... Déjame en paz.

«Ya te irás domando», pensé al quedarme solo, y un instante después pasé al cuarto de Rafaelín, a quien hallé sentado en el suelo, entretenido en armar un teatro de cartón. Su media lengua me enteró otra vez de la mejoría de su mamá, y después preguntóme, con palabras vertidas cautelosamente en mi oído, si yo me iba a quedar allí *pa siempre*.

respondíle que sí y jugamos un rato. ¡Pobrecito niño! ¡Qué interés tan hondo despertaba en mí! Me lo habría llevado a mi casa, adoptándole por hijo, si su madre lo consintiera. Aquella madrugada, cuando me dormí en el diván, había visto en sueños a Eloísa muy mal pergeñada por las calles, con mantón pardo, pañuelo por la cabeza, las faldas manchadas de fango, llevando de la mano a Rafaelín, el cual tenía las botas rotas y enseñaba los tiernos dedos de los pies; el cuello envuelto en bufanda, y el cuerpo en roñoso gabancito. Esta visión me oprimía el pecho, más por el hijo que por la madre. ¡Ay! Esta campeaba en la indiferencia de mi alma, como en un desierto árido y vacío. Pasaba por ella sin dejar rastro ni huella en aquel inmenso arenal.

Sin hartarme de jugar con el pequeño ni de darle besos, salí de la casa. Eloísa se había despertado y sentía gran alivio. El médico me dijo que la resolución era rápida y segura. No quise entrar a verla, porque la estaban curando, y le dejé un afectuoso recado. En mis correrías de aquel día por Madrid experimenté lo que yo llamaba la *congestión espiritual* de Camila en mayor grado que nunca. La llevaba en mi corazón y en mi cartera, y la vi entre los apuntes de mis operaciones como la mosca que se ha enredado en la tela de araña. La vi en la ahumada atmósfera de la Bolsa y entre los movibles y bulliciosos corros. Muy distraído estuve, y, conociéndome, no me arriesgué a operaciones delicadas, porque desconfiaba de la claridad de mi sentido. Era como algunos borrachos que conocedores de su estado tienen la sensatez relativa de no celebrar ningún contrato mientras están peneques.

Torres, Medina, Samaniego y otros me preguntaron por Eloísa, y a todos contestaba:

—Bien... Si no es nada... Un simple flemón.

Manolo Trujillo, a quien acompañé un ratito, hablóme de ella con amor y entusiasmo. Me complací en destruir su ilusión pintándole lo desfigurada que estaba. ¡El infeliz exhalaba unos suspiros oyéndome....! Era yo cruel, sin duda; pero me salía esta crueldad muy de dentro y sentía un goce extraño y vengativo a decir a los que me hablaban de ella:

—Es un horror... No hay idea de fealdad semejante.

Volví a la calle del Olmo por la tarde, ¡y qué suerte tuve! El marqués de Cicero salía cuando yo entraba; Eloísa dormía y Camila estaba sola. Se me arreglaron las cosas tan guapamente, que ni de encargo salieran mejor.

—No se harta de dormir la pobrecita —me dijo Camila, sentándose junto a mí en el salón desierto y sacando una obrilla de gancho con que se entretenía.

Ni caída del cielo. Estábamos solos, nadie nos turbaba. No mentó a Constantino ni hice alusión al disgustillo. Hablé tan sólo de mí, de aquella pasión loca que me consumía y que por providencia de Dios había venido a ser fina, delicada, platónica, lo sublime de la amistad, si me era permitido decirlo así. ¡Oh!, yo no deseaba que ella faltase a sus deberes: adorábala honrada; quizá infiel no la adoraría tanto. Me entusiasmaba su virtud, y por nada del mundo destruiría yo esta celestial corona, tan bien puesta en sus nobles sienes... Yo no pretendía de ella sino un cariño puro, leal, diáfano como el mío, enteramente limpio de deshonra y malicia. No recuerdo si saqué a relucir también lo del *armiño*, que es de reglamento; pero de fijo no se me quedó por decir lo del *altar de mi corazón* y otras imágenes muy al caso.

Y, ¡cosa singular!, estas tonterías, que ella calificaba siempre con el injurioso dicterio de *papas*, no la alborotaron aquel día como otras veces. Oíame callada, los ojos fijos en su obra, haciendo, al meter y sacar el gancho, las mismas muequecillas que hacía cuando trazaba números, y de tiempo en tiempo me miraba sin decir más que: «Papas, papas.» Parecióme que aquello lo decía maquinalmente, y que en realidad mis palabras trazaban surco en su alma. ¿Sería ficción de mi anhelo? Ocurrióme que aquella casa maldita obraba con perversa influencia sobre el resistente espíritu de la señora de Miquis, introduciendo en él, por diabólico modo, un germen de fragilidad. Porque era muy particular que, oyendo lo que había oído, no me llamase, como de costumbre, tísico, indecente, simplín. Estaba un tanto descolorida y pensativa, muy pensativa. Sobre esto no podía tener duda. Oyóse el timbre eléctrico de la alcoba de Eloísa. La enferma llamaba. Levantóse prontamen-

le Camila, y cuando iba por la habitación próxima le oí pronunciar con claridad su estribillo: «Papas, papas.» Un detalle precioso. Al retirarse dejó su labor en el sofá en que nos sentábamos; sí, allí, junto a mi muslo, quedaron el ovillo blanco, el gancho, la roseta a medio hacer. «Piensa volver y volverá.»

Pasó mucho tiempo, así como medio siglo, y viendo que no parecía, cogí la labor y, metiéndomela en el bolsillo, fuí en busca de mi borriquita. Al salir al pasillo tropecé con una figura majestuosa que en tal instante empujaba la mampara de la antesala. Era la señora de Medina, que en el caso aquel de enfermedad grave olvidaba sus resentimientos y sabía cumplir los deberes de familia. Creo que se alegró mucho de verme. Su cara de estatua de la Verdad se encendió un poco.

—Ya sé que está mejor—me dijo—, y completamente fuera de peligro.

No habíamos dado diez pasos hacia el gabinete, cuando me tomó por un brazo, diciéndome:

—Explícame una cosa. ¿Qué obra es esa que pensaba hacer Eloísa: esa estufa, ese techo de cristales?

Pasamos al segundo salón, y desde una de las ventanas que daban al patio hícele la descripción del proyecto.

—Pues de fijo habría sido muy bonito...—observó mi prima—. Y lo que es ahora..., da dolor ver lo desmantelado que está todo. Di otra cosa. ¿Dónde estaban los dos cuadros del viejo y la chula, con reflectores?

—Ahí, a los dos lados de esa puerta.

—Mira, mira: todavía quedan aquí unas cortinas preciosísimas. ¡Oh!, qué ricas son. Toca, toca esta seda, esta pasamanería... Otra cosa. Y en ese hueco, ¿qué hubo?

—Un mueble inglés lleno de preciosidades.

—¿Es ésta la puerta del comedor? —preguntó, abriéndola—. ¡Ah!, sí, comedor es. Parece una caverna. ¡Qué soledad! Ni mesa ni sillas. ¿Estaban aquí los tapices?...

—Sí, cogían toda la pared, incluso los huecos. Los de la puerta y ventanas se corrían como cortinas cuando empezaba la comida, y entonces no se veía interrupción ninguna. Todo en derredor era tapiz. Efecto bonitísimo.

—¡Sí que lo sería!...—exclamó la *ordinaria,* permitiendo a su cara expresar un interés inmenso—. Otra cosa. ¿Y por dónde entraban los criados a servir?

—Por aquella puerta que ves en el fondo. Pero delante de la puerta estaba el gran aparador. Los criados aparecían por un lado y otro de éste. La puerta no se veía.

—¡Ah!... ¡Qué soberbio!... Mira, todavía están los mecheros de gas. ¡Qué elegantes!

—En mi tiempo se encendían. Después...

—Ya, ya recuerdo lo que me dijiste. Muchas velitas... Estoy al tanto.

En eso vimos pasar a Micaela.

—¡Eh, Micaela! Me parece que ha entrado alguien. ¿La señorita tiene visita?

—Sí, señor. Ahí está la hermana del señor marqués de Cicero y ese caballero ciego...

—¡Ah!, el pobre Trujillo.

—Pues yo no paso hasta que no se vayan—indicó María Juana, haciéndome señas de que la siguiera—. Dime otra cosa. El salón de baile, ¿no se abría sino muy de tarde en tarde?...

—Cierto. Casi siempre lo vi cerrado. No se había concluído de decorar. Eloísa pensaba inaugurarlo con un gran baile.

—Vamos por aquella puerta... Ve tú delante para que me guíes. Quiero que me saques de otra duda.

A todas sus preguntas contestaba yo lo primero que se me ocurría. Mostraba la sapientísima señora curiosidad viva y anhelo de conocer las costumbres de aquella casa en sus días de auge. A veces disimulaba este interés diciendo con solapado menosprecio:

—¡Cuánta tontería! Luego nos pasmamos de las catástrofes. Razón tiene Medina en decir que todas estas etiquetas son invenciones del diablo.

Entramos y salimos, pasando de pieza en pieza. Yo estaba un tanto mareado y con ganas de sentarme.

—Es un laberinto este caserón—dijo mi prima—. Jamás lo he podido entender. ¿Adónde salimos ahora? ¿Qué puerta es ésta?

—Por aquí se pasa al guardarropa de Eloísa.

Cuando yo decía esto, oímos la voz de Camila. Empujé la puerta y entramos.

—Esta pieza la conozco—manifestó la de Medina, entrando con aire regio y calándose los lentes para arrojar una mi-

nada en redondo a la estantería de roble—. ¿Verdad que es bonita? ¿Cuánto le costaría a Eloísa esta tanda de roperos?

—Vete a saber... Más costaría lo que está dentro—respondí, sin hacerme cargo ya de nada más que de Camila, a quien vimos...

Pero esto merece párrafo aparte.

VI

Estaba mi indómita borriquita sentada en una silla, con un pie descalzado, probándose botas y zapatos de Eloísa, que Micaela iba sacando de uno de los armarios.

—Mirad, mirad—gritaba Camila, riendo y muy excitada—. Hay aquí quince pares de botinas nuevecitas. Si parece que no se las ha puesto más que una vez...

—¡Dios mío!—exclamó la hermana mayor, dando a su voz los acentos más enfáticos de la justicia—. ¡Tal gastar de mujer! Es verdad: si está todo nuevo...

—Mira qué par—decía la otra—. ¿Y éstas, bronceadas? ¿Ves qué pespuntes? Lo menos valen ocho duros. La suerte de ella es que yo tengo el pie un poquito más grande que el suyo, que si no, aquí me surtía para tres años. Estas me vienen que ni pintadas, y las hago noche. ¿No te parece, José María, que debo llevármelas?

—Sí, hija; apanda todo lo que puedas. Bien ganado te lo tienes con velar aquí noche y día.

Y seguía probándose botas...

—¡Ay! Esta cómo aprieta; pero se irá ensanchando... Nada, para mí. Lo que siento es que no haya calzado de hombre para abastecer también a mi marido... Veamos esta otra. Mira, ¡qué bien! Ni encargadas, chico.

Nos fijamos entonces en el maniquí, que estaba en un ángulo, arrumbado, tieso, desnudo, con una pata rota, y la estúpida mirada perdida en el vacío de la habitación como asombrándose de que se le tuviera en menos que una persona.

—Mira, aquí probaba Eloísa sus vestidos—observó María Juana, echándole los lentes y elevándolo a la dignidad que él deseaba tener.

—Te voy a enseñar una cosa que te va a dejar lela—dijo Camila viniendo hacia nosotros con un poco de cojera, pues traía un zapato suyo en un pie y una bota de Eloísa de tacón alto en el otro.

De uno de los armarios sacó un vestido.

—Mira esta falda con delantera de encajes...

—Y es todo del más rico Valenciennes. Pero ¿esto se lo llegó a poner alguna vez?

—Creo que no—indiqué—; lo reservaba para el gran baile.

—Ahí tienes... Yo me llevaría esta falda a casa para hacer una parecida con encajes de imitación; pero bueno se pondría Medina.

—Obsérvala; fíjate mucho, y podrás imitarla.

—¿Y este traje negro?—prosiguió Camila sacándolo—. Mira, el sello de Worth. Es uno de los dos que recibió hace poco. Pues espérate, que te voy a enseñar más. A mí no me tientan estas cosas; pero me gusta verlas y apandarlas si puedo.

Y siguió mostrando prendas ricas, hermosas, elegantes.

—Pero ¡esa loca vivía como una princesa!—exclamaba María Juana, confundiendo en un solo acento, por modo extraño, el desprecio y la admiración—. Claro... Pronto tenía que venir el batacazo.

—Hay aquí un sombrero—dijo Camila, sacándolo, poniéndoselo y mirándose en el gran espejo de pivotes—que me está haciendo tilín. ¿Veis qué bien me está? José María, ¿qué tal?

Con los ojos le decía yo que estaba monísima.

—¿No es verdad que está diciendo «Cógeme»?

—Sí, hija; aprovéchate. Ella no lo usará más probablemente—le dijo su hermana—. ¡Qué ridículo afán de renovar las modas cada día!

—Para mí, para mí el sombrerito—repitió mi adorada, quitándoselo y acariciándolo—. Y hay aquí unos retazos con los cuales voy a sacar siete corbatas para Constantino. A ti te haré una también. Pero ¡quia!, no... No me volverá a pasar lo de las camisas.

Mi prima mayor no se hartaba de admirar trapos. De su boca salían alternativamente expresiones que no concordaban bien unas con otras.

—¡Qué mujer más loca! ¡Qué sibari-

tismo estúpido!... Pero ¡qué cosa más elegante, qué *chic!* Da gozo ver esto...

—Micaela—dijo Camila, apartando su botín—, haz el favor de ver si se han ido ya esos moscones.

Los moscones no se habían ido; pero la hermana de Cicero se estaba despidiendo ya. María Juana y yo pasamos al gabinete y nos sentamos juntitos en un diván. Ella estaba pensativa; yo también, atendiendo con disimulo a los movimientos de Camila, que entraba y salía a ratos.

—¡Qué enseñanzas tan grandes encierra este palacio!—me dijo la señora de Medina poniéndose la careta filosófica que había adoptado casi como una prenda de vestir, y que verdaderamente no le sentaba mal—. Esto enseña más que libros, más que sermones, más que nada. Mírate, mirémonos todos en este espejo... Pero ¿adónde va a parar esta mujer, gastando siempre lo que no tiene, y dándose vida de princesa?... ¡Ah!, lo que yo dije. Carrillo era un pobre simplín, y en tales manos mi hermana tenía que perderse. Si hubiera caído Eloísa en poder de un hombre como Medina, que es la prudencia, la rectitud andando...

Dando cabezadas enérgicas me mostraba yo conforme con estas sabidurías.

—¿No te da gozo de verte libre de la esclavitud de estas paredes? Escapaste de milagro, porque tuviste un buen pensamiento, una inspiración. Di que no crees en el Angel de la Guarda. Y ahora parece como que tienes la nostalgia de esta perdición; parece como que no quieres afianzar tu victoria ni ponerte a seguro de otra caída. Si te discuidas, ya estás otra vez por los suelos. Porque tú eres muy débil; tú no sabes vencerte; tú no eres como yo, que me domino, soy dueña de cuanto hay en mí y no hago nunca más que lo que me dice la razón.

La miré mucho y sonriendo, único modo de expresarle la admiración que aquella excesiva virtud me producía.

—No es para que te pasmes... Vosotros los hombres sois más débiles que nosotras. Os llamaís sexo fuerte, y sois todos de alfeñique. ¡Nosotros sí que somos fuertes! Ese maldito poeta inglés, ese Shakespeare, era de mi misma opinión. Lee el *Macbeth*..., aunque supongo que lo habrás leído. Fíjate en aquel personaje, *hecho de la miel del cariño humano;* en aquel pobre hombre capaz de hacer el bien, y que hace el mal cuando la grandísima bribona de su mujer se lo manda; fíjate en ella, en lady Macbeth, que es el nervio y el impulso de la acción toda en aquel drama de los dramas. En fin, que nosotras somos el sexo fuerte, y sabemos ser heroínas antes que ustedes intenten ser héroes. De todo esto deduzco que vosotros escribís y representáis la Historia; pero nosotras la hacemos.

Aunque no podía ver bien claro a qué cuento venía todo aquello, expresé mi admiración otra vez con nuevos y más recargados aspavientos, ponderando el sentido crítico y lo escogido de las lecturas de mi prima.

—Eres una mujer excepcional—le dije, haciendo como que me entusiasmaba—; una mujer de cuya posesión...

Yo no sabía cómo acabar la frase. Busqué la sintaxis más sencilla para decirle: «No conozco ningún hombre digno de que tú le quieras de verdad. El que mereciera tal honra, debería ser la envidia de nuestro sexo, que tú con razón quieres que se llame sexo débil.»

—No seas tonto, no veas en mi nada superior—replicó, aventándose con modestia, de esa que se tiene a mano, como un abanico para darse aire—. Como yo hay muchas. Sólo que no se nos encuentra así..., a la vuelta de una esquina. Hay que buscarnos. Y el que...

No oí el resto de la frase, que, sin duda, era cosa buena, porque me distraje viendo a Camila que pasó por la habitación como buscando algo, y miraba debajo de los muebles. Cuando volví en mí, no alcancé sino estos ecos: «Yo soy mi rey absoluto, y no hago nunca sino lo que yo misma me mando... Ya lo sabes: no creas que tratas con esas que andan por ahí... Algo va de Pedro a Pedro. Vete sosegando y acostumbrandote a la idea de que no todo el campo es orégano. Cuando te domines, experimentarás la satisfacción purísima de ser dueño de las propias pasiones y mandar en ellas, como ese domador que entra en la jaula de los leones y les sacude...»

—Sí; pero se dan casos de que a lo mejor el leoncito saca las uñas y...

—No; no hay uñas que valgan, y, sobre todo, en este caso mío no hay peligro..., te juro que no hay peligro—declaró, tomando con más presunción la acti-

tud de heroína...—. No pienses más en esas locurillas que me has dicho la otra noche... Aprende de mí a quitar de la cabeza esos celajes de tormenta. Y ¡si vieras qué tranquilidad después de haberse limpiado bien! Cuesta un pequeño esfuerzo; pero se consigue, créelo, se consigue. Oye mi plan curativo: redúcese a una cosa muy sencilla; es una toma fácil, dulce, agradable, casi un refresco...

—Ya...

—Nada, que te tomas a Victoria. Cierra los ojos, hombre, y adentro. Ese matrimonio es mi orgullo; es la más santa de mis obras de caridad. Anoche hablé de ello con Medina, y créelo, se entusiasmó. Parecióme que se disipaba la ojeriza que te tiene.

—Yo no me caso—manifesté con énfasis.

—Lo veremos, lo veremos—respondió, acalorándose—. Cuando a mí se me pone una cosa en la cabeza... Si te obstinas, perdemos las amistades. Mira, mira: desde ahora te digo que no vuelvas a entrar en mi casa, que no me dirijas la palabra, que no me mires a la cara. Yo no existó para ti.

—Por Dios, María, esa pena es demasiado cruel.

—Yo soy así... Nada, nada: se queman las naves, y adelante. Bien para ti, bien para mí. Y se acabaron los peligros y las luchas; se acabó esa tentacion tonta, que me ha obligado a reconcentrar todas las fuerzas de mi espíritu, padeciendo mucho, créelo, padeciendo mucho... ¿Piensas que todo sale a la cara? ¿Piensas que no hay procesiones por dentro, cuando más vivo se repica?

—Pues si tú eres fuerte—le dije con fingido arrebato—, yo soy débil; yo no sé ni quiero vencerme. Mientras más te empeñas tú en ser heroína, más vulgar soy yo: y es que luchando vales más, y a los encantos que tienes añades el de la grandeza. Piensa lo que quieras; pero yo no cedo, yo no hago pinitos en la cuerda de la virtud, porque no sé hacerlos: se me va la cabeza, caigo y me estrello. Mejor, me gusta estrellarme. Despréciame si esto te parece una indignidad; pero no me digas que te imite, María; yo no soy de esa madera de santidad. Déjame que te admire, que te idolatre a mi manera, sin aspirar a cosa tan grande...

No sé cuántas tonterías dije, invenciones del momento, palabras confitadas y artificiosas, semejantes a esos castillos de caramelo y guirlache que se regalan el día más santo. Ella afectaba oírlas con pavor; pero en realidad le sabían a cosa dulce y regalada. No sé qué me habría contestado con sus filosofías y sutilezas. Quedéme sin saberlo, porque entró Camila de improviso y nos cortó el coloquio diciéndonos: «Han visto ustedes por alguna parte mi obra? No sé dónde la he dejado.»

—Sí, la tengo en el bolsillo—grité yo, sacándola y tirándole el ovillo y lo demás.

¡Necio! ¡Yo que pensé que la había dejado con intención junto a mí para volver a sentárseme al lado!

Como Camila estaba delante, María Juana no sacó más sabidurías, ni yo tenía gana de que las sacara. Habiéndonos quedado solos otro ratito, díjome sin venir a cuento:

—No sabes lo bueno que es Medina. No tienes idea de sus virtudes, tanto más meritorias cuanto más circunspectas. Compárale con tanto perdido como hay por ahí, algunos de los cuales conoces tú muy bien... ¿Quieres saber un rasgo suyo? Pues oye. No viene acá porque dice que le apesta esta casa. Es una manía: la llama la *antesala del infierno*. Aquí está, según él, *toda la podredumbre de extranjis*... Pero siente lástima de Eloísa al considerarla enferma, arruinada, sin un cuarto. «Ahora—dice—, los amigos huirán de ella como del cólera... Debemos socorrerla, sin que ella misma sepa que la socorremos; pues si no es así, ¿qué mérito hay?»

Sacó entonces la sabia una carterita de piel de Rusia sujeta con elástico, y abriéndola me mostró un manojillo de billetes de Banco, y me dijo:

—Mira, hoy me ha dado esto Medina para las atenciones de Eloísa... Son cuatro mil reales en billetes pequeños... Me ha encargado mucho no le diga quién se los da, sino que se los ponga en la gaveta donde tiene el dinero... Mi marido es así: le gusta hacer el bien en silencio, sin estrépito; no como otros que se dan bombo cuando le tiran algún perro chico a un pobre...

—El rasgo me ha gustado—afirmé con sinceridad—; pero hay una cosa..., y es que mientras yo esté aquí, Eloísa no ca-

recerá de nada. Es en mí un deber, y lo cumpliré.

Estábamos de rasgos, y yo no podía menos de sacar el mío. No me había acordado hasta entonces de socorrer a Eloísa; pero puesto que otro me echaba el pie adelante, yo me encalabrinaba un poco, queriendo ser el primero. Disputamos un rato, cada cual con nuestro tema.

—Te digo que haré lo que mi marido me manda.

—Te digo que no lo harás.

—Y tú ¿qué tienes que ver...?

—Tengo que ver..., que el socorro de Eloísa me corresponde a mí.

—No seas majadero.

—Pues no te empeñes; guárdate ese dinero.

—¡Qué pensará Medina!

—Nada, puesto que tú le dices que has cumplido su encargo.

—Claro..., una mentira.

—Es venial.

—Ni venial ni mortal, caballero. ¿Qué pinesa usted de mí?

—Pues arréglate como quieras...

—Pues mira, me guardo el dinero, y vaya esto sobre tu conciencia—exclamó con arranque y un poquito de elocuencia patética—. Contigo no valen los buenos propósitos. Eres el genio del mal, y corrompes cuanto se te acerca.

VII

Vimos pasar a Manolo Trujillo, a quien Camila conducía de la mano hasta la antesala, donde le esperaba un criado. El infeliz sonreía con tristeza, y en cada habitación dejaba un gran suspiro, cual si quisiera señalar su paso por ellas poniendo aquí y allí jirones de su alma. Hice señas a Camila para que no le dijese que yo estaba allí. No quería entretenerme. Poco antes había salido también la otra visita, y María pasó a ver a su hermana. Yo también pensé entrar; pero la borriquilla me dijo:

—Eloísa no quiere que entres. La señora no está visible más que para los ciegos... Dice que te des una vuelta por aquí mañana.

Yo no deseaba otra cosa, y me marché, no sin detenerme en el primer gabinete, fingiendo que tenía algo que hacer allí. Mi intención era esperar a Camila para echarle el guante cuando pasara y decirle algo. Pero no pareció, y aburrido me retiré. Aquella tarde supe por la criada que Camila fué a su casa a disponer sus cosas; pero antes que Constantino volviera del paseo a caballo, ya estaba ella de vuelta en la calle del Olmo. Miquis estuvo toda la noche desesperado, diciendo: «Ya no aguanto más. Si mi mujer me tiene en esta soledad otra noche, voy y me tiro por el viaducto.»

Al día siguiente era mi santo, y recibí algunos regalos. Muy temprano mandé a Eloísa un magnífico ramo de flores, y a eso de las once fuí a verla. Micaela y Camila se reían en mis barbas, después de darme los días. «La enferma estará ya bien cuando andan los tiempos tan bromísticos», pensé.

Ya iba a pasar, cuando mi prima me detuvo. «Espere usted, caballero; no tenga usted el genio tan vivo.» Y diciéndolo, sacaba de una cómoda un gran velo de tul de seda.

—¿Qué es eso?

—La mortaja—respondió, riendo a carcajadas, lo mismo que Micaela.

—¡Vaya unas bromitas de mal gusto!...

Rafael salió a mi encuentro, y le di los dulces y los juguetes que le traía.

—Ya puede usted pasar, caballero—me dijo la de Miquis saliendo de la alcoba.

Y entré con el niño en brazos. En la estancia había mucha claridad, y un fuerte olor de sahumerio. Parecía que se entraba en una alcoba de parida. Mi primera mirada fué para la cama, en la cual creía ver la destruída belleza de mi amor de antaño; mas no vi sino una cosa muy extraña que por de pronto me impresionó. Fué como cuando vemos inesperadamente un féretro. Y féretro pagano era aquello, sin duda, como comprenderá el lector por la breve pintura que voy a hacer. En vez del cobertor ordinario, la cama ostentaba una colcha riquísima de raso azul bordado de oro, que se había salvado no sé cómo del desastre de la viuda de Carrillo. Esta yacía entre sábanas, envuelta la cabeza en aquel tul de seda que yo había visto poco antes, dispuesto con graciosos y elegantes pliegues. Al través de la diáfana tela se veía y no se veía el rostro de la enferma. Los ojos lucían; pero las deformidades de la garganta quedaban esfumadas y como perdidas en los cam-

biantes y tornasoles de la tela. Así, de pronto, se veía la cara como si estuviera cristalizada en el fondo de uno de esos feldespatos que tienen reflejos de ópalo y ráfagas de nácar. Alrededor de la cabeza, Camila y Micaela habían puesto flores, muchas flores, sacadas del ramo mío y de otro que mandó Manolo Trujillo, esparcidas con arte y gracia, afectando lo que los retóricos llamaban *un bello desorden*. Bajo la colcha se modelaba como un bosquejo de escultura el cuerpo de Eloísa, recto, y sobre el raso azul aparecían los brazos con mangas de finísima y olorosa batista, y luego las manos blancas y sedosas con ricos anillos en los dedos regordetes. En toda la estancia los búcaros más lindos de la casa ostentaban flores. Yo no tenía idea, hasta entonces, de la coquetería mortuoria.

—¡Famoso cuadro!—exclamé pasada la primera sorpresa—. Está bien ideado y bien compuesto.

Y ellas ríe que te ríe, la una en mis barbas, la otra debajo del tul.

—Estas bromas me prueban que ya estás fuera de peligro.

—Cállate, no me hagas hablar. Se descompone el cuadro.

Y Rafaelito se impresionó tanto con aquella extraña apariencia de su madre bajo el velo, que rompió a llorar espantado. Logramos tranquilizarle, sacándole de la alcoba y dándole dulces.

La mejoría de Eloísa era tan manifiesta, que, según había dicho Moreno, el restablecimiento completo sería obra de una semana. Deseaba ella ver luz, recibirme, hablar conmigo, y su presunción ideó aquel artificio del velo, que, sin molestarle, ocultaba su fealdad.

—Tenía ya unas ganas—me dijo—de ver claridad, de oler flores, de estar entre cosas bonitas y frescas, y apartar de mí tanta pestilencia, que mandé sacar la colcha, adornar la habitación y esparcir las flores por la cama. Todo es en obsequio tuyo, por celebrar tus días. ¿No es verdad que hace bien? ¿Qué te has creído al entrar? Ello debe de parecer cosa antigua, del paganismo, así como cuando van a enterrar a una ninfa o a quemarla viva... Siéntate: no hagas visita de médico. Hoy vais a almorzar todos aquí. Vendrán Raimundo y mamá. Me alegraría de que viniese también María Juana.

—En nombrando al ruin...—dijo ésta, apareciendo en la puerta.

Sorpresa y risas. La *ordinaria de Medina* no celebró la ocurrencia menos que yo. A Raimundo, que vino un poco más tarde, parecióle excesivamente teatral, y sacó a relucir a Ofelia, Beatrice Cenci, Ifigenia y otras muertas célebres. La cosa era, según él, digna de un cromo de a peseta. Fuimos a almorzar, y lo hicimos todos con buen apetito, a excepción de Camila, que distinguiéndose siempre por su buen diente, estuvo aquel día un tanto desganada. Se le dieron bromas, y adelante. Después de las doce, cuando Raimundo se hubo marchado con el pesar de no encontrar forma humana de darme un sablazo, las dos hermanas y yo acompañábamos a la enferma, que persistía en la farsa aquella del velo. Camila retiró la colcha de raso azul, y se sentó a lo moro sobre la cama, cerca de donde se veía el bulto de los pies de Eloísa. Atenta al mete y saca del gancho, con el hocico un tanto alargado, ceñudilla y triste, parecía abstraída de la conversación general.

—Camila, ¿cuándo te divorcias?—le preguntó Eloísa.

—Déjame a mí... No tengo gana de bromas.

Y volviéndose a mí Eloísa:

—¡Ay, qué escena te perdiste la otra noche! ¡Yo estaba muriéndome, y sin embargo, me reía! Todo fué por no sé qué tonterías que le dijo el marqués a Constantino. El se puso como un tomate. Habías de ver a mi hermana. Cuando el marqués se fué, saltó como una hiena contra su marido..., le cogió por las soladas, empezó a decirle cosas; ¡pero qué cosas!... ¡Cuando yo me reí, estando como estaba!... Luego le olía la cara, el pecho; le olfateaba como los perros, diciendo: «Sí, no me lo niegues... ¿No te da vergüenza, truhán? Traes pegado el tufo o el *bouquet* podrido... Lárgate, quítate de delante de mí, no me pegues esa peste... Me divorcio, no quiero más hombre; me emancipo, me adulterizo...»

Eloísa la imitaba muy bien. Camila, bastante colorada y sin apartar los ojos de su obra, se sonreía de esa manera equívoca en que las contracciones de los labios son como un esfuerzo destinado a impedir que broten lágrimas.

—Al pobre Constantino un sudor se le

iba y otro le venía—prosiguió la otra—. No decía más que: «Pero, mujer..., si no huelo, si no huelo...»

Por fin vimos brillar la lagrimilla en las pestañas de la señora de Miquis. ¡Qué mona estaba! Me la habría comido.

—Vaya, cállate ya—dijo a su hermana—. No me hables más de ese pillo.

—Pero ¿no le has perdonado todavía? ¡Qué tonta eres!

—Hija, un desliz... ¿Qué hombre, por santo que sea, no tiene un mal pensamiento?

—Pero ¿tú estás segura de que olía? —apuntó María Juana.

Hicimos coro las dos y yo para impetrar el perdón del oliente culpable; pero Camila no se daba a partido. Después se serenó un poco; nos dijo que Constantino deseaba le dieran un mando en la reserva, y que ella se oponía si el destino era fuera de Madrid. «Pero ya no me opongo. Si se lo dan para Burgos, como dijeron, vaya con Dios. Quiero estar sola, quiero descansar de tanto trabajo. Soy una esclava: yo coser; yo hacer la comida; yo lavar; yo planchar; yo cepillarle la ropa; y embetunarle las botas; yo vestirlo; yo lavarlo; yo barrer mientras él duerme la mañana; yo escribirle las cartas a su familia; yo hacer café; yo ponerle los cigarillos en la petaca y contarle los que se ha de fumar cada día; yo enseñarle mil cosas que no sabe, hasta el modo de andar, y darle lección de lo que ha de decir cuando va a una visita; yo pensar por él, educarle, criarle como a un niño y dejar de comer para que él se vaya a los toros... ¡Que se vaya con mil demonios!»

—Pues, hija—dije yo prontamente—, si le conviene Burgos, dalo por hecho. Hoy mismo pido el destino a Quesada, que es grande amigo mío.

—Ya puedes coger tu sombrero y echar a correr para el Ministerio—replicó la de Miquis.

—No tan fuerte, mujer.

—Piénsalo...

—Siempre eres así. ¡Qué prontitudes!

Las otras dos siguieron dándole bromas, y yo mirándola, muy satisfecho del giro que aquello tomaba.

Salí para ir a la Bolsa, donde tenía un asunto urgente; y cuando volví, Camila había ido a su casa. Eloísa estaba sola y dormida, ya sin el velo. Miré su tremenda deformidad, y salí de puntillas de la habitación. En el gabinete me estuve hasta después de anochecido esperando a Camila, que llegó a eso de las siete, muy triste, suspirona y con pocas ganas de hablar. Díjele que al día siguiente me ocuparía del destino de Miquis, si ella persistía en sus ideas; a lo que me contestó, con un alfiler en la boca, doblando su velo:

—¿Pues no he de persistir? No más, no más... Descansará al fin de domar brutos. ¡Oh!, hay mucho que hablar. ¿Vendrás esta noche?

Este *vendrás* me sacó de quicio: sonaba ante mí como el chirrido de las puertas del Cielo cuando se abren, y como me lo dijo muy claro, quitándose el alfiler de la boca, a mí se me hacía la mía agua. ¡Ya lo creo que iría! Antes faltara una estrella del cielo que yo a la cita aquella, que me parecía tan dulce como maliciosa. Las nueve eran cuando entró en la casa. «Si hay gente, me luzco», pensaba. Afortunadamente, no había nadie más que mi tía Pilar, que llegó poco antes que yo. Iba allí a dormirse. Pero las cosas se me arreglaban mal, porque Eloísa estaba muy despabilada, y, poniéndome el tul, hízome entrar y rógome que me sentara a su lado.

—Ave María, chico: no me acompañas nada. Estás un ratito, por punto, y en cuanto pillas una ocasión te evaporas..., yo cuento los minutos que estás aquí solo conmigo, y... de fijo que a ti te parecen siglos. ¡Ay!, lo que va de ayer a hoy. ¡Qué tiempos aquellos! Se me arranca el alma cuando me acuerdo. Y ¡tú tan fresco! Dirás que yo tengo la culpa. Es cierto; pero no hablemos de culpas. Siéntate ahí y dame conversación; cuéntame algo...

¡Y yo que no tenía malditas ganas de plática! Pero no había más remedio. Hablé, hablé de mil cosas tontas y hueras, deseando vivamente que le entrara sueño y me dejara salir. Pero ¡quia! Mientras más me aburría yo, más se despabilaba ella. Pedíame noticias de mis negocios, de lo que hacía en la Bolsa, de mis ganancias. ¡Oh!, hablando de dinero, se entusiasmaba, excitándose mucho. Su pasión era el vil metal, viniera como viniese. Por fin, no sabiendo yo qué hacer ni qué decir, lleguéme al *secreter* que frente a la cama estaba y en una de cuyas gavetas tenía ella el dinero para su gasto diario.

—Estará la patria oprimida—indiqué, abriendo el canjoncillo y viendo muchos cuartos, poca plata y bastantes papeles—. Chica, qué arrancada estás. ¿Qué veo? Papeletas de Peñaranda de Bracamonte... ¿Y billetes? Ni medio. Son las últimas astillas del naufragio... ¡Qué desolación!

Eloísa no chistaba. Entonces saqué un paquetito de billetes de veinticinco pesetas y se lo puse allí sin decir nada. Ella debió de ver lo que hice, porque cuando volví junto al lecho me dijo:

—Gracias a ti no tendré que vender lo poco que me queda para mandar a la botica. Ya sabes que siempre se te quiere, aunque tu tes hagas el interesantito.

Y vuelta al endiablado palique de negocios y de mis operaciones. Yo no tenía sosiego, porque sentía a Camila entrando y saliendo en el gabinete próximo, como inquieta. El asiento me quemaba, y habría dado no sé qué por poder dejar a Eloísa con la palabra en la boca y marcharme. Pero ella no ponía ni dejaba poner punto ni coma. Estaba hambrienta de conversación; y yo, rabiando de inquietud, excitado, el alma fuera de allí, pidiendo a Dios que entrase alguien para endosarle a mi interlocutora.

—Me parece—dije al fin—, que tanto hablar ha de hacerte daño a la garganta. Mucho gusto tengo en conversar contigo; pero será mejor que nos callemos y que me retire, a ver si te duermes.

Lo mismo fué decirlo, que se puso hecha un basilisco.

—¡Siempre lo mismo! Si es lo que yo digo, te aburro. Estás aquí por punto, y no ves la hora de dejarme. ¡Qué desconsideración, viéndome enferma, consumida en esta miseria!... Confiésalo: ¿no es verdad que te soy antipática?

Yo no lo confesé; pero sí que me lo era. Digo más: en aquel momento la odiaba. Parecíame un sueño estúpido que yo hubiera querido a semejante mujer, y que aun en aquel caso la aguantara, por un sentimiento de delicadeza llevado al extremo. Disculpéme como pude, aunque debí de hacerlo muy mal, a juzgar por las quejas de ella. Al cabo, no pudiendo resistir más la impaciencia que me devoraba, salí con no sé qué pretexto. Pilar dormía en un sillón del gabinete. Creí oír la voz de Camila en la pieza inmediata, que estaba a oscuras. Pasé a ella, y... el vozarrón de Constantino fué lo primero que hirió mis oídos; sí, su odiosa voz que decía: «Niña de mi alma, me muero por ti.» Como el pájaro salta de la rama al sentir ruido así saltó Camila de encima de las rodillas de su esposo cuando yo entré. Fué un susto momentáneo, pues no habiendo malicia en aquella confianza matrimonial, se volvió a sentar sobre él y se hicieron los dos una bola delante de mí; con tanta apretura se abrazaban. Ella le cogía la cabeza como si se la quisiera arrancar, y le decía: «¡Ay, mi asno querido! ¡Qué rico eres!» El la mordía, gritando: «¡Te como!»; y ella... «¡Mal rayo!» Lo peor fué que se volvió hacia mí y me dijo: «Ya ves, José María: nos hemos reconciliado.»

—Ya podríais—repliqué, disimulando mi mal humor—dejar esas cosas para cuando estuvierais solos en vuestra casa.

—¡Miren el tísico este...! Pues ¿qué hacemos de malo? Si es cosa natural...

—¡Digo..., y tan natural...!

—Que no es lo que te crees... Si todo se reduce a querernos... Mira tú: no tendría inconveniente en hacer esto en la Puerta del Sol...

—Entonces, ¿por qué diste un salto cuando yo entre?

—Porque me asustaste.

—Vamos a ver, ¿y cuál de los dos ha pedido perdón al otro?

—Los dos.

—¿Y cuál era el ofendido?

—Los dos.

—¿Y quién tenía razón?

—El y yo.

—¿Y es verdad o era mentira lo de...?

—Mentira, mentira.

—Pues sí..., idos a vuestra casa.

—Ahora mismo—dijo Camila, inquieta, levantándose—. Aquí no hago falta ya. ¡A nuestra casita!... ¿Nos prestas tu coche, esperpento?

—Sí, abajo está; podéis tomarlo.

Constantino me daba abrazos sofocantes, demostrándome su leal cariño y su corazón de angelote. No recuerdo bien lo que hice después: tan aturdido estaba y tan requemada tenía la sangre. Creo que volví al lado de la pobre enferma, y que estuve charlando con ella como una máquina, diciendo mil vaciedades, hasta altas horas de la noche, en que se quedó dormida.

VIII

DE LA MÁS RUIDOSA Y DESAGRADABLE TRAPISONDA QUE EN MI VIDA VI

I

¡Qué mal concluyó para mí aquel condenado mes de marzo! Todos los días que siguieron al de mi santo fueron aciagos. Ya era un disgusto con Villalonga; ya que se me perdía un billete de Banco en el Bolsín; ya que me machacaba un dedo en una puerta, o se me volcaba la botella de tinta sobre la mesa. Añadid a esto que se me despidió la cocinera; que se me desalquilaron dos pisos; que el inquilino del tercero de la derecha por poco me pega fuego a la casa; que la hija del portero cayó mala con viruelas; que *Partiendo del Principio* me dijo que yo no sabía de la misa la media; que cogí un fuerte constipado; que el espadista Raimundo halló medio de sacarme dinero; que la liquidación de fin de marzo no fué muy buena para mí, y comprenderéis que yo tenía razon para quejarme de la Providencia y poner el grito en el cielo. Pero aún falta lo mejor, es decir, lo peor, y vais a saberlo: ni mi liquidación ni aquellas otras contrariedades me afectaron tanto como el golpe que recibí el primero de abril. La casa Hijos de Nefas, de que yo era socio comanditario, había suspendido sus pagos. Los negocios de Jerez iban de mal en peor; la crisis se agravaba, y tener dinero allí principiaba a ser peligroso. De la quiebra de los Nefas esperaba yo salvar algo; mas me inquietaba el no haber cobrado aún el trimestre vencido de mis arrendamientos. En fin, que aquello se ponía feo.

Viendo caer sobre mí tantos males, decía: «Por fuerza tiene que caerme ahora algún bien muy grande.» Y recordando la preciosa sentencia *sperate miseri, cavete felices*, añadía: «¡Si será que ahora me va a querer Camila...!» Porque con tal resarcimiento, ya daba yo por buenas todas las calamidades de fin de marzo. Habíame vuelto muy supersticioso; creí en las compensaciones, en el ten con ten de los sucesos para formar este equilibro que llamamos vida, y ved aquí cómo se me metió en la cabeza que Camila me iba a pagar, al fin, el grande amor, o mejor dicho, la demencia que yo sentía por ella.

Durante los días de Semana Santa, me estretuve, no sabiendo qué hacer, en continuar las Memorias principiadas en San Sebastián. Como desde el verano no había puesto la mano en ellas, costóme algún trabajo coger la hebra del relato y avivar los fuegos interiores, que llamo inspiración por no saber qué nombre darles, y sin los cuales fuegos no es posible llevar adelante ningún trabajo literario, aunque en él, como sucede aquí, no tenga parte la invención. Tan buena traza me di, que en cuatro o cinco noches y otras tantas mañanas despaché todo lo de la temporada en la capital de Guipúzcoa, mis trabajos bursátiles en Madrid, la pintura de las cosas y personas que observé en casa de María Juana, las filosofías de ésta, y, por último, la enfermedad de Eloísa. Aquí di punto, esperando los nuevos sucesos para calcarlos en el papel en cuanto ellos salieran de las nieblas del tiempo

Poco o nada adelanté con Camila en aquellos santos días, porque a ella le dió por ir mucho a las iglesias y asistir al *Miserere* de la Capilla Real, visitar todos los sagrarios y andar las estaciones. Ella y su marido se pusieron de tiros largos, y no quedó un monumento que no vieran. El viernes, de vuelta de aquellas correrías, estuvieron en casa, y la exploré por ver si se le había desarrollado la manía religiosa, para, en caso afirmativo, volverme yo beato también. Pero no: sus ideas no habían variado, y aun me pareció hallarla más librepensadora que antes. Tomaban ambos aquello como distracción gratuita, o como un medio de lucir los trapitos de cristianar.

—¿Estás escribiendo tus Memorias? —me dijo, viendo las cuartillas sobre la mesa... Estarán buenas. Habrá ahí mucha papa... Y di: ¿me sacas a mí? ¿Sacas a Constantino? Entonces, ¡qué gusto!, nos haremos célebres. Y a propósito, me vas a hacer el favor de prestarme algunos libros. Nosotros no tenemos dinero para comprarlos. Mi marido, cuando nos casamos, no llevó a casa más que el *Bertoldo*, el *Arte de torear*, de Francisco Montes; las *Mil y una barbaridades*, dos o tres libros de su carrera, *El mago de los salones* y los *Oráculos de Napoleón;* en fin, cuatro porquerías. El otro día se los vendí todos a un prendero por cinco reales...

Díjele que mi biblioteca, escasa y des-

ordenada, pero superior a la de todos los españoles ricos, estaba a su disposición. Contestóme que no quería los libros para leerlos ella, pues no tenía tiempo de ocuparse en boberías, sino para que Constantino se entretuviera en sus ratos de ocio, que eran los más del año. Así se iría poco a poco desasnando y aprendiendo cosas, y no diría tantos disparates en la conversación. Miquis, recorriendo con vivo interés los rótulos de mi estante, demostraba sentir en su alma un gran apetito literario. ¡Qué bien le venía darse un verde! Su ignorancia era rasa. «Mi hombre—dijo Camila mirando la librería—, está más limpio que yo. Figúrate que soy una sabia a su lado. Ayer me disputaba que la Australia es una isla de Asia. ¿No es verdad que está en la Oceanía, y que no es isla, sino continente, donde hay mucho salvaje? Y decía que Federico el *Grande* era emperador y que le llamaban Barbarroja, y que se debe decir *carnecería* y no *carnicería*... En fin, préstanos libros, y yo te respondo de que se le pegará algo, pues aunque tenga que abrirle algún agujero en la cabeza, él ha de aprender o no soy quien soy. No quiero más burros en mi casa. A ver, querido Cacaseno, echa un vistazo a estos letreros y escoge lo que mejor suene en tus orejas para que te civilices... ¿Qué es esto? Muller... *Historia Universal.* ¡Hala!, te conviene. A ver si te lo tragas todo. *Chaskepire*... ¡inglés! Nos estorba lo negro, chico; y aunque estuviera en castellano, éstas son muchas mieles para tu boca... Sigue mirando. No, no me cojas un verso, porque te divido. Prosa, hijito; prosas claras que enseñen lo que se debe saber. Historia, y alguna novela para que me la leas a mí de noche. ¿Qué es esto? *Life of*... Esto es cosa de la *jilife*. Déjalo ahí. No va con nosotros. *Don Quijote*... ¡Hala!, tu paisano; llévalo. ¿Y esto? Padre Rivadeneyra... Esto de padre me huele a religión... No te metas con eso. *La Revolución francesa*... Cógelo, cógelo...»

Constantino apartó muchas obras. Después cayó su esposa en la cuenta de que en vez de llevarse un quintal de papel, era mejor que fuesen tomando los libros conforme los necesitasen. «¡Hala!, carga con el Muller, y vete subiendo, ¡arre!», dijo a su marido, que obedeció. Quedóse ella detrás, y cuando el otro estaba ya en la escalera, volvióse hacia mí y me dijo con secreteo:

—No quería hablarte de esto delante de mi cara mitad; pero en dos palabras, ahora que él no nos oye...

—¿Qué?—preguntéle con afán.

—Que me vas a dar toda la ropa que deseches. Yo veo que tú te haces muchos trajes muy buenos y que sólo te los pones un mes. Es un despilfarro. Yo aprovecharé para mi pobre Bertoldo lo que me quieras dar. Es una lástima que lo des todo a tus criados.

—Pero, mujer, es humillarle...

—Déjate de monsergas... Me das unos pantaloncitos, o dos, o tres, y yo se los arreglo a él... Lo mismo te digo de algún chaqué o americana.

—Me parece que...

—El no chista si yo se lo dispongo así. ¡Que es humillante...! Ríete de tonterías. Lo que yo quiero es no gastar dinero.

Pensé decirle que se encargara, por cuenta mía, toda la ropa nueva que quisiese; pero esto no habría pasado seguramente. Despedíla en la puerta, y subiendo a escape la escalera, me saludó desde el segundo tramo con un gesto y una cabezada. No cerré mi puerta hasta que no sentí el golpe de la suya, cerrándose tras ella.

II

En abril se me recrudeció de un modo espantoso aquel desatinado cariño que le puse a mi borriquita, y me dejé dominar y vencer de mi desvarío hasta llegar a un punto cercano a la imbecilidad. Ya no había fuerzas de la razón ni de la voluntad que me contuvieran. El no poseer lo que con tanto ardor deseaba poníame como tonto y en situación de hacer verdaderas sandeces. Mi amor propio, herido también, se daba a los demonios. Mi saber de negocios se oscureció, y el gusto de ganar dinero quedó reducido a muy secundario lugar. Desde que abría los ojos hasta que los cerraba, aquella maldita hembra salvaje, feliz, burlona y siempre incomprensible para mi ceguera intelectual, no se me apartaba del pensamiento. Iba conmigo al Bolsín y a la Bolsa, y la veía en las figuras estampadas en talla dulce sobre el sobado papel de los billetes de Banco; y formaba parte de mí mismo, como un instinto, cual una idea innata que no se puede desechar. ¡Ay, qué borriquita aquella! ¿Qué

le había dado Dios para enamorarse así, con delirio y afanes de muerte? ¿Sería simplemente la falta de éxito lo que me arrebataba? ¡Se me quitaría aquel vértigo si viera satisfechas mis insensatas ansias?

Ultimamente no hacía yo extremos delante de ella, porque solía enfadarse y ya tenía morros para muchos días. Díjome seriamente una vez que si continuaba con mis tonterías de la *edad del pavo,* se mudaría de casa, se marcharía de Madrid en caso necesario, pues no le era posible aguantarme más. Tuve que recoger vela, mucha vela; no menudear tanto mis visitas, y éstas acortarlas todo lo que me era posible. Hallábame en su presencia algo cohibido, no sabiendo a veces qué decirle, pues de no vaciar lo que dentro tenía, mi estupidez era absoluta. ¿Hablar? ¿Y de qué? Yo no sabía hablarle más que de una cosa, y esto me estaba vedado. Por lo cual valíame de mil subterfugios para decirle siempre lo mismo aparentando decirle otra cosa. ¡Maldita pasión aquella que no tenía ni el consuelo de ser sincera!

A solas me despachaba yo a mi gusto, caldeando el horno de mi pensamiento y haciendo vivir allí mi ilusión como si la incubara. Y tenía particular gusto en suponer siempre a Camila refractaria a mis sugestiones de amor ilícito. Mi fantasía me arreglaba las cosas de otra manera más gallarda. Ved aquí cómo. La borriquita no quería por ningún caso *adulterizarse,* como graciosamente había dicho a su hermana. Pero Constantino se moría, y muerto el obstáculo, casábame yo con ella, y vivíamos en paz y en gracia de Dios. De este modo venía a mí con el prestigio inmenso de una gran virtud, y yo me relamía de gusto pensando en la dicha de hacer pareja y familia con aquella encarnación de la alegría humana, con aquella siempre pura, picante y sabrosísima sal de la vida. Por este camino íbame siempre más contento y encandilado que por ningún otro de los que la imaginación me mostraba. ¡Sí; Camila viuda, Camila mi mujer, por la ley, por la Iglesia, con la mar de bendiciones sobre nuestras cabezas! Este era mi ardiente anhelo. Si, al fin, Dios me concedía tanta ventura, hallábame dispuesto a ser el hombre más religioso del mundo y a darme todos los golpes de pecho que fueran compatibles con la solidez de mi caja torácica.

Las consecuencias de este delirio no tardaban en sacarse por sí mismas, y se me aguaba la boca pensando en que de Camila y de mí había de nacer aquella serie de héroes por orden alfabético, sin parar lo menos hasta la ene. Tendríamos a Belisario; después, a César, Darío Epaminondas..., hasta el mismo Napoleón. Pero ¡qué demonio! He aquí que una contrariedad grave surgía inesperadamente. Y si eran hembras, ¿qué nombres de heroínas les pondríamos? En fin, todo se arreglaría. Lo que importaba era que ella fuese mi mujer, y verla a mi lado para siempre, amándome con aquella constancia incomparable con que amaba a su burro. Y entonces yo me estaría a su lado todo el santo día, reiríamos, jugaríamos, constantemente ocupados en los dulces quehaceres domésticos, y encaminando y dirigiendo la heroica y alfabética prole.

Fijóseme entonces la idea de que todos los males nerviosos, fueran o no provenientes de la diátesis de familia, se me quitarían cuando me casara con ella. No más ruido de oídos, no más debilidad anémica. Mi mujer me infundiría su potente salud y hasta su hermosísimo apetito. Lo llamo así, porque una de las cosas, podéis creerlo, que más me encantaban en ella, era sus envidiables ganas de comer. No sé si los idealistas dirán, como ella, que esto es *papa;* pero tómenlo como quieran. El apetito de Camila, rayano en la voracidad (si bien comía siempre con compostura y buenos modos), era para mí uno de sus principales hechizos. Lo he dicho antes y lo repito ahora para que nadie lo dude. Aquel buen diente me entusiasmaba; era algo tan resplandeciente en el orden físico como su conciencia en el orden moral; era el contrapeso de la misma conciencia, fenómeno que, armonizado con la paz interior, establecía en aquel privilegiado ser un hermoso y fecundo equilibrio.

Pues todos estos sueños míos venían a tierra en cuanto caía en la cuenta de que Miquis no se moría ni llevaba camino de eso. ¡Si estaba hecho un acebuche y no padecía la más ligera dolencia!... ¡Qué chasco me llevé un día! Subí, y la misma Camila me abrió la puerta.

—No hagas ruido—me dijo—, que hoy no he dejado levantar a Constantino.

porque ha pasado mala noche. Debe de ser un pasmo. Estuvo inquieto y con una punzadita en un costado, que me alarmó.

—¿Qué me cuentas, hija, qué me cuentas?

—Pienso que le pasará. Le he dado mucha flor de malva, y he mandado llamar a Augusto.

Pensé que de aquel modo suelen empezar algunas pulmonías graves, de esas que despachan en tres días al hombre más robusto. «Si será, si será al fin...» ¡Ira de Dios! Al día siguiente estaba el manchego como si tal cosa, comiendo como un animal y rebosando vida.

No he vuelto a decir nada de aquel proyecto suyo de servir en un escuadrón de reserva. Como mi prima me dijo que ella también se iría a Burgos, cosida a los faldones de su esposo, resolví no pedir el destino; pero, deseando colocarle, solicité una plaza en la Dirección de Caballería, y entre el ministro, que quería servirme, y Morla, que lo tomó casi como suyo, la cosa se hizo a principios de abril. Marido y mujer me estaban muy agradecidos, y yo, muy esperanzado con la seguridad de que mi hombre se pasaría en el Ministerio la mayor parte del día. Temí que, en vista de su inutilidad, le pusieran en la calle; mas no fué así. El era, naturalmente, torpe; pero se aplicaba, ponía sus cinco sentidos en el trabajo y concluía por vencer su rudeza. Cuando estaba en casa, su mujer le ponía los libros en la mano, le mandaba leer y estudiar, tratándole como una madre vigilante y cariñosa trataría a un niño que está en vísperas de exámenes.

—Cacaseno, lee; mira que no has de ser un podenco toda la vida. Es preciso saber algo, aunque no mucho, porque si fueras sabio, hijo, me apestarías.

—Pues te respondo de que no lo seré —solía él contestarle—. Estate tranquila.

Por el general Morla, que a petición mía tomó informes en la Dirección, supe, ¡oh sorpresa!, que estaban contentos con él. Dejóme esto turulato. El chico era trabajador, aplicadillo, y no tan torpe como yo creía. Su propia conversación revelábame a veces no sé qué progresos de cultura. Ya no decía tantísimo disparate; ya había aprendido a callarse cuando ignoraba una cosa, lo que no es mal principio de sabiduría, y aun de cuando en cuando se atrevía a manifestar, poniéndose muy colorado, opiniones que encerraban, no diré que talento, pero sí buen sentido y una apreciación clara de las cosas.

—Hija, tu borrico se va volviendo una lumbrera—decía yo a Camila.

Y ella, reventando de vanidad, callaba.

—Constantino es un chico que vale. Durante algún tiempo, su mérito ha estado oscurecido por falta de pulimento. En manos de una mujer de inteligencia, ese muchacho sería otra cosa.

Esto lo decía (habréislo comprendido) la pomposa María Juana, con cierto aplomo pedantesco y doctrinal. Aquel día había ido a ver a su hermana. La costumbre de esas visitas era reciente en ella, pues antes se pasaban meses sin que asomara las narices por allí. No una vez sola, sino dos o tres, expuso el generoso móvil que la guiaba al personarse en la humilde vivienda de su hermana menor, el cual no era otro que enseñar a ésta algo de lo mucho que no sabía, infundiéndole ideas de orden y gobierno.

—Pues ¿sabes—le dijo Camila con buena sombra—que si hubiera estado esperando por ti para aprender a gobernar mi casa ya estaría fresca?

No dándose por vencida, María Juana afirmó que, aunque su hermanita había aprendido bastantes cosas por sí, aún le faltaba mucho que saber. No era esto simple jarabe de pico, pues la sabia solía enviar aquellos días, cuando no los traía ella misma, regalos de poca importancia, pero muy de agradecer. A veces era un cacharrito para adornar la consola, piezas sueltas de ropa blanca y mantelería, cuchillos y tenedores, una cortina que a ella no le servía, una lámpara que le sobraba.

—Estoy asombrada—me dijo Camila—de ver cómo se corre mi señora hermana.

Y casi nunca dejaba la ilustre señora de Medina de hacer escala en mi casa, al entrar en la de su hermana o al salir de ella. Siempre estaba de prisa, y todavía no se había sentado, cuando ya se quería marchar, o al menos manifestaba intenciones de ello. ¡Y qué interés demostraba por mí!

—Tú estás malo; a ti te pasa algo muy grave. Si no tienes absoluta franqueza conmigo no podré acudir en tu socorro.

Y, mirándome con ojos dulces, no se hartaba de incitarme a la confianza. Quería una confesión total de mis belenes y aventuras; ansiaba saber hasta lo que

nunca se dice, y érame forzoso obsequiarla con algunas mentiras para que me dejase en paz. Un día su vivo afecto resplandeció más desinteresado que nunca, llegando a decirme, no sin emplear bonitas circunlocuciones y perífrasis, que yo estaba en el caso de que se me aplicara el benéfico tratamiento que madame Warens empleó con el pobre Juan Jacobo para apartarle del vicio.

—¿Y quién es capaz de comprobar —añadió—el inmenso sacrificio que esto entrañaba para la bondadosa madame Warens? Nadie. Ni el mismo Rousseau juzga a aquella excelente señora con la benevolencia que se merece. ¡Qué difícil es penetrar el móvil de las acciones humanas! Ni las que parecen buenas ni las que parecen malas se pueden justipreciar por lo que resulta. Si la conciencia tuviera una cara suya, exclusivamente suya, veríamos cosas muy singulares. ¡Cuántos que pasan por grandes delincuentes o por monstruos de egoísmo serían vistos de otra manera!

Otras veces su tono era muy distinto, tirando a lacrimoso y pesimista.

—No debo hacerme la ilusión de que pueda existir en el fondo de mi alma algo que me disculpe; ni menos dar a este algo un saborete de idealismo humanitario para que pase mejor. No pasa: es moneda falsa, y la suenan y miran allá arriba, y me la tiran a la cara, diciendo: «¡Señora, usted es una...!» Me desprecio yo misma; tengo ratos de secreta tribulación, y hasta me parece que soy peor que Eloísa, que es cuanto hay que decir.

Contestábale yo con frases tan rebuscadas como las suyas, que de antemano preparaba, disimulando con palabrotas y epifonemas de las de repertorio el arrepentimiento que, al poco tiempo de haberme metido en el fregado, empezaba a sentir. Porque hay cargas que se hacen más ligeras cada día, y otras que empiezan livianas y son al poco tiempo insoportables. En cierto terreno, las filosofías, el discretismo y la tendencia a sacar las cosas de quicio, son lluvia importuna que ahoga la ilusión sin lavar el pecado, y declaro ingenuamente que, sobre todas las cosas que inquietaban mi espíritu en aquellos días, vino a molestarme y aburrirme la tenaz idea de hallar un modo hábil y delicado de romper lazos que me eran odiosos apenas establecidos. ¡Buena tenía yo la cabeza para sacar virutas de amor filantrópico y de psicologías enrevesadas que ni el Verbo las entendía! Ni qué otra cosa sino malos podía producirme aquello de amarme por salvarme, y el sacrificio del honor pequeño al honor grande. A más de esto, aquellos en mal hora nacidos tratos se desvirtuaban a sí mismos por el sinnúmero de precauciones, llevadas a un extremo ridículo, que inventaba mi prima como para expresar en forma práctica y visible sus escrúpulos de conciencia. Exageraba los peligros y aun parecía que los buscaba; creíase perseguida por fantasmas, y hablaba de sus terrores con cierta afectación dramática. ¡Y vuelta a insistir en lo de que su conciencia valía más que sus actos, en que quizá llevaba en su espíritu gérmenes de redención!

Para remate de todo este jaleo, hacía paralelos entre su marido y yo. ¡Ah! Por más que la personalidad física me diera a primera vista alguna ventaja, el otro valía más. ¡Qué diferencia entre el ser moral de uno y otro! Aquél sí que era hombre. Ella no le merecía. ¿Qué le había de merecer? Pero ya que no otra cosa, elevábase en cierto modo hasta muy cerca de él por la admiración que le inspiraba. Por fin, este sacro respeto sería la medicina que debía volver la perdida salud a su conciencia. ¡Y que yo no entendiera una palabra de estas cosas tan sabias! Declaraba, eso sí, con la mayor humildad, que me reconocía muy inferior, moralmente, al señor de Medina, y el secreto y maligno gozo de haberle jugado tan bonitamente la mala pasada no excluía la sinceridad de aquella declación.

—Me alegro que lo conozcas—decía ella—. Eso prueba que tu entendimiento no se ha extraviado. Esto pasará pronto, tiene que pasar. Ha sido uno de esos desvaríos que nacen de una buena intención, y son como una línea recta que se tuerce por querer ser demasiado recta. *(El demonio me lleve si lo entendía yo.)* Desaparecerá, seguramente, este repliegue de nuestra vida sin dejar señal, y entonces haz por querer y reverenciar a Medina; ponle cariño, penétrate de su mérito colosal, tómale por modelo si puedes, constitúyete en su imitador hasta donde alcancen tus débiles fuerzas. Yo te alentaré, no te dejaré de la mano. ¡Feliz tú si consigues asimilarte aquellas virtudes!...

Y por aquí seguía. No me fiara yo de

ciertas ventajas personales, que, en rigor, para nada valen. ¿Qué significan las prendas físicas? Absolutamente nada, pues son cosa que se deslustra y pierde con el tiempo. Lo que importa es la belleza del alma. ¡Oh el alma!... ¡Pues no faltaba más sino que un buen palmito...! En fin, señores, que aquella sabia me tenía frita la sangre. Aquello no era vivir ni Cristo que lo fundó.

III

Todos los días veía a Medina en la Bolsa, paseándose de largo a largo, o arrimado al grupo de Ortueta, Barragán y otro. Hallábale ya más complaciente conmigo, dándome lugar a suponer desvanecidas ciertas prevenciones que contra mí nacieron en su alma. Como yo iba poco por su casa, siempre teníamos algo que hablar.

—Me ha dicho mi mujer que, poco a poco, va metiendo en cintura a la pobre Camila y enseñándole a ser mujer de gobierno. Trabajillo le costará; pero como se le ponga en la cabeza... Ya, ya sé que ha colocado usted a Constantino en Guerra. Yo siempre lo he dicho: no es tan zoquete como han dado todos en creer... Pero vamos a lo que importa. ¿Toma usted a noventa y cinco, fin de mes?

Mis negociaciones de aquellos días, y no fueron pocas, hícelas con cierto aturdimiento, jugando por rutina o por querencia del oficio, muchas veces sin darme cuenta clara de la operación. Y es que mi chifladura, por una parte, y por otra mi gran debilidad física, pusiéronme en un estado tal, que sólo me faltaba hacer eses, andando por la calle, para parecerme a los borrachos. Por lo demás, el mismo entumecimiento cerebral, la misma oscuridad en las ideas y, sobre todo esto, una apatía y una desgana que me abrumaban. Cansado del bullicio del local y de su pesada atmósfera, íbame al rincón a hacer compañía al pobre Trujillo, o a que me la hiciera él a mí. Hablábamos algo de negocios, aunque, sin saber cómo, salía a relucir la conversación de mujeres. El no ponía en sus labios el nombre de Eloísa sin acompañarlo de grandes encomios y de acaloradas expresiones de desconsuelo. Indudablemente, no era una santa; pero ¡qué ideal mujer! Gozaba mucho visitándola, y departiendo un rato con ella, oyéndola no más, *viéndole* el metal de voz, como decía el infeliz. La contemplaba en su interior tal como había sido en mis tiempos, y no podía hacerse cargo de la desfiguración de su rostro. Para consolarle, díjele que Eloísa había recobrado por completo su hermosura, y era la misma de siempre. Arrojaba él entonces un suspiro muy grande a la atmósfera turbia y humosa del local, y parpadeaba mucho, como si quisieran sus ojos romper la niebla que los envolvía.

A la otra tarde hablamos de lo mismo; pero me dijo una cosa que me puso en ascuas y me llenó de confusión.

—Ya sé—murmuró Trujillo, aplicando sus labios a mi oído—que se ha enredado usted con Camila. Debe de ser cosa antigua; pero hasta hace pocos días no ha salido en la *Gaceta*. Ya sabe usted que la *Gaceta* es la boca de la de San Salomó.

Faltóme tiempo para negar aquello, que era una falsedad calumniosa. ¡Demasiado lo sabía yo! Mi corazón podría echarse fuera y publicar a chorros de sangre la inocencia de la pobre Camila. Por más que hice, no pude convencer a Trujillo. Creo que si llega a tener vista, me conoce en la cara que decía la verdad: con tanta fe, con tanto calor me expresaba yo.

—Puesto que usted no lo quiere confesar—me dijo—, volvamos la hoja.

Mas yo no la quise volver, y otra vez hice el panegírico de la pobre calumniada, de aquella virtud que yo quería que no lo fuese en el momento mismo de tomar tan a pechos su defensa. ¡Sabe Dios que me hubiera sido muy grato mentir en tal ocasión! Tuve un rasgo de maldad, de esas que nacen del amor propio o de la miseria que llevamos dentro, como por fuera nuestra sombra, y eché a perder aquel ardiente elogio de la calumniada, diciendo esta gran tontería:

—Créame usted, Manolo: mi prima Camila es una virtud intachable. Puede que no lo sea mañana; pero hoy por hoy lo es.

Y él, incrédulo siempre. ¿Es que aquella opinión era de las cosas que se caen de su peso? ¡Triste cargo de conciencia, sin comerlo ni beberlo, como se suele decir! Tal golpe me faltaba para llevarme

al último grado de la confusión y del trastorno físico y moral. Con verdadero terror hallé en mi estado no sé qué semejanza con el de Raimundo en sus días de crisis. El furor imaginativo era síntoma de mi desorden como del suyo, porque últimamente di en la flor de forjar historias como las de él, y aún más extravagantes y pueriles todavía. Cáusame cierta vergüenza el tener que confesarme del pecado infantil de suponer lances que jamás pasan en la vida, y que ni aun en la literatura se ven ya, como no sea en romances de ciegos, en aleluyas o en algún inocente libraco de los que leen las porteras en sus ratos de ocio. Figurábame ser príncipe disfrazado que salvaba a una joven desconocida. La joven me tomaba por pastor, y yo me volvía loco de amores por ella. Otras veces era ella mi salvadora, asistiéndome en una grave enfermedad, y adiós disfraces y tapujos... Cuando la chica descubría que yo era príncipe, se le caían las alas del corazón pensando que no me había de casar con ella. Mucho lloro, pataleo y sofoquina. Yo le guardaba la gran sorpresa para el final: y cuando se enteraba la pobre de que habría casorio, me quería comer a besos. Excuso decir que la tal soñada mujer mía era Camila. Y tras esta historia, la misma empezada por segunda y tercera vez, o bien otra nueva tan tonta, ridícula y disparatada como la anterior.

No puedo comparar mi espíritu sino a una cuerda muy estirada y vibrante que al menor choque o rozamiento respondía con ecos intensos, o bien con un son repentino que hacía saltar mi ser todo cual si estuviera montado sobre muelles. Para producir estas vibraciones en mí, no eran necesarias causas mayores. Cualquier incidente sin importancia, la vista de un objeto que no tenía maldita relación con mi estado, un libro, una estampa, un árbol, el semblante de cualquier transeúnte, el oír una frase dicha al lado mío, heríanme y pulsábanme, haciéndome sonar. Era una sacudida que me producía brevísimo rapto de júbilo, y en seguida sensación de tristeza, harto más larga y de variable intensidad, según los casos.

No me hice cargo de mi semejanza con Raimundo hasta un día que me tropecé con él en la calle de Alcalá, y me dijo, paseando juntos:

—Anoche me acosté pensando que me había casado..., mujer ideal, cosa rica... Imaginar un día de boda con todos sus incidentes, es cosa que le doy yo a cualquiera... Pues nada, que me lo creí. No pienses; todo era un delirar casto y platónico, la cosa más ideal que puedes figurarte. El relieve que las cosas tomaban en mi mente era tal, que llegué a coger miedo y encendí la luz. Porque en la oscuridad veía yo a mi novia como te estoy viendo ahora a ti. Era una criatura tan sumamente superferolítica y angelical, que la idea sólo de poner las manos en ella me parecía una profanación.

¡Y yo que imaginaba algo semejante!

—Di—le pregunté—: ¿cómo estás del reblandecimiento?

—Muy mal, chico, muy mal. Me parece que no escapo. ¿Por qué lo decías? ¿Acaso tú...?

—Pudiera ser.

—Prueba a ejercitarte en el *triple trapecio*... Es la mejor manera de conocer...

—¿Cómo es ese triquitraque que tú dices?...

Me lo espetó dos o tres veces, tropezando mucho; y fuí tan necio que puse atención en aquella carraca, y cuando me quedé solo en casa lo repetí para observar si los músculos de la lengua me anunciaban desquiciamiento de mi sistema nervioso. Aquel día me inspiró tanta lástima Raimundo, pintóme con tintas tan fúnebres la situación angustiosa de su erario, sin pedirme nada explícitamente, que le dí una limosna. En mi furor imaginativo, llegué a figurarme que besaba el billete como los chiquillos mendigos besan el ochavo que se les arroja. Fuese contento y muy mejorado.

A casa de Camila subía yo muy poco. Habíame propuesto no asediarla más, y aguardar circunstancias que me fueran favorables. Alentaba yo la secreta convicción de que el día menos pensado todo había de variar; de que ocurriría una de esas repentinas vueltas del Destino que nos sorprenden y nos dan hecho lo que poco antes nos pareciera imposible. Este resentimiento no se me quitaba de la cabeza. «Esperar, esperar—me decía—. En tanto, la Providencia o Satán trabajarán secretamente en favor mío.»

Una mañana recibí, en caja facturada en gran velocidad, un regalo de mis amigas las Pastoras. Era una obra de arte, acuarela como de tres cuartos de ancho

por dos de alto, pintada por Mary y dedicada a mí. Representaba un remanso, un molinito, sauces, chimenea humeante, y creo que había también unos niños y algún corderillo o dos. La cosa, ignoro por qué, resultaba de una moralidad edificante. Yo no sé cómo era; pero de allí se desprendía que debemos ser buenos. «Corro a enseñarle estas papas», dije; y, cargando yo mismo la lámina, subí.

La propia Camila me abrió la puerta. Estaba sola. Había despedido a la criada, y se veía en el caso de tener que hacer ella misma la comida. Otro quizá no la hubiera encontrado bella en aquella facha; pero a mí me pareció encantadora, ideal. Tenía puesta una falda vieja y el delantal blanco y azul; pañuelo liado a la cabeza, a estilo vizcaíno; las mangas, remangadas; el cuerpo, con chambra no muy justa; sin corsé, porque el calor y la agitación del trabajo no se lo permitían; el seno, bien tapadito, pero acusándose en toda la redondez gallarda de su sólida arquitectura. Tal figura se completaba con el calzado, que era un par de botas viejas de Constantino.

—Mira qué patas tan elegantes tengo —me dijo, adelantando un pie—. Como hoy estoy de faena, me pongo estas lanchas para no estropear mis botas ni ensuciar mis zapatillas.

En el pasillo vimos el cuadro, pero a escape, porque ella no podía ausentarse de la cocina.

—Una de dos—me dijo—: o te *recopilas*, o vienes para acá. No puedo recibirte en otra parte. Si quieres ayudarme a fregar o mondarme estas patatitas, no creas que me he de oponer.

Entré con ella en la cocina, y me senté en una silla que tenía el fondo hundido. Junto a esta silla había otra. El magnífico mueble que estaba a mi derecha era una tinaja; enfrente, el fogón. Los elegantes vasares no ostentaban cacharritos japoneses ni porcelanas de Sajonia y Sèvres, sino otros más útiles chismes, y, además, las cenefas de papel picado con figuras de toreros.

IV

No sé qué vértigo me acometió al ver a Camila. Púsose a fregar la loza, diciendo:

—Esa jirafa me dejó todo como ves, sin fregar... ¡Qué tías!

Y yo la miraba embebecido, miraba sus manos coloradas y frescas en el agua, el movimiento rítmico que hacían los dos picos de la chambra al compás de los ajetreos de las manos, y, sobre todo, contemplaba su cara risueña, de una lozanía y placidez que no se pueden expresar con palabras. Entróme fiebre, delirio; la cuerda de mi espíritu vibró como si quisiera romperse. No pude contenerme, ni se me ocurrió emplear, como otras veces, rodeos e hipocresías de lenguaje. Llegué a ella, llevándome mi silla en la mano izquierda: me senté junto al fregadero, todo esto rapidísimo..., cogíle un brazo y lo oprimí contra mi frente, que ardía. La frescura de aquella carne y la dureza del codo, que fué lo que vino a caer sobre mi frente, producíanme sensación deliciosa. Todo pasó en menos tiempo del que empleo en contarlo, y mis palabras fueron éstas:

—Quiéreme, Camila; quiéreme o me muero. ¿No ves que me muero?

Apartóse de mí, y con mucho alboroto de brazos y de palabras me obligó a retirarme.

—¡Miren el tísico éste! Y si te mueres, ¿qué culpa tengo yo? ¡Ea!, déjame trabajar. Si te pones pesadito, tendré que darte un tenazazo.

Después rompió a reír, y, alargando el pie, como si quisiera darme una puntera, se puso en jarras, y me dijo:

—Pero ven acá, grandísimo soso. ¿No se te quita la ilusión viéndome así? ¿O es que con esta lámina estoy a propósito para sorberle los sesos a un príncipe? C'aro...; ¿quién que vea este piececito de bailarina no se volverá tonto por mí? ¿Pues este talle de sílfide..., y estas manos? Yo pensé que podría hacerle tilín al aguador; ¡pero a ti!... ¡Si creí que al verme ibas a salir escapado, gritando que te habían engañado! ¡Y ahora te descuelgas otra vez con que me quieres! Tú estás chiflado de veras. Caballero, soy una mujer casada, y usted es un libertino; quite usted allá, so adúltero, que quiere adulterarme. Vaya usted noramala... ¡Que te estés quieto!

Esto lo dijo blandiendo las tenazas, cuando yo volví sobre ella a expresarle lo más de cerca posible la admiración que me producía.

—Descalábrame... Te diré siempre que te quiero, que te adoro, que estoy ya enteramente loco y que me moriré pronto, rabiando de cariño por ti...—exclamé, defendiéndome como podía de las tenazas—. Ya que no otra cosa, dame la satisfacción de decírtelo, y de decirte también que me entusiasmas, porque eres la mujer sublime, la mujer grande, Camilila. Mereces ser puesta en los altares; mereces que se te eche incienso, que los hombres se den golpes de pecho delante de ti, borrica del Cielo, con toda el alma y toda la sal de Dios.

Creo que me arrojé al suelo, que quise besarle aquellas desproporcionadas sandalias medio rotas, que me golpeó la cara con ellas sin hacerme daño, que le besé la orla de su falda, que la abracé vigorosamente por las rodillas, que la hice caer sobre mí, que nos levantamos ambos dando tumbos y apoyándonos en lo primero que encontrábamos. Tan trastornado estaba yo, que no me di cuenta de lo que hacía. Ella volvió a coger las tenazas y me amenazó tan de veras, que llegué a temer formalmente que me las metiera por los ojos.

Pausa, silencio. Yo, en mi silla, recostándome con indolencia sobre la inmediata; ella, destapando calderos, arrimando carbones, probando guisotes. Como si nada hubiera pasado, se puso a cantar en voz alta. Después me miró.

—Qué, ¿todavía estás ahí? Pues sí: a mí no me pescas tú. Soy para mi idolatrado Cacaseno.

Y variando súbitamente de tono:

—Si vieras qué sorpresa le tengo preparada hoy... ¡Porque yo le doy sorpresas, y me divierto más!... El mes pasado le di una... Voy a contártela. Tenía él un reloj muy malo, de plata; una cebolla que le regaló su tío el de Quintanar. Siempre andaba para atrás..., en fin, que no nos daba nunca la hora. Era preciso comprar otro reloj, y Constantino se desvivía por tener un *remontoir* bonito, ligero... Yo le decía que más adelante; pero él no tenía paciencia. ¡Pobrecito! Todos los días me traía un cuento. «Camila, hoy los he visto a doce duros, muy lindos, en los Diamantes Americanos...» «Pero, hijo, ¿y dónde están los doce duros?» Pues nos poníamos a juntar, peseta por aquí, dos perros por allá. Yo le quitaba a él, y él me quitaba a mí, y poco a poco se iba reuniendo el dinero. Yo soy siempre la cajera. «Marcolfa, ¿cuánto tienes ya?» «¡No me marees, ya se comprará!...» Por fin le digo un día: «Ya pasa de diez duros; la semana que entra te compro el *remontoir*.» Pero aquí viene lo bueno. Verás cómo juego con él. Es un chiquillo. Reunidos los doce duros, le digo una mañana: «Chiquito, ¿no sabes lo que me pasa? Que mi vestido azul está muy indecente. Me da vergüenza de sacarlo a la calle. No he tenido más remedio que comprarme once varas de merino para arreglarlo, y como no había de qué, he tenido que echar mano de los duros aquellos. Despídete por ahora de ese capricho. Dentro de tres o cuatro meses se verá.» El refunfuña un poco, arruga el entrecejo; pero en seguida se le pasa el enojo, y me dice que primero soy yo. ¡Pobretín! A la noche ya no se acuerda del dichoso *remontoir* sino cuando saca la cebolla para ver la hora, ¡y entonces echa un suspiro!... Y yo, entre tanto, ¿qué crees que he hecho? He salido por la tarde, y más pronto que la vista, me he ido a la tienda y he comprado el reloj. Me lo traigo a casa, y mientras cenamos le doy a mi marido bromas con el viejo, diciéndole: «Hijo, no tienes más remedio que apencar con tu patata.» Cenamos, nos acostamos. Yo no sé cómo aguantar la risa, porque he cogido el reloj, y, envuelto en un papel, lo he metido bajo nuestras almohadas. Apenas recostamos la cabeza los dos..., tin, tin, tin, tin. Me tapo bien la cara, mordiendo bien las sábanas para no reírme. Me hago la dormida, y le siento a él inquieto. «Camila, Camila, yo oigo un ruido...» Y yo, callada, respirando fuerte, casi roncando... «Camila, Camila, ¿qué anda por ahí?» De repente hago como que me despierto, sobresaltada, y me pongo a gritar: «¡Ratones, ratones!... ¡Mira, uno me ha mordido la oreja!...» El se levanta, enciende la luz. Pero yo, no pudiendo tener la risa, le digo: «Por aquí, por aquí, entre las almohadas... ¡Ay, qué miedo!» El, que empieza a conocer la guasa, mete la mano, y... «Chica, chica, ¿qué es esto?...» ¡Qué fiesta! ¡Cómo gozo viendo su sorpresa, su alegría y los extremos de cariño que me hace! Volvemos a apagar la luz..., y a dormir hasta por la mañana.

Yo, medio ahogado por el culebrón que se enroscaba en mí, no podía reír con ella. Por fórmula debí de preguntarle si

aquel día tenía dispuesta una nueva sorpresa, porque siguió su cuento de este modo:

—Hoy le preparo una de órdago. Verás: hace tiempo que está deseando tener un barómetro aneroide. Desde que lee y se ha metido a sabio, le da por enterarse de cuándo va a llover. Yo le digo: «Eso es muy caro. No pienses en ello. Que se te quite eso de la cabeza. ¡Ni que fuéramos príncipes!» Pero aguárdate. Hoy le he comprado ese chisme. Tiene dos termómetros por los lados: uno de agua encarnada, otro de agua plateada. Me costó seiscientos veinte reales, y lo tengo escondido para que no lo vea. ¡Cómo me voy a reír esta noche! Mira lo que he inventado. Pongo en el gabinete que está al lado de nuestra alcoba tres o cuatro sillas, unas sobre otras; ato una cuerda a la de en medio, la cual cuerda pasa por un agujerito de la puerta, y va a parar a la cabecera de nuestra cama. Cacaseno se acuesta; yo, también. Apago la luz. De repente tiro de la cuerda: ¡cataplum! Figúrate qué estrépito. Yo me pongo a gritar: «¡Ladrones, ladrones!» Incorpórase él hecho un demonio, enciende la luz... ¡Jesús, qué miedo! Salta de la cama, va a coger el revólver, y yo digo: «Ahí, ahí, en el gabinete están.»

—Pero no veo la sorpresa.

—Es que la puerta del gabinete estará cerrada, y en el pomo del picaporte habré colgado el barómetro, de modo que no tiene más remedio que verlo al querer entrar... Entonces suelto el trapo a reír; él comprende la broma y suelta el trapo también, y aquí paz y después gloria. Nos dormiremos como unos benditos, y hasta otra. No te creas: él también me da sorpresas a mí; pero no tiene ingenio para inventar cositas chuscas como yo. Cuando me regala algo lo trae escondido; pero en la cara le conozco que hay sorpresa. Frunce las cejas, alarga la jeta y dice con mucha mala sombra: «¡Vaya unas horas de comer! Esto no se puede aguantar.» Yo, que leo en él, me hago también la enfadada y me pongo a chillar: «Bertoldo, Cacaseno de mil demonios, si no te callas... Pero tú me traes algo: dámelo y no me tengas en ascuas.» Entonces saca lo que esconde, y me dice, riendo: «Si es sorpresa...» Yo, de una manotada, ¡pim!..., se lo arrebato...

No la dejé concluir. El deseo de estrecharla contra mí, de comérmela a caricias, era tan fuerte, que no estaba en mi flaca voluntad el contenerlo; deseo casto por el pronto, aunque no lo pareciera, nacido de los sentimientos más puros del corazón; deseo que si con algo innoble se mezclaba, era con la maleza de la envidia, por ver yo en poder de otro hombre tesoro como aquél. Y la cogí antes que se me pudiera escapar, haciendo presa en ella con un furor nervioso que me dió momentáneo poder.

—¡Quiéreme, o te mato—le dije con desazón epiléptica, fuera de mí, atenazándola con mis brazos y dando hocicadas sobre cuantas partes suyas me cayeran delante de la cara—; quiéreme, o te mato! Que todo no sea para él; algo para mí. Te estoy queriendo como un niño, y tú nada...

Habíais de ver la gran contienda entre los dos. Mi fuerza nerviosa se extinguía. Pronto pudo ella más que yo. Era mujer sana, dura, templada en el ejercicio y en la vida regular. Sus brazos no sólo se desprendieron de los míos, sino que los dominaron. El aliento me faltaba por instantes; el pecho se me oprimía, más que con el poder de los brazos de ella, con la dilatación de no sé qué angustia interior, que era el sentimiento de mi fracaso. Por fin, vencido, campeó ella sobre mí, y, empujándome de un lado, me dejó caer sobre la otra silla. Las dos formaban como un sofá. Sus manos aprisionaron mis muñecas como argollas de hierro. ¡Una mujer tenía más fuerzas que yo, y me acogotaba como a un cordero!

—¿Ves cómo te meto en un puño, tísico? Si eres un muñeco; si no tienes sangre en las venas; si los vicios te tienen desainado. No sirves para una mujer de verdad, sino para esas tías tan tísicas, tan fulastres como tú..., perdido.

La vi encenderse en verdadera cólera. Aquel manojito de gracias, aquel ramillete de chistes, nunca se había presentado a mis ojos en la transformación fisiológica de la ira. En tal instante miréla por primera vez airada, y me acobardé cual no me he acobardado nunca. La vi palidecer, dar una fuerte patada; le oí tartamudear dos o tres palabras; levantó la pierna derecha, quitóse con rá-

pido movimiento una de aquellas enormes botas, la esgrimió en la mano derecha, y me sentó la suela en la cara una, dos, tres veces: la primera vez, un poco fuerte; la segunda y la tercera, más suave... Yo cerré los ojos y aguanté. Tan quemado estaba por dentro, que me dolió poco...

—¡Ay—exclamé—, si me mataras a zapatazos como se mata una cucaracha, qué favor me harías!...

La vi volverse a calzar, sustentándose en un solo pie con extremada gallardía. Después se arregló el pelo y la chambra. Respiraba fuerte y se había puesto encarnada. Poco a poco, aquella terrible y nunca vista cólera se iba disipando, y Camila volvía a ser Camila. Una sonrisa le desfloró los labios, dándome a conocer que sentía cierto temor de haber pegado demasiado fuerte. Miróme con atención a punto que yo me llevaba las manos a la cara.

—Qué tal, ¿escuece?—me dijo—. Tú te tienes la culpa, por pesado. Yo las gasto así. ¿Qué es eso? Sangre. Me alegro: vuelve por otra. Así, así: quiero que lleves estampado en tu hocico las suelas de mi marido.

Creédmelo: cuando no me eché a llorar en aquel instante como un ternero, es seguro que las fuentes del llanto estaban agotadas en mí. Y más me afligí viendo a Camila salir y volver con un vaso de agua y un trapo de hilo, el cual humedeció para lavarme la cara. Y se reía curándome:

—No es nada, hijo; un pedacito de piel levantado. Otras te han sacado todo el cuero y no te has quejado... ¿A que no vuelves a atreverte conmigo? ¿Te das por vencido?

—No. Te quiero más cuanto más me pegues, y concluiré loco, saliendo a gritar por las calles que eres la mujer más sublime que he conocido...

—¡Claro!..., como que me van a poner en la Biblia... ¡Ea!, se acabaron las papas. Ahora me haces el favor de marcharte a tu casa. Tengo mucho que hacer y no estoy para espantajos.

—No me voy, Camila, sin una esperanza siquiera..., promesa al menos...

—¿Promesa de qué? ¿Habráse visto tonto igual? Que me vuelvo a quitar la bota... Eres tan sinvergüenza, que por verme una pierna te ha de gustar que te pegue. Estos tísicos son así. Pues no, no te pego más; no me da la gana. Unicamente te desprecio... Conque ve despejando el terreno, si no quieres que se lo cuente a Constantino. Hasta aquí he sido prudente; pero me pones en el caso de no serlo. Si él sabe lo que me has dicho... ¡Jesús de mi alma, la que arma! Ya te estoy viendo volar hasta el techo.

—Pues díselo..., cuéntale todo. En mi estado, deseo cualquier disparate...

—¿Sí? No lo digas dos veces. Mira que canto...

Estaba destapando pucheros. De pronto la vi atendiendo con cara de Pascua a cierto ruido en la escalera.

—Ya viene..., es él... Le conozco en el modo de trotar. Sube los escalones de tres en tres... Compara, hombre, compara contigo, que cuando subes llegas aquí ahogándote, medio muerto. Lo que yo digo, la vida alegre...

Fuerte campanillazo anunció al amo de la casa, que venía de la oficina. Corrió Camila a abrirle, y oí como una docena de besos fuertemente estampados, ósculos de devoción y fe, como los que dan las beatas, echando toda el alma, a las reliquias de un santo que hace muchos milagros. El burro entró en la cocina.

—Hola, chico. ¿Tú por aquí?

—¿Qué me traes?—le dijo Camila.

—Nada más que estos jacintos.

—¡Qué bonitos y qué bien huelen! Ponlos en este jarro, por el pronto. Oye: dale uno a este estafermo, que bien se lo merece. Me estaba ayudando a poner los trastos en el vasar de arriba, y se le vino encima el caldero grande: mira la contusión que tiene en la mejilla... ¿Sabes de lo que hablábamos ahora?

Otro campanillazo cortó el concepto de mi prima. «¿Qué iría a decir?», pensé yo; y ella dijo:

—¿Quién será?

Constantino fué a abrir, y oímos esta exclamación:

—¡Oh señora doña Eloísa!... ¿Usted por aquí?

No sé por qué me dió mala espina la tal visita. Y mi corazonada se acentuó más cuando vi a Eloísa. Había recobrado su hermosura, y fuera de la palidez y demacración, no quedaban rastros en su cara del pasado arrechucho. Pero venía tan cejijunta, nos saludó a todos con tanta sequedad, me miraba de un modo

tan extraño, que barrunté algo desusado y serio y muy desagradable. «Esta prójima, que muy rara vez viene aquí—pensé—, trae alguna historia... Me las guillo.»

A lo que le preguntamos sobre su salud, contestó Eloísa de mala gana y con impertinencia. Quería hablar de otra cosa. Pasó al comedor con Miquis y conmigo. Camila quedóse en la cocina trasteando.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó el manchego a su cuñada.

—¿Qué ha de haber? Que son ciertos los toros...—replicó, mirándole con sorna.

Después se puso a decir chuscadas, que, aparentemente, no tenían malicia. Creí que me había equivocado y que Eloísa no llevaba el escándalo en su intención. No obstante, parecióme notar cierto dejo irónico en su alegría. Pero como pasaba tiempo sin que la conversación tomara mal sesgo, dije para mí: «Vaya, es manía. No hay nada de lo que sospechaba.» Poco después despedíme de todos y me retiré.

V

Pero en la soledad de mi gabinete, paseándome de un ángulo a otro, con las manos en los bolsillos, la cabeza sobre el pecho, no podía apartar de mí la idea de que en el tercero pasaba o iba a pasar algo...

Y como mi espíritu, adiestrado en el imaginar, no se paraba en barras, ved aquí las historias que me forjé en menos tiempo del que empleo en contarlas: «María Juana es la que ha echado a volar la especie de que yo tengo relaciones con Camila. Ella ha sido: me lo dice el corazón. Lo ha hecho por espíritu de hipocresía, para evitar que se sospeche de ella. Tal vez lo crea, en cuyo caso... Pero no, ¡qué disparate digo! Esto es un delirio; María no es capaz... Lo que hay es que se ha corrido esa voz, como se corren otras muchas, y Eloísa... ¡Ah! Ya sé quién ha llevado el cuento a Eloísa. Ha sido Manolo Trujillo, ese bendito ciego... Y la prójima se ha puesto fuera de sí, ha sentido celos..., ¡celos de hermana, que son los peores! Pero ¡quia!..., imposible... Subiré a cerciorarme... No, no subo: allá se entiendan. Si no fuera por Camila, me importaría poco que la prójima armara cuantos escándalos quisiera... ¿Subiré? No, no subo. Tal vez sea todo figuración mía.»

Mi inquietud creció de tal modo, que creí oír voces que se transmitían por el patio. Escuché..., nada. Llamé a mi criado y le dije:

—Mira, Ramón: te vas al cuarto tercero y dices que me he dejado allí un cuadro. Ya sabes, el que trajeron de la estación esta mañana en esa caja. Te lo bajas... Oye, oye: de paso, observas si ocurre algo en la casa... Anda, anda.

A poco volvió Ramón, y me dijo:

—Señor, que se ha armado arriba una gresca de doscientos mil diablos.

—¿Qué dices?

—Lo que oye. La señorita Camila y la señorita Eloísa están hablando como rabaneras, y el señorito Constantino también hipa por su lado. No he podido traer el cuadro. Les hablaba y no me respondían, sino dale que te dale a las lenguas los tres a un tiempo... Desde la ventana del patio se oye. La vecindad está escandalizada.

Fuí y oí. La voz de Camila descollaba; mas no entendí si era llanto o gritos de furor lo que hasta mí llegaba. «Me parece que se ha armado una buena, pero buena.» Y volví a mi gabinete, donde intenté desgastar mi inquietud nerviosa paseándome. Esperaba y temía que alguna racha de aquel temporal del tercer piso bajara hasta mí. ¿Qué hacer? ¿Evitarla echándome a la calle y no pareciendo hasta la noche? No: mejor era esperar a pie firme la nube. Quizá mi presencia sería pararrayos que evitase una catástrofe... ¿Subiría? No; subir, no, porque pudiera mi intervención ser perjudicial a la inocente Camila. Conveníame adoptar también una actitud de inocencia e ignorancia del asunto.

La racha que juzgué inevitable no tardó en venir. Fuerte campanillazo anunciómе la cólera de Eloísa, que entró en mi casa y en mi gabinete en un estado de agitación que me puso medroso. Dejóse caer en un sillón, como quien se desmaya, y era que le faltaba el aliento, a causa de la ira y de la prisa con que había bajado.

Yo ni la miré siquiera. Oía su respiración como el mugido de un fuelle. Esperé a que resollara por la herida y a que su resuello se condensara en pala-

bras. Podéis creérmelo: los pelos se me ponían de punta. Viendo que a ella todo se le volvía respirar fuerte y oprimirse el pecho con las manos, me planté delante y le dije:

—Vamos a ver, ¿qué es esto, qué ha pasado allá arriba?...

—Déjame, déjame... que tome aliento. Me estoy ahogando... He hablado mucho, he gritado..., he sido una leona...; ¡pero buena la he puesto a esa hipócrita, a esa...! Me ha irritado tanto, que la lengua se me fué... Si me oyes, te espantas... Luego esa hipócrita se desvergonzó..., es una verdulera; yo, otra... Dos verduleras... Y el bruto allí, queriendo poner paz..., ese ciervo estúpido... Estoy volada..., deja que me serene..., dame aire, aunque sea con... un periódico.

—No entiendo una palabra de lo que estás hablando—le dije, abanicándola con el papel—. ¿En qué ha podido ofenderte la pobre Camila, que es un ángel?

Nunca dijera esto. Por la primera vez de mi vida vi a Eloísa en un arrebato de furor. Allí sí que se llevó la trampa a la señora española y lo que en finura, discreción y modales le había concedido la Naturaleza. No quedó más que la prójima bien vestida. Puesta en pie, manoteando como si me quisiera sacar los ojos con sus dedos, el volcán de su alma reventó así:

—¡Hipócrita tú también!... Que te enredaras con otra..., pase; ¡pero con mi hermana, con la hermana que más quiero...! Y ella es peor que tú, mil veces peor, porque se hace la tonta, la virtuosita. ¡Uf, qué serpentón debajo de aquella capita de tontunas! No hay santurronería más infame que la de estas que se hacen las graciosas, las aturdidas... Y tú, grandísimo apunte, no dirás ahora que has tenido buen gusto... Vas bajando, bajando; concluirás por las fregonas... ¡Ah, qué cosas le dije..., cómo la puse! Confieso que se me escapó la lengua; pero el furor me cegaba, por ser mi hermana..., y a otra se lo paso, aunque me duela; pero a mi hermana, no; a mi hermana, no, porque me duele horriblemente... No te disculpes, no niegues... Si te conozco... ¡Ah! Camila te conviene porque es barata... Y como nos hace el papel de la niña honradita, y a todos engaña con la comedia de estar enamorada de un pollino..., como si esto fuera posible... Dios mío, ¡qué criaturas tan farsantes has echado al mundo!... ¡Que me haya jugado esta trastada mi hermana, la hermana que más quiero, la que tengo metida en el corazón!... ¡Y que me haya puesto en el caso de decirle las perrerías, las atrocidades que le he dicho!... ¡Oh Dios mío, qué desgraciada soy!...

Rompió a llorar, afligida, con estrépito, cual si su indignación se resolviera bruscamente en arrepentimiento por las ignominias injustas que había dicho a su hermana. Viéndola yo en aquel camino, creí posible una solución pacífica, y, en tono de prudencia, le dije:

—Veo que, al fin, conoces que has dado una campanada. La cólera te cegó. Lo mejor es que subamos los dos, y pidas perdón a tu hermana por el escándalo que le has dado haciéndote eco de una calumnia vil; porque sí, hija, sí: por el Dios que está en el Cielo, te juro que Camila es tan querida mía como del Papa.

Esto la irritó de nuevo, destruyendo aquellos sentimientos de piedad que empezaban a obrar en ella como un bálsamo reparador, y, echando lumbre por los inundados ojos y crispando los dedos, encaróse conmigo y me echó esta rociada:

—No sé cómo tienes alma para decirme lo que me has dicho, y como me mientes a mí, que he tenido siempre la debilidad de creerte. Hace tiempo que te estoy observando y que vengo diciendo: «Ese se ha encaprichado por Camila.» Pero después la exploraba a ella, y nada podía descubrir... ¡Claro, hace tan bien sus comedias...! Mas ya no me engañáis los dos. Sois buen par de zorros... Pero, créelo, me he vengado bien. ¡Las cosas que le he dicho!... Pues ¿y a él? Le he calentado las orejas a ese venado, y le he puesto ante el espejo para que vea aquella cornamenta que le llega al techo...

Me pasó una nube por los ojos. Llamé todas las fuerzas de mi prudencia, porque de seguro iba a hacer un disparate. Y ella continuaba, procaz, de esta manera:

—Y el muy animal, con todo su ramaje en la cabeza, negaba y te defendía, diciendo que eres ¡su amigo!... Este es el colmo, chico; el colmo... de la amistad, de la...

Cortó la frase, quedándose como perpleja, los ojos fijos con pensadora atención en el busto de Shakespeare que estaba sobre mi chimenea. Era el bronce que había pertenecido a Carrillo, y, sin duda, la vista de aquel objeto llevó su mente, por la filiación de las ideas, a cosas y sucesos de otros días. A mí me pasó lo mismo.

—Sí..., claro..., ya sé que los maridos te quieren... ¡Absurdo, asqueroso!... Como tienes ese ángel..., parece que los embrujas y les das algún filtro...

Juzgad de mi paciencia, ved qué dosis tan grande de esta virtud acumulé en mi alma, cuando no cogí el busto y se lo tiré a la cabeza a aquella mujer. Pero, aunque no hice esto, la cólera se desató en mí, y con palabras cortadas por el veneno que me salía de dentro, le dije:

—Constantino es mi amigo y no tiene por qué avergonzarse, porque ni es ridículo ni cosa que lo valga, y el que diga lo contrario es un miserable.

—Pues yo lo digo—gritó ella con brío.

—Pues aplícate el cuento.

—Explícame eso, hombre... Da razones.

—No doy razones—exclamé, ya fuera de mí, sin ver ni oír nada más que el fulgor y el estallido de mi rabia—; ni tengo que añadir una palabra más, ni me importa que te convenzas o no, porque ahora mismo te pones en la calle.

—No me da la gana. Se va usted a donde quiera—vociferó, ronca, mugiente—. ¿Me echarás tú?

—Lo vas a ver—dije, cogiéndola enérgicamente por un brazo y llevándola hacia fuera, no sin tener que tirar fuerte.

En aquella lucha, cuyo recuerdo me espeluzna siempre, no oí más que estas tres palabras, dichas en un aliento de agonía: «¡Eres un tío!»

Creo que le respondí: «¡Y tú, una tal!...» No estoy seguro de haberlo dicho. Ciego, con pegajosa y amarga espuma en la boca, abrí la puerta de la escalera y la eché fuera. Cuando di el golpe a la puerta, haciendo retumbar toda mi casa, cual si mi corazón estuviera unido a aquellas paredes, sentí penetrante frío en mi alma. La idea de mi brutalidad vino al punto a mortificarme. Pero me rehice y me metí para adentro. La campanilla sonó con estruendo. Me pareció que tocaba más fuerte que todas las campanas de todas las iglesias de la cristiandad juntas. Eloísa llamaba con rabia, golpeando, además, la puerta con las manos. Aplicó sus labios a la rejilla de cobre, para gritar por allí otra vez:

—¡Tío, más que tío; canalla!

—¿Abro?—me dijo Ramón, alarmado.

No supe qué determinar.

—Abre, sí—respondí al fin—. Peor es que dé un escándalo en la escalera.

—La señorita María Juana—añadió mi criado—ha subido hace un rato.

—Esta casa es hoy un infierno... ¡Maldita suerte mía! Abre, abre de una vez.

Retiréme a la sala, y desde allí vi entrar a Eloísa. Dió algunos pasos y cayó como cuerpo muerto sobre el banco del recibimiento.

—Ramón, llévale un vaso de agua, si quiere; y tú, Juliana, auxíliala también. Puede que tenga un síncope. Le pasará... Y si no pasa, que no pase. Allá se las componga.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Parecióme que Eloísa no tenía síncope; conservaba el sentido, y lo que hacía era llorar, llorar mucho.

—Ramón..., entérate de si la señorita tiene ahí su coche. Si no lo trajo, manda enganchar ahora el mío, y que la lleven a su casa.

—La señorita tiene abajo su coche.

—Bueno. Cierra la puerta para que no se enteren de estos escándalos los que suben y bajan.

Eloísa bebió un poco de agua. Sin duda, se iba serenando. No podía ser menos. Estas iras pasan, y dejan en el espíritu un amargo y desapacible sabor, el recuerdo vergonzoso de las tonterías que se han dicho y de las brutalidades que se han hecho. Tras la cortina de la sala espié yo los movimientos de mi prima, y lo que hacía y hasta lo que pensaba. La vi levantarse del duro banco, suspirar fuerte, palpándose y oprimiéndose el pecho como si el corazón se le hubiera salido de su sitio, y quisiera ponérselo donde debe estar. Vaciló entre pasar a la sala y marcharse; pero se decidió, al fin, por esto. ¡Qué alivio noté cuando la sentí bajar, apoyándose en el barandal y mirando mucho los pasos que daba! «La lección ha sido un poco fuerte—pensé—; pero es preciso, es preciso...»

¡Gracias a Dios que estaba solo! ¡Qué día! No había tenido tiempo de saborear

aquel descanso, cuando..., ¡Jesús mío!, la campanilla. Las oía sonar, agujereándome el cerebro, y decidí arrancarla de su sitio, hacerla mil pedazos para que no repicara más. «¿Apostamos a que es María Juana?» Porque sí, la campanilla sonaba con todo el estudio y la convicción de una campanilla ilustrada que sabe a quién anuncia. Era ella, no podía ser otra.

Entró en mi gabinete, ¡y qué cara traía, qué golpe de quevedos, qué mirar justiciero! Era una sibila de aquellas que pintó Miguel Angel para expresar lo feas que se ponen las mujeres guapas cuando se enfadan y hacen profecías. En verdad, señores, lo extremadamente serio de aquel rostro produjome efectos contrarios a los que él quería producir... Por poco suelto la risa.

—¿Qué hay?—le pregunté, afectando calma.

—¿Qué ha de haber? Pues nada que digamos. Vengo de arriba. Un zafarrancho espantoso. Las consecuencias de tu carácter, de tu temperamento... ¡Y ha habido una persona tan inocente que creyó posible curarte, enmendar lo que tiene sus raíces en el fondo de la naturaleza, y hacer de un demonio un hombre!... La que tal pensó es más digna de lástima que las otras dos infelices, y por lo mismo que puso sus miras más arriba es la que ha caído más abajo... Estoy tan avergonzada por mí como por ti... Yo, al menos, tengo conciencia y veo mi bochorno; pero tú, ¿qué ves? Eres un depravado, un monstruo, un condenado en vida. Daría... no sé qué por ver en ti un rasgo de nobleza. Pero no, no lo veré, porque no puedes dar sino frutos amargos... Has prostituído a la tontuela de Camila, quitándole lo único que tenía, que era la inocencia: has cubierto de ignominia al pobre Constantino, que es un alma de Dios, el ángel de los topos... ¡Y tú, tan fresco!... Responde, hombre, discúlpate, da a entender siquiera que hay en ti un resto de pudor, de dignidad, de cristianismo...

Hubiera podido contestarle muchas cosas y volver por la honra de su hermana; pero ¿a qué decir lo que no había de ser creído? Hallábame tan irritado, que no sabía resolver aquellas cuestiones sino cortando por lo sano. Me incomodó la sibila con su áspero sermoneo, tanto o más que Eloísa con sus procacidades.

Ante ella me sentí igualmente brutal que ante la otra, y, ciego, la cogí por un brazo, lo mismo que había cogido a la prójima, diciendo con la ronquera de mi ira:

—¿Sabes que no tengo ganas de música, de filosofías ni de estupideces? ¿Sabes que te voy a poner ahora mismo en la calle, porque no puedo aguantar más, porque estoy hasta la corona de ti y de tu hermana?

Y, haciéndolo como lo decía, tiré de aquella gallarda mole, que se dejó llevar, aterrada, trémula, balbuciendo no sé qué conceptos trágicos, muy propios del caso y de su austera moral. Hícela salir, y cerré de golpe. María Juana no gritó en la escalera, como su hermana. Con decoro aceptaba la expulsión y se vengaba con su dignidad. Era muy sabia y muy prudente para proceder de otra manera. Marchóse callada, haciéndose la víctima grandiosa y buscando lo sublime, que no sé si encontraría. Bajó las escaleras pausada y gravemente, como si fuera ella la razón desterrada y yo el error triunfante...

—¡Ramón!

—¿Qué, señor?

—Te nombro mastín—dije, delirando—. Te pongo en la puerta, y el primer Bueno de Guzmán que entre, me lo destrozas a mordidas.

Nada, que aquel día me había yo de volver loco. Bien caro pagaba mis enormes culpas. Sonó la fatídica campana otra vez... Ramón entró en mi gabinete, y me dijo, muy apurado:

—Señor, don Constantino es el que llama. ¿Le abro?

—Sí, hombre... Abrele... en canal... Quiero decir, ábrele la puerta. Que entre; veremos por dónde tira.

Y cuando Miquis llegó a mi presencia, estaba yo tan fuera de mí, que si me dice algo ofensivo, caigo sobre él y me mata o le mato.

—¡Hola! ¿Qué hay?—le pregunté, resuelto a afrontar la situación, cualquiera que fuese.

Constantino estaba pálido y muy agitado. Parecía resbuscar en su mente las palabras con que debía empezar.

—Tú traes algo—le dije—. Vomita esa bilis... Franqueza, amigo. Luego me tocará hablar a mí.

Sus labios rompieron tras un esfuerzo grande. De la confusión de su mente y

de las arrugas de su entrecejo brotaron estas cláusulas amargas:

—Pues... horrores en casa... Eloísa... Me han vuelto loco... ¡Que mi mujer me engaña! ¡Que tú...! Camila se defiende. Yo no sé lo que me pasa; tengo un infierno en mi cabeza..., porque si creo lo que me dicen de mi mujer, la mato, y si creo lo que ella me dice, mato a sus hermanas...

—No mates a nadie, no mates, hijo, y aguarda un poco.

—Porque yo vengo aquí—gritó como un energúmeno, poniéndose rojo y manoteando fuerte—, yo vengo aquí para decirte que, ya sea mentira, ya sea verdad, no hay más remedio sino que o tú me rompes a mí la cabeza, o yo te la rompo a ti.

Sentí al oír esto, ¿qué creéis? ¿Indignación? No ¿Desprecio? Tampoco. Sentí entusiasmo, ardiente anhelo de soluciones grandes y justicieras; y aquello de pegarnos los dos tan sin ton ni son, no me pareció un disparate. Yo también quería sacudirle de firme o que él me sacudiera a mí. Gesticulando como un insensato y no menos energúmeno que él, me puse a gritar:

—Tú eres un hombre, Constantino... Eso, eso: o romperte el bautismo, o que me lo rompas tú a mí. Te tengo ganas, ¿sabes? Eres lo que más me carga en el mundo..., para que lo sepas.

—Pues cuanto más pronto, mejor—gritó él, haciéndome el dúo con furia igual a la mía.

—Eso, eso... Ha llegado la ocasión que yo quería. Ahora nos ajustaremos las cuentas, y déjate de armas blancas... Pistola limpia y a la suerte.

—Como quieras.

—Y no es por poner en claro la honra de tu esposa. ¡Estaría bueno que dependiera de nuestra puntería! Tu mujer, para que lo sepas, bruto, es la gran mujer. Ni tú ni yo la merecemos... Nos pegamos porque te tengo ganas, ¿sabes? Tu conciencia te dirá quizá que no me has ofendido. ¡Ah!, tonto, ¿ves estas magulladuras que tengo en la cara? ¿Lo ves, lo ves? Pues esto, pedazo de bárbaro, es la impresión de las suelas de tus botas. Tu mujer me ha abofeteado, no con las manos, que esto habría sido un favor, sino con tus herraduras, animal... Y ahora, tú, tú me lo has de pagar.

IX

LAS LIQUIDACIONES DE MAYO Y JUNIO

I

No sé qué más atrocidades dije. Yo no tenía ideas claras y justas sobre nada: era un epiléptico. Me caí en una silla, y estuve un rato pataleando y haciendo visajes. Contóme después Ramón que Constantino se retiró muy enfurruñado, cuando ya no tenía yo conciencia de que él estuviera presente.

Estuve tres días en cama y ocho sin salir de casa; de tal modo me conmovieron y agobiaron los sucesos de aquella tremenda fecha, una de las peores de mi vida. ¡Cuán lejos estaba de que habían de venir otras peores! Ninguna de mis tres primas fué a verme. Mi tío y Raimundo no faltaron: éste, tan dislocado como siempre; aquél, sufriendo en silencio una agitación moral que respiraba por su boca con suspiros volcánicos. Y no sabía el buen señor nada de lo ocurrido entre sus hijas y yo aquellos días, pues felizmente no hubo ningún indiscreto que le llevase el cuento. La causa de su dolor era otra, y se sabrá más adelante. Díjome Ramón que al segundo día había enviado a preguntar por mí el señor de Medina, y que Evaristo no dejaba de ir por mañana y tarde a informarse de mi salud. Pero ¿a que no sabéis cuál era la compañía más grata para mí? Mis amigos me fastidiaban y mis parientes no me divertían. Vais a saber dónde estaba mi consuelo en aquellas tristes horas.

Haría dos semanas que, hallándose Camila en casa en ocasión que estaba también allí mi zapatero, le dije:

—Te voy a regalar unas botas. Maestro, tómele usted la medida.

Dicho y hecho. Al día siguiente de la marimorena trájome el maestro, con el calzado para mí, las botas de Camila, que eran finísimas, de charol, con caña de cuero amarillo. Ramón las puso casualmente sobre una mesa frontera a mi cama, y los ojos no se me apartaban de ellas. ¡Oh dulces prendas!... Una falta les encontraba, y era que no teniendo huellas de uso, carecían de la impresión de la persona. Pero hablaron bastante aquellos mudos objetos y me decían mil cositas elocuentes y cariñosas. Yo no les quitaba los ojos, y de noche, durante

aquellos fatigosos insomnios, ¡qué gusto me daba mirarlas, una junto a otra, haciendo graciosa pareja, con sus puntas vueltas hacia mí como si fueran a dar pasos hacia donde yo estaba! Ramón las cogió una mañana para ponerlas en otro sitio, y yo salté a decirle con viveza:

—Deja eso ahí...

El inocente me quitaba el único solaz de mi agobiado espíritu. Porque Ramón no se riera de mí, no le mandé que me las pusiera sobre mis propias almohadas o sobre la cama... Seguramente me habría tomado por loco o tonto.

Cuando me puse bien, ofrecióse a mi espíritu la injusticia y brutalidad de mi conducta con mis dos primas mayores el día de la jarana. Cierto que debí apresurarme a desvanecer el error en que estaban con respecto a la pobre borriquita, cuya culpa no tenía realidad más que en la grosera intención de las otras. ¿Y cómo convencerlas de la inocencia de Camila? ¿Cómo hacerles comprender que tanto la una como la otra debían besar la tierra que la borriquita pisaba y confesarse inferiores a ella? Eloísa y María Juana tenían cierto interés moral en no creerme, porque la idea de que su hermana las aventajara en conducta debía de herirlas muy en lo vivo.

«No me creerán, no me creerán—era el pensamiento que me atormentaba—. Juzgándola por sí mismas, no se convencerán, porque convenciéndose se acusan. Acusadoras se disculpan, y desean tener que perdonar para que se las perdone.»

Pero aun contando con lo infructuoso de mis esfuerzos, algo había que hacer. Por de pronto, determiné no subir a la casa de Camila. Si Constantino persistía en que nos pegáramos, por mí no había de quedar. Ya sabía él dónde yo estaba. Después hice propósito de ver a Eloísa y María Juana. A ésta la tenía yo, si no por autora, por la principal propagandista de la injuriosa especie, a la cual, por desgracia, daban apariencias de verdad mi locura, mi intención y mis repetidas visitas al hogar de los Miquis. Desistí de ver a Eloísa por lo que me contó Severiano el primer día que salí a la calle. La infeliz cumplía la sentencia de su triste destino, y últimamente había dado un nuevo paso en la senda que aquél le trazaba. Lo diré claro, sin rodeos. Acababa de enredarse con un aristócrata viudo, el marqués de Flandes, que después de residir mucho tiempo en el extranjero vino a España a que le pusieran el cachete a su ruina. No durarían mucho estas relaciones, porque Paco Flandes daba ya poco de sí, metálicamente hablando, y el mejor día me le ponía la prójima en el arroyo. Entre tanto, la casa de la calle del Olmo recobraba algo de su esplendor pasado: muebles parisienses ocupaban los lugares vaciados por el último embargo, y algunas obras de arte iban entrando con timidez. Entre éstas las había bonitísimas: un *Carnaval en Roma,* de Enrique Mélida; un hermoso país de Beruete y dos terracotas de los hermanos Vallmitjana. Tras esto vendrían más cosas, más: así lo decía ella, poniendo carita de tristeza y dando a entender que los tiempos son malos y que cada vez parece que hay menos dinero. Como síntoma muy significativo, añadió Severiano que Sánchez Botín le hacía la rueda con la pegajosa tenacidad que siempre ponía en todas sus empresas; pero que mi prima declaraba a todo el que la quisiera oír que jamás descendería hasta un ser que consideraba muy por bajo de todos los envilecimientos y de todas las prostituciones posibles. No hablamos más de esto, y determiné no ir a la calle del Olmo ni ocuparme para nada de semejante mujer.

Mi primera visita fué para los Medinas, a quienes encontré juntos. Ambos me recibieron con amabilidad, interesándose por mi salud. Nada de lo que pudiera observar en María Juana me llamaba la atención, por ser mujer de mucha gramática parda; pero si me sorprendió la repentina afabilidad del insigne *ordinario.* Sus prevenciones contra mí se habían disipado sin duda. ¿Por qué? ¿Qué pararrayos había alejado de mi pecadora frente la electricidad de su odio? Heme aquí en presencia de otro enigma que me trajo no pocos quebraderos de cabeza. Dióme aquel día cigarros de primera, los mejores que tenía; y cuando nos íbamos juntos a la Bolsa, en su coche, expresóme con sinceras palabras que se alegraría de que mi liquidación de fin de mes fuese buena

—Si el alza sigue acentuándose—me dijo—, y yo creo que seguirá, porque cada día vienen del extranjero más órdenes de comprar, creo que saldremos muy bien usted y yo.

Y variando de tono y asunto:

—Es preciso que usted no se distraiga tanto con las faldas, so pena de que se le vaya el santo al cielo y no dé pie con bola en los negocios. Observe usted que todos los que al entrar por las puertas de la contratación no supieron desprenderse de los líos de mujeres, han salido con las manos en la cabeza. Hombre enamoriscado, cerebro inútil para trabajar.

Todo esto me parecía inspirado en la más sana filosofía; no así lo que me manifestó poco después, y que a la letra copio:

—Ya sé lo de esa pobre Camila. Es usted incorregible, y al fin las pagará todas juntas. Agradezca usted que hasta ahora no ha dado más que con bobos; pero, algún día, donde menos se piensa, salta un hombre, un marido digno, y entonces podrá usted encontrar la horma de su zapato... En Camila no extraño nada: es, como su hermana Eloísa, otra que tal; allí no hay seso... ¡Oh!, me cupo en suerte lo único bueno de la familia, el oro puro; lo demás, todo es escoria... Sí, sí; ya sé lo que usted me va a decir: que es calumnia; sí, estas cosas son siempre calumnia: por ahí se sale...

—Pues sí que lo es—exclamé sin poder contener la indignación que me salió a la cara—. Pues sí que lo es, y extraño mucho que una persona tan recta como usted se haga eco de ella.

Algo más iba a decir; pero me asaltó la idea de que su error podía ser la clave de su inopinada benevolencia, y no extremé los esfuerzos para sacarle de él. De esta manera se enlazan en nuestra conciencia las intenciones, formándose un tan apretado tejido entre las buenas y las malas, que no hay después quien las separe.

—Es usted una mala persona—me dijo, al fin, sonriendo—; pero para que vea que me tomo interés por usted, voy a darle un consejo: venda lo más pronto que pueda las obligaciones de Osuna.

Por la noche fuí a comer a su casa. En María Juana noté un marcado propósito de no entablar conversación conmigo sino delante de otras personas; pero en las pocas frases sueltas que cambiábamos, cuando no se nos interponía el guardacantón de carne de *No Cabe Más*, advertí cierta ternura y como un deseo de explicarse conmigo. Sin duda me había perdonado mis brutalidades del día famoso.

—Para que comprendas lo irritado que estaba—le dije—y puedas explicarte la grosería con que te traté, me bastará declarar que daría hoy no sé cuántos años de vida por poder probar la inocencia de Camila, esa inocencia en que nadie cree y que, sin embargo, es tan cierta, tan clara como la luz.

La observé muy pensativa al oír esto, y con irónica frase dióme a entender que esperaba las pruebas.

—Pero ¿qué pruebas he de darte más que mi palabra y el juramento que hago, si es que esto de los juramentos tiene algún valor en tiempos en que el perjurio es ley? Créelo si quieres, y si no, no lo creas.

No pude decir más, porque *Partiendo del Principio* se nos vino encima.

Había que ver la cara que me puso la sabia dos días después, cuando la acusé de haber iniciado el descrédito de su hermana.

—¡Yo!—exclamó, poniéndose pálida—. ¿Me crees capaz...? Si han sido tus amigos Severiano y Villalonga los que primero lo han dicho, y luego lo ha remachado no sé quién..., creo que las de Muñoz y Nones, las cuñaditas de Augusto Miquis... A mí me lo contó Eloísa... Ella dirá que se lo dije yo; pero no hagas caso... Te seré franca: yo tenía mis sospechas, y como siempre Camila me ha parecido muy ligera...

¡Oh! ¡Qué argumentos tan sutiles empleó para disipar aquel error! Pero no pude convencerla por no expresarme con absoluta sinceridad, corazón en mano. Yo no decía más que la mitad de la verdad, y la mitad de la verdad suele ser tan falsa como la mentira misma; yo hacía hincapié en la honradez de mi borriquita, verdad como un templo; pero me guardaba bien de declarar el dato importante de mi pasión por ella y de la insistencia con que la perseguía. Arrancada de los autos de la causa esta hoja que tanta luz arrojaba sobre ella, todo quedaba en gran confusión.

Era mi prima muy sagaz, y con judicial tino y penetrante mirada me hizo esta pregunta:

—¿De modo que tú juras que nunca has tenido pretensiones malas con respecto a Camila?

Contestéle que sí lo juraba, aunque sin

afianzar mucho la afirmación. Mentira tan gorda hizo en la *ordinaria* un efecto contraproducente, y tratándome con tanta lástima como desdén, me dijo:

—Mira, niño, si crees que tratas con tontos; si crees que todos son Constantinos y Carrillos, te llevas chasco. Anda con Dios.

Y otro día que nos vimos, no hay que decir dónde ni cómo, hablamos de lo mismo, y se repitió la pregunta, y la verdad me escarbaba dentro con esa horrible náusea de la conciencia que es tan difícil de contener. Y se me alumbraron los sesos, y ebrio de sinceridad, ardiendo en apetitos de ella, me desbordé, y lo canté todo de pe a pa... En mi vida he hecho confesión más completa, leal y meritoria. Todavía me estoy aplaudiendo las palabras que dije, así como creo ver aún las diversas caras que me iba poniendo la sabia conforme oía, ahora patética, ahora contrariada, ya envidiosa, ya palpitante de sobresalto, angustia o no sé qué. Y cuando le dije: «Sí, esa mujer me tiene loco, me tiene enfermo, y como no la puedo adorar, estoy adorando sus botas hace muchos días, como si fueran su retrato», vi que la sabia luchaba entre reírse de mí y darme de bofetadas. Se puso muy severa, miróme de través, y vuelta a hacer preguntas, ¡pero qué preguntas!

—¿Y quieres hacerme creer que habiendo puesto a sus pies tu fortuna, habiéndole ofrecido hotel, coche, rentas, lujo, te ha resistido?

Díjele que sí, que ésta era la verdad pura, y soltó una carcajada que me heló la sangre. Todavía estoy oyendo aquel «ja, ja, ja», que continuó con ella hasta la habitación inmediata, pues iba ya en retirada. Volvió para decirme desde la puerta:

—Si has creído que a mí me podías engañar con fábulas como las que se cuentan a los rorros para que se duerman, te equivocas... Eres como los titiriteros que se sacan cintas de la boca o se tragan una espada. Engañan a los paletos y a las criadas de servicio, ¡pero a mí...! Ahora te falta el golpe más bonito. Desesperado, te metes a cartujo, como Rancé, y te pones a cavar tu fosa, o a jesuíta para largarte a las misiones de Oriente. Porque tales pasiones contrariadas suelen acabar en misas. ¡Ah!, ¡qué enfermo estás!..., cerebro desquiciado... ¿Quién puede dar crédito a lo que dices? ¿No te acuerdas ya de las mentiras que me has dicho a mí? ¿Cómo compagino lo que te he oído otras veces con lo que acabo de oírte? Francamente, no hay palabras con que expresarte lo despreciable que eres.

Respondí que, en efecto, no me tenía por modelo de hombres, y me senté, agobiado de pensamientos sombríos y pesimistas, apoyando en mis manos la cabeza, que no podía con el peso de ellos. Pasó un rato. Ni ella se iba ni decía nada. Tampoco a mí se me ocurrío qué decir: tan abrumado estaba. Habíame metido yo mismo, con mis errores, en un lío infernal de contradicciones de conciencia, y por ninguna parte hallaba la salida. Mis pasiones verdaderas, las mentiras con que cohonestaba las falsas, habíanme formado una espesa red de la cual no podía salir. Era, como ella dijo, despreciable y monstruoso.

Pasó no sé cuánto tiempo hasta que sentí en mi frente humillada dos dedos de María Juana. Empujando hacia arriba, me levantó la cabeza, y yo no hacía nada por impedirlo, porque la tenía como muerta para todo lo que no fuera pensar. Cuando mis ojos estuvieron frente a los suyos, la sabia, con menos aplomo que de costumbre y un tanto balbuciente (nunca la había visto yo así), me dirigió estas palabras, en las cuales advertí más ternura que rigor:

—Eres un pobrecito inválido del alma, y da pena abandonarte. Lo merecías por falso, por depravado, por tu desprecio de toda ley de Dios y de los hombres... Pero no se te abandonará. Si tu maldad es infinita, infinita es también la misericordia humana; quiero decir que alguien que se ha propuesto salvarte lo ha de conseguir, aunque te pese a ti mismo.

Estas pedanterías me hicieron mejor efecto que otras veces, y oyéndolas como expresiones de afectuoso consuelo, las agradecí mucho. Así se lo manifesté. Mi prima tenía los labios secos, la vista un poco adormecida.

—No llevarás tu maldad—prosiguió, pasándose la mano por la cabeza—hasta el extremo de ahuyentar el ángel bueno que te persigue para salvarte... Comprenderás que te conviene entregarte a él en cuerpo y alma, someterte a su voluntad y a sus consejos, que serán, te lo aseguro, consejos de prudencia. Confíale

todo lo que sientas y pienses, pues sólo así puede tu ángel bueno responder de tu salvación.

Todo aquello de las salvaciones, que María Juana traía siempre a cuento, se me figuraba a mí cosa de comedia o novela, mejor aún, de ópera, pues todos los libretos están fundados en el *quid* de salvar el tenor a la tiple o viceversa, y hay mucho de *salvarmi non potrai...* o *corro a salvarti*. Pero en aquel caso no vi ni sombra de ridiculez en las salvaciones de mi prima, sino, por el contrario, un cierto espíritu de fraternidad, de cariño y hasta de unción religiosa.

La despedí muy cordial y agradecido, y ella, al partir, quejábase de amagos de aquella maldita neurosis que consistía en suponerse con un pedazo de paño entre los dientes... ¡Y un fatal instinto la obligaba a masticarlo! ¡Pobrecita!

II

Y aún ocurrió algo más que merece contarse. Otro día, en mi casa, observé en María Juana una jovialidad que no se armonizaba con aquel tupé suyo ni con la postura académica y teológica que había adoptado como se adopta un color o un perfume. Noté en ella flexibilidad de espíritu, cierto prurito de hacer extravagancias. Dime a pensar en este fenómeno, y me ocurrió que la vida es un constante trabajo de asimilación en todos los órdenes; que en el moral vivimos, porque nos apropiamos constantemente ideas, sentimientos, modos de ser que se producen a nuestro lado, y que al paso que de las disgregaciones nuestras se nutren otros, nosotros nos nutrimos de los infinitos productos del vivir ajeno. La facultad de asimilación varía según la edad y las circunstancias; en las épocas críticas y en las crisis de pasiones adquiere gran desarrollo. Raimundo hablaba también de esto, y lo expresaba de una manera gráfica, diciendo:

—El alma es porosa, y lo que llamamos entusiasmo no es más que la absorción de las ideas que nadan en la atmósfera.

Pues bien: a mí se me figuraba ver a María Juana en una crisis de ánimo y propendiendo a asimilarse, en la medida de lo posible, las formas del carácter singularísimo de su hermana Camila. ¿En qué me fundaba yo para suponer esto? En que la vi como buscando ocasiones de hacer alguna travesura y queriendo ser jovial con inocencia y maliciosa con aturdimiento. Pero era forzoso confesar que los resultados no correspondían al esfuerzo de la tentativa y que el plagio no alcanzaba ni con mucho las alturas del insigne original. Sin embargo, vais a ver un hecho y a juzgarlo por vosotros mismos.

Habíamos charlado de varias cosas. Entre otras, me dijo:

—La gente de arriba está más calmada. Pero aunque el pobre chico parece no dudar de su mujer, tiene la centella en el cuerpo, y se ha vuelto suspicaz, escamón. En una palabra, hijo: que han perdido la inocencia, la confianza absoluta el uno en el otro, y se observan, se discuten y se temen.

Tuve que salir a la sala a recibir a Samaniego, con quien hablé como un cuarto de hora. Cuando volví a mi gabinete, poniéndome a firmar varias cartas-compromisos, sentí a María Juana trasteando en mi alcoba, haciendo algo que no pude comprender de pronto. Ello debía de ser alguna humorada, porque la sentí reír. Atento a mis asuntos, no hice caso. De pronto la vi salir, y se despidió de mí conteniendo la risa que jugaba en sus labios. ¿Qué había hecho? También me sonreí y nos dijimos adiós.

¿Qué creéis que hizo? En cuanto fuí a mi alcoba me enteré de la travesura. ¡Se había puesto las botas de Camila, mis dulces prendas, y había dejado las suyas en el mismo sitio que ocupaban aquéllas y del propio modo que estaban colocadas! Confieso que me reí, pues el golpe tenía gracia.

Desde el día de la trapisonda no había yo vuelto a ver a Camila ni a su marido. Pero supe, por casualidad, que pensaban mudarse de casa. Acostumbraba yo, al salir de la mía a pie, pararme ante la obra de la finca de Torres, en la ronda de Recoletos, porque allí solía estar mi amigo vigilando los trabajos. Unas veces me le veía en la puerta; otras me saludaba desde un balcón. Ya el edificio, casi concluído, estaba en poder de estuquistas y papelistas. Un día me invitó a subir; enseñóme su principal, que era magnífico, y me dijo que lo pensaba decorar regiamente. Nunca vi a Torres tan entusiasmado, tan fatuo ni con tan re-

tumbantes proyectos de grandeza, lujo y representación. Su casa iba a ser la primera de Madrid: las cocheras eran cosa no vista; en muebles y alfombras no gastaría menos de veinte mil duros; pondría espejos en las mesetas de su escalera particular, grifos de agua en todas las alcobas; gas, por entendido, en todos los pasillos; el comedor se abría a una soberbia estufa, sostenida sobre pilares de hierro en el patio grande; la cocina era lo mismo que la del palacio de Portugalete; le mandarían de París unos tapices que ni los de Palacio; en fin, que aquello era casa; lo demás..., basura.

Hablamos también de inquilinos, y entonces fué cuando me dijo que los Miquis le habían pedido uno de los terceros.

—Se conoce que no quieren más cuentas con usted. ¿Y qué tal? ¿Estos pájaros pagan? Porque, si no, les diré con buen tono que aniden en otra parte.

En un rapto de generosidad impremeditada, le contesté:

—Si pagan, y si no pagan, aquí estoy yo para responder por ellos.

—Es verdad, hombre; no me acordaba de que es usted el caballo blanco... Pero se me ocurre otra cosa. El señor de Miquis, con su armadura de cabeza, ¿no me destrozará el techo de la casa?

Y rompió en una risa estúpida.

—No sea usted grosero—le dije sin disimular la cólera y decidido a pegarle.

Recogió velas al momento, diciendo:

—No se enfade usted, amigo: es una broma; cosas que dice la gente... y que podrán no ser verdad; pero yo tengo una mala maña, y es que siempre las creo.

—Pues cree usted mil desatinos.

—Nada, si usted lo toma a mal, me desdigo.

No hablamos más del asunto. Desde aquel día se apoderó de mí la idea de romper el silencio con mis interesantes vecinos y dirigirme a ellos con ánimo grande y decirles: «Vengo, queridos amigos de mi alma, a pediros perdón del daño que os he hecho.» No pude resistir mucho este deseo, y anunciéles mi visita; pero siempre me traía Ramón la mala noticia de que los señores no estaban. Comprendí que no querían recibirme, y, por fin, subí resuelto a todo: a entrar atropelladamente o a que me despidiesen.

Una criada desconocida salió a abrirme: no quería dejarme pasar; pero vi a Constantino en la puerta de la sala o comedor, y me colé diciendo:

—No sé a qué vienen estas comedias conmigo... Constantino, vengo a lo que quieras: a ser tu amigo o a rompernos la crisma, como gustes. Pero no puedo vivir sin vosotros.

El, desconcertado, no sabía cómo recibirme. No había dado yo cuatro pasos dentro del comedor cuando vi aparecer a Camila por la puerta del gabinete, diciendo:

—¡Ah! ¿Está aquí el tísico?... Maldita la falta que hacía...

—Vengo a pediros excusas...—les dije, turbado como no lo estuve en mi vida—. Y otra cosa: me han dicho que pensáis mudaros. No lo consiento..., ¡ea!, que no lo consiento. Desde este mes tenéis la casa de balde.

Camila estaba seria; mirábame con ojos de enfado. Por fin se dejó decir con ironía:

—Sí, porque nos hace falta tu casa... Este tipo también nos quiere hacer gorrones. Constantino, dile lo que te dije... No; pegar, no. ¡Adónde iría a parar el tísico si tú me le echaras la zarpa!...

—Este señor y yo—repliqué sentándome y buscando el sendero de las bromas para salir de aquella situación—, tenemos concertado un lance. Déjanos a nosotros, que nos entenderemos.

—¡Un lance!... Eso querrías tú para darte más lustre. Mi marido no se bate con momias, ¿verdad, hijo? Quería darte una soba en público... Decía que de este modo..., ya entiendes; pero yo se lo he quitado de la cabeza.

—¿Es verdad esto, Constantino?

—Es verdad—replicó él con su sincera honradez.

La firmeza con que lo decía era un insulto; pero yo tenía que tragármelo, porque mi situación era muy delicada. Salir con susceptibilidades cuando iba a solicitar perdón y amistad, no podía ser. Quise que las inspiraciones de mi corazón me guiaran para salir de aquel atolladero, y, mirándolos a entrambos, el alma en mis ojos, les dije:

—Queridos amigos, no he venido a reñir, sino a hacer paces con vosotros. Si para esto es preciso que me humille, me humillaré.

—No queremos amistades—aseguró Miquis con brutal energía.

—Pues ¿qué queréis?

—Que nos deje usted en paz y se plante de la puerta afuera.

Lo dijo con insolencia, y me puse en guardia. Pero la justicia de su ira se me representaba con tanta claridad, que me entró no sé qué cobardía...

—Eso, eso—clamó mi prima con fiereza—. Que se plante de la puerta afuera.

—Pero ¿sin oírme me condenáis?... ¿Tú también, Camila?

—Yo la primera.

—Usted no puede ser nunca mi amigo —declaró el manchego, como se dice una frase aprendida—, ni aunque se me ponga de rodillas delante y me pida perdón...

Al decirlo miraba a su mujer como para recibir de ella la aprobación de la frase. Ella se la había enseñado.

—¡Qué atrocidades decís!—exclamé con afán.

—Ni aunque me pidiese usted perdón de rodillas.

—¿Y si lo hiciera?

—Creería que me engañaba usted otra vez, como cuando se fingía mi amigo para poner varas a mi mujer.

—¡Bien, bien!—gritó Camila, dando palmas.

Aquello de las varas era improvisado, y por eso tenía ante el criterio de la esposa maestra un mérito mayor.

—¿De modo que nos os dais a partido?

—Ni mi mujer ni yo queremos ninguna clase de relaciones con usted. Me parece que hablo castellano.

—¡Y tan castellano!

—Nada, hombre, que te quites de en medio—decía la ingrata, señalándome la puerta—. Que aquí estás de más.

Cuando la vi que me arrojaba de aquella manera, mi dolor fué horrible, porque, creédmelo, nunca la quise más, nunca la vi tan hermosa y adorable como en aquel lance, defendiendo de mí su hogar y su paz. Sentí mi boca más amarga que la hiel. Una de dos: o fajarme allí mismo con el bruto, que de seguro, en tal caso, me aniquilaría de un zarpazo, u obedecer a aquel látigo de la honradez susceptible y marcharme huído, avergonzado, en la situación más triste, ridícula y poco airosa del mundo. Pero bien ganado me lo tenía. Decir cómo bajé las escaleras me sería imposible. Al promedio de ellas me sentí acometido de uno de esos impulsos de maldad de que no se libran, en momentos críticos, ni las naturalezas más delicadas y bondadosas; vínome a la boca no sé qué espuma de sangre; me sentí ruin, villano y con ganas de hacer todo el daño posible. Mi amor propio, ultrajado y escupido, sugeríame venganzas soeces, de esas que se consuman a las puertas de las tabernas y de los garitos, y en aquel rato de frenesí me puse al nivel de los cobardes o de las procaces mujeres de las plazuelas. Como el calamar a quien sacan del agua escupe su tinta negra, así yo, encarándome hacia arriba, solté el chorretazo de mi rabia estúpida en estas palabras, que no sé si fueron dichas a media voz o sólo pensadas: «¡Si estáis deshonrados!... ¡Si aunque queráis no podéis quitaros de encima la piedra que os ha caído, pobres idiotas...!»

III

Felizmente, de estas abominaciones, producto momentáneo de estados instintivos en que casi se pierde la responsabilidad, arrepentíame yo pronto, conociendo y condenando mi propia infamia. Desde aquel día mi desatino tomó ya proporciones aterradoras. Todas las locuras que yo había hecho antes, y que puntualmente quedan referidas, eran razonables en comparación de las que hice después. ¡Qué días aquellos, en que Raimundo se me representaba como un modelo de cordura, asiento y respetabilidad! Se me iba la cabeza; se me desvanecía la memoria; olvidábame hasta de las cosas más importantes, y de nombres y cifras que me interesaban grandemente. Unas veces no podía apartar del pensamiento la idea de mi próxima muerte, y la deseaba; otras entrábame un flujo tal de proyectos, que me volvía tarumba, dándole vueltas de noche en mi cerebro, mientras mi cuerpo las daba en la cama, sin poder gustar ni un sorbo de sueño. Entre estos proyectos los había financieros y amorosos, todos girando sobre el eje de mi desesperada pasión por Camila. Completamente ebrio, me decía: «La época de las barbaridades ha llegado. La sorprendo, la robo, la amarro, la meto en un coche y me voy a América... Envenено a Constantino, o le asesino por la espalda, o le emparedo...» Estos disparates eran los puntos rojizos que estrellaban

la negra bóveda de mis insomnios. Por las mañanas, el más insignificante suceso me producía fuertes emociones, ora dulces, ora amargas. Ver subir a la criada de los Miquis con la cesta de la compra bien repleta me hacía cosquillas en el espíritu. Oír desde mi casa el piano del tercero me ponía en estado de echarme a llorar. Por las noches, cuando entraba en casa, observaba si había luz en la de ellos. Si salían, me clavaba en mi balcón hasta que los veía perderse en las sombras de la calle o meterse en el *rippert*.

Aunque no los visitaba, ni podía intentarlo después que tan ignominiosamente me echaron de su casa, a mí llegaban noticias suyas por diferentes conductos. El mismo Augusto Miquis, a quien llamé para consultarle como médico, me solía decir cosas que me interesaban profundamente. Ambos consortes estaban furiosos contra mí. Para Constantino era yo un traidor infame, un ladrón de ganzúa, no de puñal, que es más noble. Tras horrorosas dudas, el pobrecillo había recobrado la fe ciega en su mujer; pero la acusaba de haber hecho misterio de mis solapados ataques. Camila había callado por prudencia. Conociendo el genio pronto, la brutalidad pueril y las exaltaciones justicieras de su marido, temía el escándalo y los disgustos consiguientes.

—Constantino es un inocentón macizo —me dijo Miquis—; no tiene idea del mal; hay que metérselo por los ojos para que lo vea. De niño era ridículo por sus ingenuidades; adolescente, no servía para nada. A golpes se consiguió de él que siguiese una carrera. Se casó cuando su propia candidez le encenagaba en los vicios de la tontería, esos vicios que no dañan el alma y son como la suciedad, que con el agua se limpia. Camila le ha lavado, y hoy es todo oro de ley, mal labrado, pero fino. En su trato hay que evitar los encontronazos, porque tiene unos ángulos que cortan. Es un bloque de honradez y nobleza, con nociones radicalísimas y cardinales del bien y el mal. No entiende de medias tintas, ni de componendas, ni de estira y afloja. Para él, lo que no es superior es ínfimo; moral bárbara, si se quiere; pero yo pregunto: ¿no es ésta la moral de los tiempos en que los hombres supieron hacer cosas grandes que no se hacen ahora?... Usted era antes para él el mejor de los amigos; ahora es una víbora, un animal venenoso. Mi hermano no transige; su tosquedad le mantiene un tanto alejado de la región de las ideas, y me alegro, porque, si se le antojara tenerlas políticas, sería o el socialista más fogoso o el carcunda más feroz. Yo procuro traerle a los términos medios; pero es inútil. Es que no sabe, no puede; su inteligencia no percibe sino lo gordo, lo elemental, la pepita nativa de las ideas. Sus sentimientos son lo mismo: siente mucho y fuerte, como los niños y los poetas primitivos.

Por otras conversaciones que con Augusto tuve comprendí que Camila no había podido quitarle a su asno de la cabeza aquello de darme una pateadura en público. Sí; era preciso que mi traición no quedase sin castigo. Nada de duelo, que es una papa. Bofetada limpia y palos. Yo no merecía ser tratado de otro modo. Y era indudable que Camila estaba disgustada. Aquella contienda sobre si yo debía ser apaleado o no fué la primera desavenencia de su hogar. Severiano también me habló de esto seriamente, recomendándome que tuviese cuidado. Y entonces todo lo varonil resurgía en mí, y hacía yo propósito de enseñar a aquel bruto cómo arreglan los caballeros sus cuentas de honor.

Pero como él era un Hércules y yo me había quedado sin fuerzas para estrangular a un pollo, debía prepararme a resistir su agresión por los medios más adecuados, haciéndome acompañar de un buen revólver. En cuanto le viera venir a mí con ademanes hostiles, le metía seis balas en el cuerpo, y a vivir.

Transcurrían días; yo me lo encontraba algunas veces en el portal o en la calle, y pasaba junto a mí sin mirarme. ¿Por qué no me atacaba? Por María Juana supe que no quería ajustarme las cuentas mientras fuera mi inquilino.

—¡Qué delicados están los tiempos! —dije—. ¿Y por qué no se muda de una vez?

Era que la casa de Torres estaba aún un poco húmeda, y esperarían a julio. «Pues si tan largo me lo fías—pensé, metiendo el revólver en un cajón de la mesa—, no quiero llevar más este chisme peligroso.» Y no volví a sacarlo.

También entendí (todo se sabe) que la calumnia que pesaba sobre ellos les daba no pocos disgustos. A Camila le hicieron algunos desaires las de Muñoz y Nones:

Medina había dicho a su mujer, tratándose de invitarla a una comida, que no quería prójimas en su casa... Por consecuencia de esto, viéronse alguna vez cargados de nubes los cielos de aquella alegría espléndida. La borriquita lloraba a ratos, sola o delante de Constantino, y a éste le entraban tales furores de venganza, que Camila se violentaba por restablecer la paz. Eran, sin duda, menos felices, porque eran menos inocentes; ambos sabían algo más de la malicia humana; sin ser pecadores, habían probado las amarguras de la sospecha, la manzana apetitosa e indigerible, y de buenas a primeras se habían avergonzado de la desnudez de su inocencia. Creyeron que el mundo era esencialmente bueno, y de pronto salíamos por la patochada de que estaba lleno de picardías, de asechanzas, de trampas armadas entre las hojas verdes, de abismos revestidos de flores. Había que andar por él con mucho cuidado, midiendo las acciones, las palabras, y tapándose bien. Los antes descuidados y aturdidos habían de vivir ahora precavidísimos, atentos al más leve rumor, súbditos del inmenso y despótico imperio de la opinión.

Pues bien: todo este mal venía sobre mi propia conciencia. Pensad cuánto me lastimarían peso y dolor tan grandes, añadidos a los de mi pasión loca y al estado de desaliento en que me encontraba. No me preguntéis qué hice, en orden de negocios, en aquella cruel temporada. Fuera del préstamo gordo que hice a Severiano con garantía hipotecaria de su finca La Mezquitilla, ¿en qué me ocupé? Creo que yo mismo lo ignoraba, y a no ser por las consecuencias, seríame muy difícil dar aquí cuenta clara de mis operaciones. Varias veces en la Bolsa pronunciaba los sacramentales *doy* y *tomo* sin saber ni lo que daba ni lo que tomaba. Barragán me dijo que era preciso ponerme curador, y creo que no le faltaba razón. La liquidación de mayo me había sido favorable, y, alentado por el éxito, me enfrasqué a mitad de junio en combinaciones un tanto arriesgadas. Samaniego no pudo publicarlas, porque eran de tal cuantía mis compras, que hubiera tenido que aumentar considerablemente su fianza; mas yo no veía ya los peligros que en otra época viera: habíame vuelto temerario y despreocupado como los aventureros y agiotistas más audaces. Que perdía... ¿Y qué? De nada me servía ya el dinero, si estaba seguro de morirme pronto. Yo no tenía hijos ni herederos directos a quienes dejarlo. Si ganaba, mejor; pero el perder, que tanto me asustaba antaño, érame ya punto menos que indiferente.

Sentíame muy mal, agobiado, decaído, sin fuerzas para nada, la memoria padeciendo horribles eclipses, la inteligencia envuelta en nieblas, la palabra muy torpe. Aquel módulo que me había enseñado Raimundo para ejercitar los músculos de la lengua se me olvidó un día. No sé pintar lo que me atormentaba el no poder recordarlo y los esfuerzos que hice para traer a mi mente aquellas palabras, que se me habían ido como pájaros escapados de su jaula. Todo inútil: tuve que llamar a Raimundo y rogarle que me lo repitiera.

—¿Qué, hombre?...

—La matraca, hijo; la recetita aquella del *triple trapecio*.

Y me la dijo, echando chispas, y la escribí para que no se me volviera a olvidar.

Os reiréis; pero bien comprendo que no es para menos. Abría mi correo con indiferencia, y de algunas cartas apenas me enteraba. Gran violencia de atención tuve que hacer para apechugar con una de las Pastoras; pero como en ella me hablaban de intereses, no había más remedio que tomarlo con calma. Decíanme que se les había presentado ocasión de colocar en Sevilla, con sólida garantía y muy buen interés, el dinero que habían depositado en mí para que yo lo incorporara a mis negocios. Alegréme de esto, porque me libraba de una responsabilidad más, y les contesté que dispusieran de ello cuando gustasen. Yo giraría a su orden, a menos que no tuviesen ellas proporción para hacerlo a mi cargo desde Sevilla. Respondieron, a vuelta de correa, que Tomás de la Calzada se encargaba de darles su dinero, girando a mi cargo. Me pareció muy bien, y liquidé con mis ilustres amigas, pasándoles extracto de la cuenta de beneficios para que el banquero de Sevilla los añadiera a la suma por que se había de hacer el giro.

A mi tío le devolví también unas quince mil pesetas que me había entregado con el mismo objeto que las Pastoras. No quería yo hacerme cargo de capitales ajenos. A Morla, de quien tenía diez mil

duros, le anuncié también mi propósito de devolvérselos, y él, sintiéndolo mucho, me rogó que se los diese a Trujillo. La soledad horrible de mi vida me iba acorralando cada vez más, poniéndome fosco y encariñándome con la fea muerte. Y para que se vea qué extensiones y qué horizontes nos ofrece la miseria humana, aún encontré un hombre que parecía más desesperado que yo. Este hombre era mi tío Rafael, que ya no hablaba, ni iba de caza, y sus ojos, más que fuentes, eran una traída de aguas, y había envejecido diez años en tres meses, y estaba como chocho, con manías y mimosidades pueriles. La diátesis de familia se cebaba en él en aquella evolución postrera. Estaba *suspendido* todo el día, y no se atrevía a salir a la calle porque el suelo era siempre poco para él. A ratos se le antojaba ser una de esas figuras de yeso que venden los italianos de *santi boniti barati,* y creía ser llevado por la calle en el borde de una tabla, mirando a dos varas de sus pies el suelo en marcha, y él quieto, siempre en la orilla de la tabla, inclinado para caerse y sin caerse nunca. ¡Qué suplicio! Su mujer le consolaba algunas veces; pero otras le reñía, enfadándose de verle dominado por una tontuna tan contraria a la razón. No hubo desde entonces en el ánimo de mi tío nada secreto para mí, ni pesadumbre que no me confiase. Se vació todo, sintiendo no poco alivio. Entre otros disgustos, el más hondo y atormentador era que aquella loca de Eloísa se había tragado lo poco que él tenía para vivir. Presentósele un día gimoteando; ofrecióle buen interés y devolución pronta, y él fué tan simple, que... Por fin había logrado arrancarle una parte de la deuda y promesas del resto.

—Aquí me tienes—añadió a lágrima viva—, en el fin de mi vida, expuesto a que el día de mañana tenga que pasar por el sonrojo de pedir un asiento en la mesa de cualquiera de mis yernos... Esto después de haber trabajado como un negro durante cuarenta años... Pero ¡es mucho Madrid este!

Quería llevar más adelante aún sus pruebas de confianza. Levantóse del asiento para atrancar la puerta, y cuando estuvo seguro de que nadie nos oía, me dijo con voz cautelosa:

—Para que lo sepas todo, hijo... La causa de que al fin de la jornada nos encontremos tan desguarnecidos es que esta pobre Pilar no me ha ayudado maldita cosa. Nunca supo más que gastar y gastar. ¿Ganaba yo mil? Pues ella a darse vida de mil y quientos. Apretaba yo y, conforme me veía apretando, saltaba ella a los dos mil. De este modo, ¿qué quieres que resulte? Miseria, vejez triste y que le mantengan a uno sus yernos poco menos que de limosna. Me preguntarás que dónde han ido a parar mis ahorros. Derrama, hijo, tu imaginación por los teatros de esta pequeña Babel, por sus tiendas, por sus increíbles y desproporcionados lujos, y encontrarás en todas partes alguna gota de mi sangre. Dirás que me faltó carácter, y te responderé que ahí está el quid. Es el mal madrileño; esta indolencia, esta enervación que nos lleva a ser tolerantes con las infracciones de toda ley, así moral como económica, y a no ocuparnos de nada grave, con tal que no nos falte el teatrito o la tertulia para pasar el rato de noche, el carruajito para zarandearnos, la buena ropa para pintarla por ahí, los trapitos de novedad para que a nuestras mujeres y a nuestras hijas las llamen *elegantes* y *distinguidas,* y aquí paro de contar, porque no acabaría.

IV

Mi tío había perdido en los tristes meses de su rápido decaimiento algunas piezas importantes de su hermosa dentadura, y por aquellos en mal hora abiertos portillos se le iban las efes, las zetas y otras letras mal avenidas con la disciplina de una correcta pronunciación. Como meneaba bastante las manos al hablar, parecíame que quería coger al vuelo las letras fugitivas para traerlas a su obligación. Hechas las confidencias que acabo de mentar, ya no se paró en barras mi lacrimoso tío.

—¿La ves, la ves?—me dijo aplicando sus labios a mi oído, a punto que Pilar salía, después de pasar por delante de nosotros muy emperejilada—. A sus años, no piensa más que en componerse y en si se *llevan* o no se *llevan* tales cosas... Ya te llevaría yo derecha si tuviese ahora veinticinco años, como cuando me casé... ¿Y por qué me casé?, preguntarás. Porque Pilar me tiranizó con su elegancia y sus tirabuzones a lo Adriana de

Cardoville. Yo era entonces dandi y, te lo diré en confianza, uno de los más tontos de aquella hornada. Mi sueño era que a mi mujercita la citaran los periódicos que hablan de bailes y recepciones, y que nos cayera mucho dinero por herencia o por negocios, para hacernos marqueses, dar bailes, tes y meter bulla... ¡Trabaje usted para esto! Los cuartos no parecen... Afanes, quiero y no puedo, espíritu de imitación, y estirémonos mucho para llegar, sin llegar nunca... ¡Ay, qué vida, hijo; qué brega! ¡Hemos llegado a viejos, fatigados de tanto estirón, sin una peseta! Mi mujer no ve estas cosas; yo, sí; he abierto los ojos, ¡a buena hora!, y ella continúa tan topo como siempre.

Creía ver en aquel excelente hombre algo de exaltación. Los disgustos habían quebrantado tal vez su cerebro, y todas las perradas que decía de la compañera de su vida eran demencias o quizá chochez, estados ambos que en tales alturas no habían de tener ya remedio. Desde que esto advertí, hallaba en su compañía más agrado que en la de otras personas en el pleno uso de sus facultades. Me divertía oírle echar pestes de su matrimonio y poner en solfa los perifollos de la pobre Pilar. Además de esto, me impulsaban hacia él la idea de que era aún más desgraciado que yo y el deseo de consolarnos mutuamente. Debo decir, entre paréntesis, que los principios morales de mi tío eran harto endebles, y bastábame esto para comprender las consecuencias dolorosas de su falta de carácter y para hallar justificadísimas las desventuras de que se quejaba. Jamás sorprendí en él ni el más ligero vislumbre de indignación contra mí por los tratos que tuve con su hija. Esto sólo nos le traza de cuerpo entero y sirve como para completar la pintura, hecha por él mismo, de aquella indolencia, de aquella enervación moral que había sido los contornos más expresivos de su carácter durante una larga vida matrimonial y matritense.

Y sigo diciendo que me aficioné a la compañía de aquel buen hombre, por cierta consonancia que entre él y yo encontraba. En cada uno de los dos había una cuerda que respondía con simpáticos ecos a las ideas del otro. O ambos estábamos igualmente idos de la cabeza, o éramos tan chocho el uno como el otro y, por ende, igualmente pueriles. De esta compañía salió el consuelo para entrambos: éramos dos columnas caídas que nos dábamos mutuo apoyo. Con cualquier sandez que él contara me tendía yo de risa, y yo no tenía más que abrir la boca para verle reír a él. Yo le buscaba y él me buscaba a mí. Nos íbamos de paseo, a ver gentes y tipos y reírnos de ellos, encontrando placer vivísimo en la sátira social que sin cesar afluía de nuestros inocentes labios. Enlazados nuestros brazos, porque mi buen tío temblequeaba un poco y yo no estaba muy seguro de piernas, nos íbamos por las calles principales, o bien al Prado y Retiro, con mi coche detrás, para meternos en él cuando nos cansáramos. Por las noches nos metíamos en los teatros de funciones por horas, porque los dramas y comedias serias nos apestaban. Lo que don Rafael se divertía con las piezas cómicas no es para contado. Reía a carcajadas, y los chistes menos agudos le hacían impresión atroz. Sus sensaciones eran completamente infantiles; sentía como los seres que empiezan a vivir. Noté una noche que a mí también me hacían gracia los sainetes, pero mucha gracia, y que me daban ganas de alborotar como un chico. «¡Si estaré yo tan lelo como este pobre hombre!», me decía. Pero ¡ay!, cuando me quedaba solo y me metía en mi casa, entrábame una tristeza tal, que hacía proyectos absurdos de aislamiento y hasta de suicidio.

En Eslava nos tropezamos con mi tío Serafín, que se nos unió, y desde aquella noche fué de nuestra partida. A la mañana siguiente fuimos los tres juntos al relevo de la guardia y seguimos a un regimiento al compás de la música. Mi tío Serafín confesaba con encantadora ingenuidad que él tenía que contenerse para no ir delante de los cornetas, en el tropel de inquietos y entusiásticos muchachos. No paraban aquí nuestras puerilidades, pues nos sentábamos los tres en los puestos del Prado a beber un vaso de agua con anises, y cuando en cualquier calle pasábamos por junto a una obra en que estuvieran subiendo un sillar, nos deteníamos y no abandonábamos el plantón hasta ver la piedra en su sitio. Don Serafín era inspector de construcciones, y nos daba cuenta del estado de todas las de Madrid, así públicas como particulares.

Dicho se está que pasábamos un rato

junto a la jaula de los monos en la Casa de Fieras y que le hacíamos la visita de ordenanza al león. Otras veces tirábamos hacia la Cuesta de la Vega, a ver el viaducto por arriba y por abajo o a formar en el apretado corrillo de espectadores que presenciaba el juego de la rayuela en las Vistillas. Eramos los *tres tristes triunviros troglodítas* de la cencerrada de Raimundo. Pero lo más salado de nuestros paseos era cuando el tío Serafín *guipaba* a una criada bonita. Veíamosle todo carameloso y encandilado, avivando el paso y queriendo que lo aviváramos también nosotros.

—¿Habéis visto?... ¡Qué mona!... ¿No reparasteis qué ojos me echó?

Y seguíamos tras la fugitiva hasta que la perdíamos de vista.

—¡Buen par de pillos sois!—decía mi tío Rafael, dejándose llevar, renqueando—. Pero ¡qué pillos! Este Serafín es de la piel del diablo... No perdona casada ni doncella...

Para distraerlos a ellos y distraerme yo, los llevé algunos domingos a los toros. Tomaba un palco y nos metíamos en él los tres, con más algún otro amigo. Mi tío Rafael se entusiasmaba con todos los incidentes de la lidia, y de sus ojos salían ríos. Serafín no hacía más que *guipar* a derecha e izquierda, buscando las caras bonitas. En la plaza fué, bien lo recuerdo, donde Severiano me dió la noticia de que el marqués de Flandes se había declarado también huído.

—¿A qué me vienes a mí con esos cuentos? ¡Ni qué me importa a mí!...

Pero, aunque yo no quería saber nada, me contó la anécdota del día. No era preciso bajar mucho la voz, porque don Rafael, entusiasmado con su homónimo *Lagartijo*, no oía lo que en el palco se hablaba.

—Pues sí: Manolo Flandes ha salido para Francia con las manos en la cabeza, dejando muchos créditos sin pagar. La pobre Eloísa se encuentra otra vez en las uñas de los *ingleses*, y me temo que de esta vez me la han de ahogar de veras... Apencará al fin por Sánchez Botín, uno de nuestros primeros reptiles, y sin género de duda el primero de nuestros antipáticos.

Mandéle que se callara. A la salida de la plaza nos encontramos a Sánchez Botín, que vino a saludarnos. Debí de estar grosero con él. Era un hombre que me repugnaba lo indecible; odiábale sin saber por qué, pues jamás me hizo daño alguno. Era, sin género de duda, lo peorcito de la Humanidad. Si hay seres que nos dan a entender nuestra afinidad con los ángeles, aquél nos venía a revelar el discutido y no bien probado parentesco de la estirpe humana con los animales. Viéndole y tratándole, me entusiasmaba yo con el transformismo y me volvía darvinista, sin que nadie me lo pudiera quitar de la cabeza... Luego nos encaramos con Torres, que se vino a mi coche... Otro animal, pero inteligente y, si se quiere, simpático. Aquella tarde le vi más soberbio, fachendoso y soplado que nunca, vendiendo a todos protección, hablando muy alto con grosera petulancia. Me convidó a comer; mas no acepté. Prefería divertirme con mis queridos viejos niños, y nos fuimos a un restaurante, donde estuvimos hasta la hora de irnos a Lara. Mi tío Rafael se durmió en el palco como un bendito. Su hermano también tenía sueño; pero con aquello del *guipar* se despabilaba...

—Nada, nada—les dije, al fin de la pieza—: un huevecito y a la cama.

V

Aquella chochez prematura en que me encontraba habría durado mucho tiempo sin los sacudimientos que tuve en los últimos días de aquel mes. Fueron como latigazos que me despertaron, volviéndome a la vida normal y razonable. Medina, a quien encontré en la calle de Carretas una mañana, me dijo:

—Si el Perpetuo se hace a sesenta a fin de mes, como creo, liquidaremos admirablemente. Por esta vez, ese perdonavidas de Torres no pondrá una *pipa* en Flandes, como dice Barragán.

Aquella tarde volví a la Bolsa. Corrían voces de que la liquidación del mes sería peliaguda, y estábamos a 28, víspera de San Pedro. El Perpetuo, que el 15 había estado por debajo de 59, se sostenía en 59,75, con tendencias a ponerse en 60. *Partiendo del Principio* aseguraba que *le veía* en 60,20, y Medina, ocultando su complacencia con la máscara de una frialdad estudiada, afirmaba lo mismo.

El 30 se notaron violentísimos esfuerzos para producir una baja, pero sin resulta-

do. París venía firme, y aquí abundaban las órdenes de compra. Torres se descolgó aquel día más risueño que nunca, tuteando al lucero del alba, echando el brazo por encima del hombro a sus amigos de este y el otro corro. El 31 no le vimos; Medina y Cecilio Llorente secreteaban. Este había hecho con Torres una gran jugada, de la que resultó que, habiendo quedado el Perpetuo a 60 en cifra redonda, Gonzalo tenía que abonarle, por diferencias, más de un millón de pesetas. Yo perdía, con el mismo Cecilio y otros, unas setecientas mil; pero Torres me había de dar a mí doscientos mil duros. Era el mayor pellizco que yo había tenido entre mis uñas desde que andaba en aquellos trotes.

El 1 de julio, día de liquidación, fuí al Bolsín, en donde me encontré a Medina, que hablaba con Cecilio Llorente con cierto misterio. Mandáronme que me acercara, y a las primeras palabras que les oí vislumbré que no estaban tranquilos. El cobrador de Torres, un tal Rojas, no parecía; pero lo más grave era que tampoco estaba Samaniego, nuestro agente.

—¿Quién liquida por Torres?—gritó Llorente con todo el registro de su gruesa voz.

Silencio en las mesas. Al fin vimos llegar a Samaniego, el cual, por más que quiso disimularlo, traía en su rostro algo que no nos gustó. Díjonos que había visto a Torres la noche antes y que se había mostrado muy inquieto por las dificultades de su liquidación.

—Liquidará pasado mañana, lunes, o el martes—aseguró al cabo—. Lo tengo por indudable. Es que le coge una porción de millones de reales, y por bien que le vaya, siempre necesita un día o dos para prepararse.

Por la tarde vino Medina a mi casa y me dijo que estuvo en la de Torres y que había observado allí algo de tapujo. El criado no quiso abrirle, diciendo por el ventanillo que su señor había salido. Por fin abrieron, y la señora tampoco estaba en casa.

—Es raro—observó Cristóbal pensativo—, porque en ocasiones semejantes Gonzalete ha sabido dar la cara y pedir las prórrogas con la frente alta.

Acordéme de que mi operación no había sido publicada (era la primera que hacía en estas condiciones de informalidad), y me corrió un poco de frío por el espinazo. Mis distracciones, mis chocheces, la exaltación enfermiza de mis pensamientos amorosos, tenían la culpa de aquel lance. «Esto sólo le pasa a un anémico», fué lo primero que se me ocurrió. Pero aún esperaba una solución feliz, pues si en asuntos del corazón dominaba en mí el más negro pesimismo, en negocios era cada vez más optimista, y todo lo veía transparente y rosado. Tranquilicé a Medina; pero él no las tenía todas consigo.

Y por fin saliste de la serie tenebrosa del tiempo, día 2 de julio, el más horrible y ceñudo de los días nacidos, a pesar de decorarte con toda la gala de la luz y cielo de Madrid. Me acuerdo que fué uno de esos días en que esta corte parece que despide centellas de sus techos, de sus agudos parrrayos, de las regadas berroqueñas de su suelo, de los faroles de sus calles, de las vitrinas de sus tiendas y de los siempre alegres ojos de sus habitantes. Salí de mañana a dar una vuelta por el Retiro y a ver el vigoroso claroscuro de aquellos árboles cuyo verde intenso parece que azulea, a mirar este cielo que de tan azul parece un poco verde. Quise recrearme en aquella placidez matutina, oyendo los toques de misa, que suenan como altercado aéreo entre torre y torre, disputándose los fieles; viendo a las devotas madrugadoras que de las iglesias salen con su librito en una mano y en otra las violetas o rosas que han comprado en la puerta; atendiendo al vocear soez y pintoresco de los vendedores ambulantes.

Cuando regresé, ya se oían algunos de esos pianos de manubrio que son la más bonita cosa que ha inventado la vagancia. Dan a Madrid la animación de una tertulia o baile de cursis, en que todo es bulla, confianza, ilusión juvenil, compás de habaneras y polcas, sin que falten tactos atrevidos y equívocos picantes. Estos pianos, el toque de las esquilas eclesiásticas, que tañen todos los días y los domingos atruenan; el ir y venir de gente que no hace más que pasear, y otros mil perfiles característicos de un pueblo en que toda la semana es domingo, eran para mí la expresión externa del vivir al día, y de esa bendita ignorancia del mañana, sin la cual no hay felicidad que sea verdadera.

Y en aquel caso el mañana era para

mí de importancia grandísima. A pesar de los pesares, no estaba yo muy inquieto y confiaba en que liquidaríamos pronto sin dificultad. Habíame sentado tan bien el paseo, que hasta apetito tenía, cosa muy rara en mí. Pero cuando entré en mi casa, ¡Dios mío, lo que me esperaba! Era María Juana, desconcertada, impaciente. Encontrémela en mi gabinete, y desde que la vi entróme un miedo que no sé definir. Echóme los brazos al cuello y me apretó mucho. Sus labios estaban secos, su frente parecía una placa de bruñido marfil, su voz temblaba al decirme:

—Me vas a probar ahora que eres valiente.

—¿Y cómo?—le pregunté sin serlo, pues se me abatieron los ánimos.

—Soportando la mala noticia que te voy a dar. No he querido que lo supieras por otro conducto... Quería yo darte esta prueba de amistad y que me vieras compartiendo tu desgracia... Aún hay esperanzas; aún puede ser...

—Dímelo de una vez... No me mates a fuego lento. Ese...

—Lo has adivinado... ¡Ah! Se me figura que en mi frente traigo escrito: *Torres*... Es un trasto. Anoche ha desaparecido de Madrid.

Declaro sin vanidad que no me quedé tan aterrado como parecía natural. Recibí sereno el golpe y no vi la cosa enteramente perdida.

—Pero hay de qué echar mano. Tiene fincas...

—¡Ay! ¿Tu operación fué publicada? Creo que no. La de Medina, sí. ¿En qué estabas pensando? Las pérdidas de Medina no son grandes, y él espera sacar algo. Tú pleitearás... Ya sabes lo que son los pleitos...

Al oír esta palabra fatídica, *pleito*, fué cuando me sentí realmente acobardado. Se me arrugó el corazón y pasóme un velo negro por delante de los ojos. Me senté. Mi prima me puso su mano blanda en la frente y se lo agradecí de veras, porque recibí en ello un gran consuelo.

—Hay que llevarlo con paciencia—dije besándole la mano—. Estas son las resultas de... Cabeza trastornada, bolsa escurrida... Hija mía, el amor es muy mal negociante.

—Todavía, todavía no debes darte por perdido en este asunto—dijo ella interesándose vivamente por mí—. ¿Cuánto das tú por diferencias?

—Unos ciento cuarenta mil duros.

—¿Cuánto te tenía que dar Torres a ti?

—Espelúznate... ¡Doscientos mil!

Después que estas dos cifras vibraron en el aire, hubo un largo y lúgubre silencio, durante el cual las cifras parecían seguir vibrando. ¡Oh Dios!, todas mis aritméticas habían venido a parar en aquel cataclismo..., y los números, ¡ay!, eran el alfanje que me segaba el cuello.

María Juana, compadecida, no quería dejarme entregado a la desesperación, y acompañando sus palabras de entrañables caricias, me dijo:

—Ahora vendrás conmigo... No quiero dejarte solo. Cristóbal te espera; él me mandó que viniera a darte la noticia y que te llevara a casa para acordar entre los dos lo que debéis hacer. También irá Cecilio Llorente, que coge el cielo con las manos.

—Pero ¿estás tú segura de que Torres ha desaparecido, o es suposición?...

—¡Ah!, hijo mío, sobre ese particular no tengas duda. La pobre Paca ha estado en casa llorando como una Magdalena. ¡Infeliz mujer! Gonzalete escribió una carta en que dice que no puede pagar. Sólo ha dejado unas pocas *Cubas*, un talonario del Banco y lo que había en la casa...

—No le dejaremos ni una astilla...

—¡Oh!—exclamó María sin poder evitar que una chispa de júbilo cruzara por su rostro—, lo que es ahora, el espejo biselado irá *pian pianito* caminito de mi sala. Vámonos, vámonos; serénate, y se procurará que el mal, ya que no puede evitarse, sea la menor cantidad de mal posible. La vida humana tiene estas caídas; pero también ofrece grandes consuelos donde menos se espera. Yo no soy pesimista; creo en las reparaciones providenciales, y al dolor lo tengo por una sombra. ¿Existiría si no existiera luz?

Tanta sabiduría me habría quizá entusiasmado en otra ocasión. En aquélla, tristísima, sonaba en mis oídos como el ruido de una lluvia importuna, de esas lluvias que se inician cuando vamos muy bien vestidos por la calle y, además, hacen la gracia de cogernos sin paraguas.

VI

Todo lo que hablamos aquel día Medina, Llorente y yo subsiste en mis recuerdos de un modo caótico. Imposible determinarlo ahora. Sólo puedo sacar de aquella nebulosa jirones sueltos, palabras e ideas desgarradas, con las cuales me sería difícil componer un inteligible discurso... Samaniego, la fianza de Samaniego... ¿En dónde estaba Samaniego?... ¿Huído también?... Acción judicial..., unas operaciones publicadas y otras no..., la casa de la Ronda... Si Torres se presentaba, esperanzas de arreglo, aunque todos renunciáramos a la mitad de nuestro crédito; si no... ¡Ah! Gonzalete no podía acabar en bien... Y vuelta a la casa de la Ronda, a la fianza de Samaniego..., a la honradez de Samaniego, que se tenía por indudable.

Lo que sí recuerdo bien es que, como yo dijera que al día siguiente vendería mis obligaciones de Osuna, ambos me miraron, quedándose pasmados y con la boca abierta.

—Pero ¿no vendió usted sus Osunas? —gritó Medina, persignándose—. Hijo mío, ahora sí que ha hecho usted un pan como unas hostias.

Volví a sentir el frío aquel por el espinazo.

—Pero usted está ido, amigo mío—observó Llorente—; permítame que se lo diga.

—Esta es la más negra—murmuró Medina, rascándose la oreja—. Pero ¿no le dije a usted...?

—Perdone usted: a mí nadie me ha dicho nada.

—Perdone usted...

—Hombre, que no.

—¡Dale! Se lo dije a usted el mes pasado, yendo juntos a la Bolsa en mi coche. Se lo volví a decir el jueves por la noche, cuando me lo encontré en la calle del Arenal en compañía de mi suegro y su hermano Serafín. Le llamé a usted aparte y le dije: «Venda sin perder un momento las Osunas... Corren malos vientos.»

En efecto, vino a mi memoria el hecho que Medina afirmaba. Me lo había dicho, sí; pero yo, completamente ido, según ellos, y con el cerebro como una jaula, de la cual se me escapaban las ideas en figura de mosquitos, no había vuelto a pensar en semejante cosa.

—Pero ¿qué hay con las Osunas?... —pregunté ansioso.

—Ahí es nada: un bajón horrible.

—Ayer las ofrecían a cincuenta y cinco y nadie las quería.

—Mañana las darán a treinta, y será lo mismo.

—Pero ¿qué hay?

—Un lío de mil demonios. Que ha desaparecido de la noche a la mañana la garantía territorial. ¡Ay Jesús, qué hombre este! Hace días se empezó a susurrar; pero hoy lo sabe todo el mundo. ¿No ha ido usted esta semana al escritorio de Trujillo?

—No.

—¿Ni al Bolsín?

—Tampoco.

—¿Ni al Círculo de la Unión Mercantil?

—Tampoco.

—Pues entonces, ¿adónde ha ido usted, hombre de Dios, y qué ha sido de su vida?

Dióme vergüenza de contestar la verdad, que era ésta: «He estado en la Casa de Fieras del Retiro, en el relevo de la guardia de Palacio y por las calles, viendo subir sillares a las casas en construcción.» El maldito amor habíame trastorrado el seso, sembrando en mi cerebro un berenjenal. Las berzas del idiotismo, no las flores de la exaltación poética, eran lo que en mi caletre nacía. Cuando me retiré de allí, deseando la soledad para entregarme a la meditación de mi desgracia, para chocar alguna idea con otra y sacar un poco de luz, María Juana salió a despedirme, y me secreteó esto, cariñosamente consternada:

—Pero tú estás sorbido... ¿No te acuerdas? El viernes, cuando nos vimos, ¿sabes?..., te dije que vendieras las Osunas si las tenías... Yo había oído ciertas conversaciones. ¿Es posible que no te hicieras cargo? ¿Qué grillera tienes dentro de esa cabeza?

—No sé... Déjame... Creo que estoy loco.

—Pero ¿no lo recuerdas?

—Sí, me acuerdo y no me acuerdo... No sé... Déjame... ¡Lo que a mí me sucede...!

Salí de aquella casa como alma que lleva el diablo y me metí en la mía, zambulléndome de golpe en mi soledad,

lago turbio de tristeza, miedo y desesperación. Tiempo hacía que yo apenas dormía; pero aquella noche, cosa en verdad muy extraña, apenas me arrojé sobre mi cama, vestido, quedéme dormido como un borracho. Ello debió de durar una hora nada más; fué sueño estúpido, sedación repentina y enérgica de los encabritados nervios. Luego desperté como quien no había de volver a dormir en toda su vida. ¡Despierto para siempre! Tal fué la sensación de mi cerebro y mis párpados. Y era temprano: las diez apenas. Oí el piano de Camila, que, sin duda, tenía tertulia de parientes. ¡Oh, qué atroz envidia me inspiró aquella casa!... ¡Cuánto habría dado por poder subir, penetrar y decirles: «Aquí vengo a que me queráis, a que seamos buenos amigos! Estoy arruinado, solo, triste, y necesito calor de amistad. No os haré daño alguno, no turbaré vuestra paz; seré juicioso, con tal que me dejéis sentarme en una silla a vuestro lado y miraros...» Porque me pasaba una cosa muy extraña. Desde que me entraron las chocheces, los quería a los dos: a Camila, como siempre, con exaltado amor; a Constantino, con no sé qué singular cariño entre amistoso y fraternal. Los dos me interesaban... Deseaba con toda mi alma hacer las paces con ellos y arrimarme al fuego de su sencillo hogar, lo más digno de admiración que hasta entonces había visto yo en el mundo.

Lo mismo fué cesar el piano que ponerme yo a hacer la liquidación de mi fortuna, paseo arriba paseo abajo. Al separarme de Eloísa, mis nueve millones de reales habían quedado reducidos a menos de siete. Las ganancias de enero y febrero me habían redondeado los siete y un poco más. Pero luego la quiebra de Nefas me dejaba en los seis y medio. Por fin, la catástrofe de fin de junio hacíame perder, por la mala fe de un truhán, cuatro millones de ganancia, y como yo tenía que dar, por mis diferencias, ciento cuarenta mil duros, si Torres no me pagaba, esta suma era mi pérdida efectiva. Porque yo no había de tomar las de Villadiego, como el otro, dejando a mis acreedores con un palmo de narices. La depreciación de las Osunas, que tomé al tipo de 97,50 y habían descendido de golpe a 38, acababa de anonadarme. Mi activo quedaría pronto reducido exclusivamente a la casa, los créditos de Jerez y lo que había colocado tres meses antes en la hipoteca de mi amigo para cancelar sus ruinosos empréstitos.

Por la mañana, después de pasarme toda la noche sin pegar los ojos, mandé un recado a Severiano para que fuese a verme. No tardó en acudir a mi cita. Yo tenía un humor endemoniado y le recibí con aspereza. Mas era él de tan buena pasta, que me soportó con paciencia. Pintéle mi situación, de la cual él alguna noticia tenía ya, y concluí conminándole de este modo:

—Vas a reunir todo el dinero que puedas y a traérmelo. No te pido imposibles; no te pido que me devuelvas en tres días los ochenta mil duros que te presté sobre Las Mezquitillas. Pero búscame y facilítame lo que puedas en esta semana. Echando mano de cuanto tengo disponible, no me basta para saldar mi liquidación. He de pagar además dos letras de Tomás de la Calzada, que acepté el viernes y que me vencen a los quince días. Es el dinero de las Pastoras... Conque ¿has oído? ¿Cuánto me puedes dar?

—Nada—replicó con lacónica serenidad, sin inmutarse.

—¡Y lo dices con esa calma! Severiano, tú tomas esto como cosa de juego. ¿No me ves con el agua al cuello?

—A mí me llega a la coronilla—díjome con la misma pachorra, señalando lo más alto de su cabeza.

—¿No tienes quien te preste?

—¡Yo!—exclamó con el acento que se da a lo inverosímil—. ¡Yo quien me preste!...

—Pues nada: como quiera que sea, tienes que buscarme dinero. Empeña la camisa.

—La tengo empeñada—replicóme con cierto estoicismo de buena sombra.

—Vamos, no bromees... Mira que... Vende tus caballos.

—Los he vendido... Hace tres días que estoy saliendo en los de Villamejor.

—Pues vende Las Mezquitillas... Véndelas. Yo necesito mi dinero.

—Estás turulato. Tratamos por cinco años.

—Es verdad; pero tú, viéndome como me ves, debes sacarme de este atolladero, poniendo en venta la finca. Villamejor te la compra.

—Pero no me da sino cuatro millones

de reales, y vale siete... No pienses por ahora en eso.

—Pues tú verás lo que tienes que hacer—chillé, exaltándome—. Es forzoso que vengas a mi auxilio. ¿No tienes siquiera medio de reunir doce, quince, dieciocho mil duros?

Echóse a reír. Yo estaba volado, con gana de darle de bofetones y echarle a puntapiés.

—Pero ven acá, perdido, ladrón—le dije, cogiéndole por las solapas—. ¿Qué has hecho de tu patrimonio?... ¿En qué gastas tú el dinero? ¿Es que lo tiras a puñados a la calle, o qué haces?

Enardecíame la sangre su estoicismo, que no era estudiado, sino muy natural; aquella calma filosófica y sonriente con que oía hablar de mi ruina y de la suya. Le vi sentarse, cruzar una pierna sobre otra, encender un cigarro. Y entonces se explayó y me hizo la pintura de su catástrofe y de las causas de ella, concretando y detallando los hechos con un análisis sereno y flemático que me dejó pasmado. Y la causa madre no necesitaba él declararla para que yo la supiese. Era la *señora*, aquel voraz apetito que estaba dispuesto a tragarse todas las fortunas que se le pusieran delante y a digerirlas, quedándose dispuesto para una nueva merienda. ¡Ay, qué *señora* aquella! Su colección de piedras preciosas era hermosísima. Los brillantes sirviéronle de aperitivo para comerle a Severiano seis casas de Sevilla y Jerez y su participación en la mina Excelsa, de Linares. Para que se vea el extremo de ignominia a que hubo de llegar mi amigo con su ceguera estúpida, su vanidad y su lascivia, diré que no sólo sostenía la casa aquella en su organización pública y regular, sino que tenía que atender a los despilfarros del marido. Cuando éste necesitaba dinero, poníase tan pesado, que su mujer se veía en el caso de pedir billetes a Severiano y dárselos al otro para que fuera a gastárselos con mozas del partido en el Cielo de Andalucía.

—Pero ¿es posible—le dije, clamando como si tuviera en mí la autoridad de la Religión y la Justicia—que hayas sido tan imbécil...? ¿Qué hay dentro de esa cabeza, sesos o serrín?

—¡Y tú me predicas..., tú!...—objetó, echándose a reír.

—Hombre—repliqué algo desconcertado—, yo he hecho tonterías..., pero no tantas...

—Has hecho más, más, y lo verás prácticamente, porque yo me he salvado y tú no.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo, al verme en medio de la mar salada, ahogándome, he tropezado con una tabla y me he agarrado a ella, mientras que tú...

No comprendí al pronto qué tabla podía ser aquélla.

—No tengas cuidado ninguno por la hipoteca de Las Mezquitillas. Dentro de unos meses te daré tu dinero, duro sobre duro...

—¡Ah pillo!... Te casas con alguna rica.

Echóse a reír y me dijo:

—Es un secreto. No me hagas preguntas.

—Y la otra, ¿lleva con paciencia tu esquinazo?

—¿Y qué remedio tiene?...—me dijo alzando los hombros y riéndose tanto, tanto, que yo también me reí un poco.

—La verdad es—observé con sinceridad que me salía de lo mejor del alma—, la verdad es que somos unos grandes majaderos.

—Lo somos tanto—afirmó él, entusiasmándose—, que nos debían vestir con roponcito y chichonera, ponernos en la mano un sonajero y echarnos a paseo llevados de la mano por una niñera... Es lo que nos cuadra. Los bebés tienen más sentido que nosotros. Pero, ¡ay!, yo aprendí ya; tú eres el que no quiere abrir los ojos.

VII

Demasiado abiertos los tenía a la realidad espantable de mi ruina, para ver otra cosa que ésta no fuese. Reiteré la urgencia de que me buscase dinero, y él insistió en la imposibilidad de hacerlo, dándome algunos detalles que me lo probaron bien. La complicación de sus trampas y las menudencias de algunas de ellas era tal, que sólo el *Sacamantecas* podía ponérsele en parangón por aquel importante concepto.

—Con decirle—me susurró al oído con cierta vergüenza—que estoy dando sablazos de diez duros y que anoche me salvó de un conflicto..., cáete de espaldas..., te lo digo para que te partas de risa... ¿Quién creerás? Tu primo Raimundo.

No me partí de risa; lo que hice fué ver con colores más negros mi situación.

—Bien puedes ir ahora mismo a ver a Villalonga y decirle que si no me paga esta semana los ocho mil duros que me debe le llevo a los tribunales.

—Pues ya puedes irle llevando, porque no tiene una mota.

—Que la busque...

—Ese es otro que tal... También la *señora*...

—Más bien *las*... Ese las tiene por gruesas...

Y corrió en busca de Villalonga, el cual vino a ofrecérseme para todo aquello que no fuese dar dinero. En cuanto a buscarlo por cuenta mía, ya era otra cosa. Los dos se pusieron a mis órdenes, incapaces de servirme de otro modo por la gran crujía que estaban pasando. «¡A pagar!», fué mi idea fija en aquel día y los siguientes. Todos los valores que yo tenía no me bastaron, y hube de negociar unas letras a cargo de mis acreedores de Jerez. Además de lo que tenía comprometido en la quiebra de Nefas, mis arrendatarios y los compradores de mis existencias me debían aún más de treinta mil duros. Por fin pagué, y quedéme tan ancho, la conciencia en paz, el ánimo herido de profunda aflicción. Tras ella vino un fenómeno singular: odio cordial a todos mis amigos, conocidos y parientes. Entróme como un furor antihumanitario, ganas de reñir con cuantas personas me habían rodeado en aquellos turbulentos años de Madrid. Sólo dos seres se exceptuaban de esta horrible, encarnizada animadversión. Pero los demás, ¡María Santísima!, ¡qué aborrecimiento y ojeriza me inspiraban! Sólo la idea de que Eloísa o María Juana irían a visitarme infundíame el deseo instintivo de coger un palo y esperarlas detrás de la puerta para descargárselo encima cuando entraran. A mi tío me lo encontré en la Puerta del Sol, y echóme el brazo por el hombro. Me desasí con grosería y eché a correr diciendo:

—Viejo loco, vete al Limbo y déjame en paz.

Raimundo se me presentó en casa el miércoles por la mañana, y yo mismo le puse en la calle, gritando:

—Perdido, lárgate de aquí y no vuelvas más. No quiero verte ni a ti ni a ninguno de tu pícara casta.

A Ramón encargué que si iba la señorita María Juana o el señor de Medina, les dijera que yo no estaba en casa, ni en Madrid, ni en el mundo... ¡Y los que yo quería ver no llamaban a mi puerta ni hacían caso de mí! ¿Por ventura ignoraban mi desdicha? El jueves, al salir del Banco, vi a Constantino que salía con un amigo del café de Santo Tomás. Miróme y le miré. Yo no llevaba el revólver; si en aquel momento se llega a mí y me acomete, me dejo pegar. Yo no tenía fuerzas ni para darle un pellizco que le pudiera doler. Pero su mirada no parecía muy hostil. Miréle con sincera amistad, y con voces de mi alma le dije:

—Ven acá, fiera, y estréchame la mano; ven y llévame a tu cueva, donde viven los únicos seres que respeto y admiro. Quiero arrodillarme delante de tu mujer y decirle que la adoro como se adora a los seres divinos, aunque se lo tenga que decir con permiso tuyo y para tu conocimiento y satisfacción...

Pero el bruto no vino hacia mí. De buena gana habría yo ido hacia él. Cuando quise hacerlo, ya le había perdido de vista. Viéndome tan solo, tan aburrido, atormentado por la necesidad de encontrar calor de vida espiritual en algún sitio, me dije aquella tarde: «Suceda lo que quiera, yo subo. Si me reciben, porque me reciben; si me tiran por las escaleras abajo, porque me tiran. No puedo así, con este negro vacío en mi alma y este afán de que alguien me quiera.»

Los dos, he de repetirlo, mujer y marido, me interesaban sin saber por qué, y yo anhelaba ser amigo de entrambos, pero amigo leal... ¡Oh!, no me creerían cuando esto les dijese. Y si se lo decía mucho y con esa ingenuidad elocuente que sale del corazón, ¿por qué no me habían de creer? Lo intentaría al menos.

Subí por la tarde. El corazón me palpitaba con tanta fuerza, que no tuve aliento ni para preguntar a la criada que me abrió si estaban sus amos. La criada no me entendía; repetí mi frase. Constantino salió al pasillo, y oí su voz enérgica, que dijo:

—Cierre usted la puerta.

La puerta vino sobre mí con estrépito. ¡Ay, cómo me quedé! ¿Qué haría? ¿Volver a llamar, o retirarme? Esto era lo mejor. Di media vuelta; pero en aquel instante sentí en mi alma sacudida vio-

lenta y me entró un frenesí de no sé qué pasión, rabia, amor, envidia o simplemente brutal apetito de destrucción. Nunca me había yo visto en semejante estado. Diéronme ganas de derribar la puerta a puñetazos y de pedir hospitalidad como la piden los bandidos, a tiros y puñaladas. La ferocidad que en mí se despertó fué soplo tempestuoso que barrió de mi cerebro toda idea razonable. Me convertí en un insensato; apliqué los labios a la rejilla y me puse a dar voces:

—Idiotas, ¿por qué me cerráis la puerta? Si vengo a pediros que me queráis, que me dejéis ser vuestro amigo. ¿Os he hecho algún daño? ¡Mentira..., farsantes..., embusteros! Echáis facha con la virtud y sois... cualquier cosa.

Y la puerta no se abría. Creí sentir cuchicheos tras la rejilla. Mi demencia, lejos de aplacarse con aquella pausa, creció, tomando otro giro. De la locura pasé a la tontería y á un enternecimiento estúpido. Ciego, volví a agarrarme al llamador, y debí de morder la rejilla de cobre, porque me quedó después fuerte sensación de dolor en los dientes.

—Camila—grité—, ábreme. Si no pretendo que seas mi querida... Déjame entrar, y tu marido y yo te adoraremos de rodillas... Te pondremos en un carro y, uncidos los dos, tiraremos de ti..., ¡burro él, burro yo! Queredme o me mato; queredme los dos...

Y nada, no abrían ni contestaban. Di otra vez la media vuelta, notando en mí amagos de serenidad. Vi un poco la tontería que estaba haciendo. Noté en mi cara humedad tibia, y llevándome a ella la mano, me la mojé. La humedad, brotando de mis ojos, bajaba hasta mis labios, donde la pude gustar. Era salada. El corazón se me quería partir al mismo tiempo que empecé a sentir vergüenza de lo que estaba haciendo... ¡Oh Dios mío! Creí escuchar carcajadas de Camila tras de la puerta, y también las risas del bruto...

Comencé a bajar; pero cuando iba por la segunda curva de la escalera, creí que ésta se enroscaba en torno mío; eché las manos adelante; el barandal se me fué de las manos, el escalón de los pies, y ¡brum!..., me desplomé. Lo último que sentí fué el estremecimiento de toda la espiral de la escalera bajo mi peso... Perdí toda noción de vida.

X

NABUCODONOSOR

I

Y no podía ser de otra manera. Mi estado fisiológico era tal, que yo tenía que dar un estallido. Y lo di al fin, y bueno. Después supe que estuve sin conocimiento desde las seis de la tarde del miércoles hasta el jueves a las diez de la mañana; que Ramón y el portero sintieron el golpe de mi caída y subieron alarmados; que al mismo tiempo salió a la escalera la señorita Camila; que al instante bajó Constantino en cuatro trancazos y me cogió, y cargándome como si yo fuera un talego, me llevó a mi casa; que me tendieron en mi cama creyendo que ya estaba muerto; que Ramón y la señorita Camila empezaron a darme friegas, mientras Constantino corría en busca de su hermano Augusto; que toda la noche se pasó en gran ansiedad, pues el médico ponía muy mala cara... Por fin recobré la conciencia de mi ser, aunque al punto de recobrada eché de ver que mi resurrección no era completa. Algo se me quedaba por allá, en aquella lóbrega cisterna, simulacro de los abismos de la muerte, en que tantas horas estuve, revolcándome en tenebrosos espasmos, del cual apenas quedaban vagas sensaciones musculares cuando desperté. Lo primero que hice fué moverme, quiero decir, intentarlo. De este reconocimiento resultó un fenómeno que al pronto no me hizo impresión, pero que poco después ocasionóme sorpresa, estupor, espanto. Yo no podía mover las extremidades izquierdas. Todo aquel lado, ¡ay Dios!, estaba como muerto. Ramón debió de leer en mi rostro la congoja de los esfuerzos que hacía, y quiso ayudarme. Ordenéle por señas que me dejara. Quería seguir en reposo para pensar en aquel fenómeno tristísimo. A mi mente vino una idea, con ella una palabra. Sí, me lo dije en griego, para mayor claridad: «Tengo una hemiplejía.» La idea de la justicia que rara vez deja de abrirse paso en nuestras crisis para alumbrarnos la conciencia, apareció muy luego: «Bien ganada me la tengo.»

Mi pena fué horrible. Tremendo rato aquel, en que la conciencia física me acusó con pavorosa austeridad, en que

me rebelé contra la sentencia fisiológica y contra Dios que la daba o la consentía, ¡no sé!... Sin derramar una lágrima, lloré una vida entera y deseé con toda mi alma acabar de morirme... Aún me faltaba la más negra. Quise hablar a Ramón, y la lengua no me obedecía. Las palabras se me quedaban pegadas al paladar como pedazos de hostia. Mis esfuerzos agravaban el entorpecimiento de aquella preciosa facultad, gastada, perdida tal vez para siempre. Intenté decir una expresión clara, y no dije sino *¡mah, mah, mah!* Causóme tal horror mi propio lenguaje, que resolví enmudecer. Me daba vergüenza de hablar de aquella manera. ¡Ser la mitad de lo que fuimos, sentir uno que su derecha viva tiene que echarse a cuestas a la izquierda cadáver, y por añadidura pensar como un hombre y expresarse como los animales, es cosa bien triste...!

Augusto quería disimular la pesadumbre que mi estado le causaba; mas cuando oyó mi espeluznante *¡mah, mah, mah!*, no le fué posible fingir tranquilidad. Híceme juramento de callar para siempre y no ofrecer a la estupefacción de oyente alguno que aquel rebuzno mío, aquel bramido de Nabucodonosor condenado a arrastrarse por el suelo y a comer hierba... Todo aquel día lo pasé en una especie de estupor letárgico, que a veces tocaba en el sueño, sintiendo en mí algún alivio. Lo primero que me atormentó por la noche fué el sentirme horriblemente desmemoriado. Yo no me acordaba de todo, sino de algunas cosas, y de otras apenas tenía vagas nociones. Pero el prurito de recordar aquella infructuosa erección de la memoria, queriendo ser y no pudiendo, aquella dolorosa presciencia de nombres y sucesos, sin lograr determinarlos, me martirizaba lo que no es decible. Recordaba el caso de mi ruina, de la fuga de mi acreedor..., pero no podía atrapar el nombre de Torres... Y veía ante mí algo como el esqueleto del nombre; pero le faltaba la carne, las letras. Toda la noche estuve buscándolas y no las encontré hasta por la mañana.

Pero el ejemplo más triste de esta pérdida de la facultad fué no saber quiénes eran aquellas tres mujeres a quienes vi la segunda noche, en fila delante de mí. Ofreciéronse a mi atención al despertar de uno de aquellos letargos, y me dije: «Yo conozco estas caras; las he visto en alguna parte...» Estaban las tres apoyadas en el tablero inferior de mi cama, grande como de matrimonio. Veíalas yo de medio cuerpo arriba, los brazos sobre el tablero, en actitud de estar asomadas a un balcón... La que estaba en medio tenía cristales en sus ojos, que brillaban en la penumbra de mi estancia con efecto semejante al que hacen en la oscuridad los ojos de los gatos. A su derecha estaba otra que me miraba también. Me pareció que a ratos se llevaba una mano a los ojos, y que en la mano tenía un pañuelo. ¿Por qué lloraría aquella buena señora?... Y era guapa. La de la izquierda me miraba con fijeza observadora y más bien curiosa que enternecida. Era morena, de muy acentuada delantera, esbeltísima... Nada, que aquellas tres caras y aquellos tres bustos no me eran desconocidos; pero mi cerebro ardía en un trabajo furioso de indagación, sin poder sacar en claro quiénes eran ni cómo se llamaban.

Por fin el corazón me alumbró, el corazón, que se puso a hacer cabriolas y me dijo: «Aquella que está a tu derecha y a la izquierda de la de los lentes, es tu borriquita.» Fuí juntando ideas, casándolas y amarrándolas bien para que no se me escaparan... Camila, la sin par Camila, fué la primera que venció la anarquía de mi pensamiento y mi memoria..., después Eloísa, la que lloraba; por fin María Juana, la sabia. Cuando las atrapé, diéronme ganas de decir algo. Pero tuve espanto y vergüenza de que mis tres primas me oyeran. No, antes reventar que darles muestra tan desapacible del lenguaje prehistórico. Eloísa fué la primera que se llegó a mí rompiendo la lúgubre fila en que las tres estaban cual aves posadas en una rama.

Llegóse a mí para mirarme de cerca. Vi sus ojos llenos de lágrimas. Alguna creo que me cayó encima. Preguntóme que cómo estaba, y yo no dije nada. Noté al mismo tiempo que la sabia, sin moverse del centro del tablero, llevóse el dedo índice a sus labios y estuvo así un buen rato, parecida a una estampa de la discreción. Quería imponer silencio a las otras dos, pues también Camila se llegó a mí por el otro lado y me miró de cerca... ¡Qué ganas sentí de pegarle

un beso, expresión casta y juiciosa del júbilo que me causaba el haber recobrado la conciencia del amor que le tenía! Preguntóme también que cómo estaba, y yo..., mutis. «No oirás este *mu* del buey herido, prenda de mi corazón», pensé, y pensándolo les hice señas de que se estuvieran allí, porque sentía cierto consuelo en contemplarlas. Eran mi historia, mi vida, yo mismo puesto en figuras, como un libro ilustrado.

II

Otra noche Camila, junto a la mesa donde habían estado sus botas (no sé si os acordaréis de esto), y a su lado Constantino. Ella cosía, y él leía un periódico. Cuando me sintieron mover, ambos me miraron. Camila vino hacia mí, dejando la costura, y me dijo: «¿Qué tal?» En mi sensibilidad fuertemente perturbada hizo aquel *qué tal* el efecto de un intenso olor de sales súbitamente aplicado a mi nariz. A punto estuve de hablar... ¡Desdichado de mí si lo hubiera hecho! El silencio había venido a ser en mí como una coquetería. Tuve serenidad bastante para dominarme, y sacando una mano, le tomé la suya y la llevé pausadamente a mis labios. Cuando le daba aquel respetuoso beso que fué como el homenaje que a los reyes haría el monárquico más sincero y leal, vi allí enfrente una mirada de Constantino, abrillantada por la próxima luz. No debía de ser mirada de celos, y si lo fué, ¿qué culpa tenía yo en aquel momento? La absoluta muerte de las facultades más características del hombre, me garantizaba una virtud perfecta. Yo podía ya ser hasta santo a poco que lo intentara. La borriquita, entendiendo mi homenaje, no retiró su mano. Pensé que debía de ser muy grande mi mal, cuando aquellos dos enemigos míos me perdonaban y aun venían a asistirme. «Sólo se perdona de este modo a los moribundos o a los locos», pensé.

Y a la mañana siguiente llegaron María y su marido, ambos obsequiándome al entrar con sendos suspiros. Medina no pudo contener los pruritos dogmáticos que se le vinieron de la mente a los labios, y, dándome un apretón de manos, me dijo: «Eso no es nada. Se restablecerá usted pronto; pero sírvale de lección este arrechucho.» Y bajando la voz, inclinado ante mí, añadió lo siguiente: «Mi mujer tiene razón. Eso es el resultado de dejarse dominar por las pasiones y apetitos, en vez de vencerlos, como hace toda persona que merece el nombre de varón. Conque cuidado, y no echar la enseñanza en saco roto.» Mientras tal oía yo, vi a María Juana poniendo orden en varias cosillas que sobre la mesa estaban... Retiró a su esposo de mi lado, como reprendiéndole tácitamente por sus inoportunas observaciones, y se fueron. Por la tarde vino ella sola; se sentó frente a mí al costado de la cama, y me estuvo mirando como una hora seguida. Yo también la miraba. «¿Por qué no hablas?», me dijo al fin, estrechándome con amorosa fuerza la mano. Dile a entender que no podía, y entonces me trajo lápiz, papel y un libro para que escribiera sobre él. «Soy Nabucodonosor», escribí, no sin trabajo. Y ella, consternada: «¡Qué cosas tienes!... Verás cómo te curamos.» «Soy un animal, ladro...», escribí. Iba a decir que entre las tres me habían puesto así, la una por no quererme, y las otras dos por quererme demasiado; pero me faltó el pulso, y sólo pude escribir en un garabato: «Tú..., culpa...» Leyólo un tanto indignada y rompió el papel, guardándose los pedazos.

¡Cómo podría yo pintar aquel inmenso tedio mío, y la pena de verme medio muerto, inmóvil, y de considerar que nunca más volvería a ser el hombre que fuí! En tal extremidad, la esperanza de la muerte venía a ser el único consuelo, y por fomentarla en mí resistíme a tomar las medicinas que recetaba Miquis. Administrábame revulsivos y enérgicos derivativos; y para que mi semejanza con un perro fuera mayor, dábame la estricnina. Pensé decirle por escrito que me diera de una vez la morcilla, para hacerme reventar. ¡Terrible trance verme en tanta miseria, rodeado de todas las prosas de la vida humana, no pudiendo valerme sin ajeno auxilio! Ramón y Constantino me movían de aquí para allí, cargándome como a un leño, y haciendo conmigo lo que las madres de más abnegación hacen con un pobre niño sucio, incapacitado e irresponsable. Admiraba yo la caridad de entrambos, y mayormente la de Constantino, que no tenía obligación de hacerlo, y

lo hacía por pura lastima de mí. Dios se lo pagaría. Yo vivía, si vivir era aquello, en plena inmundicia, sintiendo un asco de mí mismo que no es comparable a nada. Era la conciencia física que me acusaba en aquella forma tan grosera como expresiva. Y aquel noble mancebo a quien yo había ofendido gravemente, hiriéndole en su opinión si no en su honor, era quien con más gallardia cuidaba de mí, afrontando aquellas repugnancias con ese valor de sentidos que no es menos meritorio que el nervioso valor llamado bravura o heroísmo. ¿Por qué lo hizo? Porque le salía de dentro sin duda, y era vengativo a estilo de Jesucristo. Su mujer le incitaba también a ello con cristiano entusiasmo. Ya no podían temer que yo los deshonrara; yo era una cosa más bien que una persona, un pobre animal moribundo que ladraba, pero que ya no podía morder. Poco más viviría, a juicio de ellos. Su compasión, por tal motivo, me daba el golpe de gracia.

¡Y cómo me acordé, al verme en tales podredumbres, hecho una plasta asquerosa, de la enfermedad de Eloísa, de su horror a la fealdad y de sus esfuerzos por buscar *postura bonita* en su muladar! ¿Qué discurriría yo para hacerme el interesante en tan prosaico estado? ¿Qué arbitrios de coquetería morbosa y fúnebre inventaría para dar poético giro a mi situación, como cuando a ella se le ocurrió aquello del tul, que referido en su lugar queda? Nada, nada; mi calamidad pedestre e inmunda no tenía compostura posible. Para mayor desgracia se me había torcido la boca, y esto me causaba tal horror, que no me atreví a pedir un espejo para mirarme. La lengua no funcionaba; érame difícil pegar la punta de ella a la arcada dentaria superior, y de aquí que no pudiera pronunciar algunas consonantes. La deglución érame también algo difícil, y por esto..., me repugna decirlo; pero violentándome lo diré para que lo sepáis todo: *¡se me caía la baba!*

Mandó Augusto que me levantaran y me pusieran en un sillón, donde estaría mejor que en la cama. Entre Constantino y mi criado me vistieron como se viste a un muerto, y me sentaron, rodeado de mantas y almohadas. Debía de asemejarme, en mi inmovilidad, a una de esas figuras egipcias que parecen estar esperando la conclusión de lo infinito por la rígida paciencia con que sentadas están. A veces de mi boca caían hilos gelatinosos sobre mis manos cruzadas sobre el vientre. Entonces Constantino, ¡oh angelón incomparable!, daba algunos pasos hacia mí, y con un pañuelo me limpiaba.

Si en esto de la asistencia tenía yo tanto que agradecer al marido de Camila, en otra clase de auxilios Severiano era mi hombre. Sin él no sé qué habría sido de mí, porque se constituyó en guardián de mis intereses, y tomó muy a pechos todo lo concerniente a los negocios míos, que habían quedado en suspenso el día de mi enfermedad. El y Medina llevaban adelante con la mayor energía la acción judicial contra Torres y Samaniego. Ignorábase el paradero de Torres. El agente daba la cara, ofreciéndose también como víctima, y se prestaba a remediar el daño hasta donde alcanzaran sus fuerzas. Halléme en las peores condiciones para alcanzar justicia, pues antes que yo habían de cobrar los que, como Cristóbal, tenían la garantía legal de la publicación. Severiano consiguió que el Juzgado embargase la casa de la Ronda: pero he aquí que el contratista de la obra se echó encima de la finca, probando que no se le había pagado más que uno de los plazos de la construcción. En fin, que primero cobraría el contratista; después, Medina, y luego, Llorente, y yo y los demás, si algo quedaba. De todo esto me informaba Severiano, atenuando lo desagradable, y dándome esperanzas que yo no podía tener. Todo iba mal, muy mal para mí, como veréis por lo que sigue.

A los cinco días del ataque noté alguna mejoría en el uso de la preciosa facultad de hablar. Emitía las vocales sin dificultad, y algunas consonantes no me costaban trabajo. Otras como la te y la erre, se resistían. Nacía en mí, pues, la palabra, siguiendo el proceso o desarrollo fonético de los niños. Educaba mi lengua como la educan ellos; mas hacíalo a solas, temeroso de parecer ridículo a los que me oyeran. Tal era mi estado, cuando Severiano vino a manifestarme que las letras que giré a cargo de mis arrendatarios de Jerez habían sido protestadas, y venían contra mí, con la añadidura de los gastos de resaca. El hubiera querido ocultármelo y recogerlas del banquero que las tenía; pero sus tentativas

para reunir el dinero eran infructuosas, y no tenía más remedio que decírmelo para que yo determinara. «¡Bonito porvenir!—pensé—. Hállome convertido en animal, y con tres pleitos sobre mí: uno contra Torres, otro contra los Hijos de Nefas y el tercero contra mis arrendatarios Manuel Roldán y su hermano. Daré poder mañana mismo para exigirles el pago. Les embargaré, les venderé hasta la última bota de vino.»

—No será difícil encontrar el dinero que necesitas hipotecando esta casa—me dijo Severiano—. Ten presente otra cosa, y es que el día doce te vencen las letras de Tomás de la Calzada.

Estas palabras fueron como un martillazo en mi cerebro. ¿Qué tal estaría mi cabeza que se me habían borrado de ella las letras de Sevilla y hasta toda idea de que las Pastoras existiesen en el mundo? ¡Cuánto padecí en aquel momento al considerar que ni aun encontrando quien me prestase cincuenta mil duros con garantía de mi finca, podía yo conjurar la tormenta que sobre mí venía! Para pagar las letras de las Pastoras y recoger las devueltas de Jerez, necesitaba más de ochenta mil duros, y esto sin pérdida de tiempo, pues la casa tenedora de estas últimas era el Crédito Lyonnais; y no teniendo amistad con el gerente ni con ningún consejero de ella, no podía esperar que me diesen la prórroga o respiro que habría sido tal vez mi salvación. En estos casos las determinaciones acudían pronto a mi mente, aun hallándose, como se hallaba, enteramente desquiciada.

—Vete corriendo a ver a Medina—dije a Severiano, parte por señas, parte escribiendo y algo también con ladridos—. Es el único que puede... Veamos si quiere darme... cincuenta mil duros... Hipoteco esta casa...

III

Quedéme solo con Ramón, en la mayor ansiedad, rumiando mi desdicha. «¡Si al menos fuera un hombre, si al menos me obedeciera esta máquina estúpida!—pensaba—. Pero ¿qué ha de hacer una bestia más que cocear, dar bramidos, comer el pienso y morder a alguien si le dejan?» Por más vueltas que le diera, no podría dominar el conflicto en que me hallaba, y en caso de que no encontrara un prestamista, las letras de las Pastoras se quedarían sin pagar, y yo deshonrado a los ojos de aquellas hidalgas personas. La aflicción que esto me produjo superaba al sentimiento y pesadumbre hondísima de mi enfermedad. Habría dado yo el lado derecho, que aún tenía vivo, por poder cumplir en aquel caso con lo que exigían mi honor y la altísima consideración que a las amigas de mi madre debía. «¡Pobres señoras, qué pensarán de mí! Dirán, y con razón, que me he comido su fortuna... No; esto no será, aunque tenga que vender la camisa. Aún puedo negociar los créditos a mi favor, aunque sea con pérdida en un cincuenta por ciento. Me quedaré sin un real y en situación de pedir limosna como esos infelices lisiados que se arrastran por los caminos; pero las Pastoras cobrarán..., ¡pues no han de cobrar!...»

Y la maliciosa ironía de mi destino saltaba dentro de mí apuntándome la negativa: «No cobrarán; las dejarás en la miseria, y ambas serán los fantasmas que te persigan y te atormenten en tus últimos días. Porque Nefas no te pagará; de los Roldanes no verás un cuarto, y como no pleitees con Severiano, despídete de la hipoteca de Las Mezquitillas... ¡Pobres inglesas! ¡Caer en la miseria al fin de su vida, sin más culpa que haberse fiado de ti, creyéndote persona formal!... En esta horrible situación de animalidad en que te han puesto tus vicios, mal hombre, te revolcarás impotente sin hallar consuelo en ninguna postura; y cuando te vuelvas de este lado, verás a la Morris dando lecciones de inglés para ganar la vida, ¡infeliz señora, anciana, medio ciega!, y cuando te vuelvas del otro lado, verás a la Pastor pintando un cuadrito bucólico moral para rifarlo entre la colonia jerezana y malagueña de Madrid, a fin de sacar algunos reales con que atender al sustento. Y se llegarán a ti y te rascarán con la punta del palo de la sombrilla, porque tendrán lástima de tu padecer... Y aun te lavarán la jeta, que tendrás sucia de hocicar en la artesa en que se te echa la comida, porque no podrás ni sabrás comer con las manos como los hombres... Y aun te aflojarán la cuerda que se te ponga al pescuezo para que no te escapes; porque sábete que vas a ser animal dañino que correrás tras las mujeres y los niños para morderlos... Y cortarán hojas verdes y frescas para porértelas en el lomo y defenderte de las

moscas... Porque ellas, en su pobreza, seguirán siendo las personas más cristianas del mundo, y vencerán su asco para compadecerte, y se impondrán el sacrificio de mirarte, como una penitencia de la falta enorme de haber confiado en ti.»

Así pensaba yo, y sudores de angustia me corrían por la cara abajo. Entró Camila a darme de comer, y aunque yo no tenía tranquilidad para nada mientras no viniese Severiano con buenas noticias, consagréme a la función aquella con verdadero gusto, no sólo por ser mi prima quien me auxiliaba, sino porque de todo mi organismo sensorio, el único apetito que permanecía vivo era el que preside a la asimilación de los alimentos.

Y había que ver el cuidado con que mi borriquita, después de ponerme una servilleta por babero, me llevaba la cuchara a la boca o el tenedor con los pedazos de carne, haciendo con sus morros, por instinto imitativo, contracciones iguales a las que yo hacía. A pesar del esmero que ella ponía en esta operación, yo, he de decirlo claramente, no comía con limpieza. Faltábame flexibilidad en los labios, y por mucho cuidado que tuviera para no dejar caer nada de la boca, algo se me caía siempre. Erame forzoso poner mucha pausa en aquel acto para estar en él lo menos desagradable a la vista que me fuera posible. ¡Qué lástima tan profunda se pintaba en el rostro de ella! Yo quería que mis ojos expresasen lo contrario de lo que se desprendía de aquella bestialidad grosera, y no sé si lo pude conseguir. Creo que no. Mis ojos no podían expresar más que el estupor del idiota y los anhelos de una gula repugnante. «Acuérdate, Camila—le decía yo con el pensamiento—, de cómo te quiso este cerdo cuando era hombre.»

No había yo concluido de devorar cuando entró Severiano. En la cara le conocí que me traía buenas noticias. «Si Medina no quiere arreglarlo—me dijo—, otro lo hará. Es un buen negocio... Tu casa vale más del millón. A Medina le he encontrado indeciso, con ganas de servirte, mas con poco dinero disponible por el momento; y como la cosa urge... Pero descuida, que ya se arreglará. ¿Y lo que falta luego para pagar las letras de Sevilla?... Hay que tener confianza en la Providencia, que no es tan perra como dicen.»

Observé con inquietud que Camila se daba aire como sofocada, que palidecía y cerraba los ojos. ¿Acaso estaba enferma? De repente salió; la sentí en mi alcoba. Hice señas a Severiano, que, pensando como yo, dijo: «¿Se habrá puesto mala?» Mi amigo fué tras ella, y a poco rato volvió a decirme: «Camila está... vomitando.»

«Es que le ha dado asco—pensé, sintiendo un nudo terrible en mi pecho—. No tiene valor de sentidos como Constantino, y le falta estómago para cuidar animales enfermos.»

No tardó en aparecer la borriquita, limpiándose las lágrimas y riendo. Con mis ojos alelados le pregunté como pude lo que tenía, y no quiso contestar. Pero no debía de ser lo que yo me figuraba, porque siguió riendo y mirándome con piedad; y en un momento en que Severiano no estaba conmigo, me dijo, llevándose ambas manos a su esbeltísimo talle: «Es que estoy...»

Cogí el lápiz, y con cierto énfasis que no vacilo en llamar inspiración, escribí: «¿Belisario?»

Y ella decía que sí con la cabeza y con el júbilo que iluminó su rostro gitano, que a mí me hacía el efecto de tener la propia cara del sol dentro de mi gabinete. Yo escribí: «Me alegro.» Pero no sé si me alegraba verdaderamente, o si sentía una pena cosquillosa. Camila, que era muy comunicativa por naturaleza, gritó «Tres meses», sacando del puño cerrado tres dedos para expresármelo mejor.

Retiróse al anochecer, con lo que para mí anochecía dos veces. Absolutamente privado de toda facultad sensoria que no fuera el placer de comer, pensaba en lo ideal que se había vuelto mi amor. Por esto, gracias a Dios, yo no era completamente bestia. Si aquello me faltara, hubiera andado a cuatro pies, siempre que el izquierdo y la mano del mismo lado lo consintieran. Pero conservaba mi alma, aunque desquiciada, y en mi alma aquella chispa divina, por la cual me creía con derecho a reclamar un sitio en el mundo espiritual, cuando la bestia cayese por entero en el inorgánico. La conciencia de aquella chispa me consolaba de tener cara de idiota, voz como un ladrido, cuerpo de palo, y de sentir caer las babas de mi boca. Pero ya lo he dicho: depuración mayor de un sentimiento no era posible. El delicado Petrarca era un sátiro ante Laura, y el espiritado

Quijote, un verdadero mico ante Dulcinea, en comparación de lo que yo era ante Camila. No sabía más pureza que la que mi incapacidad me daba. Vedme aquí hecho un santo, de esos que aman por lo divino y sutil, sin ningún interés de la carne ni cosa que lo valga, siendo un montón de ceniza corporal que guarda los encendidos hornos del alma. Ya veis cómo aquel puerco de que os hablo no era todo escoria: yo reconocía en mí el conjunto extraño de bestia y ángel que caracteriza a los niños; pero nada de lo que constituye el hombre.

Por la noche fué María Juana, que de buenas a primeras me dijo: «Cuenta con el préstamo sobre la casa. Medina vacilaba, no por falta de voluntad, sino por no tener en el momento fondos disponibles. Pero yo le he dado tal carga, que es cosa hecha. Mañana mismo hará Muñoz y Nones la escritura. ¿Puedes firmar? ¿Sí?... Pues no te apures. Cristóbal hablará mañana con los del Crédito Lyonnais, encargándose de recoger las letras protestadas.»

Yo le expresaba mi agradecimiento con gestos y miradas. Y el favor era completo y redondo, porque según me dijo mi ilustre y sapientísima prima, su marido me hacía el préstamo en las mejores condiciones posibles, por un año, con el módico interés de cinco por ciento... Hícele saber que para salir de mi atolladero necesitaba aún treinta mil duros, a lo que contestó que arañando en sus economías y dando otro tiento a Cristóbal podía facilitarme seis u ocho mil duros; pero pasar de aquí érale punto menos que imposible. «No hay que soñar—añadió—, con que mi marido se corra más. Ya sabes que él es generoso; pero lo es una sola vez en cada caso. Medina no repite... mil veces te lo he dicho. Si ahora saliera yo pidiéndole más dinero, puede que se le quitaran las ganas de hacerte el préstamo gordo. El es así: aceptémosle reconociendo que es muy bueno, y no le perdamos por querer hacerle mejor.»

Parecióme esto tan discreto y prudente, que nada tuve que objetar a ello. Poco después vino Cristóbal, y se me mostró tan afable, tan bondadoso, que a poco más se me saltan las lágrimas. Declaraba que lo que hacía por mí no era digno de reconocimiento; rogábame que no hablase de ello, y que no le sacara los colores a la cara con mis importunas gratitudes. Dióme esperanzas de obtener algo en el asunto de Torres, que no dejaba de la mano. Por fin se sabía que el fugitivo estaba en Pau. Su abogado, uno de los más famosos de España, le había escrito que no se encargaría de su defensa si no se presentaba en Madrid. Era, pues, posible que viniese, ingresando desde luego en el Saladero, en virtud de providencia judicial ya dictada.

Con estas noticias me animé un poco; pero aún me amargaban el espíritu las dificultades para salir del compromiso de las letras, si algún inesperado suceso no venía a favorecerme por donde menos lo pensara. Dije a Severiano que tantease a mi tío, que también fué aquella noche, y que, después de haberse retirado Cristóbal con su mujer, se puso a jugar al tresillo con Miquis en mi gabinete. Pero, ¡ay!, que mi buen tío estaba en situación de que le pusieran niñera, y no servía absolutamente para nada. Entre él y yo la diferencia no era grande, pues si disponía de sus cuatro remos, en cambio arrastraba los pies al andar, y ya se había caído dos veces en la calle. A lo mejor se quedaba como dormido y costaba trabajo despertarle. Su conversación era ya enteramente difusa, incoherente, sin sentido, y a lo mejor se salía con unas sandeces tan primitivas que ningún oyente sabía tener la risa. Yo le miraba desde mi sillón o desde mi lecho, y me decía: «¡Si tendré yo el mismo aspecto de niño bobo!... Debo de tenerlo.»

IV

Pues, como dije, Severiano trató de ver si aquel pobre anciano infantil podía disponer de algún dinero. El resultado fué muy singular. Primero le manifestó mi tío con espontáneo arranque que le era fácil proporcionarme un millón de reales. Severiano puso cada ojo como un puño al oír tal ofrecimiento. Media hora después, hablando de lo mismo, don Rafael se asombró de oír a mi amigo lo del millón; y le dijo: «Usted está en Babia, señor de Rodríguez, o se ha vuelto tonto o no entiende el castellano. Yo indiqué a usted que podía poner a la disposición de José María mil reales..., ni más ni menos.»

Raimundo no me visitaba tanto como a mi parecer debía esperarse de sus obli-

gaciones de gratitud hacia mí. Pero las más de las noches iba un rato tan *trigonométricamente trastrocado* como siempre, se me sentaba al lado y empezaba a hacer chistes para distraerme. Pero ocurría una cosa muy rara, y era que ya no me hacían gracia maldita las ingeniosidades de aquel juglar de la frase. Sabíanme todas las suyas a fiambre pasado, a manjar sin sazón. Era un amaneramiento y un repetir de fórmulas que se me sentaban en la boca del estómago. Yo no me reía ni pizca, para que se marchase pronto y me dejara en paz.

Aquella noche, después de acostarme y de haber dormido un poco, vi a Eloísa andar por mi cuarto. Ni yo sabía qué hora era, ni estaba seguro de hallarme despierto. La vi pasar como una aparición por detrás del tablero inferior de la cama, venir hacia mí por el costado derecho, inclinarse para mirarme, retirarse después, dar la vuelta, los ojos siempre fijos en mí. Y francamente, parecióme hermosísima. Ni le dije nada, ni ella a mí tampoco. Cerré los ojos, y la sentí en cuchicheos con Severiano. Parecía que disputaban. Me dormí, y la visión se borró en mi cerebro. A la mañana siguiente, la impresión permanecía, y pregunté a mi amigo de qué hablaba con la prójima. A lo que contestó: «Nada, tonterías; no me acuerdo...»

Importábame más otra cosa, y sobre ello caímos con verdadero afán.

—Creo que al fin se arreglará esto con la ayuda de todos los amigos—me dijo—. Pasado mañana vencen las *pastoriles* letras. No te ocupes de ello y déjame a mí... Desde ahora te aseguro que serán pagadas. Cómo, no lo sé; pero tú no has de quedar mal.

Curiosidad tuve de saber cómo se arreglaba. Y ved aquí a la solícita y prudente María Juana venir a mí con los ocho mil duros, muy tapaditos, en un lío de billetes envuelto en su pañuelo, y dármelos, acompañando el don de estas palabras:

—No puedes figurarte qué fatigas representa para mí este favor que te hago. Lo menos seis meses tendré que estar diciendo mentiras a Medina, y cree que esto me lastima mucho. Mentir a Cristóbal es escupir al cielo, hijo mío. Pero es forzoso hacerlo y se hace. Si te salvo de la deshonra, esta idea tranquilizará mi conciencia, que está, puedes suponerlo, bastante alborotada. Se irá calmando con la meditación de los males que nos trae el apartarnos del camino derecho, y con practicar la mayor suma de buenas obras... Conque entérate. Supongo que la facultad de contar dinero no se te habrá ido, pobre niño inválido. Y si gobiernas bien con tu mano derecha, no estaría de más que me hicieras un recibo...

Prestéme a ello con el mayor gusto, y aun le ofrecí interés, que rechazó escandalizada.

—Por ningún caso—me dijo—, y ni el reintegro de la suma aceptaría si no fuera porque me será difícil justificar la inversión de ella, si algún día se entera Cristóbal y... Parte de este dinero es mío; parte de una amiga que me lo entregó para que se lo colocáramos, y algo es de lo que Medina me ha dado para los gastos de la casa, muebles y otras cosillas.

Muy agradecido estaba yo; pero el rasgo de Camila, del cual no tuve noticia hasta el día siguiente, fué la emoción más grande y placentera que recibí en aquel caso. ¡Pobre borriquita! ¡Pobre Cacaseno de mi alma! ¡Cómo se portaban conmigo, y qué lección me daban los dos! Cuando Severiano me lo dijo, lloré, podéis creérmelo. Porque mi sensibilidad lacrimal era muy grande, y a la menor emoción me corrían ríos por la cara. Si esto es infantil o canino, o un simple fenómeno de debilidad nerviosa, lo ignoro; lo que sé es que el corazón se me hacía un ovillo cuando Severiano me contó lo que a la letra copio:

—Camila me ha ofrecido empeñar sus pocas alhajas para venir en tu socorro. No sé si te dije que Constantino ha vendido, con el mismo fin, el caballo que le regalaste. Dicen que ahora que eres pobre te han de devolver todo lo que tú les diste cuando eras rico.

—¡Pobrecillos..., ángeles de Dios..., niños de mi corazón!...—exclamé rompiendo a hablar, aunque de una manera estropajosa—. Te juro que van a ser mis herederos... Para ellos, sí, todo lo que se salve del naufragio... Pero mira, tú: si se puede arreglar de otro modo, no admitas las ofertas de esos pedazos de mi alma...

—Eso lo veremos. Difícil será el arreglo, si cada cual no viene con su *glóbulo*, como dice mi ilustre amigo, el sabio entre los sabios, don Isidro Barragán.

Y el propio Constantino, que poco después se presentó, no quiso admitir mis

expresiones de agradecimiento, transmitidas por el lápiz y por los exagerados mohines de mi cara. Lo que hacían por mí hacíanlo de buena voluntad. Cierto que yo les había perjudicado con mis malas intenciones; pero marido y mujer, en presencia de mi situación lastimosa, me habían perdonado de todo corazón. La noche de mi ataque, cuando subí y llamé a la puerta, hallábase él tan irritado con mi pesadez, que en un tris estuvo que saliera y nos pegáramos en la escalera. Cuando me sintieron caer, asustáronse mucho. Uno y otro pensaron que yo me moría aquella noche, y les acometió remordimiento de conciencia y estuvieron muy intranquilos hasta el día siguiente. Dios había querido que yo viviese; mas a ellos toda la ojeriza que me tenían se les disipó al verme como me veían. Camila y él hablaron de perdonarme. Ambos lo propusieron, y simultáneamente se felicitaban de este cristiano pensamiento.

—Nos ha dañado en nuestra opinión, pero bien caro lo paga—había dicho Camila con inocencia de niña de escuela—. No seamos más papistas que el Papa, ni más justicieros que la justicia de Dios. ¿No estamos bien tranquilos en nuestra conciencia? ¿No sabemos tú y yo, como éste es día, que ni él pudo conquistarme, ni había tales carneros, ni Cristo que lo fundó...? Pues si hay algún necio que crea otra cosa, déjalo y con su pan se lo coma.

Corolario de estas generosas palabras, las más juiciosas, las más cristianas y quizá las más elocuentes en su sencillez que yo había oído en mi vida, fué la idea de asistirme en mi enfermedad y de socorrerme en mi pobreza. Me impresionó tanto, tanto, lo que aquel bruto me dijo con su lenguaje sin retóricas y su lealtad sin estudio, que le di un fuerte abrazo y le besé como a un niño. Lo mismo habría hecho con su mujer, sin reparo ni malicia alguna. Sí, eran mis hijos; serían mis herederos, si algo podía salvar de entre los escombros de mi fortuna.

V

Mis inquietudes con respecto al pago de las letras no se calmaban con las seguridades que me daba Severiano de arreglar este asunto. «¿Pero cómo, pero cómo...?» Díjome que había conseguido arrancar a Villalonga unos tres mil duros, y que él, por sí, había reunido cinco. ¿Y qué hacíamos con tal miseria? Mirándome flemático, me declaró lo que sigue:

—No te lo quería decir, pero es preciso que lo sepas. La cantidad está completa. ¿A que no aciertas de dónde ha venido este socorro salvador?... No habrá más remedio que cantar claro... De tu prima Eloísa.

La impresión recibida por mí al oír esto fué de tal modo fuerte, que, valiéndome de las extremidades de un solo lado, me eché de la cama. Con gritos y gestos expresaba yo mi terror, mi vergüenza y la resolución de no admitir aquella ofrenda. Hizo mi amigo esfuerzos por calmarme. Ramón y él me vistieron. Pusiéronme luego en mi sillón como un muñeco, y allí aguanté la rociada de palabras y razonamientos que me echó Severiano.

—Tu situación no es para esos humos ni para que nos andemos con escrúpulos tontos. Estás en el caso de aceptar lo que venga sin mirarle la cara... Después pagarás, y *pax Christi*... Cuando vi la cosa fea, me fuí a casa de Eloísa. Encontrémela muy afligida, pensando en ti, en tu ruina corporal más que en tu pobreza, y me obsequió con la mar de lágrimas y suspiros. «Venderé todo lo que tengo por sacarle de su compromiso.» «Pues empiece usted.» La verdad, chico, lo que en la casa vi más me revelaba propósitos de engrandecimiento que de liquidación. Enseñóme un cuadrángano grande que había comprado el día anterior y otras preciosidades... «¿Y cuánto hace falta?», me preguntó con aquella vocecita cristalina... Quedamos, por fin, en que si me buscaba diez mil duros, tu firma quedaría en salvo. Miró un rato al suelo, y el ceño fruncido. «¡Mucho es!», dijo, suspirando, y echando miradas de amor a sus cachivaches. En fin, chico, ¿para qué andar con rodeos?... ¿Te lo digo?... Pues allá va. Sin vender ni un alfiler, me trajo ayer los diez mil duros. Se los ha dado Sánchez Botín.

Empecé a echar sangre por la boca, porque me mordí la lengua. No puedo pintar la turbación que me causaba aquel socorro que me venía de la prostitución elegante, aquel rechazo de mis vicios de antaño. Toda la saliva que yo había escupido a la faz de la sociedad y de la ley, me caía ahora en la cara, causándo-

me indecible repugnancia. No fué preciso que Rodríguez me diera más explicaciones, pues el caso se me presentó en todo su horror elocuente. La prójima se había vendido por una suma destinada a salvarme del conflicto. Parecíame que los tres, Eloísa, Botín y yo, éramos igualmente despreciables, odiosos y viles, y que formábamos una sociedad de envilecimiento comanditario para socorrernos por turno. Porque yo sabía muy bien cuánto repugnaba a Eloísa el tal Sánchez Botín y el asco que ante él sentía, y le oí decir más de una vez: «Si me ponen en la alternativa de querer a todos los soldados de un regimiento, uno tras otro, o vivir dos horas con ese orangután, opto por lo primero.» Y para que se vean las raíces que la pasión del lujo tenía en su alma: puesta en el caso de vender sus últimas adquisiciones de trapos y arte decorativo, no tuvo valor para ello, y apechugó con el aborrecible, asqueroso e inmundo estafermo que la perseguía. Creédmelo: si me hubieran dado una bofetada en la calle, no lo habría sentido como sentí aquello. No hay ultraje que se compare al de un favor que no se puede agradecer.

Y Severiano no se mordió la lengua para darme detalles:

—Por debajo de cuerda he sabido que Botín no le dió más que seis mil duros. Siempre miserable. Está por la carne barata. Este hombre se me ha parecido siempre a una chinche. Es para cogerle con un papel y tirarle, dando a otra persona el encargo de matarle. La idea de verle reventar delante de mí me pone nervioso... Pues sí: seis mil duros nada más. El resto lo juntó como pudo, con ayuda de su prendera, y llevando al Monte y a las casas de préstamos algunas cosillas... ¡Cuando me lo trajo estaba más contenta!... Pero se le conocía en la cara la repugnancia de la pócima... ¡Pobre mujer!, su trabajo le ha costado. Y no consintió por ningún caso en que le diera recibo, ni quiere interés. «No es préstamo—me dijo lo menos veinte veces—: es regalo, es restitución...» Pero me dió a entender que no deseaba se te ocultase que a ella debías tu salvación. Tiene el orgullo de su rasgo.

Nada, nada; yo no podía aceptar aquel injurioso, infame favor. Mi conciencia se sublevaba; se me venían a la boca expresiones airadas y terribles. Mi honor, mi honor antiguo, superior a las contingencias y asechanzas que le tendían mis vicios, quería mandar en jefe en mis acciones. Ante todos los males que aquel arrimo o protección indecorosa de una mujer que pagaba mis deudas con el dinero de sus queridos. Creo que en aquel trance me expresé sin dificultad; al menos, yo dije a Severiano todo lo que quería decirle:

—Por Dios y por tu vida y por lo que más ames, hazme el favor de devolver el dinero a esa mujer, y le dices de mi parte... No, no le digas nada; no hay más que devolvérselo diciéndole que no se necesita. Búscalo por otra parte: vende o empeña hoy todos mis muebles. Mira que esto es una deshonra que no puedo soportar. Prefiero el protesto de las letras, hacer un arreglo y pagarlas después a plazos o como se pueda. Severiano, amigo querido, líbrame de este bochorno; por Dios te lo pido. Saca ese dinero de mi mesa y echa a correr. Llévaselo. Dios nos recompensará esta delicadeza... Me considero el primer desgraciado del mundo y el número uno entre todos los miserables habidos y por haber.

En la cara le conocí que no quería contrariarme. Sus palabras conciliadoras diéronme esperanzas de que haría lo que le mandaba.

—Bueno, hombre, no te apures. Si lo tomas así... A mí, en tu lugar, no me daría tan fuerte... Creo muy difícil que hoy se pueda reunir lo que necesitas. La opinión exagera siempre, y a ti te tiene hoy todo el mundo por más tronado de lo que estás. Yo pongo mi cabeza en un tajo a que no hay en Madrid quien te preste dos reales, teniendo ya hipotecada la casa... En cuanto a tus muebles, ¿qué quieres? ¿Que traiga a los prenderos? Pues vendrán, y verás cómo no te dan arriba de dos o tres mil duros... por lo que vale siete u ocho mil. No hay solución por ese lado... Pero pues tú lo quieres, devolveré los diez mil a Eloísa, con tal que te sosiegues, que no te excites... Mira que te vas a poner peor.

Demasiado lo conocí. Sentíme bastante mal aquel día; y después de lo que hablé atropellada y dificultosamente, la lengua me hacía cosquillas y se declaraba en huelga completa, negándome hasta los monosílabos. Pasé una tarde cruel, observando lo que hacía Severiano, deseando verle abrir el cajón de la mesa y sa-

lir con el nefando dinero. Tuve muchas visitas al anochecer. Todos me encontraron peor, aunque no me lo decían. En torno mío no había más que caras lúgubres, en que se pintaba el presagio de mi fin desgraciado.

Y al siguiente día vi a mi amigo sacar manojos de billetes y pasar al despacho.

—¿Qué has hecho?—le pregunté cuando volvió a mi lado.

—¿Qué había de hacer? Pagar las letras—me respondió, mostrándomelas—. Aquí las tienes, con el *recibí* de Lafitte... Y no me preguntes más, ni hagas el puritano. No están los tiempos para boberías de azul celeste. Hay que tomar las cosas de la vida como vienen, como resultan del fatalismo social y de nuestros propios actos. Todo lo demás es música, chico; viento, y echar a volar por las regiones etéreas.

Sentí que estos argumentos me anonadaban, y no expresé ninguna opinión. Yo temblaba al pensar que Eloísa iría a verme como en solicitud de mis gratitudes; y, por lo mismo que lo temía tanto, ocurrió este desagradable caso. Aquella noche recibí su visita cuando no había ninguna otra; y aunque mi primera intención fué rechazarla, mi conciencia, turbada por angustiosas perplejidades, no lo pudo hacer. Habiendo aceptado el favor, no tenía derecho a arrojar sobre él la ignominia. Yo lo merecía; me lo había ganado, y si me mostrara desagradecido, resultaba más desagradecido de lo que realmente era. Calléme ante la prójima. No hacía más que mirar al suelo, sin duda, por ver dónde estaba mi cara, que debió caérseme de vergüenza. Tuve, pues, que dejarme estrechar la mano, y estrechar también un poco la suya; y aunque me vinieron ganas de empujar su frente y su busto lejos de mí, no pude hacerlo. ¡Ay!, me olió a estafermo sucio y perfumado con ingredientes innobles; olióme a baratería, a barbas mal pintadas, a dinero amasado con sangre de negros esclavos, a infamia y grosería, a sordidez y a ojos de carnero agonizante. Pero tal como resultaban, transfiguradas por mi mente, las caricias de la prójima, tuve que tragármelas. ¡Qué había de hacer sino beberme aquello y lo demás que saliese, si era la lógica, y contra la lógica que viene en forma de hiel dentro del cáliz de nuestras vicisitudes no se puede nada ni hay más solución que cerrar los ojos, abrir bien las tragaderas..., cuatro muecas, y adentro!... Algunos revientan; otros, no.

VI

—A todos nos llega, tarde o temprano, nuestro sorbo de *jieles*—me dijo Severiano, cuando solos hablábamos de esto—. Yo también he tenido que apechugar..., sólo que mi potingue me pareció al principio muy amargo, y ahora se me vuelve dulce... Pero no te digo más. Esto es una charada. *La solución en el próximo número.*

No le contesté nada, porque, aunque empezaba a recobrar la palabra, no quería hablar ni aun delante de mi amigo de más confianza. Dirélo claro: mi voz me era odiosa, antipática, y valía la pena de condenarme a perpetuo mutismo por no oírme yo mismo. La verdad, señores: la voz que me quedó después de la horrible crisis era inaguantable; una voz atiplada, chillona y aguda, que me recordaba la de los cantores de capilla. Cuando me hice cargo de este fenómeno, entróme horror y asco de mi propia palabra. ¡A qué pruebas me sujetaba Dios! Comprendía el no vivir más que a medias, el ser un Nabucodonosor, el no tener otras sensaciones que las de la comida, el no poder andar sin auxilio; pero hablar de aquella manera..., francamente, y con perdón de la Justicia divina, me parecía demasiado fuerte. Dicho está que ni que me asparan chistaba yo delante de nadie, mucho menos delante de Camila.

—¿Por qué estás tan callado?—me decía ésta—. Ramón me ha dicho que ya pronuncias. ¿Qué te pasa, que estás ahí con ese lápiz, pudiendo expresarte bien?

—No creas a Ramón, borriquita—escribí—. Me he quedado absolutamente mudo. Mejor: así estoy seguro de no decir ningún disparate.

—De poco te valdrá no decirlos si los piensas—me contestó con admirable sentido.

¡Y qué observación tan oportuna! Sobre esto de pensar disparates tengo que relatar una cosa que no quisiera se me quedase en el tintero. Una mañana que estábamos solos Severiano y yo, le dije, no recuerdo si por escrito o con mi fa-

mosa vocecilla, que, hallándome amenazado de un segundo ataque, mortal de necesidad, quería hacer mis disposiciones. Lo que salvara de mi fortuna dejaríalo íntegro a Camila y Constantino. A mi amigo le pareció muy natural, y entonces dije yo:

—Quizá esta herencia les perjudique en su opinión. ¿De qué manera se evitaría?

—No se me ocurre ninguna.

—¿Te parece que en mi testamento nombre heredero al niño que va a tener Camila?

—¡Claro, tu nene...!

Lo dijo con tal acento de convicción, que creí que me apuñalaba. Protesté con gritos roncos y con gestos convulsivos.

—Infame calumniador, si no te retractas, te muerdo. ¿Tú sabes la atrocidad que has dicho?...

Hablé mucho, gemí e hice garabatos, sin poder convencerle. ¡Desgracia mayor! Yo me daba a los demonios.

—Tú mismo has confirmado lo que yo sospechaba—aseguró mi amigo con su calma habitual—. La otra noche, a eso de las doce, dormías, y en sueños dijiste: «¡Belisario..., hijo mío!», y con una expresión de cariño, con un tono de padrazo bonachón y meloso... Parecía que estabas besando al pobre angelito que no ha nacido todavía, ni nacerá hasta noviembre, según dijo ayer su mamá.

—¿De veras que pronuncié yo esas palabras?—dije, quedándome como lelo—. Pero, hombre, ¿no sabes que soy idiota? ¿No sabes que soy un bestia?... Es triste que mis ladridos se tomen por razones, y mis absurdos por verdades.

No hablé más, porque el horror de mi voz de tiple me impuso silencio. Más adelante enjareté a Severiano tantos y tantos argumentos en defensa de Camila, que, al fin, me parece quedó convencido.

Pero estuve confuso mucho tiempo, pensando en que si yo no decía disparates despierto, en sueños, no sólo los pensaba, sino que se me salían por la boca. ¿Me habría oído Camila aquel desatino y otros tal vez? La frase suya de los *disparates pensados,* ¿provenía de haberme oído hablar cuando dormía? Esto me puso en gran desasosiego. Yo no recordaba nada de lo que soñaba. ¡Tremenda cosa tener que acusarme de actos de que era, en rigor de conciencia, irresponsable! La conciencia de antaño seguía, sin duda, funcionando por sí y ante sí, a pesar de no estar ya vigente. La ley nueva me eximía de responsabilidad; pero aun así no estaba yo tranquilo. Encargué a Ramón que me despertase si me sentía hablar de noche, y a Severiano le dije:

—Voy a dormir; coge mi bastón, ponte en guardia, y si me oyes alguna barbaridad, pega. Es el animal que gruñe.

Porque, lo digo con orgullo, no sé lo que me pasaría en aquellas misteriosas, oscuras y siempre veladas regiones del sueño; pero, despierto, era yo la persona más buena del mundo. Creedlo: tenía todas las virtudes, toditas; me atrevo a decir que era un santo. Fuera de aquel cariño paternal que sentía por los Miquis, en mí no había ninguna pasión. No deseaba el mal de nadie, no se me ocurría seducir a ninguna casada ni engañar a ningún esposo. Hasta me pasó por las mientes, en aquellos entusiasmos de mi virtud fiambre, que, si recobraba la salud, debía escribir una obra sobre los inmensos bienes de la templanza, haciendo ver los perjuicios que para el cuerpo y el alma acarrea la contravención de esta divina ley, y abominando de los que la tienen en poco. Y cuando mis tíos Serafín y Rafael iban a verme, departía con ambos (perdido el miedo a la fealdad de mi órgano vocal) sobre lo deliciosa que es una vida consagrada exclusivamente al bien, y echaba mil pestes contra los tontos que no saben meter en un puño las pasiones humanas. Como saliera de la boca de mis tíos alguna anécdota sobre la cual pudiera yo hacer pinitos de moral, al punto los hacía, poniendo a los viciosos y libertinos como ropa de Pascua; subiendo hasta el cuerno de la Luna a los virtuosos, comedidos y morigerados, descargando, al fin, todo el peso de mi indignación sobre los hombres infernales..., sí, infernales (no me cansaría de emplear este duro calificativo), que llevan la perturbación al hogar ajeno y siembran por el inmenso campo de la familia humana las perniciosas semillas...

No sigo, porque me remonto demasiado. Mis nobles tíos abundaban en mis sanas ideas. Ambos estaban tan arrumbados, físicamente, como yo, igualándome en planes de virtud y en limpieza de conciencia. Las cosas que decían en coro conmigo debieran escribirse; pero

no las escribo. Eramos tres sabios, filósofos o santos que trabajábamos en el *triple trapecio* de la moral universal; y si no veía yo en nuestra trinca famosa a Sócrates, a San Gregorio Nacianceno y a Orígenes departiendo como buenos amigos, el demonio me lleve.

XI

FINAL

I

Ya es tiempo. Voy a concluir.

La aplicación de la electricidad, hábilmente hecha por Augusto en los meses de junio y julio, fué de gran eficacia, si no para curarme, pues esto era imposible, para sostenerme un poco, alargándome la vida y haciendo más llevaderos los días que me restaban. Porque sobre la proximidad de mi fin ya no podía tener duda. Lo único que podía esperar del esmerado tratamiento de mi joven y sabio médico era tirar tres o cuatro meses más, si bien él, llevado de esos impulsos caritativos que tan bien se hermanan con la ciencia, aseguraba responder de mi curación completa.

Recobré, pues, la palabra, aunque de la manera imperfecta que he dicho. Advertí despejo y claridad en las ideas: me volvió la memoria, quedándome sólo la mortificación de no poder recordar ciertos nombres, y el lado izquierdo dió algunas señales de vida, cosquilleando primero y desentumeciéndose después un poco. El movimiento, señal primera de la vida, me fué concedido, aunque de tan rudimentario modo, que sólo a gatas hubiera podido andar sin auxilio ajeno. Para andar como los seres que deben a la facultad de tenerse en dos pies el privilegio de cobrar el barato en la Creación, necesitaba del apoyo de otro bímano. Resistíame a salir a la calle, por coquetería y presunción; pero tanto insistió Augusto en que debía salir, que no tuve más remedio que exponer mi lastimosa personalidad a las miradas compasivas, indiscretas o quizá burlonas de mis semejantes. Lo que esto hería mi amor propio no es para contado, pues poniéndome en lugar de los transeúntes, me miraba, me tenía lástima y aun me chanceaba un poco de mi extraña figura. Si no me visteis a mí, habréis visto, sin duda, a otro prójimo herido del mismo mal, y podréis figuraros cuál era mi facha: encorvado el cuerpo, la cabeza cayendo de un lado, el mirar estúpido, el rostro encendido, la boca abierta, las piernas tan torpes, que, a pasito corto, necesitaba media hora para andar cien metros. Los paseos, no obstante, me sentaron tan bien, que a los dos meses de salir a la calle ya era otro hombre, y me gobernaba solo algunos ratos con ayuda de un fuerte bastón. El espejo díjome que no tenía ya tan pintada en mi cara la imbecilidad, y con este remedio de la Naturaleza y los esfuerzos que hice para componer mi fisonomía, creo que no iba del todo mal.

Determiné no salir el verano. El calor no me molestaba mucho; y, además, ¿adónde iba yo con aquella traza y tanto entorpecimiento, y el estorbo de mi propia invalidez? Antes de marcharse, allá por los comienzos de julio, dióme Severiano la solución de su charada. Yo había comprendido que la tabla de salvación de que me habló era el matrimonio con alguna joven rica; pero no sabía quién era la providencial novia, ni lo habría adivinado jamás si él no me lo dijese, dejándome estupefacto. Creo que mis lectores se pasmarán, como yo me pasmé, cuando lean aquí que la tabla de Severiano era Esperancita, la hija mayor de don Isidro Barragán. De modo que ingresaba en el seno de la que él llamaba *familia reventativa,* y tendría por papás a *Partiendo del Principio* y *No Cabe más,* personas de quienes se había reído tanto. Ya no me quedaba nada que ver en el mundo. Había visto la maravilla más grande en el orden moral: Camila: había visto el portento de las palinodias: la boda de mi amigo. Yo podía morirme satisfecho. Y este paso revelaba tanta habilidad como saber mundano. El himeneo con una de las primeras herederas de Madrid era su salvación. Estaba decidido a ser juicioso y buen marido y acabado modelo de ciudadanos y padres de familia. Como me dijera que su novia era una excelente muchacha, cariñosa, sencilla, modesta, inclinada a las virtudes caseras y a los sentimientos apacibles, tomé pie de esto para enjaretarle una pláctica muy linda sobre las ventajas del vivir ordenado y de la paz doméstica. ¡Qué cosas tan buenas, tan

profundas y cristianas le dije! Si el Espíritu Santo no hablaba por mi boca torcida, faltaba muy poco para la efectividad de este fenómeno. Prometió él tener muy en cuenta mis exhortaciones, añadiendo que ya sentía en su alma toda la verdad de ellas antes que yo me metiese a predicador.

En cuanto a la desagradable circunstancia de ingresar en la *familia reventativa*, Severiano sostenía estoicamente que el ser humano tiene el don de acomodarse a todo; es animal de costumbres que sabe atemperarse a los más extremados y contrapuestos climas, a las civilizaciones más refinadas como a las absolutamente negativas. *Partiendo de este principio*, no le sería imposible ser yerno de Barragán y de doña Bárbara, pues si al pronto esta parentela le había de ser menos grata que una camisa de fuerza, poco a poco se iría *jaciendo*, y concluiría por encontrarse allí como el pez en el agua. La boda se verificaría en octubre. También supe que Victoria, de quien yo no me había dejado vencer, se casaba con un sobrino de Arnáiz. Me alegré mucho, y les deseé de todo corazón mil felicidades.

Habiéndome quedado casi solo en julio y agosto, sin más compañía que la de aquellos pedazos de mi corazón, Camila y Constantino, pensé en continuar mis *Memorias*, interrumpidas en la parte de mi vida que, a mi modo de ver, merecía más los honores de la narración.

No me era difícil escribir, pues mi mano derecha conservábase expedita; pero se cansaba pronto, y los trazos no eran muy correctos. La inteligencia y la memoria me ayudaban bien; púseme a la obra, y con lentitud proseguí aquel trabajo. Pronto hube de valerme, para andar más aprisa, de un amanuense que me depararon Dios y mi tía Pilar, hombre que me venía como anillo al dedo para el caso. Llamábase José Ido del Sagrario, y tenía una letra clara, hermosa, si bien un poco floreada y como con tendencias a criar pelo por los infinitos rasgos que por arriba y por abajo salían de los renglones. Pero era miel sobre hojuelas aquel hombre, y con sólo mirarme adivinábame los pensamientos. Tal traza, al fin, se daba, que, contándole yo un caso, en dos docenas de palabras, lo ponía en escritura con tanta propiedad, exactitud y colorido, que no lo hiciera mejor yo mismo, narrador y agente al propio tiempo de los sucesos. Con ayuda de tal hombre, los diferentes lances de mi ruina y mi enfermedad salieron *como una seda*. Decíame Ido que él era del oficio; que si yo le dejara meter su cucharada, añadiría a mi relato algunos perfiles y toques de maestro que él sabía dar muy bien; pero no se lo permití. Por ningún caso introduciría yo en mis *Memorias* invención alguna, ni aun siendo tan llamativa como todas las que brotaban del fecundísimo cacumen de mi escribiente. Yo ponía mis cinco sentidos en el manuscrito, temeroso siempre de que él se dejara arrastrar de su desbocada fantasía, y puedo asegurar que nada hay aquí que no sea escrupuloso traslado de la verdad. La única reforma que consentí fué variar los nombres de todas las personas que menciono, empezando por el mío; variación que realizamos con pena, pues me gustaría llevar la sinceridad a sus últimos límites.

Bien quisiera yo que estas *Memorias* ofreciesen pasto de curiosidad e interés a las personas que buscan en la lectura entretenimiento y emociones fuertes. Pero no he querido contravenir la ley que desde el principio me impuse, y fué contar llanamente mis prosaicas aventuras en Madrid desde el otoño del 80 al verano del 84, sucesos que en nada se diferencian de los que llenan y constituyen la vida de otros hombres, y no aspiran a producir más efectos que los que la emisión fácil y sincera de la verdad produce, sin propósito de mover el ánimo del lector con rebuscados espantos, sorpresas y burladeros de pensamientos y de frase, haciendo que las cosas parezcan de un modo y luego resulten de otro.

Y no me habría sido difícil, sobre todo contando con la experta mano de mi inteligente pendolista, alterar la verdad dentro de lo verosímil en beneficio del interés. Porque ¿qué cosa más hacedera que suponer a Camila vencida de mis gracias personales, o figurarla, al menos, vacilante, fluctuando entre el deber y la pasión, jugando al *hoy te quiero; mañana, no?* Pues ¿qué diré de un buen golpe de escena en que mi borriquita se me entregara, y en el momento de la entrega, se me muriera en los brazos, sin saber por qué ni por qué no, quedando así

burlados mis apetitos..., o bien que Cacaseno y yo nos diéramos una buena comida de sablazos o espadazos en el llamado *campo del honor,* y que yo le matase a él, enredándome después con su viuda, de lo que resultaría pronto el hastío de ambos y una buena ración de dramáticos remordimientos? En tal caso, haríamos la moral de la fábula, tirándonos los platos a la cabeza; y luego vendría Eloísa, que de la noche a la mañana se había vuelto virtuosa, y estaba en camino de hacerse Magdalena de pechos al aire y melenas largas, y nos echaba un sermón, diciéndonos que allí teníamos las resultas de nuestro crimen, que nos miráramos en su espejo y pensáramos en arrepentirnos e irnos a un yermo a darnos de zurriagazos, como pensaba hacer ella si el Señor le daba vida... Bien quisiera, repito, que en este campo de la fresca verdad nacieran todas estas hierbas, que son el forraje de que se apacientan los necios; pero no puede ser, y lo escrito, escrito está.

II

Con la inmensa dote que le llevó Esperancita, desempeñó Severiano su propiedad inmueble, y me entregó religiosamente los ochenta mil duros que le preste en mayo con hipoteca de Las Mezquitillas. De los Hijos de Nefas y de los Hermanos Roldán logré, en virtud de un arreglo, la mitad del valor de mis créditos, con lo cual pagué a Medina, a Eloísa, a María Juana y otros picos. En el reparto de los despojos de Torres, Medina no salió mal, y mi excelsa prima vió entrar por la puerta de su casa el famoso espejo biselado. ¡En él se miraría!... A mí tocáronme sólo unos diecisiete mil duros.

Reuní, amasé y consolidé estos míseros restos de mi fortuna, y con ellos y la casa quedóme un capital limpio y sano de tres millones de reales, de los cuales, por testamento que otorgué en Madrid en septiembre de 1884 ante el notario don Francisco Muñoz y Nones, serían únicos herederos Camila y Constantino. Nombré albaceas a Severiano, a Trujillo, a Arnáiz y al general Morla, y me quedé tranquilo, diciendo: «Gracias a Dios que he hecho una cosa buena en mi vida.»

Aún me bullían en la conciencia los escrúpulos de herir la delicadeza de mis queridos amigos transmitiéndoles mis bienes. Consulté el caso con la propia Camila, quien, con noble sinceridad, me dijo:

—No hables de morirte; yo no quiero que te mueras. Pero si te empeñas en ello, y me nombras tu heredera, no haremos la gazmoñería de rechazarlo por una papa o calumnia de más o de menos. Nuestra conciencia está en paz. ¿Qué nos importa lo demás? Si algún estúpido sinvergüenza cree que me dejas tu fortuna por haber sido tu querida, Dios, tú y yo sabemos que me la dejas por haberme portado bien.

Me entusiasmó. La cogí la cara por la barba, y le di un beso, el primero que le había dado en mi vida, tan casto y puro que no lo sería más si hubiera sido ella mi nieta, es decir, dos veces hija. Y lo parecía. Yo estaba viejo, caduco, sin vislumbres de nada varonil en mí; no tenía en mi ser sino la discreción, la gravedad senil y un desmedido apetito de aplaudir sin tasa los actos de virtud. En esto iba cada día más lejos, y a todo el que me parecía honrado y prudente en cualquier respecto le manifestaba mi admiración, le aplaudía y le alentaba con aires patriarcales a seguir por aquel saludable camino, único que a la bienaventuranza eterna conduce.

Cuando Camila y yo hablamos lo que expresado queda, estaba ya ella en meses mayores. Pero conservaba su agilidad, y atendía a mis cosas con tanta solicitud como siempre. Había yo puesto en sus manos todos mis asuntos domésticos: era mi administradora, mi ama de gobierno y mi hermana de la Caridad. A principios de noviembre la eché muy de menos; pero tuve que resignarme, por ley de la Naturaleza, a la soledad en que me tuvo durante quince días. El 6 de noviembre, muy de mañana, me dijo Ramón que la señorita estaba de parto. ¡Qué afán el mío, y qué mal rato pasé, temiendo que no estuviese tan expeditiva como su complexión firme daba derecho a esperar! Pero fué obra de poco tiempo, y aquella sin par hembra, destinada a ennoblecer el linaje humano y a fundar una dinastía de gloriosos borriquitos, se portó como quien era. El mismo Constantino bajó desalado a darme la noticia.

—¿Conque ya tenemos a Belisario?—le dije, abrazándole, sin esperar a que me contara el caso.

—Sí; pero no sabes lo mejor...

—¿Qué?

—Que cuando la comadre recogió a Belisario, creyendo el lance concluído, oímos a Camila gritar: «¡Queda otro!»

—¿Otro?

—Sí; y salió César más pronto que la vista, y tan listillo y con tan mal genio como su hermano.

—¡Dos! Pues, hijo, si seguís así, vais a llegar a la zeda...

III

Sintiéndome cada día más caduco, y temeroso del segundo ataque, cuidéme de revisar mis *Memorias* y de ver si Ido del Sagrario me había deslizado en ellas alguna tontería. Mas nada sorprendí en aquellos bien rasgueados renglones que fuera disconforme a mi pensamiento y a la exactitud de los casos referidos. De acuerdo con Ido, remití el manuscrito, puesto ya en limpio y con los nombres bien disimulados, a un amigo suyo y mío que se ocupa de estas cosas, y aun vive de ellas, para que lo viese y examinara, disponiendo su publicación si conceptuaba digno del público mi mamotreto... Hoy ha venido el tal a verme; hablamos; le invito a escribir la historia de la *Prójima*, de la cual yo no he hecho más que el prólogo, a lo que me contesta que, aunque ya no le hace caso Pepito Trastamara ni tiene esperanzas de ser duquesa, bien vale la pena de intentar lo que yo le propongo. De otras muchas cosas hablamos, extendiéndome mucho en todo lo concerniente a la forma y manera de escribir estas oscuras páginas. La primera condición que pongo es que no serán publicadas mientras yo viva. Después de mi muerte puede darse mi amigo toda la prisa que quiera para sacarlas en letras de molde, y así la publicación del libro será la fúnebre esquela que vaya diciendo por el mundo a cuantos quieran saberlo que ya el infelicísimo autor de estas confesiones habrá dejado de padecer.

FIN DE
«LO PROHIBIDO»
Y DEL TOMO IV
DE LAS «OBRAS COMPLETAS DE
BENITO PÉREZ GALDÓS»

INDICE

INDICE

NOVELAS

(SERIE DE LA PRIMERA ÉPOCA)

LA FONTANA DE ORO (1870):

Nota preliminar ..... *Pág.* 9
Preámbulo 10

Cap. I.—La Carrera de San Jerónimo en 1821 11
— II.—El club patriótico 18
— III.—Un lance patriótico y sus consecuencias 23
— IV.—Coletilla 31
— V.—La compañera de «Coletilla». 34
— VI.—El sobrino de «Coletilla» 39
— VII.—La voz interior 42
— VIII.—Hoy llega 45
— IX.—Los primeros pasos 49
— X.—La primera batalla 54
— XI.—La tragedia de los Gracos ... 58
— XII.—La batalla de Platerías 62
— XIII.—No llega el esperado.—Llegada de un importuno 65
— XIV.—La determinación 68
— XV.—Las tres ruinas 71
— XVI.—El siglo decimoctavo 77
— XVII.—El sueño del liberal 81
— XVIII.—Diálogo entre ayer y hoy. 83
— XIX.—El abate 86
— XX.—Bozmediano 91
— XXI.—¡Libre! 95
— XXII.—El vía crucis de Lázaro ... 97
— XXIII.—La Inquisición 102
XXIV.—Rosa mística 104
— XXV.—Virgo prudentísima 107
— XXVI.—Los disidentes de «La Fontana» 110
— XXVII.—Se queda sola 114
— XXVIII.—El ridículo 117
— XXIX.—Las horas fatales 119
— XXX.—Virgo fidelis 126
— XXXI.—La reunión misteriosa 131
— XXXII.—«La fontanilla» 133
Cap. XXXIII.—Las arpías se ponen tristes 137
— XXXIV.—El complot.—Triunfo de Lázaro 140
— XXXV.—El bonete del nuncio 144
— XXXVI.—Aclaraciones 151
— XXXVII.—El vía crucis de Clara. 154
— XXXVIII. — Continuación del vía crucis 159
— XXXIX.—Un momento de calma ... 164
— XL.—El gran atentado 167
— XLI.—Fernando el «Deseado» 172
— XLII.—Virgo potens 178
— XLIII.—Conclusión 184

LA SOMBRA (1870):

Nota preliminar 189
Cap. I.—El doctor Anselmo 190
— II.—La obsesión 203
— III.—Alejandro 215

EL AUDAZ (*Historia de un radical de antaño*) (1871):

Nota preliminar 229
Preámbulo 230
Cap. I.—Curioso diálogo entre un fraile y un ateo en el año 1804 231
— II.—El señor de Rotondo y el abate Paniagua 242
— III.—La sombra de Robespierre ... 251
— IV.—La escena campestre 261
V.—Pablito 273
— VI.—De lo que Muriel vió y oyó en Alcalá de Henares 282
— VII.—El consejero espiritual de doña Bernarda 289
— VIII.—Lo que cuenta Alifonso y lo que aconseja Ulises 294
— IX.—El león domado 301
X.—Que trata de varios hechos de escasa importancia, pero cuyo conocimiento es necesario 309

Cap. XI.—Los dos orgullosos 314
— XII.—El doctor, consternado 324
XIII.—La maja 328
XIV.—El baile del candil 334
XV.—La princesa de Lamballe 337
XVI.—Las ideas de fray Jerónimo de Matamala 339
XVII.—El barbero de Madrid 345
XVIII.—El espíritu revolucionario del padre Corchón 350
- XIX.—La sentencia de Susana 356
XX.—Del fin que tuvo la prisión de Susana 359
- XXI.—La nobleza y el pueblo 364
- XXII.—El espectro de Susana 371
- XXIII.—El pastor Fileno 372
- XXIV.—El primer programa del liberalismo 376
— XXV.—La deshonra de una casa ... 377
- XXVI.—¿Iré o no iré? 381
— XXVII.—Quemar las naves 385
— XXVIII.—La traición 389
— XXIX.—El dictador 394
— XXX.—Revoloteo de una mariposa alrededor de una luz 398
— XXXI.—Conclusión. — Saint-Just. Napoleón y Robespierre 401

DOÑA PERFECTA (1876):

Nota preliminar 405
Cap. I.—¡Villahorrenda!... ¡Cinco minutos!... 407
— II.—Un viaje por el corazón de España 408
— III.—Pepe Rey 414
— IV.—La llegada del primo 416
— V.—¿Habrá desavenencia? 418
- VI.—Donde se ve que puede surgir la desavenencia cuando menos se espera 420
VII.—La desavenencia crece 423
— VIII.—A toda prisa 425
— IX.—La desavenencia sigue creciendo y amenaza convertirse en discordia 428
— X.—La existencia de la discordia es evidente 433
— XI.—La discordia crece 437
— XII.—Aquí fué Troya 442
— XIII.—Un «casus belli» 446
— XIV.—La discordia sigue creciendo. 447
— XV.—Sigue creciendo, hasta que se declara la guerra 450
- XVI.—Noche 452
— XVII.—Luz a oscuras 454
Cap. XVIII.—Tropa 458
- XIX.—Combate terrible. — Estrategia 461
- XX.—Rumores.—Temores 466
— XXI.—¡Desperta, Ferro! 468
— XXII.—¡Desperta! 473
— XXIII.—Misterio 476
— XXIV.—La confesión 478
— XXV.—Sucesos imprevistos.—Pasajero desconcierto 479
XXVI.—María Remedios 484
XXVII.—El tormento de un canónigo 487
XXVIII.—De Pepe Rey a don Juan Rey 491
- XXIX.—De Pepe Rey a Rosario Polentinos 494
XXX.—El ojeo 494
— XXXI.—Doña Perfecta 495
XXXII.—Final. De don Cayetano Polentinos a un su amigo de Madrid 498
XXXIII 501

GLORIA (Diciembre 1876-mayo 1877):

Nota preliminar 503

Parte I:

Cap. I.—Arriba el telón 505
- II.—Gloria y su papá 506
III.—Gloria no espera un novio, sino un obispo 507
IV.—El señor de Lantigua. — Sus ideas 509
— V.—Cómo educó a su hija 510
— VI.—Cómo se explicaba la niña ... 512
- VII.—Los amores de Gloria 515
— VIII.—Un pretendiente 516
IX.—Recepción, discurso y presentación 517
X.—Don Angel de Lantigua, obispo de *** 519
XI.—Un asunto grave 520
XII.—El otro 522
XIII.—Llueve 524
— XIV.—El otro está cerca 526
— XV.—Va a llegar 527
— XVI.—Ya llegó 530
- XVII.—El vapor «Plantagenet» 532
— XVIII.—El cura de Ficóbriga 534
- XIX.—El náufrago 536
- XX.—El santo proyecto de su ilustrísima 537
— XXI.—Sepulcro blanqueado 541
— XXII.—La respuesta de Gloria ... 544

Cap. XXIII.—Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo 546
— XXIV.—Una obra de caridad 551
XXV.—Otra 552
— XXVI.—El ángel rebelde 555
— XXVII.—Se va 557
— XXVIII.—Vuelve 559
— XXIX.—Se fué 562
— XXX.—Pecadora y hereje 564
— XXXI.—Pausa. El conflicto parece resolverse 567
— XXXII.—Los cazadores de votos ... 568
— XXXIII.—Agape 570
— XXXIV.—En el puente de Judas ... 574
— XXXV.—Los juicios de Dios, abismo grande 575
— XXXVI.—¡Qué horrible tiempo! ... 579
— XXXVII.—Al fin se supo 579
— XXXVIII.—Job 584
— XXXIX.—El rayo 587

Parte II:

Cap. I.—Serafinita y don Buenaventura de Lantigua 587
— II.—Lo que dijeron 589
— III.—Cosas que se ignoran y otras que se saben y deben decirse .. 592
— IV.—Las amigas del Salvador 595
— V.—Realismo 596
— VI.—Domingo de Ramos 600
— VII.—Tía y sobrina 602
— VIII.—El Salvador, en la calle 605
— IX.—El maldito 609
— X.—Hospitalidad a medias 612
— XI.—Dieciocho siglos de antipatía. 615
— XII.—La fórmula de don Buenaventura 621
— XIII.—El secreto 623
— XIV.—Casa 626
— XV.—¿Adónde va? ¿Adónde ha ido? 628
— XVI.—Prisionera 630
— XVII.—Declaración 632
— XVIII.—Pasión, sacrificio, muerte. 634
— XIX.—Espinas, clavos, azotes, cruz. 637
— XX.—¿Qué haré? 640
— XXI.—Jueves Santo 643
XXII.—Esperanza de salvación 646
— XXIII.—Los viajeros 649
— XXIV.—Las leñadoras de Ficóbriga. 650
— XXV.—Todo marcha a pedir de boca 654
— XVI.—Madama Ester 656
— XXVII.—La madre y el hijo 657
— XXVIII.—Delirio.—Fanatismo 659
— XXIX.—El catecúmeno 662
Cap. XXX.—La visión del hombre sobre las aguas 668
— XXXI.—Mater amabilis 672
— XXXII.—Pascua de Resurrección ... 674
— XXXIII.—Todo acabó 680

MARIANELA (1878):

Nota preliminar 683
Cap. I.—Perdido 684
— II.—Guiado 687
III.—Un diálogo que servirá de exposición 691
— IV.—La familia de piedra 694
— V.—Trabajo. — Paisaje. — Figura. 698
— VI.—Tonterías 701
— VII.—Más tonterías 704
— VIII.—Prosiguen las tonterías 707
— IX.—Los Golfines 711
— X.—Historia de dos hijos del pueblo 716
— XI.—El patriarca de Aldeacorba ... 718
— XII.—El doctor Celipín 721
— XIII.—Entre dos cestas 723
— XIV.—De cómo la Virgen María se apareció a la Nela 725
— XV.—Los tres 729
— XVI.—La promesa 731
— XVII.—Fugitiva y meditabunda ... 733
— XVIII.—La Nela se decide a partir. 737
— XIX.—Domesticación 739
— XX.—El nuevo mundo 744
— XXI.—Los ojos matan 748
— XXII.—¡Adiós! 755

LA FAMILIA DE LEÓN ROCH (1878):

Nota preliminar 757

Parte I:

Cap. I.—De la misma al mismo 759
— II.—Herpetismo 762
— III.—Donde el lector verá con gusto los panegíricos que los españoles hacen de sus compatriotas y de su país 764
— IV.—Siguen los panegíricos dando a conocer, en cierto modo, el carácter nacional 767
V.—Donde pasa algo que bien pudiera ser una nueva manifestación del carácter nacional 769
— VI.—Pepa 771
— VII.—Dos hombres con sus respectivos planes 774
— VIII.—María Egipciaca 778
IX.—La marquesa de Tellería 782

Cap. X.—El marques 785
— XI.—Leopoldo 788
— XII.—Gustavo 790
— XIII.—El último retrato 793
— XIV.—Marido y mujer 796
— XV.—Un convenio como los que la diplomacia llama «modus vivendi» 801
— XVI.—De crematística 803
— XVII.—La desbandada 806
— XVIII.—El asceta 809
— XIX.—La marquesa se va a la música 812
— XX.—Un drama viejo, viejísimo ... 814
— XXI.—Batiéndose con el ángel ... 819
— XXII.—Vencido por el ángel 821

Parte II:

Cap. I.—Si el tiempo lo permite 822
— II.—Memorias.—Tristeza 826
— III.—María Egipcíaca se viste de pardo y no se lava las manos. 830
— IV.—El mayor monstruo, el «crup». 834
— V.—La madre 840
— VI.—El marqués de Fúcar recibe nuevos favores del Cielo 841
— VII.—Erunt duo in carne una 845
— VIII.—En que se ve pintada al vivo la invasión de los bárbaros. Resucitan Alarico, Atila, Omar 848
— IX.—La crisis 852
— X.—Razón frente a pasión 858
— XI.—Esperar 863
— XII.—Donde se trata de la hidalguía castellana, de las leyes morales, de todo lo que hay de más venerando y de otras cosillas .. 866
— XIII.—Una figura que parece de Zurbarán y no es sino de Goya. 870
— XIV.—La revolución 873
— XV.—¿Cortesana? 879
— XVI.—El deshielo 883

Parte III:

Cap. I.—Vuelve en sí 891
— II.—¿Se morirá? 893
— III.—León Roch hace una visita que le parece mentira 897
— IV.—Despedida 901
— V.—A almorzar 903
— VI.—El clérigo miente y el gallo canta 906
— VII.—Fuegos parabólicos 909
— VIII.—Sorbete, jamón, cigarros, pajarete 912
— IX.—También yo... despeino 914
Cap. X.—Latet Anguis 917
— XI.—Excesos del apostolado 919
— XII.—La verdad 924
— XIII.—La batalla 926
— XIV.—Vulnerant omnes, ultima necat 934
— XV.—La sala increíble 937
— XVI.—Los imposibles 941
— XVII.—Visitas de duelo 946
— XVIII.—El cónyuge inocente 948
— XIX.—Tres por dos 953
— XX.—Final 958
— XXI.—Del marqués de Fúcar al marqués de Onésimo 959

NOVELAS

(SERIE CONTEMPORÁNEA)

LA DESHEREDADA (1881):

Nota preliminar 963

Parte I:

Cap. I.—Final de otra novela 965
— II.—La «Sanguijuelera» 977
— III.—«Pecado» 981
— IV.—El célebre Miquis 985
— V.—Una tarjeta 996
— VI.—¡Hombres! 998
— VII.—Tomando posesión de Madrid 1010
— VIII.—Don José y su familia 1013
— IX.—Beethoven 1022
— X.—Sigue Beethoven 1027
— XI.—Insomnio número cincuenta y tantos 1030
— XII.—Los peces (Sermón) 1033
— XIII.—¡Cursilona! 1038
— XIV.—Navidad 1041
— XV.—Mariano promete 1049
— XVI.—Anagnórisis 1051
— XVII.—Igualdad.—Suicidio de Isidora 1056
— XVIII.—Ultimos consejos de mi tío el canónigo 1060

Parte II:

Cap. I.—Efemérides 1063
— II.—Liquidación 1068
— III.—Entreacto en la iglesia 1076
— IV.—«AOB..., palante» 1077
— V.—Entreacto en el café 1084
— VI.—Escena vigésima quinta 1087
— VII.—Flamenca Cytherea 1092
— VIII.—Entreacto en la calle de los Abades 1096

Cap. IX.—La caricia del oso 1103
— X.—Las recetas de Miquis 1108
— XI.—Otro entreacto 1117
— XII.—Escenas 1119
— XIII.—En el modelo 1127
XIV.—De aquellas cosas que pasan 1134
— XV.—¿Es o no es? 1139
— XVI.—Las ideas de Mariano. La síntesis 1144
— XVII.—Disolución 1146
— XVIII.—Muerte de Isidora. Conclusión de los Rufetes 1157
— XIX.—Moraleja 1162

EL AMIGO MANSO (1882):

Nota preliminar 1163
Cap. I.—Yo no existo 1165
— II.—Yo soy Máximo Manso 1166
- III.—Voy a hablar de mi vecina. 1170
IV.—Manolito Peña, mi discípulo. 1173
— V.—¿Quién podrá pintar a doña Cándida? 1175
— VI.—Se llamaba Irene 1179
VII.—Contento estaba yo de mi discípulo 1181
— VIII.—¡Ay mísero de mí! 1185
— IX.—Mi hermano quiere consagrarse al país 1188
— X.—Al punto me acordé de Irene. 1190
— XI.—¿Cómo pintar mi confusión? 1191
— XII.—¡Pero qué poeta! 1192
XIII.—Siempre era pálida 1195
— XIV.—Pero ¡cómo, Dios mío, nació en mí aquel propósito! 1196
XV.—¿Qué leería? 1200
- XVI.—¿Qué leía usted anoche? .. 1204
— XVII.—La llevaba conmigo 1207
- XVIII.—Verdaderamente, señores... 1209
- XIX.—El reloj del comedor dió las ocho 1212
— XX.—¡Me parecía mentira! 1213
- XXI.—Al día siguiente... 1216
XXII.—Esto marcha 1218
XXIII.—¡La Historia, en un papelito! 1220
-- XXIV.—¡Tiene usted que hablar! 1223
XXV.—Mis pensamientos me atormentaban... 1226
— XXVI.—Llevóse el dedo a la boca imponiéndome silencio 1227
XXVII.—La de Irene domina a las otras tres 1231
— XXVIII.—Habla Peñita 1233
XXIX.—¡Oh negra tristeza! 1237
— XXX.—¿Conque se nos va usted? 1238
Cap. XXXI.—¡Es una hipócrita! 1240
— XXXII.—Entre mi hermano y yo fluctuaba una nube 1243
— XXXIII.—¡Dichoso corazón humanitario! 1244
— XXXIV.—¡Y al fin entré por tu puerta, casa misteriosa! 1247
— XXXV.—Proxenetes 1251
— XXXVI.—¡Esta es la mía! 1253
— XXXVII.—Anochecía 1257
— XXXVIII.—¡Ah traidor, embustero! 1260
— XXXIX.—Quedéme solo delante de mi sopa 1263
— XL.—Mentira, mentira 1265
— XLI.—La pícara se sentó con la espalda a la luz 1267
— XLII.—¡Qué amargo! 1271
— XLIII.—Doña Javiera me acometió con furor 1276
— XLIV.—Mi venganza 1277
— XLV.—Mi madre 1279
— XLVI.—¿Se casaron? 1281
— XLVII.—No me dejaba a sol ni a sombra 1283
— XLVIII.—La boda se celebró 1285
— XLIX.—Aquel día me puse malo. 1286
— L.—¡Que vivan, que gocen! Yo me voy 1289

EL DOCTOR CENTENO (1883):

Nota preliminar 1293

Parte I:

Cap. I.—Introducción a la Pedagogía ... 1295
— II.—Pedagogía 1310
— III.—Quiromancía 1341

Parte II:

Cap. I.—En aquella casa 1366
— II.—Principio del fin 1392
— III.—Fin 1410
— IV.—Fin del fin 1433

TORMENTO (1884):

Nota preliminar 1453
Cap. I 1455
— II 1458
— III 1461
— IV 1464
— V 1466
— VI 1470
— VII 1473
— VIII 1475

Cap. IX 1477
— X 1480
— XI 1484
— XII 1488
— XIII 1490
— XIV 1494
— XV 1497
— XVI 1499
— XVII 1501
— XVIII 1504
— XIX 1507
— XX 1510
— XXI 1512
— XXII 1515
— XXIII 1518
— XXIV 1521
— XXV 1524
— XXVI 1527
— XXVII 1529
— XXVIII 1534
— XXIX 1538
— XXX 1541
— XXXI 1545
— XXXII 1547
— XXXIII 1550
— XXXIV 1554
— XXXV 1556
— XXXVI 1558
— XXXVII 1562
— XXXVIII 1564
— XXXIX 1166
— XL 1567
— XLI 1568

La de Bringas (1884):

Nota preliminar 1571
Cap. I 1573
— II 1574
— III 1576
— IV 1577
— V 1579
— VI 1581
— VII 1582
— VIII 1584
— IX 1587
— X 1588
— XI 1590
— XII 1592
— XIII 1594
— XIV 1596
— XV 1597
— XVI 1599
— XVII 1601
— XVIII 1603
— XIX 1605
— XX 1608
Cap. XXI 1610
— XXII 1612
— XXIII 1614
— XXIV 1616
— XXV 1618
— XXVI 1620
— XXVII 1623
— XXVIII 1624
— XXIX 1627
— XXX 1628
— XXXI 1630
— XXXII 1632
— XXXIII 1634
— XXXIV 1636
— XXXV 1638
— XXXVI 1640
— XXXVII 1642
— XXXVIII 1645
— XXXIX 1647
— XL 1649
— XLI 1651
— XLII 1653
— XLIII 1655
— XLIV 1657
— XLV 1658
— XLVI 1660
— XLVII 1662
— XLVIII 1665
— XLIX 1667
— L 1669

Lo prohibido (1884-1885):

Nota preliminar 1673

Parte I:

Cap. I.—Refiero mi aparición en Madrid, y hablo largamente de mi tío Rafael y de mis primas María Juana, Eloísa y Camila 1675
— II.—Indispensables noticias de mi fortuna, con algunas particularidades acerca de la familia de mi tío y de las cuatro paredes de Eloísa 1685
— III.—Mi primo Raimundo, mi tío Serafín y mis amigos 1689
— IV.—Debilidad 1693
— V.—Hablo de otra dolencia peor que la pasada y de la pobre Kitty 1701
— VI.—Las cuatro paredes de Eloísa. 1705
— VII.—La comida en casa de Camila 1709
— VIII.—En que se aclaran cosas expuestas en el anterior 1714
— IX.—Mucho amor (¡oh París, Pa-

ris!), muchos números y la leyenda de las cuentas de vidrio. 1715
Cap. X.—Carrillo valía más que yo 1721
— XI.—Los jueves de Eloísa 1724
XII.—Espasmos de aritmética que acaban con cuentas de amor .. 1742
— XIII.—Ventajas de vivir en casa propia.—La noche terrible 1750
— XIV.—Hielo 1763
— XV.—Refiero cómo se me murió mi ahijado y las cosas que pasaron después 1766

Parte II:

Cap. I.—De cómo al fin nos peleamos de verdad 1771
— II.—Sigo narrando cosas que vienen muy a cuento con esta verdadera historia 1776
— III.—De los diferentes procedimientos usados por los madrileños para salir a veranear 1781
Cap. IV.—Idilio campestre, piscatorio, nadante, mareante y trapístico.—Mala sombra de todos los idilios, de cualquier clase que sean 1790
— V.—Doy cuenta de la agravación de mis males y del remedio que les aplico.—Gonzalo Torres 1800
— VI.—Los lunes de María Juana ... 1808
— VII.—Varias cosillas que no debo dejar en el tintero y la enfermedad de Eloísa 1821
— VIII.—De la más ruidosa y desagradable trapisonda que en mi vida vi 1842
— IX.—Las liquidaciones de mayo y junio 1857
— X.—Nabucodonosor 1875
— XI.—Final 1887